La BIBLIA de
NUESTRO PUEBLO

La BIBLIA de NUESTRO PUEBLO

Texto:
LUIS ALONSO SCHÖKEL
Adaptación del texto y comentarios:
EQUIPO INTERNACIONAL



BIBLIA DEL PEREGRINO

AMÉRICA LATINA





XI Edición

Imprimatur:

Cardenal Oscar A. Rodríguez M., SDB
Arzobispo de Tegucigalpa
Presidente de la CEH

Monseñor Roberto Camilleri, OFM
Obispo Auxiliar de Tegucigalpa
Secretario General de la CEH

2008
© Pastoral Bible Foundation
P.B. Box 1608
Macau, China
bible@claret.org
ISBN 978-99937-874-6-4 (vinilo)
ISBN 978-99937-874-7-1 (papel)

© Ediciones Mensajero, S.A.U.
Sancho de Azpeitia, 2 – 48014 Bilbao
Apartado 73 – 48080 Bilbao – España
mensajero@mensajero.com
ISBN 84-271-2737-5 (papel)
84-271-2764-2 (tapa dura)
84-271-2739-1 (cuero)

Printed in China by Nanjing Amity Printing Co.

ÍNDICE GENERAL

ÍNDICE ALFABÉTICO DE ABREVIATURAS



SECRETARIA DE ESTADO

PRIMERA SECCIÓN - ASUNTOS GENERALES

Váticano, 23 de diciembre de 2005

Estimado en el Señor:

En ocasión de la Audiencia General del día 30 del pasado mes pasado y a través del Emmo. Sr. Cardenal Oscar A. Rodríguez Maradiaga, le ha hecho llegar al Papa Benedicto XVI un ejemplar de "*La Biblia de Nuestro Pueblo*".

El Santo Padre, apreciando cordialmente este gesto, encomienda al Señor sus intenciones particulares y sus tareas profesionales, y le imparte la implorada Bendición Apostólica, que extiende complacido a todos sus colaboradores.

Aprovecho gustoso la oportunidad para expresarle las seguridades de mi consideración y estima en Cristo.

Gabriele Caccia

Mons. Gabriele Caccia
Asesor

Presentación

¿Una «Biblia» más? Como decía Luis Alonso Schökel en la primera edición de la «Biblia del Peregrino», hay que alegrarse de que esta nueva versión no venga a llenar vacío alguno. Gracias al trabajo constante que se viene realizando tanto en el mundo católico como en las demás confesiones cristianas, la Palabra escrita de Dios está continuamente siendo actualizada, tanto en traducciones cada vez más fidedignas a las lenguas originales, como en la elaboración de comentarios que vinculen el texto con las necesidades y aspiraciones concretas del hombre y de la mujer de hoy, sean creyentes o no creyentes.

Con el mismo deseo de seguir en ese camino de mejora continua de la traducción y de acercarnos a la situación concreta de los destinatarios, presentamos al lector latinoamericano esta nueva edición de la «Biblia del Peregrino», ahora titulada: «La Biblia de Nuestro Pueblo – Biblia del Peregrino América Latina».

Y hemos dado un paso más. Al mismo tiempo que la traducción de los textos originales se ha acomodado al español latinoamericano, adoptando sus giros y modismos más peculiares, se ha prestado una particular atención al texto mismo, teniendo en cuenta los últimos avances en los estudios bíblicos exegéticos, afinando la traducción allí donde se ha visto necesario. Esta labor ha sido llevada a cabo por un equipo internacional de estudiosos de la Biblia.

La «Biblia de Nuestro Pueblo» contiene, además, otro elemento de novedad: son los comentarios que se añaden al texto. A diferencia de otros comentarios, dirigidos a un público especializado o que se detienen solamente en pasajes importantes del texto bíblico, nuestros comentarios se han hecho pensando en la mayoría de los creyentes y con la intención concreta de acercar a la comprensión del lector el sentido de cada libro en su totalidad, el contexto en que fueron escritos, el hilo narrativo y el mensaje que el autor quiere transmitir. Los comentarios son largos o cortos según lo requiera la dificultad de comprensión de la Palabra de Dios, que aunque viva y actual, fue escrita hace dos mil años.

Con todo, citando las mismas palabras de Alonso Schökel, «el momento mejor del comentario es cuando el lector lo deja en la parte inferior de la página para entenderse a solas con el texto. Es la hora de la verdad y de la vida».

Colaboradores

LA BIBLIA DE NUESTRO PUEBLO es una versión para América Latina de LA BIBLIA DEL PEREGRINO de Luis Alonso Schökel (Q.E.P.D.). Su edición estuvo dirigida por Ángel Pérez, sj (Ediciones Mensajero) y por Alberto Rossa, cmf (Pastoral Bible Foundation). La coordinación del trabajo en España la realizó Armando J. Lovera y en América Latina Alberto Rossa, cmf. El título: LA BIBLIA DE NUESTRO PUEBLO ha sido sugerido por Mons. Pedro Casaldáliga, cmf. Y todos los dibujos son obras de Maximino Cerezo, cmf.

Colaboraron para esta edición: Juan Alfaro; Ángel Aparicio, cmf; Severiano Blanco, cmf; Emeterio Chaparro, cmf; Francisco Contreras, cmf; Miriam Cruz; Luis Manuel de la Encina, sj; Oscar de Rossi; John Jairo Flores, cmf; Carlos Gasparini; Myreen Q. Gayos; Michael Guinan, ofm; Blas Márquez, cmf; José R. Márquez, cmf; Raúl Mehring, cmf; José Agustín Monroy, cmf; Javier Muñoz, cmf; David H. Quilodrán, cmf; Gonzalo Rendón; Lidia Rodríguez; Ana San Martín; Néstor D. Saporiti; Pedro Sarmiento, cmf; Juan Soler; Fernando Torres, cmf; Alfredo Vargas, cmf; Manuel Villalobos, cmf.

A los colaboradores mencionados, a los que anteriormente colaboraron en la edición de la Biblia del Peregrino, y a todos los que anónimamente hicieron posible la presente versión de la Sagrada Escritura: GRACIAS.

Observaciones

El número de libros en esta edición es de 74 y no de 73 como lo indica el CANON, esto se debe a que se ha optado por presentar de manera independiente LA CARTA DE JEREMÍAS, que en el CANON forma parte de BARUC. Asimismo, La distribución del texto en algunos libros no coincide con la distribución tradicional, por ejemplo en ESTER, ISAÍAS, JEREMÍAS y DANIEL. Esto se debe a las opciones exegéticas tomadas por el Equipo de Traducción para presentar un texto más asequible al lector u oyente actual. Además, se ha marcado entre corchetes simples ([…]) a los textos cuya hipotética originalidad es discutida por los especialistas; y entre corchetes dobles ([[…]]) a los textos cuya hipotética originalidad los especialistas la descartan, pero que la tradición la admite.

En cuanto a la citación de textos, no llevan abreviaturas las citas que hacen referencia al mismo libro donde se encuentran. Por ejemplo: en la página 35, en Génesis, debajo del subtítulo «Abrán en Egipto», aparece (20; 26,1-11). Esto quiere decir que las citas entre paréntesis pertenecen al Génesis.

En cuanto a los comentarios, se dan casos en que no se ha podido conservarlos en la misma página donde se encuentran los textos que comentan, para ello es necesario mirar una página atrás o adelante, según el caso. Algunas veces, un único comentario corresponde a dos subtítulos del texto. Cualquier otra observación sobre los textos y comentarios que se pudiera encontrar y no la hubiésemos notificado, agradeceríamos que nos la hicieran llegar a:

bible@claret.org y mensajero@mensajero.com

ANTIGUO TESTAMENTO

PENTATEUCO

La tradición judía y los Evangelios lo llaman Torá, o sea, Ley, Instrucción. También se llama «libro de Moisés», o «Pentateuco» en alusión a los cinco rollos o estuches donde se guardaba el texto escrito en papiro o pergamino. Por su contenido, es una historia ambiciosa que comienza con la creación del mundo y termina con la muerte de Moisés, cuya narración se ve interrumpida al acoger diversos cuerpos legales con un genérico propósito fundacional.

El Pentateuco es palabra narrativa que funda historia y con ello conciencia de pueblo, funda un patrimonio común y compartido. Es ley que crea una comunidad humana distinta y organizada. La historia es ley en cuanto sustenta y dirige la vida de un pueblo; la ley configura la historia y pertenece a ella, no es la versión mítica de un orden cósmico que está fuera del tiempo.

División del Pentateuco. La división en cinco rollos es funcional, se guía por el tema y por el tamaño; útil un tiempo para el manejo, más adelante para la cita, sin embargo, hay otras divisiones que penetran más en la naturaleza del libro, como:

1. La división en unidades, que iremos dando en sucesivas introducciones y títulos.
2. Los cuatro cuerpos o fuentes literarias que la investigación del s. XIX designó con las siglas **J** (Yahvista), **E** (Elohísta), **D** (Deuteronomista), y **P** (Sacerdotal), pertenecientes a los s. X, IX, VII y V a.C. respectivamente. Según esta hipótesis, que hoy se mantiene como la más razonable y comúnmente aceptada, el Pentateuco actual es el resultado de la fusión de estas cuatro fuentes en un relato unificado.

   El autor final compone unas veces yuxtaponiendo o insertando bloques, otras, conservando duplicaciones narrativas, y finalmente, trenzando dos o más relatos en una línea continuada. Separar hoy las piezas integrantes y asignarlas una determinada fuente es tarea relativamente fácil cuando se trata de bloques, no muy difícil cuando se encuentran duplicados, cada vez más arriesgada cuando se quieren destrenzar párrafos, frases, y palabras.
3. Más adelante, la investigación descubrió que las supuestas fuentes no eran documentos originales, sino a su vez colecciones de textos previos. Las fuentes resultaban representar escuelas teológicas y literarias, ser compilaciones de textos oficiales o confluencia de tradiciones orales. La investigación se desplazó a trazar la pista evolutiva de las tradiciones precedentes o subsistentes después de la primera fijación escrita.

Género literario y autor. En cuanto al genero literario, encontramos en estos libros gran variedad: 1. Géneros narrativos como la leyenda o saga, el relato idílico, patético, humorístico, heroico, épico. 2. Leyes, códigos y listas. 3. Bendiciones, plegarias, emblemas, odas. 4. Textos cúlticos de celebración, de catequesis, de predicación.

Tal variedad de géneros produce su correspondiente variedad de estilos que puede desconcertar al lector, el cual encuentra junto a páginas maestras de narración, listas de nombres, minuciosas descripciones de instrumental litúrgico, normas extrañas, exhortaciones reiterativas. El resultado es una obra fascinadora, amena, entretenida, aburrida, pesada… Un inmenso paisaje con cumbres narrativas y barrancos polvorientos, con sendas llanas y veredas escabrosas.

Más que una obra, el Pentateuco parece una colección de piezas heterogéneas: registros de archivo, códigos legales o litúrgicos, documentos jurídicos, poemas, relatos. Con todo, la narración es el elemento importante: desde la vocación de Abrahán hasta la muerte de Moisés, fluye un relato serpenteante, accidentado y bien orientado, produciendo páginas que pertenecen a lo mejor de la literatura universal.

Es claro que el libro no tiene un autor en el sentido normal del término. Podemos pensar en Moisés como origen remoto de corrientes literarias: la corriente narrativa que cuenta los sucesos con entusiasmo religioso, la actividad legal, la corriente parenética o de exhortación. Mentalmente podemos pensar en un coro jerárquico de verdaderos autores anónimos, que a lo largo de siglos han contribuido a esta magna obra.

Mensaje religioso. El Pentateuco es uno de los libros fundamentales de nuestra fe y de la fe del pueblo judío. La convicción de que Dios es el protagonista de la historia afecta profundamente a toda la obra. Dios es quien la pone en movimiento y la dirige con su acción y más aún con su palabra; es también protagonista de la Ley, como legislador, garante y sancionador último. Pero Dios es un protagonista que actúa suscitando verdaderos protagonistas humanos: sean individuos de notable personalidad, sea el pueblo escogido como agente de una historia vivida y narrada.

Toda la obra del Pentateuco, desde la creación hasta las promesas y las alianzas, pone ya el fundamento de lo que será toda la Biblia: la revelación del amor de Dios por el ser humano. Por amor lo creó a su imagen y semejanza; por amor lo llamó a mantener una relación personal con Él, y por amor se comprometió en la historia humana, haciendo de ésta una historia de salvación: «Si el Señor se enamoró de ustedes y los eligió… fue por puro amor» (Dt 7,7s).



GÉNESIS

La tradición judía designa este primer libro de la Biblia con el nombre de «Bereshit», palabra con la cual comienza en su original hebreo. La posterior traducción a la lengua griega (s. III a.C.) lo denominó con la palabra «Génesis», y así pasó también a la lengua latina y a nuestra lengua castellana. La palabra «Génesis» significa «origen o principio».

De algún modo, corresponde al contenido del libro, ya que sus temas principales pretenden mostrarnos en un primer momento, el origen del mundo, por creación; el origen del mal, por el pecado; y el origen de la cultura, de la dispersión de los pueblos, y de la pluralidad de las lenguas. En un segundo momento, el origen de la salvación por la elección de un hombre, que será padre de un pueblo; después, la era patriarcal, como prehistoria del pueblo elegido: Abrahán, Isaac, Jacob, y también José.

Al comenzar la obra con la creación del mundo, el autor responsable de la composición actual hace subir audazmente la historia de salvación

hasta el momento primordial, el principio de todo, en un intento de dar respuesta a los grandes enigmas que acosan al ser humano: el cosmos, la vida y la muerte, el bien y el mal, el individuo y la sociedad, la familia, la cultura y la religión. Tales problemas reciben una respuesta no teórica o doctrinal, sino histórica, de acontecimientos. Y de esta historia la humanidad es la responsable. Pero tal historia está soberanamente dirigida por Dios, para la salvación de toda la humanidad.

División del libro. El libro se puede dividir cómodamente en tres bloques: orígenes (1–11), ciclo patriarcal (12–36), y ciclo de José (37–50). A través de estos bloques narrativos el autor va tejiendo una historia que es al mismo tiempo su respuesta religiosa a los enigmas planteados.

El bien y el mal. Dios lo crea todo bueno (1); por la serpiente y la primera pareja humana entra el mal en el mundo (2s); el mal desarrolla su fuerza y crece hasta anegar la tierra; apenas se salva una familia (4–11). Comienza una etapa en que el bien va superando al mal, hasta que al final (50), incluso a través del mal, Dios realiza el bien. Ese bien es fundamentalmente vida y amistad con Dios.

Fraternidad. El mal en la familia humana se inaugura con un fratricidio (4) que rompe la fraternidad primordial; viene una separación de hermanos (13; 21), después una tensión que se resuelve en reconciliación (27–33); falla un intento de fratricidio (37) y lentamente se recompone la fraternidad de los doce hermanos (42–50).

Salvación. El pecado atrae calamidades, y Dios suministra medios para que se salven algunos: del diluvio, Noé en el arca (6–9); del hambre, Abrahán en Egipto (12); del incendio, Lot (19); del odio y la persecución, Jacob en Siria (28–31); de la muerte, José en Egipto (37); del hambre, sus hermanos en Egipto (41–47). Esta gravitación de los semitas hacia Egipto tiene carácter provisional hasta que se invierta la dirección del movimiento.

Muchas narraciones y personajes del Génesis han adquirido en la tradición cristiana un valor de tipos o símbolos más allá de la intención inmediata de los primeros narradores.

Historia y arqueología. La historia profana no nos suministra un cuadro donde situar los relatos del Génesis. Las eras geológicas no encajan en la semana laboral y estilizada de Gn 1. El capítulo 4 expone unos orígenes de la cultura donde surgen simultáneamente agricultores y pastores, donde la Edad del Bronce y la del Hierro se superponen, dejando entrever o sospechar una era sin metales.

Los Patriarcas tienen geografía, pero no historia (y el intento de Gn 14 no mejora la información). José está bien ambientado en Egipto, sin distinguirse por rasgos de época o dinastía.

La arqueología ha podido reunir unos cuantos datos, documentos, monumentos, pinturas, en cuyo cuadro genérico encajan bien los Patriarcas bíblicos; ese cuadro se extiende varios siglos (XIX-XVI a.C.). Hay que citar, sobre todo, los archivos de Mari (s. XVIII a.C.), los de Babilonia, testimonios de una floreciente cultura religiosa, literaria y legal, heredada en gran parte de los sumerios. Este material nos ofrece un magnífico marco cultural para leer el Génesis, aunque no ofrece un marco cronológico.



Cuando se piensa que los semitas han sucedido a los sumerios, que los amorreos (occidentales) dominan en Babilonia y desde allí en Asiria, que la cultura babilónica se transmite por medio de los hurritas al imperio indoeuropeo de los hititas, se comprende mejor lo que es la concentración narrativa del Génesis.

Mensaje religioso. Dios intervine en esta historia profundamente humana como verdadero protagonista. En muchos rasgos actúa a imagen del ser humano, pero su soberanía aparece sobre todo porque su medio ordinario de acción es la palabra. La misma palabra que dirige la vida de los Patriarcas, crea el universo con su poder.

La aparición de Dios es misteriosa e imprevisible. Es la Palabra de Dios la que establece el contacto decisivo entre el ser humano y su Dios. Como la Palabra de Dios llama e interpela a la persona libre, el hombre y la mujer quedan engranados como verdaderos autores en la historia de la salvación.

La Palabra de Dios es mandato, anuncio, promesa. El ser humano debe obedecer, creer, esperar: esta triple respuesta es el dinamismo de esta historia, tensa hacia el futuro, comprometida con la tierra y comprometida con Dios, intensamente humana y soberanamente divina.

La creación
(Sal 104; Eclo 43; Prov 8,22-31)

1 1 Al principio Dios creó el cielo y la
tierra. 2 La tierra no tenía forma; las ti-
nieblas cubrían el abismo. Y el soplo de
Dios se movía sobre la superficie de las
aguas.
3 Dijo Dios:
–Que exista la luz.
Y la luz existió. 4 Vio Dios que la luz era
buena; y Dios separó la luz de las tinieblas;
5 llamó Dios a la luz: día, y a las tinieblas:
noche. Pasó una tarde, pasó una mañana:
éste fue el día primero.
6 Y dijo Dios:
–Que exista un firmamento entre las
aguas, que separe aguas de aguas.
7 E hizo Dios el firmamento para separar
las aguas de debajo del firmamento, de las
aguas de encima del firmamento. Y así fue.
8 Y Dios llamó al firmamento: cielo. Pasó
una tarde, pasó una mañana: éste fue el día
segundo.
9 Y dijo Dios:
–Que se junten las aguas de debajo del
cielo en un solo sitio, y que aparezcan los
continentes.
Y así fue. 10 Y Dios llamó a los continen-
tes: tierra, y a la masa de las aguas la lla-
mó: mar. Y vio Dios que era bueno.
11 Y dijo Dios:
–Produzca la tierra pasto y hierbas que
den semilla, y árboles frutales que den fru-
to según su especie y que lleven semilla so-
bre la tierra.
Y así fue. 12 La tierra produjo hierba ver-
de que engendraba semilla según su espe-
cie, y árboles que daban fruto y llevaban
semilla según su especie. Y vio Dios que
era bueno. 13 Pasó una tarde, pasó una ma-
ñana: éste fue el día tercero.
14 Y dijo Dios:
–Que existan astros en el firmamento del
cielo para separar el día de la noche, para
señalar las fiestas, los días y los años; 15 y
sirvan como lámparas del cielo para alum-
brar a la tierra.
Y así fue. 16 E hizo Dios los dos grandes
astros: el astro mayor para regir el día, el
astro menor para regir la noche, y las estre-
llas. 17 Y los puso Dios en el firmamento del
cielo para dar luz sobre la tierra; 18 para re-
gir el día y la noche, para separar la luz de
las tinieblas. Y vio Dios que era bueno.
19 Pasó una tarde, pasó una mañana: éste
fue el día cuarto.
20 Y dijo Dios:
–Llénense las aguas de multitud de vi-
vientes, y vuelen pájaros sobre la tierra
frente al firmamento del cielo.
21 Y creó Dios los cetáceos y los vivien-
tes que se deslizan y que llenan las aguas
según sus especies, y las aves aladas se-
gún sus especies. Y vio Dios que era bue-
no.
22 Y Dios los bendijo, diciendo:

1,1–2,4a La creación. Por mucho tiempo se creyó que este relato con el que se abre el Génesis fue lo primero y más antiguo que se escribió en la Biblia. Es probable que los materiales y las tradiciones que se utilizan aquí sí sean muy antiguos, pero está probado que su redacción es quizá de lo último que se escribió en el Pentateuco. El estilo con que está redactado es obra de la escuela sacerdotal (**P**), y su propósito carece absolutamente de todo interés científico. Como ya sabemos, el pueblo judío se encontraba entonces a un paso de aceptar la religión babilónica. Lo que exigía y necesitaba no era una lección de prehistoria, sino unos principios que le ayudaran a entender los siglos de historia vivida para no hundirse completamente en la crítica situación que estaban atravesando. Se respiraba un aire de derrota, de fracaso, de horizontes cerrados, de desconfianza respecto a todo tipo de institución; lo que era todavía más peligroso: desde el punto de vista religioso, hay un ambiente de desconfianza hacia su Dios y hasta una cierta sospecha de que Él y sólo Él era el responsable, no sólo de los males pasados, sino también de los presentes.

La primera intención de los sabios de Israel es liberar a Dios de toda responsabilidad respecto a la injusticia y al mal en el mundo. Con materiales de cosmogonías de otros pueblos orientales componen un relato que busca, mediante el artificio literario de la poesía, inculcar en la mente de los creyentes la idea de que, desde el principio, Dios había creado todo con gran armonía y bondad y que, por lo tanto, no hay en la mente de Dios ningún propósito negativo.

El himno o poema responde a un esquema septenario de creación. Dios crea todo cuanto existe en seis días y el séptimo lo consagra al descanso, lo cual también debe ser imitado por el pueblo. Varios elementos se repiten a lo largo del poema con la intención de que quede bien impreso en la mente del creyente. No

–Crezcan, multiplíquense y llenen las
aguas del mar; y que las aves se multipli-
quen en la tierra.
23 Pasó una tarde, pasó una mañana:
éste fue el día quinto.

24 Y dijo Dios:
–Produzca la tierra vivientes según sus
especies: animales domésticos, reptiles y
fieras según sus especies.
Y así fue. 25 E hizo Dios las fieras de la
tierra según sus especies, los animales do-
mésticos según sus especies y los reptiles
del suelo según sus especies. Y vio Dios
que era bueno.

26 Y dijo Dios:
–Hagamos al hombre a nuestra imagen
y semejanza; que ellos dominen los peces
del mar, las aves del cielo, los animales do-
mésticos y todos los reptiles.
27 Y creó Dios al hombre a su imagen; a
imagen de Dios lo creó; varón y mujer los
creó.
28 Y los bendijo Dios y les dijo:
–Sean fecundos, multiplíquense, llenen
la tierra y sométanla; dominen a los peces
del mar, a las aves del cielo y a todos los
animales que se mueven sobre la tierra.
29 Y dijo Dios:
–Miren, les entrego todas las hierbas que
engendran semilla sobre la tierra; y todos
los árboles frutales que engendran semilla
les servirán de alimento; 30 y a todos los
animales de la tierra, a todas las aves del
cielo, a todos los reptiles de la tierra –a todo
ser que respira–, la hierba verde les servirá
de alimento.
Y así fue. 31 Y vio Dios todo lo que había
hecho: y era muy bueno. Pasó una tarde,
pasó una mañana: éste fue el día sexto.

---

se trata de una teoría sobre la formación del mundo ni sobre la aparición de la vida y de las especies en él; hay razones mucho más profundas y serias que impulsan la obra.

Indudablemente, el creyente judío vive una encrucijada histórica: El Señor, Yahvé, su Dios, ha sido derrotado, el pueblo ha perdido sus instituciones, y sus opresores le empujan a aceptar la atractiva religión babilónica con su culto y sus ritos. Para estos fieles tentados, el poema es toda una catequesis, un canto a la resistencia que invita a mantener firme la fe en el Único y Verdadero Dios de Israel.

Veamos en forma de elenco las posibles intenciones y consecuencias que hay detrás de este relato:

1. La creación es fruto de la bondad absoluta de Dios: mientras en los mitos y cosmogonías de los pueblos vecinos la creación está enmarcada en disputas y enfrentamientos violentos entre las divinidades, aquí aparece una omnipotencia creadora, cuya Palabra única va haciendo aparecer cuanto existe con la nota característica de que todo es «bueno».

2. En la creación todo obedece a un plan armónico, cada elemento cumple una función determinada: los astros iluminan el día o la noche y señalan el paso del tiempo y el cambio de las estaciones; es decir: cada criatura está para servir al ser humano, no al contrario. Ello contrasta con la percepción de otras religiones, entre ellas la babilónica, donde astros y animales eran adorados como divinidades, ante los cuales muchos inmolaban incluso a sus hijos. Jamás esta finalidad estuvo presente en la mente creadora de Dios.

3. Se da otro paso más en la toma de conciencia respecto a la relación de Dios con el ser humano y el mundo, al resaltar la responsabilidad propia del hombre y la mujer en este conjunto armónico creado por Dios mediante su Palabra. No es fortuito el hecho de que el ser humano, hombre y mujer, sea lo último que Dios crea en el orden de días que va marcando nuestro poema. Al ambiente de injusticia, de desigualdad y de dominación por parte de quien se cree amo y señor del mundo, se contrapone este nuevo elemento de resistencia: Dios crea al hombre y a la mujer a su propia imagen y semejanza, los crea varón y mujer para que administren conjuntamente su obra en igualdad de responsabilidades. Su imagen y semejanza con Dios era el proyecto propio del ser humano como pareja: construir cada día esa imagen y semejanza manteniendo la fidelidad al proyecto armónico y bondadoso del principio, sin dominar a los demás ni someter a tiranía a los débiles ni al resto de la creación.

4. En la creación hay un orden y una armonía, no sólo porque es fruto de la Palabra creadora de Dios, sino porque Él mismo ratificó esa armonía y esa bondad con su bendición, algo que es exclusivo de Él y que aquí es también todo un mensaje esperanzador para enfrentar la dura situación de sometimiento en que se hallaban los israelitas.

5. Finalmente, el descanso sabático es una nueva invitación a la resistencia contra el poder opresor, que hoy cobra gran vigencia. Ni siquiera Dios en su actividad creadora omitió este aspecto del descanso. El ser humano no puede convertirse en un agente de trabajo y producción; el descanso también forma parte de la armonía y finalidad de la creación y, por tanto, está incluido en la imagen y semejanza de su Creador que el ser humano lleva en sí.

Hay, pues, muchos elementos que hacen de este relato un motivo para creer, para esperar y, sobre todo, para resistir contra todo aquello o aquellos que pretenden suplantar la voluntad creadora y liberadora de Dios en este mundo.

2 1 Y quedaron concluidos el cielo, la
tierra y todo el universo.
2 Para el día séptimo había concluido
Dios toda su tarea; y descansó el día sépti-
mo de toda su tarea.
3 Y bendijo Dios el día séptimo y lo con-
sagró, porque ese día Dios descansó de
toda su tarea de crear.
4a Ésta es la historia de la creación del
cielo y de la tierra.

El Paraíso
(Ez 28,12-19)

4b Cuando el Señor Dios hizo la tierra y el
cielo, 5 no había aún matorrales en la tierra,
ni brotaba hierba en el campo, porque el
Señor Dios no había enviado lluvia a la tie-
rra, ni había hombre que cultivase el cam-
po 6 y sacase un manantial de la tierra para
regar la superficie del campo.
7 Entonces el Señor Dios modeló al
hombre con arcilla del suelo, sopló en su
nariz aliento de vida, y el hombre se convir-
tió en un ser vivo.
8 El Señor Dios plantó un jardín en Edén,
hacia el oriente, y colocó en él al hombre
que había modelado.
9 El Señor Dios hizo brotar del suelo toda
clase de árboles hermosos de ver y buenos
de comer; además, hizo brotar el árbol de la
vida en mitad del jardín y el árbol del cono-
cimiento del bien y del mal.
10 En Edén nacía un río que regaba el
jardín y después se dividía en cuatro bra-
zos: 11 el primero se llama Pisón y rodea
todo el territorio de Javilá, donde hay oro;
12 el oro de esa región es de calidad, y tam-
bién hay allí ámbar y ónice. 13 El segundo
río se llama Guijón, y rodea toda la Nubia.
14 El tercero se llama Tigris, y corre al este
de Asiria. El cuarto es el Éufrates.
15 El Señor Dios tomó al hombre y lo co-
locó en el jardín del Edén, para que lo guar-
dara y lo cultivara. 16 El Señor Dios mandó
al hombre:
–Puedes comer de todos los árboles del
jardín; 17 pero del árbol del conocimiento del
bien y del mal no comas; porque el día en que
comas de él, quedarás sujeto a la muerte.
18 El Señor Dios se dijo:
–No está bien que el hombre esté solo;
voy a hacerle una ayuda adecuada.
19 Entonces el Señor Dios modeló de ar-
cilla todas las fieras salvajes y todos los pá-
jaros del cielo, y se los presentó al hombre,
para ver qué nombre les ponía. Y cada ser
vivo llevaría el nombre que el hombre le
pusiera. 20 Así, el hombre puso nombre a
todos los animales domésticos, a los pája-
ros del cielo y a las fieras salvajes. Pero en-
tre ellos no encontró la ayuda adecuada.
21 Entonces el Señor Dios hizo caer so-
bre el hombre un profundo sueño, y el

2,4b-25 El Paraíso. Este nuevo relato, también llamado «relato de creación», posee algunas características que lo hacen diferente al del primer capítulo. Nótese que no hay un orden tan rígido, ni una secuencia de obras creadas según los días de la semana. Adviértase también que aquí Dios no da órdenes para que aparezcan las cosas; Él mismo va haciendo con sus manos, va modelando con arcilla a cada ser viviente, se las ingenia para conseguir que su principal criatura, el hombre, se sienta bien: lo duerme y de su costilla «forma» una criatura, que el varón la reconoce como la única con capacidad de ser su compañera entre el resto de criaturas: la mujer.

Por tanto, el estilo literario y la percepción o imagen que se tiene de Dios son completamente distintos a los del primer relato de Génesis. Éste es un relato muy antiguo, que los israelitas ya conocían de varios siglos atrás. El material original del relato parece provenir de la cultura acadia; los israelitas lo adaptaron a su pensamiento y lo utilizaron para explicarse el origen del hombre y de la mujer; más aún, para tratar de establecer las raíces mismas del mal en el mundo.

Efectivamente, desde sus mismos orígenes, Israel ha sufrido y experimentado la violencia. Varias veces se ha visto amenazado y sometido por otros pueblos más fuertes que él; pero él también sometió y ejerció violencia contra otros. La crítica situación del s. VI a.C. obliga de nuevo a repensar el sentido de esta cadena de violencias y, valiéndose de este relato ya conocido por los israelitas, los sabios van a comenzar a probar su tesis de que el origen y la fuente del mal no está en Dios, sino en el mismo corazón humano.

Según el relato que nos ocupa, el ser humano, hombre y mujer, proviene de la misma «adamah» –polvo de tierra–, de la misma materia de la que también fueron hechos los animales (19). Si tantas veces ser humano y animales se asemejan en sus comportamientos, es porque desde su origen mismo hay algo que los identifica: la «adamah». Por eso, a los que nacen se les llama «Adán», porque son formados con «adamah», provienen de ella. De esta forma queda claro para los israelitas, que han soportado la violencia, la opresión y la brutalidad –y que las han infligido a otros–, que los instintos y comportamientos salvajes tienen una misma materia original,

hombre se durmió. Luego le sacó una cos-
tilla y llenó con carne el lugar vacío. 22 De
la costilla que le había sacado al hombre, el
Señor Dios formó una mujer y se la presen-
tó al hombre.

23 El hombre exclamó:
–¡Ésta sí que es hueso de mis huesos y
carne de mi carne! Su nombre será Mujer,
porque la han sacado del Hombre. 24 Por
eso el hombre abandona padre y madre, se
junta a su mujer y se hacen una sola carne.
25 Los dos estaban desnudos, el hombre
y su mujer, pero no sentían vergüenza.

El pecado

3 1 La serpiente era el animal más astu-
to de cuantos el Señor Dios había cre-
ado; y entabló conversación con la mujer:
–¿Conque Dios les ha dicho que no co-
man de ningún árbol del jardín?
2 La mujer contestó a la serpiente:
–¡No! Podemos comer de todos los árbo-
les del jardín; 3 solamente del árbol que está
en medio del jardín nos ha prohibido Dios
comer o tocarlo, bajo pena de muerte.
4 La serpiente replicó:
–¡No, nada de pena de muerte! 5 Lo que
pasa es que Dios sabe que cuando ustedes
coman de ese árbol, se les abrirán los ojos
y serán como Dios, conocedores del bien y
del mal.
6 Entonces la mujer cayó en la cuenta de
que el árbol tentaba el apetito, era una de-
licia de ver y deseable para adquirir cono-
cimiento. Tomó fruta del árbol, comió y se
la convidó a su marido, que comió con ella.
7 Se les abrieron los ojos a los dos, y
descubrieron que estaban desnudos; entre-
lazaron hojas de higuera y se hicieron unos
taparrabos. 8 Oyeron al Señor Dios que se

---

tanto en el ser humano como en el animal: la tierra, el polvo.

En la creación del ser humano y de los animales se pueden destacar, al menos, tres elementos que les son comunes:

1. El ser humano es formado con «arcilla del suelo», elemento del que también están hechos los animales (7.19).

2. Dios da al ser humano «aliento de vida», pero también lo reciben los animales (cfr. 7,15.22; Sal 104,29s).

3. El ser humano es llamado «ser viviente». Los animales reciben idéntica denominación (1,21; 2,19; 9,10). ¿Significa esto que el ser humano es igual en todo al animal? La Biblia responde negativamente y lo explica. Al ser humano, Dios le da algo que no poseen los animales: la imagen y semejanza con Él (1,26), imagen que empieza a perfilarse desde el momento en que Dios sopla su propio aliento en las narices del ser humano acabado de formar (7).

Así pues, el ser humano no es humano sólo por el hecho de tener un cuerpo; lo específico del ser humano acaece en él cuando el Espíritu de Dios lo inhabita, lo hace apto para ser alguien humanizado. Dicho de otro modo: lo humano acontece en el hombre y en la mujer cuando su materialidad –«adamacidad»– demuestra estar ocupada por el Espíritu de Dios.

Superada la literalidad con que nos enseñaron a ver estos textos, es posible extraer de ellos –también ahora– inmensas riquezas para nuestra fe y crecimiento personal. Basta con echar una mirada a las actuales relaciones sociales, al orden internacional, para darnos cuenta de la tremenda actualidad que cobra este relato. También nuestros fracasos, la violencia y la injusticia que rigen en nuestro mundo tienen que ver con esta tendencia natural a atrapar y a eliminar a quien se atraviese en nuestro camino. Este texto nos invita hoy a tomar conciencia de nuestra natural «adamacidad», pero también a darnos cuenta de que dentro de cada uno se encuentra la presencia del Espíritu que sólo espera la oportunidad que nosotros le demos para humanizarnos, y así poder soñar con una sociedad nueva, gracias a nuestro esfuerzo colectivo.

Ésta es, pues, una primera respuesta que da la Escritura al interrogante existencial sobre el mal, la violencia y la injusticia, pan de cada día del pueblo de Israel y de nosotros, hoy. En definitiva, el trabajo que realizaron los pensadores y sabios de Israel es toda una autocrítica que apenas comienza. Pero el punto de partida queda ya establecido en este segundo relato del Génesis: el origen del mal está en el mismo ser humano, en el dejarse dominar por la «adamacidad» que lleva dentro. El relato siguiente es la ilustración concreta de esta tesis.

3,1-24 El pecado. En orden a intentar recuperar al máximo la riqueza y el sentido profundo que encierra este pasaje, conviene «desaprender» en gran medida lo que la catequesis y la predicación tradicionales nos han enseñado. Se nos decía que el ser humano había sido creado en estado de inocencia, de gracia y de perfección absolutas y que, a causa del primer pecado de la pareja en el Paraíso, ese estado original se perdió.

Consecuencias de esta interpretación: Dios tenía un proyecto perfecto, y el hombre y la mujer lo desbarataron con su pecado; Dios no había hecho las cosas tan bien como parecía; la mujer queda convertida en un mero instrumento de pecado, una especie de monstruo tentador; el hombre aparece como un estúpido, víctima inconsciente de las artimañas tentadoras de la mujer. Conviene tener en cuenta que este rela-

paseaba por el jardín tomando el fresco. El
hombre y su mujer se escondieron entre los
árboles del jardín, para que el Señor Dios
no los viera.
9 Pero el Señor Dios llamó al hombre:
–¿Dónde estás?
10 Él contestó:
–Te oí en el jardín, me entró miedo por-
que estaba desnudo, y me escondí.
11 El Señor Dios le replicó:
–Y, ¿quién te ha dicho que estabas des-
nudo? ¿A que has comido del árbol prohi-
bido?
12 El hombre respondió:
–La mujer que me diste por compañera
me convidó el fruto y comí.
13 El Señor Dios dijo a la mujer:
–¿Qué has hecho?
Ella respondió:
–La serpiente me engañó y comí.

14 El Señor Dios dijo a la serpiente:
–Por haber hecho eso,
maldita seas entre todos los animales domésticos y salvajes;
te arrastrarás sobre el vientre y comerás polvo toda tu vida;
15 pongo enemistad entre ti y la mujer,
entre tu descendencia y la suya:
ella te herirá la cabeza cuando tú hieras su talón.
16 A la mujer le dijo:
–Multiplicaré los sufrimientos de tus embarazos,
darás a luz hijos con dolor,
tendrás ansia de tu marido, y él te dominará.
17 Al hombre le dijo:
–Porque le hiciste caso a tu mujer
y comiste del árbol prohibido,
maldito el suelo por tu culpa:
con fatiga sacarás de él tu alimento mientras vivas;
18 te dará cardos y espinas, y comerás hierba del campo.
19 Comerás el pan con el sudor de tu frente,
hasta que vuelvas a la tierra, pues de ella te sacaron;
porque eres polvo y al polvo volverás.

---

to del Paraíso también está construido, por lo menos hasta el versículo 14, sobre la base de un mito mesopotámico. El redactor utiliza materiales de la mitología mesopotámica para resolver cuestionamientos de tipo existencial y de fe que necesitaban los creyentes de su generación. En la Biblia, esos mitos sufren un cambio de referente, una adaptación necesaria para transmitir la verdad que los sabios quieren anunciar a su pueblo.

El pasaje nos muestra a la serpiente y a la mujer unidas en torno a un árbol misterioso llamado «árbol de la ciencia del bien y del mal». La tentadora aquí no es la mujer, como en el mito en el cual se basa este pasaje, sino la serpiente, y la seducción tampoco proviene de la mujer, sino del fruto que «era una delicia de ver y deseable para adquirir conocimiento» (6). La mujer hará partícipe al hombre del fruto del árbol que, como veremos luego, no tiene nada que ver con la sexualidad.

El «árbol de la ciencia del bien y del mal» es el símbolo que ocupa el lugar central del relato. En varios lugares del Antiguo Testamento encontramos la expresión «ciencia del bien y del mal» aplicada al intento de describir la actitud de ser dueño de la decisión última en orden a una determinada acción (cfr. 2 Sm 14,17; 1 Re 3,9; Ecl 12,14 y, por contraposición, Jr 10,5). Esto nos lleva a entender que la gran tentación del ser humano y su perdición es ponerse a sí mismo como medida única de todas las cosas y colocar su propio interés como norma suprema, prescindiendo de Dios. Cada vez que el ser humano ha actuado así a lo largo de la historia, los resultados siempre fueron, y siguen siendo, el sacrificio injusto de otros seres, la aparición del mal bajo la forma de egolatría, placer, despotismo... y ésta sí que fue la experiencia constante de Israel como pueblo.

La adaptación a la mentalidad y las necesidades israelitas de este mito se atribuye a la teología yahvista (**J**), aunque releído y puesto aquí por la escuela sacerdotal (**P**). El mito ilustra muy bien el planteamiento que vienen haciendo los sabios de Israel: el mal en el mundo, en las naciones y en la sociedad, no tiene otro origen que el mismo ser humano cuando se deja atrapar y dominar por la terrenalidad –«adamacidad»–

20 El hombre llamó a su mujer Eva, por
ser la madre de todos los que viven.
21 El Señor Dios hizo unas túnicas de
pieles para el hombre y su mujer y los vis-
tió.
22 Y el Señor Dios dijo:
–El hombre es ya como uno de nosotros
en el conocimiento del bien y del mal, aho-
ra sólo le falta echar mano al árbol de la
vida, tomar, comer y vivir para siempre.
23 Y el Señor Dios lo expulsó del Edén,
para que trabajara la tierra de donde lo ha-
bía sacado.
24 Echó al hombre, y a oriente del jardín
del Edén colocó a querubines y una espada
de fuego zigzagueante para cerrar el cami-
no del árbol de la vida.

Caín y Abel

4 1 Adán se unió a Eva, su mujer; ella
concibió, dio a luz a Caín y dijo:
–He obtenido un varón con la ayuda del
Señor.
2 Después dio a luz al hermano de Caín,
Abel. Abel era pastor de ovejas, Caín era
labrador.
3 Pasado un tiempo, Caín presen-

---

que lleva dentro. En este caso, Israel sabe por experiencia propia lo que es vivir bajo el dominio despótico de una serie de reyes que, en nombre de Dios, lo hundieron en la más absoluta pobreza.

Y en definitiva, la historia de la humanidad, la historia de nuestros pueblos, ¿no está llena también de casos similares? Aquí está la clave para entender la dinámica oculta que lleva consigo toda tiranía, todo totalitarismo, y que nosotros desde nuestra fe convencida y comprometida tenemos que desenmascarar.

Los versículos 14-24 son el aporte propio de la escuela sacerdotal (**P**). Se trata de un oráculo, tal y como lo utilizaban los profetas. Recuérdese que para la época de la redacción final del Pentateuco, la literatura profética tenía ya un gran recorrido, lo cual quiere decir que la figura del oráculo era muy familiar al pueblo israelita. El oráculo consta, por lo general, de cuatro elementos:

1. Un juez, que suele ser Dios, como autoridad suprema.
2. Un reo, que es una persona, una institución o una nación, a la que se juzga; en nuestro relato el reo es triple: el varón, la mujer y la serpiente.
3. El delito o motivo por el cual se establece el juicio.
4. La sentencia o el castigo que se señala al infractor.

Por lo general, el oráculo profético no inventa ningún castigo nuevo para el delincuente, sino que aprovecha las catástrofes o los males que acontecieron o que están sucediendo y los interpreta como reprimenda de Dios. Así pues, los castigos que reciben los tres personajes del mito deben ser interpretados del mismo modo que los de los oráculos proféticos: se convierte en castigo o se interpreta como tal algo que ya viene dado y que causa dolor: el arrastrarse de la serpiente, el parto doloroso, la apetencia sexual, lo duro del trabajo y la muerte son fenómenos propios de la naturaleza, pero que en el marco de este oráculo reciben un nuevo referente.

El mito de los versículos 1-13 busca devolver a Dios su absoluta soberanía moral. El ser humano se autodestruye cuando pierde de vista que Dios, ser esencialmente liberador, es el único punto válido de referencia para saber distinguir qué es lo correcto y lo incorrecto –ciencia del bien y del mal en la Biblia–, más allá de los intereses personales. Cuando se desplaza a Dios para ubicar en su lugar al mismo ser humano y sus tendencias acaparadoras, el resultado es que los intereses personales de ese ser humano, casi siempre institucionalizados, se convierten en norma absoluta para los demás, pervirtiendo así hasta el vocabulario –llamar justo lo que es injusto– e imponiéndola sobre los otros.

Éste es el gran llamado de nuestro mito que, al dar respuesta a las causas del mal, denuncia el inmenso mal que en la historia produce una conciencia pervertida, máxime cuando se trata de una conciencia que tiene poder.

4,1-16 Caín y Abel. Un poema sumerio del segundo milenio a.C. habla de la rivalidad entre Dumizi, dios pastor, y Enkimdu, dios labrador, y, al contrario de lo que sucede en el relato bíblico, la diosa Inanna prefiere al labrador. Es probable que tanto el relato sumerio como la adaptación que nos presenta la Biblia sea un reflejo de las dificultades y luchas entre pastores –nómadas– y agricultores –sedentarios–.

También nos muestra el relato de Caín y Abel una costumbre religiosa de los antiguos: al inicio de la cosecha, los agricultores ofrecían a sus divinidades sus mejores frutos. Era una forma de agradecer lo que se recibía. Otro tanto hacían los pastores con lo mejor de sus ganados –especialmente los primogénitos–. Pero no se trataba sólo de gratitud, sino de «comprometer» a la divinidad para que el siguiente año fuera también muy productivo. Cuando no era así, se interpretaba que la divinidad no había aceptado las ofrendas del año anterior, las había rechazado y con ellas al oferente. Éste pudo ser el caso de Caín, una mala cosecha a causa de la escasez de lluvias, por plagas o por ladrones; en definitiva, un fracaso agrario le lleva a deducir que su ofrenda del año anterior había sido rechazada por Dios mientras que la de su hermano, no.

Con todo, la intencionalidad del relato va mucho más allá. Estos relatos, construidos en un lenguaje mítico simbólico, son un medio utilizado por los sabios de Israel para hacer entender al pueblo cómo el egoísmo humano disfrazado de muchas formas es, en defi-

tó ofrenda al Señor, algunos frutos del cam-
po. 4 También Abel presentó como ofrendas
las primeras y mejores crías del rebaño. El
Señor se fijó en Abel y en su ofrenda 5 y se
fijó menos en Caín y su ofrenda. Caín se
irritó sobremanera y andaba cabizbajo. 6 El
Señor dijo a Caín:
–¿Por qué estás resentido y con la cabe-
za baja? 7 Si obras bien, andarás con la ca-
beza levantada. Pero si obras mal, el peca-
do acecha a la puerta de tu casa para
someterte, sin embargo tú puedes domi-
narlo.
8 Caín dijo a su hermano Abel:
–Vamos al campo.
Y cuando estaban en el campo, se lanzó
Caín sobre su hermano Abel y lo mató.
9 El Señor dijo a Caín:
–¿Dónde está Abel, tu hermano?
Contestó:
–No sé, ¿soy yo, acaso, el guardián de
mi hermano?
10 Pero el Señor replicó:
–¿Qué has hecho? La voz de la sangre
de tu hermano clama a mí desde la tierra.
11 Por eso te maldice esa tierra que se ha
abierto para recibir la sangre de tu herma-
no que tu mano derramó.
12 Cuando cultives el campo, no te en-
tregará su fertilidad. Andarás errante y va-
gando por el mundo.
13 Caín respondió al Señor:
–Mi culpa es demasiado grave para so-
portarla. 14 Si hoy me expulsas de la super-
ficie de la tierra y tengo que ocultarme de
tu presencia, andaré errante y vagando por
el mundo; y cualquiera que me encuentre,
me matará.
15 Le respondió el Señor:
–No es así. El que mate a Caín lo paga-
rá multiplicado por siete.
Y el Señor marcó a Caín, para que no lo
matara quien lo encontrara. 16 Caín se alejó
de la presencia del Señor y habitó en la tie-
rra de Nod, al este de Edén.

La descendencia de Caín

17 Caín se unió a su mujer, que concibió
y dio a luz a Henoc. Caín edificó una ciudad
y le puso el nombre de su hijo, Henoc.

---

nitiva, el responsable de los grandes males y fracasos de la historia del pueblo y también de la humanidad.

La narración de Caín y Abel no sólo denuncia a un hermano fratricida, que, llevado por la envidia que desata en él el fracaso, no respeta la vida de su hermano. Más bien, el relato nos trasmite algo mucho más profundo y real: establece el origen paterno del egoísmo ejercido como colectividad; dicho de otro modo: muestra la calidad maldita, el origen maldito de los grupos de poder que tanto daño causaron, y siguen causando, a la humanidad.

Por supuesto que la Biblia no es contraria a las diferentes formas de organización del pueblo, a los grupos, al trabajo comunitario... Todo lo contrario; lo que la Biblia rechaza y maldice desde sus primeras páginas es la tendencia humana a formar colectividades que terminan anteponiendo sus intereses particulares a los de los demás, sin importarles para nada que éstos sean sus propios hermanos. Los grupos de poder generan estructuras que, desafortunadamente, se convierten en permanente tentación para el ser humano. Porque estar fuera de un grupo de poder es una desventaja, es pertenecer a los oprimidos, a los perdedores, a los llamados a desaparecer a manos de los potentados. El prototipo de quien se deja llevar por esta tendencia que «acecha a la puerta» (7) es, para la Biblia, un ser maldito necesariamente, que sólo genera estructuras malditas.

Ahora, ¿cómo descubrir los grupos de poder?, ¿cómo identificarlos? La clave no es otra que la misma que retrata a Caín: son los asesinos de sus hermanos. Ellos, queriéndolo o no, terminan por eliminar a los demás. Así que todo el que mate a un semejante, aunque no sea físicamente, es un cainita. El centro del relato no es, por tanto, la mera relación entre Caín y Abel. Se pretende hablar de lo que sí ocupa la centralidad de la narración: la descendencia maldita de Caín, el origen de las estructuras de poder que tanto daño han causado y seguirán causando hasta que los creyentes comprometidos seamos capaces de reconocerlas y de acabar con ellas.

4,17-24 La descendencia de Caín. La escena de Caín y Abel está en función de este pasaje, casi nunca tenido en cuenta en la liturgia cristiana. Sin embargo, aquí hay algo verdaderamente importante y, por tanto, no se debe pasar por alto. No se trata de una descendencia en sentido propio, sino más bien de una estirpe anímica y moral. Caín ya había quedado marcado con el sello de la maldición, e inmediatamente nos encontramos con una serie de descendientes suyos, cuyos nombres están estrechamente ligados a lo que hemos llamado los grupos de poder, tan dañinos a lo largo de la historia. Recuérdese que, en la mentalidad semita oriental, el nombre designa el ser de la persona, su condición. Por eso conviene echar un vistazo al sentido etimológico de cada nombre para descubrir lo que este pasaje quiere denunciar y anunciar: cada nombre señala a un grupo que, de un modo u otro, maneja poder, y eso es contrario al querer divino, por ir en contra del respeto debido a la vida del hermano.

18 Henoc engendró a Irad, Irad a Mejuyael, éste a Metusael y éste a Lamec.
19 Lamec tomó dos mujeres: una llamada Ada y otra llamada Sila; 20 Ada dio a luz
a Yabal, el antepasado de los pastores nómadas; 21 su hermano se llamaba Yubal, el
antepasado de los que tocan la cítara y la flauta.
22 Sila, a su vez, dio a luz a Tubalcaín, forjador de herramientas de bronce y hierro; tuvo una hermana que se llamaba Naamá.
23 Lamec dijo a Ada y Sila, sus mujeres:
–Escúchenme, mujeres de Lamec,
pongan atención a mis palabras:
mataré a un hombre por herirme,
a un joven por golpearme.
24 Si la venganza de Caín
valía por siete,
la de Lamec
valdrá por setenta y siete.

Setitas

(1 Cr 1,2-4; Eclo 44,16; 49,16)

25 Adán se unió otra vez a su mujer, que concibió, dio a luz un hijo y lo llamó Set, porque dijo:

–Dios me ha dado otro descendiente a cambio de Abel, asesinado por Caín.

Así pues, Henoc está relacionado con una ciudad que Caín está construyendo (17). La Biblia no condena la ciudad por ser ciudad, sino la estructura de injusticia que representaba la ciudad antigua, ya que era una réplica en miniatura del poder imperial. A causa de ella, los empobrecidos de siempre sufrieron la exclusión, la opresión y la explotación inmisericorde. Queda así condenado el aspecto simbólico del poder opresor que representa la ciudad.

Con Henoc queda también condenado su hijo Irad, nombre que significa «asno salvaje». Tal vez represente el poder opresor de los que acumulan terrenos y heredades, los latifundistas, a quienes podríamos añadir hoy los acaparadores de los recursos naturales. Mejuyael, que significa «Dios es destruido», y Metusael, que se traduce por «hombre ávido de poseer», representan el poder de la codicia y el intento de «destruir» al mismo Dios: el dinero, la autoridad, la sabiduría y el lucro personal son poderes que tantas veces han sido endiosados, convertidos en divinidades que directamente entran en competencia con el Dios de la justicia. En el corazón del codicioso y prepotente nace el deseo de acabar con un Dios que le exige que abra la mano (cfr. Dt 15,7s) y que devuelva al hermano lo que a éste le pertenece en justicia.

También esta clase de gente pertenece a la estirpe maldita de Caín, porque en ningún momento le importa la vida del hermano. Estas personas, consideradas individual o colectivamente, que generan estructuras de dominación, llevan en sí mismos la maldición. Lamec es descrito como el hombre de la violencia sin control (19.23s) y está en relación con quienes a lo largo de la historia no han tenido escrúpulo alguno en derramar sangre y llenar la vida de llanto y de dolor a causa de la venganza desmedida y de la tendencia a cobrarse la justicia por su cuenta.

Yabal es descrito como «el antepasado de los pastores nómadas» (20). La posesión desmedida de ganados se convirtió para algunos en dominio y control económico sobre los demás. Yubal, por su parte, aparece como cabeza de cuantos tocan la cítara y el arpa (21). Los poderosos han fomentado muchas veces en la historia una cultura a su medida, que cante sus fechorías. No es que la Biblia condene a la cultura o sus múltiples formas de manifestarse; la condena es para las estructuras injustas que tantas veces se apropian de los frutos de la cultura y de la ciencia para ponerlos al servicio de sus proyectos de opresión y muerte.

En Tubalcaín, «forjador de herramientas de bronce y hierro» (22), no se condena el trabajo con los metales, sino a quienes convirtieron el descubrimiento del bronce y el hierro en una forma de poder y de opresión. Israel y muchos otros pueblos recordaban el dolor y el sufrimiento causados por los filisteos, los primeros en aprovechar los metales. Cierto que la fabricación de herramientas de trabajo elevó la calidad de vida, pero cuando ya no fueron sólo utensilios sino lanzas, armaduras y carros de combate, las cosas cambiaron radicalmente. Algo tan positivo y útil para la vida se convirtió en un instrumento de violencia y muerte que aún persiste. Esto es lo que la Biblia condena y, en consecuencia, los considera también como hijos de Caín, el padre maldito.

Los nombres de las mujeres citadas están todos en relación con la belleza: Ada significa «adorno» (19); Sila, «aderezo» (19); y Naamá, «preciosa, hermosa» (22). Representan a la mujer sometida al poder del varón, que no presta atención al valor del ser femenino, sino sólo a los atributos externos, como su atractivo o sus joyas. Desde muy antiguo, la Biblia condena este abuso como algo ajeno y distinto al plan original de Dios al crear al hombre y a la mujer a su propia imagen y semejanza (1,26).

4,25–5,32 Setitas. No hay que tomar al pie de la letra ninguno de los datos que nos presenta este pasaje. Algunos han lanzado diversas teorías o interpretaciones para estas cifras tan altas. Hay que ponerlas en conexión con el plan global que están explicando los sabios de Israel respecto al sentido de la historia: la interpretan en clave de fidelidad-infidelidad al plan divino, de adhesión o rechazo al proyecto de vida y justicia de Dios. No se trata, por tanto, de unos personajes que, de hecho, hayan logrado semejante longevidad. La cantidad de años es una manera de cuantificar la calidad de la vida pero, sobre todo, la consistencia de la adhesión o rechazo al plan divino.

26 También Set tuvo un hijo, que se lla-
mó Enós, el primero que invocó el Nombre
del Señor.

5 1 Lista de los descendientes de Adán.
Cuando Dios creó al hombre, lo hizo a
su propia imagen, 2 varón y mujer los creó,
los bendijo y los llamó Adán al crearlos.
3 Cuando Adán cumplió ciento treinta
años, engendró a su imagen y semejanza y
llamó a su hijo Set; 4 después vivió ocho-
cientos años, engendró hijos e hijas, 5 y a la
edad de novecientos treinta años murió.
6 Set tenía ciento cinco años cuando en-
gendró a Enós, 7 después vivió ochocientos
siete años, engendró hijos e hijas, 8 y a la
edad de novecientos doce años murió.
9 Enós tenía noventa años cuando en-
gendró a Quenán; 10 después vivió ocho-
cientos quince años, engendró hijos e hijas,
11 y a la edad de novecientos cinco años
murió.
12 Quenán tenía setenta años cuando en-
gendró a Mahlalel; 13 después vivió ocho-
cientos cuarenta años, engendró hijos e hi-
jas, 14 y a la edad de novecientos diez años
murió.
15 Mahlalel tenía sesenta y cinco años
cuando engendró a Yéred; 16 después vivió
ochocientos treinta años, engendró hijos e
hijas, 17 y a la edad de ochocientos noven-
ta y cinco años murió.
18 Yéred tenía ciento sesenta y dos años
cuando engendró a Henoc; 19 después vivió
ochocientos años, engendró hijos e hijas,
20 y a la edad de novecientos sesenta y dos
años murió.
21 Henoc tenía sesenta y cinco años
cuando engendró a Matusalén; 22 Henoc
trataba con Dios. Después de nacer Matu-
salén, vivió trescientos años, engendró hi-
jos e hijas; 23 vivió un total de trescientos
sesenta y cinco años. 24 Henoc trató con
Dios y después desapareció, porque Dios
se lo llevó.
25 Matusalén tenía ciento ochenta y siete
años cuando engendró a Lamec; 26 después
vivió setecientos ochenta y dos años, en-
gendró hijos e hijas, 27 y a la edad de nove-
cientos sesenta y nueve años murió.
28 Lamec tenía ciento ochenta y dos
años cuando engendró a un hijo, 29 y lo lla-
mó Noé, pues dijo:
–Alivió nuestras tareas y trabajos en la
tierra que maldijo el Señor.
30 Después vivió quinientos noventa y
cinco años, engendró hijos e hijas, 31 y a la
edad de setecientos setenta y siete años
murió.
32 Noé tenía quinientos años cuando en-
gendró a Sem, Cam y Jafet.

Pecado de los hombres
(Eclo 44,17s)

6 1 Cuando los hombres se fueron mul-
tiplicando sobre la tierra y engendra-
ron hijas, 2 los hijos de Dios vieron que las
hijas del hombre eran bellas, escogieron al-
gunas como esposas y se las llevaron.
3 Pero el Señor se dijo:
–Mi espíritu no durará por siempre en el
hombre; puesto que es de carne no vivirá
más que ciento veinte años.
4 En aquel tiempo –es decir, cuando los
hijos de Dios se unieron a las hijas del hom-
bre y engendraron hijos– habitaban la tierra
los gigantes –se trata de los famosos héro-
es de la antigüedad–.
5 Al ver el Señor que en la tierra crecía la
maldad del hombre y que toda su actitud
era siempre perversa, 6 se arrepintió de ha-
ber creado al hombre en la tierra, y le pesó
de corazón. 7 Y dijo el Señor:

Nótese la variación irregular de las edades, cuya intención real es ambientar el relato que sigue, la historia de Noé y el diluvio.

Podríamos decir que una característica de esta lista de personajes que derivan del tronco que sustituyó al asesinado Abel es que son la estirpe de los «buenos», en contraposición al linaje de Caín, que son los «malos». Pues bien, esta descendencia buena es, a la hora de la verdad, la que va a provocar el castigo del diluvio, porque tampoco fue capaz de mantener esa alta calidad de vida que se desprende del proyecto divino sobre la justicia.

6,1-8 Pecado de los hombres. Como si se tratara de una interrupción en la lista de descendientes de Adán, nos encontramos con este relato elaborado sobre una antigua creencia en una raza especial de gigantes que, según la leyenda, provienen de la unión de los «seres celestiales», hijos de Dios, con las hijas de los seres humanos.

El análisis crítico de la historia que desarrollan estos capítulos enfoca ahora los comportamientos negativos de los humanos que han traído como consecuencia la aparición del mal en el mundo. Este relato, patrimonio cultural de algunos pueblos antiguos vecinos de Is-

–Borraré de la superficie de la tierra al
hombre que he creado; al hombre con los
cuadrúpedos, reptiles y aves, porque me
arrepiento de haberlos hecho.
8 Pero Noé alcanzó el favor del Señor.

El diluvio: Dios, Noé y su familia

9 Descendientes de Noé: Noé fue en su
época un hombre recto y honrado, y trata-
ba con Dios, 10 y engendró tres hijos: Sem,
Cam y Jafet.
11 La tierra estaba corrompida ante Dios
y llena de crímenes. 12 Dios vio la tierra co-
rrompida, porque todos los vivientes de la
tierra se habían corrompido en su proceder.
13 Y Dios dijo a Noé:
–Veo que todo lo que vive tiene que ter-
minar, porque por su culpa la tierra está lle-
na de crímenes; los voy a exterminar con la
tierra. 14 Tú fabrícate un arca de madera re-
sinosa con compartimientos, y recúbrela
con brea por dentro y por fuera. 15 Sus di-
mensiones serán: ciento cincuenta metros
de largo, veinticinco de ancho y quince de
alto. 16 Hazle una ventana a medio metro
del techo; una puerta al costado y tres pi-
sos superpuestos. 17 Voy a enviar el diluvio
a la tierra, para que extermine a todo vi-
viente que respira bajo el cielo; todo lo que
hay en la tierra perecerá. 18 Pero contigo
estableceré una alianza: Entra en el arca
con tu mujer, tus hijos y sus mujeres.
19 Toma una pareja de cada viviente, es de-
cir, macho y hembra, y métela en el arca,
para que conserve la vida contigo: 20 pája-
ros por especies, cuadrúpedos por espe-

---

rael, sirve al redactor para describir otro flagelo que sufrió el pueblo, los hijos de la prostitución sagrada, práctica muy común en todo este territorio del Cercano Oriente. Los descendientes de estas uniones reclamaban unos privilegios especiales que por supuesto no tenían, pero que ellos hacían valer como legítimos, lo cual traía como consecuencia más opresión y empobrecimiento al pueblo.

Este relato también puede reflejar el recuerdo doloroso de las injusticias cometidas por la familia real. Recuérdese que el rey era tenido como el «hijo de Dios»; podemos suponer que sus hijos reclamaban muchos privilegios que representaban una pesada carga para el pueblo, otra actitud totalmente contraria al plan divino de justicia y de igualdad.

Este relato nos introduce en la historia de Noé. Aumenta la tensión entre el plan armónico y bondadoso de Dios y la infidelidad y corrupción humanas, es decir, el rechazo libre y voluntario de ese plan. La Biblia lo llama corrupción y pecado. Al verlo, Dios se «arrepiente» de haber creado (6). Este pasaje tampoco hay que tomarlo al pie de la letra. No olvidemos que los autores sagrados se valen de muchas imágenes para desarrollar una idea o un pensamiento, porque quieren y buscan que sus destinatarios primeros los entiendan perfectamente.

6,9–8,22 El diluvio: Dios, Noé y su familia. El castigo va dirigido contra la estirpe setita, es decir, los descendientes de Set, el hermano de Abel, supuestamente la rama «buena» de la familia humana, no portadora de maldición, sino de bendición. Caín y su descendencia fueron declarados malditos por sus actitudes fratricidas. Sin embargo, los males de la humanidad no sólo tienen como culpables a esos grupos de poder que no respetan la vida; también el linaje «bueno» es responsable del fracaso del plan de Dios. Ése es el meollo de todo este pasaje.

Si leemos de corrido este relato, nos encontramos con repeticiones y datos difíciles de confirmar y de compaginar. No olvidemos que detrás de cada detalle hay un complejo mundo cargado de simbolismo. La narración se basa en un antiguo mito mesopotámico, pero adaptado aquí con una finalidad muy distinta a la del original, y con causas y motivos también muy distintos. Se conocen mitos de inundaciones universales de origen sumerio, acadio y sirio, pero dichos materiales reciben una nueva interpretación por parte de Israel. El relato bíblico parece muy antiguo; los especialistas rastrean en el texto actual la mano redaccional de tres de las cuatro grandes fuentes: la yahvista (**J**), la elohista (**E**) y la sacerdotal (**P**). Ésta última (**P**), fue la que le dio forma definitiva y, por eso, es la que más deja sentir su influencia.

De nuevo, un relato mítico se pone al servicio del análisis crítico de la historia del pueblo al ilustrar su tesis sobre la absoluta responsabilidad del ser humano en los males del pueblo y de la humanidad. En la dinámica de estos once primeros capítulos del Génesis, la narración sobre el diluvio viene a ser una autocrítica de Israel, que ha fracasado, «naufragado», en su vocación al servicio de la justicia y de la vida. También Israel como pueblo elegido, se dejó dominar por la tendencia acaparadora y egoísta del ser humano y terminó hundiéndose en el fracaso.

Desde esta perspectiva, no es necesario ni trae ningún beneficio a la fe preguntarnos por la veracidad histórica del diluvio, ni por la existencia real de Noé y de su arca. Si nos ubicamos en el punto de vista del escritor sagrado y en el contexto sociohistórico y religioso donde adquiere su forma actual este antiguo mito, la preocupación por la verificación y comprobación de esas cuestiones es inexistente. Tanto el lector como el oyente prestaban atención a lo que quiso decir el redactor, esto es, que el abandono de la justicia y del compromiso con la vida trae como consecuencia verdaderas catástrofes. La fe debe crecer al mismo ritmo que nuestra apuesta por la vida y la justicia.

cies, reptiles por especies; de cada una en-
trará una pareja contigo para conservar la
vida. 21 Reúne toda clase de alimentos y al-
macénalos para ti y para ellos.
22 Noé hizo todo lo que le mandó Dios.

7 1 El Señor dijo a Noé:
–Entra en el arca con toda tu familia,
porque tú eres el único hombre honrado
que he encontrado en tu generación. 2 De
cada animal puro toma siete parejas, ma-
cho y hembra; de los no puros, una pareja,
macho y hembra; 3 y lo mismo de los pája-
ros, siete parejas, macho y hembra, para
que conserven la especie en la tierra.
4 Dentro de siete días haré llover sobre la
tierra cuarenta días con sus noches, y bo-
rraré de la superficie de la tierra a todos los
seres que he creado.
5 Noé hizo todo lo que le mandó el Se-
ñor. 6 Tenía Noé seiscientos años cuando
vino el diluvio a la tierra.
7 Noé entró en el arca con sus hijos, mu-
jer y nueras, refugiándose del diluvio. 8 De
los animales puros e impuros, de las aves y
reptiles, 9 entraron parejas en el arca detrás
de Noé, como Dios se lo había mandado.
10 Pasados siete días vino el diluvio a la tie-
rra. 11 Tenía Noé seiscientos años cuando
reventaron las fuentes del océano y se
abrieron las compuertas del cielo. Era
exactamente el diecisiete del mes segundo.
12 Estuvo lloviendo sobre la tierra cua-
renta días con sus noches. 13 Aquel mismo
día entró Noé en el arca con sus hijos, Sem,
Cam y Jafet, su mujer, sus tres nueras, 14 y
también animales de toda clase: cuadrúpe-
dos por especies, reptiles por especies y
aves por especies –pájaros de todo pluma-
je–; 15 entraron con Noé en el arca parejas
de todos los vivientes que respiran, 16 en-
traron macho y hembra de cada especie,
como lo había mandado Dios. Y el Señor
cerró el arca por fuera.
17 El diluvio cayó durante cuarenta días
sobre la tierra. El agua, al crecer, levantó el
arca, de modo que iba más alta que el sue-
lo. 18 El agua subía y crecía sin medida so-
bre la tierra, y el arca flotaba sobre el agua,
19 el agua crecía más y más sobre la tierra,
hasta cubrir las montañas más altas bajo el
cielo; 20 el agua alcanzó una altura de siete
metros y medio por encima de las monta-
ñas. 21 Y perecieron todos los seres vivien-
tes que se mueven en la tierra: aves, gana-
do y fieras y todo lo que habita en la tierra;
y todos los hombres. 22 Todo lo que respira
por la nariz con aliento de vida, todo lo que
había en la tierra firme, murió. 23 Quedó bo-
rrado todo lo que se levanta sobre el suelo;
hombres, ganado, reptiles y aves del cielo
fueron borrados de la tierra; sólo quedó
Noé y los que estaban con él en el arca.
24 El agua dominó sobre la tierra ciento
cincuenta días.

8 1 Entonces Dios se acordó de Noé y
de todas las fieras y ganado que esta-
ban con él en el arca; hizo soplar el viento
sobre la tierra, y el agua comenzó a bajar;
2 se cerraron las fuentes del océano y las
compuertas del cielo, y cesó la lluvia del
cielo. 3 El agua se fue retirando de la tierra
y disminuyó, de modo que a los ciento cin-
cuenta días, 4 el día diecisiete del mes sép-
timo, el arca encalló en los montes de Ara-
rat.
5 El agua fue disminuyendo hasta el mes
décimo, y el día primero de ese mes aso-
maron los picos de las montañas. 6 Pasados
cuarenta días, Noé abrió la ventana que ha-
bía hecho en el arca 7 y soltó el cuervo, que
voló de un lado para otro, hasta que se
secó el agua en la tierra. 8 Después soltó la
paloma, para ver si las aguas ya habían ba-
jado. 9 La paloma, no encontrando dónde
posarse, volvió al arca con Noé, porque to-
davía había agua sobre la superficie. Noé
alargó el brazo, la agarró y la metió con él
en el arca. 10 Esperó otros siete días y de
nuevo soltó la paloma desde el arca; 11 ella
volvió al atardecer con una hoja de olivo
arrancada en el pico. Noé comprendió que
la tierra se iba secando; 12 esperó otros sie-
te días, y soltó la paloma, que ya no volvió.
13 El año seiscientos uno, el día primero
del primer mes se secó el agua en la tierra.
Noé abrió la ventana del arca, miró y vio
que la superficie estaba seca; 14 el día die-
cisiete del mes segundo la tierra estaba
seca.
15 Entonces dijo Dios a Noé:
16 –Sal del arca con tus hijos, tu mujer y
tus nueras; 17 todos los seres vivientes que

estaban contigo, todos los animales, aves,
cuadrúpedos o reptiles, hazlos salir contigo,
para que se vayan por toda la tierra y crez-
can y se multipliquen en la tierra.
18 Salió Noé, con sus hijos, su mujer y
sus nueras; 19 y todos los animales, cuadrú-
pedos, aves y reptiles salieron por grupos
del arca.
20 Noé construyó un altar al Señor, tomó
animales y aves de toda especie pura y los
ofreció en holocausto sobre el altar.
21 El Señor olió el aroma agradable y se
dijo:
–No volveré a maldecir la tierra a causa
del hombre. Sí, el corazón del hombre se
pervierte desde la juventud; pero no volve-
ré a matar a los vivientes como acabo de
hacerlo. 22 Mientras dure la tierra no han de
faltar siembra y cosecha, frío y calor, vera-
no e invierno, día y noche.

Alianza de Dios con Noé

9 1 Dios bendijo a Noé y a sus hijos di-
ciéndoles:
–Sean fecundos,
multiplíquense y llenen la tierra.
2 Ante ustedes
todos los animales de la tierra
sentirán temor y respeto:
aves del cielo, reptiles del suelo,
peces del mar, están en sus manos.
3 Todo lo que vive y se mueve
les servirá de alimento:
yo se los entrego
lo mismo que los vegetales.
4 Pero no coman carne con sangre,
que es su vida.
5 Yo pediré cuentas de la sangre
y la vida de cada uno de ustedes,
se las pediré a cualquier animal;
y al hombre le pediré cuentas
de la vida de su hermano.
6 Si uno derrama
la sangre de un hombre,
otro hombre derramará su sangre;
porque Dios
hizo al hombre a su imagen.
7 Ustedes, sean fecundos
y multiplíquense,
llenen la tierra y domínenla.
8 Dios dijo a Noé y a sus hijos:
9 –Yo hago una alianza con ustedes y
con sus descendientes, 10 con todos los ani-
males que los acompañaron: aves, ganado
y fieras; con todos los que salieron del arca
y ahora viven en la tierra.
11 Hago alianza con ustedes: El diluvio
no volverá a destruir la vida ni habrá otro
diluvio que destruya la tierra.
12 Y Dios añadió:
–Ésta es la señal de la alianza que hago
con ustedes y con todos los seres vivientes
que viven con ustedes, para todas las eda-
des: 13 Pondré mi arco en el cielo, como se-
ñal de alianza con la tierra.
14 Cuando yo envíe nubes sobre la tierra,
aparecerá en las nubes el arco, 15 y recor-
daré mi alianza con ustedes y con todos los
animales, y el diluvio no volverá a destruir
los vivientes. 16 Saldrá el arco en las nubes,
y al verlo recordaré mi alianza perpetua:
Alianza de Dios con todos los seres vivos,
con todo lo que vive en la tierra.
17 Dios dijo a Noé:
–Ésta es la señal de la alianza que hago
con todo lo que vive en la tierra.

Los hijos de Noé

18 Los hijos de Noé que salieron del arca
eran Sem, Cam y Jafet –Cam es antepasa-
do de Canaán–. 19 Éstos son los tres hijos
de Noé que se propagaron por toda la tie-
rra. 20 Noé, que era labrador, fue el primero
que plantó una viña. 21 Bebió el vino, se
emborrachó y se desnudó en medio de su
tienda de campaña. 22 Cam –antecesor de

9,1-17 Alianza de Dios con Noé. Como al inicio de la creación (1,1–2,4a), Dios bendice la obra creada y, de un modo muy especial, a todos los seres vivientes (1-3), y confía a Noé y a su familia –como a la primera pareja– el cuidado y la administración del resto de la creación. Pero hay un énfasis especial en la responsabilidad con el hermano. De una vez sienta el Señor su posición respecto a la violación del derecho a la vida de cada ser viviente, pero especialmente del hermano (5s).

Los versículos 8-17 nos presentan la alianza de Dios con Noé. Pese a que esta narración aparece en el texto antes de que se hable de Abrahán y de la alianza con él y su descendencia (15,1-21) y mucho antes de que se hable de la alianza en el Sinaí (Éx 19–24), en realidad se trata de un texto de alianza muchísimo más reciente que los dos anteriores textos citados. Se trata de la alianza «noáquica», cuyo signo es el arco iris. La escuela sacerdotal (**P**), preocupada por rescatar la identidad de Israel y su exclusividad en el mundo,

Canaán– vio la desnudez de su padre y sa-
lió a contárselo a sus hermanos. 23 Sem y
Jafet tomaron una capa, se la echaron so-
bre los hombros de ambos y caminando de
espaldas cubrieron la desnudez de su pa-
dre. Vueltos de espaldas, no vieron la des-
nudez de su padre. 24 Cuando se le pasó la
borrachera a Noé y se enteró de lo que le
había hecho su hijo menor, 25 dijo:
–¡Maldito Canaán! Sea siervo de los sier-
vos de sus hermanos.

26 Y añadió:
–¡Bendito sea el Señor Dios de Sem! Ca-
naán será su siervo.
27 Agrande Dios a Jafet, habite en las
tiendas de Sem. Canaán será su siervo.
28 Noé vivió después del diluvio trescien-
tos cincuenta años, 29 y a la edad de nove-
cientos cincuenta murió.

Noaquitas: tabla de los pueblos
(1 Cr 1,5-23)

10 1 Descendientes de los tres hijos de
Noé, Sem, Cam y Jafet, nacidos
después del diluvio:
2 Descendientes de Jafet: Gómer, Ma-
gog, Maday, Yaván, Tubal, Mésec y Tirás.
3 Descendientes de Gómer: Asquenaz, Rifat
y Togarma. 4 Descendientes de Yaván: ala-
sios, tartaseos, queteos, rodenses. 5 De
ellos se separaron los pueblos marítimos.
Hasta aquí los descendientes de Jafet,
cada uno con tierra y lenguas propias, por
familias y pueblos.
6 Descendientes de Cam: Nubia, Egipto,
Put y Canaán. 7 Descendientes de Nubia:
Sebá, Javilá, Sabtá, Ramá y Sabtecá. Des-
cendientes de Ramá: Sebá y Dedán. 8 Nu-
bia engendró a Nemrod, el primer soldado
del mundo; 9 fue, según el Señor, un intré-
pido cazador, de donde el dicho: intrépido
cazador, según el Señor, como Nemrod.
10 Las capitales de su reino fueron Babel,
Erec, Acad y Calno en territorio de Senaar.
11 De allí procede Asur, que construyó Níni-
ve, Rejobot-Ir, Calaj 12 y Resen entre Nínive
y Calaj; ésta última es la mayor. 13 Egipto
engendró a los lidios, anamitas y lehabitas,
naftujitas, 14 patrositas, caslujitas y creten-
ses, de los que proceden los filisteos. 15 Ca-
naán engendró a Sidón, su primogénito, y a
Het 16 y también a los jebuseos, amorreos,
guirgaseos, 17 heveos, arquitas, sinitas,
18 arvadeos, semareos y jamateos. Después
se dividieron las familias de Canaán; 19 el
territorio cananeo se extendía desde Sidón

no puede negar que la paternal preocupación de Dios se extiende a toda la humanidad.

Hay una explicación para que se incluyera este texto. Después del exilio ya está prácticamente consolidada en Israel la creencia monoteísta (cfr. Is 44,5-8) y la consiguiente paternidad universal de Dios (Is 56,3-8); pero, por otro lado, la conciencia multisecular de los israelitas de ser el pueblo elegido se resiste a aceptar que el resto de los humanos sin excepción esté en el mismo plano de igualdad. Al cobijar a la humanidad entera bajo la alianza con Noé se afirma la paternidad general de Dios sobre todos los seres vivos. El signo, también universal, es el arco iris, pero Israel está mucho más cerca de Dios, ocupa un lugar destacado en su relación con Él por la alianza hecha con Abrahán, cuyo signo es mucho más íntimo, una impronta que se lleva en la carne: la circuncisión (17,10s).

Esta diferencia entre Israel y el resto de la humanidad va a quedar derogada en Jesús. En Él quedan abolidas todas las formas de división y separación entre pueblos y creyentes. En adelante, lo único que establece diferencias entre los fieles es el amor y la práctica de la justicia, la escucha de la Palabra de Dios y su puesta en práctica (cfr. Lc 11,28). Esta supresión queda perfectamente ilustrada con el pasaje de la ruptura del velo del templo que nos narran Marcos y Mateo tras la muerte del Señor (Mt 27,51; Mc 15,38). El mismo Pablo anuncia con vehemencia el fin de toda división y distinción (cfr. Gál 3,28; Col 3,11).

9,18-29 Los hijos de Noé. Este pasaje anticipa la narración de la descendencia de Noé del siguiente capítulo, e intenta explicar las relaciones internacionales de Israel a lo largo de su historia. Se trata de un relato etiológico, cuyo fin es explicar las causas de una realidad o de un fenómeno que se está viviendo en el presente y cuyo origen «histórico» es desconocido. La explicación se pone siempre bajo la autoridad de Dios para que aparezca como algo que procede de la misma voluntad divina. Sin embargo, una interpretación en clave de justicia nos revela de inmediato que, en la mente recta de Dios, no cabe la separación entre los pueblos y mucho menos el sometimiento de unos por otros. También es necesario iluminar este pasaje, como el de la alianza con Noé (9,8-17), con las palabras y la praxis de Jesús. Dicho de otro modo, hay que leerlo a la luz de la nueva alianza establecida por Jesús.

10,1-32 Noaquitas: tabla de los pueblos. Quienes están haciendo este enorme trabajo de analizar críticamente la historia de Israel y del mundo dan un paso más en la búsqueda de los verdaderos responsables del mal en la historia. Ahora, el análisis se centra en el conjunto de naciones, pero de un modo particular en

hasta Guerar y Gaza; siguiendo después
por Sodoma, Gomorra, Adamá y Seboín,
junto a Lasa.
20 Hasta aquí los hijos de Cam, por fami-
lias y lenguas, territorios y naciones.
21 También engendró hijos Sem, herma-
no mayor de Jafet y padre de los hebreos.
22 Descendientes de Sem: Elam, Asur, Arfa-
xad, Lud y Aram. 23 Descendientes de
Aram: Us, Jul, Guéter y Mésec. 24 Arfaxad
engendró a Sélaj y éste a Héber. 25 Héber
engendró dos hijos: uno se llamó Péleg,
porque en su tiempo se dividió la tierra; su
hermano se llamó Yoctán. 26 Yoctán engen-
dró a Almodad, Sélef, Jasarmaut, Yéraj,
27 Hadorán, Uzal, Diclá, 28 Obel, Abimael,
Sebá, 29 Ofir, Javilá y Yobab: todos descen-
dientes de Yoctán. 30 Su territorio se exten-
día desde Mesa hasta Sefar, la montaña
oriental.
31 Hasta aquí los descendientes de Sem,
por familias, lenguas, territorios y naciones.
32 Hasta aquí las familias descendientes
de Noé, por naciones; de ellas se ramifica-
ron las naciones del mundo después del di-
luvio.

La torre de Babel
(Hch 2,1-11)

11 1 El mundo entero hablaba la misma
lengua con las mismas palabras.
2 Al emigrar de oriente, encontraron una lla-
nura en el país de Senaar, y se establecie-
ron allí. 3 Y se dijeron unos a otros:
–Vamos a preparar ladrillos y a cocerlos
–empleando ladrillos en vez de piedras y al-
quitrán en vez de cemento–.
4 Y dijeron:
–Vamos a construir una ciudad y una to-
rre que alcance al cielo, para hacernos fa-

---

las grandes y poderosas que con sus proyectos de muerte oprimieron y humillaron tantas veces a los pueblos más pequeños. Nótese que las naciones de las cuales Israel tiene los más dolorosos recuerdos están en relación directa con Cam, el hijo maldito de Noé.

Bajo ningún concepto es posible atribuir un valor literal a este relato. Estamos ante el género literario llamado «genealogía», cuya intención no es dar un informe históricamente verificable, sino establecer las ramificaciones de una descendencia que se multiplica en el mundo de acuerdo con una clasificación muy particular. Tampoco aquí, como en el caso de los hijos de Caín (4,17-24), se trata de una descendencia biológica. Los nombres mencionados hacen referencia a pueblos, islas y naciones que se desprenden de un tronco común, Noé, signo de la vida en medio del panorama de muerte que representa el diluvio. Su misión y sentido en el mundo era crecer, multiplicarse, poblar la tierra, administrarla (cfr. 9,7), pero nunca fueron fieles a esa misión que Dios les había confiado. Así, este género literario sirve para enmarcar y expresar lo que los redactores del Pentateuco quieren decir al «resto de Israel»: que en la praxis del mal en el mundo, las naciones, especialmente las grandes y poderosas, tienen la responsabilidad mayor.

Nótese que los redactores no dividen el mundo en cuatro partes, como es habitual, sino que lo dividen en tres para expresar las relaciones de Israel con los demás pueblos: un tercio del mundo, descendiente de Jafet, son pueblos marítimos (5), lejanos, desconocidos y, por tanto, neutrales en relación con Israel. Otro tercio está compuesto por los descendientes de Cam, el hijo que se hizo merecedor de la maldición por no haber respetado a su padre. Las relaciones que establece con la descendencia de Cam, es decir, con las naciones que proceden de este tronco maldito, son negativas. Aquí están incluidos los países que más dolor y muerte ocasionaron a Israel: Babilonia, Egipto, Asiria y los cananeos. Estas grandes naciones también merecen ser juzgadas por su responsabilidad directa en las grandes catástrofes históricas. El otro tercio del mundo está conformado por los descendientes de Sem, los semitas. Son los pueblos del desierto que participan de un fondo histórico común que, de un modo u otro, los acerca. Son pueblos hermanos por sanguinidad y por su suerte histórica. Éste debería ser el criterio para una búsqueda de la paz en el Cercano Oriente actual, no la lucha ni la exclusión del territorio.

El número total de pueblos y naciones que descienden de los tres hijos de Noé es de setenta, número perfecto para la mentalidad hebrea. No se quiere decir con ese número que el mundo y su historia sean perfectos; se busca consolar y animar al pueblo diciéndole que, pese a los dolores y las tragedias de la historia ocasionados por el egoísmo y por la «adamacidad» de tiranos, grupos de poder y de naciones poderosas, pese a todo ello, el mundo y la historia están en manos de Dios. En esto consiste la perfección, en que la historia y el mundo no se han escapado de las manos de Dios.

11,1-9 La torre de Babel. Con el relato de la torre de Babel queda completado el círculo del análisis crítico que los sabios de Israel han tenido que hacer de su propia historia. En este recorrido quedan al descubierto varias claves que sirven para comprender el pasado y la acción del mal en él: el ser humano es el origen de todos los males en la historia cuando impone su egoísmo y su propio interés sobre los demás (3,1-24); los ambiciosos se asocian con otros formando grupos de poder para excluir, dominar y oprimir

mosos y para no dispersarnos por la superficie de la tierra.
[5] El Señor bajó a ver la ciudad y la torre
que estaban construyendo los hombres; [6] y
se dijo:
–Son un solo pueblo con una sola lengua. Si esto no es más que el comienzo de su actividad, nada de lo que decidan hacer les resultará imposible. [7] Vamos a bajar y a
confundir su lengua, de modo que uno no entienda la lengua del prójimo.
[8] El Señor los dispersó por la superficie
de la tierra y dejaron de construir la ciudad.
[9] Por eso se llama Babel, porque allí confundió el Señor la lengua de toda la tierra, y desde allí los dispersó por la superficie de la tierra.

Semitas
(1 Cr 1,24-27)

[10] Descendientes de Sem:
Tenía Sem cien años cuando engendró a Arfaxad, dos años después del diluvio;
[11] después vivió quinientos años, y engendró hijos e hijas.
[12] Tenía Arfaxad treinta y cinco años
cuando engendró a Sélaj; [13] después vivió
cuatrocientos tres años, y engendró hijos e hijas.
[14] Tenía Sélaj treinta años cuando en-
gendró a Héber; [15] después vivió cuatrocientos tres años, y engendró hijos e hijas.
[16] Tenía Héber treinta y cuatro años cuan-
do engendró a Péleg; [17] después vivió cuatrocientos treinta años, y engendró hijos e hijas.

(4,17-24); el mismo pueblo de Israel traicionó su vocación fundamental a la vida y a su defensa (6–9); las restantes naciones, especialmente las que crecieron y se hicieron grandes, lo hicieron a costa de los más débiles (10,1-32).

Ahora se cuestiona por medio de este relato el papel de las estructuras política y religiosa en la historia. Una interpretación tradicional y simplista nos enseñó que este pasaje explica el origen de la diversidad de pueblos, culturas y lenguas como un castigo de Dios contra quienes supuestamente «hablaban una sola lengua». En realidad, el texto es más profundo de lo que parece y puede ser de gran actualidad si lo leemos a la luz de las circunstancias sociohistóricas en que se escribió. El texto hebreo no nos dice que «el mundo entero hablaba la misma lengua con las mismas palabras». Dice, literalmente, que «toda la tierra era un único labio», expresión que nos resulta un poco extraña y que los traductores han tenido que verter a las lenguas actuales para hacerla comprensible a los lectores, pero dejando de percibir la gran denuncia que plantea el texto original y la luz que arroja para la realidad que viven hoy nuestros pueblos y culturas.

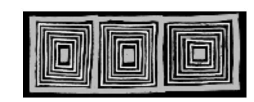
En diferentes literaturas del Antiguo Oriente, los arqueólogos han hallado textos que contienen esta misma expresión y cuyo sentido es la dominación única impuesta por un solo señor, el emperador. Mencionemos sólo un testimonio arqueológico extrabíblico, el prisma de Tiglat-Pilésar (1115-1077 a.C.), que dice: «Desde el principio de mi reinado, hasta mi quinto año de gobierno, mi mano conquistó por todo 42 territorios y sus príncipes; desde la otra orilla del río Zab inferior, línea de confín, más allá de los bosques de las montañas, hasta la otra orilla del Éufrates, hasta la tierra de los hititas y el Mar del Occidente, yo los convertí en una única boca, tomé rehenes y les impuse tributos». Nótese que la expresión «una única boca» no tiene nada que ver con cuestiones de tipo idiomático, pero sí tiene que ver con el aspecto político. Se trata de la imposición por la fuerza de un mismo sistema económico, el tributario. Así pues, nuestro texto hace referencia a la realidad que vivía «el mundo entero», sometida a una única boca, esto es, a un único amo y señor, cuyo lenguaje era el de la conquista y la dominación. Todo pueblo derrotado era sometido a la voluntad del tirano: sus doncellas, violadas y reducidas a servidumbre; sus jóvenes, asesinados o esclavizados; sus instituciones, destruidas; sus líderes, desterrados o muertos; sus tierras, saqueadas; sus tesoros, robados; la población superviviente, obligada a pagar tributo anual al conquistador. Bajo esta perspectiva, nuestro texto no revela tanto un castigo de Dios cuanto su oposición a las prácticas imperialistas.

El último piso de las torres –de las que construían los conquistadores como signo de poder– estaba destinado a la divinidad. Era algo así como una cámara nupcial, completamente vacía, a la que la divinidad bajaba para unirse con el artífice de la torre. Semejante edificación no la construía cualquiera: era el símbolo de poder de un imperio. Anualmente, mediante una liturgia especial, se le hacía creer al pueblo que la divinidad descendía a la cúspide para unirse a la estructura dominante, para bendecirla. Así, los pueblos sometidos pensaban que la divinidad estaba de parte de su opresor. En realidad, se trataba de una creencia ingenua y alienante, fruto de una religión vendida al sistema.

Nuestro relato denuncia y corrige dicha creencia. El Señor desciende desde el cielo, pero no para unirse al poder que ha construido la torre; baja para destruirla y, de paso, liberar a los pueblos del sometimiento y de la servidumbre. No se trata, pues, de un castigo, sino de un acto liberador de Dios.

A la luz del profundo sentido que encierra esta historia, el creyente de hoy tiene la herramienta apropiada para releer críticamente la realidad político-religiosa que vive. Desde hace algunos años, el mundo camina hacia una forma de globalización. Pero, ¿se trata de un proyecto que de veras beneficia a todos los pueblos por igual? ¿Qué papel están jugando en

18 Tenía Péleg treinta años cuando en-
gendró a Reú; 19 después vivió doscientos
nueve años, y engendró hijos e hijas.
20 Tenía Reú treinta y dos años cuando
engendró a Sarug; 21 después vivió dos-
cientos siete años, y engendró hijos e hi-
jas.
22 Tenía Sarug treinta años cuando en-
gendró a Najor; 23 después vivió doscientos
años, y engendró hijos e hijas.
24 Tenía Najor veintinueve años cuando
engendró a Téraj; 25 después vivió ciento
diecinueve años, y engendró hijos e hijas.
26 Tenía Téraj setenta años cuando en-
gendró a Abrán, Najor y Harán.
27 Descendientes de Téraj: Téraj engen-
dró a Abrán, Najor y Harán; Harán engen-
dró a Lot.
28 Harán murió viviendo aún su padre,
Téraj, en su tierra natal, en Ur de los cal-
deos.
29 Abrán y Najor se casaron: la mujer de
Abrán se llamaba Saray; la de Najor era Mil-
cá, hija de Harán, padre de Milcá y Yiscá.
30 Saray era estéril y no tenía hijos.
31 Téraj tomó a Abrán, su hijo; a Lot, su
nieto, hijo de Harán; a Saray, su nuera, mu-
jer de su hijo Abrán, y con ellos salió de Ur
de los caldeos en dirección a Canaán; lle-
gado a Jarán, se estableció allí.
32 Téraj vivió doscientos cinco años y
murió en Jarán.



este proceso las estructuras económica, política y religiosa, y al servicio de quién se encuentran? ¿De los más débiles? ¿Respeta el proyecto de globalización la identidad cultural, política, económica, religiosa y nacional de cada pueblo? El papel de la religión es decisivo, tanto en los procesos de concienciación como de alienación del pueblo, así que deberíamos utilizar este pasaje para enjuiciar la globalización actual y no tener que lamentarlo más adelante.

11,10-32 Semitas. Una vez más, la corriente sacerdotal (**P**) nos presenta una nueva genealogía. La intención es presentar los orígenes remotos de Abrahán, padre de los semitas. Por supuesto, se trata de un artificio literario que no se puede tomar al pie de la letra. La finalidad del relato es anticipar la historia de Abrahán y su familia y obedece por tanto a la tendencia de la corriente sacerdotal de «dotar» de un origen genealógico a sus personajes.

CICLO PATRIARCAL

En este punto comienzan la historia y las tradiciones del pueblo, tantas veces contadas y recontadas en las asambleas y fiestas religiosas, tantas veces revisadas y replanteadas para no perder el norte en medio de los sucesos de la historia. A través de leyendas, aventuras y sagas sobre personajes antiguos, muchos grupos humanos, unos más grandes, otros más pequeños, se fueron configurando como un pueblo, como una única familia procedente de un único tronco, Abrahán, padre de todos. En los momentos críticos por los que pasaron estos «descendientes» de Abrahán recurrían a las tradiciones sobre sus padres, a sus acciones y aventuras en uno u otro lugar del territorio, a sus palabras y, sobre todo, a las situaciones concretas en las que transmitieron aquello que movió a Abrahán a salir de su tierra y de su parentela para establecerse en Canaán: la promesa de Dios y su bendición.

Pues bien, a este inicio de la «Historia» de Israel le faltaba algo, y era la «historia» de los orígenes del mundo. Como queda dicho en la Introducción al Pentateuco, las circunstancias históricas vividas por Israel en el siglo VI a.C. lo pusieron a un paso de desaparecer, pero la tenacidad de unos cuantos dirigentes religiosos lograron formar de nuevo la mentalidad e identidad del pueblo. Ya no se aferran sólo a cuanto se contaba sobre los patriarcas, sino al plan de Dios «desde el principio».

De este modo, la escuela sacerdotal (**P**) logra varios propósitos: en primer lugar, ampliar el horizonte histórico hasta los orígenes mismos de la humanidad y del mundo para enmarcar la historia de Israel dentro de la universal, en la cual Dios se hace presente para quedarse de manera definitiva con este pueblo especialmente elegido y bendecido. Pero, además, logra el otro propósito que hemos venido resaltando: dota de unas claves de interpretación a esa sucesión de hechos y experiencias, a esos personajes y a sus acciones, y así puede comprender cada situación del pasado y afrontar con mayor eficacia y sentido el futuro. Eso es lo que hizo la escuela sacerdotal de los primeros once capítulos del Génesis, una clave para poder leer y entender lo que sigue de aquí en adelante: la historia de los patriarcas, la historia de la elección del pueblo, de su esclavitud en Egipto y su liberación, la travesía por el desierto (Éxodo–Números), la conquista y posesión de la tierra (Josué) y la evolución socio-política en ella (Jueces–2 Reyes).

En términos muy simples podríamos decir que, con esta herramienta, el pueblo tenía con qué juzgar los hechos y a sus protagonistas: cuando se ajustaron al plan divino de justicia y de vida, las cosas funcionaron muy bien; pero cuando se dejaron atrapar por el egoísmo, la codicia y la sed de poder y de dominio, la historia tomó otro rumbo, aunque no se vieran al instante los resultados negativos.

He ahí por qué la Biblia nunca oculta los comportamientos negativos o contrarios a la voluntad divina de ninguno de sus personajes, ni siquiera de figuras tan venerables como los patriarcas. Es que todos, absolutamente todos, han de pasar –y hemos de pasar– por este criterio de juicio, que es la justicia.

CICLO PATRIARCAL: ABRAHÁN

Vocación de Abrán
(Eclo 44,19-21; Heb 11,8-10)

12 1 El Señor dijo a Abrán:
–Sal de tu tierra nativa
y de la casa de tu padre,
a la tierra que te mostraré.
2 Haré de ti un gran pueblo,
te bendeciré, haré famoso tu nombre,
y servirá de bendición.
3 Bendeciré a los que te bendigan,
maldeciré a los que te maldigan.
En tu nombre se bendecirán
todas las familias del mundo.

4 Abrán marchó, como le había dicho el
Señor, y con él marchó Lot. Abrán tenía se-
tenta y cinco años cuando salió de Jarán.

5 Abrán llevó consigo a Saray, su mujer;
a Lot, su sobrino; todo lo que había adqui-
rido y todos los esclavos que había ganado
en Jarán. Salieron en dirección de Canaán
y llegaron a la tierra de Canaán.

6 Abrán atravesó el país hasta la región
de Siquén y llegó a la encina de Moré –en
aquel tiempo habitaban allí los cananeos–.
7 El Señor se apareció a Abrán y le dijo:
–A tu descendencia le daré esta tierra.
Él construyó allí un altar en honor del
Señor, que se le había aparecido.
8 Desde allí continuó hacia las montañas
al este de Betel, y estableció allí su campa-
mento, con Betel al oeste y Ay al este;
construyó allí un altar al Señor e invocó el
Nombre del Señor.
9 Abrán se trasladó por etapas al Ne-
gueb.

Abrán en Egipto
(20; 26,1-11)

10 Pero sobrevino una carestía en el país
y, como había mucha hambre, Abrán bajó
a Egipto para residir allí.
11 Cuando estaba llegando a Egipto, dijo
a Saray, su mujer:

12,1-9 Vocación de Abrán. Dios irrumpe en la historia de un desconocido hasta ahora en la Biblia, que es, en definitiva, prototipo de la irrupción de Dios en la conciencia humana. Dios llama y su llamado pone en movimiento al elegido. Lo desestabiliza en cierto modo. A partir de ese momento, su vida adquiere una nueva dimensión.

Los datos históricos de las poblaciones de esta región que se mencionan aquí indican que los desplazamientos eran normales, ya que se trataba de grupos nómadas o seminómadas. Seguramente, Abrán habría hecho recorridos semejantes a los que nos narra este pasaje. Sin embargo, el itinerario que leemos aquí tiene varias novedades: 1. Es realizado por una orden expresa, un llamado divino. 2. Hay un acto de obediencia del sujeto. 3. El desplazamiento ya no es temporal sino definitivo, toda vez que está fundado en la promesa de la donación del territorio cuya propiedad exclusiva reposará en la descendencia numerosa prometida al beneficiario del don; todo esto enmarcado en la promesa de una bendición perpetua, que alcanzará a todas las familias de la tierra. 4. La presencia de estos extranjeros, hasta ahora trashumantes, adquiere el carácter de permanente con la construcción de un altar en Siquén (7) al Dios que allí se le apareció, y otro en Betel donde estableció su campamento e invocó al Señor (8).

Estos gestos, que significan posesión del territorio, son el argumento religioso para reclamar el derecho sobre la tierra, pues en la mentalidad israelita dicho derecho está amparado por una promesa de Dios. Es obvio que, si no nos apartamos de una lectura en clave de justicia, podemos comprobar que aquí se verifica algo que es común a todas las religiones: califican de deseo, voluntad o mandato divino aquello que resulta ser bueno, positivo o conveniente para el grupo. No piensa en otra cosa el redactor del texto.

No debemos concluir que Dios sea tan injusto como para no reconocer el derecho de los moradores nativos de Canaán. Hay que tener siempre a la mano dos criterios clave para interpretar bien cualquier pasaje bíblico: 1. Para nosotros como creyentes, todo texto de la Escritura es, sí, Palabra de Dios; pero es también palabra humana, palabra que está mediatizada por una carga de circunstancias socio-históricas y afectivas del escritor, quien no tiene inconveniente en presentar como Palabra o como voluntad de Dios lo que es provechoso y bueno para su grupo. 2. La clave de la justicia.

Todo pasaje bíblico ha de pasar siempre por estas claves de interpretación, ya que nos ayudan a definir hasta dónde el texto que leemos nos revela o nos esconde al Dios de justicia, comprometido con la vida de todos sin distinción, ese Dios que –como vemos en Éx 3,14– se autodefine como «el que es, el que era y el que será». Es importante aclararlo cuanto antes, porque en los relatos y en el resto de libros que siguen encontraremos pasajes en los que aparecen imágenes muy ambiguas y, por tanto, muy peligrosas de Dios. Una interpretación desprevenida o desprovista de estos criterios puede confundir la fe del creyente y otros pueden –como ha sucedido– aprovechar estas tergiversaciones para seguir sembrando el dolor y la muerte en nombre de un Dios equívoco, cuya existencia no es posible seguir admitiendo.

12,10-20 Abrán en Egipto. El versículo 9 nos indicaba que Abrán se había trasladado por etapas al Negueb, región al sur del territorio que simbólicamente

–Mira, eres una mujer muy hermosa;
12 cuando te vean los egipcios, dirán: es su
mujer. Me matarán a mí y a ti te dejarán
viva. 13 Por favor, di que eres mi hermana,
para que me traten bien en atención a ti, y
así, gracias a ti, salvaré la vida.
14 Cuando Abrán llegó a Egipto, los
egipcios vieron que su mujer era muy her-
mosa, 15 la vieron también los ministros del
faraón, y elogiaron su belleza ante el fa-
raón, tanto que la mujer fue llevada al pala-
cio del faraón. 16 A Abrán le trataron bien,
en atención a ella, y adquirió ovejas, vacas,
asnos, esclavos y esclavas, borricas y ca-
mellos.
17 Pero el Señor afligió al faraón y a su
corte con graves dolencias a causa de Sa-
ray, mujer de Abrán. 18 Entonces el faraón
llamó a Abrán y le dijo:
–¿Qué me has hecho? ¿Por qué no me
confesaste que es tu mujer? 19 ¿Por qué me
dijiste que era tu hermana? Ya la he toma-
do por esposa. Mira, si es tu mujer, tómala
y vete de aquí.
20 El faraón dio una escolta a Abrán y lo
despidió con su mujer y sus posesiones.

Abrán y Lot

13 1 Abrán con su mujer y todo lo suyo
subió al Negueb; y Lot con él.
2 Abrán poseía muchos rebaños y plata
y oro. 3 Se trasladó por etapas del Negueb
a Betel, el lugar donde había puesto al prin-
cipio su campamento, entre Betel y Ay. 4 Al
lugar donde había erigido al comienzo un
altar donde había invocado Abrán el Nom-
bre del Señor. 5 También Lot, que acompa-
ñaba a Abrán, tenía ovejas y vacas y tien-
das. 6 El país no les permitía vivir juntos
porque sus posesiones eran inmensas, de
modo que no podían vivir juntos. 7 Por eso
surgieron peleas entre los pastores de
Abrán y los pastores de Lot. En aquel tiem-
po cananeos y fereceos habitaban en el
país. 8 Abrán dijo a Lot:
–No haya peleas entre nosotros ni entre
nuestros pastores, que somos hermanos.
9 Tienes delante todo el país: si vas a la iz-
quierda, yo iré a la derecha; si vas a la de-
recha, yo iré a la izquierda.
10 Lot echó una mirada y vio que toda la
vega del Jordán hasta la entrada de Zoar
era de regadío, como un paraíso, como
Egipto. Eso era antes de que el Señor des-
truyera a Sodoma y Gomorra. 11 Lot se es-
cogió la vega del Jordán y marchó hacia el
este. Así se separaron los dos hermanos.
12 Abrán habitó en Canaán y Lot habitó en
las ciudades de la vega, acampando junto a
Sodoma. 13 Los vecinos de Sodoma eran
perversos y pecaban gravemente contra el
Señor.
14 Cuando Lot se hubo separado de él, el
Señor dijo a Abrán:

---

había tomado ya en posesión. El Negueb es, de hecho, la parte más árida y estéril del territorio; si a ello se le suma una sequía, la hambruna no se hace esperar. Estando tan cerca de Egipto, lo más práctico es viajar hasta el país del Nilo en búsqueda de alimentos, recurso atestiguado en documentos egipcios.

Ahora, utilizando elementos que corresponden a una realidad histórica y a actitudes y comportamientos culturales de aquella época en el Cercano Oriente, nos encontramos con una tradición sobre el patriarca y su esposa en Egipto, narración que tiene otros paralelos en el mismo libro del Génesis (cfr. 20,1-18; 26,1-11), lo cual indica que esta tradición es conocida por distintos grupos que se transmiten entre sí historias sobre la vida del patriarca. Ahora bien, la intencionalidad del redactor es resaltar la figura «intocable» de Abrán como pieza fundamental en los comienzos de la historia de salvación narrada. Del protagonista no se esperaría este comportamiento engañoso que trae como consecuencia graves dolencias y aflicción al faraón y a su corte (17). La reacción del faraón (18-20) es, si se quiere, más ejemplar que la actitud del patriarca y la matriarca. En definitiva, esta historia salvífica que comienza va quedando escrita por Dios entre las caídas, los fracasos y errores de sus protagonistas. Dios no escoge a un santo o una santa; elige porque conoce la fragilidad y debilidad humanas y sabe que es ahí donde irá recogiendo las piezas del mosaico de su proceder salvífico en el mundo.

13,1-18 Abrán y Lot. Dos partes bien definidas componen esta sección:

1. La decisión de Abrán y Lot de separarse, dado que el territorio en que se encuentran es pequeño para contener a ambos. Al parecer, la cantidad de ganado que ambos poseen necesita un mayor espacio para pastar. Hay señales de enfrentamiento entre los siervos de Lot y los de Abrán, hecho muy común en un territorio donde cada pequeña porción de hierba es motivo de conflicto. Las tradiciones más antiguas en torno a Abrahán no conocían este parentesco de Lot con el patriarca y, al parecer, es una referencia relativamente tardía en Israel que tendría como trasfondo histórico las relaciones del reino davídico y salomónico con algunos grupos vecinos del otro lado del

–Desde el lugar donde te encuentras
echa una mirada y contempla el norte, y el
sur, el este y el oeste. 15 Todo el país que
contemplas te lo daré a ti y a tu descen-
dencia para siempre. 16 Haré a tu descen-
dencia como el polvo de la tierra: si se pue-
de contar el polvo de la tierra, se contará tu
descendencia. 17 Anda, recorre el país a lo
largo y a lo ancho, que a ti te lo daré.
18 Abrán levantó su tienda y fue a esta-
blecerse al encinar de Mambré en Hebrón.
Allí erigió un altar al Señor.

El rescate de Lot

14 1 Siendo Amrafel rey de Senaar,
Arioc, rey de Elasar, Codorlahomer,
rey de Elam, Tideal, rey de Pueblos, 2 de-
clararon la guerra a Bera, rey de Sodoma,
a Birsa, rey de Gomorra, a Sinab, rey de
Admá, a Semabar, rey de Seboín y al rey de
Bela –o Soar–. 3 Todos ellos se reunieron en
Valsidín –o Mar de la Sal–. 4 Doce años ha-
bían sido vasallos de Codorlahomer, el de-
cimotercero se rebelaron. 5 El decimocuar-
to llegó Codorlahomer con los reyes aliados
y derrotó a los refaitas en Astarot Carnain,
a los zuzeos en Ham, a los emeos en Savé
de Quiriataym 6 y a los hurritas en la mon-
taña de Seír hasta el Parán junto al desier-
to. 7 Se volvieron, llegaron a En Mispat –o
Cades– y derrotaron a los jefes amalecitas
y a los amorreos que habitaban en Hasason
Tamar.
8 Entonces salieron el rey de Sodoma, el
rey de Gomorra, el rey de Admá, el rey de
Seboín y el rey de Bela –o Soar–, y presen-
taron batalla en Valsidín 9 a Codorlahomer,
rey de Elam, Tideal, rey de Pueblos, Amra-
fel, rey de Senaar, y Arioc, rey de Elasar:
cinco reyes contra cuatro. 10 Valsidín está
lleno de pozos de asfalto: los reyes de So-
doma y Gomorra, al huir, cayeron en ellos;
los demás huyeron al monte. 11 Los vence-
dores tomaron las posesiones de Sodoma y
Gomorra con todas las provisiones y se
marcharon. 12 También se llevaron a Lot,
sobrino de Abrán, con sus posesiones, ya
que él habitaba en Sodoma.
13 Un fugitivo fue y se lo contó a Abrán
el hebreo, que habitaba en el Encinar de
Mambré el amorreo, hermano de Escol y
Aner, aliados de Abrán. 14 Cuando oyó
Abrán que su hermano había caído prisio-
nero, reunió a los esclavos nacidos en su
casa, trescientos dieciocho, y salió en su
persecución hasta Dan; 15 cayó sobre ellos
de noche; él con su tropa los derrotó y los
persiguió hasta Joba, al norte de Damasco.
16 Recuperó todas las posesiones, también
recuperó a Lot su hermano con sus pose-
siones, las mujeres y su gente. 17 Cuando
Abrán volvía vencedor de Codorlahomer y
sus reyes aliados, el rey de Sodoma salió a
su encuentro en Valsavé –el valle del Rey–.

Abrán y Melquisedec

18 Melquisedec, rey de Salén, sacerdote
de Dios Altísimo, trajo pan y vino, 19 y le
bendijo diciendo: Bendito sea Abrán por el
Dios Altísimo, creador de cielo y tierra;

Jordán –el sur de la actual Jordania–. Lo ejemplar de la primera parte es el tono pacífico con el que se define la situación entre ambos personajes (8-13).

2. La segunda parte es la ratificación, de nuevo, de la promesa que el Señor había hecho a Abrán en 12,2, con la novedad de que el patriarca escoge definitivamente el lugar del territorio donde fijará su residencia y donde ubicará también su propia tumba, el encinar de Mambré, en Hebrón, donde además erige un altar al Señor (18).

14,1-17 El rescate de Lot. Llama la atención el número de reyes y de reinos en un territorio tan pequeño como en el que se desenvuelven las escenas de este pasaje. No se trata de reinos en sentido estricto, sino más bien de pequeñas ciudades-estado, cuya cabeza era un reyezuelo títere del poder central del faraón egipcio. La figura de la ciudad-estado fue un recurso político y económico a través del cual los grandes imperios, en este caso Egipto, dominaban en la época patriarcal y gobernaban sobre una cada vez mayor extensión territorial. Una ciudad-estado era la réplica en miniatura del poder y dominio centrales. Todos los grupos que dieron origen a Israel vivieron en carne propia el influjo de estas unidades administrativas que iban expoliando poco a poco a los campesinos, a los aldeanos y a los propietarios de tierras y ganado.

Nótese cómo Abrán es denominado «el hebreo» (13), lo cual le da un toque de historicidad al relato. Se trataría del recuerdo de los conflictos permanentes entre aldeanos y campesinos con las autoridades representativas del imperio, protagonizados especialmente por grupos que fueron identificados como «hapiru» o «habiru», y que a la postre serían el origen remoto de los «hebreos».

14,18-24 Abrán y Melquisedec. Extraña escena, en la cual Abrán es bendecido por un rey-sacerdote –uso frecuente en el Antiguo Oriente–. No se ha esta-

20 bendito sea el Dios Altísimo, que te ha
entregado tus enemigos. Y Abrán le dio la
décima parte de todo lo que llevaba.
21 El rey de Sodoma dijo a Abrán:
–Dame la gente, quédate con las pose-
siones.
22 Abrán replicó al rey de Sodoma:
–Juro por el Señor Dios Altísimo, crea-
dor de cielo y tierra, 23 que no aceptaré ni
una hebra ni una correa de sandalia ni nada
de lo que te pertenezca; no vayas a decir
luego que has enriquecido a Abrán. 24 Sólo
acepto lo que han comido mis mozos y la
parte de los que me acompañaron. Que
Aner, Escol y Mambré se lleven su parte.

Alianza de Abrán con el Señor

15 1 Después de estos sucesos, Abrán
recibió en una visión la Palabra del
Señor:
–No temas, Abrán; yo soy tu escudo y tu
paga será abundante.
2 Abrán contestó:
–Señor mío, ¿de qué me sirven tus do-
nes si soy estéril y Eliezer de Damasco será
el amo de mi casa?
3 Y añadió:
–No me has dado hijos, y un criado de
casa me heredará.
4 Pero el Señor le dijo lo siguiente:
–Él no te heredará; uno salido de tus en-
trañas te heredará.
5 Y el Señor lo sacó afuera y le dijo:
–Mira al cielo; cuenta las estrellas si pue-
des.
Y añadió:
–Así será tu descendencia.
6 Abrán creyó al Señor y el Señor se lo
tuvo en cuenta para su justificación.
7 El Señor le dijo:
–Yo soy el Señor que te saqué de Ur de
los caldeos para darte en posesión esta tie-
rra.
8 Él replicó:
–Señor mío, ¿cómo sabré que voy a po-
seerla?
9 Respondió el Señor:
–Tráeme una novilla de tres años, una
cabra de tres años, un carnero de tres años,
una tórtola y un pichón de paloma.
10 Abrán los trajo y los partió por en me-
dio colocando una mitad frente a otra, pero

---

blecido aún si Melquisedec era rey-sacerdote de la Jerusalén que más tarde arrebataría David a los jebuseos. Abrán cumple con lo mandado por el derecho vigente y paga la décima parte al sacerdote/rey. El Nuevo Testamento ve en este extraño personaje, que ofrece pan y vino, un anticipo de la figura de Cristo, sumo y eterno sacerdote de la nueva alianza (cfr. Heb 5,6-10; 6,20).

15,1-21 Alianza de Abrán con el Señor. De nuevo, Dios toma la iniciativa en esta historia con Abrán que comenzó en el capítulo 12. Y de nuevo una promesa: «no temas, yo soy tu escudo». Por primera vez, Abrán responde al Señor. Los dones que el Señor ofrece no servirán de mucho, puesto que Abrán no tiene quién le herede; un extranjero será el heredero, su nombre y su reputación se perderán por siempre. Sigue la ratificación de la promesa que se prolongará infinitamente, gracias a un heredero nacido de las propias entrañas del patriarca (4). Promesa que aún no se concreta, pero en la que queda comprometida la Palabra del Señor, gracias al acuerdo sellado con Abrán. Los versículos 9s describen el modo como se sellaba un pacto o alianza: varios animales cortados en dos y dispuestas las mitades una frente a la otra. Las dos partes pactantes pasaban por el medio (17s), después de haber fijado las cláusulas y compromisos, profiriendo la imprecación de que les sucediera lo mismo que a estos animales divididos si llegaban a quebrantar alguno de los compromisos contraídos. Los animales partidos eran, entonces, el símbolo de la suerte que correrían los contratantes en caso de romper la alianza (cfr. Jr 34,18s).

Lo novedoso de esta alianza del Señor con Abrán, que subraya la gratuidad absoluta, es el hecho de que precisamente Dios sea uno de los pactantes o copartícipes. En la práctica normal, la divinidad o las divinidades eran puestas como testigos del pacto; aquí, Dios es testigo y pactante, lo cual le da aún mayor garantía de cumplimiento.

Hay quienes afirman que, dada esta condición, no se podría hablar en sentido estricto de una alianza, sino más bien de una promesa muy firme que Dios hace a Abrán. De todos modos, al narrador poco le importa si cumple en todos sus términos la formalidad de la alianza, o no; lo que realmente quiere transmitir es esa profunda e íntima unión de Dios con el pueblo, cuyos lazos se estrechan de modo definitivo por medio de una alianza que tiene como efecto inmediato establecer la paternidad por parte del contratante principal –en este caso, el mismo Dios–, la filiación del contrayente secundario, en este caso Abrán, y la fraternidad de todos entre sí. Este tipo de vínculos generados por las alianzas llegó a tener mucha más fuerza que los mismos vínculos de sangre.

Los versículos 13s no son tanto un vaticinio de lo que sucederá al pueblo en Egipto, cuanto una constatación de lo que en realidad sucedió. Los versículos 18b-21 son la geografía de la tierra prometida, cuya

no descuartizó las aves. 11 Los buitres baja-
ban a los cadáveres y Abrán los espantaba.
12 Cuando iba a ponerse el sol, un sueño
profundo invadió a Abrán y un terror inten-
so y oscuro cayó sobre él.
13 El Señor dijo a Abrán:
–Tienes que saber que tu descendencia
vivirá como forastera en tierra ajena, ten-
drá que servir y sufrir opresión durante
cuatrocientos años; 14 pero yo juzgaré al
pueblo a quien han de servir, y al final sal-
drán cargados de riquezas. 15 Tú te reunirás
en paz con tus abuelos y te enterrarán ya
muy viejo.
16 Sólo a la cuarta generación tus des-
cendientes volverán a este tierra, porque
todavía no ha llegado al colmo la maldad
de los amorreos.
17 El sol se puso y vino la oscuridad; una
humareda de horno y una antorcha ardien-
do pasaban entre los miembros descuarti-
zados. 18 Aquel día el Señor hizo alianza
con Abrán en estos términos:
–A tus descendientes les daré esta tierra,
desde el río de Egipto al gran río Éufrates:
19 la tierra de los quenitas, quenizitas, cad-
monitas, 20 hititas, fereceos, refaítas,
21 amorreos, cananeos, guirgaseos y jebu-
seos.

Ismael

(1 Sm 1; Gál 4,21-31)

16 1 Saray, la mujer de Abrán, no le
daba hijos; pero tenía una sierva
egipcia llamada Agar.
2 Y Saray dijo a Abrán:
–El Señor no me deja tener hijos; únete
a mi sierva a ver si ella me da hijos.
Abrán aceptó la propuesta.
3 A los diez años de habitar Abrán en Ca-
naán, Saray, la mujer de Abrán, tomó a
Agar, la esclava egipcia, y se la dio a
Abrán, su marido, como esposa. 4 Él se
unió a Agar y ella concibió. Y al verse en-
cinta le perdió el respeto a su señora.
5 Entonces Saray dijo a Abrán:
–Tú eres responsable de esta injusticia;
yo he puesto en tus brazos a mi esclava, y
ella, al verse encinta, me pierde el respeto.
Sea el Señor nuestro juez.
6 Abrán dijo a Saray:
–De tu esclava dispones tú; trátala como
te parezca.
Saray la maltrató y ella se escapó.
7 El ángel del Señor la encontró junto a
una fuente de la estepa, la fuente del cami-
no de Sur, 8 y le dijo:
–Agar, esclava de Saray, ¿de dónde vie-
nes y a dónde vas?
Ella respondió:
–Vengo huyendo de mi señora.
9 El ángel del Señor le dijo:
–Vuelve a tu señora y sométete a ella.
10 Y el ángel del Señor añadió:
–Haré tan numerosa tu descendencia,
que no se podrá contar.
11 Y el ángel del Señor dijo:
–Mira, estás encinta y darás a luz un hijo
y lo llamarás Ismael, porque el Señor te ha

---

totalidad jamás pudo concretarse. Quien más se aproximó fue Salomón, pero después de él y hasta hoy, esa extensión nunca ha podido estar completamente en manos del pueblo judío.

16,1-16 Ismael. La promesa de la descendencia (12,2s; 13,16; 15,5) aún no empieza a cumplirse. Sara ya no puede concebir y recurre al uso común de la época, obtener un hijo por medio de su esclava. Ésta no es del mismo pueblo, es egipcia (1.3). Según lo estipulado por la misma ley mosaica, «no tomarás esclavos de tu mismo pueblo» (Lv 25,44), lo cual nos da idea de que el relato no es demasiado antiguo. Lo que sí es muy antiguo es la relación antagónica entre israelitas e ismaelitas. Este relato prepara la oposición que históricamente ha existido entre judíos y árabes. Agar, madre de Ismael, aunque rechazada por Sara por su falta de respeto, no es desechada por el Señor. A ella, como matriarca del pueblo ismaelita, Dios también le promete una numerosa descendencia (10), pero no hay promesa de territorio. Con sutileza, el redactor deja relegado a todo este pueblo a vivir al margen del territorio como «potro salvaje», «separado de sus hermanos» (12), sometido a ellos, según la orden dada a su misma madre: «sométete a ella» (9).

No se pueden perder de vista dos aspectos muy importantes para poder entender este episodio que abiertamente contradice la actitud justa de Dios:

1. El relato, aunque anuncia algo que sucederá en el futuro, es en realidad un comportamiento con un trasfondo histórico que hunde sus raíces en el más remoto pasado, que continúa en el presente –tiempo de la redacción– y se mantendrá en el futuro.

2. El narrador, y con él la comunidad de creyentes, tiende a poner en boca de Dios –le atribuye su realización o la autoridad divina aprueba– aquello que ellos consideran bueno, benéfico y positivo para su grupo, sin tener en cuenta muchas veces los efectos sobre otros núcleos o colectivos humanos. Por ello es

escuchado en la aflicción. 12 Será un potro
salvaje: él contra todos y todos contra él;
vivirá separado de sus hermanos.
13 Agar invocó el Nombre del Señor, que
le había hablado:
–Tú eres Dios, que me ve, y se decía:
¡He visto al que me ve!
14 Por eso se llama aquel pozo: Pozo del
que vive y me ve, y está entre Cades y Ba-
red.
15 Agar dio un hijo a Abrán, y Abrán lla-
mó Ismael al hijo que le había dado Agar. 16
Abrán tenía ochenta y seis años cuando
Agar dio a luz a Ismael.

Alianza del Señor con Abrán
(12; 15)

17 1 Cuando Abrán tenía noventa y
nueve años, se le apareció el Señor
y le dijo:
–Yo soy Dios Todopoderoso. Camina en
mi presencia y sé honrado, 2 y haré una
alianza contigo: haré que te multipliques sin
medida.
3 Abrán cayó rostro en tierra y Dios le
habló así:
4 –Mira, ésta es mi alianza contigo: serás
padre de una multitud de pueblos. 5 Ya no te
llamarás Abrán, sino Abrahán, porque te
hago padre de una multitud de pueblos.
6 Te haré fecundo sin medida, sacando pue-
blos de ti, y reyes nacerán de ti. 7 Manten-
dré mi alianza contigo y con tu descenden-
cia en futuras generaciones, como alianza
perpetua. Seré tu Dios y el de tus descen-
dientes futuros. 8 Les daré a ti y a tu des-
cendencia futura la tierra de tus andanzas
–la tierra de Canaán– como posesión per-
petua. Y seré su Dios.
9 Dios añadió a Abrahán:
–Tú guarda la alianza que hago contigo
y tus descendientes futuros. 10 Ésta es la
alianza, que hago con ustedes y con sus
descendientes futuros y que han de guar-
dar: todos los varones deberán ser circunci-
dados; 11 circuncidarán el prepucio, y será
una señal de mi alianza con ustedes. 12 A
los ocho días de nacer, todos los varones de
cada generación serán circuncidados; tam-
bién los esclavos nacidos en casa o com-
prados a extranjeros que no sean de la san-
gre de ustedes. 13 Circunciden a los
esclavos nacidos en casa o comprados. Así
llevarán en la carne mi alianza como alian-
za perpetua. 14 Todo varón incircunciso,
que no ha circuncidado su prepucio, será
apartado de su pueblo por haber quebran-
tado mi alianza.

Sara

15 Dios dijo a Abrahán:
–Saray, tu mujer, ya no se llamará Saray,
sino Sara. 16 La bendeciré y te dará un hijo
y lo bendeciré; de ella nacerán pueblos y
reyes de naciones.
17 Abrahán cayó rostro en tierra y se dijo
sonriendo:

---

necesario leer este texto también en clave de justicia para no equivocarnos respecto a la misericordia y el amor de Dios.

17,1-14 Alianza del Señor con Abrán. Este pasaje recupera el hilo narrativo en torno a la alianza del Señor con Abrahán, interrumpido por el relato sobre Ismael, el hijo de la esclava. El punto central de este pasaje lo constituye el mandato del Señor sobre el signo físico, corporal, de esta alianza entre Dios y Abrahán, que aquí ya comienza a representar a todo el pueblo: el signo de la circuncisión (10-14).

De hecho, aquí no se está refiriendo el origen de una práctica en realidad antiquísima, conocida por egipcios, fenicios, sirios, caldeos y etíopes antiguos y ligada aparentemente a la iniciación sexual de los varones. Lo que sí nos revela el texto bíblico son los sentidos que este uso comienza a tener para el pueblo de la Biblia:

1. La circuncisión empieza a tener sentido religioso como consecuencia inmediata de la conclusión de la alianza, con lo cual la experiencia íntima y personal de Abrán se proyecta y toma forma en un grupo de creyentes que asumen dicha experiencia como única, pero de todos.

2. Es un signo de bendición. Conviene tener presente que la intencionalidad del principio no era quedarse sólo en lo externo, en la carne, como tantas veces denunció Jeremías.

17,15-22 Sara. La incertidumbre de Abrahán respecto al cumplimiento de la promesa de la descendencia se justifica en el elevado número de años de él y de su esposa. No hay que interpretar estas edades como algo real, sino más bien como una forma de manifestar una dificultad física de alguno de los dos para tener hijos. Esto hace que la misma Sara acceda al uso, permitido por las leyes vigentes, para obtener un heredero (16,1-15) y entrega a su esposo a Agar, de quien es propietaria y cuyo fruto también será propiedad suya. El relato anticipa el desenlace final que culmina con el embarazo de la misma Sara, ya sugeri-

–¿Un centenario va a tener un hijo, y
Sara va a dar a luz a los noventa?
18 Y Abrahán dijo a Dios:
–Me contento con que Ismael viva bajo
tu protección.
19 Dios replicó:
–No; es Sara quien te va a dar un hijo, a
quien llamarás Isaac; con él estableceré mi
alianza y con sus descendientes, una alian-
za perpetua. 20 En cuanto a Ismael, escucho
tu petición: lo bendeciré, lo haré fecundo, lo
haré multiplicarse sin medida, engendrará
doce príncipes y haré de él un pueblo nu-
meroso. 21 Pero mi alianza la establezco
con Isaac, el hijo que te dará Sara el año
que viene por estas fechas.
22 Cuando Dios terminó de hablar con
Abrahán se retiró.

Circuncisión de los hombres de la casa de Abrahán

23 Entonces Abrahán tomó a su hijo Is-
mael, a los esclavos nacidos en casa o
comprados, a todos los varones de la casa
de Abrahán, y los circuncidó aquel mismo
día, como se lo había mandado Dios.
24 Abrahán tenía noventa y nueve años
cuando se circuncidó; 25 Ismael tenía trece
cuando se circuncidó. 26 Aquel mismo día
se circuncidaron Abrahán y su hijo Ismael.
27 Y todos los varones de casa, nacidos en
casa o comprados a extranjeros, se circun-
cidaron con él.

Aparición y promesa

18 1 El Señor se apareció a Abrahán
junto al encinar de Mambré, mien-
tras él estaba sentado a la puerta de su car-
pa a la hora de más calor. 2 Alzó la vista y
vio a tres hombres de pie frente a él. Al ver-
los, corrió a su encuentro desde la puerta
de la carpa e inclinándose en tierra 3 dijo:
–Señor, si he alcanzado tu favor, no pa-
ses de largo junto a tu siervo. 4 Haré que
traigan agua para que se laven los pies y
descansen bajo el árbol. 5 Mientras tanto,
ya que pasan junto a este siervo, traeré un
pedazo de pan para que recobren fuerzas
antes de seguir.
Contestaron:
–Bien, haz lo que dices.
6 Abrahán entró corriendo en la carpa
donde estaba Sara y le dijo:
–Pronto, toma tres medidas de la mejor
harina, amásalas y haz una torta.
7 Luego corrió al corral, eligió un ternero
hermoso y se lo dio a un criado para que lo
preparase enseguida. 8 Luego buscó cuaja-
da, leche, el ternero guisado y se lo sirvió.
Él los atendía bajo el árbol mientras ellos
comían.
9 Después le dijeron:
–¿Dónde está Sara, tu mujer?
Contestó:
–Ahí, en la tienda de campaña.
10 Y añadió uno:
–Para cuando yo vuelva a verte, en un
año, Sara habrá tenido un hijo.
Sara lo oyó, detrás de la puerta de la
carpa. 11 Abrahán y Sara eran ancianos, de
edad muy avanzada, y Sara ya no tenía sus
períodos. 12 Sara se rió por lo bajo, pen-
sando:
–Cuando ya estoy seca, ¿voy a tener
placer, con un marido tan viejo?
13 Pero el Señor dijo a Abrahán:
–Por qué se ha reído Sara, diciendo:
¿Cómo que voy a tener un hijo, a mis años?
14 ¿Hay algo difícil para Dios? Cuando vuel-
va a visitarte por esta época, dentro del
tiempo de costumbre, Sara habrá tenido un
hijo.
15 Pero Sara, que estaba asustada, lo
negó:
–No me he reído.
Él replicó:
–No lo niegues, te has reído.

do en el nombre y la decisión divina de mantener con este segundo descendiente de Abrahán y primero de Sara el mismo pacto que estableció con Abrahán (19-21).

17,23-27 Circuncisión de los hombres de la casa de Abrahán. Abrahán comparte su suerte con los suyos, la alianza que hizo con Dios afecta también a todos los hombres que viven en su casa, empezando por su hijo Ismael.

18,1-15 Aparición y promesa. En el marco de una aparición del Señor a Abrahán encontramos de nuevo la ratificación de la promesa de un hijo a Abrahán con su esposa Sara. El número de veces que se ha repetido esta promesa y los contextos en los que se ha realizado nos indican la diversidad de tradiciones en torno a los orígenes de la descendencia abrámica. Se explica, por tanto, que haya repeticiones y, a veces, hasta aparentes contradicciones. Nótese, por ejemplo,

Intercesión de Abrahán

16 Los hombres se levantaron y dirigie-
ron la mirada a Sodoma; Abrahán los
acompañó para despedirlos. 17 El Señor se
dijo:
–¿Puedo ocultarle a Abrahán lo que voy
a hacer? 18 Abrahán llegará a ser un pueblo
grande y numeroso; por él serán benditos
todos los pueblos de la tierra. 19 Lo he es-
cogido para que instruya a sus hijos, a su
casa y sucesores, a mantenerse en el cami-
no del Señor, practicando la justicia y el de-
recho. Así cumplirá el Señor a Abrahán
cuanto le ha prometido.
20 Después dijo el Señor:
–La denuncia contra Sodoma y Gomorra
es seria y su pecado es gravísimo. 21 Voy a
bajar para averiguar si sus acciones res-
ponden realmente a la denuncia. 22 Los
hombres se volvieron y se dirigieron a So-
doma, mientras el Señor seguía en compa-
ñía de Abrahán.
23 Entonces Abrahán se acercó y dijo:
–¿De modo que vas a destruir al inocen-
te con el culpable? 24 Supongamos que hay
en la ciudad cincuenta inocentes, ¿los des-
truirías en vez de perdonar al lugar en aten-
ción a los cincuenta inocentes que hay en
él? 25 ¡Lejos de ti hacer tal cosa! Matar al
inocente con el culpable, confundiendo al
inocente con el culpable. ¡Lejos de ti! El
juez de todo el mundo, ¿no hará justicia?
26 El Señor respondió:
–Si encuentro en la ciudad de Sodoma
cincuenta inocentes, perdonaré a toda la
ciudad en atención a ellos.
27 Abrahán repuso:
–Me he atrevido a hablar a mi Señor, yo
que soy polvo y ceniza. 28 Supongamos que
faltan cinco inocentes para los cincuenta,
¿destruirás por cinco toda la ciudad?
Contestó:
–No la destruiré si encuentro allí los cua-
renta y cinco.
29 Abrahán insistió:
–Supongamos que se encuentran cua-
renta.
Respondió:
–No lo haré en atención a los cuarenta.
30 Abrahán siguió:
–Que no se enfade mi Señor si insisto.
Supongamos que se encuentran treinta.
Respondió:
–No lo haré si encuentro allí treinta.
31 Insistió:
–Me he atrevido a hablar a mi Señor. Su-
pongamos que se encuentran veinte.
Respondió:
–No la destruiré, en atención a los vein-
te.
32 Abrahán siguió:
–Que no se enfade mi Señor si hablo una
vez más. Supongamos que se encuentran
allí diez.
Respondió:
–En atención a los diez no la destruiré.
33 Cuando terminó de hablar con Abra-
hán, el Señor se marchó y Abrahán volvió a
su lugar.

El pecado de Sodoma

(Jue 19,20-25; Sab 19,13-17)

19 1 Los dos ángeles llegaron a Sodoma
por la tarde. Lot, que estaba sentado
a la puerta de la ciudad, al verlos se levan-

---

que en 17,17 se nos dice que Abrahán se ríe de la promesa de un hijo a su edad, mientras que en 18,12 es Sara la que se ríe.

18,16-33 Intercesión de Abrahán. La experiencia religiosa de Israel respecto a sus antepasados está basada en un tipo de relación directa de dichos ancestros con Dios. Véase la familiaridad y sencillez de trato de Abrahán con estos tres personajes, uno de los cuales es el mismo Dios. Este detalle nos lleva a pensar que se trata de una tradición bastante antigua, cuando la forma de relacionarse con Dios todavía no estaba rodeada de un cierto temor reverencial hacia la divinidad. El sentido religioso y pastoral que se deduce del pasaje es la sensibilidad humana por sus semejantes.

Abrahán intercede por los habitantes de Sodoma porque está convencido de la justicia divina, e intuye –y quiere comprobarlo– que Dios no será tan injusto como para obrar contra el malhechor llevándose por delante también al justo.

Este relato anticipa la historia del pecado de Sodoma y se convierte, al mismo tiempo, en una ilustración práctica del efecto benéfico de la bendición de Abrahán sobre los suyos. En efecto: el castigo que vendrá sobre la corrompida ciudad no alcanza a Lot, sobrino del patriarca.

19,1-11 El pecado de Sodoma. Es una situación semejante a la del capítulo 18. Los dos ángeles del Señor entran en la ciudad y ante su insistencia se hospedan en casa de Lot. La finalidad del relato es describir con imágenes en qué consistía propiamente el pecado o los pecados de Sodoma: la perversión sexual (5) y la violación del precepto/ley de la hospitali-

tó a recibirlos y se postró rostro en tierra.
2 Y dijo:
–Señores míos, les ruego que pasen a
hospedarse a la casa de este servidor.
Lávense los pies y por la mañana seguirán
su camino.
Contestaron:
–No; pasaremos la noche en la plaza.
3 Pero él insistió tanto, que pasaron y en-
traron en su casa. Les preparó comida, co-
ció panes y ellos comieron. 4 Aún no se ha-
bían acostado, cuando los hombres de la
ciudad rodearon la casa: jóvenes y viejos,
toda la población hasta el último. 5 Y le gri-
taban a Lot:
–¿Dónde están los hombres que han en-
trado en tu casa esta noche? Sácalos para
que nos acostemos con ellos.
6 Lot se asomó a la entrada, cerrando la
puerta al salir, 7 y les dijo:
–Hermanos míos, no sean malvados.
8 Miren, tengo dos hijas que aún no han co-
nocido varón alguno; se las traeré para que
las traten como quieran, pero no hagan
nada a estos hombres que se han hospeda-
do bajo mi techo.
9 Contestaron:
–Apártate de ahí; este individuo ha veni-
do como inmigrante y ahora se mete a juez.
Ahora te trataremos a ti peor que a ellos.
10 Y empujaban a Lot intentando forzar
la puerta. Pero los visitantes alargaron el
brazo, metieron a Lot en casa y cerraron la
puerta. 11 Y a los que estaban junto a la
puerta, pequeños y grandes, los cegaron,
de modo que no podían encontrar la puer-
ta.

Liberación de Lot

12 Los visitantes dijeron a Lot:
–¿Tienes más familiares aquí? Toma a
tus yernos, hijos, hijas, a todos los tuyos y
todo lo que tengas en esta ciudad y sácalos
de este lugar. 13 Vamos a destruir este lugar,
porque la acusación presentada al Señor
contra este sitio es muy seria, y el Señor
nos ha enviado para destruirlo.
14 Lot salió a decirles a sus yernos –pro-
metidos de sus hijas–:
–Vamos, salgan de este lugar, que el Se-
ñor va a destruir la ciudad.
Pero ellos lo tomaron a broma. 15 Al
amanecer, los ángeles apuraron a Lot:
–Anda, toma a tu mujer y a esas dos hi-
jas tuyas, para que no perezcan por culpa
de la ciudad.
16 Y como no se decidía, los agarraron
de la mano, a él, a su mujer y a las dos hi-
jas, a quienes el Señor perdonaba; los sa-
caron y los guiaron fuera de la ciudad.
17 Una vez fuera, le dijeron:
–Ponte a salvo; no mires atrás. No te de-
tengas en la región baja; ponte a salvo en
los montes para no perecer.
18 Lot les respondió:
–No, señores, por favor. 19 Sé que gozo
del favor de ustedes, porque me han salvado
la vida tratándome con gran misericordia; yo
no puedo ponerme a salvo en los montes, el
desastre me alcanzará y moriré. 20 Mira, ahí
cerca hay una ciudad pequeña donde puedo
refugiarme y escapar del peligro. Como la
ciudad es pequeña, salvaré allí la vida.
21 Uno de ellos le contestó:
–Accedo a lo que pides: no arrasaré esa
ciudad que dices. 22 Apúrate, ponte a salvo
allí, porque no puedo hacer nada hasta que
llegues.
Por eso la ciudad se llama Zoar.
23 Cuando Lot llegó a Zoar, salía el sol.

Castigo de Sodoma y Gomorra
(Dt 29,23; Is 1,9; Jr 49,18)

24 El Señor desde el cielo hizo llover azu-
fre y fuego sobre Sodoma y Gomorra.
25 Arrasó aquellas ciudades y toda la región
baja con los habitantes de las ciudades y la
hierba del campo.
26 La mujer de Lot miró atrás y se con-
virtió en estatua de sal.

---

dad (4.9-10a). El versículo 8 refleja hasta qué punto la obligación de proteger la vida del huésped estaba en las antiguas costumbres orientales por encima incluso del honor de la mujer: Lot propone a los agresores de sus huéspedes entregar a sus propias hijas antes que permitir el atropello contra quienes se habían cobijado bajo su techo.

19,12-23 Liberación de Lot. El castigo de Sodoma es inminente. Sólo Lot, por su parentesco con Abrahán, portador de la bendición, y su familia son beneficiados y se libran del castigo.

19,24-29 Castigo de Sodoma y Gomorra. Una vez puestos a salvo Lot con los suyos, Sodoma y Gomorra son destruidas con azufre y fuego. Todo este relato,

27 Abrahán madrugó y se dirigió al sitio donde había estado con el Señor. 28 Miró en dirección de Sodoma y Gomorra, toda la extensión de la región baja, y vio una humareda que subía del suelo, como el humo de un horno.

29 Así, cuando Dios destruyó las ciudades de la región baja, se acordó de Abrahán y libró a Lot de la catástrofe con que arrasó las ciudades donde él había vivido.

Las hijas de Lot: origen de moabitas y amonitas
(Lv 18)

30 Lot subió de Zoar y se instaló en el monte con sus dos hijas, pues temía habitar en Zoar; de modo que se instaló en una cueva con sus dos hijas. 31 La mayor dijo a la menor:

–Nuestro padre ya es viejo y en el país ya no hay un hombre que se acueste con nosotras como se hace en todas partes. 32 Vamos a emborrachar a nuestro padre y nos acostamos con él: así daremos vida a un descendiente de nuestro padre.

33 Aquella noche embriagaron a su padre y la mayor se acostó con él, sin que él se diese cuenta cuando ella se acostó y se levantó. 34 Al día siguiente la mayor dijo a la menor:

–Anoche me acosté yo con mi padre. Vamos a embriagarlo también esta noche y tú te acuestas con él: así daremos vida a un descendiente de nuestro padre.

35 Embriagaron también aquella noche a su padre, y la menor fue y se acostó con él, sin que él se diese cuenta cuando ella se acostó y se levantó. 36 Quedaron encinta las dos hijas de Lot, de su padre.

37 La mayor dio a luz un hijo y lo llamó Moab, diciendo: De mi padre –es el antecesor de los moabitas actuales–.

38 También la menor dio a luz un hijo y lo llamó Amón diciendo: Hijo de mi pueblo –es el antecesor de los amonitas actuales–.

Abrahán en Guerar
(12,10-20; 26,1-11)

20 1 Abrahán levantó el campamento y se dirigió al Negueb, estableciéndose entre Cades y Sur. Mientras residía en Guerar, 2 decía que Sara era hermana suya. Abimelec, rey de Guerar, mandó que le tra-

---

que tiene como eje central la destrucción de estas ciudades, es lo que los especialistas denominan una «etiología», es decir, un relato o una leyenda popular que busca «explicar» el origen de algún fenómeno del que no se tiene un conocimiento «científico». Es verdad que el lugar donde se ambienta la narración es tremendamente árido y desértico. Estamos en las inmediaciones del Mar Muerto, en el extremo sur del desierto de Judá, lugar que recibe la influencia de las continuas emanaciones salinas del Mar Muerto. Allí no brota hierba, no hay vida y el calor es insoportable. La imaginación de los antiguos creó esta leyenda y la enriqueció con personajes emparentados con los antepasados del pueblo, Abrahán, Lot y su familia.

Pero el relato o la etiología también persigue un fin pedagógico. Se trata probablemente de un juicio moral que hace la comunidad contra dos infracciones que se consideran graves para la vida del pueblo: la perversión sexual, cuya legislación positiva la encontramos en Lv 18,22; 20,13; Dt 23,18s, y el descuido respecto a la protección de la vida del emigrante o extranjero a quien había que respetar y amar (Lv 19,33s; 24,22; cfr. Dt 10,18s, etc.).

Así pues, no hay que entender que literalmente hayan existido unas ciudades cuyo pecado atrajo esta forma tan violenta de reacción divina: «Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva» (Ez 33,11; cfr. 18,22.32). Es la forma como el pueblo iba poco a poco formando su conciencia. Algo similar sucede con la mujer de Lot, convertida en estatua de sal sólo porque en su huida miró hacia atrás (26). Se trata del mismo fenómeno que produce el viento sobre los débiles montículos de arena y sal: los moldea caprichosamente, dando la impresión a distancia de personas en posición estática que hayan quedado petrificadas.

Por tanto, no hay que dar en ningún momento valor literal a estas narraciones, so riesgo de desvirtuar la imagen amorosa y misericordiosa de Dios, cuya preocupación fundamental es la vida, y la vida amenazada.

19,30-38 Las hijas de Lot: origen de moabitas y amonitas. Este relato también es una etiología, cuyo sentido es explicar las relaciones de Israel con su vecinos Moab y Amón, de alguna manera parientes lejanos, pero en definitiva enemigos (cfr. Nm 22–24; Jue 3,12-14.26-30; 10,6–11,33 y oráculos proféticos). Las relaciones con estos pueblos nunca fueron cordiales. La hostilidad recíproca y el odio mutuo explican su origen maldito desde el principio: la concepción de sus antecesores se consuma con trampa, mentira e incesto. La legislación bíblica sobre el incesto la hallamos en Lv 18,6-17.

20,1-18 Abrahán en Guerar. Este pasaje es una versión diferente de los movimientos de Abrahán por tierra cananea. En 12,10-20 se ubica al patriarca en Egipto con una trama similar, mientras que 26,1-11, sin cambiar el sentido del relato, cambia al protago-

jeran a Sara. 3 Dios se apareció de noche, en sueños, a Abimelec y le dijo:

–Vas a morir por haber tomado esa mujer que es casada.

4 Abimelec, que no se había acercado a ella, respondió:

–Pero, Señor, ¿vas a matar a un inocente? 5 Si él me dijo que era su hermana, y ella que era su hermano. Lo he hecho de buena fe y con las manos limpias.

6 Dios le replicó en sueños:

–Ya sé yo que lo has hecho de buena fe; por eso no te dejé pecar contra mí ni te dejé tocarla.

7 Pero ahora devuelve esa mujer casada a su marido; él es profeta y rezará por ti para que conserves la vida; pero si no se la devuelves, debes saber que morirás tú con todos los tuyos.

8 Abimelec madrugó, llamó a sus ministros y les contó todo el asunto. Los hombres se asustaron mucho. 9 Después Abimelec llamó a Abrahán y le dijo:

–¿Qué has hecho con nosotros? ¿Qué mal te he hecho para que nos expusieras a mí y a mi reino a cometer un pecado tan grave? Te has portado conmigo como no se debe.

10 Y añadió:

–¿Temías algo para obrar de este modo?

11 Abrahán le contestó:

–Pensé que en este país no respetan a Dios y que me matarían por causa de mi mujer.

12 Además, es realmente hermana mía; de padre, aunque no de madre, y la tomé por mujer. 13 Cuando Dios me hizo vagar lejos de mi casa paterna, le dije: Hazme este favor: en todos los sitios a donde lleguemos, di que soy tu hermano.

14 Entonces Abimelec tomó ovejas, vacas, siervos y siervas y se los dio a Abrahán, devolviéndole además a Sara, su mujer. 15 Y le dijo:

–Ahí tienes mi tierra, vive donde te parezca.

16 Y a Sara le dijo:

–He dado a tu hermano mil pesos de plata; así podrás mirar a la cara a todos los tuyos.

17 Abrahán rezó a Dios y Dios sanó a Abimelec, a su mujer y a sus concubinas, y dieron a luz. 18 Porque el Señor había cerrado el vientre a todas en casa de Abimelec por causa de Sara, mujer de Abrahán.

Nacimiento de Isaac

21 1 Como lo había prometido, el Señor se ocupó de Sara, el Señor realizó con Sara lo que había anunciado. 2 Sara concibió y dio un hijo al viejo Abrahán en la fecha que le había anunciado Dios. 3 Al hijo

---

nista: es Isaac quien se queda a vivir en Guerar. Hay tres elementos que se deben subrayar en este pasaje:

1. La posición de la Biblia frente a la antigua costumbre de quienes tenían poder político y económico. Éstos, además de su esposa legítima, tenían concubinas que iban adquiriendo mediante el método que nos describen 12,10-20 y 20,2. La tradición bíblica intenta corregir esta costumbre en el pueblo hebreo.

2. La manera de superar y corregir una antigua práctica en Israel que admite matrimonios en el grado de parentesco que Abrahán le refiere a Abimelec en el versículo 12 (cfr. 2 Sm 13,13), práctica que será derogada finalmente mediante la legislación que encontramos en Lv 18,9.11; 20,17.

3. El tercer elemento tiene que ver con el aspecto religioso. El texto constata que Dios también es conocido y respetado fuera del círculo de Abrahán. Abimelec le conoce y le teme, si se quiere, más que el mismo Abrahán. Sin embargo, según el narrador, Abrahán sostiene una relación tan directa, íntima y efectiva con su Dios, que éste declara a Abimelec que sólo la intercesión de Abrahán puede evitarle los males que le podría acarrear haber tomado a Sara.

Esta relación de Abrahán con Dios lo sitúa como profeta (7), cuya intercesión es valedera y eficaz (17s). Refleja el modo de pensar de una época en la cual el pueblo ya tenía una larga experiencia respecto a la figura y al papel de los profetas. No sólo anuncian la Palabra del Señor, sino que además se convierten en intercesores eficaces en momentos críticos (cfr. 1 Sm 7,8; 12,19; Jr 37,3; 42,1-4; Am 7,2-6).

21,1-21 Nacimiento de Isaac. Dos partes bien definidas conforman este texto. La primera (1-8) relata el cumplimiento de la promesa (17,15s) con el nacimiento de Isaac y recoge las palabras de Sara (6s), las primeras en toda la historia del patriarca. El escritor narra el uso patriarcal de poner nombre a los hijos (3), la ley de circuncidar al niño el día octavo (4) y el ofrecimiento de un banquete el día del destete del infante (8), celebrado al parecer como un gran acontecimiento.

No se pone el acento en el cumplimiento de la promesa. El énfasis principal, el eje focal de este relato, está en la segunda parte del presente texto (9-21),

que le había nacido, que había dado a luz
Sara, Abrahán lo llamó Isaac. 4 Abrahán
circuncidó a su hijo Isaac el octavo día,
como le había mandado Dios. 5 Cien años
tenía Abrahán cuando le nació su hijo
Isaac. 6 Sara comentó:
–El Señor me ha hecho bailar: los que se
enteren bailarán conmigo.
7 Y añadió:
–¿Quién le hubiera dicho a Abrahán que
Sara iba a criar hijos? ¡Porque le he dado un
hijo en su vejez!
8 El niño creció y lo destetaron. Abrahán
ofreció un gran banquete el día que deste-
taron a Isaac.
9 Pero Sara vio que el hijo que Abrahán
había tenido de Agar la egipcia jugaba con
Isaac, 10 y dijo a Abrahán:
–Expulsa a esa sierva y a su hijo, porque
no heredará el hijo de esa sierva con mi
hijo, con Isaac.
11 Abrahán se puso muy triste ya que el
otro también era su hijo. 12 Pero Dios dijo a
Abrahán:
–No te aflijas por el muchacho y por la
sierva. En todo lo que te dice haz caso a
Sara. Pues es Isaac quien prolongará tu
descendencia. 13 Aunque también del hijo
de la sierva sacaré un gran pueblo, porque
también es descendiente tuyo.
14 Abrahán madrugó, tomó pan y un
odre de agua, los puso en los hombros de
Agar y la despidió con el niño. Ella se mar-
chó y fue vagando por el desierto de Berse-
ba. 15 Cuando se le acabó el agua del odre,
colocó al niño debajo de unas matas; 16 se
apartó y se sentó a solas a la distancia de
un tiro de arco, diciéndose: No puedo ver
morir a mi hijo. Y se sentó a distancia. El
niño rompió a llorar. 17 Dios oyó la voz del
niño, y el ángel de Dios llamó a Agar desde
el cielo, preguntándole:
–¿Qué te pasa, Agar? No temas, que
Dios ha oído la voz del niño que está ahí.
18 Levántate, toma al niño, estáte tranquila
por él, porque sacaré de él un gran pueblo.
19 Dios le abrió los ojos y divisó un pozo
de agua; fue allá, llenó el odre y dio de be-
ber al muchacho. 20 Dios estaba con el mu-
chacho, que creció, habitó en el desierto y
se hizo un experto arquero; 21 vivió en el
desierto de Farán, y su madre le buscó una
mujer egipcia.

Abrahán y Abimelec

(26,15-25)

22 Por aquel tiempo, Abimelec, con Fi-
col, su capitán, dijo a Abrahán:
–Dios está contigo en todo lo que haces.
23 Por tanto, júrame por Dios, aquí mismo,
que no me engañarás ni a mí ni a mi estir-
pe ni a mi linaje, y que me tratarás a mí y a

---

donde quedan definidos los destinos de Ismael, en realidad legítimo heredero de Abrahán, y de Isaac, cuya herencia no es legítima sino más bien legitimada. Según la costumbre, el hijo de la concubina podía heredar junto con el hijo de la esclava, o bien podía ser desheredado por el padre. Esto último es lo que pide Sara para Ismael (10). El resto es la narración de una orden divina que recomienda a Abrahán proceder según el capricho de Sara, su mujer (12). Queda establecido que Ismael también participará de la bendición y promesa de una numerosa descendencia que continuará después de Abrahán por medio de Isaac (13b.18).

No hay que tomar este relato como la narración de la suerte que correrán Isaac –pueblo hebreo– e Ismael –ismaelitas o árabes–. Se trata más bien de la constatación de la relación entre ambas etnias, cuyo origen se pierde en el tiempo. El relato es sólo un recurso literario, cuyo sentido es establecer el momento en el cual se origina el sempiterno antagonismo entre estos dos grupos. Lo más lógico y obvio para el narrador es atribuir este asunto a la decisión divina, conforme a lo que ya hemos señalado en otros textos.

La interpretación que estamos haciendo de cada uno de estos pasajes nos revela que aquí se comete una grave injusticia. Dios jamás podría, por su esencia misma de amor, de misericordia y de justicia, propiciar semejante atropello contra una mujer y un niño. Sin embargo, este texto ha servido como justificación a la hora de reivindicar un territorio concreto para el pueblo judío. Es preciso insistir una vez más en que Dios no concede un territorio a un determinado grupo humano ignorando la suerte y los derechos de los otros. Invocar argumentos de tipo religioso para expulsar a pueblos y culturas del lugar que habitan no es propio de nuestro Dios de la vida y la justicia. Todo ser humano necesita una tierra donde crecer y desarrollarse y Dios no se lo niega a nadie.

21,22-34 Abrahán y Abimelec. Como quiera que Abrahán es el gran patriarca del Sur, es muy importante para el redactor o los redactores del Pentateuco establecer el lugar o los lugares donde Abrahán va fijando su residencia. Recordemos que uno de los propósitos de la reinterpretación de las historias de los patriarcas es precisamente relacionarlas con la época de la monarquía unida y poner la figura del rey en

esta tierra mía donde resides con la misma lealtad con que yo te he tratado.

24 Abrahán respondió:

–Lo juro.

25 Pero Abrahán reclamó a Abimelec por el asunto del pozo del que se habían apoderado sus criados.

26 Abimelec dijo:

–No sé quién lo habrá hecho; tú no me lo habías dicho y hasta hoy no me había enterado.

27 Entonces Abrahán tomó ovejas y vacas, se las dio a Abimelec y los dos hicieron una alianza.

28 Pero Abrahán apartó siete ovejas del rebaño.

29 Abimelec preguntó a Abrahán:

–¿Qué significan esas siete ovejas que has apartado?

30 Respondió:

–Estas siete ovejas que recibes de mi mano son la prueba de que yo cavé este pozo.

31 Por eso el lugar se llama Berseba, porque allí juraron los dos.

32 Concluida la alianza en Berseba, Abimelec, con Ficol, su capitán, se volvieron al país filisteo.

33 Abrahán plantó un tamarisco en Berseba e invocó el Nombre del Señor Dios eterno.

34 Abrahán residió en país filisteo muchos años.

Sacrificio de Isaac

(Heb 11,17-19)

22 1 Después de estos sucesos, Dios puso a prueba a Abrahán, diciéndole:

–¡Abrahán!

Respondió:

–Aquí me tienes.

2 Dios le dijo:

–Toma a tu hijo único, a tu querido Isaac, vete al país de Moria y ofrécemelo allí en sacrificio en uno de los montes que yo te indicaré.

3 Abrahán madrugó, ensilló el asno y se llevó a dos criados y a su hijo Isaac; cortó leña para el sacrificio y se encaminó al lu-
gar que le había indicado Dios. 4 Al tercer
día, levantó Abrahán los ojos y divisó el si-
tio a lo lejos. 5 Abrahán dijo a sus criados:

–Quédense aquí con el asno; yo y el muchacho iremos hasta allá para adorar a Dios, y después volveremos con ustedes.

6 Abrahán tomó la leña para el holocausto, se la cargó a su hijo Isaac y él llevaba el fuego y el cuchillo. Los dos caminaban juntos.

7 Isaac dijo a Abrahán, su padre:

–Padre.

Él respondió:

–Aquí estoy, hijo mío.

El muchacho dijo:

–Tenemos fuego y leña, pero, ¿dónde está el cordero para el holocausto?

---

continuidad con los ancestros de Israel y con los lugares de sus andanzas.

22,1-19 Sacrificio de Isaac. Los versículos 1-18 nos narran el momento en el cual Abrahán recibe la orden divina de sacrificar a su único hijo para ofrecerlo a su Dios. El centro del relato no es el mandato de Dios, ni la actitud obediente de Abrahán; el punto culminante de la narración está en la orden divina de no tocar al niño (12). Abrahán toma conciencia así de que está ante un Dios de vida, que no quiere ni exige sacrificios humanos.

La interpretación literal de este pasaje ha llevado a conclusiones teológicas reñidas con la auténtica imagen del Dios bíblico, cuya preocupación fundamental es la vida y exige a sus seguidores que la respeten. Conviene, más bien, interpretar el texto como un progreso evolutivo de la conciencia religiosa de Abrahán –y, en definitiva, de la del pueblo– hacia el conocimiento y la fe en una deidad radicalmente distinta a las que eran adoradas en el contexto geográfico en el que se mueven los ancestros de Israel. Es verdad que el texto nos dice que Dios ordenó a Abrahán: «Toma a tu hijo único, a tu querido Isaac, vete al país de Moria y ofrécemelo allí en sacrificio» (2). Con todo, es necesario recordar que en el proceso de la evolución de la conciencia religiosa –evolución que no siempre es ascendente– el creyente asume como voluntad divina, como Palabra de Dios, lo que él cree que manda u ordena la divinidad o lo que ofrece por su cuenta a la divinidad buscando agradarle. Abrahán –la conciencia del pueblo– participa de un ambiente religioso en el que se practican los sacrificios humanos y de ahí la tentación de Abrahán de hacer otro tanto –tentación en la que ciertamente cayó Israel, cfr. 2 Re 3,27; 16,3; 17,17–.

La tradición nos enseñó, y desafortunadamente se aceptó de una forma acrítica, que este pasaje es la «tentación de Dios a Abrahán» o que «Dios pone a prueba a Abrahán», con lo cual se nos enseñó implícitamente a creer en un Dios injusto y charlatán, que juega con la fe y con los sentimientos de sus creyentes, lo cual es una barbaridad teológica, inadmisible

8 Abrahán le contestó:
–Dios proveerá el cordero para el holo-
causto, hijo mío.
Y siguieron caminando juntos.
9 Cuando llegaron al sitio que le había
dicho Dios, Abrahán levantó allí un altar y
apiló la leña, luego ató a su hijo Isaac y lo
puso sobre el altar, encima de la leña.
10 Entonces Abrahán tomó el cuchillo para
degollar a su hijo; 11 pero el ángel del Señor
le gritó desde el cielo:
–¡Abrahán, Abrahán!
Él contestó:
–Aquí estoy.
12 Dios le ordenó:
–No alargues la mano contra tu hijo ni le
hagas nada. Ya he comprobado que respe-
tas a Dios, porque no me has negado a tu
hijo, tu único hijo.
13 Abrahán levantó los ojos y vio un car-
nero enredado por los cuernos en los mato-
rrales. Abrahán se acercó, tomó el carnero
y lo ofreció en sacrificio en lugar de su hijo.
14 Abrahán llamó a aquel sitio: El Señor
provee; por eso se dice aún hoy: el monte
donde el Señor provee.
15 Desde el cielo, el ángel del Señor vol-
vió a gritar a Abrahán:
16 –Juro por mí mismo –oráculo del Se-
ñor–: Por haber obrado así, por no haberte
reservado tu hijo, tu hijo único, 17 te bende-
ciré, multiplicaré a tus descendientes como
las estrellas del cielo y como la arena de la
playa. Tus descendientes conquistarán las
ciudades de sus enemigos. 18 Todos los
pueblos del mundo se bendecirán nom-
brando a tu descendencia, porque me has
obedecido.
19 Abrahán volvió a sus criados, y juntos
se pusieron en camino hacia Berseba.
Abrahán se quedó a vivir en Berseba.

Allegados a Abrahán

20 Algún tiempo más tarde le comunica-
ron a Abrahán:
–También Milcá ha dado hijos a Najor,
tu pariente: 21 Us el primogénito, Bus su
hermano y Camuel, padre de Aram.
22 Quésed, Jazó, Fildás, Yidlaf y Betuel.
23 Betuel fue padre de Rebeca. Milcá dio
estos ocho hijos a Najor, hermano de Abra-
hán. 24 Y una concubina, llamada Rauma,
también le dio hijos: Tébaj, Gajan, Tajas y
Maacá.

Muerte y sepultura de Sara

23 1 Sara vivió ciento veintisiete años;
2 y murió en Quiriat Arbá –hoy He-
brón–, en país cananeo. Abrahán fue a ha-
cer duelo y a llorar a su mujer. 3 Después
dejó a su difunta y habló a los hititas:

---

desde todo punto de vista. Pensando en este texto y en la interpretación que la misma Escritura hace del episodio (cfr. Heb 11,17-19), hemos aceptado ingenuamente que Dios también nos pone a prueba a nosotros en muchas oportunidades. No, no es conveniente ni provechoso para nuestra fe tener un concepto tan equivocado de Dios, porque no se corresponde con el auténtico Dios, el Dios del amor, de la misericordia y de la justicia.

Es cierto que éste y otros muchos pasajes arrojan ciertas oscuridades sobre la imagen de nuestro Dios, pero ello no significa que Dios sea un ser ambiguo; señala más bien que hay muchas ambivalencias en la conciencia humana que, en el caso de la Biblia, quedan registradas como si fueran propias de Dios. En el fondo, pues, no hay tentación por parte de Dios. En cambio, sí hay tentación a Dios por parte del ser humano. Ése es el caso de Abrahán y con mucha frecuencia el nuestro. Como quedó dicho, Abrahán vive en un contexto religioso en el que, al ofrecer su hijo a Dios, también recibía una descendencia numerosa y un territorio. Sin embargo, Dios se le aparece como alguien a quien no le importan los sacrificios, sino la vida y el compromiso por ella.

Podríamos decir que Dios exige a Abrahán rebelarse contra todo aquello que amenaza la vida y asumir un compromiso mucho más radical en favor de ella. Ése es el verdadero Dios bíblico, el que ha creado la vida, está comprometido con ella y en contra de todo aquello que la amenaza. Ni siquiera los sacrificios de animales interesan o agradan a Dios. El profeta Miqueas ya había tenido también en su momento esta gran revelación que por mucho tiempo hemos pasado por alto (cfr. Miq 6,6-8).

22,20-24 Allegados a Abrahán. Esta breve genealogía que parece fuera de lugar por no tener ninguna relación aparente con el resto del capítulo podría ser una inserción hecha más tarde para preparar el relato del matrimonio de Isaac con Rebeca, hija de Betuel, hijo de Najor, en 24,1-67, parientes cercanos de Abrahán.

23,1-20 Muerte y sepultura de Sara. Pese a que toda la narración sobre Abrahán se ha venido desarrollando en el país de Canaán, tierra en la cual ha ido erigiendo altares, ha realizado ritos que incluyen la invocación del Nombre de Dios, y ante la cual fue invitado por el mismo Dios a echar una mirada de norte a sur y de oriente a occidente como una forma de «poseer» el territorio, pese a ello, no se había di-

4 –Yo soy un forastero residente entre us-
tedes. Denme un sepulcro en propiedad, en
su terreno, para enterrar a mi difunta.
5 Los hititas respondieron a Abrahán:
6 –Escúchanos, señor: tú eres un jefe in-
signe entre nosotros; entierra a tu difunta
en el mejor de nuestros sepulcros; nadie de
nosotros te negará una sepultura para tu di-
funta.
7 Abrahán se levantó, hizo una inclina-
ción a los propietarios hititas 8 y les habló
así:
–Si realmente tienen voluntad de que
entierre a mi difunta, escúchenme: supli-
quen en mi nombre a Efrón, hijo de Sójar,
9 que me ceda la cueva de Macpela, que
se encuentra en el extremo de su campo.
Que me la ceda por su precio, en presen-
cia de ustedes, como sepulcro en propie-
dad.
10 Efrón estaba sentado entre los hititas;
Efrón, el hitita, respondió a Abrahán, en
presencia de los hititas que asistían al con-
cejo:
11 –No, señor mío; escucha: el campo te
lo regalo, y la cueva que hay en él te la re-
galo también; te la regalo en presencia de
mis compatriotas; entierra a tu difunta.
12 Abrahán hizo una inclinación a los
propietarios, 13 y oyéndolo ellos se dirigió a
Efrón:
–Si te parece, escúchame tú: yo te pago
el precio del campo; acéptalo y enterraré
allí a mi difunta.
14 Efrón contestó a Abrahán:
15 –Señor mío, escucha: el terreno vale
cuatro kilos de plata; entre nosotros dos,
¿qué significa eso? Entierra a tu difunta
cuando quieras.
16 Abrahán aceptó y pagó a Efrón, en
presencia de los hititas, el precio estableci-
do: cuatro kilos de plata, pesos comercia-
les. 17 Y así el campo de Efrón en Macpela,
frente a Mambré, el campo con la cueva y
con todos los árboles dentro de sus linde-
ros, 18 pasó a ser propiedad de Abrahán,
siendo testigos los hititas que asistían al
concejo.
19 Después Abrahán enterró a Sara, su
mujer, en la cueva del campo de Macpela,
frente a Mambré –hoy Hebrón–, en país ca-
naneo.
20 El campo con la cueva pasó de los hi-
titas a Abrahán como sepulcro en propie-
dad.

Boda de Isaac

24 1 Abrahán era viejo, de edad avanza-
da, y el Señor lo había bendecido en
todo. 2 Abrahán dijo al criado más viejo de
su casa, que administraba todas las pose-
siones:

---

cho aún que Abrahán tuviese propiedad alguna en tierra cananea.

Ahora sí, la muerte de Sara obliga al patriarca a oficializar, mediante un negocio estrictamente legal, la compra de un pedazo de tierra para sepultar los huesos de su esposa. Era signo de maldición no tener siquiera un lugar donde pudieran reposar los restos de una persona. El texto deja ver con claridad la manera oriental como se realizaban los negocios de compra y venta, así como el lugar: la puerta de la ciudad. Se hace énfasis, además, en el carácter extranjero de Abrahán y de su actitud de acogerse a los usos y costumbres de los nativos del lugar. La compra del campo en el cual hay una cueva se realiza con miras a la propia sepultura del patriarca (25,9s) y a otros más de su descendencia: Isaac (35,29), Rebeca y Lía (49,31) y Jacob (50,13).

Este negocio de Abrahán podría anticipar en cierto modo la posterior conquista y posesión del territorio completo de Canaán –desde Dan hasta Berseba– que, pese a ser «prometido», tiene que ser conquistado por la fuerza. La tradición sobre la compra de este campo y el hecho de que allí hayan sido sepultados los patriarcas y las matriarcas de Israel cobra una gran vigencia en la época de la conquista, pero muy especialmente en la época de la monarquía. Recuérdese que es justamente en Hebrón donde comienzan a gobernar los dos primeros reyes de Israel, al lado de los antepasados, hasta que David conquista Jerusalén y la convierte en centro administrativo, religioso y, en fin, ciudad de Dios y capital del reino.

El sepulcro de los patriarcas y las matriarcas fue hasta el pasado siglo un lugar común de veneración para judíos y árabes hasta que se originaron luchas violentas que reclamaban para uno solo de los dos pueblos el derecho a honrar allí a sus ancestros. Desde entonces y contra toda lógica, cada rama semita tiene en Hebrón sendas tumbas, vacías ambas, claro está, con idéntico valor para israelitas e ismaelitas.

24,1-67 Boda de Isaac. El ciclo de Abrahán se aproxima a su final. Al nacimiento de Isaac y los ritos pertinentes de ponerle un nombre y circuncidarlo (21,4) le sigue la viudez del patriarca (23,1-20), pero es muy importante que antes de morir quede concertado el matrimonio de Isaac, su hijo. Llama la atención de inmediato la decisión de no mezclar su sangre

–Pon tu mano bajo mi muslo, 3 y júrame
por el Señor Dios del cielo y Dios de la tie-
rra que cuando busques mujer a mi hijo no
la escogerás entre los cananeos, en cuya
tierra habito, 4 sino que irás a mi tierra na-
tiva y allí buscarás mujer a mi hijo Isaac.
5 El criado contestó:
–Y si la mujer no quiere venir conmigo a
esta tierra, ¿tengo que llevar a tu hijo a la
tierra de donde saliste?
6 Abrahán le replicó:
–En ningún caso lleves a mi hijo allá. 7 El
Señor Dios del cielo, que me sacó de la
casa paterna y del país nativo y que juró
dar esta tierra a mi descendencia, enviará
su ángel delante de ti y podrás traer mujer
para mi hijo. 8 En caso de que la mujer no
quiera venir contigo, quedas libre del jura-
mento. Sólo que a mi hijo no lo lleves allá.
9 El criado puso su mano bajo el muslo
de Abrahán, su amo, y le juró hacerlo así.
10 Entonces el criado agarró diez came-
llos de su amo, y llevando toda clase de re-
galos de su amo, se encaminó a Aram Na-
haraim, ciudad de Najor. 11 Hizo arrodillarse
a los camellos fuera de la ciudad, junto a un
pozo, al atardecer, cuando suelen salir las
mujeres a buscar agua. 12 Y dijo:
–Señor Dios de mi amo Abrahán, dame
hoy una señal propicia y trata con bondad
a mi amo Abrahán. 13 Yo estaré junto a la
fuente cuando las muchachas de la ciudad
salgan por agua. 14 Diré a una de las mu-
chachas: Por favor, inclina tu cántaro para
que beba. La que me diga: Bebe tú, mien-
tras yo voy a dar de beber a tus camellos,
ésa es la que has destinado para tu siervo
Isaac. Así sabré que tratas con bondad a mi
amo.
15 No había acabado de hablar, cuando
salía Rebeca –hija de Betuel, el hijo de Mil-
cá, la mujer de Najor, el hermano de Abra-
hán– con el cántaro al hombro. 16 La mu-
chacha era muy hermosa y doncella; aún
no había conocido varón alguno. Bajó a la
fuente, llenó el cántaro y subió.
17 El criado corrió a su encuentro y le
dijo:
–Déjame beber un poco de agua de tu
cántaro.
18 Ella contestó:
–Bebe, señor mío.
Y enseguida bajó el cántaro al brazo y le
dio de beber. 19 Cuando terminó, le dijo:
–Voy a sacar agua también para tus ca-
mellos, para que beban todo lo que quie-
ran.
20 Y enseguida vació el cántaro en el be-
bedero, corrió al pozo a sacar más y sacó
para todos los camellos. 21 El hombre la es-
taba mirando, en silencio, esperando, a ver
si el Señor daba éxito a su viaje o no.
22 Cuando los camellos terminaron de be-
ber, el hombre tomó un anillo de oro de cin-
co gramos de peso, y se lo puso en la nariz,
y dos pulseras de oro de diez gramos, y se
las puso en las muñecas. 23 Y le preguntó:
–Dime de quién eres hija y si en casa de
tu padre encontraremos sitio para pasar la
noche.
24 Ella contestó:
–Soy hija de Betuel, el hijo de Milcá y de
Najor.
25 Y añadió:
–Tenemos abundancia de paja y forraje
y sitio para pasar la noche.
26 El hombre se inclinó, adorando al Se-
ñor, y dijo:
–Bendito sea el Señor Dios de mi amo
Abrahán, que no ha olvidado su bondad 27 y
lealtad con su siervo. El Señor me ha guia-
do a la casa del hermano de mi amo.
28 La muchacha fue corriendo a casa a
contárselo todo a su madre.
29 Rebeca tenía un hermano llamado La-
bán. Cuando vio el anillo y las pulseras de

---

con la de los habitantes de Canaán, condición que le impone a su esclavo bajo un juramento muy solemne (3s). La exagerada extensión del relato nos da idea de la forma como acostumbraban los orientales a narrar sus acontecimientos. En el fondo, este largo episodio tiene dos ideas centrales que revelan el comportamiento histórico del pueblo de Israel: no tomar por esposas a las nativas de Canaán (3s.37s) y no regresar al país de origen de Abrahán (7s). De ahí el énfasis en la promesa divina de la tierra (7).

Desde el punto de vista religioso, este relato, además de ser una muestra del modo como se acordaban los matrimonios en la antigüedad, va revelando cómo en ese entramado sorprendente de la historia humana, la fe del pueblo reconoce que «Dios conduce», «Dios bendice», «Dios hace o hizo prosperar». El relato constituye, además, una pieza clave en el cumplimiento de la promesa divina sobre la numerosa descendencia y la posesión de un territorio, lo cual se deja ver en las palabras de Abrahán.

su hermana y oyó lo que contaba su her-
mana Rebeca de lo que había dicho el
hombre, 30 salió corriendo hacia la fuente
en busca del hombre, y lo encontró espe-
rando con los camellos, junto a la fuente.
31 Y le dijo:
–Ven, el Señor te bendiga, ¿qué esperas
aquí fuera? Yo te he preparado alojamiento
y sitio para los camellos.
32 El hombre entró en la casa, desensilló
los camellos, les dio paja y forraje, y trajo
agua para que se lavasen los pies el criado
y sus acompañantes. 33 Cuando le ofrecie-
ron de comer, él rehusó:
–No comeré hasta explicar mi asunto.
Y le dijeron:
–Habla.
34 Entonces él comenzó.
–Soy criado de Abrahán. 35 El Señor ha
bendecido inmensamente a mi amo y le ha
hecho rico; le ha dado ovejas y vacas, oro
y plata, siervos y siervas, camellos y asnos.
36 Sara, la mujer de mi amo, ya vieja, le ha
dado un hijo, que lo hereda todo. 37 Mi amo
me tomó juramento: Cuando le busques
mujer a mi hijo, no la escogerás de los ca-
naneos, en cuya tierra habito, 38 sino que
irás a casa de mi padre y mis parientes y
allí le buscarás mujer a mi hijo. 39 Yo le con-
testé: ¿Y si la mujer no quiere venir conmi-
go? 40 Él replicó: El Señor, a quien agrada
mi proceder, enviará su ángel contigo, dará
éxito a tu viaje y encontrarás mujer para mi
hijo en casa de mi padre y mis parientes;
41 pero no incurrirás en mi maldición si, lle-
gado a casa de mis parientes, no te la quie-
ren dar, entonces quedarás libre del jura-
mento. 42 Al llegar hoy a la ciudad dije:
Señor, Dios de mi amo Abrahán, si quieres
dar éxito al viaje que he emprendido, 43 yo
me pondré junto a la fuente, y diré a la mu-
chacha que salga a sacar agua: Dame de
beber un poco de agua de tu cántaro. 44 Si
me dice: Bebe tú, que voy a sacar para los
camellos, ella es la que destina el Señor
para el hijo de mi amo. 45 No había acaba-
do de decirme esto, cuando salía Rebeca
con el cántaro al hombro; bajó a la fuente,
sacó agua, y yo le pedí: Dame de beber.
46 Ella enseguida bajó el cántaro y me dijo:
Bebe tú, que voy a dar de beber a tus ca-
mellos; bebí yo y ella dio de beber a los ca-
mellos. 47 Entonces le pregunté: ¿De quién
eres hija? Me dijo: De Betuel, hijo de Najor
y Milcá. Entonces le puse un anillo en la na-
riz y pulseras en las muñecas, 48 y me incli-
né adorando al Señor, bendiciendo al Se-
ñor, Dios de mi amo Abrahán, que me ha
guiado por el camino justo para llevar al
hijo de mi amo la hija de su hermano. 49 Por
tanto, díganme si quieren o no ofrecer a mi
amo una prueba de amistad. Así podré ac-
tuar en consecuencia.
50 Labán y Betuel le contestaron:
–Es cosa del Señor, nosotros no pode-
mos responderte ni sí ni no. 51 Ahí tienes a
Rebeca, tómala y vete, y sea la mujer del
hijo de tu amo, como el Señor ha dicho.
52 Cuando el criado de Abrahán oyó
esto, se postró en tierra ante el Señor.
53 Después sacó objetos de plata y oro y
vestidos, y se los ofreció a Rebeca, y ofre-
ció regalos al hermano y a la madre.
54 Comieron y bebieron él y sus compa-
ñeros, pasaron la noche, y a la mañana si-
guiente se levantaron y dijeron:
–Permítanme que vuelva a la casa de mi
amo.
55 El hermano y la madre replicaron:
–Deja que la chica se quede con noso-
tros unos diez días, después se marchará.
56 Pero él replicó:
–No me detengan, después que el Señor
ha dado éxito a mi viaje; permítanme vol-
ver a la casa de mi amo. 57 Contestaron:
–Vamos a llamar a la chica y a pregun-
tarle su opinión.
58 Llamaron a Rebeca y le preguntaron:
–¿Quieres ir con este hombre?
Ella respondió:
–Sí.
59 Entonces despidieron a Rebeca y a su
nodriza, al criado de Abrahán y a sus com-
pañeros.
60 Y bendijeron a Rebeca:
–Tú eres nuestra hermana,
sé madre de miles y miles;
que tu descendencia conquiste
las ciudades enemigas.
61 Rebeca y sus compañeras se levanta-
ron, montaron en los camellos y siguieron
al hombre; y así se llevó a Rebeca el criado
de Abrahán.
62 Isaac se había trasladado del Pozo del
que vive y ve al territorio del Negueb.
63 Una tarde salió a pasear por el campo, y

alzando la vista vio acercarse unos came-
llos. 64 También Rebeca alzó la vista y, al ver
a Isaac, bajó del camello, 65 y dijo al criado:
–¿Quién es aquel hombre que viene en
dirección nuestra por el campo?
Respondió el criado:
–Es mi amo.
Ella tomó el velo y se cubrió.
66 El criado le contó a Isaac todo lo que
había hecho. 67 Isaac la metió en la tienda
de campaña de Sara, su madre, la tomó por
esposa y con su amor se consoló de la
muerte de su madre.

Muerte de Abrahán
(1 Cr 1,29-32)

25 1 Abrahán tomó otra mujer, llamada
Quetura, 2 la cual le dio hijos: Zim-
rán, Yoxán, Medán, Madián, Yisbac y Suj.
3 Yoxán engendró a Sebá y Dedán; los hijos
de Dedán fueron los asirios, latusios y le-
mios.
4 Los hijos de Madián fueron Efá, Efer,
Henoc, Abidá y Eldaá. Todos descendientes
de Quetura.
5 Abrahán hizo a Isaac heredero univer-
sal, 6 mientras que a los hijos de las concu-
binas les dio legados, y todavía en vida los
despachó hacia el país de oriente, lejos de
su hijo.
7 Abrahán vivió ciento setenta y cinco
años. 8 Abrahán expiró y murió en buena
vejez, colmado de años, y se reunió con los
suyos. 9 Isaac e Ismael, sus hijos, lo ente-
rraron en la cueva de Macpela, en el cam-
po de Efrón, hijo de Sojar, el hitita, frente a
Mambré. 10 En el campo que compró Abra-
hán a los hititas fueron enterrados Abrahán
y Sara, su mujer.
11 Muerto Abrahán, Dios bendijo a su
hijo Isaac, y éste se estableció en: Pozo del
que vive y ve.
12 Descendientes de Ismael, hijo de Abra-
hán y Agar, su criada egipcia. 13 Nombres de
los hijos de Ismael por orden de nacimiento:
Nebayot el primogénito, Quedar, Adbeel,
Mibsán, 14 Mismá, Dumá, Masá. 15 Jadad,
Temá, Yetur, Nafís y Quedma. 16 Éstos son
los hijos de Ismael y sus nombres por cer-
cados y campamentos: doce jefes de tribu.
17 Ismael vivió ciento treinta y siete
años. Expiró, murió y se reunió con los su-
yos. 18 Ellos se extendieron desde Javilá
hasta Sur, junto a Egipto, según se llega a
Asur; se instaló frente a sus hermanos.

CICLO PATRIARCAL: ISAAC

Descendencia de Isaac

19 Descendientes de Isaac, hijo de Abra-
hán. Abrahán engendró a Isaac.
20 Cuando Isaac tenía cuarenta años,
tomó por esposa a Rebeca, hija de Betuel,
arameo de Padán Aram, y hermana de La-
bán, arameo. 21 Isaac rezó a Dios por su
mujer, que era estéril. El Señor le escuchó
y Rebeca, su mujer, quedó embarazada.
22 Pero las criaturas se maltrataban en su
vientre y ella dijo:
–En estas condiciones, ¿vale la pena vi-
vir?
Y fue a consultar al Señor.
23 El Señor le respondió:
–Dos naciones hay en tu vientre,
dos pueblos se separan
en tus entrañas:
un pueblo vencerá al otro
y el mayor servirá al menor.
24 Cuando llegó el parto, resultó que te-
nía gemelos en el vientre.
25 Salió primero uno, todo pardo y peludo
como un manto, y lo llamaron Esaú. 26 De-
trás salió su hermano, agarrando con la ma-
no del talón de Esaú, y lo llamaron Jacob.
Tenía Isaac sesenta años cuando nacieron.
27 Crecieron los chicos. Esaú se hizo un
experto cazador, hombre agreste, mientras
que Jacob se hizo honrado beduino.

25,1-18 Muerte de Abrahán. Los versículos 1-6 narran en forma de genealogía la manera como Abrahán continúa multiplicando su descendencia después de la muerte de Sara. Es la manera literaria como queda registrado el parentesco del pueblo israelita con otros pueblos o tribus vecinas con algunas de las cuales ciertamente no hay demasiada afinidad, pero al fin y al cabo parentesco. Se reconoce esta cercanía familiar, pero se subraya que «Abrahán hizo a Isaac heredero universal, mientras que a los hijos de las concubinas les dio legados, y todavía en vida los despachó hacia el país de oriente, lejos de su hijo» (5s).

28 Isaac prefería a Esaú porque le gustaban
los platos de caza, Rebeca prefería a Jacob.
29 Un día que Jacob estaba guisando un
potaje, volvía Esaú agotado del campo.
30 Esaú dijo a Jacob:
–Déjame comer un poco de esa comida
rojiza, que estoy agotado –por eso le llaman
Edom–.
31 Respondió Jacob:
–Véndeme ahora mismo tus derechos de
primogenitura.
32 Esaú replicó:
–Yo estoy que me muero: ¿qué me im-
portan los derechos de primogénito?
33 Dijo Jacob:
–Júramelo ahora mismo.
Se lo juró y vendió a Jacob sus derechos
de primogénito. 34 Jacob dio a Esaú pan
con guiso de lentejas. Él comió, bebió, se
alzó, se fue y así malvendió Esaú sus dere-
chos de primogénito.

Isaac en Guerar
(12,10-20; 20)

26 1 Sobrevino una carestía en el país
–distinta de la que hubo en tiempos
de Abrahán–, e Isaac se dirigió a Guerar,
donde Abimelec era rey de los filisteos.
2 El Señor se le apareció y le dijo:
–No bajes a Egipto, quédate en el país
que te indicaré. 3 Reside en este país: esta-
ré contigo y te bendeciré, porque a ti y a tus
descendientes he de dar todas estas tierras.
Así cumpliré la promesa que le hice a tu
padre Abrahán. 4 Multiplicaré tu descen-
dencia como las estrellas del cielo, daré a
tu descendencia todas estas tierras, y todos
los pueblos de la tierra desearán las bendi-
ciones de tu descendencia.
5 Porque Abrahán me obedeció y guardó
mis preceptos, mandatos, normas y leyes.
6 Isaac se quedó a vivir en Guerar. 7 La
gente del lugar le preguntó quién era la mu-

Los versículos 7-10 nos dan cuenta de la muerte y sepultura de Abrahán de una forma simple y sencilla. Estos breves versículos señalan dos aspectos fundamentales: 1. La calidad de vida del patriarca, explicitada por el número de años y por las expresiones «buena vejez», «colmado de años» y «se reunió con los suyos». No era buen signo morir joven, se consideraba maldición, fruto de una vida no agradable a Dios (cfr. 38,6-10). La «vejez buena» o haber sido «colmado de años» indicaba bendición; el que vivía mucho era porque además poseía abundancia y prosperidad materiales, signos inequívocos –para la mentalidad bíblica– de bendición divina. 2. La segunda idea queda subrayada en la forma como se insiste en el lugar de la sepultura y la calidad del dueño del campo en el que es sepultado.

Los versículos 12-18 retoman el tema de Ismael, quien había desaparecido de escena desde que fue expulsado con su madre por parte de Abrahán a instancias de Sara. Quedó dicho en 21,13 que también él sería padre de multitudes; ahora, llegado el momento de establecer los jefes de tribus de esa numerosa descendencia, el redactor se cuida de anteponer el aviso de que quien posee la bendición es Isaac (11).

La noticia de la muerte de Ismael es más simple aún que la de Abrahán. De hecho, se utiliza la misma expresión: el número de años, expiró, murió y se reunió con los suyos, sin indicar el lugar de la sepultura. La ubicación de la descendencia ismaelita «desde Javilá hasta Sur, junto a Egipto» (18) no indica propiamente la posesión de un territorio del que nunca fueron objeto de promesa, ni Ismael, ni su descendencia.

25,19-34 Descendencia de Isaac. Estos versículos nos narran la historia de los dos descendientes de Isaac: Esaú y Jacob, cuyas relaciones antagónicas van a quedar establecidas desde el mismo vientre materno (23). Un par de gemelos que, según las palabras puestas en boca de Dios y dirigidas a Rebeca, son dos pueblos, dos naciones que «se separan en tus entrañas» (23). Una de las tradiciones sobre la forma en que Jacob, siendo el hijo menor, adquiere los derechos de la primogenitura es ésta que estamos leyendo. Todavía no interviene la madre; sólo queda establecido que Esaú renuncia a su derecho mediante juramento irrevocable. La transmisión como tal, el momento solemne en el cual Isaac transmitirá a Jacob la bendición ayudado por su madre, lo encontraremos en el capítulo 27.

Es necesario que todo este capítulo sea leído siempre a la luz del criterio de justicia divina en el que hemos venido insistiendo; con una gran fe, pero también con mucha libertad, debemos interrogar al texto y confrontarlo con la clave de justicia que jamás podemos dejar de lado a la hora de leer cualquier texto de la Escritura.

26,1-11 Isaac en Guerar. Los versículos 1-5 nos recuerdan la misma situación vivida ya por Abrahán. A causa de una sequía, Abrahán tiene que viajar a Egipto a buscar alimentos; allí tiene que mentir a los egipcios sobre su relación con Sara para garantizar su seguridad (12,12s). La misma situación se cuenta de Isaac, sólo que aquí al segundo patriarca se le indica expresamente que no salga del país. Este marco sirve para la ratificación de las promesas por parte de Dios (2-4), donde se subraya que esta actitud divina de favorecer a Isaac es a causa de la fe y de la obediencia de Abrahán (5). De nuevo aparece en escena Abimelec, el mismo que se menciona en el capítulo 20, hombre temeroso de Dios y respetuoso con los que creen en el Dios de estos seminómadas que habitan su territorio.

jer y él dijo que era su hermana; pues temía
que la gente del lugar lo matase por la be-
lleza de Rebeca.
8 Pasado bastante tiempo, Abimelec, rey
de los filisteos, miraba un día por la venta-
na y vio que Isaac acariciaba a Rebeca, su
mujer.
9 Abimelec llamó a Isaac y le dijo:
–Si es tu mujer, ¿por qué dijiste que es tu
hermana?
Le contestó Isaac:
–Porque temí que me matasen por cau-
sa de ella.
10 Abimelec le dijo:
–¿Qué es lo que nos has hecho? Si uno
de los nuestros llega a acostarse con tu mu-
jer, incurrimos todos en culpa.
11 Abimelec dio un decreto para toda la
población:
–El que toque a este hombre o a su mu-
jer será condenado a muerte.

Pozos
(21,22-34)

12 Isaac sembró en aquella tierra y aquel
año cosechó el ciento por uno, porque el
Señor le bendijo. 13 El hombre prosperaba y
prosperaba hasta el colmo de la prosperi-
dad. 14 Tenía rebaños de ovejas y vacas,
gran servidumbre, tanto que le envidiaban
los filisteos. 15 Todos los pozos que habían
cavado los criados de su padre en vida de
Abrahán, los filisteos los llenaron con tierra.
16 Abimelec dijo a Isaac:
–Apártate de nosotros, porque eres mu-
cho más poderoso que nosotros.
17 Isaac se apartó de allí, acampó junto
al torrente de Guerar y allí se estableció.
18 Isaac volvió a cavar los pozos cavados en
vida de su padre Abrahán, que los filisteos
habían tapado después de morir Abrahán.
Y los llamó con los mismos nombres que
les había puesto su padre.
19 Los criados de Isaac cavaron junto al
torrente y dieron con un manantial.
20 Los pastores de Guerar riñeron con los
pastores de Isaac, reclamando la propiedad
del agua. Y llamó al pozo Esec porque lo
habían desafiado. 21 Cavaron otro pozo y
también riñeron por él, y lo llamó Sitna.
22 Se apartó de allí y cavó otro pozo, y por
éste no riñeron. Y lo llamó Rehobot dicien-
do:
–El Señor nos ha dado su espacio para
crecer en el país.
23 Desde allí subió a Berseba. 24 El Señor
se le apareció aquella noche y le dijo:
–Yo soy el Dios
de tu padre Abrahán,
no temas, que estoy contigo.
Te bendeciré y multiplicaré
tu descendencia
en atención a Abrahán
mi siervo.
25 Levantó allí un altar, invocó el Nombre
del Señor y plantó allí su campamento. Los
siervos de Isaac abrieron allí un pozo.
26 Desde Guerar fue a visitarlo Abimelec
con Ajuzá, su consejero y Ficol, su capitán.
27 Isaac les dijo:
–¿Por qué vienen a visitarme, si fueron
ustedes los que me trataron con hostilidad
y me echaron de su territorio?
28 Le contestaron:
–Hemos comprobado que el Señor está
contigo y pensamos que entre tú y nosotros
debe haber un acuerdo por eso queremos
hacer una alianza contigo. 29 Tú no nos ha-
rás mal alguno, ya que nosotros no te he-
mos lesionado, te hemos tratado siempre
bien y te hemos despedido en paz. Ahora
que el Señor te bendiga.
30 Él les ofreció un banquete: comieron y
bebieron. 31 Por la mañana se levantaron y
pronunciaron los juramentos mutuos. Isaac

26,12-35 Pozos. Se repite la misma mentira de Abrahán en Egipto y en Guerar. Tanto el padre como el hijo están más interesados en salvar su propia vida que la de sus respectivas mujeres. Es evidente que en esta actitud engañosa el único beneficiado es el varón; la vida –tanto de Sara como de Rebeca– queda expuesta, sin que ello parezca importar ni a Abrahán ni a Isaac. Es extraño que no haya un «pronunciamiento» contra este proceder, aunque sí aparece en las tradiciones sobre Abrahán y en las dos de Isaac es quizá para indicar que, a pesar del proceder retorcido de estos pilares de la fe y de la religión israelita, la mano de Dios continúa guiando prodigiosamente la historia. Los incidentes y el diálogo entre Abimelec e Isaac reflejan las seculares luchas cotidianas por defender un pedazo de tierra y la posibilidad de tenerla irrigada para el cultivo o para el ganado. Tierra y agua, dos elementos vitales que atraviesan todo el pensamiento bíblico. La mención de Esaú en el versículo 34 prepara su futuro rechazo en 27,46.

los despidió y ellos marcharon en paz.
32 Aquel día vinieron los siervos de Isaac tra-
yéndole noticias del pozo que habían cavado:
–Hemos encontrado agua.
33 Y llamaron al pozo Siba. Por eso toda-
vía hoy se llama la ciudad Berseba.
34 Cuando Esaú cumplió cuarenta años,
se casó con Judit, hija de Beeri, el hitita, y
con Basmat, hija de Elón, el hitita. 35 Traje-
ron muchos disgustos a Isaac y Rebeca.

Isaac bendice a Jacob

27 1 Cuando Isaac se hizo viejo y perdió
la vista, llamó a Esaú, su hijo mayor,
y le dijo:
–¡Hijo mío!
Le contestó:
–Aquí estoy.
2 Le dijo:
–Mira, ya estoy viejo y no sé cuándo voy
a morir. 3 Así que toma tus armas, arco y
aljaba, y sal a campo a cazarme algún ani-
mal silvestre. 4 Después me lo guisas como
a mí me gusta y me lo traes para que lo
coma. Porque quiero darte mi bendición
antes de morir.
5 Rebeca escuchaba lo que Isaac decía a
su hijo Esaú. Esaú salió a campo para ca-
zar y traer algún animal silvestre. 6 Rebeca
dijo a su hijo Jacob:
–He oído a tu padre que decía a Esaú tu
hermano: 7 Tráeme un animal silvestre y
guísamelo, yo lo comeré y te bendeciré en
presencia del Señor antes de morir. 8 Aho-
ra, hijo mío, obedece mis instrucciones:
9 Vete al rebaño, selecciona dos cabritos
hermosos y yo se los guisaré a tu padre
como a él le gusta. 10 Tú se lo llevarás a tu
padre para que coma; y así te bendecirá
antes de morir.
11 Replicó Jacob a Rebeca su madre:
–Sabes que Esaú mi hermano es peludo
y yo soy lampiño. 12 Si mi padre me palpa
y quedo ante él como embustero, me aca-
rrearé maldición en vez de bendición.
13 Su madre le dijo:
–Yo cargo con la maldición, hijo mío. Tú
obedece, ve y tráemelos.
14 Él fue, los escogió y se los trajo a su
madre; y su madre los guisó como le gusta-
ba a su padre. 15 Rebeca tomó el traje de su
hijo mayor Esaú, el traje de fiesta que guar-
daba en el baúl, y se lo vistió a Jacob, su
hijo menor. 16 Con la piel de los cabritos le
cubrió las manos y la parte lisa del cuello.
17 Después puso en manos de su hijo Jacob
el guiso que había preparado con el pan.
18 Él entró adonde estaba su padre y le
dijo:
–Padre mío.
Le contestó:
–Aquí estoy. ¿Quién eres tú, hijo mío?
19 Jacob respondió a su padre:
–Yo soy Esaú, tu primogénito. He hecho
lo que me mandaste. Incorpórate, siéntate y
come de la caza; y después me bendecirás.
20 Isaac dijo a su hijo:
–¡Qué prisa te has dado para encontrar-
la, hijo mío!
Le contestó:
–Es que el Señor tu Dios me la puso al
alcance.
21 Isaac dijo a Jacob:
–Acércate que te palpe, hijo mío, a ver si
eres tú mi hijo Esaú o no.
22 Se acercó Jacob a Isaac, su padre, el
cual palpándolo dijo:
–La voz es la voz de Jacob, las manos
son las manos de Esaú.
23 No le reconoció porque sus manos
eran peludas como las de su hermano Esaú.
Y se dispuso a bendecirlo. 24 Preguntó:
–¿Eres tú mi hijo Esaú?
Contestó: –Lo soy.
25 Le dijo:
–Hijo mío, acércame la caza, que coma;
y después te bendeciré.
Se la acercó y comió, luego le sirvió
vino, y bebió.

27,1-46 Isaac bendice a Jacob. Este largo capítulo dedicado a la bendición de Jacob puede dividirse en tres partes:

1. El relato en el cual queda confirmada la predilección de Isaac por Esaú y de Rebeca por Jacob, donde la influencia femenina aparece como más poderosa, llegando a engañar a su propio marido con tal de favorecer al hijo menor (1-26).

2. La bendición, que de hecho no incluye ningún recuerdo o referencia a la bendición divina ni a las promesas hechas a Abrahán. Se trata más bien de la confirmación de una cierta prosperidad material que tiene que ver con lo necesario para la subsistencia –alimentos– y con la seguridad personal y grupal –aspecto político-militar– (27-29). El versículo 29 debe ser un añadido de la época de la monarquía unida,

26 Isaac, su padre, le dijo:
–Acércate y bésame, hijo mío.
27 Se acercó y lo besó. Y al oler el aroma del traje, lo bendijo diciendo:

–Mira, el aroma de mi hijo
como aroma de un campo
que ha bendecido el Señor.
28 Que Dios te conceda
rocío del cielo,
fertilidad de la tierra,
trigo y vino en abundancia;
29 te sirvan pueblos
y te rindan homenaje las naciones.
Serás el señor de tus hermanos,
que te rindan homenaje
los hijos de tu madre.
¡Maldito quien te maldiga,
bendito quien te bendiga!

30 Apenas terminó Isaac de bendecir a
Jacob, mientras salía Jacob de donde esta-
ba su padre, Esaú volvía de cazar. 31 Tam-
bién él hizo un guiso, se lo llevó a su padre
y dijo a su padre:

–Incorpórese, padre, y coma de la caza de su hijo; y así me bendecirá.
32 Su padre Isaac le preguntó:
–¿Quién eres?
Contestó:
–Soy tu primogénito, Esaú.
33 Isaac fue presa de un terror espantoso y dijo:
–Entonces ¿quién es el que fue a cazar y me lo trajo y comí de todo antes de que tú llegaras? Lo he bendecido y será bendecido.
34 Al oír Esaú las palabras de su padre, dio un grito atroz, lleno de amargura y pidió a su padre:
–Bendíceme a mí también, padre mío.
35 Le contestó:
–Ha venido tu hermano con trampas y se ha llevado tu bendición.
36 Comentó Esaú:
–Con razón se llama Jacob, ya me ha hecho trampa dos veces; se llevó mis derechos de primogénito y ahora se ha llevado mi bendición.
Y añadió:
–¿No te queda otra bendición para mí?
37 Respondió Isaac a Esaú:
–Mira, lo he nombrado señor tuyo, he declarado siervos suyos a sus hermanos, le he asegurado el grano y el vino; ¿qué puedo hacer ya por ti, hijo mío?
38 Esaú dijo a su padre:
–¿Es que sólo tienes una bendición, padre mío? Bendíceme también a mí, padre mío.
Y Esaú se echó a llorar ruidosamente.
39 Entonces su padre Isaac le dijo:

Sin fertilidad de la tierra,
sin rocío del cielo
será tu morada.
40 Vivirás de la espada,
sometido a tu hermano.
Pero cuando te rebeles,
sacudirás el yugo del cuello.

41 Esaú guardaba rencor a Jacob por la bendición con que lo había bendecido su padre. Esaú se decía:
–Cuando llegue el luto por mi padre, mataré a Jacob mi hermano.
42 Le contaron a Rebeca lo que decía su hijo mayor Esaú, mandó llamar a Jacob, el hijo menor, y le dijo:

---

cuando David y sobre todo Salomón sometieron a su dominio muchos pueblos vecinos, incluido Edom.

3. La acción de Dios que se va realizando en medio de una trama humana cargada de intereses personalistas, de violación de derechos y de actitudes contrarias a la justicia.

Se reflejan dos aspectos o formas de pensar respecto al tema de la bendición, cuyo sentido principal reposa en el bienestar y la prosperidad materiales, la paz y la tranquilidad. El otro asunto es la forma como va quedando al descubierto el aspecto de la retribución: al que actúa bien le va bien, y al que actúa mal le va mal. Esaú mismo se labra su «trágico» destino por sus acciones negativas: su irresponsabilidad en un asunto tan delicado como su primogenitura (cfr. 25,33), que trae como consecuencia el rapto de la bendición (1-38); su matrimonio con mujeres cananeas o hititas (26,34s) y su rencor asesino (41). También Jacob es «retribuido» por el engaño con que arrancó la bendición de su padre: así como él engañó, también será engañado cuando se dirija a la tierra de su tío y futuro suegro Labán en busca de una esposa.

El trasfondo histórico que conocían los destinatarios iniciales de estas historias y leyendas que se refieren, no tanto a personajes reales, cuanto a pueblos o grupos sociales, es la prosperidad y abundancia de que disfrutaban los hijos de Jacob en tierra cananea, mientras que sus parientes los edomitas vivían en un desierto árido y sin posibilidades de prosperar. El versículo 40 enlaza con 26,34 y prepara la partida de Jacob a tierra de sus abuelos maternos para no incurrir en la misma «falta» de su hermano mayor, tomando por mujer a las cananeas.

–Mira, Esaú tu hermano piensa vengarse matándote. 43 Por tanto, hijo mío, anda, huye a Jarán, a casa de mi hermano Labán.
44 Quédate con él una temporada, hasta que se le pase la cólera a tu hermano,
45 hasta que se le pase la ira a tu hermano y se olvide de lo que has hecho; entonces te mandaré llamar. Que no quiero perder a mis dos hijos el mismo día.
46 Rebeca dijo a Isaac:
–Estas mujeres hititas me hacen la vida imposible. Si también Jacob toma mujeres hititas del país, como éstas, ¿de qué me sirve vivir?

CICLO PATRIARCAL: JACOB

Jacob peregrino

28 1 Isaac llamó a Jacob, lo bendijo y le dio instrucciones:
–No te cases con una mujer cananea.
2 Vete a Padán Aram, a casa de Betuel, tu abuelo materno, y cásate con una de las hijas de Labán, tu tío materno. 3 El Dios Todopoderoso te bendiga, te haga crecer y multiplicarte hasta ser un grupo de tribus.
4 Él te conceda la bendición de Abrahán, a ti y a tu descendencia, para que poseas la tierra que has recorrido, que Dios entregó a Abrahán.
5 Isaac, pues, despidió a Jacob, el cual se dirigió a Padán Aram, a casa de Labán, hijo de Betuel arameo, hermano de Rebeca, la madre de Jacob y Esaú.
6 Se enteró Esaú de que Isaac había bendecido a Jacob y lo había enviado a Padán Aram para que se buscase allí una mujer, y que, al bendecirlo, le había encargado que no se casase con una mujer cananea; 7 y que Jacob, obedeciendo a su padre y su madre, se había dirigido a Padán Aram.
8 Esaú comprendió que las cananeas no agradaban a su padre Isaac. 9 Entonces Esaú se dirigió a Ismael y, además de las que tenía, tomó por mujer a Majlá, hija de Ismael, hijo de Abrahán, y hermana de Nebayot.

Jacob en Betel
(cfr. 46,1-7; Os 12,5; Sab 10,10)

10 Jacob salió de Berseba y se dirigió a Jarán. 11 Acertó a llegar a un lugar; y como se había puesto el sol, se quedó allí a pasar la noche. Tomó una piedra del lugar, se la puso como almohada y se acostó en aquel lugar.
12 Tuvo un sueño: una escalinata, plantada en tierra, tocaba con el extremo el cielo. Mensajeros de Dios subían y bajaban por ella. 13 El Señor estaba en pie sobre ella y dijo:
–Yo soy el Señor, Dios de Abrahán tu padre y Dios de Isaac. La tierra en la que te encuentras te la daré a ti y a tu descendencia. 14 Tu descendencia será como el polvo de la tierra; te extenderás a occidente y

---

28,1-9 Jacob peregrino. Los versículos 3s conforman la bendición que se esperaba en 27,27. Los versículos 5-9 parecen ignorar todo el capítulo 27. Esaú no parece conocer los gustos de su padre o, mejor dicho, las normas y limitaciones que su grupo familiar se ha impuesto: no casarse con mujeres cananeas. El recurso literario para emparentar a los edomitas con los ismaelitas consiste en que Esaú toma por mujer a Majlá, hija de Ismael, hijo de Abrahán (9). La diversidad de puntos de vista que hay en estos primeros versículos refleja la diversidad de tradiciones y de épocas en la reflexión sobre los patriarcas y sobre las experiencias históricas del pueblo. Así, por ejemplo, en 27,42s Rebeca aconseja a su hijo Jacob que huya a Jarán a casa de sus padres para escapar de la venganza de Esaú, mientras que en 28,2 es Isaac quien envía a su hijo a casa de sus parientes maternos para que se case allá. Esta insistencia en evitar matrimonios con mujeres no israelitas podría reflejar la época exílica (587-534 a.C.) y postexílica, cuando la preocupación por la recta observancia de la Ley se fue convirtiendo casi en una obsesión, hasta el punto de cerrarse completamente a cualquiera que no fuera descendiente de la nación judía.

28,10-22 Jacob en Betel. Dios se aparece a Jacob en sueños, una forma común de comunicación de Dios en la Biblia. La aparición divina o teofanía tiene por objeto ratificar en Jacob las promesas divinas hechas a Abrahán y a Isaac. Todos los elementos que conforman este relato eran familiares y conocidos en el contexto del Antiguo Cercano Oriente: pasar la noche al descampado después de todo un día de camino en los viajes que demoraban varias jornadas; acogerse a los espíritus buenos y a las divinidades favorables de cada lugar; erigir estelas o piedras que adquirían un carácter de memorial o testimonio; dejar establecida una cierta relación con el territorio mediante la erección de un santuario.

oriente, al norte y al sur. Por ti y por tu descendencia todos los pueblos del mundo serán benditos. 15 Yo estoy contigo, te acompañaré adonde vayas, te haré volver a este país y no te abandonaré hasta cumplirte cuanto te he prometido.

16 Despertó Jacob del sueño y dijo:

–Realmente el Señor está en este lugar y yo no lo sabía.

17 Y añadió aterrorizado:

–¡Qué terrible es este lugar! Es nada menos que casa de Dios y Puerta del Cielo.

18 Jacob se levantó de mañana, tomó la piedra que le había servido de almohada, la colocó como piedra conmemorativa y derramó aceite en la punta. 19 Y llamó al lugar Casa de Dios –la ciudad se llamaba antes Luz–. 20 Jacob pronunció una promesa:

–Si Dios está conmigo y me guarda en el viaje que estoy haciendo y me da pan para comer y vestido con que cubrirme, 21 y si vuelvo sano y salvo a casa de mi padre, entonces el Señor será mi Dios, 22 y esta piedra conmemorativa que acabo de erigir será una casa de Dios y te daré un diezmo de todo lo que me des.

Jacob y Raquel
(24; Éx 2,15)

29 1 Jacob se puso en camino y se dirigió al país de los orientales.

2 Cuando he aquí que en campo abierto vio un pozo y tres rebaños de ovejas descansando junto a él, porque en ese pozo daban de beber a los rebaños. La piedra que tapaba el pozo era enorme, 3 tanto que se reunían allí todos los pastores, corrían la piedra de la boca del pozo y daban de beber a las ovejas; después colocaban de nuevo la piedra en su sitio en la boca del pozo. 4 Jacob les dijo:

–Hermanos, ¿de dónde son?

Contestaron:

–Somos de Jarán.

5 Les preguntó:

–¿Conocen a Labán hijo de Najor?

Contestaron:

–Lo conocemos.

6 Les dijo:

–¿Qué tal está?

Contestaron:

–Está bien. Justamente Raquel su hija está llegando con las ovejas.

7 Él dijo:

–Todavía es pleno día, no es hora de recoger el ganado. ¿Por qué no dan de beber a las ovejas y las llevan a pastar?

8 Replicaron:

–No podemos hasta que se reúnan todos los rebaños. Entonces corremos la piedra de la boca del pozo y damos de beber a las ovejas.

9 Todavía estaba hablando con ellos, cuando llegó Raquel, que era pastora, con las ovejas de su padre. 10 Cuando Jacob vio a Raquel, hija de Labán, su tío materno, y las ovejas de Labán, su tío materno, corrió la piedra de la boca del pozo y dio de beber a las ovejas de Labán, su tío materno.

11 Después Jacob besó a Raquel y rompió a llorar ruidosamente. 12 Jacob explicó a Raquel que era hermano de su padre, hijo de Rebeca. Ella corrió a contárselo a su padre. 13 Cuando Labán oyó la noticia sobre Jacob, hijo de su hermana, corrió a su encuentro, lo abrazó, lo besó y lo llevó a su

---

Los redactores del Génesis tienen un particular interés en establecer esta teofanía precisamente aquí, en Betel, lugar muy significativo para el reino del norte, así como Berseba, Siquén y Hebrón lo son en el ciclo de Abrahán y, por tanto, para el reino del sur.

29,1-14 Jacob y Raquel. La narración de los conflictos entre Esaú y Jacob cede el paso al ciclo de historias sobre las peripecias iniciales de la vida de Jacob que sin mayores problemas pasa de Betel a Jarán, tierra de sus ancestros. Casi en paralelo con la suerte del criado de Abrahán que encontró con extraordinaria facilidad la que sería la esposa de Isaac (cfr. 24,1-67), Jacob conecta rápidamente con la misma parentela; su tío Labán será su suegro. Esta cercanía de parentesco no es garantía para Jacob, el cual será víctima del engaño por parte del padre de Lía y Raquel (23-29). Ésta sería la contrapartida –retribución– del engaño que, a su vez, protagonizó el mismo Jacob cuando, ayudado por su madre, robó la bendición que pertenecía a su hermano Esaú. Recuérdese que estamos en una época en la que hay una especial atención a la ley de la retribución. Con todo, la acción de Labán es implícitamente repudiada y tiene su justa compensación en 31,22-54, donde de nuevo hay una manifiesta predilección de Dios por Jacob sobre cualquier otro habitante del lugar. Mediante este recurso narrativo, la Biblia establece de manera definitiva una ruptura total de la nación judía con todo ancestro arameo de Mesopotamia.

casa. Jacob contó a Labán todo lo suce-
dido.
14 Labán le dijo:
–¡Eres de mi carne y sangre!
Y se quedó con él un mes.
15 Labán dijo a Jacob:
–El que seas mi hermano no es razón
para que me sirvas gratuitamente; dime
qué salario quieres.
16 Labán tenía dos hijas: la mayor se lla-
maba Lía, la menor se llamaba Raquel.
17 Lía tenía ojos apagados, Raquel era gua-
pa y de buen tipo. 18 Jacob estaba enamo-
rado de Raquel, y le dijo:
–Te serviré siete años por Raquel, tu hija
menor.
19 Contestó Labán:
–Más vale dártela a ti que dársela a un
extraño. Quédate conmigo.
20 Jacob sirvió por Raquel siete años y
estaba tan enamorado, que le parecieron
unos días.
21 Jacob dijo a Labán:
–Se ha cumplido el tiempo, dame a mi
mujer, que me acueste con ella.
22 Labán reunió a todos los hombres del
lugar y les ofreció un banquete.
23 Anochecido, tomó a su hija Lía, se la
llevó a él y él se acostó con ella. 24 Labán
entregó su criada Zilpa a su hija Lía como
criada. 25 Al amanecer descubrió que era
Lía, y protestó a Labán:
–¿Qué me has hecho? ¿No te he servido
por Raquel? ¿Por qué me has engañado?
26 Contestó Labán:
–No es costumbre en nuestro lugar dar
la pequeña antes de la mayor. 27 Termina
esta semana y te daré también la otra en
pago de que me sirvas otros siete años.
28 Jacob aceptó, terminó aquella sema-
na y él le dio por mujer a su hija Raquel.
29 Labán entregó a su hija Raquel su criada
Bilha como criada. 30 Se acostó también
con Raquel y quiso a Raquel más que a Lía;
y se quedó a servir otros siete años.

Hijos de Jacob
(cfr. 46,8-25; Sal 127,3; 128,3)

31 Viendo el Señor que Lía no era corres-
pondida, la hizo fecunda; mientras Raquel
seguía estéril. 32 Lía concibió, dio a luz a un
hijo y lo llamó Rubén diciendo:
–Ha visto el Señor mi aflicción y ahora
me querrá mi marido.
33 Volvió a concebir, dio a luz un hijo y
comentó:
–Ha oído el Señor que no era correspon-
dida y me ha dado este hijo. Y lo llamó Si-
meón.

29,31–30,24 Hijos de Jacob. Hay en el pueblo de Israel una conciencia de su origen diverso. Pese a que todos proceden de un mismo padre, no todos poseen la misma madre; de ahí la importancia que tiene para el sabio resaltar el origen materno de cada uno de los que serán los padres de las doce tribus de Israel. No importa si este dato contradice Lv 18,18, donde se prohíbe el matrimonio de un hombre con dos hermanas; el lector debía suponer que estas leyes todavía no eran vigentes en la época de los grandes antepasados y fundadores del pueblo.

Casi en la misma línea de pensamiento de Labán, de casar primero a la hija mayor, el redactor resalta el hecho de que es precisamente Lía, la hermana mayor, la fecunda, la que primero empieza a concebir y a dar cuerpo a la promesa sobre la descendencia. Hay también un ingrediente religioso cuando se resalta que, aunque Lía no sea la favorita de Jacob, es sin embargo mirada por Dios, y es en ella donde comienza a tomar forma y a cumplirse la promesa divina de una descendencia numerosa. Dios está presente en cada situación humana, por contradictoria que sea, de los orígenes de Israel.

Raquel ve con malos ojos que su hermana, que no es en sentido estricto la legítima esposa de Jacob, sea la que esté dando a luz a los hijos de su esposo y recurre a la figura de la adopción entregando a su esclava Bilha para que conciba y dé a luz en sus rodillas (30,1-3). No uno, sino dos hijos, Dan y Neftalí, nacen de esta unión de Jacob con la esclava de Raquel (30,4-8).

Lía, que a pesar de haber dado ya a luz a cuatro hijos se siente celosa de su hermana, propone a Jacob el mismo procedimiento, acostarse con su esclava Zilpa, quien da a Jacob dos nuevos hijos (30,9-13). Un incidente familiar entre Raquel y Lía sirve de marco para que Raquel «autorice» a su hermana a acostarse de nuevo con su esposo (30,14-16); de aquí nacerán dos nuevos varones y una mujer, Dina (30,17-21). En este momento, Dios se acuerda de Raquel y le concede la gracia de concebir también ella, aumentando en uno el número de los hijos de Jacob y completando así once. El nacimiento de José cierra el ciclo de historias y leyendas sobre Jacob y sus hijos en tierra de sus antepasados y nos prepara al retorno del patriarca con su familia a la tierra prometida.

Los nombres de los hijos y las circunstancias que rodean cada nacimiento designan de algún modo las circunstancias de su origen y al mismo tiempo describen el tipo de relaciones que en el acontecer histórico vivieron las doce tribus en tierra de Canaán.

[34] Volvió a concebir, dio a luz un hijo y comentó:

–Esta vez mi marido se sentirá ligado a mí, pues le he dado tres hijos.

Por eso lo llamó Leví. [35] Volvió a concebir, dio a luz un hijo y comentó:

–Esta vez doy gracias al Señor.

Por eso lo llamó Judá. Y dejó de dar a luz.

30 [1] Vio Raquel que no daba hijos a Jacob, y envidiosa de su hermana, Raquel dijo a Jacob:

–¡Dame hijos o me muero!

[2] Se indignó Jacob con Raquel y le dijo:

–¿Hago yo las veces de Dios para negarte el fruto del vientre? [3] Ella replicó:

–Ahí tienes a mi sierva Bilha. Acuéstate con ella para que dé a luz en mis rodillas. Así, por ella, yo también tendré hijos.

[4] Y le entregó a su sierva Bilha como esposa. Jacob se acostó con ella; [5] ella concibió, dio a luz un hijo para Jacob. [6] Raquel comentó:

–Dios me ha hecho justicia y me ha escuchado y me ha dado un hijo.

Por eso lo llamó Dan. [7] Volvió a concebir Bilha, criada de Raquel, y dio a luz un segundo hijo para Jacob. [8] Raquel comentó:

–Una competición divina: he competido con mi hermana y la he podido.

Y lo llamó Neftalí.

[9] Viendo Lía que había cesado de dar a luz, tomó a su criada Zilpa y se la dio a Jacob como mujer. [10] Zilpa, criada de Lía, dio a luz un hijo para Jacob. [11] Lía comentó:

–¡Qué suerte!

Y lo llamó Gad. [12] Zilpa, criada de Lía, dio a luz un segundo hijo para Jacob. [13] Y Lía comentó:

–¡Qué felicidad! Las mujeres me felicitarán.

Y lo llamó Aser.

[14] Durante la cosecha del trigo fue Rubén al campo y encontró unas mandrágoras; y se las llevó a su madre Lía. Raquel dijo a Lía:

–Dame algunas mandrágoras de tu hijo.

[15] Y le contestó:

–¿Te parece poco quitarme a mi marido, que me quieres quitar también las mandrágoras de mi hijo?

Replicó Raquel:

–Bueno, que duerma contigo esta noche a cambio de las mandrágoras de tu hijo.

[16] Cuando Jacob volvía del campo al atardecer, Lía le salió al encuentro y le dijo:

–Acuéstate conmigo, que he pagado por ti con las mandrágoras de mi hijo.

Aquella noche la pasó con ella. [17] Dios escuchó a Lía, que concibió y dio a luz el quinto hijo para Jacob. [18] Lía comentó:

–Dios me ha pagado el haberle yo dado mi criada a mi marido.

Y lo llamó Isacar. [19] Volvió a concebir Lía y dio a luz para Jacob el sexto hijo. [20] Lía comentó:

–Dios me ha hecho un buen regalo. Ahora me honrará mi marido, pues le he dado seis hijos.

Y lo llamó Zabulón.

[21] Después dio a luz una hija y la llamó Dina.

[22] Dios se acordó de Raquel, Dios la escuchó y la hizo fecunda.

[23] Ella concibió, dio a luz y comentó:

–Dios ha borrado mi afrenta.

[24] Y lo llamó José, diciendo:

–El Señor me dé otro hijo.

Jacob y Labán

(Sab 10,11)

[25] Cuando Raquel dio a luz a José, Jacob dijo a Labán:

–Déjame volver a mi lugar y a mi tierra.
[26] Dame las mujeres por las que te he ser-

30,25-43 Jacob y Labán. La negociación entre Labán y Jacob resalta el íntimo propósito de sacar ventaja el uno sobre el otro. Era lógico que el crecimiento del grupo familiar empujara a Jacob a buscar nuevos horizontes, pero también era lógico que Labán aspirara a mantener el control sobre un clan tan numeroso y rico en ganados.

Ambos buscan el mayor provecho para sí, saliendo airoso finalmente Jacob, quien apela a una antigua creencia según la cual la imagen que impresione a animales y personas en el momento de su concepción permanecerá o se reflejará en su descendencia. Si los machos y las hembras observaban varas rayadas en el momento de su copulación, las crías tendrían esas características. Llama la atención que en toda esta trama Dios se definirá por Jacob, con lo cual implícitamente aprueba el proceder tramposo de Jacob. No olvidemos que la tendencia de la conciencia religiosa es atribuir a Dios como voluntad suya el rumbo que fue tomando la historia.

vido, y los hijos, y me marcharé; tú sabes lo
mucho que te he servido.
27 Labán le respondió:
–¡Por favor! He sabido por un oráculo
que el Señor me ha bendecido por tu cau-
sa. 28 Señala tu salario y te lo pagaré.
29 Le replicó:
–Tú sabes cómo te he servido y cómo le
ha ido al rebaño que me has confiado. 30 Lo
poco que antes tenías ha crecido inmensa-
mente porque el Señor te ha bendecido por
mi causa. Es hora de que haga algo tam-
bién por mi familia.
31 Le preguntó:
–¿Qué quieres que te dé?
Contestó Jacob:
–No me des nada. Sólo haz lo que te
digo, que yo volveré a pastorear y guardar
tu rebaño.
32 Pasaré hoy por todo el rebaño y apar-
ta todas las ovejas oscuras y todos los ca-
britos manchados; ése será mi salario.
33 Así mañana, cuando llegue el momento
de pagarme, mi honradez responderá por
mí: si llego a tener en mi poder algún ca-
brito no manchado o alguna cordera que no
sea oscura en mi poder serán robados.
34 Respondió Labán:
–Está bien, sea lo que tú dices.
35 El mismo día apartó todos los cabritos
rayados o manchados y todas las cabras
manchadas o con manchas blancas y todas
las corderas oscuras, y se las confió a sus
hijos.
36 Labán se alejó unas tres jornadas de
camino mientras Jacob pastoreaba el resto
del rebaño de Labán.
37 Jacob tomó unas ramas verdes de
álamo, almendro y plátano, peló en ellas ti-
ras blancas descubriendo lo blanco de las
ramas, 38 y colocó las ramas peladas en los
bebederos. Allí era donde los machos se
unían con las hembras cuando venían a be-
ber. 39 Lo hacían frente a las varas y las ca-
bras parían crías rayadas o manchadas.
40 Jacob apartó las ovejas y las apareó con
machos oscuros o rayados y mantuvo se-
parado su rebaño sin mezclarlo con el de
Labán.
41 Cuando los animales más robustos
entraban en celo, colocaba las varas frente
al ganado en el bebedero, para que se apa-
reasen frente a las varas. 42 Cuando los ani-
males eran débiles, no lo hacía de modo
que los débiles eran para Labán y los ro-
bustos para Jacob. Y resultó que el ganado
débil le tocó a Labán, el robusto a Jacob.
43 De este modo se enriqueció muchísimo:
tenía muchos rebaños, siervos y siervas,
camellos y asnos.

Huida de Jacob

31
1 Jacob oyó decir a los hijos de La-
bán:
–Se ha llevado Jacob todas las propie-
dades de nuestro padre y se ha enriquecido
a costa de nuestro padre.
2 Observó Jacob la actitud de Labán y
ya no era la de antes.
3 El Señor dijo a Jacob:
–Vuelve a la tierra de tus padres, tu tie-
rra nativa, y estaré contigo.
4 Entonces Jacob mandó llamar a Raquel
y Lía al campo de sus ovejas. 5 Y les dijo:
–He observado la actitud de su padre, y
ya no es para mí como antes. Pero el Dios
de mi padre ha estado conmigo. 6 Ustedes
saben que he servido a mi suegro con todas
mis fuerzas; 7 pero él me ha defraudado
cambiándome el salario diez veces, aunque
Dios no le ha permitido perjudicarme. 8 Por-
que cuando decía que mi salario serían los
animales manchados, todas las ovejas los
parían manchados; y cuando decía que mi
salario serían los animales rayados, todas
las ovejas los parían rayados. 9 Dios le ha
quitado el ganado al padre de ustedes y me
lo ha dado a mí. 10 Una vez durante el perío-
do que el rebaño entra en celo, mirando en
un sueño vi que todos los machos que cu-

31,1-18 Huida de Jacob. Este nuevo movimiento de Mesopotamia a Canaán es puesto una vez más en línea con la voluntad divina. El Dios de Abrahán, que es el actual Dios de Jacob, le ordena partir de nuevo a tierra cananea (3.13b); Dios se le manifiesta a Jacob como el mismo a quien el patriarca hizo un voto en Betel (13a) y le promete su compañía y asistencia permanentes. Jacob, por su parte, hace todo lo que está a su alcance para que su partida no aparezca como un rapto de las hijas de Labán ni un robo de sus ganados (17s). Aunque se trata de una «orden» divina, Jacob parte con su familia y con sus rebaños de mañana, para evitar ser retenido por su suegro Labán.

brían a las ovejas eran rayados o mancha-
dos. 11 El ángel de Dios me dijo en el sueño:
–Jacob.
–Aquí estoy, le contesté.
12 Me dijo:
–Fíjate bien y verás que todos los ma-
chos que cubren a las ovejas son rayados o
manchados. He visto cómo te trata Labán.
13 Yo soy el Dios de Betel, donde ungiste
una piedra conmemorativa y me hiciste
una promesa. Ahora levántate, sal de esta
tierra y vuelve a tu tierra nativa.
14 Raquel y Lía le contestaron:
–¿Nos queda parte o herencia en nues-
tra casa paterna? 15 ¿Acaso no nos consi-
dera extrañas? Nos ha vendido y se ha gas-
tado el dinero que recibió por nosotras.
16 Toda la riqueza que Dios le ha quitado a
nuestro padre, es ahora nuestra y de nues-
tros hijos. Por tanto, haz todo lo que Dios te
ha dicho.
17 Jacob se levantó, puso a los hijos y
las mujeres en camellos 18 y guiando todo
el ganado y todas las posesiones que había
adquirido en Padán Aram, se encaminó a
casa de su padre Isaac, en tierra cananea.

Persecución y encuentro

19 Labán se marchó a esquilar las ovejas
y Raquel robó los amuletos de su padre.
20 Jacob había disimulado con Labán el
arameo, sin darle a entender que se esca-
paba. 21 Así se escapó con todo lo suyo,
cruzó el río y se dirigió a los montes de Ga-
laad. 22 Al tercer día informaron a Labán de
que Jacob se había escapado. 23 Reunió a
su gente y salió en su persecución. A los
siete días de marcha le dio alcance en los
montes de Galaad.
24 Aquella noche se le apareció Dios en
sueños a Labán el arameo y le dijo:
–¡Cuidado con meterte con Jacob para
bien o para mal!
25 Labán se acercó a Jacob. Éste había
acampado en una altura y Labán acampó
en la montaña de Galaad. 26 Labán dijo a
Jacob:
–¿Qué has hecho? ¿Por qué has disimu-
lado conmigo y te has llevado a mis hijas
como cautivas de guerra? 27 ¿Por qué has
huido a escondidas, furtivamente, sin decir-
me nada? Yo te habría despedido con feste-
jos, con cantos y cítaras y panderos. 28 Ni
siquiera me dejaste besar a mis hijas y a
mis nietos. ¡Qué imprudente has sido!
29 Podría hacerles daño, pero el Dios de tu
padre me dijo anoche: ¡Cuidado con meter-
te con Jacob para bien o para mal! 30 Pero
si te has marchado por nostalgia de la casa
paterna, ¿por qué me has robado mis dio-
ses?
31 Jacob contestó a Labán:
–Tenía miedo pensando que me ibas a
arrebatar a tus hijas. Pero aquél a quien le
encuentres tus dioses no quedará con vida.
32 En presencia de tu gente, si reconoces
que tengo algo tuyo, tómalo.
No sabía Jacob que Raquel los había ro-
bado.
33 Entró Labán en la tienda de campaña
de Jacob y en la tienda de Lía y en la tien-
da de las dos criadas y no encontró nada.
Salió de la tienda de Lía y entró en la tien-
da de Raquel. 34 Raquel había recogido los
amuletos, los había escondido en una mon-
tura de camello y estaba sentada encima.
Labán registró toda la tienda y no encontró
nada. 35 Ella dijo a su padre:

31,19-44 Persecución y encuentro. Sigue ocupando el primer plano en la disputa entre Labán y su yerno Jacob la posición que ha fijado Dios a favor de Jacob (24.42). En 31,3 se aseguraba la asistencia y compañía divinas con una frase que la Biblia pone en boca de Dios centenares de veces: «Yo estaré contigo». Hábilmente, el narrador hace consciente de este detalle a Labán mediante el recurso al sueño como medio de transmisión de dicha decisión divina. Dios mismo previene a Labán para que no se meta con Jacob, ni para bien, ni para mal (24).

El relato baja de tensión y las intenciones de Labán quedan disimuladas con el incidente del robo de sus amuletos o estatuillas de los dioses familiares que ha raptado Raquel (19), sin que hasta ahora nadie lo sepa. Ello da lugar a una sentencia de muerte que pronuncia Jacob (32) y que no se hará efectiva todavía, ya que Labán no encuentra a nadie con los objetos robados.

Raquel sobrevivirá, pero es muy probable que su muerte en circunstancias de alumbramiento sea la manera bíblica de hacer cumplir las palabras de Jacob, más aún, de mostrar la recompensa recibida por el mal obrado contra su padre. La búsqueda fallida de los objetos de Labán enciende más la cólera de Jacob, quien de nuevo apela a su comportamiento recto durante los veinte años de servicio a Labán y de paso recuerda las malas acciones de su suegro (36-42).

31,45-54 Alianza de Labán y Jacob. El encuentro

–No te enfades, señor, si no puedo le-
vantarme delante de ti; es que me ha veni-
do la cosa de las mujeres.
Y él, por más que buscó, no encontró los
amuletos.
36 Entonces Jacob, irritado, discutió con
Labán y le dijo:
–¿Cuál es mi crimen, cuál mi pecado,
para que me acoses? 37 Después de revol-
ver todo mis cosas, ¿qué has encontrado
que pertenezca a tu casa? Ponlo aquí de-
lante de mis parientes y los tuyos, y ellos
decidan quién tiene razón. 38 Veinte años he
pasado contigo. Tus ovejas y cabras no han
abortado, no he comido los carneros de tu
rebaño. 39 Lo que las fieras despedazaban
no te lo presentaba, sino que lo reponía con
lo mío; me exigías cuentas de lo robado de
día y de noche. 40 De día me consumía el
calor, de noche el frío, y no conciliaba el
sueño. 41 De estos veinte años que he pasa-
do en tu casa, catorce te he servido por tus
dos hijas, seis por las ovejas, y tú me has
cambiado el salario diez veces. 42 Si el Dios
de mi padre, el Dios de Abrahán, y el Terri-
ble de Isaac no hubiera estado conmigo,
me habrías despedido con las manos vací-
as. Pero Dios se fijó en mi aflicción y en la
fatiga de mis manos y me ha defendido
anoche.
43 Labán replicó a Jacob:
–Mías son las hijas, míos son los nietos,
mío es el rebaño, cuanto ves es mío. ¿Qué
puedo hacer hoy por estas hijas mías y por
los hijos que han dado a luz?
44 Por eso, hagamos una alianza que sir-
va de garantía a los dos.

Alianza de Labán y Jacob
(26,28-33)

45 Jacob tomó una piedra, la erigió
como piedra conmemorativa 46 y dijo a su
gente:
–Recojan piedras.
Reunieron piedras, las amontonaron; y
comieron allí junto al montón de piedras.
47 Labán lo llamó Yegar Sahduta, Jacob lo
llamó Gal'ed.
48 Dijo Labán:
–Este montón de piedras es hoy testigo
de los dos –por eso se llama Gal'ed–. 49 Lo
llamó Mispá diciendo:
–Vigile el Señor a los dos cuando no nos
podamos ver. 50 Si maltratas a mis hijas o
tomas además de ellas otras mujeres, aun-
que nadie lo vea, Dios lo verá y será testi-
go entre nosotros.
51 Labán dijo a Jacob:
–Mira el montón de piedras y la piedra
conmemorativa que he erigido entre los
dos. 52 Una y otra cosa son testigos de que
ni yo traspasaré el montón de piedras para
entrar por las malas en tu territorio ni tú
traspasarás el montón de piedras o la pie-
dra conmemorativa para entrar por las ma-
las en mi territorio. 53 El Dios de Abrahán y
el Dios de Najor serán nuestros jueces.
Jacob juró por el Terrible de Isaac su pa-
dre. 54 Jacob ofreció un sacrificio en el
monte e invitó a comer a su gente. Comie-
ron y pasaron la noche en el monte.

---

entre suegro y yerno culmina felizmente con la celebración de un pacto o alianza entre ambos. La advertencia divina a Labán (31,24) y las palabras de Jacob (31,42) motivan a Labán para finiquitar la querella y continuar la relación de parentesco sin agresiones mutuas.

Nótese el «ritual» de la alianza: las piedras que amontonan como signo de testimonio perenne de los compromisos contraídos (46); la enumeración de las cláusulas y compromisos (48-53); la ofrenda de un sacrificio y participación de todos los presentes en una comida (54).

Este relato protagonizado por Labán y Jacob refleja de alguna manera los conflictos familiares y no familiares entre los diferentes grupos étnicos de la llamada antigua «media luna fértil», dedicados al cuidado de sus rebaños y en menor medida al cultivo de la tierra, lo cual los mantenía en guardia para defender un pedazo de tierra. En este marco de relaciones, las alianzas y los pactos entre grupos eran absolutamente necesarios; los convenios de no agresión y las promesas de mutua defensa se hacían imprescindibles. Estos pactos y alianzas se sellaban habitualmente con un sacrificio de animales –véase Noé, Abrahán, Moisés–, generalmente con la aspersión de la sangre de la víctima (cfr. Éx 24,8). Se generaban vínculos tan fuertes como los mismos lazos de sangre, al punto de que todos se consideraban hermanos y llamaban padre de todos al pactante principal. De acuerdo a este fenómeno podemos entender más fácilmente la paternidad de Abrahán sobre Isaac y Jacob; más concretamente, la paternidad de Jacob sobre «doce» hijos –tan dispares–, y a su vez la paternidad de éstos sobre doce tribus, también tan dispares como las doce tribus de Israel.

32,1-33 Jacob vuelve a Canaán. Los versículos 2s

Jacob vuelve a Canaán

32 1 Labán se levantó temprano, besó a
sus hijos e hijas, los bendijo y se vol-
vió a su lugar. 2 Jacob seguía su camino
cuando se tropezó con unos mensajeros de
Dios. 3 Al verlos comentó:
–Es un campamento de Dios.
Y llamó a aquel lugar Majnaym.
4 Jacob despachó por delante mensaje-
ros a Esaú, su hermano, al país de Seír, a la
campiña de Edom. 5 Y les encargó:
–Esto dirán a mi señor Esaú: Esto dice tu
siervo Jacob: He prolongado hasta ahora mi
estancia con Labán. 6 Tengo vacas, asnos,
ovejas, siervos y siervas; envío este men-
saje a mi señor para congraciarme con él.
7 Los mensajeros volvieron a Jacob con
la noticia:
–Nos acercamos a tu hermano Esaú:
Viene a tu encuentro con cuatrocientos
hombres.
8 Jacob, lleno de miedo y angustia, divi-
dió en dos caravanas su gente, sus ovejas,
vacas y camellos, 9 calculando: si Esaú ata-
ca una caravana y la destroza, se salvará la
otra. 10 Jacob oró:
–¡Dios de mi padre Abrahán, Dios de mi
padre Isaac! Señor que me has mandado
volver a mi tierra nativa para colmarme de
beneficios. 11 No soy digno de los favores y
la lealtad con que has tratado a tu siervo;
pues con un bastón atravesé este Jordán y
ahora llevo dos caravanas. 12 Líbrame del
poder de mi hermano, del poder de Esaú,
porque tengo miedo de que venga y me
mate, también a las madres con mis hijos.
13 Tú me has prometido colmarme de bene-
ficios y hacer mi descendencia como la
arena incontable del mar.
14 Pasó allí la noche. Después, de lo que
tenía a mano escogió unos presentes para
su hermano Esaú: 15 doscientas cabras y
veinte machos, doscientas corderas y vein-
te carneros, 16 treinta camellas de leche con
sus crías, cuarenta vacas y diez novillos,
veinte borricas y diez asnos. 17 Los dividió
en rebaños que confió a sus criados encar-
gándoles:
–Vayan por delante, dejando un trecho
entre cada dos rebaños.
18 Dio instrucciones al primero:
–Cuando te alcance mi hermano Esaú y
te pregunte de quién eres, a dónde vas,
para quién es eso que conduces, 19 le res-
ponderás: De parte de tu siervo Jacob, un
presente que envía a su señor Esaú. Él vie-
ne detrás.
20 Las mismas instrucciones dio al se-
gundo y al tercero y a todos los que guia-
ban los rebaños:
–Esto dirán a Esaú cuando lo encuen-
tren. 21 Y añadirán: Mira, tu siervo Jacob
viene detrás.
Porque se decía: lo aplacaré con los pre-
sentes que van por delante. Después me
presentaré a él: quizá me reciba bien.
22 Los regalos pasaron delante; él se
quedó aquella noche en el campamento.
23 Todavía de noche se levantó, tomó a las
dos mujeres, las dos criadas y los once hi-
jos y cruzó el vado del Yaboc. 24 A ellos y a
cuanto tenía los hizo pasar el río. 25 Y se
quedó Jacob solo.
Un hombre peleó con él hasta despuntar
la aurora. 26 Viendo que no le podía, le gol-
peó la articulación del fémur; y el fémur de
Jacob se dislocó mientras peleaba con él.
27 Dijo:

---

preparan el episodio de la lucha de Jacob con un ángel de Dios que, en definitiva, resulta ser Dios mismo (25-31), y el cambio de su nombre por el de Israel (29). El viaje de Jacob y la estrategia que utiliza para instalarse de nuevo en tierra de Canaán preparan el encuentro con su hermano Esaú (4-25).

Una vez más, el redactor resalta la astucia de Jacob, anticipada ya desde su nacimiento y a la que debe su nombre; mas ha llegado el momento de cambiar su nombre por otro que le definirá para siempre. A su astucia se añadirá ahora la capacidad de luchar hasta la victoria, definida como lucha con dioses y con hombres (29).

Todo el pasaje revela una total sintonía con la voluntad y el querer de Dios, así como una gran obediencia a esa voluntad divina que inspira en Jacob, más que miedo por Esaú, una cierta necesidad interior de buscar la reconciliación y el perdón del hermano engañado y despojado de sus derechos de primogenitura (25,29-34) y de la bendición (27,1-29). Esa bendición, aunque ya se ha visto de un modo tangible en la prosperidad material y en la numerosa descendencia –ya son doce los hijos–, no está completa, ni se completará de modo definitivo hasta que no haya reconciliación y paz con su hermano y vecino Esaú. Los versículos 10-13 son una de las más hermosas oraciones de la piedad israelita.

33,1-20 Encuentro de Jacob con Esaú. Tal como

–Suéltame, que despunta la aurora.
Pero Jacob respondió:
–No te suelto si no me bendices.
28 Le dijo:
–¿Cómo te llamas?
Contestó:
–Jacob.
29 Repuso:
–Ya no te llamarás Jacob, sino Israel,
porque has luchado con dioses y hombres
y has podido.
30 Jacob a su vez le preguntó:
–Dime tu nombre.
Contestó:
–¿Por qué preguntas por mi nombre?
Y lo bendijo allí.
31 Jacob llamó al lugar Penuel, diciendo:
–He visto a Dios cara a cara, y he salido
vivo.
32 Salía el sol cuando atravesaba Penuel;
y marchaba cojeando 33 –por eso los israe-
litas no comen, hasta la fecha, el nervio
ciático que está en la articulación del fé-
mur; porque Jacob fue herido en la articu-
lación del fémur, en el nervio ciático–.

Encuentro de Jacob con Esaú

33 1 Alzó Jacob la vista y, viendo que se
acercaba Esaú con sus cuatrocien-
tos hombres, repartió sus hijos entre Lía,
Raquel y las dos criadas. 2 Puso delante a
las criadas con sus hijos, detrás a Lía con
los suyos, la última Raquel con José. 3 Él se
adelantó y se fue postrando en tierra siete
veces hasta alcanzar a su hermano. 4 Esaú
corrió a recibirlo, lo abrazó, se le echó al
cuello y lo besó llorando.
5 Después, echando una mirada, vio a
las mujeres con los hijos y preguntó:
–¿Qué relación tienen éstos contigo?
Respondió:
–Son los hijos con que Dios ha favoreci-
do a tu siervo.
6 Se le acercaron las criadas con sus hi-
jos y se postraron; 7 después se acercó Lía
con sus hijos y se postraron; finalmente se
acercó José con Raquel y se postraron.
8 Le preguntó Esaú:
–¿Qué significa toda esta caravana que
he ido encontrando?
Contestó:
–Es para congraciarme con mi señor.
9 Replicó Esaú:
–Yo tengo bastante, hermano mío; qué-
date con lo tuyo.
10 Jacob insistió:
–De ninguna manera. Hazme el favor de
aceptarme estos presentes. Porque he visto
tu rostro benévolo y era como ver el rostro
de Dios. 11 Acepta este obsequio que te he
traído: me lo ha regalado Dios y es todo mío.
Y, como insistía, lo aceptó. 12 Después
propuso:
–¡En marcha! Yo iré a tu lado.
13 Le replicó:
–Mi señor sabe que los niños son débi-
les, que las ovejas y vacas están criando: si
los hago caminar una jornada, se me mori-
rá todo el rebaño. 14 Pase mi señor delante
de su siervo; yo procederé despacio al paso
de la comitiva que va delante y al paso de
los niños, hasta alcanzar a mi señor en Seír.
15 Esaú dijo:
–Te daré alguno de mis hombres como
escolta.
Replicó:
–¡Por favor, no te molestes!
16 Aquel día Esaú prosiguió camino de

---

estaba anunciado en 32,7, Esaú marcha al encuentro de Jacob con cuatrocientos hombres, lo cual indica que la intención primera no es tener un encuentro pacífico. Sin embargo, si había alguna intención bélica por parte del hermano mayor, ésta queda completamente desplazada por el sentimiento fraterno de Esaú al ver a su hermano que se acerca dando señales de sumisión (3), lo cual arranca del hermano agraviado abrazos, besos y llanto y el reconocimiento implícito de los efectos de la bendición que porta el hermano menor traducida en mujeres, hijos y ganados (5-8).

Jacob no se sentirá del todo bien hasta que su hermano acepte los dones y presentes, de los cuales se siente hasta cierto punto deudor con su hermano (9-11). Aceptando los dones de su hermano, Esaú también pretende caminar al lado de Jacob (12). Pero está claro que ambos hermanos deben marchar por caminos distintos. De nuevo, Jacob decide astutamente caminar a distancia. Esaú regresa a Seír, al oriente del Jordán, mientras que Jacob se dirige a Sucot, al occidente del Jordán, y luego a Siquén, donde planta su tienda en campo comprado (19) y donde levanta un altar para dedicarlo al Dios de Israel (20), con lo cual queda ratificada su conexión con Abrahán. La estadía de Jacob en Siquén será sólo temporal, el redactor la utiliza para conectar su historia con la de Abrahán.

34,1-31 Dina en Siquén. El traslado de Jacob y su

Seír 17 y Jacob se trasladó a Sucot, donde
se construyó una casa e hizo establos para
el ganado. Por eso se llama el lugar Sucot.
18 Jacob llegó sano y salvo a Siquén, en
tierra de Canaán, proveniente de Padán
Aram, y acampó fuera, frente a la ciudad.
19 Y el terreno donde puso su campamento
se lo compró a los hijos de Jamor, antepa-
sado de Siquén, por cien monedas. 20 Allí le-
vantó un altar y lo dedicó al Dios de Israel.

Dina en Siquén
(Éx 22,15s; Dt 22,28s; 2 Sm 13; Jdt 9,2-4)

34 1 Un día salió Dina, la hija que Lía
dio a Jacob, a ver las mujeres del
país. 2 La vio Siquén, hijo de Jamor heveo,
príncipe del país, la agarró, se acostó con
ella y la violó. 3 Cautivado por ella y ena-
morado de ella, cortejó a la muchacha.
4 Siquén habló a su padre Jamor:
–Consígueme esa chica como mujer.
5 Jacob oyó que su hija Dina había sido
violada; pero, como sus hijos estaban en el
campo con el ganado, esperó en silencio a
que volvieran. 6 Jamor, padre de Siquén,
salió a visitar a Jacob para hablar con él.
7 Los hijos de Jacob volvían del campo;
cuando aquellos hombres oyeron la noticia
se enfurecieron, porque era una ofensa a Is-
rael haberse acostado con la hija de Jacob;
una cosa que no se hace. 8 Jamor habló
con ellos:
–Mi hijo Siquén se ha encariñado con
esta muchacha, permítanle casarse con
ella. 9 Así emparentaremos: nos darán sus
hijas y tomarán las nuestras 10 y vivirán con
nosotros. El país está a disposición de us-
tedes: habiten en él, hagan negocios y ad-
quieran propiedades.
11 Siquén dijo al padre y a los hermanos:
–Háganme este favor, que les daré lo
que me pidan. 12 Señalen una dote alta y
regalos valiosos por la muchacha y les daré
lo que pidan, con tal de que me la den en
matrimonio.
13 Los hijos de Jacob respondieron a Si-
quén y a su padre Jamor con engaño, por-
que su hermana Dina había sido ultrajada.
14 Les dijeron:
–No podemos hacer lo que piden, entre-
gar nuestra hermana a un hombre no cir-
cuncidado, porque es una ofensa para no-
sotros. 15 Aceptamos con esta condición:
que sean como nosotros, circuncidando a
todos los varones. 16 Entonces les daremos
nuestras hijas y tomaremos las de ustedes,
habitaremos con ustedes y seremos un solo
pueblo.
17 Pero si no aceptan circuncidarse, nos
llevaremos a nuestra chica.
18 Pareció bien la propuesta a Jamor y a
su hijo Siquén. 19 Y no tardó el muchacho
en ejecutarlo, porque quería a la hija de Ja-
cob y era la persona más importante en
casa de su padre. 20 Fue pues Jamor con su
hijo Siquén a la plaza y dirigió la palabra a
los hombres de la ciudad:
21 –Estos hombres son gente pacífica.
Que habiten con nosotros en el país, co-

---

familia a Betel está enmarcado por el enamoramiento de Siquén, hijo de Jamor, de Dina, hija de Lía y Jacob, descrita como una violación. El incidente cuadra perfectamente con la manera de ser y de pensar del oriental respecto al abuso de una joven; según ellos, cualquier medio es válido para vengar el honor de la hermana ultrajada. Dicha venganza debe ser ejecutada por su hermano mayor, por lo general acompañado del resto de hermanos varones. Los hermanos de Dina utilizan una estrategia que les da buen resultado. Sólo después de la masacre realizada, Jacob se lamenta por las posibles reacciones de los habitantes del país.

El relato puede esconder varias intenciones: en primer lugar, describir los peligros de un pueblo como el israelita en medio de los cananeos, peligro de «contaminación» con los incircuncisos del lugar. Por primera vez, el argumento de la circuncisión es utilizado para declarar la pertenencia o no a la nación israelita, aunque no parece que sea ése el único requisito para pertenecer al pueblo de la elección. De hecho, los hermanos de Dina pasan a espada a todos los que han accedido a la circuncisión. Una segunda intención del relato podría ser el rechazo implícito de la Escritura a los excesos de violencia. No se emite ningún juicio, y el silencio de Dios parecería consentirla; pero el repudio de semejante actitud habría que deducirlo de la lamentación de Jacob (30) y de su posterior desplazamiento con su familia y sus ganados a Betel –no obstante, el narrador se cuida de que todo aparezca como una orden directa de Dios y sin ninguna conexión aparente con la violencia de Simeón y Leví–.

Otra intención implícita en el relato podría conectarse con la razón de que precisamente Simeón y Leví fueran las únicas tribus que nunca tuvieron territorio propio en el país. Leví no heredó territorio; la explicación que se dio era que a esta tribu le correspondían funciones sacerdotales y, por tanto, su porción

merciando, que hay suficiente espacio para
ellos; tomaremos sus hijas por esposas y
les daremos las nuestras. 22 Sólo que acce-
den a vivir entre nosotros y a ser un solo
pueblo con esta condición: que circuncide-
mos a todos los varones como hacen ellos.
23 Sus ganados, sus posesiones, sus
bestias serán nuestras. Aceptemos y habi-
tarán entre nosotros.
24 Todos los asistentes aceptaron la pro-
puesta de Jamor y de su hijo Siquén y cir-
cuncidaron a todos los varones.
25 Al tercer día, cuando convalecían, los
dos hijos de Jacob y hermanos de Dina, Si-
meón y Leví, empuñaron la espada, entra-
ron en la ciudad confiada, mataron a todos
los varones, 26 ejecutaron a espada a Ja-
mor y a su hijo Siquén y sacaron a Dina de
casa de Siquén.
27 Los hijos de Jacob penetraron entre
los muertos y saquearon la ciudad que ha-
bía ultrajado a su hermana: 28 ovejas, vacas
y asnos, cuanto había en la ciudad y en el
campo se lo llevaron; 29 todas las riquezas,
los niños y las mujeres como cautivos y
cuanto había en las casas.
30 Jacob dijo a Simeón y Leví:
–Me han arruinado, haciéndome odioso
a la gente del país, a cananeos y fereceos.
Si se juntan contra nosotros y nos matan,
pereceré yo con mi familia.
31 Le contestaron:
–¿Y a nuestra hermana la iban a tratar
como a una prostituta?

Jacob vuelve a Betel
(28)

35 1 Dios dijo a Jacob:
–Levántate, sube a Betel, y levanta
allí un altar al Dios que se te apareció cuan-
do huías de tu hermano Esaú.
2 Jacob ordenó a su familia y a toda su
gente:
–Dejen de lado los dioses extranjeros
que tengan con ustedes, purifíquense y
cambien de ropa. 3 Vamos a subir a Betel,
donde haré un altar al Dios que me escu-
chó en el peligro y me acompañó en mi
viaje.
4 Ellos entregaron a Jacob los dioses ex-
tranjeros que conservaban y los pendientes
que llevaban. Jacob los enterró bajo la en-
cina que hay junto a Siquén.
5 Durante su marcha un pánico sagrado
se apoderaba de las poblaciones de la re-
gión, y no persiguieron a los hijos de Ja-
cob.
6 Llegó Jacob a Luz de Canaán –hoy Be-
tel–, él con toda su gente. 7 Construyó allí
un altar y llamó al lugar Betel, porque allí se
le había revelado Dios cuando huía de su
hermano.
8 Débora, nodriza de Rebeca, murió y la
enterraron al pie de Betel, junto a la encina,
que llamaron Encina del Llanto.
9 Al volver Jacob de Padán Aram, Dios
se le apareció de nuevo y lo bendijo 10 y le
dijo:
–Tu nombre es Jacob:

---

era el Señor (Jos 13,14.33). Por su parte, la tribu de Simeón, aunque en principio habitó el bajo Negueb, fue finalmente absorbida por la tribu de Judá. Como en la Biblia ninguna acción buena o mala se queda sin su premio o su castigo, esta suerte histórica podría ser entendida como la retribución a la violencia de Simeón y Leví contra los cananeos. Sería una forma de decir que no es por medio de la violencia como había que conquistar el territorio.

Finalmente, se podría entender en el conjunto del relato la justificación del traslado definitivo de Jacob a Betel, lugar central de las tradiciones norteñas; recuérdese que Jacob es el gran patriarca del norte, así como Abrahán e Isaac son los héroes o personajes centrales de las tradiciones del sur.

35,1-15 Jacob vuelve a Betel. La necesaria retirada de Siquén es puesta bajo la voluntad divina: es Dios quien ordena el traslado a Luz, ciudad cananea que recibe el nombre de Betel (15), del mismo modo que Jacob mismo recibirá el nombre de Israel (10). La manera como actúa Jacob está determinada por el recurso a la aparición de Dios o teofanía, en donde se percibe el querer de Dios y la obediencia silenciosa de Jacob.

Este relato tiene una especial importancia para los habitantes del reino del norte, ya que para ellos era esencial no sólo el paso del patriarca Jacob por estas localidades, sino su radicación y su residencia en Betel. Para el reino del sur, Berseba y Hebrón tienen un especial interés teológico. Hay que recordar que cuando la división del reino (931 a.C.), Jeroboán I parte exactamente de Siquén, donde está congregado todo el pueblo, y su primer lugar de residencia es precisamente Betel, donde realiza gestos semejantes a los de su antepasado: erige un altar y lo consagra al Dios de Israel (1 Re 12,25-33). En cualquier caso, se trata de leyendas y tradiciones con las que se intenta alimentar la fe israelita y mantener su propia identidad en una tierra que para ellos sigue siendo ajena.

35,16-21 Nacimiento de Benjamín y muerte de

tu nombre ya no será Jacob,
tu nombre será Israel.
Le impuso el nombre de Israel 11 y le dijo
Dios:
–Yo soy el Dios Todopoderoso:
crece y multiplícate.
Un pueblo, un grupo de pueblos
nacerá de ti;
reyes saldrán de tus entrañas.
12 La tierra que di a Abrahán e Isaac
a ti te la doy;
y a la descendencia que te suceda
le daré la tierra.
13 Dios se marchó del lugar donde había
hablado con él. 14 Jacob erigió una piedra
conmemorativa en el lugar donde había ha-
blado con él. Derramó sobre ella una liba-
ción, derramó sobre ella aceite.
15 Y, al lugar donde había hablado Dios
con él, Jacob lo llamó, Betel.

Nacimiento de Benjamín y muerte de Raquel
(1 Sm 4,19-22)

16 Después se marchó de Betel; y
cuando faltaba un buen trecho para llegar
a Efrata, le llegó a Raquel el trance de pa-
rir y el parto venía difícil. 17 Como sentía
la dificultad del parto, le dijo la comadro-
na:
–No te asustes, que tienes un niño.
18 Con su último aliento, a punto de mo-
rir, lo llamó Benoní; pero su padre lo llamó
Benjamín.
19 Murió Raquel y la enterraron en el ca-
mino de Efrata –hoy Belén–. 20 Jacob erigió
una piedra conmemorativa sobre su sepul-
cro. Es la piedra conmemorativa del sepul-
cro de Raquel, que dura hasta hoy.
21 Israel se marchó de allí y acampó más
allá de Migdal Eder.

Muerte de Isaac

22 Mientras habitaba Israel en aquella tie-
rra, Rubén fue y se acostó con Bilha, con-
cubina de su padre. Israel se enteró.
Los hijos de Jacob fueron doce: 23 Hijos
de Lía: Rubén, primogénito de Jacob, Si-
meón, Leví, Judá, Isacar y Zabulón. 24 Hijos
de Raquel: José y Benjamín. 25 Hijos de Bil-
ha, criada de Raquel: Dan y Neftalí.
26 Hijos de Zilpa, criada de Lía: Gad y
Aser. Éstos son los hijos de Jacob nacidos
en Padán Aram.
27 Jacob volvió a casa de su padre Isaac,
a Mambré en Qiryat Arba –hoy Hebrón–,
donde habían residido Abrahán e Isaac.
28 Isaac vivió ciento ochenta años. 29 Isaac
expiró; murió y se reunió con los suyos, an-
ciano y colmado de años. Y lo enterraron
Jacob y Esaú, sus hijos.

Raquel. Vida y muerte caminan juntas con el hombre y la mujer. Raquel, primer amor de Jacob, debe morir. Para nosotros, su muerte no tendría ningún significado especial si no fuera porque el mismo Jacob había sentenciado a muerte a quien hubiese robado los amuletos e ídolos de Labán (31,32). Sabemos que fue Raquel quien los hurtó, y también sabemos que en la mentalidad bíblica no hay nada que no tenga su justa recompensa. Pero la muerte que debe sobrevenir está precedida por la vida: nace el último hijo de Raquel, a quien impone un nombre que alude a la maldición: «Benoní» –Hijo de mi pesar–, revelando en el nombre del niño la causa de su propia muerte (18). Con todo, Jacob corrige el primer nombre dándole el de Benjamín –Hijo diestro–, que da más idea de bendición (18). El lugar de la sepultura de Raquel es aún hoy en día venerado por los judíos.

35,22-29 Muerte de Isaac. A punto ya de iniciar la historia de los hijos de Jacob/Israel, el redactor o los redactores nos informan de tres asuntos que consideran importantes:

1. Plantea la razón por la cual Rubén será maldecido en 49,3s (22), una manera de expresar por qué Rubén siendo el primogénito de Jacob no heredó la bendición y las promesas. Tampoco Ismael, primogénito de Abrahán, fue su heredero, y tampoco Esaú lo fue de Jacob, dato curioso pero cargado de sentido teológico para ellos.

2. Establece la lista completa de los doce hijos de Jacob y resaltar su común herencia aramea, a pesar de provenir de distintas madres.

3. Cierra el ciclo de Isaac, que aún permanece abierto. Isaac muere anciano y colmado de años (29) y es enterrado por Jacob y Esaú, reunidos aquí porque, a pesar de lo que haya sucedido entre ellos, el tronco de origen sigue siendo común a ambos aunque sus destinos sean completamente diferentes.

Hay que recordar que el número de años no está en relación directa con la cantidad, sino con la calidad de la vida. El número ciento ochenta es una forma de reforzar la idea de «anciano y colmado de años» que le permite con tranquilidad «reunirse con los suyos». Estas frases son la forma más tranquila y común de asumir la realidad de la muerte en un anciano, lo cual no sucede con la muerte de una persona joven que en general es vista como signo de maldición.

36,1-43 Descendencia de Esaú. No podía quedar

Descendencia de Esaú

36 1 Descendientes de Esaú, es decir,
Edom:
2 Esaú tomó mujeres cananeas: Ada,
hija de Elón, el hitita; Ohlibamá, hija de
Aná, hijo de Sibeón, el heveo, 3 y Basemat,
hija de Ismael y hermana de Nebayot. 4 Ada
dio a Esaú Elifaz; Basemat a Regüel, 5 y
Ohlibamá a Yeús, Yalán y Córaj.
Hasta aquí los hijos de Esaú nacidos en
el país de Canaán.
6 Esaú tomó sus mujeres, hijos e hijas,
sus criados, su ganado, animales y cuanto
había adquirido en el país de Canaán y se
dirigió a Seír, lejos de su hermano Jacob,
7 porque tenían demasiadas posesiones para vivir juntos y la tierra donde residían no
podía mantenerlos a ellos con sus ganados.
8 Esaú habitó en la montaña de Seír
–Esaú equivale a Edom–.
9 Descendientes de Esaú, padre de los
edomitas, en la montaña de Seír. 10 Lista de
los hijos de Esaú: Elifaz, hijo de Ada, mujer
de Esaú; Regüel, hijo de Basemat, mujer de
Esaú. 11 Hijos de Elifaz: Temán, Omar, Sefó, Gatán y Quenaz. 12 Elifaz, hijo de Esaú,
tenía una concubina llamada Timná, que le
dio a Amalec. Estos últimos son los descendientes de Ada, mujer de Esaú. 13 Hijos
de Regüel: Nájat, Zéraj, Samá y Mizá. Éstos
son los hijos de Basemat, mujer de Esaú.
14 Hijos de Ohlibamá, hija de Aná, hijo de
Sibeón, mujer de Esaú: Yeús, Yalán y Córaj.
15 Jefes de los hijos de Esaú: Hijos de
Elifaz, primogénito de Esaú: los jefes de
Temán, Omar, Sefó, Quenaz, 16 Córaj, Gatán y Amalec. Éstos son los jefes de Elifaz, en tierra de Edom, descendientes de
Ada. 17 Los siguientes son los hijos de Regüel, hijo de Esaú: jefes de Nájat, Zéraj,
Samá y Mizá. Éstos son los jefes de Regüel en el país de Edom: descendientes de
Basemat, mujer de Esaú. 18 Los siguientes
son los hijos de Ohlibamá, mujer de Esaú:
jefes de Yeús, Yalán y Córaj. 19 Éstos son
los jefes de Ohlibamá, hija de Aná, mujer
de Esaú.
20 Hasta aquí los hijos y los jefes de
Esaú, es decir, de Edom.
Hijos de Seír, el hurrita, habitantes del
país: Lotán, Sobal, Sibeón, Aná, 21 Disón,
Eser y Disán. Éstos son los jefes hurritas de
los hijos de Seír en tierra de Edom. 22 Hijos
de Lotán: Horí y Hemán; hermana de Lotán:
Timná. 23 Hijos de Sobal: Albán, Manájat,
Ebal, Sefí y Onán. 24 Hijos de Sibeón: Ayá y
Aná. Este Aná es el que encontró agua en el
desierto cuando pastoreaba los asnos de su
padre Sibeón. 25 Hijos de Aná: Disón y Ohlibamá, hija de Aná. 26 Hijos de Disón: Jamrán, Esbán, Yitrán y Querán. 27 Hijos de Eser:
Bilhán, Zaván y Acán. 28 Hijos de Disán: Us
y Arán. 29 Jefes de Horí: jefes de Lotán, Sobal, Sibeón, Aná, 30 Disón, Eser y Disán.
Hasta aquí los jefes de Horí en tierra de Seír.
31 Reyes que reinaron en tierra de Edom
antes que los israelitas tuvieran rey. 32 En
Edom fue rey Bela, hijo de Beor; su ciudad
se llamaba Dinhaba. 33 Murió Bela y le sucedió en el trono Yobab, hijo de Zéraj, natural de Bosra. 34 Murió Yobab y le sucedió
en el trono Jusán, natural de Temán. 35 Murió Jusán y le sucedió en el trono Hadad,
hijo de Badad, el que derrotó a Madián en
el campo de Moab; su ciudad se llamaba
Avit. 36 Murió Hadad y le sucedió en el trono Samlá, natural de Masreca. 37 Murió
Samlá y le sucedió en el trono Saúl, natural
de Merjobot Hannahar. 38 Murió Saúl y le
sucedió en el trono Baal Janán, hijo de Acbor. 39 Murió Baal Janán, hijo de Acbor, y le
sucedió en el trono Hadar; su ciudad se llamaba Pau y su mujer Mehetabel, hija de
Matred, hijo de Mezahab.
40 Jeques de Esaú por grupos, localidades y nombres: Timná, Alvá, Yátet, 41 Ohlibamá, Elá, Finón, 42 Quenazí, Temán, Mibsar, 43 Magdiel e Irán. Hasta aquí los jeques
de Edom, según los países propios en que
habitan –Esaú es el padre de los edomitas–.

---

inconclusa la historia de Esaú, repetidas veces llamado padre de los edomitas. Se insiste en el parentesco con Israel, pero también se subraya la idea de que nada tiene que ver con el territorio cananeo la herencia de Israel y su descendencia (6-8). El especial interés en recoger las listas de los descendientes de Esaú, seis en total, transmite la idea de que también Esaú es padre de un gran pueblo y que comparte hasta cierto punto algo de la bendición y de la promesa de su abuelo Abrahán. Por otro lado, se establece cuál es el territorio de los edomitas, territorio que estuvo cerrado para los israelitas cuando regresaban de Egipto (cfr. Nm 20,14-21).

37,1-22 Sueños de José. No es de extrañar que en-

CICLO PATRIARCAL: JOSÉ

Sueños de José
(Eclo 34,1-8)

37 1 Jacob se estableció en el país cananeo, la tierra donde había residido su padre.

2 Ésta es la historia de la familia de Jacob. José tenía diecisiete años y pastoreaba el rebaño con sus hermanos. Ayudaba a los hijos de Bilha y Zilpa, mujeres de su padre, y trajo a su padre malos informes de sus hermanos. 3 Israel prefería a José entre sus hijos, porque le había nacido en edad avanzada, y le hizo una túnica con mangas. 4 Sus hermanos, al ver que su padre lo prefería entre los hermanos, le tomaron rencor y hasta le negaban el saludo.

5 José tuvo un sueño y se lo contó a sus hermanos, con lo cual a ellos les aumentó el rencor. 6 Les dijo:

–Escuchen lo que he soñado. 7 Estábamos atando gavillas en el campo, de pronto mi gavilla se alzó y se tenía en pie mientras las gavillas de ustedes, formaban un círculo en torno a la mía y se postraban ante ella.

8 Le contestaron sus hermanos:

–¿Vas a ser tú nuestro rey? ¿Vas a ser tú nuestro señor?

Y les crecía el rencor por los sueños que les contaba. 9 José tuvo otro sueño y se lo contó a sus hermanos:

–He tenido otro sueño: El sol y la luna y once estrellas se postraban ante mí.

10 Cuando se lo contó a su padre y a sus hermanos, su padre le reprendió:

–¿Qué es eso que has soñado? ¿Es que yo y tu madre y tus hermanos vamos a postrarnos por tierra ante ti?

11 Sus hermanos le tenían envidia, pero su padre se guardó el asunto.

12 Sus hermanos se trasladaron a Siquén a apacentar el rebaño de su padre.

13 Israel dijo a José:

–Tus hermanos se encuentran pastoreando en Siquén. Quiero enviarte allá.

Contestó él:

–Aquí me tienes.

14 Le dijo:

–Vete a ver qué tal están tus hermanos y qué tal el rebaño y tráeme noticias.

Así lo envió desde el valle de Hebrón y él se dirigió a Siquén.

15 Un hombre lo encontró perdido por el campo y le preguntó qué buscaba; 16 él dijo:

–Busco a mis hermanos; te ruego que me digas dónde pastorean.

17 El hombre le contestó:

–Se han marchado de aquí; les oí decir que iban hacia Dotán.

José fue tras sus hermanos y los encontró en Dotán. 18 Cuando ellos lo vieron venir a lo lejos, antes de que se acercara tramaron su muerte. 19 Y comentaban:

–¡Ahí viene ese soñador! 20 Vamos a matarlo y echarlo en un pozo; después diremos que lo ha devorado una fiera, y veremos en qué terminan sus sueños.

21 Cuando Rubén oyó esto, intentó librarlo de sus manos y les dijo:

–No cometamos un homicidio.

22 Y añadió Rubén:

–No derramen sangre; échenlo en este pozo, aquí en el desierto y no pongan las manos sobre él.

Era para librarlo de sus manos y devolverlo a su padre.

José vendido por sus hermanos

23 Cuando José llegó adonde estaban sus hermanos, ellos le quitaron la túnica

---

tre tantos hijos de Jacob surjan diferencias y discrepancias. Lo que llama la atención es que sea precisamente uno de los hermanos menores la causa del conflicto intrafamiliar. José manifiesta en sus sueños una tendencia y un deseo de dominar a sus hermanos (7s) y hasta a sus propios padres (9s), lo cual aumenta la envidia y el odio de sus hermanos (8.11), granjeados además por la especial predilección de su padre (4). La reacción de sus hermanos es eliminarlo (20), pero en medio de todo hay algo de respeto por la vida, y eso es en definitiva lo que salva a José de la muerte (21s.26).

37,23-36 José vendido por sus hermanos. La diversidad de tradiciones en torno a la historia de José queda de manifiesto en la aparente contradicción sobre el hermano que lo defiende de los demás hermanos (21.26). Lo mismo vale decir sobre sus compradores: se supone que los hermanos aceptan la propuesta de Judá de venderlo a unos ismaelitas (27); pero se le vende a unos madianitas (28), aunque de nuevo se menciona a los ismaelitas. Rubén aparece como ajeno por completo a la transacción, al punto

con mangas que llevaba, 24 lo agarraron y echaron en un pozo; era un pozo vacío, sin agua. 25 Después se sentaron a comer. Levantando la vista vieron una caravana de ismaelitas que transportaban en camellos goma de aromas, bálsamo y resina de Galaad a Egipto. 26 Judá propuso a sus hermanos:

–¿Qué ganamos con matar a nuestro hermano y echar tierra sobre su sangre? 27 Vamos a venderlo a los ismaelitas y no pongamos las manos en él; que al fin es hermano nuestro, de nuestra carne y sangre.

Los hermanos aceptaron. 28 Al pasar unos mercaderes madianitas, retiraron a José del pozo y lo vendieron a los ismaelitas por veinte pesos de plata. Éstos se llevaron a José a Egipto. 29 Entre tanto Rubén volvió al pozo, y al ver que José no estaba en el pozo, se rasgó las vestiduras, 30 volvió a sus hermanos y les dijo:

–El muchacho no está; y yo, ¿a dónde voy yo ahora?

31 Ellos tomaron la túnica de José, degollaron un cabrito, empaparon en sangre la túnica y 32 enviaron la túnica con manchas a su padre con este recado:

–Hemos encontrado esto; mira a ver si es la túnica de tu hijo o no.

33 Él al reconocerla dijo:

–¡Es la túnica de mi hijo! Una fiera lo ha devorado, ha descuartizado a José.

34 Jacob se rasgó las vestiduras, se vistió de luto y estuvo mucho tiempo de duelo por su hijo. 35 Vinieron todos sus hijos e hijas para consolarlo. Pero él rehusó el consuelo diciendo:

–Bajaré a la tumba haciendo duelo por mi hijo.

Su padre lo lloró. 36 Y los madianitas lo vendieron en Egipto a Putifar, ministro y jefe de la guardia del faraón.

Judá y Tamar
(Dt 25,5-10; Mt 22,24; Rut)

38 1 Por aquel tiempo Judá se apartó de sus hermanos y se fue a vivir con un tal Jira, adulamita. 2 Judá vio allí una mujer cananea, llamada Sua. La tomó por esposa y tuvo relaciones con ella. 3 Ella concibió y dio a luz un hijo y lo llamó Er; 4 volvió a concebir y dio a luz un hijo y lo llamó Onán; 5 de nuevo dio a luz un hijo y lo llamó Sela, estaba en Cazib cuando dio a luz.

6 Judá le procuró una mujer llamada Tamar a su primogénito Er.

7 Pero Er, el primogénito de Judá, desagradaba al Señor y el Señor lo hizo morir. 8 Judá dijo a Onán:

–Toma la mujer de tu hermano, según tu obligación de cuñado, y procúrale descendencia a tu hermano.

9 Pero Onán, sabiendo que la descendencia no iba a ser suya, cuando se acostaba con la mujer de su hermano, derramaba por tierra para no procurarle descendencia a su hermano. 10 El Señor reprobó lo que hacía y también a él lo hizo morir. 11 Judá dijo a Tamar, su nuera:

---

de rasgarse sus vestiduras, pues cree que sus hermanos han asesinado a José, al no hallarlo en el pozo (29).

El centro de esta sección lo ocupa el proceder engañoso de los hijos de Jacob (31-33), que se constituye de nuevo en una especie de retribución para Jacob. Él, que llegó al extremo de engañar a su padre para robar a su hermano la bendición, es ahora engañado por sus propios hijos, aunque este engaño sólo sea temporal y con un desenlace feliz. Otra manera de acentuar el proceder de Dios aún en medio de engaños y falsías humanos.

38,1-30 Judá y Tamar. Este capítulo interrumpe la historia de José para centrarse en algunos aspectos de la vida de Judá: sus relaciones, al parecer de tipo económico y comercial con un adulamita y su unión marital con Sua, mujer cananea. En definitiva, establece el origen étnico de la tribu o descendencia de Judá, en el que de nuevo se hacen presentes el engaño, la mentira y la injusticia, pero donde también se resaltan aspectos de rectitud y de justicia (26-30).

Por primera vez en las narraciones del Génesis se hace alusión a una antigua ley del Oriente Cercano, la ley del «levirato»: si al morir un hombre casado no había dejado descendencia, su hermano o «levir» –cuñado– de la viuda debía tomarla por esposa y darle descendencia a su hermano. Ésta es la misma ley que aparecerá como legislación de Moisés en Dt 25,5-8, y es la misma que siglos más tarde invocarán unos saduceos para poner a prueba a Jesús (cfr. Mt 22,24); es, además, el eje narrativo del libro de Rut. Hay que resaltar en este capítulo la intencionalidad narrativa de establecer los orígenes multiétnicos de la tribu de Judá y preparar al lector para la bendición que recibirá el padre de esta tribu por parte de Jacob/Israel en 49,9-12, donde el «bastón» mencionado (18) adquiere de repente características de realeza.

39,1-6 José, mayordomo de Putifar. Estos prime-

–Vive como viuda en casa de tu padre
hasta que crezca mi hijo Sela.
Porque temía que muriera también él
como sus hermanos. Tamar se fue y habitó
en casa de su padre.
12 Pasado bastante tiempo, murió la mu-
jer de Judá, Sua. Terminado el luto, Judá su-
bió, con su socio adulamita, a Timná, donde
estaban los esquiladores. 13 Avisaron a Ta-
mar:
–Tu suegro está subiendo a Timná a es-
quilar.
14 Ella se quitó el traje de viuda, se cubrió
con un velo disfrazándose y se sentó junto a
Enaim, en el camino de Timná; pues veía
que Sela había crecido y no la tomaba por
esposa. 15 Al verla Judá creyó que era una
prostituta, pues se cubría la cara. 16 Se acer-
có a ella por el camino y le propuso:
–Deja que me acueste contigo.
Porque no sabía que era su nuera. Res-
pondió ella:
–¿Qué me das por acostarte conmigo?
17 Contestó:
–Yo te enviaré un cabrito del rebaño.
Replicó ella:
–Sólo si me dejas una prenda hasta en-
viármelo.
18 Le preguntó:
–¿Qué prenda quieres que te deje?
Contestó:
–El anillo del sello con la cinta y el bas-
tón que llevas.
Se los dio, se acostó con ella y ella que-
dó embarazada. 19 Se levantó, se fue, se
quitó el velo y se vistió el traje de viuda.
20 Judá le envió el cabrito por medio de
su socio adulamita para retirar la prenda a
la mujer; pero éste no la encontró. 21 Pre-
guntó a unos hombres del lugar:
–¿Dónde está la ramera, la que se ponía
en Enaim junto al camino?
Le contestaron:
–Aquí no había ninguna ramera.
22 Se volvió a Judá y le informó:
–No la he encontrado, y unos hombres
del lugar me han dicho que allí no había
ninguna ramera.
23 Judá replicó:
–Que se quede con ello, no se vayan a
burlar de nosotros. Yo le he enviado el ca-
brito y tú no la has encontrado.
24 Pasados tres meses le informaron a
Judá:
–Tu nuera Tamar se ha prostituido y ha
quedado embarazada.
Ordenó Judá:
–Que la saquen afuera y la quemen.
25 Mientras la conducían, envió un men-
saje a su suegro:
–El dueño de estos objetos me ha deja-
do embarazada. A ver si reconoces a quién
pertenecen el anillo del sello con la cinta y
el bastón.
26 Los reconoció Judá y dijo:
–Ella es inocente y no yo, porque no le
he dado a mi hijo Sela.
Y no volvió a tener relaciones con ella.
27 Cuando llegó el parto, tenía mellizos.
28 Al dar a luz, uno sacó una mano, la co-
madrona se la agarró y le ató a la muñeca
una cinta roja, diciendo:
–Éste salió el primero.
29 Pero él retiró la mano y salió su her-
mano. Ella comentó:
–¡Buena brecha te has abierto!
Y lo llamó Fares. 30 Después salió su
hermano, el de la cinta roja a la muñeca, y
ella lo llamó Zéraj.

José, mayordomo de Putifar

39 1 Cuando llevaron a José a Egipto,
Putifar, un egipcio ministro y mayor-
domo del faraón, se lo compró a los ismae-
litas que lo habían traído.
2 El Señor estaba con José y le dio suer-
te, de modo que lo dejaron en casa de su
amo egipcio.
3 Su amo, viendo que el Señor estaba
con él y que hacía prosperar todo lo que él

ros versículos sitúan a José en Egipto, aunque no se nos dice nada de su condición de esclavo (cfr. 41,12); en realidad ése fue su destino, ya que el «negocio» de los ismaelitas consistía en comprar o reclutar esclavos para venderlos a los egipcios. José es vendido como esclavo, pero se insiste en que era alguien muy especial, ya que Dios estaba con él (2s). El versículo 6 anticipa el siguiente episodio: los intentos de seducción por parte de la esposa de Putifar y el escándalo y la reacción del amo. Se percibe en el relato cierto influjo positivo que transmite José gracias a que Dios estaba con él, al estilo de su padre Jacob cuando estuvo al lado de Labán.

39,7-23 Tentación, calumnia y cárcel. Los arqueó-

emprendía, 4 le tomó afecto y lo puso a su
servicio personal, poniéndolo al frente de
su casa y encomendándole todas sus co-
sas. 5 Desde que lo puso al frente de la casa
y de todo lo suyo, el Señor bendijo la casa
del egipcio en atención a José, y vino la
bendición del Señor sobre todo lo que po-
seía, en casa y en el campo. 6 Putifar lo
puso todo en manos de José, sin preocu-
parse de otra cosa que del pan que comía.
José era guapo y de buena presencia.

Tentación, calumnia y cárcel
(Prov 7; Dn 13)

7 Pasado cierto tiempo, la mujer del amo
puso los ojos en José y le propuso:
–Acuéstate conmigo.
8 Él rehusó, diciendo a la mujer del amo:
–Mira, mi amo no se ocupa de nada de
la casa, todo lo suyo lo ha puesto en mis
manos; 9 no ejerce en casa más autoridad
que yo, y no se ha reservado nada sino a
ti, que eres su mujer. ¿Cómo voy a come-
ter yo semejante crimen pecando contra
Dios?
10 Ella insistía un día y otro para que se
acostase con ella o estuviese con ella, pero
él no le hacía caso. 11 Un día de tantos, en-
tró él en casa a despachar sus asuntos, y
no estaba en casa ninguno de los emplea-
dos, 12 ella lo agarró por el traje y le dijo:
–Acuéstate conmigo.
13 Pero él soltó el traje en sus manos y
salió fuera corriendo. Ella, al ver que le ha-
bía dejado el traje en la mano y había corri-
do afuera, 14 llamó a los criados y les dijo:
–Miren, nos han traído un hebreo para
que se aproveche de nosotros; ha entrado
en mi habitación para acostarse conmigo,
pero yo he gritado fuerte; 15 al oír que yo le-
vantaba la voz y gritaba, soltó el traje junto
a mí y salió afuera corriendo.
16 Y retuvo consigo el manto hasta que
volviese a casa su marido, 17 y le contó la
misma historia:
–El esclavo hebreo que trajiste ha entra-
do en mi habitación para aprovecharse de
mí, 18 yo alcé la voz y grité y él dejó el tra-
je junto a mí y salió corriendo.
19 Cuando el marido oyó la historia que
le contaba su mujer: tu esclavo me ha he-
cho esto, enfureció, 20 tomó a José y lo me-
tió en la cárcel, donde estaban los presos
del rey; así fue a parar a la cárcel.
21 Pero el Señor estaba con José, le con-
cedió favores e hizo que cayese en gracia al
jefe de la cárcel. 22 Éste encomendó a José
todos los presos de la cárcel, de modo que
todo se hacía allí según su deseo. 23 El jefe
de la cárcel no vigilaba nada de lo que es-
taba a su cargo, pues el Señor estaba con
José, y cuanto éste emprendía, el Señor lo
hacía prosperar.

Sueños del copero y del panadero reales
(Dn 2; 4)

40 1 Pasado cierto tiempo, el copero y
el panadero del rey de Egipto ofen-
dieron a su amo. 2 El faraón, enfurecido
contra sus dos ministros, el copero mayor y
el panadero mayor, 3 los hizo custodiar en
casa del mayordomo, en la cárcel donde
José estaba preso. 4 El mayordomo se los
encomendó a José para que les sirviera.
Pasaron varios días en la cárcel, 5 y el
copero y el panadero del rey de Egipto tu-
vieron los dos un sueño y la misma noche,
cada sueño con su propio sentido. 6 Por la
mañana entró José donde ellos estaban y
los encontró deprimidos, 7 y preguntó a los

logos han descubierto una leyenda egipcia con el mismo argumento de esta historia de José, llamada «los dos hermanos», mucho más antigua que esta historia que estamos leyendo. Los israelitas la adaptaron como una novela ejemplar para resaltar la presencia y la compañía de Dios cuando se camina según su voluntad. José actúa como un israelita recto, justo y cumplidor de la ley, por eso el Señor no lo abandonará; aunque aparentemente le vaya mal –José va a dar a la cárcel–, ya hay un signo de la providencia divina. José debía haber muerto, dada la gravedad de la acusación; sin embargo, su amo lo manda a la cárcel y allí Dios se valdrá de signos muy simples para protegerlo.

40,1-23 Sueños del copero y del panadero reales. En la mentalidad antigua, los sueños eran un medio por el cual Dios comunicaba sus designios a los humanos; pero para el sabio israelita, la capacidad para interpretar lo que Dios quiere comunicar la poseen muy pocas personas (1-8). En este caso es José, y aún así, él afirma que es Dios quien los interpreta (8). El pasaje sigue mostrándonos a José favorecido por Dios, sus interpretaciones se cumplen y nos preparan para el siguiente episodio, donde tendrá que interpretar los sueños del propio faraón. Todavía tendrá que permanecer en prisión, pues el copero que debía mencionar su nombre al faraón (14) se olvidó de él (23).

41,1-57 José interpreta los sueños del faraón. La

ministros del faraón que estaban presos
con él, en casa de su señor:
–¿Por qué tienen hoy ese aspecto?
8 Contestaron:
–Hemos soñado un sueño y no hay
quien lo interprete.
Replicó José:
–Dios interpreta los sueños; cuéntenme-
los.
9 El copero contó su sueño a José:
–Soñé que tenía una vid delante; 10 la vid
tenía tres ramas, echó brotes y flores y ma-
duraron las uvas en racimos. 11 Yo tenía en
una mano la copa del faraón. Estrujé los ra-
cimos, los aplasté en la copa y puse la copa
en la mano del faraón.
12 José le dijo:
–Ésta es la interpretación: las tres ramas
son tres días. 13 Dentro de tres días se acor-
dará de ti, te restablecerá en tu cargo y
pondrás la copa en la mano del faraón
como antes, cuando eras su copero. 14 Pero
acuérdate de mí cuando te vaya bien y haz-
me este favor: menciónale mi nombre al fa-
raón para que me saque de esta prisión,
15 porque me trajeron secuestrado del país
de lo hebreos, y aquí no he cometido nada
malo para que me pusieran en el calabozo.
16 Viendo el panadero que había inter-
pretado bien, le contó a José:
–Pues yo soñé que llevaba tres cestos de
mimbre en la cabeza; 17 en el cesto superior
había toda clase de repostería para el fa-
raón, pero los pájaros lo picoteaban en la
cesta que yo llevaba en la cabeza.
18 José respondió:
–Ésta es la interpretación: las tres ces-
tas son tres días. 19 Dentro de tres días el
faraón se fijará en ti y te colgará de un palo
y las aves picotearán la carne de tu cuer-
po.
20 Al tercer día, el faraón celebraba su
cumpleaños y dio un banquete a todos sus
ministros, y entre todos se fijó en el copero
mayor y el panadero mayor: 21 al copero
mayor lo restableció en su cargo de cope-
ro, para que pusiera la copa en la mano del
faraón; 22 al panadero mayor lo colgó,
como José había interpretado. 23 Pero el
copero mayor no se acordó de José, sino
que se olvidó de él.

José interpreta los sueños del faraón
(Dn 2; 4)

41 1 Pasaron dos años y el faraón tuvo
un sueño: Estaba en pie junto al Nilo
2 cuando vio salir del Nilo siete vacas her-
mosas y bien cebadas que se pusieron a
pastar entre los juncos. 3 Detrás de ellas sa-
lieron del Nilo otras siete vacas flacas y mal
alimentadas, y se pusieron, junto a las otras,
a la orilla del Nilo, 4 y las vacas flacas y mal
alimentadas se comieron las siete vacas her-
mosas y bien cebadas. El faraón despertó.
5 Volvió a dormirse y tuvo un segundo
sueño: Siete espigas brotaban de un tallo,
hermosas y granadas, 6 y siete espigas se-
cas y quemadas por el viento del este bro-
taban detrás de ellas. 7 Las siete espigas se-
cas devoraban a las siete espigas granadas
y llenas. El faraón despertó; había sido un
sueño.
8 A la mañana siguiente, agitado, mandó
llamar a todos los magos de Egipto y a sus
sabios, y les contó el sueño, pero ninguno
sabía interpretárselo al faraón. 9 Entonces
el copero mayor dijo al faraón:
–Tengo que confesar hoy mi pecado.
10 Cuando el faraón se irritó contra sus sier-
vos y nos metió en la cárcel en casa del ma-
yordomo, a mí y al panadero mayor, 11 él y
yo tuvimos un sueño la misma noche; cada
sueño con su propio sentido. 12 Había allí
con nosotros un joven hebreo, siervo del
mayordomo; le contamos el sueño y él lo
interpretó, a cada uno dio su interpretación.
13 Y tal como él lo interpretó así sucedió: a
mí me restablecieron en mi cargo, a él lo
colgaron.
14 El faraón mandó llamar a José. Lo sa-

---

incapacidad de los magos de la corte para interpretar los sueños del faraón es la ocasión propicia para que el copero mayor, en quien se cumplió la interpretación de José, se acuerde de su compañero de prisión y ahora sí hable de él al faraón (10-13), mencionándolo no por su nombre, sino por su condición (12). José es liberado de la prisión; de nuevo insiste en que no se trata de una capacidad personal, sino que puede descifrar el sentido de las imágenes que el faraón ha visto en sueños por una acción directa de Dios (16). Las palabras y los consejos de José convencen al monarca, por lo cual sale premiado y es nombrado gran visir, o sea, primer ministro.

Este episodio, y en especial la noticia de que el

caron aprisa del calabozo; se afeitó, se cambió el traje y se presentó al faraón. 15 El faraón dijo a José:

–He soñado un sueño y nadie sabe interpretarlo. He oído decir de ti que oyes un sueño y lo interpretas.

16 Respondió José al faraón:

–Sin mérito mío, Dios dará al faraón respuesta conveniente.

17 El faraón dijo a José:

–Soñaba que estaba de pie junto al Nilo, 18 cuando vi salir del Nilo siete vacas hermosas y bien cebadas, y se pusieron a pastar entre los juncos; 19 detrás de ellas salieron otras siete vacas flacas y mal alimentadas, en los huesos; no las he visto peores en todo el país de Egipto. 20 Las vacas flacas y mal alimentadas se comieron las siete vacas anteriores, las cebadas. 21 Y cuando las comieron, nadie hubiera dicho que las tenían en su vientre, pues su aspecto seguía tan malo como al principio. Y me desperté.

22 Tuve otro sueño: Siete espigas brotaban de un tallo, hermosas y granadas, 23 y siete espigas crecían detrás de ellas, mezquinas, secas y quemadas por el viento del este; 24 las siete espigas secas devoraban a las siete espigas hermosas. Se lo conté a mis magos y ninguno pudo interpretármelo.

25 José dijo al faraón:

–Se trata de un único sueño: Dios anuncia al faraón lo que va a hacer. 26 Las siete vacas gordas son siete años de abundancia y las siete espigas hermosas son siete años: es el mismo sueño. 27 Las siete vacas flacas y desnutridas, que salían detrás de las primeras, son siete años y las siete espigas vacías y quemadas son siete años de hambre. 28 Es lo que he dicho al faraón: Dios ha mostrado al faraón lo que va a hacer. 29 Van a venir siete años de gran abundancia en todo el país de Egipto; 30 detrás vendrán siete años de hambre que harán olvidar la abundancia en Egipto, porque el hambre acabará con el país. 31 No habrá rastro de abundancia en el país a causa del hambre que seguirá, porque será terrible. 32 El haber soñado el faraón dos veces indica que Dios confirma su palabra y que se apresura a cumplirla. 33 Por tanto, que el faraón busque un hombre sabio y prudente y lo ponga al frente de Egipto; 34 establezca inspectores que dividan el país en regiones y administren durante los siete años de abundancia. 35 Que reúnan toda clase de alimentos durante los siete años buenos que van a venir, metan grano en los graneros por orden del faraón y los guarden en las ciudades. 36 Los alimentos se depositarán para los siete años de hambre que vendrán después en Egipto, y así no perecerá de hambre el país.

37 El faraón y sus ministros aprobaron la propuesta, 38 y el faraón dijo a sus ministros:

–¿Podemos encontrar un hombre como éste, dotado de un espíritu sobrehumano?

39 Y el faraón dijo a José:

–Ya que Dios te ha enseñado todo eso, nadie será tan sabio y prudente como tú. 40 Tú estarás al frente de mi casa y todo el pueblo obedecerá tus órdenes; sólo en el trono te precederé.

41 Y añadió:

–Mira, te pongo al frente de todo el país.

42 Y el faraón se quitó el anillo de sello de la mano y se lo puso a José; le vistió traje de lino y le puso un collar de oro al cuello. 43 Lo hizo sentarse en la carroza de su lugarteniente y la gente gritaba ante él: ¡Gran Visir! Y así lo puso al frente de Egipto.

44 El faraón dijo a José:

–Yo soy el faraón; sin contar contigo nadie moverá mano o pie en todo Egipto.

---

hambre y la carestía cundían por todas partes, nos prepara para el arribo de los hermanos de José a Egipto; con esos medios tan simples y cotidianos Dios va ejerciendo su acción en la historia humana. Las imágenes que José interpreta de abundancia y escasez son la constatación de lo que acontecía realmente en esta porción geográfica del Cercano Oriente, con períodos en los que se gozaba de cierta abundancia gracias a las lluvias y períodos de escasez y de hambre a causa de las sequías. En lugares tan especialmente privilegiados como Egipto, irrigado por el gran Nilo, era posible prepararse para el tiempo de la sequía, carestía y hambre mediante los métodos de aprovisionamiento propuestos por José, pero también era la ocasión para aumentar el dominio y la opresión sobre los pueblos más débiles y menos favorecidos por la naturaleza.

Se menciona el nacimiento de los dos hijos de José, Manasés y Efraín, que quedarán incorporados al número de las doce tribus de Israel y que ayudarán a entender la heterogeneidad étnica de la nación israelita.

42,1-38 Los hermanos de José: primer encuen-

45 Y llamó a José Zafnat-Panej, y le dio
por mujer a Asenat, hija de Potifera, sacer-
dote de On. José salió a recorrer Egipto.
46 Treinta años tenía cuando se presentó
al faraón, rey de Egipto; saliendo de su pre-
sencia, viajó por todo Egipto. 47 La tierra
produjo generosamente los siete años de
abundancia; 48 durante ellos acumuló ali-
mentos en las ciudades: en cada una metió
las cosechas de los campos de la región.
49 Reunió grano en cantidad como arena
de la playa, hasta que dejó de medirlo por-
que no alcanzaba a hacerlo.
50 Antes del primer año de hambre le na-
cieron a José dos hijos de Asenat, hija de
Potifera, sacerdote de On. 51 Al primogéni-
to lo llamó Manasés, diciendo: Dios me ha
hecho olvidar mis trabajos y la casa pater-
na. 52 Al segundo lo llamó Efraín, diciendo:
Dios me ha hecho crecer en la tierra de mi
aflicción.
53 Se acabaron los siete años de abun-
dancia en Egipto 54 y comenzaron los siete
años de hambre, como había anunciado
José. Hubo hambre en todas las regiones, y
sólo en Egipto había pan. 55 Llegó el ham-
bre a todo Egipto, y el pueblo reclamaba
pan al faraón; el faraón decía a los egipcios:
–Diríjanse a José y hagan lo que él les
diga.
56 La carestía cubrió todo el país. José ab-
rió los graneros y vendió grano a los egipcios,
mientras el hambre arreciaba en Egipto.
57 Todo el mundo venía a Egipto, a com-
prar grano a José, porque el hambre arre-
ciaba en todas partes.

Los hermanos de José: primer encuentro

42 1 Al enterarse Jacob de que en Egip-
to había grano, dijo a sus hijos:
–¿Por qué se quedan ahí sin hacer nada?
2 He oído que hay grano en Egipto: Vayan
allá y compren algo de grano para noso-
tros. Así viviremos y no moriremos.
3 Bajaron, entonces, diez hermanos de
José a comprar grano en Egipto.
4 Jacob no envió con sus hermanos a
Benjamín, hermano de José, no le fuera a
suceder alguna desgracia. 5 Los hijos de Is-
rael llegaron en medio de otros viajeros a
comprar grano, porque en el país cananeo
se pasaba hambre.
6 En el país mandaba José, él vendía el
grano a todo el mundo; así que los herma-
nos de José llegaron y se postraron ante él
rostro en tierra. 7 Al ver a sus hermanos,
José los reconoció, pero disimuló y les ha-
bló con dureza:
–¿De dónde vienen?
Contestaron:
–De Canaán, a comprar alimentos.
8 José reconoció a sus hermanos, pero
ellos no lo reconocieron. 9 Se acordó José
de los sueños que había soñado sobre ellos
y les dijo:
–¡Ustedes son espías! Han venido a ins-
peccionar las zonas desguarnecidas del
país.
10 Le contestaron:
–¡De ningún modo, señor! Tus servido-
res han venido a comprar alimentos. 11 So-
mos todos hijos de un mismo padre, gente
honrada; tus servidores no son espías.
12 Replicó:
–¿Cómo que no? Han venido a inspec-
cionar las zonas desguarnecidas del país.
13 Le dijeron:
–Éramos doce hermanos tus servidores,
hijos del mismo padre, de Canaán. El me-
nor se ha quedado con su padre, otro ha
desaparecido.

---

tro. Las posibilidades de producción agrícola de Egipto gracias a la inundación periódica del Nilo y la posterior retirada de sus aguas que dejaba al descubierto vastísimos campos aptos para la siembra pone al país en ventaja sobre muchos otros. El hambre que azota a los países vecinos hace que muchas caravanas se dirijan a este país a comprar trigo y alimentos; entre ellas se encuentran los hijos de Jacob, que al llegar ante José se postran por tierra en señal de sumisión y respeto y así se cumplen sus sueños, como él mismo recuerda (6-9; cfr. 43,26).

El arte narrativo de este capítulo lleva una vez más a demostrar la ley de la retribución: los hermanos de José así lo reconocen y lo aceptan (21s) y otro tanto hace el mismo Jacob (36). Al mismo tiempo, el capítulo trata de resaltar la actitud bondadosa de José, que no busca la revancha contra sus hermanos, sino que por el contrario quiere favorecerlos a ellos y a su padre en una encrucijada tan extrema como es la escasez y el hambre. La tensión del relato aumenta con la rotunda negativa de Jacob de permitir que su ahora hijo predilecto Benjamín sea también llevado a Egipto (38).

43,1-34 Benjamín es llevado a Egipto: segundo

14 Respondió José:
–Lo que yo decía: ustedes son espías.
15 Los pondré a prueba: no saldrán de aquí,
¡por vida del faraón!, si no viene acá su her-
mano menor. 16 Despachen a uno de uste-
des por su hermano, mientras los demás
quedarán presos. Así probarán ustedes que
han dicho la verdad; de lo contrario, ¡por
vida del faraón!, no habrá duda de que us-
tedes son espías.
17 Y los hizo encarcelar por tres días.
18 Al tercer día José les dijo:
–Hagan lo siguiente y quedarán con
vida; porque yo respeto a Dios. 19 Si uste-
des son gente honrada, uno de sus herma-
nos quedará aquí encarcelado y los demás
irán a llevar grano a sus familias hambrien-
tas.
20 Pero me traerán a su hermano menor.
Así probarán que han dicho la verdad y no
morirán.
Ellos estuvieron de acuerdo. 21 Y se de-
cían:
–Estamos pagando el delito contra
nuestro hermano: cuando lo veíamos supli-
carnos angustiado y no le hicimos caso.
Ahora nos toca a nosotros estar angustia-
dos.
22 Les respondió Rubén:
–¿No les decía yo que no cometieran ese
delito contra su hermano? Pero no me hi-
cieron caso. Ahora nos piden cuentas de su
sangre.
23 No sabían que José los entendía, por-
que había usado un traductor para hablar
con ellos.
24 Él se retiró y lloró; después volvió
para hablarles. Escogió a Simeón y lo hizo
encadenar en su presencia.
25 José mandó que les llenaran las bol-
sas de grano, que metieran el dinero paga-
do en cada una de las bolsas y que les die-
ran provisiones para el viaje. Así se hizo.
26 Ellos cargaron el grano en los asnos y se
marcharon.
27 En la posada uno de ellos abrió la bol-
sa para dar de comer a su asno y descubrió
el dinero allí, en la boca de la bolsa.
28 Y dijo a sus hermanos:
–¡Me han devuelto el dinero!
Se les encogió el corazón del susto y se
dijeron:
–¿Qué es lo que nos ha hecho Dios?
29 Llegados a casa de su padre Jacob,
en Canaán, le contaron todo lo sucedido.
30 –El señor del país nos habló con dure-
za declarándonos espías de su tierra. 31 Le
contestamos que somos gente honrada,
que no somos espías. 32 Que éramos doce
hermanos, hijos de un padre; que uno ha-
bía desaparecido y el menor se había que-
dado con su padre en Canaán.
33 El señor del país nos contestó: Así sa-
bré que son gente honrada: dejarán conmi-
go a uno de los hermanos, llevarán provi-
siones a sus familias hambrientas 34 y me
traerán a su hermano menor. Así sabré que
no son espías, sino gente honrada; enton-
ces les devolveré a su hermano y podrán
comerciar en mi país.
35 Cuando vaciaron las bolsas, encontró
cada uno su dinero. Viendo el dinero, ellos
y su padre se asustaron. 36 Jacob, su padre,
les dijo:
–¡Me dejarán solo! ¡José ha desapareci-
do, Simeón ha desaparecido y ahora quie-
ren llevarse a Benjamín. Todo se vuelve
contra mí!
37 Rubén contestó a su padre:
–Da muerte a mis dos hijos si no te lo
traigo. Ponlo en mis manos y te lo devolveré.
38 Contestó:
–¡Mi hijo no bajará con ustedes! Su
hermano ha muerto y sólo me queda él.
Si le sucede una desgracia en el viaje que
van a realizar, ustedes me matarán de
pena.

Benjamín es llevado a Egipto: segundo encuentro

43 1 Había mucha hambre en el país.
2 Cuando se terminaron los víveres
que habían traído de Egipto, su padre les
dijo:
–Regresen a Egipto a comprarnos más
provisiones.

---

encuentro. De nuevo, la razón para volver a Egipto es la misma realidad de hambre, aunque de hecho debería ser el rescate de Simeón que quedó como rehén en el capítulo anterior y de lo que nadie parece caer en la cuenta. Jacob accede ante las palabras de Judá, quien se convierte en portavoz de sus hermanos. Una vez más, Jacob hace honor a su nombre relacionado con la astucia: con dones y presentes pretende ganar-

3 Le contestó Judá:
–Aquel hombre nos aseguró: No se pre-
senten ante mí sin su hermano. 4 Si permi-
tes a nuestro hermano venir con nosotros,
bajaremos a comprarte provisiones. 5 De lo
contrario, no bajaremos. Porque aquel
hombre nos dijo: No se presenten ante mí
sin su hermano.
6 Israel les dijo:
–¿Por qué me han causado este dolor di-
ciendo a ese hombre que les quedaba otro
hermano?
7 Replicaron:
–Aquel hombre nos preguntaba por no-
sotros y por nuestra familia: si vivía nuestro
padre, si teníamos otro hermano. Y noso-
tros respondimos a sus preguntas. ¿Cómo
íbamos a imaginar que él nos diría: Traigan
aquí a su hermano?
8 Judá dijo a Israel, su padre:
–Deja que el muchacho venga conmigo.
Así iremos y salvaremos la vida y no mori-
remos nosotros, tú y los niños. 9 Yo respon-
do por él, a mí me pedirás cuentas de él. Si
no te lo traigo y no te lo pongo delante,
rompes conmigo para siempre. 10 Ya estarí-
amos de vuelta la segunda vez, si no nos
hubiéramos entretenido tanto.
11 Respondió su padre Israel:
–Si no queda más remedio, háganlo.
Pongan productos del país en sus equipajes
y llévenlos como regalo a aquel señor: un
poco de bálsamo, algo de miel, goma, mi-
rra, pistacho y almendras. 12 Y lleven doble
cantidad de dinero, para devolver el dinero
que les pusieron en la boca de las bolsas,
quizá por descuido. 13 Tomen a su hermano
y vuelvan a ver a ese señor. 14 El Dios To-
dopoderoso lo haga compadecerse de uste-
des para que les devuelva a su hermano y
también a Benjamín. Si tengo que quedar-
me privado de hijos, me quedaré.
15 Ellos tomaron consigo los regalos, do-
ble cantidad de dinero y a Benjamín.
Partieron, bajaron a Egipto y se presen-
taron a José. 16 Cuando José vio con ellos
a Benjamín, dijo a su mayordomo:
–Hazlos entrar en casa. Que maten un
animal y preparen comida porque esos
hombres comerán conmigo al mediodía.
17 El hombre cumplió las órdenes de
José y los condujo a casa de José. 18 Ellos
se asustaron porque los llevaban a casa de
José y se decían:
–Lo hacen a causa del dinero que metie-
ron entonces en las bolsas; es un pretexto
para acusarnos, condenarnos, retenernos
como esclavos y quedarse con los asnos.
19 Acercándose al mayordomo de José,
le hablaron a la puerta de la casa.
20 –Mira, señor: nosotros bajamos en
otra ocasión a comprar víveres. 21 Cuando
llegamos a la posada y abrimos las bolsas,
cada uno encontró en la boca de la bolsa el
dinero, era la misma cantidad que había-
mos pagado. Aquí lo traemos de vuelta, 22
y también traemos otro tanto para comprar
provisiones. No sabemos quién lo metió en
las bolsas.
23 Respondió:
–Quédense tranquilos y no teman: Su
Dios, el Dios de su padre, puso ese dinero
en las bolsas. El dinero que ustedes paga-
ron lo recibí yo.
Y les trajo a Simeón. 24 El mayordomo
los hizo entrar en casa de José, les trajo
agua para lavarse los pies y echó pasto a
los burros. 25 Ellos prepararon los regalos,
esperando la llegada de José al mediodía;
porque habían oído decir que comerían allí.
26 Cuando llegó José a casa, le presen-
taron los regalos que habían traído y se
postraron en tierra ante él. 27 Él les pregun-
tó:
–¿Qué tal están? Su anciano padre, del
que me hablaron, ¿vive todavía?
28 Le contestaron:
–Estamos bien tus siervos y nuestro pa-
dre; todavía vive.
Y se postraron.

---

se al funcionario egipcio como hizo anteriormente con su hermano Esaú.

En Egipto, la atmósfera es de temor y de desconfianza; los hermanos de José temen alguna represalia por parte del enigmático funcionario. Sin embargo, los sentimientos de José transmitidos por el narrador están muy lejos de lo que creen sus hermanos, al punto de tener que encerrarse a llorar en privado (30s). La escena culmina con el banquete que comparte José con los peregrinos, con sus visibles señales de preferencia por el hermano menor y con la noticia de que bebieron con el anfitrión hasta embriagarse (34).

44,1-34 Prueba final: Benjamín, culpable. Segura-

29 Al levantar los ojos, vio José a Benjamín, su hermano materno, y preguntó:

–¿Es ése el hermano menor, del que me hablaron?

Y añadió:

–Dios te favorezca, hijo mío.

30 A José se le conmovieron las entrañas, por su hermano, y le vinieron ganas de llorar; y entrando rápidamente en una habitación, lloró allí. 31 Después se lavó la cara y salió, y dominándose mandó:

–Sirvan la comida.

32 Le sirvieron a él por un lado, a ellos por otro y a los comensales egipcios por otro. Porque los egipcios no pueden comer con los hebreos: sería abominable para los egipcios. 33 Se sentaron frente a él, empezando por el mayor y terminando por el menor. Ellos se miraban asombrados. 34 José les hacía pasar porciones de su mesa, y la porción para Benjamín era cinco veces mayor. Bebieron hasta embriagarse con él.

Prueba final: Benjamín, culpable

44 1 Después encargó al mayordomo:

–Llena de víveres las bolsas de esos hombres, todo lo que quepa, y pon el dinero dentro de cada bolsa, 2 y mi copa de plata la pones en la bolsa del menor con el dinero de la compra.

Él cumplió el encargo de José.

3 Al amanecer dejaron partir a los hombres con sus asnos. 4 Apenas salidos, no se habían alejado de la ciudad, José dijo al mayordomo:

–Sal en persecución de esos hombres y, cuando los alcances, les dices:¿Por qué han pagado mal por bien? 5 ¿Por qué han robado la copa de plata? Es la que usa mi señor para beber y para adivinar. Está muy mal lo que han hecho.

6 Cuando los alcanzó, les repitió estas palabras. 7 Ellos respondieron:

–¿Por qué dice eso nuestro señor? ¡Lejos de nosotros obrar de tal manera!

8 Si el dinero que encontramos en las bolsas te lo hemos traído desde Canaán, ¿por qué íbamos a robar en casa de tu amo oro o plata? 9 Que muera aquel de tus servidores al que se le encuentre la copa; y nosotros seremos esclavos de nuestro señor.

10 Respondió él:

–Sea lo que han dicho: a quien se la encuentre, será mi esclavo; los demás quedarán libres.

11 Rápidamente bajaron sus bolsas al suelo y cada uno abrió la suya.

12 Él las fue registrando empezando por la del mayor y terminando por la del menor: la copa fue hallada en la bolsa de Benjamín. 13 Al ver esto se rasgaron las vestiduras, cargó cada uno su asno y volvieron a la ciudad.

14 Judá y sus hermanos entraron en casa de José –él estaba todavía allí– y se postraron. 15 José les dijo:

–¿Qué es lo que han hecho? ¿No saben que uno como yo es capaz de adivinar?

16 Contestó Judá:

–¿Qué podemos responder a nuestro señor? ¿Qué diremos para probar nuestra inocencia? Dios ha descubierto la culpa de tus servidores. Somos esclavos de nuestro señor, tanto nosotros como aquél a quien se le encontró la copa.

17 Respondió José:

–¡Lejos de mí hacer tal cosa! Al que se le encontró la copa será mi esclavo; ustedes suban en paz a casa de su padre.

---

mente, los hermanos de José parten llenos de alegría por el final feliz que tuvo este último encuentro con el visir egipcio; lo que no sabían era que aún tenían que pasar por otra prueba, si se quiere más dura que la anterior. José ha ordenado a su mayordomo poner su copa, la copa de adivinar, en el costal de Benjamín para tener motivo de acusarlo por robo (2). Tal vez, José no está muy convencido del arrepentimiento de sus hermanos o quizás quiere investigar el grado de estima que tienen por su hermano menor. Recuérdese que el mismo José sufrió en carne propia el odio, los recelos y la envidia de sus hermanos mayores (37,4). Quizá por ello el plan esté dirigido contra Benjamín, que en efecto resulta culpable. El delito conllevaba la muerte del culpable y la esclavización de los demás (9), pero hay un tono de misericordia: al culpable se le tomará por esclavo y los demás podrán regresar a Canaán. El cumplimiento del plan de José suscita un largo discurso por parte de Judá (18-34), en el cual queda de manifiesto el profundo y sincero amor que sienten todos por su hermano menor y por su padre. Su sinceridad, y sobre todo el gran deseo de que ni su hermano ni su padre tengan que sufrir, queda demostrado en su intención de entregarse él mismo como esclavo con tal que Benjamín sea liberado (33).

45,1-28 Reconocimiento y reconciliación. Por

18 Entonces Judá se acercó a él y le dijo:

–Permite, señor, a tu servidor dirigir
unas palabras en tu presencia; no te impa-
cientes conmigo porque tú eres como el fa-
raón. 19 Mi señor preguntó a sus servidores
si teníamos padre o algún hermano. 20 No-
sotros respondimos a mi señor: Tenemos
un padre anciano con un chico pequeño
nacido en su vejez. Un hermano suyo mu-
rió y sólo le queda éste de aquella mujer. Su
padre lo adora. 21 Tú dijiste a tus servidores
que te lo trajéramos para conocerlo perso-
nalmente. 22 Respondimos a mi señor: El
muchacho no puede dejar a su padre; si lo
deja, su padre morirá. 23 Tú dijiste a tus ser-
vidores: Si no baja su hermano menor con
ustedes, no volverán a verme. 24 Cuando
volvimos a casa de tu servidor, nuestro pa-
dre, y le comunicamos lo que decía mi se-
ñor, 25 nuestro padre respondió: Vuelvan a
comprarnos víveres. 26 Le dijimos: No po-
demos bajar si no viene con nosotros nues-
tro hermano menor; porque no podemos
ver a aquel hombre si no nos acompaña
nuestro hermano menor. 27 Nos respondió
tu servidor, nuestro padre: Saben que mi
mujer me dio dos hijos: 28 uno se alejó de
mí y pienso que lo descuartizó una fiera, ya
que no he vuelto a verlo. 29 Si arrancan
también a éste de mi lado y le sucede una
desgracia, bajaré a la tumba lleno de triste-
za. 30 Ahora bien, si regreso a tu servidor,
mi padre, sin llevar conmigo al muchacho,
a quien quiere con toda su alma, 31 cuando
vea que falta el muchacho, morirá; y no-
sotros seremos culpables de que tu servi-
dor, mi padre, haya muerto de pena.
32 Además tu servidor ha salido fiador por el
muchacho, ante mi padre, asegurando: Si
no te lo traigo padre, rompe conmigo para
siempre. 33 En conclusión: deja que tu ser-
vidor se quede como esclavo de mi señor
en lugar del muchacho y que el muchacho
vuelva con sus hermanos. 34 ¿Cómo podré
volver a mi padre sin llevar al muchacho
conmigo? No quiero ver la desgracia que se
abatirá sobre mi padre.

Reconocimiento y reconciliación
(Sal 133)

45 1 José no pudo contenerse en pre-
sencia de su corte y ordenó:
–Salgan todos de mi presencia.
Y no quedó nadie con él cuando José se
dio a conocer a sus hermanos. 2 Se puso a
llorar tan fuerte, que los egipcios lo oyeron
y la noticia llegó a casa del faraón. 3 José
dijo a sus hermanos:
–Yo soy José. ¿Vive todavía mi padre?
Sus hermanos, confundidos y avergon-
zados, no supieron qué responder. 4 José
dijo a sus hermanos:
–Acérquense.
Se acercaron, y les dijo:
–Yo soy José, su hermano, el que ven-
dieron a los egipcios. 5 Pero ahora no se
aflijan ni les pese haberme vendido aquí;
porque para salvar vidas me envió Dios por
delante. 6 Llevamos dos años de hambre en
el país y nos quedan cinco sin siembra ni
siega. 7 Dios me envió por delante para que
puedan sobrevivir en este país, para con-
servar la vida a muchos supervivientes.
8 No fueron ustedes quienes me enviaron
aquí, fue Dios; me hizo ministro del faraón,
señor de toda su corte y gobernador de
Egipto. 9 Ahora regresen cuanto antes a
casa de mi padre y díganle: Esto dice tu
hijo José: Dios me ha hecho señor de todo
Egipto; baja acá conmigo sin tardar. 10 Ha-
bitarás en la región de Gosén y estarás cer-
ca de mí: tú y tus hijos y tus nietos, tus ove-
jas y vacas y todas tus posesiones.
11 Quedan cinco años de hambre: yo te
mantendré allí, para que no les falte nada a

---

una parte, las palabras de Judá parecen haber ablandado el corazón de José, pero los sentimientos reprimidos de José también llegan al límite, reventando y poniendo fin a la farsa que él mismo se había inventado. Los hermanos, atónitos, no saben qué decir; es el mismo José quien los absuelve y declara que su antigua actitud hostil y el rechazo que los indujo a planear su desaparición no se les puede imputar como castigo, sino que debe ser vista como una acción divina que permitió todo aquello para demostrar su especial preocupación y atención por esta familia (5-8). Sin detenerse en más discursos de parte de ninguno de los presentes, y tras señalar la reconciliación mediante las palabras y los gestos de José, sus hermanos pueden por fin hablar. Se hacen todos los arreglos para que Jacob sea trasladado a Egipto con el beneplácito del faraón (17-20) y la constatación del consentimiento de Jacob para emprender el viaje (21-28).

46,1-34 Jacob viaja a Egipto. La manera más di-

ti ni a tu familia ni a tus posesiones. 12 Us-
tedes son testigos, y también mi hermano
Benjamín lo es, que les hablo en persona.
13 Cuéntenle a mi padre mi prestigio en
Egipto y todo lo que han visto y traigan
cuanto antes a mi padre acá.

14 Y echándose al cuello de Benjamín, su
hermano, se puso a llorar y lo mismo hizo
Benjamín.

15 Después besó llorando a todos los
hermanos. Sólo entonces le hablaron sus
hermanos.

16 Cuando llegó al palacio del faraón la
noticia de que habían venido los hermanos
de José, el faraón y su corte se alegraron.
17 El faraón dijo a José:

–Da las siguientes instrucciones a tus
hermanos: carguen los animales y regresen
a Canaán,

18 tomen a su padre y a su familia y vuel-
van acá; yo les daré lo mejor de Egipto y
comerán lo más sustancioso del país.
19 Mándales también: Tomen carros de
Egipto para transportar en ellos a niños y
mujeres y a su padre, y regresen. 20 No se
preocupen por las cosas que dejan, porque
lo mejor de Egipto será de ustedes.

21 Así lo hicieron los hijos de Israel. José
les dio carros, según las órdenes del faraón,
y provisiones para el viaje. 22 Además dio a
cada uno una muda de ropa y a Benjamín
trescientos pesos de plata y cinco mudas
de ropa. 23 A su padre le envió diez asnos
cargados de productos de Egipto, diez bo-
rricas cargadas de grano y víveres para el
viaje de su padre. 24 Despidió a sus herma-
nos y, cuando se iban, les dijo:

–No peleen por el camino.

25 Subieron de Egipto, llegaron a Ca-
naán, a casa de su padre Jacob 26 y le co-
municaron la noticia:

–José está vivo y es gobernador de
Egipto.

A Jacob se le encogió el corazón sin po-
der creerlo. 27 Ellos le repitieron cuanto les
había dicho José. Cuando vio los carros
que José había enviado para transportarlo,
su padre Jacob recobró el aliento. 28 Y dijo
Israel:

–¡Ya es suficiente! Mi hijo José está vivo;
lo veré antes de morir.

Jacob va a Egipto
(cfr. 28,10-22)

46 1 Israel se puso en camino con todo
lo suyo; llegó a Berseba y allí ofreció
sacrificios al Dios de su padre Isaac. 2 De
noche, en una visión, Dios dijo a Israel:

–¡Jacob, Jacob!

Respondió:

–Aquí estoy.

3 Le dijo:

–Yo soy Dios, el Dios de tu padre. No te-
mas bajar a Egipto, porque allí te converti-
ré en un pueblo numeroso. 4 Yo bajaré con-
tigo a Egipto y yo te haré subir. José te
cerrará los ojos.

5 Jacob partió de Berseba. Los hijos de
Israel montaron a su padre Jacob, a los ni-
ños y las mujeres en los carros que el fa-
raón había enviado para su transporte.

6 Tomaron el ganado y las posesiones ad-
quiridas en Canaán y se dirigieron a Egipto,
Jacob con toda su descendencia. 7 A sus hi-
jos y nietos, a sus hijas y nietas, a todos los
descendientes los llevó consigo a Egipto.

(cfr. 29,31–30,24)

8 Nombres de los hijos de Israel que emi-
graron a Egipto: Rubén, primogénito de Ja-
cob; 9 hijos de Rubén: Henoc, Falú, Jesrón y
Carmí; 10 hijos de Simeón: Yemuel, Yamín,
Ohad, Yaquín, Sójar y Saúl, hijo de la cana-

---

recta para decir que el viaje de Jacob a Egipto es de iniciativa divina y que Él mismo acompañará a los peregrinos es la que nos narran los versículos 2-4, donde el Señor también renueva a Jacob las promesas hechas a Abrahán y a Isaac (cfr. 12,2.7). Jacob parte para Egipto con la plena certeza de que el Dios de sus padres bajará con él y lo hará subir de nuevo; entre la ida y el regreso de su descendencia será necesario esperar varios siglos, de ahí que el escritor mencione la promesa de la multiplicación de su descendencia (3). Pero aquella larga estancia en Egipto no estuvo siempre acompañada por la prosperidad y la ventura; en estas palabras del Señor a Jacob hay quizás un presagio de la larga esclavitud que sufrirá la descendencia israelita en tierra extranjera, aunque también esconde la promesa del regreso.

El relato queda interrumpido por el intento de dar razón de todos los parientes de Jacob, hijos y nietos, que viajaron con él. No hay que entender esta larga lista (8-27) en términos literales, sino como una forma de describir el grueso número de israelitas que se desplazan a Egipto por razones aparentemente atractivas, como es ir a ver de nuevo a un hijo y quizás gozar del favor del faraón, pero que en el fondo refleja

nea; 11 hijos de Leví: Guersón, Quehat y Me-
rarí; 12 hijos de Judá: Er, Onán, Selá, Fares
y Zéraj; Er y Onán habían muerto en Ca-
naán; hijos de Fares: Jesrón y Jamul; 13 hi-
jos de Isacar: Tolá, Puvá, Yasub y Simrón;
14 hijos de Zabulón: Séred, Elón y Yajleel.
15 Hasta aquí los descendientes de Lía y Ja-
cob en Padán Aram, además la hija Dina;
total entre hombres y mujeres, treinta y tres.

16 Hijos de Gad: Sifión, Jaguí, Suní, Es-
bón, Erí, Arodí y Arelí; 17 hijos de Aser:
Yimná, Yisvá, Yisví, Beriá y su hermana Se-
raj; hijos de Beriá: Héber y Malquiel. 18 Has-
ta aquí los hijos de Jacob y Zilpa, la criada
que Labán dio a su hija Lía; total, dieciséis
personas.

19 Hijos de Raquel, la mujer de Jacob:
José y Benjamín. 20 Asenat, hija de Potife-
ra, sacerdote de On, dio a José dos hijos en
Egipto: Manasés y Efraín. 21 Hijos de Benja-
mín: Bela, Béquer y Asbel; hijos de Bela:
Guerá, Naamán, Ejí, Ros, Mupín, Jupín y
Ared. 22 Hasta aquí los descendientes de
Raquel y Jacob; total, catorce personas.

23 Hijos de Dan: Jusín; 24 hijos de Neftalí:
Yajseel, Guní, Yéser y Silén. 25 Hasta aquí los
hijos de Jacob y Bilha, la criada que Labán
dio a su hija Raquel; total, siete personas.

26 Todas las personas que emigraron con
Jacob a Egipto, nacidos de él, sin contar
las nueras, eran en total sesenta y seis.
27 Añadiendo los dos hijos nacidos a José
en Egipto, la familia de Jacob que emigró a
Egipto hace un total de setenta.

28 Israel despachó por delante a Judá a
casa de José, para que preparara el cami-
no de Gosén. Cuando se dirigían a Gosén,
29 José mandó enganchar la carroza y subió
hacia Gosén a recibir a su padre Israel. Al
llegar a su presencia, se le echó al cuello y
lloró abrazado a él. 30 Israel dijo a José:

–Ahora puedo morir, después de haber-
te visto en persona y vivo.

31 José dijo a sus hermanos y a la fami-
lia de su padre:

–Voy a subir a informar al faraón: Mis
hermanos y la familia de mi padre, que vi-
vían en Canaán, han venido a verme. 32 Son
pastores de ovejas, que cuidan del ganado;
se han traído las ovejas y las vacas y todas
sus posesiones. 33 Cuando el faraón los lla-
me para informarse de la ocupación de us-
tedes 34 le dirán: Tus siervos son pastores
desde la juventud hasta hoy, lo mismo no-
sotros que nuestros padres. Y los dejará ha-
bitar en Gosén –porque los egipcios consi-
deran impuros a los pastores–.

Jacob en Egipto

47 1 José fue a informar al faraón:
–Mi padre y mis hermanos, con sus
ovejas y vacas y todas sus posesiones, han
venido de Canaán y se encuentran en Go-
sén.

2 Entre sus hermanos, escogió cinco, y
se los presentó al faraón.

3 El faraón les preguntó:

–¿A qué se dedican?

Respondieron:

–Tus siervos son pastores de ovejas, lo
mismo nosotros que nuestros padres.

4 Y añadieron:

–Hemos venido a residir en esta tierra,
porque en Canaán aprieta el hambre y no
hay pastos para los rebaños de tus siervos;
permite a tus siervos establecerse en Gosén.

5a El faraón dijo a José:

6b –Que se establezcan en Gosén, y si
conoces entre ellos algunos con experien-
cia, ponlos a cargo de mi ganado.

5b Cuando Jacob y sus hijos llegaron a
Egipto, se enteró el faraón, rey de Egipto, y
dijo a José:

---

los desplazamientos masivos hacia aquel país que poco a poco iba absorbiendo a tantos pueblos y grupos humanos acosados por el hambre y por el endeudamiento con el poderoso imperio faraónico (cfr. 47,3s).

La narración vuelve a ocuparse del relato del encuentro del padre y del hijo (28) y de las instrucciones de José a los suyos para formalizar su estancia en Gosén, región egipcia, al parecer lugar «autorizado» para el ejercicio de las actividades pastoriles (34).

47,1-12 Jacob en Egipto. Por fin, Jacob y algunos de sus hijos escogidos por José son presentados al faraón; las preguntas y las respuestas que constituirían este encuentro ya estaban anunciadas en 46,33s y así se realiza, con la única variación de la pregunta del faraón a Jacob por su edad (8). El texto describe el encuentro entre el patriarca Jacob y el gran faraón. Ambos representan de algún modo el poder. Por lo que sabemos de él, Jacob es rico, pues posee abundante ganado y es padre de una numerosa prole (46,8-27); sin embargo, su «poderío» se demuestra aquí como poseedor de la bendición y de las promesas divinas. Por su parte, el fa-

–Tu padre y tus hermanos han llegado a
verte; 6a la tierra de Egipto está a tu dispo-
sición, instala a tu padre y a tus hermanos
en lo mejor de la tierra.
7 José hizo venir a su padre Jacob y se
lo presentó al faraón. Jacob bendijo al fa-
raón. 8 El faraón preguntó a Jacob:
–¿Cuántos años tienes?
9 Jacob contestó al faraón:
–Ciento treinta han sido los años de mis
andanzas, pocos y malos han sido los años
de mi vida, y no llegan a los años de mis
padres, ni al tiempo de sus andanzas.
10 Jacob bendijo al faraón y salió de su
presencia.
11 José instaló a su padre y a sus her-
manos y les dio propiedades en Egipto, en
lo mejor del país, en la región de Ramsés,
como había mandado el faraón. 12 Y dio
pan a su padre, a sus hermanos y a toda la
familia de su padre, incluidos los niños.

Política agraria de José

13 En todo el país faltaba el pan, porque
el hambre apretaba y agotaba la tierra de
Egipto y la de Canaán. 14 José acumuló
todo el dinero que había en Egipto y en Ca-
naán a cambio de los víveres que ellos
compraban, y reunió todo el dinero en casa
del Faraón.
15 En Egipto y en Canaán se acabó el di-
nero, de modo que acudían a José, diciendo:
–Danos pan o moriremos aquí mismo,
porque se nos ha acabado el dinero.
16 José contestó:
–Si ya no hay más dinero entreguen su
ganado y yo se los cambiaré por pan.
17 Ellos traían el ganado a José, y éste
les daba pan a cambio de caballos, de ove-
jas, de vacas, de asnos; durante un año los
estuvo alimentando a cambio de todo su
ganado.
18 Pasado aquel año, volvieron a él al
año siguiente, diciendo:
–No podemos negar a nuestro señor
que, terminado el dinero y el ganado y los
animales cobrados por nuestro señor, sólo
nos queda que ofrecer a nuestro señor
nuestras personas y nuestros campos.
19 ¿Por qué perecer en tu presencia no-
sotros y nuestros campos? Tómanos a no-
sotros y a nuestros campos a cambio de
pan, y nosotros, con nuestros campos, se-
remos siervos del faraón; danos semilla
para que vivamos y no muramos, y nues-
tros campos no queden desolados.
20 José compró para el faraón toda la tie-
rra de Egipto, porque todos los egipcios,
acosados por el hambre, vendían sus cam-
pos. Sí, la tierra vino a ser propiedad del fa-
raón, 21 y a todo el pueblo lo hizo siervo, de
un extremo a otro del país. 22 Sólo dejó de
comprar las tierras de los sacerdotes, por-
que el faraón les pasaba una porción y viví-

---

raón es amo y señor de un gran imperio que no sólo abarca el país de Egipto, sino que sus confines llegan probablemente hasta la misma Mesopotamia, actuales territorios de Irán e Irak en el Golfo pérsico. Obviamente, la balanza del narrador se inclina por Jacob/Israel, que a pesar de estar muy por debajo del poderío del faraón, es quien lo bendice; dos veces se nos menciona el acto de bendecir al faraón (7b.10).

Así termina la novela que nos cuenta las aventuras de José, en las que se cumplen sus sueños de 37,7-10 y que nos ambienta para lo que será la experiencia del pueblo israelita en Egipto. Los demás relatos que siguen en el resto del libro del Génesis, aunque mencionen de nuevo a José, no forman parte del argumento de esta novela; son relatos que pertenecen a las tradiciones de Jacob y de José y que han sido puestos aquí en calidad de apéndices, pero con una intencionalidad muy bien definida.

47,13-28 Política agraria de José. En realidad, esta sección no forma parte del argumento de la novela sobre la vida de José; pero es, con todo, el pasaje que recoge en forma asombrosamente sintética las relaciones del imperio egipcio con los demás pueblos de la región y que ciertamente superan el nivel literario para revelarnos la realidad histórica sobre la cual se construyó el imperio egipcio y el resto de imperios que surgieron en el Cercano Oriente y, en definitiva, el modo como hoy surgen los países poderosos que absorben la vida de los más pequeños y débiles.

No por aparecer esta «política» agraria en la Biblia, ni por estar dirigida por José –cuya imagen y figura como «ministro» especialmente asistido por Dios ha quedado en nuestra conciencia y en nuestra mente–. Una lectura desde la óptica de los poderosos y opresores de este mundo encuentra ciertamente el argumento teológico y bíblico más válido para justificar el saqueo y la explotación de los bienes tangibles e intangibles de otros pueblos; sin embargo, una lectura desde los oprimidos, explotados y marginados de este mundo, esto es, una lectura en clave liberadora, inmediatamente descubre la posición crítica que establece la Biblia respecto a las relaciones económicas y comerciales de los grandes con los pequeños.

Si notamos bien, el empobrecimiento al que son

an de la porción que les daba el faraón; por
eso no tuvieron que vender sus campos.
23 José dijo al pueblo:
–Hoy los he comprado a ustedes, con
sus tierras, para el faraón. Aquí tienen se-
millas para sembrar los campos. 24 Cuando
llegue la cosecha, darán la quinta parte al
faraón, las otras cuatro partes les servirán
para sembrar y como alimento para uste-
des, sus familias y sus niños.
25 Ellos respondieron:
–Nos has salvado la vida, hemos alcan-
zado el favor de nuestro señor; seremos
siervos del faraón.
26 Y José estableció una ley en Egipto,
hoy todavía en vigor: que una quinta parte
es para el faraón. Solamente las tierras de
los sacerdotes no pasaron a ser propiedad
del faraón.
27 Israel se estableció en Egipto, en el te-
rritorio de Gosén; adquirió propiedades allí
y creció y se multiplicó en gran manera.
28 Jacob vivió en Egipto diecisiete años, y
toda su vida fueron ciento cuarenta y siete
años.

Últimos deseos de Jacob

29 Cuando se acercaba para Israel la
hora de morir, llamó a su hijo José y le dijo:
–Si he alcanzado tu favor, coloca tu
mano bajo mi muslo y promete tratarme
con bondad y lealtad; no me entierres en

---

sometidos los pueblos con el argumento del hambre es paulatino, lento, pero eficaz y contundente:

1. Se absorbe todo el dinero, la capacidad de adquisición (14s). Hoy se fijan unas reglas cambiarias que permiten a una moneda adquirir todo el valor frente a la cual las demás quedan completamente desvalorizadas.

2. Se absorben los bienes o las posesiones, en este caso el ganado (17s); en definitiva, los recursos naturales con que cada país cuenta para la subsistencia de sus ciudadanos. Hoy no sería tanto ganado cuanto metales, petróleo, maderas, animales exóticos, productos cultivados, manufacturas...

3. Agotado el dinero y los ganados no quedan sino las personas y los campos que acosados por el hambre se convierten en la única prenda de cambio para seguir sobreviviendo (20s); así, tanto personas como campos pasan a ser propiedad de un mismo dueño que se ha ido apoderando de todo.

Hoy, personas y campos –territorios, países– viven esta idéntica realidad: el hambre, el subdesarrollo y el alto grado de corrupción política de países pobres y ricos, han embarcado a los más débiles en lo que conocemos como la absolutamente impagable «deuda externa», cuya consecuencia inmediata es el poner a todos –personas y campos– al servicio de un mismo señor. La gran mayoría lo hace desde su propio sitio de origen; no hay que desplazarse necesariamente en calidad de siervo al país de nuestro acreedor; ese servicio y esa esclavitud la tenemos que vivir en nuestro propio suelo, soportando los ajustes y «recomendaciones» –obligaciones– de los dueños del mundo, renunciando obligadamente a los beneficios de la salud, de la educación, de la ciencia y la cultura, servicios públicos, inversión social, propiedad intelectual... en aras del servicio a la deuda externa –eterna– que ahoga lenta y paulatinamente a más de la mitad del mundo.

La sutil denuncia y condena de la Biblia a este proceso de empobrecimiento que inmediatamente se revela como contrario al plan divino la encontramos en el versículo 25, si lo leemos, claro está, en clave de justicia. Con base en los criterios de justicia que en Gn 1–11 se propone, podemos establecer que aquí hay una abierta denuncia contra el sistema empobrecedor que utilizan los grandes contra los pequeños, pues llegan hasta a pervertir el concepto de justicia haciendo ver como justo lo que es injusto, llamando «salvación» a lo que es a todas luces perjudicial y esclavizante para el ser humano y para la misma tierra. ¿No es ésa la misma suerte de miles y miles de personas que están obligadas a «agradecer» la explotación de la que son víctimas? ¿No nos muestra este pasaje la antítesis más clara del plan del Creador de los inicios del libro? ¿No es ésta la puerta de ingreso de todos los males del mundo que nos describen los relatos de Gn 3–11?

El proceso de empobrecimiento moderno de los países en vías de desarrollo conlleva el saqueo de los bienes y la negación de oportunidades reales de libertad comercial, de condiciones equitativas de intercambio, y luego se pretende aparentar ante el mundo como grandes benefactores enviando «ayudas» y «donaciones» a los países empobrecidos. La obligación moral de nuestras Iglesias y grupos comprometidos con los pueblos debería orientarse hacia una resistencia efectiva contra tales ayudas que sólo patrocinan el asistencialismo paternalista y afectan a la libertad, la dignidad y la autonomía de los pueblos; no tanta «ayuda» ni obras de «beneficencia», sino más condiciones de equidad y mayor empeño en el justo reparto de los bienes creados y mayor apoyo al libre desarrollo de los pueblos. Con este pasaje nos vamos acercando cada vez más a la constatación histórica y dolorosamente triste del extremo al que llegan la codicia y el egoísmo humanos que desde los primeros capítulos del Génesis quiere hacernos entender el redactor o los redactores del Pentateuco.

47,29-31 Últimos deseos de Jacob. Los versículos 27s resumen el bienestar y la prosperidad que han alcanzado Jacob y su familia en Egipto, signos claros en la mentalidad semita de la bendición divina; pero a pesar de esta constatación y de todo el bien que su

Egipto. 30 Cuando me duerma con mis pa-
dres, sácame de Egipto y entiérrame en la
sepultura con ellos.
Contestó José:
–Haré lo que pides.
31 Insistió él:
–Júramelo.
Y se lo juró.
Entonces Israel hizo una inclinación ha-
cia la cabecera de la cama.

Jacob bendice a Efraín y Manasés
(27)

48 1 Después de estos sucesos le avisa-
ron a José que su padre estaba gra-
ve. Él tomó consigo a sus dos hijos, Mana-
sés y Efraín. 2 Le comunicaron a Jacob que
estaba llegando su hijo José. Israel, hacien-
do un esfuerzo, se incorporó en la cama.
3 Jacob dijo a José:
–Dios Todopoderoso se me apareció en
Luz de Canaán y me bendijo, 4 diciéndome:
Yo te haré crecer y multiplicarte hasta ser
un grupo de tribus; a tus descendientes en-
tregaré esta tierra en posesión perpetua.
5 Pues bien, los dos hijos que te nacieron en
Egipto antes de venir yo a vivir contigo, se-
rán míos: Efraín y Manasés serán para mí
como Rubén y Simeón. 6 En cambio los que
te nazcan después serán tuyos y en nombre
de sus hermanos recibirán su herencia.
7 Cuando volvía de Padán, se me murió
Raquel, en Canaán, en el camino, un buen
trecho antes de llegar a Efrata, y en el ca-
mino de Efrata –hoy Belén– la enterré.
8 Viendo Israel a los hijos de José, pre-
guntó:
–¿Quiénes son?
9 Contestó José a su padre:
–Son mis hijos, que Dios me dio aquí.
Le dijo:
–Acércamelos que los bendiga.
10 Israel había perdido vista con la vejez
y casi no veía. Cuando se los acercaron, los
besó y abrazó. 11 Israel dijo a José:
–No contaba con verte; ahora resulta
que Dios me ha dejado verte a ti y a tus
descendientes.
12 José se los retiró de las rodillas y se
postró rostro en tierra. 13 Después tomó
José a los dos: a Efraín con la derecha lo
puso a la izquierda de Israel, a Manasés con
la izquierda lo puso a la derecha de Israel; y
se los acercó. 14 Israel extendió la mano de-
recha y la colocó sobre la cabeza de Efraín,
el menor, y la izquierda sobre la cabeza de
Manasés; cruzando los brazos, pues Mana-
sés era el primogénito. 15 Y los bendijo:
–El Dios en cuya presencia caminaron
mis padres, Abrahán e Isaac; el Dios que
fue mi pastor desde mi nacimiento hasta
hoy; 16 el Ángel que me redime de todo mal
bendiga a estos muchachos; que ellos lle-
ven mi nombre y el de mis padres, Abrahán
e Isaac, que crezcan y se multipliquen en
medio de la tierra.
17 Viendo José que su padre había colo-
cado la derecha sobre la cabeza de Efraín,
lo tomó a mal; agarró la mano de su padre
y la pasó de la cabeza de Efraín a la de Ma-
nasés, 18 mientras decía a su padre:
–No es así, padre, éste es el primogéni-
to, pon la mano sobre su cabeza.
19 El padre rehusó diciendo:
–Lo sé, hijo mío, lo sé. También llegará

hijo ha traído a la familia, Jacob no concibe que esta tierra sea el lugar de su morada definitiva; así pues, utilizando un gesto antiguo de juramento solemne que consiste en hacer jurar con la mano sobre los genitales de quien toma el juramento (cfr. 24,2-9), Jacob hace jurar a su hijo José que se ocupe de su sepultura en la tumba de los suyos, es decir, en Canaán, tierra de la promesa divina. En efecto, José jura así a su padre que está ya próximo a morir.

48,1-22 Jacob bendice a Efraín y Manasés. Una última actuación de Jacob antes de su muerte: incorporar a sus dos nietos a la lista de sus hijos, en sus propias palabras, para reemplazar a Rubén y a Simeón que pronto tendrán que desaparecer. Como quiera que estos sucesos no son una crónica «histórica» en sentido moderno, en realidad se trata de una lectura teologizada de la historia, de la realidad vivida por las tribus del norte que atribuían su procedencia al patriarca José: las tribus de Manasés y de Efraín. Históricamente fue tal vez la tribu de Efraín, o por lo menos una porción de ella, la que logró sobrevivir a la destrucción del reino del norte (cfr. Os 5,3.5.11.13), y de allí esta proyección al pasado, a la escena donde Jacob prefiere al menor sobre el mayor, una constatación que, entre otras cosas, se ha venido repitiendo a lo largo de las historias patriarcales. La escena concluye con las palabras de Jacob, quien recuerda a José que su lugar y su tierra es Canaán, Siquén, y no Egipto (22), y su declaración de confianza en que Dios mismo los acompañará en el futuro retorno (21).

49,1-28 Testamento profético de Jacob. La mayo-

a ser una tribu y crecerá. Pero su hermano menor será más grande que él y su descendencia será toda una nación.
20 Entonces los bendijo:

–El pueblo de Israel usará sus nombres para las bendiciones diciendo: ¡Dios te haga como a Efraín y a Manasés!

Así colocó a Efraín delante de Manasés.

21 Israel dijo a José:

–Yo estoy para morir; Dios estará con ustedes y los llevará otra vez a la tierra de sus padres.

22 Yo te doy más que a tus hermanos, te entrego Siquén, la que conquisté a los amorreos con mi espada y mi arco.

Testamento profético de Jacob
(Dt 33)

49 1 Jacob llamó a sus hijos y les dijo:
–Reúnanse, que les voy a contar lo
que sucederá en el futuro.
2 Reúnanse y escúchenme, hijos de Jacob, oigan a su padre Israel:

3 Tú, Rubén, mi primogénito,
mi fuerza y primicia de mi virilidad,
primero en rango, primero en poder;
4 precipitado como agua,
no serás de provecho,
porque subiste a la cama de tu padre
profanando mi lecho con tu acción.
5 Simeón y Leví, hermanos,
mercaderes en armas criminales.
6 No quiero asistir a sus consejos,
no he de participar en su asamblea,
porque mataron hombres ferozmente
y a capricho destrozaron bueyes.
7 Maldita su furia, tan cruel,
y su cólera tan feroz.
Los repartiré entre Jacob
y los dispersaré por Israel.
8 A ti, Judá, te alabarán tus hermanos,
pondrás la mano
sobre la nuca de tus enemigos,
se postrarán ante ti los hijos de tu padre.
9 Judá, hijo mío eres,
como un cachorro de león:
cuando regresa de cazar;
se agacha y se tumba
como león o como leona,
¿quién se atreve a desafiarlo?
10 No se apartará de Judá el cetro
ni el bastón de mando
de entre sus rodillas,
hasta que le traigan tributo
y le rindan homenaje los pueblos.
11 Ata su burro a una viña,
la cría a la cepa más escogida;
lava su ropa en vino
y su túnica en sangre de uvas.
12 Sus ojos son más oscuros que vino
y sus dientes más blancos que leche.
13 Zabulón habitará junto a la costa,
será un puerto para los barcos,
su frontera llegará hasta Sidón.
14 Isacar es un asno robusto
que se tumba entre las alforjas;
15 viendo que es bueno el establo
y que es hermosa la tierra,
inclina el lomo a la carga
y acepta trabajos de esclavo.
16 Dan gobernará a su pueblo
como uno a las tribus de Israel.
17 Dan es culebra junto al camino,
áspid junto a la senda:
muerde al caballo en la pezuña,
y el jinete es despedido hacia atrás.
18 Espero tu salvación, Señor.
19 Gad: le atacarán los bandidos
y él los atacará por la espalda.
20 Aser tendrá comidas sustanciosas,
y ofrecerá manjar de reyes.

---

ría de comentaristas del Pentateuco está de acuerdo en afirmar que éste es un poema que recoge tradiciones muy antiguas sobre los núcleos humanos que dieron origen a lo que se conoce como las tribus de Israel, releído y adaptado al tiempo de la monarquía. El poema recoge definiciones de nombres, rasgos de comportamiento de las tribus y, lo más llamativo, la condena definitiva para Rubén (3s), cuyo pecado de 35,22 no había sido aún castigado, y para Simeón y Leví, ya advertidos en 34,1-31. Sus respectivas sentencias consisten en la pérdida de sus derechos territoriales en la futura nación israelita. Por lo demás, sólo encontramos dos bendiciones que recaen sobre los dos grandes núcleos que conformarían los dos reinos de Israel: Judá, tribu dominante del sur, de donde procede David y cuyo acento es de auténtica profecía monárquica (8-12); la otra bendición recae sobre José, cuyo tronco da origen a las tribus más fuertes del norte, Efraín y Manasés (22-26); no hay alusión a su destino monárquico, sino a su prosperidad económica y a su poderío militar que llegarán a hacerse sentir sobre el resto de tribus, hasta el punto de impulsar y lograr un cisma.

49,29-33 Muerte de Jacob. Termina este capítulo

21 Neftalí es cierva suelta
que tiene crías hermosas.
22 José es un potro salvaje,
un potro junto a la fuente,
asnos salvajes junto al muro.
23 Los arqueros los irritan,
los desafían y los atacan.
24 Pero el arco se les queda rígido
y les tiemblan manos y brazos
ante el Campeón de Jacob,
el Pastor y Piedra de Israel.
25 El Dios de tu padre te auxilia,
el Todopoderoso te bendice:
bendiciones que bajan del cielo,
bendiciones del océano,
acostado en lo hondo,
bendiciones de vientres y ubres,
26 bendiciones de espigas abundantes,
bendiciones de montañas antiguas,
ambición de colinas perdurables,
bajen sobre la cabeza de José,
coronen al elegido entre sus hermanos.
27 Benjamín es un lobo rapaz:
por la mañana devora la presa,
por la tarde reparte despojos.

28 Éstas son las doce tribus de Israel, y
esto es lo que su padre les dijo al bendecir-
los, dando una bendición especial a cada
uno.

Muerte de Jacob

29 Y les dio las siguientes instrucciones:
–Cuando me reúna con los míos, entié-
rrenme con mis padres en la cueva del
campo de Efrón, el hitita, 30 la cueva del
campo de Macpela, frente a Mambré, en
Canaán, la que compró Abrahán a Efrón, el
hitita, como sepulcro en propiedad. 31 Allí
enterraron a Abrahán y Sara, su mujer; allí
enterraron a Isaac y a Rebeca, su mujer; allí
enterré yo a Lía. 32 El campo y la cueva fue-
ron comprados a los hititas.

33 Cuando Jacob terminó de dar instruc-
ciones a sus hijos, recogió los pies en la
cama, expiró y se reunió con los suyos.

Funeral de Jacob

50 1 José se echó sobre él llorando y
besándole. 2 Después ordenó a los
médicos de su servicio que embalsamaran
a su padre, y los médicos embalsamaron a
Israel. 3 Les llevó cuarenta días, que es lo
que suele llevar el embalsamar, y los egip-
cios le guardaron luto setenta días. 4 Pasa-
dos los días del duelo, dijo José a los cor-
tesanos del faraón:
–Si he alcanzado su favor, díganle per-
sonalmente al faraón: 5 Mi padre me hizo ju-
rar: cuando muera, me enterrarás en el se-
pulcro que me hice en Canaán. Ahora,
pues, déjame subir a enterrar a mi padre, y
después volveré.
6 Contestó el faraón:
–Sube y entierra a tu padre, como lo has
jurado.
7 Cuando José subió a enterrar a su pa-
dre, lo acompañaron los ministros del fa-
raón, los ancianos de la corte y los conce-
jales de los pueblos, 8 y toda su familia, sus
hermanos, la familia de su padre; sólo que-
daron en Gosén los niños, las ovejas y las
vacas. 9 Subieron también carros y jinetes,
y la caravana era inmensa.
10 Llegados a Goren Ha-Atad, al otro
lado del Jordán, hicieron un funeral solem-
ne y magnífico, y le hicieron duelo siete
días. 11 Viendo los cananeos que habitaban
el país el funeral de Goren Ha-Atad comen-
taron:
–El funeral de los egipcios es solemne.
Por eso llamaron el lugar: Duelo de
Egipcios –está al otro lado del Jordán–.
12 Sus hijos cumplieron lo que les había
mandado: 13 lo llevaron a Canaán, lo ente-

con la noticia sobre la muerte de Jacob; pero antes de morir recalca con insistencia su deseo de ser sepultado al lado de sus antepasados, una forma de ratificar que el lugar de la promesa no será Egipto, sino Canaán, y al mismo tiempo una manera de indicar que, con su muerte, la historia del pueblo y las esperanzas del cumplimiento de las promesas sobre la tierra y sobre la libertad no podrán quedar sepultadas en Egipto. Hay que tener presente que Egipto adquiere en la Biblia un valor simbólico como lugar de muerte, de esclavitud, antítesis del plan de Dios y coyuntura histórica que permite a Israel descubrir la faceta liberadora de Dios.

50,1-26 Funeral de Jacob – Muerte de José. Llegamos con este capítulo al final de una historia que intentó poner de manifiesto las raíces ancestrales de un pueblo, cuya historia ha estado ligada al bien y al mal, a la bendición, a los castigos y, en fin, un pueblo que se prepara para comenzar una nueva era, no ya en torno a una figura patriarcal, sino en torno a una coyuntura histórica en tierra egipcia. Se podría decir que la muerte de Jacob y de José ponen punto

rraron en la cueva del campo de Macpela,
frente a Mambré, el campo que Abrahán
había comprado a Efrón, el hitita, como se-
pulcro en propiedad.
14 Volvieron a Egipto José con sus her-
manos y con los que lo habían acompaña-
do a enterrar a su padre una vez que lo hu-
bieron enterrado.
15 Al ver los hermanos de José que su
padre había muerto, se dijeron:
–A ver si José nos guarda rencor y quie-
re pagarnos el mal que le hicimos.
16 Y enviaron un mensaje a José:
–Antes de morir, tu padre nos mandó
17 que te dijéramos: Perdona a tus herma-
nos su crimen y su pecado y el mal que te
hicieron. Por tanto, perdona el crimen de
los siervos del Dios de tu padre.
José al oírlo, se echó a llorar. 18 Enton-
ces vinieron sus hermanos, se echaron al
suelo ante él y le dijeron:
–Aquí nos tienes, somos tus siervos.
19 José les respondió:
–No teman. ¿Ocupo yo el puesto de
Dios? 20 Ustedes intentaron hacerme mal,
Dios intentaba convertirlo en bien, conser-
vando así la vida a una multitud, como so-
mos hoy. 21 Por tanto, no teman. Yo los
mantendré a ustedes y a sus niños.
Y los consoló llegándoles al corazón.

Muerte de José

22 José vivió en Egipto con la familia de
su padre y cumplió ciento diez años; 23 lle-
gó a conocer a los hijos de Efraín hasta la
tercera generación, y también a los hijos de
Maquir, hijo de Manasés, y se los puso en el
regazo.
24 José dijo a sus hermanos:
–Yo voy a morir. Dios se ocupará de us-
tedes y los llevará de esta tierra a la tierra
que prometió a Abrahán, Isaac y Jacob.
25 Y los hizo jurar:
–Cuando Dios se ocupe de ustedes, se
llevarán mis huesos de aquí.
26 José murió a los ciento diez años de
edad. Lo embalsamaron y lo metieron en
un ataúd en Egipto.

---

final a una era y abren el camino para iniciar otra. El capítulo puede dividirse en tres secciones bien definidas:

1. Muerte y sepultura de Jacob: José cumple puntualmente con su juramento de sepultar a su padre en Canaán, frente a Hebrón al lado de los suyos; se subraya el hecho de que después de los funerales José regresa a Egipto (5b.14).

2. El arrepentimiento de los hermanos de José y la petición formal de perdón por la acción cometida contra él en su adolescencia: pese a que en 45,4-8 José ha declarado a sus hermanos libres de toda culpabilidad, ellos recuerdan de nuevo el caso y sienten temor por alguna represalia suya. Por primera vez confiesan su culpa y una vez más declaran sumisión a José (17.18). Arrepentimiento y absolución también podrían entenderse como un artificio literario, mediante el cual el sabio israelita quiere dejar claro que el cambio de suerte que va a tener el pueblo que desciende de este grupo no tiene nada que ver con el pecado que ellos cometieron; que la esclavitud en Egipto no es un castigo o una retribución por ello. Se trata, por encima de todo, del extremo de la injusticia protagonizado por el egoísmo y la codicia faraónicos que servirá para que Dios manifieste su poder revelándose y dándose a conocer como Dios liberador. José declara su perdón y olvido, y al mismo tiempo subraya que él mismo está en manos del misterioso plan divino que se vale aun de acciones tan negativas como la de sus hermanos para realizar sus designios.

3. Conclusión del libro: José muere anciano y colmado de años, descripción que se ha hecho de todos sus antepasados para decir que muere muy bendecido. No pide que su cuerpo sin vida sea llevado de inmediato a Canaán como lo hizo Jacob; como si supiera la suerte que espera a su pueblo en Egipto, solamente pide que cuando Dios se ocupe de ellos y los haga salir de este país lleven consigo sus huesos.



ÉXODO

El Éxodo, segundo libro del Pentateuco, es el libro de la liberación y de la Alianza, de los primeros pasos por el desierto y de la fabricación del instrumental cúltico. Libro heterogéneo por tema y origen. La división temática se da por bloques bastante diferenciados, la división por origen impone muchas veces destrenzar lo trenzado por el autor del libro actual.

Salida de Egipto. Éste es el gran libro épico de la liberación. El Señor irrumpe en la historia poniéndose al lado de un pueblo de esclavos, oprimido por Egipto, una de las potencias de aquel entonces. El faraón resiste al actuar divino por razón de Estado: razón política, porque la minoría extranjera se está haciendo mayoría; razón militar, porque podrían convertirse en peligroso apoyo del enemigo; razón económica, porque suministran mano de obra gratis.

Es inevitable el choque de fuerzas. En diez encuentros el Señor descarga sus golpes. Los dos primeros encuentros quedan indecisos; al tercero, el Señor se impone; al séptimo, el faraón reconoce su culpa; al décimo, los israelitas son empujados a salir del país de la opresión. El autor último, utilizando textos diversos, compone un cuadro estilizado y grandioso.

El Señor actúa, en parte, por medio de Moisés, el gran liberador humano, que repite por adelantado la experiencia del pueblo, se solidariza con él, lo moviliza. Se enfrenta tenazmente con el faraón y va creciendo en estatura hasta hacerse figura legendaria.

El último acto se desenvuelve en un escenario cósmico: un desierto hostil que se dilata a la espalda, un agua amenazadora que cierra el paso al frente, un viento aliado que cumple las órdenes de Dios. En la batalla cósmica se consuma la derrota de un ejército prepotente y la salvación de un pueblo desarmado.

Estos capítulos se clavan en la memoria del pueblo, convirtiéndose en modelo o patrón de sucesivas liberaciones; con la misma función penetran en el Nuevo Testamento y extienden su influjo e inspiración incluso a gente que no cree en ese Dios liberador. El Señor será para siempre en Israel «el que nos sacó de Egipto, de la esclavitud».

Historicidad. ¿Quiso el autor escribir historia, o sea, relatar hechos sucedidos? En caso afirmativo, ¿qué criterios y técnicas narrativas empleó? Partiendo del texto, ¿podemos reconstruir un proceso histórico? Y si esto es posible, ¿podemos rastrear sus huellas?

El libro no nos ayuda mucho a responder a estas preguntas, pues es muy vago en detalles significativos, y contiene grandes silencios y lagunas al respecto, p. ej. ¿Cómo se llama el faraón? –En otros libros se suministran nombres: Necó, Nabucodonosor, Ciro, etc.–. No se aducen fechas. Casi todo es anónimo e indiferenciado.

Fuera del libro no encontramos en la literatura circundante referencias precisas a los hechos narrados. La arqueología de Palestina ofrece un testimonio ambiguo. Evidencia movimientos de población y cambios culturales hacia el 1200 a.C. al pasar de la edad de bronce a la del hierro; pero en muchos detalles no concuerda con el relato bíblico.

No cabe duda, sin embargo, que el autor está narrando hechos que sucedieron y que marcaron para siempre la identidad del pueblo de Israel. Y es este sentido de su propia trayectoria histórica lo que quiere dejar constancia escrita.

A favor de la historicidad básica del libro del Éxodo, se aduce la exactitud del color egipcio y muchos detalles: nombres, prácticas, fenómenos. Y sobre todo, un argumento de coherencia: sin una experiencia egipcia y una salida con un guía, es muy difícil explicar la historia sucesiva y los textos bíblicos.



Se señala como fecha más probable para los acontecimientos el reinado en Egipto de Ramsés II, nieto de Ramsés I, fundador de la dinastía XVIII, e hijo de Seti I, quien restableció el dominio egipcio sobre Palestina y Fenicia. Firmado el tratado de paz con el monarca hitita Hatusilis III, el faraón sucumbió a una fiebre constructora; ciudades, monumentos, estatuas.

Mensaje religioso. Pero por encima de todo, el Éxodo es el testimonio de la revelación de Dios como liberador, sensible al dolor y al clamor de un pueblo que sufre la opresión y que, por tanto, decide inclinar su fuerza en favor del débil.

Esta auto-revelación de un Dios que no tolera la opresión ni la injusticia, es la clave para entender la forma cómo la fe israelita describe las acciones que dieron como resultado su liberación del poderío egipcio. Pero también sigue siendo la clave permanente para que todo pueblo oprimido, de hoy y de mañana, se sacuda de la opresión de toda esclavitud, contando siempre no sólo con la aprobación de Dios, sino lo que es más importante, con el poder y el aliento de su presencia liberadora.



Esclavitud y genocidio

1 1 Lista de los israelitas que fueron a
Egipto con Jacob, cada uno con su
familia: 2 Rubén, Simeón, Leví, Judá, 3 Isa-
car, Zabulón, Benjamín, 4 Dan, Neftalí, Gad,
Aser. 5 Descendientes directos de Jacob,
setenta personas; José ya estaba en Egipto.

6 Muerto José, sus hermanos y toda
aquella generación, 7 los israelitas crecían y
se propagaban, se multiplicaban y se hací-
an fuertes en extremo e iban llenando todo
el país.

8 Subió al trono en Egipto un nuevo fa-
raón que no había conocido a José, 9 y dijo
a su pueblo:

–Miren, los israelitas se están volviendo
más numerosos y fuertes que nosotros;
10 vamos a vencerlos con astucia, porque si
no crecerán; y si se declara la guerra, se
aliarán con el enemigo, nos atacarán y des-
pués se marcharán de nuestra tierra.

11 Entonces, nombraron capataces que
los explotaran con trabajos forzados en la
construcción de las ciudades granero de Pi-
tón y Ramsés. 12 Pero cuanto más los opri-
mían, ellos más crecían y se propagaban.
Hartos de los israelitas, 13 los egipcios les
impusieron trabajos penosos, 14 y les amar-
garon la vida con dura esclavitud, impo-
niéndoles los duros trabajos de la prepara-
ción de la arcilla, de la fabricación de los
ladrillos y toda clase de trabajos del campo.

15 El rey de Egipto ordenó a las parteras
hebreas –una se llamaba Séfora y otra
Fuá–:

16 –Cuando asistan a las hebreas en el
parto y les llegue el momento de dar a luz,
si es niño lo matarán, si es niña la dejarán
con vida.

17 Pero las parteras respetaban a Dios, y
en vez de hacer lo que les mandaba el rey
de Egipto dejaban con vida a los recién na-
cidos.

18 El rey de Egipto llamó a las parteras y
las interrogó:

–¿Por qué obran así y dejan con vida a
las criaturas?

19 Contestaron al faraón:

–Es que las mujeres hebreas no son
como las egipcias: son robustas y dan a luz
antes de que lleguen las parteras.

20 Dios premió a las parteras: el pueblo
crecía y se hacía muy fuerte, 21 y a ellas,
como respetaban a Dios, también les dio
familia.

22 Entonces, el faraón ordenó a todos
sus hombres:

–Cuando les nazca un niño, deben arro-
jarlo al Nilo; si es niña, déjenla con vida.

Infancia de Moisés

2 1 Un hombre de la tribu de Leví se
casó con una mujer de la misma tribu;
2 ella concibió y dio a luz un niño. Viendo lo
hermoso que era, lo tuvo escondido tres

1,1-22 Esclavitud y genocidio. El lazo de unidad narrativa que se tiende entre Génesis y Éxodo lo encontramos en los versículos 1-5, que retoman Gn 46,8-27 para demostrar que los sucesos a continuación se refieren a esta misma gente que un día llegó a Egipto colmados de sueños, ilusiones y esperanzas. Su crecimiento demográfico, su propio progreso y fortaleza (7) les cambió totalmente la suerte, al punto de convertirlos en objeto de persecución con miras a su aniquilamiento (11-22). Pese a la diversidad de fuentes literarias que están presentes en este primer capítulo, la intencionalidad es la misma: establecer de entrada el antagonismo secular entre el proyecto de la vida y el de la muerte. Como quiera que estos relatos son recordados y releídos por Israel durante el destierro, recuperan una tremenda actualidad, así como recobran vida para tantos pueblos nuestros que sufren en carne propia los embates del mismo proyecto de muerte. De ahí que la lectura del Éxodo tiene que superar por fuerza el mero «uso litúrgico», recortado por demás, para convertirse en la carta de navegación de nuestros propios éxodos, de nuestra búsqueda de libertad y de nuestra construcción del proyecto de vida querido por Dios.

2,1-10 Infancia de Moisés. También aquí se entrelazan diversas tradiciones sobre el nacimiento del gran héroe que un día asumirá la tarea nada fácil de guiar a su pueblo de la esclavitud a la libertad, de Egipto al desierto, hasta la entrada de la tierra prometida. Hay algo que es muy valioso en esta narración: primero, pese al poder del faraón de oprimir con sus leyes, hay personas, como estas mujeres, que mantienen intacta su vocación y sensibilidad por la vida; segundo, estas mujeres son un ejemplo de desobediencia civil, de resistencia contra aquello que se opone al proyecto de Dios que es la vida; tercero, Dios va actuando sencillamente en favor de quienes están sometidos al proyecto de la muerte. De modo que en nuestros pue-

meses. 3 No pudiendo tenerlo escondido
por más tiempo, tomó una cesta de mim-
bre, la embadurnó de barro y alquitrán, co-
locó en ella a la criatura y la depositó entre
los juncos, a la orilla del Nilo.
4 Una hermana del niño observaba a dis-
tancia para ver en qué terminaba todo
aquello. 5 La hija del faraón bajó a bañarse
en el Nilo, mientras sus criadas la seguían
por la orilla. Al descubrir la cesta entre los
juncos, mandó a la criada a recogerla. 6 La
abrió, miró dentro y encontró un niño llo-
rando. Conmovida, comentó:
–Es un niño de los hebreos.
7 Entonces, la hermana del niño dijo a la
hija del faraón:
–¿Quieres que vaya a buscar una nodri-
za hebrea que te críe el niño?
8 Respondió la hija del faraón:
–Anda.
La muchacha fue y llamó a la madre del
niño.
9 La hija del faraón le dijo:
–Llévate este niño y críamelo, y yo te
pagaré.
La mujer tomó al niño y lo crió.
10 Cuando creció el muchacho, se lo lle-
vó a la hija del faraón, que lo adoptó como
hijo y lo llamó Moisés, diciendo: Lo he sa-
cado del agua.

Juventud de Moisés

11 Pasaron los años, Moisés creció, salió
adonde estaban sus hermanos y los encon-
tró transportando cargas. Y vio cómo un
egipcio maltrataba a un hebreo, uno de sus
hermanos. 12 Miró a uno y otro lado, y vien-
do que no había nadie, mató al egipcio y lo
enterró en la arena.
13 Al día siguiente, salió y encontró a dos
hebreos riñendo, y dijo al culpable:
–¿Por qué maltratas a tu compañero?
14 Él le contestó:
–¿Quién te ha nombrado jefe y juez
nuestro? ¿Es que pretendes matarme como
mataste al egipcio?
Moisés se asustó pensando que la cosa
se había sabido.
15 Cuando el faraón se enteró del hecho,
buscó a Moisés para darle muerte; pero
Moisés huyó del faraón y se refugió en el
país de Madián. Allí se sentó junto a un
pozo.
16 El sacerdote de Madián tenía siete hi-
jas, que solían salir a sacar agua y a llenar
los bebederos para dar de beber al rebaño
de su padre. 17 Llegaron unos pastores e in-
tentaron echarlas. Entonces Moisés se le-
vantó, defendió a las muchachas y dio de
beber a su rebaño. 18 Ellas volvieron a casa
de Raguel, su padre, y él les preguntó:
–¿Cómo así que hoy han vuelto tan
pronto?
19 Contestaron:
–Un egipcio nos ha librado de los pasto-
res, nos ha sacado agua y ha dado de be-
ber al rebaño.
20 Replicó el padre:
–¿Dónde está? ¿Cómo lo han dejado
marchar? Llámenlo que venga a comer.
21 Moisés accedió a vivir con él, y éste le
dio a su hija Séfora por esposa. 22 Ella dio a
luz un niño y Moisés lo llamó Guersón, di-
ciendo: Soy forastero en tierra extranjera.
23 Pasaron muchos años, murió el rey de
Egipto, y los israelitas se quejaban de la es-
clavitud y clamaron. Los gritos de auxilio
de los esclavos llegaron a Dios. 24 Dios es-
cuchó sus quejas y se acordó de la alianza
con Abrahán, Isaac y Jacob; 25 y viendo a
los israelitas, Dios se interesó por ellos.

---

blos y comunidades hay que estar muy atentos a cada acontecimiento, a cada ley, a cada mandato de quienes rigen nuestros destinos y confrontar continuamente nuestro caminar a la luz del proyecto de la vida o del proyecto de la muerte para tomar el rumbo que creamos necesario.

2,11-25 Juventud de Moisés. Las tradiciones sobre Moisés lo señalan como alguien que ya desde su juventud se interesa por el aspecto inhumano y opresivo del sistema en el que él mismo vive. Pero esta sensibilidad que podríamos llamar «primeros pasos de su vocación» tiene que madurar, tiene que saber encontrar la forma precisa de realización. No se trata de liberar a unos maltratando o asesinando al opresor. Liberación no significa violencia (11-14), puesto que la violencia engendra más violencia (15). La huida de Moisés al desierto tiene, además, una gran carga simbólica. Es necesario tomar la distancia necesaria de la situación para comprenderla mejor; propiciar, además, el espacio y el ambiente necesarios para el encuentro con Dios; y en el desierto «formalizar» los términos de la orientación que le dará sentido a su vida. De nuevo en el desierto, en un pozo de Madián, Moisés mantiene esa sensibilidad

Vocación de Moisés
(Jue 6,11-16)

3 1 Moisés pastoreaba el rebaño de su
suegro Jetró, sacerdote de Madián;
una vez llevó el rebaño más allá del desier-
to hasta llegar a Horeb, el monte de Dios.
2 El ángel del Señor se le apareció en una
llamarada entre las zarzas. Moisés se fijó: la
zarza ardía sin consumirse.
3 Moisés dijo:
–Voy a acercarme a mirar este espec-
táculo tan admirable: cómo es que no se
quema la zarza.
4 Viendo el Señor que Moisés se acerca-
ba a mirar, lo llamó desde la zarza:
–Moisés, Moisés.
Respondió él:
–Aquí estoy.
5 Dijo Dios:
–No te acerques. Quítate las sandalias
de los pies, porque el sitio que pisas es te-
rreno sagrado.
6 Y añadió:
–Yo soy el Dios de tu padre, el Dios de
Abrahán, el Dios de Isaac, el Dios de Ja-
cob.
Moisés se tapó la cara temeroso de mi-
rar a Dios.
7 El Señor le dijo:
–He visto la opresión de mi pueblo en
Egipto, he oído sus quejas contra los opre-
sores, me he fijado en sus sufrimientos. 8 Y
he bajado a librarlos de los egipcios, a sa-
carlos de esta tierra para llevarlos a una tie-
rra fértil y espaciosa, tierra que mana leche
y miel, el país de los cananeos, hititas,
amorreos, fereceos, heveos y jebuseos. 9 La
queja de los israelitas ha llegado a mí, y he
visto cómo los tiranizan los egipcios. 10 Y
ahora, anda, que te envío al faraón para
que saques de Egipto a mi pueblo, a los is-
raelitas.
11 Moisés replicó a Dios:
–¿Quién soy yo para acudir al faraón o
para sacar a los israelitas de Egipto?
12 Respondió Dios:
–Yo estoy contigo, y ésta es la señal de
que yo te envío: que cuando saques al pue-
blo de Egipto, darán culto a Dios en esta
montaña.
13 Moisés replicó a Dios:
–Mira, yo iré a los israelitas y les diré: el
Dios de sus padres me ha enviado a uste-
des. Si ellos me preguntan cómo se llama,
¿qué les respondo?
14 Dios dijo a Moisés:
–Soy el que soy. Esto dirás a los israeli-
tas: Yo soy me envía a ustedes.
15 Dios añadió a Moisés:
–Esto dirás a los israelitas: El Señor Dios
de sus padres, Dios de Abrahán, Dios de
Isaac, Dios de Jacob, me envía a ustedes.
Éste es mi Nombre para siempre: así me
llamarán de generación en generación.
16 Vete, reúne a las autoridades de Israel y
diles: El Señor Dios de sus padres, de Abra-
hán, de Isaac y de Jacob, se me apareció y
me ha dicho: Los tengo presentes y veo
cómo los tratan los egipcios. 17 He decidido
sacarlos de la opresión egipcia y hacerlos
subir al país de los cananeos, hititas, amo-
rreos, fereceos, heveos y jebuseos, a una
tierra que mana leche y miel. 18 Ellos te ha-
rán caso, y tú, con las autoridades de Israel,

---

por quien es oprimido. Al defender a las mujeres que son maltratadas por unos pastores, Moisés se acerca más al instante en que será llamado a defender, no ya a unas cuantas mujeres de unos sencillos pastores, sino a un pueblo numeroso del mismísimo poderío faraónico.

Remata el capítulo una especie de prólogo o primera pincelada de lo que será el tipo de relación que asumirá Dios con los esclavos de Egipto. Hasta ahora, Dios ha estado «ausente» y nótese que su «arribo» al relato lo motivan los lamentos de los esclavos y oprimidos, su situación real. Así queda definida de una vez para siempre –no solamente en estas narraciones– la posición de Dios respecto a la historia humana: «se interesó por ellos», por los esclavos (25) que se quejaban de su esclavitud (23). Si perdemos esta clave para comprender quién es Dios en la historia de la salvación y en la historia de nuestros pueblos, corremos el riesgo de creer que de alguna manera él «simpatiza» con el opresor, lo cual contradice la postura que adoptó ya desde aquí.

3,1–4,17 Vocación de Moisés. Este largo episodio del encuentro y diálogo entre Dios y Moisés encierra una gran riqueza de contenido y, por tanto, refleja una variada intencionalidad de los redactores del libro. El Dios que se revela a Moisés es el mismo Dios de los patriarcas (3,6.13.15); se trata de un Dios que se interesa por la situación del débil y marginado sin perder su trascendencia, trascendencia que podemos deducir de su manifestación a través del fuego, y del carácter sagrado que adquiere el lugar. El acercamiento de Moisés –y del ser humano–

te presentarás al rey de Egipto y le dirás: El Señor Dios de los hebreos nos ha salido al encuentro, y nosotros tenemos que hacer un viaje de tres jornadas por el desierto para ofrecer sacrificios al Señor nuestro Dios. 19 Yo sé que el rey de Egipto no los dejará marchar si no es a la fuerza; 20 pero yo extenderé la mano, heriré a Egipto con prodigios que haré en el país, y entonces los dejará marchar. 21 Y haré que este pueblo se gane el favor de los egipcios, de modo que al salir no se marchen con las manos vacías. 22 Las mujeres pedirán a sus vecinas, o a las dueñas de las casas donde se alojen, objetos de plata y oro y ropa para vestir a sus hijos e hijas. Así se llevarán botín de Egipto.

4 1 Moisés replicó:

–¿Y si no me creen ni me hacen caso, y dicen que no se me ha aparecido el Señor?

2 El Señor le preguntó:

–¿Qué tienes en la mano?

Contestó:

–Un bastón.

3 Dios le dijo:

–Tíralo al suelo.

Él lo tiró al suelo, y al instante se convirtió en serpiente. Moisés retrocedió asustado.

4 El Señor dijo a Moisés:

–Extiende tu mano y agárrala por la cola.

Moisés extendió la mano, y al agarrarla en su mano la serpiente se convirtió nuevamente en un bastón.

5 –Esto es para que crean que se te ha aparecido el Señor, Dios de sus padres, Dios de Abrahán, Dios de Isaac, Dios de Jacob.

6 El Señor siguió diciéndole:

–Mete la mano en el pecho.

Él la metió, y al sacarla tenía la piel descolorida como la nieve, enferma de lepra.

7 Le dijo:

–Métela otra vez en el pecho.

La metió, y al sacarla ya estaba tan sana como todo su cuerpo.

8 –Si no te creen ni te hacen caso al primer signo, te creerán al segundo. 9 Y si no te creen ni hacen caso a ninguno de los dos, toma agua del Nilo, derrámala en tierra, y el agua que hayas sacado del Nilo se convertirá en sangre.

10 Pero Moisés insistió al Señor:

–Yo no tengo facilidad de palabra, ni antes ni ahora que has hablado a tu servidor; soy torpe de boca y de lengua.

11 El Señor replicó:

–¿Quién da la boca al hombre? ¿Quién lo hace mudo o sordo o perspicaz o ciego? ¿No soy yo, el Señor? 12 Por tanto, ve; yo estaré en tu boca y te enseñaré lo que tienes que decir.

13 Insistió:

–No, Señor; envía el que tengas que enviar.

---

no es de cualquier modo, debe quitarse las sandalias y cubrirse el rostro en gesto de respeto y veneración. Los versículos 7-15 describen la vocación de Moisés y la misión a la que es llamado. Vocación y misión conforman una única realidad, pero dan cuenta, además, de la revelación completa de parte de Dios, de su esencia más íntima (7s). En medio del gran número de divinidades que seguramente se conocían en aquellos lugares, ninguna ha manifestado su esencia ni su interés por un puñado de esclavos, de desheredados.

Esta revelación de la identidad divina y de su compromiso total y eterno con el oprimido adquiere un nuevo sentido en la época del exilio israelita en Babilonia (587-534 a.C.). Ésta es la Buena Noticia: el dios o los dioses que justifican la opresión y las políticas del faraón no tienen nada que ver con el Dios de la justicia y de la libertad; «Yo soy» es el Dios que rescata, el Dios que se lo juega todo a favor de la vida y de la libertad del oprimido.

Quizá Moisés, igual que nosotros, ve demasiado compleja la situación y una competencia demasiado desigual, pues el referente grabado en su conciencia y en la conciencia de su pueblo es que el dios o los dioses del faraón bendicen y acompañan la política opresora egipcia; ésa es la voluntad divina y por lo tanto inmodificable. El diálogo de Dios y Moisés y las inquietudes que Moisés dirige a Dios reflejan ese esquema mental que nosotros aún manejamos. Las palabras de Dios son ese rasgo de la conciencia de Moisés que se rebela contra una supuesta voluntad divina que aniquila poco a poco la vida humana y la existencia del pueblo.

Es fundamental que siempre que haya dudas sobre la auténtica identidad de Dios, sobre su genuina voluntad y sobre el sentido de cualquier texto de la Escritura, se vuelva a este pasaje 3,7-15. Es el criterio máximo que no puede ser derogado por ningún otro. Ni siquiera Jesús lo derogó, sino que lo ratificó y lo llevó a la máxima plenitud.

14 El Señor se irritó con Moisés y le dijo:
–Aarón, tu hermano, el levita, sé que ha-
bla bien. Él viene ya a tu encuentro y se
alegrará al verte. 15 Háblale y ponle mis pa-
labras en la boca. Yo estaré en tu boca y en
la suya, y les enseñaré lo que tienen que
hacer. 16 Él hablará al pueblo en tu nombre,
él será tu boca, tú serás su dios. 17 Tú toma
el bastón con el cual realizarás los signos.

Moisés vuelve a Egipto

18 Moisés volvió a casa de Jetró, su sue-
gro, y le dijo:
–Voy a volver a Egipto a ver si mis her-
manos viven todavía.
Jetró le contestó:
–Puedes irte en paz.
19 El Señor dijo a Moisés en Madián:
–Vuelve a Egipto, que han muerto los
que intentaban matarte.
20 Moisés tomó a su mujer y a sus hijos,
los montó en asnos y se encaminó a Egip-
to. En la mano llevaba el bastón prodigio-
so.
21 El Señor dijo a Moisés:
–Mientras vuelves a Egipto, fíjate en los
prodigios que he puesto a tu disposición,
porque los tienes que hacer delante del fa-
raón. Yo lo pondré terco y no dejará salir al
pueblo. 22 Tú le dirás: Así dice el Señor: Is-
rael es mi hijo primogénito, 23 y yo te orde-
no que dejes salir a mi hijo para que me sir-
va; si te niegas a soltarlo, yo daré muerte a
tu hijo primogénito.
24 En un albergue del camino, el Señor le
salió al paso para darle muerte. 25 Séfora
entonces tomó un cuchillo de piedra, le cor-
tó el prepucio a su hijo, lo aplicó a las par-
tes de Moisés y dijo:
–Eres para mí un marido de sangre.
26 Y el Señor lo dejó cuando ella dijo:
marido de sangre –por la circuncisión–.
27 El Señor dijo a Aarón:
–Ve al desierto a recibir a Moisés.
Él fue, lo encontró en el monte de Dios
y lo besó.
28 Moisés contó a Aarón todas las cosas
que el Señor le había encomendado y los
signos que le había mandado hacer. 29 Moi-
sés y Aarón fueron y reunieron a las autori-
dades de Israel. 30 Aarón repitió todo lo que
el Señor había dicho a Moisés, y éste reali-
zó los signos ante el pueblo. 31 El pueblo
creyó, y al oír que el Señor se ocupaba de
los israelitas y se fijaba en su opresión, se
inclinaron en actitud de adoración.

Moisés y Aarón ante el faraón

(1 Re 12)

5 1 Después Moisés y Aarón se presen-
taron al faraón, y le dijeron:
–Así dice el Señor Dios de Israel: Deja
salir a mi pueblo, para que celebre mi fies-
ta en el desierto.

4,18-31 Moisés vuelve a Egipto. Esta última parte del capítulo presenta al menos tres secciones: 1. Moisés regresa a Egipto con el consentimiento de su suegro (18), la confirmación de dicha decisión por parte de Dios (19) y el anuncio de la futura terquedad del faraón que acarreará las plagas, la última de las cuales será la muerte de los primogénitos. 2. La segunda describe una situación difícil de entender: el intento del Señor de asesinar a Moisés, lo cual hace que Séfora, su esposa, se apresure a circuncidar a su hijo y declarar a Moisés como esposo de sangre, después de untarle con la sangre de su hijo (24-26). Se trata de una extraña tradición sobre Moisés y sobre el rito de la circuncisión que, al parecer, no resultó demasiado clara para los redactores del texto, ya que el versículo 26b intenta explicar dicho ritual sin conseguirlo. 3. El encuentro de Moisés y Aarón y el convencimiento de las autoridades israelitas para preparar el encuentro con el faraón.

El motivo de la alegría y de la fe de la gente era que Dios se ocupaba de los israelitas y se fijaba en su opresión (31). Ésta es la clave que también tiene que mover la fe de nuestros pueblos. Este «ocuparse» y «fijarse» en la opresión no son eventos de un pasado que quedaron allá, como si a Dios sólo le hubiera interesado aquella gente, su situación y nada más. Siempre que haya hombres, mujeres y niños que sufren opresión, violencia y muerte habrá también un «ocuparse» y un «fijarse» por parte de Dios.

5,1–6,1 Moisés y Aarón ante el faraón. Comienza la aventura con la necesaria entrevista con el faraón. Para los egipcios y seguramente para muchos extranjeros, entre ellos quizás algunos israelitas, el faraón era algo así como un dios. El hecho de que recibiera a estos «mortales» era ya una gran «bondad» de su parte. La situación se pone tensa cuando se le da la noticia de que el Señor, el Dios de Israel (1) quiere que su pueblo salga de Egipto. La reacción del faraón es normal: ¿Quién es ese Dios? ¿Es que puede tener más poder que el mismo faraón? ¿Podrá el Dios de unos esclavos atreverse a dar órdenes al faraón y a la divinidad que él mismo representa? La respuesta es un «no» contundente y la reacción, la intensificación de las tareas, con lo cual el faraón busca demostrar su poder sobre los israelitas y sobre su Dios (4-18). Los intentos de negociación de los inspectores israelitas

2 Respondió el faraón:
–¿Quién es el Señor para que tenga que
obedecerle dejando marchar a los israeli-
tas? Ni reconozco al Señor ni dejaré mar-
char a los israelitas.
3 Ellos replicaron:
–El Dios de los hebreos nos ha salido al
encuentro: tenemos que hacer un viaje de
tres días por el desierto para ofrecer sacri-
ficios al Señor, nuestro Dios; de lo contra-
rio, nos herirá con peste o espada.
4 El rey de Egipto les dijo:
–¿Por qué ustedes, Moisés y Aarón, al-
borotan al pueblo en su trabajo? Vuelvan a
transportar sus cargas. Y añadió: 5 ya son
más numerosos que los naturales del país,
y ustedes quieren que dejen de transportar
cargas.
6 El mismo día, el faraón dio órdenes a
los capataces y a los inspectores:
7 –No sigan entregando paja para fabri-
car adobes a esta gente como hacían antes;
que vayan ellos a buscarse la paja. 8 Pero
exíjanles la misma cantidad de adobes que
hacían antes, sin disminuir nada. Son unos
flojos, y por eso andan gritando: Vamos a
ofrecer sacrificios a nuestro Dios.
9 Impónganles trabajos pesados y que los
cumplan, y no hagan caso de sus cuentos.
10 Los capataces y los inspectores salie-
ron, y dijeron al pueblo:
–Esto dice el faraón: No les daré más
paja; 11 vayan ustedes a buscarla y tráigan-
la de donde puedan, pero no por eso se les
va a rebajar la cantidad de adobes que tie-
nen fijada.
12 El pueblo se dispersó por todo el terri-
torio egipcio buscando paja.
13 Los capataces los apuraban diciendo:
–Completen su trabajo, la tarea de cada
día, como cuando se les daba la paja.
14 Los capataces golpeaban a los ins-
pectores israelitas que habían nombrado,
diciéndoles:
–¿Por qué no completaron hoy la canti-
dad de adobes como lo hacían antes?
15 Entonces, los inspectores israelitas
fueron a reclamar al faraón:
–¿Por qué tratas así a tus siervos? 16 Nos
exigen que hagamos adobes sin darnos
paja; tus siervos se llevan los golpes, pero
el culpable es tu pueblo.
17 Contestó el faraón:
–Flojos, eso es lo que son, unos flojos;
por eso andan diciendo: Vamos a ofrecer
sacrificios al Señor. 18 Y ahora a trabajar;
paja no se les dará, pero tendrán que en-
tregar la misma cantidad de adobes.
19 Los inspectores israelitas se vieron en
un aprieto cuando les dijeron que no dismi-
nuiría la cantidad diaria de adobes, 20 y en-
contrando a Moisés y a Aarón, que los es-
peraban a la salida del palacio del faraón,
21 les dijeron:
–El Señor los examine y los juzgue. Nos
han hecho odiosos ante él; al faraón y a su
corte le han puesto en la mano una espada
para que nos mate.
22 Moisés volvió al Señor, y le dijo:
–Señor, ¿por qué maltratas a este pue-
blo? ¿Para qué me has enviado? 23 Desde
que me presenté al faraón para hablar en tu
Nombre, el pueblo es maltratado y tú no
has librado a tu pueblo.

6 1 El Señor respondió a Moisés:
–Pronto verás lo que voy a hacer al fa-
raón: los dejará marchar a la fuerza y aun
los echará de su territorio.

Misión de Moisés I
(3,7-10)

2 Dios dijo a Moisés:
Yo soy el Señor. 3 Yo me aparecí a Abra-
hán, Isaac y Jacob como Dios Todopodero-
so, pero no les di a conocer mi Nombre: el
Señor. 4 Yo hice alianza con ellos prome-
tiéndoles la tierra de Canaán, tierra donde
habían residido como emigrantes. 5 Yo tam-

---

también son fallidos, sólo consiguen que se endurezca más la política represiva. Pero esto sólo es el marco literario para la constatación de un hecho que se repite permanentemente en la historia de nuestros pueblos: desanimarse ante la primera dificultad en los trabajos de concienciación y liberación, y dejar como responsabilidad exclusiva del líder o líderes la tarea que en realidad es de todos.

De nuevo hay que subrayar la idea: si no hay conciencia de opresión no puede haber motivo de liberación. Siempre se verá como algo «peligroso» y «problemático» para la estabilidad (21). Esta actitud mueve a Moisés a una oración de intercesión (22s).

6,2-13 Misión de Moisés I. Ante el desánimo de los inspectores israelitas, y hasta cierto punto el desánimo también de Moisés, Dios responde con una

bién, al escuchar las quejas de los israelitas
esclavizados por los egipcios, me acordé de
la alianza; 6 por tanto, diles a los israelitas:
Yo soy el Señor, yo les quitaré de encima
las cargas de los egipcios, los libraré de su
esclavitud, los rescataré con brazo extendi-
do y haciendo justicia solemne. 7 Los adop-
taré como mi pueblo y seré su Dios; para
que sepan que soy el Señor, el Dios de us-
tedes, el que les quita de encima las cargas
de los egipcios, 8 los llevaré a la tierra que
prometí con juramento a Abrahán, Isaac y
Jacob, y se la daré en posesión. Yo, el Se-
ñor.

9 Moisés comunicó esto a los israelitas,
pero no le hicieron caso, porque estaban
agobiados por el durísimo trabajo.

10 El Señor dijo a Moisés:

11 –Ve al faraón, rey de Egipto, y dile que
deje salir de su territorio a los israelitas.

12 Moisés se dirigió al Señor en estos tér-
minos:

–Si los israelitas no me escuchan,
¿cómo me escuchará el faraón a mí, que
soy tan torpe de palabra?

13 El Señor habló a Moisés y a Aarón, les
dio órdenes para los israelitas y para el fa-
raón, rey de Egipto a fin de dejar salir de
Egipto a los israelitas.

Lista de los cabezas de familia
(Gn 46,8-11)

14 Hijos de Rubén, primogénito de Ja-
cob: Henoc, Falú, Jesrón y Carmí; son los
clanes de Rubén.

15 Hijos de Simeón: Yemuel, Yamín,
Ohad, Yaquín, Sójar y Saúl, hijo de la cana-
nea; son los clanes de Simeón.

16 Lista de los hijos de Leví por genera-
ciones: Guersón, Quehat y Merarí –Leví vi-
vió ciento treinta y siete años–. 17 Hijos de
Guersón: Libní, Semeí y sus clanes. 18 Hi-
jos de Quehat: Amrán, Yishar, Hebrón y
Uziel –Quehat vivió ciento treinta y tres
años–. 19 Hijos de Merarí: Majli y Musí.
Hasta aquí los clanes de Leví, por genera-
ciones.

20 Amrán se casó con Yoquébed, parien-
te suya, y ella le dio a Aarón y a Moisés
–Amrán vivió ciento treinta y siete años–.
21 Hijos de Yishar: Córaj, Néfeg y Zicrí.
22 Hijos de Uziel: Misael, Elsafán y Sitrí.
23 Aarón se casó con Isabel, hija de Amina-
dab y hermana de Najsón; ella dio a luz a
Nadab, Abihú, Eleazar e Itamar.

24 Hijos de Córaj: Asir, Elcaná y Abiasaf;
son los clanes corajitas.

25 Eleazar, hijo de Aarón, se casó con
una hija de Futiel, y ella dio a luz a Fineés.
Hasta aquí los cabezas de familia levitas
por clanes.

26 Y éstos son Aarón y Moisés, a quienes
el Señor dijo: Saquen a los israelitas de
Egipto por escuadrones, 27 y los que dijeron
al faraón, rey de Egipto, que dejara salir a
los israelitas de Egipto: Moisés y Aarón.

Misión de Moisés II

28 Cuando el Señor habló a Moisés en
Egipto, 29 le dijo:

---

promesa muy llamativa: se enfrentará él mismo al faraón (6,1). Aquí se debería iniciar la serie de signos y prodigios con los cuales Dios va a enfrentar al faraón; sin embargo, los redactores del libro no quisieron dejar de lado las diversas tradiciones sobre los distintos encuentros de Moisés y Aarón con el rey egipcio, de ahí que encontremos escenas repetidas.

Antes de comenzar lo que tradicionalmente conocemos como las «plagas de Egipto», el redactor considera importante subrayar la calidad del Dios que se enfrentará al poder egipcio: es el mismo Dios de los antepasados del pueblo que mantiene su promesa, el favor por los débiles y perdedores (2-8). Por otra parte, se subrayan las dos actitudes fundamentales de esta historia: en primer lugar, la del pueblo, que a pesar de los anuncios de Moisés aún no puede creer que su suerte pueda cambiar (9). En 4,31 ellos habían creído, pero ante el incremento del trabajo y de la opresión dan marcha atrás. La otra actitud es la de Moisés: aún siente la necesidad de sacar a su pueblo de la tierra que los oprime, pero puede más la duda, la incertidumbre y el pesimismo ante la dureza y la inercia de su pueblo. Con todo, la voluntad del Señor continúa firme (13).

6,14-27 Lista de los cabezas de familia. La mano de la escuela sacerdotal (**P**), que dio forma final a todo el Pentateuco, consideró importante introducir aquí esta lista genealógica, aunque con ello tuviera que interrumpir el relato de los tiempos previos a la liberación de Egipto. Para la escuela sacerdotal (**P**) era muy importante establecer el vínculo entre Moisés, Aarón y la tribu de los levitas, recayendo su interés principalmente en Aarón. Con ello busca legitimar la importancia social y cultual de los descendientes de Aarón que conforman históricamente el grupo sacerdotal que posteriormente controló el templo de Jerusalén y su culto. Nótese que se pasa con rapidez de Rubén y Simón a Leví, sin interesarle nada más que mostrar las cabezas de familia levitas.

–Yo soy el Señor. Repite al faraón de
Egipto todo lo que te digo.
30 Y Moisés le respondió al Señor:
–Soy torpe de palabra, ¿cómo me va a
hacer caso el faraón?

7 1 El Señor dijo a Moisés:
–Mira, te hago como un dios para el
faraón, y Aarón, tu hermano, será tu profe-
ta. 2 Tú dirás todo lo que yo te mande, y
Aarón le dirá al faraón que deje salir a los
israelitas de su territorio. 3 Yo pondré terco
al faraón y haré muchos signos y prodigios
contra Egipto. 4 El faraón no los escuchará,
pero yo extenderé mi mano contra Egipto y
sacaré de Egipto a mis escuadrones, mi
pueblo, los israelitas, haciendo solemne
justicia. 5 Para que los egipcios sepan que
yo soy el Señor cuando extienda mi mano
contra Egipto y saque a los israelitas de en
medio de ellos.
6 Moisés y Aarón hicieron puntualmente
lo que el Señor les mandaba.
7 Cuando hablaron al faraón, Moisés te-
nía ochenta años, y Aarón ochenta y tres.

El bastón prodigioso

8 El Señor dijo a Moisés y a Aarón:
9 –Cuando el faraón les diga que hagan
algún prodigio, le dirás a Aarón que agarre
su bastón y lo tire delante del faraón, y se
convertirá en una culebra.
10 Moisés y Aarón se presentaron al fa-
raón e hicieron lo que el Señor les había
mandado. Aarón tiró el bastón delante del
faraón y de sus ministros, y se convirtió en
una culebra. 11 El faraón llamó a sus sabios
y a sus hechiceros, y los magos de Egipto
hicieron lo mismo con sus encantamientos:
12 cada uno tiró su bastón, y se convirtieron
en culebras, pero el bastón de Aarón se tra-
gó los otros bastones. 13 Y el faraón se puso
terco y no les hizo caso, como había anun-
ciado el Señor.

Primera plaga:
el agua convertida en sangre
(Sab 11,6; Ap 8,8s; 16,3-7)

14 El Señor dijo a Moisés:
–El faraón se ha puesto terco y se niega
a dejar marchar al pueblo. 15 Acude maña-
na al faraón, cuando salga al río, y espéra-

6,28–7,7 Misión de Moisés II. ¿Por qué esta afirmación de que «yo pondré terco al faraón» (7,3)? ¿Qué sentido tiene que Dios dé una orden a sabiendas de que será desatendido? Ya nos decía lo mismo en 3,19 y 4,21, y aquí repite de nuevo la fórmula. No olvidemos que ninguno de estos relatos son una crónica simultánea de los acontecimientos, no son apuntes que toman los protagonistas, sino relatos que surgen posteriormente. Por tanto, no se trata de una historia en el sentido moderno del término, sino de una relectura, una reflexión a la luz de otras experiencias históricas que vive el pueblo.

El creyente de la antigüedad solía pensar que todo estaba dirigido por Dios; incluso la rebeldía y la obstinación del faraón estaban previstas y eran queridas por Dios. De ahí que no haya ningún inconveniente en poner en su boca la expresión mencionada anteriormente. Lo que se busca es resaltar el total control de Dios sobre las fuerzas naturales y sobrenaturales, humanas y no humanas; pero ese control no va en detrimento de la libertad del ser humano. La voluntad de Dios sólo busca salvar, rescatar, no deshumanizar u oprimir, como es el caso del faraón, la antítesis del libre ejercicio de la voluntad. Cuando hay voluntad para hacer el mal se está lejos del auténtico ideal de libertad.

Así pues, la afirmación «yo pondré terco al faraón» no nos debe crear problemas; lo mismo vale decir de otras fórmulas parecidas, como aquella que encontramos en Is 6,9s, puesta en Mc 4,12 en labios del mismo Jesús. Los escritores bíblicos, y en especial los escritos proféticos, suelen situar en el futuro acontecimientos pasados, como se dijo, siempre como una acción directa de Dios.

7,8-13 El bastón prodigioso. A pesar de que en 5,1-6 Moisés y Aarón se habían presentado ante el faraón como emisarios del Señor y ya conocíamos la respuesta, de nuevo se presentan aquí como si fuera la primera vez. Se trata, por tanto, de un relato doble: el primero corresponde a una tradición más antigua que los especialistas atribuyen a la fuente literaria y teológica yahvista (**J**), mientras que este último pertenece a la historia narrada por la corriente sacerdotal (**P**).

Los redactores finales del Pentateuco no eliminaron relatos aunque estuvieran repetidos y en aparente contradicción. Para ellos, lo importante era dejar los distintos testimonios de una historia en la que los protagonistas no son los de siempre, los poderosos y señores del mundo, sino un puñado de esclavos asistidos por un Dios que se ha revelado como alguien interesado en ellos. Este encuentro de Moisés y Aarón con el rey egipcio es, en el fondo, el encuentro entre ese defensor de los oprimidos y el pretencioso faraón que no duda en enfrentarse al poder divino. Este episodio es el preludio de lo que serán las demás manifestaciones de poder entre ambas fuerzas; al tragarse el bastón de Aarón las otras serpientes preanuncia que, aunque el poder del faraón era enorme, el Señor estaría por encima de él.

7,14-24 Primera plaga: el agua convertida en sangre. Mucho se ha escrito y especulado sobre la se-

lo a la orilla del Nilo, llevando contigo el
bastón que se convirtió en serpiente. 16 Y
dile: El Señor, Dios de los hebreos, me ha
enviado a ti con este encargo: deja salir a
mi pueblo para que me rinda culto en el
desierto; hasta ahora no me has hecho
caso. 17 Así dice el Señor: Con esto sabrás
que yo soy el Señor: con el bastón que lle-
vo en la mano golpearé el agua del Nilo, y
se convertirá en sangre; 18 los peces del
Nilo morirán, el río apestará y los egipcios
no podrán beber agua del Nilo.

19 El Señor dijo a Moisés:

–Dile a Aarón: Agarra tu bastón, extien-
de la mano sobre las aguas de Egipto: ríos,
canales, estanques y pozos, y el agua se
convertirá en sangre. Y habrá sangre por
todo Egipto: en las vasijas de madera y en
las de piedra.

20 Moisés y Aarón hicieron lo que el Se-
ñor les mandaba. Levantó el bastón y gol-
peó el agua del Nilo a la vista del faraón y
de su corte. Toda el agua del Nilo se con-
virtió en sangre. 21 Los peces del Nilo mu-
rieron, el Nilo apestaba y los egipcios no
podían beber agua, y hubo sangre por todo
el país de Egipto.

22 Los magos de Egipto hicieron lo mis-
mo con sus encantamientos, de modo que
el faraón se empeñó en no hacer caso,
como lo había anunciado el Señor.

23 El faraón se volvió al palacio, pero no
aprendió la lección. 24 Los egipcios cava-
ban pozos a los lados del Nilo buscando
agua para beber, porque no podían beber el
agua del Nilo.

Segunda plaga: ranas
(Sab 11,15s; 16,3; 19,10)

25 A los siete días de haber golpeado el
Nilo, 26 el Señor dijo a Moisés:

–Preséntate al faraón, y dile: Así dice el
Señor: deja marchar a mi pueblo para que
me rinda culto. 27 Si tú te niegas a dejarlo
marchar, yo infestaré todo tu territorio de
ranas; 28 bullirá el Nilo de ranas que subi-
rán, se meterán en tu palacio, por habita-
ciones y alcobas y hasta tu cama; lo mismo
pasará en casa de tus ministros y de tu

---

rie de fenómenos que comienzan en realidad con la transformación del bastón de Aarón en serpiente y la inmediata réplica por parte de los magos y encantadores de la corte. Estos fenómenos están todos, con excepción del décimo –la muerte de los primogénitos–, en relación con la naturaleza. Por ello, hay quienes intentaron explicar las plagas desde la ciencia, aunque sin llegar a un acuerdo. Por ejemplo, en el caso de esta primera plaga se trataría del paso de un cometa que ocasionó una fuerte lluvia de polvo rojo y de pequeños meteoritos; o bien se trataría de la violenta erupción de un volcán alrededor del s. XV a.C., lo cual habría provocado todo tipo de plagas.

Lo importante es que ni estos relatos tienen una finalidad científica, ni el creyente necesita tales explicaciones para creer. El sabio está empeñado en levantar la moral y la fe del pueblo en un momento realmente crítico, en el que la fe en el Señor está demasiado debilitada. Así, recurriendo a antiguas tradiciones sobre la esclavitud en Egipto y la liberación, no se ahorran ni palabras ni imágenes para mostrar cómo el Señor los liberó de semejante situación y de un poderío como el del faraón. La intención no es simplemente recordar que los antepasados salieron un día de Egipto, sino que el Señor los sacó de allí obrando todo tipo de prodigios; que ciertamente no fue fácil, porque estaba por medio la fuerza y el poder del faraón, pero que contra el poder del Señor no hay fuerza ni poder que valgan, sobre todo si ese enfrentamiento tiene como fin la defensa y el rescate del débil y del esclavizado.

La preocupación de los primeros destinatarios no era encontrar razones científicas o verificar históricamente los acontecimientos; éstos son intereses nuestros. Para aquellos sólo era importante constatar que la situación que vivieron los israelitas en Egipto estaba controlada por un poder superior, que todo estaba ya fijado y que ningún ser humano lo iba a cambiar. El pueblo estaba viviendo de nuevo una situación semejante, ya no en Egipto, sino en Babilonia. Sin embargo, el mismo Señor que se enfrentó al faraón y lo venció hará algo semejante, y quizá más grande, con tal de mantener su fidelidad y su compromiso con el humilde y oprimido. Si leemos los eventos descritos con esta clave, podremos alimentar nuestra propia fe y esperanza, porque a nuestros pueblos empobrecidos y marginados les urge hoy la liberación. Si Dios se empeñó en defender al débil desde antiguo, también hoy mantendrá ese mismo empeño porque su fidelidad es eterna.

7,25–8,11 Segunda plaga: ranas. Continúa la terquedad del faraón con su negativa a dejar salir al pueblo y a través de la figura de los magos y hechiceros, que repiten el mismo prodigio obrado por el Señor a través de sus emisarios Moisés y Aarón. Si a los hebreos los asiste un Dios poderoso, también Egipto –entendido aquí como sistema, como estructura de dominación– está asistido por divinidades poderosas. Ése es el gran error de quienes llegan a tener dominio: se creen amos y señores del mundo y de las vidas de las personas, con el argumento de estar asistidos por Dios. Pero también se nota una primera «limitación» o

pueblo, en hornos y en donde amasan el pan. 29 Las ranas saltarán sobre ti, sobre tu corte, y sobre todo tu pueblo.

8 1 El Señor dijo a Moisés:

–Dile a Aarón: Extiende la mano con el bastón sobre ríos, canales y estanques, y haz salir ranas por todo el territorio egipcio.

2 Aarón extendió la mano sobre las aguas de Egipto e hizo salir ranas que infestaron todo el territorio egipcio. 3 Pero lo mismo hicieron los magos con sus encantamientos: hicieron salir ranas por todo el territorio egipcio.

4 El faraón llamó a Moisés y a Aarón, y les pidió:

–Pídanle al Señor que aleje las ranas de mí y de mi pueblo, y dejaré marchar al pueblo para que ofrezca sacrificios al Señor.

5 Moisés respondió al faraón:

–Dime cuándo tengo que rezar por ti, por tu corte y por tu pueblo, para que se acaben las ranas en tu palacio y queden sólo en el Nilo.

6 Respondió el faraón:

–Mañana.

Dijo Moisés:

–Así se hará, para que sepas que no hay otro como el Señor, nuestro Dios. 7 Las ranas se alejarán de ti, de tu palacio, de tu corte y de tu pueblo, y quedarán sólo en el Nilo.

8 Moisés y Aarón salieron del palacio del faraón. Moisés suplicó al Señor por lo de las ranas, como había convenido con el faraón. 9 El Señor cumplió lo que pedía Moisés: las ranas fueron muriendo en casas, patios, campos, 10 y las reunían en montones, de modo que todo el país apestaba. 11 Viendo el faraón que le daban respiro, se puso terco y no les hizo caso, como lo había anunciado el Señor.

Tercera plaga: mosquitos
(Sab 19,10)

12 Dijo el Señor a Moisés:

–Dile a Aarón: Extiende tu bastón y golpea el polvo del suelo, y se convertirá en mosquitos por todo el territorio egipcio.

13 Así lo hicieron. Aarón extendió la mano y con el bastón golpeó el polvo del suelo, que se convirtió en mosquitos que atacaban a hombres y animales. Todo el polvo del suelo se convirtió en mosquitos por todo el territorio egipcio.

14 Intentaron los magos hacer lo mismo sacando mosquitos con sus encantamientos, y no pudieron. Los mosquitos atacaban a hombres y animales.

15 Entonces los magos dijeron al faraón:

–Es el dedo de Dios.

Pero el faraón se empeñó en no hacerles caso, como lo había anunciado el Señor.

Cuarta plaga: moscas

16 Dijo el Señor a Moisés:

–Madruga mañana, preséntate al faraón cuando sale hacia el río y dile: Así dice el Señor: deja marchar a mi pueblo para que me rinda culto; 17 si tú no sueltas a mi pueblo, yo soltaré moscas contra ti, contra tu corte, tu pueblo y tu familia, se llenarán de moscas las casas de los egipcios y también los terrenos donde viven. 18 Ese día daré trato diverso al territorio de Gosén, donde reside mi pueblo, de modo que allí no ha-

---

debilidad del faraón que no recurre a sus magos para liberar al país de las ranas. Esto sólo lo puede hacer el Dios de Moisés, y explícitamente se lo pide. Moisés, pues, intercede ante el Señor y el país es liberado efectivamente de la plaga; pero el faraón, con todo, se obstina de nuevo y no obedece al mandato del Señor (8,11).

8,12-15 Tercera plaga: mosquitos. En esta tercera plaga ya hay algunas novedades importantes: los magos y hechiceros egipcios no son capaces de obrar el mismo prodigio. Eso hace que tengan que reconocer que detrás de lo que está pasando hay alguien verdaderamente poderoso, idea que está detrás de la expresión «es el dedo de Dios» (15): es el poder de un Dios que en nada se parece a las divinidades egipcias y que ciertamente no está a favor de Egipto. Claro que tampoco aquí cede el faraón. Muchas veces, los opresores pueden tener estos momentos de lucidez, pero se resisten a caminar por el proyecto de la vida y la justicia.

8,16-28 Cuarta plaga: moscas. En consonancia con la segunda plaga de ranas –prácticamente un doblete de la misma–, el faraón cede aparentemente a la petición de Moisés. De nuevo, la oración de intercesión realizada por Moisés libera al país del mal, pero no logra la otra intención que se había propuesto: que el faraón no volviera «a usar fraudes para no dejar salir al pueblo» (25). En efecto, el faraón se mantiene en su obstinación y echa para atrás lo convenido con Moisés (28).

brá moscas; para que sepas que yo, el Se-
ñor, estoy en el país. 19 Haré distinción en-
tre mi pueblo y el tuyo. Mañana sucederá
este signo.
20 El Señor lo cumplió: nubes de mos-
cas invadieron el palacio del faraón y de su
corte y todo el territorio egipcio, de modo
que toda la tierra estaba infestada de mos-
cas.
21 El faraón llamó a Moisés y a Aarón, y
les dijo:
–Vayan a ofrecer sacrificios a su Dios,
pero sin salir del país.
22 Respondió Moisés:
–No estaría bien hacerlo así, porque los
animales que ofreceremos al Señor, nuestro
Dios son sagrados para los egipcios; y si
sacrificamos a su vista los animales que
ellos adoran, nos apedrearán; 23 tenemos
que hacer un viaje de tres días por el de-
sierto para ofrecer sacrificios al Señor,
nuestro Dios, como nos ha mandado.
24 Replicó el faraón:
–Yo los dejaré marchar al desierto con
sus víctimas para el Señor, su Dios, con la
condición de que no se alejen. Recen por
mí.
25 Dijo Moisés:
–Cuando salga de tu presencia rezaré al
Señor para que aleje las moscas de ti, de tu
corte y de tu pueblo mañana mismo. Pero
que el faraón no vuelva a usar fraudes para
no dejar salir al pueblo a ofrecer sacrificios
al Señor.
26 Moisés salió de la presencia del fa-
raón, y rezó al Señor. 27 El Señor hizo lo que
Moisés pedía: alejó las moscas del faraón,
de su corte y de su pueblo, hasta no quedar
ni una. 28 Pero el faraón se puso terco tam-
bién esta vez y no dejó salir al pueblo.

Quinta plaga: peste

9 1 El Señor dijo a Moisés:
–Preséntate al faraón y háblale: Así
dice el señor, Dios de los hebreos: deja sa-
lir a mi pueblo para que me rinda culto. 2 Si
te niegas a dejarlos salir y sigues retenién-
dolos a la fuerza, 3 la mano del Señor se
hará sentir en el ganado del campo, caba-
llos, asnos, camellos, vacas y ovejas con
una peste maligna. 4 Pero el Señor hará dis-
tinción entre el ganado de Israel y el egip-
cio, de modo que no muera ni uno solo de
los animales de los israelitas. 5 El Señor ha
establecido un plazo: mañana cumplirá el
Señor su palabra contra el país.
6 El Señor cumplió su palabra al día si-
guiente: murió todo el ganado de los egip-
cios, y del ganado de los israelitas no mu-
rió ni uno solo.
7 El faraón mandó averiguar, y del gana-
do de los israelitas no había muerto ni una
res. Pero el faraón se puso terco y no dejó
salir al pueblo.

Sexta plaga: úlceras
(Ap 16,2.11)

8 El Señor dijo a Moisés y a Aarón:
–Recojan un puñado de hollín del horno
y que Moisés lo arroje hacia el cielo a la vis-
ta del faraón; 9 se convertirá por todo el te-
rritorio egipcio en polvo que caerá sobre
hombres y animales produciendo úlceras y
llagas en todo el territorio egipcio.
10 Tomaron hollín del horno, y a la vista
del faraón, Moisés lo arrojó hacia el cielo, y
hombres y animales se cubrieron de úlce-
ras y llagas.
11 Los magos no pudieron resistir delan-
te de Moisés, a causa de las úlceras, que les
habían salido como a todos los demás
egipcios.

9,1-7 Quinta plaga: peste. Como en la plaga anterior, el azote no toca para nada a los israelitas. La peste afecta sólo al ganado de los egipcios. El faraón, pese a que ha comprobado una vez más de parte de quién está el Señor, no accede tampoco a dejar salir a los hebreos.

9,8-12 Sexta plaga: úlceras. Una vez más están presentes los magos. Quizás estaban prestos a replicar el mismo prodigio, pero la infección también cae sobre ellos y no pueden repelerla (11). Nótese cómo entre plaga y plaga hay incoherencias e inconsistencias: se supone que a estas alturas no hay seres humanos ni animales sobre quienes puedan caer más desgracias, ¡y aún faltan más! No se trata, por lo tanto, de eventos estrictamente históricos, ni se pueden tomar en sentido literal afirmaciones como que a causa de una determinada plaga «murieron todos los hombres y todos los animales». Por encima de todo, la intención es ir ilustrando con imágenes cómo el sistema opresor de Egipto se va oponiendo al proyecto de la vida y de la libertad. Leamos nuestras experiencias, nuestras tentativas y búsquedas de liberación y las subsiguientes reacciones del sistema en esta clave.

12 Pero el Señor hizo que el faraón se
empeñase en no hacerles caso, como lo
había anunciado el Señor.

Séptima plaga: tormenta y granizo
(Ap 11,19; 16,17s; Sal 18; Sab 16,22)

13 El Señor dijo a Moisés:
–Mañana de madrugada, preséntate al
faraón y dile: Esto dice el Señor, Dios de los
hebreos: deja salir a mi pueblo para que me
rinda culto. 14 Porque esta vez voy a soltar
todas mis plagas contra ti mismo, tu corte
y tu pueblo, para que sepas que no hay na-
die como yo en toda la tierra. 15 Podía ha-
ber soltado ya mi mano para herirlos hasta
que desaparecieran. 16 Pero con este fin te
he mantenido en tu puesto, para mostrarte
mi fuerza y para que se difunda mi fama en
toda la tierra. 17 Todavía alzas tu barrera
frente a mi pueblo para no dejarlo marchar.
18 Pero mira, mañana a estas horas haré
caer una terrible granizada como no ha ca-
ído otra igual en toda la historia de Egipto.
19 Así que, manda poner en lugar seguro tu
ganado y lo que tienes en el campo. A los
hombres y a los animales que se encuen-
tren en el campo y no se refugien en los es-
tablos, les caerá encima un granizo que los
matará.
20 Los ministros del faraón que respeta-
ron la Palabra del Señor hicieron refugiarse
a sus esclavos y metieron corriendo el ga-
nado en los establos; 21 los que no atendie-
ron a la Palabra del Señor, dejaron a sus es-
clavos y ganado en el campo.
22 El Señor dijo a Moisés:
–Extiende tu mano hacia el cielo y cae-
rá granizo en todo el territorio egipcio: so-
bre hombres y animales y sobre la hierba
del campo.
23 Moisés extendió su bastón hacia el
cielo, y el Señor lanzó truenos, granizo y ra-
yos zigzagueando hacia la tierra; el Señor
hizo granizar en el territorio egipcio. 24 Vino
el granizo, con rayos que se formaban en-
tre el granizo, un pedrisco grueso como no
se había visto en Egipto desde que comen-
zó a ser nación. 25 El granizo hizo destrozos
en todo el territorio egipcio: hirió a todo lo
que se encontraba en el campo, hombres y
animales, destrozó la hierba del campo y
tronchó los árboles silvestres. 26 Pero en te-
rritorio de Gosén, donde vivían los israeli-
tas, no cayó granizo.
27 Entonces el faraón mandó llamar a
Moisés y a Aarón, y les dijo:
–Esta vez he obrado mal. El Señor tiene
razón, y yo y mi pueblo somos culpables.
28 Recen al Señor, que ya basta de truenos
y granizo, y los dejaré marchar sin retener-
los más.
29 Moisés le contestó:
–Cuando salga de la ciudad extenderé
las manos hacia el Señor, y cesarán com-
pletamente truenos y granizo, para que se-
pas que toda la tierra es del Señor. 30 Aun-
que sé que tú y tu corte todavía no respetan
al Señor Dios.
31 –El lino y la cebada se perdieron, por-
que la cebada estaba en espiga y el lino es-
taba floreciendo, 32 el trigo y el mijo no se
perdieron, porque son tardíos–.
33 Moisés salió del palacio y de la ciu-
dad, y extendió las manos al Señor: cesa-
ron truenos y granizo y la lluvia no azotó la
tierra. 34 Viendo el faraón que habían cesa-
do la lluvia, el granizo y los truenos, volvió
a pecar y se puso terco, él con su corte, 35 y
se empeñó en no dejar salir a los israelitas,
como lo había anunciado el Señor por me-
dio de Moisés.

Octava plaga: langostas
(Jl 1,2-12; Ap 9,1-11)

10 1 El Señor dijo a Moisés:
–Preséntate al faraón, porque yo lo
he puesto terco a él y a su corte, para rea-
lizar en medio de ellos mis signos; 2 para
que puedas contar a tus hijos y nietos cómo
traté a los egipcios, y los signos que ejecu-

9,13-35 Séptima plaga: tormenta y granizo. Por tercera vez, el faraón tiene que recurrir a Moisés para que ore en su favor y lo libere de este nuevo azote; al que se le pide liberación implora ser liberado. Aparte de esta actitud hay otra novedad en el relato: el reconocimiento del pecado o la culpa del gobernante egipcio y su corte (27); de otro lado está la declaración de Moisés de que el Señor es el dueño del mundo, algo que debió doler al faraón. Sin embargo, ni así cambia de actitud: de nuevo hace sentir su poder y no permite la salida de los israelitas (34).

10,1-20 Octava plaga: langostas. Por primera vez se constata la intervención de los ministros del faraón que comienzan a exasperarse y le piden acceder a la petición de los hebreos. Su intervención no es tanto a favor de los esclavos, sino a favor del país que se está

té en medio de ellos; así sabrán que yo soy
el Señor.
3 Moisés y Aarón se presentaron al fa-
raón y le dijeron:
–Esto dice el Señor, Dios de los hebreos:
¿Hasta cuándo te negarás a humillarte ante
mí y a dejar marchar a mi pueblo para que
me rinda culto? 4 Si te niegas a dejar mar-
char a mi pueblo, mañana enviaré la lan-
gosta a tu territorio: 5 cubrirá la superficie
de la tierra, de modo que no se vea el sue-
lo; se comerá todo lo que se haya salvado
del granizo, se comerá todas las plantas
que brotan en el campo de ustedes; 6 llena-
rán tu casa, las casas de tus ministros y de
todos los egipcios; algo que no vieron tus
padres ni tus abuelos desde que poblaron la
tierra hasta hoy.
Moisés dio media vuelta y salió de la
presencia del faraón.
7 Los ministros del faraón dijeron:
–¿Hasta cuándo nos estará llevando ése
a la ruina? Deja marchar a esa gente para
que rinda culto al Señor, su Dios. ¿No aca-
bas de comprender que Egipto se está
arruinando?
8 Hicieron volver a Moisés y a Aarón a
presencia del faraón, y éste les dijo:
–Vayan a rendir culto al Señor, su Dios,
pero antes díganme quiénes tienen que ir.
9 Moisés respondió:
–Tenemos que ir con chicos y ancianos,
con hijos e hijas, con ovejas y vacas, para
celebrar la fiesta del Señor.
10 Él replicó:
–El Señor los acompañe, si yo los dejo
marchar con sus niños. Se ve con claridad
que ustedes tienen malas intenciones.
11 No; que vayan solamente los varones a
ofrecer culto al Señor; es lo que han pedi-
do.
Y el faraón los despachó.
12 El Señor dijo a Moisés:
–Extiende tu mano sobre Egipto, haz
que la langosta invada el país y se coma la
hierba y cuanto se ha salvado del granizo.
13 Moisés extendió la vara sobre Egipto.
El Señor hizo soplar sobre el país un viento
del este todo el día y toda la noche; a la
mañana siguiente, 14 el viento trajo la lan-
gosta, que invadió todo Egipto, y se posó
por todo el territorio; tal cantidad de lan-
gosta nunca hubo antes ni la habrá des-
pués. 15 Cubrió la superficie, destrozó las
tierras, devoró la hierba y todos los frutos,
cuanto se había salvado del granizo, y no
quedó cosa verde, ni árboles ni hierba, en
todo el territorio egipcio.
16 El faraón llamó inmediatamente a
Moisés y a Aarón, y les dijo:
–He pecado contra el Señor, su Dios, y
contra ustedes. 17 Perdonen esta vez mi pe-
cado, recen al Señor, su Dios, para que ale-
je de mí este castigo mortal.
18 Moisés salió de su presencia, y rezó al
Señor. 19 El Señor cambió la dirección del
viento, que empezó a soplar con toda fuer-
za del oeste, y se llevó la langosta, empu-
jándola hacia el Mar Rojo: no quedó una
sola langosta en todo el territorio.
20 Pero el Señor hizo que el faraón se
empeñase en no dejar marchar a los israe-
litas.

Novena plaga: tinieblas
(Sab 17; Ap 16,10)

21 El Señor dijo a Moisés:
–Extiende tu mano hacia el cielo, y se
extenderá sobre el territorio egipcio una os-
curidad palpable.
22 Moisés extendió la mano hacia el cie-
lo, y una densa oscuridad cubrió el territo-
rio egipcio durante tres días. 23 No se veían
unos a otros ni se movieron de su sitio du-

---

arruinando (7). La petición de los ministros hace que el faraón llame de nuevo a Moisés y Aarón para intentar una negociación, donde el rey egipcio regatea argumentando una posible conspiración (10s). A pesar de su decisión afirmativa, la plaga de langostas se hace presente, lo cual motiva de nuevo una confesión de culpa y de pecado contra Dios y contra los israelitas y una petición de perdón (16s); sin embargo, aunque esta actitud del faraón era la que buscaba Moisés (3), la humillación y el arrepentimiento del faraón no llevan a ninguna parte si en realidad no está acompañada de un cambio real de vida. La constatación es que se resiste de nuevo a dejar salir al pueblo (20).

10,21-29 Novena plaga: tinieblas. En el episodio anterior, el faraón había permitido la salida sólo de los varones, lo cual no evitó el azote de las langostas. De nuevo, se avanza un poco más y ahora accede a que se vayan también los niños, pero ovejas y vacas deben quedarse (24). Esta decisión está motivada por el nuevo fenómeno/castigo que ha azotado al país: las tinieblas. Con todo, Moisés mantiene firme sus exigencias: todos, hombres, mujeres y niños y todo el ganado de-

rante tres días, mientras que todos los is-
raelitas tenían luz en sus poblados.
24 El faraón llamó a Moisés y a Aarón, y
les dijo:
–Vayan a ofrecer culto al Señor; también
los niños pueden ir con ustedes, pero dejen
las ovejas y las vacas.
25 Respondió Moisés:
–Tienes que dejarnos llevar víctimas
para los sacrificios que hemos de ofrecer al
Señor Dios nuestro. 26 También el ganado
tiene que venir con nosotros, sin quedar ni
una res, porque nosotros queremos tomar
de lo nuestro para ofrecerlo al Señor, nues-
tro Dios, y no sabremos qué tenemos que
ofrecer al Señor hasta que lleguemos allá.
27 Pero el Señor hizo que el faraón se
empeñara en no dejarlos marchar.
28 El faraón, entonces, le dijo:
–Fuera de mi presencia, y cuidado con
volver a presentarte; si te vuelvo a ver, mo-
rirás inmediatamente.
29 Respondió Moisés:
–Tú mismo lo has dicho: no volveré a
verte.

Décima plaga: muerte de los primogénitos

11 1 El Señor dijo a Moisés:
–Todavía tengo que enviar una plaga
al faraón y a su país. Después los dejará
marchar de aquí, es decir, los echará a to-
dos de aquí. 2 Habla a todo el pueblo: que
cada hombre pida a su vecino y cada mu-
jer a su vecina utensilios de plata y oro.
3 El Señor hizo que el pueblo se ganase
el favor de los egipcios, y también Moisés
era muy estimado en Egipto por los minis-
tros del faraón y por el pueblo.
4 Dijo Moisés:
–Así dice el Señor: A medianoche yo
haré un recorrido entre los egipcios; 5 mori-
rán todos los primogénitos de Egipto, des-
de el primogénito del faraón que se sienta
en el trono hasta el primogénito de la sier-
va que atiende al molino, y todos los pri-
mogénitos del ganado. 6 Y se oirá un in-
menso clamor por todo Egipto como nunca
lo ha habido ni lo habrá. 7 Mientras que a
los israelitas ni un perro les ladrará, ni a los
hombres ni a las bestias; para que sepan
que el Señor distingue entre egipcios e is-
raelitas. 8 Entonces todos estos ministros
tuyos acudirán a mí, y de rodillas me pedi-
rán: Váyanse, tú y el pueblo que te sigue.
Entonces saldré.
Y salió enojado de la presencia del fa-
raón.
9 Así, el Señor dijo a Moisés:
–El faraón no les hará caso, y así se
multiplicarán mis prodigios en Egipto.
10 Y Moisés y Aarón hicieron todos estos
prodigios en presencia del faraón; pero el
Señor hizo que el faraón se empeñara en no
dejar marchar a los israelitas de su territo-
rio.

Pascua

(Lv 23,5-8; Nm 9,1-14; Dt 16,1-8; Jos 5,10)

12 1 En aquellos días, el Señor dijo a
Moisés y a Aarón en Egipto:
2 –Este mes será para ustedes el princi-
pal, será para ustedes el primer mes del

---

ben salir de Egipto (25s). Las últimas palabras del diálogo entre el faraón y Moisés anticipan el final de esta serie de signos y prodigios que tendrán su culmen en la muerte de los primogénitos de Egipto y la liberación de los israelitas.

11,1-10 Décima plaga: muerte de los primogénitos. El punto final de la negociación entre el faraón y Moisés se había dado con la salida de Moisés del palacio con la advertencia de no regresar a riesgo de perder la vida. Se podría pensar que con esta amenaza Moisés se dirigiría a los suyos para preparar una partida precipitada, y aparentemente así es: los preparativos incluyen una especie de saqueo pacífico (2s), previsto ya en 3,22, donde se afirmaba que los israelitas no saldrían de Egipto con las manos vacías. Pero también incluye el anuncio de la muerte de los primogénitos egipcios, de personas y de ganados (4-7), preanunciada igualmente en 4,23, donde Moisés decía en nombre de Dios: «Si te niegas a soltarlo –a dejar marchar a Israel– yo daré muerte a tu hijo primogénito». Es probable que, en sus comienzos, las tradiciones en torno a la salida/expulsión de Egipto sólo dieran cuenta del suceso de la «muerte de los primogénitos». Pero ya desde muy antiguo se le fueron añadiendo otras tradiciones que buscaban magnificar la resistencia egipcia, y más aún los prodigios obrados por Dios en favor de su pueblo. Aquí queda anunciada la decisión del Señor de hacer morir a los primogénitos egipcios. Aún no se realizará, porque los autores bíblicos consideraron importante consignar las instrucciones litúrgicas que les servirán para celebrar la gran fiesta de su liberación: la Pascua.

12,1-14 Pascua. La fijación de la fecha de la Pascua tal como quedó establecida en Israel es proyectada al pasado, a los momentos previos de la liberación de Egipto, para darle todo el carácter de mandamiento

año. 3 Digan a toda la asamblea de Israel:
El diez de este mes cada uno se consegui-
rá un cordero o un cabrito para su familia,
uno por casa. 4 Si la familia es demasiado
pequeña para terminarlo, que se junte con
el vecino de casa; el animal se repartirá se-
gún el número de comensales y lo que
coma cada uno. 5 Será un animal sin de-
fecto, macho, de un año, cordero o cabrito.
6 Lo guardarán hasta el día catorce del
mes, y entonces toda la asamblea de Israel
lo matará al atardecer. 7 Con algo de la
sangre rociarán el marco de la puerta de la
casa donde lo coman. 8 Esa noche come-
rán la carne, asada a fuego, acompañada
de pan sin fermentar y verduras amargas.
9 No comerán de ella nada crudo ni cocido
en agua, sino asado a fuego: con cabeza,
patas y entrañas. 10 No dejarán restos para
la mañana siguiente, y si sobra algo, lo
quemarán. 11 Y lo comerán así: ceñidos con
el cinturón, las sandalias en los pies, un
bastón en la mano; y lo comerán rápida-
mente, porque es la Pascua del Señor.
12 Esa noche atravesaré todo el territorio
egipcio dando muerte a todos sus primo-
génitos, de hombres y de animales; y daré
un justo escarmiento a todos los dioses de
Egipto. Yo soy el Señor. 13 La sangre será
su contraseña de ustedes en las casas don-
de estén: cuando vea la sangre, pasaré de
largo; no los tocará la plaga exterminadora
cuando yo pase hiriendo a Egipto. 14 Este
día será para ustedes memorable, en él ce-
lebrarán fiesta al Señor. Y lo harán de ge-
neración en generación como una ley per-
petua.

Los Ázimos
(Nm 9,11; 1 Cor 5,7s)

15 –Durante siete días comerán panes sin
levadura; el día primero harán desaparecer
de sus casas toda levadura, porque el que
coma algo fermentado será excluido de Is-
rael. Así del primero al séptimo día. 16 El
día primero hay asamblea litúrgica y tam-
bién el día séptimo: en esos días no traba-
jarán; solamente prepararán lo que haga
falta a cada uno para comer. 17 Ustedes ce-
lebrarán la fiesta de los Ázimos, porque en
ese día sacó el Señor a sus escuadrones de
Egipto. Harán fiesta ese día: esto es ley per-
petua para todas sus generaciones. 18 Des-
de la tarde del día catorce del mes primero
a la tarde del día veintiuno comerán panes
sin levadura; 19 durante siete días no habrá
levadura en sus casas, porque quien coma
algo fermentado será excluido de la asam-
blea de Israel, sea forastero o nativo. 20 Por
lo tanto no coman nada fermentado, don-
dequiera que ustedes vivan, coman panes
sin levadura.

---

divino. Detrás del rito que se establece aquí y que obviamente se fue configurando con el correr del tiempo hay una antigua práctica de los pastores seminómadas que acostumbraban sacrificar un animal de sus ganados la víspera de su partida hacia nuevos pastos. Esta partida coincidía con el inicio de la primavera, momento quizá crítico para las hembras del ganado próximas a parir. La intención del sacrificio era, en palabras actuales, «encomendarse» a las divinidades de los lugares por donde atravesarían para llegar a buen fin. El rito lo formaba entonces el sacrificio del animal selecto, la acción de asar el animal y la cena acompañada de hojas amargas y con la vestimenta apropiada de quien va a iniciar un viaje: manto, sandalias y bastón. Seguramente, la comida se realizaba con rapidez, con la premura de quien va a partir. Finalmente, un rito muy importante: rociar con la sangre del animal sacrificado los palos o mástiles que servían de estructura a las tiendas. En campos semidesérticos donde la tierra no proporciona madera alguna era necesario transportar palos o mástiles. Esta aspersión tenía entonces el carácter de un exorcismo. Con ello se buscaba la protección divina sobre personas y animales. Los espíritus malos no podrían entrar en las tiendas previamente rociadas con la sangre. Aquí se cambia la aspersión de los palos por las jambas de las puertas, respetando así la ambientación del pueblo que se supone no vive en tiendas, sino en casas, bien sea en Egipto o ya en tierra cananea. La sangre juega aquí un papel muy importante, puesto que gracias a ella el «exterminador» –referencia a los antiguos malos espíritus– no tocará las familias que tienen sus puertas debidamente rociadas. El exterminador «saltó» esas casas. Ése podría ser uno de los sentidos etimológicos de «pesaj»: saltar, andar dando saltos.

12,15-20 Los Ázimos. La tradición religiosa de Israel unió en algún momento la fiesta de los Ázimos con la Pascua, dos festividades que obviamente no son originarias de Israel, sino de antiquísimas tribus seminómadas dedicadas al pastoreo –a lo que aludimos en 12,1-14– y de otras sedentarias dedicadas al cultivo del cereal que celebraban un antiguo rito al inicio de la nueva cosecha: tiraban todo lo que estuviera fermentado y consumían tortas ázimas, sin levadura, mientras se adquiría el nuevo fermento para la masa. La ocasión era jubilosa y de fiesta. En muchos lugares

Órdenes de Moisés

21 Moisés llamó a todas las autoridades
de Israel y les dijo:
–Elijan un cordero o un cabrito por fami-
lia y mátenlo para celebrar la pascua. 22 To-
men un manojo de ramas de hisopo, mó-
jenlo en la sangre del plato y unten de
sangre el marco de la puerta, y ninguno de
ustedes salga por la puerta de casa hasta la
mañana siguiente. 23 El Señor va a pasar
hiriendo a Egipto, y cuando vea la sangre
en el marco de la puerta, el Señor pasará
de largo y no permitirá al exterminador en-
trar en sus casas para herir. 24 Cumplan
este mandato del Señor: ésta es una ley
perpetua para ustedes y sus hijos. 25 Y
cuando entren en la tierra que el Señor les
va a dar, según lo prometido, deberán se-
guir celebrando este rito. 26 Y cuando sus
hijos les pregunten qué significa este rito,
27 les responderán: es el sacrificio de la Pas-
cua del Señor. Él pasó en Egipto, junto a las
casas de los israelitas, hiriendo a los egip-
cios y protegiendo nuestras casas.
28 El pueblo se inclinó en señal de ado-
ración. Y los israelitas fueron y pusieron por
obra lo que el Señor había mandado a Moi-
sés y a Aarón.

Muerte de los primogénitos y salida de Israel

(Sab 18,5-19; Sal 105,36-38)

29 A medianoche, el Señor hirió de
muerte a todos los primogénitos de Egipto:
desde el primogénito del faraón que se
sienta en el trono hasta el primogénito del
preso encerrado en el calabozo, y los pri-
mogénitos de los animales. 30 Aún de no-
che, se levantó el faraón y su corte y todos
los egipcios, y se oyó un clamor inmenso
en todo Egipto, porque no había casa en
que no hubiera un muerto.
31 El faraón llamó a Moisés y a Aarón de
noche, y les dijo:
–Levántense, salgan inmediatamente de
en medio de mi pueblo, ustedes con todos
los israelitas, vayan a ofrecer culto al Señor
como lo habían pedido; 32 llévense también
como querían las ovejas y las vacas y vá-
yanse. Y rueguen a Dios por mí.
33 Los egipcios apuraban al pueblo para
que saliese cuanto antes del país, porque
temían morir todos. 34 El pueblo sacó la
masa sin fermentar, la envolvió en mantas
y se la cargó al hombro. 35 Además, los is-
raelitas hicieron lo que Moisés les había
mandado: pidieron a los egipcios utensilios
de plata y oro y ropa; 36 el Señor hizo que
se ganaran el favor de los egipcios, que les
dieron lo que pedían. Así despojaron a
Egipto.
37 Los israelitas marcharon de Ramsés
hacia Sucot: eran seiscientos mil hombres
de a pie, sin contar los niños; 38 y les seguía
una turba inmensa, con ovejas y vacas y
enorme cantidad de ganado.
39 Como no habían tenido tiempo de
preparar comida cocieron la masa que ha-
bían sacado de Egipto haciendo tortas de
pan ázimo, ya que no había fermentado,
porque los egipcios los echaban y no po-
dían detenerse y tampoco se llevaron pro-
visiones.

---

de nuestros pueblos se celebran las «fiestas de la cosecha», y ése era el sentido más primitivo. Pascua y Ázimos se unen en Israel adquiriendo un nuevo referente: la gesta liberadora del Señor a favor de su pueblo. Ambas fiestas involucraban en sus orígenes algún sentido religioso: liberar a personas y ganados de las malas influencias; por su parte, los agricultores esperaban que su próxima cosecha fuera también liberada de toda influencia negativa: sequías, ladrones, quemas, etc. En Israel, ambos sentidos se combinan en uno solo, se «teologizan»: Dios libró al pueblo del poder mortal y asesino del faraón.

12,21-28 Órdenes de Moisés. Continúan los preparativos para la Pascua y para la partida del país de la opresión. El acento principal de este pasaje está en la orden de untar el marco de las puertas con la sangre del animal sacrificado. Además, se insiste en que nadie se mueva de su casa, dado que esa noche pasará el exterminador, quien tendrá como única contraseña para dejar algo intacto la sangre en las casas de los israelitas. El evento de esa noche se repite año tras año en cada familia judía: el niño de la casa pregunta al mayor de todos: ¿Qué significa todo esto? (26). La respuesta es un memorial que revive y actualiza los acontecimientos de la liberación de Egipto. En nuestra celebración pascual de cada año celebramos también el acto liberador definitivo de Jesús y debería ser el momento de echar a andar y revisar ese proyecto liberador de Jesús.

12,29-42 Muerte de los primogénitos y salida de Israel. Aquí se retoma la interrumpida narración de 11,1-3 para dar paso a las prescripciones sobre la Pascua. Se resalta el clamor de los hebreos como en 3,7, donde el Señor intervenía al escuchar el clamor de los

40 La permanencia de los israelitas en
Egipto duró cuatrocientos treinta años.
41 Cumplidos los cuatrocientos treinta años,
el mismo día, salieron de Egipto los escua-
drones del Señor. 42 El Señor veló aquella
noche para sacarlos de Egipto: por eso será
para los israelitas noche de vela por todas
las generaciones.

Rito de la Pascua

43 El Señor dijo a Moisés y a Aarón:
–Éste es el rito de la Pascua. Ningún ex-
tranjero la comerá. 44 Los esclavos que te
hayas comprado, circuncídalos y sólo en-
tonces podrán comerla. 45 Ni el criado ni el
jornalero la comerán. 46 Cada cordero se ha
de comer dentro de una casa sin sacar
afuera nada de la carne, y no le romperán
ningún hueso. 47 La comunidad entera de
Israel la celebrará. 48 Y si el emigrante que
vive contigo quiere celebrar la Pascua del
Señor, hará circuncidar a todos los varones,
y sólo entonces podrá tomar parte en ella:
será como el nacido en el país. Pero ningún
incircunciso la comerá. 49 La misma ley
vale para el nacido en el país y para el emi-
grante que vive con ustedes.
50 Así lo hicieron los israelitas: todo lo
que el Señor había ordenado a Moisés y a
Aarón lo cumplieron. 51 Y aquel mismo día
el Señor sacó de Egipto a los israelitas, por
escuadrones.

13 1 El Señor dijo a Moisés:
2 –Conságrame todos los primogéni-
tos israelitas; el primer parto, lo mismo de
hombres que de animales, me pertenece.
3 Y Moisés dijo al pueblo:
–Guarden siempre el recuerdo de este
día, en que han salido de Egipto, de la es-
clavitud, cuando el Señor con mano fuerte
los sacó de allí. Este día no se comerá nada
fermentado. 4 Salen hoy, en el mes de abril.

Los panes ázimos

5 –Cuando el Señor te haya introducido
en la tierra de los cananeos, los amorreos,
los heveos y los jebuseos, en el país que el

---

oprimidos; ahora, el clamor que se escucha por todo Egipto tiene como única respuesta la decisión del faraón de dejar salir, o mejor, expulsar a los israelitas, propiciándoles cuanto necesitan para su partida (35s). Se podría decir que se trata de una salida política que no implica la desaparición de la opresión faraónica. Ésta va a continuar todavía. Aquí hay una clave para entender este relato de la muerte de los primogénitos egipcios: El «primogénito» es desde la antigüedad más remota el símbolo de la posibilidad que tiene la vida –humana y animal– para prolongarse, para expandirse. Acabar con un primogénito supone eliminar la posibilidad de conservación y de multiplicación. Ahora bien, Egipto como símbolo de opresión y muerte es un sistema que no puede transmitir vida; él mismo ha ido acabando poco a poco con esa posibilidad. Por eso es un sistema que tiene que desaparecer, porque él mismo lleva dentro de sí las semillas no de la vida, sino de la muerte.

No es, por tanto, el Dios de la vida, de la justicia y de la libertad, el genuino Dios bíblico, quien se pone a la tarea de exterminar a los primogénitos. Los autores bíblicos ponen esta acción como realizada directamente por Dios porque para ellos la vida y la muerte, el bien y el mal, no tienen otro origen que Dios. La conciencia del pueblo va superando poco a poco, con el correr del tiempo, esta peligrosa ambigüedad. También nosotros debemos estar hoy en camino de superarla; el relato no nos puede confundir. Es necesario caer en la cuenta de la mentalidad de los redactores y, sobre todo, conocer un poco más sobre el proyecto liberador de Dios y sobre las condiciones históricas que hicieron de Egipto la antítesis de ese proyecto divino hasta convertirlo en la Biblia en símbolo del mal, de opresión y de muerte. Precisamente, el añadido con que termina esta escena (40-42) nos da idea del poder egipcio. No se trata de un dato cronológicamente exacto, sino de una cifra que intenta describir el largo período que sobrevivió el sistema egipcio; al mismo tiempo, transmite la finitud de un sistema que, como ya se dijo, tenía que desaparecer por llevar dentro de sí las semillas de la autodestrucción. Todo imperio, todo poder construido sobre la sangre y la vida y los derechos de los demás, se autodestruye. ¡Esperanza para hoy!

12,43–13,4 Rito de la Pascua. Encontramos aquí unas restricciones para la celebración de la Pascua. Estas restricciones, aunque aparecen en el contexto de la salida de Egipto, inmediatamente nos hacen caer en la cuenta que obedecen a otra época diferente, cuando Israel habitaba ya en tierra de Canaán, donde temporal o indefinidamente convivía con extranjeros y esclavos.

En el proceso de maduración de la conciencia de Israel se establece como necesario el respeto al don de la vida. Israel equipara dicho respeto con el querer de su Dios, según el cual todo primogénito debe ser rescatado. Israel convive con otras culturas y modos religiosos diversos en Canaán, donde sacrificar los primogénitos humanos era común. Con todo, Israel se rebela contra esa práctica y formula la alternativa del rescate para las personas, ordenada por el mismo Señor, pues toda vida le pertenece a Él.

13,5-10 Los panes ázimos. Este pasaje es un doblete de 12,15-20 que supuestamente estaría explica-

Señor te dará, porque así lo juró a tus pa-
dres, tierra que mana leche y miel, enton-
ces en este mes celebrarás el siguiente rito:
6 Durante siete días comerás panes sin le-
vadura y el día séptimo se hará fiesta en
honor del Señor. 7 Durante esos siete días
se comerá pan sin levadura y no ha de apa-
recer en todo tu territorio levadura ni nada
fermentado. 8 Y ese día le explicarás a tu
hijo: Esto es por lo que el Señor hizo en mi
favor cuando salí de Egipto. 9 Este rito te
servirá como si tuvieras una señal en el
brazo y un recordatorio en la frente, para
que tengas en los labios la Ley del Señor,
que con mano fuerte te sacó de Egipto.
10 Guardarás este mandato todos los años,
en su fecha.

Los primogénitos
(Dt 15,19-23; Nm 3,11-13)

11 Cuando el Señor te introduzca en la
tierra de los cananeos, como juró a ti y a tus
padres, y te la entregue, 12 dedicarás al Se-
ñor todos los primogénitos: el primer parto
de tus animales, si es macho, pertenece al
Señor. 13 La primera cría de asno la resca-
tarás con un cordero; si no la rescatas, la
desnucarás. Pero los primogénitos huma-
nos los rescatarás siempre. 14 Y cuando
mañana tu hijo te pregunte: ¿Qué significa
esto?, le responderás: Con mano fuerte nos
sacó el Señor de Egipto, de la esclavitud.
15 El faraón se puso terco en no dejarnos
salir, entonces el Señor dio muerte a todos
los primogénitos de Egipto, lo mismo de
hombres que de animales. Por eso yo sacri-
fico al Señor todo primogénito macho de
los animales. Pero los primogénitos de mis
hijos los rescato. 16 Te servirá como señal
en el brazo y signo en la frente de que con
mano fuerte te sacó el Señor de Egipto.

Hacia el Mar Rojo

17 Cuando el faraón dejó marchar al pue-
blo, Dios no los guió por el camino de Pa-
lestina, que es el más corto, pensando que
si se veían atacados, se arrepentirían y vol-
verían a Egipto, 18 por eso Dios hizo que el
pueblo diese un rodeo por el desierto hacia
el Mar Rojo. Los israelitas habían salido de
Egipto muy bien equipados. 19 Moisés tomó
consigo los huesos de José, como se lo ha-
bía hecho jurar a los israelitas: Cuando Dios
se ocupe de ustedes, se llevarán mis hue-
sos de aquí.
20 Partieron de Sucot y acamparon en
Etán, al borde del desierto. 21 El Señor ca-
minaba delante de ellos, de día en una co-
lumna de nubes para guiarlos; de noche, en
una columna de fuego, para alumbrarles;
así podían caminar día y noche. 22 No se
apartaba delante de ellos ni la columna de
nubes de día ni la columna de fuego de no-
che.

---

do en 12,34 como algo motivado por la premura de la salida de Egipto. Hay aquí una nota muy personal sobre el sentido de la celebración de esta fiesta: hacemos esto para recordar lo que hizo el Señor por mí cuando salí de Egipto (8). No se trata, por tanto, de una referencia histórica, sino de una actualización en «mí» del evento salvífico.

13,11-16 Los primogénitos. Se repite 13,1-4, pero con la novedad de que la primera cría del asno había que rescatarla o, de lo contrario, había que desnucarla. Los hebreos consideraban impuro al asno, por eso su primera cría no podía ser ofrecida en sacrificio, de ahí que era necesario sustituirla o hacerla desaparecer sin derramar su sangre –desnucarla–.

13,17-22 Hacia el Mar Rojo. Es obvio que un acontecimiento tan importante para la fe y la religión israelita como el de la liberación del poder egipcio, acontecimiento que obviamente tuvo que pasar primero por la etapa de tradición oral, contenga variantes. Los especialistas detectan en este pasaje varias tradiciones condensadas en dos, la yahvista (**J**) y la elohista (**E**), las cuales reflejan que el éxodo no pudo haber sido un acontecimiento de un día, ni protagonizado por un solo grupo, ni a través de una única ruta de salida. Hay que admitir que el éxodo fue en realidad un proceso protagonizado por varios grupos, que hubo varias expediciones por distintas rutas y que, además, como puede desprenderse de 12,38, la liberación no se logró sólo por parte de la etnia hebrea. Se sumaron otros grupos que o bien habitaban en el mismo Egipto, o bien en las rutas del desierto, o bien en la misma tierra de Canaán, que como ya sabemos tenían que soportar el rigor de la opresión egipcia en cualquier lugar del imperio aunque no vivieran en su territorio. Admitir estos planteamientos no afecta para nada nuestra tradicional forma de entender el éxodo, al contrario: ayuda a entender nuestro caminar cristiano también como camino de un grupo oprimido que hoy busca liberarse del dominio de los faraones modernos. Hay una convicción profunda respecto a la sintonía de las aspiraciones del pueblo con el querer de Dios, al punto de expresar esa compañía y presencia divinas de día y de noche, ya en forma de columna de nubes durante el día, ya en forma de columna de fuego durante la noche.

Paso del Mar Rojo
(Sab 19,1-9; Sal 136,13-15)

14 1 El Señor dijo a Moisés:
2 –Di a los israelitas que se vuelvan y
acampen en Fejirot, entre Migdal y el mar,
frente a Baal-Safón; pongan los campa-
mentos mirando al mar. 3 El faraón pensará
que los israelitas están perdidos en el país
y que el desierto les cierra el paso. 4 Haré
que el faraón se empeñe en perseguirlos, y
me cubriré de gloria derrotando al faraón y
a su ejército, y sabrán los egipcios que yo
soy el Señor.
Así lo hicieron los israelitas.
5 Cuando comunicaron al rey de Egipto
que el pueblo había escapado, el faraón y
su corte cambiaron de parecer sobre el
pueblo, y se dijeron: ¿Qué hemos hecho?
Hemos dejado marchar a nuestros esclavos
israelitas. 6 Hizo enganchar su carro y tomó
consigo sus tropas: 7 seiscientos carros es-
cogidos y los demás carros de Egipto con
sus correspondientes oficiales.
8 El Señor hizo que el faraón se empeña-
se en perseguir a los israelitas, mientras és-
tos salían triunfalmente.
9 Los egipcios los persiguieron con ca-
ballos, carros y jinetes, y les dieron alcance
mientras acampaban en Fejirot, frente a
Baal-Safón.
10 El faraón se acercaba, los israelitas al-
zaron la vista y vieron a los egipcios que
avanzaban detrás de ellos, y muertos de
miedo gritaron al Señor. 11 Y dijeron a Moi-
sés:
–¿No había sepulcros en Egipto? Nos ha
traído al desierto a morir. ¿Qué nos has he-
cho sacándonos de Egipto? 12 ¿No te de-
cíamos ya en Egipto: Déjanos en paz, y ser-
viremos a los egipcios; más nos vale servir
a los egipcios que morir en el desierto?
13 Moisés respondió al pueblo:
–No tengan miedo; manténganse firmes
y verán la victoria que el Señor les va a
conceder hoy; esos egipcios que están
viendo hoy, no los volverán a ver jamás.
14 El Señor peleará por ustedes; ustedes es-
peren en silencio.
15 El Señor dijo a Moisés:
–¿Por qué me invocas a gritos? Ordena
a los israelitas que avancen. 16 Tú alza el
bastón y extiende la mano sobre el mar, y
se abrirá en dos, de modo que los israeli-
tas puedan atravesarlo a pie, sin mojarse.
17 Yo haré que el faraón se empeñe en en-
trar detrás de ustedes y mostraré mi gloria

14,1-31 Paso del Mar Rojo. Los israelitas han partido. Las estrategias de la marcha son conducidas por el mismo Señor, quien, además, hace que de nuevo se endurezca el corazón del faraón (4-8) y decida perseguir al pueblo (5.8) con una finalidad: demostrar al faraón quién es el más poderoso (4). La presencia de los egipcios arranca una primera queja al pueblo que «muerto de miedo» empieza a presentir la cercanía de la muerte en el desierto (10-12). Esta queja expresa el estado de una conciencia todavía no formada para la liberación. Aún no saben ni comprenden que, aunque estos eventos de liberación sean dirigidos por el mismo Señor, es necesario enfrentar la crudeza del desierto, la inseguridad, los peligros, el hambre, el cansancio. No será ésta ni la primera ni la última vez que el pueblo clame de este modo, deseando regresar al país egipcio y «servir en paz» al faraón. La respuesta de Moisés es clara y contundente: «no tengan miedo» (13), frase que tantas veces aparece en la Biblia y que es garantía de la asistencia y presencia divinas. El argumento para que el pueblo supere el miedo es que no tendrá que combatir contra el faraón y su ejército: «el Señor peleará por ustedes; ustedes esperen en silencio» (14).

Los versículos 15-18 son la respuesta del Señor a los miedos y temores que el pueblo ha expresado, confirmando la respuesta que Moisés ha dado a tales murmuraciones. Moisés ha garantizado que el mismo Señor combatirá. Y ahora el Señor anuncia que esa acción la va a realizar por medio de Moisés, quien deberá levantar el bastón y extender la mano sobre el mar que está al frente del pueblo. El Señor anuncia su plan para destruir al faraón; es como si se tratara de una trampa, una emboscada planeada para acabar con el faraón y su ejército. La destrucción del faraón a manos del Señor será el signo de su gloria.

Los versículos 19-31, que describen la realización de las palabras del Señor en su intervención anterior, entrelazan dos tradiciones teológico-literarias, la yahvista (**J**) y la sacerdotal (**P**). Ambas buscan resaltar el hecho de que la liberación de Egipto es un evento realizado por el Señor. Él es quien ha combatido, él es quien ha acabado con el enemigo, él es quien ha realizado el prodigio de abrir el mar para permitir el avance del pueblo, él es quien lo ha vuelto a cerrar haciendo que sus aguas se traguen al faraón y su ejército. Por tanto, él es quien puede cubrirse de gloria tras el triunfo sobre los egipcios, aunque es una gloria que extiende y comparte con el mismo pueblo. Nótese que, sin combatir, el pueblo suscita el temor de los egipcios, quienes piensan seriamente en retirarse (25). Por supuesto, este relato no es la crónica de un testigo ocular. Sabemos que es una relectura de los acontecimientos que permitieron a los israelitas y a otros pequeños grupos y tribus liberarse del poder faraóni-

derrotando al faraón con su ejército, sus
carros y jinetes; 18 para que sepa Egipto
que yo soy el Señor, cuando muestre mi
gloria derrotando al faraón con sus carros
y jinetes.

19 El ángel de Dios, que caminaba de-
lante del campamento israelita, se levantó
y pasó a su retaguardia; la columna de nu-
bes que estaba delante de ellos se puso de-
trás de ellos, 20 metiéndose entre el campa-
mento egipcio y el campamento israelita; la
nube se oscureció y la noche quedó oscu-
ra, de modo que no pudieron acercarse
unos a otros en toda la noche.

21 Moisés extendió la mano sobre el mar,
el Señor hizo retirarse al mar con un fuerte
viento del este que sopló toda la noche; el
mar quedó seco y las aguas se dividieron
en dos. 22 Los israelitas entraron por el mar
a pie, sin mojarse, y las aguas les hacían de
muralla a derecha e izquierda. 23 Los egip-
cios, persiguiéndolos, entraron detrás de
ellos por el mar, con los caballos del faraón,
sus carros y sus jinetes.

24 De madrugada, miró el Señor desde la
columna de fuego y de nubes y desbarató
al ejército egipcio. 25 Trabó las ruedas de
los carros, haciéndolos avanzar pesada-
mente. Los egipcios dijeron:

–Huyamos de los israelitas, porque el
Señor combate por ellos contra Egipto.

26 Pero Dios dijo a Moisés:

–Tiende tu mano sobre el mar, y las
aguas se volverán contra los egipcios, sus
carros y sus jinetes.

27 Moisés tendió su mano sobre el mar:
al despuntar el día el mar recobró su esta-
do ordinario, cuando los egipcios trataron
de huir, se toparon con las aguas, y el Se-
ñor arrojó a los egipcios en medio del mar.
28 Las aguas, al reunirse, cubrieron carros,
jinetes y todo el ejército del faraón que ha-
bía entrado en el mar persiguiendo a Israel,
y no escapó uno solo. 29 Pero los israelitas
pasaron por el mar a pie, sin mojarse,
mientras las aguas les hacían de muralla a
derecha e izquierda.

30 Aquel día el Señor libró a los israelitas
de los egipcios, y los israelitas vieron los
cadáveres de los egipcios a la orilla del
mar. 31 Los israelitas vieron la mano magní-
fica de Dios y lo que hizo a los egipcios.
Así, Israel respetó al Señor y tuvo confian-
za en él y en Moisés, su servidor.

Canto de Moisés

15 1 Entonces Moisés y los israelitas cantaron este canto al Señor:

Cantaré al Señor, que se ha cubierto de gloria,
caballos y jinetes ha arrojado en el mar.
2 Mi fuerza y mi poder es el Señor,
él fue mi salvación.

---

co. Israel relee, repiensa este acontecimiento en momentos críticos de su historia y no tiene inconveniente en ilustrarlo con las más espectaculares imágenes que buscan resaltar tanto el extremo de la opresión como el extremo del amor y de la justicia divina que combatió en su favor. Con ello actualiza los eventos de la antigua liberación y señala que si en el pasado Dios combatió por el pueblo esclavizado y lo liberó, también en el presente puede hacerlo, quizá con signos y prodigios mucho más espectaculares.

Es muy significativo que esta batalla final contra Egipto se dé precisamente en el mar y que concluya con la escena en la cual las aguas marinas engullen al faraón y a su ejército. Para los israelitas, el mar es símbolo de algo misterioso. En él habitan los monstruos que atacan a cuantos entran en él, monstruos que aún no han sido vencidos por nadie. Sin embargo, aquí el mar se abre, no para tragarse al pueblo, sino para permitir su paso, y se cierra tragándose al enemigo. Este «abrirse» y «cerrarse» se dan gracias al poder del Señor, de modo que el Señor es el único que puede vencer a los misteriosos y poderosos seres del mar.

Otro aspecto simbólico de esta escena es el hecho de que el faraón haya perecido en el mar. Egipto y faraón son personificaciones del proyecto de muerte, proyecto que debe desaparecer de la faz de la tierra. De ahí que la teología y la religiosidad israelitas hayan creado esta escena y este lugar para «sepultar» al faraón y su sistema opresivo y represivo. Hubiera podido ser el desierto, pero el desierto será otro espacio con diferentes sentidos simbólicos, donde la conciencia del pueblo empezará su etapa formativa. El mar es así el lugar, el abismo de las aguas donde tendrían que ir a parar todos los proyectos anti-vida, anti-justicia de Egipto y de la historia.

15,1-21 Canto de Moisés. Es lógico que después de semejante victoria sobre Egipto la alegría y el júbilo se hagan sentir. Por eso, las tradiciones más antiguas po-

Él es mi Dios: yo lo alabaré;
el Dios de mi padre: yo proclamaré su grandeza.
3 El Señor es un guerrero,
su Nombre es el Señor.
4 Él arrojó al mar los carros y la tropa del faraón,
ahogó en el Mar Rojo a sus mejores capitanes.
5 Las olas los cubrieron,
bajaron hasta el fondo como piedras.
6 Tu mano, Señor, es fuerte y magnífica;
tu mano, Señor, tritura al enemigo;
7 tu gran victoria destruye al adversario,
lanzas tu incendio y los devora como paja.
8 Al soplo de tu ira se amontonaron las aguas,
las corrientes se alzaron como un dique,
las olas se cuajaron en el mar.
9 Decía el enemigo: Los perseguiré y alcanzaré,
repartiré el botín, se saciará mi codicia,
desenvainaré la espada, los agarrará mi mano.
10 Pero sopló tu aliento y los cubrió el mar,
se hundieron como plomo en las aguas formidables.
11 ¿Quién hay como tú entre los dioses, Señor,
magnífico en tu santidad,
temible por tus proezas, autor de prodigios?
12 Extendiste tu mano: se los tragó la tierra;
13 guiaste con tu fidelidad al pueblo que habías rescatado,
los llevaste con tu poder hasta tu santa morada.
14 Lo oyeron los pueblos y temblaron,
se estremecieron los jefes filisteos,
15 se espantaron los jefes de Edom,
un temblor sacude a los príncipes de Moab,
perdieron el valor todos los jefes cananeos;
16 los asaltaron tu espanto y tu pavor,
los dejó petrificados la grandeza de tu brazo,
mientras pasaba tu pueblo, Señor,
mientras pasaba el pueblo que te habías comprado.
17 Lo introduces y lo plantas en el monte de tu herencia,
lugar del que hiciste tu trono, Señor;
santuario, Señor, que fundaron tus manos.
18 El Señor reina por siempre jamás.

19 Cuando el caballo del faraón y su carro y sus jinetes entraron por el mar, el Señor volcó sobre ellos las aguas del mar; en cambio, los israelitas atravesaron el mar a pie, sin mojarse.

20 María, la profetisa, hermana de Aarón, tomó su pandereta en la mano, y todas las mujeres salieron con panderetas a danzar detrás de ella.
21 María entonaba:

Canten al Señor, que se ha cubierto de gloria;
caballos y carros ha arrojado en el mar.

---

nen en boca de Moisés este cántico que exalta no sólo el prodigio de la liberación de Egipto (1-11), sino también la compañía del Señor a través del desierto, el don de la tierra y su permanencia en ella (12-18). Los versículos 20s corresponden a otra antigua tradición según la cual, después de la liberación, María, la hermana de Aarón, dirige a las mujeres en una especie de liturgia con panderetas y danzas para celebrar la victoria.

PRIMERA ETAPA EN EL DESIERTO

Ya está el pueblo fuera de Egipto y todavía no ha llegado a la tierra prometida. Entre las dos fronteras, entre los dos momentos decisivos, se extiende un tiempo de reflexión y prueba en el desierto. Lugar desamparado que reduce al pueblo a las necesidades elementales de la subsistencia y lo pone a prueba, para que conquiste desde dentro la libertad que le han regalado. Tiempo intermedio de dilación para templar el aguante y cultivar la esperanza, para vivir de la promesa después de haber experimentado el primer favor: la liberación.

Nace así un forcejeo entre el pueblo y su Libertador a través del mediador Moisés, forcejeo rico en experiencias aleccionadoras para los protagonistas y sus descendientes. También esta etapa se convierte en modelo de futuras peregrinaciones por otros desiertos, a la conquista de la libertad y la esperanza. Por su carácter elemental, los sucesos despliegan un valor simbólico de futuras experiencias religiosas: el agua, el maná, que culminarán en la teología simbólica del evangelista Juan.

Los episodios que comienzan aquí continúan en el libro de los Números, especialmente en los capítulos 11–16 y 20.

Murmuraciones por la carencia de agua

22 Moisés hizo partir a los israelitas del
Mar Rojo y los llevó hacia el desierto del
Sur; caminando tres días por el desierto sin
encontrar agua, 23 llegaron por fin a Mará,
pero no pudieron beber el agua porque era
amarga –por eso se llama Mará–.
24 El pueblo protestó contra Moisés, diciendo:
–¿Qué vamos a beber ahora?
25 Él invocó al Señor, y el Señor le indicó una planta; Moisés la echó en el agua,
que se convirtió en agua dulce. Allí les dio
leyes y mandatos y los puso a prueba, 26 diciéndoles:
–Si obedecen al Señor, su Dios, haciendo lo que es justo a sus ojos, escuchando
sus mandatos y cumpliendo sus leyes, no les enviaré las enfermedades que he enviado a los egipcios, porque yo soy el Señor, que te sana.
27 Llegaron a Elim, donde había doce manantiales y setenta palmeras, y acamparon allí junto a las aguas.

Maná y codornices

(Nm 11; Sal 78,15s; 106,13-15; Sab 16,20-29)

16 1 Toda la comunidad de Israel partió
de Elim y llegó al desierto de Sin,
entre Elim y Sinaí, el día quince del segundo mes después de salir de Egipto. 2 La comunidad de los israelitas protestó contra
Moisés y Aarón en el desierto, 3 diciendo:
–¡Ojalá hubiéramos muerto a manos del Señor en Egipto, cuando nos sentábamos

---

15,22-27 Murmuraciones por la carencia de agua. Todavía con el sabor de la victoria, los israelitas guiados por Moisés emprenden una primera etapa por el desierto, marco propicio para establecer hasta qué punto el grupo de liberados está o no preparado para asumir su vida como quien tiene que empezar a vivir el don de la liberación. El relato subraya el hecho de que el pueblo encuentra agua pero no la puede beber, ante lo cual la queja no se hace esperar. No conocemos los términos de la queja; el hecho es que Moisés clama al Señor, quien responde indicándole la manera de transformar el agua salobre en agua dulce. No se trata de un milagro, se trata más bien de una costumbre antigua de los campesinos, quienes aplicaban pedazos de cactus al agua salobre, los cuales absorbían instantáneamente la sal y permitían el consumo del líquido. Este incidente subraya la asistencia divina en el desierto, pues ni aún en los detalles más elementales, como el suministro del agua, el Señor descuida a su pueblo. Subraya también el aspecto generoso del Señor que proporciona lo elemental para vivir. Hay una conexión entre el agua como elemento esencial, pero indispensable para vivir, y las leyes y mandatos que da el Señor, cuyo cumplimiento garantizará siempre la vida y la salud del pueblo (25s) como anticipo del bienestar que le trae el cumplimiento de las leyes divinas. Termina esta primera etapa en un paradisíaco lugar provisto con «doce manantiales y setenta palmeras», donde acamparon (27).

16,1-36 Maná y codornices. «Dos meses y medio» después de salir de Egipto se presenta una protesta por parte del pueblo. El rigor del desierto, la carencia

junto a la olla de carne y comíamos pan
hasta hartarnos! Nos han traído a este de-
sierto para matar de hambre a toda esta co-
munidad.
4 El Señor dijo a Moisés:
–Yo les haré llover pan del cielo: que el
pueblo salga a recoger la ración de cada
día; lo pondré a prueba, a ver si guarda mi
ley o no. 5 El día sexto prepararán lo que
hayan recogido, y será el doble de lo que
recogen a diario.
6 Moisés y Aarón dijeron a los israelitas:
–Esta tarde ustedes sabrán que es el Se-
ñor quien los ha sacado de Egipto, 7 y ma-
ñana verán su gloria ya que el Señor ha
oído las quejas de ustedes contra él. Por-
que, ¿quiénes somos nosotros para que us-
tedes nos critiquen? 8 Dijo Moisés:
–Esta tarde el Señor les dará de comer
carne y mañana los saciará de pan; el Se-
ñor los ha oído protestar contra él; ¿no-
sotros qué somos? No han protestado con-
tra nosotros, sino contra el Señor.
9 Moisés dijo a Aarón:
–Di a la asamblea de los israelitas: Acér-
quense al Señor, que ha escuchado sus
protestas.
10 Mientras Aarón hablaba a la asam-
blea, ellos miraron hacia el desierto y vie-
ron la Gloria del Señor, que aparecía en la
nube.
11 El Señor dijo a Moisés:
12 –He oído las protestas de los israelitas.
Diles: Hacia el atardecer comerán carne,
por la mañana comerán pan hasta quedar
satisfechos, para que sepan que yo soy el
Señor, su Dios.
13 Por la tarde, una bandada de codorni-
ces cubrió todo el campamento; por la ma-
ñana había una capa de rocío alrededor del
campamento. 14 Cuando se evaporó la
capa de rocío, apareció en la superficie del
desierto un polvo fino parecido a la escar-
cha. 15 Al verlo, los israelitas preguntaron:
–¿Qué es esto?
Porque no sabían lo que era.

---

de las mínimas «seguridades» y «comodidades» que dejaron en Egipto (2) parecen ser el motivo por el cual los israelitas revientan en una airada protesta contra sus líderes. Uno esperaría que la reacción del Señor contra este amotinamiento fuera de ira, pero su respuesta es serena y pacífica: habrá alimento para todos, todos los días; pero no sólo eso, también habrá algunas disposiciones y mandatos para ver si el pueblo los cumple o no (4). Y en efecto, hay por lo menos cuatro mandatos importantes en el contexto del suministro del alimento: 1. Cada uno debía recoger sólo lo que necesitaba para comer (16); justo reparto de los bienes. 2. Nadie debía guardar para el día siguiente (19): contra el acaparamiento, la acumulación de bienes y la concentración en pocas manos. 3. Reservar el día séptimo como día de descanso consagrado al Señor (23.29); previene la deshumanización del ser humano por su exclusiva dedicación al trabajo. 4. Conservar dos litros del maná como testimonio para las generaciones venideras (33). En un contexto de hambre, sed e incomodidad propia del desierto, el escritor se vale de algo tan natural como es la presencia del «maná» y de las codornices; éstas podían ser fácilmente capturadas al regreso de un largo recorrido desde Europa porque llegaban extenuadas a la península del Sinaí. Mediante estos datos, el redactor bíblico, posiblemente perteneciente a la corriente sacerdotal (**P**), reelabora la antigua tradición yahvista (**J**) sobre el alimento milagroso en el desierto y lo eleva a la categoría de relato simbólico.

No se trata de recontar a secas los «milagros» ocurridos en el desierto. Recordemos que la corriente sacerdotal (**P**) está empeñada en releer la historia de Israel en un contexto muy similar al de los antiguos israelitas en Egipto y en su travesía por el desierto; así que una lista de «milagros» no iba a ayudar al israelita del exilio y del postexilio a reconstruir su fe. Había que interpretar esos acontecimientos y encontrar el valor simbólico que ayudara en el presente a reconstruir la fe y a mirar el futuro con mayor optimismo y esperanza. Es lo mismo que nosotros intentamos hoy, no quedarnos sólo en el ámbito externo del relato; así como el pueblo humillado por el poder babilónico vuelve a encontrar sentido a su historia y vuelve a levantarse de sus ruinas gracias a la Palabra y la acción de Dios reactualizadas, así también nosotros. Tanto este capítulo como 15,22-27 y 17,1-7 son textos «programáticos», es decir, textos que van más allá de lo que desafortunadamente se nos ha enseñado como «milagro»; son el proyecto de vida que el pueblo debe asumir, son el camino de la conciencia del pueblo. No es fortuito el hecho de que los encontramos apenas comenzando la marcha por el desierto y antes de la promulgación de la Alianza en el Sinaí. Puesto que nosotros marchamos por el «desierto» hacia la conquista de una mejor calidad de vida, de una libertad y de una mayor justicia, estos textos nos sirven para ayudar a formar nuestra propia conciencia personal y colectiva.

Aunque el desierto tiene características físicas –el pueblo tuvo que atravesar un desierto real–, aquí tiene un valor simbólico como el espacio y el tiempo en el cual la mentalidad de esclavo de Egipto tiene que desaparecer para dar paso a un nuevo ser, una criatura cuya conciencia y mentalidad tendrá que formarse de acuerdo a la Ley del Señor. No se trata de un cam-

Moisés les dijo:
–Es el pan que el Señor les da para co-
mer. 16 Éstas son las órdenes del Señor: que
cada uno recoja lo que pueda comer, dos li-
tros por cabeza para todas las personas que
vivan en cada tienda de campaña.
17 Así lo hicieron los israelitas: unos re-
cogieron más, otros menos. 18 Y al medirlo
en el celemín, no le sobraba al que había
recogido más, ni le faltaba al que había re-
cogido menos: había recogido cada uno lo
que podía comer.
19 Moisés les dijo:
–Que nadie guarde para mañana.
20 Pero no le hicieron caso, sino que al-
gunos guardaron para el día siguiente, y
entonces salieron gusanos que lo pudrie-
ron. Moisés se enojó con ellos.
21 Recogían cada mañana, cada uno lo
que iba a comer, porque el calor del sol lo
derretía. 22 El día sexto recogían el doble,
cuatro litros cada uno. Los jefes de la co-
munidad informaron a Moisés 23 y él les
contestó:
–Es lo que había dicho el Señor: maña-
na es sábado, descanso dedicado al Señor;
cocinen hoy lo que tengan que cocinar y
guisen lo que tengan que guisar, y lo que
sobre, guárdenlo para mañana.
24 Ellos lo apartaron para el día siguien-
te, como había mandado Moisés, y no le
salieron gusanos ni se pudrió.
25 Moisés les dijo:
–Cómanlo hoy, porque hoy es día de
descanso dedicado al Señor, y no lo encon-
trarán en el campo; 26 podrán recogerlo du-
rante los seis días, pero el séptimo día es
descanso y no habrá nada.
27 El día séptimo salieron algunos a re-
coger y no encontraron nada.
28 El Señor dijo a Moisés:
–¿Hasta cuándo se negarán a cumplir
mis mandatos y preceptos? 29 El Señor es
quien les da el descanso; por eso el día sex-
to se les da el pan de dos días. Que cada
uno se quede en su puesto sin salir de su
tienda el día séptimo.
30 El pueblo descansó el día séptimo.
31 Los israelitas llamaron a aquella sus-
tancia maná: era blanca, como semillas de
cilantro y era dulce como las tortas amasa-
das con miel.
32 Dijo Moisés:
–Éstas son las órdenes del Señor: Llena
de maná una medida de dos litros y guár-
denla para que las generaciones futuras
puedan ver el pan que les di de comer en el
desierto cuando los saqué de Egipto.
33 Moisés ordenó a Aarón:
–Toma una jarra, mete en ella dos litros
de maná y colócalo ante el Señor; que se
conserve para las generaciones futuras.
34 Aarón, según el mandato del Señor a
Moisés, lo colocó ante el documento de la
alianza, para que se conservase.
35 Los israelitas comieron maná durante
cuarenta años, hasta que llegaron a tierra
habitada. Comieron maná hasta atravesar
la frontera de Canaán. 36 –El contenedor
usado para la medida del maná era de dos
litros–.

Agua de la roca
(Nm 20,1-13; Sab 11,4.7)

17 1 La comunidad israelita se alejó del
desierto de Sin por etapas, según las
órdenes del Señor, y acamparon en Rafidín,
donde el pueblo no encontró agua de beber.
2 El pueblo se rebeló contra Moisés, dicien-
do:
–Danos agua de beber.

---

bio de amo, no se trata de salir de un lugar de opresión como Egipto y dejar de obedecer al faraón para pasar a otro lugar también de opresión y muerte, como el desierto, para obedecer a otro tirano. Se trata de establecer en el desierto, como lugar de la conciencia, lo que más conviene a la persona y al grupo. Los mandatos del Señor no son caprichos de un tirano, son las vías, las maneras como el ser humano puede realmente llegar a encontrarse a sí mismo, vivir su libertad y su relación con los otros y con la creación. El desierto, como lugar de la conciencia, es el único camino para poder disfrutar los bienes de la libertad, de la solidaridad y de la justicia.

17,1-7 Agua de la roca. He aquí una nueva protesta del pueblo motivada por la carencia de agua con la respectiva respuesta solícita y misericordiosa de Dios. Agua y alimento, dos elementos esenciales para la vida, debían ser provistos en las antiguas culturas del Cercano Oriente por la madre a los miembros de la familia. Pues bien, aquí es el Señor quien de modo paciente y con prontitud cumple con su pueblo. Se subraya ese aspecto maternal del Señor, del guerrero invencible que con brazo poderoso sacó a Israel de Egipto. Este pasaje también debe leerse en clave simbólica: el agua es un elemento imprescindible para la vida del que carece el pueblo; la roca es el elemento

Él les respondió:
–¿Por qué se rebelan contra mí y tientan
al Señor?
3 Pero el pueblo, sediento, protestó con-
tra Moisés:
–¿Por qué nos has sacado de Egipto?,
¿para matarnos de sed a nosotros, a nues-
tros hijos y al ganado?
4 Moisés clamó al Señor:
–¿Qué hago con este pueblo? Por poco
me apedrean.
5 El Señor respondió a Moisés:
–Pasa delante del pueblo, acompañado
de las autoridades de Israel, empuña el bas-
tón con el que golpeaste el Nilo y camina;
6 yo te espero allí, junto a la roca del Horeb.
Golpea la roca y saldrá agua para que beba
el pueblo.
Moisés lo hizo ante las autoridades is-
raelitas 7 y llamó al lugar Masá y Meribá,
porque los israelitas se habían quejado y
habían tentado al Señor, preguntando:
¿Está o no está con nosotros el Señor?

Victoria sobre Amalec
(Nm 24,20; Sal 83,8)

8 Los amalecitas fueron y atacaron a los
israelitas en Rafidín.
9 Moisés dijo a Josué:
–Escoge unos cuantos hombres, haz
una salida y ataca a Amalec. Mañana yo
estaré de pie en la cima del monte con el
bastón prodigioso en la mano.
10 Hizo Josué lo que le decía Moisés y
atacó a los amalecitas; entretanto, Moisés,
Aarón y Jur subían a la cima del monte.
11 Mientras Moisés tenía en alto la mano
vencía Israel, mientras la tenía bajada ven-
cía Amalec.
12 Y como le pesaban las manos, ellos
tomaron una piedra y se la pusieron debajo
para que se sentase; mientras, Aarón y Jur
le sostenían los brazos, uno a cada lado.
Así sostuvo los brazos hasta la puesta del
sol.
13 Josué derrotó a Amalec y a su tropa a
filo de espada.
14 El Señor dijo a Moisés:
–Escríbelo en un libro de memorias y
léeselo a Josué: Borraré la memoria de
Amalec bajo el cielo.
15 Moisés levantó un altar y lo llamó: Se-
ñor, mi estandarte, 16 diciendo:
–Monumento al trono del Señor; el Señor
está en guerra con Amalec de generación
en generación.

Visita de Jetró

18 1 Jetró, sacerdote de Madián, suegro
de Moisés, se enteró de todo lo que
había hecho Dios con Moisés y con Israel,
su pueblo y cómo el Señor había sacado a
Israel de Egipto. 2 Jetró, suegro de Moisés,
había recogido a Séfora, mujer de Moisés
3 y a sus dos hijos, cuando éste la había he-
cho regresar a su casa. Uno de esos hijos se
llamaba Guersón –por aquello que Moisés
había dicho: he sido forastero en tierra ex-
tranjera–, 4 y el otro Eleazar –por aquello
que Moisés había dicho: el Dios de mi pa-
dre me auxilia y me libró de la espada del
faraón– 5 Jetró fue a ver a Moisés, con la
mujer y los hijos de éste, al desierto donde
acampaban, junto al monte de Dios.
6 Cuando le informaron a Moisés: Ahí
está tu suegro Jetró, que ha venido a verte,
con tu mujer y tus hijos, 7 salió él a recibir-

---

de máxima aridez en la naturaleza. Este pueblo todavía no puede «producir» nada, simplemente anhela la vida de Egipto y rechaza el proyecto de libertad. Sólo un proceso de formación puede hacer que del pueblo-roca brote agua-vida, que se lleve a término el proyecto de solidaridad y de justicia. También desempeña un papel importante el bastón de Moisés, «con el que golpeaste el Nilo» (5), una manera de decir que es la misma mano divina, su pedagogía, la que puede golpear/guiar para transformar.

17,8-16 Victoria sobre Amalec. Como si se tratara de una consecuencia de la nueva vida que adquiere el pueblo después de beber del agua de la roca, nos encontramos con esta victoria sobre los amalecitas. Se trata de una tribu vecina de Judá que vivía en el Negueb, al sur de Israel, y que controlaba las rutas de las caravanas entre Egipto y Arabia. Aunque se subraya su valor guerrero, esta victoria se logra en realidad gracias a que Moisés sostiene en alto el mismo bastón con el que ya ha obrado otros prodigios; es otra forma de decir que la mano de Dios ayuda a vencer a los enemigos. Todo el relato refleja el recuerdo del antiguo odio de los israelitas hacia los amalecitas, cuyo origen y motivo se desconocen. Ese odio hace que se llegue a proyectar como voluntad divina la desaparición total de aquella tribu.

18,1-12 Visita de Jetró. Estamos ante una antigua tradición atribuida a la corriente teológico-literaria elohísta (**E**). Llama la atención que Moisés hubiera despedido a su esposa y a sus dos hijos y que Jetró los

lo, se postró, lo besó y se saludaron los dos;
después entraron en la tienda de campaña.
8 Moisés contó a su suegro todo lo que ha-
bía hecho el Señor al faraón y a los egipcios
a causa de los israelitas, y las dificultades
que habían encontrado por el camino y de
las cuales los había librado el Señor. 9 Se
alegró Jetró de todos los beneficios que el
Señor había hecho a Israel, librándolo del
poder egipcio, 10 y dijo:
–Bendito sea el Señor, que los libró del
poder de los egipcios y del faraón; 11 ahora
sé que el Señor es el más grande de todos
los dioses, porque cuando los trataban a
ustedes con arrogancia, el Señor libró al
pueblo del dominio egipcio.
12 Después Jetró, suegro de Moisés,
ofreció un holocausto y sacrificios a Dios;
Aarón, con todas las autoridades israelitas,
entró en la tienda y comieron con el suegro
de Moisés, en presencia de Dios.

Distribución de responsabilidades
(Dt 1,9-18; Nm 11,16-25)

13 Al día siguiente, Moisés se sentó a re-
solver los asuntos del pueblo, y todo el pue-
blo acudía a él de la mañana a la noche.
14 Viendo el suegro de Moisés todo lo que
hacía éste por el pueblo, le dijo:
–¿Qué es lo que haces con el pueblo?
¿Por qué estás sentado tú solo mientras
todo el pueblo acude a ti de la mañana a la
noche?
15 Moisés respondió a su suegro:
–El pueblo acude a mí para que consul-
te a Dios; 16 cuando tienen pleito vienen a
mí a que se lo resuelva y a que les explique
las leyes y mandatos de Dios.
17 El suegro de Moisés le replicó:
–No está bien lo que haces; 18 se están
matando, tú y el pueblo que te acompaña;
la tarea es demasiado pesada y no puedes
realizarla tú solo. 19 Acepta mi consejo y
que Dios esté contigo: tú representas al
pueblo delante de Dios, y le presentas sus
asuntos; 20 al mismo tiempo debes incul-
carle los mandatos y preceptos de Dios, y
enseñarle el camino que debe seguir y las
acciones que debe realizar.
21 Busca entre todo el pueblo algunos
hombres hábiles, que respeten a Dios, sin-
ceros, enemigos del soborno, y nombra en-
tre ellos jefes de mil, de cien, de cincuenta
y de veinte; 22 ellos administrarán justicia al
pueblo regularmente: los asuntos graves
que te los pasen a ti, los asuntos sencillos
que los resuelvan ellos; así se repartirá la
carga y tú podrás con la tuya. 23 Si haces lo
que te digo y Dios te da instrucciones, po-
drás resistir, y el pueblo se volverá a casa
en paz.
24 Moisés aceptó el consejo de su suegro
e hizo lo que le decía. 25 Escogió entre to-
dos los israelitas gente hábil y los puso al
frente del pueblo, como jefes de mil, de
cien, de cincuenta y de veinte. 26 Ellos ad-
ministraban justicia al pueblo regularmen-
te: los asuntos complicados se los pasaban
a Moisés, los sencillos los resolvían ellos.
27 Moisés despidió a su suegro y éste se vol-
vió a su tierra.

---

recibiera en su casa (2s). Éste los trae de nuevo a Moisés, quien no parece alegrarse con el reencuentro. La escena culmina con un sacrificio de Jetró y una cena con los israelitas. Describe la primitiva paz y armonía que hubo entre madianitas y hebreos, las cuales se rompieron en algún momento dando paso a una eterna enemistad.

18,13-27 Distribución de responsabilidades. Es llamativo el hecho de que alguien ajeno al pueblo y a la religión israelita como Jetró sea el gestor de este paso tan importante en la tarea legislativa y administrativa de Moisés. Su suegro es sacerdote de Madián, no del Señor; la confesión de 18,10s no implica necesariamente que se haya convertido a la fe yahvista. Pues bien, su consejo es tan sabio y acorde con la voluntad divina, que Moisés no consulta con su Dios y lo pone en práctica sin vacilar: nombra jueces menores que ayuden a la tarea de legislar y resolver los pleitos y conflictos del pueblo. Este pasaje corresponde en realidad a una época muy posterior a la del desierto. Algunos lo ubican en tiempos del rey Josafat (871-848 a.C., cfr. 2 Cr 19,4-11), cuya forma de gobierno se proyecta retrospectivamente hacia la etapa del desierto. De este modo, las experiencias del pasado se convierten en el paradigma para el presente. Nótense los criterios que debe tener Moisés para escoger a los jueces que ayudarán en la tarea; ¿no deberían prevalecer también entre nosotros?

LA ALIANZA

En el desierto sucede el gran encuentro del pueblo con Dios. La tradición ha fijado un lugar: el valle que se abre a los pies del Safsafá y el Monte de Moisés. Se trata de un encuentro fundacional.

La institución humana de la alianza, sobre todo en forma de alianza entre soberano y vasallo, se emplea para significar y realizar la unión de Dios con un pueblo escogido. Es el «sacramento» fundamental que constituye a Israel en pueblo de Dios. La alianza instaura relaciones, con compromisos bilaterales, aunque salvando la iniciativa y soberanía de Dios. El pueblo tiene que aceptar libremente y comprometerse con decisión.

Dios apoya su oferta en un acto liberador, ofrece y pone condiciones, sanciona con promesas y amenazas. La ceremonia es litúrgica, el pacto queda sellado con un sacrificio.

Las condiciones primarias de Dios son «diez palabras», el «decálogo»; a ellas se añade un «código de Alianza» (20,22–23,19). El decálogo, de origen no determinable, es una serie de preceptos escuetos –un par de ellos provistos de breve razonamiento– que intenta ofrecer una síntesis fundamental que regula las relaciones con Dios y con el prójimo. El «código de la Alianza» recoge leyes del patrimonio común antiguo, incluyendo sentencias judiciales, normas de derecho procesal y algunas prescripciones cúlticas.

Apenas terminada la alianza, el pueblo quebranta el segundo mandamiento. El pecado está descrito en una forma que parece depender del pecado de Jeroboán (1 Re 12,26-30). Moisés, intermediario de la alianza, tiene que interceder solidarizándose con su pueblo. De allí sube a la más alta intimidad con Dios.

Oferta de la Alianza
(24; Dt 29; Jos 24)

19 1 Aquel día, al cumplir tres meses de
salir de Egipto, los israelitas llegaron
al desierto del Sinaí;
2 saliendo de Rafidín llegaron al desierto
de Sinaí y acamparon allí, frente al monte.
3 Moisés subió hacia el monte de Dios y el
Señor lo llamó desde el monte, y le dijo:
4 –Habla así a la casa de Jacob, diles a
los hijos de Israel: Ustedes han visto lo que
hice a los egipcios, y cómo a ustedes los llevé en alas de águila y los traje a mí;
5 por
tanto, si quieren obedecerme y guardar mi
alianza, serán mi propiedad entre todos los
pueblos, porque toda la tierra me pertenece.
6 Ustedes serán para mí un pueblo sagrado, un reino sacerdotal. Esto es lo que
has de decir a los israelitas.
7 Moisés volvió, convocó a las autoridades del pueblo y les expuso todo lo que le
había mandado el Señor.
8 Todo el pueblo a una respondió:
–Haremos cuanto dice el Señor.
9 Moisés comunicó al Señor la respuesta, y el Señor le dijo:

19,1-9 Oferta de la Alianza. El hilo narrativo de las experiencias del pueblo en el desierto nos ha ido indicando las etapas de su recorrido. En cada una de ellas se ha puesto de manifiesto la insatisfacción y la rebeldía de los liberados de Egipto –cfr.15,22-24; 16,3 y 17,1-3–.

Es como si llegaran a un destino previamente concebido, el Sinaí, el Monte de Dios. La novedad de este arribo es la oferta definitiva de ser pueblo del único Dios, que a su vez será consagrado como un «reino sacerdotal» (6). La oferta divina abre al conglomerado de esclavos errantes por el desierto la posibilidad de convertirse en pueblo; de hecho, es el Sinaí con toda la tradición bíblica que arrastra el origen fundacional propiamente dicho de Israel como pueblo. Los israelitas tienen que considerar primero con qué clase de Dios se van a comprometer; no se trata de una divinidad común y corriente como tantas otras lugareñas, caprichosas, volubles y asociadas con los poderosos. Israel no debe olvidar que el Dios que gratuitamente se les ofrece para insertarse en su vida y en su camino es el mismo que actuó contra los egipcios –de nuevo Egipto, como símbolo de poder y opresión máxima– (4). Con todo, el pueblo no está obligado a seguir a este Dios, debe elegir «si quieren obedecerme...» (5). El desierto retoma su sentido simbólico de conciencia, de lugar donde el pueblo considera si le conviene o no obedecer a ese Dios de vida,

–Voy a acercarme a ti en una nube espesa, para que el pueblo pueda escuchar lo que hablo contigo y te crea en adelante.

Moisés comunicó al Señor lo que el pueblo había dicho.

Teofanía
(Dt 4,11s; Miq 1,4; Sal 50,1-3)

10 Y el Señor dijo a Moisés:

–Vuelve a tu pueblo, purifícalos hoy y
mañana, que se laven la ropa, 11 y estén
preparados para pasado mañana, porque pasado mañana bajará el Señor al monte
Sinaí, a la vista del pueblo. 12 Traza un lími-
te alrededor del monte y avisa al pueblo que se guarde de subir al monte o acercarse a la falda; el que se acerque al monte
será condenado a muerte. 13 Lo matarán,
sin tocarlo, a pedradas o con flechas, sea hombre o animal; no quedará con vida. Sólo cuando suene el cuerno podrán subir al monte.
14 Moisés bajó del monte adonde estaba el pueblo, lo purificó y le hizo lavarse la
ropa. 15 Después les dijo:

–Estén preparados para pasado mañana, y no toquen a sus mujeres.
16 Al tercer día por la mañana hubo truenos y relámpagos y una nube espesa se posó sobre el monte, mientras el toque de la trompeta crecía en intensidad, y el pueblo se puso a temblar en el campamento.
17 Moisés sacó al pueblo del campamento para recibir a Dios, y se quedaron firmes al
pie de la montaña. 18 El monte Sinaí era
una humareda total, porque el Señor bajó a él con fuego; se alzaba el humo como de un
horno, y toda la montaña temblaba. 19 El
toque de la trompeta iba creciendo en intensidad mientras Moisés hablaba y Dios le
respondía con el trueno. 20 El Señor bajó a
la cumbre del monte Sinaí, y llamó a Moisés a la cumbre. Cuando éste subió, 21 el
Señor le dijo:

–Baja al pueblo y mándales que no traspasen los límites para ver al Señor, porque
morirían muchísimos. 22 Y a los sacerdotes
que se han de acercar al Señor purifícalos, para que el Señor no arremeta contra ellos.
23 Moisés contestó al Señor:

–El pueblo no puede subir al monte Sinaí, porque tú mismo nos has mandado trazar un círculo que marque la montaña sagrada.
24 El Señor insistió:

–Anda, baja y después sube con Aarón; que el pueblo y los sacerdotes no traspasen el límite para subir adonde está el Señor, no sea que él les quite la vida.
25 Entonces Moisés bajó al pueblo y se lo dijo.

Decálogo
(34; Dt 5; Sal 50,16-20)

20 1 Dios pronunció las siguientes palabras:
2 –Yo soy el Señor, tu Dios, que te saqué de Egipto, de la esclavitud.

---

justicia y misericordia, que se ha ido revelando en su caminar. La respuesta del pueblo es: «haremos cuanto dice el Señor» (8).

19,10-25 Teofanía. Como en muchos otros pasajes del Pentateuco, también aquí se corre el riesgo de perderse en la lectura, ya que aparentemente hay contradicciones e ideas repetidas. No olvidemos que momentos tan importantes para la vida de Israel como la salida de Egipto, sus marchas por el desierto, y especialmente el encuentro con Dios en el Sinaí junto con la formulación de la Alianza y el decálogo, fueron transmitidos oralmente; más tarde se recogieron las diversas tradiciones y sus respectivas reinterpretaciones y se pusieron por escrito. Los redactores finales del Pentateuco también tenían sus propias intencionalidades pastorales e inquietudes teológicas muy definidas. Pero no quisieron desechar ningún material existente y lo combinaron en un solo relato, aparentemente uniforme.

Lo realmente importante es percibir la atmósfera que se va creando para lo que viene a continuación: el decálogo y la Alianza. El ambiente es casi litúrgico; se respira un aire de trascendencia y de solemnidad extremas. La purificación (10s); la exclusividad del lugar (12); los truenos, los relámpagos y la nube espesa (16); el humo, el fuego (18) y el toque de una trompeta (19) sirven para resaltar la absoluta trascendencia del Dios que está pactando con Israel. Es una manera de no confundirlo con ningún otro dios. El pueblo no resiste el encuentro directo con Él, necesita de un mediador, y ese mediador es Moisés, elegido por Dios y por el pueblo (20,19). Con esta figura, los autores bíblicos pretendían transmitir al creyente seguridad y confianza en los momentos más críticos de la historia del pueblo, especialmente cuando su vida estuvo amenazada, cuando algún tirano poderoso, secundado por sus divinidades, pretendía suplantar al Señor.

20,1-21 Decálogo. Enmarcada en el contexto de la Alianza de Dios con su pueblo encontramos la promulgación del decálogo o los diez mandamientos, que buscan regular las relaciones del pueblo, entre sus miembros y con Dios. Con excepción de los dos pri-

3 »No tendrás otros dioses aparte de mí.
4 No te harás una imagen, figura alguna de
lo que hay arriba en el cielo, abajo en la tie-
rra o en el agua bajo tierra. 5 No te postra-
rás ante ellos, ni les darás culto; porque yo,
el Señor, tu Dios, soy un Dios celoso: cas-
tigo la culpa de los padres en los hijos, nie-
tos y bisnietos cuando me aborrecen;
6 pero actúo con lealtad por mil generacio-
nes cuando me aman y guardan mis pre-
ceptos.
7 »No pronunciarás el Nombre del Señor,
tu Dios, en falso. Porque el Señor no dejará
sin castigo a quien pronuncie su Nombre en
falso.
8 »Fíjate en el sábado para santificarlo.
9 Durante seis días trabaja y haz tus tareas,
10 pero el día séptimo es un día de descan-
so, dedicado al Señor, tu Dios: no harás tra-
bajo alguno, ni tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu
esclavo, ni tu esclava, ni tu ganado, ni el
emigrante que viva en tus ciudades. 11 Por-
que en seis días hizo el Señor el cielo, la tie-
rra y el mar y lo que hay en ellos, y el sép-
timo descansó; por eso el Señor bendijo el
sábado y lo santificó.
12 »Honra a tu padre y a tu madre; así
prolongarás tu vida en la tierra que el Se-
ñor, tu Dios, te va a dar.
13 »No matarás.
14 »No cometerás adulterio.
15 »No robarás.
16 »No darás testimonio falso contra tu
prójimo.
17 »No codiciarás los bienes de tu próji-
mo; no codiciarás la mujer de tu prójimo, ni
su esclavo, ni su esclava, ni su toro, ni su
asno, ni nada que sea de él.
18 Todo el pueblo percibía los truenos y
relámpagos, el sonar de la trompeta y la
montaña humeante. Y el pueblo estaba ate-
rrorizado, y se mantenía a distancia. 19 Y di-
jeron a Moisés:
–Háblanos tú y te escucharemos; que no
nos hable Dios, que moriremos.
20 Moisés respondió al pueblo:
–No teman: Dios ha venido para probar-
los a ustedes, y para que siempre sientan
temor de él a fin de que no pequen.
21 El pueblo se quedó a distancia y Moi-
sés se acercó hasta la nube espesa donde
estaba Dios.

CÓDIGO DE LA ALIANZA

Ley sobre el altar

22 El Señor habló a Moisés:
–Di a los israelitas: Ustedes mismos han
visto que les he hablado desde el cielo;
23 no me coloquen a mí entre dioses de pla-
ta ni se fabriquen dioses de oro. 24 Me harás
un altar de tierra y en él ofrecerás tus holo-
caustos, tus sacrificios de comunión, tus
ovejas y tus vacas. En los lugares donde
haga pronunciar mi Nombre bajaré a ti y te
bendeciré. 25 Y si quieres hacerme un altar
de piedras, no lo construyas con piedras ta-
lladas, porque al picar la piedra con la he-
rramienta queda profanada. 26 No subas a
mi altar por escalones, no sea que al subir
por él se te vea tu desnudez.

---

meros que se refieren directamente a la relación con Dios, los demás buscan regular la ética interpersonal. Probablemente, en la antigüedad los jefes de cada familia o tribu instruían a sus niños y jóvenes mediante estas normas sencillas, pero claras y contundentes. Eran formas muy simples de mantener la armonía y la normalidad en las relaciones intergrupales, recogidas más tarde y situadas en un momento y lugar definitivos para la vida de Israel: el Sinaí. Estos mandatos, propios de la sabiduría popular, se ven respaldados por la autoridad del Señor, cuyos atributos de trascendencia y temor, pero también de amor paterno y materno, de justicia y misericordia, el pueblo ya conoce. Para un israelita, acogerse a esta ley no suponía atar su libertad o perder su autonomía; todo lo contrario, el Dios que había luchado contra Egipto para darles libertad (2) no tendría intención de volvérsela a quitar. Se trataba de mostrarles un camino por el cual acrecentarían esa libertad. La formulación de estos mandamientos y el lugar que ocupan en la narración indican que no buscan dar libertad, sino que la suponen y ayudan a mantenerla.

20,22-26 Ley sobre el altar. El israelita vive entre vecinos que practican el politeísmo y comercian con las representaciones en distintos materiales de sus divinidades, con la clara conciencia de que el Señor no es como ninguno de esos dioses del entorno. Él es invencible, trascendente y, por tanto, no es posible representarlo en imágenes. Cuando Israel cayó en la tentación de representar a Dios, el grito de los profetas no se hizo esperar. Esa repulsa de Dios a verse representado en imágenes sería una forma pedagógica

Leyes acerca de la esclavitud
(Lv 25,35-46; Dt 15,12-18)

21 1 Decretos que les promulgarás.
2 –Cuando te compres un esclavo hebreo, te servirá seis años y el séptimo marchará libre, sin pagar nada.
3 »Si vino solo, marchará solo. Si trajo mujer, marchará la mujer con él.
4 »Si fue su dueño quien le dio la mujer, de la que ha tenido hijos o hijas, entonces la mujer y los hijos pertenecen al dueño; el esclavo marchará solo.
5 »Pero si el esclavo dice: Me he encariñado con mi amo, con mi mujer y con mis hijos: no quiero marchar libre;
6 entonces su dueño lo llevará delante de Dios, lo acercará a la puerta o al marco de la puerta y con un punzón atravesará la oreja del esclavo, y éste quedará esclavo para siempre.
7 »Cuando alguien venda su hija como esclava, ella no marchará libre como marchan los esclavos.
8 »Si no le gusta a su dueño –al que había sido destinada–, él dejará que la rescaten, pero no tiene derecho a venderla a extranjeros, ya que ha sido desleal con ella.
9 »Si la ha destinado a su hijo, la tratará como a una hija.
10 »Si toma nueva mujer, no privará a la primera de comida, ropa y derechos conyugales.
11 Y si no le da estas tres cosas, ella podrá marcharse gratuitamente, sin pagar nada.

Legislación criminal

12 –El que hiera de muerte a un hombre, será castigado con la muerte.
13 Si no fue intencionado –Dios lo permitió–, yo te indicaré un lugar en el que podrá buscar asilo.
14 Pero si alguien está enojado con su prójimo y lo asesina a sangre fría, a ése aunque se refugie en mi altar, lo arrancarás de allí y le darás muerte.
15 »El que hiere a su padre o a su madre, será condenado a muerte.
16 »El que secuestra a un hombre, para venderlo o para retenerlo, será condenado a muerte.
17 »El que maldice a su padre o a su madre, será condenado a muerte.

Casuística criminal

18 –Cuando surja una pelea entre dos hombres y uno hiera al otro a puñetazos o a pedradas, sin causarle la muerte, pero obligándole a guardar cama,
19 si el herido puede levantarse y salir a la calle con ayu-

---

de llevar al pueblo a descubrirlo en el hermano y en la creación, no en una estatua.

Ligada a la prohibición de imágenes se encuentra la ley sobre el altar. Presupone una época muy posterior de la vida del pueblo, asentado ya en la tierra y con santuarios en muchos lugares del país, todos con el mismo valor e interés religioso. El altar no debe ser suntuoso, porque la suntuosidad roba a la disposición del corazón el lugar central que debería ocupar en el culto. El altar tampoco debe ser elevado para no provocar situaciones impúdicas (cfr. la serie de precauciones en 28,40-42).

21,1-11 Leyes acerca de la esclavitud. Sorprende que un pueblo recién liberado de la esclavitud esté comprometiéndose con una legislación que contempla la esclavitud con absoluta normalidad. El trasfondo histórico de estas leyes casuísticas indica que el pueblo vive en Canaán y que las infracciones a las que se refiere cada uno de estos casos son demasiado comunes. El legislador o los legisladores recurren a la autoridad divina y al momento fundacional del pueblo para respaldar la obligatoriedad moral de su cumplimiento. Muchas de estas leyes nos parecen de acuerdo a nuestra sensibilidad actual inhumanas, injustas y, lo que es peor, en contradicción con la imagen del Dios de la justicia que se autoreveló al comienzo del libro (3,7). Como venimos diciendo, la conciencia religiosa proyecta como voluntad divina aquello que en un determinado momento se juzga conveniente, bueno y válido para sí y para el grupo. En sus circunstancias históricas, el legislador consideró que estas normas eran la mejor manera de salir al paso a los abusos contra esclavos y esclavas. Cuando la esclavitud era algo normal no preocupaba eliminarla, sino regularla para favorecer, hasta donde fuera posible, al esclavo (8-10).

21,12-17 Legislación criminal. El denominador común de todos estos casos es la agresión contra la vida humana, que acarrea la pena de muerte. Ninguna agresión involuntaria, ni siquiera el homicidio accidental, era punible; nadie podía vengarse. Si alguien perseguía al agresor involuntario, bastaba con que éste se asilase temporalmente en un santuario para que su vida fuera perdonada. Pero en caso de homicidio premeditado, ni el mismo santuario podía salvarlo. Nótese la rigidez de la ley sobre el respeto y reverencia debida a los padres (15-17).

21,18-36 Casuística criminal. En esta sección, las leyes se centran en lo concerniente a lesiones corporales. Distingue claramente entre las lesiones causadas entre personas libres (18s.22-25) y las causadas a los esclavos (20s.26s). La segunda parte de la sección se desarrolla en torno a los casos de agresión por un toro, distinguiendo también entre libres (28-31) y esclavos

da de un bastón, entonces el que lo hirió
será declarado inocente: tendrá que pagar
únicamente los gastos de la sanación y el
tiempo perdido.
20 »Cuando alguien azote a varazos a su
esclavo o a su esclava, dejándolo muerto
en el instante, será declarado culpable;
21 pero si el esclavo dura con vida uno o
más días, entonces no se condenará al due-
ño, porque el esclavo era posesión suya.
22 »Cuando en una pelea entre hombres
alguien golpee a una mujer encinta, ha-
ciéndole abortar, pero sin causarle ninguna
lesión, se impondrá al causante la multa
que reclame el marido de la mujer, y la pa-
gará ante los jueces. 23 Pero cuando haya
lesiones, las pagarás: vida por vida, 24 ojo
por ojo, diente por diente, mano por mano,
pie por pie, 25 quemadura por quemadura,
herida por herida, golpe por golpe.
26 »Cuando alguien golpee a su esclavo o
esclava en el ojo y se lo inutilice, dará la li-
bertad al esclavo a cambio del ojo, 27 y si le
rompe un diente, le dará la libertad a cam-
bio del diente.
28 »Cuando un toro mate a cornadas a un
hombre o a una mujer, será apedreado y su
carne no se comerá; el dueño es inocente.
29 Si se trata de un toro que ya embestía an-
tes, y su dueño, advertido, no lo tenía en-
cerrado, entonces, si el toro mata a un
hombre o a una mujer, será apedreado, y
también su dueño será condenado a muer-
te. 30 Si en lugar de la pena de muerte le po-
nen una multa, pagará a cambio de su vida
lo que le pidan. 31 La misma norma se apli-
cará cuando el toro embista a un mucha-
cho o a una muchacha. 32 Pero si el toro
embiste a un esclavo o a una esclava, el
dueño del esclavo cobrará trescientos gra-
mos de plata y el toro será apedreado.
33 »Cuando alguien abra un pozo o cave
una fosa, dejándola sin cubrir, si cae dentro
un toro o un asno, 34 el dueño del pozo pa-
gará: restituirá en dinero al dueño del ani-
mal y él se quedará con el animal muerto.
35 »Cuando un toro mate a cornadas a
otro toro de distinto dueño, venderá el toro
vivo y se repartirán el dinero; también el
toro muerto se lo dividirán entre los dos.
36 Pero si se sabía que el toro ya embestía
antes y su dueño no lo tenía encerrado, en-
tonces pagará toro por toro, y él se queda-
rá con el toro muerto.

Leyes acerca de la propiedad

37 –Cuando alguien robe un toro o una
oveja para matarlo o venderlo, restituirá
cinco toros por toro y cuatro ovejas por
oveja.

22 1 –Si un ladrón es sorprendido
abriendo un boquete en un muro y
lo hieren de muerte, no hay homicidio;
2 pero si es a la luz del día, es un caso de

---

(32). Legisla incluso los casos de agresiones entre toros (35s). El versículo 33 contempla el caso del accidente de un toro o un asno por negligencia. Esclavos, toros y asnos formaban parte del patrimonio; eran indicativos de la economía doméstica y familiar que necesitaban protección.

Encontramos, además, la famosa «ley del Talión», cuyo objeto fue en principio refrenar la venganza desmesurada e insistir en una compensación proporcional al daño causado. La Biblia es contraria a la venganza desmedida y al acto de cobrar venganza por mano propia –cfr. en Gn 4,23s el caso de Lámec, hijo de padre maldito–. Jesús derogó expresamente esta ley (Mt 5,38s) como una alternativa posible de sanear las relaciones interpersonales.

21,37–22,16 Leyes acerca de la propiedad. Esta sección está dedicada al delito contra la propiedad, esto es, al robo, abuso o negligencia contra el bien ajeno. En ningún caso hay pena de muerte. Israel se cuidó de legislar la pena capital contra el robo, pero sí fue muy rígido con las multas e indemnizaciones si se probaba este delito (21,37). Los casos en que se necesitaba aportar pruebas o el sospechoso debía probar su inocencia se resolvían ante el Señor. Hemos de suponer que el lugar propicio para dirimir estos asuntos era el Santuario. Seguramente, consistía en una declaración de inocencia invocando el Nombre del Señor que –dada la gravedad de pronunciar el Nombre divino– debía acatar la contraparte. Menospreciar el juramento era menospreciar el mismo Nombre del Señor, aunque quien juraba invocando el Nombre divino también podía hacerlo maliciosamente. Eso es lo que el segundo mandamiento prohíbe: «No pronunciarás el nombre del Señor, tu Dios, en falso. Porque el Señor no dejará sin castigo a quien pronuncie su nombre en falso» (20,7). Nótese cómo esta sección se cierra con el caso de la seducción de una muchacha (22,15s), inmediatamente después de las leyes sobre el robo de toros, asnos y otros objetos de propiedad personal. La mujer, ya fuera la esposa o la hija, era considerada como un objeto de propiedad personal, cuyo valor estaba en muchos casos por debajo de un toro, de un asno o de un esclavo.

homicidio. El ladrón está obligado a restituir la totalidad de lo robado, y si no tiene con qué pagar, será vendido por el valor de lo robado. 3 Si el toro, el asno o el cordero robados se hallan aún vivos en manos del ladrón, éste restituirá el doble.

4 »Cuando alguien arrase un campo o una viña llevando a su rebaño a pastar en campo ajeno, restituirá con lo mejor de su propio campo o viña.

5 »Cuando se declare un incendio y se propague por los matorrales y devore las cosechas, los sembrados o el campo, el causante del incendio pagará los daños.

6 »Cuando alguien confíe en depósito a su prójimo dinero o cualquier otro objeto, y el objeto sea robado de casa de éste, entonces, si se descubre al ladrón, restituirá el doble, 7 y si no se descubre al ladrón, el dueño de la casa se presentará ante Dios y jurará que no ha tocado el objeto de su prójimo.

8 »En delitos contra la propiedad, ya sea de toro, asno, oveja, vestimentas o cualquier otro objeto perdido, si uno afirma que el objeto es suyo, se llevará el pleito ante Dios, y aquél a quien Dios declare culpable, pagará al otro el doble.

9 »Cuando alguien confíe en depósito a su prójimo un asno, un toro, una oveja o cualquier otro animal y el animal muere o se daña o es robado sin que nadie lo vea, 10 entonces el pleito se decidirá jurando ante Dios que no ha tocado el animal de su prójimo. El dueño del animal aceptará el juramento y no habrá restitución; 11 pero si se lo han robado viéndolo él, entonces se restituirá al dueño. 12 Si lo han descuartizado las fieras salvajes, se presentará como prueba el animal descuartizado y no habrá restitución.

13 »Cuando alguien pida en préstamo a su prójimo un animal, y el animal se dañe o muera estando ausente su dueño, debe restituirlo. 14 Si el dueño estaba presente, no habrá restitución. Si el acreedor es un jornalero, se le descontará de su salario.

15 »Cuando alguien seduzca a una muchacha soltera y se acueste con ella, pagará la dote y la tomará por mujer. 16 Si el padre de la muchacha no quiere dársela, entonces el seductor pagará la dote que se da por las vírgenes.

Legislación apodíctica

17 –No dejarás con vida a la hechicera.

18 »El que se acueste con bestias, será condenado a muerte.

19 »El que ofrezca sacrificios a los dioses –fuera del Señor– será exterminado.

20 »No oprimirás ni maltratarás al emigrante, porque ustedes fueron emigrantes en Egipto.

21 »No explotarás a viudas ni a huérfanos, 22 porque si los explotas y ellos gritan a mí, yo los escucharé. 23 Se encenderá mi ira contra ustedes y los haré morir a espada, dejando a sus mujeres viudas y a sus hijos huérfanos.

24 »Si prestas dinero a uno de mi pueblo, a un pobre que habita contigo, no serás con él un usurero, cargándole de intereses.

25 »Si tomas en prenda la ropa de tu prójimo, se la devolverás antes de ponerse el sol, 26 porque no tiene otro vestido para cubrir su cuerpo y para acostarse. Si grita a mí, yo le escucharé, porque yo soy compasivo.

22,17-30 Legislación apodíctica. La legislación apodíctica –es decir, una serie de mandatos en imperativo– va realmente hasta 23,19. En muchos de sus aspectos incluso supera a los diez mandamientos; al insistir en el amor y la misericordia debidos al prójimo, supera la mera preocupación ética y la equidad del decálogo. Aunque el contexto narrativo nos sitúa en el Sinaí, durante la promulgación del código de la Alianza, todos estos preceptos y normas suponen una larga experiencia de Israel como pueblo en tierra cananea. Cuando Israel tiene que volver a reflexionar sobre su pasado, su origen y sus compromisos fundacionales, proyecta hacia el origen del pueblo aquellas normas que considera necesarias para mejorar su presente y, sobre todo, para caminar más seguro hacia el futuro. Algunas leyes reflejan una sensibilidad y una gran sintonía con el querer de Dios (20-26); otras, por el contrario, pueden parecernos demasiado injustas y hasta contrarias a la voluntad de Dios. No es posible descontextualizarlas ni juzgarlas desde nuestros criterios actuales, pero tampoco podemos quedarnos con la idea simplista de que Dios permitía todo eso porque se trataba de un pueblo en formación. Dios nunca quiso ni querrá cosas semejantes; es la conciencia misma del pueblo la que proyecta como voluntad de Dios aquello que considera bueno en un determinado momento, y Dios asume ese riesgo de aparecer «a posteriori» como un ser injusto e insensible en ciertos aspectos.

27 »No blasfemarás contra Dios y no
maldecirás al jefe de tu pueblo.
28 »No te demores en ofrecer los prime-
ros frutos de tu cosecha y de tu vendimia.
»Me darás el primogénito de tus hijos;
29 lo mismo harás con tus toros y ovejas:
durante siete días quedará la cría con su
madre y el octavo día me la entregarás.
30 »Ustedes estarán consagrados a mí:
no coman carne de animal despedazado en
el campo; arrójensela a los perros.

Legislación judicial

23 1 –No harás declaraciones falsas: no
te pondrás de parte del culpable
para testimoniar en favor de una injusticia.
2 »No seguirás en el mal a los poderosos:
no declararás en un proceso siguiendo a los
poderosos y violando el derecho.
3 »No favorecerás al poderoso en su cau-
sa.
4 »Cuando encuentres extraviados el toro
o el asno de tu enemigo, se los llevarás a su
dueño.
5 »Cuando veas al asno de tu adversario
caído bajo la carga, no pases de largo;
préstale ayuda.
6 »No violarás el derecho del pobre en su
causa.
7 »Apártate de las causas falsas: no ha-
rás morir al justo ni al inocente ni declara-
rás inocente al culpable, porque yo no de-
claro inocente al culpable.
8 »No aceptarás soborno, porque el so-
borno ciega al que ve con claridad y falsea
la causa del inocente.
9 »No oprimirás al emigrante: ustedes
conocen la suerte del emigrante, porque
fueron emigrantes en Egipto.

Sábado y año sabático de la tierra

(Lv 25)

10 –Durante seis años sembrarás tu tierra
y recogerás la cosecha, pero el séptimo
año la dejarás descansar. 11 Deja que co-
man de allí los pobres de tu pueblo, y lo
que sobre lo comerán las fieras salvajes. Lo
mismo harás con tu viña y tu olivar.
12 »Durante seis días harás tus trabajos,
pero el séptimo día descansarás, para que
reposen tu toro y tu asno y se repongan el
hijo de tu esclava y el emigrante.
13 »Ustedes observarán todo lo que les
he dicho: no invocarán el nombre de dioses
extranjeros, ¡que su nombre no se oiga en
tus labios!

Prescripciones cúlticas

(34,18-23; Lv 23; Dt 16,1-16)

14 –Tres veces al año celebrarán fiesta en
mi honor:
15 »La fiesta de los Panes Ázimos, que
celebrarás así: durante siete días comerás
panes sin levadura –como les he ordenado–
en la fecha señalada del mes de Abril, por-
que en ese mes salieron de Egipto. No te
presentarás a mí con las manos vacías.

23,1-9 Legislación judicial. Encontramos una mezcla de leyes en esta sección que van desde el debido proceso en los tribunales (1-3.6-8) hasta las rectas acciones que se deben realizar cuando los animales de trabajo de un enemigo andan extraviados o están en peligro (4s). Es de subrayar la preocupación por la causa del pobre (6) y del inocente (7s); alguien que encarna al pobre es el emigrante, cuya suerte y situación conocieron los mismos israelitas en Egipto (9). Éste es el criterio que se debe tener para tratarlo con misericordia y justicia.

23,10-13 Sábado y año sabático de la tierra. Un campesino sabe que la tierra también necesita descansar. Pues bien, esa experiencia natural del campesino aparece aquí con carácter de ley divina, con la que todos se benefician, tierra, animales y personas. Especialmente son los pobres, los desposeídos de propiedad, los que pueden comer de los frutos que durante este año produce la tierra de manera silvestre. Pero hay una regulación para ellos: tomarán lo indispensable y lo demás queda para las fieras salvajes. El versículo 12 menciona de nuevo la exigencia del descanso sabático con un sentido más humanitario que religioso. La finalidad es que después de un período semanal de trabajo haya un día de reposo tanto para los animales como para las personas. Como una manera de introducir el calendario festivo que viene a continuación, se advierte al israelita de no invocar el nombre de dioses extranjeros. Recordemos que invocar un nombre era para el antiguo oriental aceptar a la persona. Así, invocando el nombre de un dios se le aceptaba, se le acogía. Los profetas lo denunciaron como idolatría, pero también como adulterio o falta contra la fidelidad debida al Señor (cfr. Os 2,17; Zac 13,2).

23,14-19 Prescripciones cúlticas. Este calendario de fiestas, todavía incompleto, posee dos características: 1. Son las fiestas que implican peregrinación, desplazamiento hasta el Santuario. Antes de la reforma de Josías el 622 a.C., estas fiestas se celebraban en los santuarios locales, y la gente peregrinaba al santuario más cercano. Después de la reforma, todo el mundo

16 »La fiesta de la Siega, de las primicias
de todo lo que hayas sembrado en tus tie-
rras.
»La fiesta de la Recolección, a fin de año,
cuando hayas terminado de recoger las co-
sechas de tus tierras.
17 »Tres veces al año se presentarán to-
dos los varones de tu pueblo ante el Señor.
18 »No acompañarás con pan fermenta-
do la sangre de mis sacrificios ni dejarás
hasta el día siguiente la grasa de mi fiesta.
19 »Llevarás a la casa del Señor, tu Dios,
las primicias de tus frutos. No cocerás el
cabrito en la leche de su madre.

Epílogo

20 –Voy a enviarte un ángel por delante
para que te cuide en el camino y te lleve al
lugar que he preparado. 21 Respétalo y obe-
décelo. No te rebeles, porque lleva mi Nom-
bre y no perdonará tus rebeliones. 22 Si le
obedeces fielmente y haces lo que yo digo:
tus enemigos serán mis enemigos y tus ad-
versarios serán mis adversarios. 23 Mi ángel
irá por delante y te llevará a las tierras de
los amorreos, heteos, fereceos, cananeos,
heveos y jebuseos, y yo acabaré con ellos.
24 »No adorarás sus dioses ni les servi-
rás. Y no imitarás sus obras. Al contrario,
destruirás y destrozarás sus piedras con-
memorativas.
25 »Ustedes sirvan al Señor, su Dios, y él
bendecirá tu pan y tu agua. Apartaré de ti
las enfermedades. 26 No habrá en tu tierra
mujer estéril ni que aborte. Colmaré el nú-
mero de tus días.
27 »Enviaré por delante mi terror y des-
baratará los pueblos que invadas; haré que
tus enemigos te den la espalda. 28 Enviaré
por delante el pánico que espantará delan-
te de ti a heveos, cananeos y heteos.
29 Pero no los echaré a todos en un año, no
vaya a quedar desierta la tierra y se multi-
pliquen las fieras. 30 Los iré echando poco a
poco, hasta que hayas crecido y puedas to-
mar posesión de la tierra.
31 »Marcaré las fronteras de tu país: des-
de el Mar Rojo hasta el mar de los filisteos
y desde el desierto hasta el Río. Los habi-
tantes de ese país los pondré en tus manos
y tú los echarás de tu presencia. 32 No ha-
rás alianzas con ellos ni con sus dioses 33 y
no les dejarás habitar en tu país, no sea que
te arrastren a pecar contra mí, adorando a
sus dioses, que serán para ti una trampa.

Rito de la Alianza

(19; Dt 29; Jos 24)

24 1 El Señor dijo a Moisés:
–Sube a mí con Aarón, Nadab y Abi-
hú y los setenta dirigentes de Israel y arro-
díllense allí a distancia. 2 Después se acer-

---

tenía que peregrinar hasta Jerusalén, único Santuario válido para la celebración de las festividades. 2. La fiesta exigía la presencia de los varones. Es probable que se trate de la misma realidad de patriarcalismo que atraviesa toda la Biblia y que llega a asumir que el varón santifica a la mujer –como padre o como esposo–; pero también es posible que se busque corregir lo que nosotros estamos acostumbrados a ver en nuestras propias comunidades: cuando se convoca a eventos religiosos, la asistencia es mayoritariamente femenina. Muchos hombres creen que pierden varonilidad al acudir a tales actividades; tal vez ya se viera en Israel, y por eso se subraya la presencia de los varones, sin que ello implique la ausencia de las mujeres y los niños. Concluye esta sección con varios mandatos sacrificiales (18s) típicos de la corriente sacerdotal (**P**). Es evidente que estas fiestas –de carácter agrícola– y la manera de realizarlas suponen que el pueblo ya está asentado en la tierra.

23,20-33 Epílogo. No está claro si se trata de uno de los pasos finales de las celebraciones de alianza. Este paso consistía en enumerar una lista de bendiciones, si todos los términos de la alianza eran cumplidos, o de maldiciones, si llegaban a quebrantarse (cfr. Dt 28). Hay quienes piensan que se trata más bien de un «discurso de despedida», ya que su contenido no hace referencia tan clara a los términos de la Alianza; se plantea que este discurso pretende animar al pueblo en la época difícil de los inicios de la monarquía (alrededor del s. IX a.C.), dado que se mencionan las fronteras del reino de David y de Salomón (31); al menos, se trataría de un texto adaptado para aquella época mediante la inserción de estos límites. En definitiva, la intención de este pasaje es advertir al pueblo sobre la fidelidad a los compromisos del Sinaí, sobre todo en un ambiente como el de Canaán, donde la comunidad israelita está rodeada de otros pueblos con culturas, creencias, religión y prácticas que Israel debía considerar abominables y contrarias a su modo de ser, al punto de tener como prioridad destruirlas completamente. Con todo, es frecuente en la predicación de los profetas la denuncia de la contaminación de la religión de su pueblo con las prácticas cananeas.

24,1-18 Rito de la Alianza. Como ya es común en tantos otros pasajes del Pentateuco, encontramos aquí una doble tradición en un solo relato: por un lado tenemos 1s.9-11, y por otro 3-8; ambas tradiciones cuentan a su modo los términos con los cuales se con-

cará Moisés solo, no ellos, y el pueblo que
no suba.
3 Moisés bajó y refirió al pueblo todo lo
que le había dicho el Señor, todos sus man-
datos, y el pueblo contestó a una:
–Haremos todo lo que dice el Señor.
4 Entonces Moisés puso por escrito to-
das las palabras del Señor; madrugó y le-
vantó un altar en la falda del monte y doce
piedras conmemorativas por las doce tribus
de Israel. 5 Mandó a algunos jóvenes israe-
litas ofrecer los holocaustos y ofrecer novi-
llos como sacrificios de comunión para el
Señor. 6 Después tomó la mitad de la san-
gre y la echó en recipientes, y con la otra
mitad roció el altar. 7 Tomó el documento
del pacto y se lo leyó en voz alta al pueblo,
el cual respondió:
–Haremos todo lo que manda el Señor y
obedeceremos.
8 Moisés tomó el resto de la sangre y ro-
ció con ella al pueblo, diciendo:
–Ésta es la sangre del pacto que el Se-
ñor hace con ustedes según lo establecido
en estas cláusulas.
9 Subieron Moisés, Aarón, Nadab, Abihú
y los setenta dirigentes de Israel, 10 y vieron
al Dios de Israel: bajo los pies tenía una es-
pecie de pavimento de zafiro, límpido como
el mismo cielo. 11 Dios no extendió la mano
contra los notables de Israel, que pudieron
contemplar a Dios, y después comieron y
bebieron.
12 El Señor dijo a Moisés:
–Sube hacia mí, al monte, que allí esta-
ré yo para darte las tablas de piedra con la
ley y los mandatos que he escrito para ins-
truirlos.
13 Se levantó Moisés y subió con Josué,
su ayudante, al monte de Dios; 14 a los diri-
gentes les dijo:
–Quédense aquí hasta que yo vuelva.
Aarón y Jur están con ustedes; el que ten-
ga algún asunto, que se lo traiga a ellos.
15 Cuando Moisés subió al monte, la
nube lo cubría 16 y la Gloria del Señor des-
cansaba sobre el monte Sinaí, y la nube lo
cubrió durante seis días. Al séptimo día
llamó a Moisés desde la nube. 17 La Gloria
del Señor apareció a los israelitas como
fuego voraz sobre la cumbre del monte.
18 Moisés se adentró en la nube y subió al
monte, y estuvo allí cuarenta días con sus
noches.

---

cluye la Alianza del Sinaí. Para la primera tradición, la Alianza culmina con una cena (9-11): El Señor recibe a los representantes de todo el pueblo y comparte con ellos una comida; se subraya mediante imágenes la absoluta trascendencia de Dios y al mismo tiempo se aclara que aunque los comensales han visto a Dios, Él no extendió su mano contra ellos (11). Los israelitas creían que quien viera el rostro de Dios moriría. La otra tradición (3-8) subraya el compromiso del pueblo, que expresamente dice: «haremos todo lo que manda el Señor y obedeceremos» (3b.7b). La lectura de los términos de la Alianza (7); la erección de un altar y doce piedras (4); el ofrecimiento de sacrificios de comunión (5) que equivale a decir que todo el pueblo participa del rito de la comida y, finalmente, el rito de aspersión con la sangre de los animales sacrificados (8), formaban parte del rito de cualquier alianza. Pero aquí no se trata de una alianza cualquiera, se trata de un pacto en el que el contrayente principal es Dios, lo cual le da un carácter de exclusividad a una figura tan común entre todos los pueblos del antiguo Cercano Oriente. Nunca se había visto que la divinidad desempeñara el papel de contrayente. A las divinidades se les invocaba y se les ponía de testigos, y se esperaba que de ellas provinieran las bendiciones por el cumplimiento o las maldiciones por el incumplimiento de las cláusulas. Aquí, Dios desempeña ambos papeles, es testigo y pactante, lo cual es garantía de que por su parte jamás habrá infidelidad alguna a su compromiso de ser el Dios del pueblo. Por su parte, tanto el rito de los sacrificios como la aspersión con la sangre sellan de manera definitiva el compromiso de unión entre sí y de adhesión total al Señor. La sangre era para los israelitas el símbolo de la vida, vida que ellos se comprometían a mantener y a defender una vez que eran rociados con ella.

Los versículos 12-18 nos van introduciendo en el relato del becerro de oro, pero al mismo tiempo la escuela sacerdotal los adaptó para preparar el ambiente de las prescripciones sobre la construcción del Santuario (25–31) y la subsiguiente ejecución de las órdenes divinas (35–40). Con todo, la intencionalidad de estos versículos es resaltar el gran valor teológico del Sinaí. A la corriente sacerdotal (**P**) no le interesa demasiado resaltar el valor del Sinaí como lugar de la Alianza, sino como lugar de la máxima manifestación de Dios y, por tanto, de sus exigencias más claras y fundamentales relativas a la santidad del pueblo, cuya vía más inmediata es el culto. De ahí la vinculación que hace esta corriente (**P**) entre el Santuario de Jerusalén, su sacerdocio y su sistema cultual sacrificial con el evento de la teofanía del Sinaí.

EL SANTUARIO I

En los capítulos anteriores se incorporó mucha reflexión posterior a las antiguas tradiciones narrativas. En los siguientes, tenemos una proyección ideal del culto israelita. No es que los nómadas israelitas desconocieran el culto: un objeto cúltico portátil es históricamente probable; pero los capítulos que siguen nos ofrecen una organización calculada y prevista hasta en los últimos detalles, una riqueza de materiales y una habilidad técnica imposibles entre los nómadas. No es un sueño fantástico sobre el futuro, sino la organización cúltica tardía transferida al desierto, al monte Sinaí, a la institución de Dios. ¿Por qué? El culto es un modo regular y sistemático de expresar y realizar la relación del hombre con Dios, y ha de ser legítimo, es decir, legalmente establecido, para que funcione, para que Dios lo acepte y el hombre entre en relación con Dios. El hombre no puede imponerlo, sólo Dios lo puede legitimar, o lo que es lo mismo, instituir legítimamente, revelando al hombre «el modelo» en todos sus detalles. La persona ejecuta las órdenes «ajustándose al modelo», y así sabe que Dios lo acepta.

El culto crea un universo sagrado, separado del contexto profano y consagrado: una tienda aparte, luz distinta, vestidos especiales, personal escogido y consagrado, incienso y aceite de receta exclusiva, tiempos especiales... El hombre transita alternativamente entre los dos universos, el sagrado y el profano, según las reglas y con las cautelas necesarias.

Buena parte de estos capítulos se refieren a materiales, espacios y utensilios sagrados; los ritos que se mencionan son ritos de consagración. El desarrollo concreto de la acción litúrgica está reunido en el Levítico. Todo este mundo, rígido y santo, tiene sentido como expresión de la actitud humana interna de adoración. Intentemos captar este sentido haciendo un esfuerzo de comprensión. Si a pesar del esfuerzo nos resulta remoto y extraño es porque nuestro culto a Dios ya no está ligado a esa rígida concepción sagrada.

[A] Tributos para la construcción del Santuario

(1 Re 7,13-51)

25 1 El Señor habló a Moisés:
2 –Ordena a los israelitas que recojan una ofrenda para mí; ustedes la recibirán de todos los que generosamente me la ofrezcan.
3 »Las ofrendas que ustedes aceptarán son: oro, plata y bronce; 4 púrpura violácea,
roja y escarlata; lino y pelo de cabra; 5 pieles de carnero curtidas; pieles finas y maderas de acacia; 6 aceite para la lámpara y perfumes para la unción y el sahumerio; 7 piedras de ónice y piedras de engaste para el efod y el pectoral.
8 »Hazme un santuario, y moraré entre ellos. 9 En su construcción te ajustarás al modelo del santuario y de los utensilios que yo te mostré.

[B] El arca

(37,1-9)

10 »Harás un arca de madera de acacia: ciento veinticinco centímetros de largo por setenta y cinco de ancho y setenta y cinco de alto.

25,1-9 [A] Tributos para la construcción del Santuario. Según la mentalidad de la corriente teológico-literaria sacerdotal (**P**), Dios exige una morada terrena para habitar en medio del pueblo (8), cuya construcción debe ajustarse a un modelo determinado por Dios mismo (9). Aunque lo que esta corriente (**P**) tiene en mente es propiamente el templo de Jerusalén, retroproyecta al Sinaí las órdenes para construirlo, primero, como una especie de Santuario portátil que acompañará a los israelitas en sus jornadas por el desierto. No era extraño para las antiguas tribus seminómadas llevar consigo una tienda especialmente diseñada con pieles rojas que tenía un carácter sagrado, ya que en ella portaban las estatuas de sus divinidades; gracias a su compañía se sentían seguros. Israel también estuvo acompañado por su Dios durante el camino del desierto. Cuando ya se instaló en la tierra, ese Santuario pasó de ser portátil a fijo, según el mismo modelo del primero.

25,10-22 [B] El arca. La función propia del arca era contener el documento de la Alianza, de ahí su nombre «arca de la Alianza» o «arca del testimonio». Más tarde, la tradición le añade el bastón de Moisés y la porción de maná que el Señor había ordenado

11 »La revestirás de oro puro por dentro y
por fuera, y alrededor le aplicarás un listón
de oro.
12 »Fundirás oro para hacer cuatro ani-
llas, que colocarás en los cuatro ángulos,
dos a cada lado.
13 »Harás también unos travesaños de
madera de acacia y los revestirás de oro,
14 y los meterás por las anillas laterales del
arca, para poder transportarla. 15 Los trave-
saños permanecerán metidos en las anillas
del arca, y no se sacarán. 16 Dentro del arca
guardarás el documento de la alianza que
te daré.
17 »Harás también una tapa de oro puro
de ciento veinticinco centímetros de largo
por setenta y cinco de ancho. 18 En sus dos
extremos harás dos querubines cincelados
en oro: 19 cada uno arrancará de un extre-
mo de la tapa, 20 y la cubrirán con las alas
extendidas hacia arriba. Estarán uno frente
a otro, mirando al centro de la tapa.
21 »Cubrirás el arca con la tapa, y dentro
de ella guardarás el documento de la alianza
que te daré. 22 Allí me encontraré contigo, y
desde encima de la tapa, en medio de los
querubines del arca de la alianza, te diré todo
lo que tienes que mandar a los israelitas.

[C] Mesa de los panes presentados
(37,10-16)

23 »Harás una mesa de madera de acacia
de cien centímetros de largo por cincuenta
de ancho y setenta y cinco de alto; 24 la re-
vestirás de oro puro y aplicarás alrededor
un listón de oro.
25 »Pondrás alrededor de ella una abraza-
dera de un palmo, y alrededor de la abraza-
dera un listón de oro.
26 »Harás cuatro anillas de oro y las co-
locarás en los ángulos de las cuatro patas.
27 Las anillas estarán sujetas a la abrazade-
ra; por ellas se meterán los travesaños para
poder transportar la mesa.
28 »Harás los travesaños de madera de
acacia, los revestirás de oro y con ellos
transportarás la mesa.
29 »Harás también fuentes, bandejas, ja-
rras y copas para la libación: todo de oro
puro.
30 »Sobre la mesa pondrás los panes pre-
sentados, de modo que estén siempre ante
mí.

[D] Candelabro
(37,17-24)

31 »Harás un candelabro de oro puro la-
brado a martillo: base, fuste, copas, cálices
y corolas formarán una sola pieza. 32 De sus
lados arrancarán seis brazos, tres a cada
lado. 33 Cada brazo tendrá tres copas, como
flores de almendro, con cáliz y corola; se-
rán iguales los seis brazos que arrancan del
candelabro. 34 El candelabro tendrá cuatro
copas, como flores de almendro, con cáliz
y corola. 35 Un cáliz debajo de cada pareja
de brazos del candelabro; serán iguales los
seis brazos del candelabro. 36 Cálices y fus-
tes arrancarán de él, todos por igual, cince-
lados en oro puro.
37 »Harás también siete lámparas y las
pondrás sobre el candelabro, de modo que

---

guardar en 16,32-34. Pero lo más importante es que el arca poseía una tapa diseñada especialmente, como una placa de oro, y era el lugar donde el Señor se encontraba con Moisés cuando venía a impartir sus mandatos (22). Esta tapa se describe como el espacio más sagrado del arca, dada la presencia de dos querubines que representan ese valor sagrado. El sentido religioso de Israel hizo evolucionar el valor simbólico de esta tapa hacia lo penitencial y expiatorio, considerando el lugar «propiciatorio» o de perdón (cfr. Lv 16).

25,23-30 [C] Mesa de los panes presentados. La mesa especialmente diseñada con materiales preciosos indica su exclusivo uso sagrado. Servía para contener los panes presentados o panes de la presencia o de la proposición. El pan servía como recordatorio de la Alianza de Dios con las doce tribus de Israel. Lv 24,5-9 indica que debían ser doce tortas de pan sin levadura, y cambiarse cada sábado y ser consumidas exclusivamente por los sacerdotes. Una tradición cuenta que David y sus acompañantes entraron hambrientos al Santuario y al no encontrar qué comer consumieron estos panes (1 Sm 21,1-6). A esa tradición se refiere Jesús en Mc 2,25-28 para indicar que ni siquiera estas normas tan rígidas pueden estar por encima del ser humano.

25,31-40 [D] Candelabro. La iluminación del recinto es motivo también de una estricta legislación. El candelabro posee unas características tan precisas y particulares, que algunos piensan que se trata de la representación simbólica de un árbol sagrado, que de algún modo expresaría la fecundidad que deriva de la unión de Dios con su pueblo. Este modelo de candelabro, denominado también «menorah», es conocido en todo el mundo como uno de los emblemas más significativos del moderno Israel.

iluminen la parte delantera. 38 Las tenazas
para arreglar los pabilos y los ceniceros se-
rán de oro puro. 39 Emplearás treinta kilos
de oro para hacer el candelabro y todos sus
utensilios.

40 »Te ajustarás al modelo que te fue
mostrado en la montaña.

[E] Lonas
(36,8-19)

26 1 –Harás el santuario con diez lonas
de lino fino, reforzado, de púrpura
violácea, roja y escarlata, y bordarás en
ellas unos querubines. 2 Cada lona medirá
catorce metros de largo por dos de ancho:
todas de la misma medida.

3 »Empalmarás las lonas en dos series
de a cinco cada una, 4 y en cada uno de los
bordes de las dos series de lonas harás
unas presillas de púrpura violácea: 5 cin-
cuenta en el borde de la primera serie y cin-
cuenta en el borde de la segunda. Las pre-
sillas se corresponderán entre sí.

6 »Harás también cincuenta ganchos de
oro y con ellos empalmarás las lonas, de
modo que el santuario forme una unidad.

7 »Tejerás también once piezas de pelo
de cabra, que sirvan de tienda de campaña
para el santuario. 8 Cada una medirá quin-
ce metros de largo por dos de ancho: las
once de la misma medida.

9 Por un lado empalmarás cinco lonas y
seis por el otro, y la sexta, plegada, servirá
de portal a la tienda.

10 »Pondrás cincuenta presillas en los
bordes de cada serie de lonas empalmadas.

11 »Harás también cincuenta ganchos de
bronce, los meterás por las presillas y ce-
rrarás la tienda de modo que forme una
unidad. 12 De lo que queda de lona de la
tienda, la mitad colgará en la parte poste-
rior del santuario, 13 y los cincuenta centí-
metros que sobran a lo largo de los dos la-
dos de la tienda colgarán sobre ambos
lados del santuario cubriéndolo.

14 »Harás también para la tienda una cu-
bierta de pieles de carnero curtidas y una
sobrecubierta de pieles finas.

[F] Tablones
(36,20-34)

15 »Harás unos tablones de madera de
acacia y los colocarás verticalmente en el
santuario. 16 Cada uno medirá cinco metros
de largo por setenta y cinco centímetros de
ancho, 17 y llevará dos espigas para ensam-
blarse con los contiguos. Harás todos los
tablones iguales. 18 Los colocarás del modo
siguiente: en la parte sur, veinte tablones
19 y debajo de ellos, cuarenta bases de pla-
ta, dos por cada tablón, para sus dos espi-
gas. 20 En el segundo lado, al norte, otros
veinte tablones 21 con sus cuarenta bases,
dos por tablón. 22 En el lado del fondo, oes-
te, seis tablones de frente, 23 y dos en los
ángulos. 24 Parejos por abajo y perfecta-
mente unidos por arriba hasta la primera
anilla: así formarán los dos ángulos del san-
tuario. 25 En total, ocho tablones con dieci-
séis bases, dos por tablón.

26 »Harás también cinco travesaños de
madera de acacia para los tablones de cada
lado, 27 y cinco para el lado del fondo, al
oeste. 28 El travesaño central, a media altu-
ra de los tablones, atravesará de un extre-
mo a otro. 29 Revestirás de oro los tablones
y los travesaños, y harás de oro las anillas
por donde han de pasar los travesaños.

26,1-37 [E] Lonas – [F] Tablones – [G] Cortina y antepuerta. Este modelo de Santuario plegable y portátil resulta ser en tamaño la mitad del templo de Salomón, si se compara con 1 Re 6,2.16s. Toda la estructura está en función del lugar sagrado por excelencia: el Santo de los Santos o lugar santísimo, donde se depositó el arca con su respectiva tapa (34s). Todo sirve para demarcar el lugar propio del Señor, pero también para establecer los «círculos» de santidad determinados por la cercanía o la lejanía de dicho lugar y, por tanto, determinar la santidad de las personas de acuerdo al lugar que podían ocupar en el Santuario. No hay que olvidar que estamos ante una manera de ser y de pensar muy particular, como es la escuela teológico-literaria sacerdotal (**P**), y que estas prescripciones obedecen a una época muy distinta y lejana a aquélla en que el Señor acompañó a su pueblo por el desierto. Sería contradictorio que un Dios que se revela como alguien dispuesto a vivir en medio de su gente decida de un momento a otro «encasillarse» en el reducido espacio que aquí se nos describe. De ahí que es muy importante ir descubriendo el movimiento evolutivo e involutivo del pensamiento religioso de Israel, sus avances y retrocesos, en los cuales se hace aparecer a Dios como el que avanza o retrocede. Ya sabemos que el Dios genuinamente bíblico es el Dios de la justicia, el Dios que no cambia sus decisiones, cuya decisión inamovible es estar

30 »Construirás el santuario ajustándote
al modelo que viste en la montaña.

[G] Cortina y antepuerta
(36,35-38)

31 »Harás una cortina de púrpura violá-
cea, roja y escarlata y lino fino reforzado, y
bordarás en ella querubines. 32 Colgarás la
cortina en cuatro columnas de madera de
acacia revestidas de oro y provistas de gan-
chos y de cuatro bases de plata. 33 La col-
garás debajo de los ganchos, y detrás de
ella colocarás el arca de la alianza. La cor-
tina separará el Santo del Santísimo.
34 »Colocarás la tapa de la expiación so-
bre el arca de la alianza, en el Santísimo.
35 Fuera de la cortina, al lado norte, pon-
drás la mesa, y en el lado sur, frente a la
mesa, colocarás el candelabro.
36 »Harás también una antepuerta para
la tienda, de púrpura violácea, roja y escar-
lata y lino fino, reforzado, todo esto reca-
mado artísticamente. 37 Y para la antepuer-
ta harás cinco columnas de madera de
acacia, que revestirás de oro lo mismo que
sus ganchos, y fundirás en bronce cinco
bases para las columnas.

[H] Altar de los holocaustos
(38,1-7)

27 1 –Harás el altar de madera de aca-
cia: será cuadrado y medirá dos me-
tros y medio por lado y metro y medio de
alto. 2 En las cuatro esquinas harás unos
salientes, que arrancarán de él, y los reves-
tirás de bronce.
3 »Harás para él recipientes para recoger
la ceniza, paletas, aspersorios, trinchantes
y braseros, todos de bronce.
4 »Harás también un enrejado de bronce,
y en sus cuatro ángulos pondrás cuatro ani-
llas de bronce. 5 Lo colocarás bajo los re-
bordes del altar, de modo que baje hasta
media altura del altar.
6 »Harás también para el altar unos tra-
vesaños de madera de acacia, los revesti-
rás de bronce, 7 y los meterás por las anillas
de los dos lados del altar para transportar-
lo. 8 Harás el altar con tablas, hueco por
dentro ajustándote al modelo que viste en
la montaña.

[I] Atrio del Santuario
(38,9-20)

9 »Harás así el atrio del santuario: En el
lado sur del atrio pondrás cortinas de lino
fino, reforzado, dispuestas a lo largo de cin-
cuenta metros. 10 Las veinte columnas y
bases serán de bronce, los ganchos y vari-
llas de las columnas serán de plata. 11 Lo
mismo harás en el lado norte: pondrás cor-
tinas dispuestas a lo largo de cincuenta me-
tros, veinte columnas con sus bases de
bronce, los ganchos y las varillas de las co-
lumnas de plata. 12 A lo ancho, en el lado
del oeste, colocarás cortinas dispuestas a
lo largo de veinticinco metros, con diez co-
lumnas y diez bases; 13 la anchura será de
veinticinco metros.
14 »A cada lado de la puerta pondrás cor-
tinas dispuestas a lo largo de siete metros y
medio, 15 con tres columnas y tres bases.
16 A la entrada del atrio pondrás una ante-
puerta de diez metros, de púrpura violácea,
roja y escarlata y lino fino, reforzado, reca-
mada artísticamente; con cuatro columnas
y cuatro bases. 17 Todas las columnas alre-
dedor del atrio estarán unidas por varillas
de plata, sus ganchos serán de plata, sus
bases de bronce.
18 »El atrio tendrá cincuenta metros de
largo por veinticinco de ancho por dos y
medio de alto; todo él será de lino fino re-

---

en medio de su gente, de la gente que Él ve y escucha, como los oprimidos y desheredados de la historia. Así lo ratificó en Jesús de Nazaret y así lo hemos de percibir hoy.

27,1-8 [H] Altar de los holocaustos. Básicamente, se trata de un cajón de madera recubierto con bronce, diseñado de tal manera que pudiera ser transportado. En él se ofrecían los holocaustos. Contrasta esta instrucción con 20,24, donde el Señor no quiere altares especiales. Este altar, cuando se construyó ya en los distintos santuarios y luego únicamente en el templo de Jerusalén, estaba provisto de cuernos en sus cuatro ángulos que servían para que un perseguido a muerte se sujetara de allí y le fuera reconocido su asilo en el Santuario (Éx 21,13s; 1 Re 1,50; 2,28).

27,9-19 [I] Atrio del Santuario. El atrio o patio es parte integral del Santuario que sirve para las ceremonias públicas. El atrio está separado de los demás lugares mediante una barrera de grandes cortinas. Es la manera de establecer el Santuario como lugar sagrado, separado de cualquier otro espacio. Nótese que en la visión de Ezequiel sobre la reconstrucción del templo de Jerusalén, la demarcación que separa «lo sagrado de lo profano» es un gran muro (cfr. Ez 42,20).

forzado y las bases de bronce. 19 Todos los
utensilios del servicio del santuario y todas
sus estacas, igual que las estacas del atrio,
serán de bronce.

[J] Aceite de la lámpara
(Lv 24,2-4)

20 »Manda a los israelitas que te traigan
aceite de oliva puro y refinado para alimen-
tar continuamente la lámpara. 21 Aarón y
sus hijos la prepararán en la tienda del en-
cuentro, fuera de la cortina que tapa el do-
cumento de la alianza, para que arda de la
tarde a la mañana en presencia del Señor.

»Ésta es una ley perpetua para todas las
generaciones israelitas.

Ornamentos sacerdotales
(Lv 8,6-9; Eclo 45,8-12)

28 1 –De entre los israelitas escoge a tu
hermano Aarón y a sus hijos Nadab,
Abihú, Eleazar e Itamar para que sean mis
sacerdotes.

2 »Harás confeccionar ornamentos sa-
grados, ricos y fastuosos, para tu hermano
Aarón. 3 Manda a todos los artesanos a
quienes yo he dotado de habilidad que con-
feccionen los ornamentos de Aarón para
consagrarlo sacerdote mío.

4 »Ornamentos que confeccionarán:
efod, pectoral, manto, túnica bordada, tur-
bante y faja. Los ornamentos que tu her-
mano Aarón y sus hijos usarán como sa-
cerdotes míos 5 se confeccionarán en oro,
púrpura violácea, roja y escarlata y lino.

[A] Efod
(39,2-7)

6 »Mandarás hacer artísticamente el
efod, en oro, púrpura violácea, roja y es-
carlata y lino fino reforzado; labor de arte-
sano. 7 Llevará dos hombreras unidas por
los extremos. 8 El cinturón para sujetar el
efod arrancará de él y será de la misma la-
bor: de oro, púrpura violácea, roja y escar-
lata y lino fino reforzado.

9 »Tomarás dos piedras de ónice y harás
grabar en ellas los nombres de las tribus is-
raelitas: 10 seis en cada piedra, por orden
de nacimiento. 11 Grabarán los nombres de
las tribus israelitas como graba el orfebre la
piedra de un sello, y las engarzarán en oro.
12 Aplicarás las dos piedras a las hombre-

27,20s [J] Aceite de la lámpara. El pueblo provee el aceite que alimenta la lámpara que está encendida perpetuamente delante del Santo de los Santos. Su preparación y manejo es exclusivo de los «hijos de Aarón», es decir, de los sacerdotes.

28,1-5 Ornamentos sacerdotales. Se establecen aquí dos asuntos importantes: 1. De dónde «provienen» los sacerdotes, esto es, de Aarón y sus hijos (1.4b). 2. La lista de ornamentos que han de llevar: efod, pectoral, manto, túnica bordada, turbante de lino y banda o cinturón. Ése era el modo como se revestía el sumo sacerdote en la época posterior al exilio. Es obvio que, en pleno desierto, Dios no iba a exigir todos estos aditamentos a un pueblo apenas liberado del poder faraónico. Da la impresión que el pueblo vuelve a iniciar un ciclo de nueva opresión. Hay que tener presente que, en términos históricos, el sacerdocio como tal no surgió en Israel sino hasta que hubo unas condiciones sociales y políticas muy definidas. Es muy importante conocer un poco la historia del sacerdocio en Israel para poder valorar mejor este bloque de capítulos que van del 25 al 31 y del 35 al 40, que con toda razón es llamado por muchos especialistas el «documento político» de la escuela teológico-literaria sacerdotal (**P**).

La línea sacerdotal que prevaleció en Israel proviene del núcleo de sacerdotes que oficiaban en Jerusalén cuando se decretó la eliminación de todos los santuarios locales (cfr. 2 Re 23,8s), dejando como único y exclusivo lugar para el culto el templo de Jerusalén. Allí estaban los sacerdotes sadoquitas descendientes de Sadoc, únicos «autorizados» para el culto. Se produjo un conflicto socio-económico y religioso muy serio con diferentes matices: el resto de sacerdotes que tuvieron que abandonar sus santuarios y que en su mayoría eran levitas quedaron sin empleo (cfr. Dt 12,4-14), rebajados a la categoría de ciudadanos de segunda en el templo, sin derecho a oficiar (2 Re 23,9). En varias ocasiones fueron objeto de la caridad pública junto con las viudas, los huérfanos y los emigrantes (cfr. Dt 26,12). Los sadoquitas, amos y señores del templo de Jerusalén, aunque no de estirpe levítica, se las ingeniaron para «demostrar» su especial ascendencia levítica por la línea de Aarón. En definitiva, prevaleció el sacerdocio aaronita, mientras que el «levita» vino a convertirse en sinónimo de «empleado inferior» del culto, subordinado a los hijos de Sadoc. Es lo que se desprende también de Ez 44,10-31.

Por tanto, todo este capítulo es una confirmación de las pretensiones de los sadoquitas de haber sido elegidos desde los comienzas mismos de Israel como pueblo para ser sus sacerdotes, consagrados en el mismo monte Sinaí, por vía de Aarón, figura central de este capítulo. Sus hijos sólo se vuelven a mencionar en los versículos 41-43.

28,6-14 [A] Efod. De las vestiduras mencionadas, las más importantes son el efod y el pectoral. El «efod»

ras del efod: piedras recordatorio de los israelitas. Aarón llevará sus nombres sobre las hombreras, como recordatorio para el Señor. 13 Mandarás hacer engastes de oro, 14 y dos cadenas de oro de ley, trenzadas como cordones, y las sujetarás a los engastes.

[B] Pectoral

(39,8-21)

15 »Mandarás hacer artísticamente el pectoral del juicio de Dios, de la misma labor que el efod: oro, púrpura violácea, roja y escarlata y lino fino reforzado. 16 Será doble y cuadrado, un palmo de largo por uno de ancho. 17 Colocarás en él cuatro filas de piedras preciosas: en la primera fila, carnelita, topacio y azabache; 18 en la segunda fila, esmeralda, zafiro y diamante; 19 en la tercera fila, jacinto, ágata y amatista; 20 en la cuarta fila, topacio, ónice y jaspe. 21 Las guarniciones de pedrería irán engastadas en monturas de oro. Llevará doce piedras, como el número de las tribus israelitas. Cada piedra llevará grabada, como un sello, el nombre de una de las doce tribus.

22 »Mandarás hacer además para el pectoral cadenas de oro de ley, trenzadas como cordones, 23 y dos anillas de oro que sujetarás a los dos extremos del pectoral. 24 Pasarás los dos cordones de oro por las dos anillas del pectoral, y los dos cabos de los cordones los unirás a las dos monturas, 25 y los fijarás en las hombreras del efod, por la parte delantera. 26 Mandarás hacer otras dos anillas de oro y las colocarás en los dos extremos del pectoral, en el borde interior que toca el efod. 27 Y otras dos anillas de oro, que fijarás en el borde inferior y delantera de las hombreras del efod, junto al empalme y más arriba del cinturón del efod. 28 Con un cordón de púrpura violácea sujetarán las anillas del pectoral con las del efod, para que quede sobre el cinturón del efod y no pueda desprenderse el pectoral del efod.

29 »Cuando Aarón entre en el santuario, llevará sobre su corazón, en el pectoral del juicio de Dios, los nombres de las tribus israelitas, como recordatorio perpetuo ante el Señor. 30 Pondrás en el pectoral del juicio de Dios los urim y los tumim, para que estén sobre el corazón de Aarón cuando entre a presentarse al Señor. Aarón llevará constantemente sobre el corazón, en presencia del Señor, el dictamen de Dios para los israelitas.

[C] Manto

(39,22-26)

31 »Mandarás hacer el manto del efod, todo él de púrpura violácea. 32 Llevará arriba una abertura en el centro, reforzada alrededor con un dobladillo como el que tienen los chalecos de cuero, para que no se rasgue. 33 En el borde del manto, todo alrededor, pondrás granadas de púrpura violácea, roja y escarlata, y alternando con ellas, cascabeles de oro; 34 cascabel y granada, todo alrededor.

35 »Aarón lo vestirá cuando oficie. Y al entrar en el santuario a presentarse al Señor, y al salir, se oirá el tintineo de los cascabeles: así no morirá.

---

fue una prenda exclusiva del sumo sacerdote; su forma se asemeja a un chaleco o pequeño delantal que se sostiene en el pecho por medio de dos tirantes (7) y una especie de cíngulo (8). De ambos tirantes u hombreras pendían, además, dos piedras preciosas con los nombres de las doce tribus de Israel, seis en cada una (9-11), recuerdo y símbolo de la presencia de todo el pueblo en los actos del culto que presidía el sumo sacerdote.

28,15-30 [B] Pectoral. Este complicado ornamento, elaborado como el efod con todo tipo de materiales preciosos, tiene como trasfondo histórico la costumbre de los antiguos sacerdotes locales de llevar una pequeña bolsa pendiente del cuello, en la cual portaban los «urim» y «tumim», es decir, los «sí» y los «no» también llamados «las suertes» (cfr. Nm 27,21; Dt 33,8). Podría tratarse de pequeñas piezas de piedra o de hueso que eran lanzadas por el sacerdote como se lanzan los dados al ser consultado sobre alguna decisión. La respuesta dada era del Señor, así que el sacerdote debía responder con los «urim» y «tumim» afirmativa o negativamente a la consulta. El resultado era muy respetado por tratarse de un «sí» o un «no» del mismo Dios (cfr. 1 Sm 28,6; Esd 2,63; Neh 7,65). En la época del profetismo ya no se consulta tanto al sacerdote sino al profeta, por eso aquí no se entra en detalles sobre la elaboración de los «urim» y «tumim», y quedarán prácticamente reemplazados por dos piedras grabadas con los nombres de las doce tribus de Israel. Así, un instrumento que originariamente fue oracular se transforma en un suntuoso ornamento cultual.

28,31-43 [C] Manto – [D] Flor de oro – [E] Otros vestidos. Completan las vestiduras sacerdotales un

[D] Flor de oro
(39,30s)

36 »Mandarás hacer una flor de oro de ley y grabarás en ella, como en un sello: Consagrado al Señor. 37 La sujetarás al turbante, por su parte delantera, con un cordón de púrpura violácea. 38 Se colocará sobre la frente de Aarón, y éste cargará con la culpa en que hayan incurrido los israelitas al hacer sus ofrendas sagradas. La llevará siempre sobre la frente para reconciliarlos con el Señor. 39 La túnica y el turbante serán de lino, y la faja estará recamada artísticamente.

[E] Otros vestidos
(39,27-29)

40 »Para los hijos de Aarón harás confeccionar túnicas, fajas y turbantes que les den esplendor y belleza. 41 Así deberás vestir a tu hermano Aarón y a sus hijos, luego los ungirás y los consagrarás sacerdotes míos. 42 Les vestirás además pantalones de lino que les cubran sus partes, de la cintura a los muslos. 43 Aarón y sus hijos los llevarán cuando entren en la tienda del encuentro o cuando se acerquen al altar para oficiar: así no incurrirán en culpa y no morirán.

»Ésta es una ley perpetua para Aarón y sus descendientes.

Ritual de consagración

29 1 –Rito de consagración de mis sacerdotes:

»Tomarás un novillo y dos carneros sin defecto, 2 pan ázimo, tortas ázimas amasadas con aceite y galletas ázimas untadas de aceite, todo ello preparado con harina de trigo de la mejor calidad. 3 Lo pondrás en una canasta y lo presentarás junto con el novillo y los dos carneros. 4 Después mandarás acercarse a Aarón y a sus hijos a la entrada de la tienda del encuentro y los harás bañarse. 5 Tomarás los ornamentos y vestirás a Aarón la túnica, el manto del efod, el efod y el pectoral, y sujetarás el efod con el cinturón. 6 Le pondrás el turbante en la cabeza y sobre él la diadema santa. 7 Luego, tomando el aceite de la unción, lo derramarás sobre su cabeza para ungirlo. 8 Después harás acercarse a sus hijos, les vestirás las túnicas, 9 les ceñirás las fajas y les pondrás los turbantes. El sacerdocio les pertenece por derecho perpetuo. Así consagrarás a Aarón y a sus hijos.

10 »Harás traer el novillo a la tienda del encuentro: Aarón y sus hijos pondrán la mano sobre la cabeza de la víctima. 11 Después degollarás el novillo en presencia del Señor, en la puerta de la tienda del encuentro, 12 y tomando sangre de la res, untarás con el dedo los salientes del altar. Después derramarás la sangre al pie del mismo altar. 13 Tomarás la grasa que envuelve las vísceras, el lóbulo del hígado, los dos riñones con su grasa y lo dejarás quemarse sobre el altar. 14 La carne, la piel y los excrementos los quemarás fuera del campamento. Es un sacrificio expiatorio.

15 »Después tomarás uno de los carneros. Aarón y sus hijos pondrán las manos sobre la cabeza de la víctima. 16 Lo degollarás y tomando sangre, rociarás el altar por todos los lados. 17 Descuartizarás el carnero, lavarás sus vísceras y patas, las pondrás sobre los trozos y la cabeza, 18 y lo dejarás quemarse completamente sobre el altar.

»Es holocausto para el Señor: oblación de aroma que aplaca al Señor.

19 »Después tomarás el segundo carnero. Aarón y sus hijos pondrán las manos sobre la cabeza de la víctima. 20 Degollarás el carnero, y tomando sangre, untarás con ella el lóbulo de la oreja derecha de Aarón y de sus hijos y los pulgares de sus manos y pies derechos. Luego con la sangre rociarás el altar por todos los lados. 21 Tomarás sangre del altar y aceite de la unción y salpicarás a Aarón y sus vestidos, a los hijos de Aarón y sus vestidos. Así se consagrarán Aarón con sus vestidos, sus hijos con

---

manto o especie de capa que debía vestirse sobre el efod (31) y una flor de oro grabada con la expresión: «Consagrado al Señor» (36), la cual iba sujeta al turbante (37), quedando a la altura de la frente. Su función era reconciliar al pueblo con el Señor por las posibles culpas cultuales. Estos ornamentos los llevarán los «hijos de Aarón y sus descendientes» (43).

29,1-46 Ritual de consagración. Los versículos 1-9 se refieren al rito de la consagración sacerdotal. Este rito comprende tres momentos importantes: la purificación mediante el baño (4), la imposición de los ornamentos (5s) y la unción (7). El versículo 9b declara la perpetuidad del sacerdocio de Aarón y sus descendientes. Es probable que un rito como éste sólo haya

sus vestidos. 22 Luego, del carnero de la
consagración tomarás la grasa, la cola, la
grasa que envuelve las vísceras, el lóbulo
del hígado, los dos riñones con su grasa y
la pierna derecha; 23 de la canasta de panes
ázimos presentados al Señor tomarás un
pan, una torta de pan amasada con aceite
y una galleta. 24 Pondrás todo ello en ma-
nos de Aarón y de sus hijos, para que lo
agiten ritualmente en presencia del Señor.
25 Lo recibirás otra vez de sus manos y lo
dejarás quemarse en el altar, sobre el holo-
causto, como aroma que aplaca al Señor.
Es una oblación al Señor.

26 »Después tomarás el pecho del car-
nero de la consagración de Aarón y lo agi-
tarás ritualmente en presencia del Señor.
Es la ración que te pertenece. 27 Del car-
nero de la consagración de Aarón y sus hi-
jos consagrarás el pecho agitado ritual-
mente y la pierna ofrecida en tributo: 28 les
pertenece a Aarón y a sus hijos como por-
ción perpetua de parte de los israelitas;
porque es el tributo, tomado de los sacrifi-
cios de comunión que los israelitas ofrecen
al Señor.

29 »Los ornamentos sagrados de Aarón
los heredarán sus hijos, para vestirlos du-
rante su unción y consagración. 30 Durante
siete días los vestirá el hijo que le suceda en
el sacerdocio, cuando entre en la tienda del
encuentro para oficiar en el santuario.

31 »Después tomarás el carnero de la
consagración, cocerás su carne en lugar
santo, 32 y Aarón y sus hijos la comerán
con el pan de la canasta, a la entrada de la
tienda del encuentro. 33 Comerán la parte
con que se hizo la expiación al ordenarlos y
consagrarlos. Ningún laico la puede comer,
porque es porción santa. 34 Y si sobra carne
y pan de la consagración para el día si-
guiente, se quemará. No se comerá, porque
es porción santa.

35 »Esto es lo que harás a Aarón y a sus
hijos, ajustándote a cuanto te he mandado.
La consagración durará siete días. 36 Cada
día ofrecerás un novillo expiatorio por el
pecado. Lo ofrecerás sobre el altar para ex-
piar por él, y ungirás el altar para consa-
grarlo. 37 La expiación y consagración del
altar durará siete días; el altar será sacro-
santo, y cualquier cosa que toque el altar
quedará consagrada.

38 »Ofrenda permanente que ofrecerás
sobre el altar cada día: dos corderos de un
año. 39 Uno por la mañana y otro por la tar-
de. 40 Con el primero harás una ofrenda de
la décima parte de una medida de harina de
la mejor calidad amasada con un litro de
aceite refinado y una libación de un litro de
vino. 41 El segundo cordero lo ofrecerás por
la tarde, con una ofrenda y una libación
como las de la mañana, en oblación de aro-
ma que aplaca al Señor.

42 »Éste es el holocausto que ofrecerán
perpetuamente de generación en genera-
ción, en presencia del Señor, a la puerta de
la tienda del encuentro, donde me encon-
traré contigo para hablarte. 43 Allí me
encontraré con los israelitas, y el lugar que-
dará consagrado con mi Gloria. 44 Con-
sagraré la tienda del encuentro y el altar,
consagraré a Aarón y a sus hijos como sa-
cerdotes míos. 45 Habitaré en medio de los
israelitas y seré su Dios. 46 Ellos reconoce-
rán que yo soy el Señor, su Dios, que los
sacó de Egipto para habitar entre ellos.

»Yo soy el Señor, su Dios.

---

empezado a verse en Israel después del exilio (587-534 a.C.), cuando el sumo sacerdote asume prácticamente el papel de rey.

Los ritos de consagración del sacerdote y del altar duraban siete días (37) y contemplan tres tipos de sacrificios: 1. El novillo que se ofrece por el pecado (10-14); de esta víctima no se puede comer nada, porque es ofrecida como expiación. 2. Se sacrifica un carnero, el cual se ofrece en holocausto, es decir, se quema todo en presencia de Dios (15-18). 3. El sacrificio de un carnero, cuyo sacrificio es de comunión (19-25.31-37). La parte que corresponde al sacerdote es el pecho (26-28). En esta comida, que tiene la característica de ser sagrada, no participan los laicos (33b). Nótese cómo para resaltar el carácter sagrado del altar se estipulan siete días de duración para su consagración y el sacrificio diario de un novillo con cuya sangre debía ser ungido el altar (36). Era tal la santidad del altar, que quien lo tocase quedaba santificado (37).

La convicción de la permanente presencia del Señor en medio de su pueblo hace que éste le ofrezca continuamente sus dones y ofrendas, convicción concreta de la corriente sacerdotal (**P**). La detallada elaboración de todos estos utensilios, ornamentos y ritos cultuales son puestos bajo la autoridad del mismo Dios que los sacó de Egipto (46).

EL SANTUARIO II

[A] Altar del incienso
(37,25-28)

30 1 –El altar del incienso lo harás de
madera de acacia, 2 de cincuenta
centímetros de largo por cincuenta de an-
cho; será cuadrado y tendrá un metro de
alto. De él arrancarán unos salientes. 3 Re-
vestirás de oro de ley la parte superior, to-
dos sus lados y los salientes; alrededor le
pondrás un listón de oro. 4 Bajo el listón, en
los rebordes de los dos lados opuestos,
pondrás dos anillas de oro; por ellas se me-
terán los travesaños para transportar el al-
tar. 5 Harás los travesaños de madera de
acacia, revestidos de oro. 6 Colocarás el al-
tar delante de la cortina que tapa el arca de
la alianza y delante de la tapa que cubre el
arca de la alianza, donde me encontraré
contigo.
7 »Aarón quemará sobre él el incienso
del sahumerio por la mañana, cuando pre-
pare las lámparas, 8 y lo mismo al atarde-
cer, cuando las encienda. Será el incienso
perpetuo que ofrecen de generación en ge-
neración en presencia del Señor. 9 No ofre-
cerán sobre el altar otro incienso, ni holo-
caustos, ni ofrendas, ni derramarán sobre él
libación alguna.
10 »Una vez al año Aarón hará el rito de
expiación untando con la sangre de la víc-
tima expiatoria los salientes del altar; una
vez al año a lo largo de las generaciones.
»El altar está consagrado al Señor.

[B] Tributo por el rescate
(38,26-28)

11 El Señor habló a Moisés:
12 –Cuando hagas el censo completo de
los israelitas, cada uno, al ser registrado,
dará al Señor un rescate por sí mismo, para
que no les suceda ninguna desgracia al ser
registrados. 13 Cada uno dará cinco gramos
de plata –peso del templo, que vale veinte
óbolos–: el tributo al Señor será cinco gra-
mos de plata. 14 Cada uno de los registra-
dos de veinte años para arriba pagará el tri-
buto del Señor. 15 Ni el rico pagará más de
cinco gramos ni el pobre menos cuando
den el tributo al Señor como rescate de sí
mismos. 16 Recibirás el dinero del rescate
de los israelitas y lo destinarás al servicio
de la tienda del encuentro: será el recorda-
torio de los israelitas para el Señor, como
rescate de sus vidas.

[C] Fuente de bronce
(38,8)

17 El Señor habló a Moisés:
18 –Harás una fuente de bronce para las
abluciones y su base será del mismo metal,
y la colocarás entre la tienda del encuentro
y el altar. Echarás agua en la fuente, 19 para
que Aarón y sus hijos se laven manos y
pies. 20 Cuando vayan a entrar en la tienda
del encuentro, se lavarán para no morir; lo
mismo harán cuando se acerquen al altar
para oficiar, para quemar una oblación al

30,1-10 [A] Altar del incienso. Se supone que todo lo referente al Santuario, a los sacerdotes y a los sacrificios estaba ya previsto y concluido; sin embargo, como si se hubiera pasado por alto, aparece aquí la orden de construir un altar para ofrecer exclusivamente incienso en la mañana y en la tarde. La única vez que el altar era tocado con algo diferente al humo del incienso era el día de la expiación, cuando el sumo sacerdote podía entrar al Santo de los Santos, quizás envuelto en la cortina del humo del sahumerio, y ungía los cuernos del altar con la sangre del sacrificio expiatorio (10).

30,11-16 [B] Tributo por el rescate. Este mandato, que suena un poco extraño para nosotros, refleja el respeto que tenían los israelitas por la vida y, sobre todo, su profunda convicción de que la vida y las personas son propiedad exclusiva de Dios. Realizar un censo era considerado como algo que contradecía esa convicción y, por tanto, podría traer grandes desgracias (cfr. Éx 30,12; Nm 14,29; 2 Sm 24). Era necesario pagar un rescate como una forma de reconocer que la vida pertenecía a Dios. Por la mención aquí de ricos y pobres (15), se puede pensar que esta ley es promovida por el templo mucho tiempo después del paso de los israelitas por el desierto. El tributo pagado por los mayores de veinte años era destinado al servicio del templo.

30,17-33 [C] Fuente de bronce – [D] Aceite de la unción. Las abluciones permiten el paso del ámbito profano al sagrado. A diferencia de los demás elementos incluidos para el culto en el Santuario, la fuente de bronce no es descrita ni se indican sus medidas; además, no se alude a ella en 38,29-31, donde se indica la cantidad de bronce obtenida por el pueblo, así como el destino que se le dio; por eso, muchos biblistas piensan que se trata de una adición tardía.

La elaboración minuciosa del aceite manifiesta su carácter trascendente, pues sirve para consagrar todos

Señor. 21 Se lavarán los pies y las manos para no morir.

»Ésta es una ley perpetua para ustedes, para Aarón y sus descendientes, por todas las generaciones.

[D] Aceite de la unción

22 El Señor habló a Moisés:

23 –Toma perfumes de gran precio: cinco kilos de mirra en grano, dos kilos y medio de canela, dos kilos y medio de caña de olor, 24 cinco kilos –pesos del templo– de acacia y tres litros y medio de aceite de oliva. 25 Con estos ingredientes harás el aceite de la unción santa. Harás la mezcla según la receta del perfumista, y servirá para la unción santa. 26 Untarás con él la tienda del encuentro y el arca de la alianza, 27 la mesa y todos sus utensilios, el candelabro con todos sus utensilios y el altar del incienso, 28 el altar de los holocaustos con sus utensilios, la fuente de bronce con su base. 29 Todos ellos los consagrarás para que sean sacrosantos. El que los toque quedará consagrado.

30 »Ungirás también a Aarón y a sus hijos para consagrarlos como sacerdotes míos. 31 A los israelitas les dirás: Éste será el aceite de mi unción santa a lo largo de las generaciones. 32 No se derramará sobre ningún otro ni copiarán su receta. Es santo y como tal debe ser tratado. 33 El que haga una mezcla según esta receta y la derrame sobre un laico, será excluido de su pueblo.

[E] Incienso

(37,29)

34 El Señor dijo a Moisés:

–Toma una misma cantidad de resina aromática, ámbar, bálsamo e incienso depurado, 35 y según la receta del perfumista, haz con todo ello un incienso, échale sal, y serás puro y santo. 36 Parte de él lo machacarás hasta reducirlo a polvo y lo pondrás delante del arca de la alianza, en la tienda del encuentro, donde me encontraré contigo. Será para ustedes sacrosanto. 37 No harán incienso para uso personal según la misma receta. Lo considerarán consagrado al Señor. 38 El que copie la receta para perfumarse, será excluido de su pueblo.

Artesanos del Santuario

(35,30-35)

31 1 El Señor habló a Moisés:

2 –He escogido personalmente a Besalel, hijo de Urí, hijo de Jur, de la tribu de Judá, 3 y lo he colmado de dotes sobrehumanas, de destreza, habilidad y saber en su oficio, 4 para que proyecte y labre oro, plata y bronce; 5 para que talle piedras y las engaste; para que talle madera, y para las demás tareas. 6 Le doy como ayudante a Ohliab, hijo de Ajisamac, de la tribu de Dan. A todos los artesanos les he dado habilidad para que hagan todo lo que te he mandado, 7 la tienda del encuentro, el arca de la alianza, la placa que la tapa y todos los utensilios de la tienda; 8 la mesa con sus utensilios, el candelabro de oro de ley con sus utensilios y el altar del incienso; 9 el altar de los holocaustos con sus utensilios, la fuente de bronce con su base; 10 todos los ornamentos sagrados del sacerdote Aarón y sus hijos para cuando oficien; 11 el aceite de la unción y el incienso del sahumerio del templo. Lo harán ajustándose a lo que yo he ordenado.

Descanso del sábado

(Nm 15,32-36)

12 El Señor habló a Moisés:

13 –Di a los israelitas: guardarán mis sábados, porque el sábado es la señal convenida entre mí y ustedes, por todas las ge-

---

los elementos de culto del Santuario, así como para la unción de Aarón y sus hijos. En las ceremonias antiguas de consagración, sólo Aarón o el sumo sacerdote eran ungidos con el aceite sagrado (29,7-9); aquí la consagración también se extiende a los hijos de Aarón, por eso muchos biblistas piensan que se trata de otra adición tardía.

30,34-38 [E] Incienso. El incienso, de uso corriente entre quienes podían costearlo, tiene aquí carácter sagrado gracias a la elaboración de una fórmula debidamente preparada y a la consagración hecha por Moisés. Se supone que eran actividades propias del sumo sacerdote. Esta fórmula no podía utilizarse para uso personal, a riesgo de ser excluido del pueblo (37s).

31,1-11 Artesanos del Santuario. Para dar el realce sagrado que corresponde al Santuario como lugar de la presencia divina se establece el carácter de elección divina de los artesanos que están dotados de habilidades sobrehumanas para realizar su trabajo (3.6b). En el antiguo Canaán, la construcción del templo de Baal estuvo dirigida por el dios de los artesanos. Es la

neraciones, para que ustedes sepan que yo
soy el Señor, que los santifica.
14 Guardarán el sábado porque es día
santo para ustedes; el que lo profane será
condenado a muerte; el que trabaje será
excluido de su pueblo. 15 Seis días podrán
trabajar; el séptimo es día de descanso so-
lemne dedicado al Señor. El que trabaje en
sábado será condenado a muerte. 16 Los is-
raelitas guardarán el sábado a lo largo de
las generaciones como alianza perpetua.
17 Será la señal perpetua entre yo y los is-
raelitas, porque el Señor hizo el cielo y la
tierra en seis días y el séptimo descansó.
18 Cuando acabó de hablar con Moisés
en el monte Sinaí, le dio las tablas de la
alianza: tablas de piedra escritas por el
dedo del Señor.

APOSTASÍA DE ISRAEL Y RENOVACIÓN DE LA ALIANZA

El ternero de oro

(1 Re 12,25-33; Sal 106,19-23)

32 1 Viendo el pueblo que Moisés tarda-
ba en bajar del monte, acudió en
masa ante Aarón, y le dijo:
–Fabrícanos un dios que vaya delante de
nosotros; porque no sabemos qué le ha pa-
sado a ese Moisés que nos sacó de Egipto.
2 Aarón les contestó:
–Quítenles los pendientes de oro a sus
mujeres, hijos e hijas y tráiganmelos.
3 Todo el pueblo se quitó los pendientes
de oro y se los trajo a Aarón. 4 Él los reci-
bió, hizo trabajar el oro a cincel y fabricó un
ternero de fundición. Después les dijo:
–Éste es tu dios, Israel, que te sacó de
Egipto.
5 Después, con reverencia, edificó un al-
tar ante él y proclamó:
–Mañana es fiesta del Señor.
6 Al día siguiente se levantaron, ofrecie-
ron holocaustos y sacrificios de comunión,
el pueblo se sentó a comer y beber y des-
pués se levantó a danzar.
7 El Señor dijo a Moisés:
–Anda, baja del monte, que se ha per-
vertido tu pueblo, el que tú sacaste de
Egipto. 8 Pronto se han desviado del cami-
no que yo les había señalado. Se han hecho
un novillo de metal, se postran ante él, le

---

manera como la corriente sacerdotal (**P**) rodea la construcción del templo y las instituciones cultuales de una autoridad divina, de la que proceden directa o indirectamente las órdenes. Sabemos que esta corriente (**P**) hace coincidir la creación del mundo con la construcción del Santuario «portátil» en el desierto y la erección definitiva del templo en la tierra prometida. Con ello se sustenta la convicción teológica de la presencia permanente de Dios en medio de su pueblo.

31,12-18 Descanso del sábado. En Éx 16,23-30, la corriente sacerdotal (**P**) ya había hecho una conexión muy interesante del sábado con el don del maná en el desierto para decir que la recolección del maná –símbolo de la necesaria búsqueda humana de la subsistencia– debía respetar un ciclo de actividad y de reposo –el hombre y la mujer son algo más que meros entes condenados a sobrevivir–. Dicho reposo estaba ordenado por Dios mismo. En aquella ocasión, esta corriente (**P**) lo encuadra con el maná, pero no lo explica. En este pasaje lo saca de nuevo a la luz para conectarlo con todo el documento sobre las estipulaciones para construir el Santuario, pero además lo conecta directamente con las faenas de la creación divina (17) y le da un valor de signo de Alianza entre Dios y su pueblo (13.17). Quebrantar el sábado conlleva la pena de muerte (15). Seguramente, habría muchas infracciones contra la observancia del sábado, pero en la Escritura encontramos sólo un caso en el cual es ejecutado el infractor (Nm 15,32-36).

32,1-14 El ternero de oro. En contraste con Éx 19,8 y 24,3.7, donde todo el pueblo promete hacer cuanto mande el Señor, encontramos este relato con la intención de subrayar la infidelidad del pueblo a la Alianza. El pueblo trata de disculpar este acto, que generalmente se denomina apostasía, con la ausencia de Moisés y su ignorancia de dónde se encuentra (1). Y es que, efectivamente, en 24,18 se nos dijo que Moisés había subido al monte y había permanecido allí cuarenta días con sus noches. Queda claro que lo que se realiza aquí es en ausencia de Moisés, pero en presencia y con el beneplácito de Aarón. Se han dado muchas interpretaciones acerca de este pasaje sin llegar a alcanzar la unanimidad respecto a su significado. Por ahora, lo que más nos sirve a nosotros es entender el pasaje como un relato cargado de simbolismo, donde se busca demostrar que ya desde los comienzos de Israel como pueblo hubo infidelidades y rechazo hacia el Dios que le había dado la vida. La infidelidad conllevó siempre el castigo y los «intentos» por parte de Dios de exterminarlos a todos; pero siempre hubo un mediador, generalmente un profeta, en este caso Moisés. Desempeña tan bien su papel de mediador

ofrecen sacrificios y proclaman: Éste es tu
dios, Israel, el que te sacó de Egipto.
9 Y el Señor añadió a Moisés:
–Veo que este pueblo es un pueblo tes-
tarudo. 10 Por eso déjame: mi ira se va a en-
cender contra ellos hasta consumirlos. Y de
ti sacaré un gran pueblo.
11 Entonces Moisés aplacó al Señor, su
Dios, diciendo:
–¿Por qué, Señor, se va a encender tu ira
contra tu pueblo, que tú sacaste de Egipto
con gran poder y mano robusta? 12 ¿Ten-
drán que decir los egipcios: Con mala in-
tención los sacó, para hacerlos morir en las
montañas y exterminarlos de la superficie
de la tierra? Desiste del incendio de tu ira,
arrepiéntete de la amenaza contra tu pue-
blo. 13 Acuérdate de tus siervos Abrahán,
Isaac e Israel, a quienes juraste por ti mis-
mo, diciendo: Multiplicaré su descendencia
como las estrellas del cielo, y les daré toda
esta tierra de que he hablado, para que la
posean siempre.
14 Y el Señor se arrepintió de la amena-
za que había pronunciado contra su pue-
blo.

Castigo

15 Moisés se volvió y bajó del monte con
las dos tablas de la alianza en la mano. Las
tablas estaban escritas por ambos lados,
por delante y por detrás; 16 eran hechura de
Dios y la escritura era escritura de Dios gra-
bada en las tablas.
17 Al oír Josué el griterío del pueblo, dijo
a Moisés:
–Se oyen gritos de guerra en el campa-
mento.
18 Contestó él:
–No es grito de victoria, no es grito de
derrota, son otros cantos lo que oigo.
19 Al acercarse al campamento y ver el
ternero y las danzas, Moisés, enfurecido,
tiró las tablas y las rompió al pie del mon-
te. 20 Después agarró el ternero que habían
hecho, lo quemó y lo trituró hasta hacerlo
polvo, luego esparció el polvo en agua, y se
lo hizo beber a los israelitas.
21 Moisés dijo a Aarón:
–¿Qué te ha hecho este pueblo para que
le hicieras cometer tan enorme pecado?
22 Contestó Aarón:
–No te irrites, señor. Sabes que este pue-
blo es perverso. 23 Me dijeron: Fabrícanos
un dios que vaya delante de nosotros, por-
que no sabemos qué le ha pasado a ese
Moisés que nos sacó de Egipto.
24 Yo les dije: Quien tenga oro que se
desprenda de él y me lo dé. Yo lo eché al
fuego y salió este ternero.
25 Moisés, viendo que el pueblo estaba
desenfrenado por culpa de Aarón, que lo
había expuesto al ataque enemigo, 26 se
plantó a la puerta del campamento y gritó:

---

que logra que Dios se arrepienta de su decisión para dar paso al perdón y a la acogida amorosa de los infractores (14).

Esta misma dinámica atraviesa toda la historia de Israel, y es a la luz de ella como podemos entender el mensaje de los profetas. Es, al mismo tiempo, la clave que nos ayuda a entender el impacto que produjo este pasaje releído y actualizado en los momentos más difíciles de la historia del pueblo. Pensemos sólo en la época del destierro (587-534 a.C.) cuando todo se había perdido, incluso casi la misma fe en el Señor. Seguramente, la relectura de este pasaje llevó a un renacer de la fe y de la esperanza. Fe en que ese Dios comprometido con el pueblo desde tiempos de la esclavitud, que no los borró de la faz de la tierra en otras circunstancias también difíciles, ahora tampoco los destruiría ni los abandonaría, siempre y cuando el pueblo reconociera sus culpas. Así pues, se puede constatar que Dios asume un compromiso con Israel, no porque sea el mejor de todos, sino precisamente porque es pecador y porque es también el lugar teológico de la misma «esperanza divina» –Dios también tiene esperanza– en el cambio del pueblo gracias a Su justicia.

32,15-29 Castigo. La ira del Señor aplacada por Moisés se enciende ahora hacia el propio Moisés, quien al constatar la falta en que ha incurrido su pueblo lanza las tablas de la Alianza y las rompe al pie del monte (19); luego destruye también el ternero de oro y lo incinera, haciendo beber al pueblo sus cenizas mezcladas con agua (20). El castigo es ejecutado por quienes son fieles a Moisés: los levitas, que al parecer no se contaminaron con el culto dado al ternero (27s); mediante la ejecución de la pena de muerte son consagrados y bendecidos (29). Es importante tener en cuenta que se maneja el simbolismo de las imágenes para transmitir una idea. No hay que tomar al pie de la letra lo que nos narra el pasaje porque se echa a perder todo el valor simbólico que encierra y porque, sobre todo, se distorsiona el mensaje teológico religioso que tuvo en su momento y que puede tener hoy para nosotros, a saber: la fidelidad al Dios de la liberación y de la vida exige un rechazo radical de todo aquello que se opone al plan divino. Cuando se camina detrás de otros dioses, detrás de otros proyectos, se camina directamente a la perdición.

–¡Los que estén de parte del Señor, jún-
tense conmigo!
Y se le juntaron todos los levitas.
27 Él les dijo:
–Esto dice el Señor Dios de Israel: Tome
cada uno la espada; regresen al campa-
mento, vayan de puerta en puerta y maten
sin tener en cuenta si es hermano, compa-
ñero, o pariente.
28 Los levitas cumplieron las órdenes de
Moisés, y aquel día cayeron unos tres mil
hombres del pueblo.
29 Moisés les dijo:
–Hoy se han consagrado al Señor, a cos-
ta del hijo o del hermano, ganándose hoy
su bendición.

Intercesión

30 Al día siguiente Moisés dijo al pueblo:
–Han cometido un pecado gravísimo;
pero ahora subiré al Señor a ver si puedo
conseguir que los perdone.
31 Volvió, entonces, Moisés al Señor y le
dijo:
–Este pueblo ha cometido un pecado
gravísimo haciéndose dioses de oro. 32 Pero
ahora, o perdonas su pecado o me borras
de tu registro.
33 El Señor respondió:
–Al que haya pecado contra mí lo borra-
ré del libro. 34 Ahora ve y guía a tu pueblo
al sitio que te dije: mi ángel irá delante de
ti. Y cuando llegue el día de la cuenta, les
pediré cuentas de su pecado.
35 Y el Señor castigó al pueblo por vene-
rar el ternero que había hecho Aarón.

Rechazo

33 1 El Señor dijo a Moisés:
–Anda, marcha desde aquí con el
pueblo que sacaste de Egipto a la tierra que
prometí a Abrahán, Isaac y Jacob que le
daría a su descendencia. 2 Enviaré por de-
lante mi ángel para que expulse a cana-
neos, amorreos, hititas, fereceos, heveos y
jebuseos; 3 a una tierra que mana leche y
miel. Pero yo no iré entre ustedes, porque
son un pueblo duro de cabeza y los aniqui-
laría en el camino.
4 Al oír el pueblo palabras tan duras,
guardó luto y nadie se puso sus joyas.
5 El Señor había dicho a Moisés:
–Di a los israelitas: Son un pueblo de ca-
beza dura; si yo los acompañara sólo un
momento los aniquilaría; ahora quítense las
joyas que llevan, y ya veré lo que hago con
ustedes.
6 Los israelitas se desprendieron de sus
joyas a partir del monte Horeb.

Moisés en la tienda del encuentro
(34,29-35)

7 Moisés tomó la tienda y la plantó fuera,
a distancia del campamento, y la llamó:
Tienda del encuentro. El que tenía que con-
sultar al Señor, salía fuera del campamento
y se dirigía a la tienda del encuentro.
8 Cuando Moisés salía en dirección a la tien-

32,30-35 Intercesión. Estos versículos, que han dado pie a numerosas interpretaciones y adaptaciones a la imaginación popular, reflejan una manera de pensar, una creencia del antiguo Cercano Oriente según la cual, la divinidad poseía un libro donde estaban inscritos los nombres de sus militantes. Israel no es ajeno a esta creencia que adapta a su manera de pensar. Nótese, por ejemplo, que cuando se hacía algún censo en Israel se pagaba un rescate, se realizaba un rito de expiación y los nombres de los empadronados quedaban grabados en tablas. Cualquiera que fuera «borrado de las tablas» –o del libro– quedaba separado de la comunidad, lo que significaba quedar definitivamente muerto. Aquí no hay, por tanto, fundamento para basar doctrina alguna sobre la muerte eterna o el infierno. Todo el capítulo, que refleja distintas fuentes, está en función de ilustrar la idea teológica de la renovación de la Alianza, cuyos elementos son: 1. Pecado, por lo general de apostasía. 2. Castigo. 3. Arrepentimiento. 4. Restauración.

33,1-6 Rechazo. Es interesante ver cómo se narra la conciencia que el pueblo va tomando respecto a la necesaria fidelidad al Señor y a dejarse guiar por Él. En este contexto del ternero de oro, el pueblo asume que en estas condiciones el Señor se resistirá a caminar con ellos, y por eso pone en boca del mismo Dios la decisión de no hacerlo (3). Dada la condición frágil de su conciencia, saben que el Señor podría aniquilarlos. La expresión del arrepentimiento es el luto y el no lucir galas (5).

33,7-11 Moisés en la tienda del encuentro. Esta breve escena recoge diversas tradiciones sobre la travesía del desierto y la tienda donde tenían lugar los diálogos de Dios con Moisés. Se trata de transmitir la teofanía del Sinaí con todo lo que ella representa: el don del «decálogo» y de la Alianza. El contacto amistoso e íntimo de Moisés con Dios mantiene una continuidad que se convierte en una especie de proceso pedagógico para el pueblo. Se subraya el profundo respeto y la veneración del pueblo hacia Moisés y hacia el lugar del encuentro.

da, todo el pueblo se levantaba y esperaba
a la entrada de sus tiendas, siguiendo con la
vista a Moisés hasta que entraba en la tien-
da; 9 en cuanto él entraba, la columna de
nube bajaba y se quedaba a la entrada de la
tienda, mientras el Señor hablaba con Moi-
sés. 10 Cuando el pueblo veía la columna de
nube parada a la puerta de la tienda, se le-
vantaba y se arrodillaba cada uno a la en-
trada de su tienda en actitud de adoración.
11 El Señor hablaba con Moisés cara a
cara, como habla un hombre con un amigo.
Después él volvía al campamento, mientras
que Josué, hijo de Nun, su joven ayudante,
no se apartaba de la tienda.

Moisés suplica al Señor

12 Moisés dijo al Señor:
–Mira, tú me has dicho que guíe a este
pueblo, pero no me has comunicado a
quién me das como auxiliar, y, sin embar-
go, dices que me tratas personalmente y
que gozo de tu favor; 13 si gozo de tu favor,
enséñame el camino, y así sabré que gozo
de tu favor; además, ten en cuenta que esta
gente es tu pueblo.
14 Respondió el Señor:
–Yo en persona iré caminando para lle-
varte al descanso.
15 Replicó Moisés:
–Si no vienes en persona, no nos hagas
salir de aquí. 16 Porque, ¿en qué se conoce-
rá que yo y mi pueblo gozamos de tu favor
sino en el hecho de que vas con nosotros?
Esto nos distinguirá a mí y a mi pueblo de
los demás pueblos de la tierra.
17 El Señor le respondió:
–También esa petición te la concedo,
porque gozas de mi favor y te trato perso-
nalmente.

La Gloria del Señor I

(1 Re 19,11-13)

18 Entonces él pidió:
–Enséñame tu Gloria.
19 Le respondió:
–Yo haré pasar ante ti toda mi riqueza y
pronunciaré ante ti el nombre: Señor, por-
que yo me compadezco de quien quiero y
favorezco a quien quiero; 20 pero mi rostro
no lo puedes ver, porque nadie puede verlo
y quedar con vida.
21 Y añadió:
–Ahí, junto a la roca, tienes un sitio don-
de ponerte; 22 cuando pase mi Gloria te me-
teré en una hendidura de la roca y te cubri-
ré con mi palma hasta que haya pasado,
23 y cuando retire la mano podrás ver mi es-
palda, pero mi rostro no lo verás.

Nueva alianza – Paso de la Gloria

34 1 El Señor ordenó a Moisés:
–Lábrate dos tablas de piedra como
las primeras: yo escribiré en ellas los man-
damientos que había en las primeras, las
que tú rompiste. 2 Prepárate para mañana,
sube al amanecer al monte Sinaí y espéra-

33,12-17 Moisés suplica al Señor. Estos versículos debían ser la continuación de 33,1-6, puesto que nos muestran a Moisés intentando hacer que el Señor revoque su decisión de no caminar con el pueblo. Su argumento es que si goza del favor divino, si hay un trato tan íntimo, el Señor no los debe abandonar. Accede a la petición, pero su decisión sólo toca a Moisés, quien de nuevo le replica insistiendo en que su presencia es necesaria para el pueblo, pues sería el único distintivo de Israel entre los demás pueblos. Finalmente, el Señor accede también a esta petición (17). Encontramos dos ideas fundamentales para la fe israelita: 1. Sin la permanente presencia de Dios en medio de ellos, este pueblo no habría podido subsistir. 2. El papel principal del mediador, en este caso Moisés. Éste era el papel que desempeñaban los profetas. Ambas realidades, presencia divina y mediación humana están basadas en el amor, la misericordia y la confianza.

33,18-23 La Gloria del Señor I. Nos preparamos para la teofanía en el Sinaí que vendrá en el próximo capítulo. El sentido es refrendar esa promesa de compañía divina con el pronunciamiento del «Nombre», que es lo que en definitiva garantiza el bienestar y la seguridad del pueblo. Pese a la intimidad de Moisés con Dios debe tomar precauciones para no ser aniquilado por su «presencia». Una experiencia teofánica semejante a ésta la encontramos en el profeta Elías (cfr. 1 Re 19,9.11-13).

34,1-13 Nueva Alianza – Paso de la Gloria. Si tenemos presente que el libro del Éxodo contiene en muchos pasajes interrupciones, adiciones, incluso aclaraciones y quizás correcciones, no nos costará trabajo entender que aquí se retoma prácticamente el relato yahvista (J) de la subida de Moisés al monte Sinaí iniciado en 19,20. La continuación de dicha narración se interrumpe por múltiples relatos, entre ellos el del ternero de oro, símbolo de la infidelidad a la Alianza. Las múltiples infidelidades a esa Alianza con sus consecuencias nefastas para el pueblo –castigo–, su arrepentimiento y la restauración de las relaciones por medio del perdón divino, son el marco de esta re-

me allí, en la cima del monte. 3 Que nadie
suba contigo ni asome nadie en todo el
monte, ni siquiera las ovejas y vacas pasta-
rán en la ladera del monte.
4 Moisés labró dos tablas de piedra como
las primeras, madrugó y subió al amanecer
al monte Sinaí, según la orden del Señor,
llevando en la mano dos tablas de piedra.
5 El Señor bajó en la nube y se quedó con
él allí, y Moisés pronunció el Nombre del
Señor.
6 El Señor pasó ante él proclamando: el
Señor, el Señor, el Dios compasivo y cle-
mente, paciente, rico en bondad y lealtad,
7 que conserva la misericordia hasta la mi-
lésima generación, que perdona culpas, de-
litos y pecados, aunque no deja impune y
castiga la culpa de los padres en los hijos,
nietos y bisnietos.
8 Moisés, al momento, se inclinó y se
echó por tierra. 9 Y le dijo:
–Si gozo de tu favor, venga mi Señor con
nosotros, aunque seamos un pueblo de ca-
beza dura; perdona nuestras culpas y peca-
dos y tómanos como tu pueblo.
10 Respondió el Señor:
–Yo voy a hacer un pacto. En presencia
de tu pueblo haré maravillas como no se
han hecho en ningún país ni nación; así,
todo el pueblo que te rodea verá la obra im-
presionante que el Señor va a realizar con-
tigo. 11 Cumple lo que yo te mando hoy, y
te quitaré de delante a amorreos, cananeos,
hititas, fereceos, heveos y jebuseos. 12 No
hagas alianza con los habitantes del país
donde vas a entrar, porque sería una tram-
pa para ti. 13 Derribarás sus altares, destro-
zarás sus piedras conmemorativas, talarás
sus árboles sagrados.

Nuevo decálogo
(20; Dt 5)

14 »No te postres ante dioses extraños,
porque el Señor se llama Dios celoso, y lo
es. 15 No hagas alianza con los habitantes
del país, porque se prostituyen con sus dio-
ses, y cuando les ofrezcan sacrificios te in-
vitarán a comer de las víctimas. 16 Ni tomes
a sus hijas por mujeres para tus hijos, por-
que cuando sus hijas se prostituyan con sus
dioses, prostituirán a tus hijos con sus dio-
ses.
17 »No te hagas estatuas de dioses.
18 Guarda la fiesta de los Ázimos: comerás
ázimos durante siete días por la fiesta del
mes de abril, según te mandé, porque en
ese mes saliste de Egipto. 19 Todas las pri-
meras crías machos de tu ganado me per-
tenecen, sean terneros o corderos. 20 La pri-
mera cría del borrico la rescatarás con un
cordero, y si no la rescatas, la desnucarás.
A tu primogénito lo rescatarás, y nadie se
presentará ante mí con las manos vacías.
21 »Seis días trabajarás y al séptimo des-
cansarás; durante la siembra y la siega des-
cansarás.
22 Celebra la fiesta de las Semanas al co-
menzar la recolección del trigo y la fiesta de
la Cosecha al terminar el año. 23 Tres veces
al año se presentarán todos los varones al
Señor, Dios de Israel. 24 Yo arrojaré de tu
presencia a las naciones, ensancharé tus
fronteras y nadie codiciará tu país mientras
tú subes a visitar al Señor, tu Dios, tres ve-
ces al año.

---

lectura realizada por la misma escuela teológico-literaria yahvista (**J**), dando cuerpo a un texto de «renovación de Alianza».

La restauración no es sólo espiritual, en cuanto el pueblo queda perdonado y puede seguir contando con el favor de Dios; también es material en tanto se reconstruyen las tablas de la Ley y se proclama de nuevo un «decálogo», que en realidad es dodecálogo, como derrotero para que el mismo pueblo se comprometa efectivamente en su propia restauración. Se subraya la auto-presentación de Dios como Señor compasivo y clemente, paciente, misericordioso y fiel (6) que perdona las infidelidades, pero también las castiga (7). Sólo un Dios de este talante puede respaldar un acto de Alianza con un pueblo. Ningún otro dios posee estos atributos, de ahí la prevención de no hacer alianza con otros pueblos –o con sus dioses– ni imitar sus prácticas, porque sería una trampa mortal para Israel (12s).

34,14-28 Nuevo Decálogo. Se mezclan aquí nuevos preceptos; aunque el pueblo se halla ahora en el desierto y las medidas que deberá tomar el pueblo parecen referirse a cuando entre en la tierra, en realidad remite a situaciones en las que el pueblo ha caído múltiples veces. No podemos olvidar que estos textos fueron surgiendo motivados por las necesarias relecturas del pasado de Israel en orden a comprender el presente e iluminar el futuro. Cuando el narrador consigna por escrito este texto, lo ambienta en el Sinaí para demostrar los compromisos que el pueblo había adquirido con su Dios y confrontarlos con las infidelidades y contradicciones que se están viviendo

[25] »No ofrezcas nada fermentado con la sangre de mis víctimas. De la víctima de la Pascua no quedará nada para el día siguiente. [26] Ofrece en el templo del Señor, tu Dios, las primicias de tus tierras. No cocerás el cabrito en la leche de la madre.

[27] El Señor dijo a Moisés:

–Escríbete estos mandatos. Porque estas palabras son las cláusulas de la alianza que hago contigo y con Israel.

[28] Moisés pasó allí con el Señor cuarenta días con sus cuarenta noches: no comió pan ni bebió agua, y escribió en las tablas las cláusulas del pacto, los diez mandamientos.

Efectos de la teofanía
(33,7-11)

[29] Cuando Moisés bajó del monte Sinaí llevaba las dos tablas de la alianza en la mano; no sabía que tenía radiante la cara por haber hablado con el Señor. [30] Pero Aarón y todos los israelitas vieron a Moisés con la cara radiante, y no se atrevieron a acercarse a él. [31] Cuando Moisés los llamó, se acercaron Aarón y los jefes de la comunidad, y Moisés les habló. [32] Después se acercaron todos los israelitas, y Moisés les comunicó las órdenes que el Señor le había dado en el monte Sinaí. [33] Y cuando terminó de hablar con ellos, se echó un velo sobre la cara.

[34] Cuando Moisés acudía al Señor para hablar con él, se quitaba el velo hasta la salida. Cuando salía, comunicaba a los israelitas lo que le habían mandado. [35] Los israelitas veían la cara radiante, y Moisés se volvía a echar el velo sobre la cara, hasta que volvía a hablar con Dios.

EJECUCIÓN DE LAS OBRAS DEL SANTUARIO

*Comienza aquí la segunda parte del extenso documento sacerdotal (**P**) sobre la orden divina de construir el Santuario, los objetos para el culto y los ornamentos sacerdotales que se había iniciado en 25–31. Estos capítulos son la constatación de que todo lo ordenado por el Señor se cumple.*

[A] Descanso del sábado
(31,12-18)

35 [1] Moisés convocó a toda la asamblea de los israelitas y les dijo:

[2] –Esto es lo que el Señor les manda hacer: Durante seis días harán sus tareas, pero el séptimo es el día de descanso solemne dedicado al Señor. El que trabaje en él será castigado con la muerte. [3] Ese día no encenderán fuego en ninguno de sus poblados.

[B] Tributos para la construcción del Santuario
(25,1-9)

[4] Moisés dijo a toda la asamblea de los israelitas:

---

en el momento en que se realiza la relectura de su historia.

Estos textos iluminaron no sólo la época en que se escribieron, sino otras épocas de crisis y de riesgo de desaparecer y, al mismo tiempo, llenaron de esperanza un futuro que poco a poco se presentaba como posibilidad de reconstrucción. Nos referimos concretamente a la época del exilio y la esperanza de retorno a la tierra.

34,29-35 Efectos de la teofanía. En esta renovación de la Alianza, el pueblo se ha mantenido a distancia. Los acontecimientos se han llevado a cabo entre Dios y Moisés; ahora, el pueblo puede estar confiado de su futuro porque Moisés representa para ellos el mediador perfecto: habla cara a cara con Dios y goza de su favor, pues lo escucha. El pueblo no se atrevería a dar la espalda a su guía y mediador como lo había hecho en 32,1.4. Es interesante cómo los cuarenta días que permanece Moisés en el monte, según 24,18, son la excusa para rechazarlo (32,1.4). Se menciona de nuevo en 34,28 y sirve para que el pueblo adhiera su voluntad y su destino a la guía del mediador que no ha buscado su propio beneficio sino el del pueblo, y que ha sido capaz de restablecer por ellos y para ellos la Alianza con Dios; esa adhesión y veneración por su guía queda ilustrada con la imagen del rostro resplandeciente, que brilla, no para sí, sino para el pueblo.

35,1-3 [A] Descanso del sábado. Tal vez con una intencionalidad programática, la corriente sacerdotal (**P**) introduce el relato de la ejecución de las obras del Santuario con este mandato sobre el sábado. Ni siquiera la tarea tan sumamente importante de ejecutar las órdenes de la construcción del Santuario podía convertirse en excusa para quebrantar la ley sobre la santificación del séptimo día. El mandato es perento-

5 –Estas son las órdenes del Señor: re-
serven una parte de sus bienes para pre-
sentarlos como ofrenda al Señor; todo
hombre generoso ofrecerá en tributo al Se-
ñor oro, plata y bronce, 6 púrpura violácea,
roja y escarlata, lino y pelo de cabra, 7 pie-
les de carnero curtidas, pieles finas y ma-
dera de acacia, 8 aceite para la lámpara,
perfumes para la unción y para el sahume-
rio, 9 piedras de ónice y de engaste para el
efod y el pectoral. 10 Los artesanos, que se
presenten para hacer lo que manda el Se-
ñor: 11 el santuario con su tienda y cubierta,
ganchos y tablones, travesaños, columnas
y bases, 12 el arca con sus travesaños, la
tapa y la cortina que la cubre, 13 la mesa
con sus travesaños y todos sus utensilios,
los panes presentados, 14 el candelabro con
las lámparas, con sus utensilios y el aceite,
15 el altar del incienso con sus travesaños,
el aceite de la unción, el incienso del sahu-
merio y la antepuerta colocada a la entrada
del santuario, 16 el altar de los holocaustos
con su enrejado de bronce, sus utensilios y
travesaños, la fuente para las abluciones
con su base, 17 las cortinas del atrio con sus
columnas y bases y la antepuerta de la en-
trada del atrio, 18 las estacas de la morada,
las estacas del atrio con sus cuerdas, 19 los
ornamentos sagrados para las funciones
del santuario, los ornamentos sagrados del
sacerdote Aarón y los de sus hijos para ofi-
ciar.

20 Entonces toda la asamblea de los is-
raelitas se retiró, 21 y todos los hombres ge-
nerosos que se sentían animados llevaron
tributos al Señor para las obras de la tienda
del encuentro, para su culto y para las ves-
tiduras sagradas. 22 Acudieron hombres y
mujeres y entregaron generosamente hebi-
llas, pendientes, anillos, pulseras y toda cla-
se de objetos de oro, y cada uno lo agitaba
ritualmente ante el Señor. 23 Los que po-
seían púrpura violácea, roja o escarlata,
lino, pelo de cabra, pieles de carnero curti-
das y pieles finas lo llevaron. 24 Los que de-
seaban ofrecer tributo de plata y bronce se
lo llevaron al Señor, y los que poseían ma-
deras de acacia, las llevaban para los diver-
sos usos. 25 Las mujeres hábiles en el oficio
hilaron y llevaron las labores en púrpura
violácea, roja, escarlata y en lino. 26 Todas
las mujeres hábiles y dispuestas a ayudar
tejieron el pelo de cabra. 27 Los jefes lleva-
ron las piedras de ónice y de engaste para
el efod y el pectoral, 28 los perfumes, el acei-
te de la lámpara, el aceite de la unción y el
incienso del sahumerio. 29 Los hombres y
mujeres israelitas que se sentían con gene-
rosidad para contribuir a las diversas tareas
que el Señor había mandado hacer a Moisés
llevaban su ofrenda voluntaria al Señor.

[C] Artesanos del Santuario
(31,1-6)

30 Moisés dijo a los israelitas:
–El Señor ha escogido a Besalel, hijo de
Urí, hijo de Jur, de la tribu de Judá, 31 y lo
ha colmado de dotes sobrehumanas, de sa-
biduría, de destreza y de habilidad para su
oficio, 32 para que proyecte y labre oro, pla-
ta y bronce; 33 para que talle piedras y las
engaste; para que talle madera, y para las
demás tareas. 34 También le ha dado talen-
to para enseñar a otros, lo mismo que a
Ohliab, hijo de Ajisamac, de la tribu de
Dan. 35 Los ha dotado de habilidad para re-
alizar cualquier clase de labores: bordar en
púrpura violácea, roja o escarlata y en lino;
para realizar cualquier clase de labores y
hacer proyectos.

[D] Obras del Santuario

36 1 Besalel, Ohliab y todos los artesa-
nos a quienes el Señor había dotado

---

rio y prevé la pena de muerte para el infractor. En términos generales, hay que suspender toda obra o actividad, pero se explicita especialmente la prohibición de encender el fuego en las casas (3).

35,4-35 [B] Tributos para la construcción del Santuario – [C] Artesanos del Santuario. Moisés repite la orden de 25,2-7 y anima al pueblo para que sean muy generosos con esta empresa. Los versículos 30-35 presentan por medio de Moisés al artesano mayor y a su ayudante en las labores de construcción. Es significativo el hecho de que el principal artesano provenga de la tribu de Judá, correspondiente a la frontera sur del reino de Israel, y que el segundo artesano provenga de la tribu de Dan, de la frontera norte. Podría tener una intención «inclusiva». Todo el país de Israel estaba representado en esta tarea tanto por su aporte en bienes como en mano de obra.

36,1-7 [D] Obras del Santuario. A medida que avanzan las obras continúan llegando cada vez más donaciones, al punto que los artesanos tienen que

de habilidad y destreza para ejecutar los di-
versos trabajos del santuario realizaron lo
que el Señor había ordenado.
2 Moisés convocó a Besalel, Ohliab y a
todos los artesanos a quienes el Señor ha-
bía dotado de habilidad y que estaban dis-
puestos a colaborar en la ejecución del pro-
yecto, 3 y les entregó personalmente todos
los tributos aportados por los israelitas para
ejecutar los diversos trabajos del santuario.
Los israelitas continuaban llevando ofren-
das voluntarias todas las mañanas. 4 Un día
los artesanos que trabajaban en el santua-
rio dejaron sus trabajos, 5 y fueron a decir a
Moisés:
–El pueblo trae más de lo que se necesi-
ta para llevar a cabo los diversos trabajos
que el Señor ha ordenado.
6 Moisés hizo correr esta voz por el cam-
pamento: Que nadie, ni hombre ni mujer,
prepare y traiga más tributos al santuario.
7 Y el pueblo dejó de llevarlos. Lo aportado
era más que suficiente para realizar las
obras.

[E] El Santuario
(26,1-30)

8 Todos los artesanos que colaboraban
hicieron el santuario con diez lonas de lino
fino reforzado de púrpura violácea, roja y
escarlata, y en ellas bordaron querubines.
9 Cada lona medía catorce metros de largo
por dos de ancho: todas de la misma medi-
da. 10 Empalmaron las lonas en dos series
de a cinco cada una, 11 y en cada uno de los
bordes de las dos series pusieron unas pre-
sillas de púrpura violácea: 12 cincuenta en
el borde de la primera y otras cincuenta en
el borde de la segunda, de modo que se co-
rrespondían. 13 Hizo también cincuenta
ganchos de oro y unió con ellos las lonas,
de modo que el santuario formase una uni-
dad. 14 Tejió también once piezas en pelo de
cabra para que sirvieran de tienda de cam-
paña al santuario. 15 Cada lona medía quin-
ce metros de largo por dos de ancho: las
once de la misma medida. 16 Empalmó cin-
co lonas por un lado y seis por el otro.
17 Puso cincuenta presillas en los bordes de
cada serie de lonas empalmadas. 18 Hizo
también cincuenta ganchos de bronce para
cerrar la tienda y formar así una unidad.
19 Hizo además para la tienda una cubierta
de pieles de carnero curtidas y una sobre-
cubierta de pieles finas.
20 Hizo unos tablones de madera de aca-
cia para el santuario y los colocó vertical-
mente. 21 Cada tablón medía cinco metros
de largo por setenta y cinco centímetros de
ancho, 22 y llevaba dos espigas para en-
samblarse con los contiguos. 23 Colocó así
los tablones del santuario: en la parte sur,
veinte tablones, 24 y bajo ellos cuarenta ba-
ses de plata, dos por tablón, para las espi-
gas. 25 En el segundo lado, al norte, otros
veinte tablones, 26 con sus cuarenta bases,
dos por tablón. 27 En el fondo del santuario,
al oeste, seis tablones de frente 28 y dos for-
mando los ángulos. 29 Parejos por abajo y
perfectamente unidos por arriba hasta la
primera anilla. Los dos tablones formaban
así los ángulos del fondo de la morada.
30 En total, ocho tablones con dieciséis ba-
ses, dos por tablón. 31 Hizo también cinco
travesaños de madera de acacia para los
tablones de cada lado 32 y cinco para el
lado del fondo, al oeste. 33 El travesaño

---

consultar con Moisés, pues hay exceso de materiales. Moisés tiene que decretar un cese de las donaciones. Muy probablemente, estos capítulos –o por lo menos la mayor parte de este extenso documento sacerdotal (**P**)– han sido escritos en el exilio, cuando no había templo en Jerusalén. La corriente sacerdotal (**P**) idealiza el nuevo templo –como lo hace también el profeta Ezequiel (Ez 40–44)–, pero proyectando la orden de su construcción a los tiempos del desierto, donde el Señor habría exigido no un templo propiamente, sino lo que serviría de modelo para el templo definitivo. Lo que encontramos aquí es, pues, una construcción ideal y un ejemplo de generosidad tan sublime que desborda toda expectativa. Pero si confrontamos este exceso de desprendimiento con las prédicas de Ageo y Zacarías intentando «sacudir» al pueblo –especialmente a la clase adinerada– para que comiencen la reconstrucción después del exilio, nos damos cuenta de que la realidad fue muy diferente. La Biblia no tiene intención de consignar sólo lo que es bello e ideal, las más de las veces también queda constancia de la cruda realidad.

36,8–39,32 Cumplimiento de las órdenes divinas. Se sigue detalladamente la ejecución de cada una de las exigencias hechas en los capítulos 25–31. Éste es el estilo de la escuela sacerdotal (**P**): registra un mandato e inmediatamente constata su ejecución; 39,32 registra oficialmente el fin de las obras al subrayar que todo se hizo «ajustándose a lo que el Señor había ordenado a Moisés».

central, a media altura de los tablones,
atravesaba de un extremo a otro. 34 Hizo de
oro las anillas, por donde pasaban los tra-
vesaños, y revistió de oro los tablones y los
travesaños.

[F] Cortina y antepuerta
(26,31-37)

35 Hizo una cortina de púrpura violácea,
roja y escarlata y lino fino reforzado, y bor-
dó en ella querubines. 36 La colgó en cuatro
columnas de madera de acacia revestidas
de oro y provistas de ganchos de oro. Y
fundió cuatro bases de plata.
37 Hizo también una antepuerta para la
tienda, de púrpura violácea, roja y escarla-
ta y lino fino reforzado, recamada artística-
mente, 38 y cinco columnas provistas de
ganchos. Revistió de oro sus capiteles y va-
rillas, y de bronce las cinco bases.

[G] El arca
(25,10-22)

37 1 Besalel hizo el arca de madera de
acacia, de ciento veinticinco centí-
metros de largo por setenta y cinco de an-
cho y setenta y cinco de alto. 2 La revistió
de oro de ley por dentro y por fuera, y le
aplicó alrededor un listón de oro. 3 Fundió
oro para hacer cuatro anillas, que colocó en
los cuatro ángulos, dos a cada lado.
4 Hizo también unos travesaños de ma-
dera de acacia y los revistió de oro. 5 Metió
los travesaños por las anillas laterales del
arca para poder transportarla.
6 Hizo también una tapa de oro puro de
ciento veinticinco centímetros de largo por
setenta y cinco de ancho. 7 En sus dos ex-
tremos hizo dos querubines cincelados en
oro: 8 cada uno arrancando de un extremo
de la tapa 9 y cubriéndola con las alas ex-
tendidas hacia arriba. Estaban uno frente a
otro, mirando al centro de la tapa.

[H] Mesa de los panes presentados
(25,23-30)

10 Hizo la mesa de madera de acacia, de
un metro de largo por cincuenta centíme-
tros de ancho y setenta y cinco de alto.
11 La revistió de oro puro y le aplicó alrede-
dor un listón de oro. 12 Le puso alrededor
una abrazadera de un palmo, y alrededor
de la abrazadera un listón de oro. 13 Fundió
oro para hacer cuatro anillas, y las colocó
en los ángulos de las cuatro patas. 14 Suje-
tó las anillas a la abrazadera, y por ellas se
metían los travesaños para transportar la
mesa.
15 Hizo también travesaños de madera
de acacia y los revistió de oro: con ellos se
transportaba la mesa.
16 Hizo también los utensilios de la mesa:
fuentes, bandejas, jarras y copas para la li-
bación, todo de oro puro.

[I] Candelabro
(25,31-40)

17 Hizo el candelabro de oro puro, todo
cincelado; de él arrancaban base, fuste, cá-
lices y corolas. 18 De sus lados arrancaban
seis brazos, tres a cada lado. 19 Cada brazo
tenía tres copas, como de flor de almendro,
con cálices y corolas: eran iguales los seis
brazos que arrancaban del candelabro. 20 El
candelabro tenía cuatro copas, como flores
de almendro, con cálices y corolas. 21 Un
cáliz debajo de cada pareja de brazos del
candelabro: los seis brazos del candelabro
eran iguales. 22 Cálices y fustes arrancaban
de él, todos por igual, cincelados en oro
puro. 23 Hizo las siete lámparas, con sus te-
nazas para arreglar los pabilos y ceniceros
de oro puro. 24 Empleó treinta kilos de oro
para hacer el candelabro y sus utensilios.

[J] Altar del incienso
(30,1-10)

25 Hizo el altar del incienso de madera de
acacia. Era cuadrado, de cincuenta centí-
metros de largo por cincuenta de ancho por
un metro de alto. De él arrancaban los sa-
lientes. 26 Revistió de oro puro la parte su-
perior, los cuatro lados y los salientes. Alre-
dedor le aplicó un listón de oro. 27 Bajo
éste, en los rebordes de dos lados opues-
tos, puso dos anillas de oro, por las cuales
se metían los travesaños para transportar el
altar. 28 Hizo también los travesaños de ma-
dera de acacia y los revistió de oro.
29 Hizo también el aceite de la unción
santa y el incienso puro del sahumerio, se-
gún receta de perfumista.

[K] Altar de los holocaustos
(27,1-8)

38 1 Hizo el altar de los holocaustos de
madera de acacia; medía dos me-
tros y medio de largo por dos y medio de

ancho, era cuadrado y medía metro y me-
dio de alto. 2 En las cuatro esquinas hizo
unos salientes que arrancaban de él y los
revistió de bronce. 3 También hizo de bron-
ce todos los utensilios del altar: recipientes
para recoger las cenizas, paletas, asperso-
rios, trinchantes y braseros.
4 Hizo también para el altar un enrejado
de bronce, y lo colocó bajo los rebordes de
modo que bajara hasta media altura del al-
tar. 5 Soldó cuatro anillas a los cuatro ángu-
los del enrejado de bronce para meter por
ellas los travesaños. 6 Hizo los travesaños de
madera de acacia y los revistió de bronce.
7 Los metió por las anillas de los dos la-
dos del altar para transportarlo. Hizo el al-
tar de tablas y hueco por dentro.
8 Hizo de bronce la fuente y su base con
los espejos de las mujeres que servían a la
entrada de la tienda del encuentro.

[L] Atrio del Santuario
(27,9-19)

9 Así hizo el atrio: en el lado sur puso
unas cortinas de lino fino reforzado, dis-
puestas a lo largo de cincuenta metros.
10 Las veinte columnas y bases eran de
bronce, los ganchos de las columnas y las
varillas eran de plata. 11 En el lado norte
puso cortinas dispuestas a lo largo de cin-
cuenta metros, colgadas de veinte colum-
nas con sus bases de bronce; los ganchos y
las varillas de las columnas eran de plata.
12 En el lado del oeste puso cortinas dis-
puestas a lo largo de veinticinco metros,
con diez columnas y diez bases; los gan-
chos y las varillas de las columnas eran de
plata. 13 El lado del este tenía una anchura
de veinticinco metros. 14 A un lado de la en-
trada del atrio puso cortinas de siete metros
y medio, 15 y al otro lado de la entrada del
atrio cortinas de siete metros y medio con
tres columnas y tres bases.
16 Todas las cortinas que rodeaban el
atrio eran de lino puro reforzado. 17 Las ba-
ses de las columnas eran de bronce; los
ganchos y varillas, de plata. Revistió de
plata los capiteles, y todas las columnas del
atrio llevaban varillas de plata. 18 La ante-
puerta del atrio era de púrpura violácea,
roja y escarlata y lino fino reforzado, y es-
taba recamada artísticamente. Medía diez
metros de largo por dos y medio de alto, lo
mismo que las cortinas del atrio. 19 Colga-
ba de cuatro columnas, con sus bases de
bronce; los ganchos eran de plata. Y revis-
tió de plata los capiteles y las varillas. 20 To-
das las estacas que rodeaban el atrio del
santuario eran de bronce.

[M] Gastos

21 Éstos son los gastos de la construc-
ción del santuario de la alianza, que regis-
traron los levitas por orden de Moisés y bajo
la dirección de Itamar, hijo del sacerdote
Aarón.
22 Besalel, hijo de Urí, hijo de Jur, de la
tribu de Judá, hizo todo lo que el Señor ha-
bía ordenado a Moisés. 23 Le ayudó Ohliab,
hijo de Ajisamac, de la tribu de Dan, arte-
sano, dibujante y bordador en púrpura vio-
lácea, roja y escarlata, y en lino.
24 El total de oro empleado en la cons-
trucción del santuario, oro de la ofrenda
agitada ritualmente, fue de ochocientos se-
tenta y ocho kilos –peso del templo–. 25 La
plata recogida entre los miembros de la
asamblea fue tres mil dieciocho kilos –peso
del templo–. 26 Cinco gramos de plata
–peso del templo– por cada uno de los re-
gistrados en el censo, de veinte años para
arriba, o sea, seiscientos tres mil quinientos
cincuenta hombres. 27 Tres mil kilos de pla-
ta se emplearon en la fundición de las ba-
ses del templo y de la cortina, a razón de
treinta kilos por base. 28 Con los dieciocho
kilos restantes se hicieron los ganchos y las
varillas de las columnas y se revistieron los
capiteles. 29 El bronce de la ofrenda agitada
ritualmente pesó dos mil ciento veinticuatro
kilos. 30 Se empleó en hacer las bases de la
entrada de la tienda del encuentro, el altar
de bronce con su rejilla y todos los utensi-
lios del altar, 31 las bases del atrio y de su
puerta, todas las estacas del santuario y las
del atrio.

Ornamentos sacerdotales
(28,1-5)

39 1 Confeccionaron los ornamentos
sagrados para el servicio del santua-
rio en púrpura violácea, roja y escarlata, y
lino fino reforzado. Y del mismo material hi-
cieron los ornamentos sagrados de Aarón,
como el Señor se lo había ordenado a Moi-
sés.

[A] Efod
(28,6-14)

2 Hicieron el efod de oro, púrpura violácea, roja y escarlata y lino fino reforzado. 3 Hicieron panes de oro, los cortaron en hilos y los bordaron en la púrpura violácea, roja y escarlata, y en el lino fino reforzado. 4 Hicieron también dos hombreras unidas por los extremos. 5 El cinturón para sujetar el efod arrancaba de él y era de la misma labor: de oro, púrpura violácea, roja y escarlata y lino fino reforzado, como el Señor se lo había ordenado a Moisés. 6 Engarzaron las piedras de ónice en filigrana de oro y grabaron en ellas, como en un sello, los nombres de las tribus israelitas. 7 Las aplicaron a las hombreras del efod: piedras recordatorio de los israelitas, como el Señor se lo había ordenado a Moisés.

[B] Pectoral
(28,15-30)

8 Hizo artísticamente el pectoral, de la misma labor que el efod: oro, púrpura violácea, roja y escarlata y lino puro reforzado. 9 Era doble y cuadrado, un palmo de largo por uno de ancho. 10 Estaba cubierto con cuatro filas de piedras: en la primera fila, carnelita, topacio y azabache; 11 en la segunda fila, esmeralda, zafiro y diamante; 12 en la tercera fila, jacinto, ágata y amatista; 13 en la cuarta fila, topacio, ónice y jaspe. Las guarniciones de pedrería iban engarzadas en filigrana de oro. 14 Pusieron doce piedras, como el número de las tribus israelitas. Cada piedra llevaba grabado, como un sello, el nombre de una de las doce tribus.

15 Hicieron además para el pectoral cadenas de oro puro trenzadas como cordones; 16 dos engastes de oro y dos anillas de oro, que sujetaron a los dos extremos del pectoral. 17 Pasaron los dos cordones de oro por las dos anillas del pectoral 18 y unieron los dos cabos de los cordones a las dos filigranas, y los fijaron en las hombreras del efod por la parte delantera.

19 Hicieron otras dos anillas de oro y las colocaron en los dos extremos del pectoral, en el borde interior que toca el efod. 20 Y otras dos anillas de oro, que fijaron en la parte interior y delantera de las hombreras del efod, junto al empalme y más arriba del cinturón del efod. 21 Con un cordón de púrpura violácea sujetaron las anillas del pectoral con las del efod, de modo que quedara sobre el cinturón del efod y no pudiera desprenderse el pectoral del efod, como el Señor se lo había ordenado a Moisés.

[C] Manto
(28,31-35)

22 Hizo el manto del efod todo él de púrpura violácea. 23 Tenía arriba una abertura en el centro, reforzada alrededor con un dobladillo, como el de los chalecos de cuero, para que no se rasgara. 24 En el borde del manto, todo alrededor, pusieron granadas de púrpura violácea, roja y escarlata, 25 y alternando con ellas, cascabeles de oro: cascabel y granada todo alrededor. 26 Se usaba para oficiar, como el Señor se lo había ordenado a Moisés.

[D] Otros vestidos
(28,40-43)

27 Para Aarón y sus hijos hicieron túnicas tejidas en lino, 28 turbantes y birretas con adornos, y pantalones de lino fino reforzado. 29 Las fajas en lino fino reforzado, púrpura violácea, roja y escarlata, recamadas artísticamente, como el Señor se lo había ordenado a Moisés.

[E] Flor de oro
(28,36-38)

30 Hicieron de oro puro la flor de la diadema santa, y grabaron en ella, como en un sello: Consagrado al Señor. 31 La sujetaron al turbante por su parte superior, con un cordón de púrpura violácea, como el Señor se lo había ordenado a Moisés. 32 Así terminaron los trabajos del santuario y de la tienda del encuentro. Los israelitas los hicieron ajustándose a lo que el Señor había ordenado a Moisés.

Presentación de la obra a Moisés

33 Le presentaron a Moisés el santuario, la tienda y todos sus utensilios: ganchos, tablones, travesaños, columnas y bases.

39,33-43 Presentación de la obra a Moisés. Es lógico que sea Moisés quien dé el visto bueno a la ejecución de todas las obras realizadas para construir el Santuario. Una vez verificada la exactitud entre lo mandado y lo ejecutado, Moisés bendice a los israelitas.

34 La cubierta de pieles de carnero curtidas, la cubierta de pieles finas y la cortina de la antepuerta. 35 El arca de la alianza con travesaños y tapa. 36 La mesa con sus utensilios y los panes presentados. 37 El candelabro de oro puro, con sus lámparas en orden, sus utensilios y el aceite de las lámparas. 38 El altar de oro y el aceite de la unción y del sahumerio y la antepuerta de la tienda. 39 El altar de bronce con su rejilla, travesaños y demás utensilios; la fuente con su base. 40 Las cortinas del atrio con columnas y bases; la antepuerta de la entrada del atrio con cuerdas, estacas y demás utensilios del servicio del santuario de la tienda del encuentro. 41 Los ornamentos sagrados para oficiar en el santuario, los ornamentos que el sacerdote Aarón y sus hijos usaban para oficiar.

42 Los israelitas hicieron todos los trabajos ajustándose a lo que el Señor había ordenado a Moisés. 43 Moisés examinó toda la labor, comprobó que se ajustaban a lo ordenado por el Señor, y les dio la bendición.

CONSTRUCCIÓN Y CONSAGRACIÓN DEL SANTUARIO

[A] Mandato del Señor

40 1 El Señor habló a Moisés:

2 –El día uno del mes primero instalarás el santuario de la tienda del encuentro: 3 pondrás en él el arca de la alianza y la taparás con la cortina; 4 meterás la mesa y colocarás en ella los panes; meterás el candelabro y encenderás las lámparas; 5 pondrás el altar de oro del incienso delante del arca de la alianza, y colgarás la antepuerta del santuario; 6 colocarás el altar de los holocaustos delante de la puerta del santuario de la tienda del encuentro; 7 pondrás la fuente entre la tienda del encuentro y el altar, y le echarás agua; 8 alrededor levantarás el atrio y pondrás la antepuerta de la entrada del atrio.

9 »Tomarás el aceite de la unción y ungirás el santuario y cuanto hay en él: lo consagrarás con todos sus utensilios y quedará consagrado. 10 Ungirás también el altar de los holocaustos con todos sus utensilios, lo consagrarás y será sacrosanto. 11 Ungirás también la fuente con su base y las consagrarás.

12 »Después mandarás acercarse a Aarón y a sus hijos a la puerta de la tienda del encuentro y los harás bañarse. 13 Vestirás a Aarón con los ornamentos sagrados, lo ungirás y lo consagrarás como sacerdote mío. 14 Después mandarás acercarse a sus hijos, y les vestirás la túnica; 15 los ungirás como ungiste a su padre, para que sean mis sacerdotes. La unción les conferirá el sacerdocio perpetuo en todas sus generaciones.

[B] Ejecución de las órdenes
(1 Re 7)

16 Moisés hizo todo ajustándose a lo que el Señor le había mandado.

17 El día uno del mes primero del segundo año fue instalado el santuario. 18 Moisés instaló el santuario, colocó las bases, puso los tablones con sus travesaños y plantó las columnas; 19 montó la tienda de campaña sobre el santuario y puso la cubierta sobre la tienda, como el Señor se lo había ordenado a Moisés. 20 Colocó el documento de la alianza en el arca, sujetó al arca los travesaños y la cubrió con la tapa. 21 Después la metió en el santuario y colocó la cortina

---

40,1-33 [A] Mandato del Señor – [B] Ejecución de las órdenes. Si bien la construcción del Santuario y todos sus aditamentos ha estado en manos de artesanos especialmente dotados de habilidades para ello, el montaje o ensamblaje y la consagración de cada objeto y de los sacerdotes para el culto corresponde exclusivamente a Moisés. Todo es muy importante para la escuela sacerdotal, desde la fijación del momento exacto en que debe realizarse la construcción y su consagración (2.17), hasta la verificación del cumplimiento de lo que fue mandado. La fórmula «todo fue hecho ajustándose a lo que el Señor había mandado» se repite con ligeras variaciones ocho veces en este pasaje. También es muy importante para el autor de este documento resaltar una vez más el privilegio de los aaronitas (13-15).

En la mentalidad teológica sacerdotal (**P**) hay una preocupación específica: Israel es el lugar de la presencia divina, y como tal ha de ser un lugar dispuesto convenientemente para que esa presencia esté siempre ahí, para que no vuelva a correr el riesgo de ser desplazada por potencias extranjeras. Recordemos que esta construcción con todos sus detalles es una elaboración ideal, probablemente del tiempo del

de modo que tapase el arca de la alianza, como el Señor se lo había ordenado a Moisés. 22 Colocó también la mesa en la tienda del encuentro, en la parte norte del santuario y fuera de la cortina. 23 Sobre ella colocó los panes presentados al Señor, como se lo había ordenado el Señor a Moisés.

24 Colocó el candelabro en la tienda del encuentro, en la parte sur del santuario, frente a la mesa; 25 encendió las lámparas en presencia del Señor, como el Señor se lo había ordenado a Moisés. 26 Puso el altar de oro en la tienda del encuentro, frente a la cortina, 27 y quemó sobre él el incienso del sahumerio, como el Señor se lo había ordenado a Moisés. 28 Después colocó la antepuerta del santuario. 29 Puso el altar de los holocaustos a la puerta del santuario de la tienda del encuentro, y sobre él ofreció el holocausto y la ofrenda, como el Señor se lo había ordenado a Moisés. 30 Colocó la fuente entre la tienda del encuentro y el altar, y echó agua para las abluciones. 31 Moisés, Aarón y sus hijos se lavaban manos y pies 32 cuando iban a entrar en la tienda del encuentro para acercarse al altar, como el Señor se lo había ordenado a Moisés.

33 Alrededor del santuario y del altar levantó el atrio, y colocó la antepuerta a la entrada del mismo. Y así acabó la obra Moisés.

La Gloria del Señor
(1 Re 8,10s; Ez 43,1-5)

34 Entonces la nube cubrió la tienda del encuentro, y la Gloria del Señor llenó el santuario.

35 Moisés no pudo entrar en la tienda del encuentro, porque la nube se había apostado sobre ella y la Gloria del Señor llenaba el santuario.

36 En todas las etapas del camino cuando la nube se alzaba del santuario, los israelitas levantaban el campamento. 37 Pero cuando la nube no se alzaba, los israelitas esperaban hasta que se alzase.

38 Porque de día la nube del Señor se posaba sobre el santuario, y de noche el fuego brillaba en ella, a la vista de toda la casa de Israel. Y esto sucedía en todas las etapas del camino.

---

exilio; el objetivo es reanimar al pueblo y proyectarlo hacia el futuro como un pueblo santo o santificado gracias a esa permanencia definitiva del Señor en medio de su pueblo. Y el vehículo, el medio que hace posible esa permanencia divina, será el culto, realizado por personas especialmente escogidas y consagradas desde los orígenes mismos de Israel como pueblo. Así pensaba la escuela sacerdotal que dio origen a todo el movimiento de reconstrucción de Israel desde un concepto de santidad basado en el culto perfecto, prescindiendo de la estructura monárquica, reemplazándola por una teocracia que se concretó históricamente en una hierocracia o gobierno del sacerdocio, cuyo máximo representante era el sumo sacerdote.

40,34-38 La Gloria del Señor II. El toque final a todas las obras descritas lo da definitivamente la llegada de la nube que envuelve la Gloria del Señor y que viene para llenar el Santuario. Para la corriente sacerdotal (**P**), este detalle es de capital importancia porque es necesario que en la conciencia israelita quede muy claro que esa misma nube y esa misma Gloria de Dios que un día se posó en el Sinaí (Éx 24,15b-16a) es la misma que ahora «llena» el Santuario (34). Por tanto, el Santuario del desierto compendia la experiencia teofánica del Sinaí y la perpetúa. Todo lo que Moisés y el pueblo hicieron para que esa Gloria del Señor mantuviera su presencia en medio de ellos es aprobado por Dios mismo, y el signo de esa aprobación es que se posa en la tienda y llena al Santuario. Además, se convierte en señal de partida o de acampada en el desierto. Esta presencia es, por tanto, guía y compañía para el pueblo. Para los israelitas que viven en el exilio, ésta es una «buena noticia», ya que pueden soñar con una restauración en la cual la presencia de Dios no les va a faltar más.



LEVÍTICO

De todos los libros del Antiguo Testamento, el Levítico es el más extraño, el más erizado e impenetrable. Tabúes de alimentos, normas primitivas de higiene, insignificantes prescripciones rituales acobardan o aburren al lector de mejor voluntad. Hay creyentes que comienzan con los mejores deseos a leer la Biblia, y al llegar al Levítico desisten.

Es verdad que este libro puede interesar al etnólogo, porque encuentra en él, cuidadosamente formulados y relativamente organizados, múltiples usos parecidos a los de otros pueblos, menos explícitos y articulados. Sólo que no buscamos satisfacer la curiosidad etnológica. El Levítico es un libro sagrado, recogido entero por la Iglesia y ofrecido a los cristianos para su alimento espiritual como Palabra de Dios.

El Levítico, libro cristiano, ¿no sería mejor decir que es un libro abolido por Cristo? Todos los sacrificios reducidos a uno, y éste renovado en

la sencillez de un convite fraterno; todas las distinciones de animales puros e impuros arrolladas por el dinamismo de Cristo, que todo lo asume y santifica. Desde la plenitud y sencillez liberadora de Cristo, el Levítico se nos antoja como un catálogo de prescripciones jurídicas abolidas, como país de prisión que recordamos sin nostalgia. Este sentido dialéctico del libro es interesante, desde luego, y llegará hasta ser necesario para denunciar la presencia reptante del pasado entre nosotros, para sanarnos de la tentación de recaída.

Entonces, ¿aquellas leyes eran malas? ¿Cómo las atribuye la Escritura a Dios? Tenemos que seguir buscando un acceso vivo a estas páginas, y no es poco que desafíen nuestro conformismo y curiosidad. El Levítico nos obliga a buscar, y esto es algo.

Contexto histórico en el que surgió el Levítico. En el s. V a.C. los judíos formaban una provincia bajo el dominio de Persia. No tenían independencia política ni soberanía nacional y dependían económicamente del gobierno imperial. No tenían rey ni tampoco, quizás, profetas, pues la época de las grandes personalidades proféticas había ya pasado. Pero eran libres para practicar su religión, seguir su derecho tradicional y resolver sus pleitos. Muchos judíos vivían y crecían en la diáspora.

En estas circunstancias el Templo y el culto de Jerusalén son la gran fuerza de cohesión, y los sacerdotes sus administradores. La otra fuerza es la Torá, conservada celosamente, interpretada y aplicada con razonable uniformidad en las diversas comunidades. Es así como surgió el enorme cuerpo legislativo conocido posteriormente con el nombre de Levítico –perteneciente al mundo sacerdotal o clerical– con todas las normas referentes al culto, aunque contiene algunas de ámbito civil o laico.

Con cierta lógica, el recopilador insertó este código legal en la narrativa del Éxodo, en el tiempo transcurrido –casi dos años– desde la llegada de los israelitas al Sinaí (Éx 19) y su salida (Nm 10). Es así como el libro del Levítico llegó a formar parte del Pentateuco.

Mensaje religioso. Procuremos trasladarnos al contexto vital del libro, no por curiosidad distante, sino buscando el testimonio humano. Pues bien, en estas páginas se expresa un sentido religioso profundo: el ser humano se enfrenta con Dios en el filo de la vida y la muerte, en la conciencia de pecado e indignidad, en el ansia de liberación y reconciliación. Busca a Dios en el banquete compartido; se preocupa del prójimo tanteando diagnósticos, adivinando y previniendo contagios, ordenando las relaciones sexuales para la defensa de la familia.

El Levítico es en gran parte un libro de ceremonias, sin la interpretación viva y sin los textos recitados. En este sentido, resulta un libro de consulta más que de lectura. Pero, si superando la maraña de pequeñas prescripciones, llegamos a auscultar un latido de vida religiosa, habremos descubierto una realidad humana válida y permanente.

Traslademos el libro al contexto cristiano, y desplegará su energía dialéctica. Ante todo nos hará ver cómo lo complejo se resuelve en la simplicidad de Cristo. Pero al mismo tiempo debemos recordar que la simplicidad de Cristo es concentración, y que esa concentración exige un despliegue para ser comprendida en su pluralidad de aspectos y riqueza de contenido. Cristo concentra en su persona y obra lo sustancial y per-

manente de las viejas ceremonias; éstas, a su vez, despliegan y explicitan diversos aspectos de la obra de Cristo. Así lo entendió el autor de la carta a los Hebreos, sin perderse en demasiados particulares, pero dándonos un ejemplo de reflexión cristiana.



Contemplando el Levítico como un arco entre las prácticas religiosas de otros pueblos y la obra de Cristo, veremos en él la pedagogía de Dios. Pedagogía paterna y comprensiva y paciente: comprende lo bueno que hay en tantas expresiones humanas del paganismo, lo aprueba y lo recoge, lo traslada a un nuevo contexto para depurarlo y desarrollarlo. Con esos elementos encauza la religiosidad de su pueblo, satisface la necesidad de expresión y práctica religiosa. Pero al mismo tiempo envía la palabra profética para criticar el formalismo, la rutina, el ritualismo, que son peligros inherentes a toda práctica religiosa.

SACRIFICIOS Y SACERDOTES

Los sacrificios eran una parte importante en la vida cultual israelita, de ahí que la obertura a todas las leyes sobre el culto se refiera precisamente a las tres formas o categorías fundamentales del sacrificio: los holocaustos (1), las ofrendas de cereales (2) y los sacrificios de comunión y de expiación (3s). Los restantes capítulos (5–7) explicitan el ritual de cada una de estas modalidades de sacrificio.

El Señor llama a Moisés

1 1 El Señor llamó a Moisés y le habló
desde la tienda del encuentro:
2 –Di a los israelitas: Cuando hagan una
ofrenda al Señor, ésta será de ganado ma-
yor o menor.

Holocaustos
(Jue 6,19-21; 13,19-21; 2 Cr 7,1)

3 »Si es un holocausto de ganado mayor,
ofrecerá un macho sin defecto, lo llevará a
la entrada de la tienda del encuentro para
que lo acepte el Señor. 4 Pondrá la mano
sobre la cabeza de la víctima, y el Señor se
lo aceptará como expiación. 5 Degollará la
res en presencia del Señor. Los sacerdotes
aaronitas ofrecerán la sangre y con ella ro-
ciarán por todos los lados el altar, que está
a la entrada de la tienda del encuentro.
6 Desollará la víctima y la dividirá en peda-
zos. 7 Los sacerdotes aaronitas harán fuego
sobre el altar y apilarán leña sobre el fuego.
8 Los sacerdotes aaronitas colocarán des-
pués cabeza, trozos y grasa sobre la leña,
sobre el fuego, sobre el altar. 9 Lavarán vís-
ceras y patas. El sacerdote lo dejará que-
marse completamente sobre el altar. Es un
holocausto: ofrenda de aroma que aplaca
al Señor.

10 »Si es un holocausto de ganado me-
nor, corderos o cabritos, ofrecerá un macho
sin defecto. 11 Lo degollará en el lado norte
del altar, en presencia del Señor. Los sacer-
dotes aaronitas rociarán con la sangre to-
dos los lados del altar. 12 El sacerdote lo
cortará en pedazos y colocará la cabeza y
la grasa sobre la leña, sobre el fuego, sobre

1,1s El Señor llama a Moisés. El libro comienza con la observación de que Dios llama a Moisés para hablarle en la tienda del encuentro, desde donde le va a dar todo el cúmulo de instrucciones que vienen a continuación. El relato nos mantiene todavía al pie del Monte Sinaí, donde se acaba de construir meticulosamente el Santuario, el cual se ha llenado con la Gloria divina (Éx 40,34-38). Pero para comprender el libro debemos situarnos en la época del exilio, hacia la segunda mitad del s. VI a.C., y pensar en la corriente sacerdotal (**P**) que va madurando poco a poco la idea de la reconstrucción de Israel, reconstrucción que no sólo afectó al Templo y a la misma ciudad, sino también a la reconstrucción moral y religiosa del pueblo como tal.

La idea que subyace en el libro del Levítico es que Israel cayó en manos enemigas como castigo; todo lo que le está sucediendo es un castigo merecido por su infidelidad a ese Dios santo y fiel que, pese a todo, volverá a acogerlos y a perdonarlos. Israel debe responder a ese gesto divino siendo fiel de la manera más perfecta posible, y eso sólo se puede lograr mediante un culto perfecto.

Con este telón de fondo comprenderemos mejor el por qué de esta clasificación tan rigurosa de los sacrificios y, en definitiva, de todo lo que tiene que ver con el culto: los profesionales y los participantes –la asamblea–. No perdamos de vista que muchas de estas prescripciones, si no todas, están pensadas durante la época del destierro, cuando no había ni Templo, ni culto; por ello, se trata de ideales que se persiguieron sin duda hasta sus últimas consecuencias. Pero este sentido ideal trajo, de hecho, consecuencias muy negativas para el pueblo, tan negativas que el mismo Jesús las denunció como el gran obstáculo para acceder al amor misericordioso del Padre.

1,3-17 Holocaustos. El holocausto era la categoría de sacrificio más común en el Templo. Su principal característica era que la víctima sacrificada, a excepción de la piel/cuero, era quemada completamente. De este hecho derive quizás el nombre griego, que significa precisamente «quemado por completo». A su vez, el holocausto se divide en tres tipos: de ganado mayor (3-9), de ganado menor (10-13) y de aves (14-17). El oferente impone la mano sobre el animal de ganado mayor o menor antes del sacrificio. Nótese cómo cada

el altar. 13 Lavarán vísceras y patas. El sa-
cerdote lo dejará quemarse completamente
sobre el altar. Es un holocausto: ofrenda de
aroma que aplaca al Señor.

14 »Si es un holocausto de aves, su ofren-
da será de tórtolas o pichones de paloma.
15 El sacerdote la llevará al altar y le retor-
cerá el cuello. La dejará quemarse sobre el
altar, después de exprimir la sangre a un
lado del mismo. 16 Le quitará buche y plu-
mas, y los arrojará al este del altar, en el lu-
gar de las cenizas. 17 Le rasgará las alas sin
arrancarlas, y el sacerdote dejará quemar-
se la víctima sobre el altar, sobre la leña,
sobre el fuego. Es un holocausto: ofrenda
de aroma que aplaca al Señor.

Ofrendas de cereales

Ofrendas crudas

(Nm 15,1-18)

2 1 –Cuando alguien haga una ofrenda
al Señor, su ofrenda será de harina de
la mejor calidad, sobre la que se echará
aceite y pondrá incienso. 2 La llevará a los
sacerdotes aaronitas, y uno de éstos, to-
mando un puñado de harina, con aceite y
todo el incienso, lo dejará quemarse sobre
el altar, en obsequio. Es una ofrenda de
aroma que aplaca al Señor.

3 El resto de la ofrenda será para Aarón
y sus descendientes. Es la porción sagrada
de la ofrenda al Señor.

Ofrendas preparadas

4 »Si haces una ofrenda cocida al horno,
ésta será de tortas ázimas de la mejor hari-
na amasadas con aceite y de galletas ázi-
mas untadas de aceite.

5 »Si tu ofrenda es a la sartén, ésta será
de la mejor harina ázima amasada con
aceite. 6 La partirás en pedazos y le echarás
encima aceite. Es una ofrenda.

7 »Si tu ofrenda es a la parrilla, ésta será
de harina de la mejor calidad con aceite.
8 La ofrenda así preparada la presentarás al
Señor llevándola al sacerdote, quien la
pondrá junto al altar. 9 Tomará de la ofren-
da el obsequio y lo dejará quemarse sobre
el altar. Es una ofrenda de aroma que apla-
ca al Señor.

10 El resto de la ofrenda será para Aarón
y sus descendientes. Es la porción sagrada
de la ofrenda al Señor.

Determinaciones particulares

11 Toda ofrenda que hagan al Señor será
sin fermentar, porque nada que contenga
levadura o miel debe ser quemado en
ofrenda al Señor. 12 Las pueden ofrecer al
Señor como primicias, pero no las pondrán
sobre el altar como aroma que aplaca.
13 En cambio pondrás sal a todas las ofren-
das. No dejes de echar a tus ofrendas la sal
de la alianza de tu Dios. Todas las ofrecerás
sazonadas.

Primicias

14 Si haces una ofrenda de primicias al
Señor, ésta será de granos de espigas tier-
nas, tostados y machacados. 15 Le echarás
aceite y le pondrás incienso. Es una ofren-
da. 16 El sacerdote quemará, en obsequio,

---

clase de sacrificio debe hacerse en un punto determinado del altar: al norte (11), o al este (16). Los holocaustos más comunes y abundantes eran los de ganado menor, y todavía más los de aves, dadas las condiciones socioeconómicas del pueblo; sólo los ricos podían darse el lujo de ofrecer un novillo. En las tres modalidades se repite la fórmula que determina la finalidad del sacrificio: «es un holocausto: ofrenda de aroma que aplaca al Señor» (9.13.17).

2,1-16 Ofrendas de cereales. Otra modalidad de sacrificio que no incluye la matanza es la ofrenda de cereales. Su principal característica es que sólo una parte de ella es quemada en el altar; el resto es «para Aarón y sus descendientes» (3) es decir, para los sacerdotes. Podía tratarse de cereal crudo, que consistía en una cantidad de harina de la mejor calidad mezclada con incienso (1-3), o bien podía ser el cereal preparado y cocido según tres métodos: al horno (4), a la sartén (5) o a la parrilla (7). En los tres casos se excluye la levadura, pero se emplea el aceite y la sal (13); la miel no se admite en las ofrendas. Respecto a la sal, se dice específicamente que es «la sal de la alianza» (13), lo cual tiene un alto valor simbólico para los israelitas (cfr. Ez 43,24); puede ser una manera de simbolizar la fidelidad, ya que la sal asegura la durabilidad y preserva de la corrupción. Se conoce por otros textos que griegos y árabes comían sal en el momento de sellar algún pacto. Como cristianos, nosotros estamos invitados por el mismo Jesús a ser sal de la tierra (Mt 5,13). Respecto a la miel, no está clara la razón de su prohibición en las ofrendas; podría tratarse de una forma de evitar cualquier similitud con los cultos paganos, donde sí era frecuente el uso de la miel. Los versículos 14-16 regulan la ofrenda de las primicias o primeros granos de la cosecha de los cereales.

algo de la masa y el aceite con todo el in-
cienso. Es una ofrenda al Señor.

Sacrificios de comunión

3 1 –Cuando su ofrenda sea un sacrificio
de comunión:
»Si es de ganado mayor, ofrecerá al Se-
ñor un macho o una hembra sin defecto.
2 Pondrá la mano sobre la cabeza de la víc-
tima y la degollará a la entrada de la tienda
del encuentro. Los sacerdotes aaronitas ro-
ciarán con la sangre el altar por todos los
lados. 3 Del sacrificio de comunión ofrecerá
en ofrenda al Señor la grasa que envuelve
las vísceras y su gordura, 4 los dos riñones
con su grasa, la grasa junto a los lomos y el
lóbulo del hígado junto a los riñones: todo
esto lo apartará.
5 Los aaronitas la dejarán quemarse so-
bre el altar, sobre el holocausto, sobre la
leña, sobre el fuego. Es una ofrenda de aro-
ma que aplaca al Señor.
6 »Si es de ganado menor, ofrecerá al Se-
ñor un macho o una hembra sin defecto.
7 »Si es un cordero lo que ofrece, lo lle-
vará a la presencia del Señor. 8 Pondrá la
mano sobre la cabeza de la víctima y la de-
gollará ante la tienda del encuentro. Los sa-
cerdotes aaronitas rociarán con la sangre el
altar por todos los lados. 9 Del sacrificio de
comunión ofrecerán en ofrenda al Señor la
grasa, la cola entera cortada desde la raba-
dilla, la grasa que envuelve las vísceras y
sus gorduras: 10 los dos riñones con su gra-
sa, la grasa junto a los lomos y el lóbulo del
hígado junto a los riñones: todo esto lo
apartará. 11 El sacerdote la dejará quemar-
se sobre el altar. Es comida en ofrenda al
Señor.
12 »Si es un cabrito lo que ofrece, lo lle-
vará a la presencia del Señor. 13 Pondrá la
mano sobre la cabeza de la víctima y la de-
gollará ante la tienda del encuentro. Los sa-
cerdotes aaronitas rociarán con la sangre el
altar por todos los lados. 14 De él ofrecerán
en ofrenda al Señor la grasa que envuelve
las vísceras y sus gorduras, 15 los dos riño-
nes con su grasa, la grasa junto a los lomos
y el lóbulo del hígado junto a los riñones:
todo esto lo apartará. 16 El sacerdote lo de-
jará quemarse sobre el altar. Es comida en
ofrenda de aroma que aplaca al Señor.
Toda grasa le pertenece al Señor.
17 Esta es una ley perpetua para todas
las generaciones y en todos sus poblados:
no comerán grasa ni sangre.

3,1-17 Sacrificios de comunión. Los sacrificios de comunión difieren de los holocaustos en que las víctimas sacrificadas no son quemadas completamente: algunas partes se queman en el altar y otra parte es consumida en un banquete que ofrece el oferente a su familia e invitados (7,15; 19,6-8). Se mantiene la distinción entre animales de ganado mayor (1-5) y animales de ganado menor (6); estos últimos se clasifican en corderos (7-11) y cabritos (12-16). En todos los casos se mantiene el mismo esquema ritual: imposición de la mano sobre la víctima antes de sacrificarla y aspersión del altar por los cuatro costados con su sangre –como en los holocaustos–, función que realizaba el sacerdote.

Hay varias interpretaciones respecto a la imposición de la mano sobre la víctima. Algunos piensan que se trata de un gesto mediante el cual se «descargaban» sobre el animal las culpas y los pecados del oferente para obtener el perdón divino. En realidad, quien debía ser sacrificado por sus faltas era la persona, pero Dios le permitía ser sustituido por un animal. Esta interpretación no sería válida en los casos en los que se ofrece un sacrificio en acción de gracias, y no por los pecados. Además, el único caso en que se explicita que la imposición de manos sobre la víctima es para descargar sobre ella los pecados de los oferentes es el del macho cabrío el día de la expiación. Al haber recibido sobre sí los pecados del pueblo, el animal quedaba impuro y, por tanto, no era apto para ser sacrificado ante el Señor; el macho cabrío del gran día de la expiación se llevaba al desierto y era arrojado por un despeñadero.

Esta modalidad de sacrificio incorpora la figura del banquete sagrado, común a otros pueblos y culturas del Cercano Oriente. El oferente cumplía uno de los dos objetivos siguientes: 1. Dar gracias a Dios por algún motivo especial –Sal 107 menciona unos cuatro motivos, pero podían ser más–. 2. Ofrecer un sacrificio votivo, donde se pedía al Señor algún beneficio.

Al parecer, los israelitas tenían muy claro que esas comidas no las realizaban con Dios, sino en presencia de Dios. La sacralidad del alimento se debe, en primer lugar, a que Dios permite al oferente consumir parte de esa víctima que pertenece toda ella a Dios, porque a Él pertenece toda vida. A esto hay que sumar el lugar de sacrificio y de la comida, el Santuario; la sacralidad misma del altar, refrendada cada vez con la sangre de las victimas; y el contacto con las personas sagradas, los sacerdotes consagrados en exclusiva al Señor.

La convicción de que Dios no necesita que le ofrezcan alimentos se encuentra reflejada en Sal 50. A diferencia de Israel, los pueblos vecinos creían que sus divinidades tenían las mismas necesidades humanas e idénticas sensaciones de hambre, sed, etc.

Sacrificios de expiación

4 1 El Señor habló a Moisés:

2 –Di a los israelitas: Cuando alguien, por inadvertencia, traspase alguna de las prohibiciones del Señor, haciendo algo prohibido:

3 »Si es el sacerdote ungido el que cometió la transgresión, comprometiendo así al pueblo, ofrecerá al Señor por la trasgresión cometida un novillo sin defecto en sacrificio expiatorio. 4 Lo llevará a la entrada de la tienda del encuentro, a la presencia del Señor. Pondrá la mano sobre la cabeza de la víctima y la degollará en presencia del Señor. 5 El sacerdote ungido tomará sangre del novillo y la llevará a la tienda del encuentro. 6 Mojando un dedo en la sangre y en presencia del Señor, salpicará con ella siete veces en dirección a la cortina del santuario. 7 Luego, en presencia del Señor, el sacerdote untará con la sangre los salientes del altar del sahumerio, situado en la tienda del encuentro, y derramará toda la sangre del novillo al pie del altar de los holocaustos, situado a la entrada de la tienda del encuentro. 8 Quitará al novillo de expiación toda la grasa: la grasa que envuelve las vísceras y sus gorduras: 9 los dos riñones con sus grasas, la grasa junto a los lomos y el lóbulo del hígado junto a los riñones; 10 todo esto lo apartará, como se hace con el toro del sacrificio de comunión. El sacerdote la dejará quemarse sobre el altar de los holocaustos. 11 El resto del novillo, la piel, la carne con cabeza y patas, vísceras y excrementos, 12 lo sacará fuera del campamento a un lugar puro, donde se echan las cenizas, y lo quemará sobre la leña. En el lugar donde se echan las cenizas debe ser quemado.

13 »Si es toda la comunidad israelita la que por inadvertencia traspasó alguna prohibición del Señor, haciéndose culpable, y el asunto queda oculto a la comunidad, 14 ésta, al darse cuenta de la transgresión cometida, ofrecerá en sacrificio expiatorio un novillo, que llevará hasta la tienda del encuentro. 15 Las autoridades pondrán las manos sobre la cabeza de la víctima y la degollarán en presencia del Señor. 16 Luego el sacerdote ungido llevará sangre del novillo a la tienda del encuentro. 17 Mojando un dedo en la sangre y en presencia del Señor, salpicará con ella siete veces en dirección a la cortina del santuario. 18 Untará con la sangre los salientes del altar del sahumerio, situado ante el Señor en la tienda del encuentro, y derramará toda la sangre al pie del altar de los holocaustos, situado a la entrada de la tienda del encuentro. 19 Le quitará toda la grasa y la dejará quemarse sobre el altar. 20 Hará con este novillo como se hace con el del sacrificio expiatorio. De esta manera el sacerdote realizará la expiación a favor de la comunidad y la comunidad quedará perdonada. 21 Sacará el novillo fuera del campamento y lo quemará como el primero. Es el sacrificio expiatorio de la asamblea.

22 »Si es un jefe el que por inadvertencia traspasó alguna prohibición del Señor, su Dios, haciéndose culpable, 23 al darse cuenta de la trasgresión cometida, ofrecerá en ofrenda un macho sin defecto. 24 Pondrá la mano sobre la cabeza de la víctima, y en presencia del Señor la degollará en el matadero de los holocaustos. Es un sacrificio expiatorio. 25 El sacerdote, mojando un dedo en la sangre de la víctima, untará los salientes del altar de los holocaustos y derramará la sangre al pie del mismo altar. 26 Toda la grasa la dejará quemarse sobre el altar como se hace con los sacrificios de comunión. De esta manera el sacerdote realizará la expiación a favor del culpable y el culpable quedará perdonado.

27 »Si es un propietario el que por inadvertencia traspasó alguna prohibición del Señor, haciéndose culpable, 28 al darse cuenta de la trasgresión cometida, ofrecerá

4,1-35 Sacrificios de expiación. La cuarta clase de sacrificios estipulada en Levítico tiene como finalidad restablecer las relaciones rotas con Dios por el pecado. No se trata de pecados cometidos intencionalmente –de lo que se hablará después–, sino de faltas inadvertidas que atentan contra la pureza ritual y cultual.

La preocupación básica era que la presencia de Dios era incompatible con la impureza, la cual podía ser contraída aun de manera inadvertida. Aquí no se subraya tanto el aspecto ritual del sacrificio, aunque se estipula de hecho la aspersión y la quema de algunas partes del animal para resaltar más la calidad de las personas, que se catalogan en: sumos sacerdotes (3-

una cabra sin defecto en sacrificio expiatorio. 29 Pondrá la mano sobre la cabeza de la víctima y la degollará en el matadero de los holocaustos. 30 El sacerdote, mojando un dedo en la sangre, untará los salientes del altar de los holocaustos y derramará la sangre al pie del mismo altar. 31 Le quitará toda la grasa, como en los sacrificios de comunión, y la dejará quemarse sobre el altar como aroma que aplaca al Señor. De esta manera, el sacerdote realizará la expiación a favor de esa persona, y esa persona quedará perdonada.

32 »Si ofrece un cordero en sacrificio expiatorio, será hembra y sin defecto. 33 Pondrá la mano sobre la cabeza de la víctima y la degollará en sacrificio expiatorio en el matadero de los holocaustos. 34 El sacerdote, mojando un dedo en la sangre de la víctima, untará los salientes del altar de los holocaustos y derramará toda la sangre al pie del mismo altar. 35 Le quitará toda la grasa, como al cordero de los sacrificios de comunión, y la dejará quemarse sobre el altar en ofrenda al Señor. De esta manera el sacerdote realizará la expiación a favor de esa persona, y esa persona quedará perdonada.

Casos particulares

5 1 –Si alguno, citado bajo pena a declarar como testigo –de vista o de oído–, no declara, peca y debe cargar con la culpa.

2 »Si alguno, sin darse cuenta, toca algo impuro, sea el cadáver de una fiera impura, sea el cadáver de ganado impuro, o el de un animal impuro, también, cuando se entere, quedará impuro y será culpable.

3 »Si alguno, sin darse cuenta, toca a una persona impura, manchada con cualquier clase de impureza, cuando se entere, se vuelve culpable.

4 »Si alguno, sin darse cuenta, jura a la ligera, para mal o para bien –como hace la gente–, cuando se entere, se vuelve culpable.

5 »El que por cualquiera de estas causas se vuelva culpable, en cualquier caso, confesará su pecado. 6 Y por el pecado cometido, en penitencia, ofrecerá al Señor una hembra de ganado menor, oveja o cabra, por su trasgresión. El sacerdote realizará la expiación a favor de esa persona por el pecado cometido y se le perdonará.

Casos de pobres

7 »Si no tiene lo suficiente para un cabrito, por la transgresión cometida ofrecerá al Señor dos tórtolas o dos pichones de paloma: uno en sacrificio por el pecado y el otro en holocausto. 8 El sacerdote los llevará y ofrecerá en primer lugar la víctima destinada al sacrificio por el pecado, le retorcerá el cuello, pero sin arrancarle la cabeza. 9 Con la sangre de la víctima salpicará la pared del altar y exprimirá el resto de la sangre al pie del mismo altar. Es un sacrificio expiatorio. 10 El segundo lo ofrecerá en holocausto, según lo establecido. De esta manera el sacerdote realizará la expiación a favor de esa persona por el pecado cometido y se le perdonará.

11 »Y si no tiene lo suficiente para dos tórtolas o dos pichones de paloma, hará una ofrenda de la décima parte de una medida de la mejor harina por la trasgresión cometida. No le pondrá aceite ni incienso, porque es un sacrificio expiatorio. 12 La llevará al sacerdote, y éste, tomando un puñado en obsequio, lo dejará quemarse sobre el altar, en ofrenda al Señor. Es un sacrificio expiatorio.

13 De esta manera el sacerdote realizará la expiación a favor de esa persona por el

---

12), toda la comunidad israelita (13-21), un jefe (22-26) y alguien del pueblo, el cual podía optar entre ofrecer una cabra o una oveja (27-35).

La intención es siempre la misma: la purificación mediante la expiación. Conviene resaltar que, de acuerdo a la categoría de la persona, su falta puede llegar a contaminar a todo el pueblo y de este modo poner en peligro a toda la nación, como es el caso del sumo sacerdote (3).

5,1-6 Casos particulares. Especifica cuáles pueden llegar a ser los motivos concretos de contaminación que requieren confesión de la culpa y expiación de la misma. Se mezclan los casos que podríamos llamar éticos, en cuanto que hacen referencia a la rectitud en el obrar (1.4), y los casos de contacto físico con algo impuro (2s). En todos los casos es necesaria la expiación mediante un sacrificio.

5,7-13 Casos de pobres. Para que nadie quede excluido por su condición social del sistema sacrificial, se legisla de acuerdo a unas mínimas exigencias, a partir de un par de tórtolas o pichones para los pobres (7-10) o veintidós decilitros de harina de la mejor ca-

pecado cometido en cualquiera de aquellos casos, y se le perdonará. El resto, como las ofrendas de harina pura, le corresponde al sacerdote.

Sacrificio penitencial
(2 Re 12,17)

14 El Señor dijo a Moisés:

15 –El que cometa un delito, defraudando por inadvertencia algo consagrado al Señor, ofrecerá al Señor en penitencia un carnero sin defecto, tasado en veinte gramos de plata –pesos del templo–. 16 Y lo que defraudó lo restituirá con recargo de un veinte por ciento. Lo entregará al sacerdote, y éste con el carnero del sacrificio penitencial realizará la expiación a favor de esa persona, y se le perdonará.

17 Si alguno, sin darse cuenta, traspasa alguna prohibición del Señor, se vuelve culpable y carga con la culpa. 18 Llevará al sacerdote un carnero sin defecto, tasado en proporción a la culpa. El sacerdote realizará la expiación a favor de esa persona por el pecado cometido por inadvertencia, y se le perdonará. 19 Es un sacrificio penitencial porque era realmente culpable delante del Señor.

Fraude contra el prójimo

20 El Señor dijo a Moisés:

21 –El que cometa un delito contra el Señor defraudando a su prójimo, en un depósito, préstamo, robo, explotación o 22 apropiación con juramento falso de algo perdido –uno de los pecados que suelen cometer los hombres–, 23 pecando e incurriendo en culpa, deberá restituir lo robado, lo ganado con explotación, el depósito o lo perdido que se apropió 24 con juramento falso. Lo restituirá por completo con recargo de un veinte por ciento, y se lo devolverá al propietario al ofrecer el sacrificio penitencial.

25 Como víctima, ofrecerá al Señor un carnero sin defecto, tasado en proporción al delito. 26 Lo llevará al sacerdote, quien realizará la expiación ante el Señor, y se le perdonará cualquier delito que haya cometido.

Derechos y deberes sacerdotales

6 1 El Señor habló a Moisés:

2 –Da estas órdenes a Aarón y a sus hijos:

Ésta es la ley del holocausto:

El holocausto arderá sobre el fuego del altar de la noche a la mañana, y el fuego del altar arderá sin apagarse.

---

lidad para los muy pobres (11s). Seguramente, hubo muchas personas que ni esto último podían ofrecer, por lo que fueron quedando marginados y señalados como los excluidos del amor de Dios. Ya podemos empezar a entender cómo se van creando las condiciones para la Encarnación.

5,14-19 Sacrificio penitencial. Dos casos distintos de culpa inadvertida contra el Señor, uno de fraude involuntario (15) y otro de infracción involuntaria de alguno de los preceptos divinos (17). Siempre se debía presentar un carnero para el sacrificio. Aunque ambos son involuntarios, en el primer caso se requiere la restitución, más una quinta parte a modo de multa.

5,20-26 Fraude contra el prójimo. Semejante al caso anterior, pero aquí se refiere al fraude contra el prójimo. Para resarcir la culpa era necesario reconocer la falta ante el sacerdote y presentar un carnero para el sacrificio; para obtener el perdón completo se exige compensar el perjuicio causado al prójimo restituyendo lo robado o lo ganado por explotación indebida más un veinte por ciento, una quinta parte más. Este pasaje nos recuerda a Zaqueo; al ser acogido por Jesús, y sin necesidad de invocar esta ley, se adelanta a confesar sus acciones indebidas contra el prójimo y supera en mucho la restitución debida (cfr. Lc 19). Lo más interesante de este último tipo de sacrificios es la relación que se establece entre el daño ocasionado al prójimo y la ofensa contra Dios. Dejando de lado la meticulosidad de las normas sacrificiales, es importante rescatar esta visión tan clara de la relación directa que existe entre el mal ocasionado al prójimo y la ofensa contra Dios y, consecuentemente, la relación entre la restitución del daño al prójimo y el perdón del prójimo y de Dios.

6,1–7,38 Derechos y deberes sacerdotales. Estos dos capítulos cierran la sección sobre el ritual de los sacrificios estipulados en los capítulos 1–5. El tema principal es la comida de la carne ofrecida en sacrificio y las condiciones de pureza para consumirla. Como se ha dicho, estas leyes están siendo redactadas cuando no hay Templo ni culto, y por eso exceden a veces lo real. Pero tienen un trasfondo histórico, ya que en Israel existía cierto régimen sacrificial previo al exilio. Seguramente no sería tan drástico ni meticuloso, pero sí exigente, al punto que los profetas denunciaron repetidas veces la excesiva preocupación por los holocaustos y sacrificios y la despreocupación por lo más importante, el amor y la misericordia hacia el prójimo (cfr. Is 1,11-17; Os 6,6; Am 5,22-25, entre otros).

La escuela sacerdotal (**P**) sistematiza y regula algo que ya funcionaba, pero buscando el máximo de per-

3 El sacerdote, vistiéndose con su túnica
de lino, se cubrirá con un pantalón también
de lino, retirará del altar la ceniza que deja
el fuego al consumir el holocausto y la de-
jará junto al altar. 4 Después se cambiará de
vestiduras para sacar la ceniza fuera del
campamento a un lugar puro.
5 El fuego del altar tiene que arder sin
apagarse, el sacerdote lo alimentará con
leña cada mañana, sobre ella colocará el
holocausto y dejará que se queme la grasa
de los sacrificios de comunión. 6 Es un fue-
go que tiene que arder sobre el altar conti-
nuamente, sin apagarse.

7 ***Ésta es la ley de la ofrenda:***

Los aaronitas llevarán la ofrenda al altar,
a la presencia del Señor. 8 Y tomando de la
ofrenda un puñado de harina de la mejor
calidad con aceite y todo el incienso, lo de-
jará quemarse sobre el altar en obsequio de
aroma que aplaca al Señor. 9 El resto de la
ofrenda lo comerán Aarón y sus hijos.
Se comerá sin levadura, en lugar sagra-
do, en el atrio de la tienda del encuentro lo
comerán. 10 No se cocerá fermentado, es la
parte que les doy de mi ofrenda. Es porción
sagrada, como en el sacrificio expiatorio y
en el sacrificio penitencial.
11 La pueden comer todos los varones
aaronitas: es su porción de las ofrendas del
Señor, a lo largo de las generaciones. El
que las toque queda consagrado.
12 El Señor dijo a Moisés:
13 –Ofrenda de Aarón y sus hijos el día
de su unción: La décima parte de una me-
dida de la mejor harina como ofrenda per-
manente, la mitad por la mañana y la mitad
al atardecer.
14 La presentarás preparada con aceite
en la sartén, y la ofrenda hecha migajas la
ofrecerás en aroma que aplaca al Señor.
15 Igualmente hará el sacerdote ungido que
le suceda. Ésta es una ley perpetua: toda
ella se quemará en honor al Señor.
16 Toda ofrenda sacerdotal se ha de que-
mar por completo, no se comerá.
17 El Señor habló a Moisés:
18 –Di a Aarón y a sus hijos:

Ésta es la ley del sacrificio expiatorio:

La víctima por el pecado se degollará en
el matadero de los holocaustos, en presen-
cia del Señor. Es porción sagrada.
19 El sacerdote que la ofrece la comerá.
Se comerá en lugar sagrado, en el atrio de
la tienda del encuentro.
20 El que toque su carne queda con-
sagrado. El vestido sobre el que salpique
sangre de aspersión se lavará en lugar sa-
grado.
21 La vasija en que se cueza, si es de ba-
rro, se romperá; si es de bronce, se fregará
y se enjuagará.
22 Pueden comer la carne todos los sa-
cerdotes varones. Es porción sagrada.
23 Pero ninguna víctima expiatoria cuya
sangre haya de llevarse a la tienda del en-
cuentro, para expiar en el santuario, se co-
merá; debe ser quemada.

---

fección. Para esta corriente teológico-literaria, la destrucción de Jerusalén y del Templo obedeció a las fallas cultuales; luego la restauración tendrá que tener en cuenta el perfeccionamiento del culto y de todo lo que tenga que ver con él, no sea que atraigan de nuevo el castigo y con consecuencias incluso peores. Desde esta perspectiva hay que entender cada detalle.

Hay muchos aspectos interesantes en esta legislación; algunos incluso recobran actualidad, pero el gran peligro que estuvo siempre latente y el error en que seguramente se incurrió a menudo, fue absolutizar la norma, desubicarla de su función como medio para convertirla en un fin en sí misma, trastocando su sentido. La consecuencia más directa es la grave injusticia en que se incurre al desplazar y alejar cada vez más a un gran número de personas del «círculo» de los buenos, de los que sí pueden contar con la amistad y la presencia de Dios. En este sentido, Dios se vuelve propiedad del pequeño grupo que, según la norma, sí cumple las condiciones legales para el rito, para el culto; los demás, que cada día van en aumento, no; esos son los que la Ley considera malditos.

Ante este panorama podemos imaginar el impacto que tendrá la persona de Jesús y su mensaje entre esta mayoría excluida y alejada de Dios, no por su propia voluntad, sino por voluntad de una norma elevada a la categoría de absoluta. A esta gente maldita, impura, desheredada de Dios, Jesús les dice que Dios los ama; les anuncia que Él es Padre y que así se le debe invocar, «Padre nuestro...»; ¿no es ésa la «Buena Noticia» por excelencia? Conviene que la comunidad cristiana mantenga abierta la reflexión y se autoexamine de aquello que hoy margina y aleja a muchos y muchas del amor de Dios, quizá normas y leyes supuestamente hechas en nombre de Dios y hasta del Evangelio.

8,1-36 Consagración de Aarón y sus hijos. Este

7 1 ***Ésta es la ley***
del sacrificio penitencial:
–La víctima de este sacrificio es porción
sagrada. 2 Degollarán la víctima del sacrifi-
cio penitencial en el matadero de los holo-
caustos. El sacerdote con la sangre rociará
el altar por todos los lados. 3 Ofrecerá toda
la grasa: la cola y la grasa que envuelve las
vísceras, 4 los dos riñones con su grasa, la
grasa junto a los lomos y el lóbulo del híga-
do junto a los riñones: todo esto lo apartará.
5 Lo dejará quemarse sobre el altar en ofren-
da al Señor. Es un sacrificio penitencial.
6 Lo puede comer todo sacerdote varón,
se comerá en lugar sagrado. Es porción sa-
grada.
7 Lo mismo vale para el sacrificio expia-
torio y para el penitencial. Le pertenece al
sacerdote que realice la expiación. 8 Al sa-
cerdote que ofrece el holocausto le perte-
nece la piel de la víctima.
9 Toda ofrenda cocida al horno, asada a
la parrilla o frita en la sartén le pertenece al
sacerdote celebrante. 10 Toda ofrenda ama-
sada con aceite o seca les pertenece a los
aaronitas, a todos por igual.

11 ***Ésta es la ley de los sacrificios***
de comunión que se ofrecen al Señor:
12 »Si es un sacrificio de acción de gra-
cias, además de la víctima, se ofrecerán
tortas ázimas amasadas con aceite, galle-
tas ázimas untadas de aceite y de harina de
la mejor calidad embebida en aceite. 13 Con
la víctima del sacrificio de comunión, que
se ofrecen en acción de gracias, hará una
ofrenda de tortas de pan fermentado. 14 De
todas estas oblaciones se ofrecerá una en
tributo al Señor. Ella le pertenece al sacer-
dote que roció con la sangre de la víctima.
15 La carne de este sacrificio de acción de
gracias se comerá el día en que se ofrece,
sin dejar nada para el día siguiente.
16 Si es un sacrificio voluntario o en
cumplimiento de un voto, se comerá la víc-
tima el día en que se ofrece; el resto se co-
merá al día siguiente. 17 Pero si sobra carne
de la víctima, se quemará al tercer día.
18 Y si alguno come carne de este sacri-
ficio de comunión al tercer día, el sacrificio
es inválido, no se le tendrá en cuenta. Lo
que sobra se considera desecho, y el que lo
coma cargará con la culpa.
19 La carne que toque algo impuro no se
puede comer. Hay que quemarla. Sólo el
que está puro podrá comer la carne. 20 El
que estando impuro coma de la carne del
sacrificio de comunión ofrecida al Señor,
será excluido de su pueblo. 21 El que habien-
do tocado algo impuro –de hombre, de ga-
nado impuro o de cualquier animal impuro–
coma carne del sacrificio de comunión ofre-
cido al Señor, será excluido de su pueblo.

Prescripciones diversas

Prohibición de comer grasa y sangre
22 El Señor habló a Moisés:
23 –Di a los israelitas: No comerás grasa
de toro, cordero ni cabrito. 24 La grasa de un
animal muerto o desgarrado por una bestia
servirá para cualquier uso, pero no la pue-
den comer. 25 Porque todo el que coma gra-
sa del ganado ofrecido en ofrenda al Señor
será excluido de su pueblo. 26 No comerán
sangre ni de ganado ni de ave, en ninguno
de sus poblados. 27 Todo el que coma san-
gre será excluido de su pueblo.

Aranceles sacerdotales
28 El Señor habló a Moisés:
29 –Di a los israelitas: El que ofrezca un
sacrificio de comunión al Señor, llevará de
dicho sacrificio su ofrenda al Señor. 30 Él
mismo llevará en ofrenda al Señor la grasa
y el pecho, y lo agitará ritualmente en pre-
sencia del Señor.
31 El sacerdote dejará quemarse la grasa
sobre el altar. El pecho le pertenece a Aa-
rón y a sus hijos.
32 De los sacrificios de comunión uste-
des darán al sacerdote como tributo la pier-
na derecha. 33 Al aaronita que ofrezca la
sangre y la grasa del sacrificio de comunión
le pertenece como arancel la pierna dere-
cha. 34 Porque el pecho agitado ritualmente
y la pierna del tributo lo recibo de los israe-
litas, de sus sacrificios de comunión, y se lo
doy a Aarón, sacerdote, y a sus hijos. Es
porción perpetua cedida por los israelitas.
35 Ésta es la ración de Aarón y de sus hi-
jos, de las oblaciones al Señor, desde que
son promovidos al sacerdocio del Señor.
36 El Señor ha mandado a los israelitas que
se lo den a los sacerdotes, desde el día en
que éstos son ungidos. Ésta es una ley per-
petua para todas las generaciones».

37 Esta es la ley del holocausto, de la ofrenda, del sacrificio expiatorio, del penitencial, del sacrificio de consagración y del de comunión. 38 El Señor se lo mandó a Moisés en el monte Sinaí, cuando mandó a los israelitas en el desierto Sinaí que le ofrecieran oblaciones.

Consagración de Aarón y sus hijos

8 1 El Señor habló a Moisés:
2 –Toma a Aarón y a sus hijos, los vestidos, el aceite de la unción, el novillo del sacrificio expiatorio, los dos carneros y la canasta de panes ázimos, 3 y convoca a toda la asamblea a la entrada de la tienda del encuentro.

4 Moisés cumplió el mandato del Señor, y la asamblea se congregó a la entrada de la tienda del encuentro.

5 Moisés dijo a la asamblea:

–Esto es lo que manda hacer el Señor.

6 Después hizo acercarse a Aarón y a sus hijos y los hizo bañarse. 7 Le vistió la túnica y le ciñó la faja, le puso el manto y encima le colocó el efod, sujetándolo con el cinturón. 8 Le impuso el pectoral con los urim y tumim. 9 Le puso un turbante en la cabeza, y en el lado frontal del mismo le impuso la flor de oro, la diadema santa, como el Señor se lo había mandado.

10 Moisés, tomando después el aceite de la unción, ungió la morada y cuanto en ella había. Y los consagró. 11 Salpicó con el aceite siete veces sobre el altar y ungió el altar con todos sus utensilios, la fuente y su base, para consagrarlos. 12 Luego derramó aceite sobre la cabeza de Aarón, y lo ungió para consagrarlo. 13 Después Moisés hizo acercarse a los hijos de Aarón, les vistió la túnica, les ciñó la faja y les puso sobre la cabeza los turbantes, como el Señor se lo había ordenado.

14 Hizo traer el novillo del sacrificio expiatorio. Aarón y sus hijos pusieron sus manos sobre la cabeza de la víctima. 15 Moisés la degolló, y tomando sangre untó con el dedo los salientes del altar por todos los lados: así purificó el altar. Derramó la sangre al pie del altar, y así lo consagró para obtener allí el perdón de los pecados. 16 Tomó toda la grasa que envuelve las vísceras, el lóbulo del hígado, los dos riñones con su grasa y lo dejó quemarse sobre el altar. 17 El resto del novillo, la piel, carne e intestinos, lo quemó fuera del campamento, como el Señor se lo había ordenado.

18 Hizo traer el carnero del holocausto. Aarón y sus hijos pusieron sus manos sobre la cabeza de la víctima. 19 Moisés lo degolló y roció con la sangre el altar por todos los lados. 20 Cortó en pedazos el carnero y dejó quemarse la cabeza, los trozos y la grasa. 21 Lavó vísceras y patas y dejó quemarse todo el carnero sobre el altar, como el Señor se lo había ordenado.

Fue un holocausto: ofrenda de aroma que aplaca al Señor.

22 Hizo traer el segundo carnero, el de la consagración. Aarón y sus hijos pusieron sus manos sobre la cabeza de la víctima. 23 Moisés la degolló, y tomando sangre, untó con ella el lóbulo de la oreja derecha de Aarón y los pulgares de su mano y pie derechos. 24 Hizo acercarse a los hijos de Aarón y untó con sangre los lóbulos de sus orejas derechas y los pulgares de sus manos y pies derechos, y roció con la sangre el altar por todos sus lados. 25 Tomó la grasa y la cola, toda la grasa que envuelve las vísceras, el lóbulo del hígado, los dos riñones con su grasa y la pierna derecha. 26 Del canasto de los panes ázimos, puesto en presencia del Señor, tomó una torta ázima, una torta de pan amasada con aceite y una galleta, y las colocó sobre la grasa y la pierna derecha. 27 Puso todo ello en manos de Aarón y sus hijos, y éste lo agitó ritualmente en presencia del Señor. 28 Luego Moisés lo recibió de sus manos y lo dejó quemarse sobre el altar del holocausto.

Fue un sacrificio de consagración: ofrenda de aroma que aplaca al Señor.

---

capítulo describe dos ceremonias distintas, aunque relacionadas entre sí: 1. La consagración del altar, del tabernáculo y de Aarón como sumo sacerdote (6-12). 2. La consagración u ordenación sacerdotal de Aarón y de sus hijos mediante una serie de ritos sacrificiales y de purificación que se extienden a lo largo de siete días (13-36).

Tan sagrados resultan ser los servidores del culto como los objetos y el lugar mismo, de ahí los ritos de oblaciones y unciones. Vemos la vestimenta y los ornamentos especiales del sumo sacerdote, ya descritos en Éx 29,1-37, que coinciden con los que fue investi-

29 Después tomó el pecho y lo agitó ritualmente en presencia del Señor. Era la ración del carnero de consagración que le pertenecía a Moisés, como se lo había ordenado el Señor. 30 Moisés tomó el aceite de la unción y sangre del altar y salpicó sobre Aarón y sus vestidos, sobre los hijos de Aarón y sus vestidos, y así los consagró.

31 Moisés dijo a Aarón y a sus hijos:

–Hagan cocer la carne a la entrada de la tienda del encuentro y allí la comerán con el pan que hay en el canasto del sacrificio de consagración; así se me ordenó: Lo comerán Aarón y sus hijos. 32 Las sobras de carne y pan las quemarán. 33 Durante siete días no saldrán por la puerta de la tienda del encuentro, hasta que concluya el tiempo de su consagración. Porque su consagración ha de durar siete días. 34 El Señor ha mandado que se haga todo tal como se ha hecho hoy para obtener el perdón de los pecados. 35 Permanecerán siete días y siete noches a la entrada de la tienda del encuentro y respetarán las prohibiciones del Señor. Así no morirán. Así se me ha ordenado.

36 Y Aarón y sus hijos cumplieron todo lo que el Señor había mandado por medio de Moisés.

Primeros sacrificios públicos

9 1 El día octavo Moisés llamó a Aarón, a sus hijos y al senado de Israel. 2 Y dijo a Aarón:

–Toma un novillo para el sacrificio por el pecado y un carnero para el holocausto, ambos sin defecto, y ofrécelos en presencia del Señor. 3 Y di a los israelitas: Tomen un chivo para el sacrificio por los pecados, un novillo y un cordero de un año y sin defecto, para el holocausto; 4 un toro y un carnero para el sacrificio de comunión, que sacrificarán en presencia del Señor, y una ofrenda amasada con aceite, porque hoy se les mostrará el Señor.

5 Llevaron ante la tienda del encuentro lo que Moisés había mandado, y acercándose toda la comunidad, se colocó ante el Señor.

6 Moisés les dijo:

–Cumplan todo cuanto el Señor ha ordenado, y se les mostrará su Gloria.

7 Después dijo a Aarón:

–Acércate al altar a ofrecer tu sacrificio expiatorio y tu holocausto. Realiza así la expiación por ti y por el pueblo, presenta luego la ofrenda del pueblo y realiza la expiación por él, como el Señor ha ordenado.

8 Aarón se acercó al altar y degolló el novillo del sacrificio por su propio pecado. 9 Los aaronitas le acercaron la sangre, y él, mojando un dedo en ella, untó los salientes del altar. Después derramó la sangre al pie del mismo altar. 10 Dejó quemarse sobre el altar la grasa, los riñones y el lóbulo del hígado de la víctima, como el Señor se lo había ordenado a Moisés. 11 La carne y la piel las quemó fuera del campamento. 12 Después degolló la víctima del holocausto, los aaronitas le acercaron la sangre y él roció el altar por todos los lados. 13 Le acercaron la víctima cortada en pedazos y la cabeza, y Aarón las dejó quemarse sobre el altar. 14 Lavó vísceras y patas y las dejó quemarse junto con el holocausto, sobre el altar.

15 Aarón tomó el chivo, víctima expiatoria del pueblo, y lo degolló en sacrificio por el pecado, igual que el primer chivo. 16 Ofreció el holocausto según el ritual.

---

do el sumo sacerdote después del exilio. Todo está ambientado en el Sinaí para dar a cada detalle del culto un carácter de disposición divina, disposiciones que son transmitidas por medio de Moisés, gran mediador entre Dios e Israel.

9,1-21 Primeros sacrificios públicos. Hay toda una intencionalidad teológica por parte de la corriente sacerdotal (**P**) en relacionar su concepto y doctrina sobre la creación con el culto en Israel. En 8,33.35 estipulaba que la consagración del sumo sacerdote y los demás sacerdotes debía durar siete días, tiempo que debían permanecer en la tienda del encuentro; esos siete días evocan simbólicamente los seis días de la creación y el séptimo del descanso divino. Sólo el octavo día está la obra completada, dispuesta a funcionar con un fin determinado, y por eso sólo el octavo día se da inicio al culto público. A partir de entonces, la comunidad puede empezar a disfrutar de su culto, pero sobre todo puede contar con que, gracias a ese culto, la presencia de Dios se encuentra en medio de ellos (4-6.24).

Si la creación divina tiene como antecedente el caos, la oscuridad y el abismo vacío, el culto de Israel tiene como antecedente un pueblo que todavía no era pueblo, sino una masa informe de esclavos. Por ello, para la corriente sacerdotal (**P**) lo central del Sinaí no es la alianza, sino el lugar de origen del culto puesto bajo la autoridad divina y que otorga identidad

[17] Hizo la ofrenda. Y tomando un puñado de
ella, lo dejó quemarse sobre el altar, junto
con el holocausto matutino. [18] Degolló el
toro y el carnero del sacrificio de comunión
del pueblo, los aaronitas le acercaron la
sangre y él roció el altar por todos los lados.
[19] La grasa del toro y del carnero, la cola, la
grasa que envuelve las vísceras, los dos riñones con su grasa y el lóbulo del hígado,
[20] los puso junto a la grasa del pecho y lo
dejó quemarse sobre el altar. [21] El pecho y
la pierna derecha los agitó ritualmente en presencia del Señor, como Moisés lo había ordenado.

Bendición
(Nm 6,22-26)

[22] Aarón, alzando las manos sobre el pueblo, lo bendijo, y después de haber ofrecido el sacrificio por el pecado, el holocausto y el sacrificio de comunión, bajó.

[23] Aarón y Moisés entraron en la tienda
del encuentro. Cuando salieron bendijeron
al pueblo. Y la Gloria del Señor se mostró a
todo el pueblo. [24] De la presencia del Señor
salió fuego que devoró el holocausto y la grasa. Al verlo, el pueblo aclamó y cayó rostro a tierra.

Muerte de Nadab y Abihú

10 [1] Nadab y Abihú, hijos de Aarón, agarrando cada uno un incensario y poniendo en ellos brasas e incienso, presentaron al Señor un fuego profano que él no les había mandado.

[2] De la presencia del Señor salió un fuego que los devoró, y murieron en presencia del Señor.

[3] Moisés dijo a Aarón:

–A esto se refería el Señor cuando dijo: Mostraré mi santidad en mis ministros y mi Gloria ante todo el pueblo.

Aarón no respondió.

[4] Moisés llamó después a Misael y Elsafán, hijos de Uziel, tío de Aarón, y les dijo:

–Retiren a sus hermanos de la presencia del santuario y sáquenlos fuera del campamento.

[5] Se acercaron y, con sus túnicas, los sacaron fuera del campamento, como Moisés había ordenado.

[6] Moisés dijo a Aarón y a sus hijos Eleazar e Itamar:

–No se despeinen ni se desgarren la
ropa, así no morirán ni se encenderá la ira
del Señor contra la comunidad. Que sus
hermanos y los demás israelitas, lloren más
bien por el incendio que envió el Señor.
[7] No salgan por la puerta de la tienda del
encuentro, no sea que mueran, porque ustedes están ungidos con aceite del Señor.

Ellos hicieron lo que Moisés había dicho.

Avisos a los sacerdotes

[8] El Señor dijo a Aarón:

[9] –Cuando tengan que entrar en la tienda del encuentro, tú o tus hijos, no beban
vino ni licor, y así no morirán. Ésta es una
ley perpetua para todas las generaciones.
[10] Separen lo sagrado de lo profano, lo puro

---

y forma al pueblo, de modo que cuenta con la presencia permanente de Dios.

9,22-24 Bendición. El signo de la aprobación divina a todo lo que se ha realizado en esos ocho días es la irrupción del fuego que sale de la presencia de Dios y que devora el holocausto (24), idéntica a la aprobación y confirmación que recibe Elías como profeta del Señor en el monte Carmelo delante de los profetas de Baal (1 Re 18,20-40). La aprobación y confirmación divinas también quedan ratificadas y reconocidas por parte de todo el pueblo, que aclama y cae rostro en tierra (24). El culto israelita queda establecido con la bendición de Aarón, sumo sacerdote, y de Moisés (22s), con la presencia de la Gloria de Dios (23b) y con la postración del pueblo (24b). Cualquier desviación de las estipulaciones confirmadas y aceptadas hasta aquí acarrearán incluso la muerte, como muestra el relato del siguiente capítulo.

10,1-7 Muerte de Nadab y Abihú. En medio de todo este compendio de leyes, la corriente sacerdotal (**P**) inserta este breve relato. En el libro sólo aparecen dos pequeñas secciones narrativas: ésta y 24,10-16, que también ilustra las graves consecuencias que acarrea la trasgresión de la ley divina. La intención es, ante todo, pedagógica, una manera de advertir a los recién ordenados sacerdotes y a todos los sacerdotes futuros del gran cuidado que deberán tener en la ejecución de cada ritual, puesto que Dios no transige ni siquiera en un asunto tan simple como tomar las brasas para el incensario de otro lugar que no sea el sagrado.

A nuestros ojos, este caso compromete demasiado la imagen de Dios, que ahora podemos intuir diferente; pero para el israelita, o mejor dicho para la corriente sacerdotal (**P**), era algo lógico. Recordemos que su intuición de Dios es su absoluta santidad, así como su gran misericordia y bondad al acercarse al ser sumano, ya fuera por medio de la nube o del fuego. Esa cercanía exigía una disposición perfecta por parte del pueblo y aún más por parte de los responsables de

de lo impuro. 11 Enseñen a los israelitas to-
dos los preceptos que les comunicó el Se-
ñor por medio de Moisés.
12 Moisés dijo a Aarón y a los hijos que
le quedaban, Eleazar e Itamar:
–Tomen la ofrenda, lo que sobra de la
ofrenda al Señor, y cómanlo sin levadura
junto al altar, porque es porción sagrada.
13 La comerán en lugar sagrado: es tu por-
ción y la de tus hijos de la ofrenda al Señor.
Así se me ha ordenado. 14 El pecho agita-
do ritualmente y la pierna del tributo los
comerán en lugar puro tú, tus hijos e hijas;
es tu porción y la de tus hijos de los sacri-
ficios de comunión de los israelitas. 15 La
pierna del tributo y el pecho agitado ritual-
mente, que se ofrecen con la ofrenda de la
grasa, agitándolos ritualmente ante el Se-
ñor, te pertenecen a ti y a tus hijos como
porción perpetua. Así lo ha ordenado el
Señor.

Caso de conciencia

16 Moisés preguntó por el chivo del sa-
crificio expiatorio, y ya estaba quemado. Se
enojó contra Eleazar e Itamar, únicos hijos
vivientes de Aarón, y les dijo:
17 –¿Por qué no comieron la víctima ex-
piatoria en lugar sagrado? Es porción sa-
grada, y el Señor se la ha dado, para que
carguen con la culpa de la comunidad y así
realicen la expiación por ellos ante el Señor.
18 Si no se llevó su sangre al interior del
santuario, la tenían que haber comido en
lugar sagrado, como se me ha ordenado.
19 Aarón replicó a Moisés:
–Si el día que mis hijos han ofrecido ante
el Señor sus sacrificios expiatorios y sus
holocaustos tuve la desgracia de perderlos,
¿cómo le podía agradar al Señor que yo co-
miese hoy la víctima expiatoria?
20 Moisés quedó satisfecho con la res-
puesta.

PUREZA RITUAL Y EXPIACIÓN

Acabamos de leer que el oficio de los sacerdotes es distinguir lo puro de lo impuro, lo santo de lo profano. Con el capítulo 11 comienza esta distinción. Por ser tal, es orden que clasifica y regula. El orden tiene como punto de vista el culto y la aptitud del hombre israelita para participar en el culto de la comunidad; a esta participación se ordenan también animales, vestidos, casas. El orden es sacro, pero no es estático; una serie de normas regulan el paso de un estado a otro y piden la vuelta constante al estado de pureza. El culto ordena al hombre, y por él ordena el mundo. En teoría, querría abarcar toda la vida del hombre; en la práctica, ofrece una selección significativa: alimentos y vajilla correspondiente, partos, enfermedades de la piel y contagios de ajuar y vivienda, vida sexual. Éste es el valor global del código de «pureza»; sus detalles son para nosotros en gran parte inaccesibles.

Ley sobre los animales

Animales puros e impuros

11 1 El Señor habló a Moisés y a Aarón:
2 –Digan a los israelitas:
»De los animales terrestres pueden co-
mer 3 todos los rumiantes de pezuña parti-
da; 4 se exceptúan sólo los siguientes: el ca-
mello, que es rumiante, pero no tiene la

---

la mediación de dicha presencia, el culto. Por tanto, no debemos tomar este relato al pie de la letra; basta con que entendamos su intencionalidad pedagógica, intencionalidad que también necesitamos discernir a la luz del gran criterio de justicia y amor divinos que debemos aplicar a cada pasaje de la Escritura.

10,8-20 Avisos a los sacerdotes – Caso de conciencia. Estos versículos tratan de completar las rúbricas de los sacrificios y la disposición personal de los encargados del culto. Seguramente obedecen a ciertas dudas sobre algunas formas externas del culto que en algún momento habrían atormentado la conciencia de los sacerdotes.

11,1-47 Ley sobre los animales. Este capítulo puede dividirse en dos partes relacionadas entre sí: 1. Animales puros e impuros (3-23), y 2. Animales que contaminan (24-45). El título general del capítulo y el objeto de estas leyes lo podemos tomar tal cual de los versículos 46s: «Ésta es la ley sobre...». Una vez establecido el sistema sacrificial y consagrados los profe-

pezuña partida: ténganlo por impuro; 5 el
tejón, que es rumiante, pero no tiene la pe-
zuña partida: ténganlo por impuro; 6 la lie-
bre, que es rumiante, pero no tiene la pezu-
ña partida: ténganla por impura; 7 el
puerco, que tiene la pezuña partida, pero
no es rumiante: ténganlo por impuro. 8 No
coman su carne ni toquen su cadáver: son
impuros.

9 »De los animales acuáticos, de mar o
de río, pueden comer los que tienen esca-
mas y aletas. 10 Y todo reptil o animal acuá-
tico, de mar o de río, que no tenga escamas
y aletas, ténganlo por inmundo. 11 Son in-
mundos: no coman su carne y tengan por
inmundo su cadáver. 12 Todo animal acuáti-
co que no tiene escamas y aletas ténganlo
por inmundo.

13 »De las aves tengan por inmundas las
siguientes, que no son comestibles, porque
son inmundas: el águila, el quebrantahue-
sos y el buitre negro; 14 el milano y el buitre
en todas sus variedades; 15 el cuervo en to-
das sus variedades; 16 el avestruz, el chota-
cabras y la gaviota; el halcón en todas sus
variedades; 17 el búho, el mergo y el mo-
chuelo; 18 la corneja, el pelícano y el cala-
món; 19 la cigüeña y la garza en todas sus
variedades; la abubilla y el murciélago.

20 »Todo insecto que camine con cuatro
patas ténganlo por inmundo. 21 De estos in-
sectos de cuatro patas pueden comer úni-
camente los que tienen las patas traseras
más largas que las delanteras, para saltar
con ellas sobre el suelo. 22 Pueden comer
los siguientes: la langosta en todas sus va-
riedades, el cortapicos en todas sus varie-
dades, el grillo en todas sus variedades, el
saltamontes en todas sus variedades. 23 Los
demás insectos de cuatro patas ténganlos
por inmundos.

Animales que contaminan
(Dt 14,4-20)

24 El que toque estos animales quedará
impuro, 25 y el que transporte su cadáver,
lavará sus vestidos y quedará impuro hasta
la tarde.

26 »Todo animal que no sea rumiante ni
de pezuña partida ténganlo por impuro: el
que lo toque, quedará impuro hasta la tar-
de.

27 »De los animales cuadrúpedos tengan
por impuros los que se apoyan en sus plan-
tas para caminar; el que toque su cadáver,
quedará impuro hasta la tarde; 28 el que
transporte su cadáver, lavará sus vestidos y
quedará impuro hasta la tarde. Ténganlos
por impuros.

29 »De los reptiles tengan por impuros los
siguientes: la comadreja, el ratón, el lagar-
to en todas sus variedades, 30 el geco, la sa-
lamandra, el camaleón, el erizo y el topo.
31 Estos son los reptiles que tendrán por im-
puros. El que los toque después de muertos
quedará impuro hasta la tarde.

32 Todo objeto sea de madera, de paño o
de cuero, una bolsa –o todo utensilio– sobre
el que caiga un animal de éstos después de
muerto quedará impuro: lo meterán en
agua, y quedará impuro hasta la tarde.
Después volverá a ser puro.

33 Toda vasija de barro donde caiga un
animal de éstos la romperán. Y lo que haya
dentro quedará impuro: 34 la comida prepa-

---

sionales del culto, viene el «manual» de alimentos puros e impuros que el sacerdote debe manejar a la perfección, según lo establecido en Lv 10,10 como una de sus funciones.

Los animales se dividen en «puros» e «impuros» y se clasifican en cuatro categorías, cuyo posible criterio de clasificación parte de los miembros del movimiento, sus patas y –en parte– su régimen alimenticio: 1. Animales terrestres (2-8), 2. Acuáticos (9-12), 3. Volátiles (13-23) y 4. Reptiles (29-31.41-44). Se subraya la advertencia de que los animales impuros no sólo no se pueden comer, sino que sus cadáveres causan contaminación ritual, de ahí que de tanto en tanto se den las indicaciones para la necesaria purificación (25.27.32.35.40).

Hasta el momento no se ha ofrecido ninguna explicación convincente para estas medidas que regulan el régimen alimenticio de los israelitas, elevado aquí a carácter de norma divina. Es probable que antes de la redacción de este documento el pueblo ya rechazara en su dieta todos o parte de estos animales, en la mayoría de los casos quizá por repugnancia, de modo irracional. En algunos casos, como el cerdo, que puede transmitir enfermedades mortales al ser humano, puede haber en el fondo preocupaciones sobre la higiene o la salud, pero esta explicación no es válida en todos los casos. En definitiva, el carácter de legislación sagrada viene por el hecho de tratarse de órdenes dadas por Moisés y transmitidas a Aarón y sus descendientes de generación en generación, hasta el día de hoy.

Un rezago de estas preocupaciones por lo puro y lo

rada con agua quedará impura y la bebida
–cualquiera que sea el tipo de recipiente–
quedará impura.
35 Todo objeto sobre el que caiga el ca-
dáver de esos animales quedará impuro: el
hornillo y el fogón serán destruidos, porque
quedan impuros y por impuros los tendrán.
36 Sólo se exceptúan las fuentes, los pozos
y los estanques, que siguen puros. Pero el
que toque un cadáver de estos animales
quedará impuro.
37 Si uno de estos cadáveres cae sobre
grano de sembrar, éste queda puro; 38 pero
si el grano ha sido humedecido y cae sobre
él uno de estos cadáveres, ténganlo por im-
puro.
39 »Cuando muere un animal comestible,
el que toque su cadáver quedará impuro
hasta la tarde, 40 el que coma su carne, la-
vará sus vestidos y quedará impuro hasta
la tarde; el que transporte su cadáver, lava-
rá sus vestidos y quedará impuro hasta la
tarde.
41 »Todo reptil es inmundo y no se come.
42 Ningún reptil es comestible, ni los que se
arrastran sobre el vientre ni los que avan-
zan a cuatro patas ni los ciempiés: son in-
mundos. 43 No se vuelvan también ustedes
inmundos con esos reptiles ni se contami-
nen con ellos, ni se dejen manchar por
ellos.
44 Yo soy el Señor, su Dios, ustedes de-
ben purificarse y ser santos, porque yo soy
santo. No se vuelvan impuros con esos rep-
tiles, que se arrastran por el suelo. 45 Yo soy
el Señor que los saqué de Egipto para ser
su Dios: Sean santos, porque yo soy santo.
46 Ésta es la ley sobre los animales te-
rrestres, las aves, los animales que se mue-
ven en el agua y sobre todos los reptiles;
47 la ley que enseña a separar lo impuro de
lo puro, los animales comestibles de los no
comestibles.

Partos

12 1 El Señor habló a Moisés:
2 –Di a los israelitas: Cuando una
mujer conciba y dé a luz un hijo, quedará
impura durante siete días, como en la im-
pureza por menstruación. 3 El octavo día
circuncidarán al hijo, 4 y ella pasará treinta
y tres días purificando su sangre: no tocará
cosa santa ni entrará en el templo hasta ter-
minar los días de su purificación.
5 Si da a luz una hija, quedará impura
durante dos semanas, como en la mens-
truación, y pasará sesenta y seis días puri-
ficando su sangre. 6 Al terminar los días de
su purificación –por hijo o por hija–, llevará
al sacerdote, a la entrada de la tienda del
encuentro, un cordero de un año en holo-
causto y un pichón de paloma o una tórto-
la en sacrificio por el pecado. 7 El sacerdote
los ofrecerá al Señor, realizará la expiación
por ella y quedará purificada del flujo de su
sangre.
Ésta es la ley sobre la mujer que da a luz
un hijo o una hija. 8 Si no tiene medios para
comprarse un cordero, que tome dos tórto-
las o dos pichones de paloma: uno para el
holocausto y el otro para el sacrificio por el
pecado. El sacerdote realizará la expiación
por ella y quedará pura.

Enfermedades de la piel
(2 Re 5)

13 1 El Señor dijo a Moisés y a Aarón:
2 –Cuando alguno tenga una infla-
mación, una erupción o una mancha en la

---

impuro que probablemente creó problemas de conciencia a los primeros cristianos, en su mayoría provenientes del judaísmo, lo encontramos en forma de teología narrativa en Hch 10, donde se asume definitivamente que no hay animales ni alimentos impuros. En la nueva era imaginada por Jesús, ésta ya no es la preocupación principal, porque Dios ha declarado puro/bueno todo lo creado.

12,1-8 Partos. Tras el manual de animales puros e impuros, comestibles y no, se trata el parto. Al igual que la menstruación, acarrea la impureza ritual –no moral– por la presencia de la sangre. El alumbramiento acarrea para la mujer una doble prescripción: en primer lugar, aislarse de la comunidad, del culto, y abstenerse de tocar los objetos santos (4); el aislamiento varía según el sexo de la criatura (2-4.5-7). En segundo lugar, se ordena su purificación mediante el sacrificio de un cordero para el holocausto y un pichón o una paloma para el sacrificio expiatorio (6). El versículo 8 nos resulta familiar, ya que dos tórtolas o pichones fue lo que María pudo ofrecer como purificación por el nacimiento de Jesús (cfr. Lc 2,22-24), una concesión para las mujeres más pobres.

13,1-46 Enfermedades de la piel. En línea con la función sacerdotal de separar lo sagrado de lo profano, lo puro de lo impuro (10,10), se presenta aquí una complicada casuística sobre las posibilidades de im-

piel que parezca lepra, será llevado ante Aarón, el sacerdote, o cualquiera de sus hijos sacerdotes. 3 El sacerdote examinará la parte afectada; si el pelo en ella se ha vuelto blanco y aparece hundida, es un caso de lepra. Después de examinarlo, el sacerdote lo declarará impuro.

4 Si se trata de una mancha blanquecina en la piel, pero no aparece hundida ni se ha vuelto blanco el pelo, entonces el sacerdote aislará al enfermo durante siete días. 5 El séptimo día lo examinará; si observa que el mal está localizado sin extenderse por la piel, lo volverá a aislar por otros siete días. 6 El séptimo día lo volverá a examinar; si observa que la mancha está pálida y que no se ha extendido por la piel, entonces lo declarará puro. Es un caso de irritación de la piel. El enfermo lavará sus vestidos y quedará puro.

7 Pero si después de examinado por el sacerdote y declarado puro se extiende la irritación por la piel, se hará examinar de nuevo por el sacerdote. 8 El sacerdote lo examinará; si observa que la irritación se ha extendido por la piel, lo declarará impuro. Es un caso de lepra.

9 »Cuando alguno tenga una afección cutánea será llevado al sacerdote. 10 El sacerdote lo examinará; si observa que tiene una inflamación blanquecina en la piel, que el pelo en esa parte se ha vuelto blanco y que se han formado llagas en la inflamación, 11 es un caso de lepra crónica. El sacerdote lo declarará impuro. No lo aislará, porque es impuro.

12 Pero si la afección va atacando la piel, hasta cubrir al enfermo de pies a cabeza –cuanto puede observar el sacerdote–, el sacerdote lo examinará; 13 si observa que la afección ha cubierto toda su carne, declarará puro al enfermo. Toda su piel se ha vuelto blanca: es puro. 14 Pero cuando aparezcan en él nuevas llagas, será impuro. 15 El sacerdote examinará las llagas, y lo declarará impuro, porque las llagas son impuras. Es un caso de lepra. 16 Y si se cierran las llagas y se vuelven blancas, se presentará al sacerdote. 17 El sacerdote lo examinará; si observa que la parte afectada se ha vuelto blanca, declarará puro al enfermo: es puro.

18 »Cuando uno tenga una úlcera ya sanada 19 y se le produzca sobre la úlcera una inflamación blanquecina o una mancha rojiza clara, se hará examinar por el sacerdote. 20 El sacerdote lo examinará; si la mancha aparece hundida y el pelo se ha vuelto blanco, el sacerdote lo declarará impuro. Es un caso de lepra producida en la úlcera. 21 Pero si al examinar la mancha observa el sacerdote que el pelo no se ha vuelto blanco ni se ha hundido la piel y que la mancha se ha vuelto pálida, entonces el sacerdote aislará al enfermo durante siete días; 22 si se extiende el mal por la piel, el sacerdote lo declarará impuro. Es un caso de lepra. 23 Pero si a los siete días la mancha sigue localizada, sin extenderse, se trata de la cicatriz de la úlcera. El sacerdote lo declarará puro.

24 »Cuando uno tenga una quemadura en la piel y se le produzca sobre la parte quemada una mancha blanca o rojiza clara, 25 el sacerdote lo examinará; si observa que el pelo en la mancha se ha vuelto blanco y que ésta aparece hundida, es un caso de lepra producida en la quemadura. El sacerdote lo declarará impuro: es un caso de lepra. 26 Pero si, al examinarlo, el sacerdote observa que no se ha vuelto blanco el pelo en la mancha ni se ha hundido la piel y que la mancha está pálida, entonces aislará al enfermo durante siete días. 27 El séptimo

---

pureza por alguna afección física relacionada con la piel. No se ha establecido aún qué tipo de afecciones cutáneas son las que se mencionan aquí; el hebreo utiliza un término genérico que algunos traducen por lepra, pero podría tratarse de alguna otra afección, como una dermatitis, una soriasis o un eczema, que obviamente están muy lejos de tener un tratamiento semejante al de la lepra.

En todo caso, el afectado debía seguir puntualmente las indicaciones del sacerdote, el cual debía ser un experto en esas cuestiones. Lo más terrible que podía pasarle al enfermo era ser declarado efectivamente leproso, pues ello implicaba el aislamiento total de la comunidad con las características que prescribe el versículo 46. Diez de estos leprosos son los que gritan de lejos a Jesús, implorando su favor; tras quedar limpios y presentarse al sacerdote para que les diera el «certificado» de pureza, uno solo se vuelve para dar gracias a Jesús (cfr. Lc 17,12-19). Los otros nueve estaban más preocupados por la cuestión legal –simbolismo del Israel obstinado–.

13,47-59 Infección de ropas. Es posible que los

día lo examinará; si se ha extendido el mal
por la piel, el sacerdote lo declarará impu-
ro: es un caso de lepra. 28 Pero si la mancha
está localizada, sin extenderse por la piel, y
se ha vuelto pálida, se trata de la inflama-
ción de la quemadura. El sacerdote lo de-
clarará puro, pues se trata de la cicatriz de
la quemadura.

29 »Cuando a un hombre o a una mujer
se le produzca una afección en la cabeza o
en la barba, 30 el sacerdote examinará la
afección; si observa que está hundida y que
el pelo se ha vuelto amarillo y ralo, el sa-
cerdote lo declarará impuro: es un caso de
sarna, afección de la cabeza o la barba.
31 Pero si, al examinar la sarna, el sacerdo-
te ve que, aunque la piel no aparece hundi-
da, ya no le queda pelo negro, aislará al en-
fermo durante siete días. 32 El séptimo día
lo examinará; si observa que no se ha ex-
tendido la sarna, que no hay pelo amarillo
ni aparece hundida, 33 entonces el enfermo
se afeitará completamente menos la parte
sarnosa, y el sacerdote lo volverá a aislar
por otros siete días. 34 El séptimo día el sa-
cerdote examinará la sarna; si observa que
no se ha extendido y que la piel no aparece
hundida, el sacerdote lo declarará puro. El
enfermo lavará sus vestidos y quedará
puro. 35 Pero si, después de declarado puro,
se extiende la sarna, el sacerdote lo volverá
a examinar; 36 si observa que la sarna se ha
extendido, no hace falta que mire si el pelo
se ha vuelto amarillo: es impuro. 37 Pero si
ve que la sarna está localizada y le crece
pelo negro, entonces la sarna está sanada:
es puro, y el sacerdote lo declarará puro.

38 »Cuando a un hombre o a una mujer le
salgan manchas blancas en la piel, el sa-
cerdote lo examinará; 39 si observa sobre la
piel manchas blancas pálidas, es un caso
de eczema formada en la piel: es puro.

40 »Cuando a un hombre se le caiga el
pelo, es un caso de calvicie: es puro. 41 Si
se le cae el pelo de las sienes, se le forman
entradas: es puro. 42 Si en la calvicie o en
las entradas se le forman llagas rojizas cla-
ras, es un caso de lepra producida en la
calvicie o en las entradas. 43 El sacerdote lo
examinará; si observa en la calvicie o en las
entradas una inflamación rojiza clara del
mismo aspecto que la lepra de la piel del
cuerpo, 44 se trata de un hombre con lepra:
es impuro. El sacerdote lo declarará impu-
ro por lepra en la cabeza.

45 El que ha sido declarado enfermo de
lepra andará harapiento y despeinado, con
la barba tapada e irá gritando: ¡Impuro, im-
puro! 46 Mientras le dure la afección seguirá
impuro. Vivirá apartado y tendrá su morada
fuera del campamento.

Infección de ropas

47 Cuando se produzca una infección en
un vestido de lana o de lino, 48 en una trama
o urdimbre de lana o de lino, en un cuero o
en cualquier objeto de piel, 49 y aparezca en
ellos una mancha verdusca o rojiza, es una
infección que hay que hacer examinar al
sacerdote. 50 El sacerdote examinará la
mancha y aislará el objeto durante siete
días. 51 El séptimo día lo examinará; si se ha
extendido el mal por el vestido, o por la tra-
ma o urdimbre, o por el cuero del objeto he-
cho con piel, se trata de lepra maligna: es
impuro. 52 Quemará el vestido, la trama o
urdimbre, de lana o de lino, o el objeto de
piel en el que ha prendido el mal, porque se
trata de lepra maligna: lo quemará.

53 Pero si al examinarlo observa el sa-
cerdote que no se ha extendido el mal por
el vestido, trama, urdimbre o por el objeto
de cuero, 54 mandará lavar la parte man-
chada y la volverá a aislar por otros siete
días. 55 Después de lavada, el sacerdote
volverá a examinar la mancha, y si no ha
cambiado de aspecto, aunque no se haya
extendido, es impura. El sacerdote la que-

---

que vivimos en países de clima tropical o semitropical compartamos la experiencia de encontrar las prendas de vestir con manchas y fuerte olor después de algún tiempo guardadas, aunque estuvieran limpias. Lo que ataca el paño, el lino, el cuero e incluso los muros de las casas, y que nosotros llamamos moho, hongos o musgo, también es materia de legislación.

Se prescribe un seguimiento u observación rigurosa, como en la primera parte del capítulo sobre las afecciones cutáneas. Se llega incluso a la necesaria destrucción de la prenda o del muro en caso de no presentar «mejoría». Nos suena muy extraño, a nosotros que con agua y sal solucionamos el problema; pero para los israelitas, en concreto para los sacerdotes, se trataba de un obstáculo para mantener el ambiente de pureza exigido en el culto y en la vida ordi-

mará: está corroída por el derecho o por el revés. 56 Pero si después de lavada, al examinarla el sacerdote, observa que la mancha se ha vuelto pálida, entonces arrancará el trozo del vestido, del cuero, de la trama o de la urdimbre. 57 Y si más tarde reaparece la mancha en el vestido, trama, urdimbre o en el objeto de piel, el mal sigue. Quemarán todo lo infectado. 58 El vestido, trama, urdimbre u objeto de cuero del que ha desaparecido la mancha al lavarlo, lo volverán a lavar y quedará puro.

59 Ésta es la ley sobre la infección en vestidos de lana o lino, en trama o urdimbre y en objetos de piel. Es la ley según la cual se declararán puros o impuros».

Purificación de los enfermos de lepra

14 1 El Señor dijo a Moisés:
2 –Ésta es la ley de purificación de los enfermos de lepra:

3 »El día en que el enfermo se presente al sacerdote, el sacerdote saldrá fuera del campamento y comprobará que el enfermo se ha sanado de su lepra. 4 Después mandará traer para el purificando dos aves puras, vivas, ramas de cedro, púrpura escarlata y un ramo de hisopo.

5 El sacerdote mandará degollar una de las aves en una vasija de barro sobre agua de manantial. 6 Después tomará el ave viva, las ramas de cedro, la púrpura escarlata y el hisopo, y los mojará, también el ave viva, en la sangre del ave degollada sobre el agua de manantial. 7 Salpicará siete veces al que se está purificando de la lepra, y lo declarará puro. Al ave viva la soltará después en el campo.

8 El purificando lavará sus vestidos, se afeitará completamente, se bañará y quedará puro. Después de esto podrá entrar en el campamento. Pero durante siete días se quedará fuera de su tienda de campaña. 9 El séptimo día se rapará la cabeza, se afeitará la barba, las cejas y todo el pelo, lavará sus vestidos, se bañará y quedará puro.

10 »El octavo día tomará dos corderos sin defecto, una cordera de un año sin defecto, tres décimas partes de una medida de harina de la mejor calidad, amasada con aceite, y un cuarto de litro de aceite.

11 El sacerdote que oficie la purificación presentará todo esto, junto con el purificando, ante el Señor, a la entrada de la tienda del encuentro. 12 El sacerdote tomará uno de los corderos y lo ofrecerá en sacrificio penitencial, junto con el cuarto de litro de aceite; los agitará ritualmente ante el Señor. 13 Después degollará el cordero en el matadero de las víctimas expiatorias y holocaustos en lugar santo, porque la víctima penitencial, igual que las víctimas expiatorias, pertenece al sacerdote: son porción sagrada.

14 El sacerdote tomará sangre de la víctima penitencial y untará con ella el lóbulo de la oreja derecha, el pulgar de la mano derecha y el pulgar del pie derecho del purificando. 15 Después echará un poco del aceite en su mano izquierda, 16 y untando el índice de su mano derecha en el aceite que está en la palma de su mano izquierda, salpicará siete veces ante el Señor. 17 Con el aceite que le queda en la mano untará el lóbulo de la oreja derecha, el pulgar de la mano derecha y el pulgar del pie derecho del purificando, donde había untado la sangre de la víctima penitencial. 18 El resto del aceite que le queda en la mano lo derramará sobre la cabeza del purificando, y así realizará la expiación a favor de esa persona, ante el Señor.

19 Después el sacerdote ofrecerá el sacrificio por el pecado y realizará la expiación por el que se está purificando. Después degollará la víctima del holocausto, 20 y la ofrecerá junto con la ofrenda sobre el altar. Así realiza la expiación en favor de esa persona, y éste queda puro.

21 »Si es pobre y no tiene recursos, tomará sólo un cordero, víctima penitencial, para la agitación ritual y para la expiación,

---

naria de un pueblo en el que Dios había decidido establecer su morada.

14,1-32 Purificación de los enfermos de lepra. Este capítulo es la segunda parte del anterior. Como puede verse, el sacerdote debe examinar al afectado y declararlo puro o impuro, dictaminar su aislamiento o no y el tiempo de su aislamiento; le corresponde además realizar los sacrificios y ritos de purificación. También esta casuística contempla el caso de los más pobres, para los cuales se establece una ofrenda acorde con sus capacidades económicas.

14,33-57 Infecciones de casas. Como en el caso

la décima parte de una medida de harina de
la mejor calidad amasada con aceite para
la ofrenda y un cuarto de litro de aceite 22 y
dos tórtolas o dos pichones de paloma, se-
gún sus recursos, uno para el sacrificio por
el pecado y otro para el holocausto. 23 El
octavo día los presentará al sacerdote, a la
entrada de la tienda del encuentro, en pre-
sencia del Señor, para su purificación.

24 El sacerdote tomará el cordero pe-
nitencial y el cuarto de litro de aceite y los
agitará ritualmente ante el Señor. 25 Des-
pués degollará el cordero penitencial. El sa-
cerdote tomará sangre de la víctima y un-
tará con ella el lóbulo de la oreja derecha,
el pulgar de la mano derecha y el pulgar del
pie derecho del que se purifica. 26 Después
echará un poco de aceite en su mano iz-
quierda, 27 y con el índice de la mano dere-
cha salpicará siete veces ante el Señor con
el aceite que tiene en la izquierda.

28 Con el aceite que tiene en la mano, el
sacerdote untará el lóbulo de la oreja dere-
cha, el pulgar de la mano derecha y el pul-
gar del pie derecho del que se purifica, don-
de había untado la sangre de la víctima.
29 El resto del aceite que le quede en la
mano lo derramará sobre la cabeza del que
se purifica, para realizar la expiación por él
ante el Señor.

30 Después ofrecerá una de las tórtolas o
pichones de paloma, según sus recursos:
31 una en sacrificio expiatorio y otra en ho-
locausto, junto a la ofrenda. Así el sacerdo-
te realiza la expiación por la persona que
debe ser purificada en presencia del Señor.

32 Ésta es la ley de purificación del le-
proso que no dispone de medios.

Infecciones de casas

33 El Señor dijo a Moisés y a Aarón:

34 –Cuando hayan entrado en la tierra de
Canaán, que voy a darles en posesión, y yo
permita que una casa de su tierra quede in-
fectada, 35 el dueño de la casa se presenta-
rá al sacerdote a informarle: Ha aparecido
una mancha en mi casa.

36 El sacerdote, sin esperar hasta el exa-
men de la mancha, mandará desalojar la
casa, para que no se contamine lo que hay
en ella. 37 Después el sacerdote entrará a
examinar la casa. El sacerdote examinará
la mancha; si observa el mal en las pare-
des, cavidades verduscas o rojizas un poco
hundidas en la pared, 38 saldrá a la puerta
de la casa y la mandará cerrar durante sie-
te días.

39 Al séptimo día volverá; si la mancha
se ha extendido por la pared, 40 el sacerdo-
te mandará quitar las piedras manchadas y
echarlas a un lugar impuro fuera de la ciu-
dad. 41 Mandará raspar toda la casa por
dentro, y el polvo que salga de rasparla lo
echarán a un lugar impuro, fuera de la ciu-
dad. 42 Tomarán otras piedras y las pondrán
en el lugar de las primeras. Y con nueva cal
revocarán la casa.

43 Si después de quitadas las piedras y
después de haber raspado y revocado la
casa, reaparece la mancha, 44 el sacerdote
volverá a examinar la casa; si observa que
se ha extendido el mal por la casa, se trata
de lepra maligna de la casa: es impura.
45 Hará derribar la casa, piedras, madera-
men y toda la cal, y lo sacará todo a un lu-
gar impuro fuera de la ciudad. 46 El que en-
tre en la casa mientras está cerrada,
quedará impuro hasta la tarde. 47 El que
duerma en la casa, lavará sus vestidos. El
que coma en la casa, lavará sus vestidos.

48 Pero si el sacerdote entra, y al exami-
nar la casa observa que no se ha extendido
el mal después de haberla revocado, decla-
rará pura la casa, porque el mal se ha sa-
nado.

49 Entonces tomará dos aves, ramas de
cedro, púrpura escarlata y un ramo de hi-
sopo para realizar la expiación por la casa.
50 Degollará una de las aves en una vasija
de barro que contenga agua de manantial.
51 Después tomará la rama de cedro, el hi-
sopo, la púrpura escarlata y el ave viva, y
los mojará en la sangre del ave degollada
sobre el agua de manantial, y salpicará la
casa siete veces. 52 Así realiza la expiación
por la casa con la sangre del ave, con el
agua de manantial, con el ave viva, con la

---

de las prendas de vestir, también debía hacerse el seguimiento de los muros de las casas que presentaran alguna anomalía y dictaminar, o la destrucción completa (45), o su purificación, después de seguir cada uno de los pasos prescritos.

15,1-33 Impurezas de orden sexual. Se dan las

rama de cedro, con el hisopo y con la púrpura escarlata.

53 Al ave viva la soltará en el campo, fuera de la ciudad. Así realiza la expiación por la casa, y ésta queda pura.

54 Ésta es la ley sobre diversas clases de lepras y sarnas, 55 sobre manchas de vestidos y casas; 56 sobre inflamaciones, erupciones y manchas, 57 según la cual se declaran los casos de pureza e impureza. Ésta es la ley sobre la lepra.

Impurezas de orden sexual

15 1 El Señor habló a Moisés y a Aarón: 2 –Digan a los israelitas:

»Cuando un hombre padezca de gonorrea, es impuro. 3 Éstas son las normas de impureza en caso de gonorrea, sea fluida o espesa, porque ambas son impuras. 4 La cama en que se acueste el enfermo quedará impura. El asiento que use quedará impuro. 5 El que toque la cama del enfermo lavará sus vestidos, se bañará y quedará impuro hasta la tarde. 6 El que se siente donde ha estado sentado el enfermo, lavará sus vestidos, se bañará y quedará impuro hasta la tarde. 7 El que toque al enfermo lavará sus vestidos, se bañará y quedará impuro hasta la tarde. 8 Si el enfermo escupe a uno que está puro, éste lavará sus vestidos, se bañará y quedará impuro hasta la tarde. 9 La silla de montar que use el enfermo quedará impura. 10 El que toque un objeto sobre el que ha estado el enfermo quedará impuro hasta la tarde. Y el que lo transporte, lavará sus vestidos, se bañará y quedará impuro hasta la tarde. 11 Aquél a quien el enfermo toque, antes de lavarse las manos, lavará sus vestidos, se bañará y quedará impuro hasta la tarde. 12 Toda vasija de barro que toque el enfermo, se romperá; si es de madera, se lavará.

13 Cuando sane de la gonorrea, el enfermo contará siete días hasta su purificación. Lavará sus vestidos, se bañará con agua de manantial y quedará puro. 14 El octavo día tomará dos tórtolas o dos pichones de paloma, se presentará ante el Señor, a la entrada de la tienda del encuentro, y los entregará al sacerdote. 15 El sacerdote los ofrecerá uno en sacrificio expiatorio y el otro en holocausto. Así realiza la expiación por él, por su gonorrea, ante el Señor.

16 »Cuando un hombre tenga una eyaculación, se bañará y quedará impuro hasta la tarde. 17 También la ropa o el cuero adonde haya caído el semen se lavará y quedará impura hasta la tarde.

18 Si un hombre tiene relaciones sexuales con una mujer, se bañarán los dos y quedarán impuros hasta la tarde.

19 »La mujer, cuando tenga su menstruación, quedará manchada durante siete días. El que la toque quedará impuro hasta la tarde. 20 El sitio donde se acueste o donde se siente, mientras está manchada, quedará impuro. 21 El que toque su casa lavará sus vestiduras, se bañará y quedará impuro hasta la tarde. 22 El que toque el asiento que usó, lavará sus vestidos, se bañará y quedará impuro hasta la tarde. 23 Si está ella sobre la cama o el asiento, el que los toque quedará impuro hasta la tarde. 24 Si un hombre se acuesta con ella, pasará también a él la mancha: quedará impuro durante siete días, y dejará impura la cama en que se acueste.

25 »Cuando una mujer tenga hemorragias frecuentes fuera o después de la menstruación, quedará impura, como en la menstruación, mientras le duren las hemorragias. 26 La cama en que se acueste mientras le duran las hemorragias, quedará impura, lo mismo que en la menstruación. El asiento en que se siente quedará impuro. 27 El que los toque quedará impuro. Lavará sus vestidos, se bañará y quedará impuro hasta la tarde.

---

normas de procedimiento en caso de enfermedad venérea del varón y dada la presencia de secreciones en el órgano genital de quien la padece.

La polución del hombre también es declarada motivo de impureza ritual –no moral– por la misma razón, la secreción, aunque en este caso no sea patológica, sino natural.

En el caso de la mujer también hay dos motivos de impureza, dependiendo del flujo: la menstruación como algo natural (19-24) y la hemorragia fuera del periodo menstrual, en este caso anormal (25-27). En ambos casos hay impureza y se necesita la purificación mediante el rito.

Ante esta normativa tan rígida, en concreto en el caso de la mujer con hemorragias continuas, podemos hacernos una idea de aquella mujer que hacía doce

28 Si sana de sus hemorragias, contará siete días y después quedará pura. 29 El octavo día tomará dos tórtolas o dos pichones de paloma, los presentará al sacerdote, a la entrada de la tienda del encuentro. 30 El sacerdote ofrecerá uno en sacrificio expiatorio y otro en holocausto. Así realiza la expiación por ella, por la impureza de sus hemorragias ante el Señor.

31 Ustedes deberán prevenir a los israelitas de la impureza, para que no mueran a causa de ella, por haber profanado mi morada que está en medio de ustedes.

32 Ésta es la ley sobre la gonorrea, las eyaculaciones que dejan impuro al hombre, 33 sobre la menstruación de la mujer, las secreciones de hombre o de mujer y sobre el hombre que se acuesta con una mujer en estado de impureza.

Fiesta de la Expiación

(23,26-32; Heb 9,6-14)

16 1 El Señor habló a Moisés después de la muerte de los dos hijos de Aarón, que murieron por acercarse hasta el Señor:

2 Dijo el Señor a Moisés:

–Di a tu hermano Aarón que no entre en cualquier fecha en el santuario, de la cortina hacia dentro, hasta la tapa que cubre el arca. Así no morirá. Porque yo me muestro en una nube sobre la tapa del arca.

3 Así entrará Aarón en el santuario: con un novillo para el sacrificio por el pecado y un carnero para el holocausto. 4 Se vestirá la túnica sagrada de lino, se cubrirá con pantalones de lino, se ceñirá una faja de lino y se pondrá un turbante de lino. Son vestiduras sagradas: las vestirá después de haberse bañado. 5 Además recibirá de la asamblea de los israelitas dos chivos para el sacrificio por el pecado y un carnero para el holocausto. 6 Aarón ofrecerá su novillo, víctima expiatoria, y realizará la expiación por sí mismo y por su familia.

7 Después tomará los dos chivos y los presentará ante el Señor a la entrada de la tienda del encuentro. 8 Echará a suerte los dos chivos: uno le tocará al Señor y el otro a Azazel. 9 Tomará el que haya tocado en suerte al Señor y lo ofrecerá en sacrificio por el pecado. 10 El que tocó en suerte a Azazel lo presentará vivo ante el Señor, realizará la expiación por él y después lo mandará al desierto, a Azazel.

11 Aarón ofrecerá su novillo, víctima expiatoria, y realizará la expiación por sí mismo y por su familia, y lo degollará. 12 Tomará del altar que está ante el Señor un incensario lleno de brasas y dos puñados de incienso de sahumerio pulverizado, pasando con ellos dentro de la cortina. 13 Pondrá incienso sobre las brasas, ante el Señor; el humo del incienso ocultará la tapa que hay sobre el documento de la alianza, y así no morirá.

14 Después tomará sangre del novillo y salpicará con el dedo la tapa, hacia oriente; después, frente a la tapa, salpicará siete veces la sangre con el dedo. 15 Degollará el chivo, víctima expiatoria, presentado por el pueblo; llevará su sangre dentro de la cortina, y hará igual que con la sangre del novillo: la salpicará sobre la tapa y delante de ella.

16 Así realizará la expiación por el santuario, por todas las impurezas y delitos de los israelitas, por todos sus pecados.

Lo mismo hará con la tienda del encuentro, establecida entre ellos, en medio de sus impurezas. 17 Mientras esté realizando la expiación por sí mismo, por su fami-

---

años soportaba ese mal, según nos relata el evangelio. Sabía que no podía estar entre la gente, que no podía tocar a nadie; sin embargo, se mete entre la gente y, para colmo, toca el manto de Jesús. Jesús tampoco está muy preocupado por cumplir la norma establecida. Él sabía qué tenía que hacer la mujer para quedar restablecida en la comunidad (15,28); pero él la restablece de otro modo: cumple con la norma, pero de una manera humanizadora. Hace hablar a la mujer, le devuelve su dignidad y su voz en la comunidad (cfr. Mc 5,25-34).

16,1-34 Fiesta de la Expiación. El día más solemne en el ciclo sacrificial judío era el día de la expiación, en hebreo «Yom Kippur». Se trataba de una ceremonia bastante compleja que incluía los siguientes animales para el sacrificio: 1. Un novillo, que corría por cuenta del sumo sacerdote, con cuyo sacrificio expiaba por sí mismo y por su familia (6.11). Entraba la única vez al año al Santo de los Santos y salpicaba con la sangre del animal la placa de oro o propiciatorio que estaba sobre el Arca de la alianza (12.14). 2. Dos machos cabríos, ofrecidos por el pueblo. Sobre ellos echaba suertes para destinar uno al Señor y otro a Azazel (5-8). El que correspondía al Señor era sacrifi-

lia y por toda la asamblea de Israel, desde
que entra hasta que sale, no habrá nadie en
la tienda del encuentro. 18 Después saldrá,
irá al altar que está ante el Señor, y realiza-
rá la expiación por él: tomará sangre del
novillo y del chivo, irá untando con ella los
salientes del altar. 19 Salpicará la sangre
con el dedo siete veces sobre el altar. Así lo
santifica y lo purifica de las impurezas de
los israelitas.

20 Acabada la expiación del santuario,
de la tienda del encuentro y del altar, Aarón
presentará el chivo vivo. 21 Con las dos ma-
nos puestas sobre la cabeza del chivo vivo,
confesará las iniquidades y delitos de los is-
raelitas, todos sus pecados; se los echará
en la cabeza al macho cabrío, y después,
con el encargado de turno, lo mandará al
desierto. 22 El chivo se lleva consigo, a una
región deshabitada, todas las iniquidades
de los israelitas. El encargado lo soltará en
el desierto.

23 Después Aarón entrará en la tienda
del encuentro, se quitará los vestidos de
lino que se había puesto para entrar en el
santuario y los dejará allí. 24 Se bañará en
lugar santo y se pondrá sus propios vesti-
dos. Volverá a salir, ofrecerá su holocausto
y el holocausto del pueblo. Realizará la ex-
piación por sí mismo y por el pueblo, 25 y
dejará quemarse sobre el altar la grasa de
la víctima por el pecado.

26 El que ha llevado el macho cabrío a
Azazel, lavará sus vestidos, se bañará y
después podrá entrar en el campamento.
27 Las víctimas expiatorias, el chivo y el
carnero, cuya sangre se introdujo para rea-
lizar la expiación en el santuario, se sacarán
fuera del campamento, y se quemarán piel,
carne e intestinos. 28 El encargado de que-
marlos lavará sus vestidos, se bañará y
después podrá entrar en el campamento.

29 Ésta es una ley perpetua. El día diez
del séptimo mes harán penitencia; no tra-
bajarán ni el nativo ni el emigrante que re-
side entre ustedes. 30 Porque ese día se re-
aliza la expiación por ustedes, para
purificarlos. Quedarán puros ante el Señor
de todo pecado.

31 Es el sábado solemne en que harán
penitencia: ésta es una ley perpetua.

32 La expiación será realizada por el sa-
cerdote ungido que ha sucedido a su padre
en las funciones sacerdotales. Se pondrá
los vestidos sagrados de lino 33 y realizará
la expiación por el santuario, por la tienda
del encuentro y por el altar. Realizará tam-
bién la expiación por los sacerdotes y por
toda la asamblea del pueblo de Israel.

34 Ésta será para ustedes una ley perpe-
tua. Una vez al año se realizará la expiación
por todos los pecados de los israelitas.

Moisés hizo lo que le había mandado el
Señor.

---

cado por la expiación del pueblo y con parte de su sangre hacía lo mismo que con la del novillo: salpicar la placa de oro o propiciatorio y delante de él. Con ello expiaba por el santuario, por todas las impurezas y delitos de los israelitas y por sus pecados (15). Lo mismo debía hacer con la tienda del encuentro (16).

Tal vez, lo más llamativo de todo este ceremonial era el momento en el cual se realizaba el rito con el animal destinado a Azazel que describen los versículos 20-22. El sentido de este rito es absolutamente claro. El animal vivo es conducido al desierto, donde por fuerza morirá. No hay intención alguna de sacrificar el animal a ninguna potencia maligna. Sólo se sabe que Azazel sería la personificación del mal, cuyo dominio y reinado estaban en el desierto. Devolver a su lugar todas las iniquidades y pecados depositados en el chivo expiatorio todavía vivo, pero destinado a morir, era la forma en que el pueblo alejaba de sí todo cuanto obstaculizaba su pureza y se disponía a iniciar una nueva etapa en el camino de su santidad, uno de cuyos aspectos era la pureza cultual y ritual. Notemos que a lo largo del ceremonial del día de la expiación el pueblo no participa: todo era realizado por el sumo sacerdote y sus ayudantes. La única función del pueblo era hacer penitencia (31).

17,1-16 Sobre la sangre. Para la mentalidad semi-

CÓDIGO DE SANTIDAD

Los capítulos 17–26 forman un código autónomo incorporado en el Levítico. Los autores lo suelen llamar «Código de santidad», por su tema dominante y sus fórmulas frecuentes. Dentro de esta visión general, los temas nos resultan heterogéneos: sangre de animales, relaciones sexuales, ética, cultos prohibidos, personas sagradas, porciones sagradas, tiempos sagrados, lugares sagrados, el nombre sagrado, el año jubilar.

En cuanto a la forma, encontramos con frecuencia la justificación categórica «Yo soy el Señor, su Dios», «Yo soy el Señor», «Yo, el Señor, su Dios, soy santo», «Yo soy el Señor, que lo santifico». Hay varias series legales, de miembros cortos y semejantes, sin explicaciones y breves piezas parenéticas. El vocabulario es característico, con un notable parentesco formal con Ezequiel.

La santidad es atributo esencial de Dios, su misma naturaleza trascendente, del todo diversa e inalcanzable; en términos de voluntad, es ética, perfecta y dinámica. Dios manifiesta su santidad en acción y en presencia: la naturaleza y la humanidad, descubiertas por Dios, se sobrecogen. Pero el Dios trascendente actúa para transmitir y comunicar su santidad, para arrastrar a su esfera al ser humano, y por él a otros seres. Asume el título «Santo de Israel» (Isaías) y confiere el título «pueblo santo» (Éxodo).

Al sentirse arrastrada, la persona descubre aún más su indignidad ontológica y ética, es decir, su finitud y su ser de pecado, a la vez que descubre la exigencia de Dios, que penetra en su apertura trascendente. Comienza la santificación o consagración: Dios acerca al ser humano, lo traslada a un orden objetivo superior, de cercanía personal exigente; la diversidad y exigencia se expresan en un sistema, al parecer arbitrario, de prescripciones, que tienen sentido sólo como símbolo de la transformación profunda, como formulación de exigencia. El ámbito «objetivo» privilegiado de ese acercamiento y trato es el culto: para la humanidad, Dios santifica objetos, tiempos, lugares, imponiendo sus exigencias significativas. Pero la transformación de la persona se ha de dar sobre todo en el centro de su ser, la libertad: la santificación tiene marcado carácter ético, y es exigencia constante y dinámica. El proceso de santificación es dialéctico: exigencia previa para penetrar, nueva exigencia para progresar. Además, el ser humano debe reconocer y proclamar conscientemente la santidad de Dios, que se le manifiesta como presencia y como acción transformadora: esto es «santificar el Nombre de Dios».

Por este aspecto central, el «Código de santidad» es una de las claves del Pentateuco.

Sobre la sangre
(Dt 12,16.23-25)

17 1 El Señor habló a Moisés:
2 –Di a Aarón, a sus hijos y a los is-
raelitas: Esto es lo que manda el Señor:
3 Cualquier israelita que en el campamento
o fuera de él degüelle un toro, un cordero o
una cabra, 4 y no los lleve a la entrada de la
tienda del encuentro para ofrecérselos al
Señor, ante su morada, es culpable de de-
rramamiento de sangre y será excluido de
su pueblo.
5 De este modo, los israelitas llevarán al
sacerdote las víctimas que maten en el
campo y las ofrecerán al Señor en sacrificio
de comunión, a la entrada de la tienda del
encuentro. 6 El sacerdote rociará con la
sangre el altar del Señor, situado a la entra-

ta, la sangre es el elemento vital, de ahí las diversas regulaciones que fueron surgiendo a lo largo del tiempo respecto a los cuidados y las medidas necesarios. La orden de presentarse a la entrada de la tienda del encuentro con el animal que cualquier israelita quisiera consumir da a entender que era prácticamente imposible para los que vivían fuera de Jerusalén consumir carne sin convertirse en infractores. La legislación al respecto era tan estricta, que a cualquiera que derramaba la sangre se le consideraba «reo de sangre», y por tanto debía ser excluido de la comunidad (4), incluso como una acción realizada por el mismo Dios (10).

La obligatoriedad de ir hasta la entrada de la tienda

da de la tienda del encuentro, y dejará que-
marse la grasa en aroma que aplaca al Se-
ñor. 7 En adelante no inmolarán sus vícti-
mas a los demonios, con quienes se han
prostituido.

Ésta es una ley perpetua para los israe-
litas a lo largo de todas las generaciones.

8 Diles también: Cualquier israelita o
emigrante residente entre ustedes que
ofrezca un holocausto o un sacrificio, 9 y no
los lleve a la entrada de la tienda del en-
cuentro para ofrecerlos al Señor, será ex-
cluido de su pueblo.

10 Me enfrentaré y lo extirparé de su pue-
blo a cualquier israelita o emigrante resi-
dente entre ustedes que coma sangre.
11 Porque la vida de la carne es la sangre, y
yo les he dado la sangre para uso del altar,
para realizar la expiación por sus vidas.
Porque la sangre realiza la expiación por la
vida. 12 Por eso he mandado a los israelitas:
ni ustedes ni el emigrante residente entre
ustedes comerán sangre.

13 Cualquier israelita o emigrante re-
sidente entre ustedes que cace un animal
comestible de pluma o de pelo, derramará
su sangre y la cubrirá con tierra, 14 porque
la vida de la carne es su sangre. Por eso he
mandado a los israelitas: no comerán la
sangre de carne alguna, porque la vida de
la carne es su sangre; quien la coma, será
excluido.

15 Todo nativo o emigrante que coma
carne muerta o desgarrada por una bestia,
lavará sus vestidos y se bañará y quedará
impuro hasta la tarde; después quedará
puro. 16 Si no los lava ni se baña, cargará
con su culpa.

Sobre las relaciones sexuales

Parénesis introductoria

18 1 El Señor habló a Moisés:
2 –Di a los israelitas:

Yo soy el Señor, su Dios. 3 No harán lo
que hacen los egipcios, con quienes han
convivido, o los cananeos, a cuyo país los
llevo; ni seguirán su legislación. 4 Cumplan
mis mandatos y guarden mis leyes, obran-
do en conformidad con ellos. Yo soy el Se-
ñor, su Dios.

5 Cumplan mis leyes y mis mandatos,
que dan vida al que los cumple. Yo soy el
Señor.

Código legal

(Dt 27,20-23)

6 »Nadie se acercará a un pariente para
tener relaciones sexuales con él. Yo soy el
Señor.

7 »No tendrás relaciones con tu madre.
Es de tu padre y es tu madre; no tendrás re-
laciones con ella.

8 »No tendrás relaciones con la concubi-
na de tu padre. Ella es la misma carne de
tu padre.

9 »No tendrás relaciones con tu herma-
na, por parte de padre o de madre, nacida
en casa o fuera.

10 »No tendrás relaciones con tus nietas.
Son tu propia carne.

11 »No tendrás relaciones con la hija na-
cida a tu padre de su concubina. Es tu her-
mana.

12 »No tendrás relaciones con tu tía pa-
terna. Es de la sangre de tu padre.

13 »No tendrás relaciones con tu tía ma-
terna. Es de la sangre de tu madre.

---

para presentar la víctima ante el Señor podría ser una medida para evitar el ofrecimiento de animales a no se sabe qué divinidades o seres en las demás regiones del país; la medida se explica en el versículo 7: «En adelante no inmolarán sus víctimas a los demonios, con quienes se han prostituido». Al parecer, los campesinos y aldeanos creían en la presencia de seres misteriosos en el desierto; para «ganarse su favor» les ofrecerían simbólicamente sus animales de consumo en el momento de sacrificarlos. Esta costumbre parece connatural al ser humano. Se sabe que en culturas muy distantes de Israel los indígenas vierten sobre la tierra la primera porción del agua que van a beber, de la chicha o del alimento, como una manera de congraciarse y mostrar gratitud a la «Pacha Mama» –madre tierra–, sin que por ello haya que afirmar que son idólatras.

18,1-30 Sobre las relaciones sexuales. Después de una breve exhortación a no imitar las costumbres egipcias, encontramos la ley que limita las relaciones sexuales entre familiares o personas muy allegadas a la familia. La prohibición va dirigida a todo varón mayor de edad, quien se supone tomaba la iniciativa de buscar mujer.

En el mismo código que establece esta serie de restricciones encontramos la prohibición de acostarse con una mujer durante su ciclo menstrual (19), la reprobación del adulterio (20), la homosexualidad (22) y el bestialismo (23). En medio de estas leyes de índole sexual está inserta la prohibición de ofrecer los hijos primogénitos a Moloc (21), probablemente una

14 »No ofenderás a tu tío, hermano de tu
padre, teniendo relaciones con su mujer. Es
tu tía.
15 »No tendrás relaciones con tu nuera.
Es mujer de tu hijo; no tendrás relaciones
con ella.
16 »No tendrás relaciones con tu cuñada.
Es carne de tu hermano.
17 »No tendrás relaciones con una mujer
y con su hija, o con dos primas hermanas.
Son de la misma sangre; es aborrecible.
18 »No tomarás a la vez a una mujer y a
su hermana, creando rivalidades al tener
relaciones también con ella, mientras vive
la otra.
19 »No tendrás relaciones con una mujer
durante su menstruación.
20 »No te acostarás con la mujer de tu
prójimo. Quedarías impuro.
21 »No sacrificarás un hijo tuyo a Moloc
por el fuego, profanando el Nombre de tu
Dios. Yo soy el Señor.
22 »No te acostarás con un hombre como
si fuera una mujer. Es una abominación.
23 »No te acostarás con un animal. Que-
darías impuro. La mujer no se ofrecerá a un
animal para unirse con él. Es una deprava-
ción.

Parénesis final
(Gn 15,16; Sab 12,3-7)

24 No se manchen con nada de esto,
porque eso es lo que hacen los pueblos que
yo voy a expulsar delante de ustedes. 25 La
tierra está impura: le pediré cuentas, y ella
vomitará a sus habitantes. 26 Ustedes, en
cambio, cumplan mis leyes y mandatos y
no cometan ninguna de esas abominacio-
nes, tanto el nativo como el emigrante que
reside entre ustedes. 27 Porque todas esas
infamias fueron cometidas por los hombres
que habitaron el país antes que ustedes y
por eso la tierra quedó impura. 28 ¡Que la
tierra no los vaya a vomitar también a uste-
des, por haberla manchado, como vomitó a
los pueblos que estuvieron antes que uste-
des! 29 Porque todo aquel que cometa una
de esas abominaciones será excluido de su
pueblo.
30 Respeten, entonces, mis prohibiciones
no haciendo ninguna de las prácticas abo-
minables que se hacían antes de llegar us-
tedes. No se manchen con ellas. Yo soy el
Señor, su Dios.

Preceptos diversos

19 1 El Señor habló a Moisés:
2 –Di a toda la comunidad de los is-
raelitas:
»Sean santos, porque yo, el Señor, su
Dios, soy santo.
3 »Respeten a sus padres y guarden mis
sábados. Yo soy el Señor, su Dios.
4 »No acudan a los ídolos ni se hagan
dioses de fundición. Yo soy el Señor, su
Dios.
5 »Cuando ofrezcan al Señor sacrificios
de comunión, háganlo de forma que sean
aceptados. 6 Se comerá la víctima el día
mismo de su inmolación o al día siguiente.
Lo que sobre, se quemará al tercer día. 7 Lo
que se come el tercer día es de desecho e

---

divinidad cananea.

La conclusión del capítulo (24-30) trata de explicar las razones de todas estas leyes para convencer a los israelitas de cumplirlas fielmente: hay que evitar parecerse a los demás pueblos vecinos de Israel, que por realizar todas estas prácticas han sido destruidos.

Es necesario leer todas estas prescripciones a la luz de la mentalidad teológica de la corriente sacerdotal, según la cual toda la creación obedece a un orden, a una armonía, y está llamada a una finalidad: reproducir la perfección y la santidad de la fuente de donde todo procede, Dios. Todo lo que atenta contra ese orden es considerado abominable, y esta opinión se hace depender de la voluntad de Dios.

19,1-37 Preceptos diversos. Nos encontramos con una larga lista de preceptos que a simple vista carecen de unidad, pues hay una mezcla de preocupaciones morales, éticas y religiosas, incluso agrarias, que hoy podríamos llamar ecológicas. Pese a la variedad de todos estos preceptos, la unidad entre ellos está dada por una sola preocupación: «Sean santos porque yo, el Señor, su Dios, soy santo» (2). En torno a ella, cada aspecto de la vida humana, sea religioso, social, moral o ético, se orienta a santificar el Nombre de Dios, con lo cual se adquiere también la santidad personal.

Lo novedoso de este capítulo es que entre las preocupaciones de índole religiosa (1-8) y las de índole más general, como el cuidado por mantener la armonía en aspectos agropecuarios (19.23-25) y de presentación personal (27s), se encuentra un conjunto de normas que tienen que ver con las relaciones justas respecto al prójimo (9-18) que alcanzan su máxima expresión en el versículo 18: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo», texto citado por el mismo Jesús como el culmen y centro de la Ley y los Profetas, jun-

inválido. 8 El trasgresor cargará con su cul-
pa por haber profanado lo santo del Señor,
y será excluido de su pueblo.
9 »Cuando llegue el tiempo de la cosecha
no recojas hasta el último grano de tu cam-
po, ni vuelvas a buscar las espigas que han
quedado. 10 Tampoco sacarás hasta el últi-
mo racimo de tu viña ni recogerás las uvas
caídas. Se lo dejarás al pobre y al emigran-
te. Yo soy el Señor, su Dios.
11 »No robarán, ni defraudarán, ni en-
gañarán a ninguno de su pueblo.
12 »No jurarán en falso por mi Nombre,
profanando el Nombre de tu Dios. Yo soy el
Señor.
13 »No explotarás a tu prójimo ni lo des-
pojarás. No retendrás contigo hasta el día
siguiente el salario del obrero.
14 »No maldecirás al sordo ni pondrás
tropiezos al ciego. Respeta a tu Dios. Yo soy
el Señor.
15 »No cometerás ninguna injusticia en
los juicios. No serás parcial ni por favorecer
al pobre ni por honrar al rico. Juzga con
justicia a tu prójimo.
16 »No andarás con cuentos de aquí para
allá ni declararás en falso contra la vida de
tu prójimo. Yo soy el Señor.
17 »No guardarás odio a tu hermano. Re-
prenderás abiertamente al prójimo y no
cargarás con pecado por su causa.
18 »No serás vengativo ni guardarás ren-
cor a tu propia gente. Amarás a tu prójimo
como a ti mismo. Yo soy el Señor.
19 »Guarden mis leyes.
»No cruzarás tu ganado con animales de
especie diversa, ni sembrarás semillas de
especie diversa, ni llevarás vestidos confec-
cionados con materiales diversos.
20 »El que se acueste con una esclava
prometida a otro, pero que no ha sido res-
catada ni puesta en libertad tendrá que pa-
gar indemnización; pero no serán castiga-
dos con la pena de muerte, porque ella no
es libre. 21 El hombre ofrecerá al Señor a la
entrada de la tienda del encuentro un car-
nero como víctima penitencial. 22 El sacer-
dote, con el carnero del sacrificio peniten-
cial, realizará la expiación por él, por el
pecado que cometió, en presencia del Se-
ñor. Y se le perdonará el pecado que come-
tió.
23 »Cuando entren en la tierra y planten
árboles frutales, se abstendrán por tres
años de cortar sus frutos: los dejarán incir-
cuncisos. Sus frutos no se comerán. 24 Al
cuarto año se los consagrarán festivamente
al Señor. 25 Y al quinto podrán comer de
ellos; así incrementarán para su provecho
el rendimiento del árbol. Yo soy el Señor, su
Dios.
26 »No comerán carne con sangre. No
practicarán la adivinación ni la magia. 27 No
se cortarán el borde de la cabellera en for-
ma de círculo ni se recortarán la barba.
28 No se harán incisiones por un difunto ni
tampoco tatuajes. Yo soy el Señor.
29 »No profanes a tu hija prostituyéndola.
No sea que también la tierra se prostituya y
se llene de depravación.
30 »Guarden mis sábados y respeten mi
santuario. Yo soy el Señor.
31 »No acudan a los espíritus de los
muertos ni consulten adivinos. Quedarán
impuros. Yo soy el Señor, su Dios.
32 »Ponte de pie y honra al anciano. Res-
peta a tu Dios. Yo soy el Señor.
33 »Cuando un emigrante se establezca
entre ustedes en su país, no lo opriman.
34 Será para ustedes como uno de sus com-
patriotas: lo amarás como a ti mismo, por-
que ustedes fueron emigrantes en Egipto.
Yo soy el Señor, su Dios.
35 »No darán sentencias injustas en los
juicios ni cometerán injusticias en pesos y
medidas. 36 Tengan balanza, pesas y medi-
das exactas. Yo soy el Señor, su Dios, que
los sacó de Egipto.
37 »Cumplan todas mis leyes y mandatos
poniéndolos por obra. Yo soy el Señor.

---

to con el amor a Dios (Mt 22,39).

Otra novedad es el llamado a ser justo con el extranjero, con el emigrante, y a amarlo también como a uno mismo (33s), porque «fueron emigrantes en Egipto» (34b). En muchos otros pasajes, incluso del mismo Levítico, el prójimo parece referirse sólo a los miembros del mismo pueblo, pero no aquí. Amar a Dios, santificar su Nombre y hacer su voluntad no pueden desligarse del amor al prójimo, al paisano y al extranjero, y del amor y respeto por la creación.

20,1-27 Sanciones. Se puede ver que los castigos

Sanciones

Cultos prohibidos

(Dt 12,31; 2 Re 17,17; Jr 19,5)

20 1 El Señor habló a Moisés:
2 –Di a los israelitas:
»Cualquier israelita o emigrante residen-
te en Israel que entregue un hijo suyo a Mo-
loc será castigado con la muerte. Los habi-
tantes del país lo apedrearán. 3 Yo mismo
me enfrentaré con él y lo extirparé de su
pueblo, por haber entregado un hijo suyo a
Moloc, manchando mi santuario y profa-
nando mi Nombre santo. 4 Pero si los habi-
tantes del país se desentienden del que en-
trega un hijo suyo a Moloc y no ejecutan al
culpable, 5 yo mismo me enfrentaré con él
y con su familia, y extirparé de su pueblo a
él y a cuantos como él se prostituyen con
Moloc.
6 »Si uno consulta a los espíritus de los
muertos y adivinos para prostituirse con
ellos, me enfrentaré con él y lo extirparé de
su pueblo.
7 »Ustedes, santifíquense y sean santos,
porque yo, el Señor, soy su Dios.

Código penal

8 »Guarden mis leyes poniéndolas por
obra. Yo soy el Señor, que los santifica.
9 »El que maldiga a su padre o a su ma-
dre, será castigado con la muerte. Caiga su
sangre sobre él por haberlos maldecido.
10 »Si uno comete adulterio con la mujer
de su prójimo, los dos adúlteros serán cas-
tigados con la muerte.
11 »Si uno se acuesta con la concubina
de su padre, ofendiendo a su propio padre,
ambos serán castigados con la muerte.
Caiga su sangre sobre ellos.
12 »Si uno se acuesta con su nuera, am-
bos serán castigados con la muerte. Han
cometido una depravación. Caiga su san-
gre sobre ellos.
13 »Si un hombre se acuesta con otro
hombre como si fuera una mujer, ambos
cometen una abominación. Serán castiga-
dos con la muerte. Caiga su sangre sobre
ellos.
14 »Si uno toma a la vez a una hija y a la
madre, es cosa aborrecible. A él y a ellas
los quemarán, para que no quede lo abo-
rrecible entre ustedes.
15 »Si uno se acuesta con un animal, será
castigado con la muerte. Al animal lo ma-
tarás.
16 »Si una mujer se ofrece a un animal
para unirse con él, matarás a la mujer y al
animal. Serán castigados con la muerte.
Caiga su sangre sobre ellos.
17 »Si uno toma a una hermana por par-
te de padre o de madre y tiene relaciones,
es una infamia. Serán públicamente exclui-
dos de su pueblo. Por haber tenido relacio-
nes con su hermana, cargará con su culpa.
18 »Si uno se acuesta con una mujer du-
rante su menstruación, descubriendo am-
bos la fuente de la sangre, los dos serán ex-
cluidos de su pueblo.
19 »No tendrás relaciones con una tía
materna o paterna. Por haber tenido rela-
ciones con alguien de su propia sangre,
cargarán con su culpa.
20 »Si uno se acuesta con la cuñada de
su padre, ofende a su tío. Cargarán con su
pecado y morirán sin hijos.
21 »Si uno toma a su cuñada, es una in-
mundicia. Ofende a su propio hermano. No
tendrán hijos.

Parénesis final

22 »Cumplan todas mis leyes y mandatos
poniéndolos en práctica, para que no los
vomite la tierra a donde los llevo para que
habiten en ella. 23 No sigan la legislación de
los pueblos que voy a expulsar delante de
ustedes, porque me da asco su proceder.
24 Ya les he dicho: Ustedes poseerán su tie-
rra, yo se la voy a dar en posesión, una tie-
rra que mana leche y miel. Yo soy el Señor,
su Dios, que los he separado de los demás
pueblos.
25 »Separen también ustedes los anima-
les puros de los impuros, las aves impuras
de las puras, y no se contaminen con ani-
males, aves o reptiles que yo he separado
como impuros.

---

sancionados en este capítulo corresponden a las infracciones de las leyes contempladas en el capítulo 18. No se mencionan todas las prohibiciones expuestas allá, pero se supone que toda infracción implica su correspondiente castigo. Nótese que, la mayoría de veces, una infracción acarrea la pena de muerte y en contados casos la exclusión de la comunidad.

21,1-24 Santidad sacerdotal. Las leyes contenidas

26 »Sean para mí santos, porque yo, el
Señor, soy santo, y los he separado de los
demás pueblos para que sean míos.
27 »El hombre o la mujer que consulten a
los muertos o a otros espíritus serán casti-
gados con la muerte. Serán apedreados.
Caiga su sangre sobre ellos.

Santidad sacerdotal

Los sacerdotes y el sumo sacerdote

21 1 El Señor habló a Moisés:
–Di a los sacerdotes aaronitas:
»El sacerdote no se contaminará con el
cadáver de un pariente, 2 a no ser de pa-
riente próximo: madre, padre, hijo, hija,
hermano 3 o de su propia hermana soltera,
no dada en matrimonio. No se incluye la
pariente casada. 4 Queda profanado. 5 No
se raparán la cabeza, no se recortarán la
barba ni se harán incisiones. 6 Serán santos
para su Dios y no profanarán el Nombre de
su Dios, porque son los encargados de ofre-
cer la ofrenda del Señor, la comida de su
Dios. Deben ser santos. 7 No tomará por
mujer una prostituta, una violada o una re-
pudiada por su marido, porque está consa-
grado a su Dios.
8 Lo considerarás santo, porque es el en-
cargado de ofrecer la comida de tu Dios.
Será para ti santo, porque yo, el Señor, que
los santifico, soy santo.
9 Si la hija de un sacerdote se profana
prostituyéndose, profana a su propio padre.
Debe ser quemada.
10 »El sumo sacerdote, escogido entre
sus hermanos, sobre cuya cabeza ha sido
derramado el aceite de la unción y que ha
sido consagrado con la investidura de los
ornamentos, no irá despeinado ni harapien-
to. 11 No se acercará a cadáver alguno ni se
contaminará con el de su padre o de su ma-
dre. 12 No saldrá del santuario ni profanará
el santuario de su Dios, porque tiene la con-
sagración del aceite de la unción de su
Dios. Yo soy el Señor.
13 Tomará por mujer una virgen. 14 No
tomará por mujer una viuda, repudiada,
violada ni prostituta, sino una virgen de su
pueblo. 15 No profanará a sus hijos entre su
pueblo, porque yo soy el Señor, que lo san-
tifico.

Condiciones corporales del sacerdote

16 El Señor habló a Moisés:
17 –Di a Aarón: Ninguno de tus futuros
descendientes que tenga un defecto corpo-
ral podrá ofrecer la comida de su Dios:
18 sea ciego, rengo, con miembros atrofia-
dos o deformes, 19 con una pierna o un bra-
zo fracturados, 20 jorobado, enano, con ca-
taratas en los ojos, con sarna o tiña, con
testículos lesionados. Nadie con alguno de
estos defectos puede ofrecer la comida de
su Dios. 21 Ninguno de los descendientes
del sacerdote Aarón que tenga un defecto
corporal se acercará a ofrecer la ofrenda
del Señor. Tiene un defecto corporal: no
puede acercarse a ofrecer la comida de su
Dios. 22 Podrá comer la comida de su Dios,
de la porción sagrada como de la santa;
23 pero no puede traspasar la cortina ni
acercarse al altar, porque tiene un defecto
corporal. No profanará mi santuario, por-
que yo soy el Señor, que los santifico.
24 Moisés se lo comunicó a Aarón, a sus
hijos y a todos los israelitas.

Pureza ritual en las ofrendas

La porción santa

22 1 El Señor habló a Moisés:
2 –Di a Aarón y a sus hijos que traten
con respeto la porción santa que los israe-
litas me consagran y no profanen mi santo
Nombre. Yo soy el Señor.
3 Diles: Cualquiera de sus futuros des-
cendientes que se acerque en estado de im-
pureza a la porción santa que los israelitas

---

en los capítulos anteriores apuntaban a la santidad de todo israelita. Como los sacerdotes son los mediadores directos entre el pueblo y Dios, se espera de ellos una santidad aún mayor, santidad que abarca desde la pureza ritual absoluta –de ahí la advertencia sobre la contaminación (1-3)–, hasta su propio aspecto externo (5s). En el caso del sumo sacerdote se restringe la norma para que refleje todavía más las exigencias de santidad (10-15). Los versículos 16-24 establecen los impedimentos físicos que no permiten al sacerdote desempeñar sus funciones cultuales de ofrecer sacrificios; a lo sumo podía comer la porción santa, pero no podía ofrecerla.

22,1-33 Pureza ritual en las ofrendas. Los versículos 2-16 estipulan las condiciones de pureza ritual para la comida de la porción santa. Esta porción era la parte que por derecho podían comer el sacerdote y su familia en los sacrificios de comunión; se consideraba

consagran al Señor, será excluido de mi presencia. Yo soy el Señor.

4 Ningún descendiente de Aarón, enfermo de lepra o de gonorrea, comerá de la porción santa hasta que no esté puro. El que toque un cadáver, el que tenga una eyaculación, 5 el que toque un animal o un hombre que puedan contaminarlo con cualquier clase de impureza, 6 quedará impuro hasta la tarde. No comerá de la porción santa, sino que se bañará, 7 y a la puesta del sol quedará puro. Entonces podrá comer de la porción santa, que es su comida. 8 No comerá animal muerto o desgarrado por una fiera: quedaría impuro. Yo soy el Señor.

9 Respetarán mis prohibiciones para no incurrir en pecado que les traiga la muerte por haberse profanado. Yo soy el Señor, que los santifica.

10 Ningún laico comerá de lo santo: ni el criado del sacerdote ni el jornalero lo comerán. 11 Pero si un sacerdote compra con su dinero un esclavo, éste lo podrá comer, lo mismo que los esclavos nacidos en su casa.

12 Si la hija de un sacerdote se casa con un laico, no podrá comer del tributo de la porción santa. 13 Pero si enviuda o es repudiada sin tener descendencia y vuelve a la casa paterna como en su juventud, podrá comer de la comida de su padre. Pero ningún laico podrá comerla. 14 El que por inadvertencia coma de lo santo, lo restituirá al sacerdote con recargo de un veinte por ciento.

15 Los sacerdotes no profanarán la porción santa que los israelitas tributan al Señor. 16 Incurrirían en grave culpa al comer de su porción santa. Yo soy el Señor, que los santifico.

Condiciones de las víctimas sacrificiales

17 El Señor habló a Moisés:

18 –Di a Aarón, a sus hijos y a todos los israelitas: Cualquier israelita o emigrante residente en Israel que ofrezca un holocausto al Señor, 19 voluntario o en cumplimiento de un voto, empleará como víctima, para que esta ofrenda le sea aceptada, un macho sin defecto, de ganado mayor, ovino o caprino. 20 No ofrecerán reses con defecto, porque no les serán aceptadas.

21 El que ofrezca al Señor un sacrificio de comunión, voluntario o en cumplimiento de un voto, empleará reses de ganado mayor o menor, sin defecto, para que les sea aceptado. No tendrán defecto alguno. 22 No ofrecerán al Señor reses ciegas, con fracturas, mutiladas, ulceradas, con sarna o tiña; ni las colocarán sobre el altar en ofrenda al Señor. 23 Como ofrenda voluntaria podrás emplear toros u ovejas que tengan miembros atrofiados o deformes; pero como cumplimiento de un voto no te serán aceptados. 24 No ofrecerán al Señor reses con testículos machacados, aplastados, arrancados o cortados. Esto no lo harán nunca en su tierra. 25 Ni siquiera de parte de un extranjero ofrecerán tales reses como comida de su Dios. Son deformes y defectuosas, y, por tanto, inválidas.

Prescripciones particulares

26 El Señor dijo a Moisés:

27 –Cuando nazca un toro, un cordero o un cabrito, estarán siete días con la madre. A partir del octavo pueden ofrecerse válidamente en ofrenda al Señor. 28 No inmolarán el mismo día una vaca o una oveja con su cría.

29 Cuando ofrezcan al Señor sacrificios de acción de gracias, háganlo de forma que les sean aceptados. 30 Se comerá la víctima el día mismo de la inmolación, sin dejar nada para el día siguiente. Yo soy el Señor.

31 Cumplan mis preceptos, poniéndolos por obra. Yo soy el Señor. 32 No profanarán mi Nombre santo, para que yo sea santificado entre los israelitas. Yo soy el Señor, que los santifico, 33 que los saqué de Egipto para ser su Dios. Yo soy el Señor.

---

como profanación consumirla en condiciones contrarias a las establecidas aquí. Por su parte, los versículos 18-33 son el paralelo a 21,17-23; si en 21,1-24 se establecían los impedimentos para el sacerdote, ahora se aplican esos impedimentos también a las víctimas. Como puede verse, tanto los sacerdotes como las ofrendas –en este caso los animales del sacrificio– debían mostrar de forma visible una total perfección para el culto.

23,1-44 Festividades del Señor. Si de entre las per-

Festividades del Señor

23 1 El Señor habló a Moisés:
2 –Di a los israelitas: Éstas son las festividades del Señor en las que convocarán asamblea litúrgica; son mis festividades:

El sábado

3 Durante seis días trabajarán, pero el día séptimo es día de descanso solemne, de asamblea litúrgica. No harán trabajo alguno. Es día de descanso dedicado al Señor, en cualquier lugar donde habiten.

4 Éstas son las festividades del Señor, las asambleas litúrgicas que convocarán a su debido tiempo.

La Pascua
(Éx 12s)

5 El día catorce del primer mes, al atardecer, es la Pascua del Señor. 6 El día quince del mismo mes es la fiesta de los panes ázimos dedicada al Señor. Comerán panes sin levadura durante siete días. 7 El primer día se reunirán en asamblea litúrgica, y no harán trabajo ni tarea alguna. 8 Los siete días ofrecerán oblaciones al Señor. Al séptimo día se volverán a reunir en asamblea litúrgica, y no harán trabajo ni tarea alguna.

La primera gavilla

9 El Señor habló a Moisés:

10 –Di a los israelitas: Cuando entren en la tierra que yo les voy a dar, y recojan la cosecha, la primera gavilla se la llevarán al sacerdote. 11 El día siguiente al sábado, éste la agitará ritualmente en presencia del Señor, para que les sea aceptada. 12 Ese mismo día ofrecerán al Señor en holocausto un cordero de un año sin defecto; 13 harán también una ofrenda de dos décimas de harina de la mejor calidad amasada con aceite –ofrenda de aroma que aplaca al Señor– y una libación de un litro de vino. 14 No comerán pan de granos tiernos tostados hasta el día en que lleven su ofrenda a Dios.

Ésta es una ley perpetua para todas las generaciones en cualquier lugar donde habiten.

Las primicias
(Dt 26,1-11)

15 Pasadas siete semanas completas, a contar desde el día siguiente al sábado –día en que llevaron la gavilla para la agitación ritual–, 16 hasta el día siguiente al séptimo sábado, es decir, a los cincuenta días, harán una nueva ofrenda al Señor. 17 Desde sus poblados traerán pan para la agitación ritual: dos tortas de dos décimos de harina de la mejor calidad, cocidas con levadura. Son las primicias del Señor.

18 Además del pan, ofrecerán en holocausto al Señor siete corderos de un año sin defecto, un novillo y dos carneros, que junto con la ofrenda y las libaciones es ofrenda de aroma que aplaca al Señor. 19 Ofrecerán también en sacrificio por el pecado un chivo y dos corderos de un año en sacrificio de comunión. 20 El sacerdote lo agitará ritualmente, junto con el pan de las primicias, en presencia del Señor. Es porción santa del Señor para el sacerdote. 21 El mismo día se reunirán en asamblea litúrgica y no harán trabajo alguno.

Ésta es una ley perpetua para todas las generaciones en cualquier lugar donde habiten.

22 Cuando recojan la cosecha de sus tierras, no segarás todo tu campo hasta el borde ni volverás a buscar las espigas caídas; se lo dejarás al pobre y al emigrante. Yo soy el Señor, su Dios.

---

sonas, los objetos, los animales y los productos agrícolas hay que separar algo para consagrarlo al Señor, también es posible hacer lo mismo con el tiempo. Es necesario interrumpir las ocupaciones de cada día para consagrar al Señor algunos breves períodos como una manera de santificar también el tiempo. Ése es el objeto del calendario litúrgico propuesto casi al final de este código de santidad.

Después de una breve indicación sobre la observancia del sábado (3), que no es una fiesta anual sino un día semanal consagrado al descanso, viene la lista de festividades del Señor. El ciclo festivo se inicia con la celebración de la Pascua el día catorce del primer mes (marzo-abril), a la cual se incorporó la fiesta de los Ázimos el día quince con una duración de siete días.

Las siguientes fiestas están conectadas con el ciclo anual de la cosecha: «La primera gavilla» (9-14) indica el momento en el cual se inicia la recolección del grano. Ese día debía presentarse al sacerdote una gavilla o manojo de espigas, quien la ofrecía al Señor agitándola. Se indican los sacrificios de este día, unidos a la fiesta. Le sigue la fiesta de «Las primicias» o de Pentecostés (15-21), es decir, cincuenta días des-

Año nuevo
(Nm 29,1-6)

23 El Señor habló a Moisés:
24 –Di a los israelitas: El día primero del
séptimo mes es día de descanso solemne.
Se anunciará con un toque. Se reunirán en
asamblea litúrgica. 25 No harán trabajo al-
guno, y ofrecerán una ofrenda al Señor.

Día de la Expiación
(Nm 29,7-11)

26 El Señor dijo a Moisés:
27 –El día diez del séptimo mes es el día
de la expiación. Se reunirán en asamblea li-
túrgica, harán penitencia y ofrecerán una
ofrenda al Señor. 28 No harán trabajo alguno,
porque es día de expiación. Es el día en que
se realiza la expiación por ustedes en pre-
sencia del Señor, su Dios. 29 Todo el que en
ese día no haga penitencia será excluido de
su pueblo. 30 A quien trabaje, lo exterminaré
de su pueblo. 31 No harán trabajo alguno.
Ésta es una ley perpetua para todas las ge-
neraciones en cualquier lugar dónde habiten.
32 Es día de descanso solemne, en el que ha-
rán penitencia. Desde el nueve por la tarde
al diez por la tarde guardarán descanso.

Fiesta de las Chozas
(Nm 29,12-38)

33 El Señor habló a Moisés:
34 –Di a los israelitas: El día quince del
séptimo mes comienza la fiesta de las Cho-
zas, dedicada al Señor, y dura siete días.
35 El día primero se reunirán en asamblea
litúrgica. No harán trabajo alguno. 36 Du-
rante los siete días ofrecerán oblaciones al
Señor. Al octavo volverán a reunirse en
asamblea litúrgica y a ofrecer una ofrenda
al Señor. Es día de reunión religiosa solem-
ne. No harán trabajo alguno.
37 Éstas son las festividades del Señor en
las que se reunirán en asamblea litúrgica y
ofrecerán al Señor oblaciones, holocaustos
y ofrendas, sacrificios de comunión y liba-
ciones, según corresponda a cada día,
38 además de los sábados del Señor y de los
dones y cuantos sacrificios ofrezcan al Se-
ñor, sea en cumplimiento de un voto o vo-
luntariamente.
39 Desde el día quince del séptimo mes,
recogida ya la cosecha, celebrarán la fiesta
del Señor durante siete días. El primero y el
octavo son días de descanso solemne. 40 El
primer día cortarán frutos de árboles de
adorno, palmas, ramas de árboles frondo-
sos y de sauces, y harán fiesta siete días en
presencia del Señor. 41 Celebrarán esta fies-
ta dedicada al Señor anualmente, por espa-
cio de siete días. Ésta es una ley perpetua
para todas las generaciones: la celebrarán
el séptimo mes.
42 Habitarán los siete días en chozas.
Todo israelita nativo habitará en chozas;
43 para que sepan las futuras generaciones
que yo hice habitar a los israelitas en cho-
zas cuando los saqué de Egipto. Yo soy el
Señor, su Dios.
44 Moisés comunicó a los israelitas las
festividades del Señor.

Cuidado del Templo

24 1 El Señor dijo a Moisés:
2 –Manda a los israelitas que te trai-
gan aceite de oliva puro y refinado para ali-

---

pués de las gavillas. Ese día ya no se presentaban espigas, era el fin de la cosecha. La siguiente festividad inaugura el Año nuevo, «rosh hashaná» (24s), anunciada con toque de trompeta. Es día de descanso solemne, en el cual se ofrece una ofrenda al Señor.

En el mismo mes séptimo tiene lugar el «día de la Expiación» (26-32). No se trata propiamente de una fiesta, sino de una celebración penitencial. Aunque no se menciona aquí el rito del chivo expiatorio, sabemos por 16,1-34 que se realizaba este día.

Finalmente, a mitad del mismo mes tenía lugar otra de las festividades más importantes de Israel, «las Chozas» o tabernáculos (34-36.39-43). Probablemente, esta fiesta es de origen agrícola; evoca la costumbre campesina de construir chozas en medio de los campos sembrados, donde almacenaban su cosecha de uvas y aceitunas y al mismo tiempo permanecían aprovechando al máximo la luz del día y cuidando de sus productos. Esta costumbre la trasforma la religiosidad israelita en fiesta litúrgica cambiando su referente; ya no evoca el trabajo del campo, sino la permanencia en tiendas mientras marchaban por el desierto (43).

Así pues, la escuela de santidad sacerdotal (**P**) propone una vía de santificación del tiempo. En época tardía se añadieron otras fiestas a este calendario, por ejemplo, la fiesta de los «purim» o de las suertes (Est 9,32) y la fiesta de «Hanuká» o dedicación (1 Mac 4,59).

24,1-9 Cuidado del Templo. Estipula dos servicios cultuales menores, pero de realización continua: el cuidado para mantener siempre encendida la lámpara en el santuario (cfr. Éx 27,20-21) como símbolo de la presencia permanente de Dios en medio de su pue-

mentar cada día la lámpara. 3 En la tienda
del encuentro, delante de la cortina de la
alianza, Aarón preparará cada día la lámpa-
ra, para que arda de la noche a la mañana
en presencia del Señor. Ésta es una ley per-
petua para todas las generaciones. 4 Colo-
cará siempre las lámparas en el candelabro,
de oro puro, en presencia del Señor.

5 Toma harina de la mejor calidad y pre-
para con ella doce tortas de dos décimas
partes de una medida cada una. 6 Colóca-
las después en dos montones de a seis, so-
bre la mesa pura, en presencia del Señor.
7 Echa en cada montón incienso puro, para
que sean pan de obsequio, ofrenda al Se-
ñor. 8 Todos los sábados las prepararás en
presencia del Señor. Es un compromiso
perpetuo de los israelitas. 9 Son para Aarón
y sus hijos, que las comerán en lugar san-
to. Es la porción sagrada, porción perpetua
para Aarón, de la ofrenda al Señor.

Caso de blasfemia – Legislación criminal

10 Había entre los israelitas un hijo de
madre israelita y padre egipcio. Un día riñó
con un israelita en el campamento. 11 El
hijo de la israelita blasfemó y maldijo el
Nombre del Señor, por lo que lo llevaron
ante Moisés –su madre se llamaba Selamit,
hija de Dibrí, de la tribu de Dan–.

12 Lo arrestaron hasta que decidiese un
oráculo del Señor.

13 El Señor dijo a Moisés:

14 –Saca al blasfemo fuera del campa-
mento. Que todos los que le oyeron pongan
las manos sobre su cabeza y luego toda la
asamblea lo apedreará. 15 Después dirás a
los israelitas: Todo el que maldiga a su
Dios, cargará con su pecado. 16 El que
blasfeme el Nombre del Señor, será casti-
gado con la muerte. Toda la asamblea lo
apedreará. Emigrante o nativo, quien blas-
feme el Nombre del Señor morirá.

17 »El que mate a un hombre, será casti-
gado con la muerte.

18 »El que mate un animal, tendrá que
reponerlo, animal por animal.

19 »Al que lesione a un conciudadano, se
le hará lo que él ha hecho: 20 fractura por
fractura, ojo por ojo, diente por diente. La
lesión que causó a otro se le causará a él.

21 »El que mate un animal tendrá que re-
ponerlo; el que mate a un hombre, morirá.

22 »Aplicaréis la misma sentencia al emi-
grante y al nativo. Yo soy el Señor, su Dios.

23 Moisés se lo comunicó a los israelitas,
y éstos, sacando al blasfemo fuera del
campamento, lo apedrearon. Los israelitas
hicieron lo que el Señor había mandado a
Moisés.

Año sabático

25 1 El Señor habló a Moisés en el mon-
te Sinaí:

2 –Di a los israelitas:

Cuando entren en la tierra que yo les
voy a dar, la tierra gozará del descanso del
Señor. 3 Durante seis años sembrarás tus
campos y durante seis años vendimiarás
tus viñedos y recogerás sus cosechas.
4 Pero el séptimo será año de descanso so-
lemne para la tierra, el descanso del Señor.
No sembrarás tus campos ni vendimiarás
tus viñas. 5 No cortarás el grano que nazca
por sí mismo ni recogerás las uvas del vi-
ñedo no podado. Es año de descanso para
la tierra. 6 El descanso de la tierra les servi-
rá de alimento a ti, a tu esclavo, a tu escla-

---

blo, y el cambio semanal de los panes de la presencia o de la proposición, que simbolizaban la alianza perpetua del Señor con Israel y la obligación del pueblo de estar siempre en presencia del Señor (cfr. Éx 25,23-30).

24,10-23 Caso de blasfemia – Legislación criminal. No se saben los términos concretos de la blasfemia con la cual este hombre ofende a Dios y al pueblo, pero se puede inferir que se consideraba un crimen en Israel, castigado con la pena de muerte. Se trata de una preocupación de la corriente sacerdotal, que no admite bajo ninguna circunstancia ofensas éticas, morales o cultuales.

Es la segunda vez que, en lugar de enunciar una ley por boca del Señor, se hace en forma de relato (cfr. 10,1-5). En este mismo marco de ejecución de una sentencia se recuerdan algunas leyes de orden criminal que ya estaban expuestas, entre ellas la conocida «ley del Talión» (cfr. Éx 21,23s).

25,1-7 Año sabático. El año sabático de la tierra legislado ya en Éx 23,10-11 está inspirado en el mismo esquema de seis días de trabajo y séptimo de descanso para los humanos, que según la corriente sacerdotal (**P**) es una manera de continuar la práctica del Creador: seis días de creación y el séptimo de reposo (cfr. Gn 1,1–2,4a). En el caso de la tierra, son seis años de producción y uno de descanso. Lo importante de esta ley es, en primer lugar, el respeto por la tierra

va, a tu jornalero, a tu criado y al emigran-
te que vive contigo. 7 Su entera cosecha
servirá de pasto a tu ganado y a los anima-
les salvajes.

Año jubilar
(Dt 15,1-12)

8 Deberás contar siete semanas de años,
siete por siete, o sea, cuarenta y nueve
años. 9 A toque de trompeta darás un man-
dato por todo el país, el día diez del sépti-
mo mes. El día de la expiación harás reso-
nar la trompeta por todo el país.
10 Santificarán el año cincuenta y pro-
mulgarán la liberación en el país para todos
sus moradores. Celebrarán jubileo, cada
uno recobrará su propiedad y retornará a
su familia.
11 El año cincuenta es para ustedes un
jubileo, no sembrarán, no cosecharán lo
que vuelva a brotar de la última cosecha ni
vendimiarán la viña que haya quedado sin
podar. 12 Porque es jubileo, lo considerarás
sagrado. Comerán de la cosecha de sus
campos.
13 En este año jubilar cada uno recobra-
rá su propiedad. 14 Cuando realicen opera-
ciones de compra y venta con alguien de su
pueblo, no se perjudiquen unos a otros.
15 Lo que compres a uno de tu pueblo se ta-
sará según el número de años transcurridos
después del jubileo. Él, a su vez, te lo co-
brará según el número de cosechas anua-
les: 16 cuantos más años falten, más alto
será el precio; cuantos menos, menor será
el precio. Porque él te cobra según el nú-
mero de cosechas. 17 Nadie perjudicará a
uno de su pueblo. Respeta a tu Dios. Yo soy
el Señor, su Dios.

Exhortación y promesa
(Éx 16,22s)

18 »Cumplan mis leyes y guarden mis
mandatos poniéndolos por obra y habitarán
tranquilos en la tierra. 19 La tierra dará sus
frutos, comerán hasta saciarse y habitarán
tranquilos.
20 Si se preguntan: ¿Qué vamos a comer
el año séptimo? No hemos sembrado ni he-
mos recogido cosecha. 21 Yo les mandaré
mi bendición el año sexto, para que pro-
duzca cosecha para los tres años. 22 Sem-
brarán el año octavo y comerán de la cose-
cha pasada. Hasta el año noveno, hasta el
tiempo de levantar la cosecha, seguirán co-
miendo de la pasada.

Consecuencias del año jubilar
Bienes inmuebles
(Rut 4,1-12)

23 La tierra no se venderá a perpetuidad,
porque es mía, y ustedes sólo están de
paso por ella como huéspedes míos. 24 Por
lo tanto en todas las tierras de su propiedad

---

como si se tratara de un ser viviente; la tierra era vista con necesidad de reposo, como toda criatura, percepción que contrasta con las formas modernas de sobreexplotación agraria. En segundo lugar, los directos beneficiados de los frutos que espontáneamente debía generar la tierra durante este año sabático: no sólo el dueño de los campos, también debía alimentarse el esclavo, la esclava, el jornalero, el emigrante, los ganados y las fieras.

Seguramente, esta norma fue problemática, como refleja el versículo 20. Se llama a la confianza en el Señor, quien compensará el cumplimiento de sus leyes y preceptos con abundante cosecha el año sexto que alcanzará para tres años (21s).

25,8-22 Año jubilar – Exhortación y promesa. Tal vez no haya en todo el Antiguo Testamento una ley de reforma social más radical que ésta del jubileo, que intenta responder a situaciones de desigualdad y de injusticia social. Era un hecho que la monarquía había traído consigo una serie de males a Israel, entre ellos el paso de una sociedad igualitaria a unas condiciones de desigualdad económica y social que muchas veces fueron objeto de denuncia por parte de los profetas (Am 2,6; 5,11; Hab 3,14; etc.). Desde la situación de exilio que vive Israel se sueña con un regreso a la tierra y con una restauración de la nación.

Como ya hemos visto, la corriente sacerdotal (**P**) enfoca esa restauración desde la perspectiva de un culto perfecto, de ahí sus normas y preceptos cultuales y rituales ambientados en el Sinaí y puestos directamente en boca del Señor. Pero, además, el exilio ha servido para reconsiderar el pasado de injusticias y desigualdades vividas en el país antes del exilio. No sabemos si por influencia del pensamiento deuteronomista o por propia iniciativa, la corriente sacerdotal incluye en su proyecto de restauración este mandato sobre el año jubilar que tiene por objeto nivelar la sociedad periódicamente.

Este año, que debía celebrarse cada cincuenta, se inauguraba en el marco del día de la expiación. Ese día se hacía sonar la trompeta por todo el país, cuyo sonido era el aviso de inicio del retorno a casa de aquellos israelitas que por su empobrecimiento habían tenido que venderse como esclavos, la recuperación de la propiedad que se había vendido también a causa del empobrecimiento y el perdón o la condo-

deben conceder a los dueños anteriores el
derecho de volver a comprarla.
25 Si un hermano tuyo se arruina y ven-
de parte de su propiedad hereditaria a su
pariente más cercano toca rescatar lo ven-
dido por su hermano. 26 El que no tenga
quien lo rescate, si ahorra lo requerido para
el rescate, 27 descontará los años desde su
venta, y pagará al comprador lo que falta,
recobrando así su propiedad. 28 Pero si no
ha ahorrado lo requerido para el rescate, lo
vendido quedará en poder del comprador
hasta el año del jubileo, en que queda libre
y vuelve a ser propiedad suya.
29 El que venda una vivienda situada en
una ciudad amurallada tiene derecho al
rescate hasta cumplirse un año de la venta.
Su derecho al rescate es limitado. 30 Si no
es rescatada en el plazo de un año, la casa
situada en una ciudad amurallada queda
definitivamente en propiedad del compra-
dor y sus sucesores. No queda libre el año
del jubileo.
31 Los poblados no amurallados se con-
sideran como los campos. Sus casas tienen
posibilidad de rescate: quedan libres el año
del jubileo.
32 Referente a las ciudades de los levitas,
éstos tienen derecho perpetuo a rescatar
las casas de las ciudades de su propiedad.
33 Si no son rescatadas, quedan libres el
año del jubileo, porque las casas de las ciu-
dades de los levitas son propiedad suya en-
tre los israelitas. 34 Los campos que rodean
sus ciudades no se pueden vender, porque
son propiedad perpetua de los levitas.

Conducta social
(Dt 15,7s)

35 Si un hermano tuyo se arruina y no
puede mantenerse, tú lo sustentarás para
que viva contigo como si fuera un extranje-
ro o un huésped. 36 No le exijas ni intereses
ni recargo. Respeta a tu Dios, y viva tu her-
mano contigo. 37 No le prestarás dinero a
interés ni aumentarás el precio de los ali-
mentos que le des. 38 Yo soy el Señor, su
Dios, que los saqué de Egipto para darles la
tierra de Canaán y ser su Dios.

Esclavos
(Éx 21,2-6; Dt 15,12-18)

Del propio pueblo

39 Si un hermano tuyo se arruina y se te
vende, no lo tratarás como esclavo, 40 sino
como jornalero o criado. Trabajará a tu ser-
vicio hasta el año del jubileo, 41 cuando él y
sus hijos quedarán libres para retornar a su
familia y recobrar su propiedad paterna.
42 Porque ellos son mis servidores a
quienes saqué de Egipto, y no pueden ser
vendidos como esclavos. 43 No tratarás con
dureza a tu hermano. Respeta a tu Dios.

Extranjeros

44 Los esclavos y esclavas que ustedes
tengan provendrán de los pueblos cir-

---

nación de las deudas (10-17).

Al parecer, este jubileo nunca se realizó en Israel después del retorno del exilio; al menos no hay registro en ninguno de los libros del Antiguo Testamento. Poco a poco, la sociedad del postexilio volvió a configurarse en ricos y pobres, pocos con mucho y muchísimos con poco o nada. El año jubilar, seguramente reclamado por quienes veían en él la oportunidad de salvación, de «volver a empezar», sufrió todos los obstáculos habidos y por haber, interpuestos obviamente por quienes manejan el poder y ven y «demuestran» que sería un descalabro económico para la nación devolver al empobrecido lo que en justicia le corresponde. Visto que la legislación humana no lograba llevar a la práctica esta ley, se fue proyectando poco a poco hacia una futura era mesiánica: una de las tareas del Mesías sería proclamar un año de gracia en favor de los humildes y oprimidos (cfr. Is 61,1). En la mentalidad de Lucas, ése fue el eje fundamental del proyecto de Jesús.

25,23-55 Consecuencias del año jubilar. Las leyes contenidas en estos versículos pueden verse como consecuencia del mandato sobre el año jubilar, pero también se pueden entender como preparatorias para el jubileo. Hay una perspectiva muy importante acerca de la tierra: ésta es propiedad del Señor, quien se la ha prestado a los israelitas; ellos son simplemente huéspedes del Señor o peregrinos (23). Se puede negociar con los terrenos y las casas, pero nunca se hará de manera absoluta o definitiva, sino con miras a que pueda volver a las manos de su dueño o a alguien de su descendencia (24-28). El empobrecimiento de un hermano no puede tener como contrapartida el enriquecimiento de otro sin quebrantar el proyecto de justicia de Dios; éste sí que debería ser motivo de análisis frecuente en tantas comunidades de nuestro medio.

De la legislación sobre la compraventa de propiedades se pasa a las relaciones de tipo social que, en definitiva, se fundamentan en la misma dinámica de compra y venta, con la posibilidad de que el mismo ser humano sea el objeto de mercadeo. En favor del

cundantes. 45 También podrán adquirirlos entre los hijos de los criados emigrantes que viven con ustedes, entre sus familias nacidas en Israel. Ellos serán propiedad de ustedes para siempre.

46 Se los dejarás en propiedad hereditaria a tus hijos cuando ustedes mueran. Siempre podrán servirse de ellos, pero a sus hermanos israelitas no los tratarán con dureza.

Israelita esclavo de un extranjero

47 Si un emigrante o un criado mejoran de posición y un hermano tuyo se arruina y se vende al emigrante o criado o a un descendiente de la familia del emigrante, 48 después de haberse vendido tiene derecho a rescate. Uno de sus hermanos lo rescatará, 49 o un tío suyo o su primo o alguien de su parentela, o él mismo si ahorra lo necesario. 50 Calculará con el comprador los años desde la venta hasta el jubileo, y el precio corresponderá al número de años, según la paga que se da a los trabajadores. 51 Si quedan muchos años, se devolverá del precio de compra, como rescate, lo que corresponda a dichos años. 52 Si quedan pocos años para el jubileo, pagará el rescate calculando los años que faltan. 53 Cada año que pase con él, será como un jornalero. Y no permitirás que lo traten con dureza. 54 Pero si no es rescatado de ninguna de estas maneras, él y sus hijos quedarán libres el año jubilar.

55 Porque los israelitas me pertenecen como servidores: son servidores míos, a quienes saqué de Egipto. Yo soy el Señor, su Dios.

Bendiciones
(Dt 27s)

26 1 –No se harán ídolos, ni levantarán en su país piedras sagradas, ni colocarán relieves en piedra para postrarse ante ellos. Porque yo soy el Señor, su Dios.

2 Respeten mis sábados y tengan reverencia por mi santuario. Yo soy el Señor.

3 Si siguen mis leyes y cumplen mis mandamientos, 4 yo les mandaré la lluvia a su tiempo: la tierra dará sus cosechas y los árboles sus frutos. 5 Entonces el tiempo de la trilla se prolongará hasta la vendimia y la vendimia hasta la siembra. Comerán pan hasta saciarse y habitarán tranquilos en su tierra.

6 Pondré paz en el país y dormirán sin alarmas. Alejaré del país a las fieras y la espada no cruzará su tierra.

7 Perseguirán a sus enemigos, que caerán ante ustedes a filo de espada. 8 Cinco de ustedes pondrán en fuga a cien, y cien de ustedes, a diez mil. Sus enemigos caerán ante ustedes a filo de espada.

9 Me volveré hacia ustedes y los haré crecer y multiplicarse, manteniendo mi pacto con ustedes.

10 Comerán de cosechas almacenadas y sacarán lo almacenado para hacer sitio a lo nuevo.

11 Pondré mi morada entre ustedes y no los detestaré.

12 Caminaré entre ustedes y seré su Dios y ustedes serán mi pueblo.

13 Yo soy el Señor, su Dios, que los saqué de Egipto, de la esclavitud, rompí las ataduras de su yugo, y los hice caminar con la frente en alto.

---

israelita se propone tratarlo como hermano, no explotarlo ni abusar de él, ni siquiera tratarlo como esclavo; no así con quienes provienen de otros pueblos o etnias: ésos sí se podían comprar o vender como cualquier otro objeto comercial, formaban parte del patrimonio familiar e incluso podían ser dejados como herencia a los hijos (46).

Es obvio que esta legislación choca con nuestro modo de pensar y con nuestras aspiraciones por una sociedad justa, pero era lo mejor que podía proponer la escuela sacerdotal (**P**) en consonancia con su manera de ver y de pensar las relaciones de Dios con Israel y de Israel con Dios en un momento concreto de su historia. De todos modos, no hay que olvidar que siempre es necesario confrontar cada pasaje con el criterio de la justicia absoluta de Dios, quien quiere igualdad y justicia para cada uno de sus hijos e hijas sin distinciones de ningún tipo, ¡ni siquiera religiosas!

26,1-13 Bendiciones. Aunque el libro del Levítico no está planteado en términos de una alianza, la forma como concluye hace pensar que todo lo anterior, los preceptos y las normas, forman parte de un pacto con Dios. Toda alianza terminaba siempre con una serie de bendiciones y promesas de prosperidad por el recto cumplimiento de cada una de las cláusulas, y maldiciones y promesas de castigo por su incumplimiento. Ésa es la idea que transmite el Levítico al final de la larga serie de normas rituales y cultuales y de mandatos éticos y morales.

La motivación principal es que si el Señor los hizo

Maldiciones

14 Pero si no me obedecen y no ponen
por obra todos estos preceptos, 15 si recha-
zan mis leyes y no cumplen mis mandatos,
no poniendo por obra todos mis preceptos
y rompiendo mi pacto, 16 entonces yo los
trataré así: despacharé contra ustedes el
espanto, la debilidad y la fiebre, que nublan
los ojos y consumen la vida; de nada les
servirá sembrar porque sus enemigos se
comerán la cosecha; 17 me enfrentaré con
ustedes y sucumbirán ante sus enemigos;
sus contrarios los someterán y huirán aun-
que nadie los persiga.

18 Y si con todo esto aún no me obede-
cen, multiplicaré por siete mis escarmien-
tos por sus pecados. 19 Quebrantaré esa
enorme soberbia. Convertiré el cielo en
hierro y en bronce la tierra. 20 Entonces
agotarán sus fuerzas en vano. Sus campos
no darán su cosecha ni los árboles sus fru-
tos.

21 Y si siguen oponiéndose a mí, negán-
dose a obedecerme, multiplicaré por siete
mis golpes, por sus pecados. 22 Soltaré
contra ustedes fieras salvajes que los deja-
rán sin hijos, destrozarán sus ganados, y re-
ducirán el número de ustedes hasta que no
haya quién transite por sus caminos.

23 Y si aún así no escarmientan, sino que
me siguen contrariando, 24 también yo me
opondré a ustedes, multiplicando por siete
mis golpes, por sus pecados. 25 Levantaré
contra ustedes la espada vengadora de mi
pacto y se refugiarán en sus ciudades. Les
mandaré entonces la peste, y caerán en po-
der de sus enemigos. 26 Cuando los prive del
sustento de pan, diez mujeres cocerán el pan
en un horno, y lo racionarán tanto que uste-
des comerán pero no quedarán satisfechos.

27 Y si aún así no me obedecen, sino que
me siguen contrariando, 28 también yo me
opondré a ustedes y con mi enojo los cas-
tigaré, multiplicando por siete mis escar-
mientos por sus pecados. 29 Entonces se
comerán ustedes la carne de sus hijos y de
sus hijas. 30 Destruiré sus santuarios paga-
nos, y partiré en dos sus altares de incien-
so, amontonaré sus cadáveres sobre los de
sus ídolos, y les mostraré mi desprecio.
31 Convertiré sus ciudades en ruinas, asola-
ré sus santuarios, ya no me aplacarán los
aromas de sus sacrificios. 32 Yo destruiré el
país, y sus enemigos, que ocuparán la tie-
rra, se horrorizarán de él. 33 Los dispersaré
entre los pueblos y los perseguiré con la es-
pada desenvainada. Sus campos serán un
desierto y sus ciudades ruinas.

---

salir de Egipto era para que caminaran erguidos (13), esto es, para que vivieran libres en una tierra próspera (4s), en paz (6-8), con un futuro garantizado gracias a la multiplicación de la descendencia (9) que tendría su sustento asegurado (10). Por encima de todo ello se encuentra la promesa de la bendición máxima: la habitación permanente del Señor en medio del pueblo, pues la obediencia hace que Él fije entre ellos su morada (11), para caminar con ellos y para estar pendiente de que no vuelvan a caer en la misma situación de Egipto, situación de la cual él mismo los había liberado (13).

26,14-38 Maldiciones. Si el cumplimiento de los preceptos del Señor trae consigo la felicidad, la prosperidad y la paz para el pueblo, su incumplimiento acarrea la desgracia absoluta. El compromiso de ser el pueblo de Dios es un deber de cada israelita y de todos en general, de ahí que tanto las bendiciones como las maldiciones afecten a lo individual y a lo social.

Cuando el pueblo se desvió del camino del Señor cayó en situaciones muy trágicas y perjudiciales para la vida personal y nacional; eso es lo que intentan describir cada una de estas maldiciones. Aunque están puestas en futuro, para la época de la composición del libro el pueblo ya sabía lo que implicaba ser infiel al pacto de ser el pueblo del Señor. La clave para entender este pasaje nos la da el versículo 13: el Señor se empeñó en romper el yugo que mantenía sometida a aquella masa de esclavos en Egipto, se enfrentó con el faraón, símbolo del poder opresor, y liberó al pueblo, dándole la oportunidad de que esa masa de esclavos caminara sin coyunda, libres; más aún: los elevó a la categoría de pueblo. Del no ser, los hizo ser, les dio identidad, y para colmo Él mismo se comprometió a ser su Dios, un Dios tierno, amoroso y fiel que sólo puede ofrecer perspectivas de vida, no oprobio ni opresión como Egipto.

Pero cuando el pueblo olvida que sólo en el proyecto de su Dios encuentra la vida y se va detrás de otros dioses, es decir, cuando actúa en forma contraria al querer de Dios, el mismo pueblo se va destruyendo poco a poco. El proyecto de vida y de justicia se convierte para ellos en situaciones de muerte. Ésas son las maldiciones, no actos de venganza divina. El redactor las presenta como tales, pero en realidad son las consecuencias lógicas que sobrevienen cuando se rechaza la libertad, cuando no se practica la justicia, cuando se camina en contravía del querer divino.

26,39-46 Reconciliación. Estos versículos nos ayu-

34 Entonces, todo el tiempo que dure la desolación y ustedes estén en país enemigo, la tierra disfrutará de sus sábados; sólo entonces descansará la tierra y disfrutará de sus sábados. 35 Descansará todo el tiempo que dure la desolación; descanso de sábado que ustedes no le dieron mientras la habitaban. 36 A los sobrevivientes, los haré acobardarse en país enemigo; alarmados por el rumor de hojas que vuelan, huirán como si fuera la espada, y caerán sin que nadie los persiga. 37 Tropezarán unos con otros, como si tuvieran delante una espada, pero no habrá nadie que los persiga. No podrán oponer resistencia a sus enemigos. 38 Perecerán en medio de los pueblos. El país enemigo los devorará.

Reconciliación

39 Los que de ustedes sobrevivan, se pudrirán en el país enemigo por su culpa y la de sus padres. 40 Confesarán su culpa y la de sus padres: de haberme sido infieles y haber procedido obstinadamente contra mí, 41 por lo que también yo procedí obstinadamente contra ellos y los llevé a país enemigo, para ver si se doblegaba su corazón incircunciso y pagaban su culpa.

42 Entonces yo recordaré mi pacto con Jacob, mi pacto con Isaac, mi pacto con Abrahán: me acordaré de la tierra. 43 Pero ellos tendrán que abandonar la tierra, y así ella disfrutará de sus sábados, mientras queda desolada en su ausencia. Pagarán la culpa de haber rechazado mis mandatos y haber detestado mis leyes.

44 Pero aún con todo esto, cuando estén en país enemigo, no los rechazaré ni los detestaré hasta el punto de exterminarlos y de romper mi pacto con ellos. Porque yo soy el Señor, su Dios. 45 Recordaré en favor de ellos el pacto con los antepasados, a quienes saqué de Egipto, a la vista de los pueblos para ser su Dios. Yo soy el Señor.

46 Éstos son los preceptos, mandatos y leyes que el Señor por medio de Moisés estableció en el monte Sinaí entre él y los israelitas.

Tarifas del Templo

(Nm 18,8-19)

27 1 El Señor habló a Moisés:
2 –Di a los israelitas:

Cuando alguno haga un voto especial ofreciendo al Señor el valor de una persona, se aplicarán las siguientes tarifas: 3 Un varón entre los veinte y los sesenta años será tasado en quinientos gramos de plata –pesos del templo–. 4 Si es mujer, será tasada en trescientos gramos. 5 Un chico entre los cinco y los veinte años será tasado en doscientos gramos; si es chica, en cien gramos. 6 Un niño entre el mes y los cinco años será tasado en cincuenta gramos; si es niña, en treinta gramos. 7 De los sesenta años para arriba, el varón será tasado en ciento cincuenta gramos; la mujer, en cien gramos. 8 Si es tan pobre que no puede pagar la tarifa, lo presentará al sacerdote, y éste lo tasará según los recursos del que hizo el voto.

9 Si se trata de un animal apto para la ofrenda al Señor, el animal entero queda consagrado. 10 No se puede cambiar ni sustituir animal bueno por malo, o viceversa. Y si se cambia un animal por otro, los dos quedan consagrados. 11 Si se trata de un animal impuro, no apto para la ofrenda al

---

dan a caer en la cuenta de que el pueblo ya está viviendo en realidad las funestas consecuencias de su obstinación y desvío del proyecto de Dios. Muchos están viviendo como deportados en Babilonia, pero la mayoría sigue viviendo en su propia tierra, sin ninguna perspectiva de vida, sometidos al poder babilónico. Sin embargo, hay una luz de esperanza; pese a la grave situación que están viviendo, pese al castigo que están soportando, el Dios de los padres, el Dios que un día liberó a los antepasados del poderío egipcio y se manifestó como un Dios de vida y de justicia, hará cosas aún más maravillosas para volver a darles vida y libertad, pues la fidelidad del Señor es eterna (cfr. Sal 107).

Movidos por esta esperanza, los israelitas sueñan con un futuro distinto. Pese a lo duro del castigo, ellos entienden que lo tenían más que merecido, pero sueñan con que de nuevo el Señor los perdonará y ellos podrán reconstruirse en torno a ese plan amoroso y lleno de vida que sólo el Señor les puede ofrecer y respaldar con su presencia permanente.

27,1-34 Tarifas del Templo. Este capítulo forma una especie de apéndice al Levítico y fija las tasas correspondientes para rescatar personas, animales o cosas que habían sido prometidos o consagrados al Señor. Era posible que un fiel devoto ofreciera al Señor algún don, que podía ser alguno de sus hijos, excepto el primogénito, porque de hecho ya pertenecía al Señor (cfr. Éx 13,1s); podía ser parte de su ganado o par-

Señor, será presentado al sacerdote, [12] y éste lo tasará según su calidad. La tasación será válida. [13] Y si quiere rescatarlo, pagará un recargo del veinte por ciento sobre lo tasado.

[14] Cuando alguno consagre su casa al Señor, el sacerdote la tasará según su calidad. La tasación será válida. [15] Si el que la consagró la quiere rescatar, pagará lo tasado con un veinte por ciento de recargo.

[16] Si consagrara al Señor una parte de las tierras de su propiedad hereditaria, se tasará en proporción a su siembra: quinientos gramos de plata por cada cuatrocientos kilos de semilla de cebada. [17] Si consagra el campo durante el año jubilar, la tasación será válida. [18] Pero si lo consagra después del jubileo, el sacerdote calculará el dinero que corresponde a los años que faltan hasta el próximo año jubilar, y hará el descuento correspondiente. [19] Si el que lo consagró lo quiere rescatar, pagará la tasa con un recargo del veinte por ciento. Y el campo será suyo. [20] Si no lo rescata o lo vende a otro, entonces el campo ya no podrá ser rescatado. [21] Cuando quede libre en el año jubilar, quedará, como campo dedicado, consagrado al Señor. Será propiedad del sacerdote.

[22] Si uno consagra al Señor un campo comprado que no pertenece a su propiedad hereditaria, [23] el sacerdote calculará el valor de la tasa hasta el año jubilar. El que consagró el campo pagará ese mismo día lo tasado, como cosa consagrada al Señor. [24] El año jubilar el campo volverá al vendedor a quien pertenecía en propiedad hereditaria. [25] Las tasaciones se harán según el peso del templo: diez gramos equivalen a veinte óbolos.

[26] Nadie consagrará el primogénito de los animales, porque le pertenece ya al Señor como primicia: sea vaca o sea oveja, pertenece al Señor. [27] Si se trata de un animal impuro, será rescatado con un recargo del veinte por ciento sobre lo tasado. Si no lo rescata, se venderá al precio tasado.

[28] Lo que uno ha separado como cosa dedicada al Señor, personas, animales o campos de propiedad hereditaria, no podrá ser vendido ni rescatado. Lo dedicado es propiedad sagrada del Señor.

[29] Una persona destinada al exterminio no puede ser rescatada, ha de ser ejecutada.

[30] La décima parte de los productos del campo, de la siembra y de los frutos pertenecen al Señor y son sagrados. [31] Si alguien quiere rescatarlos, lo hará con un recargo del veinte por ciento sobre lo tasado. [32] La décima parte de animales de ganado mayor o menor, la décima parte de todos los que pasen bajo el cayado, serán consagrados al Señor. [33] No hay que averiguar si son buenos o malos ni se sustituirán. Si se cambia un animal por otro, los dos quedan consagrados, sin posibilidad de rescate.

[34] Éstos son los preceptos que el Señor dio a Moisés en el monte Sinaí para los israelitas.

---

te de su tierra o casa.

Todo lo que ofrecía pasaba a ser propiedad del Templo, más concretamente, de los sacerdotes. En muchos casos, la persona quería o necesitaba recuperar su ofrecimiento, lo cual era posible –con alguna excepción– pagando un rescate. Ese rescate es el motivo de legislación de este capítulo.

Jesús parece referirse a esta práctica cuando denuncia la injusticia de algunos hijos que, para evadir la responsabilidad hacia sus padres, especialmente con la madre, aducían que había ofrecido al Señor sus bienes o la parte con la cual podían ayudarle (Mt 15,1-7), dejando al descubierto las graves injusticias que genera una interpretación interesada de la norma.

El libro se cierra con la advertencia de que todos estos preceptos fueron dados por Dios a Moisés en el monte Sinaí para que el fiel israelita se sienta comprometido y obligado a cumplirlos.



NÚMEROS

A este libro que nosotros llamamos «Números», por la referencia a los dos censos que contiene y por la minuciosidad aritmética que ofrece en cuestiones relacionadas con el culto, la tradición judía, según su costumbre, lo llaman «En el desierto», pues es una de las primeras palabras con las que comienza el relato. El desierto es el marco geográfico y también teológico, en el que se llevan a cabo todas las acciones.

Contexto del libro. El pueblo sigue en el desierto: sale del Sinaí (1–10) y se acerca a la tierra prometida después de un largo rodeo

(21,10–33,49). A lo largo del peregrinaje va enriqueciendo su caudal de leyes o disposiciones.

El autor sacerdotal (P) ha convertido las andanzas de grupos seminómadas durante varios años en la marcha procesional de todo Israel, perfectamente dividido por tribus y clanes, perfectamente organizado y dispuesto como para un desfile militar o una procesión sacra. Las tribus son «los escuadrones» del Señor, cada una con su banderín o estandarte, que avanzan en rigurosa formación: en el centro, el Arca y la tienda; alrededor, los aaronitas y levitas y las doce tribus, tres por lado.

El viaje se realiza en cuarenta etapas (33), a toque de trompeta (10). El término del viaje es tierra sagrada y también es sagrada la organización; los israelitas son peregrinos hacia la tierra de Dios.

En contraste con este movimiento regular, se lee una serie poco trabada de episodios; entre ellos sobresalen el de los exploradores (13s) y el de Balaán (22–24). El primero narra la resistencia del pueblo, que provoca una dilación y un largo rodeo. El segundo muestra el poder del Señor sobre los poderes ocultos de la magia y la adivinación: el adivino extranjero se ve transformado en profeta de la gloria de Israel. Vemos a Moisés en su tarea de jefe y legislador, en sus debilidades y desánimos, en su gran intercesión a favor del pueblo.

Mensaje religioso. Sobre el sobrecogedor escenario del «desierto», imagen de nuestro peregrinar por la tierra, se va desarrollando la relación continua entre Dios y su pueblo Israel (símbolo de todos los pueblos). Dios es el guía de la peregrinación hacia la tierra prometida; a veces, lo hace con intervenciones de una presencia fulgurante; otras, silenciosamente, a través de la mediación de los profetas y hombres sabios que Él se ha escogido de entre el mismo pueblo.

El pueblo no es siempre dócil y fiel. Desobedece, se revela, pierde la meta de su peregrinación, añora otros caminos más fáciles y placenteros. Dios se irrita, reprende, castiga, pero siempre es el Dios que salva.

El libro de los Números nos ha dejado el ideal del «desierto», de las tentaciones y de la lucha, como el lugar privilegiado del encuentro del ser humano con su Dios. Tan gravado quedó en la conciencia colectiva de Israel, que toda reforma posterior será una llamada profética al ideal «desierto».

Es también el «desierto» a donde Jesús se retira antes de iniciar su vida pública para profundizar en su identidad de Hijo de Dios y vencer las tentaciones del maligno. Y serán también los Padres y las Madres del desierto, en la primera gran reforma del cristianismo, los que dejarán ya para toda la historia de la Iglesia la impronta indeleble del «desierto» como camino de conversión y reencuentro con Dios.



EN EL DESIERTO DE SINAÍ

Censo de Israel

(26)

1 1 El día primero del segundo mes del segundo año de la salida de Egipto, en el desierto de Sinaí, en la tienda del encuentro, el Señor dijo a Moisés:

2 –Haz un censo completo de la comunidad israelita: todos los varones, uno a uno, por clanes y familias, registrando sus nombres. 3 Tú y Aarón registrarán por escuadrones a todos los varones mayores de veinte años aptos para la guerra. 4 Para ello contarán con la ayuda de un jefe de familia por cada tribu.

5 Los nombres de las personas que los asistirán son: por Rubén, Elisur, hijo de Sedeur; 6 por Simeón, Salumiel, hijo de Surisaday; 7 por Judá, Najsón, hijo de Aminadab; 8 por Isacar, Natanael, hijo de Suar; 9 por Zabulón, Eliab, hijo de Jalón; 10 por los hijos de José: por Efraín, Elisamá, hijo de Amihud, y por Manasés, Gamaliel, hijo de Fedasur; 11 por Benjamín, Abidán, hijo de Gedeoní; 12 por Dan, Ajiezer, hijo de Amisaday; 13 por Aser, Pagiel, hijo de Ocrán; 14 por Gad, Eliasaf, hijo de Degüel; 15 por Neftalí, Ajirá hijo de Enán.

16 Éstos fueron los nombrados por la comunidad, jefes de tribus y cabezas de clanes.

17 Moisés tomó a Aarón y a estos hombres escogidos por sus nombres. 18 Ellos reunieron toda la asamblea el día primero del mes segundo, y todos se inscribieron, uno a uno, los mayores de veinte años, por clanes y familias, registrando sus nombres; 19 Así los registró Moisés en el desierto de Sinaí como lo había mandado el Señor.

20 Hijos y descendientes de Rubén, primogénito de Israel, por clanes y familias, registrando los nombres, uno a uno, de los varones mayores de veinte años y aptos para la guerra; 21 total de la tribu de Rubén, cuarenta y seis mil quinientos.

22 Hijos y descendientes de Simeón, por clanes y familias, registrando los nombres, uno a uno, de los varones mayores de veinte años y aptos para la guerra: 23 total de la tribu de Simeón, cincuenta y nueve mil trescientos.

24 Hijos y descendientes de Gad, por clanes y familias, registrando los nombres, uno a uno, de los varones mayores de veinte años y aptos para la guerra: 25 total de la tribu de Gad, cuarenta y cinco mil seiscientos cincuenta.

26 Hijos y descendientes de Judá, por clanes y familias, registrando los nombres, uno a uno, de los varones mayores de veinte años y aptos para la guerra: 27 total de la tribu de Judá, setenta y cuatro mil seiscientos.

28 Hijos y descendientes de Isacar, por clanes y familias, registrando los nombres, uno a uno, de los varones mayores de veinte años y aptos para la guerra: 29 total de la tribu de Isacar, cincuenta y cuatro mil cuatrocientos.

30 Hijos y descendientes de Zabulón, por clanes y familias, registrando los nombres, uno a uno, de los varones mayores de veinte años y aptos para la guerra: 31 total de la tribu de Zabulón, cincuenta y siete mil cuatrocientos.

32 Hijos y descendientes de Efraín, hijo de José, por clanes y familias, registrando los nombres, uno a uno, de los varones mayores de veinte años y aptos para la guerra: 33 total de la tribu de Efraín, cuarenta mil quinientos.

1,1-54 Censo de Israel. Este libro comienza ofreciendo una ubicación cronológica de los acontecimientos (1), más simbólica que real, y que tiene por finalidad indicar que el pueblo aún continúa en el desierto, concretamente junto al monte Sinaí. Allí, el Señor llama a Moisés y le ordena realizar un censo.

¿Qué sentido tiene notificar al comienzo del libro este acontecimiento? Quizá la escuela teológico-literaria sacerdotal (**P**), responsable de este libro, intentó dejar claro quiénes fueron los que salieron de Egipto, quiénes los que hicieron la travesía del desierto, y quiénes los que lograron entrar en la tierra prometida, pues sólo los fieles al Señor son dignos de ella. En el capítulo 14 se dice, en efecto, que la primera generación de israelitas salidos de Egipto muere en el desierto. Esa generación es la que encontramos aquí censada. Será otra la que encontremos en el capítulo 26, a punto de iniciar el proceso de conquista y reparto de la tierra.

34 Hijos y descendientes de Manasés,
hijo de José, por clanes y familias, regis-
trando los nombres, uno a uno, de los va-
rones mayores de veinte años y aptos para
la guerra: 35 total de la tribu de Manasés,
treinta y dos mil doscientos.
36 Hijos y descendientes de Benjamín,
por clanes y familias, registrando los nom-
bres, uno a uno, de los varones mayores de
veinte años y aptos para la guerra: 37 total
de la tribu de Benjamín, treinta y cinco mil
cuatrocientos.
38 Hijos y descendientes de Dan, por cla-
nes y familias, registrando los nombres,
uno a uno, de los varones mayores de vein-
te años y aptos para la guerra: 39 total de la
tribu de Dan, sesenta y dos mil setecientos.
40 Hijos y descendientes de Aser, por
clanes y familias, contando los nombres,
uno a uno, de los varones mayores de vein-
te años y aptos para la guerra: 41 total de la
tribu de Aser, cuarenta y un mil quinientos.
42 Hijos y descendientes de Neftalí, por
clanes y familias, registrando los nombres,
uno a uno, de los varones mayores de vein-
te años y aptos para la guerra: 43 total de la
tribu de Neftalí, cincuenta y tres mil cuatro-
cientos.
44 Éste es el censo que hizo Moisés con
Aarón, asistidos por los doce jefes israeli-
tas, uno por cada tribu, todos jefes de fami-
lia. 45 El total de los israelitas, por familias,
mayores de veinte años y aptos para la
guerra, 46 fue de seiscientos tres mil qui-
nientos cincuenta.
47 Pero los levitas no fueron registrados
con los demás, por familias, 48 porque el
Señor había dicho a Moisés:
49 –No incluyas a los levitas en el censo
y registro de los israelitas; 50 encárgales la
tienda de la alianza, sus objetos y enseres;
ellos transportarán la tienda de la alianza
con sus objetos, estarán a su servicio y
acamparán a su alrededor. 51 Cuando haya
que ponerse en marcha, los levitas des-
montarán la tienda; cuando se haga alto,
los levitas la montarán. Al laico que se
meta, se le matará.
52 Los israelitas acamparán por escua-
drones, cada uno en su campamento, junto
a su estandarte. 53 Los levitas harán la
guardia de la tienda de la alianza, para que
no estalle la cólera contra la comunidad is-
raelita. Los levitas cuidarán de la tienda de
la alianza.
54 Los israelitas hicieron todo lo que el
Señor había mandado a Moisés; lo cum-
plieron todo.

El campamento
(Ez 48)

2 1 El Señor dijo a Moisés y a Aarón:
2 –Los israelitas acamparán cada uno
junto a su banderín o estandarte de familia,
mirando a la tienda del encuentro y alrede-
dor de ella.
3 Al este, hacia la salida del sol, acam-
parán los del estandarte de Judá, por es-
cuadrones; jefe de los hijos de Judá es Naj-
són, hijo de Aminadab; 4 su ejército cuenta
con setenta y cuatro mil seiscientos alista-
dos. 5 Junto a él acampa la tribu de Isacar;
su jefe es Natanael, hijo de Suar; 6 su ejér-
cito cuenta con cincuenta y cuatro mil cua-
trocientos alistados. 7 La tribu de Zabulón;
su jefe es Eliab, hijo de Jalón; 8 su ejército
cuenta con cincuenta y siete mil cuatro-
cientos alistados. 9 Los alistados en el cam-
pamento de Judá, por escuadrones, son
ciento ochenta y seis mil cuatrocientos. Se
pondrán en marcha los primeros.
10 Al sur, el estandarte del campamento
de Rubén, por escuadrones; jefe de los ru-
benitas es Elisur, hijo de Sedeur; 11 su ejér-
cito cuenta con cuarenta y seis mil quinien-

2,1-34 El campamento. La rígida organización para las marchas y para cada acampada refleja la estricta concepción teológica de la escuela sacerdotal (**P**) respecto a la presencia del Señor en medio del pueblo y los ámbitos de santidad que esta presencia determina: en primer lugar, junto a la tienda, la tribu de Leví –y los sacerdotes–; luego, en los demás costados y en orden jerárquico, las demás tribus, estableciendo una especie de muro divisorio entre el lugar sagrado y el profano. Esta mentalidad es la que rige las relaciones internas y externas de Israel. El Señor santifica primero al pueblo judío según un orden jerárquico y según unos criterios de pureza ritual y cultual que se establecen en todos los rituales de Levítico y algunos pasajes de Números. La santidad de los más cercanos al Santuario/Templo es la que santifica a los demás correligionarios, y por último, a los no israelitas.

Este criterio o concepción es sumamente peligroso, porque puede llevar al creyente sencillo a pensar que

tos alistados. 12 Junto a él acampa la tribu
de Simeón; su jefe es Salumiel, hijo de Su-
risaday; 13 su ejército cuenta con cincuenta
y nueve mil trescientos alistados. 14 La tribu
de Gad; su jefe es Eliasaf, hijo de Degüel;
15 su ejército cuenta con cuarenta y nueve
mil seiscientos cincuenta. 16 Los alistados
en el campamento de Rubén, por escua-
drones, son ciento cincuenta y un mil cua-
trocientos cincuenta. Se pondrán en mar-
cha los segundos.

17 Después se pondrá en marcha la tien-
da del encuentro y el campamento levita,
en medio de los demás campamentos. Se
pondrán en marcha según acampan, cada
uno siguiendo su estandarte.

18 Al oeste, el banderín del campamento
de Efraín, por escuadrones; jefe de los
efraimitas es Elisamá, hijo de Amihud: 19 su
ejército cuenta con cuarenta mil quinientos
alistados. 20 Junto a él, la tribu de Manasés;
su jefe es Gamaliel, hijo de Fedasur; 21 su
ejército cuenta con treinta y dos mil dos-
cientos alistados. 22 Al otro lado, la tribu de
Benjamín; su jefe es Abidán, hijo de Ge-
deoní; 23 su ejército cuenta con treinta y
cinco mil cuatrocientos alistados. 24 Los
alistados en el campamento de Efraín son
ciento ocho mil cien. Se pondrán en mar-
cha los terceros.

25 Al norte, el estandarte del campamen-
to de Dan, por escuadrones; jefe de los da-
nitas es Ajiezer, hijo de Amisaday; 26 su
ejército cuenta con sesenta y dos mil sete-
cientos alistados. 27 Junto a él acampa la
tribu de Aser; su jefe es Pagiel, hijo de
Ocrán; 28 su ejército cuenta con cuarenta y
un mil quinientos alistados. 29 Al otro lado,
la tribu de Neftalí; su jefe es Ajirá, hijo de
Enán; 30 su ejército cuenta con cincuenta y
tres mil cuatrocientos alistados. 31 Alistados
en el campamento de Dan, ciento cincuen-
ta y siete mil seiscientos. Se pondrán en
marcha los últimos, siguiendo sus estan-
dartes.

32 Éste es el censo de los israelitas por
familias; los alistados en los campamentos
por escuadrones, seiscientos tres mil qui-
nientos cincuenta. 33 Los levitas no se in-
cluyeron en el censo de los israelitas, como
lo había mandado el Señor a Moisés.

34 Los israelitas hicieron todo lo que el
Señor mandó a Moisés; según acampaban
por estandarte, así se ponían en marcha,
por clanes y familias.

Tribu de Leví

3 1 Ésta es la descendencia de Aarón y
Moisés cuando el Señor habló a Moi-
sés en el monte Sinaí.

2 Nombres de los hijos de Aarón: Nadab,
el primogénito, Abihú, Eleazar e Itamar.
3 Éstos son los nombres de los aaronitas
ungidos como sacerdotes, a quienes consa-
gró sacerdotes. 4 Nadab y Abihú murieron
sin hijos, en presencia del Señor, cuando
ofrecieron al Señor fuego profano en el des-
ierto del Sinaí. Eleazar e Itamar oficiaron
como sacerdotes en vida de su padre, Aa-
rón.

5 El Señor dijo a Moisés:

6 –Haz que se acerque la tribu de Leví y
ponla al servicio del sacerdote Aarón. 7 Ha-
rán la guardia tuya y de toda la asamblea

---

a Dios no le interesan sino los «buenos», los «santos»; a creer que son santos y buenos porque cumplen externamente una serie de preceptos, aunque las actitudes de amor y misericordia estén completamente ausentes de su vida interior. Eso es lo que muchas veces denunciaron los profetas, y es exactamente uno de los motivos más importantes del ministerio de Jesús: rescatar la verdadera imagen de Dios y devolvérsela a los que la religión había excluido por «impuros» y «malos».

3,1–4,49 Tribu de Leví. La tradición israelita tuvo siempre a los levitas como los servidores exclusivos del Santuario; pero como podemos ver en Éx 25–31, hay un momento en la historia de Israel cuando los llamados descendientes del sacerdote Sadoc se las ingenian para emparentar con Aarón. Intentan aparecer como los amos y señores del Templo de Jerusalén, los únicos que podían oficiar, tocar y lucir objetos sagrados, relegando a los levitas a labores inferiores. Los levitas, sus familias y tribus, eran prácticamente sirvientes de los sacerdotes; así lo consigna el documento sacerdotal (**P**) en estos dos capítulos.

El argumento teológico que hace de los levitas una porción del pueblo tomada especialmente por Dios está en relación con la propiedad absoluta de Dios. El signo de aceptación es el ofrecimiento que se hace a Dios de todo primogénito. El Señor es dueño de todo el pueblo; por ello, todos deberían dedicarse exclusivamente a su servicio, aunque basta con que haya una parte representativa del pueblo consagrada a Él. Esa parte es la tribu de Leví, una especie de rescate que paga todo el pueblo (cfr. 8,22).

delante de la tienda del encuentro y desem-
peñarán las tareas del santuario. 8 Guarda-
rán todo el ajuar de la tienda del encuentro
y harán la guardia en lugar de los israelitas
y desempeñarán las tareas del santuario.
9 Aparta a los levitas de los demás israelitas
y dáselos a Aarón y a sus hijos como do-
nados. 10 Encarga a Aarón y a sus hijos que
ejerzan el sacerdocio. Al laico que se meta
se le matará.

11 El Señor dijo a Moisés:

12 –Yo he elegido a los levitas de entre
los israelitas en sustitución de los primogé-
nitos o primeros partos de los israelitas. Los
levitas me pertenecen, 13 porque me perte-
necen los primogénitos. Cuando di muerte
a los primogénitos en Egipto, me consagré
todos los primogénitos de Israel, de hom-
bres y de animales. Me pertenecen. Yo soy
el Señor.

14 El Señor dijo a Moisés en el desierto
del Sinaí:

15 –Haz un censo de los levitas, por fa-
milias y clanes, de todos los varones ma-
yores de un mes.

16 Moisés hizo el censo, según la orden
que le había dado el Señor.

17 Nombres de los levitas: Guersón,
Quehat y Merarí.

18 Nombres de los guersonitas por cla-
nes: Libní y Semeí, 19 de los quehatitas por
clanes: Amrán, Yishar, Hebrón y Uziel; 20 de
los meraritas por clanes: Majlí y Musí. Éstos
son los clanes levitas por familias.

21 Clanes guersonitas: el clan de Libní y
el clan de Semeí. 22 El número de los varo-
nes mayores de un mes fue de siete mil qui-
nientos. 23 Los clanes guersonitas acampa-
ban al oeste, detrás del santuario; 24 jefe de
la casa de Guersón era Eliasaf, hijo de Lael.
25 En la tienda del encuentro los guersoni-
tas se encargaban de guardar la tienda con
su cortina, 26 la cortina de la puerta, las
cortinas del atrio, la cortina de la puerta del
atrio que da al santuario y rodea el altar, las
cuerdas y todo su servicio.

27 Clanes quehatitas: el clan de Amrán,
el clan de Yishar, el clan de Hebrón y el clan
de Uziel. 28 Número de los varones mayores
de un mes, encargados de las funciones del
santuario, ocho mil seiscientos. 29 Los cla-
nes quehatitas acampaban al sur del san-
tuario; 30 su príncipe era Elisafán, hijo de
Uziel; 31 se encargaban de guardar el arca,
la mesa, el candelabro, los altares, los ins-
trumentos sagrados con que oficiaban, la
cortina y de todo su servicio.

32 Eleazar, hijo del sacerdote Aarón, era
el jefe supremo de los levitas, prefecto de
los que ejercían funciones en el santuario.

33 Clanes meraritas: el clan de Majlí y el
clan de Musí; 34 el número de varones ma-
yores de un mes fue de seis mil doscientos;
35 su jefe era Suriel, hijo de Abijail; acam-
paban al norte del santuario. 36 Se encarga-
ban de los tablones del santuario, de los
travesaños, columnas y bases, con todos
sus accesorios, y de todo su servicio; 37 de
las columnas que rodeaban el atrio con sus
bases, estacas y cuerdas.

38 Delante del santuario, al este, delante
de la tienda del encuentro, a la salida del
sol, acampaban Moisés, Aarón y sus hijos,
hacían la guardia de los objetos sagrados,
la guardia de los israelitas; al extraño que
se metía, se le mataba.

39 Censo de los levitas hecho por Moisés
y Aarón, según las órdenes del Señor, por
clanes: total de varones mayores de un
mes, veintidós mil.

40 El Señor dijo a Moisés:

–Haz el censo de todos los primogénitos
israelitas varones mayores de un mes, re-
gistrando sus nombres; 41 aparta para mí a
los levitas en sustitución de los primogéni-
tos israelitas, y el ganado de los levitas en
sustitución de los primeros partos de los re-
baños de los israelitas. Yo soy el Señor.

42 Moisés hizo el censo de los primogéni-
tos israelitas, como le había mandado el
Señor; 43 el número de los primogénitos va-
rones mayores de un mes, contando sus
nombres, fue de veintidós mil doscientos
setenta y tres.

44 El Señor dijo a Moisés:

45 –Aparta a los levitas en sustitución de
los primogénitos israelitas y el ganado de
los levitas en sustitución de los primeros
partos del ganado de los israelitas, y serán
para mí. Yo soy el Señor. 46 Para rescatar a
los doscientos setenta y tres primogénitos
israelitas que superan el número de los le-
vitas, 47 recoge cincuenta gramos por cabe-
za –pesos del santuario: dos óbolos por gra-

mo–, 48 y entrega el dinero a Aarón y a sus
hijos, como rescate de los que superan su
número.

49 Moisés recibió de los que superaban el
número de levitas el dinero de su rescate;
50 recibió así de los primogénitos israelitas
trece mil seiscientos cincuenta gramos –pe-
sos del santuario–, 51 y entregó el dinero del
rescate a Aarón y a sus hijos, según las ór-
denes que el Señor había dado a Moisés.

4 1 El Señor dijo a Moisés y a Aarón:
2 –Hagan un censo de los quehatitas,
aparte de los demás levitas, por clanes y
familias; 3 los comprendidos entre los trein-
ta y los cincuenta años, aptos para el servi-
cio, para que hagan las tareas de la tienda
del encuentro. 4 Los quehatitas atenderán a
lo sagrado en la tienda del encuentro.
5 Cuando se ponga en marcha el campa-
mento, Aarón y sus hijos entrarán, descol-
garán la cortina y taparán con ella el arca
de la alianza, 6 echarán encima una cubier-
ta de piel fina, extenderán sobre ella un
paño todo de púrpura violeta y meterán los
travesaños. 7 Sobre la mesa de los panes
presentados extenderán un paño violeta,
pondrán encima las fuentes, bandejas, co-
pas y jarras para la libación; encima estará
el pan de la ofrenda continua. 8 Sobre ello
extenderán un paño de púrpura escarlata y
lo cubrirán con una funda de piel fina, y
meterán los travesaños. 9 Tomarán un paño
violeta y cubrirán el candelabro con sus
lámparas, sus tenazas y ceniceros y las va-
sijas de aceite para alimentarlo. 10 Lo mete-
rán con todos sus utensilios en una funda
de piel fina y meterán los travesaños. 11 So-
bre el altar de los sacrificios extenderán un
paño violeta, lo cubrirán con una funda de
piel fina y meterán los travesaños. 12 Toma-
rán todos los utensilios que se utilizan en el
servicio del santuario, los meterán en un
paño violeta, los cubrirán con una funda de
piel fina y lo pondrán sobre los travesaños.

13 Quitarán la ceniza del altar, extende-
rán sobre él un paño de púrpura roja,
14 pondrán encima todos los enseres de su
servicio, ceniceros, trinchantes, paletas y
aspersorios, todos los utensilios del altar,
extenderán sobre ellos una cubierta de piel
fina y meterán los travesaños.

15 Al ponerse en marcha el campamen-
to, Aarón y sus hijos terminarán de cubrir el
santuario con todos sus enseres; después
entrarán los quehatitas, para transportarlo,
sin tocar las cosas santas, pues morirían.
Éstos son los objetos de la tienda del en-
cuentro que han de transportar los quehati-
tas. 16 Eleazar, hijo del sacerdote Aarón,
cuidará del aceite del candelabro, del in-
cienso del sahumerio, de la ofrenda diaria,
del aceite de la unción; cuidará además de
todo el santuario y sus enseres, objetos y
utensilios sagrados.

17 El Señor dijo a Moisés y a Aarón:

18 –No permitan que desaparezca de la
tribu de Leví el clan de los quehatitas, 19 y
para que no mueran, hagan lo siguiente:
cuando tengan que acercarse a los objetos
sagrados, Aarón y sus hijos entrarán y asig-
narán a cada uno su tarea y su carga.
20 Pero ellos no entrarán a mirar los objetos
sagrados ni por un momento, pues mori-
rían.

21 El Señor dijo a Moisés:

22 –Haz también un censo de los guer-
sonitas, por clanes y familias. 23 Todos los
comprendidos entre los treinta y los cin-
cuenta años, aptos para el servicio, para
trabajar en la tienda del encuentro.

24 Ésta es la tarea y la carga de los guer-
sonitas: 25 transportarán las lonas del san-
tuario, la tienda del encuentro, su cubierta
y el toldo de piel fina y la antepuerta de la
tienda del encuentro; 26 las cortinas del
atrio, la cortina de la puerta del atrio que
rodea el santuario y el altar, las cuerdas y
todos los utensilios de su servicio. Les pres-
tarán todos los cuidados necesarios.

27 Los guersonitas prestarán sus servi-
cios a las órdenes de Aarón y sus hijos, que
les asignarán sus servicios de guardia y de
transporte. 28 Éstas son las tareas de los
guersonitas al servicio de la tienda del en-
cuentro y su servicio de guardia a las órde-
nes de Itamar, hijo del sacerdote Aarón.

29 Haz también el censo de los meraritas
por clanes y familias, 30 todos los compren-
didos entre los treinta y los cincuenta años,
aptos para el servicio, para trabajar en la
tienda del encuentro.

31 Esto es lo que han de guardar y trans-
portar y su tarea en la tienda del encuentro:

los tablones del santuario, los travesaños, columnas y bases; 32 las columnas del atrio circundante con sus bases, estacas y cuerdas, sus utensilios y su servicio. Les asignarás nominalmente los objetos que han de guardar y transportar. 33 Éstas son las tareas de los meraritas en la tienda del encuentro, a las órdenes de Itamar, hijo del sacerdote Aarón.

34 Moisés y Aarón, con los jefes de la asamblea, hicieron el censo de los quehatitas por clanes y familias; 35 todos los comprendidos entre los treinta y los cincuenta años, aptos para el servicio, para trabajar en la tienda del encuentro. 36 Se contaron, por clanes, dos mil setecientos cincuenta. 37 Éste es el censo de los clanes quehatitas que trabajaban en la tienda del encuentro, realizado por Moisés y Aarón por encargo del Señor.

38 El censo de los guersonitas, por clanes y familias, 39 comprendidos entre los treinta y los cincuenta años, aptos para el servicio, para trabajar en la tienda del encuentro, 40 arrojó un número, por clanes y familias, de dos mil seiscientos treinta. 41 Éste es el censo de los guersonitas que trabajaban en la tienda del encuentro, realizado por Moisés y Aarón por encargo del Señor.

42 El censo de los meraritas, por clanes y familias, 43 comprendidos entre los treinta y los cincuenta años, aptos para el servicio, para trabajar en la tienda del encuentro, 44 arrojó un número, por clanes, de tres mil doscientos. 45 Éste es el censo de los meraritas, realizado por Moisés y Aarón por encargo del Señor.

46 Los levitas contados en el censo que hizo Moisés con Aarón y los jefes israelitas, por clanes y familias, 47 comprendidos entre los treinta y los cincuenta años, aptos para el trabajo y el transporte de la tienda del encuentro, 48 sumaron ocho mil quinientos ochenta.

49 Moisés hizo el censo por encargo del Señor, asignando a cada uno su tarea y su carga. Así se hizo el censo, como se lo había mandado el Señor a Moisés.

Legislaciones varias

Expulsión de los impuros

5 1 El Señor habló a Moisés:
2 –Di a los israelitas que expulsen del campamento a los enfermos de lepra, a los que padezcan de gonorrea, a los contaminados con cadáveres. 3 Sean hombres o mujeres, los expulsarán del campamento, para que no se contamine el campamento, en medio del cual habito.

4 Así lo hicieron los israelitas, expulsándolos del campamento; los israelitas cumplieron lo que el Señor había mandado a Moisés.

Restitución del daño causado

5 El Señor habló a Moisés:

6 –Di a los israelitas: Cuando un hombre o una mujer cometa un pecado contra otro hombre, ofendiendo al Señor y haciéndose culpable, 7 confesará su pecado, restituirá el perjuicio al que haya perjudicado con un recargo del veinte por ciento. 8 Si el perjudicado no tiene pariente a quien se haga la restitución, ésta se hará al Señor por medio del sacerdote, sin contar el carnero con el que se hace la expiación del culpable. 9 El tributo sagrado que los israelitas llevan al sacerdote será para él. 10 Lo que uno da al sacerdote, será para él.

5,1–6,27 Legislaciones varias. Estos dos capítulos están dedicados a la legislación sobre aspectos varios de la vida del pueblo. El motivo fundamental de estas leyes es la preocupación por lograr un culto lo más perfecto posible, que implica necesariamente la pureza de la asamblea. Recordemos que en la mentalidad de la escuela teológico-literaria sacerdotal (**P**) Israel es, ante todo, una comunidad cultual que hace posible la presencia permanente de Dios entre ellos mediante la pureza en todos sus órdenes. De ahí que las leyes y normas para el culto y la disposición personal afecten a todos los aspectos de la vida humana: aspecto físico o salud corporal (5,1-4); aspecto social, en lo referente a las relaciones de propiedad (5,5-10); aspecto familiar, en lo relativo a las relaciones de pareja (5,12-31); finalmente, el aspecto religioso (6,1-21), concerniente a la costumbre de consagrarse al Señor mediante un voto, llamado «voto de Nazireato».

Como puede verse, son leyes y exigencias propias de un determinado modo de pensar, de la llamada escuela teológico-literaria sacerdotal (**P**). Los sacerdotes son los que juzgan, determinan y realizan los distintos ritos de normalización y restablecimiento del orden que había sido roto; son los únicos que tienen la potestad de bendecir al pueblo según una fórmula establecida (6,22-26).

Ley de los celos

11 El Señor habló a Moisés:
12 –Di a los israelitas: Cuando a un hom-
bre lo engaña su mujer y le es infiel 13 acos-
tándose con otro hombre, y el marido no se
entera, y queda oculta la mancha, porque
no hay testigos contra ella ni ha sido sor-
prendida, 14 si al marido le vienen celos de
su mujer, sea que ella se haya manchado o
no, 15 entonces el marido llevará su mujer al
sacerdote, con una ofrenda de la décima
parte de una medida de harina de cebada,
sin mezclar aceite ni incienso, porque es
una ofrenda de celos para denunciar una
culpa.
16 El sacerdote la acercará y la colocará
en presencia del Señor; 17 tomará agua
bendita en una vasija de barro, echará en el
agua ceniza del suelo del santuario; 18 colo-
cará a la mujer en presencia del Señor, le
soltará el pelo, le pondrá en las manos la
ofrenda recordatorio de los celos, mientras
el sacerdote tiene en la mano el agua amar-
ga de la maldición, 19 y le tomará juramen-
to en estos términos: Si no se ha acostado
contigo un extraño, si no te has manchado
estando bajo la potestad de tu marido, que
esta agua amarga de la maldición no te
haga daño. 20 Pero si has engañado a tu
marido, estando bajo su potestad, si te has
manchado acostándote con otro que no sea
tu marido 21 –el sacerdote tomará juramen-
to a la mujer, diciéndole– entonces que el
Señor te entregue a la maldición entre los
tuyos, haciendo que se te aflojen los mus-
los y se te hinche el vientre; 22 entre este
agua de maldición en tus entrañas para hin-
charte el vientre y aflojarte los muslos. La
mujer responderá: Amén, amén.
23 El sacerdote escribirá esta maldición
en un documento y lo lavará en el agua
amarga. 24 Después dará a beber a la mujer
el agua amarga de la maldición, y entrará
en ella el agua amarga de la maldición.
25 El sacerdote recibirá de la mujer la
ofrenda de los celos, la agitará ritualmente
ante el Señor y la llevará al altar. 26 Tomará
un puñado de la ofrenda como obsequio y
lo quemará sobre el altar. 27 Después dará a
beber el agua a la mujer. Si ésta se ha man-
chado y ha sido infiel a su marido, al entrar
en ella el agua amarga de la maldición, se
le hinchará el vientre y se le aflojarán los
muslos, y la mujer será maldita entre los
suyos. 28 Si la mujer no se ha manchado,
sino que está limpia, no sufrirá daño y po-
drá concebir.
29 Ésta es la ley de los celos, para cuan-
do una mujer, bajo la potestad del marido,
lo engaña y se mancha, 30 o cuando a un
hombre le vienen celos de su mujer: el ma-
rido la presentará ante el Señor y el sacer-
dote cumplirá con ella este rito. 31 El mari-
do queda libre de culpa y la mujer cargará
con su culpa.

Nazireato
(Jue 13–16)

6 1 El Señor habló a Moisés:
2 –Di a los israelitas: Cuando un hom-
bre o una mujer quiera hacer un voto espe-
cial al Señor, voto de nazireato, 3 se absten-
drá de vino y licor, no beberá vinagres de
vino ni de licor, no beberá zumo de uvas ni
comerá uvas frescas ni pasas. 4 Mientras
dure su voto, no probará ningún producto
de la vid, ni vino, ni semillas, ni siquiera pe-
llejos. 5 Mientras dure su voto de nazireato,
la navaja no le tocará la cabeza; hasta que
termine el tiempo de su dedicación al Se-
ñor, está consagrado y se dejará crecer el
pelo. 6 Mientras dure el tiempo de su dedi-
cación al Señor, no se acercará a ningún
cadáver: 7 ni de su padre ni de su madre, ni
de su hermano ni de su hermana; si mue-
ren, no se contaminará con ellos, porque
lleva en la cabeza la diadema de su Dios.
8 Mientras dura su nazireato está consagra-
do al Señor.
9 Si alguien muere de repente junto a él
y se contamina su cabeza dedicada, se
afeitará la cabeza el día de la purificación,
es decir, el séptimo día. 10 Al octavo llevará
al sacerdote, a la puerta de la tienda del en-
cuentro, dos tórtolas o dos pichones de pa-
loma. 11 El sacerdote ofrecerá uno en ex-
piación y otro en holocausto, y expiará por
el pecado que cometió con el cadáver. Ese
día consagra su cabeza y dedica al Señor el
tiempo de su nazireato. 12 Ofrecerá un cor-
dero de un año como sacrificio de repara-
ción. Y el tiempo precedente no cuenta,
porque había contaminado su nazireato.
13 Instrucción sobre el nazireato: Cuando
concluya el tiempo de su nazireato, irá a la

puerta de la tienda del encuentro, 14 llevan-
do como ofrenda al Señor un cordero de un
año sin defecto para el holocausto, una cor-
dera de un año sin defecto para el rito de
expiación y un carnero sin defecto para el
sacrificio de comunión. 15 Además, una
cesta de panes sin levadura de harina de la
mejor calidad, tortas amasadas con aceite,
galletas sin levadura untadas de aceite, con
sus correspondientes ofrendas y libaciones.
16 El sacerdote lo presentará al Señor
haciendo el holocausto y el sacrificio expia-
torio. 17 El carnero se lo ofrecerá al Señor
en sacrificio de comunión, con la cesta de
panes sin levadura; el sacerdote ofrecerá
también las ofrendas y libaciones. 18 En-
tonces el nazireo se afeitará la cabeza a la
puerta de la tienda del encuentro, tomará el
pelo de su nazireato y lo echará en el fuego
del sacrificio de comunión. 19 El sacerdote
tomará la pierna cocida del carnero, una
torta sin levadura y una galleta sin levadu-
ra de la cesta, y lo pondrá en manos del na-
zireo cuando éste se haya afeitado. 20 Des-
pués el sacerdote lo agitará ritualmente
ante el Señor: serán porción santa del sa-
cerdote además del pecho agitado ritual-
mente y la pierna del tributo; después el na-
zireo podrá beber vino.
21 Ésta es la ley del nazireo, la ofrenda
que promete al Señor por su nazireato, sin
contar lo demás que pueda ofrecer. Lo que
haya prometido con voto lo cumplirá, se-
gún la ley del nazireato.

Bendición sacerdotal
(Sal 67)

22 El Señor habló a Moisés:
23 –Di a Aarón y a sus hijos: Así bende-
cirán a los israelitas:
24 El Señor te bendiga y te guarde,
25 el Señor te muestre
su rostro radiante
y tenga piedad de ti,
26 el Señor te muestre su rostro
y te conceda la paz.
27 Así invocarán mi Nombre sobre los is-
raelitas, y yo los bendeciré.

Consagración del Santuario: ofrendas
(Éx 40,16-33)

7 1 Cuando Moisés terminó de instalar el
santuario, lo ungió y consagró con to-
dos sus utensilios, y lo mismo el altar con
sus utensilios: y los ungió y los consagró.
2 Los jefes israelitas, cabezas de familia,
y jefes de las tribus, que habían colaborado
en el censo, se acercaron 3 y presentaron
sus ofrendas al Señor: seis carros cubiertos
y doce bueyes, un carro por cada dos jefes
y un buey por cada uno. Los ofrecieron
ante el santuario.
4 El Señor dijo a Moisés:
5 –Recíbeselos para el servicio de la tien-
da del encuentro y entrégaselos a los levi-
tas, a cada uno según su tarea.
6 Moisés recibió los carros y los bueyes y
se los entregó a los levitas: 7 dos carros y
cuatro bueyes a los guersonitas, para sus ta-
reas; 8 cuatro carros y ocho bueyes a los me-
raritas, para sus tareas a las órdenes de Ita-
mar, hijo del sacerdote Aarón. 9 A los
quehatitas no les dio nada, porque éstos tení-
an que llevar a hombros los objetos sagrados.
10 Además, los jefes trajeron ofrendas
por la dedicación del altar cuando fue ungi-
do; los jefes presentaron sus ofrendas ante
el altar.
11 El Señor dijo a Moisés:
–Cada día traerá un jefe su ofrenda por
la dedicación del altar.
12 El primer día trajo su ofrenda Najsón,
hijo de Aminadab, de la tribu de Judá:
13 una fuente de plata de mil trescientos
gramos, un aspersorio de plata de setecien-
tos gramos –pesos del santuario–, los dos
llenos de harina de la mejor calidad amasa-
da con aceite para la ofrenda; 14 una ban-
deja de oro de cien gramos llena de incien-
so, 15 un novillo, un carnero y un cordero de
un año para un holocausto; 16 un chivo para
un sacrificio de expiación; 17 dos vacas, cin-

7,1-89 Consagración del Santuario: ofrendas. Una forma de exigir al pueblo la costumbre de presentar permanentemente sus ofrendas al Templo de Jerusalén es poniendo este relato en el mismo lugar de la Alianza, del decálogo, o sea, en el mismo nacimiento de Israel como pueblo. La corriente sacerdotal (**P**) quiere dar un toque de autoridad divina a todo lo que tiene que ver con el Templo y con las funciones sacerdotales. Para darle, además, un toque de presentación histórica, retoma los nombres de los jefes de tribu que habían colaborado en el censo (2).

El creyente israelita estaba obligado a colaborar con el sostenimiento del Templo. Para la época del Nuevo Testamento estaba bien regulada la cuestión

co carneros, cinco chivos y cinco corderos
de un año para un sacrificio de comunión.
Ésta fue la ofrenda de Najsón, hijo de Ami-
nadab.
18 El segundo día trajo su ofrenda Nata-
nael, hijo de Suar, jefe de Isacar: 19 una
fuente de plata de mil trescientos gramos,
un aspersorio de plata de setecientos gra-
mos –pesos del santuario–, los dos llenos de
harina de la mejor calidad amasada con
aceite para la ofrenda; 20 una bandeja de oro
de cien gramos llena de incienso; 21 un no-
villo, un carnero y un cordero de un año
para un holocausto; 22 un chivo para un sa-
crificio de expiación; 23 dos vacas, cinco
carneros, cinco chivos y cinco corderos de
un año para un sacrificio de comunión. Ésta
fue la ofrenda de Natanael, hijo de Suar.
24 El tercer día trajo su ofrenda Eliab,
hijo de Jalón, jefe de la tribu de Zabulón:
25 una fuente de plata de mil trescientos
gramos, un aspersorio de plata de setecien-
tos gramos –pesos del santuario–, los dos
llenos de harina de la mejor calidad amasa-
da con aceite para la ofrenda; 26 una ban-
deja de oro de cien gramos llena de incien-
so; 27 un novillo, un carnero y un cordero de
un año para un holocausto; 28 un chivo para
un sacrificio de expiación; 29 dos vacas, cin-
co carneros, cinco chivos y cinco corderos
de un año para un sacrificio de comunión.
Ésta fue la ofrenda de Eliab, hijo de Jalón.
30 El cuarto día trajo su ofrenda Elisur,
hijo de Sedeur, jefe de la tribu de Rubén:
31 una fuente de plata de mil trescientos
gramos, un aspersorio de plata de setecien-
tos gramos –pesos del santuario–, los dos
llenos de harina de la mejor calidad amasa-
da con aceite para la ofrenda; 32 una ban-
deja de oro de cien gramos llena de incien-
so; 33 un novillo, un carnero y un cordero de
un año para un holocausto; 34 un chivo para
un sacrificio de expiación; 35 dos vacas, cin-
co carneros, cinco chivos y cinco corderos
de un año para un sacrificio de comunión.
Ésta fue la ofrenda de Elisur, hijo de Sedeur.
36 El quinto día trajo su ofrenda Salumiel
hijo de Surisaday, jefe de la tribu de Sime-
ón: 37 una fuente de plata de mil trescientos
gramos, un aspersorio de plata de setecien-
tos gramos –pesos del santuario–, los dos
llenos de harina de la mejor calidad amasa-
da con aceite para la ofrenda; 38 una ban-
deja de oro de cien gramos llena de incien-
so; 39 un novillo, un carnero y un cordero de
un año para un holocausto; 40 un chivo para
un sacrificio de expiación; 41 dos vacas, cin-
co carneros, cinco chivos y cinco corderos
de un año para un sacrificio de comunión.
Ésta fue la ofrenda de Salumiel, hijo de Su-
risaday.
42 El sexto día trajo su ofrenda Eliasaf,
hijo de Degüel, jefe de la tribu de Gad:
43 una fuente de plata de mil trescientos
gramos, un aspersorio de plata de setecien-
tos gramos, los dos llenos de harina de la
mejor calidad amasada con aceite para la
ofrenda; 44 una bandeja de oro de cien gra-
mos llena de incienso; 45 un novillo, un car-
nero y un cordero de un año para un holo-
causto; 46 un chivo para un sacrificio de
expiación; 47 dos vacas, cinco carneros,
cinco chivos y cinco corderos de un año
para un sacrificio de comunión. Ésta fue la
ofrenda de Eliasaf, hijo de Degüel.
48 El séptimo día trajo su ofrenda Elisa-
má, hijo de Amihud, jefe de la tribu de Efra-
ín: 49 una fuente de plata de mil trescientos
gramos, un aspersorio de plata de setecien-
tos gramos –pesos del santuario–, los dos
llenos de harina de la mejor calidad amasa-
da con aceite para la ofrenda; 50 una bande-
ja de oro de cien gramos llena de incienso;
51 un novillo, un carnero y un cordero de un
año para un holocausto; 52 un chivo para un
sacrificio de expiación; 53 dos vacas, cinco
carneros, cinco chivos y cinco corderos de
un año para un sacrificio de comunión. Ésta
fue la ofrenda de Elisamá, hijo de Amihud.
54 El octavo día trajo su ofrenda Gama-
liel, hijo de Fedasur, jefe de la tribu de Ma-
nasés; 55 una fuente de plata de mil tres-

del tributo: había una tasa obligatoria anual y, al mismo tiempo, se hacía propaganda de las ofrendas voluntarias que tenían lugar especialmente durante las peregrinaciones a Jerusalén. El Templo estaba provisto de los recipientes necesarios para esta ofrenda voluntaria, que se prestaba al mismo tiempo para que los donantes fueran considerados como desprendidos y generosos con Dios. Sin embargo, Jesús estuvo en contra de esas actitudes; según nos relata Lc 21,1-4, Jesús alabó la generosidad, no de los que más echaban, sino de la pobre viuda que dio desde su necesidad.

cientos gramos, un aspersorio de plata de
setecientos gramos –pesos del santuario–,
los dos llenos de harina de la mejor calidad
amasada con aceite para la ofrenda; 56 una
bandeja de oro de cien gramos llena de in-
cienso; 57 un novillo, un carnero y un cor-
dero de un año para un holocausto; 58 un
chivo para un sacrificio de expiación; 59 dos
vacas, cinco carneros, cinco chivos y cinco
corderos de un año para un sacrificio de co-
munión. Ésta fue la ofrenda de Gamaliel,
hijo de Fedasur.
60 El noveno día trajo su ofrenda Abidán,
hijo de Gedeoní, jefe de la tribu de Benjamín:
61 una fuente de plata de mil trescientos gra-
mos, un aspersorio de plata de setecientos
gramos –pesos del santuario–, los dos llenos
de harina de la mejor calidad amasada con
aceite para la ofrenda; 62 una bandeja de oro
de cien gramos, llena de incienso; 63 un no-
villo, un carnero y un cordero de un año
para un holocausto; 64 un chivo para un sa-
crificio de expiación; 65 dos vacas, cinco car-
neros, cinco chivos y cinco corderos de un
año para un sacrificio de comunión. Ésta fue
la ofrenda de Abidán, hijo de Gedeoní.
66 El décimo día trajo su ofrenda Ajiezer,
hijo de Amisaday, jefe de la tribu de Dan:
67 una fuente de plata de mil trescientos gra-
mos, un aspersorio de plata de setecientos
gramos –pesos del santuario–, los dos llenos
de harina de la mejor calidad amasada con
aceite para la ofrenda; 68 una bandeja de oro
de cien gramos llena de incienso; 69 un no-
villo, un carnero y un cordero de un año
para un holocausto; 70 un chivo para un sa-
crificio de expiación; 71 dos vacas, cinco
carneros, cinco chivos y cinco corderos de
un año para un sacrificio de comunión. Ésta
fue la ofrenda de Ajiezer, hijo de Amisaday.
72 El undécimo día trajo su ofrenda Pa-
giel, hijo de Ocrán, jefe de la tribu de Aser:
73 una fuente de plata de mil trescientos
gramos, un aspersorio de plata de setecien-
tos gramos –pesos del santuario–, los dos
llenos de harina de la mejor calidad amasa-
da con aceite para la ofrenda; 74 una ban-
deja de oro de cien gramos llena de incien-
so; 75 un novillo, un carnero y un cordero de
un año para un holocausto; 76 un chivo para
un sacrificio de expiación; 77 dos vacas, cin-
co carneros, cinco chivos y cinco corderos
de un año para un sacrificio de comunión.
Ésta fue la ofrenda de Pagiel, hijo de Ocrán.
78 El duodécimo día trajo su ofrenda Aji-
rá, hijo de Enán, jefe de la tribu de Neftalí:
79 una fuente de plata de mil trescientos gra-
mos, un aspersorio de plata de setecientos
gramos –pesos del santuario–, los dos llenos
de harina de la mejor calidad amasada con
aceite para la ofrenda; 80 una bandeja de oro
de cien gramos llena de incienso; 81 un no-
villo, un carnero y un cordero de un año
para un holocausto; 82 un chivo para un sa-
crificio de expiación; 83 dos vacas, cinco
carneros, cinco chivos y cinco corderos de
un año para un sacrificio de comunión. Ésta
fue la ofrenda de Ajirá, hijo de Enán.
84 Ésta fue la ofrenda de los jefes israeli-
tas por la dedicación del altar cuando fue
ungido: doce fuentes de plata, doce asper-
sorios de plata y doce bandejas de oro.
85 Cada fuente era de mil trescientos gra-
mos y cada aspersorio de setecientos. En
total veinticuatro mil gramos de plata –pe-
sos del santuario–; 86 doce bandejas de oro
de cien gramos cada una –pesos del san-
tuario– llenos de incienso; en total, mil dos-
cientos gramos de oro; 87 doce novillos,
doce carneros y doce corderos de un año
con sus correspondientes ofrendas para ho-
locaustos; doce chivos para sacrificios de
expiación; 88 veinticuatro vacas, sesenta
carneros, sesenta chivos y sesenta corde-
ros de un año para sacrificios de comunión.
Ésta fue la ofrenda por la dedicación del al-
tar cuando fue ungido.
89 Cuando Moisés entró en la tienda del
encuentro para hablar con Dios, oyó la voz
que le hablaba desde lo alto de la tapa que
cubre el arca de la alianza, entre los queru-
bines; desde allí le hablaba.

El candelabro
(Éx 25,31-40)

8 1 El Señor habló a Moisés:
2 –Di a Aarón: Cuando enciendas las
siete lámparas, hazlo de modo que ilumi-
nen la parte delantera del candelabro.

8,1-26 El candelabro – Consagración de los levitas. Después de una breve instrucción sobre la forma de encender el candelabro y la descripción del mismo, viene el rito de consagración de los levitas precedido de la presentación de las ofrendas al Señor. La idea es que también al Señor se le presentan ofrendas

3 Aarón lo hizo así. Las lámparas iluminaban la parte delantera del candelabro, como el Señor se lo había mandado a Moisés. 4 El candelabro era de oro forjado desde la base hasta las flores. Moisés lo hizo según el modelo que el Señor le había mostrado.

Consagración de los levitas

5 El Señor dijo a Moisés:

6 –Escoge entre los israelitas a los levitas y purifícalos con el siguiente rito: 7 Los rociarás con agua expiatoria. Luego se pasarán la navaja por todo el cuerpo, se lavarán los vestidos y se purificarán. 8 Después tomarán un novillo con la ofrenda correspondiente de harina de la mejor calidad amasada con aceite. Y tú tomarás otro novillo para el sacrificio expiatorio. 9 Harás que se acerquen los levitas a la tienda del encuentro y convocarás toda la asamblea de Israel.

10 Puestos los levitas en presencia del Señor, los demás israelitas les impondrán las manos. 11 Aarón, en nombre de los israelitas, se los presentará al Señor con el rito de la agitación, para que se ocupen del culto del Señor.

12 Los levitas pondrán las manos sobre la cabeza de los novillos, uno será ofrecido al Señor como sacrificio expiatorio, el otro en holocausto a fin de practicar el rito de expiación a favor de los levitas. 13 Colocarás a los levitas ante Aarón y sus hijos para presentárselos al Señor con el rito de la agitación. 14 Así separarás a los levitas de los demás israelitas, y serán míos.

15 Acabadas las ceremonias, purificados y ofrecidos con el rito de la agitación, los levitas entrarán a servir en la tienda del encuentro. 16 Son donados míos, que me han dado los israelitas a cambio de sus primogénitos, y yo me los reservo. 17 Todos los primogénitos israelitas de hombres y animales me pertenecen: me los consagré cuando di muerte a los primogénitos egipcios. 18 Por eso me reservo los levitas a cambio de los primogénitos israelitas, 19 y se los cedo a Aarón y a sus hijos, como donados de parte de los israelitas. Ellos prestarán sus servicios en lugar de los israelitas en la tienda del encuentro; además realizarán el rito de expiación por los israelitas, para que si éstos se meten en la zona sagrada, no sufran una desgracia.

20 Así lo hicieron Moisés, Aarón y toda la comunidad israelita; todo lo que el Señor había mandado a Moisés acerca de los levitas lo cumplieron.

21 Los levitas se purificaron de sus pecados, lavaron sus vestidos. Aarón se los ofreció al Señor con el rito de la agitación y realizó el rito de expiación por ellos para purificarlos. 22 Acabadas las ceremonias, entraron a servir en la tienda del encuentro, en presencia de Aarón y sus hijos. Así se cumplió todo lo que el Señor había mandado a Moisés acerca de los levitas.

23 El Señor dijo a Moisés:

24 –Los levitas harán los trabajos de la tienda del encuentro, de veinticinco años para arriba. 25 A los cincuenta años serán dados de baja y no servirán más. 26 Ayudarán a sus hermanos haciendo guardia en la tienda del encuentro, pero no trabajarán. Así asignarás el servicio de guardia a los levitas.

La Pascua

(Éx 12,1-13; 2 Cr 30)

9 1 Al segundo año de salir los israelitas de Egipto, el mes primero, el Señor dijo a Moisés en el desierto del Sinaí:

2 –Los israelitas celebrarán la Pascua en su fecha: 3 el día catorce del primer mes, al atardecer, la celebrarán con todos sus ritos y ceremonias.

4 Moisés mandó a los israelitas celebrar la Pascua, 5 y ellos la celebraron el catorce

---

humanas, pero como éstas no pueden ni deben ser sacrificadas, Él las toma para su servicio porque toda vida le pertenece (16-18).

Una vez más queda ratificada la primacía de los sacerdotes aaronitas por encima de los levitas, quienes simplemente serán subordinados de Aarón y sus hijos, como voluntad expresa de Dios (19s). Pero también queda establecida la separación de los levitas y su primacía respecto al resto del pueblo. Ellos sustituyen de algún modo el servicio que todo israelita debía cumplir delante del Señor, y ese servicio los hace exclusivos, los separa del resto de la comunidad.

9,1-14 La Pascua. La mención aquí de la Pascua refleja un período de fuerte institucionalización de esta costumbre entre pastores seminómadas. No tenía en sus orígenes ninguna prescripción de tipo religioso, ni sacerdotes que exigieran alguna ofrenda especial ese día.

del mes primero, al atardecer, en el desier-
to del Sinaí. Así cumplieron lo que el Señor
había mandado a Moisés.
6 Había unos que estaban contaminados
por haber tocado un cadáver y no pudieron
celebrar la Pascua en su día. Se presenta-
ron el mismo día a Moisés y a Aarón, 7 y les
dijeron:
–Estamos contaminados por haber toca-
do un cadáver. ¿Por qué no nos dejas traer
nuestra ofrenda al Señor el día señalado,
con los demás israelitas?
8 Respondió Moisés:
–Esperen hasta que conozca lo que dis-
pone el Señor.
9 El Señor habló a Moisés:
10 –Di a los israelitas: Si uno de ustedes
o de sus descendientes está contaminado
por un cadáver o se encuentra de viaje,
11 celebrará la Pascua del Señor el catorce
del segundo mes, al atardecer. Comerá la
víctima pascual con panes sin levadura y
hierbas amargas; 12 no dejará nada para el
día siguiente ni le romperá ningún hueso.
La celebrará según el ritual de la Pascua.
13 Pero el que estando puro y no encontrán-
dose de viaje deje de celebrarla, será ex-
cluido de su pueblo. Cargará con la culpa
de no haber llevado al Señor la ofrenda en
su día. 14 El emigrante que resida entre us-
tedes celebrará la Pascua del Señor si-
guiendo el ritual y ceremonial. El mismo ri-
tual vale para el nativo y para el emigrante.

La nube
(Éx 13,21s)

15 Cuando montaban la tienda, la nube
cubría el santuario sobre la tienda de la
alianza, y desde el atardecer al amanecer
se veía sobre el santuario una especie de
fuego. 16 Así sucedía siempre: la nube lo
cubría y de noche se veía una especie de
fuego. 17 Cuando se levantaba la nube so-
bre la tienda, los israelitas se ponían en
marcha. Y donde se detenía la nube, acam-
paban. 18 A la orden del Señor se ponían en
marcha y a la orden del Señor acampaban.
Mientras estaba la nube sobre el santuario,
acampaban. 19 Y si se quedaba muchos
días sobre el santuario, los israelitas, respe-
tando la prohibición del Señor, no se po-
nían en marcha. 20 A veces la nube se que-
daba pocos días sobre el santuario;
entonces, a la orden del Señor, acampa-
ban, y a la orden del Señor se ponían en
marcha. 21 Otras veces se quedaba desde
el atardecer hasta el amanecer, y cuando al
amanecer se levantaba, se ponían en mar-
cha. O se quedaba un día y una noche, y
cuando se levantaba, se ponían en marcha.
22 A veces se quedaba sobre el santuario
dos días o un mes o más tiempo aún; du-
rante este tiempo los israelitas seguían
acampados sin ponerse en marcha. Sólo
cuando se levantaba se ponían en marcha.
23 A la orden del Señor acampaban y a la
orden del Señor se ponían en marcha. Res-
petaban la orden del Señor comunicada
por Moisés.

Las trompetas

10 1 El Señor dijo a Moisés:
2 –Haz dos trompetas de plata labra-
da para convocar a la comunidad y poner
en marcha el campamento. 3 Al toque de
las dos trompetas se reunirá contigo toda la
comunidad a la entrada de la tienda del en-
cuentro. 4 Al toque de una sola, se reunirán

9,15-23 La nube. Todavía no se ha movido el pueblo del Sinaí, pero ya se nos indica cómo se movilizaba el pueblo y cómo y cuándo debía acampar. Este dato confirma que se trata de un relato que se relee y actualiza desde otra época y contexto muy diferentes: el exilio de Babilonia.

La escuela sacerdotal (**P**) maneja una idea muy peculiar sobre Dios: Dios es un ser absolutamente santo, absolutamente trascendente, y de ahí la imposibilidad de «ver» a Dios, de acercarse siquiera al lugar de su presencia sin las debidas precauciones. Por eso, su presencia es sustituida por elementos que de uno u otro modo le ocultan, le envuelven, como es el caso de la nube o del fuego. La intimidad infranqueable del Santuario permite que Dios no se «contamine» con lo profano.

Si nosotros los cristianos basamos nuestra fe en el misterio de la encarnación hemos de aceptar que en Jesús Dios llegó a los extremos más insospechados de «impureza» y de «contaminación» con un solo propósito: rescatar al hombre y a la mujer y rescatarse Él mismo de semejante manera de pensar. Lo importante es que en nuestras comunidades, en nuestras Iglesias o congregaciones de cualquier confesión no sigamos imponiendo esa imagen de Dios, absolutamente contraria al Dios de Jesús.

10,1-10 Las trompetas. Junto con las secciones anteriores, esta indicación sobre las trompetas es la últi-

contigo los representantes jefes de clanes.
5 Al primer toque agudo se pondrán en movimiento los que acampan al este. 6 Al segundo, los que acampan al sur. Se les dará un toque para que se pongan en marcha.
7 Para convocar a la asamblea se dará un toque, pero no agudo.
8 Se encargarán de tocar las trompetas los sacerdotes aaronitas. Ésta es una ley perpetua para todas las generaciones.
9 Cuando ustedes, en su propia tierra, tengan que luchar contra el enemigo que los oprima, toquen las trompetas y lancen fuertes gritos. Y el Señor, su Dios, se acordará de ustedes y los salvará de sus enemigos.
10 También los días de fiesta, festividades y principios de mes tocarán las trompetas anunciando los holocaustos y sacrificios de comunión. Y su Dios se acordará de ustedes. Yo soy el Señor, su Dios.

DE SINAÍ A CADES

Partida

11 El segundo año, el veinte del segundo mes, se levantó la nube sobre el santuario de la alianza, 12 y los israelitas emprendieron la marcha desde el desierto del Sinaí. La nube se detuvo en el desierto de Farán.
13 A la orden del Señor dada por Moisés emprendieron la marcha.
14 El primero en hacerlo fue el estandarte de Judá, por escuadrones, a las órdenes de Najsón, hijo de Aminadab.
15 Iba acompañado del escuadrón de la tribu de Isacar, mandado por Natanael, hijo de Suar, 16 y del escuadrón de la tribu de Zabulón, mandado por Eliab, hijo de Jalón.
17 Desmontado el santuario, los guersonitas y meraritas, encargados de su transporte, se pusieron también en marcha.
18 A continuación lo hizo el estandarte de Rubén, por escuadrones, a las órdenes de Elisur, hijo de Sedeur. 19 Iba acompañado del escuadrón de la tribu de Simeón, mandado por Salumiel, hijo de Surisaday,
20 y del escuadrón de la tribu de Gad, mandado por Eliasaf, hijo de Degüel.
21 Seguían los quehatitas, encargados de transportar lo sagrado. Ellos avanzaban después, a fin de que el santuario ya estuviese erigido antes de su llegada.
22 A continuación, el estandarte de Efraín, por escuadrones, a las órdenes de Elisamá, hijo de Amihud. Iba 23 acompañado del escuadrón de la tribu de Manasés, mandado por Gamaliel, hijo de Fedasur, 24 y del escuadrón de la tribu de Benjamín, mandado por Abidán, hijo de Gedeoní.
25 Por último, y cerrando filas, partió el estandarte de Dan, por escuadrones, mandado por Ajiezer, hijo de Amisaday. 26 Iba acompañado del escuadrón de la tribu de Aser, mandado por Pagiel, hijo de Ocrán,
27 y del escuadrón de la tribu de Neftalí, mandado por Ajirá, hijo de Enán.
28 Éste era el orden de marcha por escuadrones de los israelitas cuando emprendieron la marcha.
29 Moisés dijo a su suegro, Jobab, hijo de Regüel, el madianita:
–Vamos a marchar al sitio que el Señor ha prometido darnos. Ven con nosotros, que te trataremos bien, porque el Señor ha prometido bienes a Israel.
30 Le contestó:
–No voy. Prefiero volver a mi país natal.
31 Insistió Moisés:
–No nos dejes, porque conoces este desierto y los lugares donde acampar. Debes ser nuestro guía. 32 Si vienes con nosotros

---

ma instrucción dada para iniciar la marcha por el desierto que señala la disciplina que debe reinar en la comunidad. Nosotros imaginaríamos las marchas por el desierto del Israel emigrante sin un orden especial, dadas las condiciones de huída o expulsión de Egipto; sin embargo, en la mentalidad y perspectivas teológicas de la escuela sacerdotal se convierten en una asamblea que avanza en procesión litúrgica.

10,11-36 Partida. Por fin, el pueblo que hasta ahora había permanecido en el Sinaí, desde que Éx 19,1s nos informara de su arribo, se dispone a partir. Tal como estaba previsto, al levantarse la nube cada escuadrón rodea por los cuatro costados el Santuario portátil, con toda la solemnidad que el pueblo instruido y organizado puede darle a este gran momento.

Los versículos 29-32 indican la conciencia que poco a poco se estaba formando en algún sector del Israel del s. VI a.C. sobre la universalidad de los bienes del Señor.

te haremos compartir los bienes que el Señor nos conceda y te trataremos bien.

33 Partieron del monte del Señor y anduvieron por espacio de tres días. Durante todo el tiempo el arca de la alianza del Señor marchaba al frente de ellos, buscándoles un lugar donde descansar. 34 Desde que se pusieron en marcha, la nube del Señor iba sobre ellos. 35 Cuando el arca se ponía en marcha, Moisés decía:

¡Levántate, Señor!
Que se dispersen tus enemigos,
huyan de tu presencia los que te odian.
36 Y cuando se detenía el arca, decía:
Descansa, Señor,
entre las multitudes de Israel.

Quejas del pueblo y de Moisés

Taberá

11 1 El pueblo se quejaba al Señor de sus desgracias. Al oírlo él, se encendió su ira, estalló contra ellos el fuego del Señor y empezó a quemar el extremo del campamento. 2 El pueblo gritó a Moisés; éste rezó al Señor por ellos, y el incendio se apagó. 3 Y llamaron a aquel lugar Taberá, porque allí había estallado contra ellos el fuego del Señor.

Quejas

(Éx 5,22s; 16)

4 Entre los israelitas se había mezclado gente de toda clase que sólo pensaba en comer. Y los israelitas, dejándose llevar por ellos se pusieron a llorar diciendo:

–¡Quién nos diera carne! 5 Cómo nos acordamos del pescado que comíamos gratis en Egipto, y de los pepinos, y melones, y puerros, y cebollas, y ajos. 6 Pero ahora se nos quita el apetito de no ver más que maná. 7 El maná se parecía a semilla de coriandro, con color amarillento como el de la resina; 8 el pueblo se dispersaba a recogerlo, lo molían en el molino o lo machacaban en el mortero, lo cocían en la olla y hacían con ello tortas que sabían a pan de aceite. 9 Por la noche caía el rocío en el campamento y encima de él el maná.

10 Moisés oyó cómo el pueblo, familia por familia, lloraba, cada uno a la entrada de su tienda, provocando la ira del Señor, y disgustado 11 dijo al Señor:

–¿Por qué maltratas a tu siervo y no le concedes tu favor, sino que le haces cargar con todo este pueblo? 12 ¿He concebido yo a todo este pueblo o lo he dado a luz para que me digas: Toma en brazos a este pueblo, como una nodriza a la criatura, y llévalo a la tierra que prometí a sus padres? 13 ¿De dónde sacaré carne para repartirla a todo el pueblo? Vienen a mí llorando: Danos de comer carne. 14 Yo sólo no puedo cargar con todo este pueblo, porque supera mis fuerzas. 15 Si me vas a tratar así, más vale que me hagas morir; concédeme este favor, y no tendré que pasar tales penas.

Anuncio y cumplimiento

(Éx 18,21-26)

16 El Señor respondió a Moisés:

–Tráeme setenta dirigentes que te conste que dirigen y gobiernan al pueblo, llévalos a la tienda del encuentro y que esperen allí contigo. 17 Yo bajaré y hablaré allí contigo. Apartaré una parte del espíritu que posees y se lo pasaré a ellos, para que se repartan contigo la carga del pueblo y no la tengas que llevar tú solo.

18 Al pueblo le dirás: Purifíquense para mañana, porque comerán carne. Han llorado pidiendo al Señor: ¡Quién nos diera carne! Nos iba mejor en Egipto. El Señor les dará de comer carne. 19 No un día, ni dos, ni cinco, ni diez, ni veinte, 20 sino un mes en-

---

11,1-35 Quejas del pueblo y de Moisés. Ya antes del Sinaí teníamos conocimiento de las quejas y rebeldías del pueblo al iniciar su marcha después de haber salido del lugar de la esclavitud (cfr. Éx 15,22–17,7), y de cómo el Señor les había respondido. Ahora sucede lo mismo; el pueblo comienza a experimentar la tentación más grave: la nostalgia de Egipto y el deseo de regresar. El comportamiento del pueblo conlleva la ira divina y, al mismo tiempo, el lamento y la súplica de Moisés, quien consigue la compasión del Señor hacia el pueblo.

En este capítulo se entrelazan dos tradiciones sobre las marchas por el desierto: la primera es el alimento que consumió el pueblo aprovechando la presencia de las codornices y del maná, lo cual es leído como una intervención providente de Dios. No hay ninguna indicación –a diferencia de Éx 16– sobre la ración autorizada por persona o por familia, ni sobre el ciclo diario de recolección del alimento; sólo se indica cómo el consumo exagerado por muchos termina con una gran mortandad. Se trata de una crítica, no tanto a la glotonería o a la gula, sino más bien a la avaricia,

tero, hasta que les produzca náusea y la vo-
miten. Porque han rechazado al Señor, que
va en medio de ustedes y han llorado ante
él diciendo: ¿Por qué salimos de Egipto?
21 Replicó Moisés:
–El pueblo que va conmigo cuenta seis-
cientos mil de a pie, y tú dices que les da-
rás carne para que coman un mes entero.
22 Aunque se maten las vacas y las ovejas,
no les bastará, y aunque se reúnan todos
los peces del mar, no les bastaría.
23 El Señor dijo a Moisés:
–¿Tan mezquina es la mano de Dios?
Ahora verás si mi palabra se cumple o no.
24 Moisés salió y comunicó al pueblo las
palabras del Señor. Después reunió a los
setenta dirigentes del pueblo y los colocó
alrededor de la tienda. 25 El Señor bajó en la
nube, habló con él, y apartando parte del
espíritu que poseía, se lo pasó a los seten-
ta dirigentes del pueblo. Al posarse sobre
ellos el espíritu, se pusieron a profetizar,
una sola vez.

Eldad y Medad

26 Habían quedado en el campamento
dos del grupo, llamados Eldad y Medad.
Aunque estaban en la lista, no habían acu-
dido a la tienda. Pero el espíritu se posó so-
bre ellos, y se pusieron a profetizar en el
campamento. 27 Un muchacho corrió a
contárselo a Moisés:
–Eldad y Medad están profetizando en el
campamento.
28 Josué, hijo de Nun, ayudante de Moi-
sés desde joven, intervino:
–Prohíbeselo tú, Moisés, señor mío.
29 Moisés le respondió:
–¿Estás celoso de mí? ¡Ojalá todo el
pueblo del Señor fuera profeta y recibiera el
espíritu del Señor!
30 Moisés volvió al campamento con los
dirigentes israelitas.

Tumbas de Quibrot Hatavá

31 El Señor levantó un viento del mar,
que trajo bandadas de codornices y las
arrojó junto al campamento, aleteando a un
metro del suelo en una extensión de una
jornada de camino. 32 El pueblo se pasó
todo el día, la noche y el día siguiente reco-
giendo codornices, y el que menos, recogió
diez cargas, y las tendían alrededor del
campamento.
33 Con la carne aún entre los dientes, sin
masticar, la ira del Señor hirvió contra ellos
y los hirió con una grave mortandad. 34 El
lugar se llamó Quibrot Hatavá, porque allí
enterraron a los glotones.
35 Desde allí se marcharon a Jaserot,
donde se quedaron.

Moisés y sus hermanos

12 1 María y Aarón hablaron contra
Moisés a causa de la mujer cusita
que había tomado por esposa. 2 Dijeron:
–¿Ha hablado el Señor sólo a Moisés?
¿No nos ha hablado también a nosotros?
El Señor lo oyó.
3 Moisés era el hombre más sufrido del
mundo.
4 El Señor habló de repente a Moisés,
Aarón y María:
–Vayan los tres hacia la tienda del en-
cuentro.
Y los tres salieron.
5 El Señor bajó en la columna de nube y
se colocó a la entrada de la tienda, y llamó
a Aarón y María. Ellos se adelantaron y el
Señor 6 les dijo:
–Escuchen mis palabras: Cuando entre
ustedes hay un profeta del Señor, me doy a

---

al afán desmedido por poseer más y más, en fin, a los que acaparan los bienes olvidándose de los demás.

La segunda tradición es la designación de setenta ancianos que comparten la guía y dirección del pueblo con Moisés. En Éx 18,14-27, esta solución es propuesta a Moisés por su suegro; aquí es el Señor quien decide hacerlo. La expresión «Apartaré una parte del espíritu que posees y se lo pasaré a ellos» (17.25) indica que cada uno tendría frente al pueblo la misma responsabilidad que Moisés: guiar, instruir, interceder.

Los versículos 26-30 subrayan las dificultades que a veces surgen también en nuestras comunidades: no dar crédito a quien obra el bien en favor del pueblo y en nombre de Dios, pero no pertenece a la institución o a «nuestro grupo». La corrección que hace Moisés a Josué (28s) la tiene que hacer también Jesús a sus discípulos (cfr. Mc 9,38-40); muchos retrocesos en nuestras comunidades se podrían evitar si la hiciéramos nuestra. Los versículos 31-35 concluyen la narración.

12,1-16 Moisés y sus hermanos. Las dificultades del desierto, las quejas, los lamentos y las contradicciones no corren sólo por cuenta del pueblo. Este relato nos revela que también hubo tropiezos y dificultades por parte de los dirigentes. María –la misma que

conocer a él en visión y le hablo en sueños;
7 no es así con mi siervo Moisés, el más fiel
de todos mis siervos. 8 A él le hablo cara a
cara; en presencia, no con enigmas, y él
contempla la figura del Señor. ¿Cómo se
han atrevido a hablar contra mi servidor
Moisés?

9 La ira del Señor se encendió contra
ellos, y el Señor se marchó. 10 Al apartarse
la nube de la tienda, María tenía toda la piel
descolorida, como la nieve. Aarón se volvió
y vio que estaba leprosa.

11 Entonces Aarón dijo a Moisés:

–Perdón; no nos exijas cuentas del pecado que hemos cometido insensatamente.
12 No dejes a María como un aborto que
sale del vientre, con la mitad de la carne
comida.

13 Moisés suplicó al Señor:

–Por favor, Dios, sánala.

14 El Señor respondió:

–Si su padre le hubiera escupido en la cara, tendría que soportar esa deshonra siete días. Sáquenla fuera del campamento siete días y el séptimo se incorporará de nuevo.

15 La echaron siete días fuera del cam-
pamento, y el pueblo no se puso en marcha
hasta que María se incorporó a ellos.
16 Después marcharon de Jaserot y acam-
paron en el desierto de Farán.

Los exploradores
(Dt 1,19-40)

13 1 El Señor dijo a Moisés:
2 –Envía gente a explorar el país de
Canaán, que yo voy a entregar a los israelitas; envía uno de cada tribu, y que todos sean jefes.

3 Moisés los envió desde el desierto de Farán, según la orden del Señor; todos eran jefes de los israelitas.

4 Sus nombres eran los siguientes: de la
tribu de Rubén, Samúa, hijo de Zacur; 5 de
la tribu de Simeón, Safat, hijo de Horí; 6 de
la tribu de Judá, Caleb, hijo de Jefoné; 7 de
la tribu de Isacar, Yigal, hijo de José; 8 de la
tribu de Efraín, Hosea, hijo de Nun; 9 de la
tribu de Benjamín, Paltí, hijo de Rafú; 10 de
la tribu de Zabulón, Gadiel, hijo de Sodí;
11 de la tribu de Manasés –hijo de José–,
Gadí, hijo de Susí; 12 de la tribu de Dan,
Amiel, hijo de Gamalí; 13 de la tribu de Aser,
Satur, hijo de Miguel; 14 de la tribu de Nef-
talí, Najbí, hijo de Vafsí; 15 de la tribu de
Gad, Guevel, hijo de Maquí.

16 Éstos son los nombres de los que envió Moisés a explorar el país; a Hosea, hijo de Nun, le cambió el nombre en Josué.

17 Moisés los envió a explorar el país de Canaán, diciéndoles:

–Suban por este desierto hasta llegar a
la montaña. 18 Observen cómo es el país y
sus habitantes, si son fuertes o débiles, es-
casos o numerosos; 19 cómo es la tierra,
buena o mala; cómo son las ciudades que
habitan, de carpas o amuralladas; 20 cómo
es la tierra, fértil o estéril, con vegetación o
sin ella. Sean valientes y traigan frutos del
país. Era la estación en que maduran las
primeras uvas.

21 Subieron ellos y exploraron el país
desde Sin hasta Rejob, junto a la Entrada
de Jamat. 22 Subieron por el desierto de Sin
y llegaron hasta Hebrón, donde vivían Aji-
mán, Sesay y Tolmay, hijos de Anac. He-
brón había sido fundada siete años antes
que Soán de Egipto. 23 Llegados a Nájal Es-
col cortaron un ramo con un solo racimo de
uvas, lo colgaron en una vara y lo llevaron
entre dos. También cortaron granadas e hi-
gos.

24 Ese lugar se llama Nájal Escol, por el racimo que allí cortaron los israelitas.

Informe

25 Al cabo de cuarenta días volvieron de
explorar el país, 26 y se presentaron a Moi-

vimos animando a las demás mujeres en el canto de acción de gracias después del paso del Mar Rojo (Éx 15,20s)– y Aarón se rebelan contra su hermano. Esta situación provoca la ira de Dios y el consiguiente castigo que extrañamente sólo recae en ella. Hasta dónde se siente responsable Aarón y hasta dónde teme que también él pueda ser castigado se puede deducir de los versículos 11s, donde intercede ante Moisés por su hermana y por él mismo.

Este relato deja ver la gran veneración que los redactores sienten por Moisés, al considerarlo un profeta absolutamente especial, con quien el Señor se comunica de un modo directo, «cara a cara», y no por mediaciones como lo hace con los demás profetas (6s).

13,1-33 Los exploradores – Informe. Sin decir exactamente cuánto ha caminado el pueblo y cuánto falta para su arribo a la frontera de la tierra prometida, encontramos este relato donde Moisés envía una

sés, a Aarón y a toda la comunidad israelita, en el desierto de Farán, en Cades. Les presentaron el informe a ellos, a toda la comunidad israelita, y les enseñaron los frutos del país. 27 Y les contaron:

–Hemos entrado en el país adonde nos enviaste; es una tierra que mana leche y miel; aquí tienen sus frutos. 28 Pero el pueblo que habita el país es poderoso, tiene grandes ciudades fortificadas, hemos visto allí a los anaquitas. 29 En la zona del desierto habitan los amalecitas; los heteos, jebuseos y amorreos viven en la montaña; los cananeos, junto al mar y junto al Jordán.

30 Caleb hizo callar al pueblo ante Moisés, y dijo:

–Tenemos que subir y apoderarnos del país, porque podremos contra él.

31 Pero los que habían subido con él replicaron:

–No podemos atacar al pueblo, porque es más fuerte que nosotros.

32 Y desacreditaban la tierra que habían explorado delante de los israelitas:

–La tierra que hemos cruzado y explorado es una tierra que devora a sus habitantes; el pueblo que hemos visto en ella es de gran estatura. 33 Hemos visto allí nefileos, hijos de Anac: parecíamos langostas a su lado, y así nos veían ellos.

Rebeldía contra el Señor

Motín

(20,3-5; Éx 14,11s; 16,3; 17,3)

14 1 Entonces toda la comunidad empezó a dar gritos, y el pueblo lloró toda la noche. 2 Los israelitas protestaban contra Moisés y Aarón, y toda la comunidad les decía:

–¡Ojalá hubiéramos muerto en Egipto o en este desierto, ojalá muriéramos! 3 ¿Por qué nos ha traído el Señor a esta tierra?, ¿para que caigamos a espada y nuestras mujeres e hijos caigan cautivos? ¿No es mejor volvernos a Egipto?

4 Y se decían unos a otros:

–Nombraremos un jefe y volveremos a Egipto.

5 Moisés y Aarón se echaron rostro en tierra ante toda la comunidad israelita. 6 Josué, hijo de Nun, y Caleb, hijo de Jefoné, dos de los exploradores, se rasgaron los vestidos, 7 y dijeron a la comunidad israelita:

–La tierra que hemos recorrido en exploración es una tierra excelente. 8 Si el Señor nos aprecia, nos hará entrar en ella y nos la dará: es una tierra que mana leche y miel. 9 Pero no se rebelen contra el Señor ni teman al pueblo del país, porque los venceremos fácilmente. Su Sombra protectora se ha apartado de ellos, mientras que el Señor está con nosotros. ¡No les tengan miedo!

10 Pero la comunidad entera hablaba de apedrearlos, cuando la Gloria del Señor apareció en la tienda del encuentro ante todos los israelitas.

Intercesión

(Éx 32,7-14; Dt 9,25-29)

11 El Señor dijo a Moisés:

–¿Hasta cuándo me despreciará este pueblo? ¿Hasta cuándo no me creerán con todos los signos que he hecho entre ellos? 12 Voy a herirlo de peste y a desheredarlo. De ti sacaré un pueblo grande, más numeroso que ellos.

13 Moisés replicó al Señor:

---

expedición para examinar el territorio. El informe (25-29), pese a que en principio es alentador, se convierte pronto en motivo de desaliento: el país explorado es muy poderoso; a pesar del entusiasmo de algunos (30), los ánimos decaen con las palabras de quien lo describe como impenetrable y poblado por gigantes (31-33). Este capítulo es el motivo narrativo que da pie a los relatos del capítulo 14.

14,1-45 Rebeldía contra el Señor. El pesimismo expresado en 13,31-33 contagia a todo el pueblo, que se llena de miedo y desgana por continuar adelante. El llanto de toda la noche (1) y las protestas (3s) son el reflejo de un pueblo que aún carece de lo más esencial para adquirir su libertad: conciencia y ganas de alcanzarla. No hay que entender su deseo de regresar a Egipto como un querer retornar al mismo punto geográfico, sino más bien como un querer volver al mismo estado de cosas al que estaban acostumbrados. Era preferible para ellos el sometimiento pasivo que no acarreaba esfuerzos, renuncias, lucha, incomodidades, hambre o peligros y servir con la misma inercia con que se mueven los animales de trabajo, a conseguir su libertad.

El reto que se le presenta al pueblo es conquistar su libertad a base de esfuerzo. Las protestas y los intentos de retroceso que vemos ya en Éx 14,11s; 15,24; 16,3; 17,2; Nm 11 y de nuevo aquí (1-4) reflejan los miedos, las dudas, la falta de certeza sobre el éxito o

–Se enterarán los egipcios, ya que tú,
con tu fuerza, sacaste a este pueblo de en
medio de ellos, 14 y se lo dirán a los habi-
tantes de esta tierra. Han oído que tú, Se-
ñor, estás en medio de este pueblo; que tú,
Señor, te dejas ver cara a cara; que tu nube
está sobre ellos, y tú caminas delante en
columna de nube de día y en columna de
fuego de noche. 15 Si ahora das muerte a
este pueblo como a un solo hombre, oirán
la noticia las naciones y dirán: 16 El Señor
no ha podido llevar a este pueblo a la tierra
que les había prometido; por eso los ha ma-
tado en el desierto. 17 Por tanto, muestra tu
gran fuerza, como lo has prometido. 18 Se-
ñor, paciente y misericordioso, que perdo-
nas la culpa y el delito, pero no dejas im-
pune; que castigas la culpa de los padres
en los hijos, nietos y bisnietos, 19 perdona la
culpa de este pueblo por tu gran misericor-
dia, ya que lo has traído desde Egipto has-
ta aquí.

Perdón y castigo

20 El Señor respondió:
–Perdono, como me lo pides. 21 Pero
¡por mi vida y por la Gloria del Señor que
llena la tierra!, 22 ninguno de los hombres
que vieron mi Gloria y los signos que hice
en Egipto y en el desierto, y me han pues-
to a prueba, ya van diez veces, y no me han
obedecido, 23 verá la tierra que prometí a
sus padres, ninguno de los que me han des-
preciado la verá. 24 Pero a mi siervo Caleb,
que tiene otro espíritu y me fue enteramen-
te fiel, lo haré entrar en la tierra que ha vi-
sitado, y sus descendientes la poseerán.
25 Pero como los amalecitas y cananeos ha-
bitan en el valle, mañana se dirigirán al
desierto, camino del Mar Rojo.
26 El Señor añadió a Moisés y a Aarón:
27 –¿Hasta cuándo seguirá esta comuni-
dad malvada protestando contra mí? He
oído a los israelitas protestar contra mí.
28 Por eso, diles: ¡Por mi vida!, oráculo del
Señor, yo haré que les suceda a ustedes lo
mismo que me han dicho en la cara; 29 en
este desierto caerán sus cadáveres, todos
los mayores de veinte años que fueron re-
gistrados en el censo y que han hablado
mal de mí morirán 30 no entrarán en la tie-
rra donde juré que los establecería. Sólo ex-
ceptúo a Josué, hijo de Nun, y a Caleb, hijo
de Jefoné.
31 A sus niños, de quienes dijeron que
caerían cautivos, los haré entrar para que
conozcan la tierra que ustedes han despre-
ciado. 32 Mientras que los cadáveres de us-
tedes caerán en este desierto. 33 Sus hijos
serán pastores en el desierto durante cua-
renta años y cargarán con la infidelidad de
ustedes, hasta que el último cadáver quede
tendido en el desierto. 34 Ustedes cargarán
con su culpa durante cuarenta años por los
cuarenta días que emplearon en explorar la
tierra, cargarán con su culpa un año por
cada día, cuarenta años. Para que sepan lo
que es desobedecerme. 35 Yo, el Señor, juro
que trataré así a esa comunidad perversa
que se ha amotinado contra mí: en este
desierto se consumirán y en él morirán.
36 En cuanto a los hombres que envió
Moisés a explorar la tierra y volvieron e inci-
taron contra él a toda la comunidad, de-
sacreditando la tierra, 37 los hombres que
desacreditaron la tierra murieron fulminados
ante el Señor. 38 Sólo Josué, hijo de Nun, y
Caleb, hijo de Jefoné, quedaron con vida de
todos los que habían explorado la tierra.
39 Moisés comunicó estas palabras a to-
dos los israelitas, y el pueblo hizo gran
duelo.

Derrota

40 A la mañana siguiente se levantaron y
subieron a la cima del monte, diciendo:

---

el fracaso en los procesos de cambio. En el fondo, es lo que el famoso psicoanalista E. Fromm denominó «el miedo a la libertad». Pues bien, esos procesos de concienciación que toman tiempo, que presentan avances y retrocesos, que suscitan amigos y enemigos, simpatizantes y perseguidores de la causa, son convertidos por la corriente sacerdotal (**P**) en una especie de castigo o de represalia divina (20-38): sentencia al pueblo a vivir cuarenta años como pastores en el desierto y no permite que ninguno de la generación que salió de Egipto, excepto Josué y Caleb, entre en la tierra prometida.

Esto podría desanimar al lector actual, máxime si se trata de creyentes que están yendo por el camino de la concienciación y la liberación. Lo más lógico y lo más humano es que tanto el individuo como el grupo quieran ver o disfrutar los beneficios de la libertad; eso sería lo ideal, pero no siempre es así. Ahora, lo más importante es trazar caminos para los que vienen detrás de nosotros.

–Subiremos al sitio que el Señor nos dijo. Hemos pecado.

41 Moisés contestó:

–¿Por qué quebrantan el mandato del Señor? Fracasarán. 42 No suban, porque el Señor no está con ustedes y los derrotará el enemigo. 43 Los amalecitas y los cananeos les harán frente, y caerán a espada. Se han apartado del Señor, y por eso el Señor no está con ustedes.

44 Pero ellos se empeñaron en subir a la cima del monte, mientras el arca y Moisés no se movían del campamento. 45 Los amalecitas y cananeos que habitaban en la montaña bajaron y los derrotaron completamente y los persiguieron hasta Jorma.

Prescripciones sobre los sacrificios

Ofrendas y libaciones

15 1 El Señor habló a Moisés:

2 –Di a los israelitas: Cuando entren en la tierra que yo les voy a dar para que la habiten 3 y hagan una oblación al Señor, de ganado mayor o menor –sea holocausto o sacrificio de comunión voluntario o en cumplimiento de un voto o con ocasión de una fiesta, oblación de aroma que aplaca al Señor–, 4 el que haga la ofrenda ofrecerá la décima parte de una medida de harina de la mejor calidad amasada con un litro de aceite, 5 y añadirá al holocausto o sacrificio de comunión una libación de un litro de vino por cada cordero. 6 Si se trata de un carnero, añadirá una ofrenda de dos décimas partes de una medida de harina de la mejor calidad amasada con dos litros y cuarto de aceite 7 y una libación de dos litros y cuarto de vino, aroma que aplaca al Señor.

8 Si el holocausto o sacrificio de comunión –en cumplimiento de un voto o en acción de gracias al Señor– es de un novillo, 9 añadirás una ofrenda de tres décimas partes de una medida de harina de la mejor calidad amasada con dos litros de aceite, 10 y una libación de dos litros de vino, oblación de aroma que aplaca al Señor.

11 Esto es lo que hay que ofrecer con un toro, un carnero, una oveja o una cabra. 12 Aplicarán siempre esta proporción.

13 Los israelitas procederán así cuando ofrezcan una oblación de aroma que aplaca al Señor. 14 Si en el futuro un emigrante que viva o se encuentre entre ustedes quiere ofrecer una oblación de aroma que aplaca al Señor, hará lo mismo que ustedes. 15 El mismo rito observarán ustedes y el emigrante residente entre ustedes. Ésta es una ley perpetua para todas las generaciones. Ante el Señor el emigrante es igual que ustedes. 16 El mismo ritual y ceremonial observarán ustedes y el emigrante residente entre ustedes.

17 El Señor habló a Moisés:

18 –Di a los israelitas: Cuando entren en la tierra a la que los llevo 19 y coman su pan, ofrecerán en tributo al Señor, 20 de la primera harina, una torta como tributo de la trilla. 21 Por todas las generaciones darán al Señor un tributo de la primera harina.

22 Cuando por inadvertencia descuiden alguno de estos preceptos que el Señor ha dado a Moisés, 23 es decir, lo que el Señor les ha mandado por medio de Moisés, desde el día de su promulgación y en adelante por todas las generaciones: 24 si es toda la comunidad la que ha faltado por inadvertencia, ofrecerá en holocausto, aroma que aplaca al Señor, un novillo con su ofrenda y su libación según el ceremonial y un chivo en sacrificio expiatorio.

25 El sacerdote realizará el rito de expiación por toda la comunidad israelita y quedará perdonada, porque se trataba de una inadvertencia, y por ella han ofrecido la oblación y la víctima expiatoria al Señor. 26 Quedará perdonada toda la comunidad israelita y también el emigrante que reside

---

15,1-41 Prescripciones sobre los sacrificios. Interrumpiendo la narración sobre la vida en el desierto, los versículos 1-31 están dedicados a la prescripción sobre las ofrendas y libaciones que deberían realizar los israelitas una vez instalados en la tierra que el Señor les iba a dar. Cierra este ciclo de prescripciones la norma sobre los sacrificios de expiación que se ofrecían por las faltas cometidas inadvertidamente, faltas que eran perdonadas. Pero aparece también la advertencia de que aquellas faltas cometidas a conciencia –en hebreo «con la mano en alto»– no tienen perdón; éstas acarrean la exclusión de la comunidad (30s).

Los versículos 32-41 refieren un caso de condena a muerte de un hombre que fue sorprendido trabajando en sábado. Es obvio que no hemos de tomar en sentido literal esta rigidez e intransigencia por parte de Dios. Recordemos que los autores bíblicos

entre ellos, porque la inadvertencia fue de
todo el pueblo.
27 Si es uno solo el que ha pecado por
inadvertencia, ofrecerá un cabrito de un
año en sacrificio expiatorio. 28 El sacerdote
realizará el rito de expiación por él en pre-
sencia del Señor, y quedará perdonado.
29 La misma norma vale para el israelita y
para el emigrante residente entre ellos en
casos de inadvertencia. 30 Pero el israelita o
emigrante que a conciencia provoque al
Señor, será excluido de su pueblo. 31 Por
haber menospreciado la palabra del Señor
y haber quebrantado sus preceptos, será
excluido. Cargará con su culpa.

Violación del sábado

32 Estando los israelitas en el desierto,
sorprendieron a un hombre recogiendo leña
en sábado. 33 Se lo llevaron a Moisés, a Aa-
rón y a toda la comunidad. 34 Lo arrestaron
mientras se decidía lo que había que hacer
con él.
35 El Señor dijo a Moisés:
–Ese hombre debe ser castigado con la
muerte. Que toda la comunidad lo apedree
fuera del campamento.
36 La comunidad lo sacó fuera del cam-
pamento y lo apedrearon hasta matarlo,
como el Señor había mandado a Moisés.
37 El Señor habló a Moisés:
38 –Di a los israelitas: Háganse borlas y
cósanlas con hilo violeta en el borde de sus
vestidos. 39 Cuando las vean, les recordarán
los mandamientos del Señor y les ayudarán
a cumplirlos sin ceder a los caprichos del
corazón y de los ojos, que los arrastran al
desenfreno. 40 Así recordarán y cumplirán
todos mis mandatos y vivirán consagrados
a su Dios. 41 Yo soy el Señor, su Dios, que
los sacó de Egipto para ser su Dios. Yo soy
el Señor, su Dios.

El pueblo, el Señor y Aarón

Rebelión de Córaj, Datán y Abirán

(26,9-11; Dt 11,6; Eclo 45,18s)

16 1 Córaj, hijo de Yishar, hijo de Que-
hat, levita; Datán y Abirán, hijos de
Eliab, y On, hijo de Pélet, rubenitas, 2 se re-
belaron contra Moisés, y con ellos doscien-
tos cincuenta hombres, jefes de la asam-
blea, escogidos para su cargo y de buena
reputación. 3 Se amotinaron contra Moisés
y Aarón, diciendo:
–Ya está bien. Toda la comunidad es sa-
grada y en medio de ella está el Señor, pero
¿por qué se ponen encima de la asamblea
del Señor?
4 Moisés, al oírlo, se echó por tierra 5 y
dijo a Córaj y a sus secuaces:
–Mañana el Señor hará saber quién es el
que le pertenece: al consagrado lo hará
acercarse, al escogido lo hará acercarse.
6 Hagan, lo siguiente: Córaj y todos sus se-
cuaces, tomen los incensarios, 7 pongan en
ellos fuego y mañana echen incienso ante
el Señor. El hombre que el Señor escoja,
ése, le está consagrado. Ya está bien, levi-
tas.
8 Moisés dijo a Córaj:
–Escúchenme, levitas: 9 ¿Todavía les pa-
rece poco? El Dios de Israel los ha separa-
do de la asamblea de Israel para que estén
cerca de él, presten servicio en su santuario
y estén a disposición de la asamblea para
servirle. 10 A ti y a tus hermanos levitas los
ha promovido. ¿Por qué reclaman también
el sacerdocio? 11 Tú y tus secuaces se han
rebelado contra el Señor, porque ¿quién es
Aarón para que protesten contra él?
12 Moisés mandó llamar a Datán y a Abi-
rán, hijos de Eliab, los cuales dijeron:
–No iremos. 13 ¿No te basta con haber-
nos sacado de una tierra que mana leche y

---

ponen en boca de Dios aquello que ven necesario y conveniente para la vida de la comunidad. Tal vez este relato ejemplar se hizo necesario para enseñar al pueblo a cumplir con el ciclo semanal de trabajo y de descanso. Nótese cómo el proceso de aquel hombre termina con la orden de que todos elaboren borlas y flecos que debían pender de sus ropas como recordatorios de los mandatos y preceptos de Dios.

En todo caso, la actitud y el comportamiento respecto al sábado o a cualquier otro precepto y su posterior evolución son materia de fuertes denuncias por parte de Jesús. Además, es Él quien se autodefine como Señor también del sábado (Lc 6,5), y quien le devuelve el valor de mediación: el sábado tenía que estar al servicio del ser humano y no el ser humano al servicio del sábado (Mc 2,27).

16,1–17,28 El pueblo, el Señor y Aarón. Estos dos capítulos pueden dividirse en tres relatos: 1. La rebelión de Córaj, Datán y Abirán, y sus consecuencias (16,1– 17,5). 2. La protesta de toda la comunidad y la reacción del Señor (17,6-15). 3. El relato sobre la vara

miel para darnos muerte en el desierto, que
todavía pretendes ser nuestro jefe? 14 No
nos has llevado a una tierra que mana le-
che y miel, ni nos has dado en herencia
campos, ni viñas, ¿y quieres sacarle los
ojos a esta gente? No iremos.
15 Moisés se enfureció y dijo al Señor:
–No aceptes sus ofrendas. Ni un asno
he recibido de ellos ni he perjudicado a
ninguno.
16 Después dijo a Córaj:
–Mañana, tú y tus secuaces se presenta-
rán ante el Señor, y también lo hará Aarón.
17 Que cada uno tome su incensario, eche
incienso y lo ofrezca al Señor. Cada uno de
los doscientos cincuenta con su incensario,
y tú y Aarón el suyo.
18 Tomó, cada uno su incensario, puso
fuego, echó incienso y se colocaron a la en-
trada de la tienda del encuentro con Moisés
y Aarón. 19 También Córaj reunió a sus se-
cuaces a la entrada de la tienda del en-
cuentro.
La Gloria del Señor se mostró a todos
los reunidos, 20 y el Señor dijo a Moisés y a
Aarón:
21 –Apártense de ese grupo, que los voy
a consumir al instante.

Intercesión y castigo

22 Ellos cayeron rostro a tierra y oraron:
Dios, Dios de los espíritus de todos los vi-
vientes, uno solo ha pecado, ¿y vas a irri-
tarte contra todos?
23 El Señor respondió a Moisés:
24 –Di a la gente que se aparte de las
tiendas de Córaj, Datán y Abirán.
25 Moisés se levantó y se dirigió a donde
estaban Datán y Abirán, y le siguieron las
autoridades de Israel, 26 y dijo a la asam-
blea:
–Apártense de las tiendas de estos hom-
bres culpables y no toquen nada de lo suyo
para no quedar comprometidos con sus pe-
cados.
27 Ellos se apartaron de las tiendas de
Córaj, Datán y Abirán, mientras Datán y
Abirán, con sus mujeres, hijos y niños, sa-
lieron a esperar a la entrada de sus tiendas.
28 Dijo entonces Moisés:
–En esto conocerán que es el Señor
quien me ha enviado a actuar así y que no
obro por cuenta propia. 29 Si éstos mueren
de muerte natural, según el destino de to-
dos los hombres, es que el Señor no me ha
enviado; 30 pero si el Señor hace un mila-
gro, si la tierra se abre y se los traga con los
suyos, y bajan vivos al abismo, entonces
sabrán que estos hombres han despreciado
al Señor.
31 Apenas había terminado de hablar,
cuando el suelo se resquebrajó debajo de
ellos, 32 la tierra abrió la boca y se los tragó
con todas sus familias, y también a la gen-
te de Córaj con sus posesiones. 33 Ellos con
todos los suyos bajaron vivos al abismo; la
tierra los cubrió y desaparecieron de la
asamblea.
34 Al ruido, todo Israel, que estaba alre-
dedor, echó a correr, pensando que los tra-
gaba la tierra. 35 Y el Señor hizo estallar un
fuego que consumió a los doscientos cin-
cuenta hombres que habían llevado el in-
cienso.

Prerrogativas de los aaronitas

17 1 El Señor habló a Moisés:
2 –Di a Eleazar, hijo de Aarón, el sa-
cerdote, que retire del fuego los incensarios
y que desparrame las brasas, porque son
santas; 3 con los incensarios de esos que
murieron por su pecado hagan chapas, que
aplicarán al altar, porque en ellos se ofreció
incienso al Señor y quedaron así consagra-
dos. Y serán un signo para los israelitas.
4 El sacerdote Eleazar tomó los incensa-
rios de bronce que habían ofrecido los
muertos en el incendio y los transformó en
chapas, que aplicó al altar, 5 como aviso a
los israelitas, para que nadie que no sea de

de Aarón (17,16-28). Los tres relatos subrayan la preeminencia del sacerdocio aaronita y sus funciones por encima de los levitas. Los descendientes de Aarón eran los únicos que podían acercarse al Santuario y oficiar en forma legítima el ritual de los sacrificios. En la «escuela de santidad», ellos eran los primeros, de ahí sus privilegios.

Ya sabemos que, de acuerdo con el criterio de justicia que debemos aplicar a cada pasaje de la Biblia, todos estamos llamados a la santidad, que no adquirimos por nuestro esfuerzo, ni por nuestra proveniencia, sino por pura gracia de Dios; don que también recibimos como tarea y compromiso en la búsqueda de la justicia y de la armonía en las relaciones con los demás.

la estirpe de Aarón se meta a ofrecer in-
cienso al Señor. Para que no le suceda lo
que a Córaj y a su banda, como lo había
anunciado el Señor por medio de Moisés.
6 Al día siguiente toda la comunidad is-
raelita protestó contra Moisés y Aarón, di-
ciendo:
–Están matando al pueblo del Señor.
7 Y como se formaba un motín contra
Moisés y Aarón, ellos se dirigieron a la tien-
da del encuentro; la nube la cubrió y apare-
ció la Gloria del Señor. 8 Moisés y Aarón en-
traron en la tienda del encuentro, 9 y el
Señor les habló:
10 –Apártense de esa comunidad, y los
consumiré al instante.
11 Pero ellos se echaron rostro a tierra, y
Moisés dijo a Aarón:
–Toma el incensario, pon en él brasas
del altar, echa incienso y ve aprisa a la co-
munidad para realizar el rito de expiación
por ella, porque ha estallado contra ellos la
cólera del Señor y ha comenzado a hacer
estragos.
12 Aarón hizo lo que decía Moisés, corrió
a la comunidad y encontró que el pueblo
había comenzado a sufrir estragos. Enton-
ces puso incienso para realizar el rito de ex-
piación por ellos, 13 y colocándose entre los
muertos y los vivos, detuvo la mortandad.
14 Los muertos fueron catorce mil setecien-
tos, sin contar los muertos en el motín de
Córaj.
15 Cuando Aarón volvió a Moisés, a la
tienda del encuentro, la mortandad había
cesado.

Prerrogativas de los levitas
(16)

16 El Señor habló a Moisés:
17 –Di a los israelitas que te traigan va-
ras: una por cada jefe de familia, doce en
total, y que cada uno escriba en ella su
nombre. 18 En la vara de Leví irá escrito el
nombre de Aarón. Una vara por cada cabe-
za de tribu. 19 Colóquenlas en la tienda del
encuentro, ante el documento de la alianza
que he hecho con ellos. 20 La vara del que
yo elija, florecerá. Y así acabaré con las
protestas de los israelitas contra ustedes.
21 Moisés dijo a los israelitas que le traje-
ran doce varas, una por cada jefe de tribu,
y entre ellas la vara de Aarón. 22 Moisés de-
positó las varas ante el Señor en la tienda
de la alianza. 23 Al día siguiente, cuando
Moisés entró en la tienda de la alianza, vio
que había florecido la vara de Aarón, repre-
sentante de la tribu de Leví: echaba brotes
y flores, y las flores maduraban hasta ha-
cerse almendras.
24 Moisés sacó todas las varas de la pre-
sencia del Señor y se las llevó a los israeli-
tas. Ellos las examinaron, y cada cual reco-
gió la suya.
25 El Señor dijo a Moisés:
–Lleva otra vez la vara de Aarón a la pre-
sencia del documento de la alianza, para
que se conserve como signo contra los re-
beldes. Cesen sus protestas contra mí, y no
morirán.
26 Moisés hizo exactamente lo que le
mandaba el Señor.
27 Los israelitas dijeron a Moisés:
–Nos morimos, nos estamos muriendo
todos. 28 El que se acerca a la morada del
Señor, muere. ¿Vamos a morirnos todos?

Funciones y derechos de aaronitas y levitas
Aaronitas y levitas
(Ez 44)

18 1 El Señor dijo a Aarón:
–Tú serás responsable de los objetos
sagrados, con tus hijos y familia; tú, con tus
hijos, serán responsables de los sacerdotes.
2 A tus hermanos de la tribu de Leví, la tri-
bu de tu padre, los traerás contigo y se uni-
rán a ti para ayudarte cuando tú y tus hijos
estén en la tienda de la alianza. 3 Cus-
todiarán tu zona y toda la tienda, pero sin
meterse hasta el altar y el ajuar sagrado,
porque morirían ellos y también ustedes.
4 Se unirán a ti para custodiar la tienda del
encuentro, para las tareas de la tienda, y

18,1-32 Funciones y derechos de aaronitas y levitas. De nuevo se insiste en la primacía del sacerdocio aaronita sobre los levitas (1-7) y una vez más se recuerda la parte de las ofrendas que se presentaban al Señor, a la cual tenían derecho exclusivo los sacerdotes (8-19). Los levitas sólo recibían una parte de los diezmos que los fieles presentaban al Templo (20-32). Como se ve, el sacerdocio de Jerusalén tiene en sus manos todas las cartas para presentarse como el único dispuesto por el Señor para el servicio cultual o para percibir lo mejor de las ofrendas.

ningún extraño se meterá entre ustedes.
5 Custodiarás el santuario y el altar y los ob-
jetos sagrados, y no volverá a estallar la
cólera contra los israelitas. 6 Yo mismo he
escogido a los levitas, tus hermanos, entre
los israelitas, para dárselos a ustedes, en-
tregados al Señor para el servicio de la tien-
da del encuentro. 7 Tú con tus hijos ejerce-
rán el sacerdocio: todo lo relacionado con
el altar o que se realiza tras la cortina; us-
tedes desempeñarán esas tareas, porque a
ustedes les he dado el sacerdocio, y al ex-
traño que intente meterse, se le matará.

Tributos para los sacerdotes
(Lv 7,28-36)

8 El Señor dijo a Aarón:
–Yo te doy lo que se guarda de mis tri-
butos. Lo que los israelitas consagran te lo
doy a ti y a tus hijos, como privilegio de la
unción. Es derecho perpetuo.
9 De lo sagrado y de las oblaciones que
no se queman te corresponde lo siguiente:
todas las ofrendas, las oblaciones, los sacri-
ficios expiatorios y los sacrificios peniten-
ciales que me ofrezcan. Son cosa sagrada,
que te corresponde a ti y a tus hijos. 10 Co-
merán lo sagrado: todo varón lo podrá co-
mer. Pero deberá tratarlo como algo santo.
11 Además, te corresponde lo siguiente:
la parte reservada de los dones que los is-
raelitas presentan para la agitación ritual.
Yo te la doy a ti, a tus hijos e hijas como de-
recho perpetuo. Los de tu casa que estén
puros la podrán comer.
12 Lo mejor del aceite, del vino y del tri-
go, las primicias que se ofrecen al Señor, a
ti te las doy. 13 Las primicias de sus tierras
que ellos presentan al Señor, a ti te corres-
ponden. Los de tu casa que estén puros las
podrán comer. 14 Lo que Israel dedica a
Dios, a ti te corresponde.
15 Todo primogénito, de animal o de
hombre, que ellos ofrecen al Señor, a ti te
corresponde. Pero deja que rescaten los
primogénitos del hombre y también los de
animales impuros. 16 Los rescatarán cuan-
do tengan un mes, tasándolos en cincuenta
gramos –pesos del templo–, dos óbolos por
gramo.
17 Los primeros partos de vaca, oveja y
cabra no se rescatarán: son cosa santa. De-
rramarás su sangre en torno al altar, que-
marás su grasa en oblación de aroma que
aplaca al Señor: 18 su carne te corresponde
a ti, lo mismo que el pecho agitado ritual-
mente y la pierna derecha.
19 Todos los tributos sagrados de los is-
raelitas te los doy a ti, a tus hijos e hijas,
como derecho perpetuo: es una alianza
perpetua, sellada con sal delante del Señor,
para ti y tus descendientes.

Diezmos para los levitas
(Lv 27,30-33)

20 El Señor dijo a Aarón:
–Tú no recibirás herencia en el territorio
de los israelitas ni tendrás una parte en me-
dio de ellos. Yo soy tu parte y tu herencia en
medio de ellos. 21 Yo doy como herencia a
los levitas todos los diezmos en pago de los
servicios que me prestan en el servicio de
la tienda del encuentro. 22 Los israelitas no
volverán a incurrir en pecado y a morir por
meterse en la tienda del encuentro. 23 Los
levitas desempeñarán las tareas de la tien-
da del encuentro y ellos serán los respon-
sables por los israelitas. Ésta es una ley
perpetua para sus descendientes, que no
recibirán herencia en medio de los israeli-
tas. 24 Porque yo les doy a los levitas como
herencia los diezmos que los israelitas re-
servan para el Señor. Por eso les he dicho
que no recibirán herencia en medio de los
israelitas.
25 El Señor habló a Moisés:
26 –Di a los levitas: Cuando reciban de
los israelitas los diezmos que yo les doy
como herencia, ofrecerán en tributo al Se-
ñor la décima parte de los diezmos. 27 Esto
les será tenido en cuenta como contribu-
ción, como hacen los israelitas cuando dan
una parte de su trigo y de su vino. 28 De ese
modo también ustedes pagarán tributo al
Señor por todos los diezmos que reciben de
los israelitas. Y esa parte que reservan para
el Señor se la darán a Aarón, el sacerdote.
29 De todos los dones que reciban, reserva-
rán un tributo para el Señor. La mejor parte
será la consagrada.
30 También les dirás: Después de haber
apartado la grasa, los diezmos serán para
los levitas, como si fueran su trigo y su
vino. 31 Ustedes pueden comerlos en cual-
quier lugar con sus familias, porque es su
salario por el servicio que prestan en la

tienda del encuentro. 32 Si reservan la mejor parte, no cargarán con pecado, no profanarán lo consagrado por los israelitas, y no morirán.

La vaca de pelo rojizo

19 1 El Señor habló a Moisés y a Aarón: 2 –Ésta es la ley que ha dado el Señor: Di a los israelitas que te traigan una vaca de pelo rojizo sin tara ni defecto y que nunca haya llevado el yugo, 3 y que se la entreguen al sacerdote Eleazar. Él la sacará fuera del campamento, donde la degollarán en su presencia.

4 El sacerdote Eleazar untará un dedo en su sangre y salpicará siete veces hacia la tienda del encuentro. 5 Y mandará quemar la vaca en su presencia: se quemará la piel, la carne y la sangre con los intestinos. 6 Después el sacerdote tomará ramas de cedro, hisopo y púrpura escarlata y los echará al fuego, donde arde la vaca. 7 El sacerdote lavará sus vestidos, se bañará y después volverá al campamento. Quedará impuro hasta la tarde. 8 El que la quemó, lavará sus vestidos, se bañará y quedará impuro hasta la tarde.

9 Un hombre puro se encargará de recoger las cenizas de la vaca y las depositará en un lugar puro fuera del campamento. La comunidad israelita las conservará para preparar el agua, que se usará en el rito de purificación. 10 El que recogió las cenizas de la vaca lavará sus vestidos y quedará impuro hasta la tarde.

Leyes de pureza ritual

Ésta es una ley perpetua para los israelitas y para los emigrantes que viven con ellos. 11 El que toque un muerto, un cadáver humano, quedará impuro por siete días. 12 Se purificará con dicha agua al tercero y al séptimo día, y quedará puro; si no lo hace, no quedará puro. 13 El que toque un muerto, un cadáver humano, y no se purifique, contamina la morada del Señor y será excluido de Israel, porque no ha sido rociado con agua de purificación. Sigue impuro y la impureza sigue en él.

14 Ésta es la ley para cuando un hombre muere dentro de una tienda: El que entre en la tienda y todo lo que hay en ella quedan impuros por siete días. 15 Todo recipiente abierto que no estaba tapado queda impuro. 16 El que toque en el campo el cadáver de un hombre apuñalado o cualquier muerto o huesos humanos, o una sepultura, quedará impuro por siete días.

17 Para el hombre impuro tomarán un poco de ceniza de la víctima quemada y echarán agua de manantial en un vaso sobre la ceniza. 18 Un hombre puro tomará un hisopo, lo mojará en el agua y rociará la tienda, los utensilios, todas las personas que estén allí y al que haya tocado huesos, o un cadáver, o un muerto, o una sepultura. 19 El hombre puro rociará al impuro los días tercero y séptimo. El séptimo día quedará libre de su pecado, lavará sus vestidos, se bañará y a la tarde quedará puro.

20 El hombre impuro que no se haya purificado será excluido de la asamblea, por haber contaminado el santuario del Señor. No ha sido rociado con agua de purificación: él sigue impuro.

21 Ésta es una ley perpetua: El que ha hecho la aspersión con las aguas de purificación lavará sus vestidos. El que toque las aguas de purificación quedará impuro hasta la tarde. 22 Todo lo que toque el impuro quedará impuro. La persona que toque al impuro quedará impuro hasta la tarde.

19,1-10 La vaca de pelo rojizo. No se conoce aún el sentido de esta prescripción. El mismo texto indica la finalidad de las cenizas de este animal, pero no se sabe por qué debía ser roja.

Hoy por hoy, las corrientes más ortodoxas del judaísmo esperan el momento de obtener un ejemplar que reúna estas condiciones; sería la señal para dar inicio al proceso de restauración del judaísmo y sus instituciones, que quedaron destrozadas después del año 70. Este proceso de restauración incluiría la reconstrucción del Templo, cuyo lugar está hoy ocupado por la segunda mezquita más importante del credo islámico. Es obvio, entonces, que un proyecto de tal magnitud no beneficiaría a nadie. De mejor proceder sería entablar un diálogo interreligioso entre estas comunidades –judías y musulmanas– que, aunque creen en el mismo Dios, no lo conciben de la misma manera.

19,11-22 Leyes de pureza ritual. La concepción de un Dios absolutamente puro y santo lleva a la preocupación por la pureza y dignidad con que los fieles pueden relacionarse con Dios. De ahí que la teología sacerdotal (**P**) se empeñe de una manera tan reiterati-

Agua de la roca:
sentencia contra Moisés y Aarón
(Éx 17,1-7)

20 1 La comunidad entera de los israeli-
tas llegó al desierto del Sin el mes
primero, y el pueblo se instaló en Cades.
Allí murió María y allí la enterraron. 2 Faltó
agua al pueblo y se amotinaron contra Moi-
sés y Aarón. 3 El pueblo se encaró con Moi-
sés, diciendo:
–¡Ojalá hubiéramos muerto como nues-
tros hermanos, delante del Señor! 4 ¿Por qué
han traído a la comunidad del Señor a este
desierto, para que muramos en él nosotros
y nuestras bestias? 5 ¿Por qué nos han sa-
cado de Egipto para traernos a este sitio
horrible, que no tiene grano, ni higueras, ni
viñas, ni granados, ni agua para beber?
6 Moisés y Aarón se apartaron de la co-
munidad y se dirigieron a la entrada de la
tienda del encuentro, y delante de ella se
echaron rostro en tierra. La Gloria del Señor
se les apareció, 7 y el Señor dijo a Moisés:
8 –Agarra el bastón, reúne la asamblea
tú con tu hermano Aarón, y en presencia de
ellos ordenen a la roca que dé agua. Saca-
rás agua de la roca para darles de beber a
ellos y a sus bestias.
9 Moisés retiró la vara de la presencia del
Señor, como se lo mandaba; 10 Moisés y
Aarón reunieron la asamblea delante de la
roca, y les dijo:
–Escuchen, rebeldes: ¿creen que pode-
mos hacer brotar agua de esta roca?
11 Moisés alzó la mano y golpeó la roca
dos veces con el bastón, y brotó agua tan
abundante que bebió toda la gente y las
bestias.
12 El Señor dijo a Moisés y a Aarón:
–Por no haberme creído, por no haber
reconocido mi santidad en presencia de los
israelitas, no harán entrar a esta comunidad
en la tierra que les voy a dar.
13 Éste es el manantial de Meribá, donde
los israelitas promovieron una querella
contra el Señor, y él les mostró su santidad.

DE CADES AL JORDÁN

Edom niega el paso a Israel
(Jue 11,16s)

14 Desde Cades Moisés despachó men-
sajeros al rey de Edom con este mensaje:
Así dice tu hermano Israel: Ya conoces to-
das las fatigas que hemos pasado. 15 Nues-
tros padres bajaron a Egipto, donde vivi-
mos muchos años; los egipcios nos
maltrataron a nosotros como a nuestros pa-
dres; 16 entonces gritamos al Señor, él nos
escuchó y envió un ángel para sacarnos de
Egipto. Ahora nos encontramos en Cades,
ciudad que linda con tu territorio. 17 Déja-
nos cruzar por tu país: no atravesaremos ni
campos, ni huertos, ni beberemos agua de
los pozos; seguiremos el camino real, sin
desviarnos a derecha ni a izquierda, hasta
que hayamos atravesado tu territorio.

---

va, casi obsesiva, por separar lo puro de lo impuro, lo profano de lo santo, y de fijar las condiciones por medio de las cuales se puede adquirir de nuevo la condición de pureza en caso de haberla perdido.

Como puede verse, estamos en una etapa de concepción teológica en la que no se conoce aún el concepto de la gracia divina, que ciertamente no se alcanza por medio de ritos, ni ofrendas, ni sacrificios, sino que es puro don del Padre.

Este exceso de preocupación por no caer en impureza o en contaminación, que llega hasta volver al creyente insensible por el prójimo, queda perfectamente ilustrado y desenmascarado por Jesús en el relato lucano del buen samaritano (cfr. Lc 10,25-37).

20,1-13 Agua de la roca: sentencia contra Moisés y Aarón. Tenemos un relato paralelo sobre el agua de la roca en Éx 17,1-7 con características muy similares pero también con grandes diferencias. Una de ellas es el doble golpe que propicia Moisés a la roca con su vara (11) y la reacción negativa de Dios sentenciando a Moisés y a Aarón a no entrar en la tierra prometida (12). Esto bien podría ser la forma narrativa de anticipar la noticia de la muerte de Aarón en el desierto (28s). Se trata de uno de esos relatos etiológicos que tratan de explicar costumbres o circunstancias históricas que no tienen una explicación «científica». Seguramente, la tradición israelita siempre se preguntó por qué Moisés y Aarón no condujeron al pueblo también en la conquista de la tierra prometida. La única «explicación» es mediante el arreglo de un relato como éste –hubiera podido ser otro–, en el cual hay una supuesta desobediencia de Moisés, no de Aarón –incluso los términos de la falta de Moisés no son claros–: ¿Por qué increpó al pueblo en lugar de increpar a la roca según lo mandado (8)? O, ¿por qué la golpeó dos veces en lugar de una?

18 El rey de Edom le contestó:
–No pasen por mi país si no quieren que
los reciba con la espada.
19 Insistieron los israelitas:
–Iremos por la calzada. Si nosotros o
nuestro ganado bebemos agua tuya, te la
pagaremos sin discutir. Déjanos pasar a pie.
20 Él respondió:
–No pasen.
Y les salió al encuentro con una tropa
numerosa y bien armada. 21 Y como Edom
se negó a dejar pasar a los israelitas por su
territorio, ellos dieron un rodeo.

Muerte de Aarón
(Dt 10,6)

22 Desde Cades toda la comunidad de Is-
rael se dirigió al monte Hor. 23 El Señor dijo
a Moisés y a Aarón en el monte Hor, junto
a la frontera de Edom:
24 –Aarón se va a reunir con los suyos,
ya que no entrará en la tierra que voy a dar
a los israelitas, porque ustedes se rebelaron
contra mi mandato en Meribá. 25 Toma a
Aarón y a su hijo Eleazar y sube con ellos
al Monte Hor, 26 quítale los ornamentos a
Aarón y vísteselos a su hijo Eleazar, porque
Aarón morirá allí.
27 Moisés cumplió lo que le mandaba el
Señor, y subió con ellos al Monte Hor, a la
vista de toda la comunidad. 28 Le quitó los
ornamentos a Aarón y se los vistió a Elea-
zar, su hijo. Aarón murió allí, en la cima del
monte. Moisés y Eleazar bajaron del monte
29 y toda la comunidad, toda la casa de Is-
rael, viendo que Aarón había muerto, lo llo-
ró treinta días.

Exterminio

21 1 Cuando el rey cananeo de Arad, en
el Negueb, se enteró de que los is-
raelitas se acercaban por el camino de Ata-
rín, los atacó y capturó algunos prisioneros.
2 Entonces Israel hizo voto al Señor:
–Si entregas a este pueblo en mi poder,
consagraré al exterminio sus ciudades.
3 El Señor escuchó a Israel, entregó a los
cananeos en su poder, y ellos consagraron
al exterminio sus ciudades. Y el lugar se lla-
mó Jormá.

Serpientes
(Sab 16,5-14; 2 Re 18,4)

4 Desde Monte Hor se encaminaron ha-
cia el Mar Rojo, rodeando el territorio de
Edom. El pueblo estaba extenuado del ca-
mino, 5 y habló contra Dios y contra Moi-
sés:
–¿Por qué nos has sacado de Egipto,
para morir en el desierto? No tenemos ni
pan ni agua, y nos da náusea ese pan in-
sípido.

Con todo, ésa no es la preocupación del redactor. Lo que le importa es tratar de demostrar que pese al papel de Moisés, a su figura y a su peso delante de Dios, no por eso podía darse el lujo de contradecir su plan. O tal vez, porque ni siquiera Moisés, el gran caudillo, el gran mediador, el que hablaba «cara a cara» con Dios, ni siquiera él podía entrar en tierra de libertad según el criterio del mismo plan divino: no esta primera generación, sino la siguiente será la que entre en el país, con excepción –claro está– de Josué y Caleb.

Podríamos tomar este relato como una especie de recapitulación ilustrada de lo que han sido hasta ahora las etapas del desierto: desaliento, tentaciones de regresar al sistema socio-económico egipcio, murmuraciones y rebeldías, protestas por parte del pueblo y de sus mismos dirigentes. Son fracasos e infidelidades de la cuales ni Moisés ha estado exento. Dios ha castigado en su momento, pero no ha aniquilado por completo la semilla del pueblo con la que llevará adelante su propuesta de liberación. Ésta no se reduce sólo a la salida de Egipto, sino que incluye, además, la travesía del desierto, la conquista de la tierra y la puesta en marcha de un proyecto de igualdad y de justicia.

20,14-21 Edom niega el paso a Israel. Uno de los motivos de la eterna enemistad entre edomitas e israelitas fue el robo de Jacob/Israel a su hermano Esaú/Edom de los derechos de la primogenitura (cfr. Gn 25,27-34) y la bendición paterna (Gn 27,1-45). Ahora ha llegado el momento en que los edomitas se venguen al no permitir el paso de sus hermanos de sangre por su territorio, pese a la insistencia de Moisés.

20,22-29 Muerte de Aarón. Tal como estaba anticipado desde 20,12, Aarón muere en esta nueva etapa del desierto. El redactor sacerdotal se cuida de que la línea del sacerdocio aaronita sea transmitida a su hijo Eleazar imponiéndole los ornamentos sagrados de su padre.

21,1-3 Exterminio. Una victoria de Israel en medio de tantas penurias indica que su marcha sigue acompañada de cerca por la fuerza y el poder del Señor, su Dios.

21,4-9 Serpientes. Pese a la alegría que debió suscitar en el pueblo la victoria sobre un pueblo cananeo (1-3), este relato presenta un nuevo desánimo y nuevas murmuraciones de los israelitas. La respuesta divina es un castigo que amenaza con acabar con todo el pueblo. Moisés tiene que ejercer su ministerio de me-

6 El Señor envió contra el pueblo ser-
pientes venenosas, que los mordían, y mu-
rieron muchos israelitas. 7 Entonces el pue-
blo acudió a Moisés, diciendo:
–Hemos pecado hablando contra el Se-
ñor y contra ti; reza al Señor para que apar-
te de nosotros las serpientes.
Moisés rezó al Señor por el pueblo, 8 y el
Señor le respondió:
–Haz una serpiente venenosa y colócala
en un estandarte: los mordidos de serpien-
tes quedarán sanos al mirarla.
9 Moisés hizo una serpiente de bronce y
la colocó en un estandarte. Cuando una
serpiente mordía a uno, él miraba a la ser-
piente de bronce y quedaba sanado.

Diversas etapas y victorias

Itinerario de Israel

10 Los israelitas siguieron y acamparon
en Obot. 11 De allí siguieron y acamparon
en Ruinas de Abarín, en el desierto, que se
extiende al este de Moab. 12 Desde allí si-
guieron y acamparon en el torrente Zared.
13 Desde allí siguieron y acamparon al otro
lado del Arnón, en el desierto, que sale del
territorio de los amorreos porque el Arnón
es frontera entre Moab y los amorreos.
14 Así se dice en el libro de las batallas de
Señor: Waheb en Sufá y los afluentes del
Arnón, 15 la ladera de los torrentes que se
extienden hacia el territorio de Ar y se apo-
yan en territorios de Moab.
16 Desde allí se trasladaron a Beer, El
Pozo. Éste es el pozo donde el Señor dijo a
Moisés: Reúne al pueblo y les daré agua.

17 Los israelitas cantaban esta canción:
¡Brota, agua del pozo!
Cántenle al pozo.
18 Pozo que cavaron príncipes,
que abrieron jefes del pueblo,
con sus cetros, con sus bastones.

19 Desde allí se trasladaron a Mattaná; de
allí a Najaliel; de allí a Bamot. 20 De allí, por
el valle del campo de Moab, hacia la cum-
bre del Fasga, que mira hacia el desierto.

Victoria sobre Sijón

(Dt 2,24-37; Sal 136,19)

21 Los israelitas despacharon mensaje-
ros que dijeran a Sijón, rey de los amorre-
os:
22 –Déjanos atravesar por tu tierra. No
nos desviaremos ni por campo, ni por huer-
to, ni beberemos agua de pozo. Iremos por
el camino real hasta atravesar tu territorio.
23 Pero Sijón no permitió a Israel atrave-
sar su territorio, sino que reunió toda su tro-
pa, salió contra ellos al desierto, y llegado
a Yahaz, atacó a Israel. 24 Israel lo derrotó a
filo de espada y se apoderó de su territorio,
desde el Arnón al Yaboc y hasta el país de
los amonitas porque Yazer es la frontera
con los amonitas. 25 Israel conquistó todas
sus ciudades y se estableció en todas las
ciudades amorreas, Jesbón y los pueblos
de la comarca. 26 Jesbón era la capital de
Sijón, rey de los amorreos. Él había lucha-
do contra el anterior rey de Moab y le había
arrebatado su tierra desde el Yaboc al Ar-
nón.

27 Por eso canta el romance:
Entren en Jesbón. Que se edifique
y se restaure la capital de Sijón.
28 Fuego ha salido de Jesbón,
llamas de la Villa de Sijón:
ha devorado a Ciudad Moab,
se ha tragado los cerros del Arnón.
29 ¡Ay de ti, Moab!
Estás perdido, pueblo de Camós.
Tus hijos que sobreviven y tus hijas
son cautivos del rey amorreo Sijón.
30 Se quedan sin descendencia
desde Jesbón a Dibón.

---

diador, y una vez más la vida del pueblo es salvada y perdonada. Es probable que este relato obedezca a viejas leyendas de religiosidad popular atribuidas a sus antepasados en el desierto.

La serpiente elevada en el madero que sana a los mordidos por las serpientes venenosas con sólo mirarla es para el evangelista Juan la prefiguración de Cristo elevado en la cruz que salva a la humanidad (cfr. Jn 3,14; 8,28; 12,32).

21,10-35 Diversas etapas y victorias. Ya a las puertas de la tierra prometida, Israel ha aprendido que si quiere mantener su unidad y su identidad como pueblo no puede menospreciar al Señor. Sólo con su ayuda puede avanzar por el desierto y sólo con su asistencia puede derrotar a los enemigos que obstaculizan su marcha. Quedan consignadas las victorias de Israel sobre pueblos hostiles, como los amorreos y los habitantes de Basán, hasta convertirse en motivo de recuerdo perpetuo.

El Sal 136 menciona particularmente estos triunfos de Israel, pero siempre como acciones asistidas por el mismo Dios.

Victoria sobre Og
(Dt 3,1-8; Sal 136,20)

31 Israel se estableció así en tierra amo-
rrea.
32 Moisés despachó unos espías contra
Yazer, que se apoderaron de los pueblos de
la comarca, expulsando a sus habitantes
amorreos. 33 Después cambiaron de direc-
ción y subieron por el camino de Basán.
Og, rey de Basán, les salió al paso con toda
su tropa, y los atacó en Edrey.
34 El Señor dijo a Moisés:
–No le tengas miedo, yo lo entre-go en
tu poder con toda su tropa y su tierra. Trá-
talo como a Sijón, rey de los amorreos, que
habitaba en Jesbón.
35 Los israelitas lo derrotaron a él y a
toda su tropa, sin dejar uno con vida, y se
apoderaron de su territorio.

Profecías de Balaán

Balac llama a Balaán

22 1 Siguieron adelante y acamparon
en las llanuras de Moab, al otro lado
del Jordán, frente a Jericó. 2 Balac, hijo de
Sipor, vio cómo había tratado Israel a los
amorreos, 3 y Moab tuvo miedo de aquel
pueblo tan numeroso; Moab tembló ante
los israelitas. 4 Y dijo a los senadores de
Madián:
–Toda esta gente va a acabar con nues-
tra comarca como un buey acaba con la
hierba de la pradera.
Balac, hijo de Sipor, era entonces rey de
Moab. 5 Y envió mensajeros a Balaán, hijo
de Beor, que habitaba en Petor, junto al Éu-
frates, en tierra de amonitas, para que lo
llamaran, diciéndole:
–Ha salido de Egipto un pueblo que cu-
bre la superficie de la tierra, y se ha esta-
blecido frente a nosotros. 6 Ven, por favor, a
maldecir a ese pueblo, que es más nume-
roso que nosotros, a ver si logro derrotarlo
y expulsarlo de la región. Porque yo sé que
a quien tú bendices queda bendecido y a
quien tú maldices queda maldecido.
7 Los senadores de Moab y de Madián
fueron con el dinero en la mano para pagar
las maldiciones a donde estaba Balaán y le
transmitieron el mensaje de Balac. 8 Él les
dijo:
–Duerman esta noche aquí y les comu-
nicaré lo que el Señor me diga.
Los jefes de Moab se quedaron con Ba-
laán.

Balaán se niega a ir

9 Dios vino a ver a Balaán y le preguntó:
–¿Quiénes son ésos que están contigo?
10 Contestó Balaán:
–Me los ha enviado Balac, hijo de Sipor,
rey de Moab, con este mensaje: 11 Un pue-
blo ha salido de Egipto que cubre la super-
ficie de la tierra; ven pronto a maldecirlos,
a ver si logro pelear con ellos y expulsarlos.
12 Dios dijo a Balaán:
–No irás con ellos ni maldecirás a ese
pueblo, que es bendito.
13 Balaán se levantó a la mañana si-
guiente y dijo a los ministros de Balac:
–Vuelvan a su tierra, porque el Señor no
me deja ir con ustedes.
14 Los jefes de Moab se levantaron, y lle-
gados a casa de Balac, le dijeron:
–Balaán se ha negado a venir con no-
sotros.
15 Pero Balac despachó otros jefes más
numerosos e importantes que los anterio-
res, 16 los cuales llegaron adonde estaba
Balaán y le dijeron:

22,1–24,25 Profecías de Balaán. Las tradiciones sobre el desierto conservaron este relato que, releído durante el destierro en Babilonia o en otros momentos críticos de la vida de Israel, da esperanza y mantiene viva la fe del pueblo. El rey de Moab, viendo el avance de Israel, siente temor y llama a Balaán, un personaje respetado y famoso que, según parece, vive en territorio mesopotámico lejos de Moab. Según el texto, se trata de un hombre de Dios que, de acuerdo con las creencias de aquel entonces, tendría la capacidad suficiente de maldecir o de bendecir y lograr que su maldición o bendición tuvieran efecto. Lo llamativo del pasaje es que, a pesar de tratarse de un «hombre de Dios», su burra resulta tener más capacidad de visión y distinguir la presencia divina en el camino que él. El relato se construye sobre una especie de fábula o cuento que sirve para ilustrar el proceso de discernimiento que un personaje como Balaán tiene que realizar, para saber exactamente al servicio de qué dios está.

Los repetidos intentos de Balac por arrancar a Balaán la maldición para Israel, con el mismo resultado contrario, indican el grado de conciencia que de sí mismo ha ido desarrollando el pueblo israelita entre los demás pueblos. Éste es un punto de apoyo para los momentos históricos difíciles, cuando tanto la fe como la identidad nacional estuvieron a punto de perderse.

–Así dice Balac, hijo de Sipor: No re-
húses venir a verme, 17 porque te haré muy
rico y haré todo lo que me digas. Ven, por
favor, a maldecir a este pueblo.
18 Balaán respondió a los ministros de
Balac:
–Aunque me diera su palacio lleno de
oro y plata, yo no podría quebrantar el
mandato del Señor, mi Dios, ni poco ni mu-
cho. 19 Por tanto, quédense aquí esta no-
che, hasta que sepa lo que me dice el Se-
ñor esta vez.

La burra de Balaán

20 Dios vino de noche a donde estaba
Balaán y le dijo:
–Ya que esos hombres han venido a lla-
marte, levántate y vete con ellos; pero ha-
rás lo que yo te diga.
21 Balaán se levantó de mañana, apare-
jó la borrica y se fue con los jefes de Moab.
22 Al verlo ir, se encendió la ira de Dios, y el
ángel del Señor se plantó en el camino ha-
ciéndole frente. Él iba montado en la borri-
ca, acompañado de dos criados. 23 La bo-
rrica, al ver al ángel del Señor plantado en
el camino, con la espada desenvainada en
la mano, se desvió del camino y tiró por el
campo. Pero Balaán la castigó para volver-
la al camino.
24 El ángel del Señor se colocó en un
paso estrecho, entre viñas, con dos cercas
a ambos lados. 25 La borrica, al ver al ángel
del Señor, se arrimó a la cerca, y apretó la
pierna de Balaán contra la tapia. Él la vol-
vió a golpear.
26 El ángel del Señor se adelantó y se
colocó en un paso angosto, que no permi-
tía desviarse ni a derecha ni a izquierda.
27 Al ver la borrica al ángel del Señor, se
tumbó debajo de Balaán. Él, enfurecido, se
puso a golpearla. 28 El Señor abrió la boca
a la borrica y ésta dijo a Balaán:
–¿Qué te he hecho para que me apalees
por tercera vez?
29 Contestó Balaán:
–Que te burlas de mí. Si tuviera a mano
un puñal, ahora mismo te mataría.
30 Dijo la borrica:
–¿No soy yo tu borrica, en la que mon-
tas desde hace tiempo? ¿Me solía portar así
contigo?
Contestó él:
–No.
31 Entonces el Señor abrió los ojos a Ba-
laán, y éste vio al ángel del Señor plantado
en el camino con la espada desenvainada
en la mano, e inclinándose se postró rostro
en tierra.
32 El ángel del Señor le dijo:
–¿Por qué golpeas a tu burra por tercera
vez? Yo he salido a hacerte frente, porque
sigues un mal camino. 33 La borrica me vio
y se apartó de mí tres veces. Si no se hu-
biera apartado, ya te habría matado yo a ti,
dejándola viva a ella.
34 Balaán respondió al ángel del Señor:
–He pecado, porque no sabía que esta-
bas en el camino, frente a mí. Pero ahora,
si te parece mal mi viaje, me vuelvo a
casa.
35 El ángel del Señor respondió a Ba-
laán:
–Vete con esos hombres; pero dirás úni-
camente lo que yo te diga.
Y Balaán prosiguió con los ministros de
Balac.

Balaán y Balac

36 Cuando Balac oyó que se acercaba
Balaán, salió a recibirlo a Ciudad Moab, en
la frontera del Arnón, límite de su territorio.
37 Y le dijo:
–Yo te mandé llamar, ¿por qué no que-
rías venir? ¿No puedo yo hacerte rico?
38 Respondió Balaán:
–Acabo de llegar a tu casa; pero, ¿qué
puedo decir yo? Pronunciaré sólo la palabra
que el Señor me ponga en la boca.
39 Balaán prosiguió con Balac hasta que
llegaron a Ciudad Jusot. 40 Allí Balac hizo
matar vacas y ovejas, y ofreció la carne a

La escuela teológico-literaria sacerdotal (**P**) aprovecha estas tradiciones reelaborándolas y actualizándolas a la época del destierro en Babilonia, para animar la esperanza y hacer ver que a pesar del poderío de los enemigos de Israel y sus intenciones de hacerlos desaparecer, el poder del Dios, que se comprometió con Israel mediante una Alianza, no les fallará. Israel tiene que aprender a ser obediente, a no anteponer su voluntad y su capricho a los designios divinos, pues a causa de sus desobediencias le ha ido mal y ha debido ser castigado muchas veces.

Balaán y a los jefes que lo acompañaban.
41 A la mañana siguiente Balac tomó a Ba-
laán y subió con él a Monte Baal, desde
donde se distinguían los alrededores del
campamento israelita.

Primer oráculo

23 1 Balaán dijo a Balac:
–Haz que me construyan aquí siete
altares y que me preparen siete novillos y
siete carneros.
2 Balac hizo lo que le pedía Balaán, y
juntos ofrecieron una vaca y un carnero en
cada altar.
3 Después Balaán dijo a Balac:
–Quédate junto a tu holocausto mientras
yo voy a ver si el Señor me sale al encuen-
tro. Lo que él me manifieste, te lo comuni-
caré.
Y se fue a una altura pelada.
4 Cuando Dios salió al encuentro de Ba-
laán, éste le dijo:
–He preparado los siete altares y he ofre-
cido un novillo y un carnero en cada uno.
5 El Señor puso su palabra en boca de
Balaán y le encargó:
–Vuelve a Balac y dile esto.
6 Él volvió y lo encontró de pie junto al
holocausto, con todos los jefes de Moab.
7 Entonces él recitó sus versos:
De Siria me ha traído Balac,
de los montes de oriente
el rey de Moab:
Ven y maldíceme a Jacob,
ven y fulmina a Israel.
8 ¿Puedo maldecir
a quien no mal dice Dios,
puedo fulminar
a quien no fulmina el Señor?
9 Desde estas altas rocas los veo,
desde la altura los contemplo:
Es un pueblo que habita apartado
y no se cuenta entre las naciones.
10 ¿Quién podrá medir
el polvo de Jacob,
quién podrá contar
la arena de Israel?
Que mi suerte sea la de los justos,
que mi fin sea como el suyo.
11 Balac dijo a Balaán:
–¿Qué me estás haciendo? Te he traído
para maldecir a mi enemigo, y te pones a
bendecirlo.
12 Respondió:
–Yo tengo que decir lo que el Señor me
pone en la boca.

Segundo oráculo

13 Balac le dijo:
–Anda, ven conmigo a otro sitio que te
enseñaré, desde donde verás un extremo
y no todo el pueblo. Maldícemelo desde
allí.
14 Y lo llevó al Campo Pelado, en el mon-
te Fasga. Él levantó siete altares y ofreció
un novillo y un carnero en cada uno,
15 y
dijo a Balac:
–Quédate aquí, junto a tu holocausto,
que yo tengo una cita allá.
16 El Señor salió al encuentro de Balaán,
le puso en la boca unas palabras y le orde-
nó:
–Vuelve a donde está Balac y dile esto.
17 Volvió y lo encontró de pie junto a los
holocaustos, con los jefes de Moab. Balac
le preguntó:
–¿Qué te dice el Señor?
18 Él recitó sus versos:
Levántate, Balac, escúchame;
dame oído, hijo de Sipor:
19 Dios no miente como hombre
ni se arrepiente a lo humano.
¿Puede decir y no hacer,
puede prometer y no cumplir?
20 He recibido una bendición
y no puedo dejar de bendecir.
21 No descubre maldad en Jacob
ni encuentra crimen en Israel;
el Señor, su Dios, está con él,
y él lo aclama como a un rey.
22 Dios los sacó de Egipto
embistiendo como un búfalo.
23 No valen presagios contra Jacob
ni conjuros contra Israel;
el tiempo dirá a Jacob
y a Israel lo que ha hecho Dios.
24 El pueblo se alza como una leona,
se yergue como un león,
no se tumbará hasta devorar la presa
y beber la sangre de la matanza.
25 Balac dijo a Balaán:
–Si no lo maldices, al menos no lo ben-
digas.
26 Balaán le respondió:
–Ya te lo dije: Haré lo que me diga el Se-
ñor.

Tercer oráculo

27 Balac insistió:
–Ven, te voy a llevar a otro sitio. A ver si
a Dios le parece bien que lo maldigas des-
de allí.
28 Y lo llevó a la cumbre del Fegor, que
mira al desierto.
29 Balaán dijo a Balac:
–Levántame aquí siete altares y prepára-
me aquí siete novillos y siete carneros.
30 Balac hizo lo que le pedía Balaán, y
éste ofreció un novillo y un carnero en cada
altar.

24 1 Viendo Balaán que el Señor se
complacía bendiciendo a Israel, no
anduvo como las otras veces en busca de
presagios, sino que se volvió hacia el de-
sierto, 2 y tendiendo la vista, divisó a Israel
acampado por tribus. El Espíritu de Dios
vino sobre él, 3 y recitó sus versos:

Oráculo de Balaán, hijo de Beor;
oráculo del hombre de ojos perfectos,
4 oráculo del que escucha
palabras de Dios,
que contempla visiones
del Todopoderoso,
en éxtasis, con los ojos abiertos.
5 ¡Qué bellas las tiendas
de campaña de Jacob
y las moradas de Israel!
6 Como llanuras dilatadas,
como jardines junto al río,
como áloes que plantó el Señor
o cedros junto a la corriente;
7 el agua rebosa de sus cántaros
y con el agua
se multiplica su simiente.
Su rey es más alto que Agag
y su reino descuella.
8 Dios lo sacó de Egipto
embistiendo como un búfalo.
Devorará a las naciones enemigas
y triturará sus huesos,
las traspasará con sus flechas.
9 Se agazapa y se tumba
como un león, o como una leona,
¿quién lo desafiará?
Bendito quien te bendiga,
maldito quien te maldiga.

10 Balac entonces, irritado contra Ba-
laán, dio una palmada y dijo:
–Te he llamado para maldecir a mi ene-
migo y ya lo has bendecido tres veces.
11 Ahora escapa a tu patria. Te había pro-
metido riquezas, pero el Señor te deja sin
ellas.
12 Balaán contestó:
–Ya se lo dije yo a los mensajeros que
enviaste: 13 Aunque Balac me regale su pa-
lacio lleno de oro y plata, no puedo que-
brantar el mandato del Señor haciendo mal
o bien por cuenta propia; lo que el Señor
me diga lo diré.

Cuarto oráculo

14 Ahora me vuelvo a mi pueblo, pero
antes te explicaré lo que este pueblo hará al
tuyo en el futuro.
15 Y recitó sus versos:
Oráculo de Balaán, hijo de Beor;
oráculo del hombre de ojos perfectos,
16 oráculo del que escucha
palabras de Dios
y conoce los planes del Altísimo,
que contempla visiones
del Todopoderoso,
en éxtasis, con los ojos abiertos.
17 Lo veo, pero no es ahora;
lo contemplo, pero no será pronto.
Avanza la constelación de Jacob
y sube el cetro de Israel.
Triturará la frente de Moab
y el cráneo de los hijos de Set;
18 se adueñará de Edom,
se apoderará de Seír,
Israel ejercerá el poder,
19 Jacob dominará y acabará
con los que queden en la capital.
20 Después, viendo a Amalec, recitó sus
versos:
Amalec era primicia de las naciones,
al final ha de perecer.
21 Viendo a los cainitas, pronunció sus
versos:
Tu morada es duradera:
has puesto tu nido en la peña,
22 pero tu nido quedará arrasado.
¿Hasta cuando
te tendrá cautivo Asur?
23 Y siguió recitando:
Naves llegan del norte,
24 navíos del extremo del mar
que oprimirán a Asur y a Heber,
pero al final perecerán.

25 Después Balaán se puso en camino y
volvió a su casa, y Balac también empren-
dió su viaje.

Baal-Fegor
(Sal 106,28-31)

25 1 Estando Israel en Sittim, el pueblo
comenzó a prostituirse con las mu-
chachas de Moab, 2 que los invitaban a co-
mer de los sacrificios a sus dioses y a pos-
trarse ante ellos. 3 Israel se dejó arrastrar al
culto de Baal-Fegor, y la ira del Señor se
encendió contra Israel.

4 El Señor dijo a Moisés:
–Toma a los responsables del pueblo y
cuélgalos delante del Señor, a la luz del sol,
y la ira del Señor se apartará de Israel.

5 Moisés dijo a los jueces de Israel:
–Que cada cual dé muerte a los suyos
que se hayan dejado arrastrar al culto de
Baal-Fegor.

6 Un israelita fue y trajo a su tienda de
campaña a una madianita, a la vista de
Moisés y de toda la comunidad israelita,
mientras ellos lloraban a la entrada de la
tienda del encuentro. 7 Al verlo, el sacerdo-
te Fineés, hijo de Eleazar, hijo de Aarón, se
levantó en medio de la asamblea, empuñó
su lanza, 8 y entrando detrás del israelita en
la alcoba, atravesó a los dos, al israelita y a
la mujer, y cesó la matanza de israelitas.
9 Los que murieron en la matanza fueron
veinticuatro mil.

10 El Señor dijo a Moisés:

11 –El sacerdote Fineés, hijo de Eleazar,
hijo de Aarón, celoso de mis derechos ante
el pueblo, ha apartado mi cólera de los is-
raelitas y mi celo no los ha consumido;
12 por eso prometo: Le ofrezco una alianza
de paz: 13 el sacerdocio será para él y para
sus descendientes, en pacto perpetuo, en
pago de su celo por Dios y de haber expia-
do por los israelitas.

14 El israelita muerto con la madianita se
llamaba Zimrí, hijo de Salu, jefe de familia
en la tribu de Simeón. 15 La madianita
muerta se llamaba Cosbí, hija de Sur, jefe
de familia en Madián.

16 El Señor dijo a Moisés:

17 –Ataca a los madianitas y derrótalos,
18 porque ellos te atacaron con sus seduc-
ciones, con los ritos de Fegor y con su her-
mana Cosbí, la hija del príncipe madianita,
muerta el día de la matanza, cuando suce-
dió lo de Fegor.

Nuevo censo
(1; Gn 46,8-25)

26 (25,19) Después de esta matanza, 1 el
Señor habló a Moisés y al sacerdote
Eleazar, hijo de Aarón:

2 –Hagan el censo de la comunidad, re-
gistrando por familias a todos los israelitas
mayores de veinte años, aptos para el ser-
vicio.

3 Moisés con el sacerdote Eleazar hicie-
ron en la estepa de Moab, junto al Jordán,
a la altura de Jericó, el censo de los mayo-
res de veinte años 4 como lo había ordena-

25,1-18 Baal-Fegor. La relectura del pasado de Israel no olvida nada de lo que constituyó la experiencia de sus antepasados en su marcha por el desierto hacia la tierra prometida: rebeliones, protestas, desánimo, tentación de volver a Egipto, codicia y avaricia; situaciones todas que forman parte de la vida humana y que situadas en el desierto adquieren el valor simbólico de la conciencia que se va formando, que avanza pero que también retrocede.

En esta misma línea de relectura de los antepasados, especialmente de los pecados en que cayeron, encontramos este relato de idolatría que resulta ser novedoso en el contexto narrativo de las marchas por el desierto. Acampados en Sittim, el pueblo empezó a corromperse y terminó dando culto a Baal-Fegor, dios de la fertilidad de aquel lugar cuyo culto incluía la prostitución sagrada.

Este nuevo pecado de Israel trae la ira y el castigo de Dios. El relato nos habla de una matanza sumamente exagerada y de una actitud divina que, podríamos decir, promueve la violencia: sólo calma su ira cuando parece que ya hay suficiente sangre derramada. Hemos de tener mucho cuidado con la interpretación de pasajes como éste. No podemos dar valor real a lo que a todas luces posee un valor simbólico. La gran preocupación de los redactores del texto era rescatar la fe del pueblo, su identidad y, sobre todo, inculcar la idea de la absoluta obediencia al Señor y el total rechazo a cualquier otra propuesta religiosa. El mismo pueblo sabe por experiencia que cuando se ha ido detrás de otros dioses, es decir, cuando ha desobedecido y sido infiel al proyecto de la vida y de la justicia propuesto por Dios, lo único que ha conseguido han sido fracasos y caídas que los autores bíblicos asimilan con la muerte. De todos modos, pasajes como éste inducirían al creyente actual a la intransigencia y a la intolerancia religiosa, y hasta podrían alimentar y justificar desde aquí actitudes violentas que con gran facilidad se acuñarían con la autoridad divina.

do el Señor a Moisés. Registro de los que
salieron de Egipto:
5 Rubén, el primogénito de Israel. Hijos
de Rubén: Henoc y la familia de los heno-
quitas, Falú y la familia de los faluitas.
6 Jesrón y la familia de los jesronitas, Car-
mí y la familia de los carmitas. 7 Éstas son
las familias rubenitas: el total de los regis-
trados fue de cuarenta y tres mil setecien-
tos treinta. 8 Hijo de Falú, Eliab. 9 Hijos de
Eliab: Nemuel, Datán y Abirán. Datán y
Abirán, miembros del Consejo, son los que
se rebelaron contra Moisés, junto con la
banda de Córaj, que se rebeló contra el Se-
ñor. 10 La tierra se abrió y los tragó, junto
con Córaj. Así murió toda la banda y el fue-
go devoró a doscientos cincuenta hombres
para escarmiento del pueblo. 11 Pero los hi-
jos de Córaj no murieron.
12 Hijos de Simeón por familias: Nemuel
y la familia de los nemuelitas, Yamín y la fa-
milia de los yaminitas, Yaquín y la familia
de los yaquinitas, 13 Zéraj y la familia de los
zerajitas, Saúl y la familia de los saulitas.
14 Éstas son las familias simeonitas: veinti-
dós mil doscientos registrados.
15 Hijos de Gad por familias: Safón y la
familia de los safonitas, Jaguí y la familia
de los jaguitas, Suní y la familia de los su-
nitas, 16 Ozní y la familia de los oznitas, Erí
y la familia de los eritas, 17 Arod y la fami-
lia de los aroditas, Arelí y la familia de los
arelitas. 18 Éstas son las familias gaditas:
cuarenta mil quinientos registrados.
19 Hijos de Judá: Er y Onán, que murie-
ron en Canaán. 20 Hijos de Judá por fami-
lias: Selá y la familia de los selaítas. 21 Fa-
res y la familia de los faresitas, Zéraj y la
familia de los zerajitas. Hijos de Fares: Jes-
rón y la familia de los jesronitas, Jamul y la
familia de los jamulitas. 22 Éstas son las fa-
milias de Judá: setenta y seis mil quinien-
tos registrados.
23 Hijos de Isacar por familias: Tolá y la
familia de los tolaítas, Puvá y la familia de
los puvaítas. 24 Yasub y la familia de los ya-
subitas, Simrón y la familia de los simroni-
tas. 25 Éstas son las familias de Isacar: se-
senta y cuatro mil trescientos registrados.
26 Hijos de Zabulón por familias: Séred y
la familia de los sereditas, Elón y la familia
de los elonitas, Yajleel y la familia de los
yajleelitas. 27 Éstas son las familias de Za-
bulón: sesenta mil quinientos registrados.
28 Hijos de José por familias: Manasés y
Efraín.
29 Hijos de Manasés: Maquir y la familia
de los maquiritas. Maquir engendró a Ga-
laad. De Galaad se formó la familia de los
galaaditas. 30 Hijos de Galaad: Yézer y la fa-
milia de los yezeritas, Jélec y la familia de
los jelequitas. 31 Asriel y la familia de los as-
rielitas, Siquén y la familia de los siqueni-
tas, 32 Semidá y la familia de los semiditas,
Jéfer y la familia de los jeferitas; 33 Salfajad,
hijo de Jéfer, no tuvo hijos varones, sino so-
lamente hijas, que se llamaban Majlá, Noá,
Joglá, Milcá y Tirsá. 34 Éstas son las fami-
lias de Manasés: cincuenta y dos mil sete-
cientos registrados.
35 Hijos de Efraín por familias: Sutálaj y
la familia de los sutalajitas, Béquer y la fa-
milia de los bequeritas, Tajan y la familia de
los tajanitas. 36 Hijos de Sutálaj: Erán y la
familia de los eranitas. 37 Éstas son las fa-
milias de Efraín: treinta y dos mil quinientos
registrados.
Éstos son los hijos de José por familias.
38 Hijos de Benjamín por familias: Bela y
la familia de los belaítas, Asbel y la familia

26,1-65 Nuevo censo. A las puertas de la tierra prometida, terminada prácticamente la travesía, se hace necesario un nuevo censo por dos motivos: primero, para comprobar que ninguno de la primera generación estuviese presente (64s); y segundo, para repartir la tierra por tribus (53s).

Si se compara el número de los censados en el Sinaí (603.550 en 1,46) con el censo de las estepas de Moab (601.730 en 51), la diferencia es muy pequeña (sólo 1.820 personas). Sin embargo, en el versículo 62 se registran 23.000 varones mayores de un mes que, aunque no se consignaron con los demás israelitas, nos da idea de que la población había aumentado en lugar de disminuir, pese a las muertes registradas en el desierto. Ésta puede ser la intencionalidad teológica del capítulo: la fidelidad providente de Dios y su compromiso con la vida. A pesar de que las circunstancias del desierto y el comportamiento de Israel hubieran podido terminar con la completa desaparición del pueblo, ese compromiso y esa fidelidad de Dios han hecho que la vida progrese y no retroceda. De modo que en tiempos de crisis y de amenaza contra la vida, esta escena, que aparentemente es inabordable por su extensa relación de nombres, se convierte también en un mensaje esperanzador para el pueblo.

de los asbelitas, Ajirán y la familia de los
ajiranitas, 39 Sufán y la familia de los sufa-
nitas, Jufán y la familia de los jufanitas.
40 Hijos de Bela: Arad y Naamán con las fa-
milias de araditas y naamanitas. 41 Éstos
son los hijos de Benjamín por familias: cua-
renta y cinco mil seiscientos registrados.
42 Hijos de Dan por familias: Suján y la
familia de los sujanitas. 43 Éstas son las fa-
milias de Dan: sesenta y cuatro mil cuatro-
cientos registrados.
44 Hijos de Aser por familias: Yimná y la
familia de los yimnaítas, Yisví y la familia
de los yisvitas, Beriá y la familia de los be-
riaítas. 45 Hijos de Beriá: Héber y la familia
de los heberitas, Malquiel y la familia de los
malquielitas. 46 La hija de Aser se llamaba
Séraj. 47 Éstas son las familias de los hijos
de Aser: cincuenta y tres mil cuatrocientos
registrados.
48 Hijos de Neftalí por familias: Yajseel y
la familia de los yajseelitas, Guní y la fami-
lia de los gunitas. 49 Yéser y la familia de los
yeseritas, Silén y la familia de los silenitas.
50 Éstas son las familias de Neftalí: cuaren-
ta y cinco mil cuatrocientos registrados.
51 Número total de israelitas registrados:
seiscientos un mil setecientos treinta.
52 El Señor habló a Moisés:
53 –Entre todos éstos repartirás la tierra
en herencia, en proporción al número de
hombres. 54 Cada uno recibirá una herencia
proporcional al número de registrados.
55 Pero la distribución de las tierras se hará
mediante un sorteo: se asignará la herencia
a las diversas familias patriarcales, 56 y se
distribuirá entre los más numerosos y los
menos numerosos por sorteo.
57 Censo de los levitas por familias: Ger-
són y la familia de los gersonitas, Quehat y
la familia de los quehatitas, Merarí y la fa-
milia de los meraritas. 58 Éstas son las fa-
milias de los levitas: la familia de los libni-
tas, la familia de los hebronitas, la familia
de los majlitas, la familia de los musitas, la
familia de los corajitas. Quehat engendró a
Amrán, 59 cuya mujer se llamaba Yo-
québed, hija de Leví, que le nació a Leví en
Egipto. Ella le dio a Amrán tres hijos: Aa-
rón, Moisés y María, su hermana. 60 De Aa-
rón nacieron Nadab y Abihú, Eleazar e Ita-
mar. 61 Nadab y Abihú murieron mientras
ofrecían al Señor fuego profano.
62 El total de los registrados fue de vein-
titrés mil varones mayores de un mes. No
fueron registrados con los demás israelitas
porque no habían de repartirse la herencia
con ellos.
63 Éste es el censo de israelitas que hi-
cieron Moisés y el sacerdote Eleazar en la
estepa de Moab, junto al Jordán, a la altura
de Jericó. 64 Entre los registrados no había
ninguno de los registrados en el censo que
Moisés y el sacerdote Aarón habían hecho
en el desierto de Sinaí. 65 El Señor lo había
dicho: Morirán todos en el desierto, y no
quedó ninguno vivo, más que Caleb, hijo de
Jefoné, y Josué, hijo de Nun.

Herencia de las hijas

27 1 Se acercaron las hijas de Salfajad,
hijo de Jéfer, hijo de Galaad, hijo de
Maquir, hijo de Manasés, del clan de Mana-
sés, hijo de José, que se llamaban Majlá,
Noá, Joglá, Milcá y Tirsá, 2 y se presenta-
ron a Moisés, a Eleazar, a los jefes y a la co-
munidad entera a la entrada de la tienda del
encuentro, y declararon:
3 –Nuestro padre ha muerto en el desier-
to. No era de la banda de Córaj, de los que
se rebelaron contra el Señor, sino que él
murió por su propio pecado. Y no ha deja-
do hijos. 4 Porque no haya dejado hijos no
va a borrarse el nombre de nuestro padre
dentro de su clan. Danos a nosotras una
propiedad entre los hermanos de nuestro
padre.
5 Moisés presentó la causa al Señor, 6 y
el Señor dijo a Moisés:
7 –Las hijas de Salfajad tienen razón. Da-
les alguna propiedad en herencia entre los
hermanos de su padre; pásales a ellas la
herencia de su padre. 8 Después di a los is-
raelitas: Cuando alguien muera sin dejar hi-

27,1-11 Herencia de las hijas. Un breve relato ejemplar sirve de marco para legislar sobre el derecho hereditario de la mujer en Israel. Sabemos que la mujer dependía toda su vida de un varón: cuando niña, de su padre; cuando adulta, de su marido; si quedaba viuda dependía de su hijo mayor, y si no tenía al menos un hijo varón quedaba completamente desprotegida. La ley que establece el derecho de herencia aun sin tener hermanos varones es lo más justo que pudo intuir el legislador sacerdotal (11).

jos, pasarán la herencia a su hija; 9 si no tiene hijas, darán la herencia a sus hermanos; 10 si no tiene hermanos, darán la herencia a los hermanos de su padre; 11 si su padre no tiene hermanos, darán la herencia al pariente más cercano entre los de su clan; éste recibirá la herencia. Ésta es para los israelitas la norma justa, como el Señor se lo ordenó a Moisés.

El Señor anuncia a Moisés su muerte

12 El Señor dijo a Moisés:

–Sube al monte Abarín y mira la tierra que voy a dar a los israelitas. 13 Después de verla te reunirás también tú con los tuyos, como ya Aarón, tu hermano, se ha reunido con ellos. 14 Porque se rebelaron en el desierto de Sin, cuando la comunidad protestó, y no les hicieron ver mi santidad junto a la fuente, Meribá, en Cades, en el desierto de Sin.

15 Moisés dijo al Señor:

16 –Que el Señor, Dios de los espíritus de todos los vivientes, nombre un jefe para la comunidad; 17 uno que salga y entre al frente de ellos, que los lleve en sus entradas y salidas. Que no quede la comunidad del Señor como rebaño sin pastor.

18 El Señor dijo a Moisés:

–Toma a Josué, hijo de Nun, hombre de grandes cualidades, impón la mano sobre él, 19 preséntaselo a Eleazar, el sacerdote, y a toda la comunidad, dale instrucciones en su presencia 20 y delégale parte de tu autoridad, para que la comunidad de Israel le obedezca. 21 Se presentará a Eleazar, el sacerdote, que consultará por él al Señor por medio de las suertes, y conforme al oráculo saldrán y entrarán él y todos los israelitas, toda la comunidad.

22 Moisés hizo lo que el Señor le había mandado: tomó a Josué, lo colocó delante del sacerdote Eleazar y de toda la asamblea, 23 le impuso las manos y le dio las instrucciones recibidas del Señor.

Ofrendas que deben ser presentadas al Señor
(Lv 23; Ez 46,4-15)

28 1 El Señor habló a Moisés:

2 –Ordena a los israelitas: Pongan cuidado en presentarme a su debido tiempo mis ofrendas, mis alimentos y las oblaciones de aroma que aplaca. 3 Diles también:

»Diariamente dos corderos de un año, sin defecto, como holocausto perpetuo. 4 Uno de los corderos lo ofrecerás por la mañana y el otro al atardecer, 5 junto con la ofrenda de la décima parte de una medida de harina de la mejor calidad amasada con un litro de aceite refinado. 6 Es el holocausto perpetuo que se ofrecía en el monte Sinaí, como aroma que aplaca, oblación al Señor. 7 La libación será de un litro por cada cordero. La libación de licor se hará en el templo. 8 El segundo cordero lo ofrecerás al atardecer, con la misma ofrenda y la misma libación de la mañana, en oblación de aroma que aplaca al Señor.

9 »El sábado ofrecerás dos corderos de un año, sin defecto, con dos décimas partes de una medida de harina de la mejor calidad amasada con aceite, como ofrenda, y con su libación. 10 Es el holocausto del sábado que se añade al holocausto diario y a su libación.

11 »El primero de mes ofrecerán en holocausto al Señor dos novillos, un carnero y siete corderos de un año sin defecto. 12 Como ofrenda por cada novillo, tres déci-

---

27,12-23 El Señor anuncia a Moisés su muerte. Consecuente con el criterio del Señor de que ninguno de los que salieron de Egipto entraría en la tierra prometida –con la única excepción de Josué y Caleb–, el redactor incluye en esta sección netamente legislativa (capítulos 27–30) el anuncio del fin de Moisés y los preparativos para investir a Josué como guía sustituto. La sobriedad del diálogo entre el Señor y Moisés constituye el ejemplo paradigmático para los guías y líderes de cualquier comunidad, ya sean religiosos o políticos. Moisés es consciente de que no es indispensable, y la única preocupación que presenta al Señor es que sea el mismo Señor el que elija a uno del pueblo para que tome sus funciones. No está el proyecto personal del líder por encima del proyecto del pueblo, es el proyecto del pueblo el motivo de las preocupaciones y afanes del líder.

Sobradas experiencias de este tipo tenemos en tantos países y comunidades de donde provenimos; el despotismo y la tiranía que tantas veces hemos tenido que sufrir no tienen otra causa que un dirigente político o religioso que, creyéndose indispensable e insustituible, ha puesto como criterio máximo para todos su proyecto personal.

28,1–30,1 Ofrendas que deben ser presentadas al Señor. Estos dos capítulos prácticamente recogen lo

mas partes de una medida de harina de la
mejor calidad amasada con aceite; por el
carnero, una ofrenda de dos décimas par-
tes de una medida de harina de la mejor ca-
lidad amasada con aceite, 13 y por cada
cordero, una ofrenda de una décima parte
de una medida de harina de la mejor cali-
dad amasada con aceite. Es un holocausto,
oblación de aroma que aplaca al Señor.
14 La libación será de dos litros de vino por
cada novillo, de un litro y medio por el car-
nero y de un litro por cada cordero. Es el
holocausto mensual para todos los meses
del año. 15 Se ofrecerá también al Señor un
chivo en sacrificio expiatorio, además del
holocausto diario y su oblación.

16 »El día catorce del primer mes se ce-
lebra la Pascua del Señor y 17 el día quince
es día de fiesta. Durante siete días se co-
merá pan ázimo. 18 El primer día se reuni-
rán en asamblea litúrgica y no trabajarán.
19 Ofrecerán en oblación, en holocausto al
Señor, dos novillos, un carnero y siete cor-
deros de un año sin defecto con una ofren-
da de harina de la mejor calidad amasada
con aceite: 20 tres décimas partes de una
medida de harina de la mejor calidad por
cada novillo, dos décimas partes por el car-
nero 21 y una décima parte por cada uno de
los siete corderos. 22 Ofrecerán también un
chivo en sacrificio expiatorio para realizar el
rito de expiación por ustedes; 23 además del
holocausto de la mañana, el holocausto
diario. 24 Lo mismo harán cada uno de los
siete días: es alimento, oblación de aroma
que aplaca al Señor. Harán eso además del
holocausto diario y su libación. 25 El sépti-
mo día tendrán asamblea litúrgica y no tra-
bajarán.

26 »El día de las primicias, cuando uste-
des presenten al Señor la ofrenda nueva, en
la fiesta de las Semanas, tendrán asamblea
litúrgica y no harán trabajo alguno. 27 Ofre-
cerán como holocausto de aroma que apla-
ca al Señor dos novillos, un carnero y siete
corderos de un año 28 con una ofrenda de
harina de la mejor calidad amasada con
aceite: tres décimas partes de una medida
por cada novillo, dos décimas partes de
una medida por el carnero 29 y una décima
parte de una medida por cada uno de los
siete corderos. 30 Ofrecerán un chivo para
realizar el rito de expiación por ustedes,
además del holocausto diario y de su ofren-
da. No tendrán defecto y añadirán la liba-
ción.

29 1 »El primer día del séptimo mes ten-
drán asamblea litúrgica y no harán
trabajo alguno. Ése día será para ustedes
día de aclamación. 2 Ofrecerán en holo-
causto de aroma que aplaca al Señor un
novillo, un carnero y siete corderos de un
año sin defecto, 3 con una ofrenda de hari-
na de la mejor calidad amasada con aceite:
tres décimas partes de una medida por el
novillo, dos décimas partes de una medida
por el carnero 4 y una décima parte de una
medida por cada uno de los siete corderos.
5 Ofrecerán un chivo en sacrificio expiatorio
para realizar el rito de expiación por uste-
des, 6 además del holocausto mensual con
su ofrenda y del holocausto diario con su
ofrenda, junto con sus libaciones, según lo
prescrito. Es oblación de aroma que aplaca
al Señor.

7 »El décimo día del mismo mes séptimo
tendrán asamblea litúrgica y harán peniten-

---

ya legislado en Levítico 23 sobre las diferentes ofrendas que debían presentarse al Señor con motivo de las grandes festividades; sin embargo, advertimos varias novedades: 28,9s menciona por primera vez en el «corpus legislativo del culto» una ofrenda que debía ser presentada el sábado, sin paralelo en el Pentateuco pero sí en Ezequiel (Ez 46,4s), lo cual hace suponer que se trata de una ley que surge en el destierro y que posiblemente perdura hasta la época del Nuevo Testamento. La segunda novedad es la ley sobre los sacrificios el día primero de cada mes; es decir, el día de luna nueva, cuya fiesta se menciona sin regulaciones precisas en Nm 10,10; 1 Sm 20,5; Is 1,13 ; Sal 81,4.

Nótese que, por regla general, a una ofrenda animal le corresponde también una ofrenda vegetal. La intención teológica y pastoral de estas regulaciones es el reconocimiento permanente por parte del pueblo de la total soberanía del Señor mediante el ofrecimiento de parte de lo que el mismo Señor ha dado a sus hijos; el israelita debía tener en mente que no era él quien daba algo al Señor: era el Señor quien le había dado a él, y en reconocimiento devolvía parte de lo recibido. Desafortunadamente no siempre se entendió así esa dinámica, sino que se llegó a pensar que el Señor necesitaba de esas ofrendas o que con ellas los israelitas podían comprarse algún favor divino; al menos eso es lo que se puede deducir del Sal 50.

cia y no harán trabajo alguno. 8 Ofrecerán
en holocausto de aroma que aplaca al Se-
ñor un novillo, un carnero y siete corderos
de un año sin defecto: 9 con una ofrenda de
harina de la mejor calidad amasada con
aceite: tres décimas partes de una medida
por el novillo, dos décimas partes por el
carnero 10 y una décima parte por cada uno
de los siete corderos. 11 Ofrecerán un chivo
en sacrificio expiatorio, además del sacrifi-
cio expiatorio del día de la expiación del
holocausto diario, con sus ofrendas y liba-
ciones.

12 »El día quince del séptimo mes ten-
drán asamblea litúrgica y no harán trabajo
alguno. Celebrarán fiesta en honor del Se-
ñor durante siete días. 13 Ofrecerán en holo-
causto, oblación de aroma que aplaca al
Señor, trece novillos, dos carneros y cator-
ce corderos de un año sin defecto, 14 con
una ofrenda de harina de la mejor calidad
amasada con aceite: tres décimas partes
de una medida por cada uno de los trece
novillos, dos décimas partes por cada uno
de los dos carneros 15 y una décima parte
por cada uno de los catorce corderos.
16 Ofrecerán un chivo en sacrificio expiato-
rio, además del holocausto diario, con su
ofrenda y su libación.

17 El segundo día ofrecerán doce novi-
llos, dos carneros y catorce corderos de un
año sin defecto, 18 con las ofrendas y liba-
ciones correspondientes al número de novi-
llos, carneros y corderos. 19 Ofrecerán un
chivo en sacrificio expiatorio, además del
holocausto diario, con su ofrenda y sus li-
baciones.

20 El tercer día ofrecerán once novillos,
dos carneros y catorce corderos de un año
sin defecto 21 con las ofrendas y libaciones
correspondientes al número de novillos,
carneros y corderos. 22 Ofrecerán un chivo
en sacrificio expiatorio, además del holo-
causto diario, con su ofrenda y su libación.

23 El cuarto día ofrecerán diez novillos,
dos carneros y catorce corderos de un año
sin defecto 24 con las ofrendas y libaciones
correspondientes al número de novillos,
carneros y corderos. 25 Ofrecerán un chivo
en sacrificio expiatorio, además del holo-
causto diario, con su ofrenda y su libación.

26 El quinto día ofrecerán nueve novillos,
dos carneros y catorce corderos de un año
sin defecto 27 con las ofrendas y libaciones
correspondientes al número de novillos,
carneros y corderos. 28 Ofrecerán un chivo
en sacrificio expiatorio, además del holo-
causto diario, con su ofrenda y su libación.

29 El sexto día ofrecerán ocho novillos,
dos carneros y catorce corderos de un año
sin defecto 30 con las ofrendas y libaciones
correspondientes al número de novillos,
carneros y corderos. 31 Ofrecerán un chivo
en sacrificio expiatorio, además del holo-
causto diario, con su ofrenda y su libación.

32 El séptimo día ofrecerán siete novillos,
dos carneros y catorce corderos de un año
sin defecto 33 con las ofrendas y libaciones
correspondientes al número de novillos,
carneros y corderos. 34 Ofrecerán un chivo
en sacrificio expiatorio, además del holo-
causto diario, con su ofrenda y su libación.

35 El octavo día tendrán reunión solemne
y no harán trabajo alguno. 36 Ofrecerán en
holocausto, oblación de aroma que aplaca
al Señor, un novillo, un carnero y siete cor-
deros de un año sin defecto 37 con las ofren-
das y libaciones correspondientes al novi-
llo, al carnero y al número de los corderos.
38 Ofrecerán un chivo en sacrificio ex-
piatorio, además del holocausto diario, con
su ofrenda y su libación.

39 Harán todo esto en sus fechas, inde-
pendientemente de sus votos y sacrificios
voluntarios, de sus holocaustos, ofrendas,
libaciones y sacrificios de comunión.

30 1 Moisés habló a los israelitas con-
forme el Señor le había ordenado.

Ley sobre los votos
(Dt 23,22-24)

2 Moisés habló a los jefes de las tribus de
Israel:

–Esto es lo que ordena el Señor:

3 Cuando un hombre haga un voto al Se-
ñor o se comprometa a algo bajo jura-

30,2-17 Ley sobre los votos. Es probable que esta ley responda a una cierta relajación sobre los votos y promesas hechos al Señor. Al varón se le exige que cumpla su palabra sin más; su palabra bastaba para dar solemnidad al compromiso y le acompañaba la obligación moral de cumplirla. No así en el caso de la mujer, lo que demuestra con toda claridad el grado de subordinación al que estaba sometida: su palabra sólo

mento, no faltará a su palabra: tal como lo dijo lo hará.

4 Cuando una mujer en su juventud, mientras vive con su padre, haga un voto o adquiera un compromiso, 5 si su padre, al enterarse del voto o del compromiso, no dice nada, entonces sus votos son válidos y quedan en pie los compromisos. 6 Pero si su padre, al enterarse, lo desaprueba, entonces no quedan en pie sus votos ni el compromiso. El Señor la dispensa, porque su padre lo ha desaprobado. 7 Y si se casa, estando ligada por el voto o por el compromiso que salió de sus labios por irreflexión, 8 y al enterarse el marido no le dice nada, entonces los votos son válidos y quedan en pie los compromisos; 9 pero si al enterarse el marido lo desaprueba, entonces anula el voto que la ligaba y los compromisos salidos de sus labios. El Señor la dispensa.

10 El voto de la viuda y de la repudiada y los compromisos que adquiere son válidos.

11 Cuando una mujer hace un voto en casa de su marido o se compromete a algo bajo juramento, 12 si su marido, al enterarse, no dice nada y no lo desaprueba, entonces sus votos son válidos y quedan en pie los compromisos; 13 pero si su marido, al enterarse, lo anula, entonces todo lo que salió de sus labios, votos y compromisos, es inválido. Su marido lo ha anulado y Dios la dispensa. 14 El marido puede confirmar o anular todo voto o juramento de hacer una penitencia. 15 Pero si a los dos días el marido no le ha dicho nada, entonces confirma todos los votos y compromisos que la ligan: los confirma con el silencio que guardó al enterarse; 16 y si los anula más tarde, cargará él con la culpa de ella.

17 Estas son las órdenes que dio el Señor a Moisés para marido y mujer, para padre e hija cuando aún joven vive con su padre.

Destrucción de Madián

Guerra santa

(Dt 20)

31 1 El Señor dijo a Moisés:

2 –Primero vengarás a los israelitas de los madianitas, después te reunirás con los tuyos.

3 Moisés dijo al pueblo:

–Elijan entre ustedes algunos hombres y ármenlos para la guerra; atacarán a Madián para ejecutar en ellos la venganza del Señor. 4 Armen para la guerra mil hombres de cada tribu de Israel.

5 Así, movilizaron para la guerra doce mil hombres, mil por cada tribu de Israel.

6 Moisés los envió a la batalla, mil por cada tribu, a las órdenes de Fineés, hijo de Eleazar, con las armas sagradas y las cornetas para el toque de ataque. 7 Presentaron batalla a Madián, como el Señor había mandado a Moisés, y mataron a todos los varones. 8 Y mataron a los reyes de Madián con los demás caídos: Eví, Requen, Zur, Jur y Reba, los cinco reyes de Madián. Y también pasaron a cuchillo a Balaán, hijo de Beor. 9 Hicieron cautivos a las mujeres y niños de Madián y saquearon sus bestias, su ganado y sus riquezas. 10 Incendiaron todas las ciudades habitadas y los poblados, 11 y se llevaron todos los despojos, hombres y animales. 12 Trajeron los prisioneros, el botín y los despojos a Moisés, al sacerdote Eleazar y a toda la comunidad de Israel, que acampaba en la estepa de Moab, junto al Jordán, frente a Jericó.

13 Moisés con el sacerdote Eleazar y los jefes de la comunidad salieron a recibirlos

---

tenía validez si su padre –en el caso de una joven soltera– o su marido –si estaba casada– daba el consentimiento. Únicamente el voto y los compromisos de la viuda o de la repudiada eran válidos sin necesidad de que interviniera un hombre, por tratarse de mujeres que no disponían de un varón que las representara.

Este testimonio bíblico que hoy nos sorprende todavía no está superado en muchos de nuestros países y comunidades de origen. Aún falta la madurez humana y de fe tanto del hombre como de la misma mujer para vivir y aceptar esa paridad de derechos y responsabilidades queridos por Dios desde la creación (cfr. Gn 1,26).

31,1-54 Destrucción de Madián. Este capítulo retoma 25,16-18, donde en efecto se recibe la orden de atacar a los madianitas, un pueblo con el que Moisés tuvo al principio buenas relaciones (cfr. Éx 2,15s). El motivo de la guerra contra este pueblo, según lo explicita el mismo texto, es haber propiciado la idolatría de los israelitas cuando le rindieron culto a Baal-Fegor y muchos se acostaron con las mujeres consagradas a dicha divinidad.

El capítulo 25 nos narraba el castigo divino propinado a Israel; este capítulo, el castigo dirigido contra los madianitas. Hay una mención negativa de Balaán (8.16); el mismo que había bendecido a Israel rehu-

fuera del campamento. 14 Moisés se encole-
rizó con los jefes de la tropa, generales y
capitanes que volvían de la batalla, 15 y les
dijo:
–¿Por qué han dejado con vida a las mu-
jeres? 16 Son ellas las que, instigadas por
Balaán, hicieron a los israelitas traicionar al
Señor por Baal-Fegor, y por ellas hubo una
mortandad en la comunidad del Señor.
17 Ahora mismo maten a todos los varones,
incluidos los niños, y a todas las mujeres
que hayan tenido relaciones con hombres.
18 Las niñas y las jóvenes que no hayan te-
nido relaciones con hombres déjenlas vi-
vas. 19 Ustedes acampen fuera del campa-
mento siete días. Los que hayan matado a
alguno o hayan tocado algún muerto se pu-
rificarán con sus cautivos el día tercero y el
séptimo. 20 Purifiquen también toda la ropa,
los objetos de piel o de pelo de cabra y los
utensilios de madera.
21 El sacerdote Eleazar dijo a los gue-
rreros que habían vuelto de la batalla:
–Éstas son las prescripciones que el Se-
ñor ha dado a Moisés: 22 Oro, plata, bronce,
hierro, estaño y plomo, 23 todo lo que resis-
te el fuego, lo purificarán a fuego y lo lava-
rán con agua de purificación, y lo que no
resiste el fuego lo lavarán con agua. 24 El
séptimo día laven los vestidos para que
queden limpios, y así puedan entrar en el
campamento.

Botín
(1 Sm 30,21-25)

25 El Señor dijo a Moisés:
26 –Hagan la cuenta del botín capturado,
de hombres y animales, tú con el sacerdo-
te Eleazar y los cabezas de familia. 27 Divi-
dirás a medias el botín entre los soldados
que fueron a la batalla y el resto de la co-
munidad. 28 Cobra un tributo para el Señor
a los soldados que fueron a pelear: el uno
por quinientos, de hombres, vacas, asnos y
ovejas, 29 deducido de la mitad que les
toca, y entrégaselo al sacerdote Eleazar
como tributo para el Señor. 30 De la otra mi-
tad, de la porción de los israelitas, cobrarás
el uno por cincuenta, de hombres, vacas,
asnos, ovejas y toda clase de animales, y
se lo entregarás a los levitas que atienden a
las funciones del templo del Señor.
31 Moisés y el sacerdote Eleazar hicieron
lo que el Señor mandaba a Moisés.
32 Censo del botín que capturaron las
tropas: ovejas, seiscientas setenta y cinco
mil; 33 vacas, setenta y dos mil; 34 asnos,
sesenta y un mil; 35 seres humanos, muje-
res que no habían tenido que ver con hom-
bres, treinta y dos mil.
36 Porción que tocó a los que habían lu-
chado: ovejas, trescientas treinta y siete mil
quinientas; 37 tributo de ovejas para el Se-
ñor, seiscientas setenta y cinco; 38 vacas,
treinta y seis mil; de ellas, tributo para el
Señor, setenta y dos; 39 asnos, treinta mil
quinientos, de los cuales, tributo para el Se-
ñor, sesenta y uno; 40 seres humanos, dieci-
séis mil; de ellos, tributo para el Señor,
treinta y dos.
41 Moisés entregó el tributo del Señor al
sacerdote Eleazar, como le había mandado
el Señor.
42 De la otra mitad, que Moisés había re-
quisado a los soldados para los demás is-

sando enriquecerse con las ofertas de Balac, rey de Moab, está ahora interesado en la maldición de los israelitas. Estamos ante diversas tradiciones del mismo personaje, tal y como sucede con las tensiones entre Israel y los madianitas, que en algún momento de su historia provocaron la ruptura de sus relaciones. La rivalidad con otros pueblos se retroproyecta al momento mismo o al período previo a la entrada en la tierra prometida con una intencionalidad programática: Israel no puede compartir o imitar ninguna práctica religiosa de los pueblos que le rodean bajo pena de muerte; debe declarar la guerra a todo culto idolátrico y no contaminarse.

Esta represalia desmesurada y cruenta contra los madianitas no debe tomarse en sentido literal; tampoco podemos dudar de si la orden de ataque la dio o no el mismo Dios. Jamás debemos llegar a pensar que un acto de violencia y de barbarie como éste o como tantos otros que encontramos en el Antiguo Testamento pueda provenir del mismo «Ser» cuya esencia es sólo amor, misericordia y perdón. Estos relatos deben ser entendidos en su contexto y en el conjunto de preocupaciones e intencionalidades teológicas de sus redactores. Nunca pueden ser un argumento para promover la violencia o la intolerancia religiosa. Ingenuamente se habla a veces de guerra «santa», como si guerra y santidad fueran compatibles. Toda guerra o acto violento es condenable, por más que el nombre de Dios esté de por medio. Es necesario estar muy atentos para no caer en la aceptación de falsas ideologías político-religiosas que comprometen la auténtica imagen del Dios bíblico.

raelitas, 43 el censo fue el siguiente: ovejas,
trescientas treinta y siete mil quinientas;
44 vacas, treinta y seis mil; 45 asnos, treinta
mil quinientos; 46 seres humanos, dieciséis
mil; 47 de ellos, Moisés tomó un tributo del
dos por ciento, de hombres y animales, y lo
entregó a los levitas que atienden a las fun-
ciones del templo del Señor, como lo había
mandado el Señor.

48 Los mandos de las tropas, generales y
capitanes, se acercaron a Moisés 49 y le di-
jeron:

–Tus siervos han hecho el censo de los
soldados bajo su mando, y no falta ni uno.
50 Por eso cada uno de nosotros en recono-
cimiento por haber salvado la vida ofrece al
Señor, de lo que ha capturado, objetos de
oro, pulseras, brazaletes, anillos, pendien-
tes y cuentas.

51 Moisés y el sacerdote Eleazar recibie-
ron el oro que les ofrecían, todo ello en ar-
tículos de orfebrería. 52 El oro del tributo
ofrecido al Señor pesó mil seiscientos se-
tenta y cinco siclos. 53 Los soldados lo ha-
bían recogido como botín para sí mismos.
54 Moisés y el sacerdote Eleazar recibieron
de los generales y capitanes el oro y lo lle-
varon a la tienda del encuentro, como re-
cuerdo de los israelitas ante el Señor.

Primera ocupación: Rubén y Gad

32 1 Los rubenitas y los gaditas poseían
inmensos rebaños, y viendo que la
tierra de Yazer y de Galaad era excelente
para el ganado, 2 acudieron a Moisés, al sa-
cerdote Eleazar y a los jefes de la comuni-
dad para proponerles:

3 –Atarot, Dibón, Yazer, Nimrá, Jesbón,
Elalé, Sebán, Nebo y Beón, 4 el territorio de
los pueblos que el Señor derrotó al avanzar
los israelitas, es tierra buena para ganado,
y tus siervos poseen rebaños. 5 Por favor,
haz que entreguen a tus siervos esa tierra
en propiedad, y no pasaremos el Jordán.

6 Moisés respondió a los gaditas y rube-
nitas:

–¿De modo que sus hermanos irán a la
guerra, mientras ustedes se quedan aquí?
7 Van a desmoralizar a los israelitas y no pa-
sarán a la tierra que piensa darles el Señor.
8 Eso es lo que hicieron sus padres cuando
los envié desde Cades Barne a reconocer el
país: 9 subieron hasta Torrente de Escol, re-
conocieron la tierra y desmoralizaron a los
israelitas para que no entraran en la tierra
que pensaba darles el Señor. 10 Aquel día se
encendió la ira del Señor y juró: 11 Los hom-
bres que salieron de Egipto, de veinte años
para arriba, no verán la tierra que prometí a
Abrahán, Isaac y Jacob, porque no me han
sido fieles. 12 Exceptúo a Caleb, hijo de Je-
foné, el quenizita, y a Josué, hijo de Nun,
porque fueron fieles al Señor. 13 La ira del
Señor se encendió contra Israel, y los za-
randeó por el desierto cuarenta años, hasta
que se terminó la generación que había he-
cho lo que el Señor reprueba. 14 Y ahora us-
tedes, raza de pecadores, ocupan el lugar
de sus padres, avivando la ira ardiente del
Señor. 15 Porque si se apartan de él, otra vez
los dejará en el desierto y ustedes serán los
causantes de la destrucción de este pueblo.

16 Ellos se acercaron a decirle:

–Construiremos aquí corrales para los
rebaños y poblados para nuestros niños,
17 y nosotros nos armaremos a toda prisa e
iremos delante de los israelitas hasta dejar-
los en su lugar; mientras, nuestros niños se

32,1-42 Primera ocupación: Rubén y Gad. Los éxitos militares de Israel han permitido conquistar ya un buen territorio despejado de enemigos al oriente del Jordán. Lo más lógico sería ocuparlo «oficialmente», de ahí la propuesta de los descendientes de Rubén y de Gad de posesionarse del territorio con la aparente justificación del exceso de ganado que poseen (1-5).

Moisés antepone varios reparos a la propuesta: en primer lugar, los acontecimientos del desierto han afectado, para bien o para mal, a toda la comunidad israelita; segundo, la conquista de este territorio es una empresa de todo el pueblo; en tercer lugar, y lo que es peor, esto podría ser visto por el Señor como un acto de desobediencia contra su voluntad, ya que desea que todo el pueblo atraviese el Jordán y conquiste el país de Canaán. Además, de no hacerlo así, sería motivo de desaliento y desmoralización para el resto del pueblo (6s).

Lo más trágico sería el desencadenamiento de un castigo divino contra todo el pueblo por causa de unos cuantos (8-17), como de hecho ya había ocurrido en otras ocasiones. Sólo bajo juramento acepta Moisés la propuesta de los rubenitas y gaditas: dejarán sus posesiones, sus mujeres y sus niños en el territorio que piensan ocupar y acompañarán al resto de la comunidad en la conquista de la tierra prometida. Finalmente, el territorio al este del Jordán es repartido en-

quedarán en las ciudades fortificadas, protegidos de los habitantes del país. 18 No volveremos a nuestras casas hasta que cada israelita no haya ocupado su herencia 19 y no nos repartiremos con ellos la herencia al otro lado del Jordán, sino que nuestra herencia nos tocará a este lado, al este del Jordán.

20 Moisés les contestó:

–Si se arman para la batalla, como el Señor quiere, 21 y armados cruzan el Jordán, como el Señor quiere, hasta que él les quite de delante al enemigo, 22 y la tierra quede sometida, como Dios quiere, y sólo después vuelven, entonces serán inocentes ante el Señor y ante Israel, y esta tierra será propiedad de ustedes por voluntad del Señor. 23 Pero si no obran así, pecarán contra el Señor, y sepan que su pecado será castigado. 24 Ahora, entonces, construyan poblados para sus niños y corrales para los rebaños, y hagan lo que han prometido.

25 Los gaditas y rubenitas respondieron a Moisés:

–Tus siervos harán lo que tú, señor mandes; 26 nuestros niños, mujeres, ganados y bestias quedarán aquí, en los poblados de Galaad, 27 y tus siervos pasarán, todos armados, para luchar, como el Señor quiere y tú nos dices.

28 Moisés dio instrucciones acerca de ellos al sacerdote Eleazar, a Josué, hijo de Nun, y a los cabezas de familia en las tribus de Israel:

29 –Si los gaditas y rubenitas pasan con ustedes el Jordán, todos armados, para luchar, como el Señor quiere, y la tierra les queda sometida, les darán la tierra de Galaad en propiedad. 30 Pero si no pasan armados con ustedes, recibirán su propiedad en la tierra de Canaán.

31 Los gaditas y rubenitas contestaron:

–Haremos lo que el Señor manda a tus siervos. 32 Nosotros pasaremos armados a la tierra de Canaán, como el Señor quiere, y nos tocará en propiedad una herencia a este lado del Jordán.

33 Moisés asignó a los gaditas y rubenitas y a la mitad de la tribu de Manasés, hijo de José, el reino de Sijón, rey de los amorreos, y el reino de Og, rey de Basán, con todas las ciudades y poblados del territorio.

34 Los gaditas reconstruyeron Dibón, Aroer, 35 Atarot-Sofán, Yazer, Yogbehá, 36 Bet Nimrá, Bet-Harán, fortificándolas, y construyeron corrales para los rebaños. 37 Los rubenitas reconstruyeron Jesbón, Elalé, Quiriatain, 38 Nebo, Baal Maón, Sibma, y pusieron nombres nuevos a los poblados reconstruidos. 39 Los maquiritas, descendientes de Manasés, fueron y conquistaron Galaad y expulsaron a los amorreos, que habitaban allí. 40 Moisés asignó Galaad a la tribu de Maquir, hijo de Manasés, que se estableció allí. 41 Yaír, hijo de Manasés, fue y conquistó sus aldeas, y las llamó Aldeas de Yaír. 42 Nóbaj fue y conquistó Quenat y los poblados de alrededor, y los llamó con su nombre: Nóbaj.

Itinerario de Israel

33 1 Éstas son las etapas del viaje de los israelitas cuando salieron de Egipto, por escuadrones, bajo la guía de Moisés y Aarón. 2 Moisés registró las etapas de la marcha, según la orden del Señor.

3 El día quince del primer mes, el día siguiente a la Pascua, salieron decididos de Ramsés, a la vista de los egipcios. 4 Los egipcios estaban todavía enterrando los primogénitos que el Señor había hecho morir para hacer justicia de sus dioses.

5 Los israelitas salieron de Ramsés y acamparon en Sucot.

6 Salieron de Sucot y acamparon en Etán, al borde del desierto.

7 Salieron de Etán, volvieron a Pi Hajirot frente a Baal-Safón y acamparon frente a Migdol.

---

tre los descendientes de Rubén, de Gad y de la mitad de la tribu de Manasés (33-42). Con este relato, la corriente sacerdotal (**P**) pretende enseñar que la desobediencia a las órdenes divinas trae como consecuencia la muerte.

33,1-56 Itinerario de Israel. En coherencia con el dato de los cuarenta años de Israel en el desierto, los redactores sacerdotales, responsables de este libro, acomodan en época tardía cuarenta etapas de un año de duración cada una. Evidentemente, se trata de cifras simbólicas. El desierto ha significado para la mentalidad israelita el tiempo y el espacio que la conciencia requiere para transformarse completamente. No era posible entrar en la tierra prometida con mentalidad de esclavos; por eso ninguna tradición antigua sobre la salida de Egipto y el ingreso en la tierra prome-

8 Salieron de Pi Hajirot, atravesaron el mar hacia el desierto, caminaron tres días por el desierto de Etán y acamparon en Mara.
9 Salieron de Mara y llegaron a Elim, donde había doce fuentes y setenta palmeras, y acamparon allí.
10 Salieron de Elim y acamparon junto al Mar Rojo.
11 Salieron del Mar Rojo y acamparon en el desierto de Sin.
12 Salieron del desierto de Sin y acamparon en Dofca.
13 Salieron de Dofca y acamparon en Alús.
14 Salieron de Alús y acamparon en Rafidín, donde no encontraron agua para el pueblo.
15 Salieron de Rafidín y acamparon en el desierto del Sinaí.
16 Salieron del desierto del Sinaí y acamparon en Quibrot Hatavá.
17 Salieron de Quibrot Hatavá y acamparon en Jaserot.
18 Salieron de Jaserot y acamparon en Ritmá.
19 Salieron de Ritmá y acamparon en Rimón Pares.
20 Salieron de Rimón Pares y acamparon en Libná.
21 Salieron de Libná y acamparon en Risá.
22 Salieron de Risá y acamparon en Quehelata.
23 Salieron de Quehelata y acamparon en el monte Safer.
24 Salieron de Monte Safer y acamparon en Jarada.
25 Salieron de Jarada y acamparon en Maqhelot.
26 Salieron de Maqhelot y acamparon en Tajat.
27 Salieron de Tajat y acamparon en Taraj.
28 Salieron de Taraj y acamparon en Mitcá.
29 Salieron de Mitcá y acamparon en Jasmoná.
30 Salieron de Jasmoná y acamparon en Moserot.
31 Salieron de Moserot y acamparon en Bene Yacán.
32 Salieron de Bene Yacán y acamparon en Jor Haguidgad.
33 Salieron de Jor Haguidgad y acamparon en Yotbata.
34 Salieron de Yotbata y acamparon en Abroná.
35 Salieron de Abroná y acamparon en Esión Gueber.
36 Salieron de Esión Gueber y acamparon en el desierto de Sin, en Cades.
37 Salieron de Cades y acamparon en el
monte Hor, al extremo del territorio de
Edom. 38 El sacerdote Aarón subió al monte Hor, por mandato del Señor, y allí murió
a los cuarenta años de la salida de Egipto,
el día primero del quinto mes. 39 Aarón murió en la cima de Monte Hor a la edad de
ciento veintitrés años.
40 El rey cananeo de Arad, que habitaba en el Negueb, en territorio cananeo, se enteró de que se acercaban los israelitas.
41 Salieron de Monte Hor y acamparon en Salmoná.
42 Salieron de Salmoná y acamparon en Punón.
43 Salieron de Punón y acamparon en Obot.
44 Salieron de Obot y acamparon en Ruinas de Abarín, en la frontera de Moab.
45 Salieron de Ruinas de Abarín y acamparon en Dibón Gad.
46 Salieron de Dibón Gad y acamparon en Almón Diblataín.
47 Salieron de Almón Diblataín y acamparon en los montes de Abarín, frente a Nebo.
48 Salieron de los montes de Abarín y acamparon en la estepa de Moab, junto al Jordán, a la altura de Jericó.
49 En la estepa de Moab acamparon a lo largo del Jordán, desde Bet Yesimot hasta Abel Sitín.

---

tida sostiene que dicho evento se haya dado de manera inmediata. Este libro también insiste en que ninguno de la generación que salió de Egipto entró en la tierra prometida, ni siquiera Moisés. Con excepción de Josué y Caleb, todos murieron en el desierto.

Los versículos 50-56 son una repetición de Éx 23,23-33 y equivalen al programa de fondo de la conquista. De todos modos, una cosa es el ideal y otra muy distinta es la realidad. En muchas ocasiones, Israel se apartó de su camino e hizo todo lo contrario al programa de vida con el que se había comprometido, como sabemos por las numerosas y constantes denuncias de los profetas.

50 En la estepa de Moab, junto al Jordán,
a la altura de Jericó, el Señor habló a Moi-
sés:
51 –Di a los israelitas: Cuando atraviesen
el Jordán para entrar en el territorio de Ca-
naán, 52 expulsarán a todos sus habitantes,
destruirán sus ídolos e imágenes y demole-
rán sus santuarios. 53 Ocupen la tierra y ha-
bítenla porque yo se la doy en posesión.
54 Se la repartirán a suertes entre los cla-
nes. Cada uno recibirá una herencia pro-
porcional al número de registrados. Cada
tribu ocupará la parte que le toque por
suerte. 55 Si no expulsan a los habitantes
del país, entonces los que queden serán
para ustedes espinas en los ojos y aguijo-
nes en el costado, y los atacarán en la tie-
rra que van a habitar. 56 Y yo los trataré a
ustedes como había pensado tratarlos a
ellos.

Fronteras de Israel
(Jos 13–19)

34 1 El Señor dijo a Moisés:
2 –Ordena a los israelitas: Cuando
entren en Canaán, estarán en la tierra que
les toca en herencia y éstos serán sus lími-
tes.
3 La zona del sur limitará por el desierto
de Sin con Edom.
La frontera del sur arrancará del ex-
tremo del Mar Muerto por el este, 4 torcerá
hacia el sur por Maale Acrabbim, y pasan-
do por Sin dará al sur de Cades Barne; se-
guirá por Jasar Addar y pasará por Ase-
mán; 5 en Asemán torcerá hacia el torrente
de Egipto, para terminar en el mar.
6 La frontera del oeste será el Mar Medi-
terráneo: es la frontera occidental.
7 La frontera del norte la marcarán
arrancando del Mar Mediterráneo hasta el
Monte Hor; 8 de allí seguirán hasta la entra-
da de Jamat, llegando hasta Sedadá. 9 Se-
guirá por Zefrón, para terminar en Jasar
Enán. Es la frontera del norte.
10 La frontera del este la marcarán desde
Jasar Enán hasta Safán; 11 bajará desde allí
hacia Rebla, al este de Enán; seguirá ba-
jando bordeando por el este el lago de Ge-
nesaret; 12 seguirá bajando a lo largo del
Jordán, para concluir en el Mar Muerto.
Ésa es su tierra y los límites que la ro-
dean.
13 Moisés ordenó a los israelitas:
–Ésa es la tierra que repartirán a suertes
y que el Señor ha ordenado dar a las nueve
tribus y media. 14 Porque la tribu de Rubén
por familias y la tribu de Gad por familias
han recibido ya su herencia, lo mismo que
media tribu de Manasés. 15 Esas dos tribus
y media han recibido ya su herencia al otro
lado del Jordán, frente a Jericó, al oriente.
16 El Señor habló a Moisés:
17 –Lista de personas que les repartirán
la tierra: el sacerdote Eleazar y Josué, hijo
de Nun. 18 Además, un jefe por cada tribu
para repartir la tierra. 19 Ésta es la lista de
los jefes: por la tribu de Judá, Caleb, hijo de
Jefoné; 20 por la tribu de Simeón, Samuel,
hijo de Amihud; 21 por la tribu de Benjamín,
Eliad, hijo de Caselón; 22 por la tribu de
Dan, el jefe Boquí, hijo de Yoglí. 23 Por los
hijos de José: por la tribu de Manasés, el
príncipe Janiel, hijo de Efod; 24 por la tribu
de Efraín, el príncipe Camuel, hijo de Sef-
tán; 25 por la tribu de Zabulón, el príncipe
Elisafán, hijo de Parnac; 26 por la tribu de
Isacar, el jefe Paltiel, hijo de Azán; 27 por la
tribu de Aser, el jefe Ajihud, hijo de Salomí;
28 por la tribu de Neftalí, el príncipe Fedael,
hijo de Amihud.
29 A éstos encargó el Señor repartir a los
israelitas la herencia en la tierra de Canaán.

Ciudades levíticas
(Jos 21; Ez 48,13s)

35 1 El Señor habló a Moisés en la este-
pa de Moab, junto al Jordán, a la al-
tura de Jericó:
2 –Ordena a los israelitas que cedan a los
levitas, de su propiedad hereditaria, algu-
nos pueblos con sus territorios circundan-
tes para vivir; 3 tendrán pueblos para vivir y
campos para sus animales, ganados y bes-

34,1-29 Fronteras de Israel. Los límites descritos son ideales (1-12). No hay noticia de que las doce tribus hayan ocupado este territorio así demarcado, por lo menos no antes del período de la monarquía, cuando David y luego Salomón conquistaron tierras que no lo habían sido hasta entonces. Los versículos 17-29 recogen de nuevo a los representantes de las nueve tribus y media que faltan por adquirir territorio, los cuales ya han aparecido en dos censos anteriores (capítulos 1 y 26) y, en parte, en la exploración de la tierra prometida (capítulo 13).

tias. 4 Los campos de pastoreo de los pue-
blos que asignen a los levitas se extenderán
en un radio de un kilómetro fuera de los
muros. 5 Es decir, medirán un kilómetro
desde el muro del pueblo al este, sur, oeste
y norte; el pueblo quedará en medio, y ésos
serán sus campos de pastoreo. 6 Asignarán
a los levitas los seis pueblos de refugio que
hayan separado para asilo del homicida y
otros cuarenta y dos pueblos. 7 En total,
asignarán a los levitas cuarenta y ocho
pueblos con sus alrededores. 8 Esos pue-
blos se tomarán de la herencia de los israe-
litas en proporción a los que tenga cada tri-
bu. Cada una cederá a los levitas pueblos
en proporción a la herencia que haya reci-
bido.

Ciudades de refugio
(Dt 19,1-13; Jos 20)

9 El Señor habló a Moisés:
10 –Di a los israelitas: Cuando atraviesen
el Jordán para entrar en Canaán, 11 elegirán
varias ciudades de refugio, donde pueda
buscar asilo el que haya matado a alguien
sin intención. 12 Les servirán de refugio
contra el vengador, y así el homicida no
morirá antes de comparecer a juicio ante la
asamblea. 13 Elegirán seis ciudades de refu-
gio: 14 tres al otro lado del Jordán y tres en
Canaán. Serán ciudades de asilo. 15 Esas
ciudades servirán de refugio a los israelitas,
a los emigrantes y a los criados que vivan
con ellos. Allí podrá buscar asilo el que
haya matado a alguien sin intención.
16 Si lo ha herido con un objeto de hierro
y lo ha matado, es homicida. El homicida
será castigado con la muerte. 17 Si lo ha he-
rido empuñando una piedra capaz de cau-
sar la muerte y lo ha matado, es homicida.
El homicida será castigado con la muerte.
18 Si lo ha herido manejando un objeto de
madera capaz de causar la muerte y lo ha
matado, es homicida. El homicida será
castigado con la muerte. 19 Toca al venga-
dor de la sangre matar al homicida: cuando
lo encuentre, lo matará.
20 Si lo ha derribado por odio o ha arro-
jado contra él algo con toda intención y lo
ha matado, 21 o lo ha golpeado a puñetazos
por enemistad y lo ha matado, entonces el
agresor será castigado con la muerte: es
homicida. El vengador de la sangre matará
al homicida cuando lo encuentre. 22 Si lo ha
derribado casualmente, sin odio, o ha arro-
jado algo contra él sin intención, 23 o le ha
dado una pedrada mortal sin haberlo visto,
y lo mata, sin que le tuviera rencor ni in-
tentase hacerle daño, 24 entonces la comu-
nidad juzgará al que hirió y al vengador de
la sangre, conforme a estas leyes, 25 y sal-
vará al homicida de las manos del venga-
dor de la sangre. La comunidad le dejará
volver a la ciudad donde se había refugiado
buscando asilo, y allí vivirá hasta que mue-
ra el sumo sacerdote ungido con óleo sa-
grado.
26 Si el homicida sale fuera de los límites
de la ciudad donde se había refugiado bus-
cando asilo, 27 y el vengador de la sangre lo
encuentra fuera de los límites de la ciudad
donde se había refugiado, y lo mata, no hay
delito. 28 Porque el homicida debe vivir en la
ciudad donde se había refugiado, hasta que
muera el sumo sacerdote. Y cuando el
sumo sacerdote muera, el homicida podrá
volver a la tierra donde se encuentra su he-
rencia.

35,1-8 Ciudades levíticas. La única tribu que nunca tuvo territorio fue la de Leví. La explicación religiosa es que su heredad era el mismo Señor, pues su oficio era exclusivamente religioso. Sin embargo, en previsión del espacio físico que los levitas debían ocupar encontramos esta ley que ordena a cada israelita ceder parte de su heredad para los levitas. El servicio al Señor no excluye la necesidad de poseer un espacio propio para sí y para la familia.

35,9-34 Ciudades de refugio. El versículo 35,6 exigía la entrega de seis ciudades a los levitas de entre las cuarenta y ocho que toda la comunidad israelita debía donar a esta tribu; aquí se amplía y regula la cuestión. De por medio está la ley del Talión: quitar la vida a quien la haya quitado. La normativa busca favorecer a quien sin intención ni culpa alguna había dado muerte a otra persona. Lo llamativo es que el homicida debía permanecer refugiado en una de aquellas ciudades hasta la muerte del sumo sacerdote (25.28). Esta figura llegó a ser tan venerada, que cuando un condenado a muerte era llevado al lugar de la ejecución, si por fortuna se cruzaba por su camino el sumo sacerdote, inmediatamente era indultado. Lo mismo sucedía el día en que moría el sumo sacerdote: se promulgaban indultos, rebaja de penas, expiación de culpas, etc. Los versículos 30-34 dejan entrever que era posible rescatar la vida de un homicida, una antigua costumbre hitita.

29 Éstas son normas de justicia para us-
tedes, para todos sus descendientes y en
cualquier lugar donde se encuentren.
30 En casos de homicidio, se dará muer-
te al homicida después de oír a los testigos.
Pero un testigo no basta para dictar pena de
muerte. 31 No aceptarán rescate por la vida
del homicida condenado a muerte, porque
debe morir. 32 Tampoco aceptarán rescate
del que buscó asilo en una ciudad de refu-
gio, para dejarle volver a vivir en su tierra,
antes de que muera el sumo sacerdote.
33 No profanarán la tierra donde viven:
con la sangre se profana la tierra, y por la
sangre derramada en tierra no hay más ex-
piación que la sangre del que la derramó.
34 No contaminen la tierra en que viven y en
la que yo habito. Porque yo, el Señor, habi-
to en medio de los israelitas.

Herencia de las mujeres
(27,1-11)

36 1 Los jefes de familia del clan de los
galaaditas, descendientes de Ma-
quir, hijo de Manasés, uno de los clanes de
la casa de José, se presentaron a Moisés, a
los príncipes y jefes de familia israelita, 2 y
declararon:
–Dios ha ordenado a mi señor que re-
parta la tierra por suerte a los israelitas.
También ha ordenado a mi señor que haga
pasar la herencia de Salfajad, nuestro her-
mano, a sus hijas. 3 Pero si se casan con
uno de otra tribu israelita, su herencia se
sustraerá de la herencia de nuestros pa-
dres; la herencia de la tribu a la que ellas
pasen aumentará y la que nos tocó a nos-
otros disminuirá. 4 Y cuando llegue el jubi-
leo de los israelitas, la herencia de ellas se
sumará a la herencia de la tribu a la que ha-
yan pasado y se sustraerá de la herencia de
nuestros padres.
5 Entonces Moisés, por mandato del Se-
ñor, ordenó a los israelitas:
–La tribu de los hijos de José tiene ra-
zón. 6 El Señor ordena a las hijas de Sal-
fajad: Podrán casarse con quien ellas quie-
ran, pero siempre dentro de algún clan de
su tribu. 7 La herencia de los israelitas no
pasará de tribu a tribu, sino que todo israe-
lita queda ligado a la herencia de la tribu
paterna. 8 Las hijas que posean alguna he-
rencia en cualquiera de las tribus israelitas,
se casarán dentro de uno de los clanes de
la tribu paterna. Así, cada israelita conser-
vará la herencia de su padre; 9 y no pasará
una herencia de una tribu a otra, sino que
cada tribu estará ligada a su herencia.
10 Las hijas de Salfajad hicieron lo que el
Señor había ordenado a Moisés, 11 Majlá,
Tirsá, Joglá, Milcá y Noá, hijas de Salfajad,
se casaron con primos suyos. 12 Se casaron
en clanes de los manasitas, tribu de José,
conservando su herencia dentro de la tribu
a la que pertenecía el clan paterno.
13 Éstas son las órdenes y las leyes que
dio el Señor por medio de Moisés a los is-
raelitas en la estepa de Moab, junto al Jor-
dán, frente a Jericó.

Israel conoce desde antiguo esta ley de la sangre: matar a quien hubiese matado, tarea que correspondía al pariente más próximo del asesinado. Esta legislación tardía suaviza un poco esa costumbre y establece además un juicio formal que podía determinar la condena a muerte del agresor, o bien su huida a una ciudad de refugio sin posibilidad de rescate. ¿Por qué no podía ser rescatado? Porque había derramado sangre, y la sangre sólo era posible expiarla con sangre. El refugio era una gracia concedida al agresor, quien debía confinarse allí, pero podía ser asesinado por el vengador si lo encontraba fuera de la ciudad refugio, en cuyo caso no se consideraba un crimen (27).

36,1-13 Herencia de las mujeres. Esta ley debe ser leída en continuidad con 27,1-11, donde estas mismas mujeres, que no tienen hermanos varones ni maridos, reclaman por derecho una porción de tierra. El asunto del capítulo 27 es el derecho a recibir herencia; aquí, la transmisión de la herencia en el momento de casarse. Este caso responde al riesgo de la acumulación de tierra en pocas tribus por vía del matrimonio. Tal abuso es cortado de raíz al exigir como norma de derecho divino que los matrimonios se realicen entre parejas de clanes de una misma tribu; así, la tierra u otras posesiones no pasan a ser propiedad de tribus diferentes.

El versículo 13 concluye todo el libro, poniendo bajo la autoridad divina todo lo dicho y legislado en el período del desierto, y especialmente aquí, «en las estepas de Moab, junto al Jordán, frente a Jericó», a las puertas ya de la tierra prometida.

La continuación narrativa de este libro tenemos que buscarla en Josué, donde se nos relata el paso del río Jordán y las campañas conquistadoras del país cananeo.



DEUTERONOMIO

El Deuteronomio que nosotros leemos hoy tiene algo de final de sinfonía, de conclusión solemne; pero, posee a la vez algo de roto, de violentamente interrumpido, como si el final no pudiera llegar a su cadencia tonal.

Moisés va a culminar su misión liberadora y el pueblo su largo peregrinar por el desierto. En cierto sentido, el movimiento del Pentateuco se remansa y se aquieta aquí, en la planicie de Moab: silencio contenido para escuchar largos discursos de un hombre que se dispone a morir. Al mismo tiempo, la historia se rompe. Moisés ha de morir antes de completar toda su empresa, el pueblo se queda a las puertas de la tierra prometida, ante la aduana geográfica del Jordán. ¿Qué será del pueblo? ¿Cómo ha de organizarse? ¿Quién lo ha de guiar?

Y porque se rompe bruscamente la historia, se advierte una agitación extraña: tribus impacientes por empezar ya la conquista y ocupación, Rubén, Gad, parte de Manasés; a la que Moisés sanciona. Se anticipa la vida del pueblo en un código que prevé y resuelve las situaciones más importantes de la historia: monarquía, sacerdocio, profetismo, culto, justicia, guerra y paz, familia y sociedad. Moisés lucha desesperadamente por inculcar tal ley, por meter en las entrañas la fidelidad radical y duradera al único Señor, a sus leyes y mandatos, a las exigencias de la historia; lucha contra el olvido, el cansancio, la desesperanza. Y sintiendo que no va a vencer, Moisés deja un poema de testimonio que le sobreviva. Renueva la Alianza, compila sus leyes, encara al pueblo con la gran decisión de su existencia.

Esto es a grandes rasgos el Deuteronomio. También nosotros tenemos que sentarnos con calma para escuchar la conclusión del Pentateuco.

Historia del libro. Parece ser que el Deuteronomio se leyó en otros tiempos de otro modo; no como final del Pentateuco, sino como comienzo de una gran obra histórica que abarcaba el tiempo de la tierra prometida desde la entrada, cruzando el Jordán, hasta la salida, camino del destierro.

Según esta teoría, el autor de la gran construcción y compilación histórica introdujo los capítulos autobiográficos (1–3), que le permitían ofrecer un resumen histórico con nueva perspectiva, y añadió el paso de poderes a Josué, como preparación para lo siguiente. Esta obra se extendía hasta el último capítulo del Segundo libro de los Reyes.

En tal posición, el Deuteronomio era un código de alianza que organizaba la vida en la tierra, previendo y sancionando la lealtad y la deslealtad del pueblo. Y como la historia terminaba en el destierro, el Deuteronomio justifica por adelantado el castigo de Dios. Moisés prevé dolorido ese desenlace y pronuncia una última palabra de esperanza.

La alianza en Moab adquiere así importancia capital. Empalma con la alianza del Sinaí, que recoge en la memoria. Pero asigna a dicha alianza solamente el decálogo como ley promulgada; el resto lo escucha sólo Moisés, se lo guarda, lo promulga antes de morir.

Las instituciones, la legislación y el mensaje del Deuteronomio acompañan al lector desde el comienzo de la obra histórica: como lo que pudo ser y no fue, pero puede y debe volver a ser si el pueblo se convierte. Como un punto de arranque que coloca toda la historia subsiguiente bajo el signo de la libertad responsable ante Dios.

En esta perspectiva, el sentido del libro cambia notablemente. Es muy difícil la paciencia para escuchar tantos sermones al comienzo de una historia. La ficción retrospectiva se hace más patente, las referencias a los Patriarcas se vuelven borrosas en la lejanía. El libro es un homenaje a la personalidad apasionada de Moisés, capaz de dejar tan gravemente preñada la historia que le sucede.



El Deuteronomio ya existía antes de las dos lecturas descritas. No íntegro, sino aproximadamente desde 4,44 hasta el final del capítulo 28. Tiene la forma de un código legal preparado y entreverado de discursos o frases parenéticas, rematado en la serie paralela de bendiciones y maldiciones. La breve justificación histórica de 4,45 y 5,6, las alusiones históricas esparcidas en 6–11, las indicaciones rituales del capítulo 27 con-

fieren al libro la forma aproximada de un documento o protocolo de alianza.

Es bastante probable que, prescindiendo de adiciones, este libro sea el documento encontrado en el Templo en tiempos de Josías (2 Re 22), que sirvió de impulso y base para la reforma del rey. No es probable que el libro se fabricase «ad hoc» en aquella época, pero sí lo es que fuera obra de círculos reformadores, quizá durante el reinado de Manasés. Esto no pasa de conjetura. Es probable que parte del material legal se remonte a tiempos antiguos, mientras que la exhortación sobre la Ley también puede tener raíces seculares.

Mensaje religioso. El Deuteronomio es un libro de gran riqueza teológica; su teología mana de una preocupación pastoral. Deseando inculcar al pueblo la fidelidad al Señor y a sus leyes, el autor recoge la historia y la comenta, sacando de ella unas cuantas directrices grandes y fecundas, afianza la ley en la historia, apela a la conciencia lúcida y responsable.

A primera lectura, puede llamar la atención la insistencia en la centralización del culto. En la superficie, eso es una medida restrictiva para cortar los abusos de los santuarios locales; en el fondo, es una convicción radical, que el Señor es uno sólo, el Dios único de Israel. Todas sus leyes se concentran en el mandamiento principal del amor o lealtad a Dios; Israel es un pueblo de hermanos que han de ser unánimes en la lealtad a su Dios; cada israelita tiene que darse entero a ese compromiso.

Dios ha elegido al pueblo por puro amor, sin méritos previos le va a regalar una tierra y le exige una tarea. Si el pueblo la cumple, obtendrá nuevos beneficios de su Dios, sobre todo el beneficio supremo de la convivencia con Él; si no la cumple, Dios lo castigará sin abandonarlo del todo, llamándolo a la conversión. La tarea no es puramente cúltica, es ante todo una tarea de justicia social y de amor fraterno.



PRIMER DISCURSO DE MOISÉS – INTRODUCCIÓN HISTÓRICA

Introducción

1 1 Palabras que dijo Moisés a todo Is-
rael al otro lado del Jordán, es decir,
en el desierto o estepa que hay frente a Es-
padaña, entre Farán a un lado y Tofel, La-
bán, Jaserot y Dizahab al otro lado; 2 son
once jornadas desde el Horeb hasta Cades
Barne, pasando por la sierra de Seír.
3 Era el día primero del undécimo mes
del año cuarenta cuando Moisés se dirigió a
los israelitas por encargo del Señor. 4 O sea,
después de la derrota de Sijón, rey amorreo
que residía en Jesbón, y de Og, rey de Ba-
sán, que residía en Astarot, en Edrey. 5 Al
otro lado del Jordán, en territorio moabita,
Moisés comenzó a inculcar esta ley, dicien-
do así:

Síntesis histórica

6 –El Señor nuestro Dios nos dijo en el
Horeb: Basta ya de vivir en estas montañas.
7 Pónganse en camino y diríjanse a las
montañas amorreas y a las poblaciones ve-
cinas de la estepa, la sierra, la Sefela, el
Negueb y la costa. O sea, el territorio cana-
neo, el Líbano y hasta el río grande, el Éu-
frates. 8 Mira, ahí delante te he puesto la tie-
rra; entra a tomar posesión de la tierra que
el Señor prometió darles a sus padres, y
después a su descendencia.

Nombramiento de jueces

9 En aquel tiempo yo les dije: Yo solo no
puedo hacerme cargo de todos ustedes,
10 porque el Señor, su Dios, los ha multipli-
cado y hoy son más numerosos que las es-
trellas del cielo. 11 Que el Señor, su Dios,
los haga crecer mil veces más, bendicién-
dolos como les ha prometido; 12 pero,
¿cómo voy a soportar yo solo su carga, sus
asuntos y pleitos? 13 Elijan de cada tribu al-
gunos hombres hábiles, prudentes y ex-
pertos, y yo los nombraré jefes de ustedes.
14 Me contestaron que les parecía bien la
propuesta. 15 Entonces yo tomé algunos
hombres hábiles y expertos y los nombré
jefes de ustedes: para cada tribu jefes de
mil, de cien, de cincuenta y de diez, y ade-
más designé escribas para las tribus. 16 Y di
a sus jueces las siguientes normas: Escu-
chen y resuelvan según justicia los pleitos
de sus hermanos, entre sí o con emigran-
tes. 17 No sean parciales en la sentencia, oi-
gan por igual a pequeños y grandes; no se
dejen intimidar por nadie, porque la senten-
cia es de Dios. Si una causa les resulta de-
masiado ardua, pásenmela a mí y yo la re-
solveré. 18 En la misma ocasión les mandé
todo lo que tenían que hacer. Así les indi-
qué aquella ocasión todo lo que ustedes de-
bían hacer.

Envío de espías a territorio cananeo

19 Después, dejamos el Horeb y nos en-
caminamos a las montañas amorreas, atra-
vesando aquel inmenso y terrible desierto
que ustedes han visto, y cumpliendo las ór-
denes del Señor llegamos a Cades Barne.

1,1-5 Introducción. Estos primeros versículos sirven de introducción al primer discurso de Moisés; ubican espacial y temporalmente a los lectores: «todo Israel» se encuentra congregado «al otro lado del Jordán» (1); es decir, en la margen oriental, en las estepas de Moab, a las puertas del país que el Señor les va a dar. El período del desierto ha terminado, en total fueron cuarenta años; la explicación para esta desmesurada cifra, que contrasta con las «once jornadas» que hay desde el Horeb –así se designa al Sinaí en este libro– hasta el lugar en que ahora se encuentran, la dará el mismo Moisés en 1,19-46: fue por la rebeldía del pueblo, por su obstinación para creer en los signos y proezas del Señor.

1,6-8 Síntesis histórica. Los redactores ponen en boca de Moisés una especie de síntesis histórica que recuerda los momentos más importantes de la experiencia de Israel, desde su partida del Horeb –Sinaí– hasta su llegada a territorio de Moab. El Señor demuestra la fidelidad a sus promesas describiendo los confines del territorio que había prometido a los antepasados del pueblo (8). Los límites de ese territorio son en realidad ideales; Israel siempre lo soñó así, pero sólo lo logró en tiempos de David (cfr. 2 Sm 8).

1,9-18 Nombramiento de jueces. Moisés hace alusión al momento en que decide organizar al pueblo con jueces que le ayuden en las funciones de dirección y de juicio en los asuntos más simples. Esta determinación también nos la narran Éx 18,24-26 y Nm 11,24s, sólo que en Éxodo y Números no hay una explicitación tan clara de sus funciones, como: «Escuchen y resuelvan según justicia… No sean parciales…

20 Entonces les dije: Han llegado a las
montañas amorreas que el Señor, nuestro
Dios, va a darnos. 21 Mira, el Señor, tu Dios,
te ha puesto delante esa tierra. Sube y toma
posesión, porque te la ha prometido el Dios
de tus padres. No temas ni te acobardes.
22 Pero ustedes acudieron a mí en masa
y me propusieron: Vamos a enviar por de-
lante algunos que examinen la tierra y nos
informen del camino que hemos de seguir y
de las ciudades donde hemos de entrar.
23 Yo aprobé la propuesta, y escogí entre
ustedes a doce hombres, uno por tribu.
24 Ellos partieron, subieron a la montaña,
llegaron a Najal Escol y exploraron la zona,
25 tomaron muestras de los frutos del país,
bajaron y nos informaron: Es buena la tie-
rra que el Señor, nuestro Dios, va a darnos.
26 Pero rebelándose contra la orden del
Señor, su Dios, se negaron a subir. 27 Y se
pusieron a murmurar en sus tiendas: Por-
que el Señor nos odia nos ha sacado de
Egipto, para entregarnos a los amorreos y
destruirnos. 28 ¡A dónde vamos a subir!
Nuestros hermanos nos han acobardado
con sus palabras, que la gente es más fuer-
te y corpulenta que nosotros, que las ciu-
dades son enormes y sus fortificaciones
más altas que el cielo, que hasta han visto
anaquitas allí.
29 Yo les decía: No se acobarden, no les
tengan miedo. 30 El Señor, su Dios, que va
delante, luchará por ustedes, como ya lo
hizo contra los egipcios, ante sus ojos. 31 Y
en el desierto ya has visto que el Señor, tu
Dios, te ha llevado como a un hijo por todo
el camino hasta llegar aquí.
32 Y a pesar de todo, ustedes no tuvieron
confianza en el Señor, su Dios, que había
ido por delante buscándoles lugar donde
acampar, 33 de noche les marcaba el cami-
no con un fuego; de día, con una nube.
34 El Señor, al oír lo que ustedes decían,
se irritó y juró: 35 Ni uno solo de estos hom-
bres, de esta generación malvada, verá esa
tierra buena que juré dar a sus padres.
36 Exceptúo a Caleb, hijo de Jefoné; él la
verá, a él y a sus hijos le daré la tierra que
pise, por haber seguido plenamente al Se-
ñor.
37 También contra mí se irritó el Señor,
por culpa de ustedes, y me dijo: Tampoco
tú entrarás allí. 38 Josué, hijo de Nun, que
está a tu servicio, es quien entrará allí. Con-
fírmalo, porque él ha de repartir la herencia
a Israel. 39 Y también entrarán los niños,
esos que según ustedes eran ya botín del
enemigo; y los hijos de ustedes que aún no
distinguen el bien del mal, entrarán allí, a
ellos se la daré en posesión. 40 En cuanto a
ustedes, den la vuelta, regresen al desierto
en dirección al Mar Rojo.
41 Entonces ustedes me contestaron:
Hemos pecado contra el Señor. Vamos a
subir a pelear, como nos había ordenado el
Señor, nuestro Dios. Y se equiparon con las
armas, como si fuera cosa fácil subir a la
montaña.
42 Pero el Señor me dijo: Diles que no
suban a pelear, porque no estoy con ellos y
el enemigo los derrotará. 43 Yo les transmití
la advertencia, pero no me hicieron caso,
se rebelaron contra la orden del Señor y tu-
vieron la osadía de subir a la montaña.

Oigan por igual… No se dejen intimidar…» Esto se debe a que este «discurso» está basado en las experiencias vividas por el pueblo ya en tierra prometida y no antes. El recurso de los redactores ha sido poner al auditorio, que ya posee más de cinco siglos de historia, a aquel entonces, para que «escuchen» del mismo Moisés cuál era el camino que el pueblo debía haber tomado desde los inicios.

El recurso al pasado, a su relectura, a la memoria histórica, es lo que permite a Israel, dividido entre los desplazados a Babilonia y los que no fueron al destierro, soñar con la reconstitución del pueblo como pueblo de Dios. El proyecto de reconstrucción que elabora la corriente teológico-literaria que llamamos deuteronomista (**D**) es totalmente diferente al proyecto de la corriente sacerdotal (**P**). Los deuteronomistas fundamentan la reconstrucción sobre la «escucha» y la «obediencia» a la Palabra del Señor y la «práctica» de la justicia. Recuérdese lo importante que es para Jesús esa misma actitud: «Dichosos los que escuchan la Palabra de Dios y la cumplen» (Lc 11,28). La propuesta de la corriente sacerdotal (**P**), en cambio, es el logro de la absoluta santidad basada en el culto perfecto (cfr. todo el Levítico y en especial los capítulos 17–26, el llamado «Código de santidad», con apenas una atención mínima a lo social en su capítulo 25).

1,19-46 Envío de espías a territorio cananeo. El recuerdo histórico trae a colación una primera falta del pueblo contra su Señor: la desconfianza, que es descrita como rebelión (26-28). Pese a los testimonios traídos por los espías que inspeccionaron el país (cfr. Nm 13), el pueblo en masa cayó en el pesimismo, al

44 Los amorreos que habitaban allí hicieron
una salida contra ustedes, los persiguieron
como abejas y los derrotaron en Jormá de
Seír. 45 Volvieron llorando al Señor, pero el
Señor no los escuchó ni los atendió.

46 Por eso se quedaron tanto tiempo vi-
viendo en Cades.

Los años en el desierto

2 1 Después dimos la vuelta y fuimos al
desierto en dirección al Mar Rojo,
como me había mandado el Señor, y pasa-
mos mucho tiempo dando vueltas por la
serranía de Seír. 2 Hasta que el Señor me
dijo: 3 Basta de dar vueltas por esta serra-
nía, diríjanse al Norte. 4 Pero advierte al
pueblo: Van a cruzar la frontera de Seír,
donde habitan sus hermanos, los descen-
dientes de Esaú; aunque ellos les tienen
miedo, 5 mucho cuidado con atacarlos por-
que no pienso darles ni un pie de su territo-
rio. La sierra de Seír se la he entregado a
Esaú. 6 La comida que coman, se la paga-
rán, el agua que beban se la comprarán.
7 Porque el Señor, tu Dios, te ha bendecido
en todas tus empresas, los ha atendido en
el viaje por ese inmenso desierto; durante
los últimos cuarenta años el Señor, tu Dios,
ha estado contigo y no te ha faltado nada.

8 De este modo, cruzamos junto a nues-
tros hermanos, los descendientes de Esaú,
que habitaban en Seír, seguimos por el ca-
mino de la estepa que arranca de Eilat y
Esion Gueber, y torciendo cruzamos hacia
el desierto de Moab.

9 El Señor me dijo: No provoques a los
moabitas ni te enfrentes en combate con
ellos; no te daré posesiones en su territorio,
porque he dado Ar en posesión a los des-
cendientes de Lot. 10 Antiguamente habita-
ban allí los emitas, pueblo grande, numero-
so y corpulento, como los anaquitas.
11 Comúnmente se los creía refaítas, como
a los anaquitas, pero los moabitas los lla-
maban emitas. 12 En Seír habitaban anti-
guamente los hurritas, pero los descendien-
tes de Esaú los desalojaron y aniquilaron,
instalándose en su lugar, lo mismo que hizo
Israel con el territorio de su propiedad que
les dio el Señor. 13 Ahora, ordenó el Señor:
¡En marcha y a cruzar el torrente Zared! Y
cruzamos el torrente Zared.

14 Desde Cades Barne hasta cruzar el to-
rrente Zared anduvimos caminando treinta
y ocho años, hasta que desapareció del
campamento toda aquella generación de
guerreros, como les había jurado el Señor:
15 La mano del Señor pesó sobre ellos has-
ta que los hizo desaparecer del campamen-
to. 16 Y cuando por fin murieron los últimos
guerreros del pueblo, 17 el Señor me dijo:
18 Hoy vas a cruzar la frontera de Moab por
Ar. 19 Cuando establezcas contacto con los
amonitas, no los provoques ni te enfrentes
con ellos, porque no pienso darte posesio-
nes en territorio amonita, porque se lo di en
posesión a los descendientes de Lot.
20 »También esta región se consideraba de
refaítas, porque antiguamente la habitaban
refaítas, si bien los amonitas los llamaban

---

pensar que la fertilidad y abundancia de aquella tierra era señal del poderío de sus dioses locales y, por tanto, de sus pobladores. Desconfianza y desánimo se unen aquí para murmurar contra el Señor, y el pueblo parece olvidar todo lo que había hecho hasta ese momento, como muy bien lo recuerda Moisés (29-33). La reacción del Señor ante el desánimo, la desconfianza y el rechazo del pueblo a su Palabra es negar a aquella generación el ingreso en la tierra prometida; sólo la siguiente generación obtendría aquel privilegio (34-40), sentencia que afectó también al mismo Moisés (37; cfr. Nm 14,20-35). Pese al arrepentimiento del pueblo y a su decisión de luchar contra los amorreos, esta primera falta debía ser castigada; a la falta de fe, confianza y obediencia al Señor se suma la insolencia del pueblo que no escuchó la Palabra del Señor, y por ello les retiró el apoyo para pelear contra los amorreos (41-45). Esta derrota es el signo del fracaso que se sufre cuando el pueblo no escucha obedientemente al Señor. Otro criterio más que el pueblo azotado, derrotado y medio muerto del s. VI a.C. tiene que tener en cuenta para juzgar su pasado y repensar su futuro si quiere seguir viviendo.

2,1-25 Los años en el desierto. La rebelión había traído como consecuencia la derrota de Israel a manos de los amorreos y la sentencia de permanecer en el desierto hasta que desapareciera aquella generación, como en efecto constatan los versículos 14-16. Pues bien: ese castigo comienza a ser levantado por el Señor al dar la orden de terminar ya de dar vueltas por aquellas montañas y de dirigirse al norte (3). Pero antes hay una serie de advertencias que tienen que ver con el trato respecto a algunos pueblos y sus territorios que van a encontrar en el camino. Se menciona entonces el territorio de Seír, otorgado antiguamente a Esaú (5; cfr. Gn 36,8) y el territorio moabita, habitado por los descendientes de Lot, lo mismo que el territorio de los amonitas. Los largos paréntesis de los

sansumitas. 21 Eran un pueblo grande, nu-
meroso y corpulento, como los anaquitas.
El Señor los aniquiló y los amonitas los
desalojaron y se instalaron en su lugar.
22 Lo mismo sucedió con los habitantes de
Seír, descendientes de Esaú; el Señor ani-
quiló a los hurritas, y ellos los desalojaron y
se instalaron en su lugar, y allí viven hoy.
23 En cuanto a los heveos que habitaban los
pueblos de Gaza, los aniquilaron los creten-
ses venidos de Creta y se instalaron en su
lugar. 24 Ahora, dijo el Señor, pónganse en
camino para cruzar el río Arnón. Te entrego
a Sijón, el rey amorreo de Jesbón, y su te-
rritorio. Atácale y empieza la conquista.
25 Hoy comienzo a sembrar pánico y terror
por todos los pueblos bajo el cielo; al oír tu
fama, temblarán y se estremecerán ante ti.

Israel derrota a Sijón, rey de Jesbón

26 Desde el desierto de oriente despaché
mensajeros a Sijón, rey de Jesbón, con
propuestas de paz: 27 Déjame cruzar por tu
territorio. Iré camino adelante, sin desviar-
me a derecha ni a izquierda. 28 Te pagare-
mos la comida que nos des y el agua que
bebamos; déjanos cruzar a pie, 29 como
han hecho los descendientes de Esaú, que
habitan en Seír, y los moabitas, que habitan
en Ar, hasta que crucemos el Jordán para
entrar en la tierra que nos va a dar el Señor,
nuestro Dios.

30 Pero Sijón, rey de Jesbón, no quiso
dejarnos pasar; el Señor lo puso reacio y
terco para entregarlo en tu poder. Hoy es un
hecho. 31 El Señor me dijo: Mira, comienzo
por entregarte Sijón y su territorio; comien-
za la conquista de su territorio.

32 Sijón nos salió al encuentro con todas
sus tropas en Yahsá. 33 Y como el Señor,
nuestro Dios, nos lo entregó, lo derrotamos
a él, a sus hijos y a todo el ejército. 34 En-
tonces conquistamos sus ciudades y con-
sagramos al exterminio a los vecinos, con
mujeres y niños, sin dejar a nadie con vida.
35 Sólo nos reservamos como botín el ga-
nado y los despojos de las ciudades con-
quistadas. 36 Desde Aroer, a orillas del Ar-
nón, la ciudad que da sobre el río, hasta
Galaad no hubo villa que se nos resistiera.
Todo nos lo fue entregando a nuestro paso
el Señor, nuestro Dios. 37 Sólo evitaste el te-
rritorio amonita, la cuenca del Yaboc y los
pueblos de la montaña, como te había
mandado el Señor, nuestro Dios.

Israel derrota a Og, rey de Basán

3 1 Torcimos, y comenzamos a subir ha-
cia Basán cuando en Edrey nos salió
al encuentro Og, rey de Basán, con todo su
ejército. 2 El Señor me dijo: No le tengas
miedo, que te lo entrego con todo su ejérci-
to y su territorio. Trátalo como a Sijón, el
rey amorreo que residía en Jesbón.

3 »El Señor, nuestro Dios, nos entregó
también a Og, rey de Basán, con todo su
ejército, y los derrotamos sin dejar uno con
vida. 4 Entonces conquistamos todas sus
ciudades sin dejar de arrebatarles una sola.
En total, sesenta ciudades en la zona de Ar-
gob, dominios de Og de Basán; 5 todas
ellas fortificadas con imponentes murallas
y portones con trancas. Sin contar mu-
chísimos pueblos de campesinos. 6 Como
habíamos hecho con Sijón, rey de Jesbón,
consagramos al exterminio todos los veci-
nos, con mujeres y niños. 7 Nos reservamos
como botín el ganado y los despojos de las
ciudades. 8 Así, conquistamos los territorios
de los dos reyes amorreos al otro lado del

---

versículos 10-12 y 20-23 intentan dar razón de los antiguos habitantes de los territorios que aquí se mencionan. Sin embargo, las explicaciones no son exactas; el sentido es más bien ir demostrando cómo el Señor, único dueño de la tierra, puede darla a quien quiera, pero también puede quitarla.

2,26-37 Israel derrota a Sijón, rey de Jesbón. Conforme a lo prometido por el Señor, el pueblo, una vez que ha purgado su falta de fe y de obediencia, está en condiciones de enfrentarse en batalla con quienes obstaculicen su camino. Bien visto, los pueblos que se mencionan en los versículos 1-25 no oponen resistencia al avance de Israel y, en consecuencia, conservan sus tierras y posesiones como signo de bendición para ellos también. Pero aquellos que se atreven a oponer resistencia, obstaculizando el avance de Israel, son eliminados; tal es el caso de Sijón, rey de Jesbón. La victoria y el exterminio de todo aquel pueblo indica el comienzo de la conquista de la tierra prometida, por lo menos en lo que respecta a los territorios de la Transjordania, esto es, la margen oriental del Jordán.

3,1-11 Israel derrota a Og, rey de Basán. Israel procede contra Og del mismo modo que ha procedido contra Sijón, todo lo ha consagrado al exterminio. Así queda completada la primera parte de la conquis-

Jordán: desde el río Arnón hasta el monte
Hermón. 9 Los sidonios llaman Sirión al
Hermón, los amorreos lo llaman Senir.
10 Todos los poblados de la planicie, todo
Galaad y Basán, hasta Salcá y Edrey, do-
minios del rey de Basán. 11 Og, rey de Ba-
sán, era el único superviviente de los re-
faítas. En la capital, Amán, se puede visitar
su sarcófago de hierro; mide cuatro metros
y medio de largo y dos metros de ancho,
según la medida común.

Primer reparto al oriente del Jordán

12 Los territorios que conquistamos en-
tonces los repartí así: a los rubenitas y ga-
ditas les asigné la mitad de la sierra de Ga-
laad con sus poblados, a partir de Aroer,
junto al Arnón; 13 a la media tribu de Mana-
sés le asigné el resto de Galaad y todo Ba-
sán, dominio de Og, la zona de Argob. Ba-
sán es lo que llaman tierra de refaítas.
14 Yaír, hijo de Manasés, escogió el Argob,
hasta la frontera de Guesur y Maacá, y dio
a Basán su nombre, que subsiste hasta
hoy: Pueblos de Yaír. 15 A Maquir le asigné
Galaad. 16 A los rubenitas y gaditas les
asigné una parte de Galaad: por un lado,
hasta el Arnón, con frontera en medio del
río; por otro lado, hasta el Yaboc, frontera
de los amonitas; 17 además, la estepa, con
el Jordán de frontera, desde Genesaret al
Mar Muerto o Mar Salado, en las laderas
orientales del Fasga.

18 Entonces les di estas instrucciones: El
Señor, su Dios, les ha dado esta tierra en
propiedad. Todos los militares tomarán sus
armas y avanzarán delante de sus herma-
nos. 19 En las ciudades que les he asignado
se quedarán sólo las mujeres, los niños y
los rebaños –sé que tienen mucho ganado–,
20 hasta que el Señor conceda a sus herma-
nos el descanso como a ustedes, y también
ellos tomen posesión de la tierra que el Se-
ñor, su Dios, va a darles al otro lado del
Jordán. Después cada uno volverá a la po-
sesión que le he asignado.

21 Entonces di instrucciones a Josué:
Con tus ojos has visto todo lo que el Señor,
tu Dios, ha hecho a esos dos reyes. Lo mis-
mo hará el Señor a todos los reinos adonde
vas a entrar. 22 No los temas, que el Señor,
su Dios, lucha a favor de ustedes.

Moisés no entrará en Canaán

23 Entonces recé así al Señor: 24 Señor
mío, tú has comenzado a mostrar a tu ser-
vidor tu grandeza y la fuerza de tu mano.
¿Qué dios hay en el cielo o en la tierra que
pueda realizar las hazañas y proezas que tú
realizas? 25 Déjame pasar a ver esa tierra
hermosa que está del otro lado del Jordán,
esas hermosas montañas y el Líbano.

26 Pero el Señor estaba irritado conmigo
por culpa de ustedes y no accedió, sino que
me dijo: ¡Basta! No sigas hablando de ese
asunto. 27 Sube a la cumbre del Fasga, pa-

---

ta. La conciencia de Israel es que en estas empresas militares no fue su fuerza ni su poderío militar lo que les otorgó la victoria contra estos dos reyes amorreos; todo eso fue obra del Señor que «puso en manos de Israel» a sus enemigos. Por tanto, la victoria no es de Israel, es del Señor. Hemos de tomar las expresiones «guerra del Señor», «victoria del Señor», etc., siempre en sentido simbólico; no hay que darles ningún valor literal, porque no hay guerras «santas», ni guerras «malas». Siempre que haya violencia, intolerancia o intransigencia contra quienes piensan o actúan distinto, hay un absoluto rechazo al plan de Dios, que no es otra cosa que justicia, tolerancia, diálogo constante, acogida a lo diverso para construir en la diversidad y así lograr una sociedad más plural, una religión más enriquecida con todas las facetas posibles sobre Dios, sus atributos, sus gestos y acciones en el mundo y en cada ser humano.

3,12-22 Primer reparto al oriente del Jordán. La discusión entre los principales dueños de ganado, que coinciden con los descendientes de las tribus de Rubén, Gad y Manasés, que nos narra Nm 32 se omite aquí y aparece como una decisión espontánea de Moisés. De todos modos, se mantiene una tradición: los que se han establecido en estos territorios al oriente del Jordán deberán atravesar el río con el resto del pueblo para ayudar a sus hermanos en las tareas de la conquista del país cananeo (18-20). Estas dos primeras conquistas serán el paradigma para la conquista del territorio que habrá de habitar el resto de tribus (21s).

3,23-29 Moisés no entrará en Canaán. Aparece de nuevo la tradición que intenta explicar por qué Moisés no cruzó el Jordán. Según él mismo explica en este primer discurso, fue a consecuencia del pecado del pueblo, no por su propio pecado (cfr. Nm 20,12). Al final del libro volverá a recalcar lo mismo (cfr. 32,51). Con todo, el Señor le permite echar una mirada al futuro territorio de Israel desde la cima del monte Fasga, lo cual es una forma de poseer el territorio. Otro tanto había hecho el Señor con Abrahán (cfr. Gn 13,14s).

sea la vista al oeste y al este, al norte y al
sur, y mírala con los ojos, porque no has de
cruzar el Jordán. 28 Da instrucciones a Jo-
sué, infúndele ánimo y valor, porque él pa-
sará al frente de ese pueblo y él les reparti-
rá la tierra que estás viendo.

29 Y nos quedamos en la hondonada,
frente a Bet Fegor.

Exhortaciones de Moisés

4 1 Ahora, Israel, escucha los mandatos
y decretos que yo les enseño a cum-
plir; así vivirán, entrarán y tomarán pose-
sión de la tierra que el Señor, Dios de sus
padres, les va a dar. 2 No añadan ni supri-
man nada a lo que les mando; cumplan los
preceptos del Señor, su Dios, que yo les
mando hoy. 3 Sus ojos ya han visto lo que
el Señor hizo en Baal Fegor; el Señor, tu
Dios, exterminó en medio de ti a todos los
que se fueron con el ídolo de Fegor; 4 en
cambio, ustedes, los que permanecieron
fieles al Señor, todavía hoy siguen con vida.
5 Miren, yo les enseño los mandatos y de-
cretos que me mandó el Señor, mi Dios,
para que los cumplan en la tierra donde van
a entrar para tomar posesión de ella. 6 Pón-
ganlos por obra, que ellos serán su pruden-
cia y sabiduría ante los demás pueblos, que
al oír estos mandatos comentarán: ¡Qué
pueblo tan sabio y prudente es esa gran na-
ción! 7 Porque, ¿qué nación grande tiene un
dios tan cercano como nuestro Dios, que
cuando lo invocamos siempre está cerca?
8 Y, ¿qué nación grande tiene unos manda-
tos y decretos tan justos como esta ley que
yo hoy promulgo en presencia de ustedes?

9 Pero, cuidado, guárdate muy bien de
olvidar los sucesos que vieron tus ojos, que
no se aparten de tu memoria mientras vi-
vas; cuéntaselos a tus hijos y nietos. 10 El
día aquel que estuviste ante el Señor, tu
Dios, en el Monte Horeb, cuando me dijo el
Señor: Reúneme al pueblo y les haré oír mis
palabras, para que aprendan a temerme
mientras vivan en la tierra y se las enseñen
a sus hijos.

11 Ustedes se acercaron y se quedaron al
pie de la montaña, mientras la montaña ar-
día con llamas que se alzaban hasta el cie-
lo, en medio de oscuros y densos nubarro-
nes. 12 El Señor les hablaba desde el fuego:
oían palabras sin ver figura alguna, sólo se
oía una voz. 13 Él les comunicó su alianza y
los diez mandamientos que les exigía cum-
plir, y los grabó en dos tablas de piedra.
14 A mí me mandó entonces que les ense-
ñara los mandatos y decretos que tenían
que cumplir en la tierra adonde van a cru-
zar para tomar posesión de ella.

15 ¡Mucho cuidado!, que cuando el Se-
ñor, su Dios, les habló en el Horeb, desde el
fuego, no vieron figura alguna. 16 No se per-
viertan haciéndose ídolos o figuras esculpi-
das: imágenes de varón o mujer, 17 imáge-
nes de animales terrestres, imágenes de
aves que vuelan por el cielo, 18 imágenes de
reptiles del suelo, imágenes de peces del
agua bajo la tierra. 19 Al levantar los ojos al
cielo y ver el sol, la luna y las estrellas, el
ejército entero del cielo, no te dejes arras-
trar a postrarte ante ellos para darles culto;
porque ellos son la parte que el Señor, tu
Dios, ha repartido a todos los pueblos bajo
el cielo. 20 En cambio, a ustedes, los tomó
el Señor y los sacó del horno de hierro de
Egipto para que fueran el pueblo de su he-
rencia, como lo son hoy.

21 El Señor se irritó conmigo y me juró
que no cruzaré el Jordán ni entraré en esa
tierra buena que el Señor, tu Dios, te va a
dar como herencia. 22 Sí, yo moriré en esta

4,1-43 Exhortaciones de Moisés. A partir de la síntesis histórica que acaba de hacer Moisés viene ahora una larga exhortación que tiene como motivo la autorrevelación de Dios en el monte Horeb –Sinaí–. Es importante recordar que este discurso exhortativo no lo está pronunciando en realidad Moisés, sino los redactores del Deuteronomio, quienes mediante este procedimiento literario buscan convencer al pueblo de la necesidad de seguir los preceptos y las normas del Señor. El pueblo que supuestamente está escuchando a Moisés es en realidad un pueblo que ha sido infiel miles de veces a la Ley del Señor y ahora escucha de nuevo al gran mediador que es Moisés. Podríamos decir que aquí Moisés es la voz misma de la conciencia de un pueblo que se ha alejado del camino que el Señor le había trazado. Nótese la insistencia contra la idolatría, el énfasis que se pone sobre la verdadera imagen de Dios y, en contraposición, la vaciedad de los ídolos (15-40). Se trata, por tanto, de la conciencia crítica del pueblo que la corriente deuteronomista (**D**) representa muy bien aquí. Todos estos consejos son en realidad la constatación de los pecados y desvíos de Israel a lo largo de sus primeros siglos de existencia; son lo que debería haber sido y no fue, unas ve-

tierra, sin cruzar el Jordán, mientras que
ustedes lo cruzarán y tomarán posesión de
esa tierra buena. 23 Cuidado con olvidar la
alianza que el Señor, su Dios, concertó con
ustedes, haciéndose ídolos de cualquier fi-
gura, cosa que te ha prohibido el Señor, tu
Dios. 24 Porque el Señor, tu Dios, es fuego
voraz, Dios celoso.
25 Cuando engendres hijos y nietos y ya
hayas vivido largo tiempo en la tierra, si se
pervierten haciéndose ídolos de cualquier
figura, haciendo lo que el Señor, tu Dios, re-
prueba irritándolo 26 –¡cito hoy como testi-
gos contra ustedes al cielo y a la tierra!–,
desaparecerán muy pronto de la tierra de la
que vas a tomar posesión pasando el Jor-
dán; no prolongarán la vida en ella, sino
que serán destruidos. 27 El Señor los disper-
sará por las naciones, y quedarán unos po-
cos en los pueblos adonde los deportará el
Señor. 28 Allí servirán a dioses fabricados
por hombres, de madera y piedra, que no
ven, ni oyen, ni comen, ni huelen. 29 Desde
allí buscarás al Señor, tu Dios, y lo encon-
trarás si lo buscas de todo corazón y con
toda el alma. 30 Cuando al cabo de los años
te alcancen y te estrechen todas estas mal-
diciones, volverás al Señor, tu Dios, y le
obedecerás. 31 Porque el Señor, tu Dios, es
un Dios compasivo: no te dejará, ni te des-
truirá, ni olvidará el pacto que juró a tus pa-
dres.
32 Pregunta a la antigüedad, a los tiem-
pos pasados, remontándote al día en que
Dios creó al hombre sobre la tierra si de un
extremo al otro del cielo ha sucedido algo
tan grande o se ha oído algo semejante.
33 ¿Qué pueblo ha oído a Dios hablando
desde el fuego, como tú lo has oído, y ha
quedado vivo? 34 ¿Qué dios intentó acudir a
sacarse para sí un pueblo de en medio de
otro con pruebas, signos y prodigios, en
son de guerra, con mano fuerte y brazo ex-
tendido, con terribles portentos, como hizo
el Señor, su Dios, con ustedes contra los
egipcios, delante de tus mismos ojos?
35 A ti se te hicieron ver todas estas co-
sas, para que sepas que el Señor es Dios y
no hay otro fuera de él. 36 Desde el cielo te
hizo oír su voz para instruirte, en la tierra te
hizo ver su fuego terrible y escuchaste sus
palabras entre el fuego. 37 Porque quiso a
tus padres y escogió a sus descendientes,
él en persona te sacó de Egipto con su gran
poder, 38 para desposeer a pueblos más
grandes y poderosos que tú, para llevarte a
su tierra y dártela en herencia, cosa que
hoy es un hecho. 39 Reconoce hoy, y apren-
de en tu corazón, que el Señor es Dios arri-
ba en el cielo y abajo en la tierra, y no hay
otro. 40 Guarda los mandatos y preceptos
que te daré hoy; así les irá bien a ti y a los
hijos que te sucedan y prolongarás la vida
en la tierra que el Señor, tu Dios, te va a dar
para siempre.
41 Entonces Moisés separó tres ciudades
al este del Jordán 42 para que en ellas bus-
case asilo el que sin intención hubiera ma-
tado a otro sin que lo odiase antes; refu-
giándose en una de ellas, salvaría la vida.
43 Para los rubenitas, Beser, en el desierto,
en la planicie; para los gaditas, Ramot de
Galaad; para los manasitas, Golán de Ba-
sán.

---

ces por propia iniciativa, otras veces porque se les obligó. Los versículos 15-24 dan cuenta de los cultos idolátricos que tuvieron que hacer los israelitas obligados por los asirios y, más tarde, por los babilonios. Todo ello se convierte en experiencia para que Israel entienda en qué consiste propiamente adherir su fe al único Dios y Señor, para que sepa exactamente desde su propia realidad lo que significa alejarse de Él. Antes de concluir esta exhortación, el narrador inserta la noticia sobre las ciudades que Moisés había reservado al oriente del Jordán para que sirvieran de refugio a quienes, sin quererlo, hubiesen matado a un hermano (cfr. Nm 35,9-15). El fin del asilo en una ciudad como ésta era protegerse de la venganza de la sangre que permitía la ley (Éx 21,23-25; Nm 35,16-29); si se trataba de una muerte intencional, la venganza y/o juicio debían ser diferentes.

4,44-49 Introducción. Con estos versículos se introduce el segundo discurso de Moisés. La «Ley que promulgó Moisés» es especificada como: «Normas, mandatos y decretos». El pueblo aún no atraviesa el Jordán, está a sólo un paso de la tierra prometida.

SEGUNDO DISCURSO DE MOISÉS – DECÁLOGO Y PARÉNESIS

Este segundo discurso hay que ubicarlo probablemente, junto con una primera conclusión del libro (26,16–28,15), en la época del rey Ezequías, que gobernó en el reino del Sur (Judá) del 727 al 698 a.C. El reino del Norte acababa de ser destruido a manos de los asirios, quienes deportaron a la población a otras provincias del imperio y a su vez trajeron pobladores de otras regiones al territorio samario con el fin de mezclar varias culturas y así evitar cualquier alzamiento de la población. Algunos israelitas del Norte se refugiaron en el Sur, muchos de ellos en Jerusalén, trayendo consigo tradiciones y algunos escritos, entre ellos posiblemente lo que se conoce como el «núcleo central» de nuestro actual Deuteronomio (capítulos del 12–26).

Las circunstancias históricas que acababa de sufrir el reino del Norte y el inmediato pasado del reino del Sur, que había sufrido un período de siete años de gobierno de Acaz, incentivaron una revisión y una relectura muy detallada de la historia del pueblo. Esa tarea la adelantó precisamente la corriente que conocemos hoy como «deuteronomista» (**D**), compuesta entre otros por muchos de los que huyeron del Norte y se habían refugiado en Jerusalén.

Pocos años después de la caída del reino del Norte comienza un período de acelerado debilitamiento del imperio asirio, lo cual se convierte en una coyuntura política ventajosa para Ezequías, rey de Judá: parece más fácil reconquistar los territorios del Norte y rehacer de nuevo un reino unido y gobernado como en el pasado, desde Jerusalén. Como quiera que en Israel, política y religión se confunden en un mismo proyecto, las pretensiones políticas del rey deben estar avaladas por planteamientos religiosos que faciliten y respalden sus acciones como acciones queridas o, si se quiere, impuestas por Dios y, por tanto, respaldadas sin reproches por el pueblo cuando se le presente como ley, pero Ley de Dios.

El ambiente exige, por tanto, algunos ajustes de tipo religioso, que podríamos denominar «reformas», orientadas a ello. Surge así lo que se conoce como la «reforma de Ezequías», llevada a cabo por un grupo de escribas y sabios de la corte, profundos conocedores de la historia de Israel, de la política interna y externa y, sobre todo, profundamente compenetrados con su fe en el Señor y al mismo tiempo incondicionales adeptos del rey. Surge entonces este bloque de la ley conocido como «segundo discurso de Moisés», pero que en realidad debería ser el primero, pues ésta es justamente la primera de las ampliaciones que va a sufrir el «núcleo central» o «Código Deuteronómico».

A la luz de estos antecedentes hemos de leer los capítulos 5–11, teniendo también en cuenta que hay unos ejes fundamentales o una ideología subyacente en ellos:

1. La teología de la corona o teología davídica, en cuanto que las circunstancias políticas reviven los sueños de recuperar el territorio conquistado siglos atrás por David, con quien supuestamente Dios se había comprometido incondicionalmente. El nuevo David es Ezequías, de quien dice 2 Re 18,5 que «puso su confianza en el Señor».

2. La figura de Moisés como máxima autoridad de la tradición del Éxodo; no se trata de abolir nada de lo que ya está dicho y permanece en la tradición. Moisés es el gran mediador y ya desde muy antiguo la legislación mosaica no cuenta con ningún paralelo, puesto que siempre se apela a ella como a la misma voluntad divina, de ahí que la corriente deuteronomista (**D**) retome la figura de Moisés como el mediador y garante de la autenticidad y obligatoriedad de la ley.

3. El Nombre de Dios como autor y promulgador de la ley, como una manera de hacer entender al pueblo que todo el libro es palabra divina y expresa su voluntad. En síntesis, estos capítulos son la sustentación religiosa del proyecto de reforma político-religiosa de Ezequías, cuyo fundamento es la convocación y llamado a todo el pueblo a renovar la alianza con el Señor.

Introducción

44 Ley que promulgó Moisés a los israelitas. 45 Normas, mandatos y decretos que propuso Moisés a los israelitas al salir de Egipto. 46 Al otro lado del Jordán, en la hondonada frente a Bet Fegor, en territorio de Sijón, rey amorreo que residía en Jesbón. Pero al salir de Egipto lo derrotó Moisés con los israelitas, 47 y conquistaron su territorio, lo mismo que el de Og, rey de Basán. Dos reyes amorreos del lado oriental del Jordán. Toda la estepa al este del Jordán, 48 desde Aroer, a orillas del Arnón, hasta el monte Sirión, o Hermón, 49 y hasta el Mar Muerto, en las laderas del Fasga.

Los diez mandamientos

(Éx 20)

5 1 Moisés convocó a los israelitas y les dijo:

–Escucha, Israel, los mandatos y decretos que hoy les predico, para que los aprendan, los guarden y los pongan en práctica.

2 »El Señor, nuestro Dios, hizo alianza con nosotros en el Horeb. 3 No hizo esa alianza con nuestros padres, sino con nosotros, con los que estamos vivos hoy, aquí. 4 Cara a cara habló el Señor con ustedes en la montaña, desde el fuego. 5 Yo mediaba entonces entre el Señor y ustedes, anunciándoles la Palabra del Señor, porque les daba miedo aquel fuego y no subieron a la montaña.

»El Señor dijo: 6 Yo soy el Señor, tu Dios. Yo te saqué de Egipto, de la esclavitud.

7 »No tendrás otros dioses rivales míos.

8 »No te harás imágenes: figura alguna de lo que hay arriba en el cielo, abajo en la tierra o en el agua debajo de la tierra. 9 No te postrarás ante ellos ni les darás culto, porque yo, el Señor, tu Dios, soy un Dios celoso: castigo la culpa de los padres en los hijos, nietos y bisnietos cuando me aborrecen. 10 Pero actúo con lealtad por mil generaciones cuando me aman y guardan mis preceptos.

11 »No pronunciarás el Nombre del Señor, tu Dios, en falso, porque El Señor no dejará sin castigo a quien pronuncie su Nombre en falso.

12 »Guarda el día del sábado, santificándolo, como el Señor, tu Dios, te ha mandado. 13 Durante seis días trabaja y haz tus tareas; 14 pero el día séptimo es día de descanso dedicado al Señor, tu Dios. No harás trabajo alguno, ni tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu esclavo, ni tu esclava, ni tu buey, ni tu asno, ni tu ganado, ni el emigrante que viva en tus ciudades, para que descansen como tú, el esclavo y la esclava. 15 Recuerda que fuiste esclavo en Egipto y que te sacó de allí el Señor, tu Dios, con mano fuerte y con brazo extendido. Por eso te manda el Señor, tu Dios, guardar el día del sábado.

16 »Honra a tu padre y a tu madre, como te mandó el Señor; así prolongarás la vida y te irá bien en la tierra que el Señor, tu Dios, te va a dar.

17 »No matarás.

18 »Ni cometerás adulterio.

19 »Ni robarás.

20 »Ni darás testimonio falso contra tu prójimo.

21 »Ni pretenderás la mujer de tu prójimo. Ni codiciarás su casa, ni sus tierras, ni su esclavo, ni su esclava, ni su buey, ni su asno, ni nada que sea de él.

22 Éstos son los mandamientos que el Señor pronunció con voz potente ante toda la asamblea, en la montaña, desde el fuego y los nubarrones. Y, sin añadir más, los gra-

---

5,1-22 Los diez mandamientos. Los versículos 1-5 actualizan el compromiso del pueblo con las normas y mandatos del Señor, en el sentido de que es una Ley que el Señor «hizo con nosotros, con los que estamos vivos hoy, aquí» (3). De este modo, el auditorio real del s. VIII a.C. se apresta para renovar la Alianza con Dios haciéndola completamente actual. Los versículos 6-21, con algunas leves variaciones, son el mismo decálogo que encontramos en Éx 20,1-17. Se inicia con la autorrevelación de Dios que contiene dos elementos importantes: «yo soy el Señor», para establecer un rasgo de identidad personal, y «tu Dios», para fijar el aspecto relacional con el pueblo. La identidad de Dios y la relación con el pueblo se concretan en el máximo acto de liberación y redención: la salida de Egipto (6). La respuesta del pueblo a este Dios que se autorrevela como «el Señor» y «el liberador», y por tanto como alguien que invita a construir un proyecto distinto fuera de Egipto, queda fijada en el siguiente decálogo.

El primer mandamiento, «no tendrás otros dioses rivales míos» (7), reclama la primacía absoluta del único que puede salvar, liberar y dar vida. Cualquier otro

bó en dos tablas de piedra y me las entre-
gó.

Temor del pueblo

23 »Al escuchar la voz que salía de las
tinieblas, mientras el monte ardía, se acer-
caron a mí sus jefes de tribu y autoridades,
24 y me dijeron: El Señor, nuestro Dios,
nos ha mostrado su Gloria y su grandeza,
hemos oído su voz que salía del fuego.
Hoy vemos que puede Dios hablar a un
hombre y seguir éste con vida. 25 Pero
ahora tememos morir devorados por ese
fuego violento; si seguimos oyendo la voz
del Señor, nuestro Dios, moriremos.
26 Porque, ¿qué mortal es capaz de oír,
como nosotros, la voz de un Dios vivo, ha-
blando desde el fuego, y salir con vida?
27 Acércate tú y escucha cuanto tenga que
decirte el Señor, nuestro Dios. Luego tú
nos comunicarás todo lo que te diga el Se-
ñor, nuestro Dios; nosotros escucharemos
y obedeceremos.
28 El Señor oyó lo que me decían, y me
dijo: He oído lo que te dice ese pueblo; tie-
ne razón. 29 Ojalá conserven siempre esa
actitud, respetándome y guardando mis
preceptos; así, les irá bien a ellos y a sus hi-
jos por siempre. 30 Ve y diles: vuélvanse a
las tiendas. 31 Pero tú quédate aquí conmi-
go, y te daré a conocer todos los preceptos,
los mandatos y decretos que has de ense-
ñarles, para que los cumplan en la tierra
que les voy a dar para que tomen posesión
de ella.
32 Pongan por obra lo que les mandó el
Señor, su Dios; no se aparten ni a derecha
ni a izquierda. 33 Sigan el camino que les
marcó el Señor, su Dios, y vivirán, les irá
bien y prolongarán la vida en la tierra que
van a ocupar.

El gran mandamiento

6 1 »Éstos son los preceptos, los man-
datos y decretos que el Señor, su
Dios, les mandó aprender y cumplir en la
tierra donde van a entrar para tomar pose-
sión de ella. 2 A fin de que respetes al Se-
ñor, tu Dios, guardando toda la vida todos
los mandatos y preceptos que te doy –y

---

dios a quien el pueblo intente servirle le quitará la vida y la libertad y le dará a cambio destrucción y muerte. La segunda parte del primer mandamiento establece los efectos negativos de tener dioses frente al Dios único y la representación material de dichas divinidades. Ésta era una práctica común y corriente entre los pueblos vecinos de Israel, pero los israelitas no podrán hacer lo mismo para no hacer del culto a Dios una cuestión íntima, doméstica; personal, sí, pero abierta a la comunidad.

El segundo mandamiento, todavía en relación con el mismo Dios, completa lo anterior. El Nombre de Dios no ha de ser usado de modo abusivo; el ambiente donde se corría el riesgo de hacer mal uso del Nombre de Dios era en el tribunal. Sin embargo, ese aspecto lo toca el octavo mandamiento, por lo que hemos de pensar que aquí se trataría de corregir una tendencia a utilizar el Nombre de Dios en sentido «mágico», riesgo que existe también hoy.

Los demás mandamientos, del tercero al décimo, giran en torno al ideal de comportamiento ético y moral del pueblo. El tercer mandamiento (12-15), que aparentemente es de orden religioso, tiene en realidad un sentido de justicia social consigo mismo, con los demás y hasta con los animales de trabajo (14b); la motivación para el descanso sabático es la esclavitud en Egipto, lo que equivale a decir que la experiencia de Egipto es un verdadero obstáculo para la auténtica realización de las personas y de la comunidad. En efecto: Israel en Egipto no es un pueblo, es un colectivo de esclavos que comienzan a tener identidad como individuos y como pueblo sólo después de salir de la esclavitud. Por tanto, este mandato es, junto con los dos anteriores, el punto de partida, la base fundamental para construir una sociedad donde se respeta y se defiende la vida en todas sus formas: primero que todo, de los más próximos a nosotros, como son nuestros padres (16), y luego de quienes forman parte de nuestra comunidad y sociedad (17-21).

5,23-33 Temor del pueblo. Moisés recuerda al pueblo la actitud de temor y miedo que habían sentido en el Sinaí cuando Dios se había dirigido a ellos. El pueblo no había soportado escuchar la voz del Señor, y por eso había decidido que Moisés oficiara como su mediador (cfr. Éx 20,18-26). Esta función de mediador con plena autoridad es aprobada por el mismo Dios, quien manda retirar al pueblo para quedarse solo con Moisés, para instruirlo y para que él transmita luego al pueblo su Ley (30s).

La tradición religiosa de Israel que sostiene este carácter mediador de Moisés, es especialmente subrayada aquí por la corriente deuteronomista (**D**) para darle una mayor fuerza de autoridad a las inserciones y ampliaciones que esta corriente teológico-literaria está realizando en el s. VIII a.C. El pueblo que ha decidido espontáneamente señalar a Moisés esta función mediadora (27ab) queda comprometido a escuchar y obedecer (27c), y ése es precisamente el motivo de esta exhortación de Moisés (32s).

6,1-25 El gran mandamiento. Conforme a lo convenido en 5,27, Moisés se dirige ahora al pueblo para transmitir lo que el Señor manda, pero antes in-

también a tus hijos y nietos–, y así te alargarán la vida. 3 Por eso, escucha, Israel, y esfuérzate en cumplirlos para que te vaya bien y crezcas mucho. Ya te dijo el Señor, Dios de tus padres: Es una tierra que mana leche y miel.

4 »Escucha, Israel, el Señor, nuestro Dios, es solamente uno. 5 Amarás al Señor, tu Dios, con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas. 6 Las palabras que hoy te digo quedarán en tu memoria, 7 se las inculcarás a tus hijos y hablarás de ellas estando en casa y yendo de camino, acostado y levantado; 8 las atarás a tu muñeca como un signo, serán en tu frente una señal; 9 las escribirás en las columnas y en las puertas de tu casa.

10 »Cuando el Señor, tu Dios, te introduzca en la tierra que juró a tus padres –a Abrahán, Isaac y Jacob– que te había de dar, con ciudades grandes y ricas que tú no has construido, 11 casas rebosantes de riquezas que tú no has llenado, pozos ya cavados que tú no has cavado, viñas y olivares que tú no has plantado, cuando comas hasta hartarte, 12 ten cuidado de no olvidar al Señor, que te sacó de Egipto, de la esclavitud.

13 »Al Señor, tu Dios, respetarás, a él sólo servirás, sólo en su Nombre jurarás.

14 »No seguirán a dioses extranjeros, dioses de los pueblos vecinos, 15 porque el Señor, tu Dios, es un Dios celoso en medio de ti. No se encienda contra ti la ira del Señor, tu Dios, y te extermine de la superficie de la tierra.

16 »No provoquen al Señor, su Dios, poniéndolo a prueba, como lo provocaron en Masá.

17 »Guardarás los preceptos del Señor, tu Dios, las normas y mandatos que te ordenó.

18 »Harás lo que el Señor, tu Dios, aprueba y da por bueno; así, te irá bien, entrarás y tomarás posesión de esa tierra buena que prometió el Señor a tus padres, 19 arrojando ante ti a todos tus enemigos, como te dijo el Señor.

20 »Cuando el día de mañana te pregunte tu hijo: ¿Qué son esas normas, esos mandatos y decretos que les mandó el Señor, su Dios?, 21 le responderás a tu hijo: Éramos esclavos del faraón en Egipto y el Señor nos sacó de Egipto con mano fuerte; 22 el Señor hizo ante nuestros ojos signos y prodigios grandes y tremendos contra el faraón y toda su corte. 23 A nosotros nos sacó de allí para traernos y darnos la tierra que había prometido a nuestros padres. 24 Y nos mandó cumplir todos estos mandatos, respetando al Señor, nuestro Dios, para nuestro bien perpetuo, para que sigamos viviendo como hoy. 25 Quedamos justificados ante el Señor, nuestro Dios, si ponemos por obra todos los preceptos que nos ha mandado.

---

siste en que la guarda de estos preceptos y normas son garantía de larga vida en la tierra que el Señor les va a dar (1-3). Los versículos 4-25 giran en torno al gran mandato del amor a Dios que el mismo Jesús califica como el más importante de todos los mandatos de Moisés y de los Profetas, es decir, de todo el Antiguo Testamento (Mt 22,34-40; Mc 12,28-34). Ese amor a Dios implica la escucha de su Palabra, pero una escucha obediente que involucra todos los aspectos y los momentos de la vida y que debe ser transmitida como herencia a las nuevas generaciones (21).

La insistencia en que Dios es uno podría entenderse como la manera de corregir la mentalidad de los pueblos vecinos de atribuir distintas «personalidades» a Baal, como si fuera posible dividirlo en divinidades locales, personales y familiares. Pero el sentido más claro es que el Señor es el único Dios que ha actuado de manera radical en favor del débil, del esclavizado, liberándolo y destruyendo los poderes de opresión simbolizados en Egipto y su faraón. El texto nos revela un momento importante en el proceso religioso y de fe de Israel: estamos en un período de monoteísmo práctico; esto es, Israel reconoce que hay otros dioses, que los demás pueblos poseen sus propias divinidades, pero Israel tiene un Dios único con unas características que son únicas y que no permite ninguna competencia en medio del pueblo (14). Tendrán que pasar por lo menos dos siglos más para llegar a confesar que no hay otro Dios fuera del Dios de Israel; ése será ya el monoteísmo teórico (cfr. Is 41,4; 43,11.13; 44,6; 45,5s.18.21s; 48,12).

Lo importante de este mandato no es fijarlo en la muñeca de la mano o en los marcos de las puertas, ni ponérselo en medio de los ojos o cerca del corazón. Lo que de verdad importa es modelar la vida de acuerdo con esa convicción de amor a Dios, de adhesión a Él y de reconocimiento agradecido por sus obras de liberación, actuando como Él en medio de los prójimos.

Advertencias contra la idolatría
(Éx 34,11-17)

7 1 »Cuando el Señor, tu Dios, te introduzca en la tierra de la que vas a tomar posesión, él expulsará a tu llegada a naciones más grandes que tú –hititas, guirgaseos, amorreos, cananeos, fereceos, heveos y jebuseos–, siete pueblos más numerosos y fuertes que tú; 2 cuando el Señor, tu Dios, los entregue en tu poder y tú los venzas, los consagrarás sin remisión al exterminio. No pactarás con ellos ni les tendrás piedad. 3 No te emparentarás con ellos: no darás tus hijos a sus hijas ni tomarás sus hijas para tus hijos. 4 Porque ellos los apartarán de mí, para que sirvan a dioses extranjeros, y se encenderá la ira del Señor contra ustedes y no tardará en destruirlos.

5 Esto es lo que harán con ellos: demolerán sus altares, destruirán sus piedras conmemorativas, arrancarán sus postes sagrados y quemarán sus imágenes. 6 Porque tú eres un pueblo consagrado al Señor, tu Dios; él te eligió para que fueras, entre todos los pueblos de la tierra, el pueblo de su propiedad.

Gratuidad divina y responsabilidad de Israel

7 »Si el Señor se enamoró de ustedes y los eligió no fue por ser ustedes más numerosos que los demás, porque son el pueblo más pequeño, 8 sino que por puro amor a ustedes, por mantener el juramento que había hecho a sus padres, los sacó el Señor de Egipto con mano fuerte y los rescató de la esclavitud, del dominio del faraón, rey de Egipto. 9 Así sabrás que el Señor, tu Dios, es Dios, un Dios fiel: a los que aman y guardan sus preceptos, les mantiene su alianza y su favor por mil generaciones; 10 pero al que lo aborrece, le paga en persona sin hacerse esperar, al que lo aborrece le paga en persona. 11 Pon en práctica estos preceptos y los mandatos y decretos que hoy te mando.

Beneficios de la obediencia
(28,1-14; Lv 26,3-13)

12 »Si escuchas estos decretos y los mantienes y los cumples, también el Señor, tu Dios, te mantendrá la alianza y el favor que prometió a tus padres. 13 Te amará, te bendecirá y te hará crecer; bendecirá el fruto de tu vientre y el fruto de tus tierras: tu trigo, tu mosto y tu aceite; las crías de tus vacas y el parto de tus ovejas, en la tierra que te dará como prometió a tus padres. 14 Serás bendito entre todos los pueblos; no habrá estéril ni impotente entre los tuyos ni en tu ganado. 15 El Señor desviará de ti la enfermedad; no te mandará jamás epide-

---

7,1-6 Advertencias contra la idolatría. Cuando se están redactando estas advertencias, Israel ya ha pasado por todos estos actos de desobediencia. Recordemos que aunque aparentemente se trata de la generación israelita que está a punto de entrar a la tierra prometida y que aparentemente es Moisés quien les habla, en realidad se trata de otra generación, de otro escenario y de otro «predicador» que exhorta al pueblo a poner por obra los mandatos y normas del Señor.

Las exigencias de estos versículos las debían haber cumplido a cabalidad sus antepasados, pero no lo hicieron; ellos no debían haber realizado las mismas prácticas cananeas, y sin embargo las hicieron; no debían haber hecho pactos ni alianzas con pueblos vecinos y, sin embargo las hicieron. Recordemos que Acaz, el padre de Ezequías rey de Judá, hizo un pacto con Asiria para enfrentar a los sirios y a sus propios hermanos del reino del norte (cfr. 2 Re 16). Fue fatal, porque era como dar entrada a prácticas, costumbres y divinidades diferentes al pueblo (2 Re 16,1-4), eso sin contar todos los desvíos y desobediencias de los reyes del norte juzgados sin excepción por la corriente deuteronomista como desobedientes y contrarios al querer del Señor. El objeto de estas exigencias es que el pueblo de Israel actúe como pueblo consagrado al Señor, elegido especialmente por Él para ser un pueblo especial entre los demás pueblos (6).

7,7-11 Gratuidad divina y responsabilidad de Israel. Israel nunca podrá jactarse de tener méritos suficientes para ser un pueblo especialmente elegido, pues no es ni grande ni importante. El motivo de su elección se debe puramente al amor de Dios, a su gracia y su bondad; Israel siempre tendrá que recordar esto. Volver a su pasado de esclavitud y de dominación y acordarse de que ése fue el motivo por el cual Dios lo amó y se comprometió con él; porque no era nada, Dios lo hizo ser; porque estaba sometido y humillado, Dios lo rescató; porque nadie escuchaba sus gemidos y lamentos, Dios los escuchó (cfr. Éx 3,7-9) y lo elevó al rango de interlocutor suyo, dándole la capacidad de comprometerse en un pacto: el de ser su pueblo, escuchando y obedeciendo todo cuanto el Señor le ordenaba. Así pues, al don gratuito de Dios corresponde una tarea, una responsabilidad muy grave para Israel.

7,12-26 Beneficios de la obediencia. El efecto benéfico inmediato que sobreviene a la obediencia es

mias malignas, como aquellas que conoces de Egipto, sino que afligirá con ellas a los que te odian.

16 »Devora a todos los pueblos que te entregue el Señor. No tengas compasión de ellos ni des culto a sus dioses, porque serán una trampa para ti.

17 »Si alguna vez se te ocurre pensar: Estos pueblos son más numerosos que yo, ¿cómo podré desalojarlos?, 18 no les temas; recuerda lo que hizo el Señor con el faraón y con Egipto entero. 19 Las pruebas tremendas que vieron tus ojos, los signos y prodigios, la mano fuerte y el brazo extendido con que te sacó el Señor, tu Dios; así hará el Señor, tu Dios, con todos los pueblos que te asustan. 20 El Señor mandará pánico contra ellos, hasta aniquilar a los que queden escondiéndose de ti. 21 No les tengas miedo, que el Señor está en medio de ti, tu Dios, un Dios grande y terrible.

22 »El Señor, tu Dios, irá expulsando esos pueblos poco a poco. No podrás terminar con ellos rápidamente, no sea que las bestias feroces se multipliquen contra ti. 23 El Señor, tu Dios, los entregará ante ti, sembrando en sus filas el pánico, hasta destruirlos. 24 Entregará a sus reyes en tu poder, y tú harás desaparecer su nombre bajo el cielo. No habrá quien se te resista, hasta que los destruyas a todos.

25 »Quemarás las imágenes de sus dioses. No codicies el oro ni la plata que los recubre, ni te lo apropies; así no caerás en su trampa. Mira que son abominación para el Señor, tu Dios. 26 No metas en tu casa nada abominable, porque serás consagrado al exterminio como esas cosas. Aborrécelas y detéstalas, porque están consagradas al exterminio.

No sólo de pan vive el hombre

8 1 »Todos los preceptos que yo les mando hoy pónganlos por obra; así vivirán, crecerán, entrarán y conquistarán la tierra que el Señor prometió con juramento a sus padres.

2 »Recuerda el camino que el Señor, tu Dios, te ha hecho recorrer estos cuarenta años por el desierto, para afligirte, para ponerte a prueba y conocer tus intenciones, y ver si eres capaz o no de guardar sus preceptos. 3 Él te afligió, haciéndote pasar hambre, y después te alimentó con el maná –que tú no conocías ni conocieron tus padres– para enseñarte que el hombre no vive sólo de pan, sino de todo lo que sale de la boca de Dios. 4 Tus vestidos no se han gastado ni se te han hinchado los pies durante estos cuarenta años, 5 para que reconozcas que el Señor, tu Dios, te ha educado como un padre educa a su hijo; 6 para que guar-

---

que el Señor mantendrá su Alianza con el pueblo (12), y eso se traduce en bendiciones, cuyo efecto es la salud y la prolijidad de hombres, animales y cosechas (13-15; cfr. 8,1). Ahora bien, uno de los términos del compromiso de Israel es «devorar» o «exterminar» a todos los pueblos que vaya encontrando en su camino hacia la tierra prometida y cuando esté en ella jamás sentir miedo porque esos pueblos sean más numerosos y poderosos (17s), pues el Señor que enfrentó a Egipto y lo golpeó hará lo mismo con esos pueblos, siempre y cuando Israel se comprometa a no imitarlos ni introducir en sus casas nada de sus pertenencias ni de sus creencias y costumbres (25s).

Las expresiones «devorar» y «exterminar» suenan hoy para nosotros demasiado fuertes, máxime si somos testigos de movimientos socio-políticos y religiosos que han hecho exactamente eso, sembrando terror y muerte en pueblos enteros en nombre de Dios o de una falsa interpretación religiosa. No hay que olvidar el contexto histórico en que surgen estos textos, ni hay que olvidar tampoco la intencionalidad teológica y catequética de estos pasajes. Ubiquémonos en un contexto de decadencia política y religiosa de Israel y de la subsiguiente reacción de mejoramiento para entender mejor el llamamiento de Ezequías a renovar la Alianza y, por tanto, a reafirmar los antiguos compromisos en torno a la adhesión al único Dios en el que Israel debe basar su fe.

Este sermón de Moisés busca, sobre todo, recordar los términos de esa Alianza y suscitar en el creyente unos propósitos y unos compromisos que se describen con expresiones y términos que son chocantes para nosotros; lo importante es que hoy absolutamente nadie encuentre aquí justificación alguna para desacreditar, desautorizar o perseguir a un semejante por el hecho de que su cultura, su etnia o sus convicciones religiosas sean distintas a las «oficialmente» admitidas.

8,1-10 No sólo de pan vive el hombre. El significado profundo que tiene el desierto para la formación de la conciencia del pueblo israelita, y de nuestra propia conciencia, lo tenemos en la primera parte de este capítulo. Se trata de la relectura que hace Israel de su experiencia del desierto como lugar geográfico atestado de peligros reales (15) y al mismo tiempo con posibilidades de vida, pero también como lugar que simboliza la conciencia en donde se enfrentan el bien y el mal, el pecado y la gracia, Dios y Satanás, la verdad

des los preceptos del Señor, tu Dios, sigas
sus caminos y lo respetes.
7 »Cuando el Señor, tu Dios, te introduz-
ca en la tierra buena, tierra de torrentes, de
fuentes y aguas profundas que manan en el
monte y la llanura; 8 tierra de trigo y ceba-
da, de viñas, higueras y granados, tierra de
olivares y de miel; 9 tierra en que no come-
rás medido el pan, en que no carecerás de
nada; tierra que lleva hierro en sus rocas y
de cuyos montes sacarás cobre; 10 enton-
ces, cuando comas hasta hartarte, bendice
al Señor, tu Dios, por la tierra buena que te
ha dado.

Advertencias para no olvidarse de Dios

11 Cuídate de no olvidar al Señor, tu
Dios, de no cumplir los preceptos, manda-
tos y decretos que yo te mando hoy. 12 No
sea que cuando comas hasta hartarte,
cuando te edifiques casas hermosas y las
habites, 13 cuando críen tus reses y ovejas,
aumenten tu plata y tu oro y abundes de
todo, 14 te vuelvas engreído y te olvides del
Señor, tu Dios, que te sacó de Egipto, de la
esclavitud; 15 que te hizo recorrer aquel
desierto inmenso y terrible, lleno de ser-
pientes y alacranes, una tierra árida una
gota de agua; que te sacó agua de una roca
de pedernal; 16 que te alimentó en el desier-
to con un maná que no conocían tus pa-
dres: para afligirte y probarte y para hacer-
te el bien al final. 17 No pienses: Por mi
fuerza y el poder de mi brazo me he creado
estas riquezas. 18 Acuérdate del Señor, tu
Dios, que es él quien te da la fuerza para
crearte estas riquezas, y así mantiene la
promesa que hizo a tus padres, como lo
hace hoy.
19 »Si olvidas al Señor, tu Dios, y sigues
a dioses extranjeros, les das culto y te pos-
tras ante ellos, yo les garantizo hoy que
morirán sin remedio. 20 Como los pueblos
que el Señor va a destruir a su paso, así pe-
recerán, por no obedecer al Señor, su Dios.

Los méritos no son de Israel, son del Señor

9 1 Escucha, Israel, tú vas a cruzar hoy
el Jordán para conquistar pueblos
más grandes y fuertes que tú, ciudades

---

y la mentira, la Ley y el libertinaje, la fidelidad y la idolatría, la solidaridad y el egoísmo, la paz y la violencia, la nueva sociedad y la sociedad opresora. Es en el desierto como lugar real y como lugar simbólico donde Dios ha hecho todo un trabajo de formación integral con el pueblo.

Esta sentencia que el Señor transmite por boca de Moisés es la misma que Jesús le recuerda al Tentador cuando le propone que realice su tarea mesiánica atendiendo sólo el aspecto material, tangible e inmediato del pueblo. Tanto el redactor o redactores finales del Deuteronomio como Jesús, tienen claro que esa dimensión no material, intangible, espiritual y de conciencia, propia del ser humano, también necesita ser cultivada, alimentada y cuidada. Aquí se pone como alimento principal «todo lo que sale de la boca de Dios», pero eso no implica que sea lo único y que las demás posibilidades de enriquecimiento del espíritu humano no sean importantes. Todo lo que enriquece el espíritu humano es importante: la ciencia, la cultura… Todo eso que humaniza al hombre no sólo es un derecho, también es un deber, puesto que es una tarea concreta y específica. Negar esta posibilidad, esta vocación, y obstaculizarla es ir en contra del mismo plan de vida propuesto por el Padre y asumido por Jesús que, siendo consciente de ello, ha venido para que todos «tengan vida y la tengan en abundancia» (Jn 10,10).

8,11-20 Advertencias para no olvidarse de Dios. Con frecuencia, la buena salud, la prosperidad, el poder político y militar conllevan un cierto engreimiento y cierto olvido de Dios. Eso ya lo había experimentado Israel; tanto David como Salomón, en la época del reino unido, habían logrado darle estabilidad política y económica al territorio, y en la época de la división del reino, Jeroboán II (783-743 a.C.) le dio un gran peso a su reino, ubicándolo como potencia internacional. No siempre esos períodos correspondieron con la época de mayor fidelidad a la Alianza, a los deberes con la justicia y con la solidaridad. Todo lo contrario: se olvidaron de su Señor, del mismo que los liberó de la esclavitud, y ellos mismos se hicieron esclavos, servidores de otros proyectos que no les garantizaban ni la vida, ni la libertad. Ése es el motivo que hay detrás de esta exhortación. Como el pueblo ha tenido ya la experiencia de los efectos negativos que acarrea alejarse del camino trazado por el Señor, ahora el predicador, con intención de renovar la Alianza, exhorta al pueblo a no repetir los errores del pasado para no ser destruidos de nuevo. Los efectos negativos que trae consigo el alejarse de Dios olvidándolo, olvidando su proyecto de vida, de libertad y de justicia, no son estrictamente un «castigo de Dios», sino el resultado del rechazo a la vida que no puede ser otro que el derrumbamiento ético y moral y que la Biblia describe como la destrucción y la muerte.

9,1-6 Los méritos no son de Israel, son del Señor. Estos versículos son una primera conclusión a las exhortaciones que el predicador Moisés viene haciendo desde el capítulo 6. De nuevo se insiste en no olvidar que todo cuanto logre Israel en lo político y económico es pura obra de Dios. Es decir, Israel nunca podrá

más grandes y fortificadas que el cielo; 2 un pueblo numeroso y corpulento, los anaquitas, que conoces de oídas, por aquello: ¿Quién resistirá a los hijos de Anac? 3 Así sabrás hoy que el Señor, tu Dios, es quien cruza al frente de ti, como fuego voraz, y los destrozará, y los derrotará ante ti, para que tú los desalojes y destruyas rápidamente, como te prometió el Señor.

4 Cuando los expulse el Señor, tu Dios, ante ti, no digas: Por mi justicia me trajo el Señor a tomar posesión de esta tierra, y por la injusticia de esos pueblos, el Señor los despoja ante mí. 5 Si tú vas a conquistar esas tierras no es por tu justicia y honradez, sino que el Señor, tu Dios, despoja a esos pueblos por su injusticia y para mantener la palabra que juró a tus padres, Abrahán, Isaac y Jacob. 6 Y sabrás que si el Señor, tu Dios, te da en posesión esa tierra buena no es por tu propia justicia, ya que eres un pueblo terco.

Recuerdo de las rebeliones de Israel

7 »Recuerda y no olvides que provocaste al Señor, tu Dios, en el desierto; desde el día que saliste de Egipto hasta que llegaron a este lugar han sido rebeldes al Señor; 8 en el Horeb provocaron al Señor, y el Señor se irritó con ustedes y los quiso destruir.

9 »Cuando yo subí al monte a recibir las tablas de piedra, las tablas de la alianza que concertó el Señor con ustedes, me quedé en el monte cuarenta días y cuarenta noches, sin comer pan ni beber agua. 10 Luego el Señor me entregó las dos tablas de piedra, escritas de la mano de Dios; en ellas estaban todos los mandamientos que les dio el Señor en la montaña, desde el fuego, el día de la asamblea. 11 Pasados los cuarenta días y cuarenta noches, me entregó el Señor las dos tablas de piedra, las tablas de la alianza, 12 y me dijo: Levántate, baja de aquí en seguida, que se ha pervertido tu pueblo, el que tú sacaste de Egipto. Pronto se han apartado del camino que les marcaste, se han fundido un ídolo. 13 El Señor me añadió: He visto que este pueblo es un pueblo terco. 14 Déjame destruirlo y borrar su nombre bajo el cielo; de ti haré un pueblo más fuerte y numeroso que él.

15 »Yo me puse a bajar de la montaña, mientras la montaña ardía; llevaba en las

---

jactarse de sus éxitos como si fueran una conquista gracias a sus méritos, sino por puro amor gratuito de Dios. Tampoco debe confundir el amor y la misericordia de Dios con el bienestar y la prosperidad que posea en un momento determinado. No hay que confundir aquí amor de Dios, gracia y bendición con bienestar y prosperidad, porque puede caerse en el error de pensar –como muchos creyeron y creen aún– que Dios prefiere a los prósperos y ricos y desprecia a los pobres. Todo lo contrario: Dios amó a Israel porque era pobre, desposeído, esclavizado. Hay tendencias actuales que, o bien prescinden de Dios porque la opulencia, la riqueza y el confort en que viven los ha apartado completamente del proyecto de la justicia divina, o bien lo han entronizado muy bien en su sistema como argumento para demostrar que su calidad de vida es la que Dios quiere y aprueba. Con esto se hace creer a los pueblos empobrecidos que, o bien Dios ama más a los ricos, o que en realidad existe un Dios para los ricos y otro para los pobres. Nada más lejano al plan de Dios.

Las propias palabras de la autorrevelación divina nos aclaran cualquier duda con respecto a Dios: «El Señor es uno solo» (6,4) y no hay otro fuera de Él (32,39a; Is 41,4; 43,11.13; 44,6; 45,5-6.18.21s; 48,12). Ese único Dios es el que se revela en el Antiguo Testamento como Dios de los pobres, de los marginados, y desheredados, y en el Nuevo Testamento, en Jesús, como Padre-Madre, absolutamente en favor de los mismos sujetos. Sus palabras son duras y contundentes contra quienes han hecho de la riqueza su definitiva opción de vida (cfr. Lc 6,24s), pero siguen llamando a la conversión, que no es otra cosa que hacerse pobre como paso previo y fundamental para comenzar a construir el reino del Padre.

9,7-29 Recuerdo de las rebeliones de Israel. Siguiendo con su discurso, Moisés recuerda al pueblo cómo desde que salieron de Egipto su actitud ha sido de constante rebeldía y rechazo a las propuestas divinas concretadas en la Alianza. Ya en el Horeb –Sinaí–, el pueblo demostró un primer rechazo cuando fabricaron un ternero de oro para adorarlo (Éx 32,1-14), con lo cual suplantaban al Dios que los había liberado, rechazando así la Alianza apenas pactada. Otro tanto hicieron en Taberá (Nm 11,1-3), en Masá (Éx 17,1-7; cfr. Nm 20,1-13); en Qibrot Hatavá (Nm 11) y en Cades Barne (Nm 13s). Este recuerdo de las rebeliones de Israel sirve para hacer ver al pueblo que su comportamiento desobediente no sólo se dio en aquellos días del desierto, sino que además en la tierra prometida también han sido infieles y rebeldes contra el Señor. Es una manera más para hacer el llamado a renovar la Alianza. Nótese el tono esperanzador del pasaje: Moisés subraya que tales actitudes eran suficientes para haber sido destruidos por Dios; sin embargo, la intercesión del propio Moisés y sobre

manos las dos tablas de la alianza. 16 Miré,
y era verdad. Habían pecado contra el Se-
ñor, su Dios; se habían hecho un ternero de
fundición. Pronto se apartaron del camino
que el Señor les había marcado. 17 Enton-
ces agarré las tablas, las arrojé con las dos
manos y las estrellé ante sus ojos. 18 Luego
me postré ante el Señor cuarenta días y
cuarenta noches, como la vez anterior, sin
comer pan ni beber agua, pidiendo perdón
por el pecado que habían cometido, ha-
ciendo lo que parece mal al Señor, irritán-
dolo, 19 porque tenía miedo de que la ira y
la cólera del Señor contra ustedes los des-
truyese. También aquella vez me escuchó
el Señor.

20 »Con Aarón se irritó tanto el Señor,
que quería destruirlo, y entonces tuve que
interceder también por Aarón.

21 »Después tomé el pecado que se ha-
bían fabricado, el ternero, y lo quemé, lo
machaqué, lo trituré hasta pulverizarlo
como ceniza y arrojé la ceniza en el torren-
te que baja de la montaña.

22 Luego en Taberá, en Masá y en Qui-
brot Hatavá siguieron provocando al Señor.
23 Y cuando los envió desde Cades Barne
diciéndoles que subieran a conquistar la
tierra que les había entregado, se rebelaron
contra la orden del Señor, no le creyeron ni
le obedecieron. 24 Desde que los conozco,
han sido rebeldes al Señor.

25 Me postré delante del Señor, estuve
postrado cuarenta días y cuarenta noches,
porque el Señor pensaba destruirlos. 26 Oré
al Señor, diciendo: Señor mío, no destruyas
a tu pueblo, la herencia que has rescatado
con tu grandeza, que sacaste de Egipto con
mano fuerte. 27 Acuérdate de tus siervos
Abrahán, Isaac y Jacob, no te fijes en la ter-
quedad de este pueblo, en su crimen y su
pecado, 28 no sea que digan en la tierra de
donde nos sacaste: El Señor no pudo intro-
ducirlos en la tierra que les había prometi-
do, o: Los sacó por odio, para matarlos en
el desierto. 29 Son tu pueblo, la herencia
que sacaste con tu esfuerzo poderoso y con
tu brazo extendido.

Renovación de la Alianza

10 1 En aquella ocasión me dijo el Se-
ñor: Talla dos tablas de piedra,
como las primeras, súbemelas a la monta-
ña y construye un arca de madera; 2 voy a
escribir sobre esas tablas los mandamien-
tos escritos en las primeras tablas, que has
estrellado, para que las deposites en el
arca. 3 Hice un arca de madera de acacia,
tallé dos tablas de piedra como las prime-
ras y subí al monte con las dos tablas. 4 Él
escribió en las tablas la misma escritura de
antes, los diez mandamientos que les había
dado el Señor en la montaña, desde el fue-
go, el día de la asamblea, y me las entregó.
5 Yo bajé de la montaña y coloqué las dos
tablas en el arca que tenía preparada, y allí
quedaron, como me había mandado el Se-
ñor.

6 Los israelitas se dirigieron de los Pozos
de los anaquitas a Moserot. Allí murió Aa-
rón y allí lo enterraron. Su hijo Eleazar le
sucedió en el sacerdocio. 7 De allí se diri-
gieron a Gudgoda, y de allí a Yotbatá, re-
gión de torrentes. 8 En aquella ocasión el
Señor apartó a la tribu de Leví para que lle-
vara el arca de la alianza del Señor, para
que estuviera a disposición del Señor y lo
sirviera y para que bendijera en su nombre,
y así lo hacen todavía hoy. 9 Por eso el levi-
ta no recibe parte en la herencia de sus her-
manos, sino que el Señor es su herencia,
como le dijo el Señor, tu Dios.

10 Yo permanecí en la montaña cuarenta
días y cuarenta noches, como la vez ante-
rior, y también aquella vez me escuchó el
Señor. 11 No quiso destruirlos, sino que me
dijo: Levántate y prepárate a partir al fren-

---

todo el amor misericordioso del Señor, los ha dejado con vida, permitiendo restablecer siempre el compromiso de seguir sólo al Señor.

10,1-11 Renovación de la Alianza. Las primeras tablas de la Ley que según Éx 32,19 Moisés rompió contra la roca cuando encontró al pueblo postrado ante un ternero de oro son restituidas por el mismo Dios. Romper las tablas de piedra indica que la Alianza había quedado rota, derogada, y que el pueblo quedaba a merced de su propio destino; sin embargo, Moisés recuerda que gracias a la intercesión y súplica suyas (10s), el Señor mismo decide renovar su Alianza con el pueblo (1-5).

Los versículos 6-9 forman un paréntesis para recordar al pueblo que junto con la renovación de la Alianza queda también restablecido el culto en Israel por la mención de Aarón, su muerte, y su sucesor, y por la mención de los levitas.

te del pueblo. Que vayan y tomen posesión
de la tierra que les daré, como prometí a
sus padres.

Recapitulación: exigencias del Señor

12 »Ahora, Israel, ¿qué es lo que te exige
el Señor, tu Dios? Que respetes al Señor, tu
Dios; que sigas todos sus caminos y lo
ames; que sirvas al Señor, tu Dios, con todo
el corazón y con toda el alma; 13 que guar-
des los preceptos del Señor, tu Dios, y los
mandatos que yo te mando hoy, para tu
bien.
14 »Cierto: del Señor son los cielos, has-
ta el último cielo; la tierra y todo cuanto la
habita; 15 con todo, sólo de sus padres se
enamoró el Señor, los amó, y de su des-
cendencia los escogió a ustedes entre todos
los pueblos, como sucede hoy.
16 »Por eso circunciden sus corazones,
no persistan en su obstinación; 17 que el Se-
ñor, su Dios, es Dios de dioses y Señor de
señores; Dios grande, fuerte y terrible, no
es parcial ni acepta soborno, 18 hace justi-
cia al huérfano y a la viuda, ama al emi-
grante, dándole pan y vestido.
19 »Amarán al emigrante, porque ustedes
fueron emigrantes en Egipto.
20 »Al Señor, tu Dios, respetarás y a él
sólo servirás, te unirás a él, en su Nombre
jurarás. 21 Él será tu alabanza, él será tu
Dios, porque él hizo a tu favor las terribles
hazañas que tus ojos han visto.
22 Setenta eran tus padres cuando baja-
ron a Egipto, y ahora el Señor, tu Dios, te
ha hecho numeroso como las estrellas del
cielo.

11 1 »Amarás al Señor, tu Dios; guarda-
rás sus consignas y normas, sus de-
cretos y preceptos mientras te dure la vida.
2 »Ustedes, y no sus hijos, que ni entien-
den ni han visto el escarmiento de su Dios,
son los que conocen hoy su grandeza, su
mano fuerte y su brazo extendido, 3 los sig-
nos y hazañas que hizo en medio de Egipto
contra el faraón, rey de Egipto, y contra
todo su territorio; 4 lo que hizo al ejército
egipcio, a sus carros y caballos, cuando los
perseguían y precipitó sobre ellos las aguas
del Mar Rojo y acabó con ellos, hasta el día
de hoy; 5 lo que hizo con ustedes en el de-
sierto, hasta que llegaron a este lugar; 6 lo
que hizo a Datán y Abirón, hijos de Eliab,
hijo de Rubén, cuando la tierra abrió sus
fauces y se los tragó con sus familias
y tiendas, con su servidumbre y ganado, en
medio de todo Israel. 7 Se trata de ustedes,
que han visto con sus ojos las grandes ha-
zañas que hizo el Señor.
8 »Guardarán fielmente los preceptos
que yo les mando hoy, así tendrán la fuerza
necesaria para ir a conquistar la tierra de la
que ustedes van a tomar posesión; 9 y así
prolongarán sus años sobre la tierra que el
Señor, su Dios, prometió dar a sus padres y
a su descendencia: una tierra que mana le-
che y miel. 10 La tierra adonde te diriges
para conquistarla no es como la tierra de
Egipto, de donde saliste: allí sembrabas tu
semilla y luego tenías que regar con tu pie,
como se riega una huerta. 11 En cambio la
tierra adonde cruzas para tomarla en pose-
sión es una tierra de montes y valles, que
bebe el agua de la lluvia del cielo; 12 es una
tierra de la que el Señor, tu Dios, se ocupa
y está siempre mirando por ella, desde el
principio del año hasta el fin.
13 »Si escuchas y obedeces los preceptos
que yo te mando hoy, amando al Señor, tu
Dios, y sirviéndole con todo el corazón y
con toda el alma, 14 yo mandaré a tu tierra

10,12–11,32 Recapitulación: exigencias del Señor. La restauración de las tablas de la Ley da pie a Moisés para recordar al pueblo cuáles son las exigencias del Señor, cuáles son los compromisos que adquiere el pueblo en el momento en que la Alianza queda renovada. Esos compromisos son: honrar al Señor y solo a él (cfr. 6,13); seguir sólo por el camino trazado por el Señor (cfr. 5,33); amarlo de todo corazón (cfr. 6,5); servirle sólo a Él (cfr. 6,13); en una palabra, observar fielmente los mandatos y leyes del Señor (cfr. 6,24). En la misma línea de los compromisos, Israel es exhortado a que circuncide su corazón y ablande su cerviz (10,16), a reconocer la grandeza e imparcialidad de Dios que es el único justo, que se ocupa personalmente de los más pobres entre los pobres: del huérfano, la viuda y el emigrante (10,18). Por tanto, Israel tiene que aprender a hacer lo mismo: amar y abrir la mano (cfr. 15,8) a esos mismos sujetos (10,19).

El capítulo 11 menciona algunas de las hazañas y prodigios del Señor realizados contra Egipto para liberar al pueblo (3-5) con una característica: esos signos y prodigios los realizó el Señor a los ojos de todo Israel. Por tanto, no se trata de un evento del pasado,

la lluvia a su tiempo: la lluvia temprana y la
tardía; cosecharás tu trigo, tu mosto y tu
aceite; 15 yo pondré hierba en tus campos
para tu ganado, y comerás hasta hartarte.

16 »Pero, tengan cuidado, no se dejen se-
ducir ni se desvíen sirviendo a dioses ex-
tranjeros y postrándose ante ellos; 17 por-
que se encenderá la ira del Señor contra
ustedes, cerrará el cielo y no habrá más llu-
via, el campo no dará sus cosechas y des-
aparecerán en seguida de esa tierra buena
que les va a dar el Señor.

18 »Graben estas palabras mías en el co-
razón y en el alma, átenlas a su muñeca
como un signo, y que sean como una señal
en la frente, 19 enséñaselas a tus hijos, há-
blales de ellas cuando estés en casa y yen-
do de camino, acostado y levantado, 20 es-
críbelas en las puertas de tu casa y en sus
columnas, 21 así, mientras dure el cielo so-
bre la tierra, durarán tus días y los de tus hi-
jos en el suelo que el Señor juró dar a tus
padres.

22 »Si observan fielmente los preceptos
que yo les mando hoy amando al Señor, su
Dios, siguiendo sus caminos y uniéndose a
él, 23 el Señor irá por delante expulsando a
esos pueblos, más grandes y fuertes que
ustedes, y ustedes irán ocupando su tierra;
24 todo lo que pisen sus pies será de uste-
des; sus fronteras se extenderán del desier-
to al Líbano, del río Éufrates al mar occi-
dental. 25 Nadie podrá resistirlos, porque el
Señor, su Dios, sembrará el pánico y el te-
rror en todo el territorio que pisen, como él
mismo les ha prometido.

26 »Mira. Hoy pongo delante de ustedes
una bendición y una maldición: 27 la bendi-
ción, si obedecen los preceptos del Señor,
su Dios, que yo les mando hoy; 28 la maldi-
ción, si desobedecen los preceptos del Se-
ñor, su Dios, y se desvían del camino que
hoy les marco, yendo detrás de dioses ex-
tranjeros, que ustedes no han conocido.

29 »Cuando el Señor, tu Dios, te in-
troduzca en la tierra de la que vas a tomar
posesión, pondrás la bendición en el monte
Garizín y la maldición en el monte Ebal.
30 Estos montes se encuentran a la otra par-
te del Jordán, detrás de la carretera del oes-
te, en la tierra de los cananeos que habitan
en la estepa, frente a Guilgal, cerca de la en-
cina de Moré. 31 Porque ustedes están a
punto de cruzar el Jordán, de tomar pose-
sión de la tierra que el Señor, su Dios, les va
a dar. Cuando tomen posesión de ella y la
habiten, 32 pondrán por obra todos los man-
datos y decretos que yo les entrego hoy.

---

sino de algo que todos los presentes pudieron ver y de lo cual pueden dar testimonio. Así, la acción salvífica de Dios cobra actualidad y vigencia; el pueblo puede contar con que esa intención salvadora y liberadora de Dios permanece y continuará en la tierra que él les otorga. Pero ellos tienen que comprometerse también a guardar fidelidad al Señor cumpliendo cada uno de sus mandatos, porque eso será benéfico para ellos. En la prosperidad y el bienestar en la tierra prometida, ellos podrán constatar la fidelidad de Dios (12-15); pero si se apartan de la voluntad divina sirviendo a otros dioses extranjeros (16), los efectos serán muy perjudiciales para Israel (17). Así pues, al momento de cruzar el Jordán para tomar posesión de la tierra (31), el pueblo es instado a grabarse muy bien los mandatos y preceptos, a fijarse muy bien en qué proyecto quiere servir, al proyecto de la vida que se traduce en bendiciones, o al proyecto de la muerte que equivale a decir maldición y perdición (26).

SEGUNDO DISCURSO DE MOISÉS – CUERPO LEGAL

He aquí el llamado «Código Deuteronómico», conformado por los capítulos 12–26, que reúne sin orden aparente varias colecciones de leyes de épocas y de redacciones o redactores distintos. Para algunos biblistas, el libro de la Ley encontrado en el Templo en tiempos de Josías (2 Re 22,8) se encuentra reflejado en él, pero las repeticiones y desarrollos homiléticos hacen improbable esto.

12 1 –Éstos son los mandatos y de-
cretos que ustedes deberán poner
en práctica mientras vivan en la tierra que
el Señor, Dios de tus padres, te da en pose-
sión.

El culto centralizado
(2 Re 23)

2 »Destruirán todos los santuarios donde
esos pueblos, que ustedes van a conquistar,
daban culto a sus dioses, en lo alto de los
montes, sobre las colinas, bajo cualquier
árbol frondoso; 3 demolerán sus altares,
destrozarán sus piedras conmemorativas,
quemarán sus postes sagrados, derribarán
las imágenes de sus dioses y borrarán sus
nombres de aquel lugar.

4 »Al Señor, su Dios, no le darán culto de
esa manera. 5 Irán a buscarlo al lugar que él
elija entre todas las tribus, para constituirlo
morada de su Nombre. 6 Allí ofrecerán sus
holocaustos y sacrificios: los diezmos, votos
y ofrendas voluntarias y también los primo-
génitos de sus ganados y rebaños. 7 Allí co-
merán tú y tu familia, en la presencia del Se-
ñor, su Dios, y festejarán todas las empresas
que el Señor, tu Dios haya bendecido.

8 »Allí no deberán hacer ustedes lo que
ahora hacemos aquí, donde cada uno hace
lo que mejor le parece, 9 porque todavía no
han entrado en el lugar del descanso y en la
herencia que el Señor, tu Dios te dará.
10 Cuando crucen el Jordán, y habiten la
tierra que el Señor, su Dios, va a repartirles
en herencia, y ponga fin a las hostilidades
con los enemigos que los rodean, y vivan
tranquilos, 11 llevarán al lugar que el Señor,
su Dios, se elija para morada de su Nombre
todo lo que les tengo ordenado: sus holo-
caustos, sacrificios, diezmos, ofrendas y lo
mejor de sus votos que hayan hecho al Se-
ñor, 12 y harán fiesta en presencia del Señor,
su Dios, ustedes, sus hijos e hijas, sus sier-
vos y siervas, y también el levita que vive
en tu vecindad ya que él no ha recibido en-
tre ustedes ninguna tierra en propiedad.

13 »Ten cuidado. No ofrecerás sacrificios
en cualquier santuario que veas, 14 sino
sólo en el lugar que el Señor se elija en una
de tus tribus: allí ofrecerás tus holocaustos
y allí harás lo que te tengo ordenado.
15 Puedes matar y comer carne en cualquier
pueblo cuando tengas ganas, según los do-
nes que el Señor, tu Dios, te conceda; pue-
den comerla el puro y el impuro, como si se
tratase de gacela o ciervo; 16 pero la sangre
no la comerán; la derramarás por tierra,
como el agua.

17 »En tu residencia no puedes comer los
diezmos del trigo, del mosto y del aceite;
los primogénitos de tus reses y ovejas; los
votos, las ofrendas y ofertas voluntarias.
18 Sólo los comerás en presencia del Señor,
en el lugar que se elija el Señor, tu Dios,

12,1-28 El culto centralizado. El llamado «sistema faraónico» o «sistema tributario» (cfr. Gn 47,13-26) se ejercía desde un centro de poder –Egipto– y se alimenta de tres subsistemas que garantizaban su puntual funcionamiento: el económico, caracterizado por los tributos, que le garantizaba su sobrevivencia; el militar o de seguridad, que le garantizaba la «tranquilidad» política interna y externa; y el religioso, que se encargaba de mantener adormecida la conciencia del pueblo con el sedante ideológico de que esa realidad era la genuina voluntad divina.

A ese modelo económico tributario se opone el modelo emprendido por Israel y otros pequeños pueblos del área de influencia egipcia, que intentaban «subvertir» tal orden e implementar leyes y compromisos éticos y de convivencia que les permitiera subsistir de un modo humano y digno. Esta necesaria rebeldía contra el sistema faraónico y la implementación de un modelo alterno de organización social, económica y religiosa son proyectados en una divinidad que tiene que ser radicalmente contraria al resto de divinidades conocidas. Cada acción y determinación de

junto con tu hijo, tu hija, tu siervo, tu sierva
y el levita que viva en tu vecindad. En pre-
sencia del Señor celebrarás el éxito de tus
tareas.
19 »Ten cuidado. No abandones al levita
mientras dure tu vida en la tierra. 20 Cuan-
do el Señor, tu Dios, ensanche tus fronte-
ras, como te ha prometido, y decidas co-
mer carne, porque te vienen ganas de
comerla, puedes comerla a voluntad. 21 Si
queda lejos el lugar que elija el Señor, tu
Dios, para poner allí su Nombre, tú mismo
podrás matar, conforme a mis prescripcio-
nes las reses u ovejas que te dé el Señor, y
comerás en tu ciudad siempre que te ven-
ga en gana; 22 comerás esa carne como si
se tratase de gacela o ciervo; pueden co-
merla el puro y el impuro.
23 »Pero de ningún modo comas sangre,
porque la sangre es la vida, y no comerás
la vida con la carne. 24 No la comas, derrá-
mala en tierra, como agua. 25 No la comas,
y te irá bien a ti y a tus hijos que te sucedan
por haber hecho lo que Dios aprueba.
26 »Lo que hayas consagrado u ofrecido
por voto llévalo al lugar que escoja el Se-
ñor. 27 De los holocaustos ofrecerás carne y
sangre sobre el altar del Señor, tu Dios; de
los sacrificios de comunión derramarás la
sangre sobre el altar del Señor, tu Dios, y
comerás la carne.
28 »Escucha atentamente todas estas co-
sas que yo te mando hoy, para que les vaya
bien a ti y a tus hijos después de ti, por ha-
ber obrado bien, haciendo lo que es recto a
los ojos del Señor, tu Dios.

Advertencia contra las prácticas idolátricas

29 »Cuando el Señor, tu Dios, extirpe a
los pueblos cuyas tierras vas a ocupar,
cuando los desalojes para instalarte en su
tierra, una vez quitados de en medio, 30 no

---

los grupos o de sus guías son declaradas y vistas siempre como voluntad del mismo Dios que Israel fue descubriendo como el único capaz de comprometerse con ellos en la aventura de la liberación. De ahí que el «Código Deuteronómico» esté impregnado en sus raíces más antiguas de esa sensibilidad por lo humano y por lo social. Pero los tiempos fueron cambiando para Israel; su forma de organización fue evolucionando y sus leyes tuvieron que empezar a ser transformadas.

Una de las primeras preocupaciones del pueblo convertida en ley, consistía en eliminar todo culto cananeo, a la vez que propagar un culto único y distinto dirigido sólo al Señor, con unas características propias, pero siempre con libertad de hacerlo en distintas partes y no en único lugar (cfr. Gn 28,18-22; Éx 20,24; 24,4; Jos 24,26). Pues bien, esta libertad que podríamos llamar pluralidad de santuarios locales se deroga al imponer una nueva ley, la que ordena centralizar el culto exclusivamente en el santuario oficial de Jerusalén (4-12). Ciertamente, el texto no menciona el santuario de Jerusalén, pero es fácilmente deducible del hecho de que no hubo en la historia de Israel otro lugar que reclamara para sí dicha exclusividad (cfr. Sal 78,60.67-69; 132,13s). Además, según nos narra el segundo libro de Reyes, el rey Josías destruyó todos los santuarios de Judá (2 Re 23,8s) y de Samaría (2 Re 23,15-20), pero no el de Jerusalén.

Esta nueva ley sobre el culto corresponde, por tanto, a una época diferente a la de las leyes más simples y humanas, más sensibles respecto a lo social. Nos referimos al período del reinado de Josías, quien retomó la línea de reforma religiosa de su abuelo Ezequías, secundado muy de cerca por la corriente deuteronomista (**D**) que ya venía trabajando en la capital de Judá desde la época de la caída del reino del Norte. Es probable que la reforma religiosa haya traído efectos positivos para la política del rey, pero no lo hizo para el pueblo, que ya no pudo realizar su culto y sus fiestas en los lugares más cercanos. Tampoco lo hizo para los miembros de la tribu de Leví y sus familias que, aparte de no poseer una heredad (12), tuvieron que someterse a un turno riguroso en Jerusalén, no ya para oficiar en el culto, sino para prestar servicios menores en el Templo.

Nos encontramos ante una de las no pocas ambigüedades de casi todos los libros del Pentateuco y del resto de la Biblia. Lo importante es que sepamos asumirlas como debe ser y no comprometer en ellas la imagen de Dios, quien pese a nuestras ambigüedades y a nuestra volubilidad, siempre es el mismo, siempre comprometido con la causa de la vida y de la justicia.

Los versículos 13-18 regulan todos los aspectos de la ley de centralización del culto y el consumo de la carne de los sacrificios o de los frutos de la tierra ofrecidos en el Santuario. Cabe resaltar dos cosas: la exigencia de comer la carne de los sacrificios en familia y no olvidar a los levitas (cfr.14,27.29). Se trata de compartir con ellos porque han perdido su empleo en los santuarios locales y porque la única porción que ellos poseen es el Señor, cuya Palabra tienen que actualizar y enseñar en las comunidades.

12,29-31 Advertencia contra las prácticas idolátricas. Estos versículos son programáticos, en cuanto se dan para «cuando el Señor extirpe a los pueblos cuya tierra vas a ocupar» (29). Israel no puede imitar esos cultos, ni siquiera debe averiguar cómo los hacen, porque todos resultan abominables a los ojos del Señor.

caigas en la trampa detrás de ellos; no con-
sultes a sus dioses ni averigües cómo les
daban culto dichos pueblos, para hacer tú
lo mismo. 31 Tú no harás lo mismo con el
Señor, tu Dios, porque él considera abomi-
nable y detesta todo lo que ellos hacen para
honrar a sus dioses, ya que llegan incluso a
quemar a sus hijos e hijas en honor de sus
dioses.

Casuística en torno a la idolatría

13 1 »Todo lo que yo les mando, lo pon-
drán en práctica; no añadirán ni su-
primirán nada.

Caso personal

2 »Si entre los tuyos aparece un profeta o
vidente de sueños y, anunciando un signo o
prodigio, te propone: 3 Vamos a seguir a
dioses extranjeros y a darles culto; aunque
se cumpla el signo o prodigio, 4 no hagas
caso a ese profeta o vidente de sueños. Por-
que se trata de una prueba del Señor, su
Dios, para ver si aman al Señor, su Dios,
con todo el corazón y toda el alma.
5 »Al Señor, su Dios, seguirán, lo respe-
tarán, cumplirán sus preceptos, le obede-
cerán, le darán culto y se unirán a él.
6 »Y ese profeta o vidente de sueños será
ejecutado: por haber predicado la rebelión
contra el Señor, su Dios, que los sacó de
Egipto y los redimió de la esclavitud, y por
haber intentado apartarte del camino que
te mandó seguir el Señor, tu Dios. Así extir-
parás de ti la maldad.

Caso familiar

7 »Si un hermano tuyo de padre o de ma-
dre, o tu hijo, tu hija, o la mujer que duer-
me en tus brazos, o tu amigo del alma te in-
citan a escondidas proponiéndote: Vamos a
dar culto a dioses extranjeros, desconoci-
dos para ti y para tus padres 8 –sean dioses
de pueblos vecinos y cercanos o de pue-
blos remotos de un extremo al otro de la
tierra– 9 no le harás caso ni lo escucharás,
no te apiadarás de él ni le tendrás compa-
sión ni lo encubrirás. 10 Antes le darás
muerte; tu mano será la primera en la eje-
cución y seguirá la mano de los parientes.
11 Lo apedrearás hasta que muera. Por ha-
ber intentado apartarte del Señor, tu Dios,
que te sacó de Egipto, de la esclavitud.
12 Así, todo Israel, al enterarse, escarmen-
tará, y no volverá a cometerse entre los tu-
yos maldad semejante.

Caso colectivo

13 »Si te enteras de que en una de las ciu-
dades que el Señor te da para habitar 14 han
salido canallas que extravían a los vecinos,
proponiéndoles: Vamos a dar culto a dioses
extranjeros y desconocidos, 15 primero in-
vestiga, examina, interroga cuidadosamen-
te, y si resulta que realmente se ha cometi-
do esa abominación entre los tuyos,
16 pasarás a cuchillo a los vecinos, dedica-
rás al exterminio la ciudad con todo lo que
hay dentro y con el ganado; 17 amontonarás
en la plaza el botín y prenderás fuego a la
ciudad con todo el botín en honor del Se-
ñor, tu Dios. Quedará como ruina perpetua,
sin ser reedificada. 18 Que no se te pegue a
las manos nada dedicado al exterminio.
Así, el Señor renunciará a su cólera, te tra-
tará con compasión y, compadecido, te
hará crecer como prometió a tus padres.
19 Por haber obedecido al Señor, tu Dios,
haber cumplido sus preceptos, que yo te
mando hoy, y por haber hecho lo que el Se-
ñor, tu Dios, aprueba.

13,1-19 Casuística en torno a la idolatría. En línea con 12,2-4.29-31, este capítulo contempla tres casos de idolatría. En primer lugar, quien haciéndose llamar profeta o visionario intenta incitar al pueblo a seguir dioses extranjeros dándoles culto (2s). No hay que hacerle caso, por el contrario, debe ser ejecutado por haber incitado a la rebelión contra el único Señor que los sacó de Egipto y por tanto el único que les garantiza la vida y la libertad (6). En segundo lugar, si algún miembro de la familia intenta seducir a un pariente cercano para dar culto a otros dioses; también debe ser rechazado y hay que darle muerte lapidándolo (7-12). En tercer lugar, si en una ciudad algún colectivo de hombres que desobedecen a Dios intentan descarriar a los demás incitándolos a desviarse del culto y de la obediencia al verdadero Dios. También a ésos hay que investigarlos y, si es el caso, deben morir pasados a cuchillo; la ciudad será destruida sin posibilidad de ser reconstruida nuevamente (13-19).

Se trata, pues, de una dura legislación que busca erradicar todo comportamiento religioso que no sea dirigido exclusivamente al Señor. Esto indica que no era raro que en algunos grupos o familias se rindiese culto a divinidades locales. La sentencia para quienes obraban así era la muerte. Pero no hay que tomar esto al pie de la letra. Sabemos que el auténtico Dios de la

Animales puros e impuros
(Lv 11)

14 1 »Ustedes son hijos del Señor, su
Dios. No se hagan incisiones ni se
rapen el cabello en la frente por un muerto.
2 Eres un pueblo consagrado al Señor, tu
Dios; el Señor te ha elegido entre todos los
pueblos de la tierra como pueblo de su pro-
piedad. 3 No comerás nada abominable:
4 »Animales terrestres comestibles: el
toro, el cordero, el cabrito, 5 el ciervo, la ga-
cela, el corzo, la cabra montés, el antílope,
el bisonte y la gamuza. 6 De los animales
terrestres pueden comer todos los rumian-
tes de pezuña partida; 7 se exceptúan sólo
los siguientes: el camello, la liebre y el león,
que son rumiantes, pero no tienen la pezu-
ña partida, ténganlos por impuros; 8 el ja-
balí, que tiene la pezuña partida, pero no es
rumiante, ténganlo por impuro. No coman
su carne ni toquen sus cadáveres.
9 »Animales acuáticos comestibles: pue-
den comer los que tienen aletas y escamas;
10 pero los que no tienen aletas ni escamas
no los pueden comer, ténganlos por impu-
ros.
11 »Pueden comer todas las aves puras,
12 pero no pueden comer el águila, el que-
brantahuesos, el buitre negro, 13 el buitre, el
milano en todas sus variedades, 14 el cuer-
vo en todas sus variedades, 15 el avestruz,
la lechuza, la gaviota y el halcón en todas
sus variedades, 16 el búho, el mochuelo, la
corneja, 17 el pelícano, el calamón, el cor-
morán, 18 la cigüeña y la garza en todas sus
variedades, la abubilla y el murciélago, 19 y
los insectos, ténganlos por impuros, no son
comestibles. 20 Pero podrán comer todas
las aves puras.
21 »No comerán sus cadáveres, se lo de-
jarán al emigrante que vive en tu vecindad
para que se los coma o se lo venderás al
extranjero, porque tú eres un pueblo santo
para el Señor, tu Dios.

»No cocerás un cabrito en la leche de su madre.

Diezmos y remisión
(Nm 18,20-32)

22 »Todos los años apartarás la décima
parte de los productos de tus campos 23 y
comerás en presencia del Señor, tu Dios, en
el lugar que se elija por morada de su Nom-
bre, el diezmo de tu trigo, tu mosto y tu
aceite y los primogénitos de tus reses y
ovejas, para que aprendas a respetar al Se-

---

vida jamás exigirá la vida de quien actúe en contra suya (cfr. Lc 9,54s). Hemos de pensar siempre en el contexto histórico en el cual surgen estos textos y tener en cuenta que ésa era la manera de mantener el «orden» y la ortodoxia religiosa, máxime cuando se trataba de sobrevivir como pueblo especialmente elegido y, por tanto, con una sola preocupación: mantener el compromiso de Alianza de ser el pueblo del Señor.

Dios nos sigue exigiendo ese compromiso de pertenecerle sólo a Él, porque es el único que puede garantizarnos la libertad y la vida. Pero los que actúan de forma diferente no son nuestros enemigos, ni estamos autorizados a «exterminarlos» mediante condenas, señalamientos o excomuniones. Lo que sí podemos y debemos hacer como personas y como comunidad es actuar de tal modo, que seamos reconocidos y estimados por todos gracias a nuestras obras de fraternidad y solidaridad (cfr. Hch 2,44-47; 4,32-35; 5,13). Así también se sentirán atraídos a servir a Dios y a la causa de la construcción del reino en la paz y en la justicia.

14,1-21 Animales puros e impuros. Antes de la estipulación de los animales puros e impuros hay una ley que prohíbe los tatuajes e incisiones en el cuerpo en honor de los muertos (1s). Podría tratarse de una antigua práctica cananea en señal de duelo por la muerte de un pariente o amigo. Se trataría de un rito funerario bajo la proyección religiosa de Baal, Dios de la fertilidad (cfr. 1 Re 18,28). Israel no puede asemejarse en ello a los paganos, porque ellos son hijos de Dios y un pueblo elegido entre muchos otros para ser consagrado al Señor.

Los versículos 3-21 establecen cuáles son los animales terrestres, aéreos y acuáticos que podían ser consumidos. Los criterios para establecer la pureza o impureza no son del todo claros ni precisos; se podría pensar en ciertos tabúes o en un rechazo irracional hacia ciertos animales. En todo caso hay una intención común: ponerlo como mandato divino y, por tanto, de obligatorio cumplimiento para todo fiel israelita.

En la Nueva Alianza no hay que preocuparse de esto, puesto que en Jesús hemos obtenido la completa libertad respecto a nuestra manera de vivir y expresar nuestras relaciones con Dios, con nuestros semejantes y con la creación. Más importante es hoy para nosotros el establecimiento de normas y leyes que nos ayuden a proteger y a defender de modo eficaz la fauna de nuestras regiones y su hábitat, y que nos hagamos cada vez más conscientes de que, a pesar de que la creación está para nuestro servicio y disfrute, es un bien universal que exige de nosotros un trato humano, respetuoso, justo y equilibrado.

ñor, tu Dios, mientras te dure la vida. 24 Si
te resulta demasiado largo el camino y no
puedes transportar el diezmo, porque te ha
bendecido el Señor, tu Dios, y porque te
queda lejos el lugar que haya elegido el Se-
ñor para poner en él su Nombre, 25 lo ven-
derás, meterás el dinero en una bolsa y lo
llevarás al lugar que elija el Señor, tu Dios.
26 Allí compra lo que desees: reses, ovejas,
vino, licores, todo lo que te pida el apetito,
y lo comerás en la presencia del Señor, dis-
frutando tú y los tuyos. 27 Pero no descuides
al levita de tu vecindad, porque a él no le
tocó nada en el reparto de la herencia.

28 »Cada tres años apartarás la décima
parte de la cosecha de ese año y lo deposi-
tarás a las puertas de la ciudad. 29 Así, ven-
drá el levita, que no se benefició contigo en
el reparto de la herencia, el emigrante, el
huérfano y la viuda que viven en tu vecin-
dad, y comerán hasta hartarse. Así, te ben-
decirá el Señor tu Dios en todas las tareas
que emprendas.

Ley sobre el perdón de las deudas

15 1 »Cada siete años harás la remisión.
2 La remisión consiste en lo siguien-
te: Todo acreedor condonará la deuda del
préstamo hecho a su prójimo; no apremia-
rá a su prójimo, porque ha sido proclama-
da la remisión del Señor. 3 Podrás apremiar
al extranjero, pero lo que hayas prestado a
tu hermano lo condonarás.

4 »Es verdad que no habrá pobres entre
los tuyos, porque te bendecirá el Señor, tu
Dios, en la tierra que el Señor, tu Dios, va a
darte para que la poseas en herencia, 5 a
condición de que obedezcas al Señor, tu
Dios, poniendo por obra este precepto ínte-
gro que yo te mando hoy. 6 El Señor, tu
Dios, te bendecirá como te ha dicho: tú
prestarás a muchos pueblos y no pedirás
prestado, dominarás a muchos pueblos y
no serás dominado.

7 »Si hay entre los tuyos un pobre, un
hermano tuyo, en una ciudad tuya, en esa
tierra tuya que va a darte el Señor, tu Dios,
no endurezcas el corazón ni cierres la mano
a tu hermano pobre. 8 Ábrele la mano y
préstale a la medida de su necesidad.

9 »Cuidado, no se te ocurra este pensa-
miento rastrero: Está cerca el año séptimo,
año de remisión, y seas tacaño con tu her-
mano pobre y no le des nada, porque ape-
lará al Señor contra ti, y resultarás culpa-
ble. 10 Dale, y no de mala gana, porque por
esa acción bendecirá el Señor, tu Dios, to-
das tus obras y todas tus empresas.

11 »Nunca dejará de haber pobres en la
tierra; por eso yo te mando: Abre tu mano
al pobre, al hermano necesitado que vive
en tu tierra.

14,22-29 Diezmos y remisión. Se distinguen dos tipos de diezmo: el primero es anual y debe presentarse ante el santuario (22-27); no se trata simplemente de depositar las ofrendas, se trata de comerlas «en presencia del Señor» (23), en compañía de los miembros de la familia (26), pero sin olvidar al levita que, por su condición no heredó tierra alguna de la que pueda obtener frutos (27). El segundo tipo de diezmo es trienal, y no se presenta ante el santuario, sino a las puertas de la ciudad; su objeto es enteramente social puesto que es una ofrenda de la cual pueden comer el levita, el emigrante, el huérfano y la viuda (29). Hay una nota que motiva esta práctica de separar algo de los bienes tanto para el Templo como para los empobrecidos: la bendición del Señor en toda tarea que se emprenda (29), una manera de entender y de practicar el concepto de la retribución.

Nuestro compromiso con los más pobres de la sociedad ya no puede basarse en la simple idea de la retribución, sino sobre la base de una conciencia que tiene que ir aportando cada día más elementos para la construcción de una sociedad más justa y equitativa. Hoy no se trata tanto de separar para dar a los que no tienen, sino de luchar para que todos tengamos las mismas oportunidades de tener lo que es justo y necesario para sobrevivir dignamente.

15,1-11 Ley sobre el perdón de las deudas. Este capítulo puede dividirse en tres partes. La primera, ley sobre el perdón de las deudas (1-11); la segunda, ley sobre los esclavos y las esclavas (12-18); y la tercera, ley sobre la consagración de los primogénitos machos de los animales (19-23). Los versículos 1-11 son, según el concepto de muchos especialistas, una de las leyes más revolucionarias de todo el Antiguo Testamento que no tiene paralelo con ningún otro pasaje del Pentateuco ni del resto de escritos veterotestamentarios. Es probable que el perdón de las deudas no sea una idea completamente original de Israel; al parecer, cuando en Mesopotamia se producía la ascensión de un nuevo rey, éste condonaba las deudas de sus súbditos como una manera de congraciarse con el pueblo. Lo que sí es completamente genuino y auténticamente exclusivo de Israel es la reglamentación como tal del perdón de las deudas cada séptimo año como norma obligatoria para todo israelita. Esta ley evoca la época tribal, cuando aún no se había presentado el fenómeno de acumulación de bienes por parte de unos a costa del empobrecimiento de otros.

Ley sobre los esclavos y esclavas
(Éx 21,1-11)

12 »Si se te vende tu hermano, hebreo o
hebrea, te servirá seis años, y al séptimo lo
dejarás ir en libertad. 13 Cuando lo dejes
irse en libertad, no lo despidas con las ma-
nos vacías: 14 dale animales de tu rebaño, y
mucho trigo y vino, y le darás según te
haya bendecido el Señor, tu Dios. 15 Re-
cuerda que fuiste esclavo en Egipto y que
el Señor, tu Dios, te redimió; por eso yo te
impongo hoy esta ley. 16 Pero si él te dice:
No quiero marcharme, porque me he enca-
riñado contigo y con tu casa –porque le iba
bien contigo–, 17 toma un punzón, perfórale
la oreja contra la puerta de tu casa y será tu
esclavo para siempre, y lo mismo harás
con tu esclava. 18 No te parezca muy duro
dejarlo irse en libertad; el haberte servido
seis años equivale al salario de un jornale-
ro, y además el Señor, tu Dios, bendecirá
cuanto hagas.

Consagración de los primogénitos

19 »Todo primogénito macho que te naz-
ca de tus reses y ovejas lo consagrarás al
Señor, tu Dios. No trabajarás con el primo-
génito de tus vacas ni esquilarás el primo-

Como ideal de sociedad igualitaria y solidaria, esa antigua práctica hace sentir la necesidad de volver a ella en la época de la monarquía, cuando se aceleró el surgimiento de diferencias sociales entre ricos y empobrecidos. Basta leer los pasajes que el libro de los Reyes dedica a Salomón, a la época del reino unido, o a Jeroboán II, por ejemplo.

Pues bien, en ese contexto surge esta ley que tiene por objeto principal nivelar cada siete años a toda la comunidad israelita, con el fin de que no hubiera pobres permanentes en Israel. Parte de una constatación en futuro, porque se supone que fue dada al pueblo antes de la conquista de la tierra: «es verdad no habrá pobres entre los tuyos» (4), a condición de cumplir los mandatos y preceptos ordenados por el Señor, los únicos que podían garantizar la realización de ese ideal de justicia. No obstante, esta ley concluye con otra constatación, citada incluso por el mismo Jesús: «nunca dejará de haber pobres» (11; cfr. Mc 14,7).

¿Cómo conciliar estas dos afirmaciones aparentemente contradictorias? La primera afirmación (4) cobra un carácter de denuncia para la época en que fue escrita; no tenía por qué haber pobres en la tierra de promisión; pero como las cosas resultaron así, el compromiso más inmediato y urgente es condonar las deudas cada siete años como una manera de remediar el mal que la misma nación se buscó. La denuncia proyecta la solución, el elemento programático para salir de la encrucijada.

La segunda afirmación (11) es una constatación real, «siempre habrá pobres», pero no es un elemento necesario en el proyecto de Dios, ni algo querido por Él. Se trata más bien de una realidad incontrolable: de un día para otro, cualquiera de la comunidad puede caer en la pobreza, ya sea por algún fenómeno natural –un terremoto, una inundación, un huracán...– o por problemas de salud. Hay muchas causas naturales incontrolables por las cuales alguien puede empobrecerse; mas esa pobreza no puede hacerse permanente según el espíritu de la norma que tenemos aquí. Hay que ayudar al hermano emprobrecido a salir de su situación, hay que «abrirle la mano» (8.10.11b), pero no para hacer negocio de ella. Así pues, ambas afirmaciones son en realidad el punto de partida para la construcción de una sociedad solidaria y justa a la medida del plan de Dios. Este pasaje cobra cada vez mayor actualidad y se vuelve más revolucionario y exigente, especialmente en nuestra época marcada por el neoliberalismo salvaje, última expresión inhumana fruto del culto idolátrico a la ideología del capitalismo. ¿Cómo lograr que esta ley se convierta de verdad en el eje fundamental de la sociedad que soñamos?

15,12-18 Ley sobre los esclavos y esclavas. También esta ley nos hace caer en la cuenta de que no se trata de un pueblo que está punto de «cruzar el Jordán», sino del pueblo ya establecido en la tierra prometida y que ha incurrido en todo tipo de injusticias, entre ellas la de la esclavitud.

Desafortunadamente, la corriente deuteronomista no condena la esclavitud ni la estructura que la genera, pero al menos se ocupa de proponer algo que en parte resulta ser justo para quienes tenían que venderse como esclavos. Es lo máximo que podía hacer en su momento histórico, y con toda seguridad esto pudo ser «buena noticia» para los desafortunados esclavos y «mala noticia» para los esclavistas. Esta ley regula las relaciones de los amos para con sus esclavos; pese a que retoma Éx 21,1-11 amplía la ley tratando en forma separada a los esclavos y las esclavas. El llamado en ambos casos es a ser generoso con quienes han estado sirviendo por los seis años permitidos y a no despacharlos con las manos vacías. La ley contempla, además, la posibilidad de que un esclavo no quiera marcharse en el año séptimo, en cuyo caso el amo lo marcará como propiedad «para siempre».

Es posible que hoy no exista en ningún país la esclavitud como forma «normal» de producción. Sin embargo, los salarios de hambre y las condiciones infrahumanas en las que millones de hombres y mujeres tienen que rebuscar su sustento, ¿no son, acaso, condiciones similares o peores que las de un esclavo? Y nuestro compromiso cristiano y nuestra sensibilidad por la justicia, ¿dónde están?

15,19-23 Consagración de los primogénitos. Desde muy antiguo, Israel como muchos otros pueblos,

génito de tus ovejas. 20 Te lo comerás cada
año con tu familia en presencia del Señor,
tu Dios, en el lugar que se elija el Señor.
21 Si tiene algún defecto –cojo o ciego o
cualquier otro defecto–, no lo sacrificarás al
Señor, tu Dios. 22 Puedes comerlo en tu ciu-
dad en estado de pureza o de impureza,
como si fuese gacela o ciervo. 23 Pero la
sangre no la comerás, la derramarás por
tierra, como el agua.

Festividades del Señor
(Éx 23,14-16; Lv 23)

16 1 »Respeta el mes de abril, celebran-
do la Pascua del Señor, tu Dios, por-
que una noche del mes de abril el Señor, tu
Dios, te sacó de Egipto. 2 Como víctima
pascual inmolarás al Señor, tu Dios, una
res mayor o menor en el lugar que se elija
el Señor, tu Dios, por morada de su Nom-
bre. 3 No acompañarás la comida con pan
fermentado. Durante siete días comerás
panes sin levadura, que es un pan de aflic-
ción, porque saliste de Egipto apresura-
damente; así recordarás toda tu vida tu sa-
lida de Egipto. 4 Durante siete días no se ha
de ver levadura en todo tu territorio. De la
carne inmolada la tarde del primer día no
quedará nada para el día siguiente.

5 »No puedes sacrificar la víctima pas-
cual en cualquiera de los poblados que el
Señor va a darte. 6 Sólo en el lugar que eli-
ja el Señor por morada de su Nombre. Allí,
al atardecer, sacrificarás la Pascua, a la ca-
ída del sol, hora en que saliste de Egipto.
7 La cocerás y la comerás en el lugar que
elija el Señor, y a la mañana siguiente em-
prenderás el regreso a tu casa. 8 Durante
seis días comerás panes sin levadura, y el
séptimo habrá asamblea en honor del Se-
ñor, tu Dios. No harás trabajo alguno.

9 »Contarás siete semanas; a partir del
día en que empieces a cosechar contarás
siete semanas, 10 y celebrarás la fiesta de
las Semanas en honor del Señor, tu Dios.
La oferta voluntaria que hagas será en pro-
porción a lo que te haya bendecido el Se-

---

supuso la propiedad divina de todo cuanto existe (cfr. Sal 50,10s), de ahí que siempre mantuvo la costumbre de dedicar a su Dios los primeros frutos de los productos agrícolas y de sus ganados. También existió la tendencia, practicada en otros pueblos, de ofrecer al Señor el primogénito de su familia (cfr. 2 Re 16,3).

No se alude aquí a los primeros frutos de la cosecha, ni a los primogénitos humanos. Sólo se mencionan los primogénitos del ganado, pues al consagrar el primer macho quedaba consagrado todo el rebaño. El animal debía ser perfecto, ya que no se ofrece al Señor nada que sea defectuoso (21). Se subraya también el carácter de banquete comunitario que tiene esta ofrenda, el cual debía ser comido en presencia del Señor (20). El texto reconoce la propiedad absoluta de Dios de todo cuanto existe, por eso no hay justificación para acaparar los bienes de la creación, y mucho menos dejar a otros sin nada. Así que este pasaje puede ser una buena conclusión a la ley sobre el perdón de las deudas y a la de la liberación de los esclavos.

16,1-17 Festividades del Señor. Inmediatamente después de la ley de consagración de los primogénitos de los animales encontramos las normas del calendario religioso, cuyo objeto fundamental es la consagración del tiempo. También Israel comparte con el resto de pueblos y culturas esta tendencia antiquísima de consagrar a la divinidad tiempos especiales del año. Israel lo hace de una manera muy peculiar, con unos objetivos y unas intencionalidades propias que lo diferencian de los demás pueblos y culturas de su entorno.

Así, la «Pascua» (1-8) tiene como sentido propio la conmemoración de la salida de Egipto. Esta fiesta, que en su origen no tenía estrictamente un carácter religioso ni festivo, adquiere en Israel la peculiaridad de fiesta y conmemoración de una acción salvífica de Dios (cfr. Éx 12,1-14), pues para Israel, lo que los antiguos pastores querían obtener con el sacrificio de un cordero y con la aspersión de su sangre, ya ha sido realizado por el Señor en ellos: la liberación de la esclavitud.

En el mismo marco de la celebración de la Pascua queda estipulada la ley de la fiesta de los «Ázimos» (3s.8), cuyo origen es también muy antiguo y cuyo ambiente era exclusivamente agrícola; se trataba del inicio de la cosecha del grano. También este ritual campesino es teologizado en Israel (cfr. Éx 12,15-20).

La siguiente fiesta es la de las «Semanas». Siete semanas o cincuenta días (Pentecostés) después del inicio de la cosecha (9-12) se hace fiesta en el santuario central (11), lo cual implica otra peregrinación, lo mismo que la Pascua/Ázimos (cfr. Lv 23,15-21; Nm 28,26-31). Se insiste en que el consumo de las ofrendas se haga «en presencia del Señor» y en el carácter familiar y social que incluye al emigrante, a los huérfanos, a las viudas y los levitas (11).

La tercera fiesta, que implica también peregrinación al santuario central, es la de las «Chozas» (13-15), otra antigua práctica campesina que en sus orígenes estaba asociada con la cosecha de la uva (cfr. Lv 23,33-36.39-43; Nm 29,12-38). Los campesinos improvisaban en sus campos enramadas o ranchos para almacenar los frutos y procesarlos allí mismo. Esto mo-

ñor. 11 Celebrarás la fiesta en presencia del
Señor, tu Dios, con tus hijos e hijas, escla-
vos y esclavas y el levita de tu vecindad,
con los emigrantes, huérfanos y viudas
que haya entre los tuyos, en el lugar que
elija el Señor, tu Dios, por morada de su
Nombre. 12 Recuerda que fuiste esclavo en
Egipto; guarda y cumple todos estos pre-
ceptos.

13 »La fiesta de las Chozas la celebrarás
durante siete días cuando hayas terminado
de cosechar tu trigo y de exprimir las uvas.
14 Celebrarás la fiesta con tus hijos e hijas,
esclavos y esclavas, con los levitas, emi-
grantes, huérfanos y viudas de tu vecindad.
15 Harás fiesta siete días en honor del Señor,
tu Dios, en el lugar que se elija el Señor. Lo
festejarás porque el Señor, tu Dios, ha ben-
decido tus cosechas y tus tareas.

16 »Tres veces al año irán todos los varo-
nes en peregrinación al lugar que el Señor
se elija: por la fiesta de los Ázimos, por la
fiesta de las Semanas y por la fiesta de las
Chozas. Y no se presentarán al Señor con
las manos vacías. 17 Cada uno dará lo que
pueda conforme a la bendición que el Se-
ñor, tu Dios, te haya otorgado.

Los jueces: administración de la justicia

18 »Nombrarás jueces y magistrados por
tribus en las ciudades que el Señor, tu Dios,
te va a dar, que juzguen al pueblo con jus-
ticia. 19 No violarás el derecho, no serás
parcial ni aceptarás sobornos, que el so-
borno ciega los ojos de los sabios y falsea
la causa del inocente. 20 Busca sólo la justi-
cia, y así vivirás y tomarás posesión de la
tierra que va a darte el Señor, tu Dios.

21 »No plantarás postes sagrados ni ár-
boles junto al altar que levantes al Señor, tu
Dios; 22 no erigirás piedras conmemora-
tivas, porque las aborrece el Señor, tu Dios.

---

tiva posteriormente el proceso de reflexión teológica, relacionándola con el recuerdo de la travesía por el desierto (cfr. Lv 23,42s).

Se recalca el carácter centralista de la ley, en cuanto que sólo debe realizarse en el santuario único autorizado (2.5s.7.11.15s), lo mismo que el llamado a la generosidad en las ofrendas (16c) y el compartir con los menos favorecidos (11.14). Para Israel, el tiempo no es simplemente el eterno repetir de meses y estaciones. No se trata de un tiempo cuantitativo («kronos»), sino de un tiempo cualitativo («kairós») que adquiere la calidad de evento salvífico reactualizado en el marco de las celebraciones festivas.

16,18–17,13 Los jueces: administración de la justicia. Los versículos finales del capítulo 16 (18-20), establecen el criterio fundamental para la administración de la justicia por parte de los jueces y oficiales que se supone hubo en el período tribal. Las tradiciones más antiguas sobre el Éxodo nos hablan de la decisión de Moisés de repartir entre setenta ancianos la responsabilidad de gobernar y juzgar los pleitos del pueblo. Esa misma tradición aparece en el discurso introductorio de 1,15-18 y aquí se hace de nuevo alusión a ella. La autoridad del pueblo reposa en jueces y oficiales que no pueden actuar según su parecer, sino de acuerdo con un criterio de justicia que es único de Dios y que el juez y el magistrado tienen que reproducir en el pueblo.

Recordemos que este texto surge también como una necesidad de poner remedio a la corrupción de los jueces y al descuido y desprecio por la causa de los débiles y empobrecidos (cfr. 1 Sm 8,1-3). Aunque la norma aparece como un programa de futuro: «cuando entres en la tierra...», en realidad el pueblo ha pasado ya por el período de decadencia de sus instituciones. El texto obedece, por tanto, a una lectura del pasado y al reconocimiento de que dicha decadencia y la injusticia entraron precisamente por la falta de un mayor compromiso con los términos de la Alianza, que incluía la rectitud en el juicio (cfr. Éx 23,6-8). De este modo, cuando Israel decida volver a sus orígenes para «refundarse» como nación especialmente elegida, no tiene más que hacer que retomar estos compromisos que fueron los que en sus orígenes le dieron vida.

Una de las principales infracciones que el juez debía juzgar era la que tenía que ver con el aspecto religioso, cuya principal manifestación era el culto dado a divinidades extrañas. Aquí se previene de manera especial el culto dado a los astros, una práctica muy común entre los pueblos cananeos y mesopotámicos y que muy seguramente atrajo varias veces la atención de los israelitas. La sentencia contra esta infracción es la lapidación del culpable. En consonancia con el criterio de justicia, dicha sentencia no podía realizarse sin el testimonio veraz de dos ó tres testigos (17,2-7); éstos debían ser conscientes de la gravedad de su testimonio, puesto que siempre había una vida humana de por medio. Los versículos 8-13 establecen la posibilidad de acudir a instancias superiores cuando el caso no tuviera la claridad suficiente, todo con el mismo fin: buscar sólo la justicia (16,20).

Es válido, entonces, reclamar siempre una mayor justicia de parte de quienes están encargados de administrarla en nuestros países y regiones; no es ni siquiera necesario ser creyentes para saber que donde no se practica la justicia con los criterios que establece el Deuteronomio, las demás instituciones y las mismas relaciones sociales se van deteriorando y la vida humana pierde mucho de su valor.

17 1 »No sacrificarás al Señor, tu Dios,
toros o corderos mutilados o defor-
mes: eso sería una abominación para el Se-
ñor, tu Dios.
2 »Si en una de las ciudades que va a
darte el Señor, tu Dios, se encuentra un
hombre o una mujer que hace lo que es
malo a los ojos del Señor, tu Dios, que-
brantando su alianza, 3 porque va a dar cul-
to a dioses extranjeros y se postra ante
ellos o ante el sol, la luna o el ejército ente-
ro del cielo, haciendo lo que yo prohibí, 4 y
te los denuncian o te enteras, primero in-
vestigarás a fondo, y si resulta cierto que se
ha cometido tal abominación en Israel, 5 sa-
carás a las puertas al hombre o a la mujer
que cometió el delito y lo apedrearás hasta
que muera.
6 »Sólo con el testimonio de dos o tres
testigos se declarará la sentencia de muer-
te; nadie será condenado a muerte por el
testimonio de un solo testigo. 7 La mano de
los testigos será la primera en la ejecución
y seguirá todo el pueblo. Así extirparás de
ti la maldad.
8 »Si una causa te parece demasiado di-
fícil de sentenciar, causas dudosas de ho-
micidio, pleitos, lesiones, que surjan en tus
ciudades, subirás al lugar elegido por el Se-
ñor, 9 acudirás a los sacerdotes levitas, al
juez que esté en funciones y les consulta-
rás; ellos te comunicarán sentencia. 10 Lo
que ellos te digan en el lugar elegido por el
Señor, tú lo harás y cumplirás su decisión.
11 Cumplirás su decisión y pondrás en prác-
tica su sentencia, sin apartarte a derecha ni
a izquierda. 12 El que por arrogancia no es-
cuche al sacerdote puesto al servicio del
Señor, tu Dios, ni acepte su sentencia, mo-
rirá. Así extirparás de Israel la maldad 13 y
el pueblo escarmentará al enterarse y nadie
volverá a obrar con arrogancia.

Ley del rey

(1 Sm 8; 12)

14 »Cuando entres en la tierra que va a
darte el Señor, tu Dios, la tomes en pose-
sión, habites en ella y te digas: Voy a nom-
brarme un rey, como los pueblos vecinos,
15 nombrarás rey tuyo al que elija el Señor,
tu Dios, nombrarás rey tuyo a uno de tus
hermanos, no podrás nombrar a un extran-
jero que no sea hermano tuyo.
16 »Pero él no aumentará su caballería,
no enviará tropa a Egipto para aumentar su
caballería, porque el Señor les ha dicho: No
volverán jamás por ese camino. 17 No ten-
drá muchas mujeres, para que no se extra-
víe su corazón, ni acumulará plata y oro.
18 Cuando suba al trono se hará escribir en
un libro una copia de esta ley, según origi-
nal de los sacerdotes levitas. 19 La llevará
siempre consigo y la leerá todos los días de
su vida, para que aprenda a respetar al Se-
ñor, su Dios, poniendo por obra las pala-
bras de esta ley y estos mandatos. 20 Que
no se alce orgulloso sobre sus hermanos ni
se aparte de este precepto a derecha ni a
izquierda; así alargarán los años de su rei-
nado él y sus hijos en medio de Israel.

17,14-20 Ley del rey. Por 1 Sm 8,1-5 sabemos que la época de la organización tribal en Israel fue perdiendo calidad de vida y decayendo poco a poco, hasta que se hizo necesario asumir otra forma de organización. También nos narra 1 Sm 8,6-22 cómo el pueblo, representado en sus dirigentes, solicita al último juez popular y carismático, Samuel, que le nombre un rey. Samuel les advierte de que esta nueva institución cambiaría para siempre las relaciones sociopolíticas, económicas y religiosas del pueblo. Pero los dirigentes insisten en que tener un rey sería la única solución a las amenazas internas y externas a las que estaba sometido Israel. Se inaugura así una nueva era para Israel, la época de la monarquía, con lo cual, en el fondo, lo que se logró fue «volver a Egipto», esto es, volvieron a organizarse política y socialmente como no tenían que hacerlo, pues el compromiso de Alianza era ser «el pueblo del Señor», absolutamente contrario a lo que era el «pueblo del faraón».

Obviamente, la decisión de la monarquía no fue en realidad una decisión del Señor, sino de quienes representaban al pueblo. Éstos supieron presentarla como si fuera voluntad divina. No hay que olvidar que ésta es una tendencia humana de la cual está llena la Biblia: poner bajo la autoridad y autoría divina aquello que en un momento dado se cree lo más conveniente, a veces para un individuo o para determinado grupo. Uno de esos casos es justo el de la monarquía presentada como aprobada por Dios (1 Sm 8,7-9.22; 12), cuando en realidad era la forma más clara y contundente de quebrantar la Alianza. La corriente teológico-literaria deuteronomista (**D**) se caracteriza por su posición crítica respecto a la gran mayoría de reyes, pero no alcanza a descubrir que el problema era estructural, no simplemente coyuntural; era la estructura monárquica con todo lo que representaba, lo que abrió las puertas a la injusticia, a la división entre ricos y pobres, a la división entre ciudad y campo. Por eso,

Derechos de los sacerdotes levitas
(Nm 17)

18 [1] »Los sacerdotes levitas, la tribu entera de Leví, no se repartirán la herencia con Israel; comerán de las ofrendas destinadas a los sacrificios y de la herencia del Señor; [2] esta tribu no tendrá parte en la herencia de sus hermanos, el Señor será su herencia, como le dijo.

[3] »Derechos sacerdotales. Si uno del pueblo sacrifica un toro o una oveja, dará al sacerdote una espalda, las quijadas y el estómago. [4] Le darás las primicias de tu trigo, tu mosto y tu aceite y la primera lana al esquilar tu rebaño. [5] Porque el Señor, tu Dios, los eligió para siempre, a él y a sus hijos, de entre todas las tribus, para que estén al servicio personal del Señor.

[6] »Si un levita residente en cualquier poblado de Israel se traslada por voluntad propia al lugar elegido por el Señor, [7] podrá servir personalmente al Señor, su Dios, como el resto de sus hermanos levitas que están allí al servicio del Señor, [8] y comerá una parte lo mismo que los demás. Se exceptúan los sacerdotes adivinos.

Sobre los profetas

[9] »Cuando entres en la tierra que va a darte el Señor, tu Dios, no imites las abominaciones de esos pueblos. [10] Que no haya entre ustedes quien queme a sus hijos o hijas, ni vaticinadores, ni astrólogos, ni agoreros, [11] ni hechiceros, ni encantadores, ni espiritistas, ni adivinos, ni quién consulta a los muertos. [12] Porque el que practica eso es abominable para el Señor. Y por semejantes abominaciones los va a desheredar el Señor, tu Dios.

[13] »Sé íntegro en tu trato con el Señor, tu Dios; [14] esos pueblos que tú vas a desposeer escuchan a astrólogos y vaticinadores, pero a ti no te lo permite el Señor, tu Dios.

[15] »El Señor, tu Dios te suscitará un profeta como yo, lo hará surgir de entre uste-

---

17,14-20 no es en realidad una advertencia «para cuando entres en la tierra…», sino la dolorosa constatación de todo ya cuanto había propiciado la monarquía como estructura de poder e instrumento de injusticia. Todos los reyes, tanto del reino unido (David y Salomón) como los que habían regido los destinos del Norte y del Sur, hasta la época de composición de este pasaje, no habían hecho otra cosa que arrastrar al pueblo al mismo punto de donde habían partido, a la esclavitud.

Los versículos 18-20, que serían un llamado a la santidad del rey, son la prueba de que por más santo que sea un dirigente –político, económico, religioso– no cambia para nada la raíz misma de la estructura hasta que ésta no sea completamente transformada. Eso lo entendió perfectamente Jesús, y en esa clave habría que leer el pasaje de las tentaciones que nos presentan los sinópticos (cfr. Mc 1,12s; Mt 4,1-11; Lc 4,1-13), su abierto rechazo a ser proclamado rey (Jn 6,15) y sus duras palabras contra Pedro cuando se opone a que realice su función mesiánica desde la entrega y el servicio, aunque para ello tenga que experimentar la persecución y el dolor (Mc 8,32s). Ese mismo criterio, esa misma intuición y ese mismo descubrimiento que hace Jesús es el camino de realización de nuestro proyecto cristiano en el mundo. ¿No será acaso necesario redescubrirlo?

18,1-8 Derechos de los sacerdotes levitas. Al igual que Éxodo y Número, el Deuteronomio establece los derechos de participación de los levitas en las partes consumibles de los sacrificios que ofrecían los fieles. Pero aquí no se hace la distinción que establece Números entre levitas –descendientes de Leví– y los demás sacerdotes descendientes de Aarón; sólo se menciona a los descendientes de quienes por su especial separación para el servicio del culto no recibieron porción en el reparto de la tierra. Además de su función cultual sacrificial, guardaban el libro de la Ley (17,18; 31,9.25s), eran los responsables de juzgar los casos más difíciles (19,17; 21,5), portaban el arca de la Alianza (10,8) y tenían como función especial poner en práctica la Palabra del Señor (5). Dadas estas responsabilidades, no tenían parte en la tierra (cfr. 12,19).

El llamado de esta ley es, antes que nada, un aviso de justicia para el pueblo; también hoy nos llama a renovar nuestro compromiso con quienes por opción de vida se dedican al servicio de sus hermanos. La comunidad debe proveer las necesidades básicas de quienes están al servicio de la Palabra, pues el trabajador merece su justo salario (cfr. Lc 10,7; 1 Tim 5,18).

18,9-22 Sobre los profetas. Por los testimonios que encontramos en la literatura profética sabemos que en Israel siempre hubo una tensión entre verdaderos y falsos profetas. Cuando aquí se prohíbe consultar o escuchar a quienes se autodenominan profetas por el hecho de que se dedican a la adivinación, la magia, la hechicería, etc., equivale a llamarlos falsos profetas. A ello se suma el criterio del versículo 20: «el que tenga la arrogancia de decir en mi Nombre lo que yo no le he mandado... ese profeta morirá»; si lo que dice no se cumple, sería signo de falsa profecía (22), lo mismo que si habla en nombre de dioses extranjeros (20b).

Como puede verse, son más los criterios que ayudan a identificar al falso profeta; el que se autodeno-

des, de entre tus hermanos; y es a él a
quién escucharán.

16 »Es lo que pediste al Señor, tu Dios, en
el Horeb, el día de la asamblea: No quiero
volver a escuchar la voz del Señor, mi Dios,
ni quiero ver más ese terrible incendio para
no morir.

17 »El Señor me respondió: Tienen razón.
18 Suscitaré un profeta de entre sus herma-
nos, como tú. Pondré mis palabras en su
boca y les dirá lo que yo le mande. 19 A
quien no escuche las palabras que pronun-
cie en mi Nombre, yo le pediré cuentas. 20 Y
el profeta que tenga la arrogancia de decir
en mi Nombre lo que yo no le haya man-
dado, o hable en nombre de dioses extran-
jeros, ese profeta morirá.

21 »Y si te preguntas: ¿Cómo sabremos si
tal palabra no es Palabra del Señor?

22 »Cuando un profeta hable en Nombre
del Señor y no suceda ni se cumpla su pa-
labra, es algo que no dice el Señor; ese pro-
feta habla por arrogancia, no le tengas mie-
do.

Ciudades de refugio

(Nm 35,9-32)

19 1 »Cuando el Señor, tu Dios, haya ex-
tirpado las naciones cuya tierra va a
darte el Señor, tu Dios, y habites sus ciuda-
des y sus casas, 2 separarás tres ciudades
en la tierra que el Señor va a darte en po-
sesión. 3 Medirás bien las distancias y divi-
dirás en tres zonas la tierra que el Señor, tu
Dios, va a darte en herencia, como asilo de
los homicidas.

4 Ley sobre el homicida que pide asilo
para salvar su vida:

»Si uno mata a su prójimo sin querer, sin
estar enemistado con él: 5 por ejemplo, uno
sale con su prójimo al bosque a cortar leña,
y al blandir el hacha para cortar la leña, el
hierro se escapa del mango, alcanza al pró-
jimo y lo mata, ése recibirá asilo en una de
dichas ciudades y salvará la vida. 6 No sea
que el vengador de la sangre lo persiga en-
furecido, le dé alcance, porque el camino
es largo, y lo mate sin motivo suficiente,
porque el homicida no estaba enemistado
con el otro.

7 »Por eso yo te mando: Separa tres ciu-
dades. 8 Si el Señor, tu Dios, ensancha tus
fronteras, como juró a tus padres, y te da
toda la tierra que prometió dar a tus padres
9 –si pones por obra este precepto que yo te
mando hoy amando al Señor, tu Dios, y si-
guiendo sus caminos toda la vida–, añadi-
rás otras tres ciudades a las anteriores.
10 Para que no se derrame sangre inocente
en la tierra que el Señor, tu Dios, va a dar-
te en herencia y no recaiga sobre ti un ho-
micidio.

11 »Pero si uno que odia a su prójimo se
pone al acecho, lo ataca, lo hiere de muer-
te y después busca asilo en una de esas

---

mine profeta tiene que demostrar que su palabra es del Señor, que sus palabras se cumplen. Ahora bien, la gente reclamaba al mismo Jeremías por qué sus palabras no se cumplían y, sin embargo, sabemos de la constante pugna entre Jeremías y los falsos profetas (cfr. Jr 28). Israel fue definiendo poco a poco y de manera implícita algunos criterios para distinguir al verdadero profeta (cfr. Jr 23,9-32).

Los versículos 15.18 aluden a la promesa de un futuro profeta, lo cual dio pie posteriormente para la formación de la esperanza en un profeta excepcional, algo así como un segundo Moisés cuyos atributos y características se proyectaron algunas veces en el futuro Mesías. De ahí que en algunas tradiciones se esperaba que él explicaría la Ley de manera absoluta y definitiva. Rastros de esa esperanza los podemos ver en Jn 1,21; 6,14; 7,40; pero donde más directamente se aplica este pasaje a Jesús es en Hch 3,22s (cfr. además, Hch 7,37).

Como creyentes, debemos mantener muy abiertos nuestros ojos y nuestra conciencia para distinguir desde la misma Palabra de Dios a los verdaderos de los falsos profetas de nuestro tiempo; hay muchos que nos hablan en nombre del Señor, pero no todos nos comunican ni nos aclaran esa Palabra para ayudarnos a ser cada día más personas, más humanos, más hermanos (cfr. Jr 23,9-40).

19,1-14 Ciudades de refugio. Más allá de la mera protección a la vida de quien había asesinado a otro de manera involuntaria, esta ley, como la encontramos en Nm 35,9-28 y Jos 20,1-9, busca de manera especial salir al paso a la violencia extrema y al derramamiento de sangre ocasionados por cualquier lesión, voluntaria o involuntaria. Israel no estuvo exento de estos excesos y tuvo que haber corrido mucha sangre a causa de cualquier perjuicio, por leve que fuera. La misma Biblia denuncia y condena ese comportamiento (cfr. Gn 4, 23s). De ahí, entonces, la necesidad de crear un espacio en el cual la vida de un homicida o agresor involuntario estuviera protegida y asegurada (1-10); sin embargo, ni estas ciudades, ni ningún otro lugar podían servir de refugio al agresor intencional: tenía que pagar con su vida el derramamiento de la sangre de su víctima (11-13).

ciudades, 12 los ancianos de dicha ciudad lo
mandarán sacar de allí y lo entregarán al
vengador de la sangre para que muera.
13 No tengas piedad de él; así extirparás de
Israel el homicidio y te irá bien.

14 »No correrás los mojones que marcan
los límites de la propiedad de tu prójimo,
plantados por los mayores en el patrimonio
que heredes, en la tierra que el Señor, tu
Dios, va a darte en posesión.

Ley sobre los testigos

15 »No es válido el testimonio de uno solo
contra nadie, en cualquier caso de pecado,
culpa o delito. Sólo por el testimonio de dos
o de tres testigos se podrá fallar una causa.

16 »Si se presenta contra alguien un tes-
tigo de mala fe acusándolo de rebelión,
17 las dos partes comparecerán ante el Se-
ñor, ante los sacerdotes y jueces que estén
en funciones entonces, 18 y los jueces in-
vestigarán a fondo; si resulta que el testigo
es falso y que ha calumniado a su herma-
no, 19 le harán a él lo que él intentaba hacer
a su hermano, y así extirparás de ti la mal-
dad, 20 y los demás escarmentarán al ente-
rarse y no volverán a cometer maldad se-
mejante entre los tuyos. 21 No tengas
piedad de él: vida por vida, ojo por ojo,
diente por diente, mano por mano, pie por
pie.

Ley sobre la guerra

20 1 »Cuando salgas a combatir contra
tus enemigos, y veas caballos, ca-
rros y tropas más numerosas que las tuyas,
no les tengas miedo, porque el Señor, tu
Dios, el que te hizo subir de Egipto, está
contigo. 2 Cuando vayas a entablar comba-
te, se adelantará el sacerdote para arengar
a la tropa, 3 y les dirá: Escucha, Israel, hoy
van a luchar contra sus enemigos; no se
acobarden, no teman, no se desanimen, no
se aterroricen ante ellos, 4 porque el Señor,
su Dios, está con ustedes, luchando a favor
de ustedes y contra sus enemigos para dar-
les la victoria.

5 Después hablarán los jefes a la tropa y
dirán: Quien haya edificado una casa y no
la haya estrenado, que se retire y vuelva a
su casa, no vaya a morir en combate y la
estrene otro. 6 Quien haya plantado una
viña y no la haya vendimiado todavía, que
se retire y vuelva a casa, no vaya a morir en
combate y la vendimie otro. 7 Quien esté
prometido a una mujer y no se haya casa-

El versículo 14 prohíbe el desplazamiento de los linderos de la propiedad. Aparentemente, no tiene conexión con la ley sobre las ciudades de refugio y su objetivo; sin embargo, es perfectamente lógico que en el contexto de una ley que busca ante todo proteger la vida se prohíba expresamente atentar contra aquello que proporciona la vida y el sustento al prójimo, su tierra, su heredad. Al parecer, en alguna época fue una práctica común en Israel; los insaciables terratenientes hacían de todo para acaparar y acaparar la tierra de los más pobres. El mismo libro de Reyes nos presenta un caso que ilustra perfectamente ese comportamiento que la Biblia repudia: la viña de Nabot (cfr. 1 Re 21,1-19). No podemos dejar de denunciar esta tendencia, tan antigua y tan actual, y atacarla como algo contrario al plan de vida del Padre. El ser humano no se realiza como persona, como humano, en el aire, de manera abstracta; necesita de un espacio y lugar concretos para su realización personal, familiar y social; por eso es necesario incentivar especialmente en nuestros campesinos su derecho a la tierra y a denunciar con valentía todo acto de acaparamiento que, las más de las veces, va acompañado de terror y muerte.

19,15-21 Ley sobre los testigos. En una sociedad en decadencia es posible encontrar todo tipo de trampas y artimañas que, en el fondo, son la manera como se amenaza y se atenta contra la vida y los bienes de las personas. Uno de esos síntomas de falta de respeto y de amenaza contra la vida es, precisamente, la delación; delatar o denunciar a alguien con el propósito de hacerlo desaparecer y de ese modo quedarse con sus bienes.

Tampoco Israel estuvo exento de este flagelo; por eso, la corriente deuteronomista, preocupada por la justicia y por la vida, establece esta ley que busca proteger la vida y evitar los abusos en las denuncias y acusaciones. Es probable que hoy, en las legislaciones modernas, no se llegue al extremo de proceder de igual forma contra los falsos acusadores, pero de todos modos sigue siendo un delito punible; el Deuteronomio entendió así la forma de hacer justicia y al mismo tiempo de educar por medio del escarmiento (20). En el juicio seguido contra Jesús se infringe precisamente esta ley que los escribas, los maestros de Israel y el sanedrín debían conocer perfectamente.

20,1-20 Ley sobre la guerra. La primera parte de este capítulo (1-9) establece los pasos previos al inicio de una guerra contra cualquier enemigo; el sentido es que el combate forma parte de una especie de oficio religioso que encabeza el sacerdote, quien recuerda que la guerra que entabla Israel es del Señor y, por tanto, no hay que acobardarse (1-4); las campañas bélicas eran, pues, de Dios.

do todavía, que se retire y vuelva a casa, no
vaya a morir en combate y otro se case con
ella.
8 Los jefes añadirán esta advertencia a la
tropa: Quien tenga miedo y se acobarde,
que se retire y vuelva a casa, no vaya a
contagiar su cobardía a sus hermanos.
9 Cuando los jefes hayan terminado de
arengar a la tropa, se nombrarán capitanes
al mando de los batallones.
10 Cuando te acerques a atacar una ciu-
dad, primero proponle la paz. 11 Si ella te
responde Paz y te abre las puertas, todos
sus habitantes te servirán en trabajos forza-
dos; 12 pero si no acepta tu propuesta de
paz, sino que mantiene las hostilidades, le
pondrás sitio, 13 y cuando el Señor la entre-
gue en tu poder, pasarás a cuchillo a todos
sus varones. 14 Las mujeres, los niños, el
ganado y demás bienes de la ciudad los to-
marás como botín, y comerás el botín de
los enemigos que te entregue el Señor, tu
Dios.
15 Lo mismo harás con todas las ciuda-
des remotas que no pertenecen a los pue-
blos de aquí. 16 Pero en las ciudades de es-
tos pueblos cuya tierra te entrega el Señor,
tu Dios, en herencia no dejarás un alma vi-
viente: 17 dedicarás al exterminio a hititas,
amorreos, cananeos, fereceos, heveos y je-
buseos, como te mandó el Señor, 18 para
que no les enseñen a cometer las abomina-
ciones que ellos cometen con sus dioses y
no pequen contra el Señor, su Dios.
19 Si tienes que sitiar largo tiempo una
ciudad antes de tomarla al asalto, no des-
truyas su arbolado a hachazos, porque po-
drás comer de sus frutos; no los tales, por-
que los árboles no son hombres para que
los trates como a los sitiados. 20 Pero si te
consta que un árbol no es frutal, lo puedes
destruir y talar, para construir con él obras
de asedio contra la ciudad que te hace la
guerra, hasta que caiga.

Caso de asesinato

21 1 »Si en la tierra que el Señor, tu
Dios, va a darte en posesión, en-
cuentran apuñalado a un hombre, tendido
en medio del campo y no se sabe quién lo
mató, 2 saldrán tus ancianos y jueces, cal-
cularán la distancia desde el cadáver a los
pueblos de los alrededores; 3 los ancianos
del pueblo más cercano agarrarán una ter-
nera que todavía no haya trabajado, que no
haya llevado yugo, 4 la bajarán a un to-
rrente de agua perenne, donde nadie culti-
va ni siembra, y la desnucarán allí; 5 des-
pués se acercarán los sacerdotes levitas
que eligió el Señor, tu Dios, para que le sir-
van y bendigan en su Nombre, competen-
tes en lo civil y en lo criminal 6 y los ancia-
nos del pueblo más cercano al lugar del

Después de la intervención religiosa debía seguir una arenga civil en la que quedaba de manifiesto que hay otras cosas mucho más importantes que la misma guerra: estrenarse una casa (5), recoger los frutos de la cosecha (6), contraer matrimonio (7), y si ninguna de estos asuntos impedía enrolarse en el ejército, el simple miedo o la cobardía podían ser argumento para quedarse en casa (8), que bien podía entenderse como el legítimo derecho a la objeción de conciencia. Desafortunadamente, en nuestro mundo actual ideologías de Estado hacen creer a los ciudadanos que no hay nada por encima de la «seguridad nacional», con lo cual lo único que en muchos casos se incrementa es la violencia y el desprecio por la vida.

La segunda parte (10-20) se refiere a la «metodología» de la guerra. Siempre hay que agotar primero el recurso del diálogo y la negociación de paz (12-18). El procedimiento con los enemigos puede sonar chocante y hasta bárbaro para nosotros, pero no hay que olvidar el contexto en el que fueron escritos estos textos; lo político y lo religioso se mezclan y el exterminio de personas y pueblos que no piensen ni actúen como Israel se considera de autoridad y de voluntad divina. Como ya hemos dicho, si aplicamos a este pasaje el criterio máximo de justicia podemos deducir que a Dios jamás le interesan las guerras o los enfrentamientos entre los hombres, ni por motivos religiosos, ni políticos.

Los versículos 19s son una excelente muestra de preocupación por el medio ambiente y contrastan con los efectos absolutamente mortales y antiecológicos del belicismo moderno, donde quedan comprometidos no sólo los árboles, sino vidas humanas y ecosistemas completos.

21,1-9 Caso de asesinato. Una preocupación muy fuerte para el pueblo israelita era la cuestión del derramamiento de sangre, lo que podía atraer grandes desgracias, signo además de la preocupación por la defensa de la vida; de ahí que se tenga en cuenta este caso del hallazgo de un cadáver sin que se supiera el autor del crimen. El asunto no podía pasar inadvertido; el solo hallazgo responsabilizaba ya a quien lo hubiese encontrado; se establece, entonces, como responsables de expiar la culpa a los habitantes del poblado más cercano al cadáver (2s). Mediante el rito que describen los versículos 3-6 se carga la culpa so-

crimen se lavarán las manos en el torrente,
sobre la ternera desnucada, 7 recitando:

Nuestras manos
no han derramado esta sangre,
nuestros ojos no han visto nada.
8 Perdona a Israel, tu pueblo,
que tú redimiste, Señor;
no permitas que sangre inocente
recaiga sobre tu pueblo, Israel;
que esta sangre les quede expiada.

9 Así extirparás de ti el homicidio y harás
lo que el Señor aprueba.

Ley sobre las prisioneras de guerra

10 »Cuando salgas a la guerra contra tu
enemigo y el Señor, tu Dios, te lo entregue
en tu poder y hagas cautivos, 11 si ves entre
ellos una mujer hermosa, te enamoras de
ella y quieres tomarla por mujer, 12 la lleva-
rás a tu casa, ella se rapará la cabeza, se
cortará las uñas, 13 se quitará el manto de
cautiva y durante un mes llorará en tu casa
a su padre y a su madre; pasado el luto, te
unirás a ella, serás su marido y ella será tu
mujer. 14 Si más tarde deja de gustarte, la
dejarás irse, si quiere, pero no la venderás;
no hagas negocio con ella después de ha-
berla humillado.

Derechos del hijo mayor

15 »Si uno tiene dos mujeres, una muy
querida y otra menos, y las dos, la más
querida y la otra, le dan hijos, y el primo-
génito es hijo de la menos querida, 16 al re-
partir la herencia entre los hijos no podrá
enriquecer al hijo de la primera a costa del
hijo de la segunda, que es el primogénito,
17 reconocerá al primogénito, hijo de la me-
nos querida, dándole dos tercios de todos
sus bienes, porque es la primicia de su viri-
lidad y es suya la primogenitura.

Caso del hijo rebelde

18 »Si uno tiene un hijo rebelde e in-
corregible, que no obedece a su padre ni a
su madre, que aunque lo corrijan no les
hace caso, 19 sus padres lo agarrarán, lo sa-
carán a las puertas del lugar, a los ancianos
de la ciudad, 20 y declararán ante ellos: Este

---

bre una ternera que aún no haya portado, es decir, que no haya sido utilizada para arar, y se recita la fórmula de los versículos 7s, con lo cual Israel quedaba libre de toda culpa por derramamiento de sangre.

21,10-14 Ley sobre las prisioneras de guerra. Para una época en la cual no había ninguna sensibilidad por la igualdad entre el hombre y la mujer, esta ley sobre el trato que se debía dar a las prisioneras de guerra es un verdadero adelanto. Cierto que se le exige un cambio radical, una especie de desenraizamiento de su familia (13) y volver a iniciar una vida nueva como israelita (12s) sin derecho a manifestar nada; pero, al menos, se exigen unas condiciones de trato justo con ella al preverse el despido o el repudio: no será vendida; con ella no se debe hacer negocio después de haberla poseído como mujer (14). La mujer como primer miembro importante de la familia abre esta sección; lo más llamativo es que sea la mujer en el caso más extremo: como prisionera de guerra.

21,15-17 Derechos del hijo mayor. Esta ley contrasta con el caso del primogénito de Abrahán, Ismael, y con el primogénito de Isaac, que no fue Jacob, sino Esaú. No fueron hijos de la mujer «más querida», pero sí fueron primogénitos y, sin embargo, tuvieron que contentarse con ver heredar a su hermano menor. Este comportamiento que, al parecer, era corriente en Israel, trataría de corregir actitudes poco justas para con el hijo mayor; podría ser que algún padre, por halagar más a una de sus esposas, desprotegiera a su primogénito por ser hijo de la menos querida.

Se trata de una época en la que la poligamia era una costumbre normal (cfr. 1 Sm 1,2; 2 Sm 5,13; 1 Re 11,1-3). Como puede verse, no hay intención alguna de corregir la poligamia, que sí preocupará más tarde a Israel y propondrá como plan inicial de Dios la unión única entre un hombre y una mujer, tal como Dios lo hizo desde el principio (Gn 2,24). Se trata más bien de proteger los bienes del que por derecho los debe heredar. Claro que queda al descubierto una injusticia también muy grave: el primogénito tenía derecho a dos tercios de los bienes del padre, lo demás correspondía al resto de sus hermanos sin importar su número. Con seguridad, esto atraía inconformidad y quizás desavenencias y pugnas entre hermanos; éste podría ser el telón de fondo de la súplica que hace un joven a Jesús camino a Jerusalén: «dile a mi hermano que se reparta conmigo la herencia...» (Lc 12,13).

En todo caso, aquí no se piensa en el reparto justo o injusto de los bienes; la preocupación es más bien dotar suficientemente al menos al primogénito para que pueda darle continuidad al nombre de su padre, a la descendencia, cuestión muy importante para el israelita.

21,18-21 Caso del hijo rebelde. El caso del hijo incorregible aparece aquí tal vez a propósito de los posibles conflictos que podía suscitar entre hermanos el reparto de la herencia (21,15-17). El seno de la familia debía ser, como debe ser hoy, el lugar ideal para la primera educación de los hijos; pero cuando surgía esta dificultad con un hijo rebelde se apelaba a la ayuda de los mayores de la comunidad. Llama la atención

hijo nuestro es rebelde e incorregible, no
nos obedece, es un comilón y un borracho,
21 y los hombres de la ciudad lo apedrearán
hasta que muera. Así extirparás la maldad
de ti, y todo Israel escarmentará al enterar-
se.

El ajusticiado

22 »Si uno sentenciado a pena capital es
ajusticiado y colgado de un árbol, 23 su ca-
dáver no quedará en el árbol de noche; lo
enterrarás aquel mismo día, porque Dios
maldice al que cuelga de un árbol, y no de-
bes contaminar la tierra que el Señor, tu
Dios, va a darte en herencia.

Animales y objetos perdidos
(Éx 23,4s)

22 1 »Si ves extraviados al buey o a la
oveja de tu hermano, no te desen-
tiendas: se los devolverás a tu hermano.
2 Si tu hermano no vive cerca o no lo cono-
ces, recoge la res en tu corral, donde se
quedará hasta que tu hermano venga a
buscarla, y entonces se la devolverás. 3 Lo
mismo harás con su asno, con su manto, o
con cualquier otro objeto que pierda tu her-
mano y que tú encuentres: no te desentien-
das de ellos. 4 Si ves el asno o el buey de tu
hermano caídos en el camino, no te desen-
tiendas, ayúdalos a levantarse.

Casos varios
(Lv 19,19)

5 »La mujer no llevará ropa de hombre ni
el hombre se vestirá con ropas de mujer,
porque el que así obra es abominable para
el Señor, tu Dios.
6 »Si de camino encuentras un nido de
pájaros en un arbusto o en el suelo, con po-
llos o huevos y la madre junto a ellos, no
agarrarás a la madre con los hijos; 7 solta-
rás a la madre y puedes quedarte con los
hijos. Así te irá bien y prolongarás tus días.
8 »Si construyes una casa nueva, pon-
drás un muro de protección a la azotea, y
así no harás a tu casa responsable de san-
gre si alguien se cayese de ella.
9 »No sembrarás tu viña con semillas
mezcladas, no sea que quede consagrado
todo: la semilla que siembres y la cosecha
de tu viña.
10 »No ares con un buey y un asno jun-
tos.
11 »No vestirás ropa tejida de lana mez-
clada con lino.
12 »Pongan borlas con flecos en las cua-
tro puntas del manto con que te cubras.

---

que no haya ningún proceso orientado a la corrección del mal hijo, sino que directamente se proceda a su lapidación.

¿Dónde hay aquí rastro alguno de justicia? Se podría tratar sólo de una forma «pedagógica» de la ley orientada a obligar a los padres a una educación rigurosa de sus hijos, justamente para que no tuvieran que llegar al extremo de entregar a sus hijos a los hombres de la comunidad para que fueran apedreados. Obviamente, ningún padre o madre llegaría a ese extremo. También sería una manera de inculcar en los hijos el respeto y la obediencia a sus padres.

21,22s El ajusticiado. El tema del ajusticiado viene a propósito del que ha tenido que ser apedreado por los hombres de la comunidad. El modo de la ejecución no contemplaba la colgadura de un árbol, o mejor, no se ajusticiaba a alguien colgándolo de un árbol, sino que ya ejecutado el reo era colgado a veces de un árbol a modo de escarmiento para los demás; no obstante, su exhibición terminaba al caer el día y debía ser sepultado el mismo día para no atraer maldición ni impureza a la tierra.

Este pasaje sirve de argumento a los verdugos de Jesús para hacerlo morir más rápido a él y a sus dos compañeros ajusticiados con él; según la ley, era necesario sepultarlos el mismo día. Por su parte, san Pablo encuentra en la figura de Jesús pendiente del árbol de la cruz una bonita enseñanza para los Gálatas: Jesucristo ha cargado sobre sí la maldición de Dios (Gál 3,13).

22,1-4 Animales y objetos perdidos. El buey y el asno están en íntima relación con el tema de los derechos sociales, concretamente, con el tema de la familia, toda vez que son animales útiles para la labranza y, por tanto, indispensables para la economía y el sustento de la familia. En cualquier momento el buey, la oveja o el asno podían extraviarse con riesgo de no volver más a los predios de su amo, con lo cual sobrevendría el perjuicio. Pues bien, esta ley llama a todos a proteger a los animales que se encuentren descarriados o en dificultades como si fueran propios, con el fin de proteger la vida y el sustento de sus propietarios.

Así como había tanta preocupación por los animales domésticos de trabajo, también era muy importante la preocupación por la vida humana; eso es lo que Jesús quiere recordarle a sus contemporáneos, pues habían olvidado que el ser humano está por encima de cualquier ley (cfr. Lc 13,15s; 14,5).

22,5-12 Casos varios. Estas normas buscan mantener el equilibrio y la armonía tanto entre las personas (5.11s) como con los animales (6s.10), el medio am-

Relaciones sexuales

Acusación injusta del marido

13 »Si uno se casa con una mujer y des-
pués de vivir con ella la aborrece, la ca-
lumnia y la difama, diciendo: 14 Me he ca-
sado con esta mujer, y al acercarme a ella
me encuentro con que no es virgen, 15 el
padre y la madre de la joven tomarán las
pruebas de su virginidad, y las exhibirán
ante los ancianos, en la puerta de la ciudad,
16 y el padre de la joven declarará ante
ellos: He dado mi hija a este hombre para
que fuese su esposa; 17 él la aborrece y
ahora la difama afirmando que mi hija no
era virgen. Aquí están las pruebas de la vir-
ginidad de mi hija. Y extenderá la sábana
ante los ancianos de la ciudad.
18 »Los ancianos de la ciudad detendrán
al marido y le impondrán un castigo 19 y lo
multarán con cien monedas de plata –que
darán al padre de la joven– por haber difa-
mado a una virgen israelita; además, la jo-
ven seguirá siendo su mujer y no podrá
despedirla en toda su vida.
20 »Pero si su denuncia era verdadera, si
la joven no era virgen, 21 sacarán a la joven
a la puerta de la casa paterna y los hom-
bres de la ciudad la apedrearán hasta que
muera, por haber cometido en Israel la in-
famia de prostituir la casa de su padre. Así
extirparás la maldad de ti.

Adulterio

22 »Si sorprenden a uno acostado con la
mujer de otro, han de morir los dos: el que
se acostó con ella y la mujer. Así extirparás
la maldad de ti.

Casos de violación

23 »Si uno encuentra en un pueblo a una
joven prometida a otro y se acuesta con
ella, 24 los sacarán a los dos a las puertas
de la ciudad y los apedrearán hasta que
mueran: a la muchacha porque dentro del
pueblo no pidió socorro y al hombre por
haber violado a la mujer de su prójimo. Así
extirparás la maldad de ti.
25 »Pero si fue en despoblado donde el
hombre encontró a la joven prometida, la
forzó y se acostó con ella, morirá sólo el
hombre que se acostó con ella; 26 a la joven
no le harás nada, porque no ha cometido
un pecado que merezca la muerte; es como
si uno ataca a otro y lo mata, 27 él se la en-
contró en despoblado y la muchacha gritó,
pero nadie podía defenderla.
28 »Si uno encuentra a una joven soltera,
la agarra y se acuesta con ella y los sor-
prenden, 29 el hombre que se acostó con la

---

biente en general (9) y las demás cosas (9). La intención es educar al pueblo para que cada persona viva y actúe como lo que es, y para que cada animal y cada vegetal cumpla correctamente la función que debe cumplir. Eso también es parte de la fidelidad y de la escucha obediente al proyecto de Dios que todo lo hizo bien (Gn 1,1–2,4a).

¿Por qué había de legislar el Deuteronomio sobre estos casos que son de puro sentido común? Aún no ha sido posible aclarar la causa; podría tratarse del esfuerzo por corregir prácticas populares que atribuían ciertos rasgos mágicos a la mezcla de diversos elementos; de todos modos, lo importante es la intención pedagógica orientada a la armonía y al uso adecuado de cada elemento. Conviene examinar los avances de la moderna bioética a la luz de estos criterios.

22,13–23,1 Relaciones sexuales. Hay cuatro casos considerados irregulares en las uniones conyugales. El primero es la acusación injusta del marido (13-19), penalizada con una multa que debía ser pagada al padre de la joven «por haber difamado a una virgen israelita» (19); además, tenía que seguir conviviendo con ella y no podía despedirla en toda su vida (19b). En caso de resultar cierta la denuncia del marido, la mujer debía morir apedreada por haber prostituido «la casa de su padre» (21). La preocupación más importante aquí es la virginidad de Israel, la cual tenía que estar representada en la virginidad de las jóvenes israelitas. El segundo caso, considerado también una maldad, es el adulterio, en cuyo caso tenían que morir ambos para extirpar la maldad en el pueblo (22). El tercer caso es la violación (23-29), con dos matices diversos: 1. Si la muchacha estaba comprometida y es sorprendida con otro en lugar poblado, ambos debían morir; ella, por no haber pedido socorro y él, por haber deshonrado la mujer de su prójimo (24). 2. Si la muchacha no estaba comprometida y ha sido tomada por la fuerza hallándose en despoblado, el hombre debía pagar una multa al padre de ella y tomarla por mujer sin posibilidad de despedirla nunca (28s). El cuarto caso es la prohibición de tener relaciones con la mujer del padre (23,1); ha de suponerse que no se trata propiamente de la madre, sino de la madrastra, alguna de las mujeres del padre polígamo.

En todos los casos, la preocupación fundamental es preservar y defender la virginidad de las muchachas israelitas, quienes eran el icono de la virginidad del pueblo consagrado exclusivamente al Señor, su esposo (cfr. Os 2,21s).

joven dará a su padre cincuenta monedas
de plata y tendrá que aceptarla como mu-
jer por haberla violado, no podrá despedir-
la en toda su vida.

Incesto

23 1 »No tomará nadie a la mujer de su
padre, no descubrirá lo que es de su
padre.

Ley sobre la pureza de la asamblea

2 »No se admite en la asamblea del Se-
ñor a quien tenga los testículos ma-
chacados o haya sido castrado.
3 »No se admite en la asamblea del Se-
ñor ningún bastardo; no se lo admite en la
asamblea del Señor hasta la décima gene-
ración.
4 »No se admiten en la asamblea del Se-
ñor amonitas ni moabitas; no se admiten en
la asamblea del Señor ni aun en la décima
generación. 5 Porque no te salieron al en-
cuentro con pan y agua cuando ibas de ca-
mino al salir de Egipto, y porque alquilaron
a Balaán, hijo de Beor, de Petor, en Meso-
potamia para que pronunciara una maldi-
ción contra ustedes.6 Pero el Señor, tu Dios,
no hizo caso a Balaán, el Señor, tu Dios,
cambió la maldición en bendición, porque
el Señor, tu Dios, te amaba. 7 No busques
su paz ni su amistad mientras vivas.
8 »No consideres abominables a los edo-
mitas, que son hermanos tuyos.
»No consideres abominables a los egip-
cios, porque fuiste emigrante en su tierra,
9 sus descendientes en la tercera genera-
ción serán admitidos en la asamblea del
Señor.

Ley sobre la pureza del campamento

10 »Cuando estés acampado frente al
enemigo, guárdate de toda clase de mal-
dad. 11 Si uno de los tuyos queda impuro
por haber tenido un derrame durante el
sueño, saldrá fuera del campamento y no
volverá; 12 al atardecer, se bañará, y al po-
nerse el sol volverá al campamento.
13 »Tendrás un lugar fuera del campa-
mento para tus necesidades 14 y llevarás en
tu equipo una estaca. Cuando salgas a ha-
cer tus necesidades, harás con ella un hoyo
y al final taparás los excrementos. 15 Porque
el Señor, tu Dios, anda por el campamento
para darte la victoria y entregarte el enemi-
go; tu campamento ha de estar santo, para
que el Señor no vea nada vergonzoso y no
se aparte de ti.

Ley sobre el esclavo fugitivo

16 »Si un esclavo se escapa y se refugia
en tu casa, no lo entregues a su amo; 17 se
quedará contigo, entre los tuyos, en el lugar

23,2-9 Ley sobre la pureza de la asamblea. Estos versículos prescriben quiénes deben ser admitidos y quiénes deben ser apartados de la asamblea del Señor; esta ley, que excluye tanto a ciertos israelitas como a otros que no lo son, está en relación con 22,5.9.10.11 (cfr. Lv 19,19), donde se prohíbe mezclar semillas o trabar el uso de ciertas cosas; por analogía, esa ley que regula el uso correcto de semillas, animales y objetos es aplicada también a la asamblea del Señor. Es probable que la exclusión de personas con genitales mutilados o deformes (2) no se refiera a una enfermedad, sino a quienes por alguna práctica religiosa se hayan castrado. También son excluidos los bastardos «hasta la décima generación» (3); se ha de entender aquí a los hijos nacidos como fruto de la prostitución sagrada, la cual es abominable para Israel (cfr. 23,18s); finalmente, los que provienen de pueblos eternamente enemigos de Israel (4-9).

Por supuesto que una ley tremendamente excluyente como ésta no coincide con la imagen del Dios compasivo y misericordioso que ya hemos tenido que ir descubriendo en la Biblia y que en Jesucristo se nos ha revelado tal cual es: Padre que acoge y ama a todos sin distingos de ninguna índole (cfr. Hch 10,34s), que «hace salir su sol sobre malos y buenos y hace llover sobre justos e injustos» (Mt 5,45). Como siempre, este tipo de leyes obedeció a cierta manera de pensar, a unas circunstancias históricas muy precisas y a unas preocupaciones religiosas también muy concretas y propias de la mentalidad israelita; pero jamás pueden considerarse argumento para formar grupos, congregaciones o asambleas cristianas que intenten siquiera excluir a alguien por razones de su conformación física, por su proveniencia familiar o por su condición social. Nada más abominable para el Señor y más contrario al Evangelio de Jesús que esas exclusiones, rechazos y señalamientos que tantas veces encontramos en nuestros ambientes «cristianos».

23,10-15 Ley sobre la pureza del campamento. En línea con la pureza de la asamblea del Señor encontramos esta ley sobre la pureza individual (10-12) y la pureza del lugar del campamento (13-15). La justificación es la pureza y la santidad de Dios que «anda por el campamento para darte la victoria» (15), por lo cual todo tiene que estar purificado y santificado. Es la manera como se concibe la íntima relación entre la santidad de Dios y la santidad de quienes se dedican a su servicio, en este caso una asamblea especialmente dispuesta para la guerra.

que elija en una de tus ciudades, donde
mejor le parezca, y no lo explotes.

Leyes diversas

18 »Ningún hombre ni ninguna mujer is-
raelita deberá consagrarse a la prostitución
practicada en cultos paganos. 19 No lleva-
rás a la casa del Señor, en cumplimiento de
una promesa, la paga de una prostituta ni el
salario de un prostituto, porque los dos son
abominables para el Señor, tu Dios.
20 »No cargues intereses a tu hermano:
ni sobre el dinero, ni sobre alimentos, ni so-
bre cualquier préstamo. 21 Podrás cargar in-
tereses a los extraños, pero no a tu herma-
no, para que el Señor, tu Dios, te bendiga
en todas tus empresas, en la tierra adonde
vas para tomarla en posesión.
22 »Si ofreces un voto al Señor, tu Dios,
no demores su cumplimiento, porque el Se-
ñor, tu Dios, te lo reclamará y cargarás con
un pecado. 23 Si te abstienes de hacer vo-
tos, no pecas. 24 Pero lo que profieran tus
labios has de cumplirlo, ya que es un voto
al Señor, tu Dios, lo que espontáneamente
hayas prometido.
25 »Si entras en la viña de tu prójimo,
come hasta hartarte; pero no metas nada
en tu canasta. 26 Si pasas por los sembra-
díos de tu prójimo, podrás recoger espigas
con la mano; pero no metas la hoz en la
mies de tu prójimo.

24 1 »Si uno se casa con una mujer y
luego no le gusta, porque descubre
en ella algo vergonzoso, le escribirá el acta
de divorcio, se la entregará y la echará de
casa. 2 Ella después que haya abandonado
la casa, podrá casarse con otro, 3 pero si el
segundo marido también la aborrece, y le
escribe el acta de divorcio, despidiéndola
de su casa, o bien este segundo marido
muere, 4 el primer marido, que la despidió,
no podrá casarse otra vez con ella, porque
está contaminada; sería una abominación
ante el Señor, y tú no puedes manchar con
un pecado la tierra que el Señor, tu Dios, va
a darte en herencia.
5 »Si uno es recién casado, no está obli-
gado al servicio militar ni a otros trabajos
públicos; tendrá un año de licencia para
disfrutar en casa con la mujer con quien se
ha casado.
6 »No tomarás en prenda las dos piedras
de un molino, ni siquiera la piedra de mo-
ler, porque sería tomar en prenda una vida.
7 »Si descubren que uno ha secuestrado
a un hermano suyo israelita, para explotar-
lo o venderlo, el secuestrador morirá; así
extirparás la maldad de ti.
8 »Cuando se produzcan casos de lepra,
cumplan exactamente las instrucciones de
los sacerdotes levitas: cumplan lo que yo
les he mandado. 9 Recuerda lo que hizo el
Señor, tu Dios, a María cuando salieron de
Egipto.
10 »Si haces un préstamo cualquiera a tu
hermano, no entres en su casa a recobrar la
prenda; 11 espera afuera, y el prestatario

23,16s Ley sobre el esclavo fugitivo. Un esclavo que huía de la casa de su amo no podía ser devuelto; si pedía asilo se le debía conceder y permitirle vivir donde él quisiera sin ser molestado ni explotado. Esta ley, impregnada ya de Evangelio, nos recuerda la actitud tomada por Pablo y solicitada a su amigo Filemón para con el esclavo Onésimo (cfr. Flm 8-20).

23,18–25,19 Leyes diversas. Estas leyes se podrían agrupar, de modo general, en cinco tópicos.

1. Leyes socio-religiosas: prohibición de la prostitución sagrada, tan común en los pueblos vecinos de Israel (23,18s) y que estaba por lo general ligada a los ritos de fertilidad y fecundidad (cfr. Lv 19,29; 1 Re 14,24; 15,12; 22,47; 2 Re 23,7); ley sobre los votos (23,22-24; cfr. Nm 30,1-16); ley que prohíbe ejecutar a los hijos por el pecado de los padres (24,16; cfr. Ez 18,1-20); ley sobre la pureza ritual y cultual (24,8s; cfr. Lv 13,1–14,54).

2. Leyes socio-económicas que buscan favorecer especialmente a los más débiles, al huérfano, la viuda y el emigrante: ley sobre el no cobro de intereses (23,20; cfr. 15,7-11; Éx 22,25; Lv 25,36s); ley sobre el recto uso de los bienes del prójimo (23,25s); ley sobre los préstamos y prendas de empeño (23,20s; 24,6.10-13.17); ley sobre la justicia con el jornalero (24,14s); ley que regula la recolección de la cosecha (24,19-22; cfr. Lv 19,9s); ley sobre pesos y medidas (25,13-16; cfr. Lv 19,35s; Am 8,5; Miq 6,10s).

3. Leyes socio-familiares que regulan las relaciones de la familia desde la institución matrimonial: ley sobre el divorcio (24,1-4); licencia del recién casado (24,5); ley que exige la protección de la viuda por parte de su cuñado, conocida como ley del levirato (25,5-10; cfr. Gn 38,8).

4. Leyes penales que regulan las penas y sentencias de algunos delitos: sobre el secuestro (24,7); sobre el procedimiento penal (25,1-3.11s).

5. Leyes socio-políticas que regulan las relaciones con algunos pueblos, en este caso, con los amalecitas (25,17-19).

saldrá a devolverte la prenda. 12 Y si es po-
bre, no te acostarás sobre la prenda; 13 se la
devolverás a la caída del sol, y así él se
acostará sobre su manto y te bendecirá, y
el mérito será tuyo ante el Señor, tu Dios.

14 »No explotarás al jornalero, pobre y
necesitado, ya sea hermano tuyo o emi-
grante que vive en tu tierra, en tu ciudad;
15 cada jornada le darás su jornal, antes que
el sol se ponga, porque pasa necesidad y
está pendiente del salario. Si no, invocará
al Señor contra ti, y tú serás culpable.

16 »No serán ejecutados los padres por
culpas de los hijos ni los hijos por culpas de
los padres; cada uno será ejecutado por su
propio pecado.

17 »No defraudarás el derecho del emi-
grante y del huérfano ni tomarás en prenda
las ropas de la viuda; 18 recuerda que fuiste
esclavo en Egipto, y que allí te redimió el
Señor, tu Dios; por eso yo te mando hoy
cumplir esta ley.

19 »Cuando recojas la cosecha de tu
campo y olvides en el suelo una gavilla, no
vuelvas a recogerla; déjasela al emigrante,
al huérfano y a la viuda, y así bendecirá el
Señor todas tus tareas.

20 »Cuando sacudas tus olivos, no repa-
ses las ramas; déjaselas al emigrante, al
huérfano y a la viuda.

21 »Cuando recojas los racimos de tu
viña, no rebusques los racimos; déjaselos al
emigrante, al huérfano y a la viuda.
22 Acuérdate que fuiste esclavo en Egipto;
por eso yo te mando hoy cumplir esta ley.

25 1 »Cuando dos hombres tengan un
pleito, vayan a juicio y los juzguen,
absolviendo al inocente y condenando al
culpable; 2 si el culpable merece una paliza,
el juez lo hará tenderse en tierra, y en su
presencia le darán los azotes que merece
su delito; 3 le podrán dar hasta cuarenta y
no más, no sea que excedan el número, la
paliza sea excesiva y tu hermano quede hu-
millado ante ustedes.

4 »No le pondrás bozal al buey que trilla.

5 »Si dos hermanos viven juntos y uno de
ellos muere sin hijos, la viuda no saldrá de
casa para casarse con un extraño; su cuña-
do se casará con ella y cumplirá con ella
los deberes legales de cuñado; 6 el primo-
génito que nazca continuará el nombre del
hermano muerto, y así no se borrará su
nombre en Israel. 7 Pero si el cuñado se nie-
ga a casarse, la cuñada acudirá a las puer-
tas, a los ancianos, y declarará: Mi cuñado
se niega a transmitir el nombre de su her-
mano en Israel; no quiere cumplir conmigo
su deber de cuñado. 8 Los ancianos de la
ciudad lo citarán y procurarán convencerlo;
pero si se empeña y dice que no quiere to-
marla, 9 la cuñada se le acercará, en pre-
sencia de los ancianos, le quitará una san-
dalia del pie, le escupirá en la cara y le
responderá: Esto es lo que se hace con un
hombre que no edifica la casa de su her-
mano. 10 Y en Israel se llamará: La casa del
Sinsandalias.

11 »Si un hombre está riñendo con su
hermano, se acerca la mujer de uno de
ellos y, para defender a su marido del que
lo golpea, mete la mano y agarra al otro por
sus vergüenzas, 12 le cortarás la mano sin
compasión.

13 »No guardarás en la bolsa dos pesas:
una más pesada que otra. 14 No tendrás en
casa dos medidas: una más grande que la
otra. 15 Ten pesas exactas y justas, ten me-
didas exactas y justas. Así prolongarás tu
vida en la tierra que va a darte el Señor, tu
Dios, 16 porque quien practica el fraude es
abominable ante el Señor.

17 »Recuerda lo que te hicieron los ama-
lecitas por el camino, cuando salías de
Egipto: 18 te salieron al encuentro cuando
ibas cansado y deshecho y atacaron por la
espalda a los rezagados sin respetar a Dios.

19 »Cuando el Señor, tu Dios, ponga fin a
las hostilidades con los enemigos que te ro-
dean, en la tierra que el Señor, tu Dios, va
a darte en herencia para que la poseas, bo-
rrarás la memoria de los amalecitas bajo el
cielo. No te olvides.

Prescripciones rituales

26 1 »Cuando entres en la tierra que el
Señor, tu Dios, va a darte en heren-
cia, cuando tomes posesión de ella y la ha-
bites, 2 tomarás primicias de todos los frutos
que coseches de la tierra que va a darte tu
Dios, los meterás en una canasta, irás al lu-
gar que el Señor, tu Dios, haya elegido para
morada de su Nombre, 3 te presentarás al
sacerdote que esté en funciones por aque-

llos días y le dirás: Hoy confieso ante el Señor, mi Dios, que he entrado en la tierra que el Señor juró a nuestros padres que nos daría a nosotros. 4 El sacerdote agarrará de tu mano la canasta, la pondrá ante el altar del Señor, tu Dios, 5 y tú recitarás ante el Señor, tu Dios: Mi padre era un arameo errante: bajó a Egipto y residió allí con unos pocos hombres; allí se hizo un pueblo grande, fuerte y numeroso. 6 Los egipcios nos maltrataron y nos humillaron, y nos impusieron dura esclavitud. 7 Gritamos al Señor, Dios de nuestros padres, y el Señor escuchó nuestra voz; vio nuestra miseria, nuestros trabajos, nuestra opresión. 8 El Señor nos sacó de Egipto con mano fuerte, con brazo extendido, con terribles portentos, con signos y prodigios, 9 y nos trajo a este lugar y nos dio esta tierra, una tierra que mana leche y miel. 10 Por eso traigo aquí las primicias de los frutos del suelo que me diste, Señor. Y lo depositarás ante el Señor, tu Dios; te postrarás ante el Señor, tu Dios, 11 y harás fiesta con el levita y el emigrante que viva en tu vecindad por todos los bienes que el Señor, tu Dios, te haya dado a ti y a tu casa.

12 »Cuando llegue el tercer año, que es cuando se da la décima parte de todo y cuando hayas apartado ya la décima parte de todos tus frutos y se la hayas dado a los levitas y a los extranjeros que viven en tu país, y al huérfano y a la viuda para que coman hasta hartarse en tus ciudades, 13 recitarás ante el Señor, tu Dios: He apartado de mi casa lo consagrado: se lo he dado al levita, al emigrante, al huérfano y a la viuda, según el precepto que me diste. No he quebrantado ni olvidado ningún precepto. 14 No he comido de ello estando de luto, ni lo he apartado estando impuro, ni se lo he ofrecido a un muerto. He escuchado la voz del Señor, mi Dios, he cumplido todo lo que me mandaste. 15 Vuelve los ojos desde tu santa morada, desde el cielo, y bendice a tu pueblo, Israel, y a esta tierra que nos diste, como habías jurado a nuestros padres, una tierra que mana leche y miel.

16 »Hoy te manda el Señor, tu Dios, que cumplas estos mandatos y decretos. Guárdalos y cúmplelos con todo el corazón y con toda el alma.

17 »Hoy te has comprometido a aceptar lo que el Señor te propone: Que él será tu Dios, que tú irás por sus caminos, guardarás sus mandatos, preceptos y decretos y escucharás su voz.

18 »Hoy se compromete el Señor a aceptar lo que tú le propones: Que serás su propio pueblo –como te prometió–, que guardarás todos sus preceptos, 19 que él te elevará en gloria, fama y esplendor por encima de todas las naciones que ha hecho, y que serás el pueblo santo del Señor, como ha dicho».

Maldiciones

27 1 Moisés y los ancianos de Israel mandaron al pueblo:

26,1-19 Prescripciones rituales. Cierran el llamado «Código Deuteronómico» (capítulos 12–26) algunas prescripciones rituales relacionadas con la presentación de las primicias (1-11) y el reparto del diezmo trienal (12-15).

La presentación de las primicias va acompañada de la recitación personal de lo que, según muchos críticos, se considera el credo más antiguo de Israel. Los primeros frutos de una cosecha son un signo que hace caer en cuenta del bienestar económico, del goce y disfrute de un territorio. Además de eso, Israel tiene que mantener vivo el recuerdo de su procedencia, de su pasado de opresión y esclavitud en Egipto, donde el único que se «acordó» de ellos y que «escuchó» sus clamores fue el Señor. Y no se acordó y escuchó simplemente, sino que obró por ellos portentos maravillosos para arrancarlos del poder del faraón y llevarlos a vivir la libertad en una tierra fértil.

Sólo en libertad es posible ofrecer al Señor tanto los frutos de la tierra como los frutos de una conciencia renovada, capaz de emprender cada día nuevas tareas de solidaridad y de justicia. En este mismo sentido de presentar a Dios las primicias, sin olvidar al prójimo, encontramos la ley de compartir al menos cada tres años una parte de las cosechas con el levita, el emigrante, el huérfano y la viuda (12). La abundancia y la prosperidad no pueden hacernos olvidar a los desposeídos de la sociedad, pues son ellos el sujeto más caro al corazón de Dios; compartir con ellos es el signo más claro de bendición.

Termina el capítulo con la proclamación del compromiso fundamental de la Alianza (17-19), que se resume en el compromiso de Israel de ser el pueblo de Dios y el compromiso divino de ser el Dios de Israel. El don más grande para el pueblo es ser consciente de que el Señor, Soberano y Señor del mundo, se haya fijado en un pueblo tan insignificante y, además, se haya comprometido en Alianza con él.

27,1-26 Maldiciones. Enfatizando que todas estas normas y preceptos serán el proyecto de vida del pue-

–Guarden todos los preceptos que yo
les mando hoy. 2 El día que crucen el Jor-
dán para entrar en la tierra que va a darte
el Señor, tu Dios, levantarás unas piedras
grandes, las revocarás de cal, y cuando
crucen, 3 escribirán en ellas todos los artí-
culos de esta ley, en conmemoración de tu
entrada en la tierra que va a darte el Señor,
tu Dios, una tierra que mana leche y miel,
como te dijo el Señor, Dios de tus padres.
4 Cuando crucen el Jordán, levantarán
esas piedras en el monte Ebal y las revo-
carán de cal. 5 Allí construirás un altar al
Señor, tu Dios, un altar de piedras no la-
bradas a hierro 6 un altar de piedras ente-
ras construirás al Señor, tu Dios; ofrecerás
sobre él holocaustos al Señor, tu Dios,
7 ofrecerás sacrificios de comunión y allí
los comerás haciendo fiesta ante el Señor,
tu Dios, 8 y escribirás sobre las piedras,
grabándolos bien, todos los artículos de
esta ley.
9 Moisés y los sacerdotes levitas dijeron
a todo Israel:
–Guarda silencio y escucha, Israel: hoy
te has convertido en el pueblo del Señor, tu
Dios; 10 escucharás la voz del Señor, tu
Dios, y cumplirás los preceptos y mandatos
que yo te mando hoy.
11 Aquel día ordenó Moisés al pueblo:
12 –Cuando crucen el Jordán, se co-
locarán sobre el monte Garizín las tribus de
Simeón, Leví, Judá, Isacar, José y Benja-
mín 13 para pronunciar la bendición al pue-
blo, y en el monte Ebal las tribus de Rubén,
Gad, Aser, Zabulón, Dan y Neftalí para pro-
nunciar la maldición al pueblo.
14 Los levitas entonarán y recitarán con
voz fuerte, ante todos los hombres de Is-
rael:

15 ¡Maldito quien se haga una imagen o se funda un ídolo
–abominación del Señor, obra de un artesano–
y se lo guarde escondido!,
y todo el pueblo responderá: ¡Amén!
16 ¡Maldito quien desprecie a su padre o a su madre!,
y todo el pueblo responderá: ¡Amén!
17 ¡Maldito quien corra los mojones
que marcan los límites de propiedad de su vecino!,
y todo el pueblo responderá: ¡Amén!
18 ¡Maldito quien extravíe a un ciego en el camino!,
y todo el pueblo responderá: ¡Amén!
19 ¡Maldito quien cometa injusticia con
el emigrante, el huérfano o la viuda!,
y todo el pueblo responderá: ¡Amén!
20 ¡Maldito quien se acueste con la mujer de su padre!,
por haber descubierto lo que es de su padre,
y todo el pueblo responderá: ¡Amén!
21 ¡Maldito quien se acueste con bestias!,
y todo el pueblo responderá: ¡Amén!

---

blo para cuando «cruce el Jordán», Moisés sigue instruyendo a los dirigentes de la comunidad para que sean ellos los responsables de mantener esta ley. Los versículos 15-26 enumeran una lista de abominaciones que deben ser erradicadas del pueblo cuando habite en la tierra que el Señor les va a dar. La lista se abre proclamando maldito a quien incumpla el mandato religioso de no hacerse imágenes divinas (15); el resto de maldiciones tiene que ver con el incumplimiento de preceptos que afectan a la responsabilidad respecto a la vida y respecto a las sanas relaciones sexuales.

El versículo 26 resume todos los artículos de la ley que no están mencionados aquí, pero que el pueblo sabe que son de obligatorio cumplimiento. En época tardía, la interpretación rabínica llegó a acumular 613 mandatos, todos cobijados por la misma gravedad de cumplimiento: «maldito quien no mantenga los artículos de esta ley poniéndolos por obra». Es evidente que, a ese paso, la gran mayoría de israelitas estaban «bajo la maldición» de la ley por no cumplirla.

Pues ése es el ambiente en el que nace y crece Jesús, y de esa maldición es de la que Él ha liberado a quien escucha la Buena Noticia de libertad y de amor misericordioso del Padre.

22 ¡Maldito quien se acueste con su hermana,
hija de su padre o de su madre!,
y todo el pueblo responderá: ¡Amén!
23 ¡Maldito quien se acueste con su suegra!,
y todo el pueblo responderá: ¡Amén!
24 ¡Maldito quien mate a escondidas a su hermano!,
y todo el pueblo responderá: ¡Amén!
25 ¡Maldito quien se deje sobornar para matar a un inocente!,
y todo el pueblo responderá: ¡Amén!
26 ¡Maldito quien no mantenga los artículos de esta ley,
poniéndolos por obra!,
y todo el pueblo responderá: ¡Amén!

Bendiciones

28 1 »Si obedeces y escuchas la voz del
Señor, tu Dios, poniendo en práctica
todos los preceptos que yo te mando hoy,
el Señor, tu Dios, te pondrá por encima de
todas las naciones del mundo. 2 Sobre ti
irán viniendo, hasta darte alcance, todas
estas bendiciones, si escuchas la voz del
Señor, tu Dios:

3 »Bendito seas en la ciudad, bendito seas en el campo.

4 »Bendito el fruto de tu vientre, el fruto de tu suelo, el fruto de tu ganado, las crías de tus reses y el parto de tus ovejas.

5 »Bendita tu canasta y bendito el recipiente donde amasas tu pan.

6 »Bendito seas al entrar, bendito seas al salir.

7 »Que el Señor te entregue ya vencidos los enemigos que se alcen contra ti; vendrán a atacarte por un camino y por siete caminos huirán.

8 »Que el Señor mande contigo la bendición en tus graneros y en tus empresas y te bendiga en la tierra que va a darte el Señor, tu Dios.

9 »Que el Señor te nombre su pueblo
santo, como te tiene prometido, si guardas
los preceptos del Señor, tu Dios, y vas por
sus caminos; 10 así verán todos los pueblos
de la tierra que se ha invocado sobre ti el
Nombre del Señor, y te temerán.

11 »Que el Señor te enriquezca con el fruto de tu vientre, el fruto de tu ganado y el fruto de tu suelo, en la tierra que el Señor había prometido a tus padres que te daría a ti.

12 »Que el Señor te abra su rico tesoro del cielo, dando a su tiempo la lluvia a tu tierra y bendiciendo todas tus tareas; así, prestarás a muchas naciones y tú no pedirás prestado.

13 »Que el Señor te ponga en el primer
lugar, no en el último; que siempre estés
encima de los demás, nunca debajo; si es-
cuchas los preceptos del Señor, tu Dios,
que yo te mando hoy, poniéndolos por
obra, 14 y no te apartas a derecha ni a iz-
quierda de lo que yo te mando hoy, yendo
detrás de dioses extranjeros para darles
culto.

Maldiciones

15 »Pero si no escuchas la voz del Señor, tu Dios, poniendo por obra todos los preceptos y mandatos que yo te mando hoy, irán viniendo sobre ti, hasta darte alcance, todas estas maldiciones:

28,1-14 Bendiciones. El destino de Israel está definido y asegurado sólo si escucha y obedece la Palabra del Señor y guarda fidelidad al compromiso de mantenerse como pueblo especialmente elegido y protegido por Dios. Como puede verse, el concepto de bendición está íntimamente relacionado con las aspiraciones de bienestar económico, social y familiar. Israel sabe por experiencia que cuando más se aproximó al proyecto de sociedad solidaria no faltó el pan y la prosperidad estuvo de su lado. También sabe que las cosas empezaron a cambiar cuando se dio entrada al egoísmo, a la codicia, al enriquecimiento de unos cuantos a costa del empobrecimiento de muchos; ése es el gran signo de la infidelidad al plan de Dios, o infidelidad a la Alianza: la desobediencia a los mandatos del Señor.

28,15-68 Maldiciones. Si escuchar y obedecer al Señor atrae la bendición, que casi siempre se confunde con la tranquilidad personal, la abundancia de bienes y de hijos y con el bienestar, la desobediencia

16 »Maldito seas en la ciudad, maldito
seas en el campo.
17 »Maldita tu canasta y el recipiente
donde amasas el pan.
18 »Maldito el fruto de tu vientre, el fruto
de tu suelo, las crías de tus reses y el parto
de tus ovejas.
19 »Maldito seas al entrar, maldito seas al
salir.
20 »Que el Señor te mande la maldición,
el pánico y la amenaza en todas las tare-
as que emprendas, hasta que seas exter-
minado, hasta que perezcas sin tardanza,
por haberlo abandonado con tus malas
obras.
21 »Que el Señor te contagie la peste,
hasta terminar contigo, en esa tierra adon-
de vas para tomarla en posesión.
22 »Que el Señor te hiera de tisis, fiebre y
delirios; calor sofocante, sequía, plagas so-
bre tus trigales y epidemias que te persigan
hasta que perezcas.
23 »Que el cielo sobre tu cabeza sea de
bronce y la tierra bajo tus pies de hierro.
24 »Que el Señor te mande en vez de llu-
via polvo, y haga bajar ceniza del cielo,
hasta que seas exterminado.
25 »Que el Señor te haga caer derrotado
ante tu enemigo: saldrás a atacarlo por un
camino y por siete caminos huirás; serás el
espanto de todos los reinos de la tierra;
26 será tu cadáver pasto de las aves del cie-
lo y de las bestias de la tierra, y no habrá
quien las espante.
27 »Que el Señor te hiera de viruela, tu-
mores, tiña y sarna, que no puedes sanar.
28 »Que el Señor te hiera de locura, ce-
guera y demencia; 29 andarás a tientas a
mediodía, como a tientas anda un ciego en
la oscuridad. Fracasarás en todos tus cami-
nos, te explotarán y te robarán mientras vi-
vas, y no habrá quien te salve.
30 »Te prometerás con una mujer, y otro
gozará de ella; te edificarás una casa, y no
la habitarás; te plantarás una viña, y no la
vendimiarás.
31 »Te matarán el buey ante tus ojos, y
no lo podrás comer; te robarán el asno, y
no te lo devolverán; entregarán tu rebaño al
enemigo, y no habrá quien te salve.
32 »Serán entregados tus hijos e hijas a
un pueblo extranjero; tus ojos lo verán y se
irán consumiendo por ellos, sin que puedas
echarles una mano.
33 »Un pueblo desconocido se comerá el
fruto de tu suelo y el producto de tus fati-
gas; te verás explotado y aplastado del todo
mientras vivas, 34 hasta volverte loco, por el
espectáculo que han de contemplar tus
ojos.
35 »Que el Señor te hiera en las rodillas y
en los muslos con úlceras que no puedas
sanar, de la planta de los pies hasta la ca-
beza.
36 »Que el Señor te haga sufrir la depor-
tación a una nación desconocida a ti y al
rey que hayas puesto para que te gobierne;
allí darás culto a dioses extranjeros de pie-

---

trae consigo la «maldición». Puede que categorías como «bendición» y «maldición» no nos produzcan hoy el mismo impacto que causaban en la conciencia del creyente antiguo, pues de una forma u otra ambas estaban ligadas a la magia. Tal vez por eso pasamos como si nada por encima de las bienaventuranzas: bendiciones (Mt 5,3-12; Lc 6,20-23) y de las malaventuranzas: ayes, maldiciones (Lc 6,24-26) de Jesús.

Al paso que Israel fue descubriendo las ventajas de ajustar su vida a unas normas religiosas, morales y sociales, también fue descubriendo que los tropiezos, las dificultades y los fracasos podrían ser síntomas de infidelidad y de desobediencia a su Dios, y con toda naturalidad atribuyó a él sus malaventuranzas. La lectura que Israel hace de sus fracasos es la de un castigo justamente merecido por su infidelidad y desobediencia al Señor.

La interminable lista de maldiciones y consecuencias funestas de esta infidelidad y desobediencia no son, en realidad, una «predicción» de lo que le sucedería al pueblo en caso de desviarse del camino de la Ley. En realidad son una manera de describir situaciones críticas por las cuales ya ha tenido que atravesar: injusticias introducidas por la monarquía, división del reino, desaparición del reino del norte, caída del reino del sur, deportaciones y humillaciones de todo tipo, en fin: situaciones todas ellas que de un modo u otro han golpeado la conciencia del pueblo y que la corriente deuteronomista convierte en material pedagógico para ilustrar los alcances de la maldición.

No hay que asumir que, de hecho, Dios castiga así a sus hijos desobedientes; sí hay que asumir que caminar en contravía del proyecto de la vida y de la libertad que Dios propone –no que impone– trae como consecuencia inmediata la deshumanización y la pérdida del sentido de la vida. Será importante analizar nuestras situaciones vitales y las situaciones de nuestra sociedad a la luz de nuestro compromiso cristiano de vivir según el querer de Dios manifestado en su hijo Jesús.

dra y madera. 37 Serás el asombro, el refrán
y la burla de todos los pueblos adonde te
deporte el Señor, tu Dios.
38 »Saldrás al campo cargado de semilla
y cosecharás una miseria, porque te lo de-
vorará la langosta.
39 »Plantarás y cultivarás viñas, y no be-
berás ni almacenarás vino, porque te lo co-
merá el gusano.
40 »Tendrás olivos en todos tus terrenos,
y no te ungirás con aceite, porque se te
caerán las olivas.
41 »Engendrarás hijos e hijas, y no serán
para ti, porque marcharán al cautiverio.
42 »De tus árboles frutales y cosechas se
apoderarán los insectos.
43 »El extranjero que viva entre los tuyos
se alzará sobre ti, cada vez más arriba, y tú
caerás, cada vez más abajo; 44 él te presta-
rá, y tú no le podrás prestar; él estará en el
primer lugar y tú en el último.
45 »Sobre ti irán viniendo todas estas
maldiciones, te perseguirán y te darán al-
cance, hasta exterminarte, por no haber es-
cuchado la voz del Señor, tu Dios, y haber
desobedecido los preceptos y mandatos
que él te mandó. 46 Y ellas serán signo y
prodigio contra ti y tu descendencia para
siempre.
47 »Por no haber servido al Señor, tu
Dios, con alegría y generosidad en tu abun-
dancia, 48 servirás al enemigo que mande el
Señor contra ti: en hambre y sed, desnudez
y miseria total; él te pondrá en los hombros
un yugo de hierro, hasta exterminarte.
49 »El Señor alzará contra ti una nación
lejana –se lanzará sobre ti como buitre des-
de los confines de la tierra–; una nación de
lengua incomprensible, 50 nación cruel sin
respeto para el anciano, sin piedad para el
muchacho; 51 que devorará el fruto de tu
ganado y el fruto de tu suelo, hasta exter-
minarte; que no dejará rastro de tu trigo, tu
mosto y tu aceite, de las crías de tu ganado
y del parto de tus ovejas, hasta destruirte;
52 que te sitiará en todas tus ciudades, has-
ta que se derrumben las altas y sólidas mu-
rallas en las que habías depositado la segu-
ridad de toda tu tierra; te sitiará en todas tus
ciudades, por toda la tierra que va a darte
el Señor, tu Dios, 53 y durante el asedio,
será tanto el hambre, que te comerás a tus
propios hijos, la carne de los hijos e hijas
que el Señor te dio. 54 El más refinado y ex-
quisito mirará con malos ojos a su herma-
no, a su amada esposa y a los hijos que aún
le queden, 55 para no compartir con ellos la
carne del hijo que se coma. Y no habrá
nada que comer durante el ataque a las ciu-
dades y la horrible angustia que tu enemi-
go te hará sufrir en todas tus ciudades; 56 la
más refinada y exquisita entre las mujeres
de tu pueblo, la que jamás se aventuraba a
posar la planta del pie sobre la tierra, de
tanta finura y exquisitez, mirará con envidia
al hombre que se acostaba en sus brazos, a
su hijo y a su hija; 57 y se ocultará para co-
mer la placenta salida de su seno y a los hi-
jos que dé a luz, porque estará privada de
todo, en la angustia del asedio con que te
estreche tu enemigo, en todas tus ciudades.
58 »Si no pones por obra todos los artí-
culos de esta ley, escritos en este Código,
temiendo este nombre glorioso y terrible, el
Señor, tu Dios, 59 el Señor te castigará a ti y
a tus descendientes con calamidades ex-
traordinarias. Serán calamidades impresio-
nantes, heridas tremendas e insanables,
enfermedades malignas y crónicas; 60 él
volverá contra ti las epidemias egipcias que
te horrorizan y te las pegará, 61 y todas las
enfermedades y heridas que no aparecen
en el código de esta ley también las lanza-
rá contra ti, hasta exterminarte.
62 »Pocos serán los que queden, después
de haber sido numerosos como las estrellas
del cielo, por no haber escuchado la voz del
Señor, tu Dios.
63 »Y así como antes el Señor se com-
placía en hacerlos felices y numerosos, lue-
go se complacerá en destruirlos y extermi-
narlos. Ustedes serán arrancados de la
tierra adonde vas a entrar para tomarla en
posesión, 64 y el Señor los dispersará entre
todos los pueblos, de un extremo a otro de
la tierra, y allí darás culto a dioses extranje-
ros, que ni tú ni tus padres conocían, dioses
de piedra y madera; 65 no descansarás ja-
más en esos pueblos, no reposará nunca la
planta de tu pie; el Señor te volverá allí
asustadizo, ciego y cobarde; 66 vivirás pen-
diente de un hilo, temblarás día y noche, no
vivirás jamás seguro; 67 por la mañana di-
rás: Ojalá anocheciese, y por la tarde, Oja-

lá amaneciese, por el miedo que estreme-
cerá tu corazón, por el espectáculo que ve-
rán tus ojos.
68 »El Señor te hará volver en barcos a
Egipto, por ese camino del que yo te dije:
No lo volverás a ver, y allí serán puestos en
venta como esclavos y esclavas a sus ene-
migos, y no habrá comprador.

Alianza en Moab
(Jos 24)

69 Términos de la alianza que el Señor
mandó a Moisés hacer con los israelitas en
Moab, aparte de la alianza que había reali-
zado con ellos en el monte Horeb.

29 1 Moisés convocó a todo Israel y les
dijo:
–Ustedes son testigos de todo lo que el
Señor hizo en Egipto contra el faraón, sus
ministros y todo su país: 2 aquellas grandes
pruebas que vieron sus ojos, aquellos gran-
des signos y prodigios; 3 pero hasta el día
de hoy el Señor no les había dado inteli-
gencia para entender, ni ojos para ver, ni oí-
dos para escuchar. 4 Yo los hice caminar
cuarenta años por el desierto: no se les gas-
taron los vestidos que llevaban puestos ni
las sandalias que tenían en los pies; 5 no fue
pan lo que comieron, ni vino ni otro licor lo
que bebieron; para que ustedes supieran
que soy yo, el Señor, su Dios.
6 Al llegar a este lugar, Sijón, rey de Jes-
bón, y Og, rey de Basán, nos salieron al en-
cuentro en son de guerra; los vencimos,
7 conquistamos sus territorios y se los di-
mos en herencia a los rubenitas, a los gadi-
tas y a la media tribu de Manasés.
8 Por eso observarán fielmente los tér-
minos de esta alianza y los cumplirán, y así
prosperarán en todas sus obras.
9 Hoy todos ustedes se han reunido en la
presencia del Señor, su Dios: –sus jefes de
tribu, concejales y magistrados y todos los
hombres de Israel; 10 sus niños y mujeres y
también los emigrantes que están en el
campamento, desde el leñador al aguatero–
11 para entrar en alianza con el Señor, tu
Dios, y aceptar el pacto que el Señor, tu
Dios, concluye contigo hoy; en virtud de él,
12 te constituye pueblo suyo, y él será tu
Dios, como te dijo y como había jurado a
tus padres, a Abrahán, Isaac y Jacob.
13 No sólo con ustedes hago esta alianza
y este pacto; 14 lo hago con el que está hoy
aquí con nosotros, en presencia del Señor,
y con el que hoy no está aquí con nosotros.
15 Ustedes saben muy bien cómo han vi-
vido en Egipto y de qué manera han tenido
que pasar por las naciones que encontra-
ron en su camino, 16 vieron sus ídolos
monstruosos, de piedra y madera, de plata
y oro. 17 Que no haya nadie entre ustedes,
hombre o mujer, familia o tribu, cuyo cora-
zón se aparte hoy del Señor, su Dios, yen-
do a dar culto a los dioses de estos pue-
blos; que no haya entre ustedes una raíz
que produzca plantas amargas y veneno-
sas, 18 alguien que al escuchar los términos
de este pacto se felicite diciendo por den-
tro: Todo me irá bien, aunque siga en mi
obstinación; apagaré mi sed con lo que me
dé gana, 19 porque el Señor no está dis-
puesto a perdonarlo; su ira y su celo echa-
rán humo contra ese hombre, se asentará
sobre él la maldición de este código, y el
Señor borrará su nombre bajo el cielo; 20 el
Señor lo apartará, para su perdición, de to-
das las tribus de Israel, según las maldicio-
nes que sancionan la alianza, escritas en
este código.

28,69–29,28 Alianza en Moab. 28,69 indica que aquí se da inicio a la historia de la segunda Alianza realizada en la llanura de Moab, señalada ya en los capítulos 1–4. Era necesario realizar una nueva alianza, puesto que todos los que habían partido de Egipto habían muerto en el desierto. 29,1-10 resume los acontecimientos que dieron lugar a la salida de Egipto y los signos de amor compasivo con los cuales Dios guió al pueblo a través del desierto hasta aquí. Son signos que Israel no había podido entender, pero que ahora entiende perfectamente (29,3). Por eso, el pueblo debe disponerse a contraer un pacto con ese Dios y con ningún otro, puesto que es el único que les garantiza la vida.

Los términos concretos de la Alianza los encontramos en 29,11s: «Dios te constituye pueblo suyo y él será tu Dios». Esta Alianza será aceptada y respetada no sólo por quienes están presentes hoy, sino por todos los que vendrán (29,13s). Su incumplimiento acarreará las maldiciones y desgracias «escritas en este libro» (29,17-20), así como le sucedió a Sodoma, Gomorra, Adamá y Seboín (29,22); ese panorama de desolación será el gran ejemplo para que Israel escarmiente y el mundo sepa y conozca lo que es obedecer o no, caminar o no según los términos de la Alianza pactada con el Señor (29,23-28).

21 Las generaciones venideras, los hijos
que los sucedan y los extranjeros que ven-
gan de lejanas tierras, cuando vean las pla-
gas de esta tierra, las enfermedades con
que la castigará el Señor 22 –azufre y sal, tie-
rra calcinada, donde no se siembra, ni bro-
ta, ni crece la hierba, catástrofe como la de
Sodoma y Gomorra, Adamá y Seboín, arra-
sadas por la ira y la cólera del Señor–, 23 to-
dos esos pueblos se preguntarán: ¿Por qué
trató el Señor así a esta tierra? ¿Qué signifi-
ca esta cólera terrible? 24 Y les responderán:
Porque abandonaron la alianza del Señor,
Dios de sus padres, el pacto que hizo con
ellos al sacarlos de Egipto, 25 porque fueron
a dar culto a dioses extranjeros, postrándo-
se ante ellos –dioses que no conocían, dio-
ses que no les había asignado–; 26 por eso la
ira del Señor se encendió contra esta tierra,
haciendo recaer sobre ella todas las maldi-
ciones escritas en este código; 27 por eso el
Señor los arrancó de su suelo, con ira, furor
e indignación, y los arrojó a una tierra ex-
traña, como sucede hoy.

28 Las cosas ocultas pertenecen al Se-
ñor, nuestro Dios; lo revelado es nuestro y
de nuestros hijos para siempre, para que
cumplamos todos los artículos de esta ley.

Condiciones para la restauración y la bendición

30 1 Cuando se cumplan en ti todas es-
tas palabras –la bendición y la mal-
dición que te he propuesto– y las medites,
viviendo entre los pueblos adonde te expul-
sará el Señor, tu Dios, 2 te convertirás al Se-
ñor, tu Dios; escucharás su voz, lo que yo te
mando hoy, con todo el corazón y con toda
el alma, tú y tus hijos.

3 El Señor, tu Dios, cambiará tu suerte
compadecido de ti; el Señor, tu Dios, volve-
rá y te reunirá sacándote de todos los pue-
blos por donde te dispersó; 4 aunque tus
dispersos se encuentren en los confines del
cielo, el Señor, tu Dios, te reunirá, te reco-
gerá allí; el Señor, tu Dios, 5 te traerá a la
tierra que habían poseído tus padres y to-
marás posesión de ella; te hará el bien y te
hará crecer más que tus padres; 6 el Señor,
tu Dios, circuncidará tu corazón y el de tus
descendientes para que ames al Señor, tu
Dios, con todo el corazón y con toda el
alma, y así vivas.

7 El Señor, tu Dios, mandará estas mal-
diciones contra tus enemigos, los que te
habían perseguido con saña, 8 y tú te con-
vertirás, escucharás la voz del Señor, tu
Dios, y cumplirás todos los preceptos su-
yos que yo te mando hoy.

9 El Señor, tu Dios, hará prosperar tus
empresas, el fruto de tu vientre, el fruto de
tu ganado y el fruto de tu tierra, porque el
Señor, tu Dios, volverá a alegrarse de tu
prosperidad, como se alegraba con la pros-
peridad de tus padres; 10 si escuchas la voz
del Señor, tu Dios, guardando sus preceptos
y mandatos, lo que está escrito en el código
de esta ley; si te conviertes al Señor, tu Dios,
con todo el corazón y con toda el alma.

30,1-20 Condiciones para la restauración y la bendición. No hay que olvidar que aunque el Deuteronomio insiste varias veces sobre el lugar en el cual se halla el pueblo, en realidad se trata de un recurso literario para actualizar el antiguo pacto hecho con Dios y con Moisés como mediador. La redacción de este capítulo, pese a que se abre con la frase condicional «Cuando se cumplan en ti todas estas palabras» (1), corresponde, en realidad, a una época en la cual ya ha sucedido todo cuanto aquí aparece como posibles acontecimientos futuros.

El trasfondo histórico es la caída del reino del sur, la destrucción del Templo y de Jerusalén y la deportación a Babilonia (587 a.C.). Todo el capítulo es un intento de responder a los interrogantes y dudas que trajo consigo la caída de Judá. La corriente deuteronomista apela a las enseñanzas de Jeremías y de Ezequiel, pero sin perder de vista el contenido de fondo del libro del Deuteronomio para animar a los creyentes israelitas a aceptar la situación que están viviendo como el justo castigo que merecían por haberse alejado del Señor.

Pero lo importante es reconstruir la fe y la esperanza en ese Dios que, aunque los ha castigado, está dispuesto a perdonarlos, a circuncidarles el corazón (6) y a traerlos de regreso a la tierra que bajo juramento había dado a sus padres (20). Lo único que tiene que hacer el pueblo es arrepentirse, volver al Señor en actitud obediente, confiando sólo en su misericordia y en su poder, que de nuevo hará surgir a Israel de las ruinas y hará prosperar de nuevo sus empresas (9). Además, el Señor castigará a todos los que han contribuido a la desgracia de Israel (7).

Pero, eso sí, Israel no tendrá excusa para incumplir más los preceptos del Señor, para no escoger la vida en lugar de la muerte, el bien en lugar del mal (15), la bendición en lugar de la maldición (19), pues los preceptos del Señor son perfectamente comprensibles a todos, están al alcance de todos y, por tanto, pueden ser practicados por todos (11-16).

[11] Porque el precepto que yo te mando hoy
no es cosa que te exceda ni inalcanzable;
[12] no está en el cielo para que se diga:
¿Quién de nosotros subirá al cielo
y nos lo traerá y nos lo proclamará
para que lo cumplamos?;
[13] ni está más allá del mar, para que se diga:
¿Quién de nosotros cruzará el mar
y nos lo traerá y nos lo proclamará
para que lo cumplamos?
[14] El mandamiento está a tu alcance:
en tu corazón y en tu boca. Cúmplelo.

[15] Mira: hoy pongo delante de ti la vida y
la felicidad, la muerte y la desdicha. [16] Si
obedeces los mandatos del Señor, tu Dios,
que yo te promulgo hoy, amando al Señor,
tu Dios, siguiendo sus caminos, guardando
sus preceptos, mandatos y decretos, vivirás
y crecerás; el Señor tu Dios, te bendecirá
en la tierra adonde vas a entrar para con-
quistarla. [17] Pero si tu corazón se aparta y
no obedeces, si te dejas arrastrar y te pos-
tras dando culto a dioses extranjeros, [18] yo
te anuncio hoy que morirás sin remedio,
que después de pasar el Jordán y de entrar
en la tierra para tomarla en posesión, no vi-
virás muchos años en ella.

[19] Hoy tomo como testigos contra uste-
des al cielo y a la tierra; te pongo delante
bendición y maldición. Elige la vida, y vivi-
rás tú y tu descendencia, [20] amando al Se-
ñor, tu Dios, escuchando su voz, uniéndote
a él, porque de ello depende tu vida y tus
muchos años en la tierra que había prome-
tido dar a tus padres, Abrahán, Isaac y Ja-
cob.

ÚLTIMAS DISPOSICIONES Y MUERTE DE MOISÉS

Josué, sucesor de Moisés
(Nm 27,12s)

31 [1] Cuando Moisés terminó de decir es-
tas palabras a los israelitas, [2] añadió:

–He cumplido ya ciento veinte años, y
me encuentro impedido; además, el Señor
me ha dicho: No pasarás ese Jordán. [3] El
Señor, tu Dios, pasará delante de ti. Él des-
truirá delante de ti esos pueblos, para que te
apoderes de ellos. Josué pasará delante de
ti, como ha dicho el Señor. [4] El Señor los
tratará como a los reyes amorreos Sijón y
Og y como a sus tierras, que arrasó.
[5] Cuando el Señor se los entregue, harán
con ellos lo que yo les he ordenado. [6] ¡Sean
fuertes y valientes, no teman, no se acobar-
den ante ellos!, que el Señor, tu Dios, avan-
za a tu lado, no te dejará ni te abandonará.

[7] Después Moisés llamó a Josué, y le
dijo en presencia de todo Israel:

31,1-30 Josué, sucesor de Moisés. Se retoma la antigua tradición de la transmisión del mando de Moisés a Josué; ese cambio exige, al mismo tiempo, la renovación de la Alianza y una explicación de los acontecimientos históricos que estaban afectando a Israel en esos momentos, esto es, la crisis de la destrucción de Judá y del exilio.

Moisés habla de las futuras rebeldías de Israel, pero en realidad los redactores se están refiriendo a hechos que ya han tenido lugar, a la ruptura de la Alianza, a los sufrimientos y desgracias que ha padecido el pueblo a causa de sus rebeldías (16-20). Las palabras de ánimo que tanto Moisés como Dios dirigen a Josué (7s.23) son palabras dirigidas al mismo pueblo que en estos momentos no ve claro su futuro; palabras que buscan animar, consolar y que hacen soñar con la posible restauración, restauración que será posible si Israel se compromete de nuevo a observar fielmente cuanto le mande el Señor. De ahí la recomendación/exigencia de «leer esta ley» cada siete años, en el año de la remisión, delante de todo el pueblo (11) en el marco de la celebración de la fiesta de las Chozas (13).

Es significativo que la lectura de la Ley se proponga para el año de la remisión y condonación de las deudas; si el fin socio-económico de este año era la nivelación social del pueblo, la lectura de la Ley podría entenderse como una «nivelación religiosa» que permitiría renovar los compromisos de la Alianza y volver a comenzar de nuevo el camino con Dios.

–Sé fuerte y valiente, porque tú has de introducir a este pueblo en la tierra que el Señor, tu Dios, prometió dar a tus padres, y tú les repartirás la herencia. 8 El Señor avanzará ante ti. Él estará contigo, no te dejará ni te abandonará. No temas ni te acobardes.

9 Moisés escribió esta ley y la consignó a los sacerdotes levitas, que llevan el arca de la alianza del Señor, y a todos los concejales de Israel, 10 y les mandó:

–Cada siete años, el año de la remisión, durante la fiesta de las Chozas, 11 cuando todo Israel acuda a presentarse ante el Señor, tu Dios, en el lugar que él elija, se proclamará esta ley frente a todo el pueblo. 12 Congrega al pueblo, hombres, mujeres y niños, y al emigrante que viva en tu vecindad, para que oigan y aprendan a respetar al Señor, su Dios, y pongan por obra todos los artículos de esta ley, mientras les dure la vida en la tierra que van a tomar en posesión cruzando el Jordán. 13 Hasta tus hijos, aunque no tengan uso de razón, han de escuchar la ley, para que vayan aprendiendo a respetar al Señor, su Dios.

14 El Señor dijo a Moisés:

–Está cerca el día de tu muerte. Llama a Josué y preséntense en la tienda del encuentro, y yo le daré mis órdenes.

Moisés y Josué fueron a presentarse a la tienda del encuentro. 15 El Señor se les apareció en la tienda en una columna de nubes, que fue a colocarse a la entrada de la tienda. 16 El Señor dijo a Moisés:

–Mira, vas a descansar con tus padres, y el pueblo se va a prostituir con los dioses extraños de la tierra adonde va. Me abandonará y quebrantará la alianza que hice con ellos. 17 Ese día mi furor se encenderá contra ellos: lo abandonaré y me esconderé de él, se lo comerán y le ocurrirán innumerables desgracias y sufrimientos. Entonces dirá: Es que mi Dios no está conmigo; por eso me ocurren estas desgracias. 18 Y yo, ese día, me esconderé todavía más, por la maldad que comete volviéndose a dioses extranjeros. 19 Y ahora, escribe este cántico, enséñalo a los israelitas, ordénales que lo reciten, para que me sirva de testigo contra ellos. 20 Cuando haya llevado a este pueblo a la tierra que prometí a sus padres, una tierra que mana leche y miel, comerá hasta hartarse, engordará y se volverá a dioses extranjeros para darles culto; me despreciará y quebrantará mi alianza. 21 Entonces, cuando le ocurran innumerables desgracias y sufrimientos, este cántico dará testimonio contra él, ¡que no lo olvide la posteridad!, porque conozco los malos instintos que ya hoy alimenta antes de haberlo introducido en la tierra prometida.

22 Aquel día Moisés escribió este cántico y se lo hizo aprender a los israelitas.

23 El Señor ordenó a Josué:

–Sé fuerte y valiente, que tú has de introducir a los israelitas en la tierra que he prometido. Yo estaré contigo.

24 Cuando Moisés terminó de escribir en el documento los artículos de esta ley hasta el final, 25 mandó a los levitas que llevaban el arca de la alianza del Señor:

26 –Tomen este código de la ley, depósitenlo junto al arca de la alianza del Señor, su Dios, y que quede allí como testigo contra ti. 27 Yo conozco tu rebeldía y tu terquedad; si estando yo con ustedes se rebelan contra el Señor, ¿qué será cuando haya muerto? 28 Traigan aquí a todos los concejales de las tribus y a los magistrados; quiero recitar en su presencia estas palabras y citar contra ellos como testigos el cielo y la tierra, 29 porque sé que cuando yo muera se pervertirán y se apartarán del camino que les tengo señalado. Y en el futuro les van a suceder muchas desgracias por haber obrado mal a los ojos del Señor, su Dios, y por haberlo irritado con sus malas obras.

30 Entonces Moisés recitó hasta el final este cántico en presencia de toda la asamblea de Israel.

Cántico de Moisés



1 Escucha, cielo, y hablaré;
oye, tierra, los dichos de mi boca;

32,1-47 Cántico de Moisés. Este cántico tiene, en parte, la forma de un «proceso judicial», género literario muy utilizado en la literatura profética: citación de los testigos (1-4); exposición de la culpa (5s); proceso (7-14); acusación (15-18); sentencia (19-25). Todo el cántico está saturado de material sapiencial

2 descienda como lluvia mi doctrina,
caiga como rocío mi palabra;
como llovizna sobre la hierba,
como aguacero sobre el césped;
3 voy a proclamar el Nombre del Señor:
reconozcan la grandeza de nuestro Dios.
4 Él es la Roca, sus obras son perfectas,
sus caminos son justos;
es un Dios fiel, sin maldad,
es justo y recto.
5 Hijos degenerados, se portaron mal con él,
generación malvada y pervertida.
6 ¿Así le pagas al Señor,
pueblo necio e insensato?
¿No es él tu padre y tu creador,
el que te hizo y te constituyó?
7 Acuérdate de los días remotos,
considera las épocas pasadas,
pregunta a tu padre y te lo contará,
a tus ancianos y te lo dirán:
8 Cuando el Altísimo daba a cada pueblo su herencia,
y distribuía a los hijos de Adán,
trazando las fronteras de las naciones,
según el número de los hijos de Dios,
9 la parte del Señor fue su pueblo,
Jacob fue el lote de su herencia.
10 Lo encontró en una tierra desierta,
en una soledad poblada de aullidos;
lo rodeó cuidando de él,
lo guardó como a las niñas de sus ojos.
11 Como el águila incita a su nidada
revoloteando sobre los pichones,
así extendió sus alas, los tomó
y los llevó sobre sus plumas.
12 El Señor sólo los condujo,
no hubo dioses extraños con él.
13 Los puso a caballo de sus montañas,
y los alimentó con las cosechas de sus campos;
los crió con miel silvestre,
con aceite de rocas de pedernal;
14 con cuajada de vaca y leche de ovejas,
con grasa de corderos y carneros,
ganado de Basán y cabritos,

(1s.6s.19s.28s) y podría tener un añadido de la época del postexilio (38s) que revela el estadio de la teología judía: ya se habla de un monoteísmo absoluto o teórico: «no hay otro fuera de mí» (39; cfr. Is 43,11.13; 45,5s.18.21s; 48,12, etc.).

Desde el punto de vista teológico, los versículos 7-14 resaltan la solicitud y ternura con que Dios fue creando y cuidando a su pueblo, dato que Moisés utiliza para que Israel caiga en la cuenta de la calidad de su Dios. Pero Israel no lo entiende ni se da cuenta de ello; ha procurado su independencia y se ha ido detrás de otros dioses que han resultado falsos (15-18), por lo cual Dios los abandona a las fuerzas en las que ellos confiaron. Muy pronto, la desgracia y el poder de sus enemigos lo han llevado al borde del exterminio (20.26). Lo único que puede salvar a Israel es el amor de Dios, que confunde la hostilidad del hombre soberbio (27-35.37-42) y que levanta y alegra de nuevo a su pueblo (36-43).

con la mejor harina de trigo,
y por bebida, con la sangre fermentada de la uva.
15 Comió Jacob hasta saciarse,
engordó mi cariño, y tiró coces
–estabas gordo y cebado y corpulento–
y rechazó a Dios, su creador;
deshonró a su Roca salvadora.
16 Le dieron celos con dioses extraños,
lo irritaron con sus abominaciones,
17 ofrecieron víctimas a demonios que no son dios,
a dioses desconocidos,
nuevos, importados de cerca,
a los que no veneraban sus padres.
18 ¡Despreciaste a la Roca que te engendró,
y olvidaste al Dios que te dio a luz!
19 Lo vio el Señor, e irritado
rechazó a sus hijos e hijas,
20 pensando: Les esconderé mi rostro,
y veré en qué acaban,
porque son una generación depravada,
unos hijos desleales;
21 ellos me han dado celos con un dios ilusorio,
me han irritado con ídolos vacíos;
yo les daré celos con un pueblo ilusorio,
los irritaré con una nación insensata.
22 Está ardiendo el fuego de mi ira
y abrasará hasta el fondo del abismo,
consumirá la tierra y sus cosechas
y quemará los cimientos de los montes.
23 Amontonaré desastres contra ellos,
agotaré en ellos mis flechas;
24 andarán debilitados por el hambre,
consumidos de fiebres y epidemias malignas;
les enviaré los dientes de las fieras
y el veneno de las serpientes que se arrastran;
25 en las calles, los diezmará la espada;
en las casas, el espanto,
tanto a los jóvenes como las doncellas,
a los niños de pecho como a los ancianos.
26 Yo pensaba: Voy a dispersarlos
y a borrar su memoria entre los hombres.
27 Pero no quise soportar las burlas del enemigo,
y la mala interpretación del adversario,
que dirían: Nuestra mano ha vencido,
no es el Señor quien lo ha hecho.
28 Porque son una nación que ha perdido el juicio
y carece de inteligencia.
29 Si fueran sensatos, lo entenderían,
comprenderían su destino.
30 ¿Cómo es que uno persigue a mil
y dos ponen en fuga a diez mil?

¿No es porque su Roca los ha vendido,
porque el Señor los ha entregado?
31 Porque su roca no es como nuestra Roca;
nuestros mismos enemigos pueden juzgarlo.
32 Su viña es un retoño de las viñas de Sodoma,
de los campos de Gomorra;
sus uvas son uvas venenosas
y sus racimos son amargos;
33 su vino es ponzoña de monstruos
y veneno mortal de víboras.
34 ¿No tengo todo esto recogido
y sellado en mis archivos?
35 Mía será la venganza y el desquite
en la hora en que tropiecen sus pies,
porque el día de su perdición se acerca
y su suerte se apresura
36 –porque el Señor defenderá a su pueblo
y tendrá compasión de sus siervos–.
Cuando vea que sus manos flaquean,
que se consumen amos y criados,
37 dirá: ¿Dónde están sus dioses
o la roca donde se refugiaban?
38 ¿No comían la grasa de sus sacrificios
y bebían el vino de sus libaciones?
Que se levanten para socorrerlos,
que sean su refugio.
39 Pero ahora miren: yo soy yo,
y no hay otro fuera de mí;
yo doy la muerte y la vida,
yo desgarro y yo sano,
y no hay quien se libre de mi mano.
40 Levanto la mano al cielo y juro:
Tan verdad como que vivo eternamente,
41 cuando afile el relámpago de mi espada
y tome en mi mano la justicia,
haré venganza del enemigo
y daré su paga al adversario;
42 embriagaré mis flechas en sangre,
mi espada devorará carne;
sangre de muertos y cautivos,
cabezas de jefes enemigos.
43 Naciones, aclámenlo con su pueblo,
porque él venga la sangre de sus siervos,
porque toma venganza del enemigo
y perdona a su tierra y a su pueblo.

44 Moisés fue y recitó este canto entero
en presencia del pueblo. Lo acompañaba
Josué, hijo de Nun. 45 Y cuando terminó de
decir todo esto a los israelitas, 46 añadió:

–Fíjense bien en todas las palabras que yo les he conminado hoy, y ordenen a sus hijos que pongan por obra todos los artículos de esta ley.
47 Porque no son palabra vacía para ustedes, sino que por ella vivirán y prolongarán la vida en la tierra que van a tomar en posesión después de pasar el Jordán.

Moisés ve de lejos la tierra prometida

48 Aquel mismo día el Señor dijo a Moisés:
49 –Sube a las montañas de Abarín, al monte Nebo, que está en Moab, mirando a Jericó, y contempla la tierra que voy a dar en propiedad a los israelitas.
50 Después morirás en el monte y te reunirás a los tuyos, lo mismo que tu hermano Aarón murió en Monte Hor y se reunió a los suyos.
51 Porque se portaron mal conmigo en medio de los israelitas, en la Fuente de Meribá, en Cades, en el desierto de Sin, y no reconocieron mi santidad en medio de los israelitas.
52 Verás de lejos la tierra, pero no entrarás en la tierra que voy a dar a los israelitas.

Bendiciones de Moisés

33 1 Bendición que pronunció Moisés sobre los israelitas antes de morir:

2 El Señor viene del Sinaí
amaneciendo desde Seír,
radiante desde el Monte Farán,
avanza desde Meribá de Cades.
3 Delante va el favorito de los pueblos,
a su derecha van los guerreros,
con la izquierda rige a sus santos;
ellos se rinden a su paso
y marchan a sus órdenes.
4 Moisés nos dio la ley
en herencia para la asamblea de Israel.
5 Mi cariño tuvo un rey,
al reunirse los jefes del pueblo,
al unirse las tribus de Israel.
6 ¡Viva Rubén y no muera,
y sean innumerables sus hombres!

7 *Para Judá:*

Escucha, Señor, la voz de Judá
y tráelo a tu pueblo;
sus manos lo defenderán
si tú lo proteges de sus enemigos.

8 *Para Leví:*

Para tus leales los tumim y urim.
Los pusiste a prueba en Masá,
los desafiaste en Meribá;
9 dijo a sus padres: No les hago caso;
a sus hermanos: No los reconozco;

32,48-52 Moisés ve de lejos la tierra prometida. Como a Abrahán (Gn 13,14-17), Dios permite que Moisés eche una mirada a la tierra prometida; mirarla de lejos también era una forma de poseerla y una manera de decir que la tierra que Dios había jurado dar a Abrahán, Isaac y Jacob es también de Moisés. Él no la obtiene por conquista, sino por puro don gratuito de Dios (cfr. 34,1-4).

33,1-29 Bendiciones de Moisés. Anunciada ya la muerte de Moisés en el capítulo anterior, lo más lógico es que se dirija al pueblo para pronunciar sobre toda la comunidad su discurso de despedida. Esta despedida la hace en forma de bendición, y como padre que bendice a sus hijos e hijas antes de morir (cfr. Gn 27,27-40; 48,15s; 49,1-28), Moisés se dirige a cada una de las tribus como si en realidad fuera su padre.

Para la época en que se retoma este antiguo texto atribuido a la corriente teológico-literaria Elohísta (**E**), estas palabras podrían resultar amargas o cuanto menos irónicas, pues Israel está viviendo las experiencias más difíciles y tristes de su vida. Podríamos decir que la finalidad de este pasaje, aparte de concluir el libro, es consolar y animar al pueblo induciéndolo a pensar que el cumplimiento de esta Ley es el único camino para su restauración, obra que sólo puede realizar Dios, para quien todo es posible, aunque contando con el compromiso del pueblo.

a sus hijos: No los conozco.
Cumplieron tus mandatos
y guardaron tu alianza.
10 Enseñarán tus preceptos a Jacob
y tu ley a Israel;
ofrecerán incienso en tu presencia
y holocaustos en tu altar.
11 Bendice, Señor, sus posesiones
y acepta la obra de sus manos.
Rómpeles la espalda a sus rivales,
que sus enemigos no se levanten.

12 *Para Benjamín:*
Favorito del Señor, habita tranquilo;
el Altísimo cuida de él continuamente,
y él habita entre sus hombros.

13 *Para José:*
El Señor bendice su tierra
con el don y rocío del cielo
y con el océano acostado en lo hondo,
14 con las mejores cosechas del año
y los mejores frutos del mes,
15 con las primicias de las viejas montañas
y lo escogido de las duraderas colinas,
16 con lo mejor de la tierra y cuanto contiene
y el favor del que habita en la zarza;
venga todo esto sobre José
y coronen al escogido entre los hermanos.
17 Bello como primogénito de toro,
con grandes cuernos de búfalo,
con ellos embestirá a los pueblos
y acosará a los confines de la tierra.
Así son las decenas de miles de Efraín,
así son los millares de Manasés.

18 *Para Zabulón:*
A Zabulón le gusta salir;
a Isacar, vivir en la tienda.
19 Invitarán a pueblos a la montaña
a ofrecer sacrificios legítimos,
porque explotan las riquezas marinas,
los tesoros ocultos de las playas.

20 *Para Gad:*
Bendito el que ensancha a Gad.
Se acuesta como una leona
y destroza brazos y cráneos.
21 Escogió para sí las primicias,
el lote reservado al capitán.
Cumplió la justicia del Señor
y los compromisos con Israel.

22 *Para Dan:*
Dan, cachorro de león,
que salta ante la serpiente.

23 *Para Neftalí:*
Neftalí se sacia de favores
y se llena de bendiciones del Señor,
posee el mar y su región.

24 *Para Aser:*
Bendito entre todos Aser,
el favorito de los hermanos,
que baña los pies en aceite.
25 Con cerrojos de hierro y bronce,
con tanta fuerza como años.
26 Nadie como Dios, mi Cariño,
que cabalga por el cielo en tu auxilio,
cabalga a lomos de las nubes.
27 El Dios antiguo te ofrece morada
poniendo por debajo sus brazos eternos,
expulsa ante ti al enemigo
y ordena: Destruye.
28 Israel habita tranquilo
y apartado vive Jacob,
en tierra de grano y de mosto
bajo un cielo que destila rocío.
29 ¡Felicidades, Israel! ¿Quién como tú?
Pueblo salvado por el Señor,
tu escudo protector y espada victoriosa.
Tus enemigos te adularán
y tú pisarás sus espaldas.

Muerte y sepultura de Moisés

34 1 Moisés subió de la estepa de Moab
al Monte Nebo, a la cima del Fasga,
que mira a Jericó, y el Señor le mostró toda
la tierra: Galaad hasta Dan, 2 el territorio de
Neftalí, de Efraín y de Manasés, el de Judá
hasta el Mar Occidental; 3 el Negueb y la re-
gión del valle de Jericó, la ciudad de las
palmeras hasta Soar, 4 y le dijo:

–Ésta es la tierra que prometí a Abrahán,
a Isaac y a Jacob, diciéndoles: Se la daré a
tu descendencia. Te la he hecho ver con tus
propios ojos, pero no entrarás en ella.

5 Y allí murió Moisés, siervo del Señor,
en Moab, como había dicho el Señor.

6 Lo enterraron en el valle de Moab, fren-
te a Bet Fegor, y hasta el día de hoy nadie
ha conocido el lugar de su tumba.

34,1-12 Muerte y sepultura de Moisés. Como ya estaba anunciado en 32,48-52 Moisés debía morir antes de atravesar el Jordán. Pero, Dios le concede ver desde la cima del monte Nebo el territorio que habitarán los israelitas. La función de Moisés ha sido más que suficiente: estuvo al frente de las luchas contra el poder opresor de Egipto hasta arrancar al pueblo de allí; guió al pueblo durante cuarenta años por el desierto; hizo el papel de mediador entre Dios y el pueblo transmitiendo y enseñando a sus hermanos cuál era la voluntad, los preceptos y mandatos del Señor. Ahora, en el momento de conquistar la tierra, otro será quien ocupe su lugar.

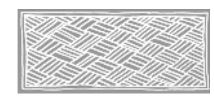
El silencio de Moisés ante la decisión divina es la posición correcta del hombre que sabe y es consciente de que en las tareas de construcción de la sociedad que Dios quiere únicamente se es intermediario, obrero e instrumento del único Imprescindible e Irremplazable, que es Dios. De Moisés no queda ni tumba, ni mausoleo, ni monumentos, ni rastro alguno que induzca a endiosamientos ingenuos y vacíos que las más de las veces sirven sólo para alimentar ideologías y falsos mesianismos. Queda su legado, la Ley de Dios que él transmitió fielmente a su pueblo, y queda la constancia de que ya no surgió en Israel otro profeta como él con quien el Señor trataba cara a cara (10).

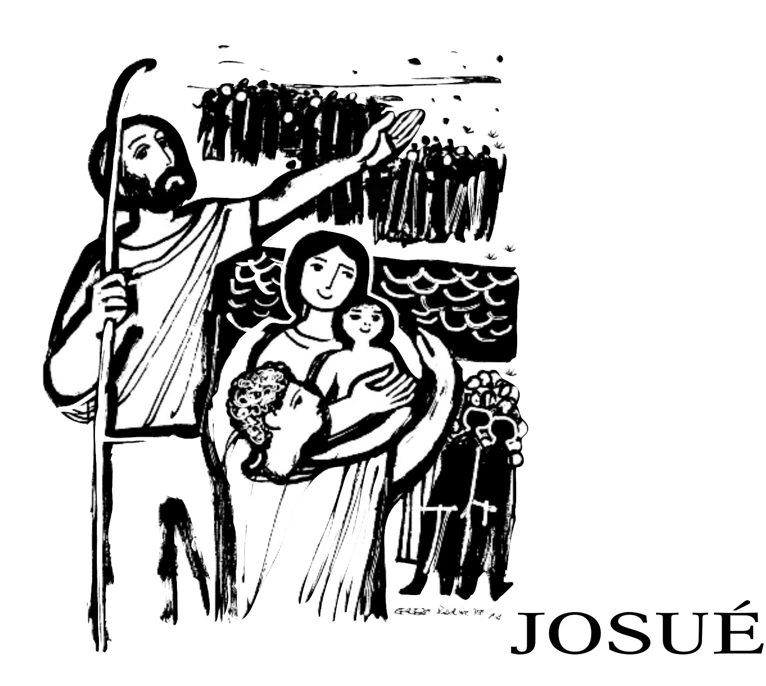
Es la mejor y más justa manera de recordar a los grandes hombres y mujeres, por su conciencia de ser mediadores, instrumentos de Dios en el proyecto de humanización, y el mejor tributo que se les puede rendir es no endiosarlos ni utilizarlos para fines ideológicos perniciosos.

7 Moisés murió a la edad de ciento vein-
te años: no había perdido vista ni había de-
caído su vigor. 8 Los israelitas lloraron a
Moisés en la estepa de Moab treinta días,
hasta que terminó el tiempo del duelo por
Moisés.

9 Josué, hijo de Nun, poseía grandes do-
tes de prudencia, porque Moisés le había
impuesto las manos. Los israelitas le obe-
decieron e hicieron lo que el Señor había
mandado a Moisés.

10 Pero ya no surgió en Israel otro profeta
como Moisés, con quien el Señor trataba
cara a cara; 11 ni semejante a él en los sig-
nos y prodigios que el Señor le envió a ha-
cer en Egipto contra el faraón, su corte y su
país; 12 ni en la mano poderosa, en los te-
rribles portentos que obró Moisés en pre-
sencia de todo Israel.





JOSUÉ

El libro de Josué mira en dos direcciones: hacia atrás, completando la salida de Egipto con la entrada en Canaán; y hacia adelante, inaugurando una nueva etapa en la vida del pueblo con el paso a la vida sedentaria.

Por lo primero, algunos añaden este libro al Pentateuco y hablan de un «Hexateuco». Sin la figura y obra de Josué, la epopeya de Moisés queda violentamente truncada. Con el libro de Josué, el libro del Éxodo alcanza su conclusión natural.

Por lo segundo, otros juntan este libro a los siguientes, para formar una obra que llaman Historia Deuteronomística –Por su parentesco espiritual con el libro del Deuteronomio–. A esta obra pertenecerían varios elementos narrativos del Deuteronomio, que preparan la sucesión de Josué.

Intención del autor. El autor tardío que compuso este libro, valiéndose de materiales existentes, se guió por el principio de simplificar. Lo que, seguramente, fue un proceso lento y diversificado en la tierra prometida, está visto como un esfuerzo colectivo bajo una dirección única: todo el pueblo a las órdenes de Josué.

Como sucesor de Moisés, tendrá que cumplir sus órdenes, llevar a término la empresa, imitar a su jefe. La tarea de Josué es doble: conquistar la tierra y repartirla entre las tribus. En otros términos: el paso de la vida seminómada a la vida sedentaria, de una cultura pastoral y trashumante a una cultura agrícola y urbana. Un proceso lento, secular, se reduce épicamente a un impulso bélico y un reparto único. Una penetración militar, una campaña al sur y otra al norte, y la conquista está concluida en pocos capítulos y en una carrera triunfal.

Historia y arqueología. La simplificación del libro no da garantías de historicidad. El autor no es un historiador sino un teólogo. A la fidelidad a la alianza, Dios responde con su mano poderosa a favor del pueblo, de ahí que todo aparece fácil y prodigioso: el río Jordán se abre para dar paso a Israel y todos los obstáculos van cayendo, hasta las mismas murallas de Jericó que se desploman al estallido de las trompetas.

La historia y la arqueología, sin embargo, nos dan el marco en el que podrían haber sucedido los hechos y relatos narrados. La época en la que mejor encaja el movimiento de los israelitas es el s. XIII a.C. Un cambio histórico sacudió a los imperios que mantenían un equilibrio de fuerzas en el Medio Oriente, sumiéndolos en la decadencia y abriendo las puertas a nuevos oleajes migratorios. Es también el tiempo en que fermenta una nueva cultura. La edad del Hierro va sucediendo a la del Bronce; la lengua aramea se va extendiendo y ganando prestigio.

Por el lado del desierto empujan las tribus nómadas, como el viento las dunas. Por todas partes se infiltran estas tribus, con movimientos flexibles, para saquear o en busca de una vida sedentaria, fija y segura. Entre estos nómadas vienen los israelitas y van penetrando las zonas de Palestina por infiltración pacífica y asentamientos estables a lo largo de un par de generaciones. Una vez dentro, se alzan en armas y desbancan la hegemonía de las ciudades-estado.

La figura de Josué. El libro lo presenta como continuador y como imitador de Moisés. Con todo, la distancia entre ambos es incolmable. Josué no promulga leyes en nombre de Dios. Tiene que cumplir órdenes y encargos de Moisés o contenidos en la Ley. Pero, sobre todo, no goza de la misma intimidad con Dios. Al contrario, la figura de Josué es tan apagada como esquemática.

El autor o autores se han preocupado de irlo introduciendo en el relato, como colaborador de Moisés en el Sinaí, en momentos críticos del desierto, para ser nombrado, finalmente, su sucesor.

Fuera del libro llama la atención su ausencia donde esperábamos encontrarlo: ni él ni sus hazañas se enumeran en los recuentos clásicos de 1 Sm 12; Sal 78; 105; 106. Tampoco figura en textos que se refieren a la ocupación de la tierra: Sal 44; 68; 80.



Mensaje religioso. El libro de Josué presenta un grave problema ético para el lector de hoy. ¿Cómo se justifica la invasión de territorios aje-

nos, la conquista por la fuerza, la matanza de reyes, gente inocente y poblaciones enteras, que el narrador parece conmemorar con gozo exultante?

Es probable que no haya existido tal conquista violenta ni tales matanzas colectivas, sino que los israelitas se hayan infiltrado pacíficamente y defendido, quizás excesivamente, cuando atacados. Si los hechos fueron más pacíficos que violentos, ¿por qué contarlos de esta manera? ¿Por qué aureolar a Josué con un cerco de sangre inocente? Por si fuera poco, todo es atribuido a Dios, que da las órdenes y asiste a la ejecución.

¿En qué sentido es Dios un Dios liberador? Hay un territorio pacíficamente habitado y cultivado por los cananeos: ¿con qué derecho se apoderan de él los israelitas, desalojando a sus dueños por la fuerza? La respuesta del libro es que Dios se lo entrega. Lo cual hace aún más difícil la lectura.

La lectura de este libro y de otros episodios parecidos del Antiguo Testamento deja colgando estas preguntas. Pero, ni este relato de la conquista ni la historia Deuteronómica son la última palabra. Por encima del «Yehoshuá» (Josué) de este libro, está el «Yehoshuá» (Jesús) de Nazaret, que Dios pronuncia y es la primera y última palabra de toda la historia.

El pueblo de Israel es escogido por Dios en el estadio de barbarie cultural en que se encuentra y conducido a un proceso de maduración, dejando actuar la dialéctica de la historia. Acepta, aunque no justifica, la ejecución humana torpe de un designio superior. Y éste es el mensaje del libro: por encima de Moisés y de Josué, garantizando la continuidad de mando y empresa, se alza el protagonismo de Dios. La tierra es promesa de Dios, es decir, ya era palabra antes de ser hecho, y será hecho en virtud de aquella palabra. Jesús de Nazaret ha dado toda su dimensión a esta palabra-promesa de Dios con respecto a la tierra: es de todos, para ser compartida por todos en la paz y solidaridad que produce un amor sin fronteras.



CONQUISTA DE LA TIERRA

El Señor llama a Josué

1 1 Después que murió Moisés, siervo
del Señor, dijo el Señor a Josué, hijo
de Nun, ministro de Moisés:
2 –Moisés, mi siervo, ha muerto. Ahora,
levántate y pasa el Jordán con todo este
pueblo, para ir hacia el país que voy a dar-
les. 3 La tierra donde ustedes pongan la
planta del pie yo se la doy, tal como pro-
metí a Moisés. 4 Su territorio se extenderá
desde el desierto hasta el Líbano, desde el
gran río Éufrates hasta el Mediterráneo, al
occidente. 5 Mientras vivas nadie podrá re-
sistirte. Como estuve con Moisés estaré
contigo; no te dejaré ni te abandonaré.
6 ¡Ánimo, sé valiente!, que tú repartirás a
este pueblo la tierra que prometí con jura-
mento a sus padres. 7 Tú ten mucho ánimo
y sé valiente para cumplir todo lo que te
mandó mi siervo Moisés; no te desvíes ni a
derecha ni a la izquierda, y tendrás éxito en
todas tus empresas. 8 Que el libro de esa
ley no se te caiga de los labios; medítalo día
y noche, para poner en práctica todas sus
cláusulas; así prosperarán tus empresas y
tendrás éxito. 9 ¡Yo te lo mando! ¡Ánimo, sé
valiente! No te asustes ni te acobardes, que
el Señor, tu Dios, estará contigo en todas
tus empresas.
10 Entonces Josué ordenó a los escribas
del pueblo:
11 –Recorran el campamento y ordenen
al pueblo que prepare provisiones porque
dentro de tres días pasarán el Jordán para
ir a tomar posesión de la tierra que el Se-
ñor, su Dios, les da en propiedad.
12 A los de las tribus de Rubén y de Gad
y a la media tribu de Manasés les dijo:
13 –Recuerden lo que les mandó Moisés,
siervo del Señor cuando dijo: El Señor, su
Dios, les va a dar descanso entregándoles
esta tierra. 14 Sus mujeres, chiquillos y ga-
nado pueden quedarse en la tierra que les
dio Moisés en Transjordania; pero ustedes,
los soldados, pasarán el Jordán bien arma-
dos al frente de sus hermanos, para ayu-
darlos 15 hasta que el Señor les dé el des-
canso lo mismo que a ustedes y también

CONQUISTA DE LA TIERRA: 1,1–12,24. Esta primera parte del libro narra las campañas conquistadoras de los israelitas al mando de Josué. Por supuesto que no se trata de una historia, en sentido objetivo, de la conquista de Canaán, ni los autores tenían ese propósito. Lo que encontramos aquí es una simplificación ya teologizada de unos hechos –no sabemos cuáles exactamente– que dieron como resultado el asentamiento de unos grupos seminómadas en territorio cananeo, unificados en torno a una fe común el Señor y a un único proyecto socio-político y económico: una sociedad solidaria e igualitaria que hiciera de contrapeso al modelo vigente, el que hemos dado en llamar tributario o faraónico, impuesto por Egipto. Por otra parte, la conquista y el reparto de la tierra, ejes del libro, son la concreción de lo que el Pentateuco deja sin resolver: la posesión de la tierra como cumplimiento de las promesas divinas hechas a los Patriarcas. Este trabajo lo realiza la corriente literario-teológica deuteronomista (**D**), mediante una monumental obra que intenta responder a varios cuestionamientos: Por qué se debía poseer un territorio (Deuteronomio); cómo se adquirió dicho territorio (Josué); qué se debía realizar en él (Jueces–1 Samuel); en qué terminó el proceso de conquista y cómo evolucionó (2 Samuel–2 Reyes). Por tratarse de una historia que se narra varios siglos después de sucedidos los hechos, los datos son más teológicos que objetivos; por tanto, no hemos de tomar al pie de la letra ninguna de las descripciones de las campañas conquistadoras, sino más bien descubrir la intencionalidad de fondo que mueve al redactor o los redactores. Para ello es necesario tener presentes dos herramientas imprescindibles: 1. El criterio último de justicia, con el que debemos leer cualquier pasaje de la Escritura. 2. El análisis de la situación socio-política, económica y religiosa que están viviendo los primeros destinatarios de la obra a la cual intentan responder los autores, en concreto, la desesperanza, la pérdida de fe. Esta obra trata de ayudar a los oyentes a recuperar todo eso que está a punto de perderse. Para los israelitas de entonces, la obra de la corriente deuteronomista (**D**) resultó ser toda una profecía; he ahí por qué estos libros son catalogados en la Biblia Hebrea como «Profetas»: no sólo porque muchos años después de su aparición la conciencia israelita creyó que cada libro había sido escrito por el personaje central del libro –Josué, Samuel, etc.–, sino por el contenido mismo, cargado de verdaderas enseñanzas proféticas. Con estas premisas, pues, empecemos la lectura del libro.

1,1-18 El Señor llama a Josué. Ya sabemos por Nm 34,17 y Dt 31,23 que el sucesor de Moisés en la conducción del pueblo es Josué, así que lo que encontramos aquí es sencillamente la ratificación divina

ellos tomen posesión de la tierra que el Se-
ñor, su Dios, les va a dar; después volverán
a la tierra de su propiedad, la que Moisés,
siervo del Señor, les dio en Transjordania.
16 Ellos le respondieron:
–Haremos lo que nos ordenes, iremos a
donde nos mandes; 17 te obedeceremos a ti
igual que obedecimos a Moisés. Basta que
el Señor esté contigo como estuvo con él.
18 El que se rebele y no obedezca tus órde-
nes, las que sean, que muera. ¡Tú ten áni-
mo, sé valiente!

Los espías

2 1 Josué, hijo de Nun, mandó en se-
creto dos espías desde Sittim con el
encargo de examinar el país diciéndoles:
–Vayan a inspeccionar el país.
Ellos se fueron, llegaron a Jericó, en-
traron en casa de una prostituta llamada
Rajab y se hospedaron allí. 2 Pero alguien
dio aviso al rey de Jericó diciéndole:
–¡Cuidado! Esta tarde han llegado aquí
unos israelitas y vienen a reconocer el país.
3 El rey de Jericó mandó a decir a Rajab:
–Saca a los hombres que han entrado en
tu casa, porque son espías y han venido a
reconocer todo el país.
4 Ella, que había metido a los dos hom-
bres en un escondite, respondió:
–Es cierto, vinieron aquí; pero yo no sa-
bía de dónde eran. 5 Se fueron al caer la no-
che cuando se iban a cerrar las puertas de
la ciudad y no sé adónde habrán ido. Sal-
gan enseguida tras ellos, porque todavía
pueden alcanzarlos.
6 Rajab había hecho subir a los espías a
la azotea, y los había escondido entre los
haces de lino que tenía apilados allí. 7 Los
guardias salieron a perseguirlos por el ca-
mino del Jordán, hacia los vados; en cuan-
to salieron, se cerraron las puertas de la
ciudad.
8 Antes de que los espías se durmieran,
Rajab subió a la azotea, 9 y les dijo:
–Sé que el Señor les ha entregado el
país, porque el terror que ustedes inspiran
se ha apoderado de nosotros y todos los
habitantes han quedado espantados a la
vista de ustedes; 10 porque hemos oído que
el Señor cuando los sacó de Egipto secó el
agua del Mar Rojo ante ustedes y también
lo que hicieron con los dos reyes amorreos
de Transjordania, a quienes ustedes exter-
minaron; 11 al enterarnos de eso nuestro
corazón desfalleció, y todos se han queda-
do sin aliento para enfrentarse con ustedes;
porque el Señor, su Dios, es Dios arriba en
el cielo y abajo en la tierra. 12 Ahora, júren-
me por el Señor, que así como yo los he
protegido, ustedes tendrán compasión de
mi familia. Denme una señal segura 13 de
que dejarán con vida a mi padre y a mi ma-
dre, a mis hermanos y hermanas y a todos
los suyos y que nos librarán de la matanza.
14 Los hombres le dijeron:
–¡Nuestra vida a cambio de la vida de
ustedes, con tal que no nos denuncies!
Cuando el Señor nos entregue el país, sere-
mos buenos y leales contigo.
15 Entonces ella se puso a descolgarlos
con una soga por la ventana, porque la
casa donde vivía estaba pegando a la mu-
ralla, 16 y les dijo:
–Vayan al monte, para que no los en-
cuentren los que andan buscándolos, y
quédense allí escondidos tres días, hasta
que ellos regresen; luego ustedes, podrán
seguir su camino.
17 Ellos le contestaron:

---

de esa sucesión. La intencionalidad de este capítulo es ante todo programática: en primer lugar, dar continuidad a la obra de la liberación, que no concluyó con la salida de Egipto ni con la travesía por el desierto; segundo, establecer las bases de la asistencia divina a este proyecto, que estará con Josué y nunca lo abandonará, siempre y cuando no aparte de sus labios la Ley (8); y, en tercer lugar, ratificar a las tribus de Rubén y Gad y a la media tribu de Manasés en el territorio que les había otorgado Moisés (Nm 32), recordándoles el compromiso adquirido de atravesar el Jordán junto con sus demás hermanos para ayudarlos en las tareas de la conquista del territorio cananeo.

2,1-24 Los espías. Una vez más, el país de Canaán es explorado; ya Moisés lo había hecho cuando estaban a punto de terminar la travesía del desierto. Jericó es paso obligado para quienes pretenden ingresar a Canaán desde el sur, de manera que el primer obstáculo que deben vencer los israelitas será esta ciudad. Más allá del ropaje externo con que el autor reviste este relato, la intención es enseñar que Dios va cumpliendo la promesa de su asistencia en la conquista del territorio y al mismo tiempo anticipar que quienes reconozcan que este pueblo invasor está asistido por el Dios liberador de Egipto sobrevivirán; de lo contrario, desaparecerán.

–Nosotros respondemos de ese jura-
mento que nos has exigido, con esta condi-
ción: 18 cuando nosotros entremos en el
país, tú atarás esta cinta roja a la ventana
por la que nos descuelgas, y reunirás conti-
go, dentro de la casa a tu padre y tu madre,
a tus hermanos y toda tu familia. 19 El que
salga a la calle, será responsable de su
muerte, no nosotros; en cambio nosotros
seremos responsables de la muerte de cual-
quiera que esté contigo en tu casa si alguien
lo toca. 20 Pero si nos denuncias, no respon-
demos del juramento que nos has exigido.
21 Ella contestó:
–De acuerdo.
Y los despidió. Se marcharon, y ella ató
a la ventana la cinta roja.
22 Se marcharon al monte, y estuvieron
allí tres días, hasta que regresaron los per-
seguidores; quienes por más que los bus-
caron por todo el camino, no los encontra-
ron. 23 Los dos hombres se volvieron monte
abajo, cruzaron el río, llegaron hasta Josué
y le contaron todo lo que les había pasado
24 y le dijeron:
–El Señor nos entrega todo el país. Toda
la gente tiembla ante nosotros.

Paso del Jordán
(Éx 14s)

3 1 Josué madrugó, levantó el campa-
mento de Sittim, llegó hasta el Jordán
con todos los israelitas y pasaron allí la no-
che antes de cruzarlo.
2 Al cabo de tres días, los escribas re-
corrieron el campamento, 3 dando esta or-
den a la gente:
–Cuando vean moverse el arca de la
alianza del Señor, nuestro Dios, llevada por
los sacerdotes levitas, empiecen a caminar
desde sus puestos detrás de ella. 4 Pero de-
jen entre ustedes y el arca una distancia
aproximada de mil metros, no se acerquen
a ella. Así sabrán por dónde tienen que ir,
porque ninguno de ustedes ha pasado an-
tes por ese camino.
5 Y Josué ordenó al pueblo:
–Purifíquense, porque mañana el Señor
hará prodigios en medio de ustedes.
6 Josué ordenó a los sacerdotes:
–Levanten el arca de la alianza y pasen
el río delante de la gente.
Levantaron el arca de la alianza y mar-
charon delante de la gente.
7 El Señor dijo a Josué:
–Hoy empezaré a engrandecerte ante
todo Israel, para que vean que estoy conti-
go como estuve con Moisés. 8 Tú ordena a
los sacerdotes portadores del arca de la
alianza que cuando lleguen a la orilla se de-
tengan en el Jordán.
9 Josué dijo a los israelitas:
–Acérquense aquí a escuchar las pa-
labras del Señor, su Dios. 10 Y dijo Josué:
Así conocerán que un Dios vivo está en
medio de ustedes, y que va a expulsar ante
ustedes a cananeos, hititas, heveos, ferece-
os, guirgaseos, amorreos y jebuseos. 11 Mi-
ren, el arca de la alianza del dueño de toda
la tierra va a pasar el Jordán delante de us-
tedes. 12 Ahora elijan doce hombres de las
tribus de Israel, uno de cada tribu. 13 Y
cuando los pies de los sacerdotes que lle-
van el arca de la alianza del dueño de toda
la tierra pisen el Jordán, la corriente del
Jordán se cortará: el agua que viene de
arriba se detendrá formando un embalse.

3,1–5,1 Paso del Jordán. En la mente de los redactores de la corriente sacerdotal (**P**), la salida de Egipto no podía darse sin un marco espectacular; del mismo modo, para la corriente deuteronomista (**D**) era necesario enmarcar el paso del desierto a la tierra fértil, a la tierra de la libertad, en otro hecho maravilloso: las aguas del Jordán se abren para dar paso a un pueblo libre que, se supone, ha superado la prueba del desierto. Hay un especial cuidado en hacer ver que las aguas no se abren para dar paso a la multitud sólo porque ésta se aproxime a la orilla; las aguas se detienen sólo cuando en ellas ha penetrado el arca de la alianza. Si el pueblo no pone por delante su compromiso con Dios, o mejor, si el pueblo no camina detrás del proyecto de la vida que Dios le propone, no puede sobrevivir, los obstáculos no se retirarán de su camino. Las aguas del Jordán se cierran de nuevo una vez que el arca, símbolo de la Presencia, de la Palabra, del Proyecto de Dios se ha retirado de en medio; igualmente se anegará la vida de Israel el día que quite de en medio al Dios vivo. Pero si lo mantiene, tendrá vida y todo el mundo temblará ante Él; es decir, tendrá argumentos y señales concretos para demostrar en qué consiste tener al Dios de la vida en medio del pueblo. Esto lo podían entender a cabalidad los oyentes de la época de la redacción del libro, porque justamente estaban experimentando en carne propia lo que significa apartar al Señor –o apartar al Señor y su propuesta de vida– de su camino.

14 Cuando la gente levantó el campa-
mento para pasar el Jordán, los sacerdotes
que llevaban el arca de la alianza camina-
ron delante de la gente. 15 Y al llegar al Jor-
dán, en cuanto se mojaron los pies en el
agua –el Jordán va hasta los bordes todo el
tiempo de la cosecha–, 16 el agua que venía
de arriba se detuvo, creció formando un
embalse que llegaba muy lejos, hasta
Adán, un pueblo cerca de Sartan, y el agua
que bajaba al mar del desierto, al Mar
Muerto, se cortó del todo. Así, el pueblo
cruzó a la altura de Jericó.

17 Los sacerdotes que llevaban el arca
de la alianza del Señor estaban quietos en
el cauce seco, firmes en medio del Jordán,
mientras Israel iba pasando por el cauce
seco, hasta que todo el pueblo terminó de
pasar el Jordán.

4 1 Cuando todo el pueblo acabó de pa-
sar el Jordán, dijo el Señor a Josué:

2 –Elige a doce hombres del pueblo, uno
de cada tribu, 3 y mándales sacar de aquí,
del medio del Jordán, donde han pisado los
sacerdotes, doce piedras; que las lleven y
las coloquen en el sitio donde van a pasar
la noche.

4 Josué llamó a los doce hombres de Is-
rael que había elegido, uno de cada tribu,
5 y les dijo:

–Vayan hasta el medio del Jordán, ante
el arca del Señor, su Dios, y cargue cada
uno al hombro una piedra, una por cada tri-
bu de Israel, 6 para que queden como mo-
numento entre ustedes. Cuando sus hijos el
día de mañana les pregunten qué son esas
piedras, 7 ustedes les contestarán: Es que el
agua del Jordán dejó de correr frente al
arca de la alianza del Señor; cuando el arca
atravesaba el Jordán, dejó de correr el
agua. Esas piedras se lo recordarán perpe-
tuamente a los israelitas.

8 Los israelitas hicieron lo que mandó
Josué: sacaron doce piedras del medio del
Jordán, como había dicho el Señor a Jo-
sué, una por cada tribu de Israel; las lleva-
ron hasta el sitio donde iban a pasar la no-
che y las colocaron allí.

9 Después Josué erigió doce piedras en
medio del Jordán, en el sitio donde se ha-
bían detenido los sacerdotes que llevaban
el arca de la alianza, y todavía hoy están
allí.

10 Los sacerdotes que llevaban el arca
estuvieron quietos en medio del Jordán
hasta que terminaron de hacer todo lo que
Josué mandó al pueblo por orden del Se-
ñor. La gente se apresuró a pasar. 11 Y
cuando acabaron de pasar todos, pasó el
arca del Señor, y los sacerdotes se pusieron
a la cabeza del pueblo. 12 Los de Rubén,
Gad y media tribu de Manasés pasaron bien
armados al frente de los israelitas, como les
había mandado Moisés. 13 Unos cuarenta
mil hombres equipados militarmente desfi-
laron ante el Señor hacia la llanura de Jeri-
có. 14 Aquel día el Señor engrandeció a Jo-
sué ante todo Israel, para que lo respetaran
como habían respetado a Moisés mientras
vivió.

15 El Señor dijo a Josué:

16 –Manda a los sacerdotes portadores
del arca de la Alianza que salgan del Jor-
dán.

17 Josué les mandó:

–Salgan del Jordán.

18 Y cuando los sacerdotes portadores
del arca de la alianza del Señor, salieron del
Jordán, y pusieron los pies en tierra seca, el
agua del Jordán volvió a su cauce y corrió
como antes, hasta los bordes.

19 El pueblo salió del Jordán el día diez
del mes primero y acampó en Guilgal, al
este de Jericó. 20 Josué colocó en Guilgal
aquellas doce piedras sacadas del Jordán,
21 y dijo a los israelitas:

–Cuando el día de mañana sus hijos les
pregunten qué son esas piedras, 22 les res-
ponderán: Israel pasó el Jordán a pie, sin
mojarse. El Señor, su Dios, secó el agua del
Jordán ante ustedes hasta que pasaron,
23 como hizo con el Mar Rojo, que lo secó
ante nosotros hasta que lo pasamos. 24 Para
que todas las naciones del mundo sepan
que la mano del Señor es poderosa y uste-
des respeten siempre al Señor, su Dios.

5 1 Cuando los reyes amorreos de Cis-
jordania y los reyes cananeos de oc-
cidente oyeron que el Señor había secado
el agua del Jordán ante los israelitas hasta
que ellos pasaron, quedaron llenos de te-
mor y no tuvieron ánimo para oponerles re-
sistencia.

Circuncisión
(Gn 17,23-27; Éx 12,44-49)

2 En aquella ocasión dijo el Señor a Jo-
sué:
–Hazte cuchillos de piedra, siéntate y
vuelve a circuncidar a los israelitas.
3 Josué hizo cuchillos de piedra y cir-
cuncidó a los israelitas en Guibat Haara-
lot.
4 El motivo de esta circuncisión fue que
todos los varones que habían salido de
Egipto, como todos los guerreros, habían
muerto en el desierto, en el camino desde
Egipto. 5 Y aunque todos los que salieron
de Egipto estaban circuncidados, los naci-
dos en el desierto, en el camino desde
Egipto, estaban sin circuncidar. 6 Porque los
israelitas anduvieron por el desierto cua-
renta años, hasta que la generación de gue-
rreros que habían salido de Egipto y que no
obedecieron al Señor se acabó, conforme a
su juramento de que no verían la tierra que
el Señor había jurado a sus padres que les
daría, una tierra que mana leche y miel.
7 Dios les suscitó descendientes; a éstos los
circuncidó Josué, porque estaban sin cir-
cuncidar, ya que no los habían circuncida-
do durante el viaje.
8 Cuando todos acabaron de circunci-
darse, se quedaron guardando reposo has-
ta que se sanaron. 9 Entonces el Señor dijo
a Josué:
–Hoy les he quitado de encima la ver-
güenza de Egipto.
Y a aquel sitio le pusieron el nombre de
Guilgal, y todavía se llama así.

Pascua
(Éx 12; 16)

10 Los israelitas estuvieron acampados
en Guilgal y celebraron la Pascua el cator-
ce del mismo mes, por la tarde, en la llanu-
ra de Jericó. 11 A partir del día siguiente a
la Pascua comieron de los productos del
país; el día de Pascua comieron panes sin
levadura y grano tostado. 12 A partir del día
siguiente que comieron de los productos
del país, faltó el maná. Los israelitas no vol-
vieron a tener maná; aquel año comieron
de los frutos del país de Canaán.
13 Estando ya cerca de Jericó, Josué le-
vantó la vista y vio a un hombre de pie fren-
te a él con la espada desenvainada en la
mano. Josué fue hacia él y le preguntó:
–¿Eres de los nuestros o del enemigo?
14 Contestó:
–No. Soy el general del ejército del Se-
ñor, y acabo de llegar.
Josué cayó rostro a tierra, adorándolo.
Después le preguntó:
–¿Qué orden trae mi señor a su siervo?

5,2-9 Circuncisión. La intencionalidad inmediata de esta exigencia es preparar al pueblo para la celebración de la Pascua que imponía como prerrequisito indispensable la circuncisión. Ésta era una práctica higiénica generalizada en muchas culturas de Mesopotamia y Canaán, que adquirió para los israelitas un valor religioso: era signo de pertenencia exclusiva a Dios. Dejado atrás Egipto, con su carga simbólica de opresión; dejado atrás también el desierto, con su connotación simbólica de maduración y transformación de la conciencia, con los pies ya en la tierra prometida, ahora se hace necesario poner como punto de partida para habitar el territorio de la libertad el signo que recordará a cada uno su compromiso personal de llevar a cabo el proyecto de un pueblo liberado y liberador en esta tierra. Pero, desafortunadamente, la circuncisión se quedó reducida a una simple marca en la carne y casi nunca realizó la ideal original (Dt 10,16); ésta es la denuncia del Señor por medio de Jeremías cuando propone una circuncisión de corazón (Jr 4,4). En cierta forma, aquí también puede percibirse el sabor a denuncia profética; recordemos que estamos ante una relectura de la historia de la corriente deuteronomista (**D**) que trata de responder a los interrogantes que han suscitado en el pueblo tantos reveses históricos, especialmente los sucedidos en el 587 a.C.: la caída de Judá, la destrucción del templo y la deportación a Babilonia. Quizá los redactores quieran enseñar que esa separación entre circuncisión y compromiso de vida es la causa de las desgracias que ha vivido la nación.

5,10-15 Pascua. Una vez quitada «la vergüenza de Egipto» (9) mediante la circuncisión, el pueblo celebra la Pascua que no había vuelto a celebrarse desde aquella noche en que sus padres salieron de Egipto. No hay aquí intención alguna de instituir la fiesta o de regularla, sino simplemente de constatar que la celebraron una vez dejado atrás el desierto, donde nunca se celebró, y después de atravesar el Jordán, signo del paso definitivo a la libertad. Detrás se encuentra una gran verdad teológica: la Pascua es la celebración de la vida y de la libertad. Junto con la noticia de la celebración de la Pascua se nos dice que al siguiente día el pueblo comenzó a comer de los frutos de la tierra y que ya no hubo más maná, una manera de decir que la Pascua siempre tiene que marcar experiencias vitales nuevas y distintas. Los versículos 13-15 sirven para introducir el relato de la conquista de Jericó y ratifican de nuevo la asistencia y presencia divinas en esta empresa conquistadora.

15 El general del ejército del Señor le
contestó:
–Descálzate, porque el sitio que pisas es
sagrado.
Josué se descalzó.

Conquista de Jericó
(Nm 10,1-10; Ap 8)

6 1 Jericó estaba cerrada a cal y canto
ante los israelitas. Nadie salía ni en-
traba.
2 El Señor dijo a Josué:
–Mira, entrego en tu poder a Jericó y su
rey. 3 Todos los soldados den una vuelta
diaria alrededor de la ciudad durante seis
días. 4 Siete sacerdotes llevarán siete trom-
petas delante del arca; al séptimo día darán
siete vueltas a la ciudad, y los sacerdotes
tocarán las trompetas, 5 a la señal dada con
el cuerno, cuando oigan el sonido de las
trompetas, todo el ejército lanzará el grito
de guerra; entonces se desplomarán las
murallas de la ciudad, y cada uno la asalta-
rá desde su puesto.
6 Josué, hijo de Nun, llamó a los sacer-
dotes y les mandó:
–Lleven el arca de la alianza, y que siete
sacerdotes lleven siete trompetas delante
del arca del Señor.
7 Y luego dijo a la tropa:
–Marchen a rodear la ciudad; los que lle-
ven armas pasen delante del arca del Se-
ñor.
8 Después que Josué dio estas órdenes a
la tropa, siete sacerdotes, llevando siete
trompetas, se pusieron delante del Señor y
empezaron a tocar. El arca del Señor los
seguía; 9 los soldados armados marchaban
delante de los sacerdotes que tocaban las
trompetas; el resto del ejército marchaba
detrás del arca. Las trompetas acompaña-
ban la marcha. 10 Josué había dado esta or-
den a la tropa:
–No lancen ningún grito de guerra, ni
dejen oír su voz, no se les escape una pala-
bra hasta el momento en que yo les mande
gritar; entonces gritarán.
11 Dieron una vuelta a la ciudad con el
arca del Señor y se volvieron al campa-
mento para pasar la noche. 12 Josué se le-
vantó de madrugada, y los sacerdotes
tomaron el arca del Señor. 13 Siete sacerdo-
tes, llevando siete trompetas delante del
arca del Señor, acompañaban la marcha de
los soldados con las trompetas. Y la reta-
guardia marchaba tras el arca al son de las
trompetas. 14 Aquel segundo día dieron una
vuelta a la ciudad y se volvieron al campa-
mento. Así hicieron seis días. 15 El día sép-
timo, al despuntar el sol, madrugaron y die-
ron siete vueltas a la ciudad, conforme al
mismo ceremonial. La única diferencia fue
que el día séptimo dieron siete vueltas a la
ciudad. 16 A la séptima vuelta, los sacerdo-
tes tocaron las trompetas y Josué ordenó a
la tropa:
–¡Griten, que el Señor les entrega la ciu-
dad! 17 Esta ciudad, con todo lo que hay en
ella, se consagra al exterminio en honor del
Señor. Sólo han de quedar con vida la pros-
tituta Rajab y todos los que estén con ella
en su casa, porque escondió a nuestros
emisarios. 18 En cuanto a ustedes, tengan
cuidado, no se les vayan los ojos y recojan
algo de lo consagrado al exterminio; por-
que pondrán bajo maldición el campamen-
to de Israel y le acarrearán la desgracia.
19 Toda la plata y el oro y el ajuar de bron-
ce y hierro se consagran al Señor: irán a
parar a su tesoro.
20 Sonaron las trompetas. Al oír el to-
que, lanzaron todos el grito de guerra. Las
murallas se desplomaron y el ejército dio el
asalto a la ciudad, cada uno desde su
puesto, y la conquistaron. 21 Consagraron

6,1-27 Conquista de Jericó. La primera campaña de Israel se dirige contra Jericó. El relato de su conquista parece más una conmemoración festiva que la toma militar de una ciudad; y es que al redactor no parece interesarle en realidad narrar una campaña bélica, sino contar a su generación –a los israelitas del s. VI-V a.C.– cómo el Señor había entregado esta tierra a sus antepasados. No lo presenta como una verdadera y auténtica campaña de conquista, sino como un don gratuito ante el cual Israel nunca podría argumentar que por su poder y por sus fuerzas se había apoderado de la ciudad o de la tierra. Este relato situado al inicio del camino hacia la posesión del territorio se convierte, entonces, en una especie de modelo para el resto de campañas. En definitiva, Israel no tiene que preocuparse por pelear ni por luchar, pues delante va el arca, garantía de que el Señor avanza entregando a Israel cada pueblo, cada lugar.

al exterminio todo lo que había dentro:
hombres y mujeres, muchachos y ancia-
nos, vacas, ovejas y burros, todo lo pasa-
ron a cuchillo.
22 Josué había encargado a los dos es-
pías:
–Vayan a la casa de la prostituta y sá-
quenla de allí con todo lo que tenga, tal
como le juraron.
23 Los espías fueron y sacaron a Rajab, a
su padre, madre y hermanos y todo lo que
tenía, y a todos los parientes, y los dejaron
fuera del campamento israelita.
24 Incendiaron la ciudad y cuanto había
en ella. Sólo la plata, el oro y el ajuar de
bronce y hierro lo destinaron al tesoro del
Templo del Señor.
25 Josué perdonó la vida a Rajab, la
prostituta, a su familia y a todo lo suyo. Ra-
jab vivió en medio de Israel hasta hoy, por
haber escondido a los emisarios que envió
Josué a explorar Jericó.
26 En aquella ocasión juró Josué:
–¡Maldito de Dios el que reedifique esta
ciudad! Pondrá los cimientos sobre su pri-
mogénito y colocará las puertas sobre su
hijo menor.
27 El Señor estuvo con Josué, y su fama
se divulgó por toda la región.

El sacrilegio de Acán

7 1 Pero los israelitas cometieron un pe-
cado con lo consagrado. Porque
Acán, hijo de Carmí, de Zabdí, de Zéraj, de
la tribu de Judá, robó de lo consagrado. Y
el Señor se encolerizó contra Israel.
2 Josué envió gente desde Jericó hacia
Ay, al este de Betel, con esta orden:
–Vayan a reconocer la región.
Fueron, hicieron el reconocimiento 3 y,
al volver, dijeron a Josué:
–No hace falta que vaya toda la tropa;
bastan unos dos mil o tres mil para con-
quistar la ciudad. No canses a toda la tropa
en este ataque, que ellos son pocos.
4 Entonces fueron hacia Ay unos tres mil
del ejército; pero tuvieron que huir ante los
de Ay, 5 que les hicieron unas treinta y seis
bajas y los persiguieron desde las puertas
de la ciudad hasta Hassebarim, derrotándo-
los en la cuesta. El valor del ejército se des-
hizo en agua.
6 Josué se rasgó el manto, cayó rostro
en tierra ante el arca del Señor, y estuvo así
hasta el atardecer, junto con los concejales
de Israel, echándose polvo a la cabeza.
7 Josué oró:
–¡Ay Señor mío! ¿Para qué hiciste pasar
el Jordán a este pueblo?, ¿para entregarnos
después a los amorreos y exterminarnos?
¡Ojalá nos hubiéramos quedado al otro lado
del Jordán! 8 ¡Perdón, Señor! ¿Qué voy a
decir después que Israel ha vuelto la espal-
da ante el enemigo? 9 Lo oirán los cananeos
y toda la gente del país, nos cercarán y bo-
rrarán nuestro nombre de la tierra. ¿Y qué
harás tú con tu ilustre nombre?
10 El Señor le respondió:
–Anda, levántate. ¿Qué haces ahí, caído
rostro en tierra? 11 Israel ha pecado, han
quebrantado el pacto que yo realicé con
ellos, han tomado de lo consagrado, han
robado, han disimulado escondiéndolo en-
tre su ajuar. 12 No podrán los israelitas re-
sistir a sus enemigos, les volverán la es-
palda, porque se han convertido ellos
mismos en algo que debe ser consagrado
al exterminio. No estaré más con ustedes
mientras no eliminen lo que ordené que se
destruyera. 13 Levántate, purifica al pueblo
y diles: Purifíquense para mañana, porque
así dice el Señor, Dios de Israel: ¡Hay algo
que debió ser consagrado al exterminio
dentro de ti, Israel! No podrás hacer frente
a tus enemigos mientras no lo destruyas y
lo eches fuera de tí. 14 Por la mañana se
acercarán por tribus. La tribu que el Señor
indique por sorteo se acercará por clanes;
el clan que el Señor indique por sorteo se

7,1-26 El sacrilegio de Acán. El primer fracaso de Israel en su intento por conquistar una nueva localidad se relaciona con el pecado de un miembro de la comunidad, que acarrea graves consecuencias para el resto. De nuevo se deja ver la vena profética de la corriente deuteronomista (**D**): cuando el pueblo se aparta de los mandatos y preceptos del Señor camina hacia el fracaso; cuando obedece, sus empresas son todo un éxito. Pese a que el relato nos describe el ajusticiamiento de Acán, en realidad está invitando a los miembros de la comunidad a extirpar el mal para que puedan realizar el proyecto de Dios. Otro aspecto que conviene resaltar es el efecto pernicioso que traen sobre la comunidad las acciones negativas de los individuos, y esto mismo vale para nuestra experiencia social comunitaria.

acercará por familias; la familia que el Se-
ñor indique por sorteo se acercará por in-
dividuos. 15 El que sea sorprendido con
algo consagrado, será quemado con todos
sus bienes, por haber quebrantado el pac-
to del Señor y haber cometido una infamia
en Israel.
16 Josué madrugó y mandó a los israeli-
tas acercarse por tribus. La suerte cayó en
la tribu de Judá. Se fue acercando la tribu
de Judá por clanes, y la suerte cayó en el
clan de Zéraj. 17 Se fue acercando el clan de
Zéraj por familias, y la suerte cayó en la fa-
milia de Zabdí. 18 Se fue acercando la fami-
lia de Zabdí por individuos, y la suerte cayó
en Acán, hijo de Carmí, de Zabdí, de Zéraj,
de la tribu de Judá.
19 Josué dijo a Acán:
–Hijo mío, glorifica al Señor, Dios de Is-
rael, haciendo tu confesión. Dime lo que
has hecho, no me ocultes nada.
20 Acán respondió a Josué:
–Es verdad, he pecado contra el Señor,
Dios de Israel. He hecho esto y esto: 21 vi
entre los despojos un manto babilonio muy
bueno, doscientas monedas de plata y una
barra de oro de medio kilo; se me fueron los
ojos y lo agarré. Mira, está todo escondido
en un hoyo en medio de mi tienda, el dine-
ro debajo.
22 Josué mandó a unos que fueran co-
rriendo a la tienda de Acán: todo estaba allí
escondido, el dinero debajo. 23 Lo sacaron
de la tienda, se lo llevaron a Josué y a los
israelitas y lo depositaron ante el Señor.
24 Josué tomó a Acán, hijo de Zéraj –con
el dinero, el manto y la barra de oro–, a sus
hijos e hijas, sus bueyes, burros y ovejas, y
su tienda con todos sus bienes. En compa-
ñía de todo Israel los subió al Valle de Acor,
25 y Josué dijo:
–¡El Señor te haga sufrir hoy mismo la
desgracia que nos has acarreado!
Todos los israelitas apedrearon a Acán.
Luego los quemaron y los cubrieron de pie-
dras. 26 Después levantaron encima de él
un montón de piedras, que todavía hoy se
conserva. Y el Señor aplacó el incendio de
su ira. Por eso aquel sitio se llama hasta
hoy Valle de Acor.

Conquista de Ay
(Eclo 46,2)

8 1 El Señor dijo a Josué:
–No temas ni te acobardes. Vete con
tu ejército a atacar Ay, que yo te pongo en
las manos a su rey, su gente, la ciudad y
sus campos. 2 Trata a la ciudad y a su rey
como trataste a Jericó y a su rey. Sólo se
llevarán el botín y el ganado. Pon embos-
cadas al otro lado del pueblo.
3 Josué y su ejército prepararon el ata-
que de Ay. Josué escogió treinta mil solda-
dos y los envió durante la noche 4 con estas
instrucciones:
–Presten atención, ustedes estarán em-
boscados detrás del pueblo, pero sin alejar-
se mucho, manténganse alerta; 5 yo y los
míos nos acercaremos. Cuando el enemigo
salga contra nosotros, como la primera vez,
huiremos ante ellos; 6 ellos saldrán detrás,
pensando que huimos como la primera vez,
y así lograremos alejarlos del pueblo. 7 En-
tonces salgan de la emboscada y apo-
dérense de la ciudad –el Señor se las en-

8,1-35 Conquista de Ay. Un segundo intento de ataque a la ciudad de Ay da como resultado su conquista y destrucción gracias a una estratagema ideada por Josué, pero dirigida por el mismo Dios. Nótese el lenguaje religioso que emplea el redactor; como se ha dicho, éste no pretende simplemente contar una campaña militar, sino más bien hacer una relectura de cómo Israel llegó a poseer el territorio donde debiera haber mostrado las actitudes propias de un pueblo elegido por Dios. Desafortunadamente se mezclan el lenguaje religioso y el bélico para describir escenas de masacre y violencia; pero sólo es el ropaje externo de un mensaje perdurable. La prueba está en que, según los datos arqueológicos, ni Jericó, ni Ay, ni otras ciudades mencionadas en el libro existían para la época de la invasión israelita de Canaán, pues habían sido reducidas a ruinas hacía ya por lo menos dos siglos. Esto significa que por encima de las descripciones materiales se encuentran otras intenciones e intereses teológicos que tal vez no aparezcan demasiado claros para nosotros, pero que sí eran comprensibles, y sobre todo útiles, para la conciencia y la fe de los judíos del exilio y, sobre todo, del postexilio. Termina el capítulo refiriendo cómo Josué construye un altar al Señor en el que ofrece sacrificios de comunión, y cómo graba en las piedras del altar una copia de la Ley de Moisés. La lectura ante todo el pueblo de las bendiciones y maldiciones es una forma de decir que el compromiso de Israel en cada avance, en cada pedazo de tierra conquistada, es propagar el proyecto único de su Dios consignado en la Ley.

tregará– 8 y en cuanto la ocupen, la incen-
diarán. Hagan lo que ha dicho el Señor. És-
tas son mis órdenes.

9 Los despachó, y fueron a ubicarse en el
lugar de la emboscada entre Betel y Ay, al
oeste de Ay. Josué pasó aquella noche en-
tre la tropa. 10 Se levantó temprano, pasó
revista a la tropa y marchó contra Ay. Él iba
a la cabeza, con los ancianos de Israel.
11 Todos los soldados que los acompaña-
ban fueron acercándose a Ay, hasta llegar
frente a ella, y acamparon al norte, dejando
el valle entre ellos y el pueblo. 12 Josué ha-
bía tomado unos cinco mil hombres y los
había emboscado entre Betel y Ay, al oeste
de la villa. 13 El grueso del ejército acampó
al norte, la retaguardia al oeste de la villa.
Josué fue aquella noche hasta la mitad del
valle.

14 Cuando el rey de Ay lo descubrió, des-
pertó a toda prisa a la gente y salió con su
ejército a presentar batalla a Israel, en la
bajada frente al desierto, sin saber que le
habían tendido una emboscada detrás de la
ciudad. 15 Josué y los israelitas cedieron
ante ellos y emprendieron la fuga camino
del desierto. 16 Los de Ay salieron gritando
tras ellos y persiguieron a Josué, alejándo-
se de la ciudad; 17 no quedó uno en Ay que
no saliera en persecución de los israelitas y
por perseguirlos dejaron la ciudad desguar-
necida.

18 El Señor dijo a Josué:

–Extiende en dirección de Ay la lanza
que llevas en la mano, porque la entrego en
tu poder.

19 Josué extendió en dirección de Ay la
lanza que llevaba en la mano, y los de la
emboscada salieron corriendo de sus posi-
ciones, entraron en la ciudad, la ocuparon y
la incendiaron en seguida. 20 Los de Ay se
volvieron a mirar y vieron que subía de la
ciudad una humareda hasta el cielo y que
no tenían escapatoria por ninguna parte,
porque los que habían huido hacia el de-
sierto se volvieron contra sus perseguido-
res. 21 Ya que Josué y los israelitas, viendo
que los de la emboscada habían incendiado
la ciudad, por la humareda que subía, se
dieron la vuelta y atacaron a los de Ay 22 y
por su parte los de la emboscada salieron
de Ay a su encuentro, y así se vieron en-
cerrados entre dos ejércitos israelitas. Israel
los derrotó hasta no dejarles un supervi-
viente ni un fugitivo. 23 Al rey de Ay lo apre-
saron vivo y se lo llevaron a Josué.

24 Cuando los israelitas acabaron de ma-
tar a todos los de Ay que habían salido a
campo abierto en su persecución, hacién-
dolos caer a todos a filo de cuchillo, hasta
el último, se volvieron contra Ay y pasaron
a cuchillo a sus habitantes. 25 Las bajas de
aquel día fueron doce mil entre hombres y
mujeres, toda gente de Ay. 26 Josué tuvo
extendido el brazo con la lanza hasta que
exterminaron a todos los de Ay.

27 Los israelitas se llevaron sólo el ga-
nado y el botín, como había ordenado el
Señor a Josué. 28 Josué incendió la ciu-
dad, reduciéndola a un montón de escom-
bros, que dura hasta hoy. 29 Al rey de Ay lo
ahorcó de un árbol y lo dejó allí hasta la
tarde; al ponerse el sol mandó bajar del ár-
bol el cadáver, lo tiraron junto a la puerta
de la ciudad y lo cubrieron con un montón
enorme de piedras, que se conserva hasta
hoy.

30 Entonces levantó Josué un altar al Se-
ñor, Dios de Israel, en el monte Ebal,
31 como había mandado Moisés, siervo del
Señor, a los israelitas –está escrito en el li-
bro de la ley de Moisés–: un altar de piedras
enteras, no labradas a hierro, y ofrecieron
sobre él holocaustos y sacrificios de comu-
nión.

32 Allí escribió Josué sobre las piedras
una copia de la ley que Moisés había escri-
to en presencia de los israelitas. 33 Todo Is-
rael, los ancianos, los escribas y los jueces
estaban a ambos lados del arca, frente a
los sacerdotes levitas portadores del arca
de la alianza del Señor. Tanto el extranjero
como el nativo: la mitad hacia el monte
Garizín, la otra mitad hacia el monte Ebal,
como había mandado Moisés, siervo del
Señor, cuando bendijo por primera vez al
pueblo israelita.

34 Josué leyó todo el texto de la ley, ben-
diciones y maldiciones, tal como está escri-
to en el libro de la Ley. 35 De cuanto pres-
cribió Moisés no quedó ni una palabra que
Josué no leyera ante la asamblea de Israel,
incluidos niños, mujeres y los extranjeros
que iban con ellos.

Los gabaonitas

9 1 Cuando se enteraron los reyes de
Cisjordania, de la montaña, de la Se-
fela y de toda la costa mediterránea hasta
el Líbano –hititas, amorreos, cananeos, fe-
receos, heveos y jebuseos– 2 se aliaron para
luchar contra Josué e Israel bajo un mando
único.
3 Los de Gabaón se enteraron de lo que
había hecho Josué con Jericó y con Ay 4 y
actuaron por su parte astutamente; fueron
y tomaron provisiones, cargaron los burros
con alforjas viejas y odres de vino viejos,
rotos y recosidos; 5 se pusieron sandalias
viejas y remendadas y se echaron encima
unos mantos viejos; todo el pan que lleva-
ban de comida era pan duro y desmiga-
jado.
6 Fueron al campamento de Guilgal y di-
jeron a Josué y a los israelitas:
–Venimos de un país lejano. Hagan un
tratado de paz con nosotros.
7 Los israelitas respondieron a aquellos
heveos:
–A lo mejor viven aquí cerca. ¿Cómo va-
mos a hacer un tratado de paz con ustedes?
8 Ellos contestaron a Josué:
–Somos vasallos tuyos.
Él insistió:
–¿Quiénes son ustedes y de dónde vie-
nen?
9 Le respondieron:
–Venimos de un país muy lejano, atraí-
dos por la fama del Señor, tu Dios; porque
hemos oído hablar de él, de todo lo que
hizo en Egipto, 10 y de la manera cómo tra-
tó a los dos reyes amorreos de Transjorda-
nia: Sijón, rey de Jesbón, y Og, rey de Ba-
sán, en Astarot. 11 Nuestros ancianos y la
gente de nuestro país nos encargaron: To-
men provisiones para el viaje y marchen a
su encuentro a ofrecerse como vasallos su-
yos. Hagan por tanto una alianza con no-
sotros. 12 Miren nuestro pan: lo tomamos
caliente en casa el día que emprendimos el
viaje hasta aquí, y ya lo ven, está duro y
convertido en migajas. 13 Éstos son los
odres de vino: los llenamos nuevos, y aho-
ra están rotos. Éstos son nuestros mantos y
las sandalias, gastados por el largo camino.
14 Entonces los israelitas probaron de las
provisiones de los viajeros, sin consultar al
Señor. 15 Y Josué les firmó un tratado de
paz, comprometiéndose a respetar sus vi-
das; así se lo juraron también los represen-
tantes de la asamblea.
16 Pero tres días después de haber pac-
tado con ellos se enteraron de que eran ve-
cinos, que vivían allí cerca; 17 porque los is-
raelitas levantaron el campamento y al
tercer día de marcha llegaron a sus pobla-
dos: Gabaón, Quefira, Beerot y Quiriat Yea-
rim. 18 No los atacaron, porque los repre-
sentantes de la asamblea les habían hecho
un juramento por el Señor, Dios de Israel;
pero toda la asamblea murmuró contra sus
representantes.
19 Entonces los representantes dieron
explicaciones a la asamblea:
–Nosotros les hicimos un juramento por
el Señor, Dios de Israel; así que ahora no
podemos atacarlos. 20 Pero vamos a hacer
lo siguiente: respetaremos sus vidas, y así
no nos vendrá un castigo por quebrar el ju-

9,1-27 Los gabaonitas. El episodio de los gabaonitas se parece, amplificado, al de Rajab. Está dominado por la confesión de unos paganos y el juramento de los israelitas, y termina con la incorporación de un pueblo a la comunidad de Israel. Si Rajab representaba la incorporación de familias aisladas, los gabaonitas representan la incorporación de poblaciones enteras que equilibran el carácter militar de la ocupación cananea. Muchos indicios históricos muestran que la ocupación del territorio cananeo fue más bien pacífica, comenzando por zonas despobladas y disponibles para extenderse y consolidar relaciones con las poblaciones ya asentadas. El libro de Josué ha querido dar relieve al aspecto militar al seleccionar unos cuantos episodios bélicos, lo cual hace más interesante por contraste el presente capítulo pacífico. El relato recoge un tema literario muy conocido en el folclore: el burlador burlado o burla y respuesta. El narrador se complace en detallar los preparativos y el funcionamiento del engaño, sin preocuparse demasiado por la verosimilitud. Sobre ese tejido narrativo se sobrepone la visión religiosa y se hace sentir la preocupación programática del deuteronomista (**D**). En efecto, Dt 20,10.18 da instrucciones sobre el comportamiento con las poblaciones paganas. Los gabaonitas eran heveos (7): sólo por el estatuto de ciudad remota y con pacto de vasallaje podían salvar la vida. Consiguen lo primero con engaño y astucia (4); lo segundo se lo aseguran con el juramento de los nuevos señores. Los jefes israelitas obran desconsideradamente, sin consultar al Señor (14). Su pequeña venganza es someter a los burladores a trabajos serviles.

ramento que les hicimos. 21 Los represen-
tantes les dijeron: Que queden con vida,
pero que sean leñadores y aguateros de
todo el pueblo.
Se acordó lo que habían propuesto los
representantes. 22 Josué mandó llamar a
los gabaonitas y les dijo:
–¿Por qué nos engañaron, diciendo que
eran de muy lejos, siendo así que viven cer-
ca de nosotros? 23 Ahora pesa sobre uste-
des una maldición, serán para siempre le-
ñadores y aguateros del templo de mi Dios.
24 Le contestaron:
–Nosotros, servidores tuyos, estábamos
informados de lo que el Señor, tu Dios, ha-
bía dicho a su siervo Moisés: que les daría
todo el país, y a todos sus habitantes los
aniquilaría ante ustedes; entonces, tem-
blando por nuestra vida, discurrimos aque-
llo. 25 Ahora estamos en tus manos: haz de
nosotros lo que te parezca bien y justo.
26 Josué los trató como había dicho: los
protegió de los israelitas para que no los
mataran, 27 pero aquel día los hizo leñado-
res y aguateros de la asamblea y del altar
del Señor, hasta el día de hoy, donde el Se-
ñor quisiera.

La campaña del Sur

10 1 Cuando Adoni-Sedec, rey de Jeru-
salén, oyó que Josué había tomado
Ay y la había arrasado y que había hecho
con ella y con su rey lo mismo que con Je-
ricó y su rey y que los de Gabaón habían
hecho las paces con Israel y vivían con los
israelitas, 2 se asustó enormemente. Porque
Gabaón era toda una ciudad, como una de
las capitales reales, mayor que Ay, y todos
sus hombres eran valientes.
3 Entonces envió este mensaje a Ohán,
rey de Hebrón; a Pirán, rey de Yarmut; a Ya-
fía, rey de Laquis, y a Debir, rey de Eglón:
4 –Vengan con refuerzos para derrotar a
Gabaón, que ha hecho las paces con Josué
y los israelitas.
5 Entonces se aliaron los cinco reyes
amorreos –el de Jerusalén, el de Hebrón, el
de Yarmut, el de Laquis y el de Eglón– su-
bieron con sus ejércitos, acamparon frente
a Gabaón y la atacaron.
6 Los de Gabaón despacharon emisarios
a Josué, al campamento de Guilgal, con
este ruego:
–No dejes solos a tus vasallos. Ven en
seguida a salvarnos. Ayúdanos, porque se
han aliado contra nosotros los reyes amo-
rreos de la montaña.
7 Entonces Josué subió desde Guilgal
con todo su ejército, todos sus guerreros,
8 y el Señor le dijo:
–No les tengas miedo, que yo te los en-
trego; ni uno de ellos podrá resistirte.
9 Josué caminó toda la noche desde
Guilgal y cayó sobre ellos de repente; 10 el
Señor los desbarató ante Israel, que les in-
fligió una gran derrota junto a Gabaón, y los
persiguió por la Cuesta de Bet-Jorón, des-
trozándolos hasta Azecá y Maqueda. 11 Y
cuando iban huyendo de los israelitas por la
cuesta de Bet-Jorón, el Señor les lanzó des-
de el cielo un pedrisco fuerte y mortífero en
el camino hasta Azecá; murieron más por
la granizada que por la espada de los israe-
litas.
12 Cuando el Señor puso en manos de
los israelitas a los amorreos, Josué habló al
Señor y gritó en presencia de Israel:

10,1-43 La campaña del Sur. La alianza de paz entre gabaonitas e israelitas suscita una coalición de reyes para enfrentar juntos la gran amenaza que supone. Los datos que encontramos aquí son a todas luces exagerados, pues en una sola campaña era absolutamente imposible conquistar un territorio tan extenso como el que se nos describe; esto refuerza todavía más la idea de que el interés del narrador no es tanto histórico cuanto teológico. Recordemos que la tierra que un día habitaron las doce tribus de Israel se encontraba para la época del redactor asolada, y que muchos israelitas se resistían a regresar a ella después del destierro de Babilonia. Todo el relato afirma que el territorio había sido otorgado por Dios a Israel, y que Dios mismo había intervenido obrando prodigios en favor de su pueblo. Como quiera que estas campañas están asistidas y dirigidas por el mismo Dios, hasta detener el sol resulta sencillo. En las tradiciones sobre el éxodo de Egipto no se ahorran imágenes maravillosas, como la del mar que se abre para dar paso a los israelitas y se cierra tragándose al faraón y su ejército; del mismo modo, en esta relectura de la posesión de la tierra se utilizan imágenes portentosas para indicar que era la mano de Dios la que actuaba en favor del pueblo. Aquí debemos entender por pueblo la conjunción de varios grupos, pues a estas alturas los israelitas albergan ya en su seno a otras familias, como la de Rajab de Jericó, y a otros pueblos, como los gabaonitas que pactaron con Israel.

–¡Sol, quieto en Gabaón! ¡Y tú, luna, en
el valle de Ayalón!
13 Y el sol quedó quieto y la luna inmó-
vil, hasta que se vengó el pueblo de sus
enemigos.
Así consta en el libro de Yasar:
El sol se detuvo en medio del cielo
y tardó un día entero en ponerse.
14 Ni antes ni después ha habido
un día como aquél,
cuando el Señor obedeció
a la voz de un hombre,
porque el Señor luchaba por Israel.
15 Josué y los israelitas se volvieron al
campamento de Guilgal. 16 Los cinco reyes
lograron huir y se escondieron en la cueva
de Maqueda.
17 Avisaron a Josué:
–Los cinco reyes están escondidos en la
cueva de Maqueda.
18 Josué ordenó:
–Hagan rodar piedras grandes hasta la
entrada de la cueva y dejen allí apostados
algunos centinelas para que los vigilen.
19 Ustedes no dejen de perseguir al enemi-
go, córtenles la retirada; no los dejen llegar
a sus poblados, porque el Señor, su Dios, se
los entrega.
20 Cuando Josué y los israelitas los de-
rrotaron hasta acabar con ellos –fue una
gran derrota–, los que lograron salvarse hu-
yendo se refugiaron en las ciudades fortifi-
cadas. 21 Todo el ejército volvió victorioso
al campamento de Josué, en Maqueda. Na-
die se atrevió a hablar mal de los israelitas.
22 Josué ordenó:
–Destapen la entrada de la cueva y sa-
quen a esos cinco reyes.
23 Cumpliendo sus órdenes, sacaron de
la cueva a los cinco reyes: el de Jerusalén,
el de Hebrón, el de Yarmut, el de Laquis y
el de Eglón. 24 Cuando se los presentaron,
Josué convocó a todos los israelitas y dijo
a sus oficiales:
–Acérquense y pisen la nuca a esos re-
yes.
Ellos se acercaron y pusieron el pie en la
nuca de los reyes. 25 Josué les dijo:
–No teman ni se acobarden. ¡Sean fuer-
tes y valientes!, que así tratará el Señor a
todos los enemigos con los que van a lu-
char.
26 Dicho esto, los ajustició y los colgó de
cinco árboles; allí estuvieron colgados has-
ta la tarde. 27 A la puesta del sol mandó ba-
jarlos de los árboles y tirarlos a la cueva
donde se habían escondido; después colo-
caron grandes piedras a la entrada de la
cueva, y allí están todavía hoy.
28 Aquel día Josué tomó Maqueda. La
pasó a cuchillo, consagrando al exterminio
a su rey y a todos sus habitantes. No que-
dó un superviviente; trató al rey de Maque-
da como al de Jericó.
29 Desde Maqueda Josué y los israelitas
pasaron a Libná y la atacaron. 30 El Señor
les entregó también Libna y a su rey, y pa-
saron a cuchillo a todos los habitantes. No
quedó en ella un superviviente; a su rey lo
trató Josué como al de Jericó.
31 Desde Libna Josué y los israelitas pa-
saron a Laquis, acamparon frente a ella y la
atacaron. 32 El Señor se la entregó: toma-
ron Laquis al segundo día y pasaron a cu-
chillo a todos los habitantes, lo mismo que
habían hecho en Libna. 33 Horán, rey de
Guézer, subió en auxilio de Laquis, pero Jo-
sué lo derrotó a él y a su ejército, sin dejar-
le un superviviente.
34 Desde Laquis Josué y los israelitas
pasaron a Eglón; acamparon frente a ella y
la atacaron. 35 La tomaron aquel mismo día
y la pasaron a cuchillo, consagrando al ex-
terminio a todos sus habitantes, lo mismo
que habían hecho con Laquis.
36 Desde Eglón, Josué y los israelitas
con él, pasaron a Hebrón y la atacaron.
37 La tomaron y pasaron a cuchillo a su rey
y a toda la población. No quedó un super-
viviente, lo mismo que habían hecho en
Eglón; la consagraron al exterminio con to-
dos sus habitantes.
38 Después Josué y los israelitas con él
se volvieron contra Debir y la atacaron.
39 Se apoderaron de ella, del rey y sus po-
blados y los pasaron a cuchillo, consagran-
do al exterminio a todos sus habitantes. No
quedó un superviviente; trataron a Debir y
a su rey lo mismo que a Hebrón y a su rey,
a Libna y a su rey.
40 Así fue como conquistó Josué toda la
montaña, el Negueb y la Sefela y las estri-
baciones de la sierra, con sus reyes. No
quedó un superviviente. Consagraron al ex-

terminio a todo ser viviente, como había
mandado el Señor, Dios de Israel. 41 Josué
conquistó desde Cades Barnea hasta Gaza,
y todo el país de Gosén hasta Gabaón.
42 En una sola ofensiva se apoderó de todos
aquellos reyes y sus tierras, porque el Se-
ñor, Dios de Israel, combatía por Israel.
43 Josué y los israelitas que iban con él se
volvieron después al campamento de Guil-
gal.

La campaña del Norte

11 1 Cuando se enteró Yabín, rey de Ja-
sor, mandó mensajeros a Yobab, rey
de Madón, al rey de Simerón, al de Acsaf
2 y a los reyes del norte de la montaña y del
desierto, al sur de Genesaret, de la Sefela y
del distrito de Dor, junto al mar, 3 a los ca-
naneos de este y oeste, a los amorreos, hi-
titas y fereceos, a los jebuseos de la mon-
taña y a los heveos al pie del Hermón, en la
región de Mispá. 4 Salieron con todos sus
ejércitos, una tropa numerosa como la are-
na de la playa, muchísimos caballos y ca-
rros. 5 Se aliaron todos aquellos reyes, y to-
dos juntos fueron a acampar cerca del
arroyo de Merón para luchar contra Israel.

6 El Señor dijo a Josué:

–No les tengas miedo, que mañana, a
estas horas, a todos ellos los haré caer ante
Israel; les romperás las patas a sus caballos
y les quemarás los carros.

7 Josué y sus soldados marcharon con-
tra ellos hacia el arroyo de Merón y cayeron
sobre ellos de repente. 8 El Señor se los en-
tregó a Israel, que los derrotó y persiguió
hasta la capital de Sidón, Misrepot Maym y
la parte oriental del valle de Mispá. Los des-
barataron hasta que no quedó un supervi-
viente.

9 Josué los trató como había dicho el Se-
ñor: les quebró las patas a los caballos y les
quemó los carros. 10 Luego se volvió, se
apoderó de Jasor y ajustició a su rey por-
que Jasor era desde antiguo la capital de
aquellos reinos, 11 y pasó a cuchillo a todos
sus habitantes, consagrándolos al extermi-
nio; no quedó uno vivo. A Jasor la incendió.

12 Josué se apoderó de todas aquellas
poblaciones y sus reyes; los pasó a cuchi-
llo, consagrándolos al exterminio, como
había ordenado Moisés, siervo del Señor.
13 Pero los israelitas no incendiaron las ciu-
dades emplazadas sobre montículos; la úni-
ca excepción fue Jasor, incendiada por Jo-
sué. 14 Se llevaron todo su botín y el
ganado; a las personas en cambio las pa-
saron a cuchillo, no dejando una viva.

15 Lo que el Señor había ordenado a su
siervo Moisés, éste se lo ordenó a Josué y
Josué lo cumplió; no descuidó nada de
cuanto el Señor había ordenado a Moisés.

16 Así fue como se apoderó Josué de
todo el país: de la montaña, el Negueb, la
región de Gosén, la Sefela y el desierto, la
montaña de Israel y su llanura, 17 desde el
monte Jalac, que sube hacia Seír, hasta
Baal-Gad, en el valle del Líbano, al pie del
monte Hermón. Se apoderó de todos sus
reyes y los ajustició.

18 Josué estuvo mucho tiempo haciendo
la guerra a todos aquellos reyes. 19 Ninguna
ciudad hizo las paces con los israelitas, a
excepción de los heveos que vivían en Ga-
baón; a todas las conquistaron con las ar-
mas, 20 porque fue cosa de Dios endurecer
sus corazones para que opusieran resisten-
cia a Israel, con intención de que Israel los
exterminara sin piedad, aniquilándolos,
como el Señor había ordenado a Moisés.

11,1-23 La campaña del Norte. Muchos indicios muestran que la ocupación de los israelitas fue en gran parte pacífica; es decir, comenzó por la montaña no ocupada y se fue extendiendo paulatinamente por todo el territorio. Pero también es cierto que su presencia provocó recelos y ataques, de modo que los nuevos colonizadores tuvieron que defenderse más de una vez con las armas. Así, entre alguna campaña inicial y otras provocadas por la población local, Israel se fue imponiendo hasta asimilar o eliminar a las demás poblaciones. El autor ensaya una explicación teológica –como otras que suministrará a lo largo de su gran obra–: se debe al endurecimiento de las poblaciones conquistadas. El autor simplifica los datos trazando el siguiente proceso: 1. Mandato de Dios a Josué. 2. Endurecimiento de la población. 3. Resistencia a Israel. 4. Derrota y destrucción. Así se cierra un círculo férreo, en el que triunfa la soberanía de Dios en la historia. Dios es autor de todo, incluso de la obstinación humana; así hablan muchos textos del Antiguo Testamento, mientras que otros lo interpretan como la continua negación a la oferta o exigencia de Dios que va creciendo en un proceso dialéctico hasta que el ser humano cae víctima de su propio endurecimiento. Esta segunda visión acentúa la responsabilidad humana y completa la primera.

21 Josué aniquiló a los enaquitas de la montaña, de Hebrón, de Debir, de Anab, en una palabra, de los montes de Judá y de los montes de Israel. Los exterminó con sus poblaciones. 22 No quedaron enaquitas en territorio de Israel; sólo en Gaza, Gat y Asdod quedaron algunos.

23 Josué se apoderó de todo el país, como el Señor había dicho a Moisés. Y se lo dio a Israel en herencia, repartiéndolo en lotes a las tribus. El país quedó en paz.

Reyes de Transjordania y de Cisjordania

12 1 Reyes de Transjordania a los que derrotaron los israelitas y de cuyas tierras se apoderaron, desde el río Arnón hasta el monte Hermón, incluyendo toda la estepa oriental:

2 Sijón, rey amorreo con residencia en Jesebón. Sus dominios eran: desde Aroer, a orillas del Arnón, y desde la parte central del valle, la mitad de Galaad hasta el Yaboc, frontera de los amonitas, 3 la estepa, desde la parte oriental del Mar de Galilea hasta la parte oriental del mar del desierto, el Mar Muerto, hasta el camino de Bet-Yesimot y las estribaciones del Fasga, en el sur.

4 Og, rey de Basán, de los últimos refaimitas, con residencia en Astarot y Edrey. 5 Sus dominios eran: el monte Hermón, Salcá y todo Basán hasta la frontera de los guesureos y macateos, además de medio Galaad, hasta la frontera de Sijón, rey de Jesbón.

6 Moisés, siervo del Señor, y los israelitas los derrotaron, y Moisés, siervo del Señor, dio sus tierras en propiedad a los de Rubén, Gad y media tribu de Manasés.

7 Reyes de Cisjordania a los que derrotaron Josué y los israelitas, desde Baal-Gad, en el valle del Líbano, hasta el Monte Jalac, que sube a Seír, cuyas tierras dio Josué en propiedad a las tribus de Israel, repartiéndolas en lotes; 8 en la montaña, en la Sefela, en la estepa, en las estribaciones de la sierra, en el desierto y en el Negueb, donde estaban los hititas, amorreos, cananeos, fereceos, heveos y jebuseos: 9 el rey de Jericó y el rey de Ay, junto a Betel; 10 el rey de Jerusalén y el rey de Hebrón; 11 el rey de Yarmut y el rey de Laquis; 12 el rey de Eglón y el rey de Guézer; 13 el rey de Debir y el rey de Gueder; 14 el rey de Jormá y el rey de Arad; 15 el rey de Libná y el rey de Adulán; 16 el rey de Maqueda y el rey de Betel; 17 el rey de Tapuj y el rey de Jéfer; 18 el rey de Afec y el rey de Sarón; 19 el rey de Madón y el rey de Jasor; 20 el rey de Simerón y el rey de Acsaf; 21 el rey de Taanac y el rey de Meguido; 22 el rey de Cades y el rey de Yocneán del Carmelo; 23 el rey de Dor, en el distrito de Dor; el rey de los pueblos de Galilea; 24 y el rey de Tirsá. Suma total: treinta y un reyes.

12,1-24 Reyes de Transjordania y de Cisjordania. Encontramos una síntesis de todos los territorios conquistados por los israelitas. La primera parte resume las conquistas hechas por Moisés al oriente del Jordán y el reparto de territorios a las tribus de Rubén y Gad y la media tribu de Manasés, lo cual concuerda con Nm 32,33-42. La segunda parte resume las campañas de Josué con el total de reyes que venció. El territorio queda así debidamente preparado y listo para su reparto entre las nueve tribus y media que faltan por poseerlo.

REPARTO DE LA TIERRA: INTRODUCCIÓN

Con el capítulo 13 comienza la segunda parte del libro, que trata del reparto de la tierra. Una primera lectura nos ofrece un catálogo de nombres geográficos, bastante indigesto, ni siquiera agraciado con un poco de disposición esquemática. ¿Qué hacer con estos capítulos? Podemos intentar descubrir primero los materiales empleados por el autor y examinar después la intención de su composición.

Materiales

1. Al parecer, el autor usa una lista de fronteras y una lista de poblaciones. La primera intenta definir los límites de cada tribu; el trazado no es geométrico (como el de Ez 40s), hay repeticiones e incoherencias. Hace pensar en una lista antigua, cuando las tribus se habían consolidado en su diversidad dentro del territorio de Palestina y todavía no eran una monarquía unificada.

2. La segunda es una lista de poblaciones. La lista es detallada y parece aspirar a ser completa en las tribus del sur, es fragmentaria en las tribus del norte, falla en las tribus del centro. La identificación de muchas ciudades es posible: muchas veces el nombre árabe conservaba levemente deformado el nombre original (en bastantes ocasiones el moderno Estado de Israel ha restablecido el nombre antiguo), otras veces ayuda la arqueología. Quedan casos dudosos o insolubles por ahora. En algunos casos en que una localidad tiene nombre comprensible lo hemos traducido o adaptado al castellano, para conservar con cierta probabilidad lo que decía a oídos hebreos.

3. Introducen, cierran o interrumpen las listas algunos discursos del Señor o de Josué y algunas anécdotas. Los discursos del Señor son particularmente importantes para conocer el sentido del reparto.

4. Los capítulos 20s ofrecen listas de ciudades de asilo y ciudades levíticas.

Teología

Podemos distinguir los elementos genéricos de la tierra y los elementos específicos del reparto.

1. Los primeros se encuentran concentrados en los discursos del Señor. Respecto a los Patriarcas, la entrega de la tierra es el cumplimiento de una promesa jurada; la expresión más clara se encuentra en 21,43 (véanse también 1,6; 5,6). Respecto al desierto, la tierra prometida significa el descanso: 1,13.15; 21,44. Comparada con Egipto, donde los israelitas vivían de prestado, Palestina es tierra de propiedad: 18,3; 19,47.

2. Lo específico de estos capítulos es el reparto. La tierra prometida es entregada como totalidad al pueblo entero; la propiedad colectiva es el dato primario. El pueblo entero tiene derecho a poseer la tierra entera y a vivir en ella.

3. Se trata de una visión teológica, algo idealizada respecto a la realidad, pero más profunda que la simple experiencia de cultivar un campo. La concepción con su constelación de términos técnicos pasa a la literatura profética, en sentido propio y figurado, a las divisiones escatológicas, y se conserva con gran vitalidad en el Nuevo Testamento. De la traducción griega de «gōral», «kleros» (suerte), procede nuestra palabra clero y sus derivados. Los extraños capítulos del libro de Josué suministran un fondo realista a un aspecto importante de la teología del Nuevo Testamento.

13 1 Josué era viejo, de edad avanzada,
y el Señor le dijo:
–Ya eres viejo, de edad avanzada, y que-
da aún mucha tierra por ocupar, 2 toda la
parte filistea y todo Guesur; 3 desde el Sijor,
en tierra de Egipto, hasta el límite de Ecrón,
al norte, zona considerada como cananea;
allí están los cinco principados filisteos
–Gaza, Asdod, Ascalón, Gat, y Ecrón– y los
heveos 4 del sur. Además queda todo el
país cananeo, desde la Cueva de los Feni-
cios hasta Afec, y hasta la frontera de los
amorreos. 5 Y por último todo el país de Bi-
blos y el Líbano oriental, desde Baal-Gad,
al pie del Hermón, hasta el Paso de Jamat.
6 Yo expulsaré ante los israelitas a todos los
habitantes de la montaña, desde el Líbano
hasta Misrepot Maym, y a todos los feni-
cios. Tú sólo tienes que repartir el país en-
tre los israelitas mediante un sorteo, según
te lo he mandado. 7 Sí, ya es hora de que
repartas esta tierra entre las nueve tribus y
la media tribu de Manasés para que la po-
sean como herencia.

Transjordania

8 La otra media tribu de Manasés, los de
Rubén y los de Gad habían recibido ya la
herencia que Moisés, siervo del Señor, les
había asignado en Transjordania: 9 desde
Aroer a la orilla del Arnón, con la ciudad
que está en medio del valle, toda la llanura
de Mandaba hasta Dibón, 10 y todas las ciu-
dades de Sijón, rey amorreo que reinaba en
Jesbón, hasta la frontera de los amonitas.
11 Además les había asignado Galaad, el te-
rritorio de los guesureos y macateos, todo
el Hermón y todo el Basán hasta Salcá, 12 y
todo el reino de Og de Basán, que reinaba
en Astarot y Edrey, y era uno de los últimos
refaimitas a los que Moisés derrotó y expul-
só. 13 En cambio, los israelitas no pudieron
expulsar a guesureos y macateos, que han
seguido viviendo en medio de Israel hasta
hoy.

14 Sólo a la tribu de Leví no le asignó Moi-
sés una herencia; el Señor, Dios de Israel,
es su herencia, como les había prometido.

15 A la tribu de Rubén Moisés le asignó,
por clanes, 16 una herencia cuyo territorio
era: desde Aroer a la orilla del Arnón, con
la ciudad que está en medio del valle, toda
la llanura de Madabá; 17 Jesbón y todos los
pueblos de la meseta: Dibón, Mot-Baal,
Bet-Baal-Maón, 18 Yasá, Cademot, Mepaat,
19 Quiriataym, Sibmá y Séret Sajar, en el
monte y en el valle, 20 Bet-Fegor, las estri-
baciones del Fasga y Bet-Yesimot: 21 todos
los pueblos de la llanura y todo el reino de
Sijón, rey amorreo que reinaba en Jesbón,
al que derrotó Moisés, lo mismo que a los
príncipes de Madián: Eví, Requen, Sur, Hur
y Reba, vasallos de Sijón que vivían en el
país. 22 Al adivino Balaán, hijo de Beor, los
israelitas lo acuchillaron con los demás.
23 Así que el territorio de los rubenitas fue el
Jordán y su ribera. Ésa fue, con sus ciuda-
des y poblados, la herencia de los rubeni-
tas, repartida por clanes.

24 A la tribu de Gad –a los gaditas– Moi-
sés le asignó, por clanes, 25 una herencia
cuyo territorio comprendía Jezer, todos los
pueblos de Galaad, la mitad del país amo-
nita, hasta Aroer, frente a Rabat, 26 y a par-
tir de Jesbón hasta Ramat Hammispe y Be-

REPARTO DE LA TIERRA: 13,1–21,45. A simple vista, este bloque de capítulos no motiva para nada a su lectura; listas de fronteras, poblaciones y nuevos propietarios no dicen mucho a nuestras preocupaciones pastorales actuales. Sin embargo, una atenta lectura nos podría proporcionar algún elemento para una mejor comprensión del problema actual de la tierra que enfrentan miles y miles de desposeídos en nuestros lugares de origen; pero, sobre todo, para poner los fundamentos bíblicos y teológicos a nuestro urgente compromiso cristiano con esos desposeídos. Una posible clave de lectura para estos capítulos es la preocupación y el deseo de Dios de un reparto equitativo de la tierra como punto de partida para un proyecto de libertad y de construcción de una sociedad solidaria e igualitaria. Así lo entendió el pueblo, y a ese proyecto tenemos que volver permanentemente nuestra mirada. Con demasiada frecuencia diseñamos planes pastorales y de evangelización y promoción humana casi perfectos en su formulación, pero muy pocos de ellos comienzan por donde lo hace el proyecto original de Dios: la ubicación del ser humano en un espacio concreto donde el individuo, la familia y la sociedad puedan realizarse. ¿Qué dicen nuestros planes de evangelización a unos destinatarios que tienen que ver desde lejos inmensos territorios cercados y rotulados con el inhumano título de «propiedad privada»? Más aún, ¿qué dicen esos mismos planes pastorales y de evangelización a los propietarios acaparadores de la tierra? ¿Acaso no parecen ser muchas veces el argumento teológico de dicha injusticia, cuando las etapas de nuestros planes se suceden y

tonim, desde Majnaym hasta los términos
de Lodabar. 27 En el valle: Bet Haram y Bet-
Nimrá, Sucot y Safón, lo que quedaba del
reino de Sihón, rey de Jesbón. El Jordán
servía de límite hasta la orilla del Mar de
Galilea en Transjordania. 28 Ésa fue, con
ciudades y poblados, la herencia de los ga-
ditas, repartida por clanes.

29 A la media tribu de Manases, Moisés le
había asignado, por clanes, 30 una herencia
cuyo territorio comprendía desde Majanaim,
todo Basán, todo el reino de Og, rey de Ba-
sán, todas las villas de Yair en Basán: se-
senta poblaciones. 31 Medio Galaad, Astarot
y Edrey, ciudades del reino de Og de Basán,
les tocaron a los mauiritas de Manases, me-
dia tribu de Manasés, por clanes. 32 Ésa fue
la tierra que Moisés repartió en herencia en
los llanos de Moab, en Transjordania, al
este de Jericó. 33 A la tribu de Leví no le
asignó herencia. El Señor, Dios de Israel, es
su herencia, como les había prometido.

Introducción

14 1 Éstos son los territorios que los is-
raelitas recibieron como herencia en
el país de Canaán, repartidos por el sacer-
dote Eleazar, Josué, hijo de Nun, y los ca-
bezas de familias de las tribus de Israel.
2 Ellos lo repartieron echando suertes,
como había ordenado el Señor, por medio
de Moisés, a las nueve tribus y media. 3 Ya
antes Moisés les había asignado herencia
en Transjordania a dos tribus y media pero
a los levitas no les asignó ninguna herencia
en medio de ellos. 4 Los descendientes de
José formaban dos tribus: Manasés y Efra-
ín; pero a los levitas no les asignaron nin-
gún territorio en el país, sino ciudades para
habitar con sus correspondientes campos
para criar sus ganados y rebaños. 5 Los is-
raelitas hicieron el reparto de tierra como el
Señor había mandado a Moisés.

Caleb
(Nm 14)

6 Los de Judá se acercaron a Josué en
Guilgal, y Caleb, hijo de Jefoné, el queni-
ceo, le dijo:

–Ya sabes el encargo que, por orden del
Señor, te dio para mí, Moisés hombre de
Dios en Cades Barnea. 7 Cuarenta años te-
nía yo cuando Moisés, siervo del Señor,
me envió desde Cades Barnea a reconocer
el país, y volví con una información fide-
digna. 8 Los compañeros que habían ido
conmigo desanimaron a la gente; yo, en
cambio, seguí plenamente al Señor, mi
Dios, 9 y Moisés juró aquel día: La tierra
que han pisado tus pies será tu herencia y
la de tus hijos por siempre, porque has se-
guido plenamente al Señor, mi Dios.
10 Ahora ves que el Señor me ha conserva-
do la vida, como prometió. Cuarenta y cin-
co años han pasado desde que el Señor se
lo dijo a Moisés, cuando Israel andaba por
el desierto; hoy cumplo ochenta y cinco
años, 11 y todavía estoy tan fuerte como el
día en que me envió Moisés: me siento
ahora tan fuerte como entonces para lu-
char y para emprender lo que sea. 12 Por
eso, dame ese monte que me prometió
aquel día el Señor. Tú lo oíste: que aquí vi-
vían los enaquitas y que sus ciudades eran
grandes y fortificadas. Ojalá el Señor esté
conmigo y logre expulsarlos como él pro-
metió.

13 Entonces Josué lo bendijo y dio He-
brón en herencia a Caleb, hijo de Jefoné.
14 Por eso Hebrón pertenece por herencia a
Caleb, hijo de Jefoné, el queniceo, hasta el
día de hoy, por haber seguido plenamente
al Señor, Dios de Israel. 15 Hebrón se llama-
ba antiguamente Quiriat Arbá, por el gigan-
te enaquita.

Y el país quedó en paz.

---

todo sigue igual o peor? La corriente deuteronomista (**D**), preocupada por este fenómeno de privación del derecho a la tierra, formula su posición: en el plan de Dios, la posesión de un territorio es esencial; pero no como propiedad privada, sino como una propiedad colectiva capaz de generar instituciones económicas, políticas, sociales, legislativas, judiciales y religiosas acordes con este modelo de propiedad. La misma corriente deuteronomista (**D**) va dejando constancia a lo largo de su obra –Deuteronomio– 2 Reyes– de los beneficios que trae este proyecto y de los perjuicios que acarrea abandonarlo o dejar que individuos o grupos de poder impongan otros modelos. Éste fue el caso del partido monárquico, que impuso la monarquía en Israel y con ella el empobrecimiento y la aparición de los desposeídos, antítesis del proyecto fundacional del pueblo de Dios que aún se constata en el moderno Israel y, en general, en todo el mundo capitalista –que paradójicamente coincide casi al detalle con el mundo cristiano–.

Territorio de Judá

15 1 *Suerte de la tribu de Judá por cla-
nes*. El territorio que recibieron que-
daba hacia la frontera de Edom, al sur del
desierto de Sin, en el extremo sur. 2 Su lí-
mite sur partía de la punta del Mar Muerto,
desde el cabo que mira hacia el sur; 3 salía
luego frente a Maale Acrabbim, pasaba por
Sin, subía al sur de Cades Barnea, pasaba
Jesrón, subía a Adar, rodeaba Carcá, 4 pa-
saba después por Asmón y venía a salir al
río de Egipto, para acabar en el mar: Ésa
era la frontera por el sur.
5 Su límite oriental era el Mar Muerto,
hasta la desembocadura del Jordán.

Su límite norte iba desde el cabo que
hay en la desembocadura del Jordán, 6 su-
bía a Bet-Joglá, pasaba por encima de Bet-
Arabá, subía por la Piedra de Bohán, hijo de
Rubén, 7 hasta Debir, por el Valle de Acor,
dirigiéndose luego hacia Guilgal, frente a
Maale Adumim, que queda al sur del arro-
yo; pasaba junto a las aguas de En Semes,
para acabar en En-Roguel; 8 después subía
por el valle de Ben-Hinón, por la vertiente
sur de los jebuseos, o sea, Jerusalén; subía
a la cima del monte que hay sobre el valle
Hinnón a oeste y que llega por el norte al
extremo del valle de Refaín; 9 luego torcía
desde la cima del monte hacia la fuente del
arroyo Neftoj y venía a salir a los pueblos
del monte Efrón, torcía por Baalá, o sea,
Quiriat Yearim, 10 rodeaba desde Baalá por
el oeste hacia los montes de Seír, y pa-
sando la vertiente norte de Har Yearim, o
sea, Quislón, bajaba a Bet-Semes, pasaba
Timná, 11 la frontera salía a la vertiente nor-
te de Ecrón, giraba hacia Sicrín, cruzaba el
monte Baalá, salía a Yabneel y terminaba
en el mar. 12 El Mar Mediterráneo era el lí-
mite. Esos eran los límites del territorio de
los hijos de Judá, por clanes.

Caleb y Otoniel

(Jue 1,10-15)

13 Josué, siguiendo la orden del Señor,
asignó a Caleb, hijo de Jefoné, un lote en
medio de Judá: Quiriat Arbá –el padre de
Enac–, o sea, Hebrón. 14 Caleb expulsó de
allí a los tres hijos de Anac, descendientes
de Enaq: Sesay, Ajimán y Talmay. 15 Desde
allí subió contra los de Debir, llamada anti-
guamente Quiriat Sefer, 16 y prometió:

–Al que tome al asalto Quiriat Sefer le
doy por esposa a mi hija Acsá.
17 Otoniel, hijo de Quenaz, pariente de
Caleb, tomó la ciudad, y Caleb le dio por
esposa a su hija Acsá. 18 Cuando ella llegó,
Otoniel la convenció para que pidiera a su
padre un terreno de cultivo; ella se bajó del
burro, y Caleb le preguntó:

–¿Qué te pasa?
19 Contestó:

–Hazme un regalo. La tierra que me has
dado es desértica, dame también tierra con
manantiales.

Y Caleb le dio el manantial de Arriba y el
manantial de Abajo.
20 Ésa fue la heredad de la tribu de Judá,
por clanes.

Pueblos de Judá

21 Poblaciones de la tribu de Judá. En la
frontera del sur, junto a Edom: Cabseel,
Eder, Yagur, 22 Quina, Dimón, Adadá, 23 Ca-
des, Jasor, Yitnán, 24 Zif, Telán, Baalot,
25 Jasor Jadatá, Quiriat Jesron, o sea Jasor,
26 Amán, Semá, Moladá, 27 Jasar Gadda,
Jesmón, Bet-Pelet, 28 Jasar Sual, Berseba,
Biziotía, 29 Baalá, Iyim, Esen, 30 Eltolad,
Quesil, Jorma, 31 Sicelag, Madmaná, San-
saná, 32 Lebaot, Siljim, En Rimón.
Veintinueve ciudades con sus poblados.
33 En la Sefela: Estaol, Sorá, Asená,
34 Zanoj, En Gannim, Tapuj y Enán, 35 Yar-
mut, Adulán, Socó y Azecá, 36 Saaraym,
Aditaym, Guedera, Gederotaym. Catorce
ciudades con sus poblados.
37 Sanán, Jadasá, Migdal Gad, 38 Dileán,
Hammispè, Yoctael, 39 Laquis, Boscat,
Eglón, 40 Cabón, Lajmás, Quitlis, 41 Gede-
rot, Bet-Dagón, Naamá, Maquedá. Dieci-
séis ciudades con sus poblados.
42 Libná, Eter, Asán, 43 Yiptaj, Esná, Na-
sib, 44 Queilá, Aczib, Maresa. Nueve ciuda-
des con sus poblados. 45 Ecrón con sus po-
blados. 46 Y desde Ecrón hasta el mar todas
las ciudades que quedan al lado de Asdod,
con sus poblados.
47 Asdod y sus poblados, Gaza y sus po-
blados hasta el río de Egipto. El Mediterrá-
neo era el límite.
48 En la montaña: Samir, Yatir, Socó,
49 Daná, Quiriat Saná –o sea, Debir–,
50 Anab, Estemó, Anim, 51 Gosén, Jalón,
Guiló. Once ciudades con sus poblados.

52 Arab, Rumá, Eseán, 53 Yanim, Bet-Ta-
púa, Afec, 54 Jumtá, Quiriat Arbá –o sea,
Hebrón– y Sior. Nueve ciudades con sus
poblados.
55 Maón, Carmel, Zif, Yutá, 56 Yezrael,
Yocdeán, Zanoj, 57 Caín, Guibeá, Timná.
Diez ciudades con sus poblados.
58 Jaljul, Bet-Sur, Guedor, 59 Maarat, Bet-
Anot, Eltecón. Seis ciudades con sus po-
blados.
Tecua, Efrata –o sea, Belén–, Fegor,
Etam, Quilón, Tatam, Sores, Querem, Ga-
lim, Beter, Manoc. Once ciudades con sus
poblados.
60 Quiriat-Baal –o sea, Quiriat Yearim–,
Rabá. Dos ciudades con sus poblados.
61 En el desierto: Bet-Arabá, Medín, Se-
cacá, 62 Nibsán, Ir Hammélaj, Engadí. Seis
ciudades con sus poblados.
63 Pero la tribu de Judá no pudo expulsar
a los jebuseos que habitaban en Jerusalén;
por eso han seguido viviendo en Jerusalén,
en medio de Judá, hasta hoy.

Territorio de José

16 1 *Suerte de la tribu de José.* El límite
del territorio iba desde el Jordán, al
este de Jericó, y subía desde Jericó a la
montaña de Betel. 2 Saliendo de Betel –es
decir Luz– iba hasta la frontera de los ar-
quitas, en Atarot, 3 bajaba por el oeste has-
ta la frontera de los yafletitas, hasta el tér-
mino de Bet-Jorón de Abajo y Guézer, y
terminaba en el mar. 4 Ésa fue la herencia
de Manasés y Efraín, hijos de José.
5 Territorio de los efraimitas por clanes.
El límite de su herencia iba desde Atarot
Adar, al este, hasta Bet-Jorón de Arriba 6 y
terminaba en el mar; desde Micmetá, en el
norte, daba un rodeo hacia el este de Taa-
nat de Siló, pasaba después al este de Ya-
noj; 7 bajaba desde Yanoj a Atarot y Naará,
llegaba a Jericó y terminaba en el Jordán.
8 Desde Tapuj iba en dirección oeste por el
torrente de Caná y terminaba en el mar.
Ésa fue la herencia de la tribu de Efraín por
clanes, 9 además de las ciudades reserva-
das a los efraimitas en las posesiones de
Manasés, todas las ciudades con sus pobla-
dos. 10 Efraín no pudo expulsar a los cana-
neos de Guézer; los cananeos siguieron vi-
viendo en medio de Efraín, hasta hoy,
aunque sometidos a trabajos forzados.

Territorio de Manasés

17 1 *Suerte de la tribu de Manasés, pri-
mogénito de José.* A Maquir, primo-
génito de Manasés, padre de Galaad, que
era hombre belicoso, le tocaron Galaad y
Basán. 2 También se sortearon las tierras
que les tocarían, según el número de sus
clanes, a los otros hijos de Manases: a
Abiézer, Jélec, Asriel, Siquén, Jéfer y Se-
midá, o sea, los hijos varones de Manasés,
nietos de José. 3 Pero Salfajad, hijo de Jé-
fer, hijo de Galaad, hijo de Maquir, hijo de
Manases, no tuvo hijos varones, sino sólo
hijas; se llamaban Majlá, Noá, Joglá, Milcá
y Tirsá. 4 Éstas se presentaron al sacerdote
Eleazar, a Josué, hijo de Nun, y a los re-
presentantes de tribus, reclamando:
–El Señor mandó a Moisés que nos die-
ra una herencia entre nuestros parientes.
Entonces les dieron, según la orden del
Señor, una herencia entre los parientes de
su padre. 5 Así, le tocaron a Manasés diez
partes, además de Galaad y Basán, en
Transjordania, 6 porque las hijas de Mana-
sés recibieron una herencia entre sus pa-
rientes, mientras que el país de Galaad fue
para los otros hijos de Manasés.
7 La frontera Manasés por el lado de
Aser iba por Micmetá, frente a Siquén, se-
guía por el sur de En Tapuj 8 –la zona de Ta-
puj pertenecía a Manasés, pero el poblado,
en el confín de Manasés, era de Efraín–, 9 y
bajaba al torrente de Caná; las ciudades al
sur del torrente eran las ciudades que tenía
Efraín en medio de Manasés; Manasés lle-
gaba hasta la parte norte del torrente; su lí-
mite terminaba en el mar. 10 Limitaban con
el mar: al sur, Efraín, y al norte, Manasés
éste limitaba al norte con Aser, al este con
Isacar. 11 Manasés tenía enclaves en Isacar
y Aser: Beisán y sus poblados, Yiblán y sus
poblados, los vecinos de Dor y sus pobla-
dos, los vecinos de Endor y sus poblados,
los vecinos de Taanac y sus poblados, los
vecinos de Meguido y sus poblados; y la
tercera parte de la región.
12 Pero Manasés no logró desalojar
aquellas ciudades, y los cananeos pudieron
seguir en aquella región. 13 Cuando los is-
raelitas se hicieron fuertes, los sometieron a
trabajos forzados, aunque no llegaron a
expulsarlos.

14 Los hijos de José reclamaron ante Jo-
sué:
–¿Por qué nos has asignado como heren-
cia en el sorteo sólo una porción de territo-
rio, cuando somos tantos, gracias a Dios?
15 Josué les contestó:
–Si son tantos que no caben en los mon-
tes de Efraín, suban a los bosques y des-
monten tierras en la región de los fereceos
y refaimitas.
16 Los de José replicaron:
–Es verdad que estos montes no nos al-
canzan. Pero los cananeos que viven en el
valle –los de Beisán y los del valle de Yez-
rael– tienen carros de hierro.
17 Josué contestó a los hijos de José, a
Efraín y Manasés:
–Ustedes son muchos y fuertes: no ten-
drán una sola porción de territorio. 18 De
ustedes será una montaña; es verdad que
es boscosa, pero la talarán y sus confines
serán de ustedes. Además expulsarán a los
cananeos, aunque tengan carros de hierro
y sean poderosos.

Asambleas

18 1 La asamblea israelita en pleno se
reunió en Siló e instalaron allí la
tienda del encuentro. El país les estaba so-
metido. 2 Pero quedaban siete tribus israeli-
tas que no habían recibido aún su heredad.
3 Josué les dijo:
–¿Hasta cuándo van a estar con los bra-
zos cruzados, sin ir a tomar posesión de la
tierra que les ha dado el Señor, Dios de sus
padres? 4 Elijan tres hombres de cada tribu;
yo los mandaré a recorrer el país para que
hagan un plano dividido por herencias, y
después volverán a mí. 5 Dividirán el país
en siete lotes. Judá seguirá en su territorio,
al sur, y la casa de José en el suyo, al nor-
te. 6 Hagan el plano del país dividiéndolo en
siete lotes y tráiganme el proyecto. Des-
pués lo echaré a suertes aquí, ante el Se-
ñor, nuestro Dios. 7 A los levitas no les to-
cará ninguna parte porque lo que les toca a
ellos es el sacerdocio del Señor. Por su par-
te, Gad, Rubén y media tribu de Manasés
ya recibieron en Transjordania la herencia
que les asignó Moisés, siervo del Señor.
8 Cuando aquellos hombres emprendían
el camino para hacer el mapa del país, Jo-
sué les ordenó:
–Vayan a recorrer el país y hagan un
mapa; cuando vuelvan, yo lo echaré a suer-
tes ante el Señor, aquí en Siló.
9 Ellos marcharon y atravesaron el país,
registrando por escrito las ciudades en sie-
te lotes, y se lo llevaron a Josué al campa-
mento de Siló. 10 Josué echó las suertes en-
tre los israelitas, ante el Señor y distribuyó
la tierra a cada una de las tribus de Israel.
11 *Salió la suerte de Benjamín, por cla-
nes*. El territorio que le tocó está entre Judá
y José. 12 Su límite norte partía del Jordán,
subía por la vertiente norte de Jericó, luego
el monte hacia el oeste y terminaba en el
desierto de Bet-Avén. 13 De allí pasaba a
Luz –es decir, Betel– por su vertiente sur,
bajando después a Atarot Adar por el mon-
te que hay al sur de Bet-Jorón de Abajo.
14 Después torcía, dando la vuelta por la
parte oeste, hacia el sur, desde el monte
que está frente a Bet-Jorón, al sur, y termi-
naba en Quiriat-Baal –o sea, Quiriat Yea-
rim–, ciudad que pertenecía a Judá. Ése
era el límite occidental.
15 Por el sur, desde el término de Quiriat
Yearim, iba hacia la fuente del arroyo de
Neftoj. 16 Después, por la punta del monte
que hay frente al valle de Hinnón, al norte
del valle de Refaim, bajaba al valle de Hin-
nón por la vertiente sur de los jebuseos,
hasta En-Roguel; 17 después torcía hacia el
norte, llegaba a En Semes y a los cerros
que hay frente a Maalé Adumim, bajaba a
la Piedra de Bohán, hijo de Rubén, 18 pa-
saba por la vertiente norte frente a Bet-Ara-
bá, bajaba hacia la estepa, 19 pasaba por la
vertiente norte de Bet-Joglá, terminando en
el cabo del Mar Muerto, el cabo norte, en la
desembocadura del Jordán. Ésta era la
frontera sur.
20 Por el este, el Jordán le servía de
límite.
Ésa fue la herencia de Benjamín, por
clanes, siguiendo el trazado de sus límites.
21 Ciudades de la tribu de Benjamín, por
clanes: Jericó, Bet-Joglá, Valle Quesís,
22 Bet-Arabá, Semaraym, Betel, 23 Avim,
Zaca, Ofrá, 24 Villar del Amonita, Ofní, Gui-
beá. Doce ciudades con sus poblados.
25 Gabaón, Haramá, Beerot, 26 Mispá,
Quefirá, Mosá, 27 Requen, Yirfel, Tarela,
28 Sela Haelep, Jebús –o sea, Jerusalén–,

Guibeá, Quiriat Yearim. Catorce ciudades
con sus poblados.

Ésa fue la herencia que recibieron los
clanes de la tribu de Benjamín.

19 1 En segundo lugar salió la suerte de
Simeón, por clanes. Su herencia
quedaba en medio de la herencia de Judá.
2 Les tocaron como herencia: Berseba,
Semá, Molada, 3 Jasar Suel, Balá, Esem,
4 Eltolad, Betul, Jormá, 5 Sicelag, Bet-Mar-
cabot, Jasar Susá, 6 Bet-Lebaot, Sarujén.
Trece ciudades con sus poblados.
7 Ayin, Rimón, Eter y Asán. Cuatro ciu-
dades con sus poblados.
8 Más todos los poblados que hay en tor-
no a esas ciudades hasta Baalat Beer y Ra-
mat del Negueb.

Ésa fue la herencia que recibieron los
clanes de la tribu de Simeón.
9 La herencia de Simeón estaba enclava-
da en el lote de Judá, porque a Judá le ha-
bía tocado una parte demasiado grande;
por eso los de Simeón tenían su herencia
en medio de Judá.
10 En tercer lugar salió *la suerte de Za-
bulón, por clanes.* 11 Su límite llegaba hasta
Sarid, subía por el oeste a Maralá, llegaba a
Dabeset y hasta el torrente que está frente
a Yocneán, 12 de Sarid volvía al este, hasta
el término de Quislot Tabor, salía a Daberat
y subía a Yapía; 13 de allí, siguiendo hacia el
este, pasaba por Guitá–Jefer hasta Itá Ca-
sín, salía a Rimón y torcía hacia Neá;
14 después daba la vuelta por el norte de
Janatón, para terminar en el valle de Yipta-
jel. 15 Su territorio incluía además Catat,
Nahlal, Simerón, Yidalá y Belén. Doce ciu-
dades con sus poblados.
16 Ésa fue la herencia que recibieron los
clanes de la tribu de Zabulón: las ciudades
y sus poblados.
17 En cuarto lugar salió la *suerte de la tri-
bu de Isacar, por clanes.* 18 Su territorio
comprendía: Yezrael, Quesulot, Sunán,
19 Jafaraym, Sión, Anajarat, 20 Harabit, Qui-
sión, Abes, 21 Yarmut, En Ganim, En Jadá,
Bet-Fasés; 22 el límite llegaba al Tabor, Sa-
jasín y Bet-Semes y terminaba en el Jor-
dán. Dieciséis ciudades con sus poblados.
23 Ésa fue la herencia que recibieron los
clanes de la tribu de Isacar: las ciudades y
sus poblados.
24 En quinto lugar salió *la suerte de la tri-
bu de Aser, por clanes.* 25 Su territorio com-
prendía: Jelcat, Jalí, Beten, Acsaf, 26 Ala-
mélec, Amad y Misal; el límite occidental
llegaba al Carmelo y Sijor Libnat; 27 vol-
viendo al este hacia Bet-Dagón, llegaba a
Zabulón y a la parte norte del Valle de Yip-
tajel, a Bet-Emec y Nehiel, saliendo por el
norte a Cabul, 28 Abdón, Rejob, Jamón,
Caná y Sidón capital; 29 volvía hacia Ramá
y la fortaleza de Tiro, volvía luego por Josá
y terminaba en el mar. El territorio incluía,
además, la región de Aczib, 30 Uma, Afec y
Rejob. Veintidós ciudades con sus pobla-
dos.
31 Ésa fue la herencia que recibieron los
clanes de la tribu de Aser: las ciudades y
sus poblados.
32 En sexto lugar salió *la suerte de la tri-
bu de Neftalí, por clanes.* 33 Su límite partía
de Jélef, la Encina de Sananín, Adamá Ha-
neqeb y Yabneel, hasta Lacún, y terminaba
en el Jordán, 34 volvía luego por el este, ha-
cia Aznot Tabor; de allí salía hacia Jucoc y
lindaba con Zabulón por el sur, con Aser al
oeste y con el Jordán al este; 35 compren-
día las ciudades fortificadas de Sidín, Ser,
Jamat, Racat, Genesaret, 36 Adamá, Hara-
má, Jasor, 37 Cades, Edrey, En Jasor, 38 Yi-
rón, Migdalel, Jorén, Bet-Anat y Bet-Se-
mes. Diecinueve ciudades con sus
poblados.
39 Ésa fue la herencia que recibieron los
clanes de la tribu de Neftalí: las ciudades y
sus poblados.
40 En séptimo lugar salió *la suerte de la
tribu de Dan, por clanes.* 41 El territorio de
su herencia comprendía: Sorá, Estaol, Ir
Semes, 42 Salbín, Ayalón, Yitlá, 43 Elón,
Timná, Ecrón, 44 Elteque, Gabatón, Baalá,
45 Yehud, Bene Barac, Gat Rimón, 46 Río
Yarqón con el término frente a Jafa. 47 Pero
aquel territorio resultaba demasiado estre-
cho para los hijos de Dan, y por eso subie-
ron a atacar a Lais; la conquistaron, pasa-
ron a cuchillo a sus habitantes, tomaron
posesión y se instalaron en ella, y la lla-
maron Dan, en recuerdo de su antepa-
sado.
48 Ésa fue la herencia que recibieron los
clanes de la tribu de Dan: las ciudades y
sus poblados.

49 Así terminaron de repartir la tierra y de marcar sus límites. Después los israelitas dieron a Josué, hijo de Nun, una herencia en medio de ellos. 50 Siguiendo la orden del Señor, le dieron el pueblo que pidió: Timná Séraj, en la sierra de Efraín. Josué lo reconstruyó y se instaló allí.

51 Ésta fue la herencia que repartieron entre las tribus de Israel el sacerdote Eleazar, Josué, hijo de Nun, y los cabezas de familia, echando a suertes en Siló, en presencia del Señor, a la entrada de la tienda del encuentro. Así terminaron de repartir el país.

Ciudades de refugio
(Nm 35; Dt 19)

20 1 El Señor dijo a Josué:

2 –Di a los israelitas: Determinen cuáles serán las ciudades de refugio, de las que les habló Moisés, 3 donde pueda buscar asilo el que haya matado a alguien sin intención. Ellas les servirán de refugio contra el vengador de la sangre. 4 El que busque asilo en una de esas ciudades, se colocará en la plaza junto a la puerta de la ciudad y expondrá su caso a los ancianos, éstos lo admitirán en la población y le señalarán una casa para vivir entre ellos. 5 Si el vengador de la sangre llega en su persecución, no le entregarán al homicida, porque mató involuntariamente, sin estar enemistado con el otro. 6 Vivirá en aquella ciudad mientras no comparezca a juicio ante la asamblea, hasta que muera el sumo sacerdote en funciones por entonces. Después el asesino podrá volver a su ciudad y a su casa, a la ciudad de la que huyó.

7 Entonces los israelitas consagraron las siguientes ciudades: Cades de Galilea, en los montes de Neftalí; Siquén, en la serranía de Efraín; Villa Arbá –o sea, Hebrón–, en la serranía de Judá. 8 En Transjordania, al este de Jericó, sañalaron Béser Bamidbar, en la llanura de la tribu de Rubén; Ramot de Galaad, en la tribu de Gad, y Golán de Basán, en la tribu de Manasés.

9 Ésas fueron las ciudades designadas para los israelitas y emigrantes que vivieran entre ellos, con el fin de que pudiera encontrar asilo en ellas el homicida involuntario, librándose de morir a manos del vengador de la sangre, antes de comparecer ante la asamblea.

Ciudades levíticas
(Nm 35,1-8)

21 1 Los jefes de familia de la tribu de Leví se acercaron al sacerdote Eleazar, a Josué, hijo de Nun, y a los jefes de familia de las tribus de Israel, 2 en Siló, en el país de Canaán, y les dijeron:

–El Señor mandó, por medio de Moisés, que se nos dieran ciudades para vivir y campos de pastoreo para nuestros ganados.

3 Entonces los israelitas, siguiendo la orden del Señor, dieron de sus territorios a los levitas las siguientes ciudades con sus campos de pastoreo.

4 Se echó a suertes para el clan de Quehat; a los levitas descendientes del sacerdote Aarón les tocaron trece ciudades de las tribus de Judá, Simeón y Benjamín. 5 A los otros hijos de Quehat, por clanes, les tocaron en el sorteo diez ciudades de las tribus de Efraín, Dan y la mitad de Manasés. 6 A los hijos de Guersón, por clanes, les tocaron en el sorteo diez ciudades de las tribus de Isacar, Aser y Neftalí y de la mitad de Manasés, en Basán. 7 A los hijos de Merarí, por clanes, les tocaron doce ciudades de las tribus de Rubén, Gad y Zabulón. 8 Los israelitas asignaron a los levitas por sorteo aquellas ciudades con sus campos de pastoreo, como había mandado el Señor a Moisés.

9 De las tribus de Judá y Simeón les asignaron las poblaciones que se indican a continuación: 10 a los levitas hijos de Aarón, de los clanes de Quehat –porque a ellos les tocó primero la suerte–, 11 Villa Arbá –el padre de Enac– o sea, Hebrón, en la sierra de Judá, con sus campos de pastoreo alrededor. 12 Los campos de cultivo y los poblados próximos se los habían dado en propiedad a Caleb, hijo de Jefoné. 13 Con derecho de asilo para los homicidas les asignaron Hebrón y sus campos de pastoreo, y además asignaron Libná, 14 Yatir, Estemó 15 Jolón, Debir, 16 Ayin, Yutá y Bet-Semes cada una con su correspondiente campo de pastoreo. Nueve ciudades de las dos tribus dichas.

17 De la tribu de Benjamín les dieron: Gabaón, Guibeá, 18 Anatot y Almón cada una con sus campos de pastoreo; cuatro ciudades.

19 Suma total de las ciudades de los sa-
cerdotes hijos de Aarón, trece ciudades con
sus campos de pastoreo.
20 A los restantes levitas descendientes
de Quehat, de los clanes de Quehat, les to-
caron en suerte ciudades de la tribu de
Efraín; 21 les asignaron, con derecho de asi-
lo para los homicidas, Siquén y sus campos
de pastoreo, en la serranía de Efraín, y tam-
bién Guézer, 22 Quibsáin y Bet-Jorón cada
una con sus campos de pastoreo; cuatro
ciudades. 23 De la tribu de Dan les dieron:
Elteque, Gabatón, 24 Ayalón, Gat Rimón
cada una con sus campos de pastoreo;
cuatro ciudades. 25 Y de la media tribu de
Manases les dieron: Taanac y Gat Rimón
cada una con sus campos de pastoreo: dos
ciudades.
26 Suma total de las ciudades con sus
campos de pastoreo para los clanes de los
restantes hijos de Quehat: diez.
27 Para los levitas hijos de Guersón y sus
familias les dieron: de la media tribu de Ma-
nasés, con derecho de asilo para los homi-
cidas, Golán de Basán y sus campos de
pastoreo y también Astarot y sus campos
de pastoreo; dos ciudades. 28 De la tribu de
Isacar les dieron: Quisión, Daberat, 29 Yar-
mut y En Ganim, todas con sus campos de
pastoreo; cuatro ciudades. 30 De la tribu de
Aser les dieron: Misal, Abdón, 31 Jelcá y Re-
job todas con sus campos de pastoreo;
cuatro ciudades. 32 De la tribu de Neftalí les
dieron, con derecho de asilo para los homi-
cidas: Cades de Galilea y sus campos de
pastoreos, y además Jamat de Dor y Po-
blación cada una con sus campos de pas-
toreo; tres ciudades.
33 Suma total de las poblaciones de los
guersonitas, por clanes, trece ciudades y
sus campos de pastoreo.
34 Para los otros clanes levíticos descen-
dientes de Merarí les dieron de la tribu de
Zabulón, Yocneán, Cartá, 35 Dimna y Naha-
lal cada una con sus campos de pastoreo;
cuatro ciudades. 36 De la tribu de Rubén, en
Transjordania, les dieron con derecho de
asilo para los homicidas: Béser y sus cam-
pos de pastoreo, y además Yahas, 37 Que-
demot y Mepaat cada una con sus campos
de pastoreo; cuatro ciudades. 38 De la tribu
de Gad les dieron, con derecho de asilo
para los homicidas: Ramot de Galaad con
sus campos de pastoreo y además Maj-
naym, 39 Jesbón y Yazer y sus campos de
pastoreo; cuatro ciudades.
40 Suma total de poblaciones que toca-
ron por sorteo a los otros clanes levíticos
descendientes de Merarí, por clanes, doce
ciudades.
41 Suma total de ciudades levíticas en
medio del territorio propiedad de los israe-
litas, cuarenta y ocho ciudades con sus
campos de pastoreo. 42 Cada una de esas
ciudades incluía los campos de pastoreo
que tenían a su alrededor; lo mismo suce-
día con todas las ciudades mencionadas.
43 Así fue como el Señor les dio a los is-
raelitas todo el territorio que les había pro-
metido bajo juramento a sus antepasados y
ellos se establecieron y vivieron allí. 44 El
Señor les dio paz con todos los pueblos ve-
cinos, exactamente como lo había jurado a
sus padres; ni un enemigo pudo resistirles;
el Señor les entregó a todos sus enemigos.
45 No dejó de cumplirse una palabra de to-
das las promesas que había hecho el Señor
a la casa de Israel. Todo se cumplió.

REPARTO DE LA TIERRA: CONCLUSIÓN

El altar de Transjordania

22 1 Entonces Josué llamó a los de Ru-
bén, a los de Gad y a la mitad de la
tribu de Manasés, 2 y les dijo:
–Ustedes han obedecido las órdenes de
Moisés, siervo del Señor, y también me han
obedecido a mí en todo lo que yo les he
mandado; 3 no han abandonado a sus her-

22,1-34 El altar de Transjordania. Una vez terminadas las actividades de la conquista y del reparto de los territorios, Josué despide a los hombres de las tribus de Rubén y Gad y de la media tribu de Manasés para que regresen al oriente del Jordán donde Moisés los había instalado, ya que habían cumplido con la promesa/exigencia de cruzar el Jordán para ayudar al resto de sus hermanos en la conquista de Canaán (cfr. Nm 32). Es probable que esta separación territorial haya sido mal vista en algún momento, incluso se

manos desde hace muchos años; han cum-
plido las órdenes que les dio el Señor, su
Dios. 4 Ahora bien, el Señor, su Dios, ha
dado ya el descanso a sus hermanos, como
les había prometido. Así que ustedes már-
chense a casa, a la tierra de su propiedad,
la que les dio Moisés, siervo del Señor, en
Transjordania. 5 Cumplan a la letra los man-
datos y leyes que les dio Moisés, siervo del
Señor: amar al Señor, su Dios, caminar por
sus sendas, cumplir sus mandamientos y
mantenerse fieles a él, sirviéndolo con todo
el corazón y toda el alma.
6 Josué los bendijo y los despidió. Ellos
marcharon a sus casas.
7 Moisés había dado tierras en Basán a
media tribu de Manasés; a la otra media tri-
bu Josué le dio tierras en medio de sus her-
manos, en Cisjordania. También a éstos los
bendijo y los despidió diciéndoles:
8 –Vuelvan a casa llenos de riquezas, con
rebaños abundantes, con plata y oro, con
bronce y hierro y ropa abundante. Repartan
con sus hermanos el botín tomado al ene-
migo.
9 Los de Rubén, los de Gad y los de la
media tribu de Manasés dejaron a los israe-
litas en Siló de Canaán y emprendieron la
marcha hacia el país de Galaad, la tierra de
su propiedad, que Moisés les había entre-
gado por orden del Señor. 10 Fueron a la
zona del Jordán, en Canaán, y levantaron
allí un altar junto al Jordán, un altar grande,
bien visible.
11 Los israelitas se enteraron de que los
de Rubén, los de Gad y los de la media tri-
bu de Manasés habían levantado un altar
frente al país de Canaán, en la zona del Jor-
dán, al margen del territorio israelita, 12 y
reunieron la asamblea en Siló, para ir a lu-
char contra ellos.
13 Los israelitas les enviaron a los de Ru-
bén, a los de Gad y a los de la media tribu
de Manasés, que estaban en el país de Ga-
laad, a Fineés, hijo del sacerdote Eleazar,
14 con diez notables, uno por cada tribu de
Israel, jefes de familia. 15 Se presentaron a
los rubenitas, a los gaditas y a la media tri-
bu de Manasés, del país de Galaad, y les di-
jeron:
16 –Así dice la asamblea del Señor: ¿Qué
pecado es ése que han cometido contra el
Dios de Israel, apostatando hoy del Señor,
haciéndose un altar, rebelándose contra el
Señor? 17 ¡Como si no nos bastara el crimen
de Fegor, que no hemos logrado borrar de
nosotros hasta hoy, y eso que vino un cas-
tigo a la comunidad del Señor! 18 ¡Ustedes
se han apartado hoy del Señor! Y si ustedes
se rebelan hoy contra el Señor, mañana él
estará encolerizado contra toda la comuni-
dad de Israel. 19 Si la tierra que les ha toca-
do está contaminada, vengan a la tierra del
Señor, en la que está su santuario, y elijan
una propiedad entre nosotros. Pero ¡no se
rebelen contra el Señor, no nos hagan cóm-
plices de su rebeldía levantando otro altar
además del altar oficial del Señor, nuestro
Dios! 20 Cuando Acán, hijo de Zéraj, pecó
con lo consagrado, él pereció por su peca-
do; pero la ira de Dios alcanzó a toda la co-
munidad de Israel, y eso que se trataba de
uno sólo.
21 Los rubenitas, los gaditas y la media
tribu de Manasés respondieron a los jefes
de familia de Israel:
22 –¡El Señor, Dios de los dioses; el Se-
ñor, Dios de los dioses, lo sabe bien, y que
Israel lo sepa! Si ha habido rebelión o peca-
do contra el Señor, que nos castigue hoy
mismo. 23 Si hemos hecho un altar para
apostatar del Señor, para ofrecer en él ho-
locaustos, presentar ofrendas y hacer sacri-
ficios de comunión, que el Señor nos pida
cuentas. 24 Pero no. Nosotros lo hicimos
con esta preocupación: el día de mañana

pueden haber dado intentos de separación definitiva; el hecho es que nos encontramos con el relato de la construcción de un altar por parte de esos mismos hombres apenas vuelven a cruzar el Jordán (10-34), lo cual es interpretado por el resto de tribus como un acto separatista. El altar que unificaba a las doce tribus ya había sido construido en Siló, y por tanto no había por qué construir ningún otro. Con todo, una vez hechas las aclaraciones, las relaciones intertribales continúan su curso normal. Este suceso podría aludir a la necesidad de centralización del culto que la misma corriente deuteronomista (**D**) había promovido ya en el s. VII a.C. y que Josías había respaldado con su autoridad real, pero también podría tratarse de un aviso a la comunidad contemporánea del libro de Josué para que rechazara cualquier lugar de culto que no fuera Jerusalén –recordemos que en la época de la edición de Josué hay muchos judíos que viven en la dispersión, tanto en Mesopotamia como en Egipto–.

sus hijos dirán a los nuestros: ¿Qué tienen
que ver ustedes con el Señor, Dios de Is-
rael? 25 El Señor puso el Jordán como fron-
tera entre nosotros y ustedes, los de Rubén
y los de Gad. ¡Ustedes no tienen nada que
ver con el Señor! Y así sus hijos alejarán a
los nuestros del culto del Señor. 26 Entonces
nos dijimos: Vamos a hacernos un altar no
para ofrecer holocaustos ni sacrificios de
comunión, 27 sino como testimonio entre
ustedes y nosotros con nuestros sucesores
de que seguiremos dando culto al Señor en
su templo con nuestros holocaustos y sa-
crificios de comunión. Que el día de maña-
na no digan sus hijos a los nuestros: Uste-
des no tienen nada que ver con el Señor.
28 Nos dijimos: Si el día de mañana nos di-
cen algo a nosotros y a nuestros sucesores,
les diremos: Fíjense en la forma de ese al-
tar del Señor que hicieron nuestros padres:
no sirve para holocaustos ni sacrificios de
comunión, sino como testimonio entre us-
tedes y nosotros. 29 Ni pensar en rebelarnos
contra el Señor ni en apostatar hoy del Se-
ñor levantando un altar para ofrecer holo-
caustos, presentar ofrendas y sacrificios de
comunión fuera del altar del Señor, nuestro
Dios, que está en su santuario.

30 Cuando el sacerdote Fineés, los nota-
bles de la comunidad y los cabezas de fa-
milia israelitas que lo acompañaban oyeron
la explicación de los rubenitas, los gaditas
y la media tribu de Manasés, les pareció
bien. 31 Y Fineés, hijo del sacerdote Eleazar,
dijo a los rubenitas, a los gaditas y a la me-
dia tribu de Manasés:

–Ahora sabemos que el Señor está entre
nosotros, porque no han cometido ese pe-
cado contra él. Han librado a los israelitas
del castigo del Señor.

32 Luego el sacerdote Fineés, hijo de
Eleazar, y los notables dejaron a los ru-
benitas, a los gaditas y a la media tribu de
Manasés en el país de Galaad, y se volvie-
ron al país de Canaán, a los israelitas, y les
informaron de lo ocurrido. 33 El informe
convenció a los israelitas. Bendijeron al Se-
ñor, Dios de Israel, y no se habló más de su-
bir contra ellos en plan de guerra para des-
truir la zona donde se habían instalado los
rubenitas y los gaditas.

34 Éstos últimos llamaron a aquel altar
Altar del Testimonio, explicando:

–Nos servirá de testimonio de que el Se-
ñor es Dios.

Despedida de Josué

23 1 Habían pasado muchos años desde
que el Señor puso fin a las hostilida-
des de Israel con sus enemigos fronterizos.
Josué era ya de edad avanzada, 2 y convo-
có a todo Israel, a los ancianos, a los jefes
de familias, a los jueces y escribas y les
dijo:

–Yo ya soy viejo, de edad avanzada.
3 Ustedes han visto cómo ha tratado el Se-
ñor, su Dios, a todos esos pueblos ante us-
tedes; el Señor, su Dios, es quien peleó por
ustedes.

4 Ahora miren bien: yo les he sorteado
como herencia para cada tribu tanto a los
pueblos que todavía quedan por conquistar
como a los que yo aniquilé, desde el Jordán
hasta el Mediterráneo, en occidente. 5 El
Señor, su Dios, se los quitará de delante y
los despojará de sus dominios para que us-
tedes puedan tomar posesión de sus tie-
rras, tal como se los prometió el Señor, su
Dios.

6 Por eso, esfuércense en cumplir todo lo
escrito en el libro de la Ley de Moisés, sin
desviarse ni a derecha ni a izquierda, 7 y sin
mezclarse con esos pueblos que todavía
quedan entre ustedes.

No invoquen a sus dioses, ni juren por
ellos, ni les den culto, ni se postren ante
ellos; 8 al contrario, manténganse fieles a su
Dios como lo han hecho hasta hoy.

9 El Señor ha arrojado de delante de us-
tedes a pueblos grandes y fuertes, sin que
nadie se les haya resistido hasta hoy. 10 Uno
solo de ustedes puede perseguir a mil, por-
que el Señor, su Dios, lucha por ustedes,
como les ha prometido.

11 Pongan toda el alma en amar al Señor,
su Dios; 12 pero si se vuelven atrás y se

23,1-16 Despedida de Josué. En la composición unificada de este cuerpo histórico –la obra deuteronomista–, el redactor va poniendo en boca de personajes ilustres discursos de despedida antes de su muerte: empezó Moisés, le sigue Josué y continuará Samuel. Escritos en un estilo muy semejante, estos discursos tienen la función de recapitular los hechos precedentes y de abrir la historia al futuro.

unen a esos pueblos que quedan entre us-
tedes y se emparientan con ellos, si ustedes
se mezclan con ellos y ellos con ustedes,
13 estén seguros de que el Señor, su Dios,
no se los volverá a quitar de delante y ellos
serán para ustedes un lazo y una trampa,
látigo sobre sus costados y espinas en los
ojos, hasta que ustedes desaparezcan de
esa tierra magnífica que les ha dado el Se-
ñor, su Dios.
14 Yo emprendo hoy el viaje que a todos
les toca recorrer. Reconozcan de todo cora-
zón y con toda el alma que no ha dejado de
cumplirse una sola de todas las promesas
que les hizo el Señor, su Dios. Todas se han
cumplido, ni una sola ha dejado de cum-
plirse. 15 Porque del mismo modo que han
venido sobre ustedes todas las bendiciones
que les anunció el Señor, su Dios, lo mismo
enviará el Señor contra ustedes todas las
maldiciones, hasta exterminarlos de esta
tierra magnífica que les ha dado el Señor,
su Dios.
16 Si quebrantan la alianza que el Señor,
su Dios, les dio, y van a servir a otros dio-
ses rindiéndoles adoración, el Señor se en-
colerizará contra ustedes y serán expulsa-
dos inmediatamente de la tierra magnífica
que les ha dado.

Renovación de la alianza
(Éx 19; 24; Dt 29s)

24 1 Josué reunió a las tribus de Israel
en Siquén. Convocó a los ancianos
de Israel, a los jefes de familia, a los jueces
y escribas, y se presentaron ante el Señor.
2 Josué habló al pueblo:
–Así dice el Señor, Dios de Israel: Al otro
lado del río Éufrates vivieron antiguamente
sus padres, Téraj, padre de Abrahán y de
Najor, sirviendo a otros dioses. 3 Pero yo
tomé a Abrahán, su padre, del otro lado del
río, lo conduje por todo el país de Canaán y
multipliqué su descendencia dándole a
Isaac. 4 A Isaac le di Jacob y Esaú. A Esaú
le di en propiedad la montaña de Seír,
mientras que Jacob y sus hijos bajaron a
Egipto.
5 Envié a Moisés y a Aarón para castigar
a Egipto con los portentos que hice, y des-
pués los saqué de allí. 6 Saqué de Egipto a
sus padres, y llegaron al mar. Los egipcios
persiguieron a sus padres con caballería y
carros hasta el Mar Rojo; 7 pero gritaron al
Señor, y él puso una nube oscura entre us-
tedes y los egipcios; después desplomó so-
bre ellos el mar, cubriéndolos. Sus ojos vie-
ron lo que hice en Egipto. Después vivieron
en el desierto muchos años. 8 Los llevé al
país de los amorreos, que vivían en Trans-
jordania; los atacaron y se los entregué; us-
tedes se apoderaron de sus territorios; y yo
se los quité de delante.
9 Entonces Balac, hijo de Sipor, rey de
Moab, atacó a Israel; mandó llamar a Ba-
laán, hijo de Beor, para que los maldijera;
10 pero yo no quise oír a Balaán, que no
tuvo más remedio que bendecirlos, y los li-
bré de sus manos.
11 Pasaron el Jordán y llegaron a Jericó.
Los jefes de Jericó los atacaron: los amo-
rreos, fereceos, cananeos, hititas, guirgase-
os, heveos y jebuseos, pero yo se los entre-
gué; 12 sembré el pánico ante ustedes, y
expulsaron a los dos reyes amorreos no
con tu espada ni con tu arco; 13 y les di una
tierra por la que no habían sudado, ciuda-

24,1-33 Renovación de la alianza – Muerte de Josué. La gran jornada de Siquén, a la que se refiere el capítulo 24, no solamente constituye el acontecimiento más importante de todo el libro, sino que señala una de las fechas señeras de toda la historia bíblica, el nacimiento de Israel como pueblo. La asamblea de Siquén, presidida por Josué, tiene por objeto la conclusión de un pacto entre las tribus de Israel y el Señor. Entre las muchas aportaciones que han hecho los descubrimientos arqueológicos del siglo pasado para el mejor conocimiento de la Biblia, uno de ellos se refiere al tema del pacto o alianza. La luz en este caso viene de una colección de pactos encontrados en Hatusa, la capital del antiguo imperio hitita. Se distinguen dos clases de pactos: los pactos bilaterales de igual a igual, que eran los que hacía un emperador hitita con las grandes potencias del Medio Oriente; y los llamados pactos de vasallaje, que tenían lugar entre el soberano de Hatusa y la red de pequeños reyezuelos que poblaban la región. El pacto o alianza entre el Señor –soberano– y el pueblo de Israel –vasallo– parece estar calcado en buena parte sobre el esquema o formulario de tales pactos de vasallaje. En casi todos los pactos bíblicos podemos descubrir algunos elementos del formulario hitita; los elementos en el pacto de Siquén son los siguientes: el preámbulo (2a); el prólogo histórico (2b-13); la cláusula capital, en virtud de la cual las tribus se comprometían a servir exclusivamente al Señor (14-21); las cláusulas del pacto (25s); finalmente, se alude a los testigos (22.26s). Da

des que no habían construido y en las que
ahora viven; viñedos y olivares que no habían plantado y de los que ahora comen.
14 Por lo tanto, teman al Señor y sírvanlo con toda sinceridad; dejen de lado a los
dioses que sirvieron sus padres al otro lado
del río y en Egipto, y sirvan al Señor. 15 Y si
no están dispuestos a servir al Señor, elijan
hoy a quién quieren servir: a los dioses que sirvieron sus padres al otro lado del río o a los dioses de los amorreos en cuyo país habitan, que yo y mi familia serviremos al Señor.

16 El pueblo respondió:

–¡Lejos de nosotros abandonar al Señor
para ir a servir a otros dioses! 17 Porque el
Señor, nuestro Dios, es quien nos sacó a nosotros y a nuestros padres de la esclavitud de Egipto, quien hizo ante nuestros ojos aquellos grandes prodigios, nos guardó en todo nuestro peregrinar y entre todos los
pueblos que atravesamos. 18 El Señor ex-
pulsó ante nosotros a los pueblos amorreos que habitaban el país. Por eso también nosotros serviremos al Señor: ¡él es nuestro Dios!

19 Josué dijo al pueblo:

–No podrán servir al Señor, porque es un Dios santo, un Dios celoso. No perdonará
sus delitos ni sus pecados. 20 Si abandonan
al Señor y sirven a dioses extranjeros, se volverá contra ustedes, y después de haberlos tratado bien, los maltratará y aniquilará.

21 El pueblo respondió:

–¡No! Serviremos al Señor.

22 Josué insistió:

–Son testigos contra ustedes mismos de que han elegido servir al Señor.

Respondieron:

–¡Somos testigos!

23 –Entonces dejen de lado los dioses extranjeros que conservan y pónganse de parte del Señor, Dios de Israel.

24 El pueblo respondió:

–Nosotros serviremos al Señor, nuestro Dios, y le obedeceremos.

25 Aquel día Josué selló una alianza con el pueblo y les dio leyes y mandatos en Si-
quén. 26 Escribió las cláusulas en el libro de
la ley de Dios, agarró una gran piedra y la erigió allí, bajo la encina del santuario del
Señor, 27 y dijo a todo el pueblo:

–Miren esta piedra, que será testigo contra nosotros, porque ha oído todo lo que el Señor nos ha dicho. Será testigo contra ustedes para que no renieguen de su Dios.

28 Luego despidió al pueblo, cada cual a su herencia.

Muerte de Josué

29 Algún tiempo después murió Josué, hijo de Nun, siervo del Señor, a la edad de
ciento diez años. 30 Lo enterraron en el territorio de su herencia, en Timná Séraj, en la serranía de Efraín, al norte del monte Gaas.

31 Israel sirvió al Señor mientras vivió Josué y durante toda la vida de los ancianos que le sobrevivieron y que habían visto las hazañas del Señor en favor de Israel.

32 Los huesos de José, traídos por los israelitas de Egipto, los enterraron en Siquén, en el campo que había comprado Jacob a los hijos de Jamor, padre de Siquén, por cien pesos, y que pertenecía a los hijos de José.

33 También murió Eleazar, hijo de Aarón. Lo enterraron en Guibeá, población de su hijo Fineés, que la había recibido en propiedad en la serranía de Efraín.

---

la impresión de que en la asamblea de Siquén hay dos clases de tribus: las representadas por Josué, que profesan su fe en el Señor, y otras tribus, que siguen dando culto a otros dioses. La jornada de Siquén habría tenido, por tanto, como resultado que todas las tribus se comprometieron a no reconocer más dios que al Señor y este reconocimiento fue refrendado con un pacto. La alianza actúa en una doble dirección: vertical, en cuanto todos los clanes y tribus se comprometen a servir en exclusiva a Yahvé; horizontal, por cuanto la fe común crea automáticamente entre las tribus conciencia de solidaridad y de pueblo. Llama la atención la insistencia con que se repite la palabra «servir», catorce veces en total, de las cuales siete se encuentran en los dos primeros versículos (14s). «Servir» en sentido bíblico implica: fidelidad a la fe, servicio cultual y respuesta positiva a las exigencias de los mandamientos.



JUECES

El título del libro es antiguo, aunque no original. Mientras el libro de Josué se centra en un único protagonista, que le da su nombre, este otro se reparte entre muchos protagonistas sucesivos, que quedan asumidos bajo un título común. «Juez» es un oficio bastante definido y homogéneo; en cambio, al leer el libro nos encontramos con jefes militares, una profetisa, un extraño soldado consagrado, un usurpador y varios jefes pacíficos mal definidos, entre otros. Para ganar en claridad podríamos reunir en un grupo a los personajes que intervienen militarmente contra la opresión o la agresión extranjera –los llamados jueces mayores–, y en otro, al resto, registrado en forma de lista en 10,1-5 y 12,8-15 –los jueces menores–. De estos últimos no se cuentan maravillosas hazañas, no han merecido cantos épicos; solamente se consigna que se sucedieron en el cargo de «jueces», lo ejercieron vitaliciamente du-

rante veintitrés, veintidós, siete, diez, ocho años, murieron y fueron sepultados en su tierra. Estos personajes aparecen en una lista de fórmulas repetidas, con todas las apariencias de lista oficial, conservada quizás en los archivos de la administración judicial. En cambio, los «jueces mayores» no se suceden continuamente, sino que surgen cuando el Espíritu del Señor los arrebata; no dirimen litigios, sino vencen al enemigo en campaña abierta o con estratagemas; rehúsan un cargo vitalicio, como Gedeón (8,22s), o mueren relativamente jóvenes, como Sansón. El sociólogo Max Weber llamó a los mayores «jefes carismáticos», con una fórmula que ha hecho fortuna, porque contrapone la institución (jueces menores) al carisma (jueces mayores).

Composición y contexto histórico del libro. ¿Cómo se explica la unificación de este material heterogéneo? Podemos imaginarnos así el trabajo del autor que compuso el libro definitivo –sin bajar a muchos detalles–: Quiso llenar el espacio de vacío histórico que discurre en el suelo de Canaán antes de la monarquía, de manera que aparezca una continuidad. Para ello echa mano del material antiguo a su disposición: por una parte, «cantares de gesta» típicos de una edad heroica, transmitidos oralmente y recogidos en colecciones menores; por otra, una lista de funcionarios centrales, que representan una verdadera institución. Con estos materiales heterogéneos construye una historia seguida, una cronología sin huecos. Realiza un trabajo de unificación, superpuesto al material preexistente.

El libro logra presentar una continuidad de salvación. Esa continuidad se desenvuelve en una alternancia irregular de momentos espectaculares y tiempos cotidianos. Todo el material está proyectado sobre la totalidad de Israel, sean los jueces institucionales (hecho probablemente histórico), sean los liberadores locales o los de la confederación.

En una primera operación tenemos que dividir el libro en una sección inicial que se refiere todavía a la conquista (1,1–2,10), un cuerpo que comprende los jueces y salvadores (2,11–16,31), un par de episodios tribales «antes de la monarquía» (17–21). En el libro de los Jueces, como en pocos del Antiguo Testamento, se puede apreciar la existencia de materiales antiguos y la elaboración artificiosa en un conjunto unificado. El material antiguo se remonta por etapas orales hasta poco después de los hechos; la composición final parece caer en tiempo del destierro, como parte de la gran Historia Deuteronomística.

El balance final es que no podemos reconstruir una historia del período. Pero sí podemos saborear unos cuantos relatos magistrales.



Mensaje religioso. La idea teológica que recorre todo el Deuteronomio, la fragilidad humana y la inagotable paciencia y providencia de Dios aparece en el libro de los Jueces como un componente del esquema narrativo con que viene tratado cada episodio: pecado del pueblo, castigo a manos de los enemigos y la aparición de un salvador carismático que lleva de nuevo a la comunidad recalcitrante a los caminos de Dios. Un paso más en la afirmación de la fe de Israel en tiempos difíciles: Dios no abandonará a su pueblo.

Campañas de las tribus
(Jos 10)

1 1 Después que murió Josué, los israe-
litas consultaron al Señor:
–¿Quién de nosotros será el primero en
subir a luchar contra los cananeos?
2 El Señor respondió:
–Que suba Judá, porque ya le he entre-
gado el país.
3 Entonces Judá dijo a su hermano Si-
meón:
–Ven conmigo a la región que me ha to-
cado en suerte; lucharemos contra los ca-
naneos, y después iré yo contigo a la tuya.
Simeón fue con él. 4 Judá subió, y el Se-
ñor le entregó a los cananeos y a los fere-
ceos: mataron a diez mil hombres en Bé-
zec. 5 Allí encontraron a Adoni-Bézec,
lucharon contra él y derrotaron a cananeos
y fereceos. 6 Adoni-Bézec logró escapar,
pero lo persiguieron, lo apresaron y le cor-
taron los pulgares de manos y pies.
7 Adoni-Bézec comentó:
–Setenta reyes, con los pulgares de ma-
nos y pies amputados, recogían las migajas
que caían de mi mesa. Dios me paga mi
merecido.
Lo llevaron a Jerusalén y allí murió.
8 Los judíos atacaron Jerusalén; la con-
quistaron, pasaron a cuchillo a sus habi-
tantes y prendieron fuego a la ciudad.
9 Después bajaron a luchar contra los ca-
naneos de la montaña, del Negueb y de la
Sefela.
10 Judá marchó contra los cananeos de
Hebrón –llamada antiguamente Quiriat
Arbá–, y derrotó a Sesay, Ajimán y Talmay.
11 Desde allí marchó contra los de Debir
–llamada antiguamente Quiriat Sefer–, 12 y
Caleb prometió:
–Al que conquiste Quiriat Sefer, le doy
por esposa a mi hija Acsá.

Otoniel y Acsá

13 Otoniel, hijo de Quenaz, pariente de
Caleb, más joven que él, tomó la ciudad, y
Caleb le dio por esposa a su hija Acsá.
14 Cuando ella llegó, Otoniel la conven-
ció para que pidiera a su padre un terreno
de cultivo; ella se bajó del burro, y Caleb le
preguntó:
–¿Qué te pasa?
15 Contestó:
–Hazme un regalo. La tierra que me has
dado es desértica, dame también tierra con
manantiales.
Caleb le dio el Manantial de Arriba y el
Manantial de Abajo.
16 La familia de Jobab, el quenita, sue-
gro de Moisés, subió desde la ciudad de Te-
marim, junto con los de Judá, hasta el de-
sierto de Arad, y se establecieron entre los
amalecitas.
17 Judá fue con su hermano Simeón y
derrotó a los cananeos de Safat; extermina-
ron la población y la llamaron Jormá.
18 Pero Judá no pudo apoderarse de Gaza y
su territorio, ni de Ascalón y su territorio, ni

1,1-12 Campañas de las tribus. El autor muestra una preferencia por Judá, a pesar que Judá confía más en su hermano Simeón que en la misma promesa de Dios. Esta preferencia se debe quizás a que Judá era la única tribu sobreviviente en la tierra de los cananeos.

1,13-36 Otoniel y Acsá. Es importante resaltar este matrimonio arreglado –como todos los matrimonios de la época– entre Otoniel y Acsá. Caleb es un padre fiel a las costumbres de su pueblo: no casa a su hija con un cananeo (3,6). En la antigüedad los matrimonios eran arreglados entre los padres, con la finalidad de proteger y conservar la tierra dentro del mismo clan. Las mujeres no tenían muchas opciones porque siempre vivían a la sombra de la figura paterna, o de algún pariente –masculino– que tenía la responsabilidad de vigilar el honor y la buena reputación de la familia. Este matrimonio que Caleb prepara para su hija con Otoniel, puede verse como un tipo de relación «ideal» entre padre e hija. Primero le consigue un esposo de su misma tribu, y lo que es más importante, la muchacha puede negociar con su padre y exigir que le dé una tierra con manantiales. El padre accede a la petición de su hija y cumple sus deseos. Hoy en día la mujer sigue siendo todavía maltratada, olvidada y relegada, no solamente en la sociedad sino también en nuestras Iglesias. Tenemos que tomar el ejemplo de Acsá que negocia y exige sus derechos ante su padre. Los hombres, podemos imitar la figura de Caleb que protege y proporciona lo mejor a su hija. A través de esta mujer valerosa, nuestras mujeres pueden ser reconocidas como protagonistas en la construcción de una comunidad más justa.

de Ecrón y su territorio; 19 el Señor estaba
con Judá, y conquistó la montaña pero no
logró expulsar a los habitantes del valle,
porque tenían carros de hierro.
20 A Caleb, como dejó encargado Moi-
sés, le asignaron Hebrón, y expulsó de allí
a los tres hijos de Enac. 21 Pero los benja-
minitas no pudieron expulsar a los jebuse-
os que habitaban Jerusalén; por eso han
seguido viviendo hasta hoy en Jerusalén,
en medio de Benjamín.
22 Por su parte, la casa de José subió ha-
cia Betel –el Señor estaba con ellos–, 23 e
hicieron un reconocimiento en las cercaní-
as de Betel –llamada antiguamente Luz–;
24 los espías vieron a un hombre que salía
de la ciudad y le dijeron:
–Enséñanos por dónde se entra en la
ciudad, y te perdonaremos la vida.
25 El hombre les enseñó por dónde en-
trar en la ciudad, y la pasaron a cuchillo,
excepto a aquel hombre y a su familia, a los
que dejaron marchar libres; 26 el hombre
emigró al país de los hititas y fundó una
ciudad: la llamó Luz, nombre que conserva
hasta hoy.
27 En cambio, Manasés no logró ex-
pulsar a los vecinos del municipio de Bei-
sán, ni a los del municipio de Taanac, ni a
los del municipio de Dor, ni a los del muni-
cipio de Yiblán, ni a los del municipio de
Meguido. Los cananeos siguieron en aque-
lla región. 28 Y cuando Israel se impuso, no
llegó a expulsarlos, pero los sometió a tra-
bajos forzados.
29 Tampoco Efraín logró expulsar a los
cananeos de Guézer. Los cananeos siguie-
ron en Guézer, en medio de los efraimitas.
30 Tampoco Zabulón logró expulsar a los
de Quitrón ni a los de Nahalol. Los canane-
os siguieron viviendo en medio de Zabulón,
aunque sometidos a trabajos forzados.
31 Tampoco Aser logró expulsar a los de
Aco, ni a los de Sidón, ni a los de Ahlab, ni
a los de Aczib, ni a los de Afec, ni a los de
Rejob. 32 Por eso la tribu de Aser se instaló
en medio de los cananeos que habitaban el
país, porque no pudo expulsarlos.
33 Tampoco Neftalí logró expulsar a los
de Bet-Semes ni a los de Bet-Anat, y se ins-
taló en medio de los cananeos que habita-
ban el país, pero a los vecinos de Bet-Se-
mes y de Bet-Anat los sometió a trabajos
forzados.
34 Los amorreos presionaron sobre los
danitas hacia la montaña, sin dejarlos bajar
al valle; 35 así los amorreos pudieron seguir
en Har Jeres, Ayalón y Saalbín. Pero la
casa de José los tuvo en un puño, some-
tiéndolos a trabajos forzados.
36 Las fronteras del territorio edomita
iban desde Maale Acrabbim hasta Hassela,
y seguían más arriba.

Liturgia penitencial
(1 Sm 12)

2 1 El ángel del Señor subió de Guilgal a
Betel y dijo:
–Yo los saqué de Egipto y los traje al
país que prometí con juramento a sus pa-
dres: Jamás quebrantaré mi alianza con us-
tedes, 2 a condición de que ustedes no ha-
gan pactos con la gente de este país y de
que destruyan sus altares. Pero no me han
obedecido. ¿Qué es lo que han hecho? 3 Por
eso les digo: No expulsaré a esos pueblos
delante de ustedes, ellos serán sus enemi-
gos, sus dioses serán una trampa para us-
tedes.
4 Cuando el ángel del Señor terminó de
hablar contra los israelitas, el pueblo se
puso a llorar a gritos 5 –por eso llamaron a
aquel sitio Boquim–. Luego ofrecieron sa-
crificios al Señor.
6 Josué despidió al pueblo y los israelitas
marcharon cada cual a tomar posesión de
su territorio.
7 Los israelitas sirvieron al Señor mien-
tras vivió Josué y los ancianos que le so-

2,1-10 Liturgia penitencial. El Dios del éxodo envía a su «mensajero» para denunciar la iniquidad del pueblo de Israel. El ángel del Señor reafirma la promesa del Señor. ¡Dios nos ha fallado! Los israelitas no han aprendido de sus errores y han hecho pactos con otros dioses. Una vez que el pueblo escucha la sentencia del mensajero de Dios, no le queda más que llorar y lamentarse –aunque este dolor será momentáneo–. El episodio nos describe a todo el pueblo reunido como al inicio del libro, pero ahora por diferente motivo. En esta ocasión, el pueblo de Israel no está reunido para pedir consejo a Dios (1,1); sino, congregado para escuchar su sentencia. Israel se adhiere a otros dioses, le vienen las calamidades y entonces grita e implora la presencia del Señor, que como siempre, responde a favor de su pueblo.

brevivieron y que habían visto las hazañas
del Señor a favor de Israel. 8 Pero murió Jo-
sué, hijo de Nun, siervo del Señor, a la edad
de ciento diez años, 9 y lo enterraron en el
territorio de su heredad, en Timná Séraj, en
la serranía de Efraín, al norte del monte
Gaas. 10 Toda aquella generación fue tam-
bién a reunirse con sus padres, y le siguió
otra generación que no conocía al Señor ni
lo que había hecho por Israel.

Gran Introducción

11 Los israelitas hicieron lo que el Señor
reprueba: dieron culto a los ídolos, 12 aban-
donaron al Señor, Dios de sus padres, que
los había sacado de Egipto, y se fueron de-
trás de otros dioses, dioses de las naciones
vecinas, y los adoraron, irritando al Señor.
13 Abandonaron al Señor y dieron culto a
Baal y a Astarté.

14 El Señor se encolerizó contra Israel: los
entregó a bandas de saqueadores, que los
saqueaban; los vendió a los enemigos de al-
rededor, y los israelitas no podían resistir-
les. 15 En todo lo que emprendían, la mano
del Señor se les ponía en contra, exacta-
mente como él les había dicho y jurado, lle-
gando así a una situación desesperada.

16 Entonces el Señor hacía surgir jueces,
que los libraban de las bandas de salteado-
res; 17 pero ni a los jueces hacían caso, sino
que se prostituían con otros dioses, dándo-
les culto, desviándose muy pronto de la
senda por donde habían caminado sus pa-
dres, obedientes al Señor. No hacían como
ellos.

18 Cuando el Señor hacía surgir jueces,
el Señor estaba con el juez, y mientras vivía
el juez, los salvaba de sus enemigos, por-
que le daba lástima oírlos gemir bajo la ti-
ranía de sus opresores. 19 Pero en cuanto
moría el juez, recaían y se portaban peor
que sus padres, yendo tras otros dioses,
rindiéndoles adoración; no se apartaban de
sus maldades ni de su conducta obstinada.

20 El Señor se encolerizó contra Israel y
dijo:

–Ya que este pueblo ha violado mi alian-
za, la que yo estipulé con sus padres, y no
han querido obedecerme, 21 tampoco yo
seguiré quitándoles de delante a ninguna
de las naciones que Josué dejó al morir;
22 pondré a prueba con ellas a Israel, a ver
si siguen o no el camino del Señor, a ver si
caminan por él como sus padres.

23 Por eso dejó el Señor aquellas nacio-
nes, sin expulsarlas en seguida, y no se las
entregó a Josué.

3 1 Lista de las naciones que dejó el Se-
ñor para poner a prueba a los israeli-
tas que no habían conocido las guerras de
Canaán 2 –sólo para enseñar la estrategia
militar a las nuevas generaciones de los is-
raelitas sin experiencia de la guerra–: 3 los
cinco principados filisteos, todos los cana-
neos, sidonios y heveos que habitan el Lí-
bano, desde la cordillera de Baal-Hermón
hasta el Paso de Jamat. 4 Estas naciones
sirvieron para tentar a Israel, a ver si obe-
decía las órdenes del Señor, promulgadas a
sus padres por medio de Moisés.

5 Por eso, los israelitas vivieron en medio
de cananeos, hititas, amorreos, fereceos,
heveos y jebuseos. 6 Tomaron sus hijas por

2,11–3,6 Gran Introducción. El libro de los jueces refleja de una manera viva y dramática la experiencia del ser humano de todos los tiempos. Rechazamos libremente al Dios de la Vida: nos va mal, nos quejamos y a veces culpamos a Dios de nuestras tragedias. ¿Cómo nos relacionamos con Dios después que nos hemos apartado de su presencia?, ¿lloramos?, ¿nos lamentamos?, ¿reconocemos que hemos hecho mal y le pedimos perdón?

En unos versículos anteriores (2,14s) el autor nos muestra a un Dios encolerizado contra su pueblo. Este enojo no es ilógico –por extraño que nos parezca–. Los sentimientos viscerales que se atribuyen a Dios tienen la finalidad de educar y reformar al pueblo infiel, para que vuelva al camino de la Alianza. No hay en toda la Biblia ninguna otra cosa que cause a Dios tanto enojo como la idolatría y el descuido por las personas pobres. Cuando el pueblo comete estos pecados, Dios actúa enérgicamente. Sin embargo, la cólera que Dios experimenta no dura eternamente; es momentánea (Sal 30,5). Por tal motivo, vemos a Dios que cambia y pasa del enojo a la compasión.

Una de las certezas que podemos aprender de nuestra experiencia de Dios es que cuando el pobre es explotado u oprimido por cualquier sistema de muerte, Dios actúa drásticamente. Dios nunca se queda indiferente ante la opresión de su pueblo, aun cuando la comunidad sea responsable de su propia tiranía. Dios puede transformar su enojo en comprensión y misericordia a favor de las personas marginadas que claman justicia.

esposas, les entregaron las suyas en matri-
monio y dieron culto a sus dioses.

Otoniel

7 Los israelitas hicieron lo que el Señor
reprueba: se olvidaron del Señor, su Dios, y
dieron culto a Baal y Astarté. 8 Entonces el
Señor se encolerizó contra Israel y los ven-
dió a Cusán Risatain, rey de Aram Naha-
raym. Los israelitas le estuvieron sometidos
ocho años. 9 Pero gritaron al Señor, y el Se-
ñor hizo surgir un salvador que los salvara:
Otoniel, hijo de Quenaz, pariente de Caleb,
más joven que él. 10 Vino sobre él el Espíri-
tu del Señor, gobernó a Israel y salió a lu-
char; el Señor puso en sus manos a Cusán
Risatain, rey de Aram Naharaym, y Otoniel
se le impuso. 11 El país estuvo en paz cua-
renta años. Y murió Otoniel, hijo de Que-
naz.

Ehud

12 Los israelitas volvieron a hacer lo que
el Señor reprueba. Entonces el Señor forta-
leció contra Israel a Eglón, rey de Moab,
porque hacían lo que el Señor reprueba.
13 Eglón se alió con los amonitas y ama-
lecitas, y fue y derrotó a Israel, conquistan-
do la ciudad de Temarim. 14 Los israelitas
estuvieron dieciocho años sometidos a
Eglón, rey de Moab. 15 Pero gritaron al Se-
ñor, y el Señor hizo surgir un salvador: Ehud,
hijo de Guerá, de la tribu de Benjamín, que
era zurdo; los israelitas le encargaron que
llevara el tributo a Eglón, rey de Moab.
16 Ehud se había hecho un puñal con
hoja de doble filo, de un palmo de largo, y
se lo ciñó bajo el manto, junto al muslo de-
recho. 17 Presentó el tributo a Eglón, rey de
Moab, que era gordísimo, 18 y al acabar de
presentar el tributo se marchó con el séqui-
to que lo había llevado. 19 Pero él se volvió
desde Happesilim, que está junto a Guilgal,
y le dijo a Eglón:
–¡Majestad! Tengo que comunicarle un
mensaje secreto.
Eglón ordenó:
–¡Silencio!
Y salieron de su presencia todos los cor-
tesanos.
20 Entonces Ehud se acercó al rey, que
estaba sentado en su galería privada de ve-
rano, y le dijo:
–Tengo que comunicarle un mensaje di-
vino.
Eglón se incorporó en el trono, 21 y Ehud
extendió su mano izquierda, tomó el puñal
que llevaba junto al muslo derecho, lo aga-
rró y se lo metió a Eglón en el estómago:
22 el mango entró tras la hoja y la grasa se
cerró sobre ella, porque Ehud no sacó el
puñal del vientre. 23 Luego escapó por la
puerta trasera, salió al pórtico y dejó bien
trancadas las puertas de la galería. 24 Mien-
tras él salía, entraron los criados; miraron y
se encontraron con las puertas de la galería
trancadas. Entonces comentaron:
–Seguro que está haciendo sus ne-
cesidades en la habitación de verano.
25 Esperaron un rato, hasta el aburri-
miento; pero como nadie abría las puertas
de la galería, agarraron la llave, abrieron y
encontraron a su señor muerto, en el suelo.
26 Mientras ellos habían estado esperando,
Ehud pudo escapar hasta Happesilim y se
refugió en Seír.
27 En cuanto llegó, tocó el cuerno en la
serranía de Efraín. Los israelitas bajaron de
los montes, con él al frente. 28 Ehud les dijo:
–¡Síganme!, que el Señor les ha en-
tregado a Moab, su enemigo.

3,7-11 Otoniel. Parece que la maldad de Israel no conoce límites. El pueblo está en una continua decadencia. Primero, hace lo que el Señor reprueba, violando así la alianza con Dios. Segundo, se olvida de Dios. Tercero, sirve a los dioses de Canaán. Cuarto, las consecuencias de todas estas maldades, «obligan» a Dios a entregar al pueblo a los poderes del imperio invasor (4,2; 10,7). Por último, los israelitas se encuentran sometidos hasta que claman a la misericordia del Señor. Dios, los escucha y les da a Otoniel como su salvador. La gracia de Dios estará con Otoniel, verdadero israelita, que gobierna al pueblo, logrando una reforma interna. Finalmente, Otoniel se va a la guerra contra el pueblo opresor, saliendo victorioso, gracias a que el Espíritu del Señor estaba con él.

Lejos de Dios corremos el riesgo de asociarnos con los sistemas de la muerte y de los imperios. Con el Espíritu de Dios vencemos todos los obstáculos por grandes que éstos sean.

3,12-30 Ehud. En este episodio aparecen los mismos eventos que en el anterior. Apostasía, opresión, clamor del pueblo a Dios, Dios hace surgir un salvador, el salvador mata al opresor, y momentáneamente reina la paz. El estilo literario de esta historia encaja perfectamente dentro de la sátira. El personaje principal es el ridículo e ingenuo rey Eglón. Uno se

Bajaron tras él y ocuparon los vados del
Jordán, cortando el paso a Moab; no deja-
ron pasar ni a uno. 29 En aquella ocasión
derrotaron a unos diez mil moabitas, todos
gente de armas; no escapó ni uno. 30 Aquel
día Moab quedó sujeto bajo la mano de Is-
rael. Y el país estuvo en paz ochenta años.

Sangar

31 A Ehud le sucedió Sangar, hijo de
Anat. Con una aguijada de bueyes mató a
seiscientos filisteos, y así también él salvó a
Israel.

Débora y Barac

4 1 Después que murió Ehud, los israe-
litas volvieron a hacer lo que el Señor
reprueba, 2 y el Señor los vendió a Yabín,
rey cananeo que reinaba en Jasor; el gene-
ral de su ejército era Sísara, con residencia
en Jaróset Haggoyim.
3 Los israelitas gritaron al Señor, porque
Sísara tenía novecientos carros de hierro y
llevaba ya veinte años tiranizándolos.
4 Débora, profetisa, casada con Lapidot,
gobernaba por entonces a Israel. 5 Ella se
sentaba debajo de la Palmera de Débora,
entre Ramá y Betel, en la serranía de Efra-
ín, y los israelitas acudían a ella para resol-
ver sus litigios.
6 Débora mandó llamar a Barac, hijo de
Abinoán, de Cades de Neftalí, y le dijo:
–Por orden del Señor, Dios de Israel, ve
a reunir en el Tabor a diez mil hombres de
la tribu de Neftalí y de la tribu de Zabulón;
7 que yo llevaré junto a ti, al torrente Qui-
són, a Sísara, jefe del ejercito de Yabín con
sus carros y sus tropas, y te lo entregaré.
8 Barac replicó:
–Si vienes conmigo, voy; si no vienes
conmigo, no voy.
9 Débora contestó:
–Bien. Iré contigo, pero la gloria de esta
campaña que vas a emprender no será
para ti, porque el Señor pondrá a Sísara en
manos de una mujer.
Luego se puso en camino para reunirse
con Barac, en Cades. 10 Barac movilizó en
Cades a Zabulón y Neftalí; diez mil hombres
lo siguieron, y también Débora subió con él.
11 Jéber, el quenita, se había separado
de su tribu, de los descendientes de Jobab,
suegro de Moisés, y había acampado junto
a la Encina de Sananín, cerca de Cades.
12 En cuanto avisaron a Sísara que Ba-
rac, hijo de Abinoán, había subido al Tabor,
13 movilizó sus carros –novecientos carros
de hierro– y toda su infantería, y avanzó
desde Jaróset hasta el torrente Quisón.
14 Débora dijo a Barac:
–¡Vamos! Que hoy mismo pone el Señor
a Sísara en tus manos. ¡El Señor marcha
delante de ti!
Barac bajó del Tabor, y tras él sus diez
mil hombres. 15 Y el Señor desbarató a Sí-
sara, a todos sus carros y todo su ejército
ante Barac, tanto que Sísara tuvo que sal-
tar de su carro de guerra y huir a pie.
16 Barac fue persiguiendo al ejército y
los carros hasta Jaróset Haggoyim. Todo el
ejército de Sísara cayó a filo de espada, no
quedó ni uno.
17 Mientras tanto, Sísara había huido a
pie hacia la tienda de Yael, esposa de Jéber,
el quenita, porque había buenas relaciones
entre Yabín, rey de Jasor, y la familia de Jé-
ber, el quenita.

---

puede preguntar, ¿cómo es posible que el zurdo Ehud, que no era guerrero, pueda asesinar tan fácilmente al gran rey Eglón? Ésta es una de las muchas ironías que el libro de los Jueces nos presenta. Detrás de la historia de Ehud, el lector tiene que ver la mano poderosa de Dios que siempre está dispuesto a salvar a su pueblo.

3,31 Sangar. Esta breve historia de Sangar es una sátira como la anterior. El enemigo no solamente es derrotado, sino presentado de manera ridícula. Sangar no es un guerrero y el arma mortal que utiliza es para dar risa. Nuevamente el lector tiene que descubrir que es Dios quien escucha el clamor del pueblo y que fácilmente destruye los poderes de los otros dioses.

4,1-23 Débora y Barac. Débora es sin lugar a dudas la única persona prudente, sabia, y justa en toda la narración. El libro de los Jueces nos describe una sociedad dominada por los hombres, que «hacen» las cosas de los hombres: guerras, tratos, asesinatos, negocios…, y de pronto nos presenta a Débora, la madre de Israel. La visión y sagacidad de Débora hace posible que los desesperados hijos de Israel transformen su sociedad. La fe de Débora, su astucia para planear y su espíritu abierto para descubrir al Dios de la vida, hacen que aniquile las fuerzas cananeas en el norte del país (23s). Débora «oscurece» a cualquier juez o guerrero de Israel. Barac a pesar de escuchar que Dios le entregará a sus enemigos, confía más en ella que en la misma profecía que ésta le anuncia. Dé-

18 Yael salió a su encuentro y lo invitó:
–Pasa, señor; pasa, no temas.
Sísara pasó a la tienda, y Yael lo tapó
con una manta. 19 Sísara le pidió:
–Por favor, dame un poco de agua, que
me muero de sed.
Ella abrió el odre de la leche, le dio a be-
ber y lo tapó. 20 Sísara le dijo:
–Ponte a la entrada de la tienda, y si vie-
ne alguno y te pregunta si hay alguien, le
respondes que no.
21 Pero Yael, esposa de Jéber, sacó una
estaca de la tienda, agarró un martillo en la
mano, se le acercó de puntillas y le hundió
el clavo en la sien, atravesándolo hasta la
tierra. Sísara, que dormía rendido, murió.
22 Barac, por su parte, iba en persecu-
ción de Sísara. Yael le salió al encuentro y
le dijo:
–Ven, te voy a enseñar al hombre que
buscas.
Barac entró en la tienda: Sísara yacía
cadáver, con el clavo en la sien.
23 Dios derrotó aquel día a Yabín, rey ca-
naneo, ante los israelitas. 24 Y éstos se fue-
ron haciendo cada vez más fuertes frente a
Yabín, rey cananeo, hasta que lograron ani-
quilarlo.

Canto de victoria
(Éx 15; Hab 3)

5 1 Aquel día Débora y Barac, hijo de Abinoán, cantaron:
2 Porque en Israel
van con los cabellos sueltos,
porque el pueblo
se ofreció voluntariamente,
¡bendigan al Señor!
3 Escuchen reyes; presten oído príncipes:
que voy a cantar, a cantar al Señor,
y a tocar para el Señor, Dios de Israel.
4 Señor, cuando salías de Seír
avanzando desde
los campos de Edom,
la tierra temblaba,
los cielos se deshacían,
agua destilaban las nubes,
5 los montes se agitaban
ante el Señor, el de Sinaí;
ante el Señor, Dios de Israel.
6 En tiempo de Sangar, hijo de Anat,
en tiempo de Yael,
los caminos no se usaban,
las caravanas andaban
por sendas tortuosas;
7 ya no había más jefes,
no los había en Israel,
hasta que te pusiste de pie, Débora;
te pusiste de pie, madre de Israel.
8 La gente
se había escogido dioses nuevos:
ya la guerra llegaba a las puertas;
ni un escudo ni una lanza se veían
entre cuarenta mil israelitas.
9 ¡Mi corazón
está con los caudillos de Israel,
con los voluntarios del pueblo!
¡Bendigan al Señor!
10 Los que cabalgan borricas blancas,
montados sobre tapices,
y los que marchan por el camino,
atiendan bien:
11 tocando trompetas,
junto a los pozos de agua,
celebren las victorias del Señor,
las victorias
de los campesinos de Israel,
cuando el pueblo del Señor
acudió a las puertas.
12 ¡Despierta, despierta, Débora!
¡Despierta, despierta,
entona un canto!
¡En pie, Barac! ¡Toma tus cautivos,
hijo de Abinoán!
13 Superviviente, somete a los poderosos;
pueblo del Señor,
sométeme a los guerreros.

---

bora lo sabía y enérgicamente reprocha a Barac de que no es ella la que va actuar, sino Dios fuerte y poderoso, por eso reconoce que la gloria de la victoria no es ni para ella, ni para el ingenuo y miedoso Barac sino para Dios mismo, que les entregará a los enemigos por manos de una mujer (9).

En Débora las mujeres tienen un modelo a seguir y los hombres una fuerte exhortación a no despreciar las profecías y enseñanzas de las mujeres.

5,1-31 Canto de victoria. En toda las Escrituras solamente dos mujeres son llamadas «¡Bendita entre las mujeres!» En este cántico Débora llama a Yael «bendita entre las mujeres» (24) y posteriormente Isabel llama a Maria: «Bendita entre las mujeres» (Lc 1,42). Dos mujeres que son glorificadas por su solidaridad con las personas oprimidas y por la certeza que Dios derriba del trono a los poderosos. Débora la madre de Israel (7) le da voz a este poema y posiblemente

14 Lo mejor de Efraín, está en el valle,
detrás de ti va Benjamín
con sus tropas
de Maquir bajaron los capitanes;
de Zabulón los que empuñan
el bastón de mando;
15 los príncipes de Isacar
están con Débora;
sí, Isacar también con Barac;
se lanza tras sus pasos en el valle.
Rubén entre las acequias
decide cosas grandes.
16 –¿Qué haces sentado en los corrales,
escuchando la flauta de los pastores?
¡Rubén entre las acequias
decide cosas grandes!
17 Galaad se ha quedado
al otro lado del Jordán,
Dan sigue con sus barcos;
Aser se ha quedado a la orilla del mar
y sigue en sus ensenadas.
18 Zabulón es un pueblo
que despreció la vida,
como Neftalí en sus campos elevados.
19 Llegaron los reyes al combate,
combatieron los reyes de Canaán:
en Taanac,
junto a las aguas de Meguido,
no ganaron ni una pieza de plata.
20 Desde el cielo
combatieron las estrellas,
desde sus órbitas
combatieron contra Sísara.
21 El torrente Quisón los arrastró,
el torrente Quisón les hizo frente,
el torrente pisoteó a los valientes.
22 Martillaban
los cascos de los caballos
al galope, al galope de sus corceles.
23 Maldigan a Meroz; maldíganla,
dice el mensajero del Señor;
maldigan a sus habitantes,
porque no vinieron
en auxilio del Señor,
en auxilio del Señor con sus tropas.
24 ¡Bendita entre las mujeres Yael,
mujer de Jéber, el quenita,
bendita entre las que
habitan en tiendas!
25 Agua le pidió, y le dio leche;
en taza de príncipes le ofreció nata.
26 Con la izquierda agarró el clavo,
con la derecha
el martillo del artesano,
golpeó a Sísara,
machacándole el cráneo,
lo destrozó atravesándole las sienes.
27 Se encorvó entre sus pies,
cayó acostado;
se encorvó entre sus pies, cayó;
encorvado,
allí mismo cayó deshecho.
28 Desde la ventana, asomada, grita
la madre de Sísara por el enrejado:
–¿Por qué tarda en llegar su carro,
por qué se retrasan
los carros de guerra?
29 La más sabia de sus damas
le responde,
y ella se repite las palabras:
30 –Están agarrando
y repartiendo el botín,
una muchacha o dos
para cada soldado,
paños de colores para Sísara,
bordados y recamados
para el cuello de las cautivas.
31 ¡Perezcan así, Señor, tus enemigos!
¡Tus amigos
sean fuertes como el sol al salir!
Y el país estuvo en paz cuarenta años.

---

ella sea la autora del mismo. Débora y Yael se solidarizan con el sufrimiento de sus pueblos, por tal motivo son las heroínas y las madres de Israel. En este cántico son las mujeres las protagonistas de la acción liberadora de Dios. Barac es un personaje secundario, que es utilizado para «hacer las funciones de los hombres» como es la guerra, mientras que Débora y Yael cooperan con Dios para experimentar la salvación. El poema también nos presenta una ironía entre Débora y la madre de Sísara. Dos mujeres con funciones y características muy similares, pero, opuestas. Por un lado tenemos a Débora, representante del verdadero Dios. Por otro, a la madre anónima de Sísara, representante de los otros dioses. Dos mujeres y madres de sus respectivos pueblos. La sabiduría de Débora, que reconoce y atestigua la victoria del Dios de Israel sobre los dioses paganos, se contrapone con el supuesto conocimiento, de la más sabia de las mujeres que conforta a la madre de Sisara, creyendo que éste está repartiendo el botín (30). Al final, la audiencia tiene que juzgar y decidir a quién seguir, a la madre de Israel (Dios) o a la madre de Sísara (dioses).

Gedeón

(13)

6 1 Los israelitas hicieron lo que el Señor reprueba, y el Señor los entregó a Madián por siete años. 2 El régimen de Madián fue tiránico. Para librarse de él, los israelitas tuvieron que valerse de las cuevas de los montes, las cavernas y los refugios.

3 Cuando los israelitas sembraban, los madianitas, los amalecitas y los orientales venían y los atacaban; 4 acampaban frente a ellos y destruían todos los sembrados, hasta la entrada de Gaza. No dejaban nada con vida en Israel, ni oveja, ni buey, ni asno; 5 porque venían con sus rebaños y sus tiendas de campaña, numerosos como langostas, hombres y camellos sin número, e invadían el país devastándolo. 6 Con esto Israel iba empobreciéndose por culpa de Madián.

7 Entonces los israelitas pidieron ayuda al Señor. Y cuando los israelitas suplicaron al Señor por causa de Madián, 8 el Señor les envió un profeta a decirles:

–Así dice el Señor, Dios de Israel: Yo los hice subir de Egipto, los saqué de la esclavitud, 9 los libré de los egipcios y de todos sus opresores, los expulsé ante ustedes para entregarles sus tierras, y les dije: 10 Yo soy el Señor, su Dios; no adoren a los dioses de los amorreos, en cuyo país van a vivir. Pero ustedes no escucharon mi voz.

11 El ángel del Señor vino y se sentó bajo la Encina de Ofrá, propiedad de Joás, de Abi-Ezer, mientras su hijo, Gedeón, estaba limpiando a escondidas el trigo en el lagar, para que los madianitas no lo vieran.

12 El ángel del Señor se le apareció y le dijo:

–El Señor está contigo, valiente.

13 Gedeón respondió:

–Perdón; si el Señor está con nosotros, ¿por qué nos sucede todo esto? ¿Dónde han quedado aquellos prodigios que nos contaban nuestros padres: De Egipto nos sacó el Señor...? La verdad es que ahora el Señor nos ha desamparado y nos ha entregado a los madianitas.

14 El Señor se volvió a él y le dijo:

–Vete, y con tus propias fuerzas salva a Israel de los madianitas. Yo te envío.

15 Gedeón replicó:

–Perdón, ¿cómo puedo yo librar a Israel? Precisamente mi familia es la menor de Manasés, y yo soy el más pequeño en la casa de mi padre.

16 El Señor contestó:

–Yo estaré contigo, y derrotarás a los madianitas como a un solo hombre.

17 Gedeón insistió:

–Si he alcanzado tu favor, dame una señal de que eres tú quien habla conmigo. 18 No te vayas de aquí hasta que yo vuelva con una ofrenda y te la presente.

El Señor dijo:

–Aquí me quedaré hasta que vuelvas.

19 Gedeón marchó a preparar un cabrito y unos panes sin levadura con una medida de harina; colocó luego la carne en la canasta y echó el caldo en una olla; se lo llevó al Señor y se lo ofreció bajo la encina.

20 El ángel del Señor le dijo:

–Toma la carne y los panes sin levadura, colócalos sobre esta roca y derrama el caldo.

Así lo hizo. 21 Entonces el ángel del Señor alargó la punta del bastón que llevaba, tocó la carne y los panes, y se levantó de la

---

6,1–8,35 Gedeón. Con la historia de Gedeón el autor nos introduce en un nuevo ciclo. El autor le dedica tres capítulos, convirtiendo este episodio en el más importante en todo el libro. El drama del pueblo de Israel se repite: después de cierto periodo de paz –40 años–, los israelitas hacen lo que Dios reprueba (6,1); el Señor los entrega a sus enemigos, el pueblo pide ayuda a Dios, el Señor envía a su mensajero para liberar a su pueblo. Por primera vez, se informa de la severidad de la opresión. Los israelitas tienen que esconderse en los cerros y en las cuevas. Ellos no pueden ni siquiera cosechar lo que han sembrado, porque los madianitas y amalecitas destruyen todo, y esto ocasiona gran miseria en Israel. En la historia de Gedeón, los hijos de Israel no son inmediatamente liberados por un juez. Dios les envía a un profeta (6,7-10). Este detalle se vincula al episodio anterior, donde al autor nos presenta a Débora como profetisa (4,4). Posiblemente la audiencia se llenó de falsas expectaciones: si Débora, siendo mujer hizo tantas maravillas, qué no hará este profeta que viene de parte de Dios. Desgraciadamente este profeta no es tan eficiente como Débora, por tal motivo Dios tiene que ir personalmente a confirmar a Gedeón para que libere a Israel.

Gedeón con la ayuda de Dios supo organizar las tribus del norte para hacer frente a los madianitas, enemigos del pueblo de Israel. La vocación de Gedeón

roca una llamarada que los consumió. Y el
ángel del Señor desapareció.
22 Cuando Gedeón vio que se trataba del
ángel del Señor, exclamó:
–¡Ay Dios mío, que he visto al ángel del
Señor cara a cara!
23 Pero el Señor le dijo:
–¡Paz, no temas, no morirás!
24 Entonces Gedeón levantó allí un altar
al Señor y le puso el nombre de Señor de la
Paz. Hasta hoy se encuentra en Ofrá de
Abi-Ezer.
25 Aquella noche habló el Señor a Gedeón:
–Toma el buey de siete años que tiene tu
padre, derriba el altar de tu padre dedicado
a Baal y corta el árbol sagrado que está
junto a él; 26 levanta luego un altar al Señor,
tu Dios, en la cima del barranco, con las
piedras bien puestas; toma el buey y ofré-
celo en sacrificio aprovechando la leña del
árbol ya cortado.
27 Gedeón eligió a diez de sus criados e
hizo lo que le había mandado el Señor; pero
por temor a sus familiares y a la gente del
pueblo, en lugar de hacerlo de día, lo hizo
durante la noche.
28 Cuando los vecinos se levantaron
temprano, encontraron destruido el altar de
Baal, cortado el árbol sagrado junto a él y
sacrificado el buey sobre el altar recién
construido. 29 Entonces se preguntaban:
–¿Quién habrá sido?
Indagaron, averiguaron y llegaron a la
conclusión:
–Ha sido Gedeón, hijo de Joás.
30 Entonces le dijeron a Joás:
–Trae aquí a tu hijo, debe morir; porque
ha derribado el altar de Baal y cortado el
árbol sagrado que había junto a él.
31 Joás respondió a todos los que lo
amenazaban:
–¿Acaso a ustedes les corresponde de-
fender a Baal? ¿Son ustedes los que tienen
que salvarlo? Si Baal es dios, que se de-
fienda a sí mismo, ya que Gedeón derribó
su altar. El que pretenda defenderlo, morirá
antes del amanecer.
32 Por eso aquel día pusieron a Gedeón
el apodo de Yerubaal, comentando:
–¡Que Baal se defienda de él, ya que él
derribó su altar!
33 Los madianitas, los amalecitas y los
orientales se aliaron, cruzaron el río y
acamparon en la llanura de Yezrael.
34 El Espíritu del Señor se apoderó de
Gedeón, que tocó la trompeta, y los de
Abiézer se reunieron detrás de él. 35 Envió
mensajeros por todo el territorio de Mana-
sés, y ellos también se le unieron; lo mismo
hizo en Aser, Zabulón y Neftalí, y todos
ellos vinieron a unírsele.
36 Gedeón dijo a Dios:
–Si realmente vas a salvar a Israel por
mi medio, como aseguraste, 37 mira, voy a
extender un cuero lanudo de oveja en el lu-
gar donde se trilla el trigo: si cae el rocío
sobre la lana mientras todo el suelo queda
seco, me convenceré de que vas a salvar a
Israel por mi medio, como aseguraste.
38 Así sucedió. Al día siguiente Gedeón
madrugó, retorció la lana, exprimiéndole el
rocío, y llenó una taza de agua. 39 Entonces
Gedeón dijo a Dios:
–No te enfades conmigo si te hago otra
propuesta; haré sólo otra vez la prueba con
el vellón: que sólo el vellón quede seco, y,
en cambio, caiga rocío sobre el suelo.
40 Así lo hizo Dios aquella noche: sólo el
vellón quedó seco, mientras que cayó rocío
en todo el suelo.

7 1 Yerubaal, es decir, Gedeón, madrugó
con su tropa y acampó junto a En Ja-
rod. El campamento de Madián les queda-
ba al norte, junto a la colina de Moré, en el
valle.

---

responde al clamor del pueblo de Israel. El llamado que Dios hace a este campesino que se encuentra ocupado en su labor, tratando de salvar su cosecha, es muy parecida al llamado de otros héroes bíblicos (Moisés, Saúl y Jeremías). El autor nos informa que Gedeón era valiente, pero aun así pide una señal para estar seguro que es Dios quien lo envía a rescatar a Israel. Gedeón comienza con reconocer su pequeñez y sus orígenes humildes. Recordemos por un momento, las objeciones que Moisés le pone a Dios: ¿Quién soy yo para ir al faraón y sacar de Egipto a los hijos de Israel? (Éx 3,11), o la clásica objeción de Jeremías: No sé hablar. Soy todavía un niño (Jr 1,6). La respuesta del Señor es en todos los casos la promesa de una ayuda eficiente: Él estará siempre con aquel al que envía (6,16; Éx 3,12; Jr 1,8). En estos tres capítulos la presencia de Dios será la garantía de la victoria, Gedeón tendrá que aprender a caminar y a confiar plenamente en el Espíritu de Dios, sólo así el pueblo gozará de paz.

[2] El Señor dijo a Gedeón:
–Llevas demasiada gente para que yo
les entregue Madián. No quiero que luego
Israel se gloríe diciendo: Mi mano me ha
dado la victoria. [3] Por eso proclama ante la
tropa: El que tenga miedo o tiemble, que se
vuelva.

Se volvieron a casa veintidós mil hombres, y se quedaron diez mil.

[4] El Señor dijo a Gedeón:
–Todavía es demasiada gente. Ordénales que bajen a la fuente, allí te los seleccionaré. El que yo te diga que puede ir contigo, irá contigo; pero el que yo te diga que no puede ir contigo, ése, que no vaya.

[5] Gedeón mandó bajar a la tropa hacia la
fuente, y el Señor le dijo:
–Los que beban el agua lengüeteando, como los perros, ponlos a un lado; los que se arrodillen para beber, ponlos al otro lado.
[6] Los que bebieron lengüeteando, llevándose el agua a la boca, fueron trescientos; los demás se arrodillaron para beber.
[7] El Señor dijo entonces a Gedeón:
–Con estos trescientos que han bebido lengüeteando los voy a salvar, entregándoles a Madián en su poder. Todos los demás que se vuelvan a casa.
[8] Los trescientos hombres tomaron sus provisiones y sus trompetas, mientras Gedeón despedía a los otros israelitas.

El campamento de Madián les quedaba
abajo, en el valle. [9] Y el Señor habló a Ge-
deón aquella noche:
–Levántate, baja contra el campamento
enemigo, que yo te lo entrego. [10] Si no te
atreves, baja con tu escudero Furá hasta el
campamento. [11] Cuando oigas lo que di-
cen, te sentirás animado a atacarlos.

Gedeón y su escudero Furá bajaron has-
ta las avanzadas del campamento. [12] Ma-
dianitas, amalecitas y orientales estaban tumbados por el valle, numerosos como langostas; sus camellos eran incontables,
como la arena de la playa. [13] Al acercarse
Gedeón, casualmente estaba uno contando un sueño al compañero:
–Mira lo que he soñado: una torta de pan de cebada venía rodando contra el campamento de Madián, llegó a la tienda, la embistió, cayó sobre ella y la revolvió de arriba a abajo.
[14] El otro comentó:
–Eso significa la espada del israelita –de Gedeón, hijo de Joás–: Dios ha puesto en sus manos a Madián y todo su campamento.

[15] Cuando Gedeón oyó el sueño y su interpretación, se postró para adorar. Luego volvió al campamento israelita y ordenó:
–¡Arriba, que el Señor les entrega el campamento de Madián!

[16] Dividió a los trescientos hombres en
tres cuerpos y entregó a cada soldado una
trompeta, un cántaro vacío y una antorcha
en el cántaro. [17] Luego les dio estas ins-
trucciones:
–Fíjense en mí y hagan lo mismo que
yo. Cuando llegue a las avanzadas del cam-
pamento, ustedes hagan lo que yo haga.
[18] Yo tocaré la trompeta, y conmigo los de mi grupo; entonces también ustedes tocarán la trompeta alrededor del campamento y gritarán: ¡Por el Señor y por Gedeón!
[19] Gedeón llegó con los cien hombres de su grupo a las avanzadas del campamento, justamente cuando empezaba el relevo de medianoche; en cuanto se hizo el cambio de guardia, Gedeón tocó la trompeta y rompió el cántaro que llevaba en la mano.

[20] Entonces los tres grupos tocaron las trompetas y rompieron los cántaros; luego, empuñando en la mano izquierda las antorchas y las trompetas con la derecha para poder tocar, gritaron:
–¡Por el Señor y por Gedeón!
[21] Y se quedaron todos en su sitio alre-
dedor del campamento. Todo el cam-
pamento se alborotó, y empezaron a gritar
y a huir, [22] mientras los trescientos seguían
sonando las trompetas. El Señor hizo que se acuchillasen unos a otros en el campamento y que huyeran hasta Bet-Sitá, en dirección a Sartán, hasta la orilla de Abel Me-
jolá, frente a Tabat. [23] Los israelitas de
Neftalí, Aser y todo Manasés se unieron en
persecución de Madián. [24] Gedeón había
enviado mensajeros que avisaron en la serranía de Efraín:
–Bajen contra Madián. Ocupen antes que ellos los vados del Jordán hasta Bet-Bará.

Los hombres de Efraín corrieron a ocu-
par los vados hasta Bet-Bará, [25] y apresa-

ron a dos jefes madianitas, Oreb y Zeeb. A
Oreb lo degollaron en Sur Oreb, y a Zeeb
en Yequeb–Zeeb. Siguieron en persecución
de los madianitas y le llevaron a Gedeón, al
otro lado del Jordán, las cabezas de Oreb y
de Zeeb.

8 1 Pero los efraimitas se le quejaron:
–¿Qué es lo que nos has hecho? ¿Por
qué no nos llamaste cuando saliste a luchar
contra Madián?
Y se lo reprocharon duramente. 2 El les
respondió:
–¿Qué hice yo comparado con lo que hi-
cieron ustedes? Un solo racimo de Efraín
vale más que toda la vendimia de Abiézer.
3 A ustedes les ha entregado el Señor los je-
fes de Madián, Oreb y Zeeb. Comparado
con esto, ¿qué he logrado hacer yo?
Con esta respuesta se calmó la cólera de
los efraimitas contra Gedeón.
4 Gedeón llegó al Jordán y lo cruzó con
sus trescientos hombres, que estaban ago-
tados y hambrientos. 5 Entonces dijo a los
vecinos de Sucot:
–Hagan el favor de darme un poco de
pan para la tropa que marcha conmigo,
porque vienen agotados, y voy persiguien-
do a Zébaj y a Salmuná, reyes madianitas.
6 Las autoridades de Sucot le respondie-
ron:
–¿Acaso ya has capturado a Zébaj y a
Salmuná para que demos de comer a tus
soldados?
7 Gedeón contestó:
–Cuando el Señor me entregue a Zébaj y
a Salmuná cautivos, regresaré y desgarraré
la carne de ustedes con espinas y cardos
del desierto.
8 Desde allí subió a Penuel, y les pidió el
mismo favor; pero los de Penuel le respon-
dieron lo mismo que los de Sucot. 9 Y tam-
bién contestó a los de Penuel:
–Cuando vuelva victorioso, derribaré esa
torre.
10 Zébaj y Salmuná estaban en Carcor
con sus tropas, unos quince mil hombres.
Era todo lo que quedaba de los soldados
armados de espada del ejercito del oriente,
ya que las bajas habían sido ciento veinte
mil.
11 Gedeón subió por la ruta de los bedui-
nos, al este de Nóbaj y Yogbohá, y atacó al
enemigo cuando menos lo esperaban,
12 Zébaj y Salmuná lograron huir, pero Ge-
deón los persiguió y capturó a los dos reyes
madianitas, Zébaj y Salmuná. El resto del
ejército huyó lleno de espanto.
13 Gedeón, hijo de Joás, volvió de la ba-
talla por la Male de Jeres. 14 Detuvo a un
muchacho de Sucot, lo sometió a interroga-
torio y el muchacho le dio una lista con los
nombres de las autoridades y ancianos de
Sucot, setenta y siete personas. 15 Entonces
Gedeón fue a los vecinos de Sucot y les dijo:
–Aquí tienen a Zébaj y a Salmuná, por
los que se burlaron de mí, diciendo: ¿Aca-
so ya has capturado a Zébaj y a Salmuná
para que le demos de comer a tus solda-
dos, que vienen agotados?
16 Agarró a los ancianos de la ciudad, re-
cogió espinas y cardos del desierto, y cas-
tigó con ellos a los hombres de Sucot.
17 Derribó también la torre de Penuel y
mató a la población. 18 Luego preguntó a
Zébaj y a Salmuná:
–¿Cómo eran los hombres que mataron
en el Tabor?
Ellos respondieron:
–Parecidos a ti. Tenían aspecto de prín-
cipes.
19 Gedeón exclamó:
–¡Mis hermanos maternos! ¡Juro por la
vida del Señor, que si ustedes los hubieran
perdonado, yo no los mataría ahora!
20 Y ordenó a Yéter, su primogénito:
–Mátalos aquí mismo.
Pero el muchacho no desenvainó la es-
pada, porque tenía miedo; era todavía un
muchacho.
21 Entonces Zébaj y Salmuná le pidieron:
–Mátanos tú, que tú eres un valiente.
Gedeón fue y degolló a Zébaj y a Sal-
muná. Luego recogió los adornos que lle-
vaban en el cuello sus camellos.
22 Los israelitas dijeron a Gedeón:
–Tú serás nuestro jefe, y después tu hijo
y tu nieto, porque nos has salvado de los
madianitas.
23 Gedeón les respondió:
–Ni yo ni mi hijo seremos sus jefes. Su
jefe será el Señor.
24 Y añadió:
–Les voy a pedir una cosa: denme cada
uno un anillo de lo que les ha tocado como

botín –ya que los vencidos llevaban anillos
de oro porque eran ismaelitas–.
25 Contestaron:
–Con mucho gusto.
Él extendió su manto, y cada uno fue
echando un anillo de su parte en el botín.
26 El peso de los anillos que recogió Gede-
ón fue de diecinueve kilos de oro, sin con-
tar los adornos, pendientes y los vestidos
de púrpura que llevaban los reyes madiani-
tas, más los collares de los camellos. 27 Con
todo ello hizo Gedeón un efod, que colocó
en la ciudad de Ofrá. Con él se prostituyó
todo Israel: se volvió una trampa para Ge-
deón y su familia.
28 Madián quedó sometido a los israeli-
tas y ya no levantó cabeza. Con eso el país
estuvo en paz cuarenta años, mientras vivió
Gedeón.
29 Yerubaal, hijo de Joás, se fue a vivir a
su casa. 30 Gedeón tuvo setenta hijos, ya
que tenía muchas mujeres. 31 Una concubi-
na que tenía en Siquén también le dio un
hijo, al que puso por nombre Abimelec.
32 Gedeón, hijo de Joás, murió en buena
vejez, y lo enterraron en la sepultura de su
padre Joás, en Ofrá de Abi-Ezer. 33 Pero en
cuanto murió, otra vez los israelitas se
prostituyeron con los ídolos, eligiendo
como dios suyo a Baal-Berit, 34 sin acordar-
se del Señor, su Dios, que los había librado
del poder de todos los enemigos de alrede-
dor. 35 Y no se mostraron agradecidos a la
familia de Yerubaal–Gedeón, como merecía
por todo lo que hizo por Israel.

Abimelec

9 1 Abimelec, hijo de Yerubaal, fue a Si-
quén, a casa de sus tíos maternos, y
les propuso a ellos y a todos los parientes
de su abuelo materno lo siguiente:
2 –Digan a todos los señores de Siquén:
¿Qué es mejor para ustedes, que los go-
biernen setenta hombres, es decir, todos los
hijos de Yerubaal, o que los gobierne uno
solo? Y no olviden que yo soy de su misma
sangre.
3 Sus tíos maternos lo comunicaron a los
siquemitas, y éstos se pusieron de parte de
Abimelec, pensando:
–¡Es pariente nuestro!
4 Le dieron setecientos gramos de plata
del templo de Baal-Berit, y con ese dinero
Abimelec pagó a unos cuantos desocupa-
dos y aventureros que se pusieron a sus ór-
denes. 5 Luego fue a casa de su padre, a
Ofrá, y asesinó a sus hermanos, los hijos de
Yerubaal, a setenta hombres en la misma
piedra. Sólo quedó Yotán, el hijo menor de
Yerubaal, que se había escondido.
6 Los de Siquén y todos los de Bet-Miló
se reunieron para proclamar rey a Abime-
lec, junto a la encina de Siquén.
7 En cuanto se enteró Yotán, subió hasta
la cumbre del monte Garizín, y desde allí
gritó con voz potente:
–¡Escúchenme, vecinos de Siquén, y
que Dios los escuche a ustedes! 8 Una vez
fueron los árboles a elegirse rey, y dijeron al
olivo: Sé nuestro rey. 9 Pero el olivo dijo: ¿Y
voy a dejar mi aceite, con el que se honra a
dioses y hombres, para ir a mecerme sobre
los árboles? 10 Entonces dijeron a la higue-
ra: Ven a ser nuestro rey. 11 Pero la higuera
dijo: ¿Y voy a dejar mi dulce fruto sabroso
para ir a mecerme sobre los árboles? 12 En-
tonces dijeron a la vid: Ven a ser nuestro
rey. 13 Pero la vid dijo: ¿Y voy a dejar mi
mosto, que alegra a dioses y hombres, para
ir a mecerme sobre los árboles? 14 Enton-
ces dijeron todos a la zarza: Ven a ser nues-
tro rey. 15 Y les dijo la zarza: Si de veras

9,1-57 Abimelec. Este capítulo trata sobre Abimelec, hijo de Gedeón, medio israelita y medio cananeo (8,30-32). Abimelec no forma parte del selecto grupo de los jueces mayores, ya que no salvó de nada a los israelitas. Al contrario, con un discurso demagógico logra seducir al pueblo, olvidándose de la promesa de su padre de que nadie de su familia gobernaría Israel, sino que Dios sería su único rey (8,23). Abimelec enfermo de poder asesina a sus setenta hermanos (1-6). Irónicamente, al cabo de tres años muere traicionado por quienes le ayudaron a entronizarse. Ante la astucia y la maldad de Abimelec, surge la persona de Yotam –el único sobreviviente de la matanza de Abimelec–, que con voz potente denuncia las atrocidades y la ceguera política de Israel. Para iluminar esta historia desdichada, el narrador inserta aquí una fábula (7-15), que es una crítica mordaz al poder destructor de los reyes.

Yotán nos presenta a tres árboles, todos ellos útiles y esenciales en una comunidad agrícola: el olivo, la higuera y la vid; éstos no aceptan renunciar a producir sus frutos, con los que alegran la vida de los humanos, para controlar, manipular y gobernar sobre los demás. En cambio, la zarza, sí. Por un lado, los tres

quieren ungirme como su rey, vengan a co-
bijarse bajo mi sombra, y si no, salga fuego
de la zarza y devore a los cedros del Líbano.

16 Y ahora díganme, ¿han obrado con
sinceridad y lealtad proclamando rey a Abi-
melec? ¿Se han portado bien con Yerubaal
y su familia? ¿Se han portado con él como
merecían los favores que les hizo? 17 –Mi
padre luchó por ustedes exponiéndose a la
muerte y los libró del poder de Madián–.
18 Al contrario, ustedes se han levantado
contra la familia de mi padre, asesinando a
sus hijos, setenta hombres, en la misma
piedra, y han nombrado rey de los siquemi-
tas a Abimelec, hijo de una criada de mi
padre, con el pretexto de que es pariente de
ustedes. 19 Si hoy se han portado sincera y
lealmente con Yerubaal y su familia, celé-
brenlo con Abimelec y que él lo celebre con
ustedes; 20 pero si no es así, ¡salga fuego de
Abimelec que devore a los de Siquén y a
los de Bet-Miló, salga fuego de los de Si-
quén y de los de Bet-Miló que devore a Abi-
melec!

21 Luego Yotán emprendió la huida y
marchó a Beer; allí se quedó por miedo a
su hermano Abimelec.

22 Abimelec gobernó a Israel tres años.
23 Dios envió un espíritu de discordia entre
Abimelec y los siquemitas, que lo traicio-
naron. 24 Así, el asesinato de los setenta hi-
jos de Yerubaal, la sangre de sus hermanos,
recayó sobre Abimelec, que los había ase-
sinado, y sobre los de Siquén, cómplices
del asesinato. 25 Los de Siquén preparaban
emboscadas contra él en las cimas de los
montes y despojaban a los caminantes que
pasaban por allí. Abimelec se enteró.

26 Gaal, hijo de Obed, vino a Siquén con
sus hermanos y se ganó la confianza de los
siquemitas. 27 Salieron al campo, a la ven-
dimia, pisaron la uva y celebraron la fiesta;
fueron al templo de su dios y comieron y
bebieron entre maldiciones a Abimelec.
28 Gaal, hijo de Obed, les dijo:

–¿Qué autoridad tiene Abimelec sobre
Siquén para que seamos sus esclavos? ¡Es
un hijo de Yerubaal, y Zebul, es su lugarte-
niente, ellos sirvieron en casa de Jamor,
padre de Siquén! ¿Por qué vamos a ser sus
esclavos? 29 ¡Ah, si yo tuviera poder sobre
este pueblo! Quitaría de en medio a Abi-
melec. Lo desafiaría diciéndole: Refuerza tu
ejército y sal a combatir.

30 Zebul, gobernador de la ciudad, oyó el
discurso de Gaal, hijo de Obed, y se enfu-
reció, 31 entonces mandó emisarios a Abi-
melec, avisándole:

–Mira, Gaal, hijo de Obed, ha venido con
sus parientes a Siquén y están sublevando
la ciudad contra ti. 32 Ven de noche con tu
gente y escóndete en el campo; 33 por la
mañana, al salir el sol, ataca a la ciudad.
Gaal y los suyos saldrán a presentarte ba-
talla; entonces actúa, que es tu ocasión.

34 Abimelec se puso en marcha de no-
che con su gente y se emboscaron frente a
Siquén, divididos en cuatro cuerpos.
35 Gaal, hijo de Obed, salió y se detuvo a las
puertas de la ciudad, y Abimelec con su
gente surgió de la emboscada. 36 Cuando
Gaal los vio, dijo a Zebul:

–Mira, baja gente de las cumbres de los
montes.

Zebul contestó:

---

primeros dan vida, dan frutos y alegran al ser humano. Por otro, la zarza lo único que da es una amenaza de muerte. Ella no tiene nada que perder si acepta ser rey, porque no tiene nada que dar. Si la zarca acepta gobernar –y lo hará– sólo destrucción y muerte acarreará a todos los árboles que se cobijen bajo su sombra.

Yotán intenta mostrar por medio de su fábula el gran error que han cometido los habitantes de Siquén cuando han aceptado por rey a un hombre tan sanguinario como Abimelec. En su interpretación (16-20), Yotán reprueba la injusticia y la crueldad de Abimelec y de los siquemitas. Éstos, consintiendo la injusticia, tendrán en Abimelec la paga merecida: «¡Salga fuego de Abimelec que devore a los de Siquén y a los de Bet-Miló, salga fuego de los de Siquén y de los de Bet-Miló que devore a Abimelec!» (20). Los siquemitas no se entenderán con Abimelec, porque Dios –que siempre reprueba la injusticia– mandará el espíritu de la discordia entre ellos.

¿Qué sucede cuando buscamos el poder a toda costa? ¿Qué sucede cuando nos gobiernan gente inepta y corrupta? ¿Qué sucede cuando somos cómplices de los sistemas de muerte? Ojalá que en nuestras comunidades surgieran muchas personas como Yotán que valientemente denuncien las injusticias de nuestros gobiernos corruptos. La lección de los árboles nos manifiesta que la violencia crea siempre una espiral de destrucción que acaba con los mismos que la han provocado.

–Son las sombras de los montes y a ti te parecen hombres.

37 Pero Gaal insistió:

–Baja gente de Tabbur Haares, y un grupo avanza por el camino de Elón Meonenim.

38 Entonces Zebul le dijo:

–¿Dónde está esa boca que decía: ¿Quién es Abimelec para que seamos sus esclavos? ¡Ésos son los que tú despreciabas! Sal ahora y lucha contra ellos.

39 Gaal salió al frente de los siquemitas y entabló batalla con Abimelec. 40 Abimelec lo persiguió. Gaal emprendió la huida y muchos cayeron muertos cuando huían hacia las puertas de la ciudad. 41 Abimelec se volvió a Arumá, y Zebul desterró de Siquén a Gaal y sus parientes.

42 Al día siguiente, los de Siquén se pusieron en campaña, y Abimelec se enteró; 43 tomó a su gente, la dividió en tres cuerpos y se emboscó en el campo. Cuando los vio salir de la ciudad, se lanzó al ataque y los destrozó. 44 Abimelec y los de su grupo se abalanzaron contra la ciudad y tomaron posiciones en las puertas, mientras los otros dos grupos atacaban y derrotaban a los del campo. 45 Todo aquel día estuvo Abimelec atacando la ciudad; al fin la conquistó, pasó a cuchillo a todos sus habitantes, la arrasó y la sembró de sal.

46 Al saberlo los de Torre Siquén, se refugiaron en la cripta del templo del dios del Pacto. 47 Abimelec se enteró de que estaban reunidos los de Torre Siquén; 48 subió al Monte Salmón con toda su gente, empuñó un hacha, cortó una rama de un árbol y se la echó al hombro, mientras decía a los suyos:

–¡Apúrense, hagan lo mismo que hago yo!

49 Cada uno cortó una rama y siguieron a Abimelec. Apoyaron las ramas sobre la cripta y prendieron fuego al techo. Murieron todos los de Torre Siquén, unos mil entre hombres y mujeres.

50 Después Abimelec fue a Tebes, la sitió y la conquistó. 51 En medio de la villa había una torre fortificada, y allí se refugiaron todos los hombres y mujeres de la población, aseguraron por dentro los cerrojos y se subieron a la azotea. 52 Abimelec llegó junto a la torre, intentando asaltarla, se aproximó a la puerta para prenderle fuego, 53 pero una mujer le dejó caer sobre la cabeza una piedra de moler y le partió el cráneo. 54 Abimelec llamó en seguida a su escudero y le dijo:

–Saca la espada y remátame, para que no se diga lo mató una mujer.

Su escudero lo atravesó con su espada, y murió.

55 Al ver los israelitas que Abimelec había muerto, cada cual regresó a su casa. 56 Así pagó Dios a Abimelec lo mal que se portó con su padre, asesinando a sus setenta hermanos. 57 Y todo el mal que hicieron los de Siquén, Dios lo hizo recaer sobre ellos. Sobre ellos cayó la maldición de Yotán, hijo de Yerubaal.

Jueces menores I

10 1 A Abimelec le sucedió como salvador de Israel Tolá, hijo de Fuá, de Dodó, de la tribu de Isacar. Vivía en Samir, en la serranía de Efraín. 2 Gobernó Israel veintitrés años. Murió y lo enterraron en Samir.

3 Le sucedió Yaír, el galadita, que gobernó a Israel veintidós años. 4 Tuvo treinta hijos, que montaban en treinta asnos y eran señores de treinta villas, llamadas hasta hoy Villas de Yaír, en Galaad. 5 Yaír murió y lo enterraron en Camón.

Liturgia penitencial

6 Los israelitas volvieron a hacer lo que el Señor reprueba: dieron culto a Baal y Astarté, a los dioses de Siria, a los dioses de

---

10,1-18 Jueces menores I – Liturgia penitencial. Después de la muerte de Abimelec, que no produjo ningún cambio positivo en el pueblo, lo único que pueden hacer los israelitas es irse a casa. Aparece fugazmente la primera lista de jueces menores, Tolá y Yair (10,1-5) –la segunda lista la tendremos en 12,8-15–. El autor nos informa muy poco de estos dos jueces. Sabemos el periodo que duro su gobierno, pero las funciones que estos jueces desempeñaron no son del todo claras.

Tan pronto murieron este par de jueces, el autor enfatiza la iniquidad del pueblo de Israel, esta vez no solo adora a los dioses de los cananeos, sino también a los dioses de Siria, de Fenicia, de Moab, de los amonitas, y de los filisteos. Después de leer esta letanía de dioses extranjeros, el lector se puede preguntar: ¿Hay

Fenicia, a los dioses de Moab, a los dioses de los amonitas, a los dioses de los filisteos. Abandonaron al Señor, no le dieron culto.

7 Entonces el Señor se enfureció contra Israel y lo vendió a los filisteos y a los amonitas, 8 que a partir de entonces oprimieron cruelmente durante dieciocho años a los israelitas de Transjordania, en el país amorreo de Galaad.

9 Los amonitas pasaron el Jordán con intención de luchar también contra Judá, Benjamín y la tribu de Efraín; así que Israel llegó a una situación desesperada.

10 Entonces los israelitas gritaron al Señor:

–¡Hemos pecado contra ti! Hemos abandonado al Señor, nuestro Dios, para dar culto a los baales.

11 El Señor les respondió:

–Los he librado de los egipcios, de los amorreos, de los amonitas y de los filisteos. 12 Los fenicios, amalecitas y madianitas fueron sus tiranos. Me gritaron, y yo los salvé. 13 Pero me han abandonado, han dado culto a otros dioses. Por eso no volveré a salvarlos. 14 Vayan a invocar a los dioses que ustedes se han elegido. ¡Que ellos los salven en la hora del peligro!

15 Los israelitas insistieron:

–¡Hemos pecado! Trátanos como quieras, pero por favor, sálvanos en este día.

16 Entonces quitaron de en medio los dioses extranjeros y dieron culto al Señor, que olvidó su enojo ante los sufrimientos de Israel.

17 Los amonitas, movilizados, acamparon en Galaad. Los israelitas se movilizaron también y acamparon en Mispá. 18 Los israelitas que vivían en Galaad, y sus jefes, se dijeron unos a otros:

–El que empiece la guerra contra los amonitas será el caudillo de los que vivimos en Galaad.

Jefté

11 1 Jefté, el galaadita, era todo un guerrero, hijo de Galaad y de una prostituta. 2 Galaad tuvo otros hijos de su esposa legítima, y cuando llegaron a la mayoría de edad, echaron de casa a Jefté, diciéndole:

–Tú no puedes participar de la herencia en casa de nuestro padre, porque eres hijo de una mujer extraña.

3 Jefté marchó lejos de sus hermanos y se estableció en el país de Tob. Se le juntaron unos cuantos desocupados, que hacían incursiones bajo su mando.

4 Algún tiempo después los amonitas declararon la guerra a Israel. 5 Los ancianos de Galaad fueron al país de Tob a buscar a Jefté, 6 suplicándole:

–Ven a ser nuestro caudillo en la guerra contra los amonitas.

7 Pero Jefté les respondió:

–¿No son ustedes los que por odio me echaron de casa?, ¿por qué vienen a mí ahora que están en aprietos?

8 Los ancianos de Galaad le contestaron:

–Así es. Ahora nos dirigimos a ti para que vengas con nosotros a luchar contra

---

alguna otra deidad que Israel no adoró? Ante esta deplorable situación, lo único que le queda a Dios es entregarlos a los otros dioses. Después de experimentar la opresión, Israel clama a Dios, pero esta vez tendrá que negociar y «hacer algo extraordinario» para que Dios se llene de misericordia. Israel confiesa y reconoce que ha adorado a los baales, pero Dios no «está» dispuesto a acceder a las peticiones de su pueblo. Dios siempre ha sido fiel, pero Israel no. Esta vez la situación de Israel es desesperanzadora, Dios ha jurado no volver a salvarlos. Sin Dios el futuro de Israel es incierto, por tal motivo tiene que hacer algo urgentemente, para que Dios muestre misericordia. Los israelitas, expertos en negociar, se mueven de modo distinto, si no son capaces de alcanzar el favor de Dios por medio de la palabra, pasan a la acción, quitando a los dioses extranjeros y adorando sólo al Señor. Ante este «cambio» que manifiesta el pueblo de Israel, Dios no se puede resistir, los perdona y les brinda su amistad una vez más.

11,1-11 Jefté. La historia de Jefté oscura y ambigua como es, sería insignificante si éste no hubiese hecho el superfluo «voto» a Dios de sacrificar a una persona humana. Quizás este sacrificio sea la ironía más grande de todo el libro. El Dios de la Vida involucrado ahora y confundido con los otros dioses, como un dios de muerte. Jefté, abusado y despreciado por sus hermanos por ser hijo ilegítimo, sin derecho a heredar la tierra, tiene que huir a la región de Tob, a vivir con gente sin oficio ni beneficio (11,3). El autor, aún no nos dice que el Espíritu de Dios está con este valiente guerrero (11,1), sin embargo se convierte en el líder de un puñado de hombres. Los medio hermanos de Jefté olvidan los antiguos prejuicios contra él cuando se hallan oprimidos por los amonitas y lo buscan para que sea también su jefe. En este momento el lector

los amonitas. Serás jefe nuestro, de todos
los que estamos en Galaad.
9 Jefté les dijo:
–¿De modo que me llaman para luchar
contra los amonitas? Entonces si el Señor
me los entrega, yo seré el jefe de ustedes.
10 Le respondieron:
–Que el Señor nos juzgue si no hacemos
lo que dices.
11 Jefté marchó con los ancianos de
Galaad. El pueblo lo nombró jefe y caudi-
llo, y Jefté juró el cargo ante el Señor, en
Mispá.

El sacrificio de la hija de Jefté

12 Luego despachó unos emisarios al rey
de los amonitas con este mensaje:
–¿Qué te he hecho yo para que vengas
contra mí, a hacer la guerra a mi país?
13 El rey de los amonitas contestó a los
emisarios de Jefté:
–Israel, cuando venía de Egipto, se apo-
deró de mi país, desde el Arnón hasta el Ya-
boc y el Jordán; así que ahora devuélve-
melo por las buenas.
14 Jefté volvió a enviar mensajeros al rey
de los amonitas, 15 con esta respuesta:
–Así dice Jefté: Los israelitas no se apo-
deraron del país de Moab, ni del país de
Amón, 16 sino que al venir de Egipto mar-
charon por el desierto hasta el Mar Rojo y
llegaron a Cades. 17 Enviaron emisarios al
rey de Edom pidiéndole que les dejase atra-
vesar el país, pero el rey de Edom no hizo
caso. Mandaron también emisarios al rey
de Moab y tampoco quiso. Entonces los is-
raelitas se instalaron en Cades.
18 Luego anduvieron por el desierto, bor-
deando Edom y Moab; llegaron a la parte
oriental de Moab y acamparon en la otra
orilla del Arnón, sin violar la frontera por-
que el Arnón es la frontera de Moab.
19 Enviaron emisarios a Sijón, rey de los
amorreos, que reinaba en Jesbón, pidiendo
que les dejase atravesar su territorio, de
paso hacia nuestra tierra; 20 pero Sijón, no
fiándose de la petición de Israel de cruzar
su frontera, reunió sus tropas, acampó en
Yasá y presentó batalla a Israel. 21 El Señor,
Dios de Israel, entregó a Sijón y todas sus
tropas en poder de Israel, que los derrotó y
tomó posesión de las tierras de los amorre-
os que habitaban aquella región. 22 Toma-
ron posesión de la tierra de los amorreos,
desde el Arnón hasta el Yaboc y desde el
desierto hasta el Jordán.
23 Si el Señor, Dios de Israel, expulsó a
los amorreos ante su pueblo, Israel, ¿tú
ahora quieres expulsarnos? 24 Ya tienes lo
que te asignó tu dios Camós, lo mismo que
nosotros tenemos lo que el Señor, nuestro
Dios, nos ha asignado. 25 Vamos a ver, ¿va-
les tú más que Balac, hijo de Sipor, rey de
Moab? ¿Se atrevió él a pleitear con Israel?
¿Le declaró la guerra? 26 Cuando Israel se
instaló en el municipio de Jesbón y el de
Aroer y en los pueblos que bordean el Ar-
nón, hace trescientos años, ¿por qué en-
tonces no los reconquistaron?
27 Así que yo no te he faltado. Eres tú
quien me ofende declarándome la guerra.
¡Que el Señor sentencie hoy como juez en-
tre israelitas y amonitas!
28 Pero el rey de los amonitas no quiso
hacer caso al mensaje de Jefté.
29 El Espíritu del Señor vino sobre Jefté,
quién recorrió Galaad y Manasés, pasó a

---

puede ver que algo no está bien, porque en vez de que el pueblo clame a Dios, recurre primero a este hijo ilegitimo de Israel.

11,12–12,7 El sacrificio de la hija de Jefté – Guerra con los efraimitas. El Espíritu de Dios viene sobre Jefté sólo después que éste defiende el proyecto de Dios frente al rey de los amonitas (29). Desafortunadamente, ni aun con la «asistencia» de Dios, Jefté es capaz de obrar con sabiduría. Jefté ha confundido a las deidades con el Señor: el sacrificio humano puede ser aceptable para los dioses paganos, pero nunca para el Dios de Israel, que categóricamente prohíbe dichos sacrificios (Lv 18,21; 20,2-5; Dt 12,31; 18,10). Jefté, aun «creyendo» en el Señor no lo adora como el Dios de la vida, sino que usurpa el papel de Dios, al disponer de la vida de su hija. Tenemos que ser muy críticos de Jefté y no tratar de justificarlo, porque la victoria que quiere alcanzar por medio del sacrificio de su hija no es para gloria de Dios, sino para su propia gloria. Dios está en silencio y es totalmente ajeno a este macabro voto. Jefté pasa a Mispá donde le hace el voto a Dios. El Señor no cede ni se compromete con Jefté a darle la victoria –ésta no es la manera de actuar de Dios–. No hay ninguna promesa para Jefté de parte de Dios, como la hubo con Josué (Jos 6,2; 8,1; 11,6); tampoco hay una advertencia de parte de Dios para Jefté, como la hubo con Gedeón (7,2); ni le da ningún signo de fuego ni de rocío (6,21.36-40); en conclusión, Jefté hace su voto solo, sin el consentimiento de Dios.

La estupidez de Jefté no tiene límites al ofrecer en

Mispá de Galaad y de allí marchó contra los
amonitas. 30 Entonces hizo esta promesa al
Señor:
–Si entregas a los amonitas en mi poder,
31 el primero que salga a recibirme a la
puerta de mi casa, cuando vuelva victo-
rioso de la campaña contra los amonitas,
será para el Señor, y lo ofreceré en holo-
causto.
32 Luego marchó a la guerra contra los
amonitas. El Señor se los entregó: 33 los de-
rrotó desde Aroer hasta la entrada de Minit
–eran en total veinte ciudades– y hasta Abel
Queramim. Fue una gran derrota, y los
amonitas quedaron sometidos a Israel.
34 Jefté volvió a su casa de Mispá. Y fue
precisamente su hija quien salió a recibirlo,
con panderetas y danzas; su hija única,
porque Jefté no tenía más hijos o hijas.
35 En cuanto la vio, se rasgó la túnica gri-
tando:
–¡Ay hija mía, qué desdichado soy! Tú
eres mi desdicha, porque hice una prome-
sa al Señor y no puedo volverme atrás.
36 Ella le dijo:
–Padre, si hiciste una promesa al Señor,
cumple en mí lo que prometiste, ya que el
Señor te ha permitido vengarte de tus ene-
migos.
37 Y le pidió a su padre:
–Dame este permiso: déjame andar dos
meses por los montes, llorando con mis
amigas, porque quedaré virgen.
38 Su padre le dijo:
–Vete.
Y la dejó marchar dos meses, y anduvo
con sus amigas por los montes, llorando
porque iba a quedar virgen.
39 Acabado el plazo de los dos meses,
volvió a casa, y su padre cumplió con ella
el voto que había hecho. La muchacha era
virgen.
Así empezó en Israel la costumbre de
que 40 todos los años vayan las chicas is-
raelitas a cantar lamentaciones durante
cuatro días a la hija de Jefté, el galaadita.

Guerra con los efraimitas

12 1 Los efraimitas se amotinaron, cru-
zaron el Jordán hacia el norte y fue-
ron a protestarle a Jefté:
–¿Por qué marchaste a la guerra contra
los amonitas y no nos llamaste a nosotros
para que fuéramos contigo? Ahora vamos a
prenderle fuego a tu casa contigo adentro.
2 Jefté les respondió:
–Cuando yo andaba reñido con los pa-
rientes y los amonitas me presionaban, les
pedí ayuda, y no me ayudaron. 3 Entonces,
viendo que no había quien viniera en mi au-
xilio, me jugué la vida, marché contra los
amonitas, y el Señor me los entregó. ¿Por
qué entonces vienen ahora a hacerme la
guerra?
4 Luego juntó a todos los de Galaad y
atacó a los efraimitas. Los galaaditas derro-
taron a los efraimitas. 5 Ocuparon los vados
del Jordán, cortándole el paso a Efraín. Y
cuando los efraimitas fugitivos les pedían:
¡Déjanos pasar!, los galaaditas pregunta-
ban: ¿Eres de Efraín?; el otro respondía:
No; 6 y ellos le mandaban: Di cebada. Él
decía sebada, porque no sabía pronunciar
correctamente; entonces lo agarraban y lo
degollaban junto a los vados del Jordán.
Así murieron en aquella ocasión cuarenta y
dos mil efraimitas.
7 Jefté gobernó a Israel seis años. Murió,
y lo enterraron en su pueblo de Galaad.

Jueces menores II

8 Después de él gobernó a Israel Ibsán,
natural de Belén. 9 Tuvo treinta hijos y trein-
ta hijas. A sus hijas las casó fuera y a sus
hijos los casó con forasteras. Gobernó a Is-

---

sacrificio al primero que salga a recibirle a la puerta de su casa (11,34). Y no es otra persona, que su propia hija, que sale a su encuentro con panderetas. Esta inocente criatura no sabe que con su música está sellando su propia muerte. La muerte de esta virgen de Israel sólo encuentra solidaridad entre las mujeres, que cada año cantan lamentaciones en su honor (39s).

¿Cuántas maldades no hacemos en el nombre de Dios? En el nombre de Dios invadimos países, asesinamos a gente inocente, les quitamos sus tierras; condenamos al fuego eterno. Quizás sea el momento de pedir perdón y reconocer que Dios nunca ha estado apoyando la opresión de los pobres, ni aceptando sacrificios de muerte.

12,8-15 Jueces menores II. La «victoria» de Jefté no solamente es oscura por el sacrificio de su hija, sino por las muchas divisiones y conflictos que existían entre las diferentes tribus. El autor comenzó el ciclo de Jefté, con una lista donde mencionaba dos jueces menores (10,1-5), ahora concluye este dramático

rael siete años. 10 Murió, y lo enterraron en
Belén.
11 Después de él gobernó a Israel Elón,
zabulonita. Gobernó a Israel diez años.
12 Murió, y lo enterraron en Ayalón, en el te-
rritorio de Zabulón.
13 Después de él gobernó a Israel Abdón,
hijo de Hilel, natural del Piratón. 14 Tuvo
cuarenta hijos y treinta nitos, cada uno de
los cuales montaba un asno. Gobernó Israel
ocho años. 15 Abdón, hijo de Hilel, natural
de Piratón, murió, y lo enterraron en Pira-
tón, de la serranía de Efraín, en el territorio
de Saalín.

Sansón

13 1 Los israelitas volvieron a hacer lo
que el Señor reprueba, y el Señor los
entregó a los filisteos por cuarenta años.
2 Había en Sorá un hombre de la tribu de
Dan, llamado Manoj. Su mujer era estéril y
no había tenido hijos.
3 El ángel del Señor se apareció a la mu-
jer y le dijo:
–Eres estéril y no has tenido hijos. 4 Pero
concebirás y darás a luz un hijo; ten cuida-
do de no beber vino ni licor, ni comer nada
impuro, 5 porque concebirás y darás a luz
un hijo. No pasará la navaja por su cabeza,
porque el niño estará consagrado a Dios
desde antes de nacer. Él empezará a salvar
a Israel de los filisteos.
6 La mujer fue a decirle a su marido:
–Me ha visitado un hombre de Dios que,
por su aspecto terrible, parecía un mensa-
jero divino; pero no le pregunté de dónde
era ni él me dijo su nombre. 7 Sólo me dijo:
Concebirás y darás a luz un hijo; ten cuida-
do de no beber vino ni licor, ni comer nada
impuro, porque el niño estará consagrado a
Dios desde antes de nacer hasta el día de
su muerte.
8 Manoj oró así al Señor:
–Perdón, Señor: que vuelva ese hombre
de Dios que enviaste y nos indique lo que
hemos de hacer con el niño una vez nacido.
9 Dios escuchó la oración de Manoj, y el
ángel de Dios volvió a aparecerse a la mu-
jer mientras estaba en el campo y su mari-
do no estaba con ella. 10 La mujer corrió en
seguida a avisar a su marido:
–Se me ha aparecido aquel hombre que
me visitó el otro día.
11 Manoj siguió a su mujer, fue hacia el
hombre y le preguntó:
–¿Eres tú el que habló con esta mujer?
Él respondió:
–Sí.
12 Manoj insistió:
–Y una vez que se realice tu promesa,
¿qué vida debe llevar el niño y qué tiene
que hacer?
13 El ángel del Señor respondió:
–Que se abstenga de todo lo que le pro-
hibí a tu mujer: 14 que no pruebe el fruto de
la vid, que no beba vino ni licores, ni coma
cosa impura; que lleve la vida que dispuse.
15 Manoj dijo al ángel del Señor:
–No te marches, y te prepararemos un
cabrito.
16b –Porque no había caído en la cuenta
de que era el ángel del Señor–.
16a Pero el ángel del Señor le dijo:
–Aunque me hagas quedar, no probaré
tu comida. Pero puedes ofrecer el cabrito
en holocausto al Señor.

---

episodio con otra lista donde incluye tres nuevos jueces. Estos cinco jueces tienen algo en común: Tolá no tiene hijos (10,1-2), al igual que Elón (12,11). Por el contrario, Yair tuvo treinta hijos, que se montaban en treinta asnos y eran señores de treinta villas (10,4), al igual que Abdón, que tiene cuarenta hijos y treinta nietos, y cada uno de los cuales montaba un asno. Después de este segundo grupo de jueces menores, el autor comienza el ciclo del controversial Sansón.

13,1-25 Sansón. La historia de Sansón está llena de pasión, amor, agresión, violencia, corrupción y traición. Tenemos que leer el ciclo de Sansón en el contexto de todo el libro de los Jueces. Sansón contrasta enormemente con la figura de Otoniel, el «juez modelo» de la tribu de Judá, porque a Otoniel todo le salió bien (3,7-11). En cambio Sansón es objeto de sus pasiones e infidelidades. La primera parte del ciclo de Sansón, se centra en la anunciación que recibe la esposa de Manoj por parte de Dios. Esta mujer, anónima y para su desgracia estéril, será bendecida no sólo con la visita del ángel del Señor, sino con un hijo. Nótese la reivindicación que Dios hace a las personas marginadas. La madre de Sansón no estaba rezando ni pidiendo un hijo, como lo estaba Ana, la madre de Samuel (1 Sm 1,10); sin embargo Dios la premia y la bendice con un hijo. La historia de esta anunciación es muy parecida a otras anunciaciones celestiales (Gn 16,7-13; 17,15-21; 18,10-15; Mt 1,20s; Lc 1,11-20), con la diferencia que Sansón es consagrado desde el vientre materno para ser un nazireo. La consagración

17 Manoj le preguntó:

–¿Cómo te llamas, para que cuando se cumpla tu promesa te hagamos un obsequio?

18 El ángel del Señor contestó:

–¿Por qué preguntas mi nombre? Es Misterioso.

19 Manoj tomó el cabrito y la ofrenda y ofreció sobre la roca un sacrificio al Señor Misterioso. 20 Al subir la llama del altar hacia el cielo, el ángel del Señor subió también en la llama, ante Manoj y su mujer, que cayeron rostro a tierra.

21 El ángel del Señor ya no se les apareció más. Manoj cayó en la cuenta de que aquél era el ángel del Señor, 22 y comentó con su mujer:

–¡Vamos a morir, porque hemos visto a Dios!

23 Pero su mujer repuso:

–Si el Señor hubiera querido matarnos no habría aceptado nuestro sacrificio y nuestra ofrenda, no nos habría mostrado todo esto ni nos habría comunicado una cosa así.

24 La mujer de Manoj dio a luz un hijo y le puso de nombre Sansón. El niño creció y el Señor lo bendijo. 25 Y el Espíritu del Señor comenzó a actuar sobre él en Majné Dan, entre Sorá y Estaol.

Mujeres y acertijos

14 1 Sansón bajó a Timná y vio allí una muchacha filistea. 2 Cuando regresó les dijo a sus padres:

–He visto una muchacha filistea en Timná. Pídanmela para que sea mi esposa.

3 Sus padres le contestaron:

–¿No hay ninguna mujer en tu parentela y en todo el pueblo para que vayas a buscarte una chica entre esos filisteos incircuncisos?

Pero Sansón insistió a su padre:

–Pídemela para esposa, porque ésa me gusta.

4 Su padre y su madre no sospechaban que el Señor lo disponía así buscando un pretexto contra los filisteos, que por entonces dominaban a Israel.

5 Sansón bajó a Timná. Cuando llegaba cerca de las viñas de Timná, le salió rugiendo un cachorro de león; 6 el Espíritu del Señor se apoderó de Sansón, que descuartizó al león como quien descuartiza un cabrito, y eso que no llevaba nada en la mano. Pero no se lo contó a sus padres.

7 Sansón bajó, habló con la muchacha, y le gustó.

8 Pasado algún tiempo, cuando volvía para casarse con ella, se desvió un poco para ver el león muerto, y encontró en el esqueleto un enjambre de abejas con miel; 9 sacó el panal con la mano y se lo fue comiendo por el camino; cuando alcanzó a sus padres, les dio miel, y la comieron, pero no les dijo que la había recogido en el esqueleto del león.

10 Bajó Sansón a casa de la novia y allí ofreció un banquete, como suelen hacer los jóvenes; 11 y como los filisteos le tenían miedo, le asignaron treinta compañeros para que estuvieran con él.

12 Sansón les dijo:

–Les voy a proponer una adivinanza; si me dan la solución correcta dentro de estos siete días que dura el banquete, les daré treinta sábanas y treinta trajes de fiesta; 13 si no logran hacerlo, me darán ustedes a mí treinta sábanas y treinta trajes de fiesta.

---

de los nazireos era un rito muy antiguo; las leyes del Pentateuco tienen ciertas prescripciones para los nazireos, por ejemplo: se tienen que abstener de bebidas alcohólicas o de cualquier producto de la viña; no se tienen que rapar la cabeza; no deben tener contacto con las personas muertas, además el voto o consagración es durante cierto período de tiempo (Nm 6,1-21). Nótese cómo la mujer de Manoj juega un rol protagonista en esta historia; es ella la que tiene la visión del mensajero de Dios; es ella la que reconoce que es un «mensajero divino» y tranquiliza a su esposo de que no morirán por haber visto al ángel de Dios. En esta mujer anónima tenemos un modelo para descubrir a Dios que se solidariza con las personas marginadas y se presenta en medio de lo cotidiano de la vida.

14,1–16,31 Mujeres y acertijos. En este episodio comienza la pasión desordenada de Sansón por las mujeres filisteas. Sansón al parecer quiere tener una mujer en cada región de los filisteos, comenzando con Timná, donde ve a una muchacha filistea (14,1), siguiendo con Gaza, donde encuentra a una prostituta (16,1) y por último, llega al valle de Sorec, donde encuentra a Dalila (16,4). Sansón se olvida así de las exhortaciones y advertencias de Josué y se mezcla con los paganos en matrimonio (Jos 23,12; Dt 7,3). Nues-

Le contestaron:
–A ver, di la adivinanza.
14 Él dijo:
–Del que come salió comida, del fuerte
salió dulzura.
Durante los tres primeros días no pu-
dieron dar con la solución. 15 Al cuarto día
le dijeron a la mujer de Sansón:
–Engaña a tu marido, a ver si nos ente-
ramos de la solución, que si no, te quema-
mos a ti y a la casa de tu padre. ¿O es que
nos han invitado para dejarnos sin nada?
16 Entonces la mujer de Sansón se puso
a llorar en sus brazos y le dijo:
–Tú no me quieres. Tú me odias. A mis
compatriotas les has propuesto una adivi-
nanza y a mí no me dices la solución.
Él le contestó:
–¡No se la he dicho a mi padre ni a mi
madre y te la voy a decir a ti!
17 Pero ella le estuvo llorando los siete
días del convite. Al fin, el día séptimo –tan-
to le importunaba– le dijo la solución, y ella
se la dijo a sus compatriotas. 18 Y éstos die-
ron la respuesta a Sansón el día séptimo,
antes de que entrase en la alcoba:

¿Qué más dulce que la miel,
qué más fuerte que el león?
Sansón repuso:
Si no hubieran arado
con mi ternera,
no habrían resuelto mi adivinanza.

19 Entonces lo invadió el Espíritu del Se-
ñor, bajó a Ascalón, mató allí a treinta hom-
bres, los desnudó y dio las prendas a los
que habían acertado la adivinanza. Des-
pués, enfurecido, se volvió a casa de su pa-
dre. 20 Y su mujer pasó a pertenecer a uno de
los compañeros que habían cuidado de él.

15 1 Algún tiempo después, cuando se
cosechaba el trigo, Sansón fue a vi-
sitar a su mujer, y le llevaba un cabrito.
Pensó:
–Quiero estar a solas con mi mujer en la
habitación.
Pero su suegro no lo dejó entrar, 2 di-
ciendo:
–Yo estaba seguro de que la habías abo-
rrecido, por eso se la di a uno de tus com-
pañeros. Pero su hermana la pequeña es
más guapa, acéptala en vez de la otra.
3 Sansón replicó:
–Esta vez soy inocente del daño que voy
a hacer a los filisteos.
4 Fue y atrapó trescientas zorras; prepa-
ró antorchas, ató las zorras rabo con rabo,
con una antorcha entre los dos rabos,
5 prendió fuego a las antorchas y soltó las
zorras por los sembrados de los filisteos, in-
cendiando los haces, el trigo aún sin reco-
ger e incluso viñas y olivares.
6 Los filisteos preguntaron:
–¿Quién ha sido?
Les respondieron:
–Sansón, el yerno del timnita, porque le
quitó su mujer y se la dio a un compañero.
Entonces subieron los filisteos y pren-
dieron fuego a la mujer y a la casa de su
padre. 7 Sansón les dijo:
–Por haber hecho eso, no pararé hasta
haberme vengado de ustedes.
8 Y los atacó con tal furia que no les dejó
hueso sano. Luego se fue a vivir en la cue-
va del Sela Etam.
9 Los filisteos fueron y acamparon contra
Judá, haciendo incursiones por la zona de
Lejí. 10 Judá protestó:
–¿Por qué han subido contra nosotros?

---

tro «héroe» al querer contraer matrimonio con mujeres extranjeras está poniendo en peligro la relación de Dios con su pueblo. Los padres de Sansón saben lo vulnerable y lo difícil que resulta este tipo de alianza y le advierten del peligro. El autor es bastante benévolo con Sansón, porque nos informa que: Dios así lo quería, para tener un pretexto contra los filisteos (14,4). Inmediatamente después, el autor nos presenta a Sansón cerca de las viñas de Timná (14,5). En el contexto de la boda, las viñas son asociadas con deseos eróticos (Cant 1,2; 2,13; 4,16; 5,1; 6,11; 7,2-12; 8,2). El vino dentro del matrimonio era un símbolo de alegría y regocijo, pero no para nuestro héroe, que estaba dedicado y consagrado a Dios.

Tanto, la viña, como el león (14,6) y la miel (14,8) unen la vida de Sansón con sus mujeres filisteas. En cada historia Sansón busca desesperadamente el amor –aunque sea infiel–, y en cada escena se encuentra con el peligro. La relación de amor-muerte está acechando en cada momento al desdichado Sansón. Éste tiene que aprender una y otra vez a confiar en Dios, que misteriosamente sigue actuando en su vida. Finalmente, cuando Sansón es humillado por sus enemigos, ciego y sin fuerzas, encuentra la fortaleza nuevamente en Dios. Solamente cuando se hace vulnerable y débil Dios le da la victoria y reina la paz sobre Israel.

Los filisteos contestaron:
–Venimos a capturar a Sansón para de-
volverle lo que nos hizo.
11 Entonces bajaron tres mil judíos a la
cueva de Sela Etam y dijeron a Sansón:
–Pero, ¿no sabes que estamos bajo el
dominio filisteo? ¿Por qué nos has hecho
esto?
Les respondió:
–Les he pagado con la misma moneda.
12 Insistieron:
–Hemos venido para apresarte y entre-
garte a los filisteos.
Sansón les dijo:
–Júrenme que no me matarán.
13 Le juraron:
–Sólo queremos apresarte y entregarte,
no pretendemos matarte.
Entonces lo ataron con dos sogas nue-
vas y lo sacaron de su escondite.
14 Cuando llegó a Lejí, los filisteos sa-
lieron a recibirlo dando gritos de triunfo; en-
tonces el Espíritu del Señor se apoderó de
él, y las sogas de sus brazos fueron como
mecha que se quema, y las ataduras de sus
manos se deshicieron. 15 Allí mismo encon-
tró una quijada de asno, todavía fresca, ex-
tendió su mano, la empuñó y con ella mató
a mil hombres. 16 Después dijo:

Con la quijada de un burro,
hice dos pilas de cadáveres,
con la quijada de un burro
maté a mil hombres.

17 Al terminar, tiró la quijada y llamó a
aquel sitio Ramat Lejí. 18 Pero sentía una
sed enorme y gritó al Señor:
–Tú me has concedido esta gran victo-
ria, ¡y ahora voy a morir de sed y a caer en
manos de esos incircuncisos!
19 Entonces Dios abrió el pilón que hay
en Lejí y brotó agua. Sansón bebió, recupe-
ró las fuerzas y revivió. Por eso a la fuente
de Lejí se la llama hasta hoy En Haqqoré.
20 Sansón gobernó a Israel durante la domi-
nación filistea veinte años.

16 1 Sansón fue a Gaza, vio allí una
prostituta y entró en su casa. 2 Co-
rrió la voz entre los de Gaza:
–¡Ha venido Sansón!
Entonces lo cercaron y se quedaron vi-
gilando junto a la puerta de la ciudad.
Toda la noche estuvieron tranquilos, di-
ciéndose:
–Al amanecer lo matamos.
3 Sansón estuvo acostado hasta me-
dianoche; a medianoche se levantó, agarró
las hojas de la puerta de la ciudad y el mar-
co que la sostenía, los arrancó con cerrojos
y todo, se los cargó a la espalda y los subió
a la cima del monte, frente a Hebrón.
4 Más tarde se enamoró Sansón de una
mujer de Valle Sorec, llamada Dalila. 5 Los
príncipes filisteos fueron a visitarla y le dije-
ron:
–Sedúcelo y averigua de dónde le viene
su gran fuerza y qué podríamos hacer para
sujetarlo y domarlo. Te daremos cada uno
mil cien monedas de plata.
6 Dalila le dijo a Sansón:
–Anda, dime el secreto de tu gran fuerza
y cómo se te podría sujetar y domar.
7 Sansón le respondió:
–Si me atan con siete cuerdas hu-
medecidas, sin dejarlas secar, perderé la
fuerza y seré como uno cualquiera.
8 Los príncipes filisteos le llevaron a Da-
lila siete cuerdas humedecidas, sin dejarlas
secar, y lo ató con ellas. 9 Y como ya antes
había escondido a unos hombres en su ha-
bitación, ella gritó:
–¡Sansón, te atacan los filisteos!
Él rompió las cuerdas como se rompe
un cordón quemado, y no se supo el secre-
to de su fuerza.
10 Dalila se le quejó:
–Vaya, me has engañado; me has dicho
una mentira. Anda, dime cómo se te puede
sujetar.
11 Él respondió:
–Si me atan bien con sogas nuevas, sin
estrenar, perderé la fuerza y seré como uno
cualquiera.
12 Dalila tomó sogas nuevas y lo ató con
ellas. Y le gritó:
–¡Sansón, te atacan los filisteos!
También esta vez ella había escondido
unos hombres en su habitación. Pero él
rompió las sogas de sus brazos, como si
fueran un hilo.
13 Dalila se le quejó:
–Hasta ahora me has engañado, me has
dicho una mentira. Anda, dime cómo se te
puede sujetar.

Él respondió:

–Si trenzas las siete trenzas de mi cabe-
llera con la urdimbre de un tejido y las fijas
con una clavija, perderé la fuerza y seré
como uno cualquiera.

14 Dalila lo dejó dormirse y le trenzó
las siete trenzas de la cabeza con la urdim-
bre y las fijó con la clavija en el suelo, y le
gritó:

–¡Sansón, te atacan los filisteos!

Él despertó y arrancó la clavija y la ur-
dimbre.

15 Ella se le quejó:

–¡Y luego dices que me quieres, pero tu
corazón no es mío! Es la tercera vez que me
engañas y no me dices el secreto de tu
fuerza.

16 Y como lo importunaba con sus que-
jas día tras día hasta marearlo, Sansón, ya
desesperado, 17 le dijo su secreto:

–Nunca ha pasado la navaja por mi ca-
beza, porque estoy consagrado a Dios des-
de antes de nacer. Si me corto el pelo per-
deré la fuerza, me quedaré débil y seré
como uno cualquiera.

18 Dalila se dio cuenta de que le había di-
cho su secreto, y mandó llamar a los prín-
cipes filisteos:

–Vengan ahora, que me ha dicho su se-
creto.

Los príncipes fueron allá, con el dinero.
19 Dalila dejó que Sansón se durmiera en
sus rodillas, y entonces llamó a un hombre,
que cortó las siete trenzas de la cabellera
de Sansón, y Sansón empezó a debilitarse,
su fuerza desapareció. 20 Dalila gritó:

–¡Sansón, te atacan los filisteos!

Él despertó y se dijo:

–Saldré como otras veces y me los sa-
cudiré de encima. Pero no sabía que el Se-
ñor lo había abandonado.

21 Los filisteos lo agarraron, le vaciaron
los ojos y lo bajaron a Gaza; lo ataron con
cadenas y lo tenían moliendo grano en la
cárcel. 22 Pero el pelo de la cabeza le em-
pezó a crecer apenas cortado.

23 Los príncipes filisteos se reunieron
para tener un gran banquete en honor de su
dios Dagón y hacer fiesta. Ellos cantaban:

24 Nuestro dios nos ha entregado
a Sansón, nuestro enemigo.

25 Cuando ya estaban alegres, dijeron:

–Saquen a Sansón, para que nos di-
vierta.

Sacaron a Sansón de la cárcel, y bailaba
en su presencia. Luego lo pusieron de pie
entre las columnas. 24 La gente al verlo ala-
bó a su dios:

Nuestro dios nos ha entregado
a Sansón, nuestro enemigo,
que asolaba nuestros campos
y aumentaba nuestros muertos.

26 Sansón rogó al niño que lo llevaba de
la mano:

–Déjame tocar las columnas que sostie-
nen el edificio para apoyarme en ellas.

27 La sala estaba repleta de hombres y
mujeres; estaban allí todos los príncipes fi-
listeos, y en la galería había unos tres mil
hombres y mujeres, viendo bailar a Sansón.

28 Entonces él invocó al Señor:

–¡Señor, acuérdate de mí! Dame la fuer-
za al menos esta vez para poder vengar en
los filisteos, de un solo golpe, la pérdida de
los dos ojos.

29 Palpó las dos columnas centrales,
apoyó las manos contra ellas, la derecha
sobre una y la izquierda sobre la otra, 30 y
exclamó: ¡Muera yo con los filisteos!, abrió
los brazos con fuerza, y el edificio se de-
rrumbó sobre los príncipes y sobre la gente
que estaba allí. Los que mató Sansón al
morir fueron más que los que mató en vida.

31 Luego bajaron sus parientes y toda su
familia, recogieron el cadáver y lo llevaron
a enterrar entre Sorá y Estaol, en la sepul-
tura de su padre, Manoj.

Sansón había gobernado a Israel veinte
años.

LA CONFEDERACIÓN ISRAELITA

Micá, el ídolo y el levita

17 [1] Había un hombre en la serranía de
Efraín llamado Micá. [2a] Un día dijo a
su madre:
–Aquellas mil cien monedas que te de-
saparecieron, por los que echaste una mal-
dición en mi presencia, mira, ese dinero yo
lo tengo, yo lo tomé. [3b] Pero ahora te lo de-
vuelvo.
[2b] Su madre exclamó:
–¡Dios te bendiga, hijo mío!
[3a] Trajo a su madre las mil cien mo-
nedas, y ella dijo:
–Consagro este dinero mío al Señor, en
favor de mi hijo, para hacer una estatua re-
vestida de metal fundido.
[4] Entonces entregó el dinero a su madre;
ella tomó doscientas monedas, se las llevó
al platero, que les hizo una estatua recu-
bierta de metal, y la pusieron en casa de
Micá.
[5] Aquel Micá tenía un lugar de culto, hizo
un efod y unos ídolos familiares y consagró
sacerdote a uno de sus hijos.
[6] Por entonces no había rey en Israel.
Cada uno hacía lo que le parecía bien.
[7] Un joven de Belén de Judá, de la tribu
de Judá, que era levita y residía allí como
emigrante, [8] salió de Belén de Judá con in-
tención de establecerse donde pudiera; fue
a la serranía de Efraín, y, de camino, fue a
dar a casa de Micá.
[9] Éste le preguntó:
–¿De dónde vienes?
El levita respondió:
–De Belén de Judá. Voy de camino, con
intención de establecerme donde pueda.
[10] Micá le dijo:
–Quédate conmigo, y serás para mí un
padre y un sacerdote. Te daré diez mone-
das al año, ropa y comida.
Y lo convenció.
[11] Así, el levita accedió a quedarse con
él, y Micá lo trató como a un hijo. [12] Lo con-
sagró, y el joven estuvo en casa de Micá
como sacerdote. [13] Micá pensó:
–Ahora estoy seguro de que el Señor me
favorecerá, porque tengo a un levita de sa-
cerdote.

Los danitas

18 [1] Por entonces no había rey en Is-
rael. Entonces también la tribu de
Dan andaba en busca de su herencia para
establecerse, porque aún no había recibido
su herencia entre las tribus de Israel.
[2] Los danitas enviaron a cinco de sus
hombres, gente valiente, de Sorá y Estaol,
a explorar el país, con el encargo de exa-
minar el país. Fueron a la serranía de Efra-
ín y llegaron a casa de Micá para hacer no-
che allí.
[3] Cuando estaban cerca de la casa de
Micá, reconocieron la voz del levita y se
acercaron. Le preguntaron:
–¿Quién te trajo acá? ¿Qué haces aquí?
¿En qué te ocupas?
[4] Él les contó cómo lo había traído Micá,
y añadió:
–Me ha contratado para que sea su sa-
cerdote.
[5] Ellos le pidieron:
–Consulta a Dios, a ver si va a salirnos
bien este viaje que estamos haciendo.
[6] El sacerdote les dio esta respuesta:
–Vayan tranquilos. El Señor ve con bue-
nos ojos su viaje.

17,1–18,31 Micá, el ídolo y el levita – Los danitas. Con la muerte de Sansón se acaba la serie de jueces y héroes. El epílogo del libro nos reserva aún dos abominaciones que cometerán los hijos de Israel en las serranías de Efraín. Los capítulos 17s cuentan la migración de los danitas, centrando la narración en el «levita errante». En estos capítulos, la ausencia de una autoridad religiosa hace que los sacerdotes hagan lo que quieran. No olvidemos que los hombres de la tribu de Leví estaban dedicados al culto (Nm 3). La última parte del libro (19–21) nos narra la escalofriante historia de la concubina de un Levita, que es violada toda la noche. La muerte de esta victima provocará un caos político entre las tribus de Israel. El epílogo nos informa en el transcurso de la narración que por entonces no había rey en Israel. Cada uno hacía lo que le parecía bien (17,6; 18,1; 19,1; 21,25). Desde el inicio de cada sección, el lector puede esperar lo peor, porque Dios está en «silencio» y los israelitas no son capaces de hacer justicia. No hay ningún líder que tenga la suficiente fuerza moral para unir a las tribus en el culto al Señor.

¿Qué sucede cuando tratamos de vivir sin Dios? ¿Qué sucede cuando cada uno hacemos lo que es bueno a nuestros ojos?

7 Los cinco hombres se pusieron en ca-
mino y llegaron a Lais. Observaron a la
gente que vivía en aquel lugar: era gente
confiada, como suelen ser los fenicios; viví-
an tranquilos y seguros, nadie cometía ac-
ciones ignominiosas y estaban bien abaste-
cidos. Sidón les quedaba lejos y no tenían
relaciones con los sirios.
8 Los exploradores volvieron a Sorá y
Estaol, donde estaban sus hermanos, que
les preguntaron:
–Hermanos, ¿qué noticias traen?
9 Respondieron:
–¡Vamos, marchemos contra ellos! He-
mos visto aquel país, y es de lo mejor. ¿Por
qué se quedan quietos? No duden en mar-
char allá a apoderarse del país; 10 que se
van a encontrar con una gente confiada,
unos terrenos espaciosos que Dios les da,
un sitio donde no escasean los productos
del campo.
11 Entonces emigraron de Sorá y Estaol
seiscientos hombres armados de la tribu de
Dan. 12 Subieron y acamparon cerca de
Quiriat Yearim de Judá; por eso aquel sitio
se llama hasta hoy Majné Dan. Queda a po-
niente de Quiriat Yearim. 13 Desde allí pasa-
ron la montaña de Efraín y llegaron cerca
de la casa de Micá.
14 Los cinco exploradores del país dije-
ron a sus hermanos:
–Sepan que en esta casa hay un efod,
unos ídolos familiares y una estatua de me-
tal fundido. Ustedes verán lo que tienen que
hacer.
15 Se desviaron hacia allá, llegaron a
casa del levita y lo saludaron. 16 Los seis-
cientos danitas armados se quedaron en
guardia junto al portal de entrada, 17 y los
cinco exploradores del país se adelantaron
y se metieron dentro a tomar la estatua, el
efod, los ídolos familiares y al sacerdote,
mientras los seiscientos hombres armados
estaban en guardia junto al portal de entra-
da. 18 Se metieron en la casa y tomaron la
estatua de metal, el efod e ídolos familiares,
pero el sacerdote les dijo:
–¿Qué están haciendo?
19 Le contestaron:
–¡Cállate y ven con nosotros! Queremos
que nos sirvas como sacerdote y que seas
como un padre para nosotros. ¿Qué te con-
viene más: ser sacerdote en casa de un par-
ticular o sacerdote de una tribu y un clan is-
raelita?
20 Al sacerdote le gustó. Recogió el efod,
los ídolos familiares y la estatua de metal y
se fue con ellos. 21 Emprendieron la mar-
cha, colocando al frente a las mujeres, los
niños, el ganado y sus enseres. 22 Iban ya
lejos de la casa, cuando Micá y los que es-
taban junto a la casa, dando la alarma, los
persiguieron de cerca. 23 Como venían gri-
tando, los danitas miraron atrás y pregun-
taron a Micá:
–¿Qué te pasa, que has dado la alarma?
24 Micá contestó:
–Me han robado mi dios, que me había
hecho, y mi sacerdote y se van sin dejarme
nada, ¿y todavía se atreven a preguntarme
qué me pasa?
25 Los danitas le contestaron:
–¡No nos levantes la voz! No sea que al-
gunos de los nuestros pierdan la paciencia
y te ataquen, y acaben perdiendo la vida
tanto tú como tus familiares.
26 Y siguieron su camino. Micá tuvo mie-
do, porque eran más fuertes ellos, y se vol-
vió a casa.
27 Los danitas, con el ídolo que había he-
cho Micá y con el sacerdote que tenía, fue-
ron a Lais, a aquella gente tranquila y con-
fiada. Los pasaron a cuchillo e incendiaron
la ciudad. 28 No hubo quien los librara, por-
que estaban lejos de Sidón y no tenían re-
laciones con los sirios. Estaba situada en el
valle que llaman Bet-Rejob. La reconstru-
yeron y se instalaron en ella, 29 llamándola
Dan, en recuerdo del patriarca hijo de Is-
rael. Antiguamente se llamaba Lais.
30 Los danitas erigieron la estatua. Y Jo-
natán, hijo de Guersón, hijo de Moisés, con
sus hijos, fueron sacerdotes de la tribu de
Dan hasta el destierro. 31 Todo el tiempo
que estuvo el templo de Dios en Siló tuvie-
ron instalada entre ellos la estatua de Micá.

El crimen de Guibeá
(Gn 19)

19 1 En aquel tiempo no había rey en
Israel. En la serranía de Efraín vivía
un levita que tenía una concubina de Belén
de Judá. 2 Ella le fue infiel y se marchó a
casa de su padre, a Belén de Judá, y estu-
vo allí cuatro meses. 3 Su marido se puso

en camino tras ella, a ver si la convencía
para que volviese. Llevó consigo un criado
y un par de burros. Llegó a casa de su sue-
gro, y al verlo, el padre de la chica salió
todo contento a recibirlo. 4 Su suegro, el pa-
dre de la chica, lo retuvo, y el levita se que-
dó con él tres días, comiendo, bebiendo y
durmiendo allí. 5 Al cuarto día madrugó y
se preparó para marchar. Pero el padre de
la chica le dijo:
–Repara antes tus fuerzas, prueba un
bocado y luego te irás.
6 Se sentaron a comer y beber juntos.
Después el padre de la chica dijo al yerno:
–Anda, quédate otro día, que te sentará
bien.
7 El levita se disponía a marchar; pero su
suegro le insistió tanto, que cambió de pa-
recer y se quedó allí.
8 A la mañana del quinto día madrugó
para marchar, y el padre de la chica le dijo:
–Anda, repón fuerzas.
Y se entretuvieron comiendo juntos,
hasta avanzado el día.
9 Cuando el levita se levantó para mar-
char con su concubina y el criado, el sue-
gro, el padre de la chica, le dijo:
–Mira, ya se hace tarde; pasa aquí la no-
che, que te sentará bien; mañana madru-
gas y haces el camino a casa. 10 Pero el le-
vita no quiso quedarse y emprendió el
viaje; así llegó frente a Jebús –o sea, Jeru-
salén–. Iba con los dos burros aparejados,
la concubina y el criado. 11 Llegaron cerca
de Jebús al atardecer, y le dice el criado a
su amo:
–Podemos desviarnos hacia esa ciudad
de los jebuseos y hacer noche en ella.
12 Pero el amo le respondió:
–No vamos a ir a una ciudad de ex-
tranjeros, de gente no israelita. Seguiremos
hasta Guibeá.
13 Y añadió:
–Vamos a acercarnos a uno de esos lu-
gares, y pasaremos la noche en Guibeá o
en Ramá.
14 Siguieron su camino, y cuando el sol
se ponía llegaron a Guibeá de Benjamín.
15 Se dirigieron allá para entrar a pasar la
noche. El levita entró en el pueblo y se ins-
taló en la plaza, pero nadie los invitó a su
casa a pasar la noche.
16 Ya de tarde llegó un viejo de su la-
branza. Era oriundo de la sierra de Efraín, y,
por tanto, emigrante también él en Guibeá.
Los del pueblo eran benjaminitas.
17 El viejo alzó los ojos y vio al viajero en
la plaza del pueblo. Le preguntó:
–¿Adónde vas y de dónde vienes?
18 Le respondió:
–Vamos de paso, desde Belén de Judá
hasta la serranía de Efraín; yo soy de allí y
vuelvo de Belén a mi casa; pero nadie me
invita a la suya, 19 y eso que traigo paja y
forraje para los burros, y tengo comida para
mí, para tu servidora y para el criado que
acompaña a tu servidor. No nos falta nada.
20 El viejo le dijo:
–¡Sé bienvenido! Yo me haré cargo de
todo lo que necesites. No voy a permitir
que pases la noche en la plaza.

19,1-21 El crimen de Guibeá. Con la historia del levita y su concubina, entramos a un mundo de terror. La indignación de Guibeá está rodeada de misterio y ambigüedad. Dios permanece en silencio en toda la historia. En esta narración no hay intervención divina para salvar a la concubina, como en el caso de Lot (Gn 19,8), posiblemente porque la protagonista es una mujer. No aparece ningún mensajero celestial como en el caso de Gedeón (6,12) y de la madre de Sansón (13,3); tampoco aparece ningún ángel (2,1-5) o profeta (6,7-10) que hablen a favor de la pobre muchacha. Dios no suplica ni argumenta (10,11-14), ni envía a un salvador (3,9). Parece que Dios hubiese encontrado en el sacrificio de la concubina la mejor manera de castigar a todo el pueblo por su idolatría.

En las sociedades nómadas la hospitalidad hacia los extranjeros era una obligación sagrada. La historia de Lot y del anciano de Guibeá constituye una evidencia clara de lo importante que era la protección del huésped. Lot prefirió ofrecer a sus hijas vírgenes a los sodomitas (Gn 19,8), y el anciano de Guibeá hará lo mismo para poder salvar el honor de su huésped. La historia del levita hace eco, casi literalmente, de la historia de Lot (Gn 19,1-9), con algunas diferencias. Muchas personas han querido encontrar tanto en la historia de Sodoma, como en esta historia una condenación a la «homosexualidad». Debemos evitar el anacronismo al interpretar la Biblia. La palabra homosexual aparece recién en el s. XIX. En estas dos historias el verdadero crimen es la inhospitalidad, violencia y agresión fálica contra los extranjeros. En ambas historias, el falo sirve como arma de agresión que establece la relación de dominio y sumisión, prácticas muy usadas en las guerras.

21 Lo metió en su casa, dio de comer a
los burros, los viajeros se lavaron los pies y
se pusieron a cenar.

La tragedia

22 Estaban pasando un momento agra-
dable cuando los del pueblo, unos perverti-
dos, rodearon la casa, y golpeando la puer-
ta, gritaron al viejo, dueño de la casa:
–Saca al hombre que ha entrado en tu
casa, para que nos aprovechemos de él.
23 El dueño de la casa salió afuera y les
rogó:
–Por favor, hermanos, por favor, no ha-
gan una barbaridad con ese hombre, por-
que ese hombre es mi huésped; ¡no come-
tan tal infamia! 24 Miren, están mi hija y su
concubina; las voy a sacar para que abusen
de ellas y hagan con ellas lo que quieran;
pero a ese hombre no se les ocurra hacerle
tal infamia.
25 Como no querían hacerle caso, el levi-
ta tomó a su mujer y la sacó afuera. Ellos
se aprovecharon de ella y la maltrataron
toda la noche hasta la madrugada; cuando
amanecía la soltaron.
26 Al rayar el día volvió la mujer y se
desplomó ante la puerta de la casa donde
se había hospedado su marido; allí quedó
hasta que clareó.
27 Su marido se levantó a la mañana,
abrió la puerta de la casa, y salía ya para
seguir el viaje, cuando encontró a la concu-
bina caída a la puerta de la casa, las manos
sobre el umbral. 28 Le dijo:
–Levántate, vamos.
Pero no respondía. Entonces la recogió,
la cargó sobre el burro y emprendió el via-
je hacia su pueblo.
29 Cuando llegó a su casa, agarró un cu-
chillo, tomó el cadáver de su concubina, lo
despedazó en doce trozos y los envió por
todo Israel.
30 Cuantos lo vieron comentaban:
–Nunca ocurrió ni se vio cosa igual des-
de el día en que salieron los israelitas de
Egipto hasta hoy. Reflexionen, deliberen y
decidan.

La guerra

20 1 Todos los israelitas, desde Dan
hasta Berseba, incluido el país de
Galaad, fueron como un solo hombre a reu-
nirse en asamblea ante el Señor en Mispá.
2 Asistieron a la asamblea del pueblo de
Dios los dignatarios del pueblo y todas las
tribus de Israel: cuatrocientos mil soldados
armados de espada.
3 Los benjaminitas se enteraron de que
los israelitas habían ido a Mispá. Los israe-
litas empezaron:
–Ustedes dirán cómo se cometió ese cri-
men.
4 El levita, marido de la que había sido
asesinada, respondió:
–Mi mujer y yo llegamos a Guibeá de
Benjamín para pasar la noche. 5 Los del
pueblo se levantaron contra mí, rodearon la
casa de noche intentando matarme, y abu-
saron de mi mujer hasta hacerla morir.

19,22-30 La tragedia. La infortunada mujer es violada durante toda la noche hasta que amanece (25). En toda el relato ella ha permanecido en silencio. Se habla sobre ella, se negocia con su cuerpo, no sabemos si ella quería volver con su marido; su padre y el levita deciden por ella. Ahora, se encuentra más sola que nunca; abandonada por su padre, traicionada por su marido y violada por algunos hombres violentos de la ciudad. La triste historia termina cuando la mujer cae en las manos del levita, en el umbral de la puerta de la casa (27). En este punto el lector se puede preguntar quién es peor, ¿la gente perversa que viola durante toda la noche a la concubina? O, ¿el «desmemoriado» levita que actúa como si nada hubiese pasado con su concubina? La actitud del levita es imperdonable, la sacrifica una vez y la vuelve a sacrificar al querer olvidar el evento de la noche anterior, cuando emerge de la casa de su anfitrión por la mañana. Y le dice las más escalofriantes palabras: «Levántate, vamos» (19,28) como si nada hubiese pasado. ¿Está muerta la mujer? La versión de los LXX oficialmente anuncia que la mujer está muerta; el texto hebreo es más ambivalente al respecto. Cuando el levita entra en casa, toma el cuchillo y descuartiza a la mujer en doce partes, quien, al parecer, se encuentra aún con vida. La anónima concubina, que durante toda la historia ha sido silenciada, ahora «habla» a través de su desmembrado cuerpo a todo Israel, pero su mensaje sigue siendo el de su opresor, porque el levita manipula y malinterpreta la heroica muerte de la mujer.

20,1-48 La guerra. La maldad del levita se vuelve aún más obvia cuando deliberadamente miente y manipula la muerte de su concubina para su propio interés, frente a los hijos de Israel que se reúnen en Mispá. Claro está que el levita omite decir que su negligencia y su maldad fueron las verdaderas causantes de la muerte de la concubina. En primer lugar,

6 Entonces tomé a la concubina, la despe-
dacé y envié los trozos por toda la herencia
de Israel, porque se había cometido un cri-
men infame en Israel. 7 Todos ustedes son
israelitas: deliberen y tomen una decisión.
8 Todo el pueblo se puso en pie como un
solo hombre, diciendo:
–Ninguno de nosotros marchará a su
tienda ni se volverá a su casa. 9 Ahora va-
mos a actuar así contra Guibeá: sorteare-
mos los que han de atacarla; 10 de todas las
tribus de Israel tomaremos diez hombres de
cada cien, cien de cada mil, mil de cada
diez mil, para encargarse de los víveres del
ejército que irá contra Guibeá de Benjamín
a castigar como se merece esa infamia que
han cometido en Israel.
11 Todos los israelitas, como un solo
hombre, se reunieron contra la ciudad.
12 Entonces las tribus israelitas mandaron
emisarios a la tribu de Benjamín a decirles:
–¿Qué explicación dan del crimen que
se ha cometido entre ustedes? 13 Entreguen
a esos pervertidos de Guibeá, para que los
matemos y así se borre este crimen de en
medio de Israel.
Pero los de Benjamín no quisieron hacer
caso de sus hermanos los israelitas.
14 Desde sus ciudades se congregaron en
Guibeá para ir a la guerra contra los israe-
litas. 15 De las ciudades de Benjamín se
alistaron aquel día veintiséis mil hombres
armados de espada, sin contar a los veci-
nos de Guibeá. 16 En todo aquel ejército se
alistaron setecientos zurdos, hombres que
manejaban tan bien la honda, que podían
darle con la piedra a un cabello, sin fallar
el tiro.
17 Los israelitas, excluidos los ben-
jaminitas, alistaron cuatrocientos mil hom-
bres armados de espada, todos ellos gente
aguerrida. 18 Se pusieron en camino hacia
Betel y consultaron a Dios:
–¿Quién de nosotros será el primero en
subir a luchar contra los benjaminitas?
El Señor respondió:
–Judá será el primero.
19 Los israelitas se levantaron temprano
y acamparon frente a Guibeá. 20 Salieron al
combate contra Benjamín y formaron fren-
te a Guibeá. 21 Pero los benjaminitas salie-
ron de Guibeá y dejaron tendidos en tierra
aquel día a veinte mil israelitas.
23 Los israelitas fueron a Betel a llorar
ante el Señor hasta la tarde. Le consulta-
ron:
–¿Volvemos a presentar batalla a nues-
tro hermano Benjamín?
El Señor respondió:
–Suban a atacarlo.
22 Entonces se rehicieron, volvieron a
formar en orden de batalla en el mismo si-
tio que el día anterior y 24 se acercaron a los
de Benjamín aquel segundo día. 25 Pero los
de Benjamín salieron a su encuentro desde
Guibeá aquel segundo día y dejaron tendi-
dos en tierra otros dieciocho mil israelitas
armados de espada.
26 Entonces subieron a Betel todos los
israelitas, todo el ejército, a llorar allí, sen-
tados ante el Señor. Ayunaron aquel día
hasta la tarde, ofrecieron al Señor holo-
caustos y sacrificios de comunión 27 y le
consultaron porque en aquella época esta-
ba allí el arca de la alianza 28 y oficiaba Fi-
neés, hijo de Eleazar, hijo de Aarón:
–¿Volvemos a salir al combate contra
nuestro hermano Benjamín, o desistimos?
El Señor respondió:
–Ataquen, que mañana se lo entregaré.
29 Entonces pusieron emboscadas en
torno a Guibeá 30 y marcharon contra Ben-
jamín el tercer día, formando frente a Gui-
beá como las otras veces.
31 Los benjaminitas salieron a su en-
cuentro, alejándose del pueblo, y como las

no dice que tuvo la oportunidad de pasar la noche en otra ciudad (19,11). En segundo, tampoco les comenta que él era el objeto de la violencia fálica de algunos hombres de Guibeá (19,22). En tercer lugar, bajo ningún concepto les informa que él fue quien empujo a la concubina fuera de la casa. Por último, el levita omite contar que encontró a la concubina en el umbral de la puerta, posiblemente aún con vida, pero, en lugar de ayudarla, terminó matándola para mover al pueblo entero a mostrar solidaridad con su deshonrada persona. El levita manipula maquiavélicamente los hechos logrando su propósito. La «indignación» que ha sufrido el levita demanda la solidaridad de todo Israel. Por esta razón, aun Dios toma partido por la causa del levita contra la gente impía de Guibeá. Dios es el que vence a Benjamín (35). El Dios de Israel reaparece, en medio del caos, para salvar a las pocas personas justas que luchan por erradicar de la comunidad la falta de respeto a las leyes de la hospitalidad.

otras veces, empezaron a destrozar y herir
por los caminos, el que sube a Betel y el
que va a Gabaón. Así mataron en campo
abierto a unos treinta israelitas, 32 y comen-
taron:
–Ya están derrotados, como el primer
día.
Pero es que los israelitas habían con-
venido:
–Emprenderemos la huida para alejarlos
de la ciudad hacia los caminos.
33 El grueso del ejército se reorganizó en
Baal-Tamar. Los que estaban emboscados
salieron de sus posiciones desde el claro de
Guibeá.
34 Diez mil hombres selectos de Israel
llegaron delante de Guibeá, y se entabló un
combate reñido, sin que los benjaminitas se
dieran cuenta de que el desastre se les
echaba encima. 35 El Señor los castigó ante
Israel: aquel día los israelitas hicieron a
Benjamín veinticinco mil cien bajas, todos
soldados armados de espada.
36 Los benjaminitas se vieron derrota-
dos. Los israelitas retrocedieron ante Ben-
jamín, contando con la emboscada que ha-
bían tendido contra Guibeá. 37 Los de la
emboscada asaltaron Guibeá rápidamente;
fueron y pasaron a cuchillo a toda la pobla-
ción.
38 Los israelitas habían convenido con
los de la emboscada en que, cuando hicie-
ran subir una humareda desde el pueblo,
39 ellos presentarían batalla.
Los de Benjamín lograron matar a unos
treinta israelitas, con lo que se confiaron, y
comentaron:
–Ya están derrotados, como en el primer
combate.
40 Pero en aquel momento empezó a su-
bir la humareda desde el pueblo. Los ben-
jaminitas miraron atrás y vieron que el pue-
blo entero subía en llamas al cielo;
41 entonces los israelitas presentaron bata-
lla, y los de Benjamín quedaron aterroriza-
dos viendo que el desastre se les echaba
encima, 42 y huyeron ante los israelitas, ca-
mino del desierto, con el enemigo pisándo-
les los talones.
Los que habían arrasado el pueblo les
cortaron el paso y 43 los dividieron, persi-
guiéndolos sin descanso; los persiguieron
hasta llegar frente a Guibeá, al oriente.
44 Las bajas de Benjamín fueron dieciocho
mil hombres, todos soldados.
45 En su huida se dirigieron hacia el de-
sierto, a Sela Harrimón; pero los israelitas
dieron alcance a cinco mil por los caminos,
los persiguieron de cerca, hasta Guideán, y
les mataron dos mil hombres. 46 Las bajas
de Benjamín aquel día fueron veinticinco
mil hombres armados de espada, todos
gente de guerra. 47 En su huida, seiscientos
hombres se dirigieron hacia el desierto, a
Sela Harrimón, y allí estuvieron cuatro me-
ses.
48 Los israelitas se volvieron contra los
de Benjamín. Los pasaron a cuchillo, desde
las personas hasta el ganado y todo lo que
encontraban; todas las ciudades que en-
contraron las incendiaron.

La paz

21 1 Los israelitas habían hecho este ju-
ramento en Mispá:
–Ninguno de nosotros dará su hija en
matrimonio a un benjaminita.
2 Fueron a Betel y estuvieron allí sen-
tados ante Dios hasta la tarde, gritando y
llorando inconsolables, 3 y decían:
–¿Por qué, Señor, Dios de Israel, ha pa-
sado esto en Israel, que ha desaparecido
hoy una tribu de Israel?
4 Al día siguiente madrugaron, constru-
yeron allí un altar y ofrecieron holocaustos
y sacrificios de comunión. 5 Después pre-
guntaron:

21,1-25 La paz. En vez de cantar y bailar después de la victoria, los Israelitas se reúnen por última vez en Betel, donde vuelven a llorar amargamente (2). Los israelitas no se reúnen a dar las a gracias a Dios por la victoria, sino para quejarse de que una tribu se ha desgajado hoy de Israel (7). Con grito abierto, los israelitas le preguntan a Dios: ¿Por qué, Señor, Dios de Israel, ha pasado esto en Israel? (3). La amnesia que sufre Israel no tiene límite. No quieren reconocer que fueron ellos mismos los que hicieron desaparecer a la tribu de Benjamín. La descripción de la ceremonia que hacen los israelitas en el segundo día en Betel parece ser una parodia de la ceremonia de la alianza que Moisés realiza con Dios. Moisés también se levantó temprano y construyó un altar, colocó doce piedras, una por cada tribu de Israel, mató toros y los ofreció como holocaustos de reconciliación a Dios (Éx 24,4s). La diferencia es que en esta ocasión, los gue-

–¿Quién de entre todas las tribus de Is-
rael no acudió a la asamblea ante el Señor?
Porque se habían juramentado solem-
nemente contra el que no se presentase
ante el Señor en Mispá, en estos términos:
morirá irremediablemente.
6 Los israelitas sentían lástima por su
hermano Benjamín y comentaban:
–¡Una tribu se ha desgajado hoy de Is-
rael! 7 ¿Cómo proveer de mujeres a los su-
pervivientes? Porque nosotros nos hemos
juramentado por el Señor a no darles a
nuestras hijas en matrimonio. 8 ¿Quién de
las tribus de Israel no se presentó ante el
Señor en Mispá?
Resultó que ningún hombre de Yabés de
Galaad había venido al campamento para
la asamblea; 9 al pasar revista a la tropa,
vieron que allí no había nadie de Yabés de
Galaad. 10 Entonces la asamblea mandó
allá doce mil soldados, con esta orden:
–Vayan y pasen a cuchillo a Yabés de
Galaad, sin perdonar mujeres ni niños.
11 Háganlo de modo que exterminen a to-
dos los hombres y a las mujeres casadas,
dejando con vida a las solteras.
Así lo hicieron. 12 Y resultó que en Yabés
de Galaad había cuatrocientas muchachas
jóvenes no casadas, y las llevaron al cam-
pamento de Siló, en tierra de Canaán.
13 Luego envió la asamblea una embajada a
los benjaminitas de Sela Harrimón, con
propuestas de paz. 14 Los benjaminitas vol-
vieron, y los hombres de Israel les dieron
las mujeres que quedaban de Yabés de Ga-
laad, pero no hubo para todos.
15 El pueblo se compadeció de Ben-
jamín, porque el Señor había abierto una
brecha en las tribus israelitas. 16 Los ancia-
nos de la asamblea se preguntaban:
–¿Cómo proveer de mujeres a los super-
vivientes? Porque las mujeres de Benjamín
han sido exterminadas. 17 ¡Que los supervi-
vientes de Benjamín tengan herederos y no
se borre una tribu de Israel! 18 Claro que
nosotros no podemos darles nuestras hijas
en matrimonio. Porque habían jurado: ¡Mal-
dito el que dé una mujer a Benjamín!
19 Entonces propusieron:
–Está la fiesta del Señor, que se celebra
todos los años en Siló, al norte de Betel, al
este del camino que va de Betel a Siquén,
al sur de Libna.
20 Y dieron estas instrucciones a los ben-
jaminitas:
–Vengan a esconderse entre las viñas,
21 y estén atentos: cuando salgan las mu-
chachas de Siló a bailar en grupos, salgan
también ustedes de las viñas, y róbese cada
uno una mujer, y váyanse a su tierra. 22 Si
luego vienen sus padres o hermanos a pro-
testar contra ustedes, les diremos: Tengan
compasión de ellos, que no las han raptado
como esclavas de guerra ni ustedes se las
han dado; porque en ese caso serían culpa-
bles.
23 Los benjaminitas lo hicieron así, y de
las danzantes que habían raptado se que-
daron con las mujeres que necesitaban.
Después se volvieron a su herencia, re-
construyeron sus ciudades y las habitaron.
24 Los israelitas se reintegraron, cada
uno a su tribu y su clan, y se fueron de allí
cada cual a su herencia. 25 Por entonces no
había rey en Israel; cada uno hacía lo que le
parecía bien.

---

rreros de Israel se han sentado a ofrecer holocaustos con sus manos manchadas de sangre. Lo que es más triste es que el holocausto de comunión que le ofrecen a Dios no les arranca el arrepentimiento de sus muchas iniquidades. Por entonces no había rey en Israel; cada uno hacía lo que le parecía bien (25), con estas palabras se cierra este libro, que nos narra una época de búsqueda, e infidelidades, de amor y desamor, entre Israel y Dios. El lector es invitado a descubrir la presencia misteriosa de Dios en lo ordinario de la vida con sus luces y con sus sombras, para no cometer los mismos errores del pueblo de Israel.



SAMUEL

El libro de Samuel se llama así por uno de sus personajes decisivos, no porque sea él el autor. Está artificialmente divido en dos partes, que se suelen llamar primer libro y segundo libro, aunque en realidad constituyen la primera y segunda parte de una misma obra.

Tema del libro. El tema central es el advenimiento de la monarquía bajo la guía de Samuel como juez y profeta. Samuel actúa como juez con residencia fija e itinerante. Aunque prolonga la serie de jueces precedentes como Débora, Gedeón, Jefté y Sansón, Samuel recibe una vocación nueva: ser mediador de la Palabra de Dios, ser un profeta. Al autor le interesa mucho el detalle y proyecta esa vocación a la adolescencia de su personaje. En virtud de dicha vocación, el muchacho se enfrenta con el sacerdote del santuario central; más tarde introduce un cambio radical: unge al primer rey, lo condena, unge al segundo, se retira, desaparece, y hasta se asoma por un momento desde la tumba. Cuando muere, toman su relevo Gad y Natán.

En otras palabras, el autor que escribe en tiempos de Josías, uno de los reyes buenos, o el que escribe durante el destierro, nos hace saber que la monarquía está sometida a la palabra profética.

Marco histórico. Con razonable probabilidad podemos situar los relatos en los siglos XI y X a.C. Hacia el año 1030 Saúl es ungido rey, David comenzaría su reinado en Hebrón hacia el 1010 y Salomón en el 971. Los grandes imperios atraviesan momentos de cambios y crisis internas y durante este largo compás de silencio pueden actuar como solistas sobre el suelo de Palestina dos pueblos relativamente recientes en dicho lugar: filisteos e israelitas.

Maestría narrativa. Si lo referente a la historicidad es hipotético, lo que es indudable e indiscutible es la maestría narrativa de esta obra. Aquí alcanza la prosa hebrea una cumbre clásica. Aquí el arte de contar se muestra inagotable en los argumentos, intuidor de lo esencial, creador de escenas impresionantes e inolvidables, capaz de decir mucho en poco espacio y de sugerir más.

El autor o autores sabían contar y gozaban contando; no menos gozaron los antiguos oyentes y lectores; del mismo deleite debemos participar en la lectura del libro, recreándolo en la contemplación gozosa de unos relatos magistrales.

Samuel. En su elogio de los antepasados, Ben Sirá –o Eclesiástico–, traza así el perfil de Samuel: «Amado del pueblo y favorito de su Creador, pedido desde el vientre materno, consagrado como profeta del Señor, Samuel juez y sacerdote» (46,13). Sacerdote porque ofrecía sacrificios. Juez de tipo institucional, porque resuelve pleitos y casos, no empuña la espada ni el bastón de mando. Cuando su judicatura intenta convertirse en asunto familiar por medio de la sucesión de sus hijos, fracasa. Profeta, por recibir y trasmitir la Palabra de Dios. Hch 13,20s lo llama profeta; Heb 11,32 lo coloca en su lista entre los jueces y David.

Un monte en las cercanías de Jerusalén perpetúa su nombre: «Nebi Samwil». ¿Y no es Samuel como una montaña? Descollante, cercano al cielo y bien plantado en tierra, solitario, invitador de tormentas, recogiendo la primera luz de un nuevo sol y proyectando una ancha sombra sobre la historia.

La monarquía. Fue para los israelitas una experiencia ambivalente, con más peso en el platillo negativo de la balanza. En realidad pocos monarcas respondieron a su misión religiosa y política. Aunque es verdad que los hubo buenos: David, Josafat, Ezequías, Josías (cfr. Eclo 49a). Por otra parte, los salmos dan testimonio de una aceptación sincera y hasta de un entusiasmo hiperbólico por la monarquía. Antes de ser leídos en clave mesiánica los salmos reales expresaron la esperanza de justicia y de paz, como bendición canalizada por el Ungido.

Pues bien, el autor proyecta la ambigüedad y las tensiones al mismo origen de la monarquía –remontarse a los orígenes para explicar el presente o la historia es hábito mental hebreo–. Explícita o implícitamente el libro nos hace presenciar o deducir las dos tendencias, en pro o en contra de la monarquía. Es un acto de honradez del autor el haber concedido la voz en sus páginas a los dos partidos.

1 SAMUEL

Nacimiento de Samuel

1 1 Había un hombre sufita, oriundo de
Ramá, en la serranía de Efraín, llama-
do Elcaná, hijo de Yeroján, hijo de Elihú,
hijo de Toju, hijo de Suf, efraimita. 2 Tenía
dos mujeres: una se llamaba Ana y la otra
Feniná. Feniná tenía hijos y Ana no los te-
nía. 3 Aquel hombre solía subir todos los
años desde su pueblo para adorar y ofrecer
sacrificios al Señor Todopoderoso en Siló,
donde estaban de sacerdotes del Señor los
dos hijos de Elí: Jofní y Fineés.
4 Llegado el día de ofrecer el sacrificio,
repartía raciones a su mujer Feniná para
sus hijos e hijas, 5 mientras que a Ana le
daba sólo una ración, y eso que la quería,
pero el Señor la había hecho estéril. 6 Feni-
ná, su rival, la insultaba burlándose de ella
para mortificarla, porque el Señor la había
hecho estéril. 7 Así sucedía año tras año;
siempre que subían al templo del Señor, so-
lía insultarla así. Una vez Ana lloraba y no
comía. 8 Y Elcaná, su marido, le dijo:
–Ana, ¿por qué lloras y no comes? ¿Por
qué te afliges? ¿No valgo yo para ti más
que diez hijos?
9 Entonces, después de la comida en
Siló, mientras el sacerdote Elí estaba senta-
do en su silla, junto a la puerta del templo
del Señor, Ana se levantó, 10 y con el alma
llena de amargura se puso a rezar al Señor,
llorando desconsoladamente. 11 Y añadió
este voto:
–Señor Todopoderoso, si te fijas en la
humillación de tu servidora y te acuerdas
de mí, si no te olvidas de tu servidora y le
das a tu servidora un hijo varón, se lo en-
trego al Señor de por vida y no pasará la
navaja por su cabeza.
12 Mientras ella rezaba y rezaba al Señor,
Elí observaba sus labios. 13 Y como Ana
oraba en silencio, y no se oía su voz aunque
movía los labios, Elí la creyó borracha 14 y
le dijo:
–¿Hasta cuándo te va a durar la bo-
rrachera? Ve a que se te pase el efecto del
vino.
15 Ana respondió:
–No es así, señor. Soy una mujer que su-
fre. No he bebido vino ni licor, estaba des-
ahogándome ante el Señor. 16 No creas que
esta servidora tuya es una descarada; si he
estado hablando hasta ahora, ha sido de
pura congoja y aflicción.
17 Entonces Elí le dijo:
–Vete en paz. Que el Dios de Israel te
conceda lo que le has pedido.
18 Ana respondió:
–¡Que tu servidora pueda gozar siempre
de tu favor!
Luego se fue por su camino, comió y no
parecía la de antes. 19 A la mañana si-
guiente madrugaron, adoraron al Señor y
se volvieron. Llegados a su casa de Ramá,
Elcaná se unió a su mujer Ana, y el Señor
se acordó de ella. 20 Ana concibió, dio a luz
un hijo y le puso de nombre Samuel, di-
ciendo:
–¡Al Señor se lo pedí!
21 Pasado un año, su marido, Elcaná, su-
bió con toda la familia para hacer el sacrifi-
cio anual al Señor y cumplir la promesa.

1,1-28 Nacimiento de Samuel. Se abre el Primer libro de Samuel con la historia del nacimiento de quien será el personaje central de la obra, y quien le da el nombre al libro. El nacimiento de Samuel encuadra muy bien en el género literario «nacimiento de héroes»; mas la intencionalidad del autor no es tanto subrayar las condiciones extraordinarias en que nace el niño, de una mujer estéril, amada por su esposo, pero repudiada y humillada por otra mujer fecunda, la otra esposa de su marido; la verdadera intencionalidad es ilustrar el estado en que se encuentra la historia misma del pueblo, un pueblo al que Dios ama, pero que no produce los frutos que se esperan de ese amor, de esa relación. De entrada, pues, se comienza a percibir el sabor profético del libro que con cierta razón en el canon hebreo figura entre los profetas. Israel ha de sentir el rechazo y la burla de otros –pueblos– y debe volverse al Señor con fe y confianza, tal vez el Señor tenga piedad y lo haga fecundo. Así como Ana en su esterilidad ha concebido un hijo, del mismo modo, Israel, también en su esterilidad, traducida en estancamiento y decadencia social, religiosa y política, pueda evolucionar hacia un proyecto de pueblo más acorde con el proyecto de la justicia y de la vida, al que el Señor lo ha llamado.

22 Ana se excusó para no subir, diciendo a su marido:

–Cuando destete al niño, entonces lo llevaré para presentárselo al Señor y que se quede allí para siempre.

23 Su marido, Elcaná, le respondió:

–Haz lo que te parezca mejor; quédate hasta que lo destetes. Y que el Señor te conceda cumplir tu promesa.

Ana se quedó en casa y crió a su hijo
hasta que lo destetó. 24 Entonces subió con
él al templo del Señor de Siló, llevando un
novillo de tres años, una medida de harina
y un odre de vino. 25 Cuando mataron el no-
villo, Ana presentó el niño a Elí, 26 diciendo:

–Señor, por tu vida, yo soy la mujer que
estuvo aquí, junto a ti, rezando al Señor.
27 Este niño es lo que yo pedía; el Señor me
ha concedido mi petición. 28 Por eso yo se
lo cedo al Señor de por vida, para que sea
suyo.

Después se postraron ante el Señor.

Canto de Ana
(Sal 113; Lc 1,46-55)

2 1 Y Ana rezó esta oración:
Mi corazón
se regocija por el Señor,
en Dios me siento llena de fuerza,
mi boca se ríe de mis enemigos,
porque tu salvación
me ha llenado de alegría.
2 No hay santo como el Señor,
no hay roca como nuestro Dios.
3 No multipliquen discursos arrogantes,
que la insolencia
no les brote de la boca,
porque el Señor es un Dios que sabe,
él es quien pesa las acciones.
4 Se rompen los arcos de los valientes,
mientras los cobardes
se visten de valor;
5 los satisfechos se contratan por el pan,
mientras los hambrientos engordan;
la mujer estéril da a luz siete hijos,
mientras la madre de muchos
se marchita.
6 El Señor da la muerte y la vida,
hunde en el abismo y levanta;
7 el Señor da la pobreza y la riqueza,
humilla y enaltece.
8 Él levanta del polvo al desvalido,
alza de la basura al pobre,
para hacer que se siente
entre príncipes
y que herede un trono glorioso,
porque del Señor
son los pilares de la tierra
y sobre ellos afianzó el mundo.
9 Él protege los pasos de sus amigos
mientras los malvados
perecen en las tinieblas
–porque el hombre
no triunfa por su fuerza–.
10 El Señor desbarata a sus contrarios,
el Altísimo truena desde el cielo,
el Señor juzga
hasta el confín de la tierra.
Él da autoridad a su rey,
exalta el poder de su Ungido.

Samuel y Elí

11 Ana volvió a su casa de Ramá, y el
niño estaba al servicio del Señor, a las ór-
denes del sacerdote Elí. 12 En cambio, los
hijos de Elí eran unos desalmados: no res-
petaban al Señor 13 ni las obligaciones de
los sacerdotes con la gente. Cuando una

2,1-10 Canto de Ana. En sentido estricto, este cántico se puede denominar «Salmo real», ya que se inspira en la victoria de un rey y, además, porque el versículo final revela quién es el que lo canta, el rey, el ungido del Señor. Se trataría, por tanto, de un canto compuesto en la época de la monarquía, y el redactor final del Primer libro de Samuel lo ubica aquí y lo pone en labios de Ana que acaba de obtener una victoria: la infecundidad, señal de muerte, rechazo, humillación, el Señor la ha convertido en fecundidad, señal de vida. Se subraya la confianza en el poder del Señor y el fracaso de los prepotentes y poderosos que ponen su confianza en sus propias fuerzas. El soberbio siempre va a fracasar aunque por momentos todo parezca que está a su favor; se reconoce, pues, la total soberanía de Dios que es quien al final de todo dirige el curso de las acciones, no porque desconozca la libertad humana, ni porque tenga interés alguno en entorpecer la acción del hombre, sino porque la experiencia histórica enseña que jamás los planes de muerte pueden anular el plan de vida que de algún modo siempre se hace presente. Es el mismo sentimiento y la misma visión que Lucas pone en labios de María cuando canta las acciones justas de Dios por encima de las acciones injustas de los hombres, en el «Magnificat».

2,11-36 Samuel y Elí. El joven Samuel, signo de la vida nueva y de la época nueva hacia la cual debía orientarse la vida de Israel, iba creciendo, y su conducta agradaba tanto al Señor como a los hombres

persona ofrecía un sacrificio, mientras se
guisaba la carne, venía el ayudante del sa-
cerdote empuñando un tenedor, 14 lo clava-
ba dentro de la olla o el caldero, en la cace-
rola o la cazuela, y todo lo que enganchaba
el tenedor se lo llevaba al sacerdote. Así
hacían con todos los israelitas que acudían
a Siló. 15 Incluso antes de quemar la grasa,
iba el ayudante del sacerdote y decía al que
iba a ofrecer el sacrificio:

–Dame la carne para el asado del sa-
cerdote. Tiene que ser cruda, no te acepta-
rá carne cocida.

16 Y si el otro respondía:

–Primero hay que quemar la grasa, lue-
go puedes llevarte lo que se te antoje.

Le replicaba:

–No. O me la das ahora o me la llevo por
la fuerza.

17 Aquel pecado de los ayudantes era
grave a juicio del Señor, porque desacredi-
taban las ofrendas al Señor.

18 Por su parte, el muchacho Samuel se-
guía al servicio del Señor y llevaba puesto un
efod de lino. 19 Su madre solía hacerle un
manto, y cada año se lo llevaba cuando subía
con su marido a ofrecer el sacrificio anual.
20 Y Elí bendecía a Elcaná y a su mujer:

–El Señor te dé un descendiente de esta
mujer, en compensación por el préstamo
que ella hizo al Señor.

Luego se volvían a casa.

21 El Señor intervino a favor de Ana, que
concibió y dio a luz tres niños y dos niñas.
El niño Samuel crecía en el templo del Se-
ñor.

22 Elí era muy viejo. A veces oía cómo
trataban sus hijos a todos los israelitas y
que se acostaban con las mujeres que ser-
vían a la entrada de la tienda del encuentro.
23 Y les decía:

–¿Por qué hacen eso? La gente me
cuenta lo mal que se portan. 24 No, hijos, no
está bien lo que me cuentan; están escan-
dalizando al pueblo del Señor. 25 Si un hom-
bre ofende a otro, Dios puede hacer de ár-
bitro; pero si un hombre ofende al Señor,
¿quién intercederá por él?

Pero ellos no hacían caso a su padre,
porque el Señor había decidido que murie-
ran.

26 En cambio, el niño Samuel iba cre-
ciendo, y lo apreciaban el Señor y los hom-
bres.

27 Un hombre de Dios se presentó a Elí y
le dijo:

–Así dice el Señor: Yo me revelé a la fa-
milia de tu padre cuando todavía eran es-
clavos del Faraón en Egipto. 28 Entre todas
las tribus de Israel me lo elegí para que fue-
ra sacerdote, subiera a mi altar, quemara
mi incienso y llevara el efod en mi presen-
cia, y concedí a la familia de tu padre par-
ticipar en las oblaciones de los israelitas.
29 ¿Por qué han tratado con desprecio mi
altar y las ofrendas que mandé hacer en mi
templo? ¿Por qué tienes más respeto a tus
hijos que a mí, engordándolos con las pri-

---

(26); en contraposición, el narrador describe el comportamiento pecaminoso de los hijos de Elí, sacerdote legítimo y bueno, pero que no puede ya hacer nada para que la institución como tal recobre su sentido original. De este modo «los hijos de Elí» son la encarnación de una institución, la religiosa, en decadencia, cuyas obras, el triple pecado de sus representantes: pecado contra el culto, contra las mujeres que servían en el santuario y contra su padre, máxima autoridad de la institución, comprometen la estabilidad no sólo religiosa, sino también socio-política del pueblo. Así lo interpreta el profeta anónimo e inesperado que anuncia el final de Elí y de sus hijos, y así queda descrito e ilustrado el sentido simbólico que posee la historia personal de Ana. El juicio que hace la corriente Deuteronomista (**D**), responsable de esta relectura histórica de los libros de Samuel, es que una institución tan importante para la vida de Israel como era la religiosa, no produjo los frutos esperados, y por tanto era necesario dar paso a nuevos actores que estuvieran más a tono con el querer divino. Ahí está Samuel, creciendo en presencia del Señor; sin embargo, también sus hijos serán en el futuro, protagonistas de la decadencia y hundimiento de la institución que representan. Cabría preguntarse, entonces, ¿qué es lo que en definitiva tiene que cambiar cuando comienzan a registrarse estos rasgos de decadencia, los actores o las instituciones y estructuras como tal? Para nosotros hoy, que contamos con criterios nuevos y con la luz del Evangelio de Jesús, aunque pueda parecer doloroso, el camino lógico es lograr que las instituciones y las estructuras «revienten» para que den paso a formas de vida nueva; pero como es obvio, el cambio, o si se prefiere, la caída de las estructuras anquilosadas y monolíticas, tiene que darse desde el interior mismo de las personas, un cambio institucional y estructural no se da por sí solo, ni por más oráculos, ni amenazas, ni decretos; sólo hay cambio cuando las personas deciden cambiar desde dentro, cuando se llega a la conciencia clara de que «a vino nuevo, odres nuevos» (Mc 2,22).

micias de mi pueblo, Israel, ante mis propios ojos?

30 Por eso –oráculo del Señor, Dios de Israel–, aunque yo te prometí que tu familia y la familia de tu padre estarían siempre en mi presencia, ahora –oráculo del Señor– no será así. Porque yo honro a los que me honran y serán humillados los que me desprecian.

31 Mira, llegará un día en que arrancaré tus brotes y los de la familia de tu padre, y nadie llegará a viejo en tu familia. 32 Mirarás con envidia todo el bien que haré en Israel; nadie llegará a viejo en tu familia. 33 Y si dejo a alguno de los tuyos que sirva a mi altar, se le consumirán los ojos y se irá acabando; pero la mayor parte de tu familia morirá a espada de hombres. 34 Será una señal para ti lo que les va a pasar a tus dos hijos, Jofní y Fineés: los dos morirán el mismo día.

35 Yo me nombraré un sacerdote fiel, que hará lo que yo quiero y deseo; le daré una familia estable y vivirá siempre en presencia de mi ungido. 36 Y los que sobrevivan de tu familia vendrán a postrarse ante él para mendigar algún dinero y una torta de pan, rogándole: Por favor, dame un empleo cualquiera como sacerdote, para poder comer un pedazo de pan.

Vocación de Samuel
(Is 6; Jr 1)

3 1 El niño Samuel oficiaba ante el Señor con Elí. La Palabra del Señor era rara en aquel tiempo y no abundaban las visiones. 2 Un día Elí estaba acostado en su habitación. Sus ojos empezaban a apagarse y no podía ver. 3 Aún no se había apagado la lámpara de Dios, y Samuel estaba acostado en el santuario del Señor, donde estaba el arca de Dios. 4 El Señor llamó:

–¡Samuel, Samuel!

Y éste respondió:

–¡Aquí estoy!

5 Fue corriendo adonde estaba Elí, y le dijo:

–Aquí estoy; vengo porque me has llamado.

Elí respondió:

–No te he llamado, vuelve a acostarte.

6 Samuel fue a acostarse, y el Señor lo llamó otra vez. Samuel se levantó, fue a donde estaba Elí, y le dijo:

–Aquí estoy; vengo porque me has llamado.

Elí respondió:

–No te he llamado, hijo; vuelve a acostarte.

7 Samuel no conocía todavía al Señor; aún no se le había revelado la Palabra del Señor.

8 El Señor volvió a llamar por tercera vez. Samuel se levantó y fue a donde estaba Elí, y le dijo:

–Aquí estoy; vengo porque me has llamado.

Elí comprendió entonces que era el Señor quien llamaba al niño, 9 y le dijo:

–Anda, acuéstate. Y si te llama alguien, dices: Habla, Señor, que tu servidor escucha.

Samuel fue y se acostó en su sitio. 10 El Señor se presentó y lo llamó como antes:

–¡Samuel, Samuel!

Samuel respondió:

–Habla, que tu servidor escucha.

11 Y el Señor le dijo:

–Mira, voy a hacer una cosa en Israel, que a los que la oigan les retumbarán los oídos. 12 Aquel día ejecutaré contra Elí y su familia todo lo que he anunciado sin que falte nada. 13 Comunícale que condeno a su familia definitivamente, porque él sabía que sus hijos maldecían a Dios y no los repren-

---

3,1–4,1 Vocación de Samuel. Continúa el contraste entre la decadencia religiosa encarnada en los hijos de Elí y el florecer de una época nueva, encarnada en el joven Samuel. El triple llamado al cual responde Samuel dirigiéndose al anciano Elí, ilustra en cierto modo la desorientación y la incertidumbre por la cual avanza el pueblo. Con toda razón se puede afirmar que en este pasaje los protagonistas no son ni Elí, ni Samuel; la protagonista es la Palabra de Dios que irrumpe en la oscuridad, en las tinieblas y en la vida recién comenzada del joven Samuel. Se trata, por tanto, de la Palabra de vida que llama a su servicio, servicio que se orienta esencialmente a la vida. Samuel, que ha estado a las órdenes de Elí, pasará ahora a servir en exclusiva a esa Palabra. Es Dios mismo que apela a este instrumento humano para hacer cosas nuevas; y Samuel adquiere renombre en todo Israel, de norte a sur, no por sí mismo, sino por su servicio a la Palabra; como profeta «acreditado» conoce la voluntad de Dios, sus propósitos, y por su medio todo Israel también puede conocerlos.

dió. 14 Por eso juro a la familia de Elí que ja-
más se expiará su pecado, ni con sacrificios
ni con ofrendas.

15 Samuel siguió acostado hasta la ma-
ñana siguiente, y entonces abrió las puertas
del santuario. No se atrevía a contarle a Elí
la visión, 16 pero Elí lo llamó:

–Samuel, hijo.

Respondió:

–Aquí estoy.

17 Elí le preguntó:

–¿Qué es lo que te ha dicho? No me lo
ocultes. Que el Señor te castigue si me
ocultas una palabra de todo lo que te ha di-
cho.

18 Entonces Samuel le contó todo, sin
ocultarle nada. Elí comentó:

–¡Es el Señor! Que haga lo que le parez-
ca bien.

19 Samuel crecía, y el Señor estaba con
él; ninguna de sus palabras dejó de cum-
plirse, 20 y todo Israel, desde Dan hasta Ber-
seba, supo que Samuel era profeta acredi-
tado ante el Señor. 21 El Señor siguió
manifestándose en Siló, donde se había re-
velado a Samuel.

4 1 La palabra de Samuel se escuchaba
en todo Israel.

Victoria filistea

En aquellos días los filisteos se reunie-
ron para atacar a Israel. Los israelitas salie-
ron a enfrentarse con los filisteos y acam-
paron junto a Eben-Ézer, mientras que los
filisteos acampaban en Afec. 2 Los filisteos
formaron en orden de batalla frente a Israel.
Entablada la lucha, Israel fue derrotado por
los filisteos; de sus filas murieron en el
campo unos cuatro mil hombres. 3 La tropa
volvió al campamento, y los ancianos de Is-
rael deliberaron:

–¿Por qué el Señor nos ha hecho sufrir
hoy una derrota a manos de los filisteos?
Vamos a Siló, a traer el arca de la alianza
del Señor, para que esté entre nosotros y
nos salve del poder enemigo.

4 Mandaron gente a Siló, y de allí traje-
ron el arca de la alianza del Señor Todopo-
deroso, que tiene su trono sobre querubi-
nes. Los dos hijos de Elí, Jofní y Fineés,
fueron con el arca de la alianza de Dios.
5 Cuando el arca de la alianza del Señor lle-
gó al campamento, todo Israel lanzó a ple-
no pulmón el grito de guerra, y la tierra re-
tembló. 6 Al oír el estruendo de aquel grito,
los filisteos se preguntaron:

–¿Qué significa ese grito que retumba en
el campamento hebreo?

Entonces se enteraron de que el arca del
Señor había llegado al campamento, 7 y
muertos de miedo decían:

–¡Su Dios ha llegado al campamento!
¡Ay de nosotros! Es la primera vez que nos
pasa esto. 8 ¡Ay de nosotros! ¿Quién nos li-
brará de la mano de esos dioses poderosos,
los dioses que hirieron a Egipto con toda
clase de calamidades y epidemias? 9 ¡Valor,
filisteos! ¡Sean hombres y no serán escla-
vos de los hebreos, como lo han sido ellos
de nosotros! ¡Sean hombres y al ataque!

10 Los filisteos se lanzaron a la lucha y
derrotaron a los israelitas, que huyeron a la
desbandada. Fue una derrota tremenda:
cayeron treinta mil de la infantería israelita.
11 El arca de Dios fue capturada y los dos
hijos de Elí, Jofní y Fineés, murieron.

4,2-11 Victoria filistea. A partir de este momento, y hasta el capítulo 6, encontraremos varias alusiones al Arca de la Alianza como figura central de la narración; se trata de una manera de aludir a la presencia de Dios en medio de Israel, pero parece que no siempre el Arca está acompañada de esa presencia divina. Precisamente en este pasaje queda consignado cómo Israel fracasa dos veces en la guerra contra los filisteos, una vez porque sale a la batalla sin ella, y la segunda, aunque ha recurrido a ella y la llevan a la guerra, la presencia de Dios, sin embargo, no está ahí. Es apenas lógico que Israel tenga que sufrir estas derrotas sucesivas, pues poco a poco ha ido olvidando sus compromisos como pueblo, la calidad del proyecto de la justicia, base principal de la Alianza, ha ido degenerando y, por tanto, no está en condiciones de enfrentar las hostilidades externas. No se trata, pues, de una ausencia real de Dios, es más bien la manera como el narrador quiere enseñar que cuando el pueblo se aparta de su Dios, necesariamente sus empresas van al fracaso. He ahí la respuesta al conmovedor interrogante de los ancianos del pueblo, «¿Por qué el Señor nos ha hecho sufrir hoy una derrota...?» (3). La segunda derrota es mucho más estruendosa que la primera y con consecuencias mucho más funestas: el Arca ha sido capturada por los filisteos y con ello, se puede decir, que el enemigo ha atrapado el mejor botín de guerra, han dejado «huérfano» a Israel. El signo de la consecuencia de esta ausencia del Arca es la muerte de los hijos de Elí.

Muerte de Elí

12 Un benjaminita salió corriendo de las
filas y llegó a Siló aquel mismo día, con la
ropa desgarrada y la cabeza cubierta de
polvo. 13 Cuando llegó, allí estaba Elí, sen-
tado en su silla, junto a la puerta, mirando
con ansia el camino, porque temblaba por
el arca de Dios. Aquel hombre entró por el
pueblo dando la noticia, y toda la población
se puso a gritar. 14 Elí oyó el griterío y pre-
guntó:
–¿Qué bullicio es ése?
Mientras tanto, el hombre corría a dar la
noticia a Elí. 15 Elí había cumplido noventa
y ocho años; tenía los ojos inmóviles, sin
poder ver. 16 El hombre le dijo:
–Soy el que ha llegado del frente.
Elí preguntó:
–¿Qué ha ocurrido hijo?
17 El mensajero respondió:
–Israel ha huido ante los filisteos, ha sido
una gran derrota para nuestro ejército; tus
dos hijos, Jofní y Fineés, han muerto, y el
arca de Dios ha sido capturada.
18 En cuanto el hombre mencionó el
arca de Dios, Elí cayó de la silla hacia
atrás, junto a la puerta; se rompió la base
del cráneo y murió. Era ya viejo y estaba
torpe. Había sido juez en Israel cuarenta
años.
19 Su nuera, la mujer de Fineés, estaba
encinta y próxima a dar a luz. Cuando oyó
la noticia de que habían capturado el arca
y que habían muerto su suegro y su mari-
do, le sobrevinieron los dolores, se encorvó
y dio a luz. 20 Como estaba a punto de mo-
rir, las mujeres que la atendían la animaban
diciendo:
–No tengas miedo, que has dado a luz
un niño.
Pero ella no respondió ni cayó en la
cuenta. 21 Al niño lo llamaron Icabod, di-
ciendo:
–La gloria ha sido desterrada de Israel
–aludían a la captura del arca y a la muer-
te de su suegro y su marido–.
22 Y repetían:
–La gloria ha sido desterrada de Israel,
porque han capturado el arca de Dios.

El Arca, en el templo de Dagón

5 1 Mientras tanto, los filisteos captura-
ron el arca de Dios, y la llevaron des-
de Eben-Ézer a Asdod. 2 Agarraron el arca
de Dios, la metieron en el templo de Dagón
y la colocaron junto a Dagón. 3 A la maña-
na siguiente se levantaron los asdodeos y
encontraron a Dagón caído al suelo, boca
abajo, delante del arca del Señor, lo reco-
gieron y lo colocaron en su sitio. 4 A la ma-
ñana siguiente se levantaron y encontraron
a Dagón caído al suelo, boca abajo ante el
arca del Señor. La cabeza de Dagón y sus
dos manos estaban cortadas encima del
umbral; sólo le quedaba el tronco. 5 Por eso
se conserva hasta hoy esta costumbre en
Asdod: los sacerdotes y los que entran en el
templo de Dagón no pisan el umbral.

El Arca, en territorio filisteo

6 La mano del Señor se hizo sentir pesa-
damente sobre los asdodeos, aterrorizán-
dolos, e hiriendo con tumores a la gente de
Asdod y su territorio. 7 Al ver lo que suce-
día, los asdodeos dijeron:
–El arca del Dios de Israel no debe que-
darse entre nosotros, porque su mano es

4,12-22 Muerte de Elí. En línea con la cadena de desgracias que trae consigo la ausencia del Arca, se narra la muerte de Elí al conocer la noticia de este suceso, y la de su nuera al momento de dar a luz antes de tiempo. El nombre del nieto de Elí, está cargado de simbolismo: «Sin-Gloria», la Gloria de Dios ha sido desterrada de Israel, el impacto para el pueblo será verdaderamente mortal, pero aleccionador.

5,1-5 El Arca, en el templo de Dagón. La presencia del Arca en territorio filisteo y más concretamente en el santuario de Dagón, dios de los filisteos, se convierte en signo de amenaza, primero para la propia divinidad filistea y luego para el pueblo mismo. Nótese la sutileza con que se enseña quién es el verdadero y único Dios; por dos días consecutivos los habitantes de Asdod encuentran la estatua de su deidad tumbada delante del Arca, el segundo día la hallan incluso mutilada, destruida. Según la manera de pensar de la época, los filisteos debieron haber creído que al derrotar a Israel y tras capturar su máximo emblema religioso, también habían derrotado a su Dios, por eso lo traen al santuario de Dagón a poner bajo sus pies el trofeo de la victoria. Sin embargo, aquí las cosas cambian, si los filisteos han derrotado a Israel, el Dios vivo de Israel somete y domina a Dagón. Los versículos siguientes dan cuenta de la victoria del Dios de Israel sobre Dagón y sobre el pueblo filisteo.

5,6–6,1 El Arca, en territorio filisteo. La presencia del Arca de Dios se ha convertido en un verdadero azote para los filisteos, trasladándola de un lugar a

dura con nosotros y con nuestro dios Da-
gón.
8 Entonces mandaron convocar en As-
dod a los príncipes filisteos y les consulta-
ron:
–¿Qué hacemos con el arca del Dios de
Israel?
Respondieron:
–Que se traslade a Gat.
Llevaron a Gat el arca del Dios de Israel;
9 pero nada más llegar, descargó el Señor la
mano sobre el pueblo, causando un pánico
terrible, porque hirió con tumores a toda la
población, a chicos y grandes.
10 Entonces trasladaron el arca de Dios a
Ecrón; pero cuando llegó allí, protestaron
los ecronitas:
–¡Nos han traído el arca de Dios para
que nos mate a nosotros y a nuestras fami-
lias!
11 Entonces mandaron convocar a los
príncipes filisteos, y les dijeron:
–Devuelvan a su sitio el arca del Dios de
Israel; si no, nos va a matar a nosotros con
nuestras familias.
Todo el pueblo tenía un pánico mortal,
porque la mano de Dios había descargado
allí con toda su fuerza. 12 A los que no mo-
rían, les salían tumores. Y el clamor del
pueblo subía hasta el cielo.

6 1 El arca del Señor estuvo en país fi-
listeo siete meses.

Devolución del Arca

2 Los filisteos llamaron a los sacerdotes
y adivinos y les consultaron:
–¿Qué hacemos con el arca del Señor?
Indíquennos cómo la podemos enviar a su
sitio.
3 Respondieron:
–Si quieren devolver el arca del Dios de Is-
rael, no la manden vacía, sino pagando una
indemnización. Entonces si se sanan, sabre-
mos por qué su mano no nos dejaba en paz.
4 Les preguntaron:
–¿Qué indemnización tenemos que pa-
garles?
Respondieron:
–Cinco tumores de oro y cinco ratas de
oro, uno por cada príncipe filisteo, porque
la misma plaga la han sufrido ustedes y
ellos. 5 Hagan unas imágenes de los tumo-
res y de las ratas que han asolado el país, y
así reconocerán la gloria del Dios de Israel.
A ver si el peso de su mano se aparta de
ustedes, de su país y de sus dioses. 6 No se
pongan tercos, como hicieron los egipcios
y el Faraón, y ese Dios los maltrató hasta
que dejaron marchar a Israel. 7 Ahora ha-
gan un carro nuevo, tomen dos vacas que

---

otro, lo único que consiguen es acrecentar la desgracia entre la población. El Dios de Israel decididamente no favorece a los filisteos que por fuerza tienen que deshacerse del Arca para conjurar el peligro.

6,2—7,17 Devolución del Arca. El pueblo filisteo, junto con su Dios, no pueden soportar por más tiempo la presencia del Arca en su territorio y tienen que recurrir, por tanto, a sus sacerdotes y adivinos para que digan la manera de proceder con respecto a ella. La descripción de la salida del Arca del territorio filisteo junto con las condiciones para su transporte y la indemnización que se debe pagar, reflejan la mentalidad sacerdotal de Israel. Nótese que desde el capítulo 4, la gran protagonista de la narración ha sido el Arca, Samuel no se ha vuelto a sentir. El Arca se ha movido de aquí para allá, y sus movimientos han causado verdaderos estragos. ¿Qué es lo que la corriente deuteronomista (**D**) pretende enseñar a través de estas escenas? No olvidemos la decadencia religiosa, social y política que caracteriza el momento histórico de Israel, su proyecto de sociedad tribal, solidaria e igualitaria cada vez pierde mayor calidad, y no se sabe cuál será en definitiva el destino socio-político del pueblo; esta inestabilidad puede verse reflejada en los movimientos del Arca que producen distintos impactos, es como si Dios estuviera manifestando algo, su voluntad, pero nadie entiende, nadie explica, la Palabra no se revela aún con suficiente claridad; esa «No-Gloria» expresada en el nombre del recién nacido nieto de Elí expresa el divorcio, la ruptura del compromiso de Israel y el estilo y calidad de vida que experimentan en este período de su vida. El Arca regresa a Israel, pero su regreso no produce automáticamente la bendición; esto es, nadie sabe qué hacer; el proyecto del pueblo sacramentalizado en el Arca de la Alianza está totalmente empantanado y ahora sí aparece Samuel como alguien que de algún modo tiene que expresar lo que está haciendo falta en Israel, un vocero de Dios que explique, que aclare, que haga las veces de conciencia del pueblo; y sus primeras palabras son precisamente lo que el pueblo necesitaba para desenredar su destino histórico: «si se convierten al Señor de todo corazón deben dejar de lado a los dioses extranjeros… y él los librará del poder filisteo» (7,3), como queda constatado inmediatamente en 7,7-15; pero no se trata sólo de la liberación de la amenaza de un pueblo más fuerte que Israel; la conversión y el abandono del servicio a otros dioses le abre de nuevo el horizonte para retomar al camino acompañado de nuevo por su Dios. Pablo les hubiera

estén criando y nunca hayan llevado el
yugo y aten las vacas al carro, dejando los
terneros encerrados en el establo. 8 Des-
pués tomen el arca del Señor y colóquenla
en el carro; pongan en una canasta junto al
arca los objetos de oro que le pagan como
indemnización, y suelten el carro. 9 Fíjense
bien: si tira hacia su territorio y sube a Bet-
Semes, es que ese Dios nos ha causado
esta terrible calamidad; en caso contrario,
sabremos que no nos ha herido su mano,
sino que ha sido un accidente.

10 Así lo hicieron. Tomaron dos vacas
que estaban criando y las ataron al carro,
dejando los terneros encerrados en el esta-
blo; 11 colocaron en el carro el arca del Se-
ñor y la canasta con las ratas de oro y las
imágenes de los tumores. 12 Las vacas tira-
ron derechas hacia el camino de Bet-Se-
mes; caminaban mugiendo, siempre por el
mismo camino, sin desviarse a derecha o
izquierda. Los príncipes filisteos fueron de-
trás, hasta el término de Bet-Semes.

13 La gente de este pueblo estaba cose-
chando el trigo en el valle; alzaron los ojos,
y al ver el arca, se alegraron. 14 El carro en-
tró en el campo de Josué, el de Bet-Semes,
y se paró allí. Al lado había una gran pie-
dra. Entonces la gente hizo leña del carro y
ofreció las vacas en holocausto al Señor.
15 Los levitas habían descargado el arca del
Señor y la cesta con los objetos de oro y los
habían depositado sobre la piedra grande.
Aquel día los de Bet-Semes ofrecieron ho-
locaustos y sacrificios de comunión al Se-
ñor. 16 Los cinco príncipes filisteos estuvie-
ron observando, y el mismo día se volvieron
a Ecrón.

17 Los tumores de oro que los filisteos
pagaron como indemnización al Señor fue-
ron uno por Asdod, uno por Gaza, uno por
Ascalón, uno por Gat, uno por Ecrón. 18 Las
ratas de oro eran por las ciudades de la
Pentápolis filistea, incluyendo ciudades for-
tificadas y pueblos desguarnecidos. Y la
piedra grande donde depositaron el arca
del Señor se puede ver hoy en el campo de
Josué, el de Bet-Semes.

19 Los hijos de Jeconías, aunque vieron
el arca, no hicieron fiesta con los demás, y
el Señor castigó a setenta hombres. El pue-
blo hizo duelo, porque el Señor los había
herido con gran castigo, 20 y los de Bet-Se-
mes decían:

–¿Quién podrá resistir al Señor, a ese
Dios santo? ¿Adónde podemos enviar el
arca para deshacernos de ella?

21 Y mandaron este mensaje a Quiriat
Yearim:

–Los filisteos han devuelto el arca del
Señor. Bajen a recogerla.

7 1 Los de Quiriat Yearim fueron, reco-
gieron el arca y la llevaron a Guibeá a
casa de Abinadab, y consagraron a su hijo
Eleazar para que guardase el arca.

2 Desde el día en que instalaron el arca
en Quiriat Yearim pasó mucho tiempo,
veinte años. Todo Israel añoraba al Señor.
3 Samuel dijo a los israelitas:

–Si se convierten al Señor de todo cora-
zón deben dejar de lado a los dioses ex-
tranjeros, Baal y Astarté, permanecer cons-
tantes con el Señor, sirviéndole sólo a él, y
él los librará del poder filisteo.

4 Entonces los israelitas retiraron las
imágenes de Baal y Astarté y sirvieron sólo
al Señor.

5 Samuel ordenó:

–Reunan a todo Israel en Mispá, y rezaré
al Señor por ustedes.

6 Se reunieron en Mispá, sacaron agua y
la derramaron ante el Señor; ayunaron
aquel día y dijeron:

–Hemos pecado contra el Señor.

Samuel juzgó a los israelitas en Mispá.

7 Los filisteos se enteraron de que los is-
raelitas se habían reunido en Mispá, y los
príncipes filisteos subieron contra Israel. Al
saberlo, a los israelitas les entró miedo, 8 y
dijeron a Samuel:

–No dejes de rogar al Señor, nuestro
Dios, por nosotros para que nos salve del
poder filisteo.

9 Samuel agarró un corderito y lo ofreció
al Señor en holocausto; rogó al Señor en fa-

predicado sobre la necesidad de abandonar el hombre viejo para dar paso al hombre nuevo (cfr. Ef 4,22-24); Jesús les hubiera exigido nacer de nuevo del espíritu (cfr. Jn 3,3-7). El período que resume 7,15 ilustra, pues, el giro que tenía que dar Israel; ¿cómo fue ese giro y qué calidad de vida y cuáles debían ser sus compromisos? Los capítulos siguientes nos lo van a ilustrar.

vor de Israel, y el Señor le escuchó. 10 Mientras Samuel ofrecía el holocausto, los filisteos se acercaron para dar la batalla a Israel; pero el Señor mandó aquel día sus truenos con gran fragor contra los filisteos y los desbarató; Israel los derrotó. 11 Los israelitas salieron de Mispá persiguiendo a los filisteos, y los fueron destrozando hasta más abajo de Bet-Car. 12 Samuel tomó una piedra y la plantó entre Mispá y Sen, y la llamó Eben-Ézer, explicando:

–Hasta aquí nos ayudó el Señor.

13 Los filisteos tuvieron que someterse, y no volvieron a invadir el territorio israelita. Mientras vivió Samuel, la mano del Señor pesó sobre ellos. 14 Israel reconquistó las ciudades que habían ocupado los filisteos; así, volvieron al poder de Israel desde Ecrón a Gat y su territorio. Y hubo paz entre Israel y los amorreos.

15 Samuel gobernó a Israel hasta su muerte. 16 Todos los años visitaba Betel, Guilgal y Mispá, y allí juzgaba a Israel. 17 Luego volvía a Ramá, donde tenía su casa, allí también juzgaba a Israel. Allí levantó un altar al Señor.

Los israelitas piden un rey – La monarquía

8 1 Cuando Samuel llegó a viejo, nombró a sus hijos jueces de Israel. 2 El hijo mayor se llamaba Joel y el segundo Abías; ejercían el cargo en Berseba. 3 Pero no se comportaban como su padre; atentos sólo al provecho propio, aceptaban sobornos y pervirtieron la justicia. 4 Entonces los ancianos de Israel se reunieron y fueron a entrevistarse con Samuel en Ramá. 5 Le dijeron:

–Mira, tú ya eres viejo y tus hijos no se comportan como tú. Nómbranos un rey que nos gobierne, como es costumbre en todas las naciones.

6 A Samuel le disgustó que le pidieran ser gobernados por un rey, y se puso a orar al Señor. 7 El Señor le respondió:

–Escucha al pueblo en todo lo que te pidan. No te rechazan a ti, sino a mí; no me quieren por rey. 8 Como me trataron desde el día que los saqué de Egipto, abandonándome para servir a otros dioses, así te tratan a ti. 9 Por eso, escucha su reclamo; pero adviérteles bien claro, explícales los derechos del rey.

10 Samuel comunicó la Palabra del Señor a la gente que le pedía un rey:

11 –Éstos son los derechos del rey que los regirá: él tomará a los hijos de ustedes y los destinará a sus carros de guerra y a su caballería y ellos correrán delante de su carroza; 12 los empleará como jefes y oficiales en su ejército, como aradores de sus campos y para recoger su cosecha, como fabricantes de armamentos y de arneses para sus carros. 13 A sus hijas se las llevará como perfumistas, cocineras y reposteras. 14 Les quitará sus mejores campos, viñas y olivares para dárselos a sus ministros. 15 Exigirá el diezmo de los sembrados y las viñas, para dárselos a sus funcionarios y ministros. 16 A sus criados y criadas, a sus mejores burros y bueyes se los llevará para usarlos en su hacienda. 17 De sus rebaños les exigirá diezmos. ¡Y ustedes mismos serán sus esclavos! 18 Entonces gritarán contra el rey que se han elegido, pero Dios no les responderá.

19 El pueblo no quiso hacer caso a Samuel, e insistió:

–No importa. ¡Queremos un rey! 20 Así nosotros seremos como los demás pueblos. Que nuestro rey nos gobierne y salga al frente de nosotros a luchar en la guerra.

21 Samuel oyó lo que pedía el pueblo y se lo comunicó al Señor. 22 El Señor le respondió:

–Escúchalos y nómbrales un rey.

Entonces Samuel dijo a los israelitas:

–¡Vuelva cada uno a su ciudad!

8,1-22 Los israelitas piden un rey – La monarquía. La institución de los jueces, último estadio en la vida de Israel representada por Samuel, comienza también su etapa de decadencia y desaparición. Acertadamente se describe en pocas líneas lo que originó esa decadencia y pérdida de calidad del proyecto socio-religioso: Samuel nombró jueces a sus hijos que no se comportaron como él; atentos sólo al provecho propio, aceptaban el soborno y juzgaban contra justicia (1-3). De la institución del régimen monárquico nos da el libro dos versiones discordantes: una negativa y otra positiva. Samuel se opone a la petición del pueblo. Israel debe tener al Señor por único rey, debe confiar en él en su vida política y militar, el profeta será el intermediario que hará conocer en cada caso la voluntad de Dios dirigiendo la historia. Además, la monarquía se volverá contra el pueblo por sus exigencias despóticas. Samuel recita al

Samuel y Saúl

9 1 Había un hombre de Guibeá de Benjamín llamado Quis, hijo de Abiel, de Seror, de Becorá, de Afía, benjaminita, de buena posición. 2 Tenía un hijo que se llamaba Saúl, que era joven y apuesto. Era el israelita más alto: de los hombros para arriba, sobresalía por encima de todos los demás. 3 A su padre, Quis, se le habían extraviado unas burras, y dijo a su hijo Saúl:

–Llévate a uno de los criados y vete a buscar las burras.

4 Cruzaron la serranía de Efraín y atravesaron la región de Salisá, pero no las encontraron. Atravesaron la región de Saalín, y nada. Atravesaron la región de Benjamín, y tampoco.

5 Cuando llegaron a la región de Suf, Saúl dijo al criado que iba con él:

–Vamos a volvernos, no sea que mi padre deje de lado las burras y empiece a preocuparse por nosotros.

6 Pero el criado repuso:

–Precisamente en ese pueblo hay un hombre de Dios de gran fama; lo que él dice sucede sin falta. Vamos allá. A lo mejor nos orienta sobre lo que andamos buscando.

7 Saúl replicó:

–Y si vamos, ¿qué le llevamos a ese hombre? Porque no nos queda pan en las alforjas y no tenemos nada que llevarle a ese hombre de Dios. ¿Qué nos queda?

8 El criado respondió:

–Tengo aquí dos gramos y medio de plata; se los daré al profeta y nos orientará.

10 Saúl comentó:

–Muy bien. ¡Vamos!

Y caminaron hacia el pueblo en donde estaba el hombre de Dios. 11 Mientras subían por la cuesta del pueblo, encontraron a unas muchachas que salían a buscar agua; les preguntaron:

–¿Vive aquí el vidente?

9 En Israel, antiguamente, el que iba a consultar a Dios, decía así: ¡Vamos al vidente!, porque antes se llamaba vidente al que hoy llamamos profeta.

12 Ellas contestaron:

–Sí; se te ha adelantado. Precisamente hoy ha llegado a la ciudad, porque hoy se ofrece un sacrificio público en el lugar alto. 13 Si entran en la ciudad, lo encontrarán antes de que suba al lugar alto para el banquete; porque no se pondrán a comer hasta que él llegue, porque a él le corresponde bendecir el sacrificio, y luego comen los convidados. Suban ahora, que ahora precisamente lo encontrarán.

14 Subieron a la ciudad. Y justamente cuando entraban les salió al encuentro Samuel que subía al lugar alto.

---

pueblo lo que significa tener un rey: esclavitud más que liberación. Recordemos que cuando el autor quiere hablar, lo suele hacer por boca de alguno de sus protagonistas. Pero, ¿no exagera Samuel? Un mediador humano no desbanca la soberanía del Señor. El rey es el defensor del pueblo frente a la prepotencia de los poderosos, es garante de la justicia y defensor en la guerra. Eso justifica la otra postura, y los hechos lo comprueban. El libro cuenta que Samuel lo ungió, el pueblo lo aclamó, el rey comenzó bien su tarea salvadora. Para explicar la presencia de las dos visiones opuestas en el libro, algunos proponen una sucesión temporal. En tiempo de Salomón se redactó la versión positiva, favorable a David, prolongando la conciencia «premonárquica» del final de Jueces. A medida que creció la oposición de varios profetas a varios monarcas, fue cuajando la postura hostil o crítica representada en el libro por Samuel. En el capítulo 8 asistimos, entonces, a la versión antimonárquica en forma dramática de diálogo. Para el pueblo, el rey representa gobierno firme y defensa militar; para Samuel representa impuestos y servidumbre. El drama consiste en que ambos tienen razón. La verdadera libertad y seguridad está en reconocer y servir al Señor, que libera y no esclaviza; sólo cuando el rey sea servidor del Señor al servicio de la comunidad, protegerá sin esclavizar (cfr. Dt 17,14-20). Hay que recordar la historia de José culminando en Gn 47,25: «Nos has salvado la vida... seremos siervos del Faraón».

9,1-25 Samuel y Saúl. El relato de la elección y unción de Saúl nos traslada a un mundo de sencillez y viveza aldeana, en fuerte contraste con las deliberaciones formales del capítulo precedente. Las burras perdidas, el estipendio para el profeta, las aguateras, el pernil en el banquete, la estera en la azotea, definen la tonalidad de la narración. En este mundo destaca la figura corpulenta, ingenuamente ignorante, de Saúl, y el saber milagroso de Samuel, que le permite adelantarse a los hechos y pronunciar palabras enigmáticas. El argumento parece desenvolverse casualmente, a fuerza de coincidencias; pero lo fortuito encaja en el plan de Dios, que se cumple por etapas y se revela a Samuel paso a paso.

15 El día antes de llegar Saúl, el Señor
había revelado a Samuel:
16 –Mañana te enviaré un hombre de la
región de Benjamín, para que lo unjas
como jefe de mi pueblo, Israel, y libre a mi
pueblo de la dominación filistea; porque he
visto la aflicción de mi pueblo, sus quejas
han llegado hasta mí.
17 Cuando Samuel vio a Saúl, el Señor le
avisó:
–Ése es el hombre de quien te hablé; ése
regirá a mi pueblo.
18 Saúl se acercó a Samuel en medio de
la entrada y le dijo:
–Haz el favor de decirme dónde está la
casa del vidente.
19 Samuel le respondió:
–Yo soy el vidente. Sube delante de mí al
lugar alto; hoy comerán conmigo y maña-
na te dejaré marchar y responderé a todo lo
que te preocupa. 20 Por las burras que se te
perdieron hace tres días no te preocupes,
que ya aparecieron. Además, ¿por quién
suspira todo Israel? Por ti y por la familia de
tu padre.
21 Saúl respondió:
–¡Si yo soy de Benjamín, la menor de las
tribus de Israel! Y de todas las familias de
Benjamín, mi familia es la menos impor-
tante. ¿Por qué me dices eso?
22 Entonces Samuel tomó a Saúl y a su
criado, los metió en el comedor y los puso
en la presidencia de los convidados, unas
treinta personas. 23 Luego dijo al cocinero:
–Trae la ración que te encargué, la que
te dije que apartaras.
24 El cocinero sacó el muslo y la cola, y
se lo sirvió a Saúl. Samuel dijo:
–Ahí tienes lo que te reservaron; come,
que te lo han guardado para esta ocasión,
para que lo comas con los convidados.
Así Saúl comió aquel día con Samuel.
25 Después bajaron del lugar alto a la ciu-
dad, y Samuel habló con Saúl en la azotea.

Unción de Saúl

26 Al despuntar el sol, Samuel fue a la
azotea a llamarlo:
–Levántate, voy a dejarte partir.
Saúl se levantó, y los dos, él y Samuel,
salieron de casa. 27 Cuando habían bajado
hasta las afueras, Samuel le dijo:
–Dile al criado que vaya delante; tú pá-
rate un momento y te comunicaré la Pala-
bra de Dios.

10 1 Samuel tomó el frasco de aceite, lo
derramó sobre la cabeza de Saúl y lo
besó, diciendo:
–¡El Señor te unge como jefe de su he-
rencia! 2 Hoy mismo, cuando te separes de
mí, te tropezarás con dos hombres junto a
la tumba de Raquel, en la frontera de Ben-
jamín, que te dirán: Aparecieron las burras
que saliste a buscar; mira, tu padre ha ol-
vidado el asunto de las burras y está preo-
cupado por ustedes, pensando qué va a
ser de su hijo. 3 Sigue adelante y vete has-
ta la Encina del Tabor; allí te tropezarás
con tres hombres que suben a visitar a
Dios en Betel: uno con tres cabritos, otro
con tres panes y otro con un odre de vino;
4 después de darte los buenos días, te en-
tregarán dos panes, y tú los aceptarás.
5 Vete luego a Guibeá de Dios, donde está
la guarnición filistea; al llegar al pueblo te
toparás con un grupo de profetas que baja
del lugar alto, precedidos de una banda de
arpas y cítaras, panderetas y flautas, en
estado de trance profético. 6 Te invadirá el
Espíritu del Señor, te convertirás en otro
hombre y te mezclarás en su danza. 7 Cuan-
do te sucedan estas señales, haz todo lo
que sea conveniente, porque Dios está con-
tigo. 8 Tú bajarás a Guilgal antes que yo; y
yo iré después a ofrecer holocaustos y sa-
crificios de comunión. Espera siete días,
hasta que yo llegue y te diga lo que tienes
que hacer.
9 Cuando Saúl dio la vuelta y se apartó
de Samuel, Dios le cambió el corazón, y
aquel mismo día se cumplieron todas aque-
llas señales. 10 De allí fueron a Guibeá, y de
pronto dieron con un grupo de profetas. El
Espíritu de Dios invadió a Saúl y se puso a
danzar entre ellos. 11 Los que lo conocían

9,26–10,16 Unción de Saúl. Sin mucha pompa, Samuel unge a Saúl. No le comunica lo inherente a los deberes del ungido, eso lo deja para comunicárselo después de cierto tiempo (10,8); por el momento Saúl tendrá que estar atento a ciertos incidentes, en los cuales de uno u otro modo se comprobarán las palabras del profeta.

de antes y lo veían danzando con los profe-
tas, comentaban:
–¿Qué le pasa al hijo de Quis? ¡Hasta
Saúl anda con los profetas!
12 Uno del pueblo dijo:
–¿Quién es el padre de ésos?
Así se hizo proverbial la frase: ¡Hasta
Saúl anda con los profetas!
13 Cuando se le pasó el frenesí, Saúl fue
a su casa. 14 Su tío les preguntó:
–¿Por dónde anduvieron?
Saúl respondió:
–Buscando las burras. Como vimos que
no aparecían, fuimos a ver a Samuel.
15 Su tío le dijo:
–Cuéntame lo que les dijo Samuel.
16 Saúl respondió:
–Nos anunció que habían aparecido las
burras.
Pero lo que le había dicho Samuel del
asunto del reino no se lo dijo.

Elección del rey a suerte

17 Samuel convocó al pueblo ante el Se-
ñor, en Mispá, 18 y dijo a los israelitas:
–Así dice el Señor, Dios de Israel: Yo sa-
qué a Israel de Egipto, los libré de los egip-
cios y de todos los reyes que los oprimían.
19 Pero ustedes han rechazado hoy a su
Dios, el que los salvó de todas las desgra-
cias y peligros, y han dicho: No importa,
danos un rey. Muy bien, preséntense ante el
Señor por tribus y por familias.
20 Samuel hizo acercarse a las tribus de
Israel, y le tocó la suerte a la tribu de Benja-
mín. 21 Hizo acercarse a la tribu de Benja-
mín, por clanes, y le tocó la suerte al clan de
Matrí; luego hizo acercarse al clan de Matrí,
por individuos, y le tocó la suerte a Saúl,
hijo de Quis; lo buscaron y no lo encontra-
ron. 22 Consultaron de nuevo al Señor:
–¿Ha venido aquí Saúl?
El Señor respondió:
–Está escondido entre el equipaje.
23 Fueron corriendo a sacarlo de allí, y
se presentó en medio de la gente: sobresa-
lía por encima de todos, de los hombros
arriba.
24 Entonces Samuel dijo a todo el pue-
blo:
–¡Miren a quién ha elegido el Señor! ¡No
hay como él en todo el pueblo!
Todos aclamaron:
–¡Viva el rey!
25 Samuel explicó al pueblo los derechos
del rey, y los escribió en un libro, que colo-
có ante el Señor. Luego despidió a la gente,
cada cual a su casa. 26 También Saúl mar-
chó a su casa, a Guibeá. Con él fueron los
mejores, a quienes Dios tocó el corazón.
27 En cambio, los malvados comentaron:
–¡Qué va a salvarnos ése!
Lo despreciaron y no le ofrecieron rega-
los. Saúl callaba.

Saúl vence a los amonitas

11 1 El amonita Najás hizo una in-
cursión y acampó ante Yabés de Ga-
laad. Los de Yabés le pidieron:
–Haz un pacto con nosotros y seremos
tus vasallos.
2 Pero Najás les dijo:
–Pactaré con ustedes a condición de
arrancarles el ojo derecho. Así pondré en ri-
dículo a todo Israel.
3 Los ancianos de Yabés le pidieron:

10,17-27 Elección del rey a suerte. Después de haber leído el pasaje de la elección y unción «privada» de Saúl por parte de Samuel (9,26–10,16) uno podría pensar que este relato, o está de más o que se trata de un acto poco serio de Samuel que convoca al pueblo para nombrar el rey que le han pedido y que lo que aquí hace es una farsa, pues ambos saben que ya Saúl no sólo ha sido el elegido, sino además ungido. Pero no, lo que sucede en realidad es que se trata de dos versiones, dos tradiciones sobre la elección y unción de Saúl como primer rey de Israel, las cuales aparecen aquí una después de la otra como la cosa más normal. Al parecer la primera versión es la que defendió la institución de la monarquía como la mejor salida a la problemática y a la decadencia de la institución de los jueces que ya no se comportaban como Samuel (8,5); se trataría, entonces, de una búsqueda de recuperación de la justicia social; la segunda tradición a la cual responde la versión del modo como es elegido y ungido Saúl, responde a un enfoque de carácter nacional; Israel enfrenta las amenazas de otros pueblos vecinos más fuertes y poderosos sin que nadie lo defienda; la monarquía debía ser el remedio para librarlos de esas amenazas. Saúl cuenta ya desde su elección con un bando del pueblo que lo apoya, pero también con otro sector que lo rechaza y desconfía de él: «¡Qué va a salvarnos ése!».

11,1-15 Saúl vence a los amonitas. Saúl ya elegido y ungido, continúa sus labores agrícolas, típico modo de actuar de los jueces. Cuando surgía un nuevo juez, éste no cambiaba su «modus vivendi», pues

–Concédenos un plazo de siete días para
que podamos mandar emisarios por todo el
territorio de Israel. Si no hay quien nos sal-
ve, nos rendimos.
4 Los mensajeros llegaron a Guibeá de
Saúl, comunicaron la noticia al pueblo, y
todos se echaron a llorar a gritos. 5 En ese
momento, Saúl llegaba del campo tras los
bueyes y preguntó:
–¿Qué le pasa a la gente, que está llo-
rando?
Le contaron la noticia que habían traído
los de Yabés, 6 y al oírlo Saúl, lo invadió el
Espíritu de Dios; enfurecido, 7 tomó la pare-
ja de bueyes, los descuartizó y aprovechan-
do los emisarios, los repartió por todo Is-
rael, con este mensaje: Así acabará el
ganado del que no vaya a la guerra con
Saúl y Samuel.
El temor del Señor cayó sobre la gente,
y fueron a la guerra como un solo hombre.
8 Saúl les pasó revista en Bézec: los de Is-
rael eran trescientos mil y treinta mil los de
Judá. 9 Y dijo a los emisarios que habían
venido:
–Digan a los hombres de Yabés de Ga-
laad: Mañana, cuando caliente el sol, les
llegará la salvación.
Los emisarios marcharon a comunicár-
selo a los de Yabés, que se llenaron de ale-
gría, 10 y dijeron a Najás:
–Mañana nos rendiremos y harás de
nosotros lo que mejor te parezca.
11 Al día siguiente Saúl distribuyó la tro-
pa en tres cuerpos; irrumpieron en el cam-
pamento enemigo al relevo de la madruga-
da y estuvieron matando amonitas hasta
que calentó el sol; los enemigos que que-
daron vivos se dispersaron, de forma que
no iban dos juntos. 12 Entonces el pueblo
dijo a Samuel:
–¡A ver, los que decían que Saúl no rei-
naría! ¡Entreguen a esos hombres que los
mataremos!
13 Pero Saúl dijo:
–Hoy no ha de morir nadie, porque hoy
el Señor ha salvado a Israel.
14 Y Samuel dijo a todos:
–Vengan, vamos a Guilgal a inaugurar
allí la monarquía.
15 Todos fueron a Guilgal y coronaron allí
a Saúl ante el Señor; ofrecieron al Señor sa-
crificios de comunión, y Saúl y los israelitas
se llenaron de alegría.

Despedida de Samuel

12 1 Samuel dijo a los israelitas:
–Ya ven que les hice caso en todo lo
que me pidieron, y les he dado un rey.
2 Ahora, ahí tienen al rey que marcha al
frente de ustedes. Yo ya estoy viejo y cano-
so, y allí están mis hijos, como unos más
entre ustedes. Yo he actuado a la vista de
todos ustedes desde mi juventud hasta aho-
ra. 3 Aquí me tienen, declaren contra mí de-
lante del Señor y su ungido: ¿A quién le
quité un buey? ¿A quién le quité un burro?
¿A quién le hice injusticia? ¿A quién he per-
judicado? ¿De quién he aceptado un sobor-
no para hacer la vista gorda? Díganlo y yo
les devolveré.
4 Respondieron:
–No nos has hecho injusticia, ni nos has
perjudicado, ni has aceptado soborno de
nadie.
5 Samuel añadió:
–Hoy yo tomo por testigo frente a uste-
des al Señor y a su ungido: no me han sor-
prendido con nada en la mano.
Respondieron:
–Sean testigos.
6 Samuel dijo al pueblo:
–Es testigo el Señor, que envió a Moisés
y a Aarón e hizo subir de Egipto a sus pa-
dres. 7 Pónganse de pie, que voy a discutir
con ustedes en presencia del Señor, acerca
de todos los beneficios que el Señor les hizo
a ustedes y a sus padres. 8 Cuando Jacob

no había estructuras, ni una ciudad, ni un palacio, ni una corte que rodearan a la institución. El marco propicio para la inauguración de la monarquía y para la coronación del rey es la victoria de Saúl sobre los amonitas, con lo cual ya definitivamente Samuel declina para dar paso a una nueva época, a la época de la monarquía. Los que no creyeron que Saúl podría salvarlos tuvieron que tragarse, por ahora, sus palabras.

12,1-25 Despedida de Samuel. Después de la primera victoria y de la inauguración solemne del reino, o sea, cuando Samuel reduce su autoridad, el autor del libro inserta una de sus recapitulaciones teológicas, puesta en boca de un personaje importante. El conjunto de la ceremonia de despedida, consta de los siguientes elementos: juramento de inocencia (2-5); requisitoria (6-15); teofanía que la confirma (16-18); confesión del pecado (19); exhortación conclusiva (20-25).

fue con sus hijos a Egipto, y los egipcios los
oprimieron, sus padres gritaron al Señor, y
el Señor envió a Moisés y a Aarón para que
sacaran de Egipto a sus padres y los esta-
blecieran en este lugar. 9 Pero olvidaron al
Señor, su Dios, y él los vendió a Sísara, ge-
neral del ejército de Yabín, rey de Jasor, y a
los filisteos y al rey de Moab, y tuvieron que
luchar contra ellos. 10 Entonces gritaron al
Señor: Hemos pecado, porque hemos
abandonado al Señor, para servir a Baal y
Astarté; líbranos del poder de nuestros ene-
migos y te serviremos. 11 El Señor envió a
Yerubaal, a Barac, a Jefté y a Sansón, y los
libró del poder de sus vecinos, y pudieron
vivir tranquilos. 12 Pero cuando vieron que
los atacaba el rey amonita Najás, me pidie-
ron que les nombrara un rey, siendo así que
es el Señor el rey de ustedes. 13 Ahora, ahí
tienen al rey que pidieron y que se han ele-
gido; ya ven que el Señor les ha dado un
rey. 14 Si respetan al Señor y le sirven, si le
obedecen y no se rebelan contra sus man-
datos, ustedes y el rey que reine sobre us-
tedes vivirán siendo fieles al Señor, su Dios.
15 Pero si no obedecen al Señor y se rebe-
lan contra sus mandatos, el Señor descar-
gará su mano sobre ustedes y sobre su rey,
hasta destruirlos. 16 Ahora prepárense a
asistir al prodigio que el Señor va a realizar
ante sus ojos. 17 Estamos en la cosecha del
trigo, ¿no es cierto? Yo voy a invocar al Se-
ñor para que envíe truenos y lluvia; así re-
conocerán la grave maldad que cometieron
ante el Señor pidiendo un rey.

18 Samuel invocó al Señor, y el Señor
envió aquel día truenos y un aguacero.
19 Todo el pueblo, lleno de miedo ante el
Señor y ante Samuel, dijo a Samuel:

–Reza al Señor, tu Dios, para que tus servidores no mueran, porque a todos nuestros pecados hemos añadido la maldad de pedir para nosotros un rey.

20 Samuel les contestó:

–No teman. Ya que han cometido esta
maldad, al menos en adelante no se apar-
ten del Señor; sirvan al Señor de todo cora-
zón, 21 no sigan a los ídolos, que ni auxilian
ni liberan, porque son puro vacío. 22 Por el
honor de su ilustre Nombre, el Señor no re-
chazará a su pueblo, porque el Señor se ha
dignado hacer de ustedes su pueblo. 23 Por
mi parte, líbreme Dios de pecar contra el
Señor dejando de rezar por ustedes. Yo les
enseñaré el camino recto y bueno, 24 ya
que han visto los grandes beneficios que el
Señor les ha hecho, respeten al Señor y sír-
vanlo sinceramente y de todo corazón.
25 Pero si obran mal, perecerán, ustedes
con su rey.

Amenaza filistea

13 1 Saúl tenía... años cuando empezó
a reinar, y reinó sobre Israel veinti-
dós años.

2 Seleccionó a tres mil hombres de Is-
rael: dos mil estaban con él en Micmás y la
montaña de Betel, y mil estaban con Jona-
tán en Guibeá de Benjamín. Al resto del
ejército lo licenció.

3 Jonatán derrotó a la guarnición filistea
que había en Guibeá. Los filisteos supieron
que los hebreos se habían sublevado. Saúl
hizo tocar la trompeta por todo el país.
4 Entonces los israelitas supieron que Saúl
había derrotado a una guarnición enemiga
y que se había declarado la guerra a los fi-
listeos, y se reunieron con Saúl en Guilgal.
5 Los filisteos se concentraron para la gue-
rra contra Israel: tres mil carros, seis mil ji-
netes y una infantería numerosa como la
arena de la playa, y fueron a acampar jun-
to a Micmás, al este de Bet-Avén. 6 Al ver-
se en peligro ante el avance filisteo, los is-
raelitas fueron a esconderse en las cuevas,
los agujeros, las peñas, los refugios y los
pozos. 7 Muchos hebreos pasaron el Jordán
hacia Gad y Galaad. Saúl seguía en Guilgal,
mientras la gente, atemorizada, se le mar-

13,1-15 Amenaza filistea – Samuel condena a Saúl. La impaciencia de Saúl que espera a Samuel y el miedo de los israelitas ante la amenaza filistea lo llevan a ejercer un ministerio que no le correspondía aunque fuera el rey: el religioso. Ello trae como consecuencia la condena de Samuel y la amenaza divina de acortar su reinado y el anuncio de la elección por parte de Dios de otro hombre para el reino con un perfil más adecuado al querer divino. Podríamos decir que este breve diálogo entre Samuel y Saúl es la justificación teológica que la corriente deuteronomista (**D**) presenta para el derrocamiento de Saúl por parte del partido liderado por David, o por lo menos de la pérdida de importancia de Saúl, representante de la monarquía, a los ojos de Samuel, representante del decadente período de los jueces.

chaba. 8 Aguardó siete días, hasta el plazo
señalado por Samuel; pero Samuel no llegó
a Guilgal, y la gente se le dispersaba. 9 En-
tonces Saúl ordenó:
–Tráiganme las víctimas del holocausto
y de los sacrificios de comunión.
Y él mismo ofreció el holocausto.

Samuel condena a Saúl

10 Apenas había terminado, cuando se
presentó Samuel. Saúl salió a su encuentro
y lo saludó. 11 Pero Samuel le dijo:
–¿Qué has hecho?
Contestó:
–Vi que la gente se me dispersaba y tú
no venías en el plazo señalado, y los filiste-
os se concentraban frente a Micmás, 12 y
me dije: Ahora bajarán los filisteos contra
mí a Guilgal, sin que yo haya aplacado al
Señor, y me atreví a ofrecer el holocausto.
13 Samuel le dijo:
–¡Estás loco! Si hubieras cumplido la or-
den del Señor, tu Dios, él hubiera afianzado
tu reino sobre Israel para siempre. 14 En
cambio, ahora tu reino no durará. El Señor
se ha buscado un hombre a su gusto y lo ha
nombrado jefe de su pueblo, porque tú no
has sabido cumplir la orden del Señor.
15 Samuel se volvió de Guilgal por su ca-
mino. El resto del ejército subió tras Saúl al
encuentro del enemigo y llegaron desde
Guilgal a Guibeá de Benjamín. Saúl pasó
revista a las tropas que seguían con él:
unos seiscientos hombres.

Saúl y Jonatán

16 Saúl, su hijo Jonatán y sus tropas se
establecieron en Guibeá de Benjamín; por
su parte, los filisteos acamparon junto a
Micmás. 17 Del campamento filisteo salió
una fuerza de choque dividida en tres co-
lumnas; una se dirigió a Ofrá, hacia la zona
de Sual 18 otra se dirigió a Bet-Jorón, y la
tercera se dirigió a la colina que domina el
valle Seboín, hacia el desierto.
19 Por entonces no se encontraba un he-
rrero en tierra de Israel, porque el plan de
los filisteos era que los hebreos no se forja-
ran espadas ni lanzas. 20 Todos los israelitas
tenían que bajar al país filisteo para reparar
sus rejas de arado, sus azadas, sus hachas
y sus hoces. 21 Por afilar una reja de arado
o una azada les cobraban medio peso, y
dos tercios de peso por un hacha o una
aguijada. 22 Así sucedió que, a la hora de la
batalla, en todo el ejército de Saúl no había
más espada ni lanza que las de Saúl y su
hijo Jonatán.
23 Un destacamento filisteo salió hacia la
cañada de Micmás.

Hazaña de Jonatán

14 1 Un día Jonatán, hijo de Saúl, dijo a
su escudero:
–Acerquémonos hasta el destacamento
filisteo, al otro lado de la cañada.
Pero no se lo dijo a su padre.
2 Saúl se encontraba entonces en las
afueras de Guibeá, bajo el granado que es-
taba cerca de donde trillaban el trigo. Su
tropa eran unos seiscientos hombres. 3 Ají-
as, hijo de Ajitub, hermano de Icabod, hijo
de Fineés, hijo de Elí, sacerdote del Señor
en Siló, llevaba un efod.
La tropa no se dio cuenta de que Jona-
tán se alejaba. 4 A ambos lados de la caña-
da que Jonatán intentaba pasar para llegar
al destacamento filisteo había dos salientes
rocosos: uno se llamaba Bosés y el otro
Sene. 5 Uno se erguía hacia el norte, frente
a Micmás, y el otro hacia el sur, frente a
Guibeá.
6 Jonatán dijo a su escudero:
–Vamos a pasar hacia el destacamento
de esos incircuncisos; a lo mejor el Señor
nos da la victoria; no le cuesta salvar con
muchos o con pocos.
7 El escudero respondió:
–Haz lo que quieras; estoy a tu disposi-
ción.

13,16-23 Saúl y Jonatán. Termina el capítulo con la descripción de los modestos medios con que Jonatán, hijo de Saúl pretende enfrentar la amenaza filistea. Los datos sobre el importe que debían pagar los hebreos –y los demás pueblos vecinos– a los filisteos por la adecuación de sus instrumentos de hierro indican que éste era el medio por el cual filistea controlaba la región y tenía poder sobre un sinnúmero de pueblos pequeños: la tecnología del hierro. Pensemos en nuestros países empobrecidos, sometidos también a las tecnologías extranjeras, ¿será eso correcto a los ojos de Dios?

14,1-52 Hazaña de Jonatán. En este capítulo se ve la intención de exaltar la figura de Jonatán, mientras que el papel de Saúl es menos feliz. Los filisteos se encuentran en una altura escarpada, que desaconseja un

8 Jonatán dijo:

–Mira, vamos a pasar hasta donde estén esos hombres y dejaremos que nos descubran. 9 Si nos dicen: ¡Alto! ¡No se muevan hasta que lleguemos a ustedes!, nos quedaremos quietos donde estamos, sin subir hacia ellos. 10 Pero si nos dicen: ¡Suban acá!, subiremos, porque el Señor nos los entrega; ésta será la contraseña.

11 El destacamento filisteo los descubrió, y comentaron:

–Miren, unos hebreos que salen de las cuevas donde se habían escondido.

12 Luego dijeron a Jonatán y a su escudero:

–Suban aquí, que les contaremos una cosa.

Jonatán ordenó entonces a su escudero:

–Sube detrás de mí, porque el Señor los ha entregado a Israel.

13 Jonatán subió gateando, seguido de su escudero; los filisteos iban cayendo ante los golpes de Jonatán, y su escudero, detrás, los iba rematando. 14 Ésta fue la primera victoria de Jonatán y su escudero: mataron unos veinte hombres, como quién abre un surco en media parcela de campo. 15 Todos los que estaban en el campamento y toda la tropa se llenaron de miedo. Temieron también los de la guarnición y la fuerza de choque. Al mismo tiempo hubo un temblor de tierra y se produjo un pánico sobrehumano.

16 Desde Guibeá de Benjamín vieron los centinelas de Saúl que el ejército enemigo huía a la desbandada. 17 Entonces Saúl ordenó a los suyos:

–Pasen revista, a ver quién se ha separado de los nuestros.

Pasaron revista, y faltaban Jonatán y su escudero.

18 Saúl ordenó a Ajías:

–Trae aquí el efod –Porque Ajías era el que llevaba entonces el efod en Israel–.

19 Mientras Saúl hablaba al sacerdote, el tumulto del campamento filisteo iba en aumento. Saúl dijo al sacerdote:

–Retira la mano.

20 Todo el ejército de Saúl se reunió y se lanzó al combate; los filisteos se acuchillaban unos a otros, en medio de una enorme confusión. 21 Y los hebreos movilizados hacía tiempo por los filisteos, y que habían subido con ellos al campamento, se pasaron a los israelitas de Saúl y Jonatán. 22 Todos los israelitas que se habían escondido en la serranía de Efraín oyeron que los filisteos iban huyendo, y también se juntaron en su persecución. 23 El Señor salvó aquel día a Israel. La lucha llegó hasta Bet-Avén. Los que seguían a Saúl eran unos dos mil hombres. La lucha se extendió por toda la serranía de Efraín.

24 Saúl cometió aquel día un grave error, conjurando a la tropa:

–Maldito el que pruebe un bocado antes de la tarde, mientras me vengo de mis enemigos.

Nadie probó bocado. 25 Por el suelo había unos panales, 26 y el ejército se acercó a los panales, que destilaban miel, pero nadie se la llevó a la boca, por miedo al juramento. 27 Jonatán que no había oído el juramento impuesto al pueblo por su padre, alargó la punta del palo que llevaba en la mano, lo hundió en el panal de miel, se lo llevó a la boca y se le iluminó la mirada. 28 Uno de la tropa dijo:

–Tu padre nos ha impuesto un juramento maldiciendo al que probase hoy un bocado, y eso que la tropa está agotada.

29 Jonatán exclamó:

–¡Mi padre ha traído la desgracia al país! Miren cómo se me han iluminado los ojos, con sólo probar un poco de esta miel. 30 Si la tropa hubiera comido hoy de los despojos ganados al enemigo, ¡cuánto mayor habría sido la derrota de los filisteos!

31 Aquel día destrozaron a los filisteos desde Micmás hasta Ayalón, y el ejército acabó agotado. 32 Entonces la tropa se lanzó sobre el botín y agarró ovejas, vacas y terneros, los degollaron en el suelo y los comieron con la sangre. 33 Avisaron a Saúl:

---

ataque frontal; precisamente de esta circunstancia se aprovecha el joven príncipe para un ataque por sorpresa; su hazaña desencadena una batalla de cierta amplitud y una victoria importante para los israelitas. Jonatán se atreve a criticar una decisión de su padre y se gana el favor del pueblo: es el héroe de la jornada. La narración se distingue por lo bien planeada que está. Mientras otras suelen ir dando informaciones a medida que lo pide el desarrollo, ésta adelanta los elementos esenciales de la situación.

–Mira que la tropa está pecando contra
el Señor, porque come carne con sangre.
Saúl respondió:
–Hagan rodar hasta aquí una piedra
grande.
34 Luego ordenó:
–Dispérsense entre la gente y díganles
que cada uno me traiga su toro o su oveja;
degüéllenlos aquí y coman; pero no pequen
contra el Señor comiendo carne con san-
gre.
Cada uno llevó lo que tenía, y Saúl de-
golló allí los animales. 35 Levantó un altar al
Señor y ése fue el primer altar erigido por
él. 36 Después dijo:
–Esta noche bajaremos a perseguir a los
filisteos, los saquearemos hasta el amane-
cer, sin dejarles uno vivo.
Le contestaron:
–Haz lo que te parezca bien.
El sacerdote ordenó:
–Vamos a acercarnos a consultar a Dios.
37 Saúl consultó a Dios:
–¿Puedo bajar tras los filisteos? ¿Los en-
tregarás en poder de Israel?
38 Aquel día no obtuvo respuesta. Enton-
ces ordenó:
–Acérquense todos los jefes del pueblo,
para ver quién ha cometido hoy este peca-
do. 39 Porque, ¡por la vida del Señor, salva-
dor de Israel!, aunque sea mi hijo Jonatán,
morirá sin remedio.
Nadie le respondió. 40 Entonces se diri-
gió a todo Israel:
–Ustedes se quedarán de un lado y yo
con mi hijo Jonatán nos pondremos al otro.
Le respondieron:
–Haz lo que te parezca bien.
41 Entonces Saúl consultó al Señor, Dios
de Israel:
–¿Por qué no respondes hoy a tu siervo?
Señor, Dios de Israel, si somos culpables yo
o mi hijo Jonatán, salga cara; si es culpable
tu pueblo Israel, salga cruz.
Cayó la suerte en Jonatán y Saúl, y la
tropa quedó libre. 42 Entonces dijo Saúl:
–Ahora echen la suerte entre mi hijo Jo-
natán y yo.
Le tocó a Jonatán. 43 Y Saúl le preguntó:
–Dime lo que has hecho.
Jonatán le contó:
–Probé un poco de miel con la punta del
palo que llevaba en la mano. ¡Y ahora me
toca morir!
44 Saúl le dijo:
–¡Que Dios me castigue si no mueres,
Jonatán!
45 Pero la tropa dijo a Saúl:
–¿Cómo va a morir Jonatán, que ha
dado esta gran victoria a Israel? ¡De ningún
modo! ¡Por la vida del Señor!, que no caerá
a tierra ni un pelo de su cabeza; porque él
ha actuado hoy con la ayuda de Dios.
Así salvaron la vida a Jonatán. 46 Saúl
dejó de perseguir a los filisteos, y éstos vol-
vieron a sus casas.
47 Después de ser proclamado rey de Is-
rael, Saúl luchó contra todos sus enemigos
de alrededor: Moab, los amonitas, Edom, el
rey de Sobá, los filisteos, y vencía en todas
sus campañas, 48 haciendo proezas; derro-
tó a Amalec y libró a Israel de sus saquea-
dores.
49 Sus hijos fueron: Jonatán, Isbaal, Mal-
quisúa. De sus dos hijas, la mayor se lla-
maba Merab; la pequeña, Mical. 50 Su mu-
jer se llamaba Ajinoán, hija de Ajimás. El
general de su ejército se llamaba Abner,
hijo de Ner, tío de Saúl. 51 Quis, padre de
Saúl, y Ner, padre de Abner, eran hijos de
Abiel.
52 Durante todo el reinado de Saúl hubo
guerra abierta contra los filisteos. A todo jo-
ven valiente y aguerrido que veía, Saúl lo
enrolaba en su ejército.

Saúl es rechazado

15 1 Samuel dijo a Saúl:
–El Señor me envió para ungirte rey
de su pueblo Israel. Por tanto, escucha las
palabras del Señor. 2 Así dice el Señor To-
dopoderoso: Voy a pedir cuentas a Amalec
de lo que hizo contra Israel, al cortarle el
camino cuando éste subía de Egipto.
3 Ahora ve y atácalo; entrega al exterminio
todo lo que tiene, y a él no lo perdones;

15,1-35 Saúl es rechazado. En este capítulo Samuel se presenta con autoridad profética, definiendo las coordenadas del capítulo: el ungido ha de estar a disposición de su Soberano, y esa misión genérica se concreta ahora en una orden específica. Desde el principio sabemos que está en juego para Saúl seguir sus propios planes políticos o aceptar sin reserva el plan de Dios. Saúl seguirá actuando como rey, pero su

mata a hombres y mujeres, niños de pecho
y chiquillos, toros, ovejas, camellos y bu-
rros.
4 Saúl convocó al ejército y le pasó re-
vista en Telán: doscientos mil de infantería
y diez mil de caballería. 5 Marchó a las ciu-
dades amalecitas y tendió emboscadas en
los barrancos. 6 A los quenitas les envió
este mensaje:
–Ustedes salgan del territorio amalecita
y bajen. Porque se portaron muy bien con
los israelitas cuando subían de Egipto y yo
no quiero mezclarlos con Amalec.
Los quenitas se apartaron de los amale-
citas. 7 Saúl derrotó a los amalecitas, desde
Telán, según se va a Sur, en la frontera de
Egipto. 8 Capturó vivo a Agag, rey de Ama-
lec, pero a su ejército lo pasó a cuchillo.
9 Saúl y su ejército perdonaron la vida a
Agag, a las mejores ovejas y vacas, al ga-
nado bien cebado, a los corderos y a todo
lo que valía la pena, sin querer exterminar-
lo; en cambio, exterminaron lo que no valía
nada.
10 El Señor dirigió la palabra a Samuel:
11 –Estoy arrepentido de haber hecho
rey a Saúl, porque ha apostatado de mí y
no cumple mis órdenes.
Samuel se entristeció y se pasó la noche
clamando al Señor. 12 Por la mañana ma-
drugó y fue a encontrar a Saúl; pero le dije-
ron que se había ido a Carmel, donde había
erigido una estela, y después, dando un ro-
deo, había bajado a Guilgal. 13 Samuel se
presentó a Saúl, y éste le dijo:
–El Señor te bendiga. He cumplido el en-
cargo del Señor.
14 Samuel le preguntó:
–¿Y qué son esos balidos que oigo y
esos mugidos que siento?
15 Saúl contestó:
–Los han traído de Amalec. La tropa ha
dejado con vida a las mejores ovejas y va-
cas, para ofrecérselas en sacrificio al Señor.
El resto lo hemos exterminado.
16 Samuel replicó:
–¡Basta! Voy a anunciarte lo que el Se-
ñor me ha dicho esta noche.
Contestó Saúl:
–Dímelo:
17 Samuel dijo:
–Aunque te creas pequeño, eres la ca-
beza de las tribus de Israel, porque el Señor
te ha nombrado rey de Israel. 18 El Señor te
envió a esta campaña con orden de exter-
minar a esos pecadores amalecitas, com-
batiendo hasta acabar con ellos. 19 ¿Por qué
no has obedecido al Señor? ¿Por qué te has
lanzado sobre el botín haciendo lo que el
Señor reprueba?
20 Saúl replicó:
–Pero ¡si he obedecido al Señor! He he-
cho la campaña a la que me envió, he traí-
do a Agag, rey de Amalec, y he extermina-
do a los amalecitas. 21 Si la tropa tomó del
botín ovejas y vacas, lo mejor de lo desti-

---

reino comienza a dividirse y no pasará a un sucesor de su familia. Es fácil de entender la sentencia de Samuel: «Por haber rechazado la Palabra del Señor, el Señor te rechaza» (26). Es difícil de comprender la causa de tan dura condena. ¿Es justo acabar con todo un pueblo, incluidos mujeres y niños, y esto por un crimen cometido hace siglos? Cuando las guerras son productivas, porque terminan en saqueo, porque dan mujeres y niños para el trabajo y la esclavitud, un pueblo puede sentirse tentado a declarar la guerra nada más por interés: tal guerra sería un acto de bandidaje legalizado. Cuando está prohibida toda clase de saqueo, la guerra no será tentación, solo se emprenderá en legítima defensa. Este resultado secundario de la ley del exterminio total es bueno; pero ¿justifica dicho exterminio? Y si la guerra tiene por finalidad ejecutar una sentencia, ¿por qué han de pagar justos por pecadores? Y si admitimos que accidentalmente los inocentes sufran no como culpables castigados, sino como miembros de un cuerpo social de cuya suerte participan, ¿por qué, concluida la guerra, se ha de ejecutar el exterminio total? Éste es el problema que nos plantea el presente capítulo y otros semejantes del Antiguo Testamento. A la luz de la enseñanza de Cristo, el mandato de Samuel nos desconcierta, nos repugna. Mirado como etapa superada en la historia de la revelación, todavía no acabamos de comprenderlo. Lo más que se nos ocurre es esto: el Señor elige un pueblo, con sus costumbres e instituciones, para conducirlo lentamente a niveles más altos y puros. El Señor de la vida, que no anula sin más la mortalidad infantil, que castiga a los padres en los hijos hasta la cuarta generación, que no impide los accidentes mortales ni las catástrofes naturales, acepta provisoriamente una institución guerrera que causa la muerte de inocentes. El autor sagrado transforma esa aceptación genérica en un mandato concreto y formal al contar la historia. Por lo demás, que Saúl no acabó con los amalecitas lo demuestra su presencia en tiempos posteriores: 27,8; 30,2 (cfr. 1 Cr 4,43); aunque sí es cierto que Amalec desaparece como pueblo autónomo. Pero no intentemos disimular el estupor ni reprimir la protesta.

nado al exterminio, lo hizo para ofrecérselas
en sacrificio al Señor, tu Dios, en Guilgal.
22 Samuel contestó:
–¿Quiere el Señor sacrificios y holocaustos o quiere que obedezcan su voz? La obediencia vale más que el sacrificio; la docilidad, más que la grasa de carneros.
23 Como
pecado de adivinos es la rebeldía, como crimen de idolatría es la obstinación. Por haber rechazado al Señor, el Señor te rechaza hoy como rey.
24 Entonces Saúl dijo a Samuel:
–He pecado, he quebrantado el mandato de Dios y tu palabra; tuve miedo a la tropa y les hice caso.
25 Pero ahora perdona
mi pecado, te lo ruego; vuelve conmigo y adoraré al Señor.
26 Samuel le contestó:
–No volveré contigo. Por haber rechazado la Palabra del Señor, el Señor te rechaza como rey de Israel.
27 Samuel dio media vuelta para marcharse. Saúl le agarró el borde de su manto, que se rasgó,
28 y Samuel le dijo:
–El Señor te arranca hoy el reino y se lo entrega a otro más digno que tú.
29 El
Campeón de Israel no miente ni se arrepiente, porque no es un hombre para arrepentirse.
30 Saúl le dijo:
–Cierto, he pecado; pero esta vez salva mi honor ante los ancianos del pueblo y ante Israel. Vuelve conmigo para que haga la adoración al Señor, tu Dios.
31 Samuel volvió con Saúl y éste hizo la adoración al Señor.
32 Entonces Samuel ordenó:
–Acérquenme a Agag, rey de Amalec.
Agag se acercó temblando, y dijo:
–Seguramente me he librado de la amargura de la muerte.
33 Samuel le dijo:
–Tu espada dejó a muchas madres sin hijos; entre todas quedará sin hijos tu madre.
Y lo descuartizó en Guilgal, en presencia del Señor.
34 Luego se volvió a Ramá, y
Saúl volvió a su casa de Guibeá de Saúl.
35 Samuel no volvió a ver a Saúl mientras vivió. Pero hizo duelo por él, porque el Señor se había arrepentido de haber hecho a Saúl rey de Israel.

DAVID

David es una de las grandes figuras de la historia de Israel, figura a la vez militar, política y religiosa. Es el comienzo de una nueva elección, de una institución salvadora estable; su recuerdo será terreno en que se descubra y madure la esperanza mesiánica. Por eso David es una figura exaltada e idealizada, formada por la historia y la leyenda, por la memoria y la fantasía, sin que sea hoy posible separar con rigor sus componentes. Probablemente muy pronto se empezaron a formar tradiciones diversas de su vida y hazañas, que el autor de nuestro libro no pudo descartar ni consiguió armonizar. El David guerrero y el David músico producen dos versiones de su llegada a la corte de Saúl; el David pastor y el capitán se armonizan en etapas sucesivas.

A estos hilos narrativos, sueltos o trenzados, se fueron superponiendo nuevas variaciones o complementos, según las condiciones históricas de los sucesores y según la reflexión teológica de la escuela que elaboraba los textos ya existentes. Así encontramos un David teólogo, que, en medio de la acción narrativa, revela en sabios discursos el sentido religioso de los sucesos.

Detrás de simplificaciones de una mirada distante, por entre la ornamentación épica o lírica, se entrevé una vida azarosa que desemboca en el trono y en una dinastía estable. Ese proceso, piensan los autores, ha sido asumido y dirigido por Dios para salvar a su pueblo. Por eso es legítimo enmarcar la maraña de los sucesos con dos narraciones iluminadoras: la elección inicial de Dios, incluida la unción anticipada, y la profecía de Natán refrendando la nueva monarquía. Esta manera de proyectar hacia el pasado y hacia el futuro muestra la visión superior

de los autores bíblicos, su tranquila certeza al interpretar los hechos. En sus palabras se revela la salvación que se fue realizando en los hechos.

Sobre los valores artísticos de las perícopas se destaca el juego contrastado de los personajes: Saúl, antagonista indeciso y arbitrario, lentamente devorado por la envidia y la sospecha; Jonatán, dividido entre la piedad filial y la amistad. Entre tanto, Samuel se retira discretamente para que sus personajes ocupen todo el escenario. Hay que leer primero esta historia seguida, hasta la muerte de Saúl, antes de releer con atención sus episodios.

David, ungido rey

16 1 El Señor dijo a Samuel:
–¿Hasta cuándo vas a estar la-
mentándote por Saúl, si yo lo he rechazado
como rey de Israel? ¡Llena tu frasco de
aceite y parte! Yo te envío a Jesé, el de Be-
lén, porque entre sus hijos me he elegido un
rey.
2 Samuel contestó:
–¿Cómo voy a ir? Si se entera Saúl, me
matará.
El Señor le dijo:
–Llevarás una ternera y dirás que vas a
hacer un sacrificio al Señor. 3 Convidarás a
Jesé al sacrificio, y yo te indicaré lo que tie-
nes que hacer; me ungirás al que yo te
diga.
4 Samuel hizo lo que le mandó el Señor.
Cuando llegó a Belén, los ancianos del pue-
blo fueron ansiosos a su encuentro:
–¿Vienes en son de paz?
5 Respondió:
–Sí, vengo a hacer un sacrificio al Señor.
Purifíquense y vengan conmigo al sacrifi-
cio.
Purificó a Jesé y a sus hijos y los convi-
dó al sacrificio. 6 Cuando ellos llegaron, Sa-
muel vio a Eliab, y pensó:
–Seguro que el Señor tiene delante a su
ungido.
7 Pero el Señor le dijo:
–No te fijes en las apariencias ni en su
buena estatura. Lo rechazo. Porque Dios no
ve como los hombres, que ven la aparien-
cia. El Señor ve el corazón.
8 Jesé llamó a Abinadab y lo hizo pasar
ante Samuel, y Samuel le dijo:
–Tampoco a éste lo ha elegido el Señor.
9 Jesé hizo pasar a Samá, y Samuel dijo:
–Tampoco a éste lo ha elegido el Señor.
10 Jesé hizo pasar a siete hijos suyos
ante Samuel, y Samuel le dijo:
–Tampoco a éstos los ha elegido el Se-
ñor.
11 Luego preguntó a Jesé:
–¿Se acabaron los muchachos?
Jesé respondió:
–Queda el pequeño, que precisamente
está cuidando las ovejas.
Samuel dijo:
–Manda a buscarlo, porque no nos sen-
taremos a la mesa mientras no llegue.
12 Jesé mandó a buscarlo y lo hizo en-
trar: era de buen color, de hermosos ojos y
buen tipo. Entonces el Señor dijo a Samuel:
–Levántate y úngelo, porque es éste.

16,1-13 David, ungido rey. El giro que va a tomar la institución monárquica en Israel estaba ya en cierto modo anunciado en 13,14; 15,28, de manera que este relato es la confirmación de ese anuncio. Es doctrina clásica que David ha sido elegido expresamente por el Señor. La primera aparición de David en el libro encaja ya en esta doctrina, gracias al recurso literario de la anticipación: la unción, que probablemente vino a sancionar un proceso ya adelantado, se coloca en la primera juventud o adolescencia de David, en la primera página de su historia. El Señor toma la iniciativa, Samuel es el ejecutor oficial, el pueblo no cuenta. Comparémosla con la elección de Saúl: iniciativa de los israelitas, viciada desde el comienzo, aceptada por Dios como concesión tolerante. En el caso de David el Señor ha aceptado el principio monárquico y lo toma en sus propias manos. El contraste está ligeramente marcado con la presentación del primer eliminado: Eliab era de buena apariencia y gran estatura –como Saúl–, por dentro no era como el Señor quería –también como Saúl–. En el descubrimiento del elegido, el autor utiliza el conocido motivo del hermano menor que se antepone a sus hermanos, tan común en el folklore hebreo, y que de todos modos busca enseñar que Dios no piensa igual que los hombres porque no se fija en apariencias.

13 Samuel tomó el frasco de aceite y lo
ungió en medio de sus hermanos. En aquel
momento invadió a David el Espíritu del
Señor, y estuvo con él en adelante. Samuel,
por su parte, partió de regreso a Ramá.

David, en la corte de Saúl

14 El Espíritu del Señor se había apar-
tado de Saúl, y lo atormentaba un mal es-
píritu enviado por el Señor. 15 Sus cortesa-
nos le dijeron:
–Ahora te atormenta un mal espíritu.
16 Da una orden, y nosotros, tus siervos,
buscaremos a uno que sepa tocar la cítara;
cuando te sobrevenga el ataque del mal es-
píritu, él tocará, y se te pasará.
17 Saúl ordenó:
–Sí, búsquenme un buen músico y trái-
ganmelo.
18 Entonces uno de los cortesanos dijo:
–Yo conozco a un hijo de Jesé, el de Be-
lén, que sabe tocar y es un muchacho muy
valioso, buen guerrero, habla muy bien, es
de buena presencia y el Señor está con él.
19 Saúl mandó emisarios a Jesé con esta
orden:
–Envíame a tu hijo David, el que está
con el rebaño.
20 Jesé tomó cinco panes, un odre de
vino y un cabrito, y se los mandó a Saúl por
medio de su hijo David. 21 David llegó a pa-
lacio y se presentó a Saúl; al rey le causó
muy buena impresión, y lo hizo su escu-
dero.
22 Saúl mandó este recado a Jesé:
–Que se quede David a mi servicio, por-
que me gusta.
23 Cuando el mal espíritu atacaba a Saúl,
David tomaba el arpa y tocaba. Saúl se
sentía aliviado y se le pasaba el ataque del
mal espíritu.

David y Goliat
(Eclo 47,3-6)

17 1 Los filisteos reunieron su ejército
para la guerra; se concentraron en
Soco de Judá y acamparon entre Soco y
Azecá, en Fesdamín. 2 Saúl y los israelitas
se reunieron y acamparon en el valle de
Elá, y formaron para la batalla contra los fi-
listeos. 3 Los filisteos tenían sus posiciones
en un monte y los israelitas en el otro, con
el valle de por medio.
4 Del ejército filisteo se adelantó un lu-
chador, llamado Goliat, oriundo de Gat, de
casi tres metros de alto. 5 Llevaba un casco
de bronce en la cabeza, e iba cubierto con
una coraza escamada también de bronce
que pesaba medio quintal, 6 tenía unas ca-
nilleras de bronce en las piernas y una ja-
balina de bronce a la espalda; 7 el asta de
su lanza era gruesa como el palo de un te-
lar y su punta de hierro pesaba unos seis ki-
los. Su escudero caminaba delante de él.
8 Goliat se detuvo y gritó a las filas de Israel:
–¡No hace falta que salgan formados a
luchar! Yo soy el filisteo, ustedes los escla-
vos de Saúl. Elijan a uno que baje a enfren-
tarme; 9 si es capaz de pelear conmigo y
me vence, seremos esclavos de ustedes;
pero si yo le puedo y lo derroto, ustedes se-
rán nuestros esclavos y nos servirán.
10 Y siguió:
–¡Yo desafío hoy al ejército de Israel!
¡Préstenme un hombre, y lucharemos mano
a mano!
11 Saúl y los israelitas oyeron el desafío
de aquel filisteo y se llenaron de miedo.
12 David era hijo de un efrateo de Belén
de Judá, llamado Jesé, que tenía ocho hi-
jos, y cuando reinaba Saúl era ya viejo, de
edad avanzada; 13 sus tres hijos mayores
habían ido a la guerra siguiendo a Saúl; se

16,14-23 David, en la corte de Saúl. Comienzan a entrelazarse los hilos de los dos personajes centrales de estos capítulos, David y Saúl. Mientras que de David se dijo que después de su unción el Espíritu del Señor lo invadió y estuvo con él en adelante (13), a Saúl le ha sucedido todo lo contrario, un mal espíritu lo agitaba y sólo lo calmaba la música; para ese oficio es traído David, único que puede calmar al rey con el arpa. Según la narración, Saúl ignora todavía que David ha sido ya ungido por Samuel como el nuevo rey de Israel. Los capítulos siguientes nos van a ir mostrando diversas imágenes a través de las cuales se va ilustrando el destino político de ambos personajes: la decadencia de Saúl y la carrera ascendente de David que culminará con su entronización definitiva como rey.

17,1-58 David y Goliat. La historia de David y Goliat presenta sus dificultades. Primero, el relato desconoce todo lo precedente, Saúl no conoce todavía a David; segundo, según 2 Sm 21,19, es Eljanán de Belén, uno de los campeones de David, quien mata al filisteo Goliat de Gat; se podría pensar en una victoria de David sobre un soldado filisteo que la tradición ha confundido con otro. Por otra parte, la victoria sobre

llamaban Eliab el primero, Abinadab el se-
gundo y Samá el tercero. 14 David era el
más pequeño. Los tres mayores habían se-
guido a Saúl; 15 David iba y venía del frente
a Belén, para guardar el rebaño de su pa-
dre.

16 El filisteo se aproximaba y se planta-
ba allí mañana y tarde; llevaba ya hacién-
dolo cuarenta días.

17 Jesé dijo a su hijo David:

–Toma esta bolsa de grano tostado y es-
tos diez panes, y llévaselos corriendo a tus
hermanos al campamento, 18 y estos diez
quesos se los entregarás al comandante.
Fíjate bien cómo están tus hermanos y trae
algo de ellos como prenda. 19 Saúl está con
ellos y con los soldados de Israel en el valle
de Elá, luchando contra los filisteos.

20 David madrugó, dejó el rebaño al cui-
dado de un guardián, cargó las provisiones
y se marchó, según el encargo de Jesé.
Cuando llegaba al cercado del campamen-
to, el ejercito avanzaba en orden de batalla,
lanzando el grito de guerra. 21 Israelitas y fi-
listeos formaron frente a frente. 22 David
dejó su carga al cuidado de los de inten-
dencia, corrió hacia las filas y preguntó a
sus hermanos qué tal estaban. 23 Mientras
hablaba con ellos, un luchador, el filisteo
llamado Goliat, oriundo de Gat, subió de las
filas del ejército filisteo y empezó a decir las
mismas palabras. David lo oyó; los israeli-
tas, 24 al ver a aquel hombre huyeron ate-
rrados. 25 Uno dijo:

–¿Han visto a ese hombre que sube?
¡Sube a desafiar a Israel! Al que lo derrote,
el rey lo colmará de riquezas, le dará su hija
y librará de impuestos a la familia de su pa-
dre en Israel.

26 David preguntó a los que estaban con
él:

–¿Qué le darán al que derrote a ese filis-
teo y salve la honra de Israel? Porque
¿quién es ese filisteo incircunciso para de-
safiar al ejército del Dios vivo?

27 Los soldados le repitieron lo mismo:

–Al que lo derrote le darán este premio.

28 Eliab, el hermano mayor, lo oyó ha-
blar con los soldados y se le enojó:

–¿Por qué has venido? ¿A quién dejaste
aquellas cuatro ovejas en el desierto? Ya sé
que eres un presumido y qué es lo que pre-
tendes: a lo que has venido es a contemplar
la batalla.

29 David respondió:

–Pero ¿qué hice ahora? ¿O ni siquiera se
puede hablar?

30 Se volvió hacia otro y preguntó:

–¿Qué es lo que dicen?

Los soldados le respondieron lo mismo
que antes.

31 Algunos que oyeron las palabras de
David fueron y se las contaron a Saúl, que
lo mandó llamar.

32 David dijo a Saúl:

–Majestad, nadie debe desanimarse por
culpa de ese filisteo. Este servidor tuyo irá
a luchar con ese filisteo.

33 Pero Saúl respondió:

–No podrás acercarte a ese filisteo para
luchar con él, porque eres un muchacho, y
él es un guerrero desde joven.

34 David le replicó:

–Tu servidor es pastor de las ovejas de
mi padre, y si viene un león o un oso y se
lleva una oveja del rebaño, 35 salgo tras él,
lo apaleo y se la quito de la boca, y si me
ataca, lo agarro por la melena y lo golpeo

Goliat se supone en 19,5; 21,10; 22,10.13. A pesar de las dificultades, el autor del libro tenía razón al conservar este capítulo: es una narración clásica. Clásica porque se ha incorporado a la tradición occidental, como una de las páginas favoritas del Antiguo Testamento. Junto a la construcción tenemos que considerar a los personajes. De las dos multitudes presentadas al principio se destacan dos: Goliat y David; lo cual significa que Saúl está relegado a la multitud de Israel, con la que se confunde en el miedo (11). Lo lógico es que Saúl hubiera salido a responder al desafío de Goliat: éste se llama a sí mismo «el filisteo», a Saúl le tocaría ser «el israelita». Retirado en su tienda, deja el protagonismo a David quien se enfrenta a Goliat, representantes de los dos pueblos y ejércitos. Hay otra oposición que recorre todo el relato y es más significativa: el contraste del guerrero y del pastor. La figura pastoril de David es el «leitmotiv» del episodio.

El motivo del pastor tiene dos complementos, por un lado, la insistencia de su pequeñez y juventud (14.28. 33.43.55.56); por otro, el apoyo divino. Además, este motivo tiene un cargado valor simbólico. El pastor cuida de sus ovejas, las defiende de las fieras; el rey debería cuidar de su pueblo, defendiéndolo del enemigo; rey/ pastor, pueblo/rebaño, enemigo/fieras. Saúl no es capaz de cumplir su oficio, David lo cumple, mostrando su capacidad de reinar. El pastor asume el cuidado del pueblo y lo defiende del enemigo.

hasta matarlo. 36 Tu servidor ha matado leones y osos; ese filisteo incircunciso será uno más, porque ha desafiado a las huestes del Dios vivo.

37 Y añadió:

–El Señor, que me ha librado de las garras del león y de las garras del oso, me librará de las manos de ese filisteo.

Entonces Saúl le dijo:

–Ve y que el Señor esté contigo.

38 Luego vistió a David con su uniforme, le puso un casco de bronce en la cabeza, lo cubrió con una coraza, 39 y le ciñó su espada sobre el uniforme. David intentó en vano caminar, porque no estaba entrenado, y dijo a Saúl:

–Con esto no puedo caminar, porque no estoy entrenado.

Entonces se quitó todo de encima, 40 agarró su bastón de pastor, escogió cinco piedras bien lisas del arroyo, se las echó en la bolsa, empuñó la honda y se acercó al filisteo. 41 Éste, precedido de su escudero, iba avanzando acercándose a David; 42 lo miró de arriba abajo y lo despreció, porque era un muchacho de buen color y guapo, 43 y le gritó:

–¿Soy yo un perro para que vengas a mí con un palo?

Luego maldijo a David invocando a sus dioses, 44 y le dijo:

–Ven acá, y echaré tu carne a las aves del cielo y a las fieras del campo.

45 Pero David le contestó:

–Tú vienes hacia mí armado de espada, lanza y jabalina; yo voy hacia ti en nombre del Señor Todopoderoso, Dios de los escuadrones de Israel, a las que has desafiado. 46 Hoy te entregará el Señor en mis manos, te venceré, te arrancaré la cabeza de los hombros y echaré tu cadáver y los del campamento filisteo a las aves del cielo y a las fieras de la tierra, y todo el mundo reconocerá que hay un Dios en Israel, 47 y todos los aquí reunidos reconocerán que el Señor da la victoria sin necesidad de espadas ni lanzas, porque ésta es una guerra del Señor, y él los entregará en nuestro poder.

48 Cuando el filisteo se puso en marcha y se acercaba en dirección de David, éste salió de la formación y corrió velozmente en dirección del filisteo; 49 enseguida metió la mano en la bolsa, sacó una piedra y la arrojó con la honda hiriendo al filisteo en la frente: la piedra se le clavó en la frente, y él cayó de cara al suelo. 50 Así venció David al filisteo, con la honda y una piedra; lo mató de un golpe, sin empuñar espada. 51 David corrió y se paró junto al filisteo, le agarró la espada, la desenvainó y lo remató, cortándole la cabeza. Los filisteos, al ver que había muerto su guerrero, huyeron. 52 Entonces los soldados de Israel y Judá, de pie, lanzaron el grito de guerra y persiguieron a los filisteos hasta la entrada de Gat y hasta las puertas de Ecrón; los filisteos cayeron heridos por el camino de Saaraym hasta Gat y Ecrón. 53 Los israelitas dejaron de perseguir a los filisteos y se volvieron para saquearles el campamento. 54 David agarró la cabeza del filisteo y la llevó a Jerusalén, las armas las guardó en su tienda.

55 Cuando Saúl vio a David salir al encuentro del filisteo, preguntó a Abner, general del ejército:

–Abner, ¿de quién es hijo ese muchacho?

Abner respondió:

–Por tu vida, majestad, no lo sé.

56 El rey le dijo:

–Pregunta de quién es hijo el muchacho.

57 Cuando David volvió de matar al filisteo, Abner lo llevó a presentárselo a Saúl, con la cabeza del filisteo en la mano. 58 Saúl le preguntó:

–¿De quién eres hijo, muchacho?

David respondió:

–De tu servidor Jesé, el de Belén.

Envidia de Saúl

18 1 Cuando David acabó de hablar con Saúl, Jonatán se encariñó con David y llegó a quererlo como a sí mismo. 2 Saúl retuvo entonces a David y no lo dejó volver a casa de su padre. 3 Jonatán y David hicieron un pacto, porque Jonatán lo

---

18,1-16 Envidia de Saúl. Este capítulo reúne noticias y episodios diversos ligados por dos temas contrapuestos: el éxito creciente de David y el temor creciente de Saúl. La oposición produce un movimiento dialéctico, porque precisamente el temor de Saúl provoca el éxito de David y viceversa. El éxito de David es general y rápido: el hijo del rey se encariña con él, la hija del rey se enamora, cae bien a la tropa, lo esti-

quería como a sí mismo; 4 se quitó el man-
to que llevaba y se lo dio a David, y tam-
bién su ropa, la espada, el arco y el cinto. 5
David tenía tal éxito en todas las incursio-
nes que le encargaba Saúl, que el rey lo
puso al frente de los soldados, y cayó bien
entre la tropa, e incluso entre los ministros
de Saúl.

6 Cuando volvieron de la guerra, des-
pués que David derrotó al filisteo, las muje-
res de todas las poblaciones de Israel salie-
ron a cantar y recibir con bailes al rey Saúl,
al son alegre de panderetas y platillos. 7 Y
cantaban a coro esta copla:

Saúl mató a mil,
David a diez mil.

8 A Saúl le cayó mal aquella copla, y co-
mentó enfurecido:

–¡Diez mil a David y a mí mil! ¡Ya sólo le
falta ser rey!

9 Y a partir de aquel día Saúl miró a Da-
vid con malos ojos.

10 Al día siguiente le vino a Saúl el ata-
que del mal espíritu, y andaba delirando
por el palacio. David tocaba el arpa como
de costumbre. Saúl que llevaba la lanza en
la mano 11 la arrojó, intentando clavar a Da-
vid en la pared, pero David la esquivó dos
veces.

12 Entonces Saúl le tuvo miedo, porque
el Señor estaba con David y, en cambio, se
había apartado de él. 13 Entonces alejó a
David nombrándolo comandante. Así Da-
vid iba y venía al frente de las tropas. 14 Y
todas sus campañas le salían bien, porque
el Señor estaba con él.

15 Saúl vio que a David las cosas le salí-
an muy bien, y le entró pánico. 16 Todo Is-
rael y Judá querían a David, porque los
guiaba en sus expediciones.

David, yerno de Saúl

17 Una vez dijo Saúl a David:

–Mira, te doy por esposa a mi hija ma-
yor, Merab, a condición de que te portes
como un valiente y pelees las batallas del
Señor.

Porque pensó:

Es mejor que lo maten los filisteos y no
yo.

18 David respondió:

–¿Quién soy yo y quiénes mis hermanos
–la familia de mi padre– en Israel para lle-
gar a yerno del rey?

19 Pero cuando llegó el momento de en-
tregarle a David por esposa a Merab, hija de
Saúl, se la dieron a Adriel, el de Mejolá.
20 Mical, la otra hija de Saúl, estaba enamo-
rada de David. Se lo comunicaron a Saúl y
le pareció bien, 21 porque calculó:

–Se la daré como cebo, para que caiga
en poder de los filisteos.

Y renovó su propuesta a David:

–Hoy puedes ser mi yerno.

22 Luego dijo a sus ministros:

–Díganle a David confidencialmente:
Mira, el rey te aprecia y todos sus ministros
te quieren; acepta ser yerno suyo. 23 Los
ministros de Saúl insinuaron esto a David, y
él respondió:

–¿Creen ustedes que llegar a ser yerno
del rey es tan fácil para alguien pobre e in-
significante como yo?

24 Los ministros comunicaron a Saúl lo
que había respondido David, 25 y Saúl les
dijo:

---

man los ministros, lo quieren Judá e Israel; triunfa en la guerra, escapa de un atentado; finalmente, el Señor está con él. Por su parte Saúl, a raíz del triunfo sobre Goliat, se irrita, después teme, siente pánico, atenta contra su vida, se vuelve su enemigo. No es este capítulo modelo de imparcialidad. Por algo temía Saúl: el principio monárquico era reciente en Israel y el principio dinástico aún no había cuajado; si Saúl había sido aceptado por sus victorias militares, ahora había otro que lo ganaba en ese terreno; el pueblo podía muy bien elegirse otro monarca. Además Saúl ya había tomado posición contra él. A estas razones objetivas se unió el proceso patológico que sufrió el rey.

18,17-30 David, yerno de Saúl. Pese al miedo y los celos que Saúl siente por David, sus planes son hacerlo yerno suyo; la idea es que Saúl, a pesar de que gustosamente haría desparecer a su rival, prefiere no echarse encima al pueblo dada la gran popularidad de David, de ahí que decide mantenerlo en su ejército para que sean los filisteos quienes lo maten. Sin embargo, varias veces se ha repetido desde que David fue ungido rey que el espíritu de Dios estaba con él mientras que de Saúl se había retirado y lo afligía un espíritu de mal. La carrera política de Saúl va cada vez más en descenso, mientras la popularidad de David, por la forma como sale victorioso en cada enfrentamiento contra los filisteos, va en ascenso. Y con todo, David comienza a formar parte de la familia real gracias a la decisión de Saúl de entregarle a su hija Mical haciéndolo así su yerno.

–Díganle así: Al rey no le interesa el di-
nero; se contenta con cien prepucios de fi-
listeos, como venganza contra sus enemi-
gos. De esta manera, Saúl pensaba lograr
que David cayera en poder de los filisteos.
26 Entonces los ministros de Saúl comu-
nicaron a David esta propuesta, y le pare-
ció una condición justa para ser yerno del
rey.
Y no se había cumplido el plazo fijado,
27 cuando David emprendió la marcha con
su gente, mató a doscientos filisteos y llevó
al rey el número completo de prepucios,
para que lo aceptara como yerno. Entonces
Saúl le dio a su hija Mical por esposa.
28 Saúl cayó en la cuenta de que el Se-
ñor estaba con David y de que su hija Mical
estaba enamorada de él. 29 Así creció el
miedo que tenía a David, y fue su enemigo
de por vida. 30 Los generales filisteos salían
a hacer incursiones, y siempre que salían,
David tenía más éxito que los oficiales de
Saúl. Su nombre se hizo muy famoso.

Saúl y Jonatán
(Eclo 6,14-17)

19 1 Delante de su hijo Jonatán y de sus
ministros, Saúl habló de matar a Da-
vid. Jonatán, hijo de Saúl, quería mucho a
David, 2 y le avisó:
–Mi padre, Saúl, te busca para matarte.
Ten mucho cuidado mañana por la maña-
na; escóndete en un sitio seguro. 3 Yo saldré
y me quedaré junto con mi padre en el
campo donde tú estés; le hablaré de ti, y si
saco algo en limpio, te lo comunicaré.
4 Jonatán habló a su padre, Saúl, en fa-
vor de David:
–¡Que el rey no peque contra su servidor
David! Él no te ha ofendido, y lo que él hace
es en tu provecho; 5 él se jugó la vida cuan-
do mató al filisteo, y el Señor dio a Israel
una gran victoria. Si tanto te alegraste al
verlo, ¿por qué vas a pecar derramando
sangre inocente, matando a David sin mo-
tivo?
6 Saúl hizo caso a Jonatán, y juró:
–¡Por la vida de Dios, no morirá!
7 Jonatán llamó a David y le contó la
conversación; luego lo llevó a la presencia
de Saúl, y David siguió en palacio como
antes.
8 Se reanudó la guerra y David salió a lu-
char contra los filisteos; los venció y les
ocasionó tal derrota, que huyeron ante él.
9 Saúl estaba sentado en su palacio con
la lanza en la mano, mientras David tocaba
el arpa. Un mal espíritu enviado por el Se-
ñor se apoderó de Saúl, 10 el cual intentó
clavar a David en la pared con la lanza,
pero David la esquivó. Saúl clavó la lanza
en la pared y David se salvó huyendo.

Mical salva a David

11 Aquella noche Saúl mandó emisarios
a casa de David para vigilarlo y matarlo a
la mañana. Pero su mujer, Mical, le avisó:
–Si no te pones a salvo esta misma no-
che, mañana serás un cadáver.
12 Ella lo descolgó por la ventana y Da-
vid se salvó huyendo. 13 Mical agarró luego
el ídolo familiar, lo echó en la cama, puso
en la cabecera un cuero de cabra y lo tapó
con una manta. 14 Cuando Saúl mandó los
emisarios a David, Mical les dijo:
–Está enfermo.
15 Pero Saúl despachó de nuevo los emi-
sarios para que buscaran a David:
–Tráiganmelo con cama y todo, que lo
quiero matar.

19,1-10 Saúl y Jonatán. Jonatán intercede ante su padre por David. Su recurso es la palabra, naturalmente apoyada en su doble amor por Saúl y David: tiene que librar a David de la muerte, a su padre del crimen. Su brevísimo discurso es una maciza apología: David es inocente, sería injusto hacerle mal; David es un benefactor, sería injusto no pagárselo; David ha sido instrumento del Señor, sería peligroso atentar contra él. Jonatán enuncia aquí el gran tema de los capítulos que siguen: el duelo entre David y Saúl acerca de la inocencia y culpabilidad de ambos. Los versículos 8-10 son un paralelo de 18,10s, tradición que narra el intento homicida de Saúl contra David.

19,11-17 Mical salva a David. Este breve relato narra otra tradición más de los intentos de Saúl por eliminar a David; parece que no conoce, o no tiene en cuenta el juramento que hace poco Saúl hizo en 19,6. Se trataría pues, de dos tradiciones populares sobre el mismo tema, rivalidad y celos de Saúl hacia David; en la primera tradición el salvador de David es Jonatán, primogénito del rey; en la segunda, es también alguien de su propia casa, la hija, esposa de David, quien salva al perseguido burlando a su propio padre. Detrás de estos relatos hay que ver la posición que el redactor o redactores finales han fijado: David es asistido por Dios, Saúl ya no cuenta con esa asistencia y todo lo que hace es acelerar cada vez más su caída.

16 Llegaron los emisarios y se encon-
traron con un ídolo en la cama y un cuero
de cabra en la cabecera.
17 Entonces Saúl dijo a Mical:
–¿Qué manera de engañarme es ésta?
¡Has dejado escapar a mi enemigo!
Mical le respondió:
–Él me amenazó: Si no me dejas mar-
char, te mato.

Saúl, en trance

18 Mientras tanto, David se salvó hu-
yendo y llegó a Ramá, el pueblo de Samuel,
y le contó todo lo que le había hecho Saúl.
Entonces fueron los dos a alojarse en Na-
yot. 19 Cuando avisaron a Saúl que David
estaba en Nayot de Ramá, 20 despachó
emisarios para apresarlo. Encontraron a la
comunidad de profetas en trance, presidi-
dos por Samuel; el Espíritu de Dios se apo-
deró de los emisarios de Saúl, y también
ellos entraron en trance. 21 Se lo avisaron a
Saúl, y mandó otros emisarios, que tam-
bién entraron en trance. Por tercera vez
despachó unos emisarios, y también éstos
entraron en trance.
22 Entonces fue él en persona a Ramá, y
al llegar al pozo de agua que hay en Secú,
preguntó:
–¿Dónde están Samuel y David?
Le respondieron:
–En el convento de Ramá.
23 Siguió hasta Nayot de Ramá, y tam-
bién de él se apoderó el Espíritu de Dios,
entró en trance y caminó así hasta Nayot
de Ramá. 24 Se quitó la ropa y estuvo en
trance delante de Samuel, luego cayó por
tierra, rendido y permaneció desnudo todo
aquel día y toda la noche. Por eso suelen
decir: ¡Hasta Saúl está con los profetas!

David y Jonatán

20 1 David huyó de Nayot de Ramá y
fue a decirle a Jonatán:
–¿Qué hice yo?¿Cuál es mi delito y mi
pecado contra tu padre para que intente
matarme?
2 Jonatán le dijo:
–¡Nada de eso! ¡No morirás! Mi padre no
hace absolutamente nada sin antes comu-
nicármelo. ¿Por qué me habría de ocultar
este asunto? ¡Es imposible!
3 Pero David insistió:
–Tu padre sabe perfectamente que te he
caído en gracia, y dirá: Que no se entere
Jonatán, no se vaya a llevar un disgusto.
Pero, por la vida de Dios y por tu propia
vida, estoy a un paso de la muerte.
4 Jonatán le respondió:
–Lo que tú digas lo haré.
5 Entonces David le dijo:
–Mañana precisamente es luna nueva, y
me toca comer con el rey. Déjame marchar
y me ocultaré en descampado hasta pasa-
do mañana por la tarde. 6 Si tu padre nota
mi ausencia, tú le dirás que David te pidió
permiso para hacer una escapada a su
pueblo, Belén, porque su familia celebra
allí el sacrificio anual. 7 Si él dice: está bien,
estoy salvado; pero si se pone furioso,
quiere decir que tiene decidida mi muerte.
8 Sé leal con este servidor, porque nos une
un pacto sagrado. Si he faltado, mátame tú
mismo, no hace falta que me entregues a
tu padre.
9 Jonatán respondió:
–¡Dios me libre! Si me entero de que mi
padre ha decidido que mueras, ciertamen-
te que te avisaré.
10 David preguntó:

19,18-24 Saúl, en trance. En medio de las tensas relaciones entre Saúl y David, se recuerda una vez más la tradición sobre algún contacto de Saúl con un grupo de profetas en el cual él mismo entró en trance (cfr. 10,6-11) y de donde surgió un dicho popular «¡hasta Saúl está con los profetas!» (10,11; 19,24). El sentido de este relato es mostrar las peripecias de David por escapar de la persecución de Saúl.

20,1-42 David y Jonatán. Jonatán y David renuevan su pacto de amistad, que los une fuertemente en el momento en que han de separarse. David apela al pacto, oprimido por el peligro de muerte que aprecia con claridad; Jonatán, lleno de presentimientos sombríos, quiere alargar el pacto más allá de la muerte. Saúl los separa: intenta quebrar la lealtad de Jonatán apelando al deber filial y a la esperanza de su sucesión en el trono; no lo consigue, pero los separa de por vida. Jonatán confía en el éxito de su primera intercesión: la primera escena del capítulo precedente resuena aquí, y obliga al lector a tender un puente de continuidad narrativa. David tiene que desengañarlo de tal confianza en la bondad última de Saúl. La salida al campo de los dos amigos (12-23) nos recuerda sin querer aquella otra de dos hermanos llamados Caín y Abel. Jonatán comienza respondiendo a la petición de David, pero muy pronto se remonta mirando al futuro: en sus palabras está renunciando prácticamente a sus derechos de sucesión, está viendo a David como suce-

–¿Quién me lo avisará, si tu padre te res-
ponde con malos modos?
11 Jonatán contestó:
–¡Vamos al campo!
Salieron los dos al campo, 12 y Jonatán
le dijo:
–Te lo prometo por el Dios de Israel; ma-
ñana a esta hora trataré de averiguar las in-
tenciones de mi padre, si su actitud hacia ti
es buena, te enviaré un aviso. 13 Si trama
algún mal contra ti, que el Señor me casti-
gue si no te aviso para que te pongas a sal-
vo. ¡El Señor esté contigo como estuvo con
mi padre! 14 Si entonces yo todavía vivo,
cumple conmigo el pacto sagrado, y si
muero, 15 no dejes nunca de favorecer a mi
familia. Y cuando el Señor aniquile a los
enemigos de David de la faz de la tierra,
16 no se borre el nombre de Jonatán en la
casa de David. ¡Que el Señor pida cuenta
de esto a los enemigos de David!
17 Jonatán hizo jurar también a David
por la amistad que le tenía, porque lo que-
ría con toda el alma, 18 y le dijo:
–Mañana es luna nueva. Se notará tu
ausencia, porque verán tu asiento vacío.
19 Pasado mañana tu ausencia llamará mu-
cho la atención. Por lo tanto, vete al sitio
donde te escondiste la vez pasada, y coló-
cate junto a aquel montón de piedras; 20 yo
dispararé tres flechas en esa dirección,
como tirando al blanco, 21 y mandaré un
criado que vaya a buscar las flechas. Si le
digo: Están más acá, recógelas, puedes
venir, es que todo te va bien, no hay pro-
blema, ¡por la vida de Dios! 22 Pero si le
digo al chico: Están más allá, entonces
vete, el Señor quiere que te marches. 23 Y
en cuanto a la promesa que nos hemos he-
cho tú y yo, el Señor estará siempre entre
los dos.
24 David se escondió en el campo.
Llegó la luna nueva y el rey se sentó a
la mesa para comer; 25 ocupó su puesto de
siempre, junto a la pared; Jonatán se sen-
tó enfrente, y Abner a un lado, y se notó
que el puesto de David quedaba vacío.
26 Pero aquel día Saúl no dijo nada, porque
pensó: A lo mejor es que no está limpio, no
se habrá purificado. 27 Pero al día siguien-
te, el segundo del mes, el sitio de David se-
guía vacío, y Saúl preguntó a su hijo Jona-
tán:
–¿Por qué no ha venido a comer el hijo
de Jesé ni ayer ni hoy?
28 Jonatán le respondió:
–Me pidió permiso para ir a Belén. 29 Me
dijo que lo dejase marchar, porque su fami-
lia celebraba en el pueblo el sacrificio anual
y sus hermanos le habían mandado ir; que
si no me parecía mal, él se iría a ver a sus
hermanos. Por eso no ha venido a la mesa
del rey.
30 Entonces Saúl se encolerizó contra
Jonatán, y le dijo:
–¡Hijo de mala madre! ¡Ya sabía yo que
estabas de parte del hijo de Jesé, para ver-
güenza tuya y de tu madre! 31 Mientras el
hijo de Jesé esté vivo sobre la tierra, ni tú ni
tu reino estarán seguros. Así que manda
ahora mismo que me lo traigan, porque
merece la muerte.
32 Jonatán le replicó:
–Y ¿por qué va a morir? ¿Qué ha hecho?
33 Entonces Saúl le arrojó la lanza para
matarlo. Jonatán se convenció de que su
padre había decidido matar a David. 34 Se
levantó de la mesa enfurecido y no comió
aquel día, el segundo del mes, afligido por-
que su padre había deshonrado a David.
35 Por la mañana Jonatán salió al campo
con un chiquillo para la cita que tenía con
David. 36 Dijo al muchacho:
–Corre a buscar las flechas que yo tire.
El muchacho echó a correr, y Jonatán
disparó una flecha, que lo pasó. 37 El mu-
chacho llegó a donde había caído la flecha
de Jonatán, y éste le gritó:
–¡La tienes más allá! 38 ¡Corre aprisa, no
te quedes parado!
El muchacho recogió la flecha y se la
llevó a su amo, 39 sin sospechar nada; sólo

---

sor de Saúl, invoca el favor de Dios para el nuevo rey y el favor del nuevo rey para su persona y su familia. Lealtad más allá de la muerte. Es como si Jonatán rindiese el homenaje que no podrá rendir en vida; como anticipando su muerte, pone a sus descendientes bajo la protección de David. Ésta es la fuerza de la amistad y de la alianza. En los versículos 30-33 Saúl reacciona con violencia inusitada: se trata de la traición del heredero. La orden obliga a Jonatán a tomar partido contra David, pero ante su negativa, Saúl ve consumada la traición, no puede contar con su heredero; en un nuevo arrebato intenta matarlo allí mismo.

Jonatán y David lo entendieron. 40 Jonatán
dio sus armas al criado y le dijo:
–Vete, llévalas a casa.
41 Mientras el muchacho se marchaba,
David salió de su escondite y se postró tres
veces con el rostro en tierra; luego se abra-
zaron llorando los dos copiosamente. 42 Jo-
natán le dijo:
–Vete en paz. Como nos lo juramos en el
nombre del Señor: que el Señor sea siem-
pre juez de nosotros y de nuestros hijos.

David, en Nob

21 1 David emprendió la marcha, y Jo-
natán volvió a la ciudad. 2 David lle-
gó a Nob, donde estaba el sacerdote Aji-
mélec. Éste salió ansioso a su encuentro y
le preguntó:
–¿Por qué vienes solo, sin nadie que te
acompañe?
3 David le respondió:
–El rey me ha encargado un asunto y
me ha dicho que nadie sepa una palabra de
sus órdenes y del asunto que me encarga-
ba. A los muchachos los he citado en tal si-
tio. 4 Ahora dame cinco panes, si los tienes
a mano, o lo que tengas.
5 El sacerdote le respondió:
–No tengo pan ordinario a mano. Sólo
tengo pan consagrado; con tal que los mu-
chachos se hayan abstenido de tener rela-
ciones con mujeres.
6 David le respondió:
–Seguro. Siempre que salimos a una
campaña, aunque sea de carácter profano,
nos abstenemos de mujeres. ¡Con mayor
razón tendrán hoy sus cuerpos en estado de
pureza!
7 Entonces el sacerdote le dio pan con-
sagrado, porque no había allí más pan que
el presentado al Señor, el que se retira de la
presencia del Señor, cuando se lo reempla-
za por pan fresco. 8 Estaba allí aquel día,
detenido en el templo, uno de los emplea-
dos de Saúl; se llamaba Doeg, edomita, jefe
de los pastores de Saúl. 9 David preguntó a
Ajimélec:
–¿No tienes a mano una lanza o una es-
pada? Ni siquiera traje la espada ni las ar-
mas, porque el encargo del rey era urgente.
10 El sacerdote respondió:
–La espada de Goliat, el filisteo, al que
mataste en el Valle de Elá. Ahí la tienes, en-
vuelta en un paño, detrás del efod. Si la
quieres, llévatela; aquí no hay otra.
David dijo:
–¡No hay otra espada mejor que ésa!
Dámela.

David, en Gat

11 Ese mismo día, David partió y huyó
lejos de Saúl, llegó a donde estaba Aquís,
rey de Gat. 12 Pero los ministros de Aquís
comentaron con el rey:
–Ése es David, rey del país. ¿No le can-
taban a éste danzando: Saúl mató a mil,
David a diez mil?
13 No se le escapó a David aquel co-
mentario, y tuvo miedo de Aquís, rey de
Gat. 14 Entonces cambió su conducta ante
ellos; fingiéndose loco cuando iban a apre-
sarlo, se puso a arañar las puertas, deján-
dose caer la baba por la barba. 15 Entonces
Aquís dijo a sus cortesanos:
–¡Si ese hombre está loco! ¿A qué me lo
han traído? 16 ¿Ando escaso de tontos para
que me traigan éste a hacer tonterías? ¿A
qué viene éste a mi palacio?

David, huido

22 1 David marchó de allí a esconderse
en el refugio de Adulán. Cuando se
enteraron sus parientes y toda su familia,
fueron allá. 2 Se le juntaron unos cuatro-
cientos hombres, gente en apuros o llena
de deudas o desesperados de la vida. David
fue su jefe. 3 De allí marchó a Mispá, de
Moab, y dijo al rey de Moab:

21,1-10 David, en Nob. El sacerdote conocía a David y su alto cargo en la corte, pero no sabe nada de la nueva situación. No parece tener relaciones con Samuel, el juez-profeta. David busca dos cosas elementales: pan para mantener la vida y una espada para defenderla. Lo que encuentra es de buen augurio: pues, ¿qué mejor pan que el consagrado al Señor?, ¿y qué mejor espada que la del filisteo? Mt 12,1-4 aduce este uso profano del pan consagrado, en caso de necesidad, para defender a los discípulos hambrientos que arrancan espigas en sábado.

21,11-16 David, en Gat. David utiliza la astucia para escapar vivo de una posible venganza del rey de Gat por los grandes estragos infligidos a los filisteos. Nótese el recuerdo de lo que las muchachas cantaban al paso de David, «Saúl mató a mil, David a diez mil». David entiende que se ha metido en territorio equivocado.

–Permite que mis padres vivan entre us-
tedes hasta que yo vea qué quiere Dios de
mí.
4 Se los presentó al rey de Moab, y se
quedaron allí todo el tiempo que David es-
tuvo en el refugio.
5 El profeta Gad dijo a David:
–No sigas en el refugio, métete en tierra
de Judá.
Entonces David marchó y se metió en la
espesura de Járet.

Matanza de los sacerdotes

6 Saúl estaba en Guibeá, sentado bajo
el tamarindo, en el alto, con la lanza en la
mano, rodeado de toda su corte, cuando
llegó la noticia de que habían sido vistos
David y su gente.
7 Entonces habló Saúl a
sus ministros que estaban de pie junto a
él:
–Oigan, benjaminitas: Por lo visto tam-
bién a ustedes el hijo de Jesé les va a re-
partir campos y viñas y los va a nombrar
jefes y oficiales de su ejército,
8 porque to-
dos están conspirando contra mí, nadie me
informa del pacto de mi hijo con el hijo de
Jesé, nadie siente pena por mí ni me des-
cubre que mi hijo ha puesto en contra mía
a mi ayudante para que me tienda embos-
cadas, como está pasando ahora.
9 Doeg, el edomita, jefe de los pastores
de Saúl, respondió:
–Yo vi al hijo de Jesé llegar a Nob, don-
de Ajimélec, hijo de Ajitob.
10 Consultó al
Señor por él, le dio provisiones, y además
le entregó la espada de Goliat, el filisteo.
11 El rey mandó llamar al sacerdote Aji-
mélec, hijo de Ajitob, a toda su familia, sa-
cerdotes de Nob. Se presentaron todos ante
el rey,
12 y éste les dijo:
–Escucha, hijo de Ajitob.
Respondió:
–Aquí me tienes, señor.
13 Saúl preguntó:
–¿Por qué han conspirado tú y el hijo de
Jesé contra mi? Le has dado comida y una
espada, y has consultado a Dios por él para
que me aceche, como está pasando ahora.
14 Ajimélec respondió:
–¿Hay entre todos tus servidores alguien
tan de confianza como David? Él es yerno
del rey, jefe de tu guardia personal y todos
lo honran en tu casa.
15 ¡Ni que fuera hoy la
primera vez que consulto a Dios por él! ¡No,
lejos de mi! No mezcle el rey en este asun-
to a este servidor y a su familia, que tu ser-
vidor no sabía ni poco ni mucho de ese
asunto.
16 Pero el rey replicó:
–Morirás sin remedio, Ajimélec, tú y
toda tu familia.
17 Y luego dijo a los de su escolta:
–Acérquense y maten a los sacerdotes
del Señor, porque se han puesto de parte de
David, y sabiendo que huía no lo denuncia-
ron.
Pero los guardias no quisieron mover la
mano para herir a los sacerdotes del Señor.
18 Entonces Saúl ordenó a Doeg:
–Acércate tú y mátalos.
Doeg, el edomita, se acercó y los mató.
Aquel día murieron ochenta y cinco hom-
bres de los que llevan efod de lino.
19 En
Nob, el pueblo de los sacerdotes, Saúl pasó
a cuchillo a hombres y mujeres, chiquillos y
niños de pecho, bueyes, asnos y ovejas.
20 Un hijo de Ajimélec, hijo de Ajitob, lla-
mado Abiatar, se escapó. Llegó huyendo
detrás de David
21 y le contó que Saúl había
asesinado a los sacerdotes del Señor.
22 Da-
vid le dijo:
–Ya me di cuenta yo aquel día que Doeg,
el edomita, estaba allí presente y que avi-
saría a Saúl. ¡Me siento culpable de la
muerte de tus familiares!
23 Quédate conmi-
go, no temas; que el que intente matarte a
ti intenta matarme a mí; conmigo estarás
bien defendido.

22,1-5 David, huido. En su refugio de Adulán, David es visitado por su familia, pero además hay ya un primer dato sobre la cantidad de gente que se le une y se pone a sus órdenes. Nótese la descripción que hace el texto de la calidad de toda aquella gente: «en apuros… llenos de deudas o desesperados de la vida» (2). Podría tratarse de una forma de anticipar el anuncio del reinado de David y la calidad de vida del pueblo sobre el cual va a reinar.

22,6-23 Matanza de los sacerdotes. La narración empalma con los sucesos de Nob. Está construida linealmente, como un proceso ante el tribunal regio: denuncia, interrogatorio, sentencia, ejecución. Se acumulan los detalles para mostrar lo odioso del hecho: denuncia de un extranjero, no se admite la respuesta justa del reo, por la supuesta culpa de uno paga toda la población, hay una matanza de sacerdotes, la ejecuta el mismo extranjero, porque los demás

David, en Queilá

23 1 A David le llegó este aviso:
–Los filisteos están atacando Queilá
y andan robando el trigo recién trillado.
2 David consultó al Señor:
–¿Puedo ir a matar a los filisteos?
El Señor le respondió:
–Vete, porque los derrotarás y liberarás
Queilá.
3 La gente de David le dijo:
–Aquí, en Judá, estamos con miedo;
cuánto más si vamos a Queilá a atacar a
los escuadrones filisteos.
4 David volvió a consultar al Señor. Y el
Señor le respondió:
–Emprende la marcha hacia Queilá, que
yo te entrego a los filisteos.
5 David fue a Queilá con su gente, luchó
contra los filisteos, los derrotó y se llevó sus
rebaños. Así salvó a los vecinos de Queilá.
6 Abiatar, hijo de Ajimélec, que había ido a
refugiarse junto a David, bajó a Queilá con
el efod en la mano.
7 A Saúl le informaron de que David ha-
bía ido a Queilá, y comentó:
–Dios me lo pone en la mano; él mismo
se ha cortado la retirada, metiéndose en
una ciudad con puertas y cerrojos.
8 Luego convocó a todo su ejército a la
guerra, para bajar a Queilá a cercar a Da-
vid y su gente. 9 David supo que Saúl tra-
maba su ruina y dijo al sacerdote Abiatar:
–Trae el efod.
10 Y oró:
–Señor, Dios de Israel, he oído que Saúl
intenta venir a Queilá a arrasar la ciudad
por causa mía. 11 ¿Bajará Saúl como he
oído? ¡Señor, Dios de Israel, respóndeme!
El Señor respondió:
–Bajará.
12 David preguntó:
–Y los notables de la ciudad, ¿nos entre-
garán a mí y a mi gente en poder de Saúl?
El Señor respondió:
–los entregarán.
13 Entonces David y su gente, unos seis-
cientos, salieron de Queilá y vagaron sin
rumbo fijo. Avisaron a Saúl que David ha-
bía escapado de Queilá y desistió de la
campaña.

David y Jonatán

14 David se instaló en el desierto, en los
picachos, en la montaña del desierto de Zif.
Saúl andaba siempre buscándolo, pero
Dios no se lo entregaba. 15 Cuando Saúl sa-
lió a buscarlo para matarlo, David estaba
en el desierto de Zif, en Jores, y tuvo mie-
do. 16 Pero Jonatán, hijo de Saúl, se puso
en camino hacia Jores para ver a David; le
estrechó la mano, invocando a Dios, 17 y le
dijo:
–No temas, no te alcanzará la mano de
mi padre, Saúl. Tú serás rey de Israel y yo
seré el segundo. Hasta mi padre, Saúl, lo
sabe.
18 Los dos hicieron un pacto ante el Se-
ñor, y David se quedó en Jores mientras
Jonatán volvía a su casa.

David, perseguido

19 Algunos de Zif fueron a Guibeá a decir
a Saúl:

---

se niegan a herir a personas consagradas. Saúl intentó cortar, con un castigo ejemplar, posibles adhesiones a su rival; pero quebrantó la justicia, ofendió a sus militares, mató sacrílegamente. Saúl queda totalmente condenado al actuar como juez inicuo, él, que debía ser defensor de la justicia. Saúl da por descontado que David está conspirando contra él; por eso, todo acto de colaboración con David es delito de lesa majestad. Y mezclar a Dios en la conspiración, pidiendo un oráculo, es un agravante imperdonable –Saúl no dispone ya de oráculo profético una vez que ha roto con Samuel, y no leemos que siga consultando el oráculo sacerdotal–. El epílogo nos muestra, frente al Saúl temible, al David protector.

23,1-13 David, en Queilá. Aún en situación de huída, David continúa siendo el defensor y protector de muchos, lo demuestra el aviso desesperado de los habitantes de Queilá que sufren los ataques de los filisteos, y se subraya la valentía de David y su especial relación positiva con Dios, y al mismo tiempo las ansias de Saúl por acabar con su rival.

23,14-18 David y Jonatán. Esto es lo que a Jonatán le gustaría para la monarquía de Israel, David como rey y él como segundo hombre del reino. Los hechos dirán otra cosa.

23,19-28 David perseguido. No cesa Saúl en su empeño por destruir a David; el rey aún cuenta con adeptos que le informan detalladamente el lugar donde se esconde el perseguido y no quiere desaprovechar la ocasión; sin embargo, David también cuenta con personas que le cuidan la espalda. Una vez más David escapa de las manos de Saúl, primero porque alguien le advierte el peligro y segundo porque Saúl tiene que regresar de su campaña para enfrentar el saqueo de los filisteos.

–David está escondido entre nosotros,
en los picachos, en Jores, en el cerro de
Jaquilá, al sur del desierto. 20 Majestad, si
tienes tantas ganas de bajar, baja, que a
nosotros nos toca entregárselo al rey.
21 Saúl dijo:
–Dios se lo pague por haberse compa-
decido de mí. 22 Vayan, prepárense bien,
asegúrense bien del sitio por donde anda,
porque me han dicho que es muy astuto.
23 Infórmense a ver en qué escondrijos se
esconde, y vuelvan trayéndome los datos
exactos. Yo marcharé con ustedes, y si él
está en esa zona, daré una batida por todos
los pueblos de Judá.
24 Se pusieron en camino en dirección a
Zif, delante de Saúl. David y su gente esta-
ban en el desierto, hacia el sur de la estepa.
25 Saúl y los suyos salieron a buscarlo, pero
alguien avisó a David, y él bajó al roquedal
de la estepa de Maón. Se enteró Saúl y sa-
lió en persecución de David por la estepa
de Maón. 26 Saúl iba por un lado del monte
y David con los suyos, por el otro, y cuan-
do David se alejaba precipitadamente de
Saúl, y éste con los suyos estaba ya rode-
ándolo para atraparlo, 27 se le presentó a
Saúl un mensajero:
–Ven aprisa, que los filisteos están sa-
queando el país.
28 Entonces Saúl dejó de perseguir a Da-
vid, y se volvió para hacer frente a los filis-
teos. Por eso aquel sitio se llama Selá Ham-
mahlacot.

Saúl y David, en la cueva

24 1 David subió de allí y se instaló en
los sitios bien protegidos de Engadí.
2 Cuando Saúl volvió de perseguir a los fi-
listeos, le avisaron:
–David está en el desierto de Engadí.
3 Entonces Saúl, con tres mil soldados
de todo Israel, marchó en busca de David y
su gente, hacia las Suré Hayelim, 4 llegó a
unos corrales de ovejas junto al camino,
donde había una cueva, y entró a hacer sus
necesidades.
David y los suyos estaban en lo más
hondo de la cueva. 5a Sus hombres le dije-
ron a David:
–Éste es el día del que te dijo el Señor:
Yo te entrego tu enemigo. Haz con él lo que
quieras.
7 Pero él les respondió:
–¡Dios me libre de hacer eso a mi señor,
el ungido del Señor, extender la mano con-
tra él! ¡Es el ungido del Señor!
8a Y les prohibió enérgicamente echarse
contra Saúl; 5b pero él se levantó sin meter
ruido y le cortó a Saúl el borde del manto;
6 aunque más tarde le remordió la concien-
cia por haberle cortado a Saúl el borde del
manto.
8b Cuando Saúl se levantó, salió de la
cueva y siguió su camino, 9 David se levan-
tó, salió de la cueva detrás de Saúl y le gri-
tó:
–¡Majestad!
Saúl se volvió a ver, y David se postró
rostro en tierra, rindiéndole vasallaje. 10 Le
dijo:
–¿Por qué haces caso a lo que dice la
gente, que David anda buscando tu ruina?
11 Mira, lo estás viendo hoy con tus propios
ojos: el Señor te había puesto en mi poder
dentro de la cueva; me dijeron que te ma-
tara, pero te respeté, y dije que no extende-
ría la mano contra mi señor, porque eres el
ungido del Señor. 12 Padre mío, mira en mi
mano el borde de tu manto; si te corté el
borde del manto y no te maté, ya ves que
mis manos no están manchadas de mal-

24,1-23 Saúl y David, en la cueva. Sólo un fiel devoto como David podría poner tan en alto la lealtad al legítimo, aunque impopular, rey de Israel y su profundo respeto por la vida del ungido. Saúl ha estado en manos de David y, sin embargo, queda con vida; tan solo un pedazo del manto real servirá de testimonio y de prueba para que Saúl reconozca públicamente la calidad del corazón y de los pensamientos del futuro rey. Saúl reconoce lo justo del planteamiento y las razones del adversario y habla bajo el impacto de sentir que ha estado a un paso de la muerte; su llanto es mezcla de terror y arrepentimiento. Al reconocerse culpable, la causa está terminada, y no hace falta apelar al Señor juez; mejor invocar al Señor benefactor, que igualará con sus beneficios el desequilibrio de mal y bien causado por el rey. Saúl, que se ha librado de la venganza de David, quiere librarse también de la temible venganza de Dios; para ello invoca al Señor a favor de su rival y pide a éste un juramento que contrarreste la apelación del versículo 14. El autor va más lejos y aprovecha el momento para poner en boca de Saúl un acto de homenaje anticipado al futuro rey de Israel; lo decía Jonatán en 22,17. El juramento de David incluye mentalmente a su amigo Jonatán.

dad, ni de traición, ni de ofensa contra ti,
mientras que tú me acechas para matarme.
13 Que el Señor sea nuestro juez. Y que él
me vengue de ti; pero mi mano no se alzará contra ti. 14 Como dice el viejo refrán: La
maldad sale de los malos..., mi mano no se
alzará contra ti. 15 ¿Tras de quién ha salido
el rey de Israel? ¿A quién vas persiguiendo?
¡A un perro muerto, a una pulga! 16 El Señor sea juez y sentencie nuestro pleito, vea
y defienda mi causa, librándome de tu
mano.

17 Cuando David terminó de decir esto a
Saúl, Saúl exclamó:

–Pero, ¿es ésta tu voz, David, hijo mío?

Luego levantó la voz llorando, 18 mientras decía a David:

–¡Tú eres inocente y no yo! Porque tú me
has pagado con bienes y yo te he pagado
con males, 19 y hoy me has hecho el favor
más grande, porque el Señor me entregó a
ti y tú no me mataste. 20 Porque si uno encuentra a su enemigo, ¿lo deja marchar por
las buenas? ¡El Señor te pague lo que hoy
has hecho conmigo! 21 Ahora, mira, sé que
tú serás rey y que el reino de Israel se consolidará en tu mano. 22 Júrame, entonces,
por el Señor, que no aniquilarás mi descendencia, que no borrarás mi apellido.

23 David se lo juró. Saúl volvió a casa y
David y su gente subieron a su refugio.

David, Nabal y Abigail

25 1 Samuel murió. Todo Israel se reunió para hacerle los funerales, y lo
enterraron en su posesión de Ramá. David
bajó después a la estepa de Maón.

2 Había un hombre de Maón que tenía
sus posesiones en Carmel. Era muy rico:
tenía tres mil ovejas y mil cabras, y estaba
en Carmel esquilando las ovejas. 3 Se llamaba Nabal, de la familia de Caleb, y su
mujer, Abigail; la mujer era sensata y muy
guapa, pero el marido era áspero y de malos modales. 4 David oyó en el desierto que
Nabal estaba esquilando sus ovejas, 5 y
mandó diez jóvenes con este encargo:

–Suban a Carmel, preséntense a Nabal y
salúdenlo de mi parte. 6 Le dirán: ¡Salud! La
paz contigo, paz a tu familia, paz a tu hacienda. 7 He oído que estás esquilando tu
rebaño; mira, tus pastores estuvieron con
nosotros; no los molestamos ni les faltó
nada mientras estuvieron en Carmel. 8 Pregunta a tus criados y te lo dirán. Atiende favorablemente a estos jóvenes, que venimos
en un día de alegría. Haz el favor de darle a
David, siervo e hijo tuyo, lo que tengas a
mano.

9 Los jóvenes fueron a decir a Nabal todas estas cosas de parte de David, y se
quedaron aguardando. 10 Nabal les respondió:

–¿Quién es David, quién es el hijo de
Jesé? Hoy día abundan los esclavos que se
escapan del amo. 11 ¿Voy a tomar mi pan y
mi agua y las ovejas que maté para mis esquiladores y voy a dárselos a una gente que
no sé de dónde viene?

12 Los jóvenes hicieron el camino de regreso, y cuando llegaron, se lo contaron
todo. 13 David ordenó a sus hombres:

–¡Que cada uno se ciña la espada!

Todos, incluso David, se la ciñeron. Después subieron unos cuatrocientos siguiendo
a David, mientras doscientos se quedaron
con el equipaje.

14 Uno de los criados avisó a Abigail, la
mujer de Nabal:

–David ha mandado unos emisarios desde el desierto a saludar a nuestro amo, y
éste los ha tratado de mal modo, 15 y eso

25,1-44 David, Nabal y Abigail. En silencio desaparece Samuel de la escena histórica dejando en marcha el futuro de Israel; y el autor le ofrece el homenaje de todo Israel. ¿Quiere decir que asistió también Saúl a los funerales? Samuel juez ya no tiene sucesores; como profeta, le suceden Gad y Natán. Entretanto David torna a su región preferida, no lejos de su patria. En el versículo 2 comienza una de esas narraciones bíblicas, con personaje femenino protagonista, en las que parecen complacerse los narradores luciendo su talento y sensibilidad; nos recuerda la historia de Rebeca o de Rut. La acción es sencilla y está llevada con habilidad: tras la presentación del lugar y de los personajes (2a) la primera escena está ocupada por el mensaje de David y la respuesta de Nabal (4-11); en la escena siguiente se ponen en movimiento David y Abigail hacia el encuentro (12-22); sigue la gran escena del encuentro, con el discurso de Abigail y la respuesta de David (23-35); los versículos 36-42 cuentan el desenlace. El mensaje de David es cortés en la forma, si bien está respaldado por seiscientos hombres a sus órdenes. Apela al principio común de la hospitalidad, particularmente en un día de abundancia y alegría; es lógico invitar en tales ocasiones. Además ape-

que se portaron muy bien con nosotros, no
nos molestaron ni nos faltó nada todo el
tiempo que anduvimos con ellos, cuando
estuvimos en descampado; 16 día y noche
nos protegieron mientras estuvimos con
ellos guardando las ovejas. 17 Así que mira
a ver qué puedes hacer, porque ya está de-
cidida la ruina de nuestro amo y de toda su
casa; en cuanto a él, no es más que un mi-
serable al que ni siquiera se le puede ha-
blar.

18 Abigail, sin perder tiempo, reunió dos-
cientos panes, dos odres de vino, cinco
ovejas adobadas, cinco bolsas de trigo tos-
tado, cien racimos de pasas y doscientos
panes de higos; lo cargó todo sobre los bu-
rros, 19 y ordenó a los criados:

–Adelántense ustedes, y yo iré detrás.

Pero no dijo nada a Nabal, su marido.

20 Mientras ella, montada en el burro, iba
bajando por un recodo del monte, David y
su gente bajaban en dirección a ella, hasta
que se encontraron. 21 David, por su parte,
había comentado:

–He perdido el tiempo cuidando todo lo
de éste en el desierto, sin que se le perdie-
ra ninguno de sus bienes. ¡Ahora me paga
mal por bien! 22 ¡Que Dios me castigue si
antes del amanecer dejo con vida en toda la
posesión de Nabal a uno solo de sus hom-
bres!

23 En cuanto vio a David, Abigail se ba-
jó del burro y se postró ante él, rostro en
tierra. 24 Postrada a sus pies, le dijo:

–La culpa es mía, señor. Pero deja que
hable tu servidora, escucha las palabras de
tu servidora. 25 No tomes en serio, señor, a
Nabal, ese miserable, porque es como dice
su nombre: se llama Necio, y la necedad va
con él. Tu servidora no vio a los criados que
enviaste. 26 Ahora, señor, ¡por la vida del
Señor y por tu propia vida! es el mismo Se-
ñor el que te impide derramar sangre y ha-
certe justicia por tu mano. ¡Que tus enemi-
gos y todos los que tratan de hacerte mal
sean como Nabal! 27 Con respecto a este
obsequio que tu servidora le ha traído a su
señor, que sea para los criados que acom-
pañan a mi señor. 28 Perdona la falta de tu
servidora, que el Señor dará a mi señor una
casa estable, porque mi señor pelea las
guerras del Señor, y en toda tu vida no se
encuentra en ti nada malo. 29 Y aunque al-
guno se ponga a perseguirte a muerte, la
vida de mi señor está bien atada en la bol-
sa de la vida, al cuidado del Señor, tu Dios,
mientras que la vida de tus enemigos la
lanzará como piedras con la honda. 30 Que
cuando el Señor cumpla a mi señor todo lo
que le ha prometido y lo haya constituido
jefe de Israel, 31 mi señor no tenga que sen-
tir remordimientos ni desánimo por haber
derramado sangre inocente y haber hecho
justicia por su mano. Cuando el Señor col-
me de bienes a mi señor, acuérdate de tu
servidora.

32 David le respondió:

–¡Bendito el Señor, Dios de Israel, que te
ha enviado hoy a mi encuentro! 33 ¡Bendita
tu prudencia y bendita tú, que me has im-
pedido hoy derramar sangre y hacerme jus-
ticia por mi mano! 34 ¡Por la vida del Señor,
Dios de Israel, que me impidió hacerte mal!
Si no te hubieras dado prisa en venir a en-
contrarme, al amanecer no le habría que-
dado vivo a Nabal ni un solo hombre.

35 David le aceptó lo que ella le traía, y
le dijo:

–Vete en paz a tu casa. Ya ves que he es-
cuchado tu demanda y la tendré en cuenta.

---

la a los beneficios prestados a los pastores, que son más bien negativos, no haber abusado; la vieja condición del pastor asoma en esta actitud. El saludo con la triple «paz» indica las buenas intenciones y es augurio de prosperidad; David no viene en son de guerra. David se ha llamado siervo e hijo de Nabal, este retuerce los títulos: hijo de Jesé –de condición inferior– y esclavo huido. La respuesta es tacaña e insultante, y crea una situación de beneficios pagados con ofensas. Claro que el título de esclavos huidos no les va mal a algunos de los hombres de David. Hábilmente presenta el autor escenas distintas y paralelas. Nabal se ha retirado dejando el puesto a David y Abigail. Ambos reaccionan con decisión y rapidez: David en son de guerra, Abigail en son de paz –nótese la acumulación de regalos sabrosos–. Abigail tiene que contrarrestar y deshacer las ofensas del marido, es decir, las injurias verbales y el haber negado las provisiones. El segundo delito, en su aspecto material, es fácil de reparar; el insulto que contiene y que expresaron las palabras es delito que hiere más profundamente. Abigail pronuncia un discurso más psicológico que lógico. Pide protección a David: «cuando el Señor colme de bienes a mi señor; acuérdate de tu servidora» (31), como anticipando su viudez y su futuro matrimonio con el joven rey David, más generoso que su marido Nabal.

36 Al volver Abigail encontró a Nabal ce-
lebrando en casa un banquete regio; estaba
de buen humor y muy bebido, así que ella
no le dijo lo más mínimo hasta el amane-
cer. 37 Y a la mañana, cuando se le había
pasado la borrachera, su mujer le contó lo
sucedido; y Nabal sufrió un ataque al cora-
zón y quedó paralizado. 38 Pasados unos
diez días, el Señor hirió de muerte a Nabal,
y falleció.

39 David se enteró de que había muerto
Nabal, y exclamó:

–¡Bendito el Señor, que se encargó de
defender mi causa contra la afrenta que me
hizo Nabal, librando a su siervo de hacer
mal! ¡Hizo recaer sobre Nabal el daño que
había hecho!

Luego mandó a pedir la mano de Abi-
gail, para casarse con ella. 40 Unos criados
de David fueron a Carmel, a casa de Abi-
gail, a proponerle:

–David nos ha enviado para pedirte que
te cases con él.

41 Ella se levantó, se postró rostro en tie-
rra y dijo:

–Aquí está tu esclava, dispuesta a lavar
los pies de los criados de mi señor.

42 Luego se levantó aprisa y montó en el
burro; cinco criadas suyas la acompaña-
ban, detrás de los emisarios de David. Y se
casó con él.

43 David se casó también con Ajinoán,
de Yezrael. Las dos fueron esposas suyas.
44 Por su parte, Saúl había dado su hija Mi-
cal, mujer de David, a Paltiel, hijo de Lais,
natural de Galín.

Último encuentro de David y Saúl

26 1 Los de Zif fueron a Guibeá a infor-
mar a Saúl:

–David está escondido en el cerro de Ja-
quilá, frente al desierto.

2 Entonces Saúl emprendió la bajada ha-
cia el desierto de Zif, con tres mil soldados
israelitas, para dar una batida en busca de
David. 3 Acampó junto al camino en el ce-
rro de Jaquilá que está frente a la estepa.
Cuando David, que vivía en el desierto, vio
que Saúl venía a por él, 4 despachó unos
espías para averiguar dónde estaba Saúl.
5 Entonces fue hasta el campamento de
Saúl y se fijó en el sitio donde se acostaban
Saúl y Abner, hijo de Ner, general del ejér-
cito; Saúl estaba acostado en el cercado de
carros y la tropa acampaba alrededor. 6 Da-
vid preguntó a Ajimélec, el hitita, y a Abi-
say, hijo de Seruyá, hermano de Joab:

–¿Quién quiere venir conmigo al campa-
mento de Saúl?

Abisay dijo:

–Yo voy contigo.

7 David y Abisay llegaron de noche al
campamento. Saúl estaba echado, dur-
miendo en medio del cercado de carros, la
lanza hincada en tierra a la cabecera. Abner
y la tropa estaban echados alrededor. 8 En-
tonces Abisay dijo a David:

–Dios te pone el enemigo en la mano.
Voy a clavarlo en tierra de una lanzada; no
hará falta repetir el golpe.

9 Pero David le dijo:

–¡No lo mates, que no se puede atentar
impunemente contra el ungido del Señor!
10 ¡Por la vida del Señor, ha de ser el mismo
Señor el que lo hiera: le llegará su hora y
morirá, o acabará cayendo en la batalla!
11 ¡Dios me libre de atentar contra el ungido
del Señor! Toma la lanza que está a la ca-
becera y el jarro de agua y vámonos.

12 David tomó la lanza y el jarro de agua
de la cabecera de Saúl y se marcharon. Na-
die los vio, ni se enteró, ni despertó; esta-
ban todos dormidos, porque los había inva-
dido un letargo enviado por el Señor.

26,1-25 Último encuentro de David y Saúl. La narración retorna a Saúl, que sigue persiguiendo a David. David espía el campamento de Saúl. Aprovechando la oscuridad, junto a Abisay penetra en el campamento y se plantan ante Saúl mientras éste duerme. Abisay desea matar a Saúl con un solo golpe de su espada (8), pero David no se lo permite, se conforma con la espada y la cantimplora que están a la cabecera del rey y se marcha. Desde la otra parte del valle, David hace sentir su voz acusando a Abner, general de Saúl, de incompetencia en la custodia del rey, y su voz es reconocida por Saúl. Como antes, Saúl responde con una llamativa confesión: «¡He pecado... He sido un necio, me he equivocado totalmente» (21). David confía su propia vida a la protección del Señor. Saúl lo bendice y le desea éxito. Al final de la escena, se separan siguiendo cada cual su propio camino. Se subraya en esta escena la confianza de David en Dios. Una vez más David ha vencido a Saúl y a su incompetente ejército. Saúl va por el mal camino. David pone su confianza en Dios y consigue de Saúl su promesa y bendición.

13 David cruzó a la otra parte, se plantó
en la cima del monte, lejos, dejando mucho
espacio en medio, 14 y gritó a la tropa y a
Abner, hijo de Ner:
–Abner, ¿no respondes?
Abner preguntó:
–¿Quién eres tú, que gritas al rey?
15 David le dijo:
–¿No eres tú ese hombre a quién nadie
en Israel se le puede comparar? ¿Por qué
no has custodiado al rey, tu señor, cuando
uno del pueblo entró a matarlo? 16 ¡No te
has portado bien! ¡Por la vida de Dios que
ustedes merecen la muerte por no haber
custodiado a su señor, el ungido del Señor!
Mira dónde está la lanza del rey y el jarro de
agua que tenía a la cabecera.
17 Saúl reconoció la voz de David, y dijo:
–¿Es tu voz, David, hijo mío?
David respondió:
–Es mi voz, majestad.
18 Y añadió:
–¿Por qué me persigues así, mi señor?
¿Qué he hecho, qué culpa tengo? 19 Que su
majestad se digne escucharme: si es el Se-
ñor quien te instiga contra mí, que sea
aplacado con una oblación; pero si son los
hombres, ¡malditos sean del Señor!, porque
me expulsan hoy y me impiden participar
en la herencia del Señor, diciéndome que
vaya a servir a otros dioses. 20 Que mi san-
gre no caiga en tierra, lejos de la presencia
del Señor, ya que el rey de Israel ha salido
persiguiéndome a muerte, como se caza
una perdiz por los montes.
21 Saúl respondió:
–¡He pecado! Vuelve, hijo mío, David,
que ya no te haré nada malo, por haber res-
petado hoy mi vida. He sido un necio, me
he equivocado totalmente.
22 David respondió:
–Aquí está la lanza del rey. Que venga
uno de los jóvenes a recogerla. 23 El Señor
pagará a cada uno su justicia y su lealtad.
Porque él te puso hoy en mis manos, pero
yo no quise atentar contra el ungido del Se-
ñor. 24 Que como yo he respetado hoy tu
vida, respete el Señor la mía y me libre de
todo peligro.
25 Entonces Saúl le dijo:
–¡Bendito seas, David, hijo mío! Tendrás
éxito en todas tus cosas.
Luego David siguió su camino, y Saúl
volvió a su palacio.

David, entre los filisteos
(21,11-16)

27 1 Sin embargo David pensaba:
–Saúl me va a eliminar el día menos
pensado. No me queda más solución que
refugiarme en el país filisteo; así, Saúl deja-
rá de perseguirme por todo Israel y estaré
seguro.
2 Entonces, con sus seiscientos hom-
bres, se pasó a Aquís, hijo de Maón, rey de
Gat. 3 David y su gente vivieron con Aquís
en Gat, cada uno con su familia: David con
sus dos mujeres, Ajinoán, la yezraelita, y
Abigail, la esposa de Nabal, la de Carmel.
4 Avisaron a Saúl que David había huido a
Gat, y dejó de perseguirlo.
5 David pidió a Aquís:
–Si quieres hacerme un favor, asígname
un sitio en una población del campo para es-
tablecerme allí; porque este servidor tuyo no
tiene por qué residir contigo en la capital.
6 Aquel mismo día Aquís le asignó Sice-
lag. –Por eso Sicelag pertenece a los reyes
de Judá hasta hoy–.
7 David estuvo en la campiña filistea un
año y cuatro meses. 8 Solía subir con su
gente a saquear a los guesureos, a los guir-
sitas y a los amalecitas, los pueblos que ha-
bitaban la zona que va desde Telán hasta el
paso de Sur y hasta Egipto. 9 David devas-
taba el país, sin dejar vivo hombre ni mujer;
agarraba ovejas, vacas, burros, camellos y

27,1–28,2 David, entre los filisteos. David tiene que retirarse del territorio de Judá. No se trata propiamente de una salida a servir a dioses extranjeros, pero tiene que someterse a los filisteos. Temiendo un ataque mortal por parte de Saúl, en cuyas promesas es mejor no confiar (1), David se pone al servicio de Aquís, rey de Gat. Se menciona explícitamente su tropa de seiscientos hombres y sus dos esposas. Después de su servicio a Aquís permanece en aquel territorio dieciséis meses (5-7). Los procedimientos de David en esta región no son propiamente un modelo a imitar. Pareciera que sus acciones se rigieran por el criterio según el cual «el fin justifica los medios». No es la primera vez que la Biblia nos relata los horrores y pecados de los personajes que de un modo u otro han sido exaltados por la historia; la historia misma y el lector de cada época debe encontrar en relatos como éste lo que contradice a la voluntad divina y hacer su propio juicio.

ropa, y se volvía al país de Aquís. 10 Aquís
le preguntaba:
–¿Dónde han saqueado hoy?
David respondía:
–Al sur de Judá.
O bien:
–Al sur de los yerajmelitas.
O bien:
–Al sur de los quenitas.
11 David no se traía a Gat ningún pri-
sionero vivo, hombre ni mujer, para que no
lo denunciaran por lo que hacía. Ése fue su
modo de proceder todo el tiempo que vivió
en la campiña filistea. 12 Aquís se fiaba de
David, pensando que David se había ene-
mistado con su pueblo, Israel, y que sería
siempre vasallo suyo.

28 1 Por entonces los filisteos concen-
traron sus tropas para salir a la gue-
rra contra Israel. Aquís dijo a David:
–Te comunico que tú y tus hombres tie-
nen que ir conmigo al frente.
2 David le respondió:
–De acuerdo. Verás cómo se porta un
vasallo tuyo.
Aquís le dijo:
–Muy bien. Te nombro como mi guardia
personal para siempre.

Saúl y la nigromante
(Eclo 46,20; Dt 18,10s)

3 Samuel había muerto; todo Israel asis-
tió a los funerales, y lo habían enterrado en
Ramá, su pueblo. Por otra parte, Saúl había
desterrado a nigromantes y adivinos.
4 Los filisteos se concentraron y fueron a
acampar en Sunán. Saúl concentró a todo
Israel y acamparon en Gelboé. 5 Pero al ver
el campamento filisteo, Saúl temió y se
echó a temblar. 6 Consultó al Señor, pero el
Señor no le respondió, ni por sueños, ni por
suertes, ni por profetas. 7 Entonces Saúl
dijo a sus ministros:
–Búsquenme una nigromante para ir a
consultarla.
Le dijeron:
–Precisamente hay una en Endor.
8 Saúl se disfrazó con ropa ajena; mar-
chó con dos hombres, llegaron de noche y
Saúl dijo a la mujer:
–Adivíname el porvenir evocando a los
muertos y haz que se me aparezca el que
yo te diga.
9 La mujer le dijo:
–Ya sabes lo que ha hecho Saúl, que ha
desterrado a nigromantes y adivinos. ¿Por
qué me armas una trampa para luego ma-
tarme?
10 Pero Saúl le juró por el Señor:
–¡Por la vida de Dios, no te castigarán
por esto!
11 Entonces la mujer preguntó:
–¿Quién quieres que se te aparezca?
Saúl dijo:
–Evócame a Samuel.
12 Cuando la mujer vio aparecer a Sa-
muel, lanzó un grito y dijo a Saúl:
–¿Por qué me has engañado? ¡Tú eres
Saúl!
13 El rey le dijo:
–No temas. ¿Qué ves?
Respondió:
–Un espíritu que sube de lo hondo de la
tierra.
14 Saúl le preguntó:
–¿Qué aspecto tiene?
Respondió:
–El de un anciano que sube, envuelto en
un manto.
Saúl comprendió entonces que era Sa-
muel, y se postró con el rostro en tierra.
15 Samuel le dijo:
–¿Por qué me has evocado, turbando mi
reposo?
Saúl respondió:
–Estoy en una situación desesperada:
los filisteos me hacen la guerra, y Dios se

28,3-25 Saúl y la nigromante. La historia de Saúl es una tragedia: al empezar el último acto de su vida, una escena misteriosa y sombría derrama el presentimiento hasta hacerlo certeza inevitable. Saúl surgió para salvar a Israel de los filisteos: va a acabar pronto a manos de ellos, arrastrando consigo a Israel. El que lo ungió rey, el que pronunció su primera condena, le habla ahora desde la tumba conminándole la próxima ejecución de la sentencia. Saúl, consciente de su condena y ejecución, camina valientemente hacia su propia muerte. El que sea culpable no resta intensidad y grandeza a su figura trágica; el que el autor esté contra él, no le impide presentarlo como héroe extraordinario. El silencio de Dios significa realmente que ha abandonado a Saúl, que la última palabra de Dios para Saúl ha sido una sentencia condenatoria; y no hay más que añadir. El silencio es ya castigo.

ha apartado de mí: ya no me responde ni por profetas ni en sueños. Por eso te he llamado, para que me digas qué debo hacer.

16 Pero Samuel le dijo:

–Si el Señor se ha alejado de ti y se ha hecho enemigo tuyo, ¿por qué me preguntas a mí? 17 El Señor ha ejecutado lo que te anunció por medio mío: arrancó el reino de tus manos y se lo ha dado a otro, a David. 18 Por no haber obedecido al Señor, por no haber ejecutado su condena contra Amalec, por eso ahora el Señor ejecuta esta condena contra ti. 19 Y también a Israel lo entregará el Señor contigo a los filisteos; mañana, tú y tus hijos estarán conmigo, y al ejército de Israel el Señor lo entregará en poder de los filisteos.

20 De repente, Saúl se desplomó cuan largo era, espantado por lo que había dicho Samuel. Estaba desfallecido, porque en todo el día y toda la noche no había comido nada. 21 La mujer se le acercó, y al verlo aterrado le dijo:

–Esta servidora tuya te obedeció, y se jugó la vida para hacer lo que pedías; 22 ahora obedece tú también a tu servidora: voy a traerte algún alimento, come y recobra las fuerzas necesarias para ponerte en camino.

23 Él lo rehusaba:

–¡No quiero!

Pero sus oficiales y la mujer insistieron tanto que al fin les obedeció. Entonces se incorporó y se sentó en el catre.

24 La mujer tenía un novillo cebado. Lo degolló enseguida, tomó harina, amasó y coció unos panes. 25 Se los sirvió a Saúl y sus oficiales. Comieron y aquella misma noche se pusieron en camino.

David, excluido de la batalla

29 1 Los filisteos concentraron sus tropas hacia Afec. Israel estaba acampado junto a la fuente de Yezrael. 2 Los príncipes filisteos desfilaban por batallones y compañías. David y los suyos iban en la retaguardia, con Aquís. 3 Los generales filisteos preguntaron:

–¿Qué hacen aquí esos hebreos?

Aquís les respondió:

–Ése es David, vasallo de Saúl, rey de Israel. Lleva conmigo cosa de uno o dos años, y desde que se pasó a mí hasta hoy no tengo nada que reprocharle.

4 Pero los generales filisteos le contestaron irritados:

–¡Despide a ese hombre! Que se vaya al pueblo que le asignaste. Que no baje al combate con nosotros, no sea que se vuelva contra nosotros en plena batalla; porque el mejor regalo para reconciliarse con su señor serían las cabezas de nuestros soldados. 5 ¿No es ese David al que cantaban danzando: Saúl mató a mil, David a diez mil?

6 Aquís llamó entonces a David, y le dijo:

–¡Por la vida de Dios, tú eres honrado y no tengo queja de tu comportamiento en el ejército! No tengo nada que reprocharte desde que entraste en mi territorio hasta hoy, pero los príncipes no te ven con buenos ojos; 7 así que vuélvete en paz para no disgustarlos.

8 David replicó:

–Pero, ¿qué he hecho? ¿En qué te he ofendido desde que me presenté a ti hasta hoy? ¿Por qué no puedo ir a luchar contra los enemigos del rey, mi señor?

9 Aquís le respondió:

–Ya sabes que te estimo como a un enviado de Dios; pero es que los generales filisteos han dicho que no salgas con ellos al combate. 10 Así que tú y los siervos de tu señor madrugarán, y cuando aclare, se marcharán.

11 David y su gente madrugaron y salieron temprano, de vuelta al país filisteo. Los filisteos subieron a Yezrael.

29,1-11 David, excluido de la batalla. Continúa la narración comenzada en 28,1s. Para entender los movimientos de las tropas hay que tener presente la posición de la llanura de Esdrelón, de oeste a este, al norte del Carmelo, dividiendo las tribus centrales de las del sur. Los filisteos han subido por la costa y han penetrado por occidente en la llanura. Las tropas de Saúl van bajando desde Siquén, hacia la parte oriental de la llanura. Se concentran o se repliegan en la zona montañosa que se alza al sur de Yezrael, porque se sienten más fuertes en la montaña que en la llanura. Es una campaña en regla, más ambiciosa que las penetraciones desde la costa hacia la montaña, a través de valles y desfiladeros. Cada uno de los cinco príncipes filisteos reúne sus tropas, hay un mando unificado. Tropas mercenarias es cosa normal en la época, pero el batallón de desertores que manda David no es de fiar en una batalla contra los israelitas. De

David, en Sicelag
(Gn 14,1-17)

30 1 Para cuando David y su gente llegaron a Sicelag, al tercer día, los amalecitas habían hecho una incursión por el Negueb y Sicelag, habían asaltado Sicelag y la habían incendiado. 2 Sin matar a nadie, se llevaron cautivos a las mujeres y los vecinos, chicos y grandes, y arreando los rebaños se volvieron por su camino. 3 David y sus hombres llegaron al pueblo y se lo encontraron incendiado y sus mujeres y sus hijos llevados cautivos. 4 Gritaron y lloraron hasta no poder más. 5 Las dos mujeres de David, Ajinoán, la yezraelita, y Abigail, la esposa de Nabal, el de Carmel, también habían caído prisioneras. 6 David se encontró en un gran apuro, porque la tropa, afligida por sus hijos e hijas, hablaba de apedrearlo. Pero confortado por el Señor, su Dios, 7 ordenó al sacerdote Abiatar:

–Acércame el efod.

Abiatar se lo acercó, 8 y David consultó al Señor:

–¿Persigo a esa banda? ¿Los alcanzaré?

El Señor le respondió:

–Persíguelos. Los alcanzarás y recuperarás lo robado.

9 Entonces David marchó con sus seiscientos hombres; pero al llegar al torrente de Besor, 10 David continuó la persecución con cuatrocientos hombres y se quedaron doscientos, demasiado cansados para pasar el torrente. 11 Encontraron a un egipcio en el campo y se lo llevaron a David; le dieron pan para comer y agua para beber y un poco de pan de higos, 12 más dos racimos de pasas; con la comida recobró las fuerzas, porque llevaba tres días y tres noches sin comer ni beber. 13 David le preguntó:

–¿De quién eres y de dónde vienes?

El muchacho egipcio respondió:

–Soy esclavo de un amalecita; mi amo me abandonó porque me puse malo hace tres días. 14 Habíamos hecho una incursión por la parte sur de los quereteos, de Judá y de Caleb, e incendiamos Sicelag.

15 David le dijo:

–¿Puedes guiarme hasta esa banda?

El muchacho respondió:

–Si me juras por Dios que no me matarás ni me entregarás a mi amo, yo te guiaré hasta esa banda.

16 Los guió. Los encontraron desparramados por todo el campo, banqueteando y festejando el rico botín cobrado en el país filisteo y en Judá. 17 David los masacró desde el amanecer hasta la tarde. Los exterminó sin que se escapara nadie, fuera de cuatrocientos muchachos que huyeron a lomo de camello. 18 David recobró todo lo que le habían robado los amalecitas, incluidas sus dos mujeres. 19 No les faltó nada, ni chico ni grande, hijos o hijas; David recuperó todo lo que les habían robado. 20 Agarraron todas las ovejas y bueyes, y los bueyes se los presentaron a David, diciendo:

–Ésta es la parte que le toca a David.

21 Después volvió David a donde estaban los doscientos hombres que, demasiado cansados para seguirlo, se habían quedado en el torrente de Besor. Salieron a recibir a David y a su gente, y cuando llegaron, los saludaron. 22 Pero entre los hombres de David, algunos mezquinos dijeron:

–Por no haber venido con nosotros, no les damos del botín recuperado, sino sólo

---

modo inesperado, sin intervención explicita de Dios, se libra David de alzar la mano contra su pueblo. El narrador aprovecha el momento para acumular los testimonios extranjeros en la cadena de alabanzas a su héroe, citando una vez más el famoso estribillo de las muchachas israelitas.

30,1-31 David, en Sicelag. La declaración de David tiene algo de sentencia motivada, estableciendo derecho por costumbre, y el motivo es teológico. El botín es don de Dios y como tal se ha de distribuir entre todos; así todos se alegrarán por igual de la victoria. La sentencia tiene ritmo de proverbio, fácil de retener de memoria. El epílogo ensancha el alcance de esta última campaña de David: ha sido una guerra «santa», contra los enemigos del Señor, ha sido una victoria para todos los amigos de David en una gran extensión, dentro del territorio de Judá. La lista repite varios nombres de Jos 15; con esta lista el autor está preparando de cerca la coronación de David en Hebrón. Todo el capítulo tiene puntos de contacto con Gn 14: el robo de personas y posesiones, la persecución y liberación, el reparto del botín, los obsequios; aunque cambian las relaciones entre los personajes. Como no podemos datar Gn 14, no podemos decir si hay mutua influencia. Tal como leemos la Biblia hoy, el parentesco es llamativo, y nos hace pensar en una dimensión «patriarcal» de David; incluso su presencia en Hebrón recuerda al gran patriarca Abrahán.

su mujer y sus hijos a cada uno; que los tomen y se marchen.

23 Pero David dijo:

–No hagan eso, camaradas, después que el Señor nos ha dado la victoria, nos ha protegido y nos ha entregado esa banda que nos había atacado. 24 En eso nadie estará de acuerdo con ustedes,

porque tocan a partes iguales
el que baja al campo de batalla
y el que queda guardando el equipo.

25 Aquel día David estableció esta norma para Israel, y ha estado en vigor hasta hoy.

26a Cuando entró en Sicelag, David mandó parte del botín a los ancianos de Judá y a sus amigos: 27 los ancianos de Betel, los de Ramá del Sur, los de Yatir, 28 los de Aroer, los de Sifemot, los de Estemó, 29 los de Carmel, los de las ciudades de Yerajmeel y los de las ciudades de los quenitas, 30 a los de Jormá y a los de Bor Asán, a los de Atac, 31 a los de Hebrón y a los de todas las localidades por donde anduvo David con su gente, 26b y lo acompañó con estas palabras:

–Aquí tienen un obsequio del botín cobrado a los enemigos del Señor.

Muerte de Saúl

31 1 Mientras tanto, los filisteos entraron en combate con Israel. Los israelitas huyeron ante ellos, y muchos cayeron muertos en el monte Gelboé.

2 Los filisteos persiguieron de cerca a Saúl y a sus hijos, hirieron a Jonatán, Abinadab y Malquisúa, hijos de Saúl. 3 Entonces cayó sobre Saúl el peso del combate; los arqueros le dieron alcance y lo hirieron gravemente. 4 Saúl dijo a su escudero:

–Saca la espada y atraviésame, no vayan a llegar esos incircuncisos y abusen de mí.

Pero el escudero no quiso, porque le entró pánico. Entonces Saúl tomó la espada y se dejó caer sobre ella. 5 Cuando el escudero vio que Saúl había muerto, también él se echó sobre su espada y murió con Saúl. 6 Así murieron Saúl, tres hijos suyos, su escudero y los de su escolta, todos el mismo día.

7 Cuando los israelitas de la otra parte del valle y los de Transjordania vieron que los israelitas huían y que Saúl y sus hijos habían muerto, huyeron, abandonando sus poblados. Los filisteos los ocuparon. 8 Al día siguiente fueron a despojar los cadáveres, y encontraron a Saúl y sus tres hijos muertos en el monte Gelboé. 9 Lo decapitaron, lo despojaron de sus armas y las enviaron por todo el territorio filisteo, llevando la buena noticia a sus ídolos y al pueblo. 10 Colocaron las armas en el templo de Astarté y colgaron los cadáveres en la muralla de Beisán.

11 Los vecinos de Yabés de Galaad oyeron lo que los filisteos habían hecho con Saúl, 12 y los más valientes caminaron toda la noche, quitaron de la muralla de Beisán el cadáver de Saúl y los de sus hijos y los llevaron a Yabés, donde los quemaron. 13 Recogieron los huesos, los enterraron bajo el tamarindo de Yabés y celebraron un ayuno de siete días.

31,1-13 Muerte de Saúl. De los dos acontecimientos históricos, la derrota de Israel y la muerte de Saúl, el autor se interesa más por el segundo. La batalla fue importante, y la victoria concedió a los filisteos una supremacía indiscutible: al ocupar el valle de Esdrelón y el de Yezrael, hasta el borde del Jordán, los filisteos se han adueñado de una región fertilísima, han aislado a las tribus del norte, poseen nuevas vías de acceso hacia la zona central de Efraín. Muchos poblados, antes cananeos y después israelitas, cambian de mano. La llanura ya ha sido testigo de la importante batalla de Débora y de la estratagema de Gedeón. La muerte de Saúl empalma directamente con el capítulo 28, pero el autor no explota el aspecto psicológico, la angustia de los presentimientos. Por otra parte, los narradores hebreos no sabían describir batallas, se contentaban con datos generales y se solían concentrar en algún personaje. Esta vez le toca a Saúl con su familia y escolta.

2 SAMUEL

David llora la muerte de Saúl y Jonatán
(1 Cr 10,1-12)

1 1 Al volver de su victoria sobre los
amalecitas, David se detuvo dos días
en Sicelag. 2 Al tercer día se presentó un
hombre del ejército de Saúl con la ropa he-
cha jirones y polvo en la cabeza; cuando
llegó cayó en tierra, postrándose ante Da-
vid. 3 David le preguntó:
–¿De dónde vienes?
Respondió:
–Me he escapado del campamento is-
raelita.
4 David dijo:
–¿Qué ha ocurrido? Cuéntame.
Él respondió:
–La tropa huyó del campo de batalla, y
muchos del pueblo cayeron en el comba-
te; también murieron Saúl y su hijo Jona-
tán.
5 David preguntó entonces al muchacho
que le informaba:
–¿Cómo sabes que han muerto Saúl y su
hijo Jonatán?
6 Respondió:
–Yo estaba casualmente en el monte
Gelboé, cuando encontré a Saúl apoyado
en su lanza, con los carros y los jinetes per-
siguiéndolo de cerca; 7 se volvió, y al verme
me llamó, y yo dije: ¡A la orden! 8 Me pre-
guntó: ¿Quién eres? Respondí: Soy un
amalecita. 9 Entonces me dijo: Échate enci-
ma y remátame, que estoy en agonía y no
acabo de morir. 10 Me acerqué a él y lo re-
maté, porque vi que, una vez caído, no vi-
viría. Luego le quité la diadema de la cabe-
za y el brazalete del brazo y se los traigo
aquí a mi señor.
11 Entonces David agarró sus vestiduras
y las rasgó, y sus acompañantes hicieron lo
mismo. 12 Hicieron duelo, lloraron y ayuna-
ron hasta el atardecer por Saúl y por su hijo
Jonatán, por el pueblo del Señor, por la
casa de Israel, porque habían muerto a es-
pada.
13 David preguntó al que le había dado la
noticia:
–¿De dónde eres?
Respondió:
–Soy hijo de un emigrante amalecita.
14 Entonces David le dijo:
–¿Y cómo te atreviste a alzar la mano
para matar al ungido del Señor?
15 Llamó a uno de los oficiales y le or-
denó:
–¡Acércate y mátalo!
El oficial lo hirió y lo mató. 16 Y David
sentenció:
–¡Eres responsable de tu muerte! Porque
tu propia boca te acusó cuando dijiste: Yo
he matado al ungido del Señor.
17 David entonó este lamento por Saúl y
su hijo Jonatán, 18 para que lo aprendieran
los de Judá –así consta en el libro de Yasar–:
19 ¡Ay la flor de Israel,
herida en tus alturas!
¡Cómo cayeron los valientes!
20 No lo anuncien en Gat,
no lo pregonen
en las calles de Ascalón;
que no se alegren
las muchachas filisteas,

1,1-27 David llora la muerte de Saúl y Jonatán. El anuncio de la derrota y muerte de Saúl es una narración que recuerda a 1 Sm 4. El mensajero amalecita conoce la residencia de David y la hostilidad de Saúl; considera a David desertor de los suyos y vasallo fiel de los filisteos. La victoria filistea, la derrota de Israel, la muerte de Saúl y su heredero serán una buena noticia para David, que le hará merecedor de generosas recompensas. Corre a ser el primero, lo cual indica que la noticia no ha llegado a territorio filisteo ni han comenzado los festejos ya narrados. Se discute si la narración del mensajero es verídica o embustera. El amalecita trae las alhajas reales: sólo puede haberlas recogido si ha llegado muy pronto al lugar donde murió Saúl, antes que otros, antes que los filisteos. David toma su narración por verídica y por ella lo sentencia y hace ejecutar. Es inverosímil esa rapidez del mensajero; la indicación *al tercer día* podría ser una fórmula estereotipada. El autor subraya la rapidez de los sucesos y la simultaneidad de las batallas. La aparición del mensajero es espectacular, realzada con signos de luto; no necesita recomendaciones para obtener pronta audiencia. Los versículos 17-27 son una elegía o lamentación de David por la gran pérdida que supone la muerte de Saúl y Jonatán.

no lo celebren
las hijas de incircuncisos.
21 ¡Montes de Gelboé, altas mesetas,
ni rocío ni lluvia caiga sobre ustedes!
Que allí quedó manchado
el escudo de los valientes,
escudo de Saúl no ungido con aceite,
22 sino con sangre de heridos
y grasa de valientes.
¡Arco de Jonatán, que no volvía atrás!
¡Espada de Saúl, que nunca fallaba!
23 Saúl y Jonatán, mis amigos queridos:
ni vida ni muerte los pudo separar:
más ágiles que águilas,
más bravos que leones.
24 Muchachas de Israel, lloren por Saúl,
que las vestía de púrpura y de joyas,
que enjoyaba con oro sus vestidos.
25 ¡Cómo cayeron los valientes
en medio del combate!
¡Jonatán, herido en tus alturas!
26 ¡Cómo sufro por ti, Jonatán,
hermano mío!
¡Ay, cómo te quería!
Tu amor era para mí
más maravilloso
que amoríos de mujeres.
27 ¡Cómo cayeron los valientes,
los rayos de la guerra perecieron!

DAVID, REY

La división del libro único de Samuel en dos partes es del todo artificial, y su intento parece haber sido dedicar a David un libro entero. Esta segunda parte sigue un orden temático más que cronológico. David, rey de Judá, en contraste con Isbaal, hasta que se proclama también rey de Israel. Luchas contra los filisteos, Jerusalén, el Arca, la promesa dinástica, guerras con otros pueblos, Betsabé, rebelión de Sibá. Un apéndice final completa con datos sueltos la narración precedente.

David es para los israelitas el rey más grande, una figura que se coloca detrás de Moisés y Elías. Históricamente, David es un rey muy importante: recibe una nación deshecha, y en pocos años la convierte en el reino principal de la franja costera; recibe un reino dividido, y establece una monarquía unificada; más allá de sus fronteras somete a vasallaje a casi todos los reinos de alrededor. Da a su reino una capital administrativa y religiosa de gran influjo y atractivo; organiza un gobierno y un ejército; da origen a una dinastía estable.

Teológicamente, es el beneficiario de una nueva elección y de una promesa. Su elección se suma a la de un pueblo y a la de otros jefes, constituyendo un nuevo artículo de la fe israelita; a su elección se junta la de Jerusalén, como morada del Señor, otro artículo religioso fundacional. Como beneficiario de la promesa es casi un nuevo patriarca, padre de una dinastía, como Abrahán lo fue de un pueblo grande.

Por esta promesa David se carga de futuro. Quiere decir que los israelitas no se contentarán con añorar el pasado, cuando recuerdan a su rey favorito, sino que en su nombre esperan un sucesor legítimo, digno de él, un restaurador, un futuro liberador. Sobre este eje se desarrolla y crece la esperanza mesiánica. Por David y su dinastía entra en la religión de Israel todo un repertorio de símbolos de salvación, que servirán para expresar y alimentar la esperanza mesiánica.

David es un hombre de singular atractivo para sus coetáneos. De joven se atrajo múltiples simpatías; la guerra y la persecución lo curtieron y le enseñaron a esperar pacientemente. Fue a la vez magnánimo y astuto, de gran visión y rápida decisión. Supo reconocer y llorar su gravísimo pecado. No logró la paz de su familia ni logró consolidar la unificación del reino. David fue una cumbre, y lo que siguió, a pesar del esplendor salomónico, se asemeja a una decadencia.

David, ungido rey en Hebrón
(Eclo 47,7-12)

2 1 Después consultó David al Señor:
–¿Puedo ir a alguna ciudad de Judá?
El Señor le respondió:
–Sí.
David preguntó:
–¿A cuál debo ir?
Respondió:
–A Hebrón.
2 Entonces subieron allá David y sus dos
mujeres, Ajinoán, la yezraelita, y Abigail, la
mujer de Nabal, el de Carmel. 3 Llevó tam-
bién a todos sus hombres con sus familias
y se establecieron en los alrededores de
Hebrón.
4 Los de Judá vinieron a ungir allí a Da-
vid rey de Judá y le informaron:
–Los de Yabés de Galaad han dado se-
pultura a Saúl.
5 David mandó unos emisarios a los de
Yabés de Galaad a decirles:
–El Señor los bendiga por esa obra de
misericordia, por haber dado sepultura a
Saúl, su señor. 6 El Señor los trate con bon-
dad y lealtad, que yo también los recom-
pensaré por esa acción. 7 Ahora tengan áni-
mo y sean valientes; Saúl, su señor, ha
muerto, pero la casa de Judá me ha ungi-
do a mí para que sea su rey.

Abner y Joab

8 Abner, hijo de Ner, general del ejército
de Saúl, había recogido a Isbaal, hijo de
Saúl, lo había trasladado a Majnaym 9 y lo
había nombrado rey de Galaad, de los de
Aser, de Yezrael, Efraín, Benjamín y todo
Israel; 10b sólo Judá siguió a David. 10a Is-
baal, hijo de Saúl, tenía cuarenta años
cuando empezó a reinar en Israel, y reinó
dos años.
11 David fue rey de Judá, en Hebrón, sie-
te años y medio.
12 Abner, hijo de Ner, y los súbditos de
Isbaal, hijo de Saúl, fueron desde Majnaym
hasta Gabaón.
13 Por su parte, Joab, hijo de Seruyá, y
los de David salieron de Hebrón, se los en-
contraron junto al estanque de Gabaón y
se detuvieron, unos a un lado del estanque
y otros al otro lado. 14 Abner propuso a
Joab:
–Que los jóvenes se desafíen ante no-
sotros.
Joab dijo:
–¡Muy bien!
15 Se prepararon y desfilaron doce ben-
jaminitas por Isbaal, hijo de Saúl, y doce de
los de David. 16 Cada uno agarró por la ca-
beza a su contrario, hundió la espada en las
costillas del otro y cayeron todos a una. Por
eso a aquel sitio lo llaman Jelcat Hassid-
dim; queda junto a Gabaón. 17 Aquel día la
batalla fue muy violenta. Los de David de-
rrotaron a Abner y a los de Israel. 18 Esta-
ban allí los tres hijos de Seruyá: Joab, Abi-
say y Asael. Asael corría como una gacela
y 19 persiguió a Abner derecho, sin desviar-

2,1-7 David ungido rey en Hebrón. David para abandonar su destierro voluntario en Sicelag y trasladarse a su patria, ha tenido que esperar las siguientes situaciones: primera, la muerte de su rival y perseguidor; segunda, la aprobación de sus señores, a los que ha servido como vasallo durante dieciséis meses; tercera, la aprobación divina. El autor pone en primer lugar la consulta y el oráculo como bendición formal de la nueva etapa del elegido. Judea es la región de su nacimiento, de sus correrías, de sus regalos bien calculados (1 Sm 30,26-31). Allí es un capitán conocido, un terrateniente bien relacionado. Para los habitantes de Judea tener un rey de la propia sangre o tribu es mejor que depender de los del norte, que tan ineptos se han mostrado. Si alguna esperanza queda para el pueblo de Judea, ésa la encarna David. El jefe militar sube a la categoría de rey: es un momento histórico, 1000 a.C.

Yabés de Galaad, al otro lado del Jordán, es una ciudad lejana y partidaria de Saúl; en cualquier momento puede constituir un fuerte punto de oposición. Por eso David se apresura en congraciarse con sus habitantes.

2,8–3,5 Abner y Joab. Abner ha salido vivo, no sabemos cómo, de la batalla contra los filisteos, e intenta conservar en el poder a la familia de Saúl, nombrando a Isbaal rey de Israel. Esto origina un enfrentamiento entre los partidarios de David y los de Isbaal.

Es difícil explicar los episodios de 2,12-32, ¿son dos episodios autónomos?, o, ¿son continuación lógica el desafío y la batalla? ¿Se trata de un desafío a muerte, con consecuencias militares, o de un torneo con desenlace trágico? La segunda parte, ¿es la persecución de un vencido que huye?, o, ¿es un desafío de velocidad y maña?

Parece tratarse de una batalla en la que los contendientes no quieren perder mucha gente, y se plantea una tregua.

se a un lado ni a otro. 20 Abner volvió la ca-
beza y preguntó:
–¿Eres Asael?
Respondió:
–Sí.
21 Abner le dijo:
–Desvíate a derecha o izquierda, agarra
a alguno de los muchachos y quítale las ar-
mas.
Pero Asael no quiso dejar de seguirlo.
22 Abner le repitió:
–Deja de perseguirme, que voy a tener
que aplastarte, y, ¿con qué cara me pre-
sento luego ante tu hermano Joab?
23 Pero como Asael no quiso apartarse,
Abner golpeó hacia atrás con la lanza, se la
clavó en la ingle y la lanza le salió por de-
trás. Allí cayó y allí mismo murió. Todos los
que llegaban al sitio donde Asael había
muerto se paraban. 24 Joab y Abisay persi-
guieron a Abner. Al ponerse el sol, llegaron
a la colina de Ammá, frente al valle, en el
camino del páramo de Gabaón. 25 Los ben-
jaminitas se concentraron tras Abner for-
mando un grupo bien compacto, y aguan-
taron firmes en lo alto de la loma.
26 Entonces Abner le gritó a Joab:
–¿Terminará alguna vez esta masacre?
¿No te das cuenta que al final no habrá más
que amargura? ¿Cuándo vas a decir a tu
gente que deje de perseguir a sus herma-
nos?
27 Joab respondió:
–¡Por la vida de Dios, si no hubieras ha-
blado, mi gente habría estado persiguiendo
a sus hermanos hasta el amanecer!
28 Entonces sonó la trompeta y todos se
detuvieron, dejaron de perseguir a los de Is-
rael y no reanudaron la batalla. 29 Abner y
los suyos caminaron por la llanura de Ara-
bá toda aquella noche, cruzaron el Jordán,
caminaron toda la mañana y llegaron a
Majnaym. 30 Joab, por su parte, dejó de
perseguir a Abner y reunió a toda la tropa.
Entre los servidores de David faltaban die-
cinueve hombres, además de Asael. 31 En
cambio, habían hecho trescientas sesenta
bajas a los de Benjamín y Abner. 32 Lleva-
ron el cadáver de Asael y lo enterraron en
Belén, en la sepultura de la familia. Joab y
los suyos estuvieron caminando toda la no-
che, y llegaron a Hebrón cuando despunta-
ba el día.

3 1 La guerra entre las familias de Saúl y
David se prolongó. David iba afian-
zándose, mientras la familia de Saúl se de-
bilitaba.
2 David tuvo varios hijos en Hebrón: el
primero fue Amnón, de Ajinoán, la yezrae-
lita; 3 el segundo fue Quilab, de Abigail, la
mujer de Nabal, el de Carmel; el tercero,
Absalón, de Maacá, hija de Talmay, rey de
Guesur; 4 el cuarto, Adonías, de Jaguit; el
quinto, Safatías, de Abital; 5 el sexto, Yitre-
án, de su esposa Eglá. Ésos fueron los hijos
que tuvo David en Hebrón.

Asesinato de Abner

6 Mientras duraba la guerra entre la casa
de Saúl y la casa de David, Abner fue afian-
zándose en la casa de Saúl. 7 Saúl había te-
nido una concubina llamada Rispá, hija de
Ayá. Isbaal dijo a Abner:
–¿Por qué te has acostado con la concu-
bina de mi padre?

3,6-39 Asesinato de Abner. Después de algunos años, Abner cae en la cuenta de que el reino de Isbaal no tiene porvenir. La monarquía, nacida para defender al pueblo contra los filisteos, ha fracasado en Saúl y en su hijo; sólo David podrá realizar de nuevo la independencia. El estado de opinión a favor de David se va haciendo fuerte, incluso en la tribu de Saúl, Benjamín. Abner lo reconoce y a tiempo decide montarse y marchar hacia el sur. Así, tomando la iniciativa, podrá poner condiciones a David y conseguir un puesto relevante en la corte del nuevo señor, incluso desbancando a Joab, sobrino de David. Falta un pretexto para comenzar la acción, y el mismo Isbaal se lo procura. Tomar la concubina del rey difunto es en primer lugar una injusticia, porque el harén toca en herencia al sucesor; además puede significar pretensiones de alzarse con el trono. La queja del rey es justificada, pero Abner no tolera reproches de su protegido real; se considera gravemente ofendido en su lealtad a la casa real, y por ello libre del deber de lealtad. Por si fuera poco, puede invocar uno de los oráculos que David ha recibido de algún profeta. La formulación del oráculo bien puede deberse al narrador, pues si la primera parte responde a palabras de Samuel (1 Sm 15,28s), la segunda parte define a posteriori los límites del reino de David. David comprende la importancia de la oferta; más o menos lo que venía esperando, y antes de aceptar pone una condición importante. Pidiendo a Mical, reclama un derecho, pone a prueba al general Abner con un asunto com-

8 A Abner le molestó mucho aquella pre-
gunta de Isbaal y le contestó:
–¡Ni que yo fuera un perro! De modo que
estoy trabajando lealmente por la casa de
tu padre, Saúl, por sus hermanos y compa-
ñeros y no te entrego en poder de David, ¡y
ahora me echas en cara un asunto de mu-
jeres! 9 Que Dios me castigue si yo no tra-
bajo para que se cumpla el juramento del
Señor a David: 10 Le pasaré el reino de
Saúl, afianzaré el trono de David sobre Is-
rael y Judá, desde Dan hasta Berseba.
11 Isbaal, de puro miedo, no fue capaz de
replicarle. 12 Entonces Abner despachó
unos emisarios a Hebrón, para hacer esta
propuesta a David:
–El país, ¿para quién es? –Quería decir:
Haz un pacto conmigo y te ayudaré a poner
a todo Israel de tu parte–.
13 David respondió:
–Está bien. Yo haré un pacto contigo.
Sólo te exijo una cosa: cuando vengas a
verme, no te recibiré si no me traes a Mical,
hija de Saúl.
14 David despachó también emisarios a
Isbaal, hijo de Saúl, pidiéndole:
–Devuélveme a mi mujer Mical, con la
que me casé pagando por ella cien prepu-
cios de filisteos.
15 Entonces Isbaal mandó quitársela a su
marido, Paltiel, hijo de Lais. 16 Paltiel la si-
guió hasta Bajurín, llorando detrás de ella.
Abner le dijo:
–¡Vamos, vuélvete!
Y él se volvió.
17 Abner había hablado a los ancianos
de Israel:
–Hace algún tiempo ustedes pretendían
que David fuera su rey. 18 Ese momento, ha
llegado; porque el Señor dijo sobre David:
Por medio de mi siervo David salvaré a mi
pueblo, Israel, del poder de los filisteos y de
todos sus enemigos.
19 Abner habló también a los de Ben-
jamín. Después fue también a Hebrón a ha-
blar personalmente con David y comuni-
carle lo que habían acordado Israel y
Benjamín. 20 Cuando Abner, con veinte
hombres, llegó a Hebrón para hablar con
David, éste los convidó. 21 Abner le dijo:
–Ahora mismo iré a reunir a todo Israel
ante el rey, mi señor, para que haga un pac-
to contigo y seas rey según tus aspiracio-
nes.
David lo despidió y él marchó en paz.
22 Pero los soldados de David venían con
Joab de una correría y traían un gran botín.
Abner no estaba ya en Hebrón, porque Da-
vid lo había despedido y había marchado
en paz. 23 Cuando entraron Joab y su ejér-
cito, les dieron la noticia:
–Ha venido Abner, hijo de Ner, a visitar
al rey, y el rey lo ha despedido y se ha mar-
chado en paz.
24 Entonces Joab se presentó al rey y le
dijo:
–¿Qué has hecho? Ahora que se te había
presentado Abner, ¿por qué lo has dejado

prometido, tantea la capacidad de resistencia de Isbaal, restablece su vínculo familiar con Saúl consolidando así su pretensión al trono unificado. Parece que David reside en Hebrón (22-27), dedicado a gobernar, y ha delegado en Joab el ejercicio militar de las incursiones por el Sur. Joab es impulsivo, violento; se atreve a reprochar al rey, su tío, y a obrar sin su consentimiento en asuntos graves. Pero es que tiene sus motivos para enfrentarse con Abner: en primer lugar, le toca vengar la sangre de su hermano Asael; en segundo lugar, fácilmente descubre que Abner es una amenaza para su posición en el reino de David; por eso, su acusación contra Abner parece un simple pretexto. Lo más probable es que Joab estuviera al corriente de las negociaciones y del cambio de opinión en Israel. El modo de ejecutar la venganza es más eficaz que noble. El desenlace (28-39) perjudica seriamente a David. Ahora que la fruta deseada estaba madura y a punto de caer, el asunto se complica: le han quitado el hombre de poder y prestigio que iba a realizar la transmisión pacífica de poderes; además se ha creado la impresión de que todo ha sido urdido por David, de que ha sido un acto de traición; ¿se podrán fiar de él? Dentro de su reino la persona de Joab se vuelve peligrosa para el mismo rey. David reacciona con toda energía. Primero hace un juramento público de inocencia, como se estilaba entonces, y que tiene valor decisivo, porque el Señor castiga al perjuro. Al mismo tiempo hace recaer públicamente la culpa sobre Joab. No puede castigar al vengador de la sangre fraterna, pero lo maldice, dejando el castigo a Dios. Después ordena un funeral solemne por el muerto, al que encabeza dedicándole una elegía personal; y obliga al asesino a su asistencia. Joab tiene que someterse públicamente al mandato real y escuchar la elegía que lo afrenta. Al funeral sigue un ayuno de corte. La reacción de David hizo gran impresión allí y probablemente se divulgó fuera de su reino de Judá; es lo que quiere decir el narrador en el versículo 37.

irse tranquilamente? 25 ¿No sabes que Ab-
ner, hijo de Ner, vino a engañarte para ave-
riguar tus movimientos y enterarse de lo
que piensas?

26 Joab salió de palacio, y sin que David
supiera nada, despachó emisarios tras Ab-
ner, que lo hicieron volver desde el Pozo de
Sirá. 27 Cuando Abner volvió a Hebrón,
Joab lo llevó aparte, a un lado de la entra-
da para hablar con él a solas, y allí lo hirió
en la ingle y lo mató, para vengar la muer-
te de su hermano Asael. 28 David se enteró
muy pronto y dijo:

–Ante el Señor y para siempre, yo y mi
reino somos inocentes de la sangre de Ab-
ner, hijo de Ner. 29 ¡Que ella recaiga sobre
Joab y su casa! No falten nunca en tu fa-
milia quienes padezcan de gonorrea y de
lepra, afeminados, muertos a espada y
muertos de hambre.

30 Joab y su hermano Abisay asesinaron
a Abner porque éste les había matado a su
hermano Asael en la guerra junto a Gabaón.

31 David ordenó a Joab y a sus acompa-
ñantes:

–Rasguen sus vestiduras, vístanse de
luto y laméntense por Abner.

El rey David caminaba detrás del fére-
tro. 32 Y cuando enterraron a Abner en He-
brón, el rey gritó y lloró junto a su tumba.
Todos lloraron, 33 y el rey entonó este la-
mento por Abner:

¿Tenía que morir Abner
como muere un insensato?
34 Tus manos
no conocieron las cadenas
ni tus pies los grilletes.
Caíste como se cae
a manos de traidores.

Todos siguieron llorándolo y 35 luego se
acercaron a David para obligarlo a comer
mientras fuese de día, pero David juró:

–¡Que Dios me castigue si antes de po-
nerse el sol pruebo pan o lo que sea!

36 Cuando la gente lo supo, a todos les
pareció bien, como todo lo que hacía el rey.
37 Aquel día supieron todos, y lo supo todo
Israel, que el asesinato de Abner, hijo de
Ner, no había sido cosa del rey.

38 El rey dijo a sus cortesanos:

–Ya ven que hoy ha caído en Israel un
gran general. 39 Yo, a pesar de mi unción
real, me siento débil, mientras que esa gen-
te, los hijos de Seruyá, han sido más duros
que yo. Que el Señor pague al malhechor
su merecido.

Asesinato de Isbaal

4 1 Cuando Isbaal, hijo de Saúl, oyó que
Abner había muerto en Hebrón, se
acobardó, y todo Israel se alarmó. 2 Isbaal,
hijo de Saúl, tenía dos jefes de guerrillas:
uno se llamaba Baaná y el otro Recab, hi-
jos de Rimón, el de Beerot, benjaminitas
–porque también Beerot se consideraba
perteneciente a Benjamín; 3 los de Beerot
huyeron a Guittaym y allí siguen todavía re-
sidiendo como emigrantes–. 4 Por otra par-
te, Jonatán, hijo de Saúl, tenía un hijo tulli-
do de ambos pies: tenía cinco años cuando
llegó de Yezrael la noticia de la muerte de
Saúl y Jonatán; la niñera lo tomó consigo y
huyó; pero lo hizo con tanta precipitación,
que el niño se cayó y quedó cojo; se llama-
ba Meribaal.

5 Baaná y Recab, hijos de Rimón, el de
Beerot, se pusieron en camino, y cuando
calentaba el sol llegaron a casa de Isbaal,
que estaba durmiendo la siesta. 6 La porte-
ra se había quedado dormida mientras lim-
piaba el trigo. Recab y su hermano Baaná
entraron libremente en la casa, 7 llegaron a
la alcoba donde estaba echado Isbaal y lo
hirieron de muerte; luego le cortaron la ca-
beza, la recogieron y caminaron toda la no-
che a través de la estepa. 8 Llevaron la ca-
beza de Isbaal a David, a Hebrón, y dijeron
al rey:

4,1-12 Asesinato de Isbaal. Muerto Abner, Isbaal se ha quedado sin apoyo y sin iniciativa. Los que esperaban en la dinastía de Saúl están desconcertados, los que esperaban en la unión con David, organizada por Abner, no saben lo que va a suceder. El rey Isbaal, esa sombra de monarca, impotente y apenas consciente, muere en la quietud e inconsciencia de un sueño. En la capital prestada de Transjordania, en un palacio que custodia una mujer desarmada y soñolienta. ¡Qué lejos de la muerte en campaña de Saúl y Jonatán! Sistemáticamente los redactores, favorables a David, subrayan su inocencia en el derramamiento de sangre de sus principales rivales; dicha inocencia queda demostrada con el exterminio de quienes han matado a los principales del partido de Saúl, al mismo Saúl, a su general y a su hijo Isbaal.

–Aquí está la cabeza de Isbaal, hijo de
Saúl, tu enemigo, que intentó matarte. El
Señor ha vengado hoy al rey, mi señor, de
Saúl y su estirpe.
9 Pero David dijo a Recab y Baaná, hijos
de Rimón, el de Beerot:
–¡Por la vida del Señor, que me ha sal-
vado la vida de todo peligro! 10 Si al que me
anunció ha muerto Saúl, creyendo darme
una buena noticia, lo agarré y lo ajusticié
en Sicelag, pagándole así la buena noticia,
11 con mucha mayor razón, ahora que unos
malvados han asesinado a un inocente en
su casa, en su cama, ¿no tendré que pedir-
les cuenta de su sangre y borrarlos de la
tierra?
12 David dio una orden a sus oficiales, y
los mataron. Luego les cortaron manos y
pies y los colgaron junto a la cisterna de
Hebrón; en cuanto a la cabeza de Isbaal la
enterraron en la sepultura de Abner, en He-
brón.

David, rey de Israel
(1 Cr 11,1-3; Sal 78,70-72)

5 1 Todas las tribus de Israel fueron a
Hebrón a decirle a David:
–Aquí nos tienes. Somos de la misma
sangre. 2 Ya antes, cuando todavía Saúl era
nuestro rey, tú eras el verdadero general de
Israel. El Señor te dijo: Tú pastorearás a mi
pueblo, Israel; tú serás jefe de Israel.
3 Todos los ancianos de Israel fueron a
Hebrón para visitar al rey. El rey David hizo
un pacto con ellos, en Hebrón, ante el Se-
ñor, y ellos ungieron a David rey de Israel.
4 Tenía treinta años cuando empezó a rei-
nar, y reinó cuarenta años; 5 en Hebrón rei-
nó sobre Judá siete años y medio, y en
Jerusalén reinó treinta y tres años sobre Is-
rael y Judá.

Conquista de Jerusalén
(1 Cr 11,4-8; 14,1-7)

6 El rey y sus hombres marcharon sobre
Jerusalén, contra los jebuseos que habita-
ban el país. Los jebuseos dijeron a David:
–No entrarás aquí. Los ciegos y los in-
válidos bastarán para impedírtelo. Con esto
querían decir que David no entraría.
7 Pero David conquistó la fortaleza de
Sión, o sea, la llamada Ciudad de David.
8 David había dicho aquel día:
–El que quiera derrotar a los jebuseos,
que se meta por el canal... En cuanto a
esos inválidos y ciegos David los detesta.
–Por eso se dice: Ni cojo ni ciego entrarán
en el templo–.
9 David se instaló en la fortaleza y la lla-
mó Ciudad de David. Después edificó una
muralla en torno, desde el terraplén hacia
adentro.
10 David iba creciendo en poderío y el
Señor Todopoderoso estaba con él. 11 Jirán,
rey de Tiro, mandó una embajada a David
con madera de cedro, carpinteros y tallado-
res de piedras para construirle un palacio.
12 Así comprendió David que el Señor lo en-
grandecía como rey de Israel y que engran-
decía su reino por amor a su pueblo, Israel.

5,1-5 David rey de Israel. Eliminados Abner e Isbaal, David atrae todas las esperanzas. La oposición de Israel a Judá queda relegada por un sentimiento más fuerte de hermandad. Lo que Abimelec decía a los de Siquén para apoyar su candidatura real (Jue 9) lo confiesan las tribus a David. El pacto entre rey y pueblo tiene algo de constitución: implica un juramento de lealtad mutua y contiene normalmente una serie de cláusulas. Los ancianos, como responsables de todo el pueblo, hacen de intermediarios en la unción.

5,6-16 Conquista de Jerusalén. La conquista de Jerusalén y su establecimiento como capital del reino sucedió ciertamente después de la victoria definitiva sobre los filisteos; probablemente después de otras campañas exteriores. El autor tiene mucho interés teológico en juntar la elección de David rey y la de Jerusalén capital. En adelante van a formar una fuerte unidad, como una nueva elección del Señor y arranque de una nueva etapa histórica. En este sentido es justo poner los dos hechos juntos al inicio de la narración. La intención teológica impera sobre la cronología. Saúl se había quedado en su aldea, como los jueces tribales, para gobernar desde allí. David ha residido en Hebrón, sitio excelente para un rey de Judá, ciudad bastante céntrica y aureolada con el recuerdo de Abrahán. Pero para unificar y gobernar a todo Israel, Hebrón no basta: está demasiado ligada a una tribu y hacia el sur. David decide estrenar capital: una ciudad sin vínculo tribal, bien situada y de gran valor estratégico. Es la antigua Jerusalén, ciudad hasta ahora inexpugnable para los israelitas, enclave cananeo en la montaña central, que ha dividido las tribus. Jerusalén es un símbolo de la persistencia y resistencia cananea no dominada. La decisión de David es un acto de audacia y de clarividencia. De audacia, porque es dificilísimo conquistarla, y un ataque fracasado podría desprestigiar al nuevo rey. Clarividencia, como muestra la historia sucesiva hasta hoy: Jerusalén adquiere para Israel, y más tarde para los judíos, un va-

13 Después que vino de Hebrón, David tomó
en Jerusalén otras concubinas y esposas,
que le dieron más hijos e hijas. 14 Los nom-
bres de los hijos que tuvo en Jerusalén son:
Samúa, Sobab, Natán, Salomón, 15 Yibjar,
Elisúa, Néfeg, Yafía, 16 Elisamá, Elyadá y
Elifálet.

Batallas con los filisteos
(1 Cr 14,8-16; Sal 18,33-43)

17 Cuando los filisteos oyeron que David
había sido ungido rey de Israel, subieron to-
dos para atacarlo. David se enteró y bajó a
la fortaleza de Adulán. 18 Los filisteos llega-
ron y se desplegaron en el Valle de Refaím.
19 David consultó al Señor:
–¿Puedo atacar a los filisteos? ¿Me los
entregarás?
El Señor le respondió:
–Atácalos que yo te los entrego.
20 David fue a Baal-Perasim y allí los de-
rrotó. Y comentó:
–El Señor ha abierto una brecha en el
frente enemigo, como brecha de agua en
un dique. Por eso aquel sitio se llama Las
Brechas.
21 Los filisteos dejaron abandonados allí
sus ídolos; David y sus hombres los reco-
gieron. 22 Los filisteos hicieron otra incur-
sión y se desplegaron en el Valle de Refaím.
23 David consultó al Señor, que le respon-
dió:
–No ataques. Rodéalos por detrás, y lue-
go atácalos frente a las moreras. 24 Cuando
sientas rumor de pasos en la copa de las
moreras, lánzate al ataque, porque enton-
ces el Señor sale delante de ti a derrotar al
ejército filisteo.
25 David hizo tal como le mandó el Se-
ñor, y derrotó a los filisteos desde Gueba
hasta la entrada en Guézer.

El Arca, transportada a Jerusalén
(1 Cr 13,5-14; 15,25-29; Sal 132)

6 1 David reunió nuevamente a los sol-
dados escogidos de Israel, que eran
treinta mil hombres. 2 Con todo su ejército
emprendió la marcha a Baalá de Judá, para

lor espiritual que supera ampliamente su valor geográfico, estratégico, y urbanístico. Jerusalén será el segundo polo de la escatología. Pero más inexpugnable que la ciudad parece el texto bíblico, que muchas generaciones de exegetas y arqueólogos no han logrado descifrar. Aun reuniendo los datos de Samuel con los de Crónicas, no llegamos a una explicación satisfactoria. Una de las hipótesis más atractivas ve las cosas así: David pone asedio a la ciudad, los defensores se burlan de los atacantes, ciegos y cojos bastan para rechazarlos –tan segura es la fortaleza–; David, quizás después de ataques infructuosos y de largo asedio, promete algún privilegio a quien penetre en la ciudad; entonces algunos soldados logran colarse y subir por el túnel de acceso al manantial, y desde dentro facilitan la entrada de los demás. Se trata de una hipótesis acerca del modo; la sustancia es que David, con esta conquista, se suma a los héroes de la conquista bajo Josué, somete el baluarte simbólico de los cananeos, dispone de una capital. Meditando sobre los hechos, derrota de filisteos y cananeos y fundación de la nueva capital y apertura comercial internacional, David llega a comprender su destino religioso: es un rey por la gracia de Dios al servicio del pueblo. Elección, no como privilegio, sino como función. Dado que el pueblo es del Señor, David es un vasallo y mediador al servicio de ese pueblo. Su especie de vasallaje en Gat y el probable vasallaje en Hebrón son pura sombra de la nueva situación histórica. Los versículos 13-16 anticipan el origen del heredero: será uno de los hijos nacidos en Jerusalén, no de los de Hebrón.

5,17-25 Batallas con los filisteos. Cronológicamente ésta es la primera tarea de David en cuanto rey de la monarquía unificada. El autor resume en brevísimo espacio sucesos que debieron de durar varios años; se fija en un par de batallas. A esta época pertenecen algunos datos que se leen en el apéndice (capítulos 21–24). David presenta batalla en la zona montañosa, donde los filisteos se desenvuelven con menos medios y mayor dificultad. Valle de Refaím o Valle de los Gigantes –para el pueblo Valle de las Ánimas– está situado junto a Jerusalén, donde los filisteos se encuentran protegidos por el enclave jebuseo de Jerusalén, mientras David, evitando las ciudades, se refugia en el paraje que tan bien conoce de Adulán (1 Sm 22,1.4; 24,13). Desde allí iría agrupando tropas y despachando pequeñas incursiones contra los filisteos. Del capítulo 23 se desprende que éstos están instalados también en Belén. Los filisteos acampan en terreno ventajoso, llano, en el valle que arranca al sudoeste de Jerusalén y se alarga hacia el oeste. David parte de Adulán, rodea por occidente, sube a Perasim, y desde el norte ataca y pone en fuga al enemigo. Los ídolos se llevan al campo de batalla como protección. Israel paga ahora a los filisteos la captura del Arca (1 Sm 4). Son el trofeo más valioso. Los filisteos insisten en el mismo sitio que consideran ventajoso (22-25); el oráculo del Señor ofrece esta vez un signo no tan fácil de entender: se trataría del rumor del viento en las copas de las moreras. Otros interpretan el nombre como toponímico, *en las alturas de Becaim*.

6,1-23 El Arca transportada a Jerusalén. Para que Jerusalén tenga plena fuerza de unificación, tiene que ser también centro religioso de las tribus. Saúl ha des-

trasladar de allí el arca de Dios, que lleva la
inscripción: Señor Todopoderoso, que tiene
su trono sobre querubines. 3 Pusieron el
arca de Dios en un carro nuevo 4 y la saca-
ron de casa de Abinadab, en Guibeá. Uzá y
Ajió, hijos de Abinadab, guiaban el carro
con el arca de Dios; Ajió marchaba delante
del arca. 5 David y los israelitas iban dan-
zando ante el Señor con todo entusiasmo,
cantando al son de cítaras y arpas, pande-
retas, sonajas y platillos. 6 Cuando llegaron
al lugar llamado la era de Nacón, los bue-
yes tropezaron y Uzá alargó la mano al arca
de Dios para sujetarla. 7 El Señor se enco-
lerizó contra Uzá por su atrevimiento, lo hi-
rió y murió allí mismo, junto al arca de
Dios. 8 David se enfadó porque el Señor ha-
bía arremetido contra Uzá, y puso a aquel
sitio el nombre de Peres Uzá, y así se llama
ahora. 9 Aquel día David temió al Señor, y
dijo:

–¿Cómo va a venir a mi casa el arca del
Señor?

10 Y no quiso llevar a su casa, a la Ciu-
dad de David, el arca del Señor, sino que la
trasladó a casa de Obededom, el de Gat.
11 El arca del Señor estuvo tres meses en
casa de Obededom, el de Gat, y el Señor
bendijo a Obededom y su familia. 12 Infor-
maron a David:

–El Señor ha bendecido a la familia de
Obededom y toda su hacienda en atención
al arca de Dios.

Entonces fue David y llevó el arca de
Dios desde la casa de Obededom a la Ciu-
dad de David, haciendo fiesta. 13 Cuando
los portadores del arca del Señor avanzaron
seis pasos, sacrificó un toro y un ternero
cebado. 14 E iba danzando ante el Señor
con todo entusiasmo, vestido sólo con un
efod de lino. 15 Así iban David y los israeli-
tas llevando el arca del Señor entre vítores
y al sonido de las trompetas.

16 Cuando el arca del Señor entraba en
la Ciudad de David, Mical, hija de Saúl, es-
taba mirando por la ventana, y al ver al rey
David haciendo piruetas y cabriolas delan-
te del Señor lo despreció en su interior.
17 Metieron el arca del Señor y la instalaron
en su sitio, en el centro de la tienda que Da-
vid le había preparado. David ofreció holo-
caustos y sacrificios de comunión al Señor,
18 y cuando terminó de ofrecerlos, bendijo
al pueblo en el nombre del Señor Todo-
poderoso; 19 luego repartió a todos, hom-
bres y mujeres de la multitud israelita, un
bollo de pan, una tajada de carne y un pas-
tel de pasas de uvas a cada uno. Después
se marcharon todos, cada cual a su casa.

20 David se volvió para bendecir a su
casa, y Mical, hija de Saúl, salió a su en-
cuentro y dijo:

–¡Hoy sí que se ha lucido el rey de Israel,
desnudándose a la vista de las criadas de
sus ministros, como lo haría un bufón cual-
quiera!

21 David le respondió:

–Ante el Señor, que me eligió en lugar de
tu padre y de toda tu familia para consti-
tuirme jefe de su pueblo, yo bailaré 22 y me
humillaré todavía más según tu opinión,
pero seré honrado por esas mismas escla-
vas de las que tú hablas.

23 Y Mical, hija de Saúl, no tuvo hijos en
toda su vida.

---

cuidado este aspecto. El Arca estuvo en Siló en tiempos de Elí, fue capturada por los filisteos, y cuando la devolvieron, pasó a Quiriat Yearim. El Arca es el objeto religioso por excelencia, emblema en la guerra y testimonio de la alianza, cuyo documento guarda. David decide trasladarla a su nueva capital y concentrar allí a los principales sacerdotes. David quiso hacer del traslado un acontecimiento religioso nacional, una ocasión para robustecer la conciencia de unidad religiosa, cuyo centro en adelante será Jerusalén –eso no quiere decir que la cifra de participantes sea objetiva–. Un accidente mortal (6s) es interpretado por los asistentes como castigo de Dios, debido a una profanación objetiva. La sacralidad todavía está vista de manera muy concreta, casi material, aunque el autor personaliza el efecto mortífero de lo sacro. Como el hombre no puede ver a Dios sin morir, así el profano no puede tocar impunemente el objeto sagrado; recuérdese la sacralidad de la montaña del Sinaí. La respuesta de David a la ironía de Mical (20-22) contiene un principio importante de espiritualidad: ante Dios y para Dios David siente el ímpetu de jugar o bailar; ocupación poco seria y que puede parecer humillante para un rey, mirada con criterios de soberbia humana; pero David se sabe elegido por el Señor como vasallo suyo, su gloria será festejar al soberano, y la gente sencilla comprenderá el valor del gesto.

7,1-29 Promesa dinástica y oración de David. Lo

PROMESA Y PECADO

Promesa dinástica y oración de David
(1 Cr 17; Sal 89; 132)

7 1 Cuando David se estableció en su casa y el Señor le dio paz con sus enemigos de alrededor, 2 dijo el rey al profeta Natán:

–Mira, yo estoy viviendo en una casa de cedro, mientras el arca de Dios vive en una tienda de campaña.

3 Natán le respondió:

–Ve a hacer todo lo que tienes pensado, que el Señor está contigo.

4 Pero aquella noche recibió Natán esta Palabra del Señor:

5 –Ve a decir a mi siervo David: Así dice el Señor: ¿Eres tú quien me va a construir una casa para que habite en ella? 6 Desde el día en que saqué a los israelitas de Egipto hasta hoy no he habitado en una casa, sino que he viajado de aquí para allá en una tienda de campaña que me servía de santuario. 7 Y en todo el tiempo que viajé de aquí para allá con los israelitas, ¿encargué acaso a algún juez de Israel, a los que mandé pastorear a mi pueblo, Israel, que me construyese una casa de cedro? 8 Y ahora, di esto a mi siervo David: Así dice el Señor Todopoderoso: Yo te saqué del campo de pastoreo, de andar tras las ovejas, para ser jefe de mi pueblo, Israel. 9 Yo he estado contigo en todas tus empresas; he aniquilado a todos tus enemigos; te haré famoso como a los más famosos de la tierra; 10 daré un puesto a mi pueblo, Israel: lo plantaré para que viva en él sin sobresaltos, sin que los malvados vuelvan a humillarlo como lo hacían antes, 11 cuando nombré jueces en mi pueblo, Israel. Te daré paz con todos tus enemigos, y, además, el Señor te comunica que te dará una dinastía. 12 Y cuando hayas llegado al término de tu vida y descanses con tus antepasados, estableceré después de ti a un descendiente tuyo, nacido de tus entrañas, y consolidaré su reino. 13 Él edificará un templo en mi honor y yo consolidaré su trono real para siempre. 14 Yo seré para él un padre, y él será para mí un hijo; si se tuerce, lo corregiré con varas y golpes, como lo hacen los hombres; 15 pero no le retiraré mi lealtad como se la retiré a Saúl, al que aparté de mi presencia. 16 Tu casa y tu reino durarán para siempre en mi presencia; tu trono permanecerá por siempre.

17 Natán comunicó a David toda la visión y todas estas palabras. 18 Entonces el rey David fue a presentarse ante el Señor, y dijo:

–¿Quién soy yo, mi Señor, y qué es mi familia para que me hayas hecho llegar hasta aquí? 19 ¡Y como si fuera poco para ti, mi Señor, has hecho una promesa a la casa de tu servidor para el futuro, mientras existan hombres, mi Señor! 20 ¿Qué más puede añadirte David si tú, mi Señor, conoces a tu servidor? 21 Por tu palabra, y según tus designios, has hecho esta gran obra, dándo-

---

culminante en la historia de David no son sus empresas, su valor militar o su clarividencia política; lo culminante es la promesa que Dios le hace. Este capítulo es el verdadero centro de la historia de David. Por encima de David como protagonista, se alza como verdadera protagonista la Palabra de Dios, creadora de historia. Natán es su profeta privilegiado. Probablemente el oráculo original fue breve, montado en el doble sentido de la palabra casa: edificio y dinastía. David quiere construirle al Señor una casa: templo, el Señor lo rehúsa y en cambio promete construirle una casa: dinastía. Este oráculo produce una reacción viva en el pueblo que lo recibe, creando una corriente histórica; entonces el pueblo receptor reacciona a su vez sobre el oráculo, explicándolo y enriqueciéndolo. Sobre todo, los profetas hacen resonar en sus oráculos el de Natán, colocándolo en una perspectiva siempre más rica y tensa hacia el futuro.

Doble sentido de casa. En su sentido normal, la casa es propia de la cultura sedentaria, urbana: espacio material fijo, hogar que acoge y protege, término de reposo y centro de convergencia (véase Gn 4,17 y 11,4). En sentido metafórico es la familia, que se construye con los hijos y sucesores (Gn 16,2); de la familia ordinaria se puede pasar a la familia reinante. Esta segunda casa no es espacial, sino temporal, es vida histórica, ramificación o estrechamiento. En el espacio puede derrumbarse la casa material, en el tiempo puede extinguirse la casa familiar; las dos tienen su propia estabilidad. David ha querido dar al Señor una casa; algo así como fijarlo en un espacio sacro, centro de atracción inmóvil y permanente, con el que se puede contar. En él está presente el Señor del espacio. Pero el Señor se ha revelado a su pueblo en movimiento, sacando, guiando, conduciendo; Dios, desprendido del espacio fijo, compañero de andanzas y peregrinaciones. Incluso cuando termina la peregrinación y el pueblo se establece en la tierra, durante una

sela a conocer a su servidor, revelándole estas cosas. 22 Por eso eres grande, mi Señor, como hemos oído; no hay nadie como tú, no hay Dios fuera de ti. 23 ¿Y qué nación hay en el mundo como tu pueblo, Israel, a quien Dios ha venido a librar para hacerlo suyo, y a darle renombre, y a hacer prodigios terribles en su favor, expulsando a las naciones y a sus dioses ante el pueblo que libraste de Egipto? 24 Has establecido a tu pueblo, Israel, como pueblo tuyo para siempre, y tú, Señor, eres su Dios. 25 Ahora, Señor Dios, confirma para siempre la promesa que has hecho a tu servidor y su familia, cumple tu palabra. 26 Que tu nombre sea siempre famoso. Que digan: ¡El Señor Todopoderoso es Dios de Israel! Y que la casa de tu servidor David permanezca en tu presencia. 27 Tú, Señor Todopoderoso, Dios de Israel, has hecho a tu servidor esta revelación: Te edificaré una casa; por eso tu servidor se ha atrevido a dirigirte esta plegaria. 28 Ahora, mi Señor, tú eres el Dios verdadero, tus palabras son de fiar, y has hecho esta promesa a tu servidor. 29 Dígnate bendecir a la casa de tu servidor, para que esté siempre en tu presencia; ya que tú, mi Señor, lo has dicho, sea siempre bendita la casa de tu servidor.

Victorias de David

(1 Cr 18; Sal 18; 89,25s)

8 1 Más adelante David derrotó a los filisteos y los sometió, arrebatándoles la capital, Gat. 2 Derrotó a los moabitas: los hizo echarse en tierra y los midió con un cordel; los que quedaron dentro de dos medidas de cordel fueron condenados a muerte, y dejó con vida a los que quedaron dentro de una medida de cordel. Los moabitas pasaron a ser vasallos de David, sometidos a tributo. 3 Derrotó también a Adadhézer, hijo de Rejob, rey de Sobá, cuando iba a restablecer su soberanía en la región del Éufrates. 4 David le capturó mil setecientos jinetes y veinte mil soldados de infantería, y mutiló los caballos de tiro, reservándose sólo cien. 5 Los sirios de Damasco acudieron en auxilio de Adadhézer, rey de Sobá, pero David les mató veintidós mil hombres, 6 e impuso gobernadores a los sirios de Damasco, que quedaron vasallos de David sometidos a tributo.

El Señor dio a David la victoria en todas sus campañas. 7 Recogió los escudos de oro que llevaban los oficiales de Adadhézer, y los llevó a Jerusalén. 8 Y en Téjab y Berotay, poblaciones de Adadhézer, recogió una cantidad enorme de bronce.

9 Tou, rey de Jamat, oyó que David había derrotado al ejército de Adadhézer, 10 y despachó a su hijo Yorán para saludar al rey David y darle las felicitaciones por el combate y la derrota de Adadhézer, porque Adadhézer atacaba a Tou con frecuencia. Yorán llevó una vajilla de plata, oro y bronce. 11 El rey David consagró al Señor estos regalos, añadiéndolos a la plata y al oro que había tomado a las naciones sometidas 12 –Edom, Moab, los amonitas, filisteos, Amalec y Adadhézer, hijo de Rejob, rey de Sobá– y que había consagrado al Señor.

13 Cuando David, victorioso de Damasco, derrotó a Edom en Gue Hammélaj, matándole dieciocho mil hombres, y aumentó su fama, 14 impuso gobernadores a Edom, que quedó como vasallo de David.

---

larga etapa el Señor conserva su movilidad original: una tienda de campaña es el símbolo adecuado de su habitación. A tanto llega esta concepción teológica, que una escuela posterior hablará de la tienda no como morada, sino como lugar de cita y encuentro. El Señor no acepta la oferta de David. Si se deja llevar en procesión a Jerusalén, es para seguir allí en una tienda, libre para moverse. El Señor quiere revelarse como dueño de una nueva etapa histórica que de algún modo continuará sin término. Él funda una dinastía con su palabra, la consolida con su promesa, la acompañará en su peregrinar histórico; un peregrinar expuesto a lo imprevisto, al peligro dramático, incluso a la tragedia. La historia humana de una dinastía en un pueblo será el ámbito móvil de la presencia y revelación del Señor. David no puede dar estabilidad al Señor, asignándole un espacio habitable; el Señor puede dársela a David, paradójicamente, lanzándolo al torrente de la historia mudable.

8,1-18 Victorias de David. Capítulo de síntesis sobre las conquistas de David. Quedan fuera las campañas contra los filisteos. También queda fuera la campaña contra Amón, porque será la ocasión en que se desenvuelvan otros acontecimientos importantes, a partir del capítulo 10. Cronológicamente parece ser la primera campaña contra Amón, al cual prestan ayuda algunos reinos arameos del norte y noroeste, y así se extiende la lucha. Después vendría la campaña contra Moab al sureste y la de Edom al sur. En este momento histórico descansan los grandes imperios de Occi-

El Señor dio a David la victoria en todas
sus campañas. 15 David reinó sobre todo Is-
rael y gobernó con justicia a su pueblo.
16 Joab, hijo de Seruyá, era el general en
jefe del ejército; Josafat, hijo de Ajilud, el
heraldo; 17 Sadoc, hijo de Ajitob, y Abiatar,
hijo de Ajimélec, eran sacerdotes; Sisá, el
cronista; 18 Benayas, hijo de Yehoyadá, era
el jefe de los quereteos y pelteos. Y los hi-
jos de David oficiaban en el culto.

Meribaal, acogido por David
(2 Sm 21)

9 1 David preguntó:
–¿Queda alguno de la familia de Saúl
a quien yo pueda favorecer por amor a Jo-
natán?
2 La familia de Saúl había tenido un cria-
do que se llamaba Sibá; lo trajeron y el rey
le preguntó:
–¿Eres Sibá?
Él respondió:
–Sí, para servirte.
3 El rey le preguntó:
–¿Y no queda ya nadie de la familia de
Saúl a quien yo pueda favorecer por amor
de Dios?
Sibá le respondió:
–Queda todavía un hijo de Jonatán, li-
siado de ambos pies.
4 El rey le preguntó:
–¿Dónde está?
Sibá le contestó:
–En Lodabar, en casa de Maquir, hijo de
Amiel.
5 El rey David mandó que lo trajeran de
allí. 6 Cuando Meribaal, hijo de Jonatán, hijo
de Saúl se presentó ante David, cayó con el
rostro en tierra y se postró. David le dijo:
–¿Eres Meribaal?
Él respondió:
–Sí, para servirte.
7 David le dijo:
–No temas, porque estoy decidido a fa-
vorecerte por amor a Jonatán, tu padre; te
devolveré todas las tierras de tu abuelo,
Saúl, y comerás siempre a mi mesa.
8 Meribaal se postró y dijo:
–¿Qué soy yo para que te fijes en un pe-
rro muerto como yo?
9 El rey llamó entonces a Sibá, criado de
Saúl, y le dijo:
–Todas las posesiones de Saúl y su fa-
milia se las entrego al hijo de tu amo. 10 Tú,
tus hijos y tus esclavos le cultivarán las tie-
rras y le entregarán las cosechas para su
sustento. Meribaal, hijo de tu amo, comerá
siempre a mi mesa.
Sibá, que tenía quince hijos y veinte es-
clavos, 11 contestó al rey:
–Tu siervo hará todo lo que el rey le
mande.
Meribaal comía a la mesa de David,
como uno de los hijos del rey. 12 Tenía un
hijo pequeño, llamado Micá, y toda la casa
de Sibá estaba al servicio de Meribaal,
13 que se trasladó a Jerusalén, porque co-
mía siempre a la mesa del rey. Meribaal es-
taba impedido de ambos pies.

---

dente y Oriente. Egipto está dividido por luchas internas. Babilonia es importante. Asiria apenas se eleva en el horizonte histórico. Es el momento propicio para David, si sabe consolidarse en el puente costero entre Egipto y Mesopotamia. David comienza a reinar en un territorio amenazado por reinos vecinos; en cuanto comienza a consolidarse y a ganar poder, quizás tiene que sufrir la provocación de esos vecinos, asustados ante el poder creciente del nuevo reino. El libro nos cuenta la provocación amonita y supone la penetración de los edomitas por el sur. En su comienzo o en su desenlace, estas guerras davídicas son guerras de expansión. Al final de ellas, David es un rey afirmado en su país y soberano de reinos tributarios en una gran extensión: desde el Torrente de Egipto por el sur hasta cerca del Éufrates por el nordeste y hasta el desierto inhabitado a oriente.

9,1-13 Meribaal acogido por David. El gesto de David es un acto de lealtad o fidelidad a un juramento (1 Sm 20,11-17.42). Es también un gesto magnánimo para con la familia de su rival. Además es una sagaz medida política: trayendo a la corte al descendiente de Saúl, lo tiene vigilado y neutralizado. Ese favorecer tiene otro sentido especial: es una concesión que liga a Meribaal con el vínculo de lealtad. En Meribaal la *Casa de Saúl* se prosterna y rinde homenaje al nuevo rey, cumpliendo el homenaje anticipado de Saúl y de Jonatán; expresamente se declara *siervo*, que puede significar vasallo. David otorga las posesiones de familia, que se convierten ahora en don suyo (9). El honor de comer a la mesa real es un reconocimiento cotidiano de dependencia. Hubo un tiempo en que David comía a la mesa de Saúl (1 Sm 20). Si tenemos presente la promesa dinástica a la *Casa de David*, que acabamos de leer en el capítulo 7, sentiremos el contraste al oír nombrar cuatro veces a *la Casa* –familia– *de Saúl*; como la primera se establece por la gracia de Dios, la segunda subsiste por la *gracia* de David.

10,1-19 Guerra contra los amonitas. Desde aquí

Guerra contra los amonitas
(1 Cr 19)

10 1 Murió después el rey de los amoni-
tas, y su hijo Janún le sucedió en el
trono. 2 David dijo:
–Voy a devolverle a Janún, hijo de Na-
jás, los favores que me hizo su padre.
Y por medio de unos embajadores le en-
vió el pésame por la muerte de su padre.
Pero cuando los embajadores de David en-
traron en territorio amonita, 3 los generales
amonitas dijeron a su señor Janún:
–¿Crees que David te da el pésame para
mostrarte su estima por tu padre? ¿No será
para examinar la ciudad, explorarla y des-
pués destruirla?
4 Janún apresó a los embajadores de
David, les afeitó media barba, les cortó la
ropa por la mitad, a la altura de las nalgas,
y los despidió. Ellos volvieron avergonza-
dos. 5 Se lo comunicaron a David que les
envió este mensaje:
–Quédense en Jericó hasta que les crez-
ca la barba, y luego vengan.
6 Cuando los amonitas cayeron en la
cuenta de que habían provocado a David,
mandaron gente a contratar veinte mil mer-
cenarios de infantería de los sirios de Bet-
Rejob y de los sirios de Sobá, mil hombres
del rey de Maacá y doce mil del rey de Tob.
7 Al saberlo David, mandó a Joab con todo
el ejército y sus guerreros. 8 Los amonitas
salieron a la guerra y formaron para la ba-
talla a la entrada de la ciudad, mientras que
los sirios de Sobá, Bet-Rejob y la gente de
Tob y Maacá se quedaban aparte, en el
campo. 9 Joab se vio envuelto por delante y
por detrás; entonces escogió un grupo de
soldados israelitas y los formó frente a los
sirios. 10 A la tropa restante la formó frente
a los amonitas, al mando de su hermano
Abisay, 11 con esta consigna:
–Si los sirios me pueden, ven a librarme,
y si los amonitas te pueden a ti, yo iré a li-
brarte. 12 ¡Ánimo! Por nuestro pueblo y por
las ciudades de nuestro Dios luchemos va-
lientemente, y que el Señor haga lo que le
agrade.
13 Joab y los suyos trabaron combate
con los sirios y los pusieron en fuga. 14 Los
amonitas, al ver que los sirios huían, huye-
ron también ellos ante Abisay, y se metie-
ron en la ciudad. Joab se volvió a Jerusa-
lén, suspendiendo el ataque a los amonitas.
15 Viéndose derrotados por Israel, los si-
rios se reagruparon. 16 Adadhézer ordenó
movilizar a los sirios de la otra parte del río,
y vinieron a Jelán, a las órdenes de Sobac,
general en jefe del ejército de Adadhézer.
17 Cuando informaron a David, concentró
todo el ejército de Israel, cruzaron el Jordán
y marcharon hacia Jelán. Los sirios forma-
ron frente a David y se entabló la batalla.
18 Los sirios huyeron ante los israelitas; Da-
vid les mató setecientos caballos de tiro y
cuarenta mil hombres, e hirió a Sobac, ge-
neral del ejército, que murió allí mismo.
19 Al ver los reyes vasallos de Adadhézer
que éste había sido derrotado por Israel, hi-
cieron las paces con Israel, sometiéndose;
en adelante, los sirios no se atrevieron a au-
xiliar a los amonitas.

David y Betsabé

11 1 Al año siguiente, en la época en
que los reyes van a la guerra, David
envió a Joab con sus oficiales y todo Israel
a devastar la región de los amonitas y sitiar

---

los sucesos se encadenan con rigor trágico. El autor ha reservado para el final la campaña de Amón porque en ella se inserta el arranque de la nueva trama. Por primera vez el autor nos dice algo sobre la estrategia de una batalla y no se conforma con expresiones genéricas de victoria y derrota. La guerra contra Amón ocupa varios años, y sólo al final del capítulo 12 se narra el desenlace. Aquí se narran dos batallas importantes, la primera dirigida por Joab, la segunda por David –el esquema se repetirá en la toma de la ciudad–. Del versículo 2 podemos deducir que David, cuando andaba huido y perseguido por Saúl, recibió asilo o auxilio del rey amonita, lo cual estableció una relación de lealtad. Con un gesto sencillo y sincero David intenta continuar en buenas relaciones con los vecinos de oriente. Pero la subida política de David ha creado en torno un clima de miedo y sospecha, que explotan los cortesanos del nuevo rey amonita. Recuérdese cómo Joab intentó sembrar sospechas contra Abner. Una cosa es proteger a un súbdito acosado, otra cosa es apoyar a un rey vecino en ascenso.

11,1-27 David y Betsabé. Hasta ahora la historia de David, su vida, su carrera política y el ejercicio de su reinado, han sido narrados dejando su figura prácticamente impecable. Pero debía llegar el momento en que los redactores tenían que contar también sus pecados y debilidades. Del David músico, poeta, piadoso practicante, guerrero, pasamos aquí al David

a Rabá. David, mientras tanto, se quedó en
Jerusalén, 2 y un día, a eso del atardecer, se
levantó de la cama y se puso a pasear por
la azotea de palacio, y desde la azotea vio
a una mujer bañándose, una mujer muy be-
lla. 3 David mandó a preguntar por la mujer,
y le dijeron:
–Es Betsabé, hija de Elián, esposa de
Urías, el hitita.
4 David mandó a unos para que se la tra-
jesen; llegó la mujer, y David se acostó con
ella, que estaba purificándose de su mens-
truación. 5 Después Betsabé volvió a su casa;
quedó encinta y mandó este aviso a David:
–Estoy encinta.
6 Entonces David mandó esta orden a
Joab:
–Mándame a Urías, el hitita.
7 Joab se lo mandó. Cuando llegó Urías,
David le preguntó por Joab, el ejército y la
guerra. 8 Luego le dijo:
–Anda a casa a lavarte los pies.
Urías salió de palacio y detrás de él le
llevaron un regalo del rey. 9 Pero Urías dur-
mió a la puerta de palacio, con los guardias
de su señor; no fue a su casa. 10 Avisaron a
David que Urías no había ido a su casa, y
David le dijo:
–Has llegado de viaje, ¿por qué no vas a
casa?
11 Urías le respondió:
–El arca, Israel y Judá viven en tiendas
de campaña; Joab, mi jefe, y sus oficiales
acampan a la intemperie; ¿y yo voy a ir a
mi casa a banquetear y a acostarme con mi
mujer? ¡Por la vida del Señor y por tu pro-
pia vida, no haré tal cosa!
12 David le dijo:
–Quédate aquí hoy, que mañana te deja-
ré ir.
Urías se quedó en Jerusalén aquel día.
Al día siguiente, 13 David lo convidó a un
banquete y lo emborrachó. Al atardecer,
Urías salió para acostarse con los guardias
de su señor, y no fue a su casa. 14 A la ma-
ñana siguiente David escribió una carta a
Joab y se la mandó por medio de Urías.
15 El texto de la carta era: Pon a Urías en
primera línea, donde sea más recia la lu-
cha, y después déjalo solo, para que lo hie-
ran y muera. 16 Joab, que tenía cercada la
ciudad, puso a Urías donde sabía que es-
taban los defensores más aguerridos. 17 Los
de la ciudad hicieron una salida, trabaron
combate con Joab, y hubo algunas bajas
en el ejército entre los oficiales de David;
murió también Urías, el hitita. 18 Joab man-
dó a David el parte de guerra, 19 ordenando
al mensajero:
–Cuando acabes de dar el parte al rey,
20 si el rey monta en cólera y te pregunta:
¿Por qué se acercaron a la ciudad a com-
batir? ¿No sabían que los arqueros disparan
de lo alto de la muralla? 21 ¿Quién hirió a
Abimelec, hijo de Yerubaal? ¡Una mujer,
desde lo alto de la muralla, le dejó caer en-
cima una piedra de moler, y así murió en
Tebes! ¿Por qué se acercaron a la muralla?,
tú entonces añades: Ha muerto también tu
siervo Urías, el hitita.
22 Marchó el mensajero, se presentó a
David y le comunicó el mensaje de Joab.
David se enfadó, 23 pero el mensajero le
dijo:

---

violador y asesino. Varias veces, a lo largo de la narración se ha informado de la cantidad de concubinas que posee, mas no contento con ello, roba la mujer a uno de sus soldados. Una vez avisado por Betsabé de su embarazo, manda llamar a Urías, se imagina que Urías no dejará pasar la oportunidad de su regreso a Jerusalén para acostarse con su mujer, de ese modo quedaría borrada su huella en Betsabé; sin embargo, contra toda previsión, Urías duerme a las puertas del palacio una y otra noche, con el argumento de su solidaridad con el Arca, con Israel y con Judá que viven en tiendas, y con Joab y sus oficiales que duermen al descampado (11). Gran gesto de parte de un no israelita, recordemos que Urías era hitita; y con todo, es la sentencia de su propia muerte, él mismo lleva a Joab las instrucciones de David para hacerlo desaparecer. Como cosa muy natural se narra su muerte, el aviso a David, el luto de Betsabé y el traslado de ésta al palacio. ¿Tan normales eran las cosas? ¿Le era lícito a David proceder así? ¿Quién enjuicia este proceder? Ya 1 Sm 8,11-19 nos había advertido de la cadena de abusos que tendría que soportar el pueblo por parte del rey, y esa cadena de abusos apenas comienza. El reproche y juicio divino a esta acción abusiva y traicionera vendrá por parte de Natán, el profeta que ha transmitido también la promesa dinástica a David. Con las palabras de Natán quedará claro que no es el rey quien establece el derecho, porque el rey humano es vasallo de Dios; y ante la injusticia del poderoso, Dios se pone de parte del débil ofendido. Ante la mirada de Dios no valen oficios ni dignidades, ni siquiera méritos adquiridos; su juicio sobre la historia es decisivo.

12,1-31 Penitencia de David. Cuando los hombres

–Es que el enemigo se lanzó contra nosotros, haciendo una salida a campo abierto; nosotros los rechazamos hasta la entrada de la ciudad,
24 y entonces los arqueros nos dispararon desde la muralla; murieron algunos de los soldados del rey y también murió tu siervo Urías, el hitita.
25 Entonces David dijo al mensajero:
–Dile a Joab que no se preocupe por lo que ha pasado; porque así es la guerra: un día cae uno y otro día cae otro; que insista en dar el asalto a la ciudad hasta arrasarla. Y tú anímalo.
26 La mujer de Urías oyó que su marido había muerto e hizo duelo por él.
27 Cuando pasó el luto, David mandó a buscarla y la recibió en su casa; la tomó por esposa, y le dio a luz un hijo. Pero el Señor reprobó lo que había hecho David.

Penitencia de David
(Sal 51)

12 1 El Señor envió a Natán. Entró Natán ante el rey y le dijo:
–Había dos hombres en un pueblo: uno rico y otro pobre.
2 El rico tenía muchos rebaños de ovejas y bueyes;
3 el pobre sólo tenía una oveja pequeña que había comprado; la iba criando, y ella crecía con él y con sus hijos, comiendo de su pan, bebiendo de su vaso, durmiendo en su regazo: era como una hija.
4 Llegó una visita a casa del rico, y no queriendo perder una oveja o un buey, para invitar a su huésped, tomó la oveja del pobre y convidó a su huésped.
5 David se puso furioso contra aquel hombre, y dijo a Natán:
–¡Por la vida de Dios, que el que ha hecho eso merece la muerte!
6 No quiso respetar lo del otro, pagará cuatro veces el valor de la cordera.
7 Entonces Natán dijo a David:
–¡Ese hombre eres tú! Así dice el Señor, Dios de Israel: Yo te ungí rey de Israel, te libré de Saúl,
8 te di la hija de tu señor, puse en tus brazos sus mujeres, te di la casa de Israel y Judá, y por si fuera poco te añadiré otros favores.
9 ¿Por qué te has burlado del Señor haciendo lo que él reprueba? Has asesinado a Urías, el hitita, para casarte con su mujer matándolo a él con la espada amonita.
10 Por eso, la espada no se apartará jamás de tu casa, por haberte burlado de mí casándote con la mujer de Urías, el hitita.
11 Así dice el Señor: Yo haré que de tu propia casa nazca tu desgracia; te arrebataré tus mujeres y ante tus ojos se las daré a otro, que se acostará con ellas a la luz del sol que nos alumbra.
12 Tú lo hiciste a escondidas, yo lo haré ante todo Israel, en pleno día.
13 David dijo a Natán:
–¡He pecado contra el Señor!
Natán le respondió:
–El Señor ya ha perdonado tu pecado, no morirás.
14 Pero por haber despreciado al Señor con lo que has hecho, el hijo que te ha nacido morirá.
15 Natán marchó a su casa.
El Señor hirió al niño que la mujer de Urías había dado a David, y cayó gravemente enfermo.
16 David pidió a Dios por el niño, prolongó su ayuno y de noche se acostaba en el suelo.
17 Los ancianos de su casa intentaron levantarlo, pero él se negó, ni quiso comer nada con ellos.
18 El séptimo día murió el niño. Los cortesanos de

callan, la Palabra de Dios se alza para acusar. Quizás corrían por Jerusalén comentarios maliciosos, reprobatorios o indulgentes de la conducta real. El autor no recoge la voz del pueblo. Lo más grave es que la conciencia de David también calla. Al profeta que pronunció la promesa dinástica, le toca ahora pronunciar la acusación y condena, en nombre de Dios. Es encargo arriesgado, y el profeta prepara el oráculo con una parábola. El primer verbo es *enviar*: el Señor toma la iniciativa. La parábola es breve y eficaz. Todo es anónimo, reducido a tipos elementales: el hombre rico, el hombre pobre, el hombre viajante; anónima es la ciudad. A la oposición de los personajes se añade la del desarrollo: el rico simplemente tiene, el pobre cuida, atiende, convive; lo que en uno es relación de posesión, en el otro es relación casi personal –y por aquí se hace transparente la parábola–. Tres palabras miran al capítulo precedente: comía, bebía, se acostaba. David escucha la parábola como un caso que él tiene que sentenciar con su autoridad suprema, y lo sentencia sin preguntar nombres. La compensación del cuádruplo está prevista en la ley (Éx 22,1); el reato de muerte, no previsto en la ley, parece sugerido por la tiranía de la acción. Entonces el profeta da un nombre al rico de la parábola, y con él nombra también al pobre y a su cordera. La narración bíblica, aun simple ficción, interpela y acorrala al hombre, es luz que penetra y delata, como dice Heb 4,12. Los versículos 7-12 son el oráculo propiamente dicho, que personaliza fuertemente la ofensa al Señor

David temieron darle la noticia de que había muerto el niño, porque se decían:

–Si cuando el niño estaba vivo le hablábamos al rey y no atendía a lo que decíamos, ¿cómo le decimos ahora que ha muerto el niño? ¡Hará un disparate!

19 David notó que sus cortesanos andaban cuchicheando y adivinó que había muerto el niño. Les preguntó:

–¿Ha muerto el niño?

Ellos dijeron:

–Sí.

Entonces David se levantó del suelo,
20 se bañó y se cambió; fue al templo a adorar al Señor; luego fue a palacio, pidió la comida, se la sirvieron y comió.

21 Sus cortesanos le dijeron:

–¿Qué manera es ésta de proceder? ¡Ayunabas y llorabas por el niño cuando estaba vivo, y en cuanto ha muerto te levantas y te pones a comer!

22 David respondió:

–Mientras el niño estaba vivo ayuné y lloré, pensando que quizá el Señor se apiadaría de mí y el niño se sanaría. 23 Pero ahora ha muerto, ¿qué saco con ayunar? ¿Podré hacerlo volver? Soy yo quien irá donde él, él no volverá a mí.

24 Luego consoló a su mujer, Betsabé, fue y se acostó con ella. Betsabé dio a luz un hijo, y David le puso el nombre de Salomón; el Señor lo amó, 25 y envió al profeta Natán, que le puso el nombre de Yedidías por orden del Señor.

26 Mientras tanto, Joab había atacado a la capital de los amonitas y se había apoderado de ella. 27 Despachó unos mensajeros que dijeran a David:

–He atacado Rabá. He conquistado el barrio de los aljibes. 28 Moviliza a los reservistas, acampa contra la fortaleza y ocúpala tú; si no, la conquistaré yo y le pondrán mi nombre.

29 David llamó a filas a los reservistas, marchó a Rabá, la atacó y la conquistó.
30 Le quitó al dios Milcom la corona –que pesaba treinta kilos de oro–, con una piedra preciosa que David puso en su diadema, y se llevó un botín inmenso de la ciudad.
31 Hizo salir a todos los habitantes y los puso a trabajar con sierras, escoplos y hachas, y a trabajar en los hornos de ladrillos. Hizo lo mismo con todas las poblaciones de los amonitas. Después David volvió a Jerusalén con todo el ejército.

ABSALÓN

Tamar, violada por su hermano

13 1 Pasó cierto tiempo. Absalón, hijo de David, tenía una hermana muy guapa, llamada Tamar, y Amnón, hijo de David, se enamoró de ella tan apasionadamente, 2 que se puso enfermo por ella, porque su hermana Tamar era soltera, y a Amnón le parecía imposible intentar nada con ella. 3 Amnón tenía un amigo llamado Jonadab, hijo de Samá, hermano de David. Jonadab era muy hábil, 4 y le dijo:

–¿Qué te pasa, príncipe, que cada día tienes peor cara? ¿Por qué no me lo cuentas?

(cfr. Sal 51,6). En rigor se diría que David ha ofendido a Urías; pero el Señor toma por suya la ofensa, y ésa es su última gravedad. Ello crea un nuevo sistema de relaciones: David es en la parábola el rico malvado; con relación a Dios había sido la cordera elegida y tratada con cariño especial *como una hija*. Al abandonar ese papel, toma el puesto del rico, y ofende a su Señor, el cual se convierte en vengador del pobre y de su corderilla. La apertura trascendente del hombre hacia Dios y el interés personal de Dios por el hombre confieren su grandeza y gravedad a la caridad y justicia humana. La respuesta de David (13s) es brevísima: iluminado por la Palabra, se descubre como es ante Dios, y confiesa sin comentario su pecado contra el Señor. Dios perdona anulando la sentencia de muerte. ¿Acaso porque David perdonó a Saúl? ¿Sólo por el arrepentimiento actual? Eso es lo que buscaba la Palabra de Dios, salvar. Pero a David se le impone una pena. En términos forenses: se le conmuta la pena de muerte en la pérdida del hijo del pecado. El padre es castigado en el hijo al perderlo, no es castigado el hijo.

13,1-22 Tamar violada por su hermano. Respecto a Saúl, David ha aumentado el número de mujeres y concubinas, que pueden ser señal de riqueza y prestigio. Los hijos de estas mujeres viven en casa propia con servidumbre personal, las hijas no casadas viven recluidas en una sección aparte. Las relaciones familiares se realizarían en ocasiones especiales, quizás en fiestas. En la legislación antigua no está prohibido el

Amnón respondió:
–Es por Tamar, la hermana de mi her-
mano Absalón; estoy enamorado de ella.
5 Entonces Jonadab le propuso:
–Acuéstate como si estuvieras enfermo,
y cuando tu padre venga a verte, le pides
que vaya tu hermana Tamar a darte de co-
mer: que te prepare algo allí delante, para
que tú lo veas, y te lo sirva ella misma.
6 Amnón se acostó y se fingió enfermo.
El rey fue a verlo y Amnón le dijo:
–Por favor, que venga mi hermana Ta-
mar y me fría aquí delante dos buñuelos y
que me los sirva ella misma.
7 David envió un recado a casa de Ta-
mar:
–Vete a casa de tu hermano Amnón y
prepárale algo de comer.
8 Tamar fue a casa de su hermano Am-
nón, que estaba acostado, tomó harina, la
amasó, la preparó y frió los buñuelos de-
lante de Amnón. 9 Luego los sacó de la sar-
tén delante de él, pero Amnón no quiso co-
mer, y ordenó:
–¡Salgan todos!
Cuando salieron todos, 10 Amnón dijo a
Tamar:
–Trae la comida a la alcoba y dame tú
misma de comer.
Tamar tomó los buñuelos y se los llevó a
su hermano a la alcoba; 11 pero al acercar-
se a él para darle de comer, Amnón la suje-
tó y le dijo:
–Ven, hermana mía, acuéstate conmigo.
12 Ella replicó:
–No, hermano mío; no me fuerces, que
eso no se hace en Israel, no cometas tal in-
famia. 13 ¿Dónde iré yo con mi deshonra?
Tú quedarás como un infame en Israel. Por
favor, díselo al rey, que no se opondrá a que
yo sea tuya.
14 Pero Amnón no quiso hacerle caso, la
forzó violentamente y se acostó con ella.
15 Después sintió un terrible aborrecimiento
hacia ella, un aborrecimiento mayor que el
amor que le había tenido, y le dijo:
–¡Levántate, vete!
16 Pero ella le suplicó:
–¡No, hermano; despacharme ahora se-
ría una maldad más grave que la que aca-
bas de hacer conmigo!
Pero él no le hizo caso; 17 llamó a un sir-
viente y ordenó:
–¡Échenme a ésta a la calle! ¡Y ciérrenle
la puerta!
18 Ella llevaba una túnica con mangas,
porque así vestían tradicionalmente las hi-
jas solteras del rey. El sirviente la sacó a la
calle y le cerró la puerta.
19 Tamar se echó polvo a la cabeza, se
rasgó la túnica y se fue gritando por el ca-
mino, con las manos en la cabeza. 20 Su
hermano Absalón le preguntó:
–¿Ha estado contigo tu hermano Am-
nón? Bueno, hermana, tú calla; es tu her-
mano, no te atormentes por eso.
Tamar se quedó, desolada, en casa de
su hermano Absalón.
21 El rey David oyó lo que había pasado
y se indignó, –pero no quiso dar un disgus-
to a su hijo Amnón, a quien amaba por ser
su primogénito–. 22 Absalón no dirigió una
palabra ni buena ni mala a Amnón, pero le
guardó rencor por haber violado a su her-
mana Tamar.

Asesinato de Amnón

23 Dos años después, la gente de Absa-
lón estaba esquilando sus ovejas en Baal-
Jasor, junto a Efrón, y Absalón convidó a
todos los hijos del rey. 24 Se presentó al rey
y le dijo:
–Tu servidor está ahora esquilando las
ovejas. Dígnese venir conmigo el rey y su
corte.
25 El rey respondió:

---

matrimonio entre parientes; la legislación de Lv 18 y Dt 27,22 prohíbe el matrimonio entre hermanos de padre o madre. El matrimonio de Amnón y Tamar estaría permitido en la legislación antigua. Según Dt 22,28s, quien viola a una doncella tiene que pagar una compensación al padre y casarse con ella. Como fondo de esta historia debemos tener presente el adulterio de David: se repite una historia parecida, el primogénito imita los pasos del padre.

13,23–14,33 Asesinato de Amnón. La venganza de Absalón se alarga en los preparativos y en las consecuencias, mientras que el núcleo, el asesinato, se menciona indirectamente: los criados cumplieron sus órdenes. De esta manera subraya el autor la paciente espera; además hace resaltar el carácter familiar: el rey mismo ha de entrar en el juego y todos los príncipes han de participar. La venganza va a tener testigos de excepción, la tragedia va a tener un marco familiar y festivo. No olvidemos que esta familia es la *Casa de David*, y como tal está incluida en la promesa dinásti-

–No, hijo; no vamos a ir todos a serte
una carga.
Él insistió, pero David no quiso ir, y lo
despidió con su bendición. 26 Absalón le
dijo:
–Que venga con nosotros por lo menos
mi hermano Amnón.
El rey preguntó:
–¿Para qué va a ir contigo?
27 Pero Absalón insistió, y entonces Da-
vid mandó con él a Amnón y a todos los hi-
jos del rey. Absalón preparó un banquete
digno de un rey 28 y ordenó a sus criados:
–Fíjense bien. Cuando Amnón esté ya
bebido y yo les dé la orden de herirlo, lo
matarán, sin miedo ninguno; yo se lo man-
do. Tengan ánimo y sean valientes.
29 Los criados de Absalón cumplieron
sus órdenes. Entonces todos los hijos del
rey emprendieron la huida cada uno en su
mulo. 30 Iban todavía de camino, y ya le lle-
gó a David la noticia:
–¡Absalón ha matado a todos los hijos
del rey y no queda ninguno!
31 El rey se levantó, se rasgó las ves-
tiduras y se echó por tierra. Todos los mi-
nistros se rasgaron las vestiduras. 32 Pero
Jonadab, hijo de Samá, hermano de David,
dijo:
–No piense su majestad que han matado
a todos los hijos del rey. Sólo ha muerto
Amnón. Absalón lo decidió el día que Am-
nón violó a su hermana Tamar. 33 Así que
no se preocupe su majestad pensando que
han muerto todos los hijos del rey, porque
sólo ha muerto Amnón, 34 y Absalón ha
huido.
El centinela, alzando la vista, vio un gran
gentío por el camino de Joronaín, en la
cuesta, y avisó al rey:
–He visto gente por el camino de Joro-
naín, por la ladera del monte.
35 Jonadab dijo al rey:
–Son los hijos del rey que llegan. Pasa lo
que decía tu servidor.
36 Acababa de hablar, cuando entraron
los hijos del rey gritando y llorando. Tam-
bién el rey y toda su corte se echaron a llo-
rar inconsolables.
37a Absalón fue a refugiarse en el territo-
rio de Talmay, hijo de Amihud. 37b El rey
David guardó luto por su hijo todo aquel
tiempo. 38 Absalón fue a refugiarse en el te-
rritorio de Guesur, donde permaneció tres
años. 39 Pero después de calmar su dolor
por la muerte de Amnón, el rey cesó en su
cólera contra Absalón.

14 1 Joab, hijo de Seruyá, comprendió
que el rey volvía a querer a Absalón.
2 Entonces mandó a Tecua unos hombres
para que trajeran de allí a una mujer habili-
dosa. Joab le dijo:
–Haz como que estás de luto, ponte ropa
de luto y no te perfumes; tienes que pare-
cer una mujer que ya hace mucho tiempo
lleva luto por un difunto. 3 Te presentas al
rey y le dices lo que yo te diga. Y Joab le
explicó todo lo que debía decir.
4 La mujer se presentó ante el rey y cayó
rostro en tierra diciendo:
–Majestad, ¡sálvame!
5 Rey.– ¿Qué te pasa?
Mujer.– ¡Ay de mí! Soy una viuda, murió
mi marido. 6 Y su servidora tenía dos hijos;
riñeron los dos en el campo, sin que nadie

---

ca. Por la misma razón, el autor nos da el punto de vista de la corte, los efectos de la acción más que la acción misma. El hecho llega a la corte en tres tiempos, cada uno con valor propio: primero es una falsa noticia que se adelanta, después un tropel de jinetes que suben, finalmente son los hijos del rey. La falsa alarma implica algo gravísimo: si han muerto todos los hijos de David y sólo queda el asesino de todos ellos, ¿quien sucederá al trono?, ¿qué será de la promesa de fundar una dinastía? El caso de Abimelec, hijo de Gedeón, parece repetirse. ¿Tendrá David que ajusticiar al hijo asesino? Jonadab, el cínico consejero de Amnón, conserva la calma para interpretar correctamente la noticia y tranquilizar al rey. Sus palabras tienen más lucidez que tacto, cuando pide al rey que no se preocupe, como si la muerte del primogénito no fuera una mala noticia. Lo cierto del caso es que las semillas sembradas por la violación y el asesinato de David están empezando a despuntar. Amnón violó a Tamar. Absalón asesinó a Amnón. Ha empezado una cosecha de desgracias.

Una vez más demuestra Joab su percepción aguda y su capacidad de obrar rápidamente. Por una parte, el rey comienza a echar de menos a su hijo Absalón, pero razones de estado lo cohíben; con un empujón discreto podrá hacer el rey lo que en realidad desea, y Joab se habrá apuntado un tanto. Por otra parte, Absalón es un probable candidato a la sucesión: muerto

los separase, y uno de ellos hirió al otro y lo
mató. 7 Y ahora resulta que toda la familia
se ha puesto en contra de tu servidora; dicen que les entregue al homicida para matarlo, para vengar la muerte de su hermano, y acabar así con el heredero. ¡Así me apagarán la última brasa que me queda, y mi marido se quedará sin apellido ni descendencia sobre la tierra!

8 Rey.– Vete a casa, que yo me encargo de tu asunto.

9 Mujer.– Majestad, yo y mi casa cargaremos con la responsabilidad; el rey y su trono no serán responsables.

10 Rey.– Si alguno se mete contigo, tráemelo y no te molestará más.

11 Mujer.– ¡Que el rey pronuncie el nombre del Señor, su Dios, para que el vengador de la sangre no aumente el daño acabando con mi hijo!

Rey.– ¡Por la vida del Señor, no caerá en tierra un solo cabello de tu hijo!

12 Mujer.– ¿Puedo añadir una palabra al rey, mi señor?

Rey.– Habla.

13 Mujer.–Con lo que acabas de decir, te condenas a ti mismo, porque al no dejar que vuelva el desterrado estás maquinando
contra el pueblo de Dios. 14 Todos hemos de
morir; somos agua derramada en tierra, que no se puede recoger. Dios no dará muerte al que toma medidas para que no
siga en el destierro el desterrado. 15 He venido a decir esto al rey porque algunos me han metido miedo, y una servidora pensó: Voy a hablarle al rey, a lo mejor sigue mi
consejo; 16 el rey comprenderá y librará a una servidora de los que intentan extirparnos de la herencia de Dios a mí y a mi hijo
a la vez. 17 Tu servidora pensó: La palabra del rey, mi señor, me servirá de alivio, porque el rey es como un enviado de Dios, que sabe distinguir el bien y el mal. ¡El Señor, tu Dios, esté contigo!

18 Rey.– No me ocultes nada de lo que voy a preguntarte.

Mujer.– Habla, majestad.

19 Rey.– ¿No está la mano de Joab detrás de todo esto?

Mujer.– ¡Majestad, por tu vida! Las palabras de su majestad han dado en el blanco. Tu siervo Joab es quien me mandó y me
ensayó toda la escena. 20 Ideó esto para no
presentar el asunto de frente; pero mi señor posee la sabiduría de un enviado de Dios y conoce todo lo que pasa en la tierra.

21 El rey dijo a Joab:

–Ya ves que he dado mi palabra. Anda a traer al muchacho, Absalón.

22 Joab se postró rostro en tierra, haciendo una reverencia, dio las gracias al rey y dijo:

–Majestad, hoy he visto que estás bien dispuesto conmigo, porque has accedido a la petición de tu siervo.

23 Se levantó y marchó a Guesur y trajo a Absalón a Jerusalén.

24 El rey ordenó:

–Que se vaya a su casa, porque no quiero recibirlo.

Absalón volvió a su casa, sin ser recibido por el rey.

---

el primogénito, podría el tercer hijo ser el pretendiente –del segundo no se habla en esta historia, sólo se recoge su partida de nacimiento en 3,3–. Si Joab ayuda eficazmente a repatriarse a Absalón, podrá contar con su favor y conservar el puesto de segundo en el reino. Pero Joab no quiere atacar de frente, y por eso prepara una astuta escenificación: una mujer de Tecua, diestra en imitar y fingir, allanará el camino, tanteará al rey. Si el resultado es favorable, Joab dará la cara. El núcleo de la escena será un caso de conciencia, que se presentará personalizado, como objeto de una representación dramática. El caso es la colisión de dos principios de justicia: el deber de vengar el homicidio y el deber de conservar el apellido. En el antiguo Israel hay una institución, que podemos llamar *goelato* y que se basa en la solidaridad de la familia o clan: cuando una propiedad ha sido o va a ser enajenada, uno de la familia o clan, por orden de parentesco, tiene que comprarla o rescatarla para que quede en el seno familiar; cuando un miembro se hace esclavo, ha de ser rescatado en las mismas condiciones; si un miembro es asesinado, hay que vengar su muerte matando al asesino y restableciendo la justicia. Sin pertenecer a la familia o la tribu, el rey puede asumir el papel de *go'el*: rescatador o vengador. ¿Y si el asesino es miembro de la misma familia? ¿Tiene que matarlo el pariente más próximo? ¿Hay que restablecer la justicia duplicando las muertes? El caso llega al extremo cuando en una familia hay sólo dos hermanos: vengar la muerte de uno significaría acabar con el apellido. Pero conservar el apellido, significaría no vengar la injuria de uno de los hermanos. Esto es a grandes rasgos el caso de los hijos de David, que a la letra no se puede aplicar puesto que le quedan más hijos. Pero la formulación extremada sirve para subrayar el dilema.

15,1-12 Conspiración de Absalón. Absalón se

25 No había en todo Israel hombre más
guapo ni tan admirado como Absalón: de
pies a cabeza no tenía un defecto. 26 Cuan-
do se cortaba el pelo –acostumbraba ha-
cerlo de año en año, porque le pesaba mu-
cho–, el pelo cortado pesaba más de dos
kilos en la balanza del rey. 27 Tuvo tres hijos
y una hija, llamada Tamar, una muchacha
muy guapa.
28 Absalón residió en Jerusalén dos años
sin ser recibido por el rey. 29 Entonces llamó
a Joab, para que fuera al rey como enviado
suyo, pero Joab no quiso ir; lo llamó por
segunda vez, y tampoco quiso. 30 Absalón
dijo a sus criados:
–Miren, Joab tiene sembrada cebada en
la tierra junto a la mía. Vayan a quemárse-
la.
Los criados de Absalón la incendiaron.
31 Entonces fue Joab a casa de Absalón y le
dijo:
–¿Por qué tus criados han quemado mi
tierra?
32 Absalón contestó:
–Mira, mandé a decirte que vinieras para
enviarte al rey con este mensaje: ¿Para qué
he vuelto de Guesur? ¡Mejor estaba allí!
Quiero que el rey me reciba, y si soy cul-
pable, que me mate.
33 Joab fue a decírselo al rey. El rey lla-
mó a Absalón, que se presentó ante él y le
hizo una reverencia rostro en tierra, y el rey
abrazó a Absalón.

Conspiración de Absalón
(Jue 9)

15 1 Absalón se agenció inmediatamen-
te una carroza, caballos y cincuenta
hombres de escolta. 2 Se ponía temprano
junto a la entrada de la ciudad, llamaba a
los que iban con algún pleito al tribunal del
rey y les decía:
–¿De qué población eres?
El otro respondía:
–Tu servidor es de tal tribu israelita.
3 Entonces Absalón decía:
–Mira, tu caso es justo y está claro; pero
nadie te va a atender en la audiencia del
rey.
4 Y añadía:
–¡Ah, si yo fuera juez en el país! Podrían
acudir a mí los que tuvieran pleitos o asun-
tos y yo les haría justicia.
5 Y cuando se le acercaba alguno pos-
trándose ante él, Absalón le tendía la mano,
lo alzaba y lo besaba. 6 Así hacía con todos
los israelitas que iban al tribunal del rey, y
así se los iba ganando. 7 Al cabo de cuatro
años, Absalón dijo al rey:
–Déjame ir a Hebrón, a cumplir una pro-
mesa que hice al Señor, 8 porque cuando
estuve en Guesur de Siria hice esta prome-
sa: Si el Señor me deja volver a Jerusalén,
le ofreceré un sacrificio en Hebrón.
9 El rey le dijo:
–Vete en paz.
Absalón emprendió la marcha hacia He-
brón, 10 pero despachó emisarios a todas
las tribus de Israel con este encargo:
–Cuando oigan el sonido de la trompeta
digan: ¡Absalón es rey de Hebrón!
11 Desde Jerusalén marcharon con Ab-
salón doscientos convidados; caminaban
inocentemente, sin sospechar nada. 12 Du-
rante los sacrificios, Absalón mandó gente
a Guiló para hacer venir del pueblo a Ajitó-
fel, el guilonita, consejero de David. La

considera con suficientes méritos a la sucesión y no quiere esperar demasiado. Hijo del rey y de una princesa extranjera, es ahora el primero por edad –muerto Amnón y desaparecido Quilab–. Dejando las cosas al curso normal, Absalón teme perder sus derechos, porque el rey puede elegir un sucesor distinto. A lo mejor ya el rey mostraba preferencia por Salomón, al menos no ocultaba su preferencia por Betsabé. Además, los sucesos precedentes han puesto al joven en posición desventajosa, el perdón del rey no ha sido incondicional. Absalón no puede esperar indefinidamente. Pero sabe esperar lo suficiente para prepararse bien, explotando una serie de ventajas. Primero, su prestancia física, cualidad que en el caso de Saúl y David probó su validez; esa apariencia se realza con el aparato principesco de carroza y escolta; se trata de imponer una imagen al pueblo. Segundo, las tensiones latentes nunca resueltas entre las tribus del sur y las del norte, Judá e Israel; Judá ha salido favorecida en la presente situación, provocando envidias y rencores. Tercero, consecuencia de lo anterior, la deficiente administración de la justicia central; es tarea específica del rey en tiempo de paz, y la desempeña con sus tribunales de la capital o personalmente (Sal 122,5). Muchos, sobre todo de Israel, están quejosos de esta situación. Absalón ofrece generosamente una imagen, una cordialidad fácil, unas promesas hipotéticas. Durante cuatro años realiza una tarea de proselitismo a su favor en el pueblo, probablemente en los consejos, incluso en la corte. En esta primera parte

conspiración fue tomando fuerza, porque
aumentaba la gente que seguía a Absalón.

Huida de David

13 Pero uno llevó esta noticia a David:
–Los israelitas se han puesto de parte de
Absalón.
14 Entonces David dijo a los cortesanos
que estaban con él en Jerusalén:
–¡Rápido, huyamos! Que si se presenta
Absalón, no nos dejará escapar. Apúrense
a partir, no sea que él se adelante, nos al-
cance y precipite la ruina sobre nosotros y
pase a cuchillo la población.
15 Los cortesanos le respondieron:
–Lo que su majestad decida. ¡Estamos a
tus órdenes!
16 El rey dejó diez concubinas para cui-
dar del palacio y salió acompañado de toda
su corte. 17 Se detuvieron junto a la última
casa de la ciudad; 18 los ministros se colo-
caron a su lado y los quereteos, los pelteos,
Itay y los de Gat –los seiscientos hombres
que lo habían seguido desde Gat– fueron
pasando ante el rey.
19 El rey dijo a Itay, el de Gat:
–¿Por qué vas a venir tú también con
nosotros? Vuélvete y quédate con el rey,
que también tú eres un extranjero, lejos de
tu tierra. 20 Llegaste ayer, ¿cómo voy a per-
mitir que salgas hoy errante con nosotros,
cuando yo mismo marcho sin rumbo? Vuél-
vete y llévate a tus hermanos. ¡Que el Se-
ñor sea bueno y leal contigo!
21 Pero Itay respondió:
–¡Por la vida del Señor y por tu propia
vida! Donde esté el rey, mi señor, allí estaré
yo, en vida y en muerte.
22 Entonces el rey le dijo:
–Anda, pasa.
Y pasó Itay, el de Gat, con sus hombres
y sus niños.
23 Toda la gente lloraba y gritaba. El rey
estaba junto al torrente Cedrón, mientras
todos iban pasando ante él por el camino
del desierto. 24 Sadoc, con los levitas, lleva-
ban el arca de la alianza de Dios y la depo-
sitaron junto a Abiatar, hasta que toda la
gente salió de la ciudad. 25 Entonces el rey
dijo a Sadoc:
–Vuélvete con el arca de Dios a la ciu-
dad. Si alcanzo el favor del Señor, me deja-
rá volver a ver el arca y su morada. 26 Pero
si dice que no me quiere, aquí me tiene,
haga de mí lo que le parezca bien.
27 Luego añadió al sacerdote Sadoc:
–Vuélvanse en paz a la ciudad, tú con tu
hijo Ajimás y Abiatar con su hijo Jonatán.
28 Miren, yo me detendré por los pasos del
desierto, hasta que me llegue algún aviso
de ustedes.
29 Sadoc y Abiatar volvieron con el arca
de Dios a Jerusalén y se quedaron allí.
30 David subió la Cuesta de los Olivos; la
subía llorando, la cabeza cubierta y los pies
descalzos. Y todos sus acompañantes lle-
vaban cubierta la cabeza, y subían lloran-
do. 31 Dijeron a David:
–Ajitófel se ha unido a la conspiración
de Absalón.
David oró:
–¡Señor, que fracase el plan de Ajitófel!
32 Cuando David llegó a la cumbre, allí
adonde se adoraba a Dios, salió a su en-
cuentro Jusay, el arquita, rasgada la túnica
y con polvo en la cabeza. 33 David le dijo:
–Si vienes conmigo, me vas a ser una
carga. 34 Pero puedes hacer fracasar el plan
de Ajitófel si vuelves a la ciudad y le dices
a Absalón: Majestad, soy tu esclavo; antes

---

domina el lenguaje de los procesos: la justicia es el lema del candidato a rey. En el momento de la sublevación (7-12) Absalón invoca motivos religiosos. Por lo visto David ha tolerado hasta ahora el comportamiento de su hijo; el hecho es que ahora acepta sin discutir el motivo de piedad religiosa –no había aceptado tan fácilmente el motivo profano del esquileo–. Sin saberlo, pronuncia las últimas palabras a su hijo, vivo: *Vete en paz*, despedida en realidad trágica.

Hebrón está bien escogida: allí comenzó David, es la ciudad natal del príncipe y ha sido relegada por Jerusalén. Todavía puede atraer a los clanes del sur de Judá. Simultáneamente Absalón asegura la sublevación en el norte, por todas las tribus, de modo que la capital y el rey se encuentren copados. Entre los convidados se supone la presencia de gente principal, que con tal maniobra son alejados de la corte y se vuelven inofensivos.

15,13-37 Huida de David. David intuye la gravedad de la situación y la enfrenta. Respecto a la dinastía: luchando dividiría más a su familia exponiéndola a grandes matanzas; huyendo, aun dispuesto a perder el trono, continuaría en Absalón. Respecto a la capital: David sabe muy bien lo fácil que es defender Jerusalén; probablemente está ahora mas guarnecida que en tiempo de los jebuseos; con todo, un asedio y

lo fui de tu padre, ahora lo soy tuyo. 35 Allí
tienes a los sacerdotes Sadoc y Abiatar;
todo lo que oigas en palacio díselo a los sa-
cerdotes Sadoc y Abiatar. 36 Con ellos es-
tarán allí Ajimás, hijo de Sadoc, y Jonatán,
hijo de Abiatar, y por medio de ellos me co-
municarán todo lo que averigüen.
37 Jusay, amigo de David, se fue a la ciu-
dad. Y Absalón entró en Jerusalén.

Sibá, Semeí y David

16 1 David había remontado la cima,
cuando se encontró con Sibá, criado
de Meribaal, con un par de burros apareja-
dos, cargados con doscientos panes, cien
racimos de pasas, cien panes de higos y un
odre de vino. 2 El rey le dijo:
–¿Qué significa esto?
Sibá respondió:
–Los burros son para que monte la fami-
lia del rey; el pan y la fruta, para que co-
man los criados, y el vino, para que beban
los que desfallezcan en el desierto.
3 El rey preguntó:
–¿Y dónde está el hijo de tu amo?
Sibá respondió:
–Queda en Jerusalén, porque espera
que la casa de Israel le devuelva ahora el
reino de su padre.
4 Entonces el rey dijo a Sibá:
–Todo lo de Meribaal es tuyo.
Sibá dijo:
–A tus pies, majestad. ¡Gracias por el fa-
vor que me otorgas!
5 Al llegar el rey David a Bajurín, salió de
allí uno de la familia de Saúl, llamado Se-
meí, hijo de Guerá, insultándolo a medida
que se acercaba. 6 Y empezó a tirar piedras
a David y a sus cortesanos a pesar de que
toda la gente y los militares iban a derecha
e izquierda del rey, 7 y al maldecirlo decía:
–¡Vete, vete, asesino, canalla! 8 El Señor
te paga la matanza de la familia de Saúl,
cuyo trono has usurpado. El Señor ha en-
tregado el reino a tu hijo Absalón, mientras
tú has caído en desgracia, porque eres un
asesino.
9 Abisay, hijo de Seruyá, dijo al rey:
–Ese perro muerto, ¿se pone a maldecir
a mi señor? ¡Déjame ir allá y le corto la ca-
beza!
10 Pero el rey dijo:
–¡No te metas en mis asuntos, hijo de
Seruyá! Déjale que maldiga, que si el Señor
le ha mandado que maldiga a David,
¿quién va a pedirle cuentas?
11 Luego David dijo a Abisay y a todos
sus cortesanos:
–Ya ven, un hijo mío, salido de mis en-
trañas, intenta matarme, ¡y les extraña ese
benjaminita! Déjenlo que me maldiga, por-
que se lo ha mandado el Señor. 12 Quizá el
Señor se fije en mi humillación y me pague
con bendiciones estas maldiciones de hoy.
13 David y los suyos siguieron su cami-
no, mientras Semeí iba en dirección parale-
la por la loma del monte, echando maldi-
ciones según caminaba, tirando piedras y
levantando polvo.

Absalón, en Jerusalén

14 El rey y sus acompañantes llegaron
rendidos al Jordán y allí descansaron.
15 Mientras tanto, Absalón y los israelitas

---

una defensa pueden condenar la ciudad y sus habitantes a la ruina; huyendo salva la capital. Respecto al Arca, queda en la ciudad. Respecto al reino: la difícil unificación del norte y del sur quedaría gravemente comprometida con una guerra civil, mientras que Absalón parece capaz de mantener unida la nación. Es sorprendente la actuación de David frente al futuro, su síntesis de aceptación resignada y cálculo previsor. Dispuesto a todo, no lo abandona todo. El cimiento último de esta actitud es el Señor. David, villano en su esplendor, se rehace en su desgracia.

Huye en dirección oriental, la única escapatoria prudente, bajando al torrente Cedrón. Quereteos y peleteos forman la escolta. Itay debe al rey una lealtad limitada, por su condición de extranjero y por el tiempo de su servicio; por si acaso, el rey lo desliga de toda obligación. No pudiendo darle nada en este momento, invoca para él la protección del Señor. Itay podrá pasar al servicio del nuevo rey: así llama David a Absalón. A sí mismo se ve como en otros tiempos, huido y sin rumbo; pero esta vez, perseguido por su propio hijo. Desde la cima pueden ver por última vez la capital. En este momento introduce el narrador la noticia de la entrada de Absalón en Jerusalén.

16,1-13 Sibá, Semeí y David. La actitud de Sibá es ambigua para el lector. Por una parte, acusa a su amo de deslealtad con David e implícitamente lo acusa de ingenuidad, pues Absalón no va a sublevarse para restaurar la monarquía de Saúl; más adelante (19,25-31), Meribaal acusará al criado de haberlo engañado. Por otra parte, Sibá no gana mucho pasándose al bando de Absalón, mientras que su obsequio a David cuesta poco y vale mucho. Como administrador de los bienes de Meribaal, puede fácilmente cargar dos burros

entraban en Jerusalén; Ajitófel iba con él.
16 Cuando Jusay, el arquita, amigo de Da-
vid, se presentó a Absalón, le dijo:
–¡Viva el rey! ¡Viva el rey!
17 Absalón contestó:
–¿Ésa es tu lealtad para con tu amigo?
¿Por qué no te has ido con él?
18 Jusay le respondió:
–¡No, de ninguna manera! Con el que
han elegido el Señor, y este pueblo, y todo
Israel, yo estaré y con él viviré. 19 Y, ade-
más, ¿a quién voy a servir yo sino a su hijo?
¡Como serví a tu padre, te serviré a ti!
20 Luego Absalón preguntó a Ajitófel:
–¿Qué me aconsejas hacer?
21 Ajitófel le respondió:
–Acuéstate con las concubinas que dejó
tu padre al cuidado del palacio. Todo Israel
sabrá que has roto con tu padre, y tus par-
tidarios cobrarán confianza.
22 Entonces le instalaron a Absalón una
tienda de campaña en la azotea, y se acos-
tó con las concubinas de su padre, a la vis-
ta de todo Israel.
23 En aquella época los consejos de Aji-
tófel se recibían como oráculos, lo mismo
cuando aconsejaba a David que cuando
aconsejaba a Absalón.

Ajitófel, frente a Jusay

17 1 Ajitófel propuso a Absalón:
–Voy a seleccionar doce mil hom-
bres para salir en persecución de David
esta misma noche. 2 Lo alcanzaré, estará
fatigado y acobardado; le daré un susto, y
todos los que lo acompañan huirán. Enton-
ces, cuando quede solo, lo mataré 3 y te
traeré a todos como una esposa vuelve al
marido. Tú quieres matar sólo a una perso-
na, y que todo el pueblo quede en paz.
4 La propuesta le pareció bien a Absalón
y a todos los concejales de Israel. 5 Absalón
ordenó:
–Llamen también a Jusay, el arquita, a
ver qué opina él.
6 Jusay se presentó ante Absalón, y éste
le dijo:
–Ajitófel propone esto. ¿Lo hacemos?
En caso contrario, ¿qué propones tú?
7 Jusay respondió:
–Por esta vez el consejo de Ajitófel no es
acertado. 8 Tú conoces a tu padre y a sus
hombres: son valientes y están furiosos
como una osa a la que han robado las crí-
as en el campo, y tu padre es práctico en la
guerra y no va a pasar la noche mezclado
con la tropa. 9 Ahora lo tendrán escondido

---

con provisiones. En el momento de la desgracia David acepta conmovido el gesto. Semeí se siente solidario con la familia o clan de Saúl, y su acusación principal es de homicidio: puede referirse a la muerte de Abner y de Isbaal y probablemente también a las ejecuciones que cuenta 21,1-10. Sus palabras desde la cresta del monte tienen algo de acusación pública; el apedrear es intento simbólico de ejecutar al criminal, al mismo tiempo que invoca al Señor como vengador de la sangre derramada. En la frase *ha entregado el reino* (8), resuenan las amenazas de Samuel a Saúl (1 Sm 13,14; 15,28). Ésta es la visión de un benjaminita, un intento de explicación teológica de la historia viva. Algo en el corazón de David responde a esa interpretación teológica: hace poco ha llamado rey a su hijo, y también es cierto que ha derramado sangre inocente; en su desgracia actual ve cumplirse la sentencia pronunciada por Natán (12,11). Pero no pierde toda esperanza, precisamente confiando en el Señor que defiende a humildes y humillados. En este momento David se somete a la justicia del Señor, como vasallo, y renuncia formalmente a hacerse justicia como soberano.

16,14-23 Absalón en Jerusalén. Estableciendo la simultaneidad narrativa, el autor pasa ahora hablar sobre Absalón. La sección esta unificada por el tema de la traición. El joven aspirante a rey se ciega y sucumbe a ella. En los versículos 16-19 el diálogo quiere probar la lealtad. El narrador introduce a Jusay con el título *amigo de David*; pero, ¿podrá fiarse Absalón de un traidor? Jusay apela a esa misma lealtad, que traspasa toda entera del padre al hijo: cosa lógica en un servidor de la casa. David ha sido rey por la elección del Señor y del pueblo; ahora la elección ha pasado al hijo: ¿no es justo secundar el deseo de Dios y del pueblo? La lógica de Jusay es tan halagadora que Absalón se rinde; además está acostumbrado a ganarse a la gente. Se está cumpliendo aquí la segunda parte de la sentencia de Natán. Absalón se declara en posesión del palacio y con prerrogativas reales de sucesión. Las concubinas se trasladan públicamente del harén a la azotea, y Absalón entra ostentosamente en la tienda allí dispuesta.

17,1-16 Ajitófel frente a Jusay. Por primera vez se cuestionan los consejos de Ajitófel, de quien se dijo en el capítulo anterior que eran recibidos como un oráculo, lo mismo cuando aconsejaba a David que a Absalón (16,23). Es que la oración de David, según la intencionalidad del narrador, comienza a ser escuchada; así lo manifiesta en el versículo 14. No hay que olvidar que estos pasajes donde aparece Dios tomando partido por uno u otro personaje son recursos literarios y modos de expresión que es necesario depurar muy cuidadosamente. Hemos de recordar que

en una quebrada o en cualquier parte. Si las primeras bajas son de los tuyos, se correrá la noticia de que han derrotado a la tropa de Absalón, 10 e incluso los mejores de los tuyos, valientes como leones, se achicarán, porque todo Israel sabe que tu padre es todo un soldado y los suyos unos valientes. 11 Yo aconsejo lo siguiente: concentra aquí a todo Israel, desde Dan hasta Berseba, numeroso como la arena de la playa, y tú en persona sal con ellos. 12 Iremos adonde esté David, caeremos sobre él como rocío sobre la tierra y no le dejaremos vivo a uno solo de los que lo acompañan. 13 Y si se mete en una población, todo Israel llevará sogas y arrastraremos la ciudad hasta el río, hasta que no quede allí ni un guijarro.

14 Entonces Absalón y los israelitas exclamaron:

–¡El consejo de Jusay, el arquita, vale más que el de Ajitófel!

–Es que el Señor había determinado hacer fracasar el plan de Ajitófel, que era el bueno, para acarrearle la ruina a Absalón–.

15 Jusay informó a los sacerdotes Sadoc y Abiatar:

–Ajitófel ha aconsejado esto a Absalón y a los ancianos de Israel y yo les he aconsejado esto otro. 16 Así que manden este recado urgente a David: No pases la noche en los llanos del desierto; pasa a la otra parte, para que no te aniquilen con toda tu gente.

David y Absalón, en Transjordania

(Jos 2)

17 Jonatán y Ajimás estaban en En-Roguel, porque no podían dejarse ver en la ciudad; una criada iría a pasarles los avisos, y ellos marcharían a comunicárselos al rey David. 18 Pero entonces los vio un muchacho y se lo dijo a Absalón; ellos marcharon a toda prisa y entraron en casa de un hombre en Bajurín. Aquel hombre tenía un pozo en el corral y se metieron en él. 19 La mujer tomó una manta, la extendió sobre la boca del pozo y echó encima grano, de modo que no se notara nada. 20 Los criados de Absalón llegaron a la casa de aquella mujer y preguntaron:

–¿Dónde están Ajimás y Jonatán?

Ella contestó:

–Se fueron hacia el río.

Los buscaron, pero al no encontrarlos se volvieron a Jerusalén.

21 En cuanto marcharon los de Absalón, salieron del pozo y fueron a avisar al rey David. Le dijeron:

–Vamos, crucen rápidamente el río, porque Ajitófel ha propuesto este plan contra ustedes.

22 David y los que lo acompañaban pasaron el Jordán; estuvieron pasando toda la noche, hasta que lo pasaron todos.

23 Mientras tanto, Ajitófel, viendo que no se había aceptado su consejo, aparejó el burro y se marchó a casa, a su pueblo; hizo testamento, se ahorcó y murió. Lo enterraron en la sepultura familiar.

24 Cuando David llegaba a Majnaym, Absalón pasaba el Jordán con todo Israel. 25 Absalón había nombrado a Amasá jefe del ejército en sustitución de Joab; Amasá era hijo de un tal Yitrá, ismaelita, que vivía con Abigal, hija de Jesé, hermana de Seruyá, madre de Joab. 26 Israel y Absalón acamparon en tierra de Galaad. 27 Cuando David llegó a Majnaym, Sobí, hijo de Najás, de Rabá de Amón, Maquir, hijo de Amiel, de Lodabar, y Barzilay, el galaadita, de Roguelín, 28 trajeron colchones, jarras y vasijas; trigo, cebada, harina y grano tostado; habas, lentejas, 29 miel, leche cuajada de oveja y quesos de vaca; se lo ofrecieron a David y a la gente que lo acompañaba para que comieran, diciendo:

–La gente estará cansada, hambrienta y sedienta de caminar por el desierto.

Derrota y muerte de Absalón

18 1 David pasó revista a sus tropas y les nombró jefes y oficiales; 2 luego dividió el ejército en tres cuerpos; uno al

el Dios bíblico es ante todo el Dios de la justicia y que siempre va a estar del lado del oprimido, por más que una corriente política o religiosa, que en un momento dado ostente el poder, quiera presentarlo en sus filas.

17,17-29 David y Absalón en Transjordania. La campaña de Absalón es sobriamente descrita como destinada al fracaso con la narración del suicidio de Ajitófel; mientras que de otro lado David y sus hombres reciben el apoyo desde Jerusalén con avisos y noticias, y en Transjordania con alimentos y acogida.

18,1-18 Derrota y muerte de Absalón. Ya Ajitófel

mando de Joab; el segundo al mando de
Abisay, hijo de Seruyá, hermano de Joab, y
el tercero al mando de Itay, el de Gat. Y dijo
a los soldados:
–Yo también iré con ustedes.
3 Le respondieron:
–No vengas. Que si nosotros tenemos
que huir, eso no nos importa; si morimos la
mitad, no nos importa. Tú vales por diez
mil de nosotros; es mejor que nos ayudes
desde la ciudad.
4 El rey les dijo:
–Haré lo que mejor les parezca.
Y se quedó junto a las puertas mientras
todo el ejército salía al combate, por com-
pañías y batallones.
5 El rey dio este encargo a Joab, Abisay
e Itay:
–¡Trátenme con cuidado al joven Absa-
lón!
Y todos oyeron el encargo del rey a sus
generales.
6 El ejército de David salió al campo
para hacer frente a Israel. Se entabló la ba-
talla en la espesura de Efraín, 7 y allí fue de-
rrotado el ejército de Israel por los de Da-
vid; fue gran derrota la de aquel día: veinte
mil bajas. 8 La lucha se extendió a toda la
zona, y el bosque devoró aquel día más
gente que la espada. 9 Absalón fue a dar en
un destacamento de David. Iba montado en
un mulo, y al meterse el mulo bajo el ra-
maje de una enorme encina, se le enganchó
a Absalón la cabeza en la encina y quedó
colgando entre el cielo y la tierra, mientras
el mulo que cabalgaba se le escapó.
10 Lo vio uno y avisó a Joab:
–¡Acabo de ver a Absalón colgado de
una encina!
11 Joab dijo al que le daba la noticia:
–Y si lo viste, ¿por qué no lo clavaste en
tierra, y ahora yo tendría que darte diez
monedas de plata y un cinturón?
12 Pero el hombre le respondió:
–Aunque sintiera yo en la palma de la
mano el peso de mil monedas de plata, no
atentaría contra el hijo del rey; estábamos
presentes cuando el rey les encargó a ti, a
Abisay y a Itay que le cuidaran a su hijo
Absalón. 13 Si yo hubiera cometido por mi
cuenta tal villanía, como el rey se entera de
todo, tú te pondrías contra mí.
14 Entonces Joab dijo:
–¡No voy a andar con contemplaciones
por tu culpa!
Agarró tres dardos y se los clavó en el
corazón a Absalón, todavía vivo en el ra-
maje de la encina.
15 Los diez asistentes de Joab se acerca-
ron a Absalón y lo acribillaron, rematán-
dolo. 16 Joab tocó la trompeta para detener
a la tropa, y el ejército dejó de perseguir a
Israel. 17 Luego agarraron a Absalón y lo ti-
raron a un hoyo grande en la espesura, y
echaron encima un montón enorme de pie-
dras. Los israelitas huyeron todos a la des-
bandada.
18 Absalón se había erigido en vida una
piedra conmemorativa en Emec Hamme-
lek, pensando: No tengo un hijo que lleve mi
apellido. Grabó su nombre en la estela; has-
ta hoy se la llama Monumento de Absalón.

David recibe la noticia

19 Ajimás, hijo de Sadoc, dijo:
–Voy corriendo a llevarle al rey la buena
noticia de que el Señor le ha hecho justicia
de sus enemigos.

---

había anunciado el designio de Absalón: tenía que morir David y salvarse todo el pueblo. David se preocupa de la vida de su hijo más que del bien de su ejército; incluso querría haber muerto en lugar de su hijo. Los soldados ponen la vida de David por encima de la vida de medio ejército. A Dios toca decidir. Hasta el último momento David no sabe si ha de morir en la batalla –como Urías– o en la cama –como Isbaal–, o si la venganza del Señor se detendría antes. Absalón traza la parábola de un cohete: después de largos preparativos, en una jornada se ha proclamado rey; entre cielo y tierra queda truncado su ascenso, y su vida se apaga lejos de Jerusalén. El texto no dice expresamente que se enredase con la frondosa cabellera, ni lo excluye; es la lectura tradicional. Lo importante es que queda colgado del árbol. Un texto legal –probablemente posterior– dice que Dios maldice al que cuelga de un árbol (Dt 21,23); por semejanza, algunos lectores posteriores han visto en el hecho una ejecución por mano de Dios. El mulo es cabalgadura de reyes o príncipes: el privilegio se vuelve fatalidad. Absalón se queda sin mulo y sin reino.

18,19-32 David recibe la noticia. Surge una disputa para llevar la noticia al rey. Joab es quien determina quién debe ser el mensajero; pero Ajimás es quien finalmente llega primero aunque, de hecho, la noticia la comunica efectivamente el etíope.

19,1-8 David llora la muerte de su hijo. Los lamen-

20 Pero Joab le dijo:
–No lleves hoy la buena noticia, porque
ha muerto el hijo del rey. Ya lo harás otro
día.
21 Luego ordenó a un etíope:
–Vete a comunicarle al rey lo que has
visto.
El etíope hizo una inclinación a Joab y
echó a correr.
22 Ajimás, hijo de Sadoc, le insistió a
Joab:
–Pase lo que pase, voy corriendo yo
también detrás del etíope.
Joab le dijo:
–¿A qué vas a correr tú, hijo? ¡Si no te
van a dar un premio por esa noticia!
23 Ajimás repuso:
–Pase lo que pase, voy corriendo.
Entonces Joab le dijo:
–Vete.
Ajimás echó a correr, y tomando el ata-
jo por el valle se adelantó al etíope.
24 David estaba sentado entre las dos
puertas. El centinela subió al mirador, enci-
ma de la puerta, sobre la muralla, levantó
la vista y miró: un hombre venía corriendo
solo.
25 El centinela gritó y avisó al rey. El
rey comentó:
–Si viene solo, trae buenas noticias.
El hombre seguía acercándose.
26 Y en-
tonces el centinela divisó a otro hombre co-
rriendo detrás, y gritó desde encima de la
puerta:
–Viene otro hombre corriendo solo.
Y el rey comentó:
–También ése trae buenas noticias.
27 Luego dijo el centinela:
–Estoy viendo cómo corre el primero:
corre al estilo de Ajimás, el de Sadoc.
El rey comentó:
–Es buena persona, viene con buenas
noticias.
28 Cuando Ajimás se aproximó, dijo al rey:
–¡Paz!
Y se postró ante el rey, rostro en tierra.
Luego dijo:
–¡Bendito sea el Señor, tu Dios, que te ha
entregado los que se habían sublevado
contra el rey, mi señor!
29 El rey preguntó:
–¿Está bien el muchacho, Absalón?
Ajimás respondió:
–Cuando tu siervo Joab me envió, yo vi
un gran barullo, pero no sé lo que era.
30 El rey dijo:
–Retírate y espera ahí.
Se retiró y esperó allí.
31 Y en aquel mo-
mento llegó el etíope y dijo:
–¡Buenas noticias, majestad! ¡El Señor te
ha hecho hoy justicia de los que se habían
rebelado contra ti!
32 El rey le preguntó:
–¿Está bien mi hijo Absalón?
Respondió el etíope:
–¡Acaben como él los enemigos de su
majestad y cuantos se rebelen contra ti!

David llora la muerte de su hijo

19
1 Entonces el rey se estremeció, su-
bió al mirador de encima de la puer-
ta y se echó a llorar, diciendo mientras su-
bía:
–¡Hijo mío, Absalón, hijo mío! ¡Hijo mío,
Absalón! ¡Ojalá hubiera muerto yo en vez
de ti, Absalón, hijo mío, hijo mío!
2 A Joab le avisaron:
–El rey está llorando y lamentándose
por su hijo Absalón.
3 Así, la victoria de aquel día fue duelo
para el ejército, porque los soldados oyeron
decir que el rey estaba afligido a causa de
su hijo.
4 Y el ejército entró aquel día en la
ciudad a escondidas, como se esconden los
soldados abochornados cuando han huido
del combate.
5 El rey se tapaba el rostro y gritaba:
–¡Hijo mío, Absalón! ¡Absalón, hijo mío,
hijo mío!
6 Joab fue a palacio y dijo al rey:
–Tus soldados, que han salvado hoy tu
vida y la de tus hijos e hijas, mujeres y con-
cubinas, están hoy avergonzados de ti,
7 porque quieres a los que te odian y odias
a los que te quieren. Hoy has dejado en cla-
ro que para ti no existen generales ni sol-
dados. Hoy caigo en la cuenta de que aun-
que hubiéramos muerto todos nosotros,
con que Absalón hubiera quedado vivo, te

tos del rey son vistos por Joab como un desprecio al resto de la tropa. Sus palabras suenan duras, pero hacen que David entre en razón y otra vez se mezcle con los soldados.

parecería bien. 8 Levántate, sal a dar ánimo a tus soldados, que, ¡juro por el Señor!, si no sales, esta noche te quedas sin nadie, y te pesará esta desgracia más que todas las que te han sucedido desde joven hasta ahora.

9 El rey se levantó, se sentó a la puerta y avisaron a todos:

–¡El rey está sentado a la puerta!

Todos acudieron allá.

Vuelta de David

Los israelitas de Absalón habían huido a la desbandada. 10 Y por todas las tribus de Israel la gente discutía:

–El rey nos libró de nuestros enemigos y nos salvó de los filisteos. Si ahora huyó del país fue por culpa de Absalón. 11 Absalón, al que ungimos rey, ha muerto en la batalla; así que, ¿por qué están cruzados de brazos y no traen al rey a su palacio?

12 La propuesta de todo Israel llegó a oídos del rey, que envió esta orden a los sacerdotes Sadoc y Abiatar:

–Digan a los ancianos de Judá: No se queden los últimos en llamar al rey. 13 Son mis parientes, de mi carne y sangre. No se queden los últimos en llamar al rey. 14 A Amasá díganle: Eres de mi carne y sangre. Que Dios me castigue si no te nombro de por vida general en jefe de mi ejército en vez de Joab.

15 David se ganó a todos los de Judá, que le siguieron como un solo hombre, y le mandaron este ruego:

–Vuelve con todos tus hombres.

16 El rey volvió y bajó al Jordán, mientras los de Judá iban a Guilgal al encuentro del rey, para acompañarlo en el paso del Jordán.

17 Semeí, hijo de Guerá, benjaminita, de Bajurín, se apresuró a bajar al encuentro del rey David y los de Judá con mil de su tribu. 18 Por su lado, Sibá, criado de la familia de Saúl, con sus quince hijos y sus veinte criados, atravesaron la corriente del Jordán frente al rey, y puestos a disposición del rey, 19 ayudaron a pasar el vado a la familia real. Semeí, hijo de Guerá, se postró ante el rey cuando éste iba a pasar el Jordán 20 y le dijo:

–No me tome cuentas, majestad, de mi delito; no recuerde la mala acción de un servidor cuando su majestad salía de Jerusalén; no me lo guarde. 21 Un servidor reconoce su pecado; pero, de toda la casa de José, he venido yo hoy el primero para bajar al encuentro de su majestad.

22 Abisay, hijo de Seruyá, intervino:

–¿Y vamos a dejar vivo a Semeí, que maldijo al ungido del Señor? Semeí maldijo al ungido del Señor, ¿vamos a dejarlo vivo por esto que ha hecho hoy?

23 Pero David habló:

–¡No te metas en mis asuntos, hijo de Seruyá! No me tientes. Siento que hoy vuelvo a ser rey de Israel. ¿Vamos a matar hoy a un hombre en Israel?

24 Luego dijo el rey a Semeí:

–No morirás.

Y se lo juró.

25 Meribaal, nieto de Saúl, bajó al encuentro del rey. No se había lavado los pies, ni arreglado la barba, ni lavado la ropa desde que tuvo que irse el rey hasta el día en que volvía victorioso. 26 Y cuando desde Jerusalén llegó adonde estaba el rey, éste le dijo:

–Meribaal, ¿por qué no viniste conmigo?

27 Él respondió:

–Majestad, mi servidor me traicionó. Porque yo me dije: Voy a aparejar la burra para montar y marcharme con el rey –porque tu servidor está cojo–. 28 Pero mi siervo me calumnió ante su majestad. Con todo, su majestad es como un enviado de Dios; haz lo que te parezca bien. 29 Y aunque toda mi familia paterna era digna de muerte ante su majestad, este siervo suyo fue invitado a sentarse a tu mesa. ¿Qué más puedo yo pedir al rey?

30 El rey le dijo:

–¿Para qué vas a añadir nuevas razones? Ya lo he decidido: tú y Sibá se repartirán las tierras.

31 Meribaal respondió:

–Que él se quede con todo, ya que mi señor, el rey, ha vuelto a casa sano y salvo.

19,9-44 Vuelta de David. El regreso de David y los sucesivos diálogos con quienes se precipitan a brindarle su apoyo esconden una realidad respecto a la monarquía, realidad de contradicciones, de ambiciones y de celos. La historia la van construyendo siempre los mismos, el pueblo permanece mudo, ausente.

32 Por su parte, Barzilay, el galaadita,
bajó desde Roguelín y siguió hasta el Jor-
dán para escoltar al rey en el río. 33 Barzilay
era muy viejo, tenía ochenta años; había
sido proveedor real mientras David residía
en Majnaym, porque Barzilay era de muy
buena posición.
34 El rey le dijo:
–Tú pasa conmigo, que yo voy a ser tu
proveedor en Jerusalén.
35 Barzilay repuso:
–Pero, ¿cuántos años tengo para subir
con el rey hasta Jerusalén? 36 ¡Cumplo hoy
ochenta años! Cuando tu servidor no distin-
gue lo bueno de lo malo, no saborea lo que
come o bebe, ni tampoco si oye a los can-
tores o a las cantoras. ¿Para qué voy a ser
una carga más de su majestad? 37 Pasaré
un poco más allá acompañando al rey, no
hace falta que el rey me lo pague. 38 Déja-
me volver a mi pueblo, y que al morir me
entierren en la sepultura de mis padres.
Aquí está mi hijo Quimeán, que vaya él, y
lo tratas como te parezca bien.
39 Entonces dijo el rey:
–Que venga conmigo Quimeán, y yo lo
trataré como te parezca bien. Y todo lo que
quieras encomendarme, yo lo haré.
40 La gente pasó el Jordán. Lo pasó tam-
bién el rey; luego abrazó a Barzilay, lo ben-
dijo y Barzilay se volvió a su pueblo.
41 El rey siguió hasta Guilgal. Quimeán
iba con él. Todo Judá y medio Israel acom-
pañaban al rey. 42 Y los israelitas fueron a
decirle al rey:
–¿Por qué te han acaparado nuestros
hermanos de Judá y han ayudado al rey, a
su familia y a toda su gente a pasar el Jor-
dán?
43 Pero todo Judá respondió a los de Is-
rael:
–¡Es que el rey es más pariente nuestro!
¿Por qué se molestan? ¿Acaso hemos co-
mido a costa del rey o él nos ha concedido
algún privilegio?
44 Los de Israel respondieron a los de
Judá:
–¡Nosotros tenemos sobre el rey, y tam-
bién sobre David diez veces más derechos
que ustedes! ¡No nos desprecien! ¿No he-
mos sido los primeros en hacer volver al
rey?
Pero los de Judá les respondieron con
palabras aún más duras.

Sublevación de Sebá

20 1 Estaba allí por casualidad un de-
salmado llamado Sebá, hijo de Bicrí,
benjaminita, que tocó la trompeta, y dijo:
–¿Qué nos repartimos nosotros con Da-
vid? ¡No heredamos juntos con el hijo de
Jesé! ¡A tus tiendas, Israel!
2 Los israelitas, dejando a David, si-
guieron a Sebá, hijo de Bicrí, mientras que
los de Judá, desde el Jordán hasta Jerusa-
lén, siguieron fieles al rey.
3 Cuando David llegó a su palacio de Je-
rusalén, encerró en el harén a las diez con-
cubinas que había dejado al cuidado del
palacio; las mantenía, pero no se acostó
con ellas; quedaron como viudas de por
vida.
4 Luego ordenó a Amasá:
–Moviliza a los hombres de Judá. Tienes
tres días. Luego preséntate aquí.
5 Amasá marchó para reclutar a los de
Judá, pero se retrasó del plazo señalado.
6 David dijo entonces a Abisay:
–Sebá, hijo de Bicrí, nos va a ser ahora
más peligroso que Absalón. Vete con los
soldados a perseguirlo; que no llegue a las
plazas fuertes y se nos escape.

20,1-26 Sublevación de Sebá. Sebá ha reunido a sus hombres en una ciudad amurallada, como temía David (6). Una mujer, reconocida por su sabiduría, entabla un diálogo con Joab, en el que se da mayor valor a la vida de toda una ciudad en comparación con la cabeza de un solo rebelde; ella transmite su punto de vista a sus conciudadanos. Joab consigue lo que desea: la cabeza de Sebá y el final de la revuelta. Las tropas se dispersan. Joab vuelve a Jerusalén donde el rey. Así termina la historia, o esta parte al menos. Es una historia de revueltas, de fuga del rey y de vuelta a casa. Refleja decisiones humanas y poder político. Plantea numerosas preguntas, pero no responde a ninguna. Su naturaleza es decididamente secular; el papel concedido a Dios es mínimo. Resulta ambivalente; los intérpretes han puesto de relieve elementos tanto favorables como desfavorables a David. Joab queda al frente de todo el ejército de Israel. Benayas está a cargo de los mercenarios; desde 8,18 no había sido mencionado. Yorán se ocupa de las obras públicas; Josafat será el heraldo; Sisá, el cronista; Sadoc y Abiatar, los sacerdotes, así como Irá, el jairita, un personaje desconocido hasta ahora.

7 Salieron, pues, con Abisay, Joab, los
quereteos, los pelteos y todos los valientes
de David; salieron de Jerusalén en persecu-
ción de Sebá, hijo de Bicrí. 8 Cuando esta-
ban junto a la piedra grande que hay en Ga-
baón, apareció Amasá. Joab llevaba sobre
el uniforme un cinturón con la espada en-
vainada, ceñida al muslo: la espada se le
salió y cayó. 9 Joab saludó a Amasá:

–¿Qué tal estás, hermano?

Y mientras lo besaba, le agarró la barba
con la mano derecha. 10 Pero Amasá no ha-
bía prestado atención a la espada que tenía
Joab en la mano izquierda y le clavó la es-
pada en la ingle, le salieron fuera los intes-
tinos y, sin necesidad de otro golpe, Amasá
murió.

Joab y su hermano Abisay persiguieron a Sebá, hijo de Bicrí.

11 Uno de los soldados de Joab se colo-
có junto a Amasá y dijo:

–¡El que es partidario de Joab y está con David, que siga a Joab!

12 Mientras tanto, Amasá bañado en su
sangre, seguía en medio del camino. Aquel
hombre, viendo que todos los que llegaban
junto al cadáver se paraban, retiró a Ama-
sá del camino y le echó encima una capa.
13 Cuando el cadáver quedó fuera de la cal-
zada, todos siguieron a Joab en persecu-
ción de Sebá, hijo de Bicrí.

14 Sebá pasó por todas las tribus de Is-
rael. Después se fue a Prado de Bet-Maacá,
y todo el clan de Bicrí se metió allí detrás de
él. 15 Llegó Joab y cercó a Prado de Bet-
Maacá; levantó un terraplén contra la ciu-
dad y los soldados de Joab comenzaron a
socavar la muralla.

16 De pronto una mujer muy astuta, gri-
tó desde la muralla de la ciudad:

–¡Escúchenme, escúchenme! Digan a Joab que se acerque, que tengo que hablar con él.

17 Joab se le acercó y ella preguntó:

–¿Eres tú Joab?

Él dijo:

–Sí.

Y ella dijo entonces:

–Escucha las palabras de tu servidora.

Joab respondió:

–Te escucho.

18 Y la mujer habló así:

–Solían decir antiguamente: Que pre-
gunten en Prado, y asunto concluido. 19 So-
mos israelitas fieles y pacíficos. Tú intentas
destruir una capital de Israel. ¿Por qué
quieres aniquilar la herencia del Señor?

20 Joab respondió:

–¡Eso ni pensarlo, líbreme Dios de ani-
quilar y destruir! 21 No se trata de eso, sino
que uno de la serranía de Efraín, llamado
Sebá, hijo de Bicrí, se ha sublevado contra
el rey David. Entréguenmelo a él solo y me
alejaré de la ciudad.

La mujer dijo entonces a Joab:

–Ahora te echamos su cabeza por la muralla.

22 Con su ingenio convenció a la gente.
Decapitaron a Sebá, hijo de Bicrí, y le tira-
ron a Joab la cabeza. Joab tocó la trompe-
ta, y dejando el asedio, marcharon cada
cual a su casa. Joab volvió a Jerusalén, al
palacio real.

23 Joab era general en jefe del ejército;
Benayas, hijo de Yehoyadá, mandaba a los
quereteos y pelteos; 24 Yorán estaba encar-
gado de las brigadas de trabajadores; Josa-
fat, hijo de Ajilud, heraldo; 25 Sisá, cronista,
y Sadoc y Abiatar, sacerdotes. 26 También
Irá, el de Yaír, era capellán real.

APÉNDICE

Venganza de sangre

21 1 En el reinado de David hubo ham-
bre durante tres años consecutivos,
y David consultó al Señor. El Señor respon-
dió:

–Saúl y su familia están todavía manchados de sangre por haber matado a los gabaonitas.

2 Los gabaonitas no pertenecían a Israel,
sino que eran un resto de los amorreos; los

21,1-14 Venganza de sangre. Los gabaonitas son un ejemplo de población cananea incorporada pacíficamente a los nuevos habitantes: tenían una alianza con Israel, con derecho a la vida a cambio de algunas prestaciones (Jos 9). Saúl, en su exclusivismo fanático, había cometido un crimen gravísimo contra el derecho

israelitas habían hecho un pacto con ellos, pero Saúl, en su celo por Israel y Judá, intentó exterminarlos. El rey David los convocó 3 y les dijo:

–¿Qué puedo hacer por ustedes y cómo indemnizarlos, de modo que bendigan la herencia del Señor?

4 Los gabaonitas contestaron:

–Nosotros no queremos plata ni oro de Saúl y su familia, ni queremos que muera nadie de Israel.

David les dijo:

–Haré lo que me pidan.

5 Entonces dijeron:

–Un hombre quiso exterminarnos, y pensó destruirnos y expulsarnos del territorio de Israel. 6 Que nos entreguen siete de sus hijos varones, y los colgaremos en honor del Señor, en Gabaón, en la montaña del Señor.

David respondió:

–Yo se los entregaré.

7 Perdonó la vida a Meribaal, hijo de Jonatán, hijo de Saúl, por el pacto sagrado que unía a David y Jonatán; 8 pero a Armoní y Meribaal, los dos hijos de Saúl y Rispá, hija de Ayá, y a los cinco hijos de Adriel, hijo de Barzilay, el de Mejolá, y de Merab, hija de Saúl, 9 se los entregó a los gabaonitas, que los colgaron en el monte ante el Señor. Murieron los siete a la vez; fueron ajusticiados durante la cosecha al comienzo de la cosecha de la cebada.

10 Rispá, hija de Ayá, agarró una lona, la extendió sobre la peña y desde el comienzo de la cosecha hasta que llegaron las lluvias estuvo allí espantando día y noche a las aves y a las fieras. 11 Cuando le contaron a David lo que hacía Rispá, hija de Ayá, concubina de Saúl, 12 fue a pedir a los de Yabés de Galaad los huesos de Saúl y de su hijo Jonatán que los habían recogido a escondidas en la plaza de Beisán, donde los colgaron los filisteos después de la derrota de Saúl en Gelboé, 13 trajo de allí los huesos de Saúl y los de su hijo Jonatán y los juntaron con los huesos de los ajusticiados. 14 Los enterraron todos en el territorio de Benjamín, en Selá, en la sepultura de Quis. Hicieron todo lo que mandó el rey y Dios se aplacó con el país.

Batalla contra los filisteos

(1 Cr 20,4-8)

15 Estalló de nuevo la guerra entre los filisteos e Israel. David bajó con sus oficiales, acamparon en Gob y dieron batalla a los filisteos. David estaba exhausto. 16 Entonces se adelantó uno de la raza de los gigantes, con una lanza de bronce de tres kilos y una espada nueva, diciendo que iba a matar a David. 17 Pero Abisay, hijo de Seruyá, defendió a David, hirió al filisteo y lo mató. Entonces los de David le exigieron:

–¡Por Dios, no salgas más con nosotros a la batalla, para que no apagues la lámpara de Israel!

18 Después se reanudó en Gob la batalla contra los filisteos. Sibcay, el husita, hirió a Asaf, uno de la raza de los gigantes. 19 Después se reanudó en Gob la batalla contra los filisteos, y Eljanán, hijo de Yaír, el de Be-

---

de entonces; es perfectamente razonable que el delito exija reparación. Lo que no parece tan razonable es que la justicia vindicativa se encarnice en los sucesores de Saúl. El derecho de entonces hace responsable a toda la familia. Un valor positivo de aquella legislación era sancionar y robustecer los vínculos de solidaridad y disuadir a los criminales; el aspecto negativo es que, a nuestro parecer, castiga a los inocentes. El delito de sangre exige sangre, y los parientes, por orden de proximidad, tienen que vengarlo: es la institución social del goelato. Cuando el hombre se desentiende, Dios escucha el clamor de la sangre y realiza o exige la reparación de la justicia. El oráculo interpreta el hambre pertinaz como una reclamación de Dios. En algunos casos se podía aceptar una compensación en dinero, otras veces tal compensación estaba prohibida. Una vez que el Señor ha intervenido, la ejecución es un acto en su honor, las víctimas se le ofrecen, en una especie de consagración al Señor de la vida. Las víctimas pueden quedar a merced de fieras o aves; la legislación posterior pide que se retiren los cadáveres antes de la puesta del sol (Dt 21,22s); y los cadáveres de los ajusticiados se entierran en una sepultura común.

21,15-22 Batalla contra los filisteos. Empieza aquí una serie de apéndices que intentan completar la historia de David. Las campañas con los filisteos pertenecen a la primera etapa del reino (capítulo 5). Las cuatro hazañas son semejantes y también lo son las fórmulas, como si se tratara de una lista de menciones honoríficas. Lo más curioso es encontrar otra vez a Goliat el de Gat, esta vez matado por Eljanán y no por David. La serie da a entender que entre los filisteos había algunos soldados de enorme corpulencia. Detalles pintorescos o expresiones poéticas animan la sobriedad de la lista. Gob se encontraba probablemente en las cercanías de Jerusalén.

lén, mató a Goliat, el de Gat, cuya lanza te-
nía el asta tan grande como el rodillo de un
telar. 20 Después se reanudó la batalla en
Gat. Había un gigante con seis dedos en
manos y pies, veinticuatro en total, que
también era de la raza de los gigantes;
21 desafió a Israel, pero Jonatán, hijo de
Samá, hermano de David, lo mató. 22 Esos
cuatro hombres de la raza de los gigantes
eran de Gat, y cayeron a manos de David y
sus oficiales.

Salmo de David
(Sal 18)

22 1 Cuando el Señor lo libró de sus
enemigos y de Saúl, David entonó
este canto:

2 Yo te amo, Señor, mi fuerza, mi refugio.
3 Dios mío, roca mía, refugio mío,
escudo mío, mi fuerza salvadora,
mi baluarte, mi refugio,
que me salvas de los violentos.
4 Invoco al Señor
que es digno de alabanza
y quedo libre de mis enemigos.
5 Las olas de la muerte me envolvieron,
torrentes destructores me aterraron,
6 me envolvían los lazos del Abismo,
me alcanzaban los lazos de la muerte,
7 en el peligro invoqué al Señor,
invoqué a mi Dios:
Desde su templo él escuchó mi voz,
mi grito llegó a sus oídos.
8 Tembló y retembló la tierra,
vacilaron los cimientos del cielo,
sacudidos por su cólera.
9 De su nariz se alzaba una humareda,
de su boca un fuego voraz,
y lanzaba carbones encendidos.
10 Inclinó el cielo y descendió
con nubarrones bajo los pies;
11 volaba a caballo de un querubín,
planeando sobre las alas del viento,
12 envuelto en un manto de oscuridad,
denso aguacero y nubes espesas;
13 al fulgor de su presencia
se encendían centellas;
14 el Señor tronaba desde el cielo,
el Soberano hacía oír su voz.
15 Disparando sus flechas
los dispersaba,
su relámpago los enloquecía.
16 Al bramido del Señor
con su nariz resoplando de cólera
apareció el fondo del mar
y se vieron los cimientos del mundo.
17 Desde el cielo alargó la mano
y me agarró,
para sacarme
de las aguas caudalosas,
18 me libró de un enemigo poderoso,
de adversarios más fuertes que yo.
19 Me hacían frente el día funesto,
pero el Señor fue mi apoyo:
20 me sacó a un lugar espacioso,
me libró porque me amaba.
21 El Señor me pagó mi rectitud,
retribuyó la pureza de mis manos,
22 porque seguí los caminos del Señor,
y no me rebelé contra mi Dios;
23 porque tuve presentes sus mandatos,
y no me aparté de sus preceptos;
24 estuve enteramente de su parte,
guardándome de toda culpa;
25 el Señor retribuyó mi rectitud,
mi pureza en su presencia.
26 Con el leal tú eres leal,
con el íntegro tú eres íntegro,
27 con el sincero tú eres sincero,
con el falso tú eres sagaz.
28 Tú salvas al pueblo afligido,
tu mirada humilla a los soberbios.

22,1-51 Salmo de David. Este salmo, con ligeras variantes, es el salmo 18 del Salterio. La atribución a David no es segura. La forma es de acción de gracias al Señor recitada en presencia de la comunidad; el contexto litúrgico explica el paso de la segunda a la tercera persona. El favorecido cuenta a los presentes el beneficio insigne recibido de Dios; puede desdoblarlo en una descripción de la situación desesperada, una descripción del acto salvador, y algunas reflexiones. El cantor se hace testigo de Dios ante la comunidad. En algunos versos el favorecido le cuenta al Señor los favores que él mismo le ha hecho. No parece lógico contar al protagonista su proeza, mucho menos si el protagonista es Dios que la conoce mucho mejor; pero semejante modo de orar indica un momento de intimidad y de profundo reconocimiento. No necesita saberlo el Señor, pero quiere escucharlo, plegándose al oyente de lo que sabe. Hablando así al Señor en segunda persona, la sinceridad es absoluta. La primera parte del salmo tiene una construcción muy clara. Después de una invocación, describe el peligro mortal en que se encontraba, la teofanía del Señor y la liberación; después reflexiona sobre el motivo de esa liberación y enuncia un principio general sobre la

29 Señor, tú eres mi lámpara;
Señor, tú alumbras mis tinieblas.
30 Confiado en ti me meto en la batalla,
confiado en mi Dios asalto la muralla.
31 El camino de Dios es perfecto,
la promesa del Señor
es digna de confianza,
es escudo para los que
en él se refugian.
32 ¿Quién es Dios fuera del Señor?
¿Qué roca hay fuera de nuestro Dios?
33 Dios es mi fuerte refugio,
me enseña un camino perfecto;
34 él me da pies de ciervo
y me coloca en las alturas;
35 él adiestra mis manos para la guerra
y mis brazos para tensar la ballesta.
36 Me prestaste el escudo de tus victorias,
multiplicaste tus cuidados conmigo.
37 Ensanchaste el camino
ante mis pasos,
y no flaquearon mis tobillos.
38 Perseguiré al enemigo
hasta extirparlo,
y no volveré sin haberlo aniquilado.
39 Los destruiré, los derrotaré,
no podrán rehacerse:
¡cayeron bajo mis pies!
40 Me ceñiste de valor para la lucha,
doblegaste a los que se me resistían;
41 hiciste volver la espalda
a mis enemigos,
reduje al silencio a mis adversarios.
42 Pedían auxilio, nadie los salvaba;
gritaban al Señor, no les respondía.
43 Los reduje a polvo de la tierra,
los desmenucé como barro de la calle.
44 Me libraste de las contiendas
de mi pueblo,
me reservaste
para cabeza de naciones.
Un pueblo extraño fue mi vasallo,
45 los extranjeros me adulaban,
me escuchaban y me obedecían.
46 Los extranjeros flaqueaban
y salían temblando de sus baluartes.
47 ¡Viva el Señor, bendita sea mi Roca!
Glorificado sea mi Dios,
Roca salvadora:
48 el Dios que me dio el desquite
y me sometió los pueblos;
49 que me sacó de entre los enemigos,
me levantó
sobre los que me resistían,
y me salvó del hombre violento.
50 Por eso te daré gracias
ante las naciones,
y cantaré, Señor,
en honor de tu Nombre:
51 Tú diste gran victoria a tu rey,
fuiste leal con tu Ungido,
con David
y su descendencia por siempre.

Últimas palabras de David
(Sal 101)

23 1 Oráulo de David, hijo de Jesé,
oráculo del hombre
elevado a lo alto,
ungido del Dios de Jacob,
favorito de los cantores de Israel.

---

conducta de Dios. En la segunda parte se repiten los mismos temas de modo irregular. Es posible descubrir un par de veces el siguiente esquema: acción de Dios en segunda persona, efecto en los enemigos, acción del salmista. El final empalma con el comienzo en la invocación, a la vez que repite el tema dominante.

Teología. Supuesta la concepción del universo en tres planos, cielo, tierra, abismo, el salmo se proyecta sobre un eje vertical que domina el plano horizontal. El protagonista, situado en la tierra, se encuentra rodeado, envuelto, sin escapatoria; la invasión del océano abismal cierra definitivamente el cerco. En su dimensión, el hombre es impotente, necesita trascenderla con una tercera dimensión de altura: es la dimensión de Dios. Dios aparece en la altura, cerniéndose sin límites, bajando para auxiliar; y ya la visión empieza a liberar al hombre de su estrechez insuperable. Después viene la acción, que se expresa en dos direcciones: romper el cerco, dar anchura y espacio (20.37); y más aún levantar, poner en lo alto (34.49). Varios títulos divinos expresan directa o indirectamente esa altura: roca, alcázar, baluarte. El mundo de la muerte y del peligro extremo están vistos como elementos profundos: abismo (6), fondo del mar, cimientos del mundo (16). Paralelamente al movimiento en el eje de los elementos, se colocan verticalmente la afrenta y el contraataque: el creyente perseguido y amenazado es salvado por Dios. Dios vence a los enemigos de sus fieles. Ahora bien, esta victoria que se canta como don de Dios, ha exigido la lucha humana. Muchos términos hablan de la guerra, pero era Dios quien enseñaba, entrenaba y auxiliaba a David. A este campo pertenecen los motivos de flaqueza y firmeza, y los títulos divinos Refugio, Escudo.

2 El Espíritu del Señor habla por mí,
su palabra está en mi lengua.
3 Me dijo el Dios de Jacob,
me habló la Roca de Israel:
El que gobierna
a los hombres con justicia,
el que gobierna respetando a Dios,
4 es como la luz del alba al salir el sol,
mañana sin nubes tras la lluvia,
que hace brillar la hierba del suelo.
5 Mi casa está firme junto a Dios,
porque él estableció por mí
una alianza eterna,
bien formulada y mantenida.
¡Él hará prosperar
mis deseos de salvación!
6 Pero los malvados serán como cardos,
que se tiran y nadie recoge;
7 nadie se acerca a ellos
sino con el hierro y con la lanza
y con fuego que los consuma.

Nombres de los guerreros de David

8 Nombres de los guerreros de David:
Isbaal, el jaquemonita, primero de la terna, que blandió el hacha y mató a ochocientos en una sola acometida.
9 Segundo, Eleazar, hijo de Dodí, el ajojita. Estuvo con David en Fesdamín, cuando los filisteos se concentraron allí para el combate; los israelitas se retiraban,
10 pero él estuvo matando filisteos hasta que se le rindió el brazo y la mano se le pegó a la espada. El Señor dio a Israel aquel día una gran victoria; detrás de él, el ejército se volvió para saquear.
11 Tercero, Samá, hijo de Agé, el ararita. Los filisteos se concentraron en Lejí, donde había una tierra toda sembrada de lentejas; el ejército huyó ante los filisteos,
12 pero Samá se plantó en medio de la tierra y la recuperó, mató a los filisteos, y el Señor concedió una gran victoria.

13 Tres de los treinta bajaron juntos durante el tiempo de la cosecha y se unieron a David, en refugio de Adulán, cuando una banda de filisteos acampaba en el Valle de Refaím.
14 David estaba entonces en el refugio y la guarnición filistea estaba en Belén.
15 David sintió sed y exclamó:

–¡Quién me diera agua, la del pozo junto a la puerta de Belén!

16 Los tres valientes irrumpieron en el campamento filisteo, sacaron agua del

23,1-7 Últimas palabras de David. Hay bastantes razones para pensar que este poema es antiguo y original de David. En la construcción del libro el oráculo tiene función conclusiva: el contexto de la próxima muerte de David es una indicación importante para explicarlo. En cuanto a la forma, se presenta como oráculo; es decir, como enunciado profético; muy semejante en el comienzo a los oráculos de Balaán, el adivino transformado en profeta por el poder de Dios (Nm 24). El versículo 2 aclara sin dejar dudas el carácter profético de la pieza. Pero cuando leemos el contenido, nos sentimos transportados al mundo sapiencial de la reflexión humana con valor didáctico. Aunque esa reflexión esté iluminada por Dios de manera genérica, lo sapiencial es específicamente tarea humana diversa de la profética. Sapiencial es la oposición de los destinos de justos y malvados. Sapiencial es la comparación del justo con imágenes de luz (Sal 112,4), o la imagen del tamo o la paja (cfr. Sal 1), como ejemplo de plantas inútiles; el presente oráculo escoge la imagen de las zarzas, que en la literatura profética y en algún salmo (118,12) describe al enemigo. Muy sapiencial es el tono sentencioso de los dos enunciados contrapuestos. Y también es sapiencial la instrucción sobre el buen gobierno y sus consecuencias. En cuanto al versículo 5, recuerda al oráculo de Natán, pero en sí no suena a enunciado profético –recordar una profecía no es en sí otra profecía–. Entonces, ¿qué significa esa tensión entre la solemne introducción profética –más de un tercio del poema– y la común enseñanza sapiencial? David pudo resumir su larga experiencia y trasmitirla a sus sucesores sin necesidad de tanto aparato. En este momento David recuerda rápidamente su historia: *hombre elevado a lo alto, ungido del Dios de Jacob, favorito de los cantores de Israel*. En este momento se siente invadido por el Espíritu del Señor para anunciar el futuro, que comienza precisamente en él. Se trata de su dinastía: reafirmando la profecía de Natán, la trasmite como profeta a sus descendientes con autoridad divina, no como simple repetidor. La promesa dinástica levanta a la esfera profética los elementos sapienciales; la promesa es vista como pacto, es decir con exigencias que condicionan los dones. Si ha sido elegido rey, es para vivir como mediador de la justicia divina que da paz y bienestar a su pueblo; si los malvados dentro o fuera intentan turbar ese reino de justicia, el hierro y el fuego los consumirá. No tiene otro sentido su elección y sus victorias. Sólo en esas condiciones se transmitirá a sus sucesores. Pero es un pacto eterno: David anuncia y desea el reino de justicia. Es su programa, su legado, su esperanza. Lo siente germinar en sí y prevé su crecimiento sin más detalles. De este modo el oráculo de David es *germinalmente* mesiánico: tocará a lectores posteriores, aleccionados por la historia e iluminados por Dios, ir descubriendo su sentido y hacer que siga creciendo hacia el futuro.

pozo, junto a la puerta de Belén, y se la lle-
varon a David. Pero David no quiso beber-
la, sino que la derramó como obsequio al
Señor, 17 diciendo:

–¡Líbreme Dios! ¡Sería beber la sangre
de estos hombres, que han ido allá expo-
niendo la vida!

Y no quiso beberla. Éstas fueron las ha-
zañas de los tres valientes.

18 Abisay, hermano de Joab, hijo de Se-
ruyá, era jefe de los treinta. Blandiendo su
lanza mató a trescientos, ganando renom-
bre entre los treinta; 19 se destacó entre
ellos; fue su jefe, pero no llegó a igualar a
los tres. 20 Benayas, hijo de Yehoyadá, natu-
ral de Cabseel, era un tipo aguerrido, rico en
hazañas. Mató a los dos moabitas, hijos de
Ariel, y bajó a matar al león en la cisterna el
día de la nieve. 21 Mató también a un egip-
cio de gran estatura, que empuñaba una
lanza: Benayas fue hacia él con un palo, le
arrebató la lanza y con ella lo mató. 22 Ésa
fue la hazaña de Benayas, hijo de Yehoyadá,
con la cual ganó renombre entre los treinta
guerreros. 23 Se destacó entre ellos, pero no
llegó a igualar a los tres. David lo puso al
frente de su escolta personal. 24 Asael, her-
mano de Joab, era de los treinta.

Pertenecían al grupo de los treinta: Elja-
nán, hijo de Dodó, de Belén; 25 Samá, el de
Jarod; Elicá, el de Jarod; 26 Jeles, el pelteo;
Irá, hijo de Iqués, de Tecua; 27 Abiézer, de
Anatot; Sibecay, el husita; 28 Salmón, el ajo-
jita; Mahray, el netofatita, de Netor; 29 Jéleb,
hijo de Baná, de Netof; Itay, hijo de Ribay,
de Guibeá de Benjamín; 30 Benayas, de Pi-
ratón; Hiday, de Río Gaas; 31 Abialbón, de
Arabá; Azmaut, de Bajurín; 32 Elyajbá, el
saalbonita; Yasán; Jonatán, 33 hijo de Samá,
el ararita; Ajián, hijo de Sarar, el ararita;
34 Elifélet, hijo de Ajasbay, de Maacá; Elián,
hijo de Ajitófel, guilonita. 35 Jesray, de Car-
mel; Paray, de Arab; 36 Yigal, hijo de Natán,
de Sobá; Baní, el gadita, 37 Sélec, el amoni-
ta; Najeray, de Beerot, escudero de Joab,
hijo de Seruyá; 38 Irá, de Yatir; Gareb, de Ya-
tir; 39 Urías, el hitita. Total, treinta y siete.

La peste
(1 Cr 21)

24 1 El Señor volvió a encolerizarse
contra Israel e instigó a David contra
ellos:

–Ve a hacer el censo de Israel y Judá.

2 El rey ordenó a Joab y a los oficiales
del ejército que estaban con él:

–Vayan por todas las tribus de Israel,
desde Dan hasta Berseba, a hacer el censo
de la población para que yo sepa cuánta
gente tengo.

3 Joab le respondió:

–¡Que el Señor, tu Dios, multiplique por
cien la población y que su majestad lo vea
con sus propios ojos! Pero, ¿qué pretende
su majestad con este censo?

4 La orden del rey se impuso al parecer
de Joab y de los oficiales del ejército, y sa-
lieron de palacio para hacer el censo de la
población israelita. 5 Pasaron el Jordán y
empezaron por Aroer y por la población que
hay en medio del valle, hacia Gad y hasta
Yazer. 6 Llegaron a Galaad y al territorio hiti-
ta, a Cades. Llegaron a Dan y de allí rodea-
ron hacia Sidón. 7 Llegaron a la fortaleza de
Tiro y todas las poblaciones de los heveos y
cananeos; luego salieron al sur de Judá, ha-
cia Berseba. 8 Así recorrieron todo el territo-
rio, y al cabo de nueve meses y veinte días
volvieron a Jerusalén. 9 Joab entregó al rey

23,8-39 Nombres de los guerreros de David. Esta colección de tradiciones davídicas es importante porque nos revela las estructuras de la administración de David, que de otro modo nos serían totalmente desconocidas. Estas estructuras están integradas por los grupos conocidos como los Tres y los Treinta. Los Tres eran Isbaal, Eleazar y Samá. Fuera de aquí, nada sabemos de ellos ni de sus hazañas. La historia de la ofrenda de los héroes en los versículos 13-17 parece ahora estar asociada a estos tres guerreros. Por lo que respecta a los Treinta, conocemos a cuatro de sus miembros: Abisay, Benayas, Asael y Urías, el hitita. Las hazañas atribuidas a Abisay y Benayas también nos eran desconocidas. Se hace una clara distinción entre los Tres y los Treinta. Abisay era comandante de los Treinta, pero no formaba parte de los Tres (19). Benayas era famoso entre los Treinta, pero tampoco formaba parte de los Tres (23). El total de las personas suma treinta y siete (39). Probablemente no todos fueron miembros simultáneamente. Estos dos grupos, importantes en apariencia, son totalmente silenciados en las tradiciones davídicas, exceptuando este pasaje.

24,1-25 La peste. Se compone de tres secciones: el censo (1-9), la peste (10-15), el altar (16-25). La primera tiene un carácter administrativo, la segunda es numinosa, la tercera es cúltica. Las tres se organizan perfectamente: partiendo del hecho de la peste, el censo es su causa, el altar su remedio. No cuesta com-

los resultados del censo: en Israel había
ochocientos mil hombres aptos para el ser-
vicio militar, y en Judá, quinientos mil.
10 Pero después de haber hecho el censo
del pueblo, a David le remordió la concien-
cia y dijo al Señor:
–He cometido un grave error. Ahora, Se-
ñor, perdona la culpa de tu siervo, porque
he hecho una locura.
11 Antes de que David se levantase por
la mañana, el profeta Gad, vidente de Da-
vid, recibió la Palabra del Señor:
12 –Vete a decir a David: Así dice el Se-
ñor: Te propongo tres castigos; elige uno y
yo lo ejecutaré.
13 Gad se presentó a David y le notificó:
–¿Qué castigo escoges? Tres años de
hambre en tu territorio, tres meses huyendo
perseguido por tu enemigo o tres días de
peste en tu territorio. ¿Qué le respondo al
Señor, que me ha enviado?
14 David contestó:
–¡Estoy en un gran apuro! Mejor es caer
en manos de Dios, que es compasivo, que
caer en manos de hombres.
15 El Señor mandó entonces la peste a
Israel, desde la mañana hasta el tiempo se-
ñalado. Y desde Dan hasta Berseba murie-
ron setenta mil hombres del pueblo. 16a El
ángel extendió su mano hacia Jerusalén
para asolarla. 17 Entonces David, al ver al
ángel que estaba hiriendo a la población,
dijo al Señor:
–¡Soy yo el que ha pecado! ¡Soy yo el
culpable! ¿Qué han hecho estas ovejas?
Carga la mano sobre mí y sobre mi familia.
16b El Señor se arrepintió del castigo, y
dijo al ángel, que estaba asolando a la po-
blación:
–¡Basta! ¡Detén tu mano!
El ángel del Señor estaba junto a la era
de Arauná, el jebuseo. 18 Y Gad fue aquel
día a decir a David:
–Vete a edificar un altar al Señor en la
era de Arauná, el jebuseo.
19 Fue David, según la orden del Señor
que le había comunicado Gad, 20 y cuando
Arauná se asomó y vio acercarse al rey con
toda su corte, salió a postrarse ante él, ros-
tro en tierra. 21 Y dijo:
–¿Por qué viene a mí su majestad?
David respondió:
–Vengo a comprarte la era para construir
un altar al Señor y que cese la mortandad
en el pueblo.
22 Arauná le dijo:
–Tómela su majestad, y ofrezca en sa-
crificio lo que le parezca. Ahí están los bue-
yes para el holocausto y la rastra y los yu-
gos para leña. 23 Tu servidor se lo entrega
todo al rey.
Y añadió:
–¡El Señor, tu Dios, acepte tu sacrificio!
24 Pero el rey le dijo:
–No, no. Te la compraré pagándola al
contado. No voy a ofrecer al Señor, mi
Dios, víctimas que no me cuestan.
Así, compró David la era y los bueyes de
Arauná por medio kilo de plata. 25 Constru-
yó allí un altar al Señor, ofreció holocaustos
y sacrificios de comunión, el Señor se apla-
có con el país y cesó la mortandad en Israel.

---

prender que la peste aparezca como castigo de Dios: el *enviado del Señor* hiere de peste al ejército de Senaquerib, el *exterminador* hería a los egipcios, *hambre-espada-peste-fieras* son cuaterna clásica de vengadores divinos. Concretamente la peste, más que otras desgracias, aterrorizaba extrañamente al hombre antiguo: su difusión rápida e incontenible, su ejecución sumaria y sin distinción de edades o personas, unido a la ignorancia de sus causas y proceso, envolvían a la peste en un aura numinosa. Era una fuerza demoníaca o un verdugo al servicio de un Dios misterioso. En la concepción yahvista (**J**), que reconoce un solo Dios –al menos para Israel–, la peste no puede ser instrumento de otra divinidad adversa, sino que ha de estar sometida al Señor. Por eso denuncia violentamente un estado de pecado o contaminación, que se ha de remover expiando, aplacando, confesando la culpa. David confiesa su pecado y edifica un altar para aplacar la cólera divina. En su afán de comenzar y concluir con la acción del Señor, el autor dificulta la comprensión de su relato; queda muy clara la gran inclusión, la soberanía del Señor que abarca todo el arco de los sucesos, causas y efectos y remedios; resulta extraño, sin embargo, su modo de obrar. Si todo hubiera comenzado con el pecado de David, no nos costaría entenderlo: al fin y al cabo David es mediador de bienes y desgracias para su pueblo. Pero el versículo 1 dice que Dios instiga a David a cometer un pecado, para castigar con tal ocasión al pueblo –que se supone pecador–. El Primer libro de las Crónicas (21,1) corrige diciendo que fue Satán quien instigó a David; Satán, el adversario de Israel y del plan de Dios. El narrador primitivo no intenta racionalizar a Dios, acepta su santidad incomprensible, reconoce su dominio sobre los motivos humanos y expresa a su manera, en términos antropomórficos, su misteriosa acción en la historia humana.



REYES

Tema. Por el tema, los dos libros de los Reyes continúan la historia de la monarquía y la conducen en movimiento paralelo de dos reinos a la catástrofe sucesiva de ambos. Se diría una historia trágica o la crónica de una decadencia. El paralelismo de los dos reinos determina la composición del libro y hace resaltar una divergencia importante. Conspiraciones las hay en ambos reinos: al norte una conspiración produce cambio de dinastía; al sur produce cambio de monarca de la misma dinastía. Ataques externos los sufren ambos reinos: al norte favorecen los cambios dinásticos, al sur incluso los monarcas impuestos pertenecen a la dinastía de David. ¿Por qué sucede así? Porque la dinastía davídica tiene una promesa del Señor, perdura por la fidelidad de su Dios.

Horizonte histórico. El autor tiene como horizonte de su libro el pueblo de Israel, unido o dividido. Si cruza la frontera nacional es porque algún personaje extranjero se ha metido en el espacio o el tiempo de los israelitas. Le falta, sin embargo, la visión de conjunto, la capacidad de situar la historia nacional en el cuadro de la historia internacional. Quizás por falta de información, o por falta de interés, o por principio. Los profetas escritores de aquella época tuvieron un horizonte más amplio.

Al faltar dicho horizonte amplio, falta la motivación compleja de muchos hechos que el autor cuenta o recoge. Esto se puede suplir en bastantes casos con datos sacados de los libros proféticos.

El principio teológico. La historia del pueblo y de la monarquía se desarrolla bajo el signo de la alianza, que constituye a Israel como pueblo de Dios y le exige fidelidad exclusiva y cumplimiento de los mandatos; cumplimiento e incumplimiento se sancionan con bendiciones y maldiciones. Es un código de retribución basado en la relación personal del pueblo con su Dios.

La fidelidad exclusiva toma al principio la forma de veneración y culto exclusivos al Señor, eliminando todo politeísmo, idolatría o sincretismo; los lugares de culto están diseminados por el país, aunque existe un santuario central para la corte y las grandes ocasiones.

Muy pronto la fidelidad exclusiva se encuentra amenazada en los santuarios locales: dioses y cultos de fertilidad, introducción de dioses extranjeros, imágenes prohibidas; entonces surgió la idea de atacar el mal en su raíz, purificando constantemente los cultos locales, hasta extirparlos con una fuerte centralización del culto. En ese momento la fidelidad exclusiva al Señor toma la forma de culto en un solo templo.

Mensaje religioso. Se puede resumir en dos palabras: conversión y esperanza. El tema de la conversión del pueblo y el perdón de Dios está presente a lo largo de toda esta historia. La fidelidad del pueblo no es lo último, la fidelidad de Dios la abarca y la desborda. La destrucción no es lo último, la historia continúa. No solo la historia universal –que continúa cuando desaparece Siria– sino la historia de Israel como pueblo de Dios.

El autor no quiere contar la historia de un pueblo desaparecido, sino que habla a los hijos y a los nietos, llamados a continuar la historia dramática. No por méritos del pueblo, sino por la fidelidad de Dios, quedan más capítulos por vivir en la esperanza.



Cronología según LOS LIBROS DE LOS REYES

Saúl (1030-1010)
David (1010-971)
Salomón (971-931)

División del reino (931)

Reino de Judá	**Reino de Israel**
Roboán (931-914)	Jeroboán (931-910)
Abías (914-911)	
Asá (911-870)	Nadab (910-909)
	Basá (909-885)
	Elá (885-884)
	Zimrí (7 días)
	Omrí (884-874)
Josafat (870-848)	Ajab (874-853)
	Ocozías (853-852)
Jorán (848-841)	Jorán (852-841)
Ocozías (841)	Jehú (841-813)
Atalía (841-835)	
Joás (835-796)	Joacaz (813-797)
Amasías (796-767)	Joás (797-782)
Azarías = Osías (767-739)	Jeroboán II (782-753)
	Zacarías (6 meses)
	Salún (1 mes)
	Menajén (752-741)
	Pecajías (741-740)
Yotán (739-734)	Pécaj (740-731)
Acaz (734-727)	Oseas (731-722)
Ezequías (727-698)	Asiria pone fin al reino de Israel (722)



Reino de Judá
Manasés (698-643)
Amón (643-640)
Josías (640-609)
Joacaz (609)
Joaquín (609-598)
Jeconías (598-597)
Sedecías (597-587)
Babilonia pone fin al reino de Judá (587)

1 REYES

Salomón sucede a David

(1 Cr 29,23-25)

1 1 El rey David ya era viejo, de edad avanzada; por más ropa que le echaban encima, no entraba en calor. 2 Los cortesanos le dijeron:

–Sería conveniente buscarle al rey, mi señor, muchacha soltera, que atienda y asista a su majestad; cuando duerma en sus brazos, su majestad entrará en calor.

3 Entonces fueron por todo el territorio israelita buscando una joven hermosa; encontraron a Abisag, de Sunán, y se la llevaron al rey. 4 Era muy hermosa; atendía al rey y lo cuidaba, pero el rey no se unió a ella.

5 Mientras tanto, Adonías, hijo de Jaguit, que ambicionaba el trono, se consiguió un carro de guerra, caballos y cincuenta hombres de escolta. 6 Su padre nunca lo había reprendido preguntándole por qué hacía eso. Además era muy apuesto y más joven que Absalón. 7 Se alió con Joab, hijo de Seruyá, y con el sacerdote Abiatar, que apoyaron su causa. 8 En cambio, el sacerdote Sadoc, Benayas, hijo de Yehoyadá, el profeta Natán, Semeí y sus compañeros y los guerreros de David no se unieron a Adonías.

9 Junto a Eben Zojélet, cerca de En-Roguel, Adonías sacrificó ovejas, toros y terneros cebados; convidó a todos sus hermanos, los hijos del rey, y a todos los funcionarios reales de Judá, 10 pero no convidó al profeta Natán, a Benayas, al cuerpo de los valientes de David ni a su hermano Salomón.

11 Natán dijo entonces a Betsabé, madre de Salomón:

–¿No has oído que Adonías, hijo de Jaguit, se ha proclamado rey sin que lo sepa David, nuestro señor? 12 Ahora bien, te voy a dar un consejo para que salgas con vida tú y tu hijo Salomón: 13 ve a presentarte al rey David y dile: Majestad, tú me juraste: Tu hijo Salomón me sucederá en el reino y se sentará en mi trono. Entonces, ¿por qué Adonías se ha proclamado rey? 14 Mientras estés tú allí hablando con el rey, entraré yo detrás de ti para confirmar tus palabras.

15 Betsabé se presentó al rey en su habitación privada. El rey estaba muy viejo y la sunamita Abisag lo cuidaba. 16 Betsabé se inclinó, postrándose ante el rey, y éste le preguntó:

–¿Qué quieres?

17 Betsabé respondió:

1,1-53 Salomón sucede a David. La sucesión de David es un momento delicado en la historia de la monarquía. El Señor ha prometido al hijo de Jesé que le construiría una casa, es decir, una dinastía estable; hasta ahora la sucesión ha sido una experiencia trágica: Amón, el primogénito, asesinado por su hermano Absalón; éste, muerto víctima de su ambición. ¿Qué va a suceder ahora que el rey está viejo y débil?

¿Gobierna realmente el rey? ¿Será capaz David de asegurarse un heredero que continúe su gran creación? ¿Cómo cumplirá el Señor su promesa?

Por orden de edad le correspondería la sucesión a Adonías (5), el cuarto de los hijos nacidos en Hebrón (cfr. 2 Sm 3,4), si bien la razón de edad no es decisiva en aquella monarquía. David hace tiempo que ha elegido a Salomón, el hijo de Betsabé y hasta se lo ha prometido con juramento a la madre. Probablemente ha descubierto en el joven una prudencia y habilidad por las que destaca entre los demás príncipes reales.

El juramento debió de ser privado, secreto compartido por Betsabé y Natán. Adonías, que siente amenazado su supuesto derecho de sucesión decide precipitar los acontecimientos, aprovechándose de la senilidad de su padre, para llegar al trono antes de que sea tarde. Se repite con variaciones la historia de Absalón.

El banquete que organiza Adonías (9s) lo llamaríamos una proclamación solemne de la candidatura, más que un comienzo formal de su reinado. Es lógico que no invitara a Salomón, no se le ocultaban las preferencias del anciano rey. Salomón era el verdadero rival, mientras que los otros hijos del rey parecen reconocer los derechos del mayor.

Natán interviene para aclarar la situacion. Esta vez no actúa obedeciendo a un oráculo de Dios, sino apoyado en un juramento de David. Natán excita el celo materno de Betsabé, la rivalidad con Jaguit y la asusta con un peligro de muerte para ella y su hijo (12). ¿Exagera otra vez el profeta? Natán tiene que mover a Betsabé a intervenir en el juego; basta que los argumentos impresionen a la mujer, no hace falta que sean rigurosamente exactos.

Lo que Betsabé descubre al entrar es un anciano atendido por una enfermera (15): el narrador nos co-

–¡Señor! Tú le juraste a tu servidora por
el Señor, tu Dios: Tu hijo Salomón me su-
cederá en el reino y se sentará en mi tro-
no. 18 Pero ahora resulta que Adonías se ha
proclamado rey sin que su majestad lo
sepa. 19 Ha sacrificado toros, terneros ce-
bados y ovejas en cantidad y ha convida-
do a todos los hijos del rey, al sacerdote
Abiatar y al general Joab, pero no ha con-
vidado a tu siervo Salomón. 20 ¡Majestad!
Todo Israel está pendiente de ti, esperando
que les anuncies quién va a suceder en el
trono al rey, mi señor. 21 De lo contrario
cuando mi señor el rey se vaya a descan-
sar con sus antepasados, yo y mi hijo Sa-
lomón correremos la suerte de los culpa-
bles.
22 Estaba todavía hablando con el rey,
cuando llegó el profeta Natán. 23 Avisaron
al rey:
–Está aquí el profeta Natán.
Natán se presentó al rey, se postró ante
él rostro en tierra, 24 y dijo:
–¡Majestad! Sin duda tú has dicho: Ado-
nías me sucederá en el reino y se sentará
en mi trono; 25 porque hoy ha ido a sacrifi-
car toros, terneros cebados y ovejas en
cantidad, y ha convidado a todos los hijos
del rey, a los generales y al sacerdote Abia-
tar, y ahí están, banqueteando con él, y le
aclaman: ¡Viva el rey Adonías! 26 Pero no ha
convidado a este servidor tuyo, ni al sacer-
dote Sadoc, ni a Benayas, hijo de Yehoya-
dá, ni a tu siervo Salomón. 27 Si esto se ha
hecho por orden de su majestad, ¿por qué
no habías comunicado a tus servidores
quién iba a sucederte en el trono?
28 El rey David dijo:
–Llámenme a Betsabé.
Ella se presentó al rey y se quedó de pie
ante él. 29 Entonces el rey juró:
30 –¡Por la vida de Dios, que me libró de
todo peligro! Te juro por el Señor, Dios de
Israel: Tu hijo Salomón me sucederá en el
reino y se sentará en mi trono. ¡Hoy mismo
daré cumplimiento a lo que te he jurado!
31 Betsabé se inclinó rostro en tierra ante
el rey, y dijo:
–¡Viva para siempre mi señor el rey Da-
vid!
32 El rey David ordenó:
–Llámenme al sacerdote Sadoc, al pro-
feta Natán y a Benayas, hijo de Yehoyadá.
Cuando se presentaron ante el rey,
33 éste les dijo:
–Tomen con ustedes a los ministros de
su señor. Monten a mi hijo Salomón en mi
propia mula. Bájenlo al Guijón. 34 Allí el sa-
cerdote Sadoc lo ungirá rey de Israel; to-
quen la trompeta y aclamen: ¡Viva el rey
Salomón! 35 Luego subirán detrás de él, y
cuando llegue se sentará en mi trono y me
sucederá en el reino, porque lo nombro jefe
de Israel y Judá.
36 Benayas, hijo de Yehoyadá, respondió
al rey:
–¡Amén! ¡Así lo haga el Señor, el Dios de
mi señor el rey! 37 ¡Que el Señor esté con
Salomón como lo ha estado con su majes-
tad! ¡Que haga su trono más glorioso que el
trono de su majestad!
38 Entonces, el sacerdote Sadoc, el pro-
feta Natán y Benayas, hijo de Yehoyadá, los
quereteos y los pelteos bajaron a Salomón
montado en la mula del rey David y lo con-
dujeron al Guijón. 39 El sacerdote Sadoc
tomó del santuario el cuerno de aceite y un-
gió a Salomón. Sonaron las trompetas y to-
dos aclamaron: ¡Viva el rey Salomón!
40 Luego subieron todos detrás de él al son
de flautas, y dando tantas señales de ale-
gría, que la tierra parecía estallar bajo sus
gritos.
41 Adonías y sus convidados lo oyeron
cuando acababan de comer. Joab oyó el
sonido de la trompeta y preguntó:
–¿Por qué está alborotada toda la ciu-
dad?

---

loca en el punto de vista del personaje. Betsabé pone ante los ojos de David la expectación del pueblo (20), quiere forzarlo a desempeñar su papel en la historia. La ambigüedad ha de concluir, el secreto se ha de hacer público.

Betsabé ha apelado al juramento (21): por él se ha ligado el rey al Señor, y cometería perjurio al no cumplirlo; además, debe actuar por respeto al pueblo, que quiere ver asegurada la sucesión con la autoridad y prestigio del rey, no sea que, al morir sin haber nombrado heredero, estalle la guerra civil.

David recobra al instante su lucidez y su energía (28-30). Con un nuevo juramento, que señala el plazo inmediato de la ejecución, refrenda el juramento precedente. Parece como si el narrador jugase con el nombre de Betsabé, que significa «Hija del juramento».

42 Todavía estaba hablando cuando apa-
reció Jonatán, hijo del sacerdote Abiatar.
Adonías dijo:
–Entra, que tú eres buena persona y
traerás buenas noticias.
43 Jonatán le respondió:
–Al contrario. Su majestad, el rey David,
ha nombrado rey a Salomón. 44 Ha manda-
do al sacerdote Sadoc, al profeta Natán, a
Benayas, hijo de Yehoyadá, y a los querete-
os y los pelteos que lleven a Salomón mon-
tado en la mula del rey; 45 y el sacerdote
Sadoc y el profeta Natán lo han ungido rey
en El Guijón. Desde allí han subido en plan
de fiesta; la ciudad está alborotada. Ése es
el griterío que ustedes han oído. 46 Y toda-
vía más, Salomón se ha sentado en el tro-
no real, 47 y los cortesanos han ido a felici-
tar a su majestad, el rey David: ¡Que tu
Dios haga a Salomón más famoso que tú y
su trono más glorioso que el tuyo! Y el rey,
desde el lecho, ha exclamado, haciendo
una inclinación: 48 ¡Bendito el Señor, Dios
de Israel, que hoy me concede ver a un hijo
mío sentado en mi trono!
49 Todos los convidados se aterrorizaron,
y levantándose de la mesa, se fue cada uno
por su lado.
50 Adonías tuvo miedo de Salomón y fue
a agarrarse a los salientes del altar. 51 Avi-
saron a Salomón:
–Adonías te tiene miedo y está agarrado
a los salientes del altar, pidiendo que le ju-
res hoy que no lo matarás.
52 Salomón dijo:
–Si se porta como un hombre de honor,
no caerá a tierra ni un pelo suyo. Pero si se
le sorprende en alguna falta, morirá.
53 El rey Salomón envió gente que lo ba-
jara del altar. Adonías se presentó al rey
Salomón, se postró ante él y el rey le dijo:
–Vete a casa.

Testamento de David

2 1 Estando ya próximo a su muerte,
David hizo estas recomendaciones a
su hijo Salomón:
2 –Yo emprendo el viaje de todos. ¡Áni-
mo, sé un hombre! 3 Guarda las consignas
del Señor, tu Dios, caminando por sus sen-
das, guardando sus preceptos, mandatos,
decretos y normas, como están escritos en
la Ley de Moisés; para que tengas éxito en
todas tus empresas, adondequiera que va-
yas; 4 para que el Señor cumpla la prome-
sa que me hizo: Si tus hijos saben compor-
tarse, procediendo sinceramente de
acuerdo conmigo, con todo el corazón y
con toda el alma, no te faltará un descen-
diente en el trono de Israel. 5 Ya sabes lo
que me hizo Joab, hijo de Seruyá: lo que
hizo a los dos generales israelitas, Abner,

2,1-46 Testamento de David – Salomón y sus enemigos. Los grandes caudillos de Israel acostumbraban a reunir a sus hijos antes de morir para declararles su última voluntad y pronunciar sobre ellos la bendición final. Recuérdese las bendiciones de Jacob (Gn 49) y de Moisés (Dt 33). Recuérdese el testamento de Josué (Jos 23–34) y de Samuel (1 Sm 12).

La escuela deuteronomista no sólo ha dado forma literaria al testamento de David, sino que ha dejado impresa en él la huella de su teología. Condiciona la permanencia de un sucesor sobre el trono de Israel al cumplimiento de los mandamientos y preceptos de la Ley de Moisés, mientras que la formulación en la profecía de Natán era expresamente incondicional (cfr. 2 Sm 7,14-16).

El cuerpo del testamento se ocupa de tres casos personales pendientes de solucion: Joab, Semeí, Barzilay (5-9). La lectura de estas líneas produce una impresión penosa; pero antes de juzgarlas, debemos esforzarnos por comprender las razones de David según la mentalidad de entonces.

La sangre pide venganza (justicia vindicativa) y se aplaca con la sangre del asesino; de lo contrario contamina la tierra y recae sobre el encargado de vengarla. Si David, al morir, no repara ese estado de injusticia, legará a su hijo una carga maldita. Esto dice el versículo 5, que ha sido mal entendido e interpretado, ya desde tiempos antiguos.

Para ambos casos David apela a la sabiduría de Salomón. Un rey sabio no puede dejar impune la injusticia y el crimen. Se oponen «ir en paz al otro mundo» e «ir manchado en sangre».

Para consolidar su posicion, Salomón se adelanta a eliminar enemigos presentes y potenciales, en parte cumpliendo el testamento de su padre, en parte vigilando a su rival. Esta primera etapa sangrienta de consolidación es el tema del presente capítulo. Que la continuidad dinástica y el reino del rey prudente se tengan que asegurar con un baño de sangre, es algo que el narrador ni disimula ni encuentra escandaloso.

Se trata de cuatro figuras insignes y representativas: Adonías por la casa real, Joab por el ejército, Abiatar por el sacerdocio, Semeí por la tribu de Saúl. Cada uno poderoso a su manera; unidos, capaces de derrumbar la casa del rey.

Luego comienza la gran tarea de consolidar la obra de David haciéndola progresar en los aspectos

hijo de Ner, y Amasá, hijo de Yéter; cómo
los asesinó vengando en plena paz sangre
vertida en la guerra, una sangre que man-
chó mi uniforme y mis sandalias. 6 Haz lo
que te dicte tu prudencia: no dejes que sus
canas vayan en paz al otro mundo. 7 En
cambio, perdona la vida a los hijos de Bar-
zilay, el galaadita. Cuéntalos entre tus co-
mensales, porque también ellos me aten-
dieron cuando yo huía de tu hermano
Absalón. 8 Tienes también a Semeí, hijo de
Guerá, benjaminita, de Bajurín. Me maldijo
cruelmente cuando me dirigía a Majnaym;
después bajó al Jordán a recibirme, y yo le
juré por el Señor que no lo mataría a espa-
da. 9 Pero ahora no lo dejes impune. Eres
inteligente y sabes lo que has de hacer con
él para que sus canas vayan al otro mundo
manchadas de sangre.
10 David fue a reunirse con sus antepa-
sados y lo enterraron en la Ciudad de Da-
vid. 11 Reinó en Israel cuarenta años: siete
en Hebrón y treinta y tres en Jerusalén.
12 Salomón le sucedió en el trono, y su rei-
no se consolidó.

Salomón y sus enemigos

13 Adonías, hijo de Jaguit, fue a ver a Bet-
sabé, madre de Salomón. Ella le preguntó:
–¿Vienes como amigo?
Respondió:
–Sí.
14 Y añadió:
–Tengo que decirte una cosa.
Betsabé contestó:
–Dila.
15 Entonces Adonías dijo:
–Tú sabes que la corona me correspon-
día a mí, y todo Israel esperaba verme rey;
pero la corona se me ha escapado y ha ido
a parar a mi hermano, porque el Señor se
la había destinado. 16 Ahora voy a pedirte
un favor, no me lo niegues.
Ella le dijo:
–Habla.
17 Adonías pidió:
–Por favor, dile al rey Salomón –espero
que no te lo niegue– que me dé por esposa
a la sunamita Abisag.
18 Betsabé contestó:
–Bien. Yo le hablaré al rey de tu asunto.
19 Betsabé fue al rey Salomón a hablarle
de Adonías. El rey se levantó para recibirla
y le hizo una inclinación; luego se sentó en
el trono, mandó poner un trono para su ma-
dre, y Betsabé se sentó a su derecha.
20 Betsabé le habló:
–Voy a pedirte un pequeño favor, no me
lo niegues.
El rey le contestó:
–Madre, pide, no te lo negaré.
21 Ella siguió:
–Dale a Abisag, la sunamita, como es-
posa a tu hermano Adonías.
22 Pero el rey Salomón respondió:
–¿Y por qué pides a la sunamita Abisag
para Adonías? ¡Podías pedir para él la co-
rona! Porque es mi hermano, mayor que
yo, y tiene de su parte al sacerdote Abiatar
y a Joab, hijo de Seruyá.
23 Luego juró por el Señor:
–¡Que Dios me castigue si, al pedir eso,
no ha atentado Adonías contra su propia
vida! 24 ¡Por el Señor, que me ha asentado
firmemente en el trono de mi padre, David,
y que me ha dado una dinastía como lo ha-
bía prometido, juro que hoy morirá Ado-
nías!
25 El rey dio una orden, y Benayas, hijo
de Yehoyadá, mató a Adonías.
26 Al sacerdote Abiatar el rey le dijo:
–Vete a Anatot, a tus tierras. Mereces la
muerte, pero hoy no voy a matarte, porque
llevaste el arca del Señor ante mi padre,
David, y lo acompañaste en sus tribulacio-
nes.
27 Así destituyó Salomón a Abiatar de su
cargo sacerdotal, cumpliendo la profecía
del Señor contra la familia de Elí, en Siló.

---

fundamentales de la vida ciudadana. Al reinado de signo militar de David sigue el reinado pacífico de Salomón en el que progresa la vida ciudadana: administración política, diplomacia y comercio exterior, arte y literatura, religión. Ésta será la gran contribución del nuevo rey. Su nombre lo ha predestinado para la tarea, su sabiduría le ayudará a realizarla.

La conclusión que se deduce es que nuestro texto ha sido redactado durante el destierro y constituye un llamamiento implícito a la conversión. Quiere hacer saber a la generación del destierro que la continuidad dinástica estaba subordinada al cumplimiento de las cláusulas de la alianza. O sea, el único camino para la restauración de la monarquía pasa por la conversión y la fidelidad a la Ley de Moisés.

28 La noticia llegó a oídos de Joab, y
como él se había pasado al partido de Ado-
nías, aunque no había sido de Absalón,
huyó a refugiarse en el santuario del Señor,
y se agarró a los salientes del altar. 29 Pero
cuando avisaron al rey Salomón que Joab
se había refugiado en el santuario del Señor
y que estaba junto al altar, Salomón le en-
vió este mensaje:
–¿Qué te pasa que te refugias junto al al-
tar?
Joab respondió:
–Tuve miedo y he buscado asilo junto al
Señor.
Entonces Salomón ordenó a Benayas,
hijo de Yehoyadá:
–¡Vete a matarlo!
30 Benayas entró en el santuario del Se-
ñor y dijo a Joab:
–El rey manda que salgas.
Joab contestó:
–No. Quiero morir aquí.
Benayas llevó al rey la respuesta de
Joab, 31 y el rey le ordenó:
–Haz lo que dice. Mátalo y entiérralo. Así
nos quitarás de encima a mí y a mi familia
la sangre inocente que vertió Joab. 32 ¡Que
el Señor haga recaer su sangre sobre su ca-
beza por haber matado a dos hombres más
honrados y mejores que él, asesinándolos
sin que lo supiera mi padre, David: Abner,
hijo de Ner, general israelita, y Amasá, hijo
de Yéter, general judío! 33 ¡Que la sangre de
estos hombres caiga sobre Joab y su des-
cendencia para siempre! ¡Y que la paz del
Señor esté siempre con David, con sus des-
cendientes, su casa y su trono!
34 Benayas, hijo de Yehoyadá, fue y ma-
tó a Joab; luego lo enterró en sus po-
sesiones, en la estepa. 35 El rey puso a Be-
nayas, hijo de Yehoyadá, al frente del
ejército, en sustitución de Joab; al sa-
cerdote Sadoc le dio el puesto de Abiatar.
36 El rey mandó llamar a Semeí, y le
dijo:
–Constrúyete una casa en Jerusalén y
quédate allí sin salir a ninguna parte. 37 El
día que salgas y cruces el torrente Cedrón,
ten por seguro que morirás sin remedio, y
tú serás responsable.
38 Semeí respondió:
–Está bien. Este servidor hará lo que or-
dene su majestad.
Semeí vivió en Jerusalén mucho tiempo.
39 Pero a los tres años se le escaparon dos
esclavos y se pasaron a Aquís, hijo de Maa-
cá, rey de Gat. Avisaron a Semeí:
–Tus esclavos están en Gat.
40 Entonces Semeí aparejó el burro y
marchó a Gat, donde estaba Aquís, en bus-
ca de los esclavos. Así que fue a Gat y se
los trajo de allí. 41 Pero comunicaron a Sa-
lomón que Semeí había ido a Gat y había
vuelto. 42 El rey lo mandó llamar, y le dijo:
–¿No te hice jurar por el Señor, advir-
tiéndote que el día que salieras y marcha-
ras a cualquier parte podías estar seguro de
que morirías sin remedio? Y tú me dijiste
que te parecía bien. 43 ¿Por qué no has
cumplido lo que juraste por el Señor y la or-
den que te di?
44 Luego añadió:
–Tú sabes todo el daño que hiciste a mi
padre David. ¡Que el Señor haga recaer tu
maldad sobre ti! 45 Pero, ¡bendito el rey Sa-
lomón, y el trono de David permanezca
ante el Señor por siempre!
46 Entonces el rey dio una orden a Be-
nayas, hijo de Yehoyadá, que se adelantó y
mató a Semeí. Así se consolidó el reino en
manos de Salomón.

Visión de Salomón
(2 Cr 1,7-12; Sab 9)

3 1 Salomón emparentó con el Faraón
de Egipto, casándose con una hija
suya. La llevó a la Ciudad de David mien-
tras terminaban las obras del palacio, del
templo y de la muralla en torno a Jerusa-
lén.
2 La gente seguía sacrificando en los lu-
gares altos de culto pagano, porque todavía
no se había construido el templo en honor
del Señor, 3 y aunque Salomón amaba al

3,1-15 Visión de Salomón. El biógrafo destaca en Salomón tres facetas: sabio (capítulos 3–5), constructor (capítulos 6–9), rico (capítulo 10). De las tres, la que se lleva la preeminencia es la sabiduría: «Dios concedió a Salomón una sabiduría e inteligencia extraordinarias y una mente abierta como las playas junto al mar. La sabiduría de Salomón superó a la de los sabios de Oriente y de Egipto» (5,9s).

La sabiduría de Salomón abarca todos los campos. Nuestro texto subraya su sabiduría como gobernante.

Señor, procediendo según las normas de su padre, David, sacrificaba y quemaba incienso en los lugares altos.

4 El rey fue a Gabaón a ofrecer allí sacrificios, porque allí estaba el santuario principal. En aquel altar ofreció Salomón mil holocaustos. 5 En Gabaón el Señor se apareció aquella noche en sueños a Salomón, y le dijo:

–Pídeme lo que quieras.

6 Salomón respondió:

–Tú le hiciste una gran promesa a tu siervo, mi padre, David, porque procedió de acuerdo contigo, con lealtad, justicia y rectitud de corazón, y le has cumplido esa gran promesa dándole un hijo que se siente en su trono: es lo que sucede hoy. 7 Y ahora, Señor, Dios mío, tú has hecho a tu siervo sucesor de mi padre, David; pero yo soy un muchacho que no sé valerme. 8 Tu siervo está en medio del pueblo que elegiste, un pueblo tan numeroso que no se puede contar ni calcular. 9 Enséñame a escuchar para que sepa gobernar a tu pueblo y discernir entre el bien y el mal; si no, ¿quién podrá gobernar a este pueblo tuyo tan grande?

10 Al Señor le pareció bien que Salomón pidiera aquello, 11 y le dijo:

–Por haber pedido esto, y no haber pedido una vida larga, ni haber pedido riquezas, ni haber pedido la vida de tus enemigos, sino inteligencia para acertar en el gobierno, 12 te daré lo que has pedido: una mente sabia y prudente, como no la hubo antes ni la habrá después de ti. 13 Y te daré también lo que no has pedido: riquezas y fama mayores que las de rey alguno. 14 Y si caminas por mis sendas, guardando mis preceptos y mandatos, como hizo tu padre, David, te daré larga vida.

15 Salomón despertó: había tenido un sueño. Entonces fue a Jerusalén, y de pie ante el arca de la alianza del Señor ofreció holocaustos y sacrificios de comunión y dio un banquete a toda la corte.

El juicio de Salomón

16 Por entonces acudieron al rey dos prostitutas; se presentaron ante él 17 y una de ellas dijo:

–Majestad, esta mujer y yo vivíamos en la misma casa; yo di a luz estando ella en la casa. 18 Y tres días después también esta mujer dio a luz. Estábamos juntas en casa, no había ningún extraño con nosotras, sólo nosotras dos. 19 Una noche murió el hijo de esta mujer, porque ella se recostó sobre él; 20 se levantó de noche y, mientras tu servidora dormía, tomó de mi lado a mi hijo y lo acostó junto a ella, y a su hijo muerto lo puso junto a mí. 21 Yo me incorporé por la mañana para dar el pecho a mi niño, y resulta que estaba muerto; me fijé bien y vi que no era el niño que yo había dado a luz.

22 Pero la otra mujer replicó:

–No. Mi hijo es el que está vivo, el tuyo es el muerto.

Y así discutían ante el rey.

23 Entonces habló el rey:

–Ésta dice: Mi hijo es éste, el que está vivo; el tuyo es el muerto. Y esta otra dice: No, tu hijo es el muerto, el mío es el que está vivo.

24 Y ordenó:

–Denme una espada.

Como prueba aduce el que ha venido a llamarse «juicio de Salomón» (3,16-28). La sabiduría de Salomón como gobernante se puso de manifiesto también en la reorganización administrativa interna del reino y en la planificación de la política exterior.

La sabiduría de Salomón se extendió asimismo a las letras y a las artes.

Lo que el texto acentúa con más fuerza es que toda esta sabiduría es un don de Dios. Le ha sido otorgada en el marco del santuario de Gabaón, como fruto de la oración, acompañada de sacrificios.

La mejor prueba de la sabiduría del rey de Jerusalén es su misma oración. Es una oración sabia e inteligente; por eso agradó al Señor. Salomón no se dejo llevar del egoísmo en su plegaria sino que pidió a Dios buen criterio para juzgar, para saber discernir entre el bien y el mal: en una palabra, pidió acierto en el arte de gobernar.

La respuesta de Dios habla de la largueza con que el Señor otorga sus bienes. Podríamos evocar a este propósito la «medida buena, apretada, sacudida y colmada» de que habla el Evangelio (Lc 6,38). Juntamente con la sabiduría Dios otorgó a Salomón inmensas riquezas: «El rey Salomón sobrepujó a todos los reyes de la tierra en riqueza y sabiduría» (cfr. 10,14-29).

3,16-28 El juicio de Salomón. El arte de gobernar se realizaba en gran parte en el arte de juzgar (16-28). Un ejemplo de ello es la presente narración, contada con cierto gusto popular, con viveza de detalles, sin temor a repeticiones. Se supone que las dos rameras

Le presentaron la espada, 25 y dijo:
–Partan en dos al niño vivo; denle una
mitad a una y otra mitad a la otra.
26 Entonces a la madre del niño vivo se
le conmovieron las entrañas por su hijo y
suplicó:
–¡Majestad, dale a ella el niño vivo, no lo
mates!
Mientras que la otra decía:
–Ni para ti ni para mí. Que lo dividan.
27 Entonces el rey sentenció:
–Denle a ésa el niño vivo, no lo maten.
¡Ésa es su madre!
28 Todo Israel se enteró de la sentencia
que había pronunciado el rey, y respetaron
al rey, viendo que poseía una sabiduría so-
brehumana para administrar justicia.

Administración del reino
(2 Sm 20,23-26; 2 Cr 9,25s)

4 1 El rey Salomón reinó sobre todo Is-
rael.
2 Lista de los miembros de su Gobierno:
Azarías, hijo de Sadoc, sumo sacerdote;
3 Elijóref y Ajías, hijos de Sisá, secretarios;
Josafat, hijo de Ajilud, cronista; 4 Benayas,
hijo de Yehoyadá, jefe del Ejército; 5 Azarí-
as, hijo de Natán, ministro del Interior; Za-
bud, hijo de Natán, del consejo privado del
rey; 6 Ajisar, mayordomo de palacio; Ado-
nirán, hijo de Abdá, encargado de las bri-
gadas de trabajadores.
7 Salomón tenía doce gobernadores en
todo Israel, ellos abastecían al rey y a su
casa, un mes al año cada uno. 8 Sus nom-
bres eran éstos: El hijo de Jur, en la serra-
nía de Efraín. 9 El hijo de Déquer, en Macás,
Salbín, Bet-Semes y Ayalón, hasta Bet-Ja-
nán. 10 El hijo de Jésed, en Arubbot; entra-
ban en su jurisdicción Sokó y la región de
Jéfer. 11 El hijo de Abinadab, casado con
Tafat, hija de Salomón, en todo el distrito de
Dor. 12 Baaná, hijo de Ajilud, en Taanac y
Meguido, hasta más allá de Yocneán; todo
Beisán, al lado de Yezrael, desde Beisán
hasta Abel Mejolá, junto a Sartán. 13 El hijo
de Guéber, en Ramot de Galaad; entraban
en su jurisdicción las villas de Yaír, hijo de
Manasés, en Galaad, y la región de Argob,
en Basán; sesenta grandes ciudades amu-
ralladas, con cerrojos de bronce. 14 Ajina-
dab, hijo de Idó, en Majnaym. 15 Ajimás, en
Neftalí; también éste se casó con una hija
de Salomón, con Bosmat. 16 Baaná, hijo de
Jusay, en Aser y Baalot. 17 Josafat, hijo de
Faruj, en Isacar. 18 Semeí, hijo de Elá, en
Benjamín. 19 Guéber, hijo de Urí, en la re-
gión de Gad, la región de Sijón, rey amo-
rreo, y de Og, rey de Basán. Había también
un gobernador en la región de Judá. 20 Is-
raelitas y judíos eran numerosos, como la
arena de la playa. Tenían qué comer y qué
beber y podían descansar.

Riqueza y sabiduría
(2 Cr 2,3-16)

5 1 Salomón tenía poder sobre todos los
reinos, desde el Éufrates hasta la re-
gión filistea y la frontera de Egipto. Mien-
tras vivió le pagaron tributo y fueron sus
vasallos.
2 Los víveres que recibía diariamente
eran treinta barriles de harina de la mejor
calidad, sesenta de harina común, 3 diez
bueyes cebados, veinte toros y cien ovejas,
aparte de los ciervos, gacelas, corzos y las

---

no se van a esmerar en la veracidad, y la sagacidad del juez se revelará en descubrir quién de las dos dice la verdad. El juez auténtico conoce el corazón, que se encubre con falsas palabras y se descubre y traiciona ante los hechos (cfr. Prov 25,2).

4,1-20 Administración del reino. A medida que se centraliza el gobierno, crece el aparato administrativo. Saúl fue todavía un jefe carismático. David comenzó la división de funciones y cargos estables. Salomón completa la tarea, aleccionado probablemente por la práctica de Egipto.

No todos los cargos se pueden describir con suficiente exactitud; además, el texto hebreo presenta algunas incoherencias que se han de corregir con ayuda de la versión griega o de la lista correspondiente de las Crónicas. Aunque los cargos, en rigor, no sean hereditarios, el rey parece preferir cierta continuidad de las familias.

En otros tiempos Israel era una confederación algo floja de doce tribus, con distinción étnica y, más tarde, también territorial; Salomón recoge el esquema antiguo, respetando en parte el carácter de las tribus y estableciendo nuevas fronteras.

En la división territorial, una serie de ciudades cananeas aparecen plenamente incorporadas a Israel. Los gobernadores tenían que proveer no sólo para los gastos administrativos, sino para todas las construcciones de la capital y la vida opulenta del soberano: muy pronto serán agentes del descontento general.

5,1-14 Riqueza y sabiduría. En dos series, estos versos exaltan las riquezas y sabiduría extraordinaria del rey Salomón. El orden de los versos es algo anor-

aves de corral. 4 Porque su poder se exten-
día al otro lado del Éufrates, desde Tapsaco
hasta Gaza, sobre todos los reyes del otro
lado del río, y había paz en todas sus fron-
teras. 5 Mientras vivió Salomón, Judá e Is-
rael vivieron tranquilos, cada cual bajo su
parra y su higuera, desde Dan hasta Ber-
seba.

6 Salomón tenía establos para cuatro mil
caballos de tiro y doce mil de montar. 7 Los
gobernadores mencionados, cada uno en el
mes que le correspondía, abastecían al rey
Salomón y a los que eran recibidos en su
mesa, sin dejar faltar nada. 8 También su-
ministraban cebada y paja para los caba-
llos de los carros y de montar, cada gober-
nador desde su puesto, cuando le tocaba.

9 Dios concedió a Salomón una sabi-
duría e inteligencia extraordinarias y una
mente abierta como las playas junto al mar.
10 La sabiduría de Salomón superó a la de
los sabios de Oriente y de Egipto. 11 Fue
más sabio que ninguno, más que Etán, el
ezrajita, más que los rapsodas Hemán, Cal-
col y Dardá, hijos de Majol. Y se hizo famo-
so en todos los países vecinos. 12 Compuso
tres mil proverbios y mil cinco canciones.
13 Disertó sobre botánica, desde el cedro
del Líbano hasta el hisopo que crece en la
pared. Disertó también sobre cuadrúpedos
y aves, reptiles y peces. 14 De todas las na-
ciones venían a escuchar al sabio Salomón,
de todos los reinos del mundo que oían ha-
blar de su sabiduría.

Alianza con Jirán de Tiro
(2 Cr 2,3-16)

15 Cuando Jirán, rey de Tiro, se enteró
de que Salomón había sucedido a su padre
en el trono, le mandó una embajada, por-
que Jirán había sido siempre aliado de Da-
vid. 16 Salomón le contestó:

17 –Tú sabes que mi padre, David, no
pudo construir un templo en honor del Se-
ñor, su Dios, debido a las guerras en que se
vio envuelto, mientras el Señor iba ponien-
do a sus enemigos bajo sus pies. 18 Ahora el
Señor, mi Dios, me ha dado paz en todo el
territorio: no tengo adversarios ni proble-
mas graves. 19 He pensado construir un
templo en honor del Señor, mi Dios, como
dijo el Señor a mi padre, David: Tu hijo, al
que haré sucesor tuyo en el trono, será
quien construya un templo en mi honor.
20 Ahora, manda que me corten cedros del
Líbano. Mis esclavos irán con los tuyos; te
pagaré el jornal que determines para tus es-
clavos, ya sabes que nosotros no tenemos
taladores tan expertos como los fenicios.

21 Al oír Jirán la petición de Salomón se
llenó de alegría, y exclamó:

–¡Bendito sea hoy el Señor, que ha dado
a David un hijo sabio al frente de tan gran
nación!

22 Luego despachó esta respuesta para
Salomón:

–He oído tu petición. Cumpliré tus de-
seos, enviando madera de cedro y de abe-
to; 23 mis esclavos bajarán los troncos del

---

mal, y la version griega ofrece el siguiente orden: 7-8.2-4.9-14 (omite 5-6).

En la primera serie (1-8) nos llama la atención un contraste: la paz exterior e interior que permite a los ciudadanos una vida sencilla y apacible y por otra el fasto real alimentado de tributos externos e internos. El narrador no parece sentir el contraste, antes bien se goza enumerando. Puede reflejar una primera impresión de orgullo en el pueblo al conocer la riqueza y prestigio de su rey, «más que los demás»; pero este sentimiento cambiará pronto. Es verdad que bajo Salomón subió el nivel de vida en Israel, pero también comenzaron de modo alarmante diferencias sociales irritantes.

La sección de los versículos 9-14 obedece al deseo de acumular aspectos de cultivo de la sabiduría. Importa menos que algunos datos sean pura leyenda o estén teñidos de tonos legendarios; difícilmente se puede negar que con Salomón comienza oficialmente en Israel una nueva corriente intelectual, que va a convivir con la profética, completando con su humanismo la revelación. Salomón no inventó esta sabiduría: era patrimonio universal siglos antes de que existiera la monarquía israelita (Egipto y Mesopotamia, por ejemplo). Bajo Salomón comienza a circular en Israel una corriente de intercambios culturales. La misma tradición que ha hecho a David el iniciador del canto litúrgico, hace ahora a Salomón padre espiritual de gran parte de la literatura sapiencial.

5,15-32 Alianza con Jirán de Tiro. Esta sección coloca los preparativos para edificar el templo en el contexto de la política y comercio internacionaies; o bien, subordina éstos a la gran tarea de construir el templo. Los fenicios o sidonios fueron un pueblo pacífico y comerciante, más ciudadano del mar que de la tierra firme, con un territorio rico en árboles y pobre en sembrados. Para su comercio era muy útil contar con un estado firme y poderoso en Palestina; por eso el rey de Tiro se entiende bien con el rey David y procura renovar la amistad con el sucesor.

Líbano al mar; los remolcarán por mar en
balsas, hasta donde tú nos digas, allí des-
haremos las balsas y tú los subes. Por tu
parte, cumple mis deseos abasteciendo mi
palacio.

24 Jirán dio a Salomón toda la madera
de cedro y de abeto que él necesitó, 25 y
Salomón dio a Jirán veinte mil barriles de
trigo para la manutención de su palacio,
más veinte mil cántaros de aceite virgen.
Era lo que Salomón mandaba a Jirán
anualmente. 26 El Señor, según su promesa,
concedió sabiduría a Salomón. Jirán y Sa-
lomón firmaron un tratado de paz.

27 El rey Salomón reclutó trabajadores
en todo Israel: salieron treinta mil hombres.
28 Los mandó al Líbano por turnos, diez mil
cada mes: un mes en el Líbano y dos en
casa. Adonirán estaba al frente de los tra-
bajadores. 29 Salomón tenía también seten-
ta mil cargadores y ochenta mil canteros en
la montaña, 30 aparte de los capataces de
las obras, en número de tres mil trescien-
tos, que mandaban a los obreros. 31 El rey
ordenó extraer grandes bloques de piedra
de calidad para hacer los cimientos del
templo con piedras talladas. 32 Los obreros
de Salomón, los de Jirán y los de Biblos la-
braban la piedra y preparaban la madera y
la piedra para construir el templo.

Construcción del templo
(2 Cr 3s)

6 1 El año cuatrocientos ochenta de la
salida de Egipto, el año cuarto del rei-
nado de Salomón en Israel, en el mes se-
gundo, Salomón empezó a construir el tem-
plo del Señor.

2 El templo del Señor construido por Sa-
lomón medía treinta metros de largo, diez
de ancho y quince de alto. 3 El vestíbulo
ante la nave del templo ocupaba diez me-
tros a lo ancho del edificio y cinco en pro-
fundidad. 4 En el templo hizo ventanales
con marcos y enrejados. 5 Y todo alrededor,
adosado a los muros del templo, construyó
un anexo, rodeando la nave y el santuario
con pisos: 6 el piso bajo medía dos metros
y medio de ancho; el piso intermedio, tres
metros de ancho; el tercero, tres metros y
medio de ancho; porque había hecho alre-
dedor del templo, por fuera, unas cornisas,
para no tener que empotrar las vigas en los
muros del templo. 7 El templo se construyó
con piedra labrada ya en la cantera; así du-
rante las obras no se oyeron en el templo
martillos, hachas ni herramientas. 8 La en-
trada del piso bajo estaba en la fachada sur
del templo, y por escaleras de caracol se
subía al piso segundo, y de éste al tercero.

9 Salomón remató la construcción del
templo recubriéndolo con un artesonado de
cedro. 10 Hizo una galería adosada a todo el
edificio, de dos metros y medio de altura,
unida al templo por vigas de cedro.

11 El Señor habló a Salomón:

12 –Por este templo que estás constru-
yendo, si caminas según mis mandatos,
pones en práctica mis decretos y cumples
todos mis preceptos, caminando conforme
a ellos, yo te cumpliré la promesa que hice
a tu padre, David: 13 habitaré entre los is-
raelitas y no abandonaré a mi pueblo Israel.

14 Cuando Salomón acabó la construc-
ción del templo, 15 revistió los muros inte-
riores con madera de cedro, desde el suelo
hasta el techo; 16 revistió de madera todo el
interior; el suelo lo cubrió con tablas de
abeto; los diez metros del fondo los recu-

Según la teología oficial, la construcción del templo depende totalmente de la aprobación de Dios. Más aún, se decía en Babilonia y lo recoge la Biblia (cfr. Éx 25,40), que Dios mismo revela el modelo, imagen de la estructura celeste. Aquí el narrador se contenta con una referencia a 2 Sm 7.

La carta de Salomón, tal como la presenta el autor (17-20), es una bella lección de teología para justificar la compra de madera de cedro. Es verdad que aquella madera fue apreciadísima en la antigüedad: hasta los reyes de Mesopotamia viajaban para robarla o comprarla; los gigantescos cedros, más viejos que muchas generaciones humanas, se podían considerar como plantados por Dios mismo (cfr. Sal 104,16).

A la lectura de la carta reacciona Jirán (21-23) con una bien ensayada acción de gracias al Dios de Israel, en la que entra una solícita alabanza del rey Salomón y de su pueblo. El narrador se complace en este homenaje extranjero.

6,1-38 Construcción del templo. Este capítulo comienza solemnemente, señalando con toda precisión la fecha. Para el autor que escribe estas líneas, la construcción del templo inaugura una nueva etapa en la historia de Israel, al mismo tiempo que cierra la gran etapa de la peregrinación, desde Egipto hasta el descanso en la tierra prometida. El Dios peregrino, que acompañó a su pueblo peregrino, se hace ahora Dios urbano, tomando residencia entre su pueblo.

brió con tablas de cedro, desde el suelo
hasta las vigas del techo, y lo destinó a ca-
marín o santísimo.

17 El templo, es decir, la nave delante del
camarín, medía veinte metros. 18 El cedro
del interior del templo llevaba bajorrelieves
de guirnaldas con frutos y flores; todo era
de cedro, no se veían las piedras talladas.
19 El camarín, en el fondo del templo, lo
destinó para colocar allí el arca de la alian-
za del Señor. 20 El camarín medía diez me-
tros de largo, diez de ancho y diez de alto;
lo revistió de oro puro. 21 Hizo un altar de
cedro ante el camarín y lo revistió de oro.
22 Revistió de oro todo el templo, hasta el
último hueco. 23 Para el camarín talló dos
querubines en madera de olivo: medían
cinco metros de altura. 24 Las alas del pri-
mero medían dos metros y medio cada
una, en total cinco metros de envergadura;
25 el otro querubín medía también cinco
metros. Así que los querubines tenían las
mismas dimensiones y la misma forma;
26 los dos medían cinco metros de altura.

27 Salomón los colocó en medio del re-
cinto interior, con las alas extendidas, de
forma que sus alas exteriores llegaban a los
dos muros, mientras que las alas interiores
se tocaban una a otra en el centro del re-
cinto. 28 Y revistió de oro los querubines.

29 Sobre los muros del templo, en el ca-
marín y en la nave, todo alrededor, esculpió
bajorrelieves de querubines, palmas y guir-
naldas de flores. 30 El pavimento del tem-
plo, tanto el del camarín como el de la
nave, lo revistió de oro. 31 Para la entrada
del camarín hizo las puertas de madera de
olivo, el dintel y los postes tenían forma
pentagonal. 32 Sobre las puertas de madera
de olivo labró figuras de querubines, pal-
mas y guirnaldas de flores, y los recubrió
de oro, revistiendo con panes de oro el re-
lieve de los querubines y las palmas. 33 Para
la entrada de la nave hizo un marco de ma-
dera de olivo, de forma cuadrangular, 34 y
dos puertas en madera de abeto, cada una
con dos hojas giratorias; 35 sobre ellas es-
culpió querubines, palmas y guirnaldas de
flores, y los recubrió de oro, bien aplicado a
los relieves. 36 Construyó un patio interior
con tres hileras de piedras talladas y una de
vigas de cedro.

37 El año cuarto, en el mes de mayo,
echó los cimientos del templo, 38 y en el
año once, en el mes de noviembre, o sea el
mes octavo, terminó todos los detalles, se-
gún el proyecto. Lo construyó en siete
años.

Construcción del palacio

7 1 En cuanto a su palacio, Salomón
empleó trece años en terminarlo.
2 Construyó el salón llamado Bosque del Lí-
bano: medía cincuenta metros de largo,
veinticinco de ancho y quince de alto, con
tres series de columnas de cedro, que sos-
tenían vigas de cedro. 3 Sobre las vigas que
iban encima de las columnas –cuarenta y
cinco columnas en total, quince en cada
serie– puso un revestimiento de cedro.
4 Había tres series de ventanas con enreja-
dos, unas frente a otras, de tres en tres.
5 Todas las puertas y ventanas tenían un
marco rectangular, unas frente a otras, de
tres en tres. 6 Construyó el Pórtico de las
Columnas, de veinticinco metros de largo
por quince de ancho, y delante de él otro
pórtico con columnas y un alero sobre la
fachada. 7 Hizo el Salón del Trono o Au-
diencia, donde administraba justicia; lo re-
cubrió con madera de cedro, desde el piso
hasta el techo. 8 Su residencia personal, en
otro atrio dentro del pórtico, era de un esti-
lo parecido. Hizo también otro palacio pa-
recido al pórtico, para la hija del Faraón,
con la que se había casado. 9 Desde los ci-
mientos hasta la cornisa todo estaba hecho

En cuanto a nosotros, si consideramos que aquel habitar del Señor en el templo entre los suyos era el preludio de su habitación en Cristo entre los hombres, sabremos leer estas páginas a la vez con respeto y con libertad.

Como el novio del Cantar describe el cuerpo amado y sus joyas, así nuestro narrador se complace en describir la forma, las proporciones y la ornamentación del templo amado.

El oraculo (11-13) anuncia que el Señor acepta el templo y explica su sentido. Pero a la luz de los acontecimientos del año 586 (destrucción del templo y destierro del pueblo), la promesa resulta condicionada.

7,1-12 Construcción del palacio. La descripción del palacio es menos precisa, sólo se detiene en los edificios accesibles al público donde el rey impartía justicia. Hay que recordar que el rey era la suprema instancia, y que juzgar era una de sus principales actividades (7).

con piedras seleccionadas, talladas a es-
cuadra, cortadas con la sierra tanto la cara
interna como la externa. 10 Los cimientos
eran de grandes bloques de piedra de cali-
dad, de cinco por cuatro metros. 11 Sobre
los cimientos, había piedras seleccionadas,
labradas a escuadra y madera de cedro.
12 El gran patio tenía tres hileras de piedras
talladas y una de vigas de cedro, lo mismo
que el patio interior del templo y el vestíbu-
lo del palacio.

Trabajos para el templo

13 El rey Salomón mandó a buscar a Ji-
rán de Tiro. 14 Este Jirán era hijo de una
viuda de la tribu de Neftalí y de padre feni-
cio. Trabajaba el bronce, era un artesano
muy experto y hábil para cualquier trabajo
en bronce. Se presentó al rey Salomón y
ejecutó todos sus encargos.
15 Hizo dos columnas de bronce de nue-
ve metros de alto y seis de perímetro cada
una, medidos a cordel. 16 Para rematarlas
hizo dos capiteles de bronce fundido, de
dos metros y medio de alto cada uno. 17 Y
para adornar los capiteles hizo dos trenza-
dos en forma de cadena, uno para cada ca-
pitel. 18 Luego hizo las granadas: dos series
rodeando cada trenzado, para cubrir el ca-
pitel que remataba cada columna 19b –cua-
trocientas granadas en total, 20 doscientas
en torno a cada capitel–, puestas encima,
junto a la moldura que seguía el trenzado.
19a Los capiteles de las columnas tenían to-
dos forma de azucena. 21 Erigió las colum-
nas en el pórtico del templo. Cuando le-
vantó la columna de la derecha la llamó
Firme; luego la de la izquierda, y la llamó
Fuerte. 22 Así terminó el encargo de las co-
lumnas.
23 Hizo también un depósito de metal
fundido para el agua: medía cinco metros
de diámetro; era todo redondo, de dos me-
tros y medio de alto y quince de perímetro,
medidos a cordel. 24 Por debajo del borde,
todo alrededor, daban la vuelta al depósito
dos series de motivos vegetales, con veinte
frutas en cada metro, fundidas con el depó-
sito en una sola pieza. 25 El depósito des-
cansaba sobre doce toros, que miraban tres
al norte, tres al oeste, tres al sur y tres a
este; tenían las patas traseras hacia dentro.
Encima de ellos iba el depósito. 26 Su espe-
sor era de ocho centímetros, y su borde
como el de un cáliz de azucena. Su capaci-
dad era de unos ochenta mil litros.

27 También fabricó diez bases de bronce,
de dos metros de largo por dos de ancho y
uno y medio de alto cada una, 28 hechas de
esta forma: iban revestidas con paneles en-
marcados en una estructura metálica; 29 so-
bre esos paneles había leones, toros y que-
rubines, y sobre el marco, por encima y por
debajo de los leones y los toros, iban guir-
naldas colgantes. 30 Cada base tenía cuatro
ruedas de bronce, con ejes también de
bronce; las patas remataban arriba en unos
soportes de metal fundido sobre los que iba
el recipiente de agua, rebasando las guir-
naldas. 31 Dentro de las bases se abría una
embocadura, y medio metro más abajo,
una embocadura redonda, de setenta y cin-
co centímetros de diámetro, y por debajo,
la embocadura de los paneles, con bajorre-
lieves, cuadrada, no redonda. 32 Las cuatro
ruedas estaban bajo los paneles y los ejes
de las ruedas estaban fijos al soporte; cada
rueda medía setenta y cinco centímetros de
diámetro, 33 y eran como las ruedas de un
carro: los ejes, las llantas, los radios, el
cubo, todo era de fundición. 34 Había cuatro
refuerzos en los cuatro ángulos de cada
base formando un solo cuerpo con la mis-
ma. 35 La parte superior de la base remata-
ba en una pieza circular de setenta y cinco
centímetros de altura, formando una mis-
ma pieza con el armazón y los paneles.
36 Sobre las planchas del armazón y los pa-
neles, según el espacio disponible, grabó
querubines, leones y palmas, con guirnal-
das alrededor. 37 Así hizo las diez bases de

7,13-51 Trabajos para el templo. Se mencionan dos columnas exentas erigidas ante el santuario (15-22). Su función era simbólica, pero no sabemos exactamente lo que simbolizan, si las columnas de fuego y nube del desierto, o la presencia de Dios y del rey, o bien las columnas cósmicas del cielo y de la tierra. Tampoco conocemos el sentido de sus nombres, lo cual ha dado origen a múltiples interpretaciones. La traducción ofrecida respeta las raíces de los dos nombres, sin más pretensiones.

Este depósito a que se hace alusión (23-26) se llama en hebreo «El Mar», lo cual podría indicar un significado cósmico, el oceano rebelde y domeñado. La descripcion de los palanganeros (27-39) es técnica y

metal fundido, con el mismo molde, las
mismas medidas y el mismo diseño para
todas. 38 Luego hizo diez recipientes de
bronce, uno por cada base, con una capa-
cidad de ciento sesenta litros cada uno.
39 Puso cinco bases en la parte sur del tem-
plo y cinco en la parte norte; el depósito lo
puso en la parte sur del templo.

40 Jirán hizo también las ollas, las palas
y los aspersorios. Así ultimó todos los en-
cargos de Salomón para el templo del Se-
ñor: 41 las dos columnas, las dos esferas de
los capiteles que remataban las columnas,
las dos guirnaldas para cubrir esas esferas,
42 las cuatrocientas granadas para las dos
guirnaldas –dos series de granadas en cada
guirnalda–, 43 las diez bases y los diez reci-
pientes que iban sobre ellas, 44 el depósito
sobre los doce toros, 45 las ollas, las palas y
los aspersorios. Todos los utensilios que Ji-
rán hizo al rey Salomón para el templo eran
de bronce bruñido. 46 Los fundió en el valle
del Jordán, junto al vado de Adamá, entre
Sucot y Sartán. 47 Salomón colocó todos
esos objetos. Eran tantos, que no se com-
probó el peso del bronce.

48 También hizo Salomón todos los de-
más utensilios del templo: el altar de oro, la
mesa de oro sobre la que se ponían los pa-
nes presentados, 49 los candelabros de oro
puro, cinco a la derecha y cinco a la iz-
quierda del camarín, con sus cálices, lám-
paras y tenazas de oro, 50 las palanganas,
cuchillos, aspersorios, bandejas, incensa-
rios de oro puro y los goznes de oro para las
puertas del camarín y de la nave.

51 Cuando se terminaron todos los en-
cargos del rey para el templo, Salomón
hizo traer las ofrendas de su padre, David:
plata, oro y vasos, y las depositó en el te-
soro del templo.

Dedicación del templo
(2 Sm 7; 2 Cr 5s)

8 1 Entonces Salomón convocó a pala-
cio, en Jerusalén, a los ancianos de
Israel, a los jefes de tribu y a los cabezas de
familia de los israelitas para trasladar el
arca de la alianza del Señor desde la Ciu-
dad de David –o sea, Sión–. 2 Todos los is-
raelitas se congregaron en torno al rey Sa-
lomón en el mes de octubre, el mes
séptimo, en la fiesta de las Chozas. 3 Cuan-
do llegaron todos los ancianos a Israel, los
sacerdotes cargaron con el arca del Señor,
4 y los sacerdotes levitas llevaron la tienda
del encuentro, más los utensilios del culto
que había en la tienda.

5 El rey Salomón, acompañado de toda
la asamblea de Israel reunida con él ante el
arca, sacrificaba una cantidad incalculable
de ovejas y bueyes.

6 Los sacerdotes llevaron el arca de la
alianza del Señor a su sitio, al camarín del
templo –al Santo de los santos–, bajo las
alas de los querubines, 7 porque los queru-
bines extendían las alas sobre el sitio del

---

complicada, y contiene muchos detalles que no entendemos. Sus proporciones son enormes; aún sobre ruedas, se moverían con dificultad.

8,1-66 Dedicación del templo. El nombre de Salomón va asociado a la construcción y a la inauguración del templo de Jerusalén, que marca una fecha clave en la historia bíblica (cfr. 6,1).

En el templo encontró morada y reposo definitivo el Arca de la alianza. Peregrina con el pueblo durante los años del desierto, al entrar en la tierra prometida el Arca fue instalada sucesivamente en Guilgal, en Siquén y en Siló. Desde aquí fue llevada al frente de batalla, donde cayó en manos de los filisteos, que la tuvieron bajo su control hasta los días de David, que la trasladó a Jerusalén. Aquí fue instalada, primero en casa de Obededón, luego en la tienda y hoy finalmente la vemos tomar posesión definitiva del templo.

Si se exceptúan las salidas que tenían lugar con motivo de las procesiones litúrgicas (cfr. Sal 132), el Arca, mejor dicho, la gloria de Dios, ya no abandonará el santuario hasta el 587, en que, destruida la ciudad y el templo, el Señor se exilia con los desterrados camino de Babilonia (cfr. Ez 11,22-24). El mismo Ezequiel (cfr. Ez 43,1-12) describe el retorno de la gloria o presencia divina a su morada de Jerusalén.

La nube como representación de la presencia del Señor en medio de su pueblo es un tema clásico (cfr. Éx 40,34s). En este contexto se encuadra la expresión de Lc 1,35: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra», que parece inspirarse en la teología de la nube como símbolo de la presencia de Dios y de su poder fecundante. Es también Lucas el que habla de la nube que ocultó a Jesús en su ascensión al cielo, para indicarnos no su ausencia, sino su cambio de presencia entre nosotros (cfr. Hch 1,9).

En realidad, la imagen de la nube, que podría tener su origen en la cortina de incienso que llenaba el santuario durante las celebraciones litúrgicas, era muy apta para plasmar la presencia divina, trascendente e inmanente al mismo tiempo.

arca y cubrían el arca y las andas por enci-
ma. 8a Las andas eran lo bastante largas
como para que se viera el remate desde la
nave, delante del camarín, pero no desde
fuera. 9 En el arca sólo estaban las dos ta-
blas de piedra que colocó allí Moisés en el
Horeb, cuando el Señor pactó con los is-
raelitas, al salir de Egipto, 8b y allí se con-
servan actualmente.
10 Cuando los sacerdotes salieron del
Lugar Santo, la nube llenó el templo, 11 de
forma que los sacerdotes no podían seguir
oficiando a causa de la nube, porque la glo-
ria del Señor llenaba el templo.
12 Entonces Salomón dijo:
–El Señor puso el sol en el cielo, el Se-
ñor quiere habitar en las tinieblas, 13 y yo te
he construido un palacio, un sitio donde vi-
vas para siempre.
14 Luego se volvió y bendijo a toda la
asamblea de Israel mientras ésta permane-
cía de pie 15 y dijo:
–¡Bendito sea el Señor, Dios de Israel!
Que ha cumplido con su mano lo que su
boca había anunciado a mi padre David
cuando le dijo: 16 Desde el día que saqué de
Egipto a mi pueblo, Israel, no elegí ninguna
ciudad de las tribus de Israel para hacerme
un templo donde residiera mi Nombre, sino
que elegí a David para que estuviese al
frente de mi pueblo, Israel. 17 Mi padre, Da-
vid, pensó edificar un templo en honor del
Señor, Dios de Israel, 18 y el Señor le dijo:
Ese proyecto que tienes de construir un
templo en mi honor haces bien en tenerlo;
19 sólo que tú no construirás ese templo,
sino que un hijo de tus entrañas será quien
construya ese templo en mi honor. 20 El Se-
ñor ha cumplido la promesa que hizo: yo he
sucedido en el trono de Israel a mi padre,
David, como lo prometió el Señor, y he
construido este templo en honor del Señor,
Dios de Israel. 21 Y en él he fijado un sitio
para el arca, donde se conserva la alianza
que el Señor pactó con nuestros padres
cuando los sacó de Egipto.
22 Salomón, de pie ante el altar del Se-
ñor, en presencia de toda la asamblea de Is-
rael, extendió las manos al cielo 23 y dijo:
–¡Señor, Dios de Israel! Ni arriba en el
cielo ni abajo en la tierra hay un Dios como
tú, que mantienes la Alianza y eres fiel con
tus servidores, cuando caminan delante de
ti de todo corazón como tú quieres. 24 Tú
has cumplido, a favor de mi padre David, la
promesa que le habías hecho, y hoy mismo
has realizado con tu mano lo que había di-
cho tu boca. 25 Ahora Señor, Dios de Israel,
mantén en favor de tu servidor, mi padre,
David, la promesa que le hiciste: No te fal-
tará un descendiente que esté sentado de-
lante de mí en el trono de Israel, a condi-
ción de que tus hijos sepan comportarse
procediendo de acuerdo conmigo, como
has procedido tú. 26 Ahora, Dios de Israel,
confirma la promesa que hiciste a mi pa-

En la oración, de cuño deuteronomista, se destacan los temas siguientes. En primer lugar, la fidelidad. La historia bíblica está construida, en buena parte, sobre el esquema «promesacumplimiento». Desde sus mismos comienzos, la historia sagrada está jalonada de una cadena sucesiva de promesas, que se van cumpliendo a plazo más o menos largo. Este esquema pone de relieve dos ideas teológicas: por una parte, la fidelidad de Dios en cumplir su palabra, y, por otra, la eficacia de las palabras o promesas divinas, que vienen a ser como el principio dinámico y desencadenante de la historia de la salvación.

Sigue el tema de la trascendencia divina: «¿Es posible que Dios habite en la tierra? Si no cabes en el cielo y en lo más alto del cielo, ¡cuánto menos en este templo que te he construido!» (27). Es la eterna tensión entre trascendencia e inmanencia. Posiblemente estas palabras de Salomón, de origen deuteronomista, tienen un trasfondo polémico contra ciertas tradiciones y autores que subrayaban excesivamente la inmanencia de Dios y circunscribían su presencia a los recintos sagrados. Los deuteronomistas quieren dejar bien claro que Dios es inabarcable y que no solamente los santuarios sino ni siquiera los cielos lo pueden contener.

Finalmente, la oración apela de una manera general a la condescendencia y misericordia de Dios: «Escucha la suplica de tu siervo y de tu pueblo, Israel, cuando recen en este sitio; escucha tú desde tu morada del cielo, escucha y perdona» (30).

La apertura universalista (41-43) es propia del tiempo del destierro (segundo Isaías) y del período postexílico. El tercer Isaías (cfr. Is 56,67) nos ofrece un buen contexto para encuadrar estos versículos de la oración de Salomón.

El tema de Jerusalén y del templo como centro de gravedad de todos los pueblos de la tierra da lugar a múltiples composiciones y poemas (cfr. Zac 8,20-22).

Con todo, conviene notar que todavía no es el universalismo del Nuevo Testamento. En el Antiguo Testamento Jerusalén sigue teniendo una preeminencia que coloca a los demás pueblos en situación de infe-

dre, David, servidor tuyo. 27 Aunque, ¿es posible que Dios habite en la tierra? Si no cabes en el cielo y lo más alto del cielo, ¡cuánto menos en este templo que he construido!

28 Vuelve tu rostro a la oración y súplica de tu servidor. Señor, Dios mío, escucha el clamor y la oración que te dirige hoy tu servidor. 29 Día y noche estén tus ojos abiertos sobre este templo, sobre el sitio donde quisiste que residiera tu Nombre. ¡Escucha la oración que tu servidor te dirige en este sitio! 30 Escucha la súplica de tu servidor y de tu pueblo, Israel, cuando recen en este sitio; escucha tú desde tu morada del cielo, escucha y perdona.

31 Cuando uno peque contra otro, si se le exige juramento y viene a jurar ante tu altar en este templo, 32 escucha tú desde el cielo y haz justicia a tus servidores: condena al culpable dándole su merecido y absuelve al inocente pagándole según su inocencia.

33 Cuando los de tu pueblo, Israel, sean derrotados por el enemigo, por haber pecado contra ti, si se convierten a ti y te confiesan su pecado, y rezan y suplican en este templo, 34 escucha tú desde el cielo y perdona el pecado de tu pueblo, Israel, y hazlos volver a la tierra que diste a sus padres.

35 Cuando, por haber pecado contra ti, se cierre el cielo y no haya lluvia, si rezan en este lugar, te confiesan su pecado y se arrepienten cuando tú los afliges, 36 escucha tú desde el cielo y perdona el pecado de tu servidor, tu pueblo, Israel, mostrándole el buen camino que deben seguir y envía la lluvia a la tierra que diste en herencia a tu pueblo.

37 Cuando en el país haya hambre, peste, sequía y plagas en los sembrados, langostas y saltamontes; cuando el enemigo cierre el cerco en torno a alguna de sus ciudades; en cualquier calamidad o enfermedad, 38 si uno cualquiera o todo tu pueblo, Israel, ante los remordimientos de su conciencia, extiende las manos hacia este templo y te dirige oraciones y súplicas, 39 escúchalas tú desde el cielo, donde moras, perdona y actúa, paga a cada uno según su conducta, tú que conoces el corazón, porque sólo tú conoces el corazón humano; 40 así te respetarán mientras vivan en la tierra que tú diste a nuestros padres.

41 También el extranjero, que no pertenece a tu pueblo, Israel, cuando venga de un país lejano atraído por tu fama 42 –porque oirán hablar de tu gran fama, de tu mano fuerte y tu brazo extendido–, cuando venga a rezar en este templo, 43 escúchalo tú desde el cielo, donde moras; haz lo que te pida, para que todas las naciones del mundo conozcan tu fama y te teman como tu pueblo, Israel, y sepan que tu nombre ha sido invocado en este templo que he construido.

44 Cuando tu pueblo salga en campaña contra el enemigo, por el camino que les señales, si rezan al Señor vueltos hacia la ciudad que has elegido y al templo que he construido en tu honor, 45 escucha tú desde el cielo su oración y súplica y hazles justicia.

46 Cuando pequen contra ti –porque nadie está libre de pecado– y tú, irritado contra ellos, los entregues al enemigo, y los vencedores los destierren a un país enemigo, lejano o cercano, 47 si en el país donde vivan deportados reflexionan y se convierten, y en el país de los vencedores te suplican, diciendo: Hemos pecado, hemos faltado, somos culpables, 48 si en el país de los enemigos que los hayan deportado se convierten a ti con todo el corazón y con toda el alma, y te rezan vueltos hacia la tierra que habías dado a sus padres, hacia la ciudad que elegiste y el templo que he construido en tu honor, 49 escucha tú desde el cielo, donde moras, su oración y súplica y hazles justicia; 50 perdona a tu pueblo los pecados cometidos contra ti, sus rebeliones

---

rioridad. En el Nuevo Testamento, la adoración es en espíritu y en verdad (cfr. Jn 4,21-24). El universalismo adquiere, además, en el Nuevo Testamento un carácter más personal y profundo: «Los que se han bautizado consagrándose a Cristo se han revestido de Cristo. Ya no se distinguen judío y griego, esclavo y libre, hombre y mujer, porque todos ustedes son uno con Cristo Jesús» (cfr. Gál 3,27s). En el Nuevo Testamento ya no hay un pueblo elegido (Israel) y una Ciudad Santa (Jerusalén), a la que todos los demás pueblos hayan de venir a rendir homenaje y pleitesía, sino que todos, sin distinción alguna, son hijos de Dios y hermanos de Cristo, con los mismos títulos y privilegios.

contra ti, haz que sus vencedores se compadezcan de ellos, 51 porque son tu pueblo y tu herencia, los que sacaste de Egipto, del horno de hierro.

52 Ten los ojos abiertos ante la súplica de tu servidor, ante la súplica de tu pueblo, Israel, para atenderlos siempre que te invoquen. 53 Porque tú los separaste para ti de entre todas las naciones del mundo a fin de que fueran tu herencia, como lo dijiste tú mismo, Señor, por medio de tu servidor Moisés, cuando sacaste de Egipto a nuestros padres.

54 Cuando Salomón terminó de rezar esta oración y esta súplica al Señor, se levantó de delante del altar del Señor, donde estaba arrodillado con las manos extendidas hacia el cielo. 55 Y puesto en pie, bendijo en voz alta a toda la asamblea israelita, diciendo:

56 –¡Bendito sea el Señor, que ha dado el descanso a su pueblo, Israel, conforme a sus promesas! No ha fallado ni una sola de las promesas que nos hizo por medio de su siervo Moisés. 57 Que el Señor, nuestro Dios, esté con nosotros, como estuvo con nuestros padres; que no nos abandone ni nos rechace. 58 Que incline hacia él nuestro corazón, para que sigamos todos sus caminos y guardemos los preceptos, mandatos y decretos que dio a nuestros padres. 59 Que las palabras de esta súplica hecha ante el Señor permanezcan junto al Señor, nuestro Dios, día y noche, para que haga justicia a su siervo y a su pueblo, Israel, según la necesidad de cada día. 60 Así sabrán todas las naciones del mundo que el Señor es el Dios verdadero, y no hay otro; 61 y el corazón de ustedes será totalmente del Señor, nuestro Dios, siguiendo sus preceptos y guardando sus mandamientos, como hacen hoy.

62 El rey, y todo Israel con él, ofrecieron sacrificios al Señor. 63 Salomón inmoló, como sacrificio de comunión en honor del Señor, veintidós mil bueyes y ciento veinte mil ovejas. Así dedicaron el templo el rey y todos los israelitas. 64 Aquel día consagró el rey el atrio interior que hay delante del templo, ofreciendo allí los holocaustos, las ofrendas y la grasa de los sacrificios de comunión; porque sobre el altar de bronce que estaba ante el Señor no cabían los holocaustos, las ofrendas y la grasa de los sacrificios de comunión.

65 En aquella ocasión, Salomón, con todo Israel, celebró la fiesta ante el Señor, nuestro Dios, durante siete días. Acudió al templo que había construido un gentío inmenso, venido desde el paso de Jamat hasta el río de Egipto. Comieron y bebieron e hicieron fiesta cantando himnos al Señor, nuestro Dios. 66 Al octavo día Salomón despidió a la gente, y ellos dieron gracias al rey. Marcharon a sus casas alegres y contentos por todos los beneficios que el Señor había hecho a su siervo David y a su pueblo, Israel.

Nueva aparición y oráculo

(2 Cr 7,11-22; Sal 132)

9 1 Cuando Salomón terminó el templo, el palacio real y todo cuanto quería y deseaba, 2 el Señor se le apareció otra vez, como en Gabaón, 3 y le dijo:

–He escuchado la oración y súplica que me has dirigido. Consagro este templo que has construido, para que en él resida mi Nombre por siempre; siempre estarán en él mi corazón y mis ojos. 4 En cuanto a ti, si procedes de acuerdo conmigo como tu padre, David, con corazón íntegro y recto, haciendo exactamente lo que te mando y cumpliendo mis mandatos y preceptos, 5 conservaré tu trono real en Israel perpetuamente, como le prometí a tu padre, David: No te faltará un descendiente en el trono de Israel. 6 Pero si ustedes o sus hijos se apartan de mí, o no guardan los preceptos y mandatos que yo les he dado, y van a dar culto a otros dioses y los adoran, 7 borraré a Israel de la tierra que yo le di, rechazaré el templo que he consagrado a mi Nombre e Israel será el motivo de burla constante entre todas las naciones. 8 Este templo será un montón de ruinas; los que pasen se asombrarán y silbarán, comentando: ¿Por

9,1-9 Nueva aparición y oráculo. Como respuesta a una súplica aparece el oráculo divino anunciando la concesión. Como Salomón ha sido el protagonista de toda la ceremonia, parece que le toca recibir el oráculo sin intermediarios.

qué ha tratado así el Señor a este país y a
este templo? 9 Y les dirán: Porque abando-
naron al Señor, su Dios, que había sacado
a sus padres de Egipto; porque se aferraron
a otros dioses, los adoraron y les dieron
culto; por eso el Señor les ha echado enci-
ma esta catástrofe.

Eres Cabul

(2 Cr 8,1)

10 Salomón construyó los dos edificios,
el templo y el palacio, durante veinte años,
11 con la ayuda de Jirán, rey de Tiro, que le
proporcionó madera de cedro y abeto y
todo el oro que quiso. Al terminar, el rey
Salomón dio a Jirán veinte villas en la pro-
vincia de Galilea.

12 Jirán salió de Tiro a visitar las po-
blaciones que le daba Salomón, pero no le
gustaron, 13 y protestó:

–¿Son estas las ciudades que me das,
hermano mío?

Las llamó Eres Cabul, y así se llama hoy
aquella región. 14 Jirán había mandado al
rey Salomón cuatro mil kilos de oro.

Reclutamiento de trabajadores

(2 Cr 8,7-18)

15 Modo como reclutó el rey Salomón
trabajadores para construir el templo, el
palacio, el terraplén, la muralla de Jerusa-
lén, Jasor, Meguido y Guézer 16 –el Faraón,
rey de Egipto, se había apoderado de Gué-
zer, la había incendiado y degollado a los
cananeos que la habitaban; luego se la dio
como dote a su hija, la esposa de Salomón,
17 y éste la reconstruyó–, Bet-Jorón de
Abajo, 18 Baalat, Tamar de la Estepa,
19 como también todos los centros de apro-
visionamiento que tenía Salomón, las ciu-
dades con cuarteles de caballería y carros
y cuanto quiso construir en Jerusalén, en el
Líbano y en todas las tierras de su Imperio.

20 Salomón hizo primero un reclutamien-
to de trabajadores forzados no israelitas
21 entre los descendientes que quedaban
todavía de los amorreos, hititas, fereceos,
heveos y jebuseos –pueblos que los israeli-
tas no habían podido exterminar–. 22 A los
israelitas no les impuso trabajos forzados,
sino que le servían como soldados, funcio-
narios, jefes y oficiales de carros y ca-
ballería. 23 Los jefes y capataces de las
obras, que mandaban a los obreros, eran
quinientos cincuenta.

24 Una vez que la hija del Faraón pasó de
la Ciudad de David al palacio que le había
construido Salomón, entonces se hizo el te-
rraplén.

25 Salomón ofrecía tres veces al año ho-
locaustos y sacrificios de comunión sobre
el altar que había construido al Señor, y
quemaba perfumes ante el Señor, y mante-
nía el templo en buen estado.

26 El rey Salomón construyó una flota en
Esión Gueber, junto a Eilat, en la costa del
Mar Rojo, en el país de Edom. 27 Jirán en-
vió como tripulantes esclavos suyos, mari-
neros expertos, junto con los esclavos de
Salomón. 28 Llegaron a Ofir y le trajeron de
allí al rey Salomón unos quince mil kilos de
oro.

Visita de la reina de Sabá

(2 Cr 9,1-12)

10 1 La reina de Sabá oyó la fama de
Salomón y fue a desafiarlo con enig-
mas. 2 Llegó a Jerusalén con una gran ca-
ravana de camellos cargados de perfumes
y oro en gran cantidad y piedras preciosas.

9,10-14 Eres Cabul. Con las ciudades paga el oro: por Galilea pasaba una de las más importantes rutas comerciales, lo cual era de gran valor para un pueblo comerciante como los fenicios; las ciudades podrían servir para protección y aprovisionamiento de las caravanas. Pero por lo visto Jirán esperaba recibir terrenos de cultivo, con los que compensar la escasez de Fenicia; quizás a Salomón le interesaba seguir exportando grano a su vecino. (Para otra versión léase 2 Cr 8,2).

9,15-28 Reclutamiento de trabajadores. La antigua muralla de la «Ciudad de David» se ensancha para abarcar las nuevas dimensiones de la capital; así conserva Jerusalén su viejo carácter de plaza fuerte y su capacidad de resistir. Salomón moderniza su ejercito incorporando un cuerpo de carros, al estilo de otras naciones.

Los fenicios eran los grandes marineros de la antigüedad, señores por mucho tiempo del Mediterráneo. Salomón se abre un camino marítimo por el sur (26-28), en la punta del golfo de Aqaba; ello exigía tener sometido y en paz a Edom.

Ofir es en el Antiguo Testamento el país del mejor oro, hasta sonar casi como nombre legendario.

10,1-29 Visita de la reina de Sabá – Comercio exterior y riquezas. La visita de la reina de Sabá es un episodio que ilustra las afirmaciones genéricas del capítulo 5, exaltando la sabiduría y riquezas de Salo-

Entró en el palacio de Salomón y le propu-
so todo lo que pensaba. 3 Salomón resolvió
todas sus consultas; no hubo una cuestión
tan oscura que el rey no pudiera resolver.
4 Cuando la reina de Sabá vio la sabi-
duría de Salomón, la casa que había cons-
truido, 5 los manjares de su mesa, toda la
corte sentada a la mesa, los camareros con
sus uniformes sirviendo, las bebidas, los
holocaustos que ofrecía en el templo del
Señor, se quedó asombrada, 6 y dijo al rey:
–¡Es verdad lo que me contaron en mi
país de ti y tu sabiduría! 7 Yo no quería cre-
erlo; pero ahora que he venido y lo veo con
mis propios ojos, compruebo que no me
habían contado ni siquiera la mitad. En sa-
biduría y riquezas superas todo lo que yo
había oído. 8 ¡Dichosa tu gente, dichosos
los cortesanos, que están siempre en tu
presencia aprendiendo de tu sabiduría!
9 ¡Bendito sea el Señor, tu Dios, que, por el
amor eterno que tiene a Israel, te ha elegi-
do para colocarte en el trono de Israel y te
ha nombrado rey para que gobiernes con
justicia!
10 La reina regaló al rey cuatro mil kilos
de oro, gran cantidad de perfumes y pie-
dras preciosas. Nunca llegaron tantos per-
fumes como los que la reina de Sabá rega-
ló al rey Salomón. 13 Por su parte, el rey
Salomón regaló a la reina de Sabá todo lo
que a ella se le antojó, aparte de lo que el
mismo rey Salomón, con su esplendidez, le
regaló. Después ella y su séquito empren-
dieron el viaje de vuelta a su país.

Comercio exterior y riquezas
(2 Cr 9,13-28)

11 La flota de Jirán, que transportaba el
oro de Ofir, trajo también madera de sán-
dalo en gran cantidad y piedras preciosas.
12 Con la madera de sándalo el rey hizo ba-
laustradas para el templo del Señor y el pa-
lacio real y cítaras y arpas para los canto-
res. Nunca llegó madera de sándalo como
aquélla ni se ha vuelto a ver hasta hoy. 14 El
oro que recibía Salomón al año eran veinti-
trés mil trescientos kilos, 15 sin contar el
proveniente de impuestos a los comercian-
tes, al tránsito de mercancías y a los reyes
de Arabia y gobernadores del país.
16 El rey Salomón hizo doscientos escu-
dos de oro trabajado a martillo, gastando
seis kilos y medio en cada uno, 17 y tres-
cientos escudos más pequeños de oro tra-
bajado a martillo, gastando medio kilo de
oro en cada uno; los puso en el salón lla-
mado Bosque del Líbano. 18 Hizo un gran
trono de marfil recubierto de oro fino: 19 te-
nía seis gradas, la cabecera del respaldo re-
donda, brazos a ambos lados del asiento,
dos leones de pie junto a los brazos 20 y
doce leones de pie a ambos lados de las
gradas; nunca se había hecho cosa igual en
ningún reino. 21 Toda la vajilla del rey Salo-
món era de oro y todo el ajuar del salón
Bosque del Líbano era de oro puro; nada de
plata, a la que en tiempo de Salomón no se
le daba importancia; 22 porque el rey tenía
en el mar una flota mercante, junto con la
flota de Jirán, y cada tres años llegaban las
naves cargadas de oro, plata, marfil, mo-
nos y pavos reales.
23 En riqueza y sabiduría, el rey Salomón
superó a todos los reyes de la tierra. 24 De
todo el mundo venían a visitarlo, para
aprender de la sabiduría de que Dios lo ha-
bía llenado. 25 Y cada cual traía su obse-
quio: vajillas de plata y oro, mantos, armas

---

món. A través de rasgos probablemente legendarios, nos permite apreciar la actividad comercial del rey.

No eran los fenicios los únicos comerciantes de la época: por el sur de la península de Arabia zarpaban naves mercantes hacia India y África; al norte, Fenicia concentraba el comercio marino. Por tierra las caravanas, flotas del desierto, eran el gran medio de comunicación mercantil: al norte, Damasco era un nudo importante entre Mesopotamia y Egipto o Arabia del sur; al sur, varios reinos árabes se repartían la tarea, a uno de ellos pertenecía la reina de la historia. Israel se encuentra en posición de tránsito obligado para buena parte del comercio, y la expansión territorial de David ha sentado las bases para una expansión comercial. Al asomarse al golfo de Aqaba, entra Salomón en relaciones obligadas y pacíficas con los mercaderes del sur; gracias a su tratado con Tiro y a sus relaciones con Damasco, Israel llega a ser una auténtica potencia de intercambios comerciales.

Con las palabras de la reina (7-9) el autor realiza una gran valoración al gobierno de Salomón: primero, le atribuye una sabiduría espectacular que sorprende al visitante; segundo, su sabiduría enseña e instruye cotidianamente a los súbditos; tercero, y es el don que Dios otorga por amor al pueblo, su gobierno justo. Poniendo estas palabras en boca de una reina, el autor realza el valor del testimonio: el rey está en función del pueblo para la justicia.

y aromas, caballos y mulos. Y así todos los
años. 26 Salomón juntó carros y caballos.
Llegó a tener mil cuatrocientos carros y
doce mil caballos. Los acantonó en las ciu-
dades con cuarteles de carros y en Jerusa-
lén, cerca del palacio.
27 Salomón consiguió que en Jerusalén
la plata fuera tan corriente como las piedras
y los cedros como los sicómoros de la Se-
fela. 28 Los caballos de Salomón provenían
de Cilicia, donde los tratantes del rey los
compraban al contado. 29 Cada carro im-
portado de Egipto valía seiscientos pesos.
Un caballo valía ciento cincuenta, y lo mis-
mo los importados de los reinos hititas y de
los reinos sirios.

Idolatría de Salomón

11 1 Pero el rey Salomón se enamoró
de muchas mujeres extranjeras,
además de la hija del Faraón: moabitas,
amonitas, edomitas, fenicias e hititas, 2 de
las naciones de quienes había dicho el Se-
ñor a los de Israel: No se unan con ellas ni
ellas con ustedes, porque les desviarán el
corazón hacia otros dioses. Salomón se
enamoró perdidamente de ellas; 3 tuvo se-
tecientas esposas y trescientas concubi-
nas. 4 Y así, cuando llegó a viejo, sus mu-
jeres desviaron su corazón tras dioses
extranjeros; su corazón ya no perteneció
por entero al Señor, como el corazón de
David, su padre.
5 Salomón siguió a Astarté, diosa de los
fenicios; a Malcón, ídolo de los amonitas.
6 Hizo lo que el Señor reprueba; no siguió
plenamente al Señor, como su padre, Da-
vid. 7 Entonces construyó en el monte que
se alza frente a Jerusalén un santuario a
Camós, ídolo de Moab, y a Malcón, ídolo de
los amonitas. 8 Lo mismo hizo para sus mu-
jeres extranjeras, que quemaban incienso y
sacrificaban en honor de sus dioses.
9 El Señor se encolerizó contra Salomón,
porque había desviado su corazón del Se-
ñor, Dios de Israel, que se le había apareci-
do dos veces, 10 y que precisamente le ha-
bía prohibido seguir a dioses extranjeros;
pero Salomón no cumplió esta orden.
11 Entonces el Señor le dijo:
–Por haberte portado así conmigo, sien-
do infiel a la alianza y a los mandatos que
te di, te voy a arrancar el reino de las ma-
nos para dárselo a un servidor tuyo. 12 No lo
haré mientras vivas, en consideración a tu
padre, David; se lo arrancaré de la mano a
tu hijo. 13 Y ni siquiera le arrancaré todo el
reino; dejaré a tu hijo una tribu, en conside-
ración a mi siervo David y a Jerusalén, mi
ciudad elegida.

Rebeliones contra Salomón

14 Así, el Señor le suscitó a Salomón un
adversario: Hadad, el idumeo, de la estirpe
real de Edom.
15 Cuando David derrotó a Edom, al ir
Joab, general en jefe, a enterrar a los muer-
tos, mató a todos los varones de Edom.
16 Joab y el ejército israelita estuvieron
acantonados allí seis meses, hasta que ex-

11,1-13 Idolatría de Salomón. Las sombras de reino salomónico se resumen en una sola palabra: idolatría.

En el aspecto religioso, el establecimiento de las tribus israelitas en la tierra de Canaán supuso un grave deterioro. El contacto con los cananeos, sus santuarios, sus dioses y sus cultos, tuvo para el yahvismo fatales consecuencias. Este deterioro religioso se agravó más con el establecimiento de la monarquía. Uno de los peligros de la monarquía, bien subrayado por la corriente antimonárquica, era el de la secularización de la teocracia. En vez de vivir pendientes de la fe en el Señor, los reyes buscaban el apoyo en un ejército fuerte y en la política de alianzas.

En el caso concreto de Salomón, la política de alianza se llevó a cabo, en buena parte, a base de combinaciones matrimoniales. Este hecho y el amplio harén del suntuoso rey trajo a Jerusalén buen número de mujeres extranjeras, que exigían templos paganos para seguir dando culto a sus respectivos dioses. Estos santuarios eran frecuentados por las esposas del rey y sus correspondientes séquitos, y también por las colonias permanentes o de paso, que estos países extranjeros tenían en la Ciudad Santa. El propio Salomón, por complacer a sus mujeres, debía frecuentar, a veces, los lugares idolátricos y posiblemente con él otros dignatarios de la Corte y gente del pueblo. En una palabra, la idolatría se veía favorecida desde el poder.

De la gravedad de los hechos hablan bien claro los textos del Deuteronomio, que, aunque escritos posteriormente, no por eso son menos significativos (cfr. Dt 7,1-6).

11,14-43 Rebeliones contra Salomón. Las diferencias culturales y tensiones políticas entre norte y sur han sido y siguen siendo frecuentes en el mundo a nivel nacional e internacional. A pesar de su pequeñez, en Palestina existió siempre el mismo problema. Aparte de otros muchos datos y manifestaciones, el hecho quizás más significativo en este sentido sea la diferen-

terminaron a todos los varones de Edom.
17 Pero Hadad logró huir a Egipto con unos
cuantos idumeos, funcionarios de su padre.
Hadad era entonces un chiquillo. 18 Partie-
ron de Madián y llegaron a Farán. Se les
agregaron algunos de Farán, entraron en
Egipto y se presentaron al Faraón, rey de
Egipto, que les dio casa, les aseguró el sus-
tento y le concedió tierras. 19 Hadad se
ganó completamente el favor del Faraón,
que lo casó con su cuñada, la hermana de
la reina Tafnes. 20 Su mujer le dio un hijo,
Guenubat, y lo crió en el palacio del Fa-
raón, con los hijos del Faraón.

21 Cuando Hadad se enteró en Egipto de
que David se había reunido con sus ante-
pasados y que había muerto Joab, general
en jefe, pidió al Faraón:

–Déjame ir a mi tierra.

22 El Faraón le respondió:

–Pero, ¿qué te falta junto a mí, que pre-
tendes irte ahora a tu tierra?

Hadad le dijo:s

–Nada. Pero déjame ir.

25b Y éste es el mal que hizo Hadad: rei-
nó en Edom y no dejó en paz a Israel.

23 También suscitó el Señor como adver-
sario de Salomón a Rezón, hijo de Elyadá,
que se le había escapado a su amo Adad-
hézer, rey de Sobá; 24 se le juntaron unos
cuantos hombres y se hizo jefe de guerri-
llas; y mientras David destrozaba a los si-
rios, él se apoderó de Damasco, se estable-
ció allí y llegó a ser rey de Damasco.
25a Fue adversario de Israel durante todo el
reinado de Salomón.

26 Jeroboán, hijo de Nabat, era efraimita,
natural de Serdá; su madre, llamada Servá,
era viuda. Siendo funcionario de Salomón
se rebeló contra el rey. 27 La ocasión de re-
belarse contra el rey fue ésta: Salomón es-
taba construyendo el terraplén para rellenar
el foso de la Ciudad de David, su padre.
28 Jeroboán era un hombre de valer, y Sa-
lomón, viendo que el chico trabajaba bien,
lo nombró capataz de todos los cargadores
de la casa de José.

29 Un día salió Jeroboán de Jerusalén, y
el profeta Ajías, de Siló, envuelto en un
manto nuevo, se lo encontró en el camino;
estaban los dos solos, en descampado.
30 Ajías agarró su manto nuevo, lo rasgó en
doce trozos 31 y dijo a Jeroboán:

–Recoge diez trozos, porque así dice el
Señor, Dios de Israel: Voy a arrancarle el
reino a Salomón y voy a darte a ti diez tri-
bus; 32 pero una tribu será para él, en con-
sideración a mi siervo David y a Jerusalén,
la ciudad que elegí entre todas las tribus de
Israel; 33 porque me ha abandonado y ha
adorado a Astarté, diosa de los fenicios; a
Camós, dios de Moab; a Malcón, dios de los
amonitas, y no ha caminado por mis sen-
das practicando lo que yo apruebo, mis
mandatos y preceptos, como su padre, Da-
vid. 34 No le quitaré todo el reino; lo man-
tendré de jefe mientras viva en considera-
ción a mi siervo David, a quien elegí, que
guardó mis leyes y preceptos; 35 pero a su
hijo le quitaré el reino y te daré a ti diez tri-
bus. 36 A su hijo le daré una tribu, para que
mi siervo David tenga siempre una lámpa-
ra ante mí en Jerusalén, la ciudad que me
elegí para que residiera allí mi Nombre.
37 En cuanto a ti, voy a elegirte para que
seas rey de Israel, según tus ambiciones.
38 Si obedeces en todo lo que yo te ordene
y caminas por mis sendas y practicas lo
que yo apruebo, guardando mis mandatos
y preceptos, como lo hizo mi siervo David,
yo estaré contigo y te daré una dinastía du-
radera, como hice con David. Te entregaré
a Israel 39 y humillaré a los descendientes
de David por esto, aunque no para siem-
pre.

40 Salomón intentó matar a Jeroboán,
pero Jeroboán emprendió la fuga a Egipto,
donde reinaba Sisac, y estuvo allí hasta que
murió Salomón.

---

cia que establecen siempre los textos entre el reino de Judá y el reino de Israel, o sea entre el reino del sur y el reino del norte, incluso cuando estuvieron unidos en las personas de David y Salomón.

El autor sagrado hace valer, sobre todo, motivos de orden religioso y presenta la división como un castigo por la apostasía idolátrica de Salomón.

La restauración de la unidad será una aspiración, que se dejará sentir, sobre todo, en tiempo del destierro, léase, por ejemplo Ez 37,15-28. Es un texto lleno de nostalgia ecuménica y, por tanto, de plena actualidad para nuestros días. La división del reino de aquellos tiempos tiene cierto paralelismo con la división interna de la Iglesia cristiana de hoy.

41 Para más datos sobre Salomón, sus empresas y su sabiduría, véanse los Anales de Salomón.

42 Salomón reinó en Jerusalén sobre todo Israel cuarenta años. 43 Cuando murió lo enterraron en la Ciudad de David, su padre. Su hijo Roboán le sucedió en el trono.

EL CISMA: LOS DOS REINOS

El cisma
(2 Cr 10,1–11,4)

12 1 Roboán fue a Siquén porque todo Israel había acudido allí para proclamarlo rey. 2 Cuando se enteró Jeroboán, hijo de Nabat –que estaba todavía en Egipto, adonde había ido huyendo del rey Salomón– se volvió de Egipto. 3 Lo mandaron llamar, y él se presentó con toda la asamblea israelita. Entonces hablaron así a Roboán:

4 –Tu padre nos impuso un yugo pesado. Aligera tú ahora la dura servidumbre a que nos sujetó tu padre y el pesado yugo que nos echó encima, y te serviremos.

5 Él les dijo:

–Váyanse y regresen a verme dentro de tres días.

Ellos se fueron y 6 el rey Roboán consultó a los ancianos que habían estado al servicio de su padre, Salomón, mientras vivía:

–¿Qué respuesta me aconsejan dar a esta gente?

7 Le dijeron:

–Si hoy te comportas como servidor de este pueblo, poniéndote a su servicio, y le respondes con buenas palabras, serán servidores tuyos de por vida.

8 Pero él desechó el consejo de los ancianos y consultó a los jóvenes que se habían educado con él y estaban a su servicio. 9 Les preguntó:

–Esta gente pide que les aligere el yugo que les echó encima mi padre. ¿Qué me aconsejan que les responda?

10 Los jóvenes que se habían educado con él le respondieron:

–O sea, que esa gente te ha dicho: Tu padre nos impuso un yugo pesado; tú alívianos esa carga. Diles esto: Mi dedo meñique es más grueso que la cintura de mi padre. 11 Si mi padre los cargó con un yugo pesado, yo les aumentaré la carga; si mi padre los castigó con azotes, yo los castigaré con latigazos.

12 Al tercer día, la fecha señalada por el rey, Jeroboán y todo el pueblo fueron a ver a Roboán. 13 Éste les respondió ásperamente; desechó el consejo de los ancianos, 14 y les habló siguiendo el consejo de los jóvenes:

–Si mi padre los cargó con un yugo pesado,
yo les aumentaré la carga;
si mi padre los castigó con azotes,
yo los castigaré con latigazos.

15 De manera que el rey no hizo caso al pueblo, porque era una ocasión buscada por el Señor para que se cumpliese la palabra que Ajías, el de Siló, comunicó a Jeroboán, hijo de Nabat.

16 Viendo los israelitas que el rey no les hacía caso, le replicaron:

–¿Qué parte tenemos nosotros con David?
¡No tenemos herencia común con el hijo de Jesé!
¡A tus tiendas, Israel!

12,1-24 El cisma. Después del cisma político viene el religioso. Más aún, el segundo viene a reforzar el primero. Siempre el factor religioso ha jugado un papel importante en la vida de los pueblos, especialmente de los antiguos, y de una manera muy singular en Israel, organizado en forma de teocracia.

Con el fin de consolidar el nuevo reino, Jeroboán decide reorganizar y potenciar los santuarios del norte para evitar que los israelitas continúen haciendo sus visitas y sus peregrinaciones al templo de Jerusalén. Además de seguir alimentando el apego al santuario del Arca, estas visitas a Jerusalén contribuían a fortalecer el reino del sur desde todos los puntos de vista, incluso desde el económico, aunque no fuera más que por razón de las víctimas y ofrendas que los peregrinos llevaban consigo.

Jeroboán no solamente reorganiza los santuarios del norte, sino que además plantea esta reorganización con la máxima habilidad política, orientada a contrarrestar la fuerte atracción que ejercía sobre los israelitas la ciudad de David y el suntuoso santuario de Salomón. La primera medida política es revitalizar santuarios venerados por su antigüedad y por su solera en la historia del pueblo. De ahí, la elección de Be-

¡Ahora, David, a cuidar de tu casa!

Los de Israel se marcharon a casa;
17 aunque los israelitas que vivían en las
poblaciones de Judá siguieron sometidos
a Roboán. 18 El rey Roboán envió entonces
a Adorán, encargado de las brigadas de
trabajadores; pero los israelitas lo mataron
a pedradas. Y el mismo rey Roboán tuvo
que subir precipitadamente a su carro y
huir a Jerusalén. 19 Así fue como se inde-
pendizó Israel de la casa de David, hasta
hoy.

20 Cuando Israel oyó que Jeroboán había
vuelto, mandaron a llamarlo para que fuera
a la asamblea, y lo proclamaron rey de Is-
rael. Con la casa de David quedó única-
mente la tribu de Judá. 21 Cuando Roboán
llegó a Jerusalén, movilizó ciento ochenta
mil soldados de Judá y de la tribu de Ben-
jamín para luchar contra Israel y recuperar
el reino para Roboán, hijo de Salomón.
22 Pero Dios dirigió la palabra al profeta Se-
mayas:

23 –Di a Roboán, hijo de Salomón, rey de
Judá, a todo Judá y Benjamín y al resto del
pueblo: 24 Así dice el Señor: No vayan a lu-
char contra sus hermanos, los israelitas;
que cada cual se vuelva a su casa, porque
esto ha sucedido por voluntad mía.

Obedecieron la Palabra del Señor y desistieron de la campaña, como el Señor lo ordenaba.

El culto cismático

25 Jeroboán fortificó Siquén, en la serra-
nía de Efraín, y residió allí. Luego salió de
Siquén para fortificar Penuel. 26 Y pensó
para sus adentros: Todavía puede volver el
reino a la casa de David. 27 Si la gente sigue
yendo a Jerusalén para hacer sacrificios en
el templo del Señor, terminarán poniéndo-
se de parte de su señor, Roboán, rey de
Judá. Me matarán y volverán a unirse a Ro-
boán, rey de Judá. 28 Después de aconse-
jarse, el rey hizo dos terneros de oro y dijo
a la gente:

–¡Ya está bien de subir a Jerusalén! ¡Éste es tu dios, Israel, el que te sacó de Egipto!

29 Luego colocó un ternero en Betel y el
otro en Dan.

30 Esto incitó a pecar a Israel, porque
unos iban a Betel y otros a Dan. 31 También
edificó pequeños templos en los lugares al-
tos; puso de sacerdotes a gente de la plebe,
que no pertenecía a la tribu de Leví. 32 Ce-
lebró también una fiesta el día quince del
mes octavo, como la fiesta que se celebra-
ba en Jerusalén, y subió al altar que había
levantado en Betel a ofrecer sacrificios al
ternero que había hecho. En Betel estable-
ció a los sacerdotes de los pequeños tem-
plos que había construido. 33 Subió al altar
que había hecho en Betel el día quince del
mes octavo –el mes que a él le pareció–.
Instituyó una fiesta para los israelitas y su-
bió al altar a ofrecer incienso.

---

tel, consagrado por la presencia de Abrahán y centro de la vida de Jacob-Israel. Igualmente Dan se remonta al tiempo de los Jueces. Es bien posible que fueran restaurados otros santuarios más. El texto nombra solamente Dan y Betel, porque señalan los límites norte y sur del reino. La habilidad política de Jeroboán se demuestra también en la forma de representar la divinidad: adopta el símbolo de los toros, que era la costumbre cananea y podía ser más expresivo para el pueblo. El pueblo debía sentirse asimismo halagado al ver salir de entre sus filas a los sacerdotes que iban a servir en los santuarios. Finalmente instituyó una gran fiesta en el otoño, para que los habitantes del norte no sintieran nostalgia por la fiesta de las Chozas de Jerusalén.

Según los autores deuteronomistas, el cisma de Jeroboán, sobre todo el religioso, es una especie de pecado original, que vicia de raíz el reino del norte, el cual está condenado a la ruina desde el día de su nacimiento.

12,25-33 El culto cismático. Jeroboán no olvida el peso decisivo del factor religioso en la política: la lección la ha enseñado David. ¿Quién podrá competir con la magnificencia del templo salomónico? El rey procura contrarrestar esa fuerza de atracción, apelando a otros valores.

Uno es la antigüedad y tradición: Betel está ligado a Abrahán. Dan se remonta al tiempo de los Jueces, y es un centro de atracción para las tribus del norte. Segundo, el culto con imágenes, al estilo cananeo, atrae al pueblo con más fuerza que el culto sin imágenes de Jerusalén. Tercero, escoge entre el pueblo los sacerdotes, sin privilegios cortesanos: las relaciones familiares así creadas vincularán al pueblo con el nuevo culto. Cuarto, instituye una gran fiesta de peregrinación popular en otoño.

Para el autor que escribe en tiempos de la reforma de Josías, éste es el pecado original del reino del norte: Jeroboán lo inicia, otros reyes lo repiten y continúan, la destrucción del reino le pondrá término (30). Junto a este pecado, la erección de santuarios en las colinas es simple agravante.

El profeta de Judá

13 1 En el momento en que Jeroboán,
de pie junto al altar, se disponía a
quemar incienso, llegó a Betel un hombre
de Dios de Judá mandado por el Señor. 2 Y
gritó contra el altar, por orden del Señor:
–¡Altar, altar! Así dice el Señor: Nacerá
un descendiente de David –llamado Josías–
que sacrificará sobre ti a los sacerdotes de
los lugares altos que queman incienso so-
bre ti y quemará sobre ti huesos humanos.
3 Y ofreció una señal:
–Ésta es la señal anunciada por el Se-
ñor: el altar va a rajarse y se derramará la
ceniza que hay encima.
4 Cuando el rey oyó lo que gritaba el
hombre de Dios contra el altar de Betel, ex-
tendió el brazo desde el altar, ordenando:
–¡Deténganlo!
Pero el brazo extendido contra el profeta
se le quedó rígido, sin poder acercarlo al
cuerpo, 5 mientras el altar se rajaba y se de-
rramaba la ceniza, que era la señal anun-
ciada por el hombre de Dios en nombre del
Señor. 6 Entonces el rey suplicó al hombre
de Dios:
–Por favor, aplaca al Señor, tu Dios, y
reza por mí para que recupere el movi-
miento del brazo.
El hombre de Dios aplacó al Señor y el
rey recuperó el movimiento del brazo, que
le quedó como antes. 7 Entonces el rey le
dijo:
–Ven conmigo a palacio, cobra fuerzas,
y te haré un regalo.
8 Pero el hombre de Dios replicó:
–No iré contigo ni aunque me des medio
palacio. No comeré ni beberé nada aquí,
9 porque el Señor me ha prohibido comer,
beber o volverme por el mismo camino.
10 Luego se fue por otra ruta, sin volver-
se por el camino por donde había ido a Be-
tel.
11 Vivía en Betel un viejo profeta, y cuan-
do sus hijos fueron a contarle lo que había
hecho el hombre de Dios aquel día en Betel
y lo que había dicho al rey, 12 su padre les
preguntó:
–¿Qué camino ha tomado?
Sus hijos le enseñaron el camino que
había tomado el hombre de Dios venido de
Judá, 13 y él les ordenó:
–Ensíllenme el burro.
Se lo ensillaron, montó 14 y marchó tras
el profeta; se lo encontró sentado bajo una
encina, y le preguntó:
–¿Eres tú el hombre de Dios que vino de
Judá?
El otro respondió:
–Sí.
15 Entonces le dijo:
–Ven conmigo a casa a tomar algo.
16 Pero el otro respondió:
–No puedo volverme contigo, ni comer
ni beber nada aquí, 17 porque el Señor me
ha prohibido comer o beber aquí o volver-
me por el mismo camino.
18 Entonces el otro le dijo:
–También yo soy profeta, como tú, y un
ángel me ha dicho, por orden del Señor,
que te lleve a mi casa para que comas y
bebas algo.
Así lo engañó; 19 se lo llevó con él, y
aquél comió y bebió en su casa. 20 Pero
cuando estaban sentados a la mesa, el Se-
ñor dirigió la palabra al profeta que lo había

13,1-34 El profeta de Judá. Este capítulo está dominado por la Palabra de Dios: la envía el Señor desde Judá por medio de un profeta anónimo, es más fuerte que el altar de piedra, más que el brazo del rey. Es anuncio y mandato: el anuncio se cumplirá, el mandato no cumplido se venga en un nuevo oráculo. La profecía traza un arco desde aquí a su cumplimiento en 2 Re 23,15-19; es una de las técnicas de composición de este libro.

Hasta aquí se ha cumplido la orden del Señor en todos sus detalles. Aquí podría terminar el episodio. El narrador continua con otro episodio íntimamente ligado al anterior y algo enigmático (10).

¿Por qué tanto interés en extraviar a su colega? ¿Quería tentar su fidelidad? ¿Quería pervertirlo por celos? ¿Quería comprobar la validez del oráculo? Lo último parece lo más probable, a la luz del desenlace de la historia. Si el profeta seguía su camino, la obediencia a Dios autenticaba su misión; si el profeta desobedecía y quedaba impune, su misión era dudosa; si desobedecía y era castigado, su misión era auténtica. Esta explicación supone que al profeta no le habían bastado los dos signos contados por sus hijos, el del altar y el de la mano real.

De nuevo tenemos que comentar: este modo de buscar razones y explicaciones, ¿es el mejor modo de comprender y explicar el extraño episodio? ¿No deberíamos más bien contemplar el dinamismo dialéctico de la Palabra de Dios por encima de la lógica humana?

hecho volver, 21 y éste gritó al hombre de Dios venido de Judá:

–Así dice el Señor: Por haber desafiado la orden del Señor, no haciendo lo que te mandaba el Señor, tu Dios, 22 por volverte a comer y beber allí donde él te lo había prohibido, no enterrarán tu cadáver en la sepultura de tu familia.

23 Después de comer y beber le ensilló el burro, 24 y el otro se marchó. Pero por el camino le salió un león y lo mató. Su cadáver quedó tendido en el camino, y el burro y el león se quedaron de pie junto a él. 25 Unos caminantes vieron el cadáver tendido en el camino y el león de pie junto al cadáver, y fueron a dar la noticia a la ciudad donde vivía el viejo profeta. 26 Cuando éste lo supo, comentó:

–¡Es el hombre de Dios que desafió la orden del Señor! El Señor lo habrá entregado al león, que lo ha matado y descuartizado, como el Señor dijo.

27 Luego ordenó a sus hijos:

–Ensíllenme el burro.

Se lo ensillaron. 28 Marchó y encontró el cadáver tendido en el camino; el burro y el león estaban de pie junto al cadáver; el león no había devorado el cadáver ni descuartizado al burro. 29 Él recogió el cadáver del hombre de Dios, lo acomodó sobre el burro y lo volvió a llevar a la ciudad, para hacerle los funerales y enterrarlo. 30 Depositó el cadáver en su propia sepultura y le entonaron la elegía ¡Ay hermano! 31 Después de enterrarlo, habló a sus hijos:

–Cuando yo muera, entiérrenme en la sepultura donde está enterrado este hombre de Dios; pongan mis huesos junto a los suyos, 32 porque ciertamente se cumplirá la palabra que él proclamó, por orden del Señor, contra el altar de Betel y todos los santuarios de los lugares altos que hay en las poblaciones de Samaría.

33 Pero después de esto, Jeroboán no se convirtió de su mala conducta y volvió a nombrar sacerdotes de los lugares altos a personas tomadas del común de la gente; al que lo deseaba, él lo consagraba sacerdote de los lugares altos. 34 Este proceder llevó al pecado a la dinastía de Jeroboán, y motivó su destrucción y exterminio de la tierra.

Sentencia contra Jeroboán

14 1 Por entonces cayó enfermo Abías, hijo de Jeroboán, 2 y éste dijo a su mujer:

–Disfrázate para que nadie se dé cuenta de que eres mi mujer y vete a Siló; allí está el profeta Ajías, el que me profetizó que yo sería rey de esta nación. 3 Llévate diez panes, rosquillas y un tarro de miel, y preséntate a él; él te dirá qué va a ser del niño.

4 Así lo hizo; se puso en camino hacia Siló y entró en casa de Ajías. Ajías estaba casi ciego, tenía los ojos apagados por la vejez, 5 pero el Señor le había dicho: Va a venir la mujer de Jeroboán a pedirte un oráculo sobre su hijo enfermo; le dices esto y esto. Llegó ella, haciéndose pasar por otra, 6 y en cuanto Ajías sintió el ruido de sus pasos en la puerta, dijo:

–Adelante, mujer de Jeroboán. ¿Por qué te haces pasar por otra? Tengo que darte una mala noticia. 7 Ve a decirle a Jeroboán: Así dice el Señor, Dios de Israel: Yo te saqué de entre la gente y te hice jefe de mi pueblo, Israel, 8 arrancándole el reino a la dinastía de David para dártelo a ti. Pero ya

---

El autor que preservó aquí el relato parece que quería subrayar tal aspecto. Las narraciones proféticas son una de las características de este libro. Además el relato explica la razón de un sepulcro de dos profetas anónimos en Betel (cfr. 2 Re 23).

Esa guardia fúnebre de los dos animales reconciliados (24) sabe a leyenda hagiográfica. Como la piedra del altar obedeció a la Palabra del Señor, así obran los animales hasta donde Dios les permite –El león es el animal emblemático de Judá, pero el autor no parece advertir la coincidencia–.

14,1-20 Sentencia contra Jeroboán. El episodio recuerda por su comienzo la visita de Saúl a la bruja de Endor. Ajías termina sus días en la ciudad del viejo santuario, llena de recuerdos de Samuel, y es como otro Samuel condenando al rey de Israel. Ajías está casi ciego, pero escucha agudamente y distingue los ruidos, escucha la voz interior del oráculo y ve el final trágico y próximo de la dinastía que él mismo ha instaurado. La consulta del rey es a la vez familiar y dinástica.

La muerte del niño (12) es castigo al padre (recuérdese el primer hijo de David y Betsabé), no al hijo. El autor no se extraña de que muera un inocente. Más bien se trata de un favor: Dios lo preserva de la catástrofe general y le concede a él solo el honor póstumo del sepulcro.

que tú no has sido como mi siervo David,
que guardó mis mandamientos y me siguió
de todo corazón, haciendo únicamente lo
que yo apruebo, 9 sino que te has portado
peor que tus predecesores, haciéndote dio-
ses ajenos, ídolos de metal, para irritarme,
y a mí me has dado la espalda, 10 por eso
yo voy a traer la desgracia a tu casa: te ex-
terminaré a todo israelita varón, esclavo o
libre, y barreré tu casa a conciencia, como
se hace con el estiércol. 11 A los tuyos que
mueran en poblado los devorarán los pe-
rros y a los que mueran en descampado los
devorarán las aves del cielo. Lo ha dicho el
Señor. 12 Y tú, vete a tu casa; en cuanto
pongas el pie en la ciudad, morirá el niño.
13 Todo Israel hará luto por él y lo enterra-
rán, porque será el único de la familia de
Jeroboán que acabe en un sepulcro; por-
que de toda tu familia, sólo en él se puede
encontrar algo que agrade al Señor, Dios de
Israel. 14 El Señor suscitará un rey de Israel
que extermine la dinastía de Jeroboán. 15 El
Señor golpeará a Israel, que vacilará como
un junco en el agua; arrancará a Israel de
esta tierra fértil, que dio a sus padres, y los
dispersará al otro lado del río, porque eri-
gieron postes sagrados, irritando al Señor.
16 Entregaré a Israel por los pecados que
has cometido tú y has hecho cometer a Is-
rael.

17 La mujer de Jeroboán emprendió la
marcha. Llegó a Tirsá, y cuando cruzaba el
umbral de la casa, el niño murió. 18 Todo Is-
rael hizo luto por él y lo enterraron, como
había dicho el Señor por su siervo el profe-
ta Ajías.

19 Para más datos sobre Jeroboán, sus
batallas y reinado, véanse los Anales del
Reino de Israel.

20 Jeroboán reinó veintidós años. Murió,
y su hijo Nadab le sucedió en el trono.

Roboán de Judá (931-914)
(2 Cr 11s)

21 Roboán, hijo de Salomón, subió al tro-
no de Judá a los cuarenta y un años. Reinó
diecisiete años en Jerusalén, la ciudad que
eligió el Señor entre todas las tribus de Is-
rael para establecer allí su Nombre. Su ma-
dre se llamaba Naamá, y era amonita.

22 Los de Judá hicieron lo que el Señor
reprueba. Con todos los pecados que co-
metieron provocaron sus celos, más que
sus antepasados: 23 construyeron pequeños
santuarios en los lugares altos, erigieron
postes sagrados y piedras conmemorativas
en las colinas elevadas y bajo los árboles
frondosos; 24 hubo incluso prostitución sa-
grada en el país; imitaron todos los ritos
abominables de las naciones que el Señor
había expulsado ante los israelitas.

25 El año quinto del reinado de Roboán,
Sisac, rey de Egipto, atacó a Jerusalén.
26 Se apoderó de los tesoros del templo y
del palacio, se lo llevó todo, con los escu-
dos de oro que había hecho Salomón.
27 Para sustituirlos, el rey Roboán hizo es-
cudos de bronce, y se los encomendó a los
jefes de la escolta que vigilaban el acceso
al palacio; 28 cada vez que el rey iba al tem-
plo, los de la escolta los agarraban, y luego
volvían a dejarlos en el cuerpo de guardia.

29 Para más datos sobre Roboán y sus
empresas, véanse los Anales del Reino de
Judá. 30 Hubo guerras continuas entre Ro-
boán y Jeroboán.

31 Roboán murió y lo enterraron con sus
antepasados, en la Ciudad de David. Su
hijo Abías le sucedió en el trono.

Abías de Judá (914-911)
(2 Cr 13)

15 1 Abías subió al trono de Judá el año
dieciocho de Jeroboán, hijo de Na-
bat. 2 Reinó en Jerusalén tres años. Su ma-

14,21-31 Roboán de Judá. De Roboán el autor escoge sólo la campaña del faraón Sisac. El faraón se gloría en una inscripción del templo de Karnak de haber conquistado muchas localidades de Judá e Israel (sin hacer tal distinción).

El narrador quiere que nos fijemos en los contrastes: Salomón se casa con una hija del faraón, Roboán tiene que someterse. Símbolo de la decadencia son esos escudos de oro: si el oro abundaba hasta quitarle valor a la plata, ahora el bronce es lo más preciado que le queda a Roboán, y aun eso lo tiene que custodiar con cautela.

La lista de pecados (22-24) es bastante convencional, salvo el detalle de la prostitución sagrada (recuérdese Baal-Fegor, Nm 25). De la decadencia religiosa proviene la decadencia política.

A pesar de todo, hay algo que continúa: Jerusalén sigue siendo la ciudad elegida, el rey es enterrado con los antepasados, le sucede su propio hijo. Aunque humillada, la dinastía de David vive de la promesa del Señor (31).

dre se llamaba Maacá, hija de Absalón.
3 Imitó a la letra los pecados que su padre
había cometido; su corazón no perteneció
por completo al Señor, su Dios, como había
pertenecido el corazón de David, su an-
tepasado. 4 En consideración a David, el
Señor, su Dios, le dejó una lámpara en Je-
rusalén, dándole descendientes y conser-
vando a Jerusalén. 5 Porque David hizo lo
que el Señor aprueba, sin desviarse de sus
mandamientos durante toda su vida, ex-
cepto en el asunto de Urías, el hitita. 6 Hubo
guerras continuas entre Abías y Jeroboán.

7 Para más datos sobre Abías y sus em-
presas, véanse los Anales del Reino de Judá.

8 Abías murió, y lo enterraron en la Ciu-
dad de David. Su hijo Asá le sucedió en el
trono.

Asá de Judá (911-870)

(2 Cr 14–16)

9 Asá subió al trono de Judá el año vein-
te del reinado de Jeroboán de Israel. 10 Rei-
nó cuarenta y un años en Jerusalén. Su
abuela se llamaba Maacá, hija de Absalón.
11 Hizo lo que el Señor aprueba, como su
antepasado, David. 12 Desterró la prostitu-
ción sagrada y retiró todos los ídolos he-
chos por sus antepasados. 13 Incluso a su
abuela Maacá le quitó el título de reina ma-
dre, por haber hecho una imagen de As-
tarté. Asá destrozó la imagen y la quemó
en el torrente Cedrón. 14 No desaparecieron
los pequeños santuarios; pero, sin embar-
go, el corazón de Asá perteneció por ente-
ro al Señor toda su vida. 15 Llevó al templo
las ofrendas de su padre y las suyas pro-
pias: plata, oro y utensilios.

16 Hubo guerras continuas entre Asá y
Basá de Israel. 17 Basá de Israel hizo una
campaña contra Judá y fortificó Ramá,
para cortar las comunicaciones a Asá de
Judá. 18 Entonces Asá tomó la plata y el
oro que quedaba en los tesoros del templo
y del palacio y, entregándoselos a sus mi-
nistros, los envió a Ben-Adad, hijo de Ta-
brimón, de Jezión, rey de Siria, que residía
en Damasco, con este mensaje: 19 Haga-
mos un tratado de paz, como lo hicieron tu
padre y el mío. Aquí te envío este obsequio
de plata y oro. Ve, rompe tu alianza con
Basá de Israel, para que se retire de mi te-
rritorio. 20 Ben-Adad le hizo caso y envió a
sus generales contra las ciudades de Israel,
devastando Iyón, Dan, Abel Bet-Maacá, la
zona del lago y toda la región de Neftalí.
21 En cuanto se enteró Basá, suspendió las
obras de Ramá y se volvió a Tirsá. 22 Asá
movilizó entonces a todo Judá, sin excep-
ción. Desmontaron las piedras y leños con
que Basá fortificaba Ramá y los aprovecha-
ron para fortificar Guibeá de Benjamín y
Mispá.

23 Para más datos sobre Asá, sus haza-
ñas militares y las ciudades que fortificó,
véanse los Anales del Reino de Judá.

24 Cuando ya era viejo, enfermó de los
pies. Murió, y lo enterraron con sus antepa-
sados en la Ciudad de David. Su hijo Josa-
fat le sucedió en el trono.

Nadab de Israel (910-909)

25 Nadab, hijo de Jeroboán, subió al tro-
no de Israel el año segundo del reinado de
Asá de Judá. Reinó en Israel dos años.
26 Hizo lo que el Señor reprueba: imitó a su

15s; 22,41-54 Reyes de Judá e Israel. En adelante el autor tiene que dirigir alternativamente la mirada al reino del norte y al del sur: para él, ambos son parte del pueblo de Dios. Durante los próximos cuarenta años pasan dos reyes por el trono de Judá, cinco por el de Israel en dos cambios de dinastía. Toda esta época agitada se reduce en el libro a unas cuantas valoraciones religiosas. A veces, sólo queda el esquema sin los hechos; de ordinario, la explicación del autor resulta simplista. El lector no encuentra satisfechas sus curiosidades históricas, ni resueltas sus dudas: a ratos se aburre, a ratos se irrita. Si reflexionando vence la desazón, podrá abrirse a la sorpresa: ese autor que tiene a su disposición los archivos o anales, los consulta para ir citando a los reyes ante el tribunal de la historia, y, tras un juicio sumario o sumarísimo, dicta sentencia con gesto soberano. Sentencia, no según leyes humanas, no según valoraciones comunes, sino según la aprobación o desaprobación de Dios. Y esto lo hace el autor con unos monarcas «por la gracia de Dios». Si leemos estas páginas y paralelamente leemos algunos salmos reales (p. ej., Sal 2,20; 21,45; 72; 110), apreciaremos la enorme tensión a que está sometida la teología de la realeza. La polaridad, la tensión entre fuerzas opuestas es lo que define esta teología, y no un par de principios claros y fácilmente armonizables. Fuerzas del idealismo y del realismo, de la esperanza y la desilusión, de la elección y la rebelión. La historia sagrada de la monarquía no es una historia edificante. El que la contó pertenece, según la tradición judía, a los «profetas anteriores».

padre y los pecados que hizo cometer a Is-
rael.
27 Basá, hijo de Ajías, de la tribu de Isa-
car, conspiró contra él y lo asesinó en Ga-
batón, que pertenecía a los filisteos, cuan-
do Nadab con todo Israel la estaban
sitiando. 28 Basá lo mató el año tercero del
reinado de Asá de Judá, y lo suplantó en el
trono. 29 En cuanto se proclamó rey, mató a
toda la familia de Jeroboán, hasta aniqui-
larla, sin dejar alma viviente, como había
dicho el Señor por su siervo Ajías, el siloni-
ta; 30 por los pecados que Jeroboán come-
tió e hizo cometer a Israel y por provocar el
enojo del Señor, Dios de Israel.
31 Para más datos sobre Nadab y sus
empresas, véanse los Anales del Reino de
Israel.

Basá de Israel (909-885)

32 Hubo guerras continuas entre Asá y
Basá de Israel.
33 Basá, hijo de Ajías, subió al trono de
Israel, en Tirsá, el año tercero del reinado
de Asá de Judá. Reinó veinticuatro años.
34 Hizo lo que el Señor reprueba; imitó a Je-
roboán y persistió en el pecado con que
éste hizo pecar a Israel.

16 1 El Señor dirigió la palabra a Jehú,
hijo de Janani, contra Basá:
2 –Yo te saqué del polvo y te hice jefe de
mi pueblo Israel; pero tú has imitado a Je-
roboán, has hecho pecar a mi pueblo, Is-
rael, irritándome con sus pecados, 3 por
eso voy a barrer a Basá y su casa y a de-
jarla como la de Jeroboán, hijo de Nabat.
4 A los de Basá que mueran en poblado
los devorarán los perros y al que muera
en descampado lo devorarán las aves del
cielo.
5 Para más datos sobre Basá y sus haza-
ñas militares, véanse los Anales del Reino
de Israel.
6 Basá murió, y lo enterraron en Tirsá.
Su hijo Elá le sucedió en el trono.
7 Por medio del profeta Jehú, hijo de Ja-
naní, el Señor dirigió la palabra a Basá y su
casa, por haber imitado a la casa de Jero-
boán, haciendo lo que el Señor reprueba,
irritándolo con sus obras, y también porque
exterminó a la casa de Jeroboán.

Elá de Israel (885-884)

8 Elá, hijo de Basá, subió al trono de Is-
rael, en Tirsá, el año veintisiete del reinado
de Asá de Judá. Reinó dos años.
9 Su oficial Zimrí, jefe de media división
de carros, conspiró contra él mientras se
emborrachaba en Tirsá, en casa de Arsá,
mayordomo de palacio. 10 Entró Zimrí, lo
asesinó el año veintisiete del reinado de
Asá de Judá y lo suplantó en el trono. 11 En
cuanto subió al trono y se proclamó rey,
mató a toda la familia de Basá; acabó con
todo varón, pariente o amigo. Zimrí 12 ex-
terminó a toda la familia de Basá, como el
Señor había profetizado contra Basá por
medio del profeta Jehú, 13 a causa de los
pecados de Basá y los de su hijo Elá; los
que cometieron ellos y los que hicieron co-
meter a Israel, irritando al Señor, Dios de Is-
rael, con sus ídolos.
14 Para más datos sobre Elá y sus em-
presas, véanse los Anales del Reino de Is-
rael.

Zimrí de Israel (884)

15 Zimrí ocupó el trono en Tirsá siete
días, el año veintisiete del reinado de Asá
de Judá. La tropa acampaba junto a Gaba-
tón, que pertenecía a los filisteos, 16 y
cuando los acampados oyeron que Zimrí
había conspirado y matado al rey, aquel
mismo día proclamaron rey de Israel al ge-
neral Omrí. 17 Omrí, con todo el ejército is-
raelita, marchó de Gabatón para sitiar a
Tirsá. 18 Cuando Zimrí vio que la ciudad es-
taba para caer, se encerró en la torre de
palacio, prendió fuego al palacio, y así mu-
rió. 19 Fue por los pecados que cometió ha-
ciendo lo que el Señor reprueba, imitando
a Jeroboán y persistiendo en el pecado
que éste había cometido al hacer pecar a
Israel.
20 Para más datos sobre Zimrí y la cons-
piración que tramó, véanse los Anales del
Reino de Israel.

Omrí de Israel (884-874)

21 Entonces los israelitas se dividieron: la
mitad siguió a Tibní, hijo de Guinat, que-
riendo proclamarlo rey, y la otra mitad si-
guió a Omrí. 22 Los partidarios de Omrí se
impusieron a los de Tibní, hijo de Guinat.
Tibní cayó muerto y Omrí subió al trono.

23 Omrí subió al trono de Israel el año
treinta y uno del reinado de Asá de Judá.
Reinó doce años, seis en Tirsá. 24 Le com-
pró a Sémer el monte de Samaría por se-
senta kilos de plata y edificó allí una ciu-
dad, a la que llamó Samaría –por Sémer, el
dueño del monte–.
25 Omrí hizo lo que el Señor reprueba; fue
peor que todos sus predecesores. 26 Imitó a
la letra a Jeroboán, hijo de Nabat, y los pe-
cados que hizo cometer a Israel, irritando al
Señor, Dios de Israel, con sus ídolos.
27 Para más datos sobre Omrí y sus ha-
zañas militares, véanse los Anales del Reino
de Israel. 28 Omrí murió y lo enterraron en
Samaría. Su hijo Ajab le sucedió en el trono.

Ajab de Israel (874-853)

29 Ajab, hijo de Omrí, subió al trono de
Israel el año treinta y ocho del reinado de
Asá de Judá. 30 Reinó sobre Israel, en Sa-
maría, veintidós años.

Hizo lo que el Señor reprueba, más que
todos sus predecesores. 31 Lo de menos
fue que imitara los pecados de Jeroboán,
hijo de Nabat; se casó con Jezabel, hija de
Etbaal, rey de los fenicios, y dio culto y
adoró a Baal. 32 Erigió un altar a Baal en el
templo que le construyó en Samaría; 33 co-
locó también un poste sagrado y siguió
irritando al Señor, Dios de Israel, más que
todos los reyes de Israel que le precedie-
ron.

34 En su tiempo, Jiel, de Betel, recons-
truyó Jericó: los cimientos le costaron la
vida de Abirán, su primogénito, y las puer-
tas, la de Segub, su benjamín, como lo ha-
bía dicho el Señor por medio de Josué, hijo
de Nun.

CICLO DE ELÍAS

Aquí comienza el ciclo de los profetas. Aunque los reyes y su reinado dan el cuadro de los acontecimientos, se diría que las figuras de los profetas orientan la elección del material narrativo. Y es como si la presencia de los profetas tuviera la virtud de engrandecer la personalidad de los monarcas.

El ciclo de Elías. Después de la introducción sobre el reinado de Ajab, irrumpe Elías para asumir el papel de protagonista en los tres capítulos siguientes (17–19). Deja el escenario a otros profetas en el capítulo 20 y reaparece para enfrentarse con Ajab; cede el puesto al profeta Miqueas y vuelve a aparecer para enfrentarse con el nuevo rey; desaparece definitivamente después de nombrar su sucesor. Este aparecer y desaparecer súbito es dato constitutivo de su figura.

La primera aparición (capítulos 17–19) forma una unidad coherente, construida con habilidad y movida lógicamente: aparece primero como portador de la sequía, después como portador de la lluvia; perseguido, huye al monte Horeb. Cada capítulo tiene su construcción propia. En su segunda aparición, Elías denuncia el crimen de Ajab; en la tercera, denuncia la infidelidad de Ocozías.

En estos capítulos revive el estilo narrativo de los grandes relatos del libro de Samuel; como si la figura del profeta hubiera inspirado a los narradores. Gran parte del material aquí recogido se remonta, sin duda, al tiempo del profeta o de sus discípulos; aún la redacción parece ser antigua, salvo retoques del comentario deuteronomista.

Elías: la sequía
(Jr 14)

17 1 Elías, el tesbita, de Tisbé de Galaad, dijo a Ajab:

–¡Por la vida del Señor, Dios de Israel, a quien sirvo! En estos años no caerá rocío ni lluvia si yo no lo mando.

2 Luego el Señor le dirigió la palabra:

3 –Vete de aquí hacia el Oriente y escóndete junto al torrente Carit, que queda cerca del Jordán. 4 Bebe del torrente y yo mandaré a los cuervos que te lleven allí la comida.

5 Elías hizo lo que le mandó el Señor y fue a vivir junto al torrente Carit, que queda cerca del Jordán. 6 Los cuervos le llevaban pan por la mañana y carne por la tarde, y bebía del torrente. 7 Pero al cabo del tiempo el torrente se secó, porque no había llovido en la región. 8 Entonces el Señor dirigió la palabra a Elías:

9 –Levántate y vete a Sarepta de Fenicia a vivir allí; yo mandaré a una viuda que te dé la comida.

10 Elías se puso en camino hacia Sarepta, y al llegar a la entrada del pueblo encontró allí a una viuda recogiendo leña. La llamó y le dijo:

–Por favor, tráeme un poco de agua en un jarro para beber.

11 Mientras iba a buscarla, Elías le gritó:

–Por favor, tráeme en la mano un trozo de pan.

12 Ella respondió:

–¡Por la vida del Señor, tu Dios! No tengo pan; sólo me queda un puñado de harina en el jarro y un poco de aceite en la aceitera. Ya ves, estaba recogiendo cuatro astillas: voy a hacer un pan para mí y mi hijo, nos lo comeremos y luego moriremos.

13 Elías le dijo:

–No temas. Ve a hacer lo que dices, pero primero prepárame a mí un panecillo y tráemelo; para ti y tu hijo lo harás después. 14 Porque así dice el Señor, Dios de Israel: El cántaro de harina no se vaciará, la aceitera de aceite no se agotará, hasta el día en que el Señor envíe la lluvia sobre la tierra.

15 Ella marchó a hacer lo que le había dicho Elías, y comieron él, ella y su hijo durante mucho tiempo. 16 El cántaro de harina no se vació ni la aceitera se agotó, como lo había dicho el Señor por Elías.

17 Más tarde cayó enfermo el hijo de la dueña de la casa; la enfermedad fue tan grave, que murió. 18 Entonces la mujer dijo a Elías:

–¡No quiero nada contigo, profeta! ¿Has venido a mi casa a recordar mis culpas y matarme a mi hijo?

19 Elías respondió:

–Dame a tu hijo.

Y tomándolo de su regazo, se lo llevó a la habitación de arriba, donde él dormía, y lo acostó en la cama. 20 Después clamó al Señor:

–Señor, Dios mío, ¿también a esta viuda que me hospeda en su casa la vas a castigar haciéndole morir al hijo?

21 Luego se echó tres veces sobre el niño, clamando al Señor:

–¡Señor, Dios mío, que la vida vuelva a este niño!

22 El Señor escuchó la súplica de Elías, volvió la vida al niño y resucitó. 23 Elías tomó al niño, lo bajó de la habitación y se lo entregó a la madre, diciéndole:

–Aquí tienes a tu hijo vivo.

24 La mujer dijo a Elías:

–¡Ahora reconozco que eres un profeta y que la Palabra del Señor que tú pronuncias se cumple!

17,1-24 Elías: la sequía. El nombre de Elías, que significa «Yahvé es mi Dios», es el mejor resumen de su vida y de su ministerio; porque Elías es, ante todo, el campeón del yahvismo. La crisis del yahvismo había llegado al límite de vida o muerte. Las causas remotas de la crisis se remontaban a los días del establecimiento del pueblo en la tierra de Canaán. El contacto con la religión cananea, sus dioses y sus cultos, tuvo consecuencias muy negativas para la fe yahvista. El advenimiento de la monarquía empeoró la situación.

En el reino del norte la crisis alcanza su momento álgido durante el reinado de Ajab-Jezabel. El matrimonio del rey de Israel con esta princesa fenicia había sido fatal para la causa yahvista. No solamente hizo construir un santuario a Baal en la propia capital del reino, Samaría, sino que llevó a cabo una política abiertamente favorable al baalismo, al tiempo que se embarcó en una ofensiva contra el yahvismo, dando muerte a sus profetas.

En este contexto dramático se encuadra la misión de Elías. Samuel protagonizó la transición del régimen tribal a la monarquía. Natán fue el encargado de canonizar la dinastía davídica. Ajías de Siló anunció la división del reino. Todos ellos marcaron momentos

Juicio de Dios en el Carmelo

18 1 Pasó mucho tiempo. El año tercero
dirigió el Señor la palabra a Elías:
–Preséntate a Ajab, que voy a mandar
lluvia a la tierra.
2 Elías se puso en camino para presen-
tarse a Ajab.
El hambre apretaba en Samaría, 3 y
Ajab llamó a Abdías, mayordomo de pala-
cio –Abdías era muy religioso, 4 y cuando
Jezabel mataba a los profetas del Señor, él
recogió a cien profetas y los escondió en
dos cuevas en grupos de cincuenta, pro-
porcionándoles comida y bebida–, 5 y le
dijo:
–Vamos a recorrer el país, a ver todos
los manantiales y arroyos; a lo mejor en-
contramos pasto para conservar la vida a
caballos y mulos sin que tengamos que sa-
crificar el ganado.
6 Se dividieron el país: Ajab se fue por su
lado y Abdías por el suyo. 7 Y cuando Abdí-
as iba de camino, Elías le salió al encuen-
tro. Al reconocerlo, Abdías cayó rostro en
tierra y le dijo:
–Pero, ¿eres tú, Elías, mi señor?
8 Elías respondió:
–Sí. Ve a decirle a tu amo que Elías está
aquí.
9 Abdías respondió:
–¿Qué pecado he cometido para que me
entregues a Ajab y me mate? 10 ¡Por la vida
del Señor, tu Dios! No hay país ni reino
adonde mi amo no haya enviado gente a
buscarte, y cuando le respondían que no
estabas, hacía jurar al reino o al país que no
te habían encontrado. 11 ¡Y ahora tú me
mandas que vaya a decirle a mi amo que
aquí está Elías! 12 Cuando yo me separe de
ti, el Espíritu del Señor te llevará no sé dón-
de: yo informo a Ajab, pero luego no te en-
cuentra, y me mata. Y tu servidor respeta al
Señor desde joven. 13 ¿No te han contado lo
que hice cuando Jezabel mataba a los pro-
fetas del Señor? Escondí dos grupos de cin-
cuenta en dos cuevas y les proporcioné co-
mida y bebida. 14 ¡Y ahora tú me mandas
que vaya a decirle a mi amo que Elías está
aquí! ¡Me matará!
15 Elías respondió:
–¡Por la vida del Señor Todopoderoso, a
quien sirvo! Hoy me va a ver.
16 Entonces Abdías fue en busca de Ajab
y se lo dijo. Ajab marchó al encuentro de
Elías, 17 y al verlo le dijo:
–¿Eres tú, ruina de Israel?
18 Elías le contestó:
–¡No soy yo el que traigo la desgracia a
Israel, sino tú y tu familia, porque han
abandonado al Señor y te has ido detrás de
los baales! 19 Ahora manda que se reúna en
torno a mí todo Israel en el monte Carmelo,
con los cuatrocientos cincuenta profetas de
Baal, comensales de Jezabel.
20 Ajab despachó órdenes a todo Israel,
y los profetas se reunieron en el monte Car-
melo. 21 Elías se acercó a la gente y dijo:
–¿Hasta cuándo van a caminar con mu-
letas? Si el Señor es el verdadero Dios, sí-
ganlo; si lo es Baal, sigan a Baal.
La gente no respondió una palabra.
22 Entonces Elías les dijo:
–He quedado yo solo como profeta del
Señor, mientras que los profetas de Baal
son cuatrocientos cincuenta. 23 Que nos
den dos novillos: ustedes elijan uno, que lo
descuarticen y lo pongan sobre la leña sin
prenderle fuego; yo prepararé el otro novi-

---

claves de la historia y los profetas se vieron obligados a asumir la responsabilidad. Pero a ninguno le correspondió un momento y un ministerio tan difícil como a Elías. Quizás por esa razón Elías ha sido la figura elegida para representar el profetismo, al lado de Moisés como representante de la Ley.

La sequía de suyo es un hecho bastante banal y corriente en la climatología palestinense. En sí misma no tiene gran interés y tampoco los detalles cronológicos y folklóricos que la acompañan. La sequía tiene valor de signo. Es la señal del disgusto de Dios ante la ofensiva antiyahvista que se ha desencadenado en el reino del norte, planeada y estimulada desde el poder mismo.

18,1-46 Juicio de Dios en el Carmelo. Baal era considerado como el dios de la lluvia y consiguientemente como el abogado de la fertilidad y de las buenas cosechas. En realidad, en Palestina lluvia y buenas cosechas están en proporción directa (cfr. Dt 11,10-16). De ahí que la multiplicación milagrosa de la harina y del aceite realizada por Elías en nombre del Señor, se inserta asimismo en un contexto polémico contra Baal y contra sus patrocinadores, los reyes de Samaría.

Elías le da la batalla al baalismo en su propio terreno. Es decir, le atribuye al Señor los mismos títulos y actividades que el pueblo idólatra aplicaba a Baal. Toda esta pedagogía entraba dentro de un esfuerzo titánico por salvar del naufragio la fe yahvista.

llo y lo pondré sobre la leña sin prenderle
fuego. 24 Ustedes invocarán a su dios y yo
invocaré al Señor, y el dios que responda
enviando fuego, ése es el Dios verdadero.
Toda la gente asintió:
–¡Buena idea!
25 Elías dijo a los profetas de Baal:
–Elijan un novillo y prepárenlo ustedes
primero, porque son más. Luego invoquen
a su dios, pero sin encender el fuego.
26 Agarraron el novillo que les dieron, lo
prepararon y estuvieron invocando a Baal
desde la mañana hasta mediodía:
–¡Baal, respóndenos!
Pero no se oía una voz ni una respuesta,
mientras danzaban alrededor del altar que
habían hecho.
27 Al mediodía, Elías empezó a reírse de
ellos:
–¡Griten más fuerte! Baal es un dios,
pero estará meditando, o bien ocupado, o
estará de viaje. ¡A lo mejor está durmiendo
y se despierta!
28 Entonces gritaron más fuerte, y se hi-
cieron cortaduras, según su costumbre,
con cuchillos y punzones, hasta chorrear
sangre por todo el cuerpo. 29 Pasado el me-
diodía, entraron en trance, y así estuvieron
hasta la hora de la ofrenda. Pero no se oía
una voz, ni una palabra, ni una respuesta.
30 Entonces Elías dijo a la gente:
–¡Acérquense!
Se acercaron todos, y él reconstruyó el
altar del Señor, que estaba demolido:
31 tomó doce piedras, una por cada tribu de
Jacob a quien el Señor había dicho: Te lla-
marás Israel; 32 con las piedras levantó un al-
tar en honor del Señor, hizo una zanja alre-
dedor del altar, como para sembrar dos me-
didas de semillas, 33 apiló la leña, descuar-
tizó el novillo, lo puso sobre la leña 34 y dijo:
–Llenen cuatro cántaros de agua y de-
rrámenla sobre la víctima y la leña.
Luego dijo:
–¡Otra vez!
Y lo hicieron otra vez.
Añadió:
–¡Otra vez!
Y lo repitieron por tercera vez. 35 El agua
corrió alrededor del altar, e incluso la zanja
se llenó de agua.
36 Llegada la hora de la ofrenda, el pro-
feta Elías se acercó y oró:
–¡Señor, Dios de Abrahán, Isaac e Israel!
Que se vea hoy que tú eres el Dios de Israel
y yo tu siervo, que he hecho esto por orden
tuya. 37 Respóndeme, Señor, respóndeme,
para que este pueblo sepa que tú, Señor,
eres el Dios verdadero y que eres tú quien
les cambiará el corazón.
38 Entonces el Señor envió un rayo, que
abrasó la víctima, la leña, las piedras y el
polvo, y secó el agua de la zanja. 39 Al ver-
lo, cayeron todos, exclamando:
–¡El Señor es el Dios verdadero! ¡El Se-
ñor es el Dios verdadero!
40 Elías les dijo:
–Agarren a los profetas de Baal. Que no
escape ninguno.
Los agarraron. Elías los bajó al torrente
Quisón y allí los degolló.
41 Elías dijo a Ajab:
–Vete a comer y a beber, que ya se oye
el ruido de la lluvia.

En el milagro de Sarepta entran otra serie de motivos secundarios, entre los que destaca el tema universalista, recogido luego por el Nuevo Testamento (cfr. Lc 4,26). La viuda de Sarepta simboliza y personifica a la gentilidad llamada a la fe. El milagro pone asimismo de relieve la confianza de Elías y de la viuda. A pesar de todas las apariencias en contra, Elías se fía en la Palabra de Dios y mantiene su fe hasta el final. Igualmente la viuda obedece apoyada en la palabra de Elías. Lo mismo que la viuda del evangelio (cfr. Mc 12,38-44), la mujer de Sarepta da pruebas de una gran generosidad. La generosidad perfecta no consiste en dar mucho o poco sino en darlo todo. El milagro de Sarepta, lo mismo que el del torrente Kerit (cfr. 17,1-6) ponen de manifiesto la solicitud y providencia de Dios en favor de sus profetas.

La resurrección del hijo de la viuda (probablemente la mujer de Sarepta de 1 Re 17,7-16), lo mismo que los demás milagros atribuidos a Elías se encuadran en una perspectiva de polémica contra la religión cananea del dios Baal.

La mujer, probablemente la viuda de Sarepta, es decir, una extranjera, pronuncia una confesión de fe en Elías como hombre de Dios y portavoz del Señor: «Ahora reconozco que eres un profeta y que la Palabra del Señor que tú pronuncias se cumple» (24). Al verse sanado de la lepra después de lavarse en el Jordán por indicación de Eliseo, Naamán el sirio pronuncia una confesión de fe muy similar (2 Re 5,15). En el discurso programático que Lucas pone en boca de Jesús al comienzo de su ministerio en Galilea se hace mención de la viuda de Sarepta y de Naamán el

[42] Ajab fue a comer y a beber, mientras Elías subía a la cima del Carmelo; allí se encorvó hacia tierra, con el rostro en las rodillas, [43] y ordenó a su criado:

–Sube a mirar el mar.

El criado subió, miró y dijo:

–No se ve nada.

Elías ordenó:

–Vuelve otra vez.

El criado volvió siete veces, [44] y a la séptima dijo:

–Sube del mar una nubecilla como la palma de una mano.

Entonces Elías mandó:

–Vete a decirle a Ajab que enganche el carro y se vaya, antes que se lo impida la lluvia.

[45] En un instante se encapotó el cielo con nubes empujadas por el viento y empezó una fuerte lluvia. Ajab montó en el carro y marchó a Yezrael. [46] Y Elías, con la fuerza del Señor, se ató el cinturón y fue corriendo delante de Ajab, hasta la entrada de Yezrael.

Elías, en el monte Horeb

19 [1] Ajab contó a Jezabel lo que había hecho Elías, cómo había pasado a cuchillo a los profetas. [2] Entonces Jezabel mandó a Elías este recado:

–Que los dioses me castiguen si mañana a estas horas no hago contigo lo mismo que has hecho tú con cualquiera de ellos.

[3] Elías temió y emprendió la marcha para salvar la vida. Llegó a Berseba de Judá y dejó allí a su criado. [4] Él continuó por el desierto una jornada de camino y al final se sentó bajo una retama y se deseó la muerte:

–¡Basta, Señor! ¡Quítame la vida, que yo no valgo más que mis padres!

[5] Se echó bajo la retama y se durmió. De pronto un ángel le tocó y le dijo:

–¡Levántate, come!

[6] Miró Elías y vio a su cabecera un pan cocido sobre piedras y un jarro de agua. Comió, bebió y se volvió a echar. [7] Pero el ángel del Señor le volvió a tocar y le dijo:

---

sirio como representante de la gentilidad que recibe el evangelio y entra en la Iglesia (cfr. Lc 4,25-27).

El reto que Elías había lanzado al baalismo alcanza su momento culminante, lleno de dramatismo, sobre la cima del Monte Carmelo. En realidad se trataba de un escenario apto y adecuado. Desde siempre parece ser que el Carmelo había sido un lugar santo, dedicado sucesivamente a distintas divinidades. Cuando la montaña fue conquistada por David, el rey instaló en ella un altar al Señor. Nuestro relato alude a que dicho altar ha sido derruido y que el culto de Baal ha sido restaurado sobre el monte.

Éste es el marco en que se encuadra el reto dramático de Elías, el campeón del yahvismo: «¿Hasta cuándo van a andar jugando a dos barajas?», diríamos en una traducción popular. «Si el Señor es el verdadero Dios, síganlo; si lo es Baal, sigan a Baal» (21). Elías encara al pueblo frente a una disyuntiva que recuerda otra escena muy similar de la Biblia, la gran jornada de Siquén presidida por Josué: Elijan hoy a quién quieren servir: al Señor o a los dioses que sirvieron sus padres al otro lado del río (cfr. Jos 24,14-24).

Elías tiene la audacia de encararse con la realidad y coloca al pueblo en la precisión de pronunciarse en un sentido o en otro. No se puede servir a Baal y al Señor a la vez. No se puede tener el corazón dividido.

La formación progresiva de las nubes y de la lluvia, se ajusta perfectamente a la topografía y a la meteorología palestinense. Desde la cima oriental del Monte Carmelo, donde el texto bíblico parece colocar el episodio, se alcanza a ver en el lejano horizonte el mar Mediterráneo, el único manantial que envía nubes y lluvia sobre la franja siro-palestinense. Por los otros flancos está rodeada de desiertos, los cuales lo único que producen son bochorno y tormentas de arena. De ahí la sentencia del evangelio: «Cuando vean levantarse una nube en oriente, enseguida dicen que lloverá y así sucede. Cuando sopla el viento sur, dicen que hará calor, y así sucede» (cfr. Lc 12,54s).

19,1-21 Elías, en el monte Horeb. Elías, perseguido a muerte, emprende una especie de peregrinación de vuelta, como remontando el pasado. Con él, algo de Israel vuelve al origen auténtico del pueblo. Empieza como fuga, empujado por la ira de Jezabel: deja la ciudad, el reino del norte, el reino del sur; en el límite de la cultura y del desierto, su huida se convierte en peregrinación: no es la fuerza de la reina que lo repele, sino la fuerza de Dios que lo atrae. En el límite urbano de la cultura un mensajero de Dios le hace comprender el sentido de su marcha. Antes del desierto, la huida ha querido desembocar en la muerte; a partir del desierto, una nueva comida milagrosa lo traslada a la experiencia del primer Israel. Las etapas del viaje son: la ciudad, el desierto, la montaña, el ángel, la presencia.

La marcha de Elías a través de los reinos del norte y del sur primero, y luego a través del desierto no es tanto un desplazamiento a través de una geografía cuanto un símbolo de la existencia humana, que pasa por una serie de altibajos, bien reflejados en las actitudes y sentimientos que se suceden en el ánimo de Elías a lo largo del camino: miedo, tedio, hastío, hambre, desesperación, conciencia de culpabilidad y al final, fortalecido con el alimento y la bebida, el cami-

–¡Levántate, come! Que el camino es su-
perior a tus fuerzas.
8 Elías se levantó, comió y bebió, y con
la fuerza de aquel alimento caminó cuaren-
ta días y cuarenta noches hasta el Horeb, el
monte de Dios. 9 Allí se metió en una cue-
va, donde pasó la noche. Y el Señor le diri-
gió la palabra:
–¿Qué haces aquí, Elías?
10 Respondió:
–Me consume el celo por el Señor, Dios
Todopoderoso, porque los israelitas han
abandonado tu alianza, han derribado tus
altares y asesinado a tus profetas; sólo que-
do yo, y me buscan para matarme.
11 El Señor le dijo:
–Sal y ponte de pie en el monte ante el
Señor. ¡El Señor va a pasar!
Vino un huracán tan violento, que des-
cuajaba los montes y resquebrajaba las ro-
cas delante del Señor; pero el Señor no es-
taba en el viento. Después del viento vino
un terremoto; pero el Señor no estaba en el
terremoto. 12 Después del terremoto vino
un fuego; pero el Señor no estaba en el fue-
go. Después del fuego se oyó una brisa te-
nue; 13 al sentirla, Elías se tapó el rostro con
el manto, salió afuera y se puso en pie a la
entrada de la cueva. Entonces oyó una voz
que le decía:
–¿Qué haces aquí, Elías?
14 Respondió:
–Me consume el celo por el Señor, Dios
Todopoderoso, porque los israelitas han
abandonado tu alianza, han derribado tus
altares y asesinado a tus profetas; sólo que-
do yo, y me buscan para matarme.
15 El Señor le dijo:
–Vuelve por el mismo camino hacia el
desierto de Damasco, y cuando llegues,
unge rey de Siria a Jazael, 16 rey de Israel, a
Jehú, hijo de Nimsí, y a Eliseo, hijo de Safat,
de Abel Mejolá, conságralo como profeta en
lugar tuyo. 17 Al que escape de la espada de
Jazael lo matará Jehú, y al que escape de la
espada de Jehú lo matará Eliseo. 18 Pero yo
me reservaré en Israel siete mil hombres:
las rodillas que no se han doblado ante Baal
y los labios que no lo han besado.
19 Elías marchó de allí y encontró a Eli-
seo, hijo de Safat, arando con doce yuntas
de bueyes en fila, él con la última. Elías

---

nar ilusionado y decidido hasta el monte donde Dios se le va a mostrar.

La pregunta del Señor (9) lo invita a tomar conciencia de su actividad, a desahogarse confiadamente. Interpelado por Dios, Elías se confiesa.

La revelación del Señor (11-13), nada más un pasar, es un momento capital que se ha de comparar con la que recibió Moisés, según Éx 33,18-23. Huracán, terremoto y fuego son elementos ordinarios de la teofanía (entre otros muchos textos, pueden verse Sal 50,3; 97,3-5): en ellos puede percibir el hombre una presencia de poder que transforma y consume lo más fuerte y estable. Viento y fuego están particularmente ligados a la vida del profeta. Pero Elías, el fogoso e impetuoso, descubre al Señor en una brisa tenue, en un susurro apenas audible. Primero ha tenido que alejarse de la urbe, cruzar el desierto, subir a la soledad de la montaña; después ha tenido que descubrir la ausencia de Dios en los elementos tumultuosos; finalmente, acallado el tumulto, la voz callada trae la presencia que sobrecoge.

Se repite el diálogo de antes, pero qué diverso suena (14). Aunque Elías sea una voz única y tenue salvada de la matanza, podrá mediar la presencia del Señor; aunque lo persigan a muerte, su vida esta henchida de la realidad de Dios.

Los profetas procedían de todos los ambientes y de todos los estratos sociales. Algunos habían nacido en la ciudad, como Isaías. Otros venían de ambientes rurales, como Amós y Miqueas. Algunos pertenecían a familias sacerdotales, como Jeremías y Ezequiel.

Eliseo fue llamado al ministerio mientras se hallaba en el campo arando. Casi todos los llamamientos proféticos están refrendados por un gesto externo, que viene a ser una especie de signo sacramental. A Isaías le purificó los labios con un carbón encendido uno de los serafines que hacían la corte al trono del Señor (cfr. Is 6,6s). A Jeremías el Señor mismo alargó la mano y le tocó la boca, al tiempo que le comunicaba sus palabras (cfr. Jr 1,9). A Ezequiel le dio Dios a comer un libro enrollado, que le supo a mieles (cfr. Ez 3,1-3). A Eliseo le echo Elías el manto encima; es un gesto un poco enigmático, pero su sentido está claro: se trata del llamamiento al ministerio profético, ya que a partir de ese momento Eliseo lo abandonó todo y siguió a su maestro Elías.

El gesto de Eliseo de ir a despedirse de sus padres contrasta con la exigencia más tajante del evangelio en circunstancias similares (cfr. Lc 9,58-62). Es posible que haya que admitir un margen de hipérbole en el estilo evangélico; en todo caso es sabido que las exigencias de Jesús eran más urgentes y más radicales.

Con más o menos prontitud lo cierto es que Eliseo abandonó sus campos, sus yuntas y su familia y entró al servicio de Elías. Este abandono y ruptura con el pasado están bien simbolizados por el sacrificio de su pareja de bueyes, celebrado en compañía de su gente como acto de despedida.

pasó junto a él y le echó encima el manto.
20 Entonces Eliseo, dejando los bueyes, co-
rrió tras Elías y le pidió:
–Déjame decir adiós a mis padres, luego
vuelvo y te sigo.
Elías le dijo:
–Vete, pero vuelve. ¿Quién te lo impide?
21 Eliseo dio la vuelta, agarró la yunta de
bueyes y los ofreció en sacrificio; aprove-
chó los aperos para cocer la carne y convi-
dó a su gente. Luego se levantó, marchó
tras Elías y se puso a su servicio.

Batallas contra Ben-Adad de Siria

20 1 Ben-Adad, rey de Siria, concentró
todas sus tropas, y acompañado de
treinta y dos reyes vasallos, con caballería
y carros, marchó a sitiar Samaría y asaltar-
la. 2 Mandó a la ciudad una embajada para
Ajab de Israel 3 con este mensaje:
–Así dice Ben-Adad: Dame tu plata y tu
oro; quédate con tus mujeres y niños.
4 El rey de Israel respondió:
–Como su majestad ordene. Soy suyo
con todo lo que tengo.
5 Pero los embajadores volvieron con un
nuevo mensaje:
–Así dice Ben-Adad: Mando a decirte
que me des tu plata y tu oro, tus mujeres y
niños. 6 Así que mañana, a estas horas te
enviaré mis oficiales a registrar tu palacio y
los de tus ministros; echarán mano a lo que
más quieres y se lo llevarán.
7 El rey de Israel convocó a los ancianos
del país y les dijo:
–Fíjense bien cómo ése busca mi mal.
Me reclama mis mujeres e hijos, mi plata y
mi oro, y eso que no me negué.
8 Todos los ancianos y el pueblo le res-
pondieron:
–No le hagas caso, no le obedezcas.
9 Entonces dio esta respuesta a los em-
bajadores de Ben-Adad:
–Digan a su majestad: Haré lo que me
dijiste la primera vez; pero esto otro no
puedo hacerlo.
Los embajadores marcharon a llevar la
respuesta. 10 Entonces Ben-Adad le envió
este mensaje:
–Que los dioses me castiguen si hay
bastante polvo en Samaría para que cada
uno de mis soldados pueda tomar un pu-
ñado.
11 Pero el rey de Israel contestó:
–Díganle que nadie canta victoria al ce-
ñirse la espada, sino al quitársela.
12 Ben-Adad estaba bebiendo en las
tiendas de campaña con los reyes, y en
cuanto oyó la respuesta, ordenó a sus ofi-
ciales:
–¡A sus puestos!
Y tomaron posiciones frente a la ciudad.
13 Mientras tanto, a Ajab de Israel se le
presentó un profeta, que le dijo:
–Así dice el Señor: ¿Ves todo ese ejérci-
to inmenso? Te lo entregaré hoy mismo
para que sepas que yo soy el Señor.
14 Ajab preguntó:
–¿Por medio de quién?
Respondió el profeta:
–Así dice el Señor: Por medio de los jó-
venes que ayudan a los gobernadores de
las provincias.
Ajab preguntó:
–¿Y quién atacará primero?

20,1-43 Batallas contra Ben-Adad de Siria. En este capítulo parece tratarse simplemente de guerras entre Israel y Damasco; pero el capítulo 22 continúa la serie con un dato importante, la alianza militar de Israel con Judá. Tenemos que contemplar un panorama más amplio para comprender los cambios de situación y de alianzas.

El interés primordial de Damasco es el comercio. Dentro de casa, una monarquía establecida en el gran oasis procura unificar bajo su dominio una multitud de reyes o jeques del ancho territorio de Siria. Hacia fuera, le conviene la sumisión de Israel, o al menos un tratado ventajoso. Mientras Judá e Israel se pateaban, hemos visto que Damasco podía alterar la balanza. Si apoyaba a Israel, éste podía poner en grave peligro al reino hermano; si retiraba su apoyo, Judá podía liberarse del vecino septentrional. Era un juego político bastante simple.

Bajo Ajab de Israel y Josafat de Judá se realiza por fin la reconciliación: el hijo de Josafat se casa con una hija de Ajab, se firma un tratado algo desigual, por el que Judá se obliga a prestaciones militares, mientras Israel se reserva la iniciativa. Ahora están Israel y Judá contra Damasco. Y el esquema se repite a mayor escala: por encima de ellos crece otro poder que pretende imponer su hegemonía aprovechando las divisiones, es Asiria. Cuando ésta aprieta en Damasco, Israel y Judá pueden respirar tranquilos y recobrar posiciones; cuando Asiria cede, Damasco puede reanudar su expansión con miras comerciales.

Los hermanos hacen las paces: ¿hasta cuándo?

Respondió el profeta:
–Tú.
15 Ajab pasó revista a los jóvenes que
ayudaban a los gobernadores, que eran
doscientos treinta y dos, y a continuación al
ejército israelita que sumaban siete mil
hombres. 16 A mediodía hicieron una salida,
mientras Ben-Adad estaba emborrachán-
dose en las tiendas con los treinta y dos
aliados. 17 Abrían la marcha los jóvenes que
ayudaban a los gobernadores, y a Ben-
Adad le llegó este aviso:
–Ha salido gente de Samaría.
18 Ordenó:
–Si han salido en son de paz, cap-
túrenlos vivos, y si han salido en plan de
guerra, captúrenlos vivos también.
19 Decíamos que habían salido de la ciu-
dad los jóvenes que ayudaban a los gober-
nadores, y el ejército tras ellos, 20 cada uno
mató al que se le puso delante, y los sirios
huyeron perseguidos por Israel; Ben-Adad,
rey de Siria, escapó a caballo con algunos
jinetes. 21 Entonces salió el rey de Israel, se
apoderó de los caballos y los carros y cau-
só a los sirios una gran derrota.
22 El profeta se acercó al rey y le dijo:
–Refuerza tu ejército y piensa bien lo que
vas a hacer, porque el año que viene el rey
de Siria volverá a atacarte.
23 Por su parte, los ministros del rey de
Siria propusieron:
–Su Dios es un dios de montaña; por eso
nos vencieron. A lo mejor, si les damos la
batalla en el llano, los vencemos. 24 Actúa
de esta manera: destituye a cada uno de
esos reyes y sustitúyelos por gobernadores.
25 Junta luego un ejército como el que has
perdido, otros tantos caballos y carros; les
presentaremos batalla en el llano, y segura-
mente los venceremos.
Ben-Adad les hizo caso y actuó así. 26 Al
año siguiente pasó revista a los sirios y
marchó a Afec para luchar contra Israel.
27 Los israelitas, después de pasar revista y
aprovisionarse, salieron a su encuentro y
acamparon frente a ellos; parecían un hato
de cabras, mientras que los sirios cubrían la
llanura.
28 El profeta se acercó a decir al rey de
Israel:
–Así dice el Señor: Por haber dicho los
sirios que el Señor es un dios de montaña y
no de llanura, te entrego ese ejército in-
menso, para que sepan que yo soy el Se-
ñor.
29 Siete días estuvieron acampados fren-
te a frente. El día séptimo trabaron batalla,
y en un solo día los israelitas les mataron a
los sirios cien mil de infantería. 30 Los su-
pervivientes huyeron a Afec, pero la mura-
lla se derrumbó sobre los veintisiete mil
hombres que quedaban.
Mientras tanto, Ben-Adad, que había
huido, se metió en la ciudad, de casa en
casa. 31 Sus ministros le dijeron:
–Mira, hemos oído que los reyes de Is-
rael son misericordiosos. Vamos a ceñirnos
un sayal y atarnos una cuerda en la cabe-
za, y nos rendiremos al rey de Israel. A lo
mejor te perdona la vida.
32 Se ciñeron un sayal, se ataron una
cuerda a la cabeza y se presentaron al rey
de Israel, diciendo:
–Tu siervo Ben-Adad pide que le perdo-
nes la vida.
El rey dijo:
–¿Vive todavía? ¡Es mi hermano!
33 Aquellos hombres vieron en esto un
buen augurio y se apresuraron a tomarle la
palabra, diciendo:
–¡Ben-Adad es hermano tuyo!
Ajab dijo:
–Vayan a traerlo.
Cuando llegó, Ajab lo subió a su carro-
za, y 34 Ben-Adad le dijo:
–Te devolveré las poblaciones que mi
padre arrebató al tuyo. Y en Damasco te
cederé un barrio, como lo tenía mi padre en
Samaría. Con este pacto déjame ir libre.
Ajab firmó un pacto con él y lo dejó en
libertad.
35 Uno de la comunidad de profetas dijo
a un compañero, por orden del Señor:
–¡Pégame!
El otro se negó, 36 y entonces le dijo:
–Por no haber obedecido la orden del
Señor, te matará un león en cuanto te se-
pares de mí.
Y cuando se alejaba, lo encontró un león
y lo mató.
37 Aquel profeta encontró a otro hombre,
y le dijo:
–¡Pégame!
El hombre le pegó y lo dejó maltrecho.

38 El profeta se puso a esperar al rey en el camino, disfrazado con una venda en los ojos. 39 Cuando pasaba el rey, el profeta le gritó:

–Tu servidor avanzaba hacia el centro de la batalla, cuando un hombre se acercó y me entregó otro hombre, diciéndome: Guarda a éste; si desaparece, lo pagarás con la vida o con dinero. 40 Pero, mientras yo estaba ocupado de acá para allá, el otro desapareció.

El rey de Israel le dijo:

–¡Está clara la sentencia! Tú mismo la has pronunciado.

41 Entonces el profeta se quitó de golpe la venda de los ojos y el rey de Israel se dio cuenta de que era un profeta. 42 Entonces dijo al rey:

–Así dice el Señor: Por haber dejado escapar al hombre que yo había consagrado al exterminio, pagarás su vida con tu vida y su ejército con tu ejército.

43 El rey de Israel marchó a casa triste y afligido, y entró en Samaría.

La viña de Nabot

21 1 Nabot, el de Yezrael, tenía una viña al lado del palacio de Ajab, rey de Samaría. 2 Ajab le propuso:

–Dame la viña para hacerme yo una huerta, porque está justo al lado de mi casa; yo te daré en cambio una viña mejor o, si prefieres, te pago en dinero.

3 Nabot respondió:

–¡Dios me libre de cederte la herencia de mis padres!

4 Ajab marchó a casa malhumorado y enfurecido por la respuesta de Nabot, el de Yezrael: no te cederé la heredad de mis padres. Se tumbó en la cama, volvió la cara y no quiso probar alimento. 5 Su esposa Jezabel se le acercó y le dijo:

–¿Por qué estás de mal humor y no quieres probar alimento?

6 Él contestó:

–Es que hablé a Nabot, el de Yezrael, y le propuse: Véndeme la viña o, si prefieres, te la cambio por otra. Y me dice: No te doy mi viña.

7 Entonces Jezabel, su mujer, dijo:

–¿Así ejerces tú la realeza sobre Israel? ¡Arriba! A comer, que te sentará bien. ¡Yo te daré la viña de Nabot, el de Yezrael!

8 Escribió unas cartas en nombre de Ajab, las selló con el sello del rey y las envió a los ancianos y notables de la ciudad, conciudadanos de Nabot. 9 Las cartas decían: Proclamen un ayuno y sienten a Nabot en primera fila. 10 Sienten enfrente a dos canallas que declaren contra él: Has maldecido a Dios y al rey. Luego, sáquenlo afuera y mátenlo a pedradas.

11 Los conciudadanos de Nabot, los ancianos y notables que vivían en la ciudad, hicieron tal como les decía Jezabel, según estaba escrito en las cartas que habían recibido. 12 Proclamaron un ayuno y sentaron a Nabot en primera fila; 13 llegaron dos canallas, se le sentaron enfrente y testificaron contra Nabot públicamente:

–Nabot ha maldecido a Dios y al rey.

Lo sacaron fuera de la ciudad y lo apedrearon, hasta que murió. 14 Entonces informaron a Jezabel:

–Nabot ha muerto apedreado.

21,1-29 La viña de Nabot. El soldado valiente de las batallas contra los sirios es de nuevo el marido débil frente a la mujer extranjera. Ajab era fiel al Señor, pero toleraba la propaganda abierta del baalismo; Ajab respetaba la tradición de Israel y los derechos de sus súbditos, pero toleró el perjurio y el asesinato.

La maldición de las mujeres extranjeras, que había comenzado sus estragos durante el reinado de Salomón, continuó envenenando la monarquía. Y no será Jezabel la última, ya que una hija suya llegará a ser reina de Judá.

Yezrael (1-7) se encuentra en el ángulo oriental de la llanura de Esdrelón, y cerca del Jordán, en una zona muy fértil. Nabot era probablemente uno de los notables de la villa, en la cual también el rey tenía posesiones.

El plan de Jezabel (8) se basaba en una serie de leyes y costumbres judías. Si sucede alguna calamidad en la región, sequía, epidemia, etc., los jefes del pueblo tienen que buscar la causa y eliminarla. Nabot, sin saber nada, será invitado a presidir la asamblea o concejo, para buscar remedio a la situación; y allí mismo dos testigos declararan que él es el culpable (recuérdese el caso de los gabaonitas, 2 Sm 21, y la peste en tiempo de David, 2 Sm 24). El crimen está previsto en Éx 22,27, la pena de muerte por lapidación está prevista en Lv 24,16, y la exigencia de dos testigos consta en Dt 17,6. También es legal apedrear al culpable fuera de la ciudad, para no contaminarla (cfr. Lv 24,14).

Jezabel habla dos veces al marido en el relato. La primera vez en son de burla: «¿Y eres tú el que man-

15 En cuanto oyó Jezabel que Nabot ha-
bía muerto apedreado, dijo a Ajab:
–Ya puedes tomar posesión de la viña de
Nabot, el de Yezrael, que no quiso vendér-
tela. Nabot ya no vive, ha muerto.
16 En cuanto oyó Ajab que Nabot había
muerto, se levantó y bajó a tomar posesión
de la viña de Nabot, el de Yezrael.
17 Entonces el Señor dirigió la palabra a
Elías, el tesbita:
18 –Anda, baja al encuentro de Ajab, rey
de Israel, que vive en Samaría. Mira, está
en la viña de Nabot, adonde ha bajado para
tomar posesión. 19 Dile: Así dice el Señor:
¿Has asesinado, y encima robas? Por eso:
Así dice el Señor: En el mismo sitio donde
los perros han lamido la sangre de Nabot, a
ti también los perros te lamerán la sangre.
20 Ajab dijo a Elías:
–¡Me has sorprendido, enemigo mío!
Y Elías repuso:
–¡Te he sorprendido! Por haberte vendi-
do, haciendo lo que el Señor reprueba,
21 aquí estoy para castigarte. Te dejaré sin
descendencia, te exterminaré todo israelita
varón, esclavo o libre. 22 Haré con tu casa
como con la de Jeroboán, hijo de Nabat, y
la de Basá, hijo de Ajías, porque me has
irritado y has hecho pecar a Israel. 24 A los
de Ajab que mueran en poblado, los devo-
rarán los perros, y a los que mueran en des-
campado, los devorarán las aves del cielo.
23 Y el Señor también ha hablado contra Je-
zabel: Los perros la devorarán en el campo
de Yezrael.
25 Y es que no hubo otro que se vendie-
ra como Ajab para hacer lo que el Señor re-
prueba, empujado por su mujer, Jezabel.
26 Procedió de manera abominable, siguien-
do a los ídolos, igual que hacían los amo-
rreos, a quienes el Señor había expulsado
ante los israelitas.
27 En cuanto Ajab oyó aquellas palabras,
se rasgó las vestiduras, se vistió un sayal y
ayunó; se acostaba con el sayal puesto y
andaba taciturno.
28 El Señor dirigió la palabra a Elías, el
tesbita:
29 –¿Has visto cómo se ha humillado
Ajab ante mí? Por haberse humillado ante
mí, no lo castigaré mientras viva; castigaré
a su familia en tiempo de su hijo.

El profeta Miqueas
(2 Cr 18)

22 1 Pasaron tres años sin que hubiera
guerra entre Siria e Israel. 2 Pero al
tercer año, Josafat, rey de Judá, fue a visi-
tar al rey de Israel, 3 y éste dijo a sus minis-
tros:
–Ya saben que Ramot de Galaad nos
pertenece; pero nosotros no hacemos nada
para quitársela al rey sirio.
4 Y preguntó a Josafat:
–¿Quieres venir conmigo a la guerra
contra Ramot de Galaad?
Josafat le contestó:
–Tú y yo, tu ejército y el mío, tu ca-
ballería y la mía, somos uno.
5 Luego añadió:
–Consulta antes la Palabra del Señor.

---

da en Israel?» (7); su concepto del mando es poder sin límites morales (cfr. Miq 2,1). La segunda vez le ofrece el fruto prohibido, el jardín cuyo precio es la sangre inocente (15).

Uno de los aspectos más relevantes de la profecía bíblica es su lucha por la justicia social. Es cierto que los profetas son «hombres de Dios» y su misión es esencialmente religiosa. Incluso, cuando denuncian injusticias sociales o enjuician situaciones políticas, no lo hacen como políticos ni por motivos de puro sentimentalismo o de mera reivindicación social, sino que lo ven y o enjuician todo desde la vertiente de la Ley y de la Alianza. Pero no por eso son menos exigentes y radicales. Léase, sobre todo, el libro del profeta Amós.

El enfrentamiento de Elías con Ajab es muy paralelo al de Natán con David (cfr. 2 Sm 12). En ambos casos se pone de relieve la valentía y audacia de los profetas, que no retroceden ni ante los propios reyes.

Lo mismo que David también Ajab tiene un gesto de arrepentimiento. De acuerdo con el rígido principio de retribución, que preside casi todo el Antiguo Testamento, la penitencia de Ajab recibe su premio, en cuanto se aplaza la desaparición de su dinastía: no tendrá lugar en vida de Ajab, sino durante el reinado de su hijo. Pero la dinastía de Ajab, lo mismo que la de Jeroboán, hijo de Nebat, y la de Basa, hijo de Ajías, está condenada a la destrucción. Ésta es una de las diferencias entre el norte y el sur: el reino del norte cambia ocho veces de dinastía, mientras que en Judá reinó siempre la dinastía davídica.

22,1-40 El profeta Miqueas. La intervención del profeta Miqueas viene introducida con gran aparato narrativo, en una serie de contrastes y retardando el oráculo. Sus palabras son tan extensas como las de cualquiera de los oráculos de Elías, y hasta casi más instructivas para nosotros; con todo, su nombre es una aparición efímera en la historia de la monarquía.

6 El rey de Israel reunió a los profetas, unos cuatrocientos hombres, y les preguntó:
–¿Puedo atacar a Ramot de Galaad o lo dejo?
Respondieron:
–Vete. El Señor se la entrega al rey.
7 Entonces Josafat preguntó:
–¿No queda por ahí algún profeta del Señor para consultarle?
8 El rey de Israel le respondió:
–Queda todavía uno: Miqueas, hijo de Yimlá, por cuyo medio podemos consultar al Señor; pero yo lo aborrezco, porque no me profetiza cosas buenas, sino desgracias.
Josafat dijo:
–¡No hable así el rey!
9 El rey de Israel llamó a un funcionario, y le ordenó:
–Que venga en seguida Miqueas, hijo de Yimlá.
10 El rey de Israel y Josafat de Judá estaban sentados en sus tronos, con sus vestiduras reales, en la plaza, junto a la puerta de Samaría, mientras todos los profetas gesticulaban ante ellos.
11 Sedecías, hijo de Canaaná, se hizo unos cuernos de hierro y decía:
–Así dice el Señor: Con éstos embestirás a los sirios hasta acabar con ellos.
12 Y todos los profetas coreaban:
–¡Ataca a Ramot de Galaad! Triunfarás, el Señor te la entrega.
13 Mientras tanto, el mensajero que había ido a llamar a Miqueas le dijo:
–Ten en cuenta que todos los profetas a una le están profetizando buena fortuna al rey. A ver si tu oráculo es como el de cualquiera de ellos y anuncia la victoria.
14 Miqueas replicó:
–¡Por la vida de Dios, diré lo que el Señor me manda!
15 Cuando Miqueas se presentó al rey, éste le preguntó:
–Miqueas, ¿podemos atacar a Ramot de Galaad o lo dejamos?
Miqueas le respondió:
–Vete, triunfarás. El Señor se la entrega al rey.
16 El rey le dijo:
–Pero, ¿cuántas veces tendré que tomarte juramento de que me dices únicamente la verdad en nombre del Señor?
17 Entonces Miqueas dijo:
–Estoy viendo a Israel desparramado por los montes, como ovejas sin pastor. Y el Señor dice: No tienen amo. Vuelva cada cual a su casa, y en paz.
18 El rey de Israel comentó con Josafat:

No se trata de un simple oráculo, sino de la confrontación del profeta verdadero con los profetas falsos: una historia que se repetirá en las figuras críticas de Jeremías y Ezequiel.

Miqueas comienza por repetir casi a la letra el oráculo de Sedecías. Algo sonaba en su voz, quizás un tonillo de imitación irónica, que hizo sospechar al rey. Aparte el hecho de que no ha pronunciado la fórmula clásica de introducción: «así dice el Señor».

Finalmente Miqueas pronuncia el oráculo. Puede tratarse de una auténtica visión profética, como en los oráculos de Amós y algunos de Jeremías.

En los oyentes de entonces pudo surgir la duda: ¿quién de los profetas tiene razón? Si todos son profetas, ¿es que algunos se arrogan el mensaje sin haberlo recibido? Y si han recibido un mensaje del Señor, ¿cómo se explica la contradicción? A esta pregunta responde la visión de Miqueas. Es un intento para explicar la complejidad del plan de Dios y de sus medios para realizarlo; es pieza capital en la historia de la profecía israelita.

Dios viene representado como un soberano con su corte y sus ministros; a imagen de las religiones antiguas y de las cortes de Israel y Judá. En la corte hay personajes que operan con la verdad y personajes que operan con la astucia y el engaño. El plan definitivo de Dios es que Ajab marche a la guerra y muera en ella. Para que marche, el Señor despacha una profecía, «un espíritu» de entusiasmo y esperanza, que negaría al rey; su muerte la anuncia como hecho futuro, ejecución de una sentencia pronunciada. Por Sedecías habla el espíritu engañoso, por Miqueas la palabra auténtica; entre los dos se desarrolla la dialéctica de la historia. Y el rey, al hacer caso a Sedecías, saca veraz a Miqueas («saca veraces a sus profetas» Eclo 36,15).

Todo esto es un intento de explicación teológica, muy condicionada todavía por una particular representación de Dios. Intento que pretende salvar la soberanía de Dios en la historia, su acción por medio de profetas, la complejidad real de los sucesos y motivos humanos (se puede recordar el personaje «Satán» en el drama de Job). Una interpretación más refinada diría que el Señor, al enviar profetas, «permite» que surjan falsos profetas y falsas profecías y «permite» que el hombre se engañe a sí mismo escuchando lo que desea. Con estas salvedades y correcciones, podemos encontrar algo cierto y permanente en la visión: la ambigüedad del mundo de los espíritus, el engaño de nuestros deseos profundos, la asechanza de la adulación, la vigilancia constante necesaria para discernir los espíritus.

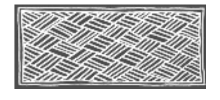
–¿No te lo dije? No me profetiza cosas
buenas, sino desgracias.
19 Miqueas continuó:
–Por eso escucha la Palabra del Señor:
Vi al Señor sentado en su trono. Todo el
ejército celeste estaba de pie junto a él, a
derecha e izquierda, 20 y el Señor preguntó:
¿Quién podrá engañar a Ajab para que
vaya y muera en Ramot de Galaad? Unos
proponían una cosa y otros otra. 21 Hasta
que se adelantó un espíritu y, puesto de pie
ante el Señor, dijo: Yo lo engañaré. El Señor
le preguntó: ¿Cómo? 22 Respondió: Iré y me
transformaré en oráculo falso en la boca de
todos los profetas. El Señor le dijo: Conse-
guirás engañarlo. ¡Vete y hazlo! 23 Como
ves, el Señor ha puesto oráculos falsos en
la boca de todos esos profetas tuyos, por-
que el Señor ha decretado tu ruina.
24 Entonces Sedecías, hijo de Canaaná,
se acercó a Miqueas y le dio una bofetada
diciéndole:
–¿Por dónde se me ha escapado el Espí-
ritu del Señor para hablarte a ti?
25 Miqueas respondió:
–Lo verás tú mismo el día en que vayas
escondiéndote de habitación en habitación.
26 Entonces el rey de Israel ordenó:
–Apresa a Miqueas y llévalo al goberna-
dor Amón y al príncipe Joás. 27 Y les dirás:
Por orden del rey, metan a éste en la cárcel
y ténganlo a pan y agua hasta que yo vuel-
va victorioso.
28 Miqueas dijo:
–Si tú vuelves victorioso, el Señor no ha
hablado por mi boca.
29 El rey de Israel y Josafat de Judá fue-
ron contra Ramot de Galaad. 30 El rey de Is-
rael dijo a Josafat:
–Voy a disfrazarme antes de entrar en
combate. Tú vete con tu ropa.
Se disfrazó y marchó al combate.
31 El rey sirio había ordenado a los co-
mandantes de los carros que no atacasen a
chico ni grande, sino sólo al rey de Israel.
32 Y cuando los comandantes de los carros
vieron a Josafat, comentaron:
–¡Aquél es el rey de Israel!
Y se lanzaron contra él. Pero Josafat gri-
tó una orden, 33 y entonces los comandan-
tes vieron que aquél no era el rey de Israel,
y lo dejaron. 34 Un soldado disparó el arco
al azar e hirió al rey de Israel, atravesándo-
le la coraza. El rey dijo al conductor de su
carro:
–Da la vuelta y sácame del campo de
batalla, porque estoy herido.
35 Pero aquel día arreció el combate, de
manera que sostuvieron al rey en pie en su
carro frente a los sirios, y murió al atarde-
cer; la sangre goteaba en el interior del ca-
rro. 36 A la puesta del sol corrió un grito por
el campamento:
–¡Cada uno a su pueblo! ¡Cada uno a su
tierra! 37 ¡Ha muerto el rey!
Llevaron al rey a Samaría, y allí lo ente-
rraron. 38 En el estanque de Samaría lava-
ron el carro; los perros lamieron su sangre,
y las prostitutas se lavaron en ella, como
había dicho el Señor.
39 Para más datos sobre Ajab y sus em-
presas, el palacio de marfil y las ciudades
que construyó, véanse los Anales del Reino
de Israel. 40 Ajab murió, y su hijo Ocozías le
sucedió en el trono.

Josafat de Judá (870-848)
(2 Cr 17–19)

41 Josafat, hijo de Asá, subió al trono de
Judá el año cuarto del reinado de Ajab de
Israel. 42 Cuando subió al trono tenía treinta
y cinco años, y reinó veinticinco años en
Jerusalén. Su madre se llamaba Azubá, hija
de Siljí. 43 Siguió el camino de su padre,
Asá, sin desviarse, haciendo lo que el Señor
aprueba. 44 Pero no desaparecieron los san-
tuarios paganos; la gente seguía ofreciendo
allí sacrificios y quemando incienso. 45 Jo-
safat vivió en paz con el rey de Israel.
46 Para más datos sobre Josafat, las vic-
torias que obtuvo y las guerras que hizo,
véanse los Anales del Reino de Judá.
47 Desterró del país los restos de prostitu-
ción sagrada que había dejado su padre,
Asá. 48 El trono de Edom estaba entonces
vacante. 49 Josafat se construyó entonces
una flota mercante para ir por oro a Ofir,
pero no pudo zarpar, porque la flota naufra-
gó en Esión Gueber. 50 Entonces Ocozías,
hijo de Ajab, propuso a Josafat:
–Que vayan mis hombres con los tuyos
en la expedición.
Pero Josafat no quiso.
51 Josafat murió; lo enterraron con sus
antepasados en la Ciudad de David, su ante-
cesor, y su hijo Jorán le sucedió en el trono.

Ocozías de Israel (853-852)

52 Ocozías, hijo de Ajab, subió al trono
de Israel, en Samaría, el año diecisiete de
Josafat de Judá. Reinó sobre Israel dos
años. 53 Hizo lo que el Señor reprueba, imitando a su padre y a su madre, y a Jeroboán, hijo de Nabat, que hizo pecar a Israel.
54 Dio culto a Baal; lo adoró, irritando al Señor, Dios de Israel, igual que había hecho su padre.



2 REYES

Ocozías y Elías

1 [1] Cuando murió Ajab, Moab se rebeló
contra Israel. [2] En Samaría, Ocozías
se cayó por el balcón, desde el piso de arri-
ba, y quedó malherido. Entonces despachó
unos mensajeros con este encargo:

–Vayan a consultar a Belcebú, dios de
Ecrón, a ver si me sano de estas heridas.

[3] Pero el ángel del Señor dijo a Elías, el
tesbita:

–Sube al encuentro de los mensajeros
del rey de Samaría y diles: ¿Acaso no hay
Dios en Israel, para que ustedes vayan a
consultar a Belcebú, dios de Ecrón? [4] Por
eso, así dice el Señor: No te levantarás de
la cama donde te has acostado. Morirás sin
remedio.

Elías se fue. [5] Los mensajeros se volvie-
ron, y el rey les preguntó:

–¿Por qué han regresado?

[6] Le contestaron:

–Nos salió al encuentro un hombre y nos
dijo que nos volviéramos al rey que nos ha-
bía enviado, y que le dijéramos: Así dice el
Señor: ¿Acaso no hay un Dios en Israel,
para que mandes a consultar a Belcebú,
dios de Ecrón? Por eso no te levantarás de
la cama donde te has acostado. Morirás sin
remedio.

[7] El rey les preguntó:

–¿Cómo era el hombre que les salió al
encuentro y les dijo eso?

[8] Le contestaron:

–Era un hombre peludo y llevaba una
piel ceñida con un cinto de cuero.

El rey comentó:

–¡Elías, el tesbita!

[9] Y despachó un oficial con cincuenta
hombres para buscar a Elías. Cuando su-
bió éste en busca de Elías, se lo encontró
sentado en la cima del monte. El oficial le
dijo:

–Profeta, el rey manda que bajes.

[10] Elías respondió:

–Si soy un profeta, que caiga un rayo y
te consuma a ti con tus hombres.

Entonces cayó un rayo y consumió al
oficial y a sus hombres.

[11] El rey mandó otro oficial con cincuen-
ta hombres. Subió y le dijo:

–Profeta, el rey manda que bajes ense-
guida.

[12] Elías respondió:

–Si soy un profeta, que caiga un rayo y
te consuma a ti con tus hombres.

Entonces cayó un rayo y consumió al
oficial y a sus hombres.

[13] Por tercera vez mandó el rey un oficial
con cincuenta hombres. Subió y, cuando
llegó frente a Elías, se hincó de rodillas y le
rogó:

–Profeta, te lo pido, respeta mi vida y la
de estos cincuenta servidores tuyos. [14] Ya
han caído rayos y han consumido a los dos
oficiales que vinieron antes y a sus hom-
bres. Ahora respeta mi vida.

[15] El ángel del Señor dijo entonces a
Elías:

–Baja con él, no tengas miedo.

Elías se levantó, bajó con él para pre-
sentarse al rey, [16] y al llegar le dijo:

–Así dice el Señor: Por haber mandado
mensajeros a consultar a Belcebú, dios de
Ecrón, como si en Israel no hubiese un Dios

1,1-18 Ocozías y Elías. Termina el primer libro de los Reyes con la noticia de la sucesión de Ajab en Israel: el nuevo rey Ocozías gobernará durante dos años (1 Re 22,52). En el marco de su reinado encontramos la última intervención de Elías con ocasión del accidente que sufre el rey (2) y por el cual consulta a Belcebú, dios de Ecrón. Elías se interpone en el camino de los embajadores para exigir respeto al único Dios de Israel. La consulta queda postergada y transferida luego al profeta, pero Elías no interviene enseguida; primero mueren dos oficiales que encabezaban sendas embajadas, y sólo la tercera comitiva logra el favor de Elías, quien confirma al rey la decisión del Señor de que morirá en su lecho de enfermo. La intención del narrador deuteronomista es demostrar que no hay Dios más poderoso que el Dios de Israel, pero también ratificar esa presencia y acción divinas a través de personajes autorizados, como es en este caso el profeta Elías.

para consultar su oráculo, no te levantarás
de la cama donde te has acostado. Morirás
sin remedio.
17 El rey murió, conforme a la profecía
de Elías, y Jorán, su hermano, le sucedió
en el trono el año segundo del reinado de
Jorán de Judá, hijo de Josafat; porque
Ocozías no tenía hijos.
18 Para más datos sobre Ocozías, véanse
los Anales del Reino de Israel.

CICLO DE ELISEO

Eliseo es el discípulo fiel y sucesor legítimo de Elías. En un círculo reducido es jefe de una corporación de profetas, entre los cuales se acredita más por sus milagros que por su enseñanza. Sus poderes taumatúrgicos tienen mayor alcance: sana enfermos crónicos (Naamán de Siria, 5), conoce los secretos militares (6,8), tiene visiones celestes (6,17), hasta resucita muertos. Por su misión profética, acompaña o se enfrenta con los reyes de Israel: con Jorán y Joás, unge rey a Jehú. Su autoridad se extiende cada vez más, pues interviene de modo decisivo en la política y la actividad bélica de Siria.

Para el autor lo más significativo de Eliseo es un paralelismo de conjunto y de detalles con Elías: en parte imita y repite la acción del maestro, en parte lleva a término lo que quedaba pendiente. Con todo, la tradición no le ha asignado un puesto destacado junto a Elías.

Elías, arrebatado al cielo

(Eclo 48,9-12; Mal 3,23s)

2 1 Cuando el Señor iba a arrebatar a
Elías al cielo en el torbellino, Elías y
Eliseo se marcharon de Guilgal. 2 Elías dijo
a Eliseo:
–Quédate aquí, porque el Señor me envía solo hasta Betel.
Eliseo respondió:
–¡Juro por la vida del Señor y por tu propia vida que no te dejaré!
Bajaron a Betel, 3 y la comunidad de
profetas de Betel salió a recibir a Eliseo. Le
dijeron:
–¿Ya sabes que el Señor te va a dejar hoy sin jefe y maestro?
Él respondió:
–Claro que lo sé. ¡No digan nada!
4 Elías dijo a Eliseo:
–Quédate aquí, porque el Señor me envía solo hasta Jericó.
Eliseo respondió:
–¡Juro por la vida del Señor y por tu propia vida que no te dejaré!
Llegaron a Jericó, 5 y la comunidad de
profetas de Jericó se acercó a Eliseo y le
dijeron:
–¿Ya sabes que el Señor te va a dejar hoy sin jefe y maestro?
Él respondió:
–Claro que lo sé. ¡No digan nada!
6 Elías dijo a Eliseo:

2,1-18 Elías, arrebatado al cielo. Entra en acción Eliseo, el sucesor de Elías. Varias escenas merecen ser resaltadas en este relato: 1. La marcha de Elías a Betel (2), a Jericó (4-6) y al Jordán (6s). Según Elías, este itinerario es ordenado por el Señor y debe hacerlo solo; sin embargo, Eliseo no obedece a su maestro y le sigue a todas partes. Lo curioso es que Elías no hace valer la orden del Señor y con su silencio permite la presencia del discípulo. 2. Las comunidades de profetas de Betel (3) y Jericó (5) salen al encuentro de ambos personajes y, por lo que dicen, pareciera que ya conocían la decisión del Señor de arrebatar a Elías. 3. El diálogo entre Elías y Eliseo (9-12). Elías quiere conceder algún deseo a su discípulo, pero la petición de éste no es algo que dependa de él; Eliseo quiere nada menos que dos tercios del espíritu de su maestro (9c); con todo, lo obtendrá si logra ver al profeta en el momento de su partida. 4. El arrebato de Elías (11s). 5. El regreso de Eliseo del Jordán a Jericó (13-18). 6. La constatación por parte de la comunidad de profetas de que el espíritu de Elías se había posado sobre Eliseo (17). 7. Los profetas insisten a Eliseo para que les permita salir a buscar a Elías (16-18).

Eliseo queda confirmado como «legítimo» sucesor de Elías mediante dos acontecimientos: 1. Con el manto de Elías abre las aguas del Jordán para deshacer el camino hacia Betel (14) –es decir, repite la actuación de Elías–. Desde muy antiguo, el manto pare-

–Quédate aquí, porque el Señor me en-
vía solo hasta el Jordán.
Eliseo respondió:
–¡Juro por la vida del Señor y por tu pro-
pia vida que no te dejaré!
Y los dos siguieron caminando.
7 También marcharon cincuenta hom-
bres de la comunidad de profetas, y se pa-
raron frente a ellos, a cierta distancia. Los
dos se detuvieron junto al Jordán; 8 Elías
tomó su manto, lo enrolló, golpeó el agua y
el agua se dividió por medio, y así pasaron
los dos por el suelo seco. 9 Mientras pasa-
ban el río, dijo Elías a Eliseo:
–Pídeme lo que quieras antes de que me
aparten de tu lado.
Eliseo pidió:
–Déjame en herencia dos tercios de tu
espíritu.
10 Elías comentó:
–¡No es poco lo que pides! Si logras ver-
me cuando me aparten de tu lado, lo ten-
drás; si no me ves, no lo tendrás.
11 Mientras ellos seguían conversando
por el camino, los separó un carro de fuego
con caballos de fuego, y Elías subió al cie-
lo en el torbellino. 12 Eliseo lo miraba y gri-
taba:
–¡Padre mío, padre mío, carro de Israel y
su caballería!
Y ya no lo vio más. Entonces agarró su
túnica y la rasgó en dos; 13 luego recogió el
manto que se le había caído a Elías, se vol-
vió y se detuvo a la orilla del Jordán, 14 y
agarrando el manto de Elías, golpeó el
agua, diciendo:
–¿Dónde está el Dios de Elías, dónde?
Golpeó el agua, el agua se dividió por
medio y Eliseo cruzó. 15 Al verlo los herma-
nos profetas que estaban enfrente, comen-
taron:
–¡Se ha posado sobre Eliseo el espíritu
de Elías!
Entonces fueron a su encuentro, se pos-
traron ante él 16 y le dijeron:
–Aquí entre tus siervos tienes cincuenta
valientes; déjalos ir a buscar a tu maestro.
A lo mejor el Espíritu del Señor lo ha arre-
batado y lo ha arrojado por algún monte o
algún valle.
Eliseo les dijo:
–No manden a nadie.
17 Pero como le insistieron hasta hartar-
lo, dijo:
–Que vayan.
Ellos mandaron cincuenta hombres que
lo buscaron durante tres días y no dieron
con él. 18 Cuando volvieron a Eliseo, que se
había quedado en Jericó, les dijo:
–¿No les había dicho que no fueran?

Milagros de Eliseo
(Éx 15,22-26)

19 Los habitantes de Jericó dijeron a Eli-
seo:
–El emplazamiento de la villa es bueno,
como el señor puede ver. Pero el agua es
malsana y hace abortar a las mujeres.
20 Eliseo contestó:
–Tráiganme un plato nuevo y pongan en
él un poco de sal.
Cuando se lo llevaron, 21 fue al ma-
nantial, echó allí la sal y dijo:

---

ce definir lo que es una persona; véase el ciego de Jericó, que «tira el manto» una vez que Jesús ha transformado su vida (Mc 10,46-50). 2. Los mismos profetas que se hallan en Jericó lo aclaman y confirman como sucesor: «¡Se ha posado sobre Eliseo el espíritu de Elías!» (15).

Con los ciclos de Elías y de Eliseo estaríamos ante una de las etapas evolutivas del profetismo en Israel, un servicio carismático que empieza a cobrar forma alrededor de una necesidad: erradicar la idolatría del reino del norte y fijar radicalmente el culto al Señor. Como puede verse, las imágenes, los diálogos y los hechos mismos nos estarían indicando una posible discusión sobre cuestiones de sucesión o no entre los profetas. Eliseo es entendido como el «sucesor» de Elías, pero, ¿quién sucede a Eliseo? El hecho es que para cuando surgen los así llamados profetas «posteriores» o profetas «escritores» se ha llegado al consenso de que no hay propiamente sucesión profética, aunque en torno a los profetas más significativos se van formando corrientes o escuelas que dan continuidad en el tiempo a las enseñanzas del profeta y posibilitan la posterior fijación de sus enseñanzas por escrito, bajo el nombre del profeta principal.

2,19-25 Milagros de Eliseo. Eliseo acredita su misión –o mejor su función profética– saneando las aguas del manantial que utilizan los habitantes de Jericó. El segundo signo, que no debemos tomar literalmente y mucho menos como ejemplo que imitar, es la maldición de Eliseo sobre unos niños que se burlan de él por el camino a Betel, maldición que provoca la muerte de ¡cuarenta y dos niños! en las garras de dos osas. El mensaje de este detalle, por demás exagerado, podría ser que la maldición recae sobre quienes

–Así dice el Señor: Yo purifico estas
aguas. Ya no saldrá de aquí muerte ni este-
rilidad.
22 Y el agua se volvió potable hasta el día
de hoy, conforme a lo que dijo Eliseo.
23 Después subió de allí a Betel, y según
subía por el camino salieron del poblado
unos muchachos, que se burlaron de él:
–¡Sube, calvo! ¡Sube, calvo!
24 Eliseo se volvió, se les quedó mirando
y los maldijo invocando al Señor. Entonces
salieron de la espesura dos osas que des-
pedazaron a cuarenta y dos de aquellos jó-
venes.
25 Eliseo marchó al monte Carmelo, y
luego desde allí volvió a Samaría.

Jorán de Israel (852-841)

3 1 Jorán, hijo de Ajab, subió al trono de
Israel, en Samaría, el año dieciocho
del reinado de Josafat de Judá. Reinó doce
años. 2 Hizo lo que el Señor reprueba, aun-
que no tanto como sus padres, ya que reti-
ró la piedra sagrada de Baal levantada por
su padre. 3 Pero repitió a la letra los peca-
dos que Jeroboán, hijo de Nabat, hizo co-
meter a Israel.
4 Mesá, rey de Moab, era ganadero y pa-
gaba al rey de Israel un tributo de cien mil
corderos y la lana de cien mil carneros.
5 Pero cuando murió Ajab, Mesá se rebeló
contra Israel. 6 Entonces el rey Jorán salió
de Samaría, pasó revista a todo Israel 7 y
mandó este mensaje a Josafat de Judá:
–El rey de Moab se ha rebelado contra
mí. ¿Quieres venir conmigo a luchar contra
Moab?
Respondió:
–Sí. Tú y yo, tu ejército y el mío, tu ca-
ballería y la mía somos uno.
8 Luego preguntó:
–¿Por qué camino subimos?
Jorán respondió:
–Por el camino del desierto de Edom.
9 Así, el rey de Israel, el rey de Judá y el
rey de Edom emprendieron la marcha. Pero
después de un rodeo de siete días, faltó el
agua para la tropa y para los animales de
carga que iban detrás. 10 Entonces el rey de
Israel exclamó:
–¡Ay, el Señor nos ha reunido a tres re-
yes para entregarnos en poder de Moab!
11 Pero Josafat preguntó:
–¿No queda por ahí algún profeta para
consultar al Señor?
Uno de los oficiales del rey de Israel res-
pondió:
–Ahí está Eliseo, hijo de Safat, el que de-
rramaba agua sobre las manos de Elías.
12 Josafat comentó:
–¡La Palabra del Señor está con él!
Entonces el rey de Israel, Josafat y el
rey de Edom bajaron a ver a Eliseo, 13 pero
Eliseo dijo al rey de Israel:
–¡Déjame en paz! ¡Vete a consultar a los
profetas de tu padre y de tu madre!
El rey de Israel repuso:
–Mira, es que el Señor nos ha reunido a
tres reyes para entregarnos en poder de
Moab.
14 Eliseo dijo entonces:
–¡Vive el Señor Todopoderoso, a quien
sirvo! Si no fuera en consideración a Josa-
fat de Judá, ni siquiera te miraría a la cara.
15 Pero, bueno, tráiganme un músico.
Y mientras el músico pulsaba las cuer-
das, vino sobre Eliseo la mano del Señor,
16 y dijo:
17 –Así dice el Señor: Abran zanjas y
más zanjas por esta quebrada. Porque así
dice el Señor: No verán viento, ni verán llu-
via, pero esta quebrada se llenará de agua
y beberán ustedes, sus ejércitos y sus bes-
tias de carga. 18 Y como si esto fuera poco,
el Señor les pondrá a Moab en las manos:
19 conquistarán sus plazas fuertes, talarán
sus mejores árboles, taparán los manan-

ridiculizan a un profeta del Señor. El exagerado número de niños podría representar al mismo pueblo de Israel y su comportamiento todavía «infantil». La evolución del verdadero profetismo en Israel no fue hacia la institucionalización, sino precisamente hacia la conformación de la conciencia, primero del rey y luego del pueblo. El relato termina con la llegada de Eliseo al monte Carmelo, punto de partida, y su regreso a Samaría, sede del gobierno del reino del norte (25).

3,1-27 Jorán de Israel. En la narración del ciclo de Eliseo se entremezcla el dato del ascenso al poder de Jorán de Israel. Como en el resto de reyes de Israel, comenzando por Jeroboán, el historiador afirma que «hizo lo que el Señor reprueba» (2); pero Jorán tiene un punto a su favor: al menos, hizo quitar la estela de Baal erigida por su padre (2b), es decir, contribuyó en algo a rebajar la idolatría en Israel. La trama sigue girando en torno a Eliseo, toda vez que es buscado por

tiales y llenarán de piedras los mejores campos.

[20] En efecto, a la mañana siguiente, a la hora de la ofrenda, vino una creciente de la parte de Edom, y se inundó de agua toda la zona. [21] Mientras tanto, los moabitas, sabiendo que los reyes iban a atacarlos, habían hecho una movilización general, desde los que estaban en edad militar para arriba, y se habían apostado en la frontera. [22] Madrugaron. El sol reverberaba sobre el agua, y al verla de lejos, roja como la sangre, los moabitas [23] exclamaron:

–¡Es sangre! Los reyes se han acuchillado, se han matado unos a otros. ¡Al saqueo, Moab!

[24] Pero cuando llegaron al campamento de Israel, surgieron los israelitas y derrotaron a Moab, que huyó ante ellos. Los israelitas penetraron en territorio de Moab y lo devastaron: [25] demolieron las ciudades, cada uno tiró una piedra a los mejores campos hasta llenarlos, cegaron las fuentes de agua y talaron los mejores árboles, hasta dejar sólo a Quir Jareset, a la que cercaron y atacaron los honderos. [26] Cuando el rey de Moab vio que llevaba las de perder, tomó consigo setecientos hombres armados de espada para abrirse paso hacia el rey de Siria, pero no pudo. [27] Entonces agarró a su hijo primogénito, el que debía reinar después de él, y lo ofreció en holocausto sobre la muralla. Y se levantó una ira tan grande contra Israel, que tuvo que retirarse y volver a su país.

Milagros de Eliseo
(1 Re 17,13-16)

4 [1] Una mujer, esposa de uno de la hermandad de profetas, suplicó a Eliseo:

–Mi marido, servidor tuyo, ha muerto. Y tú sabes que era hombre religioso. Pero ahora ha venido un acreedor para llevarse a mis dos hijos como esclavos.

[2] Eliseo le dijo:

–¿Qué puedo hacer por ti? Dime qué tienes en casa.

Respondió ella:

–Todo lo que tu servidora tiene en casa es una botella de aceite.

[3] Entonces Eliseo le dijo:

–Ve y pide prestadas a tus vecinas vasijas vacías; cuantas más sean, mejor. [4] Luego entra en casa, te cierras por dentro con tus hijos y comienza a echar aceite en todas las vasijas; a medida que las vayas llenando, las irás poniendo aparte.

[5] La mujer se fue. Cuando se cerró por dentro con sus hijos, ellos le acercaron las vasijas y ella fue echando aceite. [6] Se llenaron todas, y pidió a uno de los hijos:

–Acércame otra.

Él contestó:

–Ya no hay más.

Entonces dejó de correr el aceite. [7] Ella fue a decírselo al hombre de Dios, y éste le dijo:

–Ve a vender el aceite, paga a tu acreedor y tú y tus hijos vivan de lo que sobre.

El hijo de la sunamita
(1 Re 17,17-24)

[8] Un día pasó Eliseo por Sunán. Había allí una mujer rica que le obligó a comer en su casa; después, siempre que él pasaba, entraba allí a comer. [9] Un día dijo la mujer a su marido:

–Mira, ése que viene siempre por casa es un santo hombre de Dios. [10] Si te parece, le haremos en la azotea una pequeña habitación; le pondremos allí una cama,

---

los reyes de Israel, Judá y Edom, los cuales se han aliado para atacar juntos a los moabitas, cuyo rey se ha rebelado y no quiere seguir pagando tributo a Jorán. El profeta se da el lujo de despreciar al rey de Israel (13); sólo por consideración a Josafat, rey de Judá, accede a consultar al Señor. El vaticinio es favorable y todo termina con la derrota del rebelde Mesá, rey de Moab, y con la destrucción de sus ciudades (20-26). Nótese que Eliseo necesita de un medio que le permita entrar en contacto con el Señor, en este caso la música (15). En su origen, esta peculiaridad relacionaba el profetismo en Israel con los brujos, adivinos y magos del entorno. Pero en época de la profecía clásica desaparecerá el trance como medio de comunicación con la divinidad y se descubrirán nuevas formas y manifestaciones.

4,1-7 Milagros de Eliseo. Varias tradiciones atribuyen a Elías y Eliseo el socorro brindado a los más pobres de entre los pobres, esto es, a viudas y huérfanos (cfr. 1 Re 17,8-16). Podría tratarse de un relato popular que busca poner de relieve la respuesta profética a una necesidad y a una situación tan extremas como ésta en la que se halla la viuda del relato. Se percibe un ambiente marcado por la injusticia; la viuda no

una mesa, una silla y un candil, y cuando
venga a casa, podrá quedarse allí arriba.
11 Un día que Eliseo llegó a Sunán, subió
a la habitación de la azotea y durmió allí.
12 Después dijo a su criado, Guejazí:
–Llama a la sunamita.
La llamó y se presentó ante él. 13 En-
tonces Eliseo habló a Guejazí:
–Dile: Te has tomado todas estas moles-
tias por nosotros. ¿Qué puedo hacer por ti?
Si quieres alguna recomendación para el
rey o el general...
Ella dijo:
–Yo vivo con los míos.
14 Pero Eliseo insistió:
–¿Qué podríamos hacer por ella?
Guejazí comentó:
–Qué sé yo. No tiene hijos y su marido
es viejo.
15 Eliseo dijo:
–Llámala.
La llamó. Ella se quedó junto a la puer-
ta 16 y Eliseo le dijo:
–El año que viene por estas fechas abra-
zarás a un hijo.
Ella respondió:
–Por favor, no, señor, no engañes a tu
servidora.
17 Pero la mujer concibió, y dio a luz un
hijo al año siguiente por aquellas fechas,
como le había predicho Eliseo. 18 El niño
creció. Un día fue a ver a su padre, que es-
taba con los que cosechaban, 19 y dijo:
–¡Me duele la cabeza!
Su padre dijo a un criado:
–Llévalo a su madre.
20 El criado lo tomó y se lo llevó a su
madre; ella lo tuvo en sus rodillas hasta el
mediodía, y el niño murió. 21 Lo subió y lo
acostó en la cama del hombre de Dios. Ce-
rró la puerta y salió. 22 Llamó a su marido y
le dijo:
–Haz el favor de mandarme un criado y
una burra; voy a ir corriendo a ver al hom-
bre de Dios y vuelvo en seguida.
23 Él le dijo:
–¿Por qué vas a ir hoy a visitarlo si no es
luna nueva ni sábado?
Pero ella respondió:
–Hasta luego.
24 Hizo aparejar la burra y ordenó al
criado:
–Toma la rienda y camina. No detengas
la marcha si no te lo digo.
25 Marchó y llegó a donde estaba el
hombre de Dios, en el monte Carmelo.
Cuando Eliseo la vio venir, dijo a su criado
Guejazí:
26 –Allí viene la sunamita. Corre a su en-
cuentro y pregúntale qué tal están ella, su
marido y el niño.
Ella respondió:
–Estamos bien.
27 Pero al llegar junto al hombre de Dios,
en lo alto del monte, se abrazó a sus pies.
Guejazí se acercó para apartarla, pero el
profeta le dijo:
–Déjala, que está apenada, y el Señor
me lo tenía oculto sin revelármelo.
28 Entonces la mujer dijo:
–¿Te pedí yo un hijo? ¡Te dije que no me
ilusionaras!
29 Eliseo ordenó a Guejazí:
–Cíñete el cinturón, toma mi bastón y
ponte en camino; si encuentras a alguno no
lo saludes y si te saluda alguno no le res-
pondas. Coloca mi bastón sobre el rostro
del niño.
30 Pero la madre exclamó:
–¡Juro por la vida del Señor y por tu pro-
pia vida que no te dejaré!
Entonces Eliseo se levantó y la siguió.
31 Mientras tanto, Guejazí se había adelan-
tado y había puesto el bastón sobre el ros-

---

acude al rey ni a los jueces para quitarse de encima al desalmado acreedor del marido muerto, y ahora de la desamparada familia. Posiblemente de forma intencionada, el redactor hace ir a la viuda directamente donde el profeta, porque sabe que ninguna instancia, oficial –el rey, los jueces– o privada –el acreedor–, la ayudará. Tendríamos entonces, no tanto la narración de un «milagro» de Eliseo, cuanto una denuncia contra la monarquía y sus instituciones, que mostraría cómo sólo el profeta, como hombre de Dios que es, socorre a los pobres y miserables del pueblo.

4,8-44 El hijo de la sunamita. Los versículos 8-37 refieren la leyenda de las relaciones amistosas entre Eliseo y una importante señora de Sunán, localidad perteneciente a la tribu de Isacar (Jos 19,18). El conjunto del relato contiene elementos simbólicos que vale la pena subrayar: 1. La importancia de la dama. 2. Su esterilidad y la vejez del marido. 3. El engendramiento del niño. 4. La muerte súbita del hijo. 5. El recurso al profeta. 6. La acción del profeta para recuperar la vida del niño. 7. La mujer no acepta intermediarios, tiene que ser el profeta el que se haga pre-

tro del niño, pero el niño no habló ni reac-
cionó. Guejazí volvió al encuentro de Eliseo
y le comunicó:
–El niño no se ha despertado.
32 Eliseo entró en la casa y encontró al
niño muerto tendido en su cama. 33 Entró,
cerró la puerta y oró al Señor. 34 Luego su-
bió a la cama y se echó sobre el niño, boca
con boca, ojos con ojos, manos con manos;
permaneció recostado sobre él y la carne
del niño fue entrando en calor. 35 Entonces
Eliseo se puso a pasear por la habitación,
de acá para allá; subió de nuevo a la cama
y se recostó sobre el niño, y así hasta siete
veces; el niño estornudó y abrió los ojos.
36 Eliseo llamó a Guejazí, y le ordenó:
–Llama a la sunamita.
La llamó, y cuando llegó, Eliseo le dijo:
–Toma a tu hijo.
37 Ella entró y se arrojó a sus pies, pos-
trada en tierra. Luego tomó a su hijo y sa-
lió.
38 Cuando Eliseo volvió a Guilgal, se pa-
saba hambre en aquella región. La comuni-
dad de profetas estaba sentada junto a él, y
Eliseo ordenó a su criado:
–Coloca sobre el fuego la olla grande y
cuece un caldo para la comunidad.
39 Uno de ellos salió al campo a recoger
unas hierbas; encontró una especie de viña
silvestre, de la que recogió los frutos salva-
jes hasta llenar el manto. Al llegar, las fue
echando en el caldo sin saber lo que hacía.
40 Cuando sirvieron la comida a los hom-
bres y probaron el caldo, gritaron:
–¡Hombre de Dios, esto tiene veneno!
Y no pudieron tragarlo.
41 Entonces Eliseo ordenó:
–Tráiganme harina.
La echó en la olla, y dijo:
–Sirve a la gente, que coman.
Y el caldo ya no sabía mal.
42 Uno de Baal-Salisá vino a traer al pro-
feta el pan de las primicias, veinte panes de
cebada y grano reciente en la alforja. Eliseo
dijo:
–Dáselos a la gente, que coman.
43 El criado replicó:
–¿Qué hago yo con esto para cien per-
sonas?
Eliseo insistió:
–Dáselos a la gente, que coman. Porque
así dice el Señor: Comerán y sobrará.
44 Entonces el criado se los sirvió, co-
mieron y sobró, como había dicho el Señor.

Naamán de Siria y Eliseo
(Lv 13)

5 1 Naamán, general del ejército del rey
sirio, era un hombre que gozaba de la
estima y del favor de su señor, porque por
su medio el Señor había dado la victoria a
Siria; pero estaba enfermo de la piel. 2 En
una incursión, una banda de sirios llevó de
Israel a una muchacha, que quedó como
criada de la mujer de Naamán, 3 entonces
ella dijo a su señora:
–Ojalá mi señor fuera a ver al profeta de
Samaría; él lo libraría de su enfermedad.
4 Naamán fue a informar a su señor:
–La muchacha israelita ha dicho esto y
esto.
5 El rey de Siria le dijo:
–Ven, que te doy una carta para el rey de
Israel.
Naamán se puso en camino, llevando
tres quintales de plata, seis mil monedas de
oro y diez trajes. 6 Presentó al rey de Israel

---

sente. Todos ellos se pueden entender como la manera de ilustrar las convicciones sobre la soberanía del Señor y, sobre todo, para demostrar que se trata de un Dios vivo comprometido con la vida. Los versículos 38-44 presentan dos variantes de una misma idea: el alimento inagotable para todos cuando se pone en común lo poco que se tiene. También es una respuesta profética a una necesidad extrema, ante la que una sociedad compuesta de acaparadores y codiciosos no puede responder (cfr. el signo del pan para todos en Mc 6,30-44).

5,1-27 Nahamán de Siria y Eliseo. Encontramos en este pasaje toda una serie de contrastes orientados a establecer la tesis de que «no hay Dios en toda la tierra más que el de Israel» (15), palabras pronunciadas por Nahamán, un oficial sirio que ha recibido un beneficio del Señor por medio de su profeta Eliseo. Uno de ellos se refiere a la clase social de los protagonistas de la historia; Nahamán pertenece a la clase alta gobernante y goza del favor del rey. Cuando se entera, por medio de una esclava israelita de que podría ser sanado de su lepra (3), el trámite se hace por vía diplomática, de rey a rey: el rey sirio solicita al rey de Israel la sanación para Naamán (5s). El narrador resalta con agudeza la reacción y la respuesta del rey de Israel, quien sospecha que el rey sirio busca un pretexto para atacarlo. Ahora sí, los ojos tienen que fijarse en alguien que no posee ni los títulos ni la impor-

la carta, que decía así: Cuando recibas esta
carta, verás que te envío a mi ministro Naa-
mán para que lo libres de su enfermedad.
7 Cuando el rey de Israel leyó la carta, se
rasgó las vestiduras, exclamando:
–¿Acaso soy yo un dios capaz de dar
muerte o vida para que éste me encargue
de librar a un hombre de su enfermedad?
Fíjense bien y verán cómo está buscando
un pretexto contra mí.
8 Eliseo, el hombre de Dios, se enteró de
que el rey de Israel se había rasgado las
vestiduras, y le envió este recado:
–¿Por qué te has rasgado las vestiduras?
Que venga a mí y verá que hay un profeta
en Israel.
9 Naamán llegó con sus caballos y su
carro y se detuvo ante la puerta de Eliseo.
10 Eliseo mandó a uno a decirle:
–Ve a bañarte siete veces en el Jordán, y
tu carne quedará limpia.
11 Naamán se enojó y decidió irse, co-
mentando:
–Yo me imaginaba que saldría en perso-
na a verme y que, puesto de pie, invocaría
al Señor, su Dios, pasaría la mano sobre la
parte enferma y me libraría de mi enferme-
dad. 12 ¿Es que los ríos de Damasco, el
Abana y el Farfar, no valen más que toda el
agua de Israel? ¿No puedo bañarme en
ellos y quedar limpio?
Dio media vuelta y se marchaba furioso.
13 Pero sus servidores se le acercaron y le
dijeron:
–Señor, si el profeta te hubiera mandado
una cosa extraordinaria, ¿no la habrías he-
cho? Cuánto más si lo que te indica para
quedar limpio es simplemente que te bañes.
14 Entonces Naamán bajó al Jordán y se
bañó siete veces, como había ordenado el
profeta, y su carne quedó limpia, como la
de un niño.
15 Volvió con su comitiva y se presentó
al hombre de Dios, diciendo:
–Ahora reconozco que no hay Dios en
toda la tierra más que el de Israel. Acepta
un regalo de tu servidor.
16 Eliseo contestó:
–¡Por la vida del Señor, a quien sirvo! No
aceptaré nada.
Y aunque le insistía, lo rehusó. 17 Naa-
mán dijo:
–Entonces que a tu servidor le dejen lle-
var tierra, la carga de un par de mulas; por-
que en adelante tu servidor no ofrecerá ho-
locaustos ni sacrificios a otros dioses fuera
del Señor. 18 Y que el Señor me perdone: si
al entrar mi señor en el templo de Rimón
para adorarlo se apoya en mi mano, y yo
también me postro ante Rimón, que el Se-
ñor me perdone ese gesto.
19 Eliseo le dijo:
–Vete en paz.
Naamán se marchó. Y había caminado
ya un buen trecho, 20 cuando Guejazí, cria-
do del hombre de Dios Eliseo, pensó: Mi
amo ha sido demasiado generoso con ese
sirio, Naamán, no aceptando nada de lo
que ofrecía. ¡Por la vida del Señor! Voy a
correr detrás para que me dé algo. 21 Gue-
jazí siguió a Naamán, y cuando éste lo vio
correr tras él, bajó de la carroza para ir a su
encuentro y lo saludó. Guejazí respondió al
saludo, 22 y dijo:
–Mi amo me manda a decirte que preci-
samente en este momento se le han pre-
sentado dos muchachos de la serranía de
Efraín, de la comunidad de los profetas;
que hagas el favor de darme para ellos tres
arrobas de plata y dos mudas de ropa.
23 Naamán dijo:
–Ten la bondad de tomar el doble.
Y le insistió, hasta que le metió en dos
bolsas seis arrobas junto con las dos mudas
de ropa, que entregó a un par de esclavos
para que se los llevasen. 24 Al llegar a la co-
lina, Guejazí lo recogió todo, lo guardó en
su casa y despidió a los hombres, que se
marcharon. 25 Cuando se presentó a su
amo, Eliseo le preguntó:
–Guejazí, ¿de dónde vienes?
Respondió:
–No me he movido de aquí.
26 Eliseo le dijo:
–Mi pensamiento te seguía cuando aquel
hombre se apeó de su carroza para ir a tu

tancia social y política del resto de actores, pero que sí posee el carácter de mediador entre Dios y el pueblo. Entra en escena Eliseo, quien poco a poco se va encumbrando, mientras los encumbrados van perdiendo altura. Es la manera como la corriente deuteronomista, responsable del Libro de los Reyes, intuye e ilustra el problema de la universalidad de Dios y, por tanto, de su soberanía absoluta.

encuentro. ¿Es el momento de aceptar di-
nero y vestidos, olivares y viñas, ovejas y
vacas, criados y criadas? 27 ¡Que la enfer-
medad de Naamán se te pegue a ti y a tus
descendientes para siempre!
Cuando Guejazí se retiró de su presen-
cia, estaba leproso, blanco como nieve.

Milagro del hacha

6 1 La comunidad de profetas dijo a Eli-
seo:
–Mira, el sitio donde habitamos bajo tu
dirección nos resulta pequeño. 2 Déjanos ir
al Jordán, allí tomaremos cada uno un ma-
dero y haremos una habitación.
Eliseo les dijo:
–Vayan.
3 Uno de ellos le pidió:
–Haz el favor de venir con nosotros.
Eliseo respondió:
–Voy.
4 Y se fue con ellos. Cuando llegaron al
Jordán, se pusieron a cortar ramas, 5 pero
a uno, cuando estaba derribando un tronco,
se le cayó al río el hierro del hacha, y gritó:
–¡Ay maestro, que era prestada!
6 El hombre de Dios preguntó:
–¿Dónde cayó?
El otro le indicó el sitio. Eliseo cortó un
palo, lo tiró allí y el hierro salió a flote. 7 Eli-
seo dijo:
–Sácalo.
El otro alargó el brazo y lo agarró.

Guerra con Siria

8 El rey de Siria estaba en guerra con Is-
rael, y en un consejo de ministros determi-
nó:
–Vamos a tender una emboscada en tal
sitio.
9 Entonces el hombre de Dios mandó
este recado al rey de Israel:
–Cuidado con pasar por tal sitio, porque
los sirios están allí emboscados.
10 El rey de Israel envió a reconocer el si-
tio indicado por el hombre de Dios. Eliseo
le avisaba y él tomaba precauciones. Y esto
no una ni dos veces. 11 El rey de Siria se
alarmó ante esto, convocó a sus ministros
y les dijo:
–Díganme quién de los nuestros informa
al rey de Israel.
12 Uno de los ministros respondió:
–No es eso, majestad. Eliseo, el profeta
de Israel, es quien comunica a su rey las
palabras que pronuncias en tu alcoba.
13 Entonces el rey ordenó:
–Vayan a ver dónde está, y yo enviaré a
detenerlo.
Le avisaron:
–Está en Dotán.
14 El rey mandó allá caballería y carros y
un fuerte contingente de tropas. Llegaron
de noche y cercaron la ciudad. 15 Cuando el
hombre de Dios madrugó al día siguiente
para salir, se encontró con que un ejército
cercaba la ciudad con caballería y carros.
El criado dijo a Eliseo:
–Maestro, ¿qué hacemos?
16 Eliseo respondió:
–No temas. Los que están con nosotros
son más que ellos.
17 Luego rezó:
–Señor, ábrele los ojos para que vea.
El Señor le abrió los ojos al criado y vio
el monte lleno de caballería y carros de fue-
go en torno a Eliseo.
18 Cuando los sirios bajaron hacia él, Eli-
seo oró al Señor:

6,1-7 Milagro del hacha. Las leyendas en torno a Eliseo incluyen ésta, donde el profeta devuelve a un miembro de la comunidad de profetas el hierro de un hacha que ha caído al río, haciendo que ocurra lo que normalmente nunca ocurriría: que el hierro flote. Si tenemos en cuenta las circunstancias históricas que el redactor deuteronomista está analizando, podría ver en ello un símbolo para decir que Dios sacará a flote a Israel, del mismo modo que Eliseo sacó a flote el pesado metal.

6,8-23 Guerra con Siria. Los enfrentamientos históricos entre Siria e Israel sirven de marco para esta nueva leyenda sobre Eliseo, donde los únicos que se dan cuenta de lo sucedido son el profeta, algunos soldados asirios, el rey de Siria, el piquete de soldados que va a capturar a Eliseo y el rey de Israel. El rey de Siria no ha conseguido asestar un solo golpe a Israel mediante la emboscada, gracias a que Eliseo, sin que se sepa cómo, mantiene informado de las estratagemas sirias al rey de Israel. Al indagar sobre los motivos por los cuales los israelitas no han podido ser sorprendidos, el rey sirio descubre que se debe a un espía que trabaja a favor de los israelitas. Envía una tropa con la misión de capturarle, pero Eliseo la domina de un modo pacífico, recurriendo a la oración: pide a Dios que haga lo necesario para poner a estos hombres en la misma capital de Samaría, en manos del rey de Israel. El desenlace es inesperado; si Eliseo hubie-

–¡Por favor, vuelve ciega a esta gente!
El Señor los deslumbró, como pedía Eli-
seo, 19 y éste les dijo:
–No es éste el camino ni es ésta la ciudad. Síganme, yo los llevaré hasta el hombre que están buscando.
Y se los llevó a Samaría.
20 Cuando ya habían entrado en Samaría, Eliseo rezó:
–Señor, ábreles los ojos para que vean.
El Señor les abrió los ojos y vieron que estaban en mitad de Samaría.
21 El rey de Israel, al verlos, dijo a Eliseo:
–Padre, ¿los mato?
22 Respondió:
–No los mates. ¿Vas a matar a los que no has hecho prisioneros con tu espada y tu arco? Sírveles pan y agua, que coman y beban y se vuelvan a su amo.
23 El rey les preparó un gran banquete. Comieron y bebieron; luego los despidió y se volvieron a su amo. Las guerrillas sirias no volvieron a entrar en territorio israelita.

Asedio y hambre en Samaría

24 Más adelante, Ben-Adad, rey de Siria, movilizó todo su ejército y cercó Samaría.
25 Hubo un hambre terrible en Samaría. El asedio fue tan duro, que un asno llegó a valer ochocientos gramos de plata, y treinta gramos de algarroba cincuenta gramos de
plata. 26 El rey de Israel pasaba por la muralla, y una mujer le gritó:
–¡Sálvanos, majestad!
27 Respondió el rey:
–Si no te salva Dios, ¿de dónde saco yo para salvarte? ¿Acaso puedo darte trigo o
vino? 28 ¿Qué es lo que te pasa?
Ella respondió:
–Esta mujer me dijo: Trae tu hijo para que lo comamos hoy, y el mío lo comere-
mos mañana. 29 Cocimos a mi hijo y lo comimos; pero al otro día, cuando le pedí su hijo para comerlo, lo escondió.
30 Cuando el rey oyó lo que decía la mujer, se rasgó las vestiduras y como pasaba sobre la muralla la gente vio que llevaba un
sayal pegado al cuerpo, 31 y dijo:
–¡Que Dios me castigue si Eliseo, hijo de Safat, se queda hoy con la cabeza sobre el cuello!
32 Mientras tanto, Eliseo estaba sentado en su casa con los ancianos. El rey le envió un mensajero, pero antes de que llegara dijo Eliseo a los ancianos:

---

ra estado trabajando realmente para el rey israelita, ésta hubiera sido la ocasión para destruir al menos parte del ejército enemigo. Pero el profeta no está interesado en que se derrame sangre; contra todo pronóstico, ordena al rey que dé de comer a estos hombres para que regresen a su país, y así lo hace el monarca israelita. Eliseo no trabaja para el rey, sino para la paz. Mientras los reyes se enfrentan con sus ejércitos, el profeta los enfrenta a ambos con una sola arma, la fe, con la convicción de que sólo en Dios y por Dios es posible superar los conflictos.

6,24–7,20 Asedio y hambre en Samaría. Es una variante del relato anterior, donde Eliseo sigue siendo el protagonista principal. Se ambienta en el mismo conflicto entre Israel y Siria, pero la circunstancia concreta es el asedio impuesto por Siria y sus funestas consecuencias: hambre y carestía. El pueblo, representado en la mujer que habla con el rey, se halla en una situación extrema (6,26-29), ante la que el rey se siente impotente (6,27); sorprendentemente, inculpa de todo a Eliseo, a quien decide decapitar (6,31-33). El desenlace no se orienta a la forma como Eliseo escapa de la furia y de la decisión del rey, sino a la forma como Israel se libra de la mano enemiga. Eliseo vaticina dos profecías que tienen cumplimiento de un día para otro: el fin del asedio traerá abundancia de comida y bajada de precios (7,1); el incrédulo capitán del rey verá el cumplimiento de lo pronosticado por el profeta, pero no participará de ello (7,2).

La situación comienza a desenvolverse a favor de Israel gracias a una intervención extraordinaria del Señor. El narrador explica entre paréntesis algo que sólo él y el lector conocen: que el ejército sirio había huido presa de un terrible pánico infligido por el Señor (7,6s). Cuatro leprosos no pueden soportar más el hambre y deciden pasarse al ejército enemigo, resueltos a vivir un poco más o a morir en el acto (7,3-5). Al encontrar el campamento sin gente se dedican al saqueo desenfrenado, pero pronto deciden dar a conocer la noticia a sus paisanos, quienes tienen que esperar a que el atónito e incrédulo rey israelita lo confirme todo. Así cede la carestía y vuelve la calma a Israel; la primera profecía de Eliseo queda cumplida (7,16). La segunda se cumple cuando la gente que sale en estampida a saquear el campamento sirio se lleva por delante al capitán, pisoteándolo y provocándole la muerte (7,17).

El sentido de este relato, como del anterior, sigue siendo que la vida no puede ser anulada por la muerte. Incluso en los casos más extremos, Dios se vale de cualquier medio para que la vida prevalezca. En ningún caso se debe la victoria de Israel a la valentía o la bravura del rey; a él no puede atribuirse ningún triunfo sobre el enemigo, y por tanto ninguna gloria. Todo lo ha hecho el Señor por medio de su profeta.

–¡Van a ver cómo ese asesino ha man-
dado uno a cortarme la cabeza! Miren;
cuando llegue su enviado, atranquen la
puerta y no lo dejen pasar; detrás de él se
oyen las pisadas de su señor.
33 Todavía estaba hablando, cuando
apareció el rey, que bajó hacia él y le dijo:
–Esta desgracia nos la manda el Señor.
¿Qué puedo esperar de él?

7 1 Eliseo respondió:
–Escucha la Palabra del Señor. Así
dice el Señor: Mañana a estas horas en el
mercado de Samaría se venderá un balde
de harina de la mejor calidad por un siclo,
y dos baldes de cebada por el mismo pre-
cio.
2 El escudero del rey, en cuyo brazo se
apoyaba el soberano, le replicó:
–Suponiendo que el Señor abriese las
compuertas del cielo, ¿se cumpliría esa
profecía?
Eliseo le respondió:
–¡Lo verás, pero no lo comerás!
3 Junto a la entrada de la ciudad había
cuatro hombres leprosos. Y se dijeron:
–¿Qué hacemos aquí esperando la
muerte? 4 Si nos decidimos a entrar en la
ciudad, moriremos dentro, porque aprieta
el hambre; y si nos quedamos aquí, morire-
mos lo mismo. ¡Pasémonos al campamen-
to de los sirios! Si nos dejan con vida, vivi-
remos; y si nos matan, moriremos.
5 Al oscurecer se pusieron en camino
hacia el campamento sirio. Llegaron a las
avanzadas del campamento, y... ¡allí no ha-
bía nadie! 6 Es que el Señor había hecho oír
al ejército sirio un fragor de carros y caba-
llos, el fragor de un ejército poderoso, y se
habían dicho unos a otros: ¡El rey de Israel
ha pagado a los reyes hititas y a los egip-
cios para atacarnos! 7 Y así, al oscurecer,
abandonando tiendas, caballos, burros y el
campamento tal como estaba, emprendie-
ron la fuga para salvar su vida.
8 Los leprosos llegaron a las avanzadas
del campamento; entraron en una tienda,
comieron y bebieron; se llevaron plata, oro
y ropa, y fueron a esconderlo. Luego vol-
vieron, entraron en otra tienda, se llevaron
más cosas de allí y fueron a esconderlas.
9 Pero comentaron:
–Estamos haciendo algo que no está
bien. Hoy es un día de alegría. Si nos calla-
mos y esperamos a que amanezca, resulta-
remos culpables. Vamos a palacio a avisar.
10 Al llegar, llamaron a los centinelas de
la ciudad y les informaron:
–Hemos ido al campamento sirio, y allí
no hay nadie ni se oye a nadie; sólo caba-
llos atados, burros atados y las tiendas tal
como estaban.
11 Los centinelas gritaron, transmitiendo
la noticia al interior de palacio. 12 El rey se
levantó de noche y comentó con sus minis-
tros:
–Voy a decirles lo que nos han or-
ganizado los sirios: como saben que pasa-
mos hambre se han ido del campamento a
esconderse en descampado, pensando que
cuando salgamos nos apresarán vivos y en-
trarán en la ciudad.
13 Entonces uno de los ministros pro-
puso:
–Que agarren cinco caballos de los que
quedan en la ciudad, y los mandamos a ver
qué pasa; total, si se salvan, serán como la
tropa que todavía vive; si mueren, serán
como los que ya han muerto.
14 Eligieron dos jinetes, y el rey les man-
dó seguir al ejército sirio, encargándoles:
–Vayan a ver qué pasa.
15 Ellos los siguieron hasta el Jordán:
todo el camino estaba sembrado de ropa y
material abandonado por los sirios al huir a
toda prisa. Volvieron a informar al rey. 16 Y
entonces toda la gente salió a saquear el
campamento sirio. Y un balde de la mejor
harina costó un siclo, y dos baldes de ce-
bada costaron el mismo precio, conforme a
la Palabra del Señor.
17 El rey había encargado vigilar la en-
trada a su escudero, en cuyo brazo se apo-
yaba. La gente lo pisoteó al salir por la
puerta, y murió, como había dicho el hom-
bre de Dios cuando el rey fue a verlo.
18 Porque cuando el hombre de Dios dijo al
rey que al día siguiente, a la misma hora,
dos baldes de cebada valdrían un siclo, y
un balde de harina de la mejor calidad val-
dría el mismo precio en el mercado de Sa-
maría, 19 el escudero le replicó que, aun su-
poniendo que el Señor abriese las
compuertas del cielo, aquella profecía no

se cumpliría, y entonces Eliseo le dijo: ¡Lo
verás, pero no lo comerás! 20 Eso fue lo que
pasó: la gente lo pisoteó en la entrada, y
murió.

Vuelta de la sunamita

8 1 Eliseo dijo a la madre del niño que
había resucitado:

–Parte ahora mismo con toda tu familia, emigra a donde puedas; porque el Señor ha llamado al hambre, y va a venir al país por siete años.

2 La mujer puso manos a la obra, según
las instrucciones del profeta; emigró con su
familia a territorio filisteo y se quedó allí
siete años; 3 y al cabo de los siete años se
volvió del país filisteo y fue a reclamar al
rey su casa y su campo. 4 El rey estaba ha-
blando con Guejazí, criado del profeta:

–Cuéntame todos los milagros de Eliseo.

5 Y precisamente cuando Guejazí le esta-
ba contando al rey cómo Eliseo había resu-
citado al niño muerto, la madre del niño en-
tró para reclamar al rey su casa y su
campo. Guejazí dijo al rey:

–Majestad, ésa es, y ése es el niño resucitado por Eliseo.

6 El rey preguntó a la mujer, y ella le
contó todo. Entonces el rey puso a su dis-
posición un funcionario, al que ordenó:

–Haz que entreguen a esta mujer todas sus posesiones y la renta de las tierras desde el día que se marchó hasta hoy.

Eliseo y Jazael, en Damasco

7 Eliseo marchó a Damasco. Ben-Adad,
rey de Siria, estaba enfermo, y le avisaron:

–Ha venido el profeta.

8 El rey ordenó a Jazael:

–Toma un regalo, vete a ver al profeta y consulta al Señor por medio de él, a ver si salgo de esta enfermedad.

9 Jazael fue a ver a Eliseo, llevándole
como regalo cuarenta camellos cargados
con los mejores productos de Damasco.
Cuando llegó ante él, puesto de pie le dijo:

–Tu hijo Ben-Adad, rey de Siria, me envía a consultarte: ¿Saldré de esta enfermedad?

10 Eliseo le respondió:

–Ve a decirle que sanará; pero el Señor me ha revelado que morirá sin remedio.

11 Luego inmovilizó la mirada, quedó
fuera de sí un largo rato y se echó a llorar.
12 Jazael le preguntó:

–Maestro, ¿por qué lloras?

Eliseo contestó:

–Porque sé el daño que vas a hacer a los israelitas: incendiarás sus plazas fuertes, pasarás a cuchillo a sus soldados, estrellarás a sus niños y abrirás el vientre de las mujeres embarazadas.

13 Jazael dijo:

–Tu servidor no es más que un perro. ¿Cómo va a hacer tales hazañas?

Eliseo respondió:

–El Señor me ha hecho ver que tú reinarás sobre Siria.

14 Jazael se despidió de Eliseo, y cuando
llegó a su señor, éste le preguntó:

–¿Qué te ha dicho Eliseo?

Respondió:

–Me ha dicho que sanarás.

15 Pero al día siguiente Jazael tomó una
colcha, la empapó en agua y se la extendió
al rey sobre la cara, hasta que murió. Ja-
zael lo suplantó en el trono.

Jorán de Judá (848-841)

(2 Cr 21)

16 Jorán, hijo de Josafat, subió al trono
el año quinto del reinado de Jorán de Is-
rael, hijo de Ajab. 17 Cuando subió al trono

8,1-6 Vuelta de la sunamita. Este relato y el siguiente se corresponden mejor con las narraciones de los capítulos 4–7. La mención de la sunamita –a quien Eliseo había resucitado su hijo– y el consejo de abandonar el país sugieren que este pasaje debe ir después de la reanimación del niño y antes de la catástrofe que se cierne sobre Israel, de la cual quiere salvar a la mujer. El rey de Israel hace justicia con ella por el vínculo de amistad que la une con el profeta, tal y como el criado de Eliseo le ha referido.

8,7-15 Eliseo y Jazael, en Damasco. Estos versículos presentan a Eliseo en tierra extranjera, en la capital de Siria, donde el rey aprovecha para consultarle sobre el desenlace de una enfermedad que padece. El rey sanará, pero morirá irremediablemente. Lo que no vaticina el profeta es que su muerte será a manos de su hombre de confianza: Jazael (15). Al tiempo que Eliseo predice la salud y muerte del rey, predice también la suerte que correrá su propio pueblo a manos del usurpador Jazael (11-13). Una vez más se subraya la cualidad adivinatoria atribuida a los profetas.

8,16-24 Jorán de Judá. Se interrumpen por un momento las narraciones sobre Eliseo para presentar a dos reyes de Judá. El primero es Jorán, que según el

tenía treinta y dos años, y reinó ocho años
en Jerusalén. 18 Imitó a los reyes de Israel,
como había hecho la dinastía de Ajab por-
que se había casado con una hija de Ajab.
Hizo lo que el Señor reprueba, 19 pero el
Señor no quiso aniquilar a Judá, en aten-
ción a su siervo David, según su promesa
de conservarle siempre una lámpara en su
presencia.
20 En su tiempo, Edom se independizó
de Judá y se nombró un rey. 21 Jorán fue a
Seír con todos sus carros; se levantó de no-
che y, aunque desbarató al ejército idumeo
que lo cercaba, a él y a los oficiales del es-
cuadrón de carros, la tropa huyó a la des-
bandada. 22 Así se independizó Edom de
Judá hasta hoy. Por entonces también se
rebeló Libná.
23 Para más datos sobre Jorán y sus em-
presas, véanse los Anales del Reino de
Judá.
24 Jorán murió, y lo enterraron con sus
antepasados en la Ciudad de David. Su hijo
Ocozías le sucedió en el trono.

Ocozías de Judá (841)
(2 Cr 22)

25 Ocozías, hijo de Jorán, subió al trono
el año doce del reinado de Jorán de Israel,
hijo de Ajab. 26 Cuando subió al trono tenía
veintidós años, y reinó un año en Jerusa-
lén. Su madre se llamaba Atalía, hija de
Omrí de Israel. 27 Imitó a Ajab. Hizo lo que
el Señor reprueba porque se había empa-
rentado con la familia de Ajab. 28 Junto con
Jorán, hijo de Ajab, fue a luchar contra Ja-
zael de Siria, en Ramot de Galaad. Pero los
sirios hirieron a Jorán, 29 que se volvió a
Yezrael para sanarse de las heridas que re-
cibió de los sirios en Ramot, luchando con-
tra Jazael de Siria. Entonces, cuando esta-
ba enfermo en Yezrael, fue a visitarlo Oco-
zías de Judá, hijo de Jorán.

Jehú de Israel (841-813)

9 1 El profeta Eliseo llamó a uno de la
comunidad de profetas y le ordenó:
–Átate el cinturón, toma en la mano esta
aceitera y vete a Ramot de Galaad. 2 Cuan-
do llegues, busca a Jehú, hijo de Josafat,
hijo de Nimsí; entras, lo haces salir de entre
sus camaradas y lo llevas a una habitación
aparte. 3 Toma la aceitera y derrámasela
sobre la cabeza, diciendo: Así dice el Señor:
Te unjo rey de Israel. Luego abres la puerta
y escapas sin detenerte.
4 El joven profeta marchó a Ramot de
Galaad. 5 Al llegar, encontró a los oficiales
del ejército reunidos, y dijo:
–Te traigo un mensaje, mi general.
Jehú preguntó:
–¿Para quién de nosotros?
Respondió:
–Para ti, mi general.
6 Jehú se levantó y entró en la casa. El
profeta le derramó el aceite sobre la cabe-
za y le dijo:
–Así dice el Señor, Dios de Israel: Te unjo
rey de Israel, el pueblo del Señor. 7 De-
rrotarás a la dinastía de Ajab, tu señor; en
Jezabel vengaré la sangre de mis siervos,
los profetas, la sangre de los siervos del Se-
ñor; 8 perecerá toda la casa de Ajab; extir-
paré de Israel a todos los hombres de Ajab:
a todo varón, esclavo o libre. 9 Trataré a la
casa de Ajab como a la de Jeroboán, hijo de
Nabat, y como a la de Basá, hijo de Ajías. 10
Y a Jezabel la comerán los perros en el
campo de Yezrael, y nadie le dará sepultura.
Luego abrió la puerta y escapó.

---

versículo 17 reinó ocho años en Jerusalén. El narrador resalta que este rey «hizo lo que el Señor reprueba» (18), con lo cual queda calificado como un mal rey; Judá permanece sólo por las promesas divinas hechas a David (19). También queda constancia del incipiente debilitamiento de Judá a causa del levantamiento de Edom, pueblo hasta entonces tributario del reino del sur (20-22).

8,25-29 Ocozías de Judá. Al morir Jorán de Judá le sucede su hijo Ocozías, quien sólo alcanzó a gobernar un año. Nada se dice de su fin, pero no escapa a la calificación negativa por parte del narrador deuteronomista: también «hizo lo que el Señor reprueba» (27). De Ocozías se resalta que estaba emparentado con Omrí de Israel y que en el conflicto de Israel con Siria, gobernada ya por Jazael, luchó con Jorán de Israel contra Siria y le visitó cuando estuvo herido. Estos hechos proporcionan el marco histórico en el que se desarrollará a lo largo de los próximos capítulos el fin de la dinastía de Ajab en Israel y el reinado de Jehú.

9,1-37 Jehú de Israel. Hasta ahora, las intervenciones de Eliseo habían sido relativamente pacíficas; en esta oportunidad, cualquiera se sorprende ante el trauma político que desencadenará esta nueva intervención suya. Envía noticias mediante un mensajero a

11 Jehú salió a reunirse con los oficiales
de su señor. Le preguntaron:
–¿Buenas noticias? ¿A qué ha venido a
verte ese loco?
Les respondió:
–Ya conocen a ese hombre y lo que anda
hablando entre dientes.
12 Le dijeron:
–¡Cuentos! Explícate.
Jehú entonces les dijo:
–Me ha dicho a la letra: Así dice el Se-
ñor: Te unjo rey de Israel.
13 Inmediatamente tomó cada uno su
manto y lo echó a los pies de Jehú sobre
los escalones. Tocaron la trompeta y acla-
maron:
–¡Jehú es rey!
14 Entonces Jehú, hijo de Josafat, hijo
de Nimsí, organizó una conspiración contra
Jorán de esta manera: Jorán estaba con
todo el ejército israelita, defendiendo Ra-
mot de Galaad contra Jazael, rey de Siria,
15 pero se había vuelto a Yezrael para sa-
narse las heridas recibidas de los sirios en
la guerra contra Jazael de Siria. Jehú dijo:
–Si les parece bien, que no salga nadie
de la ciudad a llevar la noticia a Yezrael.
16 Montó y marchó a Yezrael, donde es-
taba Jorán en cama. Ocozías de Judá ha-
bía ido a hacerle una visita. 17 El vigía, que
estaba de pie sobre la torre de Yezrael, vio
al grupo de Jehú, que se acercaba, y dijo:
–Veo un tropel de gente.
Jorán ordenó:
–Busca un jinete y mándalo al encuentro
a preguntarles si traen buenas noticias.
18 El jinete salió a su encuentro, y dijo:
–El rey pregunta si traen buenas no-
ticias.
Jehú contestó:
–¿Qué te importan las buenas noticias?
¡Ponte ahí detrás!
El centinela anunció:
–El mensajero ha llegado hasta ellos
pero no vuelve.
19 El rey mandó entonces otro jinete,
que al llegar a ellos dijo:
–El rey pregunta si traen buenas noti-
cias.
Jehú contestó:
–¿Qué te importan las buenas noticias?
¡Ponte ahí detrás!
20 El centinela anunció:
–Ha llegado hasta ellos pero no vuelve.
Y la forma de guiar es la de Jehú, hijo de
Nimsí, porque guía a lo loco.
21 Jorán ordenó:
–¡Enganchen mi carro!
Engancharon el carro, y Jorán de Israel
y Ocozías de Judá salieron, cada uno en su
carro, al encuentro de Jehú. Lo alcanzaron
junto a la heredad de Nabot, el de Yezrael,
22 y Jorán, al verlo, preguntó:
–¿Buenas noticias, Jehú?
Jehú respondió:
–¿Cómo va a haber buenas noticias
mientras Jezabel, tu madre, siga con sus
ídolos y brujerías?
23 Jorán volvió las riendas para escapar,
diciendo a Ocozías:
–¡Traición, Ocozías!

Jehú, general del ejército de Jorán, para que se autoproclame rey, con lo que ello implica: el exterminio de toda la casa de Ajab, comenzando por el rey y su propia madre, Jezabel. El trasfondo histórico es el derramamiento de sangre y los abusos del rey y de la reina madre; la justificación teológica se encuentra en el versículo 22: Jezabel es responsable de la presencia de ídolos y de las prácticas de brujería en Israel, algo que fue rechazado de raíz desde los comienzos del profetismo en Israel.

Según el narrador, sobre el fin del rey Jorán y de su madre pesaban ya sendos oráculos del Señor, aunque de hecho no aparecen en el texto bíblico. El mismo día muere también Ocozías, herido por Jehú mientras huía a Jerusalén. Recordemos que Ocozías había ido a combatir contra Siria y que en el momento de la revuelta encabezada por Jehú se encontraba visitando a Jorán, herido a su vez en el campo de batalla. El narrador no cuestiona la decisión de Eliseo de propiciar el levantamiento de Jehú ni los excesos del general golpista. Al parecer, todo queda justificado por los abusos y malos manejos de la dinastía de Ajab, muy especialmente la contaminación de la religión yahvista con el culto a dioses extranjeros. Viene, entonces, la pregunta obligada, ¿el fin justifica los medios? ¿Es lícito llegar a estos extremos en nombre de la religión? Evidentemente, no. Bajo ningún pretexto, ni en nombre de Dios, ni en defensa de ninguna ideología, es lícito este tipo de soluciones. Obviamente, nuestros criterios actuales distan mucho de los criterios con que actuaba cada generación bíblica; pero precisamente por ello, porque hoy tenemos que actuar con otros criterios, estamos obligados a no tolerar tales medidas, que no dejan de ser una tentación latente en nuestra sociedad moderna. El mal no se erradica exterminando a los malvados.

24 Pero Jehú ya había tensado el arco, e
hirió a Jorán por la espalda. La flecha le
atravesó el corazón, y Jorán se dobló sobre
el carro. 25 Jehú ordenó a su escudero, Bid-
car:
–Agárralo y tíralo a la heredad de Nabot,
el de Yezrael; porque recuerda que cuando
tú y yo cabalgábamos juntos siguiendo a
su padre, Ajab, el Señor pronunció contra
él este oráculo: 26 Ayer vi la sangre de Na-
bot y de sus hijos, oráculo del Señor. Juro
que en la misma heredad te daré tu mere-
cido, oráculo del Señor. Así que agárralo y
tíralo a la heredad de Nabot, como dijo el
Señor.
27 Al ver esto, Ocozías de Judá huyó por
el camino de Bet-Gán. Pero Jehú lo persi-
guió, diciendo:
–¡También a él!
Lo hirieron en su carro, por la cuesta de
Gur, cerca de Yiblán. Pero logró huir a Me-
guido, y allí murió. 28 Sus siervos lo llevaron
en un carro a Jerusalén, y lo enterraron en
la sepultura familiar, en la Ciudad de David;
29 había subido al trono de Judá el año once
de Jorán, hijo de Ajab.
30 Jehú llegó a Yezrael. Jezabel, que se
había enterado, se sombreó los ojos, se
arregló el pelo y se asomó al balcón. 31 Y
cuando Jehú entraba por la puerta, Jezabel
le dijo:
–¿Qué tal, Zimrí, asesino de su señor?
32 Jehú levantó la vista al balcón y pre-
guntó:
–¿Quién se pone de mi parte? ¿Quién?
Se asomaron dos o tres eunucos, 33 y
Jehú ordenó:
–¡Tírenla abajo!
La tiraron; su sangre salpicó la pared y a
los caballos, que la pisotearon. 34 Jehú en-
tró, comió y bebió, y luego dijo:
–Háganse cargo de esa maldita y en-
tiérrenla, que al fin y al cabo es hija de rey.
35 Pero cuando fueron a enterrarla, sólo
encontraron la calavera, los pies y las ma-
nos. 36 Volvieron a informarle, y Jehú co-
mentó:
–Se cumple la palabra que dijo Dios a su
servidor Elías, el tesbita: En el campo de
Yezrael comerán los perros la carne de Jeza-
bel; 37 su cadáver será como estiércol en el
campo, y nadie podrá decir: ésa es Jezabel.

Baño de sangre

10 1 Ajab tenía setenta hijos en Sa-
maría. Jehú escribió cartas y las en-
vió a Samaría, a los notables de la ciudad,
los ancianos y los preceptores de los prín-
cipes, con este texto: 2 Ahí tienen con uste-
des a los hijos de su señor, y tienen también
sus carros, sus caballos, una ciudad fortifi-
cada y un arsenal. Y bien, cuando reciban
esta carta, 3 vean cuál de los hijos de su se-
ñor es más capaz y más recto; siéntenlo en
el trono de su padre y dispónganse a de-
fender la dinastía de su señor.
4 Ellos, muertos de miedo, comentaron:
–Dos reyes no han podido con él, ¿cómo
podremos nosotros?
5 Entonces el mayordomo de palacio, el
gobernador, los ancianos y los preceptores
enviaron esta respuesta a Jehú: Somos
siervos tuyos. Haremos cuanto nos digas.
No nombraremos rey a nadie. Haz lo que te
parezca bien.
6 Jehú les escribió esta otra carta: Si es-
tán de mi parte y quieren obedecerme, ma-
ñana a estas horas vengan a verme a Yez-
rael, trayéndome las cabezas de los hijos de
su señor. Ahora bien, los hijos del rey viví-
an con la gente principal de la ciudad, que
los criaba.

10,1-36 Baño de sangre. No contento con el exterminio de toda la familia de Ajab, incluso de los parientes más lejanos, Jehú extermina también a todos los devotos de Baal: fieles, profetas y sacerdotes. Quema la estatua del dios y el Templo se convierte en letrinas (27). Pero Jehú tampoco escapa al juicio negativo que pesa sobre los reyes de Israel, desde Jeroboán hijo de Nabat hasta Joacaz, último rey del norte que verá la destrucción del reino a manos de los asirios. Es cierto que se atribuye a Jehú la purificación del culto (28), algo que según el narrador agradó al Señor, pero no se apartó de los pecados que Jeroboán hizo cometer a Israel, el culto a los dos becerros de oro de Dan y Betel (cfr. 1 Re 12,25-33); éstos eran el signo visible del cisma ocurrido a la muerte de Salomón y sustituían el culto de Jerusalén. El juicio de la corriente deuteronomista es que Jehú «no perseveró en el cumplimiento de la Ley del Señor, Dios de Israel, con todo su corazón» (31). Así pues, lo que sobrevendrá a Israel, la invasión asiria y la posterior destrucción del reino, tienen desde aquí una explicación teológica: todo ello será el castigo de Israel por su desobediencia a la voluntad divina y su rebelión.

7 Cuando les llegó la carta, prendieron a
los setenta hijos del rey, los degollaron, pu-
sieron las cabezas en unos canastos y se
las mandaron a Jehú a Yezrael. 8 Llegó el
mensajero y le comunicó:

–Han traído las cabezas de los hijos del
rey.

Jehú dijo:

–Pónganlas en dos montones a la entra-
da de la ciudad, y déjenlas allí hasta la ma-
ñana.

9 A la mañana salió, se plantó y dijo a la
gente:

–Ustedes son inocentes; yo conspiré
contra mi señor y lo maté. 10 Pero, ¿quién
ha matado a todos éstos? Fíjense cómo no
falla nada de lo que el Señor dijo contra la
casa de Ajab. El Señor ha cumplido lo que
dijo por medio de su servidor Elías.

11 Jehú acabó con los de la dinastía de
Ajab que quedaban en Yezrael: dignatarios,
parientes, sacerdotes, hasta no dejarle uno
vivo. 12 Después emprendió la marcha a
Samaría. Cuando en el viaje llegaba a Bet-
Equed-Roim, 13 encontró a unos parientes
de Ocozías de Judá y les preguntó:

–¿Quiénes son ustedes?

Respondieron:

–Somos parientes de Ocozías, que va-
mos a saludar a los hijos del rey y de la rei-
na madre.

14 Jehú dio una orden:

–¡Captúrenlos vivos!

Los capturaron vivos y los degollaron
junto al pozo de Bet-Equed-Roim. Eran
cuarenta y dos hombres, y no quedó uno.

15 Marchó de allí y encontró a Jonadab,
hijo de Recab, que salió a su encuentro. Le
saludó y le dijo:

–¿Estás lealmente de mi parte como yo
lo estoy contigo?

Jonadab contestó:

–Sí.

Jehú replicó:

–Entonces, venga esa mano.

Le dio la mano, y Jehú lo hizo subir con
él a su carro, 16 diciéndole:

–Ven conmigo y verás mi celo por el Se-
ñor.

Y lo llevó en su carro.

17 Cuando llegó a Samaría mató a todos
los de Ajab que quedaban allí, hasta acabar
con la familia, como había dicho el Señor a
Elías. 18 Después reunió a todo el pueblo y
les habló:

–Si Ajab fue algo devoto de Baal, Jehú
lo será mucho más; 19 así que convóquen-
me a todos los profetas de Baal, todos sus
fieles y sacerdotes. Que no falte ninguno,
porque quiero ofrecer a Baal un sacrificio
solemne. El que falte morirá.

Jehú actuaba así astutamente para eli-
minar a los fieles de Baal. 20 Luego ordenó:

–Convoquen una asamblea litúrgica en
honor de Baal.

La convocaron. 21 Y Jehú mandó aviso
por todo Israel. Llegaron todos los fieles de
Baal, no quedó uno sin venir, y entraron en
el templo de Baal, que se llenó por comple-
to. 22 Entonces Jehú dijo al encargado del
vestuario:

–Saca las vestiduras para los fieles de
Baal.

Los sacó. 23 Luego Jehú y Jonadab, hijo
de Recab, entraron en el templo, y Jehú
dijo a los fieles de Baal:

–Asegúrense de que aquí hay sólo devo-
tos de Baal y ninguno del Señor.

24 Se adelantaron para ofrecer sacrifi-
cios y holocaustos. Pero Jehú había apos-
tado afuera ochenta hombres con esta con-
signa:

–El que deje escapar a uno de los que
les pongo en las manos, pagará con la vida.

25 Y así, cuando terminaron de ofrecer el
holocausto, Jehú ordenó a los guardias y
oficiales:

–¡Entren a matarlos! ¡Que no escape na-
die!

Los guardias y oficiales los pasaron a
cuchillo y entraron hasta el camarín del
templo de Baal. 26 Sacaron la estatua de
Baal y la quemaron, 27 derribaron el altar y
el templo lo convirtieron en letrinas, hasta
el día de hoy. 28 Así eliminó Jehú el culto de
Baal en Israel. 29 Pero no se apartó de los
pecados que Jeroboán, hijo de Nabat, hizo
cometer a Israel: los terneros de oro, el de
Betel y el de Dan. 30 El Señor le dijo:

–Por haber hecho bien lo que yo quería
y haber realizado en la familia de Ajab todo
lo que yo había decidido, tus hijos, hasta la
cuarta generación, se sentarán en el trono
de Israel.

31 Pero Jehú no perseveró en el cumpli-
miento de la ley del Señor, Dios de Israel,
con todo su corazón; no se apartó de los
pecados que Jeroboán hizo cometer a Is-
rael.
32 Por aquel entonces el Señor empezó a
desmembrar a Israel. Jazael lo derrotó en
toda la frontera, 33 desde el Jordán hacia el
este, todo el país de Galaad, de los gaditas,
rubenitas y los de Manasés; desde Aroer,
junto al Arnón, hasta Galaad y Basán.
34 Para más datos sobre Jehú y sus ha-
zañas militares, véanse los Anales del Rei-
no de Israel.
35 Jehú murió, y lo enterraron en Sa-
maría, con sus antepasados. Su hijo Joacaz
le sucedió en el trono. 36 Jehú fue rey de Is-
rael, en Samaría, veintiocho años.

Reinado y muerte de Atalía
(2 Cr 22,10–23,21)

11 1 Cuando Atalía, madre de Ocozías,
vio que su hijo había muerto, empe-
zó a exterminar a toda la familia real. 2 Pero
cuando los hijos del rey estaban siendo
asesinados, Josebá, hija del rey Jorán y
hermana de Ocozías, raptó a Joás, hijo de
Ocozías, y lo escondió con su nodriza en el
dormitorio; así, se lo ocultó a Atalía y lo li-
bró de la muerte. 3 El niño estuvo escon-
dido con ella en el templo seis años mien-
tras en el país reinaba Atalía.
4 El año séptimo, Yehoyadá mandó a
buscar a los centuriones de los carios y de
la escolta; los llamó a su presencia en el
templo, se juramentó con ellos y les pre-
sentó al hijo del rey. 5 Luego les dio estas
instrucciones:
–Van a hacer lo siguiente: el tercio que
está de servicio en el palacio el sábado
6 con el tercio que está en la puerta de las
caballerizas y el tercio de la puerta de de-
trás del cuartel de la escolta harán la guar-
dia en el templo por turnos 7 y los otros dos
cuerpos, todos los que están libres el sába-
do, harán la guardia en el templo cerca del
rey. 8 Rodearán al rey por todas partes, ar-
ma en mano. Si alguno quiere meterse por
entre las filas, mátenlo. Y permanezcan jun-
to al rey, vaya donde vaya.
9 Los oficiales hicieron lo que les mandó
el sacerdote Yehoyadá; cada uno reunió a
sus hombres, los que estaban de servicio el
sábado y los que estaban libres, y se pre-
sentaron al sacerdote Yehoyadá. 10 El sa-
cerdote entregó a los oficiales las lanzas y
los escudos del rey David, que se guarda-
ban en el templo. 11 Los de la escolta em-
puñaron las armas y se colocaron entre el
altar y el templo, desde el ángulo sur has-
ta el ángulo norte del templo, para proteger
al rey. 12 Entonces Yehoyadá sacó al hijo
del rey, le colocó la diadema y las insig-
nias, lo ungió rey, y todos aplaudieron,
aclamando:
–¡Viva el rey!
13 Atalía oyó el clamor de la tropa y de
los oficiales y se fue hacia la gente, al tem-
plo. 14 Pero cuando vio al rey en pie sobre
el estrado, como es costumbre, y a los ofi-
ciales y la banda cerca del rey, toda la po-
blación en fiesta y las trompetas tocando,
se rasgó las vestiduras y gritó:
–¡Traición! ¡Traición!
15 El sacerdote Yehoyadá ordenó a los
oficiales que mandaban las fuerzas:
–Sáquenla de las filas. Al que la siga lo
matan. Porque el sacerdote no quería que
la matasen en el templo.
16 La fueron empujando con las manos,
y cuando llegaba a palacio por la puerta de
las caballerizas, allí la mataron.

11,1-20 Reinado y muerte de Atalía. La violencia que se ha desatado en el norte tiene sus repercusiones en el sur. Atalía, madre del difunto rey Ocozías, pretende también exterminar la dinastía de David, pero no cae en la cuenta de que una hermana de Ocozías ha escondido a Joás, hijo pequeño del rey muerto. Atalía asume el poder en Judá durante seis años, tiempo durante el cual Joás ha ido creciendo. A su debido tiempo, Yehoyadá, sacerdote de Jerusalén, dispone todo para ungir y coronar a Joás como rey legítimo de Judá, quien será aclamado como tal por todo el pueblo. Pese a las semejanzas que puedan existir con los acontecimientos del norte, son muchas más las diferencias: en primer lugar, Yehoyadá no conspira a favor de sí mismo, como lo hizo Jehú; en segundo lugar, el derramamiento de sangre es mínimo, sólo muere Atalía; en tercer lugar, en la eliminación del culto a Baal sólo perece el principal de los sacerdotes, Matán; por último, queda restablecida la continuidad de la descendencia davídica, legitimada por el doble pacto entre el Señor y el rey, y entre el rey y el pueblo (17). Finalmente, «toda la población hizo fiesta, y la ciudad quedó tranquila» (20).

17 Yehoyadá selló la alianza entre el Señor, el rey y el pueblo, para que éste fuera el pueblo del Señor. 18 Toda la población se dirigió luego al templo de Baal: lo destruyeron, derribaron sus altares, trituraron las imágenes, y a Matán, sacerdote de Baal, lo degollaron ante el altar. El sacerdote Yehoyadá puso guardias en el templo, 19 y luego, con los centuriones, los carios, los de la escolta y todo el vecindario, bajaron del templo al rey y lo llevaron a palacio por la puerta de la escolta. Y Joás se sentó en el trono real. 20 Toda la población hizo fiesta, y la ciudad quedó tranquila. A Atalía la habían matado a espada en el palacio.

Joás de Judá (835-796)
(2 Cr 24)

12 1 Cuando Joás subió al trono tenía siete años. 2 Comenzó a reinar en el séptimo año de Jehú y reinó en Jerusalén cuarenta años. Su madre se llamaba Sibyá, natural de Berseba. 3 Joás hizo siempre lo que el Señor aprueba, siguiendo las enseñanzas del sacerdote Yehoyadá. 4 Pero no desaparecieron los santuarios paganos; la gente seguía ofreciendo allí sacrificios y quemando incienso.

5 Joás dijo a los sacerdotes:

–Todo el dinero de las colectas del templo, el dinero del empadronamiento, el de los impuestos según la tarifa personal y el de las ofrendas voluntarias 6 que lo recojan los sacerdotes a través de sus ayudantes, para reparar los desperfectos del templo.

7 Pero el año veintitrés del reinado de Joás los sacerdotes todavía no habían reparado los desperfectos del templo. 8 Entonces Joás convocó al sacerdote Yehoyadá y a los otros sacerdotes, y les dijo:

–¿Por qué no han reparado todavía los desperfectos del templo? En adelante, no se queden con el dinero que reciben de la gente que conocen; tienen que entregarlo para reparar el templo.

9 Los sacerdotes aceptaron no recibir dinero de la gente ni encargarse de reparar los desperfectos del templo. 10 El sacerdote Yehoyadá tomó un cofre, hizo una ranura en la tapa y lo puso junto al altar, a mano derecha según se entra en el templo. Los sacerdotes porteros echaban allí todo el dinero que se traía al templo. 11 Cuando veían que había mucho dinero en el cofre, subía el secretario real con el sumo sacerdote, lo vaciaban y contaban el dinero que había en el templo. 12 Luego entregaban el dinero ya contado a los maestros de obras encargados del templo, para pagar a los carpinteros y albañiles que trabajaban allí, 13 y a los tapiadores y canteros, para comprar madera y piedra de cantería, para reparar los desperfectos del templo y para todos los gastos de la conservación del edificio. 14 Con el dinero que se traía al templo no se hacían palanganas de plata, cuchillos, aspersorios, trompetas, ni ningún utensilio de oro o de plata para el templo, 15 entregaban el dinero a los maestros de obras y con él reparaban el edificio. 16 Y no se pedían cuentas a aquellos a quienes se entregaba el dinero, porque procedían con honradez. 17 El dinero de los sacrificios penitenciales y el de los sacrificios por el pecado no iba a parar al templo, sino que era para los sacerdotes.

18 Por entonces Jazael, rey de Siria, atacó a Gat y la conquistó. Luego se volvió para atacar a Jerusalén. 19 Pero Joás de Judá recogió todas las ofrendas votivas de los reyes de Judá predecesores suyos, Josafat, Jorán y Ocozías, sus propias ofrendas, más todo el oro que había en el tesoro del templo y del palacio real, y se lo envió a Jazael de Siria, que se alejó de Jerusalén.

12,1-22 Joás de Judá. Joás comienza su reinado siendo aún niño, por lo cual se presume que su protector y formador Yehoyadá sería también el regente hasta su mayoría de edad. El deuteronomista deja constancia de su valoración positiva del rey –«hizo siempre lo que el Señor aprueba» (3) –, pero también de que bajo su reinado no desapareció del todo el habitual culto en los lugares altos, donde se ofrecían sacrificios y se quemaba incienso (4). Israel debió haber abolido esta práctica a su llegada a la tierra de Canaán (cfr. Nm 33,52; Dt 12,2), así que su continuación mereció siempre la crítica y la condena de los profetas. A pesar del largo reinado de Joás, lo único que cuenta el narrador es su interés por la remodelación del Templo. Pese al decreto real que ordena destinar todos los ingresos a este fin, las obras no logran iniciarse, por lo que el rey tiene que intervenir de nuevo. Sobre el destino final que tienen los fondos para comprar la protección y la paz de Jerusalén al amenazante rey sirio, no hay ningún reparo aparente; sin embargo, uno se queda con la incertidumbre de si su muerte violenta no se debió precisamente a ello.

20 Para más datos sobre Joás y sus em-
presas, véanse los Anales del Reino de
Judá.
21 Sus cortesanos tramaron una conspi-
ración y lo mataron cuando bajaba por el
terraplén. 22 Lo asesinaron sus cortesanos
Yozabad, hijo de Simat, y Yehozabad, hijo
de Somer. Lo enterraron con sus antepasa-
dos en la Ciudad de David, y su hijo Ama-
sías le sucedió en el trono.

Joacaz de Israel (813-797)

13 1 Joacaz, hijo de Jehú, subió al tro-
no de Israel en Samaría el año vein-
titrés del reinado de Joás de Judá, hijo de
Ocozías. Reinó diecisiete años. 2 Hizo lo
que el Señor reprueba: repitió al pie de la
letra los pecados que Jeroboán, hijo de Na-
bat, hizo cometer a Israel. 3 El Señor se en-
colerizó contra Israel y lo entregó, durante
todo aquel tiempo, en poder de Jazael de
Siria y de Ben-Adad, hijo de Jazael. 4 Joa-
caz imploró al Señor, y el Señor lo escuchó,
al ver cómo el rey de Siria oprimía a Israel.
5 El Señor dio a Israel un salvador, que lo li-
bró de la dominación siria, y los israelitas
pudieron habitar sus casas como antes.
6 Pero no se apartaron de los pecados que
la dinastía de Jeroboán había hecho come-
ter a Israel. Incluso el poste sagrado siguió
de pie en Samaría. 7 Por eso el Señor no le
dejó a Joacaz más que cincuenta jinetes,
diez carros y diez mil soldados de infan-
tería; el rey de Siria los había destrozado y
reducido a polvo que se pisotea.
8 Para más datos sobre Joacaz y sus ha-
zañas militares, véanse los Anales del Rei-
no de Israel.
9 Joacaz murió, y lo enterraron con sus
antepasados en Samaría. Su hijo Joás le
sucedió en el trono.

Joás de Israel (797-782)

10 Joás, hijo de Joacaz, subió al trono de
Israel en Samaría el año treinta y siete del
reinado de Joás de Judá. Reinó dieciséis
años. 11 Hizo lo que el Señor reprueba. Re-
pitió a la letra los pecados que Jeroboán,
hijo de Nabat, hizo cometer a Israel; imitó
su conducta.
12 Para más datos sobre Joás y sus ha-
zañas militares contra Amasías de Judá,
véanse los Anales del Reino de Israel.
13 Joás murió, y Jeroboán le sucedió en
el trono. A Joás lo enterraron en Samaría
con los reyes de Israel.

Muerte de Eliseo

14 Cuando Eliseo cayó enfermo de
muerte, Joás de Israel bajó a visitarlo y se
echó sobre él llorando y repitiendo:
–¡Padre mío, padre mío, carro de Israel y
su caballería!
15 Eliseo le dijo:
–Agarra un arco y unas flechas.
Agarró un arco y unas flechas 16 y Eliseo
le mandó:
–Empuña el arco.
Lo empuñó, y Eliseo puso sus manos
sobre las manos del rey 17 y ordenó:
–Abre la ventana que da hacia el este.
Joás la abrió, y Eliseo dijo:
–¡Dispara!
Él disparó, y comentó Eliseo:
–¡Flecha victoriosa del Señor, flecha vic-
toriosa contra Siria! Derrotarás a Siria en
Afec hasta aniquilarla.

13,1-9 Joacaz rey de Israel. El primer descendiente de Jehú reina en Israel durante diecisiete años (1); según el narrador, también «hizo lo que el Señor reprueba» (2); esto es, mantuvo, como los demás reyes anteriores, los dos centros de culto en Dan y Betel, donde había sendos becerros de oro entronizados por Jeroboán cuando decidió que nadie en Israel debía ir a dar culto a Jerusalén (cfr. 1 Re 12,25-33). Cuando el deuteronomista habla de «los pecados que Jeroboán, hijo de Nabat, hizo cometer a Israel» a lo largo de toda la historia de los reyes del norte, se refiere siempre a estos centros de culto. Según el versículo 3, durante el reinado de Joacaz se intensifica el hostigamiento de Siria contra Israel; pero ante la oración de súplica del rey, el Señor se compadece de Israel y le da un salvador que lo libra de la opresión siria (4s). Al no especificar quién fue ese salvador, se debe concluir que fue el mismo Joacaz el que hizo frente a Siria y la mantuvo alejada por un tiempo. Israel se sacudió brevemente la opresión extranjera, lo cual se entendía como una acción de Dios a favor del pueblo; pero no por eso abandonaron el rey o el pueblo los pecados heredados de Jeroboán, ni se convirtieron al Señor.

13,10-13 Joás de Israel. Es el segundo descendiente de la dinastía de Jehú. El cronista anticipa aquí los datos ya estereotipados sobre los monarcas del norte: fecha de ascenso al trono, años que gobernó y, a pesar de sus relaciones con Eliseo, el ya conocido juicio de valor «hizo lo que el Señor reprueba» (11); finalmente, el dato sobre su muerte y la noticia de que fue enterrado en Samaría junto a los demás reyes de Israel.

18 Luego ordenó:
–Agarra las flechas.
El rey las agarró, y Eliseo le dijo:
–Golpea el suelo.
Él lo golpeó tres veces y se detuvo.
19 Entonces el profeta se le enfadó:
–Si hubieras golpeado cinco o seis veces
habrías derrotado a Siria hasta aniquilarla;
pero así sólo la derrotarás tres veces.
20 Eliseo murió, y lo enterraron.
Las guerrillas de Moab hacían incursio-
nes por el país todos los años. 21 Una vez,
mientras estaban unos enterrando a un
muerto, al ver las bandas de guerrilleros
echaron el cadáver en la tumba de Eliseo y
se marcharon. Al tocar el muerto los hue-
sos de Eliseo, revivió y se puso en pie.
22 Jazael, rey de Siria, había oprimido a
Israel durante todo el reinado de Joacaz.
23 Pero el Señor se apiadó y tuvo misericor-
dia de ellos; se volvió hacia ellos, por el
pacto que había hecho con Abrahán, Isaac
y Jacob, y no quiso exterminarlos ni los ha
arrojado de su presencia hasta ahora.
24 Jazael de Siria murió, y su hijo Ben-
Adad le sucedió en el trono. 25 Entonces
Joás, hijo de Joacaz, recuperó del poder de
Ben-Adad, hijo de Jazael, las ciudades que
Jazael había arrebatado por las armas a su
padre, Joacaz. Joás le derrotó tres veces, y
así recuperó las ciudades de Israel.

HASTA LA CAÍDA DE SAMARÍA

Amasías de Judá (796-767)

(2 Cr 25)

14 1 Amasías, hijo de Joás, subió al tro-
no de Judá el año segundo del rei-
nado de Joás de Israel, hijo de Joacaz.
2 Cuando subió al trono tenía veinticinco
años, y reinó en Jerusalén veintinueve
años. Su madre se llamaba Yehoadayán,
natural de Jerusalén. 3 Hizo lo que el Señor
aprueba, aunque no como su antepasado
David; se portó como su padre, Joás; 4 pero
no desaparecieron los santuarios paganos:
allí seguía la gente sacrificando y queman-
do incienso. 5 Cuando se afianzó en el po-
der, mató a los ministros que habían asesi-
nado a su padre. 6 Pero siguiendo lo que
dice el libro de la ley de Moisés, promulga-
da por el Señor: No serán ejecutados los
padres por las culpas de los hijos ni los hi-
jos por las culpas de los padres; cada uno
morirá por su propio pecado, no mató a los
hijos de los asesinos.
7 Amasías derrotó en el Gue Hammélaj a
los idumeos, en número de diez mil, y tomó
al asalto la ciudad de Petra, llamándola
Yoctael, nombre que conserva hasta hoy.
8 Entonces mandó una embajada a Joás,
hijo de Joacaz, de Jehú, rey de Israel, con
este mensaje:
–¡Ven a enfrentarte conmigo cara a cara!
9 Pero Joás de Israel le envió esta res-
puesta:
–El cardo del Líbano mandó a decir al
cedro del Líbano: Dame a tu hija por espo-

13,14-25 Muerte de Eliseo. Ya en su lecho de muerte, Eliseo recibe la visita de Joás, quien lo llama «padre… carro de Israel y su caballería» (14). Hasta el último momento de su vida, Eliseo está dispuesto a actuar a favor de su pueblo, de ahí las órdenes que da al rey y cuya ejecución se convierten en signos para Israel: le hace disparar algunas flechas y luego le ordena golpear el suelo (15-18), para vaticinarle luego las victorias parciales que tendrá sobre Siria (19). Con una breve frase se narra la muerte de Eliseo: «murió y lo enterraron» (20); sin embargo, para resaltar el papel trascendente del profeta, se narra a continuación el extraño caso de un hombre muerto que hubo de ser dejado en la misma tumba de Eliseo para huir de las guerrillas moabitas; el muerto resucita al contacto con los huesos de Eliseo (21). Es una manera de describir la acción vivificante del profeta para el pueblo.

14,1-22 Amasías de Judá. En Judá, Amasías sucede a su asesinado padre Joás (12,20s). Aunque no se comportó como su antepasado David, «hizo lo que el Señor aprueba» (3), aunque tampoco logra suprimir los cultos en los lugares altos. Una vez afianzado en el poder se venga de los asesinos de su padre, pero respetando la ley de Moisés que prohíbe derramar la sangre de los hijos de los culpables (6; cfr. Dt 24,16). En el plano internacional, Amasías obtiene una victoria sobre Edom, lo cual lo envalentona para desafiar a Joás de Israel; éste manda a Amasías, con cierto desprecio, que disfrute de su gloria «quedándote en casa» (10). La confrontación entre ambos reinos termina dándose y Amasías resulta derrotado, la muralla de la ciudad es destruida parcialmente y el Templo, saqueado (11-14). Los versículos 15s son una segunda conclusión al reinado de Joás que comple-

sa de mi hijo. Pero pasaron las fieras del Lí-
bano y pisotearon el cardo. 10 Tú has derro-
tado a Edom y te has engreído. ¡Disfruta de
tu gloria quedándote en tu casa! ¿Por qué
quieres meterte en una guerra catastrófica,
provocando tu caída y la de Judá?
11 Pero Amasías no hizo caso.
Entonces Joás de Israel subió a vérselas
con Amasías de Judá en Bet-Semes de
Judá. 12 Israel derrotó a los judíos, que hu-
yeron a la desbandada. 13 En Bet-Semes
apresó Joás de Israel a Amasías de Judá,
hijo de Joacaz, de Ocozías, y se lo llevó a
Jerusalén. En la muralla de Jerusalén abrió
una brecha de doscientos metros, desde la
Puerta de Efraín hasta la Puerta del Ángu-
lo; 14 se apoderó del oro, la plata, los uten-
silios que había en el templo y en el tesoro
de palacio, tomó rehenes y se volvió a Sa-
maría.
15 Para más datos sobre Joás y sus ha-
zañas militares en la guerra contra Amasí-
as de Judá, véanse los Anales del Reino de
Israel.
16 Joás murió, y lo enterraron en Sa-
maría, con los reyes de Israel. Su hijo Jero-
boán le sucedió en el trono.
17 Amasías de Judá, hijo de Joás, so-
brevivió quince años a Joás de Israel, hijo
de Joacaz.
18 Para más datos sobre Amasías, véan-
se los Anales del Reino de Judá.
19 En Jerusalén le tramaron una conspi-
ración; huyó a Laquis, pero lo persiguieron
hasta Laquis y allí lo mataron. 20 Lo carga-
ron sobre unos caballos y lo enterraron en
Jerusalén, con sus antepasados, en la Ciu-
dad de David. 21 Entonces Judá en pleno
tomó a Azarías, de dieciséis años, y lo
nombraron rey, sucesor de su padre, Ama-
sías. 22 Fue él quién reconstruyó a Eilat y la
devolvió a Judá después que el rey Amasí-
as se fue a descansar con sus padres.

Jeroboán II de Israel (782-753)

23 Jeroboán, hijo de Joás, subió al trono
en Samaría el año quince del reinado de
Amasías de Judá, hijo de Joás. Reinó cua-
renta y un años. 24 Hizo lo que el Señor re-
prueba, repitiendo los pecados que Jerobo-
án, hijo de Nabat, hizo cometer a Israel.
25 Restableció la frontera de Israel desde el
Paso de Jamat hasta el Mar Muerto, como
el Señor, Dios de Israel, había dicho por
medio de su siervo el profeta Jonás, hijo de
Amitay, natural de Gatjéfer; 26 porque el Se-
ñor se fijó en la terrible desgracia de Israel,
donde no había ni esclavo, ni hombre libre,
ni quien ayudase a Israel. 27 El Señor no ha-
bía decidido borrar el nombre de Israel bajo
el cielo, y lo salvó por medio de Jeroboán,
hijo de Joás.
28 Para más datos sobre Jeroboán y sus
hazañas militares contra Damasco, recupe-
rando Jamat para Israel, véanse los Anales
del Reino de Israel.
29 Jeroboán murió, y lo enterraron con
los reyes de Israel. Su hijo Zacarías le suce-
dió en el trono.

Azarías (Ozías) de Judá (767-739)
(2 Cr 26)

15 1 Azarías, hijo de Amasías, subió al
trono de Judá el año veintisiete del
reinado de Jeroboán de Israel. 2 Cuando su-
bió al trono tenía dieciséis años, y reinó en
Jerusalén cincuenta y dos años. Su madre
se llamaba Yecolía, natural de Jerusalén.
3 Hizo lo que el Señor aprueba, igual que su

menta la de 13,12s. En cuanto a Amasías, su final es idéntico al de su padre: un grupo de conspiradores se propone matarlo, por lo que huye a Caquis, hasta donde es perseguido y asesinado; de allí es trasladado a Jerusalén para ser sepultado junto a sus antepasados (19s).

14,23-29 Jeroboán II de Israel. Como miembro de tercera generación de la dinastía de Jehú asciende al trono de Israel Jeroboán II. Como el resto de gobernantes de Israel, también recibe la calificación invariable de haber hecho lo que el Señor reprueba (24). Al parecer, bajo su reinado aumentó la prosperidad económica de Israel (cfr. Am 6,4-6); Jeroboán II acertó en el plano internacional al recuperar algunos territorios que le habían sido arrebatados. Con todo, estos éxitos no son directamente atribuibles al rey: todo se dio gracias a la misericordia de Dios, que aún «no había decidido borrar el nombre de Israel bajo el cielo» (27), «como el Señor, Dios de Israel, había dicho por medio de su siervo el profeta Jonás» (25). Esta profecía no se encuentra en ninguna parte del libro de los Reyes, y menos aún del libro de Jonás, que es muy posterior a estos acontecimientos.

15,1-7 Azarías (Ozías) de Judá. Ningún rey de Judá había gobernado tantos años como este rey; sin embargo, vendrá otro después que gobernará aún más años: Manasés (2 Re 21,1). Tras la respectiva evaluación –positiva, por supuesto–, continúa la misma

padre, Amasías. 4 Pero no desaparecieron
los santuarios paganos: allí seguía la gente
sacrificando y quemando incienso.
5 El Señor le envió una enfermedad de la
piel hasta su muerte, así que vivió recluido
en casa. Su hijo Yotán estaba al frente de
palacio y gobernaba la nación.
6 Para más datos sobre Azarías y sus em-
presas, véanse los Anales del Reino de Judá.
7 Azarías murió, y lo enterraron con sus
antepasados en la Ciudad de David. Su hijo
Yotán le sucedió en el trono.

Zacarías de Israel (753)

8 Zacarías, hijo de Jeroboán, subió al
trono de Israel en Samaría el año treinta y
ocho del reinado de Azarías de Judá. Reinó
seis meses. 9 Hizo lo que el Señor reprueba,
como sus antepasados, repitiendo los pe-
cados que Jeroboán, hijo de Nabat, hizo
cometer a Israel. 10 Salún, hijo de Yabés,
conspiró contra él y lo mató en Yiblán; lo
mató y lo suplantó en el trono.
11 Para más datos sobre Zacarías, véan-
se los Anales del Reino de Israel.
12 Sucedió lo que el Señor había dicho a
Jehú: Tus hijos se sentarán en el trono de
Israel hasta la cuarta generación.

Salún de Israel (753)

13 Salún, hijo de Yabés, subió al trono el
año treinta y nueve del reinado de Azarías
de Judá, y reinó en Samaría un mes. 14 Me-
najén, hijo de Gadí, subió de Tirsá, entró en
Samaría y mató allí a Salún, hijo de Yabés;
lo mató y lo suplantó en el trono.
15 Para más datos sobre Salún y su
conspiración, véanse los Anales del Reino
de Israel.
16 Entonces Menajén castigó a Tifsaj y
su territorio, matando a todos sus habitan-
tes, por no haberle abierto las puertas
cuando salió de Tirsá; la ocupó y abrió el
vientre a todas las mujeres embarazadas.

Menajén de Israel (752-741)

17 Menajén, hijo de Gadí, subió al trono
de Israel el año treinta y nueve del reinado
de Azarías de Judá. Reinó en Samaría diez
años. 18 Hizo lo que el Señor reprueba, repi-
tiendo los pecados que Jeroboán, hijo de
Nabat, hizo cometer a Israel. 19 En su tiem-
po, Pul, rey de Asiria, invadió el país, pero
Menajén le entregó mil pesos de plata para
que lo apoyase y lo mantuviese en el trono.
20 Menajén impuso esa contribución a todos
los ricos de Israel, a razón de medio kilo de
plata cada uno, para el rey de Asiria. En-
tonces el rey de Asiria se retiró, dando fin a
la ocupación del país.
21 Para más datos sobre Menajén y sus
empresas, véanse los Anales del Reino de
Israel.
22 Menajén murió, y su hijo Pecajías le
sucedió en el trono.

Pecajías de Israel (741-740)

23 Pecajías, hijo de Menajén, subió al
trono de Israel el año cincuenta del rei-
nado de Azarías de Judá. Reinó en Sama-
ría dos años. 24 Hizo lo que el Señor re-
prueba, repitiendo los pecados que
Jeroboán, hijo de Nabat, hizo cometer a Is-
rael. 25 Su oficial Pécaj, hijo de Romelía,
conspiró contra él: con cincuenta galaadi-
tas –con Argob y Arié– lo mató en Samaría,
en la torre de palacio. Lo mató y lo suplan-
tó en el trono.

---

crítica que se ha hecho a sus predecesores: «allí seguía la gente sacrificando y quemando incienso» (4), es decir, persistían los santuarios locales. Habrá que esperar a Ezequías y posteriormente a su bisnieto Josías para escuchar noticias distintas sobre estos cultos locales. De Azarías sólo se dice que durante toda su vida estuvo recluido en su casa debido a una afección en la piel que « el Señor le envió» (5), así que quien ejercía realmente la función de gobierno era su hijo Yotán, su sucesor. No olvidemos que según la cosmovisión de la época tanto la salud/bendición como la enfermedad/maldición provenían de Dios.

15,8-12 Zacarías de Israel. En cumplimiento de lo dicho a Jehú por el Señor (2 Re 10,30), el cuarto miembro de su dinastía asciende al poder, pero sólo gobierna seis meses. El trono es ocupado por Salún, el mismo que asesina al rey.

15,13-16 Salún de Israel. Poco tiempo va a durar en el trono el usurpador Salún. También él va a ser asesinado por Menajén a la vuelta de un mes. Ni siquiera alcanza a recibir la crítica del narrador, aunque sabiendo que se trata de un rey del norte, podemos concluir que hizo o habría hecho «lo que reprueba el Señor».

15,17-22 Menajén de Israel. Cuenta con un reinado más largo, diez años; pero Menajén tiene que enfrentar las incursiones asirias que pretenden invadir el territorio israelita; si se mantiene en el poder es porque se somete a pagar un alto tributo al rey asirio, impuesto que es recaudado entre los más ricos de Israel. Menajén, al parecer, muere de muerte natural (22).

26 Para más datos sobre Pecajías y sus
empresas, véanse los Anales del Reino de
Israel.

Pécaj de Israel (740-731)

27 Pécaj, hijo de Romelía, subió al trono
de Israel en Samaría el año cincuenta y dos
del reinado de Azarías de Judá. Reinó diez
años. 28 Hizo lo que el Señor reprueba, repi-
tiendo los pecados que Jeroboán, hijo de
Nabat, hizo cometer a Israel. 29 En su tiem-
po, Tiglat Piléser, rey de Asiria, fue y se
apoderó de Iyón, Abel Bet-Maacá, Yanoj,
Cades, Jasor, Galaad, Galilea y toda la re-
gión de Neftalí, y llevó a sus habitantes de-
portados a Asiria.
30 Oseas, hijo de Elá, tramó una conspi-
ración contra Pécaj, hijo de Romelía; lo
mató y lo suplantó en el trono el año vein-
te del reinado de Yotán, hijo de Azarías.
31 Para más datos sobre Pécaj y sus em-
presas, véanse los Anales del Reino de Is-
rael.

Yotán de Judá (739-734)
(2 Cr 27)

32 Yotán, hijo de Azarías, subió al trono
de Judá el año segundo del reinado de Pé-
caj de Israel, hijo de Romelía. 33 Cuando su-
bió al trono tenía veinticinco años, y reinó
en Jerusalén dieciséis años. Su madre se
llamaba Yerusá, hija de Sacod. 34 Hizo lo
que el Señor aprueba, igual que su padre,
Azarías. 35 Pero no desaparecieron los san-
tuarios paganos; allí la gente seguía sacrifi-
cando y quemando incienso. Yotán cons-
truyó la puerta superior del templo.
36 Para más datos sobre Yotán y sus em-
presas, véanse los Anales del Reino de
Judá. 37 Por entonces empezó el Señor a
mandar contra Judá a Razín, rey de Da-
masco, y a Pécaj, hijo de Romelía.
38 Yotán murió, y lo enterraron con sus
antepasados en la Ciudad de David, su an-
tecesor. Su hijo Acaz le sucedió en el trono.

Acaz de Judá (734-727)
(2 Cr 28)

16 1 Acaz, hijo de Yotán, subió al trono
de Judá el año diecisiete del reinado
de Pécaj, hijo de Romelía. 2 Cuando subió al
trono tenía veinte años, y reinó en Jerusa-
lén dieciséis años. No hizo, como su ante-
pasado David, lo que el Señor aprueba.
3 Imitó a los reyes de Israel. Incluso sacrifi-
có a su hijo en la hoguera, según las cos-
tumbres aborrecibles de las naciones que el
Señor había expulsado ante los israelitas.
4 Sacrificaba y quemaba incienso en los lu-
gares altos, en las colinas y bajo los árbo-
les frondosos.

15,23-26 Pecajías de Israel. Una vez más se repite la escena de un regicidio. Pecajías, hijo y sucesor de Menajén, es asesinado por su oficial Pécaj, quien lo suplanta en el trono. Pecajías reinó durante dos años y también «hizo lo que el Señor reprueba» (24).

15,27-31 Pécaj de Israel. La política internacional ha empeorado y las relaciones con Asiria son más difíciles. Si el rey asirio Pul había exigido un alto tributo a Menajén (19), ahora las tropas asirias entran decididamente en territorio israelita y deportan a la población. No olvidemos que el método conquistador de los asirios consistía en deportar a los habitantes de los países derrotados y traer colonos de otras provincias con el fin de bloquear cualquier intento de levantamiento (cfr. 17,24). La situación interna de Israel empeora con la conspiración y el posterior asesinato del rey a manos de Oseas, quien ocupará el trono por el resto de vida que le queda al agónico reino del norte.

15,32-38 Yotán de Judá. Regresamos a Judá, donde después de un largo reinado muere Azarías, al que le sucede su hijo Yotán, quien en vida de su padre ya «estaba al frente de palacio y gobernaba la nación» (5b) a causa de la enfermedad del rey (5a). Yotán es alabado por el deuteronomista, aunque con la misma crítica respecto de los cultos locales. Se le abona la construcción de la puerta superior del Templo (35). En esta época, el hermano reino del norte y el rey de Siria provocan escaramuzas en el territorio de Judá. De hecho, no habría que entenderlas tanto como un hostigamiento, sino más bien como una forma de presionar al rey para que se alíe con Israel y Siria contra Asiria.

16,1-20 Acaz de Judá. Desde la evaluación negativa de Salomón en 1 Re 11,1-33 no habíamos vuelto a encontrar otra igual o peor contra un rey de Judá. Acaz hizo todo lo que reprueba el Señor; no sólo imitó la conducta de los reyes del norte, sino que además participó él mismo de los cultos locales que el deuteronomista y los profetas denunciaban y que todos los reyes anteriores a él apenas sí toleraron. No contento con ello, revivió una antigua costumbre de los pueblos que «el Señor había expulsado ante los israelitas» (3) y que el pueblo judío consideraba abominable hacía mucho tiempo: sacrificar en la hoguera a los hijos primogénitos.

Las políticas interna y externa están muy agitadas bajo este reinado. Ya en el reinado de Yotán, el narrador había advertido que «empezó el Señor a mandar

5 Por entonces, Razín de Damasco y Pécaj de Israel, hijo de Romelía, subieron para atacar a Jerusalén; la cercaron, pero no pudieron conquistarla. 6 También por entonces el rey de Edom reconquistó Eilat y expulsó de allí a los judíos; los de Edom fueron a Eilat y se establecieron allí, hasta el día de hoy.

7 Acaz mandó una embajada a Tiglat Piléser, rey de Asiria, con este mensaje: Soy hijo y vasallo tuyo. Ven a librarme del poder del rey de Siria y del rey de Israel, que se han levantado en armas contra mí. 8 Acaz recogió la plata y el oro que había en el templo y en el tesoro de palacio y se lo envió al rey de Asiria como regalo. 9 El rey de Asiria le atendió, subió contra Damasco, se apoderó de ella, deportó a sus habitantes a Quir y mató a Razín.

10 Entonces, el rey Acaz fue a Damasco a presentarse a Tiglat Piléser, rey de Asiria. Y cuando vio el altar que había en Damasco, envió al sacerdote Urías el diseño del altar, con todos sus detalles. 11 Antes de que el rey volviera de Damasco, el sacerdote Urías construyó un altar siguiendo todas las instrucciones enviadas por el rey. 12 Cuando Acaz volvió de Damasco, vio el altar, se acercó, subió hasta él, 13 quemó su holocausto y su ofrenda, derramó su libación y roció el altar con la sangre de los sacrificios de comunión que acababa de ofrecer. 14 El antiguo altar de bronce, que estaba situado ante el Señor, lo retiró de la fachada del edificio, es decir, entre el altar nuevo y el templo, y lo puso al lado norte del nuevo altar. 15 Luego dio estas órdenes al sacerdote Urías:

–Sobre el altar grande quema el holocausto de la mañana y la ofrenda de la tarde, el holocausto del rey y su ofrenda, el holocausto del pueblo y su ofrenda; derrama sobre él sus libaciones y la sangre de los sacrificios. Del altar de bronce me ocuparé yo.

16 El sacerdote Urías hizo lo que le mandó el rey Acaz. 17 El rey arrancó las abrazaderas que recubrían la base y retiró los recipientes para el agua; el depósito montado sobre los toros de bronce lo bajó de su soporte y lo puso sobre las losas del pavimento. 18 En consideración al rey de Asiria, quitó también la tribuna del trono construida en el templo y la entrada exterior para el rey.

19 Para más datos sobre Acaz y sus empresas, véanse los Anales del Reino de Judá.

20 Acaz murió, y lo enterraron con sus antepasados en la Ciudad de David. Su hijo Ezequías le sucedió en el trono.

Oseas de Israel (731-722)

17 1 Oseas, hijo de Elá, subió al trono de Israel en Samaría el año doce del reinado de Acaz de Judá. Reinó nueve años. 2 Hizo lo que el Señor reprueba, aunque no tanto como los reyes de Israel predecesores suyos. 3 Salmanasar, rey de Asiria, lo atacó, y Oseas se le sometió pagándole tributo. 4 Pero el rey de Asiria descubrió que Oseas lo traicionaba: había enviado emisarios a Sais, al rey de Egipto, y no pagó el tributo como hacía otros años. Entonces el rey de Asiria lo apresó y lo encerró en la cárcel. 5 El rey de Asiria invadió el país y asedió a Samaría durante tres

---

contra Judá a Razín, rey de Damasco, y a Pécaj, hijo de Romelía» (15,37); pero es Acaz quien debe enfrentarse a estos dos enemigos. Según los historiadores, Damasco e Israel estaban presionando a Judá para conformar una coalición contra Asiria y así zafarse de su poder opresor. Sin embargo, Acaz se inclina por otra salida política: recurre directamente al poderoso del momento para solicitar protección y ayuda contra Damasco e Israel, no sin antes declararse «hijo y vasallo» del rey asirio Tiglat Piléser y de poner en sus manos un generoso presente (7s). Ni corto ni perezoso, el rey asirio atiende el llamado del desesperado rey de Judá y rápidamente se apodera de Damasco, capital de Siria, y mata al rey Razín. Sobre la suerte de Israel no se habla más en este capítulo, pero hemos de suponer que la represión aumenta. En reconocimiento a Tiglat Piléser, Acaz manda construir en Jerusalén un altar idéntico al que ha visto en Damasco, donde se debía celebrar el culto oficial al rey. Es curioso que no haya ni una sola palabra de valoración crítica a esta actuación de Acaz, ya que toca valores tan tradicionales como el Templo, el altar y el culto. Hemos de entender que en la valoración dada en los versículos 3s queda todo dicho.

17,1-41 Oseas de Israel. En tan sólo tres versículos queda presentada la historia del reinado de Oseas, último rey de Israel. A pesar de recibir la misma calificación de todos sus predecesores, se deja constancia de que no fue tan malo como los demás reyes anteriores a él (2). Los versículos 3s describen la últi-

años. 6 El año noveno de Oseas, el rey de
Asiria conquistó Samaría, deportó a los is-
raelitas a Asiria y los instaló en Jalaj, junto
al Jabor, río de Gozán, y en las poblaciones
de Media. 7 Eso sucedió porque, dando cul-
to a dioses extranjeros, los israelitas habían
pecado contra el Señor, su Dios, que los
había sacado de Egipto, del poder del Fa-
raón, rey de Egipto; 8 procedieron según las
costumbres de las naciones que el Señor
había expulsado ante ellos y que introduje-
ron los reyes nombrados por ellos mismos.
9 Los israelitas blasfemaron contra el Señor,
su Dios; en todo lugar habitado, desde las
torres de vigilancia hasta las plazas fuertes,
se erigieron lugares de culto; 10 erigieron
postes sagrados y piedras conmemorativas
en las colinas altas y bajo los árboles fron-
dosos; 11 allí quemaban incienso, como ha-
cían las naciones que el Señor había deste-
rrado ante ellos. Obraron mal, irritando al
Señor. 12 Dieron culto a los ídolos, cosa que
el Señor les había prohibido.

13 El Señor había advertido a Israel y
Judá por medio de los profetas y videntes:
Vuelvan de su mala conducta y observen
mis mandatos y preceptos, siguiendo la ley
que di a sus padres, que les comuniqué por
medio de mis servidores los profetas.
14 Pero no hicieron caso, sino que se pusie-
ron tercos, como sus padres, que no con-
fiaron en el Señor, su Dios. 15 Rechazaron
sus mandatos y el pacto que había hecho el
Señor con sus padres y las advertencias
que les hizo; se fueron tras los ídolos vanos
y ellos mismos se desvanecieron, imitando
a las naciones vecinas, cosa que el Señor
les había prohibido. 16 Abandonaron los
preceptos del Señor, su Dios, se hicieron
ídolos de fundición –¡los dos terneros!– y
erigieron un poste sagrado; se postraron
ante el ejército del cielo y dieron culto a
Baal. 17 Sacrificaron en la hoguera a sus hi-
jos e hijas, practicaron la adivinación y la
magia y se vendieron para hacer lo que el
Señor reprueba, irritándolo. 18 El Señor se
irritó tanto contra Israel, que los arrojó de
su presencia. Sólo quedó la tribu de Judá,
19 aunque tampoco Judá guardó los pre-
ceptos del Señor, su Dios, sino que imitó el
proceder de Israel. 20 El Señor rechazó a
toda la raza de Israel, la humilló, la entregó
al saqueo, hasta que acabó por arrojarla de
su presencia. 21 Porque cuando Israel se
desgajó de la casa de David y eligieron rey
a Jeroboán, hijo de Nabat, Jeroboán desvió
a Israel del culto al Señor y lo indujo a co-
meter un grave pecado. 22 Los israelitas

---

ma etapa de las relaciones internacionales entre Israel y Asiria. Habiendo sido atacado Israel, el rey se somete bajo tributo, pero bien pronto se dirige secretamente a Egipto para pedirle su apoyo contra Asiria. Descubierta esta jugada política, Asiria reacciona con la invasión definitiva y con la captura del rey. En dos versículos (5s) queda descrita la caída y ruina de lo que se llamó «reino del norte»; los israelitas son deportados y el territorio colonizado por prisioneros de otras provincias del mismo imperio asirio (cfr. 18,9-12).

El resto del capítulo es una larga reflexión del narrador deuteronomista sobre lo acontecido al reino de Israel. Según su análisis, todo sucedió porque Israel se rebeló contra Dios, su antiguo Liberador, y se puso al servicio de otros dioses, cosa que el Señor les tenía prohibido (7-12). Los versículos 13-17 amplían los motivos de la perdición de Israel: a pesar de haber sido avisado y aconsejado por Dios por medio de sus profetas, el pueblo desobedeció al Señor y se dedicó a las prácticas de los pueblos vecinos. La sentencia se encuentra en los versículos 18-20: los pecados de Israel irritaron tanto al Señor, que decidió arrojarlo de su presencia y dejar sólo a Judá, aunque según el concepto del narrador tampoco es un modelo de obediencia. Todo este mal de Israel tiene un origen: la división provocada por Jeroboán a la muerte de Salomón y la introducción en Israel del pecado de apostasía que duró hasta su caída definitiva. En efecto, Jeroboán erigió dos becerros de oro y los entronizó para su culto: uno en Betel, frontera con Judá, y otro en Dan, límite norte con Siria. De este modo, nadie tenía que desplazarse hasta Jerusalén a dar culto al Señor (cfr. 1 Re 12,26-30).

Los versículos 24-41 describen la situación de los nuevos colonos obligados a vivir en el territorio ahora perteneciente a Asiria. El problema que enfrenta la nueva población a la hora de celebrar el culto es puramente simbólico, con lo cual se quiere decir que aunque el territorio había sido conquistado y los israelitas expulsados de él, quien ejerce la verdadera soberanía es el Señor; por eso, el narrador pone en boca del mismísimo rey asirio la orden de enviar allí a un sacerdote israelita para que instruya a la gente en el modo correcto de celebrar el culto al Señor. Advertimos aquí una consecuencia histórica que se desprende de la conquista, de la colonización y de las prácticas religioso-cultuales de este período: el sincretismo que fue surgiendo en Samaría. Éste, sumado a cierto rechazo preexistente que los habitantes de Judá sentían hacia los de Samaría, provocó el odio que persiste hasta hoy.

imitaron a la letra el pecado de Jeroboán,
23 hasta que el Señor los arrojó de su pre-
sencia, como había dicho por sus siervos
los profetas, y fueron deportados desde su
tierra a Asiria, donde todavía están.
24 El rey de Asiria trajo gente de Ba-
bilonia, Cutá, Avá, Jamat y Sefarvain y la
estableció en las poblaciones de Samaría,
para reemplazar a los israelitas. Ellos to-
maron posesión de Samaría y se instalaron
en sus poblados. 25 Pero al empezar a insta-
larse allí, no daban culto al Señor, y el Se-
ñor les envió leones que hacían estrago en-
tre los colonos. 26 Entonces expusieron al
rey de Asiria:
–La gente que llevaste a Samaría como
colonos no conoce los ritos del dios del
país, y por eso éste les ha enviado leones
que hacen estrago entre ellos, porque no
conocen los ritos del dios del país.
27 El rey de Asur ordenó:
–Lleven allá uno de los sacerdotes de-
portados de Samaría, para que se establez-
ca allí y les enseñe los ritos del dios del
país.
28 Uno de los sacerdotes deportados de
Samaría fue entonces a establecerse en Be-
tel, y les enseñó cómo había que dar culto
al Señor. 29 Pero todos aquellos pueblos se
fueron haciendo sus dioses, y cada uno en
la ciudad donde vivía los puso en los san-
tuarios de los lugares altos que habían
construido los de Samaría. 30 Los de Babi-
lonia hicieron a Sucot–Benot; los de Cutá, a
Nergal; los de Jamat, a Asima; 31 los de
Avá, a Nibjás y Tartac; los de Sefarvain sa-
crificaban a sus hijos en la hoguera en ho-
nor de sus dioses Adramélec y Anamélec.
32 También daban culto al Señor; nombra-
ron sacerdotes a gente de la masa del pue-
blo, para que oficiaran en los santuarios de
los lugares altos. 33 De manera que daban
culto al Señor y a sus dioses, según la reli-
gión del país de donde habían venido.
34 Hasta hoy vienen haciendo según sus an-
tiguos ritos; no veneran al Señor ni proce-
den según sus mandatos y preceptos, se-
gún la ley y la norma dada por el Señor a
los hijos de Jacob, al que impuso el nom-
bre de Israel.
35 El Señor había hecho un pacto con
ellos y les había mandado:
–No veneren a otros dioses, ni los ado-
ren, ni les den culto, ni les ofrezcan sacrifi-
cios, 36 sino que deben venerar al Señor,
que los sacó de Egipto con gran fuerza y
brazo extendido; a él adorarán y a él le ofre-
cerán sacrificios. 37 Observarán los precep-
tos y normas, la ley y los mandatos que les
ha dado por escrito. No rendirán culto a
otros dioses. 38 No olviden el pacto que ha
hecho con ustedes. 39 No rindan culto a
otros dioses, sino al Señor, su Dios, y él los
librará de sus enemigos.
40 Pero no hicieron caso, sino que proce-
dieron según sus antiguos ritos. 41 Así,
aquella gente honraba al Señor y daba cul-
to a sus ídolos. Y sus descendientes siguen
hasta hoy haciendo lo mismo que sus ante-
pasados.

HASTA LA CAÍDA DE JERUSALÉN

Ezequías de Judá (727-698)

(2 Cr 29-32)

18 1 Ezequías, hijo de Acaz, subió al
trono de Judá el año tercero del rei-
nado de Oseas de Israel, hijo de Elá.
2 Cuando subió al trono tenía veinticinco
años, y reinó en Jerusalén veintinueve
años. Su madre se llamaba Abí, hija de Za-
carías. 3 Hizo lo que el Señor aprueba, igual
que su antepasado David. 4 Suprimió los
santuarios paganos, destrozó los postes sa-
grados, rompió las piedras conmemorati-
vas y trituró la serpiente de bronce que ha-
bía hecho Moisés porque los israelitas
seguían todavía quemándole incienso; la
llamaban Nejustán. 5 Puso su confianza en
el Señor, Dios de Israel, y no tuvo compa-
ración con ninguno de los reyes que hubo

18,1—20,21 Ezequías de Judá. Los siguientes capítulos hasta el veinte inclusive, están dedicados a Ezequías y a la crisis externa que le tocó enfrentar con Asiria, la potencia de turno.

***Ezequías asciende al trono* (18,1-8).** Constatada la fecha de asunción al poder de Ezequías, de inmediato se pasa a su calificación. Cualquier descendiente de David envidiaría la evaluación que se hace de este

en Judá, antes o después de él. 6 Se adhirió
al Señor, sin apartarse de él, y cumplió los
mandamientos que el Señor había dado a
Moisés. 7 El Señor estuvo con él, y así tuvo
éxito en todas sus empresas. Se rebeló
contra el rey de Asiria y no le rindió vasa-
llaje. 8 Derrotó a los filisteos hasta Gaza, de-
vastando todo su territorio, desde las torres
de vigilancia hasta las plazas fuertes.

9 El año cuarto del reinado de Ezequías,
que corresponde al séptimo del reinado de
Oseas de Israel, hijo de Elá, Salmanasar,
rey de Asiria, atacó a Samaría y la sitió.
10 Al cabo de tres años, el año sexto de Eze-
quías, que corresponde al noveno de Ose-
as de Israel, la conquistó. 11 El rey de Asiria
deportó a los israelitas a Asiria y los insta-
ló en Jalaj, junto al Jabor, río de Gozán, y
en las poblaciones de Media, 12 por no ha-
ber obedecido al Señor, su Dios, y haber
quebrantado su pacto; no obedecieron ni
cumplieron lo que les había mandado Moi-
sés, siervo del Señor.

13 El año catorce del reinado de Eze-
quías, Senaquerib, rey de Asiria, atacó to-
das las plazas fuertes de Judá, y las con-
quistó. 14 Entonces Ezequías mandó a
Laquis este mensaje para el rey de Asiria:
Soy culpable. Retírate y te pagaré la multa
que me impongas. El rey asirio impuso a
Ezequías de Judá el pago de nueve mil ki-
los de plata y novecientos kilos de oro.
15 Ezequías le entregó toda la plata que ha-
bía en el templo y en el tesoro de palacio.
16 Fue en aquella ocasión cuando Ezequías
rompió las puertas del santuario y los pila-
res que Azarías de Judá había recubierto de
oro, y se los entregó al rey de Asiria.

17 Desde Laquis, el rey de Asiria des-
pachó al general en jefe, al jefe de eunucos
y al copero mayor para que fueran con un
fuerte destacamento a Jerusalén, al rey
Ezequías. Fueron, y cuando llegaron a Je-
rusalén se detuvieron ante el Canal del Es-
tanque de Arriba, que queda junto al cami-
no del Campo del Tintorero. 18 Llamaron al
rey, y salieron a recibirlos Eliacín, hijo de
Jelcías, mayordomo de palacio; Sobná, el
secretario, y el heraldo Yoaj, hijo de Asaf.
19 El copero mayor les dijo:

–Digan a Ezequías: Así dice el em-
perador, el rey de Asiria: ¿En qué fundas tu
confianza? 20 Tú piensas que la estrategia y
la valentía militares son cuestión de pala-
bras. ¿En quién confías para rebelarte con-
tra mí? 21 ¿Te fías de ese bastón de caña
quebrada que es Egipto? Al que se apoya
en él, se le clava en la mano y se la atra-
viesa; eso es el Faraón para los que confí-
an en él. 22 Y si me replicas: yo confío en el
Señor, nuestro Dios, ¿no es ése el dios cu-
yos santuarios y altares ha suprimido Eze-
quías, exigiendo a Judá y a Jerusalén que
se postren ante ese altar en Jerusalén?
23 Por tanto, haz una apuesta con mi señor,
el rey de Asiria, y te daré dos mil caballos,
si es que tienes quien los monte. 24 ¿Cómo
te atreves a desairar a uno de los últimos
siervos de mi señor, confiando en que Egip-
to te proporcionará carros y jinetes? 25 ¿Te
crees que he subido a arrasar esta ciudad
sin consultar con el Señor? Fue el Señor
quien me dijo que subiera a devastar este
país.

26 Eliacín, hijo de Jelcías, Sobná y Yoaj
dijeron al copero mayor:

---

rey, hijo de Acaz. Ezequías no sólo hizo lo que agrada al Señor, sino que actuó en todo como David; hasta en su triunfo contra los filisteos es idéntico a su antepasado (8). A Ezequías se le abona, además, el haber suprimido los cultos locales que sus predecesores no habían logrado eliminar, ¡incluso destruyó la serpiente de bronce que Moisés había fabricado en el desierto y a la cual todavía quemaban incienso! (4). La valoración global positiva del reinado de Ezequías está en relación con: 1. Haber hecho lo que el Señor aprueba. 2. Haber eliminado los cultos en los lugares altos –o cultos locales –. 3. Pero sobre todo porque «puso su confianza en el Señor, Dios de Israel» (5), «se adhirió al Señor, sin apartarse de él, y cumplió los mandamientos que el Señor había dado a Moisés»(6). Ahí estuvo el éxito de todas sus empresas. Ésa es la concreción de lo que ya fijaba la corriente deuteronomista como clave para el éxito y la prosperidad de cada israelita (cfr. Dt 4,40; 5,29.33; 6,3.18; 12,28; etc.).

***Crisis externa de Judá* (18,9-37).** Los versículos 9-12 hacen un recuento de la catástrofe del reino del norte y de la deportación de la cual fueron objeto todos sus habitantes. Una vez más se subraya la desgracia de Israel provocada por su propia rebeldía, por no haber cumplido lo que el Señor les había mandado por medio de Moisés. Este resumen es el marco histórico para presentar ahora la situación del reino de Judá y sus relaciones con Asiria. En efecto, una vez arrasado el reino del norte, la pretensión asiria es ha-

–Por favor, háblanos en arameo, que lo
entendemos. No nos hables en hebreo, ante
la gente que está en las murallas.
27 Pero el copero les replicó:
–¿Crees que mi señor me ha enviado
para que les comunique solamente a ti y a
tu señor este mensaje? También es para los
hombres que están en la muralla, y que
tendrán que comer su excremento y beber
su orina, igual que ustedes.
28 E, irguiéndose, gritó a voz en cuello,
en hebreo:
–¡Escuchen las palabras del emperador,
rey de Asiria! 29 Así dice el rey: Que no los
engañe Ezequías, porque no podrá librarlos
de mi mano. 30 Que Ezequías no los haga
confiar en el Señor, diciendo: el Señor nos
librará y no entregará esta ciudad al rey de
Asiria. 31 No hagan caso a Ezequías, por-
que esto dice el rey de Asiria: ríndanse y
hagan la paz conmigo, y cada uno comerá
de su viña y de su higuera y beberá de su
pozo, 32 hasta que llegue yo para llevarlos a
una tierra como la de ustedes, tierra de tri-
go y vino nuevo, tierra de pan y viñedos,
tierra de aceite y miel, para que vivan y no
mueran. No hagan caso de Ezequías, que
los engaña, diciendo: el Señor nos librará.
33 ¿Acaso los dioses de las naciones han li-
brado a sus países de la mano del rey de
Asiria? 34 ¿Dónde están los dioses de Jamat
y Arpad, los dioses de Sefarvain, Hená y
Avá? ¿Han librado a Samaría de mi poder?
35 ¿Qué dios de esos países ha podido librar
sus territorios de mi mano? ¿Y va el Señor
a librar de mi mano a Jerusalén?
36 Todos callaron y no respondieron pa-
labra. Tenían consigna del rey de no res-
ponder. 37 Eliacín, hijo de Jelcías, mayordo-
mo de palacio; Sobná, el secretario, y el
heraldo Yoaj, hijo de Asaf, se presentaron al
rey con las vestiduras rasgadas, y le comu-
nicaron las palabras del copero mayor.

19 Cuando el rey Ezequías lo oyó, se
rasgó las vestiduras, se vistió un sa-
yal y fue al templo; 2 y despachó a Eliacín,
mayordomo de palacio; a Sobná, el secre-
tario, y a los sacerdotes más ancianos, ves-
tidos de sayal, para que fueran a decirle al
profeta Isaías, hijo de Amós:
3 –Así dice Ezequías: Hoy es un día de
angustia, de castigo y de vergüenza; los hi-
jos llegan al parto y no hay fuerza para dar-
los a luz. 4 Ojalá oiga el Señor, tu Dios, las
palabras del copero mayor, a quien su se-
ñor, el rey de Asiria, ha enviado para ultra-
jar al Dios vivo, y castigue las palabras que
el Señor, tu Dios, ha oído. ¡Reza por el res-
to que todavía subsiste!
5 Los ministros del rey Ezequías se pre-
sentaron a Isaías, 6 y éste les dijo:
–Digan a su señor: Así dice el Señor: No
te asustes por esas palabras que has oído,
por las blasfemias de los criados del rey de
Asiria. 7 Yo mismo le meteré un espíritu, y
cuando oiga cierta noticia, se volverá a su
país, y allí lo haré morir a espada.
8 El copero mayor regresó y encontró al
rey de Asiria combatiendo contra Libna,
porque había oído que se había retirado de
Laquis 9 al recibir la noticia de que Tarjaca,

---

cer lo mismo con Judá; sin embargo, una primera salida política tiene efecto, al menos temporalmente: Ezequías se somete al poderoso mediante un costoso vasallaje que se sufraga con los tesoros del Templo y del palacio real (14-16), vasallaje que ya venía pagándose desde que Judá pidiera protección a Asiria contra Israel y Damasco bajo el reinado de Acaz.

Pero el peligro no desaparece; los versículos 17-37 recogen el amenazante mensaje que envía Senaquerib, rey asirio, a Ezequías. El mensaje deja entrever la absoluta confianza que tiene el rey asirio en su ejército y en su fuerza de ataque; ningún reino le ha resistido, o lo que es igual, ningún dios ha podido con él en los territorios que se ha propuesto conquistar. ¿Cómo puede creer Ezequías que Judá y Jerusalén son una excepción? El mensaje, más que fundado en hechos reales, busca el impacto psicológico en el rey y en cada uno de los habitantes de Jerusalén. Por eso, aunque los diplomáticos jerosolimitanos piden al emisario de Senaquerib que hable en arameo para que el pueblo no entienda esta retahíla, el emisario no hace caso y repite prácticamente el mismo discurso en hebreo con más fuerza, en el cual deja en entredicho el poder de Dios y la rectitud, veracidad y valentía de Ezequías (28-35).

***El rey Ezequías consulta al profeta Isaías* (19,1-7).** Como era costumbre, ante un inminente peligro se consultaba a un profeta para saber la voluntad de Dios respecto a las medidas que se debían tomar. En este caso, Ezequías envía sus mensajeros al profeta Isaías para que consulte al Señor. Isaías ejercía desde tiempo atrás su ministerio en Jerusalén (cfr. Is 6,1; 7,3) y ya había criticado la decisión del rey de rebelarse contra Asiria. Su crítica más contundente se dirigía contra el deseo de aliarse con Egipto, la «caña quebrada», como la llama el rey asirio (18,21). Isaías estaba con-

rey de Etiopía, había salido para luchar
contra él.

Senaquerib envió de nuevo mensajeros
a Ezequías a decirle:
10 –Digan a Ezequías, rey de Judá: Que
no te engañe tu Dios, en quien confías,
pensando que Jerusalén no caerá en ma-
nos del rey de Asiria. 11 Tú mismo has oído
cómo han tratado los reyes de Asiria a to-
dos los países: exterminándolos, ¿y tú te
vas a librar? 12 ¿Los salvaron a ellos los dio-
ses de los pueblos que destruyeron mis
predecesores: Gozán, Jarán, Résef, y los
edenitas de Telasar? 13 ¿Dónde está el rey
de Jamat, el rey de Arpad, el rey de Sefar-
vain, de Hená y de Avá?

14 Ezequías tomó la carta de mano de
los mensajeros y la leyó; después subió al
templo, la desplegó ante el Señor 15 y oró:

Señor, Dios de Israel,
sentado sobre querubines:
Tú solo eres el Dios
de todos los reinos del mundo.
Tú hiciste el cielo y la tierra.
16 Inclina tu oído, Señor, y escucha;
abre tus ojos, Señor, y mira.
Escucha el mensaje
que ha enviado Senaquerib
para ultrajar al Dios vivo.
17 Es verdad, Señor:
los reyes de Asiria
han asolado todos los países
y su territorio,
18 han quemado todos sus dioses
–porque no son dioses,
sino hechura de manos humanas,
madera y piedra– y los han destruido.
19 Ahora, Señor, Dios nuestro
sálvanos de su mano
para que sepan
todos los reinos del mundo
que tú solo, Señor, eres Dios.

20 Isaías, hijo de Amós, mandó decir a
Ezequías:
–Así dice el Señor, Dios de Israel: He
oído lo que me pides acerca de Senaquerib,
rey de Asiria. 21 Ésta es la palabra que el
Señor pronuncia contra él:

Te desprecia y se burla de ti
la doncella, la ciudad de Sión;
mueve la cabeza a tu espalda
la ciudad de Jerusalén.
22 ¿A quién has ultrajado e insultado,
contra quién has alzado la voz
y levantado tus ojos a lo alto?
¡Contra el Santo de Israel!
23 Por medio de tus mensajeros
has ultrajado al Señor:
Con mis numerosos carros
yo he subido
a las cimas de los montes,
a las cumbres del Líbano;
he talado la estatura de sus cedros
y sus mejores cipreses;
entré en su último reducto,
en la espesura de su bosque.
24 Yo excavé pozos
y bebí aguas extranjeras,
sequé bajo la planta de mis pies
todos los canales de Egipto.
25 ¿No lo has oído?
Desde antiguo lo decidí,
en tiempos remotos lo preparé
y ahora lo realizo;

---

vencido de que Asiria era un instrumento de castigo en manos de Dios para escarmentar a Judá por sus rebeldías (cfr. Is 30,1-5; 31,1-3). Con todo, Isaías devuelve a los mensajeros del rey con noticias que inspiran confianza: el ejército asirio se retirará y su rey morirá asesinado en su propio país (6s).

***Nuevo mensaje a Ezequías* (19,8-14).** Las intenciones de Asiria respecto a Judá siguen en pie. Senaquerib cuestiona el poder del Dios de Judá para salvar a su pueblo, dado que el rey asirio y su dios Asur han sometido a todos los territorios y países contra los que han combatido.

***Oración de Ezequías* (19,15-19).** El rey, consternado, se dirige al Templo y allí ora ante el Señor. La oración consta de tres partes: 1. Ezequías confiesa que su Dios es soberano de todos los reinos del mundo, puesto que es Él quien ha creado los cielos y la tierra (15). 2. El Señor está encumbrado sobre la tierra, y por eso le suplica que se incline para escuchar y ver los ultrajes de que son objeto tanto Dios como su pueblo escogido (16). No se deja de reconocer que, ciertamente, Asiria ha arrasado con todo a su paso, incluso con los dioses de cada localidad; pero se debe a que éstos no son dioses, sino figuras hechas por manos humanas, no como el Dios de Israel, que es el único, el verdadero, el que vive y hace vivir (17s). 3. Por todo lo anterior, el Dios vivo de Israel debe intervenir para que todo el mundo sepa que Él es Único y Verdadero (19).

***Mensaje de Isaías a Ezequías* (19,20-34).** Aunque Ezequías ha orado directamente al Señor, la res-

por eso tú reduces sus plazas fuertes
a montones de escombros.
26 Sus habitantes, faltos de fuerza,
con la vergüenza de la derrota,
fueron como pasto del campo,
como verde de los prados,
como la hierba de las azoteas,
que se quema antes de crecer.
27 Conozco cuándo te sientas
y te levantas,
cuándo entras y sales;
28 porque te agitas contra mí
y tu arrogancia
sube a mis oídos,
te pondré mi argolla en la nariz
y mi freno en el hocico,
y te llevaré por el camino
por donde viniste.
29 Esto te servirá de señal:
Éste año comerán
el grano abandonado;
el año que viene,
lo que brote sin sembrar;
el año tercero sembrarán
y cosecharán,
plantarán viñas
y comerán sus frutos.
30 De nuevo
el resto de la casa de Judá
echará raíces por abajo
y dará fruto por arriba;
31 porque de Jerusalén
saldrá un resto,
del monte Sión los sobrevivientes.
¡El celo del Señor lo cumplirá!
32 Por eso así dice el Señor
acerca del rey de Asiria:
No entrará en esta ciudad,
no disparará contra ella su flecha,
no se acercará con escudo
ni levantará contra ella un terraplén;
33 por el camino por donde vino
se volverá,
pero no entrará en esta ciudad
–oráculo del Señor–.
34 Yo defenderé a esta ciudad
para salvarla,
por mi honor y el de David, mi siervo.

35 Aquella misma noche salió el ángel
del Señor e hirió en el campamento asirio a
ciento ochenta y cinco mil hombres. Por la
mañana, al despertar, los encontraron ya
cadáveres.
36 Senaquerib, rey de Asiria, levantó el
campamento, se volvió a Nínive y se quedó
allí. 37 Y un día, mientras estaba postrado
en el templo de su dios Nisroc, Adramélec
y Saréser lo asesinaron, y escaparon al territorio de Ararat. Su hijo Asaradón le sucedió en el trono.

Enfermedad de Ezequías

20 1 En aquel tiempo, Ezequías cayó enfermo de muerte. El profeta Isaías, hijo de Amós, fue a visitarlo, y le dijo:

–Así dice el Señor: Ordena todos los asuntos de tu casa, porque vas a morir sin remedio.

2 Entonces Ezequías volvió la cara a la pared y oró al Señor:

---

puesta a su súplica le viene por medio del profeta Isaías. Su oración ha sido escuchada, así que la respuesta va dirigida a Senaquerib. El Señor hace un recuento de las acciones heroicas de este rey, pero para decir que todo lo que ha realizado ha sido por disposición divina, porque Él está por encima de todo: todo lo ve, todo lo escudriña, todo lo conoce (22-27). Pero es llegada la hora de ponerle la «argolla en la nariz» (28), es decir, de hacerle sentir al arrogante rey quién es realmente el Poderoso; la manera de hacerle sentir su poder es devolviéndolo a casa (28b). Los versículos 29-34 son la promesa para los habitantes de Jerusalén y las señales concretas para que sepan que Asiria no tocará la Ciudad Santa; la defensa la hará el propio Señor por honor a David, «mi siervo» (34).

***Liberación de Jerusalén* (19,35-37).** Los últimos versículos de este capítulo narran cómo el ejército asirio fue herido por el ángel del Señor durante la noche (cfr. Éx 14,19-31) y cómo el rey, con lo poco que quedó de su ejército, se retiró a su país, desapareciendo así la amenaza sobre Jerusalén. El acontecimiento, que tiene ciertamente un trasfondo histórico, es leído en clave teológica por el redactor deuteronomista como un gesto del amor y favor divinos hacia Jerusalén; del mismo modo, su caída y destrucción a manos de Babilonia años más tarde será vista como un castigo por su infidelidad (cfr. 21,10-15; 23,27). En el versículo 37 se constata la muerte de Senaquerib a manos de unos conspiradores, con lo cual se cumple lo dicho en 19,7.

20,1-11 Enfermedad de Ezequías. Ante la inminencia de su muerte, refrendada por la palabra profética (1c), encontramos de nuevo la faceta piadosa, orante, del rey. Con el argumento de su rectitud de vida consigue del Señor una revocación de la palabra dada por medio de Isaías, y es el mismo profeta quien le anuncia la decisión divina no sólo de prolongar sus

3 –Señor, recuerda que he caminado en
tu presencia con corazón sincero e íntegro
y que he hecho lo que te agrada.
Y lloró con largo llanto.

4 Pero no había salido Isaías del patio
central, cuando recibió esta Palabra del Se-
ñor:
5 –Vuelve a decirle a Ezequías, jefe de mi
pueblo: Así dice el Señor, Dios de tu padre
David: He escuchado tu oración, he visto
tus lágrimas. Mira, voy a sanarte: dentro de
tres días podrás subir al templo; 6 y añado a
tus días otros quince años. Te libraré de las
manos del rey de Asiria, a ti y a esta ciu-
dad; protegeré a esta ciudad, por mí y por
mi siervo David.
7 Isaías ordenó:
–Hagan una pasta de higos; que lo apli-
quen a la herida, y sanará.
8 Ezequías le preguntó:
–¿Y cuál es la señal de que el Señor me
va a sanar y dentro de tres días podré subir
al templo?
9 Isaías respondió:
–Ésta es la señal de que el Señor cum-
plirá la palabra dada: ¿Quieres que la som-
bra adelante diez grados o que atrase diez?
10 Ezequías comentó:
–Es fácil que la sombra adelante diez
grados, lo difícil es que atrase diez.
11 El profeta Isaías clamó al Señor, y el
Señor hizo que la sombra atrasase diez gra-
dos en el reloj de Acaz.

Embajada de Merodac Baladán

12 En aquel tiempo, Merodac Baladán,
hijo de Baladán, rey de Babilonia, envió
cartas y regalos al rey Ezequías cuando se
enteró de que se había restablecido de su
enfermedad. 13 Ezequías se alegró y enseñó
a los mensajeros su tesoro: la plata y el oro,
los bálsamos y ungüentos, toda la vajilla y
cuanto había en sus depósitos. No quedó
nada en su palacio y en sus dominios que
Ezequías no les enseñase.
14 Pero el profeta Isaías se presentó al
rey Ezequías y le dijo:
–¿Qué ha dicho esa gente, y de dónde
vienen a visitarte?
Ezequías contestó:
–Han venido de un país lejano: de Babi-
lonia.
15 Isaías preguntó:
–¿Qué han visto en tu casa?
Ezequías dijo:
–Todo. No he dejado nada de mis teso-
ros sin enseñárselo.
16 Entonces Isaías le dijo:
–Escucha la Palabra del Señor: 17 Mira,
llegarán días en que se llevarán a Babilonia
todo lo que hay en tu palacio, cuanto ate-
soraron tus abuelos hasta hoy. No quedará
nada, dice el Señor. 18 Y a los hijos que sa-
lieron de ti, que tú engendraste, se los lle-
varán a Babilonia para que sirvan como pa-
laciegos del rey.
19 Ezequías dijo:
–Es auspiciosa la Palabra del Señor que
has pronunciado, porque se decía a sí mis-
mo: Mientras yo viva, habrá paz y seguri-
dad.
20 Para más datos sobre Ezequías y sus
victorias y las obras que hizo: la cisterna y
el canal que construyó para llevar el agua a
la ciudad, véanse los Anales del Reino de
Judá.
21 Ezequías murió, y su hijo Manasés le
sucedió en el trono.

---

días, sino de concederle un período de paz y de tranquilidad respecto a su enemigo Asiria (5s). Extrañamente, nos encontramos con un Ezequías dudoso, que pide una señal del cumplimiento de dichas promesas. Decimos extrañamente, porque unos versículos atrás hemos visto a un rey que se ha mantenido firme y confiado en su Señor, pese a las amenazas del rey asirio y pese a la constatación de que su poderío militar ha sembrado el pánico, el terror y la muerte por donde pasa. De todos modos, Isaías le demuestra la veracidad de la Palabra del Señor con un signo: atrasa diez grados la sombra del reloj de sol. ¡Irónicamente, el resto de años del rey comienza a ensombrecerse a partir de este momento!

20,12-21 Embajada de Merodac Baladán. Ezequías ha recibido una embajada muy especial proveniente de Babilonia, que viene a congratularlo por el restablecimiento de su salud. En medio de la euforia, el rey les enseña todos los tesoros y riquezas del Templo y de palacio. Esto provoca una ensombrecedora profecía de Isaías sobre el fin de Judá a manos de los babilonios. Visto que dicho vaticinio se dará a largo plazo, el rey toma las palabras del profeta como buen anuncio, puesto que semejante augurio no acaecerá durante su reinado. Ezequías hace gala del egoísmo propio de quienes ostentan el poder, a los que sólo preocupa que su integridad personal esté a salvo. Termina este capítulo con la consabida fórmula sobre la muerte del rey y su sucesión (21).

Manasés de Judá (698-643)
(2 Cr 33,1-20)

21 1 Cuando Manasés subió al trono te-
nía doce años, y reinó en Jerusalén
cincuenta y cinco años. Su madre se lla-
maba Jepsibá. 2 Hizo lo que el Señor re-
prueba, imitando las costumbres abomina-
bles de las naciones que el Señor había
expulsado ante los israelitas. 3 Reconstruyó
los santuarios paganos que su padre, Eze-
quías, había hecho destruir, levantó altares
a Baal y erigió un poste sagrado, igual que
hizo Acaz de Israel; adoró y dio culto a todo
el ejército del cielo; 4 puso altares en el
templo del Señor, del que había dicho el
Señor: Pondré mi nombre en Jerusalén;
5 edificó altares a todo el ejército del cielo
en los dos atrios del templo, 6 sacrificó a su
hijo en la hoguera; practicó la adivinación y
la magia; instituyó nigromantes y adivinos.
Hacía continuamente lo que el Señor re-
prueba, irritándolo. 7 La imagen de Astarté
que había fabricado la colocó en el templo
del que el Señor había dicho a David y a su
hijo Salomón: En este templo y en Jerusa-
lén, a la que elegí entre todas las tribus de
Israel, pondré mi nombre para siempre; 8 ya
no dejaré que Israel ande errante, lejos de
la tierra que di a sus padres, a condición de
que pongan por obra cuanto les mandé, si-
guiendo la ley que les promulgó mi siervo
Moisés. 9 Pero ellos no hicieron caso. Y Ma-
nasés los extravió, para que se portasen
peor que las naciones a las que el Señor
había exterminado ante los israelitas.
10 El Señor dijo entonces por medio de
sus servidores los profetas:
11 –Puesto que Manasés de Judá ha he-
cho esas cosas abominables, se ha portado
peor que los amorreos que le precedieron y
ha hecho pecar a Judá con sus ídolos; 12 así
dice el Señor, Dios de Israel: Yo voy a traer
sobre Jerusalén y Judá tal catástrofe, que
al que lo oiga le retumbarán los oídos.
13 Extenderé sobre Jerusalén el cordel
como hice en Samaría, el mismo nivel con
que medí a la dinastía de Ajab, y fregaré a
Jerusalén como a un plato, que se friega
por delante y por detrás. 14 Desecharé al
resto de mi herencia, lo entregaré en poder
de sus enemigos, será presa y botín de sus
enemigos, 15 porque han hecho lo que yo
repruebo, me han irritado desde el día en
que sus padres salieron de Egipto hasta
hoy.
16 Además, Manasés derramó ríos de
sangre inocente, de forma que inundó Je-
rusalén de punta a punta, aparte del peca-
do que hizo cometer a Judá haciendo lo
que el Señor reprueba.
17 Para más datos sobre Manasés y los
crímenes que cometió, véanse los Anales
del Reino de Judá.
18 Manasés murió, y lo enterraron en el
jardín de su palacio, el jardín de Uzá. Su
hijo Amón le sucedió en el trono.

Amón de Judá (643-640)
(2 Cr 33,21-25)

19 Cuando Amón subió al trono tenía
veintidós años, y reinó en Jerusalén dos
años. Su madre se llamaba Mesulémet, hija
de Jarús, natural de Yotbá. 20 Hizo lo que el
Señor reprueba, igual que su padre, Mana-

21,1-18 Manasés de Judá. Si el pecado y la perdición del reino del norte, así como el consecuente castigo, tienen como responsable a Jeroboán (cfr. 17,21-23), el pecado, la perdición y el futuro castigo del pueblo de Judá tienen su origen en Manasés. Pese a ser el hijo y sucesor del inigualable Ezequías (cfr. 18,3-8), Manasés se encarga de restablecer todo lo que su padre había abolido: los cultos locales, la idolatría, las costumbres paganas y la contaminación del culto con estatuas y altares en el mismísimo Templo de Jerusalén; hace lo que nuestra mentalidad popular atribuiría a un «anticristo». Pero sus pecados no se quedan sólo en lo cultual o religioso, el deuteronomista denuncia también sus continuos crímenes y los frecuentes derramamientos de sangre inocente «hasta inundar a Jerusalén» (24,4), una exageración del narrador para resaltar su sensibilidad por la justicia social, especialmente por la vida. Hay un dato muy importante que vale la pena tener en cuenta: el deuteronomista, al tiempo que denuncia las acciones negativas del rey y lo responsabiliza de los males que sobrevendrán al pueblo, da a entender que el pueblo le sigue con agrado (8s); esto le sirve al narrador para recordar que el pueblo ha sido pecador y rebelde desde que salió de Egipto (15). De nuevo, a propósito del comportamiento de Manasés, cobra fuerza la profecía que ya Isaías había pronunciado delante de Ezequías: Judá y Jerusalén no tendrán buen fin (10-15).

21,19-26 Amón de Judá. Muy difícilmente podía transformar Amón, el sucesor, un reinado tan largo como el de Manasés, especialmente sus «contrarreformas». Era más fácil continuar la misma línea de su padre, como en efecto lo hizo durante su breve período de reinado. También Amón recibe la calificación ne-

sés; 21 imitó a su padre: dio culto y adoró a
los mismos ídolos que su padre; 22 dejó al
Señor, Dios de sus padres, no caminó por
sus sendas. 23 Sus cortesanos conspiraron
contra él y lo asesinaron en el palacio;
24 pero la población mató a los conspirado-
res, y nombraron rey sucesor a Josías, hijo
de Amón.

25 Para más datos sobre Amón y sus em-
presas, véanse los Anales del Reino de
Judá.

26 Lo enterraron en su sepultura del jar-
dín de Uzá. Su hijo Josías le sucedió en el
trono.

Josías de Judá (640-609)
(2 Cr 34s)

22 1 Cuando Josías subió al trono tenía
dieciocho años, y reinó treinta y un
años en Jerusalén. Su madre se llamaba
Yedidá, hija de Adaya, natural de Boscat.
2 Hizo lo que el Señor aprueba. Siguió el ca-
mino de su antepasado David, sin desviar-
se a derecha ni izquierda. 3 El año diecio-
cho de su reinado mandó al secretario
Safán, hijo de Asalías, hijo de Musulán, que
fuera al templo con este encargo:

4 –Preséntate al sacerdote Jelcías; que
tenga preparado el dinero ingresado en el
templo por las colectas que los porteros
hacen entre la gente. 5 Que se lo entreguen
a los encargados de las obras del templo,
para que lo repartan a los obreros que tra-
bajan en el templo reparando los desper-
fectos del edificio 6 –carpinteros, albañiles y
tapiadores– o para comprar madera y pie-
dras talladas para reparar el edificio. 7 Pero
que no les pidan cuentas del dinero que les
entregan, porque se portan con honradez.

8 El sumo sacerdote Jelcías, dijo al cro-
nista Safán:

–He encontrado en el templo el libro de
la ley.

9 Entregó el libro a Safán, y éste lo leyó.
Luego fue a dar cuenta al rey:

–Tus siervos han juntado el dinero que
había en el templo y se lo han entregado a
los encargados de las obras.

10 Y le comunicó la noticia:

–El sacerdote Jelcías me ha dado un li-
bro.

Safán lo leyó ante el rey, 11 y cuando el
rey oyó el contenido del libro de la ley, se
rasgó las vestiduras 12 y ordenó al sacer-
dote Jelcías; a Ajicán, hijo de Safán; a Ac-
bor, hijo de Miqueas; al cronista Safán, y a
Asaías, funcionario real:

13 –Vayan a consultar al Señor por mí y
por el pueblo y por todo Judá a propósito
de este libro que han encontrado; porque el
Señor estará enfurecido contra nosotros,
porque nuestros padres no obedecieron los
mandatos de este libro cumpliendo lo pres-
crito en él.

14 Entonces el sacerdote Jelcías, Ajicán,
Acbor, Safán y Asaías fueron a ver a la pro-
fetisa Julda, esposa de Salún, el guardarro-

---

gativa del deuteronomista, como un rey contrario al ideal del creyente judío y al modelo de rey que debía regirse por los mandatos del Señor.

22,1–23,30 Josías de Judá. Junto con su bisabuelo Ezequías, Josías es el único rey de Judá que merece el calificativo de rey justo, equiparable a David. De Josías sabemos que retoma la política reformadora de su bisabuelo; según la narración, todo comienza porque Josías ordena una remodelación y reparación del edifico del Templo. En dichos trabajos, el sacerdote Jelcías encuentra una copia del libro de la Ley, el cual, después de haberlo leído, envía al rey para que también él lo lea. Una vez que ha escuchado Josías el contenido del rollo, «se rasgó las vestiduras» (22,11) en señal de humillación y de reconocimiento de que el pueblo estaba muy lejos de lo exigido por el Señor.

Consultada la profetisa Julda por orden del rey, retoma la profecía del castigo de Judá (22,16s), pero al mismo tiempo envía un mensaje de tranquilidad como respuesta del Señor a la humillación y el reconocimiento del pecado del pueblo (22,18-20). Con este trasfondo podremos entender mejor las seis grandes acciones que emprende el rey: 1. Una vez leído el rollo delante de todo el pueblo, el rey sella ante el Señor una alianza suscrita por todos (23,1-3), al igual que había hecho Josué en Siquén siglos antes (cfr. Jos 24,1-28). 2. Renovada y suscrita la alianza, Josías emprende la purificación del culto; esto implica la abolición definitiva de todos los santuarios locales y de todos los reductos de culto a otras divinidades que queden en el reino (23,4-15). 3. Centraliza definitivamente el culto en Jerusalén y hace venir a la ciudad a todos los sacerdotes que oficiaban en los santuarios locales (23,8). 4. Su acción abarca también los territorios del norte donde alcanza su reinado, pues muchos de ellos han sido recuperados por el mismo Josías para Judá; allí derriba el altar de Betel que había construido Jeroboán cuando la división del reino, así como los centros de culto en los lugares altos dispersos por toda Samaría (23,15-20). 5. Una vez realizado este trabajo, sólo queda una cosa: la celebración

pa, hijo de Ticua de Jarjás. Julda vivía en
Jerusalén, en el Barrio Nuevo. Le expusie-
ron el caso, 15 y ella les respondió:
–Así dice el Señor, Dios de Israel: Dígan-
le al hombre que los ha enviado: 16 Así dice
el Señor: Yo voy a traer la desgracia sobre
este lugar y todos sus habitantes: todas las
maldiciones de este libro que ha leído el rey
de Judá; 17 por haberme abandonado y ha-
ber quemado incienso a otros dioses, irri-
tándome con sus ídolos, está ardiendo mi
cólera contra este lugar, y no se apagará.
18 Y al rey de Judá, que los ha enviado a
consultar al Señor, díganle: Así dice el Se-
ñor, Dios de Israel: 19 Porque tu corazón se
ha conmovido y te has humillado delante el
Señor al oír mi amenaza contra este lugar y
sus habitantes, que serán objeto de espan-
to y de maldición; porque te has rasgado
las vestiduras y llorado en mi presencia,
también yo te escucho –oráculo del Señor–.
20 Por eso, cuando yo te reúna con tus pa-
dres, te enterrarán en paz, sin que llegues a
ver con tus ojos la desgracia que voy a traer
a este lugar.
Ellos llevaron la respuesta al rey.

23 1 El rey ordenó que se presentasen
ante él todos los ancianos de Judá y
de Jerusalén. 2 Luego subió al templo,
acompañado de todos los judíos y los habi-
tantes de Jerusalén, los sacerdotes, los
profetas y todo el pueblo, chicos y grandes.
El rey les leyó el libro de la alianza encon-
trado en el templo. 3 Después, de pie sobre
el estrado, selló ante el Señor la alianza,
comprometiéndose a seguirle y cumplir sus
preceptos, normas y mandatos, con todo el
corazón y con toda el alma, cumpliendo las
cláusulas de la alianza escritas en aquel li-
bro. El pueblo entero suscribió la alianza.
4 Luego mandó el rey al sumo sacerdote
Jelcías, a los sacerdotes de segundo orden
y a los porteros que sacaran del templo to-
dos los utensilios fabricados para Baal, As-
tarté y todo el ejército del cielo. Los quemó
fuera de Jerusalén, en los campos del Ce-
drón, y llevaron las cenizas a Betel. 5 Supri-
mió a los sacerdotes establecidos por los
reyes de Judá para quemar incienso en los
lugares altos de las poblaciones de Judá y
alrededores de Jerusalén, y a los que ofre-
cían incienso a Baal, al sol y a la luna, a los
signos del zodíaco y al ejército del cielo.
6 Sacó del templo el poste sagrado y lo lle-
vó fuera de Jerusalén, al torrente Cedrón lo
quemó junto al torrente y lo redujo a ceni-
zas, que echó a la fosa común. 7 Derribó las
habitaciones del templo dedicadas a la
prostitución sagrada, donde las mujeres te-
jían mantos para Astarté. 8 Hizo venir de las
poblaciones de Judá a todos los sacerdotes
y, desde Guibeá hasta Berseba, profanó los
lugares altos donde estos sacerdotes ofrecí-
an incienso. Derribó la capilla de los sátiros
que había a la entrada de la puerta de Jo-
sué, gobernador de la ciudad, a mano iz-
quierda según se entra. 9 Pero a los sacer-
dotes de los santuarios paganos no se les
permitía subir al altar del Señor en Jerusa-
lén, sino que sólo comían panes ázimos en-
tre sus hermanos. 10 Profanó el horno del
valle de Ben-Hinón, para que nadie quema-
se a su hijo o su hija en honor de Moloc.
11 Hizo desaparecer los caballos que los re-
yes de Judá habían dedicado al sol, en la
entrada del templo, junto a la habitación del
eunuco Natanmélec, en las dependencias
del templo; quemó el carro del sol. 12 Tam-
bién derribó los altares en la azotea de la
galería de Acaz, construidos por los reyes
de Judá, y los altares construidos por Ma-

---

de la Pascua en honor del Señor, porque «no se había celebrado una Pascua semejante desde el tiempo en que los jueces gobernaban a Israel ni durante todos los reyes de Israel y Judá» (23,22). 6. Para ajustarse más todavía a las exigencias del libro de la Ley, hace desaparecer también a nigromantes, adivinos, ídolos, fetiches y todos los aborrecibles objetos de cultos extraños que aún quedaban en Judá y en Jerusalén (23,24).

Pero ni la humillación del rey, ni la renovación de la alianza, ni las reformas cultuales y religiosas logran apartar la profecía de la destrucción de Jerusalén. Desafortunadamente, en la lectura que hace el deuteronomista de los acontecimientos históricos mundiales de la época, sólo se tiene en cuenta la tesis del castigo del que se ha hecho merecedor el pueblo de Judá por sus infidelidades y rebeldías, un punto de vista muy limitado. Con ello queda en entredicho la imagen de ese Dios justo y misericordioso, lleno de bondad y de paciencia que se percibe en otros momentos de la vida del pueblo. No estamos ante el Dios que por encima de todo ama y perdona, el que siglos más tarde nos va a revelar Jesús de Nazaret y al cual nosotros debemos adherir nuestra fe.

nasés en los dos atrios del templo; los tritu-
ró y esparció el polvo en el torrente Cedrón.
13 Profanó los santuarios paganos que mira-
ban a Jerusalén, al sur del monte de los
Olivos, construidos por Salomón, rey de Is-
rael, en honor de Astarté el ídolo abomi-
nable de los fenicios, Camós el ídolo abo-
minable de Moab y Malcón el ídolo
abominable de los amonitas. 14 Destrozó las
piedras conmemorativas, cortó los postes
sagrados y llenó el lugar que ellos ocupa-
ban con huesos humanos. 15 Derribó tam-
bién el altar de Betel y el santuario con-
struido por Jeroboán, hijo de Nabat, con el
que hizo pecar a Israel. Lo trituró hasta re-
ducirlo a polvo, y quemó el poste sagrado.
16 Al darse la vuelta, Josías vio los se-
pulcros que había allí en el monte; enton-
ces envió a recoger los huesos de aquellos
sepulcros, los quemó sobre el altar y los
profanó, según la Palabra del Señor anun-
ciada por el profeta, cuando Jeroboán, en
la fiesta, estaba de pie ante el altar. Al dar-
se la vuelta, Josías levantó la vista hacia el
sepulcro del profeta que había anunciado
estos sucesos, 17 y preguntó:
–¿Qué es aquel mausoleo que estoy
viendo?
Los de la ciudad le respondieron:
–Es el sepulcro del profeta que vino de
Judá y anunció lo que acabas de hacer con
el altar de Betel.
18 Entonces el rey ordenó:
–¡Déjenlo! Que nadie remueva sus hue-
sos.
Así se conservaron sus huesos junto con
los del profeta que había venido de Sama-
ría.
19 Josías hizo desaparecer también to-
dos los edificios de los santuarios que había
en las poblaciones de Samaría, construidas
por los reyes de Israel para irritar al Señor;
hizo con ellos lo mismo que en Betel. 20 So-
bre los altares degolló a los sacerdotes de
los santuarios paganos que había allí, y
quemó encima huesos humanos. Luego se
volvió a Jerusalén, 21 y ordenó al pueblo:
–Celebren la Pascua en honor del Señor,
su Dios, como está prescrito en este libro
de la alianza.
22 No se había celebrado una Pascua se-
mejante desde el tiempo en que los jueces
gobernaban a Israel ni durante todos los re-
yes de Israel y Judá. 23 Fue el año diecio-
cho del reinado de Josías cuando se cele-
bró aquella Pascua en Jerusalén en honor
del Señor.
24 Para cumplir las cláusulas de la ley,
escritas en el libro que el sacerdote Jelcías
encontró en el templo, Josías extirpó tam-
bién a los nigromantes y adivinos, ídolos,
fetiches y todas las monstruosidades que
se veían en territorio de Judá y en Jerusa-
lén. 25 Ni antes ni después hubo un rey
como él, que se convirtiera al Señor con
todo el corazón, con toda el alma y con to-
das sus fuerzas, conforme en todo con la
ley de Moisés. 26 Sin embargo, el Señor no
aplacó su furor contra Judá, por lo mucho
que le había irritado Manasés. 27 El Señor
dijo:
–También a Judá la apartaré de mi pre-
sencia, como hice con Israel; y repudiaré a
Jerusalén, mi ciudad elegida, y al templo
en que determiné establecer mi Nombre.
28 Para más datos sobre Josías y sus
empresas, véanse los Anales del Reino de
Judá.
29 En su tiempo, el faraón Necó, rey de
Egipto, subió a ver al rey de Asiria, camino

23,31-35 Joacaz de Judá. Después de la muerte de Josías comienza ya a dibujarse la curva de la caída definitiva de Judá. Joacaz, en el poco tiempo que reina, prefiere volver a las prácticas de su bisabuelo Manasés y de los demás reyes que hicieron lo que el Señor reprueba. Pese a las amenazas internacionales del poderío babilónico que se cierne sobre todo el Cercano Oriente, Egipto quiere demostrar que también es fuerte: somete a Judá, deporta al rey, lo suplanta por otro miembro de la familia de Josías y obliga al antiguo reino a pagar un fuerte tributo. Joacaz muere en tierra egipcia, quizá como un presagio de la desgracia que está por llegar a toda la nación judaíta.

23,36–24,7 Joaquín de Judá. Joaquín es el rey que Egipto ha impuesto en Judá; su verdadero nombre era Eliacim, pero el faraón se lo cambia por el de Joaquín. Todavía bajo el dominio egipcio, Nabucodonosor de Babilonia somete a Judá. El rey Joaquín se rebela, pensando tal vez que Egipto lo defendería; sin embargo, Babilonia intensifica sus ataques y no sólo mantiene sometida a Judá, sino que además arrincona a Egipto al arrebatar sus últimos territorios en Canaán (24,7). De nuevo se recalca que todas estas acciones contra Judá son enviadas por el Señor para castigar los pecados de los reyes que no fueron fieles al querer divino.

del Éufrates. El rey Josías salió a hacerle
frente, y Necó lo mató en Meguido, al pri-
mer encuentro. 30 Sus siervos pusieron el
cadáver en un carro, lo trasladaron de Me-
guido a Jerusalén y lo enterraron en su se-
pulcro. Entonces la gente tomó a Joacaz,
hijo de Josías, lo ungieron y lo nombraron
rey sucesor.

Joacaz de Judá (609)
(2 Cr 36,1-4)

31 Cuando Joacaz subió al trono tenía
veintitrés años, y reinó tres meses en Jeru-
salén. Su madre se llamaba Jamutal, hija
de Jeremías, natural de Libna. 32 Joacaz
hizo lo que el Señor reprueba, igual que sus
antepasados. 33 El faraón Necó lo encarce-
ló en Ribla, provincia de Jamat, para impe-
dirle reinar en Jerusalén, e impuso al país
un tributo de tres mil kilos de plata y trein-
ta de oro.

34 El faraón Necó nombró rey a Eliacín,
hijo de Josías, como sucesor de su padre,
Josías, y le cambió el nombre por el de
Joaquín. A Joacaz se lo llevó a Egipto,
donde murió. 35 Joaquín entregó al faraón
la plata y el oro, pero para ello tuvo que im-
poner una contribución a la nación: cada
uno, según su tarifa, pagó la plata y el oro
que había que entregar al Faraón.

Joaquín de Judá (609-598)
(2 Cr 36,5-8)

36 Cuando Joaquín subió al trono tenía
veinticinco años, y reinó once años en Je-
rusalén. Su madre se llamaba Zebida, hija
de Fedayas, natural de Rumá. 37 Hizo lo que
el Señor reprueba, igual que sus antepasa-
dos.

24 1 Durante su reinado, Nabucodono-
sor, rey de Babilonia, hizo una expe-
dición militar, y Joaquín le quedó sometido
por tres años. Pero se le rebeló.

2 Entonces el Señor mandó contra él
guerrillas de caldeos y sirios, moabitas y
amonitas; los envió contra Judá para ani-
quilarla, conforme a la palabra que había
pronunciado por sus siervos los profetas.
3 Eso le sucedió a Judá por orden del Se-
ñor, para apartarla de su presencia por los
pecados que había cometido Manasés, 4 y
por la sangre inocente que derramó hasta
inundar a Jerusalén; el Señor no quiso per-
donar.

5 Para más datos sobre Joaquín y sus
empresas, véanse los Anales del reino de
Judá.

6 Joaquín murió, y su hijo Jeconías le
sucedió en el trono.

7 El rey de Egipto no volvió a salir de su
país, porque el rey de Babilonia se había
apoderado de las antiguas posesiones del
rey de Egipto, desde el Nilo hasta el Éufra-
tes.

Jeconías de Judá (598-597)
(2 Cr 36,9s)

8 Cuando Jeconías subió al trono tenía
dieciocho años, y reinó tres meses en Jeru-
salén. Su madre se llamaba Nejustá, hija de
Elnatán, natural de Jerusalén. 9 Hizo lo que
el Señor reprueba, igual que su padre.

10 En aquel tiempo, los oficiales de Na-
bucodonosor, rey de Babilonia, subieron
contra Jerusalén y la cercaron. 11 Nabuco-
donosor, rey de Babilonia, llegó a Jerusalén
cuando sus oficiales la tenían cercada.
12 Jeconías de Judá se rindió al rey de Ba-
bilonia, con su madre, sus ministros, gene-
rales y funcionarios. El rey de Babilonia los
apresó el año octavo de su reinado. 13 Se
llevó los tesoros del templo y de palacio, y
destrozó todos los utensilios de oro que Sa-
lomón, rey de Israel, había hecho para el
templo según las órdenes del Señor. 14 De-
portó a todo Jerusalén, los generales, los ri-
cos –diez mil deportados–, los herreros y
cerrajeros; sólo quedó la plebe. 15 Nabuco-
donosor deportó a Jeconías a Babilonia.
Llevó deportados de Jerusalén a Babilonia
al rey, la reina madre y sus mujeres, sus
funcionarios y grandes del reino, 16 todos
los ricos –siete mil deportados–, los herre-

24,8-17 Jeconías de Judá. Ya no hay nada que hacer. Babilonia es ahora el dueño absoluto de todos los territorios al occidente del Éufrates, incluido Egipto. Judá, gobernada por Jeconías, no puede hacer sino rendirse pacíficamente al nuevo amo mundial, quien se alza con los tesoros del Templo y con todo lo valioso que hay en Jerusalén. Para refrendar aún más su dominio, se hace también con el rey, con su familia y con lo más representativo de la clase noble dirigente del país. Estamos ante la primera de al menos tres deportaciones selectivas que aún realizará Babilonia. Las profecías, aunque no se especifica cuáles, se están cumpliendo.

ros y cerrajeros –mil deportados–, todos
aptos para la guerra. 17 En su lugar nombró
rey a su tío Matanías, y le cambió el nom-
bre en Sedecías.

Sedecías de Judá (597-587)
(2 Cr 36,11-14)

18 Cuando Sedecías subió al trono tenía
veintiún años, y reinó once años en Jerusa-
lén. Su madre se llamaba Jamutal, hija de
Jeremías, natural de Libna. 19 Hizo lo que el
Señor reprueba, igual que había hecho Jo-
aquín. 20 Eso le sucedió a Jerusalén y Judá
por la cólera del Señor, hasta que las arro-
jó de su presencia. Sedecías se rebeló con-
tra el rey de Babilonia.

Caída de Jerusalén
(Jr 52)

25 1 Pero el año noveno de su reinado,
el día diez del décimo mes, Nabuco-
donosor, rey de Babilonia, vino a Jerusalén
con todo su ejército, acampó frente a ella y
construyó torres de asalto alrededor. 2 La
ciudad quedó sitiada hasta el año once del
reinado de Sedecías, 3 el día noveno del
mes cuarto. El hambre apretó en la ciudad,
y no había pan para la población. 4 Se abrió
brecha en la ciudad, y los soldados huyeron
de noche, por la puerta entre las dos mura-
llas, junto a los jardines reales, mientras los
caldeos rodeaban la ciudad, y se marcha-
ron por el camino de la estepa. 5 El ejército
caldeo persiguió al rey; lo alcanzaron en la
estepa de Jericó, mientras sus tropas se
dispersaban, abandonándolo. 6 Apresaron
al rey, y se lo llevaron al rey de Babilonia,
que estaba en Ribla, y lo procesó. 7 A los hi-
jos de Sedecías los hizo ajusticiar ante su
vista; a Sedecías lo cegó, le echó cadenas
de bronce y lo llevó a Babilonia.

8 El día primero del quinto mes –que co-
rresponde al año diecinueve del renado de
Nabucodonosor en Babilonia– llegó a Jeru-
salén Nabusardán, jefe de la guardia, fun-
cionario del rey de Babilonia. 9 Incendió el
templo, el palacio real y las casas de Jeru-
salén, y puso fuego a todos los palacios.
10 El ejército caldeo, a las órdenes del jefe
de la guardia, derribó las murallas que ro-
deaban a Jerusalén. 11 Nabusardán, jefe de
la guardia, se llevó cautivos al resto del
pueblo que había quedado en la ciudad, a
los que se habían pasado al rey de Babilo-
nia y al resto de la plebe. 12 De la clase baja
dejó algunos, para que cultivaran los cam-
pos y las viñas.

13 Los caldeos rompieron las columnas
de bronce, las bases y el depósito de bron-
ce que había en el templo, para llevarse el
bronce a Babilonia. 14 También llevaron los
calderos, paletas, cuchillos, bandejas y to-
dos los utensilios de bronce que servían
para el culto. 15 El jefe de la guardia tomó
los incensarios e hisopos, y todo lo que ha-
bía, en dos lotes, de oro y de plata, 16 y las
dos columnas, el depósito y los pedestales
que había hecho Salomón para el templo;
era imposible calcular lo que pesaba el
bronce de aquellos objetos; 17 cada colum-
na medía nueve metros y estaba rematada
por un capitel de bronce de metro y medio
de altura, adornado con trenzados y grana-
das alrededor, todo de bronce.

18 El jefe de la guardia apresó al sumo
sacerdote, Serayas, al vicario Sofonías y a
los tres porteros; 19 en la ciudad, apresó
también a un dignatario jefe del ejército y a
cinco hombres del servicio personal del rey,
que se encontraban en la ciudad; al secre-
tario del general en jefe, que había hecho el
reclutamiento de los terratenientes, y a se-
senta ciudadanos que se encontraban en la
ciudad. 20 Nabusardán, jefe de la guardia,
los apresó y se los llevó al rey de Babilonia,

24,18-20 Sedecías de Judá. Al igual que Egipto, Babilonia impone a un nuevo rey, Matanías, tío del rey deportado, cuyo nombre pasa a ser Sedecías. También este rey «hizo lo que el Señor reprueba» (19), con lo cual también contribuyó a acelerar el castigo definitivo.

25,1-21 Caída de Jerusalén. Las tropas babilónicas se presentan de nuevo en la ciudad de Jerusalén, que alcanza a resistir durante algún tiempo. Cuando ya se veía todo perdido, el rey decide abrir una brecha en la muralla de la ciudad y escapar de noche, pero es alcanzado cerca de Jericó y llevado preso a Ribla. Allí ejecuta Nabucodonosor dos acciones con un alto valor simbólico: asesina en presencia del rey preso a sus propios hijos, luego le arranca los ojos y lo encadena para llevarlo prisionero a Babilonia, capital del imperio. De otro lado, Jerusalén es arrasada, sus murallas destruidas y el Templo incendiado; el sumo sacerdote es apresado y el resto de la población deportada, quedando sólo unos cuantos habitantes de la clase social más baja. «Así marchó Judá al destierro» (21).

a Ribla. 21 El rey de Babilonia los hizo eje-
cutar en Ribla, provincia de Jamat.
Así marchó Judá al destierro.

Godolías
(Jr 40s)

22 Nabucodonosor, rey de Babilonia,
nombró a Godolías, hijo de Ajicán, hijo de
Safán, gobernador de los que quedaban en
territorio de Judá, la gente que él dejaba.
23 Cuando los capitanes y sus hombres oye-
ron que el rey de Babilonia había nombra-
do gobernador a Godolías, fueron a Mispá,
a visitarlo, Ismael, hijo de Natanías; Juan,
hijo de Carej; Serayas, hijo de Tanjumet, el
netofateo, y Yezanías, de Maacá; todos ellos
con sus hombres. 24 Godolías les juró:
–No teman someterse a los caldeos. Per-
manezcan en el país, obedezcan al rey de
Babilonia y les irá bien.
25 Pero al séptimo mes, Ismael, hijo de
Natanías, hijo de Elisamá, de sangre real,
llegó con diez hombres y asesinó a Godolí-
as y a los judíos y caldeos de su séquito en
Mispá. 26 Todo el pueblo, chicos y grandes,
con los capitanes, emprendieron la huida a
Egipto, por miedo a los caldeos.

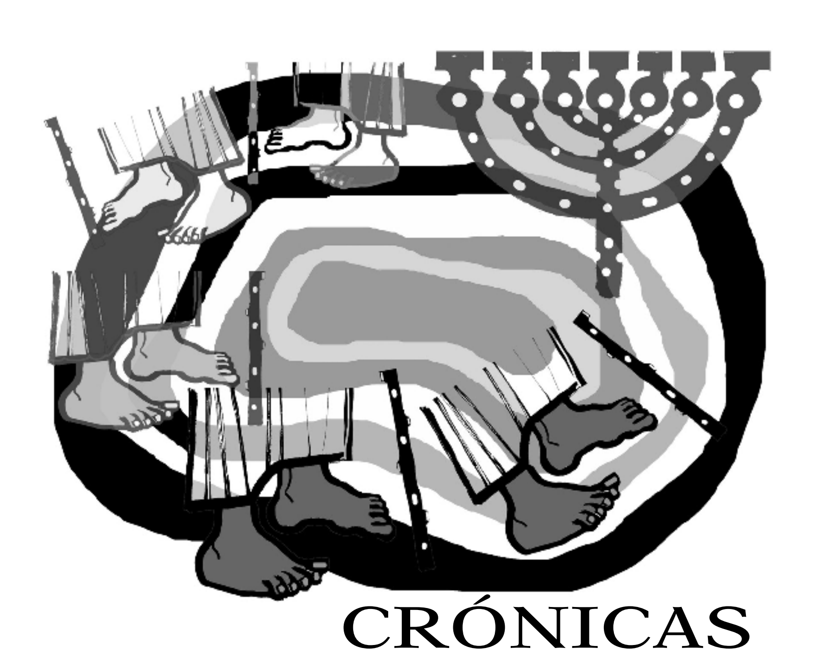
Amnistía

27 El año treinta y siete del destierro de
Jeconías de Judá, el día veinticuatro del
mes doce, Evil Merodac, rey de Babilonia,
en el año de su subida al trono, concedió
gracia a Jeconías de Judá y lo sacó de la
cárcel. 28 Le prometió su favor y colocó su
trono más alto que los de los otros reyes
que había con él en Babilonia. 29 Le cambió
el traje de preso y le hizo comer a su mesa
mientras vivió. 30 Y mientras vivió se le pa-
saba una pensión diaria de parte del rey.



25,22-26 Godolías. Para controlar el territorio conquistado de Judá, Babilonia nombra gobernador a Godolías, al parecer miembro de una familia noble de Jerusalén. Godolías se establece en Mispá, ciudad vecina a la destruida capital, desde donde aconseja a sus paisanos que se mantengan sumisos al nuevo amo para no sufrir más complicaciones. Sin embargo, a los pocos meses es asesinado por uno del partido antibabilónico. Esta acción atrajo entre la población el temor a las represalias de Babilonia, y por ello muchos huyeron a refugiarse en Egipto. Recordemos que en esta huída arrastraron consigo a Jeremías, el profeta que prefería la sumisión a Babilonia antes que pensar en Egipto como apoyo, y menos aún como lugar de refugio.

25,27-30 Amnistía. Era costumbre entre los reyes mesopotámicos conceder gracias especiales al pueblo en el año de su ascensión al trono; se habla incluso de una condonación general de deudas y de la liberación de algunos presos. Es probable que Evil Merodac, sucesor de Nabucodonosor, continuara con esta tradición y concediera la amnistía no sólo a Joaquín, el rey que había sido llevado a Babilonia en el primer grupo de deportados de Judá, sino también a otros reyes presos. El narrador deuteronomista sólo menciona a Joaquín; el rey le promete su favor y su asiento es el más alto de entre el resto de los amnistiados (28). Con estos datos, el narrador quizá pretenda mantener viva la esperanza de un futuro distinto para Judá; puede que vea en Joaquín, favorecido ahora por el rey babilónico, el punto en el cual se apoyará la continuidad de la promesa davídica, aquél de quien descenderá el rey bueno y justo que describe Dt 17,14-20. El hecho es que el deuteronomista no constata deliberadamente el fin definitivo de Judá, ni hace ningún tipo de reflexión como la que hiciera ante la caída del reino del norte. Tampoco explicita que ya no tiene caso seguir pensando en una futura monarquía, y menos aún en una dinastía davídica.



CRÓNICAS

Historia Cronista. Hacia el año 400 a.C., según muchos indicios, se compuso la obra histórica que abarca los libros de las Crónicas –Anales o Paralipómenos–, Esdras y Nehemías; desde Adán hasta Esdras. ¿Hacía falta volver a escribir la historia? ¿No bastaba añadir a lo ya escrito unos capítulos sobre la vuelta del destierro y la comunidad judía del s. V a.C.? El autor, que conocía la situación de primera mano, juzgó que debía hacerlo.

Para componer su obra recoge gran parte de sus materiales de los libros históricos precedentes, ya sea compilando largas listas genealógicas, ya sea copiando con retoques capítulos enteros. Tan importante como lo que toma de los libros de Samuel y de los Reyes, es lo que excluye: 1. La historia de Saúl y del reino del Norte. 2. Los episodios menos edificantes

de sus héroes, David y Salomón. 3. Mucho de la actividad civil, militar y política de ambos. ¿Qué finalidad se propuso al escribir su obra?

Novedad de Crónicas. El autor, sencilla y audazmente, quiso ofrecer una nueva lectura de la historia, como si la función primaria de ésta fuera congregarse en el Templo para encontrar al Señor y alabarlo; una visión litúrgica de la historia. La alabanza se complementa con la súplica confiada: en las dificultades, en las batallas, el pueblo tiene que rezar, confiar y esperar; el resto lo hace milagrosamente Dios.

Hacia ese centro histórico, el Templo como lugar del encuentro y de la alabanza, tienden todas las generaciones desde Adán hasta la época del autor.

Para esta empresa cúltica llegó a reinar David; sus guerras se cuentan para justificar que él no pudo edificar el Templo; el episodio del censo infausto se cuenta porque introduce el terreno en que se alzará el Templo. Salomón completa a su padre David en cuanto proyecta, ejecuta y realiza la construcción. Lo que sigue, cuelga de ese centro histórico, sobre todo en forma de sucesivas restauraciones o reformas: Josafat, Joás, Ezequías y Josías. La restauración llevada a cabo por Ciro (cfr. el final del Segundo libro de Crónicas) viene postulada por el dinamismo de la obra.

No es de extrañar que los levitas ocupen una parte privilegiada en el conjunto narrativo; son mencionados unas cien veces en Crónicas, unas sesenta en Esdras y Nehemías frente a las tres de Samuel y Reyes. A la clase levítica pertenecía el reformador Esdras, y algunos profetas citados en la obra ostentan un cierto aire levítico. David, de la tribu de Judá, es el fundador y patrono de la institución levítica; pero el rey no debe usurpar funciones sacerdotales.

La práctica del culto ocupa gran espacio en el libro, es criterio para enjuiciar a muchos reyes, es el puesto adonde se convoca la historia pretérita, en forma de recuerdo, como tema de alabanza.

Autor y finalidad. ¿Quién escribe esta extraña historia, haciendo pobre competencia a las ya escritas? Probablemente un personaje con una tarea difícil y urgente, que necesita un documento simple y eficaz para su tarea.

La situación grave sería la de la comunidad judía en la segunda mitad del s. V a.C.; una comunidad dependiente del imperio persa, como grupo tolerado y ligeramente sospechoso, con problemas internos de decadencia religiosa, de disolución entre los habitantes de la zona, amenazada por los vecinos samaritanos, que también se consideraban pueblo escogido y apelaban a Moisés y a su Torá. La personalidad robusta sería un hombre con clara conciencia de la situación, conocimiento de la historia y energía para enfrentarse con los problemas.

Su acción se desarrollaría en dos planos paralelos: reformas concretas y enérgicas y un documento que las justificase –como el Deuteronomio para la reforma de Josías–.

Las genealogías enlazan, reparten, organizan, porque ese pueblo de judíos amenazado por dentro y por fuera está sujeto por fuertes cadenas a la historia universal, con identidad propia que no puede perder, ya que es el resultado de una elección divina. Los pocos y débiles judíos del s. V a.C. son realmente el Israel elegido como centro de la historia universal.

Una historia que se centra en David, porque en él cristaliza la institución y la ley de Moisés, que los samaritanos quisieran poseer en monopolio. Se centra en Jerusalén, verdadero y único centro religioso, frente a las pretensiones de Siquén y el monte Garizín –donde a finales del s. V a.C. los samaritanos construyeron un templo rival–. Se centra en el culto del Templo, porque en él el pueblo siente su unidad ante Dios, en él sucede el encuentro con el Señor. La alabanza infunde optimismo y la plegaria escuchada excita a la confianza, dos cosas que necesitan los judíos para los años venideros.

Resultado. ¿Logró el autor lo que intentaba? Sabemos que la comunidad judía continuó sin perder su identidad y supo enfrentarse un siglo más tarde a la onda arrolladora del helenismo y, después, a todos los avatares de una historia de diásporas, persecuciones y holocaustos. No es que la historia Cronista explique por sí solo tal éxito, pero probablemente tuvo su parte al tratar de definir la identidad del pueblo de Israel no en términos políticos, sino en términos de una misión trascendente: escuchar la Palabra de Dios, obedecer su ley y rendirle culto.



Introducción

Una de las aficiones sobresalientes de este autor son las listas de nombres. Una quinta parte de la obra la constituyen estas listas. Desfilan en ella algunos nombres ilustres, como un friso con mucha historia cargada a las espaldas; otros son personajes secundarios; otros son simples comparsas en términos de acción. Y el autor nos deja sin nombrar los jefes.

¿Por qué semejante afán? Desde luego actúa el deseo de registrar, la fidelidad burocrática de archivar y copiar. Claro que al lector normal no le interesan esas listas por sí mismas, y es lógico que se las salte. Muchos personajes y poca acción. ¿Hay algo más en ese afán? Una cierta afición nobiliaria a los árboles genealógicos: David empalma con Abrahán y Adán, muchos israelitas enlazan con los doce Patriarcas y con su padre, Jacob. El pobre Israel del s. V a.C. tiene una trayectoria de nobleza histórica: desciende de aquellos personajes que interpretaron una historia cuyo protagonista era Dios.

Esa historia es movimiento «de generación en generación»: nada de mitos ni de héroes legendarios, sino hombres de carne y hueso con sus nombres propios –no figuran las mujeres–. Y esa historia es prueba de la fidelidad de Dios, que no ha dejado perderse ni extinguirse a su pueblo, que siempre lo ha acompañado con la bendición patriarcal de la fecundidad, unas veces acreciendo, otras conservando un resto.

Como hay un libro que registra los nombres de los que viven, así este libro conserva el nombre y la memoria de los que vivieron y los transmite a la posteridad.

¿Se trata de nombres históricos o inventa el autor? Hemos de contar con el hecho de recuerdos tenaces en el seno de las familias y con la posibilidad de archivos salvados de la catástrofe. Carecemos de datos objetivos para controlar la validez de las listas. En cuanto a la transmisión escrita, el género se prestaba a las corrupciones, adaptaciones y demás errores de copia y transliteración.

1 CRÓNICAS

GENEALOGÍAS

De Adán a Abrahán
(Gn 5; 10; 25,1-4.12-15)

1 1 Adán, Set, Enós, 2 Quenán, Mahlalel,
Yéred, 3 Henoc, Matusalén, Lamec,
4 Noé, Sem, Cam y Jafet.
5 Descendientes de Jafet: Gómer, Ma-
gog, Maday, Yaván, Tubal, Mésec y Tirás.
6 Descendientes de Gómer: Asquenaz,
Rifat y Togarma.
7 Descendientes de Yaván: alasios, tar-
taseos, queteos y rodenses.
8 Descendientes de Cam: Cus, Egipto,
Put y Canaán.
9 Descendientes de Cus: Sebá, Javilá,
Sabtá, Ramá y Sabtecá.
Descendientes de Ramá: Sebá y Dedán.
10 Cus engendró a Nemrod, el primer solda-
do del mundo.
11 Egipto engendró a los lidios, anami-
tas, lehabitas, naftujitas, 12 patrositas, cas-
lujitas y cretenses, de los cuales proceden
los filisteos.
13 Canaán engendró a Sidón, su primo-
génito, y a Het, 14 y también a los jebuseos,
amorreos, guirgaseos, 15 heveos, arquitas,
sinitas, 16 arvadeos, semareos y jamateos.
17 Descendientes de Sem: Elam, Asur,
Arfaxad, Lud y Aram. Descendientes de
Aram: Us, Jul, Guéter y Mésec. 18 Arfaxad
engendró a Sélaj y éste a Héber. 19 Héber
engendró dos hijos: uno se llamaba Péleg,
porque en su tiempo se dividió la tierra; su
hermano se llamaba Yoctán. 20 Yoctán en-
gendró a Almodad, Sélef, Jasarmaut, Yéraj,
21 Hadorán, Uzal, Diclá, 22 Ebal, Abimael,
Sebá, 23 Ofir, Javilá y Yobab: todos descen-
dientes de Yoctán.
24 Sem, Arfaxad, Sélaj, 25 Héber, Péleg,
Reú, 26 Sarug, Najor, Téraj, 27 Abrán, o sea,
Abrahán.

De Abrahán a Israel
(Gn 36)

28 Descendientes de Abrahán: Isaac e Is-
mael; 29 sus descendientes: Nebayot, pri-
mogénito de Ismael, Quedar, Adbeel, Mib-
sán, 30 Mismá, Dumá, Masá, Jadad, Temá,
31 Yetur, Nafís y Quedma. Éstos son los hi-
jos de Ismael.
32 Quetura, concubina de Abrahán, dio a
luz a Zimrán, Yoxán, Medán, Madián, Yis-
bac y Suj. Descendientes de Yoxán: Sebá y
Dedán. 33 Hijos de Madián: Efá, Efer, He-
noc, Abidá y Eldaá. Todos descendientes
de Quetura.
34 Abrahán engendró a Isaac. Hijos de
Isaac: Esaú e Israel.
35 Hijos de Esaú: Elifaz, Regüel, Yeús,
Yalán y Córaj. 36 Hijos de Elifaz: Temán,
Omar, Sefó, Gatán, Quenaz, Timná y Ama-
lec. 37 Hijos de Regüel: Nájat, Zéraj, Samá y
Mizá. 38 Hijos de Seír: Lotán, Sobal, Sibeón,
Aná, Disón, Eser y Disán. 39 Hijos de Lotán:
Horí y Homán; hermana de Lotán: Timná.

1,1–9,44 Genealogías. Los primeros nueve capítulos contienen una lista de genealogías que empezando por Adán llegan hasta David. Son largas series de nombres de personas, pueblos, territorios y ciudades que reflejan la situación histórica del tiempo en que escribe el Cronista. No figuran mujeres. El material utilizado en estos capítulos proviene en parte de textos bíblicos (Gn 5; 10s; 35; Nm 26; 2; Jos 14) y en parte es enriquecido por otras fuentes que desconocemos.

La serie de nombres comienzan con Adán; de éste pasan a Abrahán y de éste a los doce hijos de Jacob-Israel; el centro de la lista lo ocupan por un lado la tribu de Judá, de la que desciende el rey David, y por otro, la tribu sacerdotal de Leví. Las demás tribus, así como Noé, Abrahán y Moisés, pasan a un segundo plano. De esta manera, el Cronista expone el proyecto de Dios sobre la creación y la humanidad: desde el primer ser humano toda la historia converge en David, en el sacerdocio y en un Israel unido en torno a la tribu de Judá. En consecuencia, esta larga serie de nombres se convierte en un mensaje de esperanza: el futuro de Israel está anticipado en su pasado.

Las listas de nombres concluyen con Saúl, preparando de esta manera la historia de David, figura principal del Cronista.

1,1–2,2 De Adán a Abrahán – De Abrahán a Israel. Los datos de este capítulo están tomados de Génesis (Gn 5; 10; 25,1-4.12-15; 35s). El Cronista avanza de manera lineal dejando de lado a quienes

40 Hijos de Sobal: Albán, Manájat, Ebal, Sefí
y Onán. Hijos de Sibeón: Ayá y Aná. 41 Hijo
de Aná: Disón. Hijos de Disón: Jamrán, Es-
bán, Yitrán y Querán. 42 Hijos de Eser: Bil-
hán, Zaván y Acán. Hijos de Disán: Us y
Aram.
43 Reyes que reinaron en el país de
Edom antes de que los israelitas tuvieran
rey: Bela, hijo de Beor; su ciudad se llama-
ba Dinhaba. 44 Murió Bela y le sucedió en el
trono Yobab, hijo de Zéraj, natural de Bosra.
45 Murió Yobab y le sucedió en el trono Ju-
sán, natural de Temán. 46 Murió Jusán y le
sucedió en el trono Hadad, hijo de Badad, el
que derrotó a Madián en el campo de Moab;
su ciudad se llamaba Avit. 47 Murió Hadad y
le sucedió en el trono Samlá, natural de
Masreca. 48 Murió Samlá y le sucedió en el
trono Saúl, natural de Rejobot Hannajar.
49 Murió Saúl y le sucedió en el trono Baal-
Janán, hijo de Acbor. 50 Murió Baal-Janán y
le sucedió en el trono Hadar; su ciudad se
llamaba Pau y su mujer Mehetabel, hija de
Matred, hijo de Mezahab. 51 A la muerte de
Hadar hubo caudillos en Edom: Timná,
Alvá, Yetet, 52 Ohlibamá, Elá, Finón,
53 Quenazí, Temán, Mibsar, 54 Magdiel e
Irán. Hasta aquí los caudillos de Edom.

2 1 Hijos de Israel: Rubén, Simeón, Leví,
Judá, Isacar, Zabulón, 2 Dan, José,
Benjamín, Neftalí, Gad y Aser.

LA TRIBU DE JUDÁ Y LA CASA DE DAVID

Hijos de Judá I

3 Hijos de Judá: Er, Onán y Selá; los tres
le nacieron de una cananea llamada Súa.
Er, el primogénito de Judá, no agradaba al
Señor, y el Señor lo hizo morir. 4 Tamar, su
nuera, tuvo de él dos hijos: Fares y Zéraj.
En total, los hijos de Judá fueron cinco.
5 Hijos de Fares: Jesrón y Jamul.
6 Hijos de Zéraj: Zimrí, Etán, Hemán,
Calcol y Dardá; cinco en total.
7 Hijo de Carmí: Acar, que trajo la des-
gracia sobre Israel, al tomar lo que Dios ha-
bía ordenado que se destruyera por com-
pleto.
8 Hijo de Etán: Azarías.
9 Hijos que le nacieron a Jesrón: Yeraj-
meel, Ram y Qelubay. 10 Ram engendró a
Aminadab. Aminadab engendró a Najsón,
príncipe de los judíos. 11 Najsón engendró a
Salmá. Salmá engendró a Booz. 12 Booz en-
gendró a Obed. Obed engendró a Jesé.
13 Jesé engendró a Eliab, su primogénito; a
Abinadab, el segundo; a Simeá, el tercero;
14 a Netanel, el cuarto; a Raday, el quinto;
15 a Osen, el sexto, y a David, el séptimo.
16 Sus hermanas fueron Seruyá y Abigaíl.
Hijos de Seruyá: Abisay, Joab y Asael,
tres. 17 Abigaíl dio a luz a Amasá. El padre
de Amasá fue Yéter, el ismaelita.
18 Caleb, hijo de Jesrón, tuvo hijos de
Azubá, su mujer, y de Yeriot. Los hijos que
tuvo de Azubá fueron: Yéser, Sobab y Ar-
dón. 19 Cuando murió Azubá, Caleb se casó
con Efrata, que le dio a Jur. 20 Jur engendró
a Urí, y éste a Besalel.
21 Cuando Jesrón tenía sesenta años se
unió a la hija de Maquir, padre de Galaad, y
ella le dio a luz a Segub. 22 Segub engendró
a Yaír, que tuvo veintitrés ciudades en la tie-
rra de Galaad. 23 Los guesureos y los sirios
les arrebataron los pueblos de Yaír y Que-
nat y sus campamentos, hasta un total de

---

no quiere recordar. En Noé el tronco se divide en tres ramas que intenta explicar el origen de los pueblos del medio oriente: Jafet (1,5-7) corresponde a los pueblos europeos venidos del mar; Cam (1,8-16) a los pueblos del África incluyendo a los cananeos, filisteos y fenicios; y Sem (1,17-27) a los semitas, pueblo en el que nace Abrahán. La descendencia de Abrahán se divide principalmente en dos ramas: Isaac e Ismael (1,28-34), que a su vez se divide en la de Jacob/Israel (2,1s) y la de Esaú/Edom (1,35-54).

2,3–4,23 La tribu de Judá y la casa de David. El texto está divido en tres partes. En el centro contiene una genealogía de la casa de David (3,1-24) enmarcada por dos genealogías de la tribu de Judá (2,3-55 y 4,1-23). De esta manera el Cronista quiere expresar que la dinastía davídica está indisolublemente ligada a la historia de esta tribu (1 Cr 28,4).

2,3-55 Hijos de Judá I. El capítulo se centra en los hijos de Judá, cuya línea principal sigue la descendencia de los dos hijos tenidos con Tamar: Fares y Zéraj, poniendo especial atención a los descendientes de Fares de los cuales nacerá David. Aparece discretamente el tema de la retribución inmediata, una constante teológica del Cronista (3).

sesenta ciudades. Todos éstos eran hijos de
Maquir, padre de Galaad. 24 Después de la
muerte de Jesrón, Caleb se unió a Efrata,
que le dio a Asjur, fundador de Tecua.

25 Los hijos de Yerajmeel, primogénito de
Jesrón, fueron: Ram, el primogénito; Buná,
Oren y Osen, sus hermanos. 26 Yerajmeel
tuvo otra mujer, llamada Atará, que fue ma-
dre de Onán. 27 Los hijos de Ram, primogé-
nito de Yerajmeel, fueron: Maas, Yamín y
Equer. 28 Los hijos de Onán fueron: Samay
y Yadá. Hijos de Samay: Nadab y Abisur.
29 La mujer de Abisur se llamaba Abijaíl; le
dio a Ajbán y Molid. 30 Hijos de Nadab: Sé-
led y Apaym. Séled murió sin hijos. 31 Hijo
de Apaym: Yiseí. Hijo de Yiseí: Sesán. Hijo
de Sesán: Ajlay. 32 Hijos de Yadá, hermano
de Samay: Yéter y Jonatán. Yéter murió sin
hijos. 33 Hijos de Jonatán: Pélet y Zazá. És-
tos son los descendientes de Yerajmeel.

34 Sesán no tuvo hijos, pero sí hijas. Se-
sán tenía un esclavo egipcio llamado Yarjá,
35 y le dio a una de sus hijas por mujer; ésta
dio a luz a Atay. 36 Atay engendró a Natán;
Natán engendró a Zabad; 37 Zabad engen-
dró a Eflal; Eflal engendró a Obed; 38 Obed
engendró a Jehú; Jehú engendró a Azarías;
39 Azarías engendró a Jales; Jales engendró
a Eleasá; 40 Eleasá engendró a Sismay; Sis-
may engendró a Salún; 41 Salún engendró a
Yecamías; Yecamías engendró a Elisamá.

42 Hijos de Caleb, hermano de Yeraj-
meel: Mesá, el primogénito, que fue padre
de Zif, y Maresá, padre de Hebrón. 43 Hijos
de Hebrón: Córaj, Tapuj, Requen y Sama.
44 Sama engendró a Rajan, padre de Yor-
queán. Requen engendró a Samay. 45 Hijo
de Samay: Maón, fundador de Bet-Sur.
46 Efá, concubina de Caleb, dio a luz a Ja-
rán, Mosá y Gazez. Jarán engendró a Ga-
zez. 47 Hijos de Yohday: Reguen, Yotán,
Guesán, Pélet, Efá y Sáaf. 48 Maacá, con-
cubina de Caleb, dio a luz a Séber y Tirja-
ná. 49 También parió a Sáaf, fundador de
Macmená, y a Sevá, fundador de Macbená
y Guibeá. Hija de Caleb fue Acsa.

50 Éstos fueron los descendientes de Ca-
leb, descendiente de Jur, primogénito de
Efrata: Sobal, fundador de Quiriat Yearim;
51 Salmá, fundador de Belén; Jaref, funda-
dor de Bet-Gader.

52 Sobal, fundador de Quiriat Yearim, fue
padre de Reayas y antepasado de la mitad
de los manajteos. 53 Clanes de Quiriat Yea-
rim: yetureos, futeos, sumateos y misraítas.
De ellos salieron los soraítas y estaulitas.
54 Descendientes de Salmá: Belén y los ne-
tofateos, Atarot, Bet-Joab, la mitad de los
manajteos y los soraítas. 55 Clanes de los
sofritas que viven en Yabés: los tirateos, si-
mateos y sucateos. Éstos eran los quenitas,
descendientes de Jamat, antepasado de los
recabitas.

Casa de David

3 1 Hijos de David que le nacieron en
Hebrón: el primogénito, Amnón, de
Ajinoán, de Yezrael; el segundo, Daniel, de
Abigaíl, de Carmel; 2 el tercero, Absalón, de
Maacá, hija de Talmay, rey de Guesur; el
cuarto, Adonías, hijo de Jaguit; 3 el quinto,
Sefatías, de Abital; el sexto, Yitreán, de Eg-
lá, su mujer. 4 Estos seis le nacieron en He-
brón, donde reinó siete años y seis meses.
En Jerusalén reinó treinta y tres años.

5 Hijos que le nacieron en Jerusalén: Si-
meá, Sobab, Natán y Salomón, los cuatro
de Betsabé, hija de Amiel. 6 Tuvo también
otros nueve: Yibjar, Elisamá, Elifélet, 7 No-
gah, Néfeg, Yafía, 8 Elisamá, Elyadá y Elifé-
let. 9 Todos éstos fueron los hijos de David,
sin contar los que tuvo de las concubinas.
Tamar era hermana de ellos.

10 Sucesores de Salomón en línea di-
recta: Roboán, Abías, Asá, Josafat, 11 Jo-
rán, Ocozías, Joás, 12 Amasías, Azarías, Yo-
tán, 13 Acaz, Ezequías, Manasés, 14 Amón y
Josías. 15 Hijos de Josías: primogénito,
Juan; segundo, Joaquín; tercero, Sedecías;
cuarto, Salún. 16 Hijos de Joaquín: Jeconí-
as y Sedecías. 17 Hijos de Jeconías: Asir,
Sealtiel, 18 Malquirán, Fedayas, Senasar,
Yecamías, Hosamá y Nedabías. 19 Hijos de
Fedayas: Zorobabel y Simeí. Hijos de Zoro-
babel: Mesulán, Ananías y su hermana Se-
lomit. 20 Había otros cinco: Jasubá, Ohel,

3,1-24 Casa de David. El capítulo enumera los descendientes de David. Se divide en tres partes: la primera que presenta a los hijos de David (1-9), la segunda a los reyes de Judá (10-16) y la tercera, a los descendientes de David tras el exilio (17-24). Algunos datos están tomados de 2 Sm 3,2-5 y 5,14-16 así como de Esd 8,3.

Berequías, Jasadías, Yusab-Jésed. 21 Hijos de Ananías: Felatías e Isaías, padre de Refayas, padre de Arnán, padre de Abdías, padre de Secanías. 22 Hijo de Secanías: Semayas. Hijos de Semayas: Jatús, Yigal, Barij, Nearías y Safat; en total, seis. 23 Hijos de Nearías: Elioenay, Ezequías y Azricán; en total, tres. 24 Hijos de Elioenay: Hodayas, Eliasib, Felayas, Acub, Juan, Pelayas y Ananí; en total, siete.

Hijos de Judá II

4 1 Hijos de Judá: Fares, Jesrón, Carmí, Jur y Sobal. 2 Reayas, hijo de Sobal, engendró a Yájat; Yájat engendró a Ajumay y Láhad. Estos fueron los clanes de los soraítas.

3 Hijos de Etán: Yezrael, Yismá y Yidbás, que tenían una hermana llamada Haslelfoni. 4 También Penuel, que fundó Guedor, y Ezer, que fundó Jusá.

Hijos de Jur: Efrata, el primogénito, que fundó Belén. 5 Asjur, fundador de Tecua, tuvo dos mujeres: Jelá y Naará. 6 Naará le dio a Ajuzán, Jéfer, Temní y Ajastarí; éstos fueron los hijos de Naará. 7 Hijos de Jelá: Séret, Yesójar y Etnán.

8 Cos fue el padre de Anub, de Sobebá y de los clanes de Ajarjel, hijo de Harún. 9 Yabés fue más importante que sus hermanos; su madre le puso este nombre porque decía: Lo he dado a luz con dolores. 10 Yabés hizo esta petición al Dios de Israel: Bendíceme, ensancha mi territorio y ayúdame. Presérvame del mal para que no padezca. Dios le concedió lo que había pedido.

11 Quelub, hermano de Sujá, engendró a Mejir, que fue padre de Estón. 12 Estón engendró a Bet-Rafá, Pasej y Tejiná, fundador de Quiriat Najás. Éstos fueron los hombres de Recá.

13 Hijos de Quenaz: Otniel y Serayas. Hijo de Otniel: Jatat.

14 Meonotay engendró a Ofrá. Serayas engendró a Joab, fundador de Gue Harasim, porque eran herreros.

15 Hijos de Caleb, hijo de Jefoné: Iru, Elá y Naan. Hijo de Elá: Quenaz.

16 Hijos de Yehalelel: Zif, Zifá, Tiriá y Asarel.

17 Hijos de Esdras: Yéter, Méred, Efer y Yalón. Yéter engendró a Miriam, Samay y Yisbaj, fundador de Estemoa. 18 Méred se casó con Bitia, hija del Faraón. Ésta le dio a Yéred, fundador de Guedor; a Jéber, fundador de Socó, y a Yecutiel, fundador de Zanoj. 19 Los hijos que tuvo de su otra mujer, Odía, hermana de Najan, fueron: el padre de Queilá, el garmita, y Estemoa, el macateo.

20 Hijos de Simón: Amnón, Riná, Ben-Janán y Tilón. Hijos de Yiseí: Zojet y Ben-Zojet.

21 Hijos de Selá, hijo de Judá: Er, fundador de Lecá; Laedá, fundador de Maresa; los clanes que trabajan el lino en Bet-Asbé; 22 Joaquín, los hombres de Cozebá, Joás y Saraf, que dominaron en Moab; luego volvieron a Belén. –Estos datos son muy antiguos–. 23 Eran alfareros; habitaban en Netaim y en Guedera, junto al rey, y trabajaban para él.

SIMEÓN Y LAS TRIBUS TRASJORDÁNICAS

Descendientes de Simeón

24 Hijos de Simeón: Nemuel, Yamín, Yarib, Zéraj y Saúl. Descendientes de Saúl: 25 Salún; el hijo de éste, Mibsán, y el de éste, Mismá. 26 Descendientes de Mismá: su hijo Jamuel; el de éste, Zacur, y el de éste, Simeí. 27 Simeí tuvo dieciséis hijos y seis hijas. Sus hermanos no tuvieron muchos hijos y sus familias no se multiplicaron tanto como las de los hijos de Judá. 28 Habitaban en Berseba, Moladá y Jasar Sual, 29 Bilhá, Esen, Tolad, 30 Betuel, Jormá, Sicelag,

---

4,1-23: Hijos de Judá II. El Cronista añade complementos a las listas de descendientes de Judá del capítulo 2.

4,24–5,26 Simeón y las tribus transjordánicas. Después de Judá son presentadas las tribus de Simeón y de la trasjordania: Rubén, Gad y parte de Manasés, de las cuales resalta su infidelidad a Dios por lo cual fueron deportadas.

4,24-43 Descendientes de Simeón. Con respecto a Simeón, desde muy antiguo se le asoció a la tribu de Judá (Jos 15; 19,1-8) por la que será finalmente absorbido en tiempos de David según el Cronista (4,31).

31 Bet Marcabot, Jasar Susim, Bet-Birí y
Saaraim. Éstas fueron sus ciudades hasta
que David subió al trono. 32 Sus pueblos
eran Etán, Ayin, En Rimmón, Toquen y
Asán: cinco. 33 Y los pueblos que rodeaban
estas ciudades, hasta Baal. 34 Éstos son los
sitios donde residían.

Registro de sus clanes: Mesobab, Yam-
lec; Yosá, hijo de Amasías; 35 Joel, Jehú,
hijo de Yosibías, hijo de Serayas, hijo de
Asiel. 36 Elioenay, Jacoba, Yesojayas, Asa-
yas, Adiel, Yesimiel, Benayas, 37 Zizá, hijo
de Sifeí, hijo de Alón, hijo de Yedayas, hijo
de Simrí, hijo de Semayas. 38 Eran jefes de
sus clanes; sus familias fueron muy nume-
rosas.

39 Buscando pastos para sus ganados,
llegaron a las inmediaciones de Guedor,
hasta el oriente del valle. 40 Encontraron
pastos abundantes y buenos en una región
espaciosa, tranquila y apacible; antes la
habitaban los camitas. 41 Éstos, cuyos
nombres hemos consignado anteriormente,
vinieron en tiempos de Ezequías de Judá,
atacaron sus campamentos y a los meuni-
tas que se encontraban allí y los destruye-
ron por completo hasta el día de hoy. Ocu-
paron su puesto, porque allí había pasto
para el ganado.

42 Quinientos de ellos, de los descen-
dientes de Simeón, se dirigieron a la mon-
taña de Seír mandados por Felatías, Nea-
rías, Refayas y Uziel, hijos de Yiseí.
43 Derrotaron a los supervivientes de Ama-
lec y han habitado allí hasta el día de hoy.

Descendientes de Rubén
(Gn 46,9; Nm 26,5-9)

5 1 Hijos de Rubén, primogénito de Is-
rael. Efectivamente, era el primogéni-
to; pero por haber profanado el lecho pa-
terno, la primogenitura pasó a los hijos de
José, hijo de Israel, y no fue registrado
como primogénito. 2 Es cierto que Judá fue
más poderoso que sus hermanos, y jefe de
ellos, pero la primogenitura fue de José.

3 Hijos de Rubén, primogénito de Israel:
Henoc, Falú, Jesrón y Carmí. 4 Línea de
descendientes de Joel: Semayas, Gog, Se-
meí, 5 Miqueas, Reayas, Baal y 6 Beerá; a
este último se lo llevó cautivo Tiglat Piléser,
rey de Asiria; era príncipe de los rubenitas.
7 Sus parientes, familia por familia, tal como
están registrados en el árbol genealógico,
fueron: el jefe, Yeguiel; Zacarías; 8 Bela, hijo
de Azaz, hijo de Semá, hijo de Joel, que ha-
bitó en Aroer; sus posesiones se extendían
hasta Nebo y Baal-Maón, 9 y por el este
hasta el comienzo del desierto, desde el río
Éufrates, porque tenía mucho ganado en la
tierra de Galaad. 10 En tiempos de Saúl lu-
charon contra los agarenos, que cayeron en
sus manos; habitaron en sus tiendas, en
toda la zona oriental de Galaad.

Descendientes de Gad
(Nm 26,15-18)

11 Enfrente de ellos vivían los hijos de
Gad, en el territorio de Basán, hasta Salcá:
12 Joel, el jefe; segundo, Safán; luego, Ya-
nay y Safat, en Basán. 13 Sus parientes per-
tenecían a las familias de Miguel, Mesulán,
Seba, Yoray, Yacán, Zía y Éber; en total,
siete. 14 Éstos eran los hijos de Abijail, hijo
de Jurí, hijo de Yaroj, hijo de Galaad, hijo de
Miguel, hijo de Yesisay, hijo de Yajdó, hijo
de Buz; 15 Ají, hijo de Abdiel, hijo de Guní,
era el jefe de familia. 16 Habitaban en Ga-
laad, en Basán, en los pueblos del distrito y
en los campos de pastoreo de Sarón, hasta
sus confines. 17 Su genealogía se registró en
tiempos de Yotán de Judá y de Jeroboán de
Israel.

18 Entre los descendientes de Rubén, de
Gad y de la media tribu de Manasés había
cuarenta y cuatro mil setecientos sesenta
soldados en edad militar, provistos de escu-
do y espada, expertos en el manejo del
arco y diestros en la guerra. 19 Combatieron
contra los agarenos y los itureos, contra
Nafís y Nodab. 20 En medio del combate
clamaron a su Dios, y por haber confiado
en él, éste escuchó su oración, los ayudó
contra ellos y puso en sus manos a los aga-
renos y a sus aliados. 21 Se apoderaron de
su ganado: cincuenta mil camellos, dos-

5,1-26 Descendientes de Rubén, Gad y Manases. Estas tribus fueron deportadas en 734 a.C. por Tiglat Piléser, pero el Cronista confunde esta deportación con la de Salmanasar (2 Re 17,6). El pecado es descrito con la imagen de la prostitución sagrada con otros dioses. Según la predicación profética, Dios se vale de extranjeros para castigar al pueblo.

cientas cincuenta mil ovejas, dos mil asnos.
También hicieron cien mil prisioneros, 22 y
hubo otros muchos muertos, porque esta
guerra fue cosa de Dios. Se establecieron
en su territorio hasta el destierro.

Descendientes de Manasés
(Nm 26,29-34)

23 Media tribu de Manasés habitaba la re-
gión desde Basán hasta Baal– Hermón, Sa-
nir y el monte Hermón. Eran también nu-
merosos en el Líbano. 24 Sus jefes de
familia fueron: Efer, Yiseí, Eliel, Azriel, Je-
remías, Hodavías y Yajdiel, hombres valien-
tes, famosos, jefes de sus familias. 25 Pero
pecaron contra el Dios de sus padres, dan-
do culto a los dioses de los moradores del
país que Dios había destruido ante ellos.
26 Entonces el Dios de Israel incitó contra
ellos a Pul, rey de Asiria, es decir, Tiglat Pi-
léser de Asiria, y éste desterró a los rubeni-
tas, los gaditas y la media tribu de Mana-
sés, conduciéndolos a Jalaj, Jabor, Hará y
al río Gozán, donde viven actualmente.

DESCENDIENTES DE LEVÍ

(Nm 3,17-20; 26,57-60)

27 Hijos de Leví: Guersón, Quehat y Me-
rarí. 28 Hijos de Quehat: Amrán, Yishar, He-
brón y Uziel. 29 Hijos de Amrán: Aarón, Moi-
sés y María. Hijos de Aarón: Nadab, Abihú,
Eleazar e Itamar. 30 Eleazar engendró a Fi-
neés; Fineés engendró a Abisúa; 31 Abisúa
engendró a Buquí; Buquí engendró a Uzí;
32 Uzí engendró a Zerajías; Zerajías engen-
dró a Merayot; 33 Merayot engendró a Ama-
rías; Amarías engendró a Ajitub; 34 Ajitub
engendró a Sadoc; Sadoc engendró a Aji-
más; 35 Ajimás engendró a Azarías; Azarías
engendró a Juan; 36 Juan engendró a Aza-
rías, que ejerció el sacerdocio en el templo
construido por Salomón en Jerusalén;
37 Azarías engendró a Amarías; Amarías
engendró a Ajitub; 38 Ajitub engendró a Sa-
doc; Sadoc engendró a Salún; 39 Salún en-
gendró a Jelcías; Jelcías engendró a Azarí-
as; 40 Azarías engendró a Serayas; Serayas
engendró a Yosadac, 41 y Yosadac fue al
cautiverio cuando el Señor desterró a Judá
y a Jerusalén por medio de Nabucodono-
sor.

6 1 Hijos de Leví: Guersón, Quehat y
Merarí. 2 Nombres de los guersonitas:
Libní y Semeí; 3 de los quehatitas: Amrán,
Yishar, Hebrón y Uziel; 4 de los meraritas:
Majlí y Musí. Éstos son los clanes levitas
por familias.

5 Línea de descendientes de Guersón:
Libní, Yájat, Zimá, 6 Yoaj, Idó, Zéraj, Yeatray.
7 Línea de descendientes de Quehat: Ami-
nadab, Córaj, Asir, 8 Elcaná, Abiasaf, Asir,
9 Tájat, Uriel, Uzías, Saúl. 10 Hijos de Elca-
ná: Amasay y Ajimot, 11 padre de Elcaná,
padre de Sofay, padre de Nájat, 12 padre de
Eliab, padre de Yeroján, padre de Elcaná,
padre de Samuel; 13 hijos de Samuel: Joel,
el primogénito, y Abías, el segundo. 14 Lí-
nea de descendientes de Merarí: Majlí, Lib-
ní, Semeí, Uzá. 15 Simeá, Jaguías, Asayas.

16 Maestros del coro nombrados por Da-
vid para el templo del Señor cuando se co-
locó allí el arca. 17 Su oficio consistía en
cantar delante del tabernáculo de la tienda
del encuentro, hasta que Salomón edificó al
Señor el templo de Jerusalén y realizaron
en él su ministerio según las normas pres-
critas.

18 Los que ejercían este ministerio y sus
hijos son los siguientes: de los quehatitas,
Hemán, cantor, hijo de Joel, de Samuel,
19 de Elcaná, de Yeroján, de Eliel, de Toj,
20 de Suf, de Elcaná, de Májat, de Amasay,
21 de Elcaná, de Joel, de Azarías, de Sofo-
nías, 22 de Tájat, de Asir, de Abiasaf, de Có-

5,27–6,66 Descendientes de Leví – Ciudades levíticas. El texto se ocupa sobre todo de la descendencia de Quehat, la línea a través de la cual se llega a Aarón y, a partir de él, a los sumos sacerdotes hasta la época del exilio. La lista de los sumos sacerdotes sirve para confirmar la continuidad del servicio sacerdotal de Israel y legitimar el sacerdocio sadoquita (1 Re 2,26s.35). La lista continúa siguiendo a Nm 3,17-20. Luego señala a los descendientes de Leví según las tareas realizadas: cantores, servidores del Templo y sacerdotes. Finalmente presenta una larga lista de poblados levíticos tomada de Gn 31 y Jos 21,5-8. Las ciudades mencionadas se encuentran en el territorio de las demás tribus.

raj, 23 de Yishar, de Quehat, de Leví, de Is-
rael. 24 Su colega Asaf estaba a su derecha;
Asaf era hijo de Baraquías, de Simeá, 25 de
Miguel, de Baseyas, de Malquías, 26 de Etní,
de Zéraj, de Adaya, 27 de Etán, de Zimá, de
Semeí, 28 de Yájat, de Guersón, de Leví.
29 A su izquierda estaban sus parientes me-
raritas: Etán, hijo de Cusí, de Abdí, de Ma-
luc, 30 de Jasabías, de Amasías, de Jelcías,
31 de Amasí, de Baní, de Sémer, 32 de Majlí,
de Musí, de Merarí, de Leví.

33 Sus hermanos levitas fueron asigna-
dos a todos los servicios del tabernáculo
del templo. 34 Aarón y sus hijos ofrecían los
sacrificios en el altar de los holocaustos y el
incienso en el altar de los perfumes, se en-
cargaban de todo lo concerniente a las co-
sas santísimas y de hacer la expiación por
Israel, como había mandado Moisés, siervo
de Dios.

35 Línea de descendientes de Aarón: Ele-
azar, Fineés, Abisúa, 36 Buquí, Uzí, Zerajías,
37 Merayot, Amarías, Ajitub, 38 Sadoc, Aji-
más.

Ciudades levíticas
(Jos 21)

39 Lugares de residencia de los descen-
dientes de Aarón, según los límites de sus
campamentos: a los hijos de Aarón, del
clan de Quehat –porque a ellos les tocó pri-
mero la suerte–, 40 les correspondieron He-
brón, en territorio de Judá, con sus campos
de pastoreo alrededor; 41 pero, el campo de
la ciudad y sus poblados se los habían dado
en propiedad a Caleb, hijo de Jefoné. 42 A
los hijos de Aarón con derecho de asilo les
asignaron Hebrón, Libná y sus campos de
pastoreo, Yatir y Estemó y sus campos de
pastoreo, 43 Jilez y sus campos de pasto-
reo, Debir y sus campos de pastoreo,
44 Asán y sus campos de pastoreo, Bet Se-
mes y sus campos de pastoreo. 45 De la tri-
bu de Benjamín: Guibeá y sus campos de
pastoreo, Alémet y sus campos de pasto-
reo, Anatot y sus campos de pastoreo. Su-
ma total, trece pueblos con sus campos de
pastoreo.

46 A los demás clanes de quehatitas les
tocaron en suerte diez ciudades de la tribu
de Efraín, de la tribu de Dan y de una me-
dia tribu de Manasés. 47 A los clanes guer-
sonitas les tocaron trece ciudades de la tri-
bu de Isacar, de la tribu de Aser, de la tribu
de Neftalí y de la tribu de Manasés en Ba-
sán. 48 A los clanes meraritas les tocaron
doce ciudades de la tribu de Rubén, de la
tribu de Gad y de la tribu de Zabulón.

49 Los hijos de Israel entregaron a los le-
vitas estas ciudades con sus campos de
pastoreo. 50 Las poblaciones de las tribus
de Judá, Simeón y Benjamín indicadas an-
teriormente por su nombre las entregaron
por sorteo.

51 A los clanes de Quehat les tocaron en
suerte ciudades de la tribu de Efraín. 52 Les
asignaron, con derecho de asilo, Siquén y
sus campos de pastoreo en la serranía de
Efraín, Guézer y sus campos de pastoreo,
53 Yocmeán y sus campos de pastoreo, Bet-
Jorón y sus campos de pastoreo, 54 Ayalón
y sus campos de pastoreo, Gat Rimmón y
sus campos de pastoreo. 55 Y de la media tri-
bu de Manasés: Aner y sus campos de pas-
toreo, Bileán y sus campos de pastoreo los
entregaron a los restantes clanes quehatitas.

56 A los hijos de Guersón y sus familias
se les dio: de la media tribu de Manasés,
Golán de Basán y sus campos de pastoreo,
Astarot y sus campos de pastoreo. 57 De la
tribu de Isacar, Quisión y sus campos de
pastoreo, Daberat y sus campos de pasto-
reo, 58 Ramot y sus campos de pastoreo,
En Ganim y sus campos de pastoreo. 59 De
la tribu de Aser, Misal y sus campos de pas-
toreo, Abdón y sus campos de pastoreo,
60 Jelcá y sus campos de pastoreo, Rejob y
sus campos de pastoreo. 61 De la tribu de
Neftalí, Cades de Galilea, Jamón y sus
campos de pastoreo, Quiriataym y sus
campos de pastoreo.

62 A los restantes descendientes de Me-
rarí se les dio: de la tribu de Zabulón, Rim-
món y sus campos de pastoreo, Tabor y sus
campos de pastoreo. 63 En Transjordania,
frente a Jericó, a oriente del Jordán, de la
tribu de Rubén, Béser Bamidbar y sus cam-
pos de pastoreo, Yahas y sus campos de
pastoreo, 64 Quedemot y sus campos de
pastoreo, Mepaat y sus campos de pas-
toreo. 65 De la tribu de Gad, Altos de Galaad
y sus campos de pastoreo, Majnaym y sus
campos de pastoreo, 66 Jesbón y sus cam-
pos de pastoreo, Yaazer y sus campos de
pastoreo.

LAS DEMÁS TRIBUS

Descendientes de Isacar
(Nm 26,23-25)

7 1 Hijos de Isacar: Tolá, Puvá, Yasub y
Simrón, cuatro. 2 Hijos de Tolá: Uzí,
Refayas, Yeriel, Yajmay, Yibsán y Samuel,
jefes de familia de Tolá, hombres de armas.
En tiempos de David eran veintidós mil
seiscientos. 3 Hijo de Uzí: Yizrajías. Hijos de
Yizrajías: Miguel, Abdías, Joel, Yisías; cinco
jefes en total. 4 Según su árbol genealógico
por familias, contaban con un ejército de
treinta y seis mil hombres de guerra, por-
que tenían muchas mujeres e hijos. 5 Sus
parientes de todos los clanes de Isacar eran
ochenta y siete mil hombres de armas; to-
dos estaban registrados.

Descendientes de Benjamín
(Nm 26,38-41)

6 Hijos de Benjamín: Bela, Béquer y Ye-
diael, tres. 7 Hijos de Bela: Esbón, Uzí,
Uziel, Yerimot e Irí, cinco. Eran jefes de fa-
milia y hombres de armas. Estaban regis-
trados veintidós mil treinta y cuatro. 8 Hijos
de Béquer: Zemirá, Joás, Eliezer, Elioenay,
Omrí, Yeremot, Abías, Anatot y Alémet; to-
dos ellos eran hijos de Béquer, jefes de fa-
milia y hombres de armas, según consta en
su árbol genealógico. 9 Estaban registrados
veinte mil doscientos. 10 Hijo de Yediael:
Bilhán. Hijos de Bilhán: Yeús, Benjamín,
Ehud, Quenaná, Zetán, Tarsis y Ajisájar,
11 todos ellos eran descendientes de Ye-
diael, jefes de familia y hombres de armas.
Contaban con un ejército de diecisiete mil
doscientos hombres. 12 Los sufitas y jufitas
eran hijos de Irí; los jusitas, de Ajer.

Descendientes de Neftalí
(Nm 26,48-50)

13 Hijos de Neftalí: Yajsiel, Guní, Yéser y
Salún. Éstos eran hijos de Bilhá.

Descendientes de la otra mitad de Manasés
(Nm 26,29-33)

14 Hijo de Manasés nacido de su con-
cubina, una aramea: Maquir, padre de Ga-
laad. 15 Maquir se casó con una mujer lla-
mada Maacá. El segundo hijo se llamaba
Selofjad; Selofjad tuvo hijas. 16 Maacá, es-
posa de Maquir, dio a luz un hijo y lo llamó
Fares; su hermano se llamaba Seres, y fue-
ron sus hijos Ulán y Requen. 17 Hijo de
Ulán: Bedán. Éstos son los hijos de Galaad,
hijo de Maquir, hijo de Manasés. 18 Su her-
mana Hamoléquet parió a Ishod, Abiézer y
Majlá. 19 Hijos de Semidá: Ajián, Siquén,
Licjí y Anián.

Descendientes de Efraín
(Nm 26,35-37)

20 Hijos de Efraín: Sutélaj, padre de Bé-
red, padre de Tájat, padre de Eleadá, padre
de Tájat, 21 padre de Zabad, padre de Suté-
laj; a otros dos hijos, Ezer y Elead, los ma-
taron los nativos de Gat cuando bajaron a
recoger su ganado. 22 Su padre, Efraín, lle-
vó luto por ellos durante mucho tiempo; sus
parientes vinieron a consolarlo. 23 Luego se
unió a su mujer, que concibió y dio a luz un
hijo; lo llamó Beriá, por la desgracia que
había afectado a la familia.

24 Tenía una hija llamada Será, que
construyó Bet-Jorón Alta, Bet-Jorón Baja y
Uzenserá. 25 Tenía un hijo llamado Réfaj,
padre de Résef, padre de Télaj, padre de
Tajan, 26 padre de Ladán, padre de Amihud,
padre de Elisamá, 27 padre de Nun, padre
de Josué.

28 Sus posesiones y lugares de residen-
cia: Betel y sus poblados; a oriente, Naa-
rán; a occidente, Guézer, Siquén y Ayá con
sus poblados. 29 En poder de Manasés esta-
ban Beisán, Tanac, Meguido y Dor con sus
respectivos poblados. En ellas habitaron
los descendientes de José, hijo de Israel.

Descendientes de Aser
(Nm 26,44-47)

30 Hijos de Aser: Yimná, Yisvá, Yisví, Be-
riá y su hermana Séraj. 31 Hijos de Beriá:
Jéber y Malquiel, padre de Birzait. 32 Jéber
engendró a Yaflet, Somer, Yotán y a Suá,

7,1–8,40 Las demás tribus. Estos capítulos contienen noticias muy cortas de las demás tribus de Israel: Isacar, Benjamín, Manasés, Efraín y Aser. Casi nos se dice nada de Neftalí, mientras que Dan y Zabulón no aparecen, pues ya no existen en época del Cronista. La reaparición de los benjaminitas en 8,1-32 tiene como objetivo enlazar con Jerusalén (8,28.32) y con el rey Saúl (8,33) protagonista del capítulo 10, del cual encontramos su árbol genealógico (8,33-40).

hermana de éstos. 33 Hijos de Yaflet: Pasac,
Bimhal y Asvat. Éstos son los hijos de Ya-
flet. 34 Hijos de Somer: Ají, Rohgá, Yejubá y
Aram. 35 Hijos de Elen, su hermano: Sofaj,
Yimná, Seles y Amal. 36 Hijos de Sofaj: Suj,
Jarnéfer, Sual, Berí, Yimrá, 37 Béser, Hod,
Samá, Silsá, Yitrán y Beerá. 38 Hijos de Yé-
ter: Jefoné, Fispá y Ará. 39 Hijos de Ulá:
Araj, Janiel y Risiá. 40 Todos estos descen-
dientes de Aser eran jefes de familia, hom-
bres de armas selectos, jefes con mando.
Estaban alistados en el ejército. Contaban
veintiséis mil hombres.

Descendientes de Benjamín
(Nm 26,38-41)

8 1 Benjamín engendró a Bela, su pri-
mogénito; Asbel, el segundo; Ajraj, el
tercero; 2 Nojá, el cuarto, y Rafá, el quinto.
3 Hijos de Bela: Adar, Guerá, Abiud, 4 Abi-
súa, Naamán, Ajoj, 5 Guerá, Sefufán y Ju-
rán. 6 Hijos de Ejud, jefes de familia de los
que habitaban en Guibeá y luego se trasla-
daron a Manájat: 7 Naamán, Ajías y Guerá,
que fue quien los trasladó; éste engendró a
Uzá y Ajijud.
8 Sajrain tuvo hijos en tierras de Moab,
después de haber dejado a sus mujeres Ju-
sín y Bará. 9 De otra mujer, Hodes, tuvo a
Yobab, Sibiá, Mesá, Malcán, 10 Yeús, Sa-
quías y Mirmá. Éstos fueron sus hijos, jefes
de familia. 11 Jusín le había dado a Abitub y
Elpáal. 12 Hijos de Elpáal: Eber, Miseán y
Sémed, que edificó Onó, Lod y sus pobla-
dos.
13 Beriá y Sema, cabezas de familia de
Ayalón, pusieron en fuga a los habitantes
de Gat.
14 Ajió, Sasac, Yeremot, 15 Zebadías,
Arad, Eder, 16 Miguel, Yispá y Yojá eran hi-
jos de Beriá. 17 Zebadías, Mesulán, Jizquí,
Jéber, 18 Yismeray, Yizliá y Yobab eran hijos
de Elpáal. 19 Joaquín, Zicrí, Zabdí, 20 Elioe-
nay, Siltay, Eliel, 21 Adaya, Barayas y Sim-
rat eran hijos de Semeí. 22 Yisfán, Eber,
Eliel, 23 Abdón, Zicrí, Janán, 24 Ananías,
Elam, Antotías, 25 Yifdías y Faniel eran hijos
de Sasac. 26 Samseray, Sejarías, Atalías,
27 Yaresías, Elías y Zicrí eran hijos de Yero-
ján.
28 En su árbol genealógico aparecen
como jefes de familia. Habitaban en Jeru-
salén.
29 Yeguiel, fundador de Gabaón, ha-
bitaba en Gabaón. Su mujer se llamaba
Maacá. 30 Su primogénito era Abdón; des-
pués venían Sur, Quis, Baal, Ner, Nadab,
31 Guedor, Ajió, Zéquer y Miclot. 32 Miclot
engendró a Simá. Vivían en Jerusalén, con
sus parientes. 33 Ner engendró a Quis; Quis
a Saúl; Saúl a Jonatán, Malquisúa, Abina-
dab y Esbaal. 34 Hijo de Jonatán fue Meri-
baal, y éste engendró a Miqueas. 35 Hijos
de Miqueas: Fitón, Mélec, Tarea y Ajaz.
36 Ajaz engendró a Yehoadá; éste engendró
a Alémet, Azmaut y Zimrí. Zimrí engendró
a Mosá 37 y Mosá a Bineá, padre de Rafá,
padre de Eleasá, padre de Asel. 38 Asel
tuvo seis hijos, llamados Azricán, Bocrú,
Ismael, Searías, Abdías y Janán. Estos fue-
ron los hijos de Asel. 39 Hijos de su herma-
no Esec: Ulán, el primogénito; Yehús, el se-
gundo; Elifélet, el tercero. 40 Los hijos de
Ulán eran hombres de armas, arqueros.
Tuvieron muchos hijos y nietos, ciento cin-
cuenta.
Todos éstos fueron los descendientes de
Benjamín.

La comunidad de Jerusalén
después del destierro
(Neh 11,3-22)

9 1 Cuando fueron deportados a Babilo-
nia por sus infidelidades, todos los is-
raelitas estaban registrados e inscritos en
los Anales del Reino de Israel y de Judá.
2 Los primeros en ocupar de nuevo sus po-
sesiones y ciudades eran israelitas segla-
res, sacerdotes, levitas y sirvientes del tem-
plo. 3 En Jerusalén se establecieron judíos,
benjaminitas y hombres de Efraín y Ma-
nasés.

9,1-44. La comunidad de Jerusalén después del destierro. Este capítulo tiene la función de concluir las listas de los capítulos 2–8 y preparar la narración del reinado de Saúl. Tras la vuelta del destierro los habitantes de Jerusalén son repartidos según las siguientes categorías: israelitas (4-9), sacerdotes (10-13), levitas (14-16), los porteros del Templo y cantores (17-34). De esta manera, Jerusalén aparece como una ciudad del culto, una comunidad sacra, reunida en torno al Templo y sus funcionarios. El texto sigue a Neh 11,3-9. Los porteros sobresalen por ser los guardianes del Templo, instruidos para evitar que el Templo fuese profanado.

4 De los descendientes de Judá: Utay,
hijo de Amihud, hijo de Omrí, hijo de Imrí,
hijo de Baní, descendiente de Fares, hijo de
Judá. 5 De los silonitas: Asayas, el primo-
génito, con sus hijos. 6 Zerajitas: Yegüel y
sus parientes, seiscientos noventa. 7 De los
descendientes de Benjamín: Salú, hijo de
Mesulán, hijo de Hodavías, hijo de Hase-
nuá; 8 Yibnayas, hijo de Yeroján; Elá, hijo de
Uzí, hijo de Micrí; Mesulán, hijo de Sefatías,
hijo de Regüel, hijo de Yibnías, 9 y sus pa-
rientes registrados: novecientos cincuenta y
seis. Todos ellos eran jefes de familia de sus
linajes.

10 De los sacerdotes: Yedayas, Yeho-
yarib y Yaquín; 11 Azarías, hijo de Jelcías,
hijo de Mesulán, hijo de Sadoc, hijo de Me-
rayot, hijo de Ajitub, prefecto del templo;
12 Adaya, hijo de Yeroján, hijo de Pasjur,
hijo de Malquías; Masay, hijo de Adiel, hijo
de Yajzera, hijo de Mesulán, hijo de Mesile-
mit, hijo de Imer, 13 y sus parientes, jefes de
familia, mil setecientos sesenta hombres
de armas, ocupados en el servicio del tem-
plo.

14 De los levitas: Semayas, hijo de Ja-
sub, hijo de Azricán, hijo de Jasabías, me-
rarita; 15 Bacbacar, Jeres, Galal, Matanías,
hijo de Micá, hijo de Zicrí, hijo de Asaf;
16 Abdías, hijo de Semayas, hijo de Galal,
hijo de Yedutún; Berequías, hijo de Asá, hijo
de Elcaná, que vivía en los poblados neto-
fateos.

17 Los porteros eran: Salún, Acub, Tal-
món y Ajimán; su hermano Salún era el
jefe. 18 Hasta entonces estaban encargados
de la puerta real, a oriente, y eran porteros
de los barrios de los levitas. 19 Salún, hijo
de Coré, hijo de Abiasaf, hijo de Córaj, y
sus parientes de la familia corajita estaban
encargados de custodiar la entrada de la
tienda; sus antepasados habían hecho
guardia a la entrada en el campamento del
Señor. 20 Fineés, hijo de Eleazar, fue anti-
guamente su jefe; el Señor estuvo con él.
21 Zacarías, hijo de Meselemías, era portero
de la tienda del encuentro. 22 En total, los
elegidos para porteros eran doscientos
veintidós; estaban registrados por pobla-
ciones. David y el vidente Samuel los eli-
gieron por su fidelidad. 23 Ellos y sus hijos
hacían los turnos de guardia ante las puer-
tas de la tienda, es decir de la casa del Se-
ñor. 24 Había porteros en las cuatro direc-
ciones: este, oeste, norte y sur. 25 Sus
parientes, que vivían en pueblos, tenían
que venir a ayudarlos en turnos de siete
días. 26 Los cuatro porteros principales es-
taban siempre en funciones; eran levitas y
estaban encargados de las salas y almace-
nes del templo. 27 Pasaban la noche en los
alrededores del templo, porque debían cus-
todiarlo y abrirlo cada mañana.

28 Algunos levitas estaban encargados
de los objetos del culto; los contaban al re-
cibirlos y al entregarlos. 29 Otros cuidaban
los utensilios, los vasos sagrados, la harina
de las ofrendas, el vino, el aceite, el incien-
so y los aromas. 30 Algunos sacerdotes ha-
cían la mezcla de los perfumes aromáticos.
31 El levita Matitías, primogénito de Salún,
corajita, se encargaba siempre de las
ofrendas que se freían en la sartén; 32 y al-
gunos de sus parientes quehatitas prepara-
ban para cada sábado los panes presenta-
dos.

33 Los cantores, jefes de familia de los
levitas, habitaban en las salas y estaban
exentos de cualquier otro trabajo, porque
su oficio les ocupaba día y noche. 34 Éstos
eran los jefes de familia de los levitas, se-
gún su árbol genealógico. Vivían en Jerusa-
lén.

35 Yeguiel, fundador de Gabaón, ha-
bitaba allí; su mujer se llamaba Maacá.
36 Su primogénito era Abdón; después vení-
an Sur, Quis, Baal, Ner, Nadab, 37 Guedor,
Ajió, Zacarías y Miclot. 38 Miclot engendró a
Simá. Vivían en Jerusalén, con sus parien-
tes.

39 Ner engendró a Quis; Quis a Saúl;
Saúl a Jonatán, Malquisúa, Abinadab y Es-
baal. 40 Hijo de Jonatán fue Meribaal, y éste
engendró a Miqueas. 41 Hijos de Miqueas:
Fitón, Mélec, Tajrea y Ajaz. 42 Ajaz engen-
dró a Yará. Yará engendró a Alémet, Az-
maut y Zimrí. Zimrí engendró a Mosá 43 y
Mosá a Bineá, padre de Rafayas, padre de
Eleasá, padre de Asel. 44 Asel tuvo seis hi-
jos, llamados Azricán, Bocrú, Ismael, Searí-
as, Abdías y Janán. Éstos fueron los hijos
de Asel.

EL REINO DE DAVID
LOS INICIOS DEL REINO

Muerte de Saúl
(1 Sm 31)

10 1 Mientras tanto, los filisteos en-
traron en combate con Israel. Los is-
raelitas huyeron ante ellos, y muchos caye-
ron muertos en el monte Gelboé. 2 Los
filisteos persiguieron de cerca a Saúl y sus
hijos, e hirieron a Jonatán, Abinadab y Mal-
quisúa, hijos de Saúl. 3 Entonces cayó so-
bre Saúl el peso del combate; los arqueros
le dieron alcance y lo hirieron a flechazos.
4 Saúl dijo a su escudero:
–Saca la espada y atraviésame, no va-
yan a llegar esos incircuncisos y abusen de
mí.

Pero el escudero no quiso porque le en-
tró pánico. Entonces Saúl tomó la espada y
se dejó caer sobre ella. 5 Cuando el escude-
ro vio que Saúl había muerto, también él se
echó sobre la espada y murió. 6 Así murie-
ron Saúl y sus tres hijos; de golpe desapa-
reció toda su casa.

7 Cuando los israelitas del valle vieron
que Israel se daba a la fuga y que Saúl y sus
hijos habían muerto, huyeron abandonando
sus poblados. 8 Los filisteos los ocuparon;
al día siguiente fueron a despojar los cadá-
veres y encontraron a Saúl y a sus hijos
muertos en el monte Gelboé. 9 Los despoja-
ron, tomaron sus cabezas y sus armas y las
pasearon por todo el territorio filisteo, lle-
vando la buena noticia a sus ídolos y al
pueblo. 10 Colocaron las armas en el templo
de sus dioses y clavaron las cabezas en el
templo de Dagón.

11 Los vecinos de Yabés de Galaad oye-
ron lo que los filisteos habían hecho con
Saúl, 12 y los más valientes se pusieron en
marcha, tomaron el cadáver de Saúl y los
de sus hijos, y los llevaron a Yabés. Ente-
rraron sus huesos bajo la encina de Yabés y
celebraron un ayuno de siete días.

13 Saúl murió por haberse rebelado con-
tra el Señor, no prestando atención a su pa-
labra, y por haber consultado a los espíritus
14 en vez de consultar al Señor. El Señor lo
entregó a la muerte y traspasó el reino a
David, hijo de Jesé.

David, rey de Israel
(2 Sm 5,1-3)

11 1 Los israelitas se reunieron con Da-
vid en Hebrón y le dijeron:
–Mira, somos de la misma sangre. 2 Ya
antes, cuando todavía Saúl era rey, tú eras
el verdadero general de Israel. El Señor, tu
Dios, te dijo: Tú pastorearás a mi pueblo,
Israel; tú serás jefe de mi pueblo, Israel.

3 Todos los ancianos de Israel fueron a
Hebrón, donde estaba el rey. David hizo un
pacto con ellos delante del Señor y ellos
ungieron como rey de Israel, tal como lo
había dicho el Señor por medio de Samuel.

10,1–29,30 El reino de David. Esta sección constituye el centro de la obra del Cronista. Esta dividida en cuatro grandes momentos: el inicio del reinado (10–12), el traslado del Arca a Jerusalén (13–17); las guerras de David (18–20); y la organización interna del reino (21–29). El Cronista se separa con frecuencia de los textos de los libros de Samuel. Unas veces los amplía, otras los modifica y otras veces omite episodios significativos, como el pecado de David y Betsabé (2 Sm 11), el ascenso al trono de David (1 Sm 13-30), o la rebelión de Absalón (2 Sm 13-20). Para el Cronista, David es el rey ideal, cuyo reino es digno de ser imitado por la comunidad del periodo postexílico, organizador del culto, cual segundo Moisés.

10–12 Los inicios del reino. Tras la muerte de Saúl a manos de los filisteos, el Cronista relata la entronización de David. Los capítulos 11s constituyen una unidad en torno a la imagen de David como rey de «todo Israel». Todo el material proviene del Segundo libro de Samuel pero retocado por el Cronista para lectores que ya conocen la historia de David, orientándolos hacia una nueva comprensión de la misma historia.

10,1-14 Muerte de Saúl. El Cronista sigue a 1 Sm 31,1-13 que narra la batalla de Gelboé, donde muere Saúl. Con la muerte de Saúl a causa de su infidelidad al Señor –que supone conocer 1 Sm 28–, el autor quiere resaltar y dar mayor gloria al reinado de David. Nada se dice de la dimensión humana de Saúl y el papel de Samuel.

11,1-47 David, rey de Israel – Conquista de Jerusalén. David aparece como rey de todo Israel. No menciona el reinado precedente de siete años en Hebrón. La idea de fondo del Cronista es presentar un Israel unido y compacto en torno a la figura de David. La conquista de Jerusalén es el episodio inaugural de su reinado: la elección de David va unida entonces a la elección de la capital. La lista de seguidores de David (11,10-47) depende de 2 Sm 23,8-39.

Conquista de Jerusalén
(2 Sm 5,6-10; 23,8-39)

4 David y los israelitas marcharon sobre Jerusalén, es decir, Jebús, cuyo territorio estaba en manos de los jebuseos. 5 Los habitantes de Jebús dijeron a David:

–No entrarás aquí.

Pero David conquistó la fortaleza de Sión, la Ciudad de David.

6 David había prometido:

–Al primero que mate a un jebuseo lo nombro general en jefe.

Joab, hijo de Seruyá, subió el primero y llegó a general.

7 David se instaló en la fortaleza, y por eso la llamaron Ciudad de David. 8 Ensanchó la ciudad a partir del terraplén, mientras Joab restauraba el resto de la ciudad.
9 David iba creciendo en poderío y el Señor Todopoderoso estaba con él.

10 Capitanes de David que se distinguieron durante su reinado y que con todo Israel lo nombraron rey, como había predicho el Señor a Israel. 11 Lista de los guerreros de David:

Yasobeán, el jaquemonita, primero de la terna, que blandió su lanza y mató a trescientos en una sola arremetida.

12 Segundo, Eleazar, hijo de Dodó, el ajojita; también pertenecía a la terna. 13 Estuvo con David en Fesdamín, cuando los filisteos se concentraron allí para el combate; había una parcela toda sembrada de cebada. 14 El ejército huía ante los filisteos, pero él se situó en medio de la parcela, la defendió y mató a los filisteos. Así el Señor alcanzó una gran victoria.

15 Tres de los treinta bajaron a la peña, al refugio de Adulán, donde se encontraba David mientras una banda de filisteos acampaba en Valle de Refaín. 16 David estaba entonces en el refugio, y la guarnición filistea ocupaba Belén. 17 David sintió sed y exclamó:

–¡Quién me diera de beber agua del pozo que está junto a la puerta de Belén!

18 Los tres irrumpieron en el campamento filisteo, sacaron agua del pozo, junto a la puerta de Belén, y se la llevaron a David. Pero David no quiso beberla, sino que la derramó como obsequio al Señor,
19 diciendo:

–¡Líbreme Dios de hacerlo! Sería beber la sangre de estos hombres, que han arriesgado su vida para traerla.

Y no quiso beberla. Éstas fueron las hazañas de los tres valientes.

20 Abisay, hermano de Joab, era jefe de los treinta. Blandiendo su lanza, mató a trescientos y ganó renombre entre los treinta; 21 se destacó entre ellos y fue su jefe, pero no llegó a igualar a los tres.

22 Benayas, hijo de Yehoyadá, natural de Cabseel, era un tipo aguerrido, pródigo en hazañas. Mató a los dos moabitas hijos de Ariel y bajó a matar al león en la cisterna el día de la nieve. 23 Mató también a un egipcio que medía dos metros y medio y empuñaba una lanza del tamaño del palo grande de un telar. Benayas fue hacia él con un palo, le arrebató la lanza y con ella lo mató. 24 Ésas fueron las hazañas de Benayas, hijo de Yehoyadá, con las cuales ganó renombre entre los treinta guerreros.
25 Se destacó entre ellos, pero no llegó a igualar a los tres. David lo puso al frente de su escolta.

26 Los guerreros más famosos eran:

Asael, hermano de Joab. Eljanán, hijo de Dodó, de Belén.

27 Samot, el de Jarod. Jeles, el pelteo.

28 Irá, hijo de Iqués, de Tecua. Abiézer, de Anatot.

29 Sibcay, el jusita. Ilay, el ajojita.

30 Mahray, de Netof. Jéled, hijo de Baná, de Netof.

31 Itay, hijo de Ribay, de Guibeá de Benjamín. Benayas, de Piratón.

32 Juray, de Río Gaas. Abiel, de Arabá.

33 Azmaut, de Bajurín. Elyajbá, el saalbonita.

34 Yasán, el gunita. Jonatán, hijo de Sagué, de Arar.

12,1-41 Partidarios de David. El capítulo posee dos grandes listas. Una primera de 12,1-23 donde se menciona a las tribus de Benjamín (2-8), Gad (9-16), Benjamín y Judá (17-19) y Manasés (20-22). Y una segunda de 12,24-38 donde se mencionan todas las tribus de Israel. El sentido de estas listas es proclamar a David como «rey de todo Israel» (39). De esta manera el Cronista retoma la idea de unidad, mostrando a Israel ya compacto en torno a David.

35 Ajián, hijo de Sacar, el ararita. Elifal,
hijo de Ur.
36 Jéfer, de Mequerá. Ajías, el pelteo.
37 Jesró, de Carmel. Naaray, hijo de Ez-
bay.
38 Joel, hermano de Natán. Mibjar, hijo
de Hagrí.
39 Sélec, el amonita. Najeray, Beerot, es-
cudero de Joab, hijo de Seruyá.
40 Irá, de Yatir. Gareb, de Yatir.
41 Urías, el hitita. Zabad, hijo de Ajlay.
42 Adiná, hijo de Sizá, el rubenita, jefe de
los rubenitas, y con él treinta.
43 Janán, hijo de Maacá. Josafat, el mit-
nita.
44 Uzías, de Astarot. Samá y Yeguiel, hi-
jos de Jotán, de Aroer.
45 Yediael, hijo de Simrí. Yojá, su her-
mano, el tisita.
46 Eliel, el majavita. Yeribay y Yosavías,
hijos de Elnaan. Yitmá, el moabita.
47 Eliel, Obed y Yasiel, de Sobá.

Partidarios de David

12 1 Lista de los que fueron a Sicelag
para unirse a David cuando éste se
había desterrado a causa de Saúl, hijo de
Quis. Eran de los soldados más valientes
en el combate; 2 manejaban el arco y podí-
an lanzar piedras y disparar flechas con
ambas manos. Pertenecían a Benjamín, la
tribu de Saúl. 3 Ajiezer, el jefe, y Joás, hijos
de Semaá, de Guibeá; Yeziel y Félet, hijos
de Azmaut; Beracá y Jehú, de Anatot; 4 Yis-
mayas, de Gabaón, uno de los treinta va-
lientes y destacado; 5 Jeremías, Yajziel,
Juan, Yozabad, de Guederot; 6 Eleuzay, Ye-
rimot, Baalías, Semarías y Sefatías, de Ja-
rif; 7 Elcaná, Isaías, Azarel, Yoézer, Yasobe-
án, corajitas; 8 Yoelá y Zebadías, hijos de
Yeroján, de Guedor.
9 También algunos gaditas se pasaron a
David en el refugio del desierto: hombres
aguerridos, hechos al combate, diestros
con el escudo y la lanza, osados como leo-
nes, ágiles como cabras monteses. 10 Su
capitán era Ezer; Abdías, segundo; Eliab,
tercero; 11 Mismaná, cuarto; Jeremías,
quinto; 12 Atay, sexto; Eliel, séptimo;
13 Juan, octavo; Elzabad, noveno; 14 Jere-
mías, décimo; Macbanay, undécimo. 15 To-
dos estos gaditas eran jefes del ejército: el
inferior mandaba cien hombres, el superior
mil. 16 Éstos son los que el mes primero
cruzaron el río, cuando el Jordán rebasa las
dos orillas y cierra los valles al este y al
oeste.
17 También algunos benjaminitas y judí-
os fueron al refugio de David. 18 Éste salió a
su encuentro y les dijo:
–Si vienen como amigos para ayudar-
me, yo estoy dispuesto a unirme con uste-
des; pero si vienen para entregarme a mis
enemigos, no siendo yo un criminal, que el
Dios de nuestros padres nos examine y juz-
gue.
19 Entonces el Espíritu se apoderó de
Amasay, jefe de los treinta, y exclamó:

–Somos tuyos, David.
Estamos contigo, hijo de Jesé.
La paz será tuya
y de tus partidarios,
porque tu Dios viene en tu auxilio.

David los recibió y los puso al frente de
sus divisiones.
20 También algunos de Manasés se pasa-
ron a David cuando éste iba con los filiste-
os a luchar contra Saúl. De hecho no com-
batió con ellos, porque los príncipes
filisteos decidieron licenciarlo, pensando:
Se pasará a Saúl, su señor, llevándole nues-
tras cabezas. 21 Y cuando volvía a Sicelag
se le pasaron algunos de Manasés: Adnaj,
Yozabad, Yediel, Miguel, Yozabad, Elihú y
Siltay, generales de Manasés. 22 Combatie-
ron en guerrillas a favor de David. Todos
eran hombres de armas y llegaron a jefes
del ejército.
23 Día tras día llegaban a David nuevos
refuerzos, hasta que dispuso de una tropa
innumerable.
24 Número de los guerreros que se pre-
sentaron armados a David, en Hebrón, para
traspasarle el reino de Saúl, cumpliendo el
oráculo del Señor:
25 Seis mil ochocientos de Judá, arma-
dos de escudo y lanza, equipados para el
combate. 26 Siete mil cien valientes de Si-
meón, armados. 27 Cuatro mil seiscientos
de Leví. 28 Yehoyadá, jefe de los aaronitas,
con tres mil setecientos. 29 Sadoc, joven y
valiente, con veintidós jefes de su familia.
30 Tres mil de Benjamín, parientes de Saúl,
que hasta entonces habían permanecido
fieles en su mayor parte a la casa de Saúl.

31 Veinte mil ochocientos valientes de Efra-
ín, famosos en sus familias. 32 Dieciocho mil
de media tribu de Manasés, designados por
su nombre para ir a proclamar rey a David.
33 Doscientos jefes de Isacar, y todos sus
hermanos a sus órdenes, inteligentes y
oportunos para discernir lo que Israel debía
hacer. 34 Cincuenta mil de Zabulón en edad
militar, equipados con toda clase de armas
y que peleaban con toda el alma. 35 Mil jefes
de Neftalí, con treinta y siete mil hombres
provistos de escudo y lanza. 36 Veintiocho
mil seiscientos danitas, armados. 37 Cuaren-
ta mil de Aser, en edad militar y armados.
38 De Transjordania, ciento veinte mil entre
rubenitas, gaditas y la media tribu de Mana-
sés, provistos de toda clase de armas.

39 Todos éstos, hombres de guerra, en
edad militar, decididos, llegaron a Hebrón
dispuestos a nombrar a David rey de todo
Israel. También los demás israelitas esta-
ban de acuerdo en nombrar rey a David.
40 Permanecieron allí tres días, comiendo y
bebiendo a expensas de sus hermanos.
41 Además, todos los de la región, incluso
los de Isacar, Zabulón y Neftalí, venían con
asnos, camellos y bueyes trayendo pro-
visiones: harina, pan de higo, pasas, vino,
aceite, bueyes y ovejas en abundancia,
porque Israel estaba en fiesta.

TRASLADO DEL ARCA A JERUSALÉN

Primer intento
(2 Sm 6,2-11)

13 1 David consultó a sus mandos, jefes
y oficiales. 2 Después dijo a toda la
asamblea de Israel:

–Si les parece bien, y si el Señor, nues-
tro Dios, lo aprueba, vamos a invitar a
nuestros hermanos que se han quedado en
el territorio de Israel y además a los sacer-
dotes y levitas que están en sus ciudades y
poblados a que se reúnan con nosotros.
3 Luego traeremos el arca de nuestro Dios,
ya que no nos hemos preocupado de ella
en los tiempos de Saúl.

4 El pueblo aprobó la idea y la co-
munidad decidió ponerla en práctica. 5 En-
tonces David reunió a todos los israelitas,
desde el torrente de Egipto hasta la entrada
en Jamat, para transportar el arca de Dios
desde Quiriat Yearim. 6 David y todo Israel
fueron a Baalá, es decir, Quiriat Yearim de
Judá, para trasladar el arca de Dios, que
lleva la inscripción Señor Todopoderoso
que tiene su trono sobre querubines.

7 Pusieron el arca de Dios en un carro
nuevo y la sacaron de casa de Abinadab.
Uzá y Ajió guiaban el carro. 8 David y los is-
raelitas iban danzando ante Dios con todo
entusiasmo, cantando al son de cítaras y
arpas, panderetas, sonajas y trompetas.
9 Cuando llegaron a la era de Quidón, los
bueyes tropezaron, y Uzá alargó la mano
para sujetar el arca. 10 El Señor se encole-
rizó contra Uzá por haber alargado la mano
al arca, y murió allí mismo, delante de
Dios. 11 David se entristeció porque el Se-
ñor había arremetido contra Uzá, y puso a
aquel sitio el nombre de Arremetida de Uzá,
y así se le llama ahora. 12 Aquel día David
temió a Dios y dijo:

–¿Cómo voy a llevar a mi casa el arca
de Dios?

13 Y no la llevó a su casa, a la Ciudad de
David, sino que la trasladó a casa de Obe-
dedón, el de Gat. 14 El arca de Dios estuvo
tres meses en casa de Obededón, y el Se-
ñor bendijo a la familia de Obededón y to-
das sus cosas.

13–17 Traslado del Arca a Jerusalén. Tomando como base el texto de 2 Sm 6,1-23, el Cronista amplía considerablemente el relato del traslado del Arca a Jerusalén. La narración presenta dos momentos: un primer intento de traslado (13) y el definitivo traslado del Arca a Jerusalén (15–16). Los dos momentos están separados por el relato de la guerra contra los filisteos (14). Finaliza con la profecía de Natán (17). El acento ahora recae sobre el aspecto religioso: el corazón del reino son el Arca, señal de la presencia de Dios, el culto desarrollado en la ciudad y el Templo anunciado por Natán.

13,1-14 Primer intento. El relato sigue a 2 Sm 6,2-11. El primer acto oficial de David, después de su coronación, es decidir la traslación del Arca. El nuevo rey celebra consejo, primero con sus oficiales y luego con el pueblo antes de trasladar el Arca. La traslación se convierte en una peregrinación de todo Israel. El episodio de Uzá contrasta con las bendiciones que re-

David, en Jerusalén
(2 Sm 5,11-16)

14 1 Jurán, rey de Tiro, mandó una em-
bajada a David con madera de ce-
dro, albañiles y carpinteros para construirle
un palacio. 2 Así comprendió David que el
Señor lo consolidaba como rey de Israel y
que engrandecía extraordinariamente su
reino por amor a su pueblo, Israel.
3 David tomó en Jerusalén otras esposas
y engendró más hijos e hijas.
4 Nombres de los hijos que tuvo en Jeru-
salén: Samúa, Sobab, Natán, Salomón,
5 Yibjar, Elisúa, Elpálet, 6 Nogah, Néfeg, Ya-
fía, 7 Elisamá, Belyadá y Elifálet.

Batallas contra los filisteos
(2 Sm 5,17-25)

8 Cuando los filisteos oyeron que habían
ungido a David rey de todo Israel, subieron
todos para atacarlo. David se enteró y les
salió al encuentro. 9 Los filisteos habían lle-
gado y se habían desplegado en Valrefaín.
10 David consultó a Dios:
–¿Puedo atacar a los filisteos? ¿Me los
entregarás?

El Señor le respondió:
–Atácalos, que yo te los entrego.

11 Los atacó en Baal-Perasim y allí los
derrotó. Y comentó David:
–Dios ha abierto por mi mano una bre-
cha en el frente enemigo, como brecha en
un dique.
Por eso a aquel sitio lo llaman Baal-Pe-
rasim.
12 Los filisteos dejaron abandonados allí
sus dioses y David mandó que los quema-
sen.
13 Los filisteos hicieron otra incursión y
se desplegaron en el valle. 14 David consul-
tó de nuevo a Dios, que le respondió:
–No ataques. Rodéalos por detrás, sin
enfrentarte con ellos, y luego los atacas
frente a las moreras. 15 Cuando sientas ru-
mor de pasos en la copa de las moreras,
lánzate al ataque, porque Dios sale delante
de ti a derrotar al ejército filisteo.
16 David hizo como le mandó Dios y de-
rrotaron al ejército filisteo desde Guibeá
hasta Guézer. 17 La fama de David se exten-
dió por todo el territorio y el Señor hizo que
todos los pueblos le temieran.

Traslado definitivo
(2 Sm 6,12-16)

15 1 David se construyó un palacio en
la Ciudad de David, preparó un lu-
gar para el arca de Dios y le levantó una
tienda. 2 Entonces dio una orden:
–Nadie puede transportar el arca de
Dios a excepción de los levitas, porque el
Señor los ha elegido a ellos para transpor-
tar el arca y para servirle a él eternamente.
3 David congregó en Jerusalén a todos
los israelitas para trasladar el arca del Señor
al lugar que le había preparado. 4 Luego
reunió a los hijos de Aarón y a los levitas.
5 Hijos de Quehat: el príncipe Uriel y
ciento veinte de su familia. 6 Hijos de Mera-
rí: el príncipe Asayas y doscientos veinte de
su familia. 7 Hijos de Guersón: el príncipe
Joel y ciento treinta de su familia. 8 Hijos de
Elisafán: el príncipe Semayas y doscientos
de su familia. 9 Hijos de Hebrón: el príncipe
Eliel y ochenta de su familia. 10 Hijos de
Uziel: el príncipe Aminadab y ciento doce
de su familia.

---

cibe Obededón: el Arca, expresión visible de la presencia de Dios, merece sumo respeto.

14,1-17 David, en Jerusalén – Batalla contra los filisteos. David aparece como una figura muy importante frente a las otras naciones. Mientras la benevolencia de los tirios les acarrea paz y buenos negocios (1-2), la malevolencia de los filisteos les acarrea derrotas (8-17). El Cronista resalta la figura de David como la del rey obediente a Dios (10.14-16), modelo sobre el cual se juzgaran los demás reyes.

15,1–16,43 Traslado definitivo – El Arca en la tienda. A partir de los datos de 2 Sm 6,12-16 el Cronista reconstruye toda una liturgia coral, con nombres y ceremonias perfectamente organizadas. El énfasis recae en el papel de los levitas quienes son los encargados de transportar el Arca. Sobresale la importancia del canto y la música, y la atmósfera de alegría y fiesta.

El Cronista construye en 16,8-36 un salmo de alabanza que pone de relieve el papel principal de los levitas: la alabanza a Dios que casi sustituye el culto sacrificial propio de los sacerdotes. En realidad es un poema compuesto por los Sal 105,1-15 (16,8-22), Sal 96,1-13 (16,23-33) y Sal 106,1.47-48 (16,34-36), que alaba al Señor por su obra salvadora.

Después de la inauguración del culto en Jerusalén se menciona el culto en Guibeá (16,39-42) relacionándolo con la Tienda del desierto (Éx 29,38-42; Nm 28,3-8). De esta manera podrá justificarse más adelante la presencia de Salomón en este lugar (2 Cr 1,1-13).

11 David llamó también a los sacerdotes
Sadoc y Abiatar, y a los levitas Uriel, Asa-
yas, Joel, Semayas, Eliel y Aminadab, 12 y
les dijo:
–Ustedes son los jefes de familia de los
levitas: purifíquense ustedes y sus herma-
nos para subir el arca del Señor, Dios de Is-
rael, al lugar que le he preparado. 13 Por no
haber estado ustedes allí la primera vez, el
Señor, nuestro Dios, acometió contra no-
sotros, ya que no fuimos a consultarlo
como está mandado.
14 Los sacerdotes y levitas se purificaron
para trasladar el arca del Señor, Dios de Is-
rael. 15 Luego los levitas se echaron las an-
das a los hombros y levantaron en peso el
arca de Dios, tal como había mandado Moi-
sés por orden del Señor.
16 David mandó a los jefes de los levitas
organizar a los cantores de sus familias
para que entonasen cantos festivos acom-
pañados de instrumentos, arpas, cítaras y
platillos. 17 Los levitas se lo encomendaron
a Hemán, hijo de Joel; a su pariente Asaf,
hijo de Baraquías, y a Etán, hijo de Cusa-
yas, descendiente de Merarí y pariente de
los anteriores. 18 Junto con ellos, en se-
gundo puesto, a sus parientes Zacarías, hijo
de Yaziel, Semiramot, Yejiel, Uní, Eliab, Be-
nayas, Maseyas, Matitías, Eliflehu, Micne-
yas, Obededón y Yeguiel, porteros.
19 Los cantores Hemán, Asaf y Etán to-
caban platillos de bronce. 20 Zacarías, Ya-
ziel, Semiramot, Yejiel, Uní, Eliab, Maseyas
y Benayas tenían arpas agudas. 21 Matitías,
Eliflehu, Micneyas, Obededón, Yeguiel y
Azazías tenían cítaras de octava para dirigir
el canto. 22 Quenanías, jefe de los levitas,
entonaba porque era experto. 23 Baraquías
y Elcaná eran porteros del arca. 24 Los sa-
cerdotes Sebanías, Josafat, Natanel, Ama-
say, Zacarías, Benayas y Eliezer tocaban
las trompetas delante del arca de Dios.
Obededón y Yejías eran porteros del arca.
25 David, los ancianos de Israel y los ge-
nerales fueron con gran alegría a trasladar
el arca de la alianza del Señor desde la casa
de Obededón. 26 Y por haber protegido Dios
a los levitas que la transportaban sacrifica-
ron siete terneros y siete carneros. 27 David
vestía un manto de lino, igual que todos los
levitas, los portadores del arca, los cantores
y que Quenanías, director del coro. David
llevaba también un efod de lino. 28 Todo Is-
rael acompañaba al arca de la alianza del
Señor entre aclamaciones, al son de cuer-
nos, trompetas y platillos y tocando arpas y
cítaras. 29 Cuando el arca de la alianza del
Señor entraba en la Ciudad de David, Mical,
hija de Saúl, estaba mirando por la venta-
na, y al ver al rey David haciendo cabriolas
y bailando lo despreció en su interior.

El Arca en la tienda
(2 Sm 6,17-19)

16 1 Metieron el arca de Dios y la insta-
laron en el centro de la tienda que
David le había preparado. Ofrecieron holo-
caustos y sacrificios de comunión a Dios, 2 y
cuando David terminó de ofrecerlos bendijo
al pueblo en nombre del Señor. 3 Luego re-
partió a todos los israelitas, hombres y mu-
jeres, una porción de pan, una tajada de car-
ne y un pastel de pasas de uva a cada uno.
4 A algunos levitas los puso al servicio
del arca del Señor para que invocasen, die-
ran gracias y alabasen al Señor, Dios de Is-
rael. 5 Asaf, jefe; Zacarías, segundo; luego
Uziel, Semiramot, Yejiel, Matitías, Eliab, Be-
nayas, Obededón y Yeguiel, con arpas y cí-
taras. Asaf tocaba los platillos. 6 Los sacer-
dotes Benayas y Yajziel tocaban las
trompetas a diario delante del arca de la
alianza de Dios. 7 Aquel día, David dispuso
por primera vez que el Señor fuera alabado
por Asaf y sus hermanos de esta manera:

8 Den gracias al Señor,
invoquen su nombre,
hagan conocer entre los pueblos
sus hazañas;
9 canten al Señor
al son de instrumentos,
comenten todas sus maravillas;
10 gloríense de su Nombre santo,
que se alegren
los que buscan al Señor.
11 Recurran al Señor y a su poder,
busquen siempre su presencia.
12 Recuerden las maravillas que hizo,
sus prodigios
y las sentencias de su boca.
13 ¡Estirpe de Abrahán, su siervo;
hijos de Jacob, su elegido!
14 El Señor es nuestro Dios,
él gobierna toda la tierra.

15 Se acuerda siempre de su alianza,
de la palabra dada,
por mil generaciones;
16 de la alianza sellada con Abrahán,
y el juramento hecho a Isaac,
17 confirmado como ley para Jacob,
como alianza eterna para Israel:
18 A ti te daré el país cananeo
como lote de tu herencia.
19 Cuando eran
un grupo muy pequeño,
y eran extranjeros
en aquellas regiones,
20 cuando andaban errantes
de pueblo en pueblo,
y pasaban de un reino a otra nación,
21 a nadie le permitió oprimirlos
y por ellos castigó a reyes:
22 No toquen a mis ungidos,
no maltraten a mis profetas.
23 Cante al Señor la tierra entera,
pregonen día tras día su victoria.
24 Cuenten a los pueblos su gloria,
sus maravillas a todas las naciones;
25 porque el Señor es grande
y muy digno de alabanza;
más temible que todos los dioses.
26 Porque los dioses de los paganos
son apariencia,
mientras que el Señor hizo los cielos;
27 honor y majestad
están en su presencia,
fuerza y belleza en su santuario.
28 Aclamen al Señor,
familias de los pueblos,
aclamen la gloria y poder del Señor,
29 aclamen la gloria
del nombre del Señor,
entren en sus atrios
trayéndole ofrendas;
póstrense ante el Señor
en el atrio sagrado,
30 tiemble en su presencia
la tierra entera.
Él afianzó el mundo y no vacilará.
31 Alégrense los cielos,
goce la tierra,
y digan los pueblos: El Señor es rey.
32 Retumbe el mar
y todo lo que hay en él,
regocíjese el campo
y todos sus frutos,
33 aclamen los árboles silvestres
delante del Señor, que ya llega,
ya llega a gobernar la tierra.
34 Den gracias al Señor
porque es bueno,
porque es eterna su misericordia.
35 Digan:
Sálvanos, Señor Dios nuestro,
reúnenos y líbranos de las naciones,
para que demos gracias
a tu santo Nombre
y alabarte será nuestra gloria.
36 Bendito el Señor Dios de Israel,
desde siempre y por siempre.
Todo el pueblo respondió:
¡Amén! ¡Aleluya!

37 A Asaf y a sus hermanos los dejó al
cuidado del arca de la alianza del Señor
para que prestasen ante ella su servicio
permanente, según los ritos de cada día.
38 A Obededón, hijo de Yedutún, a Josá y a
sesenta y ocho de su familia los nombró
porteros. 39 Al sacerdote Sadoc y a sus her-
manos los sacerdotes los encargó del san-
tuario del Señor, que se encontraba en el
santuario de Guibeá, 40 para que diariamen-
te ofreciesen al Señor en el altar el holo-
causto matutino y el vespertino, de acuer-
do con todo lo escrito en la Ley que el
Señor dictó a Israel. 41 Con ellos, Hemán,
Yedutún y los demás escogidos y designa-
dos por su nombre para cantar al Señor: Es
eterna su misericordia. 42 Éstos tenían
trompetas, platillos y otros instrumentos
para acompañar los cantos del Señor. Los
hijos de Yedutún eran porteros.

43 Después se marcharon todos, cada
cual a su casa, y David se dirigió para ben-
decir su casa.

Profecía de Natán
(2 Sm 7,1-29)

17 1 Cuando David se estableció en su casa, le dijo al profeta Natán:

17,1-27 Profecía de Natán. Siguiendo a 2 Sm 7, el Cronista quiere resaltar que aunque David quiso construir un templo para el Señor, el Señor no se lo permitió por ser «hombre de guerra» (28,3) y sería su hijo Salomón, «hombre de paz» (22,9), quien lo haría. David será el autor moral del Templo: él adquiere el terreno (capítulo 21), reúne los materiales para la construcción (capítulo 22), organiza el personal (capítulos

–Mira, yo estoy viviendo en una casa de
cedro, y el arca de la alianza del Señor está
en una tienda de campaña.
2 Natán le respondió:
–Ve a hacer lo que tienes pensado, que
Dios está contigo.
3 Pero aquella noche recibió Natán esta
Palabra de Dios:
4 –Ve a decir a mi siervo David: Así dice
el Señor: No serás tú quien me construya la
casa para habitar. 5 Desde el día en que li-
beré a Israel hasta hoy no he habitado en
una casa, sino que he ido de tienda en tien-
da y de santuario en santuario. 6 Y en todo
el tiempo que viajé de acá para allá con los
israelitas, ¿encargué acaso a algún juez de
Israel, a los que mandé gobernar a mi pue-
blo, que me construyese una casa de ce-
dro? 7 Y ahora esto le dirás a mi siervo Da-
vid: Así dice el Señor Todopoderoso: Yo te
saqué del campo de pastoreo, de andar tras
las ovejas, para ser jefe de mi pueblo, Is-
rael. 8 Yo he estado contigo en todas tus
empresas; he aniquilado a todos tus enemi-
gos. Te haré famoso, como a los más fa-
mosos de la tierra; 9 daré una tierra a mi
pueblo, Israel, lo plantaré para que viva en
ella sin sobresaltos, sin que los malvados
vuelvan a humillarlo como lo hacían antes,
10 cuando nombré jueces en mi pueblo, Is-
rael, y humillé a todos sus enemigos; ade-
más, te comunico que el Señor te dará una
dinastía. 11 Y cuando te llegue el momento
de irte con tus padres, estableceré después
de ti a un descendiente tuyo, a uno de tus
hijos, y consolidaré su reino. 12 Él me edifi-
cará un templo y yo consolidaré su trono
para siempre. 13 Yo seré para él un padre, él
será para mí un hijo; y no le retiraré mi le-
altad, como se la retiré a tu predecesor.
14 Lo estableceré para siempre en mi casa y
en mi reino y su trono permanecerá eterna-
mente.
15 Natán comunicó a David toda la vi-
sión y todas estas palabras. 16 Entonces el
rey David fue a presentarse ante el Señor, y
dijo:
–¿Quién soy yo, Señor, Dios, y qué es mi
familia para que me hayas hecho llegar has-
ta aquí? 17 Y por si fuera poco para ti, Dios
mío, has hecho a la casa de tu siervo una
promesa para el futuro, mientras existan
hombres, Señor, Dios. 18 ¿Qué más puede
añadir David en tu honor, si tú conoces a tu
servidor? 19 Señor, por amor a tu servidor y
según tus designios, has hecho esta gran
obra, dándosela a conocer a tu servidor, re-
velando todas estas maravillas. 20 Señor,
como hemos oído, no hay nadie como tú,
no hay Dios fuera de ti. 21 ¿Y qué nación hay
en el mundo como tu pueblo, Israel, al que
Dios ha venido a librar para hacerlo suyo y
ganarte renombre con prodigios terribles en
su favor, expulsando a las naciones ante el
pueblo que libraste de Egipto? 22 Has esta-
blecido a tu pueblo, Israel, como pueblo
tuyo para siempre, y tú, Señor, eres su Dios.
23 Ahora, Señor, confirma para siempre la
promesa que has hecho a tu servidor y su
familia, cumple tu palabra. 24 Que tu nom-
bre perdure y sea siempre famoso. Que di-
gan: El Señor Todopoderoso es Dios de Is-
rael. Y que la casa de David permanezca en
tu presencia. 25 Tú, Dios mío, has revelado a
tu servidor que le edificarás una casa; por
eso tu siervo se ha atrevido a dirigirte esta
plegaria. 26 Ahora, Señor, tú eres el Dios
verdadero, y has hecho esta promesa a tu
siervo. 27 Dígnate bendecir a la casa de tu
servidor para que esté siempre en tu pre-
sencia; porque lo que tú, Señor, bendices,
queda bendito para siempre.

22–26); sin embargo será Salomón quien lo construya. Por otra parte, el Cronista quiere resaltar que la construcción del Templo es iniciativa directa de Dios y no del rey (4.11.14).

La plegaria de David de 17,16-27, sirve al Cronista para expresar la humildad de David ante la majestad de Dios y su petición de que sean confirmadas las promesas divinas.

CAMPAÑAS DE DAVID

Victorias de David
(2 Sm 8,1-18)

18 1 Más adelante David derrotó a los fi-
listeos y los sometió, arrebatándoles
Gat y sus poblados. 2 Derrotó a Moab, y los
moabitas sirvieron a David en calidad de
vasallos sometidos a tributo. 3 Derrotó tam-
bién a Adadhézer, rey de Sobá, en Jamat,
cuando iba a establecer su soberanía en la
región del Éufrates. 4 David le capturó mil
carros, siete mil jinetes y veinte mil solda-
dos de infantería, y mutiló los caballos de
tiro, reservándose sólo cien. 5 Los sirios de
Damasco acudieron en auxilio de Adadhé-
zer, rey de Sobá, pero David les mató vein-
tidós mil hombres, 6 e impuso gobernado-
res a los sirios de Damasco, que quedaron
como vasallos de David sometidos a tribu-
to. El Señor dio a David la victoria en todas
sus campañas. 7 Recogió los escudos de
oro que llevaban los oficiales de Adadhézer
y las llevó a Jerusalén. 8 Y en Tibjat y Cun,
poblaciones de Adadhézer, tomó una canti-
dad enorme de bronce, con la que Salomón
hizo el depósito, las columnas y los utensi-
lios de bronce.
9 Tou, rey de Jamat, oyó que David ha-
bía derrotado al ejército de Adadhézer, rey
de Sobá, 10 y despachó a su hijo Dorán para
saludar al rey David y darle felicitaciones
por el combate y la derrota de Adadhézer,
porque Adadhézer atacaba a Tou con fre-
cuencia. Dorán llevó una vajilla de oro, pla-
ta y bronce. 11 El rey David consagró al Se-
ñor estos regalos, añadiéndolos a la plata y
al oro que había tomado a las naciones de
Edom, Moab, los amonitas, filisteos y Ama-
lec.
12 Abisay, hijo de Seruyá, derrotó a
Edom en Gue Hammélaj, matándole die-
ciocho mil hombres; 13 impuso goberna-
dores a Edom, que quedó como vasallo de
David.
El Señor dio a David la victoria en todas
sus campañas. 14 David reinó en todo Israel
y gobernó con justicia y rectitud a su pue-
blo. 15 Joab, hijo de Seruyá, era general en
jefe del ejército. Josafat, hijo de Ajilud, he-
raldo. 16 Sadoc, hijo de Ajitob, y Ajimélec,
hijo de Abiatar, sacerdotes. Sausá, cronista.
17 Benayas, hijo de Yehoyadá, jefe de los
quereteos y pelteos. Los hijos de David
ocupaban los primeros puestos junto al rey.

Guerra contra los amonitas
(2 Sm 10,1-19; 12,26.30s)

19 1 Murió después Najás, el rey de los
amonitas, y su hijo le sucedió en el
trono, 2 David dijo:
–Voy a portarme bien con Janún, hijo de
Najás, porque su padre se portó bien con-
migo.
Y, por medio de unos embajadores, le
envió el pésame por la muerte de su padre.
Pero cuando los embajadores de David en-
traron en territorio amonita para darle el
pésame, 3 los generales amonitas dijeron a
Janún:
–¿Crees que David te da el pésame para
mostrarte su estima por tu padre? Esa gen-
te ha venido a examinar, explorar y destruir
el país.
4 Janún hizo detener a los embajadores
de David, los afeitó, les cortó la ropa por la
mitad, a la altura de las nalgas, y los despi-
dió. 5 Ellos volvieron avergonzados. Se lo
avisaron a David y el rey les envió este
mensaje:
–Quédense en Jericó hasta que les crez-
ca la barba y luego vengan.
6 Cuando los amonitas cayeron en la
cuenta de que habían provocado a David,
Janún y los amonitas enviaron treinta mil
kilos de plata a Aram Naharaym, a Maacá
y a Sobá para contratar carros y jinetes.
7 Contrataron treinta y dos mil carros y al

18–20 Campañas de David. Estos tres capítulos agrupan en un solo lugar todo el material relativo a las guerras de David. El Cronista resume a 2 Sm 8–21, omitiendo todo lo que pudiera dañar la imagen de un David ideal –asesinato de Amnón, revuelta de Absalón–, y conservando noticias que pudieran resaltar a David como guía militar. De esta manera se va preparando la explicación de que David no construyera el Templo (22,8; 28,3).

18,1-17 Victorias de David. Sobre filisteos (1), moabitas (2), sirios (3-8) y edomitas (12s) lo que asegura paz en las fronteras, mientras que hacia su pueblo sobresale la práctica de la justicia y el derecho.

19,1–20,3 Guerra contra los amonitas. Victorias de David contra los amonitas y los sirios. El Cronista sigue a 2 Sm 10,1-19.

rey de Maacá con su ejército, que vino a acampar delante de Madabá. Los amonitas se reunieron en sus ciudades y se pusieron en pie de guerra. 8 Al saberlo David, mandó a Joab con todo el ejército y sus guerreros. 9 Los amonitas salieron a la guerra y formaron para la batalla a la entrada de la ciudad, mientras que los reyes mercenarios se quedaban aparte en el campo.

10 Joab se vio envuelto por delante y por la espalda; entonces escogió un grupo de soldados y los formó frente a los sirios. 11 A la tropa restante la formó frente a los amonitas, al mando de su hermano Abisay, 12 con esta consigna:

–Si los sirios me pueden, ven a librarme, y si los amonitas te pueden a ti, yo te libraré. 13 ¡Ánimo! Por nuestro pueblo y por las ciudades de nuestro Dios luchemos valientemente, y que el Señor haga lo que le agrade.

14 Joab y los suyos trabaron combate con los sirios y los pusieron en fuga. 15 Los amonitas, al ver que los sirios huían, huyeron también ellos ante su hermano Abisay y se metieron en la ciudad. Joab volvió a Jerusalén. 16 Al verse derrotados por Israel, los sirios enviaron mensajeros para movilizar a los sirios del otro lado del Éufrates. Sopac, general en jefe del ejército de Adadhézer, se puso al frente de ellos. 17 Cuando informaron a David, concentró a todo Israel, cruzó el Jordán, llegó a donde estaban, tomó posiciones, se puso en orden de combate y entabló batalla con los sirios. 18 Éstos huyeron ante los israelitas; David les mató siete mil caballos de tiro y cuarenta mil hombres, entre ellos Sopac, general del ejército.

19 Al ver los vasallos de Adadhézer que habían sido derrotados por Israel, hicieron las paces con David y se sometieron. A los sirios se les quitaron las ganas de volver a ayudar a los amonitas.

20 1 Al año siguiente, en la época en que los reyes salen de campaña, tomó Joab el grueso del ejército, arrasó el territorio amonita y se fue a sitiar Rabá, mientras David permanecía en Jerusalén. Joab expugnó Rabá y la arrasó. 2 David quitó la corona de la cabeza de Milcom, y resultó que pesaba treinta y cuatro kilos de oro. Había en ella una piedra preciosa que pasó a la corona de David. Se llevó un botín inmenso de la ciudad. 3 También capturó a sus habitantes y los puso a trabajar con sierras, picos de hierro y hachas. Lo mismo hizo con todas las poblaciones de los amonitas. Después volvió a Jerusalén con todo el ejército.

Guerras contra los filisteos
(2 Sm 21,18-22)

4 Más tarde tuvo lugar en Guézer una batalla con los filisteos. Fue entonces cuando el jusita Sibcay mató a Sipay, de la raza de los gigantes. Los filisteos quedaron sometidos. 5 Cuando continuó la guerra con los filisteos, Eljanán, hijo de Yaír, mató a Lajmí, que era hermano de Goliat, el de Gat, y cuya lanza tenía un asta tan grande como el rodillo de un telar. 6 La guerra continuó en Gat, donde había un gigante con veinticuatro dedos –seis en cada mano y en cada pie– que también era de la raza de los gigantes. 7 Desafió a Israel, pero Jonatán, hijo de Simeá, hermano de David, lo mató. 8 Esta gente descendía de los gigantes de Gat y cayeron a manos de David y de sus oficiales.

CONSTRUCCIÓN DEL TEMPLO Y ORGANIZACIÓN DEL REINO

Censo de Israel
(2 Sm 24,1-25)

21 1 Satán se alzó contra Israel e instigó a David a hacer un censo de Israel. 2 David ordenó a Joab y a los jefes de la tropa:

–Vayan a hacer el censo de Israel, desde Berseba hasta Dan, y tráiganme el resultado para que yo sepa cuánta gente tengo.

3 Joab respondió:

20,4-8 Guerra contra los filisteos. En 20,1 comienza el capítulo diciendo «Al año siguiente». De esta manera, el autor se salta el homicidio y el adulterio de David, la denuncia de Natán, la penitencia y el castigo. En cuanto a las tres guerras filisteas el Cronista sigue a 2 Sm 21,18-22.

21–29 Construcción del Templo y organización del reino. Estos capítulos están dedicados a la organi-

–Que el Señor multiplique a su pueblo
por cien. Pero si todos están sometidos a
su majestad, ¿qué pretende mi señor con
este censo? Va a acarrear una culpa a Is-
rael.
4 Pero la orden del rey se impuso al pa-
recer de Joab, que se puso en camino y re-
corrió todo Israel. 5 Cuando volvió a Jeru-
salén entregó a David los resultados del
censo: en Israel había un millón cien mil
hombres aptos para el servicio militar, y en
Judá, cuatrocientos setenta mil. 6 A Leví y
Benjamín Joab no los incluyó en el censo
porque detestaba la orden del rey. 7 Dios lo
desaprobó y castigó a Israel.
8 Entonces David dijo a Dios:
–He cometido un grave error al hacer
este censo. Ahora, perdona la culpa de tu
servidor, porque he hecho una locura.
9 El Señor dijo a Gad, vidente de David:
10 –Ve a decir a David: Así dice el Señor:
Te propongo tres castigos; elige uno y yo lo
ejecutaré.
11 Gad se presentó a David y le comu-
nicó:
–Así dice el Señor: Escoge o 12 tres años
de hambre, o tres meses huyendo de tus
enemigos y perseguido por la espada de tus
adversarios, o tres días de espada del Se-
ñor, es decir, de peste en el país, mientras
el ángel del Señor hace estragos en todo el
territorio de Israel. ¿Qué le respondes al
que me ha enviado?
13 David contestó a Gad:
–Estoy en un gran apuro. Mejor es caer
en manos de Dios, que es muy compasivo,
que caer en manos de hombres.
14 El Señor mandó entonces la peste a
Israel y murieron setenta mil israelitas.
15 Luego envió Dios un ángel a Jerusalén
para asolarla. Pero apenas había comenza-
do lo vio el Señor, se arrepintió del castigo
y dijo al ángel exterminador:
–Basta, detén tu mano.
El ángel del Señor se encontraba junto a
la era de Ornán, el jebuseo. 16 David alzó
los ojos y vio al ángel del Señor erguido en-
tre tierra y cielo, con la espada desnuda en
su mano, apuntando hacia Jerusalén. Da-
vid y los ancianos, cubiertos de saco, caye-
ron rostro en tierra. 17 Entonces David dijo
a Dios:
–Soy yo quien ordenó el censo del pue-
blo. Soy yo el que ha pecado. Soy yo el cul-
pable. ¿Qué han hecho estas ovejas? Se-
ñor, Dios mío, descarga la mano sobre mí y
sobre mi familia, pero no hieras a tu pue-
blo.
18 Entonces Gad, por orden del ángel del
Señor, le dijo a David que fuese a edificar
un altar al Señor en la era de Ornán, el je-
buseo. 19 Fue David, según le había dicho
Gad en nombre del Señor. 20 Ornán se ha-
llaba trillando el trigo y sus cuatro hijos se
habían escondido; se volvió y vio al ángel.
21 David se acercó a Ornán y éste, al ver a
David, salió de la era y se postró ante él
rostro en tierra. 22 David dijo a Ornán:
–Dame la era para construir un altar al
Señor. Es para que cese la mortandad en el
pueblo. Te pagaré su precio exacto.
23 Ornán le respondió:
–Tómela su majestad, y haga lo que le
parezca. Le doy también los bueyes para
los holocaustos, los trillos para leña y el tri-
go como ofrenda. Se lo doy todo.
24 Pero el rey David le dijo:
–No, no. Lo compraré por su justo pre-
cio. No voy a tomar lo tuyo para ofrecer al
Señor víctimas que no me cuestan.
25 David le dio a Ornán seiscientos gra-
mos de oro por la era. 26 Construyó allí un

---

zación del culto y del clero. El relato del censo depende de 2 Sm 24, mientras que los capítulos 22–29 son propios del Cronista. Se suele pensar que los capítulos 22–27 fueron incluidos posteriormente dado que cortan el ritmo de la narración en 21,30 que posteriormente se vuelve a retomar en 28,1.

21,1-30 Censo de Israel. El episodio del censo y de la peste son importantes porque justifican la compra del terreno donde se alzará el nuevo Templo (18). En los dos episodios, a través de un pecado, un castigo y una expiación, se llega a la feliz elección del lugar. Dios queda más remoto, aunque su soberanía domina todo el proceso. El lugar más próximo al hombre lo ocupan el ángel y el personaje nuevo, Satán. Son dos figuras sobrehumanas que se oponen en su actividad, no en confrontación directa sino en un proceso referido al hombre. Este Satán es el espíritu tentador que se insinúa en la mente del hombre (1 Re 22,22; Job 1,6; Zac 3,1s; Sal 36,2). De este personaje procede el mal deseo y proyecto de David, el Señor queda libre de responsabilidad. El otro personaje es un ángel exterminador, como el de Éx 13,23, solo que ejecuta la sentencia divina contra Israel. El rey no debía contar súbditos para gloriarse de su fuerza porque eso sería tentar a Dios.

altar al Señor. Ofreció holocaustos y sacri-
ficios de comunión, invocó al Señor, que le
respondió enviando fuego del cielo sobre el
altar de los holocaustos. 27 Y el Señor orde-
nó al ángel que envainase la espada. 28 En-
tonces, al ver David que el Señor le respon-
día en la era de Ornán, el jebuseo, ofreció
allí sacrificios.

29 El santuario del Señor que hizo Moisés
en el desierto y el altar de los holocaustos
se encontraban por entonces en el santua-
rio de Guibeá. 30 Pero David no se atrevió a
ir allá a consultar a Dios porque lo aterraba
la espada del ángel del Señor.

Preparativos para la construcción del Templo

22 1 Dijo David:
–Aquí se alzará el templo del Señor
Dios y el altar de los holocaustos de Israel.

2 Luego mandó reunir a los extranjeros
que residían en tierra de Israel y los empleó
como obreros para tallar las piedras desti-
nadas a construir el templo de Dios. 3 Reu-
nió también gran cantidad de hierro para
hacer clavos y grapas para las puertas, y
un montón enorme de bronce 4 y una can-
tidad incalculable de madera de cedro que
los sidonios y tirios le traían en abundancia.
5 David pensó: Salomón, mi hijo, es todavía
joven y débil. Y el templo que hay que
construir al Señor debe ser grandioso, para
que su fama y gloria se extienda por todos
los países. Voy a comenzar los preparati-
vos. Y así lo hizo generosamente antes de
morir. 6 Luego llamó a su hijo Salomón y le
mandó construir un templo al Señor, Dios
de Israel, 7 diciéndole:

–Hijo mío, yo tenía pensado edificar un
templo en honor del Señor, mi Dios. 8 Pero él
me dijo: Has derramado mucha sangre y
has combatido en grandes batallas. No edi-
ficarás un templo en mi honor porque has
derramado mucha sangre en mi presencia.
9 Pero tendrás un hijo que será un hombre
pacífico y le haré vivir en paz con todos los
enemigos de alrededor. Su nombre será Sa-
lomón, y en sus días concederé paz y tran-
quilidad a Israel. 10 Él edificará un templo en
mi honor; será para mí un hijo, yo seré para
él un padre, y consolidaré por siempre su
trono real en Israel. 11 Hijo mío, que el Señor
esté contigo y te ayude a construir un tem-
plo al Señor, tu Dios, según sus designios
sobre ti. 12 Basta que el Señor te conceda
sensatez y prudencia para gobernar a Israel,
cumpliendo la Ley del Señor, tu Dios. 13 Tu
éxito depende de que pongas por obra los
mandatos y preceptos que el Señor mandó
a Israel por medio de Moisés. ¡Ánimo, sé va-
liente! ¡No te asustes ni te acobardes!
14 Mira, con grandes sacrificios he ido reu-
niendo para el templo del Señor treinta y
cuatro mil toneladas de oro, trescientas cua-
renta mil toneladas de plata, bronce y hierro
en cantidad incalculable; además, madera y
piedra. Tú añadirás aún más. 15 Dispones
también de gran cantidad de artesanos: ta-
lladores de piedra, albañiles, carpinteros y
obreros de todas las especialidades. 16 Hay
oro, plata, bronce y hierro de sobra. Pon ma-
nos a la obra y que el Señor te acompañe.

17 David ordenó que todas las autorida-
des de Israel ayudasen a su hijo Salomón.
Les dijo:

18 –El Señor, su Dios, está con ustedes y
les ha dado paz en las fronteras después de
poner en mis manos a los habitantes de
esta tierra, que ahora se halla sometida al
Señor y a su pueblo.

19 Ahora, en cuerpo y alma, a servir al
Señor y a construir un santuario, para colo-
car el arca de la alianza del Señor y los ob-
jetos sagrados en ese templo construido en
honor del Señor.

Organización de los levitas

23 1 Siendo ya anciano de edad muy
avanzada, David nombró rey de Is-
rael a su hijo Salomón. 2 Luego reunió a to-

22,1-19 Preparativos para la construcción del Templo. Este texto se compone de tres secciones: los preparativos de David (2-5), el testamento dirigido a salomón (6-16) y el discurso dirigido a los jefes de Israel (17-19). El tema de fondo que une las tres partes es el de la construcción del Templo, tema mencionado 10 veces de manera distinta. Por otra parte, el capítulo pretende explicar por qué David no pudo construir personalmente el Templo a pesar de la grandeza de su reino. La oposición guerra-paz, David-Salomón explican precisamente que el derramamiento de sangre incapacita para construir el Templo y que será Salomón, «hombre de paz», quien construya el Templo.

23,1-32 Organización de los levitas. El texto está compuesto en tres partes: una introducción (1-5), una

das las autoridades de Israel, a los sacerdo-
tes y a los levitas. 3 Por entonces hicieron el
censo de los levitas mayores de treinta
años, que resultaron ser treinta y ocho mil
varones. 4 Veinticuatro mil dirigían las obras
del templo del Señor, seis mil eran secreta-
rios y jueces, 5 cuatro mil porteros y cuatro
mil músicos, que alababan al Señor acom-
pañados de los instrumentos hechos por
David. 6 Éste los distribuyó en tres clases,
correspondientes a las tres ramas de Leví:
Guersón, Quehat y Merarí.
7 Hijos de Guersón: Ladán y Semeí. 8 Hi-
jos de Ladán: Yejiel, el primero, Zetán y
Joel; tres. 9 Hijos de Semeí: Selomit, Jaziel
y Harán; tres, que eran cabezas de familia
de Ladán. 10 Hijos de Semeí: Yájat, Zizá,
Yeús, Beriá; cuatro. 11 Yájat era el primogé-
nito; Zizá, el segundo. Yeús y Beriá no tu-
vieron muchos hijos; formaron una sola fa-
milia y como una fueron registrados.
12 Hijos de Quehat: Amrán, Yishar, He-
brón y Uziel; cuatro. 13 Hijos de Amrán: Aa-
rón y Moisés. A Aarón y a sus descendien-
tes los apartaron a perpetuidad para ofrecer
los dones sacrosantos, quemar incienso
ante el Señor, servirle y bendecir en su nom-
bre. 14 Los hijos de Moisés, el hombre de
Dios, fueron contados con la tribu de los le-
vitas. 15 Hijos de Moisés: Guersón y Eliezer.
16 El primogénito de Guersón fue Sebuel;
17 el primogénito de Eliezer, Rejabías. Elie-
zer no tuvo más hijos, pero Rejabías tuvo
muchos. 18 El primogénito de Yishar fue Se-
lomit. 19 Hijos de Hebrón: Yerías, el primo-
génito; Amarías, segundo; Uziel, tercero, y
Yecameán, cuarto. 20 Hijos de Uziel: Mi-
queas, el primogénito, y Yisías, el segundo.
21 Hijos de Merarí: Majlí y Musí. Hijos de
Majlí: Eleazar y Quis. 22 Eleazar murió sin
tener hijos, sino sólo hijas; sus primos, los
hijos de Quis, se casaron con ellas. 23 Hijos
de Musí: Majlí, Eder y Yeremot; tres.
24a Éstos eran los levitas repartidos por
familias, registrados según sus linajes,
cuando se hizo el censo de todos los indivi-
duos mayores de veinte años. 27 –Porque,
de acuerdo con las últimas disposiciones
de David, los levitas entraban en el censo a
partir de los veinte años.– 24b Estaban al
servicio del culto en el templo del Señor.
25 En efecto, David había dicho: El Señor,
Dios de Israel, ha concedido paz a su pue-
blo y habita en Jerusalén para siempre.
26 Los levitas ya no tienen que transportar
el santuario y los objetos de culto. 28 Por
eso quedaron a las órdenes de los aaronitas
para el servicio del templo del Señor, de los
atrios y de las habitaciones, para purificar
todos los objetos sagrados y ocuparse del
culto del templo. 29 Estaban encargados de
los panes presentados, de la harina para las
ofrendas, de las tortas de pan ázimo, de las
ofrendas a la sartén o cocidas y de todos
los pesos y medidas. 30 Por la mañana y por
la tarde debían presentarse para alabar y
dar gracias al Señor; 31 y debían ofrecer re-
gularmente en su presencia los holocaustos
de los sábados, principios de mes y días
festivos, según el número y el rito prescrito.
32 Custodiaban la tienda del encuentro y el
santuario; sus hermanos aaronitas vigila-
ban el servicio del templo.

Organización de los sacerdotes

24 1 Clases de los aaronitas:
Hijos de Aarón: Nadab, Abihú, Elea-
zar e Itamar. 2 Como Nadab y Abihú murie-
ron antes que su padre, sin dejar hijos, Ele-
azar e Itamar ejercieron el sacerdocio.
3 David, Sadoc, de la familia de Eleazar, y
Ajimélec, de la familia de Itamar, los distri-
buyeron en clases para que prestasen ser-
vicio por turno. 4 Resultó que la familia de
Eleazar contaba más varones que la de Ita-
mar; por eso a los de Eleazar les corres-

genealogía de las familias levitas (6-23) y por último, las tareas de los levitas (24-32). Al distinguir con precisión la tarea de los levitas respecto a los sacerdotes, el Cronista subraya dos funciones levíticas nuevas: los porteros (28s) y los cantores (30s). El canto es de tal importancia que el versículo 5 atribuye a David incluso la construcción de instrumentos musicales. Con respecto al censo de los levitas no hay problemas, porque no procede de una tentación de Satán, sino que lo exige el servicio del Templo.

24,1-31 Organización de los sacerdotes. Los versículos 1-19 están dedicados a los sacerdotes, mientras que los versículos 20-31 constituyen una nueva lista de levitas que no concuerda con 23,6-24. La parte dedicada a los sacerdotes centra su interés en el sistema de división del clero en 24 clases, que el Cronista relaciona con David. En realidad, tal sistema surge después del exilio, con lo que el Cronista busca legitimar las distintas clases de sacerdotes –de Abiatar y el de Sadoc– por medio del recurso a David.

pondieron dieciséis jefes de familia y a los de Itamar ocho. 5 La distribución se hizo por sorteo, ya que tanto los eleazaritas como los itamaritas tenían funcionarios sagrados y funcionarios de Dios. 6 Un levita, el secretario Semayas, hijo de Netanel, los inscribió en presencia del rey, de las autoridades, del sacerdote Sadoc, de Ajimélec, hijo de Abiatar, y de los jefes de familia sacerdotales y levíticos: dos familias de Eleazar, una de Itamar, y así sucesivamente.

7 En el sorteo fueron saliendo: primero, Yehoyarib; segundo, Yedayas; 8 tercero, Jarín; cuarto, Seorín; 9 quinto, Malquías; sexto, Miyamín; 10 séptimo, Hacós; octavo, Abías; 11 noveno, Jesús; décimo, Secanías; 12 undécimo, Eliasib; duodécimo, Yaquín; 13 decimotercero, Jupá; decimocuarto, Yesebab; 14 decimoquinto, Bilgá; decimosexto, Imer; 15 decimoséptimo, Jezir; decimoctavo, Hapisés; 16 decimonono, Petajías; vigésimo, Ezequiel; 17 vigésimo primero, Yaquín; vigésimo segundo, Gamul; 18 vigésimo tercero, Pelayas; vigésimo cuarto, Maazías.

19 Éstos fueron los turnos para acudir al templo del Señor, según las normas establecidas por su padre, Aarón, de acuerdo con el mandato del Señor, Dios de Israel.

20 Otros miembros de familias levíticas:

De la familia de Amrán, Subael; de la familia de Subael, Yejdías; 21 de la familia de Rejabías, el jefe era Yisías; de los yisharitas, Selomot; 22 de la familia de Selomot, Yájat; 23 de la familia de Hebrón, el jefe era Yerías; segundo, Amarías; tercero, Yajziel; cuarto, Yecameán. 24 De la familia de Uziel, Miqueas; de la familia de Miqueas, Samur. 25 Yisías era hermano de Miqueas; el jefe de la familia de Yisías era Zacarías.

26 Hijos de Merarí: Majlí y Musí; también era hijo suyo Uzías. 27 Descendientes de Merarí por parte de Uzías: Sohan, Zacur e Ibrí. 28 Por parte de Majlí: Eleazar, que no tuvo hijos, y Quis. 29 Por parte de Quis: su hijo Yerajmeel. 30 Hijos de Musí: Majlí, Eder y Yerimot. Éstas eran las familias de los levitas.

31 Igual que sus hermanos los aaronitas, también ellos hicieron sorteo, tanto las familias principales como las más pequeñas, en presencia del rey David, de Sadoc, de Ajimélec y de los cabezas de familia sacerdotales y levíticos.

Organización de los cantores

25 1 David y los directores del culto separaron para el culto a los hijos de Asaf, Hemán y Yedutún, que improvisaban al son de cítaras, arpas y platillos.

Lista de las personas empleadas en esta tarea del culto:

2 De la familia de Asaf: Zacur, José, Natanías y Asarela, hijos de Asaf, bajo la dirección de Asaf, que improvisaba a las órdenes del rey. 3 De la familia de Yedutún: Godolías, Yisrí, Isaías, Semeí, Jasabías y Matitías; seis en total, bajo la dirección de su padre, Yedutún, que improvisaba al son de la cítara, alabando y dando gracias al Señor. 4 De la familia de Hemán: Buquías, Matanías, Uziel, Sebuel, Yerimot, Ananías, Jananí, Eliata, Guidalti, Romamti-Ezer, Yosbecasa, Maloti, Hotir, Majziot. 5 Todos éstos eran hijos de Hemán, vidente del rey, según la promesa divina de exaltar su prestigio. Dios concedió a Hemán catorce hijos y tres hijas. 6 Todos ellos, bajo la dirección de su padre, cantaban en el templo del Señor con platillos, arpas y cítaras, ejerciendo el culto en el templo de Dios. Asaf, Hemán y Yedutún se hallaban a las órdenes inmediatas del rey.

7 Su número, incluido el de sus parientes, era doscientos ochenta y ocho; todos dominaban el arte de cantar al Señor. 8 Se sortearon el servicio, sin distinguir entre pequeños y grandes, maestros y discípulos.

9 En el sorteo salieron: Primero, José; con sus hermanos e hijos, doce. Segundo, Godolías; con sus hermanos e hijos, doce. 10 Tercero, Zacur; con sus hermanos e hijos, doce. 11 Cuarto, Yisrí; con sus hermanos e hijos, doce. 12 Quinto, Natanías; con sus hermanos e hijos, doce. 13 Sexto, Bu-

---

25,1-31 Organización de los cantores. Se repite la subdivisión en 24 clases de cantores similar a los sacerdotes. Se presenta a David como fundador del canto litúrgico (1). La actividad de los cantores es descrita como profética (1-3), lo que puede significar que el canto, comparado con la profecía, era considerado como expresión privilegiada del culto y como medio de comprender a través de él la voluntad de Dios.

quías; con sus hermanos e hijos, doce.
14 Séptimo, Asarela; con sus hermanos e
hijos, doce. 15 Octavo, Isaías; con sus her-
manos e hijos, doce. 16 Noveno, Matanías;
con sus hermanos e hijos, doce. 17 Décimo
Semeí; con sus hermanos e hijos, doce.
18 Undécimo, Azarel; con sus hermanos e
hijos, doce. 19 Duodécimo, Jasabías; con
sus hermanos e hijos, doce. 20 Decimoter-
cero, Subael; con sus hermanos e hijos,
doce. 21 Decimocuarto, Matitías; con sus
hermanos e hijos, doce. 22 Decimoquinto,
Yeremot; con sus hermanos e hijos, doce.
23 Decimosexto, Ananías; con sus herma-
nos e hijos, doce. 24 Decimoséptimo, Yos-
becasa; con sus hermanos e hijos, doce.
25 Decimoctavo, Janani; con sus hermanos
e hijos, doce. 26 Decimonono, Malotí; con
sus hermanos e hijos, doce. 27 Vigésimo,
Eliata; con sus hermanos e hijos, doce.
28 Vigésimo primero, Hotir; con sus herma-
nos e hijos, doce. 29 Vigésimo segundo,
Guidalti; con sus hermanos e hijos, doce.
30 Vigésimo tercero, Majziot; con sus her-
manos e hijos, doce. 31 Vigésimo cuarto,
Romamti–Ezer; con sus hermanos e hijos,
doce.

Organización de los porteros

26 1 Clases de los porteros:
De los corajitas: Meselemías, hijo de
Coré, descendiente de Abiasaf. 2 Hijos de
Meselemías: Zacarías, el primogénito; se-
gundo, Yediel; tercero, Zebadías; cuarto,
Yatniel; 3 quinto, Elam; sexto, Juan; sépti-
mo, Elioenay. 4 Hijos de Obededón: Sema-
yas, el primogénito; segundo, Yehozabad;
tercero, Yoaj; cuarto, Sacar; quinto, Neta-
nel; 5 sexto, Amiel; séptimo, Isacar; octavo,
Peuletay. 6 Su hijo Sémayas tuvo varios hi-
jos, que se impusieron en sus familias por
sus grandes cualidades. 7 Hijos de Séma-
yas: Otní, Rafael, Obed, Elzabad, y sus her-
manos Elihú y Semaquías, de grandes cua-
lidades. 8 Todos éstos eran descendientes
de Obededón. Ellos, sus hijos y sus herma-
nos eran setenta y dos en total, hombres de
cualidades y robustos para el trabajo. 9 Me-
selemías tuvo hijos y hermanos, dieciocho
hombres capaces.
10 Los hijos de Josá, descendiente de
Merarí, fueron: Simrí, el jefe, porque aun-
que no era el primogénito, su padre le dio
el primer puesto; 11 segundo, Jelcías; terce-
ro, Tebalías; cuarto, Zacarías. Los hijos y
hermanos de Josá fueron trece en total.
12 A estos grupos de porteros, tanto a los
jefes como a sus hermanos, se les enco-
mendó el servicio del templo. 13 Pequeños
y grandes se sortearon las puertas por fa-
milias. 14 La oriental le tocó a Selamías. La
del norte, a su hijo Zacarías, que era un
consejero prudente. 15 La del sur, a Obe-
dedón, y a sus hijos los almacenes. 16 A
Josá le tocó la occidental, la puerta del To-
cón, que da al camino de la subida. Los tur-
nos de guardia eran proporcionales: 17 seis
levitas por día en la oriental, cuatro por día
al norte, cuatro por día al sur, y de dos en
dos en los almacenes; 18 junto al atrio, al
este, cuatro para la cuesta y dos para el
mismo atrio.
19 Éstas eran las clases de los porteros,
descendientes de Córaj y de Merarí.

Organización de los encargados del tesoro del Templo y jueces

20 Levitas encargados del tesoro del
templo y de los dones votivos:
21 Yejielí, hijo de Ladán, guersonita.
22 Los hijos de Yejielí, Zetán y su hermano
Joel, custodiaban los tesoros del templo.
23 Descendientes de Amrán, Yishar, He-
brón y Uziel: 24 Subael, hijo de Guersón, hijo
de Moisés, era el tesorero mayor. 25 Sus
hermanos, por parte de Eliezer, eran: Reja-
bías, Isaías, Jorán, Zicrí y Selomit. 26 Este
Selomit y sus hermanos custodiaban los
dones votivos que habían regalado el rey
David, los jefes de familia y los generales,
jefes y oficiales del ejército; 27 parte del bo-
tín de guerra lo habían dedicado al sosteni-
miento del templo; 28 también custodiaban
todo lo que habían donado el vidente Sa-
muel; Saúl, hijo de Quis; Abner, hijo de Ner,

26,1-19 Organización de los porteros. Ésta es la tercera lista de porteros (veáse 9,17-26 y 16,37-43). Los porteros eran los guardianes del recinto sagrado. Tenían que defender los accesos al Templo, incluso dando muerte a los intrusos.

26,20-32 Organización de los encargados del tesoro del Templo y jueces. Se mencionan a los levitas encargados de asuntos económicos y administrativos. En cuanto a los levitas jueces se trata de asuntos que la autoridad real confía a los levitas y que caen fuera

y Joab, hijo de Seruyá. Todo lo consagrado estaba a cargo de Selomit y sus hermanos.

29 De los yisharitas, Jeconías y sus hijos se ocupaban de los asuntos profanos de Israel como secretarios y jueces. 30 De los hebronitas, Jasabías y sus parientes, mil setecientos hombres capaces, administraban los asuntos del Señor y de la corona en Israel, a occidente del Jordán. 31 El jefe de los hebronitas era Yerías. El año cuarenta del reinado de David se investigó el árbol genealógico de los hebronitas y encontraron entre ellos gente capaz en Yazer de Galaad. 32 Sus parientes eran dos mil setecientos jefes de familia, todos hombres de armas; el rey David los puso al frente de los rubenitas, de los gaditas y de la media tribu de Manasés para todos los asuntos religiosos y de la corona.

Organización militar y civil

27 1 Israelitas seglares:

Los jefes de familia, jefes de mil y oficiales de cien, con sus secretarios, estaban al servicio del rey para toda clase de asuntos. Se turnaban por divisiones de mes en mes, todo el año, y cada división constaba de veinticuatro mil hombres.

2 Al frente de la primera, la del primer mes, estaba Yasobeán, hijo de Zabdiel, con veinticuatro mil hombres. 3 Era descendiente de Fares y jefe de todos los oficiales del primer mes. 4 Al mando de la división del mes segundo se encontraba Eleazar, hijo de Doday, el ajojita; el caudillo Miclot formaba parte de ella; tenía veinticuatro mil hombres. 5 Jefe de la tercera división, la del mes tercero, era Benayas, hijo del sumo sacerdote Yehoyadá, con veinticuatro mil hombres; 6 Benayas era uno de los treinta guerreros y jefe de ellos; su hijo Amizabad pertenecía a esta división. 7 Jefe del cuarto, para el mes cuarto, Asael, hermano de Joab, al que sucedió su hijo Zebadías, con veinticuatro mil hombres. 8 Jefe del quinto, para el mes quinto, el general Samhut de Zéraj, con veinticuatro mil hombres. 9 Jefe del sexto, para el mes sexto, Irá, hijo de Iqués de Tecua, con veinticuatro mil hombres. 10 Jefe del séptimo, para el mes séptimo, Jeles, el pelteo, de la tribu de Efraín, con veinticuatro mil hombres. 11 Jefe del octavo, para el mes octavo, Sibcay de Jusá, zerajita, con veinticuatro mil hombres. 12 Jefe del noveno, para el mes noveno, Abiézer de Anatot, benjaminita, con veinticuatro mil hombres. 13 Jefe del décimo, para el mes décimo, Mahray de Netofá, zerajita, con veinticuatro mil hombres. 14 Jefe del undécimo, para el mes undécimo, Benayas de Piratón, efraimita, con veinticuatro mil hombres. 15 Jefe del duodécimo, para el mes duodécimo, Jelday de Netofá, descendiente de Otniel, con veinticuatro mil hombres.

16 Jefes de las tribus de Israel:

De Rubén: Eliezer, hijo de Zicrí. De Simeón: Sefatías, hijo de Maacá. 17 De Leví: Jasabías, hijo de Quemuel. De Aarón: Sadoc. 18 De Judá: Eliab, hermano de David. De Isacar: Omrí, hijo de Miguel. 19 De Zabulón: Yismayas, hijo de Abdías. De Neftalí: Yerimot, hijo de Azriel. 20 De Efraín: Oseas, hijo de Uzías. De media tribu de Manasés: Joel, hijo de Fedayas. 21 De la otra media tribu de Manasés en Galaad: Yidó, hijo de Zacarías. De Benjamín: Yasiel, hijo de Abner. 22 De Dan: Azarel, hijo de Yeroján. Éstos eran los jefes de las tribus de Israel.

23 David no hizo el censo de los menores de veinte años, porque el Señor había prometido multiplicar a Israel como las estrellas del cielo. 24 Joab, hijo de Seruyá, comenzó el censo –lo que motivó la cólera de Dios contra Israel–, pero no lo terminó, y por eso no figura el número en los Anales del rey David.

25 Encargados de la administración:

Del tesoro de la corona: Azmaut, hijo de Adiel. De los silos del campo, pueblos,

del servicio cultual. En ninguna otra parte de la Biblia se habla de los jueces como levitas; se trata seguramente de una creación del Cronista.

27,1-34 Organización militar y civil. Este capítulo se refiere a la organización militar y civil constituida por los jefes del ejército (1-15), los jefes de tribu (16-22); los administradores de los bienes del rey (25-31), y de los siete consejeros reales (32-34). Su ubicación al final de todas las listas levíticas y sacerdotales, afirma que las funciones civiles están, de algún modo, en un segundo plano a la organización religiosa. La lista de los administradores del rey nos da un buen resumen de la economía agrícola y ganadera de la época y del sistema eficaz de tributación.

campamento y de las fronteras: Jonatán, hijo de Uzías. 26 De los labradores que cultivaban la tierra: Ezrí, hijo de Quelub. 27 De los viñedos: Semeí, de Ramá. De los productos de las viñas y de las bodegas: Zabdí, de Sefán. 28 De los olivares y de los sicómoros de la Sefela: Baal-Janán, de Hagguedera. De los depósitos de aceite: Joás. 29 Del ganado vacuno que pastaba en Sarón: Sitray, saronita. Del ganado vacuno que pastaba en las vegas: Safat, hijo de Adlay. 30 De los camellos: Obil, de Ismael. De las borricas: Yejdías, de Meronot. 31 Del ganado menor: Yaziz, de Agar. Todos ellos eran encargados de los bienes que pertenecían al rey David.

32 Jonatán, tío de David, hombre inteligente y culto, era consejero; él y Yejiel, hijo de Jacmoní, eran preceptores de los hijos del rey. 33 Ajitófel era consejero del rey. Jusay, arquita, era amigo del rey. 34 A Ajitófel le sucedieron Yehoyadá, hijo de Benayas, y Abiatar. El general en jefe era Joab.

Testamento de David

28 1 David reunió en Jerusalén a todas las autoridades de Israel: a los jefes de las tribus y de las divisiones al servicio del rey, a los generales y oficiales, a los administradores de todos los bienes y de la ganadería real, a los cortesanos, a los guerreros y a todos los hombres más capaces. 2 El rey David se puso de pie y dijo:

–Hermanos míos, pueblo mío: escúchenme. Yo tenía pensado construir un templo para descanso del arca de la alianza del Señor y como tarima de los pies de nuestro Dios. Realicé los preparativos para la construcción, 3 pero Dios me dijo: Tú no edificarás un templo en mi honor porque te has pasado la vida guerreando y has derramado mucha sangre. 4 El Señor, Dios de Israel, me había elegido entre toda mi familia para ser rey vitalicio de Israel. En efecto, escogió a Judá como tribu capitana, dentro de Judá a mi familia y entre mis hermanos se fijó en mí para hacerme rey de todo Israel. 5 Y entre los muchos hijos que me dio el Señor, eligió a mi hijo Salomón para que ocupe el trono real del Señor en Israel. 6 Y me dijo: Tu hijo Salomón será quien edifique mi templo y mis atrios, porque lo he escogido como hijo y seré un padre para él. 7 Si se esfuerza por cumplir mis preceptos y decretos, como hace ahora, consolidaré su reino para siempre. 8 Por tanto, en presencia de todo Israel, comunidad del Señor, y poniendo por testigo a nuestro Dios, les digo: Observen y estudien todos los preceptos del Señor, su Dios; así poseerán este magnífico país y se lo legarán a sus descendientes para siempre. 9 Y tú, Salomón, hijo mío, reconoce al Dios de tu padre y sírvele de todo corazón, con generosidad de espíritu, que el Señor sondea los corazones y penetra todas las intenciones. Si lo buscas, se dejará encontrar; si lo abandonas, te rechazará definitivamente. 10 Mira, el Señor te ha elegido para construir un santuario. Ánimo, manos a la obra.

11 David entregó a su hijo Salomón los planos del atrio y del templo, de los almacenes, las habitaciones superiores, las naves interiores y la cámara del propiciatorio. 12 También el proyecto que había concebido sobre los atrios del templo y las habitaciones circundantes para el tesoro del templo de Dios, para los dones votivos, 13 para las clases sacerdotales y levíticas, para los diversos servicios del culto del templo y para los objetos sagrados del mismo. 14 Le indicó la cantidad de oro que debían tener los objetos de oro según sus funciones y la cantidad de plata que debían tener los objetos de plata según las suyas; 15 el peso de los candelabros de oro con sus lámparas y el de los de plata con las suyas, según el uso de los diversos candelabros; 16 la cantidad de oro de cada una de las mesas de los panes presentados y la de plata de las mesas de plata; 17 el oro puro de los tenedores, aspersorios y copas, la cantidad de oro y plata de las tazas respectivas. 18 El oro refinado del altar del incienso y el proyecto del

---

28,1-21 Testamento de David. Luego de un largo paréntesis se empalma con 23,3. El discurso de David (2-10) se centra en el tema de la construcción del Templo, en función del cual Salomón es elegido por Dios como rey. El Templo es entonces la tarea primordial de Salomón. En los versículos 11-19 se hace mención de la entrega de los planos del Templo por parte de David a Salomón. Según las creencias de la época, es la divinidad misma la que entrega los planos del Templo, que ha de ser imagen del Templo celeste y

carro de los querubines de oro, que cubren
con sus alas el arca de la alianza del Señor.
19 Todo esto se hallaba en un escrito que el
Señor le había consignado, explicando la
fabricación del modelo.
20 David añadió a su hijo Salomón:
–Ánimo, sé valiente; pon manos a la
obra. No te asustes ni te acobardes, que el
Señor Dios, mi Dios, está contigo. No te de-
jará ni te abandonará hasta que hayas ter-
minado todas las obras del servicio del
templo. 21 Están a tu disposición las clases
sacerdotales y levíticas que se encuentran
al servicio del templo de Dios, y además de
las autoridades y del pueblo, que están ple-
namente a tus órdenes, también te ayuda-
rán en esta tarea muchos profesionales que
se ofrecerán voluntariamente.

Ofrendas para el Templo
(Éx 25; 35s)

29 1 El rey David dijo luego a toda la
comunidad:
–Mi hijo Salomón, al que Dios eligió, es
joven e inmaduro; sin embargo, la empresa
es enorme, porque no se trata de construir
una casa cualquiera, sino un templo al Se-
ñor Dios. 2 Por eso fui haciendo los prepa-
rativos según mi capacidad: oro para los
objetos de oro, plata para los de plata,
bronce para los de bronce, hierro para los
de hierro, madera para el mobiliario, ónice,
piedras de engaste, azabache, piedras para
mosaicos, toda clase de piedras preciosas
y gran cantidad de alabastro. 3 Además, por
amor al templo de mi Dios, aparte de lo que
ya he preparado para el santuario, entrego
mis tesoros de oro y plata: 4 mil quintales
de oro, de oro de Ofir; dos mil cuatrocien-
tos quintales de plata finísima, para recubrir
las paredes interiores del templo, 5 para los
diversos objetos de oro y plata y para los
trabajos de los orfebres. ¿Quién quiere hoy
ofrecer generosamente al Señor?
6 Los jefes de familia, los jefes de las tri-
bus de Israel, los jefes y oficiales y los ad-
ministradores del rey 7 ofrecieron generosa-
mente para la construcción del templo
ciento setenta quintales de oro, diez mil dá-
ricos, tres mil cuatrocientos treinta quinta-
les de plata, seis mil ciento setenta y cuatro
toneladas de bronce y tres mil cuatrocien-
tas treinta toneladas de hierro. 8 Los que te-
nían piedras preciosas las entregaron a Ye-
jiel, guersonita, para el tesoro del templo.
9 El pueblo, lleno de generosidad, se ale-
graba de ofrecer algo al Señor, y también
David sentía gran alegría.

Oración de David

10 Entonces bendijo al Señor en presen-
cia de toda la comunidad y dijo:
–Bendito seas, Señor, Dios de nuestro
padre Israel, desde siempre y para siempre.
11 A ti, Señor, la grandeza, el poder, el ho-
nor, la majestad y la gloria, porque tuyo es
cuanto hay en cielo y tierra. Tuyo el reino y
el que está por encima de todos. 12 Riqueza
y gloria vienen de ti. Todo lo gobiernas. En
tus manos están la fuerza y el poder, en tus
manos engrandecer y fortalecer a quien
quieras. 13 Nosotros, Dios nuestro, te da-
mos gracias y alabamos tu nombre glorio-
so. 14 Ni yo ni mi pueblo somos nadie para
ofrecerte todo esto, porque todo es tuyo, y
te ofrecemos lo que tu mano nos ha dado.
15 Ante ti somos emigrantes y extranjeros,
igual que nuestros padres. Nuestra vida te-
rrena no es más que una sombra sin espe-
ranza. 16 Señor, Dios nuestro, todo lo que
hemos preparado para construir un templo
a tu santo Nombre viene de tus manos y a
ti te pertenece. 17 Sé, Dios mío, que sonde-
as el corazón y amas la sinceridad. Con sin-
cero corazón te ofrezco todo esto, y veo
con alegría a tu pueblo aquí reunido ofre-

---

que sólo Dios puede revelar (Éx 25–30; Ez 40–46); en este sentido, la estructura del Templo es una especie de revelación (12.20).

29,1-30 Ofrendas para el Templo – Oración de David – Muerte de David y reinado de Salomón. El capítulo se introduce con el ejemplo de David que promueve una colecta generosa para el Templo (1-9). A continuación, el Cronista introduce la oración de acción de gracias de David (10-20) en la que se muestra una profunda relación personal de Dios con el rey y el pueblo y además resalta que todo es de Dios y todo vuelve a Él, y que nuestro mejor don es la sinceridad (15-17). Con esta plegaria el Cronista quiere cerrar la larga narración del reinado de David, quien murió «en buena vejez, colmado de años, riquezas y gloria» (28), signos de la bendición divina.

La entronización de Salomón (21-25) es presentada como una liturgia y se basa en 1 Re 1s. Con esta entronización el Cronista articula el reinado de David con el de su hijo Salomón.

ciéndote sus dones. 18 Señor, Dios de nues-
tros padres Abrahán, Isaac e Israel, conser-
va siempre en tu pueblo esta forma de pen-
sar y de sentir, mantén sus corazones fieles
a ti. 19 Concede a mi hijo Salomón un cora-
zón íntegro para poner en práctica todos
tus preceptos, normas y mandatos, y para
edificarte este templo que he proyectado.
20 David dijo a toda la comunidad:
–Bendigan al Señor, su Dios.
Toda la comunidad bendijo al Señor,
Dios de sus padres, y postrándose rindieron
homenaje al Señor y al rey.
21 Al día siguiente ofrecieron sacrificios y
holocaustos al Señor: mil novillos, mil car-
neros y mil corderos, con sus libaciones, y
numerosos sacrificios por todo Israel. 22
Festejaron aquel día comiendo y bebiendo
en presencia del Señor. Entronizaron por
segunda vez a Salomón, hijo de David, y lo
ungieron jefe por la gracia de Dios. A Sadoc
lo ungieron sacerdote.

Muerte de David y reinado de Salomón

23 Salomón se sentó en el trono del Se-
ñor como sucesor de su padre, David, y
tuvo éxito. Todo Israel le prestó obediencia
24 y todos los generales, los guerreros y los
hijos del rey David prestaron juramento al
nuevo rey. 25 El Señor engrandeció a Salo-
món ante todo Israel y le otorgó una majes-
tad regia que no habían conocido los reyes
anteriores de Israel.
26 David, hijo de Jesé, fue rey de todo Is-
rael. 27 Reinó cuarenta años, siete en He-
brón y treinta y tres en Jerusalén. 28 Murió
en buena vejez, colmado de años, riquezas
y gloria. Su hijo Salomón le sucedió en el
trono. 29 Las gestas de David, de la primera
a la última, están escritas en los libros de
Samuel, el vidente, en la historia del profe-
ta Natán y en la historia del vidente Gad,
30 con todo lo referente a su reinado, a sus
batallas y lo que le sucedió a él, a Israel y a
todos los reinos vecinos.



2 CRÓNICAS

EL REINADO DE SALOMÓN

Visión de Salomón

(1 Re 3,4-15)

1 1 Salomón, hijo de David, se afianzó
en el trono, y el Señor, su Dios, estaba
con él y lo engrandeció. 2 Después de hablar
con los israelitas, con los jefes y oficiales,
los jueces, los príncipes y todos los jefes de
familia, 3 Salomón y toda la comunidad con
él se dirigieron al santuario de Guibeón,
donde estaba la tienda del encuentro con
Dios, la que había hecho en el desierto Moi-
sés, siervo de Dios. 4 El arca de Dios, en
cambio, había sido llevada por David desde
Quiriat Yearim al lugar que él mismo le ha-
bía preparado en Jerusalén, levantando allí
una tienda de campaña para ella. 5 El altar
de bronce que había hecho Besalel, hijo de
Urí, hijo de Jur, también se encontraba allí,
delante del santuario del Señor. 6 Salomón y
la comunidad lo consultaban. Subió Salo-
món al lugar donde se hallaba el altar de
bronce –el que está en presencia del Señor,
delante de la tienda del encuentro– y ofreció
sobre él mil holocaustos.

7 Aquella noche, Dios se apareció a Sa-
lomón y le dijo:

–Pídeme lo que quieras.

8 Salomón respondió a Dios:

–Tú trataste con gran misericordia a mi
padre, David, y me has nombrado sucesor
suyo. 9 Ahora, Señor Dios, que se cumpla
la promesa que hiciste a mi padre, David,
porque tú has sido quien me ha hecho rei-
nar sobre un pueblo numeroso como el pol-
vo de la tierra. 10 Dame ciencia y sabiduría
para dirigir a este pueblo. De lo contrario,
¿quién podría gobernar a este pueblo tuyo
tan numeroso?

11 Contestó Dios a Salomón:

–Por haber sido ése tu deseo, en vez de
pedirme riquezas, bienes, gloria, la muerte
de tus enemigos o una larga vida; por haber
pedido ciencia y sabiduría para gobernar a
mi pueblo, del que te he constituido rey,
12 se te concede la sabiduría y la ciencia, y
también riquezas, bienes y gloria como no
la han tenido los reyes que te precedieron
ni la tendrán tus sucesores.

13 Salomón salió de la tienda del en-
cuentro y volvió desde el santuario de Gui-
beón a Jerusalén, donde reinó en Israel.

Riquezas de Salomón

(1 Re 10,26-29)

14 Salomón juntó carros y caballos. Lle-
gó a tener mil cuatrocientos carros y doce
mil caballos. Los acantonó en las ciudades
con cuarteles para carros y en Jerusalén,
junto a palacio. 15 El rey consiguió que en
Jerusalén la plata y el oro fueran tan co-
rrientes como las piedras, y los cedros tan
numerosos como los sicómoros de la Se-
fela. 16 Los caballos de Salomón provenían

1,1–9,31 El reinado de Salomón. En estos capítulos el Cronista presenta desde su perspectiva el reinado de Salomón siguiendo los datos de 1 Re 1–11. El relato de este libro omite todo los aspectos negativos que manchen la imagen del rey o que no encajen en su grandeza como los crímenes que precedieron su ascensión al trono (1 Re 1s), el juicio de Salomón sobre dos prostitutas (1 Re 3,16-27), la infidelidad del rey en su vejez (1 Re 11,1-13), sus dificultades políticas y económicas (1 Re 11,14-40). El Cronista se centra en la construcción del Templo a la que dedica cinco capítulos (2–7). Salomón es descrito, entonces, como el rey ideal esperado por Israel; el rey que con la construcción del Templo, lleva a acabo el proyecto de David y el designio de Dios. El rey sabio que sabe construir, gobernar, comerciar bien.

Los capítulos 1–9 comienzan (1,14-17) y terminan (9,1-28) con la celebración de la riqueza y de la sabiduría de Salomón.

1,1-13 Visión de Salomón. El Cronista sigue la narración de 1 Re 3,4-15, modificándolo desde su perspectiva teológica: la presencia de Salomón en Guibeón no es un acto de culto privado sino público con dimensiones de peregrinación. Desaparece la referencia al sueño. Además el Cronista ubica en Guibeón la tienda que mandó construir Moisés en el desierto, para justificar la presencia de Salomón en un santuario distinto al de Jerusalén. El primer acto del reinado de Salomón se constituye así en un acto litúrgico, más que político. La sabiduría solicitada por el rey es la capacidad de guiar al pueblo de Dios mediante la construcción del Templo (10).

de Egipto y Cilicia, donde los tratantes del
rey los compraban al contado. 17 Cada ca-
rro importado de Egipto valía seiscientos
pesos, y un caballo, ciento cincuenta. Sus
intermediarios los vendían por el mismo
precio a los reyes hititas y sirios.

CONSTRUCCIÓN DEL TEMPLO

Preparativos
(1 Re 5,20-30)

18 Salomón decidió construir un templo
en honor del Señor y un palacio real.

2 1 Reclutó setenta mil hombres para
transportar cargas y ocho mil para
extraer las piedras de las montañas, y puso
al frente de ellos tres mil seiscientos capa-
taces.

2 Luego envió esta embajada a Jirán, rey
de Tiro:

–Hace tiempo enviaste a mi padre, Da-
vid, madera de cedro para que se constru-
yese un palacio donde habitar. 3 Mira, yo
pienso construir ahora un templo en honor
del Señor, mi Dios, para consagrarlo a él,
quemar incienso de sahumerio en su pre-
sencia, tener siempre los panes presenta-
dos, ofrecer los holocaustos matutinos y
vespertinos, los de los sábados, principios
de mes y solemnidades del Señor, nuestro
Dios. Así se hará siempre en Israel. 4 El
templo que voy a construir debe ser grande,
porque nuestro Dios es el más grande de to-
dos los dioses. 5 ¿Quién se atreverá a cons-
truirle un templo, cuando el cielo y lo más
alto del cielo resultan pequeños para conte-
nerlo? Y, ¿quién soy yo para construirle un
templo, aunque sólo sea para quemar in-
cienso en su presencia? 6 De todos modos,
envíame un hombre que domine el arte de
trabajar el oro, la plata, el bronce, el hierro,
la escarlata, el carmesí, la púrpura y que
sepa grabar. Trabajará con los artesanos
que preparó mi padre, David, y que están a
mi disposición en Judá y Jerusalén. 7 Mán-
dame también madera de cedro, abeto y
sándalo del Líbano. Ya sé que tus siervos
son expertos en talar árboles del Líbano.
Mis esclavos irán con los tuyos 8 para pre-
pararme gran cantidad de madera, porque
el templo que voy a construir será grande y
magnífico. 9 A los taladores les daré para su
manutención veinte mil cargas de trigo,
veinte mil cargas de cebada, veinte mil cán-
taros de vino y veinte mil de aceite.

10 Jirán, rey de Tiro, contestó a Salomón
por escrito: El Señor te ha hecho rey de su
pueblo por lo mucho que lo quiere. 11 Y
añadía: Bendito sea el Señor, Dios de Israel,
que hizo el cielo y la tierra, por haber dado
al rey David un hijo sabio, dotado de sen-
satez y prudencia, dispuesto a construir un
templo al Señor y un palacio real. 12 Te en-
vío a Jirán-Abiu, hombre experto e inteli-
gente, 13 hijo de madre danita y de padre fe-
nicio. Sabe trabajar el oro, la plata, el
bronce, el hierro, la piedra, la madera, la
púrpura roja y violácea, el carmesí, el lino y
hacer toda clase de grabados. Realizará to-
dos los proyectos que le encarguen en co-
laboración con tus artesanos y con los de tu
padre, David, mi señor. 14 Envía a tus servi-
dores el trigo, la cebada, el vino y el aceite
de que hablas. 15 Nosotros talaremos todos
los árboles del Líbano que necesites, te los
enviaremos a Jafa en balsas, por vía marí-
tima, y tú te encargas de transportarlos a
Jerusalén.

1,14-17 Riquezas de Salomón. Esta mención es una expresión de la bendición divina que aprueba el proceder del rey.

1,18–4,22 Construcción del Templo. El Cronista omite la narración de 1 Re 3,15-5,14 y pasa a describir la razón de ser del reinado de Salomón: la construcción del Templo, haciendo solo una rápida alusión al palacio real (2,11). En los capítulos 3s el Cronista describe el edificio construido por Salomón con su mobiliario y utensilios, siguiendo el texto de 1 Re 6s. El Cronista utiliza cifras y medidas exageradas, especialmente en lo que respecta a cantidades de oro. Algunos detalles indican que el autor tenía en mente el Templo reconstruido después del exilio (3,14, Ez 40,5).

1,18–2,17 Preparativos. El capítulo describe la correspondencia diplomática entre salomón y Jirán, rey de Tiro. En esta correspondencia se resalta que para la construcción del Templo, la dirección artística (2,12s) y la mano de obra eran extranjeras (2,16). Se respeta el modelo entregado por Dios a David. El versículo 2,11 hace una ligera mención a la construcción del palacio real (1 Re 5,21).

16 Salomón hizo el censo de todos los emigrantes que se encontraban en territorio israelita, censo posterior al que hizo su padre, David. Eran ciento cincuenta y tres mil seiscientos. 17 Setenta mil los destinó a cargadores, ochenta mil a canteros en la montaña y tres mil seiscientos como capataces al frente del personal.

Las obras
(1 Re 6)

3 1 Salomón comenzó a construir el templo del Señor en Jerusalén, en el monte Moria –donde el Señor se apareció a su padre, David, en el lugar que éste había preparado, en la era de Ornán, el jebuseo–. 2 Comenzó a edificar en el mes segundo del año cuarto de su reinado. 3 Salomón determinó la planta del templo: treinta metros de largo, del patrón antiguo, y diez de ancho. 4 El vestíbulo ante la nave del templo ocupaba diez metros a lo ancho del edificio, y tenía cinco metros de profundidad y diez de altura. Lo revistió por dentro de oro puro. 5 La nave principal la recubrió con madera de abeto y la adornó con palmas y guirnaldas engarzadas en oro fino. 6 Adornó el templo con piedras preciosas y con oro auténtico de Paravín. 7 También revistió de oro la nave, las vigas, los umbrales, las paredes y las puertas. E hizo relieves de querubines en las paredes.

8 Hizo luego la cámara del santísimo. Ocupaba diez metros a lo ancho del edificio y tenía diez de profundidad; la recubrió con doscientos cinco quintales de oro fino. 9 Los clavos, que eran de oro, pesaban cada uno medio kilo. Revistió de oro las habitaciones superiores. 10 Para la cámara del Santísimo encargó a los escultores dos querubines, y los recubrió de oro. 11 Las alas de los querubines abarcaban diez metros; un ala del primero, de dos metros y medio, tocaba la pared interior del edificio; la otra, también de dos metros y medio, rozaba al segundo querubín. 12 Un ala del segundo querubín, de dos metros y medio, tocaba la pared de enfrente, y la otra ala, de dos metros y medio, llegaba hasta un ala del primer querubín. 13 En total, las alas extendidas de los querubines abarcaban diez metros. Estaban de pie, mirando hacia dentro. 14 Hizo el velo de púrpura violeta, escarlata, carmesí y lino, con querubines bordados.

15 Delante de la nave colocó dos columnas de diecisiete metros y medio de altura, rematadas con un capitel de dos metros y medio. 16 Hizo unas guirnaldas en forma de collar y las puso en los capiteles; también hizo cien granadas y las colocó en las guirnaldas. 17 Levantó las columnas a la entrada del templo, una a la derecha y otra a la izquierda. A la derecha la llamó Firme y a la izquierda Fuerte.

(1 Re 7,23-26.40-51)

4 1 Hizo un altar de bronce de diez metros de largo, diez de ancho y cinco de alto. 2 Construyó también un depósito de metal fundido; medía cinco metros de diámetro. Era todo redondo, de dos metros y medio de alto y unos quince de perímetro, medidos a cordel. 3 Por debajo del borde, todo alrededor, daban la vuelta al depósito dos series de figuras de toros –veinte cada metro– fundidas con el depósito en una sola pieza. 4 El depósito descansaba sobre doce toros; los toros, que miraban tres al norte, tres al oeste, tres al sur y tres al este, tenían las patas traseras hacia dentro; encima de ellos iba el depósito. 5 Su espesor era de un palmo y su borde como el de un cáliz de azucena. Su capacidad, unos ciento veinte mil litros.

6 Hizo diez recipientes de bronce; puso cinco a la derecha y cinco a la izquierda. En ellos se lavaba el material de los holocaustos, mientras que el depósito estaba destinado a las abluciones de los sacerdotes. 7 Hizo también diez candelabros de oro, según la forma prescrita, y los puso en el santuario, cinco a la derecha y cinco a la izquierda. 8 También hizo diez mesas y las colocó en el santuario, cinco a la derecha y

3,1–4,22 Las obras. Este episodio está dividido en tres partes: la elección del lugar (3,1s), la construcción del Templo (3,3-14), y la enumeración del mobiliario (3,15–4,22). Con relación al lugar, se respeta la elección de David y se relaciona con el sacrificio de Isaac; esto añade prestigio al Templo ya que se relaciona el sacrificio que Dios pide a Abrahán con los que se realizarán el futuro Templo. La referencia al segundo mes (3,2) y al velo del Templo (3,14), remiten al Templo reconstruido después del exilio (Esd 3,8).

cinco a la izquierda. Hizo cien aspersorios
de oro.
9 Construyó el atrio de los sacerdotes, el
atrio mayor y sus puertas, que recubrió de
bronce. 10 El depósito lo puso a la derecha,
hacia el sudeste.
11 Jirán hizo también los calderos, los
ceniceros y los aspersorios. Así ultimó to-
dos los encargos de Salomón para el tem-
plo del Señor: 12 las dos columnas, las dos
esferas de los capiteles que remataban las
columnas, las dos guirnaldas para adornar
esas esferas, 13 las cuatrocientas granadas
para las dos guirnaldas –dos series de gra-
nadas por guirnalda–, 14 las diez bases y
los diez recipientes que iban sobre ellas,
15 el depósito sobre los doce toros, 16 las
ollas, ceniceros y tenedores. Todos los
utensilios que Jirán-Abiu hizo al rey Salo-
món para el templo del Señor eran de
bronce bruñido. 17 Los fundió en el valle del
Jordán, junto al vado de Adamá, entre Su-
cot y Seredá.
18 Salomón hizo todos estos objetos;
eran tantos que no se calculó el peso del
bronce. 19 También hizo los demás utensi-
lios del templo: el altar de bronce, las me-
sas sobre las que se ponen los panes pre-
sentados, 20 los candelabros con sus
lámparas, de oro puro, para que ardieran
como está mandado delante del camarín,
21 los cálices, lámparas y tenazas de oro, de
oro purísimo; 22 los cuchillos, aspersorios,
bandejas, incensarios de oro puro, y tam-
bién de oro los goznes de las puertas del
camarín y de la nave.

DEDICACIÓN DEL TEMPLO

(1 Re 8,1–9,8)

Traslado del Arca

5 1 Cuando se terminaron todos los en-
cargos del rey para el templo, Salo-
món hizo traer las ofrendas de su padre,
David –plata, oro y vasos–, y las depositó
en el tesoro del templo de Dios. 2 Entonces
Salomón convocó en Jerusalén a los an-
cianos de Israel, a los jefes de las tribus y a
los cabezas de familia de los israelitas para
transportar el arca de la alianza del Señor
desde la Ciudad de David, o sea, Sión. 3 To-
dos los israelitas se congregaron en torno
al rey en la fiesta del mes séptimo. 4 Cuan-
do llegaron todos los ancianos de Israel, los
levitas cargaron con el arca, 5 y los sacer-
dotes levitas la trasladaron, junto con la
tienda del encuentro y los utensilios del
culto que había en la tienda. 6 El rey Salo-
món, acompañado de toda la asamblea de
Israel, reunida con él ante el arca, sa-
crificaba una cantidad incalculable de ove-
jas y bueyes.
7 Los sacerdotes llevaron el arca de la
alianza del Señor a su sitio, al camarín del
templo, al santísimo, bajo las alas de los
querubines; 8 los querubines extendían sus
alas sobre el sitio del arca y cubrían el arca
y las andas por encima 9 –las andas eran lo
bastante largas como para que se viera el
remate desde la nave, delante del camarín,
pero no desde fuera–. Allí se conservan ac-
tualmente. 10 En el arca sólo había las dos
tablas que escribió Moisés en el Horeb,
cuando el Señor pactó con los israelitas al
salir de Egipto.
11 Cuando los sacerdotes salieron del
santuario –todos los sacerdotes presentes
sin distinción de clases se habían puri-
ficado–, 12 los levitas cantores –Asaf, He-
mán, Yedutún, sus hijos y sus hermanos–,

5,1–7,22 Dedicación del Templo. Estos tres capítulos están centrados en el tema de la Dedicación del Templo, que desde la perspectiva del Cronista constituye el punto central del reinado de Salomón. El texto amplía y modifica el relato de 1 Re 8,1–9,8; asimismo, el Cronista trata de armonizar el relato del Primer libro de los Reyes con las prácticas cultuales propias de su tiempo.

5,1–6,2 Traslado del Arca. El relato del traslado del Arca a Jerusalén y su entrada en el Templo se divide en dos partes. Una primera parte que narra el traslado del Arca en forma de una liturgia (5,1-10), donde todo Israel se congrega en torno del rey para tal acto (5,2s). Según el versículo 4 los portadores del Arca ya no son los sacerdotes sino los levitas (véase 1 Cr 23,13s; Nm 3,31). La segunda parte (5,11–6,2) sigue a 1 Re 8,10-13; narra cómo Dios toma posesión del Templo, insistiendo en la importancia de los levitas cantores. Termina el relato con una acción de gracias por parte de Salomón (6,1s).

vestidos de lino fino, con platillos, arpas y
cítaras, estaban de pie al este del altar,
acompañados de ciento veinte sacerdotes
que tocaban las trompetas. 13 Trompeteros
y cantores entonaron al unísono los himnos
y la acción de gracias al Señor; y cuando
ellos elevaban la voz al son de las trompe-
tas, de los platillos y de los instrumentos
musicales para alabar al Señor, porque es
bueno, porque es eterna su misericordia,
una nube llenó el templo, 14 de forma que
los sacerdotes no podían seguir oficiando a
causa de la nube, porque la gloria del Señor
llenaba el templo de Dios.

6 1 Entonces Salomón dijo:
–El Señor quiere habitar en las ti-
nieblas; 2 y yo te he construido un palacio,
un sitio donde vivas para siempre.

Plegaria de Salomón
(1 Re 8,14-53)

3 Luego se volvió y bendijo a toda la
asamblea de Israel mientras ésta permane-
cía de pie 4 y dijo:
–Bendito el Señor, Dios de Israel, que ha
cumplido con su mano lo que su boca ha-
bía anunciado a mi padre David cuando le
dijo: 5 Desde el día que saqué del país de
Egipto a mi pueblo, no elegí ninguna ciu-
dad de las tribus de Israel para hacerme un
templo donde residiera mi Nombre, y no
elegí a nadie para que fuese caudillo de mi
pueblo, Israel, 6 sino que elegí a Jerusalén
para poner allí mi Nombre y elegí a David
para que estuviera al frente de mi pueblo,
Israel. 7 Mi padre, David, pensó edificar un
templo en honor del Señor, Dios de Israel,
8 y el Señor le dijo: Ese proyecto que tienes
de construir un templo en mi honor, haces
bien en tenerlo; 9 sólo que tú no construirás
ese templo, sino que un hijo de tus entrañas
será quien construya ese templo en mi ho-
nor. 10 El Señor ha cumplido la promesa
que hizo; yo he sucedido en el trono de Is-
rael a mi padre, David, como prometió el
Señor, y he construido este templo en ho-
nor del Señor, Dios de Israel. 11 Y en él he
colocado el arca, donde se conserva la
alianza que el Señor pactó con los hijos de
Israel.

12 Salomón, de pie ante el altar del Se-
ñor, en presencia de toda la asamblea de Is-
rael, extendió las manos. 13 Salomón había
hecho un estrado de bronce de dos metros
y medio de largo por dos y medio de ancho
y uno cincuenta de alto, y lo había coloca-
do en medio del atrio; subió a él, se arrodi-
lló frente a toda la asamblea de Israel, ele-
vó las manos al cielo 14 y dijo:
–Señor, Dios de Israel. Ni en el cielo ni
en la tierra hay un Dios como tú, que man-
tienes la Alianza y eres fiel con tus servi-
dores cuando caminan delante de ti de
todo corazón como tú quieres. 15 Tú has
cumplido, a favor de mi padre, David, la
promesa que le habías hecho y hoy mismo
has realizado con tu mano lo que había di-
cho tu boca. 16 Ahora, Señor, Dios de Is-
rael, mantén en favor de tu siervo, mi pa-
dre, David, la promesa que le hiciste: No te
faltará un descendiente que esté sentado
delante de mí en el trono de Israel, a con-
dición de que tus hijos sepan comportarse,
caminando por mi ley como has caminado
tú. 17 Ahora, Señor, Dios de Israel, confir-
ma la promesa que hiciste a tu siervo Da-
vid. 18 Aunque, ¿es posible que Dios habi-
te con los hombres en la tierra? Si no
cabes en el cielo y lo más alto del cielo,
¡cuánto menos en este templo que te he
construido!

19 Vuelve tu rostro a la oración y súplica
de tu servidor, Señor, Dios mío, escucha el
clamor y la oración que te dirige tu servi-
dor. 20 Día y noche estén tus ojos abiertos
sobre este templo, sobre el sitio donde qui-
siste que residiera tu Nombre. ¡Escucha la
oración que tu servidor te dirige en este si-
tio! 21 Escucha las súplicas de tu servidor y
de tu pueblo, Israel, cuando recen en este

6,3-42 Plegaria de Salomón. He aquí una larga plegaria que el Cronista pone en labios de Salomón. Esta construida sobre el texto de 1 Re 8,14-53. La plegaria está compuesta en dos partes: una dirigida al pueblo (6,3-11) y otra como oración personal (6,12-42). En la primera, resalta el tema de la elección de Jerusalén como la ciudad que Dios eligió para erigir el Templo, y la elección de David y Salomón para construirlo. Resalta el hecho de que en el Templo mora el «Nombre del Señor» (5.6.8.10). La segunda parte, es una súplica de intersección en favor del pueblo con una perspectiva mucho más universal (32). Se reconoce que Dios trasciende los límites del Templo (18) y que solo en él habita su Nombre (20).

sitio; escucha tú desde tu morada del cielo, escucha y perdona.

22 Cuando uno peque contra otro, si se le exige juramento y viene a jurar ante tu altar en este templo, 23 escucha tú desde el cielo y haz justicia a tus servidores: condena al culpable dándole su merecido y absuelve al inocente pagándole según su inocencia.

24 Cuando tu pueblo, Israel, sea derrotado por el enemigo por haber pecado contra ti, si se convierten y confiesan su pecado, y rezan y suplican ante ti en este templo, 25 escucha tú desde el cielo y perdona el pecado de tu pueblo, Israel, y hazlos volver a la tierra que les diste a ellos y a sus padres.

26 Cuando, por haber pecado contra ti, se cierre el cielo y no haya lluvia, si rezan en este lugar, te confiesan su pecado y se arrepienten cuando tú los afliges, 27 escucha tú desde el cielo y perdona el pecado de tu servidor, de tu pueblo, Israel, mostrándole el buen camino que deben seguir y envía la lluvia a la tierra que diste en herencia a tu pueblo.

28 Cuando en el país haya hambre, peste, sequía y plagas en los sembrados, langostas y saltamontes; cuando el enemigo cierre el cerco a algunas de sus ciudades; en cualquier calamidad o enfermedad, 29 si uno cualquiera, o todo tu pueblo, Israel, ante los remordimientos y el dolor, extiende las manos hacia este templo y te dirige oraciones y súplicas, 30 escucha tú desde el cielo donde moras, perdona y actúa, paga a cada uno según su conducta, tú que conoces el corazón, porque solo tú conoces el corazón humano; 31 así te respetarán y marcharán por tus sendas mientras vivan en la tierra que tú diste a nuestros padres.

32 Pero también al extranjero que no pertenece a tu pueblo, Israel: cuando venga de un país lejano, atraído por tu gran fama, tu mano fuerte y tu brazo extendido, cuando venga a rezar en este templo, 33 escúchalo tú desde el cielo, donde moras, haz lo que te pida, para que todas las naciones del mundo conozcan tu fama y te respeten como tu pueblo, Israel, y sepan que tu Nombre ha sido invocado en este templo que he construido.

34 Cuando tu pueblo salga en campaña contra sus enemigos por el camino que le señales, si rezan a ti vueltos hacia esta ciudad que has elegido y al templo que he construido en tu honor, 35 escucha tú desde el cielo su oración y súplica y hazles justicia.

36 Cuando pequen contra ti –porque nadie está libre de pecado– y tú, irritado con ellos, los entregues al enemigo, y los vencedores los destierren a un país lejano o cercano, 37 si en el país donde viven deportados reflexionan y se convierten, y en el país de su destierro te suplican diciendo: Hemos pecado, hemos faltado, somos culpables; 38 si en el país del destierro adonde los han deportado se convierten a ti con todo el corazón y con toda el alma, y rezan vueltos a la tierra que habías dado a sus padres, hacia la ciudad que elegiste y el templo que he construido en tu honor, 39 desde el cielo donde moras escucha tú su oración y súplica, hazles justicia y perdona a tu pueblo los pecados cometidos contra ti. 40 Que tus ojos, Dios mío, estén abiertos y tus oídos atentos a las súplicas que se hagan en este lugar.

41 Y ahora, levántate, Señor Dios, ven a tu mansión, ven con el arca de tu poder; que tus sacerdotes, Señor Dios, se vistan de gala, que tus fieles rebosen de felicidad. 42 Señor Dios, no rechaces a tu ungido; recuerda la lealtad de David, tu servidor.

Fiesta

7 1 Cuando Salomón terminó su oración, bajó fuego del cielo, que devoró el holocausto y los sacrificios. La gloria del Señor llenó el templo, 2 y los sacerdotes no podían entrar en él porque la gloria del Señor llenaba el templo. 3 Los israelitas, al ver que el fuego y la gloria del Señor bajaban al templo, se postraron rostro en tierra sobre el pavimento y adoraron y dieron gracias al

7,1-22 Fiesta. En una primera parte el Cronista nos muestra la fiesta de la Dedicación del Templo. Siguiendo a 1 Re 8,54-66 pero modificando su cronología, hace coincidir la Dedicación con la fiesta de las Chozas (9S). En la segunda parte (11-22) se narra la respuesta de Dios a Salomón. Enuncia el principio de retribución, tan importante para el Cronista, que más adelante aplicará a los demás reyes de Judá.

Señor, porque es bueno, porque es eterna
su misericordia.
4 El rey y todo el pueblo ofrecieron sa-
crificios al Señor, 5 el rey Salomón inmoló
veintidós mil toros y ciento veinte mil ove-
jas. Así dedicaron el templo de Dios el rey
y todo el pueblo. 6 Los sacerdotes oficiaban
de pie, mientras los levitas cantaban al Se-
ñor con los instrumentos que había hecho
el rey David para alabar y dar gracias al Se-
ñor, porque es eterna su misericordia; los
sacerdotes se hallaban frente a ellos y to-
dos los israelitas se mantenían de pie.
7 Salomón consagró el atrio interior que
hay delante del templo, ofreciendo allí los
holocaustos y la grasa de los sacrificios de
comunión, porque en el altar de bronce que
hizo Salomón no cabían los holocaustos, la
ofrenda y la grasa. 8 En aquella ocasión Sa-
lomón celebró durante siete días la fiesta;
acudió todo Israel, un gentío inmenso, des-
de el paso de Jamat hasta el río de Egipto.
Después de festejar la dedicación del altar
durante siete días, 9 al octavo celebraron
una asamblea solemne y luego otros siete
días de fiesta. 10 El día veintitrés del mes
séptimo Salomón despidió a la gente y ellos
marcharon a sus casas alegres y contentos
por todos los beneficios que el Señor había
hecho a David, a Salomón y a su pueblo,
Israel.
11 Salomón terminó el templo del Señor
y el palacio real; todo cuanto había desea-
do hacer para el templo y el palacio le sa-
lió perfectamente. 12 Se le apareció el Se-
ñor de noche y le dijo:
–He escuchado tu oración y elijo este lu-
gar como templo para los sacrificios.
13 Cuando yo cierre el cielo y no haya lluvia,
cuando ordene a la langosta que devore la
tierra, cuando envíe la peste contra mi pue-
blo, 14 si mi pueblo, que lleva mi Nombre,
se humilla, ora, me busca y abandona su
mala conducta, yo lo escucharé desde el
cielo, perdonaré sus pecados y sanaré su
tierra. 15 Mantendré los ojos abiertos y los
oídos atentos a las súplicas que se hagan
en este lugar. 16 Elijo y consagro este tem-
plo para que esté en él mi Nombre eterna-
mente. Mi corazón y mis ojos estarán siem-
pre en él. 17 Y en cuanto a ti, si procedes de
acuerdo conmigo como tu padre, David,
haciendo exactamente lo que yo te mando
y cumpliendo mis mandatos y decretos,
18 conservaré tu trono real como pacté con
tu padre, David: No te faltará un descen-
diente que gobierne a Israel. 19 Pero si apos-
tatan y descuidan los mandatos y preceptos
que les he dado y se van a dar culto a otros
dioses y los adoran, 20 los arrancaré de mi
tierra que les di, rechazaré el templo que he
consagrado a mi Nombre y lo convertiré en
el refrán y la burla de todas las naciones.
21 Y todos los que pasen junto a este templo
que fue tan magnífico se asombrarán, co-
mentando: ¿Por qué ha tratado el Señor de
tal manera a este país y a este pueblo? 22 Y
les dirán: Porque abandonaron al Señor, el
Dios de sus padres, que los había sacado de
Egipto, y siguieron a otros dioses, los ado-
raron y les dieron culto; por eso les ha
echado encima esta catástrofe.

EMPRESAS Y FAMA DE SALOMÓN

Diversas noticias sobre Salomón

(1 Re 9,10-28)

8 1 Salomón construyó el templo del
Señor y el palacio durante veinte
años. 2 Fortificó las ciudades que le había
dado Jirán e instaló en ellas a los israeli-
tas. 3 Luego se dirigió contra Jamat de
Sobá y se apoderó de ella. 4 Fortificó Tad-
mor, en el desierto, y todas las ciudades
de aprovisionamiento que había construi-
do en Jamat. 5 Convirtió Bet-Jorón de
Arriba y Bet-Jorón de Abajo en plazas
fuertes, con murallas, puertas y cerrojos.
6 Lo mismo hizo con Balat, con los centros
de aprovisionamiento que tenía Salomón,
las ciudades con cuarteles de carros y ca-

8,1–9,31 Empresas y fama de Salomón. En esta sección el Cronista se vale de 1 Re 9,10-28; 10,1-40 para construir su relato. Sin embargo, omite 1 Re 11,1-40 que contiene un juicio muy fuerte al reinado de Salomón. Por el contrario, insiste en aquello que lo ha destacado como son su sabiduría y sus riquezas. La sección está construida en tres momentos: enumeración de algunas construcciones ordenadas por Salomón (8,1-16);

ballería, y cuanto quiso construir en Je-
rusalén, en el Líbano y en todas las tierras
de su Imperio.
7 Salomón hizo un reclutamiento de tra-
bajadores no israelitas entre los descen-
dientes que quedaban todavía de los hititas,
amorreos, fereceos, heveos y jebuseos
8 –pueblos que los israelitas no habían ex-
terminado–. 9 A los israelitas no les impuso
trabajos forzados, sino que le servían como
soldados, funcionarios, jefes y oficiales de
carros y caballería. 10 Los jefes y capataces
que mandaban a los obreros eran doscien-
tos cincuenta.
11 A la hija del Faraón la trasladó de la
Ciudad de David al palacio que le había
construido, porque pensaba: El palacio de
David, rey de Israel, quedó consagrado por
la presencia del arca del Señor; mi mujer
no puede vivir en él.
12 Salomón ofrecía holocaustos al Señor
sobre el altar del Señor que había construi-
do delante del atrio. 13 Observaba el rito
diario de los holocaustos y las prescripcio-
nes de Moisés referentes a los sábados,
principios de mes y las tres solemnidades
anuales: la fiesta de los Ázimos, la de las
Semanas y la de las Chozas. 14 Siguiendo
las prescripciones de su padre, David, asig-
nó a las clases sacerdotales sus servicios; a
los levitas, sus funciones de cantar y oficiar
en presencia de los sacerdotes, según el
rito de cada día; y a los porteros los encar-
gó por grupos de cada una de las puertas.
Así lo había dispuesto David, el hombre de
Dios. 15 No se desviaron de lo que el rey ha-
bía mandado a los sacerdotes y a los levi-
tas en cosa alguna, ni siquiera en lo refe-
rente a los almacenes. 16 Así llevó a cabo
toda la obra, desde el día en que puso los
cimientos del templo del Señor hasta su
terminación.
17 Salomón se dirigió entonces a Esión
Gueber y Elot, en la costa de Edom. 18 Por
medio de sus ministros, Jirán le envió una
flota y marineros expertos. Fueron a Ofir
con los funcionarios de Salomón y trajeron
de allí al rey Salomón unos dieciséis mil ki-
los de oro.

Visita de la reina de Sabá
(1 Re 10,1-13)

9 1 La reina de Sabá oyó la fama de Sa-
lomón y fue a desafiarlo con enigmas.
Llegó a Jerusalén con una gran caravana
de camellos cargados de perfumes y oro en
gran cantidad y piedras preciosas. Entró en
el palacio de Salomón y le propuso todo lo
que pensaba. 2 Salomón resolvió todas sus
consultas; no hubo una cuestión tan oscura
que Salomón no le pudiera resolver.
3 Cuando la reina de Sabá vio la sa-
biduría de Salomón, la casa que había
construido, 4 los manjares de su mesa, toda
la corte sentada a la mesa, los camareros
con sus uniformes, sirviendo, los coperos
con sus uniformes, los holocaustos que
ofrecía en el templo del Señor, se quedó
asombrada 5 y dijo al rey:
–Es verdad lo que me contaron en mi
país de ti y tu sabiduría. 6 Yo no quería cre-
erlo, pero ahora que he venido y lo veo con
mis propios ojos, resulta que no me habían
dicho ni la mitad. En abundancia de sabi-
duría superas todo lo que yo había oído.
7 ¡Dichosa tu gente, dichosos los cortesa-
nos que están siempre en tu presencia
aprendiendo de tu sabiduría! 8 ¡Bendito sea
el Señor, tu Dios, que, por el amor con que
quiere conservar para siempre a Israel, te
ha elegido para colocarte en el trono, como
rey de ellos por la gracia del Señor, tu Dios,
para que gobiernes con justicia!
9 La reina regaló al rey cuatro mil kilos
de oro, gran cantidad de perfumes y pie-
dras preciosas; nunca hubo perfumes como
los que la reina de Sabá regaló al rey Salo-
món.
10 Los servidores de Jirán y los de Salo-
món, que transportaban el oro de Ofir, tra-
jeron también madera de sándalo y piedras
preciosas. 11 Con la madera de sándalo el
rey hizo entarimados para el templo del Se-
ñor y el palacio real, y cítaras y arpas para
los cantores. Nunca se había visto madera
semejante en la tierra de Judá.
12 Por su parte, el rey Salomón regaló a
la reina de Sabá todo lo que a ella se le an-
tojó, superando lo que ella misma había lle-

la gloria de Salomón expresada en el reconocimiento de los reyes extranjeros y su riqueza extraordinaria (8,17–9,28), y por último, la muerte de Salomón. La campaña contra el rey Jamat mencionada en 8,3 es históricamente probable. En 9,29 se citan tres fuentes a las que remite el Cronista, las cuales desconocemos.

vado al rey. Después ella y su séquito em-
prendieron el viaje de vuelta a su país.

Riqueza, sabiduría y comercio exterior
(1 Re 10,14-28; 11,41-43)

13 El oro que recibía Salomón al año
eran veintitrés mil trescientos kilos, 14 sin
contar el proveniente de impuestos a los
comerciantes y al tránsito de mercancías; y
todos los reyes de Arabia y los gobernado-
res del país llevaban oro y plata a Salomón.
15 El rey Salomón hizo doscientos es-
cudos de oro trabajado a martillo, gastando
seis kilos y medio en cada uno, 16 y tres-
cientos escudos más pequeños de oro tra-
bajado a martillo, gastando medio kilo de
oro en cada uno; los puso en el salón lla-
mado Bosque del Líbano. 17 Hizo un gran
trono de marfil, recubierto de oro puro;
18 tenía seis gradas, un cordero de oro en el
respaldo, brazos a ambos lados del asiento,
dos leones de pie junto a los brazos, 19 y
doce leones de pie a ambos lados de las
gradas. Nunca se había hecho cosa igual
en ningún reino.
20 Toda la vajilla de Salomón era de oro,
y todo el ajuar del salón Bosque del Líbano
era de oro puro; nada de plata, que en
tiempos de Salomón no se le daba impor-
tancia, 21 porque el rey tenía una flota que
iba a Tarsis con los siervos de Jirán, y cada
tres años volvían las naves de Tarsis carga-
dos de oro, plata, marfil, monos y pavos
reales.
22 En riqueza y sabiduría, el rey Salomón
superó a todos los reyes de la tierra. 23 To-
dos los reyes del mundo venían a visitarlo,
para aprender de la sabiduría de que Dios
lo había llenado. 24 Y cada cual traía su ob-
sequio: vajillas de plata y oro, mantos, ar-
mas y aromas, caballos y mulos. Y así to-
dos los años.
25 Salomón tenía en sus caballerizas
cuatro mil caballos de tiro, carros y doce
mil caballos de montar. Los acantonó en las
ciudades con cuarteles de carros y en Je-
rusalén, cerca de palacio. 26 Tenía poder
sobre todos los reyes, desde el Éufrates
hasta la región filistea y la frontera de Egip-
to. 27 Salomón consiguió que en Jerusalén
la plata fuera tan corriente como las pie-
dras, y los cedros, como los sicómoros de
la Sefela. 28 Los caballos de Salomón pro-
venían de Egipto y de otros países.
29 Para más datos sobre Salomón, del
principio al fin de su reinado, véase la his-
toria del profeta Natán, la profecía de Ajías
de Siló y las visiones del vidente Idó a pro-
pósito de Jeroboán, hijo de Nabat. 30 Salo-
món reinó en Jerusalén sobre todo Israel
cuarenta años. 31 Cuando murió lo enterra-
ron en la Ciudad de David, su padre. Su hijo
Roboán le sucedió en el trono.

LOS REYES DE JUDÁ HASTA EL EXILIO

El cisma
(1 Re 12,1-24)

10 1 Roboán fue a Siquén, porque todo
Israel había acudido allí para procla-
marlo rey. 2 Cuando se enteró Jeroboán,
hijo de Nabat –que estaba todavía en Egip-
to, adonde había ido huyendo del rey Salo-
món–, se volvió de Egipto. 3 Lo mandaron
llamar, y él se presentó con toda la asam-
blea israelita. Entonces hablaron así a Ro-
boán:
4 –Tu padre nos impuso un yugo pesado.
Aligera ahora la dura servidumbre a que
nos sujetó tu padre y el yugo pesado que
nos echó encima, y te serviremos.
5 Él les dijo:
–Vuelvan a verme dentro de tres días.
Ellos se fueron, 6 y el rey Roboán consul-
tó a los ancianos que habían estado al ser-
vicio de su padre, Salomón, mientras vivía:
–¿Qué respuesta me aconsejan dar a
esta gente?

10,1–36,23 Los reyes de Judá hasta el exilio. La última parte de la obra del Cronista está dedicada a la historia del reino de Judá, desde Salomón hasta los tiempos del exilio, eliminando casi por completo toda referencia al reino del norte. Para el Cronista el reino de Judá representará todo Israel.

El criterio de valoración de cada rey será su fidelidad a Dios. Como modelos de esa fidelidad sobresalen cuatro figuras ideales: Asá, Josafat, Josías y sobre todo Ezequías. Junto a los reyes aparecen los profetas, cuyo anuncio se condensa en advertencias y en insistentes invitaciones a la fidelidad hacia el Señor. En rea-

7 Le dijeron:
–Si te portas bien con este pueblo, si
eres condescendiente con ellos y les res-
pondes con buenas palabras, serán servi-
dores tuyos de por vida.
8 Pero él desechó el consejo de los an-
cianos y consultó a los jóvenes que se ha-
bían educado con él y estaban a su servi-
cio. 9 Les preguntó:
–Esta gente me pide que les aligere el
yugo que les echó encima mi padre. ¿Qué
me aconsejan que les responda?
10 Los jóvenes que se habían educado
con él le respondieron:
–O sea, que esa gente te ha dicho: Tu
padre nos impuso un yugo pesado, tú alí-
vianos esa carga. Diles esto: Mi dedo meñi-
que es más grueso que la cintura de mi pa-
dre. 11 Si mi padre les cargó un yugo
pesado, yo les aumentaré la carga; si mi
padre los castigó con azotes, yo los casti-
garé con latigazos.
12 Al tercer día, la fecha señalada por el
rey, Jeroboán y todo el pueblo fueron a ver
a Roboán. 13 El rey les respondió áspera-
mente; desechó el consejo de los ancianos
14 y les habló siguiendo el consejo de los
jóvenes:
–Si mi padre los cargó con un yugo pe-
sado,
yo les aumentaré la carga;
si mi padre los castigó con azotes,
yo los castigaré con latigazos.
15 De manera que el rey no hizo caso al
pueblo, porque era una ocasión buscada
por el Señor para que se cumpliese la Pala-
bra del Señor que Ajías, el de Siló, comuni-
có a Jeroboán, hijo de Nabat.
16 Viendo los israelitas que el rey no les
hacía caso, le replicaron:
–¿Qué parte tenemos nosotros con Da-
vid?
¡No tenemos herencia común con el hijo
de Jesé!
¡A tus tiendas, Israel!
¡Ahora, David, a cuidar de tu casa!
Los de Israel se marcharon a casa,
17 aunque los israelitas que vivían en las po-
blaciones de Judá siguieron sometidos a
Roboán. 18 El rey Roboán envió entonces a
Adorán, encargado de las brigadas de tra-
bajadores, pero los israelitas lo mataron a
pedradas. Y el mismo rey Roboán tuvo que
subir precipitadamente a su carro y huir a
Jerusalén.
19 Así fue como se independizó Israel de
la casa de David, hasta hoy.

Roboán de Judá (931-914)
(1 Re 14,26-31)

11 1 Cuando Roboán llegó a Jerusalén,
movilizó ciento ochenta mil solda-
dos de Judá y Benjamín para luchar contra
Israel y recuperar el reino. 2 Pero el Señor
dirigió la palabra al profeta Semayas:
3 –Di a Roboán, hijo de Salomón, rey de
Judá, y a todos los israelitas de Judá y
Benjamín: 4 Así dice el Señor: No vayan a
luchar contra sus hermanos; que cada cual
se vuelva a su casa, porque esto ha suce-
dido por voluntad mía.
Obedecieron a las palabras del Señor y
desistieron de la campaña contra Jero-
boán.
5 Roboán habitó en Jerusalén y constru-
yó fortalezas en Judá. 6 Restauró Belén,
Etán, Tecua, 7 Bet-Sur, Socó, Adulán, 8 Gat,
Maresa, Zif, 9 Adoraym, Laquis, Azecá,
10 Sora, Ayalón y Hebrón, fortalezas de
Judá y Benjamín. 11 Reforzó las fortalezas,

---

lidad, el Cronista invita a la comunidad post-exílica a buscar a Dios, a mantenerse fiel a Aquel que se ha mantenido fiel a su pueblo, a pesar de las dificultades.

10,1-19 El cisma. Este relato se basa en 1 Re 12,1-24. Aquí la rebelión de Jeroboán es presentada como castigo por los pecados de Salomón (4.10s.14) narrados en 1 Re 11,1-13, que el Cronista ha ignorado. Además, da por supuesto que los lectores conocen la rebelión de Jeroboán y el episodio del profeta Ajías de Silo narrados en 1 Re 11,29-40 (15). Presentado de esta manera, las quejas de las tribus del norte carecen de fundamento. El cisma del norte es presentado entonces como una rebelión de un siervo contra su señor (13,6). En realidad, el Cronista se ve obligado a hablar del cisma ya que éste entra en contradicción con su perspectiva teológica de un Israel unido y fiel.

11,1–13,23 Roboán de Judá – Abías de Judá. El reinado de Roboán sigue a 1 Re 12–14 en parte. Esta sección se podría dividir en tres grandes apartados: la fase positiva del reinado de Roboán (11), la fase negativa de su reinado (12) y el contraste con la fidelidad del reinado de Abías (13).

Fase positiva **(11,1-23).** El reinado se introduce presentando a Roboán como fiel a la Palabra del Señor que le ordena no luchar contra Jeroboán. La lista de ciudades (5-12) es probablemente auténtica, aun-

puso en ellas comandantes y las proveyó
de almacenes de víveres, aceite y vino.
12 Todas las ciudades tenían escudos y lan-
zas; estaban perfectamente armadas. Reinó
en Judá y Benjamín.

13 Los sacerdotes y levitas de todo Israel
acudían desde sus tierras para unirse a él;
14 los levitas abandonaron sus campos de
pastoreo y posesiones para establecerse en
Judá y Jerusalén, porque Jeroboán y sus
hijos les habían prohibido ejercer el sacer-
docio del Señor, 15 nombrando por su cuen-
ta sacerdotes para los santuarios de los lu-
gares altos, para los sátiros y para los
terneros que había fabricado. 16 Tras ellos,
israelitas de todas las tribus deseosos de
servir al Señor, Dios de Israel, fueron a Je-
rusalén para ofrecer sacrificios al Señor,
Dios de sus padres. 17 Consolidaron el reino
de Judá e hicieron fuerte a Roboán, hijo de
Salomón, durante tres años, tiempo en el
que imitaron la conducta de David y Salo-
món.

18 Roboán se casó con Majlat, hija de Ye-
rimot, hijo de David y de Abijaíl, hija de
Eliab, de Jesé. 19 Le dio varios hijos: Yeús,
Semarías y Zahan. 20 Después se casó con
Maacá, hija de Absalón, que le dio a Abías,
Atay, Zizá y Selomit. 21 Roboán quería a
Maacá más que a todas sus otras mujeres y
concubinas; tuvo dieciocho esposas y se-
tenta concubinas y engendró veintiocho hi-
jos y setenta hijas.

22 A Abías, hijo de Maacá, lo puso al
frente de sus hermanos, escogiéndolo
como sucesor. 23 Repartió prudentemente a
sus hijos por todo el territorio de Judá y
Benjamín y por todas las fortalezas, dándo-
les gran cantidad de víveres y procurándo-
les muchas mujeres.

12 1 Pero cuando Roboán consolidó su
reino y se hizo fuerte, él y todo Israel
abandonaron la ley del Señor. 2 Por haberse
rebelado contra el Señor, el año quinto de
su reinado, Sisac, rey de Egipto, atacó Je-
rusalén 3 con mil doscientos carros, sesen-
ta mil jinetes y una multitud innumerable de
libios, suquíes y cusitas procedentes de
Egipto. 4 Conquistaron las fortalezas de
Judá y llegaron hasta Jerusalén. 5 Entonces
el profeta Semayas se presentó a Roboán y
a las autoridades de Judá, que se habían
reunido en Jerusalén por miedo a Sisac, y
les dijo:

–Así dice el Señor: Ustedes me han
abandonado, yo los abandono ahora en
manos de Sisac.

6 Las autoridades de Israel y el rey con-
fesaron humildemente:

–El Señor tiene razón.

7 Cuando el Señor vio que se habían hu-
millado, dirigió su palabra a Semayas:

–Han sido humildes, no los aniquilaré.
Los salvaré dentro de poco y no derramaré
mi cólera sobre Jerusalén por medio de Si-
sac. 8 Pero le quedarán sometidos para que
aprecien lo que es servirme a mí y lo que es
servir a los reyes de la tierra.

9 Sisac, rey de Egipto, atacó Jerusalén y
se apoderó de los tesoros del templo y del
palacio; se llevó todo, incluso los escudos
de oro que había hecho Salomón. 10 Para
sustituirlos, el rey Roboán hizo escudos de
bronce y se los encomendó a los jefes de la
escolta que vigilaban el acceso a palacio
11 cada vez que el rey iba al templo, los de
la escolta los agarraban y luego volvían a
dejarlos en el cuerpo de guardia. 12 Por ha-
berse humillado, el Señor apartó su cólera
de él y no lo destruyó por completo. Tam-
bién en Judá hubo cierto bienestar.

13 El rey Roboán se reafirmó en Jerusa-
lén y siguió reinando. Tenía cuarenta y un
años cuando subió al trono y reinó diecisie-
te en Jerusalén, la ciudad que el Señor ha-
bía elegido como propiedad personal entre
todas las tribus de Israel. Su madre se lla-

---

que es muy seguro que las haya fortificado solo tras la invasión de Sisac, faraón de Egipto (12,1-12). Con el desplazamiento de sacerdotes y levitas (13-17) el autor quiere inculcar que el centro del culto se encuentra en Jerusalén y que los levitas fueron fieles al Templo desde el inicio.

Fase negativa **(12,1-16).** Mediante un esquema de pecado, humillación y perdón; el Cronista aplica la doctrina de la retribución al caso de Roboán. Ante el abandono de su Ley, el Señor exige humillación del rey y del pueblo por intermedio del profeta Semayas (6.7.12). Como el pueblo se humilla, el Señor no destruye del todo a Judá (12). El capítulo concluye caracterizando a Roboán como aquel que «obró mal porque no se dedicó de corazón a servir al Señor» (14).

maba Naamá y era amonita. 14 Obró mal
porque no se dedicó de corazón a servir al
Señor.
15 Las gestas de Roboán, de las primeras
a las últimas, se hallan escritas en la Histo-
ria del profeta Semayas y del vidente Idó.
Hubo guerras continuas entre Roboán y Je-
roboán. 16 Cuando murió lo enterraron en la
Ciudad de David. Su hijo Abías le sucedió
en el trono.

Abías de Judá (914-911)
(1 Re 15,1-8)

13 1 Abías subió al trono de Judá el año
dieciocho del reinado de Jeroboán.
2 Reinó tres años en Jerusalén. Su madre se
llamaba Maacá y era hija de Uriel, el de Gui-
beá. Hubo guerra entre Abías y Jeroboán.
3 Abías emprendió la guerra con un ejército
de cuatrocientos mil soldados aguerridos.
Jeroboán le hizo frente con ochocientos mil
soldados aguerridos. 4 Abías se situó en la
cumbre del monte Semaraín, en la sierra de
Efraín, y gritó:
–Jeroboán, israelitas, escúchenme:
5 ¿Acaso no saben que el Señor, Dios de Is-
rael, ha dado a David y a sus descendien-
tes el trono de Israel para siempre, por me-
dio de una alianza indestructible? 6 Sin
embargo, Jeroboán, hijo de Nabat, emple-
ado de Salomón, hijo de David, se rebeló
contra su señor, 7 rodeándose de gente des-
ocupada y sin escrúpulos que se impusie-
ron a Roboán, hijo de Salomón, aprove-
chándose de que no podía dominarlos por
ser joven y débil de carácter. 8 Ahora se
proponen hacer frente al reino del Señor,
administrado por los descendientes de Da-
vid. Ustedes son muy numerosos, tienen
con ustedes los ídolos que les hizo Jero-
boán, los terneros de oro; 9 han expulsado a
los aaronitas, sacerdotes del Señor, y a los
levitas; se han hecho sacerdotes como los
pueblos paganos: a cualquiera que traiga
un novillo y siete carneros lo ordenan sa-
cerdote de los falsos dioses. 10 En cuanto a
nosotros, el Señor es nuestro Dios y no lo
hemos abandonado; los sacerdotes que sir-
ven al Señor son los aaronitas y los encar-
gados del culto los levitas; 11 ofrecen al Se-
ñor holocaustos matutinos y vespertinos y
perfumes fragantes, presentan los panes
sobre la mesa pura y encienden todas las
tardes el candelabro de oro y sus lámparas.
Porque nosotros observamos las prescrip-
ciones del Señor, nuestro Dios, al que uste-
des han abandonado. 12 Sepan que Dios
está con nosotros, al frente. Sus sacerdotes
darán con las trompetas el toque de guerra
contra ustedes. Israelitas, no luchen contra
el Señor, Dios de sus padres, porque no po-
drán vencer.
13 Mientras tanto, Jeroboán destacó una
patrulla para sorprenderlos por la espalda.
El grueso del ejército quedó frente a los de
Judá y el destacamento a su espalda. 14 Los
judíos, al volverse, observaron que los ata-
caban de frente y por la espalda. 15 Enton-
ces clamaron al Señor, los sacerdotes toca-
ron las trompetas, la tropa lanzó el grito de
guerra y en aquel momento Dios derrotó a
Jeroboán y a los israelitas ante Abías y
Judá. 16 Los israelitas huyeron ante los judí-
os y el Señor los entregó en sus manos.
17 Abías y su tropa les causaron una gran
derrota, cayendo muertos quinientos mil
soldados de Israel. 18 En aquella ocasión los
israelitas quedaron humillados, mientras los
de Judá se hicieron fuertes por haberse
apoyado en el Señor, Dios de sus padres.
19 Abías persiguió a Jeroboán y le arre-
bató algunas ciudades: Betel y sus pobla-
dos, Yesaná y sus poblados, Efrón y sus
poblados. 20 Jeroboán no consiguió recu-
perarse en tiempos de Abías; el Señor lo hi-
rió y murió. 21 Abías, por el contrario, se
hizo cada vez más fuerte. Tuvo catorce mu-
jeres y engendró veintidós hijos y dieciséis
hijas.
22 Las restantes gestas de Abías, su con-
ducta y sus empresas, se hallan escritas en

Fidelidad de Abías **(13,1-23).** Apoyándose en las noticias de 1 Re 15,1-8, el Cronista reelabora la historia desde una perspectiva nueva: a pesar de reinar tres años, el Cronista hace del rey un hombre fiel a Dios, digno sucesor de David y Salomón. La guerra contra Jeroboán (3) es probablemente cierta y da ocasión para introducir un discurso de Abías a las tribus del norte (4-12): los del norte (8.11) no son reino del Señor, no tienen dinastía legítima sino un rey usurpador, no tienen un Dios verdadero sino ídolos, no tienen sacerdotes ni culto válido. Luchar contra Judá (10), es luchar contra el Señor (12). Consecuencia lógica, la derrota de Jeroboán (13-18).

el Comentario del profeta Idó. 23 Cuando
murió lo enterraron en la Ciudad de David
y le sucedió en el trono su hijo Asá, en cuyo
tiempo el país gozó de paz durante diez
años.

Asá de Judá (911-870)
(1 Re 15,9-24)

14 1 Asá hizo lo que el Señor, su Dios,
aprueba y estima. 2 Suprimió los al-
tares de los cultos extranjeros y los santua-
rios de los lugares altos, destrozó las pie-
dras conmemorativas y cortó los pilares
sagrados. 3 Animó a Judá a servir al Señor,
Dios de sus padres, y a observar la ley y los
preceptos. 4 Suprimió los santuarios paga-
nos y los altares de incienso en todas las
ciudades de Judá. El reino gozó de paz en
su época. 5 Aprovechando esta paz que le
concedió el Señor, la calma que reinaba en
el país y la ausencia de guerras durante
aquellos años, construyó fortalezas en
Judá. 6 Para ello propuso a los judíos:
–Podemos disponer libremente del país
porque hemos servido al Señor, nuestro
Dios, y él nos ha concedido paz con los ve-
cinos. Vamos a construir estas ciudades y a
rodearlas de murallas con torres, puertas y
cerrojos.
Así lo hicieron con pleno éxito.
7 Asá dispuso de un ejército de trescien-
tos mil judíos, armados de escudo y lanza,
y doscientos ochenta mil benjaminitas, ar-
mados de escudos pequeños y arco. Todos
eran buenos soldados.
8 Zéraj de Cus salió a su encuentro con
un ejército de un millón de hombres y tres-
cientos carros. Cuando llegó a Maresa,
9 Asá le hizo frente y entablaron batalla en
el valle de Sefatá, junto a Maresa.
10 Asá invocó al Señor, su Dios:
–Señor, cuando quieres ayudar no dis-
tingues entre poderosos y débiles. Ayúda-
nos, Señor, Dios nuestro, que en ti nos apo-
yamos y en tu nombre nos dirigimos contra
esa multitud. Tú eres nuestro Dios. No te
dejes vencer por un hombre.
11 El Señor derrotó a los cusitas ante Asá
y Judá. Los cusitas huyeron, 12 pero Asá los
persiguió con su tropa hasta Guerar. El Se-
ñor y sus huestes los destrozaron. Murieron
tantos cusitas, que no pudieron rehacerse.
El botín fue enorme. 13 Aprovechando que
los poblados de la región de Guerar eran
presa de un pánico sagrado, los asaltaron y
saquearon porque había en ellos gran bo-
tín. 14 Mataron también a unos pastores y
volvieron a Jerusalén con gran cantidad de
ovejas y camellos.

15 1 El Espíritu del Señor vino sobre
Azarías, hijo de Oded. 2 Salió al en-
cuentro de Asá, y le dijo:
–Escúchenme, Asá, Judá y Benjamín: Si
están con el Señor, él estará con ustedes; si
lo buscan, se dejará encontrar; pero si lo
abandonan, él los abandonará. 3 Durante
muchos años Israel vivió sin Dios verdade-
ro, sin sacerdote que lo instruyese, sin ley.
4 Pero en el peligro volvieron al Señor, Dios
de Israel; lo buscaron, y él se dejó encon-
trar. 5 En aquellos tiempos nadie vivía en
paz, todos los habitantes del país sufrían
grandes turbaciones. 6 Pueblos y ciudades
se destruían mutuamente, porque Dios los
turbaba con toda clase de peligros. 7 Pero
ustedes manténganse firmes y no desfallez-
can, que sus obras tendrán recompensa.
8 Cuando Asá escuchó esta profecía de
Azarías, hijo de Oded, se animó a suprimir
los ídolos de todo el territorio de Judá y
Benjamín y de las ciudades que había con-
quistado en la sierra de Efraín, y reparó el
altar del Señor que se hallaba delante del
vestíbulo. 9 Luego reunió a los judíos, a los
benjaminitas y a los de Efraín, Manasés y
Simeón que residían entre ellos, porque

14,1–16,14 Asá de Judá. Los tres capítulos del reinado de Asá reelaboran las noticias suministradas por 1 Re 15,9-24. En el Libro de los Reyes la figura de Asá es ambigua. El Cronista resuelve las contradicciones introduciendo una división temporal. La primera etapa (14s) está sellada por una reforma religiosa y culmina en una magnífica victoria. Luego sucede un doble pecado: buscar apoyo en una potencia extranjera (16,1-6) lo que es una deslealtad porque indica desconfianza en el Señor; y perseguir a un profeta que lo invita al arrepentimiento y la búsqueda de Dios (16,7-10). Como consecuencia vienen las guerras continuas y una enfermedad que acaba con él (16,11-14). Recurriendo exclusivamente a remedios humanos, el rey muestra que no ha comprendido el sentido de la dolencia y agrava el pecado. De esta manera su reinado se convierte en un ejemplo viviente del principio de la retribución.

muchos israelitas se habían pasado a su
bando al ver que el Señor, su Dios, estaba
con él. 10 Se reunieron en Jerusalén en
mayo del año quince del reinado de Asá.
11 Sacrificaron al Señor setecientos toros y
siete mil ovejas del botín que habían traído,
12 e hicieron un pacto, comprometiéndose a
servir al Señor, Dios de sus padres, con
todo el corazón y toda el alma, 13 y a con-
denar a muerte a todo el que no lo obser-
vase, grande o pequeño, hombre o mujer.
14 Así lo juraron al Señor a grandes voces,
entre vítores y al son de trompetas y cuer-
nos. 15 Todo Judá festejó el juramento; lo
habían hecho de corazón, buscando al Se-
ñor con sincera voluntad; él se dejó encon-
trar por ellos y les concedió paz con sus ve-
cinos.

16 El rey Asá le quitó el título de reina
madre a su madre, Maacá, por haber hecho
una imagen de Astarté. Destrozó la imagen,
la redujo a polvo y la quemó en el torrente
Cedrón. 17 No desaparecieron de Israel los
santuarios paganos, pero el corazón de Asá
perteneció íntegramente al Señor durante
toda su vida. 18 Llevó al templo las ofrendas
de su padre y las suyas propias: plata, oro
y utensilios.

19 Los treinta y cinco primeros años de
su reinado no hubo guerras.

16 1 Pero el año treinta y seis del reina-
do de Asá, Basá de Israel hizo una
campaña contra Judá y fortificó Ramá para
cortar las comunicaciones a Asá de Judá.
2 Éste sacó entonces plata y oro de los te-
soros del templo y del palacio y los envió a
Ben-Adad, rey de Siria, que residía en Da-
masco, con este mensaje: 3 Hagamos un
tratado de paz, como lo hicieron tu padre y
el mío. Aquí te mando plata y oro. Anda,
rompe tu alianza con Basá de Israel para
que se retire de mi territorio. 4 Ben-Adad le
hizo caso y envió a sus generales contra las
ciudades de Israel, devastando Iyón, Dan,
Abel Maym y todos los depósitos de las ciu-
dades de Neftalí. 5 En cuanto se enteró
Basá, dejó de fortificar Ramá e hizo parar
las obras. 6 El rey Asá movilizó entonces a
todo Judá; desmontaron las piedras y leños
con que Basá fortificaba Ramá y los apro-
vecharon para fortificar Guibeá y Mispá.

7 En aquella ocasión, el vidente Jananí
se presentó ante Asá, rey de Judá, y le dijo:

–Por haberte apoyado en el rey de Siria
en vez de apoyarte en el Señor, tu Dios, se
te ha escapado de las manos el ejército del
rey de Siria. 8 También los cusitas y libios
constituían un gran ejército, con innumera-
bles carros y caballos; pero entonces te
apoyaste en el Señor, tu Dios, y él los puso
en tus manos. 9 Porque el Señor repasa la
tierra entera con sus ojos para fortalecer a
los que le son leales de corazón. Has hecho
una locura y en adelante vivirás en guerra.

10 Asá se indignó con el vidente, e irrita-
do con él por sus palabras, lo metió en la
cárcel. Por entonces se ensañó también
con otras personas del pueblo.

11 Para las gestas de Asá, de las prime-
ras a las últimas, véanse los Anales de los
reyes de Judá e Israel.

12 El año treinta y nueve de su reinado
enfermó de los pies. Aunque la enfermedad
se fue agravando, acudió sólo a los médi-
cos, sin acudir al Señor ni siquiera en la en-
fermedad. 13 Asá murió el año cuarenta y
uno de su reinado, yendo a reunirse con sus
antepasados. 14 Lo enterraron en el sepul-
cro que se había excavado en la Ciudad de
David. Lo pusieron en un lecho lleno de un
ungüento confeccionado a base de aromas
y perfumes, y encendieron en su honor una
gran hoguera.

Josafat de Judá (870-848)
(1 Re 22,1-59)

17 1 Le sucedió en el trono su hijo Jo-
safat, que logró imponerse al reino
de Israel. 2 Instaló guarniciones en todas las
fortalezas de Judá, y nombró gobernadores
en el territorio de Judá y en las ciudades de
Efraín, que había conquistado su padre,
Asá.

17,1–20,37 Josafat de Judá. La narración del reinado de Josafat amplía y modifica el texto de 1 Re 22,1-59 donde la figura del rey no es tan destacada. El Cronista desarrolla ampliamente la figura de Josafat en cuatro cuadros complementarios y opuestos que se van alternando: reforma religiosa y militar (17), batalla y victoria (18), reforma judicial (19), nueva victoria (20). Para realizar la reforma no se contenta con cortar abusos sino que emprende una campaña de instrucción catequética, por medio de predicadores y ca-

3 El Señor estuvo con Josafat porque
imitó la antigua conducta de su padre y no
servía a los baales, 4 sino al Dios de su pa-
dre, cumpliendo sus preceptos; no imitó la
conducta de Israel. 5 El Señor consolidó el
reino en sus manos; todo Judá le pagaba
tributo, y Josafat llegó a tener gran riqueza
y prestigio. 6 Su orgullo era caminar por las
sendas del Señor, y volvió a suprimir los
santuarios paganos y las piedras conme-
morativas de Judá.
7 El año tercero de su reinado envió a al-
gunos jefes, Ben-Jail, Abdías, Zacarías,
Natanael y Miqueas, a instruir a los habi-
tantes de las ciudades de Judá. 8 Iban con
ellos los levitas Semayas, Natanías, Zeba-
días, Asael, Semiramot, Jonatán, Adonías,
Tobías y Tobadonías y los sacerdotes Elisa-
má y Jorán. 9 Recorrieron como instructo-
res de Judá todas las ciudades de Judá, lle-
vando el libro de la ley del Señor, e
instruyeron al pueblo.
10 Todos los reinos vecinos de Judá, pre-
sos de un pánico sagrado, se abstuvieron
de luchar contra Josafat. 11 Los filisteos le
pagaban tributo copioso en dinero; tam-
bién los árabes le traían ganado menor:
siete mil setecientos carneros y siete mil
setecientos chivos. 12 Josafat se hizo cada
vez más poderoso. Construyó fortalezas y
ciudades de aprovisionamiento en Judá.
13 Tenía muchos empleados en las ciuda-
des de Judá. En Jerusalén disponía de sol-
dados valientes y aguerridos, 14 alistados
por familias:
Alto Mando de Judá: Adnaj, capitán ge-
neral, con trescientos mil soldados; 15 a sus
órdenes, el general Juan, con doscientos
ochenta mil, 16 y Amasías, hijo de Zicrí, que
servía al Señor como voluntario, al mando
de doscientos mil.
17 De Benjamín: el valeroso Elyadá, con
doscientos mil hombres, armados de arco y
escudo; 18 a sus órdenes estaba Yehozabad,
con ciento ochenta mil hombres disponi-
bles. 19 Todos éstos se hallaban al servicio
del rey, sin contar los que éste había desti-
nado a las fortalezas de Judá.

18 1 Cuando Josafat llegó al colmo de
su riqueza y prestigio emparentó con
Ajab. 2 Años más tarde bajó a Samaría a visi-
tar a Ajab. Éste mató gran cantidad de ove-
jas y de toros para él y para su séquito; luego
lo incitó a atacar a Ramot de Galaad. 3 Ajab,
rey de Israel, dijo a Josafat, rey de Judá:
–¿Quieres venir conmigo contra Ramot
de Galaad?
Josafat le respondió:
–Tú y yo, tu ejército y el mío, iremos
juntos a la guerra.
4 Luego añadió:
–Consulta antes el oráculo del Señor.
5 El rey de Israel reunió a los profetas,
cuatrocientos hombres, y les preguntó:
–¿Podemos atacar a Ramot de Galaad, o
lo dejo?
Respondieron:
–Vete. Dios se la entrega al rey.
6 Entonces Josafat preguntó:
–¿No queda por ahí algún profeta del
Señor para preguntarle?
7 El rey de Israel le respondió:
–Queda todavía uno, Miqueas, hijo de
Yimlá, por cuyo medio podemos consultar
al Señor; pero yo lo aborrezco, porque nun-
ca me profetiza cosas buenas, sino siempre
desgracias.

---

tequistas ambulantes (17,7-9). Las medidas militares están en continuidad con las tomadas por su padre, Asá. La reforma religiosa sirve de base a la reforma judicial. El eje de esta reforma judicial fue el cumplimiento de las disposiciones del Deuteronomio y los avisos de los profetas sobre los jueces (Dt 1,16s). En cuanto a las expediciones militares, la del capítulo 18 coincide con 1 Re 22, en cambio la del capítulo 20 es creación del autor. Su intención es didáctica: el Cronista está instruyendo a sus paisanos que confíen en el Señor, que no se mezclen en alianzas o en compromisos con otros pueblos, a ellos solo les toca contemplar cómo el Señor actúa en los sucesos y recibir el premio por su lealtad sin reservas; la fuerza no está en las armas sino en la protección de Dios, por eso 20,1-30 más que una batalla, parece un acto litúrgico: en la víspera el rey proclama un ayuno con asamblea litúrgica (20,3); en ella pronuncia una oración ante el pueblo y Dios responde con un oráculo, que los cantores corean con aclamaciones (20,4-19). A la mañana siguiente el rey pronuncia una arenga religiosa y organiza sus tropas como una procesión. Durante los cantos Dios desbarata al enemigo; los judíos suben a contemplar la derrota (20,20-29). La conclusión del reinado de Josafat (20,31–21,1) está tomada de 1 Re 22,41-51 y en ella el fracaso de Josafat se atribuye a su alianza con el rey de Israel.

Josafat dijo:
–¡No hable así el rey!
8 El rey de Israel llamó a un funcionario
y le dijo:
–Que venga en seguida Miqueas, hijo de
Yimlá.
9 El rey de Israel y Josafat de Judá esta-
ban sentados en sus tronos, con sus vesti-
duras reales, en la plaza, junto a la puerta
de Samaría, mientras todos los profetas
gesticulaban ante ellos. 10 Sedecías, hijo de
Cananá, se hizo unos cuernos de hierro y
decía:
–Así dice el Señor: Con éstos embestirás
a los sirios hasta acabar con ellos.
11 Y todos los profetas coreaban:
–¡Ataca a Ramot de Galaad! Triunfarás,
el Señor te la entrega.
12 Mientras tanto, el mensajero que ha-
bía ido a llamar a Miqueas le dijo:
–Ten en cuenta que todos los profetas a
una le están profetizando buena fortuna al
rey. A ver si tu oráculo es como el de cual-
quiera de ellos y anuncias la victoria.
13 Miqueas replicó:
–¡Por la vida de Dios! ¡Diré lo que Dios
me manda!
14 Cuando se presentó al rey, éste le pre-
guntó:
–Miqueas, ¿podemos atacar a Ramot de
Galaad, o lo dejo?
Miqueas le respondió:
–Vete, triunfarás. El Señor te la entrega.
15 El rey le dijo:
–Pero, ¿cuántas veces tendré que to-
marte juramento de que me dices única-
mente la verdad en nombre del Señor?
16 Entonces Miqueas dijo:
–Estoy viendo a Israel desparramado
por los montes, como ovejas sin pastor. Y el
Señor dice: No tienen amo. Vuelva cada
cual a su casa y en paz.
17 El rey de Israel comentó con Josafat:
–¿No te lo dije? No me profetiza cosas
buenas, sino desgracias.
18 Miqueas continuó:
–Por eso, escuchen la Palabra del Señor:
Vi al Señor sentado en su trono. Todo el
ejército celeste estaba de pie a derecha e iz-
quierda, 19 y el Señor preguntó: ¿Quién po-
drá engañar a Ajab, rey de Israel, para que
vaya y muera en Ramot de Galaad? Unos
proponían una cosa, otros otra. 20 Hasta
que se adelantó un espíritu y, puesto de pie
ante el Señor, dijo: Yo lo engañaré. El Señor
le preguntó: ¿Cómo? 21 Respondió: Iré y me
transformaré en oráculo falso en la boca de
todos los profetas. El Señor le dijo: Con-
seguirás engañarlo. Vete y hazlo. 22 Como
ves, el Señor ha puesto oráculos falsos en
la boca de esos profetas tuyos, porque el
Señor ha decretado tu ruina.
23 Entonces Sedecías, hijo de Cananá,
se acercó a Miqueas y le dio una bofetada,
diciéndole:
–¿Por dónde se me ha escapado el Es-
píritu del Señor para hablarte a ti?
24 Miqueas respondió:
–Lo verás tú mismo el día en que vayas
escondiéndote de habitación en habitación.
25 Entonces el rey de Israel ordenó:
–Apresen a Miqueas y llévenlo al gober-
nador Amón y al príncipe Joás. 26 Díganles:
Por orden del rey, metan a éste en la cárcel
y ténganlo a pan y agua hasta que yo vuel-
va victorioso.
27 Miqueas dijo:
–Si tú vuelves victorioso, el Señor no ha
hablado por mi boca.
28 El rey de Israel y Josafat de Judá fue-
ron contra Ramot de Galaad. 29 El rey de Is-
rael dijo a Josafat:
–Voy a disfrazarme antes de entrar en
combate. Tú vete con tu tropa.
Se disfrazó y marcharon al combate.
30 El rey sirio había ordenado a los co-
mandantes de los carros que no atacasen a
chico ni grande, sino sólo al rey de Israel.
31 Y cuando los comandantes de los carros
vieron a Josafat, comentaron:
–¡Aquél es el rey de Israel!
Y se lanzaron contra él. Pero Josafat gri-
tó, y el Señor vino en su ayuda, alejándolos
de él. 32 Los comandantes vieron que aquél
no era el rey de Israel, y lo dejaron. 33 Un
soldado disparó el arco al azar e hirió al rey
de Israel, atravesándole la coraza. El rey
dijo al conductor de su carro:
–Da la vuelta y sácame del campo de
batalla, porque estoy herido.
34 Pero aquel día arreció el combate, de
manera que sostuvieron al rey de Israel de
pie en su carro frente a los sirios hasta el
atardecer. Murió a la puesta del sol.

19 1 Josafat de Judá volvió sano y salvo a su palacio de Jerusalén. 2 Pero el vidente Jehú, hijo de Jananí, le salió al encuentro y le dijo:

–¿Conque ayudas a los malvados y te alías con los enemigos del Señor? El Señor se ha indignado contigo por eso. 3 Pero cuentas también con buenas acciones: has quemado los postes sagrados de este país y has servido a Dios con constancia.

4 Josafat estableció su residencia en Jerusalén, pero volvió a visitar al pueblo, desde Berseba hasta la sierra de Efraín, convirtiéndolo al Señor, Dios de sus padres. 5 Estableció jueces en cada una de las fortalezas del territorio de Judá 6 y les advirtió:

–Cuidado con lo que hacen, porque no juzgarán con autoridad de hombres, sino con la de Dios, que estará con ustedes cuando pronuncien sentencia. 7 Por tanto, teman al Señor y procedan con cuidado. Porque el Señor, nuestro Dios, no admite injusticias, favoritismos ni sobornos.

8 También en Jerusalén designó a algunos levitas, sacerdotes y jefes de familia para que se encargasen del derecho divino y de los litigios de los habitantes de Jerusalén. 9 Les dio esta orden:

–Obren siempre con temor de Dios, con honradez e integridad. 10 Cuando sus hermanos que habitan en sus ciudades les presenten un caso de asesinato, o bien los consulten sobre leyes, preceptos, mandatos o decretos, instrúyanlos para que no se hagan culpables ante el Señor y no se derrame su cólera sobre ustedes y sus hermanos. Si actúan así estarán libres de culpa. 11 El sumo sacerdote Amarías presidirá las causas religiosas, y Zebadías, hijo de Ismael, jefe de la casa de Judá, las civiles. Los levitas estarán al servicio de ustedes. Tengan ánimo y pónganse a trabajar, y que el Señor esté con los buenos.

20 1 Algún tiempo después los moabitas, los amonitas y algunos meunitas vinieron a combatir contra Josafat. 2 Informaron a éste:

–Una gran multitud procedente de Edom, al otro lado del Mar Muerto, se dirige contra ti; ya se encuentran en Jasasón Tamar –la actual Engadí–.

3 Josafat, asustado, decidió recurrir al Señor, proclamando un ayuno en todo Judá. 4 Judíos de todas las ciudades se reunieron para pedir consejo al Señor. 5 Josafat se colocó en medio de la asamblea de Judá y Jerusalén, en el templo, delante del atrio nuevo, 6 y exclamó:

–Señor, Dios de nuestros padres. ¿No eres tú el Dios del cielo, el que gobierna los reinos de la tierra, lleno de fuerza y de poder, al que nadie puede resistir? 7 ¿No fuiste tú, Dios nuestro, quien expulsaste a los moradores de esta tierra delante de tu pueblo, Israel, y la entregaste para siempre a los descendientes de tu amigo Abrahán? 8 La habitaron y construyeron en ella un santuario en tu honor, pensando: 9 Cuando nos ocurra una calamidad –espada, inundación, peste o hambre– nos presentaremos ante ti en este templo –porque en él estás presente–, te invocaremos en nuestro peligro y tú nos escucharás y salvarás. 10 Cuando Israel venía de Egipto no le permitiste atravesar el territorio de los amonitas, el de los moabitas y la montaña de Seír; en vez de destruirlos se alejó de ellos. 11 Y ahora nos lo pagan disponiéndose a expulsarnos de la propiedad que tú nos concediste. 12 Tú los juzgarás, Dios nuestro, porque nosotros nada podemos contra ese gran ejército que se nos viene encima. No sabemos qué hacer si no es poner los ojos en ti.

13 Todos los judíos con sus mujeres e hijos, incluso los chiquillos, permanecían de pie ante el Señor. 14 En medio de la asamblea, un descendiente de Asaf, el levita Yajziel, hijo de Zacarías, hijo de Benayas, hijo de Yeguiel, hijo de Matanías, tuvo una inspiración del Señor 15 y dijo:

–Judíos, habitantes de Jerusalén, y tú, rey Josafat, presten atención. Así dice el Señor: No se asusten ni se acobarden ante esa inmensa multitud, porque la batalla no es cosa de ustedes, sino de Dios. 16 Mañana bajarán contra ellos cuando vayan subiendo la Cuesta de Hassís; les saldrán al encuentro al final del barranco que hay frente al desierto de Yeruel. 17 No tendrán necesidad de combatir; permanezcan quietos y firmes contemplando cómo el Señor los salva. Judá y Jerusalén, no se asusten

ni acobarden. Salgan mañana a su encuen-
tro, que el Señor estará con ustedes.
18 Josafat se postró rostro en tierra y to-
dos los judíos y los habitantes de Jerusalén
cayeron ante el Señor para adorarlo. 19 Los
levitas corajitas descendientes de Quehat
se levantaron para alabar a grandes voces
al Señor, Dios de Israel.
20 De madrugada se pusieron en marcha
hacia el desierto de Tecua. Cuando salían,
Josafat se detuvo y dijo:
–Judíos y habitantes de Jerusalén, es-
cúchenme: confíen en el Señor, su Dios, y
subsistirán; confíen en sus profetas, y ven-
cerán.
21 De acuerdo con el pueblo, dispuso
que un grupo revestido de ornamentos sa-
grados avanzara al frente de los guerreros
cantando y alabando al Señor con estas pa-
labras: Den gracias al Señor, porque es
eterna su misericordia.
22 Apenas comenzaron los cantos de jú-
bilo y de alabanza, el Señor sembró discor-
dias entre los amonitas, los moabitas y los
serranos de Seír que venían contra Judá, y
se mataron unos a otros. 23 Los amonitas y
moabitas decidieron destruir y aniquilar a
los de Seír, y cuando terminaron con ellos,
se destruyeron mutuamente. 24 Cuando los
hombres de Judá llegaron a la cima desde
donde se divisa el desierto y miraron hacia
el ejército enemigo, no vieron más que ca-
dáveres tendidos por el suelo; nadie se ha-
bía salvado. 25 Josafat y su ejército fueron
a saquear el botín. Encontraron mucho ga-
nado, provisiones, vestidos y objetos de
valor. Recogieron hasta no poder con más.
El botín fue tan copioso que tardaron tres
días en recogerlo. 26 Al cuarto día se reu-
nieron en Emec Berecá –lugar al que die-
ron este nombre, con el que se conoce has-
ta hoy, porque allí bendijeron al Señor– 27 y
todos los judíos y jerosolimitanos, con Jo-
safat al frente, emprendieron la vuelta a
Jerusalén, festejando la victoria que el Se-
ñor les había concedido sobre sus ene-
migos. 28 Una vez en Jerusalén, desfilaron
hasta el templo al son de arpas, cítaras y
trompetas.
29 Los reinos circundantes fueron presa
de un pánico sagrado al saber que el Señor
luchaba contra los enemigos de Israel. 30 El
reino de Josafat gozó de calma y su Dios le
concedió paz con sus vecinos.
31 Josafat reinó en Judá. Tenía treinta y
cinco años cuando subió al trono y reinó en
Jerusalén, veinticinco años. Su madre se
llamaba Azubá y era hija de Sijlí. 32 Imitó la
conducta de su padre, Asá, sin desviarse de
ella, haciendo lo que el Señor aprueba.
33 Pero no desaparecieron los santuarios
paganos y el pueblo no se mantuvo fiel al
Dios de sus padres.
34 Para más datos sobre Josafat, desde
el principio hasta el fin de su reinado, véa-
se la Historia de Jehú, hijo de Jananí, in-
serta en el libro de los reyes de Israel. 35 Jo-
safat de Judá se alió con Ocozías de Israel,
aunque éste era un malvado. 36 Lo hizo
para construir una flota con destino a Tar-
sis; construyeron las naves en Esión Gue-
ber. 37 Pero el maresita Eliezer, hijo de Do-
davías, profetizó contra Josafat, diciendo:
–Por haberte aliado con Ocozías, el Se-
ñor destruirá tu obra.
Efectivamente, las naves zozobraron y
no pudieron ir a Tarsis.

Jorán de Judá (848-841)

(2 Re 8,17-22)

21 1 Murió Josafat y lo enterraron con
sus antepasados en la Ciudad de Da-
vid. Su hijo Jorán le sucedió en el trono.
2 Tenía varios hermanos de padre: Azarías,
Yejiel, Zacarías, Azarías, Miguel y Sefatías,
todos ellos hijos de Josafat de Judá. 3 Su
padre les dejó gran cantidad de plata, oro y
objetos de valor, además de fortalezas en
Judá; pero el trono se lo dejó a Jorán por
ser el primogénito. 4 Cuando se afianzó en el
trono de su padre, asesinó a todos sus her-
manos y también a algunos jefes de Israel.
5 Tenía treinta y dos años cuando subió
al trono y reinó en Jerusalén ocho años.

21,1-20 Jorán de Judá. Para el Cronista el reinado de Jorán es uno de los momentos más oscuros del reino de Judá; un período que termina en la regencia de la reina Atalía a quien sucede Joas, gracias a una revuelta. Indudablemente Jorán fue un mal rey. El reinado inicia con un fratricidio en masa (4) y termina con una idolatría declarada (11-15). Su muerte es presentada como un castigo de Dios: prematura, dolorosa, sin funeral ni sepultura real (18-20). La referencia al profeta Elías es anacrónica.

6 Imitó la conducta de los reyes de Israel,
las acciones de la casa de Ajab, porque se
casó con una hija de éste. Hizo lo que el Se-
ñor reprueba. 7 Pero el Señor no quiso des-
truir la casa de David, a causa del pacto
que había hecho con David, y porque le ha-
bía prometido mantener siempre encendida
su lámpara y la de sus hijos.
8 En su tiempo, Edom se independizó de
Judá y se nombró un rey. 9 Jorán fue con
sus generales y todos sus carros, se levan-
tó de noche, y aunque desbarató al ejército
idumeo, que lo había envuelto a él y a los
oficiales del escuadrón de carros, 10 Edom
se independizó de Judá hasta hoy; también
Libná consiguió entonces la independencia.
Esto ocurrió por haber abandonado al Se-
ñor, Dios de sus padres.
11 Levantó santuarios paganos en los
montes de Judá, arrastró a la idolatría a los
habitantes de Jerusalén y descarrió a Judá.
12 El profeta Elías le mandó a decir por es-
crito: Así dice el Señor, Dios de tu padre,
David: Por no haber imitado la conducta de
tu padre, Josafat, y la de Asá, rey de Judá,
13 sino la conducta de los reyes de Israel;
por haber fomentado la idolatría en Judá y
entre los habitantes de Jerusalén, copiando
las prácticas idolátricas de la casa de Ajab,
y por haber asesinado a tus hermanos, la
casa de tu padre, que valían todos más que
tú, 14 el Señor herirá a tu pueblo, tus hijos,
tus mujeres y tus posesiones con una plaga
terrible. 15 Y tú mismo padecerás muchas
dolencias y una enfermedad maligna te
consumirá las entrañas día tras día.
16 El Señor excitó contra Jorán la hosti-
lidad de los filisteos y de los árabes que ha-
bitaban junto a los cusitas. 17 Subieron a
Judá, la invadieron y se llevaron todas las
riquezas que encontraron en palacio junto
con sus mujeres e hijos. Sólo le quedó el
más pequeño, Joacaz. 18 Después de esto,
el Señor le hirió las entrañas con una enfer-
medad insanable. 19 Pasaron los días y al
cabo de dos años la enfermedad le consu-
mió las entrañas; murió entre atroces dolo-
res. Su pueblo no le encendió una hoguera,
como había hecho con sus predecesores.
20 Tenía treinta y dos años cuando subió
al trono y reinó en Jerusalén ocho años.
Desapareció sin que nadie lo añorase. Lo
enterraron en la Ciudad de David, pero no
en el panteón real.

Ocozías de Judá (841)

(2 Re 8,25-29)

22 1 Los habitantes de Jerusalén nom-
braron rey a su hijo menor, Ocozías,
porque a los otros los había asesinado la
banda que junto con los árabes había inva-
dido el campamento. Así reinó Ocozías,
hijo de Jorán de Judá.
2 Tenía cuarenta y dos años cuando su-
bió al trono y reinó en Jerusalén un año; su
madre se llamaba Atalía y era hija de Omrí.
3 También él imitó la conducta de la casa de
Ajab, porque su madre lo incitaba al mal.
4 Hizo lo que el Señor reprueba, igual que la
casa de Ajab, ya que al morir su padre ellos
fueron sus consejeros para su perdición.
5 Por consejo suyo acompañó a Jorán, hijo
de Ajab, rey de Israel, a luchar contra Ja-
zael, rey de Siria, en Ramot de Galaad. Los
sirios hirieron a Jorán 6 y éste volvió a Yez-
rael para sanarse de las heridas que le ha-
bían infligido en Ramot, durante la batalla
contra Jazael de Siria. Entonces Ocozías,
hijo de Jorán, rey de Judá, bajó a Yezrael
para visitar a Jorán, hijo de Ajab, que esta-
ba enfermo. 7 Con esta visita Dios provocó
la ruina de Ocozías. Durante su estancia,
salió con Jorán al encuentro de Jehú, hijo
de Nimsí, al que había ungido el Señor para
exterminar a la dinastía de Ajab. 8 Y mien-
tras Jehú hacía justicia en la dinastía de
Ajab, encontró a las autoridades de Judá y
a los parientes de Ocozías que estaban a su
servicio y los mató. 9 Después buscó a
Ocozías; lo apresaron en Samaría, donde
se había escondido, y se lo llevaron a Jehú,
que lo mandó matar. Pero le dieron sepul-
tura, pensando: Era hijo de Josafat, que sir-
vió al Señor de todo corazón.

22,1-9 Ocozías de Judá. El Cronista se basa en 2 Re 8,25-29. Ocozías estrechó vínculos con el reino del norte y fue mal visto a los ojos de Dios. Todos los males proceden de ese reino, corrompido por el influjo fenicio. El parentesco, la alianza, los ejemplos y consejos pervierten también al rey de Judá (3-5). El capítulo finaliza con el crimen de Atalía y la pericia de Josebá que permitió la continuidad del linaje de David, gracias a que protegió a Joás (véase 2 Re 11,1-3).

En la familia de Ocozías no quedó nadie
capaz de reinar.

Lucha contra Atalía
(2 Re 11,1-20)

10 Cuando Atalía, madre de Ocozías, vio
que su hijo había muerto, empezó a exter-
minar a toda la familia real de la casa de
Judá. 11 Pero cuando los hijos del rey esta-
ban siendo asesinados, Josebá, hija del rey
Jorán, esposa del sacerdote Yehoyadá y
hermana de Ocozías, raptó a Joás, hijo de
Ocozías, y lo escondió con su nodriza en el
dormitorio; así se lo ocultó a Atalía, que no
pudo matarlo. 12 Estuvo escondido con
ellas en el templo durante seis años, mien-
tras en el país reinaba Atalía.

23 1 Al año séptimo, Yehoyadá se armó
de valor y reunió a los centuriones:
Azarías, hijo de Yeroján, Ismael, hijo de
Juan, Azarías, hijo de Obed, Maseyas, hijo
de Adaya, y Elisafat, hijo de Zicrí. Se jura-
mentó con ellos 2 y recorrieron Judá con-
gregando a los levitas de todas las ciudades
y a los jefes de familia de Israel. Cuando re-
gresaron a Jerusalén, toda la comunidad
3 hizo en el templo un pacto con el rey. Lue-
go les dijo:
–Debe reinar un hijo del rey, como pro-
metió el Señor a la descendencia de David.
4 Van a hacer lo siguiente: el tercio de uste-
des, sacerdotes y levitas, que entra de ser-
vicio el sábado, hará guardia en las puer-
tas; 5 otro tercio ocupará el palacio, y el
último tercio la Puerta del Fundamento. El
pueblo se situará en los atrios del templo.
6 Pero que nadie entre en el templo, a ex-
cepción de los sacerdotes y los levitas de
servicio. Ellos pueden hacerlo porque están
consagrados; pero el pueblo deberá obser-
var las prescripciones del Señor. 7 Los levi-
tas rodearán al rey por todas partes, arma
en mano. Si alguno quiere entrar en pala-
cio, mátenlo. Y permanezcan junto al rey,
vaya a donde vaya.
8 Los levitas y los judíos hicieron lo que
les mandó el sacerdote Yehoyadá; cada uno
reunió a sus hombres, los que estaban de
servicio el sábado y los que quedaban li-
bres, porque el sacerdote Yehoyadá no ex-
ceptuó a ninguna de las secciones. 9 El sa-
cerdote Yehoyadá entregó a los oficiales las
lanzas, y los diversos escudos del rey Da-
vid, que se guardaban en el templo. 10 Co-
locó a todo el pueblo, con armas arrojadi-
zas, desde el ángulo sur hasta el ángulo
norte del templo, entre el altar y el templo,
para proteger al rey. 11 Entonces sacaron al
príncipe, le colocaron la diadema y las in-
signias, lo proclamaron rey, y Yehoyadá y
sus hijos lo ungieron, aclamando:
–¡Viva el rey!
12 Atalía oyó el clamor de la tropa que
corría y aclamaba al rey y se fue hacia la
gente, al templo. 13 Pero cuando vio al rey
de pie sobre su estrado, junto a la entrada,
y a los oficiales y la banda cerca del rey,
toda la población en fiesta, las trompetas
tocando y los cantores acompañando los
cánticos de alabanza con sus instrumentos,
se rasgó las vestiduras y dijo:
–¡Traición, traición!
14 El sacerdote Yehoyadá ordenó a los
oficiales que mandaban las fuerzas:
–Sáquenla del atrio. Al que la siga lo
matan.
Porque no quería que la matasen en el
templo.
15 La fueron empujando con las manos,
y cuando llegaba a palacio por la Puerta de
las Caballerías, allí la mataron.
16 Yehoyadá selló un pacto con todo el
pueblo y con el rey para que fuera el pue-
blo del Señor. 17 Toda la población se dirigió
luego al templo de Baal: lo destruyeron, de-
rribaron sus altares y sus imágenes, y a Ma-
tán, sacerdote de Baal, lo degollaron ante el
altar.
18 Yehoyadá puso guardias en el templo,
a las órdenes de los sacerdotes y levitas
que David había distribuido en la casa de
Dios para ofrecer holocaustos al Señor –se-
gún manda la ley de Moisés– con alegría y
con cánticos, según las prescripciones de

22,10–23,21: Lucha contra Atalía. El episodio de la muerte de Atalía sigue a 2 Re 11,1-20 con cambios significativos: la ejecución de la empresa es realizada por los sacerdotes, levitas e incluso los cantores, no por soldados; la aceptación del nuevo rey Joás es unánime. El relato final de la reforma del sacerdote Yehoyadá (23,16-21) se presenta como una restauración de las instituciones davídicas.

David. 19 Puso porteros en las puertas del
templo para que no entrase absolutamente
nada impuro. 20 Luego, con los centuriones,
los notables, las autoridades y todo el ve-
cindario, bajaron del templo al rey, lo lleva-
ron a palacio por la Puerta Superior e insta-
laron al rey en el trono real. 21 Toda la
población hizo fiesta y la ciudad quedó
tranquila. A Atalía la habían matado a es-
pada.

Joás de Judá (835-796)
(2 Re 12,1-22)

24 1 Joás tenía siete años cuando subió
al trono y reinó en Jerusalén cua-
renta años. Su madre se llamaba Sibyá y
era natural de Berseba. 2 Mientras vivió el
sacerdote Yehoyadá hizo lo que el Señor
aprueba. 3 Yehoyadá le procuró dos muje-
res y engendró hijos e hijas. 4 Más tarde,
Joás sintió deseos de restaurar el templo.
5 Reunió a los sacerdotes y a los levitas, y
les dijo:
–Vayan por las ciudades de Judá reco-
giendo dinero de todo Israel para reparar
todos los años el templo de su Dios. Há-
ganlo lo antes posible.
Pero los levitas se lo tomaron con cal-
ma. 6 Entonces el rey llamó al sumo sacer-
dote Yehoyadá y le dijo:
–¿Por qué no te has preocupado de que
los levitas cobren en Judá y Jerusalén el
tributo impuesto por Moisés, siervo del Se-
ñor, y por la comunidad de Israel para la
tienda de la alianza? 7 ¿No te das cuenta de
que la malvada Atalía y sus secuaces des-
trozaron el templo y dedicaron a los baales
todos los objetos sagrados del mismo?
8 Entonces, por orden del rey, hicieron
un cofre y lo colocaron en la puerta del
templo, por fuera. 9 Luego anunciaron por
Judá y Jerusalén que había que ofrecer al
Señor el tributo que Moisés, siervo de Dios,
había impuesto a Israel en el desierto.
10 Las autoridades y la población lo hicieron
de buena gana y depositaron dinero hasta
que el cofre se llenó. 11 Cada vez que los le-
vitas llevaban el cofre a la inspección real y
veían que había mucho dinero, se hacían
presentes un secretario del rey y un inspec-
tor del sumo sacerdote, vaciaban el cofre y
volvían a colocarlo en su sitio. Así hicieron
periódicamente, y reunieron una gran suma
de dinero.
12 El rey y Yehoyadá lo entregaban a los
capataces de la obra del templo, y éstos
pagaban a los albañiles y carpinteros que
restauraban el templo y a los herreros y
broncistas que lo reparaban. 13 Los obreros
hicieron su tarea; bajo sus manos fue resur-
giendo la estructura, hasta que levantaron
sólidamente el templo según los planos.
14 Al terminar, devolvieron al rey y a Yeho-
yadá el dinero sobrante, con el que hicieron
objetos para el templo, utensilios para el
culto y para los holocaustos, copas y obje-
tos de oro y plata. Mientras vivió Yehoyadá
ofrecieron los holocaustos regulares en el
templo. 15 Éste llegó a viejo y murió en
edad avanzada, a los ciento treinta años.
16 Lo enterraron con los reyes en la Ciudad
de David, porque fue bueno con Israel, con
Dios y con su templo.
17 Cuando murió Yehoyadá, las autorida-
des de Judá fueron a rendir homenaje al
rey, y éste siguió sus consejos; 18 olvidando
el templo del Señor, Dios de sus padres,
dieron culto a los postes sagrados y a los
ídolos. Este pecado desencadenó la cólera
de Dios contra Judá y Jerusalén. 19 Les en-
vió profetas para convertirlos, pero no hi-
cieron caso de sus amonestaciones. 20 En-
tonces el Espíritu de Dios se apoderó de
Azarías, hijo del sacerdote Yehoyadá, que
se presentó ante el pueblo, y le dijo:
–Así dice Dios: ¿Por qué quebrantan los
preceptos del Señor? Van a la ruina. Han
abandonado al Señor y él los abandonará a
ustedes.
21 Pero conspiraron contra él y lo ape-
drearon en el atrio del templo por orden del

24,1-27 Joás de Judá. El reinado de Joás es presentado por el Cronista de acuerdo con su idea de la retribución, dividiéndolo en dos etapas. En la primera el rey es un ejemplo cumpliendo la ley de Moisés, gracias a los consejos del sacerdote Yehoyadá (1-14a). En la segunda se vuelve idólatra y homicida por seguir los consejos de la nobleza y por esto muere a manos de los discípulos de Yehoyadá (14b-27). El punto de quiebra lo constituye la muerte del sacerdote Yehoyadá, pues Joás mientras vivió el sacerdote Yehoyadá hizo lo que el Señor aprueba (2). La lapidación pública del profeta Azarías es signo del rechazo del rey a la Palabra del Señor (20s). Este episodio es probablemente el referido en Mt 23,35.

rey. 22 El rey Joás, sin tener en cuenta los
beneficios recibidos de Yehoyadá, mató a
su hijo, que murió diciendo:
–¡Que el Señor juzgue y les pida cuen-
tas!
23 Al cabo de un año, un ejército de Siria
se dirigió contra Joás, penetró en Judá has-
ta Jerusalén, mató a todos los jefes del
pueblo y envió todo el botín al rey de Da-
masco. 24 El ejército de Siria era reducido,
pero el Señor le entregó un ejército enorme
porque el pueblo había abandonado al Se-
ñor, Dios de sus padres. Así se vengaron de
Joás. 25 Al retirarse los sirios, dejándolo
gravemente herido, sus cortesanos conspi-
raron contra él para vengar al hijo del sa-
cerdote Yehoyadá. Lo asesinaron en la
cama y murió. Lo enterraron en la Ciudad
de David, pero no le dieron sepultura en el
panteón real. 26 Los conspiradores fueron
Zabad, hijo de Simat, la amonita, y Yehoza-
bad, hijo de Simrit, la moabita.
27 Para lo referente a sus hijos, a las nu-
merosas profecías contra él y a la res-
tauración del templo, véase el Comentario
a los Anales de los reyes. Su hijo Amasías
le sucedió en el trono.

Amasías de Judá (796-767)
(2 Re 14,1-22)

25 1 Amasías tenía veinticinco años
cuando subió al trono y reinó en Je-
rusalén veintinueve años. Su madre se lla-
maba Yehoadayán y era natural de Jerusa-
lén. 2 Hizo lo que el Señor aprueba, aunque
no de todo corazón. 3 Cuando se afianzó en
el poder, mató a los ministros que habían
asesinado a su padre. 4 Pero, siguiendo lo
que dice el libro de la ley de Moisés pro-
mulgada por el Señor: No serán ejecutados
los padres por las culpas de los hijos, ni los
hijos por las culpas de los padres; cada uno
morirá por su propio pecado, no mató a sus
hijos.
5 Amasías reunió a los de Judá y puso a
todos los judíos y benjaminitas, por fami-
lias, a las órdenes de jefes y oficiales. Hizo
el censo de los mayores de veinte años; re-
sultaron trescientos mil en edad militar y
equipados de lanza y escudo. 6 Reclutó en
Israel cien mil mercenarios por cien pesos
de plata. 7 Pero un hombre de Dios se pre-
sentó ante él y le dijo:
–Majestad, no lleves contigo al destaca-
mento de Israel, que el Señor no está con
los efraimitas. 8 Si te apoyas en ellos, Dios
te derrotará frente a tus enemigos. Porque
Dios puede dar la victoria y la derrota.
9 Amasías preguntó al hombre de Dios:
–¿Y qué pasa con los cien pesos de pla-
ta que di al destacamento de Israel?
El hombre de Dios le contestó:
–El Señor puede devolvértelos con cre-
ces.
10 Amasías licenció a la tropa proceden-
te de Efraín para que volviese a su tierra.
Ellos se indignaron con Judá y volvieron a
sus tierras enfurecidos. 11 Amasías se armó
de valor, tomó el mando de la tropa, mar-
chó a Gue Hammélaj y mató a diez mil sei-
ritas. 12 A otros diez mil los apresaron vivos,
los llevaron a la cima de la Roca y los des-
peñaron desde ella. Murieron todos destro-
zados.
13 Mientras tanto, el destacamento que
había licenciado Amasías para que no lu-
chase a su lado se dispersó por las ciuda-
des de Judá –desde Samaría hasta Bet-Jo-
rón–, matando a tres mil personas y
capturando un gran botín. 14 Cuando Ama-
sías volvió de derrotar a los idumeos se tra-
jo los dioses de los seiritas, los adoptó
como dioses propios, los adoró y les que-
mó incienso. 15 El Señor se indignó con
Amasías y le envió un profeta, que le dijo:
–¿Por qué sirves a unos dioses que no
han podido salvar a su pueblo de tu mano?
16 Amasías lo cortó en seco, diciéndole:
–¿Quién te ha hecho consejero del rey?
Termina de una vez si no quieres que te
maten.

25,1-28 Amasías de Judá. La historia del reinado de Amasías es narrada por el Cronista de manera análoga a la de Joás: el redactor utiliza el mismo esquema de división en dos etapas, fidelidad (1-10) e infidelidad al Señor (11-28). El texto de 2 Re 14,1-22 le planteaba al Cronista un problema teológico: ¿cómo conciliar la derrota frente a Israel y la muerte poco gloriosa de un rey fundamentalmente bueno? Para explicar esto, añade los versículos 5-10.13-16.20, donde se interpreta la muerte de Amasías como consecuencia de su pecado. Las etapas están animadas por la intervención de dos profetas (7.15). Al primero le obedece el rey, una victoria es la consecuencia; al segundo lo rechaza, la consecuencia es una derrota.

El profeta terminó con estas palabras:
–Por lo que has hecho, y por no escu-
char mi consejo, estoy seguro de que Dios
decide tu destrucción.
17 Después de aconsejarse, Amasías de
Judá mandó una embajada a Joás, hijo de
Joacaz, de Jehú, rey de Israel, con este
mensaje:
–¡Ven a enfrentarte conmigo cara a cara!
18 Pero Joás de Israel envió esta res-
puesta a Amasías de Judá:
–El cardo del Líbano mandó decir al ce-
dro del Líbano: Dame a tu hija por esposa
de mi hijo. Pero pasaron las fieras y pisote-
aron el cardo. 19 Tú dices: He derrotado a
Edom, y te has engreído. Disfruta de tu glo-
ria quedándote en tu casa. ¿Por qué quieres
meterte en una guerra catastrófica, provo-
cando tu caída y la de Judá?
20 Pero Amasías no hizo caso, porque
Dios quería entregarlo en manos de Joás
por haber servido a los dioses de Edom.
21 Entonces Joás de Israel subió a vérselas
con Amasías de Judá en Bet-Semes de
Judá. 22 Israel derrotó a los judíos, que hu-
yeron a la desbandada. 23 En Bet-Semes
apresó Joás de Israel a Amasías de Judá,
hijo de Joás, de Joacaz, y se lo llevó a
Jerusalén. En la muralla de Jerusalén abrió
una brecha de doscientos metros, desde la
Puerta de Efraín hasta la Puerta del Ángulo,
24 se apoderó del oro, la plata, los utensilios
que se hallaban en el templo al cuidado de
Obededón, los tesoros de palacio y los re-
henes, y se volvió a Samaría. 25 Amasías de
Judá, hijo de Joás, sobrevivió quince años
a Joás de Israel, hijo de Joacaz.
26 Para más datos sobre Amasías, desde
el principio hasta el fin de su reinado, véa-
se el libro de los reyes de Judá e Israel.
27 Cuando Amasías se apartó del Señor tra-
maron contra él una conspiración en Jeru-
salén; huyó a Laquis, pero lo persiguieron
hasta Laquis y lo mataron allí. 28 Lo carga-
ron sobre unos caballos y lo enterraron con
sus antepasados en la capital de Judá.

Azarías (Ozías) de Judá (767-739)
(2 Re 14,21s; 15,1-7)

26 1 Entonces Judá en pleno tomó a
Ozías, de dieciséis años, y lo nom-
braron rey sucesor de su padre, Amasías.
2 Después que murió el rey, reconstruyó
Elot, y la devolvió a Judá. 3 Ozías tenía die-
ciséis años cuando subió al trono y reinó en
Jerusalén cincuenta y dos años. Su madre
se llamaba Yecolía, natural de Jerusalén.
4 Hizo lo que el Señor aprueba, igual que su
padre, Amasías. 5 Sirvió al Señor mientras
vivió Zacarías, que lo había educado en el
temor de Dios; y mientras sirvió al Señor,
Dios lo hizo triunfar.
6 Salió a luchar contra los filisteos, derri-
bó las murallas de Gat, Yabné y Asdod, y
construyó ciudades en Asdod y en territorio
filisteo. 7 Dios lo ayudó en la guerra contra
los filisteos, los árabes que habitaban en
Gur-Baal y los meunitas. 8 Los amonitas
pagaron tributo a Ozías, y llegó a ser tan
poderoso que su fama se extendió hasta la
frontera de Egipto.
9 En Jerusalén Ozías construyó y fortifi-
có torres en la Puerta del Ángulo, en la
Puerta del Valle y en la Esquina. 10 También
levantó torres en el desierto y cavó muchos
pozos para el abundante ganado que po-
seía en la llanura y la meseta; también te-
nía labradores y viñadores en los montes y
las huertas, porque a Ozías le gustaba el
campo.
11 Dispuso de un ejército en pie de gue-
rra agrupado en escuadrones según el cen-
so efectuado por el secretario Yeguiel y el
comisario Maseyas por orden de Ananías,
funcionario real. 12 El número de los jefes
de familia al frente de soldados era dos mil
seiscientos. 13 Tenían a sus órdenes un ejér-
cito de trescientos siete mil quinientos gue-
rreros intrépidos, que luchaban contra los
enemigos del rey. 14 Ozías equipó a toda la
tropa con escudos, lanzas, cascos, corazas,
arcos y hondas. 15 Hizo unos artefactos in-
ventados por un ingeniero que lanzaban fle-
chas y pedruscos; los colocó en las torres y

26,1-23 Azarías (Ozías) de Judá. El Cronista elabora y amplía 2 Re 14,21s; 15,1-7 desde su esquema de dos fases: al principio tenemos un rey piadoso y próspero (1-15), después un rey sacrílego y herido por Dios (16-23). El punto de quiebra lo constituye el versículo 16 donde el pecado de Ozías consiste en haberse arrogado pretensiones sacerdotales, quemando incienso en el Templo. El castigo de la lepra lo hacía impuro y le impedía la entrada al santuario (Lv 13,45).

en los ángulos de Jerusalén. Con la ayuda prodigiosa de Dios se hizo fuerte y su fama llegó hasta muy lejos. 16 Pero al hacerse poderoso, la soberbia lo arrastró a la perdición. Se rebeló contra el Señor, su Dios, entrando en el templo para quemar incienso en el altar de los perfumes. 17 El sacerdote Azarías y ochenta valientes sacerdotes fueron tras él, 18 se plantaron ante el rey Ozías y le dijeron:

–Ozías, a ti no te corresponde quemar incienso al Señor. Sólo pueden hacerlo los sacerdotes aaronitas consagrados para ello. ¡Sal del santuario, que tu pecado no te honra ante el Señor!

19 Ozías, que tenía el incensario en la mano, se indignó con los sacerdotes. Y en el mismo momento, en el templo, ante los sacerdotes, junto al altar de los perfumes, la lepra brotó en su frente. 20 El sumo sacerdote, Azarías, y los otros sacerdotes se quedaron mirándolo y vieron que tenía lepra en la frente. Lo echaron de allí, mientras él mismo se apresuraba a salir, herido por el Señor.

21 El rey Ozías siguió leproso hasta el día de su muerte. Vivió en la leprosería, con prohibición de acudir al templo. Su hijo Yotán se encargó de la corte y de juzgar a la población.

22 Para más datos sobre Ozías, desde el principio hasta el fin de su reinado, véase el libro del profeta Isaías, hijo de Amós. 23 Cuando murió lo enterraron con sus antepasados en el campo del cementerio real, considerando que era un leproso. Su hijo Yotán le sucedió en el trono.

Yotán de Judá (739-734)
(2 Re 15,32-38)

27 1 Cuando subió al trono Yotán tenía veinticinco años y reinó en Jerusalén dieciséis años. Su madre se llamaba Yerusá, hija de Sadoc. 2 Hizo lo que el Señor aprueba, igual que su padre, Ozías. Pero no iba al templo, y el pueblo seguía corrompiéndose. 3 Construyó la Puerta Superior del templo hizo muchas obras en la muralla del Ofel. 4 Construyó ciudades en la sierra de Judá y levantó fortalezas y torres en los bosques. 5 Luchó contra el rey de los amonitas y lo venció; los amonitas le pagaron aquel año cien pesos de plata, diez mil toneles de trigo y diez mil de cebada; e igual cantidad los dos años siguientes. 6 Yotán se hizo poderoso porque procedió rectamente ante el Señor, su Dios.

7 Para más datos sobre Yotán, sus guerras y empresas, véase el libro de los reyes de Israel y Judá. 8 Subió al trono a la edad de veinticinco años y reinó en Jerusalén dieciséis años. 9 Cuando murió lo enterraron en la Ciudad de David. Su hijo Acaz le sucedió en el trono.

Acaz de Judá (734-727)
(2 Re 16,1-20)

28 1 Cuando subió al trono Acaz tenía veinte años y reinó en Jerusalén dieciséis años. No hizo, como su antepasado David, lo que el Señor aprueba. 2 Imitó a los reyes de Israel, haciendo estatuas a los baales. 3 Quemaba incienso en el valle de Ben-Hinón e incluso sacrificó a su hijo en la hoguera, según la costumbre aborrecible de las naciones que el Señor había expulsado ante los israelitas. 4 Sacrificaba y quemaba incienso en los santuarios paganos, en las colinas y bajo los árboles frondosos. 5 El Señor, su Dios, lo entregó en manos del rey sirio, que lo derrotó, capturó numerosos prisioneros y los llevó a Damasco. También lo entregó en manos del rey de Israel, que le causó una gran derrota.

6 Pécaj, hijo de Romelías, mató en un solo día a ciento veinte mil judíos, todos aguerridos, por haber abandonado al Señor, Dios de sus padres. 7 Y Zicrí, un solda-

27,1-9 Yotán de Judá. El reinado de Yotán es descrito en muy pocos versículos. El texto sigue a 2 Re 15,32-38 aunque el Cronista añade algunas noticias nuevas (3b-6).

28,1-27 Acaz de Judá. El autor acumula datos negativos sobre el reinado de Acaz, preparando por contraste el reinado de Ezequías. Utiliza 2 Re 16,1-20 e Is 7s. Históricamente son tiempos difíciles tanto para Judá como para Israel. Judá está sitiada, idumeos por el sur (17), filisteos por el oeste (18), y por el norte surge un enemigo formidable, el reino hermano de Israel (7), aliado y protegido por Siria (6). Acaz pide auxilio a la nueva potencia de la época, Asiria (16). Esta convocación funesta acarrea daños religiosos y económicos. La impiedad llega a tal extremo que el Templo es cerrado (24), o tal vez, se cancela el culto diario (29,7). El gesto de perdón que Israel realiza a favor de su hermano Judá gracias a las palabras del profeta

do de Efraín, mató a Maseyas, hijo del rey,
a Azricán, mayordomo de palacio, y al pri-
mer ministro, Elcaná. 8 Entre mujeres, hijos
e hijas, los israelitas tomaron a sus herma-
nos doscientos mil prisioneros; se apodera-
ron también de un gran botín y lo llevaron
a Samaría.

9 Había allí un profeta del Señor llamado
Oded. Cuando el ejército volvía a Samaría,
salió a su encuentro y les dijo:

–El Señor, Dios de sus padres, indignado
con Judá lo puso en sus manos. Pero uste-
des los han masacrado con una furia tal
que clama al cielo. 10 Y encima se propo-
nen convertir a los habitantes de Judá y Je-
rusalén en esclavos y esclavas de ustedes.
¿No han pecado ya bastante contra el Se-
ñor, su Dios? 11 Háganme caso y devuelvan
a sus hermanos a quienes han tomado pri-
sioneros, porque los amenaza la ira ardien-
te del Señor.

12 Algunos jefes efraimitas –Azarías, hijo
de Juan; Berequías, hijo de Mesilemot; Eze-
quías, hijo de Salún, y Amasá, hijo de Ja-
dlay– se pusieron también en contra del
ejército que volvía 13 y les dijeron:

–No metan aquí a esos prisioneros, por-
que nos haríamos culpables delante del Se-
ñor. Ya bastante hemos pecado para que se
dediquen a aumentar nuestras faltas y cul-
pas, irritando al Señor contra Israel.

14 Entonces los soldados dejaron los pri-
sioneros y el botín a disposición de las auto-
ridades y de la comunidad. 15 Designaron
expresamente a algunos para que se hicie-
sen cargo de los cautivos. A los que estaban
desnudos los vistieron con trajes y sandalias
del botín; luego les dieron de comer y beber,
los ungieron, montaron en burros a los que
no podían caminar y los llevaron a Jericó, la
ciudad de las palmeras, con sus hermanos.
A continuación se volvieron a Samaría.

16 Por entonces, el rey Acaz envió una
embajada al rey de Asiria para pedirle ayu-
da. 17 Porque los idumeos habían hecho
una nueva incursión, derrotando a Judá y
haciendo prisioneros; 18 los filisteos sa-
quearon las ciudades de la Sefela y del Ne-
gueb de Judá, apoderándose de Bet-Se-
mes, Ayalón, Guederot, Socó y su región,
Timná y su región, Gimzó y su región, y se
establecieron en ellas. 19 El Señor humilla-
ba a Judá por culpa de Acaz, que había tra-
ído el desenfreno a Judá y se mostraba re-
belde al Señor. 20 Pero Tiglat Piléser, rey de
Asiria, en vez de ayudarlo, marchó contra
él y lo sitió. 21 Y aunque Acaz despojó el
templo, el palacio y las casas de las autori-
dades para ganarse al rey de Asiria, no le
sirvió de nada. 22 Incluso durante el asedio
siguió rebelándose contra el Señor. 23 Ofre-
ció sacrificios a los dioses de Damasco,
que lo habían derrotado, pensando: Los
dioses de Siria sí que ayudan a sus reyes.
Les ofreceré sacrificios para que me ayu-
den a mí. Pero fueron su ruina y la de Israel.

24 Acaz reunió los objetos del templo y
los hizo pedazos; cerró las puertas del tem-
plo, construyó altares en todos los rincones
de Jerusalén 25 y levantó santuarios paga-
nos en todas las ciudades de Judá para
quemar incienso a dioses extraños, irritan-
do al Señor, Dios de sus padres.

26 Para sus restantes actividades y em-
presas, del principio al fin de su reinado,
véase el libro de los reyes de Judá e Israel.
27 Cuando Acaz murió no lo llevaron al pan-
teón real de Judá, sino que lo enterraron en
la ciudad, en Jerusalén. Su hijo Ezequías le
sucedió en el trono.

Ezequías de Judá (727-698)
(2 Re 18–20)

29 1 Cuando Ezequías subió al trono te-
nía veinticinco años y reinó en Jeru-
salén veintinueve años. Su madre se llama-
ba Abí, hija de Zacarías. 2 Hizo lo que el
Señor aprueba, igual que su antepasado
David.

Oded (9-15) expresan que aquellos que han sido liberados de la esclavitud de Egipto, no pueden ser esclavos. El homenaje que rinde el autor a los israelitas en vísperas de su catástrofe nacional es impresionante. Dar de comer al hambriento, de beber al sediento, vestir al desnudo, liberar al cautivo, cuidar del enfermo. Obras de misericordia prestadas al enemigo, al hermano vencido (cf. Lc 10,29-37).

29,1–32,33 Ezequías de Judá. El Cronista dedica cuatro capítulos al reinado de Ezequías, haciendo de este rey el más importante de Judá, después de David y Salomón. El autor sigue a 2 Re 18–20 omitiendo 2 Re 18,9-12 y añadiendo la purificación del Templo y la restauración del culto (29,3-36), la celebración de la Pascua (30,1-27), la reorganización del clero (31,1-19), y la prosperidad de Ezequías (32,27-30). Es evi-

3 El año primero de su reinado, el mes
primero, abrió y restauró las puertas del
templo. 4 Hizo venir a los sacerdotes y levi-
tas, los reunió en la Plaza de Oriente 5 y les
dijo:
–Escúchenme, levitas: Purifíquense y
purifiquen el templo del Señor, Dios de sus
padres. Saquen del santuario la impureza,
6 porque nuestros padres pecaron, hicieron
lo que reprueba el Señor, nuestro Dios, lo
abandonaron y se despreocuparon por
completo de la morada del Señor. 7 Por si
fuera poco, cerraron las puertas de la nave,
apagaron las lámparas y dejaron de que-
mar incienso y de ofrecer holocaustos en el
santuario del Dios de Israel. 8 Entonces el
Señor se indignó con Judá y Jerusalén, y
los hizo objeto de estupor, de espanto y de
burla, como ustedes pueden ver con sus
propios ojos. 9 Nuestros padres murieron a
espada y nuestros hijos, hijas y mujeres
marcharon al destierro por este motivo.
10 Ahora tengo el propósito de sellar una
alianza con el Señor, Dios de Israel, para
que cese en su ira contra nosotros. 11 Por
tanto, hijos míos, no sean negligentes, que
el Señor los ha elegido para estar en su pre-
sencia, servirle, ser sus ministros y quemar
incienso.

12 Entonces los levitas –Májat, hijo de
Amasay, y Joel, hijo de Azarías, descen-
dientes de Quehat; Quis, hijo de Abdí, y
Azarías, hijo de Yehalelel, descendientes de
Merarí; Yoaj, hijo de Zimá, y Edén, hijo de
Yoaj, descendientes de Guersón; 13 Simrí y
Yeguiel, descendientes de Elisafán; Zacarí-
as y Matanías, descendientes de Asaf; 14 Ye-
jiel y Semeí, descendientes de Hemán; Se-
mayas y Uziel, descendientes de Yedutún–
15 reunieron a sus hermanos, se purificaron
y fueron a purificar el templo, como había
dispuesto el rey por orden del Señor. 16 Los
sacerdotes penetraron en el interior del
templo para purificarlo; sacaron al atrio to-
das las cosas impuras que encontraron en
el templo, y los levitas las agarraron y arro-
jaron fuera, al torrente Cedrón. 17 La tarea
de purificación comenzó el día uno del mes
primero; el ocho llegaron a la nave del tem-
plo, y durante otros ocho días purificaron el
templo, y terminaron el dieciséis del mismo
mes. 18 Se presentaron luego al rey Eze-
quías y le dijeron:
–Ya hemos purificado todo el templo: el
altar de los holocaustos con todos sus uten-
silios y la mesa de los panes presentados
con todos sus utensilios. 19 También hemos
reparado y purificado todos los objetos que
el rey Acaz profanó con su rebeldía duran-
te su reinado. Los hemos dejado delante del
altar del Señor.

20 Muy de mañana, el rey Ezequías reu-
nió a las autoridades de la ciudad y subió al
templo. 21 Llevaron siete toros, siete carne-
ros, siete corderos y siete chivos como sa-
crificio expiatorio por la monarquía, por el
santuario y por Judá. Luego ordenó a los
sacerdotes aaronitas que los ofreciesen so-
bre el altar del Señor. 22 Sacrificaron los to-
ros, y los sacerdotes recogieron la sangre y
la derramaron sobre el altar; sacrificaron
los carneros y derramaron la sangre sobre
el altar; sacrificaron los corderos y derra-
maron la sangre sobre el altar. 23 Luego lle-
varon los chivos de la expiación delante del
rey y de la comunidad para que les impu-
siesen las manos. 24 Los sacerdotes los de-
gollaron y derramaron la sangre sobre el al-
tar para obtener el perdón de todo Israel, ya
que el rey había ordenado que el holocaus-
to y el sacrificio de expiación fueran por
todo Israel. 25 El rey había instalado a los le-
vitas en el templo, con platillos, arpas y
cítaras, como lo habían dispuesto David,
Gad, el vidente del rey, y el profeta Natán.
La orden era de Dios, por medio de sus pro-
fetas. 26 Así, se hallaban presentes los levi-
tas con los instrumentos de David y los sa-
cerdotes con las trompetas.

27 Ezequías dio orden de ofrecer el holo-
causto ante el altar, y en el mismo instante
en que empezó el holocausto comenzó el

---

dente que la atención del Cronista está dirigida al aspecto religioso del reinado. Ezequías se convierte en el gran renovador religioso, superior incluso a Josías. Es interesante ver que no aparece ningún profeta, tal vez porque la fidelidad de Ezequías al Señor no necesita de un profeta que lo recuerde.

***Reforma religiosa* (29,1-36).** Este capítulo nos narra el restablecimiento del culto en el Templo clausurado por Acaz. Se abren las puertas del Templo (29,3) y se realizan sacrificios de animales (29,18-24). Sobresale la importancia de los levitas en relación con los sacerdotes. En esta ceremonia el Cronista hace re-

canto del Señor y el son de las trompetas, acompañados de los instrumentos de David, rey de Israel. 28 Hasta que terminó el holocausto toda la comunidad permaneció postrada, mientras continuaban los cantos y resonaban las trompetas. 29 Cuando acabó, el rey y su séquito se postraron en adoración. 30 Luego Ezequías y las autoridades pidieron a los levitas que alabasen al Señor con canciones de David y del vidente Asaf. Lo hicieron con tono festivo y adoraron al Señor haciendo reverencia. 31 Luego Ezequías tomó la palabra y dijo:

–Ahora quedan consagrados al Señor. Acérquense y ofrezcan sacrificios de acción de gracias por el templo.

La comunidad ofreció sacrificios de acción de gracias y las personas generosas holocaustos.

32 El número de víctimas que ofreció la comunidad fue de setenta toros, cien carneros y doscientos corderos, todos en holocausto al Señor. 33 Las ofrendas sagradas fueron seiscientos toros y tres mil ovejas. 34 Como los sacerdotes eran pocos y no daban abasto para desollar tantas víctimas, los ayudaron sus hermanos, los levitas, hasta que terminaron la tarea y se purificaron los sacerdotes, porque los levitas se mostraron más dispuestos a purificarse que los sacerdotes. 35 Hubo muchos holocaustos, además de la grasa de los sacrificios de comunión y de las libaciones de los holocaustos. Así se restableció el culto del templo.

36 Ezequías y el pueblo se alegraron de que Dios hubiera movido al pueblo, porque todo sucedió en un abrir y cerrar de ojos.

30 1 Ezequías envió mensajeros por todo Israel y Judá, y escribió cartas a Efraín y Manasés para que acudiesen al templo de Jerusalén, con el fin de celebrar la Pascua del Señor, Dios de Israel. 2 El rey, las autoridades y toda la comunidad de Jerusalén decidieron en consejo celebrar la Pascua durante el segundo mes, 3 ya que no habían podido hacerlo a su debido tiempo porque quedaban muchos sacerdotes por purificarse y el pueblo no se había reunido aún en Jerusalén. 4 Al rey y a toda la comunidad les pareció acertada la decisión. 5 Entonces acordaron pregonar por todo Israel, desde Berseba hasta Dan, que viniesen a Jerusalén a celebrar la Pascua del Señor, Dios de Israel, porque muchos no la celebraban como está mandado. 6 Los mensajeros recorrieron todo Israel y Judá llevando las cartas del rey y de las autoridades, y pregonando por orden del rey:

–Israelitas, vuelvan al Señor, Dios de Abrahán, Isaac e Israel, y el Señor volverá a estar con todos los supervivientes del poder de los reyes asirios. 7 No sean como sus padres y hermanos, que se rebelaron contra el Señor, Dios de sus padres, y éste los convirtió en objeto de espanto, como ustedes mismos pueden ver. 8 No sean tercos como sus padres. Entréguense al Señor, acudan al santuario que ha sido consagrado para siempre. Sirvan al Señor, su Dios, y él apartará de ustedes el ardor de su cólera. 9 Si se convierten al Señor, los que deportaron a sus hermanos e hijos sentirán compasión de ellos y los dejarán volver a este país. Porque el Señor, su Dios, es clemente y misericordioso, y no les volverá la espalda si se vuelven a él.

10 Los mensajeros recorrieron de ciudad en ciudad la tierra de Efraín y Manasés, hasta Zabulón, pero todos se reían y se burlaban de ellos. 11 Sólo algunos de Aser, Manasés y Zabulón se mostraron humildes y acudieron a Jerusalén. 12 Los judíos, por gracia de Dios, cumplieron unánimes lo que el Señor había dispuesto por orden del rey y de las autoridades.

13 En el mes segundo se reunió en Jerusalén una gran multitud para celebrar la

---

saltar la presencia de la música sagrada animada por levitas cantores (25-30); y de la alegría que hay en ella (30b).

***La Pascua* (30,1-27).** Este relato de la Pascua, es el segundo acto del reinado de Ezequías, está inspirado en Nm 9,1-14. Esta Pascua pretende congregar a cuantos están dispuestos a responder a la llamada del Señor por medio de Ezequías. La Pascua busca restablecer el viejo ideal de la unidad, de allí que un rasgo del texto sea la invitación a la fiesta cursada a las tribus del norte y la participación de algunas de ellas (4-11). Se permite celebrar la Pascua a quien no está ritualmente puro (17-20), considerando la pureza interior superior a la pureza legal, que también es importante. Los versículos 23-27 describen una segunda fiesta cuya característica es la alegría y la espontaneidad.

fiesta de los Ázimos; fue una asamblea nu-
merosísima. 14 Primero suprimieron los al-
tares que había por Jerusalén y todos los
altares de incensar, arrojándolos al torrente
Cedrón.
15 Luego el catorce de mayo inmolaron
la Pascua. Los sacerdotes levíticos confesa-
ron sus pecados, se purificaron y llevaron
holocaustos al templo. 16 Cada cual ocupó
el puesto que le correspondía según la ley
de Moisés, hombre de Dios; los sacerdotes
derramaban la sangre que les pasaban los
levitas. 17 Como muchos de la comunidad
no se habían purificado, los levitas se en-
cargaron de inmolar los corderos pascuales
de todos los que no estaban puros para
consagrarlos al Señor. 18 Gran número de
personas, en su mayoría de Efraín, Mana-
sés, Isacar y Zabulón, no observaron lo
prescrito y comieron la Pascua sin haberse
purificado. Pero Ezequías intercedió por
ellos diciendo:
–El Señor, que es bueno, perdone 19 a
todos los que sirven de corazón a Dios, al
Señor Dios de sus padres, aunque no ten-
gan la pureza ritual.
20 El Señor escuchó a Ezequías y sanó al
pueblo.
21 Los israelitas que se encontraban en
Jerusalén celebraron la fiesta de los Ázimos
durante siete días con gran júbilo; los sa-
cerdotes y levitas alababan al Señor día
tras día con todo entusiasmo.
22 Ezequías felicitó a los levitas por sus
buenas disposiciones para con el Señor.
Pasaron los siete días de fiesta ofreciendo
sacrificios de comunión y confesando al
Señor, Dios de sus padres. 23 Luego la co-
munidad decidió prolongar la fiesta otros
siete días. Y pudieron hacerlo, con gran jú-
bilo, 24 porque Ezequías, rey de Judá, les
proporcionó mil toros y siete mil ovejas, y
las autoridades, mil toros y diez mil ovejas;
además, se purificaron muchos sacerdotes.
25 La alegría reinaba entre la comunidad de
Judá, entre los sacerdotes, los levitas, los
que habían venido de Israel, los extranjeros
procedentes de Israel y los residentes en
Judá. 26 Una fiesta tan magnífica no se re-
cordaba en Jerusalén desde los días de Sa-
lomón, hijo de David, rey de Israel.
27 Los sacerdotes levíticos se levantaron
para bendecir al pueblo. El Señor escuchó
su voz, y la plegaria llegó hasta su santa
morada de los cielos.

31 1 Terminada la fiesta, todos los israe-
litas presentes recorrieron las ciuda-
des de Judá destruyendo las piedras con-
memorativas, talando los postes sagrados
y demoliendo los santuarios paganos y los
altares de todo Judá, Benjamín, Efraín y
Manasés hasta que no quedó ni uno. Luego
cada cual se volvió a su casa y su ciudad.
2 Ezequías organizó por clases a los sa-
cerdotes y levitas, asignando a cada uno su
función sacerdotal o levítica: ofrecer holo-
caustos y sacrificios de comunión, dar gra-
cias y alabar y servir a la entrada de los
campamentos del Señor. 3 Destinó parte de
los bienes de la corona a toda clase de ho-
locaustos: matutinos y vespertinos, de los
sábados, principios de mes y festividades,
como manda la ley del Señor. 4 A los habi-
tantes de Jerusalén les ordenó ayudar eco-
nómicamente a los sacerdotes y levitas
para que pudieran dedicarse a la ley del Se-
ñor. 5 Cuando se difundió la orden, los is-
raelitas recogieron las primicias del trigo,
del vino nuevo, del aceite, de la miel y de
todos los productos agrícolas y entregaron
abundantes diezmos de todo. 6 También los
israelitas y judíos que habitaban en las ciu-
dades de Judá entregaron el diezmo del
ganado mayor y menor y el diezmo de las
cosas sacrosantas dedicadas al Señor, dis-
poniéndolos en montones. 7 Comenzaron a
hacer los montones en mayo y terminaron
en octubre. 8 Cuando llegaron Ezequías y
las autoridades, al ver los montones, bendi-
jeron al Señor y a su pueblo, Israel. 9 Eze-
quías pidió a los sacerdotes y levitas que le
informasen sobre ellos. 10 El sumo sacerdo-
te, Azarías, de la familia de Sadoc, le dijo:

***Reorganización del culto y del sacerdocio* (31,1-21).** El Cronista toma el texto de 1 Re 18,4-6, insertando en la mitad (2-19) el relato de la reorganización del clero. Según el autor, Ezequías reestablece el orden instituido por Salomón (8,12-15; 23,18s) quien por lo demás no hacía sino aplicar las leyes dictadas por David. Se establecen las normas para los donativos y las ofrendas del pueblo y del rey (cfr. Ez 45,22-24; 46,2). La mención de Efraín y Manasés (1) parece indicar la totalidad del reino del norte.

–Desde que comenzaron a traer ofren-
das al templo hemos comido hasta saciar-
nos; pero ha sobrado mucho porque el Se-
ñor ha bendecido a su pueblo. Toda esta
cantidad es lo que ha sobrado.
11 Ezequías dio orden de preparar unos
silos en el templo. Cuando lo hicieron lle-
varon 12 fielmente las ofrendas, el diezmo y
los dones sacrosantos. Encargaron de ellos
al levita Conanías y a su hermano Semeí
como ayudante. 13 Por orden del rey Eze-
quías y de Azarías, prefecto del templo,
nombraron inspectores a Yejiel, Azazías,
Nájat, Asael, Yerimot, Yozabad, Eliel, Yis-
maquías, Májat y Benayas, a las órdenes de
Conanías y de su hermano Semeí. 14 El le-
vita Coré, hijo de Yimná, portero de la Puer-
ta de Oriente, estaba encargado de las
ofrendas voluntarias y de administrar las
ofrendas del Señor y los dones sacrosan-
tos. 15 A sus órdenes estaban Edén, Minya-
mín, Jesús, Semayas, Amarías y Secanías,
repartidos por las ciudades sacerdotales
para proveer permanentemente a sus her-
manos, según sus clases, fuesen grandes o
pequeños, 16 con tal que estuviesen inscri-
tos entre los varones a partir de los tres
años; es decir, proveían a todos los que en-
traban diariamente al servicio del templo
para realizar las funciones asignadas a sus
clases.
17 Los sacerdotes estaban registrados
por familias y los levitas –a partir de los
veinte años– por sus funciones y clases.
18 Debían registrarse con toda su familia,
mujeres, hijos e hijas, todo el grupo, porque
habían de ser fieles a su consagración.
19 Respecto a los sacerdotes aaronitas que
vivían en los campos de pastoreo de sus
ciudades, en todas ellas había personas en-
cargadas por su nombre de proveer a los
sacerdotes varones y a todos los levitas ins-
critos en el registro.
20 Ezequías impuso esta norma en todo
Judá. Actuó con bondad, rectitud y fideli-
dad de acuerdo con el Señor, su Dios.
21 Todo lo que emprendió en servicio del
templo, de la ley y de los preceptos lo hizo
sirviendo a su Dios de todo corazón. Por
eso tuvo éxito.

32 1 Después de estos actos de lealtad,
Senaquerib, rey de Asiria, se puso
en marcha, llegó a Judá, sitió las fortalezas
y dio orden de conquistarlas. 2 Ezequías ad-
virtió que Senaquerib venía dispuesto a
atacar a Jerusalén. 3 Reunido en consejo
con las autoridades civiles y militares, pro-
puso cegar los manantiales que había fuera
de la ciudad; y ellos lo apoyaron. 4 Reu-
nieron mucha gente y cegaron todas las
fuentes y el canal subterráneo que atrave-
saba la ciudad, diciéndose: Sólo falta que
cuando venga el rey de Asiria encuentre
agua en abundancia. 5 Con gran energía re-
paró toda la muralla derruida, la coronó
con torres, edificó una muralla exterior, for-
tificó la zona del terraplén, la Ciudad de Da-
vid, e hizo numerosas lanzas y escudos.
6 Nombró jefes militares al frente de la po-
blación, los reunió en la Plaza Mayor y les
dio ánimo con estas palabras:
7 –¡Sean fuertes y tengan valor! No se
asusten ni se acobarden ante el rey de Asi-
ria y la multitud que le sigue. Nosotros con-
tamos con algo más grande que él. 8 Él
cuenta con fuerzas humanas, nosotros con
el Señor, nuestro Dios, que nos auxilia y
guerrea con nosotros.
El pueblo se animó con las palabras de
Ezequías, rey de Judá.
9 Más tarde, Senaquerib, rey de Asiria,
que sitiaba Laquis con todas sus tropas,
envió a unos cortesanos a Jerusalén para
que dijesen a Ezequías, rey de Judá, y a to-
dos los judíos que se encontraban en Jeru-
salén:
10 –Así dice Senaquerib, rey de Asiria:
¿En qué confían ustedes para seguir en una
ciudad sitiada como Jerusalén? 11 ¿No ven

***Invasión de Senaquerib* (32,1-33).** El episodio de la invasión de Senaquerib, rey de Asiria, es una reelaboración de 2 Re 18s, adaptándolo a su pensamiento. El capítulo está construido sobre el esquema fidelidad (1), prueba (7s.20-23), infidelidad (25), arrepentimiento (26) y bendición (27-29). En la preparación del asedio es importante ver la preocupación por el agua (3.30; 2 Re 20,20; Is 22,9-11) que llevó a la construcción del «túnel de Ezequías» que todavía desvía las aguas del torrente de Guijón hacia el interior de la ciudad de Jerusalén. Sobre los últimos años del reinado de Ezequías (30-33), llama la atención que solo se hace una pequeña referencia a la enfermedad del rey (24), excluyendo cualquier referencia al profeta Isaías.

que Ezequías los está engañando y los lle-
va a morir de hambre y de sed cuando dice:
El Señor, nuestro Dios, nos salvará de la
mano del rey de Asiria? 12 ¿No fue él quien
suprimió sus santuarios y sus altares orde-
nando a judíos y jerosolimitanos que se
postren y quemen incienso ante un único
altar? 13 ¿No saben lo que hice yo y lo que
hicieron mis antepasados con todos los
pueblos del mundo? ¿Acaso los dioses de
esos pueblos pudieron librar sus territorios
de mi mano? 14 ¿Qué dios de esos pueblos
que exterminaron mis antepasados con-
siguió librar a su gente de mi mano? ¿Y su
Dios, va a poder salvarlos? 15 No se dejen
engañar y embaucar por Ezequías. No con-
fíen en él. Ningún dios de ninguna nación o
reino pudo librar a su pueblo de mi mano y
de la de mis antepasados. ¡Y va a poder li-
brarlos su Dios!

16 Los cortesanos siguieron hablando
contra el Señor Dios y contra su siervo Eze-
quías. 17 Senaquerib había escrito también
un mensaje insultando al Señor, Dios de Is-
rael, y diciendo contra él: Lo mismo que los
dioses nacionales no libraron sus pueblos
de mi mano, tampoco el Dios de Ezequías
librará a su pueblo. 18 Hablaban a gritos, en
hebreo, dirigiéndose al pueblo de Jerusalén
que se encontraba en la muralla, para ate-
morizarlo y asustarlo, a fin de apoderarse
de la ciudad. 19 Hablaron del Dios de Jeru-
salén como si se tratase de un dios cual-
quiera, fabricado por hombres.

20 El rey Ezequías y el profeta Isaías, hijo
de Amós, se pusieron en oración con este
motivo y clamaron al cielo. 21 Entonces el
Señor envió un ángel, que aniquiló a todos
los soldados y a los jefes y oficiales del
campamento del rey asirio. Éste volvió a su
país derrotado, y una vez que entró en el
templo de su dios lo asesinaron allí sus pro-
pios hijos.

22 El Señor salvó a Ezequías y a los ha-
bitantes de Jerusalén de manos de Sena-
querib, rey de Asiria, y de todos los enemi-
gos, concediéndoles paz en las fronteras.
23 Mucha gente vino a Jerusalén para ofre-
cer dones al Señor y presentes a Ezequías
de Judá, que a raíz de esto adquirió gran
prestigio en todas las naciones.

24 Por entonces, Ezequías había en-
fermado de muerte. Oró al Señor, que le
prometió sanarlo y le concedió un prodigio.
25 Pero Ezequías no correspondió a este be-
neficio; al contrario, se llenó de orgullo y
atrajo sobre sí, sobre Judá y sobre Jerusa-
lén la cólera del Señor. 26 Pero luego se
arrepintió de su orgullo, junto con todos los
habitantes de Jerusalén, y la ira del Señor
no se abatió más sobre ellos en vida de
Ezequías. 27 Tuvo gran riqueza y prestigio.
Acumuló gran cantidad de plata, oro, pie-
dras preciosas, aromas, escudos y objetos
de valor de todas clases; 28 construyó silos
para las cosechas de trigo, vino nuevo y
aceite, establos para todo tipo de ganado y
corrales para los rebaños. 29 Edificó ciuda-
des y reunió un inmenso rebaño de ovejas
y vacas, porque Dios le concedió muchísi-
mos bienes.

30 Fue Ezequías quien cegó la salida su-
perior de las aguas de Guijón y las desvió
por un subterráneo a la parte occidental de
la Ciudad de David. 31 Triunfó en todas sus
empresas; y cuando los príncipes de Babi-
lonia le enviaron mensajeros para informar-
se del prodigio que había sucedido en su
país, si Dios lo abandonó fue para ponerlo
a prueba y conocer sus intenciones.

32 Para más datos sobre Ezequías y so-
bre sus obras de piedad, véanse el libro del
profeta Isaías, hijo de Amós, y el libro de
los reyes de Judá e Israel. 33 Cuando murió
Ezequías lo enterraron en la cuesta de las
tumbas de los descendientes de David. Los
judíos y la población de Jerusalén le dedi-
caron un gran funeral. Su hijo Manasés le
sucedió en el trono.

Manasés de Judá (698-643)
(2 Re 21,1-18)

33 1 Manasés tenía doce años cuando
subió al trono y reinó en Jerusalén
cincuenta y cinco años. 2 Hizo lo que el Se-
ñor reprueba, imitando las costumbres
abominables de las naciones que el Señor
había expulsado ante los israelitas. 3 Re-

33,1-20 Manasés de Judá. Para 2 Re 21,1-18 la figura de Manasés es la del rey impío que multiplicó ídolos y altares, extravió a su pueblo, derramó ríos de sangre inocente y no hizo caso a los profetas, por lo que la destrucción de Jerusalén se hace inevitable debido a sus faltas. El Cronista recoge en parte esta ima-

construyó los santuarios paganos derruidos por su padre, Ezequías, levantó altares a los baales, erigió postes sagrados, adoró y dio culto a todo el ejército del cielo; 4 puso altares en el templo del Señor, del que había dicho el Señor: Mi nombre estará en Jerusalén para siempre; 5 edificó altares a todo el ejército del cielo en los dos atrios del templo; 6 quemó a sus hijos en el valle de Ben-Hinón; practicó la adivinación, la magia y la hechicería, e instituyó nigromantes y adivinos. Hacía continuamente lo que el Señor reprueba, irritándolo. 7 La imagen del ídolo que había fabricado la colocó en el templo de Dios, del que Dios había dicho a David y a su hijo Salomón: En este templo y en Jerusalén, a la que elegí entre todas las tribus de Israel, pondré mi nombre para siempre, 8 ya no dejaré que Israel ande lejos de la tierra que asigné a sus padres, a condición de que pongan por obra cuanto les mandé, siguiendo la ley, los preceptos y normas de Moisés.

9 Pero Manasés extravió a Judá y a la población de Jerusalén para que se portase peor que las naciones que el Señor había exterminado ante los israelitas.

10 El Señor dirigió su palabra a Manasés y a su pueblo, pero no le hicieron caso. 11 Entonces hizo venir contra ellos a los generales del rey de Asiria, que apresaron a Manasés con ganchos, lo ataron con cadenas de bronce y lo condujeron a Babilonia. 12 En su angustia procuró aplacar al Señor, su Dios, y se humilló profundamente ante el Dios de sus padres 13 y le suplicó. El Señor lo atendió con benignidad, escuchó su súplica y lo hizo volver a Jerusalén, a su reino. Manasés reconoció que el Señor es el verdadero Dios.

14 Más tarde construyó una muralla exterior en la Ciudad de David, desde el oeste de Guijón, en el torrente, hasta la Puerta del Pescado, rodeando el Ofel; la hizo muy alta. Puso oficiales en todas las fortalezas de Judá.

15 Suprimió del templo los dioses extranjeros y el ídolo; y arrojó fuera de la ciudad todos los altares que había construido en el monte del templo y en Jerusalén. 16 Restauró el altar del Señor e inmoló sobre él sacrificios de comunión y de acción de gracias. Y ordenó que los judíos diesen culto al Señor, Dios de Israel. 17 Pero el pueblo siguió sacrificando en los altares paganos, aunque sólo al Señor, su Dios.

18 Para más datos sobre Manasés, la oración que hizo y los oráculos de los videntes que le hablaban en nombre del Señor, Dios de Israel, véase la historia de los reyes de Israel. 19 Su oración y la respuesta que recibió, su pecado y su rebeldía, los lugares donde levantó santuarios paganos y erigió postes sagrados e ídolos antes de su conversión están registrados en la historia de sus videntes. 20 Cuando murió Manasés lo enterraron en su casa. Su hijo Amón le sucedió en el trono.

Amón de Judá (643-640)
(2 Re 21,19-26)

21 Amón tenía veintidós años cuando subió al trono y reinó en Jerusalén dos años. 22 Hizo lo que el Señor reprueba, igual que su padre, Manasés. Amón sacrificó y dio culto a todos los ídolos que hizo su padre, Manasés. 23 Pero no se humilló ante el Señor, como había hecho su padre; al contrario, multiplicó sus culpas. 24 Sus cortesanos conspiraron contra él y lo asesinaron en el palacio. 25 Pero la población mató a los conspiradores y nombraron rey sucesor suyo a Josías, hijo de Amón.

Josías de Judá (640-609)
(2 Re 22,1–23,30)

34 1 Cuando Josías subió al trono tenía ocho años y reinó en Jerusalén treinta y un años. 2 Hizo lo que el Señor

---

gen integrándola en un esquema de dos etapas: antes y después de su humillación (19). Para el Cronista resultaba extraño que un rey impío tuviese un reinado tan largo (55 años), signo de la bendición divina, por ello introduce el tema de la humillación y de su exilio en Babilonia (11) para justificar este hecho.

33,21-25 Amón de Judá. Siguiendo a 2 Re 21,19-26 el juicio que hace el Cronista del breve reinado de Amón es supremamente negativo. Le atribuye a Amón la condenación que 2 Re 21,12 lanza contra Manasés. El fin trágico de Amón fue consecuencia de sus pecados, según la teología del Cronista.

34,1–35,27 Josías de Judá. El relato se basa 2 Re 22,1–23,30. El Cronista presenta la reforma de Josías de manera distinta que el Libro de los Reyes. Coloca al comienzo la reforma como acto de limpieza radical

aprueba. Imitó la conducta de su antepasa-
do David, sin desviarse a derecha ni iz-
quierda. 3 El año octavo de su reinado,
cuando todavía era un muchacho, comen-
zó a servir al Dios de su antepasado David,
y el año doce empezó a purificar a Judá y
a Jerusalén de santuarios paganos, de pos-
tes sagrados, de estatuas e ídolos. 4 Des-
truyeron en su presencia los altares de los
baales y derribó los incensarios que había
sobre ellos; destrozó los postes sagrados, y
a los ídolos y estatuas los trituró hasta re-
ducirlos a polvo, y lo esparció sobre las
tumbas de los que les habían ofrecido sa-
crificios. 5 Quemó sobre sus altares los hue-
sos de los sacerdotes. Así purificó a Judá y
Jerusalén. 6 En las ciudades de Manasés,
Efraín, Simeón y hasta de Neftalí, en todos
sus lugares, 7 destruyó los altares, trituró
hasta hacer polvo los postes sagrados y las
estatuas y derribó los incensarios en todo el
territorio de Israel. Luego volvió a Jerusa-
lén.

8 El año dieciocho de su reinado, cuan-
do terminó de purificar el país y el templo,
mandó a Safán, hijo de Asalías, al alcalde
Maseyas y al canciller Yoaj, hijo de Joacaz,
a reparar el templo del Señor, su Dios. 9 Se
presentaron al sumo sacerdote, Jelcías,
para recoger el dinero ingresado en el tem-
plo por las colectas de los porteros levitas
en Manasés, Efraín, el resto de Israel, y en
Judá, Benjamín y la población de Jerusa-
lén. 10 Lo entregaron a los encargados de
las obras del templo, y los maestros de
obras que trabajaban en el templo lo dedi-
caron a reparar y restaurar el edificio, 11 en-
tregándolo a los carpinteros y albañiles
para comprar piedras talladas para los mu-
ros y madera para las vigas de los edificios
que los reyes de Judá habían dejado arrui-
narse. 12 Aquellos hombres realizaron su
trabajo con toda honradez. Estaban desig-
nados para dirigir las obras los levitas Yájat
y Abdías, descendientes de Merarí, y Zaca-
rías y Mesulán, descendientes de Quehat.
Los levitas, como sabían tocar diversos ins-
trumentos, 13 acompañaban a los acarrea-
dores y dirigían a todos los obreros, cual-
quiera que fuese su tarea. Otros levitas
eran secretarios, inspectores y porteros.

14 Cuando estaban sacando el dinero in-
gresado en el templo, el sacerdote Jelcías
encontró el libro de la ley del Señor escrito
por Moisés. 15 Entonces Jelcías dijo al cro-
nista Safán:

–He encontrado en el templo el libro de
la ley.

Y se lo entregó a Safán.

16 Éste se lo llevó al rey cuando fue a
darle cuenta de su tarea.

–Tus siervos ya han hecho todo lo que
les mandaste. 17 Recogieron el dinero que
había en el templo y se lo entregaron a los
encargados y a los obreros.

18 Y le comunicó la noticia:

–El sacerdote Jelcías me ha dado un li-
bro.

Safán lo leyó ante el rey, 19 y cuando
éste oyó el contenido de la ley se rasgó los
vestidos 20 y ordenó a Jelcías, a Ajicán, hijo
de Safán, a Abdón, hijo de Miqueas, al cro-
nista Safán y al funcionario real Asayas:

21 –Vayan a consultar al Señor por mí,
por el resto de Israel y por Judá a propósito
del libro encontrado; porque el Señor está
enfurecido contra nosotros, porque nuestros
padres no obedecieron la Palabra del Señor,
cumpliendo lo prescrito en este libro.

22 Jelcías y los designados por el rey
fueron a ver a la profetisa Julda, esposa del
guardarropa Salún, hijo de Ticua, de Jasrá,

---

de cualquier forma de idolatría, limpieza que incluso va más allá de los límites del reino de Judá. Posteriormente relata el descubrimiento del Libro de la Ley (34,14-21) que motivaría una nueva reforma religiosa (33). El relato de la Pascua de Josías es mucho más extenso que el narrado en 2 Re 23,21-23. En este relato pone de relieve el papel de los levitas sobre el de los sacerdotes (35,3-6). Los versículos. 35,7-9 muestran que la celebración familiar de la Pascua se ha transformado en una fiesta nacional, donde además de la inmolación de los corderos, se incluyen holocaustos de comunión en los que el pueblo está llamado a participar (35,10-17). El relato de la muerte de Josías (35,20-27) muestra que, si bien Josías fue un monarca piadoso y gran reformador, éste murió trágicamente en una batalla inútil contra el faraón Necó, que no estaba en guerra contra Judá (35,21). Esto supuso un escándalo o un misterio para el pueblo. El Cronista interpreta la muerte de Josías, de algún modo, como signo de la desaprobación divina a un pecado personal. De manera sorprendente el pecado es descrito como un rechazo a escuchar la Palabra de Dios pronunciada por el faraón Necó (35,22). Desconocemos el texto de las Lamentaciones que se refiere el autor en 35,25.

que vivía en Jerusalén, en el Barrio Nuevo. Le expusieron el caso 23 y ella les respondió:

–Así dice el Señor, Dios de Israel: Díganle al que los ha enviado: 24 Así dice el Señor: Yo voy a traer la desgracia sobre este lugar y sus habitantes, todas las maldiciones escritas en el libro que han leído ante el rey de Judá. 25 Por haberme abandonado y haber quemado incienso a otros dioses, irritándome con sus ídolos, está ardiendo mi cólera contra este lugar, y no se apagará. 26 Y al rey de Judá, que los ha enviado a consultar al Señor, díganle: Así dice el Señor, Dios de Israel: 27 Por haber escuchado estas palabras con dolor de corazón, humillándote ante Dios al oír sus amenazas contra este lugar y sus habitantes, porque te has humillado ante mí, te has rasgado los vestidos y llorado en mi presencia, también yo te escucho –oráculo del Señor–. 28 Cuando yo te reúna con tus padres te enterrarán en paz, sin que lleguen a ver tus ojos la desgracia que voy a traer a este lugar y a sus habitantes.

Ellos llevaron la respuesta al rey, 29 y éste dio órdenes para que se presentasen los ancianos de Judá y de Jerusalén. 30 Luego subió al templo, acompañado de todos los judíos, los habitantes de Jerusalén, los sacerdotes, los levitas y todo el pueblo, chicos y grandes. El rey les leyó el libro de la alianza encontrado en el templo. 31 Después, de pie sobre su estrado, selló ante el Señor la alianza, comprometiéndose a seguirle y cumplir sus preceptos, normas y mandatos, con todo su corazón y con toda su alma, poniendo en práctica las cláusulas de la alianza escritas en este libro. 32 Hizo suscribir la alianza a todos los que se encontraban en Jerusalén. La población de Jerusalén actuó según la alianza del Dios de sus padres.

33 Josías suprimió las infames prácticas que había en todos los territorios israelitas e hizo que todos los residentes en Israel diesen culto al Señor, su Dios. Durante su vida no se apartaron del Señor, Dios de sus padres.

35 1 Josías celebró en Jerusalén la Pascua del Señor, inmolándola el día catorce del primer mes. 2 Asignó a los sacerdotes sus funciones y los confirmó en el servicio del templo. 3 Y dijo a los levitas consagrados al Señor, encargados de instruir a Israel:

–Dejen el arca santa en el templo que construyó Salomón, hijo de David, rey de Israel; ya no tendrán que trasladarla sobre sus hombros. Dedíquense ahora a servir al Señor, su Dios, y a su pueblo, Israel. 4 Organícense en turnos por familias, como dispusieron por escrito el rey David y su hijo Salomón. 5 Ocupen sus puestos en el santuario, dividiendo sus familias de forma que cada grupo levítico se encargue de un grupo de familias de los otros israelitas, sus hermanos. 6 Inmolen la Pascua, purifíquense y prepárenla para sus hermanos a fin de que ellos puedan cumplir lo que mandó el Señor por medio de Moisés.

7 Josías proporcionó a la gente corderos y cabritos –treinta mil en total– para sacrificios pascuales de todos los presentes y tres mil bueyes, todo ello de la hacienda real. 8 Las autoridades ayudaron voluntariamente al pueblo, a los sacerdotes y a los levitas. Jelquías, Zacarías y Yejiel, encargados del templo, dieron a los sacerdotes dos mil seiscientos animales pascuales y trescientos bueyes. 9 Conanías, Semayas, su hermano Natanael, Jasabías, Yeguiel y Jozabad, jefes de los levitas, proporcionaron a los levitas cinco mil animales pascuales y quinientos bueyes.

10 Cuando estuvo preparada la ceremonia, los sacerdotes ocuparon sus puestos y los levitas se distribuyeron por clases, como había ordenado el rey. 11 Inmolaron la Pascua. Los sacerdotes rociaban la sangre, mientras los levitas desollaban las víctimas. 12 Separaban la parte que debía ser quemada y la entregaban a las diversas familias del pueblo, para que ellas la ofreciesen al Señor, como está escrito en el libro de Moisés. Lo mismo hicieron con los bueyes. 13 Asaron la Pascua, como está mandado, y cocieron los alimentos sagrados en ollas, calderos y cazuelas, repartiéndolos en seguida a toda la gente del pueblo. 14 Después la prepararon para ellos mismos y para los sacerdotes; como los sacerdotes aaronitas estuvieron ocupados hasta la noche en ofrecer los holocaustos y las grasas,

los levitas la prepararon para sí mismos y para ellos.

15 Los cantores, descendientes de Asaf, estaban en sus puestos, como habían mandado David, Asaf, Hemán y Yedutún, vidente del rey. Los porteros ocuparon cada cual su puesto, sin necesidad de abandonar su trabajo, porque sus hermanos levitas se lo prepararon todo. 16 Toda la ceremonia se realizó aquel mismo día: se celebró la Pascua y se inmolaron holocaustos en el altar del Señor, como había mandado el rey Josías. 17 Los israelitas que se hallaban presentes celebraron entonces la Pascua y a continuación la fiesta de los Ázimos durante siete días.

18 Desde los tiempos del profeta Samuel ningún rey de Israel había celebrado una Pascua como la que organizaron Josías, los sacerdotes, los levitas, todos los judíos e israelitas que se encontraban allí y los habitantes de Jerusalén. 19 Se celebró el año dieciocho del reinado de Josías.

20 Bastante después de que Josías restaurase el templo, el rey de Egipto, Necó, se dirigió a Cárquemis, junto al Éufrates, para entablar batalla. Josías salió a hacerle frente. 21 Entonces Necó le envió este mensaje:

–No te metas en mis asuntos, rey de Judá. No vengo contra ti, sino contra la dinastía que me hace la guerra. Dios me ha dicho que me dé prisa. Deja de oponerte a Dios, que está conmigo, no sea que él te destruya.

22 Pero Josías no retrocedió sino que se empeñó en combatir. Desatendiendo lo que Dios le decía por medio de Necó, entabló batalla en la llanura de Meguido. 23 Los arqueros dispararon contra el rey Josías, y éste dijo a sus servidores:

–Sáquenme del combate, porque estoy gravemente herido.

24 Sus servidores lo sacaron del carro, lo trasladaron al otro que poseía y lo llevaron a Jerusalén, donde murió. Lo enterraron en las tumbas de sus antepasados. Todo Judá y Jerusalén hizo duelo por Josías. 25 Jeremías compuso una elegía en su honor, y todos los cantores y cantoras siguen recordándolo en sus elegías. Se han hecho tradicionales en Israel; pueden verse en las Lamentaciones.

26 Para más datos sobre Josías, las obras de piedad que hizo de acuerdo con la ley del Señor 27 y todas sus gestas, de las primeras a las últimas, véase el libro de los reyes de Israel y Judá.

ÚLTIMOS REYES DE JUDÁ

Joacaz de Judá (609)
(2 Re 23,31-35)

36 1 La gente tomó a Joacaz, hijo de Josías, y lo nombraron rey sucesor en Jerusalén. 2 Cuando Joacaz subió al trono tenía veintitrés años y reinó tres meses en Jerusalén. 3 El rey de Egipto lo destronó, impuso al país un tributo de cien pesos de plata y un peso de oro, 4 y nombró rey de Judá y Jerusalén a su hermano Eliacín, cambiándole el nombre por el de Joaquín. A su hermano Joacaz, Necó se lo llevó a Egipto.

Joaquín de Judá (609-598)
(2 Re 23,36s)

5 Cuando Joaquín subió al trono tenía veinticinco años y reinó en Jerusalén once años. Hizo lo que el Señor, su Dios, repruе-

36,1-23 Últimos reyes de Judá. El Cronista ofrece en el último capítulo un resumen muy rápido de los acontecimientos que van desde la muerte de Josías hasta el exilio de Babilonia. Selecciona y resume 2 Re 23,21-25,30 y Jr 39; 52. El Cronista considera el exilio como un hecho trágico, pero ya concluido y muy lejano en el tiempo. El autor repite el estribillo «Hizo lo que el Señor, su Dios, reprueba» (5.9.12.14) de tal manera que la acumulación de las trasgresiones de los reyes desencadena el final trágico (16-20). Resulta significativo el comentario del versículo 21 que combina Jr 25,11 con Lv 26,33-35, donde el exilio es considerado como cumplimiento de la ley del descanso sabático para la tierra, aunque la realidad fue más compleja y la tierra se siguió cultivando.

Los versículos 22s contienen una versión del edicto de Ciro con el que rey de Persia permitió el retorno a Jerusalén de los israelitas desterrados. El texto es paralelo a Esd 1,1-4 e indica su continuidad con el relato de Esdras; además, expresa que la historia trágica del reino de Judá tendrá un final esperanzador.

ba. 6 Nabucodonosor de Babilonia subió
contra él y lo condujo a Babilonia atado con
cadenas de bronce. 7 También se llevó al-
gunos objetos del templo y los colocó en su
palacio de Babilonia.
8 Para más datos sobre Joaquín, las ini-
quidades que cometió y todo lo que le su-
cedió, véase el libro de los reyes de Israel
y Judá. Su hijo Jeconías le sucedió en el
trono.

Jeconías de Judá (598-597)
(2 Re 24,8s)

9 Cuando Jeconías subió al trono tenía
ocho años y reinó en Jerusalén tres meses
y diez días. Hizo lo que el Señor reprueba.
10 A principios de año, el rey Nabucodono-
sor envió a por él y lo llevaron a Babilonia,
junto con los objetos de valor del templo.
Nombró rey de Judá y Jerusalén a su her-
mano Sedecías.

Sedecías de Judá (597-587)
(2 Re 24,18-20)

11 Cuando Sedecías subió al trono tenía
veintiún años y reinó en Jerusalén once
años. 12 Hizo lo que el Señor, su Dios, re-
prueba; no se humilló ante el profeta Jere-
mías, que le hablaba en nombre de Dios.
13 Además, se rebeló contra el rey Nabuco-
donosor, que le había tomado juramento
solemne de fidelidad. Se puso terco y se
negó por completo a convertirse al Señor,
Dios de Israel. 14 También las autoridades
de Judá, los sacerdotes y el pueblo multi-
plicaron sus infidelidades, imitando las
prácticas infames de los pueblos paganos y
profanando el templo que el Señor había
consagrado en Jerusalén.
15 El Señor, Dios de sus padres, les en-
viaba continuamente mensajeros, porque
sentía lástima de su pueblo y de su mora-
da; 16 pero ellos se burlaban de los mensa-
jeros de Dios, se reían de sus palabras y se
burlaban de los profetas, hasta que la ira
del Señor se encendió sin remedio contra
su pueblo. 17 Entonces envió contra ellos al
rey de los caldeos, que mató a sus hijos en
su santuario; a todos los entregó en sus
manos, sin perdonar joven, muchacha, an-
ciano o canoso. 18 Y se llevó a Babilonia to-
dos los objetos del templo, grandes y pe-
queños, los tesoros del templo, los del rey
y los de los magnates. 19 Incendiaron el
templo, derribaron la muralla de Jerusalén,
prendieron fuego a todos sus palacios y
destrozaron todos los objetos de valor. 20 Se
llevó desterrados a Babilonia a los supervi-
vientes de la matanza y fueron esclavos su-
yos y de sus descendientes hasta el triunfo
del reino persa. 21 Así se cumplió lo que
anunció el Señor por Jeremías, y la tierra
disfrutó de su descanso sabático todo el
tiempo que estuvo desolada, hasta cum-
plirse setenta años.
22 El año primero de Ciro, rey de Persia,
el Señor, para cumplir lo que había anun-
ciado por medio de Jeremías, movió a
Ciro, rey de Persia, a promulgar de palabra
y por escrito en todo su reino: 23 Ciro, rey
de Persia, decreta: El Señor, Dios del cielo,
me ha entregado todos los reinos de la tie-
rra y me ha encargado construirle un tem-
plo en Jerusalén de Judá. Todos los de ese
pueblo que viven entre nosotros pueden
volver. Y que el Señor, su Dios, esté con
ellos.





MACABEOS
PRIMER LIBRO

Contexto histórico. A la muerte de Alejandro, su imperio, apenas sometido, se convierte en escenario de las luchas de los herederos. En menos de veinte años se realiza una división estable en tres zonas: Egipto, Siria y el reino macedonio. Palestina, como zona intermedia, vuelve a ser terreno disputado por los señores de Egipto y Siria. Durante todo el siglo III a.C. dominaron benévolamente los tolomeos, siguiendo una política de tolerancia religiosa y explotación económica. En el 199 a.C., Antíoco III de Siria se aseguró el dominio de Palestina y concedió a los judíos en torno a Jerusalén autonomía para seguir su religión y leyes, con obligación de pagar tributos y dar soldados al rey.

En el primer siglo del helenismo, los judíos, más o menos como otros pueblos, estuvieron sometidos a su influjo, y se fue realizando una cierta

simbiosis espiritual y cultural, sin sacrificio de la religión y las leyes y tradiciones paternas. El siglo siguiente, las actitudes diversas frente al helenismo fraguan en dos partidos opuestos: el progresista, que quiere conciliar la fidelidad a las propias tradiciones con una decidida apertura a la nueva cultura internacional, y el partido conservador, cerrado y exclusivista. En gran parte, las luchas que narra este libro son luchas judías internas o provocadas por la rivalidad de ambos partidos.

Antíoco IV hace la coexistencia imposible al escalar las medidas represivas (aquí comienza el libro). Los judíos reaccionaron primero con la resistencia pasiva hasta el martirio; después abandonaron las ciudades en acto de resistencia pasiva; finalmente, estalló la revuelta a mano armada. Primero en guerrillas, después con organización más amplia, lucharon con suerte alterna desde el 165 hasta el 134 a.C.; hasta que los judíos obtuvieron la independencia bajo el reinado del asmoneo Juan Hircano.

En tiempos de este rey y con el optimismo de la victoria se escribió el primer libro de los Macabeos, para exaltar la memoria de los combatientes que habían conseguido la independencia, y para justificar la monarquía reinante. Justificación, porque Juan Hircano era a la vez sumo sacerdote y rey, cosa inaudita y contra la tradición. Si la descendencia levítica podía justificar el cargo sacerdotal, excluía el oficio real, que tocaba a la dinastía davídica de la tribu de Judá.

Mensaje del libro. El autor, usando situaciones paralelas y un lenguaje rico en alusiones, muestra que el iniciador de la revuelta es el nuevo Fineés (Nm 25), merecedor de la función sacerdotal; que sus hijos son los nuevos «jueces», suscitados y apoyados por Dios para salvar a su pueblo; que la dinastía asmonea es la correspondencia actual de la davídica.

Más aún, muestra el nuevo reino como cumplimiento parcial de muchas profecías escatológicas o mesiánicas: la liberación del yugo extranjero, la vuelta de judíos dispersos, la gran tribulación superada, el honor nacional reconquistado, son los signos de la nueva era de gracia.

El autor no vivió (al parecer) para contemplar el fracaso de tantos esfuerzos e ilusiones, es decir, la traición por parte de los nuevos monarcas de los principios religiosos y políticos que habían animado a los héroes de la resistencia. Fueron otros quienes juraron odio a la dinastía asmonea y con su influjo lograron excluir de los libros sagrados una obra que exaltaba las glorias de dicha familia.

Por encima del desenlace demasiado humano, el libro resultó el canto heroico de un pueblo pequeño, empeñado en luchar por su identidad e independencia nacional: con el heroísmo de sus mártires, la audacia de sus guerrilleros, la prudencia política de sus jefes. La identidad nacional en aquel momento se definía por las «leyes paternas» frente a los usos griegos, especialmente las más distintivas. Por el pueblo, así definido, lucharon y murieron hasta la victoria.



El libro es, por tanto, un libro de batallas, con muy poco culto y devoción personal. Dios apoya a los combatientes de modo providencial, a veces inesperado, pero sin los milagros del segundo libro de los Macabeos y sin realizar Él solo la tarea, como en las Crónicas. El autor es muy parco en referencias religiosas explícitas, pero el tejido de alusiones hace la obra transparente para quienes estaban familiarizados con los escritos bíblicos precedentes.

Introducción histórica

1 1 Alejandro el macedonio, hijo de Filipo, que ocupaba el trono de Grecia, salió de Macedonia, derrotó y suplantó a Darío, rey de Persia y Media, 2 entabló numerosos combates, ocupó fortalezas, asesinó a reyes, 3 llegó hasta el confín del mundo, saqueó innumerables naciones. Cuando la tierra quedó en paz bajo su mando, su corazón se ensoberbeció y se llenó de orgullo, 4 reunió un ejército potentísimo y dominó países, pueblos y soberanos, que tuvieron que pagarle tributo. 5 Pero después cayó en cama, y cuando vio cercana la muerte, 6 llamó a los generales más ilustres, educados con él desde jóvenes, y les repartió el reino antes de morir. 7 A los doce años de reinado, Alejandro murió 8 y sus generales se hicieron cargo del gobierno, cada cual en su territorio; 9 al morir Alejandro, todos ciñeron la corona real, y después los sucedieron sus hijos durante muchos años, multiplicando las desgracias en el mundo.

Persecución de Antíoco Epífanes
(2 Mac 4,7-17)

10 De ellos brotó un vástago perverso: Antíoco Epífanes, hijo del rey Antíoco. Había estado en Roma como rehén, y subió al trono el año ciento treinta y siete de la era seléucida.

11 Por entonces hubo unos israelitas renegados que convencieron a muchos diciendo:

–¡Vamos a hacer un pacto con las naciones vecinas, porque desde que nos separamos de ellos nos han venido muchas desgracias!

12 Esta propuesta fue bien recibida, 13 y algunos del pueblo fueron enseguida a ver al rey. El rey los autorizó a adoptar las costumbres paganas, 14 y entonces, acomodándose a los usos paganos, construyeron un gimnasio en Jerusalén, 15 disimularon la circuncisión, renegaron de la santa alianza, se emparentaron con los paganos y se entregaron a toda clase de maldades.

16 Cuando ya se sintió seguro en el trono, Antíoco se propuso reinar también sobre Egipto, para ser así rey de dos reinos. 17 Invadió Egipto con un fuerte ejército, con carros, elefantes, caballos y una gran flota. 18 Atacó a Tolomeo, rey de Egipto. Tolomeo retrocedió y huyó, sufriendo muchas bajas. 19 Entonces Antíoco ocupó las plazas fuertes de Egipto y saqueó el país.

20 Cuando volvía de conquistar Egipto, el año ciento cuarenta y tres, subió contra Israel y Jerusalén con un fuerte ejército. 21 Entró con arrogancia en el santuario, robó el altar de oro, el candelabro y todos sus accesorios, 22 la mesa de los panes presentados, las copas para la libación, las fuentes, los incensarios de oro, la cortina y las coronas; arrancó todo el decorado de oro de la fachada del templo; 23 se apoderó también de la plata y el oro, la vajilla de valor y los tesoros escondidos que encontró, 24 y se lo llevó todo a su tierra, después de haber causado una gran masacre y de lanzar palabras insolentes.

1,1-9 Introducción histórica. El autor aprovecha los dos primeros capítulos para presentar los protagonistas del libro: el imperio, que llevado por la codicia pretende dominar el mundo a través de la guerra, el saqueo y la muerte (1); y el pueblo judeomacabeo, que resiste para mantener su unidad, cultura y autonomía (2). Lamentablemente, la historia macabea que nació como resistencia, terminará repitiendo los males del imperio que combatió.

Un nuevo imperio, cuyo centro de poder es Grecia, se une a la lista de imperios que invadieron y sometieron al pueblo de Israel. Antes habían sido Egipto, Asiria, Babilonia y Persia. A la cabeza del imperio griego está Alejandro Magno (356-323 a.C.), quien haciéndose honrar como dios, establece su poder a través de la invasión, dominio y sometimiento tributario de pueblos soberanos. A la muerte de Alejandro sus generales entran en conflicto por la ambición de poder (cfr. Josefo Ant. 11.8,7). Finalmente, el reino quedó dividido en cuatro partes: Siria bajo el dominio de Seleuco I; Egipto para Tolomeo I; Tracia para Lisímaco, y Macedonia para Casandro. Los sucesores de Alejandro no cambian el esquema de poder, por el contrario, «multiplican las desgracias en el mundo».

1,10-64 Persecución de Antíoco Epífanes. Aparece en escena uno de los mayores símbolos del mal para Israel: Antíoco IV Epífanes, rey de la dinastía Seléucida y nuevo representante del poder imperial. Se

25 Un lamento se oyó en todo el país por Israel
26 gimieron los príncipes y los ancianos,
desfallecieron doncellas y muchachos,
se desfiguró la hermosura de las mujeres.
27 El esposo entonó un canto fúnebre,
la esposa se entristeció en su lecho nupcial.
28 La tierra tembló por sus habitantes,
y toda la casa de Jacob se cubrió de vergüenza.

29 Dos años después el rey envió un re-
caudador de impuestos a las ciudades de
Judá que se presentó en Jerusalén con un
fuerte ejército. 30 Éste habló a la gente con
palabras de paz, pero con la intención de
engañarlos. La gente confió en él, entonces
atacó sorpresivamente la ciudad, descar-
gándole un duro golpe: mató a muchos is-
raelitas, 31 saqueó la ciudad, derribó sus ca-
sas y la muralla entera. 32 Se llevaron
cautivos a las mujeres y los niños, y se apo-
deraron del ganado. 33 Después convirtió la
Ciudad de David en su fortaleza, rodeándo-
la de fuertes torres y una muralla alta y ma-
ciza. 34 Instalaron allí un grupo de gente im-
pía, sin fe y sin ley que se acuartelaron en
ese lugar, 35 almacenaron armas y víveres,
y guardaron allí el botín que habían reunido
en el saqueo de Jerusalén. 36 De esta forma
se convirtieron en un gran peligro, una ace-
chanza para el templo, una continua ame-
naza para Israel.

37 Derramaron sangre inocente
en torno al santuario, profanándolo.
38 A causa de ellos, huyeron los habitantes de Jerusalén,
y la ciudad se convirtió en morada de extranjeros,
casa extraña para los suyos;
sus hijos la abandonaron.
39 Su santuario quedó como un desierto,
sus fiestas se cambiaron en duelo,
los sábados en motivo de burla,
su honor en humillación.
40 Su deshonra igualó a su fama,
su grandeza se cambió en duelo.

41 El rey decretó la unidad nacional para
todos los súbditos de su imperio, 42 obli-
gando a cada uno a abandonar su legisla-
ción particular. 43 Todas las naciones se so-
metieron a la orden del rey, e incluso mu-
chos israelitas adoptaron la religión oficial:

---

puso el sobrenombre de «theos Epiphanes», que significa «dios manifestado». Es significativo, que inmediatamente después de Antíoco IV el autor presente un nuevo e importante actor: el grupo de judíos llamados «renegados» que abogan por la helenización del mundo judío como vía de progreso y modernidad (11-14). Cuando hablamos de helenismo nos referimos a la cultura de origen griego. En contraposición al grupo de los judíos «renegados», están los judíos de corte tradicional articulados en torno al proyecto macabeo. El autor deja claro desde el principio su postura promacabea, tanto que cuando habla de «Israel, pueblo» se refiere a este grupo.

Aprovechando el viejo lema imperial de «divide y vencerás», Antíoco IV hace alianza con los judíos helenistas o «renegados» (15) para alcanzar sus objetivos de imponer la cultura helenista –gimnasios–, establecer un régimen tributario, saquear los tesoros del Templo de Jerusalén para financiar la conquista de Egipto (21-24), imponer un nuevo sistema religioso con dioses y cultos idolátricos, hasta el punto de colocar al dios Zeus en el altar del Templo, prohibir el cumplimiento de la Ley (culto, circuncisión, normas alimentarias, sábado, etc.), y asesinar a todos los opositores (41-50). Jerusalén, la ciudad de Dios, termina siendo una ciudadela griega (33s), y la Alianza con el Dios de la liberación se cambia por una alianza con el imperio pagano (15). El autor recoge en una elegía los tiempos de muerte, sacrilegio y abominación que llenan de luto y dolor al pueblo de Israel (25-28.37-40; cfr. Sal 79,3; 106,38; Jr 7,6; 22,3; Lam 5,2).

ofrecieron sacrificios a los ídolos y profanaron el sábado. 44 El rey despachó correos a Jerusalén y a las ciudades de Judá, con órdenes escritas: tenían que adoptar las costumbres extranjeras, 45 se prohibía ofrecer en el santuario holocaustos, sacrificios y libaciones, guardar los sábados y las fiestas; 46 se mandaba contaminar el santuario y a los fieles, 47 construyendo altares, templos y capillas para el culto idolátrico, así como sacrificar cerdos y otros animales impuros; 48 tenían que dejar incircuncisos a los niños y profanarse a sí mismos con toda clase de impurezas y profanaciones, 49 de manera que olvidaran la ley y cambiaran todas las costumbres. 50 El que no cumpliese la orden del rey sería condenado a muerte.

51 En estos términos escribió el rey a todos sus súbditos. Nombró inspectores para toda la nación, y mandó que en todas las ciudades de Judá, una tras otra, se ofreciesen sacrificios. 52 Se les unió mucha gente, todos traidores a la ley, y causaron tal daño al país, 53 que los israelitas tuvieron que esconderse en cualquier refugio disponible.

54 El día quince de diciembre del año ciento cuarenta y cinco el rey mandó poner sobre el altar de los holocaustos un altar pagano, y fueron poniendo altares por todas las poblaciones judías del contorno; 55 quemaban incienso ante las puertas de las casas y en las plazas; 56 Se destruían y echaban al fuego los libros de la ley que encontraban; 57 y al que se lo descubría con un libro de la alianza en su poder, o al que vivía de acuerdo con la ley se lo ajusticiaba, en virtud del decreto real. 58 Como tenían el poder, todos los meses hacían lo mismo a los israelitas que se encontraban en las ciudades. 59 El veinticinco de cada mes sacrificaban sobre el altar pagano encima del altar de los holocaustos. 60 A las madres que circuncidaban a sus hijos, las mataban, como ordenaba el edicto, 61 con las criaturas colgadas al cuello; y mataban también a sus familiares y a los que habían circuncidado a los niños.

62 Pero hubo muchos israelitas que resistieron, haciendo el firme propósito de no comer alimentos impuros; 63 prefirieron la muerte antes que contaminarse con aquellos alimentos y profanar la alianza santa. Y murieron.

64 Fueron días de terribles calamidades para Israel.

Rebelión de Matatías

2 1 Por ese tiempo surgió Matatías, hijo de Juan, hijo de Simeón, sacerdote de la familia de Yoarib; y aunque era nacido en Jerusalén, se había establecido en Modín. 2 Tenía cinco hijos: Juan, por sobrenombre el Feliz; 3 Simón, llamado el Fanático; 4 Judas, llamado Macabeo; 5 Lázaro, llamado Avarán, y Jonatán, llamado Apfús.

6 Al ver Matatías los sacrilegios que se cometían en Judá y Jerusalén, 7 exclamó:

–¡Ay de mí! ¿Para esto he nacido? ¿Para ver la ruina de mi pueblo y la destrucción de la ciudad santa? ¡Para quedarme sentado en ella, mientras es entregada al poder del enemigo, y el santuario está en manos de extranjeros! 8 Su templo es como un hombre deshonrado; 9 su ajuar valioso ha sido llevado como botín; sus niños, asesinados en las plazas; sus jóvenes, muertos por la espada enemiga.

10 ¿Qué nación no ha ocupado sus palacios,
no se ha apropiado de sus despojos?
11 Le han arrebatado su hermosura;
era libre, y ahora es esclava.
12 Ahí está nuestro santuario,
nuestra hermosura y nuestro orgullo,
está desolado,
lo han profanado los paganos.
13 ¿Para qué seguir viviendo?

2,1-70 Rebelión de Matatías. Así como la historia de los patriarcas la dividimos en ciclos: Abrahán, Jacob y José (Gn 12–50), igual podemos hacer con el primer libro de los Macabeos: ciclo de Matatías (2,1-70), de Judas (3,1–9,22), de Jonatán (9,23–12,53) y de Simón (13,1–16,24).

14 Matatías y sus hijos se rasgaron las vestiduras, se vistieron de sayal e hicieron gran duelo.

15 Los funcionarios reales encargados de hacer apostatar por la fuerza llegaron a Modín, para que la gente ofreciese sacrificios, 16 y muchos israelitas acudieron a ellos. Matatías se reunió con sus hijos, 17 y los funcionarios del rey le dijeron:

–Eres un personaje ilustre, un hombre importante en este pueblo, y estás respaldado por tus hijos y parientes. 18 Adelántate para ser el primero en cumplir la orden del rey, como lo han hecho todas las naciones, y también los hombres de Judá y los que han quedado en Jerusalén. Tú y tus hijos recibirán el título de grandes del reino, los premiarán con oro y plata y muchos regalos.

19 Pero Matatías respondió en voz alta:

–Aunque todos los súbditos en los dominios del rey obedezcan, abandonando la religión de sus padres, y aunque prefieran cumplir sus órdenes, 20 yo, mis hijos y mis parientes viviremos según la alianza de nuestros padres. 21 ¡Dios nos libre de abandonar la ley y nuestras costumbres! 22 No obedeceremos las órdenes del rey, desviándonos de nuestra religión ni a la derecha ni a la izquierda.

23 Cuando acabó de hablar, se adelantó un judío, a la vista de todos, dispuesto a sacrificar sobre el altar de Modín, como lo mandaba el rey.

24 Al verlo, Matatías se indignó, tembló de cólera y en un arrebato de ira santa corrió a degollar a aquel hombre sobre el altar. 25 Ahí mismo mató al funcionario real, que obligaba a sacrificar, y derribó el altar. 26 Lleno de celo por la ley, hizo lo que Finés a Zimrí, hijo de Salu. 27 Luego empezó a gritar con toda su voz por la ciudad:

–El que sienta celo por la ley y quiera mantener la alianza, ¡que me siga!

28 Después, dejando en la ciudad cuanto tenía, él y sus hijos huyeron a las montañas.

29 Por entonces, muchos judíos amantes de la justicia y el derecho bajaron al desierto para instalarse allí 30 con sus hijos, mujeres y ganados. Es que la situación se había hecho intolerable.

31 A los funcionarios reales y a la guarnición de Jerusalén, de la Ciudad de David, les llegó la denuncia de que unos individuos, que habían desobedecido el mandato del rey, habían bajado a las cuevas del desierto. 32 Corrieron en su persecución muchos soldados. Los alcanzaron, tomaron posiciones frente a ellos y los atacaron un sábado. 33 Y les dijeron:

–¡Basta ya! Salgan, obedezcan las órdenes del rey y salvarán sus vidas.

34 Pero ellos respondieron:

–Ni saldremos ni obedeceremos al rey, profanando el sábado.

35 Los soldados les dieron el asalto enseguida, 36 y ellos no replicaron, ni les tira-

---

En oposición a Antíoco IV Epífanes, representante del poder imperial, surge Matatías, que significa «don de Dios», como líder de la resistencia judía. Matatías, un campesino de familia sacerdotal, hace una lectura de la realidad y constata que su pueblo, nacido para la libertad, ha sido esclavizado y saqueado. Su conciencia religiosa le dice que no es posible seguir viviendo sin hacer algo por cambiar tal situación.

Los funcionarios del imperio intentan comprar la conciencia de Matatías y de sus hijos ofreciéndoles títulos y riquezas. En clara opción por el Dios de los padres y del éxodo, rechazan la oferta del imperio y organizan la resistencia armada –«guerra santa»– desde las montañas de Judá.

Muchos judíos tradicionalistas huyen al desierto para escapar de la avalancha helenista. La persecución del imperio no se deja esperar y asesinan en día sábado un grupo de judíos que eran estrictos en el cumplimiento de la Ley pero que no participaban de la resistencia armada promulgada por los Macabeos. La muerte pasiva de estos israelitas por no violar la ley del sábado, hace que Matatías y sus hijos reinterpreten este precepto, decidiendo que si son atacados, aún en día sábado, responderán.

Al ejército de Matatías se une el grupo de los «leales» o «piadosos», de donde nacerán más tarde los fariseos y los esenios. El ejército macabeo organiza una campaña militar por el país con el fin de «rescatar la Ley de manos de los paganos». A pesar del éxito de la campaña militar, a cualquier cristiano le resulta difícil entender que se exalte un procedimiento que repite exactamente las actitudes del opresor: violencia, venganza, ira e imposición religiosa (45s). Es una «guerra santa» comprensible dentro de su época y contexto. Con Jesús se dará otro modelo de resistencia.

El testamento de Matatías recuerda el de Jacob (Gn 49) y Moisés (Dt 33). En el testamento quedan consagrados dos consejos con sabor imperativo: perseverar en la lucha y dar la vida por el proyecto de Dios (50). Además, un catálogo de virtudes para imitar: fe, fide-

ron una piedra, ni se atrincheraron en las cuevas, 37 sino que dijeron:

–¡Muramos todos con la conciencia limpia! El cielo y la tierra son testigos de que ustedes nos asesinan injustamente.

38 Así fueron atacados en pleno sábado. Y murieron todos, con sus mujeres, hijos y ganados. Había unas mil personas. 39 Cuando lo supieron Matatías y sus hijos hicieron gran duelo por ellos, 40 y comentaban:

–Si todos nos comportamos como nuestros hermanos, y no luchamos contra los paganos por nuestra vida y nuestra ley, muy pronto nos harán desaparecer de la tierra.

41 Aquel mismo día celebraron consejo y acordaron lo siguiente: Al que nos ataque en sábado le responderemos luchando; así no pereceremos todos, como nuestros hermanos en las cuevas.

42 Entonces se les añadió el grupo de los Leales, israelitas aguerridos, todos ellos sinceramente fieles a la ley; 43 se les sumaron también como refuerzos todos los que escapaban de cualquier desgracia. 44 Organizaron un ejército y descargaron su ira contra los pecadores y su cólera contra los impíos. Los que se libraron fueron a refugiarse entre las naciones extranjeras.

45 Matatías y sus partidarios recorrieron el país derribando los altares, 46 circuncidando por la fuerza a los niños no circuncidados que encontraban en territorio israelita 47 y persiguiendo a los insolentes. La campaña fue un éxito, 48 de manera que rescataron la ley de manos de los paganos y sus reyes, y no permitieron que prevalecieran los malvados.

49 Cuando le llegó la hora de morir, Matatías dijo a sus hijos:

–Hoy triunfan la insolencia y el descaro; son tiempos de calamidades y de terribles castigos. 50 Hijos míos, tengan celos por la ley y sacrifiquen sus vidas por la alianza de nuestros padres. 51 Recuerden las hazañas que hicieron nuestros padres en su tiempo y conseguirán gloria sin par y fama perpetua. 52 ¿Acaso Abrahán no fue hallado fiel en la prueba y por eso Dios lo contó entre los justos? 53 José, en medio del peligro, cumplió el mandamiento y llegó a ser señor de Egipto. 54 Fineés, nuestro padre, por su gran celo recibió la promesa de un sacerdocio eterno. 55 Josué llegó a ser juez de Israel por haber cumplido la ley. 56 Caleb, por su testimonio ante la asamblea, recibió una tierra en heredad. 57 David, por su misericordia, obtuvo el trono de una monarquía perpetua. 58 Elías fue arrebatado al cielo por su gran celo por la ley. 59 Ananías, Azarías y Misael, por su fe, se salvaron de la hoguera. 60 Daniel, por su inocencia, se salvó de las fauces de los leones.

61 Y así, repasando las generaciones, comprenderán que los que esperan en Dios no desfallecen. 62 No teman las palabras de un pecador, porque su gloria acabará en podredumbre y gusanos: 63 hoy es exaltado y mañana desaparecerá; volverá al polvo de donde vino y sus planes fracasarán.

64 Hijos míos, sean valientes en defender la ley, que ella los llenará de gloria. 65 Miren, sé que su hermano Simeón es prudente; obedézcanle siempre, y hará de padre con ustedes. 66 Judas Macabeo, aguerrido desde joven, será el jefe del ejercito y dirigirá la guerra contra el extranjero. 67 Ustedes, por su parte, reúnan a todos los que guardan la ley y defiendan los derechos de su pueblo. 68 Devuelvan a los paganos su merecido y cumplan cuidadosamente los preceptos de la ley.

69 Y después de bendecirlos fue a reunirse con sus antepasados. 70 Murió el año ciento cuarenta y seis. Lo enterraron en la sepultura familiar, en Modín, y todo Israel le hizo solemnes funerales.

Actividad de Judas en Judea

(2 Mac 8,1-7)

3 1 Le sucedió su hijo Judas, apodado Macabeo. 2 Todos sus hermanos y los partidarios de su padre le prestaron apoyo y combatieron con entusiasmo por Israel.

---

lidad, celo, observancia, testimonio, misericordia, confianza y resistencia activa. Seguir el camino de los antepasados es garantía de triunfo contra los paganos. La comandancia del ejército es entregada a Judas (66), que sin ser el mayor es el más aguerrido.

3,1-26 Actividad de Judas en Judea. Con un canto para exaltar su misión guerrera, comienza el ciclo de Judas (3,1–9,22). Se apoda «Macabeo» –nombre que asumirán los libros sagrados–, que significa «martillo» porque golpea con fuerza y sin descanso a sus

3 Judas extendió
la fama de su pueblo;
vistió la coraza como un héroe,
ciñó sus armas y entabló combates
protegiendo sus campamentos
con la espada.
4 Fue un león en sus hazañas,
un cachorro que ruge por la presa;
5 rastreó y persiguió a los impíos,
quemó a los agitadores del pueblo.

6 Por miedo a Judas
los impíos se acobardaron,
los que hacían el mal fracasaron;
por su mano triunfó la liberación.
7 Hizo sufrir a muchos reyes,
alegró a Jacob con sus hazañas,
su recuerdo será siempre bendito.
8 Recorrió las ciudades de Judá
exterminando en ella a los impíos;
apartó de Israel la cólera divina.
9 Su renombre llenó la tierra,
porque reunió a un pueblo
a punto de ser exterminado.

10 Apolonio reunió un ejército extranjero
y un gran contingente de Samaría para lu-
char contra Israel.

11 Cuando lo supo Judas, salió a hacerle
frente, lo derrotó y lo mató. Los paganos
tuvieron muchas bajas, y los supervivientes
huyeron. 12 Al recoger el botín, Judas se
quedó con la espada de Apolonio, y desde
entonces siempre combatió con ella.

13 Cuando Serón, general en jefe del
ejército sirio, se enteró de que Judas había
reunido en torno a sí una tropa numerosa
de fieles seguidores suyos dispuestos a pe-
lear, 14 se dijo:

–Voy a ganar fama y renombre en el im-
perio luchando contra Judas y los suyos,
ésos que desprecian la orden del rey.

15 Se le sumó un fuerte ejército de gente
impía, que subieron con él para ayudarle a
vengarse de los israelitas. 16 Cuando llega-
ba cerca de la cuesta de Bet-Jorón, Judas
le salió al encuentro con un puñado de
hombres; 17 pero al ver el ejército que venía
de frente dijeron a Judas:

–¿Cómo vamos a luchar contra esa mul-
titud bien armada, siendo nosotros tan po-
cos? Y además estamos agotados, porque
no hemos comido en todo el día.

18 Judas respondió:

–No es difícil que unos pocos envuelvan
a muchos, porque a Dios le da lo mismo
salvar con muchos que con pocos, 19 por-
que la victoria no depende del número de
soldados, sino de la fuerza que llega del
cielo. 20 Ellos vienen a atacarnos llenos de
insolencia e impiedad, para aniquilarnos y
saquearnos a nosotros, a nuestras mujeres
y a nuestros hijos, 21 mientras que nosotros
luchamos por nuestra vida y nuestra reli-
gión. 22 El Señor los aplastará ante noso-
tros. No les tengan miedo.

23 Nada más terminar de hablar, se lan-
zó contra ellos de repente. Derrotaron a Se-
rón y su ejército, 24 lo persiguieron por la
bajada de Bet-Jorón hasta la llanura. Serón
tuvo unas ochocientas bajas, y los demás
huyeron al territorio filisteo.

25 Judas y sus hermanos empezaron a
ser temidos, y una ola de pánico cayó so-
bre las naciones vecinas. 26 Su fama llegó a
oídos del rey, porque todos comentaban las
batallas de Judas.

---

enemigos. Cuenta con el apoyo de todos. Es presentado como un hombre sabio, valiente y de fe. Sus acciones y hazañas recuerdan al patriarca Judá, a Saúl y Jonatán por la metáfora del León (Gn 49; 2 Sm 1,23); a Moisés y los jueces en su liderazgo liberador; a David en sus hazañas militares. Judas Macabeo está convencido de ser un instrumento en las manos del Señor.

En el año 166 a.C., Apolonio, gobernador de Samaría y responsable del saqueo de Jerusalén, es el primero en salir derrotado a manos del ejército de Judas Macabeo. Después de su muerte, Judas le arrebata la espada, tal como hizo David con Goliat (1 Sm 21,9). Serón, general del ejército sirio, animado por el deseo de fama y poder, será el segundo en la lista de derrotados. La batalla se desarrolló en Bet-Jorón (16), un lugar famoso en la conquista de la tierra prometida (Jos 10,10). El miedo de Judas ante una derrota militar por inferioridad numérica, es superado por la fe en el Dios de los «débiles», que da la cara por su pueblo en cada batalla y apoya a los que luchan por la vida y la Ley (21). La Ley, promulgada como un conjunto de señales que indicaban el camino correcto para una convivencia justa, fraterna y en paz (Éx 20,1-17), se convirtió con el tiempo en un instrumento de poder que las autoridades religiosas utilizaban para imponer al pueblo «duras cargas» (Lc 11,46), situación que permite entender la postura crítica de Jesús (Mt 23,23). En la victoria de Judas, además de la fe cuenta su genialidad estratégica, al acomodar su pequeño ejército en la cima de la montaña, desde donde con sorpresa lanza su ataque. A partir de esta victoria Judas y su proyecto político, militar y religioso comienza a ser tomados en serio.

Batalla de Emaús

27 Cuando el rey Antíoco se enteró, se
enfureció y ordenó concentrar todas las
fuerzas de su imperio, un ejército podero-
sísimo. 28 Abrió el tesoro y repartió a las
tropas el sueldo de un año, ordenándoles
estar preparados para cualquier eventuali-
dad. 29 Pero cuando vio que las arcas se le
vaciaban y que los tributos de la región dis-
minuían por las discordias y la miseria que
había desencadenado en el país al suprimir
las leyes antiguas, 30 tuvo miedo de que,
como le había ocurrido más de una vez, no
le llegara para los gastos y regalos que so-
lía hacer superando a los reyes anteriores.
31 Viéndose muy apurado, proyectó mar-
char a Persia, para recoger los tributos de
aquellas provincias y reunir una gran suma
de dinero. 32 A Lisias, miembro distinguido
de la familia real, lo dejó al frente del go-
bierno, desde el Éufrates hasta los confines
de Egipto, 33 y le encomendó el cuidado de
su hijo Antíoco, hasta su vuelta. 34 Le dejó
la mitad de las tropas y de los elefantes, y
le comunicó todas sus decisiones, en parti-
cular las referentes a la población de Judá
y Jerusalén: 35 que enviara contra ellos un
ejército para aplastar y aniquilar al ejército
de Israel y a los que quedaban en Jeru-
salén; que borrara su nombre de aquel sitio
36 y estableciera extranjeros por todo el te-
rritorio.

37 El rey, por su parte, marchó de Antio-
quía, capital de su imperio, el año ciento
cuarenta y siete, llevándose la otra mitad
de las tropas. Después de pasar el Éufrates
fue recorriendo las provincias del norte.

38 Lisias escogió a Tolomeo hijo de Dori-
meno, a Nicanor y a Gorgias, hombres po-
derosos y grandes del reino, 39 y envió con
ellos cuarenta mil soldados de infantería y
siete mil jinetes, para que invadieran y de-
vastaran Judá, conforme a la orden del rey.
40 Partieron con todo su ejército, y fueron a
acampar junto a Emaús, en la llanura.

41 Cuando los traficantes de aquella zona
oyeron la noticia, acudieron al campa-
mento con muchísima plata, oro y con ca-
denas, para comprar israelitas como escla-
vos. El ejército se vio reforzado además
con tropas sirias y filisteas.

42 Judas y sus hermanos vieron que se
agravaba la situación –los ejércitos acam-
paban en su territorio, y conocían la orden
del rey que mandaba destruir y exterminar
al pueblo–, 43 y comentaron:

–¡Reparemos la ruina de nuestro pueblo!
¡Luchemos por nuestro pueblo y por el tem-
plo!

44 La asamblea se reunió para preparar-
se a la guerra y para rezar pidiendo miseri-
cordia y compasión.

45 Jerusalén estaba despoblada
como un desierto,
ninguno de sus hijos entraba o salía.
El santuario, pisoteado;
los extranjeros ocupaban la fortaleza,
convertida en albergue de los paganos.
Jacob había perdido la alegría,
ya no sonaban la cítara y la flauta.

46 Se reunieron y fueron a Mispá, frente
a Jerusalén, porque antiguamente Israel
había tenido allí un lugar de oración.
47 Aquel día ayunaron, se ciñeron un sayal,

3,27–4,35 Batalla de Emaús. La victoria de los «débiles» pone en alerta al imperio. Antíoco se ve en la necesidad de abrir dos frentes de batalla, uno contra Persia con el fin de conseguir dinero para mantener la guerra contra quienes amenazan su poder y riqueza –Aún hoy, se siguen haciendo guerras por razones económicas sin importar las personas que mueren en ellas–; el otro frente, bajo el mando de Licias, busca aplastar la sublevación judía y borrar su nombre del lugar (3,35). El número de cuarenta mil soldados de infantería y siete mil jinetes elegidos para esta tarea, coincide con las cifras de 1 Cr 19,19, dejando ver en el autor la intención de comparar a Judas con David. El ejército macabeo, conciente de su inferioridad, saca fuerzas para el combate, recordando la cruel situación que atraviesa el pueblo, la ciudad y el Templo (59), consultando la Palabra de Dios (48), haciendo ayuno y oración (47), respetando las normas para participar en el combate (56), pero sobre todo, poniendo todo en las manos del Señor (60). La lucha por la paz, con libertad, justicia y dignidad lo merece todo, aun la propia vida.

El imperio a pesar de su superioridad sigue siendo derrotado por varias razones: la inteligencia de Judas, al mejor estilo de David, en su estrategia militar; la memoria en un Dios liberador que siempre vence a cualquier faraón; y el sueño por mantener una Alianza que los hace libres e hijos predilectos de Dios. Cuando los pobres luchan con inteligencia por una liberación integral y unida al amor de Dios, no hay causa que se pierda.

se echaron ceniza en la cabeza y se rasgaron las vestiduras. 48 Desenrollaron el volumen de la ley, para consultarlo lo mismo que los paganos consultaban a sus ídolos. 49 Llevaron los ornamentos sacerdotales, las primicias y los diezmos; hicieron ir a los nazireos que habían terminado de cumplir su voto, 50 y levantaron su voz al cielo diciendo:

–¿Qué podemos hacer con estos hombres? ¿A dónde los llevaremos, 51 si su templo está pisoteado y tus sacerdotes tristes y humillados? 52 Ya ves, los paganos se han reunido para exterminarnos. Tú conoces sus planes contra nosotros. 53 ¿Cómo podremos resistirles si tú no nos auxilias?

54 Tocaron las cornetas y lanzaron grandes alaridos.

55 Después Judas nombró jefes militares: comandantes, capitanes y suboficiales. 56 A los que estaban edificando una casa, a los que iban a casarse, a los que acababan de plantar una viña y a los miedosos les dijo que se volvieran a sus casas, como manda la ley.

57 El ejército se puso en marcha, y acamparon al sur de Emaús. 58 Judas ordenó:

–¡Prepárense! Sean valientes, estén atentos mañana al amanecer, para dar batalla a esos paganos que se han reunido contra nosotros para exterminarnos, a nosotros y nuestro templo. 59 Más vale morir en la batalla que ver las desgracias de nuestra nación y del templo. 60 Pero hágase la voluntad de Dios.

4 1 Gorgias emprendió la marcha de noche, con cinco mil hombres de infantería y mil jinetes escogidos, 2 con idea de caer sobre el campamento judío y aplastarlos de improviso. Gente de la fortaleza de Jerusalén le servían de guías.

3 Pero Judas se enteró, y también él se puso en marcha con sus guerreros, para aplastar al ejército real que quedaba en Emaús, 4 mientras el resto de las tropas estaban dispersas lejos del campamento.

5 Cuando Gorgias llegó de noche al campamento judío no encontró a nadie. Se puso a buscarlos por la sierra, pensando que huían de él. 6 Al amanecer apareció Judas en la llanura con tres mil hombres, aunque sin escudos ni espadas como hubiera querido. 7 Cuando vieron el campamento pagano fortificado, bien defendido, rodeado por la caballería, con tropas aguerridas, 8 Judas arengó a sus hombres:

9 –No teman a esta muchedumbre ni se asusten por sus ataques. Recuerden cómo se salvaron nuestros antepasados en el Mar Rojo, cuando los perseguía el Faraón con un ejército. 10 Invoquemos ahora al cielo para que nos favorezca, acordándose de la alianza con nuestros padres, para que aplaste hoy a este ejército ante nosotros. 11 Así, todas las naciones reconocerán que hay alguien que rescata y salva a Israel.

12 Cuando los extranjeros levantaron la vista y los vieron venir de frente, salieron del campamento para la batalla. 13 Los de Judas hicieron tocar la trompeta y se entabló la lucha. 14 Los paganos fueron derrotados y huyeron hacia la llanura; 15 los más rezagados cayeron muertos a espada; los de Judas los fueron persiguiendo hasta Guézer y los llanos de Idumea, Asdod y Yamnia; les hicieron unas tres mil bajas.

16 Cuando Judas y su ejército dejaron de perseguirlos, 17 Judas advirtió a la tropa:

–No tengan ansia del botín, porque nos queda otra batalla: Gorgias y su ejército están en el monte, ahí cerca. 18 Ahora hagan frente al enemigo y luchen; después podrán apoderarse del botín tranquilamente.

19 Aún estaba hablando cuando asomó por el monte un escuadrón; 20 pero al ver que los suyos habían huido y que el campamento estaba ardiendo, como lo probaba la humareda que se veía, 21 se desmoralizaron por completo, y cuando vieron al ejército de Judas en la llanura, dispuesto al combate, 22 huyeron todos a territorio filisteo.

23 Entonces Judas se volvió a saquear el campamento: recogieron gran cantidad de oro, plata, ropa de púrpura roja y violeta y muchas riquezas. 24 Y regresaron cantando alabanzas a Dios, porque es bueno, porque es eterna su misericordia.

25 Israel consiguió aquel día una gran victoria.

26 Los extranjeros que escaparon con vida fueron a comunicar a Lisias lo ocu-

rrido. 27 Lisias, al oírlo, quedó abrumado de
pesar, porque a Israel no le había ocurrido
lo que él quería, ni el plan le había salido
como le había ordenado el rey. 28 Así que al
año siguiente reclutó sesenta mil infantes y
cinco mil jinetes para luchar contra los ju-
díos. 29 Llegaron a Idumea y acamparon en
Bet-Sur. Judas salió a hacerles frente con
diez mil hombres, 30 y al ver aquel ejército
tan poderoso, rezó:

–Bendito eres, Salvador de Israel, que
quebrantaste el ímpetu de aquel gigante
por medio de tu siervo David y entregaste
el campamento filisteo en poder de Jona-
tán, hijo de Saúl, y de su escudero. 31 En-
trega así ese ejército en poder de tu pueblo
Israel. Que ellos se sientan avergonzados
de su infantería y de su caballería. 32 Méte-
les miedo, haz que se derrita su poderío y
que se tambaleen con la derrota. 33 De-
rríbalos con la espada de tus amigos para
que te canten himnos de alabanza todos los
que conocen tu Nombre.

34 Cuando se enfrentaron los dos ejérci-
tos, unos cinco mil hombres de Lisias ca-
yeron en la refriega.

35 Lisias al ver rotas sus líneas de com-
bate y el valor de los soldados de Judas,
dispuestos a vivir o morir noblemente, mar-
chó a Antioquía para reclutar más merce-
narios, con intención de volver a Judá.

Purificación del Templo
(2 Mac 10,1-8)

36 Judas y sus hermanos propusieron:

–Ahora que tenemos derrotado al ene-
migo, subamos a purificar y consagrar el
templo.

37 Se reunió toda la tropa, y subieron al
monte Sión. 38 Vieron el santuario desolado,
el altar profanado, las puertas incendiadas,
la maleza creciendo en los atrios como ma-
torrales en una ladera y las dependencias
del templo derruidas. 39 Se rasgaron las
vestiduras e hicieron gran duelo, echán-
dose ceniza en la cabeza 40 y postrándose
rostro en tierra. Al toque de corneta grita-
ron hacia el cielo. 41 Judas ordenó a sus
hombres que combatieran a los que esta-
ban en la fortaleza hasta terminar la purifi-
cación del templo. 42 Eligió sacerdotes sin
defecto corporal, observantes de la ley,
43 que purificaron el templo y arrojaron a un
lugar impuro las piedras que lo contamina-
ban.

44 Luego deliberaron qué hacer con el al-
tar de los holocaustos que había sido profa-
nado, 45 y se les ocurrió una buena idea:
destruirlo; así no les serviría de oprobio por
haberlo profanado los paganos. Así que lo
destruyeron, 46 y colocaron las piedras en el
monte del templo, en un sitio apropiado,
hasta que viniese un profeta y resolviera lo
que había que hacer con ellas. 47 Luego to-
maron piedras sin tallar, como manda la
ley, y levantaron un altar nuevo, igual que
el anterior.

48 Restauraron el templo y consagraron
el interior del edificio y los atrios. 49 Reno-
varon todos los utensilios sagrados y me-
tieron en el templo el candelabro, el altar
del incienso y la mesa. 50 Quemaron incien-
so sobre el altar y encendieron los candiles
del candelabro, para que alumbraran el
templo.

51 Cuando pusieron panes sobre la mesa
y corrieron la cortina, quedó ultimado todo
el trabajo.

52 El año ciento cuarenta y ocho, el día
veinticinco del mes noveno –diciembre–,
53 madrugaron para ofrecer un sacrificio,
según la ley, en el nuevo altar de los holo-
caustos recién construido. 54 En el aniver-
sario del día en que lo habían profanado los
paganos lo volvieron a consagrar, cantando

4,36-61 Purificación del Templo. Con el enemigo derrotado y expulsado de la Ciudad Santa, todas las energías son puestas en la purificación, reconstrucción y consagración –dedicación– del Templo. La fiesta de la Dedicación se celebró el 25 de diciembre del año 164 a.C., exactamente tres años después de la profanación, con una ceremonia que duró ocho días. Esta fiesta, que quedó institucionalizada para celebrarse anualmente, es conocida con varios nombres: Dedicación –«Hanukkah»– que es el más usado, Purificación o fiesta de las Luces –cada día se enciende una luz–. Jesús antes de su muerte participó en esta fiesta (Jn 10,22). El texto nos sugiere una buena lección de liturgia: la materia prima de toda celebración litúrgica deben ser los acontecimientos más significativos de la vida. Es importante anotar que en este momento de la historia, el Templo es el centro de la vida y la religión judía; con Jesús las cosas cambiarán, será la vida del ser humano o su humanización, lo que estará en el centro del proyecto de Dios.

himnos y tocando cítaras, laúdes y platillos.
55 Todo el pueblo se postró en tierra, ado-
rando y alabando a Dios, que les había
dado éxito.

56 Durante ocho días celebraron la con-
sagración, ofreciendo con júbilo holocaus-
tos y sacrificios de comunión y de alaban-
za. 57 Decoraron la fachada del templo con
coronas de oro y pequeños escudos. Con-
sagraron también el portal y las dependen-
cias, poniéndoles puertas. 58 El pueblo en-
tero celebró una gran fiesta, que canceló la
afrenta de los paganos.

59 Judas, con sus hermanos y toda la
asamblea de Israel, determinó que se con-
memorara anualmente la nueva consagra-
ción del altar, con solemnes festejos, du-
rante ocho días, a partir del veinticinco de
diciembre.

60 En aquella ocasión construyeron en
torno al monte Sión unas murallas altas,
con torreones, no fueran a llegar los paga-
nos y las derruyesen como habían hecho
antaño. 61 Judas acuarteló allí una guarni-
ción para defender el monte. También forti-
ficó Bet-Sur, para que la gente estuviera de-
fendida por la parte de Idumea.

Hazañas de Judas fuera de Judea
(2 Mac 10,15-23)

5 1 Cuando las naciones vecinas se en-
teraron de que los judíos habían re-
construido el altar y restaurado el santuario
como estaba antes, se irritaron muchísimo,
2 determinaron destruir a los descendientes
de Jacob que vivían entre ellos, y empeza-
ron a matar y eliminar a gente del pueblo.

3 Entonces Judas atacó a los descen-
dientes de Esaú en Idumea, en Acrabatene,
porque hostigaban a Israel. Les infligió una
gran derrota, los sometió y los saqueó.
4 Después se acordó de la maldad de los be-
anitas, una trampa peligrosa para el pueblo,
con sus emboscadas en los caminos, 5 y los
cercó en sus castillos; tomó posiciones, los
consagró al exterminio y quemó sus casti-
llos con todos los que estaban dentro. 6 Des-
pués marchó contra los amonitas, y se las
vio con un ejército considerable y bien ar-
mado, a las órdenes de Timoteo. 7 Trabó
con ellos muchos combates; los destrozó,
los deshizo, 8 se apoderó de todo el territo-
rio de Jézer y luego se volvió a Judá.

9 Los pueblos de Galaad se aliaron con-
tra los israelitas que vivían en su territorio,
con intención de exterminarlos. Los israeli-
tas huyeron a la plaza fuerte de Datema,
10 y enviaron a Judas y sus hermanos este
mensaje: Los pueblos vecinos se han alia-
do contra nosotros para exterminarnos, 11 y
se están preparando para venir a apoderar-
se de la plaza fuerte donde nos hemos refu-
giado. Timoteo es su general. 12 Ven a li-
brarnos de sus manos, porque ya han caído
muchos de los nuestros, 13 y todos nuestros
hermanos que vivían en el país de Tob han
muerto; sus mujeres, hijos y enseres han
sido llevados al destierro; han muerto allí
unas mil personas.

14 Estaban leyendo la carta cuando otros
mensajeros, con la ropa hecha jirones, lle-
garon de Galilea con esta noticia: 15 De To-
lemaida, Tiro y Sidón, y toda la Galilea de
los gentiles, se han aliado contra nosotros
para aniquilarnos.

16 En cuanto lo oyeron Judas y la tropa,
convocaron una asamblea extraordinaria
para deliberar qué podían hacer por los her-
manos en situación apurada, hostilizados
por el enemigo. 17 Judas dijo a su hermano
Simón:

–Elige unos cuantos y vete a librar a tus
hermanos de Galilea. Mi hermano Jonatán
y yo iremos al país de Galaad.

5,1-68 Hazañas de Judas fuera de Judea. Los judíos exiliados y desplazados en tierra extranjera sufren la venganza del imperio (2). Una asamblea democrática, liderada por Judas y sus hermanos, deciden responder con la misma moneda: atacar, someter y eliminar los pueblos vecinos que asesinan a sus hermanos. Hay que recordar que los edomitas y amonitas son enemigos tradicionales de Israel (Gn 19,37s; Nm 20,14-21; 1 Sm 14,47). Las batallas son acompañadas de oraciones de alabanza, petición y acción de gracias a Dios, pero también con acciones tan sangrientas (51), que es necesario insistir en la premisa de entender estos hechos desde el contexto de un pueblo que hasta ese momento concebía a un Dios vengativo y hasta sangriento por defender a los suyos. La conciencia del pueblo llegará a su madurez con la presencia de Jesús quien nos mostrará el verdadero rostro de un Dios misericordioso. El texto sin embargo nos permite reflexionar sobre la situación de muchos hombres y mujeres que como exiliados o inmigrantes sufren la persecución xenofóbica de algunos gobiernos o sectores de la población.

18 Dejó con el resto de las fuerzas, para
la defensa de Judá, a José, hijo de Zaca-
rías, y a Azarías, oficial del ejército, 19 dán-
doles estas instrucciones:
–Tomen el mando de estas tropas, pero
no entren en combate con los paganos has-
ta que volvamos nosotros.
20 A Simón le asignaron tres mil hom-
bres para ir a Galilea, y a Judas, ocho mil
para la expedición contra Galaad.
21 Simón partió para Galilea y trabó mu-
chos combates con los paganos, los derro-
tó 22 y los persiguió hasta las puertas de To-
lemaida. Los paganos tuvieron unas tres
mil bajas, y Judas recogió el botín. 23 Lue-
go juntó a los judíos que había en Galilea y
Arbata, con sus mujeres, hijos y enseres, y
los llevó a Judá, con gran regocijo.
24 Por su parte, Judas Macabeo y su her-
mano Jonatán atravesaron el Jordán y ca-
minaron tres jornadas por el desierto. 25 En-
contraron a los nabateos, que los recibieron
pacíficamente, y les contaron lo que había
pasado a sus hermanos israelitas en Ga-
laad. 26 Muchos se habían encerrado en
Bosra, Béser, Alema, Casfo, Maqued y Car-
nín, todas plazas fuertes e importantes.
27 Otros se habían reunido en las demás
ciudades de Galaad, y el enemigo había de-
terminado atacar esas plazas fuertes al día
siguiente, ocuparlas y exterminarlos a to-
dos en un solo día.
28 Judas y su ejército desandaron in-
mediatamente el camino hacia el desierto
de Bosra. Judas tomó la ciudad, pasó a cu-
chillo a todos los varones, saqueó la villa y
la incendió.
29 Por la noche marchó de allí, y cami-
naron hasta la fortaleza. 30 Al salir el sol di-
visaron un ejército innumerable colocando
escalas y máquinas de guerra para apo-
derarse de la fortaleza; estaban dando el
asalto.
31 Al ver Judas que había empezado el
ataque y que de la ciudad subía al cielo el
fragor del alarido de guerra y el son de las
cornetas, 32 ordenó a sus soldados:
–¡Luchen hoy por sus hermanos!
33 Avanzaron en tres columnas por de-
trás del enemigo, tocaron las cornetas y
oraron gritando.
34 Cuando los soldados de Timoteo se
dieron cuenta de que era el Macabeo, hu-
yeron. Judas les infligió una gran derrota:
les hizo aquel día unas ocho mil bajas. Lue-
go torció hacia Alema. La tomó al asalto,
mató a todos los varones, la saqueó y la in-
cendió. 36 Partió de allí y conquistó Casfo,
Maqued y Béser, con las demás ciudades
de Galaad.
37 Después de estos sucesos, Timoteo
reunió otro ejército y acampó frente a Ra-
fón, al otro lado del torrente. 38 Judas envió
gente a reconocer el campamento, y le in-
formaron:
–Se le han unido todas las naciones ve-
cinas; es un ejército numerosísimo; 39 tie-
nen mercenarios árabes como auxiliares, y
están acampados al otro lado del torrente,
preparados para venir a atacarte.
Judas les salió al encuentro, 40 y mien-
tras él y su ejército se acercaban al torren-
te, Timoteo dijo a sus oficiales:
–Si lo atraviesa él primero hacia no-
sotros, no podremos resistirle; seguro que
nos vencerá. 41 Pero si no se atreve, y
acampa al otro lado del río, lo pasamos
nosotros hacia él, y lo venceremos.
42 Cuando Judas se acercó al torrente,
formó a los oficiales de la administración en
la ribera y les ordenó:
–No dejen acampar a nadie. Que avan-
cen todos.
43 Luego él, el primero, atravesó el río
hacia el enemigo. Toda la tropa le siguió.
Derrotaron a los paganos, que arrojaron
sus armas y huyeron hasta el santuario de
Carnín. 44 Los judíos se apoderaron de la
ciudad e incendiaron el santuario con todos
los que estaban dentro. Destruida Carnín,
ya nadie opuso resistencia a Judas.
45 Judas reunió a todos los israelitas que
había en Galaad, chicos y grandes, con sus
esposas, hijos y enseres –una muchedum-
bre inmensa–, para llevarlos a Judá. 46 Lle-
garon a Efrón, una ciudad importante, bien

Todas las batallas fueron ganadas, excepto las de José y Azarías, oficiales del ejército macabeo (56s), por dos razones: la primera, porque sus motivaciones no eran de solidaridad sino de intereses personales: fama y prestigio (57); la segunda, porque el autor considera que no pertenecen a una raza especial (62) como Judas Macabeo y sus hermanos.

fortificada, que les caía de camino –era imposible dejarla a derecha o izquierda, había que atravesarla–. 47 Pero los de la ciudad la cerraron y obstruyeron las puertas con piedras. 48 Judas les envió mensajeros en son de paz que les dijeron:

–Queremos pasar por el territorio de ustedes para llegar a nuestra patria. Nadie les hará ningún daño, sólo queremos pasar.

Pero se negaron a abrirle.

49 Entonces Judas ordenó pregonar por el campamento que todos formaran para el combate, en el sitio donde estuvieran. 50 Los guerreros formaron. Dio el asalto a la ciudad, todo aquel día y toda la noche, y la ciudad se rindió. 51 Judas pasó a cuchillo a todos los varones, arrasó la villa después de saquearla y la atravesó pasando por encima de los cadáveres. 52 Luego cruzaron el Jordán hasta la gran llanura, frente a Beisán. 53 Judas iba reuniendo a los rezagados y animando a la gente durante toda la marcha, hasta que llegaron a Judá. 54 Subieron al monte Sión, en medio de una gran alegría, y ofrecieron holocaustos por haber regresado sanos y salvos, sin ninguna baja.

55 Mientras Judas y Jonatán estaban en Galaad, y su hermano Simón en Galilea, frente a Tolemaida, 56 José, hijo de Zacarías, y Azarías, oficiales del ejército, se enteraron de las hazañas militares que habían llevado a cabo, 57 y se dijeron:

–Vamos a hacernos famosos también nosotros. ¡Vamos a luchar contra las naciones vecinas!

58 Dieron órdenes a sus tropas, y marcharon contra Yamnia. 59 Pero Gorgias y sus hombres salieron de la ciudad a presentarles batalla, 60 y José y Azarías huyeron. Gorgias los persiguió hasta las fronteras de Judá. Aquel día cayeron unos dos mil soldados israelitas, 61 el ejército sufrió una gran derrota por no haber obedecido a Judas y sus hermanos, esperando hacer una gran hazaña; 62 no eran de la raza de los hombres destinados a salvar a Israel.

63 El valeroso Judas y sus hermanos se hicieron muy célebres en todo Israel y por todos los países donde se oía hablar de ellos. 64 La gente se arremolinaba en torno a ellos, vitoreándolos.

65 Judas y sus hermanos salieron a luchar contra los descendientes de Esaú, en el sur. Conquistó el territorio de Hebrón, derribó sus plazas fuertes e incendió los torreones de la muralla. 66 Luego emprendió la marcha al país filisteo y atravesó Maresá. 67 Aquel día cayeron en el combate unos sacerdotes que, queriendo hacer una hazaña, salieron a luchar imprudentemente.

68 Luego Judas torció hacia Asdod, en tierra filistea; derribó sus altares, quemó las imágenes de sus dioses, saqueó las ciudades y se volvió a Judá.

Muerte de Antíoco
(2 Mac 9)

6 1 El rey Antíoco recorría las provincias del norte cuando se enteró de que en Persia había una ciudad llamada Elimaida, famosa por su riqueza en plata y oro, 2 con un templo lleno de tesoros: escudos dorados, corazas y armas dejadas allí por Alejandro, el de Filipo, rey de Macedonia, que había sido el primer rey de Grecia. 3 Antíoco fue allá e intentó apoderarse de la ciudad y saquearla; pero no pudo, porque los de la ciudad, dándose cuenta de lo que pretendía, 4 salieron a atacarle. Antíoco tuvo que huir, y emprendió el viaje de vuelta a Babilonia, apesadumbrado.

5 Entonces llegó a Persia un mensajero con la noticia de que la expedición militar contra Judá había fracasado. 6 Lisias, que había ido como caudillo de un ejército po-

---

6,1-17 Muerte de Antíoco. Antíoco Epífanes, al enterarse que los judíos han vencido sus tropas y han purificado el Templo que él había profanado, cae en un estado crítico de depresión. La descripción de su estado psicológico, hace honor al apodo que le tenían algunos de sus súbditos: «epimanes», que significa loco. Su confesión, aparentemente arrepentido por haber saqueado el Templo (1 Mac 1,54), no obedece a un acto de conversión sino más bien al reconocimiento de su fracaso. Antíoco encarga a Filipo la administración del reino y la custodia de su hijo –en 1 Mac 3,33 la había encomendado a Lisias–. Antíoco muere probablemente en la primavera del año 164 a.C., en Babilonia, ciudad que simboliza tragedia y muerte para Israel (2 Re 24s; Ap 18,8; 16,19; 17,5; 18,2.10.21), y se une a la lista de faraones o emperadores, que desde los tiempos de Egipto, han fracasado en su objetivo de desafiar el amor de Dios por los pobres y oprimidos.

deroso, había huido ante el enemigo; los judíos, sintiéndose fuertes con las armas y pertrechos, y el enorme botín de los campamentos saqueados, 7 habían derribado el altar construido sobre el altar de Jerusalén, habían levantado en torno al santuario una muralla alta como la de antes, y lo mismo en Bet-Sur, ciudad que pertenecía al rey.

8 Al oír este informe, el rey se asustó y se impresionó, de tal forma que cayó en cama con una gran depresión, porque no le habían salido las cosas como quería. 9 Allí pasó muchos días, cada vez más deprimido. Pensó que se moría, 10 llamó a todos sus grandes y les dijo:

–El sueño ha huido de mis ojos. Me siento abrumado de pena 11 y me digo: ¡A qué tribulación he llegado, en qué violento oleaje estoy metido, yo, feliz y querido cuando era poderoso! 12 Pero ahora me viene a la memoria el daño que hice en Jerusalén, robando el ajuar de plata y oro que había allí y enviando gente que exterminase a los habitantes de Judá sin motivo. 13 Reconozco que por eso me han venido estas desgracias. Ya ven, muero de tristeza en tierra extranjera.

14 Llamó a Filipo, un grande del reino, y lo puso al frente de todo el imperio. 15 Le dio su corona, su manto real y el anillo, encargándole la educación de su hijo Antíoco y de prepararlo para reinar. 16 El rey Antíoco murió allí el año ciento cuarenta y nueve. 17 Cuando Lisias se enteró de la muerte del rey alzó por rey a su hijo Antíoco, criado por él de pequeño, y le dio el sobrenombre de Eupátor.

Antíoco Eupátor

18 Mientras tanto, la gente de la fortaleza tenía confinados a los israelitas en torno al templo, y no perdía ocasión de hacerles mal y favorecer a los paganos. 19 Judas se propuso acabar con ellos, y congregó a todo el ejército para asediarlos. 20 Se concentraron todos y empezaron el asedio el año ciento cincuenta, con catapultas y máquinas de asalto. 21 Algunos sitiados rompieron el cerco; se les juntaron algunos renegados de Israel 22 que fueron a decirle al rey:

–¿Cuándo piensas hacer justicia y vengar a nuestros hermanos? 23 Nosotros nos sometimos a tu padre voluntariamente, procedimos según sus instrucciones y obedecimos sus órdenes a la letra. 24 El resultado es que nuestros compatriotas han cercado la fortaleza y nos tratan como extraños. Más aún, han matado a los nuestros que caían en sus manos y, han confiscado nuestros bienes. 25 Y no sólo extienden la mano contra nosotros, sino también contra todos los vecinos de su majestad. 26 Ahí los tienes, acampados ahora contra la fortaleza de Jerusalén, intentando conquistarla; han fortificado el santuario y Bet-Sur, 27 y si no te adelantas rápidamente, harán cosas mayores todavía, y ya no podrás detenerlos.

28 El rey se encolerizó al oír esto. Convocó a todos los grandes del reino, jefes de infantería y de caballería. 29 Y como también se le presentaron mercenarios del extranjero y de los países marítimos, 30 su ejército contaba cien mil infantes, veinte mil jinetes y treinta y dos elefantes amaestrados para la lucha. 31 Atravesando Idumea asediaron Bet-Sur. La lucha se prolongó muchos días; prepararon máquinas de asalto, pero los sitiados hicieron una salida y las incendiaron, luchando valientemente.

32 Entonces Judas levantó el cerco de la fortaleza y acampó junto a Bet-Zacarías, frente al campamento del rey. 33 De madrugada, el rey hizo avanzar su ejército a toda prisa por el camino de Bet-Zacarías. Las tropas se dispusieron a entrar en acción, y sonó la señal de ataque. 34 A los elefantes les habían dado vino de uva y de moras, para excitarlos a la lucha. 35 Los repartieron entre los escuadrones, asignando a cada

6,18-63 Antíoco Eupátor. La seguidilla de triunfos se interrumpe. Aunque el autor no lo dice explícitamente, el ejército macabeo es derrotado por el nuevo emperador Antíoco Eupátor. Un grupo de israelitas helenizados y traidores claman al emperador de turno con palabras que deberían ser para Dios (22). También la acción heroica de Lázaro Macabeo resulta ser un fracaso al no lograr el objetivo de eliminar al rey. Las contradicciones entre los poderosos –Lisias y Filipo– a causa de la ambición y los celos, permite aliviar la situación de los judíos. A pesar que Lisias derrota militarmente a Judas Macabeo, firma con éste

elefante mil hombres protegidos con corazas y cascos de bronce, más quinientos jinetes escogidos: 36 donde estaba un elefante, allí estaban ellos; adonde iba, iban ellos, sin separarse de él. 37 Cada elefante llevaba encima, sujeta con un arnés, una torre de madera bien protegida. En cada torre iban el guía indio y cuatro guerreros, que disparaban desde allí. 38 El resto de la caballería, protegido por las tropas de a pie, iba en las dos alas del ejército, para hostigar al enemigo.

39 Cuando el sol relumbró sobre los escudos de oro y bronce, su reflejo en los montes los hizo resplandecer como antorchas. 40 Parte del ejército real estaba formado en las cumbres de los montes; otra parte en la ladera. Iban avanzando seguros y en perfecto orden. 41 Estremecía oír el fragor de aquella muchedumbre en marcha y el entrechocar de las armas. Realmente era un ejército inmenso y poderoso.

42 Judas y sus tropas avanzaron, y en el choque el ejército real tuvo seiscientas bajas. 43 Lázaro, apodado Avarán, se fijó en un elefante protegido con armadura real que sobresalía entre los demás elefantes; creyendo que el rey iba allí, 44 entregó su vida para salvar a su pueblo y ganarse así renombre inmortal: 45 corrió audazmente hacia el elefante, matando a diestra y siniestra por en medio del escuadrón, que se iba abriendo a ambos lados, 46 se metió bajo el elefante y le clavó la espada; el elefante se desplomó encima de él, y allí murió.

47 Los judíos, al ver la fuerza impetuosa del ejército real retrocedieron. 48 Los del ejército real subieron contra ellos hacia Jerusalén; el rey acampó con intención de invadir Judá y el monte Sión, 49 hizo un tratado de paz con los de Bet-Sur, que salieron de la ciudad –no tenían ya provisiones para resistir el asedio, porque era año sabático en el país–. 50 El rey ocupó Bet-Sur y acantonó allí una guarnición para su defensa. 51 Luego puso cerco durante muchos días al templo; instaló ballestas y máquinas de asalto, lanzallamas, catapultas, lanzadardos y hondas. 52 Los judíos hicieron también máquinas defensivas, y la lucha se prolongó muchos días. 53 Pero cuando se acabaron los víveres en los almacenes, porque era año séptimo, y los que se habían refugiado huyendo a Judá desde el extranjero habían consumido las últimas provisiones, 54 se quedaron pocos en el templo; el hambre apretaba, y se dispersaron cada cual por su lado.

55 Lisias se enteró de que Filipo, a quien el rey Antíoco había confiado en vida la educación de su hijo Antíoco como sucesor, 56 había vuelto de Persia y Media con las tropas de la expedición real y que intentaba hacerse con el poder. 57 Rápidamente determinó partir, y dijo al rey, a los generales y a las tropas:

–Cada día somos menos, tenemos pocas provisiones y el lugar que atacamos está fortificado; los asuntos del reino son urgentes. 58 Hagamos las paces con esa gente, firmemos un tratado con ellos y toda su nación, 59 permitiéndoles vivir según su legislación, como hacían antes. Porque, enfurecidos por haberles abolido su legislación, nos han hecho todo esto.

60 El rey y los jefes aprobaron la propuesta; ofrecieron la paz a los judíos, y éstos la aceptaron. 61 El rey y los jefes confirmaron el pacto con juramento, y así los judíos salieron de la fortaleza. 62 Pero cuando el rey llegó al monte Sión y vio aquellas fortificaciones quebrantó el juramento y mandó derribar la muralla entera. 63 Luego partió rápidamente y volvió a Antioquía donde encontró a Filipo que se había apoderado de la ciudad. El rey lo atacó y se la arrebató por la fuerza.

---

un pacto donde le concede a Israel libertad religiosa, pero no la libertad política, militar y tributaria. Para un autor enamorado de Dios y de la gesta macabea, es comprensible que en este capítulo con sabor a derrota no se mencione en la negociación ni a Dios ni a los macabeos. El principal culpable de la derrota judía no es el rey de turno, sino los israelitas «renegados» que vendieron su conciencia y su libertad, acusando ante el enemigo a sus propios hermanos. Comprar la conciencia de hombres y mujeres en las naciones sometidas sigue siendo una tarea prioritaria de los nuevos imperios. También son muchos los que hoy venden su conciencia, la vida y la dignidad de su pueblo, por obtener privilegios y favorecer sus propios intereses. En este tipo de opciones es lógico que Dios esté ausente.

Demetrio I
(2 Mac 14,1-10)

7 1 El año ciento cincuenta y uno De-
metrio de Seleuco se marchó de
Roma, desembarcó con unos pocos en una
ciudad de la costa y allí empezó su reina-
do. 2 Cuando iba a entrar en el palacio real
de sus antepasados, las tropas apresaron a
Antíoco y Lisias para llevárselos a Deme-
trio. 3 Se lo dijeron a Demetrio, y respon-
dió:
–¡No quiero ni verles la cara!
4 Entonces los soldados los mataron, y
Demetrio subió al trono imperial. 5 Todos
los israelitas renegados e impíos acudieron
a él, guiados por Alcimo, que aspiraba al
cargo de sumo sacerdote, 6 y acusaron al
pueblo ante el rey:
Judas y sus hermanos han exterminado
a todos tus partidarios, y a nosotros nos
han expulsado de nuestro país. 7 Envía a
uno de tu confianza a inspeccionar los des-
trozos que nos ha causado Judas, a noso-
tros y a tu provincia, y a castigarlos a ellos
y a todos los que los apoyan.
8 El rey eligió a Báquides, del grupo de
los amigos del rey, gobernador de la zona
occidental del Éufrates, hombre influyente
y de su confianza. 9 Lo envió con el impío
Alcimo, confirmado en el cargo de sumo
sacerdote, con orden de castigar a los is-
raelitas. 10 Partieron. Entraron en Judá con
un ejército numeroso, y mandaron una em-
bajada a Judas y sus hermanos, con falsas
propuestas de paz. 11 Pero los judíos, al ver-
los con un ejército tan numeroso no hicie-
ron caso a la embajada; 12 sin embargo,
una comisión de escribas se reunió con Al-
cimo y Báquides para buscar una solución
justa; 13 los primeros en pedir la paz por
parte de los israelitas eran los Leales,
14 porque decían:
–El que ha venido con el ejército es un
sacerdote de la estirpe de Aarón; no nos va
a traicionar.
15 Báquides habló con ellos en son de
paz y les juró:
–No los maltrataremos, ni a ustedes, ni a
sus amigos.
16 Ellos le creyeron, pero él hizo arrestar
y ejecutar a sesenta de ellos en un solo día,
según aquel texto de la Escritura:
17 Desparramaron los cadáveres
y la sangre de tus fieles
alrededor de Jerusalén,
y nadie los entierra.
18 A la gente le entró pánico ante los in-
vasores. Se comentaba:
–No tienen sinceridad ni honradez; han
faltado a su palabra y a su juramento.
19 Después Báquides marchó de Jeru-
salén para acampar en Betsaid. Mandó
apresar a muchos de los suyos, que habían
desertado, y a algunos del pueblo, los ase-
sinó y los arrojó a la cisterna grande.
20 Luego puso la provincia en manos de Al-
cimo, dejando un destacamento para apo-
yarlo, y se volvió adonde estaba el rey.
21 Alcimo tuvo que luchar para defender su
cargo de sumo sacerdote; 22 se le unieron
todos los agitadores del pueblo y se adue-
ñaron de Judá, haciendo un estrago enor-
me en Israel.
23 Cuando Judas vio que Alcimo y su
gente hacían más daño a los israelitas que
los paganos, 24 salió por todo el territorio de
Judá para castigar a los desertores e impe-
dirles hacer correrías por la región. 25 Y al
ver Alcimo que Judas y los suyos se reha-
cían, comprendió que no podría resistirles,

7,1-25 Demetrio I. Demetrio I, heredero legítimo de Seluco IV no pudo ocupar el trono al morir su padre, ya que siendo todavía un niño fue arrestado y llevado a Roma. Asumió el poder su hermano Antíoco IV y luego su sobrino Antíoco V, a quien Demetrio considera un usurpador. Demetrio escapa de Roma y con el apoyo de una parte del ejército, retoma el poder y se proclama rey en el año 161 a.C. Sus generales asesinan a Antíoco V y a Lisias. Con la llegada de Demetrio al poder, se agudiza el conflicto entre los dos grupos judíos: los «renegados» –prohelenistas– y los tradicionales –promacabeos–. Los judíos «renegados» acuden nuevamente ante el emperador para acusar de traidores a sus propios hermanos. Para esta misión se apoyan en Alcimo –nombre helenizado de Joaquín–, nombrado sumo sacerdote por el emperador (9) pero rechazado por los judíos tradicionales por su corte helenista y su actitud servil ante el imperio de turno. Alcimo y los «renegados» le declaran la guerra a sus propios hermanos (21-25). Judas Macabeo responde de igual manera (23s). Es triste ver cómo la ausencia en los dirigentes de una conciencia alimentada por el diálogo, la tolerancia, la justicia y el amor, termina dividiendo y enfrentando a los propios hermanos, mientras los poderosos, verdaderos causantes del mal, aprovechan las circunstancias para perpetuar su dominio.

y se volvió al rey, con gravísimas acusaciones.

Derrota de Nicanor
(2 Mac 14,12-36)

26 Entonces el rey envió a Nicanor, uno de sus más famosos generales, enemigo mortal de los israelitas, con el encargo de exterminar al pueblo.
27 Nicanor llegó a Jerusalén con un gran ejército, y envió a Judas y sus hermanos este mensaje, con palabras fingidas de amistad:
28 –No nos peleemos. Yo saldré con una pequeña escolta para celebrar con ustedes una entrevista amistosa.
29 Llegó a donde estaba Judas, y se saludaron amistosamente, pero los enemigos estaban preparados para secuestrar a Judas.
30 Judas se enteró de que la visita de Nicanor era una trampa, y le tomó tal miedo que no quiso volver a verlo.
31 Entonces Nicanor se dio cuenta de que su plan había sido descubierto, y salió a luchar contra Judas, junto a Cafarsalán.
32 Nicanor tuvo unas quinientas bajas, y los demás huyeron a la Ciudad de David.
33 Después de estos sucesos, Nicanor subió al monte Sión. Algunos sacerdotes y ancianos del pueblo salieron del templo para saludarle amistosamente y mostrarle el holocausto que se ofrecía por el rey.
34 Pero él los despreció, se burló de ellos, los escupió, profiriendo insolencias,
35 y juró encolerizado:

–Si no me entregan ahora mismo a Judas y a su ejército, cuando yo vuelva victorioso incendiaré este templo.

Y salió enfurecido.

36 Los sacerdotes entraron, y de pie frente al altar y el santuario dijeron entre lágrimas:
37 –Tú elegiste este templo dedicado a tu Nombre para que sirviera a tu pueblo de casa de oración y súplica.
38 Castiga a ese hombre y a su ejército. ¡Que caiga a filo de espada! Recuerda sus blasfemias, no les des reposo.
39 Nicanor salió de Jerusalén y acampó en Bet-Jorón; allí se le añadió un ejército sirio.
40 Judas acampó en Adasa con tres mil hombres, y rezó así:
41 –Cuando los embajadores del rey blasfemaron, salió tu ángel y les mató a ciento ochenta y cinco mil.
42 Aplasta hoy igualmente a este ejército ante nuestros ojos, para que sepan todos que blasfemó contra tu templo. ¡Júzgalo como merece su maldad!
43 Los ejércitos entraron en combate el trece de marzo. El ejército de Nicanor fue derrotado; el primero en caer fue el mismo Nicanor,
44 y sus soldados, al ver que había caído, arrojaron las armas y huyeron.
45 Los judíos los persiguieron una jornada, desde Adasa hasta Guézer, tocando las trompetas detrás de ellos.
46 De todos los poblados judíos a la redonda salió gente para cercar a los que huían, que se volvían unos contra otros; todos cayeron a espada, no quedó ni uno.
47 Luego agarraron el botín y los despojos. A Nicanor le cortaron la cabeza y la mano derecha, que había extendido insolentemente, y las llevaron para colgarlas frente a Jerusalén.

7,26-50 Derrota de Nicanor. Alcimo pide ayuda a Demetrio, quien manda a Nicanor, su mejor general, para atacar a los judíos y quitarles la poca autonomía que mantenían. La estrategia de Nicanor se basa en el engaño so pretexto de un proceso de diálogo y negociación. ¿Cómo lograr que la palabra, igual que la de Dios en el primer capítulo del Génesis o la de Jesús, sea siempre una palabra creadora de vida, sincera y confiada, y no una palabra que se utiliza para engañar y destruir la vida? Ser hombres y mujeres de palabra es un buen punto de partida para que los diálogos de las personas y los pueblos sean fructíferos y eficaces.

La batalla final sigue un esquema conocido en el Antiguo Testamento: presentación de los ejércitos, oración pidiendo la intervención de Dios, la batalla, derrota y muerte del invasor, huída del resto del ejército enemigo y fiesta de los triunfadores (cfr. 2 Re 18,17–19,37). El triunfo macabeo se convierte en una fiesta con intenciones de repetirla anualmente. Sin embargo, muy pronto dejó de celebrarse, probablemente por su proximidad con la fiesta de Purim (14 de marzo). Este final, con sabor a triunfo liberador y tiempo de paz, recuerda las gestas narradas en el libro de los Jueces.

Dos hechos para reflexionar desde una perspectiva cristiana. El primero, la actitud poco tolerante y violenta de Judas Macabeo, quien después del pacto firmado con Lisias, recorría el país matando y maltratando los judíos «desertores» (7,23). La segunda, colocar a Dios como un general del ejército que manda a sus ángeles a matar los enemigos de quienes ele-

48 El pueblo se alegró muchísimo, y festejaron aquel día como si fuera una gran fiesta. 49 Determinaron celebrar anualmente aquella fecha, trece de marzo.

50 Judá tuvo paz por algún tiempo.

Judas pacta con Roma

8 1 Judas había oído hablar de los romanos: que eran muy poderosos, benévolos con sus aliados y que hacían pacto de amistad con cuantos acudían a ellos. 2 Le contaron sus hazañas militares en las Galias: cómo las habían conquistado, sometiéndolas a tributo; 3 y todo lo que habían hecho en tierras de España para apoderarse de las minas de plata y oro que hay allí, 4 cómo habían sabido mantener su dominio en todo el país con paciencia y prudencia, y eso que estaba muy lejos. A los reyes que les habían atacado desde los confines de la tierra los habían derrotado aplastándolos definitivamente; los demás les pagaban un tributo anual. 5 Habían derrotado y sometido a Filipo, a Perseo, rey de Macedonia, y a los que se les habían sublevado; 6 derrotaron también a Antíoco el Grande, rey de Asia, que salió a atacarles con ciento veinte elefantes, caballería, carros y muchísima infantería: 7 lo apresaron vivo, y quedó obligado, él y sus sucesores en el trono, a pagar un fuerte tributo, a entregar rehenes y ceder la India, Media y Lidia, 8 las mejores provincias del rey; cuando los romanos las recibieron se las dieron al rey Eumenes. 9 También los griegos proyectaron una campaña para aniquilar a los romanos, 10 pero al enterarse éstos del proyecto mandaron contra ellos a un solo general: entraron en combate e hicieron muchas bajas a los griegos, se llevaron cautivos a las mujeres y niños, saquearon el país y lo sometieron, derribaron las plazas fuertes y los redujeron a esclavitud perpetua. 11 Aniquilaron y esclavizaron los restantes reinos, las islas, a cuantos les opusieron resistencia; en cambio, se mantenían fieles a sus amigos y a los que se ponían bajo su protección. 12 Dominaron a reyes vecinos y lejanos. Cuantos oían hablar de ellos los temían. 13 Aquéllos a quienes quieren ayudar en sus pretensiones al trono, llegan a reyes; a los que quieren cambiar, los destituyen. Están en la cima del poder. 14 Y con todo esto ni uno de ellos ha ceñido la corona ni se ha vestido de púrpura para aumentar su autoridad. 15 Han formado un Senado, y diariamente deliberan trescientos veinte senadores, buscando siempre el bien público. 16 Confían cada año el poder y el gobierno del país a un solo hombre; todos le obedecen, sin envidia ni rivalidades.

17 Judas eligió a Eupólemo, hijo de Juan, hijo de Acos, y a Jasón, hijo de Lázaro, y los envió a Roma para firmar un tratado de amistad y mutua defensa, 18 con la intención de sacudirse el yugo griego, porque veían que el imperio griego estaba esclavizando a Israel.

19 Partieron para Roma, un viaje larguísimo. Y al entrar en el Senado hablaron así:

20 –Judas Macabeo, sus hermanos y el pueblo judío nos han enviado aquí para hacer con ustedes un tratado de paz y mutua defensa, y para que nos inscriban en el número de sus aliados y amigos.

21 Los senadores aprobaron la petición.

22 Copia de documento que escribieron en tablillas de bronce, y mandaron a Jeru-

---

van sus oraciones al cielo. Aunque Jesús es duro con los enemigos del pueblo y de los pobres, la justicia y la paz no se consiguen con la violencia, sino con la concientización y la organización de los pueblos.

8,1-32 Judas pacta con Roma. El autor hace un paréntesis en su relato –continuará en 9,1– para presentar a Roma, nuevo actor imperial que ha entrado en escena y que para mediados del s. II a.C. ya dominaba todo el Mediterráneo. A pesar del esfuerzo que hace el autor por justificar el pacto del pueblo judío con Roma, sus mismos comentarios lo hacen contradictorio. Los elogia por su lealtad (1.11), su poderío militar (2-12), porque gobiernan sin soberbia a pesar de su poderío (14) y por su organización política interna en cabeza de un senado que busca siempre el bien público (15). Cabría preguntar: ¿el bien público de quién? De ellos mismos, es decir de los que tienen ciudadanía romana, pues su política exterior está claramente caracterizada por la discriminación, el aniquilamiento, la esclavitud, el sometimiento, la imposición de gobernantes y de un modelo económico tributario (4.5.7.11).

En poco difieren las características del nuevo imperio romano con las de todos los imperios, bien señaladas en 1 Sm 8,4-22. ¿Cuál será entonces la motivación real para que los Macabeos firmen con los romanos un pacto de «amistad y mutua defensa» (20s), precisamente cuando se disfrutaba de un triunfo liberador

salén para que quedase allí como docu-
mento fehaciente del pacto de paz y mutua
defensa:
23 ¡Gocen bienestar perpetuo romanos y
judíos en tierra y mar! ¡Lejos de ellos la es-
pada enemiga!
24 Pero si estalla la guerra contra Roma o
uno de sus aliados en el imperio, 25 el pue-
blo judío luchará a su lado con toda el
alma, conforme lo exijan las circunstan-
cias, 26 a los enemigos no les darán ni su-
ministrarán alimentos, armas, dinero, na-
ves. Es decreto de Roma. Cumplirán estas
cláusulas sin compensación alguna.
27 Igualmente, si estalla una guerra con-
tra el pueblo judío, los romanos lucharán a
su lado decididamente, conforme lo exijan
las circunstancias, 28 y no darán a los ene-
migos alimentos, armas, dinero ni naves.
Es decreto de Roma. Observarán estas
cláusulas lealmente.
29 En estos términos quedaba estipulado
el pacto de los romanos con el pueblo ju-
dío.
30 Y si más adelante alguna de las partes
quisiera añadir o rescindir algo, se hará de
común acuerdo, y lo añadido o rescindido
tendrá fuerza de ley.
31 En cuanto a los daños que les ha cau-
sado el rey Demetrio, ya le escribimos en
los siguientes términos: ¿Por qué oprimes
tiránicamente a nuestros amigos y aliados
los judíos? 32 Si se nos vuelven a quejar de
ti, defenderemos sus derechos atacándote
por tierra y mar.

Muerte de Judas

9 1 Pero Demetrio, en cuanto oyó que
Nicanor y su ejército habían su-
cumbido en el combate, volvió a enviar a
Báquides y Alcimo al territorio de Judá con
el ala derecha del ejército. 2 Emprendieron
la marcha por el camino de Guilgal, toma-
ron al asalto Mesalot de Arbela y asesina-
ron a mucha gente. 3 El mes primero del
año ciento cincuenta y dos acamparon
frente a Jerusalén, 4 pero luego partieron de
allí, camino de Berea, con veinte mil de in-
fantería y dos mil jinetes.
5 Judas acampaba en Elasa con tres
mil soldados, 6 y al ver la enorme muche-
dumbre de enemigos se aterrorizaron;
muchos desertaron del campamento, y
sólo quedaron ochocientos. 7 Judas vio
que su ejército se deshacía precisamente
cuando era inminente la batalla, y se des-
corazonó, porque ya no era posible reunir-
los. 8 Aunque desalentado, dijo a los que
quedaban:
–¡Ataquemos lo mismo a nuestro enemi-
go! A lo mejor podemos presentarles ba-
talla.
9 Los suyos intentaban convencerle:
–Es completamente imposible. Sal-
vemos primero nuestras vidas, luego volve-
remos con los nuestros, y entonces les da-
remos la batalla. Ahora somos pocos.
10 Judas repuso:
–¡Nada de huir ante el enemigo! Si nos
ha llegado la hora, muramos valientemente
por nuestros compatriotas, sin dejar una
mancha en nuestra fama.
11 El ejército enemigo salió del campa-
mento y formó frente a ellos, con la caba-
llería dividida en dos cuerpos, y los honde-
ros y arqueros delante del ejército, los más
aguerridos en primera fila. Báquides iba en
el ala derecha. 12 La tropa avanzó por am-
bos lados, a toque de la trompeta. 13 Los de

y de un tiempo de paz? (1 Mac 7,48-50). Según los macabeos, buscan sacudirse del yugo de los griegos (18). Estos tratados se grababan en tablas de bronce. Se hacía un original en latín que reposaba en el capitolio romano, y otra copia en griego que se entregaba al estado con el que se firmaba el pacto. El autor de Macabeos omite el preámbulo y el final del pacto porque se mencionan los dioses romanos Júpiter y Capitolio. Comienza así una nueva etapa en la historia de Israel, que como se verá con el tiempo, antes que beneficios aumentará la opresión y esclavitud. Se dice que los judíos llegaron a odiar tanto a los romanos que será una de las razones para excluir el libro de los Macabeos del canon judío.

9,1-22 Muerte de Judas. Continúa el relato del capítulo 7. Judas no se conforma con la autonomía religiosa sino que continúa luchando por una autonomía política. Demetrio, rey sirio, queriendo vengar la muerte de Nicanor, pero también preocupado por los acuerdos de los judíos con Roma, envía un gran ejército para aniquilar la resistencia judía, cuyo ejército se encuentra desintegrado, desanimado y temeroso. Llama la atención que Judas, a pesar de la inferioridad numérica, no invoca a Dios como en otras ocasiones (1 Mac 4,10.30-33; 7,41s), sino que decide enfrentar la batalla con la convicción de ofrecer la vida por la causa liberadora del pueblo judío (10). Es como si presintiera la derrota y la muerte (8-10). Ju-

Judas también tocaron las trompetas, y el suelo retembló por el fragor de los ejércitos. El combate se entabló al amanecer y duró hasta la tarde.

14 Judas vio que Báquides y lo más fuerte del ejército estaba a la derecha; se le juntaron los más animosos, 15 destrozaron el ala derecha y la persiguieron hasta los montes de Asdod. 16 Pero cuando los del ala izquierda vieron que el ala derecha estaba destrozada se volvieron en persecución de Judas y sus compañeros. 17 El combate arreció, y hubo muchas bajas por ambas partes. 18 Judas también cayó, y los demás huyeron.

19 Jonatán y Simón recogieron el cadáver de su hermano Judas y lo enterraron en la sepultura familiar, en Modín. 20 Lo lloraron, y todo Israel le hizo solemnes funerales, entonando muchos días esta lamentación: 21 ¡Cómo ha caído el héroe, salvador de Israel!

22 No hemos escrito otros datos de la historia de Judas, sus hazañas militares y sus títulos de gloria, porque fueron muchísimos.

Jonatán y Báquides

23 Después que murió Judas, por todo el territorio israelita asomaron de nuevo los renegados y reaparecieron todos los malhechores. 24 El país se pasó a su bando, porque por entonces hubo un hambre terrible. 25 Báquides eligió a unos impíos y los puso al frente del gobierno de la zona. 26 Ellos seguían el rastro de los amigos de Judas, y se los llevaban a Báquides, que los castigaba y humillaba.

27 Fue un tiempo de grandes sufrimientos para Israel como no se había visto desde que desaparecieron los profetas.

28 Todos los partidarios de Judas se reunieron y dijeron a Jonatán:

29 –Desde que murió tu hermano Judas no tenemos un valiente como él que guíe la lucha contra el enemigo, ese Báquides y los que odian a nuestro pueblo. 30 Por eso te elegimos hoy a ti para que lo sustituyas como jefe y caudillo que dirija nuestra guerra.

31 En aquel mismo instante tomó el mando Jonatán, sucediendo a su hermano Judas. 32 Báquides se enteró y quería matarlo; 33 pero en cuanto lo supieron Jonatán, su hermano Simón y todos sus camaradas, huyeron al desierto de Tecua y acamparon junto a la cisterna de Asfar.

34 Báquides lo supo un sábado, y fue él en persona con todo su ejército a la otra orilla del Jordán.

35 Jonatán envió a su hermano al frente de la comitiva, a pedir a sus amigos los nabateos que les cuidaran todo el equipaje, que era mucho. 36 Pero los hijos de Jambrí, de Madabá, salieron y capturaron a Juan con todo lo que tenía, y se marcharon llevándoselo todo.

37 Poco tiempo después comunicaron a Jonatán y su hermano Simón:

–Los hijos de Jambrí celebran una gran boda; a la novia, hija de uno de los ricos de Canaán, la llevan desde Madabá en un gran cortejo.

38 Recordando el asesinato de su hermano Juan, subieron a ocultarse al reparo del monte. 39 De pronto vieron aparecer en dirección hacia ellos y en medio de un gran gentío que llevaba regalos, al novio, que avanzaba hacia el cortejo de la novia con sus amigos y parientes, al son de la música, de tamboriles y otros instrumentos. 40 Los de Jonatán salieron de la emboscada y se lanzaron contra ellos para matarlos. Hirieron a muchos, y los supervivientes escaparon al monte. Les quitaron todo el botín, 41 y la boda se cambió en luto, y el canto de los músicos en lamentación. 42 Así vengaron la muerte de su hermano. Luego se volvieron a las regiones pantanosas del Jordán.

---

das, tras una férrea resistencia muere en su ley. Llama la atención que el autor no acuse a Roma de violar el pacto al no acudir en defensa de su aliado. Ésta es la primera prueba que el pacto con el imperio romano antes que beneficios sólo significó ruina y muerte para los judíos. La elegía por la muerte de Judas recuerda la reacción de David ante la muerte de Saúl y Jonatán (2 Sm 1,19-27) y refleja el amor que le profesaba su pueblo. El título de salvador es el mismo que se daba a los jueces de Israel. Judas hizo muchas hazañas que no se recogen en este libro (cfr. Jn 20,30; 21,25).

9,23-73 Jonatán y Báquides. Comienza el ciclo de Jonatán (9,23–12,53). El vacío dejado por Judas es

43 Cuando Báquides lo supo se fue un
sábado hasta las riberas del Jordán con un
gran ejército. 44 Jonatán dijo a los suyos:
–¡Ánimo! Luchemos por defender nues-
tras vidas, que hoy no es como antes. 45 Mi-
ren, el enemigo nos asedia por delante y
por detrás, de un lado están las aguas del
Jordán y del otro los pantanos y las male-
zas; no hay donde batirse en retirada. 46 Así
que clamen al cielo para que nos salve de
nuestros enemigos.
47 Se trabó el combate. Jonatán alargó
el brazo para herir a Báquides, pero éste lo
esquivó echándose atrás. 48 Jonatán y los
suyos se echaron al río y lo atravesaron a
nado hasta la otra orilla; el enemigo no
pasó el Jordán en su persecución. 49 Báqui-
des tuvo aquel día unas mil bajas; 50 luego
se volvió a Jerusalén y comenzó a fortificar
algunas ciudades en Judea: las fortalezas
de Jericó, Emaús, Bet-Jorón y Betel, Tim-
ná, Piratón y Tefón, con murallas altas,
puertas y cerrojos. 51 En todas ellas acuar-
teló guarniciones para hostilizar a Israel.
52 Fortificó también la ciudad de Bet-
Sur, Guézer y la fortaleza, y dejó en ellas
tropas y depósitos de víveres. 53 Tomó
como rehenes a los hijos de las autoridades
de la zona y los encarceló en la fortaleza de
Jerusalén.
54 El año ciento cincuenta y tres, el se-
gundo mes, Alcimo ordenó derribar el muro
del atrio interior del templo, destruyendo la
obra de los profetas. Empezó la demolición,
55 pero precisamente entonces Alcimo su-
frió una enfermedad que detuvo sus planes;
la parálisis le cerró la boca de forma que no
podía hablar ni hacer testamento. 56 Y así
murió entonces, entre enormes dolores.
57 Cuando Báquides vio que había muer-
to Alcimo, regresó a donde estaba el rey.
Judá quedó en paz durante dos años.
58 Todos los judíos renegados delibera-
ron:
–Ahí tienen a Jonatán y los suyos, tran-
quilos y confiados. Traeremos a Báquides
para que se apodere de todos ellos en una
noche.
59 Fueron a verlo y parlamentaron con
él.
60 Báquides se puso en marcha con un
gran ejército. Envió instrucciones secretas
a todos sus aliados de Judá para que apre-
saran a Jonatán y sus compañeros; pero no
lo consiguieron, porque se descubrió su
plan. 61 Jonatán y los suyos apresaron a
unos cincuenta hombres de la región, de
los principales conspiradores, y los mata-
ron. 62 Jonatán y Simón se retiraron con su
gente a Bet-Basí del Páramo, reconstruye-

---

aprovechado por el grupo de los «renegados» para aumentar su poder e influencia. Para eso cuentan con el apoyo de los gobernantes sirios. La situación se vuelve insoportable para los judeomacabeos, que deciden acudir a Jonatán, hermano menor de Judas Macabeo, para pedirle que se ponga al frente del ejército judío. Un mal cálculo militar de Jonatán causa la muerte de Juan, su hermano mayor (1 Mac 2,8) a manos de una tribu árabe, la familia de Jambrí, por robarle todo su equipaje. La reacción de Jonatán es ejecutar una venganza que asedia, roba y mata a la familia Jambrí mientras celebraba una boda. La alegría de la boda se convirtió en luto y lamento (cfr. Am 8,10). Una acción que hay que comprenderla dentro del contexto de la época, pero que todavía está lejos del espíritu evangélico.

El relato continúa describiendo las batalles entre Báquides, representante del imperio Sirio, apoyado por los judíos «renegados» (9,23) y Jonatán, representante del grupo judeomacabeo. La actitud de los «renegados» de acusar a sus hermanos ante los sirios y ganarse el favor del imperio, esta vez se vuelve en su contra, dado que Báquides al fracasar en su intento por derrotar a Jonatán, acusa a los «renegados» de su fracaso y humillación, hasta el punto de castigarlos y romper toda relación con ellos. Situación que aprovecha Jonatán para lograr un pacto de no agresión con Báquides. Jonatán va consolidándose como un gran comandante militar y un hábil negociador, hasta el punto que el autor lo presenta con las características de los Jueces de Israel (73). En medio del relato se cuenta la muerte del sumo sacerdote Alcima después de haber derrumbado el muro del Templo (54s) que separaba los atrios de los judíos y los gentiles (1 Re 7,12; Ez 44,9). Recordemos que si un gentil, en el Templo de Jerusalén, pisaba el patio de los judíos era sometido a la pena de muerte. El autor considera la enfermedad y muerte de Alcima como un castigo por esta acción sacrílega. Respetando el contexto de la época, tendríamos que decir que la actitud reprobable de Alcima, al quitar el muro que separaba a judíos y gentiles, será por el contrario, parte de la misión de Jesús y de los cristianos de todos los tiempos. Por ejemplo, el desgarro del velo del Templo de Jerusalén al momento de la muerte de Jesús (Mc 15,38), se interpreta también como el derribamiento del muro que separaba a Dios de su pueblo.

ron lo que estaba en ruinas y la fortificaron.
63 En cuanto se enteró Báquides, reunió to-
das sus tropas y avisó a los de Judá; 64 lle-
gó a Bet-Basí, la cercó y la atacó durante
muchos días, emplazando máquinas de
asalto.
65 Jonatán dejó a su hermano Simón en
la ciudad, salió hacia el campo y se puso en
marcha con unos cuantos. 66 Derrotó a
Odomera y sus parientes, y a los hijos de
Farisón en su campamento. Luego empe-
zaron a repartir golpes, avanzando por en-
tre el ejército. 67 Entonces Simón y los su-
yos hicieron una salida e incendiaron las
máquinas de asalto. 68 Lucharon contra
Báquides y lo derrotaron; quedó profunda-
mente humillado, porque su plan y su cam-
paña habían sido inútiles. 69 Entonces se
enfureció contra los renegados que le ha-
bían aconsejado la expedición, mató a mu-
chos y decidió volverse a su tierra.
70 Al enterarse Jonatán, le envió em-
bajadores para tratar con él la paz y la de-
volución de los prisioneros. 71 Báquides los
recibió, accedió a su petición y juró a Jo-
natán no hacerle más daño en toda su
vida. 72 Le devolvió los prisioneros que ha-
bía hecho en Judá, y regresó a su tierra,
sin volver a hacer incursiones en territorio
judío.
73 La espada descansó en Israel. Jona-
tán vivió en Micmás; empezó a gobernar al
pueblo, y barrió a los impíos del territorio
israelita.

Jonatán y Alejandro Balas

10 1 El año ciento sesenta Alejandro de
Antíoco, por sobrenombre Epífanes,
se hizo a la mar, tomó posesión de Tole-
maida, donde fue bien recibido y empezó a
reinar allí.
2 Cuando se enteró el rey Demetrio, reu-
nió un gran ejército y salió a enfrentarse
con él. 3 Demetrio envió a Jonatán una car-
ta amistosa, dándole mayores poderes;
4 porque pensó:
–Voy a adelantarme a hacer con ésos las
paces, antes de que las haga con Alejandro
en contra mía, 5 cuando se acuerde de todo
el daño que le hice a él, a sus hermanos y
a su raza.
6 Le autorizó para reclutar tropas, fabri-
car armas y ser su aliado, y mandó devol-
verle los rehenes de la fortaleza.
7 Jonatán fue a Jerusalén y leyó la carta
a todo el pueblo y a los de la fortaleza. 8 To-
dos se aterrorizaron al oír que el rey lo au-
torizaba para reclutar un ejército. 9 Los de la
fortaleza devolvieron a Jonatán los rehe-
nes, y él los entregó a sus padres. 10 Jona-
tán se instaló en Jerusalén, y empezó a re-
construir y restaurar la ciudad. 11 Ordenó a
los albañiles que reconstruyeran la muralla
y rodearan el monte Sión con una fortifica-
ción hecha de piedras talladas. Así lo hicie-
ron.
12 Los extranjeros que vivían en las pla-
zas fuertes construidas por Báquides huye-
ron, 13 todos abandonaron sus puestos y se
volvieron a su tierra. 14 Únicamente en Bet-
Sur quedaron algunos de los que habían re-
negado de la ley y los mandamientos. Bet-
Sur les ofrecía asilo.
15 El rey Alejandro se enteró de las pro-
mesas de Demetrio a Jonatán; le contaron
las hazañas militares llevadas a cabo por él
y sus hermanos y las fatigas que habían so-
portado, 16 y comentó:
–¿Encontraremos un hombre como
éste? ¡Hagámoslo amigo y aliado nuestro!
17 Luego escribió una carta y se la man-
dó. Decía así:
18 El rey Alejandro saluda a su hermano
Jonatán. 19 Hemos oído que eres poderoso
y digno de nuestra amistad. 20 Ahora bien,
te nombramos hoy sumo sacerdote de tu
nación y te damos el título de Amigo del

10,1-50 Jonatán y Alejandro Balas. En el año 152 a.C. entra en escena Alejandro, que se hace pasar como hijo de Antíoco IV Epífanes. Con el reconocimiento de Roma como legítimo sucesor de Antíoco IV, y el apoyo de Egipto, Pérgamo y Capadocia, Alejandro se proclama rey y establece la sede de su reino en Tolemaida. Tanto Demetrio como Alejandro, se apresuran a buscar el apoyo de Jonatán como aliado estratégico, a cambio de concesiones militares y tributarias. Jonatán aprovecha la primera propuesta de Demetrio para retomar a Jerusalén, pero se inclina finalmente por apoyar a Alejandro, probablemente porque tenía más perspectiva de triunfo por su buena relación con Egipto. La elección resultó acertada, dado que Demetrio morirá en combate contra Alejandro. Jonatán logra de Alejandro el nombramiento de sumo sacerdote, vacante desde la muerte de Alcima, que inaugurará en la fiesta de las Chozas. La vestidura de púrpura y la

rey, para que apoyes nuestra causa y seas siempre amigo nuestro.

Y le envió un manto de púrpura y una corona de oro.

21 Jonatán se puso los ornamentos sagrados el mes séptimo del año ciento sesenta, en la fiesta de las Chozas; reclutó tropas y almacenó muchas armas.

22 Demetrio se enteró y comentó entristecido:

23 –¿Qué habremos hecho para que Alejandro se nos haya adelantado y se haya
ganado la amistad y el apoyo judío? 24 Voy
a escribirles yo también, a ver si logro convencerlos ofreciéndoles altos puestos y regalos, para que luchen a mi lado.

25 Y les escribió lo siguiente:

El rey Demetrio saluda a la nación judía.
26 Hemos recibido con alegría la noticia de que han guardado los pactos hechos con nosotros y perseverado en nuestra amistad
sin pasarse al enemigo. 27 Ahora bien, sigan siéndonos leales y les recompensaremos
los favores que nos hacen. 28 Los dejaremos exentos de muchos impuestos y les haremos regalos.

29 De momento los libero, y eximo a todos los judíos, de los impuestos y contribución de la sal y de las coronas.

30 Renuncio, a partir de hoy para siempre, al tercio de las cosechas y a la mitad de la fruta que me corresponde percibir de Judá y los tres distritos de Samaría y Galilea anexionados a ella.
31 Jerusalén con su territorio, sus diezmos y derechos, será sagrada y exenta de impuestos.

32 Renuncio asimismo a mis atribuciones sobre la fortaleza de Jerusalén y faculto al sumo sacerdote para acuartelar allí una guarnición de hombres a su gusto.

33 Concedo libertad, gratuitamente, a todo judío que haya sido deportado desde Judá a cualquier parte de mi imperio. Todos quedarán libres de impuestos, incluso de los del ganado.

34 Las festividades, los sábados, luna nueva y las fiestas de guardar, más los tres días anteriores y posteriores a cada fiesta, todos esos días serán días de exención y remisión para todos los judíos que haya en mi
imperio, 35 y nadie tendrá derecho a perseguir ni molestar a ninguno de ellos por ningún motivo.

36 Serán llamados a filas para el ejército real hasta treinta mil judíos; se les dará la
ración normal de las tropas reales; 37 se les
acantonará en las plazas fuertes más importantes, y se les pondrá en puestos administrativos de confianza. Sus jefes y oficiales serán judíos, y podrán seguir su legislación, como ha ordenado el rey para Judá.

38 Los tres distritos de Samaría anexionados a Judá le quedarán unidos, y serán considerados dependientes de la misma autoridad, no estando sometidos más que a la jurisdicción del sumo sacerdote.

39 Dono Tolemaida y sus alrededores al templo de Jerusalén, para sufragar los gas-
tos del templo, 40 y asigno además quince mil siclos de plata anuales, que se tomarán de los ingresos del rey en las localidades
que parezca conveniente. 41 Y la cantidad que no pagaron los funcionarios, como se hacía al principio, la entregarán desde ahora
para las obras del templo. 42 Además, los cinco mil siclos de plata que se retiraban de los ingresos anuales del templo quedan libres de impuestos, por tratarse de ingresos
de los sacerdotes oficiantes. 43 Todo deudor del rey por asuntos de impuestos o cualquier otro motivo que se refugie en el templo de Jerusalén o en su recinto queda perdonado con todas las posesiones que tenga
en mi imperio. 44 Los gastos de reconstrucción y restauración del edificio del templo correrán a cuenta del rey.

corona de oro son signos del sumo sacerdocio. Este nombramiento tiene varios problemas: Jonatán, aunque de familia sacerdotal, no era de la dinastía sacerdotal sadoquita; se ponen las bases para establecer la dinastía asmonea, continuadora de los macabeos y a la que pertenecerán en adelante los sumos sacerdotes, y lo que es peor, el sacerdocio queda sometido al imperio de turno y supeditado a intereses políticos y partidistas. Esta situación hizo que en el futuro la dinastía asmonea fuera odiada por gran parte del pueblo judío. Algunos especialistas afirman que muchos de los opositores al nombramiento de Jonatán como sumo sacerdote se retiraron al Mar Muerto y fundaron la comunidad de Qumrán. La ambición de acaparar no solo el poder militar y político, sino también el religioso, es un pecado común de todos los faraones y emperadores, que parece contaminar el corazón de Jonatán. Aquí ya no podemos decir que hay que comprenderlo por el contexto, pues la ambición y la codicia son rechazadas por Dios desde siempre.

45 Los gastos de reconstrucción y fortifi-
caciones de la muralla en torno a Jerusalén
correrán a cuenta del rey, lo mismo que la
reconstrucción de murallas en Judá.

46 Cuando Jonatán y el pueblo oyeron
todo esto no le dieron crédito ni lo admitie-
ron, acordándose de los graves daños infe-
ridos a Israel por Demetrio y de su dura
opresión. 47 Se inclinaron a favor de Alejan-
dro, porque les había dirigido mejores pro-
puestas de paz, y ellos querían ser siempre
sus aliados.

48 El rey Alejandro reunió un gran ejérci-
to y formó sus tropas frente a Demetrio.
49 Los dos reyes trabaron combate. El ejér-
cito de Demetrio huyó. Alejandro los persi-
guió y se le impuso. 50 Y aunque luchó en-
carnizadamente hasta la puesta del sol,
Demetrio cayó aquel día.

Alejandro, Tolomeo y Jonatán

51 Alejandro envió entonces embajado-
res al rey Tolomeo de Egipto, con este
mensaje:

52 –He vuelto a mi reino, he ocupado el
trono de mis padres, conquistado el poder,
derrotado a Demetrio y soy dueño del país
53 –trabé combate con él y lo derrotamos
junto con su ejército y ahora he ocupado su
trono–; 54 hagamos un tratado de amistad:
dame tu hija por esposa, yo seré tu yerno,
y les haré, a ella y a ti, regalos dignos de ti.

55 El rey Tolomeo respondió:

–¡Feliz el día en que has vuelto a tu pa-
tria y has ocupado el trono real! 56 Haré lo
que pides, pero sal a entrevistarte conmigo
en Tolemaida; yo seré tu suegro, como di-
ces.

57 Tolomeo salió de Egipto con su hija
Cleopatra, y llegó a Tolemaida el año cien-
to sesenta y dos. 58 El rey Alejandro salió a
su encuentro. Tolomeo le dio su hija Cleo-
patra por esposa, y celebraron la boda en
Tolemaida, con gran esplendor, como co-
rrespondía a su dignidad real.

59 El rey Alejandro escribió a Jonatán
para que fuera a verlo. 60 Jonatán marchó a
Tolemaida con un gran cortejo, para entre-
vistarse con los dos reyes; a ellos y a sus
amigos los obsequió con oro y muchos re-
galos, y se ganó sus simpatías.

61 Entonces se confabuló contra él la
peste de Israel, unos renegados dispuestos
a querellarse ante el rey, pero el rey no les
atendió; 62 ordenó que quitaran a Jonatán
su ropa y lo vistieran de púrpura. Así lo hi-
cieron. 63 El rey lo hizo sentar a su lado y
dijo a sus nobles:

–Salgan con él por la ciudad y procla-
men que nadie lo acuse de nada ni lo mo-
leste por nada.

64 Cuando los acusadores vieron los ho-
nores que le tributaban, los términos de la
proclama y la púrpura con que estaba ves-
tido, se dieron a la fuga.

65 El rey lo honró elevándolo al rango
superior de los grandes del reino, y lo nom-
bró general y gobernador. 66 Jonatán regre-
só a Jerusalén en paz y contento.

Actividad de Jonatán en tiempo de Demetrio II

67 El año ciento sesenta y cinco, Deme-
trio, hijo de Demetrio, llegó de Creta a su
patria. 68 El rey Alejandro se disgustó mu-
cho cuando lo supo, y se volvió a Antio-
quía.

69 Demetrio confió el mando a Apolonio,
gobernador de Celesiria, que reunió un
gran ejército y acampó frente a Yamnia. Y
mandó este mensaje al sumo sacerdote,
Jonatán:

70 –Tú eres el único que se ha rebelado
contra nosotros y me has dejado en ridícu-
lo. ¿Por qué alardeas desafiante en la mon-
taña? 71 Si confías en tu ejército, baja aquí,
a la llanura, que nos veamos las caras, por-

10,51-66 Alejandro, Tolomeo y Jonatán. Reaparecen los judíos «renegados» en un intento vano por indisponer a Alejandro contra Jonatán. Sin embargo, las relaciones entre estos se fortalecen. Jonatán no solo es invitado a Tolemaida para presenciar la boda de Alejandro con Cleopatra, hija del rey Tolomeo de Egipto, sino que es revestido de más poder político y militar. El autor sigue obsesionado en mostrar el poder que va acumulando Jonatán. Nada se dice de la situación del pueblo.

10,67-89 Actividad de Jonatán en tiempo de Demetrio II. El sumo sacerdote Jonatán aparece como un excelente estratega militar. Vence sin problemas a Demetrio que lo había desafiado militarmente. Es aclamado por su pueblo. Felicitado por el rey Alejandro, quien le da más poder y le obsequia una propiedad en el territorio de Ecrón. Jonatán, además de haber concentrado todo el poder político, militar y religioso, es ahora un verdadero latifundista. Esta carrera macabea por el poder y la rique-

que está conmigo el ejército de las ciudades. 72 Pregunta, entérate de quién soy yo y quiénes nuestros aliados, y te dirán que ustedes no podrán resistir contra nosotros porque los antepasados de ustedes ya han sido derrotados dos veces en su propia tierra. 73 Ahora no podrás resistir a la caballería ni a un ejército tan poderoso, en esta llanura, donde no hay piedras, ni guijarros, ni sitio donde escapar.

74 Cuando Jonatán oyó el mensaje de Apolonio, todo alterado, eligió diez mil hombres y salió de Jerusalén; su hermano Simón se le juntó con refuerzos. 75 Acampó frente a Jafa; como allí había una guarnición de Apolonio, los de la ciudad le cerraron las puertas. Jonatán dio el asalto. 76 Los de la ciudad, atemorizados, le abrieron, y Jonatán se apoderó de Jafa.

77 Cuando se enteró Apolonio, formó en orden de batalla a tres mil jinetes y mucha infantería, y marchó a Asdod como si fuera de paso; pero al mismo tiempo, contando con su numerosa caballería, avanzó por la llanura.

78 Jonatán los persiguió por detrás, hacia Asdod, y los dos ejércitos trabaron combate. 79 Apolonio había dejado a su espalda mil jinetes ocultos, 80 pero Jonatán sabía que tenía a su espalda una emboscada. Y aunque el enemigo rodeó a su ejército disparando flechas contra la tropa desde la mañana hasta la tarde, 81 la tropa aguantó bien, siguiendo las órdenes de Jonatán, mientras que los caballos del enemigo se cansaron. 82 Cuando ya la caballería estaba fatigada, Simón hizo avanzar a sus tropas y trabó combate con la infantería enemiga; la destrozó, y huyeron; 83 la caballería se desparramó por la llanura; huyeron hasta Asdod, y se guarecieron en Bet-Dagón, templo pagano. 84 Jonatán incendió Asdod y las ciudades del contorno; se llevó sus despojos e incendió el santuario de Dagón con todos los que se habían refugiado allí. 85 Sumando los caídos a espada y los muertos en el incendio, las bajas fueron unas ocho mil.

86 Jonatán marchó de allí y acampó frente a Ascalón. Los de la ciudad salieron a recibirlo con grandes festejos. 87 Después regresó a Jerusalén con los suyos, llevando consigo un gran botín.

88 Cuando el rey Alejandro se enteró de todo, concedió nuevos honores a Jonatán: 89 le envió un broche de oro, como suelen regalar a los familiares de los reyes, y le dio en propiedad Ecrón y su territorio.

Tolomeo VI en Antioquía

11 1 El rey de Egipto reunió un ejército numeroso, como la arena de la playa, e intentó apoderarse astutamente del imperio de Alejandro, para anexionarlo a su propio imperio. 2 Marchó hacia Siria con pretextos pacíficos, y la gente de las ciudades le abría las puertas y salía a recibirlo, porque el rey Alejandro había dado orden de hacerle recibimientos, por ser su yerno. 3 Pero a medida que entraba en las ciudades, Tolomeo iba dejando en todas una guarnición militar.

4 Cuando llegaron cerca de Asdod le enseñaron el santuario incendiado de Dagón, Asdod y sus alrededores en escombros, los cadáveres esparcidos y los cuerpos calcinados en la guerra con Jonatán porque los habían amontonado a lo largo del camino. 5 Le contaron lo que había hecho Jonatán, para que el rey lo reprobara; pero el rey calló.

6 Jonatán salió a recibirlo en Jafa, fastuosamente. Se saludaron y pernoctaron allí. 7 Luego Jonatán acompañó al rey has-

---

za, a pesar de ser presentada con toques de alabanza, es inaceptable cuando se mira con los ojos de Jesús.

11,1-18 Tolomeo VI en Antioquía. Estamos ante una página magistral que demuestra la fragilidad de los pactos entre emperadores o poderosos, al estar mediados casi siempre por el engaño, la calumnia, la muerte, la codicia y la ambición de poder. Todo lo contrario con el pacto o alianza de Dios con su pueblo, mediado siempre por la fidelidad y la misericordia. Cristo también selló con su sangre un pacto de amor con la humanidad, que se rompe cuando la injusticia y la violencia excluyen el proyecto de Jesús para incluir el proyecto de los codiciosos y ambiciosos. Restablecer el amor y la justicia en el mundo es la única manera de respetar y hacer visible la alianza con Dios y su Hijo Jesucristo en el mundo de hoy.

La mujer es presentada como un premio mayor en manos del padre, que lo entrega al que más se acerque a sus intereses. Así, Cleopatra pasa de Alejandro a Demetrio sin que en algún momento se le consulte. Un signo de patriarcalismo que aún sigue vigente.

ta el río Eléutero y regresó a Jerusalén.
8 Pero el rey Tolomeo se apoderó de las ciu-
dades de la costa hasta Seleucia del Mar,
tramando planes siniestros contra Alejan-
dro, 9 y envió al rey Demetrio unos embaja-
dores con este mensaje: Vamos a hacer un
pacto; te daré a mi hija, la mujer de Alejan-
dro, y reinarás en el imperio de tu padre.
10 Estoy arrepentido de haberle dado mi
hija, porque ha intentado matarme.

11 Lo calumnió porque codiciaba su im-
perio.

12 Le quitó su hija y se la dio a Demetrio.
Así rompió con Alejandro, y su enemistad
se hizo pública.

13 Tolomeo entró en Antioquía y se ciñó
la corona de Asia; así, ciñó su frente con
dos coronas: la de Egipto y la de Asia.

14 El rey Alejandro estaba en Cilicia por
aquel entonces, porque se habían subleva-
do los de aquellas provincias. 15 Pero, en
cuanto se enteró, marchó contra Tolomeo
para atacarle. Tolomeo salió a enfrentarse
con él con un ejército poderoso, y lo hizo
huir. 16 Alejandro huyó a Arabia en busca
de protección, mientras que el rey Tolomeo
quedaba vencedor.

17 El árabe Zabdiel decapitó a Alejandro
y envió la cabeza a Tolomeo. 18 El rey Tolo-
meo murió dos días después, y los habitan-
tes de las plazas fuertes asesinaron a las
guarniciones acantonadas allí.

Demetrio II y Jonatán

19 Demetrio subió al trono el año ciento
sesenta y siete.

20 Por entonces Jonatán reunió a los de
Judá para atacar la fortaleza de Jerusalén e
instaló en ella muchas máquinas de guerra.

21 Unos malos patriotas, renegados, fue-
ron a decir al rey que Jonatán tenía cerca-
da la fortaleza. 22 El rey se puso furioso al
oírlo, y emprendió inmediatamente la mar-
cha hacia Tolemaida; escribió a Jonatán
que no continuara el asedio y que fuera a
entrevistarse con él cuanto antes en Tole-
maida.

23 Cuando Jonatán se enteró, ordenó
continuar el asedio; escogió un grupo de
ancianos y sacerdotes de Israel, y se lanzó
al peligro. 24 Con plata y oro, ropas y otros
muchos regalos, fue a presentarse al rey en
Tolemaida, y lo halló favorable. 25 Algunos
compatriotas renegados lo acusaban,
26 pero el rey lo trató como sus predeceso-
res, honrándolo ante todos sus amigos; 27 lo
confirmó en el puesto de sumo sacerdote y
las demás dignidades que tenía antes, y lo
puso en el rango superior de los grandes
del reino. 28 Jonatán pidió al rey que exi-
miera de impuestos a Judá y los tres distri-
tos de Samaría, y le prometió unos nueve
mil kilos de plata. 29 El rey lo aprobó, y le
escribió sobre este punto la siguiente carta:

30 El rey Demetrio saluda a su hermano
Jonatán y al pueblo judío. 31 Les enviamos,
a título de información, copia de la carta
que escribimos a nuestro pariente Lástenes
acerca de ustedes: 32 El rey Demetrio salu-
da a su pariente Lástenes. 33 Por sus buenos
sentimientos hacia nosotros, hemos deter-
minado favorecer a nuestros amigos los ju-
díos, que respetan nuestros derechos.
34 Les confirmamos los límites territoriales
de Judá y los tres distritos de Samaría
–Ofrá, Lida y Ramá– que se añadieron a
Judá, con todos sus alrededores, en benefi-
cio de los sacerdotes de Jerusalén, como
compensación por los impuestos que paga-
ban al rey anualmente por los productos
agrícolas y la fruta. 35 En cuanto a los de-
más ingresos nuestros a los que tenemos
derecho, los diezmos y los tributos de las
salinas y las coronas, se los cedemos des-
de este momento. 36 Es una determinación
irrevocable, que surtirá efecto a partir de

11,19-53 Demetrio II y Jonatán. La historia y los personajes se repiten, solo cambian los años y la descendencia. Demetrio II llega al poder y los judíos «renegados» aprovechan para hablarle mal de Jonatán. La diferencia con los relatos anteriores es que Demetrio, antes de iniciar una guerra, invita a Jonatán a un diálogo en Tolemaida. El autor entusiasma a sus lectores contando los detalles de la habilidad diplomática de Jonatán y la «bondad» de Demetrio II, que ratifica sus privilegios y concede otros al pueblo judío.

Cuesta entender que el ejército judío termine al servicio de emperadores que han tejido por siglos historias de opresión y esclavitud para él. El autor, en su intención de resaltar la figura de los Macabeos, describe el contraste entre la fidelidad de Jonatán a lo pactado y la traición de Demetrio II, quien en la primera oportunidad incumple los acuerdos. De nuevo se confirma que los pactos de los poderosos son flor de un día.

hoy. 37 Manden sacar una copia de este documento, que entregarán a Jonatán y la expondrán en el monte santo, en un sitio visible.

38 Cuando el rey Demetrio vio que el país quedaba tranquilo bajo su mando, eliminada toda resistencia, licenció todas sus tropas, cada uno a su casa, excepto los mercenarios extranjeros que había reclutado en ultramar. Así se ganó la hostilidad de los soldados movilizados en tiempo de sus antepasados. 39 Entonces Trifón, antiguo partidario de Alejandro, al ver que todos los soldados protestaban contra Demetrio, se presentó a Imalcúe, el árabe preceptor de Antíoco, hijo de Alejandro, 40 y lo presionó para que se lo entregara a fin de que reinara en lugar de su padre. Le contó lo que había hecho Demetrio y lo impopular que era entre sus soldados. Trifón se quedó allí muchos días.

41 Jonatán envió a pedir al rey Demetrio que retirara a los de la fortaleza de Jerusalén y a las guarniciones de las plazas fuertes, que hostigaban continuamente a Israel. 42 Demetrio le remitió esta respuesta: Por ti y por tu pueblo no sólo haré eso, sino que los colmaré de honores, a ti y a tu pueblo, en cuanto tenga ocasión. 43 Ahora hazme el favor de enviarme gente que luche en mi favor, porque todos mis soldados han desertado. 44 Jonatán le envió tres mil hombres aguerridos a Antioquía. Cuando se presentaron al rey, éste se alegró de su llegada.

45 La población, unas ciento veinte mil personas, organizó una manifestación en el centro de la ciudad con la intención de asesinar al rey. 46 El rey se refugió en su palacio; los vecinos de la ciudad ocuparon las salidas de la villa y empezaron el asalto. 47 Entonces el rey llamó a los judíos en su ayuda; inmediatamente se congregaron todos en torno de él; luego se esparcieron por la ciudad, y mataron aquel día a unos cien mil, 48 e incendiaron la ciudad, después de recoger un cuantioso botín. Así salvaron al rey.

49 Al ver los de la ciudad que los judíos se habían apoderado de la villa a placer, se acobardaron y clamaron al rey, suplicándole:

50 –Hagamos las paces, y que los judíos dejen de atacarnos a nosotros y a la ciudad.

51 Rindieron las armas e hicieron la paz. Los judíos se cubrieron de gloria delante del rey y de todos los súbditos de su imperio; luego regresaron a Jerusalén con un abundante botín.

52 El rey Demetrio ocupó su trono real, y el país quedó en paz bajo su mando. 53 Pero no cumplió ninguna promesa; se distanció de Jonatán, y en vez de pagarle los buenos servicios le dio mucho que sufrir.

Intrigas de Trifón

54 Después de estos sucesos volvió Trifón con Antíoco, un muchacho muy joven todavía, que subió al trono y se ciñó la corona. 55 Se le sumaron todos los soldados que había licenciado Demetrio de mala manera; atacaron a Demetrio, y éste, derrotado, tuvo que huir. 56 Trifón se apoderó de Antioquía utilizando los elefantes.

57 El joven Antíoco escribió a Jonatán: Te confirmo en el puesto de sumo sacerdote, te pongo al frente de los cuatro distritos y te confirmo grande del reino. 58 Y le envió una vajilla de oro con todo el servicio completo, autorizándole a beber en copas de oro, a vestirse de púrpura y usar prendedor de oro. 59 A su hermano Simón lo nombró gobernador militar en la zona que comprende desde la Escala de Tiro hasta la frontera de Egipto.

60 Jonatán marchó a hacer un recorrido por la región y las ciudades del otro lado

11,54-74 Intrigas de Trifón. La historia se repite. Los herederos de Lisias y Antíoco V siguen enfrentados: Demetrio II contra Antíoco VI. Jonatán vuelve a estar en medio de los oponentes. Antíoco VI lo confirma como sumo sacerdote y como «grande en el reino» (57). Hay que resaltar la entrada en escena de Simón, hermano de Jonatán, nombrado gobernador militar y protagonista de una importante acción militar. El autor comienza a prepararnos para el traspaso de poder de Jonatán a Simón Macabeo. Pero antes de la despedida, el autor le tributa un homenaje a Jonatán, describiendo una batalla «fantástica» donde abandonado por su ejército, decide él solo, acompañado de dos oficiales y en una actitud de penitencia y oración, enfrentar el ejército enemigo compuesto por millares de militares. Lo que se presagiaba como una segura derrota se convierte en una sólida victoria.

del río Eufrates. Todo el ejército se le agregó como aliado. Al llegar a Ascalón, los habitantes de la ciudad lo recibieron con todos los honores. 61 De allí marchó a Gaza, pero los de Gaza le cerraron las puertas; entonces la cercó; saqueó los alrededores y los incendió. 62 Los de Gaza pidieron la paz a Jonatán; se la concedió, pero retuvo como rehenes a los hijos de las autoridades y los envió a Jerusalén. Luego prosiguió su viaje a través del país, hasta Damasco.

63 Cuando se enteró de que los oficiales de Demetrio se encontraban en Cades de Galilea con un gran ejército, en plan de estorbarle su proyecto, 64 salió a hacerles frente, dejando en la región a su hermano Simón. 65 Simón cercó Bet-Sur, la atacó durante muchos días, apretando el asedio. 66 Los de la ciudad le pidieron la paz, y se la concedió; pero les hizo evacuar la ciudad, la ocupó y puso en ella una guarnición.

67 Jonatán y su ejército acamparon junto al lago de Genesaret; de madrugada fueron a la llanura de Jasor 68 y se encontraron con que el ejército de extranjeros avanzaba hacia ellos por la llanura y les había puesto emboscadas en los montes; ellos iban de frente. 69 Cuando surgieron los emboscados y se trabó el combate, 70 todos los de Jonatán huyeron; no quedó ni uno, fuera de Natatías, hijo de Absalón, y Judas, hijo de Alfeo, oficiales del ejército.

71 Jonatán se rasgó las vestiduras, se echó tierra a la cabeza y oró. 72 Luego volvió a la lucha contra el enemigo y les hizo emprender la huida. 73 Al ver esto, los que se le habían marchado se le incorporaron de nuevo, persiguieron juntos al enemigo hasta su campamento de Cades y acamparon allí. 74 Los extranjeros tuvieron aquel día unas tres mil bajas. Jonatán volvió luego a Jerusalén.

Embajada a Roma

12 1 Viendo Jonatán que el momento era favorable, eligió a algunos para enviarlos a Roma a confirmar y renovar el pacto de amistad con los romanos. 2 A Esparta y otros países despachó mensajes en el mismo sentido.

3 Los embajadores partieron para Roma, y cuando entraron en el Senado, dijeron:

–El sumo sacerdote, Jonatán, y el pueblo judío nos han enviado para que ustedes renueven con ellos el antiguo pacto de amistad y de mutua defensa.

4 Los romanos les dieron un salvoconducto con el que pudieran llegar a Judá sanos y salvos.

5 Copia de la carta de Jonatán a los espartanos:

6 El sumo sacerdote, Jonatán, el consejo de la nación, los sacerdotes y toda la nación judía saludan a sus hermanos de Esparta.

7 Ya en tiempos pasados el rey Areo envió al sumo sacerdote, Onías, una carta reconociendo nuestro parentesco, como consta en la copia adjunta. 8 Onías recibió al mensajero con todos los honores, y aceptó la carta, que hablaba de mutua defensa y amistad. 9 Y aunque con el estímulo de los libros santos no necesitamos tales alianzas, 10 nos hemos permitido enviarles una embajada para renovar con ustedes nuestra alianza fraternal, a fin de no mirarnos como extraños, ya que ha pasado mucho tiempo desde que nos enviaron aquel mensaje.

11 Por lo que a nosotros toca, con ocasión de las festividades y en otros días de-

12,1-38 Embajada a Roma. Después de la victoria militar, el autor presenta la victoria diplomática de Jonatán al enviar una comisión para ratificar con los romanos y con los espartanos pactos firmados anteriormente por su hermano Judas (1 Mac 8,17) y por el sumo sacerdote Onías. La verdad es que los romanos hasta ahora no han sido mencionados, tampoco los espartanos. A los romanos poco les interesa intervenir como mediadores, prefieren la agudización del conflicto entre los países hermanos para aprovechar la división en su propio beneficio. De otra parte, dice el autor que los judíos tampoco solicitaron el apoyo de sus aliados por una razón eminentemente teológica: para qué importunar, si con la ayuda de Dios como aliado mayor, pueden derrotar a sus enemigos. Por primera vez se menciona un «consejo de la nación» (6) que luego se convertirá en el Sanedrín. En 12,9 se habla de los «libros santos», para referirse a los libros de la Ley, los Profetas y otros Escritos. Por esta época las autoridades religiosas judías están fijando el canon o lista de los libros considerados inspirados.

El autor cierra el paréntesis sobre la acción diplomática, para continuar con el relato del capítulo 11 que involucra la hostilidad permanente de los sirios.

signados no los olvidamos en nuestros sacrificios y oraciones, porque es justo y debido acordarse de los hermanos.

12 Nos alegramos muchos de la gloria que ustedes tienen.

13 Nosotros nos hemos visto cercados de muchas tribulaciones y muchas guerras;
los reyes vecinos nos han atacado, 14 pero
no hemos querido molestarlos a ustedes ni a los demás aliados y amigos nuestros con
motivo de esas guerras, 15 porque gracias a
la ayuda protectora del cielo nos hemos librado de los enemigos, que han sido derrotados.

16 Ahora hemos elegido a Numenio, de Antíoco, y a Antípatro, de Jasón, y los hemos enviado a Roma para renovar el anterior pacto de amistad y mutua defensa.
17 Les hemos ordenado presentarse también a ustedes, saludarlos y entregarles esta nuestra carta sobre la renovación de
nuestra fraternidad. 18 Hagan el favor de
respondernos a esta carta.

19 Copia de la carta enviada a Onías:

20 Areo, rey de Esparta, saluda al sumo sacerdote Onías.

21 En un documento relativo a espartanos y judíos se ha descubierto que son
parientes, de la estirpe de Abrahán. 22 Ahora que lo sabemos, les pedimos por favor que nos escriban con noticias de ustedes.
23 Por nuestra parte, les decimos: sus ganados y todos sus bienes son nuestros y los nuestros son de ustedes. Por tanto, ordenamos que se les envíe un mensaje para comunicarles esto.

24 Jonatán se enteró de que los oficiales de Demetrio habían regresado con un ejército más numeroso que el anterior para atacarlo.
25 Salió de Jerusalén para hacerles frente en la zona de Jamat, sin dejarles poner pie en su territorio.
26 Envió espías al campamento enemigo, y al volver le comunicaron que se preparaban para caer de noche sobre los judíos.

27 En cuanto se puso el sol, Jonatán ordenó a los suyos estar en vela y con las armas a mano toda la noche, preparados para el combate, y destacó puestos de avanzada alrededor del campamento.

28 Cuando los enemigos se enteraron de que Jonatán y los suyos estaban dispuestos al combate se acobardaron, llenos de miedo; encendieron fogatas en el campamento
[y se retiraron]. 29 Jonatán y los suyos,
como veían el resplandor de las hogueras, no se enteraron hasta por la mañana de lo
ocurrido. 30 Entonces Jonatán los persiguió, pero no pudo alcanzarlos, porque ya
habían pasado el río Eléutero. 31 Luego se
volvió contra los árabes llamados zabadeos; los derrotó y los saqueó. 32 Emprendió la marcha hacia Damasco y atravesó toda la región.

33 Simón había salido, mientras tanto, y había llegado hasta Ascalón y las plazas fuertes cercanas; se desvió luego hacia
Jafa y la conquistó 34 porque se había enterado de que querían entregar la plaza fuerte a los de Demetrio. Dejó allí una guarnición de defensa.

35 A su vuelta, Jonatán convocó a la asamblea de los ancianos y decidió con
ellos construir plazas fuertes en Judá, 36 dar
más altura a las murallas de Jerusalén, construir una gran barrera de separación entre la fortaleza y la ciudad para aislar la fortaleza a fin de que sus habitantes no pudieran comprar ni vender.

37 Se reunieron para reconstruir la ciudad, porque estaba caída una parte de la muralla oriental, sobre el torrente del este. Jonatán restauró la muralla de Capenat.
38 Simón, por su parte, reconstruyó Adida en la Sefela, la fortificó y le puso puertas con cerrojos.

Secuestro de Jonatán

39 Trifón había intentado ocupar el trono de Asia, ceñirse la corona y eliminar al rey

---

De nuevo el ejército de Demetrio huye ante la presencia del ejército judío. La intención del autor en este caso, no busca mostrar la dimensión militar de los hermanos Jonatán y Simón, sino su liderazgo en la construcción y reconstrucción de Judá y Jerusalén (35-38), tras un ejercicio democrático que involucró «la asamblea de los ancianos». Lástima que las construcciones se reduzcan a fuertes militares, murallas y barreras de separación, y no se mencione soluciones concretas para los más pobres de la población. Un ejemplo de cómo los gobiernos con el discurso de la guerra invierten los recursos en armas antes que en inversión social.

12,39-53 Secuestro de Jonatán. La ambición de Trifón incluye la eliminación de su «amigo» Jonatán y de su protegido Antíoco. Trifón sabe que no puede

Antíoco. 40 Pero temiendo que Jonatán no
le iba a dejar, o que a lo mejor lo atacaba,
andaba buscando la manera de prenderlo y
deshacerse de él; así, se marchó hasta Bei-
sán.

41 Jonatán salió a hacerle frente con
cuarenta mil soldados escogidos, y llegó a
Beisán. 42 Al ver Trifón que Jonatán había
venido con aquel ejército, temió echarle
mano; 43 es más, lo recibió con todos los
honores, lo recomendó a todos sus genera-
les, le hizo regalos y ordenó a sus genera-
les y soldados que le obedeciesen como a
él mismo. 44 Y dijo a Jonatán:

–¿Para qué has cansado a toda esta gen-
te, cuando no hay guerra entre nosotros?
45 Mándalos ahora mismo a sus casas,
quédate con una pequeña escolta y ven
conmigo a Tolemaida; te la entregaré con
las demás plazas fuertes, el resto del ejérci-
to y todos los funcionarios; después em-
prenderé el regreso; para esto he venido.

46 Jonatán se fió de él e hizo lo que le
dijo: licenció a los soldados, que se fueron
a Judá; 47 se quedó con unos tres mil hom-
bres: dejó dos mil en Galilea, los otros mil
lo acompañaron. 48 Y cuando entró en Tole-
maida, los habitantes de la villa cerraron las
puertas, lo apresaron y acuchillaron a todos
los que habían entrado con él.

49 Trifón envió tropas de infantería y ca-
ballería a Galilea y a la gran llanura de Es-
drelón para eliminar a todos los de Jona-
tán. 50 Pero éstos, que ya sabían que
Jonatán había caído preso y muerto con los
de su escolta, se animaron mutuamente, y
avanzaron en escuadrón cerrado, dispues-
tos a la lucha. 51 Sus perseguidores los vie-
ron dispuestos a jugarse la vida y se volvie-
ron. 52 Así, los de Jonatán pudieron llegar
sanos y salvos a Judá. Lloraron a Jonatán
y a los de su escolta, muy alarmados. Todo
Israel hizo gran duelo.

53 Todos los países vecinos intentaron
entonces exterminarlos, y decían:

–No tienen jefe ni defensor. ¡Vamos a
atacarlos y borrar su recuerdo de entre los
hombres!

Simón asume el mando

13 1 Cuando Simón se enteró de que
Trifón había reunido un gran ejército
para ir a destruir Judá 2 y vio a la gente ate-
rrorizada, subió a Jerusalén, congregó al
pueblo 3 y los animó diciendo:

–Ustedes saben lo que yo, mis hermanos
y mi familia hemos hecho por la ley y el
templo, las guerras y dificultades que he-
mos pasado. 4 Por eso todos mis hermanos
han muerto por Israel. Quedo yo solo. 5 Pero
lejos de mí tratar de ponerme a salvo en los
momentos de peligro, ya que no valgo más
que mis hermanos. 6 Al contrario, vengaré a
mi pueblo, al templo, a sus mujeres y a sus
hijos, ya que todas las naciones, por odio,
se han unido para aniquilarnos.

7 Al oírlo hablar así, todos se reanima-
ron, 8 y le respondieron con una aclama-
ción:

–¡Tú eres nuestro caudillo después de
Judas y de tu hermano Jonatán! 9 Dirige

---

vencer a Jonatán en la batalla, pero también sabe de la ambición judía por controlar el puerto de Tolemaida. Trifón le ofrece Tolemaida a Jonatán, quien la acepta cayendo ingenuamente en la trampa. Al llegar a Tolemaida es hecho prisionero mientras sus soldados son asesinados. La ciudad, que tiempo atrás le había tributado riqueza, honor y poder, le ofrece ahora una cárcel. Mientras el pueblo llora a su líder prisionero, los pueblos vecinos buscan aprovechar el vacío de poder para «atacarlos y borrar su recuerdo de entre los hombres» (53). Con Jonatán termina el tercer ciclo de la familia de los Macabeos.

13,1-30 Simón asume el mando. Comienza el ciclo de Simón (13,1–16,24), el último de los hermanos Macabeos. Recordemos que Lázaro murió aplastado por un elefante en un intento fallido por matar al rey (6,43), Judas murió en el campo de batalla (9,18), Juan fue asesinado por una tribu árabe (9,42) y Jonatán que aunque prisionero, se le da por muerto (12,50). Simón está preocupado porque sabe que su pueblo ha estado siempre rodeado de imperios que sueñan con eliminar al pueblo judío de la faz de la tierra. Pero también preocupa que Israel, cuando alcanza un poco de poder, cae en la misma tentación de eliminar, discriminar o someter a los más débiles.

El pueblo aclama por unanimidad a Simón como su líder. Éste sigue justificando la guerra santa con los argumentos de la defensa de la Ley y el Templo, pero sabemos que éstos ya han sido conseguidos, lo que busca en realidad es la conquista de la independencia nacional y del poder político.

El misterio de Jonatán comienza a despejarse, no está muerto sino prisionero en manos de Trifón, situación que quiere aprovechar el secuestrador para chantajear a Simón, buscando una oportunidad para aniquilar el ejército judío. Simón, sabiendo que Trifón

nuestra guerra, y haremos lo que nos mandes.

10 Simón congregó a todos los guerreros y se dio prisa a terminar la muralla de Jerusalén, fortificándola toda en derredor. 11 A Jonatán, hijo de Absalón, lo envió a Jafa con bastante tropa. Jonatán expulsó a los de Jafa y se estableció allí.

12 Trifón salió de Tolemaida con un gran ejército para ir a Judá; llevaba con él a Jonatán, prisionero. 13 Simón acampó en Adida, frente a la llanura.

14 Cuando Trifón supo que Simón reemplazaba a su hermano Jonatán y que estaba a punto de atacarle, le envió este mensaje:

15 –Tenemos cautivo a tu hermano Jonatán, por el dinero que debe al fisco a causa de los cargos que tenía. 16 Si mandas tres mil kilos de plata y dos de sus hijos como rehenes, para que no se rebele cuando quede libre, lo soltamos.

17 Simón comprendió que le hablaban de mala fe, pero mandó traer el dinero y los niños, para no hacerse odioso entre la gente, 18 que comentaría:

–¡Ha muerto Jonatán porque Simón no envió a Trifón el dinero ni los niños!

19 Así que envió los niños y tres mil kilos de plata. Pero Trifón, faltando a su palabra, no soltó a Jonatán.

20 Trifón marchó después para invadir y saquear el país; dio un rodeo por el camino de Adora, mientras Simón y su ejército lo seguían a todas partes. 21 Los de la fortaleza enviaban mensajes a Trifón, insistiéndole que cortara por el desierto y les enviara víveres. 22 Trifón preparó toda su caballería para ir allá, pero aquella noche caía una nevada tan fuerte que no pudo ir a causa de la nieve. Entonces emprendió la marcha hacia Galaad. 23 Al llegar cerca de Bascama mató a Jonatán, y allí lo enterraron. 24 Luego regresó a su tierra.

25 Simón envió a recoger los restos mortales de su hermano Jonatán, y lo enterró en Modín, su pueblo natal. 26 Todo Israel le hizo solemnes funerales y lo lloraron durante muchos días.

27 Sobre la sepultura de su padre y hermanos, Simón levantó un monumento de piedra pulida por ambas caras, bien visible. 28 Erigió siete pirámides, unas frente a otras, en honor de su padre, su madre y sus cuatro hermanos. 29 Las rodeó artísticamente con grandes columnas; sobre las columnas colocó escudos con armas para recuerdo perpetuo, y junto a las armas hizo esculpir unas naves, para que las vieran los navegantes. 30 Así era el monumento que construyó en Modín y que todavía se conserva.

Actividad político-militar de Simón

31 Por su parte, Trifón conspiró contra el joven rey Antíoco y lo mató; 32 lo suplantó en el trono y ciñó la corona de Asia, causando grandes estragos en el país.

---

lo engaña, accede a entregar el rescate exigido por la liberación de Jonatán, pues temía los comentarios del pueblo. Una actitud comprensible pero típicamente populista. Trifón no solo falta a su palabra sino que mata a Jonatán, demostrando que los que ejercen el poder de dominio eliminan a quien sea por alcanzar sus ambiciosos intereses.

13,31-53 Actividad político-militar de Simón. Con la muerte de Antíoco VI, asesinado por Trifón, Simón queda libre de los pactos firmados anteriormente. Conociendo los planes usurpadores de Trifón, Simón retoma los contactos con Demetrio para establecer un nuevo pacto. Demetrio se muestra generoso, confirmando los poderes religiosos y políticos, la exención de impuestos y el permiso de seguir las fortificaciones, que ya antes le había concedido (11,27-53). Solo añade el de «amigo de reyes». Es comprensible la actitud positiva de Demetrio, porque su poder es todavía muy débil, porque debe un favor a los judíos que lo habían salvado en una ocasión precedente (11,46-52) y porque la alianza con los judíos lo hace más fuerte frente a Trifón, quien le disputa el trono del imperio sirio. Los títulos de general y caudillo que le otorga Demetrio a Simón demuestran que la independencia no es total y que sigue bajo la tutela del rey. De todas maneras, este tratado de paz, que incluye la exención del tributo de la corona, se convierte en un momento especial en la historia de Israel al recobrar después de 25 años de lucha macabea, gran parte de su libertad e independencia.

Simón comienza a contar los años a partir de su asunción al poder, tal como lo hacían los faraones en Egipto. No hay duda de la fidelidad de la familia macabea con la justicia y la libertad del pueblo judío, pero también se nota con el pasar del tiempo que los pecados propios de la ambición del poder comienzan a tocar sus corazones. Hacer las cosas como el faraón es un mal recuerdo y un mal presagio para el futuro de Israel.

La independencia política será confirmada con la recuperación de la ciudad de Guézer y de una forta-

33 Simón construyó las plazas fuertes de
Judá, las rodeó de torres elevadas y altas
murallas, con puertas y cerrojos, y las dejó
bien aprovisionadas. 34 Eligió a algunos
para enviarlos al rey Demetrio a pedirle que
condonase los impuestos al país, porque
todas las intervenciones de Trifón habían
sido un verdadero saqueo. 35 El rey Deme-
trio respondió a su petición con la siguien-
te carta:
36 El rey Demetrio saluda al sumo sacer-
dote, Simón, aliado de reyes, a los ancia-
nos y al pueblo judío.
37 Hemos recibido la corona de oro y el
ramo de palma que enviaste, y estamos
dispuestos a firmar con ustedes una paz
duradera y a escribir a los funcionarios para
que los eximan de impuestos.
38 Sigue en vigor cuanto hemos de-
cretado a favor de ustedes. Las plazas fuer-
tes que han construido quedan en poder de
ustedes.
39 Asimismo, concedemos amnistía por
los errores y transgresiones cometidas has-
ta el presente. Les perdonamos la corona
que nos deben. Y si en Jerusalén deben al-
guna contribución, no se le exigirá.
40 Si algunos de ustedes están dispues-
tos a alistarse en nuestra escolta pueden
hacerlo.
¡Haya paz entre nosotros!
41 Israel se sacudió el yugo extranjero el
año ciento setenta, 42 y empezaron a fechar
así los documentos y contratos: Año prime-
ro de Simón el Grande, sumo sacerdote,
general y caudillo de los judíos.
43 Por entonces acampó Simón frente a
Guézer y la cercó con su ejército; armó una
torre de asalto, la arrimó a la ciudad, abrió
brecha en un torreón y lo ocupó. 44 Cuando
los que iban en la torre móvil saltaron a la
ciudad se armó un gran revuelo en la po-
blación. 45 Los vecinos de la ciudad subie-
ron a la muralla con sus mujeres e hijos, y
rasgándose las vestiduras, pidieron la paz a
Simón, con grandes gritos:
46 –¡No nos trates como merece nuestra
maldad, sino conforme a tu misericordia!
47 Simón accedió y suspendió el ataque.
Pero los expulsó de la ciudad, purificó las
casas en las que había ídolos, y entonces
entró en la ciudad entre cantos de alabanza
y acción de gracias. 48 Echó fuera de la ciu-
dad todo lo que la profanaba e instaló en
ella gente observante de la ley. Fortificó
Guézer y se construyó allí una casa.
49 Los de la fortaleza de Jerusalén, como
no podían salir ni entrar en la provincia
para comprar y vender, pasaban un hambre
espantosa, y muchos de ellos morían de
inanición. 50 Clamaron a Simón, pidiéndole
las paces. Él accedió. Los expulsó de allí y
purificó la fortaleza de las profanaciones.
51 El día veintitrés del mes segundo del
año ciento setenta y uno entraron los judíos
en la fortaleza, entre vítores, con ramos de
palma, cítaras, platillos y arpas, con him-
nos y canciones, porque había sido derro-
tado el mayor enemigo de Israel. 52 Simón
declaró aquel día fiesta anual. Luego fortifi-
có el monte del templo, del lado de la for-
taleza, y habitó allí con los suyos. 53 Y cuan-
do vio que su hijo Juan era ya un hombre,
lo nombró general en jefe del ejército, con
residencia en Guézer.

Gloria de Simón

14 1 El año ciento setenta y dos el rey
Demetrio concentró sus tropas y
marchó a Media en busca de ayuda para la
guerra contra Trifón.
2 Pero cuando Arsaces, rey de Persia y
Media, se enteró de que Demetrio había en-
trado en su territorio, envió a uno de sus
generales con orden de apresarlo vivo.
3 Fue el general, derrotó al ejército de De-
metrio, lo apresó y se lo llevó a Arsaces,
que lo metió en la cárcel.

---

leza griega enclavada en la misma Jerusalén, a las que el imperio sirio nunca había renunciado. Simón, aprovechando que Trifón y Demetrio están ocupados en sus disputas por el poder, conquista ambas ciudades y las purifica de todas las impurezas paganas que allí se habían alojado. Recordemos que la población que allí vivía estaba compuesta por pagano-helenistas y judeo-helenistas o «renegados». La fiesta de Purificación de la ciudad se llevó a cabo el 4 de junio del año 141 a.C. Fue declarada fiesta nacional y quedó fijada para celebrarse anualmente. Simón nombra general a su hijo Juan quien en poco tiempo además de sumo sacerdote se convertirá en rey.

14,1-49 Gloria de Simón. Después de 25 años de lucha macabea, Simón alcanza por fin el poder religioso, político y militar. Israel se cubre de gloria y es-

4 Mientras vivió Simón, Judá estuvo en paz.
Simón buscó el bienestar de su pueblo,
que aprobó siempre su gobierno y su magnificencia.
5 Añadió a sus títulos de gloria
la conquista de Jafa como puerto,
y así abrió un camino al tráfico marítimo.
6 Extendió las fronteras de su patria,
se adueñó del país;
7 repatrió a numerosos cautivos,
se apoderó de Guézer, Bet-Sur y la fortaleza;
y las purificó de toda impureza,
no hubo quien le resistiera.
8 La gente cultivaba en paz sus campos,
la tierra daba sus cosechas
y los árboles de la llanura sus frutos.
9 Los ancianos se sentaban en las plazas
hablando todos del bienestar reinante,
y los mozos vistieron gloriosos uniformes militares.
10 Abasteció de víveres a las ciudades,
las equipó con medios de defensa,
su renombre llegó a los confines de la tierra.
11 Hizo obra de paz en el país,
e Israel se llenó de inmenso gozo.
12 Cada cual pudo habitar bajo su parra y su higuera
sin que nadie lo inquietara.
13 Acabó con los enemigos en el país,
en su tiempo los reyes acababan derrotados.
14 Protegió a la gente humilde; tuvo en cuenta la ley,
exterminó a impíos y malvados.
15 Dio esplendor al templo
y aumentó los utensilios sagrados.

---

peranza porque el territorio soñado es una realidad. Sus fronteras se han ampliado, los enemigos externos e internos han sido vencidos. Toda esta alegría la expresa el autor a través de un poema, muy semejante al de Judas (3,1-9), que describe las gestas de Simón, el último de los hermanos Macabeos, protagonista de este glorioso momento. El poema es una síntesis de recuerdos bíblicos: 14,4 (Jue 5,31; 1 Re 5,4; Sal 72), 14,5 (1 Re 9,27), 14,6 (Éx 34,24; Is 26,15), 14,7 (Is 4055; Jr 31,12; Ez 39,28), 14,8 (Lv 26,34; Zac 8,12), 14,9 (Zac 8,4-6); 14,10 (1 Re 24-26); 14,11 (1 Re 1,40), 14,12 (1 Re 4,25; 5,5; Zac 3,10; Miq 4,4), 14,13 (Sal 18,38-40; 45,6), 14,14 (Sal 72; Is 11,4), 14,15 (1 Re 5,15–9,25). Vale la pena notar la relación justicia, paz y ecología en el poema, pues cuando en un país reina la justicia y la libertad, las personas pueden vivir en paz y los campos dar sus frutos en abundancia (8).

Era costumbre de la época renovar los pactos cuando llegaba un nuevo gobernante. Recordemos que el primer pacto con Roma lo firmó Juan Macabeo en el año 161 a.C. (8,1-32), lo ratificó su hermano Jonatán en el año 144 a.C. (12,1-23), y ahora lo hace Simón (24). El hecho que Roma y Esparta tomen la iniciativa de renovar el pacto con Israel demuestra el alto grado de independencia y soberanía alcanzado por Israel.

La renovación de los pactos con Roma y Esparta coloca a Simón como continuador del proyecto diplomático de sus hermanos Macabeos. Llama la atención el interés del autor por reiterar y elogiar los pactos con imperios de tinte faraónico, como el de Roma, haciendo caso omiso a las advertencias de los profetas sobre este aspecto (Ez 17,15; Os 12,1). Además que el pacto con Roma de nada ha servido a los judíos, pues en los momentos críticos nunca pudieron contar con su ayuda. No hay duda que la diplomacia es algo fundamental para mejorar la convivencia internacional, sin embargo, uno esperaría que el proyecto macabeo hubiera dado ejemplo en este campo, estableciendo primero alianza con los países pobres, y los pobres unidos, si es necesario, establecer acuerdos con los países poderosos. Entre los pobres se hacen pactos, con poderosos acuerdos. El pacto de Israel con Roma mantiene la dependencia y la esclavitud tributaria, actitudes faraónicas rechazadas por el Señor, Dios de los excluidos y de la liberación.

16 En Roma y Esparta sintieron profundamente la muerte de Jonatán cuando supieron la noticia; 17 pero al enterarse de que su hermano Simón le había sucedido como sumo sacerdote y que se había hecho cargo del país y sus ciudades, 18 le escribieron en tablillas de bronce para renovarle el tratado de amistad y mutua defensa pactado con sus hermanos Judas y Jonatán; 19 aquel documento se leyó en Jerusalén ante la asamblea.

20 Copia de la carta que mandaron los espartanos:

El gobierno y la ciudad de Esparta saludan a sus hermanos el sumo sacerdote Simón, los ancianos, los sacerdotes y demás pueblo judío.

21 Los embajadores que nos han enviado nos han informado acerca de la gloria y el prestigio de ustedes. Nos hemos alegrado con su venida, 22 y sus discursos constan en las actas oficiales, en estos términos: Numenio, de Antíoco, y Antípatro, de Jasón, embajadores de los judíos, han venido aquí a renovar su pacto de amistad. 23 El pueblo ha decretado recibirlos con todos los honores y depositar una copia de sus discursos en los documentos oficiales, para que sirva de recuerdo a la nación espartana. Se ha sacado una copia de todo esto para el sumo sacerdote Simón.

24 Más tarde envió Simón a Numenio a Roma, con un gran escudo de oro, de seiscientos kilos, para ratificar el pacto de mutua defensa con los romanos.

25 Al correrse estas noticias entre el pueblo, la gente comentó:

–¿Con qué podremos pagar a Simón y sus hijos? 26 Porque él, sus hermanos y su familia han luchado con constancia para rechazar a los enemigos de Israel, y le han conseguido la libertad.

Grabaron una inscripción en bronce y la fijaron en unas columnas en el monte Sión.

27 Copia de la inscripción:

El dieciocho de septiembre del año ciento setenta y dos –que corresponde al año tercero de Simón, sumo sacerdote–, durante la tribulación del pueblo de Dios, 28 en una asamblea solemne de sacerdotes y pueblo, autoridades y ancianos del país, se nos notificó lo siguiente. 29 Cuando en el país se libraban frecuentes combates, el sacerdote Simón, hijo de Matatías, descendiente de Yoarib, y sus hermanos se expusieron al peligro y resistieron a los enemigos de su patria para salvar incólumes su templo y su ley, y así dieron gran gloria a su nación, haciéndola gloriosa. 30 Jonatán, después de unificar a su patria y hacer de sumo sacerdote, fue a reunirse con los suyos. 31 Sus enemigos quisieron poner el pie en el país y atacar el templo, 32 pero entonces surgió Simón, para luchar por su pueblo; gastó gran parte de su fortuna en equipar y pagar a los guerreros de su patria. 33 Fortificó las ciudades de Judá y la ciudad fronteriza de Bet-Sur, antiguo cuartel enemigo, y dejó allí una guarnición judía. 34 Fortificó Jafa, en la costa, y Guézer, en la frontera de Asdod, antiguo enclave enemigo, y estableció allí colonias judías, proporcionándoles todo lo necesario para su buen funcionamiento. 35 Al ver la gente

---

El autor aprovecha el elogio del pueblo para destacar los méritos de la vida y obra de Simón, igualmente, para hacer una síntesis histórica de toda la gesta macabea. La doble datación de los hechos (27) es signo de la conciencia que había en el pueblo de haber comenzado con Simón Macabeo una nueva etapa en la historia de Israel. El pueblo decide atorgar a Simón los títulos de sumo sacerdote, caudillo y jefe militar con carácter vitalicio y hereditario (41.48) dejando las bases para el establecimiento de la dinastía Asmonea. No aparece todavía el título de rey, probablemente por dos razones, la primera, porque a pesar de la soberanía alcanzada, todavía era un estado vasallo del imperio Sirio (14,38). La segunda, porque no tenía la confirmación de los profetas (cfr. Dt 18,15-22). Cabe la pregunta, ¿por qué una gesta nacionalista de tanta envergadura, no tuvo el respaldo de algún profeta o al menos una resonancia profética? Es cierto que para esta época la profecía estaba en crisis, pero también es cierto que algunos hechos del proyecto macabeo van en contravía del modelo bíblico-profético, por ejemplo, la alianza con los países imperialistas o faraónicos; la preocupación por acaparar todo el poder político, militar y religioso en una sola persona, tal como lo hacía el faraón, los reyes de Asiria, Babilonia, Grecia o los mismos reyes de la fracasada monarquía israelita; el establecimiento de una dinastía (41), posteriormente llamada Asmonea, con pretensiones de perpetuarse en el poder, quitándole la posibilidad a Dios y al pueblo de elegir sus propios gobernantes y dirigentes religiosos.

la fidelidad de Simón y su interés por engrandecer a su patria, lo nombraron caudillo y sumo sacerdote suyo, como recompensa por los servicios prestados, por su honradez y lealtad para con la patria, intentando por todos los medios enaltecer a su pueblo. 36 En su tiempo pudo llevarse a buen término la expulsión de los paganos de la zona ocupada, y de los de Jerusalén, la ciudad de David, que se habían edificado una fortaleza de donde salían a profanar los alrededores del templo, profanando gravemente su pureza. 37 Simón instaló judíos en la fortaleza, la fortificó para seguridad del país y de la ciudad, y elevó las murallas de Jerusalén. 38 Por eso el rey Demetrio lo confirmó en el cargo de sumo sacerdote, 39 lo hizo grande del reino y lo colmó de honores, 40 porque se enteró de que los romanos llamaban a los judíos amigos, aliados y hermanos, y que habían recibido con todos los honores a los embajadores de Simón. 41 Supo también que los judíos y los sacerdotes habían determinado que Simón fuese su caudillo y sumo sacerdote vitalicio, hasta que surgiese un profeta fidedigno, 42 y que fuese su general, que se ocupara del templo, de la supervisión de las obras, del gobierno del país, del armamento, de las plazas fuertes; todos debían obedecerle. 43 Los documentos oficiales se escribirían todos en su nombre, y él vestiría de púrpura y oro. 44 Se prohíbe a todo el pueblo y a los sacerdotes desobedecer uno solo de estos puntos, contradecir las órdenes que dicte, convocar en todo el territorio una reunión sin su autorización, vestir de púrpura o llevar un prendedor de oro. 45 Todo el que viole estas prescripciones o desobedezca uno solo de estos puntos será reo de culpa. 46 Todos aprobaron que se otorgase a Simón autoridad para actuar conforme a tales normas. 47 Simón aceptó con agrado actuar de sumo sacerdote, ser general y jefe de los judíos y de los sacerdotes y presidirlos a todos. 48 Decretaron grabar este documento en tablillas de bronce y colocarlas en el recinto del templo, en un sitio visible, 49 depositando en el tesoro copias a disposición de Simón y sus hijos.

Antíoco y Simón

15 1 Antíoco, hijo del rey Demetrio, mandó una carta desde ultramar a Simón, sumo sacerdote y jefe de los judíos, y a toda la nación, 2 redactada en los siguientes términos:

El rey Antíoco saluda a Simón, sumo sacerdote y jefe del Estado, y al pueblo judío.

3 Considerando que unos canallas se han apoderado del reino de mis padres; queriendo yo hacer valer mis derechos al trono para restaurar el imperio, y habiendo reclutado numerosas tropas y equipado barcos de guerra 4 con intención de desembarcar en el país para vengarme de sus devastadores, que han asolado muchas ciudades de mi reino, 5 te confirmo todas las exenciones de impuestos concedidas por los reyes predecesores míos y cualesquiera otras exenciones que te otorgaran. 6 Te permito acuñar moneda propia, de curso legal, en tu país. 7 Jerusalén y el templo serán ciudad franca. Puedes retener todo el armamento que has almacenado, así como las plazas fuertes que edificaste y tienes en

---

15,1-41 Antíoco y Simón. Entra en acción Antíoco VII repitiendo el proceso utilizado por sus antecesores: deseos de recuperar el poder ante el usurpador, constitución de un ejército, búsqueda de aliados a través de concesiones de todo tipo, ataques al enemigo, triunfo, traición a los aliados, etc. En este contexto se entiende la iniciativa de Antíoco VII de enviar una carta a Simón para ratificar los privilegios otorgados por sus antecesores, pero también, para recordarle, sutilmente, su condición de vasallo. En el año 138 a.C. Antíoco lanza su ataque contra Trifón que se ve obligado a huir y refugiarse en Dor.

Los versículos 15-24 cierran a manera de inclusión, un tema planteado desde el primer capítulo (1,1), y que ha sido recurrente a lo largo del libro: la presencia de los llamados «renegados» (6,18; 7,4; 9,23.58.69; 11,21.25) o «judíos traidores» (21), constituido por judíos que optaron por el helenismo, abandonando algunas de sus tradiciones culturales y religiosas. El grupo contrario es el de los judíos tradicionalistas liderado por la familia de los macabeos. Uno de los objetivos del libro es resaltar el proyecto macabeo y señalar al grupo de los «renegados» como traidores y responsables del sufrimiento del pueblo judío. Sin demeritar la gesta macabea, muchos de sus relatos son ambiguos o contradictorios, lo que no obsta para encontrar una enseñanza de parte de Dios. Veamos un ejemplo. ¿No es contradictorio, que el proyecto macabeo establezca alianzas con los poderosos y no sea capaz de al menos establecer un diálogo con sus pro-

tu poder. 8 Todas tus deudas, presentes y
futuras, pagaderas al tesoro real, te quedan
perdonadas desde ahora para siempre. 9 Y
cuando hayamos restablecido nuestro reino
te colmaremos de honores a ti, a tu nación
y al santuario, de modo que tu fama será
conocida de todo el mundo.

10 El año ciento setenta y cuatro Antíoco
marchó al país de sus padres; toda la tropa
se pasó a él, de manera que quedaron po-
cos con Trifón.

11 Antíoco lo persiguió. Trifón se refugió
en Dor del Mar, 12 dándose perfecta cuenta
de su desesperada situación al haber sido
abandonado por sus soldados.

13 Antíoco acampó frente a Dor con
ciento veinte mil guerreros de a pie y ocho
mil jinetes. 14 Cercaron la ciudad. Los bar-
cos se acercaron por mar, de modo que
Antíoco bloqueó la ciudad por mar y tierra,
sin dejar entrar ni salir a nadie. Mientras
tanto, 15 Numenio y su comitiva llegaron de
Roma con una carta para los reyes de los
diversos países, en la que se decía:

16 Lucio, cónsul de Roma, saluda al rey
Tolomeo.

17 Enviados por el sumo sacerdote, Si-
món, y el pueblo judío, se nos han pre-
sentado los embajadores judíos, nuestros
amigos y aliados, 18 trayéndonos un escudo
de oro de seiscientos kilos.

19 Nos es grato escribir a los reyes de los
diversos países para que no intenten hacer-
les daño ni les ataquen a ellos, a sus ciuda-
des y su país, ni se alíen con sus enemigos.

20 Hemos decidido aceptarles ese es-
cudo.

21 Por lo tanto, si tienen entre ustedes al-
gunos judíos traidores que hayan huido de
su país entréguenlos al sumo sacerdote Si-
món, para que los castigue conforme a su
ley.

22 Escribió una carta igual al rey Deme-
trio, a Atalo, Ariarates y Arsaces, 23 y a to-
dos los países: Sansame, Esparta, Delos,
Mindo, Sición, Caria, Samos, Panfilia, Licia,
Halicarnaso, Rodas, Faselida, Cos, Side,
Arvad, Górtina, Cnido, Chipre y Cirene.

24 Al sumo sacerdote, Simón, le envia-
ron una copia.

25 Mientras tanto, el rey Antíoco atacaba
de nuevo a Dor, lanzando contra ella ince-
santemente sus batallones y levantando
máquinas de guerra. Tenía cercado a Tri-
fón, sin dejarle salir ni entrar.

26 Simón le envió dos mil soldados para
luchar como aliados, y además plata, oro y
material suficiente. 27 Pero Antíoco no sólo
no quiso recibirlos, sino que revocó las con-
cesiones hechas a Simón, rompiendo con
él. 28 Le envió uno de sus amigos, Atenobio,
como parlamentario, con este mensaje:

Tienen en su poder Jafa, Guézer y la for-
taleza de Jerusalén, ciudades de mi impe-
rio. 29 Han asolado sus territorios, han cau-
sado graves daños al país y se han
apoderado de muchas poblaciones de mi
imperio. 30 Así que devuélvanme ahora
mismo las ciudades que han ocupado y los
impuestos de las poblaciones que han so-
metido fuera de los límites de Judá. 31 De lo
contrario, paguen nueve mil kilos de plata,
y otros tantos como indemnización por da-
ños y perjuicios y por los impuestos de las

---

pios hermanos judíos «renegados»? ¿No son más apóstatas y traidores los emperadores? ¿Por qué se envían comisiones donde los emperadores con regalos de oro y plata, mientras a los hermanos judíos «renegados» que se encuentran en el exilio, se les persigue sin descanso? De los macabeos aprendemos que hay que luchar por la libertad y conservación de la cultura, pero también hay que desaprender la tarea de eliminar a quienes piensan diferente, buscando más bien el camino del diálogo tal como lo enseñó Jesús.

Pareciera propio de los emperadores-faraones, que cuando alcanzan el poder son seducidos por la ambición de tener más y más poder, olvidando los pactos y arremetiendo militarmente contra otros pueblos soberanos. Siguiendo esta lógica, Antíoco VII rompe sus relaciones con Simón y lo acusa entre otras cosas de ocupar territorios extranjeros, cosa que no es cierta, porque el territorio recuperado es la herencia de los antepasados (Éx 23,31; Dt 11,24; Jos 11,23).

La reacción de Atenobio ante el «esplendor de Simón, sus aparadores repletos de vajillas de oro y plata…», recuerda las riquezas de Salomón (1 Re 10,14-29), pero también recuerda, que fueron riquezas logradas a costa de esclavizar a su pueblo (1 Re 12,4). El énfasis que hace el autor en la riqueza de Simón Macabeo hay que entenderlo como una manera de demostrar no sólo la soberanía sino también el potencial económico alcanzado. Queda una pregunta por resolver, ¿hasta qué punto el pueblo pobre participa de esta riqueza? Desde la perspectiva de Jesús, es preferible que Atenobio se hubiera asombrado no por el lujo del palacio de Simón, sino por ver un pueblo con sus necesidades básicas satisfechas.

ciudades. De no ser así, me presentaré ahí
para atacarte.
32 Atenobio, amigo del rey, llegó a Jeru-
salén y se quedó asombrado ante el es-
plendor de Simón, sus aparadores repletos
de vajilla de oro y plata, y todo el fasto que
lo rodeaba. Entregó a Simón el mensaje del
rey, 33 y Simón respondió:
–Ni hemos ocupado tierra extranjera ni
nos hemos apoderado de bienes ajenos,
sino de la herencia de nuestros antepasa-
dos, que ha estado algún tiempo en poder
enemigo injustamente. 34 Aprovechando la
ocasión hemos recuperado la herencia de
nuestros antepasados. 35 En cuanto a Jafa
y Guézer, que tú reclamas, eran ellas pre-
cisamente las que causaban graves daños
a nuestro pueblo y asolaban el país. Te da-
remos por ellas tres mil kilos –de plata–.
36 Atenobio no respondió. Enfurecido, se
volvió a donde estaba el rey y le transmitió
la respuesta; le habló de la fastuosidad de
Simón y de todo lo que había visto. El rey
se puso furioso.
37 Por su parte, Trifón pudo huir por mar
a Ortosia.
38 El rey nombró a Cendebeo jefe su-
premo del litoral, y le asignó soldados de
infantería y caballería. 39 Le mandó acam-
par frente a Judá, reconstruir Cedrón, refor-
zar sus puertas y hostilizar al pueblo mien-
tras el rey perseguía a Trifón.
40 Cendebeo se presentó en Yamnia y
empezó a provocar al pueblo, a invadir
Judá, a hacer presiones y a matar gente.
41 Reconstruyó Cedrón y acantonó allí jine-
tes e infantería, para que hicieran incursio-
nes y marchas por las rutas de Judá, como
se lo había ordenado el rey.

Primer éxito de Juan

16 1 Juan subió de Guézer y comunicó
a su padre, Simón, lo que hacía
Cendebeo. 2 Simón llamó a sus dos hijos
mayores, Judas y Juan, y les dijo:
–Mis hermanos y yo, y toda mi familia,
combatimos a los enemigos de Israel, des-
de jóvenes hasta hoy, y muchas veces con-
seguimos liberar a Israel con nuestro es-
fuerzo. 3 Yo ya soy viejo, pero ustedes están
en la mejor edad, gracias a Dios. Ocupen
mi puesto y el de mi hermano. Salgan a lu-
char por nuestra patria. Que la ayuda del
cielo los acompañe.
4 Seleccionó veinte mil guerreros y jine-
tes del país, y marcharon contra Cendebeo.
Pernoctaron en Modín, 5 y de madrugada
caminaron hacia la llanura; se toparon con
un ejército numeroso, de infantería y caba-
llería, separado de ellos por un río.
6 Juan y sus tropas formaron frente a
ellos; al ver que la tropa no se atrevía a pa-
sar el río, Juan lo pasó el primero. Al verlo
sus soldados, pasaron tras él. 7 Luego divi-
dió a la tropa, colocando en medio a los ji-
netes, porque la caballería enemiga era
muy numerosa. 8 Sonaron las trompetas, y
Cendebeo y su ejército fueron derrotados:
cayeron muchos heridos, y los demás hu-
yeron a la plaza fuerte. 9 Entonces fue heri-
do Judas, el hermano de Juan. Juan los
persiguió hasta llegar a Cedrón, recons-
truida por Cendebeo. 10 Huyeron a las to-
rres de la campiña de Asdod. Juan incen-
dió la ciudad, causando dos mil bajas al
enemigo. Después regresó a Judá.

Muerte de Simón

11 Tolomeo de Abubo había sido nom-
brado gobernador de la llanura de Jericó.
Tenía mucha plata y oro, 12 por ser yerno
del sumo sacerdote, 13 pero, lleno de sober-
bia, quiso apoderarse del país, y conspiró
para eliminar a Simón y sus hijos. 14 Simón
estaba inspeccionando las poblaciones del
país, ocupado en sus problemas adminis-
trativos. Bajó a Jericó con sus hijos Mata-
tías y Judas, el año ciento setenta y siete,
el mes de enero, o sea, el mes Sebat. 15 El
hijo de Abubo los recibió pérfidamente en

16,1-10 Primer éxito de Juan. Sin ningún preámbulo entran en acción Judas y Juan, hijos de Simón y representantes de la tercera generación de la familia de los Macabeos. Simón aún puede ejercer las funciones de gobierno, pero por su edad, ya no puede ir al frente de batalla, misión que delega en sus hijos, de la misma manera que tiempo atrás lo hizo Matatías, antes de morir, con su hijo Judas (2,49-68; cfr. 12,15; 13,3; 14,26). La audacia militar y la inteligencia estratégica de Juan le procuran el triunfo en la batalla contra Cendebeo. Actitudes que recuerdan a sus tíos y lo identifican plenamente como uno de los macabeos.

16,11-24 Muerte de Simón. Las divisiones y traiciones no son ahora entre reyes o gobernantes, sino entre la misma familia. Parece que prácticas nepotis-

el fortín llamado Doc, construido por él; les
ofreció un banquete y apostó allí unos
cuantos hombres. 16 Cuando Simón y sus
hijos estaban bebidos, Tolomeo y sus hom-
bres se levantaron, empuñaron sus armas,
se precipitaron sobre Simón en la sala del
banquete, y lo mataron junto con sus dos
hijos y algunos de su séquito.

17 ¡Fue una gran traición devolver mal
por bien!

18 Tolomeo consignó por escrito lo suce-
dido y envió el informe al rey, pidiéndole tro-
pas de socorro y el mando sobre la provincia
y las poblaciones. 19 Despachó a Guézer
otros emisarios para eliminar a Juan; envió
cartas a la oficialidad para que se entrevista-
ran con él, que les daría plata, oro y regalos.
20 A otro grupo lo mandó a Jerusalén, para
apoderarse de la ciudad y del monte del tem-
plo. 21 Pero hubo uno que corrió a Guézer y
avisó a Juan de la muerte de su padre y her-
manos, y que Tolomeo había mandado gen-
te para matarle también a él. 22 Juan quedó
consternado ante la noticia. Luego apresó a
los que venían a asesinarlo y los ejecutó, sa-
biendo que llegaban para matarlo.

23 Para otros datos sobre Juan y las ha-
zañas militares que realizó, las murallas
que construyó y sus empresas, 24 véanse
los anales de su pontificado, a partir de la
fecha de su consagración como sumo sa-
cerdote, sucesor de su padre.



---

tas llevaron a que miembros de la familia macabea vieran crecer rápidamente su riqueza y su poder, como en el caso de Tolomeo de Abubo (11; cfr. 2 Sm 13,28), nombrado por su suegro Simón, gobernador de la región de Jericó. Los deseos libertarios de otros tiempos, se cambian por la codicia y la ambición de poder. Tal es el caso de Tolomeo, que en el año 142 a.C. asesina de manera vil y traicionera a Simón, el último de los hermanos Macabeos. Juan, el hijo de Simón, logra salvarse al ser avisado de los planes para asesinarlo. De esta manera queda «bautizado» Juan Hircano como el continuador de la obra macabea. Los dos últimos versículos de nuestro libro (23s) son muy importantes al compararlos con la fórmula clásica utilizada en el Libro de los Reyes de Judá (1 Re 11,41; 14,19; 15,23). ¿Cuál será la intención del autor? Probablemente quiere colocar a Juan Hircano, que reinó entre los años 134-104 a.C., en la misma línea de los reyes de Judá, y a la dinastía Asmonea, que es la misma de los macabeos, como la continuadora de la dinastía davídica y de la monarquía judía, interrumpida por más de cuatrocientos años. Una pregunta para la reflexión: ¿Realmente querrá Dios «resucitar» el proyecto monárquico cuando fue un rotundo fracaso en la historia de Israel? La respuesta es no, prueba de ello es que en poco tiempo la dinastía Asmonea va a ser tan odiada, que ni siquiera el libro de los Macabeos fue aceptado en el canon judío. El proyecto macabeo que comenzó como un proyecto libertario contra el emperador idólatra y esclavizador, terminó siendo una monarquía tan cruel e idólatra como aquella que combatió.

MACABEOS
SEGUNDO LIBRO

¿Un libro histórico? No estamos ante una historia en sentido clásico, sino más bien ante la transformación de datos reales en una especie de parábola o símbolo, desarrollado sobre un esquema que se podría resumir así: un Reino de Dios en la tierra, del que forman parte un pueblo de escogidos, y los demás quedan fuera. Los de dentro están ligados a su Dios, que es su verdadero rey: si no lo obedecen son escarmentados; si le son fieles participan de los bienes de esta vida y de una vida después de la muerte. Hay una comunidad entre los ciudadanos vivos y muertos: algunos difuntos viven más allá e interceden por los que viven acá; algunos mueren con culpas que los vivos pueden expiar con oraciones y sacrificios.

Todo era bello y pacífico bajo Onías; pero por el pecado de algunos judíos el Señor se encoleriza y castiga a su pueblo, culminando en el martirio de Eleazar y de los siete hermanos con su madre. Este momento es como una expiación: el Señor pasa de la cólera a la misericordia, y los acontecimientos, incluso los más adversos, se vuelven triunfalmente a favor de los judíos.

Los de fuera, o sencillamente no entran en la representación, o son extras que contemplan, o son ejecutores providenciales de un escarmiento, o son agresores que sufren un castigo ejemplar.

Estilo literario. El autor dice en el prólogo que su tarea no ha sido fácil, y da a entender en el epílogo que ha quedado satisfecho de su trabajo y espera que les guste a los lectores. ¿Es cierto? ¿Ha conseguido el libro agradarnos a nosotros, como quizás agradó a sus contemporáneos? Hay en el libro una serie de cosas que nos desagradan: el recurso a las apariciones crea la impresión de un «deus ex machina» para los momentos de crisis; las mismas apariciones resultan de una magnificencia infantil; la tendencia a exagerar y esquematizar; el estilo hinchado y retorcido; el patetismo teatral; el placer de contar y multiplicar las bajas enemigas. Algo así sería nuestro libro en clave narrativa.

Leyendo el libro podríamos pensar en un auto sacramental barroco con mucho de tramoya y aparato escénico. El público tiene que quedar prendido en la intensidad de la pasión o de su expresión. Los personajes son más bien símbolos; el tiempo se concentra en los momentos dramáticos; los diálogos, como el de la madre de los Macabeos y sus hijos frente al tirano, están compuestos de cara a un público. También adquieren valor escénico las intervenciones corales de la multitud anónima, creando un clima e induciendo el contagio de los espectadores.

Para disculpar semejantes impresiones algunos apelan a la historia literaria: el libro es producto de su época. Pero la respuesta no basta; tener valor de documento no es tener valor literario. Además, la época no justifica el valor de sus libros, sino que los libros recomiendan o condenan una época literaria. Si lo típico de aquella época eran semejantes producciones, la época no es un momento estelar de la literatura. La obra puede ser objeto de estudio, no de disfrute.

Mensaje religioso. A favor del libro están algunas enseñanzas importantes: la fe en la resurrección, justificada por el poder creativo de Dios; la valentía de los mártires sin distinción de edad; el templo como tesoro de limosnas para los pobres; la protección divina como respuesta a la oración confiada; el triunfo del bien sobre el poder tiránico y su violencia. Son valores que fácilmente se entresacan del libro y se imprimen favorablemente en la memoria.



Cartas a los judíos de Egipto

1 1 Los hermanos judíos de Jerusalén y
de Judá saludan a los hermanos ju-
díos de Egipto: ¡paz y prosperidad!
2 ¡Que Dios los favorezca y se acuerde de
la promesa que hizo a sus fieles servidores
Abrahán, Isaac y Jacob! 3 ¡Que les dé a to-
dos el deseo de adorarlo y de hacer su vo-
luntad con corazón generoso y de buena
gana! 4 ¡Que él les abra el corazón a su ley y
a sus preceptos, y les conceda la paz! 5 ¡Que
escuche sus oraciones, se reconcilie con us-
tedes y no los abandone en la desgracia!
6 Ahora mismo estamos aquí rezando
por ustedes.
7 El año ciento sesenta y nueve, durante
el reinado de Demetrio, nosotros los judíos
les escribimos: En medio de la grave tribu-
lación que nos sobrevino aquellos años,
desde que Jasón y su partido traicionaron a
la tierra santa y al reino, 8 cuando incendia-
ron las puertas del templo y derramaron
sangre inocente, oramos al Señor y nos es-
cuchó; ofrecimos un sacrificio con la mejor
harina, encendimos las lámparas y presen-
tamos los panes.
9 Ahora también les escribimos para que
celebren la fiesta de las Chozas en el mes
de diciembre. En el año ciento ochenta y
ocho.
10 Los habitantes de Jerusalén, de Judá,
el consejo de los ancianos y Judas saludan
a Aristóbulo, consejero del rey Tolomeo,
miembro de la familia de los sacerdotes un-
gidos, y a los judíos de Egipto, deseándoles
se encuentren bien.
11 Salvados por Dios de graves peligros,
le damos muchas gracias por ser nuestro
defensor contra el rey, 12 porque él expulsó
a los que se habían levantado en armas
contra la Ciudad Santa. 13 En efecto, cuan-
do el generalísimo marchó a Persia rodea-
do de un ejército que parecía invencible,
fueron descuartizados en el templo de Na-
nea, gracias a una estratagema de la que se
valieron los sacerdotes de la diosa.
14 Antíoco se presentó allí en compañía
de sus consejeros, con el pretexto de casar-
se con la diosa, para recibir como dote sus
inmensas riquezas. 15 Los sacerdotes del
templo de Nanea habían expuesto esas ri-
quezas con motivo de la visita que Antíoco
debía hacer al recinto sagrado, acompaña-
do de unas pocas personas. Pero en cuanto
entró Antíoco, cerraron el templo, 16 abrie-
ron la puerta secreta del techo y acribillaron
a pedradas al generalísimo. Luego los des-
cuartizaron, los degollaron y echaron las
cabezas a los que habían quedado afuera.
17 ¡Bendito sea siempre nuestro Dios,
que entregó a los impíos!
18 Como vamos a celebrar la purificación
del templo el veinticinco de diciembre, nos
pareció conveniente informarles para que

1,1–2,18 Cartas a los judíos de Egipto. El libro comienza con dos cartas (1,1-9 y 1,10–2,18) que envían los judíos de Jerusalén a sus hermanos judíos de Alejandría invitándolos a celebrar la fiesta de las Chozas, o fiesta de la Dedicación del Templo instituida por Judas Macabeo.

1,1-6: El saludo busca mantener la unidad y la fraternidad entre Jerusalén y los judíos que, obligados por diversas circunstancias han emigrado a tierras extranjeras –diáspora–. Está mediado por una seguidilla de peticiones a Dios en torno a la promesa –Alianza–, la obediencia, la Ley, la oración y la reconciliación.

1,7s: El año 169 corresponde al año 143 a.C. Se refiere a la profanación del Templo ordenada por Antíoco IV Epífanes y apoyada por los judíos «renegados» (1 Mac 1,11; 6,21; 7,5; 9,23.58.69; 10,61; 11,21.25). El Templo será un tema clave a lo largo del libro. El escritor llama «tierra santa» al territorio de Israel, el mismo que utilizan hoy los cristianos.

1,9: Llegamos a la razón última de esta primera carta, invitar a los judíos de Egipto a celebrar la fiesta de las Chozas, o de la Dedicación del Templo (cfr. Dt 16,16; Zac 14,16-19) en el mes de diciembre, fecha diferente a la más tradicional que era en octubre (Lv 23,34s). El año 188 corresponde al año 124 a.C.

1,10: La segunda carta está dirigida a Aristóbulo, importante filósofo judío nacido en Alejandría, autor de un comentario bíblico donde demuestra que la filosofía griega había sido extraída de la literatura judía contenida en la Ley y los Profetas. La notificación de la muerte de Antíoco permite fechar la carta en el año 164 a.C.

1,11-17: He aquí un primer relato sobre la muerte de Antíoco IV Epífanes, que no coincide con el de 9,1-29 ni con 1 Mac 6,1-16. Es probable que el autor esté confundido con la muerte de Antíoco III ocurrida al intentar saquear el templo de Bel en Elimaida, o que retoma una de las tantas leyendas que el pueblo

también ustedes celebren la fiesta de las
Chozas y la del Fuego, el fuego que apare-
ció cuando Nehemías, después de haber
reconstruido el templo y el altar ofreció sa-
crificios. 19 Porque cuando nuestros antepa-
sados fueron deportados a Persia, los pia-
dosos sacerdotes de entonces quitaron el
fuego del altar y lo ocultaron clandestina-
mente en el fondo de un pozo seco; lo es-
condieron tan bien que nadie supo el sitio.
20 Pasados muchos años, cuando Dios
quiso, Nehemías, enviado por el rey de Per-
sia, mandó a los descendientes de aquellos
sacerdotes que habían ocultado el fuego
que fueran a buscarlo. Y, según nos cuen-
tan, no encontraron fuego, sino un líquido
espeso. Nehemías les ordenó sacarlo y lle-
várselo; 21 y cuando ya estaban las víctimas
sobre el altar, Nehemías mandó a los sa-
cerdotes rociar con aquel líquido la leña y
lo que había encima. 22 Lo hicieron. Pasó
algún tiempo, y el sol, antes nublado, brilló,
y se encendió una llamarada que dejó a to-
dos admirados. 23 Mientras el sacrificio se
consumía, todos los sacerdotes y todos los
presentes oraban; Jonatán entonaba, y los
demás coreaban como Nehemías. 24 Éste
era el texto de la oración: Señor, Señor
Dios, creador de todo, terrible y fuerte, jus-
to y compasivo, único rey y bienhechor,
25 único protector, único justo, todopodero-
so y eterno, que salvas a Israel de todo mal,
que elegiste y consagraste a nuestros pa-
dres, 26 recibe este sacrificio por todo tu
pueblo, Israel. Guarda tu porción y santi-
fícala. 27 Congrega a los nuestros dispersos,
da libertad a los que viven como esclavos
entre los paganos, fíjate en los desprecia-
dos y aborrecidos, para que los paganos re-
conozcan que tú eres nuestro Dios; 28 casti-
ga a los tiranos que llenos de soberbia nos
insultan; 29 planta a tu pueblo en tu lugar
santo, como dijo Moisés.
30 Los sacerdotes, por su parte, canta-
ban los himnos. 31 Y cuando se consumie-
ron las víctimas, Nehemías mandó derra-
mar el líquido sobrante encima de unas
piedras grandes. 32 Lo hicieron, y se encen-
dió una llama, pero se consumió en cuanto
brilló la luz refulgente del altar.
33 Cuando se hizo público el suceso, y
cuando contaron al rey de Persia que en el
sitio donde habían escondido el fuego los
sacerdotes deportados había aparecido un
líquido con el que los acompañantes de Ne-
hemías habían purificado las víctimas del
sacrificio, 34 el rey, después de comprobar
el hecho, mandó poner una cerca y decla-
rar aquel sitio recinto sagrado.
35 Cuando el rey les hacía ese favor ha-
bía un intercambio de regalos entre el rey y
sus favorecidos.
36 Los acompañantes de Nehemías lla-
maron a aquel líquido neftar, que significa
purificación, pero comúnmente se llama
nafta.

2 1 En los documentos se lee que el pro-
feta Jeremías mandó a los depor-
tados recoger fuego, como queda dicho, 2 y

elaboró en torno a la muerte de Antíoco. La concepción de un Dios que participa y apoya la muerte cruel del enemigo hace parte de la conciencia religiosa del pueblo en esa época concreta de la historia. Con Jesús las cosas serán radicalmente diferentes.

1,18-36: Esta sección se basa en algún escrito apócrifo de Nehemías, dado que los datos no coinciden con el libro canónico. En la conciencia religiosa de Israel, el fuego sagrado servía como signo visible de la manifestación de Dios (Éx 3,4; Lv 9,24; 1 Re 18,20-30; 2 Cr 7,1). La destrucción del Templo de Jerusalén por parte de las tropas invasoras de Babilonia en al año 587 a.C. llevaron a los judíos a pensar que Dios había abandonado temporalmente su morada. Al regresar del exilio, los sacerdotes utilizan el fuego sagrado y la nafta –petróleo bruto– para restaurar el altar de los sacrificios, creando las condiciones para que el Templo sea de nuevo lugar sagrado y morada de Dios. La idea de limitar la presencia de Dios al Templo sirvió para que en el futuro la clase sacerdotal controlara y manipulara las relaciones del pueblo con Dios. Si Dios está privilegiadamente en el Templo, son los sacerdotes los que tienen en exclusiva la relación con Él. Jesús critica con firmeza esta posición, proclamando que a Dios se le adora en espíritu y verdad (Jn 4,19-24; cfr. Mt 23,1-29; 27,51). Según Jesús a Dios se le encuentra en el Templo, en la casa, en el trabajo, pero sobre todo en el hermano necesitado (Mt 25,31-46; 1 Jn 4,20s). El error de los judíos al regresar del destierro fue pensar que para agradar a Dios lo primero era reconstruir el Templo con todos sus sacrificios y no reconstruir la vida del pueblo que estaba sumida en la desgracia. El mismo Nehemías deja constancia que la recuperación del Templo no implicó mejores condiciones de vida para el pueblo, por el contrario las empeoraron (Neh 5,1-12).

2,1-8: Esta sección tampoco se encuentra en el libro canónico del profeta Jeremías. Probablemente es

que el profeta, al entregarles la ley, les re-
comendó que no olvidaran los preceptos
del Señor ni se extraviaran al ver estatuas
de oro y plata revestidas de adornos. 3 Y
con otros consejos similares los exhortaba
a no alejar la ley de su corazón.
4 En este escrito se decía que el profeta,
avisado por un oráculo, mandó que lleva-
ran con él la tienda y el arca cuando mar-
chó a la montaña donde Moisés había subi-
do para contemplar la herencia de Dios.
5 Al llegar arriba, Jeremías encontró una
especie de cueva; metió allí la tienda, el
arca y el altar del incienso, y cerró la entra-
da. 6 Algunos de sus acompañantes fueron
después a marcar el camino, pero no pu-
dieron encontrarlo. 7 Cuando lo supo Jere-
mías, los reprendió diciendo: Ese sitio que-
dará desconocido hasta que Dios tenga
misericordia de su pueblo y lo reúna. 8 En-
tonces el Señor mostrará de nuevo esos ob-
jetos, y se verá la gloria del Señor y la nube,
como apareció en tiempo de Moisés, y
cuando Salomón oró para que el lugar san-
to quedara consagrado solemnemente.
9 También se contaba cómo Salomón,
con su sabiduría, ofreció el sacrificio de la
dedicación e inauguración del templo.
10 Así como Moisés suplicó al Señor y bajó
fuego del cielo que consumió el sacrificio,
también suplicó Salomón, y bajó fuego que
devoró los holocaustos. 11 Moisés dijo: La
víctima ofrecida por el pecado ha sido de-
vorada por no haberla comido. 12 Salomón
celebró los ocho días siguiendo un ceremo-
nial parecido.
13 También se cuenta eso en las actas y
en las memorias de Nehemías, donde se re-
lataba, además, cómo éste fundó una bi-
blioteca en la que reunió los libros que tra-
tan de los reyes, los escritos de los Profetas
y de David, y las cartas reales sobre dona-
ciones. 14 De forma parecida reunió Judas
todos los libros dispersos a causa de la gue-
rra que hemos padecido, los cuales están
ahora en nuestro poder. 15 Si ustedes nece-
sitan alguno de estos escritos manden a al-
guien que los venga a buscar.
16 Así que, próximos ya a la fiesta de la
Purificación, les escribimos para que tam-
bién ustedes hagan lo posible por celebrar
estos días.
17 Y el Dios que ha salvado a todo su
pueblo y ha devuelto a todos la herencia, el
reino, el sacerdocio y la santificación,
18 como lo había prometido por la ley, ese
mismo Dios –así lo esperamos– se apiade
pronto de nosotros y nos reúna en el lugar
santo desde todas las regiones de la tierra,
ya que nos libró de grandes males y purifi-
có el lugar santo.

Prólogo

23a Jasón de Cirene dejó escrita en cinco
libros 19 la historia de Judas Macabeo y sus
hermanos, la purificación del gran templo y

---

una leyenda que le permite insistir en guardar la Ley, evitar la idolatría, e introducir en el Templo, además del fuego, otros objetos sagrados: la tienda, el Arca y el altar del incienso.

2,9-12: Esta sección recuerda la primera dedicación del Templo a través de un sacrificio ofrecido por Salomón (2 Cr 7,1), cuya eficacia es comparado con los sacrificios ofrecidos por Moisés (Lv 9,24; 10,16-20). El autor intenta con estos recuerdos legitimar la actual fiesta de la Dedicación uniéndola a la figura de Moisés y a la primera fiesta de la Dedicación realizada por Salomón (1 Re 8,65s). Hay que decir que la ceremonia realizada por Salomón sigue el esquema de la fiesta de las Chozas según Lv 23,33-39.

2,13-15: Esta sección menciona a la Biblioteca de Nehemías. Muchos de sus textos se perderán con el tiempo, otros serán conservados, usados y considerados por el pueblo como inspirados por Dios.

2,16-18: Los hermanos de la diáspora que se unan a la fiesta de la Purificación en la fecha y a la manera como se celebra en el Templo de Jerusalén, participarán de la salvación, la herencia, el reino, el sacerdocio y la santificación prometida por Dios. La intención de centralizar la liturgia deslegitimando las que se celebran en la periferia, ayudan a la unidad, pero al mismo tiempo atenta contra los esfuerzos por inculturar el proyecto de Dios. No podemos confundir la unidad con la uniformidad de la Iglesia.

2,19-32 Prólogo. El autor expone aquí los objetivos y el plan de su obra, que abaca el período del 176-175 a.C. al 161 a.C. año en que muere Nicanor. Estos 15 años de historia se desarrollan en los gobiernos de Seleuco IV (187-175 a.C.) y Demetrio I (161-150). Jasón fue un famoso historiador de la diáspora. De su obra escrita en cinco volúmenes no sabemos nada, aparte del testimonio en este libro. Cirene era una colonia griega ubicada en la costa mediterránea de Egipto, con bastante población judía. Los temas principales de la obra son las claves del Segundo libro de los Macabeos: 1. Idealizar la figura de Judas Macabeo vencedor de los reyes antíocos. 2. La centralidad del Templo y de la ciudad de Jerusalén en la vida del pue-

la dedicación del altar, [20] las guerras contra
Antíoco Epífanes y su hijo Eupátor, [21] las
apariciones celestiales en favor de los bra-
vos combatientes por el judaísmo, que,
aunque pocos, llegaron a saquear todo el
país y perseguir a las hordas bárbaras, [22] a
recuperar el templo famoso en todo el
mundo, liberar la ciudad, restablecer las le-
yes que estaban a punto de ser abolidas
–gracias a que el Señor fue compasivo y
benévolo con ellos–.

[23b] Nosotros vamos a intentar resumirlo
en un solo volumen. [24] Viendo la cantidad
de cifras, y la dificultad que encuentran, por
la amplitud de la materia, los que quieren
internarse en las narraciones históricas,
[25] hemos procurado ofrecer entretenimiento
a los que se contentan con una simple lec-
tura, facilitar a los estudiosos el trabajo de
retener datos de memoria y ser útiles a los
lectores en general.

[26] Para quienes hemos emprendido la
penosa tarea de hacer este resumen no ha
sido un trabajo fácil, sino de sudores y vigi-
lias, [27] como no es fácil el trabajo del que
organiza un banquete, que tiene que aten-
der al gusto de los demás. Para merecer
también nosotros la gratitud de muchos,
soportamos con gusto esta fatiga, [28] y de-
jando al historiador el examen detallado de
cada hecho, nos esforzaremos por seguir
las normas de un resumen; [29] porque a no-
sotros nos pasa, creo yo, lo que al ar-
quitecto de un edificio nuevo: debe pro-
yectar el conjunto de la obra, mientras que
el decorador y el pintor sólo tienen que
atender a lo necesario para la ornamenta-
ción.

[30] Al historiador principal le toca me-
terse a fondo en los sucesos, explayarse en
ellos, estudiar críticamente todos sus por-
menores; [31] en cambio, al que hace una
adaptación se le permite hacer una síntesis
de la obra, renunciando a hacer una expo-
sición completa de los hechos.

[32] Esto supuesto, comencemos ya la na-
rración, poniendo punto final a este prólo-
go. Porque sería una simpleza alargar el
prólogo y abreviar la historia.

Historia de Heliodoro

3 [1] Cuando en la Ciudad Santa se vivía
con toda paz y se observaban las le-
yes con la mayor perfección, gracias a la
piedad del sumo sacerdote Onías, y su rigor
contra el mal, [2] los mismos reyes honraban
el lugar santo, y engrandecían el templo
con regalos magníficos; [3] hasta el mismo
Seleuco, rey de Asia, pagaba con sus pro-
pios recursos todos los gastos necesarios
para los sacrificios litúrgicos.

[4] Pero un tal Simón, del clan de Bilgá,
nombrado administrador del templo, tuvo
diferencias con el sumo sacerdote acerca
del reglamento del mercado general. [5] Y no
pudiendo imponerse a Onías, acudió a
Apolonio de Tarso, que en aquel entonces
era gobernador de Celesiria y Fenicia, [6] y le
contó que el tesoro de Jerusalén estaba re-
pleto de riquezas indescriptibles, tantas que
era incontable la cantidad de ofrendas, y
desproporcionada para el presupuesto de
los sacrificios; y que era posible hacerlas
pasar a manos del rey.

[7] En una audiencia con el rey, Apolonio
le informó de las riquezas que le habían de-
nunciado. Entonces el rey eligió a Heliodo-
ro jefe del Gobierno, y lo envió con órdenes
de traerse dichas riquezas.

[8] Heliodoro se puso inmediatamente en
camino, con el pretexto de recorrer las ciu-
dades de Celesiria y Fenicia, pero en reali-
dad para ejecutar el plan del rey. [9] Al llegar
a Jerusalén, fue recibido amistosamente

---

blo. 3. Los seres celestiales como aliados del movimiento macabeo. 4. Restablecer la Ley. Al presentar su obra como un epítome –versión resumida–, el autor se disculpa ante sus lectores por la ausencia de precisiones y detalles, más propio de los historiadores. Por primera vez aparece la expresión «judaísmo» (2,21) como estilo de vida religioso y cultural en oposición a la cultura helenista.

3,1-40 Historia de Heliodoro. El ambiente de paz que reinaba en la Ciudad Santa se ve interrumpido por dos razones: la actitud cainita de Simón que traiciona al pueblo, y la opulencia del Templo que despierta la codicia de los reyes. A pesar que el autor intenta justificar la riqueza del Templo con fines solidarios (10), el resto del texto deja claro que es una especie de banco donde los «poderosos» guardan su dinero.

No tiene justificación hacer del Templo un centro financiero, pero tampoco lo tiene saquearlo. La conciencia religiosa del pueblo, entendida en el contexto de aquella época, no permitía que nadie, y menos un pagano como Heliodoro, confiscara los bienes del Templo. La actitud orante de todo el pueblo que pide

por el sumo sacerdote de la ciudad, al que informó sobre la denuncia que le había llegado, explicó el motivo de su viaje y preguntó si realmente todo aquello era verdad.

10 El sumo sacerdote le manifestó que las cantidades depositadas –contra el informe falso del impío Simón– estaban destinadas a las viudas y a los huérfanos, 11 más una suma que era de Hircano de Tobías, un hombre de muy buena posición; que en total había unos doce mil kilos de plata y seis mil de oro, 12 y que de ninguna manera se podía hacer una injusticia a los que se habían fiado del lugar santo, de la sagrada inviolabilidad del templo venerado en todo el mundo.

13 Pero Heliodoro, en virtud de las órdenes del rey, insistió en que todo aquello había que confiscarlo para el tesoro real. 14 Fijó una fecha y quería entrar para inventariar todo aquello. En la ciudad había una ansiedad enorme, 15 los sacerdotes, revestidos con los ornamentos sacerdotales, postrados ante el altar invocaban al cielo, que había dictado la ley sobre las cantidades en depósito, rogándole que los conservara intactos para quienes lo habían depositado. 16 Ver el aspecto del sumo sacerdote partía el alma: la palidez de su rostro revelaba su angustia interior; 17 estaba invadido por un miedo y un temblor corporal que descubrían a quienes lo miraban el sufrimiento que llevaba dentro del corazón.

18 Además, salían de las casas corriendo grupos de gente para hacer rogativas públicas ante el ultraje que iba a sufrir el lugar santo. 19 Las mujeres, ceñidas de sayal bajo los senos, llenaban las calles. Y las más jóvenes, normalmente recluidas en sus casas, unas corrían hacia las puertas, otras a las murallas, otras se asomaban a las ventanas; 20 y todas rezaban levantando las manos al cielo.

21 Daba lástima aquella muchedumbre revuelta y postrada, y la expectación ansiosa del sumo sacerdote, lleno de angustia; 22 porque mientras ellos suplicaban al Señor Todopoderoso que guardara intactos y seguros los depósitos de quienes los habían dejado en el templo, 23 Heliodoro intentaba ejecutar lo decretado.

24 Estaba ya junto al tesoro con su escolta, cuando de pronto el Soberano de los espíritus y de todo poder se manifestó tan grandiosamente que todos los que se habían atrevido a entrar se quedaron sin fuerzas ni valor, heridos por la fuerza de Dios. 25 Porque se le apareció un caballo montado por un temible jinete, ricamente adornado, el cual, en una arrancada impetuosa, atacó a Heliodoro con las patas delanteras; el jinete aparecía revestido de una armadura de oro. 26 Y se le aparecieron también otros dos jóvenes, extraordinariamente vigorosos y de resplandeciente hermosura, vestidos con ropajes magníficos; se pusieron uno a cada lado y lo azotaban sin parar, descargándole una lluvia de golpes.

27 Al punto cayó al suelo, envuelto en densa oscuridad, y tuvieron que recogerlo y acomodarlo en una camilla. 28 Así, reconociendo abiertamente la soberanía de Dios, llevaban ahora, incapaz de valerse por sí mismo, al que poco antes había llegado al dicho tesoro con gran acompañamiento y numerosa escolta. 29 Mientras él, por la fuerza de Dios, yacía mudo y privado de toda esperanza de salvación, 30 los judíos alababan al Señor, que había glorificado su lugar santo. El templo, que poco antes había estado lleno de miedo y turbación, rebosaba de alegría y gozo por la aparición del Señor omnipotente.

31 Enseguida, algunos de los acompañantes de Heliodoro rogaron a Onías que invocara al Altísimo para que perdonara la vida al que ya estaba a punto de morir. 32 El sumo sacerdote, suponiendo que el rey podía sospechar que los judíos habían preparado un atentado contra Heliodoro, ofreció

---

a Dios la protección del Templo, le permite al autor compartir algunas enseñanzas: Dios escucha la oración de su pueblo e interviene milagrosamente en la historia, esta vez a través de seres celestes (25), típico de la literatura profética (Zac 1,8-10; 6,1-3) y apocalíptica (Ap 6,2-8; 19,11-16). El autor, tal vez recordando un enfrentamiento de Dios con el faraón, resalta el contraste entre un Heliodoro que entra al Templo con poder, prepotencia y escolta, pero que sale en una camilla al borde de la muerte. En la respuesta de Heliodoro al rey: «la fuerza divina rodea el Templo», se confirma uno de los objetivos de 2 Macabeos: recuperar la importancia y centralidad del Templo de Jerusalén.

un sacrificio por la sanación de aquel hom-
bre. 33 Y mientras el sumo sacerdote hacía
la expiación, se le aparecieron a Heliodoro
los mismos jóvenes, revestidos con los mis-
mos ropajes, y puestos de pie le dijeron:
–Ya puedes estarle agradecido al sumo
sacerdote, Onías, porque por él el Señor te
concede la vida. 34 Y tú, castigado por el
cielo, anuncia a todos el gran poder de
Dios.
Dicho esto, desaparecieron.
35 Heliodoro, después de ofrecer un sa-
crificio al Señor y de hacer grandes prome-
sas al que le había conservado la vida, se
despidió de Onías y volvió al rey con su
ejército, 36 dando testimonio ante todos de
los milagros del Dios supremo, que había
visto con sus propios ojos. 37 Y cuando el
rey le preguntó quién sería el más indicado
para enviarlo nuevamente a Jerusalén, He-
liodoro dijo:
38 –Si tienes algún enemigo, o un cons-
pirador contra el Estado, envíalo allá, y te
lo devolverán molido a golpes, si es que lo-
gra salvarse, porque verdaderamente una
fuerza divina rodea aquel lugar. 39 Porque el
que habita en el cielo es el guardián y pro-
tector de aquel lugar, y a los que van allí a
hacer daño los castiga con la muerte.
40 Así acabó el episodio de Heliodoro y
la conservación del tesoro.

Persecución de Antíoco Epífanes
(1 Mac 1,10-64)

4 1 Simón, al que antes mencionamos,
el que denunció los tesoros traicionan-
do a la patria, calumniaba a Onías, como si
éste hubiese sido el que maltrató a Helio-
doro y el causante de los males. 2 Se atrevía
a llamar enemigo público al bienhechor de
la ciudad, al protector de sus compatriotas
y fervoroso cumplidor de las leyes.
3 La enemistad llegó a tal punto, que uno
de los agentes de Simón llegó a cometer
asesinatos. 4 Entonces Onías, considerando
que aquella tensión era peligrosa y que
Apolonio, hijo de Menesteo, gobernador de
Celesiria y Fenicia, fomentaba la maldad de
Simón, 5 acudió al rey no como acusador
de sus conciudadanos, sino mirando al bien
común y privado, 6 porque veía que si no
intervenía el rey era ya imposible tener paz
en el Estado y que Simón pusiera fin a su
locura.
7 Al morir Seleuco ocupó el trono Antío-
co, por sobrenombre Epífanes. Jasón, el
hermano de Onías, consiguió el sumo sa-
cerdocio por soborno, 8 prometiendo al rey
en una audiencia unos diez mil kilos de pla-
ta al contado, más dos mil de otras rentas.
9 Y además se comprometía a incluir en la
cuenta otros cuatro mil si se le concedía
autorización para instalar un gimnasio y un
ateneo juvenil y para registrar a los de Je-
rusalén como ciudadanos antioquenos.
10 En cuanto obtuvo el consentimiento
del rey y se apoderó del mando, Jasón hizo
enseguida que sus compatriotas adoptaran
el estilo de vida griego, 11 suprimió los pri-
vilegios reales concedidos benévolamente
a los judíos gracias a Juan, padre de Eu-
pólemo –el que negoció el pacto de amis-
tad y mutua defensa con los romanos–,
abolió las leyes de la constitución e intenta-
ba introducir prácticas contra la ley. 12 Se
dio el gusto de levantar un gimnasio bajo la
misma fortaleza, e hizo que los jóvenes
más sobresalientes se dedicaran a los ejer-
cicios atléticos.
13 Era tal el auge del helenismo, y el
avance de la moda extranjera, debido a la
enorme desvergüenza de Jasón, el cual te-
nía más de impío que de sumo sacerdote,
14 que los sacerdotes ya no tenían interés
por el culto litúrgico ante el altar, sino que,
despreciaban el templo. En cuanto se con-
vocaba el campeonato de disco, dejaban

4,1–50 Persecución de Antíoco Epífanes. Esta sección corresponde en líneas generales a 1 Mac 1,10–4,61. Estamos ante una magistral página que describe una de las mayores plagas que afecta a los gobernantes de ayer y de hoy. Simón, Jasón, Menelao, el rey, representan a los dirigentes políticos o religiosos, corruptos, ambiciosos y prepotentes, que por obtener el poder traicionan a sus hermanos, a sus aliados, imponen modelos culturales extranjeros –helenismo–, convierten la religión en un negocio, y buscan la muerte de sus opositores. Onías representa la otra cara de la moneda: él es el dirigente honesto, conciliador, dialogante, que por encima de sus intereses personales están siempre los intereses de Dios y del pueblo.

Además del tema recurrente del Templo (4,14.32), el autor introduce otro tema clave: la imposición de la cultura helenista con la complicidad de un grupo de judíos prohelenistas o «renegados» (1 Mac 1,11).

de lado los sacrificios y corrían a participar
en los juegos de la palestra, contrarios a la
ley. 15 Y sin mostrar ningún aprecio por los
valores nacionales, tenían, en cambio, las
glorias griegas como las mejores.

16 Pero esto mismo los llevó a una si-
tuación difícil: aquellos mismos a quienes
se propusieron seguir y a los cuales querían
imitar en todo, fueron sus enemigos y ver-
dugos. 17 Porque no es cosa liviana que-
brantar las leyes divinas, como se verá cla-
ramente en lo que sigue.

18 Cuando se celebraban en Tiro los
campeonatos quinquenales en presencia
del rey, 19 el contaminado Jasón envió co-
mo representantes de Jerusalén unos an-
tioquenos en calidad de observadores, con
trescientas dracmas de plata para el sacri-
ficio a Hércules. Pero los mismos que las
llevaron tuvieron por mejor no emplearlas
en el sacrificio, cosa inconveniente, sino
dejarlas para otros gastos, 20 y así aquel di-
nero destinado al sacrificio de Hércules por
voluntad del donante, fue a parar a la cons-
trucción de barcos de remos por deseo de
los portadores.

21 Cuando Apolonio de Menesteo fue en-
viado a Egipto para asistir a la entroniza-
ción del rey Filométor, Antíoco se enteró de
que éste no apoyaba su política, y empezó
a adoptar medidas de seguridad; por eso vi-
sitó Jafa y siguió hacia Jerusalén. 22 Jasón
y los vecinos le hicieron un gran recibi-
miento; entró al resplandor de antorchas y
entre aclamaciones, y después fue a acam-
par en Fenicia con su ejército.

23 Al cabo de tres años, Jasón envió a
Menelao, el hermano del Simón antes men-
cionado, a llevar el dinero al rey y concluir
las negociaciones sobre asuntos urgentes.
24 Pero Menelao, una vez presentado ante el
rey, lo impresionó con su aire majestuoso y
logró hacerse investir del sumo sacerdocio,
ofreciendo unos nueve mil kilos de plata
más que Jasón, 25 y se volvió con el nom-
bramiento real, sin otros méritos para el
sumo sacerdocio que el furor de un tirano
cruel y la ira rabiosa de un animal salvaje.
26 Y Jasón, que había suplantado a su pro-
pio hermano, suplantado a su vez por otro,
tuvo que huir a territorio amonita.

27 Por su parte, Menelao tenía en sus
manos el poder, pero no hacía nada por pa-
gar la cantidad prometida al rey. 28 Sóstra-
to, prefecto de la fortaleza, se la reclamaba,
porque estaba encargado de cobrar los im-
puestos. Por este motivo el rey llamó a los
dos. 29 Menelao dejó como sustituto en su
cargo de sumo sacerdote a su hermano Li-
símaco, y Sóstrato dejó a Crates, jefe de los
chipriotas.

30 Entre tanto, ocurrió la sublevación de
Tarso y Malos, porque las habían entregado
en donación a Antióquida, concubina del
rey. 31 Así que el rey marchó apresurada-
mente para restablecer el orden, dejando
como regente a Andrónico, uno de los dig-
natarios de la corte.

32 Pensando aprovechar una buena
oportunidad, Menelao robó algunos objetos
de oro del templo, se los regaló a Andróni-
co y vendió otros en Tiro y las ciudades ve-
cinas. 33 Cuando Onías lo averiguó con
toda certeza, se retiró a Dafne, cerca de
Antioquía, lugar de asilo y de allí denunció
a Menelao. 34 El resultado fue que Menelao,
tomando aparte a Andrónico, lo incitaba a
matar a Onías. Andrónico se presentó ante
Onías, y se ganó astutamente su confianza,
dándole la mano derecha con juramento.
Onías se resistía a creerle, pero al fin se
dejó convencer y salió de su refugio. Inme-
diatamente Andrónico lo mató, sin ningún
miramiento por la justicia.

35 Por esta razón no sólo los judíos, sino
también muchos de otras naciones, esta-
ban alarmados e indignados por el injusto
asesinato de aquel hombre. 36 Cuando el
rey volvió de Cilicia, los judíos de la capital
y los griegos que reprochaban tan mala ac-
ción, acudieron a él para quejarse por la in-
justa muerte de Onías.

37 Antíoco, profundamente apenado y
movido a compasión, lloró recordando la

En los ateneos juveniles (4,9) se hacían ejercicios para la belleza corporal, se aprendía el manejo de las armas y se cultivaba la literatura.

El autor va preparando a sus lectores para enamorarse y aplaudir la lucha de Judas Macabeo.

El capítulo termina reconociendo que el mal triunfa y progresa (4,50) mientras el bien, simbolizado en la muerte de Onías, es temporalmente derrotado.

prudencia y la conducta irreprochable del
difunto. 38 Luego, lleno de indignación des-
pojó a Andrónico de la púrpura y le desga-
rró los vestidos; luego hizo que lo pasearan
por toda la ciudad, y en el mismo sitio don-
de había tratado a Onías impíamente, allí
eliminó al homicida. Así le dio el Señor el
castigo que merecía.

39 Lisímaco había cometido en Jerusalén
muchos robos sacrílegos con el consenti-
miento de Menelao, y la noticia se había di-
vulgado entre la gente. Por eso el pueblo se
amotinó contra Lisímaco cuando ya mu-
chos objetos de oro habían desaparecido.
40 Como la multitud estaba muy excitada y
había llegado al colmo de su furor, Li-
símaco armó a unos tres mil hombres y
emprendió una represión violenta, dirigida
por un tal Aurano, hombre avanzado en
edad y más aún en demencia.

41 Ante el ataque de Lisímaco, unos con
piedras, otros con estacas y algunos to-
mando a puñados la ceniza esparcida allí,
las arrojaban violentamente contra la tropa.
42 Con eso hirieron a muchos, mataron a
otros y a todos los demás les hicieron em-
prender la huida; y al sacrílego lo mataron
junto al tesoro.

43 A Menelao se le procesó por aquel in-
cidente, 44 y cuando el rey llegó a Tiro, los
tres hombres emisarios del Senado expu-
sieron un informe ante el rey. 45 Viéndose ya
perdido, Menelao prometió una buena
suma a Tolomeo, hijo de Dorimeno, para
que convenciera al rey. Y efectivamente,
46 Tolomeo se llevó al rey a una galería
como para tomar un poco el aire, y lo hizo
cambiar de opinión. 47 Así, al culpable de
todo lo absolvió de lo que se le imputaba, y
a aquellos desdichados, que aun ante un
tribunal bárbaro habrían sido absueltos
como inocentes, los condenó a muerte.
48 De este modo los que habían hablado en
defensa de la ciudad, del pueblo y del ajuar
sagrado, sufrieron sin más un castigo injus-
to. 49 Por este motivo algunos de Tiro, para
manifestar su repulsa por aquel crimen,
costearon con generosidad los gastos del
funeral. 50 En cambio, Menelao, gracias a la
avaricia de los poderosos, se mantuvo en el
mando, progresando en maldad, convir-
tiéndose en el mayor adversario de sus
conciudadanos.

Conquista de Jerusalén y profanación del Templo

5 1 Por aquel tiempo Antíoco preparaba
su segunda expedición a Egipto.
2 Ocurrió que casi durante cuarenta días
aparecieron por toda la ciudad jinetes galo-
pando por el aire, con vestiduras de oro, y
escuadrones de tropas armadas con las es-
padas desenvainadas, 3 compañías de ca-
ballería en formación, ataques y cargas por
ambas partes, escudos que se agitaban,
bosques de lanzas, disparos de flechas, ful-
gor de armaduras de oro y corazas de todo
tipo. 4 Y así todos pedían que aquella apari-
ción fuera de buen augurio.
5 Se corrió el falso rumor de que había
muerto Antíoco. Y Jasón, con mil hombres
por lo menos, lanzó un ataque por sorpresa
contra la ciudad. Rechazados los de la mu-
ralla, y al fin tomada ya la ciudad, Menelao
se refugió en la fortaleza. 6 Jasón empezó a
asesinar sin piedad a sus propios conciuda-
danos, sin comprender que una victoria so-
bre sus hermanos era la mayor derrota;
sólo pensaba que triunfaba sobre enemi-
gos, no sobre compatriotas. 7 Pero no logró
el mando, y al final, afrentado por su trai-
ción, marchó nuevamente fugitivo hacia el
territorio amonita. 8 Su malvado proceder
tuvo este desenlace: encarcelado por Are-
tas, rey de los árabes, huyendo de ciudad
en ciudad, perseguido por todos, aborreci-
do como transgresor de las leyes, detesta-
do como verdugo de la patria y de los ciu-
dadanos, fue arrojado a Egipto; 9 y el que

5,1-27 Conquista de Jerusalén y profanación del Templo. El autor describe con detalle los hechos que confirman que estamos en la etapa de la maldad. Los protagonistas del mal son Jasón y Menelao –judíos renegados– y el rey Antíoco IV. El orden de las expediciones e intervenciones de Antíoco en Jerusalén no coinciden con 1 Mac 1,16-24 (cfr. Dn 11,25-30) de todas maneras, en rigor histórico, es más confiable el orden presentado por el Primer libro de los Macabeos. Hay que entender que el autor resume todo en un solo relato, lo que implica no ser muy estricto en fechas y lugares geográficos.

5,1-4: El relato comienza con la aparición de un ejército celeste que acecha la ciudad, un recurso literario utilizado por el autor para preparar al lector de las desgracias que están por ocurrir.

había desterrado a muchos, murió en tierra
extranjera, después de navegar rumbo a
Esparta esperando obtener protección por
los lazos de familia. 10 Al que dejó a tantos
insepultos, nadie lo lloró; ni tuvo funerales
ni sitio en la sepultura familiar.

11 Cuando llegó a oídos del rey la noticia
de lo sucedido, pensó que Judá intentaba
sublevarse. Por eso, hecho una fiera, em-
prendió viaje desde Egipto y tomó la ciudad
por las armas. 12 Ordenó a los soldados de-
gollar sin piedad a los que encontraran y
matar a los que se refugiasen en las casas.
13 Fue un asesinato en masa de jóvenes y
viejos, un exterminio de muchachos, muje-
res y niños, una matanza de muchachas y
chiquillos. 14 En aquellos tres días perecie-
ron ochenta mil: cuarenta mil asesinados y
otros tantos vendidos como esclavos. 15 Y
no satisfecho con eso, se atrevió a entrar en
el templo más santo de toda la tierra, guia-
do por Menelao, hecho un traidor de las le-
yes y la patria. 16 Y tomó el ajuar sagrado
con sus manos sacrílegas, y arrebató con
sus manos profanas las ofrendas deposita-
das por otros reyes para engrandecimiento,
gloria y honor del lugar santo.

17 Antíoco se ensoberbeció en su in-
terior, sin darse cuenta de que el Señor se
había irritado por poco tiempo a causa de
los pecados cometidos por los habitantes
de la ciudad, y que a eso se debía su indi-
ferencia por el lugar santo; 18 porque si ellos
no se hubieran dejado dominar por tantos
pecados, Antíoco habría sido castigado
nada más llegar, y se habría visto obligado
a desistir de su atrevimiento, como He-
liodoro, el enviado por el rey Seleuco para
inventariar el tesoro. 19 Pero el Señor no eli-
gió al pueblo para el lugar santo, sino al lu-
gar santo para el pueblo, 20 y por eso el
mismo lugar santo que compartió las des-
gracias del pueblo participó después de su
fortuna; y el que estuvo abandonado mien-
tras duró la ira del Todopoderoso, fue re-
construido con todo esplendor en la recon-
ciliación del Señor supremo.

21 Así que Antíoco se llevó unos cin-
cuenta mil kilos –de plata– del templo, y se
marchó urgentemente a Antioquía, creyen-
do en su insolencia y arrogancia que podría
hacer navegable la tierra y transitable el
mar. 22 Dejó unos funcionarios que maltra-
taran a nuestra raza: en Jerusalén a Felipe,
frigio de nacimiento y de carácter más sal-
vaje que el que le dio el cargo; 23 en Gari-
zín, Andrónico, y a estos hay que añadir a
Menelao, el peor de todos en ensañarse
contra sus conciudadanos, lleno de un odio
profundo contra los ciudadanos judíos.

24 Antíoco envió a Apolonio, jefe de los
mercenarios de Misia, con un ejército de
veintidós mil hombres y la orden de asesi-
nar a todos los adultos y vender a las mu-

5,10: La muerte de Jasón está acompañada del peor castigo para un judío, no ser sepultado junto a su familia (cfr. Gn 49,29; 50,25; 1 Re 2,10). Es comprensible dentro de la lógica de la ley del Talión, sin embargo, también podríamos mirarlo en clave paulina cuando afirma que cada uno recoge lo que siembra (2 Cor 9,6).

5,15: En este versículo se menciona los tres elementos que constituyen la columna vertebral del judaísmo postexílico: el Templo, la Ley y la patria (nación). Estos aspectos que no son negativos en sí mismos, se vuelven negativos al ser discriminatorios racialmente, manipulables legalmente y fundamentalistas religiosamente. Jesús asume una posición crítica. Al Templo lo llama «cueva de asaltantes» (Mt 21,13) y ve la necesidad de destruirlo como signo de muerte para reconstruirlo en tres días como signo de vida (Mt 24,1s; 26,61; Jn 2,19). Frente a la ley ve la necesidad no de abolirla sino de rescatarla de la mentira y la manipulación (Mt 5,17; 23,23; Lc 11,45-52). Ante la patria, Jesús se muestra como un hombre profundamente israelita pero radicalmente universal, hasta el punto que a sus discípulos los envía a anunciar el evangelio a «todos los pueblos» o «naciones» (Mt 28,19; Lc 24,47).

5,17-20: El hecho que Dios permita que esto ocurra como castigo a un pueblo pecador, especialmente por la corrupción del Templo, contrasta con otro hecho, donde Dios sí intervino cuando el sumo sacerdote era el buen Onías (3,1) y el Templo quiso ser saqueado por Heliodoro. No es que Dios esté ausente en el Templo, sino que su presencia no se percibe por el humo de pecado que envuelve el lugar. La expresión «el pueblo no es para el Templo sino el Templo para el pueblo», demuestra que el Templo no es un fin en sí mismo sino un medio en el camino de la salvación.

5,21-26: La mayor parte del capítulo es una descripción detallada y dolorosa de las desgracias que sufre el pueblo: muerte de millares de inocentes (6.12-14.26), profanación y saqueo del Templo (15s.21), tortura y esclavitud (22.24). Hay que destacar que el autor reconoce el poder que tiene el mal en la sociedad. El mal no se derrota desconociéndolo sino enfrentándolo con las armas del Evangelio.

jeres y a los niños. 25 Cuando llegó a Jeru-
salén, con aires de hombre pacífico, se
contuvo hasta el día santo del sábado, y
aprovechando el descanso de los judíos, or-
denó desfilar a sus tropas; 26 y a todos los
que salían a ver el espectáculo, los acu-
chilló; después, recorriendo la ciudad con
sus soldados, mató a mucha gente.

27 Mientras tanto, Judas el Macabeo se
retiró al desierto con nueve hombres; vi-
viendo con sus compañeros por los mon-
tes, como los animales salvajes, sin comer
nada más que hierbas, para no incurrir en
ninguna impureza.

Leyes persecutorias
(1 Mac 1,44-50)

6 1 Poco tiempo después, el rey envió a
un senador ateniense para que obliga-
ra a los judíos a abandonar las costumbres
tradicionales y a no gobernarse por la ley
de Dios; 2 tenía orden de profanar el templo
de Jerusalén y dedicarlo a Júpiter Olímpico
y dedicar el de Garizín a Júpiter Hospi-
talario, siguiendo la práctica de los habitan-
tes del lugar.

3 El avance del mal resultaba molesto e
insoportable aun para la masa del pueblo;
4 el templo estaba repleto del libertinaje y
de las orgías de los paganos, que se diver-
tían alegremente con rameras y tenían rela-
ciones con mujeres en los recintos sagra-
dos, e incluso, introducían allí objetos
prohibidos. 5 El altar rebosaba de víctimas
ilegítimas, prohibidas por la ley. 6 No se po-
día ni celebrar el sábado, ni guardar las
fiestas tradicionales, ni siquiera declararse
judío. 7 A su pesar, se veían forzados al
banquete sacrificial con que se conmemo-
raba cada mes el nacimiento del rey; y
cuando llegaba la fiesta de Baco, les obli-
gaban a hacer una procesión en su honor,
coronados de hiedra. 8 A propuesta de To-
lomeo, se decretó para las ciudades griegas
vecinas que actuasen igual contra los ju-
díos, obligándoles al banquete sacrificial,
9 y matando a los que no quisieran aceptar
las costumbres griegas. Se estaba viendo
venir la desgracia.

10 Dos mujeres fueron denunciadas por
haber circuncidado a sus hijos. Con los ni-
ños colgados a los pechos las pasearon
públicamente por la ciudad, y luego las des-
peñaron muralla abajo. 11 A otros, que se
habían reunido en las cuevas cercanas para
celebrar a escondidas el sábado, los denun-
ciaron a Felipe, y los quemaron en masa al
no querer defenderse por motivos religio-
sos, por respeto a aquel día santísimo.

12 Recomiendo a todos aquéllos a cuyas
manos llegue este libro que no se dejen
desconcertar por estos sucesos; piensen
que aquellos castigos no pretendían exter-
minar nuestra raza, sino corregirla; 13 por-
que es señal de gran bondad no tolerar por
mucho tiempo a los impíos, sino darles en-
seguida el castigo. 14 El Señor soberano no
ha determinado tratarnos como a los otros
pueblos, que para castigarlos espera pa-
cientemente a que lleguen al colmo de sus
pecados; 15 no nos condena cuando ya he-
mos llegado al límite de nuestros pecados.
16 Por eso no retira nunca de nosotros su
misericordia, y aunque corrige a su pueblo
con desgracia, no lo abandona. 17 Quede
esto dicho como advertencia. Después de
esta pequeña digresión, volvamos a nues-
tra historia.

Martirio de Eleazar

18 A Eleazar, uno de los principales
maestros de la ley, hombre de edad avan-

5,27: La magnitud de la maldad sigue abriendo camino a la intervención de Judas Macabeo, quien por ahora se prepara en el desierto. El desierto, según la experiencia del Éxodo, es el lugar donde se toma conciencia, se opta y se prepara para asumir el proyecto de Dios, que no es otra cosa que hacer del mundo la tierra prometida. La insistencia en la pureza pone a Judas muy cerca del estilo de vida de los piadosos, conocidos más tarde como fariseos.

6,1-17 Leyes persecutorias. El proyecto del mal continúa. Su objetivo es helenizar la cultura judía. Se prohíbe a los judíos vivir según sus costumbres (1), cumplir la Ley, declarase judío (6), se obliga la participación en cultos idolátricos (7s) y se ordena asesinar a todos los que no cumplan lo mandado (9-11). La profanación del Templo y la helenización están llegando a límites insoportables. En 6,12-17, se cambia el estilo literario historiográfico por uno de corte sapiencial y reflexivo. El tema es un Dios que castiga, con fines educativos, pero sin retirar su misericordia (cfr. Dt 8,5; Is 54,7s; Prov 3,12; Sab 11,10; Tob 13,5).

6,18-31 Martirio de Eleazar. Comienza el relato de los mártires con un mejor desarrollo teológico que en el Primer libro de los Macabeos (1 Mac 1,60-64 y

zada y semblante muy digno, le abrían la
boca a la fuerza para que comiera carne de
cerdo. 19 Pero él, prefiriendo una muerte
honrosa a una vida de infamia, escupió la
carne y avanzó voluntariamente al suplicio,
20 como deben hacer los que son constan-
tes en rechazar manjares prohibidos, aun a
costa de la vida.

21 Los que presidían aquel banquete ri-
tual contrario a la ley, viejos amigos de
Eleazar, lo llevaron aparte y le propusieron
que hiciera traer carne permitida, prepara-
da por él mismo, y que la comiera hacien-
do como que comía la carne del sacrificio
ordenado por el rey, 22 para que así se li-
brara de la muerte y, dada su antigua amis-
tad, lo tratasen con consideración. 23 Pero
él, adoptando una actitud cortés, digna de
sus años, de su noble ancianidad, de sus
canas honradas e ilustres, de su conducta
intachable desde niño y, sobre todo, digna
de la ley santa dada por Dios, respondió
todo seguido:

–¡Envíenme al sepulcro! 24 No es digno
de mi edad andar fingiendo. Muchos jóve-
nes van a creer que Eleazar, a los noventa
años, se ha pasado a las costumbres paga-
nas, 25 y si miento por un poco de vida que
me queda se van a extraviar con mi mal
ejemplo. Eso sería manchar y deshonrar mi
vejez. 26 Y aunque de momento me librase
del castigo de los hombres, no escaparía de
la mano del Omnipotente, ni vivo ni muer-
to. 27 Si muero ahora como un valiente me
mostraré digno de mis años 28 y dejaré a los
jóvenes un noble ejemplo, para que apren-
dan a enfrentar voluntariamente una muer-
te noble por amor a nuestra santa y vene-
rable ley.

Dicho esto se dirigió enseguida al supli-
cio.

29 Los que lo llevaban consideraron lo
que hablaba como una locura y cambiaron
en crueldad la benevolencia que antes le
habían demostrado.

30 Él, a punto de morir bajo los golpes,
dijo entre suspiros:

–Bien sabe el Señor, que posee la santa
sabiduría, que, pudiendo librarme de la
muerte, aguanto en mi cuerpo los crueles
dolores de la flagelación, y los sufro con
gusto en mi alma por respeto a él.

31 Así terminó su vida, dejando no sólo a
los jóvenes, sino a toda la nación, un ejem-
plo memorable de heroísmo y de virtud.

Los siete hermanos y su madre

7 1 Arrestaron a siete hermanos con su
madre. El rey los hizo azotar con láti-
gos y nervios de buey para forzarlos a co-
mer carne de cerdo, prohibida por la ley.
2 Uno de ellos habló en nombre de los de-
más:

–¿Qué pretendes sacar de nosotros? Es-
tamos dispuestos a morir antes que que-
brantar la ley de nuestros padres.

3 Fuera de sí, el rey ordenó poner al fue-
go sartenes y ollas. 4 Las pusieron al fuego
inmediatamente, y el rey ordenó que corta-
ran la lengua al que había hablado en nom-

2,29-38). El primero de la lista es Eleazar, una figura que simboliza el judío de tradición, sabio, estudioso de la Ley y de conducta intachable (18). Eleazar es obligado a consumir alimentos prohibidos por la Ley (18; cfr. Lv 11,7s; Dt 14,8; Is 65,4). Hay que decir que estas normas serán superadas en el Nuevo Testamento (Mc 7,19). La actitud de Eleazar deja varias enseñanzas: el derecho a la rebeldía ante quienes violan los derechos fundamentales. La fidelidad al proyecto de Dios por encima de todas las cosas. La propuesta de una resistencia pasiva que activa la conciencia de sus hermanos en la necesidad de dar la vida por la libertad y la dignidad.

Algunos judíos «renegados», por presunta amistad, le proponen a Eleazar un acto de fingimiento para salvar su vida. Eleazar se niega por dignidad, pero sobre todo porque no quiere caer en la trampa de sus falsos amigos, que lo único que buscan es mostrar a Eleazar como un convertido a su causa (21s). Un caso típico de corrupción, repetido hoy de mil formas por muchos que se llaman cristianos. La corrupción es una grave enfermedad que azota a todos los países del mundo, pero sobre todo a los países pobres. Según Eleazar, los que actúan así salvarán la vida pero no se librarán del juicio de Dios, aún después de la muerte (26).

7,1-42 Los siete hermanos y su madre. Del martirio de un hombre pasamos al de una familia. Un relato típico de la literatura popular que por su dramatismo conmueve y edifica a sus lectores. Tiene además una gran fuerza simbólica. El número siete simboliza perfección y plenitud (1 Sm 2,5; Rut 4,15; Jr 15,9). La familia representa la unidad que debe mantener el pueblo. La mujer y sus hijos representan al pueblo de Israel frágil, inocente e indefenso. El relato deja varias enseñanzas, que junto a las de Eleazar, van configurando una teología del martirio. Veamos algunas: 1. Hay que morir antes que quebrantar

bre de todos, que le arrancaran el cuero ca-
belludo y le amputaran las extremidades a
la vista de los demás hermanos y de su ma-
dre.
5 Cuando el muchacho quedó completa-
mente mutilado, el rey mandó aplicarle fue-
go y freírlo; todavía respiraba. Mientras el
humo de la sartén se esparcía por todas
partes, los otros con la madre se animaban
entre sí a morir noblemente diciendo:
6 –El Señor Dios nos contempla, y de
verdad se compadece de nosotros, como
declaró Moisés en el cántico de denuncia
contra Israel: Se compadecerá de sus servi-
dores.
7 Una vez que el primero murió de esta
manera, llevaron al segundo al suplicio; le
arrancaron los cabellos con la piel, y le pre-
guntaban si pensaba comer carne de cerdo
antes que lo atormentasen miembro a
miembro. 8 El respondió en la lengua ma-
terna:
–¡No comeré!
Por eso también él sufrió a su vez el
martirio como el primero. 9 Y cuando es-
taba por dar su último suspiro, dijo:
–Tú, malvado, nos arrancas la vida pre-
sente. Pero el Rey del universo nos resuci-
tará a una vida eterna, ya que nosotros mo-
rimos por su ley.
10 Después se divertían con el tercero.
Invitado a sacar la lengua, lo hizo en segui-
da, y alargó las manos con gran valor. 11 Y
habló dignamente:
–De Dios las recibí, y por sus leyes las
desprecio. Espero recobrarlas del mismo
Dios.
12 El rey y su corte se asombraron del
valor con que el joven despreciaba los tor-
mentos. 13 Cuando murió éste, torturaron
de modo semejante al cuarto. 14 Y cuando
estaba próximo a su fin, dijo:
–Vale la pena morir a manos de los hom-
bres cuando se espera que Dios mismo nos
resucitará. En cambio, tú no resucitarás
para la vida.
15 Después sacaron al quinto, y lo ator-
mentaban. 16 Pero él, mirando al rey, le dijo:
–Aunque eres un simple mortal, haces lo
que quieres porque tienes poder sobre los
hombres. Pero no te creas que Dios ha
abandonado a nuestra nación. 17 Espera un
poco y ya verás cómo su gran poder te tor-
tura a ti y a tu descendencia.
18 Después de éste llevaron al sexto, y
cuando iba a morir, dijo:
–No te equivoques. Nosotros sufrimos
esto porque hemos pecado contra nuestro
Dios; por eso han ocurrido estas cosas ex-
trañas. 19 Pero tú, que te has atrevido a lu-
char contra Dios, no pienses que vas a que-
dar sin castigo.
20 Pero ninguno más admirable y digno
de recuerdo que la madre. Viendo morir a
sus siete hijos en el espacio de un día, lo
soportó con entereza, esperando en el Se-
ñor. 21 Con noble actitud, uniendo un ardor
varonil a la ternura femenina, fue animando
a cada uno, y les decía en su lengua:
22 –Yo no sé cómo ustedes aparecieron
en mis entrañas; no fui yo la que les dio el
espíritu y la vida, ni la que ordenó armo-
niosamente los miembros de su cuerpo.
23 Fue el creador del universo, el que mo-
dela la raza humana y determina el origen
de todo. Él, con su misericordia, les devol-
verá el aliento y la vida si ahora se sacrifi-
can por su ley.
24 Antíoco creyó que la mujer lo despre-
ciaba, y sospechó que lo estaba insultando.

---

la ley o el proyecto de Dios (2). 2. Dios tiene compasión del que muere por su causa (6). 3. Los que mueren por la causa de Dios resucitarán a una vida eterna en sus cuerpos mortales (9.11.14.23.29). Por primera vez se habla en la Biblia de la resurrección del cuerpo (cfr. Dn 12,2s). En el Nuevo Testamento será un tema frecuente y fundamental (1 Cor 15,14). La filosofía griega había desarrollado el tema de la inmortalidad pero sin incluir la resurrección del cuerpo. La mentalidad semita en cambio, no entiende la vida sin el cuerpo, por tanto, la resurrección incluye la inmortalidad del alma y la resurrección del cuerpo. 4. Dios da la vida, pero por su causa hay que estar dispuesto a perderla (11). 5. El que atenta contra el proyecto de Dios, Dios mismo le da su merecido (17.19.31) y no resucitará para la vida (14). 6. A pesar del pecado de los seres humanos Dios nunca abandona a su pueblo (15). 7. La fuerza y la ternura de la mujer son el aliento de Dios que anima la decisión de los que se preparan para el martirio (21-23). 8. La resurrección es un acto propio de la misericordia de Dios (23). 9. Nadie podrá escapar del juicio de Dios (35).

La afirmación «Dios lo creo todo de la nada» (28) es la primera vez que aparece en la Biblia, aunque ya estaba sugerida en Gn 1,1 e Is 44,2-4.

Todavía quedaba el más pequeño, y el
rey intentaba persuadirlo no sólo con pala-
bras, sino que le juraba que si renegaba de
sus tradiciones lo haría rico y feliz, lo ten-
dría por amigo y le daría algún cargo.
25 Pero como el muchacho no hacía el me-
nor caso, el rey llamó a la madre y le roga-
ba que aconsejase al chiquillo para su bien.
26 Tanto le insistió, que la madre accedió a
persuadir al hijo; 27 se inclinó hacia él, y
riéndose del cruel tirano, habló así en su
idioma:

–Hijo mío, ten piedad de mí, que te llevé
nueve meses en el seno, te amamanté y
crié tres años y te he alimentado hasta que
te has hecho un joven. 28 Hijo mío, te lo su-
plico, mira el cielo y la tierra, fíjate en todo
lo que contienen y verás que Dios lo creó
todo de la nada, y el mismo origen tiene el
hombre. 29 No temas a ese verdugo, no
desmerezcas de tus hermanos y acepta la
muerte. Así, por la misericordia de Dios, te
recobraré junto con ellos.

30 Apenas ella terminó de hablar, el mu-
chacho dijo:

–¿Qué esperan? Yo no obedezco el de-
creto real. Yo obedezco los decretos de la
ley dada a nuestros antepasados por medio
de Moisés. 31 Pero tú, que has tramado toda
clase de crímenes contra los hebreos, no
escaparás de las manos de Dios. 32 Porque
nosotros sufrimos por nuestros pecados.
33 Y si el Dios vivo se ha enojado un mo-
mento para corregirnos y educarnos, volve-
rá a reconciliarse con sus servidores.
34 Pero tú, impío, el hombre más criminal
de todos, no te ensoberbezcas neciamente
con vanas esperanzas, mientras alzas la
mano contra los servidores de Dios; 35 que
todavía no has escapado de la sentencia de
Dios, vigilante todopoderoso. 36 Mis herma-
nos, después de soportar ahora un dolor
pasajero, participan ya de la promesa divi-
na de una vida eterna; en cambio, tú, por
sentencia de Dios, pagarás la pena que me-
rece tu soberbia. 37 Yo, lo mismo que mis
hermanos, entrego mi cuerpo y mi vida por
las leyes de mis padres, suplicando a Dios
que se apiade pronto de mi raza, que tú
tengas que confesarlo, entre tormentos y
azotes, como único Dios, 38 y que la ira del
Todopoderoso, que se ha abatido justa-
mente sobre todo mi pueblo, se detenga en
mí y en mis hermanos.

39 El rey, exasperado y no aguantando
aquella burla, se ensañó contra éste mu-
chísimo más que contra los otros, 40 y aquel
muchacho murió sin mancha, con total
confianza en el Señor.

41 La madre murió la última, después de
sus hijos.

42 Baste lo que he contado a propósito
de los convites sacrificiales y la increíble
crueldad del rey.

Primera actividad de Judas
(1 Mac 3)

8 1 Mientras tanto, Judas el Macabeo y
sus compañeros, entrando a escondi-
das en los poblados, convocaban a sus pa-
rientes y reunían a los que habían perma-
necido fieles al judaísmo. Así, juntaron
unos seis mil hombres.

2 Suplicaban al Señor que mirase al pue-
blo pisoteado por todos y se compadeciera
del santuario profanado por hombres im-
píos; 3 que se compadeciera de la ciudad
destrozada, a punto de ser arrasada por

8,1–10,8. El autor resume en tres momentos la rebelión macabea: la aparición victoriosa de Judas Macabeo (8,1-36), la muerte de Antíoco IV (9,1-29) y la purificación del Templo (10,1-8).

8,1-36 Primera actividad de Judas. Al comenzar a leer este capítulo pareciera que fuera continuación de 5,27. El autor centra toda su atención en Judas. No menciona a Matatías ni a sus hermanos, más aún, le señala a Judas funciones organizativas propias de su padre (1 Mac 2,19-48).

8,2-4: Antes de cualquier acción, el ejército macabeo hace una oración que parte del análisis de la realidad social y política, y que se convierte en clave teológica para justificar su lucha. La realidad presenta un pueblo pisoteado, un Templo profanado, una ciudad destrozada, la sangre del pueblo clamando al cielo, el exterminio de inocentes y las blasfemias contra Dios.

8,5-36: En el versículo 5 tenemos la clave teológica más importante de toda la sección: «la ira del Señor se cambió en misericordia». Y la misericordia hace invencible a Judas.

En 1 Mac 2,46 y 3,8 Judas purificaba las ciudades aniquilando a los «renegados» y circuncidando los niños. Aquí lo hace a través del fuego como si fuera un sacerdote ofreciendo un sacrificio.

De acuerdo al valor de la época, 30 kilos de plata era una cifra irrisoria por 90 esclavos. Esto demuestra

completo; que escuchara el clamor de la sangre que clamaba al cielo; 4 que recordara el injusto exterminio de niños inocentes y las blasfemias pronunciadas contra su Nombre, y que mostrara su rigor contra el mal.

5 En cuanto el Macabeo organizó a su gente, se hizo invencible a los enemigos, porque la ira del Señor se cambió en misericordia. 6 Llegaba inesperadamente a ciudades y poblados y las incendiaba, tomaba posiciones estratégicas y ponía en fuga a numerosos enemigos, 7 aprovechando sobre todo para estas operaciones la complicidad de la noche. La fama de su valentía se extendía por todas partes.

8 Al ver Felipe que aquel hombre progresaba poco a poco y que conseguía éxitos cada vez más frecuentes, escribió a Tolomeo, gobernador de Celesiria y Fenicia, para que defendiese los intereses reales. 9 Tolomeo eligió inmediatamente a Nicanor, hijo de Patroclo, del rango superior entre los Grandes del Reino, y lo envío al frente de no menos de veinte mil hombres de todas las naciones, para exterminar a toda la raza judía, y le agregó a Gorgias, un general con mucha experiencia militar.

10 Con la venta de esclavos judíos, Nicanor contaba completar los sesenta mil kilos de plata del tributo que el rey debía a los romanos. 11 Despachó enseguida mensajeros a las ciudades de la costa, invitándolas al mercado de esclavos judíos, prometiendo entregar noventa esclavos por treinta kilos de plata, sin sospechar el castigo del Todopoderoso que se le venía encima.

12 Cuando le llegó a Judas la noticia de la expedición de Nicanor, informó a su gente de la proximidad del enemigo, 13 los cobardes y los que no esperaban la venganza de Dios huyeron a refugiarse en otros sitios; 14 pero los demás vendían todo lo que les quedaba, rogando al mismo tiempo al Señor que librara a los que el impío Nicanor había vendido ya antes de la batalla. 15 Rogaban al Señor que hiciera esto si no por ellos, al menos por las promesas hechas a sus padres y por invocar sobre ellos su Nombre augusto y magnífico.

16 El Macabeo reunió a sus seguidores en número de seis mil y los arengó a no asustarse ante el enemigo ni temer a la inmensa multitud de gentiles que los atacaba injustamente. Al contrario, que luchasen con valentía, 17 teniendo ante los ojos la insolencia criminal de aquellos contra el lugar santo, las injurias y burlas contra la ciudad y además la supresión de las costumbres de sus antepasados. 18 Dijo:

–Ellos confían en sus armas y en su audacia, pero nosotros confiamos en el Dios Todopoderoso, que con un gesto puede deshacer a nuestros atacantes y al mundo entero.

19 Les enumeró las intervenciones de Dios en favor de sus antepasados, aquella del tiempo de Senaquerib, cuando perecieron ciento ochenta y cinco mil, 20 y la batalla contra los gálatas en Babilonia, cuando ocho mil judíos entraron en acción junto con cuatro mil macedonios, y a pesar de verse desbaratados los macedonios, los ocho mil judíos, gracias a la ayuda del cie-

el desprecio de Nicanor por los judíos (11; cfr. Sal 44,13).

El texto establece un claro contraste entre Nicanor que confía plenamente en el poder de sus armas, y Judas Macabeo que confía ciegamente en el poder misericordioso de Dios (18). La fe del ejército macabeo la resume Eleazar en la frase «Dios ayuda» (23). En las grandes batallas, aún en las que pensamos que están pérdidas, hay que confiar en la ayuda misericordiosa de Dios. Judas Macabeo, siguiendo la tradición religiosa judía, motiva sus tropas para el combate (19s), haciendo un breve recuento de las intervenciones de Dios en la historia (Éx 12,23; 2 Re 19,35).

Otro contraste interesante se da en la persona de Nicanor, quien esperaba apropiarse de muchos esclavos judíos para venderlos (10s), sin embargo, él mismo será quien termine como un esclavo fugitivo (35), que se salvó de caer prisionero porque era víspera de sábado (24-27). Nicanor termina reconociendo el poder misericordioso de Dios para con el pueblo judío (36).

Desde una perspectiva cristiana notamos el contraste entre la misericordia de Dios que actúa para salvar a su pueblo y la actitud inmisericorde del ejército macabeo con sus enemigos, a quienes por venganza quema vivos (33).

Judas Macabeo le imprime al botín de guerra una dimensión social destinando parte de éste a los más necesitados (28). El mundo de hoy espera que parte del botín que acumulan los países y multinacionales más ricos del mundo, lo redistribuyan entre las naciones más pobres de la tierra.

lo, aniquilaron a ciento veinte mil enemigos
y consiguieron un gran botín.
21 Enardecidos con aquellas palabras,
quedaron dispuestos a morir por la patria y
las leyes. Entonces Judas dividió al ejército
en cuatro cuerpos; 22 puso al frente de cada
uno a sus hermanos Simón, Josefo y Jona-
tán, asignando mil quinientos hombres a
cada uno. 23 Además ordenó a Eleazar que
leyera el libro sagrado. Y después de darles
como contraseña ¡Dios ayuda!, él mismo se
puso al frente del primer cuerpo, y atacó a
Nicanor.
24 Y con el Todopoderoso como aliado,
mataron más de nueve mil enemigos; deja-
ron heridos y maltrechos a la mayoría de
los soldados de Nicanor, y los hicieron huir
a todos. 25 Recogieron el dinero de los que
habían ido con intención de comprarlos. Y
después de perseguirlos bastante tiempo,
se volvieron, frenados por lo tarde que era,
26 porque era víspera de sábado, y por eso
no pudieron perseguirlos más lejos. 27 Les
recogieron las armas, despojaron los
cadáveres enemigos y celebraron el sába-
do, alabando y agradeciendo solemnemen-
te al Señor por haberlos conservado hasta
aquel día señalado por Dios como comien-
zo de la misericordia.
28 Después del sábado dieron parte del
botín a los damnificados, a las viudas y a
los huérfanos; el resto se lo repartieron en-
tre ellos y sus hijos. 29 Después de hacer el
reparto tuvieron rogativas públicas, pidien-
do al Señor misericordioso que completara
su reconciliación con sus servidores.
30 Lucharon también contra los de Timo-
teo y Báquides, y les mataron más de vein-
te mil; se apoderaron de muchas plazas
fuertes de montaña, y distribuyeron un
cuantioso botín por partes iguales entre
ellos, los damnificados, los huérfanos y las
viudas, y también los ancianos. 31 Les reco-
gieron las armas y las almacenaron cuida-
dosamente en sitios estratégicos; el resto
del botín lo llevaron a Jerusalén. 32 Mataron
al comandante de las tropas de Timoteo,
un hombre de lo más impío, que había he-
cho mucho mal a los judíos. 33 En las fies-
tas de la victoria en la capital quemaron vi-
vos a los que habían incendiado las puertas
santas y a Calístenes, que se había refugia-
do en una casilla. Así él recibió el castigo
merecido por su impiedad.
34 El bandido Nicanor, que había llevado
a mil comerciantes para la venta de judíos
esclavos, 35 humillado, gracias a Dios, por
los que él consideraba los últimos, despoja-
do de sus ropajes suntuosos, como un es-
clavo fugitivo, solitario, a campo traviesa,
llegó a Antioquía, muy afortunado en com-
paración con su ejército derrotado. 36 Y el
que esperaba pagar a los romanos un tri-
buto con la venta de esclavos de Jerusalén,
proclamaba que los judíos tenían un defen-
sor y que eran invulnerables por seguir las
leyes que él les había impuesto.

Muerte de Antíoco Epífanes
(1 Mac 6,1-16)

9 1 Por aquel tiempo Antíoco se tuvo
que retirar en desorden del territorio
persa. 2 En efecto, al llegar a la capital, Per-
sépolis, había empezado a saquear el tem-
plo y a ocupar la ciudad; ante esto el pue-
blo se amotinó y recurrió a las armas, y
Antíoco, derrotado y puesto en fuga por los
habitantes, tuvo que emprender una ver-
gonzosa retirada.
3 Cuando estaba cerca de Ecbatana, le
llegó la noticia de lo ocurrido a Nicanor y a
los de Timoteo, 4 y fuera de sí por la ira,
pensaba desquitarse con los judíos de la in-
juria que le habían hecho los que le obliga-

9,1-29 Muerte de Antíoco Epífanes. Estamos ante una nueva versión de la muerte de Antíoco IV Epífanes distinta a la de 1 Mac 6,1-16 y 2 Mac 1,13-16.

9,1-4: Probablemente no se trata del templo de Persépolis, una importante ciudad que llegó a ser capital de Persia, destruida por Alejandro, sino del templo de Nanea ubicado en Elimaida (1 Mac 6,1). Ecbatana era la capital de Media y servía como residencia veraniega de los reyes persas.

Los pecados que hacen al emperador merecedor del castigo divino son bastante semejantes al de los emperadores de todos los tiempos, incluyendo los de hoy. Según el autor, Antíoco es iracundo, vengativo, arrogante (4), torturador (6), soberbio (7), ambicioso (8), se cree Dios (8), es criminal (13), asesino y blasfemo (28). El autor dedica todo un versículo al pecado de creerse Dios (8), pues, «mandar a las olas del mar» (Is 51,15; Sal 65,8; 89,10) y pesar las montañas (Is 40,12) eran atributos propios de Dios. Antíoco IV repite el pecado de Adán y Eva, cuando comiendo del árbol prohibido desafían la voluntad de Dios queriendo convertirse en norma suprema de toda la creación.

ron a emprender la retirada. Por eso ordenó
al conductor de su carro avanzar sin dete-
nerse hasta el final del viaje. Pero, ¡viajaba
con él la sentencia del cielo! En su arro-
gancia, Antíoco había dicho:
–Cuando llegue allá convertiré a Je-
rusalén en un cementerio de judíos.
5 Pero el Señor, que lo ve todo, el Dios de
Israel, lo castigó con una enfermedad invi-
sible e insanable; ya que apenas había pro-
nunciado esa frase le sobrevino un incesan-
te dolor de vientre, con unas punzadas
agudísimas, 6 cosa perfectamente justa,
porque él había atormentado las entrañas
de otros con tantísimos tormentos refina-
dos. 7 Pero todavía no desistió de su sober-
bia. Es más, rebosando arrogancia, respi-
rando contra los judíos el fuego de su
cólera, mandó acelerar la marcha. Pero se
cayó del carro cuando corría a toda veloci-
dad, y con la violencia de la caída se le dis-
locaron todos los miembros del cuerpo.
8 El que poco antes pensaba, en su am-
bición sobrehumana, que podía mandar a
las olas del mar; el que se imaginaba poder
pesar en la balanza las cumbres de los
montes, estaba tendido en tierra, y tenía
que ser llevado en una camilla, mostrando
a todos la fuerza manifiesta de Dios. 9 Su
estado era tal que del cuerpo del impío bro-
taban los gusanos, y la carne se le des-
prendía en vida en medio de terribles dolo-
res; y el ejército apenas podía soportar el
hedor de su podredumbre. 10 Al que poco
antes parecía capaz de tocar las estrellas,
nadie podía transportarlo, por su olor ina-
guantable.
11 Entonces, postrado por la enferme-
dad, empezó a ceder en su arrogancia. Al
aumentar los dolores a cada momento, lle-
gó a reconocer el castigo divino 12 y no pu-
diendo soportar su propio mal olor, dijo:
–Es justo que un mortal se someta a
Dios y no quiera medirse con él.
13 Pero aquel criminal rezaba al Sobera-
no que ya no se apiadaría de él. 14 Decía
que declararía libre a la Ciudad Santa, a la
que antes se había dirigido rápidamente
para arrasarla y convertirla en cementerio;
15 que daría los mismos derechos que a los
atenienses a todos los judíos, de quienes
había decretado que ni sepultura merecían,
sino que los echasen, junto con sus hijos,
como comida de las fieras y de las aves de
rapiña; 16 que adornaría con bellísimos re-
galos el templo santo que antes despojó;
que regalaría muchos más objetos sagra-
dos; que pagaría los gastos de los sacrifi-
cios con sus propios ingresos 17 y que enci-
ma se haría judío y recorrería todos los
lugares habitados anunciando el poder de
Dios.
18 Como los dolores no cesaban de nin-
guna forma, porque el justo juicio de Dios
había caído sobre él, sin esperanza de sa-
nación, escribió a los judíos, en forma de
súplica, la carta que copiamos a continua-
ción:
19 El rey y general Antíoco envía mu-
chos saludos a los nobles ciudadanos ju-
díos, deseándoles bienestar y prosperidad.
20 Espero que gracias al cielo se en-
cuentren bien ustedes y sus hijos, y que sus
asuntos marchen según sus deseos.
21 Guardo un recuerdo muy afectuoso
del respeto y la benevolencia de ustedes. Al
volver de Persia he contraído una enferme-
dad muy molesta, y me ha parecido nece-
sario preocuparme por la seguridad de to-
dos. 22 No es que yo desespere de mi

9,5-29: La descripción del sufrimiento y muerte de Antíoco IV (5.7-10) tiene como fondo teológico la ley del Talión (6; cfr. Lv 24,19s), equivalente al sufrimiento y las predicciones de los hijos mártires (7,17.19.31.34-37).

Otra pregunta teológica queda en el ambiente: ¿Cómo entender que un Dios que es infinitamente misericordioso, no perdone a Antíoco, como lo había hecho por ejemplo con Nabucodonosor (Dn 4,31-37) y hasta con los ninivitas (Jon 4,11)? Tres razones podrían explicarlo: 1. La teología del autor no es precisamente la de Jesús, que invita a perdonar setenta veces siete (Mt 18,22), sino la de la ley del Talión. Es justo por tanto, que así como sufrieron Eleazar y la madre con sus siete hijos, sufra Antíoco IV. 2. El autor sabe por experiencia que la conversión de los poderosos es más una estrategia para evadir un problema y mantenerse en el poder, que una actitud nacida del corazón (1 Mac 7,26-30; 10,1-18); 3. Tanto Antíoco IV Epífanes como el faraón, son dos personajes que se conservan en la memoria del pueblo judío como los más grandes símbolos de opresión y sufrimiento.

Las promesas en 13-17 y la carta de Antíoco al límite de su sufrimiento (19-27), reflejan 3 cosas: un reconocimiento personal de su pecado, el poder de Dios y los derechos del pueblo judío.

situación –al contrario, espero salir de la enfermedad–; 23 pero he tenido en cuenta que también mi padre, siempre que organizaba una expedición militar al norte, nombraba un sucesor, 24 para que si ocurría algo imprevisto o llegaban malas noticias, los súbditos de las provincias no se intranquilizaran, sabiendo a quién había quedado confiado el gobierno. 25 Además sé bien que los soberanos vecinos, en las fronteras de nuestro imperio, están espiando la ocasión, a la espera de un acontecimiento; por eso he nombrado rey a mi hijo Antíoco, al que muchas veces recomendé y confié a la mayoría de ustedes mientras yo recorría las provincias del norte. A él le he escrito la carta que va a continuación.

26 Y ahora les pido encarecidamente que recuerden mis beneficios públicos y privados, y mantengan todos para con mi hijo la lealtad que me profesaron a mí. 27 Porque estoy persuadido de que él sabrá acomodarse a ustedes, siguiendo moderada y humanamente mi programa político.

28 Y así aquel asesino y blasfemo, entre dolores atroces, perdió la vida en los montes, en tierra extraña, con un final desastroso, como él había tratado a otros. 29 Felipe, su amigo íntimo, trasladó sus restos; pero no fiándose del hijo de Antíoco, se fue a Egipto, donde reinaba Tolomeo Filométor.

Purificación del Templo
(1 Mac 4,36-61)

10 1 El Macabeo y su gente, guiados por el Señor, reconquistaron el templo y la ciudad, 2 derruyeron los altares levantados por los extranjeros en la plaza pública y sus templos.

3 Después de purificar el templo, levantaron otro altar, y con fuego sacado del pedernal ofrecieron sacrificios después de una interrupción de dos años, quemaron incienso, encendieron las lámparas y presentaron los panes.

4 Hecho esto, se postraron en tierra y suplicaron al Señor no volver a caer en tales desastres, sino que, si alguna vez pecaban, él los castigara con moderación, pero que no los entregara a extranjeros blasfemos.

5 La purificación del templo cayó en el mismo día en que los extranjeros lo habían profanado: el veinticinco del mismo mes, o sea, diciembre. 6 Celebraron con regocijo ocho días de fiesta, como la de las Chozas, recordando que poco antes, en tiempo de esa fiesta, andaban por los montes y las cuevas, viviendo como animales salvajes. 7 Por eso, llevando tirsos, ramos verdes y palmas, entonaban himnos al que había llevado a buen fin la purificación de su lugar santo, 8 y determinaron, mediante decreto público votado en la asamblea y obligatorio para todo el pueblo judío, celebrar todos los años aquellos días de fiesta.

Hazañas de Judas
(1 Mac 5,1-8)

9 Así acabó Antíoco, por sobrenombre Epífanes. 10 Ahora vamos a tratar de Antíoco Eupátor, hijo de aquel impío, dando un resumen de los daños causados por las guerras.

11 Cuando Eupátor subió al trono nombró jefe de Gobierno a un tal Lisias, gobernador supremo de Celesiria y Fenicia; 12 porque Tolomeo, el apodado Macrón, que se distinguió en tratar con justicia a los judíos, para reparar la injusticia que habían cometido con ellos, procuraba gobernarlos pacíficamente. 13 A causa de esto, los Gran-

10,1-8 Purificación del Templo. Este relato aparece abruptamente, haciendo una especie de paréntesis entre 9,29 y 10,9. De todas maneras, es comprensible, en la lógica del autor, que si el fruto más doloroso de la persecución iniciada por Antíoco IV fue la profanación del Templo, ahora, el fruto del éxito de la rebelión sea la purificación y nueva dedicación del Templo. Cabe anotar que la purificación del Templo tiene lugar el mismo mes y el mismo día en que fue profanado (5). Esta fiesta de la reconsagración del Templo, que también conmemora el triunfo del judaísmo sobre el paganismo, fue declarada fiesta nacional (8). Se continuó celebrando en tiempos de Jesús (Jn 10,22), y la siguen celebrando hoy los judíos con el nombre de Hanuká –consagración–, durante ocho días, comenzando el día 25 de diciembre.

Aunque el autor es conciente de la relatividad del Templo (5,19), no hay duda que rescatar, purificar y dedicar el Templo es uno de sus objetivos más importantes.

10,9-38 Hazañas de Judas. Después de la recuperación y purificación del Templo, el autor describe en los capítulos siguientes un escenario de guerra donde el ejército de Judas Macabeo, con la ayuda de seres

des del Reino lo acusaron ante Eupátor, y
como a cada paso oía que lo llamaban trai-
dor, por haber abandonado Chipre, cuyo
gobierno le había confiado Filométor, para
pasarse al partido de Antíoco Epífanes,
viendo que no había ejercido su cargo con
honor, se suicidó, envenenándose.
14 Por su parte, Gorgias, nombrado go-
bernador de la región, mantenía tropas
mercenarias, y a cada paso hostigaba a los
judíos. 15 Al mismo tiempo, también los
idumeos, que controlaban importantes for-
tificaciones, molestaban a los judíos, y pro-
curaban fomentar la guerra acogiendo a
los fugitivos de Jerusalén. 16 Los del Maca-
beo, después de unas rogativas para pedir
a Dios que fuera su aliado, atacaron las fo-
rtificaciones de los idumeos: 17 las asal-
taron resueltamente, las conquistaron,
rechazaron a los que luchaban en las mu-
rallas, acuchillaron a los que cayeron en
sus manos y eliminaron por lo menos a
veinte mil.
18 Nueve mil fugitivos por lo menos se
refugiaron en dos torres muy bien defendi-
das, provistos de todo lo necesario para so-
portar un asedio. 19 El Macabeo dejó a Si-
món y Josefo, y también a Zaqueo, con
bastante tropa para mantener el cerco, y él
marchó a los sitios de mayor urgencia.
20 Pero los de Simón, hambrientos de dine-
ro, se dejaron sobornar por algunos de los
refugiados en las torres, y por siete mil
dracmas los dejaron escapar. 21 Cuando in-
formaron al Macabeo de lo sucedido, reunió
a los oficiales del ejército y les acusó de ha-
ber vendido a sus hermanos por dinero, de-
jando libres a sus adversarios. 22 Hizo eje-
cutar a los traidores y conquistó enseguida
los dos castillos. 23 Aquella operación mili-
tar, dirigida personalmente por él, fue un
éxito: en las dos fortificaciones mató a más
de veinte mil.
24 Pero Timoteo, derrotado antes por los
judíos, reclutó muchísimas tropas extranje-
ras, juntó muchos caballos de Asia y se
presentó para conquistar a punta de lanza
Judá. 25 Cuando él se aproximaba, los del
Macabeo, echándose tierra a la cabeza y ci-
ñéndose sayal a la cintura, con rogativas a
Dios pedían, 26 postrados al pie del altar,
que les favoreciera, que fuera enemigo de
sus enemigos y adversario de sus ad-
versarios, como dice expresamente la ley.
27 Al terminar la oración, empuñaron las ar-
mas y se alejaron bastante de la ciudad.
Cuando estuvieron cerca de sus enemigos
se detuvieron.
28 Al romper el alba se entabló el com-
bate. Unos llevaban como garantía de triun-
fo y de victoria, aparte de su valor, el re-
curso al Señor; los otros sólo tenían a su
propio arrojo como jefe en las batallas.
29 En lo más recio del combate, los enemi-
gos vieron en el cielo cinco hombres res-
plandecientes montando caballos con fre-
nos de oro que se pusieron a la vanguardia
de los judíos, 30 colocaron en medio al Ma-
cabeo y lo cubrieron con sus propias ar-
mas, para mantenerlo invulnerable, mien-
tras disparaban flechas y rayos contra los
enemigos; éstos, desconcertados y des-
lumbrados, se desorganizaron, llenos de
pánico. 31 Cayeron veinte mil quinientos, y
seiscientos jinetes. 32 El mismo Timoteo
tuvo que huir a la fortaleza llamada Guézer,
muy bien fortificada, cuyo jefe era Quereas.
33 Pero los del Macabeo asediaron la forta-
leza durante cuatro días, llenos de entusias-
mo. 34 Los de dentro, confiando en lo inac-
cesible de la fortificación, proferían
blasfemias y maldiciones.
35 Al amanecer del quinto día, veinte
muchachos del ejército del Macabeo, enfu-
recidos por aquellas blasfemias, asaltaron
valerosamente el muro, y con furor salvaje
mataban a todo el que les salía al paso.
36 Los demás escalaron por otra parte, y
sorprendiendo a los sitiados incendiaron los
torreones, prendieron hogueras y quema-
ron vivos a los blasfemos. Mientras tanto,
otros rompieron las puertas, y así metieron
dentro al resto de la tropa y conquistaron la
ciudad. 37 A Timoteo, escondido en una cis-
terna, lo degollaron; también a su hermano
Quereas y a Apolófanes.
38 Después de aquella hazaña, bende-
cían con himnos de alabanza al Señor, que

celestiales, es invencible, mientras el ejército enemigo con sus más famosos generales es derrotado y aniquilado. Dentro de la idealización de Judas Macabeo, el autor prefiere seguir resaltando la oración y su confianza en Dios antes que su inteligencia en la estrategia militar.

había hecho a Israel un beneficio tan gran-
de concediéndoles aquella victoria.

Expedición de Lisias
(1 Mac 4,26-35)

11 1 Muy poco tiempo después, Lisias,
tutor y pariente del rey y jefe de Go-
bierno, muy disgustado por lo ocurrido,
2 reunió unos ochenta mil hombres y toda
la caballería y avanzó contra los judíos, con
el proyecto de establecer en Jerusalén co-
lonos griegos, 3 someter al templo al pago
de impuestos como los demás santuarios
de los paganos y poner en venta todos los
años el cargo de sumo sacerdote. 4 Enso-
berbecido por las miríadas de soldados, los
millares de jinetes y los ochenta elefantes,
no se le ocurría pensar para nada en el po-
der de Dios.
5 Cuando entró en Judá se aproximó a
Bet-Sur, que es una fortaleza distante de
Jerusalén unos veintiocho kilómetros, y la
atacó.
6 Cuando los del Macabeo recibieron la
noticia de que Lisias estaba asediando las
plazas fuertes, sollozando y llorando supli-
caban al Señor, junto con el pueblo, que
enviara un ángel bueno para salvar a Israel.
7 El Macabeo en persona fue el primero en
empuñar las armas, luego arengó a los de-
más, animándolos a socorrer a sus herma-
nos, y a enfrentar el peligro junto con él.
8 Se lanzaron todos animosos, y allí, cerca
todavía de Jerusalén, se les apareció, al
frente del ejército, un jinete con vestiduras
blancas, esgrimiendo armas de oro.
9 Todos a una alabaron al Dios miseri-
cordioso, y quedaron enardecidos, dispues-
tos a derribar no sólo a hombres, sino a las
fieras más feroces y a murallas de hierro.
10 Avanzaban ordenadamente, teniendo un
aliado celestial, porque el Señor se había
compadecido de ellos. 11 Se arrojaron con-
tra el enemigo como leones, y dejaron ten-
didos a once mil de infantería y mil seis-
cientos jinetes, y obligaron a huir a los
demás, 12 pero la mayoría se salvaron con
heridas y desarmados; el mismo Lisias se
salvó huyendo vergonzosamente.
13 Como no era tonto, reflexionó sobre la
derrota que había sufrido, y pensando que
los hebreos eran invencibles porque el Dios
poderoso luchaba con ellos como aliado,
14 les envió una embajada para proponerles
un arreglo en términos justos y prometien-
do persuadir al rey de la necesidad de aliar-
se con los judíos.
15 El Macabeo, pensando en el bien co-
mún, accedió a todo lo que proponía Li-
sias. Y el rey concedió todo lo que el Ma-
cabeo pidió por escrito a Lisias en favor de
los judíos. 16 La carta de Lisias a los judíos
estaba concebida en los siguientes térmi-
nos:

Lisias saluda al pueblo judío.

17 Juan y Absalón, los embajadores de
ustedes, me han entregado el documento
firmado y me han pedido ratificar su conte-
nido. 18 Todo lo que había que comunicar al
rey se lo expuse ya, y concedí todo lo que
entraba en mis atribuciones.
19 Por lo tanto, si mantienen su buena
disposición hacia el gobierno, procuraré
trabajar a favor de ustedes en el futuro.
20 He ordenado a sus embajadores y a
los míos que traten con ustedes las cuestio-
nes de detalle.
21 Saludos. Año ciento cuarenta y ocho,
el veinticuatro de Júpiter Corintio.
22 La carta del rey decía así:

El rey Antíoco saluda a su hermano Li-
sias.

23 Después que mi padre se fue al cielo
queriendo que los súbditos de nuestro im-
perio puedan dedicarse sin temor a sus
asuntos; 24 como hemos sabido que a los
judíos no les gusta adoptar costumbres
griegas como era el deseo de mi padre,
sino que prefieren su propio estilo de vida y
piden se les permita seguir su legislación;
25 deseando que dicho pueblo viva sin te-
mor, hemos determinado restituirles el tem-
plo y que vivan conforme a las costumbres
de sus mayores.
26 Por lo tanto, ten la bondad de en-
viarles embajadores y hacer con ellos las
paces, para que, conociendo nuestros de-
seos, vivan contentos y puedan atender con
gusto a sus asuntos.
27 La carta del rey para el pueblo era
ésta:

El rey Antíoco saluda al Consejo de los
ancianos y al pueblo judío.

28 Nos alegramos de que estén bien.
También nosotros estamos bien.

29 Menelao nos ha expuesto que quieren
volver a sus hogares; 30 por tanto, a los que
vuelvan a casa, hasta el treinta de abril, les
garantizamos la inmunidad.
31 Los judíos podrán usar sus alimentos
y sus leyes como antes, y ninguno de ellos
será molestado en absoluto por infraccio-
nes cometidas por ignorancia. 32 Les envío
también a Menelao para que les infunda
confianza.
33 Saludos. Año ciento cuarenta y ocho,
el quince de abril.
34 También los romanos les enviaron una
carta, que decía así:
Quinto Memmio y Tito Manio, legados
de Roma, saludan al pueblo judío.
35 Estamos de acuerdo con lo que les ha
concedido Lisias, pariente del rey. 36 Y en
cuanto a los puntos que él consideró que de-
bía someter al juicio del rey, envíennos ur-
gentemente a alguien con instrucciones de-
talladas sobre el particular, para que las
expongamos como les conviene a ustedes,
ya que vamos a ir a Antioquía. 37 Por eso,
mándennos pronto algunos para que nos-
otros conozcamos las propuestas de uste-
des.
38 Saludos. Año ciento cuarenta y ocho,
el quince de abril.

Nuevas hazañas de Judas

12 1 Cuando acabaron las negociacio-
nes, Lisias volvió a donde estaba el
rey, y los judíos volvieron a sus trabajos del
campo.
2 Pero algunos de los gobernadores loca-
les, Timoteo, Apolonio de Geneo, más Je-
rónimo y Demofón, a los que hay que aña-
dir a Nicanor, jefe de los chipriotas, no los
dejaban tranquilos ni vivir en paz.
3 Y los habitantes de Jafa cometieron un
crimen horrendo que voy a contar: sin apa-
rentar la menor mala intención, invitaron a
los judíos que vivían en la ciudad junto con
sus mujeres y niños, a subir a unas naves
que ellos mismos habían equipado. 4 Como
se trataba de un decreto público de la ciu-
dad, y los judíos deseaban vivir en paz, y no
guardaban ninguna sospecha, aceptaron la
invitación; pero cuando estaban en alta
mar, los echaron a pique; eran por lo me-
nos doscientos.
5 Cuando Judas recibió la noticia de
aquella crueldad contra sus compatriotas,
dio órdenes a sus hombres, 6 e invocando a
Dios, justo juez, marchó contra los asesi-
nos de sus hermanos, les incendió de no-
che el puerto, les quemó las naves y pasó
a cuchillo a los que se habían refugiado
allí.
7 Como la ciudad estaba cerrada, se re-
tiró, pero con intención de volver para aca-
bar con Jafa. 8 Y al recibir la noticia de que
los de Yamnia intentaban hacer lo mismo
con los judíos que vivían allí, 9 los atacó de
noche y prendió fuego al puerto con todos
los navíos, de forma que el resplandor del
incendio se vio hasta en Jerusalén, a cua-
renta y cinco kilómetros.
10 Se había alejado de allí unos dos ki-
lómetros en un avance contra Timoteo,
cuando cayeron sobre él unos árabes, eran
no menos de cinco mil de a pie y quinien-
tos jinetes. 11 Se trabó un violento combate,
y con la ayuda de Dios vencieron los de Ju-
das. Los nómadas, derrotados, le pedían la
paz, prometiendo entregarle ganado y serle
útiles en el futuro. 12 Judas pensó que real-
mente podían serle útiles de muchas mane-
ras, y accedió a hacer las paces con ellos;
después de concertar la paz, se fueron a

11,1-38 Expedición de Lisias. Las batallas van subiendo de categoría, esta vez es con Lisias, jefe de gobierno, tutor y pariente del rey. Su objetivo, como el de todos los imperios, es controlar lo político/administrativo: la ciudad (2), la religión: el Templo y el sacerdocio (3), y la economía: tributo (3a).

Lisias pone toda la confianza en su ejército (4) mientras Judas Macabeo la pone en el Señor (6.8s). Dios es el mejor aliado para todas las batallas de la vida.

El triunfo aplastante de Judas Macabeo sobre Lisias (11s) obliga a los dirigentes imperiales a desarrollar una intensa agenda diplomática con lo judíos, donde les conceden a éstos, libertad religiosa, restitución del Templo, vivir según las propias costumbres, y regreso a sus casas.

12,1-45 Nuevas hazañas de Judas. Exceptuando la batalla de Jafa, lo demás está en 1 Mac 5.

Las negociaciones se rompen no por culpa de los que firmaron los tratados –Nicanor y Judas– sino de los habitantes de Jafa. Pareciera una disculpa para que Judas Macabeo emprenda una serie de ataques a poblaciones, donde prevalece mostrar la ferocidad de Judas antes que las razones que justifiquen los ataques. A excepción del acuerdo que hacen con los árabes, más por interés que por compasión, y el perdón

sus tiendas.
13 Atacó también una ciudad llamada
Caspín, defendida con terraplenes y amura-
llada, en la que vivía gente de toda raza.
14 Los de dentro, confiados en la solidez de
sus murallas y en los depósitos de víveres,
se mostraron insolentes contra los de Ju-
das, insultándolos, y encima profiriendo
blasfemias y maldiciones. 15 Los de Judas
invocaron al supremo Soberano del univer-
so, que en tiempos de Josué derruyó Jericó
sin arietes ni máquinas de guerra. Luego
asaltaron ferozmente la muralla. 16 Y cuan-
do conquistaron la ciudad por voluntad de
Dios, hicieron una matanza indescriptible,
hasta el punto de que el estanque vecino,
de unos cuatrocientos metros de ancho,
aparecía lleno de la sangre que afluía a él.
17 Se alejaron de allí unos ciento cua-
renta kilómetros y llegaron a Querac, don-
de habitan los judíos tubianos; 18 pero a Ti-
moteo no lo encontraron en aquella región,
porque, al no conseguir nada por entonces,
se había marchado de allí, dejando en su
lugar una guarnición, por cierto muy fuerte.
19 Dositeo y Sosípatro, oficiales del ejército
del Macabeo, fueron allá y aniquilaron a la
guarnición que había dejado Timoteo en la
fortificación: más de diez mil hombres.
20 Por su parte, el Macabeo distribuyó
sus tropas en varios cuerpos; nombró jefes
a aquellos dos, y se lanzó contra Timoteo,
que tenía un ejército de ciento veinte mil
hombres de infantería y dos mil quinientos
jinetes.
21 Cuando Timoteo recibió la noticia de
la llegada de Judas, envió las mujeres, los
niños y el resto del equipaje al lugar llama-
do Karnión, inexpugnable e inaccesible por
lo angosto de los pasos en toda aquella
zona.
22 Cuando apareció el primer destaca-
mento de Judas, el terror y el pánico se
apoderaron de los enemigos, porque se
manifestó ante ellos Aquel que todo lo ve.
Entonces emprendieron la huida, lanzándo-
se cada uno por su lado, hiriéndose muchas
veces unos a otros, y atravesándose entre
ellos con sus espadas. 23 Judas los persi-
guió impetuosamente; acribilló a aquellos
criminales y aniquiló a unos treinta mil
hombres. 24 El mismo Timoteo, que fue a
caer entre las tropas de Dositeo y Sosípa-
tro, les pidió con mucha diplomacia que lo
dejaran vivo, porque tenía en su poder a los
padres y hermanos de muchos de ellos y
corrían el riesgo de ser ejecutados. 25 Logró
convencerlos a base de muchos razona-
mientos, con la promesa de devolverlos ile-
sos, y lo dejaron en libertad con el fin de
salvar a sus hermanos.
26 Judas marchó después contra Kar-
nión y el santuario de Atargate, y mató
veinticinco mil hombres. 27 Después de de-
rrotarlos y aniquilarlos, marchó contra
Efrón, una ciudad fortificada donde residía
Lisias y gentes de todas partes. Jóvenes ro-
bustos, alineados ante la muralla, la defen-
dían valerosamente, y dentro estaban bien
provistos de proyectiles y máquinas de
guerra. 28 Después de invocar al Soberano,
que con su poder tritura las fuerzas del ene-
migo, conquistaron la ciudad y mataron
unos veinticinco mil de los que había den-
tro.
29 Partiendo de allí, se lanzaron contra
Escitópolis, distante más de cien kilóme-
tros de Jerusalén; 30 pero como los judíos
de allí aseguraron que los de Escitópolis los
trataban con deferencia y que los habían
acogido humanitariamente en los momen-
tos de infortunio, 31 Judas y los suyos les
dieron las gracias y los exhortaron a seguir
siendo en el futuro benévolos con los de su
raza. Próxima ya la fiesta de las Semanas,
llegaron a Jerusalén, 32 y después de la
fiesta de Pentecostés se lanzaron contra
Gorgias, gobernador de Idumea. 33 Gorgias
salió con tres mil de infantería y cuatro-
cientos jinetes; 34 se entabló el combate y
los judíos tuvieron unas cuantas bajas.
35 Un tal Dositeo, jinete muy valiente de los
de Bacenor, sujetaba a Gorgias por el man-
to y lo arrastraba a pura fuerza, queriendo

---

a los habitantes de Escitópolis porque trataban con deferencia a los judíos, los demás ataques tienen como común denominador la ley del Talión, llevada a cabo con demasiada crueldad. Atargate (26) era una diosa de la fertilidad que tenía cuerpo humano y cola de pescado, adorada en Siria. La fiesta de las Semanas (31), también llamada de Pentecostés, se celebraba siete semanas después de la Pascua (Éx 34,22; Lv 23,15; Dt 16,9s).

cazar vivo a aquel maldito; pero uno de los
jinetes tracios se lanzó contra Dositeo, le
cercenó el brazo y así Gorgias pudo huir a
Maresá.
36 Por otra parte, los de Esdrín estaban
agotados porque llevaban combatiendo
mucho tiempo. Judas invocó al Señor para
que se mostrara aliado y dirigiera la batalla.
37 En la lengua materna lanzó el grito de
guerra, y entonando himnos irrumpió por
sorpresa entre los de Gorgias y los puso en
fuga.
38 Judas congregó el ejército y marchó a
la ciudad de Adulán, y como llegaba el día
séptimo se purificaron según el rito acos-
tumbrado, y allí mismo celebraron el sába-
do. 39 Al día siguiente, porque ya urgía, los
de Judas fueron a recoger los cadáveres de
los caídos, para sepultarlos con sus pa-
rientes en las sepulturas familiares. 40 Y
bajo la túnica de cada muerto encontraron
amuletos de los ídolos de Yamnia, que la
ley prohíbe a los judíos. Todos vieron clara-
mente que aquélla era la razón de su muer-
te. 41 Así que todos alababan las obras del
Señor, justo juez, que descubre lo oculto,
42 e hicieron rogativas para pedir que el pe-
cado cometido quedara borrado por com-
pleto.
Por su parte, el noble Judas arengó a la
tropa a conservarse sin pecado, después de
ver con sus propios ojos las consecuencias
del pecado de los caídos. 43 Después reco-
gió dos mil dracmas de plata en una colec-
ta y las envió a Jerusalén para que ofrecie-
sen un sacrificio de expiación. Obró con
gran rectitud y nobleza, pensando en la re-
surrección. 44 Si no hubiera esperado la re-
surrección de los caídos, habría sido inútil y
ridículo rezar por los muertos. 45 Pero con-
siderando que a los que habían muerto pia-
dosamente les estaba reservado un mag-
nífico premio, la idea es piadosa y santa.
Por eso hizo una expiación por los caídos,
para que fueran liberados del pecado.

Paz con Antíoco

13 1 El año ciento cuarenta y nueve les
llegó a los de Judas la noticia de que
Antíoco Eupátor avanzaba sobre Judá con
muchas tropas 2 y que iba con él Lisias, su
tutor y jefe de Gobierno. Tenían un ejército
de ciento diez mil griegos de infantería, cin-
co mil trescientos jinetes, veintidós elefan-
tes y trescientos carros provistos de cu-
chillas en los ejes.
3 Menelao se les añadió y animaba a An-
tíoco con mucho disimulo, no para salvar a
la patria, sino con intención de conservar
su cargo. 4 Pero el Rey de reyes provocó la
indignación de Antíoco contra aquel malva-
do, y como Lisias demostró que aquél era
el causante de todos los males, Antíoco or-
denó que lo llevaran a Berea y lo ajusticia-
ran según la costumbre del lugar: 5 hay allí
una torre de veinticinco metros, llena de
ceniza, provista de una máquina giratoria
inclinada por todas partes hacia la ceniza;
6 allí era donde todos empujaban al respon-
sable de un robo sacrílego, o al autor de
otras enormidades, para que pereciera.
7 Con tal muerte acabó el impío, Menelao,
que ni siquiera tuvo sepultura. 8 Con toda
justicia: ya que había cometido muchos pe-
cados contra el altar cuyo fuego y ceniza
eran puros, en la ceniza recibió la muerte.
9 Pero el rey avanzaba con planes fero-
ces, para que los judíos lo pasasen peor

38-45: Los únicos judíos caídos en combate que menciona el autor, no pueden ser recogidos porque es sábado y tienen que evitar contaminarse con su contacto (Nm 31,19s). Cuando los recogen encuentran bajo sus ropas ídolos de Yamnia, un grave pecado según la Ley (Dt 7,25), es justo por tanto, que mueran por su pecado (40). Sin embargo, dado que murieron por una causa justa tienen derecho a la resurrección (43-45). El texto afirma claramente que la muerte no es suficiente para expiar el pecado (42; cfr. Is 22,14) ¿Qué hacer entonces con los murieron justamente pero en pecado? Se presupone la existencia de un estado de purificación entre la muerte y la resurrección (42.44s), en el que los vivos pueden interceder por los muertos a través de la oración y los sacrificios de expiación (Lv 4s) para que se borren por completo sus pecados, y Dios puede todavía tener misericordia con ellos. Esto obra para los pecadores que mueren piadosamente, no para los «renegados» o paganos.

13,1-26 Paz con Antíoco. Estos acontecimientos están narrados en 1 Mac 6,18-63 y corresponden al año 163 a.C. No sabemos por qué el rey y su tutor Lisias rompen el pacto firmado con Judas, lo que sí queda claro es que el prestigio de Judas Macabeo llega a su máxima expresión al vencer al mismo rey y a su tutor Lisias.

Menelao es un «renegado» al que todo le sale al revés (3-8). Un traidor cuya muerte es lógica dentro de la ley de la retribución basada en la ley del Talión.

que en tiempo de su padre.

10 Cuando Judas recibió esta noticia, exhortó a la gente a pedir al Señor día y noche que también entonces, como otras veces, socorriese a los que iban a quedar privados de la ley, la patria y el templo santo, 11 que no permitiera a gentes blasfemas someter al pueblo, que apenas empezaba a respirar.

12 Todos unánimemente cumplieron la orden y suplicaron al Señor misericordioso con llantos, ayunos y postraciones tres días seguidos, Judas los arengó y les ordenó concentrarse. 13 Se reunió en privado con los ancianos y determinó salir a resolver el asunto con la ayuda de Dios antes que el ejército del rey entrase en Judá y se apoderase de la capital. 14 Confiando al creador del universo el resultado, arengó a los suyos, animándoles a luchar valerosamente hasta la muerte por las leyes, el templo, la ciudad, la patria y las instituciones. Y marchó a acampar en los alrededores de Modín.

15 Después de darles la contraseña: ¡Victoria de Dios!, con unos cuantos jóvenes de los más valientes lanzó un ataque nocturno contra la tienda real: mató unos dos mil hombres en el campamento enemigo, y acribillaron al principal de los elefantes con el que iba en la torreta. 16 Finalmente, llenaron el campamento de espanto y confusión, y se marcharon victoriosos. 17 Cuando amanecía, ya estaba hecho todo, gracias a la protección que el Señor les prestaba.

18 Cuando el rey experimentó la audacia de los judíos, intentó apoderarse de las fortalezas valiéndose de estratagemas. 19 Se acercó a Bet-Sur, plaza judía fortificada; lo hicieron huir; atacó, lo vencieron.

20 Judas envió lo necesario a los sitiados. 21 Pero Ródoco, del ejército judío, pasó información secreta a los enemigos; lo descubrieron, lo apresaron y lo ejecutaron.

22 El rey volvió a parlamentar con los de Bet-Sur: les ofreció la paz, la aceptó de ellos y se retiró; atacó a los de Judas y salió derrotado. 23 Recibió la noticia de que Felipe, que había quedado al frente del Gobierno, se había sublevado en Antioquía. Consternado, habló con los judíos, se sometió con juramento a todas las condiciones razonables, hizo las paces y ofreció un sacrificio, honró al templo y se portó bien con el lugar santo. 24 Recibió al Macabeo, y dejó a Hegemónidas de gobernador desde Tolemaida hasta Guerar.

25 Luego marchó a Tolemaida. Los de Tolemaida descontentos por ese tratado se indignaron, y querían anular lo estipulado. 26 Pero Lisias subió a la tribuna, hizo una defensa lo mejor que pudo, los convenció, los calmó, los dejó en disposición de ánimo favorable y marchó a Antioquía.

Así acabó la expedición y retirada del rey.

Expedición de Nicanor

(1 Mac 7)

14 1 Pasados tres años, Judas y sus hombres recibieron la noticia de que Demetrio Seléucida había penetrado en el puerto de Trípoli con una flota y un gran ejército, 2 había matado a Antíoco y a su preceptor, Lisias, y se había apoderado del país.

3 Un tal Alcimo, que anteriormente había sido sumo sacerdote y que durante la rebelión se había contaminado voluntariamente, pensando que ya no tenía salida alguna, ni podría ya subir al sagrado altar, 4 fue a

---

El título «misericordioso» ratifica que estamos en la sección de la misericordia divina para con los judíos.

A la oración que precede el combate, Judas le añade un acto de democracia consultando al consejo de ancianos sobre la mejor decisión (12s).

La motivación para el combate sigue siendo los tres valores que caracterizan la religión judía y la razón de ser de la lucha de Judas Macabeo: Ley, Templo y patria (10.14).

Las noticias de un golpe de estado tramado por Felipe obliga al rey a establecer un pacto con los judíos reconociendo sus demandas.

14,1–15,36 Expedición de Nicanor. El libro se cierra enfrentando a Judas Macabeo contra Nicanor (1 Mac 7). De nuevo aparecen los judíos renegados, esta vez representados en Alcimo, pidiendo al rey la guerra contra sus hermanos. Todo esto para recuperar el sumo sacerdocio y el poder sobre Jerusalén (3-10; cfr. 1 Mac 7,4-7). Los «leales» (6), a quienes acusa Alcimo de crear el desorden bajo el mando de Judas Macabeo (6; cfr. 1 Mac 2,42) son los mismos del que posteriormente surgirá el movimiento de los fariseos y los esenios. Judas es acusado ante el rey Demetrio como enemigo de la paz (10). La palabra «paz» es una de las más mani-

entrevistarse con el rey Demetrio el año ciento cincuenta y uno, llevando una corona de oro y una palma, además de los acostumbrados ramos del templo. Aquel día no pidió nada;
5 pero encontró una buena ocasión para sus perversos designios, cuando Demetrio lo llamó al Consejo y le preguntó en qué disposición de ánimo y en qué plan estaban los judíos. Él respondió:

6 –Los judíos llamados Leales, capitaneados por Judas Macabeo, fomentan la guerra y promueven rebeliones, y así no dejan que el imperio disfrute de estabilidad.
7 Debido a eso, viéndome despojado de mi dignidad hereditaria –quiero decir, del sumo sacerdocio–, me presento aquí ahora, interesado sinceramente,
8 en primer lugar por los derechos del rey, y en segundo lugar mirando por el bien de mis conciudadanos; porque por la falta de cabeza de los que antes mencioné todo nuestro pueblo está sufriendo muchísimo.
9 Tú, rey, infórmate de todo esto en detalle, y según tu bondad comprensiva con todos vela sobre el país y sobre nuestra raza, cercada por todas partes;
10 porque mientras viva Judas será imposible que el Estado disfrute de paz.

11 Después de hablar así, los otros Grandes del Reino, hostiles a Judas en todo, empezaron enseguida a incitar a Demetrio.
12 Inmediatamente eligió a Nicanor, que era jefe de la sección de elefantes; lo nombró gobernador de Judá
13 y lo envió con órdenes de aniquilar a Judas, dispersar a sus partidarios e imponer a Alcimo como sumo sacerdote del augusto templo.

14 Por su parte, los paganos de Judá que habían escapado de Judas se agregaron en masa a Nicanor, pensando que los infortunios y desgracias de los judíos iban a ser su prosperidad.

15 Cuando los judíos se enteraron de la expedición de Nicanor y la invasión de los paganos, se cubrieron de polvo y suplicaron a Aquel que había constituido a su pueblo para siempre y siempre ayudaba manifiestamente a su porción.

16 Bajo la orden del jefe, salieron enseguida de allí y se trabaron en lucha con ellos junto al poblado de Desau.
17 Simón, el hermano de Judas, había entrado en combate con Nicanor, pero a causa de un ataque sorpresivo del enemigo sufrió un revés momentáneo;
18 sin embargo, Nicanor no se atrevía a resolver la batalla a base de sangre, porque estaba enterado del valor de las tropas de Judas y de su coraje en la lucha por la patria.
19 Por eso envió a Posidonio, Teódoto y Matatías para negociar la paz.

20 Después de una larga deliberación sobre las condiciones, el jefe se las comunicó a la tropa, y todos estuvieron de acuerdo con el tratado de paz.
21 Fijaron una fecha para una entrevista privada de los jefes, en un sitio determinado. Se puso una tarima de cada lado y se prepararon asientos.

22 Judas había apostado gente armada en sitios estratégicos, dispuesta a intervenir si los enemigos les jugaban de repente una mala partida. La entrevista se desarrolló normalmente.

23 Nicanor se detuvo en Jerusalén, y se portó con toda corrección, y hasta licenció

---

puladas en la historia de la humanidad. No es lo mismo la idea de la paz que tiene Demetrio, Alcimo, Judas Macabeo, o el pueblo. Hoy ocurre lo mismo. Para unos, la paz es ausencia de guerra o de delincuencia, para otros es justicia social. San Agustín decía que a todos les gusta la paz pero a muy pocos les gusta la justicia (cfr. Sal 85,11). En nombre de la paz se han hecho las peores guerras e injusticias de la humanidad. ¿Cuál será la paz para el mundo que quiere Jesús?

14,15-46: La oración es nuevamente el punto de partida para enfrentar el enemigo. Judas y Nicanor ya se habían encontrado y enfrentado. Al comparar el relato con el del Primer libro de los Macabeos hay grandes diferencias. Allí Nicanor es presentado como traidor y tramposo (1 Mac 7,27-29) mientras aquí el acuerdo de paz es sincero. Nicanor es nombrado por el rey para someter a los judíos, y como en 1 Mac 7,27-29 elige el camino del diálogo y el pacto de paz, con la diferencia que allí era un engaño, en cambio aquí es sincero. El camino del diálogo y la paz es un buen ejemplo para solucionar los conflictos entre los pueblos y naciones. La paz es sincera y duradera, tanto que Judas puede abandonar la vida militar y dedicarse a una vida normal de familia.

Alcimo, fiel a su papel de «renegado» logra con su cizaña que el rey obligue a Nicanor a romper el acuerdo de paz firmado con Judas (27). En Nicanor fue más importante la orden que la persona, primó la ley sobre el espíritu.

La defensa del Templo, amenazado esta vez por Nicanor (33), es objetivo prioritario en la campaña de Judas Macabeo.

a las tropas que se le habían agregado en
masa. 24 Tenía a Judas continuamente a su
lado, y sentía por él un sincero afecto. 25 Le
aconsejó casarse y fundar una familia. Ju-
das se casó, vivió feliz, como un ciudadano
ordinario.
26 Pero Alcimo, al ver la amistad que te-
nían, se fue a Demetrio con una copia del
pacto que habían firmado, y le dijo que Ni-
canor tenía ideas contrarias a la política del
Gobierno, porque había nombrado sucesor
suyo a Judas, el conspirador contra el im-
perio.
27 El rey, enfurecido e irritado con las
acusaciones de aquel perfecto canalla, es-
cribió a Nicanor, diciéndole que estaba dis-
gustado por lo del pacto, ordenándole que
arrestara al Macabeo y se lo enviara rápi-
damente a Antioquía.
28 Cuando Nicanor recibió aquella carta
quedó abatido, con un gran disgusto por te-
ner que anular el pacto sin que aquel hom-
bre hubiera cometido ninguna injusticia. 29
Pero como no se podía contradecir al rey,
aguardaba la ocasión de cumplir la orden
mediante algún engaño.
30 Por su parte, el Macabeo observó que
Nicanor lo trataba con cierta frialdad y que
las relaciones normales se habían puesto
difíciles. Pensando que aquella frialdad no
presagiaba nada bueno, reunió a muchos
de los suyos y se le escapó a Nicanor ocul-
tamente.
31 Nicanor vio que aquel hombre lo ha-
bía ganado limpiamente en la maniobra; se
presentó en el augusto y santo templo
mientras los sacerdotes ofrecían los sacrifi-
cios rituales, y les ordenó que le entregaran
aquel hombre. 32 Ellos le dijeron y le juraron
que no sabían dónde podría estar el que
buscaba. 33 Entonces él extendió la mano
derecha hacia el santuario y juró así:
–Si no me entregan preso a Judas, arra-
saré este santuario de Dios, derribaré el al-
tar y levantaré aquí un templo magnífico en
honor de Baco.
34 Dicho esto se fue. Y los sacerdotes
elevaron las manos hacia el cielo, invocan-
do así al que siempre había luchado por
nuestro pueblo:
35 –Tú, Señor, que no necesitas nada en
el mundo, quisiste que estuviera entre no-
sotros el templo donde resides. 36 Por eso
ahora, Señor santísimo, guarda sin mancha
eternamente esta casa recién purificada.
37 Denunciaron ante Nicanor a un tal Ra-
zis, uno de los ancianos de Jerusalén, un
hombre que amaba a sus conciudadanos,
muy estimado, y al que llamaban por su
bondad padre de los judíos. 38 En los pri-
meros tiempos de la ruptura con el paga-
nismo había sido acusado de practicar el
judaísmo, y se había entregado al judaísmo
en alma y cuerpo, sin reserva.
39 Nicanor queriendo mostrar la hostili-
dad que profesaba contra los judíos, envió
más de quinientos soldados para arrestarlo,
40 pensando que con eso asestaba un duro
golpe a los judíos.
41 Cuando los soldados estaban a punto
de apoderarse de la torre y querían forzar la
puerta del atrio, se les ordenó prender fue-
go e incendiar las puertas. Entonces Razis,
acorralado, se clavó la espada, 42 prefirien-
do morir noblemente antes de caer bajo las
garras de aquellos criminales y tener que
sufrir ultrajes indignos de su nobleza.
43 Pero en la precipitación de la lucha no
acertó con el golpe, y las tropas entraban
ya puertas adentro. Entonces corrió valien-
temente hacia la muralla y se tiró abajo so-
bre los soldados, como un héroe. 44 Los sol-
dados retrocedieron inmediatamente,
dejando un espacio libre, y allí cayó, en
medio del espacio vacío. 45 Todavía respira-
ba. Se levantó lleno de ardor; bañado en
sangre, herido gravemente, corrió por entre
las tropas, se paró sobre una roca escarpa-
da 46 y ya completamente desangrado se
arrancó los intestinos, los agarró con las

El anciano Razis, un hombre fiel y respetado, miembro del sanedrín de Jerusalén, es la versión opuesta de Alcimo. Su actitud hay que entenderla no como suicidio sino como martirio, destacándose así la participación activa de los mártires en la campaña liberadora. Muere profesando su fe en la resurrección (46). El martirio es un sí al Dios de la Vida y a la Vida del Pueblo, asumido y ofrecido con todas las consecuencias. Monseñor Casaldáliga escribió al respecto: «Creemos que mientras haya martirio habrá credibilidad, mientras haya martirio habrá esperanza… mientras haya martirio habrá conversión, mientras haya martirio habrá eficacia. El grano de maíz muriendo se multiplica».

dos manos y se los tiró a las tropas, supli-
cando al Dueño de la vida y del espíritu que
algún día se los devolviera de nuevo. De
este modo murió.

15 1 Cuando recibió Nicanor la noticia
de que las tropas de Judas andaban
por Samaría, determinó atacarlos sin expo-
nerse, en día de descanso. 2 Los judíos que
le seguían por la fuerza le dijeron:
–No los aniquiles de esa forma tan cruel
y tan bárbara. Honra ese día, honrado y
santificado por el que todo lo ve.
3 Pero el bandido preguntó si había en el
cielo un soberano que hubiera mandado
celebrar el día del sábado. 4 Ellos le respon-
dieron:
–El Señor vivo, el soberano del cielo, es
quien mandó celebrar el día séptimo.
5 Y él replicó:
–Y yo soy soberano de la tierra, que or-
deno empuñar las armas y servir los intere-
ses del rey.
Sin embargo, no logró realizar su cruel
designio.
6 Mientras Nicanor, en su orgullo y arro-
gancia, pensaba levantar un monumento
público con las cosas que iba a quitar a las
tropas de Judas, 7 el Macabeo no perdía su
confianza, esperando firmemente recibir
ayuda de parte del Señor, 8 y animaba a los
suyos a no temer el ataque de los paganos,
sino a recordar las ayudas recibidas del
cielo anteriormente y a esperar la victoria
que les iba a conceder el Todopoderoso.
9 Los exhortó con textos de la Ley y los
Profetas, y recordándoles los combates
que habían sostenido reavivó su coraje.
10 Y a la vez que los llenaba de entusiasmo
les dio instrucciones, mostrándoles la per-
fidia de los paganos, que violaban los jura-
mentos.
11 Así los alegró a todos, armando a
cada uno no tanto con la seguridad que dan
los escudos y las lanzas cuanto con el áni-
mo que dan las palabras de aliento. Ade-
más les contó un sueño totalmente fide-
digno, una especie de visión, que los alegró
a todos. 12 En el sueño vio lo siguiente: Oní-
as, el antiguo sumo sacerdote, un hombre
bueno y excelente, de aspecto venerable,
de carácter suave, digno en su hablar, ejer-
citado desde niño en la práctica de la vir-
tud, extendía las manos y rezaba por toda
la comunidad judía. 13 Después, en igual
actitud, se le apareció a Judas un persona-
je extraordinario por su ancianidad y su
dignidad, revestido de una dignidad sobera-
na y majestuosa. 14 Onías tomó la palabra
para decir:
–Éste es Jeremías, el profeta de Dios,
que ama a sus hermanos e intercede conti-
nuamente por el pueblo y la Santa Ciudad.
15 Entonces Jeremías extendió la mano
derecha y entregó a Judas una espada de
oro, mientras decía:
16 –Toma la santa espada, don de Dios,
con la que destruirás a los enemigos.
17 Arengados por aquellas magníficas
palabras de Judas, capaces de llevar al he-
roísmo y de infundir a los jóvenes el vigor
de hombres maduros, decidieron no espe-
rar, sino tomar la ofensiva valerosamente y
decidir el asunto con valentía, todos unidos,
ya que peligraban la ciudad, la religión y el
templo. 18 La preocupación por sus mujeres
y niños, además de sus hermanos y parien-
tes, no les importaba mucho; temían sobre

15,1-36: La elocuencia al narrar la grandiosa batalla entre Judas y Nicanor nos indica que estamos cerca del final del libro. Nicanor no sólo se enfrenta a Judas, también decide enfrentarse a la ley del sábado (1-4) y al mismo Dios (5). Nicanor es un hombre con complejo de Dios que confía plenamente en su victoria; Judas en cambio, sigue poniendo toda su confianza en Dios (7s), en la oración que recuerda las intervenciones de Dios en la historia, en las Escrituras: la Ley y los Profetas (9) y en los justos, que aunque muertos, oran e interceden por los vivos (22-24).

Mientras Nicanor avanza al son de trompetas y cantos de guerra (25), Judas avanza al son de oraciones y cantos de alabanza (26). El terrible final del cuerpo de Nicanor sólo es comprensible en el contexto de la ley del Talión (33). Fueron cortados, la cabeza que se erguía orgullosa (6), el brazo que se levantaba contra el Templo (32), y la lengua que profería blasfemias (5.32). Cortar la cabeza era una acción con tradición en Israel, así lo hizo Judit con Holofernes (Jdt 13,15; 14,1), David con Goliat (1 Sm 17,51.54), Gedeón con Oreb y Zeb (Jue 7,25). Muy sutilmente el autor deja ver el contraste entre Nicanor que esperaba levantar un monumento con las cosas que le iba a quitar a las tropas judías (6), y Judas que termina exponiendo como trofeo los pedazos del cuerpo de Nicanor (35).

No podía faltar en el último capítulo una alusión al amado Templo, donde se deja constancia que nueva-

todo por el templo consagrado.
19 Ni era menor la angustia de los que
quedaron en la ciudad, preocupados por el
combate que iba a librarse en campo abier-
to.
20 Mientras todos aguardaban el desen-
lace inminente, ya estaban concentrándose
los enemigos: el ejército formaba para la
batalla, los elefantes estaban colocados en
puntos estratégicos y la caballería se situa-
ba en los flancos.
21 Al ver el Macabeo el despliegue de
aquella masa, la variedad de armamento y
la fiereza de los elefantes, levantó las ma-
nos al cielo invocando al Señor, que hace
prodigios, sabiendo que a los que lo mere-
cen les da la victoria, no por las armas, sino
por el medio que quiere. 22 Su invocación a
Dios fue la siguiente:
–Señor: tú, en tiempo de Ezequías, rey
de Judá, enviaste a tu ángel y exterminó a
ciento ochenta y cinco mil del campamen-
to de Senaquerib. 23 Señor de los cielos: en-
víanos ahora un ángel que nos preceda
sembrando un terrible pánico. 24 Que la
grandeza de tu brazo quebrante a los que
han llegado blasfemando contra tu pueblo
santo.
Así terminó.
25 Mientras los de Nicanor avanzaban al
son de trompetas y cantos de guerra, 26 los
de Judas trabaron combate con el enemigo
entre invocaciones y rezos; 27 y luchando
con las manos, pero orando a Dios con el
corazón, dejaron tendidos por lo menos a
treinta y cinco mil. Y rebosaron de alegría
por la intervención manifiesta de Dios.
28 Acabada la contienda, cuando volvían
llenos de gozo, descubrieron a Nicanor
muerto, con la armadura puesta. 29 En me-
dio del griterío y el alboroto alababan al Se-
ñor en la lengua materna. 30 Después, el
que se había entregado entero, en cuerpo y
alma, combatiendo en el primer puesto por
sus conciudadanos, el que nunca había
perdido el afecto de su juventud para con
sus compatriotas, ordenó cortar la cabeza y
un brazo entero a Nicanor, y ordenó que los
llevaran a Jerusalén.
31 Al llegar allí convocó a sus compatrio-
tas y a los sacerdotes, y puesto de pie ante
el altar mandó buscar a los de la fortaleza:
32 les mostró la cabeza del infame Nicanor
y la mano que aquel blasfemo, lleno de
arrogancia, había extendido contra la santa
morada del Todopoderoso; 33 después cor-
tó la lengua del impío Nicanor, y mandó
que se la echaran a los pájaros en pedazos,
y que su brazo fuera colgado frente al san-
tuario como pago que merecía su locura.
34 Todos levantaron los ojos al cielo, ala-
bando al Señor glorioso:
–¡Bendito tú, que has guardado sin man-
cha tu lugar santo!
35 Judas colgó de la fortaleza la cabeza
de Nicanor, como prueba visible y mani-
fiesta a todos de la ayuda del Señor. 36 Y to-
dos, de común acuerdo, decretaron no de-
jar pasar aquel día inadvertido, sino
celebrar fiesta el día trece del duodécimo
mes–en arameo, Adar–, la víspera del día
de Mardoqueo.

Epílogo

37 Así acabó la historia de Nicanor.
Como desde aquel tiempo la ciudad quedó
en poder de los hebreos, yo también pon-
dré aquí punto final a nuestra historia.
38 Si he logrado dejarla bien escrita y
construida, eso es lo que yo quería. Si me
ha salido vulgar y mediocre, he hecho lo
mejor que he podido.
39 Es desagradable beber vino solo o
agua sola; en cambio, el vino mezclado con
agua es agradable, es un placer para el
gusto. Lo mismo pasa en una obra literaria,
donde el estilo variado es un placer para el
oído del lector.

---

mente ha sido salvado, que Dios lo guarda sin mancha (34), que es más importante que la propia familia (18) y que ha sido liberado gracias a Judas Macabeo.

Si el libro comenzó invitando a la celebración de la fiesta de la Purificación y Dedicación del Templo, termina invitando a celebrar y consagrar una fiesta en honor a la victoria de judas.

15,37-39 Epílogo. El autor añade un epílogo, satisfecho de su trabajo y de su resultado. No podemos negar que a los lectores de la época les agradó esta composición. Nosotros, sobreponiéndonos con esfuerzo al estilo y a sus muchas ideas, lo respetamos y acogemos como testimonio de fe y esperanza en momentos críticos de la historia de un pueblo.



RUT

El libro. El breve libro de Rut –de sólo siete páginas en esta edición–, está considerado como una de las obras maestras de la narrativa hebrea. El escenario geográfico es elemental: la región de Moab aparece en la introducción y pasa pronto a una lejanía recordada, el resto se desenvuelve en la aldea de Belén. En cuanto al tiempo, todo sucede en un día, una noche y una mañana, saltando tiempos intermedios.

Ni la sustentación narrativa está desarrollada ni los personajes son analizados. Muchas circunstancias se suponen conocidas de los lectores. El patetismo se concentra en algunas frases y unas pocas lágrimas, el júbilo estalla en breves felicitaciones. Todo el relato discurre bajo el signo de la contención; pero la sencillez es uno de los atractivos del relato.

El autor construye sabia y discretamente su relato. Se puede reducir a cuatro escenas centrales con su respectivo cortejo de preparación, desenlace parcial y pasajes de enlace. La sucesión de las escenas es lineal, en sugerente alternancia: no sería difícil transformar la narración en un drama de cuatro actos.

Autor, fecha y valor histórico. No conocemos al autor ni tenemos medios para adivinarlo. Tampoco sabemos con certeza la fecha de composición. Algunos indicios hacen pensar en una fecha tardía, otros en un origen antiguo. La historia se sitúa en el pasado, en tiempos de los jueces: puede ser el modo de hablar durante la monarquía o bien un intento de enlazar con el pasado remoto un presente en que ya no hay monarquía.

El interés por David, su patria y su tribu, puede ser recuerdo nostálgico en tiempos de desolación y de esperanza. La actitud frente a matrimonios con extranjeras es liberal, como en textos antiguos; o bien puede ser polémica frente a la reforma de Esdras y Nehemías.

El análisis interno del libro no permite su datación, aunque entre los comentaristas actuales, predomina la datación tardía, post-exílica, que define el sentido. La misma incertidumbre se extiende al valor histórico, aunque la mayoría de los expertos lo consideran hoy un relato de ficción

Lectura religiosa del libro. A primera vista, el libro de Rut es un hermoso cuento que narra la vida doméstica de dos mujeres. Este libro se mueve de la tristeza a la alegría, de la angustia a la esperanza, del desamparo a la protección, y de la escasez a la abundancia. Rut y Noemí como personajes principales, emergen con la fortaleza de la amistad/amor en la narración, para poder vencer todos los obstáculos que se les presentan.

El libro comienza con una hambruna generalizada, muerte inesperada de todos los hombres de una familia, expatriación, incertidumbre, «abandono» de parte de Dios y soledad de unas viudas desamparadas en medio de una cultura machista. Después que el autor nos dramatiza esta historia con tantas calamidades, nos presenta el valor, la creatividad, la fortaleza y fidelidad de estas dos mujeres que saben amarse y solidarizarse para descubrir la presencia de Dios en medio de sus tragedias.

A pesar de que Noemí y Rut son dos mujeres de fe, que confían plenamente en Dios, el Señor «interviene» solamente dos veces en todo el relato. En 1,6 Noemí ha escuchado que Dios se ha compadecido de su pueblo y ha puesto fin a la época de hambre. En 4,13 Dios bendice a Rut al darle un hijo. En el resto de la narración Dios está en «silencio», no se comunica a través de sueños, no envía a sus ángeles para aliviar necesidades, tampoco se nos narra ningún ser celestial que anuncie profecías.

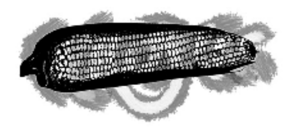
La audiencia es invitada a descubrir la presencia callada de Dios, que provee pan/sustento, que engendra vida, que bendice la tierra, que manda la lluvia, que multiplica las cosechas, y que suscita un redentor –Booz– para hacer justicia a las mujeres viudas. Al final de la narración la audiencia tendrá que descubrir que Dios esta «detrás» de cada evento, solidarizándose con las personas pobres, marginadas, extranjeras y viudas.

El libro, sin embargo, puede también ser leído como parábola del destierro y la repatriación. Apoyándose en el esquema: emigración a Moab–vuelta a Belén. Noemí podría representar a la comunidad judía, antes madre fecunda, ahora viuda y sin hijos; antes, hermosa y feliz, ahora desgraciada, desterrada y volviendo vacía; y con todo, puede esperar un futuro dichoso de fecundidad en su tierra, pues todavía la comunidad del Señor es fecunda, todavía la tierra dará sus frutos. Todavía se espera a un nuevo David que entronca con Jesé y hunde sus raíces en Belén de



Judá. De ahí es fácil dar el salto a la escatología realizada: Belén, patria de Jesús el Mesías. Así lo han visto la liturgia y los Santos Padres.

Pero también la historia de Rut y Noemí nos muestra el proceso de lucha que realizan estas dos mujeres hasta obtener sus derechos, aún más allá de lo que la ley exigía. En este contexto, nuestro pueblo afro-indio-latinoamericano que al igual que Rut y Noemí pasa hambre, tiene que emigrar a otros países, ser dispersado por los sistemas de muerte del imperialismo, perder su identidad cultural… puede encontar en este libro las esperanzas y las fuerzas para creer en el Dios de la Vida, en el Dios de Jesús, de Rut y Noemí, que aunque parezca que guarda silencio, va transformando la historia.



La muchacha forastera

1 [1] En tiempo de los Jueces hubo ham-
bre en el país, y un hombre emigró,
con su mujer y sus dos hijos, desde Belén
de Judá a los campos de Moab. [2] Se llama-
ba Elimélec; su mujer, Noemí, y sus hijos,
Majlón y Kilión. Eran efrateos, de Belén de
Judá. Llegados a la campiña de Moab, se
establecieron allí.
[3] Elimélec, el marido de Noemí, murió, y
quedaron con ella sus dos hijos, [4] que se
casaron con dos mujeres moabitas: una se
llamaba Orfá y la otra Rut. Pero al cabo de
diez años de residir allí, [5] murieron también
los dos hijos, Majlón y Kilión, y la mujer se
quedó sin marido y sin hijos.
[6] Al enterarse de que el Señor había
atendido a su pueblo dándole pan, Noemí
con sus dos nueras emprendió el camino de
vuelta desde la campiña de Moab. [7] En
compañía de sus dos nueras salió del lugar
donde residía, y emprendieron el regreso al
país de Judá. [8] Noemí dijo a sus dos nue-
ras:
–Váyanse, vuelvan cada una a la casa de
su madre. Que el Señor las trate con pie-
dad, como ustedes lo hicieron con mis
muertos y conmigo. [9] El Señor les conceda
vivir tranquilas en casa de un nuevo marido.
Y las abrazó. Ellas, rompiendo a llorar,
[10] le respondieron:
–¡De ningún modo! Volveremos contigo
a tu pueblo.
[11] Noemí insistió:
–Regresen, hijas mías. ¿Por qué quieren
venir conmigo? ¿Yo ya no voy a tener más
hijos que puedan casarse con ustedes?
[12] Vayan, hijas mías, vuélvanse, que soy de-
masiado vieja para casarme. Y aunque
pensara que me queda esperanza, y me ca-
sara esta noche, y tuviera hijos, [13] ¿van a
esperar a que crezcan, van a renunciar, por
ellos, a casarse? No, hijas. Mi suerte es más
amarga que la de ustedes, porque la mano
del Señor se ha desatado contra mí.
[14] De nuevo rompieron a llorar. Orfá se
despidió de su suegra y volvió a su pueblo,
mientras que Rut se quedó con Noemí.

1,1-22 La muchacha forastera. El capítulo primero consta de tres partes (1-5; 6-18; 19-22). En la primera parte, el autor nos presenta magistralmente la desgracia de los personajes: hambre y muerte, que harán contraste con el final feliz del libro, donde Rut se casará con Booz, y a través de su hijo el pueblo de Israel será bendecido con la figura del rey David. La segunda sección describe el viaje que realizan de Moab a Belén, con la confesión extraordinaria de amor y lealtad que hace Rut a su suegra Noemí. La tercera parte nos describe el regreso a casa de Noemí con sus lamentos y el encuentro que tiene con las mujeres de Belén.

El libro de Rut presenta la historia en un determinado momento histórico, el tiempo de los Jueces (1). El autor no menciona a ningún juez en particular, así que el propósito de situar este libro en aquel tiempo parece oscuro. No sabemos si el autor quería conectar y contrastar esta historia con las terribles historias del libro de los Jueces. ¿Estaremos a punto de escuchar una historia más de idolatría y de injusticia? ¿O quizás esta vez Dios realice algo nuevo? ¿Reinará la justicia? No solamente la introducción del libro de Rut nos conecta con el libro de los Jueces, también la versión de los LXX pone el libro de Rut inmediatamente después del libro de los Jueces. En este contexto la historia de Noemí y de Rut servirá de modelo de amistad y de amor para todas las personas.

El narrador nos informa de la razón por la que Elimélec emigra con su mujer y sus dos hijos: el hambre que azotaba a la región de Belén. En tiempo de los Jueces no se menciona ninguna hambruna. Quizás el autor quiere conectar esta historia con la historia de los patriarcas. En el ciclo de Abrahán hay hambre y mujeres estériles, y estos temas estarán presentes en el libro de Rut. Quizás el tema del hambre sea sólo un motivo literario que no tiene nada que ver con la realidad. La referencia a que «hubo hambre en el país» (1) sólo quiere recordar al lector que de la misma manera que Abrahán, Isaac, Jacob y los hijos de Jacob tuvieron que emigrar a otros países por causa del hambre, también Elimélec tiene que hacer lo mismo. Ahora ellos tienen que vivir refugiados en un país extranjero y experimentar la inseguridad que esto implica. Elimélec y su familia proceden de Belén –casa de pan–, tierra fértil. Ahora Belén no tiene lo más esencial para sus habitantes y esto obligará a nuestros personajes a sobrevivir en tierra de «infieles» y pecadores. Recordemos que los habitantes de Moab, son descendientes de la relación incestuosa de Lot con su hija la mayor (Gn 19,37). ¿Se pude esperar algo bueno de estos hijos del pecado? El autor dramatiza la historia al enviar a sus personajes al exilio, a un país pecador, y deja morir a los hombres allá sin descendencia. ¿Puede ocurrirle alguna otra desgracia a Noemí?

Unos pobres, víctimas del hambre, se ven obligados a emigrar al extranjero, al igual que millones de personas que se ven obligadas a dejar su país, cultura, a causa del hambre, situación política, guerras, etc. To-

15 Noemí le dijo:
–Mira, tu cuñada se ha vuelto a su pue-
blo y a su dios. Vuélvete tú con ella.
16 Pero Rut contestó:
–No insistas en que te deje y me vuelva.
A donde tú vayas, yo iré, donde tú vivas, yo
viviré; tu pueblo será el mío, tu Dios será mi
Dios; 17 donde tú mueras, allí moriré y allí
me enterrarán. Sólo la muerte podrá sepa-
rarnos, y si no, que el Señor me castigue.
18 Al ver que se empeñaba en ir con ella,
Noemí no insistió más. 19 Y siguieron cami-
nando las dos hasta Belén. Cuando llega-
ron, se alborotó toda la población, y las
mujeres decían:
–¡Si es Noemí!
20 Ella corregía:
–No me llamen Noemí. Llámenme Mara,
porque el Todopoderoso me ha llenado de
amargura. 21 Partí llena de bienes, y el Se-
ñor me trae vacía. No me llamen Noemí,
que el Señor me afligió, el Todopoderoso
me maltrató.
22 Así fue como Noemí, con su nuera
Rut, la moabita, volvió de la campiña de
Moab. Empezaba la cosecha de la cebada
cuando llegaron a Belén.

El rico del pueblo

2 1 Noemí tenía, por parte de su marido,
un pariente de muy buena posición
llamado Booz, de la familia de Elimélec.
2 Rut, la moabita, dijo a Noemí:
–Déjame ir a recoger espigas al campo,
donde un segador me permita ir detrás de
él.
Noemí le respondió:
–Ve, hija.

---

das las personas tienen derecho a buscar una forma mejor de vida y emigrar a otros países, especialmente cuando nuestros países han sido explotados y reducidos a la miseria con los sistemas de muerte que los poderosos nos imponen.

Permanecieron allá unos diez años. Después de la muerte de su marido, Noemí perdió también a sus dos hijos: Majlón –«enfermedad» o «enfermizo»–, y Kilión, –«languidez» o «agotamiento por enfermedad»–, justificándose su muerte en que ya su nombre la anunciaba.

El autor dramatiza la historia presentándonos a tres viudas, una anciana y dos jóvenes. Lejos de entregarse al dolor de sus desgracias y lamentarse por sus pérdidas, estas tres mujeres valerosas reaccionan positivamente y buscan por todos los medios entender el actuar misterioso de Dios. Noemí, mujer fiel, ha escuchado que «el Señor ha atendido a su pueblo dándole pan» (6). Belén vuelve a ser ciudad de abundancia y esperanza para sus habitantes que viven en el extranjero. Las tres mujeres se pusieron en camino para regresar a la tierra de la prosperidad. Estas mujeres están en continuo movimiento, el autor maximiza los sentimientos de estos personajes. Orfa no las siguió (14). Noemí dijo a Rut: «Mira, tu cuñada se ha vuelto a su pueblo y a su dios. Vuélvete tú con ella» (15). Noemí, mujer de años, tiene gran respeto por la libertad. Nunca es fácil expatriarse y dejar lo que a uno le da sentido en su vida. Por esta razón, la decisión que toma Rut es para imitar. El amor de Rut por Noemí no tiene límites. Esta declaración es el punto culminante de esta sección: compartir la vida y el sepulcro de Noemí, su pueblo y su Dios. Obsérvese el paralelismo de Rut, con la figura de Abrahán. Al igual que Abrahán, Rut viene de un país extranjero, rompe todos los lazos con la patria de origen y no tiene más compañía que una mujer estéril. Como en el caso del Patriarca, el sacrificio de Rut no será en vano; ella sabe que el Dios de su suegra le hará justicia.

¿Cómo descubrir a Dios en medio de nuestras tragedias? ¿Nos solidarizamos con las personas débiles y vulnerables como lo hizo Rut con su suegra Noemí? ¿Seríamos capaces de amar sin condiciones y compartir, el camino, la vida de la persona amada?

Todo Belén se conmueve con la llegada de estas dos viudas. Las mujeres de Belén inmediatamente reconocen a Noemí –mi alegría, mi dulzura–, pero ahora la triste figura de Noemí se define exactamente con el nombre contrastado de Mara –amargada–, que ella misma elige. Puede parecer exagerada la afirmación de Noemí, cuando afirma: «Partí llena de bienes, y el Señor me trae vacía» (21). Uno se puede preguntar: ¿no fue acaso el hambre lo que les obligó a dejar su casa? No olvidemos que estamos en una cultura patriarcal, donde el hombre es el centro y sostén de la mujer. El Todopoderoso la maltrató porque la había dejado sin marido y sin hijos y ésta era la peor tragedia que le podía acontecer a una mujer. La fiel Rut, después que Noemí la ha llamado varias veces «hija mía» (11-13), ahora es simplemente «la nuera de Noemí», y peor aún, para el pueblo de Israel, Rut es una extranjera –la moabita–. No obstante esta moabita sabrá entrar en la historia de la salvación del pueblo judío. La alusión a la siega de la cebada prepara el próximo episodio.

¿Cómo tratamos a las personas extranjeras? ¿Reconocemos sus derechos y les brindamos las posibilidades de una vida mejor? ¿Las aceptamos y reconocemos los valores que traen consigo?

2,1-23 El rico del pueblo. El capítulo segundo se divide en tres partes: en los versículos 1-3 la escena se desarrolla por la mañana en Belén. En los versículos 4-17 el autor artística e idílicamente desarrolla la escena durante el día en los campos de Booz. Por último los

3 Se marchó y fue a recoger espigas en
el campo, siguiendo a los segadores. Fue a
parar a una de las tierras de Booz, de la fa-
milia de Elimélec, 4 y en aquel momento lle-
gaba él de Belén y saludó a los segadores:
–¡Que el Señor esté con ustedes!
Respondieron:
–¡Dios te bendiga!
5 Luego preguntó al capataz:
–¿De quién es esa chica?
6 El capataz respondió:
–Es una chica moabita, la que vino con
Noemí de la campiña de Moab. 7 Me dijo
que la dejase ir detrás de los segadores re-
cogiendo espigas hasta juntar unas gavi-
llas; desde que llegó por la mañana ha es-
tado de pie todo el tiempo, y ahora está
aquí descansando un poco.
8 Entonces Booz dijo a Rut:
–Escucha, hija. No vayas a recoger es-
pigas a otra parte, no te vayas de aquí ni te
alejes de mis servidoras. 9 Fíjate en qué te-
rreno cosechan los hombres y sigue a las
espigadoras. Ya he dado órdenes a mis cria-
dos para que no te molesten. Cuando ten-
gas sed, vete adonde están los cántaros de
agua y bebe de lo que saquen los criados.
10 Rut se echó, se postró ante él por tie-
rra y le dijo:
–Yo soy una forastera, ¿por qué te he
caído en gracia y te has interesado por mí?
11 Booz respondió:
–Me han contado todo lo que hiciste por
tu suegra después que murió tu marido:
que dejaste a tus padres y tu pueblo natal y
has venido a vivir con gente desconocida.
12 El Señor te pague esta buena acción. El
Dios de Israel, bajo cuyas alas has venido a
refugiarte, te recompense abundante-
mente.
13 Ella dijo:
–Ojalá sepa yo agradarte, señor; me has
tranquilizado y has llegado al corazón de tu
servidora, aunque no soy ni una criada
tuya.
14 Cuando llegó la hora de comer, Booz
le dijo:
–Acércate, come de este pan y moja la
rebanada en la salsa.
Ella se sentó junto a los segadores, y él
le ofreció grano tostado. Rut comió hasta
quedar satisfecha, y todavía le sobró.
15 Después se levantó a seguir recogiendo
espigas, y Booz ordenó a sus servidores:

---

versículos 18-23 nos describen el regreso de Rut por la tarde a Belén. El capítulo esta estructurado por una serie de diálogos, teniendo el tema de la comida –pan y granos– de fondo.

El narrador magistralmente trae a escena a un pariente rico del difunto Elimélec, de nombre Booz; con la aparición de este nuevo personaje, las mujeres –y la audiencia– tienen un motivo para esperar alguna ayuda que remedie sus necesidades. La solidaridad entre los pueblos del Oriente Medio es fundamental en las relaciones entre pobres y ricos.

Los ricos tenían la obligación de proporcionar al pobre todos los medios necesarios para que pudiera subsistir. Éste en cambio le tenía que mostrar lealtad y fidelidad. Claro que los ricos frecuentemente se olvidaban de esta obligación y en vez de ayudar a los pobres, los explotaban. Rut la moabita, la extranjera, la despreciada, tiene iniciativa, no se queda de brazos cruzados; es una mujer que sabe ganarse la vida. Rut le pide a Noemí que la deje ir a recoger –esta es una palabra clave en toda la narración– espigas al campo, donde un segador le permita ir detrás de él (2). La práctica de recoger espigas en tiempos de la cosecha está muy bien legislada en las Escrituras Hebreas (cfr. Dt 24,19).

Rut cumple con todos los requisitos para ir a recoger espigas, es extranjera, posiblemente huérfana, y también viuda. Noemí le da su consentimiento y la vuelve a llamar «hija», reconociendo que las dos están en la misma situación y que el destino de la una será la suerte de la otra. Rut no planea ir al campo del pariente rico de Noemí –ni siquiera sabe de él o del parentesco que éste tiene con Noemí–, sino que el «destino» –la presencia callada del Dios de las viudas– la lleva a una de las tierras de Booz (3).

Dios siempre dirige la vida de las personas que actúan en justicia y se solidarizan con las tragedias de las personas necesitadas.

El saludo que hace Booz a sus trabajadores es un saludo formal y de etiqueta (Jue 6,12; Sal 129,8). Este saludo no nos dice nada de la piedad o de la bondad de Booz, simplemente nos informa de las relaciones desproporcionadas entre el amo y los trabajadores. Booz les desea que el Señor esté con sus trabajadores mientras éstos cosechan sus campos. De esta manera, los trabajadores se verán obligados a «bendecir» al patrón.

La pregunta inquisitiva de Booz acerca de la moabita describe la superioridad de éste sobre los empleados, y especialmente sobre la extranjera. Los trabajadores le informan al patrón todo sobre la moabita, al mismo tiempo que nos informan a los lectores que Rut no recoge espigas por el derecho que le asistía a hacerlo, sino como un favor. Espigar era un recurso de indigentes, como hemos afirmado arriba. Pero Rut no quiere reivindicar ningún derecho, sólo busca un co-

16 –Aunque recoja entre los manojos de
espigas, no la molesten, más aún, saquen
algunas espigas del manojo y déjenlas caer,
y cuando ella las recoja, no le digan nada.
17 Rut estuvo recogiendo espigas en
aquel campo hasta la tarde; después des-
granó lo que había recogido y sacó cuaren-
ta y cinco kilos de cebada. 18 Se la cargó y
marchó al pueblo. Enseñó a su suegra lo
que había recogido. También sacó la comi-
da que le había sobrado y se la dio. 19 Su
suegra le preguntó:
–¿Dónde has ido a recoger espigas hoy
y con quién has trabajado? ¡Bendito el que
se ha interesado por ti!
Rut le contó:
–El hombre con el que he trabajado hoy
se llama Booz.
20 Noemí dijo a su nuera:
–Que el Señor le bendiga; el Señor, que
no deja de apiadarse de vivos y muertos.
Y añadió:
–Ese hombre es pariente nuestro, uno
de los que tienen que responder por noso-
tras.
21 Entonces Rut, la moabita siguió di-
ciendo:
–También me dijo que no me apartase
de sus servidores hasta que no acaben la
cosecha.
22 Y Noemí le dijo:
–Hija, es conveniente que salgas con sus
criadas, y así no te molestarán en otra par-
te.
23 De este modo, Rut siguió con las cria-
das de Booz, recogiendo espigas hasta aca-
bar la cosecha de la cebada y del trigo. Vi-
vía con su suegra.

La noche en el campo

3 1 Un día su suegra le dijo:
2 –Hija, tengo que buscarte un hogar
donde vivas feliz. Resulta que Booz, con
cuyas criadas has estado trabajando, es
pariente nuestro. Esta noche va a ir a al
campo a separar el grano de la paja. 3 Tú
lávate, perfúmate, ponte el manto y baja
allá. Que no te vea mientras come y bebe.
4 Y cuando se eche a dormir, fíjate dónde
se acuesta; vas, le destapas los pies y te

---

razón generoso que libremente se solidarice con ella y le permita recoger las espigas caídas.

El «destino», aunque previsto por Dios, la lleva a un campo de Booz. Acude a él cuando los segadores llevan ya varias horas trabajando. Booz se solidariza con la extranjera y ésta se tira a los pies del amo. Rut expresa gratitud y sorpresa por la protección que un hombre rico le proporciona, a ella que es mujer y además extranjera. Rut se merece dicha bendición por el amor y fidelidad a Noemí. Booz conforta a Rut y remedia todas sus necesidades, de la misma manera que Dios conforta a Israel. Booz toma bajo su protección a Rut. Los trabajadores de Booz no serán ya una amenaza para la pobre mujer. Booz remedia las necesidades inmediatas de Rut al ofrecerle agua y al integrarla como un miembro más de la familia durante la comida. No olvidemos que la comida es sagrada y participar en la comida es consolidar los lazos de amistad. Booz es un hombre generoso que proporciona a Rut más de lo que ella necesita.

Después que Rut ha majado su cebada, regresa al atardecer con una cosecha abundante. Booz ha cumplido parte de la bendición que él mismo había expresado (12). Pero el problema de Rut y Noemí aún no se soluciona. Rut sigue siendo una viuda, sin hijos y sin posibilidades de ser incorporada totalmente a la comunidad.

Rut regresa a casa con provisiones. Noemí reconoce la bendición de Dios a través del trabajo de Rut y bendice al hombre que se ha interesado por Rut. En este momento, Rut revela la identidad de su protector. Noemí vuelve a bendecir al Señor que no deja de apiadarse de vivos y muertos. Noemí reconoce que no es coincidencia que Rut hubiese ido a recoger en los campos de Booz, al contrario, reconoce e interpreta este evento como la presencia del Señor.

Al final del capítulo primero, Noemí se hacía llamar Mara –amarga–, porque se sentía rechazada por Dios y distante con Rut. Ahora Noemí habla de Rut como un miembro más de la familia y bendice al Señor por su fidelidad. Booz no solamente es pariente de Noemí y de Elimélec, Booz ahora también es pariente de Rut (2,20). Dios ha suscitado un «*go'el*», un «redentor» para estas dos mujeres que han confiado plenamente en el Dios de las personas extranjeras, viudas y pobres.

¿Reconocemos las bendiciones que Dios nos proporciona? ¿Reconocemos que Dios siempre está con la comunidad aun en los momentos más difíciles? ¿Agradecemos a Dios el don de la vida?

3,1-18 La noche en el campo. El capítulo tercero es muy similar al anterior. Los dos capítulos comienzan y terminan con un diálogo entre Noemí y Rut. En medio de los dos capítulos tenemos un diálogo entre Rut y Booz. En el capítulo segundo, la escena se desarrollaba en pleno día, en un lugar abierto –campo de Booz–, donde se tenían que seguir ciertas normas sociales entre Booz y Rut.

Ahora el autor nos sitúa en la arena opuesta, en plena noche y en un espacio privado. En esta escena

acuestas allí. Él te dirá lo que has de ha-
cer.
5 Rut respondió:
–Haré todo lo que me dices.
6 Después bajó al campo e hizo exacta-
mente lo que le había encargado su suegra.
7 Booz comió, bebió y se puso alegre.
Luego fue a acostarse a una orilla de la par-
va de cebada. Rut se acercó de puntillas, le
destapó los pies y se acostó.
8 A medianoche el hombre sintió un es-
calofrío, se incorporó y vio una mujer echa-
da a sus pies. 9 Preguntó:
–¿Quién eres?
Ella dijo:
–Soy Rut, tu servidora. Extiende tu man-
to sobre tu servidora, porque tienes dere-
cho a rescatarme casándote conmigo.
10 Él dijo:
–El Señor te bendiga, hija. Esta segunda
obra de caridad es mejor que la primera,
porque no te has buscado un pretendiente
joven, pobre o rico. 11 Bien, hija, no tengas
miedo, que haré por ti lo que me pidas; por-
que todos los del pueblo ya saben que eres
una mujer virtuosa. 12 Es verdad que a mí
me toca responder por ti, pero hay otro pa-
riente más cercano que yo. 13 Esta noche
quédate aquí, y mañana por la mañana, si
él quiere cumplir su deber familiar, que lo
haga enhorabuena; si él no quiere, lo haré
yo, ¡te lo juro! Acuéstate hasta la mañana.
14 Ella durmió a sus pies hasta la maña-
na, y se levantó cuando la gente todavía no
llega a reconocerse, porque Booz no quería
que supiesen que la mujer había ido a ese
lugar.
15 Booz le dijo:
–Trae el manto y mantenlo bien abierto.
Le midió seis medidas de cebada, la
ayudó a cargarlas y Rut volvió al pueblo.
16 Al llegar a casa de su suegra, ésta le pre-
guntó:
–¿Qué tal, hija?
Rut le contó lo que Booz había hecho
por ella, 17 y añadió:
–También me regaló estas seis medidas
de cebada, diciéndome: No vas a volver a
casa de tu suegra con las manos vacías.
18 Noemí le dijo:
–Quédate tranquila, hija, hasta que se-
pas cómo se arregla todo esto; que él no
descansará hasta resolver hoy mismo este
asunto.

La boda
(Dt 25,5-10)

4 1 Booz, por su parte, fue a la plaza del
pueblo y se sentó allí. En aquel mo-
mento pasaba por allí el pariente del que
había hablado Booz. Lo llamó:
–Oye, fulano, ven y siéntate aquí.
El otro llegó y se sentó.
2 Booz reunió a diez ancianos y les dijo:
–Siéntense aquí.

---

no existe la necesidad estricta de seguir las normas impuestas por el género, la nacionalidad, la edad y clase. Rut y Booz interactúan de una manera muy diferente. Rut nuevamente es la que inicia y toma decisiones, Booz simplemente reacciona a las propuestas de Rut. El autor ha creado un ambiente de misterio, de secretos y de ambigüedad entre los dos personajes. Rut sabe más que Booz. ¡Escándalo para la audiencia! Noemí que en el capítulo anterior estaba resignada a un futuro incierto, ahora emerge astutamente con un plan –aunque peligroso– que puede asegurarles la vida. Noemí le da ciertas instrucciones a Rut, y ésta fiel a su suegra las cumple «al pie de la letra».

Una vez que Booz come y bebe, tal y como había predicho Noemí, el autor nos informa de otro detalle: «Booz comió, bebió y se puso alegre» (7). La borrachera de Booz ayudará a los planes de estas intrépidas mujeres. De pronto despierta y se encuentra a Rut. Booz no cumple con el rol que ha dicho Noemí, no sabe qué hacer ni qué decir. Ante la indecisión e ignorancia de Booz, Rut toma la iniciativa y le ordena la obligación que tiene para con ella y para con Noemí. Booz acepta ser el «redentor» y «salvador» de estas dos mujeres. Rut llega a casa, le reporta todo lo que sucedió a Noemí, y ésta conforta a Rut. Noemí nos anticipa el desenlace de esta historia porque sabe que Booz no descansará hasta que se resuelva enseguida la situación de ella y de Rut.

4,1-21 La boda. Este último capítulo presenta la solución del caso jurídico planteado en el capítulo anterior, la culminación del romance y el desenlace general del drama de Noemí y de Rut. Los acontecimientos tienen lugar en la plaza del pueblo y se desarrollan en forma de acto oficial. Después, se narra el matrimonio de Booz y de Rut y el nacimiento de su hijo Obed. El libro concluye con la genealogía de David.

Muy de mañana, como había prometido a Rut (3,13), Booz se dirige a la plaza del pueblo y se sienta allí. En la antigüedad, la plaza era el punto obligado de reunión, ahí se resolvían y se discutían los casos jurídicos. La plaza, al igual que el mercado, eran espacios abiertos, donde los hombres interactuaban y socializaban entre ellos. Por tal motivo, la plaza también

Y se sentaron.
3 Entonces Booz dijo al otro:
–Noemí ha vuelto de los campos de
Moab y ha puesto en venta la tierra que era
de nuestro pariente Elimélec. **4** He querido
ponerte al tanto y decirte: Cómprala ante
los aquí presentes, los ancianos, si es que
quieres rescatarla, y si no, dímelo; porque
tú eres el primero con derecho a rescatarla
y yo vengo después de ti.
El otro dijo:
–La compro.
5 Booz prosiguió:
–Al comprarle esa tierra a Noemí ad-
quieres también a Rut, la moabita, esposa
del difunto, con el fin de conservar el ape-
llido del difunto junto con su herencia.
6 Entonces el otro dijo:
–No puedo hacerlo, porque perjudicaría
a mis herederos. Te cedo mi derecho; a mí
no me es posible.
7 Antiguamente había esta costumbre en
Israel, cuando se trataba de rescate o de
una compra-venta: para cerrar el trato se
quitaba uno la sandalia y se la daba al otro.
Así se hacían los tratos en Israel.
8 Así que el otro dijo a Booz:
–Cómpralo tú.
Se quitó la sandalia y se la dio. **9** Y en-
tonces Booz dijo a los ancianos y a la gen-
te:
–Hoy los tomo por testigos de que ad-
quiero todas las posesiones de Elimélec,
Kilión y Majlón de manos de Noemí, **10** y de
que adquiero como esposa a Rut, la moabi-
ta, mujer de Majlón, con el fin de conservar
el apellido del difunto junto con su heren-
cia, para que no desaparezca el apellido del
difunto entre sus parientes, ni sea olvidado
en este pueblo. ¿Son testigos?
11 Todos los allí presentes respondieron:
–Somos testigos.
Y los ancianos añadieron:
–¡Que a la mujer que va a entrar en tu
casa la haga el Señor como Raquel y Lía,
las dos que construyeron la casa de Israel!
¡Que tengas riqueza en Efrata y renombre
en Belén! **12** ¡Que por los hijos que el Señor
te dé de esta joven tu casa sea como la de
Fares, el hijo que Tamar dio a Judá!
13 Así fue como Booz se casó con Rut.
Se unió a ella; el Señor hizo que Rut conci-
biera y diese a luz un hijo.
14 Las mujeres dijeron a Noemí:
–Bendito sea Dios, que te ha dado hoy
quien responda por ti. El nombre del difun-
to se pronunciará en Israel. **15** Y el niño te
será un descanso y una ayuda en tu vejez;
porque te lo ha dado a luz tu nuera, la que
tanto te quiere, que te vale más que siete
hijos.
16 Noemí tomó al niño, lo puso en su re-

---

era el sitio ideal para encontrarse con cualquier hombre en las antiguas poblaciones orientales. Cuando Booz ve pasar al pariente más próximo, le llama y le invita a sentarse a su lado. El autor no menciona el nombre del pariente más próximo de Elimélec, posiblemente porque se trate de un personaje secundario –como la mayoría de los hombres que aparecen en la narración–, de la que sólo interesa la renuncia pública a sus derechos. Booz quiere hacer todo legal, por eso convoca a diez ancianos de la comunidad para que actúen como testigos cualificados del acto público que se va a celebrar.

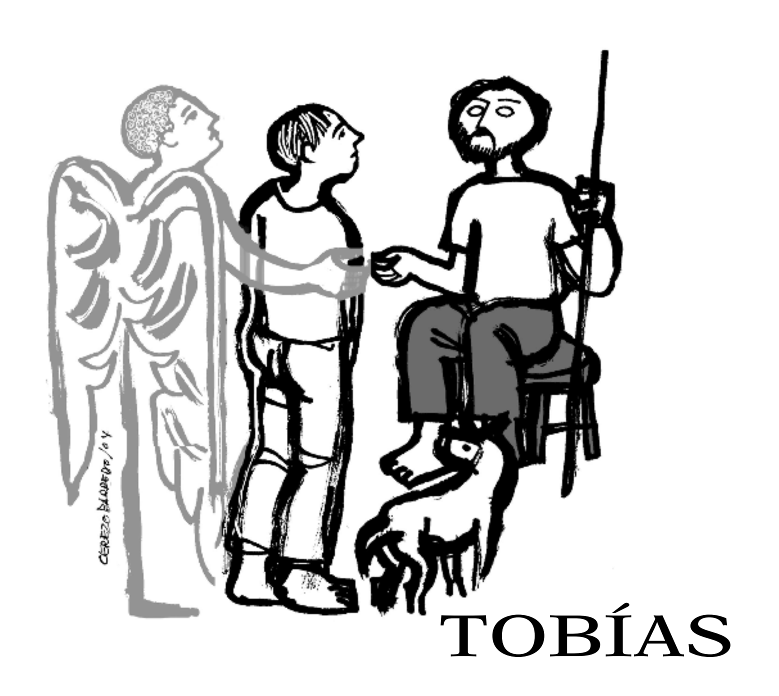
Booz comienza astutamente tratando el tema del campo que se debía rescatar, sin mencionar a la «moabita» y el pariente decide comprar el campo, pero se echa atrás porque la moabita le perjudicaría sus intereses propios y los de su familia. Como gesto simbólico de la renuncia a sus derechos, el pariente se quitó la sandalia y se la dio a Booz (Dt 25,7-10). Entonces Booz declaró solemnemente ante los testigos que asumía todas las responsabilidades. Los ancianos bendicen a Booz por su generosidad, y evocan a las matriarcas de Israel: Raquel y Lía. También evocan e invocan a Tamar, quizás porque es extranjera como Rut. Según las Escrituras Hebreas solamente en Tamar y en Rut se cumple la ley del levirato.

El coro de mujeres que había intervenido al principio (1,19) para constatar la aflicción y desolación de Mara lo hace ahora para glorificar al Dios de las viudas y extranjeras, porque ha resuelto todas las dificultades. El acto de colocar al niño en el regazo nos recuerda el ritual de adopción (Gn 30,3-8, 48,5-12; 50,23). A través del niño Obed –servidor–, estas valerosas y fieles mujeres entran en la historia de la salvación, no solamente por ser antecesoras del rey David, sino por ser antecesoras de Jesús.

Concluye aquí la historia de Rut y de Noemí que, a pesar del ambiente de indiferencia y desamparo que les rodea, siguen siendo modelo para nuestra comunidad cristiana. En la lucha de Noemí y de Rut por la vida, nuestra comunidad puede ver reflejada su misma lucha. En Rut y en Noemí nuestras mujeres deben de emerger como sujetos y valorar su género en la Iglesia. En la historia de Rut y de Noemí, los hombres tenemos un modelo para aprender a valorar y a caminar con nuestras hermanas, las abuelas, las viudas, las vírgenes que confían plenamente en el Dios de la Vida.

gazo y se encargó de criarlo. 17 Las vecinas
le buscaban un nombre, diciendo:
–¡Noemí ha tenido un niño!
Y le pusieron por nombre Obed. Fue el
padre de Jesé, padre de David.
18 Lista de los descendientes de Fares:
Fares engendró a Jesrón, 19 Jesrón engen-
dró a Ram, Ram engendró a Aminadab,
20 Aminadab engendró a Najsón, Najsón
engendró a Salmá, 21 Salmá engendró a
Booz, Booz engendró a Obed, Obed engen-
dró a Jesé y Jesé engendró a David.





TOBÍAS

El libro. El libro de Tobías ha sido alabado por muchos comentadores de otros tiempos como lectura devota de familias cristianas; hoy no nos atrevemos a compartir semejante juicio. De hecho le costó afirmarse como libro canónico y, después, fue negado como tal por los reformadores protestantes. El argumento pudo ser entretenido y sorprendente, pero el autor no ha sabido desarrollarlo.

Es acertado el montaje paralelo del capítulo 4 y la no revelación de la personalidad del ángel; pero el ángel abusa de su saber para adelantar lo que va a suceder, matando periódicamente el interés narrativo. Hay una escena divertida, de humor macabro (8); algunos detalles pintorescos animan periódicamente el relato. Nos molesta la falta de tensión dramática, el fácil recurso a lo maravilloso, los discursos y plegarias insistentes, el re-

curso a las lágrimas para expresar la emoción. Son convenciones de época que hoy no funcionan.

Tobit llega a interesarnos. Rafael es como una «domesticación» de lo angélico, quiero decir que su misión pasa de la gran historia a un asunto familiar. Tobías es casi un antipersonaje, puesto para hacer preguntas y recibir instrucciones del ángel; sin haber luchado ni vencido, llega al colmo de la felicidad cuando hereda a padres y suegros.

Época y autor. El libro parece escrito durante la era helenística, quizá bien entrado el s. III a.C. El autor es desconocido. Tiene todas las trazas de ser traducción griega de un original semítico, probablemente hebreo. La dicción es poco feliz y da la impresión de que ese defecto no se debe exclusivamente al traductor.

Mensaje religioso. La espiritualidad del libro se inscribe bajo el lema de la «observancia». Tobit realiza actos heroicos enterrando a sus compatriotas; pero da la impresión de que para el autor no era menos importante lavarse las manos antes de comer. La estima de la limosna es notable, pero no menos se aprecian las riquezas que acarrea. La preocupación por casarse dentro de la familia parece excesiva, la boda es ante todo una cuestión legal. Varias veces se cita un precepto o se alude a él para justificar alguna acción del libro, que de este modo se convierte en ilustración narrativa de la Ley.

Por otra parte, las oraciones expresan una piedad auténtica de agradecimiento y confianza en Dios. El hijo sana al padre devolviéndole la luz que es la vida. Como continuidad de la familia, encarna la comunidad de la tribu, de la nación. El ángel establece, en función del pueblo, la bendición genesíaca y patriarcal de la fecundidad. Sara es como una matriarca amenazada, la mujer predestinada que espera al varón.



El destierro y la diáspora nada podrán contra los vínculos de lealtad a Dios, a su ley, a los compatriotas. En el confín de la esperanza, emerge Jerusalén.

Vida y milagros de un deportado

1 1 Historia de Tobit, hijo de Tobiel, hijo
de Ananiel, hijo de Aduel, hijo de Ga-
bael, de la familia de Asiel, de la tribu de
Neftalí, 2 deportado desde Tisbé –al sur de
Cades de Neftalí, en la alta Galilea, por en-
cima de Jasor, detrás de la ruta occidental,
al norte de Fegor– durante el reinado de
Salmanasar, rey de Asiria.
3 Yo, Tobit, procedí toda mi vida con sin-
ceridad y honradez, e hice muchas limos-
nas a mis parientes y compatriotas depor-
tados conmigo a Nínive, en el país de los
Asirios.
4 De joven, cuando estaba en Israel, mi
patria, toda la tribu de nuestro padre Nefta-
lí se separó de la casa de David y de Jeru-
salén, la ciudad elegida entre todas las tri-
bus de Israel como lugar de sus sacrificios,
en la que había sido edificado y consagrado
a perpetuidad el templo, morada de Dios.
5 Todos mis parientes, y la tribu de nues-
tro padre Neftalí, ofrecían sacrificios al ter-
nero que Jeroboán, rey de Israel, había
puesto en Dan, en la serranía de Galilea;
6 mientras que muchas veces yo era el úni-
co que iba a las fiestas de Jerusalén, como
se lo prescribe a todo Israel una ley perpe-
tua. Yo corría a Jerusalén con las primicias
de los frutos y de los animales, con los diez-
mos del ganado y la primera lana de las
ovejas, 7 y lo entregaba a los sacerdotes, hi-
jos de Aarón, para el culto; el diezmo del
trigo y del vino, del aceite, de las granadas,
de las higueras y demás árboles frutales se
lo daba a los levitas que oficiaban en Jeru-
salén. El segundo diezmo lo cambiaba en
dinero, juntando lo de seis años, y cuando
iba cada año a Jerusalén lo gastaba allí.
8 El tercer diezmo lo daba cada tres años a
los huérfanos, a las viudas y a los extranje-
ros que convivían con los israelitas. Lo co-
míamos según lo ordenado en la Ley de
Moisés acerca de los diezmos, y según el
encargo de Débora, madre de mi abuelo
Ananiel, porque mi padre murió, dejándo-
me huérfano.
9 De mayor, me casé con una mujer de
mi familia llamada Ana; tuve con ella un
hijo y le puse de nombre Tobías.
10 Cuando me deportaron a Asiria como
cautivo, vine a Nínive. Todos mis parientes
y compatriotas comían manjares de los
gentiles, 11 pero yo me guardé muy bien de
hacerlo. 12 Y como yo tenía muy presente a
Dios, 13 el Altísimo hizo que me ganara el
favor de Salmanasar, y llegué a ser el en-
cargado de sus compras. 14 Hasta que mu-
rió, yo solía ir a Media, y allí hacía las com-
pras en casa de Gabriel, hijo de Gabri, en
Ragués de Media, y allí dejé en depósito
unas bolsas con trescientos kilos de plata.
15 Cuando murió Salmanasar, su hijo Se-
naquerib le sucedió en el trono. Las rutas
de Media se cerraron y ya no pude volver
allá.
16 En tiempo de Salmanasar hice mu-
chas limosnas a mis compatriotas: 17 di mi
pan al hambriento y mi ropa al desnudo, y
si veía a algún israelita muerto y arrojado
tras la muralla de Nínive, lo enterraba.
18 Así, enterré a los que mató Senaquerib
cuando tuvo que huir de Judea, después
del castigo que recibió del Rey del cielo a

1,1-22 Vida y milagros de un deportado. Después de la rigurosa e imprescindible presentación genealógica, el personaje central del libro hace, en primera persona, la presentación de sus propias virtudes, que nos recuerda al fariseo que entra al templo para dar gracias a Dios por lo «bueno» que era, porque «no era como los demás» (Lc 18,9-14). Este recurso es importante para el autor, y al parecer era algo que esperaban sus lectores, precisamente porque quiere demostrar que fuera de las fronteras judías, el verdadero israelita debe mantener su comportamiento acorde con su fe, adaptándose a los lugares donde vive, pero no asimilándose en sus costumbres ni en el descuido espiritual y moral en que supuestamente viven los paganos.

La manera externa como el judío piadoso manifestaba sus convicciones de fe era la práctica de la limosna, el ayuno y la oración. Pero estamos todavía en una época en la cual se creía que estas prácticas de por sí sumaban méritos suficientes para llamarse a sí mismo «bueno» delante de los demás y, al mismo tiempo, deberían ser recompensadas por Dios a través de la multiplicación de los bienes materiales, el bienestar corporal y la abundancia de hijos. Estamos, pues, demasiado lejos todavía del auténtico concepto de la gracia por la cual apuesta Jesús cuando insta a sus discípulos a una «justicia superior» (Mt 5,20) y que en la reflexión teológica cristiana posterior se considera como teología de la gracia.

causa de sus blasfemias. Lleno de cólera,
Senaquerib mató a muchos israelitas; yo
recogí los cadáveres y los enterré a es-
condidas; él mandó buscarlos, pero no apa-
recieron. 19 Un ninivita fue a denunciarme
ante el rey, diciéndole que era yo el que los
había enterrado. Me escondí, y cuando
supe que el rey estaba informado y que me
buscaban para matarme, huí lleno de mie-
do. 20 Entonces me quitaron todos los bie-
nes; se lo llevaron todo para el tesoro real y
me dejaron únicamente a mi mujer, Ana, y
mi hijo, Tobías.
21 No habían pasado cuarenta días cuan-
do Senaquerib fue asesinado por sus dos
hijos que huyeron a los montes de Ararat.
Su hijo Asaradón le sucedió en el trono.
Asaradón puso a Ajicar, hijo de mi herma-
no Anael, al frente de la contabilidad y la
administración general del reino.
22 Ajicar intercedió por mí y pude volver
a Nínive. Durante el reinado de Senaquerib
de Asiria, Ajicar había sido copero mayor,
canciller, tesorero y contador, y Asaradón
lo repuso en sus cargos. Ajicar era de mi fa-
milia, era sobrino mío.

La desgracia de Tobit

2 1 Durante el reinado de Asaradón re-
gresé a casa; me devolvieron a mi
mujer, Ana, y a mi hijo, Tobías. En nuestra
fiesta de Pentecostés, que es la fiesta de las
Semanas, me prepararon una buena comi-
da. 2 Cuando me puse a la mesa, llena de
platos variados, dije a mi hijo, Tobías:
–Hijo, ve a buscar entre nuestros her-
manos deportados de Nínive, uno que se
acuerde de Dios con toda el alma, y tráelo
para que coma con nosotros. Te espero,
hijo, hasta que vuelvas.
3 Tobías marchó a buscar a algún is-
raelita pobre, y cuando volvió, me dijo:
–Padre.
Respondí:
–¿Qué pasa, hijo?
Agregó:
–Padre, han asesinado a un israelita. Lo
han estrangulado hace un momento, y lo
han dejado tirado ahí, en la plaza.
4 Yo me levanté rápidamente, dejé la co-
mida sin haberla probado, recogí el cadáver
de la plaza y lo metí en una habitación para
enterrarlo cuando se pusiera el sol. 5 Cuan-
do volví, me lavé y comí entristecido, 6 re-
cordando la frase del profeta Amós contra
Betel: Sus fiestas se convertirán en duelo y
todos sus cantos en lamentaciones. Y lloré.
7 Cuando se puso el sol, fui a cavar una fosa
y lo enterré.
8 Los vecinos se me reían:
–¡Ya no tiene miedo! Lo anduvieron bus-
cando para matarlo por eso mismo, y en-
tonces se escapó; y ahora ahí está, ¡otra
vez enterrando a los muertos!
9 Aquella noche, después del baño, fui al
patio y me acosté junto a la pared, con la
cabeza descubierta porque hacía calor;
10 yo no sabía que en la pared, encima de
mí, había un nido de gorriones; su excre-
mento caliente me cayó en los ojos y se me
formaron nubes. Fui a los médicos para
que me sanaran; pero cuantos más un-
güentos me daban, más perdía la vista,
hasta que quedé completamente ciego.
Estuve sin vista cuatro años. Todos mis pa-
rientes se apenaron por mi desgracia, y Aji-
car me cuidó dos años, hasta que marchó a
Elimaida.
11 En aquella situación, mi mujer, Ana,
se puso a hacer labores femeninas para ga-
nar dinero. 12 Los clientes le daban el im-
porte cuando les llevaba la labor termina-
da; el siete de marzo, al acabar un tejido y
mandárselo a los clientes, éstos le dieron el

2,1–3,6 La desgracia de Tobit. Sobre Tobit se abaten las desgracias en tres olas sucesivas: la fiesta turbada, la pérdida de la vista, la pérdida de la paz familiar. La primera provoca los comentarios burlones de los vecinos, la segunda excita la compasión de los parientes y la tercera hace estallar los reproches de su mujer. El primer comentario podría debilitar la fe de Tobit si la Escritura recordada no fortificara su convicción (2,5). El tercero, que afronta el problema de la retribución, pone a dura prueba la fe de Tobit (2,14). De la profundidad de su dolor brotará la súplica del capítulo 3. El relato procede con fluidez, velocidad y eficacia. En este capítulo, con la plegaria de 3,1-6, confluyen dos influjos patentes: El de Job, honrado e inocente, sobre quien se abaten desgracias; y las confesiones postexílicas, que en boca de un inocente adquieren nuevo sentido. Con esto se aclara la función del capítulo precedente. Tenía que quedar claro que Tobit es inocente, que sufre sin culpa, que es probado por Dios y supera la prueba. El principio de la retribución no actúa inmediata ni mecánicamente.

importe íntegro y le regalaron un cabrito
para que lo trajese a casa. 13 Cuando llegó,
el cabrito empezó a balar. Yo llamé a mi
mujer, y le dije:
–¿De dónde viene ese cabrito? ¿No será
robado? Devuélveselo al dueño, que no po-
demos comer nada robado.
14 Ana me respondió:
–Es un regalo que me hicieron, además
de la paga.

Pero yo no le creía, y abochornado por
su acción, insistí en que se lo devolviera al
dueño. Entonces me replicó:
–Y, ¿dónde están tus limosnas? ¿Dónde
están tus obras de caridad? ¡Ya ves lo que
te pasa!

3 1 Profundamente afligido, sollocé, me
eché a llorar y empecé a rezar entre
sollozos:

2 Señor, tú eres justo; todas tus obras son justas;
tú actúas con misericordia y lealtad,
tú eres el juez del mundo.
3 Tú, Señor, acuérdate de mí y mírame;
no me castigues por mis pecados y mis errores
ni por los que mis padres cometieron delante de ti.
4 Ellos desoyeron tus mandamientos.
Y tú nos entregaste al saqueo, al destierro y a la muerte,
nos has hecho refrán, comentario y burla
de todas las naciones donde nos has dispersado.
5 Sí, todas tus sentencias son justas
cuando me tratas así por mis pecados,
porque no hemos cumplido tus mandatos
ni hemos procedido lealmente en tu presencia.
6 Haz ahora de mí lo que te guste.
Manda que me quiten la vida,
y desapareceré de la faz de la tierra
y en tierra me convertiré.
Porque más me vale morir que vivir
después de oír ultrajes que no merezco
y verme invadido de tristeza.
Manda, Señor, que yo me libre de esta prueba;
déjame marchar a la eterna morada
y no me apartes tu rostro, Señor.
Porque más me vale morir que vivir
pasando esta prueba y escuchando tales ultrajes.

La desgracia de Sara

7 Aquel mismo día, Sara, la hija de Ra-
güel, el de Ecbatana de Media, tuvo que so-
portar también los insultos de una criada de
su padre; 8 porque Sara se había casado
siete veces, pero el maldito demonio As-
modeo fue matando a todos los maridos,
uno después de otro, cuando iban a unirse
a ella. La criada le dijo:
–Eres tú la que matas a tus maridos. Te
han casado ya con siete y no llevas el ape-
llido ni siquiera de uno. 9 Que tus maridos

3,7-17 La desgracia de Sara. Aparece en lugar diferente pero simultáneamente, otro personaje que tiene motivos suficientes para estar afligido y triste. Se trata de Sara, una piadosa judía que en siete matrimonios no ha podido consumar ni uno, pues un demonio, Asmodeo, ha ido matando a cada marido en el momento de la unión marital. La joven es duramente criticada por alguien del servicio doméstico, lo cual es considerado por ella como una humillación y, en el mismo tono que Tobit, se dirige a Dios para pedirle fervientemente ser quitada del mundo de los vivos. La oración de ambos conmueve a Dios y el autor nos anticipa que, como efecto de sus súplicas, un ángel vendrá a encargarse de ambos creyentes (16s).

Una lectura superficial nos llevaría a ver en Tobit y en Sara actitudes desesperadas, pues ambos desean

hayan muerto no es razón para que nos
castigues. ¡Ve a reunirte con ellos! ¡Y que
jamás veamos ni un hijo ni una hija tuyos!
10 Entonces Sara, profundamente afligi-
da, se echó a llorar y subió al piso de arri-
ba de la casa, con intención de ahorcarse.
Pero lo pensó otra vez, y se dijo:

–¡Van a echárselo en cara a mi padre! Le
dirán que la única hija que tenía, tan queri-
da, se ahorcó al verse hecha una desgra-
ciada. Y mandaré a la tumba a mi anciano
padre de puro dolor. Será mejor no ahor-
carme, sino pedir al Señor la muerte, y así
ya no tendré que oír más insultos.

11 Extendió las manos hacia la ventana y rezó:
Bendito eres, Dios misericordioso.
Bendito tu nombre por los siglos.
Que te bendigan todas tus obras por los siglos.
12 Hacia ti levanto ahora mi rostro y mis ojos.
13 Manda que yo desaparezca de la tierra
para no oír más insultos.
14 Tú sabes, Señor, que me conservo limpia
de todo pecado con varón,
15 conservo limpio mi nombre
y el de mi padre, en el destierro.
Soy hija única; mi padre no tiene
otro hijo que pueda heredarlo,
ni pariente próximo, o de la familia,
con quien poder casarme.
Ya se me han muerto siete,
¿para qué vivir más?
Si no quieres matarme, Señor, escucha cómo me insultan.

16 En el mismo momento, el Dios de la
gloria escuchó la oración de los dos, 17 y
envió a Rafael para sanarlos: a Tobit, lim-
piándole la vista, para que pudiera ver la luz
de Dios, y a Sara, la de Ragüel, dándole
como esposa a Tobías, hijo de Tobit, y li-
brándola del maldito demonio Asmodeo.
Porque Tobías tenía más derecho a casarse
con ella que todos los pretendientes. En el
mismo momento Tobit pasaba del patio a
casa y Sara de Ragüel bajaba del piso de
arriba.

Consejo de Tobit a su hijo

4 1 Aquel día Tobit se acordó del dinero
que había depositado en casa de Ga-
bael, en Ragués de Media, 2 y pensó para
sus adentros: He pedido la muerte. ¿Por
qué no llamo a mi hijo Tobías y le informo
sobre ese dinero antes de morir? 3 Entonces
llamó a su hijo Tobías, y cuando se presen-
tó, le dijo:

–Entiérrame. No descuides a tu madre.
Respétala toda la vida, tenla contenta y no
le des disgustos. 4 Acuérdate de los muchos
peligros que pasó cuando te llevaba en el
seno. Y cuando muera, entiérrala junto a mí
en la misma sepultura.

5 Hijo, acuérdate del Señor toda la vida.
No consientas en pecado ni quebrantes sus
mandamientos. Realiza obras de caridad
toda tu vida y no sigas el camino de la in-
justicia.

6 Si procedes rectamente, te irán bien
tus negocios.

---

su propia muerte para verse libres de sus tribulaciones y, sobre todo, de los reproches e injurias de amigos y parientes. Pero la realidad es que ambas plegarias dejan traslucir un profundo espíritu de fe, humildad y conformidad con la voluntad de Dios. Esas expresiones un poco desesperanzadas están pronunciadas más por vía de desahogo que por falta de fe. En el caso de Tobit, su preocupación desborda en ocasiones el ámbito de lo personal para interesarse por el pueblo en general.

4,1-21 Consejos de Tobit a su hijo. Lo único que espera Tobit es la muerte, y esta perspectiva lo hace pensar en su hijo y en su futuro. Como buen padre, Tobit recomienda a su hijo una vida ejemplar. Podría-

7 Da limosna de tus bienes a toda la gente honrada y no seas tacaño en tus limosnas. Si ves un pobre, no vuelvas el rostro, y Dios no te apartará su rostro.

8 Haz limosna en proporción a lo que tienes; si tienes poco, no temas dar de lo poco
que tienes. 9 Así guardarás un buen tesoro
para el tiempo de necesidad. 10 Porque la limosna libra de la muerte y no deja caer en
las tinieblas. 11 Los que hacen limosna presentan al Altísimo una buena ofrenda.

12 Guárdate, hijo, de toda unión ilegítima.

Para casarte, busca primero una mujer de tu familia; no te cases con una que no sea de nuestra tribu, porque somos hijos de profetas. Recuerda, hijo, que ya antiguamente nuestros antepasados, Noé, Abrahán, Isaac y Jacob tomaron esposas de entre sus parientes, y recibieron la bendición de los hijos, y su descendencia heredará la tierra.

13 Bien, hijo, ama a tus parientes y no te creas más que los hijos e hijas de tu pueblo, rehusando tomar esposa de entre ellos; porque la soberbia trae perdición e intranquilidad.

La pereza lleva a la decadencia y a la miseria, porque la pereza es madre del hambre.

14 No retengas ni una noche el jornal de tu obrero. Dáselo en seguida, que si sirves a Dios, él te lo pagará.

Ten cuidado, hijo, en todo lo que haces
y pórtate siempre con educación. 15 No hagas a otro lo que a ti no te agrada.

No bebas hasta embriagarte; que la embriaguez no te acompañe en el camino.

16 Da tu pan al hambriento y tu ropa al desnudo. Da de limosna cuanto te sobre y no seas tacaño en tus limosnas.

17 Ofrece tu pan sobre la tumba de los justos y no lo des a los pecadores.

18 Pide consejo al sensato y no desprecies un consejo útil.

19 Bendice a Dios en toda ocasión; pídele que dirija tus pasos y que todos tus caminos y todos tus proyectos lleguen a feliz término. Porque no todas las naciones aciertan en sus proyectos. Es el Señor quien da los bienes a quien quiere y humilla a quien quiere.

Bien, hijo, recuerda estas normas, que no se te borren de la memoria.

20 Y ahora te comunico que en casa de Gabael, hijo de Gabri, en Ragués de Media, dejé en depósito trescientos kilos de plata.
21 No te apures porque seamos pobres; si temes a Dios, huyes de todo pecado y haces lo que le agrada al Señor, tu Dios, tendrás muchas riquezas.

El guía desconocido

5 1 Tobías respondió a su padre, Tobit:
–Padre, haré lo que me has dicho.
2 Pero, ¿cómo podré recuperar ese dinero de Gabael, si ni él me conoce ni yo a él? ¿Qué contraseña puedo darle para que me reconozca y se fíe de mí y me dé el dinero? Además, no conozco el camino de Media.

3 Tobit le dijo:

–Gabael me dio un recibo, y yo le di el mío; firmamos los dos el contrato, después lo rompí por la mitad y tomamos cada uno una parte, de modo que una quedó con el dinero. ¡Ya hace veinte años que dejé en depósito ese dinero! Bien, hijo, búscate un

---

mos decir que le transmite una especie de testamento espiritual que gira en torno a los deberes que un buen israelita debe realizar: deberes de buen hijo (3s); la práctica de la honradez (5-7a); la práctica de la limosna (7b-11); otras relaciones con el prójimo (1-17); lo referente al matrimonio (12s) y la búsqueda de la sabiduría (18s). El encuentro de padre e hijo concluye con la revelación de Tobit sobre el dinero que posee en otra ciudad distante, a la cual tendrá que viajar Tobías para traerlo a casa.

5,1-23 El guía desconocido. A partir de este momento interviene en forma directa la mediación divina, encarnada en un extraño personaje que desafortunadamente el narrador identifica de inmediato como el ángel Rafael, quien se hace el encontradizo con Tobías. Ni Tobías ni su padre caen en la cuenta que se trata de un enviado de Dios, pero a partir de ahora todo saldrá bien, sin ningún tipo de inconveniente, pues la presencia del ángel hace que todo se resuelva fácil y favorablemente. Sería la manera de decir que «a quien anda con Dios todo le sale bien», pero podría haberse hecho de una manera menos obvia y un poco más realista, pues en la cotidianidad de la vida, aunque nuestro propósito sea siempre «caminar con Dios», hay siempre desvíos, tropiezos, incertidumbres, dudas y hasta fracasos que por fortuna son ingredientes que ayudan a madurar la fe. Por aquí se podría entender la ceguera de Tobit y, por qué no, la de Pablo de Tarso (Hch 9,7-9). Es lo que los grandes místicos denominan la «noche oscura».

hombre de confianza que pueda acompa-
ñarte, y le pagaremos por todo lo que dure
el viaje. Vete a recuperar ese dinero.
4 Tobías salió a buscar un guía experto
que lo acompañase a Media. Cuando salió
se encontró con el ángel Rafael, parado;
pero no sabía que era un ángel de Dios. 5 Le
preguntó:
–¿De dónde eres, buen hombre?
Respondió:
–Soy un israelita compatriota tuyo y he
venido aquí buscando trabajo.
Tobías le preguntó:
–¿Sabes por dónde se va a Media?
6 Rafael le dijo:
–Sí. He estado allí muchas veces y co-
nozco muy bien todos los caminos. He ido
a Media con frecuencia, parando en casa
de Gabael, uno de nuestros hermanos que
vive en Ragués de Media. Ragués está a
dos días enteros de camino desde Ecbata-
na, porque queda en la montaña.
7 Entonces Tobías le dijo:
–Espérame aquí, buen hombre, mientras
voy a decírselo a mi padre. Porque necesi-
to que me acompañes; ya te lo pagaré.
8 El otro respondió:
–Bueno, espero aquí, pero no te en-
tretengas.
9 Tobías fue a informar a su padre, Tobit:
–Mira, he encontrado a un israelita com-
patriota nuestro.
Tobit le dijo:
–Llámamelo, que yo me entere de qué
familia y de qué tribu es, y a ver si es de
confianza para acompañarte, hijo.
10 Tobías salió a llamarlo:
–Buen hombre, mi padre te llama.
Cuando entró, Tobit se adelantó a salu-
darlo. El ángel le respondió:
–¡Que tengas salud!
Pero Tobit comentó:
–¿Qué salud puedo tener? Soy un ciego
que no ve la luz del día. Vivo en la oscuri-
dad, como los muertos, que ya no ven la
luz. Estoy muerto en vida: oigo hablar a la
gente, pero no la veo.
El ángel le dijo:
–Ánimo, Dios te sanará pronto; ánimo.
Entonces Tobit le preguntó:
–Mi hijo Tobías quiere ir a Media. ¿Po-
drías acompañarlo como guía? Yo te lo pa-
garé, amigo.
Él respondió:
–Sí. Conozco todos los caminos. He ido
a Media muchas veces, he atravesado sus
llanuras y sus montañas; sé todos los cami-
nos.
11 Tobit le preguntó:
–Amigo, ¿de qué familia y de qué tribu
eres? Dímelo.
12 Rafael respondió:
–¿Qué falta te hace saber mi tribu?
Tobit dijo:
–Amigo, quiero saber exactamente tu
nombre y apellido.
13 Rafael respondió:
–Soy Azarías, hijo del ilustre Ananías,
compatriota tuyo.
14 Entonces Tobit le dijo:
–¡Seas bienvenido, amigo! No te me en-
fades si he querido saber exactamente de
qué familia eres. Ahora resulta que tú eres
pariente nuestro, y de muy buena familia.
Yo conozco a Ananías y a Natán, los dos hi-
jos del ilustre Semeyas. Iban conmigo a
adorar a Dios en Jerusalén, y no se han
apartado del buen camino. Los tuyos son
buena gente. Bienvenido, hombre; eres de
una familia excelente.
15 Y añadió:
–Te daré como paga una dracma diaria
y tendrás todo lo que necesites, lo mismo
que mi hijo. 16 Acompáñale, y ya añadiré
algo a la paga.
17 Rafael respondió:
–Lo acompañaré. No tengas miedo: sa-
nos marchamos y sanos volveremos; el ca-
mino es seguro.
Tobit le dijo:
–Amigo, Dios te lo pague.
Luego llamó a Tobías y le habló así:
–Hijo, prepara el viaje y vete con tu pa-
riente. Que el Dios del cielo los proteja allá
y los traiga de nuevo sanos y salvos. Que
su ángel los acompañe con su protección,
hijo.
Tobías besó a su padre y a su madre y
emprendió la marcha, mientras Tobit le de-
cía:
–¡Buen viaje!
18 Pero la madre se echó a llorar, y dijo a
Tobit:
–¿Por qué has mandado a mi hijo? ¡Él,
que era nuestro apoyo, que lo teníamos
siempre cerca! 19 El dinero no es más que

dinero, es basura en comparación con nuestro hijo. 20 ¡Nos bastaba vivir con lo que Dios nos daba!

21 Tobit le dijo:

–No te preocupes. Nuestro hijo ha marchado sano y salvo, y sano y salvo volverá. Lo verás con tus ojos el día que regrese sano y salvo. 22 No te preocupes ni temas por ellos, mujer, que un ángel bueno lo acompañará, le dará un viaje feliz y lo traerá sano y salvo.

23 Y ella dejó de llorar.

El viaje

6 1 Cuando salieron el muchacho y el ángel, el perro se fue con ellos. Caminaron hasta que se les hizo de noche, y acamparon junto al río Tigris. 2 El muchacho bajó hasta el río a lavarse los pies, y un pez enorme saltó del río intentando arrancarle un pie. Tobías dio un grito, 3 y el ángel le dijo:

–¡Agárralo, no lo sueltes!

Tobías sujetó al pez y lo sacó a tierra. 4 Entonces, el ángel le dijo:

–Ábrelo, quítale la hiel, el corazón y el hígado, y guárdalos, porque sirven como remedios; los intestinos, tíralos.

5 El chico abrió el pez y juntó la hiel, el corazón y el hígado; luego asó un trozo del pez, lo comió y saló el resto.

6 Siguieron su camino juntos hasta llegar a Media.

7 Entonces Tobías preguntó al ángel:

–Amigo Azarías, ¿qué remedios se sacan del corazón, del hígado y de la hiel del pez?

8 El ángel respondió:

–Si a un hombre o a una mujer le dan ataques de un demonio o un espíritu malo, se queman allí delante el corazón y el hígado del pez, y ya no le vuelven los ataques. 9 Y si uno tiene nubes en los ojos, se le unta con la hiel; luego se sopla, y se sana.

10 Habían entrado ya en Media, y estaban cerca de Ecbatana, 11 cuando Rafael dijo al chico:

–Amigo Tobías.

Él respondió:

–¿Qué?

Rafael dijo:

–Hoy vamos a hacer noche en casa de Ragüel. Es pariente tuyo, y tiene una hija llamada Sara. 12 Es hija única. Tú eres el pariente con más derecho a casarse con ella y a heredar los bienes de su padre. La muchacha es formal, decidida y muy guapa, y su padre es de buena posición.

13 Luego siguió:

–Tú tienes derecho a casarte con ella. Escucha, amigo. Esta misma noche hablaré al padre acerca de la muchacha, para que te la reserve como prometida. Y cuando volvamos de Ragués hacemos la boda. Estoy seguro de que Ragüel no va a poner obstáculos ni la va a casar con otro. Se expondría a la pena de muerte, según la Ley de Moisés, sabiendo como sabe que su hija te pertenece a ti antes que a cualquier otro. De manera que escucha, amigo. Esta misma noche vamos a tratar acerca de la muchacha y la pediremos en matrimonio. Luego, cuando volvamos de Ragués, la recogemos y la llevamos con nosotros a tu casa.

14 Tobías le dijo:

–Amigo Azarías, he oído que ya se ha casado siete veces, y todos los maridos han muerto en la alcoba la noche de bodas cuando se acercaban a ella. He oído decir que los mataba un demonio, 15 y como el demonio no le hace daño a ella, pero mata al que quiere acercársele, yo, como soy hijo único, tengo miedo de morirme y de mandar a la sepultura a mis padres del disgusto que les iba a dar. Y no tienen otro hijo que pueda enterrarlos.

16 El ángel le preguntó:

–¿Y no te acuerdas de las recomendaciones que te hizo tu padre: que te casaras con una de la familia? Mira, escucha, amigo, no te preocupes por ese demonio; tú cásate con ella; sé que esta misma noche te la darán como esposa. 17 Y cuando vayas

---

6,1-19 El viaje. Comenzado el viaje, el narrador va introduciendo los elementos que darán como resultado la intervención divina, gracias a la plegaria tanto de Tobit como de Sara, y que servirán para resolver la trama de la novela. Tobit, inducido por el ángel, guarda algunas partes de las vísceras de un pez, con lo cual no sólo va a exorcizar a su futura esposa, sino que también sanará la ceguera de su padre.

¿Por qué el pez, que al inicio amenaza con hacerle daño a Tobías resulta ser el portador de lo que será la

a entrar en la alcoba, toma un poco del hí-
gado y del corazón del pez y échalo en el
brasero del incienso. Al esparcirse el olor,
en cuanto el demonio lo huela, escapará y
ya no volverá a aparecer cerca de ella.
18 Cuando vayas a unirte a ella, levántense
primero los dos para orar y supliquen al Se-
ñor del cielo que tenga misericordia de us-
tedes y los salve. No temas; que ella te está
destinada desde la eternidad; tú la salvarás,
ella irá contigo, y pienso que te dará hijos
muy queridos. No te preocupes.
19 Al oír Tobías lo que iba diciendo Ra-
fael, y que Sara era pariente suya, de la fa-
milia de su padre, le tomó cariño y se ena-
moró de ella.

La boda de Sara

7 1 Al llegar a Ecbatana, le dijo Tobías:
–Amigo Azarías, llévame derecho a
casa de nuestro pariente Ragüel.
El ángel lo llevó a casa de Ragüel. Lo
encontraron sentado a la puerta del patio;
se adelantaron a saludarlo, y él les con-
testó:
–Tanto gusto, amigos; bienvenidos.
Luego los hizo entrar en casa, 2 y dijo a
su mujer, Edna:
–¡Cómo se parece este chico a mi pa-
riente Tobit!
3 Edna les preguntó:
–¿De dónde son, amigos?
Respondieron:
–Somos de la tribu de Neftalí, deporta-
dos en Nínive.
4 Ella siguió:
–¿Conocen a nuestro pariente Tobit?
Respondieron:
–Sí.
–¿Qué tal está?
5 Le dijeron:
–Vive todavía y está bien.
Y Tobías dijo:
–Es mi padre.
6 Entonces Ragüel dio un salto, lo besó,
llorando, y le dijo:
–¡Hijo, bendito seas! Tienes un padre ex-
celente. ¡Qué desgracia que haya quedado
ciego un hombre tan honrado y que daba
tantas limosnas!
Y abrazado al cuello de su pariente To-
bías, siguió llorando.
7 Edna, la esposa, y su hija, Sara, llo-
raban también. 8 Ragüel los recibió cordial-
mente y mandó matar un carnero.
9 Cuando se lavaron y bañaron, se pu-
sieron a la mesa. Tobías dijo a Rafael:
–Amigo Azarías, dile a Ragüel que me
dé a mi pariente Sara.
10 Ragüel lo oyó, y dijo al muchacho:
–Tú come y bebe y disfruta a gusto esta
noche. Porque, amigo, sólo tú tienes dere-
cho a casarte con mi hija, Sara, y yo tam-
poco puedo dársela a otro, porque tú eres
el pariente más cercano. Pero, hijo, te voy
a hablar con toda franqueza. 11 Ya se la he
dado en matrimonio a siete de mi familia, y
todos murieron la noche en que iban a
acercarse a ella. Pero bueno, hijo, tú come
y bebe, que el Señor cuidará de ustedes.
12 Tobías replicó:
–No comeré ni beberé hasta que no ha-
yas tomado una decisión sobre este asunto.
Ragüel le dijo:
–Lo haré. Y te la daré como prescribe la
Ley de Moisés. Dios mismo manda que te
la entregue, y yo te la confío. A partir de
hoy, para siempre, son marido y mujer. Es
tuya desde hoy para siempre. ¡El Señor del
cielo los ayude esta noche, hijo, y les dé su
gracia y su paz!
13 Llamó a su hija, Sara. Cuando se pre-
sentó, Ragüel le tomó la mano y se la en-
tregó a Tobías, con estas palabras:

---

salvación para todos los actores? Puede haber aquí algún elemento simbólico que escapa a nuestra comprensión pero que quizás para los lectores originarios no era tan oscuro.

7,1–9,6 La boda de Sara. Podemos descomponer esta sección en varias escenas: la llegada directa a casa de Ragüel y acogida de los huéspedes tal como lo «manda» el rito de la hospitalidad oriental (7,1-8); los arreglos de la boda; Tobías ya amaba de oídas a Sara y no quiere dejar pasar esta noche para unirse a ella (7,9-17). El exorcismo con el hígado del pescado, da como resultado la huída de Asmodeo, demonio responsable de las muertes de siete pretendientes que intentaron unirse a Sara, y su encadenamiento por parte de Rafael a kilómetros de distancia (8,1-4). Esta escena se completa con la oración de Tobías y Sara (8,5-8). Se entremezcla aquí una escena, según algunos comentaristas, de puro humor macabro: Ragüel, «habituada» ya a enterrar los maridos de su hija, siete en total, cava una fosa para enterrar secretamente al octavo; sin embargo, los espías del cuarto nupcial anuncian gozosos que Tobías permanece con

–Recíbela conforme al derecho y a lo
prescrito en la Ley de Moisés, que manda
dártela por esposa. Tómala y llévala sana y
salva a la casa de tu padre. Que el Dios del
cielo les dé paz y bienestar.
14 Luego llamó a la madre, mandó traer
papel y escribió el acta del matrimonio:
Que se la entregaba como esposa confor-
me a lo prescrito en la Ley de Moisés. Des-
pués empezaron a cenar.
15 Ragüel llamó a su mujer, Edna, y le
dijo:
–Mujer, prepara la otra habitación, y
llévala allí.
16 Edna se fue a arreglar la habitación
que le había dicho su marido. Llevó allí a su
hija y lloró por ella. Luego, enjugándose las
lágrimas, le dijo:
17 –Ánimo, hija. Que el Dios del cielo
cambie tu tristeza en gozo. Ánimo, hija.
Y salió.

8 1 Al terminar la cena, decidieron irse a
dormir, y acompañaron al muchacho
hasta la habitación. 2 Tobías recordó los
consejos de Rafael; sacó de la alforja el
hígado y el corazón del pez y los echó en el
brasero del incienso. 3 El olor del pez alejó
al demonio, que escapó hasta el confín de
Egipto. Rafael lo persiguió al instante y lo
sujetó allí, atándolo de pies y manos.
4 Cuando Ragüel y Edna salieron, cerra-
ron la puerta de la habitación. Tobías se le-
vantó de la cama y dijo a Sara:
–Mujer, levántate, vamos a rezar pi-
diendo a nuestro Señor que tenga mise-
ricordia de nosotros y nos proteja.
5 Se levantó, y empezaron a rezar pi-
diendo a Dios que los protegiera. Rezó así:
Bendito eres,
Dios de nuestros padres,
y bendito tu Nombre
por los siglos de los siglos.
Que te bendigan el cielo
y todas tus creaturas por siempre.
6 Tú creaste a Adán,
y como ayuda y apoyo
creaste a su mujer, Eva:
de los dos nació la raza humana.
Tú dijiste: No está bien
que el hombre esté solo,
voy a hacerle alguien
como él para que le ayude.
7 Si yo me caso con esta prima mía
no busco satisfacer mi pasión,
sino que procedo lealmente.
Dígnate apiadarte de ella y de mí,
y haznos llegar juntos a la vejez.
8 Los dos dijeron:
–Amén, amén.
9 Y durmieron aquella noche.
10 Ragüel se levantó, llamó a los criados
y fueron a cavar una fosa; porque se dijo:
–No sea que haya muerto, y luego se
rían y se burlen de nosotros.
11 Cuando terminaron la fosa, Ragüel
marchó a casa, llamó a su mujer 12 y le dijo:
–Manda una criada que entre a ver si
está vivo; porque si está muerto, lo enterra-
mos, y así nadie se entera.
13 Encendieron el candil, abrieron la
puerta y mandaron dentro a la criada. Ella
entró y los encontró a los dos juntos, pro-
fundamente dormidos, 14 y salió a decir:
–Está vivo, no ha ocurrido nada.
15 Entonces Ragüel alabó al Dios del
cielo:
Bendito eres, Dios,
digno de toda bendición sincera.
Seas bendito por siempre.
16 Bendito eres por el gozo
que me has dado:

---

vida después de haber consumado el matrimonio con Sara (8,10-18). Finalmente tenemos la escena de la recuperación del dinero, motivo del viaje de Tobías, pero cuya misión cumple Rafael (9,1-6). Todo termina en ambiente de fiesta de bodas en casa de Ragüel.

El denominador común de esta secuencia de escenas, como puede verse, es el exagerado providencialismo. Todo se va realizando con una extraordinaria facilidad, como que es Dios, por mano de su ángel, el que va dirigiendo y realizando todo según el querer de los actores. Estos motivos fueron muy apreciados en una época en la cual se creía que es así como Dios actúa, desplazando al hombre y evitándole cualquier esfuerzo. Sin embargo, hoy no entendemos las cosas así; sin desconfiar en la Providencia, en la cual el mismo Jesús nos invita a confiar (Lc 12,22-31; Mt 6,25-34), porque es verdad que existe y actúa en nuestra historia y en nuestra cotidianidad, también hay que volver la mirada a nuestra propia responsabilidad y acción sobre los acontecimientos que afectan a nuestras vidas.

no pasó lo que me temía,
sino que nos has tratado
según tu gran misericordia.
17 Bendito eres
por haberte compadecido
de dos hijos únicos.
Sé misericordioso con ellos, Señor,
y protégelos;
haz que vivan hasta el fin
disfrutando de tu misericordia.

18 Ragüel mandó luego a sus criados que
taparan la fosa antes del amanecer 19 y a su
mujer que hiciera una gran hornada de pan.
Él se fue al establo, trajo dos bueyes y cua-
tro carneros, mandó guisarlos y empezaron
los preparativos. 20 Después llamó a Tobías,
y le dijo:

–Tú no te moverás de aquí durante ca-
torce días. Te quedarás aquí comiendo y
bebiendo en mi casa y haciendo feliz a mi
hija, que bastante ha sufrido. 21 Luego lléva-
te la mitad de mis bienes, y vete sano y sal-
vo a casa de tu padre. La otra mitad será de
ustedes cuando mi mujer y yo hayamos
muerto. Ánimo, hijo, yo soy tu padre y
Edna tu madre; somos tuyos y de tu mujer,
desde ahora para siempre. Ánimo, hijo.

9 1 Entonces Tobías llamó a Rafael, y le
dijo:

2 –Amigo Azarías, vete a Ragués con
cuatro servidores y dos camellos. 3 Llégate
a casa de Gabael, dale el recibo, carga el
dinero y a él te lo traes a la boda. 4 Ya sa-
bes que mi padre estará contando los días,
y basta que me retrase un día para darle un
disgusto. Y ya ves que tampoco puedo que-
brantar el juramento de Ragüel.

5 Rafael marchó a Ragués de Media con
los cuatro servidores y los dos camellos, y
se hospedaron en casa de Gabael. Rafael le
entregó el recibo y le habló de Tobías, hijo
de Tobit: que se había casado y que lo invi-
taba a la boda. Gabael contó inmediata-
mente las bolsas de dinero con los sellos in-
tactos y los cargaron.

6 De madrugada partieron juntos para ir
a la boda. Al llegar a casa de Ragüel en-
contraron a Tobías sentado a la mesa. Se
levantó y saludó a Gabael lloró y lo bendijo
con estas palabras:

–¡Qué buen hijo de un padre excelente,
honrado y caritativo! Que el Señor te ben-
diga con bendiciones del cielo, y también a
tu mujer y a tus suegros. Bendito sea Dios,
que me ha permitido ver el vivo retrato de
mi primo Tobit.

La vuelta a casa

10 1 Por su parte, Tobit iba contando,
uno por uno, los días del viaje de To-
bías, la ida y la vuelta. Pero pasó el tiempo
sin que su hijo volviera, 2 y pensó: ¡Ha teni-
do allí algún contratiempo! A lo mejor ha
muerto Gabael y no hay nadie que le entre-
gue el dinero. 3 Y empezó a preocuparse.

4 Su mujer, Ana, decía:

–Mi hijo ha muerto. Mi hijo ya no vive.

Y empezó a llorar y a lamentarse por él:

5 –¡Ay de mí, hijo! ¡Te dejé marchar, y tú
eras la luz de mis ojos!

6 Tobit le reñía:

–Calla, no te preocupes, mujer. Está
sano y salvo. Habrá tenido allí mucho que
hacer. Su compañero es de confianza, es
uno de los nuestros. No te aflijas por él, mu-
jer, llegará enseguida.

7 Pero ella repuso:

–Calla, déjame, no intentes engañarme.
Mi hijo ha muerto.

Y todos los días salía a mirar el camino
por donde había marchado su hijo, porque
no creía a nadie. Y cuando se ponía el sol
entraba en casa, lamentándose, y se pasa-
ba la noche llorando, sin poder dormir.

8 Cuando pasaron los catorce días de
fiesta que Ragüel había jurado hacer a su
hija por la boda, Tobías fue a decirle:

–Déjame marchar, porque estoy seguro
de que mi padre y mi madre piensan que
no volverán a verme. Te ruego, padre, que
me dejes marchar a mi casa. Ya te dije en
qué situación los dejé.

10,1-14 La vuelta a casa. Se detectan aquí algunos paralelos con las narraciones patriarcales, en particular con la vuelta de Jacob a Canaán: despedida del suegro, viaje con la mujer, las posesiones y el encuentro con ángeles. Al destino histórico de Jacob, padre de tribus, corresponde el destino de una familia de desterrados, y el ángel es su servidor doméstico. En cambio, falta el dramatismo, suplido con despedidas efusivas regadas con lágrimas. Retorna la técnica del montaje paralelo, pero sin doble oración. El joven, ya iniciado, toma la iniciativa.

9 Ragüel respondió:
–Quédate, hijo, quédate conmigo. Yo
mandaré un correo a tu padre, Tobit, con
noticias tuyas.
Pero Tobías insistió:
–No, no. Por favor, déjame volver a mi
casa.
10 Entonces Ragüel le entregó enseguida
a Sara, y la mitad de sus bienes, criados y
criadas, vacas y ovejas, burros y camellos,
ropa, dinero y vajilla. 11 Los despidió sanos
y salvos, diciéndole a Tobías:
–Salud, hijo. Que tengas buen viaje. El
Señor del cielo los guíe, a ti y a tu mujer,
Sara. A ver si antes de morirme puedo ver
a sus hijos.
12 Luego dijo a su hija, Sara:
–Ve a casa de tu suegro. Desde ahora
ellos son tus padres, como los que te he-
mos dado la vida. 14c ¡Ojalá puedas honrar-
los mientras vivan! Vete en paz, hija. A ver
si mientras vivo no oigo más que buenas
noticias tuyas.
Los abrazó y los dejó marchar.
13 Edna se despidió de Tobías:
–Hijo y pariente querido, que el Señor te
lleve a casa. A ver si antes de morirme pue-
do ver a sus hijos. Delante de Dios te con-
fío a mi hija, Sara. No la disgustes nunca.
Anda en paz, hijo. Desde ahora yo soy tu
madre y Sara tu hermana. ¡Ojalá viviéra-
mos todos juntos toda la vida!
Los besó y los despidió sanos y salvos.
14 Así marchó Tobías de casa de Ragüel,
sano y salvo, alegre y alabando al Señor de
cielo y tierra, rey del universo, por el éxito
del viaje.

Sanación de Tobit

11 1 Cuando estaban cerca de Caserín,
frente a Nínive, 2 dijo Rafael:
–Tú sabes en qué situación quedó tu pa-
dre. 3 Adelantémonos para preparar la
casa, antes que llegue tu esposa con los
demás.
4 Caminaron los dos juntos, y Rafael le
dijo:
–Ten a mano la hiel.
El perro iba detrás de ellos.
5 Ana estaba sentada, con la mirada fija
en el camino por donde tenía que llegar su
hijo. 6 Tuvo el presentimiento de que llega-
ba, y dijo al padre:
–Mira, viene tu hijo con su compañero.
7 Rafael dijo a Tobías antes de llegar a
casa:
–Estoy seguro de que tu padre recupe-
rará la vista. 8 Úntale los ojos con la hiel del
pez; el remedio hará que las nubes de los
ojos se contraigan y se le desprendan. Tu
padre recobrará la vista y verá la luz.
9 Ana fue corriendo a arrojarse al cuello
de su hijo, diciéndole:
–Te veo, hijo, ya puedo morirme.
Y se echó a llorar.
10 Tobit se puso de pie, y, tropezando, sa-
lió por la puerta del patio. 11 Tobías fue ha-
cia él con la hiel del pez en la mano; le so-
pló en los ojos, le agarró la mano y le dijo:
–Ánimo, padre.
Le echó el remedio, se lo aplicó 12 y lue-
go con las dos manos le quitó como una
piel de los ojos. 13 Entonces su padre lo
abrazó llorando, mientras decía:
–Te veo, hijo, luz de mis ojos.
14 Luego añadió:
Bendito sea Dios,
bendito su gran Nombre,
benditos sean todos
sus santos ángeles por siempre.
Que su Nombre
se invoque sobre nosotros.
Que su nombre glorioso
nos proteja,
15 porque si antes me castigó,
ahora veo a mi hijo, Tobías.
Tobías entró en la casa contento y ben-
diciendo a Dios en alta voz. Luego le contó
a su padre lo bien que les había salido el

11,1-19 Sanación de Tobit. A partir del capítulo 4 había entrado en escena la providencia divina en la persona de Tobías, quien, guiado por el ángel Rafael, va a poner remedio a los males que padecen su padre y la hija de Ragüel. Primero devuelve la salvación, la paz y la alegría a Sara y luego devuelve la salud y la alegría a su padre, sanándolo de la ceguera. Esta visita de la providencia divina al anciano y piadoso Tobit constituye el tema de nuestra lectura. Aparte de la aplicación de la hiel del pez, intervienen otros factores que hacen de la sanación de Tobit un verdadero milagro y no simplemente el resultado de un artificio mágico: la presencia del ángel Rafael, las palabras del hijo exhortando a su padre a la confianza y sobre todo la acción de gracias del propio Tobit, que atribuye su sanación a Dios. Como dice el libro de la Sabiduría a

viaje: traía el dinero y se había casado con Sara, la hija de Ragüel:

–Está ya cerca, a las puertas de Nínive.

16 Tobit salió al encuentro de su nuera, hacia las puertas de Nínive. Iba contento y bendiciendo a Dios, y los ninivitas, al verlo caminar con paso firme y sin ninguna ayuda, se sorprendían. 17 Tobit les confesaba abiertamente que Dios había tenido misericordia y le había devuelto la vista. Cuando llegó cerca de Sara, mujer de su hijo Tobías, la bendijo diciendo:

–¡Bienvenida, hija! Bendito sea tu Dios, que te ha traído aquí. Bendito sea tu padre, bendito mi hijo, Tobías, y bendita tú, hija. ¡Bienvenida a ésta tu casa! Que goces de alegría y bienestar. Entra, hija.

18 Todos los judíos de Nínive celebraron aquel día una gran fiesta, 19 y Ajicar y Nadab, los sobrinos de Tobit, fueron a casa de Tobit a compartir su alegría.

Rafael

12 1 Cuando acabaron los festejos de la boda, Tobit llamó a Tobías y le recordó:

–Hijo, ya es hora de pagarle lo convenido a tu compañero. Y dale aún más.

2 Tobías respondió:

–Padre, ¿cuánto le doy? No salgo perdiendo ni aunque le dé la mitad de los bienes que trajo conmigo. 3 Me ha guiado sin que me pasara nada malo, sanó a mi mujer, trajo el dinero conmigo y te sanó a ti. ¿Cuánto le doy?

4 Tobit dijo:

–Hijo, bien se merece la mitad de todo lo que ha traído.

5 Así es que lo llamó y le dijo:

–Como paga, toma la mitad de todo lo que has traído, y vete en paz.

6 Entonces Rafael llamó aparte a los dos y les dijo:

–Bendigan a Dios y proclamen ante todos los vivientes los beneficios que les ha hecho, para que todos canten himnos en su honor. Manifiesten a todos las obras del Señor como él se merece, y nunca dejen de celebrarlo. 7 Si el secreto del rey hay que guardarlo, las obras de Dios hay que publicarlas y proclamarlas como se merecen. Obren bien, y el mal nunca los dañará. 8 Vale más la oración sincera y la limosna generosa que la riqueza adquirida injustamente. Vale más hacer limosnas que atesorar dinero. 9 La limosna libra de la muerte y purifica de todo pecado. Los que dan limosnas gozarán de una larga vida. 10 Los pecadores y los malhechores son enemigos de sí mismos. 11 Les descubriré toda la verdad sin ocultarles nada. Ya les dije que si el secreto del rey hay que guardarlo, las obras de Dios hay que publicarlas como se merecen. 12 Ahora bien, cuando Sara y tú estaban rezando, yo presentaba sus oraciones ante la presencia gloriosa del Señor, para que él las tuviera en cuenta. Lo mismo cuando enterrabas a los muertos. 13 Y cuando te levantaste de la mesa sin dudar, y dejaste la comida por ir a enterrar a aquel muerto, Dios me envió para probarte; 14 pero me ha enviado de nuevo para sanarte a ti y a tu nuera, Sara. 15 Yo soy Rafael, uno de los siete ángeles que están al servicio de Dios y tienen acceso ante el Señor de la gloria.

16 Los dos hombres se asustaron y cayeron rostro en tierra, temerosos.

17 Rafael les dijo:

–No teman. ¡La paz esté con ustedes! Bendigan a Dios eternamente. 18 Mi presencia entre ustedes no se ha debido a mí, sino

---

propósito de las sanaciones en el desierto: «No los sanó hierba ni ungüento alguno, sino tu palabra, Señor, que lo sana todo» (Sab 16,12).

12,1-22 Rafael. Aquí encontramos el desenlace final del libro de Tobías, que viene a ser una especie de novela de carácter didáctico. Podemos distinguir los siguientes momentos: 1. Padre e hijo se ponen de acuerdo en compensar al acompañante con la mitad de los bienes que han traído del viaje. 2. Rafael los llama aparte y los invita a bendecir a Dios y a proclamar ante todos los vivientes los beneficios recibidos. 3. La parte central del discurso del ángel es una exhortación de carácter sapiencial en torno a los tres fundamentos de la vida piadosa, tal como la entendía el judaísmo tardío: la limosna, la oración, el ayuno. 4. Rafael explica que la vida del hombre tiene como dos planos: esta apariencia corporal controlable por los sentidos, que se desarrolla aquí en la tierra y que no parece ser más que una secuencia mecánica de causas y efectos sin trascendencia alguna. Detrás de este plano visible se esconde otro de alcance trascendental y divino; las palabras y las acciones de los hombres no se desvanecen sin dejar rastro, devoradas por el tiempo, sino que todo queda registrado en la presencia de Dios. 5.

a la voluntad de Dios. Bendíganlo siempre
y cántenle himnos. 19 Aunque ustedes me
veían comer, no comía; era pura aparien-
cia. 20 Por eso bendigan al Señor en la tie-
rra, den gracias a Dios. Yo subo ahora al
que me envió. Ustedes escriban todo lo que
les ha sucedido.
El ángel desapareció. 21 Cuando se pu-
sieron de pie, ya no lo vieron. 22 Entonces
bendijeron y cantaron a Dios, dándole gra-
cias por aquellas maravillas que hizo, por-
que se les había aparecido un ángel de
Dios.

Cántico de Tobit

13 1 Tobías escribió la plegaria de júbilo y dijo:

Bendito sea Dios,
que vive eternamente,
y bendito sea su reinado.
2 Él castiga y tiene compasión,
hunde en el Abismo y levanta.
Nadie escapa de su mano.
3 Celébrenlo ustedes, israelitas,
ante los paganos,
porque él nos dispersó entre ellos.
4 Allí les mostró su grandeza.
Denle gloria
delante de todos los vivientes.
Porque él es nuestro Señor y Dios,
nuestro Padre eternamente.
5 Nos azotará por nuestros delitos,
pero se compadecerá de nuevo,
y nos reunirá entre los paganos
por donde los dispersó.
6 Si se convierten a él
de todo corazón
y con toda el alma,
siendo sinceros con él,
entonces él se volverá a ustedes
y no les ocultará su rostro.
7 Miren cómo los va a tratar
y celébrenlo en voz alta.
Bendigan al Señor de la justicia
me confieso a él:
y glorifiquen al Rey de los siglos.
8 Yo en mi destierro
muestro su poder y grandeza
a un pueblo pecador:
Conviértanse, pecadores,
obren rectamente en su presencia.
Quizá los querrá
y los tratará con compasión.
9 Ensalzaré al Señor,
mi alma al Rey del Cielo
y celebraré su grandeza.
Digan todos, confesándose a él
en Jerusalén:
¡Jerusalén, Ciudad Santa!,
Dios te azotará
por las acciones de tus hijos;
pero de nuevo se compadecerá
de los hijos de los justos.
10 Confiésate bien al Señor,
alaba al Rey de los siglos
para que sea reconstruida en ti
con gozo su tienda
alegrando en ti
a todos los desterrados,
amando en ti a todos los desgraciados
por todas las generaciones,
de los siglos.
11 Vendrán a ti de lejos
muchos pueblos
por el Nombre del Señor tu Dios
trayendo en sus manos dones,
dones al Rey del cielo.

Nueva invitación a proclamar las maravillas del Señor, incluso poniéndolas por escrito, y desaparición del ángel.

A pesar de las intervenciones extraordinarias y milagrosas del ángel durante el viaje, y a su regreso a casa de Tobit, padre e hijo no habían descubierto plenamente su carácter sobrenatural. Ésta es la pedagogía divina. Está presente en el mundo, en las cosas, en las palabras y en las acciones de los hombres, pero es una presencia callada y silenciosa; solamente la fe la puede descubrir. Padre e hijo seguían creyendo que Rafael era uno de los parientes de la tribu de Neftalí y por eso quieren compensarlo. Es cierto que la acción de Dios se desarrolla en un clima misterioso y de silencio. Rafael ha sabido adaptarse perfectamente a esta pedagogía divina y ha llevado a cabo su misión con la máxima naturalidad. Con todo, todas las cosas tienen su tiempo: tiempo de callar y tiempo de hablar (Ecl 3,7). Rafael dice que ha llegado el tiempo de hablar para bendecir y proclamar a los cuatro vientos las maravillas del Señor.

13,1-18 Cántico de Tobit. Varias veces ha invitado Rafael a bendecir al Señor por sus beneficios. Este capítulo es la respuesta de Tobit a la invitación angélica. Tal es su función en el relato. Al mismo tiempo sirve para hacer reflexiones teológicas en un libro didáctico. La oración de Tobit está compuesta de una plegaria penitencial, al estilo de las postexílicas (Esd 9; Neh 9; Dn 3.9; Bar 1,15–3,8), y de un himno escatológico a Jerusalén, al estilo de Is 54 y 60.

Generaciones sin fin
te cantarán vítores.
12 Malditos los que te odian.
Benditos para siempre
los que te aman.
13 Alégrate con júbilo
por los hijos de los justos,
porque se reunirán para bendecir
al Señor de los justos.
14 Dichosos los que te aman,
se alegrarán de tu paz.
Dichosos los que se afligieron
por tus castigos.
Porque gozarán contigo
al ver tu gloria
y disfrutarán perpetuamente.
15 Bendice, alma mía,
al Rey magnífico,
16 porque Jerusalén
será reconstruida
con zafiros y esmeraldas
y con piedras preciosas
tus murallas,
las torres y baluartes
con oro puro.
17 Las plazas de Jerusalén
serán pavimentadas
con berilo y azabache
y piedra de Sufir.
18 Todas sus calles dirán ¡Aleluya!
y alabarán diciendo:
Bendito Dios
que ensalzó todos los siglos.

Epílogo

14 1 Fin de la acción de gracias de Tobit.

Tobit descansó en paz a los ciento doce
años, y recibió honrosa sepultura en Nínive.
2 A los sesenta y dos años quedó ciego, y
después de recobrar la vista vivió próspera-
mente y haciendo limosnas, bendiciendo a
Dios y proclamando su grandeza.

3 Próximo a la muerte, llamó a su hijo,
Tobías, y le hizo estas recomendaciones:

–Hijo mío, llévate a tus hijos 4 y parte en
seguida para Media. Porque yo me fío del
oráculo divino que pronunció el profeta Na-
hún contra Nínive; todo eso se cumplirá y le
sucederá a Asiria y Nínive. Se cumplirá
todo lo que dijeron los profetas de Israel en-
viados por Dios, sin que falle una profecía;
todo sucederá a su tiempo, y en Media se
estará más seguro que en Asiria o en Babi-
lonia. Lo sé y estoy convencido: todo lo que
dijo Dios sucederá y se cumplirá sin que fa-
lle un oráculo. Y nuestros hermanos que vi-
ven en tierra de Israel serán dispersados y
deportados de aquella tierra buena, y todo
Israel quedará desierto; Samaría y Jerusa-
lén quedarán desiertas, el templo será in-
cendiado y quedará algún tiempo en estado
lamentable. 5 Pero Dios se apiadará nue-
vamente de ellos, y los devolverá a la tierra
de Israel. Reconstruirán el templo, no como
la primera vez, hasta que llegue el tiempo
prefijado. Después volverán del destierro,
reconstruirán Jerusalén espléndidamente y
reconstruirán el templo como lo anunciaron
los profetas de Israel. 6 Y todas las naciones
de la tierra se convertirán y temerán a Dios
sinceramente; arrojarán los ídolos, que los
han engañado con mentiras, 7 y bendecirán
como es justo al Dios de los siglos.

Todos los israelitas que se salven aquellos días, acordándose sinceramente de Dios, se reunirán e irán a Jerusalén, recibirán la tierra de Abrahán y la habitarán para siempre con seguridad. Los que aman sinceramente al Señor se alegrarán, pero los pecadores e injustos serán borrados de la tierra.

8 Y ahora, hijos, les encargo que sirvan
sinceramente al Señor y hagan lo que le
agrada. Obliguen a sus hijos a practicar la
limosna y las obras de caridad; que se
acuerden del Señor y bendigan sincera-
mente su nombre en todo momento con to-
das sus fuerzas. 9 Tú, hijo, sal de Nínive, no
te quedes aquí. 10 El día que entierres a tu
madre conmigo, ese mismo día no duer-
mas en este territorio. Porque veo en él mu-
cha injusticia, mucho engaño, y que no se
arrepienten. Ya ves, hijo, lo que Nadab le

14,1-15 Epílogo. El capítulo final comienza con la muerte de Tobit y luego da marcha atrás. Alguien, el autor o un sucesor, no acertaba a desprenderse del personaje y le concedió otro capítulo, que algunos críticos consideran narrativamente inútil. Tobit toma la palabra para un segundo testamento de buenos consejos. Más importante, Tobit recibe el don de profecía antes de morir, como Moisés. El pasado del autor se presenta como futuro del personaje: la historia se transforma en profecía.

hizo a Ajicar, que lo había criado: ¡lo ence-
rró vivo en un sepulcro! Pero Dios lo cubrió
de desprecio ante su misma víctima, y Aji-
car salió a la luz mientras que Nadab mar-
chó a la eterna tiniebla por haber intentado
matar a Ajicar. Por sus limosnas se libró
Ajicar de la red mortal que le había tendido
Nadab, y Nadab cayó en la red mortal y pe-
reció. 11 Así que, hijos, vean cuáles son los
frutos de la limosna y cuáles los de la in-
justicia, que mata. Pero ya me va faltando
el aliento.

Lo tendieron en la cama y murió.

12 Cuando murió su madre, Tobías la en-
terró junto a su padre. Luego marchó a Me-
dia con su mujer, y se establecieron en Ec-
batana, con su suegro, Ragüel.

13 Tobías atendió a sus suegros en su ve-
jez, los sepultó en Ecbatana de Media, y así
heredó los bienes de Ragüel y los de su pa-
dre, Tobit.

14 Murió, muy estimado, a la edad de
ciento diecisiete años. 15 Antes de morir fue
testigo de la caída de Nínive, y vio a sus ha-
bitantes desterrados en la deportación que
hizo Ciaxares, rey de Media. Bendijo al Se-
ñor por el castigo de los ninivitas y asirios.
Antes de morir pudo alegrarse por la des-
gracia de Nínive, y bendijo al Señor por los
siglos de los siglos.





JUDIT

Contexto histórico. Siempre tuvo Israel que enfrentarse con culturas extranjeras, sin perder su identidad o casi recreándola por contraste. Fue relativamente fácil con la cultura egipcia, cananea, babilónica, etc., pero la penetración y difusión del helenismo plantea al pueblo una de sus mayores crisis históricas.

El helenismo representa algo nuevo, sobre todo como irradiación de una cultura atractiva y fascinadora. Si las armas de Alejandro Magno vencieron, la cultura helénica convence. ¿Será una amenaza para Israel, para ese pueblo extraño que vive separado de los demás? ¿Podrá asimilar Israel la cultura griega del helenismo como un día asimiló la cultura cananea?

Hay que distinguir, a corto plazo, dos épocas en el desafío del helenismo. En la primera etapa, algunos espíritus críticos saben volver su mirada inquisitiva y crítica sobre sus propias tradiciones y doctrinas. A esta época podrían pertenecer el libro de Jonás y el Eclesiastés. Sin embargo, la posible asimilación pacífica queda violentamente truncada por la conjunción de dos fuerzas: los excesos de los círculos progresistas y la opresión de un tirano extranjero, Antíoco IV Epífanes, el gran enemigo del pueblo judío, del que hablan los libros de los Macabeos y al que parece referirse el libro de Judit.

El libro de Judit. En estas circunstancias, durante los azares de la rebelión de los Macabeos, nuestro autor anónimo se pone a componer una historia –probablemente hacia finales del s. II a.C.– que sirva para animar a la resistencia. Será una historia conocida y nueva, ideal y realizable; sonará a cosa vieja, pero tendrá una clave de lectura en el momento actual. La acumulación de datos precisos le sirve para enmascarar la referencia peligrosa a los hechos del día; los lectores de la época entendían fácilmente ese guiño malicioso, que suena ya en el nombre de la protagonista («La Judía»).

El argumento, reducido a esqueleto, es de pura ascendencia bíblica, aunque es nuevo el hecho de que el pueblo no haya pecado. Tradicional es el motivo de la mujer que seduce y vence al enemigo (Yael-Sísara, Dalila-Sansón); Judit toma algunos rasgos proféticos, denunciando a los jefes su falta de confianza, presentándose a Holofernes como confidente de Dios. También son tradicionales los motivos del extranjero alabando a Israel, el descubrimiento del asesinato, las danzas y el canto de victoria, la soberbia del extranjero agresor, el castigo del enemigo por la noche y la liberación por la mañana.

A esto se añade la abundante fraseología tradicional, que sumerge al lector en un lenguaje familiar, bastante concentrado. Este recurso literario tiene una función decisiva: el pasado todavía es presente y puede volver a repetirse, incluso adoptando formas nuevas.

El autor narra los hechos con amplitud, en proceso cronológico lineal (salvo dos síntesis históricas). Es maestro en el arte de sustentar y estrechar la acción, en la creación de escenas sugerentes, en la aceleración rítmica cuando llega el momento culminante. Descuella su manejo de la ironía a diversos niveles: caracterización de Nabucodonosor y Holofernes, las palabras de Judit al general enemigo, las alusiones del autor al partido colaboracionista.

En su estilo destaca el amor a las enumeraciones que expresan riqueza, extensión, universalidad, y la expresión enfática, retórica, y los discursos que piden una recitación dramática.

Texto. A través de la complicada y literal traducción griega es fácil, muchas veces, leer el texto del original hebreo que se encuentra detrás, con suficiente seguridad para mejorar dicha traducción.

Mensaje religioso. Es la destacada personalidad de Judit, «La Judía», la que encarna el mensaje religioso del libro, personalidad más simbólica que individual. Judit es encarnación del pueblo, como novia (por la belleza) y como madre, según la tradición profética. Encarna la piedad y fi-



delidad al Señor y la confianza en Dios, el valor con la sagacidad. Es una figura ideal que podrá inspirar a cualquier hijo de Israel. Como viuda puede representar el sufrimiento del pueblo, aparentemente abandonado de su Señor (Is 49 y 54); puede concentrar toda su fidelidad en el único Señor del pueblo. No teniendo hijos físicos, puede asumir la maternidad de todo el pueblo y convertirse en «bienhechora de Israel». Judit aconseja como Débora, hiere como Yael, canta como María.

Planes de Nabucodonosor

1 1 Era el año doce del reinado de Nabucodonosor, rey de Asiria, en la capital, Nínive. Por entonces, Arfaxad era rey de los medos en Ecbatana; 2 éste había construido alrededor de Ecbatana murallas de piedras talladas que medían un metro y medio de ancho por tres de largo; las murallas tenían una altura de treinta y cinco metros y una anchura de veinticinco; 4 las puertas tenían una altura de treinta y cinco metros y una anchura de veinte, para que pudieran pasar las fuerzas de su ejército y desfilar su infantería; 3 sobre las puertas levantó unas torres de cincuenta metros de alto por treinta de ancho en los cimientos.

5 En aquellos días, el rey Nabucodonosor luchó contra el rey Arfaxad en la gran llanura, es decir, la llanura que hay en el término de Ragau.

6 Se le unieron todos los habitantes de la región montañosa, todos los que vivían en las riberas del Éufrates, del Tigris y del Hidaspe, y en la llanura que estaban bajo el dominio de Arioc, rey de Elimaida. Así, se aliaron muchas naciones para combatir contra los hijos de Jeleud.

7 Nabucodonosor, rey de Asiria, despachó embajadores a Persia y a las naciones de occidente, a Cilicia, Damasco, el Líbano y el Antilíbano; a los habitantes del litoral 8 y a los pueblos del Carmelo, Galaad, la alta Galilea y la gran llanura de Esdrelón; 9 a los de Samaría y sus ciudades; a los de Cisjordania hasta Jerusalén, Batané, Jelús, Cades, y el río de Egipto, Tafnés, Ramsés y todo Gosén, 10 hasta más allá de Tanis y Menfis, y a todos los egipcios, hasta la frontera de Nubia.

11 Todo el mundo despreció la embajada de Nabucodonosor, rey de Asiria, y no se aliaron con él, y es que no le tenían miedo, porque lo consideraban como un hombre sin aliados. Así que despidieron a sus embajadores con las manos vacías y humillados.

12 Nabucodonosor se encolerizó contra todas aquellas regiones y juró, por su trono y por su imperio, vengarse de todo el territorio de Cilicia, Damasco y Siria, y pasar a cuchillo a todos los moabitas, amonitas, judíos y a todo Egipto, hasta la frontera de los dos mares.

13 El año diecisiete presentó batalla al rey Arfaxad, y lo venció en el combate, aplastando todo su ejército, su caballería y sus carros. 14 Se apoderó de sus ciudades, llegó hasta Ecbatana, tomó sus torres y saqueó sus calles, convirtiendo en humillación la hermosura de la ciudad.

15 A Arfaxad lo capturó en los montes de Ragau, lo acribilló a flechazos y así acabó con él para siempre. 16 Luego se volvió con toda su gente, una inmensa multitud de soldados. Y allá él y su ejército, se dedicaron a descansar y divertirse durante ciento veinte días.

1,1–7,32 La gran amenaza. Esta primera parte del libro gira en torno a la creciente amenaza que se cierne sobre el pueblo judío. El emperador no se contenta con imponerse como mandatario único, sino, además, como dios, con todo lo que ello implica. Así pues, esta pieza literaria, aunque cargada de ficción, se convierte en una invitación a resistir a todo aquello que por encima de Dios, pretende imponerse como única alternativa de vida en el mundo. Ayer fueron emperadores y reyes, hoy son gobernantes elegidos, a veces por voto popular, sin títulos demasiado pomposos, pero con herramientas tan poderosas y mortales como las ideologías o corrientes políticas y económicas actuales... Estos imperios se presentan como única tabla de salvación en el caos mundial que ellos mismos promueven y estimulan con fines nacionalistas y particulares.

1,1-16 Planes de Nabucodonosor. Desde el primer versículo el autor está pidiendo a sus lectores que no tomen la narración como historia objetiva. Los dos nombres reales están históricamente descoyuntados, mostrando que representan una ficción. Nabucodonosor no reinó en Nínive como rey de Asiria, sino en Babilonia, como rey del imperio babilónico. Arfaxad es, según Gn 10,22.24, descendiente de Sem y, según la tradición, fue el antecesor de los caldeos, a los que perteneció Nabucodonosor. En consecuencia, el comienzo del libro nos ahorra de golpe todo trabajo de identificación histórica y nos orienta hacia una lectura de ficción cargada de simbolismo. Nótese, por ejemplo, la expresión simbólica, «convirtiendo en humillación la hermosura de la ciudad» (14), que es importante en el libro. Las ciudades, especialmente las capitales, son como doncellas por la belleza; conquis-

Órdenes de Nabucodonosor

2 1 El año dieciocho, el día veintidós del primer mes, en el palacio de Nabucodonosor, rey de Asiria, se deliberó sobre la venganza que se tomaría contra toda la tierra, como el rey había anunciado.

2 El rey convocó a todos sus ministros y grandes del reino, les expuso su plan secreto y decretó la destrucción de aquellos territorios. 3 Se aprobó la destrucción de cuantos no habían hecho caso a la embajada de Nabucodonosor. 4 Y en cuanto acabó el consejo, Nabucodonosor, rey de Asiria, llamó a Holofernes, comandante en jefe de su ejército, segundo en el reino, y le ordenó:

5 –Así dice el Emperador, dueño de toda la tierra: Cuando salgas de mi presencia, toma contigo hombres de probado valor, hasta ciento veinte mil de infantería y un fuerte contingente de caballería, doce mil jinetes, 6 y ataca a todo occidente, porque no hicieron caso a mi llamado. 7 Que pongan a mi disposición la tierra y el agua, porque voy a salir irritado contra ellos; cubriré la superficie de la tierra con los pies de mis soldados y se la entregaré al saqueo; 8 sus heridos llenarán las hondonadas, torrentes y ríos desbordarán de cadáveres, 9 y llevaré sus cautivos hasta el confín del mundo. 10 Ve por delante a conquistarme sus territorios. Si se te entregan, resérvamelos para el castigo. 11 No tengas compasión con los rebeldes; entrégalos a la matanza y al saqueo en toda tierra que conquistes. 12 ¡Juro por mi vida y mi imperio! Lo he dicho y lo cumpliré. 13 No quebrantes una sola de las órdenes de tu señor. Ejecútalas exactamente como te he ordenado. ¡Cúmplelas sin tardanza!

El general Holofernes

14 Holofernes salió de la presencia de su señor, convocó a todos los jefes, generales y oficiales del ejército asirio y, tal como se lo había mandado su señor, 15 seleccionó para la guerra un contingente de ciento veinte mil hombres y doce mil arqueros a caballo, 16 y los organizó para la campaña. 17 Juntó una cantidad enorme de camellos, asnos y mulos para el equipaje, e innumerables ovejas, bueyes y cabras para el abastecimiento, 18 provisiones abundantes para cada soldado y gran cantidad de oro y plata del palacio real.

19 Cuando emprendió la marcha con todo su ejército, precediendo al rey Nabucodonosor, cubrió todo occidente con sus carros, jinetes y tropas escogidas. 20 Iba con ellos un gentío numeroso, una muchedumbre innumerable como langostas, como la arena de la tierra.

21 Salieron de Nínive. En tres días de marcha avanzaron hacia la llanura de Bectilet, y desde allí fueron a acampar cerca de los montes, al norte de la alta Cilicia. 22 Después, con todo su ejército –infantería, caballería y carros–, marchó a la zona montañosa. 23 Destruyó a Put y Lidia, saqueó a los rasitas e ismaelitas junto al desierto, al

---

tarlas es un poco como violarlas, deshonrarlas. En el libro aparecerá otra mujer bella que el enemigo quiere inútilmente poseer y deshonrar (13,16).

2,1-13 Órdenes de Nabucodonosor. Nombramiento oficial de Holofernes como el gran lugarteniente del rey, quien se encargará de someter a todos los que no quisieron aliarse con el emperador para atacar a Arfaxad. Se deduce que el trabajo de Holofernes va a ser gigantesco, pues según se nos informó en 1,7-11 fueron muchísimos los pueblos que desdeñaron la orden real. Nótese el lenguaje soberbio con que el rey comunica sus órdenes al general y la prepotencia con que decreta el final trágico de innumerables pueblos. La arrogancia y el orgullo de un poderoso desdeñado no puede más que pensar en la matanza y el exterminio.

2,14–3,10 El general Holofernes. Las órdenes de Nabucodonosor, como palabras divinas, son cumplidas de inmediato por su general. En pocas líneas se describe una campaña que tardaría meses en realizarse, el avance del exagerado ejército es sencillamente avasallador. En 3,1-4 encontramos tres expresiones de la más absoluta y absurda sumisión: sumisión de las personas, entrega de los bienes de sustento y entrega de ciudades y territorios. Con todo, al imperio no le basta sólo el sometimiento político y económico, también es necesario el sometimiento religioso, el cual hace valer Holofernes: destruye todo santuario, todo árbol sagrado, toda divinidad para entronizar a Nabucodonosor a fin de que «todas las naciones adoraran sólo a Nabucodonosor y todas las tribus lo invocasen como dios, cada una en su lengua» (3,8). En este punto, no sólo geográfico –el ejército se halla en la misma frontera judía– sino también ideológico, se van a desarrollar las escenas siguientes. Israel no se resignará tan fácilmente –al menos un sector– a dejarse contar entre los que pacíficamente se han sometido a las pretensiones del emperador.

sur de Jeleón; 24 luego, bordeando el Éufra-
tes, atravesó Mesopotamia y destruyó todas
las ciudades fortificadas que dominaban el
torrente Abrona hasta llegar al mar. 25 Se
apoderó del territorio de Cilicia, desbaratan-
do a cuantos le ofrecieron resistencia, y lle-
gó a la frontera sur de Jafet, frente a Arabia;
26 cercó a todos los madianitas, incendió
sus campamentos y saqueó sus rebaños;
27 bajó después a la llanura de Damasco
durante la cosecha del trigo; quemó todos
los sembrados, aniquiló los rebaños de ove-
jas y vacas, saqueó las ciudades, asoló las
llanuras y pasó a cuchillo a todos los jóve-
nes. 28 Un miedo terrible se abatió sobre los
habitantes de la costa. Los de Sidón y Tiro,
los de Sur y Oquina, y los de Yamnia, Azo-
to y Ascalón, temblaron ante él.

3 1 Y despacharon una embajada con
esta propuesta de paz:
2 –Aquí nos tienes, siervos del empe-
rador Nabucodonosor, postrados ante ti.
Trátanos como mejor te parezca. 3 Tienes a
tu disposición nuestras casas y todo nues-
tro territorio, los campos de trigo, nuestras
ovejas y vacas, todos los establos de nues-
tros poblados; dispón de ellos como gustes.
4 Nuestras ciudades y sus habitantes son
tus esclavos; avanza hacia ellas en el plan
que prefieras.
5 Los embajadores se presentaron a Ho-
lofernes y le transmitieron el mensaje. 6 En-
tonces Holofernes bajó con su ejército ha-
cia la costa del mar, dejó guarniciones en
las ciudades fortificadas y se llevó gente es-
cogida para servicios auxiliares. 7 Por toda
la región lo recibieron con coronas, danzas
y panderos. 8 Pero él destruyó sus santua-
rios, taló los árboles sagrados y se dedicó a
exterminar todos los dioses del país, para
que todas las naciones adoraran sólo a Na-
bucodonosor y todas las tribus lo invocasen
como dios, cada una en su lengua.
9 Cuando llegó a la vista de Esdrelón,
cerca de Dotán, que está frente a la serra-
nía de Judá, 10 acampó entre Gabá y Esci-
tópolis, y allí se quedó un mes, reuniendo
provisiones para el ejército.

Resistencia israelita

4 1 Cuando los israelitas de Judea se
enteraron de lo que Holofernes, co-
mandante en jefe del ejército de Nabu-
codonosor, rey de Asiria, había hecho a
aquellas naciones, saqueando y destruyen-
do sus templos 2 se aterrorizaron, temblan-
do por Jerusalén y el templo de su Dios,
3 porque acababan de volver del destierro y
hacía poco que el pueblo se había reagru-
pado en Judea, y ya habían consagrado el
ajuar, el altar y el edificio del templo, que
habían sido profanados.
4 Mandaron aviso por todo el territorio de
Samaría: Coná, Bet-Jorón, Belmain, Jeri-
có, Joba, Asora y el valle de Salén. 5 Ocu-
paron las cumbres de los montes más altos,
fortificaron los poblados de aquella sierra e
hicieron acopio de provisiones con vistas a
la guerra, ya que hacía poco que habían
terminado la cosecha.
6 Joaquín, que era entonces el sumo sa-
cerdote en Jerusalén, escribió a los habi-
tantes de Betulia y Betomestain, que queda
frente a Esdrelón, ante la llanura cercana a
Dotán, 7 mandándoles ocupar las subidas
de la montaña. Por allí pasaba el camino a
Judea y era fácil cortar el paso a los inva-
sores, porque el desfiladero era tan estre-
cho que sólo se podía pasar de dos en dos.
8 Los israelitas obedecieron al sumo sa-
cerdote, Joaquín, y al Consejo de los an-
cianos, que tenía sus sesiones en Jerusa-
lén.
9 Todos los israelitas clamaron ferviente-
mente a Dios, humillándose ante él. 10 Ellos
y sus mujeres, hijos y ganados, los foraste-
ros, criados y jornaleros, se vistieron de sa-
yal. 11 Y los que vivían en Jerusalén, inclu-
so mujeres y niños, se postraron ante el
templo, cubierta la cabeza con ceniza, ex-
tendiendo el sayal ante el Señor. 12 Cubrie-

4,1-15 Resistencia israelita. El autor nos presenta un Israel unificado, regido por el sumo sacerdote y un senado. No hay rey. El Templo está en pie y ha sido de nuevo consagrado tras una profanación. Las noticias del avance de Holofernes equivalen a una calamidad nacional para Israel. Rápidamente se toman medidas de seguridad que buscan atajar el avance del enemigo aprovechando ventajas topográficas, a lo cual se suma la disposición espiritual y religiosa con que se proponen resistir: ayuno, penitencia, oración y sacrificios. En eso se involucra a toda la nación, inclusive a los animales.

ron el altar con un sayal y gritaron a una
voz, fervientemente, al Dios de Israel, pi-
diéndole que no entregara sus hijos al pilla-
je, ni sus mujeres al cautiverio, ni a la des-
trucción las ciudades que habían heredado,
ni el templo a la profanación y las burlas
humillantes de los gentiles.
13 El Señor escuchó sus plegarias y se
fijó en su tribulación. En toda Judea la gen-
te ayunó muchos días seguidos, y también
en Jerusalén, ante el templo del Señor To-
dopoderoso. 14 El sumo sacerdote, Joa-
quín, todos los sacerdotes y ministros al
servicio del Señor ofrecían el holocausto
diario, las ofrendas y dones voluntarios de
la gente, ceñidos con sayal 15 y con ceniza
en sus turbantes, y gritaban al Señor con
todas sus fuerzas para que protegiera a la
casa de Israel.

Informe de Ajior

5 1 A Holofernes, comandante en jefe
del ejército asirio, le llegó el aviso de
que los israelitas se estaban preparando
para la guerra: habían bloqueado los desfi-
laderos de la montaña, fortificado las cum-
bres de los montes más altos y llenado de
obstáculos las llanuras.
2 Holofernes se enfureció. Convocó a to-
dos los jefes moabitas, a los generales
amonitas y a todos los gobernadores del li-
toral, 3 y les habló así:
–Cananeos: díganme qué gente es ésa
de la sierra, qué ciudades tienen, con qué
fuerzas cuentan y en qué basan su poder y
su fuerza, qué rey los gobierna y manda su
ejército 4 y por qué no se han dignado venir
a mi encuentro, a diferencia de lo que han
hecho todos los pueblos de occidente.
5 Ajior, jefe de todos los amonitas, le res-
pondió:
–Escucha, alteza, lo que dice tu servidor.
Te diré la verdad sobre ese pueblo que vive
en la sierra, ahí cerca. Tu servidor no men-
tirá. 6 Esa gente desciende de los caldeos.
7 Al principio estuvieron en Mesopotamia,
por no querer seguir a los dioses de sus an-
tepasados, que residían en Caldea. 8 Aban-
donaron la religión de sus padres y ado-
raron al Dios del cielo, al que ellos
reconocían por Dios; pero los caldeos los
expulsaron de la presencia de sus dioses, y
tuvieron que huir a Mesopotamia. Allí resi-
dieron mucho tiempo; 9 pero su Dios les
mandó salir de allí y marchar al país de Ca-
naán, donde se establecieron, y se enrique-
cieron con oro, plata y muchísimo ganado.
10 Después bajaron a Egipto a causa de un
hambre que se abatió sobre el país de Ca-
naán, y allí se estuvieron mientras en-
contraron alimento. Allí crecieron mucho,
hasta ser un pueblo innumerable. 11 Pero el
rey de Egipto se levantó contra ellos y los
explotó astutamente obligándolos a fabri-
car adobes, humillándolos y esclavizándo-
los. 12 Ellos gritaron a su Dios, y él castigó
a todo el país de Egipto con plagas insana-
bles; así, los egipcios los expulsaron de su
presencia. 13 Dios secó ante ellos el Mar
Rojo 14 y los condujo por el camino del Si-
naí y de Cades Barnea. Expulsaron a todos
los moradores del desierto, 15 se asentaron
en el país amorreo y exterminaron por la
fuerza a todos los de Jesbón. Luego pasa-
ron el Jordán y tomaron posesión de toda
la sierra, 16 después de expulsar a los ca-
naneos, fereceos, jebuseos, a los de Siquén
y a todos los guirgaseos, y residieron allí
mucho tiempo. 17 Mientras no pecaron con-
tra su Dios, prosperaron, porque estaba
con ellos un Dios que odia la injusticia.
18 Pero cuando se apartaron del camino

5,1-24 Informe de Ajior. Ninguna embajada israelita ha salido a postrarse ante el máximo representante del imperio como lo han hecho ya otros pueblos. Holofernes y sus tropas están en la misma línea fronteriza de Israel, pero no hay señales de sumisión. Por el contrario, hay noticias de resistencia (1). El autor quiere subrayar que debió ser un extranjero el que dio razón del comportamiento de Israel porque no había israelitas a mano que respondieran a los requerimientos del general. En el fondo, la intención es que los extranjeros sepan y conozcan la calidad del Dios de Israel, sus acciones a favor de ese pueblo y, por tanto, la imposibilidad de ser desplazado y sustituido por otro dios. Con las palabras de Ajior, queda en entredicho la pretendida divinidad de Nabucodonosor y la confianza tan absoluta en su poderío militar, de ahí la cólera que suscita en todos la magistral síntesis de historia sagrada que acaba de exponer Ajior. Con gran habilidad el autor deja en el ambiente esta desproporción: poderío de Nabucodonosor y debilidad de un pueblo sin ejército ni fuerzas para aguantar un combate (24). Para el creyente judío, ésta podría ser la constatación real de lo que significan las palabras de Dt 7,7-11; 9,1-8.

que les había señalado, fueron destrozados
con muchas guerras y deportados a un país
extranjero; el templo de su Dios fue arrasa-
do, y sus ciudades, conquistadas por el
enemigo. 19 Pero ahora se han convertido a
su Dios; han vuelto de la dispersión, han
ocupado Jerusalén, donde está su templo,
y repoblado la sierra, que había quedado
desierta. 20 Así que, alteza, si esa gente se
ha desviado pecando contra su Dios, com-
probemos esa caída y subamos a luchar
contra ellos. 21 Pero si no han pecado, déja-
los, no sea que su Dios y Señor los proteja
y quedemos mal ante todo el mundo.

22 Cuando Ajior acabó, se levantaron
protestas de todos los que estaban de pie
en torno a la tienda. Los oficiales de Holo-
fernes, todos los del litoral y los moabitas
querían despedazarlo:

23 –¡No tenemos miedo a los israelitas!
Son un pueblo sin ejército ni fuerza para
aguantar un combate duro. 24 ¡Vamos allá!
Serán un bocado para tu ejército, general
Holofernes.

Condena y liberación de Ajior

6 1 Cuando se calmó el alboroto de los
que rodeaban el consejo, Holofernes,
general en jefe del ejército asirio, dijo a
Ajior, en presencia de toda la tropa extran-
jera y todos los moabitas:

2 –Y, ¿quién eres tú, Ajior, y los merce-
narios de Efraín para ponerte a profetizar
así, diciendo que no luchemos contra los is-
raelitas porque su Dios los protegerá? ¿Qué
dios hay fuera de Nabucodonosor? Él va a
enviar su poder y los exterminará de la su-
perficie de la tierra, sin que su Dios pueda
librarlos. 3 Nosotros, sus servidores, los
aplastaremos como a un solo hombre. No
podrán resistir el empuje de nuestra ca-
ballería. Los barreremos. 4 Los extermina-
remos en sus lugares, sus montañas que-
darán empapadas con su sangre, sus
llanuras se llenarán de cadáveres. No po-
drán resistir ante nosotros, sino que pere-
cerán totalmente, dice el rey Nabucodono-
sor, dueño de toda la tierra. Porque ha ha-
blado, y no pronuncia palabras vacías. 5 Y
en cuanto a ti, Ajior, mercenario amonita,
que has dicho esas frases en un momento
de sinrazón, no volverás a verme hasta que
castigue a esa gente escapada de Egipto.
6 Entonces, cuando yo vuelva, la espada de
mis soldados y la lanza de mis oficiales te
traspasarán el costado, y caerás entre sus
heridos. 7 Mis esclavos te van a llevar a la
montaña y te dejarán en alguna ciudad de
los desfiladeros; 8 no perecerás hasta que
seas exterminado con ellos. 9 Y si por den-
tro confías en que no nos apoderaremos de
ellos, no agaches la cabeza. Lo he dicho: no
quedará una palabra sin cumplirse.

10 Después ordenó a los esclavos que
estaban en la tienda que tomaran a Ajior y
lo llevasen a Betulia para entregarlo a los
israelitas. 11 Los esclavos lo prendieron y lo
sacaron a la llanura, fuera del campamen-
to. Luego, alejándose hacia la sierra, llega-
ron a las fuentes que hay bajo Betulia. 12 Al
verlos, los de la ciudad empuñaron las ar-
mas y salieron de Betulia, que está en la
cumbre del monte. 13 Como los honderos
les impedían la subida disparándoles pie-
dras, los de Holofernes se deslizaron por la
ladera del monte, ataron a Ajior y lo deja-
ron tendido al pie del monte. Luego volvie-
ron a presentarse a su jefe.

14 Los israelitas bajaron de la ciudad, se
acercaron a Ajior, lo desataron, lo llevaron
a Betulia y se lo presentaron a los jefes de
la ciudad, 15 que eran, en aquel entonces,
Ozías, de Micá, de la tribu de Simeón; Ca-
bris, de Gotoniel, y Carmis, hijo de Mel-
quiel. 16 Convocaron a todos los ancianos
de la ciudad, y también los jóvenes y las
mujeres fueron corriendo a la asamblea.
Pusieron a Ajior en medio de la gente, y
Ozías le preguntó qué había pasado.

6,1-21 Condena y liberación de Ajior. Irónicamente los asirios, que pretenden condenar a Ajior a una muerte humillante cuando caiga el pueblo que él les ha dicho que tiene al mismo Dios por defensa, lo que están haciendo es salvarlo de la muerte. Ajior, tratado como un vendido a los judíos, es dejado en manos de los habitantes de Betulia, quienes lo acogen y lo escuchan alabándolo por la forma en la que se expresó ante los asirios. Este personaje podría ser símbolo de tantos prosélitos a quienes por un lado les atrajo la moral superior de Israel y por otro lado les repelió la cruel ambición de los poderosos.

La breve plegaria que encontramos en el versículo 19 es clave de toda la narración, la cual es a su vez cifra de toda una historia.

17 Ajior respondió contándoles lo que ha-
bían hablado en el consejo de Holofernes:
lo que dijo él ante la oficialidad asiria y las
orgullosas amenazas de Holofernes contra
Israel.
18 Todo el pueblo se postró en adoración
a Dios, gritando:
19 –Señor, Dios del cielo, mira desde lo
alto su soberbia y apiádate de la humilla-
ción de nuestro pueblo. Mira en este día a
los que te están consagrados.
20 Después animaron a Ajior y lo felicita-
ron efusivamente. 21 Y, al acabar la asam-
blea, Ozías lo llevó a su casa y ofreció un
convite a los ancianos. Toda aquella noche
estuvieron implorando el auxilio del Dios de
Israel.

Asedio de la ciudad

7 1 Al día siguiente Holofernes ordenó a
su ejército y a las tropas aliadas que
levantaran el campamento y avanzaran ha-
cia Betulia, ocuparan los desfiladeros de la
montaña y atacaran a los israelitas. 2 Aquel
mismo día todos los soldados emprendie-
ron el avance. El ejército contaba ciento se-
tenta mil soldados de infantería y doce mil
jinetes, –además de los de intendencia–, sin
contar los encargados del equipaje y la
enorme muchedumbre de a pie mezclada
con ellos. 3 Formaron en orden de batalla
en el valle cercano a Betulia, junto a la
fuente, desplegándose a lo ancho en direc-
ción de Dotán, hasta Belmain, y a lo largo
desde Betulia hasta Ciamón, frente a Es-
drelón.
4 Cuando los israelitas vieron aquella
multitud, comentaron aterrorizados:
–Éstos van a barrer la superficie de la
tierra; ni los montes más altos, ni las coli-
nas, ni los barrancos aguantarán tanto
peso.
5 Cada cual empuñó sus armas, en-
cendieron hogueras en las torres y es-
tuvieron en guardia toda la noche.
6 Al segundo día Holofernes desplegó
toda la caballería ante los israelitas de Be-
tulia, 7 exploró las subidas a la ciudad, ins-
peccionó los manantiales de agua y los
ocupó, dejando allí destacamentos mili-
tares. Luego regresó a donde estaba su
gente.
8 Los mandos moabitas, los oficiales de
Esaú y los jefes del litoral fueron a decirle:
9 –Si su alteza nos hace caso, el ejército
no sufrirá ni un rasguño. 10 Esos israelitas
no confían en sus armas, sino en la altura
de los montes donde viven, porque las ci-
mas de esos montes no son fáciles de es-
calar. 11 Por eso, alteza, no les presentes
batalla y no sufrirás ni una baja. 12 Quédate
en el campamento, reserva a tus soldados
y permítenos ocupar el manantial que bro-
ta al pie del monte, 13 porque de ahí sacan
el agua los de Betulia. Así, cuando la sed
acabe con ellos, entregarán la ciudad. No-
sotros subiremos con nuestros soldados a
la cumbre de los montes cercanos y acam-
paremos allí, para impedir que alguien sal-
ga de la ciudad. 14 Se consumirán de ham-
bre, con sus mujeres y niños. Antes de que
los toque la espada caerán tendidos en las
calles de la ciudad, 15 y así les harás pagar
bien caro su rebeldía, cuando no quisieron
salir a tu encuentro en son de paz.
16 La propuesta le gustó a Holofernes y a
sus ayudantes. Ordenó que aquel plan se
llevara a efecto, 17 y los amonitas empren-
dieron la marcha con cinco mil asirios;
acamparon en el valle y ocuparon los ma-
nantiales y las fuentes de los israelitas.
18 Los edomitas y amonitas subieron a la
sierra, acamparon frente a Dotán y manda-
ron destacamentos hacia el sur y al este,

7,1-32 Asedio de la ciudad. El excesivo número de soldados movilizados para atacar a una ciudad que con toda seguridad no era demasiado grande, es solamente un artificio simbólico para resaltar una vez más la extrema desproporción entre el poderío asirio, en el que ponen toda su confianza, y la limitación del objetivo militar (10). Los versículos 9-15 son el contrapunto al discurso de Ajior. Mientras este hombre desaconseja a Holofernes el ataque, aquí encontramos los prácticos consejos de un habitante de la región que con toda seguridad pondrán a la ciudad y sus habitantes en manos asirias. El inminente peligro de caer en manos de Holofernes llega a su máximo punto con la escasez de agua en la ciudad y, con ello, el amotinamiento de la población (20-29) que, además, nos recuerda las rebeliones en el desierto (cfr. Éx 15,22-24; 16,2s; 17,2s), quedando, además, planteada la oposición entre dos corrientes contrarias: la que prefiere entregarse pacíficamente aunque queden reducidos a servidumbre, y la que prefiere resistir mientras aguarda una intervención del Señor que les devuelva la libertad y los mantenga con vida.

frente a Egrebel, cerca de Cus, sobre el to-
rrente Mocmur. El grueso del ejército asirio
acampó en la llanura, cubriendo todo el
suelo. Sus tiendas de campaña y equipos
formaban un campamento de una exten-
sión enorme, porque eran una multitud in-
mensa.

19 Al verse cercados por el enemigo, sin
posibilidad de escapar, los israelitas se de-
sanimaron, y gritaron al Señor, su Dios.

20 El ejército asirio –infantería, caballería
y carros– mantuvo el cerco treinta y cuatro
días. Los vecinos de Betulia gastaron el
agua de las tinajas; 21 los pozos se agota-
ron, y ya ni un solo día podían beber agua
hasta saciarse, porque estaba racionada.
22 Los niños estaban sin fuerzas, las mu-
jeres y los jóvenes desfallecían de sed y
caían por las calles y junto a las puertas de
la ciudad completamente exhaustos.

23 Hasta que un buen día todos, jóvenes,
mujeres y niños, se amotinaron contra
Ozías y los jefes de la ciudad, gritando con-
tra los ancianos:

24 –Que Dios sea el juez entre nosotros y
ustedes, porque nos han causado un gran
mal al no querer negociar la paz con los
asirios. 25 Ahora ya no hay quien nos ayu-
de. Dios nos ha vendido a los asirios para
que sucumbamos ante ellos, muriendo
atrozmente de sed. 26 Llamen a los asirios y
entréguenles la ciudad entera como botín a
Holofernes y a todo el ejército. 27 Más vale
que nos saqueen: seremos sus esclavos,
pero salvaremos la vida, y no veremos con
nuestros ojos morir a nuestros niños, ni ex-
pirar a nuestras mujeres y nuestros hijos.
28 Si no lo hacen hoy mismo, invocamos
por testigos contra ustedes al cielo y la tie-
rra y a nuestro Dios, Señor de nuestros pa-
dres, que nos castiga como merecen nues-
tros pecados y los de nuestros padres.

29 Entonces se levantó de la asamblea
un lamento unánime, y gritaron al Señor
Dios a grandes voces.

30 Ozías les dijo:

–Tengan confianza, hermanos. Vamos a
resistir otros cinco días, y en ese plazo el
Señor, Dios nuestro, se compadecerá de
nosotros. ¡Porque no nos va a abandonar
hasta el fin! 31 Si pasados los cinco días no
hemos recibido ayuda, obraré como uste-
des dicen.

32 Disolvió la reunión, y cada uno regre-
só a su puesto: los hombres subieron a las
murallas y torres de la ciudad, y mandaron
a casa a las mujeres y niños. Mientras tan-
to en la población se propagaba el desáni-
mo.

La mujer valiente

8 1 Entonces se enteró Judit, hija de
Merarí, hijo de Ox, hijo de José, hijo
de Uziel, hijo de Jelcías, hijo de Ananías,
hijo de Gedeón, hijo de Rafaín, hijo de Aji-
tob, hijo de Elías, hijo de Jelcías, hijo de
Eliab, hijo de Natanael, hijo de Salamiel,
hijo de Surisaday, hijo de Simeón, hijo de
Israel.

2 Su marido, Manasés, de su tribu y pa-
rentela, había fallecido durante la cosecha
de la cebada: 3 cuando atendía a los jorna-
leros en el campo tuvo una insolación; cayó
en cama y murió en Betulia, su ciudad; lo
enterraron en la sepultura familiar, en su
finca, entre Dotán y Balamón.

4 Judit llevaba ya viuda tres años y cua-
tro meses. Vivía en su casa, 5 en una habi-
tación que se había preparado en la azotea;
ceñía un sayal y vestía de luto. 6 Desde que
enviudó ayunaba diariamente, excepto los
sábados y sus vísperas, el primero y el últi-
mo día del mes y las fiestas de guardar en
Israel. 7 Era muy bella y atractiva. Su mari-
do, Manasés, le había dejado oro y plata,

8,1–16,25 La gran liberación. La segunda parte del libro va a girar en torno a la gran protagonista, Judit, que apenas ahora se hace presente. Es por este lado por donde se va a romper el dilema: entrega o resistencia. Judit va a orientar la resistencia pero corrigiéndola: hay que resistir confiando no en una intervención milagrosa de parte de Dios, sino poniendo los medios que tiene a su alcance al servicio de la comunidad y al servicio de la acción divina: su belleza y su libertad, pues siendo viuda no depende de un marido y, finalmente, su sagacidad y astucia. Resistir no equivale, por tanto, a esperar intervenciones extraordinarias que muy difícilmente se van a dar. Resistir implica emprender la marcha con lo poco que se tiene, pero con la firme esperanza de que es más que suficiente para enfrentar cualquier fuerza hostil al proyecto de Dios.

8,1-36 La mujer sabia y valiente. La presentación de la protagonista del relato consta de dos partes: en primer lugar se describe su genealogía para demostrar

criados y criadas, rebaños y tierras, y ella
vivía de eso. 8 Era muy religiosa, y nadie
podía reprocharle lo más mínimo.

9 Cuando se enteró de que la gente,
desalentada por la falta de agua, había pro-
testado contra el gobernador, y que Ozías
les había jurado entregar la ciudad a los
asirios pasados cinco días, 10 Judit mandó
a su ama de llaves a llamar a Cabris y Car-
mis, ancianos de la ciudad, 11 y cuando se
presentaron les dijo:

–Escúchenme, jefes de la población de
Betulia. Ha sido un error eso que han dicho
hoy a la gente, obligándose ante Dios, con
juramento, a entregar la ciudad al enemigo
si el Señor no les manda ayuda dentro de
este plazo. 12 Vamos a ver: ¿quiénes son
ustedes para tentar hoy a Dios y ponerse
públicamente por encima de él? 13 ¡Han
puesto a prueba al Señor Todopoderoso,
ustedes, que nunca entenderán nada! 14 Si
ustedes son incapaces de penetrar la pro-
fundidad del corazón humano y de rastrear
sus pensamientos, ¿cómo pretenden enten-
der a Dios, que hizo todas las cosas o co-
nocer su pensamiento o comprender sus
designios? No, hermanos, no provoquen la
ira del Señor, nuestro Dios. 15 Porque aun-
que no piense socorrernos en estos cinco
días, tiene poder para protegernos el día
que quiera, lo mismo que para aniquilarnos
ante el enemigo. 16 No exijan garantías a
los planes del Señor, nuestro Dios, que a
Dios no se le intimida como a un hombre ni
se regatea con él como con un ser humano.
17 Por tanto, mientras aguardamos su salva-
ción, imploremos su ayuda, y si le parece
bien, escuchará nuestras voces. 18 Porque,
hoy en día no hay nadie –en nuestro tiem-
po, y hoy mismo, no ha habido– entre
nuestras tribus, familias, pueblos o ciuda-
des que adore a dioses hechos por manos
humanas, como ocurría antaño, 19 y por
eso nuestros antepasados fueron entrega-
dos a la espada y al saqueo, y sucumbieron
de mala manera ante nuestros enemigos.
20 Nosotros, en cambio, no reconocemos
otro Dios fuera de él. Por eso esperamos
que no nos desprecie ni desatienda a nues-
tra raza. 21 Porque si caemos nosotros, cae-
rá toda Judea, nuestro templo será saquea-
do y esa profanación la pagaremos con
nuestra sangre; 22 en las naciones donde
estemos como esclavos seremos responsa-
bles de la muerte de nuestros compatriotas,
de la deportación de la gente del país y de
la desolación de nuestra patria. Y seremos
motivo de maltrato y burla de quienes nos
compren, 23 porque nuestra esclavitud no
acabará bien, sino que el Señor, Dios nues-
tro, la aprovechará para deshonrarnos.
24 Así que, hermanos, demos ejemplo a
nuestros compatriotas; que su vida depen-
de de nosotros, y en nosotros se basa la se-
guridad del santuario, del templo y del altar.
25 Demos gracias al Señor, Dios nuestro,
por todo esto, porque nos pone a prueba
como a nuestros antepasados. 26 Recuer-
den lo que hizo con Abrahán, cómo probó
a Isaac y lo que le pasó a Jacob en Meso-
potamia de Siria cuando guardaba los re-
baños de su tío materno Labán. 27 Dios no
nos trata como a ellos, que los purificó con
el fuego para probar su lealtad; no nos cas-
tiga; es que el Señor, para corregirlos, azo-
ta a sus fieles.

28 Entonces Ozías le dijo:

–Todo lo que has dicho es muy sensato,
y nadie te va a llevar la contra, 29 porque no
hemos descubierto hoy tu prudencia; desde
pequeña todos conocen tu inteligencia y tu
buen corazón. 30 Pero es que la gente se
moría de sed y nos forzaron a hacer lo que
dijimos, comprometiéndonos con un jura-
mento irrevocable. 31 Tú, que eres una mu-
jer piadosa, reza por nosotros, para que el

---

su genuino origen israelita (1), y en segundo lugar se describen algunos aspectos personales: era viuda (2); muy hermosa (7) y practicaba un ascetismo muy particular: ayunaba todos los días excepto las principales fiestas y sus vísperas; vestía ropas ásperas, oraba permanentemente y, al mismo tiempo, manejaba una gran riqueza (7b).

Los versículos 12-27 son las palabras que Judit dirige a los ancianos, que en realidad es lo que el autor quiere enseñar a sus contemporáneos. En ellas Judit da una verdadera cátedra de sabiduría y cordura a los ancianos. Éstos no solamente representaban la autoridad, sino que de ellos se esperaban soluciones sabias en las calamidades del pueblo. Los ancianos aún no entienden nada (13b); creen ingenuamente que la resistencia que proponen consiste sólo en esperar una intervención espectacular, extraordinaria: esperan que en el plazo fijado por ellos, Dios enviará la lluvia (31).

Judit, pues, corrige esa manera de pensar subrayando que este tipo de resistencia es una forma de

Señor mande la lluvia, se nos llenen los po-
zos y no perezcamos.
[32] Judit les dijo:
–Escúchenme. Voy a hacer una cosa
que se comentará de generación en ge-
neración entre la gente de nuestra raza.
[33] Esta noche se pondrán junto a las puer-
tas. Yo saldré con mi criada, y en el plazo
señalado para entregar la ciudad al enemi-
go, el Señor socorrerá a Israel por mi me-
dio. [34] Pero no intenten averiguar lo que voy
a hacer, porque no les diré nada hasta que
lo cumpla.
[35] Ozías y los jefes le dijeron:
–Vete en paz. Que Dios te guíe para que
puedas vengarte de nuestro enemigo.
[36] Luego salieron de la habitación y cada
uno se fue a su puesto.

Oración de Judit

9 [1] Era el momento en que acababan de
ofrecer en el templo de Jerusalén el
incienso vespertino. Judit se echó ceniza
en la cabeza, y postrada en tierra, se des-
cubrió el sayal que llevaba a la cintura y
gritó al Señor con todas sus fuerzas:

[2] Señor, Dios de mi padre Simeón,
al que pusiste una espada en la mano
para vengarse de los extranjeros
que forzaron vergonzosamente a una doncella,
la desnudaron para violentarla
y profanaron su seno deshonrándola.
Aunque tú habías dicho: No hagan eso, lo hicieron.
[3] Por eso entregaste sus jefes a la matanza,
y su lecho, envilecido por su engaño,
con engaño quedó ensangrentado:
heriste a esclavos con amos, y a los amos en sus tronos,
[4] entregaste sus mujeres al pillaje, sus hijas a la cautividad;
sus despojos fueron repartidos entre tus hijos queridos,
que, encendidos por tu celo,
y horrorizados por la mancha causada a su sangre,
te habían pedido auxilio.
¡Dios, Dios mío, escucha a esta viuda!
[5] Tú hiciste aquello, y lo de antes y lo de después.
Tú proyectas el presente y el futuro,
lo que tú quieres, sucede;
[6] tus proyectos se presentan y dicen: Aquí estamos.
Porque todos tus caminos están preparados,
y tus designios, previstos de antemano.
[7] Ahí están los asirios:
en el apogeo de su fuerza,
orgullosos de sus caballos y jinetes,
soberbios por el vigor de su infantería,

---

tentar a Dios y, por tanto, un pecado. La resistencia se tiene que dar emprendiendo acciones concretas, y eso es precisamente lo que ella va a hacer. Pero también las palabras de Judit son una forma de alertar a la otra corriente, a la que propone la sumisión y la entrega pacífica. Judit encarna, en cierta forma, la conciencia israelita que a lo largo de la historia tuvo que jugársela para sobrevivir en medio de la tensión interna, pero más aún externa. Estaba amenazada por potencias extranjeras que permanentemente tenían los ojos puestos en la tierra de Canaán por tratarse de un corredor estratégico que media entre Mesopotamia y Egipto, polos de grandes imperios en la historia.

9,1-14 Oración de Judit. Después de su discurso con fuerte acento profético, Judit pronuncia una plegaria personal, una súplica inspirada en motivos de diversos salmos. El piadoso judío sabía por experiencia que ante Dios no valen arrogancias, que ante él, el arrogante y el soberbio son como si no existieran, y que la mirada de Dios está fija en el humilde. En una palabra, Judit suplica a Dios que se cumpla la convicción fundamental de su fe y de la fe del pueblo: Dios es la única fuerza de los débiles y pequeños.

seguros de sus escudos, lanzas, arcos y hondas;
¡y no saben que tú eres el Señor, que pone fin a la guerra!
8 ¡Tu nombre es el Señor!
Quebranta su fuerza con tu poder,
aplasta su dominio con tu cólera.
Porque han decidido profanar tu templo,
manchar la tienda donde reside tu nombre glorioso,
echar abajo con el hierro los salientes de tu altar.
9 Mira su soberbia, descarga tu ira sobre sus cabezas,
ayuda a esta viuda a realizar la hazaña que ha pensado.
10 Por mi lengua seductora
hiere a esclavos con amos, al señor con el siervo;
quebranta su arrogancia a manos de una mujer.
11 Tu poder no está en el número ni tu imperio en los guerreros;
eres Dios de los humildes, socorredor de los pequeños,
protector de los débiles, defensor de los desanimados,
salvador de los desesperados.
12 Sí, sí, Dios de mi padre,
Dios de la herencia de Israel, dueño de cielo y tierra,
creador de las aguas, rey de toda la creación,
escucha mi súplica
13 y concédeme hablar seductoramente
para herir de muerte a los que han planeado
una venganza cruel contra tus fieles,
tu santa morada, el monte Sión
y la casa que es posesión de tus hijos.
14 Haz que todo tu pueblo y todas las tribus
vean y conozcan que tú eres el único Dios,
Dios de toda fuerza y de todo poder,
y que no hay nadie que proteja a la raza israelita fuera de ti.

Judit ante Holofernes

10 1 Cuando Judit terminó de suplicar
al Dios de Israel, cuando acabó sus
rezos, 2 se puso de pie, llamó a su servido-
ra y bajó a la casa, en la que pasaba los
sábados y días de fiesta; 3 se despojó del
sayal, se quitó el vestido de luto, se bañó,
se ungió con un perfume intenso, se peinó,
se puso una diadema y se vistió la ropa de
fiesta que se ponía en vida de su marido,
Manasés; 4 se calzó las sandalias, se puso
los collares, los brazaletes, los anillos, los
pendientes y todas sus joyas. Quedó be-
llísima, capaz de seducir a los hombres que
la viesen. 5 Luego entregó a su servidora un
odre de vino y una aceitera; llenó las alfor-
jas con galletas, un pan de frutas secas y
panes puros; empaquetó las provisiones y
se las dio a su servidora.
6 Cuando salían hacia la puerta de Betu-
lia encontraron allí a Ozías, de pie, y a los
ancianos de la ciudad Cabris y Carmis. 7 Al
verla con aquel semblante transformado, y
con otros vestidos, se quedaron pasmados
ante tanta belleza, y le dijeron:
8 –¡Que el Dios de nuestros padres te fa-
vorezca y te permita realizar tus planes
para gloria de los israelitas y exaltación de
Jerusalén!
9 Ella adoró a Dios, y les dijo:

10,1-23 Judit ante Holofernes. El autor se detiene a describir los arreglos personales con que se adorna Judit para penetrar el campamento enemigo. Así como le había descrito como una asceta vestida de sayal y untada de ceniza, ahora Judit luce todas las galas posibles para realzar su belleza. «Vestida de sayal» daría a entender que buscaba la compasión del prepotente asirio, y eso no es lo que ella busca. «Vestida y adornada de fiesta» es presentarse convencida de una victoria cuya celebración anticipan sus galas y sus adornos. Su avance a través del campamento asirio es el cumplimiento de las palabras de su súplica (9,13).

–Ordenen que me abran las puertas de
la ciudad para ir a cumplir sus deseos.
Ellos ordenaron a los soldados que le
abrieran, como pedía.
10 Así lo hicieron. Judit salió con su ser-
vidora. Los hombres de la ciudad la siguie-
ron con la vista mientras bajaba el monte,
hasta que cruzó el valle y desapareció.
11 Cuando caminaban derecho por el va-
lle les salió al encuentro una avanzada asi-
ria, 12 que las detuvieron diciendo:
–¿De qué nación eres, de dónde vienes y
adónde vas?
Judit respondió:
–Soy hebrea, y huyo de mi gente porque
pronto caerán en poder de ustedes y serán
destruidos. 13 Quisiera presentarme a Holo-
fernes, el comandante en jefe de su ejérci-
to, para darle informaciones auténticas; le
enseñaré el camino por donde puede pasar
y conquistar toda la sierra sin que caiga
uno solo de sus hombres.
14 Mientras la escuchaban, admiraban
aquel rostro, que les parecía un prodigio de
belleza, y le dijeron:
15 –Has salvado la vida apresurándote a
bajar para presentarte a nuestro jefe. Ve
ahora a su tienda; te escoltarán hasta allá
algunos de los nuestros. 16 Y cuando estés
ante él, no tengas miedo; dile lo que nos
has dicho, y te tratará bien.
17 Eligieron a cien hombres, que escolta-
ron a Judit y su servidora hasta la tienda de
Holofernes.
18 Al correrse por las tiendas la noticia
de su llegada, se armó una agitación gene-
ral en todo el campamento. Y como Judit
estaba fuera de la tienda de Holofernes
mientras la anunciaban, los soldados la ro-
dearon 19 admirando su hermosura, y por
ella, también a los israelitas. Y comenta-
ban:
–No podemos menospreciar a una na-
ción que tiene mujeres tan bellas. No hay
que dejarles ni un solo hombre; los que
quedasen serían capaces de engañar a todo
el mundo.
20 Los guardaespaldas de Holofernes y
los oficiales salieron e introdujeron a Judit
en la tienda.
21 Holofernes estaba reposando en su le-
cho, bajo un dosel de púrpura y oro, reca-
mado con esmeraldas y piedras preciosas.
22 Cuando le dijeron que estaba Judit, salió
a la antecámara, precedido de portadores
de lámparas de plata.
23 Cuando Judit estuvo frente a Ho-
lofernes y sus oficiales, todos quedaron
pasmados ante aquel rostro tan hermoso.
Ella se postró ante él, rostro en tierra; pero
los esclavos la levantaron.

Informe de Judit

11 1 Holofernes le dijo:
–Ten confianza, mujer, no tengas
miedo; yo jamás he hecho daño a nadie
que quiera servir a Nabucodonosor, rey del
mundo entero. 2 Incluso si tu gente de la
sierra no me hubiese despreciado, yo no
habría levantado mi lanza contra ellos. Pero
ellos se lo han buscado. 3 Bien, dime por
qué te has escapado y te pasas a nosotros.
Viniendo has salvado tu vida. Ten confian-
za, no correrás peligro ni esta noche ni des-
pués. 4 Nadie te tratará mal. Nos portare-
mos bien contigo, como lo hacemos con
los servidores de mi señor, el rey Nabuco-
donosor.
5 Entonces Judit le dijo:
–Permíteme hablarte, y acoge las pala-
bras de tu esclava. No mentiré esta noche
a mi señor. 6 Si haces caso a las palabras
de tu esclava, Dios llevará a buen término
tu campaña, no fallarás en tus planes. 7 ¡Por
vida de Nabucodonosor, rey del mundo en-
tero, que te ha enviado para poner en orden
a todos, y por su imperio! Gracias a ti no
sólo le servirán los hombres, sino que por

El enemigo, en efecto, cegado ante semejante beldad, ni se le ocurre siquiera poner en tela de juicio ni sus palabras ni su propia presencia.

11,1–12,9 Informe de Judit. En este encuentro se resalta la postura de Holofernes, general vanidoso y arrogante, confiado en su poder y en sus éxitos militares. Cree que lo puede tener todo: la ciudad rebelde y esta hermosa dama que ha llegado hasta su propia tienda. Judit sabrá manejar perfectamente estas debilidades del general que él a su vez considera sus fortalezas.

11,11-15 podrían ser una crítica que el autor hace a sus contemporáneos y que pone en boca de Judit: se trtaría de una corriente político-religiosa que está cobrando fuerza en Jerusalén y que se caracteriza por una cierta laxitud y descuido respecto a las tradiciones

tu poder hasta las fieras, y los rebaños, y
las aves del cielo vivirán a disposición de
Nabucodonosor y de su casa. 8 Porque he-
mos oído hablar de tu sabiduría y tu astu-
cia, y todo el mundo comenta que tú eres
el mejor en todo el imperio, el consejero
más hábil y el estratega más admirado.
9 Ahora bien, nos enteramos del discurso
que pronunció Ajior en tu consejo, porque
los de Betulia le perdonaron la vida y él les
contó todo lo que dijo aquí. 10 Alteza, no
deseches su opinión, tenla presente, por-
que es exacta: nuestra raza no sufrirá daño
ni las armas podrán someterlos si no pecan
contra su Dios. 11 Pero ahora, que mi señor
no se sienta rechazado y fracasado, la
muerte se abate sobre ellos: son reos de un
pecado con el que irritan a su Dios cuando
lo cometen. 12 Como han empezado a fal-
tarles los víveres y a agotárseles el agua,
han acordado lanzarse sobre sus rebaños,
han decidido consumir cuanto el Señor en
sus leyes les prohibió comer 13 y han re-
suelto acabar con las primicias del trigo y
los diezmos del vino y del aceite, porción
sagrada de los sacerdotes que ofician ante
nuestro Dios en Jerusalén que ninguno del
pueblo puede ni tocar. 14 Y como los de
Jerusalén ya lo están haciendo, han man-
dado allá una comisión para conseguir de
los ancianos el mismo permiso; 15 y lo que
va a pasar es que, en cuanto les llegue el
permiso, lo usarán, y ese mismo día caerán
en tu poder para que los aniquiles. 16 Por
eso, en cuanto lo supe, me escapé. Dios
me envía para hacer contigo una hazaña
que asombrará a cuantos la oigan. 17 Yo
soy una mujer piadosa; día y noche doy
culto al Dios del cielo. Ahora, señor, me
gustaría quedarme con ustedes; saldré por
las noches hacia el barranco, para pedirle a
Dios que me avise cuando cometan ese pe-
cado. 18 Y entonces vendré a decírtelo; tú
saldrás con todo tu ejército y ninguno de
ellos te opondrá resistencia. 19 Yo te guiaré
a través de Judea, hasta llegar frente a Je-
rusalén, y pondré tu trono en medio de la
ciudad. Tú los manejarás como a ovejas sin
pastor y ni siquiera un perro gruñirá contra
ti. Todo esto lo preveo, me ha sido anun-
ciado y he sido enviada para comunicár-
telo.

20 Las palabras de Judit agradaron a Ho-
lofernes, y sus oficiales, admirados de la
prudencia de Judit, comentaron:

21 –En toda la tierra, de un extremo al
otro, no hay una mujer tan bella y que ha-
ble tan bien.

22 Y Holofernes le dijo:

–Dios ha hecho bien enviándote por de-
lante de los tuyos para darnos a nosotros la
victoria, y la muerte a los que despreciaron
a mi señor. 23 Eres tan hermosa como elo-
cuente. Si haces lo que has dicho, tu Dios
será mi Dios, vivirás en el palacio del rey
Nabucodonosor y serás célebre en todo el
mundo.

12 1 Luego ordenó que la llevaran a
donde tenía su vajilla de plata, y
mandó que le sirvieran de su misma comi-
da y de su mismo vino. 2 Pero Judit dijo:

–No los probaré, para no caer en peca-
do. Yo me he traído mis provisiones.

3 Holofernes le preguntó:

–Y si se te acaba lo que tienes, ¿de dón-
de sacamos una comida igual? Entre no-
sotros no hay nadie de tu raza.

4 Judit le respondió:

–¡Por tu vida, alteza! No acabaré lo que
he traído antes de que el Señor haya reali-
zado por mi medio su plan.

5 Los oficiales de Holofernes la llevaron a
su tienda. Judit durmió hasta la mediano-
che, se levantó antes del relevo del amane-
cer 6 y mandó este recado a Holofernes:

–Señor, ordena que me permitan salir a
orar.

7 Holofernes ordenó a los soldados de su
guardia personal que la dejaran salir.

---

y preceptos religiosos de Israel. El autor sabe que ésta es la puerta de entrada para que los enemigos contemporáneos entren a socavar la religión, con lo cual vendrá la pérdida de identidad nacional, cultural y, por supuesto, religiosa. En el campamento asirio, Judit mantiene su identidad judía tanto en la comida como en las prácticas de piedad (12,1-9).

12,10–13,10 La noche decisiva. La noche fatal para Holofernes, noche de salvación para Judit y su pueblo, se enmarca en un banquete ofrecido por el general, ocasión para invitar a la huésped y oportunidad para poseerla. Hay un diálogo en el cual Judit, una vez más, va realizando una de las intenciones que contenía su plegaria: engañar con sus palabras.

Así pasó Judit tres días en el campa-
mento todas las noches se dirigía al barran-
co de Betulia y se lavaba en el manantial
donde se encontraba el puesto de avanza-
da. **8** Volvía y suplicaba al Señor, Dios de Is-
rael, que dirigiera su plan para exaltación
de su pueblo. **9** Luego, purificada, volvía a
su tienda y allí se quedaba hasta que, a eso
del atardecer, le llevaban la comida.

La noche decisiva

10 El cuarto día, Holofernes ofreció un
banquete exclusivamente para su personal
de servicio, sin invitar a ningún oficial, **11** y
dijo al eunuco Bagoas, que era su mayor-
domo:
–Trata de convencer a esa hebrea que
tienes a tu cargo para que venga a comer y
beber con nosotros. **12** Porque sería una ver-
güenza no aprovechar la ocasión de acos-
tarme con esa mujer. Si no me la gano, se
va a reír de mí.
13 Bagoas salió de la presencia de Holo-
fernes, entró donde estaba Judit y le dijo:
–No tenga miedo esta niña bonita de
presentarse a mi señor como huésped de
honor, para beber y alegrarse con nosotros,
pasando el día como una mujer asiria de las
que viven en el palacio de Nabucodonosor.
14 Judit respondió:
–¿Quién soy yo para contradecir a mi
señor? Haré en seguida lo que le agrade;
será para mí un recuerdo feliz hasta el día
de mi muerte.
15 Se levantó para arreglarse. Se vistió y
se puso todas sus joyas de mujer. Su don-
cella entró delante y le extendió en el sue-
lo, ante Holofernes, el vellón de lana que le
había dado Bagoas para que se recostase
allí a diario mientras comía.
16 Judit entró y se sentó. Al verla, Holo-
fernes se turbó, y la pasión lo agitó con un
deseo violento de unirse a ella, porque des-
de la primera vez que la vio esperaba la
ocasión de seducirla, **17** y le dijo:
–¡Bebe; alégrate con nosotros!
18 Judit respondió:
–Claro que beberé, señor. Hoy es el día
más grande de toda mi vida.
19 Y comió y bebió ante Holofernes, to-
mando de lo que le había preparado su
doncella.
20 Holofernes, entusiasmado con ella,
bebió muchísimo vino, como no había be-
bido en toda su vida.

13 **1** Cuando se hizo tarde, el personal
de servicio se retiró enseguida. Ba-
goas cerró la tienda por fuera, después de
hacer salir a los sirvientes. Todos fueron a
acostarse, rendidos por lo mucho que ha-
bían bebido.
2 En la tienda quedaron sólo Judit y Ho-
lofernes, tumbado en el lecho, completa-
mente borracho.
3 Judit había ordenado a su doncella que
se quedara fuera de la alcoba y la esperase
a la salida como otros días. Había dicho
que saldría para hacer la oración, y había
hablado de ello con Bagoas.
4 Cuando salieron todos, sin que queda-
ra en la alcoba nadie, ni chico ni grande,
Judit, de pie junto al lecho de Holofernes,
oró interiormente:

Señor, Dios Todopoderoso,
mira favorablemente
lo que voy a hacer en esta hora
para exaltación de Jerusalén.
5 Ha llegado el momento
de ayudar a tu herencia
y de cumplir mi plan,
hiriendo al enemigo
que se ha levantado
contra nosotros.

6 Avanzó hacia la columna del lecho,
que quedaba junto a la cabeza de Holofer-
nes, descolgó la espada **7** y, acercándose al
lecho, agarró la melena de Holofernes y
oró:

Esas palabras engañosas (12,4.14.18), únicas intervenciones de Judit, son suficientes para mantener a su enemigo tranquilo y confiado, lo demás será obra de la comida y el vino... Por su parte, Judit espera confiada.

El autor no revela aún en qué consiste el plan de la protagonista, pero ella sabe que este momento es decisivo, que es ahora o nunca que debe proceder, y se dirige al Señor interiormente para pedirle fuerzas en esta acción que, por demás, la hará famosa como irónicamente había vaticinado ya Holofernes (cfr. 11,23d). El plan de Judit se describe en 13,6-9. Con esto Judit ha cumplido una acción en la cual ha puesto en peligro su vida, pero sabe que es una acción de Dios el que haya tenido la valentía y el arrojo suficiente para hacerlo.

–¡Dame fuerza ahora, Señor, Dios de Is-
rael!
8 Le descargó dos golpes en el cuello
con todas sus fuerzas, y le cortó la cabeza.
9 Luego, haciendo rodar el cuerpo de
Holofernes, lo tiró del lecho y arrancó el
cortinado de las columnas. Poco después
salió, entregó a su servidora la cabeza de
Holofernes 10 y la servidora la metió en la
bolsa de la comida. Luego salieron las dos
juntas para orar, como acostumbraban.
Atravesaron el campamento, rodearon el
barranco, subieron la pendiente de Betulia
y llegaron a las puertas de la ciudad.

La ciudad victoriosa

11 Judit gritó desde lejos a los centine-
las:
¡Abran, abran la puerta!
Dios, nuestro Dios,
está con nosotros,
demostrando todavía
su fuerza en Israel
y su poder contra el enemigo.
¡Así lo ha hecho hoy!
12 Cuando los de la ciudad la oyeron, ba-
jaron enseguida hacia la puerta y convoca-
ron a los ancianos. 13 Todos fueron corrien-
do, chicos y grandes. Les parecía increíble
que llegara Judit. Abrieron la puerta y la re-
cibieron; luego hicieron una gran hoguera
para poder ver, y se amontonaron en torno
a ellas.
14 Judit les dijo gritando:
¡Alaben a Dios, alábenlo!
Alaben a Dios,
que no ha retirado su misericordia
de la casa de Israel;
que por mi mano
ha dado muerte al enemigo
esta misma noche.
15 Y sacando la cabeza guardada en la
bolsa, la mostró, y dijo:
–Ésta es la cabeza de Holofernes, co-
mandante en jefe del ejército asirio. Ésta es
la cortina bajo la que dormía su borrache-
ra. ¡El Señor lo hirió por mano de una mu-
jer! 16 Vive el Señor, que me protegió en mi
camino; les juro que mi rostro sedujo a Ho-
lofernes para su ruina, pero no me hizo pe-
car. Mi honor está sin mancha.
17 Todos se quedaron asombrados, y
postrándose en adoración a Dios, dijeron a
una voz:
–Bendito eres, Dios nuestro,
que has aniquilado hoy
a los enemigos de tu pueblo.
18 Y Ozías dijo a Judit:
Que el Altísimo te bendiga, hija,
más que a todas
las mujeres de la tierra.
Bendito el Señor,
creador de cielo y tierra,
que enderezó tu golpe contra
la cabeza del general enemigo.
19 Los que recuerden
esta hazaña de Dios
jamás perderán la confianza
que tú inspiras.
20 Que el Señor
te engrandezca siempre
y te dé prosperidad,
porque no dudaste
en exponer tu vida
ante la humillación de nuestra raza,
sino que vengaste nuestra ruina
procediendo con rectitud
en presencia de nuestro Dios.
Todos aclamaron:
–¡Así sea, así sea!

La mañana triunfal

14 1 Entonces Judit les habló:
–Escuchen, hermanos. Tomen esta
cabeza y cuélguenla en las almenas de la
muralla. 2 Y cuando comience a clarear y

13,11-20 La ciudad victoriosa. Antes de la victoria final comienza el tono festivo de celebración. El anuncio de la victoria, todavía desde lejos, es un grito de acción de gracias al Señor; domina el canto festivo sobre la acción. Judit, consciente de su hazaña, no reclama para sí honores ni reconocimiento alguno. Todo ha sido cuestión de su belleza que ha seducido a Holofernes, pero para su perdición (16) y, por encima de todo, ha sido la obra del Señor que una vez más ha actuado en favor de su pueblo. Las palabras de Ozías, anciano de la ciudad, sintetizan el sentir de un pueblo que ve cómo las amenazas y peligros han desaparecido e incitan al creyente judío a no perder la esperanza en momentos de dificultad.

14,1–15,7 La mañana triunfal. Terminada esa especie de vigilia nocturna, Judit se transforma en estratega y comienza a dar órdenes que han de poner en marcha la acción y que adelantan los sucesos próximos. Muerto el jefe, es tradicional que se desbarate y huya el ejército.

salga el sol sobre la tierra, empuñará cada cual sus armas y saldrán de la ciudad todos los soldados. Pongan al frente un jefe, como si fueran a bajar a la llanura hasta los puestos de avanzada de los asirios, pero no bajen. 3 Ellos tomarán las armas e irán al campamento a despertar a los generales del ejército asirio: todos irán corriendo a la tienda de Holofernes, y no lo encontrarán. Entonces les entrará el pánico y huirán ante ustedes. 4 Ustedes, y cuantos viven en territorio israelita, los perseguirán para destrozarlos en la retirada. 5 Pero antes tráiganme a Ajior, el amonita, para que vea y reconozca al que se burlaba de los israelitas y nos lo mandó para que lo matáramos.

6 Fueron a casa de Ozías a buscar a Ajior. Cuando llegó y vio la cabeza de Holofernes en la mano de un hombre de la asamblea, se desmayó cayendo de frente. 7 Cuando lo levantaron, se echó a los pies de Judit, y postrado ante ella, dijo:

–Te bendecirán en todas las tiendas de Judá, y todos los pueblos que escuchen tu fama temblarán. 8 Ahora cuéntame lo que has hecho estos días.

En medio de la gente, Judit contó lo que había hecho, desde el día en que marchó hasta aquel momento. 9 Cuando acabó, todos dieron vivas, llenando la ciudad de gritos de júbilo.

10 Ajior, viendo cuanto había hecho el Dios de Israel, creyó plenamente en él, se circuncidó y fue admitido en la casa de Israel definitivamente.

11 Cuando despuntó el día, colgaron de la muralla la cabeza de Holofernes. Los hombres empuñaron las armas y salieron por escuadrones hacia los accesos de la ciudad. 12 Por su parte, los asirios, al verlos, lo notificaron a sus jefes, y éstos a los generales, comandantes y toda la oficialidad. 13 Cuando llegaron a la tienda de Holofernes, dijeron al mayordomo:

–Despierta a nuestro jefe, que esos esclavos se han atrevido a bajar para atacarnos; quieren que los destrocemos por completo.

14 Bagoas entró y golpeó el tapiz de la tienda, suponiendo que Holofernes dormía con Judit.

15 Como no respondía nadie, apartó las cortinas, entró en la alcoba y se lo encontró muerto, tirado a la entrada; le habían arrancado la cabeza.

16 Bagoas pegó un grito, y rasgándose las vestiduras, se echó a llorar, sollozando y aullando. 17 Luego fue a la tienda donde se alojaba Judit, y al no encontrarla, se lanzó sobre la tropa, gritando:

18 –¡Los esclavos nos han traicionado! Una sola mujer hebrea ha deshonrado a la casa del rey Nabucodonosor. ¡Ahí está Holofernes, tirado en el suelo y descabezado!

19 Al oírlo, los oficiales asirios se rasgaron los mantos, completamente perturbados. Sus gritos y alaridos resonaron por todo el campamento.

15 1 Cuando lo oyeron los soldados que estaban en las tiendas, quedaron espantados ante lo ocurrido. 2 Les entró el pánico, y sin esperar uno al otro, huyeron todos por los caminos de la llanura y de la sierra, en una desbandada general.

3 Los acampados en la sierra, en torno a Betulia, se dieron también a la fuga. Entonces todos los soldados israelitas se lanzaron sobre ellos. 4 Ozías despachó mensajeros a Bebay, Joba, Cola y por todo Israel, para comunicar lo sucedido y pedir que se lanzasen todos contra el enemigo y lo destrozasen.

5 Al enterarse los israelitas, todos a una cayeron sobre los asirios, machacándolos hasta Joba. Se juntaron también los de Jerusalén y todos los de la sierra, informados de lo ocurrido en el campamento enemigo. Además, los de Galaad y Galilea los atacaron por los flancos, causándoles grandes pérdidas, hasta más allá de Damasco y su región. 6 Los que quedaron en Betulia se lanzaron sobre el campamento asirio y lo devastaron, consiguiendo un inmenso botín. 7 Al volver de la matanza, los israelitas se apoderaron de lo que quedaba; incluso la gente de los poblados y granjas de la sie-

15,8-14 Acción de gracias. Estas palabras de alabanza a Dios, coronando la narración de los hechos, imitan los dos casos más notables de liberación en al Antiguo Testamento: el canto de Miriam por el paso del mar Rojo (Éx 15) y el canto de Débora (Jue 5).

rra y de la llanura se llevó muchos despojos; así que hubo un botín enorme.

Acción de gracias

8 El sumo sacerdote, Joaquín, y el consejo de ancianos de Israel que habitaban en Jerusalén fueron a contemplar los prodigios de Dios en favor de Israel y a ver y a saludar a Judit. 9 Cuando llegaron a su casa, todos a una voz la felicitaron:

Tú eres la gloria de Jerusalén,
tú eres el honor de Israel,
tú eres el orgullo de nuestra raza.
10 Con tu mano lo hiciste,
bienhechora de Israel,
y Dios se ha complacido.
Que Dios omnipotente te bendiga
por siempre jamás.
Y todos aclamaron:
–¡Así sea!

11 El saqueo del campamento duró treinta días. A Judit le asignaron la tienda de Holofernes con toda su vajilla de plata, los divanes, las vasijas y el mobiliario. Judit tomó esas cosas, cargó su mula; luego enganchó los carros y lo amontonó todo encima.

12 Todas las israelitas corrieron a verla y felicitarla. Algunas organizaron una danza en su honor. Judit tomó ramos y los repar-
tió a sus compañeras, 13 que se coronaron
como ella con hojas de olivo. Judit, a la cabeza de toda la gente, dirigía la danza de las mujeres. Seguían todos los israelitas, armados, llevando coronas y cantando himnos.

14 En medio de todos los israelitas, Judit entonó este canto de acción de gracias, coreado por todo el pueblo:

Himno de Judit
(Éx 15; Jue 5)

16 1 Canten a mi Dios
al son de panderetas,
celebren al Señor con platillos;
con un cántico nuevo
invoquen y glorifiquen su Nombre.
2 El Señor es un Dios
que pone fin a la guerra;
desde su campamento
en medio del pueblo
me libró de las manos
de mis perseguidores.
3 De las montañas del norte
llegó Asur con miles de soldados.
Su muchedumbre
obstruyó los torrentes,
su caballería cubrió los valles.
4 Amenazó incendiar mi territorio,
matar a espada a mis muchachos,
estrellar a mis pequeñuelos,
entregar mis niños al pillaje
y mis doncellas para ser raptadas.
5 ¡El Señor omnipotente los frustró
por mano de una mujer!
6 No cayó su jefe ante soldados,
ni lo hirieron hijos de titanes,
ni gigantes corpulentos lo vencieron,
sino Judit, hija de Merarí,
lo paralizó con la belleza de su rostro:
7 se quitó su vestido de luto
para levantar a los afligidos de Israel,
se ungió el rostro con perfumes,
8 sujetó sus cabellos
con una diadema
y se vistió de lino para seducirlo.
9 Su sandalia cautivó sus ojos,
su hermosura esclavizó su alma,
la espada le cortó el cuello.
10 Los persas
se asustaron de su audacia,
los medos
se asombraron de su osadía.
11 Entonces mis humildes lanzaron
su alarido, y los atemorizaron;
gritaron mis débiles,
y los aterrorizaron;
levantaron la voz,
y ellos retrocedieron.
12 Hijos de esclavas los atravesaron,
los hirieron
como a hijos de prófugos;
perecieron en el combate
de mi Señor.

16,1-18 Himno de Judit. El cántico final de Judit está inspirado en otros cánticos de liberación conocidos en el Antiguo Testamento. La muerte de Holofernes y la desbandada del ejército asirio son el motivo de este cántico de victoria que resalta el don de la vida ofrecido por Dios a su pueblo. Ahora bien, ¿no es una gran contradicción celebrar la vida sobre la sangre aún fresca de las víctimas, una realidad que se repite con frecuencia a lo largo del Antiguo Testamento? La cuestión está en que obviamente no es posible darle a este relato un valor literal. Hay que tener en mente el valor simbólico que el autor ha dado al argumento

13 Cantaré a mi Dios
un cántico nuevo:
Señor, tú eres grande y glorioso,
admirable en tu fuerza, invencible.
14 Que te sirva toda la creación,
porque lo mandaste y existió,
enviaste tu aliento y la construiste,
nada puede resistir a tu voz.
15 Sacudirán las olas
los cimientos de los montes,
las peñas en tu presencia
se derretirán como cera,
pero tú serás propicio a tus fieles.
16 Porque poco valen los sacrificios
de aroma agradable
y nada la grasa de los holocaustos,
pero el que teme al Señor
será siempre grande.
17 ¡Ay de los pueblos
que atacan a mi raza!
El Señor omnipotente se vengará
de ellos el día del juicio;
meterá en su carne fuego y gusanos
y llorarán de dolor eternamente.

18 Al llegar a Jerusalén adoraron a Dios, y cuando todos terminaron de purificarse, ofrecieron holocaustos, sacrificios voluntarios y ofrendas votivas.

Conclusión

19 Judit consagró al Señor todo el ajuar de la tienda de Holofernes, regalo del pueblo, y el cortinado que ella había quitado de la tienda.

20 Durante tres meses toda la gente estu-
vo en fiestas ante el templo de Jerusalén, y
Judit se quedó con ellos. 21 Pasado ese
tiempo, cada cual emprendió la marcha ha-
cia su herencia. Judit volvió a Betulia y si-
guió administrando su casa. Fue muy céle-
bre en su tiempo por todo el país. 22 Tuvo
muchos pretendientes, pero no volvió a ca-
sarse desde que su marido, Manasés, murió
y fue a reunirse con los suyos. 23 La fama
de Judit fue en aumento. Vivió en casa de
su marido hasta la edad de ciento cinco
años. Dejó libre a su servidora y murió en
Betulia, la enterraron en la sepultura de su
marido, Manasés, 24 y los israelitas hicieron
duelo siete días. Antes de morir, Judit re-
partió sus bienes entre los parientes de su
marido, Manasés, y entre sus propios pa-
rientes.

25 En su tiempo, y después, durante muchos años, nadie volvió a molestar a los israelitas.

---

de su relato, lo mismo que el simbolismo que hay detrás de cada personaje y de cada una de sus palabras y acciones.

Como quedó dicho desde un principio, no hay que ponerse a la tarea de verificar la autenticidad histórica de los hechos y de los personajes porque no la hay; pero lo que sí es real e histórico, y que aún hoy se constata, es la soberbia y la prepotencia de gobernantes y naciones con pretensiones exactamente iguales a las de Nabucodonosor, encarnación misma de la opresión y del despotismo. En la Biblia este tipo de actitudes son abiertamente condenadas y rechazadas por Dios por ser la antítesis de su plan de libertad y de vida propuesto a la humanidad. Para la época del autor de Judit, el «pequeño pueblo judío» había visto caer imperios tan grandes y aparentemente invencibles como el egipcio, el asirio, el babilónico y, quizás, el persa que estaba ya agonizando en manos de los griegos. De modo que éste sería el argumento más contundente para que la fe bíblica se afianzara en la idea de que los grandes y prepotentes se hunden por sí mismos, pues siendo la antítesis de la vida, cada una de sus acciones, que son de muerte, son un aproximarse más y más a su propia destrucción. Así hay que leer, por ejemplo, las plagas de Egipto, especialmente la última, la muerte de los primogénitos (Éx 12,29-42). Desafortunadamente, la Biblia no plantea las cosas así, y lo que encontramos es una serie de relatos donde ruedan las cabezas de los enemigos de Israel que resultan ser también enemigos de Dios, unas veces muertos a manos del mismo Dios y otras a través de los israelitas. Pero todo ello con la misma finalidad: demostrar que todo lo que se opone al proyecto de la vida termina pereciendo. De manera que los cánticos que celebran la vida sobre los cadáveres enemigos, vistos desde esta perspectiva, no son ningún extremo de sadismo, son más bien una forma de invitar a los enemigos de la vida a que se conviertan y a que se pongan al servicio de ella.

16,19-25 Conclusión. En cuanto a la fama de Judit, perdura hasta nuestros días. Quizá menos que en otros tiempos, cuando la tomaban por figura histórica, cuando excitaba los deseos de imitación. Como figura literaria, Judit conserva hoy un buen puesto, y el autor escribe una especie de firma cifrada en esa nota sobre la fama de su criatura poética.



ESTER

Contexto histórico. Tres libros narrativos tardíos corresponden a la diáspora judía y están situados con coordenadas ficticias. Tobías entre los deportados israelitas de Asiria; Daniel, entre los deportados de Babilonia; y Ester entre la diáspora judía de Persia.

Los tres libros juntos nos dan una idea genérica de la vida de los judíos en la diáspora. El problema central es la identidad de un pueblo disperso y su relación con la cultura circundante. La diáspora es un hecho admitido con el cual se convive tranquilamente. No se siente el afán de volver a la patria ni se echa apenas de menos el templo y su culto. Solo al final de Tobías aparece Jerusalén como en un sueño glorioso y testamentario.

En general, todo les va bien a los exiliados; incluso algunos personajes judíos ocupan puestos importantes en la corte: Tobías, como proveedor del rey Salmanasar; Daniel por su saber sobrehumano; en el presente libro, Mardoqueo y Ester, hasta el punto que el judío delata una conjura contra el emperador.

Dos peligros, sin embargo, acechan a los exiliados, uno permanentemente: el peligro de diluirse como minoría en la inmensidad heterogénea del imperio; pero a pesar de la dispersión, los judíos conservan unidad e identidad gracias a su legislación, sus libros y su memoria histórica. El otro peligro son las persecuciones esporádicas. La religión pagana no parece ser peligrosa por su atracción, pero cuando intenta imponerse a la fuerza, los judíos resisten victoriosamente y se mantienen fieles a su Dios.

El libro de Ester. El libro de Ester es un relato construido con habilidad y desarrollado con bastante acierto, no exento de las inverosimilitudes que entonces se aceptaban sin dificultad. El tema y esquema general es un grave peligro del pueblo judío, del que se libra maravillosamente; no hace falta mencionar a Dios para saber quién es el liberador. El desenlace es un juicio histórico, fácilmente atribuible al Juez de la historia. La escenificación en tierra extranjera permite detalles pintorescos y deja más espacio a la ficción. La exaltación del humillado y la intervención decisiva de una mujer son motivos tradicionales, tratados con bastante originalidad.

Los personajes son figuras típicas, sin relieve individual; pero el juego de contrastes les da relieve y anima la trama. Mardoqueo es encarnación de lo mejor de los judíos: sensatez y valor, tenacidad y calma; es un poco la conciencia de los judíos e intenta ser la de los demás.

A su lado, Ester resulta una joven sumisa y discreta, que en un momento de valentía alcanza la grandeza y representa un nuevo triunfo femenino en la literatura bíblica, detrás de Rebeca, Tamar, Yael, Rut, Abigaíl, y Judit. Sobre un fondo de maridos asustados ante la posible rebelión de las mujeres (1) asistimos al triunfo liberador de la belleza y la valentía de una mujer (compañera en esto de Judit).

El relato tiene un marcado carácter sapiencial, enseña en forma de gran parábola: el israelita aprenderá confianza, solidaridad, acción cautelosa; el extranjero puede aprender que los judíos son empleados de fiar, que debe respetar sus costumbres; también pueden escarmentar en la figura de Amán, porque hay alguien más poderoso, que sale por el pueblo judío.

El doble texto. Es muy posible que el libro conserve recuerdos de persecuciones y liberaciones de los judíos durante el dominio persa. Esto no quiere decir que el libro sea historia; es más bien una ficción bien ambientada y ejemplar; pudo haber sido escrita en la primera época helenística o durante la persecución de Antíoco IV. El libro se leyó después en zonas y épocas más tranquilas; entonces un autor griego recogió la obra y le añadió elementos para hacer explícita la acción de Dios: sueño y explicación, plegarias, aclaraciones; sustituyó la defensa armada por un edicto de tolerancia para los judíos.

Éste es el texto griego, que introducimos en el puesto correspondiente de la narración, distinguiéndolo con letra cursiva (Su numeración es la continuación al texto hebreo, así, el capítulo 1 del texto griego, es el capítulo 11 en nuestra versión). Se puede hacer una primera lectura saltándose dichos pasajes y una segunda incluyéndolos.

Mensaje religioso. Ester no es una novela de tesis, es un relato didáctico; sus enseñanzas se ofrecen sabiamente distribuidas a lo largo del

libro. En la superficie, el relato hebreo original es llamativamente laico. Dios no interviene ni con milagros ni de otra manera patente. Pero no hace falta nombrarlo para descubrirlo en la trama y en lo inesperado del desenlace de los acontecimientos.

La victoria de los judíos es un gran juicio en el que los malvados reciben su merecido: se aplica la ley del Talión: «caen en la fosa que cavaron». El desenlace es, por tanto, un juicio histórico y no hace falta mucha profundización para que cualquier israelita sepa que el autor de dicha sentencia es Dios. Al traductor griego no le basta un Dios entre bastidores, y lo sacó a escena repetidas veces.



Hay algo, sin embargo, en el libro que nos turba, y es la complacencia en la venganza. La caída de Amán se retrata con detalles crueles, la victoria final desborda los presupuestos; los judíos se vengan de sus enemigos, cuentan las víctimas, alargan el plazo de la venganza, ponen gran empeño en recordar ese día. La justicia vindicativa podía cumplirse con moderación. Esta dificultad nos invita a leer el libro como cifra de la crueldad humana. Aún estamos lejos de Aquel que sustituyó la ley del Talión por la ley del amor, incluso a los enemigos.

El sueño de Mardoqueo

11 1 *El año segundo del reinado del em-*
perador Artajerjes, el día uno de
abril, tuvo un sueño Mardoqueo, hijo de
Yaír, descendiente de Semeí, y de Quis, ben-
jaminita, 2 *un judío que vivía en la ciudad*
de Susa, funcionario de la corte, 3 *uno de*
los deportados que Nabucodonosor, rey de
Babilonia, había llevado cautivos desde Je-
rusalén con Jeconías, rey de Judá.

4 *Soñó lo siguiente: gritos y estruendo,*
truenos, un terremoto, tumulto en la tierra.
5 *Luego aparecieron dos grandes dragones*
dispuestos al combate; lanzaron un rugido,
6 *y al oírlo, todas las naciones se armaron*
para atacar a la raza de los justos.

7 *El día quedó oscuro y sombrío. ¡Día de*
tribulación y angustia, calamidades y tu-
multos! 8 *Toda la raza de los justos se asus-*
tó, temiendo la ruina, y se dispusieron a
morir; pero gritaron al Señor, 9 *y en respues-*
ta a su clamor, un río enorme y caudaloso
surgió como de una fuentecilla; 10 *apareció*
una luz y salió el sol; los oprimidos se le-
vantaron y devoraron a los grandes.

11 *Cuando Mardoqueo despertó, se le ha-*
bía grabado profundamente aquel sueño,
en el que había visto los planes de Dios, y
estuvo dándole vueltas hasta la noche, in-
tentado descifrarlo.

El banquete del rey Asuero

1 1 Era en tiempo del rey Asuero, cuyo
imperio abarcaba ciento veintisiete
provincias, desde la India hasta Nubia.

2 El año tercero de su reinado, el rey,
que residía en la fortaleza de Susa, 3 ofreció
un banquete a todos los generales y oficia-
lidad del ejército persa y medo, a la noble-
za de palacio y a los gobernadores de las
provincias, 4 para hacer alarde durante mu-
chos días, ciento ochenta días, de las ri-
quezas y el esplendor de su reino, de su ex-
traordinaria gloria y su grandeza.

5 Pasados aquellos días, el rey ofreció un
banquete de siete días a toda la población
de la fortaleza de Susa, chicos y grandes,
en la explanada de los jardines del palacio.
6 Había finas cortinas de lino blanco y púr-
pura violeta, sujetas a unas anillas de plata,
que pendían de columnas de mármol blan-
co, –sujetas a unas anillas de plata– sobre el
pavimento de mosaico, hecho de malaqui-
ta, mármol blanco y nácar. 7 Había copas
de oro para la bebida, todas distintas, y vino
abundante, ofrecido por el rey con esplén-
dida generosidad. 8 La norma para beber
era que nadie obligase a nadie; el rey había
ordenado a todos los sirvientes de palacio
que respetaran los deseos de cada uno.

9 Por su parte, la reina Vasti ofreció un
banquete a las mujeres del palacio real de
Asuero.

10 El séptimo día, cuando el rey estaba
alegre por el vino, ordenó a Maumán, Ba-
zata, Jarbona, Bagatá, Abgatá, Zetar y Car-
cás, los siete eunucos que estaban al servi-
cio personal del rey Asuero, 11 que le
trajeran a la reina Vasti con su corona real,
para que los generales y el pueblo admira-

11,1-11 Sueño de Mardoqueo. El relato hebreo original, como quedó dicho en la Introducción, fue completado posteriormente con textos en griego, probablemente para introducirle un poco el ingrediente religioso que no es muy explícito en el original hebreo. Es un hecho que en el texto hebreo no se menciona a Dios por ninguna parte, aunque es fácilmente deducible que los acontecimientos y el desenlace de la trama sólo puede ser obra del Dios de los judíos. Quizás los lectores de la época en que el libro fue traducido al griego sintieron algún escrúpulo por la falta de esta explicitación religiosa, y ello motivaría las ampliaciones que fueron introducidas.

Esta primera sección corresponde, pues, a una de las varias adiciones en griego. Se anticipan aquí algunos elementos que van a jugar un papel importante a lo largo de la obra: el nombre de Mardoqueo y su procedencia; el sueño de Mardoqueo, que vendrá resuelto e interpretado al final de la obra a la luz de los hechos (10,5-11). Queda también planteado el esquema de la trama que corresponde a los modelos tradicionales de la narrativa judía: surge un grave peligro para el pueblo; el pueblo, en cabeza de su guía o de sus guías, se dirige a Dios; Dios responde librándolo del peligro y dándole la victoria.

1,1-22 El banquete del rey Asuero. Se inicia esta primera sección del libro en un ambiente de palacio, de fasto y de derroche de opulencia. En realidad no se trata de un solo banquete, se trata de tres: el que ofrece el rey a los nobles, cortesanos y generales (2-4), el que ofrece para el pueblo (5), y el tercero que es ofrecido por la reina para las mujeres de palacio

sen su belleza, porque era muy hermosa.
12 Pero cuando los eunucos le transmitieron
la orden del rey, la reina Vasti no quiso ir. El
rey tuvo un acceso de ira y se enfureció;
13 luego consultó a los letrados –porque los
asuntos del rey se solían consultar a los ex-
pertos en derecho–; 14 mandó que se pre-
sentaran Carsená, Setar, Admatá, Tarsis,
Mares, Marsana y Memucán, los siete gran-
des del reino de Persia y Media, que for-
maban parte del consejo real y ocupaban
los primeros puestos en el reino, y les pre-
guntó:
15 –¿Qué sanción hay que imponer a la
reina Vasti por no haber obedecido la orden
del rey Asuero, transmitida por los eunu-
cos?
16 Ante el rey y los grandes del reino res-
pondió Memucán:
–La reina Vasti no sólo ha faltado al rey,
sino a todos los gobernadores y a todos los
súbditos que tiene el rey Asuero en las pro-
vincias. 17 Porque cuando las mujeres se
enteren de lo que ha hecho la reina, des-
preciarán a sus maridos. Dirán: El rey
Asuero mandó que se presentara la reina
Vasti, y ella no fue. 18 Hoy mismo, las mu-
jeres de los príncipes de Persia y Media que
oigan lo de la reina, hablarán a sus maridos
en el mismo tono y acabarán despreciándo-
dolos y riñendo. 19 Si al rey le parece bien,
publique un decreto real, que se incluirá en
la legislación de Persia y Media con carác-
ter irrevocable, prohibiendo que Vasti se
presente al rey Asuero y otorgando el título
de reina a otra mejor que ella. 20 Cuando
por todo el inmenso imperio del rey oigan el
decreto real, todas las mujeres honrarán a
sus maridos, nobles o plebeyos.
21 El rey y los príncipes aprobaron la
propuesta. El rey hizo lo que había sugerido
Memucán: 22 mandó cartas a todas las pro-
vincias del imperio, a cada una en su escri-
tura y a cada pueblo en su lengua, orde-
nando que fuese el marido quien mandase
en casa.

Ester, elegida reina

2 1 Más adelante, cuando se le pasó la
cólera, el rey se acordó de Vasti, de lo
que había hecho y lo que él decretó con
aquel motivo. 2 Entonces le dijeron los cor-
tesanos:
–Que le busquen al rey muchachas sol-
teras y bellas. 3 El rey puede nombrar dele-
gados en todas las provincias del imperio
para que reúnan a todas las muchachas en
el harén de la fortaleza de Susa, bajo el
mando de Hegeo, eunuco real guardián de
las mujeres, que les dará cremas de belle-
za, 4 y la muchacha que más le guste al rey
sustituirá a la reina Vasti.
Al rey le agradó la propuesta, y fue lo
que se hizo.
5 En la fortaleza de Susa vivía un judío
llamado Mardoqueo, hijo de Yaír, y descen-
diente de Semeí, y de Quis, benjaminita,
6 que había sido deportado desde Jerusalén
con Jeconías, rey de Judá, entre los cauti-
vos que se llevó Nabucodonosor, rey de
Babilonia. 7 Mardoqueo había criado a Ha-
dasá, es decir, Ester, prima suya, huérfana
de padre y madre. La muchacha era muy
guapa y atractiva, y al morir sus padres,
Mardoqueo la adoptó por hija.
8 Cuando se promulgó el decreto real,
llevaron a muchas chicas a la fortaleza de
Susa, bajo las órdenes de Hegeo, y llevaron

---

(9). En los tres casos, según nos señala el narrador, el motivo de los banquetes es hacer alarde del poder, de la riqueza y del esplendor del reino. El marco del banquete es propicio para que el rey sienta deseos de compartirlo con su esposa oficial, la reina Vasti (11) quien se niega rotundamente a tal requerimiento (12); esto provoca la ira del rey y el consiguiente derrocamiento de la reina por tratarse de un acto de rebeldía.

Una lectura femenina de este incidente no dudará en respaldar la actitud de Vasti como figura de todas las mujeres que a lo largo de la historia hasta nuestros días han tenido que soportar, y siguen soportando, el dominio patriarcal que sólo ve en ellas un objeto sexual, comercial y mercantilista. Vasti desaparece de escena. Ni siquiera supimos los términos con los cuales se negó comparecer ante el rey; sin embargo, queda el testimonio de alguien de sexo femenino que fue capaz de desobedecer una orden del gran señor y dueño de todo el territorio que va «desde la India hasta Nubia», y no sólo del territorio, también de sus habitantes.

2,1-23 Ester, elegida reina. Se describe aquí el complicado proceso al que son sometidas las jóvenes que deben presentarse ante el rey para escoger la reina sustituta. Hemos de suponer qué atributos deben tener las muchachas, no sólo belleza, sino, además, sumisión total.

también a Ester a palacio y se la encomendaron a Hegeo, guardián de las mujeres.

9 A Hegeo le gustó la muchacha, y como le agradó le dio inmediatamente las cremas de belleza y los alimentos y le asignó siete esclavas, escogidas del palacio real; después la trasladó, con sus esclavas, a un apartamento mejor dentro del harén.

10 Ester no dijo de qué raza ni de qué familia era, porque Mardoqueo se lo había prohibido.

11 Mardoqueo paseaba diariamente ante el atrio del harén para enterarse de cómo iba Ester y cómo la trataban.

12 Cada muchacha se preparaba durante doce meses, según el reglamento de las mujeres –es lo que duraba el tratamiento de belleza: seis meses a base de aceite de mirra y seis meses con diversos bálsamos y otras cremas femeninas–; 13 después, cuando le llegaba el turno de presentarse ante el rey Asuero, le daban todo lo que quería llevar consigo del harén al palacio real. 14 Entraba por la tarde, y a la mañana volvía a un segundo harén, a las órdenes de Sagsegaz, eunuco real guardián de las concubinas; ya no volvía a presentarse al rey, a no ser que el rey la desease y la llamase expresamente.

15 Cuando a Ester, hija de Abijail, tío de Mardoqueo, su padre adoptivo, le llegó el turno de presentarse al rey, se contentó con lo que dijo Hegeo, eunuco real, guardián de las mujeres. Ester se ganaba a cuantos la veían. 16 En el año séptimo del reinado de Asuero, el mes décimo, o sea, el mes de enero, llevaron a Ester al palacio real, al rey Asuero, 17 y el rey la prefirió a las otras mujeres, y alcanzó su favor más que el resto de los israelitas, tanto que la coronó, nombrándola reina en vez de Vasti.

18 Después ofreció un gran banquete, en honor de Ester, a todos sus generales y oficialidad, ordenó un día de descanso y repartió regalos con generosidad propia de un rey.

19 Cuando Ester pasó al segundo harén, como las demás muchachas, 20 no dijo de qué raza ni de qué familia era; se lo había encargado Mardoqueo, a quien obedecía igual que cuando vivía con él. Mardoqueo le había ordenado que temiese a Dios y cumpliese sus mandamientos como cuando vivía con él. Y Ester no cambió de conducta.

21 Por entonces, Mardoqueo era funcionario de la corte. Bigtán y Teres, dos eunucos reales del cuerpo de centinelas, estaban descontentos y planeaban un atentado contra el rey Asuero. 22 El plan llegó a oídos de Mardoqueo; se lo dijo a la reina Ester, y Ester habló al rey por encargo de Mardoqueo. 23 Hecha una investigación, se descubrió la conjura. Los dos eunucos fueron ahorcados, y el suceso se consignó por escrito en los anales del reino, en presencia del rey.

Mardoqueo delata a los golpistas

11 12 *Mardoqueo vivía en la corte con Gabazá y Zarra, los dos eunucos reales centinelas,* 13 *y oyendo sus conversaciones se enteró de sus planes, hasta averiguar que preparaban un atentado contra el rey Artajerjes. Mardoqueo informó al rey de todo.* 14 *El rey interrogó a los dos eunucos; ellos confesaron y fueron ajusticiados.* 15 *Entonces el rey mandó escribir este suceso en los anales, y Mardoqueo, por su cuenta, escribió una relación de todo aquello.* 16 *El rey dio a Mardoqueo un cargo en la corte y lo recompensó con regalos.* 17 *Pero*

Dos elementos son esenciales en la narración: el primero es el silencio respecto a la procedencia de Ester (10), cosa poco creíble, pues en ninguna parte los judíos pasan desapercibidos; y en segundo lugar, la preferencia de Asuero por la joven Ester (17s), punto al que estaba orientada la narración desde el comienzo. El lector israelita, conocedor de sus propias tradiciones, estaba en grado de descubrir con toda facilidad la discreta acción de Dios en la elección de Ester.

Los versículos 21-23 anticipan la acción de Mardoqueo a favor del rey cuya importancia no se va a ver todavía, sino más adelante, en momentos cruciales para la vida de todo el pueblo judío. Por el momento, el narrador se contenta con decir que dicho «suceso se consignó por escrito en los anales del reino» (23).

11,12-17 Mardoqueo delata a los golpistas. El redactor griego, con riesgo de poner en peligro el buen curso del hilo narrativo, inserta en la narración hebrea una versión ampliada del complot que se estaba tramando contra el rey, la oportuna intervención de Mardoqueo, la recompensa de la que es objeto el delator y el odio que estos sucesos suscitan en Amán, el funcionario arribista.

Amán, el hijo de Hamdatá, de Agag, un per-
sonaje con mucho prestigio ante el rey, an-
daba buscando la manera de perjudicar a
Mardoqueo y a su gente por el asunto de los
dos eunucos del rey.

Amán y Mardoqueo

3 1 Pasado algún tiempo, el rey Asuero
ascendió a Amán, hijo de Hamdatá,
de Agag. Le asignó un trono más alto que
el de los ministros colegas suyos. 2 Todos
los funcionarios de palacio, según orden del
rey, rendían homenaje a Amán doblando la
rodilla, pero Mardoqueo no le rendía home-
naje doblando la rodilla.
3 Los funcionarios de palacio le pregun-
taron:
–¿Por qué desobedeces la orden del rey?
4 Y como se lo decían día tras día sin que
les hiciera caso, lo denunciaron a Amán,
por ver si a Mardoqueo le valían sus excu-
sas, porque les había dicho que él era judío.
5 Amán comprobó que Mardoqueo no le
rendía homenaje doblando la rodilla, y se
enfureció. 6 Pero no se contentó con casti-
gar sólo a Mardoqueo. Como le habían di-
cho a qué raza pertenecía, pensó aniquilar
con él a todos los judíos del imperio de
Asuero.
7 El año doce del reinado de Asuero, el
mes primero, o sea, el mes de abril, se hizo
ante Amán el sorteo, llamado pur, por días
y por meses. La suerte cayó en el mes
doce, o sea, el mes de marzo.
8 Amán dijo al rey Asuero:
–En todas las provincias de tu reino, hay
un pueblo aislado, diseminado entre todos
los otros pueblos. Tienen leyes diferentes
de los demás y no cumplen los decretos
reales. Al rey no le conviene tolerarlos. 9 Si
a su majestad le parece bien, decrete su ex-
terminio, y yo entregaré a los administra-
dores trescientas toneladas de plata para el
tesoro real.
10 El rey se quitó el anillo del sello y se
lo entregó a Amán, hijo de Hamdatá, des-
cendiente de Agag, enemigo de los judíos,
11 diciéndole:
–Haz con ellos lo que te parezca, y qué-
date con el dinero.
12 Los secretarios del reino fueron con-
vocados para el día trece del mes primero.
Y tal como ordenó Amán, redactaron un do-
cumento destinado a los funcionarios rea-
les, a los gobernadores de cada una de las
provincias y a los jefes de cada pueblo, a
cada provincia en su escritura y a cada pue-
blo en su lengua. Estaba escrito en nombre
del rey Asuero y sellado con el sello real.
13 A todas las provincias del imperio los
correos llevaron cartas en las que se orde-
naba exterminar, matar y aniquilar a todos
los judíos, niños y viejos, chiquillos y muje-
res, y saquear sus bienes el mismo día: el
día trece del mes duodécimo, o sea, el mes
de marzo.
14 El texto de la carta, con fuerza de ley
para todas y cada una de las provincias, se
haría público a fin de que todos estuviesen
preparados para aquel día.
15 Obedeciendo al rey, los correos par-
tieron veloces. El edicto fue promulgado en
la fortaleza de Susa, y mientras el rey y
Amán banqueteaban, toda Susa quedó
conmocionada.

Edicto real en contra de los judíos

12 1 *Copia de la carta:*
El emperador Artajerjes a los go-
bernadores de las ciento veintisiete provin-

3,1-15 Amán y Mardoqueo. Amán encuentra una buena excusa para eliminar de su carrera política al funcionario honesto y leal. Pero como generalmente los poderosos no se contentan con pequeñas ejecuciones que poco o nada resuenan en la vida nacional e internacional, Amán lleva las cosas hasta el extremo de proponer al rey el exterminio de todos los de la misma raza de Mardoqueo. Sin medir ninguna consecuencia, Asuero deja en libertad a su ministro para que proceda. El rey sabe que el imperio, para ser imperio, debe unificar uniformando, tiene que ser intolerante, eliminando lo que aparece distinto en cada lugar, en cada provincia. La suerte pues, de Mardoqueo y de todos los de su etnia está echada. Por ahora la intolerancia, cobijada con el manto de la «seguridad nacional», tiene todas las de ganar.

12,1-7 Edicto real en contra de los judíos. El autor griego ha compuesto un texto; con él ha querido analizar y denunciar los motivos de esa razón de estado que conduce al genocidio. De ese modo, ha escrito un documento de perenne actualidad. En manos del autor griego, el decreto se convierte en denuncia indignada y sarcástica de muchas situaciones semejantes: de las que sufrieron los hebreos bajo los diadocos y epígonos, de las que sufrirán bajo los romanos y de otras más a lo largo de la historia.

cias, desde la India hasta Etiopía, y a los je-
fes de distrito bajo sus órdenes:
2 *Jefe de muchas naciones y señor de*
toda la tierra, procuro no ensoberbecerme
con la arrogancia que da el poder, sino go-
bernar siempre equitativa y benévolamen-
te, para que mis súbditos disfruten siempre
de una vida sin tormentas. Ofreciendo así
una política humana, y dejando libertad
dentro de nuestras fronteras, intento resta-
blecer la paz tan deseada de todos.
3 *Al consultar a mis consejeros cómo se*
podría conseguir esto, Amán, que se distin-
gue por su prudencia, hombre de una dedi-
cación sin igual, de una fidelidad inque-
brantable y probada y que por eso ha
recibido el honor de ocupar el segundo lu-
gar en el reino, 4 *nos ha informado de que*
entre todos los pueblos de la tierra hay un
pueblo odioso, con un régimen jurídico
opuesto al de todas las naciones, que des-
precia continuamente las órdenes reales,
hasta el punto de estorbar nuestra política
irreprochable y recta.
5 *Por eso, considerando que este pueblo*
singular, enemigo de todos y completa-
mente aparte por su legislación, enemigo de
nuestros intereses, comete los peores críme-
nes, hasta el punto de amenazar la estabili-
dad de nuestro reinado,
6 *Ordenamos que el día catorce del mes*
duodécimo, el mes de marzo, del presente
año todos los que se les indican en la carta
de Amán, nuestro jefe de gobierno, que es
como nuestro segundo padre, sean extermi-
nados de raíz, con sus mujeres y niños, por
la espada de sus enemigos, sin compasión
ni miramiento alguno, 7 *para que, arrojados*
violentamente al sepulcro en un solo día es-
tos enemigos de ayer y de hoy, nuestra po-
lítica marche en el futuro con seguridad y
orden perpetuos.

Tristeza de los judíos

4 1 Cuando Mardoqueo supo lo que pa-
saba, se rasgó las vestiduras, se vistió
un sayal, se echó ceniza y salió por la ciu-
dad lanzando gritos de dolor:
–*¡Desaparece un pueblo inocente!*
2 Y llegó hasta la puerta del palacio real,
por la que nadie podía pasar vistiendo un
sayal.
3 De provincia en provincia, según se iba
publicando el decreto real, todo era un gran
duelo, ayuno, llanto y luto para los judíos;
muchos se acostaron sobre ceniza vestidos
de penitencia.
4 Las esclavas y los eunucos de Ester
fueron a decírselo, y la reina se llenó de an-
gustia; mandó ropa a Mardoqueo para que
se vistiera y se quitara el sayal, pero Mardo-
queo no la aceptó. 5 Entonces Ester llamó a
Hatac, uno de los eunucos reales al servicio
de la reina, y lo mandó a ver a Mardoqueo
para informarse de lo que pasaba y por qué
hacía aquello. 6 Hatac fue a hablar con Mar-
doqueo, que estaba en la plaza, ante la
puerta de palacio. 7 Mardoqueo le comunicó
lo que había pasado: le contó en detalle lo
del dinero que Amán había prometido in-
gresar en el tesoro real a cambio del exter-
minio de los judíos; 8 y le dio una copia del
decreto que había sido promulgado en Susa
ordenando el exterminio de los judíos, para
que se la enseñara a Ester y le informara,
que mandase a la reina presentarse al rey
intercediendo en favor de los suyos.

Súplica de Mardoqueo a Ester

12 8 *Que le dijese:*
9 *Acuérdate de cuando eras pequeña*
y yo te daba de comer. El virrey Amán ha
pedido nuestra muerte. 10 *Invoca al Señor,*
habla al rey en favor nuestro, líbranos de la
muerte.

4,1-8 Tristeza de los judíos. El decreto, promulgado por todo el imperio, provoca el dolor y la consternación de todos los judíos. La manera tradicional externa en la que se manifiesta esta tristeza y angustia es vistiendo saco y cubriéndose de ceniza. Es de suponer que la tristeza y las lamentaciones de los judíos de Susa es el reflejo de todos los judíos del imperio.

12,8-10 Súplica de Mardoqueo a Ester. La reina Ester ha sido informada de la suerte que se cierne sobre su pueblo. El redactor que ha insertado ampliaciones al texto hebreo, incluyendo aquí la petición que hace Mardoqueo a la reina: invocar al Señor e interceder ante el rey.

4,9-17 Instrucciones de Ester a Mardoqueo. La reina es consciente de lo poco que ella puede hacer por sí misma. De ahí que la única esperanza sea una intervención divina, intervención que se espera mediante el ayuno y la penitencia. Por otra parte, el autor va dejando consignada una enseñanza importante: la elección de Ester no ha sido para privilegio alguno, sino, para el servicio. Es poco ser la reina del

Instrucciones de Ester a Mardoqueo

4 9 Hatac transmitió a Ester la respues-
ta de Mardoqueo, 10 y Ester le dio este
recado para Mardoqueo:
11 –Los funcionarios reales y la gente de
las provincias del Imperio saben que, por
decreto real, cualquier hombre o mujer que
se presente al rey en el patio interior sin ha-
ber sido llamado es reo de muerte; a no ser
que el rey, extendiendo su cetro de oro, le
perdone la vida. En cuanto a mí, hace un
mes que el rey no me ha llamado.
12 Cuando Mardoqueo recibió la res-
puesta de Ester, 13 ordenó que le contesta-
ran:
–No creas que por estar en palacio vas a
ser tú la única que quede con vida entre to-
dos los judíos. ¡Ni mucho menos! 14 Si aho-
ra te niegas a hablar, la liberación y la ayu-
da les vendrán a los judíos de otra parte,
pero tú y tu familia desaparecerán. ¡Quién
sabe si no has subido al trono para una
ocasión como ésta!
15 Entonces Ester envió esta respuesta a
Mardoqueo:
16 –Vete a reunir a todos los judíos que
viven en Susa; ayunen por mí. No coman ni
beban durante tres días con sus noches. Yo
y mis esclavas haremos lo mismo, y al aca-
bar me presentaré ante el rey, incluso con-
tra su orden. Si hay que morir, moriré.
17 Mardoqueo se fue a cumplir las ins-
trucciones de Ester.

Oración de Mardoqueo

13 1 *Y oró así, recordando todas las ha-*
zañas del Señor.
2 *–Señor, Señor, rey y dueño de todo, por-*
que todo está bajo tu poder y no hay quien
se oponga a tu voluntad de salvar a Israel.
3 *Tú creaste el cielo y la tierra y todas las ma-*
ravillas que hay bajo el cielo, y eres Señor
de todo; 4 *ni hay, Señor, quien se te pueda*
oponer. 5 *Tú lo sabes todo. Si yo me niego a*
postrarme ante ese soberbio Amán, tú sabes
bien, Señor, que no lo hago por arrogancia,
orgullo o vanidad; 6 *que por salvar a Israel,*
de buena gana le besaría yo la planta del
pie. 7 *Si me he negado a hacerlo es porque*
para mí Dios está por encima de cualquier
hombre. Yo no me postro ante nadie si no es
ante ti, Señor mío; no lo hago por orgullo.
8 *Ahora, Señor, Dios rey, Dios de Abrahán,*
perdona a tu pueblo; porque traman nuestra
muerte, han deseado aniquilar tu antigua
herencia. 9 *No desprecies la porción que te*
rescataste del país de Egipto; 10 *escucha mi*
súplica, apiádate de tu herencia, cambia
nuestro duelo en fiesta, para que vivamos
celebrando tu nombre, Señor. No hagas en-
mudecer la boca de los que te alaban.
11 *Ante la muerte inminente, todos los is-*
raelitas gritaban a Dios con todas sus fuer-
zas.

Oración de Ester

12 *La reina Ester, temiendo el peligro in-*
minente, acudió al Señor. 13 *Se despojó de*
sus ropas lujosas y se vistió de luto; en vez
de perfumes refinados, se cubrió la cabeza
de ceniza y basura, y se desfiguró por com-
pleto, cubriendo con sus cabellos revueltos
aquel cuerpo que antes se complacía en
adornar. 14 *Luego rezó así al Señor, Dios de*
Israel:
Señor mío, único rey nuestro.
Protégeme, que estoy sola
y no tengo otro defensor fuera de ti,
15 *porque yo misma*
me he expuesto al peligro.
16 *Desde mi infancia oí,*
en el seno de mi familia,
cómo tú, Señor, escogiste
a Israel entre las naciones,

---

imperio persa, es mucho ser la mediadora en la obra de la liberación del pueblo de Dios aun con riesgo de perder la propia vida (16).

13,1-11 Oración de Mardoqueo. Ésta es una nueva inserción del autor tardío donde queda reflejado el espíritu religioso con que fue leído el libro. Se subraya en esta oración el carácter salvífico de Dios (9), su potencia creadora (10), su exclusivo señorío sobre el mundo y la humanidad, que excluye cualquier intento humano de sometimiento de unos sobre otros (12-14) y, por último, el poder liberador de Dios manifestado en el recuerdo de la liberación de Egipto. Por todo eso, el orante espera confiado que el Señor vuelva a actuar en favor de su heredad.

13,12-30 Oración de Ester. La oración de Ester sigue la misma línea de la oración de Mardoqueo. En ella se reconoce la grandeza única e inigualable de Dios al tiempo que refleja la fe inquebrantable en el cumplimiento de las promesas por parte de Dios a su pueblo. La actitud de la orante aquí es paradigmática: el desvalido, aunque rodeado de poder y gloria sólo tiene un mero punto de apoyo, su Dios, Señor de cielos y tierra.

a nuestros padres
entre todos sus antepasados
para ser tu herencia perpetua,
y les cumpliste
lo que habías prometido.
17 *Nosotros hemos pecado contra ti*
dando culto a otros dioses;
18 *por eso nos entregaste a*
nuestros enemigos.
¡Eres justo, Señor!
19 *Y no les basta*
nuestro amargo cautiverio,
sino que se han comprometido
con sus ídolos,
20 *jurando invalidar el pacto*
salido de tus labios,
haciendo desaparecer tu herencia
y enmudecer a los que te alaban,
extinguiendo tu altar
y la gloria de tu templo
21 *y abriendo los labios de los gentiles*
para que den gloria a sus ídolos
y veneren eternamente
a un rey de carne.
22 *No entregues, Señor, tu cetro*
a los que no son nada.
Que no se burlen de nuestra caída.
Vuelve contra ellos sus planes,
que sirva de escarmiento
el que empezó a atacarnos.
23 *Atiende, Señor,*
muéstrate a nosotros
en la tribulación,
y dame valor, Señor,
rey de los dioses
y señor de poderosos.
24 *Pon en mi boca*
un discurso acertado
cuando tenga que hablar al león;
haz que cambie
y aborrezca a nuestro enemigo,
para que perezca
con todos sus cómplices.
25 *A nosotros líbranos con tu mano,*
y a mí, que no tengo otro auxilio
fuera de ti, protégeme tú, Señor,
que lo sabes todo,
26 *y sabes que odio*
la gloria de los impíos,
que me horroriza
el lecho de los incircuncisos
y de cualquier extranjero.
27 *Tú conoces mi peligro.*
Aborrezco este emblema
de grandeza
que llevo en mi frente
cuando aparezco en público.
Lo aborrezco
como un harapo inmundo,
y en privado no lo llevo.
28 *Tu sierva no ha comido*
a la mesa de Amán,
ni estimado el banquete del rey,
ni bebido vino de libaciones.
29 *Desde el día de mi exaltación*
hasta hoy,
tu sierva sólo se ha deleitado en ti,
Señor, Dios de Abrahán.
30 *¡Oh Dios poderoso sobre todos!*
Escucha el clamor
de los desesperados,
líbranos de las manos
de los malhechores
y a mí quítame el miedo.

Ester y Asuero

14 1 *Al tercer día, al acabar la oración,*
Ester se quitó la ropa de suplicante y
se vistió con todo lujo. 2 *Quedó esplendoro-*
sa. Luego, invocando al Dios y salvador que
vela sobre todos, marchó con dos doncellas,
3 *apoyándose suavemente en una con deli-*
cada elegancia, 4 *mientras la otra la acom-*
pañaba llevando la cola del vestido. 5 *Ester*
iba encendida, radiante de hermosura, con
el rostro alegre, como una enamorada, pero
con el corazón angustiado.

6 *Atravesó todas las puertas, hasta que-*
dar de pie ante el rey. Estaba sentado en su
trono real, revestido de todos sus ornamen-
tos majestuosos, de oro y piedras preciosas.
El rey aparecía terrible. 7 *Levantó su rostro*
encendido de majestad y, en un arrebato de
ira, lanzó una mirada. La reina palideció y

14,1-15 Ester ante Asuero. Una nueva inserción del redactor tardío que interrumpe la escena de la presentación de Ester ante el rey y que tiene como finalidad constatar el cumplimiento de una de las peticiones de la oración de Ester. Ella ha pedido a su Dios que cambie el corazón del rey. En efecto, quien se presentaba ante el trono sin haber sido llamado previamente debía morir, pero en el caso de Ester, la ira del rey desaparece y acoge cariñosamente a su mujer (10-15).

se apoyó en el hombro de la doncella, des-
mayándose. 8 *Entonces Dios movió al rey a*
benevolencia; se inquietó, saltó de su trono
y tomó a Ester en sus brazos, animándola
con palabras tranquilizadoras mientras ella
volvía en sí:
9 *–¿Qué pasa, Ester? Soy tu esposo.*
10 *Ánimo, no morirás. Nuestra orden es sólo*
para nuestros súbditos. 11 *Acércate.*
12 *Puso su cetro de oro sobre el cuello de*
Ester y la acarició, diciéndole:
–Háblame.
13 *Ester le dijo:*
–Te vi, señor, como a un ángel de Dios,
y me atemoricé ante tanto esplendor.
14 *Porque eres admirable, señor, y tu rostro*
fascina.
15 *Mientras hablaba, se desmayó.* 16 *El*
rey se turbó, y todos los cortesanos intenta-
ban reanimarla.

El rey y el virrey con Ester

5 1 Al tercer día, Ester se puso sus ves-
tidos de reina y llegó hasta el patio in-
terior del palacio, frente al salón del trono.
El rey estaba sentado en su trono real, en el
salón, frente a la entrada. 2 Cuando vio a la
reina Ester, de pie en el patio, la miró com-
placido, extendió hacia ella el cetro de oro
que tenía en la mano y Ester se acercó a to-
car el extremo del cetro. 3 El rey le preguntó:
–¿Qué te pasa, reina Ester? Pídemelo, y
te daré hasta la mitad de mi reino.
4 Ester dijo:
–Si le agrada al rey, venga hoy con Amán
al banquete que he preparado en su honor.
5 El rey dijo:
–Avisen inmediatamente a Amán, que
acepte la invitación de Ester.
El rey y Amán fueron al banquete pre-
parado por Ester.
6 Y en medio de los brindis, el rey dijo a
Ester:
–Pídeme lo que quieras y te lo doy. Aun-
que pidas la mitad de mi reino, la tendrás.
7 Ester respondió:
–Mi petición y mi deseo es que 8 si el rey
quiere hacerme un favor, si quiere acceder
a mi petición y cumplir mi deseo, venga
con Amán al banquete que voy a preparar-
le mañana, y entonces le responderé.
9 Amán salió aquel día alegre y de buen
humor; pero cuando vio que Mardoqueo, a
la puerta del palacio real, no se levantaba
ni se apartaba, se llenó de furor contra Mar-
doqueo, 10 pero se dominó. 11 Al llegar a
casa, llamó a sus amigos y a su mujer, Za-
res; les habló del esplendor de sus riquezas,
de sus muchos hijos y de cómo el rey lo ha-
bía engrandecido ascendiéndolo sobre sus
funcionarios y ministros. 12 Y añadió:
–Además, la reina Ester, a ese banque-
te que ha celebrado, no ha invitado más
que al rey y a mí. Y también estoy invitado
con el rey para mañana. 13 Pero todo esto
no me satisface mientras siga viendo al ju-
dío Mardoqueo sentado a la puerta de pa-
lacio.
14 Su mujer, Zares, y sus amigos le dije-
ron:
–Que preparen una horca de veinticinco
metros. Por la mañana le pides al rey que
ahorquen allí a Mardoqueo, y luego te vas
contento al banquete.
A Amán le gustó la propuesta, y mandó
preparar la horca.

Honor para Mardoqueo

6 1 Aquella noche el rey no lograba con-
ciliar el sueño. Entonces mandó traer
el libro de los anales o crónicas. Se los le-
yeron. 2 Y allí se contaba cómo Mardoqueo
había descubierto a Bigtán y Teres, los dos
eunucos reales centinelas, que habían que-
rido atentar contra el rey Asuero. 3 El rey
preguntó:

5,1-14 El rey y el virrey con Ester. El movimiento narrativo va a marcarse en tres encuentros de Ester con Asuero, subrayados por la triple oferta del rey: Pide lo que quieras. El primer encuentro culmina en 5,3 y está preparado por el laborioso diálogo del capítulo precedente; el segundo es brevísimo, un banquete con Amán; el tercero es otro banquete con Amán, pero éste sólo tendrá lugar en el capítulo 7 donde, además, llega también el desenlace. La presencia de Mardoqueo a la puerta del palacio toma un carácter marcado de desafío personal, pues conoce al causante de la situación que están viviendo los judíos. Por su parte, a Amán no le basta que Mardoqueo perezca en la matanza general ya decretada; tiene que apartarlo, ser su verdugo, exhibirlo ante la población siguiendo los consejos de sus amigos.

6,1-14 Honor para Mardoqueo. Empieza a girar en el relato una constelación de ignorancias de los persona jes, a sabiendas del lector. Asuero ignora que Ester es judía, que Amán odia a Mardoqueo, que éste

–¿Qué premio o recompensa se le dio a Mardoqueo por aquello?

Los cortesanos que asistían al rey respondieron:

–No se le dio nada.

4 Entonces el rey preguntó:

–¿Quién está en el patio?

En aquel momento llegaba Amán al patio exterior de palacio para pedir al rey que ahorcasen a Mardoqueo en la horca que le había preparado.

5 Los cortesanos respondieron:

–En el patio está Amán.

El rey dijo:

–Que entre.

6 Cuando entró Amán, el rey le preguntó:

–¿Qué se puede hacer en favor de uno a quien el rey quiere honrar?

Amán pensó para sus adentros: Y, ¿a quién va a querer honrar el rey si no es a mí? 7 Así que contestó:

–Que a esa persona a la que el rey quiere honrar 8 le traigan las vestiduras reales que suele llevar el rey, el caballo en el que suele cabalgar el rey y una corona real. 9 La ropa y el caballo se los entregarán a un dignatario real que pertenezca a la nobleza, que vista con esa ropa al hombre a quien el rey quiere honrar y lo pasee a caballo por la plaza de la ciudad, pregonando ante él: ¡Éste es el trato que se da a quien el rey quiere honrar!

10 Entonces el rey dijo a Amán:

–Toma en seguida la ropa y el caballo que has dicho y haz eso con Mardoqueo, el judío funcionario de la corte. No omitas ni un detalle de lo que has dicho.

11 Amán tomó la ropa y el caballo, vistió a Mardoqueo y lo paseó a caballo por la plaza de la ciudad, pregonando ante él:

–¡Éste es el trato que se da a quien el rey quiere honrar!

12 Después, mientras Mardoqueo volvía a su puesto en palacio, Amán corría hacia su casa, triste y tapándose la cara. 13 Contó a su mujer, Zares, y a todos sus amigos lo que había pasado. Zares y sus sabios le dijeron:

–Si Mardoqueo, ante quien has empezado a caer, es de raza judía, no podrás con él; caerás ante él hasta el fondo. *No podrás defenderte de él porque el Dios vivo está con él.*

14 Estaban todavía hablando con él cuando llegaron los eunucos reales para llevarlo en seguida al banquete preparado por Ester.

Hundimiento de Amán

7 1 El rey y Amán fueron al banquete con la reina Ester. 2 Aquel segundo día el rey volvió a preguntar a Ester en medio de los brindis:

–Reina Ester, pídeme lo que quieras y te lo doy. Aunque me pidas la mitad de mi reino, la tendrás.

3 La reina Ester respondió:

–Majestad, si quieres hacerme un favor, si te agrada, concédeme la vida –es mi petición– y la vida de mi pueblo –es mi deseo–. 4 Porque mi pueblo y yo hemos sido vendidos para el exterminio, la matanza y la destrucción. Si nos hubieran vendido para ser esclavos o esclavas, me habría callado, ya que esa desgracia no supondría daño para el rey.

5 El rey preguntó:

–¿Quién es? ¿Dónde está el que intenta hacer eso?

6 Ester respondió:

–¡El adversario y enemigo es ese malvado, Amán!

Amán quedó aterrorizado ante el rey y la reina.

---

es judío, que él debe la vida a Mardoqueo. Amán ignora que Ester es judía y que Mardoqueo salvó al rey. De estas ignorancias se seguirá en el presente capítulo que Amán no será víctima del rey, sino de su propia vanidad; y, por ella, del Señor, «del vengativo se vengará el Señor» (Eclo 28,1). La escena de los versículos 6-9 es divertida. Una expresión clave se repite seis veces: «a quien el rey quiere honrar». El rey piensa mentalmente en Mardoqueo, Amán piensa mentalmente en sí mismo, y con íntimo regodeo repite cinco veces la expresión. La ceremonia honorífica parece inspirada por Gn 41,42s.

7,1-10 Hundimiento de Amán. Llegamos al desenlace que el narrador sabe retrasar sin fatiga. Confrontación de Amán con Ester en presencia del rey, de modo que Amán no habla ni puede hablar. Ha perdido la iniciativa, la autoridad, aunque conserve aún el sello del rey. La cólera del rey sólo se calma cuando Amán es ahorcado en la misma horca que él tenía preparada para Mardoqueo.

7 Y el rey, en un arrebato de ira, se levantó del banquete y salió al jardín de palacio, mientras Amán se quedó para pedir por su vida a la reina Ester, porque comprendió que el rey ya había decidido su ruina.

8 Cuando el rey volvió del jardín de palacio y entró en la sala del banquete, Amán estaba inclinado sobre el diván donde se recostaba Ester, y el rey exclamó:

–¿Y se atreve a violentar a la reina, ante mí, en mi palacio?

Nada más decir esto, taparon la cara a Amán, 9 y Harbona, uno de los eunucos del servicio personal del rey, sugirió:

–Precisamente en casa de Amán han instalado una horca de veinticinco metros de alto; la ha preparado Amán para Mardoqueo, que salvó al rey con su denuncia.

El rey ordenó:

–¡Ahórquenlo allí!

10 Ahorcaron a Amán en la horca que había levantado para Mardoqueo, y la cólera del rey se calmó.

Triunfo de los judíos

8 1 Aquel día el rey Asuero entregó a la reina Ester la casa de Amán, el enemigo de los judíos; y Mardoqueo fue presentado al rey, que ya sabía por Ester el parentesco que tenía con la reina. 2 El rey se quitó el anillo que había recuperado de Amán y se lo entregó a Mardoqueo. Ester confió a Mardoqueo la administración de la casa de Amán.

3 Ester volvió a hablar al rey. Cayó a sus pies llorando y suplicándole que anulase los planes perversos que Amán de Agag había tramado contra los judíos.

4 Cuando el rey extendió hacia Ester el cetro de oro, ella se levantó y quedó en pie ante el rey. 5 Luego dijo:

–Si al rey le agrada y quiere hacerme un favor, si mi propuesta le parece bien y si está contento de mí, revoque por escrito la carta de Amán, hijo de Hamdatá, descendiente de Agag, que había mandado exterminar a los judíos en las provincias del imperio. 6 Porque, ¿cómo podré ver la desgracia que se echa sobre mi pueblo, cómo podré ver la destrucción de mi familia?

7 El rey Asuero dijo entonces a la reina Ester y al judío Mardoqueo:

–Ya ven que he dado a Ester la casa de Amán y a él lo han ahorcado por atentar contra los judíos. 8 Ustedes escriban, en nombre del rey, lo que les parezca sobre los judíos y séllenlo con el sello real, porque los documentos escritos en nombre del rey y sellados con su sello son irrevocables.

9 Entonces, el día veintitrés del mes tercero, o sea, el mes de junio, fueron convocados los secretarios del reino, y tal como ordenó Mardoqueo, se redactó un documento destinado a los judíos, autoridades, gobernadores y jefes de las provincias –ciento veintisiete provincias, desde la India hasta Etiopía–, a cada provincia en su escritura y a cada pueblo en su lengua; a los judíos, en su alfabeto y su lengua.

10 Redactaron un documento en nombre del rey Asuero, lo sellaron con su sello y despacharon las cartas por correos montados en caballos velocísimos, pura sangre, de las caballerizas reales.

11 En dicho documento el rey concedía a los judíos de todas y cada una de las ciudades el derecho a reunirse y defenderse, a exterminar, matar y aniquilar a cualquier gente armada de cualquier raza o provincia que los atacara, incluso a sus mujeres y niños, más el derecho a saquear sus bienes en todas las provincias del rey Asuero, 12 el mismo día, el trece del mes duodécimo, o sea, el mes de marzo.

Edicto real a favor de los judíos

15 1 *Copia de la carta:*
El emperador Artajerjes a los gobernadores de las ciento veintisiete provin-

---

8,1-12 Triunfo de los judíos. Lo que sigue está implícito en la caída de Amán, pero el lector judío quería explicitar en detalle la exaltación de Mardoqueo y del pueblo, el cambio de suerte por haber invocado al Señor y confiado en Él. Queda en el aire la pregunta por el fatídico decreto de Amán; es como si aún muerto amenazara todavía a los judíos por aquella ley que le sobrevive. El decreto firmado en nombre del rey y sellado con el sello real es como una mueca macabra del ajusticiado, una venganza después de morir. A dicha inquietud responde el rey Asuero autorizando la promulgación de una ley que anule la que amenazaba a los judíos.

15,1-24 Edicto real a favor de los judíos. El autor griego aprovecha el momento para componer otro decreto, semejante en el estilo al primero, al de

cias, desde la India hasta Etiopía, y a cuantos nos son leales, ¡salud!

2 Considerando que muchos, cuantos más beneficios y más honra reciben de sus bienhechores más se ensoberbecen, 3 y no sólo intentan maltratar a nuestros súbditos, sino que, no pudiendo dominar su propia arrogancia, conspiran contra sus mismos bienhechores, borran del corazón humano el sentimiento de gratitud y, 4 más aún, ensoberbecidos con los aplausos de los malvados piensan escapar a la justicia del Dios que siempre lo ve todo y odia a los malos.

5 Considerando que con frecuencia muchos constituidos en autoridad, influidos por los que creían amigos, a quienes confiaron la marcha de sus asuntos, se han visto envueltos en desgracias irreparables y convertidos en cómplices del asesinato de inocentes, porque la maldad de los amigos, 6 a base de sofismas engañosos, prevaleció sobre la íntegra nobleza de sentimientos de los gobernantes. 7 Basta con mirar no a las anécdotas que se nos cuentan de la antigüedad, sino delante de nuestros mismos ojos: ¡cuántas maldades no se han cometido por esa peste de gobernantes indignos! 8 Por lo cual procuraremos que en el futuro todos tengan asegurada la tranquilidad y la paz en el reino, 9 efectuando los cambios convenientes y dictaminando siempre con benevolencia y equidad los asuntos que se nos presenten.

10 Resultando que Amán, de Hamdatá, macedonio –extranjero tenía que ser, no de nuestra sangre y nuestra hidalguía–, recibido por nosotros como amigo, 11 experimentó el trato humano que damos a todos los pueblos, hasta el punto de haber sido proclamado nuestro padre y reverenciado por todos como virrey; 12 pero no sabiendo mantenerse en su rango, ha intentado arrebatarnos el poder y la vida, porque con toda clase de engaños 13 nos pidió la muerte de Mardoqueo, nuestro salvador y continuo bienhechor, y la de Ester, nuestra intachable compañera en el trono, junto con toda su raza. 14 Con estas medidas, él pensaba dejarnos aislados y pasar el poder de manos de los persas a los macedonios.

15 Resultando que no hemos comprobado que los judíos, condenados por este criminal al exterminio, sean malhechores; al contrario, se rigen por leyes justísimas 16 y son hijos del Altísimo, del gran Dios vivo, que para bien nuestro y el de nuestros antecesores conserva el imperio con un orden excelente.

17 Ordenamos que no sea obedecida la carta enviada por Amán, hijo de Hamdatá, 18 porque su autor ha sido ahorcado junto a las puertas de Susa, con todos los de su casa. El Señor dominador de todo le ha dado enseguida el castigo que merecía.

19 Expondrán en público copias de esta carta y permitirán a los judíos que sigan libremente sus leyes. 20 Ayúdenles además a defenderse de quienes los ataquen, ese mismo día trece del mes duodécimo, mes de marzo. 21 Porque ese día trágico para el pueblo elegido, el Dios dominador, universal, lo ha convertido en día de alegría.

22 Por tanto, ustedes, judíos, celebren con toda solemnidad este día señalado entre sus fiestas solemnes, 23 para que ahora y en el futuro sea un recuerdo de salvación para ustedes y los persas de buena voluntad y un recuerdo de destrucción para sus enemigos.

24 Toda ciudad o región en general que no actúe conforme a la presente orden será devastada sin piedad a hierro y fuego. Ningún hombre pondrá el pie en ella, y hasta las fieras y las aves la detestarán.

El edicto llega a todas las provincias

8 13 El texto del documento, con fuerza de ley en todas y cada una de las provincias, se haría público para que los judíos estuviesen preparados para vengarse de sus enemigos dicho día.

Amán, de doble extensión, imitando el lenguaje de las cancillerías.

8,13-17 El edicto llega a todas las provincias. Con la carta que autoriza el rey para derogar la ley de Amán, llega también la salvación para todos los judíos del imperio, salvación que se traduce en fiesta y alegría. Con esos acordes festivos (16-17) quisiéramos cerrar el libro y no leer más, sobre todo cuando sabemos lo que viene, porque lo hemos leído en otra ocasión. Pero nosotros no somos los dueños del libro para poner a nuestro gusto la palabra «FIN». Todo lo que podemos hacer es echar mano, con fe y con madurez cristiana, del máximo criterio de justicia con el cual hemos de leer cualquier pasaje bíblico y pregun-

14 A toda prisa, obedeciendo la orden del
rey, los correos, montados en caballos ve-
locísimos, pura sangre, de las caballerizas
reales, partieron rápidos. El edicto se pro-
mulgó en la fortaleza de Susa.
15 Mardoqueo salió de la presencia del
rey con vestiduras regias color violeta y
blanco, una gran corona de oro y un man-
to de lino color púrpura. En la ciudad de
Susa resonaban gritos de alegría.
16 Para los judíos fue un día luminoso y
alegre, gozoso y triunfal. 17 En cada provin-
cia y ciudad adonde llegaba el decreto del
rey los judíos se llenaban de inmensa ale-
gría, y celebraban banquetes y fiestas. Y
muchos gentiles se convirtieron, llenos de
temor ante los judíos.

Venganza judía

9 1 El día trece del mes duodécimo, o
sea, el mes de marzo, cuando debía
ejecutarse el decreto del rey, el día en que
los enemigos de los judíos esperaban apo-
derarse de ellos, se produjo un cambio de
situación, y fueron los judíos quienes se
apoderaron de sus enemigos. 2 Los judíos
se concentraron en sus ciudades, en todas
las provincias del rey Asuero, para atacar a
los que habían intentado destruirlos. Nadie
les opuso resistencia, porque el temor a los
judíos se había apoderado de todos los
pueblos. 3 Los jefes de las provincias, las
autoridades, los gobernadores y funciona-
rios reales apoyaron a los judíos por miedo
a Mardoqueo, 4 porque Mardoqueo tenía un
alto cargo en palacio y su fama se extendía
por todas las provincias: Mardoqueo iba au-
mentando su poder.
5 Los judíos pasaron a cuchillo a sus
enemigos, matándolos y exterminándolos;
hicieron de ellos lo3que quisieron. 6 En la
fortaleza de Susa exterminaron a quinien-
tos hombres, 7 y también a Parsandatá,
Dalfón, Aspatá, 8 Poratá, Adalía, Aridatá,
9 Parmastá, Arisay, Ariday y Vaizatá, 10 los
diez hijos de Amán, de Hamdatá, enemigo
de los judíos. Pero no obtuvieron botín.
11 Cuando aquel mismo día comunica-
ron al rey el número de víctimas en la for-
taleza de Susa, 12 dijo a la reina Ester:
–Sólo en la fortaleza de Susa los judíos
han exterminado a quinientos hombres y a
los diez hijos de Amán. ¿Qué habrán hecho
en las demás provincias del imperio? Pide
lo que quieras, y te lo daré; si deseas algo
más, se hará.
13 Ester respondió:
–Si al rey le agrada, que los judíos de
Susa puedan prorrogar hasta mañana el
cumplimiento del decreto. Y que cuelguen
a los diez hijos de Amán.
14 El rey ordenó que se hiciese así: se
prorrogó el decreto en Susa y colgaron a
los diez hijos de Amán. 15 Así, los judíos de
Susa se concentraron también el día cator-
ce del mes de marzo. Mataron a otros tres-
cientos hombres, pero no recogieron nin-
gún botín.
16 Los demás judíos en las provincias del
imperio se concentraron para defenderse,
eliminando a sus enemigos; mataron a se-
tenta y cinco mil adversarios, pero no to-
maron botín.

Fiesta de Purim

17 Eso fue el día trece del mes de marzo,
y el día catorce descansaron, declarándolo
día festivo. 18 En cambio, los judíos de Susa
se reunieron los días trece y catorce; el día
quince descansaron, declarándolo día festi-
vo. 19 Por eso los judíos del campo, los que
viven en los poblados, celebran como gran
día festivo el catorce del mes de marzo, y
se hacen regalos.
20 Mardoqueo puso todo esto por escrito,
y mandó cartas a todos los judíos de todas

---

tarnos hasta dónde corresponde a la imagen del Dios amor, justicia y misericordia que nos revelan otros textos o hasta dónde son la negación completa de esa imagen.

9,1-16 Venganza judía. La clave de lectura unitaria de estos versículos es la guerra «santa» del pueblo contra los enemigos, según las viejas tradiciones de Deuteronomio, Josué y Jueces, y con algún influjo de textos escatológicos.

9,17-32 Fiesta de Purim. Según Éx 12; 14, después de la muerte de los primogénitos, la noche que señala la liberación de los judíos, se instituye una fiesta conmemorativa. Elementos constitutivos son la fecha, un resumen catequético sobre el hecho y una serie de prescripciones; es la fiesta de la Pascua. De modo semejante, la liberación de los judíos en el imperio persa da nacimiento a una fiesta, y en estos versos tenemos una doble noticia sobre su institución: una carta

las provincias del rey Asuero, próximos y
lejanos, 21 encargándoles celebrar anual-
mente los días catorce y quince del mes de
marzo, 22 por ser los días en los cuales los
judíos quedaron libres de sus enemigos y el
mes en que se les cambió la tristeza en ale-
gría y el luto en fiesta. Que los declararan
días festivos, que se hicieran regalos y die-
ran también a los pobres.

23 Los judíos, que ya habían empezado a
hacerlo, aceptaron lo que les escribió Mar-
doqueo. 24 Porque Amán, hijo de Hamdatá,
descendiente de Agag, el enemigo de los
judíos, había hecho el sorteo, llamado pur,
para eliminarlos y destruirlos; 25 pero cuan-
do Ester se presentó al rey, el rey escribió
un documento volviendo contra Amán el
plan perverso que había tramado contra los
judíos, y lo colgaron en la horca, a él y a
sus hijos. 26 Por eso, esos días se llaman
purim, de la palabra pur.

Según el texto de aquella carta, y lo
que habían presenciado o las noticias que
les habían llegado, 27 los judíos ratificaron
y se comprometieron de forma irrevoca-
ble, ellos, sus descendientes y los proséli-
tos, a celebrar esos dos días anualmente,
según aquel documento y en aquellas fe-
chas. 28 Esos días, recordados y celebra-
dos de generación en generación, en cada
familia y provincia y ciudad, esos días de
purim no desaparecerán de entre los judí-
os, ni su recuerdo perecerá entre sus des-
cendientes.

29 La reina Ester, hija de Abijail, y el ju-
dío Mardoqueo escribieron urgiendo el
cumplimiento de la segunda carta sobre los
días de purim, 30 y enviaron cartas a todos
los judíos de las ciento veintisiete provin-
cias del imperio de Asuero, saludándolos
sinceramente 31 y ratificando la celebración
de esos días de purim tal como les habían
ordenado el judío Mardoqueo y la reina Es-
ter, y tal como se habían comprometido
ellos mismos y sus descendientes, con al-
gunas cláusulas sobre ayunos y lamenta-
ciones.

32 Así, el edicto de Ester fijó las normas
para celebrar los días de purim, y quedó
consignado por escrito.

Epílogo del texto hebreo

10 1 El rey Asuero impuso un tributo a
los habitantes del continente y de
las islas. 2 Para sus victorias militares y la
narración detallada de la dignidad a que el
rey elevó a Mardoqueo, véanse los anales
del reino de Media y Persia: 3 El judío Mar-
doqueo era el virrey de Asuero, el primero
entre los judíos, querido de sus muchos
compatriotas, 4 preocupado por el bien de
su pueblo, promotor de la paz para los su-
yos.

Interpretación del sueño de Mardoqueo

16 1 *Mardoqueo comentó:*
–Esto viene de Dios. 2 *Yo recuerdo el*
sueño que tuve sobre esto, y no ha fallado
un detalle: 3 *la fuentecilla que se convirtió*
en río, la luz, el sol, el agua abundante. Es-
ter es el río: el rey la tomó por esposa y la
hizo reina. 4 *Los dos dragones somos Amán*
y yo. 5 *Las naciones son las que se aliaron*
para borrar el nombre judío. 6 *Nuestra na-*
ción, los que gritaban a Dios y se salvaron,
es Israel. El Señor salvó a su pueblo, el Se-
ñor nos sacó de todos estos males. Dios ha
hecho signos y prodigios portentosos, como
no ha hecho entre los gentiles. 7 *Por eso se-*
ñaló dos destinos: uno para el pueblo de
Dios y otro para los gentiles. 8 *Ambos se*
han cumplido en la hora, el momento y el
día determinado en la presencia de Dios y
ante todas las naciones. 9 *Dios se acordó de*
su pueblo e hizo justicia a su herencia.
10 *Por tanto, el pueblo del Señor celebrará*
siempre esos días del mes de marzo, el ca-
torce y el quince, como fiesta religiosa, con
una asamblea litúrgica y festejos.

---

de Mardoqueo y otra de Ester. La fiesta de Purim es celebrada todavía en nuestros días por los judíos recitando en la sinagoga el libro de Ester.

10,1-4. 16,1-11 Epílogo del texto hebreo – Interpretación del sueño de Mardoqueo – Epílogo del texto griego. No podía faltar una nota final sobre la dignidad a la que fue elevado Mardoqueo. Así como tampoco podía el redactor griego dejar de insertar aquí la interpretación que el mismo Mardoqueo hace del sueño que se nos había narrado al comienzo del libro, y de consignar que todo se cumplió cabalmente gracias a la intervención de Dios. Es la manera como el judaísmo ilustra sus enseñanzas sobre la fe en su Dios y sobre el compromiso del pueblo para hacer que ese Dios sea vivido y sentido por la comunidad.

Epílogo del texto griego

11 *El año cuarto del reinado de Tolomeo y Cleopatra, Dositeo, que decía ser sacerdote y levita, y su hijo Tolomeo trajeron la presente carta de los purim. Dijeron que era auténtica, traducida por Lisímaco, hijo de Tolomeo, de la comunidad de Jerusalén.*





ISAÍAS

La profecía de Isaías. Isaías es el primero de los grandes profetas, cuya personalidad e impacto de su mensaje hizo que bajo su nombre y autoridad se reuniera una colección de escritos proféticos posteriores a su muerte y a su época, formando una obra de conjunto que nos ha sido transmitida como la «profecía de Isaías».

Durante siglos todo el escrito se atribuyó a un solo autor, a Isaías –que en hebreo significa «El Señor salva»–. Hoy día la obra aparece claramente dividida en tres partes: los capítulos 1–39 serían del profeta Isaías propiamente dicho; los capítulos 40–55, de un profeta anónimo que ejerció su ministerio, dos siglos más tarde, entre los desterrados de Babilonia, durante el ascenso de Ciro (553-539 a.C.), y al que conocemos como Isaías II o Deuteroisaías; finalmente, los capítulos 56–66 formarían una colección de oráculos heterogéneos perteneciente a la época del retorno del destierro y de la reconstrucción del templo, a la que se le ha dado el título de Isaías III o Tritoisaías.

A pesar de las diferencias entre sí y del largo período histórico que abarcan las tres partes de la obra (tres siglos), el conjunto del escrito apa-

rece como un todo unitario, portador de un mismo espíritu profético y de una misma visión trascendente de la historia.

Isaías el profeta. De la persona de Isaías sólo sabemos lo que él mismo dice en su libro y lo que nos deja leer entre líneas: un hombre exquisitamente culto, de buena posición social, quien siguiendo quizás una tradición familiar ocupó un puesto importante en la corte real de Jerusalén. Hijo de un tal Amós, sintió la vocación profética en el año 742 a.C. «el año de la muerte del rey Ozías» (6,1).

Ya metido en su ministerio profético, se casó con una mujer designada como «profetisa» (8,3), de la que tuvo dos hijos, cuyos nombres simbólicos (7,3 y 8,3) se convierten en oráculo vivo sobre la suerte del pueblo. Toda su actividad profética se desarrolló en Jerusalén, durante los reinados de Ozías (Azarías), Yotán (739-734 a.C.), Acaz (734-727 a.C.) y Ezequías (727-698 a.C.).

Su época. En el terreno de la política internacional, el libro de Isaías nos trasmite los ecos de un período de angustia que discurre bajo la sombra amenazadora del expansionismo del imperio asirio. El año 745 a.C. sube al trono Tiglat Piléser III, consumado y creativo militar. Con un ejército incontrastable va sometiendo naciones con la táctica del vasallaje forzado, los impuestos crecientes, la represión despiadada. Sus sucesores, Salmanazar V (727-722 a.C.) y Senaquerib (704-681 a.C.), siguen la misma política de conquistas. Cae pueblo tras pueblo, entre ellos Israel, el reino del norte, cuya capital, Samaría, es conquistada (722 a.C.), a lo que seguiría, poco después, una gran deportación de israelitas y la instalación de colonos extranjeros en el territorio ocupado.

Mientras tanto, el reino de Judá que ha mantenido un equilibrio inestable ante la amenaza Asiria, se suma, en coalición con otras naciones y contra los consejos de Isaías, a un intento de rebelión, y provoca la intervención armada del emperador que pone cerco a Jerusalén. La capital se libra de modo inesperado: el invasor levanta el cerco, pero impone un fuerte tributo (2 Re 18,14).

Mensaje religioso. Como escritor, Isaías es el gran poeta clásico, dueño de singular maestría estilística; amante de la brevedad, la concisión y las frases lapidarias. En su predicación al pueblo sabe ser incisivo, con imágenes originales y escuetas, que sacuden con su inmediatez.

La visión de la santidad y del poder universal de Dios que ha tenido en su llamada profética dominará toda su predicación. Verá la injusticia contra el pobre y el oprimido como una ofensa contra «el Santo de Israel», su nombre favorito para designar a Dios. Desde esa santidad, tratará de avivar la vacilante fe del pueblo.



A la soberanía de Dios se opone el orgullo de las naciones poderosas, orgullo que será castigado pues el destino de todas las naciones está en sus manos. Es justamente este orgullo –antítesis de la fe, de labrarse su propio destino a través de alianzas con potencias vecinas– el pecado de Judá que más denunciará y fustigará el profeta. Pero a pesar de las infidelidades del pueblo y sus dirigentes, Isaías abrirá un horizonte mesiánico de esperanza: Dios se reservará un «resto» fiel de elegidos, hará que perdure la dinastía de David y convertirá a Jerusalén en el centro donde se cumplirán sus promesas.

ISAÍAS I

Visión de Isaías

1 [1] Visión de Isaías, hijo de Amós, acerca de Judá y de Jerusalén en tiempos de Ozías, de Yotán, de Acaz y de Ezequías, reyes de Judá.

Requisitoria de Dios y confesión del pueblo

(Am 4,6-13)

2 Escuchen, cielos;
presta oído, tierra;
que habla el Señor:
He criado y educado hijos,
y ellos se han rebelado contra mí.
3 Conoce el buey a su amo,
y el asno el pesebre de su dueño;
pero Israel no me conoce,
mi pueblo no recapacita.
4 ¡Ay, gente pecadora,
pueblo cargado de culpas,
raza de malvados,
hijos degenerados!
Han abandonado al Señor,
han despreciado al Santo de Israel,
han vuelto la espalda.
5 ¿Dónde seguirlos hiriendo,
si acumulan más delitos?
La cabeza es una llaga,
el corazón está agotado,
6 de la planta del pie a la cabeza
no les queda parte sana:
llagas, moretones, heridas recientes,
no sanadas ni vendadas,
ni aliviadas con ungüento.
7 Su país está desolado;
sus ciudades, incendiadas;
sus campos, ante sus propios ojos,
los devoran extranjeros.
¡Desolación
como en la catástrofe de Sodoma!
8 Y Sión, la capital,
ha quedado
como cabaña de viñedo,
como choza de melonar,
como ciudad sitiada.
9 Si el Señor Todopoderoso
no nos hubiera dejado un resto,
seríamos como Sodoma,
nos pareceríamos a Gomorra.

1,1 Visión de Isaías. Encabezamientos de este tipo son comunes en la literatura profética. Normalmente designa la naturaleza del libro, el nombre del autor y, en algunos casos, alude al tipo de audiencia y al período histórico en el que se desenvuelve.

Visión: es el término que describe a los 66 capítulos de esta obra. El profeta de los tiempos antiguos predecía el porvenir basándose en visiones y sueños. Más tarde lo consideraron como un portavoz de Dios. Una pequeña observación de 1 Sm 9,9 precisa que «antes se llamaba vidente al que hoy llamamos profeta». Isaías no es como esos antiguos profetas visionarios. Aquí, como en Abd 1,1 y Hab 2,2, la palabra «visión» designa el conjunto de la profecía: el profeta es aquél a quien Dios descubre lo que no puede ver el común de los mortales.

En todos los países de Medio Oriente había profetas y adivinos. Adivinos a los que pequeños y grandes acudían para saber si sus empresas serían bendecidas; profetas para transmitir a los reyes la voluntad divina y las bendiciones que les afectaban. Los profetas estaban ligados a la institución real y la apoyaban; la voluntad divina que portaban estaba en línea con la voluntad del monarca de turno y tenía que ver siempre con el orden del culto. En Israel, sin embargo, durante todo el período de los reyes, fueron apareciendo profetas de un nuevo estilo, a partir de los cuales se fue formando un perfil propio: hombres –y quizás mujeres– que hablaban exclusivamente en nombre de Dios –del Dios de la justicia y de la opción radical por el pobre y oprimido–; hombres libres e independientes del poder, y hombres de una profunda y gran experiencia de Dios. En la práctica, éstos son los signos más claros para establecer la verdadera y la falsa profecía, el verdadero y el falso profeta aún en nuestro tiempo.

1,2-9 Requisitoria de Dios y confesión del pueblo. Dios invoca a los cielos y a la tierra como testigos de un pleito que tiene con su pueblo (cfr. también Dt 4,26; 32,1; Sal 50,4). En los casos en que se invoca esta clase de «testigos», las relaciones de Dios con su pueblo –y con todos los pueblos– tienen siempre repercusiones cósmicas (cfr. 44,23; Jr 4,28).

Con esta primera requisitoria, el profeta describe la situación en la que están las relaciones del pueblo con Dios: el pueblo parece ignorar que todos sus dolores y fracasos son fruto del alejamiento de su Dios. Al menos un asno o cualquier animal reconoce su pesebrera o los predios de su amo (3), pero Israel, ni siquiera eso; sus faltas le hacen cada vez más ignorante y propenso a la devastación. El versículo 9 es una tímida confesión de fe y de esperanza: a pesar de todo, el Señor siempre se fija en el «pequeño resto», la pequeña semilla que está llamada a germinar, a crecer y a dar

Segunda requisitoria
(58; Sal 50; Eclo 35)

10 Escuchen la Palabra del Señor,
príncipes de Sodoma;
escucha la enseñanza de nuestro Dios,
pueblo de Gomorra.
11 ¿De qué me sirve
la multitud de sus sacrificios?
–dice el Señor–.
Estoy harto
de holocaustos de carneros,
de grasa de animales cebados;
la sangre de novillos,
corderos y chivos no me agrada.
12 Cuando entran a visitarme
y pisan mis atrios,
¿quién exige algo de sus manos?
13 No me traigan
más ofrendas sin valor,
el humo del incienso es detestable.
Lunas nuevas, sábados, asambleas...
no aguanto reuniones y crímenes.
14 Sus solemnidades
y fiestas las detesto;
se me han vuelto una carga
que no soporto más.
15 Cuando extienden las manos,
cierro los ojos;
aunque multipliquen las plegarias,
no los escucharé.
Sus manos están llenas de sangre.
16 Lávense, purifíquense,
aparten de mi vista
sus malas acciones.
Cesen de obrar mal,
17 aprendan a obrar bien;
busquen el derecho,
socorran al oprimido;
defiendan al huérfano,
protejan a la viuda.
18 Entonces, vengan, y discutamos
–dice el Señor–.
Aunque sus pecados sean
como el rojo más vivo,
se volverán blancos como nieve;
aunque sean rojos como escarlata,
quedarán como lana.
19 Si saben obedecer,
comerán lo sabroso de la tierra;
20 si rehúsan y se rebelan,
la espada los comerá.
Lo ha dicho el Señor.

La ciudad infiel
(Jr 23; Ez 16; Os 2)

21 ¡Cómo se ha prostituido
la Ciudad Fiel!
Antes llena de derecho,
morada de justicia;
ahora no hay más que criminales.
22 Tu plata se ha vuelto basura,
tu vino está aguado,

---

fruto abundante. Esta idea del «resto» ya la había anunciado Amós (Am 3,12; 5,15); el mismo Isaías volverá sobre el tema en 6,13; 7,3; 10,19-21; 28,5; 37,4; 37,31s; en la misma línea otros profetas: Miq 4,7; 5,2; Sof 2,7.9; 3,12; Jr 3,14; 5,18; Ez 5,3; 9.

1,10-20 Segunda requisitoria. El profeta llama Sodoma y Gomorra a los dirigentes y habitantes de Jerusalén (10). Sus actitudes apenas son comparables con las de aquellas dos ciudades que, según Gn 19, estaban ubicadas cerca del Mar Muerto. Ambas fueron destruidas por sus abominaciones. La comparación debió ser muy dolorosa para un pueblo que creía ser muy diferente gracias a su culto y a sus tradiciones religiosas; pero ahí radica precisamente la crítica: un culto y una religión que no se basan en la justicia con el pobre y con el oprimido resulta abominable al Señor (cfr. Am 4,1; 5,21-27; Is 29,13s).

Hay una alusión a las antiguas fiestas de Israel (13s), cuyas connotaciones son como las paganas. Cualquier rito o práctica religiosa que no se haga con las manos limpias, es decir, libres de injusticia, es igual que mezclar la sangre de los inocentes con la de las víctimas sacrificadas. En el fondo, Dios no exige nada para sí; su exigencia real es respetar la justicia y el derecho de los más pobres. La viuda y el huérfano son el símbolo de los más pobres entre los pobres a los cuales la misma ley debía proteger: Éx 22,21s; Dt 10,18; 14,29; 27,19; por ellos interceden los profetas: Jr 7,6. Viudas, huérfanos y extranjeros son esa clase de pobres que «tendrán siempre entre ustedes» (Mc 14,7), pero cuya pobreza no puede volverse permanente (Dt 15,11).

Cuando el tono del oráculo nos hace pensar en una tremenda condena, en realidad lo que Dios ofrece es la posibilidad del perdón, pero como fruto de una sincera conversión basada en la obediencia a su palabra (18-20).

1,21-28 La ciudad infiel. Esta lamentación donde Jerusalén es vista como una prostituta nos recuerda la predicación de Oseas. La decadencia que subraya aquí el profeta contrasta con la fidelidad primera a la cual debe volver una vez que haya sido purificada (26a). En la Biblia, el cambio de nombre (26b) indica nuevo rumbo, nuevo destino (Gn 17,5; 32,29). La Jerusalén futura recibirá otros nombres por parte de los profetas (cfr. 60,14; 62,4.12; Ez 48,35).

23 tus jefes son bandidos,
socios de ladrones:
todos amigos de sobornos,
en busca de regalos.
No defienden al huérfano,
no se encargan
de la causa de la viuda.
24 Por eso –oráculo del Señor Todopoderoso, el Fuerte de Israel–:
me vengaré de mis enemigos,
me desquitaré de mis adversarios.
25 Volveré mi mano contra ti:
para limpiarte
de tus impurezas en el crisol
y eliminar todos tus desechos;
26 te daré jueces como los antiguos,
consejeros como los de antes:
entonces te llamarás
Ciudad Justa, Ciudad Fiel.
27 Sión será redimida con el derecho,
los repatriados con la justicia.
28 Vendrá la ruina
para rebeldes y pecadores juntos,
los que abandonan al Señor
perecerán.

Contra los cultos idolátricos
(17,9-11; 27,11; 47,14)

29 Ustedes se avergonzarán
de las encinas que amaban,
se sonrojarán
de los jardines que elegían.
30 Serán como encina de hojas secas,
como jardín sin agua.
31 El poderoso será un trapo,
su obra será la chispa:
arderán los dos juntos
y no habrá quien los apague.

Sión, centro del reino escatológico
(66,18-24; Miq 4,1-3; Zac 8,20-23; Sal 76; 87)

2 1 Visión de Isaías, hijo de Amós, acerca de Judá y de Jerusalén:
2 Al final de los tiempos
estará firme el monte
de la casa del Señor,
sobresaliendo entre los montes,
encumbrado sobre las montañas.
Hacia él confluirán las naciones,
3 caminarán pueblos numerosos.
Dirán: Vengan, subamos
al monte del Señor,
a la casa del Dios de Jacob:
él nos instruirá en sus caminos
y marcharemos por sus sendas,
porque de Sión saldrá la ley;
de Jerusalén, la Palabra del Señor.
4 Será el árbitro entre las naciones,
el juez de pueblos numerosos.
De las espadas forjarán arados;
de las lanzas, hoces.
No alzará la espada
pueblo contra pueblo,
ya no se adiestrarán para la guerra.
5 Casa de Jacob, ven,
caminemos a la luz del Señor.

Teofanía y juicio de Dios

6 Has desechado a tu pueblo,
a la casa de Jacob,
porque está llena
de adivinos de oriente,

1,29-31 Contra los cultos idolátricos. Los israelitas aprendieron de los cananeos a realizar ciertos ritos y prácticas religiosas debajo de algunos árboles, lo cual nunca fue bien visto en la Biblia (Dt 12,2s). Esos cultos idolátricos serán la vergüenza para Israel (29) y su perdición (30s).

2,1-5 Sión, centro del reino escatológico. Como en 1,1 se utiliza de nuevo el título de visión para introducir una serie de oráculos que se extienden hasta el capítulo 5. Isaías es el profeta del universalismo de Dios; aquí hay un anuncio de esa universalidad que varias veces mencionará a lo largo del libro. También Isaías se preocupa por el tema de la paz, que no es la simple ausencia de guerra, sino la oportunidad que todos deben tener para vivir bien, comenzando por el derecho a tener un trabajo. La figura de las lanzas convertidas en instrumentos de trabajo hace ver que un pueblo no es más poderoso o importante por su gran ejército, sino por las oportunidades que dé para que sus gentes puedan satisfacer en paz todas sus necesidades, para lo cual no es necesaria la guerra.

2,6-22 Teofanía y juicio de Dios. Varias son las cosas por las cuales Dios rechaza a su pueblo: 1. La proliferación de adivinos y hechiceros; es un fenómeno muy común en las culturas orientales; eso es, según los profetas, dudar del poder de Dios. 2. En la abundancia y el bienestar económico el pueblo se vuelve autosuficiente y cambia la adoración debida al Señor por la adoración a todo lo que simboliza riqueza y poder.

Como más tarde proclamará María (Lc 1,52), el profeta anuncia la humillación del altanero y del soberbio. Se trata aquí del reino del Norte que está pasando por un período de abundancia y prosperidad, lo cual ha hecho a su gente soberbia y autosuficiente, llegando incluso a menospreciar a sus hermanos del Sur.

de astrólogos filisteos,
y han pactado con extraños.
7 Su país está lleno de plata y oro,
y sus tesoros no tienen número;
su país está lleno de caballos,
y sus carros no tienen número;
8 su país está lleno de ídolos,
y se postran
ante las obras de sus manos,
hechas con sus dedos.
9 Pero el mortal será doblegado,
será humillado el hombre
y no podrá levantarse.
10 Métete entre las rocas,
escóndete en el polvo,
ante el Señor terrible,
ante su majestad sublime.
11 Los ojos orgullosos serán humillados,
será doblegada
la arrogancia humana;
sólo el Señor
será ensalzado aquel día,
12 que es el día del Señor Todopoderoso:
contra todo lo orgulloso y arrogante,
contra todo lo alto y engreído,
13 contra todos los cedros del Líbano,
contra todas las encinas de Basán,
14 contra todos los montes elevados,
contra todas las colinas encumbradas,
15 contra todas las altas torres,
contra todas las murallas fortificadas,
16 contra todas las naves de Tarsis,
contra todos los navíos opulentos:
17 será doblegado el orgullo del hombre,
será humillada la arrogancia humana;
sólo el Señor será ensalzado aquel día,
18 y todos los ídolos desaparecerán.
19 Métanse en las cuevas de las rocas,
en las grietas de la tierra,
ante el Señor terrible,
ante su majestad sublime,
cuando él se levante
para llenar la tierra de espanto.
20 Aquel día el hombre arrojará
sus ídolos de plata; sus ídolos de oro
–que se hizo para postrarse ante ellos–,
a los ratones y a los murciélagos;
21 y se meterá en huecos de las rocas
y en las hendiduras de las piedras.
Ante el Señor terrible,
ante su majestad sublime,
cuando se levante
llenando la tierra de espanto.
22 Dejen de confiar en el hombre
que solo tiene
un soplo de vida en la nariz:
¿Para qué estimarlo tanto?

Anarquía en Jerusalén
(59,9-15; Ez 22)

3 1 Miren que el Señor Todopoderoso
aparta de Jerusalén y de Judá
toda clase de sustento:
todo sustento de pan,
todo sustento de agua;
2 capitán y soldado, juez y profeta,
adivino y anciano;
3 jefe de batallón y notable,
consejero, artesano y mago
y experto en encantamientos.
4 Nombraré jefes a muchachos,
los gobernarán niños.
5 Se atacará la gente, unos a otros,
un hombre a su prójimo;
se amotinarán
muchachos contra ancianos,
plebeyos contra nobles.
6 Un hombre agarrará a su hermano
en la casa paterna y le dirá:
Tienes un manto, sé nuestro jefe,
toma el mando de esta ruina.
7 El otro protestará ese día:
No soy médico,

Jesús mismo enseña que el que se enaltece será humillado. Estas palabras no pueden seguir siendo un simple consuelo para los empobrecidos y humillados, sino que deben ser un mensaje lleno de esperanza activa, porque es sólo con ellos y desde ellos que Dios destruye los planes de los altivos y arrogantes.

3,1-15 Anarquía en Jerusalén. El profeta vaticina la decadencia de Jerusalén porque el Señor se aparta de su pueblo. Pero en realidad la decadencia como tal se da como resultado de la incapacidad de sus dirigentes por mantener la armonía en la organización social de la ciudad. Con mucha frecuencia estas situaciones se atribuyen a un castigo divino, del mismo modo que se le atribuye también la prosperidad como bendición. Los versículos 10s son la huella del concepto que ya se tenía de la retribución: al justo le irá bien y al malvado le irá mal. Concepto que también es entendido así por la literatura sapiencial. Los versículos 12-15 son un fuerte reclamo a los dirigentes del pueblo que han pervertido el plan original de Dios, de acompañar y respaldar la puesta en marcha de un modelo de sociedad alterno al que habían experimentado los antepasados en Egipto.

y en mi casa no hay pan
ni tengo manto:
no me nombren jefe del pueblo.
8 Se desmorona Jerusalén,
Judá se derrumba:
porque hablaban
y actuaban contra el Señor,
rebelándose en presencia de su gloria.
9 Su descaro testimonia contra ellos,
alardean de sus pecados
como Sodoma, no los ocultan:
¡ay de ellos,
que se acarrean su desgracia!
10 ¡Dichoso el justo: le irá bien,
comerá el fruto de sus acciones!
11 ¡Ay del malvado: le irá mal,
le darán la paga de sus obras!
12 Pueblo mío,
a quien un niño pequeño lo tiraniza
y mujeres lo gobiernan:
pueblo mío, tus guías te extravían,
borran el trazado de tus sendas.
13 El Señor se levanta a juzgar,
de pie va a sentenciar a su pueblo.
14 El Señor viene a entablar un pleito
con los jefes y príncipes de su pueblo.
Ustedes han arrasado las viñas,
tienen en casa lo robado al pobre.
15 ¿Qué es eso?
¿Con qué derecho
aplastan a mi pueblo,
y pisotean la cara de los pobres?
–oráculo del Señor Todopoderoso–.

Contra el lujo femenino
(32,9-14; Am 4,1-3)

16 Dice el Señor:
Porque se envanecen
las mujeres de Sión,
andan con el cuello estirado
provocando con la mirada,
caminan con pasos cortos
haciendo sonar
las pulseras de los pies:
17 Por eso el Señor cubrirá de sarna
la cabeza de las mujeres de Sión,
el Señor desnudará sus vergüenzas.
18 Aquel día
arrancará el Señor sus adornos:
pulseras de los pies,
diademas, medias lunas,
19 pendientes, brazaletes, velos,
20 pañuelos, cadenillas, cinturones,
frascos de perfume, amuletos,
21 sortijas y anillos de nariz,
22 trajes, mantos, chales, bolsos,
23 vestidos de gasa y de lino,
turbantes y mantillas.
24 Y tendrán:
en vez de perfume, podredumbre;
en vez de cinturón, soga;
en vez de rizos, calvicie;
en vez de sedas, un sayal;
en vez de belleza, cicatriz.
25 Tus hombres caerán a espada;
tus soldados, en la guerra;
26 gemirán y harán luto tus puertas,
asolada te sentarás en el suelo.

Las viudas de Jerusalén

4 1 Aquel día, siete mujeres
agarrarán a un sólo hombre,
diciéndole:
Comeremos de nuestro pan,
nos vestiremos con nuestra ropa;
danos sólo tu apellido,
quita nuestra deshonra.
2 Aquel día, el retoño del Señor
será joya y gloria,
y el fruto del país, honor y ornamento
para los sobrevivientes de Israel.
3 A los que queden en Sión,
a los restantes en Jerusalén,
los llamarán santos: los inscritos
en Jerusalén entre los vivos.
4 Cuando lave el Señor la suciedad
de las mujeres de Sión
y limpie la sangre

3,16-26 Contra el lujo femenino. Las hijas de Sión simbolizan la pretensión a veces de ocultar la cruda realidad del pueblo con todo tipo de distracciones: la opulencia de algunos, representada en las baratijas de las hijas de Sión, es un insulto para la ingente cantidad de hombres y mujeres que carecen de lo mínimo. Esto es considerado por los profetas una verdadera afrenta a Dios.

4,1-6 Las viudas de Jerusalén. No era extraño que en tiempos de guerra muchos hombres murieran, trayendo como consecuencia su escasez. La solución más práctica, aunque humillante, era que un hombre tuviera varias mujeres a la vez; pues en aquel entonces, la vida de una mujer sin marido era un oprobio. Siete mujeres que toman el mismo hombre es una imagen exagerada, pero cargada con todo el sentido

dentro de Jerusalén,
con un viento justiciero,
con un soplo abrasador,
5 creará el Señor en todo el recinto
del Monte Sión y su asamblea
una nube de día, un humo brillante,
un fuego llameante de noche.
Toldo y tabernáculo cubrirán su gloria:
6 de día serán sombra contra el calor,
reparo en el aguacero,
refugio en la tempestad.

Canto a la viña
(Os 10,1-8; Sal 80)

5 1 Voy a cantar
en nombre de mi amigo
un canto de amor a su viña:
Mi amigo tenía una viña
en fértil terreno.
2 Removió la tierra,
la limpió de piedras
y plantó buenas cepas;
construyó en medio una torre
y cavó un lagar.
Y esperó que diera uvas,
pero dio frutos agrios.
3 Y ahora, habitantes de Jerusalén,
hombres de Judá,
por favor, sean ustedes los jueces
entre mi viña y yo.
4 ¿Qué más podía hacer por mi viña
que yo no lo haya hecho?
¿Por qué, esperando que diera uvas,
dio frutos agrios?
5 Y ahora les diré a ustedes
lo que voy a hacer con mi viña:
quitar su valla
para que sirva de pasto,
derruir su cerca para que la pisoteen.
6 La dejaré arrasada:
no la podarán ni la limpiarán,
crecerán zarzas y cardos;
prohibiré a las nubes
que lluevan sobre ella.
7 La viña del Señor Todopoderoso
es la casa de Israel,
son los hombres de Judá
su plantación preferida.
Él esperó de ellos derecho,
y ahí tienen: asesinatos;
esperó justicia,
y ahí tienen: lamentos.

Amenazas contra los malvados
(Am 5,7-17; 6,1-11; Hab 2,6-20)

8 ¡Ay de los que añaden casas a casas
y juntan campos con campos,
hasta no dejar sitio,
y vivir ellos solos en medio del país!
9 Soy testigo:
lo ha jurado el Señor Todopoderoso:
Sus muchas casas serán arrasadas,
sus palacios magníficos
quedarán deshabitados,

---

anterior. Describe una realidad muy crítica, puesto que no era la mujer la que tomaba al hombre, sino el hombre que tomaba mujer.

El versículo 2 utiliza la expresión «vástago» –también traducido como germen, brote, retoño y fruto–. Muchos comentaristas ven aquí un claro anuncio del Mesías y de su obra completamente transformadora como lo indica también Jeremías (Jr 23,5) y Zacarías (Zac 3,8; 6,12). Pero antes de la aparición de ese vástago es necesario que Israel pase por el castigo purificatorio, castigo del cual ha de quedar un «resto». Este resto purificado, que ahora se encuentra en Jerusalén, está llamado a convertirse en un pueblo fuerte; sin embargo, cuando sobrevino la catástrofe del 587 a.C., este resto había que buscarlo entre los deportados (Ez 6,8-10), quienes serían convocados por Dios para la restauración mesiánica: Is 11,11.16; Jr 23,3; 31,7; 50,20; Miq 2,12s.

Con todo, ocurrió que después del destierro, el resto cayó también en infidelidad y de nuevo tuvo que ser castigado: Zac 1,3; 8,11; Ag 1,12. La fidelidad hasta el final sólo será vivida y encarnada por Jesús, verdadero brote y germen del nuevo Israel.

5,1-7 Canto a la viña. La imagen de la viña es de lo más familiar para la mayoría de los pueblos del Cercano Oriente. Se trata de un pedazo de tierra cultivado con especial esmero ya que de allí era posible extraer el sustento básico para la familia. Pero no sólo eso, era patrimonio para el israelita, lo mínimo que podía tener una persona para sentirse ligado a su clan, incluso para fundamentar su derecho de ciudadanía. En muchos casos, en la misma viña reposaban los restos de los antepasados. Nótese, pues, el vínculo tan profundo que une al israelita con su viña, por ejemplo el caso de la viña de Nabot (1 Re 21). Piénsese en los millones de seres humanos que no tienen ese pedazo de tierra o en aquellos a los que se la arrebatan por la fuerza. Israel es para su Dios una viña a la que ama y cuida con celo, de ahí la decepción de Dios por los pocos frutos que produce su pueblo (cfr. Os 10,1; Jr 2,21; 5,10; 6,9; Ez 15,1-8; 17,3-10; 19,10-14).

5,8-25 Amenazas contra los malvados. Comienza aquí una serie de seis ayes o amenazas contra los malvados, una forma muy común en la predicación profética. El mismo Jesús la utilizó muchas veces. Juntar casa con casa y campo con campo, denuncia y con-

17 pastarán corderos
como en praderas propias,
chivos cebados comerán en sus ruinas,
10 diez cuadras de viña
no darán más que un tonel,
y una carga de semilla
dará solo una canasta.
11 ¡Ay de los que madrugan
en busca de licores,
y hasta el crepúsculo
los enciende el vino!
12 Todo son cítaras y arpas,
panderetas y flautas
y vino en sus banquetes,
y no atienden a la actividad de Dios
ni se fijan en la obra de su mano.
13 Y así mi pueblo, inconsciente,
va deportado;
sus nobles mueren de hambre,
y el pueblo se quema de sed.
14 El abismo ensancha sus fauces,
dilata la boca sin medida:
allá bajan los nobles y el pueblo,
su tumulto y sus festejos.
15 Será doblegado el mortal,
será humillado el hombre,
los ojos arrogantes serán humillados.
16 El Señor Todopoderoso
será exaltado al juzgar,
el Dios santo mostrará
su santidad en la sentencia.
18 ¡Ay de los que arrastran a sí la culpa
con cuerdas de bueyes,
y el pecado con sogas de carretas!
19 Los que dicen:
Que se dé prisa,
que apresure su obra,
para que la veamos;
que se cumpla en seguida
el plan del Santo de Israel,
para que lo comprobemos.
20 ¡Ay de los que llaman al mal bien
y al bien mal,
que tienen las tinieblas por luz
y la luz por tinieblas,
que tienen lo amargo por dulce
y lo dulce por amargo!
21 ¡Ay de los que se tienen por sabios
y se creen inteligentes!
22 ¡Ay de los valientes para beber vino
y campeones para mezclar licores;
23 de los que por soborno
absuelven al culpable
y niegan justicia al inocente!
24 Por eso, como la lengua de fuego
devora el rastrojo
y la paja se consume en la llama,
su raíz se pudrirá,
sus brotes volarán como polvo.
Porque rechazaron la ley
del Señor Todopoderoso
y despreciaron la Palabra
del Santo de Israel.
25 Por eso se enciende
la ira del Señor contra su pueblo
y extiende la mano para herirlo.
Tiemblan los montes,
yacen los cadáveres
como basura por las calles.
Y con todo eso no se aplaca su ira,
sigue extendida su mano.

Invasión asiria
(8,5-8; 10,28-32)

26 Izará una bandera
para un pueblo remoto,
silbará hacia el confín de la tierra:
mírenlo llegar veloz y ligero.
27 Nadie se cansa, nadie tropieza,
no se acuesta, no se duerme,
no se desprende
el cinturón de los lomos,
no se desata
la correa de las sandalias.
28 Sus flechas están afiladas
y todos los arcos tensos;

---

dena a los que acaparan los bienes y especulan con las necesidades del empobrecido. La condena y maldición del profeta cobra una gran vigencia hoy, pues millones de seres humanos viven esta misma realidad, y con un agravante: esa condena no es sólo para los terratenientes y acaparadores, ésa misma vale para quienes miramos impávidos la expoliación de nuestros hermanos y hermanas sin que ello afecte para nada nuestro compromiso cristiano y nuestra vocación a la justicia.

El versículo 20 denuncia a quienes confunden a los demás llamando bueno a lo malo y malo a lo bueno; el mismo Jesús denuncia de una manera muy fuerte esta actitud llamándola blasfemia contra el Espíritu Santo (Mc 3,29; Mt 12,31s; Lc 12,10), y es también una llamada para que nosotros revisemos el mensaje que transmitimos a los demás.

5,26-30 Invasión asiria. La invasión que están realizando los asirios en tiempos de Isaías es vista como un castigo necesario para purificar a Israel. Es como si

los cascos de sus caballos
son como de piedra
y las ruedas, como torbellinos.
29 Su rugido es de león,
ruge como los cachorros,
gruñe y atrapa la presa,
la retiene, y nadie se la arranca.
30 Aquel día bramará contra él
como brama el mar.
Mira a la tierra en espesas tinieblas,
nubarrones oscurecen la luz.

Vocación de Isaías
(Éx 3s; Jue 6,12-24; Jr 1; Ez 2; Sal 99)

6 1 El año de la muerte del rey Ozías vi
al Señor sentado sobre un trono alto y
excelso: el borde de su manto llenaba el
templo. 2 Por encima de él había serafines
erguidos, con seis alas cada uno: con dos
alas se cubrían el rostro, con dos alas se
cubrían el cuerpo, con dos alas volaban. 3 Y
se gritaban el uno al otro: ¡Santo, santo,
santo, el Señor Todopoderoso, la tierra está
llena de su gloria! 4 Y temblaban los umbra-
les de las puertas al clamor de su voz, y el
templo estaba lleno de humo. 5 Yo dije:

¡Ay de mí, estoy perdido!
Yo, hombre de labios impuros
que habito en medio
de un pueblo de labios impuros,
he visto con mis ojos al Rey
y Señor Todopoderoso.

6 Y voló hacia mí uno de los serafines
con un carbón encendido en la mano, que
había retirado del altar con unas tenazas;
7 lo aplicó a mi boca y me dijo:

Mira: esto ha tocado tus labios,
ha desaparecido tu culpa,
está perdonado tu pecado.
8 Entonces escuché la voz del Señor,
que decía:
–¿A quién mandaré?,
¿quién irá de nuestra parte?
Contesté:
–Aquí estoy, mándame.
9 Él replicó:

---

el mismo Dios la ordenara. Hay que tener mucho cuidado con esta forma de pensar. Muchos podrán creer aún que Dios está de acuerdo con que un pueblo azote a otro en su Nombre o en nombre de valores tan importantes como la democracia o la libertad; nada más contrario y ajeno al plan de Dios.

6,1-13 Vocación de Isaías. Esta visión de Isaías que incluye su vocación, debería estar al inicio del libro. Parece que a los redactores finales les pareció conveniente colocarla aquí para encabezar con ella el llamado «Libro del Emanuel», es decir, Dios con nosotros. En todos los casos de vocación que nos narra la Biblia hay siempre una constante: Dios llama para confiar una misión; es decir, vocación y misión están íntimamente relacionadas. La vocación, don gratuito de Dios, implica una tarea, un compromiso para el llamado. La santidad de Dios sobrecoge al hombre. Es muy característico en Isaías este concepto de la santidad de Dios. No por nada su vocación tiene origen en el lugar más sagrado, en donde el profeta experimenta la presencia tremenda de Dios que le hace tomar conciencia de su indignidad. Con todo, el sentido de la experiencia de Isaías es que pese a la absoluta santidad de Dios, esa santidad no aniquila al ser humano. Éste puede ir poco a poco alcanzando mejores grados de calidad humana. Calidad de vida y santidad forman parte de la misma vocación humana. La señal de la presencia del Señor es la gran cantidad de humo en forma de nube como en Éx 19,16 y en Éx 40, 34s.

Nadie que haya visto a Dios queda con vida. Es una tradición tardía de Israel, fruto de la excesiva sacralización de Dios. Aquí la cuestión queda aclarada, la presencia tremenda de Dios va a purificar al profeta, que tenía una imagen demasiado mística y sacralizada de Dios; y Dios no es eso. Su cercanía al hombre tiene como fin renovarlo, purificarlo de toda deshumanización, pero jamás destruirlo. Confróntese el resultado de los acercamientos de Jesús a la gente, de un modo muy especial el caso de Zaqueo (Lc 19).

Isaías, transformado por la presencia de Dios, se apresura sin dilaciones a ofrecerse para la misión. Su prontitud sin vacilaciones nos recuerda la obediencia de Abrahán (Gn 12,1-4); no así los temores y rodeos de Moisés (Éx 4,10-12); la indecisión de Jeremías (Jr 1,6), y, en el Nuevo Testamento, la preocupación de María (Lc 1,34). No toda vocación es clara, y cada conciencia se comporta de modo diferente en el proceso de clarificación de su llamada.

No hay que tomar al pie de la letra las afirmaciones del versículo 10, sería pensar que Dios bromea con algo tan serio y definitivo como es la conciencia y la libertad humanas. Sentencias como «endurece su oíd… ciega sus ojos… que su corazón no entienda» (10), no son otra cosa que la constatación de realidades que ya se están dando como fruto de una libertad personal. Estamos, pues, ante una manera profética de decir las cosas. No olvidemos que el hombre religioso del AntiguoTestamento todo lo atribuye a la obra de Dios, hasta la misma obstinación. Esta misma idea la encontramos en el Nuevo Testamento (Mc 4,11s), que tiene la misma explicación. No es que Dios quiera la obstinación u obstaculice el entendimiento, simplemente lo prevé y lo pone al servicio de su propio designio.

–Anda y dile a ese pueblo:
Escuchen con sus oídos,
pero sin entender;
miren con sus ojos,
pero sin comprender.
10 Entorpece el corazón
de ese pueblo,
endurece su oído, ciega sus ojos:
que sus ojos no vean,
que sus oídos no oigan,
que su corazón no entienda,
que no se convierta y sane.

11 Pregunté:
–¿Hasta cuándo, Señor?
Y me contestó:
–Hasta que se desmoronen las ciudades
despobladas y las casas deshabitadas, y
queden los campos desolados. 12 Porque el
Señor alejará a los hombres, y crecerá el
abandono en el país. 13 Y aunque queden
en él uno de cada diez, de nuevo será ba-
rrido; como la encina o el roble que, al cor-
tarlos, sólo dejan un tronco. Este tronco
será semilla santa.

LIBRO DE EMANUEL

Primer aviso a Acaz
(8,9s; 14,24-27)

7 1 Reinaba en Judá Acaz, hijo de Yo-
tán, hijo de Ozías. Rasín, rey de Da-
masco, y Pécaj, hijo de Romelías, rey de Is-
rael, subieron a Jerusalén para atacarla;
pero no lograron conquistarla.
2 Llegó la noticia al heredero de David:
–Los sirios acampan en Efraín.
Y se agitó su corazón y el del pueblo como se agitan los árboles del bosque con el viento.
3 Entonces el Señor dijo a Isaías:
–Ve al encuentro de Acaz, con tu hijo
Sear Yasub, hacia el extremo del canal del
Estanque de Arriba, junto al camino del
campo del Tintorero, 4 y le dirás:

¡Vigilancia y calma!
No temas, no te acobardes,
ante esos dos cabos
de tizones humeantes.
5 Aunque Siria
trame tu ruina diciendo:
6 Subamos contra Judá, sitiémosla,
abramos brecha en ella
y nombraremos en ella rey
al hijo de Tabeel.
7 Así dice el Señor:
No se cumplirá ni sucederá:
8a Damasco es capital de Siria,
y Rasín, capitán de Damasco;
9a Samaría es capital de Efraín,
y el hijo de Romelías,
capitán de Samaría.
8b Dentro de sesenta y cinco años,
Efraín, destruido,
dejará de ser pueblo.
9b Si ustedes no creen, no subsistirán.

Segundo aviso:
el signo de Emanuel
(Jue 13; 16; Mt 1,23)

10 El Señor volvió a hablar a Acaz:
11 –Pide una señal al Señor, tu Dios; en lo
hondo del abismo o en lo alto del cielo.
12 Respondió Acaz:
–No la pido, no quiero tentar al Señor.

7,1-9 Primer aviso a Acaz. Los datos del versículo 1 corresponden a la guerra siro-efraimita. Asiria está ganando cada vez más terreno; Damasco y Samaría quieren obligar al rey de Judá a aliarse con ellos para atacar juntos a Asiria. Contra los consejos de Isaías, Judá prefiere pedir ayuda a los asirios. Éstos apoyan al pequeño reino del Sur, pero le someten a un duro vasallaje; de otra parte, comienzan las invasiones a Samaría que terminan por destruirla en el 722 a.C.

Isaías, como la gran mayoría de profetas, predica no sólo de palabra, sino también a través de gestos simbólicos y de signos. Aquí encontramos uno de sus signos, representado en el nombre que coloca a su hijo Sear Yasub, literalmente, «un resto volverá»; con lo cual anuncia al rey y a los demás habitantes de Jerusalén y de Judá que un pequeño resto se convertirá y escapará a los castigos previstos (cfr. 4,3; 10,21-23).

7,10-25 Segundo aviso: el signo de Emanuel – Invasión asiria. Desesperadamente, Isaías quiere hacer entrar en razón a Acaz, rey de Judá, para que no se fíe de los poderes humanos. Para eso le propone pedir una señal directa al Señor. La actitud del rey es ambigua: por una parte parece tener tanto respeto al Señor que teme ponerlo a prueba; pero por otra, parece que ante la inminente amenaza de Damasco y Samaría, confía más en el poder de Asiria; claro que el coste fue muy alto: el vasallaje de Judá y la destrucción del hermano reino del Norte. A pesar de todo, el pro-

13 Entonces dijo Dios:
–Escucha, heredero de David:
¿No les basta cansar a los hombres, que
cansan incluso a mi Dios? 14 Por eso el Se-
ñor mismo les dará una señal:

Miren: la joven está embarazada
y dará a luz un hijo,
y le pondrá por nombre Emanuel.
15 Comerá leche cuajada con miel,
hasta que aprenda
a rechazar el mal
y a escoger el bien.
16 Porque antes que aprenda el niño
a rechazar el mal
y escoger el bien,
quedará abandonada la tierra
de los dos reyes que te hacen temer.

17 El Señor hará venir sobre ti, sobre tu
pueblo, sobre tu dinastía días como no se
conocieron desde que Efraín se separó de
Judá.

Invasión asiria
(5,26-30)

18 Aquel día
les silbará el Señor a los tábanos
del confín del delta de Egipto
y a las abejas del país de Asiria,
19 y vendrán y se posarán en masa
en las honduras de las quebradas,
en las hendiduras de las rocas,
en todo matorral,
en todo bebedero.
20 Aquel día le afeitará el Señor
con navaja alquilada
al otro lado del Éufrates
la cabeza y el pelo de sus partes,
y le rapará la barba.
21 Aquel día cada uno mantendrá
una novilla y dos ovejas,
22 y como abundará la leche,
comerán leche cuajada;
sí, comerán leche cuajada y miel
los que queden en el país.
23 Aquel día,
un viñedo de mil cepas
de mil monedas de valor
producirá zarzas y cardos.
24 Entrarán por él con arcos y flechas,
porque todo el país
será zarzas y cardos;
25 en las laderas cultivadas con azadón
no entrarás por miedo
a las zarzas y cardos;
serán pasto de vacas,
pisoteado por ovejas.

El hijo de Isaías

8 1 El Señor me dijo:
–Toma una tabla grande, y escribe
con caracteres ordinarios: Pronto-al-sa-
queo, Rápido-al-botín.
2 Entonces yo tomé dos testigos fieles:
Urías, sacerdote, y Zacarías, hijo de Bara-
quías.
3 Me acerqué a la profetisa; ella concibió
y dio a luz un hijo. El Señor me dijo:
4 –Ponle por nombre Pronto-al-saqueo,
Rápido-al-botín. Porque antes que el niño
aprenda a decir papá, mamá, las riquezas

---

feta convierte en signo profético el nacimiento de un niño al parecer del mismo rey. El niño será llamado Emanuel que significa «Dios con nosotros» (8,8-10). El sentido del signo es que a pesar de todo Dios mantiene la promesa de proteger a la dinastía real y a todo el pueblo.

No es claro de qué doncella se trata cuando dice que dará a luz. Podría ser alguna de la casa de Acaz. Hay quienes afirman, incluso, que se trata de una de sus mujeres. La cuestión es que el texto hebreo habla de una jovencita o muchacha, como en Gn 24,43 y Éx 2,8, en estado de contraer matrimonio o ya casada. Más tarde la traducción al griego (LXX) empleará la palabra «virgen» introduciendo al texto una relectura mesiánica que posiblemente no tuvo desde el origen. El hecho es que al final del Antiguo Testamento, pero especialmente la tradición cristiana, rápidamente encontró aquí el anuncio profético del nacimiento de Jesús, descendiente de David y salvador de su pueblo. He ahí por qué Mt 1,23 cita a Is 7,14 y Mt 4,15s a Is 8,23–9,1. El alimento que consumirá el niño recuerda la época del desierto (Dt 32,13s), y podría indicar que el país volverá a pasar por esos tiempos dadas las incursiones de los enemigos en territorio de Judá. Sin embargo, la situación sería temporal, como en efecto así fue.

Los versículos 18-26 nos presentan una serie de cuatro profecías introducida cada una por la frase «en aquel día» o «en esos días» (18.20.21.23). Nótese que aquí los actores de guerra ya no son los siro-efraimitas sino Egipto y el reino del Sur. La mención, una vez más, de la leche y la miel vuelven a hacer pensar en los días del desierto. El desierto encierra un gran simbolismo. ¿No fue en el desierto donde el Señor creó una nación? ¿No hará falta permanentemente volver al desierto? (cfr. Os 2,14s).

8,1-4 El hijo de Isaías. De nuevo una señal profética unida a un nombre simbólico. Esta vez se trata

de Damasco y el despojo de Samaría serán llevados a presencia del rey de Asiria.

Invasión
(5,26-30; Jr 1,13-16)

5 El Señor volvió a dirigirme la palabra:
6 Ya que ese pueblo ha despreciado
el agua de Siloé, que corre mansa,
por la arrogancia de Rasín
y del hijo de Romelías,
7 sepan que el Señor
hará que los sumerjan
las aguas del Éufrates,
torrenciales e impetuosas:
–el rey de Asiria,
con todo su ejército–
rebasan las orillas,
desbordan las riberas,
8 invaden Judá, lo inundan,
crecen y alcanzan hasta el cuello.
Y se desplegarán sus alas
hasta cubrir la anchura de tu tierra,
¡oh Emanuel!

Liberación
(14,24-27)

9 Sean crueles, pueblos,
que saldrán derrotados,
escúchenlo, países lejanos:
ármense, que saldrán derrotados,
ármense, que saldrán derrotados;
10 hagan planes, que fracasarán;
pronuncien amenazas,
que no se cumplirán,
porque tenemos a Emanuel.

El Señor, piedra de tropiezo

11 Así me dijo el Señor, mientras su mano me agarraba y me amonestaba para que no siguiera el camino de este pueblo:

12 –No llamen aliados
a los que ese pueblo llama aliados,
no los aterre ni los atemorice
lo que él teme;
13 al Señor Todopoderoso
llámenlo Santo,
que sólo él les infunda temor;
que sólo él los haga temblar,
14 él será piedra para tropezar
y roca para despeñarse
para las dos casas de Israel,
será lazo y trampa
para los habitantes de Jerusalén:
15 muchos tropezarán en ella,
caerán, se destrozarán,
se enredarán y quedarán atrapados.

Dios esconde su rostro
(1 Sm 28)

16 Guardo selladas las instrucciones
que garantizan mis discípulos,
17 y aguardo al Señor,
que oculta su rostro
a la casa de Jacob, y espero en él.
18 Aquí estoy yo con mis hijos
–los que me dio el Señor–

del segundo hijo de Isaías. Ya no está presente el acento mesiánico del Emanuel, sino el anuncio de la destrucción de Damasco y Samaría a manos de los asirios. El nombre del niño significa «pronto al saqueo, rápido al botín» (4). La historia confirma que, en efecto, un poco más tarde, Damasco y Samaría fueron arrasadas. Isaías no es el único en utilizar nombres simbólicos (cfr. Os 1,4.6.9).

8,5-8 Invasión. A través de las imágenes contrapuestas de Siloé y del Éufrates, el profeta denuncia la falta de confianza en Dios. Del lado norte de la ciudad bajaba un canal que alimentaba el gran estanque de Siloé, el cual servía a toda la ciudad. Las aguas mansas y tranquilas de este canal simbolizan la tranquilidad y bienestar de parte de Dios que el rey Acaz rechazó cuando decidió aliarse con Asiria. Pues bien, Asiria, procedente del Éufrates, se ha levantado como río embravecido y arrasará con todo lo que encuentre a su paso. El versículo 8 evoca el nombre profético de Emanuel (7,14) tal vez para anunciar el cumplimiento de las promesas después de los castigos anunciados.

8,9s Liberación. La certeza de la compañía del Emanuel no tiene por qué hacer vacilar al pueblo de Dios. Es un mensaje de esperanza en un contexto de guerra y de alianzas destructoras.

8,11-15 El Señor, piedra de tropiezo. El profeta ha sido contrario a la política de Acaz de aliarse con el rey de Asiria (cfr. 2 Re 16). Aliarse con cualquier otro rey era desconfiar del Señor. Pero lo más peligroso en la mentalidad del profeta era el riesgo de contaminar el culto israelita con prácticas idolátricas, como en efecto nos confirma 2 Re 16,10-18. Ante el dilema de ofrecer sacrificios al Señor y a otro Dios extranjero, el profeta anuncia que el Dios de Israel se convierte en piedra de tropiezo para ambos reinos; es decir, sus mandatos y normas serán el rasero para acusarlos y castigarlos.

8,16-20 Dios esconde su rostro. Estos versículos anuncian públicamente la retirada del profeta de su ministerio, pero dejando constancia, que seguirá firme en el Señor. Con todo, por las circunstancias que se están viviendo, Isaías prevé que necesitarán consultar a

como signos y presagios para Israel
de parte del Señor Todopoderoso,
que habita en el Monte Sión.
19 Seguramente les dirán:
Consulten a los espíritus y adivinos,
que susurran y musitan:
¿No consulta un pueblo a sus dioses,
y a los muertos acerca de los vivos?
20 Seguro que les hablarán así.

Días oscuros

21 Pasará por allí,
agobiado y hambriento,
y rabioso de hambre
maldecirá a su rey y a su Dios.
Volverá la cabeza a lo alto
22 y mirará a la tierra:
todo es aprieto
y oscuridad sin salida,
angustia y tinieblas densas,
sin aurora;
23a no habrá salida
para la angustiada.

Profecía mesiánica

(2 Sm 7,8-16; Miq 5,1-3)

23b Si en otro tiempo humilló el país de
Zabulón, y el país de Neftalí, en un futuro
ensalzará el camino del mar, al otro lado del
Jordán, la región de los paganos.


9 1 El pueblo que caminaba a oscuras
vio una luz intensa,
los que habitaban un país de sombras se inundaron de luz.

2 Has acrecentado la alegría,
has aumentado el gozo:
gozan en tu presencia,
como se goza en la cosecha,
como se alegran
los que se reparten el botín.

3 Porque la vara del opresor,
el yugo de sus cargas,
su bastón de mando
los trituraste como el día de Madián.

4 Porque la bota
que pisa con estrépito
y la capa empapada en sangre
serán combustible, pasto del fuego.

5 Porque un niño nos ha nacido,
nos han traído un hijo:
lleva el cetro del principado
y se llama Consejero maravilloso,
Guerrero divino,
Jefe perpetuo, Príncipe de la paz.

6 Su glorioso principado y la paz
no tendrán fin,
en el trono de David y en su reino;
se mantendrá y consolidará
con la justicia y el derecho,
desde ahora y por siempre.
El celo del Señor Todopoderoso
lo realizará.

---

los brujos y adivinos, a quienes el profeta ironiza llamándolos charlatanes porque sólo dicen tonterías.

8,21-23a Días oscuros. Descripción de las penurias y calamidades que ya ha padecido el reino del Norte bajo el poder asirio, y que el profeta anuncia ahora para Judá. El versículo 23b menciona al país de Zabulón y de Neftalí, dos territorios ubicados al norte del país que fueron los primeros en soportar los desastres de la invasión asiria (cfr. 2 Re 15,29). La humillación a la que han sido sometidos atrae la actitud benevolente y liberadora de Dios. Siglos más tarde, la aparición del Mesías en Galilea confirmará plenamente el cumplimiento de esta profecía; así lo demuestra Mt 4,13-16.

8,23b–9,6 Profecía mesiánica. Este corto poema lleno de esperanzas viene a continuación del anuncio de días aciagos para el pueblo. Es costumbre entre los profetas no compartir el entusiasmo general cuando se cree en un éxito total, sino recordar más bien las promesas divinas cuando todos se desesperan. Por más que haya habido una hostilidad permanente entre los judíos y los israelitas del norte, la destrucción del reino de Samaría no dejó de ser un duro golpe para el reino de Judá y Jerusalén. Isaías afirma que habrá un regreso de los deportados –no se trata de los judíos deportados a Babilonia en el siglo siguiente, sino de los israelitas desterrados al otro extremo de Asiria, al actual Afganistán–. Esa revancha de la historia será la obra del futuro rey o Mesías que Dios prometió a David, quien reunirá al final a ambas naciones israelitas, la del norte y la del sur.

Era usual que a los reyes se les proclamara con una serie de títulos similares a los que encontramos en el versículo 5. Isaías los vislumbra para el descendiente davídico que deberá encarnar las virtudes de sus antecesores. Más tarde, cuando no hubo más reyes en Israel, este pasaje se interpretó a la luz de Is 7,14 y Miq 5,2s, en conexión directa con el nacimiento del Mesías. Sólo el someterse al poder de Dios garantiza un orden justo en la humanidad.

Nótese que la restauración y consolidación del pueblo de Dios no debe pensarse al margen de la equidad y la justicia, elementos que están a la base misma del surgimiento de Israel como pueblo; cuando esto falla, el Señor castiga (cfr. Éx 20,5; Dt 4,24).

La ira del Señor
(Jr 5; Am 4,6-12)

7 El Señor ha lanzado
una amenaza contra Jacob,
ha alcanzado a Israel;
8 la entenderá el pueblo entero,
Efraín y los jefes de Samaría,
que van diciendo
con soberbia y presunción:
9 ¿Se cayeron los ladrillos?,
reconstruiremos con piedras talladas;
¿se derrumbó
el maderamen de sicómoro?,
lo reemplazaremos con cedro.
10 El Señor incitará
contra ellos al enemigo
y provocará a sus adversarios:
11 por delante Damasco,
por la espalda los filisteos
devorarán a Israel a boca llena.
Y, con todo, no se aplaca su ira,
sigue extendida su mano.
12 Pero el pueblo no se ha vuelto
al que lo hería, no ha buscado
al Señor Todopoderoso.
13 El Señor cortará a Israel
cabeza y cola,
palma y junco en un solo día.
14 El anciano honorable es la cabeza,
el profeta embaucador es la cola.
15 Los que guían a ese pueblo
lo extravían,
los que se dejan guiar
son aniquilados.
16 Por eso el Señor
no perdona a los jóvenes,
no se compadece
de huérfanos y viudas;
porque todos son impíos y malvados
y toda boca profiere infamias.
Y, con todo, no se aplaca su ira,
sigue extendida su mano.
17 Sí, la maldad
está ardiendo como fuego
que consume zarzas y cardos,
prende en la espesura del bosque,
y el humo se alza en torbellinos.
18a Con la ira del Señor arde el país,
y el pueblo es pasto del fuego:
19b uno devora la carne de su prójimo
18b y ninguno perdona a su hermano;
19a destroza a la derecha,
y sigue con hambre,
devora a izquierda, y no se sacia.
20 Manasés contra Efraín,
Efraín contra Manasés,
juntos los dos contra Judá.
21 *Y, con todo, no se aplaca su ira,*
sigue extendida su mano.

Malaventura
(5,8-23)

10 1 ¡Ay de los que decretan
leyes injustas,
de los notarios
que registran vejaciones,
2 que dejan sin defensa
al desamparado
y niegan sus derechos
a los pobres de mi pueblo,
que hacen su presa de las viudas
y saquean a los huérfanos!
3 ¿Qué harán el día de la cuenta,
cuando la tormenta lejana
se eche encima?
¿A quién acudirán buscando auxilio
y dónde depositarán su fortuna,
4 para no ir encorvados
con los prisioneros
y no caer con los asesinados?

9,7-21 La ira del Señor. Este poema está conformado por tres dichos o mensajes; al final de cada uno se repite una especie de estribillo (11b. 16b. 21). Los tres se dirigen al reino del Norte, que, a pesar del golpe recibido por manos de los asirios, piensa en reconstruirse sin tener en cuenta al Señor, lo cual es considerado como un acto de soberbia. En ese panorama, tampoco el Señor se acordará de ellos, ni siquiera de los que están más cerca del corazón de Dios que son los huérfanos y las viudas. «Sigue extendida su mano», es una forma de denunciar la obstinación y la contumacia; pese a todo, el pueblo no se arrepiente ni cambia.

10,1-4 Malaventura. El peor de los males que puede pasar en una sociedad o grupo es que sus dirigentes desvíen a sus seguidores, lo cual trae como consecuencia inmediata el descuido de lo más elemental de la justicia, que es la protección a los sujetos más débiles de la sociedad que son el pobre, la viuda y los huérfanos. Éste es uno de los motivos más frecuentes de denuncia por parte de los profetas (cfr. Jr 23,1s); el mismo Jesús denuncia algo semejante en su tiempo llamándolos guías ciegos que guían a otros más ciegos (Mt 15,14) y los maldice, (Mt 23,16.17.19.24; Jn 9,41). ¿No será ésta la causa de tantos males sociales de nuestro tiempo?

Y, con todo, no se aplaca su ira,
sigue extendida su mano.

Asiria, instrumento de Dios
(Jr 25,1-14; 51,20-24)

5 ¡Ay Asiria, vara de mi ira,
bastón de mi furor!
6 Contra una nación impía lo despaché,
lo mandé contra el pueblo
de mi cólera,
para que entrase a saquear
y lo despojase
y lo pisase como barro de la calle.
7 Pero él no pensaba así,
no eran ésos sus cálculos;
su propósito era aniquilar,
exterminar no pocas naciones.
8 Decía:
¿No son todos mis ministros reyes?
9 ¿No fue Calno como Cárquemis?
¿No fue Jamat como Arpad?
¿No fue Samaría como Damasco?
10 Como mi mano se apoderó
de reinos insignificantes
y de sus imágenes...
11 Lo que hice con Samaría
y sus imágenes,
¿no lo voy a hacer con Jerusalén
y sus ídolos?
12 –Cuando termine el Señor
toda su tarea en el monte Sión
y en Jerusalén,
exigirá cuentas de sus conquistas
a su orgullo,
a la arrogancia altanera de sus ojos–.
13 Él decía:
Con la fuerza de mi mano
lo he hecho,
con mi talento,
porque soy inteligente.
Cambié las fronteras de las naciones,
saqueé sus tesoros
y derribé como un héroe
a los jefes de sus sitiales.
14 Mi mano tomó, como un nido,
las riquezas de los pueblos;
como quien recoge
huevos abandonados,
agarré toda la tierra,
y no hubo quien batiese las alas,
quien abriese el pico para piar.
15 –¿Cómo?, ¿se envanece el hacha
contra el leñador?,
¿se gloría la sierra
contra quien la maneja?
Como si el bastón manejase
a quien lo levanta,
como si la vara alzase
a quien no es leño.
16 Por eso, el Señor Todopoderoso
meterá debilidad en su gordura,
y debajo del hígado
le encenderá una fiebre
como un fuego abrasador.

El resto de Israel

17 La Luz de Israel
se convertirá en fuego,
su Santo en una llama
que arderá y devorará
sus zarzas y cardos en un solo día.
18 El esplendor de su bosque
y de su huerto lo consumirá Dios
de médula a corteza,
será como un enfermo que se apaga;

10,5-16 Asiria, instrumento de Dios. Aún sin saberlo, el poderoso de turno es instrumento de castigo en manos de Dios (cfr. Is 13,5; 5,26; 7,18, 8,7). Este mismo criterio lo asumirá más tarde Jeremías, para quien Nabucodonosor, rey de Babilonia, no es más que el instrumento con el cual Dios castiga a su pueblo (Jr 51,20; 50,23), y en tal sentido lo llama «servidor del Señor» (Jr 25,9; 27,6; 43,10). Pero también se presenta el caso inverso: un rey extranjero que sirve de azote para quien ha hecho daño al pueblo de Dios. En este caso Ciro, rey persa, incluso llamado «mi mesías», es decir, «mi ungido», «mi enviado» por el Deuteroisaías, Is 45,1. De esta concepción propia de los profetas, se desprende que aunque los invasores como los reyes asirios, caldeos o persas, hayan sido vistos como instrumentos de castigo, no por eso son liberados de la responsabilidad histórica por los males causados. Para ellos también habrá un castigo el día que Dios mismo señalará (Is 10,12). Dios mismo pasará revista a todos los reyes y poderosos engreídos. El evangelizador actual debe volver a pasajes como éste, para advertir al pueblo que esta forma de pensar está muy superada, que ciertamente Dios no necesita de ningún pueblo o nación, por potente que sea, para azotar a otras y que por el contrario, es hora de que la historia y la conciencia de los pueblos empiece a juzgar y a hacer desaparecer las ideologías que se resguardan detrás de estas formas de pensar.

10,17-23 El resto de Israel. De nuevo aparecen los rasgos de la teología de la esperanza que Isaías concreta en el «pequeño resto», a partir del cual Dios continuará adelante con su plan de justicia (cfr. 4,3; 7,3,

19 y quedarán tan pocos árboles
de su bosque,
que un niño podrá contarlos.
20 Aquel día, el resto de Israel,
los supervivientes de Jacob,
no volverán a apoyarse en su agresor,
sino que se apoyarán sinceramente
en el Señor, el Santo de Israel.
21 Un resto volverá, un resto de Jacob,
al guerrero divino:
22 aunque fuera tu pueblo, Israel,
como arena del mar,
sólo un resto volverá a él;
la destrucción decretada
rebosa justicia.
23 El Señor va a cumplir
en medio de la tierra
la destrucción decretada.

Oráculo de liberación

24 Por eso,
así dice el Señor Todopoderoso:
Pueblo mío, que habitas en Sión,
no temas a Asiria,
aunque te hiera con la vara
y alce su bastón contra ti,
a la manera egipcia;
25 porque dentro de muy poco
la ira se acabará
y mi furor los aniquilará.
26 El Señor Todopoderoso
sacudirá contra ellos su látigo,
como cuando hirió a Madián
en Sur Oreb,
como cuando alzó su bastón
contra el mar, en el camino de Egipto.
27 Aquel día su carga
resbalará de tu hombro,
arrancarán su yugo de tu cuello.

Avance asirio y derrota
(Miq 1,10-16)

28 Sube del lado de Rimón,
llega hasta Ayat,
atraviesa Migrón,
revisa las armas en Micmás.
29 Desfilan por el desfiladero,
hacen noche en Guibeá;
alarmada está Ramá,
Guibeá de Saúl ha huido.
30 Clama a voces, Villa de Galín;
escúchala, Lais;
contesta, Anatot.
31 Madmená va desbandada,
los vecinos de Guebín buscan refugio.
32 Hoy mismo hace alto en Nob,
y ya agita la mano
contra el monte Sión,
la colina de Jerusalén.

Paz mesiánica
(9; 30,18-26; 65,16-25; Sal 72)

33 Miren, el Señor Todopoderoso
desgaja con violencia el ramaje,
son talados los árboles más elevados,
los más altos se desploman;
34 es cortada a hachazos
la espesura del bosque
y a manos del Poderoso
el Líbano va cayendo.

11 1 Pero retoñará el tocón de Jesé,
de su cepa brotará un vástago
2 sobre el cual se posará
el Espíritu del Señor:
espíritu de sensatez e inteligencia,
espíritu de valor y de prudencia,
espíritu de conocimiento
y respeto del Señor.

---

etc.). Las esperanzas puestas en el «resto» no ocultan las amenazas de castigo, las tiene que anunciar, pero subrayando la promesa para ese «resto» de una conversión, del perdón y de nuevas bendiciones.

10,24-32 Oráculo de liberación – Avance asirio y derrota. El invasor asirio se acerca hasta las mismas murallas de Jerusalén dejando atrás una estela de destrucción y muerte. Pero contra todo lo previsto, y según el modo de pensar del profeta, el Señor interviene a favor de la capital; el enemigo es derrotado por intervención divina, no por las armas de Judá. No están claros los hechos históricos que obligaron a las tropas asirias a regresar con urgencia a su país. El hecho es que Jerusalén escapó a la destrucción, lo cual fue visto como una respuesta milagrosa de Dios en defensa de su ciudad y sus baluartes; de este acontecimiento quedan recuerdos en Sal 46; 48; 76.

10,33–11,9 Paz mesiánica. Este poema es un canto que anuncia al Mesías futuro, y describe sus rasgos fundamentales: será descendiente de David (1); estará lleno de espíritu profético (2); se empeñará en implantar la justicia y la paz entre los hombres (3-5) y con la naturaleza (6-8), lo cual es un volver al estado inicial de armonía implícito en la creación, y ello exige conocimiento del Señor. Isaías habla indistintamente del «Espíritu del Señor» y del «Santo Espíritu del Señor» (cfr. 42,1; 61,1s; 63,10-13). Este espíritu o soplo –ambas son traducciones del hebreo «rúaj»– ha

3 Lo inspirará el respeto del Señor.
No juzgará por apariencias
ni sentenciará sólo de oídas;
4 juzgará con justicia a los desvalidos,
sentenciará con rectitud
a los oprimidos;
ejecutará al violento
con el cetro de su sentencia
y con su aliento
dará muerte al culpable.

5 Se terciará como banda la justicia
y se ceñirá como fajín la verdad.
6 Entonces el lobo y el cordero
irán juntos, y la pantera
se tumbará con el cabrito,
el novillo y el león engordarán juntos;
un chiquillo los pastorea;
7 la vaca pastará con el oso,
sus crías se tumbarán juntas,
el león comerá paja como el buey.

8 El niño jugará en agujero de la cobra,
la criatura meterá la mano
en el escondrijo de la serpiente.
9 No harán daño ni estrago
por todo mi Monte Santo,
porque se llenará el país
de conocimiento del Señor,
como colman las aguas el mar.

Retorno de los desterrados
(35; Ez 37,15-28)

10 Aquel día la raíz de Jesé
se levantará como una bandera
para los pueblos:
a ella acudirán las naciones
y será gloriosa su morada.
11 Aquel día el Señor
tenderá otra vez su mano
para rescatar al resto de su pueblo:
a los que queden en Asiria
y Egipto y en Patros,
en Nubia y en Elam,
en Senaar y en Jamat y en las islas.
12 Izará una bandera ante las naciones
para reunir a los israelitas desterrados
y congregar a los judíos dispersos
de los cuatro extremos del orbe.
13 Cesará la envidia de Efraín
y se acabará el rencor de Judá:
Efraín no envidiará a Judá,
Judá no tendrá rencor a Efraín.
14 Se lanzarán sobre la espalda
de los filisteos a occidente
y unidos despojarán
a las tribus de oriente;
Edom y Moab caerán en sus manos
y los amonitas se les someterán.
15 El Señor secará
el golfo del mar de Egipto,
haciendo señas con la mano
a su viento abrasador,
y lo herirá en sus siete canales,
que se pasarán en sandalias.
16 Y habrá una calzada
para el resto de su pueblo
que quede en Asiria,
como la tuvo Israel
cuando subió de Egipto.

---

estado actuando desde siempre. Antes de la creación ya estaba sobre las aguas (Gn 1,2). Él es quien ha dado la vida a todo ser viviente (Gn 2,7; Sal 33,6; 104,29s); los jueces de Israel eran suscitados por Él (Jue 3,10; 6,34; 11,29) y les infundía la capacidad de discernir (Nm 11,17); en la construcción del santuario, Él infunde habilidad a los artesanos (Éx 31,3; 35,31); es Él quien inspira a los profetas incluyendo a Moisés (Nm 11,17), a David (2 Sm 23,2), a Elías (2 Re 2,9) y, en fin, a todos (Miq 3,8; Is 48,16; 61,1; Zac 7,12); lo cual es el distintivo del verdadero profeta. Los falsos profetas no hacen otra cosa que seguir su propio espíritu (Ez 13,3).

Este espíritu de los profetas es el que invadirá al futuro Mesías. Hacia finales del Antiguo Testamento empieza a surgir la expectativa del Mesías escatológico que tendría como misión revelar la totalidad de las Escrituras; pero lo más importante: derramará el espíritu de una manera universal (Jl 2,28s). Éstos, pues, son los elementos que están en la base de la doctrina sobre el Espíritu Santo que encuentra su máxima expresión en el Nuevo Testamento (cfr. Jn 1,33s; 14,16s; Hch 1,8; 2; Rom 5,5, etc.).

11,10-16 Retorno de los desterrados. Esta profecía hace alusión al regreso de los desterrados de Babilonia. Dicho destierro no había sucedido todavía en la época del profeta, luego, este pasaje es muy posterior. Esto significa que en torno al núcleo de enseñanzas de Isaías «hijo de Amós», se formó una escuela que se encargó de prolongar y actualizar permanentemente el espíritu del profeta, agregándole nuevas enseñanzas que incluso pusieron en boca de él. Más tarde, todo el material existente pasó por un proceso de redacción y se le colocó el nombre que encontramos en 1,1: «Visión de Isaías».

Los biblistas nos ayudan a descubrir hasta «tres Isaías» –o mejor– tres épocas distintas en los 66 capítulos que conforman el libro actual. Parece que a los redactores nos les interesaba tanto la cronología de las enseñanzas cuanto su contenido.

Himno
(Sal 98)

12 1 Aquel día recitarás:
Te doy gracias, Señor,
porque estabas irritado contra mí,
pero ha cesado tu ira
y me has consolado.
2 Siendo Dios mi salvador,
confío y no temo
porque mi fuerza y poder es el Señor,
él fue mi salvación.
3 Sacarán agua con gozo
del manantial de la salvación.
4 Aquel día, recitarán:
Den gracias al Señor,
invoquen su Nombre,
cuenten a los pueblos
sus hazañas,
proclamen que su Nombre
es sublime.
5 Canten al Señor,
que hizo proezas,
que las conozca toda la tierra;
6 grita jubilosa, Sión, la princesa,
que es grande en medio de ti
el Santo de Israel.

ORÁCULOS CONTRA LAS NACIONES
(21; Jr 50s)

Contra Babilonia

13 1 Oráculo contra Babilonia que Isaías hijo de Amós recibió en una visión.

2 Sobre un monte pelado
levanten la bandera,
grítenles con fuerza
agitando la mano,
para que entren
por las puertas de los príncipes.
3 Yo he dado órdenes
a mis consagrados,
he reclutado a mis guerreros,
entusiastas de mi honor,
para ejecutar mi ira.
4 Escuchen: tumulto en los montes,
como de un gran ejército,
escuchen: estruendo de reinos,
de naciones aliadas;
el Señor Todopoderoso
revisa su ejército para el combate.
5 Van llegando de tierra lejana,
del confín del cielo:
el Señor con las armas de su ira,
para arrasar la tierra entera.
6 Den alaridos, que está cerca
el día del Señor
y llegará como azote
del Todopoderoso;
7 por eso los brazos desfallecerán
y se desmayarán
los corazones humanos;
8 espasmos y angustias
los agarrarán, se turbarán
y se retorcerán como parturientas.
Se mirarán espantados unos a otros:
rostros febriles, sus rostros.
9 Miren, llega implacable
el día del Señor,
su cólera y el estallido de su ira,
para dejar la tierra desolada
exterminando de ella
a los pecadores.
10 Las estrellas del cielo
y las constelaciones
no destellan su luz,
se entenebrece el sol al salir,
la luna no irradia su luz.

El versículo 11 nos da una idea de los lugares a donde fueron dispersados los judíos, de ahí la gran esperanza en el retorno, visto siempre como obra amorosa de Dios que recogerá a su pueblo de todos esos países (cfr. Ez 11,17; 20,34.41; Sal 147,2). Y otro elemento de esperanza es el fin de la división y la hostilidad entre Israel (reino del Norte) y Judá (reino del Sur).

¿Qué elementos de esperanza siembra nuestra actividad evangelizadora y pastoral entre los miles y miles de despatriados y desplazados modernos?

12,1-6 Himno. El profeta ha venido hablando de las esperanzas del retorno, del fin de la opresión, del acto liberador de Dios y del nuevo éxodo. Así como al terminar la travesía del Mar Rojo Moisés entona un cántico de acción de gracias (Éx 15,1-18), también este nuevo éxodo vaticinado por Isaías será motivo de cánticos y acciones de gracias. Éste es el sentido de este breve capítulo.

13,1-22 Contra Babilonia. Los capítulos 13–23 conforman una colección de oráculos contra las naciones. En otros libros proféticos encontramos tam-

11 Tomaré cuentas
al mundo de su maldad,
a los perversos de sus crímenes;
terminaré con la soberbia
de los insolentes
y el orgullo de los tiranos
lo humillaré.
12 Haré que los hombres
escaseen más que el oro,
y los mortales,
más que el metal de Ofir.
13 Porque sacudiré el cielo
y temblará la tierra en su asiento
por la cólera
del Señor Todopoderoso,
el día que estalle su ira.
14 Entonces, como cierva acosada
o como rebaño que nadie congrega,
volverán unos a su pueblo,
huirán otros a su tierra;
15 el que es atrapado,
muere atravesado,
el que es capturado cae a espada;
16 sus niños son estrellados
ante sus ojos,
sus casas saqueadas,
sus mujeres violadas.
17 Miren: yo incito contra ellos
a los medos,
que no aprecian la plata
ni les importa el oro;
18 sus arcos acribillan a los jóvenes,
no perdonan a los niños,
no se apiadan de las criaturas.
19 Quedará Babilonia,
la perla de los reinos,
joya y orgullo de los caldeos,
como Sodoma y Gomorra
cuando Dios las arrasó;
20 jamás la habitarán,
nunca más será poblada;
el beduino no acampará allí
ni los pastores
apacentarán sus rebaños;
21 allí se apacentarán las fieras,
sus casas se llenarán de búhos,
morarán allí avestruces
y brincarán chivos allí;
22 aullarán hienas en sus mansiones
y chacales en sus lujosos palacios.
Está a punto de llegar su hora,
no serán prolongados sus días.

Vuelta del destierro

14 1 Sí, el Señor
se apiadará de Jacob,
volverá a escoger a Israel
y a establecerlo en su patria;
los extranjeros se asociarán a ellos
y se incorporarán
a la casa de Jacob.
2 Las poblaciones los irán recogiendo
para llevarlos a su lugar;
la casa de Israel los poseerá,
como siervos y siervas,
en la tierra del Señor.
Harán cautivos a sus cautivadores,
dominarán a sus opresores.
3 Cuando el Señor te dé reposo
de tus penas y temores,
y de la dura esclavitud
en que serviste,
4 entonarás esta sátira
contra el rey de Babilonia:

Sátira contra el rey de Babilonia
(Ez 28; 32)

¡Cómo ha acabado el tirano,
ha cesado su agitación!
5 Ha quebrado el Señor
el cetro de los malvados,
la vara de los dominadores,
6 al que golpeaba furioso a los pueblos
con golpes incesantes

---

bién la misma tendencia a poner en seguidilla todos los oráculos (Jr 46–51; Ez 25–32). El oráculo que encontramos aquí es muy posterior al Isaías del s. VIII a.C., sin embargo, a los responsables de redactar el libro, posiblemente entre los s. VI y V a.C., les pareció bien comenzar esta colección con el oráculo que va dirigido contra Babilonia. Es posible que ya en el panorama internacional se empezara a percibir la fuerza de los persas apoyados por los medos. Ellos fueron quienes provocaron la ruina de Babilonia en el 539 a.C.

Ninguna de las expresiones que encontramos aquí puede ser motivo para justificar guerras ni violencias. Jamás Dios aprobará ningún tipo de violencia en su nombre.

14,1-4a Vuelta del destierro. Presagio de un cambio de suerte. Los dominados serán dominadores, los esclavos serán esclavizadores; son las categorías de pensamiento de la época.

Para el cristiano actual éste nunca puede ser el punto de llegada de la lucha por la justicia. Jesús ha mostrado el camino que conduce a la ruptura con la espi-

y oprimía con furia a las naciones
con opresión implacable.
7 La tierra entera descansa tranquila,
gritando de júbilo.
8 Hasta los cipreses
se alegran de tu suerte
y los cedros del Líbano:
Desde que yaces tendido,
ya no sube el talador contra nosotros.
9 El abismo en lo hondo
se estremece por ti,
al salir a tu encuentro:
en tu honor despierta a las sombras,
a todos los potentados de la tierra
y levanta de su trono
a todos los reyes de las naciones,
10 y te cantan a coro diciendo:
¡También tú consumido
como nosotros, igual que nosotros,
11 tu majestad
ha sido precipitada al abismo
junto con el sonido de tus arpas!
La cama en que yaces son gusanos;
tu manta, lombrices.
12 ¿Cómo has caído del cielo,
lucero de la aurora,
y estás derrumbado por tierra,
agresor de naciones?
13 Tú, que te decías:
Escalaré los cielos,
encima de los astros divinos
levantaré mi trono
y me sentaré
en el Monte de la Asamblea,
en el vértice de la montaña celeste;
14 escalaré la cumbre de las nubes,
me igualaré al Altísimo.
15 ¡Ay, abatido al abismo,
a las profundidades de la fosa!
16 Los que te ven
se te quedan mirando,
meditan tu suerte:
¿Es éste el que hacía temblar la tierra
y estremecerse los reinos,
17 el que dejaba el mundo desierto,
arrasaba sus ciudades
y no soltaba a sus prisioneros?
18 Todos los reyes de las naciones
descienden a sepulcros de piedra,
todos reposan con gloria,
cada cual en su mausoleo;
19 a ti, en cambio,
te han arrojado sin darte sepultura,
como carroña asquerosa;
te han cubierto de muertos
traspasados a espada,
como a cadáver pisoteado.
20 No te juntarás a ellos en el sepulcro
porque arruinaste tu país,
asesinaste a tu pueblo;
se extinguirá para siempre
el apellido del malvado.
21 Preparen la matanza de sus hijos,
por la culpa de sus padres,
no sea que se levanten
y se adueñen de la tierra
y cubran el mundo de ruinas.
22 Yo me levantaré contra ellos
–oráculo del Señor Todopoderoso–
y extirparé de Babilonia
posteridad y apellido,
retoño y vástago
–oráculo del Señor–;
23 la convertiré en posesión de erizos,
en agua estancada,
la barreré bien barrida,
hasta que desaparezca
–oráculo del Señor Todopoderoso–.

---

ral de violencia que genera el rencor y la venganza: la solidaridad y la fraternidad.

14,4b-23 Sátira contra el rey de Babilonia. La costumbre de ridiculizar a los prepotentes y soberbios es muy antigua, y se basa en la simple observación de que por más poder que ostenten y crean poder dominar al mundo, siempre tienen un fin idéntico al de todo mortal. La sátira que encontramos aquí es probablemente más antigua de lo que parece. Algunos comentaristas piensan que posee expresiones que la gente sencilla cantaba a propósito de los reyes asirios, retocada después y dedicada al rey de Babilonia. Materiales de este tipo son saludables y liberadores pues evitan absolutizar personas e ideologías.

La imagen del «lucero hijo de la aurora» corresponde a un mito cananeo según el cual este astro del amanecer era un dios que había pretendido ponerse a la cabeza de los demás dioses. Por sus pretensiones fue derribado y condenado a vivir en un monte lejano al norte. De la misma forma el rey babilónico caerá a causa de su soberbia. La tradición medieval sobre Lucifer, príncipe de los ángeles, que cayó en desgracia a causa de su soberbia, tiene su base en esta misma imagen.

Contra el rey de Asiria
(10,5-16)

24 El Señor Todopoderoso
lo ha jurado:
lo que he planeado sucederá,
lo que he decidido se cumplirá:
25 quebrantaré a Asiria en mi país,
la pisotearé en mis montañas;
resbalará de los míos su yugo,
su carga resbalará de sus hombros.
26 Éste es plan decidido
sobre toda la tierra,
ésta es la mano extendida
sobre todos los pueblos:
27 Y si el Señor Todopoderoso decide,
¿quién lo impedirá?;
si su mano está extendida,
¿quién se la apartará?

Contra Filistea
(Jr 47; Ez 25,15-17; Am 1,6-8)

28 El año de la muerte del rey Acaz se
pronunció este oráculo:

29 No te alegres, Filistea entera,
de que se haya quebrado
la vara que te hería;
porque de la raíz de la serpiente
brotará una víbora
y su fruto será un dragón alado,
30b que hará morir de hambre tu raíz
y matará tu resto;
30a mientras que los desvalidos
pastarán en mis praderas
y los pobres se tumbarán tranquilos.
31 Gime, puerta; grita, ciudad;
tiembla, Filistea entera,
porque viene del norte
una humareda
en columnas apretadas.
32 ¿Qué responder
a los mensajeros de esa nación?
–Que el Señor fundó a Sión
y en ella se refugiarán
los oprimidos de su pueblo–.

El luto de Moab
(Jr 48; Ez 25,8-11; Am 2,1-3)

15 1 Oráculo contra Moab:
La noche que asolaron Ar,
sucumbió Moab;
la noche que asolaron Quir,
sucumbió Moab.
2 La gente de Dibón
sube llorando a las alturas;
por Nebo y Madaba
lanza alaridos Moab,
con las cabezas rapadas
y las barbas afeitadas.
3 En las calles, vestidos de sayal,
en plazas y azoteas
todos lanzan alaridos,
deshechos en llanto.
4 Se lamentan Jesbón y Elalé,
hasta en Yahas se escucha su clamor;
por eso a Moab
le tiemblan las entrañas,
respira jadeando.
5 Mi corazón se lamenta por Moab:
sus fugitivos marchan hacia Soar.
Que por la cuesta de Lujit
suben llorando,
que por la vía de Joronain
lanzan gritos desgarradores,
6 que la fuente de Nimrín
se ha secado,

14,24-27 Contra el rey de Asiria. Palabras de amenaza contra el imperio asirio que corresponden a la época propia del profeta. Los pueblos pequeños han visto surgir al imperio asirio y han padecido sus acciones expansionistas. El reino del Norte ha desaparecido a manos de ellos y así, otros muchos (cfr. 10,5-34). Con esta profecía se inculca la esperanza en la caída también de Asiria. No se trata tanto de un nacionalismo exaltado cuanto de un estilo de fe profética que no admite ninguna otra soberanía por encima de la soberanía de Dios.

14,28-32 Contra Filistea. Filistea celebró con gran alegría la muerte de un rey asirio, probablemente Sargón II, que varias veces les había atacado. A su muerte le sucedió su hijo Senaquerib. Al parecer su nombre significa «víbora» o «dragón volador». Lo cierto es que resultó peor que su padre. Las tropas invasoras, tanto de Asiria como de Babilonia, procedían del norte (Jr 4,6; 6,1.22; Ez 26,7), pasando por territorio judío.

Los filisteos, ubicados más al sur de Jerusalén, probablemente enviaban espías o –por qué no– mensajeros que proponían a los jerosolimitanos una coalición contra el enemigo. Los habitantes de Sión prefieren mantener su confianza en la inviolabilidad de su ciudad protegida por el Señor.

15,1-9 El luto de Moab. Poema sobre la situación de Moab, territorio vecino de Israel. Es la manera como ve el profeta el estado en que quedan los pueblos al paso de las tropas invasoras; imágenes como éstas son también familiares para nosotros. ¿Qué tendremos que decir como creyentes a este respecto?

marchito está el césped,
consumida la hierba, falta el verdor.
7 Por eso cargan
con riquezas y provisiones
hacia el torrente de los Sauces.
8 Que un grito va recorriendo
las fronteras de Moab:
hasta Eglaín llega su grito,
hasta Beer Elim su alarido.
9 Que la fuente de Dimón
está llena de sangre.
Reservo nuevas plagas
contra Dimón:
el león contra el resto de Moab,
contra los supervivientes del campo.

Los moabitas se refugian en Judá

16 1 Envíen carneros
al soberano del país,
desde Petra del desierto al Monte Sión.
2 Como pájaros espantados,
nidada dispersa,
irán las muchachas de Moab
por los vados del Arnón.
3 Danos consejo, toma una decisión;
extiende tu sombra como la noche,
en pleno mediodía,
esconde a los fugitivos,
no descubras al prófugo.
4 Da asilo a los fugitivos de Moab,
sé tú su escondrijo
ante el devastador.
Cuando cese la opresión,
termine la devastación
y desaparezca
el que pisoteaba el país,
5 habrá en la tienda de David
un trono fundado en la lealtad
y la verdad:
en él se sentará
un juez celoso del derecho,
y que practique la justicia.

Lamentaciones sobre Moab
(25,9-12; Jr 48)

6 Nos hemos enterado
de la soberbia de Moab,
una soberbia desmedida;
de su orgullo,
su soberbia y su arrogancia;
¿qué vale su inútil charlatanería?
7 Por eso gemirán los moabitas
por Moab, todos gemirán;
por las tortas pasas de Quir Hareset
suspiren de puro afligidos.
8 Languidece la campiña de Jesbón,
la viña de Sibmá,
jefes de naciones
aplastaron sus sarmientos:
hasta Jazer llegaban,
serpenteaban por el desierto,
sus retoños se extendían
y cruzaban el mar.
9 Por eso lloraré con el llanto de Jazer
por la viña de Sibmá;
los regaré con mis lágrimas,
Jesbón y Elalé.
Que murieron las coplas
de tu vendimia y tu cosecha,
10 se retiraron del huerto
el gozo y la alegría;
en las viñas ya no cantan jubilosos,
ya no pisan el vino en el lagar,
las coplas enmudecieron.
11 Por eso mis entrañas por Moab
vibran como cítara
y mi pecho por Villa del Alfarero.
12 Un día se verá a Moab
fatigarse hacia su santuario,
irá con plegarias a su templo,
pero no le valdrá.

13 Tal fue la amenaza que en otro tiempo
pronunció el Señor contra Moab; 14 pero
ahora dice el Señor: Dentro de tres años,

16,1-5 Los moabitas se refugian en Judá. Los aterrorizados habitantes de Moab envían corderos a Sión. Podría tratarse de un gesto amistoso con el fin de conseguir una coalición contra el enemigo. Podría tener también un sentido religioso: enviar animales para ser sacrificados en el templo de Jerusalén y así obtener el favor del Dios de Israel. Hay quienes piensan que se trata de una evocación de la época en que Moab pagaba tributo a Israel en lana y corderos (cfr. 2 Re 3,4). Surge una pregunta: ¿qué pueden hacer tantos pueblos debilitados para defenderse de los fuertes? Se siente la angustia de los moabitas, y, al mismo tiempo, su expresión de confianza en la ayuda de los vecinos. Las relaciones entre los pueblos deberían afianzarse en épocas de paz para que cuando llegue la amenaza, la solidaridad no se haga esperar.

16,6-14 Lamentaciones sobre Moab. La respuesta de los judíos a los moabitas es triste y desastrosa, peor que las mismas amenazas que vienen de fuera. La Biblia no nos oculta situaciones como éstas, ante las cuales el creyente tendrá que ir tomando conciencia del tipo de personas y situaciones con las que se fue

años de jornalero, será humillada la nobleza de Moab con toda su numerosa plebe, y los que queden serán pocos, escasos e impotentes.

Oráculo contra Damasco

17 1 Oráculo contra Damasco:
Miren:
Damasco va a dejar de ser ciudad,
será un montón de escombros.
2 Sus pueblos,
abandonados para siempre,
serán para los rebaños,
que se tumbarán
sin que nadie los espante.
3 Efraín va a perder su plaza fuerte
y Damasco su poderío,
y al resto de los arameos les sucederá
como a la nobleza de Israel
–oráculo del Señor Todopoderoso–.
4 Aquel día la nobleza de Jacob
quedará pobre,
y enflaquecerá la gordura de su cuerpo:
5 como cuando el segador
abraza la mies
y su brazo siega las espigas:
como se recogen las espigas
en el valle de Refaín
6 y quedan sólo restos olvidados;
como cuando al apalear el olivo
quedan dos o tres aceitunas
en lo alto de la copa,
cuatro o cinco en sus ramas fecundas
–oráculo del Señor, Dios de Israel–.

Fin de la idolatría

(Jr 49,23-27; Am 1,3s)

7 Aquel día el hombre
se fijará en su Hacedor,
sus ojos mirarán al Santo de Israel;
8 y ya no se fijará en los altares,
hechura de sus manos,
ni mirará las piedras conmemorativas
y los postes sagrados
que fabricaron sus dedos.

Los jardines de Adonis

(1,29-31)

9 Aquel día tus plazas fuertes serán
como las que evacuaron los heveos y amorreos ante el avance israelita: quedarán desiertas.

10 Porque olvidaste a Dios, tu Salvador,
y no te acordaste
de tu Roca de refugio.
Plantabas plantaciones deliciosas
e injertabas gajos extranjeros:
11 el día que lo plantabas
lograbas que germinara
y que floreciese el injerto
a la mañana siguiente;
pero la cosecha se malogra
un día funesto de dolor insanable.

La marea de los pueblos

(Ez 38,19-23; Sal 65,7)

12 ¡Ay!, retumbar de muchedumbres
como retumbar
de aguas que retumban;
bramar de pueblos, como bramar
de aguas impetuosas que braman.
13 Él les da un grito, y huyen lejos,
empujados como paja del monte
por el viento,
como la flor del cardo
por el vendaval.

---

encontrando la revelación de Dios a lo largo de la historia. El evangelizador actual tiene que estar preparado y preparando a los destinatarios del evangelio para aprender a leer textos como éste a la luz del máximo criterio de justicia. Seguramente actitudes como ésta fueron y seguirán siendo reprobadas por Dios y por sus hijos e hijas.

17,1-8 Oráculo contra Damasco – Fin de la idolatría. La mención de Damasco, capital de Siria, y de Samaría, capital de Israel obedece a la alianza que hicieron estos dos reinos para atacar a Judá (7,1–8,4, también Jr 49,23-27; Am 1,3-5; Zac 9,1). Damasco fue conquistada por los asirios al mando de Teglat-Falasar en 732 a.C., y la misma suerte corrió Samaría en 722 a.C. a manos de Sargón.

El profeta recuerda las infidelidades de Israel, especialmente su idolatría porque son las causas que atrajeron su destrucción. Pero también se vaticina el retorno al Hacedor. Casi siempre buscamos la realización de nuestros planes y proyectos a espaldas del plan de Dios, lo cual es ya una salida en falso. Ponemos nuestra fe y nuestra confianza en valores que son el equivalente de los ídolos, que menciona el profeta. Y cuando esos absolutos que nosotros mismos creamos nos fallan, tenemos que volver los ojos al Único que puede garantizarnos la verdadera vida.

17,9-11 Los jardines de Adonis. Evocación de un culto pagano dedicado a Adonis-Tammuz, dios de la vegetación (cfr. Ez 8,14s). Lo que llama la atención es la brevedad de vida de las plantaciones ofrecidas a esa divinidad, lo cual sirve para comparar la fe pasajera de Israel.

14 Al atardecer se presenta el espanto,
antes de amanecer ya no existen.
Tal es el destino
de los que nos saquean,
la suerte de los que nos despojan.

Contra el reino de Nubia

18 1 ¡Ay del país
del zumbido de alas,
más allá de los ríos de Nubia,
2 que envía correos por el mar,
en canoas de junco sobre las aguas!
Corran, mensajeros ligeros,
al pueblo esbelto de piel bronceada,
a la gente temida
de cercanos y lejanos,
al pueblo vigoroso y dominador,
cuya tierra surcan canales.
3 Habitantes del mundo,
moradores de la tierra,
al alzarse la bandera en los montes,
observen;
al sonar la trompeta, escuchen,
4 que esto me ha dicho el Señor:
Desde mi morada
yo contemplo sereno,
como el ardor deslumbrante del día,
como nube de rocío
en el calor de la cosecha.
5 Porque antes de la vendimia,
concluida la floración,
cuando la flor se convierta
en racimo que va madurando,
cortará los zarcillos con la podadora,
arrancará y arrojará los sarmientos,
6 y juntos serán abandonados
a los buitres del monte
y a las fieras salvajes:
los buitres veranean sobre ellos,
sobre ellos invernan
las fieras salvajes.
7 Entonces traerá tributo
al Señor Todopoderoso
el pueblo esbelto, de piel bronceada,
la gente temida
de cercanos y lejanos,
el pueblo vigoroso y dominador,
cuya tierra surcan canales,
al lugar dedicado
al Señor Todopoderoso,
al Monte Sión.

Contra Egipto

19 1 Contra Egipto:
Miren al Señor,
que montando en nube ligera
penetra en Egipto:
vacilan ante él los ídolos de Egipto,
y el corazón de los egipcios
se desmaya en el pecho.
2 Incitaré a egipcios contra egipcios:
pelearán uno con su hermano,
otro con su compañero,
ciudad contra ciudad,
reino contra reino.
3 El valor de los egipcios
se les deshará en el pecho
y anularé sus planes.
Consultarán a los ídolos
y a los agoreros,
y a los adivinos y a los hechiceros.
4 Entregaré a los egipcios
en manos de señor cruel,
un rey cruel los dominará
–oráculo del Señor Todopoderoso–.
5 Se secarán las aguas del Nilo,
el río quedará seco y árido,
6 apestarán los canales,
los brazos del Nilo
menguarán hasta secarse,
cañas y juncos se marchitarán.
7 La hierba de la orilla del Nilo

17,12-14 La marea de los pueblos. Estos versículos parecen describir la amenaza de destrucción de Jerusalén a manos de Senaquerib en el 701 a.C. y que no se realizó (compárese con 29,5-7; 37,6).

18,1-7 Contra el reino de Nubia. A Etiopía se le denominaba Kush, pero aquí se refiere propiamente a Egipto, que por esta época estaba gobernada por una dinastía etíope. Desde allí habían enviado mensajeros y embajadores a Judá para proponer una coalición contra Asiria. El profeta los invita a regresar, y al mismo tiempo les predice la invasión de la que será víctima aquel país. En efecto, así sucedió a mediados del s. VII a.C. bajo Asarjaddón y Asurbanipal. El oráculo concluye con un anuncio sobre la conversión de los etíopes. Se repiten algunas expresiones del versículo 2 y describe cómo esta gente enviará sus dones y presentes al templo de Jerusalén (Sof 3,10); era una manera de anunciar su amistad con los judíos.

19,1-15 Contra Egipto. En la Biblia, Egipto es siempre un símbolo negativo para Israel por el recuerdo de su esclavitud; de ahí que ningún profeta recomienda coaliciones con este país. Este oráculo predice la ruina que sobrevendrá a los egipcios dada su desorganización interna (2-4); el mal manejo eco-

y todos los sembrados junto al Nilo
se secarán,
barridos por el viento desaparecerán.
8 Gimen los pescadores, se lamentan
los que echan el anzuelo en el Nilo,
y los que extienden las redes
en el agua desfallecen;
9 quedan defraudados
los que trabajan el lino,
los cardadores y tejedores
están pálidos,
10 los amos están consternados,
los jornaleros abatidos.
11 ¡Qué locos los magnates de Tanis,
los sabios que aconsejan al faraón
consejos desatinados!
¿Cómo dicen al faraón:
Soy discípulo de sabios,
discípulo de antiguos reyes?
12 ¿Dónde han quedado tus sabios?
Que te anuncien, ya que tanto saben,
lo que el Señor Todopoderoso
planea contra Egipto.
13 Los magnates de Tanis son necios,
son ilusos los magnates de Menfis,
los notables de sus tribus
descarrían a Egipto.
14 El Señor ha infundido
en sus entrañas un soplo de vértigo:
descarrían a Egipto
en todas sus empresas,
como da traspiés
el borracho vomitando.
15 No les resultará a los egipcios
empresa que emprendan,
sean cabeza o cola, palma o junco.

Conversión de Egipto y Asiria
(Sal 87)

16 Aquel día los egipcios serán como
mujeres: se asustarán y temblarán ante la
mano que el Señor Todopoderoso agita
contra ellos. 17 Judea será el espanto de
Egipto: sólo mencionarla, le producirá te-
rror, por el plan que el Señor Todopoderoso
planea contra él.
18 Aquel día habrá en Egipto cinco ciu-
dades que hablarán la lengua de Canaán y
que jurarán por el Señor Todopoderoso;
una de ellas se llamará Ciudad del Sol.
19 Aquel día habrá en medio de Egipto
un altar del Señor y un monumento al Se-
ñor junto a la frontera. 20 Serán signo y tes-
timonio del Señor Todopoderoso en territo-
rio egipcio. Si claman al Señor contra el
opresor, él les enviará un salvador y defen-
sor que los libre.
21 El Señor se manifestará a los egipcios,
y ellos reconocerán aquel día al Señor. Le
ofrecerán sacrificios y ofrendas, harán vo-
tos al Señor y los cumplirán. 22 El Señor he-
rirá a los egipcios: los herirá y los sanará;
ellos volverán al Señor, él los escuchará y
los sanará.
23 Aquel día habrá una calzada de Egip-
to a Asiria: los asirios irán a Egipto y los
egipcios a Asiria; los egipcios con los asi-
rios darán culto a Dios.
24 Aquel día Israel será mediador entre
Egipto y Asiria, será una bendición en me-
dio de la tierra; 25 porque el Señor Todopo-
deroso lo bendice diciendo: ¡Bendito mi
pueblo, Egipto, y la obra de mis manos,
Asiria, y mi herencia, Israel!

Acción simbólica:
Contra Egipto y Nubia

20 1 El año en que el general en jefe en-
viado por Sargón, rey de Asiria, lle-
gó a Azoto, la atacó y la conquistó. 2 En-

nómico (5-10), y la corrupción e incompetencia de sus funcionarios (11-15); en estas condiciones nada se puede esperar de Egipto, según el profeta. No es difícil deducir que un reino débil en su interior sea presa fácil de los invasores. No es que el Señor entregue el país a un dominador duro, sino que las mismas circunstancias de ese pueblo lo hacen vulnerable al dominio extranjero. Recuérdese que para el hombre antiguo y, en este caso, para el israelita, todo procede de Dios, todo es obra suya; por eso, en la mentalidad del profeta, toda la anarquía y el desastre interno de Egipto son consecuencia del espíritu de vértigo que ha infundido el Señor a quienes dirigen aquel país.

19,16-25 Conversión de Egipto y Asiria. Estos versículos probablemente fueron añadidos al oráculo anterior en una época muy posterior y diferente a la del Primer Isaías, cuando ya incluso habitan judíos en Egipto. Encontramos aquí seis anuncios proféticos sobre ese país introducidos cada uno con la expresión «en aquel día» (16.18.19.23.24). No hay que entender aquí una anticipación de lo que sucedería en el futuro, sino la constatación de lo que está viviendo en su tiempo el autor de estos versículos; es decir, colonos judíos establecidos en Egipto (cfr. Jr 44,1). Se subraya la reconciliación entre Egipto, Israel y Asur y la bendición de la que son objeto gracias a la propia bendición de Israel. La reconciliación conlleva de por sí muchas bendiciones.

tonces el Señor habló por medio de Isaías, hijo de Amós [antes le había dicho]:

–Anda, desátate el sayal de la cintura, quítate las sandalias de los pies.

Él lo hizo y anduvo desnudo y descalzo.

3 El Señor explicó:

–Como mi siervo Isaías ha caminado desnudo y descalzo durante tres años, como signo y presagio contra Egipto y Nu-
bia, 4 así conducirá el rey de Asiria a los cautivos egipcios y a los deportados nubios, jóvenes y viejos, descalzos y desnudos, con las nalgas al aire, las vergüenzas de los egipcios.

5 Aquel día los habitantes de esta costa quedarán apenados y defraudados por la suerte de Nubia, su confianza, y de Egipto,
su orgullo; 6 y dirán: Ahí tienen a los que eran nuestra confianza, a los que acudíamos en busca de auxilio para que nos libraran del rey de Asiria; y ahora nosotros ¿cómo nos salvaremos?

Caída de Babilonia

(13s; 47; Jr 50s)

21 1 Oráculo de la marisma:
Como torbellinos
que azotan al Negueb,
viene del desierto,
de un país temible.
2 Se me ha manifestado
una visión siniestra:
el traidor traicionado,
el devastador devastado.
¡Adelante, elamitas;
al asedio, medos!,
acallen los gemidos.
3 Al verlo, mis entrañas
se agitan con espasmos,
me agarran angustias
como angustias de parturienta;
me agobia el oírlo,
me espanta el mirarlo;
4 se me turba la mente,
el terror me sobrecoge,
la tarde suspirada
se me ha vuelto espanto.
5 –¡Preparen la mesa,
extiendan el mantel,
a comer y a beber!
–¡De pie, capitanes,
a engrasar el escudo!
6 Esto me ha dicho el Señor:
Ve y coloca un vigía,
lo que vea que lo anuncie:
7 Si ve gente montada,
un par de jinetes,
montados en jumentos
o montados en camellos,
que preste atención,
redoblada atención,
8 y que grite: ¡Lo veo!
–Como vigía, Señor,
yo mismo estoy de pie todo el día,
y en mi puesto de guardia
yo sigo erguido toda la noche.
9 ¡Atención! Llega uno montado,
un par de jinetes,
y anuncian: Ha caído,
ha caído Babilonia:
las estatuas de sus dioses
yacen destrozadas por tierra.
10 Pueblo mío, trillado en la era,
lo que he escuchado
al Señor Todopoderoso,
Dios de Israel, te lo anuncio.

Contra Duma

11 Oráculo contra Duma:
Uno me grita de Seír:
Vigía, ¿cuánto queda de la noche?
Vigía, ¿cuánto queda de la noche?
12 Responde el vigía:
Vendrá la mañana y también la noche.
Si quieren preguntar,
pregunten, vengan otra vez.

20,1-6 Acción simbólica: Contra Egipto y Nubia. Asdod, ciudad filistea instigada por Egipto, se había levantado contra Asiria; Sargón II, rey de Asiria, atacó a Asdod en 711 a.C., sin que ésta hubiera obtenido apoyo alguno por parte de los egipcios. En medio de todo, los egipcios instigan a Judá para atacar juntos a Asiria. El profeta es contrario a esta propuesta, pero el rey de Judá duda. A propósito de esto, el profeta realiza el gesto simbólico que nos narra este pasaje. Era normal que los profetas utilizaran signos y gestos simbólicos para reforzar su mensaje (cfr. Jr 13,1-11; Ez 4,1-5,17). El mensaje final del profeta es claro, si los egipcios terminan vencidos y humillados por los asirios, ¿de qué sirve pactar con ellos?

21,1-17 Caída de Babilonia – Contra Duma – Contra Arabia. Es probable que el poema sobre la caída de Babilonia no fuera compuesto contra ella, sino contra Asur; pero después de la caída de Babilonia, fue adaptado y colocado en este lugar. Nótese el acento satírico del canto. Eso infunde fuerza, ánimo y

Contra Arabia

13 Oráculo contra Arabia:
En la maleza del desierto
pasarán la noche,
caravanas de Dedán;
14 al encuentro del sediento
salgan con agua,
habitantes de Tema,
lleven pan a los fugitivos,
15 porque van huyendo de la espada,
de la espada afilada,
de los arcos tensos,
de la lucha encarnizada.

16 Esto me ha dicho el Señor:
Dentro de un año, año de jornalero,
se acabará la nobleza de Cadar,
17 y quedará
de los arqueros de Cadar
bien poca cosa
–lo ha dicho el Señor,
Dios de Israel–.

Contra Jerusalén
(29,1-16; Jr 21,13s; 22,20-23)

22 1 Oráculo del Valle de la Visión:
pero, ¿qué te pasa
que te subes en masa a las azoteas?,
2 llena de ruido, ciudad estridente,
ciudad divertida.
Tus caídos no han caído a espada,
no han muerto en combate;
3 todos tus jefes desertaron en bloque,
sin un disparo de arco
cayeron prisioneros;
todas sus tropas fueron apresadas
cuando se alejaban huyendo.

4 Por eso digo: Dejen de mirarme
y lloraré amargamente,
no insistan en consolarme
de la derrota de mi pueblo.

5 Aquél era un día de pánico,
de humillación y desconcierto
que enviaba el Señor Todopoderoso.
En el Valle de la Visión
socavaban los muros,
y se oían gritos por los montes.
6 Elam se cargaba la aljaba,
había jinetes y carros de Aram,
Quir desnudaba el escudo.
7 Tus valles mejores
se llenaban de carros,
los jinetes cargaban contra la puerta,
8 dejando desguarnecido a Judá.
Aquel día, inspeccionaban el arsenal
en el palacio de columnas de madera
9 y miraban cuántas brechas tenía
la ciudad de David;
recogían el agua
en la cisterna de abajo,
10 hacían recuento
de la casas de Jerusalén,
demolían casas
para reforzar la muralla,
11 entre los dos muros
hacían un depósito
para el agua del pozo viejo.
Pero no se fijaban
en el que lo ejecutaba
ni miraban
al que lo dispuso hace tiempo.
12 El Señor Todopoderoso
los invitaba aquel día
a llanto y a luto,
a raparse la cabeza y a ceñir sayal;
13 pero ustedes, fiesta y alegría,
a matar vacas, a degollar corderos,
a comer carne, a beber vino,
a comer y a beber,
que mañana moriremos.
14 Me ha comunicado su decisión
el Señor Todopoderoso:
Juro que no se expiará
ese pecado de ustedes
hasta que mueran
–lo ha dicho el Señor
Todopoderoso–.

---

esperanza en quienes esperan la caída de los opresores. Sigue al oráculo contra Babilonia, los oráculos contra Duma (Edom) y contra Arabia. La razón para yuxtaponer estos oráculos puede ser la proximidad geográfica de ambos pueblos.

22,1-14 Contra Jerusalén. El profeta trata de nuevo el tema sobre la alegría y el regocijo que produjo la sorpresiva retirada de Senaquerib en 701 a.C., estando a punto de conquistar la ciudad (cfr. 2 Re 18,13-16; 19,9; Is 36,1s; 37,8). El profeta insiste que, a pesar de todo, el castigo sigue amenazando, pues se han preparado muy bien militarmente, pero sin tener en cuenta al Señor. El profeta critica la visión tan obtusa de los habitantes de la ciudad que en lugar de confiar en el Señor, confían más en sus armas y sus estrategias; y porque en lugar de hacer penitencia se lanzan al desenfreno (12s).

Contra el mayordomo de palacio

15 Así dice el Señor Todopoderoso:
Anda, ve a ese mayordomo de palacio,
a Sobná,
16b que se labra en lo alto un sepulcro
y se excava en la piedra un mausoleo:
16a ¿Qué tienes aquí,
a quién tienes aquí,
que te labras aquí un sepulcro?
17 Mira, el Señor
te arrojará con violencia:
te aferrará con fuerza
18 y te hará dar vueltas
y vueltas como un aro
sobre la llanura dilatada.
Allí morirás,
allí pararán tus carrozas de gala,
vergüenza de la corte de tu señor.

Nuevo mayordomo

19 Te echaré de tu pueblo, te destituiré de
tu cargo. 20 Aquel día llamaré a mi siervo
Eliacín, hijo de Jelcías: 21 le vestiré tu túni-
ca, le ceñiré tu banda, le daré tus poderes;
será un gobernante para los habitantes de
Jerusalén y para el pueblo de Judá.

22 Le pondré en el hombro
la llave del palacio de David:
lo que él abra nadie lo cerrará,
lo que él cierre nadie lo abrirá.
23 Lo hincaré como un clavo
en sitio firme,
dará un trono glorioso a su familia;
24 colgarán de él
los nobles de su familia,
vástagos y descendientes,
toda la vajilla menor,
de bandejas a cántaros.
25 Aquel día
–oráculo del Señor Todopoderoso–
cederá el clavo
hincado en sitio firme,
y la carga que colgaba de él
se soltará, caerá y se romperá
–lo ha dicho el Señor–.

Contra Tiro y Sidón
(Ez 26–28; Am 1,9s)

23 1 Oráculo contra Tiro:
Lloren, naves de Tarsis,
porque está destruido su puerto.
Al volver de Chipre lo descubrieron.
2 Enmudezcan, habitantes de la costa,
mercaderes de Sidón,
que cruzan el mar
3 y envían viajantes por el océano.
Sacaba su ganancia
del grano de Sijor,
de las cosechas del Nilo;
llegaste a ser emporio internacional.
4 Avergüénzate, Sidón,
que habla el mar,
la fortaleza marina:
No me he retorcido
ni he dado a luz,
no he criado muchachos
ni sacado adelante muchachas.
5 Cuando los egipcios se enteren,
se retorcerán por las noticias de Tiro.
6 Vuelvan a Tarsis,
lloren, habitantes de la costa.
7 ¿Es ésta su ciudad divertida,
de origen remoto,
cuyos pies la llevaban
a colonias lejanas?
8 ¿Quién decretó tal cosa contra Tiro,
la que regalaba coronas,
cuyos comerciantes eran príncipes
y sus mercaderes grandes de la tierra?

22,15-18 Contra el mayordomo de palacio. No es raro encontrar algún oráculo profético contra un individuo en particular (cfr. Jr 20,1-6; 28,12-17). Precisamente éste es uno contra un extranjero, al parecer egipcio, que ha ascendido muy alto en la corte de Ezequías. Su posición le ha permitido tal vez incidir demasiado en las decisiones reales lo cual atrae la condena del profeta (cfr. 30,2-5; 31,1-3, cfr. 2 Re 18,26; 19,2).

22,19-25 Nuevo mayordomo. El profeta no ve con buenos ojos que la función del maestro de palacio sea realizada por un extranjero; por eso apoya su destitución para que sea sustituido por un verdadero israelita. Mt 16,19 pondrá estas palabras dirigidas a Pedro en boca de Jesús, mientras que Ap 3,7 las aplica al Mesías. El sustituto del funcionario extranjero también cae en desgracia, y en su caída arrastra a todos los suyos.

23,1-14 Contra Tiro y Sidón. Este oráculo, donde se menciona tanto a Tiro como a Sidón, en realidad va dirigido contra los fenicios en general. Éstos habían prosperado mucho económicamente, lo cual les daba también un cierto poder político. La posición geográfica de Tiro le permitía beneficiarse del tráfico comercial, lo cual era aprovechado para oprimir al resto de los pueblos. No hay una descripción detallada de la caída de Tiro, pero sí queda el registro de las distintas veces en que fue amenazada y semidestruida. La destrucción total no llegaría hasta el s. IV a.C., con Alejandro Magno.

9 El Señor Todopoderoso decretó
abatir el orgullo de los príncipes
y humillar a los grandes de la tierra.
10 Vuelve a tu tierra, ciudad de Tarsis,
que el puerto no existe ya.
11 El Señor extendió
la mano sobre el mar,
hizo estremecerse los reinos;
y mandó destruir el puerto de Canaán.
12 Dijo: No volverás a divertirte,
doncella violentada, capital de Sidón;
levántate y cruza hasta Chipre,
que tampoco allí tendrás reposo.
13 Mira el país de los caldeos:
erigieron torres y
devastaron sus palacios,
lo entregaron a las fieras,
lo redujeron a escombros.
14 Lloren, naves de Tarsis,
porque está destruido su puerto.

Tiro, olvidada y restaurada

15 Aquel día, Tiro quedará olvidada se-
tenta años que es la duración de la vida de
un rey, y al cabo de setenta años aplicarán
a Tiro la copla de la prostituta:

16 Toma la cítara,
recorre la ciudad, prostituta olvidada,
toca buena música,
canta muchas coplas,
a ver si se acuerdan de ti.

17 Al cabo de los setenta años, el Señor
se ocupará de Tiro, y ella volverá a su anti-
guo comercio, fornicando con todos los rei-
nos de la superficie del mundo. 18 Pero las
ganancias de su comercio serán consagra-
das al Señor, no serán almacenadas ni ate-
soradas. Sus ganancias serán para los que
habitan ante el Señor, para que coman y se
sacien y se vistan con esplendor.

ESCATOLOGÍA

(34s; 65s; Ez 38s; Zac 14)

Catástrofe

24 1 Miren al Señor
que agrieta la tierra
y la resquebraja,
devasta la superficie
y dispersa a sus habitantes:
2 lo mismo pueblo que sacerdote,
esclavo que señor,
esclava que señora,
comprador que vendedor,
prestatario que prestamista,
acreedor que deudor.
3 Queda la tierra rajada,
queda saqueada
–el Señor ha pronunciado
esta amenaza–.
4 Languidece y se debilita la tierra,
desfallece y se debilita el mundo,
desfallecen el cielo y la tierra,
5 la tierra está profanada
bajo sus habitantes,
que violaron la ley,
trastocaron el decreto,
rompieron el pacto perpetuo.
6 Por eso la maldición
se devora la tierra
y lo pagan sus habitantes,
por eso se consumen
los habitantes de la tierra
y quedan hombres contados.

La ciudad desolada

(16; Jr 48)

7 Languidece el vino nuevo,
desfallece la vid,
gimen los corazones alegres;
8 cesa el alborozo de los tamboriles,
se acaba el bullicio

23,15-18 Tiro, olvidada y restaurada. No obstante, para Tiro también hay un mensaje de esperanza en su reconstrucción y retorno a su pasado glorioso. Comparada con una prostituta que ha perdido sus encantos de juventud, el profeta vaticina un cambio de suerte después de un largo período de decadencia.

24,1-6 Catástrofe. Muchos comentaristas denominan «pequeño apocalipsis de Isaías» a esta sección que comienza aquí y se extiende hasta el capítulo 27. En realidad no se trata de un apocalipsis, pero sí presenta ya varios elementos que serán característicos de ese género literario, y que tendrá su máxima expresión en Daniel y Zac 9–14. Por eso hay imágenes de juicio final y banquete al final de los tiempos, todo ello adornado con salmos de petición y de acción de gracias. Estos capítulos son tal vez los más recientes de Isaías.

24,7-12 La ciudad desolada. Este poema describe la destrucción y desolación de una ciudad, tal vez pa-

de los que se divierten,
cesa el alborozo de las cítaras.
9 Ya no beben vino entre canciones
y el licor es amargo
para el que lo bebe.
10 La ciudad, desolada, se derrumba,
están cerradas
las entradas de las casas;
11 hay lamentos por las calles
porque no hay vino,
se apagaron las fiestas,
se desterró el alborozo del país.
12 En la ciudad
sólo quedan escombros
y la puerta está herida de ruina.

El resto

13 Sucederá en medio de la tierra y entre
los pueblos lo que en el apaleo de la acei-
tuna o en la segunda pasada después de la
vendimia. 14 Ellos alzarán la voz vitoreando
la grandeza del Señor:

Aclamen desde occidente,
15 respondan desde oriente
glorificando al Señor;
desde las islas del mar,
al Nombre del Señor, Dios de Israel.
16 Desde el confín de la tierra
nos llegan cánticos:
¡Gloria al Justo!

Destrucción

Pero yo digo:
¡Qué dolor, qué dolor, ay de mí!
Los traidores traicionan,
los traidores traman traiciones.
17 Pánico y zanja y trampa contra ti,
habitante de la tierra:
18 el que escape del grito de pánico
caerá en la zanja,
el que salga del fondo de la zanja
quedará atrapado en trampa.
Se abren las compuertas del cielo
y retiemblan los cimientos
de la tierra:
19 se tambalea y se bambolea la tierra,
tiembla y retiembla la tierra,
se mueve y se remueve la tierra,
20 vacila y oscila la tierra
como un borracho,
cabecea como una choza;
tanto le pesa su pecado,
que se desploma y no se alza más.

Juicio y reino del Señor
(Dn 7; Sal 82)

21 Aquel día juzgará el Señor
a los ejércitos del cielo en el cielo,
a los reyes de la tierra en la tierra.
22 Se van agrupando
y quedan encerrados,
presos en la prisión;
pasados muchos días
comparecerán a juicio.
23 La luna se sonrojará,
se avergonzará el sol
cuando reine el Señor Todopoderoso
en el Monte Sión, en Jerusalén,
glorioso delante de su senado.

Himno de los salvados
(Sal 76)

25 1 Señor, tú eres mi Dios,
te ensalzo y te doy gracias,
porque realizaste planes admirables,
asegurados desde antiguo.
2 Convertiste la ciudad en escombros,

---

gana, pero que sirve al profeta para compararla con Jerusalén. Es difícil aventurar de qué ciudad se trata. De todos modos, éste era el panorama que iba quedando al paso de los ejércitos asirios por todos los rincones de la región que algunos denominan «media luna fértil».

24,13-16a El resto. A pesar de la desolación y la muerte, algún pequeño grupo de fieles quedará para reconocer y cantar las grandezas del Dios de Israel.

24,16b-23 Destrucción – Juicio y reino del Señor. Desde la perspectiva apocalíptica, la única salida para un cambio en la realidad que se vive es la intervención directa de Dios. Esta intervención se intuye como una destrucción total, cósmica, en orden a recrear la armonía. El género apocalíptico tiene en cuenta muy poco la responsabilidad humana y sus posibilidades de transformar por sí mismo las estructuras de injusticia mediante un cambio de actitud respecto de la justicia.

Nosotros como cristianos, convencidos de nuestra responsabilidad y vocación de transformar la realidad y las estructuras que nos rodean, no podemos cruzar los brazos esperando una intervención del cielo. Si de verdad queremos transformar la realidad, no nos queda otro camino que empezar a recorrer el mismo camino de Jesús, poniendo en práctica el Evangelio; sólo desde una conciencia nueva, podremos soñar con una realidad nueva y distinta.

25,1-12 Himno de los salvados. Canto de acción de gracias que contrasta con la lamentación anterior

la plaza fuerte en demolición,
el castillo de los bárbaros en ruina
que jamás será reedificada.
3 Por eso un pueblo poderoso
reconoce tu gloria
y la capital de los tiranos te respeta:
4 porque fuiste refugio del desvalido,
refugio del pobre en peligro,
reparo del aguacero,
sombra contra el calor.
Porque el ímpetu de los tiranos
es aguacero de invierno,
5 es calor de verano
el tumulto de los bárbaros;
tú aplacas el calor
con sombras de nubes
y ahogas los cantos de los tiranos.
6 El Señor Todopoderoso
ofrece a todos los pueblos,
en este monte,
un festín de manjares suculentos,
un festín de vinos añejados,
manjares deliciosos,
vinos generosos.
7 Arrancará en este monte
el velo que cubre a todos los pueblos,
el paño que tapa a todas las naciones;
8 y aniquilará la muerte para siempre.
El Señor enjugará las lágrimas
de todos los rostros
y alejará de la tierra entera
la humillación de su pueblo
–lo ha dicho el Señor–.
9 Aquel día se dirá:
Aquí está nuestro Dios,
de quien esperábamos
que nos salvara:
celebremos y festejemos su salvación.
10 La mano del Señor
se posará en este monte,
mientras que Moab
será pisoteado en su sitio,
como se pisa la paja
en el agua del estercolero;
11 allí dentro extenderá las manos,
como las extiende
el nadador al nadar.
Pero el Señor aplastará su orgullo
y los esfuerzos de sus manos;
12 los altos baluartes de sus murallas
los doblegará, abatirá y tumbará
en el suelo, en el polvo.

Himno de victoria

26 1 Aquel día se cantará este canto
en el territorio de Judá:
Tenemos una ciudad fuerte:
le ha puesto para salvarla
murallas y baluartes.
2 Abran las puertas,
para que entre un pueblo justo
que guarda los compromisos;
3 su voluntad es firme,
tú velas por su paz,
porque confía en ti.
4 Confíen siempre en el Señor,
porque el Señor
es la Roca perpetua:
5 doblegó a los que habitaban
en la cumbre,
y a la ciudad inaccesible la abatió,
la abatió hasta el suelo,
la tumbó en el polvo;
6 y la pisan los pies,
los pies del oprimido,
las pisadas de los desvalidos.

Los juicios del Señor

7 La senda del justo es recta,
tú allanas el sendero del justo.
8 En la senda de tus juicios,
Señor, te esperamos,
invocamos tu Nombre con ansia:
9 mi alma te ansía de noche,
mi espíritu en mi interior

---

sobre la ciudad devastada. Contiene varios temas: acción de gracias por la derrota de los opresores y por la ayuda a los necesitados (1-5); anuncio de un banquete en los últimos tiempos (6-8). En el banquete estarán presentes todos los pueblos –salvación universal–. En medio de todo se anuncia el castigo contra Moab (10-12), motivado tal vez por un mal recuerdo histórico.

26,1-6 Himno de victoria. Canto a la victoria del Señor. La ciudad fuerte puede ser que no exista en ese momento, pero ahí está precisamente la labor del profeta: animar, reconfortar, levantar la moral del pueblo. Lo mismo vale decir para nuestra tarea de evangelizadores. Nuestros pueblos necesitan el consuelo, ser reanimados en su esperanza. Ellos no esperan necesariamente milagros pero sí razones para vivir y para confiar en su Dios.

26,7-13 Los juicios del Señor. Salmo de reconocimiento a la justicia divina; el Señor juzga con justicia, fijándose siempre en el humilde.

madruga por ti;
porque cuando tus juicios
llegan a la tierra,
aprenden justicia
los habitantes del mundo.
10 Si se trata
con clemencia al malvado,
no aprende justicia,
en un país honrado comete crímenes,
sin fijarse en la grandeza del Señor;
11 aunque alces la mano,
Señor, no la miran.
Que miren confundidos
tu celo por el pueblo
y que el fuego
devore a tus enemigos.
12 Señor, tú nos gobernarás en paz,
porque todas nuestras empresas
nos las realizas tú.
13 Señor, Dios nuestro,
aunque fuera de ti
nos dominaron otros señores,
nosotros invocamos
solamente tu Nombre.

Resurrección
(Ez 37,1-14; 1 Cor 15)

14 Los muertos no vivirán,
las sombras no se alzarán,
porque tú los juzgaste y aniquilaste
y extirpaste su memoria.
15 Multiplicaste el pueblo, Señor,
multiplicaste el pueblo
manifestando tu gloria,
ensanchaste los confines del país.
16 Señor, en el peligro acudíamos a ti,
cuando apretaba
la fuerza de tu escarmiento.
17 Como la mujer embarazada,
cuando le llega el parto,
se retuerce y grita de dolor,
así éramos en tu presencia, Señor:
18 concebimos, nos retorcimos,
dimos a luz... viento;
no trajimos salvación al país,
no le nacieron habitantes al mundo.
19 ¡Vivirán tus muertos,
tus cadáveres se alzarán,
despertarán jubilosos
los que habitan en el polvo!
Porque tu rocío es rocío de luz,
y la tierra de las sombras parirá.
20 Anda, pueblo mío,
entra en tus aposentos
y cierra la puerta por dentro;
escóndete un breve instante
mientras pasa la cólera.
21 Porque el Señor
va a salir de su morada
para castigar la culpa
de los habitantes de la tierra:
la tierra descubrirá
la sangre derramada
y ya no ocultará
a los asesinados en ella.

27 1 Aquel día castigará el Señor
con su espada grande,
templada, robusta,
a Leviatán, serpiente huidiza;
a Leviatán, serpiente tortuosa,
y dará muerte al dragón marino.

Canción de la viña
(5,1-6)

2 Aquel día cantarán
a la viña hermosa;
3 Yo, el Señor, soy su guardián,
la riego con frecuencia,
para que no le falte su hoja,
noche y día la guardo.
4 Ya no estoy irritado.
Si me diera zarzas y cardos,
me lanzaría contra ella
para quemarlos todos.
5 Si se acoge a mi protección,
hará las paces conmigo,
¡sí, las paces hará conmigo!

26,14–27,1 Resurrección. Este poema parece aludir a la resurrección de los muertos. Hay quienes afirman que ésta sería la alusión más antigua al tema de la resurrección; otros no van tan lejos y más bien afirman que se trata sólo del tema de la restauración de Israel tal como lo describe también Jr 37.

El Leviatán (27,1) es un legendario monstruo, posiblemente proveniente de la mitología mesopotámica. En la Biblia encontramos varias alusiones a dicho ser (Job 3,8; Sal 74,13s; 104,26). Para Israel, estos monstruos mitológicos están representados en las grandes naciones que le han oprimido. Pero pese a su fuerza y poderío terminarán siendo aniquilados por el Señor.

27,2-5 Canción de la viña. Como en 5,1-6, el Señor cuidará de Israel como un viñador cuida su viña, pero Israel tiene que acudir al Señor para vivir en paz.

Renovación de Israel

6 Llegarán días
en que Jacob echará raíces,
Israel echará brotes y flores,
y sus frutos cubrirán la tierra.
7 ¿Lo ha herido
como hiere a los que lo hieren?
¿Lo ha matado
como mueren los que lo matan?
8 Lo castigas espantándolo,
expulsándolo,
arrollándolo con viento impetuoso
en día de viento del este.
9 Con esto se expiará
la culpa de Jacob,
y éste será el fruto
de alejar su pecado:
dejar las piedras de los altares
como piedra caliza triturada
y no erigir postes sagrados
ni altares de incienso.
10 La plaza fuerte está solitaria,
como mansión despreciada,
abandonada como el desierto:
allí pastan novillos,
allí se tumban
y consumen sus ramas.
11 Al secarse el ramaje, se quiebra,
vienen mujeres y le prenden fuego.
Porque es un pueblo insensato,
por eso su Hacedor no se apiada,
su Creador no lo compadece.

Reunión final en Jerusalén
(11,11s)

12 Aquel día trillará el Señor las espigas
desde el Gran Río
hasta el Torrente de Egipto;
pero ustedes, israelitas,
serán buscados uno por uno.
13 Aquel día sonará la gran trompeta,
y vendrán los dispersos de Asiria,
los desterrados de Egipto,
para postrarse ante el Señor
en el monte santo de Jerusalén.

ORÁCULOS VARIOS

Contra el reino del Norte

28 1 ¡Ay de la corona esplendorosa
de los ebrios de Efraín
y de la flor marchita,
joya de su atavío,
que está en la cabeza
de los hartos de vino!
2 Miren: Viene uno fuerte y robusto,
de parte del Señor,
como tormenta de granizo,
tormenta asoladora,
como tormenta de aguas
impetuosas y desbordadas,
con la mano derriba todo al suelo
3 y con los pies pisotea
la corona fastuosa
de los ebrios de Efraín
4 y la flor marchita, joya de su atavío,
que está en lo alto
del valle fértil.
Será como breva temprana,
que el primero que la ve,
apenas la agarra, se la traga.
5 Aquel día será

27,6-11 Renovación de Israel. Israel ha purificado sus culpas. Recuérdese que los sucesos ocurridos son vistos siempre en perspectiva religiosa. Para el pueblo judío, las invasiones y destrucciones, aunque tienen sus propias motivaciones socio-políticas, económicas e incluso geográficas, se miran, desde la dinámica fidelidad/infidelidad: si el pueblo es fiel, Dios lo cuida; si es infiel, Dios lo castiga. Para los opresores también habrá castigo.

27,12s Reunión final en Jerusalén. Promesa de retorno a la tierra. Este retorno será promovido por el mismo Señor. Así como la comunidad israelita se congrega al toque del cuerno, a ese mismo toque se reunirán uno por uno de todas las naciones por donde están dispersos.

28,1–33,24 Oráculos varios. Los capítulos 28–33 se refieren esencialmente a los acontecimientos provocados por los asirios entre el 701 y el 691 a.C. Algunos proponen como hilo conductor de los mensajes contenidos en esta sección, el «ay» que encabeza cada uno de los seis mensajes: 28,1; 29,1.15; 30,1; 31,1; 33,1.

28,1-6 Contra el reino del Norte. El primer «ay» de amenaza va dirigido contra Samaría. Isaías, profeta del Sur, anuncia el desastre de sus hermanos del Norte. No hay noticias de viaje alguno del profeta a la capital norteña, pero tiene conocimiento del desenfreno y excesos de las gentes de aquel territorio, quizás como consecuencia de la prosperidad económica que estaban viviendo (cfr. Os 7,5-7; Am 3,9-15). En medio de

el Señor Todopoderoso
corona enjoyada, diadema espléndida
para el resto de su pueblo:
6 sentido de justicia
para los que se sientan a juzgar,
valor para los que rechazan
el asalto a las puertas.

Contra los que se burlan del profeta
(Ez 12,21-28)

7 También éstos
se tambalean por el vino
y dan traspiés por el licor;
sacerdotes y profetas
se tambalean por el licor,
los aturde el vino,
dan traspiés por el licor,
se tambalean con la visión,
tartamudean al dar sentencias;
8 todas las mesas están llenas
de vómitos y suciedad,
y no queda espacio libre.
9 –¿A quién viene a adoctrinar,
a quién a enseñar la lección?,
¿a recién destetados,
apartados del pecho?
10 Dice: ce con ce, ce con ce,
pe con pe, pe con pe,
chico aquí, chico allí.
11 –Ahora bien
con lengua balbuciente,
en lenguaje extraño
el Señor hablará a este pueblo,
12 el que les había dicho:
En esto está el reposo,
den reposo al cansado,
en esto está el descanso,
pero no quisieron obedecer.
13 Entonces el mensaje del Señor
les sonará así:
ce con ce, ce con ce,
pe con pe, pe con pe,
chico aquí, chico allí,
para que vayan y caigan de espaldas
y se destrocen y se enreden
y queden atrapados.

Pacto con la muerte y verdadero cimiento
(Sab 1,16)

14 Escuchen la Palabra del Señor,
gente burlona,
que gobiernan
a ese pueblo de Jerusalén:
15 ustedes decían:
Hemos firmado
un pacto con la muerte,
una alianza con el abismo:
cuando pase el azote arrollador,
no nos alcanzará,
porque tenemos
la mentira por refugio
y el engaño por escondrijo.
16 El Señor dice así:
Miren, yo coloco en Sión una piedra
probada, angular,
preciosa, de cimiento:
quien se apoya no vacila.
17 Usaré como plomada la justicia,
como nivel el derecho;
el granizo arrasará
el falso refugio de ustedes
y el agua arrollará
su escondrijo.
18 Su pacto con la muerte
se romperá,
su alianza con el abismo

---

todo encontramos esta promesa para el resto del pueblo (5). Este resto fiel contrasta con los borrachos de Israel (1) y de Judá (7s).

28,7-13 Contra los que se burlan del profeta. ¿Conflictos entre profetas y sacerdotes? Sí; y no hay que maravillarse, pues la cosa no era tan inusual (cfr. Jr 26,8-19; Os 4,4-8; Am 7,10-17; Mi 3,5-11). El motivo fundamental era la verdadera y la falsa profecía entremezcladas con el verdadero y el vano culto. En 1,1 indicamos el perfil del verdadero profeta que poco a poco va surgiendo en Israel. La verdadera profecía se va distanciando cada vez más de las frecuentes prácticas adivinatorias, de la utilización de bebidas embriagantes, de las danzas frenéticas, etc., utilizadas como medios de adivinación. El verdadero profeta no «adivina», es alguien que con sus cinco sentidos despejados mide el pulso a cada situación, hace su lectura a la luz del criterio máximo que es la justicia, y proclama un mensaje que, aunque es claro, no siempre es comprendido por su generación. Ése es el tipo de generación de la que se lamentará Jesús: «mirando no ven y escuchando no entienden» (cfr. Lc 8,17; Mt 3,13).

28,14-19 Pacto con la muerte y verdadero cimiento. Los malos consejeros no hacen otra cosa que desviar a sus aconsejados. Esta expresión hace referencia al pacto que hizo el rey Ezequías con Egipto para defenderse de Asiria. En la mentalidad del profeta, este pacto no puede traer más que muerte (18).

La verdadera roca o piedra que sirve de fundamento (16) a toda sociedad es precisamente la equidad y la justicia. He ahí por qué es tan fácil identificar

será anulada;
y cuando pase el azote arrollador
los pisoteará,
19 cada vez que pase, los arrebatará,
y ha de pasar mañana tras mañana,
de día y de noche;
entonces bastará el terror
para aprender la lección.

Contra los cínicos

20 Será corta la cama para estirarse
y estrecha la manta para arroparse.
21 Como en el monte Perasim
se alzará el Señor,
como en el valle de Gabaón
se desperezará,
para ejecutar su obra, obra extraña,
para cumplir su tarea, tarea inaudita.
22 Por tanto, no se burlen,
no sea que se aprieten sus cadenas,
que me he enterado
de la destrucción decretada
por el Señor Todopoderoso
contra todo el país.

Instrucción agrícola

23 Escuchen, presten oído a mi voz,
atención, escuchen mi discurso:
24 El que ara,
¿se pasa los días arando,
abriendo surcos,
desterronando, para sembrar?
25 Cuando ha igualado la superficie,
siembra hinojo y esparce comino,
echa trigo y cebada,
y en los bordes escanda y mijo;
26 su Dios lo instruye,
le enseña las reglas.

27 Porque el hinojo no se trilla con el tri-
llo ni las ruedas del carro se pasan sobre el
comino: el hinojo se trilla con varas y el co-
mino con látigo; 28 el grano no se tritura
hasta lo último, sino que se trilla arreando
el rodillo del carro, que lo rompe sin tritu-
rarlo. 29 También esto es disposición del Se-
ñor Todopoderoso: su plan es admirable y
es grande su destreza.

Contra Jerusalén
(22,1-14; Ez 22)

29 1 ¡Ay Ariel, Ariel,
ciudad que sitió David!
Añadan años a años,
gire el ciclo de las fiestas,
2 y asediaré a Ariel,
y habrá llantos y lamentos.
Serás para mí como Ariel:
3 te sitiaré en redondo,
te estrecharé con trincheras
y alzaré baluartes contra ti.
4 Abatida, hablarás desde el suelo
y tu palabra sonará
apagada desde el polvo,
como voz de fantasma
desde la tumba
susurrarás tus palabras
desde el polvo.
5 El tropel de tus enemigos
será como polvareda.
El tropel de tus agresores
como nube de polvo;
pero de improviso, de repente,
6 te auxiliará el Señor Todopoderoso
con fragor y estruendo
de grandes truenos,
con huracán y vendaval
y rayos abrasadores.
7 Y acabará como sueño
o visión nocturna
el tropel de los pueblos
que combaten a Ariel,
sus trincheras, sus baluartes,
sus sitiadores.
8 Como sueña
el hambriento que come,
y se despierta con el estómago vacío;

---

a los verdaderos y a los falsos profetas: mientras que éstos últimos sólo piensan en halagar a sus señores, los primeros sólo buscan poner en primer plano el querer firme y decisivo de Dios que es la justicia.

28,20-22 Contra los cínicos. Probablemente se trata de un refrán popular. El sentido aquí es que los oyentes de Isaías se encuentran impotentes para cambiar la situación (cfr. Jr 13,23; 17,1).

28,23-29 Instrucción agrícola. El plan o designio de Dios no tiene nada de complicado ni de espectacular. El profeta compara la manera de actuar de Dios con la del campesino que sabiamente va ejerciendo su oficio de agricultor. Lo mismo hace Dios: con sabiduría va dirigiendo la historia de su pueblo. Esto confirma que no hay que complicar el mensaje. Mírese la contraposición que hay entre este pasaje y 28,9s.

29,1-14 Contra Jerusalén. Segundo «ay», dirigido ahora a Jerusalén. El sentido de este mensaje es que Jerusalén no es consciente de la realidad que está viviendo y la que está por venir. Los acontecimientos

como sueña el sediento que bebe,
y se despierta con la garganta reseca,
así será el tropel de los pueblos
que combaten contra el Monte Sión.
9 Queden tontos y torpes,
enceguézcanse y quédense ciegos;
se emborracharán, y no de vino,
se tambalearán, y no por el licor;
10 sino porque el Señor les derrama
un viento de modorra
que les embotará los ojos
y les cubrirá las cabezas.
11 Cualquier visión les resultará
como el texto de un libro sellado:
se lo entregan a uno que sabe leer,
diciéndole: Por favor, lee esto;
y él responde:
No puedo, que está sellado.
12 Se lo entregan
a uno que no sabe leer,
diciéndole: Por favor, lee esto;
y él responde: Si no sé leer.
13 Dice el Señor:
Ya que este pueblo
se me acerca con la boca
y me glorifica con los labios,
mientras su corazón está lejos de mí,
y su culto a mí
es precepto humano y rutina,
14 yo seguiré multiplicando prodigios,
prodigios maravillosos:
fracasará la sabiduría de sus sabios
y se eclipsará
la prudencia de sus prudentes.

Malaventura
(Sal 139,8-12)

15 ¡Ay de los que
traman secretamente
para esconderle sus planes al Señor!
Hacen sus obras en la oscuridad,
diciendo:
¿Quién nos ve, quién se entera?
16 ¡Qué desatino! Como si el barro
se considerara alfarero,
como si la obra dijera del que la hizo:
No me ha hecho,
como si el cacharro dijera del alfarero:
No me entiende.

Salvación escatológica
(32,15-20)

17 Pronto, muy pronto,
el Líbano se convertirá en jardín,
y el jardín parecerá un bosque;
18 aquel día oirán los sordos
las palabras del libro,
sin tinieblas ni oscuridad
verán los ojos de los ciegos;
19 los oprimidos volverán
a festejar al Señor
y los pobres se alegrarán
con el Santo de Israel,
20 porque no quedarán tiranos,
se acabarán los cínicos
y serán aniquilados
los que se desviven por el mal;
21 los que acusan a uno en un proceso,
ponen trampas
al que defiende en un tribunal
y con falsedades
hunden al inocente.
22 Por eso, esto dice el Señor,
Dios de la casa de Jacob,
que redimió a Abrahán:
Ya no fracasará Jacob,
no sentirá vergüenza;
23 cuando vean lo que hace mi mano
en medio de ellos,
santificarán mi Nombre,
santificarán al Santo de Jacob
y temerán al Dios de Israel.
24 Los que habían perdido la cabeza
comprenderán,
y los que protestaban
aprenderán la lección.

---

que le hicieron temblar de miedo; es decir, el cerco puesto por los asirios, el profeta lo atribuye al mismo Dios, así como fue obra también divina el hecho de que sus enemigos hayan regresado a su país dejándola intacta. Pero aun así, Jerusalén no ha sabido interpretar estos acontecimientos como manifestaciones de Dios. El versículo 9 es una especie de sátira contra la terquedad de quienes saben leer (11) pero no saben interpretar (12). También esta torpeza es vista por el profeta como una acción directa de Dios (14).

29,15s Malaventura. El tercer «ay» o anuncio de desastre evoca el ambiente de discusiones en la corte sobre la conveniencia o no de rebelarse contra Asiria. Las decisiones estaban llamadas al fracaso, pues para nada tenían en cuenta la propuesta del profeta, o sea, la de Dios. El profeta sigue convencido que Dios puede transformarlo todo a su modo.

29,17-24 Salvación escatológica. En medio de la injusticia promovida por quienes no ponen en práctica los mandatos del Señor, resuena este mensaje es-

Contra el pacto con Egipto
(19,1-15; 31,1-3)

30 1 ¡Ay de los hijos rebeldes!
–oráculo del Señor–,
que hacen planes
sin contar conmigo,
que firman pactos
sin contar con mi profeta,
añadiendo pecados a pecados;
2 que bajan a Egipto
sin consultar mi oráculo
buscando la protección del faraón
y refugiarse a la sombra de Egipto;
3 la protección del faraón
los hará fracasar
y el refugio a la sombra de Egipto
los defraudará.
4 Cuando estén sus jefes en Soán
y lleguen sus embajadores a Janés,
5 todos se sentirán defraudados
por un pueblo inútil
que no puede auxiliar ni servir,
si no es de fracaso y decepción.

Contra la embajada

6 Oráculo contra la Bestia del Sur:
Por tierra hostil y siniestra,
de leones y leonas rugientes,
de víboras y dragones alados,
llevan sus riquezas a lomo de asno
y sus tesoros a giba de camello,
7 a un pueblo inútil,
cuyo auxilio es vano y nulo;
por eso lo llamo así:
Fiera que ruge y no hace nada.

Testamento de Isaías
(8,16-20)

8 Ahora ve y escríbelo en una tablilla,
grábalo en bronce,
que sirva en el futuro
de testimonio perpetuo:
9 Es un pueblo rebelde,
hijos renegados,
hijos que no obedecen
la ley del Señor;
10 que dicen a los videntes:
No tengan visiones,
y a los profetas:
No profeticen sinceramente;
díganos cosas agradables,
profetícennos ilusiones;
11 apártense del camino,
retírense de la senda,
dejen de ponernos delante
al Santo de Israel.
12 Por eso, así dice el Santo de Israel:
Ya que rechazan este mensaje,
y confían en la opresión
y en la perversidad,
y se apoyan en ellas,
13 por eso esa culpa será para ustedes
como grieta que baja
en una alta muralla,
y la arquea, hasta que de repente,
de golpe, se desploma;
14 como vasija de loza rota,
hecha añicos sin piedad,
hasta no quedar entre sus añicos
ni un trozo
con que sacar brasas del rescoldo,
con que sacar agua del pozo.
15 Así decía el Señor,
el Santo de Israel:
La salvación de ustedes está
en convertirse y tener calma,
su fuerza consiste
en confiar y estar tranquilos.
Pero no quisieron

---

peranzador para quienes aún confían en el Dios de Israel.

30,1-5 Contra el pacto con Egipto. El cuarto «ay» de amenaza ahora va dirigido contra Ezequías, que ha decidido aliarse con Egipto para enfrentarse a los asirios. Efectivamente Judá recurrió a Egipto entre el 703-702 a.C. Isaías es contrario a esta política, no ve necesario buscar otro apoyo fuera del que ofrece el Señor. Ciertamente Egipto prometió ayuda, pero a la hora definitiva dio la espalda a Judá (cfr. Is 31,1-3).

¿Cómo releer hoy estos textos cuando la realidad es que tantos pueblos están próximos a desaparecer por la falta de solidaridad y apoyo entre los débiles? Hoy cobra mucha vigencia la necesidad de confiar en la ayuda y el apoyo de Dios, pero, ¿cómo vivir esta confianza en la realidad concreta?

30,6s Contra la embajada. Continúa la mofa contra los embajadores de Ezequías que, cruzando el Negueb, tienen como destino final el país egipcio. «Rahab», «Caos», «la Bestia del Sur», era un monstruo de la mitología antigua; según la tradición popular, dicho monstruo se había vuelto inofensivo (cfr. Job 26,12). Por transposición de ideas, Egipto que había sido un imperio poderoso, ahora es un inofensivo.

30,8-17 Testamento de Isaías. Este poema está compuesto por tres oráculos (9-11; 12-14; 15-17). Tienen como idea central la terquedad del rey y sus consejeros al no aceptar las recomendaciones del profeta.

16 y dijeron:
–No. Huiremos a caballo.
–Está bien, tendrán que huir.
–Correremos a galope.
–Más correrán los que los persigan.
17 Huirán mil
ante la amenaza de uno,
huirán ante la amenaza de cinco,
hasta quedar como un poste
en la cumbre de un monte,
como señal sobre una colina.

Conversión del pueblo

18 Pero el Señor espera
para apiadarse de ustedes,
aguanta para tenerles compasión
porque el Señor es un Dios recto:
dichosos los que esperan en él.
19 Vecinos de Sión,
habitantes de Jerusalén,
no tendrán que llorar,
porque se apiadará al oír tu gemido;
apenas te oiga, te responderá.
20 Aunque el Señor
les dé el agua tasada
y el pan medido,
ya no se esconderá tu Maestro,
con tus ojos verás a tu Maestro;
21 si se desvían a derecha o izquierda,
tus oídos oirán
una llamada a la espalda:
Éste es el camino, caminen por él.
22 Tendrás por impuros
tus ídolos recubiertos de plata
y tus estatuas revestidas de oro:
las arrojarás como inmundicia,
las tratarás como basura.
23 Te dará lluvia para la semilla
que siembres en el campo,
el grano de la cosecha del campo
será rico y sustancioso;
aquel día tus ganados
pastarán en anchas praderas;
24 los bueyes y asnos
que trabajan en el campo
comerán forraje fermentado,
aventado con pala y horquilla.
25 En todo monte elevado,
en toda colina alta,
habrá acequias y cauces de agua,
el día de la gran matanza,
cuando caigan las torres.
26 La luz de la luna
será como la del sol,
la luz del sol
será siete veces más intensa,
cuando el Señor vende
la fractura a su pueblo
y le sane la herida que le causó.

Teofanía y castigo de Asiria
(Hab 3; Sal 18)

27 Miren:
el Señor en persona viene de lejos,
arde su cólera
con espesa humareda;
sus labios están llenos de furor,
su lengua es fuego abrasador,
28 su aliento es río desbordado
que alcanza hasta el cuello:
para zarandear a los pueblos
con zaranda de exterminio,
para poner freno de extravío
a la quijada de las naciones.
29 Ustedes entonarán un cántico,
como en noche sagrada de fiesta:
se alegrará el corazón
al compás de la flauta,
mientras van al monte del Señor,
a la Roca de Israel.
30 El Señor hará oír
la majestad de su voz,

Para que conste, el profeta decide poner por escrito lo que ha dicho al rey. Quizás el tiempo le daría la razón.

Los versículos 10s son una llamada al profeta para que anuncie cosas halagüeñas. El mensaje de los profetas casi siempre resulta incómodo y poco grato de escuchar; con todo, el hombre de Dios no puede, por fidelidad a su vocación, regalar los oídos al rey. Otro signo para conocer al verdadero y al falso profeta (cfr. Zac 10,2).

30,18-26 Conversión del pueblo. Después de las amenazas anteriores, encontramos en este pasaje un tono esperanzador. El Señor no olvidará a su pueblo ni le quitará completamente su apoyo; el pueblo podrá reconocer que sólo Dios es quien le protege. El signo de esta aceptación será el rechazo a todos los ídolos que muchos judíos tienen en sus casas (22).

30,27-33 Teofanía y castigo de Asiria. Este pasaje nos recuerda la inminente amenaza de invasión por parte de Asiria en 701 a.C. El Tofet, fue por mucho tiempo el lugar donde en la mismísima Jerusalén se quemaban los niños que eran ofrecidos al dios Moloc (2 Re 23,10; Jr 7,31). Isaías, que conoce muy bien sus tradiciones, vaticina que este lugar está ahora preparado para el rey asirio.

mostrará su brazo que descarga
con ira furiosa y rayos abrasadores,
con tormenta y aguacero y granizo.
31 A la voz del Señor se acobardará
Asiria, a golpes de palo;
32 y cada golpe
de la vara de castigo
que el Señor descargue sobre ella,
lo acompañarán con tamboriles
y cítaras y danzas guerreras.
33 Que está preparada
hace tiempo en Tofet,
está dispuesta, ancha y profunda,
una hoguera con leña abundante:
y el soplo del Señor,
como torrente de azufre,
le prenderá fuego.

Contra el pacto con Egipto
(30,1-5)

31 1 ¡Ay de los que bajan
a Egipto por auxilio
y buscan apoyo en la caballería!
Confían en los carros,
porque son numerosos,
y en los jinetes,
porque son muy fuertes;
sin fijarse en el Santo de Israel
ni consultar al Señor.
2 Pero él también es hábil
para enviar desgracias
y no ha cambiado su palabra.
Se alzará
contra la casa de los malvados,
contra la ayuda de los malhechores.
3 Los egipcios
son hombres y no dioses,
sus caballos son carne
y no espíritu.
El Señor extenderá su mano:
tropezará el protector
y caerá el protegido,
los dos juntos perecerán,
4 porque me ha dicho esto el Señor:
Como gruñe el león
o el cachorro con su presa
y se reúne contra él
un tropel de pastores,
pero él no se asusta de sus voces
ni se intimida por su tumulto,
así bajará el Señor Todopoderoso
a combatir sobre el Monte Sión
y sobre su cima.
5 Como un ave aleteando,
el Señor Todopoderoso
protegerá a Jerusalén:
protección liberadora,
rescate salvador.
6 Hijos de Israel, vuelvan a él
de lo hondo de su rebelión.

Conversión de Judá y fin de Asiria

7 Aquel día todos rechazarán
los ídolos de plata y los ídolos de oro
que hicieron
sus manos pecadoras.
8 Asiria caerá a espada no humana,
espada no de mortal la devorará;
y si sus mozos escapan de la espada,
caerán en trabajos forzados.
9 Despavorida escapará su Roca,
sus jefes quedarán
espantados de su bandera
–oráculo del Señor,
que tiene una hoguera en Sión,
un horno en Jerusalén–.

Reino de la justicia
(11,1-9; Sal 72)

32 1 Miren:
reinará con justicia un rey
y sus jefes gobernarán
según derecho.
2 Será cada uno
como abrigo del viento,
reparo del aguacero,

31,1-6 Contra el pacto con Egipto. De nuevo un «ay» de amenaza motivado por la decisión de pedir ayuda a Egipto. Las circunstancias en que se pronuncia son iguales a 30,1-5.6s. El versículo 4 insiste en el poder de Dios, que está dispuesto a defender su ciudad y su gente. La esperanza en la protección divina debe fundarse en la conversión (6) y en la renuncia y rechazo de los ídolos (7).

31,7-9 Conversión de Judá y fin de Asiria. La conversión de Judá se determina desde el abandono de todo tipo de práctica religiosa que es contraria al culto de Israel: dejar de lado los ídolos porque son la perdición del pueblo. El fin de los días de Asiria se prevé como una acción divina: «caerá a espada no humana» (8). En la mentalidad del profeta, el ascenso de un poderoso es obra divina, lo mismo que su caída.

32,1-8 Reino de la justicia. El profeta ansía, como todo el pueblo, un gobierno justo. La experiencia cotidiana es que los reyes y gobernadores no han desempeñado su papel con justicia. Algunos comentaris-

como acequias en tierra seca,
sombra de roca maciza
en tierra reseca.
3 Los ojos de los que ven
no estarán cerrados
y los oídos de los que oyen
atenderán;
4 la mente precipitada
aprenderá sensatez,
la lengua tartamuda
hablará con soltura y claridad.
5 Ya no llamarán noble al necio
ni tratarán de excelencia al pícaro,
6 porque el necio dice necedades
y por dentro planea el crimen,
practica el vicio
y habla perversamente del Señor,
deja vacío al hambriento,
priva de agua al sediento.
7 El pícaro usa malas artes
y maquina sus intrigas:
perjudica a los hombres con mentiras
y al desvalido
que defiende su derecho.
8 En cambio, el noble
tiene planes nobles
y está firme en su noble sentir.

Contra las mujeres frívolas
(3,16-24; Am 4,1-3)

9 Mujeres despreocupadas,
levántense, escuchen mi voz,
damas confiadas,
presten oído a mi discurso:
10 Dentro de un año y unos días
temblarán las confiadas,
porque se consumirá la vendimia
y no habrá cosecha.
11 Estremézcanse las despreocupadas,
tiemblen las confiadas,
desnúdense del todo
y cíñanse un sayal,
12 golpéense los pechos en duelo
por los campos preciados,
por las viñas fecundas,
13 por las tierras de mi pueblo
donde crecen zarzas y cardos,
por las casas alegres
y la ciudad divertida.
14 Porque el palacio está vacío,
la ciudad populosa desierta,
la colina y la torre de guardia,
convertidos en cuevas
para siempre, en delicia de asnos
y pastizal de rebaños.

Restauración
(65,16-25)

15 Hasta que se derrame
sobre nosotros
un aliento de lo alto;
entonces el desierto será un jardín,
el jardín parecerá un bosque,
16 en el desierto morará la justicia,
y el derecho habitará en el jardín,
17 el efecto de la justicia será la paz,
la función de la justicia,
calma y tranquilidad perpetuas;
18 mi pueblo habitará
en un lugar pacífico,
en moradas tranquilas,
en mansiones sosegadas;
19 aunque sea talado el bosque,
aunque sea abatida la ciudad.
20 Dichosos ustedes
que siembran junto al agua
y dejan sueltos al toro y al asno.

Esperanza en el Señor

33 1 ¡Ay de ti, devastador,
nunca devastado;
saqueador, nunca saqueado!
Cuando acabes de devastar
te devastarán a ti,

---

tas atribuyen a este pasaje características mesiánicas, ya que el Mesías será el único que podrá ejercer su mandato desde la verdadera justicia. Se nota en todo el pasaje la descomposición e inversión de valores que se vive en la época de Isaías.

32,9-20 Contra las mujeres frívolas – Restauración. De nuevo –como en 3,16-24– las mujeres son objeto de reprensión. Podría tratarse de cierta clase de mujeres frívolas, totalmente despreocupadas e indiferentes a la realidad de su pueblo. Amós atacó también duramente esta clase de mujeres (Am 4,1-3).

Después de los reproches y anuncio de desolación, viene un anuncio esperanzador sobre la efusión del Espíritu (cfr. Jl 3,1s), cuya presencia será el inicio de una nueva era, tal vez de una nueva creación. El Espíritu, según la mentalidad bíblica, renueva la faz de la tierra (cfr. Sal 104,30).

33,1-24 Esperanza en el Señor. Según algunos comentaristas, este capítulo no corresponde a la época de Isaías; contiene ideas y temas suyos, pero seguramente se trata de otro autor. En cuanto a su contenido, se trata de una larga oración sálmica propia del culto

cuando termines de saquear
te saquearán a ti.
2 ¡Piedad, Señor, que esperamos en ti!,
sé nuestro brazo por la mañana
y nuestra salvación en el peligro.
3 A tu voz atronadora
se desbandaron los pueblos,
al levantarte tú
se dispersaron las naciones,
4 y se recogía botín
como se recoge la langosta,
se abalanzaban a él
como avalancha de saltamontes.
5 El Señor es sublime,
porque habita en lo alto,
él ha llenado a Sión
de justicia y derecho;
6 la fidelidad será su adorno,
la sabiduría y el conocimiento
serán su provisión salvadora,
el respeto del Señor será su tesoro.
7 Oigan, los enviados gimen en la calle,
los mensajeros de paz
lloran amargamente:
8 están destruidas las calzadas
y ya no transitan caminantes.
Ha roto la alianza,
despreciando a los testigos
y no respetando al hombre.
9 Languidece y se marchita el país,
el Líbano se decolora y queda mustio,
el Sarón está hecho una estepa,
están pelados el Basán y el Carmelo.
10 Ahora me pongo de pie,
dice el Señor;
ahora me yergo, ahora me alzo:
11 Concebirán paja y darán a luz polvo,
y mi aliento como fuego
los consumirá;
12 los pueblos serán calcinados,
como cardos segados arderán.
13 Los lejanos,
escuchen lo que he hecho;
los cercanos, reconozcan mi valor.
14 Temen en Sión los pecadores,
un temblor se apodera
de los perversos:
¿Quién de nosotros habitará
en un fuego devorador,
quién de nosotros habitará
en una hoguera perpetua?
15 –El que procede con justicia,
habla con rectitud
y rehúsa el lucro de la opresión;
el que sacude la mano
rechazando el soborno
y tapa su oído
a propuestas sanguinarias;
el que cierra los ojos
para no complacerse en el mal,
16 ése morará en las alturas:
picachos rocosos
serán su fortificación,
con abundancia de pan
y provisión de agua.
17 Un rey en su esplendor
contemplarán tus ojos,
verán un país dilatado,
18 y te dirás sobrecogido:
¿Dónde está el que contaba,
dónde está el que pesaba,
dónde el que contaba las torres?
19 Ya no verás al pueblo violento,
cuya lengua es oscura
y no se entiende,
que pronuncia de modo extraño
e incomprensible.
20 Contempla a Sión,
ciudad de nuestras fiestas:
tus ojos verán a Jerusalén,
morada tranquila,
tienda permanente,
cuyas estacas no se arrancarán,
cuyas cuerdas no se soltarán.

---

del templo, que se proclamaba en forma de diálogo. Se pueden distinguir varios motivos: amenazas de desastre (1); oración de súplica (2-4); himno de alabanza (5s); lamentación (7-9); respuesta del Señor (10-13); diálogo sobre quiénes pueden acercarse al Señor (14-16). Los versículos 17-24 son una promesa de retorno, una esperanza de volver a ver a Jerusalén. Recuérdese que Jerusalén fue destruida por los caldeos o babilonios en el 587 a.C., y que por estos mismos años se realizó la deportación selectiva de judíos a Babilonia.

El cambio de suerte para Jerusalén y sus habitantes implica, primero de todo, asumir actitudes de justicia y de rectitud, tal como lo expresan los versículos 15s (cfr. también Sal 15; 24,3-5), pero implica también estar libres del poder opresor (19). En todo caso hay que confiar siempre en el Dios de la salvación, pero nunca hay que perder de vista la responsabilidad de todos en la construcción de una sociedad justa.

21 Que allí el Señor
es nuestro capitán,
en un lugar de ríos
y canales anchísimos,
que no surcan barcas de remo
ni la nave capitana los cruza:

23a están flojas sus cuerdas,
no sujetan el mástil
ni despliegan las velas.

22 Porque el Señor es nuestro juez,
el Señor nuestro gobernador,
el Señor nuestro rey; él nos salvará:
23b entonces el ciego
repartirá enorme botín
y hasta los cojos se darán al saqueo;
24 y ningún vecino dirá:
Me siento mal,
porque al pueblo que allí habita
le han perdonado la culpa.

ESCATOLOGÍA DE ISAÍAS II

Juicio
(13,21s; 66,15-17; Jl 4,1-8; Sof 1,14-18)

34 1 Acérquense, pueblos,
a escuchar;
naciones, atiendan;
escuche la tierra y los que la llenan,
el mundo y cuanto produce;
2 porque el Señor está irritado
con todas las naciones,
enojado con todos sus ejércitos;
los consagra al exterminio,
los entrega a la matanza.
3 Sus muertos son arrojados
y de los cadáveres
se levanta el hedor,
los montes chorrean sangre
4 y los valles se resquebrajan,
el cielo se enrolla como un pliego
y se marchitan sus ejércitos,
como se marchita el follaje de la vid,
como se marchita
la hoja de la higuera.
5 Porque la espada del Señor
se embriaga en el cielo:
mírenla bajar hacia Edom
para ejecutar a un pueblo condenado.
6 La espada del Señor chorrea sangre,
está grasienta de sebo,
sangre de corderos y machos cabríos,
sebo de entrañas de carneros.
Porque el Señor hace
carnicería en Bosra,
gran matanza en Edom;
7 y caen juntos búfalos
con toros y novillos.
Se empapa la tierra de su sangre,
el polvo está grasiento de su sebo;
8 porque es el día
de la venganza del Señor,
año de desquite
para la causa de Sión.
9 Sus arroyos se transforman en brea
y el polvo en azufre,
su territorio se vuelve brea ardiente,
10 que no se apaga de día ni de noche,
y su humareda sube perpetuamente;
de edad en edad seguirá desolada,
por siglos de siglos
nadie la transitará.
11 Se adueñan de ella
el pelícano y el erizo,
la lechuza y el cuervo la habitan.

34,1–35,10 Escatología de Isaías II. Los capítulos 34s componen un gran díptico escatológico: en un primer momento un gran juicio sentencia y castiga a la ciudad rebelde; y en un segundo, el pueblo es restaurado. El estilo corresponde a Isaías II (el autor de los capítulos 40–55); por eso la restauración está vista como una gran vuelta a la tierra prometida. El primer cuadro es más vigoroso y amplio, el segundo expresa el gozo sereno.

34,1-17 Juicio. Edom es objeto de muchos oráculos de condenación en la literatura profética, (Is 63,1-6; Jr 49,7-22; Ez 25,12-14; 35,1-15; Am 1,11s; Abd 1-14; Mal 1,2-5, etc.). Los profetas, y en general los israelitas, nunca pudieron perdonar a Edom –descendiente del hermano gemelo de Jacob– su conducta durante la invasión de Babilonia. Edom aprovechó la debilidad de Israel e invadió y saqueó su territorio. Por eso el profeta augura un castigo tremendo y un trágico final para su vecino. Esta actitud concuerda con la mentalidad israelita que considera a los pueblos enemigos como malditos, enemigos también de su Dios. Léase con esta clave la lista de naciones que presenta Gn 10. El sentimiento de un pueblo se atribuye también a Dios.

El tono de éste y tantos otros pasajes repugnan por el tinte violento y vengativo que contienen. Con todo, están ahí en la Biblia. Pero eso es el ser humano: capaz de lo más sublime, pero también capaz de lo

El Señor le aplica la plomada del caos
y el nivel del vacío;
12 y no queda nombre
con que llamar a su reino,
sus jefes vuelven a la nada.
13 En sus palacios crecen espinos;
en sus torreones, cardos y ortigas;
se convierte en morada de chacales,
en guarida de avestruces;
14 se reúnen hienas y gatos salvajes,
el chivo llama a su compañero,
allí descansa el búho
y encuentra dónde posarse;
15 allí anida la serpiente,
pone, incuba y empolla sus huevos;
allí se juntan los buitres
sin que falte a las hembras
compañeros.
16 Estudien el libro del Señor:
ni uno solo de ellos falta,
porque lo ha mandado
la boca del Señor
y su aliento los ha reunido.
17 Echa la suerte para ellos
y con la cuerda de medir en su mano
les reparte el país:
lo poseerán para siempre,
de edad en edad lo habitarán.

Vuelta a Sión
(43,19s; 55,12s)

35 1 El desierto y la tierra reseca
se regocijarán,
el arenal de alegría florecerá,
2 como flor de narciso florecerá,
desbordando de gozo y alegría;
tiene la gloria del Líbano,
la belleza del Carmelo y del Sarón;
ellos verán la gloria del Señor,
la belleza de nuestro Dios.
3 Fortalezcan las manos débiles,
afirmen las rodillas vacilantes.
4 Digan a los cobardes:
Sean fuertes, no teman;
ahí está su Dios,
que trae el desquite,
viene en persona,
los desagraviará y los salvará.
5 Se despegarán los ojos del ciego,
los oídos del sordo se abrirán,
6 saltará como ciervo el tullido,
la lengua del mudo cantará;
porque ha brotado agua
en el desierto,
arroyos en la estepa,
7 el arenal será un estanque,
lo reseco un manantial,
la hierba cañas y juncos,
en la cueva
donde se tumbaban chacales.
8 Lo cruzará una calzada
que llamarán Vía Sacra,
no pasará por ella el impuro,
los inexpertos no se extraviarán.
9 No habrá por allí leones,
no se acercarán bestias feroces,
sino que caminarán los redimidos
10 y volverán por ella
los rescatados del Señor:
volverán a Sión con cánticos:
en cabeza, alegría perpetua,
siguiéndolos, gozo y alegría;
pena y aflicción se alejarán.

SECCIÓN HISTÓRICA

Invasión de Senaquerib
(2 Re 18; Is 8,5-8; 10,28-32)

36 1 El año catorce del reinado de Eze-
quías, Senaquerib, rey de Asiria, su-
bió contra las ciudades fortificadas de Judá
y las conquistó.
2 Desde Laquis el rey de Asiria despachó
al copero mayor para que fuera con un

peor. Lo importante es no perder de vista la clave de justicia con la cual interpretar cada pasaje bíblico que leemos, en orden a establecer el verdadero sentido de la Palabra y de la Voluntad divinas.

35,1-10 Vuelta a Sión. Después del desastroso futuro vaticinado para Edom, viene esta serie de bendiciones y de buenos augurios para Jerusalén. Se debe entender para la Jerusalén del postexilio. De acuerdo con esto, el capítulo 35 está más en relación con el Segundo Isaías. El restablecimiento material descrito como prosperidad, felicidad y como integridad física (5s), debe estar acompañado del progreso espiritual; esto es, como capacidad de andar por la senda del Señor (8s).

36,1–39,8 Sección histórica. Estos capítulos transcriben prácticamente 2 Re 18,13–20,9 con pocas variaciones. Los redactores finales de Isaías quisieron co-

fuerte destacamento a Jerusalén, al rey Ezequías. El copero mayor se detuvo ante el canal del Estanque de Arriba, junto al camino del Campo del Tintorero. 3 Salieron a recibirlo Eliacín, hijo de Jelcías, mayordomo de palacio; Sobná, el secretario, y Yoaj, el canciller, hijo de Asaf. 4 El copero mayor les dijo:

–Digan a Ezequías: Así dice el emperador, el rey de Asiria: ¿En qué fundas tu confianza? 5 Tú piensas que la estrategia y la valentía militares son cuestión de palabras. ¿En quién confías para rebelarte contra mí? 6 ¿Te fías de ese bastón de caña quebrada que es Egipto? Al que se apoya en él se le clava en la mano y se la atraviesa. Eso es el faraón para los que confían en él. 7 Y si me replicas: Confiamos en el Señor, nuestro Dios, ¿no es éste el Dios cuyos lugares de culto y altares ha suprimido Ezequías, exigiendo a Judá y a Jerusalén que se postren solamente ante ese altar? 8 Por tanto, haz una apuesta con mi señor, el rey de Asiria, y te daré dos mil caballos, si es que tienes quien los monte. 9 ¿Cómo te atreves a desairar a uno de los últimos siervos de mi señor, el rey de Asiria, confiando en que Egipto te proporcionará carros y jinetes? 10 ¿Te crees que he subido a devastar este país sin contar con el Señor? Fue el Señor quien me dijo que subiera a devastar este país.

11 Eliacín, Sobná y Yoaj dijeron al copero mayor:

–Por favor, háblanos en arameo, que lo entendemos; no nos hables en hebreo ante la gente que está en las murallas.

12 Pero el copero les replicó:

–¿Crees que mi Señor me ha enviado para que les comunique a ti y a tu señor este mensaje? También es para los hombres que están en la muralla, y que con ustedes tendrán que comer su excremento y beber su orina.

13 E irguiéndose el copero mayor, gritó bien fuerte en hebreo:

–Escuchen las palabras del emperador, rey de Asiria:

14 Así dice el rey: que no los engañe Ezequías, porque no podrá librarlos. 15 Que Ezequías no los haga confiar en el Señor, diciendo: El Señor nos librará y no entregará esta ciudad al rey de Asiria. 16 No hagan caso a Ezequías, porque esto dice el rey de Asiria: ríndanse y hagan la paz conmigo, y cada uno comerá de su viña y su higuera y beberá de su pozo; 17 hasta que llegue yo, para llevarlos a una tierra como la de ustedes, tierra de grano y de vino nuevo, tierra de pan y de viñas. 18 Que no los engañe Ezequías, diciendo: El Señor nos librará. ¿Acaso los dioses de las naciones libraron a sus países de la mano del rey de Asiria? 19 ¿Dónde están los dioses de Jamat y Arpad, dónde los dioses de Sefarvaín? ¿Han librado a Samaría de mi poder? 20 ¿Qué dios de esos países ha podido librar sus territorios de mi mano? ¿Y va el Señor a librar a Jerusalén de mi mano?

21 Ellos callaron y no le respondieron palabra. Tenían orden del rey de no responder. 22 Entonces Eliacín, hijo de Jelcías, el mayordomo de palacio, Sobná, el secretario, y Yoaj el canciller, hijo de Asaf, se presentaron al rey Ezequías con las vestiduras rasgadas y le comunicaron las palabras del copero mayor.

Recurso a Isaías

(2 Re 19; Is 14,24-27)

37 1 Cuando el rey Ezequías oyó esto, se rasgó las vestiduras, se vistió un sayal y se dirigió al templo del Señor, 2 y despachó a Eliacín, el mayordomo de palacio; a Sobná, el secretario, y a los sacerdo-

---

locar aquí este material tal vez para darle un carácter de historicidad a la persona y la actuación del Isaías del s. VIII a.C. que, como sabemos, vivió en la época del imperio Asirio. Se debe advertir que Is 38,9-20 no aparece en 2 Re, así como 2 Re 18,14-16 no aparece en esta sección de Isaías.

36,1-22 Invasión de Senaquerib. El año 14 del reinado de Ezequías corresponde al año 701 a.C., año en el que Senaquerib, hijo de Sargón II, sitió a Jerusalén con sus ejércitos (cfr. 2 Re 18,13). Este capítulo contiene las amenazas y las advertencias de los asirios, y de su embajada de no confiar ni en la ayuda de Egipto ni en la ayuda del Dios de Israel.

37,1-13 Recurso a Isaías – Segunda versión de la embajada. Ezequías, consternado, se dirige al Señor para consultarle. Consultar al Señor o a otros dioses era una práctica común en el mundo antiguo (cfr. 1 Sm 9,9; 23,4; 1 Cr 21,30, etc.). Isaías pronostica la fidelidad del Señor y los castigos que tiene preparados para los invasores.

tes más ancianos, vestidos de sayal, para
que fueran a decirle al profeta Isaías, hijo de
Amós:
3 –Así dice Ezequías: Hoy es un día de
angustia, de castigo y de vergüenza; los hi-
jos llegan al parto, y no hay fuerza para
darlos a luz. 4 Ojalá oiga el Señor las pala-
bras del copero mayor, a quien su señor, el
rey de Asiria, ha enviado para ultrajar al
Dios vivo, y castigue las palabras que el
Señor, tu Dios, ha oído. Reza por el resto
que todavía subsiste.
5 Los ministros del rey Ezequías se pre-
sentaron a Isaías 6 y él les respondió:
–Digan a su señor: Así dice el Señor: No
te asustes por esas palabras que has oído,
por las blasfemias de los criados del rey de
Asiria. 7 Yo mismo les meteré un espíritu, y
cuando oiga ciertas noticias, se volverá a
su país, y en su país lo haré morir a es-
pada.

Segunda versión de la embajada
(10,5-16)

8 El copero mayor regresó y encontró al
rey de Asiria combatiendo contra Alba,
porque había oído que el rey se había reti-
rado de Laquis 9 al recibir la noticia de que
Tajarca, rey de Nubia, había salido para lu-
char contra él.
Senaquerib envió de nuevo mensajeros
a Ezequías a decirle:
10 –Digan a Ezequías, rey de Judá: Que
no te engañe tu Dios, en quien confían,
pensando que Jerusalén no será entregada
en manos del rey de Asiria. 11 Tú mismo
has oído cómo han tratado los reyes de Asi-
ria a todos los países, exterminándolos, ¿y
tú te vas a librar? 12 ¿Los salvaron a ellos
los dioses de los pueblos que mis predece-
sores destruyeron: Gozán, Jarrán, Résef y
los adanitas de Telasar? 13 ¿Dónde están el
rey de Jamat, el rey de Arpad, el rey de Se-
farvaín, de Hená y de Avá?

Oración de Ezequías
(Sal 44)

14 Ezequías tomó la carta de manos de
los mensajeros y la leyó: 15 después subió
al templo, la desplegó ante el Señor y oró:
16 Señor Todopoderoso,
Dios de Israel,
sentado sobre querubines:
tú solo eres el Dios
de todos los reinos del mundo,
tú hiciste el cielo y la tierra.
17 Presta oído, Señor, y escucha;
abre tus ojos, Señor, y mira.
Escucha el mensaje
que ha enviado Senaquerib
para ultrajar al Dios vivo.
18 Es verdad, Señor: los reyes de Asiria
han asolado todas las naciones
y sus territorios,
19 han quemado todos sus dioses
–porque no son dioses,
sino hechura de manos humanas,
leño y piedra– y los han destruido.
20 Ahora, Señor, Dios nuestro,
sálvanos de su mano,
para que sepan
todos los reinos del mundo
que tú sólo, Señor, eres Dios.

Respuesta de Isaías
(2 Re 19,20-28; Is 10,5-16)

21 Isaías, hijo de Amós, mandó decir a
Ezequías:
–Así dice el Señor, Dios de Israel: He
oído lo que me pides acerca de Senaquerib,
rey de Asiria. 22 Ésta es la sentencia que el
Señor pronuncia contra él:
Te desprecia
y se burla de ti
la doncella, la ciudad de Sión:
menea la cabeza a tu espalda
la ciudad de Jerusalén.
23 ¿A quién has ultrajado e insultado,
contra quién has alzado la voz

37,14-20 Oración de Ezequías. Ante la inminencia de un ataque asirio a Jerusalén, el rey Ezequías ora consternado en el templo. Reconoce la grandeza y exclusividad divina en el acto creador y, por tanto, su soberanía universal (16s). También reconoce el poderío de Senaquerib que no ha perdonado ciudad ni aldea, que ha sembrado pavor y muerte, y ha arrojado al fuego a toda divinidad que ha encontrado a su paso (18s). Ezequías teme que el Dios de Israel corra esa misma suerte; si Dios manifiesta su omnipotencia, Israel podrá estar a salvo.

37,21-29 Respuesta de Isaías. El profeta envía un mensaje de tranquilidad al rey anunciándole que el Señor ha escuchado su oración. De nuevo, como en 10,5-16, se ratifica el poder y soberanía absoluta de Dios y la manera como se vale de cualquier instrumento para castigar. La intención del profeta es denunciar la arrogancia de quienes se creen amos y

y levantado tus ojos a lo alto?
¡Contra el Santo de Israel!
24 Por medio de tus servidores
has ultrajado al Señor:
Con mis numerosos carros
yo he subido
a las cimas de los montes,
a las cumbres del Líbano;
he talado la estatura de sus cedros
y sus mejores cipreses;
llegué hasta la última cumbre,
hasta lo más denso de su bosque.
25 Yo excavé pozos
y bebí aguas extranjeras;
sequé bajo la planta de mis pies
todos los canales de Egipto.
26 –¿No lo has oído?
Desde antiguo lo decidí,
en tiempos remotos lo preparé,
y ahora lo realizo;
por eso tú reduces
las ciudades fortificadas
a montones de escombros.
27 Sus habitantes, faltos de fuerza,
con la vergüenza de la derrota,
fueron como hierba del campo,
como verde de los prados,
como grama de las azoteas
marchitada antes de crecer.
28 Sé cuándo te sientas y te levantas,
cuándo entras y sales;
29 porque te agitas contra mí
y tu arrogancia
sube a mis oídos,
te pondré mi argolla en la nariz
y mi freno en el hocico,
y te llevaré por el camino
por donde viniste.

Signo para Ezequías
(2 Re 19,29-34)

30 Esto te servirá de señal:
Este año comerán el grano caído;
el año que viene,
lo que brote sin sembrar;
el año tercero sembrarán
y cosecharán,
plantarán viñas
y comerán sus frutos.
31 De nuevo
el resto de la casa de Judá
echará raíces por abajo
y dará frutos por arriba;
32 porque de Jerusalén saldrá un resto,
los supervivientes, del Monte Sión:
¡el celo del Señor Todopoderoso
lo cumplirá!
33 Por eso, así dice el Señor
acerca del rey de Asiria:
No entrará en esta ciudad,
no disparará contra ella su flecha,
no se acercará con escudo
ni levantará contra ella un terraplén;
34 por el camino por donde vino
se volverá,
pero no entrará en esta ciudad
–oráculo del Señor–.
35 Yo defenderé a esta ciudad
para salvarla,
por mi honor y el de David, mi siervo.

Desenlace

36 Aquella misma noche salió el ángel del Señor e hirió en el campamento asirio a ciento ochenta y cinco mil hombres; por la mañana, al despertar, los encontraron cadáveres.

---

señores del mundo, por el hecho de que en un momento dado poseen poder económico y militar.

Los oyentes de Isaías, testigos del poderío asirio, tienen que tener claro que el único poderoso y sabio es el Dios de Israel, y que todo le está sometido, incluso los planes de las naciones más lejanas.

37,30-35 Signo para Ezequías. Pese a las amenazas de la inminente toma de la ciudad por parte de los asirios, y pese a tratarse de un enemigo cruel y sanguinario que arrasaba realmente ciudades y aldeas, Isaías transmite un mensaje de confianza y seguridad para el rey y los habitantes de la ciudad. La situación no va a cambiar; el ritmo de vida seguirá igual, lo cual ilustra el profeta con la imagen del ciclo de la cosecha y del consumo de los frutos (30). Al mismo tiempo, vaticina la misión que tendrá el «resto» de Israel: echar raíces y dar frutos (31).

37,36-38 Desenlace. Como en Éx 14,24 narrando la liberación de los esclavos de Egipto, el redactor final constata también la liberación del poder asirio mediante una intervención divina espectacular a través del ángel del Señor. La realidad histórica fue que Senaquerib abandonó precipitadamente el cerco que estaba realizando contra Jerusalén sin que se sepan los motivos. Este acontecimiento lo relee la fe israelita como una acción directa de Dios a favor de su ciudad.

Es importante que nosotros, desde nuestra fe y adhesión a Dios, y desde nuestra confianza en Él, leamos en nuestra historia sus intervenciones amorosas aún en las situaciones más simples y sencillas. Pero siem-

37 Senaquerib, rey de Asiria, levantó el
campamento, se volvió a Nínive, y se que-
dó allí. 38 Y un día, mientras estaba postra-
do en el templo de su dios Nisroc, sus hijos
Adramélec y Saréser lo mataron con la es-
pada, y escaparon al territorio de Ararat. Y
le sucedió en el trono su hijo Asaradón.

Enfermedad y sanación de Ezequías
(2 Re 20,1-11)

38 1 En aquel tiempo, Ezequías cayó
enfermo de muerte. El profeta Isaí-
as, hijo de Amós, fue a visitarlo y le dijo:
–Así dice el Señor: Haz testamento, por-
que vas a morir sin remedio.
2 Entonces, Ezequías volvió la cara a la
pared y oró al Señor:
3 –Señor, ten presente que he procedido
de acuerdo contigo, con corazón sincero e
íntegro, y que he hecho lo que te agrada.
Y lloró con largo llanto.
4 El Señor dirigió la palabra a Isaías:
5 –Ve y dile a Ezequías: Así dice el Señor,
Dios de tu padre David: He escuchado tu
oración, he visto tus lágrimas. Mira, añado
a tus días otros quince años. 6 Los libraré de
las manos del rey de Asiria, a ti y a esta ciu-
dad, y la protegeré.
21 Isaías ordenó:
–Que traigan un ungüento de higos y lo
apliquen a la herida para que se sane.
22 Ezequías dijo:
–¿Cuál es la señal de que subiré a la
casa del Señor?
7 Respondió:
–Ésta es la señal del Señor, de que cum-
plirá el Señor la palabra dada: 8 En el reloj
de sol de Ajaz haré que la sombra retroce-
da los diez grados que ha avanzado.
Y desanduvo el sol en el reloj los diez
grados que había avanzado.

Cántico de Ezequías
(Sal 30; 88)

9 Cántico de Ezequías, rey de Judá,
cuando enfermó y sanó de la enfermedad:

10 –Yo pensé: En lo mejor de mis días,
tengo que marchar
hacia las puertas del abismo;
me privan del resto de mis años.
11 Yo pensé: Ya no veré más al Señor
en la tierra de los vivos,
ya no miraré a los hombres
entre los habitantes del mundo.
12 Levantan y enrollan mi morada
como tienda de pastores.
Como un tejedor enrollaba yo mi vida,
y me cortan la trama.
Día y noche me estabas acabando,
13 sollozo hasta el amanecer.
Me quiebras los huesos como un león,
día y noche me estás acabando.
14 Como una golondrina estoy piando,
gimo como una paloma.
Mis ojos mirando al cielo
se consumen:
¡Señor, que me oprimen,
sal fiador por mí!
15 ¿Qué le diré y qué pensaré
si él es quien lo hace?
Huye de mí el sueño
por la amargura de mi alma.
16 Los que Dios protege, viven,
y entre ellos vivirá mi espíritu:
me has sanado,
me has hecho revivir.
17 La amargura se me volvió paz
cuando detuviste mi vida
ante la tumba vacía
y volviste la espalda
a todos mis pecados.
18 El abismo no te da gracias,

pre teniendo cuidado de que esa fe y confianza en Dios no nos propicie falsas seguridades ni inmovilidad en nuestro compromiso como ocurrió con los habitantes de Jerusalén. Ellos creyeron que merecían que Dios los cuidara, y les cuidara también la ciudad; lo que les llevó a despreocuparse completamente de hacer de Jerusalén el lugar de la realización del plan divino de justicia.

38,1-8 Enfermedad y sanación de Ezequías. La enfermedad y sanación de Ezequías, narrada también en 2 Re 20,1-11 y 2 Cr 32,24-26, sirve de marco a la predicación de Isaías que insiste en confiar únicamente en el poder de Dios. Para ello se vale también de una señal (22). Dos cosas quiere subrayar el profeta con estas señales: así como el rey escapa a la muerte, también Jerusalén escapará de la destrucción; y así como Dios puede «detener el sol» o hacerlo retroceder, también puede detener los ejércitos invasores y hacerlos regresar a su tierra.

38,9-20 Cántico de Ezequías. Esta oración de súplica o lamentación no aparece en el relato paralelo del Segundo libro de los Reyes, y es probable que tampoco sea de Ezequías. Algunos críticos se inclinan a pensar que se trata de un salmo compuesto después

ni la muerte te alaba,
ni esperan en tu fidelidad
los que bajan a la fosa.
19 Los vivos, los vivos son
quienes te dan gracias:
como yo ahora.
El padre enseña a sus hijos
tu fidelidad.
20 Sálvame, Señor,
y tocaremos nuestras arpas
todos nuestros días
en la casa del Señor.

Embajada del rey de Babilonia
(2 Re 20,12-19)

39 1 En aquel tiempo, Merodac Bala-
dán, hijo de Baladán, rey de Babilo-
nia, envió cartas y regalos al rey Ezequías
cuando se enteró de que se había restable-
cido de su enfermedad.

2 Ezequías se alegró y enseñó a los men-
sajeros su tesoro: la plata y el oro, los per-
fumes y ungüentos, toda la vajilla y cuanto
había en sus depósitos. No quedó nada en
su palacio y en sus dominios que Ezequías
no les enseñase.

3 Pero el profeta Isaías se presentó al rey
Ezequías y le dijo:
–¿Qué ha dicho esa gente y de dónde
vienen a visitarte?
Ezequías contestó:
–De una tierra lejana han venido a visi-
tarme: de Babilonia.
4 Isaías preguntó:
–¿Qué han visto en tu casa?
Ezequías contestó:
–Han visto toda mi casa; no he dejado
de enseñarles nada de mis tesoros.
5 Isaías le replicó:
–Escucha la Palabra del Señor Todopo-
deroso: 6 Mira: llegarán días en que todo lo
que hay en tu casa, cuanto atesoraron tus
abuelos hasta hoy, se lo llevarán a Babilo-
nia. No quedará nada, dice el Señor. 7 Y a
los hijos que de ti salieron, que tú engen-
draste, se los llevarán a Babilonia para que
sirvan como palaciegos del rey.
8 Ezequías contestó:
–Es favorable la Palabra del Señor que
has pronunciado.
Porque se decía: Mientras yo viva habrá
paz y seguridad.

---

del destierro que refleja la situación de alguien que está sufriendo una tremenda enfermedad.

Los versículos 10-15 exponen la razón de la súplica: el ciclo normal de la vida va llegando a su final, y a ello se suma un cierto dolor moral y físico que el salmista describe en forma de persecución y por el cual solicita el auxilio del Señor. Los versículos 16-20 son la acción de gracias al Señor porque ha escuchado la oración del afligido; no ha tenido en cuenta los pecados del salmista y le ha sanado, le ha hecho revivir.

39,1-8 Embajada del rey de Babilonia. La embajada de Babilonia y la actitud de Ezequías (1s), la visita de Isaías y el diálogo que sostienen (3-7), hacen de bisagra entre un período histórico dominado por los asirios y los días futuros que serán de dominación babilónica. No sabemos si son históricas las palabras de Isaías (6s), pero de hecho así sucedió. Quizás los redactores han querido consignar aquí una constatación ya vivida para preparar el mensaje que vendrá a continuación en Is 40–55 llamado el «Libro de la Consolación», atribuido a un Segundo Isaías.

ISAÍAS II
(Deuteroisaías)

Autor y época. Es hoy opinión común que estos capítulos son obras de un profeta anónimo que ejerció su ministerio entre los desterrados de Babilonia, durante el ascenso de Ciro (553-539 a.C.). Tras conquistar Ecbatana, capital de los medos (553 a.C.), Ciro marcha contra Lidia y se apodera de gran parte de Asia Menor (Is 41,2s; 45,1-3). Toma la capital de Babilonia en el 539 a.C., se proclama emperador e inaugura una política de tolerancia que culmina con el edicto de repatriación de los judíos (538 a.C.).

Los deportados se repartían en tres categorías aproximadamente: los instalados en la nueva patria, los resignados sin esperanza, y los que resisten y sueñan con el retorno. Podemos imaginar sus reacciones al observar los acontecimientos políticos.

El mensaje de Isaías II. Este profeta anónimo es un extraordinario teólogo y un magnífico poeta. Concibe su obra como un segundo Éxodo, semejante y más glorioso que el primero. Conserva la estructura base y muchos motivos del primero y los trasfigura y exalta.

El destierro es para nuestro profeta el lugar de la redención de Israel, de la que saldrá purificado como un nuevo pueblo, guiado por el Dios de la historia a través de un nuevo éxodo hacia el cumplimiento escatológico y definitivo de la promesa. Isaías II anuncia el futuro, no en forma puntual y circunstancial, sino con arrebato poético, con imágenes y símbolos gloriosos, con horizonte ilimitado.

Los símbolos acogen la realidad puntual y circunstancial desbordándola; porque apuntan a una realidad superior, suprema: la liberación auténtica que las otras preparan y prefiguran y que abarca ya a todas las naciones de la tierra, una alianza que Jeremías verá impresa en el corazón de todos los humanos.

Para su tarea, el profeta, que lleva el nuevo título de «evangelista» o heraldo de buenas noticias, dispone solo de la «palabra», la cual enmarca la obra entera, 40,8 y 51,11; es eficaz, es como promesa de Dios

De múltiples resistencias tiene que triunfar el Señor. Primero de Babilonia, cruel y soberbia, confiada en sus dioses y en sus magos. Segundo, de los dioses de Babilonia a quienes el Señor desafía a que demuestren su capacidad de predecir y realizar. La tercera resistencia es la más grave, porque es la del pueblo judío que se resiste a esperar.

El pueblo se cansa y protesta (40,20); tiene miedo (41,13s); es ciego y sordo (42,18-20); nostálgico (43,18); pecador (43,23); no comprende la elección de un extranjero (45,9-11); es falso y obstinado (48,1-8); se cree abandonado (49,14).

El profeta tiene que convertir a la esperanza a ese pueblo fracasado o resignado o desalentado. No basta creer (7,9), hay que esperar, pues cuando suene la hora, solo los esperanzados harán real el objeto de su esperanza: se pondrán en camino y volverán.

El Siervo. Aunque varios personajes están al servicio del Señor, hay un personaje anónimo que lleva el título de Siervo y que emerge del contexto próximo en cuatro cantos: 42,1-4 (prolongado en 42,5-13); 49,1-7 (prolongado en 49,8-13); 50,4-9, y 52,13–53,12. Su vocación es profética y semejante a la de Moisés, es dramática por la actitud del pueblo, es trágica y gloriosa.

Su figura contrasta con la del pueblo. Israel es cobarde (40,27; 41,28; 44s), él es valiente (49,4; 50,7-9); Israel es pecador (43,27; 48,4), él es inocente (50,5; 53,9); Israel es impaciente (40,27; 49,14), él es paciente (53,7); Israel ha de expiar por sí (43,22; 47,6; 50,1; 54,7), él expía por otros (53,4-6.8-11).

¿Quién es este misterioso personaje? Es difícil de saber si el autor se refiere simbólicamente a una persona individual, o a un grupo o al pueblo entero de Israel. El judaísmo pos-

terior dio una interpretación mesiánica a estos cantos misteriosos, pero fue Jesús de Nazaret el que se identificó a sí mismo como el Siervo. La profecía del deuteroisaías es uno de los textos mas citados del Nuevo Testamento; el evangelio de Juan, aunque sin citarlo, está bajo su influjo.

La Buena Noticia
(52,7-10)

40 1 Consuelen,
consuelen a mi pueblo,
dice su Dios:
2 hablen al corazón de Jerusalén,
anúncienle
que se ha cumplido su condena
y está pagado su crimen,
ya que de la mano del Señor
ha recibido
doble castigo por sus pecados.
3 Una voz grita: En el desierto
preparen un camino al Señor;
tracen en la llanura
un sendero para nuestro Dios;
4 que los valles se levanten,
que montes y colinas se aplanen,
que lo torcido se enderece
y lo escabroso se nivele;
5 y se revelará la gloria del Señor
y la verán
todos los hombres juntos
–ha hablado la boca del Señor–.
6 Dice una voz: Grita.
Respondo: ¿Qué debo gritar?
Toda carne es hierba
y su belleza como flor campestre:
7 se seca la hierba,
se marchita la flor,
cuando el aliento del Señor
sopla sobre ellos;
8 se seca la hierba,
se marchita la flor,
pero la Palabra de nuestro Dios
se cumple siempre.
9 Súbete a un monte elevado,
mensajero de Sión;
alza fuerte la voz,
mensajero de Jerusalén;
álzala, no temas,
di a las ciudades de Judá:
Aquí está su Dios.
10 Miren,
el Señor Dios llega con poder,
y su brazo manda.
Miren, viene con él su salario,
delante de él su recompensa.
11 Como un pastor
que apacienta el rebaño,
su brazo lo reúne,
toma en brazos los corderos
y hace recostar a las madres.

Polémica de Dios con los ídolos
(41,21-29; 44,6-8; Sab 13–15)

12 ¿Quién ha medido a puñados el mar,
o mensurado a palmos el cielo,

40,1-11 La Buena Noticia. Una voz clama en el desierto. La esperanza del retorno ha ido tomando forma, va cobrando intensidad. ¿Qué voz es ésa? ¿De quién se trata? Podría ser la del mismo profeta; sin embargo, ha quedado así, imprecisa. La misma frase va a utilizar el Nuevo Testamento para referirse a la actividad precursora de Juan Bautista (Mc 1,3; Mt 3,3; Lc 3,4; Jn 1,23).

La alegría más grande para los desterrados es saber que Dios mismo está preparando el regreso, que Él mismo allana el camino. Es importante tener en cuenta que todo esto es promovido por la predicación profética; pero más importante aún es tener en cuenta que esa actividad profética está siempre sujeta a la Palabra, es Dios quien inspira la Palabra y la respalda (9s), de lo contrario se hablará de «palabras de un profeta» que se marchitan y se secan. Sólo la Palabra de Dios subsiste por siempre.

En los albores del s. XXI, el mundo, nuestra sociedad, está inundada de palabras, ¿cuál de tantas es la Palabra de Dios? El versículo 11 utiliza la imagen pastoril –típica de las tierras bíblicas– y lo aplica al mismo Dios, que no simplemente promete el retorno por medio del profeta, sino que Él mismo lo realiza y acompaña. La imagen del pastor y su rebaño ha sido fuente de inspiración para otros profetas (cfr. Jr 23,1-6; Ez 34), y en el Nuevo Testamento Jesús mismo la utiliza (Mt 18,12-14 par.) y se la aplica a sí mismo (Jn 10,11-18).

40,12-31 Polémica de Dios con los ídolos – Polémica de Dios con el Pueblo. Era apenas comprensible que los israelitas con casi 50 años de destierro

o a cuartillos el polvo de la tierra?
¿Quién ha pesado
en la balanza los montes
y en la báscula las colinas?
13 ¿Quién ha medido
el Espíritu del Señor?
¿Quién le ha sugerido su proyecto?
14 ¿Con quién se aconsejó
para entenderlo,
para que le enseñara
el camino exacto?,
¿para que le enseñara el saber
y le sugiriese el método inteligente?
15 Miren, las naciones
son gotas de un balde
y valen lo que el polvillo de balanza.
Miren, las islas
pesan lo que un grano,
16 el Líbano no basta para leña,
sus fieras no bastan
para el holocausto.
17 Frente a él las naciones
todas son como si no existieran,
para él no cuentan
absolutamente nada.
18 ¿Con quién podrán
ustedes comparar a Dios,
qué imagen van a contraponerle?
19 ¿La estatua que funde el escultor
y el orfebre recubre de oro
y le suelda cadenas de plata?

41 6 Ellos se ayudan uno a otro,
dicen a su compañero: Ánimo,
7 y el escultor anima al orfebre;
el que forja a martillo
al que golpea el yunque,
diciendo: Buena soldadura,
y la sujetan con clavos
para que no se mueva.

40 20 El demasiado modesto
para hacer esa ofrenda
escoge una madera incorruptible,
se busca un hábil escultor
que le haga una estatua
que no se mueva.
21 ¿No saben, no lo han oído,
no se lo han anunciado
de antemano;
no lo han comprendido
desde la fundación del mundo?
22 El que se sienta
sobre la cúpula de la tierra
–sus habitantes
parecen saltamontes–;
el que tendió como toldo el cielo
y lo desplegó
como tienda que se habita;
23 el que reduce a nada a los príncipes
y convierte a los gobernantes
en nulidad:
24 apenas plantados,
apenas sembrados,
apenas arraigan sus brotes en tierra,
sopla sobre ellos y se marchitan,
y el vendaval
los arrebata como paja.
25 ¿A quién podrán compararme?
¿A quién me asemejo?
–dice del Santo–.
26 Levanten los ojos a lo alto y miren:
¿quién creó aquello?
Él que cuenta y despliega su ejército
y a cada uno lo llama por su nombre;
tan grande es su poder,

---

dudaran de las posibilidades de regresar a su tierra; muchos abiertamente no lo creían. Este pasaje no va hacer tanta fuerza sobre el regreso en sí mismo, sino en el poder absoluto de Dios, del Dios de Israel. Hay que tener presente que con la victoria de Babilonia sobre todos los territorios dominados por los Asirios, el dios triunfante era Marduk, y el Señor debía darle culto a él (cfr. Sal 137,3); la manera de pensar de la época era que el Señor había sido dominado por Marduk. Ya se podrá entender la labor de los profetas para convencer a su pueblo de todo lo contrario. Estamos en los inicios de la formulación absoluta del monoteísmo (cfr. también 41,21ss), que tendrá su culmen después del destierro. Con razón decimos que la fe es un camino, una aventura, ¡y qué aventura! ¿Qué debía concluir el israelita después de escuchar estas palabras? Que esa omnipotencia de Dios descrita aquí estaba al servicio de ellos; perfectamente Dios podría crear algo nuevo y distinto, porque Él es Soberano de todo.

41,1-20 Vocación de Ciro – Israel, siervo del Señor – Nuevo éxodo. La consolación es uno de los temas centrales del Segundo Isaías y encontramos aquí una nueva intervención que el profeta pone en labios de Dios. Hay tres motivos importantes en este mensaje de consuelo para quienes están soportando la humillación del destierro: 1. Dios promete liberar a los cautivos y lo hará a través de alguien que tiene el poder suficiente para derribar la supremacía babilónica; sin mencionar ningún nombre, sabemos que aquí se

tan robusta su fuerza,
que no falta ninguno.

Polémica de Dios con el pueblo
(43,22-28; 45,9-14; 50,13)

27 ¿Por qué andas hablando, Jacob,
y diciendo, Israel:
Mi suerte está oculta al Señor,
mi Dios ignora mi causa?
28 ¿Acaso no lo sabes,
es que no lo has oído?
El Señor es un Dios eterno
y creó los confines del mundo.
No se cansa, no se fatiga,
es insondable su inteligencia.
29 Él da fuerza al cansado,
acrecienta el vigor del inválido;
30 aun los muchachos
se cansan, se fatigan,
los jóvenes tropiezan y vacilan;
31 pero los que esperan en el Señor
renuevan sus fuerzas,
echan alas como las águilas,
corren sin cansarse,
marchan sin fatigarse.

Dios promete la liberación a Israel: Vocación de Ciro
(45,1-8; 48,12-19)

41 1 Islas, callen ante mí;
naciones, esperen mi desafío.
Que se acerquen a hablar,
comparezcamos juntos a juicio.
2 ¿Quién lo ha mandado
desde oriente
y convoca la victoria a su paso,
le entrega los pueblos,
le somete los reyes?
Su espada los tritura
y su arco los dispersa como paja;
3 los persigue y avanza seguro
por sendas que sus pies no pisaban
4 ¿Quién lo ha hecho y ejecutado?
El que anuncia
el futuro de antemano.
Yo, el Señor, que soy el primero,
yo estoy con los últimos.
5 Véanlo, islas, y estremézcanse,
tiemblen los confines del mundo.

Israel, siervo del Señor
(44,1-5; Sal 48)

8 Tú, Israel, siervo mío;
Jacob, mi elegido;
estirpe de Abrahán, mi amigo.
9 Tú, a quien tomé
en los confines del mundo,
y llamé de las regiones
más remotas,
a quien dije: Tú eres mi siervo,
te he elegido y no te he rechazado.
10 No temas, que yo estoy contigo;
no te angusties, que yo soy tu Dios:
te fortalezco y te auxilio
y te sostengo
con mi diestra victoriosa.

---

está hablando de Ciro, rey de los persas (1-7). 2. Israel, aunque humillado y reducido a la servidumbre, no debe temer ni se debe angustiar porque Dios mismo le sostiene y acompaña; y quienes han hecho mal a Israel serán aniquilados (8-16). La única garantía para los oprimidos, los marginados y desheredados del mundo es esta opción radical de Dios por ellos, y en eso el evangelizador tiene que insistir por todos los medios posibles, no con meras palabras de consuelo, sino con constatación real, demostrada en la vida y obra de Jesús, que entre Dios y los poderosos de este mundo no hay compatibilidad posible puesto que Dios no se puede «dividir» entre los que ostentan el poder, la riqueza y el dominio, y los desheredados de la sociedad. 3. La consolación de Dios a su pueblo no se agota en las meras palabras; Él está empeñado en que esa promesa de liberación se cumpla realmente. Por eso el profeta hace una descripción ideal del camino de retorno, pintándolo como una nueva creación. La aridez del desierto, la tristeza, el llanto, la desesperanza y, en fin, todo lo opaco y negativo que acompañó al pueblo hacia el destierro, Dios lo convertirá en otra realidad completamente distinta. Es la manera de concretar el sentido esperanzador del mensaje (17-20); y esta acción de liberación que Dios va a realizar es una acción exclusivamente suya; ninguna otra deidad está en grado de competir con el poder del Señor. Ése es el sentido del pleito contra los ídolos de los versículos 21-29.

41,21-29 Pleito con los dioses. El alegato ahora no es contra las naciones, sino contra todos los dioses falsos que vienen denominados como nada y vacío (24); que carecen absolutamente de todo conocimiento; sólo Dios es amo y Señor del tiempo y de la historia. Las afirmaciones de estos versículos son las manifestaciones fundantes del monoteísmo absoluto de Israel; reflejan las dudas y la confusión que abundaba en tiempos de la deportación a Babilonia: cantidad de adivinos, de dioses, de mensajes revelados, etc., y en medio de todo, el resto de Israel que ha sido deportado con el peligro de involucrarse en tal comercio de divinidades. Ya se indicó que el triunfo de Babilonia era también el triunfo de Marduk sobre el Señor. Lo cierto es que el Señor fue incapaz de defender su ciu-

11 Mira: se avergonzarán derrotados
los que se enardecen contra ti;
serán aniquilados y perecerán
los que pleitean contra ti;
12 buscarás sin encontrarlos
a los que pelean contra ti;
serán aniquilados, dejarán de existir
los que guerrean contra ti.
13 Porque yo, el Señor, tu Dios
te agarro de la diestra,
y te digo: No temas,
yo mismo te auxilio.
14 No temas, gusanito de Jacob,
oruga de Israel,
yo mismo te auxilio
–oráculo del Señor–,
tu redentor es el Santo de Israel.
15 Mira, te convierto
en un instrumento de trillar, afilado,
nuevo, dentado:
trillarás los montes y los triturarás,
convertirás en paja las colinas;
16 los echarás al viento,
y el viento los arrebatará,
el vendaval los dispersará;
y tú te alegrarás con el Señor,
te gloriarás del Santo de Israel.

Nuevo éxodo
(43,14-21; 48,20-22; 52,11s)

17 Los pobres y los indigentes
buscan agua, y no la hay;
su lengua está reseca de sed.
Yo, el Señor, les responderé;
yo, el Dios de Israel,
no los abandonaré.
18 Haré brotar ríos en las dunas;
en medio de las valles,
manantiales;
transformaré el desierto en estanque
y el arenal en fuentes de agua;
19 pondré en el desierto cedros,
y acacias, y mirtos, y olivos;
plantaré en la estepa cipreses,
junto con olmos y alerces.
20 Para que vean y conozcan,
reflexionen y aprendan de una vez
que la mano del Señor lo ha hecho,
que el Santo de Israel lo ha creado.

Pleito con los dioses
(43,8-13)

21 Expongan su caso, dice el Señor;
presenten sus pruebas,
dice el Rey de Jacob;
22 que se adelanten
y nos anuncien lo que va a suceder.
Nárrennos sus predicciones pasadas
y prestaremos atención;
anúnciennos el futuro,
y comprobaremos el desenlace;
23 narren los sucesos futuros,
y sabremos que son dioses.
Hagan algo, bueno o malo,
que nos demos cuenta
y lo veamos todo.
24 Miren, ustedes son nada;
sus obras, vacío;
es despreciable elegirlos.
25 Yo lo hice aparecer en el norte,
y ha venido;
en oriente lo llamo por su nombre;
pisará gobernantes como barro,
como pisa el alfarero la arcilla.
26 ¿Quién lo anunció de antemano
para que lo supiéramos,
por adelantado para que dijéramos:
Tiene razón?
Ninguno lo narra, ninguno lo anuncia,
nadie oye el discurso de ustedes.
27 Lo anuncié yo el primero en Sión
y envié un mensajero a Jerusalén.
28 Busqué;
pero entre ellos no había nadie,
ningún consejero a quien preguntarle
para que me informara.
29 Todos juntos eran nada;
sus obras, vacío;
aire y nulidad sus estatuas.

Primer cántico del siervo: Presentación
(49,1-13; 50,4-11; 52,12–53,12; Mt 12,18-21)

42 1 Miren a mi siervo,
a quien sostengo;

---

dad, su templo y su pueblo en el 587 a.C., ¿a quién seguir, entonces?

El comercio de dioses se acabó. El Señor es el único Dios, Dueño del universo y no hay nadie más fuera de Él. Esta explicitación, que volveremos a encontrar más adelante (43,11.13; 44,6-8; 45,5s.18.21s; 48,12), es el llamado monoteísmo absoluto o teórico, el cual se venía gestando ya desde la época del monoteísmo práctico, es decir, la adoración exclusiva al Señor sin descartar la existencia de otros dioses.

42,1-9 Primer cántico del siervo: Presentación. Nos encontramos con el primero de cuatro cánticos

mi elegido, a quien prefiero.
Sobre él he puesto mi Espíritu,
para que promueva
el derecho en las naciones.
2 No gritará, no clamará,
no voceará por las calles.
3 No romperá la caña quebrada,
no apagará la mecha vacilante.
Promoverá fielmente el derecho,
4 no vacilará ni se quebrará,
hasta implantar
el derecho en la tierra,
y su ley que esperan las islas.
5 Así dice el Señor Dios,
que creó y desplegó el cielo,
afianzó la tierra con su vegetación,
dio el respiro al pueblo que la habita
y el aliento
a los que se mueven en ella.
6 Yo, el Señor,
te he llamado para la justicia,
te he tomado de la mano,
te he formado
y te he hecho alianza de un pueblo,
luz de las naciones.
7 Para que abras los ojos de los ciegos,
saques a los cautivos de la prisión
y de la cárcel
a los que habitan en tinieblas:
8 Yo soy el Señor, éste es mi Nombre,
no cedo mi gloria a nadie
ni mi honor a los ídolos.
9 Lo antiguo ya ha sucedido,
y algo nuevo yo anuncio,
antes de que brote se lo comunico.

Himno
(Sal 96; 98)

10 Canten al Señor un cántico nuevo,
y llegue su alabanza
a los confines de la tierra;
los que se hacen al mar,
los que lo pueblan,
las costas y sus habitantes.

11 Alégrese el desierto con sus tiendas,
los poblados que habita Cadar;
exulten los vecinos de Petra,
clamen desde la cumbre
de las montañas;
12 den gloria al Señor,
pronuncien su alabanza
en las costas.

13 El Señor sale como un héroe,
excita su ardor como un guerrero,
lanza el alarido
desafiando al enemigo.

Nueva salvación

14 Desde antiguo guardé silencio,
me callaba, aguantaba;
como parturienta,
jadeo y resuello.
15 Arrasaré montes y colinas,
secaré toda su hierba,
convertiré los ríos en tierra árida,
secaré los estanques;
16 conduciré a los ciegos
por un camino que desconocen,
los guiaré por senderos que ignoran.
Ante ellos convertiré
las tinieblas en luz,
lo escabroso en llano.
Esto es lo que pienso hacer,
y no dejaré de hacerlo.
17 Retrocederán defraudados
los que confían en el ídolo,
los que dicen a una estatua:
Tú eres nuestro Dios.

(49,1-6; 50,4-9; 52,13–53,12) dedicados a un desconocido personaje que ha sido denominado Siervo del Señor . No se sabe con certeza si se trata de un individuo –y siendo así habría que pensar en Ciro– o de un colectivo, y siendo así se podría pensar en la comunidad fiel de los israelitas. Lo cierto del caso es que este personaje es presentado como un siervo que ha sido elegido y sostenido por Dios mismo (1). Sobre él ha sido derramado el Espíritu (2), que le habilita para una misión: ser Alianza y luz (6), y obrar una liberación (7). El Nuevo Testamento cita en varias ocasiones estos textos y los aplica a la vida y obra de Jesús (Mt 8,17; Hch 8,32-33, Rom 15,21). Una de las características de estos textos es la apertura del plan salvífico de Dios a todas las naciones.

42,10-13 Himno. Normalmente el canto y las canciones son para animar, para transmitir alegría. Aquí el profeta incita a entonar cantos nuevos de alabanza al Señor, cantos en los que toda la creación alaba a su Señor. Contrasta este tono con el de Sal 137,1.

42,14-17 Nueva salvación. La intervención de Dios es inminente, según lo intuye el profeta; y su intervención tiene como objeto transformar la realidad de oscuridad y muerte en una nueva época de luz y de vida para quienes han confiado y esperado en Él. Su acción es exclusiva, ningún otro dios es capaz de dar confianza y seguridad a quienes le invocan (17).

Ceguera del pueblo
(6,9s; 22,8-11)

18 Sordos, escuchen y oigan;
ciegos, miren y vean:
19 ¿quién es ciego sino mi siervo,
quién es sordo
sino el mensajero que envío?
¿Quién es ciego como mi enviado,
quién es sordo
como el siervo del Señor?
20 Mucho mirar y no sacabas nada,
con los oídos abiertos no te enterabas.
21 El Señor, por amor de su justicia,
quería glorificar y engrandecer su ley;
22 pero son un pueblo saqueado
y despojado,
atrapados todos en cuevas,
encerrados en cárceles.
Lo saqueaban, y nadie lo libraba;
lo despojaban,
y nadie decía: Devuélvelo.
23 ¿Quién de ustedes
prestará oído a esto,
y atento escuchará el futuro?
24 ¿Quién entregó a Jacob al saqueo,
a Israel al despojo?
¿No fue el Señor,
contra quien pecamos
no queriendo seguir sus caminos
ni obedecer su ley?
25 Descargó sobre él el ardor de su ira,
el furor de la guerra;
lo rodeaban sus llamas,
y no se daba cuenta;
lo quemaban, y no hacía caso.

Rescate del pueblo

43 1 Y ahora, así dice el Señor,
el que te creó, Jacob;
el que te formó, Israel:
No temas, que te he redimido,
te he llamado por tu nombre,
tú eres mío.
2 Cuando cruces las aguas,
yo estaré contigo,
la corriente no te anegará;
cuando pases por el fuego,
no te quemarás,
la llama no te abrasará.
3 Porque yo soy el Señor, tu Dios,
el Santo de Israel, tu salvador.
Como rescate tuyo
entregué a Egipto,
a Etiopía y Sabá a cambio de ti;
4 porque te aprecio y eres valioso
y yo te quiero,
entregaré hombres a cambio de ti,
pueblos a cambio de tu vida:
5 no temas, que contigo estoy yo;
desde oriente
traeré a tu descendencia,
desde occidente te reuniré.
6 Diré al Norte: Entrégalo;
al Sur: No lo retengas;
tráeme a mis hijos de lejos
y a mis hijas del confín de la tierra;
7 a todos los que llevan mi Nombre,
a los que creé para mi gloria,
a los que hice y formé.

El pueblo, testigo de Dios

8 Saquen al pueblo ciego,
aunque tiene ojos;
a los sordos, aunque tienen oídos;
9 que se reúnan las naciones
y se junten los pueblos:
¿quién de ellos puede contárnoslo
o informarnos
de predicciones pasadas?
Que presenten testigos

42,18-25 Ceguera del pueblo. «No hay peor ciego que aquel que no quiere ver, ni peor sordo que aquel que no quiere escuchar», es un refrán popular que aún nosotros utilizamos y que el profeta aplica al pueblo de la elección. Israel cuenta en su historia con muchos signos e intervenciones del amor de Dios a su favor; pero aún así, no ha podido aprender a captar el lenguaje divino.

Hoy hablamos de saber interpretar los signos de los tiempos, y para ello es muy importante que estemos a la escucha de la Palabra, con los ojos muy abiertos a nuestra realidad para poder captar en cada acontecimiento y en cada situación qué es lo que Dios nos quiere decir. El profeta pone como ejemplo lo acaecido al reino del Norte, que fue invadido y destruido, pero Judá no cayó; eso también era un aviso para ellos.

43,1-7 Rescate del pueblo. Llamada de nuevo a la confianza en el Señor, similar a 41,8-20. Israel no debe tener miedo porque quien le protege es su mismo Hacedor. En esta época cobra mayor sentido el concepto de Dios creador de todas las cosas: si todo lo ha creado Dios, ¿cómo no va a poder re-crear a Israel? Se acrecienta también la comprensión del Dios liberador: si Dios liberó a su pueblo de Egipto, ¿cómo no va a poder liberarlo ahora de Babilonia?

En consonancia con 41,14 donde aparece Dios como «go'el», rescatador, aquí Él mismo declara el res-

para ganar su causa,
que lo oigamos, y diremos: Es verdad.
10 Ustedes son mis testigos
–oráculo del Señor–
y mis siervos, a quienes escogí,
para que conocieran y me creyeran,
para que comprendieran quién soy yo.
Antes de mí
no habían fabricado ningún dios
y después de mí ninguno habrá:
11 Yo soy el Señor;
fuera de mí no hay salvador.
12 Yo predije, y salvé; yo anuncié,
y no tenían dios extranjero.
Ustedes son mis testigos
–oráculo del Señor–;
13 yo soy Dios,
desde siempre lo soy.
No hay quien libre de mi mano;
lo que yo hago, ¿quién lo deshará?

Salvación

14 Así dice el Señor,
su Redentor, el Santo de Israel:
A causa de ustedes
yo he mandado gente a Babilonia,
he arrancado todos los cerrojos
de las prisiones,
y los caldeos rompen en lamentos.
15 Yo soy el Señor, su Santo,
el creador de Israel, su Rey.
16 Así dice el Señor,
que abrió camino en el mar
y senda en las aguas impetuosas;
17 que sacó a batalla carros y caballos,
tropa con sus valientes:
caían para no levantarse,
se apagaron como mecha
que se extingue.
18 No recuerden lo de antaño,
no piensen en lo antiguo;
19 miren que realizo algo nuevo;
ya está brotando, ¿no lo notan?
Abriré un camino por el desierto,
ríos en el arenal;
20 me glorificarán las fieras salvajes,
chacales y avestruces,
porque ofreceré agua en el desierto,
ríos en el arenal,
para apagar la sed de mi pueblo,
de mi elegido.
21 El pueblo que yo me formé,
para que proclamara mi alabanza.

Requisitoria contra el pueblo
(45,9-14; 50,1-3)

22 Pero tú no me invocabas, Jacob;
ni te esforzabas por mí, Israel;
23 no me ofrecías ovejas
en holocausto,
no me honrabas con tus sacrificios;
yo no te avasallé
exigiéndote ofrendas,
ni te cansé pidiéndote incienso,
24 no me comprabas
canela con dinero,
no me saciabas
con la grasa de tus sacrificios;
pero me avasallabas
con tus pecados,
y me cansabas con tus culpas.
25 Yo, yo era quien por mi cuenta
borraba tus crímenes
y no me acordaba de tus pecados;
26 recuérdamelo tú, y discutiremos;
razona tú, y saldrás absuelto.
27 Ya tu primer padre pecó,
tus jefes se rebelaron contra mí;

---

cate que ha pagado. El profeta ve como obra divina el sometimiento de Egipto, Canaán y Mesopotamia al poder de Ciro, ya que gracias a ello Israel podrá retornar a la tierra. El fuerte nacionalismo que impregna estos versículos y tantos otros a lo largo del Antiguo Testamento no nos debe hacer pensar que Dios destruye o sacrifica pueblos, o naciones, o la humanidad entera para favorecer a unos cuantos. Cada pasaje de éstos nos debe reforzar más y más la fe en un Dios Padre de todos que no hace acepción de personas (cfr. Hch 10,34), un Padre que acoge a todo aquel que escucha su Palabra y la pone en práctica (cfr. Lc 8,21).

43,8-13 El pueblo, testigo de Dios. De nuevo una solemne declaración del monoteísmo absoluto puesta en boca del mismo Dios (cfr. 41,21). Antes del exilio, Israel admite que hay otras divinidades, pero sólo cree y adora al Señor; eso es lo que llamamos monoteísmo práctico. A finales del exilio y en el postexilio, ya encontramos este avance en la fe israelita de la formulación explícita de su monoteísmo. Nótese la fuerza casi vehemente de los versículos 10s.

43,14-21 Salvación. El nuevo éxodo que Dios realizará en favor de su pueblo será aun más maravilloso que aquel éxodo de Egipto (cfr. 52,11s).

43,22-28 Requisitoria contra el pueblo. Suena un poco extraño esta especie de reproche en el contexto de la consolación a Israel. Con todo, no se trata de un oráculo de censura condenatoria; más bien se trata de

28 por eso profané
a príncipes consagrados,
entregué a Jacob al exterminio
y a Israel a los insultos.

Dios consuela a su pueblo

44 1 Y ahora escucha,
Jacob, siervo mío;
Israel, mi elegido:
2 Así dice el Señor que te hizo,
que te formó en el vientre
y te auxilia:
No temas, siervo mío,
Jacob, mi cariño, mi elegido;
3 voy a derramar agua
sobre el suelo sediento
y torrentes en la tierra seca;
voy a derramar mi aliento
sobre tu descendencia
y mi bendición sobre tus retoños.
4 Crecerán como hierba
junto a la fuente,
como sauces junto a las acequias.
5 Uno dirá: Soy del Señor;
otro se pondrá el nombre de Jacob;
uno se tatuará en el brazo:
Del Señor, y se apellidará Israel.
6 Así dice el Señor, Rey de Israel,
su redentor, el Señor Todopoderoso:
Yo soy el primero y yo soy el último;
fuera de mí no hay dios.
7 ¿Quién se parece a mí?, que hable,
que lo explique y me lo exponga.
¿Quién anunció
de antemano el porvenir,
quién nos predice
lo que ha de suceder?
8 No teman, no tiemblen:
¿no lo anuncié
y lo predije por adelantado?
Ustedes son testigos:
¿Hay un dios fuera de mí?
No existe roca que yo no conozca.

Sátira contra la idolatría
(Jr 10,1-16; Sab 13–15; Bar 6)

9 Los que modelan ídolos
no valen nada,
y es inútil lo que ellos aman,
sus devotos no ven nada ni conocen;
por eso quedan defraudados.
10 ¿Quién modela un dios
o funde una imagen
si no es para sacar algo?
11 Miren: todos sus seguidores
quedarán defraudados,
porque los que los fabrican
no son más que hombres.
Que se reúnan todos
para comparecer:
sentirán espanto
y vergüenza a la vez.

12 El herrero trabaja el ídolo en las bra-
sas, lo va modelando con el martillo, lo tra-
baja con brazo robusto; pasa hambre, se
agota, no bebe y está exhausto. 13 El tallis-
ta aplica la regla, lo diseña a lápiz, lo traba-
ja con la gubia y lo delínea con el compás:
le da figura de hombre y belleza humana,
para instalarlo en un templo.
14 Se corta cedros, se escoge una encina
o un roble, dejándolos crecer entre los ár-
boles del bosque, o planta un fresno que
crece con la lluvia. 15 A la gente le sirve de
leña, lo toman para calentarse o también
para hacer fuego y cocer pan; pero él hace
un dios y lo adora, fabrica una imagen y se
postra ante ella. 16 Con una parte hace fue-
go: asa carne sobre las brasas, se la come,
queda satisfecho, se calienta y dice: Bueno,
estoy caliente y tengo luz. 17 Con el resto se
hace la imagen de un dios, se postra, lo
adora y le reza: Líbrame, que tú eres mi
dios.
18 No comprenden ni distinguen, tienen
los ojos cegados y no ven, la mente, y no

recordar al pueblo la esencia del verdadero culto, que no debe ser ni obligación ni carga. En el exilio, al no haber templo, no hubo culto, ni sacrificios, ni ofrendas, ni incienso; ¿por qué, pues, este reclamo? Puede tener un tono más futurista: cuando Israel regrese a su tierra y reconstruya su templo deberá tener en cuenta que el culto no puede ser una carga, pues más carga para Dios son sus pecados.

44,1-8 Dios consuela a su pueblo. Israel no tiene por qué temer; su Dios le ha elegido desde antes de nacer. Ésta es una manera de decir que en los planes de Dios no hay improvisaciones; desde siempre Dios ha estado comprometido con el débil y humillado; es la mejor Buena Noticia para quienes dudan del compromiso de Dios con el débil.

44,9-20 Sátira contra la idolatría. Sátira contra los ídolos y contra sus adoradores. La Biblia es contraria a esta práctica y lo demuestra el gran número de pasajes que tratan sobre este tema (Gn 35,2; Éx 20,3.23; 23,24.33; 32,31; 34,17; Dt 5,7; 6,14; 7,16, etc.).

entienden. 19 No reflexiona, no tiene inteli-
gencia ni criterio para decir: La mitad la he quemado en el fuego; he cocido pan sobre las brasas, he asado carne para comer. ¿Y voy a hacer del resto un ídolo? ¿Y a postrarme ante un trozo de madera?
20 Él se alimenta de ceniza, una mente ilusa lo extravía, no es capaz de liberarse diciendo: ¿No es un engaño lo que tengo en mi mano?

Redención de Israel

21 Acuérdate de esto, Jacob;
de que eres mi siervo, Israel.
Te formé, y eres mi siervo,
Israel, no te olvidaré.
22 He disipado como niebla
tus rebeliones;
como nube tus pecados:
vuelve a mí, que soy tu redentor.
23 Aclamen, cielos,
porque el Señor ha actuado;
griten de alegría,
profundidades de la tierra,
rompan en aclamaciones, montañas,
y tú, bosque, con todos tus árboles;
porque el Señor ha redimido a Jacob
y se gloría de Israel.

Yo soy el Señor
(45,16-25)

24 Así dice el Señor, tu redentor,
que te formó en el vientre:
Yo soy el Señor, creador de todo;
Yo solo desplegué el cielo,
yo afiancé la tierra.
Y, ¿quién me ayudaba?
25 Yo soy el que frustra
los presagios de los magos
y muestra la necedad de los adivinos;
el que echa atrás a los sabios
y muestra que su saber es ignorancia;
26 pero realiza
la palabra de sus siervos,
cumple el proyecto
de sus mensajeros;
el que dice:
¡Jerusalén, serás habitada;
ciudades de Judá,
serán reconstruidas;
ruinas, las levantaré!;
27 el que dice: Océano, aridece,
secaré tus corrientes;
28 el que dice: Ciro, tú eres mi pastor
y cumplirás todo mi designio;
el que dice: Jerusalén,
serás reconstruida;
templo, serás cimentado.

Investidura de Ciro
(41,1-5; 48,12-19)

45 1 Así dice el Señor
a su ungido, Ciro,
a quien lleva de la mano:
Doblegaré ante él naciones,
desarmaré a los reyes,
abriré ante él las puertas,
los batientes no se le cerrarán.
2 Yo iré delante de ti
allanándote cerros;
haré trizas las puertas de bronce,
arrancaré los cerrojos de hierro,
3 te daré tesoros ocultos,
caudales escondidos.

44,21-23 Redención de Israel. Para quienes se sientan olvidados o rechazados por Dios, y están tentados a cambiarlo, este mensaje es de esperanza y de recuperación de su fe; el mismo Dios que ha creado a cada uno, se ocupa de todos, perdona y rescata.

44,24-28 Yo soy el Señor. De nuevo el tema de la omnipotencia divina; no hay ningún poder que se iguale al de Dios. Babilonia atravesaba una época de esplendor religioso y de proliferación de magos y adivinos, lo cual fue para Israel una tentación permanente.

Nuestra época contemporánea no logra superar esta tendencia. Quizás hace falta una acción más contundente que lleve al pueblo a formarse una conciencia mucho más crítica y menos ingenua. En el versículo 28 encontramos la primera mención explícita de Ciro, rey persa, a pesar de que ya se había hablado de él (41,1-5; 41,25; 42,1-9). Varias veces más se repetirá su nombre (45,1-13; 46,8-13; 48,12-16).

45,1-25 Investidura de Ciro. Ciro, rey persa que no conoce al Señor, es nombrado como «ungido» del Señor. Cuando el Antiguo Testamento habla de unción hace referencia a alguien que era consagrado especialmente para una tarea o una función determinada; así por ejemplo, se unge con el aceite al rey (2 Sm 5,3), a los sacerdotes (Éx 29,7), y a veces a los mismos profetas (1 Re 19,16). En el caso de Ciro se trata de la unción para el ejercicio de la realeza, y la función o la tarea que se deriva de dicha unción es liberar a todos los cautivos que están en Babilonia y en otros lugares del imperio. Es un hecho que la política de Ciro contraste con los dos inmediatos antecesores: los asirios, sanguinarios, aplicaron una política de arrasamiento; los babilonios, aunque también destruían, utilizaron

Así sabrás que yo soy el Señor,
que te llamo por tu nombre,
el Dios de Israel.
4 Por mi siervo, Jacob;
por Israel, mi elegido.
Te llamé por tu nombre,
te di un título,
aunque no me conocías.
5 Yo soy el Señor, y no hay otro;
fuera de mí no hay dios.
Te pongo la insignia,
aunque no me conoces,
6 para que sepan de oriente a occidente
que no hay otro fuera de mí.
Yo soy el Señor, y no hay otro:
7 artífice de la luz,
creador de las tinieblas,
autor de la paz,
creador de la desgracia;
yo, el Señor, hago todo esto.
8 Cielos, destilen el rocío;
nubes, derramen la victoria;
ábrase la tierra y brote la salvación,
y con ella germine la justicia:
yo, el Señor, lo he creado.
9 ¡Ay del que pleitea con su artífice,
vasija contra el alfarero!
¿Acaso dice la arcilla al artesano:
Qué estás haciendo,
tu vasija no tiene asas?
10 ¡Ay del que le dice al padre:
¿Qué engendras?,
o a la mujer: ¿Por qué te retuerces?
11 Así dice el Señor,
el Santo de Israel, su artífice:
Y ustedes, ¿van a pedirme
cuentas de mis hijos?
¿Me van a dar instrucciones
sobre la obra de mis manos?
12 Yo hice la tierra
y creé sobre ella al hombre;
mis propias manos
desplegaron el cielo,
y doy órdenes a su entero ejército.
13 Yo lo he suscitado para la victoria
y allanaré todos sus caminos:
él reconstruirá mi ciudad,
libertará a mis deportados
sin precio ni soborno
–dice el Señor Todopoderoso–.
14 Así dice el Señor:
Los obreros de Egipto,
los mercaderes de Nubia
y los sabeos de alta estatura
a ti pasarán, tuyos serán,
tras de ti marcharán,
desfilarán en cadenas;
se postrarán ante ti y te suplicarán:
Sólo en ti está Dios,
y no hay más dioses.
15 Es verdad:
Tú eres el Dios escondido,
el Dios de Israel, el Salvador.
16 Derrotados, fracasados todos juntos,
se marchan con su fracaso
los fabricantes de ídolos,
17 mientras el Señor salva a Israel
con una salvación perpetua,
y no serán derrotados
ni fracasarán nunca jamás.
18 Así dice el Señor, creador del cielo
–él es Dios–,
el que modeló la tierra,
la fabricó y la afianzó;

---

más la práctica de la deportación de grupos selectos económica, política y culturalmente fuertes, en orden a dejar las distintas colonias desprovistas de dirigentes; los persas, encabezados por Ciro, prefieren dejar a cada habitante en su lugar de origen, en orden a mantener más efectivamente su política de dominación mediante el sistema del tributo. De ahí que entre las primeras acciones de Ciro se cuenta el haber liberado no sólo a los israelitas que permanecían en exilio, sino a otros grupos procedentes de otras naciones.

Es cierto que en el caso de los israelitas parece que hubo cierta consideración y apoyo, incluso económico, para que los cautivos regresaran a su tierra. Pues bien, estos acontecimientos son leídos desde una perspectiva de fe en el Señor y su preocupación por el pueblo que Él se había elegido. Por eso Ciro no actúa en nombre propio; desde la óptica del profeta, es el Señor quien dirige los acontecimientos, valiéndose de todos los medios, incluso de una persona que no le conoce, como Ciro.

Para que no queden dudas sobre el poder único y exclusivo de Dios, encontramos repetidas veces a lo largo de este capítulo expresiones como «Yo soy el Señor, y no hay otro» o «fuera de mí no hay Dios». Esta concepción ya madura del monoteísmo teórico está respaldada por la fe en un único Dios que ha creado, Él solo, cielos y tierra, que ha puesto habitantes en la tierra para confiarles cada obra creada, primero a la humanidad, pero de un modo muy particular a Israel. Esta exclusividad del Señor se pone en contraste con los ídolos y dioses de los demás pueblos (16-25); la diferencia está en que sólo el Dios de Israel es creador, es salvador y sólo su Palabra es verdadera porque no confunde ni extravía.

no la creó vacía,
sino que la formó habitable:
Yo soy el Señor y no hay otro.
19 No hablé a escondidas,
en un país tenebroso;
no dije a la estirpe de Jacob:
Búsquenme en el vacío.
Yo soy el Señor
que pronuncia sentencia
y declara lo que es justo.
20 Reúnanse, vengan,
acérquense juntos,
supervivientes de las naciones:
No discurren los que llevan
su ídolo de madera
y rezan a un dios
que no puede salvar.
21 Declaren, expongan las pruebas,
que deliberen juntos:
¿quién anunció esto desde antiguo,
quién lo predijo desde entonces?
¿No fui yo, el Señor?
No hay otro Dios fuera de mí.
Yo soy un Dios justo y salvador,
y no hay ninguno más.
22 Vengan a mí para ser salvados,
confines de la tierra,
porque yo soy Dios, y no hay otro.
23 Lo juro por mi Nombre,
de mi boca sale una sentencia,
una palabra irrevocable:
Ante mí se doblará toda rodilla,
por mí jurará toda lengua.
24 Dirán: Sólo el Señor
tiene la justicia y el poder.
A él vendrán derrotados
los que se enfurecían contra él,
25 por el Señor triunfará
y se gloriará la estirpe de Israel.

Contra los dioses de Babilonia
(Dn 14)

46 1 Se encorva Bel,
se desploma Nebo;
cargan sus imágenes
sobre bestias y animales de carga,
y las estatuas que les cargan en andas
son una carga abrumadora;
2 a una se encorvan y se desploman:
incapaces de librar al que los lleva,
ellos mismos marchan al destierro.
3 Escúchenme, casa de Jacob,
resto de la casa de Israel,
con quien he cargado
desde que nacieron,
a quien he llevado
desde que salieron de las entrañas:
4 hasta que envejezcan
yo seré el mismo,
hasta las canas yo los sostendré;
yo lo he hecho,
yo los seguiré llevando,
yo los sostendré y los libraré.
5 ¿A quién me compararán,
me igualarán
o me asemejarán?
¿Quién se me puede comparar?
6 Sacan oro de la bolsa
y pesan plata en la balanza;
asalarian un orfebre
que con ello fabrique un dios,
se postran y lo adoran.
7 Se lo cargan a hombros,
lo transportan;
donde lo ponen, allí se queda;
no se mueve de su sitio.
Por mucho que le griten,
no responde,
no los salva del peligro.

Dios, dueño del futuro
(48,1-11)

8 Recuerden esto y medítenlo:
reflexionen, rebeldes,
9 recordando el pasado predicho.
Yo soy Dios, y no hay otro;
no hay otro dios como yo.
10 De antemano yo anuncio el futuro;

46,1-13 Contra los dioses de Babilonia – Dios, dueño del futuro. El poder y la omnipotencia del Señor van a quedar suficientemente confirmados e ilustrados porque los dioses del panteón siro-babilónico: Bel, dios del cielo, y Nebó, dios de la sabiduría, ni siquiera pueden huir por sí mismos para salvarse; deben ser transportados con el resto de pertenencias en animales de cargas (1). Israel no tiene que transportar a su Dios, sino que Dios transporta a su pueblo, lo salva (40,10s). El Señor no ha sido jamás vencido como pudo haber sido el sentimiento del pueblo cuando la caída de Judá. Cada acontecimiento ha sido planeado y dirigido por el mismo Dios (3s). El poder de Dios es incomparable; los dioses babilónicos son hechura humana, no escuchan y, por eso, no pueden responder; no tienen ningún poder y, por eso, no pueden salvar; no padecen las desgracias de los pueblos porque no las conocen ni las han trazado desde antiguo, como el Señor (9.11).

por adelantado,
lo que aún no ha sucedido.
Digo: Mi designio se cumplirá,
mi voluntad la realizo.
11 Llamo al buitre de oriente,
de tierra lejana
al hombre de mi designio.
12 Escúchenme, los valientes,
que se quedan lejos de la victoria:
13 Yo acerco mi victoria,
no está lejos;
mi salvación no tardará;
traeré la salvación a Sión
y mi honor a Israel.

Humillación de Babilonia y de sus magos
(Jr 50s; Ez 28; Ap 18)

47 1 Baja, siéntate en el polvo,
joven Babilonia;
siéntate en tierra, sin trono,
capital de los caldeos,
que ya no te volverán a llamar
blanda y refinada.
2 Agarra un molino, muele harina,
quítate el velo, alza las faldas,
descubre el muslo, cruza los canales,
3 aparezca tu desnudez,
véanse tus vergüenzas.
Tomaré venganza inexorable.
4 Nuestro redentor,
que se llama el Señor Todopoderoso,
el Santo de Israel, dice:
5 Siéntate y calla,
entra en las tinieblas,
capital de los caldeos,
que ya no te llamarán Emperatriz.
6 Airado contra mi pueblo,
profané mi herencia,
la entregué en tus manos:
no tuviste compasión de ellos,
abrumaste con tu yugo a los ancianos,
7 diciéndote:
Seré señora por siempre jamás,
sin considerar esto,
sin pensar en el desenlace.
8 Pero ahora escúchalo,
sedienta de placeres,
que reinabas confiada,
que te decías: Yo y nadie más.
No me quedaré viuda,
no perderé a mis hijos.
9 Las dos cosas te sucederán,
de repente en un solo día:
viuda y sin hijos te verás a la vez,
a pesar de tus muchas brujerías
y del gran poder de tus sortilegios.
10 Tú te sentías segura en tu maldad,
diciéndote: Nadie me ve;
tu sabiduría y tu ciencia
te han trastornado,
mientras pensabas: Yo y nadie más.
11 Porque vendrá sobre ti una desgracia
que no sabrás conjurar,
caerá sobre ti un desastre
del que no te podrás librar;
vendrá sobre ti de repente
una catástrofe que no te imaginabas.
12 Insiste en tus sortilegios,
en tus muchas brujerías,
que han sido tu tarea desde joven;
quizá te aprovechen,
quizá los espantes.
13 Estás harta de consejos:
que se levanten y te salven
los que conjuran el cielo,
los que observan las estrellas,
los que pronostican cada mes
lo que te va a suceder.
14 Míralos convertidos en paja:
el fuego los consume
y no pueden librarse

47,1-15 Humillación de Babilonia y de sus magos. Las ideologías del poder hacen que se crean invencibles los poderosos de turno. Babilonia ostentó por varias décadas el título de «reina de los reinos»; su ascenso al poder no fue por la vía más «santa»; todo lo contrario; y ése es el motivo de su caída. Todo poder fundado sobre la injusticia, la violencia y la muerte está condenado al fracaso por más fuerza y firmeza que aparente. El debilitamiento de Babilonia y el fortalecimiento de los persas hacen sospechar la inminente caída de los caldeos. Esto es visto por el profeta como la hora del Señor, el momento de llamar a juicio. La caída y destrucción de Judá y Jerusalén estaban previstos como un castigo, pero Babilonia se excedió y por eso será también castigada.

Los versículos 13-15 son una sátira contra los magos y adivinos de Babilonia. Es verdad que en Mesopotamia y especialmente en Babilonia había excelentes astrónomos, personas muy diestras en el conocimiento de los astros, pero desafortunadamente utilizaban su conocimiento de una manera poco ortodoxa; otras veces eran manipulados también por los propios poderosos que les pagaban para que auguraran cosas siempre buenas y positivas, con tal de mantener el dominio sobre la conciencia del pueblo.

del poder de las llamas;
ni siquiera son brasas para calentarse
ni hogar para sentarse enfrente.
15 En eso han terminado
aquellos con quienes traficabas,
con quien te atareabas desde joven:
cada uno se pierde por su lado,
y no hay quien te salve.

Pleito con el pueblo
(43,22-28; 50,1-3)

48 1 Escuchen esto, casa de Jacob,
que llevan el nombre de Israel,
y brotan de la semilla de Judá,
que juran por el Nombre del Señor,
e invocan al Dios de Israel,
pero sin verdad ni rectitud,
2 aunque toman nombre
de la Ciudad Santa
y se apoyan en el Dios de Israel,
cuyo nombre es
Señor Todopoderoso.
3 El pasado lo predije de antemano:
de mi boca salió y lo anuncié;
de repente lo realicé y sucedió.
4 Porque sé que eres obstinado,
que tu cuello es una barra de hierro
y tu frente es de bronce;
5 por eso te lo anuncié de antemano,
antes de que sucediera te lo predije,
para que no dijeras:
Mi ídolo lo ha hecho,
mi estatua de leño
o metal lo ha ordenado.
6 Lo oíste; míralo todo,
¿por qué no lo anuncias?,
y ahora te predigo algo nuevo,
secretos que no conoces;
7 ahora son creados, y no antes,
ni de antemano los oíste,
para que no digas: Ya lo sabía.
8 Ni lo habías oído ni lo sabías,
aún no estaba abierta tu oreja;
porque yo sabía lo pérfido que eres,
que desde el vientre de tu madre
te llaman rebelde.
9 Por mi Nombre modero mi cólera,
por mi honor me contengo
para no aniquilarte.
10 Mira,
yo te he refinado como plata,
te he probado
en el crisol de la desgracia;
11 por mí, por mí lo hago:
porque mi Nombre
no ha de ser profanado
y mi gloria no la cedo a nadie.

Misión de Ciro
(41,1-5; 45,1-8)

12 Escúchame, Jacob;
Israel, a quien llamé:
yo soy, yo soy el primero
y yo soy el último.
13 Mi mano cimentó la tierra,
mi diestra desplegó el cielo;
cuando yo los llamo,
se presentan juntos.
14 Reúnanse todos y escuchen:
¿quién de ellos lo ha predicho?
Mi amigo cumplirá mi voluntad
contra Babilonia
y la raza de los caldeos.
15 Yo, yo mismo he hablado
y lo he llamado,
lo he traído
y he dado éxito a su empresa.
16 Acérquense y escuchen esto:
No hago predicciones en secreto,
y cuando sucede, ya estoy yo allí
–y ahora el Señor Dios
me ha enviado con su espíritu–.

48,1-11 Pleito con el pueblo. Como en un pleito, el Señor recuerda a su pueblo por medio del profeta cómo todo lo acontecido y lo que está por acontecer estaba ya anunciado. Se van alternando en este capítulo llamadas de atención y reproches muy fuertes de parte de Dios con promesas de perdón y salvación.

Desde muy temprano, cuando Israel se formó como pueblo, demostró ser obstinado, de dura cerviz (Éx 32,9; Dt 9,13). Ante las propuestas de Dios muchas veces se ha hecho el sordo y el ciego (Is 6,9s); su obstinación y rechazo al Señor le ha acarreado la servidumbre y sometimiento a otros pueblos (Dt 28,48; cfr. Jr 27,8-11). A pesar de que Dios tiene sobradas razones para abandonar a Israel, no lo rechaza (9-11).

48,12-19 Misión de Ciro. Si Israel hubiera sido siempre fiel al Señor... Israel mira su historia pasada cargada de bendiciones y promesas, comenzando por aquellas hechas a Abrahán (Gn 13,16; 15,5 etc.); y no sólo promesas y bendiciones sino también acciones a su favor: liberación de Egipto (Éx 13s); compañía en el desierto (Éx 15s, don de la tierra; etc. Israel únicamente tenía que ser fiel al compromiso de tener solo al Señor por Dios, y mantener el firme propósito de no volver a caer en la experiencia de Egipto. Pero ahí

17 Así dice el Señor,
tu redentor, el Santo de Israel:
Yo, el Señor, tu Dios,
te enseño para tu provecho,
te guío por el camino que sigues.
18 Si hubieras atendido
a mis mandatos,
sería tu paz como un río,
tu justicia como las olas del mar;
19 tu descendencia
sería como la arena,
como sus granos,
los retoños de tus entrañas;
tu nombre no sería aniquilado
ni destruido ante mí.

Salida de Babilonia
(52,11-12; 55,12-13)

20 ¡Salgan de Babilonia,
huyan de los caldeos!
Con gritos de júbilo
anúncienlo y proclámenlo,
publíquenlo hasta el confín de la tierra.
Digan: el Señor ha redimido
a su siervo Jacob.
21 No pasaron sed
cuando los guió por el desierto,
agua de la roca hizo brotar,
partió la roca y brotó agua.

Segundo cántico del siervo:
La misión
(42,1-9; 50,4-11; 52,13–53,12)

49 1 Escúchenme, islas;
presten atención, pueblos lejanos:
Estaba yo en el vientre,
y el Señor me llamó;
en las entrañas maternas,
y pronunció mi nombre.
2 Hizo de mi boca una espada afilada,
me escondió en la sombra de su mano;
me hizo flecha puntiaguda,
me guardó en su aljaba
3 y me dijo:
Tú eres mi siervo –Israel–,
de quien estoy orgulloso.
4 Mientras yo pensaba:
En vano me he cansado,
en viento y en nada
he gastado mis fuerzas;
en realidad mi derecho
lo defendía el Señor,
mi salario lo tenía mi Dios.
5 Y ahora habla el Señor,
que ya en el vientre
me formó siervo suyo,
para que le trajese a Jacob,
para que le reuniese a Israel
–tanto me honró el Señor,
y mi Dios fue mi fuerza–:
6 Es poco que seas mi siervo
y restablezcas las tribus de Jacob
y conviertas
a los supervivientes de Israel;
te hago luz de las naciones,
para que mi salvación alcance
hasta el confín de la tierra.
7 Así dice el Señor,
redentor y Santo de Israel,
al despreciado,
al aborrecido de las naciones,
al esclavo de los tiranos:
Te verán los reyes, y se pondrán de pie;
los príncipes, y se postrarán;
porque el Señor es fiel,
porque el Santo de Israel
te ha elegido.
8 Así dice el Señor:
En tiempo de gracia te he respondido,
en el día de la salvación
te he auxiliado;
te he defendido
y constituido alianza del pueblo;
para restaurar el país,

---

estuvo su fracaso: cuando se dejó tentar siguiendo otros dioses, cuando decidió organizarse como monarquía, cuando prefirió aliarse con otras naciones, demostró que el Señor no le interesaba y por ahí entró el fracaso histórico. Pese a todo, el Señor mantiene su firme intención de liberar y de acabar con sus opresores valiéndose de un extranjero a quien llama «mi amigo» (14).

48,20s Salida de Babilonia. Orden de libertad que se convierte en un cántico de liberación. El Señor rescata a su siervo y tendrá cuidado de que no le falte ni siquiera el agua en su travesía hacia la tierra. Con este anuncio del fin del destierro se cierra prácticamente el tono de los discursos de los capítulos 47s.

49,1-13 Segundo cántico del siervo: La misión. Encontramos el segundo canto del «Siervo del Señor». Algunos comentaristas lo cortan en el versículo 6; otros incluyen los versículos 7-9. Vuelven a resonar algunas ideas del primer cántico (42,1-9), pero insiste en otras nuevas: los versículos 1-4 son la auto-presentación del siervo y su misión; los versículos 5s ratifican la misión de rescatar a Israel, pero considera que es poco

para repartir
las herencias devastadas,
9 para decir a los cautivos: Salgan;
a los que están en tinieblas:
Vengan a la luz;
aun por los caminos pastarán,
tendrán praderas en todas las dunas;
10 no pasarán hambre ni sed,
no les hará daño
el viento ardiente ni el sol;
porque los conduce
el que los compadece
y los guía a manantiales de agua.
11 Convertiré mis montes en caminos
y mis senderos se nivelarán.
12 Miren,
unos vienen de un país remoto;
miren, otros del norte y del occidente,
y aquellos del país de Siene.
13 Grita de alegría, cielo;
alégrate, tierra;
prorrumpan en aclamaciones,
montañas,
porque el Señor consuela a su pueblo
y se compadece
de los desamparados.

Consuelo de Sión
(54; 66,7-14; Bar 4,30–5,9)

14 –Decía Sión:
Me ha abandonado el Señor,
mi dueño me ha olvidado.
15 –¿Puede una madre
olvidarse de su criatura,
dejar de querer
al hijo de sus entrañas?
Pero, aunque ella se olvide,
yo no te olvidaré.
16 Mira, en mis palmas te llevo tatuada,
tus muros están siempre ante mí;
17 los que te construyen
van más aprisa
que los que te destruían,
los que te arrasaban se alejan de ti.
18 Levanta los ojos
a tu alrededor y mira:
todos se reúnen para venir a ti;
por mi vida –oráculo del Señor–,
a todos los llevarás
como vestido precioso,
serán tu cinturón de novia.
19 Porque tus ruinas,
tus escombros, tu país desolado,
resultarán estrechos
para tus habitantes,
mientras se alejarán
los que te devoraban.
20 Los hijos que dabas por perdidos
te dirán otra vez:
Mi lugar es estrecho,
hazme sitio para habitar.
21 –Pero tú te preguntarás:
¿Quién me engendró a éstos?
Yo, sin hijos y estéril,
¿quién los ha criado?
Me habían dejado sola,
¿de dónde vienen éstos?
22 –Esto dice el Señor:
Mira, con la mano
hago seña a las naciones,
alzo mi estandarte para los pueblos:
traerán a tus hijos en brazos,
a tus hijas las llevarán al hombro.
23 Sus reyes serán tus tutores;
sus princesas, tus niñeras;
rostro en tierra te rendirán homenaje,
lamerán el polvo de tus pies,
y sabrás que yo soy el Señor,
que no defraudo a los seres
que esperan en mí.
24 –Pero, ¿se le puede quitar
la presa a un soldado,
se le escapa su prisionero a un tirano?

---

y por eso le confía la tarea de ser luz de las naciones; así la misión del siervo se hace universal. No hay ninguna claridad sobre la identidad real de este personaje que sigue siendo anónimo y misterioso. El hecho es que no en todos los manuscritos aparece tal nombre, que pudo haber sido insertado aquí. Con todo, el siervo sería un colectivo, aunque reducido, encargado de llevar adelante el proyecto salvífico de Dios. Si se identifica al siervo con Israel, no encajan los versículos 5s que claramente designan a un individuo que tiene como tarea hacer volver a Jacob/Israel a Dios.

El versículo 4 es una especie de lamentación que hace notar el aspecto doloroso y fatigante de la misión. Humanamente duele el esfuerzo y la lucha que acarrean las tareas de la evangelización si se les compara con los frutos recogidos; pero, ¿acaso tenemos que ser al mismo tiempo sembradores y cosechadores? (cfr. Jn 4,37).

49,14-26 Consuelo de Sión. Imágenes familiares que manifiestan la ternura de Dios. Con toda validez se puede hablar del rostro materno de Dios; algunos hablan del Padre-Madre Dios. La imagen de la despo-

25 –Esto responde el Señor:
Si a un soldado
le quitan su prisionero
y la presa se le escapa a un tirano,
yo mismo defenderé tu causa,
yo mismo salvaré a tus hijos.
26 Haré a tus opresores
comerse su propia carne,
se embriagarán de su sangre
como de vino;
y sabrá todo el mundo
que yo soy el Señor, tu salvador,
y que tu redentor
es el Fuerte de Jacob.

Pleito con el pueblo
(40,27-31; 41,21-29; 44,6-8)

50 1 Así dice el Señor:
¿Dónde está el acta de divorcio
con que despedí
a la madre de ustedes?
¿O a cuál de mis acreedores
los he vendido?
Miren, por sus culpas
fueron vendidos,
por sus crímenes
fue repudiada su madre.
2 ¿Por qué cuando vengo no hay nadie,
cuando llamo nadie responde?
¿Tan corta es mi mano
que no puede redimir?
¿O es que no tengo fuerza para librar?
Miren: con un bramido seco el mar,
convierto los ríos en desierto;
por falta de agua se pudren sus peces,
muertos de sed.
3 Yo visto el cielo de luto,
lo cubro de sayal.

Tercer cántico del siervo: Sufrimiento y confianza
(42,1-9; 49,1-13; 52,13–53,12)

4 Mi Señor me ha dado
una lengua de discípulo,
para saber decir al abatido
una palabra de aliento.
Cada mañana me despierta el oído,
para que escuche como un discípulo.
5 El Señor me abrió el oído:
yo no me resistí ni me eché atrás:
6 ofrecí la espalda
a los que me apaleaban,
las mejillas
a los que me arrancaban la barba;
no me tapé el rostro ante ultrajes
y salivazos.
7 El Señor me ayuda,
por eso no me acobardaba;
por eso endurecí el rostro como piedra,
sabiendo que no quedaría defraudado.
8 Tengo cerca a mi defensor,
¿quién pleiteará contra mí?
Comparezcamos juntos.
¿Quién tiene algo contra mí?
Que se me acerque.
9 Miren, el Señor me ayuda,
¿quién me condenará?
Miren, todos se gastan como ropa,
los roe la polilla.
10 ¿Quién de ustedes respeta al Señor
y obedece a su siervo?
Aunque camine en tinieblas,
sin un rayo de luz,
que confíe en el Señor
y se apoye en su Dios.
11 Atención, ustedes,
los que atizan el fuego

---

sada del versículo 18 evoca la predicación de Oseas y Jeremías. Muchos israelitas no podían creer que fuera posible liberarse del poder de Babilonia; el profeta garantiza que no tendrán ningún obstáculo para su liberación, pues es Dios mismo quien está por medio para liberarle.

50,1-3 Pleito con el pueblo. Al poner en continuidad con los últimos versículos del capítulo 49 este corto poema, se quiere infundir ánimo y esperanza en quienes todavía no pueden creer en la liberación cercana. Dios no ha rechazado a Israel para siempre, no se trata de un divorcio, sino de una breve separación. Tampoco Dios se comportó como deudor que vende a sus hijos para pagar sus deudas (2; cfr. Éx 21,7; 2 Re 4,1; Neh 5,5; Bar 4,6), los entregó para purificarlos, pero ahora los rescata.

50,4-11 Tercer cántico del siervo: Sufrimiento y confianza. Hay un acento nuevo en este tercer cántico del siervo, y es el de ser discípulo fiel del Señor, formado en la escucha de la Palabra (5), para consolar (4). Su misión es enseñar a todos los que temen al Señor y a todos los que anden extraviados y carentes de claridad (10). Su misión no será fácil; aquí se explicita un poco más el aspecto doloroso de la misión: tendrá que enfrentar incluso la hostilidad y la agresión física; sin embargo, él soportará fielmente (5s), pues espera el triunfo definitivo que Dios mismo le concederá (9-11). Los padecimientos de este siervo tienen algunos aspectos comunes con los padecimientos de Jeremías (Jr 11,18– 12,6), pero también tiene cosas muy distintas: aquí el siervo sufre en silencio, no se lamenta, ni pide venganza contra sus enemigos y perseguidores

y preparan flechas encendidas:
caerán a la hoguera de su fuego,
bajo las flechas que han encendido.
Así los tratará mi mano,
quedarán tendidos en el tormento.

Palabras de consuelo a Jerusalén

51 1 Escúchenme,
los que van tras la justicia,
los que buscan al Señor:
Miren la roca
de la que fueron tallados,
la cantera de donde los extrajeron;
2 miren a Abrahán, su padre;
a Sara, que los dio a luz:
cuando lo llamé, era uno,
pero lo bendije y lo multipliqué.
3 El Señor consuela a Sión,
consuela a sus ruinas:
convertirá su desierto en un edén,
su arenal en paraíso del Señor;
allí habrá gozo y alegría,
con acción de gracias
al son de instrumentos.
4 Hazme caso, pueblo mío;
nación mía, dame oído;
porque de mí sale la ley,
mi mandato es la luz de los pueblos.
5 En un momento
haré llegar mi victoria,
amanecerá
como el día mi salvación,
mi brazo gobernará los pueblos:
me están aguardando las islas,
ponen su esperanza en mi brazo.
6 Levanten los ojos al cielo,
Miren abajo, a la tierra:
el cielo se disipa como humo,
la tierra se gasta como ropa,
sus habitantes mueren
como mosquitos;
pero mi salvación dura por siempre,
mi victoria no tendrá fin.
7 Escúchenme
los entendidos en derecho,
el pueblo que lleva mi ley
en el corazón:
no teman la afrenta de los hombres,
no desmayen por sus ultrajes:
8 Porque la polilla
los roerá como a la ropa,
como los gusanos roen la lana;
pero mi victoria dura por siempre,
mi salvación de edad en edad.
9 ¡Despierta, despierta;
revístete de fuerza, brazo del Señor;
despierta como en los días antiguos,
como en las generaciones pasadas!
¿No eres tú
quien destrozó al monstruo
y traspasó al dragón?
10 ¿No eres tú quien secó el mar
y las aguas del Gran Océano;
el que hizo un camino
por el fondo del mar
para que pasaran los redimidos?
11 Los rescatados del Señor volverán:
vendrán a Sión con cánticos,
en cabeza alegría perpetua,
siguiéndolos gozo y alegría,
pena y aflicción se alejarán.
12 Yo, yo soy tu consolador.
¿Quién eres tú
para temer a un mortal,
a un hombre que será como hierba?
13 Olvidaste al Señor que te hizo,
que desplegó el cielo
y cimentó la tierra.
Y temías sin cesar, todo el día,
la furia del opresor,
cuando se disponía a destruir.

(cfr. Jr 11,20; 15,15), pues sabe que el Señor está de su parte (8s).

51,1-23 Palabras de consuelo a Jerusalén. El largo poema que comprende todo este capítulo va alternando la constatación de los males y la humillación padecida, con el anuncio esperanzador de la liberación cercana. Las promesas de liberación del presente están en conexión con la bendición y promesas hechas a los antepasados. Dios no ha cambiado su opción; los opresores no podrán hacer nada contra los hijos de Abrahán y Sara (2), porque el brazo poderoso de su Dios les protege y les salva como pueblo de su propiedad (16). El profeta incita a su Dios para que comience a actuar ahora como lo hizo antiguamente, instaurando la armonía sobre el caos y destruyendo las fuerzas del mal personificadas en los monstruos mitológicos. En la mentalidad de los profetas, lo que ha sucedido a Judá y a su capital Jerusalén es un castigo, es la «copa de la ira» que Dios mismo había puesto en su mano. Pero ha llegado el momento de retirar el castigo y levantarse; ahora la «copa de la ira» será puesta en manos de Babilonia que también tendrá que purgar sus faltas (23; cfr. Jr 13,13; 25,15-18; 48,26; 49,12), y en general a todos los que han atormentado a Israel (Jr 51,7).

¿Dónde ha quedado
la furia del opresor?
14 Se suelta a toda prisa
el preso encorvado,
no morirá en el calabozo
ni le faltará el pan.
15 Yo, el Señor, tu Dios,
agito el mar, y rugen sus olas:
mi Nombre es Señor Todopoderoso.
16 Puse en tu boca mi Palabra,
te cubrí con la sombra de mi mano;
extiendo el cielo, cimento la tierra,
y digo a Sión: Mi pueblo eres tú.
17 ¡Despiértate, despiértate,
levántate, Jerusalén!,
que bebiste de la mano del Señor
la copa de su ira,
y bebiste hasta el fondo
una copa, un cáliz embriagador.
18 Entre los hijos que engendró,
no hay quien la guíe;
entre los hijos que crió,
no hay quien la lleve de la mano:
19 esos dos males te han sucedido,
¿quién te compadece?;
ruina y destrucción, hambre y espada,
¿quién te consuela?
20 Tus hijos yacen desfallecidos
en las encrucijadas,
como antílope en la red,
repletos de la ira del Señor,
del reproche de tu Dios.
21 Por tanto, escúchalo, desgraciada;
borracha y no de vino.
22 Así dice el Señor, tu Dios,
defensor de su pueblo:
Mira, yo quito de tu mano
la copa del vértigo,
no volverás a beber
del cuenco de mi ira;
23 lo pondré en la mano
de tus verdugos, que te decían:
Dobla el cuello,
que pasemos encima;
y presentaste la espalda como suelo,
como calle para los transeúntes.

Despierta, Sión

52 1 ¡Despierta, despierta,
vístete de tu fuerza, Sión;
vístete el traje de gala,
Jerusalén, Santa Ciudad!,
porque no volverán a entrar en ti
incircuncisos ni impuros.
2 Sacúdete el polvo,
ponte de pie, Jerusalén cautiva;
desátate las correas del cuello,
3 porque así dice el Señor:
por nada fueron vendidos
y sin pagar los rescataré.
4 Porque así dice el Señor:
Al principio mi pueblo bajó a Egipto,
para residir allí como extranjero;
al final, Asur lo oprimió.
5 Pero ahora, ¿qué hago yo aquí?
–oráculo del Señor–.
A mi pueblo se lo llevan por nada,
sus dominadores lanzan aullidos
–oráculo del Señor–
y todo el día sin cesar
desprecian mi Nombre.
6 Por eso mi pueblo
reconocerá mi Nombre,
comprenderá aquel día
que era yo el que hablaba,
y aquí estoy.

El mensajero de paz
(40,1-10; Nah 2,1-3)

7 ¡Qué hermosos son sobre los montes
los pies del mensajero
que anuncia la paz,
que trae la buena nueva,
que pregona la victoria,
que dice a Sión: Ya reina tu Dios!
8 Escucha: tus vigías gritan,
cantan a coro,
porque ven cara a cara
al Señor, que vuelve a Sión.
9 Estallen en gritos de alegría,
ruinas de Jerusalén,
que el Señor consuela a su pueblo,
rescata a Jerusalén.

52,1-6 Despierta, Sión. Llamada a la alegría y a la confianza en que nunca más Jerusalén será profanada. Por unos siglos esta promesa se cumplió hasta la aparición de los griegos (cfr. 1 Mac 1). Con la figura del tráfico de esclavos que podían ser vendidos y rescatados, el profeta anuncia que el Señor no vendió a su pueblo y, por lo tanto, el rescate tampoco tendrá costo alguno. Aquí está en germen el sentido de la gratuidad de la salvación otorgada por Dios.

52,7-12 El mensajero de la paz. Este pasaje sintetiza muy bien todo el llamado «Libro de la Consolación» (40–55): se resaltan las buenas noticias refren-

10 El Señor desnuda su santo brazo
a la vista de todas las naciones,
y verán los confines de la tierra
la victoria de nuestro Dios.
11 ¡Fuera, fuera! Salgan de allí,
no toquen nada impuro.
¡Salgan de ella! ¡Purifíquense,
los que llevan los vasos del Señor!
12 No saldrán apresurados
ni se irán huyendo,
porque al frente de ustedes
marcha el Señor,
y en la retaguardia, el Dios de Israel.

Cuarto cántico del siervo:
Su pasión y gloria
(42,1-9; 49,1-13; 50,4-11; Lam 3; Hch 8,26-40)

13 Miren, mi siervo tendrá éxito,
subirá y crecerá mucho.
14 Como muchos se espantaron de él,
porque desfigurado
no parecía hombre
ni tenía aspecto humano;
15 así asombrará a muchos pueblos;
ante él los reyes cerrarán la boca,
al ver algo que nunca se había visto
y contemplar algo inaudito.

53 1 ¿Quién creyó nuestro anuncio?
¿A quién mostró el Señor su brazo?
2 Creció en su presencia como brote,
como raíz en tierra árida:
no tenía presencia ni belleza
que atrajera nuestras miradas
ni aspecto que nos cautivase.
3 Despreciado y evitado de la gente,
un hombre habituado a sufrir,
curtido en el dolor;
al verlo se tapaban la cara;
despreciado, lo tuvimos por nada;
4 a él,
que soportó nuestros sufrimientos
y cargó con nuestros dolores,
lo tuvimos por un contagiado,
herido de Dios y afligido.
5 Él, en cambio, fue traspasado
por nuestras rebeliones,
triturado por nuestros crímenes.
Sobre él descargó
el castigo que nos sana
y con sus cicatrices
nos hemos sanado.
6 Todos errábamos como ovejas,
cada uno por su lado,
y el Señor cargó sobre él
todos nuestros crímenes.
7 Maltratado,
aguantaba, no abría la boca;
como cordero llevado al matadero,
como oveja muda ante el esquilador,
no abría la boca.
8 Sin arresto, sin proceso,
lo quitaron de en medio,
¿quién meditó en su destino?
Lo arrancaron de la tierra de los vivos,
por los pecados de mi pueblo
lo hirieron.
9 Le dieron sepultura con los malvados
y una tumba con los malhechores,

---

dadas con la liberación de los cautivos. En un mundo plagado de violencia y muerte, los trabajadores del reino tienen la gran tarea de ser también anunciadores y promotores de paz, de justicia y de vida.

52,13–53,12 Cuarto cántico del siervo: Su pasión y gloria. Éste es el cuarto cántico del siervo, donde se explicita mucho más abiertamente el aspecto del sufrimiento sin causa y su victoria final. El asombro de muchos (52,14), consiste en pensar que sus padecimientos son un castigo divino. Los espectadores tendrán que reconocer que ellos son los verdaderos culpables de dichos padecimientos, y que el siervo era inocente. Así, pues, la pasión del siervo tenía como fin la expiación de los pecados de muchos (53,4.6.8.10-12).

Tampoco en este cántico queda aclarada la cuestión de la identidad del siervo. Para muchos sigue siendo un colectivo, el resto fiel de Israel, mientras que para otros se trata de un individuo que soportará en su propia carne las consecuencias de la injusticia y del rechazo a la voluntad de Dios. En ambas realidades, sea colectividad o individuo, es constatable el sufrimiento injusto inflingido por individuos y estructuras que caminan en contra del querer del Señor. Los padecimientos no podrán ser excusa para dejar de denunciar los proyectos de los fuertes y poderosos, siempre con la convicción de que tras el siervo doliente está el Dios de la vida que lo respalda.

Contrasta el origen humilde y miserable del siervo 11,1.10 donde se anuncia con gran gozo el nacimiento del Mesías davídico. Aquí podría estar el posible origen de por lo menos dos corrientes mesiánicas en el judaísmo: la corriente triunfalista, nacionalista y gloriosa, y otra que ve en el siervo desfigurado, maltratado y rechazado al Mesías, cuya misión, con matices universales, cumple desde el anonadamiento (cfr. Flp 2,6-8). Pero también a lo largo de la historia de la Iglesia hasta nuestros días, estos mismos textos han servido para fundamentar corrientes cristológicas que de alguna manera conectan con las tendencias mesiáni-

aunque no había cometido crímenes
ni hubo engaño en su boca.
10 El Señor quería triturarlo
con el sufrimiento:
si entrega su vida como expiación,
verá su descendencia,
prolongará sus años
y por su medio triunfará
el plan del Señor.
11 Por los trabajos soportados
verá la luz, se saciará de saber;
mi siervo inocente
rehabilitará a todos
porque cargó con sus crímenes.
12 Por eso le asignaré
una porción entre los grandes
y repartirá botín con los poderosos:
porque desnudó el cuello para morir
y fue contado entre los pecadores,
él cargó con el pecado de todos
e intercedió por los pecadores.

Fecundidad de la estéril
(49,14-26; 62,1-9; 66,7)

54 1 Canta de gozo, la estéril
que no dabas a luz;
rompe a cantar de júbilo,
la que no tenías dolores;
porque la abandonada
tendrá más hijos
que la casada –dice el Señor–.
2 Ensancha el espacio de tu tienda,
despliega sin miedo tus lonas,
alarga tus cuerdas,
clava bien tus estacas;
3 porque te extenderás
a derecha e izquierda,
tu descendencia heredará naciones
y poblará ciudades desiertas.
4 No temas,
no tendrás que avergonzarte,
no te sonrojes, no te afrentarán;
olvidarás la vergüenza de tu soltería,
ya no recordarás
el desprecio de tu viudez.
5 Porque el que te hizo
te toma por esposa:
su Nombre es Señor Todopoderoso.
Tu redentor es el Santo de Israel,
se llama Dios de toda la tierra.
6 Como a mujer abandonada y abatida
te vuelve a llamar el Señor;
como a esposa de juventud,
repudiada –dice tu Dios–.
7 Por un instante te abandoné,
pero con gran cariño te recogeré.
8 En un arrebato de ira
te escondí un instante mi rostro,
pero con lealtad eterna te quiero
–dice el Señor, tu redentor–.
9 Me sucede como en tiempo de Noé:
juré que las aguas del diluvio
no volverían a cubrir la tierra;
así juro no enojarme contra ti
ni reprocharte.
10 Aunque se retiren los montes
y vacilen las colinas,
no te retiraré mi lealtad
ni mi alianza de paz vacilará
–dice el Señor, que te quiere–.

Reconstrucción de Jerusalén
(60,10-18; Bar 4,30–5,9)

11 ¡Oh afligida, zarandeada,
desconsolada!

---

cas judías (cfr. el diálogo de los discípulos de Emaús con el tercer peregrino, Lc 24,13-31).

En 53,11 el Señor toma la palabra para explicar la finalidad de los padecimientos del siervo: no son sus propias faltas las que lo han hecho padecer, pues él era justo (9b), sino los crímenes y abominaciones de la multitud. Su sacrificio, entonces, tiene el carácter de intercesión y de rescate, por eso justificará a muchos.

54,1-10 Fecundidad de la estéril. Los sufrimientos y humillaciones del pueblo personificado en Sión van a dar sus frutos. Nadie esperaría que una nación reducida a servidumbre pudiera reconquistar siquiera su nombre. El profeta describe los tiempos cercanos, llenos de gozo y de felicidad, semejantes al gozo y a la alegría que siente la mujer que era estéril y despreciada y que ahora es fecunda y de nuevo acogida (cfr. 1Sa 2,5; Sal 113,9). Otra imagen también familiar para el pueblo era la de la mujer repudiada y de nuevo acogida como esposa. Oseas había utilizado en su tiempo la misma figura (Os 1,16s). Dios promete amor eterno; y no es que quiera reiniciar, en sentido estricto, esta relación con su pueblo, Él jamás lo ha abandonado, su aparente ocultamiento fue sólo un instante (7). El pueblo puede estar seguro y confiado del amor perpetuo de su Dios (cfr. Dt 4,37; 10,15; Jr 31,2; Miq 1,2), sobre todo porque es un amor gratuito. Dios no se «enamoró» de Israel porque fuera una nación «buena» y «santa», sino porque era un pueblo esclavizado que ni siquiera le conocía (cfr. Dt 7,7s); mas cuando le conoció, tampoco fue un modelo de santidad ni fidelidad. Ahí radica precisamente la gratuidad del amor divino: Dios ama sin méritos suficientes.

Mira, yo mismo te coloco
piedras de azabache,
te cimento con zafiros,
12 te pongo almenas de rubí,
y puertas de esmeralda,
y muralla de piedras preciosas.
13 Tus hijos serán discípulos del Señor,
tendrán gran paz tus hijos.
14 Tendrás firme asiento en la justicia;
quedará lejos la opresión,
y no tendrás que temer,
y el terror, que no se te acercará.
15 Si alguno te asedia,
no es de parte mía;
si lucha contigo, caerá frente a ti.
16 Yo he creado al herrero
que aviva las brasas
y saca una herramienta,
y yo he creado
al devastador funesto:
17 ningún arma forjada contra ti
dará resultado;
y a la lengua que te acuse en juicio
le probarás que es culpable.
Ésta es la herencia
de los siervos del Señor,
yo soy su vengador
–oráculo del Señor–.

Alianza del Señor
(2 Sm 7; Sal 89)

55 1 ¡Atención, sedientos!,
vengan por agua,
también los que no tienen dinero:
vengan, compren trigo,
coman sin pagar,
vino y leche gratis.
2 ¿Por qué gastan dinero
en lo que no alimenta?,
¿y el salario
en lo que no deja satisfecho?
Escúchenme atentos,
y comerán bien,
se deleitarán con platos sustanciosos.
3 Presten atención y vengan a mí,
escúchenme y vivirán.
Sellaré con ustedes alianza perpetua,
la promesa que aseguré a David:
4 a él lo hice mi testigo
para los pueblos,
caudillo y soberano de naciones;
5 tú llamarás a un pueblo desconocido,
un pueblo que no te conocía
correrá hacia ti:
por el Señor, tu Dios;
por el Santo de Israel, que te honra.

La Palabra del Señor
(40,6-8)

6 Busquen al Señor
mientras se deje encontrar,
llámenlo mientras esté cerca;
7 que el malvado abandone su camino
y el criminal sus planes;
que regrese al Señor,
y él tendrá piedad;
a nuestro Dios,
que es rico en perdón.

54,11-17 Reconstrucción de Jerusalén. La nueva Jerusalén: no hay más de dos o tres alusiones a la parte física o material de la nueva ciudad: las murallas, las torres o atalayas y las puertas (12), lo esencial para hablar de ciudad en el Antiguo Testamento; el resto del pasaje apunta a la verdadera ciudad que se debe fundamentar en la justicia (14). Lo cual sólo será posible manteniendo lejos la opresión (14). Es de notar que al Segundo Isaías no le preocupa tanto el tema del templo, como a Ezequiel, también profeta del exilio, que llega a describirlo hasta el detalle (cfr. Ez 40–48). Isaías mantiene su empeño en vaticinar una ciudad futura, cuyos cimientos sean la justicia y el derecho, únicos capaces de repeler cualquier amenaza (17).

55,1-5 Alianza del Señor. Otra característica de la nueva época que inaugurará el retorno de Israel será la participación justa y equitativa en los dones de la creación. Si Israel comenzó a fallar cuando le dio la espalda al proyecto de la igualdad aun a sabiendas de lo que le sobrevendría (cf.1Sa 8,1-20), justo es empezar por ahí su restauración, recuperando el proyecto de la justicia, de la igualdad y la oportunidad para todos, al punto de considerarse como el inicio de una nueva alianza (3; cfr. Jr 31,3s).

La evocación de las promesas hechas a David (3), suenan aquí un poco extrañas; primero porque al Segundo Isaías jamás le interesó la idea de restaurar la monarquía para Israel, y segundo, porque estamos en una época en la cual la estirpe de David ha perdido el poder. Se podría tratar de la intuición del profeta de que aquellas promesas davídicas ahora abarcan no una familia, sino a todo el pueblo, que tendrá como encargo ser luz de otras naciones, derramar los bienes del Señor sobre los demás pueblos.

55,6-11 La Palabra del Señor. La Palabra de Dios es viva, capaz de fecundar, engendrar y generar vida. Y la fidelidad del creyente se mide exactamente desde ese criterio. ¡Qué gran actualidad recobra hoy este pasaje, en una era especialmente inundada por tanta palabra que poco a poco intenta asfixiar la Palabra! ¿Cuál es la tarea del creyente? Ser creyente y servidor de la Palabra. Pero, ¿cómo?

8 Mis planes no son sus planes,
sus caminos no son mis caminos
–oráculo del Señor–.
9 Como el cielo está
por encima de la tierra,
mis caminos están
por encima de los suyos
y mis planes de sus planes.
10 Como bajan la lluvia
y la nieve del cielo,
y no vuelven allá,
sino que empapan la tierra,
la fecundan y la hacen germinar,
para que dé semilla al sembrador
y pan para comer,
11 así será mi Palabra,
que sale de mi boca:
no volverá a mí vacía,
sino que hará mi voluntad
y cumplirá mi encargo.

Epílogo: Salida de Babilonia
(48,20-22; 52,11-12)

12 Saldrán con alegría,
los llevarán seguros:
montes y colinas
romperán a cantar ante ustedes
y aplaudirán los árboles silvestres.
13 En vez de espinos, crecerá el ciprés;
en vez de ortigas, el arrayán:
serán el renombre del Señor
y monumento perpetuo,
indestructible.

ISAÍAS III
(Tritoisaías)

Contexto y autores de la tercera parte del libro. Al volver del destierro y no cumplirse las maravillosas promesas del profeta (40–55), sucede el desencanto, decae la fidelidad al Señor; se forman y se consolidan grupos opuestos de conservadores realistas o exclusivistas y de idealistas ilusionados.

Al «tritoisaías» tocará mantener vivas las esperanzas. Comparando los diversos oráculos de esta última parte del libro de Isaías, se observan claras tensiones entre la preocupación presente y la esperanza futura, la denuncia de delitos y los mensajes de aliento, el desencanto presente y la expectación mesiánica, la apertura a los extranjeros y la condena sin matices. La proyección escatológica cobra fuerza y se afirma al final, como sucesora de la profecía. Pasa a segundo plano el tema del éxodo y ocupa el primer plano la futura Jerusalén, la ciudad transfigurada por el cumplimiento de las promesas.

Asignar el bloque de los capítulos 56–66 a un Isaías III o Tritoisaías fue durante mucho tiempo opinión difundida, abandonada ya. Hoy se piensa que forman una colección de oráculos heterogéneos. Indudablemente muchos fragmentos continúan el estilo del maestro: poca construcción, amplitud al desarrollar, imágenes visionarias.

Fin del exclusivismo
(Hch 8,26-40)

56 1 Así dice el Señor:
Observen el derecho,
practiquen la justicia,
que mi salvación está para llegar
y se va a revelar mi victoria.
2 Dichoso el hombre que obra así,
dichoso el mortal
que persevera en ello,
que guarda el sábado
sin profanarlo
y guarda su mano
de hacer cualquier mal.

55,12s Epílogo: salida de Babilonia. Estos dos versículos finales concluyen todo el llamado «Libro de la Consolación», dejando en la mente de los oyentes las imágenes del retorno o del nuevo Éxodo (cfr. 43,19; 44,3s).

56,1-8 Fin del exclusivismo. En consonancia con el mensaje final del Libro de la Consolación –la escucha de la Palabra–, esta parte se abre con la llamada a poner en práctica esa Palabra; esto es, velando porque se practique la equidad y la justicia (cfr. 58,5-7).

3 No diga el extranjero
que se ha unido al Señor:
El Señor me excluirá de su pueblo.
No diga el eunuco:
Yo soy un árbol seco.
4 Porque así dice el Señor:
A los eunucos
que guarden mis sábados,
que escojan lo que me agrada
y perseveren en mi alianza,
5 les daré en mi casa y en mis murallas
un monumento y un nombre
mejores que hijos e hijas;
nombre eterno les daré
que no se extinguirá.
6 A los extranjeros que se hayan unido
al Señor, para servirlo,
para amar al Señor
y ser sus servidores,
que guarden el sábado sin
profanarlo
y perseveren en mi alianza,
7 los traeré a mi Monte Santo,
los alegraré en mi casa de oración;
aceptaré sobre mi altar
sus holocaustos y sacrificios;
porque mi casa es casa de oración,
y a mi casa la llamarán
todos los pueblos Casa de Oración.
8 Oráculo del Señor,
que reúne a los dispersos de Israel,
y reunirá otros a los ya reunidos.

Perros mudos

9 Fieras salvajes, vengan a comer;
fieras todas de la selva:
10 que los guardianes están ciegos
y no se dan cuenta de nada,
son perros mudos incapaces de ladrar,
vigilantes tumbados,
amigos de dormir,
11 son perros
con un hambre insaciable,
son pastores
incapaces de comprender;
cada cual va por su camino
y a su ganancia, sin excepción.
12 ¡Vengan! Voy a buscar vino,
emborrachémonos de licor;
y mañana lo mismo que hoy,
hay provisión abundante.

57 1 Perece el inocente,
y nadie hace caso;
se llevan a los hombres fieles,
y nadie comprende que ante la maldad
se llevan al inocente,
2 para que entre en la paz
y descanse en su lecho
el que procedía con sinceridad.

Idolatría
(65,1-7; Ez 16)

3 Acérquense ustedes, hijos de bruja,
raza de un adúltero y una prostituta:
4 ¿de quién se burlan abriendo la boca
y sacando la lengua?
¿No son ustedes hijos ilegítimos,
una raza bastarda?
5 Ustedes que arden de lujuria
entre los robles,
bajo cualquier árbol frondoso;

Encontramos una bienaventuranza: dichoso, feliz, bienaventurado el que practica la justicia (cfr. Mt 5,10). Aquí no se refiere exclusivamente a los hijos de Israel, el texto original dice «Bienaventurado el ben-Adám»: el hijo de Adán que haga estas cosas... Esto es importante porque se comienza a registrar la evolución del pensamiento religioso judío hacia la paternidad universal de Dios, que tendrá su culmen en el Nuevo Testamento con Jesús, y luego con la comunidad primitiva (Hch 10,34). Dios es Padre de todos porque Él es justo; y lo que nos hace a todos hermanos es la práctica de la justicia. El judaísmo, que comienza a configurarse como tal sólo después del exilio, enfrenta la duda de quiénes pueden o no pertenecer al pueblo judío.

Los versículos 3-8 son la posición del profeta, muy clara. Sin embargo, el ala más «ortodoxa» del judaísmo se ha encargado de cerrar cada vez más esta apertura del amor de Dios. Jesús retomará la línea profética (cfr Jn 4; 20.23), y en Él desaparecerá cualquier forma de acepción de personas (Hch 10,34; Gál 3,28).

56,9–57,2 Perros mudos. Si este oráculo no es anterior al destierro, sus motivos sí parecen serlo. El profeta ataca fuertemente la ineptitud de los que han guiado a Israel, comparándolos con los perros guardianes que se dejan llevar por la molicie y la pereza. Este tema de los malos guías es muy común en los profetas (cfr. Jr 2,8.26s; 5,4-5.31; 10,21-23; 23,1s; Ez 8,11-13); Jesús los llamará también guías ciegos (Mt 23,16-24), y salteadores y bandidos (Jn 10,1s).

57,3-13 Idolatría. Al parecer este oráculo, como el anterior, podría ubicarse en la época anterior al destierro, pues recrea el ambiente contra el cual se habría pronunciado Jeremías (Jr 2). Sin embargo, aparece aquí porque probablemente las prácticas idolátricas y

que inmolan niños junto a los arroyos
y entre las grietas de las rocas.
6ac Las piedras lisas del arroyo
serán tu herencia,
ellas te tocarán en suerte:
en su honor derramabas libaciones
y ofrecías sacrificios.
7 Sobre un monte alto y elevado
colocabas tu cama;
allá subías a ofrecer sacrificios.
6d ¿Podrá eso aplacarme?
8 Detrás de los postes de la puerta
colocabas tu amuleto;
te olvidabas de mí, te desnudabas,
subías al lecho y hacías sitio;
hacías trato con tus amantes,
con los que te gustaba acostarte;
mirando su desnudez,
fornicabas con ellos sin cesar.
9 Ibas a Moloc con ungüento,
prodigando perfumes;
despachabas lejos a tus mensajeros,
los hacías bajar hasta el abismo.
10 Te cansabas de tanto caminar,
pero no decías es inútil,
recobrabas fuerzas y no desfallecías.
11 ¿Quién te asustaba,
a quién temías para negarme
y no acordarte de mí ni pensar en mí?
¿No es que yo callaba y disimulaba,
y por eso no me temías?
12 Pero yo te denunciaré,
tu justicia y tus obras no te servirán;
13 tus ídolos ni te librarán cuando grites,
a todos los barrerá el viento,
un soplo los arrebatará.
Pero el que se refugia en mí,
heredará el país
y poseerá mi Monte Santo.

Consuelo
(63,10-12)

14 Abran paso, abran paso,
despejen el camino,
quiten todo tropiezo
del camino de mi pueblo,
15 porque así dice el Alto y Excelso,
Morador eterno,
cuyo Nombre es Santo:
Yo habito en la altura sagrada,
pero estoy con los de espíritu
humilde y arrepentido,
para reanimar a los humildes,
para reanimar el corazón arrepentido.
16 No estaré recriminando siempre
ni me irritaré constantemente,
porque entonces
sucumbirían ante mí el espíritu
y el aliento que yo he creado.
17 Por su delito me irrité un momento,
lo herí y me oculté irritado,
él se apartó y siguió por su camino.
18 Yo vi su conducta, pero lo sanaré,
lo guiaré, lo llenaré de consuelos;
y a los que hacen duelo por él,
19 les haré brotar
en los labios este canto:
Paz al lejano, paz al cercano
–dice el Señor–, y lo sanaré.
20 Los malvados
son como el mar agitado,
que no pueden calmarse:
sus aguas remueven fango y barro.
21 No hay paz para los malvados
–dice mi Dios–.

El ayuno
(1,10-20; Zac 7)

58 1 Grita con fuerte voz,
no te contengas,
alza la voz como una trompeta,
denuncia a mi pueblo sus delitos,
a la casa de Jacob sus pecados.
2 Consultan mi oráculo a diario,
muestran deseo
de conocer mi camino
como si fueran un pueblo
que practicara la justicia
y no abandonase
el mandato de su Dios.
Me piden sentencias justas,
desean tener cerca a Dios.

---

ritos mágicos, hechicería, adivinación, astrología, volvieron a aparecer en el postexilio, lo mismo que esporádicos sacrificios de niños (5), y ritos orgiásticos (7s). El problema de todos estos artificios es que ocultan o distraen la perfecta unión con el Señor, poniendo los atributos divinos en el mismo plano de la charlatanería y del comercio religioso.

57,14-21 Consuelo. De nuevo se presenta el Señor compadecido por su pueblo y, en especial por quienes han sufrido la humillación al extremo. Es con ellos, con los más débiles y despreciados, con los que ejecuta sus planes. (cfr. Sof 2,3s).

58,1-12 El ayuno. La justicia que juega un papel determinante en el pensamiento deuteronomista, re-

3 ¿Para qué ayunar, si no haces caso?
¿Mortificarnos, si tú no te fijas?
Miren: el día de ayuno
buscan su propio interés,
y maltratan a sus servidores;
4 miren:
ayunan entre peleas y disputas,
dando puñetazos sin piedad.
No ayunen como ahora,
haciendo oír en el cielo sus voces.
5 ¿Es ése el ayuno que el Señor desea,
el día en que el hombre se mortifica?
Doblar la cabeza como un junco,
acostarse sobre estera y ceniza,
¿a eso lo llaman ayuno,
día agradable al Señor?
6 El ayuno que yo quiero es éste:
abrir las prisiones injustas,
hacer saltar los cerrojos de los cepos,
dejar libres a los oprimidos,
romper todos los cepos;
7 compartir tu pan con el hambriento,
hospedar a los pobres sin techo,
vestir al que ves desnudo
y no despreocuparte de tu hermano.
8 Entonces brillará
tu luz como la aurora,
tus heridas sanarán rápidamente;
tu justicia te abrirá camino,
detrás irá la gloria del Señor.
9 Entonces llamarás al Señor,
y te responderá;
pedirás auxilio, y te dirá: Aquí estoy.
Si destierras de ti toda opresión,
y el señalar con el dedo,
y la palabra maligna;
10 si das tu pan al hambriento
y sacias el estómago del necesitado,
surgirá tu luz en las tinieblas,
tu oscuridad se volverá mediodía.
11 El Señor te guiará siempre,
en el desierto saciará tu hambre,
hará fuertes tus huesos,
serás un huerto bien regado,
un manantial de aguas
cuyas aguas nunca se agotan,
12 reconstruirás viejas ruinas,
levantarás
sobre los cimientos antiguos;
te llamarán reparador de brechas,
restaurador de casas en ruinas.

El sábado
(Jr 17,19-27)

13 Si detienes tus pies el sábado,
y no haces negocios en mi día santo;
si llamas al sábado tu delicia,
y honras el día consagrado al Señor;
si lo honras absteniéndote de viajes,
de buscar tu interés,
de tratar tus negocios,
14 entonces el Señor será tu delicia.
Te haré cabalgar
sobre las alturas de la tierra,
te alimentaré con la herencia
de tu padre Jacob
–ha hablado la boca del Señor–.

LITURGIA PENITENCIAL

El pecado, obstáculo a la salvación
(1,10-20; Jr 2)

59 1 Mira, la mano del Señor
no se queda corta para salvar
ni es duro de oído para oír;
2 son las culpas de ustedes
las que se interponen
entre ustedes y su Dios;
son sus pecados
los que les ocultan su rostro,
e impiden que los oiga;
3 pues las manos de ustedes

---

presentada también por los profetas, no puede quedar oculta ni siquiera por las más extraordinarias prácticas religiosas, ya que estas últimas corren el riesgo de volverse mecánicas y externas. Este oráculo está, pues, en línea con la exigencia de la interiorización de las prácticas religiosas: si éstas no salen del corazón y sobre todo como fruto de una verdadera justicia, se convierten en abominación para Dios. El meollo del oráculo lo encontramos en los versículos 5-7.

Los versículos 8-12 enumeran detalladamente los frutos que produce la práctica de la justicia. El creyente debe recurrir con frecuencia a este tipo de mensajes para examinar la calidad de su vida humana y cristiana.

58,13s El sábado. Según algunos biblistas, estos versículos parecen ser un añadido al oráculo anterior. Sobre la institución del sábado, véase Éx 20,8-11; y sobre el respeto al sábado, Is 56,2; Jr 17,19-27.

59,1-15a El pecado, obstáculo a la salvación. En continuidad con el capítulo anterior encontramos aquí una especie de liturgia penitencial que se de-

están manchadas de sangre,
sus dedos, de crímenes;
sus labios dicen mentiras,
sus lenguas susurran maldades.
4 No hay quien invoque la justicia
ni quien vaya a juicio con sinceridad;
se apoyan en la mentira,
afirman la falsedad,
conciben el crimen
y dan a luz la maldad.
5 Incuban huevos de serpiente
y tejen telarañas:
quien coma esos huevos morirá;
si se rompen, salen víboras.
6 Sus telas no sirven para vestidos;
son tejidos que no pueden cubrir.
Sus obras son obras criminales,
sus manos ejecutan la violencia.
7 Sus pies corren hacia el mal,
tienen prisa por derramar
sangre inocente;
sus planes son planes criminales,
destrozos y ruinas dejan a su paso.
8 No conocen el camino de la paz,
no existe el derecho en sus senderos,
se abren sendas torcidas;
quien las sigue, no conoce la paz.
9 Por eso está lejos de nosotros
el derecho
y no nos alcanza la justicia:
esperamos la luz, y vienen tinieblas;
claridad, y caminamos a oscuras.
10 Como ciegos
vamos palpando la pared,
andamos a tientas
como gente sin vista;
en pleno día tropezamos
como al anochecer,
en pleno vigor
estamos como los muertos.
11 Gruñimos todos igual que osos
y nos quejamos como palomas.
Esperamos en el derecho, pero nada;
en la salvación,
y está lejos de nosotros.
12 Porque nuestros crímenes
contra ti son muchos,
y nuestros pecados nos acusan;
tenemos presentes
nuestros crímenes
y reconocemos nuestras culpas:
13 rebelarnos y negar al Señor,
volver la espalda a nuestro Dios,
hablar de opresión y revuelta,
planear por dentro engaños;
14 y así se tuerce el derecho
y la justicia se queda lejos,
porque en la plaza
tropieza la honradez,
y a la sinceridad no la dejan entrar;
15 la lealtad está ausente,
y despojan a quien evita el mal.

Interviene el Señor

El Señor contempla disgustado
que ya no existe la justicia.
16 Ve que no hay nadie,
se extraña de que nadie intervenga.
Entonces su brazo le dio la victoria,
y su justicia lo mantuvo:
17 por coraza se puso la justicia
y por casco la salvación;
por traje se vistió la venganza
y por manto
se envolvió en la indignación.
18 A cada uno va a pagar
lo que merece:
a su enemigo, furia;
a su adversario, castigo.
19 Los de occidente temerán al Señor,
los de oriente respetarán su gloria;
porque vendrá
como río encajonado,
empujado por el soplo del Señor.
20 Pero a Sión vendrá un Redentor
para alejar los crímenes de Jacob
–oráculo del Señor–.

Oráculo de salvación
(Jr 31,31-33)

21 Por mi parte, dice el Señor,

---

sarrolla en forma de diálogo entre dos coros. La idea central es que la salvación prometida tarda en realizarse, pero eso no es un capricho de Dios, sino consecuencia del pecado humano (1s).

Los versículos 3-8 presentan el motivo del acto penitencial. El pueblo tiene que reconocer humildemente sus culpas (9-15).

59,15b-20 Interviene el Señor. La intervención del Señor, aunque se describe con la imagen de un guerrero, no tiene como finalidad destruir, sino salvar y restituir el orden perdido por la irresponsabilidad humana.

59,21 Oráculo de salvación. Promesa de la perpetuidad de la Alianza con Israel. Dicha perpetuidad

ésta es mi alianza con ellos:
el Espíritu mío, que te envié;
las Palabras mías,
que puse en tu boca,
no se caerán de tu boca,
ni de la boca de tus hijos,
ni de la boca de tus nietos,
nunca jamás –lo ha dicho el Señor–.

La luz de la nueva Jerusalén
(Ap 21,10-14.23-25)

60 1 ¡Levántate, brilla,
que llega tu luz;
la gloria del Señor amanece sobre ti!
2 Mira: las tinieblas cubren la tierra,
la oscuridad los pueblos;
pero sobre ti amanecerá el Señor,
su gloria aparecerá sobre ti;
3 y acudirán los pueblos a tu luz,
los reyes al resplandor de tu aurora.
4 Echa una mirada
a tu alrededor y observa:
todos ésos se han reunido,
vienen a ti;
tus hijos llegan de lejos,
a tus hijas las traen en brazos.
5 Entonces lo verás,
radiante de alegría;
tu corazón se asombrará,
se ensanchará,
cuando vuelquen sobre ti
los tesoros del mar
y te traigan
las riquezas de los pueblos.
6 Te inundará
una multitud de camellos,
de dromedarios de Madián y de Efá.
Vienen todos de Sabá,
trayendo incienso y oro
y proclamando
las alabanzas del Señor.
7 Reunirá para ti los rebaños de Cadar
y los carneros de Nebayot
estarán a tu servicio;
subirán a mi altar
como víctimas gratas
y honraré mi noble casa.
8 ¿Quiénes son ésos
que vuelan como nubes
y como palomas al palomar?
9 Son navíos que acuden a mí,
en primera línea las naves de Tarsis,
trayendo a tus hijos de lejos,
y con ellos su plata y su oro,
por la fama del Señor, tu Dios,
del Santo de Israel, que así te honra.

Homenaje de los pueblos
(49,14-26; 54,11-17)

10 Extranjeros
reconstruirán tus murallas
y sus reyes te servirán;
si te herí con ira,
con amor te compadezco.
11 Tus puertas
estarán siempre abiertas,
ni de día ni de noche se cerrarán:
para traerte
las riquezas de los pueblos
con sus reyes desfilando.
12 El pueblo y el rey
que no se te sometan, perecerán;
las naciones serán arrasadas.
13 Vendrá a ti el orgullo del Líbano,
con el ciprés y el abeto y el pino,
para adornar el lugar de mi santuario
y ennoblecer el lugar
donde se posan mis pies.

---

consiste en la presencia siempre viva y actuante del Espíritu que se manifiesta –y se manifestará– a través de la Palabra (cfr. 40,7s; 51,16; 61,1; Jr 1,9).

60,1-9 La luz de la nueva Jerusalén. Desde este capítulo –y hasta el 62– encontramos una sucesión de imágenes que describen el esplendor y el gozo de Jerusalén, que de nuevo está habitada por quienes habían sido desterrados. Hay quienes atribuyen estos poemas al Segundo Isaías de los capítulos 40–55 o por lo menos a un fiel discípulo suyo que asimiló muy bien su estilo. Sobresale el aspecto de la luz como símbolo de salvación y del amanecer como una nueva época, nueva etapa en la historia.

El versículo 5 evoca el tráfico comercial tan común en Canaán. De hecho Canaán era camino obligado de todas las caravanas que se dirigían de norte a sur y de sur a norte. El profeta pone como destino final de todo ese tráfico la nueva Jerusalén.

60,10-18 Homenaje de los pueblos. Se alude a Jerusalén destruida y desolada por los babilonios. Hay que tener en cuenta que Jerusalén era llamada también «Ciudad del Señor». La convicción religiosa era que el Señor en persona la cuidaba y la defendía. Esta convicción se había afianzado más a partir del 701 a.C., cuando estuvo a punto de caer en manos de Senaquerib, rey asirio. La suerte no fue igual en 587 a.C., cuando Nabucodonosor, rey babilonio, la asalta, saquea el templo y toma prisioneros a lo más selecto

14 Los hijos de tus opresores
vendrán a ti encorvados,
y los que te despreciaban
se postrarán a tus pies;
te llamarán Ciudad del Señor,
Sión del Santo de Israel.

15 Estuviste abandonada, aborrecida,
sin un transeúnte,
pero te haré el orgullo de los siglos,
la delicia de todas las edades.

16 Mamarás la leche de los pueblos,
mamarás al pecho de reyes;
y sabrás que yo,
el Señor, soy tu salvador,
que el Fuerte de Jacob
es tu redentor.

17 En lugar de bronce, te traeré oro;
en lugar de hierro, te traeré plata;
en lugar de madera, bronce,
y en lugar de piedra, hierro;
te daré por magistrado la paz,
y por gobernador, la justicia.

18 No se oirá más en tu tierra
¡Violencia!,
ni dentro de tus fronteras
¡Ruina, destrucción!;
tu muralla se llamará Salvación,
y tus puertas, Alabanza.

Luz perpetua
(Zac 14,6s; Ap 21,23; 22,5)

19 Ya no será el sol tu luz en el día,
ni te alumbrará la claridad de la luna;
será el Señor tu luz perpetua,
y tu Dios será tu esplendor;
20 tu sol ya no se pondrá
ni desaparecerá tu luna,
porque el Señor será tu luz perpetua
y se habrán acabado
los días de tu luto.
21 En tu pueblo todos serán justos
y poseerán por siempre la tierra:
es el brote que yo he plantado,
la obra de mis manos, para gloria mía.
22 El pequeño crecerá hasta mil,
y el menor se hará pueblo numeroso:
yo soy el Señor
y haré que pronto suceda.

Misión del profeta
(42,1-4; Lc 4,18s)

61 1 El Espíritu del Señor
está sobre mí,
porque el Señor me ha ungido.
Me ha enviado para dar
una buena noticia a los que sufren,
para vendar los corazones desgarrados,
para proclamar
la liberación a los cautivos
y a los prisioneros la libertad,

---

de la sociedad judía para llevarlos cautivos a Babilonia. Los sentimientos religiosos debieron ser demasiado tristes y sombríos. Con este trasfondo podemos entender, entonces, las palabras de consuelo y las promesas de restauración de la ciudad y del templo; todo un cambio de situación. Quienes vinieron a humillar a la ciudad y a sus habitantes, volverán algún día a rendirle tributo.

60,19-22 Luz perpetua. En el Antiguo Testamento la luz es símbolo de salvación, pero entendida esa salvación como la presencia activa de Dios en medio del pueblo. Por eso aquí esa luz se confunde con Dios mismo, quien estando en medio del pueblo, transformará la realidad de luto y muerte en luz y sanas relaciones entre todos. Nótese que se alude a realidades muy tangibles y humanas para describir esa nueva realidad salvífica: la posesión perpetua de la tierra como respuesta a una situación de invasión y desplazamiento del territorio propio; y, el amejoramiento de unas relaciones éticas basadas en la honradez y la justicia (21), realidades que garantizan una larga vida que se transmite de generación en generación (22). No es posible aspirar a una realidad marcada por la salvación sin un espacio concreto y una intención firme de mejorar nuestras relaciones éticas y de justicia con respecto a los demás.

61,1-3 Misión del profeta. El profeta anuncia que ha sido ungido y enviado por el Señor para portar la Buena Noticia a su pueblo. Los términos de esta Buena Noticia son, en primer lugar, la consolación (1-3), la reconstrucción (4) y un cambio total de la situación (5-7). Todo lo cual queda ratificado por una nueva Alianza que establecerá Dios con su pueblo. Finaliza el poema con un canto de acción de gracias, en donde el profeta personifica a Sión. Es de notar que las palabras iniciales de este poema son las que utiliza Lucas (Lc 4,18s) para enmarcar el punto de partida de la misión de Jesús. El «año de gracia» o «año jubilar» (Lv 25,8-16), se debía proclamar en Israel cada 49 años, e incluía condonación de deudas, liberación de los esclavos y retorno a la propiedad familiar. Esta ley no se cumplía desde hacía tiempo. Cuando se instituyó sirvió para remediar la situación de empobrecimiento de muchos israelitas; el espíritu era nivelar socialmente al pueblo, un volver a comenzar.

¿No sería ésta una buena solución para el problema del empobrecimiento mundial? ¿Seremos demasiado ingenuos si apostamos por esta posibilidad? El jubileo

2 para proclamar
el año de gracia del Señor,
el día del desquite de nuestro Dios;
para consolar a los afligidos;
3 para cambiar su ceniza en corona,
su luto en perfume de fiesta,
su abatimiento en traje de gala.
Los llamarán Robles del Justo,
plantados por el Señor, para su gloria.

Restauración

4 Reconstruirán las viejas ruinas,
levantarán los antiguos escombros;
renovarán las ciudades en ruinas,
los escombros
de muchas generaciones.
5 Se presentarán extranjeros
a pastorear sus rebaños,
y forasteros
serán sus labradores y viñadores.
6 Ustedes se llamarán
Sacerdotes del Señor,
dirán de ustedes:
Ministros de nuestro Dios.
Comerán la opulencia de los pueblos,
y tomarán posesión de sus riquezas.
7 A cambio de su vergüenza
e insultos,
ellos obtendrán una porción doble;
poseerán el doble en su país,
y gozarán de alegría perpetua.
8 Porque yo, el Señor, amo la justicia,
detesto la rapiña y el crimen.
Les daré su salario fielmente
y haré con ellos una alianza perpetua.
9 Su descendencia
será célebre entre las naciones,
y sus vástagos entre los pueblos.
Quienes los vean reconocerán
que son la descendencia
que bendijo el Señor.
11 Como el suelo echa sus brotes,
como un jardín
hace germinar sus semillas,
así el Señor hará brotar la justicia
y su fama frente a todos los pueblos.

La nueva Jerusalén
(49,14-26; 54,11-17; 60)

10 Desbordo de gozo con el Señor,
y me alegro con mi Dios:
porque me ha vestido un traje de gala
y me ha envuelto
en un manto de triunfo,
como novio que se pone la corona
o novia que se adorna con sus joyas.

62 1 Por amor de Sión no callaré,
por amor de Jerusalén
no descansaré,
hasta que irrumpa
la aurora de su justicia
y su salvación brille como antorcha.
2 Los pueblos verán tu justicia,
y los reyes, tu gloria;
te pondrán un nombre nuevo
impuesto por la boca del Señor.
3 Serás corona espléndida
en la mano del Señor
y diadema real en la palma de tu Dios.
4 Ya no te llamarán la Abandonada
ni a tu tierra la Devastada,
a ti te llamarán mi Preferida
y a tu tierra la Desposada,

---

en Israel nunca se pensó para ser vivido «espiritualmente», tenía connotaciones muy concretas, animado, eso sí, por el espíritu o por la espiritualidad de la justicia.

61,4-9 Restauración. De nuevo un mensaje de consuelo y esperanza para quienes añoraban volver a tener una ciudad restaurada.

61,10–62,9 La nueva Jerusalén. Este poema intenta «seducir» a los oyentes para que se enamoren de una ciudad que permanece todavía en ruinas, pero que puede volver a ser la ciudad de Dios, fortaleza del Señor. La fuerza con que se describe esta nueva Jerusalén nos hace entender que quizás entre los oyentes no había ánimos ni compromiso efectivo por reconstruir la ciudad. Hay que tener en cuenta que al regreso del destierro las cosas no fueron tan fáciles ni tan hermosas como muchos lo soñaban y esperaban. El panorama seguía siendo muy sombrío con sentimientos encontrados entre los que regresaban de Babilonia y los que se habían quedado en el país. Los primeros reclamaban sus antiguas pertenencias y posesiones, mientras los segundos se afirmaban en el derecho adquirido sobre ellas.

En medio de todo, el profeta tiene que cumplir su tarea, debe hacer «soñar», hacer suspirar por algo nuevo y grandioso. No se trata de una forma de alienación. Los grandes logros de la humanidad y nuestros logros comunitarios y personales, ¿no fueron primero un «sueño»? No está mal soñar, suspirar por algo nuevo y distinto, siempre y cuando no nos quedemos simplemente en esa primera etapa. De ahí hay que pasar a la siguiente que es el compromiso efectivo y la lucha conjunta por lograr lo que soñamos.

62,10–63,6 Llegada del salvador victorioso. Las palabras de este mensaje dan a entender que el final de

porque el Señor te prefiere a ti,
y tu tierra tendrá esposo.
5 Como un joven se casa con su novia,
así te desposa el que te construyó;
la alegría que encuentra
el esposo con su esposa
la encontrará tu Dios contigo.
6 Sobre tus murallas, Jerusalén,
he colocado centinelas:
nunca callan, ni de día ni de noche,
los que invocan al Señor
no se den descanso;
7 no le den descanso
hasta que la establezca,
hasta que haga de Jerusalén
la admiración de la tierra.
8 El Señor lo ha jurado por su diestra
y por su brazo poderoso:
ya no entregará tu trigo
para que se lo coman tus enemigos;
ya no se beberán extranjeros tu vino,
por el que tú trabajaste.
9 Los que lo cosechan lo comerán
y alabarán al Señor;
los que lo vendimian lo beberán
en mis atrios sagrados.

Llegada del salvador victorioso
(40,3-10; 57,14-17)

10 Pasen, pasen por las puertas,
abran camino al pueblo;
nivelen, nivelen el sendero,
límpienlo de piedras,
levanten un estandarte
para los pueblos.
11 El Señor envía un mensaje
hasta el confín de la tierra:
Digan a la ciudad de Sión:
Mira a tu Salvador, que llega,
el premio de su victoria lo acompaña,
la recompensa lo precede;
12 los llamarán Pueblo Santo,
redimidos del Señor,
a ti te llamarán la Buscada,
Ciudad no abandonada.

63 1 ¿Quién es ése
que viene de Edom,
de Bosra,
con las ropas teñidas de rojo?
¿Quién es ése vestido de gala
que avanza lleno de fuerza?
–Yo, que sentencio con justicia
y soy poderoso para salvar.
2 –¿Por qué están rojos
tus vestidos y la túnica,
como quien pisa la uva?
3 –Yo solo he pisado la uva
y de otros pueblos nadie me ayudaba.
Los pisé con cólera,
los estrujé con furor:
su sangre salpicó mis vestidos
y me manché toda la ropa.
4 Porque es el día
que pienso vengarme,
el año del rescate ha llegado.
5 Miraba sin encontrar un ayudante,
espantado
al no haber quien me apoyara;
pero mi brazo me dio la victoria,
mi furor fue mi apoyo;
6 pisoteé a los pueblos con mi cólera,
los embriagué con mi furor,
para que su sangre bajara a la tierra.

Meditación histórica
(Sal 77,12-21)

7 Voy a recordar
la misericordia del Señor,
las alabanzas del Señor:
todo lo que hizo por nosotros el Señor,
sus muchos beneficios
a la casa de Israel,
lo que hizo con su compasión
y su gran misericordia.
8 Él dijo: Son mi pueblo,
hijos que no engañarán.
Él fue su salvador 9 en el peligro:
no fue un mensajero ni un enviado,
él en persona los salvó,
por su amor y su clemencia
los rescató, y los liberó

---

la deportación y del cautiverio todavía no ha llegado, pero se presagia ya como inminente, como algo que será realizado por el Señor en persona; éste asume en 63,1-6 los rasgos de un guerrero. No dice el texto expresamente que ese guerrero sea el Señor, es el oyente del mensaje quien debe deducir que la liberación que se describe aquí sólo puede realizarla el Señor.

63,7-14 Meditación histórica. La oración que realiza aquí el profeta –encarnando a toda la comunidad israelita– tiene como trasfondo, en primer lugar, la elección gratuita, y en segundo, la fidelidad divina. Por eso, en el momento de angustia, el pueblo apela a la fidelidad y misericordia divina.

y los llevó siempre en brazos
en todos los peligros.
10 Pero ellos se rebelaron
e irritaron su Santo Espíritu;
entonces él se volvió su enemigo
y luchó contra ellos.
11 Se acordaron del pasado,
del que sacó a su pueblo:
¿Dónde está el que sacó de las aguas
al pastor de su rebaño?
¿Dónde el que metió en su pecho
su Santo Espíritu?
12 ¿El que estuvo
a la derecha de Moisés
guiándolo con su brazo glorioso?
¿El que dividió el mar ante ellos,
ganándose renombre perpetuo?
13 ¿El que los hizo andar
por el fondo del mar
como el caballo
por el desierto sin tropezar,
14 y como ganado que baja al valle?,
el Espíritu del Señor
los llevó al descanso:
así condujiste a tu pueblo
ganándote renombre glorioso.

Invocación a Dios Padre
(Sal 103)

15 Observa desde el cielo,
mira desde tu morada santa
y gloriosa:
¿dónde está tu celo y tu valor,
tu entrañable ternura y compasión?
No la reprimas,
16 que tú eres nuestro padre:
Abrahán no sabe de nosotros,
Israel no nos conoce;
tú, Señor, eres nuestro padre,
tu Nombre de siempre es
Nuestro Redentor.
17 Señor, ¿por qué nos extravías
lejos de tus caminos
y endureces nuestro corazón
para que no te respete?
Vuélvete, por amor a tus siervos,
a las tribus que te pertenecen.
18 Por un momento nuestros enemigos
se apoderaron de tu pueblo santo,
y pisotearon tu santuario.
19 Estamos como antiguamente,
cuando no nos gobernabas
y no llevábamos tu Nombre.

El pueblo pide una teofanía
(Sal 68)

¡Ojalá rasgases el cielo y bajases,
derritiendo los montes

64 1 con tu presencia,
como fuego que prende
en los sarmientos
o hace hervir el agua!
Para mostrar a tus enemigos
quién eres,
para que tiemblen ante ti
las naciones,
2 cuando hagas maravillas
que no esperábamos.
3 Jamás oído oyó ni ojo vio
un Dios fuera de ti
que hiciera tanto
por el que espera en él.
4 Sales al encuentro del que practica
gozosamente la justicia
y tiene presentes tus caminos.

Confesión del pecado y súplica
(59,9-15; Sal 79)

Estabas enojado,
y nosotros fracasamos:
aparta nuestras culpas,
y seremos salvos.

63,15-19a Invocación a Dios Padre. En los casos de crisis extrema, el hombre desea una intervención especial de la divinidad. ¡Qué mejor que una intervención directa de Dios para poner fin a una situación caótica! ¿Será ése el camino? En nuestras encrucijadas históricas también nosotros anhelamos una intervención divina, y hasta deseamos que en el último segundo las armas de los asesinos no funcionen contra la gente humilde e indefensa, que las bombas queden suspendidas en el aire, que se hundan los portaviones. Y sabemos que Dios puede hacerlo, pero, ¿le corresponde eso a Dios? ¿No será que a fuerza de «creer» tanto en Dios se va perdiendo la fe en el hombre mismo? Y, ¿qué clase de fe en Dios es ésa que riñe con la fe en nosotros mismos, en nuestro destino y en nuestra misión?

63,19b–64,4a El pueblo pide una teofanía. Dios está detrás de toda obra de justicia, pero es el ser humano quien en su obstinación trastoca el orden y la armonía. Ahí está la infidelidad de Israel y de todo el que conociendo ese designio divino, lo ignora o lo contradice con sus obras. Sin embargo Dios no abandona para siempre.

5 Todos estábamos contaminados,
nuestra justicia era un trapo sucio;
todos nos marchitábamos
como follaje,
nuestras culpas nos arrebataban
como el viento.
6 Nadie invocaba tu Nombre
ni se esforzaba por aferrarse a ti;
porque nos ocultabas tu rostro
y nos entregabas
en poder de nuestra culpa.
7 Y, sin embargo, Señor,
tú eres nuestro padre,
nosotros la arcilla y tú el alfarero:
somos todos obra de tu mano.
8 No te irrites tanto, Señor,
no recuerdes siempre nuestra culpa:
mira que somos tu pueblo.
9 Tus santas ciudades son un desierto,
Sión se ha vuelto un desierto,
Jerusalén una desolación.
10 Nuestro templo, nuestro orgullo,
donde te alabaron nuestros padres,
ha sido incendiado,
y lo que más queríamos
está reducido a escombros.
11 ¿Te quedas insensible
a todo esto, Señor,
te callas y nos afliges sin medida?

Denuncia y amenaza
(57,3-13)

65 1 Yo ofrecía respuesta
a los que no preguntaban,
salía al encuentro
de los que no me buscaban;
decía: Aquí estoy,
aquí estoy al pueblo
que no invocaba mi Nombre.
2 Tenía mis manos extendidas
todo el día hacia un pueblo rebelde,
que andaba por el mal camino,
siguiendo sus antojos,
3 pueblo que me provocaba
en la cara continuamente,
que sacrificaba en los jardines
y ofrecía incienso sobre los ladrillos,
4 que se sentaba en los sepulcros
y pernoctaba en las grutas,
que comía la carne de cerdo
y caldo abominable en las tazas;
5 que decía: Retírate, no te acerques,
que estoy consagrado.
Eso hace humear mi cólera
como fuego que arde todo el día.
6 Lo tengo escrito delante
y no descansaré
hasta que les de su merecido
por 7 sus culpas y las de sus padres,
todas juntas –dice el Señor–.
Porque ofrecían incienso
en las montañas
y me ultrajaban en las colinas,
les mediré su paga
y se la echaré encima.

Suerte de buenos y malos
(Dt 27s; Jos 8,30-35; Mt 25,31-46)

8 Así dice el Señor:
Como al encontrar jugo
en un racimo se dice:
No lo eches a perder,
que es una bendición,
así haré yo

64,4b-11 Confesión del pecado y súplica. Dos veces en el mismo poema se reconoce la paternidad de Dios: aquí y en 63,16; apelando a esta paternidad se vuelve al tono de la súplica (8.11).

65,1-7 Denuncia y amenaza. El Señor mismo denuncia la obstinación de su pueblo no sólo porque no lo busca, sino porque de continuo lo ha rechazado desviándose en prácticas paganas (3s). Estos versículos evocan el problema de los cultos paganos que florecieron en Israel y que, aún después del exilio, tuvieron que ser combatidos.

La alusión a los que se sientan en las tumbas o andan entre sepulcros es una forma de denunciar a los que consultaban a los muertos, una antiquísima práctica que se dio también en Israel (cfr. 1 Sm 28, 3-24). La ley de Moisés prohibía la nigromancia (Dt 18,11).

El versículo 5 parece ser una fórmula de advertencia para no acercarse a alguien que ha realizado algún rito sagrado de iniciación. Se creía que al realizar ciertos rituales se quedaba impregnado de cierta carga sagrada que podía transmitirse por contagio. Dicha carga era tan peligrosa para el poseedor como para el que se acercaba.

Nótese que en el mismo Israel hay rastros de esta costumbre pagana (cfr. Ez 44,19). En ciertas culturas afro americanas se ha podido detectar algo similar, sólo que se habla del que «tiene espíritu», «hay niños que nacen con espíritu»: la creencia es que esto no es perjudicial para los demás, pero si se le dice al propio poseedor, muere.

65,8-16 Suerte de buenos y malos. Estos versículos describen el cambio de suerte para los que se han mantenido fieles al Señor.

en atención a mis siervos:
no lo echaré a perder todo.
9 Sacaré descendencia
de Jacob, de Judá,
quienes posean mis montañas:
las poseerán mis elegidos
y mis siervos habitarán allí.
10 El Sarón será un redil de ovejas,
y el Valle de Acor, pastizal de vacas,
para mi pueblo que me ha buscado.
11 Pero a ustedes
que abandonaron al Señor
olvidando mi Monte Santo,
que preparaban la mesa
en honor de la Fortuna
y levantaron la copa
en honor del Destino,
12 yo los destino a la espada,
y todos se encorvarán
para el degüello:
porque llamé y no respondieron,
hablé y no escucharon,
hicieron lo que no me agrada,
eligieron lo que no quiero.
13 Por eso, así dice el Señor:
Miren: mis siervos comerán,
y ustedes pasarán hambre;
miren: mis siervos beberán,
y ustedes tendrán sed;
miren: mis siervos estarán alegres,
y ustedes avergonzados;
14 miren: mis siervos cantarán
de puro contento,
y ustedes gritarán de puro dolor
y aullarán con el corazón desgarrado.
15 Dejarán su nombre a mis elegidos
como fórmula de imprecación.
A ustedes el Señor les dará muerte,
y a sus siervos
les dará otro nombre.
16 El que quiera felicitarse en el país,
se felicitará con el Dios fiel;
el que quiera jurar en el país,
jurará por el Dios fiel.
Sí, se olvidarán
las angustias del pasado
y hasta de mi vista desaparecerán.

Nueva creación

17 Miren, yo voy a crear un cielo nuevo
y una tierra nueva;
de lo pasado no quedará recuerdo
ni se lo traerá a la memoria,
18 más bien gócense
y alégrense siempre
por lo que voy a crear;
miren, voy a transformar
a Jerusalén en alegría
y a su población en gozo;
19 me alegraré de Jerusalén
y me gozaré de mi pueblo,
y ya no se oirán en ella
gemidos ni llantos;
20 ya no habrá allí niños
que mueran al nacer
ni adultos que no completen sus años,
pues será joven
el que muera a los cien años,
y el que no los alcance
se tendrá por maldito.
21 Construirán casas y las habitarán,
plantarán viñas y comerán sus frutos,
22 no construirán
para que otro habite,
ni plantarán para que otro coma;
porque los años de mi pueblo
serán los de un árbol
y mis elegidos podrán gastar
lo que sus manos fabriquen.
23 No se fatigarán en vano,
no engendrarán hijos
para la catástrofe;
porque serán la descendencia
de los benditos del Señor,
y como ellos, sus retoños.
24 Antes de que me llamen
yo les responderé,
aún estarán hablando
y los habré escuchado.

65,17-25 Nueva creación. El desorden y el caos introducido por las infidelidades y la obstinación de Israel hacen que Dios decida intervenir; y su intervención será la creación de un cielo nuevo y una tierra nueva. Ésta es una figura muy frecuente en la literatura apocalíptica: Dios intervendrá; Dios recreará; pero hasta que esto suceda, el hombre y la sociedad tienen que ir dando los primeros pasos. Las posesiones y bienes de los israelitas habían sido usufructuados por los invasores y dominadores. Dios mismo promete que eso no volverá a suceder. ¿Cómo hacer real este mensaje para las miles de familias que han sido despojadas y desplazadas de sus parcelas? ¿Cuál será el papel del profeta actual ante eso? ¿Seguiremos esperando una intervención extraordinaria de Dios, o seguiremos lamentándonos porque no interviene?

25 El lobo y el cordero pastarán juntos,
el león como el buey comerá paja.
No harán daño ni estrago
por todo mi Monte Santo
–dice el Señor–.

El culto auténtico
(Jr 7; Sal 50)

66 1 Así dice el Señor:
El cielo es mi trono,
y la tierra, el estrado de mis pies:
¿Qué templo podrán construirme
o qué lugar para mi descanso?
2 Todo esto lo hicieron mis manos,
y así existió todo esto
–oráculo del Señor–.
Pero en ése pondré mis ojos:
en el humilde y en el abatido
que se estremece ante mis palabras.
3 Hay quien inmola un toro,
y es como si matara a un hombre;
hay quien sacrifica una oveja,
y es como si desnucara un perro;
hay quien trae una ofrenda,
y es como si fuera sangre de cerdo;
hay quien inciensa invocando,
y es como si bendijera a un ídolo.
Todos ellos eligieron su camino
y escogieron
sus prácticas idolátricas,
4 pues yo también elegiré sus castigos
y les mandaré lo que más temen;
porque llamé, y nadie contestó;
hablé, y no escucharon;
hicieron lo que no me agrada,
escogieron lo que no quería.

Juicio

5 Escuchen la Palabra del Señor,
los que tiemblan ante sus palabras:
Dicen sus hermanos,
los que los detestan,
los que los rechazan por mi Nombre:
Que el Señor muestre su gloria,
y disfrutemos de la alegría de ustedes.
Pues ellos serán confundidos.
6 Una voz retumba en la ciudad,
una voz sale del templo:
es la voz del Señor,
que da su merecido a sus enemigos.

Un pueblo renace
(54,1-10)

7 Antes de las contracciones dio a luz,
antes que le llegaran los dolores
ha dado vida a un varón:
8 ¿Quién ha oído tal cosa
o quién ha visto algo semejante?
¿Se engendra todo un país
en un solo día,
se da luz a un pueblo de una sola vez?
Apenas sintió los dolores,
Sión dio a luz a sus hijos.
9 Abro yo la matriz,
¿y no haré que dé a luz?
–dice el Señor–.
Yo, que hago dar a luz,
¿la voy a cerrar? –dice tu Dios–.
10 Festejen a Jerusalén,
gocen con ella, todos los que la aman;
alégrense de su alegría
los que por ella estaban de duelo;
11 mamarán de sus pechos
y se saciarán de sus consuelos,
y saborearán las delicias
de sus pechos abundantes.
12 Porque así dice el Señor:
Yo haré correr hacia ella,
como un río, la paz;

66,1-4 El culto auténtico. Este oráculo parece una evocación del ambiente cultual antes del destierro; sin embargo, lo más probable es que se trate del ambiente previo a la reconstrucción después del 534 a.C., cuando regresaron los deportados. La atención está puesta en reconstruir lo material, pero no hay en todos una disposición interior; por eso el reclamo del Señor. De hecho Él no necesita templos ni cultos, pero sí quiere la adoración en espíritu y en verdad (cfr. Jn 4,23). El verdadero culto es la atención y obediencia a su Palabra (2), o dicho de otro modo, escuchar la Palabra de Dios y practicarla (cfr. Lc 11,28).

66,5s Juicio. Siempre nos encontraremos con los que creen y con los que no creen, con los que guardan esperanzas y con los desesperanzados, con los que en su humildad y pobreza sienten y ven la acción de Dios aunque ésta no sea demasiado clara. Éstos no le exigen nada especial a Dios, saben que Él está ahí; los otros necesitan «señales», necesitan ver la gloria de Dios para poder «creer». En realidad son los que ni siquiera viendo resucitar un muerto creerán (cfr. Lc 16,30s). Son los que tienen la capacidad de predecir el tiempo, pero no son capaces de entender los signos de los tiempos (cfr. Lc 12,56).

66,7-14 Un pueblo renace. Mediante las imágenes del alumbramiento y de las actitudes maternales para con los niños, se describe lo que será la restauración del pueblo y de Jerusalén. Se subraya en este canto la

como un torrente en crecida,
las riquezas de las naciones.
Ella los amamantará
y los llevará en brazos,
y sobre las rodillas los acariciará;
13 como a un niño
a quien su madre consuela,
así los consolaré yo.
14 Al verlo se alegrará su corazón
y sus huesos
florecerán como un prado;
la mano del Señor
se manifestará a sus siervos,
y su cólera, a sus enemigos.

Juicio de los pueblos
(Jl 4,1-8)

15 Porque el Señor llegará con fuego
y sus carros como torbellino,
para desahogar con furor su ira
y su indignación con llamas.
16 Porque el Señor va a juzgar
con su fuego y con su espada
a todo mortal:
serán muchas las víctimas del Señor.
17 Los que se consagran y purifican
para entrar en los jardines
tras uno que ocupa el centro,
los que comen carne de cerdo
y reptiles y ratas,
sus obras y sus planes perecerán juntos
–oráculo del Señor–.

Reunión de todos los pueblos
(2,2-5)

18 Pero yo vendré para reunir
a las naciones de toda lengua:
vendrán para ver mi gloria;
19 les daré una señal,
y de entre ellos despacharé
supervivientes a las naciones:
a Tarsis, Etiopía, Libia,
Masac, Tubal y Grecia;
a las costas lejanas,
que nunca oyeron mi fama
ni vieron mi gloria,
y anunciarán mi gloria
a las naciones.
20 Y de todas las naciones,
como ofrenda al Señor,
traerán a todos sus hermanos
a caballo y en carros y en literas,
en mulos y dromedarios,
hasta mi Monte Santo de Jerusalén
–dice el Señor–,
como los israelitas traen la ofrenda
en una vasija pura
al templo del Señor.
21 De entre ellos escogeré sacerdotes
y levitas –dice el Señor–.
22 Como el cielo nuevo
y la tierra nueva,
que voy a hacer, durarán ante mí
–oráculo del Señor–,
así durará su descendencia
y el nombre de ustedes.
23 Cada luna nueva y cada sábado
vendrá todo mortal a postrarse
ante mí –dice el Señor–.
24 Y al salir verán los cadáveres
de los que se rebelaron contra mí:
su gusano no muere,
su fuego no se apaga,
y serán el horror
de todos los mortales.

---

exclusividad de Dios en el acto de dar la vida y de sostenerla.

Nótese cómo la nueva Jerusalén que anuncia el profeta es una ciudad que respira paz y prosperidad, antítesis de la ciudad antigua, que tenía como características fundamentales ser centro de injusticia y corrupción.

66,15-17 Juicio de los pueblos. Para que haya nueva vida tienen que morir muchas actitudes y comportamientos equivocados en las relaciones con los demás y con Dios; no se trata de que esperemos a que Dios mismo venga a exterminar el mal, se trata más bien, de los símbolos que utiliza el profeta para llamar a un cambio radical en cada uno, como punto de partida para el inicio de un hombre nuevo y de una sociedad nueva.

66,18-24 Reunión de todos los pueblos. La conclusión del libro deja abierta la puerta de la esperanza para varias cosas, entre ellas: la reunión de todas las naciones (18); muchos paganos que no conocían el nombre del Señor se convertirán y hasta serán enviados a predicar a los mismos israelitas (19s); ¡qué mejor señal del «cielo nuevo y tierra nueva» que la adoración universal al único Dios (23)!

Queda el sabor amargo de la condena perpetua para los enemigos del Señor; pero, ¿no son también éstos los que de algún modo están incluidos en el versículo 23? Por lo menos eso da a entender su uso en la sinagoga: después del versículo 24 se repite el versículo 23 y así continúa abierto el tono de la esperanza hacia el futuro.



JEREMÍAS

La época. Sobre la época del ministerio de Jeremías estamos bastante bien informados gracias a los libros de Reyes y Crónicas, algunos documentos extrabíblicos y el mismo libro de Jeremías. Es una época de cambios importantes en la esfera internacional, dramática y trágica para los judíos. Durante la segunda mitad del siglo VII a.C. Asiria declina rápidamente, se desmorona y cede ante el ataque combinado de medos y persas. Josías, rey de Judá (640-609 a.C.), aprovecha la coyuntura para afianzar su reforma, extender sus dominios hacia el norte y atraer a miembros del destrozado reino del norte.

También se aprovecha Egipto para extender sus dominios sobre Siria y contrarrestar el poder creciente de Babilonia. Los dos imperios se en-

frentan; el faraón es derrotado y cede la hegemonía a Babilonia. Josías, mezclado en rivalidad, muere en 609 a.C. En Judá comienza el juego de sumisión y rebelión que acabará trágicamente. La rebelión de uno de los reyes, Joaquín (609-598 a.C.) contra el pago del tributo, provoca la primera deportación de gente notable a Babilonia y el nombramiento de un rey sumiso, Sedecías. La rebelión de éste, provoca el asedio, la matanza y la gran deportación (586 a.C.). Judá deja de existir como nación soberana.

El profeta Jeremías. Pocas personalidades del Antiguo Testamento nos resultan tan conocidas y próximas como el profeta Jeremías, nacido en Anatot, pueblo de la tribu de Benjamín, a mediados del siglo VII a.C. A Jeremías lo conocemos a través de los relatos, de las confesiones en las que se desahoga con Dios, por sus irrupciones líricas en la retórica de la predicación. Comparado con el «clásico» Isaías, lo llamaríamos «romántico». Como sus escritos (36,23s), Jeremías es el «profeta quemado».

Su itinerario profético, que comienza con su vocación en 627 a.C., es trágico y conmovedor. Tras una etapa de ilusión y gozo en su ministerio, sucede la resistencia pasiva del pueblo, y activa y creciente de sus rivales, entre los que se encuentran autoridades, profetas y familiares. Su predicación es antipática y sus consignas impopulares. En su actuación, va de fracaso en fracaso; su vocación llega a hacerse intolerable, necesitando la consolación de Dios.

Se siente desgarrado entre la nostalgia de los oráculos de promesa y la presencia de los oráculos de amenaza que Dios le impone; entre la solidaridad a su pueblo, que le empuja a la intercesión, y la Palabra del Señor que le ordena apartarse y no interceder; entre la obediencia a la misión divina y la empatía con su pueblo. Con ojos lúcidos de profeta, contempla el fracaso sistemático de toda su vida y actividad, hasta hacerle exclamar en un arrebato de desesperación: «¡Maldito el día en que nací!... ¿Por qué salí del vientre para pasar trabajos y penas y acabar mis días derrotado?» (20,14-18).

Nuestro profeta es como un anti-Moisés. Se le prohíbe interceder. Tiene que abandonar la tierra y marchar forzado a Egipto, donde seis años después muere asesinado a manos de sus propios compatriotas. De su muerte trágica se salva un libro, y en ese libro pervive la personalidad de Jeremías con un vigor excepcional. Su vida y pasión parece en muchos aspectos una anticipación de la de Cristo.

El libro de Jeremías. Jeremías es un poeta que desarrolla con gran originalidad la tradición de sus predecesores; sobresale su capacidad de crear imágenes y de trascender visiones simples y caseras. El estilo de la poesía se distingue por la riqueza imaginativa y la intensidad emotiva. La prosa narrativa, siguiendo la gran tradición israelita de brevedad, inmediatez e intensidad, es de lo mejor que leemos en el Antiguo Testamento, haciendo de la obra una de las más asequibles para al lector de hoy.

Se suelen repartir los materiales del libro en tres grandes grupos: 1. Oráculos en verso, subdivididos en: oráculos para el pueblo y el rey, confesiones del profeta (10,18–12,6; 15,10-21; 17,14-18; 18,18-23; 20,7-18), oráculos contra naciones paganas (25 y 46–51). 2. Textos narrativos

con palabras del profeta incorporadas. 3. Discursos en prosa elaborados en estilo deuteronomista (7,1-8,3; 11,1-14; 16,1-13; 17,19-27; 18,1-12; 21,1-10; 22,1-5; 25,1-14; 34,8-22; 35,1-19).

Mensaje religioso de Jeremías. Jeremías es un profeta que vive en su propia carne el drama de una fidelidad absoluta a Dios y una absoluta solidaridad con el pueblo rebelde y desertor a quien, fiel a su vocación profética, tiene que anunciar la catástrofe a la que le llevan sus pecados.

Su fidelidad y continuo contacto con Dios, sellados por el sufrimiento, llevará a la conciencia del pueblo la necesidad de un nuevo tipo de relación con el Señor, más íntima y personal, más enraizada en el corazón de las personas que en una alianza jurídica y externa. Esta relación de obediencia es el culto que Dios desea y que deberá manifestarse en juzgar según derecho y en la defensa de la causa del huérfano y del pobre.



Introducción

1 1 Palabras de Jeremías, hijo de Jel-
cías, de los sacerdotes residentes en
Anatot, territorio de Benjamín. 2 Recibió pa-
labras del Señor durante el reinado de Jo-
sías, hijo de Amón, en Judá, el año trece de
su reinado, 3 y también en tiempos de Joa-
quín, hijo de Josías, hasta el final del año
once del reinado en Judá de Sedecías, hijo
de Josías; hasta la deportación de Jerusa-
lén en el mes quinto.

Vocación de Jeremías
(Éx 3s; 1 Sm 1–3; Is 6; Ez 2)

4 El Señor me dirigió la palabra:
5 –Antes de formarte en el vientre te ele-
gí, antes de salir del seno materno te con-
sagré y te nombré profeta de los paganos.
6 Yo repuse:
–¡Ay, Señor mío! Mira que no sé hablar,
que soy un muchacho.
7 El Señor me contestó:
–No digas que eres un muchacho: que a
donde yo te envíe, irás; lo que yo te mande,
lo dirás. 8 No les tengas miedo, que yo es-
toy contigo para librarte –oráculo del Se-
ñor–.
9 El Señor extendió la mano, me tocó la
boca y me dijo:
–Mira, yo pongo mis palabras en tu
boca, 10 hoy te establezco sobre pueblos y
reyes, para arrancar y arrasar, destruir y
demoler, edificar y plantar.

Dos visiones de Jeremías

11 El Señor me dirigió la palabra:
–¿Qué ves, Jeremías?
Respondí:
–Veo una rama de almendro.
12 Me dijo:
–¡Has visto bien! Porque estoy atento
para cumplir mi palabra.

1,1-3 Introducción. Estos primeros versículos introductorios ambientan el ministerio de Jeremías en un lugar y una época concretos. «Palabras de Jeremías...» Es el título del libro. Anatot, hoy Anata, era una pequeña población cercana a Jerusalén habitada casi exclusivamente por familias sacerdotales; se la menciona en la lista de las ciudades levíticas (Jos 21,18) y en 1 Re 2,26, porque Salomón confinó allí a Abiatar, antiguo sacerdote de David (cfr. 1 Sm 22,20-23). La sucesión de reyes mencionada en el versículo 2 nos ubica entre el 640 y el 587 a.C.; si Josías reinó en Judá del 640 al 609 a.C., el «año trece» corresponde al 627 a.C., posible año de la vocación de Jeremías. La deportación o destierro mencionado en el versículo 3 tuvo lugar en el 587 a.C. (cfr. 2 Re 25,8-21). Jeremías no fue deportado a Babilonia, permaneció por un tiempo en Jerusalén hasta que fue llevado a Egipto por un grupo de Judíos que se refugiaron en aquel país (cfr. Jr 42–44).

1,4-10 Vocación de Jeremías. Los versículos del 4-10 nos narran la vocación de Jeremías. Es interesante comparar este relato con otros también vocacionales: Éx 3,1–4,17; 1 Sm 3; 1 Re 19,19-21; Is 6; Ez 2s; Lc 1,26-38. En todos podemos constatar un esquema literario similar: Dios irrumpe en la conciencia de la persona; el elegido se asombra, no entiende muy bien de qué se trata; el Señor le confía una misión; el elegido se resiste, se siente demasiado limitado o demasiado pequeño para dicha misión; el Señor pronuncia siempre una última palabra de ánimo y de respaldo, «no temas, yo estoy contigo». Este esquema varía un poco en el caso de la vocación de Isaías, el único que se adelanta a ofrecerse sin ningún temor para la misión.

Conviene destacar que el «espacio» en el que irrumpe la llamada de Dios es muy variable: en el caso de Moisés, Dios lo llama mientras cuida las ovejas de su suegro (Éx 3,1); Samuel es aún un niño que vive en el santuario de Siló bajo el cuidado de Elí (1 Sm 3,1s); Eliseo está trabajando con sus bueyes (1 Re 19,19); Isaías se encuentra en el templo participando de una impresionante liturgia (Is 6); Ezequiel se halla entre los deportados de Babilonia, esto es, en tierra extraña, en donde quizás ni se le había ocurrido que pudiera hacerse presente el Señor (Ez 1,1s); finalmente, es de suponer que María, como buena muchacha judía, está en su casa ocupada en los oficios domésticos cuando Dios la llama (Lc 1,26-28). Todo lugar, todo tiempo y toda circunstancia son aptos para «escuchar» la voz de Dios que llama a colaborar con su proyecto.

La experiencia vocacional de Jeremías lo ha impactado tanto, que pone antes de su propio nacimiento la decisión de Dios de llamarlo al ministerio profético. No hay que aprovechar estas palabras para «probar» ninguna teoría de la predestinación, por más que expresiones como éstas parezcan indicarla. Hay que recordar que Dios solamente propone, invita, pero no condiciona ni obliga a nadie a seguirlo; por encima de todo está la libre voluntad de la persona para decir sí o no a la invitación. No es fácil decir sí de manera incondicional al llamado de Dios. La misión inherente a la vocación es superior a las fuerzas de cualquier humano; sin embargo, y aquí está el único aliciente para decir sí, la misión no es del profeta, la misión es de Dios; el elegido es un simple instrumento, un medio por el cual Dios hablará y llevará adelante su obra. No

13 De nuevo me dirigió la palabra:
–¿Qué ves?
Respondí:
–Veo una olla hirviendo que se derrama por el lado del norte.
14 Me dijo:
–Desde el norte se derramará la desgracia sobre todos los habitantes del país.
15 Voy a llamar a todas las tribus del norte –oráculo del Señor–:

Vendrá y pondrá
cada uno su asiento
frente a las puertas de Jerusalén,
en torno a sus murallas
y frente a los poblados de Judá.
16 Entablaré juicio contra ellos
por todas sus maldades:
porque me abandonaron,
quemaron incienso
a dioses extranjeros
y se postraron
ante las obras de sus manos.
17 Y tú ármate de valor, levántate,
diles lo que yo te mando.
No les tengas miedo;
que si no,
yo te meteré miedo de ellos.
18 Yo te convierto hoy
en ciudad fortificada,
en columna de hierro,
en muralla de bronce,
frente a todo el país:
frente a los reyes y príncipes de Judá,
frente a los sacerdotes
y los terratenientes;
19 lucharán contra ti,
pero no te vencerán,
porque yo estoy contigo para librarte
–oráculo del Señor–.

PLEITO DE DIOS Y CONVERSIÓN

(Is 59; Os 2)

Vuelvo a pleitear con ustedes

2 1 El Señor me dirigió la palabra:
2 –Ve, grita, que lo oiga Jerusalén:
Así dice el Señor:

Recuerdo tu cariño de joven,
tu amor de novia,
cuando me seguías por el desierto,
por tierra sin cultivar.
3 Israel era sagrada para el Señor,
primicia de su cosecha:
quien se atrevía a comer de ella
lo pagaba,
la desgracia caía sobre él
–oráculo del Señor–.
4 Escuchen la Palabra del Señor,
casa de Jacob,
tribus todas de Israel:

---

significa esto que la persona del elegido no cuenta o que pasa a ser un títere en manos de Dios; todo lo contrario: si es capaz de decir sí al llamado es porque puede hacer uso de su voluntad y siempre la seguirá ejerciendo, pero siempre tendrá que recordar a quién sirve y en nombre de quién habla; de lo contrario, su ministerio podrá ser cualquier cosa menos ministerio profético.

1,11-19 Dos visiones de Jeremías. Un par de visiones de alto contenido simbólico cierran el relato de la vocación de Jeremías y al mismo tiempo insinúan el contenido programático de su misión. La primera visión indica que el profeta tendrá que estar muy atento a la realidad –nacional e internacional– de su pueblo para poder hacer resonar a cada momento la Palabra de Dios (11). La segunda muestra el origen político de las calamidades de Israel, el caldero hirviendo en el norte que comienza a desbordarse hacia el sur (14); se trata de Babilonia, que ha comenzado a surgir en el panorama internacional y pronto hará sentir las pisadas de sus tropas; la presencia de las tropas caldeas en tierra cananea y egipcia será leída por el profeta como una intervención de Dios que castiga a todos por sus pecados e infidelidades (15s). Los versículos 17-19 terminan de enmarcar la vocación-misión de Jeremías; de nuevo se subraya que será una misión difícil en la que se verá enfrentado con todos los estratos del pueblo: rey, sacerdotes, profetas y pueblo de la tierra (18b). Con todo, ahí estará Dios para sostenerlo, para hacerlo invencible (19).

2,1-13 Vuelvo a pleitear con ustedes. Los capítulos 2–6 contienen las primeras intervenciones públicas de Jeremías, donde queda planteado lo esencial de su mensaje: infidelidad del pueblo, castigo purificador y perdón. Jeremías recurre a la figura de la unión conyugal (cfr. Os 1–3) para resaltar la cercanía y el amor con que el Señor se relacionó desde el principio con su pueblo.

No se resaltan los pecados de Israel en el desierto cuando apenas salió de Egipto (Éx 17,1-7; 32; Nm 20,1-13), a diferencia de Ez 16. ¿Qué significa eso? Tal vez, Jeremías quiere transmitir un sentimiento de

5 Así dice el Señor:
¿Qué delito encontraron
en mí sus padres
para alejarse de mí?
Siguieron a dioses vanos
volviéndose así vanos ellos mismos,
6 en vez de preguntar:
¿Dónde está el Señor?
Él que nos sacó de Egipto
y nos condujo por el desierto,
por estepas y barrancos,
tierra sedienta y sombría,
tierra que nadie atraviesa,
que ninguno habita.
7 Yo los conduje a un país de huertos,
para que comieran sus frutos sabrosos;
pero entraron
y contaminaron mi tierra,
e hicieron de mi herencia
un lugar aborrecible.
8 Los sacerdotes no preguntaban:
¿Dónde está el Señor?
Los doctores de la ley
no me reconocían,
los pastores se rebelaban contra mí,
los profetas profetizaban
en nombre de Baal,
siguiendo a dioses que de nada sirven.
9 Por eso vuelvo
a pleitear con ustedes
y con sus nietos pleitearé
–oráculo del Señor–.
10 Naveguen hasta las costas
de Chipre y miren,
envíen gente a Cadar
y observen atentamente:
¿ha sucedido algo semejante?
11 ¿Cambia un pueblo de dios?
Y eso que no es dios;
pero mi pueblo cambió su Gloria
por el que no sirve.
12 ¡Espántense de esto, cielos
tiemblen horrorizados!
–oráculo del Señor–,
13 porque dos maldades
ha cometido mi pueblo:
me abandonaron a mí,
fuente de agua viva,
y se cavaron pozos,
pozos agrietados
que no conservan el agua.

Tu maldad te escarmienta

14 ¿Era Israel un esclavo
o un nacido en esclavitud?
¿Por qué se ha vuelto
presa de leones
15 que rugen contra él
con gran estruendo?
Arrasaron su tierra,
incendiaron sus poblados
hasta dejarlos deshabitados.
16 Incluso gente de Menfis y Tafnes
te raparon la cabeza.

---

comprensión de Dios; en el desierto, el pueblo está aprendiendo a formarse, está aprendiendo a ser pueblo y pueblo libre, sin esclavitudes, está aprendiendo a relacionarse con un Dios de vida y de libertad. Quizá eso hace que el Señor no tenga en cuenta esa historia de rebeldías, de los deseos de «regresar a Egipto» que tantas veces sintió el pueblo en el desierto. Las cosas cambiaron cuando el pueblo se estableció en Canaán, y es desde entonces cuando Dios pide cuentas a este pueblo que se olvidó de su Esposo.

Normalmente, nosotros no caemos en cuenta de las dificultades que tuvo el pueblo israelita para mantener en Canaán su adhesión a un Dios que ellos intuían como liberador; ellos no podían entender automáticamente que ese mismo Dios era Dios de la tierra, del cielo, de las nubes, de la lluvia, de la fertilidad y de la supervivencia. En Canaán encuentran un sinfín de divinidades y de cultos para cada situación de la vida; sólo más tarde van a caer en la cuenta de que el mismo Dios que los liberó de la mano de Egipto es el que les proporciona todo lo necesario para vivir, comenzando por la lluvia (cfr. Lv 26,4; Dt 11,14; Job 5,10; Sal 68,9, etc.).

Ahora, el problema es que muchos se resistieron a dar ese paso y prefirieron no sólo quedarse con los cultos de los cananeos, sino también dejar de lado el proyecto de la libertad y de la justicia que se habían comprometido a construir en la tierra prometida. De manera que los males de Israel no provienen sólo de los cultos a falsos dioses, sino del retroceso que en la tierra de la libertad realizaron volviendo al modo de organización social egipcia que produce división de clases, injusticia, hambre y empobrecimiento. Con razón los acusa Dios de haber ensuciado la tierra (7). Así pues, con este primer reclamo en forma de pleito subraya Dios la infidelidad de Israel, contrapuesta a la fidelidad que presentan otros pueblos; aunque esos pueblos distintos a Israel tienen dioses, que no son dioses (11), por lo menos no los han cambiado como ha hecho Israel.

2,14-22 Tu maldad te escarmienta. Alusión a los períodos de opresión que vivió Israel a manos de egipcios y asirios. El profeta interpreta esa dominación como consecuencia de su infidelidad al Señor. La infidelidad que se describe en esta acusación está en relación con el culto que Israel ha dado a otros dioses.

17 ¿No te ha sucedido todo eso
por haber abandonado
al Señor, tu Dios?
18 Y ahora,
¿para qué quieres ir a Egipto?,
¿a beber agua del Nilo?;
¿para qué quieres ir a Asiria?,
¿a beber agua del Éufrates?
19 Tu maldad te castiga,
tu infidelidad te enseña:
mira y aprende
que es malo y amargo
abandonar al Señor, tu Dios,
sin sentir miedo
–oráculo del Señor Todopoderoso–.
20 Desde antiguo has roto el yugo
y hecho saltar las correas
diciendo: No quiero servir:
en cualquier colina alta,
bajo cualquier árbol frondoso,
te acostabas y te prostituías.
21 Yo te planté, vid selecta
de cepas legítimas,
y tú te volviste espino,
viña bastarda.
22 Por más que te laves con jabón
y lejía abundante,
me queda presente la mancha
de tu culpa –oráculo del Señor–.

¿Por qué me entablan pleito?

23 ¿Cómo te atreves a decir:
No me he contaminado,
no he seguido a los ídolos?
Mira en el valle tu camino
y reconoce lo que has hecho,
camella liviana
de extraviados caminos,
24 asna salvaje criada en el desierto,
cuando en celo aspira el viento,
¿quién domará su pasión?
Los que la buscan
no necesitan cansarse,
la encuentran en celo.
25 Ahórrales calzado a tus pies,
sed a tu garganta;
tú respondes: ¡De ninguna manera!
Estoy enamorada de extranjeros
y me iré con ellos.
26 Como se queda turbado
un ladrón sorprendido,
se quedan turbados los israelitas,
con sus reyes, príncipes,
sacerdotes y profetas;
27 dicen a un trozo de madera:
Eres mi padre;
a una piedra: Me has dado a luz;
me dan la espalda y no la cara,
pero en tiempo de la desgracia dicen:
¡Ven a salvarnos!
28 ¿Y dónde están los dioses
que te hacías?
¡Que se levanten ellos
y te salven de tu desgracia!
Pues tantos como poblados
eran tus dioses, Judá.
29 ¿Por qué me entablan pleito,
si son todos rebeldes?
–oráculo del Señor–.
30 En vano herí a sus hijos:
no aprendieron la lección;
la espada de ustedes
devoró a sus profetas
como león carnicero.
31 –Ustedes fíjense
en la Palabra del Señor–.
¿Me he vuelto desierto para Israel
o tierra tenebrosa?
¿Por qué dice mi pueblo:
Huimos, ya no volvemos a ti?
32 ¿Acaso olvida una joven sus joyas,
una novia su cinturón?
Pero mi pueblo me tiene olvidado
hace ya mucho tiempo.
33 ¡Qué bien conoces
el camino de tu amor!
¡Qué bien te has aprendido
el mal camino!

Con el culto a otras divinidades se rechaza al único Dios al que Israel debe servir, un Dios que antes que nada es liberador y dador de vida, características que no posee ningún otro dios.

2,23-37 ¿Por qué me entablan pleito? El Señor continúa acusando a Israel y haciéndole ver todas las infidelidades que ha cometido al irse detrás de otros dioses, es decir, imitando la manera como otros pueblos rinden culto a sus ídolos y rigen su destino político. La infidelidad de la cual Dios les acusa tiene tres connotaciones: 1. La idolatría en la que han caído reyes, príncipes, sacerdotes y profetas; esto es, los que debían ser guías y luz para el pueblo. 2. La denuncia de la sangre de los pobres con la cual están untadas las manos de quienes dirigen al pueblo. Sabemos que los profetas son especialmente sensibles al tema de la

34 En tus manos hay sangre
de pobres inocentes:
no los sorprendiste
abriendo un boquete.
35 Y encima dices: Soy inocente,
su ira no me alcanzará.
Pero yo te juzgaré
por haber dicho que no has pecado.
36 ¡Qué poco te cuesta
cambiar de rumbo!
También Egipto te va a fallar
como te falló Asiria;
37 también de allí saldrás
con las manos en la cabeza,
porque el Señor ha rechazado
la base de tu confianza,
y no tendrás éxito con ellos.

¿Podrás volver a mí?
(Dt 24,1-4; Os 3)

3 1 Si un hombre repudia a su mujer,
ella se separa y se casa con otro,
¿volverá él a ella?, ¿no está esa mujer irremediablemente deshonrada? Y tú, que te has prostituido con muchos amantes, ¿podrás volver a mí? –oráculo del Señor–.

2 Levanta la vista
a los montes desolados y mira:
¿dónde no has hecho el amor?
Como un nómada en el desierto
te sentabas en los caminos,
a su disposición,
y profanaste la tierra
con tu prostitución y tu maldad.
3 Faltaban los aguaceros,
no veían la lluvia,
y tú, ramera descarada,
no sentías vergüenza.
4 Ahora mismo me dices:
Tú eres mi padre,
mi amigo de juventud;
5 pensando: No me va a guardar
un rencor eterno,
y seguías obrando maldades,
tan tranquila.

Las dos hermanas
(Ez 23)

6 Durante el reinado de Josías me dijo el Señor:
–¿Has visto lo que ha hecho Israel, la apóstata? Se ha ido por todos los montes altos y se ha prostituido bajo todo árbol frondoso.
7 Yo pensé que después de hacer todo esto volvería a mí; pero no volvió. Entonces
su hermana, Judá, la infiel, 8 vio que a Is-
rael, la apóstata, la había despedido yo por sus infidelidades, dándole el acta de divorcio; con todo, Judá, la infiel, no temió, sino
que fue y se prostituyó también ella. 9 Y así,
con su facilidad para prostituirse, profanó el país, porque cometió adulterio con la pie-
dra y el leño. 10 A pesar de todo, su herma-
na, Judá, la infiel, no volvió a mí de todo corazón, sino de mentiras –oráculo del Señor–.
11 El Señor me dijo:
–Israel, la apóstata, resulta inocente al lado de Judá, la infiel.

Vuelvan, hijos apóstatas
(Os 14,2-9)

12 Ve y proclama
este mensaje hacia el norte:
Vuelve, Israel, apóstata
–oráculo del Señor–,

---

injusticia social (cfr. Is 1,17.23; Jr 5,28; 7,26; 22,3; Os 4,1-3; Am 2,6-8; 4,1; 5,24; Hab 3,14; Zac 7,10), la cual denuncian abiertamente y ponen como obstáculo para la realización del verdadero culto que Dios quiere. 3. La tentación de hacer pactos o alianzas con otros pueblos, lo cual es un rechazo de la única alianza posible para Israel que es exclusiva con Dios.

Es también muy importante que ya desde aquí se reclame al pueblo la incapacidad de reconocer sus culpas alegando que es inocente; esa posición lo hace cada vez más culpable.

3,1-5 ¿Podrás volver a mí? Invocando un caso legal difícilmente realizable en la mentalidad semita (cfr. Dt 24,1-4), Dios estaría dispuesto a quebrantar esa ley, si Israel se convirtiera de corazón, si volviera sobre sus pasos y olvidara sus anteriores andanzas en pos de otros dioses. Pero Israel continúa en su cinismo prostituyéndose cada día más.

3,6-11 Las dos hermanas. Este pasaje recuerda el comportamiento reprochable de ambos reinos, el del sur y el del norte, comparándolos con dos hermanas que siguen exactamente el mismo camino de infidelidad y abandono de su Dios. El reino del norte fue considerado siempre como el culpable de la división acaecida el 931 a.C. a la muerte de Salomón, de ahí que se le nombre como «la apóstata» y que ninguno de sus reyes haya tenido jamás un buen calificativo desde la óptica del Sur. Pues bien, pese a ese concepto negativo respecto al reino del norte, el profeta hace notar que su comportamiento no ha sido peor si se

que no te pondré mala cara,
porque soy leal
y no guardo rencor eterno
–oráculo del Señor–.
13 Pero reconoce tu culpa,
porque te rebelaste
contra el Señor, tu Dios:
entregaste tu amor a extraños
bajo todo árbol frondoso
y me desobedeciste
–oráculo del Señor–.
14 Vuelvan, hijos apóstatas
–oráculo del Señor–,
que yo soy su dueño:
escogeré a uno de cada ciudad,
a dos de cada tribu
y los traeré a Sión;
15 les daré pastores a mi gusto
que los apacienten
con saber y acierto;
16 entonces, cuando crezcan
y se multipliquen en el país
–oráculo del Señor–,
ya no se nombrará el arca
de la alianza del Señor,
no se la recordará ni mencionará,
no se la echará de menos
ni se hará otra.
17 En aquel tiempo
llamarán a Jerusalén
Trono del Señor,
acudirán a ella todos los paganos,
porque Jerusalén llevará
el Nombre del Señor
y ya no seguirán la maldad
de su corazón obstinado.
18 En aquellos días Judá
irá a reunirse con Israel
y juntas vendrán del país del norte
a la tierra que di
en herencia a sus padres.
19 Yo había pensado
contarte entre mis hijos,
darte una tierra envidiable,
la perla de las naciones en herencia,
esperando que me llamaras:
padre mío, y no te apartaras de mí;
20 pero igual que una mujer
traiciona a su amante,
así me traicionó Israel
–oráculo del Señor–.
21 Oigan, se escucha
en los montes desolados
el llanto suplicante de los israelitas,
que han extraviado el camino,
olvidados del Señor, su Dios.
22 Vuelvan, hijos apóstatas,
y los sanaré de su apostasía.

Respuesta de Israel
(Esd 9; Neh 9; Bar 1,15–3,8)

Aquí estamos, hemos venido a ti,
porque tú, Señor, eres nuestro Dios.
23 Cierto, son mentira las colinas
y las celebraciones de los montes;
en el Señor, nuestro Dios,
está la salvación de Israel.
24 La vergonzosa idolatría devoró
los ahorros de nuestros padres
desde su juventud:
vacas y ovejas, hijos e hijas;
25 nos acostamos
sobre nuestra vergüenza
y nos cubre la humillación,
porque pecamos contra el Señor,
nuestro Dios,
nuestros padres y nosotros,
desde la juventud hasta hoy
y desobedecimos al Señor,
nuestro Dios.

Nueva exhortación al arrepentimiento

4 1 Si quieres volver, Israel,
vuelve a mí –oráculo del Señor–;
si apartas de mí
tus ídolos detestables,
no irás errante;

---

compara con el de Judá, Israel resulta inocente al lado de la infiel Judá (v. 11); con esta acusación, Dios busca hacer entrar en razón a su pueblo para que reconozca sus culpas y así pueda obtener el perdón, pues por encima de todo él es un Dios piadoso y clemente.

3,12,22a Vuelvan, hijos apóstatas. Este pasaje supone los acontecimientos del 587 a.C.: caída de Jerusalén y destierro de sus habitantes. El profeta se dirige tanto a los israelitas del norte como a los del sur, sobre quienes vaticina no sólo la nueva unidad, sino el retorno y reconocimiento de Jerusalén como único lugar de reunión para ambos reinos y para las demás naciones.

3,22b-25 Respuesta de Israel. Israel reconoce humildemente su desobediencia al Señor; con su comportamiento ha echado por tierra todo el proyecto de sociedad justa soñada por sus antepasados. Se ratifica que el principal obstáculo para las sanas relaciones entre el pueblo y Dios son los cultos dados a otras divinidades.

2 si juras por el Señor con verdad,
justicia y derecho,
las naciones desearán
tu dicha y tu fama.
3 Así dice el Señor
a los habitantes de Judá y Jerusalén:
Preparen los campos
y no siembren cardos.
4 Circuncídense para el Señor
quiten el prepucio de sus corazones,
habitantes de Judá y Jerusalén,
no sea que por sus malas acciones,
estalle como fuego mi cólera
y arda
sin que nadie pueda apagarla.

EL ENEMIGO DEL NORTE

(Is 5,26-30)

Mírenle subir

5 Anúncienlo en Judá,
proclámenlo en Jerusalén,
toquen la trompeta en el país,
griten a pleno pulmón:
júntense para marchar
a la ciudad fortificada,
6 levanten la bandera hacia Sión;
escapen sin detenerse;
que yo traigo del norte la desgracia,
una gran calamidad:
7 sale el león de la maleza,
sale de su guarida,
está en marcha
un asesino de pueblos,
para arrasar tu país
e incendiar tus ciudades
dejándolas despobladas.
8 Por eso vístanse de sayal,
hagan duelo y laméntense,
porque no cede el incendio
de la ira del Señor.
9 Aquel día –oráculo del Señor–
se acobardarán el rey y los príncipes,
se espantarán los sacerdotes,
se turbarán los profetas.
10 Yo dije: ¡Ay Señor mío!
Realmente has engañado
a este pueblo y a Jerusalén,
prometiéndole paz,
cuando tenemos al cuello la espada.

11 En aquel tiempo dirán
a este pueblo y a Jerusalén:
Un viento sopla
de las dunas del desierto
hacia la capital de mi pueblo:
no viento de aventar
ni de limpiar el trigo,
12 sino viento huracanado
a mis órdenes:
ahora me toca a mí
pronunciar su sentencia.

13 Mírenle avanzar como una nube,
sus carrozas como un huracán,
sus caballos más rápidos que águilas:
¡ay de nosotros!
Estamos perdidos.

14 Jerusalén, lava tu corazón
de maldades, para salvarte,
¿hasta cuándo anidarán en tu pecho
planes criminales?

15 Escucha al mensajero de Dan,
al que anuncia desgracias
desde la sierra de Efraín:
16 Díganselo a los paganos,
anúncienlo en Jerusalén:
de tierra lejana llega el enemigo

4,1-4 Nueva exhortación al arrepentimiento. El profeta manifiesta la voluntad divina de volver a acoger a su pueblo sólo a condición de que su comportamiento esté más de acuerdo con el querer de su Dios. Los israelitas ponen en Abrahán el origen de la circuncisión como signo externo de la Alianza con el Señor (Gn 17,10-14). En la época de Jeremías, este signo mantenía su fuerza, pero no superaba el aspecto externo, de ahí que el profeta llame la atención sobre la necesidad de mostrar una disposición interior que respalde la adhesión a Dios. De nada vale estar circuncidado si en la vida ordinaria se desprecian los mandatos del Señor.

4,5-18 Mírenle subir. No está claro cuál es el enemigo que viene del norte. En todo caso, el profeta previene a los habitantes de Judá para que se pongan a salvo. Estas palabras cobrarían vida o serían confirmadas hacia el 605 a.C., cuando los ejércitos de Babilonia comienzan a invadir territorio judío. Los movimientos en la política externa que afectan positiva o negativamente a Israel son vistos por los profetas como acciones del mismo Dios, bien sea como bendición o como castigo para el pueblo. Se insiste en la conversión como camino para alcanzar la salvación de todo el mal que se avecina.

lanzando gritos
contra los poblados de Judá;
17 como los guardianes
de un campo te cercan,
porque te rebelaste contra mí
–oráculo del Señor–;
18 tu conducta y tus acciones
te lo han traído,
ése es tu castigo,
el dolor que te hiere el corazón.

El alarido de guerra

19 ¡Ay mis entrañas, mis entrañas!
Me tiemblan las paredes del pecho,
tengo el corazón turbado
y no puedo callar;
porque yo mismo escucho
el toque de trompeta,
el alarido de guerra,
20 un golpe llama a otro golpe,
el país está deshecho;
de repente quedan
destrozadas las tiendas de campaña
y en un momento los pabellones.
21 ¿Hasta cuándo tendré
que ver la bandera
y escuchar el toque de la trompeta?
22 Mi pueblo es insensato,
no me reconoce,
son hijos necios que no recapacitan:
son hábiles para el mal,
ignorantes para el bien.
23 Miro a la tierra: ¡caos informe!;
al cielo: está sin luz;
24 miro a los montes: tiemblan;
a las colinas: danzan;
25 miro: no hay hombres,
las aves del cielo han volado;
26 miro: el vergel es un desierto,
los poblados están arrasados:
por el Señor, por el incendio de su ira.

El grito de Sión

27 Así dice el Señor:
El país quedará desolado,
pero no lo aniquilaré;
28 la tierra guardará luto,
el cielo arriba se ennegrecerá;
lo dije y no me arrepiento,
lo pensé y no me vuelvo atrás.
29 Al oír a los jinetes y arqueros,
huyen los vecinos,
se meten en cuevas,
se esconden en la maleza,
trepan a los peñascos,
y la ciudad queda abandonada,
sin un habitante.
30 Y tú, ¿qué haces
que te vistes de púrpura,
te enjoyas de oro,
te maquillas los ojos con negro?
En vano te embelleces,
tus amantes te rechazan,
sólo buscan tu vida.
31 Oigo un grito como de parturienta,
sollozos como en el primer parto:
el grito angustiado de Sión,
estirando los brazos:
¡Ay de mí, que desfallezco,
que me quitan la vida!

¿No he de vengarme yo mismo?
(Is 9,7-21; Jr 9,1-10)

5 1 Recorran las calles de Jerusalén,
miren, comprueben,
busquen en sus plazas

4,19-26 El alarido de guerra. Panorama de muerte y desolación que describe el profeta; no se atribuye propiamente a un invasor extranjero, el cual debía ser el rey de Babilonia, sino al mismo Señor que ha decido castigar a su pueblo. El incendio de su ira arrasa todo a su paso, pues Israel es un insensato, diestro para el mal e ignorante para el bien (22).

4,27-31 El grito de Sión. Una vez más se manifiesta la intención de Dios de no acabar con todos, pese a que tiene sobradas razones para hacerlo (27). Pero se constata la cruel realidad: las alianzas de los pueblos débiles y pequeños con los grandes nunca son garantía de supervivencia, todo lo contrario: son una continua amenaza; en el momento definitivo, los primeros en quedarse solos y caer son los más pequeños. Ante esta situación no queda otro recurso que clamar y gemir (31), y este grito de desesperanza sólo es atendido por Dios (cfr. Ex 3,7).

5,1-31 ¿No he de vengarme yo mismo? El análisis de la realidad que hace el profeta y que pone en boca de Dios da como resultado que, a simple vista, los signos de comportamiento del pueblo son propios de gente ignorante, sin instrucción, fruto de puras inclinaciones naturales. Al examinar el modo de actuar de los instruidos y conocedores de la ley de Dios, su conducta es todavía peor: todos han renegado de Dios (6.12); adoran ídolos y juran por ellos (7), se han prostituido (7); además, descuidan la justicia y el derecho (26-28). La decisión divina es castigar haciendo que sobrevenga la invasión con todas sus consecuencias:

a ver si hay alguien
que respete el derecho
y practique la sinceridad;
y le perdonaré.
2 Cuando dicen: ¡Por la vida del Señor!,
juran en falso,
3 y tus ojos, Señor,
buscan la sinceridad.
Los heriste y no les dolió,
los exterminaste y no escarmentaban;
endurecían la cara como roca
y se negaban a convertirse.
4 Me dije: éstos son
gente sencilla e ignorantes,
no conocen el camino del Señor,
el precepto de su Dios;
5 me dirigiré a los jefes para hablarles,
porque ellos sí conocen
el camino del Señor,
el precepto de su Dios.
Pero todos juntos rompieron el yugo,
hicieron saltar las correas;
6 por eso los herirá un león de la selva,
un lobo del desierto
los despedazará,
una pantera acecha sus ciudades
y arrebata al que sale,
porque son muchas sus culpas
y graves sus apostasías.
7 Después de todo, ¿podré perdonarte?,
tus hijos me abandonaron,
juraron por dioses falsos;
yo los colmé de bienes,
ellos fueron adúlteros,
se iban en tropel a los prostíbulos;
8 son caballos cebados y fogosos
que relinchan
cada cual por la mujer del prójimo.
9 *Y por todo esto, ¿no los castigaré?*
–oráculo del Señor–.
De un pueblo semejante,
¿no me voy a vengar?
10 Suban a sus terrazas,
destruyan sin aniquilar;
arranquen sus sarmientos,
ya que no son del Señor;
11 porque me han sido infieles
Israel y Judá
–oráculo del Señor–;
12 renegaron del Señor diciendo:
No es él,
no nos pasará nada,
no veremos espada ni hambre.
13 Sus profetas son viento,
no tienen palabras del Señor,
14 por eso así dice el Señor,
Dios Todopoderoso:
Por haber hablado así,
así les sucederá:
haré que mi palabra
sea fuego en tu boca
que consumirá a ese pueblo
como leña.
15 Israel, yo voy a conducir
contra ustedes un pueblo remoto
–oráculo del Señor–:
un pueblo invencible,
un pueblo antiquísimo,
un pueblo de lengua
incomprensible,
no entenderás lo que diga:
16 su boca es una tumba abierta
y todos son guerreros:
17 comerá tus cosechas y tu pan,
comerá a tus hijos e hijas,
comerá tus vacas y ovejas,
comerá tu viña y tu higuera,
conquistará a espada
las fortalezas en que confías.
18 Pero en aquellos días
–oráculo del Señor–
no los aniquilaré.

19 Cuando te pregunten: ¿Por qué nos ha hecho todo esto el Señor, nuestro Dios?, contestarás: Así como ustedes me abandonaron para servir en su propio país a dioses extranjeros, así servirán a dioses extranjeros en tierra extraña.

---

servidumbre, saqueo y tributo al pueblo dominante (15-17); sin embargo, y a pesar de todo, el mensaje aún conserva el tono esperanzador cuando anuncia que el Señor no aniquilará del todo a su pueblo.

No hay que dar a estos mensajes un valor literal, como si en realidad Dios se comportara así con sus hijos; no olvidemos que los profetas se valen de imágenes, de símbolos y de las mismas situaciones que vive el pueblo en determinado momento, ya sean positivas o negativas, para transmitir sus mensajes. La intención es siempre llamar la atención sobre las irregularidades presentes y sobre las consecuencias que sobrevendrán. Muchas veces, los momentos difíciles, como la guerra, la persecución, el hambre, las sequías, etc., son eventos por los que ya ha pasado el pueblo, pero el profeta los pone en futuro y siempre como anuncios de castigo divino asociado con situaciones de infidelidad a su Dios.

20 Anuncien esto a Jacob,
publíquenlo en Judá:
21 Escúchalo, pueblo necio y sin juicio,
que tiene ojos y no ve,
tiene oídos y no oye:
22 ¿A mí no me respetan,
no tiemblan en mi presencia?
–oráculo del Señor–.
Yo puse la arena
como frontera del mar,
límite perpetuo que no traspasa;
hierve impotente, braman sus olas,
23 pero no lo traspasan;
en cambio, este pueblo
es duro y rebelde de corazón,
y se marcha lejos;
24 no piensan:
Debemos respetar
al Señor, nuestro Dios,
que envía a su debido tiempo
las lluvias tempranas y tardías
y observa las semanas justas
para nuestra cosecha.
25 Sus culpas
han trastornado el orden,
sus pecados los dejan sin lluvia,
26 porque hay en mi pueblo criminales
que ponen trampas como cazadores
y cavan fosas para cazar hombres:
27 sus casas están llenas de engaño
como una jaula está llena de pájaros,
así es como
se hacen poderosos y ricos,
28 engordan y prosperan;
rebosan de malas palabras,
no juzgan según derecho,
no defienden la causa del huérfano
ni sentencian a favor de los pobres.
29 *Y por todo esto, ¿no los castigaré?*
–oráculo del Señor–;
de un pueblo semejante,
¿no me voy a vengar?
30 Espantos y prácticas idolátricas
suceden en el país:
31 los profetas profetizan embustes,
los sacerdotes dominan por la fuerza,
y mi pueblo tan contento.
¿Qué harán ustedes
cuando llegue el fin?

PROCLAMEN LA GUERRA SANTA

(Miq 1,10-16)

Amenazas contra Jerusalén

6 1 Huyan, benjaminitas,
de Jerusalén,
toquen la trompeta en Tecua,
hagan señales en Bet-Kérem:
asoma por el norte la desgracia,
una ruina gigante.
2 Sión es como una bella pradera
3 donde entran pastores y rebaños,
plantan en círculo las tiendas,
y a pastar cada uno por su lado.
4 Declárenle la guerra santa;
¡arriba, al ataque a mediodía!;
¡ay, que se acaba el día,
se alargan las sombras de la tarde!;
5 ¡arriba, al ataque de noche,
a destruir sus palacios!;
6 porque así dice el Señor Todopoderoso:
Corten árboles,
levanten un terraplén
contra Jerusalén;
es una ciudad sentenciada,
donde domina la opresión;
7 como brota el agua de un pozo,
brota de ella la maldad,
violencias y atropellos

6,1-7 Amenazas contra Jerusalén. El profeta pone en guardia a los benjaminitas que habitan en Jerusalén. Podría tratarse de algunos miembros de la tribu de Benjamín que se habían refugiado allí, quizá desplazados por la violencia vivida desde la guerra siroefraimita. Benjamín era el territorio más pequeño, ubicado entre el norte de Judá y el sur de Efraín (cfr. Jos 18,11).

Jerusalén es descrita como un pozo de contradicciones; hay mentira, engaño, opresión, y por eso será visitada; si la ciudad se cree una pradera, será invadida de rebaños y pastores, pero no para deleitarse en ella, sino para destruirla; la imagen hay que entenderla como ejércitos y jefes. Las imágenes que siguen nos confirman que se trata de una amenaza de invasión por parte de ejércitos que provienen del norte. La respuesta de Jerusalén que lucha por defenderse es vista como una «guerra santa». Hasta nuestros días, muchas luchas y múltiples ataques se hacen en nombre de Dios, como si se pudiera hablar de ejércitos amigos o

se escuchan en ella,
siempre tengo delante
golpes y heridas.

Anuncio del castigo

8 Escarmienta, Jerusalén,
si no quieres que me canse de ti
y te convierta en desolación,
en tierra deshabitada.
9 Así dice el Señor Todopoderoso:
Rebusca el resto de Israel,
como racimos en una viña,
pasa la mano por los sarmientos,
como un vendimiador.
10 ¿A quién hablaré, a quién advertiré
para que me escuche?:
tienen oídos incircuncisos,
incapaces de atender,
toman a burla la Palabra de Dios
porque no les agrada;
11 pero yo estoy lleno de la ira del Señor
y no puedo contenerla;
derrámala en la calle
sobre los chiquillos
y sobre los grupos de jóvenes;
de golpe, caerán presos
marido y mujer, viejos y ancianos,
12 pasarán a extraños sus casas,
sus campos y sus mujeres,
cuando extienda la mano
contra los habitantes del país
–oráculo del Señor–,
13 porque del primero al último
sólo buscan enriquecerse,
profetas y sacerdotes
se dedican al fraude.
14 Pretenden sanar por encima
la fractura de mi pueblo,
diciendo: Marcha bien, muy bien.
Y no marcha bien.
15 ¿Acaso se avergüenzan
de sus horribles actos?
Ni se avergüenzan
ni se sonrojan;
por eso caerán con los demás caídos,
tropezarán el día
que tengan que dar cuenta
–lo ha dicho el Señor–.

Rebeldía de Israel

16 Así decía el Señor:
Deténganse en los caminos a mirar,
pregunten por la vieja senda:
¿cuál es el buen camino?,
síganlo y encontrarán reposo;
ellos respondieron:
No queremos caminar.
17 Les di centinelas:
Atención al toque de trompeta;
ellos respondieron: No nos importa.
18 Por eso, escuchen naciones;
entérate, asamblea, lo que va a pasar;
19 escucha, tierra: Yo traigo
contra este pueblo una desgracia,
resultado de sus planes,
porque despreciaron mis palabras,
rechazaron mi ley.
20 ¿Qué me importa el incienso de Sabá
y la caña aromática de un lejano país?
Sus holocaustos no me agradan,
sus sacrificios no me son gratos.
21 Así dice el Señor:
Yo pondré a este pueblo obstáculos
en que tropiecen:
padres e hijos, vecinos y amigos
acabarán juntos.

---

ejércitos enemigos de Dios. Los israelitas tenían la convicción de que en sus guerras el Señor iba adelante combatiendo a favor de ellos (cfr. Dt 1,30; 20,4); sin embargo, el mismo Jeremías constatará que dicha compañía ya no será posible, puesto que el mismo Señor ha decidido no sólo abandonar los campamentos israelitas, sino atacarlos (cfr. Jr 21,5).

6,8-15 Anuncio del castigo. A pesar de la inminente amenaza de invasión, nadie cae en la cuenta de lo que sucede; el mismo profeta siente pesimismo de ser escuchado cuando hasta la misma Palabra de Dios es objeto de burla (10); con todo, mientras el ambiente moral y religioso se pinta tan sombrío, pues ni profetas ni sacerdotes dan ejemplo y hasta maquillan la realidad (14), la Palabra tiene que ser anunciada a otro auditorio que casi nunca es tenido en cuenta: los muchachos y grupos de despreocupados jóvenes de las calles (11). Es necesario que la Palabra de Dios se anuncie siempre a tiempo y a destiempo, con ocasión y sin ella (cfr. 2 Tim 4,2) y que esa Palabra, que no es nuestra, sino de Dios, aunque no agrade a muchos, se anuncie en todo momento y que desenmascare a quienes son expertos en maquillar la realidad y adormecer la conciencia del pueblo.

6,16-21 Rebeldía de Israel. Israel es un pueblo obstinado y terco; ha sido avisado de la situación que se avecina, pero no hace caso; por todos los medios se le ha insinuado que rectifique su camino; sin embargo, continúa andando tercamente en contravía del plan del Señor. Su obstinación y su culto vacío son motivo aquí de denuncia por parte de su mismo Dios.

Invasión del norte

22 Así dice el Señor:
Miren, un ejército
viene desde el norte,
una multitud se moviliza
en el extremo del mundo,
23 armados de arcos y lanzas,
crueles y despiadados,
sus gritos resuenan como el mar,
avanzan a caballo,
formados como soldados
contra ti, Sión.
24 Al oír su fama nos acobardamos,
nos atenazan angustias
y temblor de parturienta.
25 No salgas al campo,
no vayas por el camino,
que la espada enemiga
siembra el terror por todas partes.
26 Capital de mi pueblo,
vístete de luto
y revuélcate en el polvo,
haz funeral como por un hijo único,
un duelo amargo,
porque llega de repente
nuestro devastador.
27 Te nombro examinador de mi pueblo,
para que examines
y pruebes su conducta.
28 Todos son rebeldes
y siembran calumnias,
todos son bronce
y hierro de mala calidad;
29 el fuelle resopla,
el plomo se derrite por el fuego,
en vano funde el fundidor,
la escoria no se desprende.
30 Plata de desecho hay que llamarlos,
porque el Señor los desecha.

Sermón sobre el templo
(25,1-14; 26,1-19)

7 1 Palabras que el Señor dirigió a Jere-
mías: 2 Párate junto a la puerta del
templo y proclama allí: Escuchen, judíos, la
Palabra del Señor, los que entran por estas
puertas a adorar al Señor, 3 así dice el Se-
ñor Todopoderoso, Dios de Israel:

Enmienden su conducta
y sus acciones,
y habitaré con ustedes en este lugar;
4 no se hagan ilusiones
con razones falsas, repitiendo:
el templo del Señor,
el templo del Señor,
el templo del Señor.
5 Si enmiendan sus conducta
y sus acciones,
si juzgan rectamente los pleitos,
6 si no oprimen al emigrante,
al huérfano y a la viuda,
si no derraman sangre inocente
en este lugar,
si no siguen a dioses extranjeros,
para desgracia de ustedes mismos,
7 entonces habitaré con ustedes
en este lugar,
en la tierra que di a sus padres,
desde antiguo y para siempre.
8 Se hacen ilusiones
con razones falsas, que no sirven:
9 ¿de modo que roban, matan,
cometen adulterio, juran en falso,
queman incienso a Baal,
siguen a dioses
extranjeros y desconocidos,
10 y después entran
a presentarse ante mí
en este templo que lleva mi Nombre,

6,22-30 Invasión del norte. Continúa el tema de la invasión que amenaza desde el norte y se constata ya el temor de los habitantes de Judá; sin embargo, la queja del Señor es que ni aun así cambia la conducta del pueblo.

7,1-15 Sermón sobre el templo. El profeta no hace mención de los cultos locales, sino exclusivamente del culto realizado en Jerusalén; esto nos podría indicar que se trata de una época posterior a la reforma de Josías llevada a cabo en el 622 a.C., incluso posterior al reinado del mismo monarca. Se podría estar hablando de la época de Yoyaquim; para estos tiempos hay una clara conciencia de la presencia de Dios exclusivamente en su templo de Jerusalén y de su decisión de defender su casa y su ciudad.

En la memoria está el recuerdo de cuando las tropas asirias desistieron de destruir Jerusalén, lo cual fue para sus habitantes un claro signo del poderío del Señor (cfr. 2 Re 19,32-34; Is 37,33-35). Israel se confió demasiado y se creó una falsa seguridad absolutizando el templo y el culto con la intención de manipular a Dios a su antojo. El profeta hace ver que ni ciudad, ni templo ni culto le interesan a Dios más que la práctica de la justicia, la atención al indigente y a la viuda, el rechazo de la idolatría y el respeto por la vida; eso es lo único que puede hacer permanecer a Dios en un

y dicen: Estamos salvados,
para seguir cometiendo
las mismas maldades?
11 ¿Creen que este templo
que lleva mi Nombre
es una cueva de bandidos?
Atención, que yo lo he visto
–oráculo del Señor–.
12 Vayan a mi templo de Siló,
al que di mi Nombre en otro tiempo,
y miren lo que hice con él,
por la maldad de Israel, mi pueblo.
13 Y ahora,
por haber cometido tales acciones
–oráculo del Señor–,
porque les hablé sin cesar
y no me escucharon,
porque los llamé
y no me respondieron,
14 por eso trataré al templo
que lleva mi Nombre,
y en el que ustedes confían,
y al lugar que di
a sus padres y a ustedes,
de la misma manera que traté a Siló;
15 a ustedes los arrojaré de mi presencia,
como arrojé a sus hermanos,
a toda la descendencia de Efraín.

No valen intercesiones

16 Y tú no intercedas por este pueblo,
no supliques a gritos por ellos,
no me reces, que no te escucharé.
17 ¿No ves lo que hacen
en los pueblos de Judá
y en las calles de Jerusalén?
18 Los hijos recogen leña,
los padres encienden el fuego,
las mujeres preparan
la masa para hacer tortas
en honor de la reina del cielo,
y para irritarme
hacen libaciones a dioses extranjeros.
19 ¿Es a mí a quien irritan
–oráculo del Señor–
o más bien a sí mismos,
para su confusión?
20 Por eso así dice el Señor:
Miren, mi ira y mi enojo
se derraman sobre este lugar,
sobre hombres y ganados,
sobre el árbol silvestre,
sobre el fruto del suelo,
y arden sin apagarse.

No vale el culto
(11,15; Am 5,18-27)

21 Así dice el Señor Todopoderoso,
Dios de Israel:
Añadan sus holocaustos
a sus sacrificios
y cómanse la carne;
22 porque cuando saqué
a sus padres de Egipto
no les ordené ni hablé
de holocaustos y sacrificios;
23 ésta fue la orden que les di:
Obedézcanme, y yo seré su Dios
y ustedes serán mi pueblo;
caminen por el camino
que les señalo, y les irá bien.
24 Pero no escucharon
ni prestaron oído,
seguían sus planes,
la maldad de su corazón endurecido,
dándome la espalda y no la cara.

---

lugar. Estas palabras de Jeremías cobran cada vez mayor actualidad, ya que con mucha frecuencia las religiones se ocupan demasiado en construir templos y lugares de culto a expensas, inclusive del mismo pobre, induciendo a un cierto tipo de trueque o canje de favores: cuanto más aportes para la construcción del templo, mayores y más abundantes serán las bendiciones que recibirás de Dios, olvidando que son otras las condiciones que hacen posible hablar de la presencia de Dios o, mejor aún, que la hacen palpable.

7,16-20 No valen intercesiones. Tal como están las cosas, hasta Dios mismo se resiste a escuchar la oración del profeta a favor del pueblo. Ni el mismo pueblo parece muy interesado en la intercesión de Jeremías, pues están muy empeñados en rendir culto a otras divinidades; aquí se menciona, en concreto, a la «reina del cielo». Al parecer, se trataba de una divinidad muy popular conocida también como «Diosa madre»; en Mesopotamia la llamaban Istar, y en Canaán Astarte; su culto y rituales estaban orientados a la fertilidad.

7,21-28 No vale el culto. A propósito del culto y los sacrificios ofrecidos a la «reina del cielo» mencionados anteriormente, Dios recuerda por medio del profeta que en ningún momento ha exigido Él sacrificios ni holocaustos; en cambio, sí ha exigido obediencia y fidelidad. En el versículo 23 se cita precisamente el núcleo de la Alianza, el compromiso de adhesión que adquirió Israel en el momento de su fundación en el Sinaí: ser el pueblo de Dios, del Dios que los había liberado del poder egipcio; no tenían por qué poner los ojos en ninguna otra divinidad. Hay

25 Desde que sus padres salieron
de Egipto hasta hoy
les envié a mis siervos los profetas
un día y otro día;
26 pero no me escucharon
ni prestaron oído,
se pusieron tercos
y fueron peores que sus padres.

27 Ya puedes repetirles este sermón,
que no te escucharán;
ya puedes gritarles,
que no te responderán.
28 Les dirás: Ésta es la gente
que no obedeció al Señor, su Dios,
y no quiso escarmentar;
la sinceridad se ha perdido,
arrancada de su boca.

Duelo por el valle de Ben-Hinón
(19,3-9)

29 Córtate la cabellera y tírala,
entona en los montes desolados
un lamento:
El Señor ha rechazado y expulsado
a la generación que provocó su ira;
30 porque los judíos hicieron
lo que yo repruebo
–oráculo del Señor–,
pusieron sus ídolos
en el templo que lleva mi Nombre,
contaminándolo.

31 Levantaron altares al Horno,
en el valle de Ben-Hinón
para quemar a hijos e hijas,
cosa que yo no mandé
ni se me pasó por la cabeza;
32 por eso, miren que llegan días
–oráculo del Señor–
en que ya no se llamará El Horno
ni valle de Ben-Hinón,
sino valle de las Ánimas,
porque tendrán
que enterrar en El Horno
por falta de sitio;
33 y los cadáveres de este pueblo
serán pasto de las aves del cielo
y de las bestias de la tierra,
sin que nadie los espante.
34 Haré desaparecer
en los pueblos de Judá
y en las calles de Jerusalén
la voz alegre y la voz gozosa,
la voz del novio y la voz de la novia,
porque el país será una ruina.

8 1 Entonces –oráculo del Señor–
sacarán de sus tumbas
los huesos de los reyes de Judá,
2 los huesos de sus príncipes,
los huesos de los sacerdotes,
los huesos de los profetas,
los huesos de los vecinos
de Jerusalén:
quedarán expuestos al sol, a la luna,
a los astros del cielo
a quienes amaron,
a quienes sirvieron,
a quienes siguieron,
a quienes consultaron,
a quienes adoraron;
no serán recogidos ni sepultados,
yacerán como estiércol en el campo.
3 La muerte será preferible a la vida
para todo el resto,
para los supervivientes
de esa raza perversa,
en todos los lugares
por donde los dispersé
–oráculo del Señor Todopoderoso–.

No quieren convertirse
(17,1)

4 Diles: Así dice el Señor:
¿No se levanta el que cayó?,
¿no vuelve el que se fue?

---

que recordar que la teología de Jeremías gira en torno a la obediencia y fidelidad que debe el pueblo a su Dios por la alianza que hay entre ellos; desde esta óptica, el comportamiento de su pueblo es visto como terquedad y resistencia contra el único Dios que les garantiza la vida.

7,29–8,3 Duelo por el valle de Ben-Hinón. Jeremías considera una aberración contra la fidelidad a la Alianza, por un lado, la entronización de ídolos, estatuillas que representan alguna divinidad, en el templo del Señor; por otro, la tendencia de ofrecer sacrificios humanos. Israel tenía orden expresa de no realizar esas prácticas y, sin embargo, cayó en ellas (cfr. 2 Re 21,6). El profeta vaticina, entonces, cuál sería el castigo que debía sobrevenir sobre una ciudad que ha mostrado tal comportamiento y cómo, de ese pueblo, no deberían quedar ni siquiera los huesos para el recuerdo.

8,4-17 No quieren convertirse. En este nuevo mensaje contra los habitantes de Jerusalén y de Judá,

5 Entonces,
¿por qué este pueblo de Jerusalén
ha apostatado irrevocablemente?
Se afianza en la rebelión,
se niega a convertirse.
6 He escuchado atentamente:
no dicen la verdad,
nadie se arrepiente de su maldad
diciendo: ¿Qué he hecho?
Todos vuelven a sus extravíos
como caballo
que se lanza a la batalla.
7 Aun la cigüeña en el cielo
conoce su tiempo,
la tórtola, la golondrina, la grulla
saben cuando deben emigrar;
pero mi pueblo no comprende
el mandato del Señor.
8 ¿Por qué dicen: Somos sabios,
tenemos la ley del Señor?
Si la ha falsificado
la pluma falsa de los escribanos.
9 Pues quedarán confundidos los sabios,
se espantarán y caerán prisioneros:
rechazaron la Palabra del Señor,
¿de qué les servirá su sabiduría?
10 Por eso entregaré
sus mujeres a extraños
y sus campos a los conquistadores;
porque del primero al último
sólo buscan enriquecerse,
profetas y sacerdotes
se dedican al fraude.
11 Pretenden sanar superficialmente
la fractura de mi pueblo
diciendo: Marcha bien, muy bien;
y no marcha bien.
12 ¿Se avergüenzan
cuando cometen horribles actos?
Ni se avergüenzan
ni saben lo que es sonrojarse;
pues caerán con los demás caídos,
tropezarán el día
que tengan que rendir cuenta
–oráculo del Señor–.
13 –Si intento cosecharlos
–oráculo del Señor–
no hay racimos en la vid
ni higos en la higuera,
la hoja está seca;
los entregaré a la esclavitud.
14 –¿Qué hacemos aquí sentados?
Reunámonos,
entremos en las ciudades fortificadas
para morir allí;
porque el Señor, nuestro Dios,
nos deja morir,
nos da a beber agua envenenada,
porque pecamos contra el Señor.
15 Se espera mejoría
y no hay bienestar,
a la hora de sanarse
sobreviene el espanto.
16 Desde Dan se escucha
el resoplar de los caballos,
cuando relinchan los corceles,
retiembla la tierra;
llegan y devoran el país
con sus habitantes,
la ciudad con sus vecinos.
17 –Yo envío contra ustedes
serpientes venenosas,
contra las que no valen
encantamientos,
los picarán mortalmente
–oráculo del Señor–.

Llanto del profeta
(16,5-7)

18 –Mi dolor no tiene remedio,
mi corazón desfallece,
19 al oír desde lejos
el grito de auxilio de la capital:

---

el Señor reprocha al pueblo su resistencia a convertirse. Pero la conversión no es posible sin el reconocimiento humilde y sincero de las culpas; ahí está justamente el problema del pueblo y de sus dirigentes: no se convierten porque no ven de qué convertirse. Para ellos era suficiente con «tener la Ley del Señor» y pensaban que eso bastaba para creerse sabios y buenos; pero el profeta hace ver una realidad distinta y el castigo que se acerca cada vez más.

Desafortunadamente, en muchos de nuestros ambientes cristianos constatamos a veces esta misma realidad. Con frecuencia nos creemos «sabios» y «buenos» porque ostentamos el título de cristianos, llevamos la Biblia debajo del brazo o la tenemos entronizada en nuestras casas; pero cuán lejos nos encontramos del ideal de vida que nos propone esa Palabra, no caemos en la cuenta de nuestra responsabilidad respecto de los males sociales, no porque seamos nosotros los directos causantes, sino porque hacemos muy poco por evitarlos.

8,18-23 Llanto del profeta. Jeremías es el hombre compenetrado y comprometido con su pueblo; pero

¿No está el Señor en Sión,
no está allí su Rey?
–¿No me irritaron con sus ídolos,
dioses inútiles y extraños?
20 –Pasó la cosecha, se acabó el verano,
y no hemos recibido auxilio.
21 –Por el sufrimiento de la capital
ando afligido,
atenazado de espanto:
22 ¿No queda medicina en Galaad,
no quedan médicos?
¿Por qué no se cierra la herida
de la capital de mi pueblo?
23 ¡Quién diera agua a mi cabeza
y a mis ojos una fuente de lágrimas
para llorar día y noche
a los muertos de la capital!

Depravación de Jerusalén
(5; 21,13s; Ez 22; Sal 55)

9 1 –Quién me diera
un hogar en el desierto
para dejar a mi pueblo
y alejarme de ellos;
pues son todos unos adúlteros,
una banda de traidores;
2 tensan las lenguas como arcos,
dominan el país con la mentira
y no con la verdad;
van de mal en peor,
y a mí no me conocen
–oráculo del Señor–.
3 Guárdese cada uno de su prójimo,
no se fíen del hermano,
el hermano pone zancadillas
y el prójimo anda calumniando;
4 se estafan unos a otros
y no dicen la verdad,
entrenan sus lenguas en la mentira,
están depravados
y son incapaces de convertirse:
5 fraude sobre fraude,
engaño sobre engaño,
y rechazan mi conocimiento
–oráculo del Señor–.
6 Por eso así dice
el Señor Todopoderoso:
Yo mismo los fundiré y examinaré,
porque no puedo desentenderme
de la capital de mi pueblo:
7 su lengua es flecha afilada,
su boca dice mentiras,
saludan con la paz al prójimo
y por dentro le preparan una trampa.
8 Y de esto, ¿no les voy a pedir cuentas?
–oráculo del Señor–.
De un pueblo semejante,
¿no me voy a vengar?
9 Haré resonar por los montes
llantos y gemidos,
en las praderas del desierto
cánti cos fúnebres:
porque están requemadas,
nadie transita,
no se oye mugir el ganado,
aves del cielo y bestias
se han escapado.
10 Convertiré a Jerusalén en escombros,
en guarida de chacales,
arrasaré los pueblos de Judá
dejándolos deshabitados.

No sabios, sino plañideras

11 ¿Quién es el sabio que lo entienda?
A quien le haya hablado el Señor,
que lo explique:

---

como hombre de Dios que es, también está fuertemente ligado y comprometido con la causa del Señor. El profeta sueña con una realidad diferente, con un pueblo que obedece y vive el proyecto de su Dios; por eso, al confrontar el ideal con la realidad, el profeta sufre y se lamenta por su pueblo.

9,1-10 Depravación de Jerusalén. En continuidad con la lamentación del profeta, estos versículos describen con más detalle los motivos por los cuales Jeremías se lamenta y llora: por la suerte de su pueblo, una suerte que el mismo pueblo se ha buscado. La mentira, el engaño, la falta de respeto a la vida y la ausencia de ética en las relaciones sociales son el pan de cada día en la ciudad, lo cual es motivo para que el profeta se sienta tentado a huir, alejándose al desierto para no ser más testigo de esa realidad.

No será ésta la única vez que Jeremías se sienta decepcionado de su misión (cfr. 20,8); pese a todo, el Señor no le permitirá retirarse, por más que sus palabras produzcan odio y represalias en su contra en lugar de conversión (cfr. 15,20s). Ésta no podrá ser jamás una actitud profética; no remedia en nada huir de la realidad por dura que parezca o por contradictoria respecto a nuestros ideales; el profeta tiene que estar siempre ahí «para arrancar y arrasar, destruir y demoler, edificar y plantar» (Jr 1,10).

9,11-25 No sabios, sino plañideras. Este pasaje refleja las inquietudes e interrogantes que suscitó la amarga experiencia de Judá y de su capital, Jerusalén, bajo el dominio caldeo, interrogantes que aún pueden surgir entre nosotros. ¿Por qué ese afán de los grandes y poderosos por dominar y oprimir a los pe-

¿por qué perece el país
y se quema
como desierto intransitado?
12 Responde el Señor:
Porque abandonaron la ley
que yo les promulgué,
desobedecieron y no la siguieron,
13 sino que siguieron
a su corazón endurecido
y a los baales recibidos de sus padres.
14 Por eso así dice
el Señor Todopoderoso,
Dios de Israel:
Les daré a comer ajenjo
y a beber agua envenenada;
15 los dispersaré por naciones
desconocidas de ellos y sus padres,
les echaré detrás la espada
hasta que los consuma.
16 Así dice el Señor Todopoderoso:
Sean sensatos
y hagan venir plañideras,
traigan mujeres expertas;
17 que vengan pronto
y nos entonen un lamento,
para que se deshagan en lágrimas
nuestros ojos
y destilen agua nuestros párpados.
18 Ya se escucha el lamento en Sión:
¡Ay, estamos deshechos,
qué terrible fracaso!
Tuvimos que abandonar el país,
nos echaron de nuestras moradas.
19 Escuchen, mujeres,
la Palabra del Señor,
reciban sus oídos
la palabra de su boca.
Enseñen a sus hijas lamentaciones,
cada una a su vecina
este canto fúnebre:
20 Subió la muerte por las ventanas
y entró en los palacios,
arrebató al niño en la calle,
a los jóvenes en la plaza.
21 El Señor dice su oráculo:
Yacen cadáveres humanos
como estiércol en el campo,
como gavillas detrás del que cosecha,
que nadie recoge.
22 Así dice el Señor:
No se gloríe el sabio de su saber,
no se gloríe el soldado de su valor,
no se gloríe el rico de su riqueza;
23 quien quiera gloriarse,
que se gloríe de esto:
de conocer y comprender
que soy el Señor,
que en la tierra establece la lealtad,
el derecho y la justicia
y se complace en ellos
–oráculo del Señor–.
24 Miren que llegan días
–oráculo del Señor–
en que pediré cuentas
a todo circunciso:
25 a Egipto, Judá, Edom,
Amón, Moab
y a los beduinos de cabeza rapada.
Porque todos, lo mismo que Israel,
son incircuncisos de corazón.

El Señor y los ídolos
(Is 44,9-20; Bar 6; Sal 115)

10 1 Israelitas, escuchen esta palabra
que el Señor les dirige:
2 Dice el Señor: No imiten
la conducta de los paganos,

---

queños? ¿Por qué esa facilidad de los grandes para aliarse entre sí para acabar juntos con otras naciones y por qué esa resistencia a construir juntos una sociedad basada en la justicia y en el respeto a la identidad y la autonomía de los otros?

El profeta induce al pueblo a responder desde su fe, no desde las categorías de la sabiduría humana, sino desde la sabiduría que surge del conocimiento de la ley del Señor, de la adhesión y puesta en práctica de esa ley. Para ello es necesario despojarse de toda prepotencia y asumir una actitud de luto, de vacío; sólo así empieza a verse claro por qué suceden estas cosas.

Tal vez, nosotros no estamos muy habituados a hacer una lectura religiosa de nuestra realidad, ni mucho menos vemos como juicio divino o castigo de Dios la opresión y el dominio que los pueblos pequeños sufren a manos de las grandes potencias; sin embargo, conviene no perder de vista que sí es posible hacer una lectura religiosa desde nuestra fe. Estas injusticias se producen cuando el hombre se olvida de Dios, cuando se convierte en medida de sí mismo y cuando, bajo el lema de una autonomía no siempre bien entendida, se olvida del otro, de los demás, se rinde culto a sí mismo, al poder y al tener y olvida por tanto su compromiso con la justicia.

10,1-16 El Señor y los ídolos. Este mensaje contra quienes confiaban en seres de hechura humana presupone una época en la cual la idolatría y las prácticas

no se asusten de las señales del cielo
que asustan a los paganos.
3 Los ritos de esos pueblos son falsos:
cortan un leño en el bosque,
lo trabaja el escultor con el formón,
4 lo adorna con oro y plata,
lo sujeta con clavos y martillo,
para que no se mueva.
5 Son espantapájaros de melonar,
que no hablan;
hay que transportarlos,
porque no andan;
no les tengan miedo,
que no pueden
hacer ni mal ni bien.
6 No hay como tú, Señor;
tú eres grande,
grande es tu fama y tu poder,
7 ¿quién no te temerá?
Tú lo mereces, Rey de las naciones;
entre todos sus sabios y reyes,
¿quién hay como tú?
8 Sin distinción son necios e insensatos,
nada puede enseñarles
un ídolo de madera.
9 De Tarsis importan
plata laminada, oro de Ofir,
lo trabajan el orfebre y el fundidor,
lo revisten
de terciopelo rojo y violeta;
pura obra de artesanos.
10 En cambio, el Señor
es Dios verdadero,
Dios vivo y Rey de los siglos:
bajo su cólera tiembla la tierra,
las naciones no soportan su ira.
11 Por eso les dirán:
Dioses que no hicieron cielo y tierra
desaparezcan de la tierra
y bajo el cielo.
12 Él hizo la tierra con su poder,
asentó el universo con su maestría,
desplegó el cielo con su habilidad.
13 Cuando su voz truena
retumban las aguas del cielo,
hace subir las nubes
desde el horizonte,
con los rayos desata la lluvia
y saca los vientos de sus depósitos.
14 El hombre con su saber
se embrutece,
el orfebre con su ídolo fracasa:
son imágenes falsas, sin aliento,
15 están vacías y no sirven para nada;
el día de rendir cuenta perecerán.
16 No es así la porción de Jacob,
sino que lo hizo todo:
Israel es la tribu de su propiedad
y su Nombre es Señor Todopoderoso.

Los rebaños se dispersan
(23,1-8; Ez 34)

17 Recoge tu equipaje y sal del país,
población asediada,
18 porque así dice el Señor:
Esta vez lanzaré con honda
a los habitantes del país,
los estrujaré hasta exprimirlos.
19 ¡Ay de mí, qué desgracia,
mi herida es insanable!
Yo que decía:
Es una dolencia, me aguantaré.
20 Mi tienda está deshecha,
las cuerdas arrancadas,
se me han ido los hijos
y no queda ninguno,
no hay quien levante mi tienda
y sujete las lonas.
21 Los pastores están embrutecidos,
no consultan al Señor,
por eso no obran con acierto,
y los rebaños se desperdigan.
22 Escuchen un mensaje: Ya llega
con gran estruendo del país del norte,
para convertir los poblados de Judá
en desolación,
en guarida de chacales.

---

religiosas de otros pueblos eran demasiado comunes y frecuentes en Israel. El profeta llama la atención mediante la sátira y la ironía para que se abandonen esas prácticas. El pueblo puede juzgar la validez o la falsedad de sus ídolos teniendo en cuenta que esas divinidades a quienes rinden culto nada tienen que ver con los signos del cielo (2); no caminan por sí mismos al lado de sus fieles, hay que fijarlos con clavos para que no caigan y transportarlos (4s); no pueden ostentar el título de «rey de las naciones» (7), ni mucho menos pueden atribuirse ninguna obra de creación (10-13), gobierno o providencia sobre esa misma obra creada. Los israelitas tienen que aprender a distinguir, entonces, cuáles son los atributos del Dios que los creó para que decidan seguir a Él.

10,17-25 Los rebaños se dispersan. Se escucha el ultimátum de Dios que ordena la partida de la ciudad y la lamentación del pueblo personificada en el pro-

23 Ya lo sé, Señor, que el hombre
no es dueño de sus caminos,
que nadie puede establecer
su propio curso.
24 Corrígenos, Señor, pero con medida,
no nos hagas
desaparecer con tu cólera;
25 descarga tu ira sobre las naciones
que no te reconocen,
sobre las tribus
que no invocan tu Nombre,
porque han devorado
y consumido a Jacob
y han destruido sus pastos.

Los términos de la Alianza
(31,31-34; 33,19-22)

11 1 Palabras que el Señor dirigió a Jeremías:
2 –Escucha los términos de esta alianza
y comunícaselos a los judíos y a los vecinos
de Jerusalén. 3 Diles: Así dice el Señor,
Dios de Israel: Maldito el que no obedezca
los términos de esta alianza, 4 que yo impu-
se a sus padres cuando los saqué de Egipto, de aquel horno de hierro: Obedézcanme y hagan lo que les mando; así serán mi
pueblo y yo ser su Dios. 5 Así cumpliré la
promesa que hice a sus padres de darles una tierra que mana leche y miel. Hoy es un hecho.
Yo respondí:
–Amén, Señor.
6 Y el Señor me dijo:
–Proclama estas palabras en los pueblos de Judá y en las calles de Jerusalén: Escuchen los términos de esta alianza y cúm-
planlos. 7 Yo se lo advertí a sus padres
cuando los saqué de Egipto, y hasta hoy he repetido mi advertencia: Obedézcanme.
8 Ellos no escucharon ni prestaron oído,
sino que cada uno seguía la maldad de su corazón endurecido. Por eso hice caer sobre ellos las maldiciones de la alianza, porque no hicieron lo que yo les mandaba.
9 El Señor me dijo:
–Judíos y habitantes de Jerusalén se
han puesto de acuerdo 10 para volver a los
pecados de sus antepasados, que rehusaron obedecer mis mandatos; siguen y sirven a dioses extranjeros. Israel y Judá han quebrantado la alianza que establecí con
sus padres. 11 Por eso, así dice el Señor: Yo
les enviaré una calamidad de la que no podrán librarse; me gritarán y no les oiré.
12 Entonces los pueblos de Judá y los vecinos de Jerusalén irán a gritar a los dioses a quienes quemaban incienso; pero ellos no podrán salvarlos en la hora de su desgracia.

Ni rezos, ni culto, ni elección
(7)

13 Tenías tantos dioses
como poblados, Judá;
hiciste tantos altares
como calles, Jerusalén;

---

feta. Nadie fue lo suficientemente sabio para entender y prever la magnitud de lo que estaba pasando; el pueblo ha quedado como un rebaño que se dispersa, como un rebaño sin pastor. El profeta se lamenta por el embrutecimiento de los guías del pueblo, y nada más crítico para una sociedad que sus dirigentes no sean capaces de prever cada coyuntura que se vive. El versículo 23 es la constatación de que el hombre por sí solo no atina a caminar por el camino justo, necesita la guía de su Dios, conocer el plan de vida y de justicia para no extraviarse.

11,1-12 Los términos de la Alianza. El profeta recuerda a su pueblo los términos de la Alianza cuyo cumplimiento han descuidado. Dicho incumplimiento motivó a la escuela deuteronomista a proponer una vuelta a los orígenes, visto que Israel se había descarrilado casi por completo del camino propuesto en el Sinaí, al salir de Egipto. Aquella propuesta deuteronomista obtiene en parte el beneplácito del rey Josías al proclamar el 622 a.C. una reforma religiosa (2 Re 23), cuya causa aparente fue el hallazgo en el templo de un rollo que contenía la Ley original de Moisés (cfr. 2 Re 22,8). La única cláusula de la Alianza que debía cumplir Israel era la de ser y vivir como pueblo del verdadero Dios, el Señor (4), manifestada en la exigencia de «obedézcanme» (7). Pero Israel no escuchó la voz del Señor, prefirió seguir en pos de otros dioses que nunca fueron garantía de vida. Dios se propuso ser para el pueblo fuente de vida, camino de libertad (4); no exigió nada para sí, porque él es dueño de todo y nada necesita (cfr. Sal 50,10s). Por el contrario, Israel siguió a otros dioses (10.12s.17) que no ofrecen vida, sino que la absorben, llevando al pueblo a encrucijadas de muerte. Tiene sobrada razón el Señor cuando se autodefine como «Dios celoso» (Éx 20,5; Dt 5,9; Jos 24,19).

La pregunta para nosotros debe girar en torno al tipo de dios que hemos heredado y al que actualmente seguimos; aunque aparentemente hablemos de este mismo Dios liberador y dador de vida, en la práctica servimos a otro muy distinto. Las acciones liberadoras deben comenzar precisamente purificando la imagen que tenemos de Dios.

11,13-17 Ni rezos, ni culto, ni elección. Estos versículos amplían los términos de la denuncia de la sec-

altares para ofrecer
sacrificios a Baal.
14 Y tú no intercedas por este pueblo,
no supliques a gritos por él,
que no escucharé
cuando me invoquen
en la hora de su desgracia.
15 ¿Qué busca mi amada
en mi casa?,
¿ejecutar sus intrigas?,
¿podrán los votos y la carne inmolada
apartar de ti la adversidad,
para que lo celebres
con gritos estrepitosos?
16 El Señor te llamó olivo verde
de fruto excelente;
pero si le prende fuego,
se queman sus ramas.
17 El Señor Todopoderoso,
que te plantó,
pronuncia una amenaza contra ti,
por la maldad de Israel y de Judá,
que me irritaron
quemando incienso a Baal.

Confesiones de Jeremías:
Inicio de la persecución
(15,10-21; 17,14-18; 18,18-23; 20,7-18)

18 El Señor me enseñó
y me hizo comprender lo que hacían:

12 6 Tus hermanos y tu familia,
también, te son desleales,
ellos te calumnian a la espalda;
no te fíes aunque te digan
buenas palabras.

11 19 Yo, como cordero manso
llevado al matadero,
no sabía los planes homicidas
que tramaban contra mí:
Cortemos el árbol
que está en todo su vigor,
arranquémoslo
de la tierra de los vivos,
que su nombre no se pronuncie más.
20 Pero tú, Señor Todopoderoso,
juzgas rectamente,
sondeas las entrañas y el corazón;
a ti he encomendado mi causa,
que logre desquitarme de ellos.

12 3 Tú, Señor,
me examinas y me conoces;
tú sabes cuál es mi actitud contigo;
apártalos como a ovejas
destinadas al matadero,
resérvalos para el día del sacrificio.

11 21 Así sentencia el Señor contra los vecinos de Anatot, que intentan matarte, diciéndote: No profetices en Nombre del Señor si no quieres morir en nuestras manos.

22 Así dice el Señor Todopoderoso:
Yo los voy a castigar,
sus jóvenes morirán a espada,
sus hijos e hijas morirán de hambre;
23 y no quedará resto de ellos
el año que tengan que rendir cuenta,
cuando envíe la desgracia
a los vecinos de Anatot.

El problema de la retribución
(Sal 73)

12 1 Aunque tú, Señor,
tienes siempre la razón
cuando discuto contigo,
quiero proponerte un caso:

---

ción anterior. Israel ha sido infiel a la alianza adorando a otras divinidades, que en lugar de ayudarlo a levantarse lo hunden cada vez más y lo alejan del único Dios que Israel se había comprometido a seguir. Lo que el profeta considera más grave es que, al tiempo que se da culto a otros dioses, también se le ofrezcan sacrificios al Señor y se acuda a Él como si nada. Es el sincretismo, demasiado común en nuestro tiempo y que el evangelizador actual tiene que empeñarse en purificar, no condenándolo a secas, sino acompañando de veras al pueblo en su proceso de discernimiento y crecimiento continuo en la fe.

11,18-23 Confesiones de Jeremías: Inicio de la persecución. Las palabras de Jeremías no son bien recibidas ni por el pueblo, ni por sus vecinos, ni por su misma familia, por lo cual su ministerio le pone en riesgo de muerte. Pero el profeta no da marcha atrás, pese a las amenazas contra su vida; su tarea, fijada ya en 1,4-10, tiene que seguir su curso; su convicción más profunda es que ésta es una causa del Señor, y a Él confía la totalidad de su vida y de su ministerio. Una de las características del verdadero profeta es que su mensaje no resulta muy simpático para sus oyentes, sus palabras incomodan; éste es un criterio para establecer hasta dónde el profeta habla de sí mismo o habla Palabra de Dios, es decir, habla de la causa de Dios.

12,1-5 El problema de la retribución. He aquí uno de los interrogantes aún no despejados, el problema

¿Por qué prosperan los malvados
y viven en paz los traidores?
2 Las plantas echan raíces,
crecen, dan fruto;
sí, tú estás cerca de sus labios
y lejos de su corazón,
4c porque dicen:
No ve nuestras andanzas.
5 Si corres con los de a pie y te cansas,
¿cómo competirás
con los de a caballo?
Aunque en tierra tranquila
te sientas seguro,
¿qué harás en la espesura del Jordán?

He desechado mi heredad

7 He abandonado mi casa
y rechazado mi herencia,
he entregado el amor de mi alma
en manos enemigas;
8 porque mi herencia
se había vuelto contra mí,
rugiendo como león feroz;
por eso la detesté;
9 mi herencia
se había vuelto un leopardo,
y los buitres giraban sobre él:
¡vengan, fieras del campo,
acérquense a comer!
10 Entre tantos pastores
destrozaron mi viña
y pisotearon mi parcela,
convirtieron mi parcela escogida
en desierto desolado,
11 la dejaron desolada, desértica,
¡qué desolación!
Todo el país desolado,
¡y a nadie le importaba!
12 Por todas las lomas del desierto
llegaron hombres violentos,
porque la espada del Señor
devora de un extremo al otro del país,
y ningún ser vivo se salvará.
4ab ¿Hasta cuándo hará duelo la tierra
y se secará la hierba del campo?
Por la maldad de sus habitantes
mueren el ganado
y las aves del cielo.
13 Sembraron trigo
y cosecharon cardos,
en vano se agotaron
¡qué miseria de cosecha!,
por la ira ardiente del Señor.

Cada uno a su heredad

14 Así dice el Señor a todos los malos vecinos que tocaron la herencia que yo regalé a mi pueblo, Israel:

---

de la retribución como lo plantea la Biblia: ¿por qué al malvado y traidor le va bien, mientras que el justo sufre? También la literatura sapiencial se ocupa del mismo problema, pero sin llegar a una solución definitiva; tal es el núcleo esencial del libro de Job (cfr. especialmente Job 21; Sal 37; 49; 73). El versículo 5 parece la respuesta del Señor, que ciertamente no responde ni al interrogante de Jeremías ni aprueba su petición de venganza; en cambio, le augura más persecución y más traición por parte de sus propios hermanos. Es el camino del profeta, no porque Dios se complazca en ello; se trata más bien de la obstinación del hombre que no es capaz de reconocer en el otro la palabra que Dios le dirige.

Es una ventaja que el Antiguo Testamento haya dejado sin resolver el interrogante de la retribución; eso nos ayuda a entender que Dios no es el directo responsable de la suerte adversa que sufren los justos, que es el mismo hombre con su capacidad de ser solidario, justo y bueno, pero también con su capacidad de codicia, de acaparamiento y de enemigo de la vida, quien puede imprimirle a las relaciones sociales, políticas, económicas y aun religiosas una dinámica de desigualdad, de opresión, de sometimiento y de falta de respeto a la vida y a la justicia. Hay que partir de una convicción profunda: Dios no quiere la desigualdad en absoluto, no le interesa «probar» a unos con la abundancia y el bienestar y a otros con el hambre, el dolor o la enfermedad. Somos nosotros, nuestra conciencia creyente, quienes de un modo simplista interpretamos esa realidad como si de verdad fuera voluntad divina. Dios espera que nosotros, hombres y mujeres, construyamos una sociedad distinta, nueva, donde el bien, la paz, la prosperidad y las oportunidades sean iguales para todos.

12,7-13 He desechado mi heredad. El profeta hace una lectura religiosa de la situación adversa de Israel, y lo hace en forma de poema. Es importante tener en cuenta que aquí, como en muchos otros pasajes de la literatura profética, se juntan varios lenguajes: el religioso, el poético y el profético; no caigamos en el error de dar un valor literal a las palabras del profeta, que describe la devastación de su pueblo como una acción directa de la ira divina. Si nuestra convicción y nuestra fe es que Dios es creador y Señor de la vida, jamás podremos atribuirle a ese mismo Dios acciones de destrucción y de muerte, ni pensar siquiera que las aprueba como necesarias para defender instituciones o causas aparentemente nobles.

12,14-17 Cada uno a su heredad. El desplazamiento del pueblo lo ve el profeta, no como algo definitivo, sino como algo temporal y con una intencio-

–Yo los arrancaré de sus campos, arran-
caré de allí a los judíos. 15 Después de
arrancarlos, volveré a compadecerme de
ellos y a traer a cada uno a su tierra y su
herencia. 16 Y si aprenden la costumbre de
mi pueblo, de jurar por mi Nombre, por la
vida del Señor, como ellos enseñaron a mi
pueblo a jurar por Baal, se establecerán en
medio de mi pueblo. 17 Pero a la nación que
no obedezca, la arrancaré y la destruiré,
oráculo del Señor.

El cinturón de lino

13 1 El Señor me ordenó:
–Ve, cómprate un cinturón de lino y
póntelo a la cintura; que no lo toque el
agua.
2 Según la orden del Señor, me compré
el cinturón y me lo puse a la cintura.
3 El Señor me ordenó de nuevo:
4 –Toma el cinturón comprado, que lle-
vas ceñido, ve al río Éufrates y escóndelo
allí en las hendiduras de una roca.
5 Fui y lo escondí en el Éufrates, según
la orden del Señor.
6 Pasados muchos días, me ordenó el
Señor:
–Ve al Éufrates y recoge el cinturón que
te mandé esconder.
7 Fui al Éufrates, cavé donde lo había es-
condido y recogí el cinturón: estaba gasta-
do e inservible.
8 Entonces el Señor me dirigió la pala-
bra:
9 –Así dice el Señor: De la misma ma-
nera destruiré el orgullo de Judá y el orgu-
llo desmedido de Jerusalén, 10 de ese pue-
blo que se niega a obedecerme, que sigue
los impulsos de su corazón endurecido, que
va detrás de dioses extranjeros y les rinde
adoración. Serán como ese cinturón inser-
vible. 11 Como se adhiere el cinturón a la
cintura del hombre, así me ceñí a judíos e
israelitas para que fueran mi pueblo, mi
fama, mi gloria y mi honor –oráculo del Se-
ñor–. Pero no obedecieron.

El último plazo

12 Les dirás lo siguiente: Así dice el Se-
ñor, Dios de Israel: Las vasijas se llenan de
vino; te contestarán: Como si no supiéra-
mos que las vasijas se llenan de vino.
13 Les replicarás: Así dice el Señor: Yo mis-
mo llenaré de embriaguez a todos los habi-
tantes del país, a los reyes que se sientan
en el trono de David, a sacerdotes y profe-
tas y a todos los vecinos de Jerusalén.
14 Los haré chocar unos con otros, padres
con hijos –oráculo del Señor–; ni piedad, ni
perdón, ni compasión me impedirán des-
truirlos.

15 Escuchen, atiendan,
y no sean soberbios,
que habla el Señor:
16 Den gloria al Señor, su Dios,
antes de que oscurezca,
antes de que tropiecen sus pies
por los montes y a media luz,

---

nalidad pedagógica por parte de Dios: los que debían ser castigados por haber seguido a Baal aprenderán a ser leales sólo al Señor, al Dios único de Israel. Se anuncia también el castigo para quienes hayan hecho daño en tierra israelita.

13,1-11 El cinturón de lino. Jeremías recibe la orden de comprarse un cinturón de lino y esconderlo en el Éufrates; obediente, va allí a esconderlo y de nuevo tiene que regresar a recuperarlo (6). Esto nos hace pensar que Jeremías realizó un viaje demasiado largo: dos veces de ida y dos veces de regreso, lo cual implicaría varios meses de camino (cfr. Esd 7,8s). Es más fácil pensar que aquí no se trata del río Éufrates de Mesopotamia, sino más bien de Pará, pequeña población cercana a Anatot, cuyo nombre se asocia con Éufrates que en hebreo recibe el nombre de Perat.

Sobre todo, es necesario saber que se trata de una acción simbólica. Los profetas utilizan ciertas imágenes u objetos para ilustrar su predicación y así lograr que su mensaje sea mejor comprendido por la gente; algunas veces, las acciones simbólicas que utilizaban formaban parte de la vida del profeta, por ejemplo, el matrimonio de Oseas (Os 1–3), el celibato de Jeremías (Jr 16,1-4), la viudez de Ezequiel (Ez 24,15-27). De alguna manera, las acciones simbólicas ayudaban no sólo a ilustrar el mensaje, sino a suscitar en los espectadores el interés por algún aspecto de la realidad del momento (cfr. Jr 25,15-19; 27,1-3.12; 32,1-15; 43,8-13). Pero también los llamados falsos profetas utilizaban acciones simbólicas (cfr. Jr 28,10s; 1 Re 22,11). ¿Cómo establecer la veracidad del mensaje? Los oyentes tenían que establecer dicha veracidad quizá teniendo en cuenta el contenido y la calidad de vida del mensajero, su compromiso con la Palabra y el compromiso con la realidad misma que vivía el pueblo. Esto es aplicable también hoy para nosotros.

13,12-27 El último plazo. La difícil situación por la que está pasando el territorio de Judá es puesta en futuro por el profeta y propuesta como un aviso por par-

y convierta en densas tinieblas
la luz que ustedes esperan.
17 Y si no escuchan,
lloraré a escondidas
por la soberbia de ustedes,
mis ojos se desharán en lágrimas,
cuando se lleven el rebaño del Señor.
18 Di al rey y a la reina madre:
siéntense en el suelo,
porque se les ha caído de la cabeza
la corona real.
19 Los poblados del Negueb
están cercados,
nadie rompe el cerco,
todo Judá marcha al destierro,
al destierro sin faltar uno.
20 Levanta la vista
y míralos venir por el norte:
¿dónde está el rebaño
que te encomendaron?
21 ¿Qué dirás cuando te falte
lo mejor de tus ovejas,
los que habías educado
para gobernarte?
¿No sentirás dolores
como la parturienta?
22 Y si preguntas
por qué te sucede todo eso,
por tus muchas culpas
te levantan las faldas
y te violentan los tobillos.
23 ¿Puede un etíope mudar de piel
o una pantera de pelaje?
Igual ustedes:
¿podrían hacer el bien,
habituados como están a hacer el mal?
24 Los dispersaré como paja
que se lleva el viento del desierto.
25 Ésta es tu suerte,
mi paga por tu rebelión
–oráculo del Señor–,
porque me olvidaste
confiando en la mentira,
26 también yo te alzaré
las faldas por delante,
y se verá tu vergüenza,
27 tus adulterios, tus relinchos,
tus pensamientos de fornicación.
Sobre las colinas del campo
he visto tus repugnantes ídolos.
¡Ay de ti, Jerusalén,
que no te purificas!
¿Hasta cuándo seguirás así?

La sequía

14 1 En el tiempo de la sequía, el Señor
dirigió la palabra a Jeremías:
2 Se enluta Judá,
desfallecen sus puertas,
se inclinan sombrías,
Jerusalén lanza gritos.
3 Los nobles envían
a sus sirvientes por agua:
van a los pozos,
no encuentran agua,
se vuelven con los cántaros vacíos,
se cubren avergonzados la cabeza,
4 porque los campos se horrorizan
al faltar la lluvia en el país;
los labradores se cubren
la cabeza defraudados;
5 Hasta la cierva pare
y abandona su cría en descampado
porque no hay pastos;
6 los asnos salvajes
se paran en las lomas desoladas,
aspirando el aire como chacales,
con ojos apagados,
porque no hay hierba.
7 Si nuestras culpas nos acusan,
obra, Señor, por tu Nombre,
porque son muchas
nuestras apostasías,
hemos pecado contra ti.

---

te del Señor que aún espera un cambio de mentalidad de su pueblo. Jeremías, que sufre interiormente por la obstinación del pueblo, pone en el mismo Dios esas actitudes; es como si Dios mismo sufriera y llorara por la obstinación y la resistencia a reconocer y confesar sus desvíos. Los versículos 18-21 son un mensaje dirigido al rey y a la reina madre invitándolos a la penitencia. Podría tratarse del rey Joaquín, que con su madre y otros miembros de la aristocracia fueron los primeros en sufrir el destierro a Babilonia. Los versículos 23-27 retoman el mensaje para todo Israel llamando a la conversión, pero al mismo tiempo constatando su incapacidad para un cambio de vida, por lo cual se le augura un necesario castigo para que escarmiente, entre en razón y se lamente.

14,1–15,4 La sequía. Una prolongada y mortal sequía es el motivo de esta especie de diálogo entre el profeta y su Dios. Los versículos 1-6 describen los efectos devastadores del fenómeno que azota a hombres y animales, lo que da pie para que el profeta dirija una oración a su Señor en nombre del pueblo (7-9); en ella se subraya el reconocimiento de la desobediencia y de

8 Esperanza de Israel,
salvador en el peligro,
¿por qué te portas
como forastero en el país,
como caminante
que se desvía para pasar la noche?
9 ¿Por qué te portas
como un hombre aturdido,
como soldado incapaz de vencer?
Tú estás con nosotros, Señor;
llevamos tu Nombre,
no nos abandones.
10 Así responde el Señor a este pueblo:
Le gusta mover las piernas,
no refrenan sus pasos,
pero el Señor no se complace en ellos;
ahora recuerda sus culpas
y castigará sus pecados.
11 El Señor me dijo:
No intercedas a favor de este pueblo.
12 Si ayunan, no escucharé sus gritos;
si ofrecen holocaustos y ofrendas,
no los aceptaré;
con espada, hambre y peste
yo los consumiré.
13 Yo respondí:
¡Ay, Señor mío!
Mira que los profetas les dicen:
No verán la espada,
no pasarán hambre,
les daré paz duradera en este lugar.
14 El Señor me contestó:
Mentira profetizan
los profetas en mi Nombre;
no los envié, no los mandé,
no les hablé;
visiones engañosas, oráculos vanos,
fantasías de su mente
es lo que profetizan.
15 Por eso, así dice el Señor a los profetas
que profetizan en mi Nombre
sin que yo los haya enviado:
Ellos dicen:
Ni espada ni hambre
llegarán a este país;
pues a espada y de hambre
acabarán esos profetas;
16 y el pueblo a quien profetizan
estará tirado por las calles de Jerusalén
a causa del hambre y la espada;
y no habrá quien los entierre
a ellos y a sus mujeres,
a sus hijos e hijas;
les echaré encima sus maldades.
17 Diles esta palabra:
Mis ojos se deshacen en lágrimas,
día y noche, sin cesar,
por la terrible desgracia
de la capital de mi pueblo,
por su herida insanable.
18 Salgo al campo:
muertos a espada; entro en la ciudad:
desfallecidos de hambre;
profetas y sacerdotes
recorren el país
y no logran comprender.
19 ¿Por qué has rechazado a Judá
y sientes asco de Sión?
¿Es que nos has herido sin remedio?
Se espera mejoría y no hay bienestar,
al tiempo de sanarse
sobreviene el espanto.
20 Señor, reconocemos nuestra culpa
y los delitos paternos;
te hemos ofendido.
21 Por tu Nombre, no nos rechaces,
no desprestigies tu trono glorioso,
recuerda tu alianza con nosotros,
no la rompas.
22 ¿Hay acaso entre los ídolos paganos
uno que haga llover?
¿Sueltan solos los cielos
sus aguaceros?
Tú, Señor, eres nuestro Dios,
en ti esperamos,
porque eres tú quien hace todo eso.

---

la infidelidad del pueblo (7) y se insiste a Dios para que intervenga, para que no se quede indiferente ante semejante situación (8s). El Señor responde negativamente, revelando al mismo tiempo su intención de pedir cuentas al pueblo (10).

La respuesta de Dios da oportunidad a Jeremías para entablar la discusión sobre el mensaje de otros profetas que no vaticinan la guerra y la muerte cuando es un hecho que el pueblo las está sufriendo. Tajantemente, Dios califica a esos mensajeros como falsos profetas y anuncia también para ellos los mismos males –castigos– que evitan anunciar (14,11-18). De nuevo, el profeta dirige al Señor una oración en nombre de su pueblo en la que reconoce una vez más la culpa y los pecados y se insiste en que el Dios de Israel es el único que puede rescatar a su pueblo de estos grandes males (14,19-22). Finalmente, el Señor responde (15,1-4) en los mismos términos de 14,10s: no hay intercesión que valga; el pueblo tendrá que padecer el castigo que se merece.

15 [1] El Señor me respondió:
–Aunque estuvieran delante Moisés
y Samuel, no me conmovería por ese pue-
blo. Despáchalos, que salgan de mi presen-
cia. [2] Y si te preguntan adónde tienen que ir,
diles: Así dice el Señor:

El destinado a la muerte, a la muerte;
el destinado a la espada, a la espada;
el destinado al hambre, al hambre;
el destinado al destierro, al destierro.
[3] Les daré cuatro clases de verdugos
–oráculo del Señor–:
la espada para matar,
los perros para despedazar,
las aves del cielo para devorar,
las bestias de la tierra
para destrozar.
[4] Los haré escarmiento
de todos los reyes del mundo,
por culpa de Manasés,
hijo de Ezequías,
rey de Judá,
por todo lo que hizo en Jerusalén.

Poema sobre Jerusalén

[5] ¿Quién se apiada de ti, Jerusalén,
quién te compadece?
¿Quién se aparta de su camino
para preguntar cómo estás?
[6] Tú me rechazaste, te echaste atrás
–oráculo del Señor–,
y yo tendí la mano para aniquilarte;
cansado de compadecer,
[7] los he dispersado con la horquilla
por las ciudades del país;
dejé sin hijos, destruí a mi pueblo,
y no se convirtieron de su conducta.
[8] Las viudas que dejé
eran como la arena de la playa,
conduje en pleno día un devastador
contra la madre y el joven,
les metí de repente
pánico y turbación,
[9] la madre de siete hijos
desfallecía exhalando el alma,
se le ponía el sol de día
y quedaba desconcertada,
el resto lo entregaré
a la espada enemiga
–oráculo del Señor–.

Confesiones de Jeremías:
Crisis vocacional
(11,18-23; 17,14-18; 18,18-23; 20,7-18)

[10] ¡Ay de mí, madre mía,
que me engendraste
hombre de pleitos y controversias
con todo el mundo!
Ni he prestado ni me han prestado,
y todos me maldicen.
[11] De veras, Señor,
te he servido fielmente:
en el peligro y en la desgracia
he intercedido
en favor de mi enemigo.
[12] [[¿Acaso se rompe el hierro,
el hierro del norte y el bronce?
[13] Tu fortuna y tus tesoros
entregaré al saqueo,
gratuitamente,
por todos tus pecados
y en todo tu territorio.
[14] Y te haré esclavo
de tu enemigo
en país desconocido,
porque prende el fuego de mi ira,
y sobre ustedes arderá.]]
[15] Tú lo sabes,
Señor, acuérdate y ocúpate de mí,

15,5-9 Poema sobre Jerusalén. Este poema describe la trágica situación que ha tenido que vivir Jerusalén, capital de Judá. El motivo es su obstinación, el rechazo al amor y a la compasión de su Dios quien, cansado de sus desmanes, la ha abandonado a su suerte. La realidad histórica de este poema podría coincidir con la invasión y el asedio que fue víctima la ciudad en 598/597 a.C. por parte de las tropas caldeas.

15,10-21 Confesiones de Jeremías: Crisis vocacional. Con frecuencia, el ministerio profético trae pocas satisfacciones, y es por eso que Jeremías parece en repetidas ocasiones que desea abandonarlo, llegando a maldecir incluso el día en que nació y el día en que fue llamado al ministerio. De hecho, Jeremías era un sencillo muchacho de familia sacerdotal, habitante de una pequeña población (1,1); sin embargo, su vocación profética lo arrastra frecuentemente al conflicto con los más poderosos e influyentes de la capital: reyes (36,20-26), funcionarios del reino (38,4), sacerdotes (26,7-9), y en especial falsos profetas (28). Lo único que puede hacer Jeremías es afianzar su fe en Dios, que estará siempre con él (20; cfr. 1,7-10). El versículo 15 evoca la imagen del Siervo sufriente (Is 52,13–53,12), pero con una gran diferencia: mientras el Siervo de Isaías no vocifera, va como cordero al matadero (Is 53,7), aquí Jeremías incluye en su súplica una acción vengadora de Dios.

véngame de mis perseguidores,
no me dejes perecer
por tu paciencia,
mira que soporto injurias
por tu causa.
16 Cuando recibía tus palabras,
las devoraba,
tu palabra era mi gozo
y mi alegría íntima,
yo llevaba tu Nombre,
Señor, Dios Todopoderoso.
17 No me senté a disfrutar
con los que se divertían,
forzado por tu mano
me senté solitario,
porque me llenaste de tu ira.
18 ¿Por qué
se ha vuelto crónica mi llaga
y mi herida resistente e insanable?
Te me has vuelto arroyo engañoso,
de agua inconstante.
19 Entonces me respondió el Señor:
Si vuelves, te haré volver
y estar a mi servicio,
si apartas lo precioso
de lo despreciable,
serás mi boca.
Que ellos vuelvan a ti, no tú a ellos.
20 Frente a este pueblo te pondré
como muralla
de bronce inexpugnable:
lucharán contra ti y no te vencerán
porque yo estoy contigo
para librarte y salvarte
–oráculo del Señor–.
21 Te libraré de manos de los perversos,
te rescataré del puño de los opresores.

Una vida profética
(Ez 24,15-27)

16 1 El Señor me dirigió la palabra:
2 –No te cases, no tengas hijos ni hi-
jas en este lugar. 3 Porque así dice el Señor
a los hijos e hijas nacidos en este lugar, a
las madres que los parieron, a los padres
que los engendraron en esta tierra:

4 Morirán de muerte cruel,
no serán llorados ni sepultados,
serán como estiércol sobre el campo,
acabarán a espada y de hambre,
sus cadáveres serán pasto
de las aves del cielo
y de las bestias de la tierra.
5 Así dice el Señor:
No entres en casa donde haya luto,
no vayas al duelo,
no les des el pésame,
porque retiro de este pueblo
–oráculo del Señor–
mi paz, misericordia y compasión.
6 Morirán en esta tierra
grandes y pequeños,
no serán sepultados ni llorados,
ni por ellos se harán incisiones
o se raparán el pelo;
7 no asistirán al banquete fúnebre
para darle el pésame por el difunto,
ni les darán la copa del consuelo
por su padre o su madre.
8 No entres en la casa
donde se celebra un banquete
para comer y beber
con los comensales;
9 porque así dice
el Señor Todopoderoso,

Tal vez, lo que puede llegar a generar más crisis en el profeta, lo mismo que en el evangelizador de hoy, es ese «silencio» de Dios, ese no manifestarse claramente en los momentos más difíciles y angustiosos. Para el ser humano no es fácil mantenerse fuerte mientras las fuerzas del mal prosperan, mientras el creyente sufre y es objeto de burlas y oprobios con la aparente «aprobación» de Dios. En definitiva, la causa de la crisis del profeta podría estar en que, sin darse cuenta, se había alejado de su Dios; tal vez se estaba predicando a sí mismo, y ahí es donde comienza a perderse todo horizonte y donde la esterilidad de la obra se ve mucho más claramente. La respuesta del Señor es insospechada y por eso sorprendente: «si vuelves a mí...». Ni en la vocación ni en la certeza de que Dios está con el enviado hay plena garantía de fidelidad; ésta sólo se va dando en la medida en que se vuelve continuamente al punto original para renovarse, o si se quiere, para re-actualizar el sentido y la finalidad de la vocación y misión. Por aquí podría estar el principio de respuesta a nuestras propias crisis y esterilidades que continuamente viven nuestros equipos de evangelización, nuestras comunidades cristianas y nuestras Iglesias en general.

16,1-21 Una vida profética. En varios casos utilizan los profetas signos externos para reforzar sus palabras; en otros, es su misma opción de vida la que se convierte en señal que anuncia algo (cfr. Os 1 y 3; Is 8,18; Ez 24,15-24). En el caso de Jeremías se trata del celibato asumido como anticipo de la desolación que azotará a Judá. El impacto del signo está en que el ce-

Dios de Israel:
Yo haré desaparecer de este lugar,
en sus propios días, ante ustedes,
la voz alegre, la voz gozosa,
la voz del novio, la voz de la novia.

10 Cuando anuncies a este pueblo todas
estas palabras, te preguntarán: ¿Por qué ha
pronunciado el Señor contra nosotros tan
terribles amenazas? ¿Qué delitos o pecados
hemos cometido contra el Señor, nuestro
Dios?, 11 les responderás: Porque sus pa-
dres me abandonaron –oráculo del Señor–,
siguieron a dioses extranjeros, sirviéndolos
y adorándolos. A mí me abandonaron y no
guardaron mi ley. 12 Pero ustedes son peo-
res que sus padres, cada cual sigue la mal-
dad de su corazón obstinado, sin escuchar-
me a mí. 13 Los arrojaré de esta tierra a un
país desconocido de ustedes y de sus pa-
dres: allí servirán a dioses extranjeros, día y
noche, porque yo no tendré compasión de
ustedes.

14 Pero llegarán días –oráculo del Señor–
en que ya no se dirá: Por la vida del Señor,
que sacó a los israelitas de Egipto, 15 sino
más bien: Por la vida del Señor, que nos
sacó del país del norte, de todos los países
por donde nos dispersó. Y los haré volver a
su tierra, la que di a sus padres.

16 Enviaré muchos pescadores a pescar-
los –oráculo del Señor–, detrás enviaré mu-
chos cazadores a cazarlos por montes y va-
lles, por las hendiduras de las peñas. 17 Yo
vigilo su conducta, no se me oculta, sus
culpas no se esconden de mi vista. 18 Les
pagaré el doble por sus culpas y pecados,
porque profanaron mi tierra con la carroña
de sus ídolos y con sus prácticas idolátricas
llenaron mi herencia.

19 El Señor es mi fuerza y fortaleza,
mi refugio en el peligro.
A ti vendrán los paganos,
de los extremos de la tierra, diciendo:
Qué engañoso es
el legado de nuestros padres,
qué vaciedad sin provecho.
20 ¿Podrá un hombre hacer dioses?
Entonces, no serán dioses.
21 Pues esta vez yo les enseñaré
mi mano poderosa,
y sabrán que me llamo El Señor.

Pecados y castigo de Judá

17 1 El pecado de Judá está escrito
con punzón de hierro,
con punta de diamante
está grabado
en la tabla del corazón
y en los salientes de los altares,
2 para memoria de sus sucesores:
son sus altares y postes sagrados,
levantados junto a árboles frondosos,
en colinas elevadas,
3 en montículos del campo.
Entregaré al saqueo
tus riquezas y tesoros,
porque pecaste en las alturas
en todo tu territorio;
4 tendrás que renunciar
a la herencia que yo te di,
te haré esclavo de tu enemigo
en país desconocido,
porque se ha encendido
el fuego de mi ira
y arderá perpetuamente.
5 Así dice el Señor:
¡Maldito quien confía en un hombre
y busca apoyo en la carne,
apartando su corazón del Señor!
6 Será matorral en la estepa
que no llegará a ver la lluvia,
habitará un desierto abrasado,
tierra salobre e inhóspita.
7 ¡Bendito quien confía en el Señor
y busca en él su apoyo!
8 Será un árbol plantado junto al agua,
arraigado junto a la corriente;

---

libato era muy poco apreciado entre los israelitas (cfr. Sal 128); al verlo en el profeta caerán en la cuenta de que así quedará Judá.

Otra actitud para llamar la atención de la gente es el hecho de no entrar a ninguna casa donde haya duelo (5-8) o donde haya banquete y fiesta (8s), dos acontecimientos centrales de la vida social de Israel y que al ser evitadas por el profeta indicarían la ausencia de Dios de los momentos importantes de la vida del pueblo. Los versículos 19-21 son una invocación del profeta, donde se pone de manifiesto el reconocimiento universal que algún día harán todas las naciones del señorío del Dios de Jeremías.

17,1-13 Pecados y castigo de Judá. La denuncia de los pecados de Judá y el anuncio de su merecido castigo (1-4) dan pie para la mención de una maldición dirigida a quien se aparta del Señor (5s) y de una bendición o bienaventuranza para quien se mantiene

cuando llegue el calor,
no temerá, su follaje seguirá verde,
en año de sequía no se asusta,
no deja de dar fruto.
9 Nada más falso y perverso
que el corazón: ¿quién lo entenderá?
10 Yo, el Señor, penetro el corazón,
examino las entrañas,
para pagar al hombre su conducta,
lo que merecen sus obras.
11 Perdiz que empolla huevos que no puso
es quien adquiere riquezas injustas:
a la mitad de la vida lo abandonan,
y él termina hecho un necio.
12 Trono glorioso,
exaltado desde el principio
es nuestro lugar santo:
13 tú, Señor, eres la esperanza de Israel,
los que te abandonan fracasan,
los que se apartan
serán escritos en el polvo,
porque abandonaron al Señor,
manantial de agua viva.

Confesiones de Jeremías: Incredulidad
(11,18-23; 15,10-21; 18,18-23; 20,7-18)

14 Sáname, Señor y quedaré sano;
sálvame, y quedaré a salvo;
para ti es mi alabanza.
15 Ellos me repiten:
¿Dónde está la Palabra del Señor?
Que se cumpla.
16 Pero yo no he insistido
pidiéndote desgracias
ni deseado calamidades para ellos;
tú sabes lo que pronuncian mis labios,
lo tienen delante.
17 No me hagas temblar,
tú eres mi refugio en la desgracia;
18 fracasen mis perseguidores y no yo,
sientan terror ellos y no yo,
haz que les llegue el día funesto,
quebrántalos con doble quebranto.

El sábado
(Neh 13,15-22; Is 58,13s)

19 Así me dijo el Señor:
–Ve y colócate en la Puerta de Benjamín,
por donde entran y salen los reyes de Judá,
y en cada una de las puertas de Jerusalén,
20 y diles: Reyes de Judá, judíos y vecinos
de Jerusalén, que entran por estas puertas,
escuchen la Palabra del Señor. 21 Así dice el
Señor: Cuídense muy bien de llevar cargas
en sábado o de introducirlas por las puertas
de Jerusalén. 22 No saquen cargas de sus
casas en sábado ni hagan trabajo alguno;
santifiquen el sábado como mandé a sus
padres. 23 Ellos no me escucharon ni pres-
taron oído; se pusieron tercos, no me escu-
charon ni escarmentaron. 24 Pero si ustedes
me escuchan –oráculo del Señor– y no in-
troducen cargas en sábado por las puertas
de esta ciudad, sino que santifican el sába-
do no trabajando en él, 25 entonces entrarán
por las puertas de esta ciudad los reyes su-
cesores en el trono de David, montados en
carros y caballos, acompañados de sus
dignatarios, de judíos y vecinos de Jerusa-
lén, y la ciudad estará habitada por siem-
pre. 26 Vendrán de los pueblos de Judá, de
la región de Jerusalén, del territorio de Ben-
jamín, de la Sefela, de la Sierra, del Ne-
gueb, y entrarán en el templo del Señor con
holocaustos, sacrificios, ofrendas e incienso
en acción de gracias. 27 Pero si no me es-
cuchan, si no santifican el sábado abste-
niéndose de introducir cargas en sábado
por las puertas de Jerusalén, entonces

firme, esperando siempre confiado en el Señor (7s). Los versículos 9-13 son una especie de meditación sapiencial que llama a mantener la fidelidad y la confianza sólo en Dios.

17,14-18 Confesiones de Jeremías: Incredulidad. En esta oración sálmica se subrayan especialmente dos elementos: Por una parte, el pueblo se burla del profeta porque sus palabras no se cumplen (5); por otra, la reacción humana del profeta que pide a Dios venganza y castigo contra todos. Es obvio que actitudes como éstas van a quedar superadas por Jesús cuando enseña que hay que amar a los enemigos y orar por quienes nos persiguen (Mt 5,44); reprende a sus discípulos que piden un castigo contra aquella ciudad que no quiso recibirlos (Lc 9,54s), sin que esto quiera decir que hay que estar sumisamente dispuestos a sufrir la violencia de los otros. Jesús llama a interrumpir la cadena de venganzas y violencia, pero al mismo tiempo busca que la otra parte cese también en sus actitudes violentas.

17,19-27 El sábado. Según muchos biblistas, este pasaje podría ser de un período muy posterior a Jeremías, ya que es inusual en el profeta la importancia que le da al sábado. Podría tratarse más bien de un discípulo de la «escuela» de Jeremías que añade aquí esta enseñaza.

prenderé fuego a sus puertas, fuego que
destruirá los palacios de Jerusalén, sin apa-
garse.

En el taller del alfarero
(Is 29,16; Eclo 38,29s; Rom 9,19-21)

18 1 Palabras que el Señor dirigió a Je-
remías:
2 –Baja al taller del alfarero y allí te co-
municaré mi palabra.
3 Bajé al taller del alfarero, y lo encontré
trabajando en el torno.
4 A veces, trabajando el barro, le salía
mal una vasija; entonces hacía otra vasija,
como mejor le parecía.
5 Y me dirigió la palabra el Señor:
6 –Y yo, ¿no podré, israelitas, tratarlos
como ese alfarero? Como está el barro en
manos del alfarero, así están ustedes en
mis manos, israelitas. 7 Primero me refiero
a un pueblo y a un rey y hablo de arrancar
y arrasar; 8 si ese pueblo al que me refiero
se convierte de su maldad, yo me arrepen-
tiré del mal que pensaba hacerles. 9 Des-
pués me refiero a un pueblo y a un rey y
hablo de edificar y plantar: 10 si me deso-
bedecen y hacen lo que yo repruebo, yo me
arrepentiré de los beneficios que les había
prometido. 11 Y ahora habla a los judíos y a
los vecinos de Jerusalén:

Así dice el Señor: Yo, el alfarero,
les preparo un castigo
y medito un plan contra ustedes.
Que se convierta cada cual
de su mala conducta,
corrijan su conducta y sus acciones.
12 Responden: No queremos,
seguiremos nuestros planes,
cada uno seguirá la maldad
de su corazón perverso.
13 Por eso, así dice el Señor:
Pregunten a los paganos
quién oyó tal cosa:
la capital de Israel
ha cometido algo horripilante.
14 ¿Abandona la nieve del Líbano
las rocas escarpadas?
¿Se corta el agua fresca
que fluye caprichosa?
15 Pero mi pueblo me olvida
y sacrifica a dioses vacíos:
tropiezan caminando
por las viejas sendas
y caminan por rutas
y caminos sin aplanar,
16 convirtiendo así su tierra
en desolación y burla perpetua,
los caminantes se espantan
y sacuden la cabeza.
17 Como viento del este
los dispersaré ante el enemigo,
les daré la espalda y no la cara
el día de la derrota.

Confesiones de Jeremías: Persecución
(11,18-23; 15,10-21; 17,14-18; 20,7-18)

18 Dijeron: Vamos a tramar
un plan contra Jeremías,
porque no nos faltará
la instrucción de un sacerdote,
el consejo de un sabio,
el oráculo de un profeta;
vamos a herirlo en la lengua,
no hagamos caso de lo que dice.
19 Hazme tú caso, Señor,
escucha a mis rivales,
20 ¿es que se pagan bienes con males?
Me han cavado una fosa.
Recuerda que estuve ante ti
intercediendo por ellos
para apartar de ellos tu enojo.

18,1-17 En el taller del alfarero. Una nueva acción simbólica. Se trata de una actividad cotidiana y, por tanto, muy familiar para el pueblo: el alfarero que arma y rearma sus vasijas. Eso es lo que intenta hacer entender Jeremías a sus oyentes: así crea y re-crea Dios a su pueblo. Los versículos 7-10 introducen la idea de que esa acción divina abarca también a las demás naciones. Pese al sentido profundo de la parábola visual del alfarero, el hombre no queda «programado» para hacer siempre la voluntad de su Hacedor; siempre queda intacta su libertad, incluso para decir «no» al proyecto gratuito del Señor.

18,18-23 Confesiones de Jeremías: Persecución. Descripción muy realista del impacto que producen las palabras del profeta en sus espectadores; por tratarse de alguien que incomoda y desacomoda se vuelve objeto de persecución y rechazo. La oración que sigue (19-23) manifiesta un movimiento especial en la mentalidad del profeta: al inicio de su ministerio intercedía por su pueblo para que el Señor no lo acabara (20); pero, ahora, la súplica principal es que el Señor acabe con ellos (21-23). Ésa era la mentalidad de la época. En Jesús aprendemos que es necesario perseguir y acabar el mal sin atacar la integridad del malhechor.

21 Ahora entrega sus hijos al hambre,
ponlos a merced de la espada,
queden sus mujeres viudas y sin hijos,
mueran sus hombres asesinados
y los jóvenes a filo de espada
en el combate.
22 Que se oigan gritos
salir de sus casas,
cuando de repente
los asalten bandidos,
pues cavaron una fosa
para atraparme,
escondieron trampas para mis pies.
23 Señor, tú conoces
su plan homicida contra mí:
no perdones sus culpas,
no borres de tu vista sus pecados;
caigan derribados ante ti,
ejecútalos en el momento de la ira.

La jarra de barro
(25,1)

19 1 El Señor me dijo:
–Vete a comprar una jarra de barro;
acompañado de algunos ancianos y sacer-
dotes, 2 sal hacia el valle de Ben-Hinón,
adonde da la Puerta de los Cascotes, y pro-
clama allí lo que yo te diré:
10 Rompe la jarra en presencia de tus
acompañantes, 11ab y diles: Así dice el Se-
ñor Todopoderoso: Del mismo modo rom-
peré yo a este pueblo y a esta ciudad; como
se rompe un cacharro de barro y no se pue-
de recomponer.
14 Jeremías volvió de la puerta adonde
lo había mandado el Señor a profetizar, se
plantó en el atrio del templo y dijo a todo el
pueblo:
15 –Así dice el Señor Todopoderoso, Dios
de Israel: Yo haré venir sobre esta ciudad y
su región todos los males con que la he
amenazado, porque se pusieron tercos y no
escucharon mis palabras.

20 1 Pasjur, hijo de Imer, sacerdote co-
misario del templo del Señor, oyó a
Jeremías profetizar aquello; 2 Pasjur hizo
azotar al profeta Jeremías y lo metió en el
calabozo que se encuentra en la puerta su-
perior de Benjamín, en el templo del Señor.
3 A la mañana siguiente, cuando Pasjur
lo sacó del calabozo, Jeremías le dijo:
–El Señor ya no te llama Pasjur, sino
Cerco de Terror; 4 porque así dice el Señor:
Serás el terror tuyo y de tus amigos, que
caerán a espada enemiga, ante tu vista; en-
tregaré a todos los judíos en poder del rey
de Babilonia, que los desterrará a Babilonia
y los matará con la espada. 5 Entregaré to-
das las riquezas de esta ciudad, sus pose-
siones, objetos preciosos, los tesoros reales
de Judá a los enemigos, que los saquearán,
los agarrarán y se los llevarán a Babilonia.
6 Y tú, Pasjur, con todos los de tu casa, irás
al destierro, a Babilonia; allí morirás y serás
enterrado con todos tus amigos, a quienes
profetizabas tus embustes.

El valle de Ben-Hinón
(7,29–8,3)

19 3 Tú dirás:
Escuchen la Palabra del Señor,
reyes de Judá y vecinos de Jerusalén:
Así dice el Señor Todopoderoso,
Dios de Israel:
Yo haré venir sobre este lugar
una catástrofe que a quien la oiga
le zumbarán los oídos;
4 porque me abandonaron,
profanaron este lugar
sacrificando en él
a dioses extranjeros,
que ni ellos ni sus padres conocían,
y los reyes de Judá
lo llenaron de sangre inocente.
5 Construyeron santuarios a Baal,
donde quemaban a sus hijos
como holocaustos en honor de Baal;
cosa que no les mandé, ni les dije,
ni se me pasó por la cabeza.
6 Por eso llegarán días

19,1s.10s.14–20,6 La jarra de barro. Una nueva acción simbólica: rompiendo públicamente una jarra y pronunciando un oráculo, el profeta ilustra el desastre que se avecina sobre Jerusalén y Judá. La realiza en una de las puertas de la ciudad, pero inmediatamente después prosigue hasta los atrios del templo y allí repite por lo menos el oráculo de destrucción.

19,3-9.12s El valle de Ben-Hinón. Las palabras de Jeremías provocan la ira del jefe de seguridad del templo, y en lugar de tomar en consideración el anuncio del profeta, la respuesta es azotes y cárcel, ratificando con esta acción violenta del funcionario el castigo que merecen Jerusalén y sus habitantes. No obstante, ni esto ni lo que aún tendrá que pasar hace desistir a Jeremías de su misión.

–oráculo del Señor–
en que este lugar
ya no se llamará El Horno
ni valle de Ben-Hinón,
sino valle de las Ánimas.
7 Haré fracasar en él
los planes de Judá y Jerusalén,
los derribaré a espada del enemigo,
por mano de los que
los buscan para matarlos,
daré sus cadáveres en pasto
a las aves del cielo
y a las bestias de la tierra.
8 Haré de esta ciudad espanto y burla:
los que pasen junto a ella
se espantarán y silbarán a la vista
de tantas heridas.
9 Haré que se coman a sus hijos e hijas,
que se coman unos a otros,
cuando les aprieten
y estrechen el cerco
sus enemigos mortales.
11c Y enterrarán en El Horno,
por falta de sitio.
12 Así trataré a este lugar
y a sus habitantes,
haré de esta ciudad un horno
–oráculo del Señor–;
13 las casas de Jerusalén
y los palacios reales de Judá
serán inmundos
como el sitio de El Horno;
las casas en cuyas azoteas
ofrecían sacrificios
a los astros del cielo,
y libaban a dioses extranjeros.

Confesiones de Jeremías: Final
(11,18-23; 15,10-21; 17,14-18; 18,18-23)

20 7 Me sedujiste, Señor,
y me dejé seducir;
me forzaste, y me venciste.
Yo era motivo de risa todo el día,
todos se burlaban de mí.
8 Si hablo, es a gritos, clamando
¡violencia, destrucción!,
la Palabra del Señor se me volvió
insulto y burla constantes,
9 y me dije: No me acordaré de él,
no hablaré más en su Nombre.
Pero la sentía dentro como fuego
ardiente encerrado en los huesos:
hacía esfuerzos por contenerla
y no podía.
10 Oía el cuchicheo de la gente:
Cerco de Terror,
¡a denunciarlo, a denunciarlo!
Mis amigos espiaban mi traspié:
A ver si se deja seducir,
lo venceremos y nos vengaremos de él.
11 Pero el Señor está conmigo
como valiente soldado,
mis perseguidores tropezarán
y no me vencerán;
sentirán la confusión de su fracaso,
un sonrojo eterno e inolvidable.
12 Señor Todopoderoso,
examinador justo
que ves las entrañas y el corazón,
que yo vea cómo tomas
venganza de ellos,
porque a ti encomendé mi causa.
13 Canten al Señor, alaben al Señor,
que libró al pobre del poder de los malvados.
14 ¡Maldito el día en que nací,
el día que mi madre me dio a luz
no sea bendito!
15 ¡Maldito el que dio la noticia a mi padre:
Te ha nacido un hijo,
dándole un alegrón!
16 ¡Ojalá fuera ese hombre
como las ciudades
que el Señor trastornó sin compasión!
¡Ojalá oyese gritos por la mañana
y alaridos al mediodía!
17 ¡Por qué no me mató en el vientre!
Habría sido mi madre mi sepulcro;
su vientre
me habría llevado por siempre.
18 ¿Por qué salí del vientre
para pasar trabajos y penas
y acabar mis días derrotado?

20,7-18 Confesiones de Jeremías: Final. Un nuevo grito de Jeremías al Dios a quien sirve. Todo lo que Dios le ha ordenado hacer lo ha hecho; lo que le ha ordenado decir lo ha dicho, ¿y cuál es el resultado? Obstinación y odio por parte de sus oyentes. Con todo, Jeremías reconoce que es más fuerte su apego a la Palabra y a su misión. Esto no quita que el profeta se sienta seducido, engañado, pues él no sabía lo que le esperaba y el Señor tampoco se lo había advertido. Pero por encima de todo está el Dios de la gracia y la

ORÁCULOS DIRIGIDOS

A Sedecías
(27,12-15)

21 1 Palabras que el Señor dirigió a Jeremías cuando el rey Sedecías envió a Pasjur, hijo de Malaquías, y a Sofonías, hijo de Masías, para decirle:
2 –Consulta por nosotros al Señor, a ver si repite sus prodigios con nosotros, y Nabucodonosor, rey de Babilonia, que ahora nos está combatiendo, se tiene que retirar.
3 Jeremías les contestó:
–Digan a Sedecías: 4 Así dice el Señor, Dios de Israel: Las armas que empuñan en el combate yo se las pasaré al rey de Babilonia y a los caldeos, que los asedian fuera de la muralla, y los reuniré en medio de esta ciudad.
5 Yo en persona lucharé contra ustedes, con mano extendida y brazo fuerte, con ira, cólera y furia.
6 Heriré a los habitantes de esta ciudad, hombres y animales, y morirán en una grave epidemia.
7 Después –oráculo del Señor– a Sedecías, rey de Judá, a sus ministros y a los que sobrevivan en la ciudad a la peste, la espada y el hambre, los entregaré en manos de Nabucodonosor, rey de Babilonia, y en mano de sus enemigos mortales. Los pasará a filo de espada, sin piedad, sin respetos, sin compasión.

A ese pueblo

8 A ese pueblo le dirás: Así dice el Señor: Yo les pongo delante el camino de la vida y el camino de la muerte.
9 Los que se queden en la ciudad morirán a espada, de hambre y de peste; los que salgan y se pasen a los caldeos sitiadores, salvarán la vida, los apresarán como botín vivo.
10 Porque me enfrento con esta ciudad para mal y no para bien –oráculo del Señor–. Será entregada al rey de Babilonia, que la pasará a fuego.

A la casa real de Judá

11 A la casa real de Judá. Escuchen la Palabra del Señor:
12 Casa de David, así dice el Señor:

Vayan temprano a administrar justicia,
libren al oprimido
del poder del opresor;
si no quieren que mi cólera
estalle como fuego
y arda inextinguible
por sus malas acciones.

A Jerusalén
(9,1-10)

13 Aquí estoy contra ti,
Señora del valle, Roca de la llanura
–oráculo del Señor–.
Ustedes dicen:
¿Quién caerá sobre nosotros,
quién penetrará en nuestras guaridas?
14 Los castigaré
como merecen sus acciones:

---

misericordia, y es por eso que en el fondo de su angustia lanza un grito confiado de esperanza y de fe (11-13).

Hay que decir que el sentimiento del profeta es extremadamente doloroso y contrasta con 1,5, en donde, con cierto acento optimista, habla de su elección desde el vientre materno; aquí en cambio maldice ese día, tal es el sentimiento de fracaso y de inutilidad de su ministerio. Este mismo sentimiento de falta de sentido por la vida lo encontramos en Job 3, y tanto o más en nuestro mundo contemporáneo. ¿Cuál debe ser ahí la posición del creyente? ¿Con qué palabras o con qué hechos puede el hombre de hoy justificar su existencia?

21,1-7 A Sedecías. Parece que se acercan las tropas babilónicas; el rey envía mensajeros a Jeremías para ver si es posible tener alguna seguridad en el Señor. La respuesta de parte del profeta no es muy alentadora. Hay quienes colocan estas palabras hacia el año 588 a.C., cuando tuvo lugar el asedio de Jerusalén por parte de Nabucodonosor.

21,8-10 A ese pueblo. Jeremías propone la sumisión al rey de Babilonia; el castigo es inminente y el instrumento que Dios ha elegido para ejecutar su castigo ya está a las puertas de Jerusalén, así que al someterse pacíficamente se cumple el castigo, pero se salva la vida. Los contemporáneos de Jeremías no pudieron comprender su posición y atrajo sobre sí cada vez más odio y acusaciones de traición (cfr. 38,4).

21,11s A la casa real de Judá. Reclamo a la institución monárquica por su descuido respecto a la administración de la justicia. La monarquía fue para Israel el antiproyecto que realizó todo lo contrario al proyecto de solidaridad, igualdad y justicia al que se había comprometido el pueblo en el momento de su liberación del poder egipcio, momento que señala el nacimiento de Israel como pueblo.

21,13s A Jerusalén. Es muy probable que este oráculo vaya dirigido contra Jerusalén, ciudad del rey; aunque no se menciona su nombre, del contexto se puede deducir que se trata de la capital de Judá.

prenderé fuego al bosque
y consumirá todo alrededor.

Al rey

22 1 Así dice el Señor: Baja al palacio
real de Judá y proclama allí lo si-
guiente: 2 Escuchen la Palabra del Señor,
rey de Judá, que ocupas el trono de Da-
vid, y también tus ministros y el pueblo,
que entra por estas puertas. 3 Así dice el
Señor:

Practiquen la justicia y el derecho,
libren al oprimido del opresor,
no exploten al emigrante,
al huérfano y a la viuda,
no derramen sin piedad
sangre inocente en este lugar.

4 Si cumplen estos mandatos, podrán
entrar por estas puertas los reyes que ocu-
pan el trono de David, montados en carros
de caballos, acompañados de sus ministros
y del pueblo. 5 Y si no cumplen estos man-
datos, juro por mí mismo –oráculo del Se-
ñor– que este palacio se convertirá en rui-
nas. 6 Porque así dice el Señor al palacio
real de Judá:

Aunque fueras para mí
como Galaad o la cumbre del Líbano,
juro que haré de ti un desierto,
una ciudad deshabitada;
7 consagraré a tus devastadores,
cada uno con sus armas,
para que talen tus mejores cedros
y los echen al fuego.

8 Llegarán muchos pueblos
a esta ciudad,
y se preguntarán unos a otros:
¿Por qué trató así el Señor
a esta gran ciudad?
9 Y responderán:
Porque abandonaron
la alianza del Señor, su Dios,
y sirvieron y adoraron
a dioses extranjeros.

A Joacaz-Salún

10 No lloren por el muerto
ni se lamenten por él,
lloren por el que se marcha,
porque no volverá a ver
su tierra natal.
11 Porque así dice el Señor a Salún, hijo de
Josías, rey de Judá, sucesor de su pa-
dre, Josías:
El que salió de este lugar
no volverá a él,
12 morirá en el país de su destierro
y esta tierra no la volverá a ver.

A Joaquín
(36,29-31; Hab 2,7-20)

13 ¡Ay del que edifica
su casa con injusticia,
piso a piso, quebrantando el derecho!
Hace trabajar de balde a su prójimo
sin pagarle el salario.
14 Piensa:
Me construiré una casa espaciosa
con salones aireados, abriré ventanas,

22,1-9 Al rey. De nuevo, como en 21,11s, encontramos un mensaje dirigido al rey para reclamar una mayor práctica de la justicia. Ingenuamente, los antepasados de Jeremías y sus contemporáneos llegaron a creer que un rey y, por ende, la monarquía, sería la salvación en los momentos difíciles, comenzando por la decadencia y corrupción de los jueces (cfr. 1 Sm 8,1-5). Aunque la monarquía dio en sus orígenes identidad política al país, consolidó sus fronteras y logró que Israel adquiera peso en el plano internacional, se sabía que la situación interna iría de mal en peor. Ya lo había advertido Samuel (1 Sm 8,10-20), cuyas palabras no hay que entender como una predicción del viejo juez, sino como la constatación histórica de los abusos y las injusticias que promovió la monarquía. El profeta conecta estas sentencias puestas en boca del último representante del período tribal o de los jueces con el descuido de la población más vulnerable: el emigrante, la viuda, los huérfanos y, en general, los débiles, a quienes denomina «inocentes».

22,10-12 A Joacaz-Salún. A Josías, muerto a manos de los egipcios (609 a.C.), le sucedió su hijo Salún (1 Cr 3,15), llamado también Joacaz, quien a su vez fue depuesto por el faraón Necó y llevado prisionero a Egipto, tras sólo tres meses en el poder. El profeta llama al pueblo a que no lloren por el muerto –Josías–, sino por el cautivo –Salún–, quien tendrá que morir en el destierro.

22,13-19 A Joaquín. Jeremías lanza un durísimo juicio contra Joaquín, hijo de Josías. Según el profeta, este rey se comportaba de un modo absolutamente contrario a su padre. Para el profeta, como para otras corrientes de pensamiento teológico del Antiguo Testamento, «conocer a Dios» es lo mismo que comprometerse efectivamente con la causa del pobre y del oprimido (cfr. Is 58,1-12; Os 6,6; Miq 6,8), y eso le falta a este rey. Los versículos 18s que

la revestiré de cedro,
la pintaré de bermellón.
15 ¿Piensas que eres rey
porque compites en cedros?
Si tu padre comió y bebió y le fue bien,
es porque practicó la justicia
y el derecho;
16 hizo justicia a pobres e indigentes,
y eso sí que es conocerme
–oráculo del Señor–.
17 Tú, en cambio,
tienes ojos y corazón
sólo para ganancias mal habidas,
para derramar sangre inocente,
para el abuso y la opresión.
18 Por eso, así dice el Señor a Joaquín,
hijo de Josías, rey de Judá:
No le harán funeral cantando:
¡Ay hermano mío, ay hermana!
No le harán funeral:
¡Ay Señor, ay Majestad!
19 Lo enterrarán como a un asno:
lo arrastrarán y lo tirarán
fuera del recinto de Jerusalén.

A Jerusalén

20 Sube al Líbano y grita,
alza la voz en Basán,
grita desde Abarim,
porque han sido destrozados
tus amantes.
21 Te hablé en tu bienestar y dijiste:
No obedezco;
ésa es tu conducta desde joven,
no me obedeciste;
22 pues el viento
apacentará a tus pastores
y tus amantes irán al destierro;
entonces sentirás
vergüenza y sonrojo
de todas tus maldades.
23 Tú, Señora del Líbano,
que anidas entre cedros,
cómo sollozarás
cuando te lleguen las ansias,
dolores como de parto.

A Jeconías

24 ¡Por mi vida!, Jeconías,
hijo de Joaquín, rey de Judá,
aunque fueras el anillo
de mi mano derecha, te arrancaría
25 y te entregaría en poder
de tus mortales enemigos,
de los que más temes:
de Nabucodonosor, rey de Babilonia,
y en poder de los caldeos.

26 Los expulsaré a ti y a tu madre,
que te dio a luz, a un país extraño,
donde no nacieron, y allí morirán.
27 Y no volverán a la tierra
adonde ansían volver.

28 Ese Jeconías,
¿es una vasija rota, despreciable,
un objeto inútil?,
¿por qué lo expulsan
con su descendencia
y lo arrojan a un país desconocido?
29 ¡Tierra, tierra, tierra!,
escucha la Palabra del Señor:

30 Así dice el Señor:
Inscriban a ese hombre como estéril,
como varón fracasado en la vida,
porque de su descendencia
no se logrará ninguno
que se siente en el trono de David
para reinar en Judá.

---

auguran el final despreciable del rey no son confirmados por ninguna otra fuente bíblica (2 Re 24,5s; 2 Cr 36,8); de todos modos, aunque no haya sido así, se trata de la manera como el profeta concibe el final de un hombre que durante su vida sólo practicó la injusticia y despreció la causa de los más débiles.

22,20-23 A Jerusalén. Con los amantes de Jerusalén se está refiriendo posiblemente a las alianzas que realizaron algunos reyes de Judá con otras naciones; según el modo de pensar del profeta, con ello la ciudad era infiel al único Señor con el que debía estar perpetuamente unida. Esos pueblos, cuyos dioses también fueron entronizados en Jerusalén, son los primeros en caer en manos de Babilonia, pero luego Jerusalén, sola y despreciada, también caerá.

22,24-30 A Jeconías. Un nuevo y duro juicio contra otro rey de Jerusalén. Esta vez se trata de Jeconías, también llamado Joaquín, quien tras rendirse a Nabucodonosor fue tomado prisionero y llevado a Babilonia junto con otros miembros importantes de su corte y de Jerusalén; al mismo tiempo fue saqueado el palacio real y el templo, y sus tesoros trasladados también a Babilonia (cfr. 2 Re 24,8-17). Estas palabras se cumplieron cabalmente: ningún descendiente de Joaquín tuvo el honor de sentarse en el trono de David; sólo Zorobabel, su nieto, ocupó un cargo de alto dignatario al regreso de Babilonia después del 534 a.C.

A los pastores
(10,21; 25,34-38; Ez 34)

23 1 ¡Ay de los pastores
que dispersan y extravían
las ovejas de mi rebaño!
–oráculo del Señor–.
2 Por eso, así dice el Señor,
Dios de Israel,
a los pastores
que pastorean a mi pueblo:
Ustedes dispersaron a mis ovejas,
las expulsaron,
no se ocuparon de ellas;
yo, en cambio, me ocuparé de ustedes
y castigaré sus malas acciones
–oráculo del Señor–.
3 Yo mismo reuniré el resto de mis ovejas
en todos los países
adonde las expulsé,
las volveré a traer a sus pastos,
para que crezcan y se multipliquen.
4 Les daré pastores que las pastoreen:
no temerán, ni se espantarán,
ni se perderán
–oráculo del Señor–.
5 Miren que llegan días
–oráculo del Señor–
en que daré a David
un retoño legítimo.
Reinará como rey prudente,
y administrará la justicia
y el derecho en el país;
6 en sus días se salvará Judá,
Israel habitará en paz,
y le darán el título
Señor, justicia nuestra.

7 Miren que llegan días –oráculo del Se-
ñor– en que ya no se dirá: Por la vida del
Señor, que sacó a los israelitas de Egipto,
8 sino que se dirá: Por la vida del Señor, que
sacó a la descendencia de Israel del país
del norte y de todos los países adonde los
expulsó, y los trajo a sus tierras.

A los profetas
(14,13-16; 28-29; Ez 13)

9 A los profetas:
Se me rompe el corazón en el pecho,
se me dislocan los huesos,
estoy como un borracho,
como uno vencido por el vino,
a causa del Señor
y de sus santas palabras:
10 El país está lleno de adulterios,
y por ello hace duelo la tierra,
se secan los pastos de la estepa,
ellos corren hacia la maldad,
y emplean su poder para la injusticia;
11 profetas y sacerdotes
son unos impíos,
hasta en mi templo
encuentro maldades
–oráculo del Señor–;
12 por eso su camino
se volverá resbaladizo,
empujados a las tinieblas
caerán en ellas;
les enviaré la desgracia
el año en que les pida cuentas
–oráculo del Señor–.
13 Entre los profetas de Samaría
he visto una locura:

23,1-8 A los pastores. Estas palabras van dirigidas contra los pastores y guías de Israel por no haber cumplido su misión como lo exigía su oficio: en lugar de congregar, dispersaron; en lugar de apacentar, desparramaron; en lugar de salvar al rebaño de las fieras, ellos mismos fueron unas fieras que devoraron a las ovejas. Nótese que este reclamo está puesto inmediatamente después de una serie de textos relativos a los reyes de Judá y antes de las acusaciones contra los falsos profetas, para dar a entender quiénes son los pastores a los cuales se dirige el Señor. La imagen del verdadero pastor encarnada en Jesús de Nazaret la encontramos en Jn 10,11. En el versículo 3, el Señor mismo se encargará de reunir el rebaño.

Suena contradictorio que en los dos primeros versículos los responsables de la dispersión de las ovejas son los pastores, y aquí afirme el Señor que Él mismo las ha dispersado. Habría que entender la acusación del mal ejercicio de pastores por «desparramar» la conciencia del pueblo, mientras que el profeta ve la acción de Dios como un necesario castigo a las acciones de todos. Las ovejas también tienen, hasta cierto punto, su parte de responsabilidad en los sucesos.

23,9-40 A los profetas. Polémica contra los falsos profetas. Para Jeremías está claro que no se debe anunciar paz para el pueblo cuando no hay paz. También a Jeremías le toca enfrentar esta serie de corrientes que para mantener contento al rey o a los grupos dominantes distorsionan la realidad, con lo cual entorpecen toda posibilidad de que esa realidad sea enfrentada, engendrando así vanas esperanzas (12-32, cf. Jr 14,13-15; 27,9s.16-18; Ez 13,1-16).

El ejercicio de la falsa profecía se puede detectar hoy con gran facilidad; basta ver a tantos predicadores de todas las confesiones, presencialmente o por los medios masivos de comunicación. ¡Cuánta pala-

profetizan por Baal
extraviando a Israel, mi pueblo;
14 entre los profetas de Jerusalén
he visto algo espeluznante:
adúlteros y embusteros
que apoyan a los malvados,
para que nadie
se convierta de la maldad;
para mí son todos sus vecinos
como Sodoma y Gomorra.
15 Por eso dice el Señor Todopoderoso
a los profetas:
Les daré a comer un alimento amargo
y a beber agua envenenada,
porque de los profetas de Jerusalén
se difundió la impiedad
a todo el país.
16 Así dice el Señor Todopoderoso:
No hagan caso a sus profetas,
que los engañan:
cuentan visiones de su fantasía,
no de la boca del Señor;
17 a los que desprecian
la Palabra del Señor
les dicen: Tendrán paz;
a los que siguen
su corazón obstinado
les dicen: No les pasará nada malo.
18 ¿Quién asistió al consejo del Señor?,
¿quién lo vio y escuchó su palabra?,
¿quién atendió a mi palabra
y la escuchó?
19 Mira, el Señor desencadena
una tormenta, un huracán
que gira sobre la cabeza
de los malvados;
20 la ira del Señor no se detendrá
hasta realizar y cumplir sus designios.
Al cabo de los años
lograrán comprenderlo.
21 Yo no envié a los profetas,
y ellos corrían;
no les hablé, y ellos profetizaban;
22 si hubieran asistido a mi consejo,
anunciarían mis palabras a mi pueblo,
para que se convirtiese
del mal camino,
de sus malas acciones.
23 ¿Soy yo Dios sólo de cerca
y no Dios de lejos?
–oráculo del Señor–.
24 Porque uno se esconda
en su escondrijo,
¿no lo voy a ver yo?
–oráculo del Señor–,
¿no lleno yo el cielo y la tierra?
–oráculo del Señor–.
25 He oído lo que dicen los profetas,
profetizando engaños en mi Nombre,
diciendo que han tenido un sueño;
26 ¿hasta cuándo seguirán los profetas
profetizando engaños
y las fantasías de su mente?
27 Con los sueños
que se cuentan unos a otros
pretenden hacer olvidar
mi Nombre a mi pueblo,
como lo olvidaron sus padres
a causa de Baal.
28 El profeta que tenga un sueño,
que lo cuente;
el que tenga mi palabra,
que la diga a la letra.
¿Qué hace el grano con la paja?
–oráculo del Señor–.
29 ¿No es mi palabra fuego
–oráculo del Señor–
o martillo que tritura la piedra?
30 Por eso aquí estoy contra los profetas
–oráculo del Señor–,
que se roban unos a otros
mis palabras;
31 aquí estoy contra los profetas
–oráculo del Señor–
que manejan la lengua
para soltar oráculos;

---

brería engañosa! ¡Cuánto alejamiento del camino verdadero! Y lo que es peor, se puede ver inmediatamente al servicio de quién están y en nombre de quién hablan. En el campo secular o laico, los medios de comunicación ejercen también un papel de distractores que hacen olvidar al oprimido su opresión y le hacen ver color rosa lo que es muerte. ¿Dónde está y cómo se está ejerciendo la verdadera profecía hoy? No hay que esperar que surja una voz como la de Jeremías; tal vez ni siquiera surgirá, o si surge puede que no tenga mucho impacto. La profecía se debe realizar hoy comunitariamente; son los grupos, los equipos de evangelización, los que están llamados a anunciar con su testimonio que es posible la vida, que es posible la igualdad si se abandona el esclavizante culto al dios dinero, al dios mercado, al dio lucro y, en fin, a todos los ídolos ante quienes está arrodillada nuestra sociedad contemporánea.

32 aquí estoy contra los profetas
–oráculo del Señor–
que cuentan sus sueños falsos
y extravían a mi pueblo
con sus engaños y extravagancias.
No los mandé, no los envié,
son inútiles para este pueblo
–oráculo del Señor–.

33 Si este pueblo o un sacerdote o un
profeta te preguntan cuál es la carga del
Señor, les dirás: Ustedes son la carga del
Señor, y yo los arrojaré –oráculo del Se-
ñor–. 34 Si un sacerdote o un profeta o uno
del pueblo dicen: carga del Señor, lo casti-
garé a él y a su casa. 35 Cuando hablan y
comentan entre ustedes, tienen que decir:
¿Qué responde el Señor, qué dice el Señor?
36 Y que no se vuelva a mencionar la carga
del Señor, porque cada uno cargará con sus
palabras. Falsifican las palabras del Dios
vivo, del Señor Todopoderoso, nuestro
Dios. 37 Al profeta le hablarán así: ¿Qué
responde el Señor, qué dice el Señor? 38 Y
ahora dice el Señor: Si se empeñan en de-
cir: carga del Señor, siendo así que yo les
he prohibido decir: carga del Señor, enton-
ces, 39 por haberlo dicho, yo los levantaré
como una carga y los tiraré lejos de mí, a
ustedes y a la ciudad que les di a ustedes y
a sus padres. 40 Y les enviaré una afrenta
eterna, un sonrojo eterno e inolvidable.

¿Quién es el resto?

(29,16-20)

24 1 El Señor me mostró dos cestas de
higos colocadas delante del santua-
rio del Señor. Era después que Nabucodo-
nosor, rey de Babilonia, desterró a Jeco-
nías, hijo de Joaquín, rey de Judá, con los
dignatarios de Judá, y a los artesanos y
maestros de Jerusalén, y se los llevó a Ba-
bilonia.
2 Una tenía higos exquisitos, es decir,
brevas; otra tenía higos muy pasados, que
no se podían comer.
3 El Señor me preguntó:
–¿Qué ves, Jeremías?
Contesté:
–Veo higos: unos exquisitos, otros tan
pasados que no se pueden comer.
4 Y el Señor me dirigió la palabra: 5 Así
dice el Señor, Dios de Israel: A los desterra-
dos de Judá, a los que expulsé de su patria
al país caldeo, los considero buenos, como
estos higos buenos. 6 Los miraré con bene-
volencia, los volveré a traer a esta tierra; los
construiré y no los destruiré, los plantaré y
no los arrancaré. 7 Les daré inteligencia
para que reconozcan que soy yo el Señor;
ellos serán mi pueblo y yo seré su Dios, si
vuelven a mí de todo corazón.
8 A Sedecías, rey de Judá, a sus digna-
tarios, al resto de Jerusalén que quede en
esta tierra o resida en Egipto, los trataré
como a esos higos tan malos que no se
pueden comer. 9 Serán terrible escarmiento
para todos los reinos del mundo, serán ob-
jeto de desprecio, sátiras, burlas y maldi-
ciones en todos los lugares por donde los
disperse. 10 Les enviaré la espada, el ham-
bre y la peste, hasta consumirlos en la tie-
rra que les di a ellos y a sus padres.

Nabucodonosor, verdugo de Dios

25 1 El año cuarto del reinado de Joa-
quín, hijo de Josías, en Judá, que
corresponde al año primero del reinado de
Nabucodonosor en Babilonia, recibió Jere-
mías este mensaje para todo el pueblo ju-
dío, 2 y el profeta Jeremías se lo comunicó

24,1-10 ¿Quién es el resto? Este capítulo describe una acción simbólica que recuerda a Am 8,1s. La explicación del símbolo de los higos buenos y los higos malos es sorprendente: cualquiera pensaría que en el ambiente de incursiones militares y de deportación a Babilonia, los higos malos son los que se han ido y que los buenos son los que se han quedado; sin embargo, no es así. Los buenos son los que se fueron, pues tendrán la oportunidad de ser purificados; en cambio los que se quedaron o huyeron a Egipto serán como los higos podridos. La mejor suerte de los deportados consiste en que el Señor se acordará de ellos, y con ese «resto» re-construirá su pueblo.

25,1-14 Nabucodonosor, verdugo de Dios. Síntesis del ministerio profético de Jeremías, donde queda constancia de su fidelidad a la misión confiada por parte de Dios para transmitir sus palabras y mensajes (3); pero también queda constancia de la obstinación del pueblo, especialmente de sus dirigentes (7). El resumen termina con la noticia sobre la duración del sometimiento a Babilonia y el anuncio de que el mismo Señor los librará (11-13). Para el creyente israelita, los pueblos paganos también son servidores del Señor; dado que lo que aconteció a Israel a manos de los babilonios era un castigo, el rey Nabucodonosor es el instrumento con el cual Dios azota a su pueblo. Ello

a todos los judíos y a todos los vecinos de
Jerusalén:
3 Desde el año trece del reinado en Judá
de Josías, hijo de Amón, hasta el presente
día –en total, veintitrés años–, he recibido la
Palabra del Señor y se la he predicado pun-
tualmente, y no me han escuchado. 4 El Se-
ñor les enviaba puntualmente a sus siervos
los profetas, y no quisieron escuchar ni
prestar oído. 5 Los exhortaban: Que se con-
vierta cada uno de su mala conducta y de
sus malas acciones, y volverá a la tierra
que el Señor les entregó a ustedes y a sus
padres, desde siempre y para siempre. 6 Y
no sigan a dioses extranjeros para servirlos
y adorarlos, no me irriten con las obras de
sus manos, y no les haré ningún mal.
7 No me escucharon –oráculo del Se-
ñor–, me irritaron con las obras de sus ma-
nos, para su propia desgracia. 8 Por eso, así
dice el Señor Todopoderoso: Puesto que no
escucharon mis palabras 9 yo mandaré a
buscar a los pueblos del norte y a Nabuco-
donosor, rey de Babilonia, siervo mío; lo
traeré a esta tierra, contra sus habitantes y
los pueblos vecinos; los consagraré al ex-
terminio, los convertiré en espanto, burla y
ruina perpetua. 10 Haré cesar la voz alegre y
la voz gozosa, la voz del novio y la voz de la
novia, el ruido del molino y la luz de la lám-
para. 11 Toda esta tierra quedará desolada,
y las naciones vecinas estarán sometidas al
rey de Babilonia durante setenta años.
12 Pasados los setenta años –oráculo del
Señor–, pediré cuentas al rey de Babilonia
y a su nación de todas sus culpas, y con-
vertiré en desierto perpetuo el país de los
caldeos. 13 Cumpliré en su país todas las
amenazas que pronuncié contra él; todo lo
escrito en este libro. 14 Ellos, a su vez, esta-
rán sometidos a muchas naciones y a reyes
poderosos; les pagaré sus acciones, las
obras de sus manos.

Profecía de Jeremías contra los paganos
(46–51)

15 El Señor, Dios de Israel, me dijo:
–Toma de mi mano esta copa de aguar-
diente y dásela a beber a todas las naciones
adonde te envío. 16 Que beban y se tamba-
leen y enloquezcan ante la espada que
arrojo en medio de ellos.
17 Tomé la copa de mano del Señor y se
la hice beber a todas las naciones a las que
me envió el Señor:
18 A Jerusalén y a los pueblos de Judá,
a sus reyes y nobles, para convertirlos en
ruina y desolación, en burla y maldición.
Cosa que sucede hoy.
19 Al faraón, rey de Egipto, a sus minis-
tros, sus nobles y todo su pueblo y sus mu-
chedumbres.
20 A los reyes de Hus y de Filistea: As-
calón, Gaza, Ecrón y el resto de Asdod.
21 A Edom, Moab y Amón; 22 a todos los
reyes de Tiro y Sidón y a los reyes de las
costas lejanas que están más allá del mar;
23 a Dedán, Temá, Buz y a todos los de ca-
beza rapada; 24 a todos los reyes de Arabia
y de los beduinos que viven en el desierto;
25 y a todos los reyes de Zimrí, de Elam y de
Media; 26 a todos los reyes del norte, próxi-
mos y remotos, uno tras otro, y a todos los
reyes de la superficie terrestre. Y después
de todos ellos, beberá el rey de Sesac.
27 Les dirás: Así dice el Señor Todopo-
deroso, Dios de Israel: Beban, embo-
rráchense, vomiten, caigan para no levan-
tarse, ante la espada que yo arrojo entre
ustedes. 28 Y si se niegan a tomar la copa
de tu mano para beber, les dirás: Así dice el
Señor Todopoderoso: Tienen que beber.
29 Porque si en la ciudad que lleva mi Nom-
bre comencé el castigo, ¿van ustedes a
quedar impunes? No quedarán impunes,
porque yo reclamo la espada contra todos
los habitantes del mundo, oráculo del Señor
Todopoderoso.
30 Y tú profetízales diciendo lo siguiente:

El Señor ruge desde la altura,
clama desde su mansión santa,
ruge y ruge contra su pueblo,
entona la copla
de los pisadores de uva
contra todos los habitantes del mundo;
31 el eco resuena
hasta los confines de la tierra,

---

no quita que también aquel pueblo y sus dirigentes
sean «visitados» (12) para ser castigados en su mo-
mento.

**25,15-38 Profecía de Jeremías contra los paga-
nos.** La lista de pueblos y naciones a los cuales el pro-
feta presenta en visión la copa del Señor coincide con

porque el Señor entabla pleito
con los paganos,
viene a juzgar a todos los hombres
y hará ejecutar a los culpables
–oráculo del Señor–.
32 Así dice el Señor Todopoderoso:
Miren la catástrofe
pasar de nación en nación,
un terrible huracán se agita
en los extremos del mundo.
33 Aquel día las víctimas del Señor
ocuparán la tierra de punta a punta,
no los recogerán, ni enterrarán,
ni les harán duelo,
serán como estiércol sobre el campo.
34 Giman, pastores; griten,
revuélquense en el polvo,
encargados del rebaño;
les ha llegado el día de la matanza
y caerán como carneros hermosos;
35 no hay escapatoria para los pastores,
no hay salida
para los encargados del rebaño.
36 Se oye el grito de los pastores,
el gemido
de los encargados del rebaño,
porque el Señor
ha destruido sus pastos;
37 están silenciosas
las prósperas praderas,
por el incendio de la ira del Señor;
38 abandonan,
como un león su guarida,
sus tierras, que están desoladas,
por el incendio devastador,
por el incendio de su ira.

RELATOS BIOGRÁFICOS DE JEREMÍAS

(26–45, excepto 30–31 y 33)

Jeremías, juzgado y absuelto

(7,1-15)

26 1 Al comienzo del reinado de Joaquín, hijo de Josías, rey de Judá, el Señor dirigió la palabra a Jeremías:
2 –Así dice el Señor: Ponte en el atrio del templo y di a todos los vecinos de los pueblos de Judá que vienen al templo a adorar al Señor, todo lo que yo te mando decir; no
dejes ni una palabra.
3 A ver si se convierte cada uno de su mala conducta y yo puedo arrepentirme del castigo que preparo contra ellos por sus malas acciones.
4 Les dirás: Así dice el Señor: Si no me obedecen, siguiendo la ley que yo les he dado,
5 y escuchando lo que le dicen mis siervos los profetas, que yo les envío sin cesar, y ustedes no escuchan,
6 yo trataré este templo como el de Siló, y esta ciudad será fórmula de maldición para todas las naciones.
7 Los sacerdotes, los profetas y toda la gente oyeron a Jeremías pronunciar este discurso en el templo;
8 y cuando terminó de decir todo lo que el Señor le había mandado decir al pueblo, los sacerdotes, los profetas y la gente lo apresaron, diciéndole:
–Eres reo de muerte.
9 ¿Por qué profetizas en Nombre del Señor diciendo que este templo será como el de Siló y esta ciudad quedará en ruinas y deshabitada?
La gente se amotinó contra Jeremías en el templo.
10 Se enteraron de todo los dignatarios de Judá y, subiendo del palacio real al templo, se sentaron en el tribunal de la Puerta Nueva.
11 Los sacerdotes y los profetas dijeron a los dignatarios y a la gente:
–Este hombre merece la muerte por haber profetizado contra esta ciudad; ustedes mismos lo han oído.
12 Contestó Jeremías a los dignatarios y al pueblo:
–El Señor me envió a profetizar todo lo que han oído contra este templo y esta ciudad.
13 Y ahora corrijan su conducta y sus acciones, obedezcan al Señor, su Dios, y el Señor se arrepentirá de las amenazas que ha proferido contra ustedes.
14 Yo estoy en

todos los que en su momento sufrieron ocupaciones, saqueos y destrucción por parte del imperio babilónico. También las naciones vecinas de Israel son castigadas (29). Nótese que lo que ha comenzado como un castigo para Israel toma dimensiones internacionales y, posteriormente, dimensiones cósmicas.

26,1-24 Jeremías, juzgado y absuelto. Retoma las circunstancias en que Jeremías había pronunciado un discurso contra el templo (7,1-15) y las violentas reacciones que ello suscitó (8s). Jeremías sostuvo enfrentamientos muy fuertes con las autoridades políticas y religiosas de Israel, pero quizá los más duros fueron con

sus manos: hagan de mí lo que mejor les
parezca. 15 Pero sepan que si me matan, se-
rán responsables de sangre inocente uste-
des, la ciudad y sus vecinos. Porque cierta-
mente el Señor me ha enviado a ustedes a
predicarles todo lo que he dicho.
16 Los dignatarios y toda la gente dijeron a
los sacerdotes y profetas:

–Este hombre no merece la muerte, por-
que nos ha hablado en Nombre del Señor,
nuestro Dios.

17 Entonces se levantaron algunos an-
cianos y dijeron a toda la asamblea del
pueblo:

18 –Miqueas de Moréset profetizó duran-
te el reinado de Ezequías, rey de Judá, y
dijo a los judíos: Así dice el Señor Todopo-
deroso:

Sión será un campo arado,
Jerusalén será una ruina,
el monte del templo
un cerro cubierto de maleza.

19 ¿Le dieron muerte Ezequías, rey de
Judá, y todo el pueblo? ¿No respetaron al
Señor y lo calmaron y el Señor se arrepin-
tió de la amenaza que había proferido con-
tra ellos? Nosotros, en cambio, estamos a
punto de cargarnos con un crimen enorme.

20 Hubo otro profeta que profetizó en
Nombre del Señor: Urías, hijo de Semayas,
natural de Quiriat Yearim. Profetizó contra
esta ciudad y este país lo mismo que Jere-
mías. 21 El rey Joaquín, con sus guardias y
dignatarios, lo oyeron, y el rey intentó ma-
tarlo; pero Urías se enteró y, atemorizado,
huyó a Egipto. 22 Entonces el rey Joaquín
despachó a Egipto a Elnatán, hijo de Acbor,
con su destacamento. 23 Sacaron a Urías de
Egipto y se lo llevaron al rey Joaquín, el
cual lo hizo ajusticiar y arrojar su cadáver
en la sepultura común.

24 Entonces Ajicán, hijo de Safín, se hizo
cargo de Jeremías para que no lo entrega-
ran a ser ejecutado por el pueblo.

SUMISIÓN AL REY DE BABILONIA

(25,1-11)

A los embajadores

27 1 El año cuarto del reinado de Se-
decías, hijo de Josías, rey de Judá,
el Señor dirigió la palabra a Jeremías:

2 –Así dice el Señor: Hazte unas correas
y un yugo y encájatelo en el cuello, 3 y en-
vía un mensaje a los reyes de Edom, Moab,
Amón, Tiro y Sidón, por medio de los em-
bajadores que han venido a Jerusalén a vi-
sitar al rey Sedecías. 4 Diles que informen a
sus señores: Así dice el Señor Todopode-
roso, Dios de Israel: Digan a sus señores:

5 Yo he creado la tierra
y hombres y animales
sobre la faz de la tierra,
con mi gran poder
y con mi brazo extendido;
y la doy a quien me parece;
6 ahora, yo entrego
todos estos territorios
a Nabucodonosor,
rey de Babilonia, mi siervo;
incluso las fieras del campo
se las doy como servidores;

---

los llamados «falsos profetas» (23,9-40; 28). Las palabras de Jeremías generan conflicto y división: los sacerdotes y profetas lo acusan de blasfemo, por lo cual debe morir (11); los jefes del pueblo reconocen que es inocente (16); en medio está el pueblo, que al principio se muestra hostil a Jeremías (7-9), pero posteriormente lo reconoce como verdadero profeta (16). Por encima de todo está el argumento del profeta de ser directa y legítimamente enviado por el Señor (2). Jeremías es librado de la mano de sus enemigos gracias a la intervención de un hijo del funcionario real, Ajicán, hijo de Safán, cronista de la corte que leyó ante el rey Josías el rollo de la Ley encontrado en el templo (2 Re 22,8-10). De esta misma familia recibirá el profeta un nuevo apoyo; se trata de Godolías, nieto de Safán, que fue puesto como gobernador por los babilonios en 587 a.C. (40,5s).

27,1-11 A los embajadores. De nuevo, Jeremías se vale de una acción simbólica para ilustrar sus palabras; esta vez se trata de la imagen de un yugo semejante a los que imponían a los bueyes, que muestra el estado en que van a quedar todos los reinos cuando Nabucodonosor los someta. La lectura que se hace del contexto mundial de la época omite toda circunstancia política, colocándolo todo en el plano religioso. Para el profeta, es claro que el Creador y Dueño de toda la tierra puede darla temporalmente a quien quiera (5); esta vez la poseerá Nabucodonosor (6s),

7 todas las naciones
estarán sometidas a él,
a su hijo y nieto,
hasta que le llegue a su país
la hora de ser servidor
de pueblos numerosos
y reyes poderosos.
8 Si una nación y su rey no se someten
a Nabucodonosor, rey de Babilonia,
y no rinden el cuello al yugo
del rey de Babilonia,
con espada y hambre y peste
castigaré a esa nación,
hasta entregarla en sus manos
–oráculo del Señor–.
9 Y ustedes no hagan caso
a sus profetas y adivinos
intérpretes de sueños,
hechiceros y magos,
que les dicen:
No serán vasallos
del rey de Babilonia;
10 porque les profetizan mentiras
para sacarlos de su tierra,
para que yo los disperse
y los destruya.
11 Si una nación rinde el cuello
y se somete al rey de Babilonia,
la dejaré en su tierra,
para que la cultive y la habite
–oráculo del Señor–.

A Sedecías
(21,1-7)

12 A Sedecías, rey de Judá,
le hablé en los mismos términos:
Coloquen su cuello
bajo el yugo del rey de Babilonia,
sométanse a él y a su ejército,
y vivirán;
13 así no morirán a espada,
de hambre y peste,
como dijo el Señor a los pueblos
que no se sometan
al rey de Babilonia.
14 No hagan caso
a los profetas que les dicen:
No serán vasallos
del rey de Babilonia,
porque les profetizan mentiras:
15 yo no los envié
–oráculo del Señor–,
y ellos profetizan
mentiras en mi Nombre,
para que yo los tenga
que arrojar y destruir
a ustedes con los profetas
que les profetizan.

A los sacerdotes y al pueblo

16 A los sacerdotes y al pueblo les dije:
Así dice el Señor:
No hagan caso
a esos profetas que les profetizan:
Muy pronto
recobraremos de Babilonia
el ajuar del templo;
les profetizan engaños,
17 no les hagan caso.
Permanezcan sometidos
al rey de Babilonia y vivirán,
y esta ciudad
no se convertirá en ruinas.
18 Si son profetas
y tienen la Palabra del Señor,
que intercedan al Señor
para que no se lleven a Babilonia
el resto del ajuar del templo
y del palacio real de Jerusalén.

19 Porque así dice el Señor Todopoderoso
acerca de las columnas, el depósito, el pe-
destal y el resto del ajuar que aún queda en
la ciudad 20 –que Nabucodonosor, rey de Ba-
bilonia, no se llevó de Jerusalén a Babilonia
cuando desterró a Jeconías, hijo de Joaquín,
con todos los notables de Judá y Jerusalén–.
21 Así dice el Señor Todopoderoso, Dios de
Israel, acerca del ajuar que ha quedado en
el templo y en el palacio real de Jerusalén:

---

con la garantía de que el mismo Señor pondrá en sus manos a todo el que intente resistir (8). Ante semejante respaldo no tiene caso rebelarse (9). La situación mundial que nos afecta hoy tiene mucho de similar con este modo de pensar; sin embargo, ahí los evangelizadores tienen que estar muy preparados y atentos a corregir semejante mentalidad.

27,12-15 A Sedecías. La Palabra de Dios pronunciada por el verdadero profeta se cumple.

27,16-22 A los sacerdotes y al pueblo. El profeta sigue insistiendo en el sometimiento al rey de Babilonia, de ahí su condena a las enseñanzas contrarias de profetas y sacerdotes porque contradicen abiertamente la voluntad divina. Por lo menos, el sometimiento garantiza la vida y deja abierta la esperanza de volver a la tierra y de recuperar el ajuar del templo robado por Nabucodonosor.

22 Se los llevarán a Babilonia y allí que-
darán, hasta que yo haga inventario
–oráculo del Señor– y los saque y los de-
vuelva a este lugar.

Jeremías y Ananías
(1 Re 22; Jr 23,13-32)

28 1 Ese mismo año, el cuarto del rei-
nado de Sedecías en Judá, el mes
quinto, Ananías, hijo de Azur, profeta natu-
ral de Gabaón, me dijo en el templo, en
presencia de los sacerdotes y de toda la
gente:
2 –Así dice el Señor Todopoderoso, Dios
de Israel: Rompo el yugo del rey de Babilo-
nia. 3 Antes de dos años devolveré a este
lugar todo el ajuar del templo que Nabuco-
donosor, rey de Babilonia, acaparó y se lle-
vó a Babilonia. 4 A Jeconías, hijo de Joa-
quín, rey de Judá, y a todos los judíos
desterrados en Babilonia yo los haré volver
a este lugar –oráculo del Señor–. Porque
romperé el yugo del rey de Babilonia.
5 El profeta Jeremías respondió al profe-
ta Ananías, en presencia de los sacerdotes
y del pueblo que estaba en el templo; 6 el
profeta Jeremías dijo:
–¡Amén, así lo haga el Señor! Que el Se-
ñor cumpla tu profecía trayendo de Babilo-
nia a este lugar todo el ajuar del templo y a
todos los desterrados. 7 Pero escucha lo
que yo te digo a ti y a todo el pueblo: 8 Los
profetas que nos precedieron, a ti y a mí,
desde tiempo inmemorial, profetizaron gue-
rras, calamidades y epidemias a muchos
países y a reinos dilatados. 9 Cuando un
profeta anunciaba prosperidad, sólo al
cumplirse su profecía era reconocido como
profeta enviado realmente por el Señor.
10 Entonces Ananías le quitó el yugo del
cuello al profeta Jeremías y lo rompió,
11 diciendo en presencia de todo el pueblo:
–Así dice el Señor: Así es como rompe-
ré el yugo del rey de Babilonia, que llevan
al cuello tantas naciones, antes de dos
años.
El profeta Jeremías se marchó por su
camino.
12 Después que el profeta Ananías rom-
pió el yugo que el profeta Jeremías llevaba
al cuello, el Señor le dirigió la palabra:
13 –Ve a decirle a Ananías: Así dice el Se-
ñor: Tú has roto un yugo de madera, yo lo
sustituiré con un yugo de hierro. 14 Pues así
dice el Señor Todopoderoso, Dios de Israel:
Yugo de hierro pondré al cuello de todas es-
tas naciones, para que estén sometidas a
Nabucodonosor, rey de Babilonia, y hasta
las fieras del campo le daré como servido-
res.
15 El profeta Jeremías dijo al profeta
Ananías:
–Escúchame, Ananías: el Señor no te ha
enviado, y tú infundes a este pueblo una
falsa confianza. 16 Por eso, así dice el Señor:
Yo te echaré de la superficie de la tierra.
Este año morirás, por haber predicado re-
belión contra el Señor.
17 El profeta Ananías murió aquel año, el
mes séptimo.

Cartas de Jeremías

29 1 Texto de la carta que el profeta Je-
remías envió desde Jerusalén a los
desterrados; a los ancianos, sacerdotes,
profetas y al pueblo deportados por Nabu-
codonosor de Jerusalén a Babilonia.
2 Fue después de marcharse el rey Jeco-
nías con la reina madre y los eunucos y dig-
natarios de Judá y Jerusalén y los artesa-
nos y maestros de Jerusalén.
3 La envió por medio de Elasa, hijo de
Safán, y de Gamarías, hijo de Jelcías, lega-
dos de Sedecías, rey de Judá, a Nabucodo-
nosor, rey de Babilonia:
4 Así dice el Señor Todopoderoso, Dios
de Israel, a todos los deportados que yo lle-
vé de Jerusalén a Babilonia:

28,1-17 Jeremías y Ananías. Jeremías se ve de nuevo enfrentado con otro profeta. Mientras Jeremías anuncia destrucción, el otro, de nombre Ananías, anuncia prosperidad y la pronta desaparición de la mano opresora de Babilonia. Para nuestro profeta está claro que la predicación de su contrario engendra actitudes de falsa esperanza.

Los signos proféticos de nuestros grupos y nuestras comunidades creyentes están abocados a estas mismas posibilidades: esperanza cierta y segura, o esperanza vana. Habrá siempre un criterio para discernir el tipo de esperanza que el anuncio de la Palabra genera: nada de providencialismos, la cuestión es el compromiso activo y permanente con la búsqueda y puesta en práctica de la justicia, la solidaridad y la paz, así sea en pequeñas proporciones.

29,1-23 Cartas de Jeremías. Jeremías aprovecha la partida de un nuevo grupo de deportados a Babilonia

5 Construyan casas y habítenlas, planten
huertos y coman sus frutos, cásense y en-
gendren hijos e hijas, 6 tomen esposas para
sus hijos casen a sus hijas, para que ellas
engendren hijos e hijas; crezcan allí y no
disminuyan. 7 Pidan por la prosperidad de
la ciudad adonde yo los desterré y recen al
Señor por ella, porque su prosperidad será
la de ustedes.

8 Así dice el Señor Todopoderoso, Dios
de Israel: no se dejen engañar por los pro-
fetas y adivinos que viven entre ustedes; no
hagan caso de los sueños que sueñan,
9 porque les profetizan engaños en mi Nom-
bre, y yo no los envié –oráculo del Señor–.

10 Esto es lo que dice el Señor: Cuando
se cumplan setenta años en Babilonia, me
ocuparé de ustedes, les cumpliré mis pro-
mesas trayéndolos de nuevo a este lugar.
11 Yo conozco mis designios sobre ustedes:
designios de prosperidad, no de desgracia,
pues les daré un porvenir y una esperanza.
12 Me invocarán, vendrán a rezarme y yo los
escucharé; 13 me buscarán y me encon-
trarán, si me buscan de todo corazón; 14 me
dejaré encontrar y cambiaré su suerte
–oráculo del Señor–. Los reuniré en todas
las naciones y lugares adonde los arrojé
–oráculo del Señor– y los volveré a traer al
lugar de donde los desterré.

15 Si ustedes dicen que el Señor les ha
nombrado profetas en Babilonia, 21 el Señor
Todopoderoso, Dios de Israel, dice a pro-
pósito de Ajab, hijo de Colayas, y de Sede-
cías, hijo de Masías, que les profetizan en-
gaños en mi Nombre: Yo los entregaré a
Nabucodonosor, rey de Babilonia, que los
hará ajusticiar en presencia de ustedes. 22 Y
darán origen a una maldición que se corre-
rá entre todos los judíos desterrados en Ba-
bilonia: El Señor te trate como a Ajab y a
Sedecías, a quienes quemó vivos el rey de
Babilonia. 23 Porque cometieron una infa-
mia en Israel, adulteraron con la mujer del
prójimo y contaron mentiras en mi Nombre
sin que yo los mandase. Lo sé y lo atesti-
guo –oráculo del Señor–.

16 Así dice el Señor acerca del rey que se
sienta en el trono de David y de todo el
pueblo que vive en la ciudad –sus herma-
nos que no han ido con ustedes al destie-
rro–. 17 Así dice el Señor Todopoderoso: Yo
despacharé contra ellos la espada, el ham-
bre y la peste; los trataré como a los higos
podridos que no se pueden comer de ma-
los. 18 Los perseguiré con la espada, el
hambre y la peste, y haré de ellos un es-
carmiento para todos los reinos de la tierra,
y maldición y espanto y burla y oprobio de
todas la naciones por donde los dispersé.
19 Porque no escucharon mis palabras
–oráculo del Señor–; porque les envié cons-
tantemente a mis siervos los profetas, y no
hicieron caso –oráculo del Señor–.

20 Ustedes, los desterrados que envié de
Jerusalén a Babilonia, escuchen la Palabra
del Señor.

Mensaje a Samayas

24 A Samayas, el nejlamita le dirás:
25 Así el Señor Todopoderoso, Dios de Is-
rael:

–Tú has enviado por tu cuenta una carta
a Sofonías, hijo de Masías, el sacerdote, en
estos términos:

26 El Señor te ha nombrado sucesor del
sacerdote Yehoyadá como responsable del
templo; si se presenta un exaltado y se
pone a profetizar lo tienes que meter en el
calabozo y atarlo con cadenas. 27 Entonces,
¿por qué no has dado un escarmiento a Je-
remías, de Anatot, que se ha metido a pro-

---

para enviar una carta a los primeros que habían corrido esa mala suerte. Fiel a su criterio de que el exilio será largo, les ratifica esa ida para que no se hagan falsas ilusiones o para que no sigan dando crédito a quienes profetizan un período corto de dominación. Visto que el destierro será prolongado, lo mejor es que traten de adaptarse a la nueva situación y procuren el bien de la ciudad en que se encuentran para salir bien librados (7). Los anuncios contrarios a estos consejos no son respaldados por el Señor (8s). El mensaje mantiene el tono esperanzador de la presencia de Dios y del retorno que el Señor mismo realizará (11-14).

29,24-32 Mensaje a Samayas. Este incidente, que da lugar a una maldición contra Samayas, refleja las contradicciones y dudas respecto a la suerte de los deportados a Babilonia. Jeremías insiste en que el cautiverio será largo y quien contradiga esta posición profética es objeto de condena. Pero el asunto no era tanto la duración del exilio, cuanto la preocupación del profeta porque esta coyuntura histórica fuera suficientemente asimilada como una necesaria reprensión por parte de Dios. Afirmar en la predicación que el destierro pasaría rápido distraía de ese propósito, y eso es lo que el profeta quiere evitar.

fetizar? 28 Nos ha enviado una carta a Babi-
lonia diciendo que va para largo, que cons-
truyamos casas y las habitemos, que plan-
temos huertos y comamos sus frutos.
29 El sacerdote Sofonías le leyó la carta
al profeta Jeremías, 30 y el Señor le dirigió
la palabra:
31 –Envía un mensaje a los desterrados:
Así dice el Señor acerca de Samayas, el
nejlamita: Samayas les ha profetizado, sin
que yo lo enviase, arrastrándolos a una fal-
sa confianza. 32 Por eso, dice el Señor: Yo
castigaré a Samayas, el nejlamita, y a su
descendencia: no tendrá un sucesor que
viva entre este pueblo, no probará los bie-
nes que yo daré a mi pueblo, porque predi-
có rebelión contra el Señor –oráculo del Se-
ñor–.

Oráculo de restauración

30 1 Palabras que dirigió el Señor a Je-
remías:
2 –Así dice el Señor: Escribe en un libro
todas las palabras que te he dicho. 3 Porque
llegarán días –oráculo del Señor– en que
cambiaré la suerte de mi pueblo, Israel y
Judá, dice el Señor, y los volveré a llevar a
la tierra que di en posesión a sus padres.

4 *Palabra del Señor a Israel y a Judá.*
5 Así dice el Señor:
Gritos de pavor hemos oído,
de terror sin sosiego.
6 Pregunten y averigüen:
¿Acaso dan a luz los varones?
¿Qué veo? Todos los varones,
como parturientas,
las manos a las caderas,
los rostros desfigurados y pálidos.
7 ¡Ay! Aquel día será grande
y sin igual,
hora de angustia para Jacob.
Pero saldrá de ella.
8 Aquel día
–oráculo del Señor Todopoderoso–
romperé el yugo de tu cuello
y haré saltar las correas;
ya no servirán a extranjeros,
9 servirán al Señor, su Dios,
y a David, el rey que les nombraré.
10 Y tú, siervo mío,
Jacob, no temas;
no te asustes, Israel
–oráculo del Señor–,
que yo te salvaré del país remoto
y a tu descendencia del destierro;
Jacob volverá y descansará,
reposará sin alarmas,
11 porque yo estoy contigo para salvarte
–oráculo del Señor–.
Destruiré a todas las naciones
por donde los dispersé,
a ti no te destruiré,
te corregiré como mereces
y no te dejaré sin castigo.
12 Así dice el Señor:
Tu fractura es fatal,
tu herida no puede sanar,
13 no hay quien defienda tu causa
vendando tu herida,
no hay remedio para tu dolencia.
14 Tus amantes te olvidaron
y ya no te buscan,
porque te derrotó el enemigo
con cruel escarmiento;
por la cantidad de tus crímenes,
por tus muchos pecados.

30,1-24 Oráculo de restauración. La misión del profeta no puede reducirse a la mera denuncia o a la predicación de catástrofes y castigos. Ya desde el principio, la vocación de Jeremías comportaba la tarea de arrancar y destruir, pero también la de edificar y plantar (cfr. 1,10). En los capítulos anteriores, el grueso del mensaje tiene que ver más con anuncios de destrucción y muerte, aunque también hay breves anuncios de salvación (3,14-17; 23,3s; 29,10). En la sección que viene a continuación encontraremos explicitada la dimensión de la esperanza y de la salvación. Es lo que los especialistas llaman el «libro de la consolación» de Jeremías, al estilo de Is 40–55.

Así pues, nos encontramos ante un futuro esperanzador para Israel y para Judá. De hecho, los acontecimientos del 587 a.C. habían afectado solamente a Judá, ya que Israel había sido destruido en el 721 a.C. por los asirios. Con todo, la idea de la restauración había comenzado a germinar desde que el poder asirio inició su decadencia; gracias a ello, el rey Josías de Judá, pudo reconquistar casi todo el territorio del norte (cfr. 2 Re 23,15.19; 2 Cr 35,18). Así pues, la esperanza del retorno se había abierto primero que todo para los habitantes del reino del norte; pero ahora, dados los acontecimientos en el reino del sur, dicha esperanza cobra nuevo vigor y mayor actualidad. El Señor aún ama a Israel y lo reunirá de nuevo. Esta idea de la reunificación de Israel será el tema de los llamados profetas del destierro (cfr. Is 43,5-7; 49,5s.12.18-23; Ez 11,17; 20,34; 28,25; 34,12s);

15 ¿Por qué gritas por tu herida?
Tu llaga es insanable;
por la cantidad de tus crímenes,
por tus muchos pecados
te he tratado así.
16 Los que te devoran serán devorados,
todos tus enemigos irán al destierro,
los que te saquean serán saqueados,
los que te despojan
serán despojados.
17 Te devolveré la salud,
te sanaré las heridas
–oráculo del Señor–.
Te llamaban La Abandonada,
Sión, por quien nadie pregunta.
18 Así dice el Señor:
Yo cambiaré la suerte
de las tiendas de Jacob,
compadecido de sus moradas;
sobre sus ruinas
será reconstruida la ciudad,
su palacio se asentará en su puesto;
19 resonarán allí himnos
y rumores de fiesta;
los haré crecer y no disminuir,
los honraré
y no serán despreciados.
20 Serán sus hijos como antes,
asamblea estable delante de mí;
castigaré a sus opresores,
21 de ella saldrá su príncipe,
de ella nacerá su jefe,
y yo lo acercaré hasta mí;
¿quién, si no,
se atrevería a acercarse a mí?
22 Ustedes serán mi pueblo,
yo seré su Dios,
–oráculo del Señor–.
23 ¡Atención!
El Señor desencadena una tormenta,
un huracán gira
sobre la cabeza de los malvados;
24 no se apaga el incendio
de la ira del Señor,
hasta realizar y cumplir sus designios.
Al cabo de los años
llegarán a comprenderlo.

Retorno de los israelitas a su tierra

31 1 En aquel tiempo
–oráculo del Señor–
seré el Dios
de todas las tribus de Israel
y ellas serán mi pueblo.
2 –Así dice el Señor:
El pueblo escapado de la espada
alcanzó favor en el desierto:
Israel camina a su descanso,
3 el Señor se le apareció desde lejos.
Con amor eterno te amé,
por eso prolongué mi lealtad;
4 te reconstruiré y quedarás construida,
capital de Israel;
de nuevo saldrás enjoyada
a bailar alegremente con panderetas;
5 de nuevo plantarás viñas
en los montes de Samaría,
y los que las plantan las cosecharán.
6 ¡Es de día!,
gritarán los centinelas
en la sierra de Efraín:
de pie, a Sión,
a visitar al Señor, nuestro Dios.
7 Así dice el Señor:
Griten jubilosos por Jacob,
regocíjense
por el primero de los pueblos,
háganse oír, alaben y digan:
El Señor ha salvado
a su pueblo, al resto de Israel.
8 Yo los traeré del país del norte,
los reuniré
desde los rincones del mundo.
Qué gran multitud retorna;

---

después del destierro se añorará esa imagen de todo Israel reunido (Zac 10,6-12).

Cuando el Señor haya visitado a los opresores (20) no habrá más dominadores sobre Israel; el soberano saldrá del mismo pueblo. La historia confirmó todo lo contrario. Después del destierro, Israel no pudo volver a alcanzar su completa autonomía. ¿Mintió Dios? Recordemos que el hombre bíblico pone como palabra y voluntad de Dios las convicciones que nacen de lo más íntimo de su conciencia, y ésta –como tantas otras– era la convicción del profeta. Las mismas circunstancias históricas marcharon por rumbos muy distintos. En todo caso, la ira del Señor seguirá su curso, sin perder de vista que algún día el pueblo comprenderá que sólo caminando en alianza con Dios podrá sobrevivir.

31,1-40 Retorno de los israelitas a su tierra. La mención del desierto evoca el lugar geográfico que atravesó Israel cuando salió de Egipto y se dirigió a la tierra prometida; el desierto será de nuevo paso obligado para retornar a la tierra. Téngase en cuenta el valor simbólico que el desierto posee en la Biblia como paso obligado de una conciencia de oprimido a una

entre ellos hay ciegos y lisiados,
mujeres embarazadas
y a punto de dar a luz;
9 si marcharon llorando,
los conduciré entre consuelos,
los guiaré hacia corrientes de agua,
por camino llano y sin tropiezos.
Seré un padre para Israel,
Efraín será mi primogénito.
10 Escuchen, pueblos,
la Palabra del Señor,
anúncienla, islas remotas:
El que esparció a Israel lo reunirá,
lo guardará
como el pastor a su rebaño;
11 el Señor redimió a Jacob,
lo rescató de una mano más fuerte,
12 y vendrán entre aclamaciones
a la altura de Sión,
acudirán hacia los bienes del Señor:
trigo y vino y aceite,
y rebaños de vacas y ovejas;
será como huerto regado,
no volverán a desfallecer,
13 entonces la muchacha
gozará bailando
y los ancianos
igual que los jóvenes;
convertiré su tristeza en gozo,
los consolaré y aliviaré sus penas;
14 alimentaré a los sacerdotes
con manjares
y mi pueblo se saciará de mis bienes
–oráculo del Señor–.
15 Así dice el Señor:
Escuchen, en Ramá
se oyen lamentos y llanto amargo:
es Raquel, que llora inconsolable
a sus hijos que ya no viven.
16 Así dice el Señor:
Reprime tus sollozos,
enjuga tus lágrimas
–oráculo del Señor–,
tu trabajo será pagado,
volverán del país enemigo;
17 hay esperanza de un porvenir
–oráculo del Señor–,
volverán los hijos a la patria.
18 Estoy escuchando
lamentarse a Efraín:
Me has corregido y he escarmentado,
como novillo sin domar;
hazme regresar y yo regresaré,
que tú eres mi Señor, mi Dios;
19 si me alejé, después me arrepentí,
y al comprenderlo
me di golpes de pecho;
me sentía confundido y avergonzado
de soportar el pecado
de mi juventud.
20 ¡Si es mi hijo querido Efraín,
mi niño, mi encanto!
Cada vez que lo reprendo
me acuerdo de él,
se me conmueven las entrañas
y cedo a la compasión
–oráculo del Señor–.
21 Coloca pilares, planta señales,
fíjate bien en el camino
por donde caminas,
vuelve, doncella de Israel,
vuelve a tus ciudades,
22 ¿hasta cuándo estarás indecisa,
muchacha rebelde?,
que el Señor crea
de nuevo en el país,
y la mujer abrazará al varón.
23 Así dice el Señor Todopoderoso,
Dios de Israel:
Cuando yo cambie su suerte,
se volverá a decir en Judá
y en sus poblados:
El Señor te bendiga,
lugar de salvación, monte santo.
24 En Judá y en sus poblados
habitarán juntos los labradores
y los que se desplazan con el rebaño.
25 Daré de beber
a las gargantas sedientas,
colmaré a los muertos de hambre.

---

conciencia liberada y liberadora, el paso de la esclavitud a la libertad, del pecado a la gracia. Es en el desierto, no antes, donde Israel nace al mundo como pueblo; es en el desierto donde se ejercita para vivir la libertad, la solidaridad y la igualdad; es en el desierto donde el Señor le hablará al corazón de su amada Israel para conquistarla de nuevo (cfr. Os 2,16). Por último, es en el desierto donde los evangelios sinópticos nos llevan para contemplar las escenas del último de los profetas de la antigua alianza, pero sobre todo para mostrarnos el punto de arranque de Jesús y su proyecto: Mt 4,1-11; Mc 1,13; Lc 4,1-13. Por tanto, el desierto tiene que ser referente continuo del evangelizador hoy.

26 Yo desperté, miré
y me pareció un sueño feliz.
27 Miren que llegan días
–oráculo del Señor–
en que sembraré
en Israel y en Judá
semilla de hombres
y semilla de animales.
28 Como vigilé sobre ellos
para arrancar y arrasar,
para destruir
y deshacer y maltratar,
así vigilaré sobre ellos
para edificar y plantar
–oráculo del Señor–.
29 En aquellos días ya no se dirá:
Los padres comieron uva agria,
a los hijos
se les destemplan los dientes,
30 porque el que muera,
será por su propia culpa
y tendrá dolor de muelas
el que coma uva agria.
31 Miren que llegan días
–oráculo del Señor–
en que haré una alianza nueva
con Israel y con Judá:
32 no será como la alianza
que hice con sus padres
cuando los agarré de la mano
para sacarlos de Egipto;
la alianza que ellos quebrantaron
y yo mantuve –oráculo del Señor–;
33 así será la alianza
que haré con Israel
en aquel tiempo futuro
–oráculo del Señor–:
meteré mi ley en su pecho,
la escribiré en su corazón,
yo seré su Dios
y ellos serán mi pueblo;
34 ya no tendrán
que enseñarse unos a otros,
mutuamente, diciendo:
Tienes que conocer al Señor,
porque todos,
grandes y pequeños, me conocerán
–oráculo del Señor–,
porque yo perdono sus culpas
y olvido sus pecados.
35 Así dice el Señor:
que establece el sol
para iluminar el día,
el ciclo de la luna y las estrellas
para iluminar la noche,
que agita el mar y rugen sus olas
–su título es
Señor Todopoderoso–:
36 Cuando fallen estas leyes
que yo he dado
–oráculo del Señor–,
la descendencia de Israel
ya no será más el pueblo mío.
37 Así dice el Señor:
Si puede medirse el cielo en lo alto,
o explorar en lo profundo
el cimiento de la tierra,
yo rechazaré a la descendencia
entera de Israel,
por todo lo que hizo
–oráculo del Señor–.

38 Miren que llegan días –oráculo del Se-
ñor– en que se edificará la ciudad del Señor,
desde la torre de Hanael hasta la puerta del
Ángulo. 39 La cinta de medir seguirá dere-
cha hasta Loma de Gareb y girará hacia
Goat. 40 Todo el valle de los cadáveres, el
cementerio de las cenizas, hasta el valle del
torrente Cedrón, y hasta la puerta de los
Caballos, a oriente, estará consagrado al
Señor, y ya no será arrasado ni destruido
jamás.

Jeremías rescata un terreno
(Lv 25,25; Rut 3s)

32 1 Palabras que el Señor dirigió a Je-
remías el año décimo del reinado de
Sedecías en Judá, que corresponde al año
dieciocho de Nabucodonosor.
2 Entonces sitiaba a Jerusalén el ejército
del rey de Babilonia, y el profeta Jeremías
estaba preso en el atrio de la guardia, en el

32,1-15 Jeremías rescata un terreno. Cuando todo parecía que se hundía a causa de la presencia de las tropas invasoras de Nabucodonosor, Jeremías realiza una nueva acción de contenido simbólico. Se trata de la compra de un campo en su pueblo Anatot, realizada en el marco de la institución legal del rescate o «goelato» vigente en Israel (cfr. Lv 25,23-55). Con esta acción, Jeremías daba a entender que no todo estaba perdido, que aún había esperanza. ¿Cuáles son los signos de esperanza en nuestra época y cómo ayudamos a la gente a descubrirlos?

palacio real de Judá. 3 Lo había encarce-
lado Sedecías, acusándole:
–Tú has profetizado: Así dice el Señor:
Yo entregaré esta ciudad en manos del rey
de Babilonia, para que la conquiste. 4 Sede-
cías, rey de Judá, no escapará de manos de
los caldeos, sino que será entregado sin fal-
ta en manos del rey de Babilonia, que le ha-
blará cara a cara, y sus ojos verán sus ojos.
5 Y llevará a Sedecías a Babilonia, y allí
quedará hasta que yo me ocupe de él –orá-
culo del Señor–. Si luchan contra los calde-
os, no vencerán.
6 Jeremías contestó:
–El Señor me ha dirigido la palabra:
7 Hanamel, hijo de tu tío Salún, vendrá a de-
cirte: Cómprame el campo de Anatot, por-
que a ti te corresponde rescatarlo com-
prándolo. 8 Y vino a visitarme mi primo,
como había dicho el Señor, al atrio de la
guardia, y me dijo: Cómprame el campo de
Anatot, en territorio de Benjamín, porque a
ti te corresponde rescatarlo y adquirirlo:
cómpramelo. Yo comprendí que era una
Palabra del Señor. 9 Y, así, compré el cam-
po de Anatot a mi primo Hanamel; pesé el
dinero: diecisiete monedas de plata. 10 Es-
cribí el contrato, lo sellé, hice firmar a los
testigos y pesé la plata en la balanza.
11 Después tomé el contrato sellado, según
las normas legales, y la copia abierta, 12 y
entregué el contrato a Baruc, hijo de Ne-
rías, de Majsías, en presencia de Hanamel,
mi primo, en presencia de los testigos que
habían firmado el contrato y en presencia
de los judíos que estaban en el atrio de la
guardia. 13 En presencia de ellos ordené a
Baruc: 14 Así dice el Señor Todopoderoso,
Dios de Israel: Toma estos contratos, el se-
llado y el abierto, y mételos en una jarra de
barro, para que se conserven muchos años.
15 Porque así dice el Señor Todopoderoso,
Dios de Israel: Todavía se comprarán casas
y campos y huertos en esta tierra.

Oración de Jeremías

16 Después de entregar a Baruc, hijo de
Nerías, el contrato, oré al Señor: 17 ¡Ay, mi
Señor! Tú hiciste el cielo y la tierra con tu
gran poder, con brazo extendido, nada es
imposible para ti. 18 Tú tratas con miseri-
cordia por mil generaciones, pero castigas
el pecado de los padres en los hijos que les
suceden. Dios grande y esforzado, cuyo
Nombre es Señor Todopoderoso. 19 Grande
en ideas, poderoso en acciones, cuyos ojos
están abiertos sobre los pasos de los hom-
bres, para pagar a cada uno su conducta, lo
que merecen sus acciones. 20 Tú hiciste
signos y prodigios en Egipto un día como
hoy, en Israel y entre todos los hombres, y
te has ganado fama que dura hoy. 21 Sacas-
te de Egipto a tu pueblo, Israel, con prodi-
gios y portentos, con mano fuerte y brazo
extendido, y con gran terror. 22 Les diste
esta tierra, que habías jurado a sus padres
darles, tierra que mana leche y miel, 23 y
entraron a poseerla. Pero ellos no te obede-
cieron, no procedieron según tu ley, no hi-
cieron lo que les habías mandado hacer;
por eso les enviaste todas estas desgracias.
24 Mira, los terraplenes ya llegan hasta la
ciudad para conquistarla, la ciudad está en-
tregada en manos de los caldeos, que la
atacan con la espada, el hambre y la peste.
Sucede lo que anunciaste, y lo estás vien-
do. 25 Y tú, mi Señor, me dices: Cómprate el
campo con dinero, ante testigos, mientras
la ciudad cae en manos de los caldeos.

26 El Señor dirigió la palabra a Jeremías:

27 –Yo soy el Señor, Dios de todos los hu-
manos: ¿hay algo imposible para mí? 28 Por
eso, así dice el Señor: Yo entrego esta ciu-
dad en manos de los caldeos, en manos de
Nabucodonosor, rey de Babilonia; para que
la conquiste. 29 Los caldeos que la atacan
entrarán en esta ciudad y le pondrán fuego.
La quemarán con las casas, en cuyas azo-
teas se quemaba incienso a Baal y se ha-
cían libaciones a dioses extranjeros, para
irritarme. 30 Porque israelitas y judíos hacen
lo que yo repruebo desde su juventud; los
israelitas me irritan con las obras de sus
manos –oráculo del Señor–. 31 Esta ciudad
ha provocado mi ira y mi cólera desde que
la construyeron hasta hoy. La tendré que
apartar de mi presencia, 32 por todas las

32,16-35 Oración de Jeremías. Jeremías hace una síntesis de la historia de Israel y de sus relaciones con Dios. El motivo de la oración es el rescate del campo que acaba de realizar; Dios mismo tiene que explicarle al profeta su sentido.

maldades que comenten israelitas y judíos,
irritándome todos, con sus reyes y prínci-
pes, con sus sacerdotes y profetas, los ju-
díos y los habitantes de Jerusalén. 33 Me
dan la espalda, y no la cara. Yo los aleccio-
naba sin cesar, y ellos no escuchaban ni es-
carmentaban. 34 Ponían sus ídolos en la
casa que llevaba mi Nombre, profanándola.
35 Construían capillas a Baal, en el valle de
Ben-Hinón, para pasar por el fuego a sus
hijos e hijas, en honor de Moloc. Cosa que
yo no mandé ni se me pasó por la cabeza.
Hicieron prácticas idolátricas semejantes,
haciendo pecar a Judá.

El Señor ratifica las palabras del profeta

36 Y ahora así dice el Señor, Dios de Is-
rael, a esta ciudad de la que ustedes dicen:
Va a caer en manos del rey de Babilonia,
por la espada, el hambre y la peste. 37 Mi-
ren que yo los congregaré en todos los
países por donde los dispersó mi ira y mi
cólera y mi gran furor. Los traeré a este lu-
gar, y los haré habitar tranquilos. 38 Ellos
serán mi pueblo y yo seré su Dios. 39 Les
daré un corazón entero y una conducta ín-
tegra, para que me respeten toda la vida,
para su bien y el de sus hijos que los suce-
dan. 40 Haré con ellos alianza eterna, y no
cesaré de hacerles bien. Les infundiré res-
peto a mí, para que no se aparten de mí.
41 Gozaré haciéndoles el bien. Los plantaré
de verdad en esta tierra, con todo mi cora-
zón y toda mi alma. 42 Porque así dice el
Señor: Lo mismo que envié a este pueblo
esta gran calamidad, también yo mismo les
enviaré todos los bienes que les prometo.
43 Se comprarán campos en esta tierra, de
la que ustedes dicen: Está desolada, sin
hombres ni ganado, y cae en manos de los
caldeos. 44 Se comprarán campos con dine-
ro, ante testigos, se escribirá y sellará el
contrato en el territorio de Benjamín y en el
distrito de Jerusalén, en las poblaciones de
Judá, de la Sierra, de la Sefela y del Ne-
gueb, porque cambiaré su suerte –oráculo
del Señor–.

Restauración
(30s)

33 1 Mientras Jeremías estaba todavía
detenido en el atrio de la guardia, el
Señor le dirigió la palabra:
2 –Así dice el Señor, que hizo la tierra, la
formó y la estableció; su Nombre es Señor.
3 Llámame, y te contestaré, te comunicaré
cosas grandes e inaccesibles que no cono-
ces.
4 Porque así dice el Señor de Israel a las
casas de esta ciudad y a los palacios reales
de Judá, ahora arrasados por el asedio y la
espada: 5 Ahora vienen a pelear contra ella
los caldeos, y a llenarla de cadáveres hu-
manos; porque yo la herí con ira y cólera,
oculté mi rostro a esta ciudad, por todas
sus maldades.
6 Yo mismo le traeré restablecimiento y
sanación, y los colmaré de paz y de fideli-
dad. 7 Cambiaré la suerte de Judá y la suer-
te de Israel, y los edificaré como en otro
tiempo; 8 los purificaré de todos los críme-
nes que cometieron contra mí, les perdona-
ré todos los crímenes que cometieron con-
tra mí, rebelándose contra mí.
9 Jerusalén será motivo de gozo, alaban-
za y honor, para mí y para todas las nacio-
nes de la tierra que oigan contar todo el
bien que les he hecho, y los temerán y res-
petarán, por todo el bien y la paz que les he
dado.
10 Así dice el Señor:

En este lugar del que ustedes dicen
que está en ruinas,
sin hombres ni ganado;
en las ciudades de Judá
y en las calles de Jerusalén,
ahora desoladas,
sin hombres ni ganado,
11 todavía se escuchará
la voz alegre y la voz gozosa,

32,36-44 El Señor ratifica las palabras del profeta. El castigo para Israel es necesario, pero después vendrá una época de renovadas relaciones entre el pueblo y su Dios, época que se describe aquí como una nueva alianza.

33,1-26 Restauración. Continúa el mensaje de los efectos benéficos que traerá al pueblo su merecido castigo. A las imágenes de la devastación, del dolor y del desespero que representa el mal infligido por Babilonia se contraponen las idílicas imágenes de la restauración futura. Los versículos 14-16 sintetizan la promesa de restauración de la descendencia davídica, que se confunde con las promesas mesiánicas. Una vez más, se subraya la fidelidad de Dios en el cumplimiento de la alianza (20-21) y de la promesa de multiplicar hasta el infinito la descendencia israelita (22-26).

la voz del novio y la voz de la novia;
la voz de los que cantan
al entrar con acción de gracias
en el templo:
Den gracias al Señor Todopoderoso,
porque es bueno,
porque es eterna su misericordia.
Porque cambiaré la suerte
de esta tierra,
haciéndola como antes,
dice el Señor.
12 Así dice el Señor Todopoderoso:
En este lugar, ahora arruinado,
sin hombres ni ganado,
y en todas las ciudades,
todavía habrá majadas de pastores
que recogen sus ovejas.
13 Por las poblaciones de la Sierra,
de la Sefela, del Negueb,
por el territorio de Benjamín,
por el distrito de Jerusalén
y por las ciudades de Judá,
todavía pasarán las ovejas
junto al que las cuenta
–dice el Señor–.
14 Miren que llegan días –oráculo del Señor–
en que cumpliré la promesa que hice a
la casa de Israel y a la casa de Judá.
15 En aquellos días y en aquella hora
suscitaré a David un retoño legítimo
que hará justicia
y derecho en la tierra.
16 En aquellos días se salvará Judá
y en Jerusalén vivirán tranquilos,
y la llamarán así:
Señor–nuestra–justicia.
17 Porque así dice el Señor:
No faltará a David un sucesor
que se siente en el trono
de la casa de Israel.
18 De los sacerdotes y levitas
no faltará quien ofrezca
en mi presencia holocaustos,
inciense las ofrendas
y haga sacrificios todos los días.
19 El Señor dirigió la palabra a Jeremías:
20 –Así dice el Señor:
Si puede romperse mi alianza
con el día y la noche,
de modo que no haya
día y noche a su tiempo,
21 también se romperá la alianza
con David, mi siervo,
de modo que le falte
sucesor en el trono,
y la alianza con los sacerdotes
y levitas, mis ministros.
22 Como las estrellas del cielo,
incontables;
como las arenas de la playa,
innumerables;
multiplicaré la descendencia
de mi siervo David
y de los levitas que me sirven.
23 El Señor dirigió la palabra a Jeremías:
24 –¿No oyes lo que dice este pueblo?
Las dos familias
que el Señor había elegido
las ha rechazado.
Así desprecian a mi pueblo
y no lo consideran como nación.
25 Así dice el Señor:
Como es cierto que hice
el día y la noche
y establecí las leyes
del cielo y la tierra,
26 también es cierto que no rechazaré
a los descendientes de Jacob
y de mi siervo David,
ni dejaré de sacar
de entre ellos
a quienes gobiernen
a los descendientes
de Abrahán, Isaac y Jacob.
Porque cambio su suerte
y les tengo compasión.

A Sedecías

34 1 Palabras que el Señor dirigió a Je-
remías mientras Nabucodonosor,
rey de Babilonia, y todo su ejército y todos
los reyes de la tierra bajo su dominio y to-
dos sus ejércitos luchaban contra Jerusalén
y contra sus ciudades:
2 –Así dice el Señor, Dios de Israel: Vete
a hablar con Sedecías, rey de Judá, y le di-
rás: Así dice el Señor: Yo he entregado esta
ciudad en manos del rey de Babilonia, para

34,1-7 A Sedecías. El profeta se dirige al rey para anunciarle una vez más la inminente caída de Jerusalén. Su recomendación continúa siendo el sometimiento pacífico. Sedecías fue tomado prisionero y, después de arrancársele los ojos, llevado a Babilonia, donde murió de muerte natural.

que la incendie. 3 Tú no te librarás de su mano, sino que serás atrapado y caerás en su poder: tus ojos verán los ojos del rey de Babilonia, tu boca hablará a su boca y tú irás a Babilonia. 4 Escucha, Sedecías, rey de Judá la Palabra del Señor: Así te dice el Señor: No morirás a espada. 5 Morirás en paz. Igual que se quemaron perfumes por tus padres, los reyes que te precedieron, también se quemarán por ti. Te harán funeral cantando ¡Ay, señor! Lo he dicho yo –oráculo del Señor–.

6 El profeta Jeremías dijo todo esto a Sedecías en Jerusalén, 7 mientras el ejército del rey de Babilonia luchaba contra Jerusalén y contra el resto de las ciudades de Judá: Laquis y Azecá, las dos plazas fuertes que aún subsistían.

Liberación de esclavos
(Lv 25,39-43; Dt 15,12-18; Jr 37,5.11)

8 Palabras que el Señor dirigió a Jeremías después que el rey Sedecías pactó con el pueblo de Jerusalén para proclamar una liberación: 9 que cada cual deje en libertad a su esclavo hebreo y a su esclava hebrea, de modo que ningún judío fuera esclavo de un hermano suyo. 10 Todos los nobles y el pueblo aceptaron este pacto de dejar libre cada cual a su esclavo y a su esclava, de modo que ninguno siguiera en esclavitud. Obedecieron, y los pusieron en libertad. 11 Pero después se volvieron atrás, tomaron otra vez a los esclavos y esclavas que habían dejado libres y los sometieron de nuevo a esclavitud.

12 Entonces el Señor dirigió la palabra a Jeremías:

13 –Así dice el Señor, Dios de Israel: Yo pacté con sus padres cuando los saqué de Egipto, de la esclavitud, diciendo: 14 Al cabo de cada siete años, todos dejarán libre a su hermano hebreo que hayan comprado como esclavo y que les haya servido seis años: lo despedirán en libertad. Pero sus padres no me escucharon ni me prestaron oído. 15 Ustedes se han convertido hoy haciendo lo que yo apruebo, proclamando cada cual la liberación para su prójimo y habían hecho un pacto ante mí, en el templo que lleva mi Nombre. 16 Pero después han cambiado, han profanado mi Nombre; cada cual ha vuelto a tomar al esclavo y a la esclava que había dejado libres y los ha sometido de nuevo a esclavitud. 17 Por eso así dice el Señor: Ustedes no me obedecieron proclamando cada cual la liberación para su prójimo y su hermano; pues miren, yo proclamo la liberación –oráculo del Señor– para la espada y el hambre y la peste, y los haré escarmiento de todos los reyes de la tierra. 18 A los hombres que quebrantaron mi pacto no cumpliendo las estipulaciones del pacto que hicieron conmigo, los trataré como al novillo que cortaron en dos para pasar entre las dos mitades. 19 A los dignatarios de Judá y Jerusalén, a los eunucos y sacerdotes, a todo el pueblo que pasó entre las mitades del novillo, 20 los entregaré en manos de sus enemigos, que los persiguen a muerte; sus cadáveres serán pasto de las aves del cielo y de las bestias de la tierra. 21 Y a Sedecías, rey de Judá, con sus príncipes, los entregaré en manos de sus enemigos, que los persiguen a muerte; en manos del ejército del rey de Babilonia, que acaba de retirarse. 22 Yo los he mandado –oráculo del Señor– y los volveré a traer contra esta ciudad, para que la ataquen, la conquisten y la incendien. Y las ciudades de Judá quedarán desoladas y sin habitantes.

Los recabitas

35 1 Palabras que el Señor dirigió a Jeremías en tiempo de Joaquín, hijo de Josías, rey de Judá:

34,8-22 Liberación de esclavos. Probablemente ante la inminencia de la destrucción, el rey Sedecías establece un pacto con los poderosos de Jerusalén para renovar el compromiso de todo israelita de liberar a sus esclavos cada siete años (Éx 21,2-6; Dt 15,12-18). Esta medida buscaba atraer quizás el favor divino. Sin embargo, el mismo profeta denuncia con qué rapidez se volvieron atrás, rompiendo así la renovación del pacto (11). El versículo 19 alude a una costumbre entre los pactantes de una alianza, que consistía en pasar por en medio de un animal previamente descuartizado (Gn 15,17), profiriendo una especie de juramento: «que me suceda a mí lo mismo que a este animal si rompo los compromisos contraídos hoy». Pues bien, ahora el Señor hará efectiva esa imprecación, porque todos los pactantes han incumplido sus compromisos (20).

35,1-19 Los recabitas. Algunos investigadores ubican este episodio un poco antes de la primera incursión de los babilonios en tierra de Judá. Los ataques

2 –Vete a la familia de los recabitas, ha-
bla con ellos, tráelos al templo, a una de las
salas, y dales a beber vino.
3 Yo tomé a Yazanías, hijo de Jeremías,
hijo de Habasinías, con sus hermanos e hi-
jos y con toda la familia de los recabitas.
4 Los llevé al templo, a la sala de Ben-Ha-
nán, hijo de Yigdalías, el hombre de Dios,
que está junto a la sala de los dignatarios y
encima de la habitación de Maasías, hijo de
Salún, el portero. 5 Ofrecí jarras y copas de
vino a los miembros de la familia recabita,
y les dije:
–Beban.
6 Ellos respondieron:
–No bebemos vino. Porque Jonadab,
hijo de Recab, nuestro antepasado, nos dio
la orden: No beberán jamás vino, ni ustedes
ni sus hijos; 7 no construirán casas, no sem-
brarán semillas, no plantarán ni poseerán
viñas, sino que habitarán en tiendas de
campaña toda la vida para que vivan largos
años en la superficie de la tierra en la que
residen. 8 Nosotros obedecemos a Jona-
dab, hijo de Recab, nuestro antepasado, en
todo lo que nos mandó: no bebemos vino
en toda la vida, ni nosotros ni nuestras es-
posas, ni nuestros hijos ni nuestras hijas;
9 no construimos casas para habitarlas, ni
tenemos viñas ni campos de sembradío,
10 sino que vivimos en tiendas de campaña,
y acatamos y cumplimos todo lo que nos
mandó nuestro padre Jonadab. 11 Pero
cuando Nabucodonosor, rey de Babilonia,
invadió el país, dijimos: Vamos a Jerusalén,
huyendo del ejército caldeo y del ejército
arameo. Por eso habitamos en Jerusalén.
12 El Señor dirigió la palabra a Jeremías:
13 –Así dice el Señor Todopoderoso, Dios
de Israel: Vete a decir a los judíos y a los ha-
bitantes de Jerusalén: ¿Por qué no apren-
den también ustedes esta lección y obede-
cen mis palabras? –oráculo del Señor–.
14 Se cumple la palabra de Jonadab, hijo de
Recab, que prohibió a sus hijos beber vino,
y no beben vino hasta hoy, porque obede-
cen los mandatos de su padre. En cambio,
yo les hablo sin cesar, y ustedes no me ha-
cen caso. 15 Sin cesar les envié a mis sier-
vos los profetas para decirles: Que se con-
vierta cada cual de su mala conducta y que
corrija sus acciones; no sigan a dioses ex-
traños, dándoles culto; así habitarán en la
tierra que les di a ustedes y a sus padres.
Pero no me obedecieron ni me hicieron
caso. 16 Realmente, los hijos de Jonadab,
hijo de Recab, observan los mandatos que
les mandó su padre, pero este pueblo no
me hace caso. 17 Por eso, así dice el Señor
Todopoderoso, Dios de Israel: Yo haré caer
sobre Judá y sobre los habitantes de Jeru-
salén todas las amenazas que he pronun-
ciado contra ellos, porque les hablé, y no
me escucharon; los llamé, y no me respon-
dieron.
18 A la familia de los recabitas les dijo
Jeremías:
–Así dice el Señor Todopoderoso, Dios
de Israel: Porque obedecen los preceptos
de Jonadab, su padre, y observan sus man-
datos y cumplen todo lo que les mandó,
19 por eso así dice el Señor Todopoderoso,
Dios de Israel: Nunca faltarán descendien-
tes de Jonadab, hijo de Recab, que estén a
mi servicio todos los días.

El rollo de Jeremías

(2 Re 22,11-13)

36 1 El año cuarto de Joaquín, hijo de
Josías, rey de Judá, el Señor dirigió
la palabra a Jeremías:
2 –Toma el rollo y escribe en él todas las
palabras que te he dicho sobre Judá y Je-
rusalén y sobre todas las naciones, desde el

---

devastadores los recibían primero los campesinos y pastores que vivían fuera de los recintos amurallados; es el caso de los recabitas, que tienen que abandonar el campo para refugiarse en la ciudad (11) en contra sus convicciones (6-10). Esta comunidad descendiente de Recab mantenía su fidelidad al estilo de vida nómada, pues consideraban prácticas paganas la agricultura y el asentamiento en ciudades, algo contrario a la religión original de Israel, más ligada a la vida en el desierto. El versículo 19 es la aprobación implícita de Dios al modo de vida de los recabitas.

Lo importante no es si se vive en el campo o en la ciudad; lo que cuenta es el esfuerzo y la lucha constantes por concretar en ambos lugares el proyecto de la justicia mediante la abolición de sistemas opresores y el empeño por que el espacio que se ocupa sea para todos, y no para unos cuantos privilegiados.

36,1-32 El rollo de Jeremías. Al parecer, el rey Joaquín acababa de someterse al rey de Babilonia, por lo que se sentía seguro; no así el pueblo ni los funcionarios reales, que de algún modo se sintieron tocados por el contenido del rollo escrito al dictado y leído por

día en que comencé a hablarte, siendo rey
Josías, hasta hoy. 3 A ver si escuchan los
judíos las amenazas que pienso ejecutar
contra ellos y se convierte cada cual de su
mala conducta y puedo perdonar sus
crímenes y pecados.
4 Entonces Jeremías llamó a Baruc, hijo
de Nerías, para que escribiese en el rollo, al
dictado de Jeremías, todas las palabras
que el Señor le había dicho.
5 Después Jeremías le ordenó a Baruc:
–Yo estoy detenido y no puedo entrar en
el templo. 6 Entra tú en el templo un día de
ayuno y lee las palabras del Señor que yo
te he dictado y que has escrito en el rollo,
de modo que las oiga el pueblo y todos los
judíos que vienen de sus poblaciones al
templo del Señor. 7 A ver si presentan sus
súplicas al Señor y se convierte cada cual
de su mala conducta, porque es grande la
ira y la cólera con que el Señor amenaza a
este pueblo.
8 Baruc, hijo de Nerías, cumplió todo lo
que le mandó el profeta Jeremías, leyendo
en el rollo las palabras del Señor en el tem-
plo.
9 El año quinto de Joaquín, hijo de Jo-
sías, rey de Judá, el mes noveno, se pro-
clamó un ayuno en honor del Señor para
toda la población de Jerusalén y para los
que venían de los poblados judíos a Jeru-
salén. 10 En presencia de todo el pueblo
leyó Baruc en el rollo las palabras de Jere-
mías en el templo, lo hizo desde la habita-
ción de Gamarías, hijo de Safán, el escriba-
no, en el atrio superior, a la entrada de la
Puerta Nueva del templo.
11 Cuando Miqueas, hijo de Gamarías,
hijo de Safán, oyó las palabras del Señor
leídas del rollo, 12 bajó al palacio real, a la
habitación del secretario, donde encontró
en sesión a los dignatarios: al secretario,
Elisamá; a Pelayas, hijo de Samayas; a El-
natán, hijo de Acbor; a Gamarías, hijo de
Safán; a Sedecías, hijo de Ananías, y a los
demás dignatarios. 13 Y Miqueas les contó
todo lo que había oído leer a Baruc del ro-
llo, en presencia del pueblo. 14 Entonces los
dignatarios enviaron a Yehudí, hijo de Nata-
nías, y a Selamías, hijo de Cusí, para que le
dijeran a Baruc: Toma el rollo que has leído
en presencia del pueblo y ven. Baruc, hijo
de Nerías, tomó en la mano el rollo y fue a
donde estaban.
15 Ellos le dijeron:
–Siéntate y léelo ante nosotros.
Baruc lo leyó ante ellos.
16 Cuando oyeron el contenido, se asus-
taron, y se decían unos a otros:
–Tenemos que comunicar todo esto al
rey.
17 Y a Baruc le preguntaron:
–Dinos cómo escribiste todo eso.
18 Baruc les respondió:
–Jeremías iba pronunciando estas pala-
bras y yo las iba escribiendo con tinta en el
rollo.
19 Los dignatarios le dijeron a Baruc:
–Vete y escóndete con Jeremías, y que
nadie sepa dónde están.
20 Entonces se dirigieron al atrio real,
después de guardar el rollo en la habitación
de Elisamá, el secretario, y comunicaron al
rey de palabra todo el asunto.
21 Entonces el rey envió a Yehudí a traer
el rollo de la habitación de Elisamá, el se-
cretario. Éste lo leyó ante el rey y ante los
dignatarios que estaban al servicio del rey.
22 El rey estaba sentado en las habitaciones
de invierno –era el mes noveno–, y tenía
delante un brasero encendido. 23 Cada vez
que Yehudí terminaba de leer tres o cuatro
columnas, el rey las cortaba con un corta-
plumas y las arrojaba al fuego del brasero.
Hasta que todo el rollo se consumió en el
fuego del brasero. 24 Pero ni el rey ni sus
ministros se asustaron al oír las palabras
del libro ni rasgaron sus vestiduras. 25 Y
aunque Elnatán, Pelayas y Gamarías insta-
ban al rey a que no quemase el rollo, él no
les hizo caso.
26 Entonces el rey mandó a Yerajmeel,
príncipe real; a Serayas, hijo de Azriel, y a
Salamías, hijo de Abdeel, a arrestar a Ba-

Baruc, secretario de Jeremías. Las palabras contenidas en el rollo no agradan al rey, quien prefiere quemarlo (23). Es la manera como muchas veces los poderosos eluden sus responsabilidades en la historia: destruyendo, persiguiendo y aniquilando las señales que Dios va poniendo en el camino. ¿Lo quema por desprecio a la Palabra de Dios? ¿No necesita del Señor ahora que ha pactado con Babilonia? ¿Quiere demostrar quién es el que manda?

ruc, el escribano, y a Jeremías, el profeta.
Pero el Señor los escondió.
27 Después que el rey quemó el rollo con
las palabras que Jeremías había dictado a
Baruc, el Señor dirigió la palabra a Jere-
mías:
28 –Toma otro rollo y escribe en él todas
las palabras que había en el primer rollo,
quemado por Joaquín, rey de Judá. 29 Y a
Joaquín, rey de Judá, le dirás: Así dice el
Señor: Tú has quemado este rollo diciendo:
¿Por qué has escrito en él que el rey de Ba-
bilonia vendrá ciertamente a destruir este
país y aniquilar en él a hombres y ganado?
30 Por eso, así dice el Señor a Joaquín, rey
de Judá: No tendrá descendiente en el tro-
no de David; su cadáver quedará expuesto
al calor del día y al frío de la noche. 31 Cas-
tigaré sus crímenes en él, en su descenden-
cia y en sus siervos, y haré venir sobre ellos
y sobre los habitantes de Jerusalén y sobre
los judíos todas las amenazas con que los
he amenazado, sin que ellos me escucha-
sen.
32 Jeremías tomó otro rollo y se lo entre-
gó a Baruc, hijo de Nerías, el escribano,
para que escribiese en él, a su dictado, to-
das las palabras del libro quemado por
Joaquín, rey de Judá. Y se añadieron otras
muchas palabras semejantes.

El profeta y el rey
(21,1-7)

37 1 Sedecías, hijo de Josías, sucedió
en el trono a Jeconías, hijo de Joa-
quín, a quien había nombrado rey de Judá
Nabucodonosor, rey de Babilonia.
2 Ni él ni sus ministros ni los terratenien-
tes escucharon las palabras que dijo el Se-
ñor por medio de Jeremías, profeta. 3 El rey
Sedecías envió a Yehucal, hijo de Selamías,
y a Sofonías, hijo de Maasías, sacerdote,
para que dijeran al profeta Jeremías: Reza
por nosotros al Señor, nuestro Dios. 4 Por
entonces Jeremías podía moverse libre-
mente entre el pueblo: aún no lo habían
metido en la cárcel. 5 El ejército del faraón
había salido de Egipto, y cuando los calde-
os que sitiaban Jerusalén oyeron la noticia,
levantaron el cerco de la ciudad.
6 Entonces el Señor dirigió la palabra a
Jeremías:
7 –Así dice el Señor, Dios de Israel: Esto
dirás al rey de Judá, que te ha enviado a
consultarme. Mira, el ejército del faraón,
que ha salido en auxilio de ustedes, se vol-
verá a su tierra de Egipto. 8 Y los caldeos
volverán a atacar esta ciudad, la conquista-
rán y la incendiarán. 9 Así dice el Señor: No
se hagan ilusiones pensando que los cal-
deos levantarán el cerco, porque no se
marcharán. 10 Aunque derrotaran al ejército
caldeo que los ataca, de manera que no
quedasen más que soldados heridos, se le-
vantaría cada uno en su tienda y prenderían
fuego a esta ciudad.
11 Cuando el ejército caldeo levantó el
cerco de Jerusalén, por miedo al ejército
egipcio, 12 intentó Jeremías salir de Jerusa-
lén hacia el territorio de Benjamín, para re-
partirse una herencia con los suyos. 13 Al
llegar a la Puerta de Benjamín estaba allí el
capitán de la guardia, Yirayas, hijo de Sela-
mías, hijo de Ananías, quien detuvo al pro-
feta Jeremías, diciendo:
–¿Conque te pasas a los caldeos?
14 Respondió Jeremías:
–Mentira. No me paso a los caldeos.
Pero Yirayas no le creyó, sino que lo detuvo
y lo llevó a los dignatarios. 15 Los dignata-
rios se irritaron contra Jeremías, lo hicieron
azotar y lo encarcelaron en casa de Jona-
tán, el escribano –que habían convertido en
cárcel–. 16 Así entró Jeremías en el calabo-
zo del sótano, y allí pasó mucho tiempo.
17 El rey Sedecías lo hizo traer y le pre-
guntó en secreto en su palacio:
–¿Tienes algún oráculo del Señor?
Respondió Jeremías:

37,1-21 El profeta y el rey. Egipto, previendo una invasión por parte de Babilonia, moviliza sus ejércitos para detener la marcha de los enemigos que se encuentran sitiando a Jerusalén. Esta movilización egipcia (588 a.C.) se convierte indirectamente en apoyo para Judá, pues los ejércitos caldeos se retiran momentáneamente de Jerusalén. En este lapso de tiempo, el rey envía mensajeros a Jeremías para que consulte al Señor (7); la respuesta del profeta no es nada reconfortante. Finalmente, el profeta obtiene un favor del rey, pero no a cambio de augurios halagüeños como hacen otros profetas, que no están al servicio de Dios y de su causa, sino al servicio del poderoso de turno (cfr. el rey que se enoja porque el profeta no le endulza el oído).

–Sí. Serás entregado en manos del rey
de Babilonia.
18 Y añadió Jeremías al rey Sedecías:
–¿Qué delito he cometido contra ti o tus
ministros o contra este pueblo para que me
encierren en la cárcel? 19 ¿Dónde están
ahora sus profetas esos que les profetiza-
ban: No vendrá contra ustedes el rey de Ba-
bilonia ni invadirá el territorio? 20 Ahora es-
cúchame, majestad. Acepta mi súplica, no
me conduzcas a casa de Jonatán, el escri-
bano, no sea que muera allí.
21 Entonces el rey Sedecías ordenó que
custodiasen a Jeremías en el patio de la
guardia y que le diesen un pan al día –de la
Calle de Panaderos–, mientras hubiese pan
en la ciudad. Y Jeremías se quedó en el pa-
tio de la guardia.

Condenado a muerte y liberado

38 1 Safatías Ben Matán; Godolías, hijo
de Pasjur; Yucal, hijo de Selamías, y
Pasjur, hijo de Malquías, oyeron las pala-
bras que dijo al pueblo Jeremías: 2 Así dice
el Señor: El que se quede en esta ciudad
morirá a espada, de hambre o de peste; el
que se pase a los caldeos será tomado
como botín, pero salvará la vida. 3 Y así
dice el Señor: Esta ciudad será entregada al
ejército del rey de Babilonia para que la
conquiste. 4 Y los dignatarios dijeron al rey:
–Muera ese hombre, porque está des-
moralizando a los soldados que quedan en
la ciudad y a todo el pueblo con semejan-
tes discursos. Ese hombre no busca el bien
del pueblo, sino su desgracia.
5 Respondió el rey Sedecías:
–Ahí lo tienen, está en su poder: el rey
no puede nada contra ustedes.
6 Ellos se apoderaron de Jeremías y lo
arrojaron en el pozo de Malquías, príncipe
real, en el patio de la guardia, descol-
gándolo con sogas. En el pozo no había
agua, sino lodo, y Jeremías se hundió en el
lodo.
7 Ebed-Mélec, un criado del rey, eunuco
nubio que también vivía en palacio, se en-
teró de que habían metido a Jeremías en el
pozo. Mientras el rey estaba sentado junto a
la Puerta de Benjamín, 8 Ebed-Mélec salió
de palacio y habló al rey:
9 –Majestad, esos hombres han tratado
injustamente al profeta Jeremías, arroján-
dolo al pozo, donde morirá de hambre
–porque no quedaba pan en la ciudad–.
10 Entonces el rey ordenó a Ebed-Mélec,
el nubio:
–Toma tres hombres a tu mando y sa-
quen al profeta Jeremías del pozo antes de
que muera.
11 Ebed-Mélec tomó a su mando los
hombres, entró en el ropero de palacio y allí
tomó tiras y trapos, y los descolgó con la
soga hasta el pozo.
12 Y Ebed-Mélec, el nubio, dijo a Jere-
mías:
–Colócate los trapos en bajo tus prazos,
por debajo de la soga.
Y Jeremías lo hizo.
13 Entonces tiraron de Jeremías con las
sogas y lo sacaron del pozo. Y Jeremías se
quedó en el patio de la guardia.

Último encuentro

14 El rey Sedecías mandó que le trajeran
al profeta Jeremías, a la tercera entrada del
templo; y el rey dijo a Jeremías:
–Quiero preguntarte una cosa: no me
calles nada.
15 Respondió Jeremías a Sedecías:
–Si te lo digo, seguro que me matarás, y
si te doy un consejo, no me escucharás.
16 El rey Sedecías juró en secreto a Je-
remías:
–¡Por la vida del Señor, que nos dio la
vida!, que no te mataré ni te entregaré en
poder de estos hombres que te persiguen a
muerte.
17 Respondió Jeremías a Sedecías:

38,1-13 Condenado a muerte y liberado. La predicación de Jeremías lo presenta como enemigo de su propio pueblo, alguien que no procura el bien, sino el daño y la desmoralización del ejército nacional (4a), motivo por el cual los ministros del rey piden la cabeza del profeta. Aunque finalmente no es asesinado por sus enemigos, su vida estuvo en peligro. Hay que recordar que Jeremías predicaba el sometimiento a Babilonia para salvar la vida, las instituciones y la tierra.

38,14-28 Último encuentro. El rey Sedecías busca ansiosamente una palabra del profeta que le ayude a aclarar la decisión que debe tomar; por su parte, el profeta no cambia el discurso: la salvación de la casa real y de la ciudad está en la sumisión a Babilonia, si resiste habrá destrucción y muerte.

–Así dice el Señor Todopoderoso, Dios
de Israel: Si te rindes a los generales del rey
de Babilonia, salvarás la vida y no incen-
diarán la ciudad; vivirás tú y tu familia.
18 Pero si no te rindes a los generales del rey
de Babilonia, esta ciudad caerá en manos
de los caldeos, que la incendiarán, y tú no
escaparás.
19 El rey Sedecías dijo a Jeremías:
–Tengo miedo de que me entreguen en
manos de los judíos que se han pasado a
los caldeos y que me maltraten.
20 Respondió Jeremías:
–No te entregarán. Obedece al Señor en
lo que te comunico y te irá bien, y salvarás
la vida. 21 Pero si te niegas a rendirte, éste
es el oráculo que me ha comunicado el Se-
ñor: 22 Escucha: todas las mujeres que han
quedado en el palacio real de Judá serán
entregadas a los generales del rey de Babi-
lonia, y cantarán:

Te han engañado y te han vencido
tus buenos amigos:
han hundido sus pies en el barro
y se han marchado.

23 Todas tus mujeres y tus hijos se los
entregarán a los caldeos, y tú no te librarás
de ellos, sino que caerás en poder del rey
de Babilonia, que incendiará la ciudad.
24 Sedecías dijo a Jeremías:
–Que nadie sepa de esta conversación y
no morirás. 25 Si los jefes se enteran de que
he hablado contigo y vienen a preguntarte:
Cuéntanos lo que has dicho al rey y lo que
él te ha dicho; no nos lo ocultes, que no te
mataremos, 26 tú les responderás: Estaba
presentando mi súplica al rey para que no
me llevasen de nuevo a casa de Jonatán, a
morir allí.
27 Vinieron los dignatarios y le pregunta-
ron, y él respondió según las instrucciones
del rey. Así, se fueron sin decir más, porque
la cosa no se supo. 28 Y así se quedó Jere-
mías en el patio de la guardia, hasta el día
de la conquista de Jerusalén.

Sobre la conquista de Jerusalén
(2 Re 25,1-21; Jr 52,3-30)

39 1 El año noveno de Sedecías, rey de
Judá, el mes décimo, vino Nabuco-
donosor, rey de Babilonia, con todo su ejér-
cito a Jerusalén, y le puso cerco. 2 El año
undécimo de Sedecías, el mes cuarto, el
día noveno, abrieron una brecha en la ciu-
dad, 3 y entraron los generales del rey de
Babilonia y se sentaron en la puerta cen-
tral: Nergalsaréser, príncipe de Sin-Maguir,
jefe de empleados, y Nabusasbán, jefe de
eunucos, y los demás generales del rey de
Babilonia.
4 Cuando lo vieron Sedecías, rey de
Judá, y sus soldados, salieron de noche hu-
yendo de la ciudad, por el camino de los
jardines reales, por una puerta entre las dos
murallas, y se dirigieron hacia el desierto.
5 Pero el ejército caldeo los persiguió, y al-
canzó a Sedecías en la estepa de Jericó. Lo
apresaron y lo llevaron ante Nabucodo-
nosor, rey de Babilonia, que estaba en Ri-
bla, provincia de Jamat. Allí lo juzgó.
6 El rey de Babilonia hizo ajusticiar en
Ribla a los hijos de Sedecías, ante su vista,
y a todos los notables de Judá también los
hizo ajusticiar el rey de Babilonia. 7 A Sede-
cías lo cegó y le echó cadenas de bronce,
para llevarlo a Babilonia.
8 Los caldeos incendiaron el palacio real
y las casas del pueblo, y destruyeron las
murallas. 9 Al resto del pueblo que había
quedado en Jerusalén y a los que se habían
pasado a ellos Nabusardán, jefe de la guar-
dia, los llevó a Babilonia desterrados. 10 A
la gente pobre que no tenía nada, Nabusar-
dán, jefe de la guardia, los dejó en el terri-
torio de Judá, y les entregó aquel día viñe-
dos y campos.
11 En cuanto a Jeremías, Nabucodono-
sor, rey de Babilonia, había dado órdenes a
Nabusardán, jefe de la guardia, diciendo:
12 –Tómalo bajo tu protección, no le ha-
gas ningún daño, sino trátalo como él te diga.

39,1-18 Sobre la conquista de Jerusalén. Este capítulo es prácticamente la repetición de 2 Re 25,1-12 y volveremos a encontrarlo en Jr 52,4-16. Los redactores finales del libro de Jeremías ubican aquí la noticia de la conquista de Jerusalén, quizá con la intención de demostrar el cumplimiento de las palabras del profeta. El rey –o los reyes–, los funcionarios y el mismo pueblo que reiteradamente escucharon sus palabras habían sido advertidos de la necesidad de convertirse y aceptar el yugo de Babilonia como único medio de salvarse y salvar la ciudad; sin embargo, las profecías y el propio profeta fueron rechazados y perseguidos. Pues bien, este relato reivindica a Jeremías como un verdadero profeta y sus palabras como Palabra de Dios.

13 Nabusardán, jefe de la guardia; Na-
busasbán, jefe de eunucos, y Nergalsaréser,
jefe de empleados, y todos los generales
del rey de Babilonia 14 enviaron a sacar del
patio de la guardia a Jeremías, y se lo en-
tregaron a Godolías, hijo de Ajicán, hijo de
Safán, para que lo mandase a su casa y ha-
bitase en medio del pueblo.
15 El Señor había dirigido la palabra a
Jeremías mientras estaba preso en el patio
de la guardia:
16 –Vete y di a Ebed-Mélec, el nubio:
Así dice el Señor Todopoderoso, Dios de
Israel:

Yo cumpliré mis palabras
contra esta ciudad,
para mal y no para bien:
tenlas presentes aquel día.
17 Aquel día te libraré
–oráculo del Señor–
y no caerás en poder
de los hombres que tú temes;
18 seguro que te libraré
y no caerás a espada:
salvarás tu vida como recompensa,
porque confiaste en mí
–oráculo del Señor–.

Godolías, gobernador
(2 Re 25,22-24)

40 1 Palabras que el Señor dirigió a Je-
remías después que Nabusardán,
jefe de la guardia, lo tomó a su cargo en
Ramá, donde se encontraba encadenado
entre los deportados de Jerusalén y de
Judá que iban desterrados a Babilonia.
2 El jefe de la guardia mandó traer a Je-
remías, y le dijo:
–El Señor, tu Dios, anunció esta ca-
lamidad contra esta ciudad; 3 el Señor lo
cumplió y ejecutó lo que había dicho, por-
que habían pecado contra el Señor, deso-
bedeciéndole; por eso les ha sucedido esto.
4 Pero ahora yo te suelto hoy las cadenas de
tus brazos. Si quieres venir conmigo a Ba-
bilonia, yo te cuidaré; si no quieres venir
conmigo a Babilonia, no lo hagas. Toda la
tierra está delante de ti, y puedes ir a don-
de te parezca bien. 5 Si prefieres vivir con
Godolías, hijo de Ajicán, hijo de Safán, a
quien el rey de Babilonia ha nombrado go-
bernador de Judá, vive con él entre tu pue-
blo, o vete adonde te parezca bien.
El jefe de la guardia le dio provisiones y
regalos, y lo dejó libre. 6 Jeremías se fue
con Godolías, hijo de Ajicán, a vivir con él,
entre el pueblo que había quedado en el
país.
7 Los capitanes, que estaban en el cam-
po con sus hombres, oyeron que el rey de
Babilonia había nombrado gobernador del
país a Godolías, hijo de Ajicán, y que le ha-
bían confiado los hombres, las mujeres y
los niños y los pobres que no habían sido
deportados a Babilonia. 8 Entonces fueron
a visitar a Godolías en Mispá: Ismael, hijo
de Natanías; Juan y Jonatán, hijos de Ca-
rej; Sarayas, hijo de Tanjumet; los hijos de
Efaí, el netofateo, y Yezanías, el macateo,
todos ellos con sus hombres.
9 Godolías, hijo de Ajicán, hijo de Safán,
les juró a ellos y a sus hombres:
–No teman someterse a los caldeos; ha-
biten en el país, obedezcan al rey de Babi-
lonia y les irá bien. 10 Yo tengo que quedar-
me en Mispá, a disposición de los caldeos
que vengan a visitarnos; ustedes cosechen
vino, fruta y aceite, pónganlos en vasijas, y
habiten en los pueblos que les toque ocu-
par.
11 También los otros judíos que habi-
taban en Moab, Amón, Edom y en otros pa-
íses oyeron que el rey de Babilonia había
dejado un resto en Judá y que les había
nombrado gobernador a Godolías, hijo de
Ajicán, hijo de Safán. 12 Y volvieron todos
los judíos de todos los sitios de la disper-
sión, y fueron a Judá a visitar a Godolías,
en Mispá. Y tuvieron una gran cosecha de
vino y fruta.

40,1–41,18 Godolías, gobernador – Asesinato de Godolías. Jeremías ha pasado a ser protegido por el gobernador Godolías, cuya familia era amiga del profeta. Los episodios narrados hasta el capítulo 44 nos dejan ver las contradicciones y divisiones existentes entre los que no fueron deportados. La división se genera entre los que prefieren aliarse con Egipto y los que prefieren someterse a Babilonia. En este contexto, Jeremías trata de mediar y evitar la violencia. Ni siquiera en las desgracias que nivelan hasta cierto punto a grandes y pequeños hay interés por buscar el bien para todos; siempre se sigue pensando en los intereses particulares o de partidos, mientras el pueblo es abandonado a su suerte.

13 Juan, hijo de Carej, y los capitanes que estaban en el campo fueron a ver a Godolías en Mispá, 14 y le dijeron:

–¿No sabes que Baalís, rey de Amón, ha enviado a Ismael, hijo de Natanías, para que te asesine?

Pero Godolías, hijo de Ajicán, no les creyó.

15 Juan, hijo de Carej, habló secretamente a Godolías en Mispá:

–Yo iré y mataré a Ismael, hijo de Natanías, y nadie lo sabrá. Así no te matarán a ti, no se dispersarán todos los judíos que se han reunido contigo y no perecerá el resto de Judá.

16 Godolías, hijo de Ajicán, respondió a Juan, hijo de Carej:

–No hagas eso. Es mentira lo que dices de Ismael.

Asesinato de Godolías
(2 Re 25,25s)

41 1 El mes séptimo vino Ismael, hijo de Natanías, hijo de Elisamá, de estirpe real, con diez hombres, a visitar a Godolías, hijo de Ajicán, en Mispá; mientras comían juntos allí, 2 se levantó Ismael, hijo de Natanías, y sus diez hombres, apuñalaron a Godolías, hijo de Ajicán, hijo de Safán, el gobernador del país puesto por el rey de Babilonia, y lo mataron. 3 Y a los judíos que acompañaban a Godolías en Mispá y a los militares caldeos que se encontraban allí también los mató Ismael.

4 Al día siguiente del asesinato de Godolías, cuando nadie lo sabía aún, 5 venían unos hombres de Siquén, de Siló y de Samaría, unos ochenta en total, con las barbas rapadas, con las vestiduras rasgadas y con incisiones, trayendo ofrendas e incienso para ofrecer en el templo. 6 Ismael, hijo de Natanías, les salió al encuentro desde Mispá y caminaba llorando. Cuando los alcanzó, les dijo:

–Venid a ver a Godolías, hijo de Ajicán.

7 Y cuando entraron en la ciudad, Ismael, hijo de Natanías, los asesinó, y apoyado por sus hombres los arrojó en el pozo. 8 Entre ellos había diez hombres que dijeron a Ismael:

–No nos mates, porque tenemos escondido en el campo trigo, cebada, aceite y miel.

Él accedió y no los mató como a sus hermanos.

9 –El pozo donde arrojó Ismael los cadáveres de los hombres asesinados, un pozo grande, es la que construyó el rey Asá por temor a Basá, rey de Israel. Ismael, hijo de Natanías, la llenó de cadáveres–.

10 Después Ismael apresó al resto del pueblo de Mispá, y a las princesas reales que Nabusardán, jefe de la guardia, había entregado en custodia a Godolías, hijo de Ajicán. Ismael, hijo de Natanías, los hizo prisioneros, y se puso en marcha hacia el territorio amonita.

11 Pero Juan, hijo de Carej, y sus capitanes se enteraron del crimen cometido por Ismael, hijo de Natanías. 12 Reunieron toda su tropa y marcharon a combatir contra Ismael, hijo de Natanías, y lo alcanzaron junto al Gran Lago de Gabaón. 13 Cuando el pueblo que Ismael llevaba cautivo vio a Juan, hijo de Carej, y a sus capitanes, se alegraron. 14 Toda la gente que Ismael llevaba cautiva desde Mispá cambió de dirección y se pasó a Juan, hijo de Carej. 15 Mientras, Ismael, hijo de Natanías, logró escapar de Juan con ocho hombres, y se fue al país amonita. 16 Juan, hijo de Carej, y sus capitanes, recogieron al resto del pueblo que Ismael, hijo de Natanías, había apresado en Mispá, después de matar a Godolías, hijo de Ajicán, soldados, mujeres, niños y eunucos, liberados en Gabaón, 17 y marcharon, parando en el albergue de Quimhán, cerca de Belén, con intención de emigrar a Egipto, 18 lejos de los caldeos; pues les temían, porque Ismael, hijo de Natanías, había asesinado a Godolías, el gobernador del país nombrado por el rey de Babilonia.

Consulta a Jeremías

42 1 Entonces los capitanes, con Juan, hijo de Carej, y Yezanías, hijo de Hosayas, y todo el pueblo, del menor al mayor, acudieron al profeta Jeremías 2 y le dijeron:

42,1-22 Consulta a Jeremías. Reaparece Jeremías en escena, esta vez para ser consultado por los que han huido de Jerusalén. La respuesta de Jeremías (9-22) mantiene el tono de sometimiento a Babilonia como única garantía de sobrevivencia. Jeremías conoce la política internacional y sabe que aliarse con Egip-

–Acepta nuestra súplica y reza al Señor,
tu Dios, por nosotros y por todo este resto;
porque quedamos muy pocos de la multi-
tud, como lo pueden ver tus ojos. 3 Que el
Señor, tu Dios, nos indique el camino que
debemos seguir y lo que debemos hacer.
4 El profeta Jeremías les respondió:
–De acuerdo; yo rezaré al Señor, su
Dios, según me piden, y todo lo que el Se-
ñor me responda se lo comunicaré, sin
ocultarles nada.
5 Ellos dijeron a Jeremías:
–El Señor sea testigo veraz y fiel contra
nosotros si no cumplimos todo lo que el Se-
ñor, tu Dios, te mande decirnos. 6 Sea favo-
rable o desfavorable, obedeceremos al Se-
ñor, nuestro Dios, a quien nosotros te
enviamos, para que nos vaya bien, obede-
ciendo al Señor, nuestro Dios.
7 Pasados diez días, el Señor dirigió la
palabra a Jeremías. 8 Éste llamó a Juan,
hijo de Carej, a todos sus capitanes y a todo
el pueblo, del menor al mayor, 9 y les dijo:
–Así dice el Señor, Dios de Israel, a
quien me enviaron para presentarle sus
súplicas:

10 Si se quedan a vivir en esta tierra,
los construiré y no los destruiré,
los plantaré y no los arrancaré;
porque me pesa el mal
que les he hecho.
11 No teman al rey de Babilonia,
a quien ahora temen;
no le teman
–oráculo del Señor–
porque yo estoy con ustedes
para salvarlos y librarlos de su mano.
12 Le infundiré compasión
para que los compadezca
y los deje vivir en sus tierras.
13 Pero si dicen:
No habitaremos en esta tierra
–desobedeciendo al Señor,
su Dios–,
14 sino que iremos a Egipto,
donde no conoceremos la guerra,
ni oiremos el toque de trompetas,
ni pasaremos hambre de pan,
y allí viviremos,
15 entonces, resto de Judá,
escuchen la Palabra del Señor:
Así dice el Señor Todopoderoso,
Dios de Israel:
Si se empeñan en ir a Egipto
para residir allí,
16 la espada que ustedes temen
los alcanzará en Egipto,
el hambre que los asusta
se les pegará en Egipto
y allí morirán.
17 Todos los que se empeñen
en ir a Egipto para residir allí,
allí morirán por la espada,
el hambre y la peste,
y no quedará ni un superviviente
de todas las calamidades
que yo les enviaré.
18 Porque así dice
el Señor Todopoderoso,
Dios de Israel:
Como se derramó mi ira y mi cólera
sobre los habitantes de Jerusalén,
así se derramará mi cólera
sobre ustedes si van a Egipto.
Serán maldición y espanto,
desprecio y burla,
volverán a ver este lugar.
19 Esto dice el Señor, resto de Judá:
No vayan a Egipto.
Sépanlo bien,
porque yo se lo atestiguo hoy.

20 Cierto que se engañan a ustedes mis-
mos cuando me envían al Señor, su Dios,
pidiendo que rece por ustedes al Señor, su
Dios, y que les comunique todo lo que dice
el Señor, su Dios, para cumplirlo. 21 Yo se lo
he comunicado hoy, y no quieren obedecer
al Señor, su Dios, que me ha enviado a us-
tedes. 22 Pues ahora, sépanlo bien: Morirán
a espada, de hambre y de peste en el sitio
que eligen como residencia.

A Egipto

43 1 Cuando Jeremías terminó de co-
municar al pueblo las palabras del

to equivale a morir a manos del poderoso de turno. En el fondo, Jeremías siempre temió volver a Egipto, porque sería recorrer el camino de retorno a la misma suerte de los antiguos israelitas en aquel país, sería algo así como un antiéxodo.

43,1-13 A Egipto. Los jefes del partido antibabilónico no tienen nada que hacer. Saben que el asesinato de Godolías les va a costar caro si permanecen en territorio de Judá, y al ser partidarios de un pacto con Egipto prefieren desechar violentamente la posi-

Señor, su Dios; todas las palabras que le
encomendó el Señor, su Dios, 2 tomaron la
palabra Azarías, hijo de Hosayas, y Juan,
hijo de Carej, y dijeron a Jeremías:
–¡Mentira! No te ha mandado el Señor,
nuestro Dios, decir: No vayan a Egipto a re-
sidir allí; 3 sino que Baruc, hijo de Nerías, te
incita contra nosotros, para entregarnos en
manos de los caldeos, para que nos maten
o nos deporten a Babilonia.
4 Y ni Juan, hijo de Carej, ni sus capita-
nes ni el pueblo obedecieron al Señor, que-
dándose a vivir en tierras de Judá; 5 sino
que Juan, hijo de Carej, y sus capitanes
reunieron el resto de Judá, que había vuel-
to de todas las naciones de la dispersión
para habitar en Judá: 6 hombres y mujeres,
niñas y princesas y cuantos Nabusardán,
jefe de la guardia, había encomendado a
Godolías, hijo de Ajicán, hijo de Safán; y
también al profeta Jeremías y a Baruc, hijo
de Nerías; 7 y sin obedecer al Señor se en-
caminaron a Egipto y llegaron a Tafne.
8 El Señor dirigió la palabra a Jeremías
en Tafne:
9 –Agarra unas piedras grandes y en-
tiérralas en la mezcla del pavimento que
está a la entrada del palacio del faraón en
Tafne, en presencia de los judíos; 10 y les di-
rás: Así dice el Señor Todopoderoso, Dios
de Israel: Yo mandaré a buscar a Nabuco-
donosor, rey de Babilonia, mi siervo, y co-
locaré su trono sobre estas piedras que he
enterrado, y plantará su pabellón sobre
ellas. 11 Vendrá y herirá a Egipto: el desti-
nado a la muerte, a la muerte; el destinado
al cautiverio, al cautiverio; el destinado a la
espada, a la espada. 12 Prenderá fuego a los
templos de Egipto, incendiará sus casas y
limpiará a Egipto como un pastor despioja
su manto, y se marchará de allí en paz.
13 Destrozará los obeliscos de Bet-Semes,
en Egipto, y prenderá fuego a los templos
de los dioses egipcios.

Últimos oráculos

44 1 Palabras que recibió Jeremías para
los judíos que habitaban en Egipto:
en Migdol, en Tafne, en Menfis y en tierra de
Patros:
2 –Así dice el Señor Todopoderoso, Dios
de Israel: Ustedes han visto todas las cala-
midades que envié sobre Jerusalén y sobre
las ciudades de Judá: ahí las tienen hoy,
arruinadas y sin habitantes. 3 A causa de
las maldades que cometieron, irritándome,
quemando incienso y dando culto a dioses
extraños, que ni ellos ni sus padres cono-
cían. 4 Sin cesar les envié a mis siervos los
profetas para que les dijeran: No hagan
esas horribles cosas que detesto. 5 Pero no
escucharon ni prestaron oído para corregir-
se de la maldad dejando de quemar incien-
so a dioses extraños. 6 Entonces se derra-
mó mi cólera y mi ira, y quemó las
ciudades de Judá y las calles de Jerusalén,
que se convirtieron en ruina y desolación
hasta el día de hoy. 7 Pues ahora, así dice el
Señor Todopoderoso, Dios de Israel: ¿Por
qué se hacen daño grave a ustedes mismos
extirpando de Judá hombres y mujeres, ni-
ños y lactantes, sin dejar un resto, 8 y me
irritan con las obras de sus manos, que-
mando incienso a dioses extraños en Egip-
to, donde han venido a residir; y así son ex-
terminados y se convierten en maldición y
vergüenza de todas las naciones del mun-
do? 9 ¿Acaso han olvidado las maldades de
sus padres, de los reyes de Judá y sus mu-
jeres, las maldades de ustedes mismos y
las de sus mujeres cometidas en Judá y en
las calles de Jerusalén? 10 Hasta hoy no se
han arrepentido, no han demostrado temor,
no han procedido según mi ley y mis pre-

---

ción de Jeremías (7). Jeremías y su secretario terminan estableciéndose en Egipto. No está claro si fue un acto voluntario para salvar sus vidas, o si fueron llevados a la fuerza. Lo contradictorio es que el profeta termine sus días en un país por el que sintió siempre una especial aversión. En tierra egipcia, Jeremías realiza una nueva acción simbólica (9), en la que Egipto sale muy mal librado. De hecho, Nabucodonosor invadió Egipto entre el 568-567 a.C. y combatió contra el faraón Amasis. No hay datos seguros sobre los resultados de este enfrentamiento.

44,1-30 Últimos oráculos. Jeremías se dirige a sus paisanos refugiados en Egipto para recordarles que el motivo de su situación y de la de toda Judá fue su infidelidad al Señor, y que de seguir sus mismos cultos idolátricos en Egipto serán exterminados.

En el versículo 17 se menciona de nuevo a la «reina de los cielos» (cfr. 7,18), una antigua divinidad femenina también conocida como la diosa madre y, por tanto, vinculada con la sexualidad y la fecundidad; en Mesopotamia se la conocía como Istar, y en Canaán la denominaban Astarté (cfr. 3,6). Para su culto, que era

ceptos, que yo les promulgué a ustedes y a sus padres.

11 Por eso, así dice el Señor Todopoderoso, Dios de Israel:

–Yo me enfrentaré
con ustedes para mal,
para exterminar a Judá.
12 Arrebataré el resto de Judá
que se empeñó en ir a Egipto
para residir allí.
Se consumirán todos en Egipto,
caerán a espada
o se consumirán de hambre,
del menor al mayor
morirán a espada o de hambre,
y serán desprecio y espanto,
maldición y burla.
13 Castigaré a los habitantes de Egipto,
como castigué a los de Jerusalén,
con espada, hambre y peste.
14 No quedarán supervivientes
del resto de Judá
que vino a residir en Egipto,
ni volverán a Judá,
adonde ansían volver para vivir allí
–No volverán
más que algunos fugitivos–.

15 Todos los hombres que sabían que sus mujeres quemaban incienso a dioses extraños y todas las mujeres que asistían y los que habitaban en Patros respondieron a grandes voces a Jeremías:

16 –No queremos escuchar esa palabra
que nos dices en Nombre del Señor,
17 sino que haremos
lo que hemos prometido:
quemaremos incienso
a la reina del cielo
y le ofreceremos libaciones;
igual que hicimos
nosotros y nuestros padres,
nuestros reyes y jefes
en las ciudades de Judá
y en las calles de Jerusalén.
Entonces nos hartábamos de pan,
nos iba bien,
y no conocíamos la desgracia.
18 Pero desde que dejamos
de quemar incienso
a la reina del cielo
y de ofrecer libaciones,
carecemos de todo,
y morimos a espada y de hambre.

19 Cuando nosotras quemamos incienso y ofrecemos libaciones a la reina del cielo, ¿acaso hacemos panes con su imagen y le ofrecemos libaciones sin el consentimiento de nuestros maridos?

20 Respondió Jeremías al pueblo, hombres y mujeres, y a todos los que habían respondido igual:

21 –¿Piensan que el Señor ha olvidado
todo el incienso que quemaban en las ciudades de Judá y en las calles de Jerusalén, ustedes, sus padres, sus reyes y príncipes y
todos los terratenientes? 22 El Señor ya no
podía soportar sus malas acciones, las horribles perversidades que cometían; por eso se convirtió su tierra en ruina y espanto y
maldición, sin habitantes hasta hoy: 23 por
haber quemado incienso y haber pecado contra el Señor, desobedeciendo al Señor, no procediendo según su ley, preceptos y mandatos. Por eso les ha sucedido esa calamidad, que dura hasta hoy.

24 Dijo Jeremías al pueblo y a las mujeres:

–Escuchen la Palabra del Señor, judíos
que viven en Egipto: 25 Así dice el Señor
Todopoderoso, Dios de Israel:

Con la boca lo dicen,
con la mano lo cumplen:
Tenemos que cumplir
los votos que hemos hecho
de ofrecer incienso y libaciones
a la reina del cielo.
Confirmarán sus votos,
cumplirán sus promesas.

26 Pero escuchen la Palabra del Señor, judíos que habitan en Egipto: Miren: Yo juro por mi Nombre ilustre –dice el Señor– que ya no invocará mi Nombre ninguna boca judía, diciendo: Por la vida del Señor, en
todo el país de Egipto. 27 Yo vigilaré sobre

especialmente de las mujeres, se elaboraban tortas de harina que representaban a la divinidad desnuda. En el versículo 19, las mujeres responden a la invectiva de Jeremías. Nada de lo que ellas han hecho ha sido a espaldas de sus maridos, así que también ellos deben ser juzgados. La mención en este pasaje de hombres, mujeres y niños nos indica que el culto a esta divinidad era de tipo familiar.

ustedes para mal, no para bien. Se consu-
mirán los judíos de Egipto, con la espada y
el hambre y la peste, hasta acabarse.
28 Sólo los escapados de la espada, pocos
en número, volverán de Egipto a Judá. En-
tonces sabrá el resto de Judá que ha veni-
do a residir en Egipto cuál es la palabra que
se cumple, la mía o la de ellos. 29 Ésta será
la señal –oráculo del Señor–: los castigaré
en este lugar, para que sepan que mis ame-
nazas contra ustedes se cumplen. 30 Así
dice el Señor: Yo entregaré al faraón Ofra,
rey de Egipto, en manos de los enemigos
que lo persiguen a muerte, como entregué
a Sedecías, rey de Judá, en manos de Na-
bucodonosor, rey de Babilonia, el enemigo
que lo perseguía a muerte.

Para Baruc

45 1 Palabra que dijo Jeremías, profeta,
a Baruc, hijo de Nerías, cuando él,
bajo el dictado de Jeremías escribió estas
palabras en el rollo, el año cuarto de Joa-
quín, hijo de Josías, rey de Judá:
2 –Esto dice el Señor, Dios de Israel, para
ti, Baruc:

3 Tú dices: ¡Ay de mí!, que el Señor
añade penas a mi dolor;
estoy agotado de gemir
y no encuentro reposo.
4 Dile esto: Así dice el Señor:
Mira: lo que yo he construido,
yo lo destruyo;
lo que yo he plantado,
yo lo arranco;
5 ¿y tú pides milagros para ti?
No los pidas.
Porque yo he de enviar desgracias
a todo ser vivo
–oráculo del Señor–
y tú salvarás tu vida
como recompensa
adondequiera que vayas.

ORÁCULOS CONTRA LAS NACIONES

(46–51)

Introducción

46 1 Palabras del Señor al profeta Jere-
mías sobre las naciones:

Contra Egipto

(Is 19; Ez 29–32)

2 Contra Egipto.
Contra el ejército de Necó, faraón de
Egipto, que llegó hasta Cárquemis, junto al
Éufrates, y fue derrotado por Nabucodo-
nosor, rey de Babilonia, el año cuarto del
reinado de Joaquín, hijo de Josías, en Judá.

3 Preparen el escudo y la coraza,
láncense al ataque,
4 ensillen los caballos;
a montar, jinetes;
colóquense los cascos,
hagan brillar las lanzas,
pónganse la coraza.
5 ¿Qué es lo que veo?
Están aterrados,
retroceden,
sus soldados derrotados
huyen corriendo sin volverse,
¡terror por todas partes!
–oráculo del Señor–:
6 el más ágil no puede huir,
ni escapa el más valiente.

45,1-5 Para Baruc. Este brevísimo capítulo, que es en realidad un oráculo personal, recuerda que también Baruc, secretario de Jeremías, ha tenido sus horas amargas. El profeta lo reconforta con una promesa especial (5), promesa que tiene que ver con la integridad y seguridad de su vida, por la cual velará Dios mismo.

46,1 Introducción. Los capítulos 46–51 forman un conjunto de oráculos o mensajes contra las naciones; en ellos, como era de esperarse, encontraremos palabras de condena contra los enemigos de Israel y contra el mismo Israel, pero también palabras consoladoras cargadas de esperanza (46,27s; 50,4-10.17.20; 51,36; etc.). Los comentaristas nos indican que estos capítulos estaban colocados originalmente después del capítulo 25, que les hacía de introducción. La prueba está en que la traducción griega (LXX) los conservó en ese lugar. Se trata, pues, de un trabajo realizado por los redactores posteriores que juzgaron más conveniente ubicarlos en el lugar donde los encontramos hoy.

46,2-28 Contra Egipto. El primer oráculo va dirigido contra Egipto. En realidad, se trata de dos mensajes (2-12; 14-26), muy poco alentadores para los egipcios. El tono cambia cuando se refiere a Israel y Judá (27-28). El faraón Necó se movilizó contra Babilonia

¡Al norte, a la orilla del Éufrates,
tropezaron y cayeron!
7 ¿Quién es ése que crece como el Nilo
y encrespa sus aguas como los ríos?
8 Es Egipto el que crece como el Nilo
y encrespa sus aguas como los ríos,
que dice: Creceré, inundaré la tierra,
destruiré ciudades con sus habitantes.
9 ¡Que avance la caballería!
¡Adelante los carros!;
en marcha, soldados:
nubios y libios que empuñan escudo,
lidios que tensan el arco!
10 Ese día es
para el Señor Todopoderoso
día de venganza
para vengarse de sus enemigos.
La espada devora,
se sacia, chorrea sangre,
porque el Señor Todopoderoso
celebra un banquete
en el norte, a la orilla del Éufrates.
11 Sube a Galaad por bálsamo,
capital de Egipto:
en vano multiplicas los remedios,
tu herida no se cierra.
12 Las naciones se enteraron
de tu humillación,
pues tus lamentos llenan la tierra.
¡Tropezaron soldado con soldado,
juntos cayeron los dos!

13 Palabra que dijo el Señor al profeta
Jeremías cuando Nabucodonosor, rey de
Babilonia, fue a derrotar a Egipto:

14 Anúncienlo en Egipto,
publíquenlo en Migdol,
proclámenlo en Menfis y Tafne;
digan: ¡En formación, alerta!,
que la espada devora a tu alrededor.
15 ¿Por qué está tendido
tu Buey Apis y no se levanta?
Porque el Señor lo derribó
16 poderosamente: tropezó y cayó.
Dicen a sus camaradas:
Levantémonos,
huyamos de la espada mortífera,
a nuestra gente,
a nuestra tierra nativa,
17 y por sobrenombre llaman al faraón
Estruendo a destiempo.
18 ¡Juro por mi vida! –oráculo del Rey
que se llama Señor Todopoderoso–.
Como es real el Tabor
entre los montes
o como el Carmelo
domina sobre el mar,
sucederá.
19 Menfis será una desolación,
incendiada y deshabitada.
Prepara el equipaje para el destierro,
población de Egipto;
20 Egipto es una novilla hermosa;
desde el norte viene un tábano, viene;
21 también sus mercenarios
eran novillos cebados;
huyen juntos sin parar,
porque les llega el día funesto,
la hora de rendir cuentas.
22 Escúchenla, silba como serpiente,
porque avanzan los ejércitos,
la invaden
como leñadores con sus hachas,
23 talan sus bosques
–oráculo del Señor–.
Por muchos e incontables que sean,
aunque sean más que la langosta,
24 es derrotada la capital de Egipto
y entregada al ejército del norte.

25 Dice el Señor Todopoderoso, Dios de
Israel: Yo tomaré cuentas al dios Amón de
No, a Egipto con sus ídolos y príncipes, al
faraón y a los que confían en él. 26 Los en-
tregaré en manos de enemigos mortales:
de Nabucodonosor, rey de Babilonia, y sus
generales. Después será habitada como en
tiempos antiguos –oráculo del Señor–.

27 Tú no temas,
siervo mío, Jacob;
no te asustes, Israel.
Yo te traeré de lejos, sano y salvo,
y a tu descendencia de la cautividad;
Jacob volverá, descansará,
reposará sin alarmas.
28 Tú no temas, siervo mío, Jacob,
que yo estoy contigo
–oráculo del Señor–.

---

en 605 a.C., cuando reinaba en Judá el rey Josías, quien intentó impedir el paso de los ejércitos egipcios hacia el norte. Las tropas de Josías fueron derrotadas en Meguido y el rey, asesinado (cfr. 2 Re 23,29s); Necó continuó su expedición, pero fue derrotado en Cárquemis por el ejército de Nabucodonosor. Este triunfo babilónico hace que Nabucodonosor se adueñe de Siria y Palestina (2 Re 24,7).

Acabaré con todas las naciones
por donde te dispersé;
contigo no acabaré,
aunque no te dejaré sin castigo,
te escarmentaré como es debido.

Contra los filisteos
(Is 14,28-31; Ez 25,15-17; Am 1,6-8; Sof 2,4-7)

47 1 Palabras del Señor al profeta Jeremías contra los filisteos. –Antes que el faraón derrotara a Gaza–.
2 Así dice el Señor:
Mira las aguas
creciendo en el norte,
ya son un torrente,
una avenida que inunda
el país y sus habitantes,
la ciudad y sus vecinos.
Gritan los hombres,
gimen los habitantes del país,
3 al oír el estrépito
de los cascos de los caballos,
el retumbo de los carros,
el fragor de las ruedas;
los padres, ya sin fuerza,
no cuidan a sus hijos.
4 Porque llega el día de aniquilar
a toda Filistea,
en Tiro y Sidón se acabará
hasta el último defensor.
El Señor destruye a los filisteos,
al resto de la isla de Creta.
5 Le crece la calva a Gaza,
Ascalón enmudece.
¡Ay, resto de los enaquitas!
¿Hasta cuándo te harás cortaduras
en señal de duelo?
6 ¡Ay, espada del Señor!
¿Cuándo vas a descansar?
Vuelve a tu vaina,
quédate tranquila, cálmate.
7 ¿Y cómo va a descansar,
si el Señor la ha mandado?
La ha enviado contra Ascalón
y contra el litoral.

Contra Moab
(Is 15s; Ez 25,8-11; Am 2,1-3)

48 1 A Moab así dice el Señor Todopoderoso, Dios de Israel:

¡Ay de Nebo, arrasada;
de Quiriataín,
derrotada y conquistada!
¡De la Ensalzada,
derrotada y deshecha!
2 Ya no existe la fama de Moab.
En Jesbón planeaban contra ella.
¡Vamos a destruirla como nación!
Madmena, enmudeces
perseguida por la espada.
3 Oigan gritos en Joronain:
gran desastre y quebranto:
4 quebrantada está Moab,
que se oigan sus gritos en Seír.
5 Por la cuesta de Lujit
subían llorando,
por la bajada de Joronain
se oyen gritos desgarradores.
6 Huyan, salven la vida,
como asnos del desierto.
7 Por confiarte de tus obras y tesoros,
también tú serás conquistada;
Camós marchará al destierro
con sus sacerdotes y dignatarios.
8 Vendrá el devastador a cada pueblo:
ni uno se librará;
quedará desolado el valle
y destruida la llanura
–lo ha dicho el Señor–.
9 ....
sus pueblos quedarán desiertos
por falta de habitantes.
10 ¡Maldito quien ejecute con negligencia
el encargo del Señor!
¡Maldito quien retenga
su espada de la sangre!
11 Moab reposó desde joven,
tranquila como vino
dejado en reposo:
no la trasvasaron de una vasija a otra,

47,1-7 Contra los filisteos. Los filisteos fueron por muchos años enemigos de Israel; estarán siempre presentes en las colecciones de oráculos proféticos: Is 14,29; Ez 25,15; Am 1,6; Sof 2,4; Zac 9,5-7. La mención de «aguas creciendo en el norte» (2) o río que se inunda hace referencia al imperio que procede de la región bañada por los dos ríos más importantes del norte: el Tigris y el Éufrates.

48,1-47 Contra Moab. Los moabitas habitaban al este del Mar Muerto e incursionaron varias veces en territorio de Judá ocasionando desastres. Contra ellos encontramos fuertes condenas proféticas (Is 25,10-12; Ez 25,8-11; Am 2,1-3; Sof 2,8-11). «Kemos» era el dios nacional de los moabitas (cfr. Nm 21,29; 1 Re 11,33). Nótese cómo en los conflictos bélicos la victoria o la derrota es siempre de los dioses. Lo primero

no fue al destierro;
así conservó su gusto
y no alteró su aroma.
12 Pero llegará un tiempo
–oráculo del Señor–
en que despacharé tinajeros
que la trasvasen:
vaciarán las vasijas,
romperán los cacharros.
13 Y Camós defraudará a Moab,
como le pasó a Israel
con Betel, en quien confiaba.
14 ¿Cómo presumían de valientes,
de soldados aguerridos?
15 Avanza el destructor de Moab
y sus pueblos,
la flor de sus soldados
baja al matadero
–oráculo del Rey que se llama
Señor Todopoderoso–.
16 Se acerca la catástrofe de Moab,
su desgracia se apresura:
17 llórenla, todos sus vecinos,
y los que respetan su fama.
Digan: ¡Ay, cómo se ha quebrado
el bastón del poder,
el cetro de majestad!
18 Baja de tu pedestal,
siéntate en el suelo reseco,
población de Dibón,
porque avanza contra ti
el devastador de Moab,
para derruir tus fortalezas;
19 y tú, población de Aroer,
ponte en el camino y vigila,
pregunta al fugitivo evadido:
¿Qué ha pasado?
20 Que está derrotada y deshecha Moab:
giman y griten,
anuncien en el Arnón
que está arrasada Moab;
21 que han ejecutado la sentencia
contra la meseta:
Jolón, Yahas, Mepaat,
22 Dibón, Nebo, Bet-Diblataym,
23 Quiriataín, Bet-Gamul, Bet-Maón,
24 Quiriot, Bosra,
contra todos los poblados de Moab,
cercanos y lejanos.
25 Han destruido el poder de Moab,
le han roto el brazo
–oráculo del Señor–.
26 Emborráchenla,
porque desafió al Señor;
Moab se revolcará en su vómito,
y se burlarán de ella.
27 ¿No te burlaste tú de Israel
como de uno
sorprendido entre ladrones?
¿No hacías muecas
cuando hablabas de ella?
28 Abandonen las ciudades,
habiten entre peñas, vecinos de Moab,
como palomas que anidan
en la pared de una cueva.
29 Nos hemos enterado
de la soberbia de Moab,
de su orgullo desmedido,
de su soberbia, vanidad,
presunción y engreimiento.
30 Yo conozco su arrogancia
–oráculo del Señor–,
sus vanas habladurías,
sus acciones desatinadas.
31 Por eso voy a lamentarme por Moab,
a gritar por todo Moab,
32 a sollozar por Quiriat Jeser;
a llorar por ti, viña de Sinmá,
más que lloré por Yazer.
Tus sarmientos
se extendían hasta el mar
y llegaban hasta Yazer:
sobre tu cosecha y tu vendimia
cayó el devastador;
33 cesaron el gozo y la alegría
en las huertos de Moab.
Acabé con el vino de tus lagares,
y ya no pisarán
entonando coplas y más coplas.

que hace un pueblo vencido o derrotado es avergonzarse de su dios (13) y asumir que los dioses también pueden ser sometidos y desterrados. A este paso se puede calcular el impacto psicológico, religioso y moral que produjo en los israelitas la caída de Jerusalén, la destrucción y el saqueo de su templo y la deportación a Babilonia. «Marduk», Dios de Babilonia, había resultado más poderoso que el Señor. Ahora podremos entender la difícil misión que tendrán los profetas del exilio y del postexilio para reconducir a Israel a la fe en su Dios. Los «ayes» que encontramos en el versículo 46 pueden entenderse como lamento, compasión o maldición. El acento de este «ay» pronunciado por el Señor es de misericordia y compasión por los moabitas desterrados. También habrá perdón para los enemigos de Israel.

34 El grito de Jesbón
llega hasta Elalé y Yahas,
las voces se oyen en Soar,
Joronain y Eglat Salisiya,
porque hasta la Fuente de Nimrín
se ha secado.
35 Acabaré en Moab
con los que suben a los santuarios
a ofrecer incienso a sus dioses
–oráculo del Señor–.
36 Por eso mi corazón gime
con voz de flauta por Moab,
mi corazón gime
con voz de flauta por Quiriat Jeser,
porque han perdido todo lo ahorrado.
37 Todas las cabezas están calvas
y las barbas rapadas,
llevan cortaduras en los brazos
y un sayal a la cintura;
38 en las azoteas y calles de Moab
hay luto unánime,
porque he quebrado a Moab
como cántaro inútil
–oráculo del Señor–.
39 Giman: ¡Ay, Moab!,
deshecha volvió la espalda;
¡qué vergüenza, Moab!,
hecha la burla y el espanto
de todos sus vecinos.
40 Así dice el Señor:
Mírenlo lanzarse como un águila
abriendo las alas sobre Moab:
41 las ciudades han sido conquistadas,
las fortalezas tomadas.
Aquel día se sentirán
los soldados de Moab
como mujer en parto.
42 Moab dejará de ser nación,
porque desafió al Señor.
43 ¡Pánico, fosa y trampa contra ti,
población de Moab!
–oráculo del Señor–:
44 el que se libra del pánico
cae en la fosa,
al que se alza de la fosa
lo atrapa la trampa;
porque hago que le llegue a Moab
el año de rendir cuentas
–oráculo del Señor–.
45 Al amparo de Jesbón se detienen
sin fuerzas los fugitivos:
ha salido un fuego de Jesbón,
una llama de Sijón
que devora las sienes de Moab
y el cráneo de los saonitas.
46 ¡Ay de ti, Moab;
estás perdido, pueblo de Camós!
Tus hijos van deportados,
tus hijas marchan al destierro.

47 Al cabo de los años cambiaré la suer-
te de Moab –oráculo del Señor–. Fin de la
sentencia de Moab.

Contra Amón
(Ez 25,1-7; Am 1,13-15)

49 1 A los amonitas así dice el Señor:
¿Acaso Israel no tiene hijos,
no tiene heredero?
¿Por qué Malcom ha heredado a Gad
y su pueblo vive en sus poblados?
2 Pero llegará un tiempo
–oráculo del Señor–
en que haré resonar en Rabat Amón
el alarido de guerra:
se convertirá
en un montón de escombros
y sus ciudades serán incendiadas;
entonces Israel heredará al heredero
–lo dice el Señor–.
3 Gime, Jesbón,
porque está arrasada Ay;
griten, ciudades de Rabat,
vístanse de luto, hagan duelo,
corran de un lado a otro
entre las cercas,
porque Malcom marcha al destierro
con sus sacerdotes y dignatarios.
4 ¿Por qué te glorías de tus valles,
valles fértiles, ciudad perversa,
confiada en tus tesoros;
decías: ¿Quién me invadirá?
5 Yo haré que te invada el terror
por todas partes
–oráculo del Señor Todopoderoso–:

49,1-6 Contra Amón. Los amonitas habitaban al norte de Moab, en la Trasjordania, bordeando el desierto de Siria; su capital era Rabá, hoy Ammán. Este territorio fue adjudicado a la tribu de Gad en la época de la conquista (cfr. Nm 32; Jos 13,24-28). Los amonitas, junto con su Dios Malcón, reconquistaron su territorio en el año 734 a.C., dado que los descendientes de Gad fueron expulsados por Tiglat-Piliser III de Asiria. Ahora, el profeta reclama el derecho de los descendientes de Gad a habitar de nuevo su territorio.

cada uno huirá en una dirección
y nadie reunirá a los dispersos.
6 Después cambiaré la suerte de Amón
–oráculo del Señor–.

Contra Edom
(Is 34; Ez 25,12-14; Am 1,11s; Abd)

7 A Edom
así dice el Señor Todopoderoso:
¿Ya no queda sabiduría en Temán?,
¿ya no dan consejos sus maestros?,
¿ya se ha puesto rancia su sabiduría?
8 Huyan, vuelvan la espalda,
caven refugios, habitantes de Dedán,
porque le envío a Esaú
su desastre, la hora de las cuentas.
9 Si te invadieran vendimiadores,
¿no dejarían racimos?
Si vinieran ladrones nocturnos,
¿no te saquearían con medida?
10 Pero soy yo quien desnudo a Esaú,
descubro sus escondrijos,
y no podrá ocultarse.
Está destruido su linaje,
su familia, no quedan vecinos;
11 abandonas a tus huérfanos,
¿y voy a mantenerlos yo?,
¿van a depender de mí tus viudas?
12 Así dice el Señor:
Los que no acostumbran
beber la copa
la han tenido que beber,
¿y tú vas a quedar sin castigo?
¡De ningún modo! La beberás.
13 Lo juro por mí mismo
–oráculo del Señor–:
Bosra se convertirá en espanto,
oprobio, ruina, maldición;
todos sus pueblos
serán ruinas perpetuas.
14 He oído un mensaje del Señor
enviado a las naciones:
Reúnanse, marchen contra ella,
preséntenle batalla.
15 Te convierto
en la nación más pequeña,
despreciada de los hombres.
16 Te sedujo el terror que sembrabas
y la arrogancia de tu corazón:
habitas en las rocas escarpadas,
agarrada a las cumbres;
pues aunque pongas el nido
tan alto como un águila,
de allí te derrumbaré
–oráculo del Señor–.
17 Y Edom será un espanto:
los que pasen junto a ella
silbarán espantados al ver sus heridas.
18 Será como la catástrofe
de Sodoma y Gomorra y sus vecinos,
donde no habita nadie
ni mora hombre alguno
–dice el Señor–.
19 Como un león que sube
de la espesura del Jordán
a las praderas siempre verdes,
así los espantaré de repente
y me adueñaré de los escogidos.
Porque, ¿quién hay como yo?,
¿quién me desafía?,
¿quién es el pastor
que puede resistirme?
20 Ahora escuchen el designio
del Señor contra Edom
y sus planes
contra los habitantes de Temán:
Juro que
aun las ovejas más pequeñas
serán arrebatadas,
juro que se espantará
de ellas su pradera.
21 Al estruendo de su caída
retiembla la tierra,
el clamor y los gritos
se oyen hasta el Mar Rojo.
22 Como un águila,
se eleva y se lanza
abriendo las alas contra Bosra;
aquel día los soldados de Edom
se sentirán como una mujer en parto.

49,7-22 Contra Edom. Al parecer, los edomitas tenían fama de ser muy sabios. Edom, también vecino de Israel, ocupaba la parte sur del Mar Muerto. De Jr 27,1-8 se puede concluir que los edomitas se habían aliado con Judá para oponer resistencia a Babilonia en la época de Joaquín; pero en la época de Sedecías, las cosas cambiaron: el rey se rebeló contra Babilonia, vinieron las retaliaciones del imperio, Judá quedó en desventaja, coyuntura que fue aprovechada por Edom para azotar duramente el territorio de Judá. A partir de entonces, Israel siempre vio a Edom como un enemigo traicionero y mortal. Otros oráculos contra Edom se encuentran en Is 34,5-17; 63,1-6; Ez 25,12-14; 35; Am 1,11s; Abd 1-18; Mal 1,2-5.

Contra Damasco
(Is 17,1-6; Am 1,3-5)

23 Están confusas Jamat y Arpad,
porque han oído una noticia terrible:
ansiosas, se agitan como el mar,
no logran calmarse.
24 Damasco desfallece
y emprende la huida,
le asalta un temblor,
le agarran dolores
y espasmos como de parturienta.
25 ¡Ay, abandonada la ciudad famosa,
la villa gozosa!
26 Sus jóvenes
caen en las calles aquel día,
y sus guerreros enmudecen
–oráculo del Señor Todopoderoso–.
27 Prenderé un fuego
a las murallas de Damasco
que devorará
los palacios de Ben-Adad.

Contra Cadar y Jazor
(Is 21,16s)

28 Contra Cadar y los reinos de Jazor –a
los que derrotó Nabucodonosor, rey de Ba-
bilonia–.

Así dice el Señor:
De pie, combatan contra Cadar,
destruyan a las tribus de Oriente.
29 Que recojan sus tiendas y sus ovejas,
sus lonas, todo su equipaje,
que se lleven sus camellos,
que se alce un grito:
Cercados de terror.
30 Huyan desbandados, caven refugios,
habitantes de Jazor
–oráculo del Señor–,
porque Nabucodonosor,
rey de Babilonia,
tiene planes y designios
contra ustedes.
31 De pie, avancen
contra un pueblo confiado
que habita tranquilo
–oráculo del Señor–,
no usa puertas ni cerrojos
y vive apartado:
32 sus camellos serán botín;
sus inmensos rebaños, la presa;
dispersaré a todos los vientos
a los de sienes rapadas,
de todas partes atraeré su ruina
–oráculo del Señor–.
33 Jazor será guarida de chacales,
un desierto perpetuo;
nadie habitará allí
ni morará hombre alguno.

Contra Elam

34 Palabra del Señor al profeta Jeremías
contra Elam –al principio del reinado de Se-
decías en Judá–.

35 Así dice el Señor Todopoderoso:
Yo quebraré el arco de Elam
y lo mejor de sus soldados:
36 conduciré contra Elam
los cuatro vientos
desde los cuatro puntos cardinales;
los dispersaré a todos los vientos,
y no habrá nación
adonde no lleguen
prófugos de Elam.
37 Haré que Elam se aterrorice
ante sus enemigos
que intentan darle muerte;
les enviaré una desgracia,
el incendio de mi ira
–oráculo del Señor–;
despacharé tras ellos
la espada hasta consumirlos.
38 Colocaré mi trono en Elam
y destruiré al rey y a los nobles
–oráculo del Señor–.

49,23-27 Contra Damasco. Este oráculo va dirigido contra tres capitales de los tres pequeños reinos arameos ubicados en territorio asirio. A partir del s. VIII a.C. estos reinos perdieron su independencia al ser absorbidos por el imperio asirio (cfr. 2 Re 18,34; 19,13).

49,28-33 Contra Cadar y Jazor. Los nombres mencionados aquí corresponden a tribus que habitan en el desierto. Si para anunciar la destrucción de una ciudad se mencionan murallas, puertas y cerrojos, aquí se habla de tiendas, camellos y ganados, lo cual da a entender que se trata de grupos nómadas. A pesar de que estas tribus fueron perseguidas por Nabucodonosor, se sabe que más tarde repoblaron poco a poco los territorios de Moab y Amón, hasta hacerles desaparecer completamente como pueblos.

49,34-39 Contra Elam. Elam es un territorio ubicado en Mesopotamia, al norte del Golfo Pérsico. Al parecer, pasó por períodos verdaderamente gloriosos hasta que fue conquistado por Ciro, rey persa, e incorporado a su imperio. El «arco de Elam» alude a la fama que tenían los arqueros elamitas (cfr. Is 22,6).

39 Al cabo de los años
cambiaré la suerte de Elam
–oráculo del Señor–.

Contra Babilonia
(Is 14,4-23; 21,1-10; 46; Bar 4,31-35; Ap 18)

50 1 Palabra del Señor contra Babilonia
–país caldeo– por medio del profeta
Jeremías:

2 Anúncienlo a las naciones,
publíquenlo, alcen la bandera,
publíquenlo, no lo callen, digan:
Babilonia ha sido conquistada,
Bel está confuso, Marduc humillado,
sus ídolos derrotados,
sus imágenes avergonzadas.
3 Porque desde el norte
se abalanzó sobre ella
un pueblo que saqueará su territorio,
hasta que no quede en ella
un habitante,
porque hombres y animales
huirán desbandados.
4 En aquellos días y en aquella hora
–oráculo del Señor–
vendrán juntos israelitas y judíos,
llorando y buscando al Señor, su Dios;
5 preguntan por Sión
y allá se encaminan:
Vamos a unirnos al Señor
en alianza eterna, irrevocable.
6 Mi pueblo era un rebaño perdido
que los pastores extraviaban
por los montes,
iban de monte en colina,
olvidando el rebaño;
7 los que los encontraban se los comían,
sus rivales decían:
No somos culpables,
porque han pecado contra el Señor,
su pastizal seguro,
la Esperanza de sus padres.
8 Huyan de Babilonia
y del territorio caldeo,
salgan como chivos
delante del rebaño,
9 porque yo movilizo
contra Babilonia en el norte
una alianza de naciones poderosas
que formarán contra ella
y la conquistarán;
sus flechas, como soldado experto,
nunca fallan el blanco.
10 Los caldeos serán saqueados
y los saqueadores se hartarán
–oráculo del Señor–.
11 Aunque festejen bulliciosamente,
ladrones de mi herencia,
aunque brinquen
como novilla en el prado
y relinchen como caballos,
12 su madre quedará avergonzada,
confundida la que los dio a luz,
convertida en la última
de las naciones,
en desierto y estepa reseca.
13 Por la cólera del Señor
quedará deshabitada
y hecha toda un desierto;
los que pasen junto a Babilonia
silbarán espantados
al ver tantas heridas.
14 Arqueros, pongan cerco a Babilonia,
apunten, no ahorren flechas,
porque pecó contra el Señor;
15 lancen el grito de guerra en torno a ella,
que se entregue su guarnición,
que caigan sus pilares
y se derrumben sus murallas;
porque el Señor se venga de ella así:
lo que hizo háganselo a ella.
16 Exterminen en Babel al sembrador
y al que empuña la hoz
en el tiempo de la cosecha.

50,1–51,64 Contra Babilonia. El tema dominante de este capítulo y del siguiente será la caída de Babilonia, el castigo que recibirá y el retorno de los deportados. Jeremías insistió varias veces que era mejor someterse a Babilonia, pero nunca dio a entender que esa nación perduraría por siempre; todo lo contrario: de su misma predicación se deduce que esa nación también debía recibir su castigo (25,1-14). El libro va a concluir precisamente así, con el anuncio de los males que le sobrevendrán a la poderosa nación del norte.

Podría pensarse que cuando un pueblo o nación está en la cima del poder no habrá quien pueda enfrentarlo; sin embargo, hay tantos casos en la historia de poderosos que también han llegado a ser sometidos.

51,1-64 es la expresión de un sentimiento agradecido de justicia. Desafortunadamente, en los relatos que nos hablan de la caída y ruina de estos imperios no quedan suficientemente registrados los movimientos de resistencia que seguramente protagonizaron los pobres. Nos quedamos con las acciones de los gran-

Huyen de la espada mortífera,
cada uno a su pueblo
y a su tierra nativa.
17 Israel era una oveja descarriada,
acosada de leones:
primero la devoró el rey de Asiria,
últimamente la despedazó
Nabucodonosor, rey de Babilonia.
18 Por eso, dice el Señor Todopoderoso,
Dios de Israel:
Yo tomaré cuentas
al rey de Babilonia y a su país,
como se las tomé al rey de Asiria.
19 Restituiré Israel a sus pastizales,
para que paste
en el Carmelo y en Basán,
para que sacie su hambre
en la sierra de Efraín y en Galaad.
20 En aquellos días y en aquella hora
–oráculo del Señor–
se buscará la culpa de Israel,
y no aparecerá;
el pecado de Judá,
y no se encontrará;
porque yo perdonaré
a los que deje con vida.
21 ¡Contra el territorio
de Merataín avancen,
contra los habitantes de Pecod!
Aniquila a filo de espada,
haz cuanto te diga
–oráculo del Señor–.
22 Suena el grito de guerra en el país,
un grave quebranto:
23 ¡Ay, arrancado y quebrado
el martillo del mundo!
¡Ay, Babilonia, convertida
en el espanto de las naciones!
24 Babilonia, te puse una trampa,
y has caído sin darte cuenta;
te han sorprendido y apresado
porque retaste al Señor.
25 El Señor ha abierto su arsenal
y ha sacado las armas de su ira,
porque el Señor Todopoderoso
tiene una tarea en el país caldeo.
26 Vengan contra ella desde el confín:
abran los graneros,
apilen sus gavillas,
destruyan hasta no dejar resto;
27 maten sus novillos,
que bajen al matadero;
¡ay de ellos, les llega el día
y la hora de la cuenta!
28 Oigan a los fugitivos
evadidos de Babilonia
que anuncian en Sión la venganza
del Señor, nuestro Dios,
la venganza de su templo.
29 Recluten arqueros contra Babel,
a todos los que tensan el arco;
cierren el cerco, que no escape nadie;
páguenle sus obras,
lo que hizo háganselo a ella:
se insolentó contra el Señor,
el Santo de Israel;
30 sus jóvenes caerán en las calles,
aquel día sus guerreros enmudecerán
–oráculo del Señor–.
31 ¡Aquí estoy contra ti, insolente!
–oráculo del Señor Todopoderoso–,
te llegó el día,
la hora de rendir cuentas:
32 tropezará la insolente,
caerá y nadie la levantará.
Prenderé fuego a sus pueblos,
que consuma todos sus alrededores.
33 Así dice el Señor Todopoderoso:
Israelitas y judíos
sufren juntos la opresión,
los que los desterraron los retienen
y se niegan a soltarlos.
34 Pero el rescatador es fuerte,
se llama Señor Todopoderoso:

---

des y con el sentimiento final de que todo esto estaba movido exclusivamente por Dios. Ésta era la manera de ver las cosas, y no hay que dudar de que Dios está al final de todo; pero es necesario rescatar también el papel de quienes están en el medio: el campesino, el indígena, el obrero, la mujer, los jóvenes y los niños. Ellos son sujetos y actores de una historia que, aunque no es la oficial, es quizá la más importante, porque es desde ella desde donde se gestan y toman cuerpo las transformaciones históricas más importantes; por algo es éste y no otro el lugar de Dios (cfr. el Magnificat, Lc 1,46-55 y todo el ministerio de Jesús contenido en los evangelios). El verdadero sentido de acción de gracias por la justicia divina será, entonces, porque Él ha estado presente, acompañándonos y caminando a nuestro lado; no porque ha hecho las cosas por los sujetos ya mencionados, sino con ellos. Concluye la predicación contra Babilonia (59) con una nueva acción simbólica realizada –en visión– en la misma tierra de los caldeos.

él defenderá su causa,
acallando la tierra,
agitando a los habitantes de Babilonia.
35 ¡Espada!, contra los caldeos,
contra los vecinos de Babilonia
–oráculo del Señor–,
contra sus nobles y sus maestros.
36 ¡Espada!, contra sus adivinos,
que se desconcierten.
¡Espada!, contra sus soldados,
que se aterroricen.
37 ¡Espada!,
contra sus tesoros y carros,
contra la multitud
que hay en medio de ella,
que se vuelvan mujeres,
contra sus tesoros,
para que sean saqueados.
38 ¡Espada!, contra sus canales,
que se sequen,
porque es un país de ídolos,
que pierde el seso por sus espantajos.
39 Habitarán allí chacales
y hienas y avestruces,
por siempre jamás,
de edad en edad estará despoblada.
40 Será como la catástrofe
de Sodoma, Gomorra y sus vecinas,
donde no habita nadie
ni mora hombre alguno
–oráculo del Señor–.
41 Miren: un ejército viene
desde el norte, una multitud
y muchos reyes se movilizan
en el extremo del mundo:
42 armados de arcos y lanzas,
crueles y despiadados,
sus gritos resuenan como el mar,
avanzan a caballo,
formados como soldados
contra ti, Babilonia.
43 Al oír su fama
el rey de Babilonia se acobarda,
lo invade la angustia
y espasmos de parturienta.
44 Como un león que sube
de la espesura del Jordán
a las praderas siempre verdes,
así los espantaré de repente
y me adueñaré de los escogidos,
pues, ¿quién hay como yo?,
¿quién me desafía?,
¿quién es el pastor
que pueda resistirme?
45 Ahora escuchen
el designio del Señor contra Babel
y sus planes contra el territorio caldeo:
Juro
que aun las ovejas más pequeñas
serán arrebatadas,
juro que se espantarán de ellas
las praderas.
46 Al estruendo de su caída
retiembla la tierra,
y las naciones escuchan sus gritos.

51 1 Así dice el Señor:
Yo movilizo
contra Babilonia y los caldeos
un viento mortífero,
2 despacho contra Babilonia
gente que la lance al viento
que la limpiarán
y vaciarán su territorio;
3 el día de la desgracia la sitiarán;
que no se vaya el arquero
ni se retire el que viste coraza;
no perdonen a sus soldados,
aniquilen su ejército,
4 caigan heridos en tierra caldea,
caigan atravesados en sus calles.
5 Porque Israel y Judá
no son viudas de su Dios,
el Señor Todopoderoso,
mientras que el país caldeo
es deudor del Santo de Israel.
6 Huyan de Babilonia,
sálvese el que pueda,
no perezca por culpa de ella;
porque es la hora
de la venganza del Señor,
cuando le pagará su merecido.
7 Babilonia era en la mano del Señor
una copa de oro
que emborrachaba a toda la tierra,
de su vino bebían las naciones
y se perturbaban.
8 Cayó de repente Babilonia
y se rompió: laméntense por ella.
Traigan bálsamo para sus heridas,
a ver si se sana;
9 hemos tratado a Babilonia
y no se sana, déjenla,
vamos cada uno a nuestra tierra;

su condena llega al cielo,
alcanza a las nubes;
10 el Señor nos ha rehabilitado,
vamos a Sión a contar las hazañas
del Señor, nuestro Dios.
11 Afilen las flechas,
sujeten el escudo,
el Señor incita a los jefes medos,
porque quiere destruir a Babilonia:
es la venganza del Señor,
la venganza de su templo.
12 Alcen la bandera
contra las murallas de Babilonia,
refuercen la guardia,
pongan centinelas,
preparen emboscadas;
porque el Señor ejecuta
lo que pensó y anunció
contra los habitantes de Babilonia.
13 Ciudad opulenta,
que vive entre canales:
te llega el fin, te cortan la trama.
14 El Señor Todopoderoso
lo jura por su vida:
Aunque tu muchedumbre
sea más que la langosta,
sobre ti cantarán victoria.
15 Él hizo la tierra con su poder,
fundó el universo con maestría,
desplegó el cielo con habilidad.
16 Cuando él truena,
retumban las aguas del cielo,
hace subir las nubes
desde el horizonte,
con los rayos desata la lluvia
y saca los vientos de sus silos.
17 El hombre, con su saber,
se embrutece;
el orfebre, con su ídolo, fracasa:
18 son imágenes falsas, sin aliento,
son vanidad y no sirven para nada:
el día de la cuenta perecerán.
19 No es así la porción de Jacob,
sino que lo hizo todo:
Israel es la tribu de su propiedad,
y su Nombre es Señor Todopoderoso.
20 Tú eres mi maza, mi arma de guerra:
machacaré contigo las naciones,
destruiré a los reyes,
21 machacaré contigo caballos y jinetes,
machacaré contigo
carros y conductores,
22 machacaré contigo
hombres y mujeres,
machacaré contigo
ancianos y jóvenes,
machacaré contigo
jóvenes y doncellas,
23 machacaré contigo pastores y rebaños,
machacaré contigo
labradores y yuntas,
machacaré contigo
gobernadores y alcaldes
24 y pagaré a Babilonia
y a todos los caldeos,
en presencia de ustedes,
todo el mal que hicieron a Sión
–oráculo del Señor–.
25 Aquí estoy contra ti,
Monte Exterminio,
que exterminó la tierra entera
–oráculo del Señor–;
extenderé contra ti mi brazo,
te haré rodar peñas abajo,
te convertiré en Monte Quemado;
26 ya no sacarán de ti piedras
angulares o de cimiento,
porque serás desolación eterna
–oráculo del Señor–.
27 Levanten la bandera en la tierra,
toquen la trompeta
entre las naciones,
convocando a la guerra santa;
recluten contra ella los reinos
de Ararat, Miní y Asquenaz,
nombren contra ella un general,
avancen los caballos
como langostas erizadas;
28 llamen a guerra santa a las naciones,
a los reyes medos,
con sus gobernadores y alcaldes
y toda la tierra de sus dominios.
29 Temblará y se retorcerá
la tierra cuando se cumpla
el plan del Señor contra Babilonia,
cuando deje el territorio babilonio
como un desierto despoblado.
30 Los soldados de Babilonia
dejan de luchar,
se agachan en los fortines,
se acaba su valentía,
se han vuelto mujeres;
han quemado sus edificios
y roto sus cerrojos.

31 Un correo releva a otro,
un mensajero releva a otro,
para anunciar al rey de Babilonia
que su ciudad está
enteramente conquistada,
32 los pasos de los ríos tomados,
las compuertas incendiadas
y los soldados presa del pánico.
33 Así dice el Señor Todopoderoso,
Dios de Israel:
La capital de Babilonia
era un campo en tiempo de trilla:
muy pronto llegará
el tiempo de la cosecha.
34 Nabucodonosor, rey de Babilonia,
me ha comido, me ha devorado,
me ha dejado como un plato vacío,
me ha engullido como un dragón,
se ha llenado la panza
con mis manjares
y me ha vomitado;
35 recaiga sobre Babilonia
mi carne violentada
–dice de la población de Sión–,
recaiga mi sangre
sobre los caldeos
–dice Jerusalén–.
36 Y así responde el Señor:
Aquí estoy yo para defender tu causa
y ejecutar tu venganza:
secaré su mar,
agotaré sus manantiales,
37 Babilonia se convertirá en escombros,
en guarida de chacales,
objeto de burla y espanto,
vacía de habitantes.
38 Rugen a coro como leones,
gruñen como cachorros de león:
39 haré que sus festines
acaben en fiebre,
los emborracharé
para que celebren una orgía
y duerman un sueño eterno,
sin despertar
–oráculo del Señor–.
40 Los haré bajar al matadero
como corderos o carneros
o chivos.
41 ¡Ay, Babilonia conquistada,
capturado el orgullo del mundo!
¡Ay, Babilonia convertida
en el espanto de las naciones!
42 El mar subió hasta Babilonia
y la inundó
con el tumulto de su oleaje;
43 sus ciudades quedaron desoladas
como tierra seca y árida,
tierra que nadie habita,
que no atraviesa el mortal.
44 Tomaré cuentas a Bel en Babilonia
y le sacaré el bocado de la boca.
Ya no confluirán a él los pueblos,
y hasta las murallas de Babilonia
se desplomarán.
45 ¡Pueblo mío, salgan!
Ponte a salvo
de la ira ardiente del Señor.
46 No se acobarden ni teman
por las noticias que circulan,
cada año una nueva noticia:
Violencia en el país,
señores contra señores.
47 Porque llega un tiempo
en que castigaré
a los ídolos de Babilonia:
el país quedará confuso
y los caídos yacerán en medio de él.
48 Clamarán contra Babilonia
cielo y tierra y lo que hay en ellos
cuando venga sobre ella
desde el norte el destructor
–oráculo del Señor–.
49 También Babilonia ha de caer
por las víctimas de Israel,
como por Babilonia cayeron
víctimas de todo el mundo.
50 Los que evitaron su espada,
caminen sin detenerse,
invocando desde lejos al Señor,
recordando a Jerusalén.
51 Nos avergonzamos
al oír la infamia,
nos cubre la cara la vergüenza,
entraron extranjeros
en el santuario del Señor.
52 Por eso, llegarán días
–oráculo del Señor–
en que castigaré a sus ídolos
y por todo el país
se quejarán los heridos.
53 Aunque Babel se eleve
hasta el cielo
y fortifique en la altura su fortaleza,

yo le enviaré destructores
–oráculo del Señor–.
54 Se oyen los gritos de Babilonia,
grave quebranto de los caldeos,
55 porque el Señor devasta Babilonia,
pone fin a su enorme griterío,
por mucho que rujan
sus olas como un océano
y resuene el estruendo de sus voces.
56 Porque llega a Babilonia
el destructor:
caerán prisioneros sus soldados,
se romperán sus arcos.
Porque el Señor es un Dios
que recompensa
y les dará la paga.
57 Emborracharé a sus nobles
y a sus maestros,
a sus gobernadores y alcaldes
y a sus soldados,
y dormirán un sueño eterno
sin despertarse
–oráculo del Rey que se llama
Señor Todopoderoso–.
58 Así dice el Señor Todopoderoso:
La gruesa muralla de Babilonia
será desmantelada,
sus altas puertas serán incendiadas,
para nada trabajaron los pueblos,
para el fuego se fatigaron las naciones.

59 Encargo del profeta Jeremías a Sera-
yas, hijo de Nerías, hijo de Majsías, cuando
fue a Babilonia con Sedecías, rey de Judá,
el año cuarto de su reinado –Serayas era
jefe de la caravana–.
60 Jeremías había escrito en un rollo to-
das las desgracias que iban a suceder a Ba-
bilonia, todas las palabras citadas acerca
de Babilonia.
61 Y Jeremías dijo a Serayas:
–Cuando llegues a Babilonia, busca un
sitio y proclama todas estas palabras. 62 Di-
rás: Señor, tú has amenazado destruir este
lugar hasta dejarlo deshabitado, sin hom-
bres ni animales, convertido en perpetua
desolación. 63 Y cuando termines de leer el
rollo, le atarás una piedra y lo arrojarás al
Éufrates, 64 y dirás: Así se hundirá Babilo-
nia y no se levantará, por las desgracias
que yo envío contra ella.
Aquí terminan las palabras de Jeremías.

Epílogo histórico
(2 Re 24,18–25,30)

52 1 Cuando Sedecías subió al trono te-
nía veintiún años y reinó once años
en Jerusalén. Su madre se llamaba Jamu-
tal, hija de Jeremías, natural de Alba.
2 Hizo lo que el Señor reprueba, igual
que había hecho Joaquín. 3 Esto les suce-
dió a Jerusalén y a Judá por la cólera del
Señor, hasta que las arrojó de su presencia.
Sedecías se rebeló contra el rey de Babilo-
nia.
4 El año noveno de su reinado, el diez del
mes décimo, Nabucodonosor, rey de Babi-
lonia, vino a Jerusalén con todo su ejército,
acampó frente a ella y construyó torres de
asalto alrededor.
5 La ciudad quedó sitiada hasta el año
once del reinado de Sedecías, 6 el nueve del
mes cuarto. El hambre se hizo insoportable
en la ciudad y no había pan para la pobla-
ción.
7 Se abrió una brecha en la ciudad, y los
soldados huyeron de noche por la puerta
entre las dos murallas, junto a los jardines
reales, y se marcharon por el camino del
desierto a pesar de que los caldeos rodea-
ban la ciudad.
8 El ejército caldeo persiguió al rey; al-
canzaron a Sedecías en la llanura de Jericó,
mientras sus tropas se dispersaban aban-
donándolo. 9 Apresaron al rey y se lo lleva-
ron al rey de Babilonia, que estaba en Ri-
bla, provincia de Jamat, y lo procesó.
10 El rey de Babilonia hizo ajusticiar en
Ribla a los hijos de Sedecías, ante su vista,
y a todos los nobles de Judá también los
hizo ajusticiar en Ribla. 11 A Sedecías lo
cegó, le echó cadenas de bronce, lo llevó a
Babilonia y lo encerró en prisión de por
vida.
12 El día diez del mes quinto –que co-
rresponde al año diecinueve del reinado de
Nabucodonosor en Babilonia– llegó a Jeru-

52,1-34 Epílogo histórico. Los redactores finales de Jeremías colocaron en este lugar casi todo el contenido de 2 Re 24,18–25,30. Con ello tal vez querían demostrar la certeza y validez de las palabras del profeta, tanto la predicción sobre la destrucción de Judá y Jerusalén y del destierro, como la caída de Babilonia y el retorno o fin del exilio.

salén Nabusardán, jefe de la guardia, fun-
cionario del rey de Babilonia. 13 Incendió el
templo, el palacio real y las casas de Jeru-
salén y puso fuego a todos los palacios.
14 El ejército caldeo, a las órdenes del
jefe de la guardia, derribó las murallas que
rodeaban a Jerusalén. 15 Nabusardán, jefe
de la guardia, se llevó cautivo al resto del
pueblo que había quedado en Jerusalén, a
los desertores que se habían pasado al rey
de Babilonia y al resto de los artesanos.
16 De la clase baja dejó algunos para que
cultivaran las viñas y los campos.
17 Los caldeos rompieron las columnas
de bronce, los pedestales y el depósito de
bronce que había en el templo para llevar-
se el bronce a Babilonia. 18 También toma-
ron las ollas, palas, cuchillos, aspersorios,
bandejas y todos los utensilios de bronce
empleados en el culto.
19 Nabusardán, jefe de la guardia, tomó
las palanganas, los braseros, aspersorios,
ollas, candelabros, bandejas, fuentes, en
dos lotes, de oro y de plata.
20 También las dos columnas, el depósi-
to y los doce toros que sostenían el pedes-
tal –que había encargado el rey Salomón
para el templo–; imposible calcular lo que
pesaba el bronce de aquellos objetos.
21 Cada columna medía nueve metros de
altura, ocho centímetros de espesor y eran
huecas; tenía un anillo de veinticinco cen-
tímetros de circunferencia. 22 Estaba rema-
tada por un capitel de bronce de dos me-
tros y medio de altura, adornado con
trenzados y granadas alrededor, todo de
bronce. 23 Sobresalían noventa y seis gra-
nadas, y el total de las granadas sobre la
circunferencia era cien.
24 El jefe de la guardia apresó también al
sumo sacerdote, Serayas; al vicario, Sofo-
nías, y a los tres porteros. 25 En la ciudad
apresó a un cortesano jefe de la tropa y a
siete hombres del servicio personal del rey
que se encontraban en la ciudad; al secre-
tario del general en jefe, encargado del re-
clutamiento entre los terratenientes, y a se-
senta terratenientes que se encontraban en
la ciudad. 26 Nabusardán, jefe de la guardia,
los apresó y los llevó al rey de Babilonia, a
Ribla. 27 El rey de Babilonia los hizo ejecu-
tar en Ribla, provincia de Jamat. Así mar-
chó Judá al destierro.
28 Éste es el número de los deportados
por Nabucodonosor: el año séptimo, tres
mil veintitrés judíos; 29 el año decimoctavo
de Nabucodonosor, ochocientos treinta y
dos vecinos de Jerusalén; 30 el año vigési-
mo tercero de Nabucodonosor, deportó
Nabusardán, jefe de la guardia, setecientos
cuarenta y cinco judíos. Total, cuatro mil
seiscientos.
31 El año trigésimo séptimo del destierro
de Jeconías, rey de Judá, el día veinticinco
del duodécimo mes, Evil Merodac, rey de
Babilonia, el año de su ascensión al trono,
concedió gracia a Jeconías, rey de Judá, y
lo sacó de la cárcel. 32 Le prometió su favor,
y colocó su trono más alto que los de los
otros reyes que había con él en Babilonia.
33 Le cambió el traje de preso y lo hizo co-
mer a su mesa mientras vivió.
34 De parte del rey se le pasaba una pen-
sión diaria, toda la vida, hasta que murió.





EZEQUIEL

Su vida. No sabemos cuándo nació. Probablemente en su infancia y juventud conoció algo de la reforma de Josías, de su muerte trágica, de la caída de Nínive y del ascenso del nuevo imperio babilónico. Siendo de familia sacerdotal, recibiría su formación en el templo, donde debió oficiar hasta el momento del destierro. Es en el destierro donde recibe la vocación profética.

Su actividad se divide en dos etapas con un corte violento. La primera dura unos siete años, hasta la caída de Jerusalén; su tarea en ella es destruir sistemáticamente toda esperanza falsa; denunciando y anunciando hace comprender que es vano confiar en Egipto y en Sedecías, que la primera deportación es sólo el primer acto, preparatorio de la catástrofe definitiva. La caída de Jerusalén sella la validez de su profecía.

Viene un entreacto de silencio forzado, casi más trágico que la palabra precedente. Unos siete meses de intermedio fúnebre sin ritos ni palabras, sin consuelo ni compasión.

El profeta comienza la segunda etapa pronunciando sus oráculos contra las naciones: a la vez que socava toda esperanza humana en otros poderes, afirma el juicio de Dios en la historia. Después comienza a rehacer una nueva esperanza, fundada solamente en la gracia y la fidelidad de Dios. Sus oráculos precedentes reciben una nueva luz, los completa, les añade nuevos finales y otros oráculos de pura esperanza.

Autor del libro. Lo que hoy conocemos como libro de Ezequiel no es enteramente obra del profeta, sino también, de su escuela. Por una parte, se le incorporan bastantes adiciones: especulaciones teológicas, fragmentos legislativos al final, aclaraciones exigidas por acontecimientos posteriores; por otra, con todo ese material se realiza una tarea de composición unitaria de un libro.

Su estructura es clara en las grandes líneas y responde a las etapas de su actividad: hasta la caída de Jerusalén (1–24); oráculos contra las naciones (25–32); después de la caída de Jerusalén (33–48). Esta construcción ofrece el esquema ideal de amenaza-promesa, tragedia-restauración. Sucede que este esquema se aplica también a capítulos individuales, por medio de adiciones o trasponiendo material de la segunda etapa a los primeros capítulos; también se traspone material posterior a los capítulos iniciales para presentar desde el principio una imagen sintética de la actividad del profeta.

El libro se puede leer como una unidad amplia, dentro de la cual se cobijan piezas no bien armonizadas: algo así como una catedral de tres naves góticas en la que se han abierto capillas barrocas con monumentos funerarios y estatuas de devociones limitadas.

Mensaje religioso. La lectura del libro nos hace descubrir el dinamismo admirable de una palabra que interpreta la historia para re-crearla, el dinamismo de una acción divina que, a través de la cruz merecida de su pueblo, va a sacar un puro don de resurrección. Este mensaje es el que hace a Ezequiel el profeta de la ruina y de la reconstrucción cuya absoluta novedad él solo acierta a barruntar en el llamado «Apocalipsis de Ezequiel» (38s), donde contempla el nuevo reino del Señor y al pueblo renovado reconociendo con gozo al Señor en Jerusalén, la ciudad del templo.

El punto central de la predicación de Ezequiel es la responsabilidad personal (18) que llevará a cada uno a responder de sus propias acciones ante Dios. Y estas obras que salvarán o condenarán a la persona están basadas en la justicia hacia el pobre y el oprimido. En una sociedad donde la explotación del débil era rampante, Ezequiel se alza como el defensor del hambriento y del desnudo, del oprimido por la injusticia y por los intereses de los usureros. Truena contra los atropellos y los maltratos y llama constantemente a la conversión. Sin derecho y sin justicia no puede haber conversión.

VOCACIÓN

Teofanía

(Éx 3,1–4,17; Is 6; Sal 18,97; Ap 4s)

1 [1] El año treinta, el día cinco del mes
cuarto, estando yo entre los deportados, a orillas del río Quebar, se abrieron los
cielos y contemplé una visión divina. [2] Fue
el año quinto de la deportación de Jeconías.

[3] Vino la Palabra del Señor a Ezequiel, hijo de Buzi, sacerdote, en tierra de los caldeos, a orillas del río Quebar.

[4] Entonces se apoyó en mí la mano del Señor, y vi que venía del norte un viento huracanado, una gran nube y un zigzagueo de relámpagos. Nube rodeada de resplandor, y entre el relampagueo como el brillo del metal pulido.

[5] En medio de éstos aparecía la figura de
cuatro seres vivientes; [6] tenían forma humana, cuatro rostros y cuatro alas cada uno.

[7] Sus piernas eran rectas y sus pies como pezuñas de novillo; rebrillaban como
brilla el bronce pulido. [8] Debajo de las alas
tenían brazos humanos por los cuatro costados tenían rostros y alas los cuatro. [9] Sus
alas se juntaban de dos en dos. No daban la espalda al caminar; caminaban de frente.
[10] Su rostro tenía esta figura: rostro de hombre, y rostro de león por el lado derecho de los cuatro, rostro de toro por el lado izquierdo de los cuatro, rostro de águila los cuatro.

[11] Sus alas estaban extendidas hacia arriba; un par de alas se juntaban, otro par de alas les cubría el cuerpo.

[12] Los cuatro caminaban de frente, avanzaban a favor del viento, sin dar la espalda al caminar.

[13] Entre esos seres vivientes había como carbones encendidos parecían antorchas agitándose entre los vivientes; el fuego brillaba y lanzaba relámpagos. [14] Iban y
venían como chispas.

[15] Miré y vi en el suelo una rueda al lado de cada uno de los cuatro seres vivientes.
[16] El aspecto de las ruedas era como el brillo del topacio; las cuatro tenían la misma apariencia. Su hechura era como si una rueda estuviera encajada dentro de la otra,
[17] para poder rodar en las cuatro direcciones sin tener que girar al rodar. [18] Tenían
aros y llantas, y vi que la circunferencia de las cuatro llantas estaba llena de ojos.

[19] Al caminar los seres vivientes, avanzaban a su lado las ruedas; cuando los seres vivientes se elevaban del suelo, se elevaban también las ruedas; [20] avanzaban
hacia donde soplaba el viento; las ruedas se elevaban a la vez, porque llevaban el espíritu de los seres vivientes. [21] Y así avanza-
ban cuando avanzaban ellos, se detenían cuando se detenían ellos y cuando ellos se elevaban del suelo las ruedas se elevaban a la vez, porque llevaban el espíritu de los seres vivientes.

1,1-28 Teofanía. Sólo al final del capítulo (28), el lector encuentra lo que representa la visión que ha tenido el profeta: la aparición de la Gloria de Dios. Para el creyente actual, la convicción más profunda y natural es que «Dios está en todas partes»; a nadie se le ocurre decir lo contrario. Sin embargo, en la época del profeta Ezequiel ningún creyente afirmaría eso que para nosotros es tan obvio. Pues bien, con Ezequiel empieza a intuirse tímidamente esta gran verdad. La intuición es tímida, porque en el mundo antiguo cada localidad, reino o nación era el espacio de una divinidad. Babilonia era el espacio exclusivo del gran Marduk, ¿cómo era posible entonces que el Señor después de haber sido derrotado en su propia ciudad, Jerusalén, se hiciera presente en el territorio del dios vencedor? Para el judaísmo que nace después del 534 a.C., el problema de la aparición de la Gloria del Señor en Babilonia no radica en que se haya aparecido en el territorio de otro dios, sino en el hecho de que se haya dado fuera de los límites de Israel, en tierra pagana; he ahí la pequeña dificultad que tuvo este pasaje junto con 3,23 y 10,18s para ser admitido en el canon judío.

El hecho es que en la llanura, junto al río Quebar, Ezequiel dice haber contemplado la Gloria del Señor. A través de unas imágenes cargadas de simbolismo, el profeta pretende plantear que Dios supera cualquier límite propio de la creación humana; que su presencia no está limitada a un espacio, por más sagrado que éste sea; que allí donde hay alguien necesitado de su presencia, allí está Él; Jesús lo dirá sin tener que recurrir a ninguna imagen extraordinaria: «donde hay dos o tres reunidos en mi nombre, yo estoy allí, en medio de ellos» (Mt 18,20).

[22] Sobre la cabeza de los seres vivientes
había una especie de plataforma, brillante
como el cristal –extendida por encima de
sus cabezas–.
[23] Bajo la plataforma, sus alas estaban
horizontalmente emparejadas; cada uno se
cubría el cuerpo con un par. [24] Y oí el rumor
de sus alas, como estruendo de aguas cau-
dalosas, como la voz del Todopoderoso,
cuando caminaban; griterío de multitudes
como estruendo de tropas; cuando se dete-
nían, replegaban sus alas. [25] También se
oyó un estruendo sobre la plataforma que
estaba encima de sus cabezas; cuando se
detenían, replegaban las alas.
[26] Y por encima de la plataforma, que
estaba sobre sus cabezas, había una espe-
cie de zafiro en forma de trono; sobre esta
especie de trono sobresalía una figura que
parecía un hombre. [27] Y vi un brillo como
de metal brillante, algo así como fuego lo
enmarcaba, de lo que parecía su cintura
para arriba, y de lo que parecía su cintura
para abajo vi algo así como fuego. Estaba
rodeado de resplandor.
[28] El resplandor que lo rodeaba era
como el arco iris que aparece en las nubes
cuando llueve. Era la apariencia visible de
la gloria del Señor. Al contemplarla, caí ros-
tro en tierra, y oí la voz de uno que me ha-
blaba.

Vocación
(Éx 3,1–4,17; Jr 1; Is 6)

2 [1] Me decía:
–Hijo de hombre, ponte de pie, que
voy a hablarte.
[2] Penetró en mí el espíritu mientras me
estaba hablando y me levantó poniéndome
de pie, y oí al que me hablaba. [3] Me decía:
–Hijo de hombre, yo te envío a Israel,
pueblo rebelde: se rebelaron contra mí ellos
y sus padres, se sublevaron contra mí has-
ta el día de hoy. [4] A hijos duros de rostro y
de corazón empedernido te envío. Les di-
rás: Esto dice el Señor; [5] te escuchen o no
te escuchen, porque son un pueblo rebelde,
y sabrán que hay un profeta en medio de
ellos. [6] Y tú, Hijo de hombre, no les tengas
miedo, no tengas miedo a lo que digan, aun
cuando te rodeen espinas y te sientes enci-
ma de alacranes. No tengas miedo a lo que
digan ni te acobardes ante ellos, porque
son un pueblo rebelde. [7] Les dirás mis pala-
bras, te escuchen o no te escuchen, porque
son un pueblo rebelde. [8] Y tú, Hijo de hom-
bre, oye lo que te digo: ¡No seas rebelde,
como ese pueblo rebelde! Abre la boca y
come lo que te doy.
[9] Vi entonces una mano extendida hacia
mí, con un rollo. [10] Lo desenrolló ante mí:
estaba escrito por ambos lados; tenía escri-
tos cantos fúnebres, lamentos y amenazas.

Superando, pues, cualquier expectativa, Dios se hace presente en medio de la tragedia de su pueblo. Es la marginación, el dolor, la muerte el lugar donde Dios se hace presente por una razón muy simple: esos son lugares necesitados de su presencia. Si para Ezequiel y sus compañeros de destierro contemporáneos esto parece difícil de asimilar, a nosotros nos resulta hoy lo más normal; con todo, ahí está el desafío del evangelizador actual: hacer que en esos espacios los sujetos que sufren la marginalidad, la exclusión y el empobrecimiento, vean a Dios, al Dios que no soporta esa situación y que busca erradicarlas con el concurso y compromiso propios del creyente.

2,1-10 Vocación. El profeta lo es porque ha sido llamado directamente por Dios, y en el hecho del llamado se funda toda la autoridad de sus palabras y de sus acciones; con ese argumento se podrá dirimir cualquier conflicto o duda respecto a otros que se autodenominan profetas. Dios llama, convoca. No debemos pensar que este tipo de llamados ocurrieron exclusivamente en la antigüedad. Dios sigue llamando, aunque cada uno tiene una experiencia muy personal de vocación. Ezequiel era sacerdote desde su nacimiento; en la época del Antiguo Testamento, los sacerdotes nacían de familia sacerdotal, no tenían que decidirse a ser sacerdotes como hoy; desde niños estaban en contacto con los asuntos propios del servicio sacerdotal.

Pero además de su oficio sacerdotal, Ezequiel recibe la llamada para ser profeta. En los relatos de vocación que nos narra el Antiguo Testamento (Éx 3; Is 6; Jr 1) no hay que entender estas intervenciones extraordinarias y exclusivas de Dios como algo que se diera en la antigüedad de forma esporádica. Hay que entenderlos más bien como una manera de expresar esa experiencia honda e íntima del fiel del Señor, en la que parecen unirse la fe y el amor al Señor y a su causa, así como la realidad que vive y afecta al creyente. Ambos elementos afectan y determinan la vida del elegido, son brasas encendidas que lo «atormentan» continuamente: su fe y amor a su Dios lo urgen, lo angustian; por otro lado, la realidad que vive lo desafía continuamente, lo cuestiona: ¿Dónde está Dios? ¿Qué papel juega en una realidad que prácticamente lo esconde? La ubicación del ser humano en esta encrucijada es lo que podríamos llamar «vocación», y no

Misión del profeta
(Jr 1; Is 50,4-9)

3 1 Y me dijo:
–Hijo de hombre come lo que tienes
ahí; cómete este rollo y vete a hablar a la
casa de Israel.
2 Abrí la boca y me dio a comer el rollo,
3 diciéndome:
–Hijo de hombre, alimenta tu vientre y
sacia tus entrañas con este rollo que te doy.
Lo comí y su sabor en la boca era dulce
como la miel.
4 Y me dijo:
–Hijo de hombre, anda, vete a la casa de
Israel y diles mis palabras, 5 porque no se te
envía a un pueblo de idioma extraño y de
lenguas extranjeras que no comprendes.
6 Por cierto, que si a éstos te enviara te ha-
rían caso; 7 en cambio, la casa de Israel no
querrá hacerte caso, porque no quieren ha-
cerme caso a mí. Pues toda la casa de Is-
rael son tercos de cabeza y duros de cora-
zón. 8 Mira, hago tu rostro tan duro como el
de ellos y tu cabeza terca como la de ellos;
9 como el diamante, más dura que el pe-
dernal hago tu cabeza.
No les tengas miedo ni te acobardes an-
te ellos, aunque sean un pueblo rebelde.
10 Y me dijo:
–Hijo de hombre, todas las palabras que
yo te diga escúchalas atentamente y aprén-
delas de memoria. 11 Ahora vete a los de-
portados, a tus compatriotas, y diles: Esto
dice el Señor; te escuchen o no te escu-
chen.
12 Entonces me arrebató el espíritu y oí a
mis espaldas el estruendo de un gran terre-
moto al elevarse de su sitio la gloria del Se-
ñor. 13 Era el revuelo de las alas de los se-
res vivientes al rozar una con otra, junto
con el fragor de las ruedas: el estruendo de
un gran terremoto. 14 El espíritu me tomó y
me arrebató y marché decidido y enardeci-
do, mientras la mano del Señor me empu-
jaba. 15 Llegué a los deportados de Tel-Abib
que vivían a orillas del río Quebar, que es
donde ellos vivían, y me quedé allí siete
días aturdido en medio de ellos.

PRIMERA ACTIVIDAD DEL PROFETA I

El profeta como centinela
(Is 21,6-12; Ez 33,1-7; Am 3,7-8)

16 Al cumplirse los siete días me dirigió
la palabra el Señor:
17 –Hijo de hombre, te he puesto de cen-
tinela en la casa de Israel. Cuando escu-
ches una palabra de mi boca, les darás la
alarma de mi parte. 18 Si yo digo al malva-
do que es reo de muerte y tú no le das la
alarma –es decir, no hablas poniendo en
guardia al malvado para que cambie su
mala conducta y conserve la vida–, enton-

---

resulta sencillo expresarla; por eso, el elegido se tiene que valer de imágenes y símbolos mediante los cuales intenta decir lo indecible, narrar lo inenarrable. Del mismo modo, cada creyente, hombre o mujer, estamos llamados a vivir esa experiencia.

3,1-15 Misión del profeta. En la vocación está implícita la misión; vocación y misión son dos momentos inseparables de una misma realidad. En el camino es donde el elegido va aprendiendo que su misión no es fácil, que no siempre será escuchado (cfr. Éx 3,11s; 4,1-13), que a nadie interesarán sus palabras. Pero el éxito o el fracaso no deberían preocupar al enviado; basta que asuma su tarea, el resto será la obra que el Espíritu realizará en cada uno, de acuerdo a su propia disposición. Cuántas veces hemos dedicado tiempo, amor, esfuerzo y empeño a tareas evangelizadoras en lugares y circunstancias que uno cree que serán todo un éxito; sin embargo, al final queda la sensación de haber perdido el tiempo. Pues no. El problema es que, a veces, pretendemos desempeñar todas las funciones como si fuéramos omnipotentes, como si quisiéramos reemplazar a Dios en el mundo; con frecuencia se nos olvida que uno es el que siembra, otro el que riega, pero uno solo es el que da el crecimiento (cfr. 1 Cor 3,6-9).

El enviado no puede perder de vista lo que acabamos de decir; de lo contrario, se pierde en el camino y cuando menos piensa se está predicando a sí mismo, dedicado a reclamar para sí los éxitos de la misión y a cargar sobre otros los fracasos. Ezequiel nos revela esta conciencia: «vete a la casa de Israel y diles mis palabra» (4). Con ello, Dios no viola ni desconoce la voluntad del enviado: ha sido su propia decisión. Alinearse con la voluntad del Padre, asumir como nuestra la voluntad de Dios, es precisamente lo que lleva a Dios a manifestar su complacencia (Mc 1,11). Yo, tú, mi comunidad, mi Iglesia, ¿estaremos en esa onda de la complacencia del Padre?

3,16-27 El profeta como centinela. La primera responsabilidad que va a recibir el profeta es la de ser

ces el malvado morirá por su culpa y a ti te
pediré cuenta de su sangre. 19 Pero si tú po-
nes en guardia al malvado, y no se convier-
te de su maldad y de su mala conducta, en-
tonces él morirá por su culpa, pero tú
habrás salvado la vida. 20 Y si el justo se
aparta de su justicia y comete maldades,
pondré una trampa delante de él y morirá;
por no haberlo puesto en guardia, él morirá
por su pecado y no se tendrán en cuenta las
obras justas que hizo; pero a ti te pediré
cuenta de su sangre. 21 Si tú, por el contra-
rio, pones en guardia al justo para que no
peque, y en efecto no peca, ciertamente
conservará la vida por haber estado alerta,
y tú habrás salvado la vida.
22 Entonces se apoyó sobre mí la mano
del Señor, quien me dijo:
–Levántate, sal a la llanura y allí te ha-
blaré.
23 Me levanté y salí a la llanura: allí esta-
ba la gloria del Señor, la gloria que yo ha-
bía contemplado a orillas del río Quebar, y
caí rostro en tierra. 24 Penetró en mí el espí-
ritu y me levantó poniéndome de pie; en-
tonces el Señor me habló así:
–Vete y enciérrate dentro de tu casa. 25 Y
tú, Hijo de hombre, mira que te pondrán so-
gas, te amarrarán con ellas y no podrás sol-
tarte. 26 Te pegaré la lengua al paladar, te
quedarás mudo y no podrás ser el acusa-
dor, porque son un pueblo rebelde. 27 Pero
cuando yo te hable, te abriré la boca para
que les digas: Esto dice el Señor. El que
quiera, que te escuche, y el que no, que lo
deje; porque son un pueblo rebelde.

Acciones simbólicas

4 1 Y tú, Hijo de hombre, agarra un la-
drillo, póntelo delante y graba en él
una ciudad, 2 ponle cerco, construye torres
de asalto contra ella, y haz un terraplén
contra ella; pon tropas contra ella y empla-
za máquinas de guerra a su alrededor.
3 Y tú agarra una sartén de hierro y pon-
la como muro de hierro entre ti y la ciudad;
dirige contra ella tu rostro; quedará sitiada
y le apretarás el cerco. Es una señal para la
casa de Israel.
4 Y tú, acuéstate del lado izquierdo, y te
echaré encima la culpa de la casa de Israel.
Los días que estés así acostado cargarás
con su culpa. 5 Yo te señalo en días los años
de su culpa –trescientos noventa días– para
que cargues con la culpa de la casa de Is-
rael.
6 Cumplidos éstos, te acostarás del lado
derecho y cargarás con la culpa de la casa
de Judá cuarenta días: un día por cada año
te señalo.
7 Dirigirás el rostro y el brazo desnudo
hacia el cerco de Jerusalén y profetizarás
contra ella.
8 Mira, te amarro con sogas, y no podrás
cambiar de lado hasta que cumplas los días
de tu asedio.

---

centinela, guardián de Israel. Es una misión muy delicada, ya que no siempre su mensaje será comprendido y, sobre todo, compartido por los oyentes. Esa incomprensión ya se puede comenzar a presentir en la imagen de las cuerdas con que atan al profeta (25) y en su mudez (26).

El mensaje que Ezequiel transmitirá a sus compañeros de exilio no encaja con las expectativas e ilusiones que todos poseen, y ello hará que muchas veces el profeta aparezca como un «enemigo» del grupo. La palabra de Dios no siempre es consoladora para todo el mundo; por eso, los profetas se convierten en personajes poco deseables, ¡paradójicamente entre los que dicen tener más fe! ¿Cuál podrá ser, entonces, la calidad de esa fe? Jesús mismo vivió esta realidad en carne propia. ¿Por qué la Palabra de Dios ha perdido hoy prácticamente esa particularidad de incomodar? ¿No será que hoy falta más sabor de profecía a nuestro modo de anunciar la Palabra?

4,1–5,17 Acciones simbólicas. La primera actividad profética de Ezequiel va dirigida tanto a los que comparten su situación de desterrado como a los que aún permanecen en tierra de Judá, especialmente en su capital Jerusalén. Todavía no se ha llevado a cabo la destrucción de la ciudad y su templo y algunos albergan la creencia de que no sucederá. Los capítulos 4–24 están orientados a demostrar y desenmascarar los grandes pecados y las infidelidades de Israel, por los cuales será juzgado y castigado. Encontraremos vocabulario bélico: asalto, asedio, amenazas propias de la época –espada, hambre y peste–. Todo ello está orientado a destruir, literalmente, en cada israelita cualquier falsa esperanza. Ezequiel, como Jeremías, tiene la desafortunada misión de arrancar y derribar (Jr 1,10), de dejar el corazón completamente vacío en orden a comenzar una nueva posibilidad de relación con Dios. Por eso no será siempre comprendido ni aceptado su mensaje. Mediante palabras, gestos y relatos de visiones, el profeta busca hacer entrar en razón a sus contemporáneos. La destrucción de la ciudad y del templo son los ejes propios de la predicación de Ezequiel; sólo una cosa prevalecerá: las promesas de Dios.

9 Y tú, recoge trigo y cebada, habas y
lentejas, mijo y maíz: échalo todo en una
vasija y con ello hazte de comer. –Eso co-
merás trescientos noventa días, todos los
días que estés echado de lado–.
10 Comerás una cantidad fija de alimen-
to: una ración diaria de ocho onzas; a una
hora fija la comerás.
11 Beberás el agua medida: la sexta par-
te de un jarrón, a una hora fija la beberás.
12 Comerás un pan de cebada, que co-
cerás delante de ellos sobre excremento
humano.
13 Y dijo el Señor:
–Los israelitas comerán un pan impuro
en las naciones por donde los disperse.
14 Yo repliqué:
–¡Ay, Señor! Mira que yo nunca me he
contaminado; desde muchacho nunca he
comido carne de animal muerto o despeda-
zado por una fiera; nunca ha entrado en mi
boca carne de desecho.
15 Me respondió:
–Está bien, te concedo que prepares tu
pan no sobre excremento humano, sino so-
bre excremento de vaca.
16 Y añadió:

–Hijo de hombre, cortaré el sustento
del pan en Jerusalén:
comerán el pan racionado y con susto,
beberán el agua medida y con miedo,
17 para que, al faltarles el pan y el agua,
se consuman por su culpa,
y todo el mundo se horrorice.

5

1 Y tú, Hijo de hombre, agarra una cu-
chilla afilada, agarra una navaja bar-
bera y pásatela por la cabeza y la barba.
Después agarra una balanza y haz tres por-
ciones.
2 Un tercio lo quemarás en el fuego en
medio de la ciudad cuando termine el ase-
dio, un tercio lo cortarás con la espada en
torno a la ciudad, un tercio lo esparcirás al
viento y yo los perseguiré con la espada
desnuda.
3 Recogerás unos cuantos pelos y los
meterás en el dobladillo del manto; 4 de és-
tos apartarás algunos y los echarás al fue-
go, y dejarás que se quemen.
Dirás a la casa de Israel:

5 Esto dice el Señor:
Se trata de Jerusalén:
la puse en el centro de los pueblos,
rodeada de países,
6 y se rebeló
contra mis leyes y mandatos
pecando más que otros pueblos,
más que los países vecinos.
Porque rechazaron mis mandatos
y no siguieron mis leyes,
7 por eso así dice el Señor:
Porque fueron más rebeldes
que los pueblos vecinos,
porque no siguieron mis leyes
ni cumplieron mis mandatos,
ni obraron como es costumbre
de los pueblos vecinos;
8 por eso así dice el Señor:
Aquí estoy contra ti
para hacer justicia en ti
a la vista de los pueblos.
9 Por tus prácticas idolátricas,
haré en ti cosas que jamás hice
ni volveré a hacer.
10 Por eso los padres se comerán
a sus hijos en medio de ti,
y los hijos
se comerán a sus padres;
haré justicia en ti,
y a tus supervivientes
los esparciré a todos los vientos.
11 Por eso, ¡por mi vida!
–oráculo del Señor–,
por haber profanado mi santuario
con tus ídolos
y prácticas idolátricas,
juro que te rechazaré,

A las varias acciones simbólicas que realiza el profeta siguen diversos oráculos de condena: 1. El primero tiene como causa la rebeldía de la casa de Israel (5,5-11); la amenaza consiste en la destrucción de todo el país y la dispersión de los sobrevivientes. 2. El segundo se debe a la profanación del santuario mediante ídolos y abominaciones; el castigo (5,12-15) ya estaba ilustrado con los cabellos arrancados de Ezequiel (5,1-4). El profeta no duda en poner en labios del Señor expresiones tan fuertes como: «juro que te rechazaré, no me apiadaré de ti, ni te perdonaré» (11b; véase también 8,18; 9,10, etc.). Tal vez busca con ello tocar las conciencias de sus oyentes y espectadores, haciéndoles caer en la cuenta de la magnitud de sus culpas y las consecuencias venideras.

no me apiadaré de ti
ni te perdonaré.
12 Un tercio de los tuyos
morirá de peste
y el hambre los consumirá
dentro de ti,
un tercio caerá a espada
alrededor de ti
y un tercio lo esparciré
a todos los vientos.
Y los perseguiré
con la espada desnuda.
13 Agotaré mi ira contra ellos
y saciaré mi cólera
hasta quedarme a gusto;
y sabrán que yo, el Señor,
hablé con pasión
cuando agote mi cólera contra ellos.
14 Te haré asombro y objeto de burla
para los pueblos vecinos,
a la vista de los que pasen.
15 Serás objeto de burla e insultos,
escarmiento y espanto
para los pueblos vecinos,
cuando haga en ti justicia
con ira y cólera,
con castigos despiadados.
Yo, el Señor, lo he dicho:
16 Dispararé contra ustedes
las flechas malignas del hambre,
que acabarán con ustedes
para acabar con ustedes
las dispararé.
Les haré pasar hambre
y les cortaré el sustento del pan.
17 Mandaré contra ustedes
hambre y fieras salvajes
que los dejarán sin hijos;
pasarán por ti peste y matanza
y mandaré contra ti la espada.
Yo, el Señor, lo he dicho.

Contra los montes de Israel
(36,1-15)

6 1 Me dirigió la palabra el Señor:
2 –Hijo de hombre,
mira a los montes de Israel
y profetiza contra ellos.
3 ¡Montes de Israel,
escuchen la Palabra del Señor!
Esto dice el Señor
a los montes y a las colinas,
a las quebradas y a los valles:
¡Atención!, que yo mando
la espada contra ustedes
para destruir sus santuarios;
4 serán arrasados sus altares
y rotas sus imágenes sagradas;
haré que caigan sus muertos
delante de sus ídolos.
5 –Arrojaré
los cadáveres de los israelitas
delante de sus ídolos–.
Esparciré sus huesos
en torno a sus altares.
6 En todos los lugares
donde ustedes habiten
serán arruinadas las aldeas
y arrasadas las lomas;
hasta que queden arruinados
y arrasados sus altares,
rotos y destruidos sus ídolos,
arrancados sus altares
para quemar incienso
y borradas todas sus obras.
7 Los muertos yacerán entre ustedes,
y sabrán que yo soy el Señor.
8 Dejaré que algunos escapen
de la espada a otras naciones,
y cuando se dispersen
por sus territorios,
9 los que se salven
se acordarán de mí
en las naciones adonde los deporten;
les desgarraré el corazón adúltero,
que se apartó de mí y los ojos
que fornicaron con sus ídolos;
sentirán asco de sí mismos
por lo mal que se portaron,
por sus prácticas idolátricas.
10 Y sabrán que yo, el Señor,

6,1-14 Contra los montes de Israel. El tercer oráculo va dirigido contra los montes de Israel. Una costumbre usual entre los cananeos antiguos era realizar cultos de todo tipo en los lugares altos. Cuando Israel se estableció en Canaán cayó en la tentación de hacer lo mismo. Los profetas siempre advirtieron que eso era un peligro para la religión israelita; sin embargo, muchos siguieron practicando dichos cultos. Ezequiel, que conoce el comportamiento de sus paisanos, no deja pasar la oportunidad para hacer ver que estas prácticas han irritado tremendamente al Señor, por lo cual serán castigados. En la amenaza que encontramos aquí también se mencionan las tres plagas típicas: la peste, la espada y el hambre (12).

no en vano los amenacé
con estos castigos.
11 Esto dice el Señor:
Golpea las palmas y bailotea, y grita:
¡Bien
por las graves prácticas idolátricas
de la casa de Israel!,
que a espada, de hambre
y de peste caerán.
12 El que está lejos morirá de peste,
el que está cerca caerá a espada
y el que aún quede vivo
de hambre morirá.
Agotaré mi cólera contra ellos.
13 Y sabrán que yo soy el Señor
cuando sus muertos estén tirados
junto a sus ídolos
en torno a sus altares,
en las altas colinas,
en la cima de los montes,
al pie de los árboles frondosos
y al pie de las copudas encinas,
santuarios
donde ofrecían a sus ídolos
oblaciones de aroma que aplaca.
14 Extenderé mi mano contra ellos
y haré del país un desierto desolado
–todos los poblados
desde el desierto hasta Ribla–.
Y sabrán que yo soy el Señor.

Llega el día
(Sof 1,7-18)

7 1 Me dirigió la palabra el Señor:
2 –Tú, Hijo de hombre, anuncia:
Esto dice el Señor
a la tierra de Israel:
¡El fin, llega el fin:
a los cuatro extremos del país!
3 Ya te llega el fin:
Lanzaré mi ira contra ti,
te juzgaré como mereces
y pagarás tus prácticas idolátricas.
4 No me apiadaré ni te perdonaré:
te daré la paga que mereces,
te quedarás
con tus prácticas idolátricas,
y sabrán que yo soy el Señor.
5 Esto dice el Señor:
Se avecina desgracia tras desgracia:
6 el fin llega, llega el fin,
te acecha, está llegando.
7 Te toca el turno,
habitante de la tierra:
llega el momento,
el día se aproxima
sin retraso y sin tardanza.
8 Pronto derramaré mi cólera sobre ti
y en ti agotaré mi ira;
te juzgaré como mereces
y pagarás tus prácticas idolátricas.
9 No me apiadaré ni te perdonaré,
te daré la paga que mereces,
te quedarás
con tus prácticas idolátricas,
y sabrán que yo soy
el Señor que castiga.
10 Ahí está el día,
está llegando, te toca el turno.
Florece la injusticia,
madura la insolencia,
11 triunfa la violencia,
el cetro del malvado.
Sin retraso y sin tardanza,
12 llega el momento, el día se avecina;
el comprador, que no se alegre;
el vendedor, que no esté triste
–porque a todos
los alcanza el incendio–.
13 Porque el vendedor
no recobrará lo vendido
ni el comprador
retendrá lo comprado
–porque a todos
los alcanza el incendio–.
14 Tocan la trompeta, preparan las armas,
pero nadie acude a la batalla
porque a todos
los alcanza mi incendio.
15 La espada en la calle,
en casa la peste y el hambre:
el que está en descampado
muere a espada,
al que está en la ciudad
lo devoran el hambre y la peste.

7,1-27 Llega el día. Descripción del día de la ira del Señor. En la mentalidad de mucha gente pervive aún la expresión «la ira de Dios» o «la ira santa», expresiones o imágenes simbólicas que no tienen otra función que intentar describir lo que no es fácil describir, sin corresponder en realidad a la imagen de Padre misericordioso y bueno que nos ha revelado Jesús. Es necesario corregir esas imágenes de Dios en la catequesis y en la pastoral en general.

16 Los que escapan
huyendo a las montañas,
gimiendo como palomas,
morirán todos ellos,
cada cual por su culpa.

17 Todos los brazos desfallecen
y todas las rodillas se aflojan;
18 se visten sayal,
se cubren de espanto;
todos los rostros, consternados;
todas las cabezas, rapadas.

19 Tirarán a la calle la plata,
tendrán el oro por inmundicia;
ni su oro ni su plata
podrán salvarlos
el día de la ira del Señor,
porque fueron su tropiezo y pecado.
No les quitarán el hambre
ni les llenarán el vientre.

20 Estaban orgullosos
de sus espléndidas alhajas:
con ellas fabricaron estatuas
de sus ídolos abominables,
pero yo se los convertiré
en inmundicia.
21 Se lo daré como botín a bárbaros,
como presa
a los criminales de la tierra,
y lo profanarán.
22 Apartaré de ellos mi rostro
y profanarán mi tesoro:
invadirán la ciudad bandoleros
que la profanarán.
23 Prepara cadenas,
que el país está lleno de crímenes,
la ciudad está llena de violencias.
24 Traeré a los pueblos más feroces
para que se adueñen de sus casas;
pondré fin a su terca soberbia
y serán profanados sus santuarios.
25 Cuando llegue el pánico,
buscarán paz, y no la habrá.
26 Vendrá desastre tras desastre,
y alarma tras alarma;
pedirán visiones al profeta,
fracasarán las instrucciones
del sacerdote
y las propuestas de los ancianos.
27 El rey hará duelo,
los nobles se vestirán de espanto,
a los terratenientes
les temblarán las manos;
los trataré como merecen,
los juzgaré con su misma justicia,
y sabrán que yo soy el Señor.

EL TEMPLO PROFANADO

Pecado

8 1 El año sexto, el día cinco del mes
sexto, estando yo sentado en mi casa
y los ancianos de Judá sentados frente a mí,
bajó sobre mí la mano del Señor. 2 Vi una fi-
gura que parecía un hombre: de lo que pa-
recía la cintura para abajo, fuego; de la cin-
tura para arriba, como un resplandor, un
brillo como de metal pulido. 3 Alargando una
forma de mano, me agarró por los cabellos;
el espíritu me levantó en vilo y me llevó en
éxtasis entre el cielo y la tierra a Jerusalén,
junto a la puerta norte del atrio interior don-
de estaba situado el ídolo rival del Señor.
4 Allí estaba la gloria del Dios de Israel,
como la había contemplado en la llanura.
5 Me dijo:
–Hijo de hombre, dirige la vista hacia el
norte.

Dirigí la vista hacia el norte, y vi al norte de la puerta del altar el ídolo rival el que está a la entrada.

6 Añadió:
–Hijo de hombre, ¿no ves lo que están haciendo? Graves prácticas idolátricas comete aquí la casa de Israel para que me aleje de mi santuario. Pero aún verás prácticas idolátricas mayores.

8,1-18 Pecado. Ezequiel es transportado en visión hasta el templo de Jerusalén, donde es obligado a presenciar cuatro prácticas idolátricas cuya gravedad se va acrecentando: 1. En el templo han entronizado una estatua rival, un ídolo (5). 2. En los muros hay grabaciones de animales inmundos a los cuales se les rinde culto (10s). 3. La idolatría alcanza a las mujeres, que lloran delante de la estatua de Tamuz, antiguo dios mesopotámico (14). 4. Por último, la adoración al sol, otra forma de idolatría que consiste en la adoración de los astros (16). Como se puede ver, hay sobradas razones para que Ezequiel se sienta movido a profetizar la destrucción de Jerusalén y su templo junto con todos los idólatras.

7 Después me llevó a la puerta del atrio
y vi una grieta en el muro.
8 Me dijo:
–Hijo de hombre, abre un boquete en el
muro.
Abrí un boquete en el muro y vi una
puerta.
9 Añadió:
–Entra y mira las atroces prácticas ido-
látricas que están cometiendo ahí.
10 Entré, y vi grabados en las cuatro pa-
redes toda clase de reptiles y animales in-
mundos, todos los ídolos de la casa de Is-
rael. 11 Frente a ellos, setenta ancianos de
la casa de Israel estaban en pie, incensario
en mano. Jazanías, hijo de Safán, entre
ellos. Una nube de incienso se elevaba.
12 Me dijo:
–¿No ves, Hijo de hombre, lo que están
haciendo en secreto los ancianos de la casa
de Israel cada uno en el nicho de su ídolo?
Porque piensan: El Señor no nos ve, el Se-
ñor ha abandonado el país.
13 Y añadió:
–Aún los verás hacer prácticas idolátri-
cas mayores.
14 Después me llevó junto a la puerta
norte de la casa del Señor; allí estaban unas
mujeres sentadas en el suelo, llorando a Ta-
muz.
15 Me dijo:
–¿No ves, Hijo de hombre? Aún verás
prácticas idolátricas mayores que éstas.
16 Después me llevó al atrio interior de la
casa del Señor. A la entrada del templo del
Señor, entre el atrio y el altar, había unos
veinticinco hombres, de espaldas al templo
y mirando hacia el oriente: estaban adoran-
do al sol.
17 Me dijo:
–¿No ves, Hijo de hombre? ¡Le parecen
poco a la casa de Judá las prácticas ido-
látricas que aquí cometen, que también
han llenado el país de violencias, indignán-
dome más y más! ¡Ahí los tienes despa-
chando verdugos para enfurecerme!
18 Pues también yo actuaré con cólera,
no me apiadaré ni perdonaré; me invocarán
a gritos, pero no los escucharé.

Sentencia y ejecución
(2 Re 10,17-27; Ap 7)

9 1 Entonces le oí llamar en voz alta:
–Acérquense, verdugos de la ciudad,
empuñando cada uno su arma mortal.
2 Entonces aparecieron seis hombres
por el camino de la puerta de arriba, la que
da al norte, empuñando mazas. En medio
de ellos, un hombre vestido de lino, con los
instrumentos de escribano a la cintura. Al
llegar, se detuvieron junto al altar de bron-
ce. 3 La gloria del Dios de Israel se había le-
vantado del querubín en que se apoyaba,
yendo a ponerse en el umbral del templo.
Llamó al hombre vestido de lino, con los
instrumentos de escribano a la cintura, 4 y
le dijo el Señor:
–Recorre la ciudad, atraviesa Jerusalén
y marca en la frente a los que se lamentan
afligidos por las prácticas idolátricas que en
ella se cometen.
5 A los otros les dijo en mi presencia:
–Recorran la ciudad detrás de él
hiriendo sin compasión y sin piedad.
6 A viejos, muchachos y muchachas,
a niños y mujeres, mátenlos,
acaben con ellos;
pero a ninguno de los marcados
lo toquen.
Empiecen por mi santuario.
Y empezaron por los ancianos que esta-
ban frente al templo.
7 Luego les dijo:
–Profanen el templo, llenando sus atrios
de cadáveres, y salgan a matar por la ciu-
dad.
8 Sólo yo quedé con vida. Mientras ellos
mataban, caí rostro en tierra y grité:
–¡Ay Señor! ¿Vas a exterminar al resto
de Israel, derramando tu cólera sobre Jeru-
salén?
9 Me respondió:
–Grande, muy grande, es el delito de la
casa de Israel y de Judá; el país está lleno

9,1-11 Sentencia y ejecución. Como en la salida de Egipto, hay quienes escapan a la aniquilación. En Egipto fueron los israelitas que habían rociado con la sangre del cordero los marcos de sus puertas (Éx 12,13); de la destrucción que se desata aquí escapan los que han sido marcados en la frente –literalmente los marcados con la letra taw, última letra del alfabeto hebreo–. Son los preparativos para el siguiente evento que nos narrará Ezequiel: la partida de la Gloria del Señor de su templo y del país.

de crímenes; la ciudad colmada de injusti-
cias; porque dicen:
–El Señor ha abandonado el país, no lo
ve el Señor.
10 Pues tampoco yo me apiadaré ni per-
donaré; doy a cada uno su merecido.
11 Entonces el hombre vestido de lino,
con los instrumentos de escribano a la cin-
tura, informó diciendo:
–He cumplido lo que me ordenaste.

La gloria se marcha
(1 Sm 4,22)

10 1 En la plataforma que estaba sobre
la cabeza de los querubines vi una
especie de zafiro, en forma de trono, que
sobresalía.
2 El Señor dijo al hombre vestido de lino:
–Métete debajo de la carroza bajo el que-
rubín, recoge un puñado de brasas de entre
los querubines y espárcelas por la ciudad.
Y vi que se metió.
3 Al entrar este hombre, los querubines
se encontraban al sur del templo –y la nube
llenaba el atrio interior–.
4 La gloria del Señor se remontó sobre
los querubines y se colocó en el umbral del
templo; la nube llenó el templo y el res-
plandor de la gloria del Señor llenó el atrio.
5 El rumor de las alas de los querubines
llegó hasta el atrio exterior: era como la voz
del Todopoderoso cuando habla.
6 El hombre vestido de lino, al recibir la
orden de recoger fuego de debajo de la ca-
rroza, entre los querubines, se colocó al
lado de una rueda.
7 El querubín alargó la mano entre los
querubines hacia el fuego que estaba entre
los querubines lo recogió y se lo echó en el
cuenco de las manos al hombre vestido de
lino; él lo recogió y se marchó.
8 A los querubines les asomaban por de-
bajo de las alas una especie de brazos hu-
manos.
9 Y vi cuatro ruedas al lado de los queru-
bines, una al lado de cada uno. El aspecto
de las ruedas era como el brillo del topacio.
10 Las cuatro tenían la misma apariencia.
Su hechura era como si una rueda estuvie-
se encajada dentro de la otra, 11 para poder
rodar en las cuatro direcciones sin tener
que girar al rodar, pues ya de antemano es-
taban orientadas en la dirección en que ro-
daban. No se volvían al avanzar. 12 La cir-
cunferencia de las cuatro llantas estaba
llena de ojos.
13 Oí que a las ruedas las llamaban La
Carroza.
14 Cada querubín tenía cuatro caras: de
querubín, de hombre, de león y de águila.
15 Los querubines se elevaron. Éstos eran
los seres vivientes que yo había visto a ori-
llas del río Quebar.
16 Al caminar los querubines, avanzaban
a su lado las ruedas. Las ruedas no se apar-
taban de su lado, ni siquiera cuando los
querubines levantaban las alas para remon-
tarse del suelo. 17 Se detenían cuando se
detenían ellos y junto con ellos se elevaban,
porque llevaban el espíritu de los seres vi-
vientes.
18 Luego la gloria del Señor salió le-
vantándose del umbral del templo y se co-
locó sobre los querubines. 19 Vi a los queru-
bines levantar las alas, remontarse del
suelo –sin separarse de las ruedas– y salir.
Y se detuvo junto a la puerta oriental de la
casa del Señor; mientras tanto, la gloria del
Dios de Israel sobresalía por encima de
ellos.
20 Eran los seres vivientes que yo había
visto debajo del Dios de Israel a orillas del
río Quebar, y me di cuenta de que eran
querubines. 21 Tenían cuatro rostros y cua-
tro alas cada uno, y una especie de brazos
humanos debajo de las alas, 22 su fisonomía
era la de los otros que yo había contem-

10,1-22 La gloria se marcha. El templo ya no es el «lugar» apto para la presencia de Dios; primero, porque se ha convertido en lugar de abominaciones: ha sido profanado; segundo, porque está contaminado con cadáveres dispersos por todos lados, al igual que la ciudad. Ezequiel maneja toda esta simbología para transmitir la idea de por qué el Señor ya no puede estar más en tierra israelita. Desde el destierro, Ezequiel preparará el camino para una nueva etapa en la historia religiosa de su pueblo. Dios ha castigado con la espada, el hambre y la peste, y para rematar castiga ahora con su ausencia a todos los que han quedado en territorio israelita. Nótese cómo inmediatamente después de estos eventos el Señor mismo se compromete con sus fieles desterrados en la creación de unas realidades nuevas: retorno, nuevo corazón y, por tanto, nueva alianza (cfr. 11,17-21).

plado a orillas del río Quebar. Caminaban
de frente.

El resto

(Jr 24)

11 [1] Me arrebató el espíritu y me llevó
por los aires a la puerta oriental de
la casa del Señor la que mira al este; allí,
junto a la puerta, había veinticinco hom-
bres, entre los que distinguí a Jazanías, hijo
de Azur, y a Palatías, hijo de Banías, jefes
del pueblo.

[2] El Señor me dijo:

–Hijo de hombre, ésos son los que en
esta ciudad maquinan maldades y planean
crímenes. [3] Andan diciendo: Pronto recons-
truiremos las casas: la ciudad es la olla y
nosotros la carne. [4] Por tanto, profetiza con-
tra ellos, profetiza, Hijo de hombre.

[5] Bajó sobre mí el Espíritu del Señor y
me dijo:

–Di: Esto dice el Señor: Eso piensan us-
tedes, casa de Israel; yo conozco sus pen-
samientos. [6] Han multiplicado sus víctimas
en esta ciudad, han llenado de víctimas sus
calles. [7] Por tanto, esto dice el Señor: La
ciudad es la olla, de la que los sacaré a us-
tedes, y sus víctimas son la carne.

[8] Temen la espada:
Pues mandaré la espada
contra ustedes
–oráculo del Señor–.
[9] Los sacaré de la ciudad,
los entregaré en poder de bárbaros
y haré justicia en ustedes.
[10] Los juzgaré en la frontera de Israel,
caerán a espada
y sabrán que yo soy el Señor.
[11] No será ya su olla ni ustedes la carne:
los juzgaré en la frontera de Israel.
[12] Y sabrán que yo soy el Señor,
cuyas leyes no han seguido,
cuyos mandatos no han cumplido,
sino que han imitado las costumbres
de los pueblos vecinos.

[13] Mientras yo profetizaba, cayó muerto
Palatías, hijo de Banías; entonces caí rostro
en tierra y rompí a gritar, diciendo:

–¡Ay, Señor, vas a aniquilar al resto de
Israel!

[14] Me vino esta Palabra del Señor:

[15] –Hijo de hombre, los habitantes de Je-
rusalén dicen de tus hermanos, compañe-
ros tuyos de exilio, y de la casa de Israel
toda entera: Ellos se han alejado del Señor,
a nosotros nos toca poseer la tierra. [16] Por
tanto, di: Esto dice el Señor:

Cierto, los llevé a pueblos lejanos, los
dispersé por los países y fui para ellos un
santuario pasajero en los países adonde
fueron.

[17] Por tanto, di: Esto dice el Señor:
Los reuniré de entre los pueblos,
los recogeré de los países
en los que están dispersos
y les daré la tierra de Israel.
[18] Entrarán y quitarán de ella
todos sus ídolos
y prácticas idolátricas.
[19] Les daré un corazón íntegro
e infundiré en ellos
un espíritu nuevo:
les arrancaré el corazón de piedra
y les daré un corazón de carne,
[20] para que sigan mis leyes
y pongan por obra mis mandatos;
serán mi pueblo y yo seré su Dios.
[21] Pero si el corazón se les va
tras sus ídolos
y prácticas idolátricas,
les daré su merecido
–oráculo del Señor–.

[22] Los querubines levantaron las alas sin
separarse de las ruedas; mientras tanto, la
gloria del Dios de Israel sobresalía por en-

11,1-25 El resto. Este capítulo refleja con 33,3-29 la problemática que surge una vez realizados los destierros selectivos por parte de los babilonios. El problema tiene dos puntos de vista: 1. El de los que no fueron al destierro: la tierra pertenece a los que se quedaron. El Señor está con ellos y los defiende, como la olla evita que el fuego devore la carne (1-3). La respuesta del profeta, puesta bajo la autoridad del Señor, es: No, no será así (cfr. 33,23-29). 2. El punto de vista de los que fueron desterrados: ellos están cumpliendo un castigo purificador; ese castigo será temporal. Con ellos está el Señor, Él se ha convertido para ellos en un «santuario pasajero en los países adonde fueron» (16), pero con ellos reconstruirá su pueblo Ésta es la posición del profeta «aprobada» por el Señor (17-21). Así, para refrendar los dos oráculos anteriores, Ezequiel cierra su visión con la partida de la Gloria del Señor del país del Israel (22-25).

cima de ellos. 23 La gloria del Señor se ele-
vó sobre la ciudad y se detuvo en el mon-
te, al oriente de la ciudad. 24 Entonces el
espíritu me arrebató y me llevó por los ai-
res al destierro de Babilonia, en éxtasis; la
visión desapareció. 25 Y yo les conté a los
desterrados lo que el Señor me había reve-
lado.

PRIMERA ACTIVIDAD DEL PROFETA II

Al destierro
(2 Re 25,11)

12 1 Me dirigió la palabra el Señor:
2 –Hijo de hombre, vives en medio
de un pueblo rebelde: tienen ojos para ver,
y no ven; tienen oídos para oír, y no oyen;
porque son un pueblo rebelde. 3 Tú, Hijo de
hombre, prepara el equipaje del destierro y
emigra a la luz del día, a la vista de todos;
a la vista de todos emigra a otro lugar, a ver
si lo ven; porque son un pueblo rebelde.
4 Saca tu equipaje, como quien va al des-
tierro, a la luz del día, a la vista de todos, y
tú sal al atardecer, a la vista de todos, como
quien va al destierro. 5 A la vista de todos
abre un boquete en el muro y saca por allí
tu equipaje. 6 Cárgate al hombro tu equipa-
je, a la vista de todos sácalo en la oscuri-
dad; tápate la cara, para no ver la tierra,
porque hago de ti una señal para la casa de
Israel.
7 Yo hice lo que me mandó: saqué mi
equipaje como quien va al destierro, a la luz
del día; al atardecer abrí un boquete en el
muro, lo saqué en la oscuridad, me cargué
al hombro mi equipaje, a la vista de todos.
8 A la mañana siguiente me dirigió la pa-
labra el Señor:
9 –Hijo de hombre, ¿no te ha preguntado
la casa de Israel, el pueblo rebelde, qué es
lo que hacías? 10 Pues respóndeles: Esto
dice el Señor: Este oráculo contra Jerusa-
lén va por el príncipe y por toda la casa de
Israel que vive allí. 11 Di: Soy señal para us-
tedes; lo que yo he hecho se lo harán ellos:
irán –cautivos– al destierro. 12 El príncipe
que vive entre ellos se cargará al hombro el
equipaje, abrirá un boquete en el muro para
sacarlo, lo sacará en la oscuridad y se ta-
pará la cara para que no lo reconozcan.
13 Pero tenderé mi red sobre él y lo cazaré
en mi trampa; lo llevaré a Babilonia, país de
los caldeos, donde morirá sin poder verla.
14 A su escolta y a su ejército los dispersa-
ré a todos los vientos y los perseguiré con
la espada desnuda. 15 Y sabrán que yo soy
el Señor cuando los desparrame por los
pueblos y los disperse por los territorios.
16 Pero dejaré a unos pocos, supervivientes
de la espada, del hambre y de la peste,
para que cuenten sus prácticas idolátricas
por los pueblos adonde vayan, y sepan que
yo soy el Señor.
17 Me dirigió la palabra el Señor:
18 –Hijo de hombre, come el pan con es-
tremecimiento, bebe el agua con temblor y
susto. 19 Para los terratenientes dirás: Esto
dice el Señor a los que habitan en Jerusa-
lén en la tierra de Israel:

Comerán el pan con susto,
beberán el agua con miedo,
porque devastarán
y despoblarán su país
por las violencias de sus habitantes;
20 arrasarán las ciudades habitadas
y el país quedará desolado,
y sabrán que yo soy el Señor.

Estribillos
(Is 5,18s)

21 Me dirigió la palabra el Señor:
22 –Hijo de hombre, ¿qué significa ese
refrán que dicen en la tierra de Israel: Pasan
días y días y no se cumple la visión? 23 Pues
diles: Esto dice el Señor: Acabaré con ese
refrán y no volverán a repetirlo en Israel.

12,1-20 Al destierro. Dos nuevas acciones simbólicas para ilustrar el rumbo que tomarán los acontecimientos en Judá y Jerusalén. Haciendo una especie de pantomima, Ezequiel da a entender que hasta el mismo rey de Judá buscará huir, pero no escapará al castigo (12-14). La consecuencia de la invasión definitiva será el hambre y la muerte.

12,21-28 Estribillos. Se alarga el plazo, la visión no se cumple. A lo mejor, nosotros hemos dicho lo mismo en más de una ocasión. Ezequiel se contenta con reafirmar lo que ha dicho. Para muchas personas, la profecía es en primer lugar un punto de interrogación: ¿es verdadera o falsa? Mientras más detalles haya en la profecía, más contento se está, porque es fácil ver si la

Diles tú este otro: Ya está llegando el día en
que se cumplirá la visión. 24 Porque ya no
habrá visiones vanas ni vaticinios engaño-
sos en la casa de Israel. 25 Porque yo, el Se-
ñor, diré lo que tenga que decir, y lo que
diga se hará, no se retrasará más; sino que
en sus días, pueblo rebelde, lo diré y lo haré
–oráculo del Señor–.

26 Me dirigió la palabra el Señor:

27 –Hijo de hombre, mira lo que anda di-
ciendo la casa de Israel: Las visiones de
éste van para largo, a largo plazo profetiza.

28 Diles: Esto dice el Señor: No se retra-
sarán más mis palabras; lo que diga lo haré
–oráculo del Señor–.

Falsos profetas y profetisas

(Dt 18,9-22; Jr 23,9-32; Miq 2,6-7; 3,5-8)

13 1 Me dirigió la palabra el Señor:
2 –Hijo de hombre, profetiza contra
los profetas de Israel, profetiza diciéndoles:
Escuchen la Palabra del Señor. 3 Esto dice
el Señor:

¡Ay de los profetas insensatos
que se inventan profecías,
cosas que nunca vieron,
siguiendo su inspiración!
4 Como chacales entre ruinas
son tus profetas, Israel.
5 No han defendido
los boquetes de la muralla
ni levantaron un muro
en torno a la casa de Israel,
para que resistiera en la batalla,
el día del Señor.
6 Visionarios falsos,
adivinos de engaños,
que decían: oráculo del Señor,
cuando el Señor no los enviaba,
esperando
que cumpliera su palabra.
7 Ustedes han visto
visiones vanas
y han pronunciado
oráculos falsos
diciendo: oráculo del Señor,
cuando el Señor no hablaba.
8 Por tanto, esto dice el Señor:
Por haber dicho mentiras
y haber visto engaños,
por eso aquí estoy contra ustedes
–oráculo del Señor–.
9 Extenderé mi mano
contra los profetas
visionarios falsos
y adivinos de engaños;
no tomarán parte
en el consejo de mi pueblo,
ni serán inscritos en el censo
de la casa de Israel,
ni entrarán en la tierra de Israel,
y sabrán que yo soy el Señor.
10 Sí, porque han extraviado
a mi pueblo, anunciando paz
cuando no había paz,
y mientras ellos construían
una pared inconsistente
ustedes la iban recubriendo de cal.
11 Diles a los que recubren de cal:
Vendrá una lluvia torrencial,
caerá granizo,
se desencadenará
un viento huracanado.
12 Cuando la pared se derrumbe, les dirán:
¿Qué pasó con la cal
que pusieron?
13 Por tanto, esto dice el Señor:
Con furia desencadenaré
un viento huracanado,
una lluvia torrencial
mandaré con ira,
y granizo, en el colmo de mi furia.

---

profecía era realmente inspirada. En realidad, Dios no envía a los profetas para que se presten a ese juego. El profeta habla, y lo que vale es su respuesta al llamado de Dios. Con frecuencia no anuncia nada nuevo, sino que renueva un mensaje que permanecía en el pasado y al que le da vida. Nos sentimos impactados o no por la fuerza de sus intervenciones y la resonancia que encuentran en los corazones rectos; tratamos de discernir comparando sus dichos con muchas otras palabras del pasado que nos fueron transmitidas por la Escritura y por la comunidad del pueblo de Dios. Eso es lo esencial. Es bueno que verifiquemos la realización de la profecía, pero a veces ésta se realiza sólo parcialmente, muy mal o de un modo muy distinto al que se podía esperar.

13,1-23 Falsos profetas y profetisas. Este capítulo está dirigido contra los falsos profetas, con la particularidad de que hace distinción entre profetas (1-16) y profetisas (17-23). Se acusa a ambos de embusteros, y la acusación contra las profetisas nos dejar entrever las prácticas de encantamiento y quizá de seducción que empleaban. El verdadero profeta no puede maquillar la realidad, aunque su mensaje no sea comprendido, aunque no sea escuchado (3,5.7);

14 Derribaré la pared
que han recubierto de cal,
la tiraré al suelo,
quedarán al desnudo sus cimientos;
se desplomará y perecerán debajo,
y sabrán que yo soy el Señor.
15 Cuando agote mi cólera
contra la pared y contra
los que la recubrieron de cal,
les dirán: ¿Qué pasó con la pared
y con los que la recubrieron de cal:
16 con los profetas de Israel
que profetizaban para Jerusalén,
que tenían para ella visiones de paz,
cuando no había paz?
–oráculo del Señor–.

17 Tú, Hijo de hombre, enfréntate con las
mujeres de tu pueblo, metidas a profetisas
por su cuenta, y profetiza contra ellas 18 di-
ciéndoles:

Esto dice el Señor:
¡Ay de las que cosen
lazos mágicos en las muñecas
y hacen velos
de todos los tamaños
para cazar a la gente!
Cazan a mi propio pueblo,
para enriquecerse ustedes.
19 Me profanan ante mi pueblo
por un puñado de cebada
y un mendrugo de pan,
destinando a la muerte
al que no tenía que morir,
y a la vida
al que no tenía que vivir;
engañan de este modo
a mi pueblo,
que hace caso de sus mentiras.
20 Por tanto, esto dice el Señor:
Aquí estoy yo contra los lazos
con que cazan a la gente al vuelo;
se los arrancaré de los brazos
a la gente que ustedes cazan,
y los soltaré para que vuelen.
21 Rasgaré sus velos
y libraré a mi pueblo
de sus manos;
no volverán a ser presa
de sus manos,
y sabrán que yo soy el Señor.
22 Porque han afligido
con engaños al justo,
sin que yo lo afligiera,
porque han dado apoyo
al malvado,
para que no se convirtiera
de su mala conducta
y pudiera conservar la vida;
23 por tanto, no volverán
a ver falsedades
ni a vaticinar engaños,
libraré a mi pueblo
de sus manos,
y sabrán que yo soy el Señor.

Nostalgia de los ídolos
(Éx 20,3s; Dt 6,5)

14 1 Se me presentaron algunos an-
cianos de Israel y se sentaron frente
a mí. 2 Entonces me dirigió la palabra el Se-
ñor:
3 –Hijo de hombre, esos hombres se han
puesto a pensar en sus ídolos y se han ima-
ginado algo que les hace caer en pecado:
¿voy a permitir que me consulten? 4 Por
tanto, háblales así: Esto dice el Señor: cual-
quier israelita que se ponga a pensar en sus
ídolos, imaginándose algo que le hace caer
en pecado, cuando acuda al profeta, yo, el
Señor, me encargaré de responderle, de
acuerdo con la multitud de sus ídolos, 5 y
así llegaré al corazón de los israelitas que
han desertado de mí por causa de sus ído-
los. 6 Por tanto, dile a la casa de Israel: Esto
dice el Señor: Arrepiéntanse y conviértanse
de sus idolatrías, den la espalda a sus prác-
ticas idolátricas, 7 porque a cualquier is-
raelita o emigrante residente en Israel que
apostate de mí y se ponga a pensar en sus
ídolos imaginándose algo que lo hace caer
en pecado, cuando acuda al profeta para
consultarme, yo, el Señor, me encargaré de
responderle. 8 Me enfrentaré con él, haré de
él un escarmiento proverbial, lo extirparé

el profeta no puede distorsionar a su antojo la Palabra del Señor.

14,1-11 Nostalgia de los ídolos. Muchos de los exiliados reconocían el carisma profético de Ezequiel; con todo, no se habían convertido porque tienen a sus ídolos arraigados en su corazón (5). Cuando van a consultar al profeta lo hacen con un fin muy utilitario, para resolver sus problemas inmediatos. La respuesta divina ignora los matices: Ezequiel no los convertirá haciéndose útil y simpático.

de mi pueblo, y sabrán que yo soy el Señor.
9 Y si un profeta, dejándose engañar, pronuncia un oráculo, yo, el Señor, lo dejaré en su engaño; extenderé mi mano contra él y lo eliminaré de mi pueblo, Israel. 10 Tanto el
profeta como quien le consulte serán reos de la misma culpa. 11 Para que la casa de
Israel no vuelva a extraviarse lejos de mí ni a mancharse con sus crímenes, y así será mi pueblo y yo seré su Dios –oráculo del Señor–.

Cuatro casos de intercesión
(Gn 18,16-33; Éx 32,30-35; Nm 14,11-19; Am 7,1-6)

12 Me dirigió la palabra el Señor:
13 –Hijo de hombre, si un país peca contra mí cometiendo un delito, extenderé mi mano contra él, le cortaré el sustento del pan y le mandaré hambre y extirparé de él hombres y animales. 14 Si se encontraran
allí estos tres varones: Noé, Daniel y Job, por ser justos salvarían ellos la vida –oráculo del Señor–. 15 Si suelto por el país fieras
salvajes que lo dejen sin hijos, para que quede devastado y sin nadie que lo transite, por miedo a las fieras, 16 aunque esos
tres varones se encuentren allí, ¡por mi vida! –oráculo del Señor–, juro que no salvarán a sus hijos ni a sus hijas; ellos solos se salvarán y el país quedará devastado.
17 Si mando la espada contra ese país, si ordeno a la espada que atraviese el país y extirpo de él hombres y animales, 18 aunque
se encuentren allí esos tres varones, ¡por mi vida! –oráculo del Señor–, juro que no salvarán a sus hijos ni a sus hijas, sino que ellos solos se salvarán. 19 Si le envío la pes-
te a ese país y derramo sobre él mi cólera, para extirpar de él hombres y animales,
20 aunque se encuentren allí Noé, Daniel y Job, ¡por mi vida! –oráculo del Señor–, juro que no salvarán a sus hijos ni a sus hijas, sino que ellos solos, por ser justos, salvarán la vida. 21 Porque así dice el Señor: ¡Cuánto
más cuando yo mande mis cuatro terribles plagas: la espada, el hambre, las fieras salvajes y la peste, contra Jerusalén para extirpar de ella hombres y animales! 22 Si que-
da allí algún superviviente, hijos e hijas que hayan logrado evadirse adonde están ustedes, entonces, al ver su conducta y sus malas obras, se sentirán aliviados de la catástrofe que mandé contra Jerusalén, de todo lo que mandé contra ella. 23 Sí que se
aliviarán, porque al ver su conducta y sus malas obras se darán cuenta de que todo lo que hice en Jerusalén no fue sin motivo –oráculo del Señor–.

La vid inútil
(Is 5,1-7; Os 10,1-8)

15 1 Me dirigió la palabra el Señor:
2 –Hijo de hombre,
¿en qué gana la vid
a los demás arbustos silvestres?
3 ¿Sacan de ella madera
para cualquier labor?
¿Sacan acaso clavos
para colgar la vajilla?
4 Si la echan al fuego
para que se consuma,
y el fuego le devora las puntas
y el centro se quema,
¿para qué trabajo servirá?
5 Si cuando estaba entera
no se la utilizaba para nada,
¡cuánto menos se hará algo con ella
cuando la queme el fuego y la devore!
6 Por tanto, esto dice el Señor:
Igual que el leño de la vid silvestre
que eché al fuego para alimentarlo,
así echaré
a los habitantes de Jerusalén,
7 me enfrentaré con ellos:

14,12-23 Cuatro casos de intercesión. Es conveniente leer estos versículos junto con el capítulo 18 y 33,10-20, donde se recoge la doctrina de Ezequiel sobre la responsabilidad personal en el bien y en el mal. Hay que olvidarse del tiempo en que las personas valían menos que el clan. La infidelidad de Acán mereció que toda su familia fuese lapidada (Jos 7,25); la tribu de Benjamín no podía entregar a los violadores de Guibeá sin faltar a la solidaridad del clan (Jue 19). Pero esos tiempos de tribalismo han quedado atrás; ahora, la fidelidad del padre no justificará a sus hijos delante de Dios. Aparentemente, este rechazo de cualquier tipo de intercesión se opone a lo que enseña la intercesión de Abrahán en Gn 19. Son dos aspectos del mismo proceso evolutivo de la revelación.

15,1-8 La vid inútil. El profeta compara a Israel con la planta que da las uvas, la vid. Es útil sólo si da frutos; de lo contrario sólo sirve para cortarla y echarla al fuego. Israel es una vid que Dios mismo plantó y a la que prodigó todos sus cuidados, pero a la hora de la cosecha no dio nada. No queda otro camino que echarla al fuego (cfr. Jn 15,6).

¿escaparon del fuego?,
pues el fuego los devorará,
y sabrán que yo soy el Señor
cuando me enfrente con ellos.
8 Convertiré su tierra en un desierto
por los delitos que han cometido
–oráculo del Señor–.

Una historia de amor
(20; 23; Os 2)

16 1 Me dirigió la palabra el Señor:
2 –Hijo de hombre,
denuncia a Jerusalén
sus prácticas idolátricas,
3 diciendo: ¡Esto dice el Señor: Jerusalén,
eres cananea de casta y de cuna:
tu padre era amorreo
y tu madre era hitita!
4 Fue así tu alumbramiento:
el día en que naciste
no te cortaron el ombligo,
no te bañaron ni frotaron con sal,
ni te envolvieron en pañales.
5 Nadie se apiadó de ti
haciéndote alguna de estas cosas,
por compasión,
sino que te arrojaron a campo abierto,
asqueados de ti, el día que naciste.
6 Pasando yo a tu lado, te vi
pataleando en tu propia sangre,
y te dije mientras yacías en tu sangre:
Sigue viviendo y crece
como brote campestre.
7 Creciste y te desarrollaste,
llegaste a la flor de tu juventud;
tus senos se afirmaron
y el vello te brotó,
pero estabas desnuda y en cueros.
8 Pasando de nuevo a tu lado,
te vi en la edad del amor;
extendí sobre ti mi manto
para cubrir tu desnudez;
me comprometí con juramento,
hice alianza contigo
–oráculo del Señor– y fuiste mía.
9 Te bañé, te limpié la sangre
y te ungí con aceite.
10 Te vestí de bordado,
te calcé zapatos de cuero fino;
te ceñí de lino, te revestí de seda.
11 Te engalané con joyas:
te puse pulseras en los brazos
y un collar al cuello.
12 Te puse un anillo en la nariz,
pendientes en las orejas
y diadema de lujo en la cabeza.
13 Lucías joyas de oro y plata
y vestidos de lino, seda y bordado;
comías de la mejor harina,
miel y aceite;
estabas hermosa
y prosperaste más que una reina.
14 Se difundió entre los pueblos
la fama de tu belleza,
que era perfecta
por el encanto con que te adorné.
–oráculo del Señor–.
15 Te sentiste segura de tu belleza
y, amparada en tu fama,
fornicaste y te prostituiste
con el primero que pasaba.
16 Tomaste tus vestidos
y sobre ellos fornicabas,
y te hiciste velos de colores.
17 Tomaste tus alhajas,
el oro y la plata que yo te regalé,
y te hiciste estatuas de varones
con las que fornicabas.
18 Tomaste tus vestidos bordados
y las revestiste con ellos,
y les ofrecías mi perfume
y mi incienso.
19 El alimento que yo te daba
–la mejor harina, miel
y aceite te daba de comer–
también se lo ofreciste
como ofrenda de aroma que aplaca
–oráculo del Señor–.
20 Tomaste a tus hijos y a tus hijas,
los que diste a luz para mí,

16,1-63 Una historia de amor. Mediante diversas imágenes, el profeta recuerda a su pueblo las relaciones amorosas que Dios ha tenido con ellos. Aquí sigue las huellas de Oseas y de Jeremías, cuando comparan las relaciones entre Dios y su pueblo con un matrimonio por amor. Oseas había impuesto esa visión en dos hermosos poemas (Os 2 y 14). Ezequiel convierte aquí el poema en una historia constantemente entrecortada por la explicación de los diversos detalles. A uno pueden gustarle o no la insistencia, las repeticiones, los detalles crudos; pero forma parte de las Escrituras y es una figura que se podría aplicar a la historia posterior del pueblo cristiano.

y se los inmolaste para que comieran.
No bastándote tus fornicaciones,
21 degollaste a mis hijos
pasándolos por el fuego en su honor.
22 Con tus abominables fornicaciones,
no te acordaste de tu niñez,
cuando estabas desnuda y en cueros
pataleando en tu propia sangre.
23 Y encima de tanta maldad,
¡ay de ti, ay de ti! –oráculo del Señor–
24 te edificabas prostíbulos
y te levantabas puestos
en todas las calles.
25 En las encrucijadas
instalabas tus puestos
y envilecías tu hermosura;
abriéndote de piernas
al primero que pasaba,
continuamente te prostituías.
26 Fornicaste con los egipcios,
tus vecinos, de grandes miembros,
y a fuerza de prostituirte,
me encolerizaste.
27 Entonces extendí mi brazo contra ti,
te reduje la ración,
te entregué a la avidez de tus rivales,
las hijas de los filisteos,
que se sonrojaban
de tu conducta infame.
28 Fornicaste con los asirios sin saciarte,
volvías a fornicar con ellos
y todavía no te saciabas.
29 Sin cesar fornicaste en Caldea,
tierra de mercaderes,
y ni con eso te saciaste.
30 ¡Cómo me enfurecí contra ti
–oráculo del Señor–
cuando hacías todo eso,
lo que hace una ramera empedernida!
31 Cuando instalabas tus prostíbulos
en las encrucijadas
y levantabas tus puestos
en todas las calles,
no cobrabas el precio
como hacen las prostitutas.
32 ¡Oh hembra adúltera,
que teniendo marido
recibe a extraños!
33 A las prostitutas les hacen regalos;
tú, en cambio,
diste tu regalo de boda a tus amantes;
los sobornabas para que acudieran
de todas partes a fornicar contigo.
34 Tú hacías lo contrario
que las otras hembras:
a ti nadie te solicitaba,
eras tú la que pagabas
y a ti no te pagaban,
y obrabas al revés.
35 Por eso, prostituta,
escucha la Palabra del Señor.
36 Esto dice el Señor:
Por haber prodigado tus encantos
y desnudado tus vergüenzas,
prostituyéndote con tus amantes,
con tus abominables ídolos,
por haberles ofrecido
la sangre de tus hijos;
37 por eso aquí me tienes:
voy a reunir a todos tus amantes
a los que complaciste,
a todos los que amabas
y a los que aborrecías.
Los reuniré de todas partes contra ti,
te dejaré desnuda delante de ellos,
para que miren tus vergüenzas.
38 Te aplicaré las penas de las adúlteras
y de las homicidas,
descargando sobre ti
mi furor y mi rabia.
39 Te entregaré en sus manos:
derribarán tus prostíbulos,
demolerán tus puestos;
te quitarán los vestidos,
te arrebatarán las alhajas,
dejándote desnuda y en cueros.
40 Traerán un tropel contra ti
que te apedreará
y te descuartizará a cuchilladas.
41 Prenderán fuego a tus casas
y ejecutarán en ti la sentencia
en presencia de muchas mujeres;
42 Aplacaré mi ira contra ti
y apartaré de ti mi cólera;
me serenaré
y no volveré a irritarme.
43 Por no haberte acordado
de tu juventud,
por haberme provocado
con todas estas cosas,
también yo te pagaré
según tu conducta
–oráculo del Señor–.
¿No has añadido la infamia
a todas sus prácticas idolátricas?

44 Mira, todos se burlan
diciéndote el refrán:
De tal madre, tal hija.
45 Hija eres de tu madre,
que aborreció marido e hijos;
hermana eres de tus hermanas,
que aborrecieron maridos e hijos.
La madre de ustedes era hitita
y su padre un amorreo.
46 Tu hermana la mayor
es Samaría con sus poblados,
situada a tu izquierda;
tu hermana la pequeña,
situada a tu derecha,
es Sodoma con sus poblados.
47 No sólo seguiste sus caminos
e imitaste sus prácticas idolátricas,
sino que te pareció poco
y les ganaste en conducta depravada.
48 ¡Juro por mi vida!
–oráculo del Señor–
que Sodoma, tu hermana,
y sus poblados
no han obrado
como han obrado tú y tus poblados.
49 Mira, ése fue el delito de Sodoma,
tu hermana: soberbia,
hartura de pan y bienestar apacible
tuvieron ella y sus poblados,
pero no dio una mano
al desgraciado y al pobre.
50 Se engrieron frente a mí,
cometieron prácticas idolátricas,
y las quité de en medio
en cuanto lo vi.
51 Y Samaría no pecó ni la mitad que tú;
tú has cometido
más prácticas idolátricas
que ellas, y con las prácticas
idolátricas cometidas,
has hecho buenas a tus hermanas.
52 Ahora carga, tú también,
con tu vergüenza,
porque con tus pecados
dejaste en buen lugar
a tus hermanas;
te envileciste más que ellas,
ellas son inocentes a tu lado.
Sonrójate también
y carga con tu vergüenza,
porque has hecho
buenas a tus hermanas.
53 Cambiaré su suerte,
la suerte de Sodoma y sus poblados,
la suerte de Samaría y sus poblados
–también cambiaré tu suerte
junto con la de ellas–,
54 para que cargues con tu vergüenza
y te avergüences de cuanto hiciste
sirviéndoles a ellas de consuelo.
55 Y tu hermana Sodoma y sus poblados
volverán a su estado antiguo:
Samaría y sus poblados
volverán a su estado antiguo
también tú y tus poblados
volverán a su estado antiguo.
56 ¿No te burlabas de Sodoma,
tu hermana, difamándola
en tu época de orgullo,
57 antes de descubrirse tus vergüenzas?
¡Ahora eres la vergüenza
de las edomitas
y de sus vecinas las filisteas,
que te insultan por todas partes!
58 Ahora cargas con tu infamia
y tus prácticas idolátricas
–oráculo del Señor–.
59 Porque así dice el Señor:
Actuaré contigo
conforme a tus acciones,
pues menospreciaste el juramento
y quebrantaste la alianza.
60 Pero yo me acordaré de la alianza
que hice contigo cuando eras joven
y haré contigo una alianza eterna.
61 Tú te acordarás de tu conducta
y te sonrojarás,
al recibir a tus hermanas,
las mayores y las más pequeñas;
pues yo te las daré como hijas,
pero no en virtud de tu alianza.
62 Yo mismo haré alianza contigo
y sabrás que yo soy el Señor,
63 para que te acuerdes y te sonrojes
y no vuelvas
a abrir la boca de vergüenza,

17,1-24 El águila y el cedro. Esta nueva alegoría se refiere a los reyes de Judá. Recordemos que la alegoría es diferente a la parábola. Ésta hace que el oyente tome conciencia de una situación en la que se encuentra y que se le presenta en un marco muy distinto. Toda parábola tiene su moraleja, pero no se trata de buscar si cada detalle de la historia corresponde o no a una persona o a un hecho de la situación pre-

cuando yo te perdone
todo lo que hiciste
–oráculo del Señor–.

El águila y el cedro
(Sal 80)

17 [1] Me dirigió la palabra el Señor:
[2] –Hijo de hombre, plantea un enigma y narra una parábola a la casa de Israel,
[3] diciendo: Esto dice el Señor:

El águila gigante, de gigantescas alas,
de gran envergadura,
de plumaje tupido,
lleno de colorido, voló al Líbano;
tomó la copa de un cedro,
[4] arrancó la más alta de sus ramas
y se la llevó a un país de mercaderes,
plantándola
en una ciudad de traficantes.
[5] Después recogió semilla de la tierra
y la echó en terreno preparado.
La sembró en la ribera,
junto a aguas abundantes,
[6] para que germinara y se hiciera
vid aparrada, achaparrada,
para que orientara hacia ella
los sarmientos,
y le sometiera las raíces.
Y se hizo vid, y echó retoños
y se puso frondosa.
[7a] Vino después otra águila gigante,
de gigantescas alas
y de plumaje tupido,
y entonces nuestra vid,
[8a] aunque estaba plantada
en buen terreno,
junto a aguas abundantes,
[7b] dirigió sus raíces hacia ella
y orientó hacia ella sus sarmientos,
para recibir más riego
que en la tierra
donde estaba plantada
[8b] y así echar ramas y dar fruto
y hacerse vid espléndida.
[9] Di: Esto dice el Señor:
¿Prosperará o la arrancarán de raíz
y se malogrará su fruto
y se marchitarán sus renuevos?
No hará falta un brazo robusto
ni mucha gente para arrancarla.
[10] Miren, ya está plantada: ¿prosperará?,
¿o se secará cuando la azote
el viento del este,
en la tierra donde germinó se secará?
[11] Me dirigió la palabra el Señor:
[12] –Dile a este pueblo rebelde:
¿No entienden lo que esto significa?
Di: Miren, el rey de Babilonia
fue a Jerusalén,
y apresando a su rey y a sus príncipes
se los llevó a Babilonia.
[13] Tomando a uno de estirpe real,
hizo con él un pacto
y lo comprometió con juramento,
llevándose a los nobles del país
[14] para que fuera un reino humilde
que no se ensoberbeciera
y observara fielmente el pacto.
[15] Pero se rebeló contra él
y envió mensajeros a Egipto
pidiendo caballos
y tropas numerosas.
¿Tendrá éxito?,
¿escapará con vida el que hizo esto?
Él que violó el pacto,
¿escapará con vida?

[16] ¡Por mi vida! –oráculo del Señor–, juro
que en el territorio del rey que lo hizo rey,
cuyo juramento menospreció y cuyo pacto
violó, en Babilonia morirá. [17] Y el faraón no
intervendrá en favor suyo en la guerra con
un gran ejército y mucha tropa cuando hagan terraplenes y construyan torres de
asalto para matar a tanta gente. [18] Menos-
preció el juramento y violó el pacto. Dio la
mano y después hizo esto. No escapará con
vida. [19] Por tanto, así dice el Señor:

¡Juro por mi vida!, que lo castigaré
por haber menospreciado
mi juramento
y por haber violado mi pacto.

sente. La alegoría, en cambio, construye una historia poco verosímil, pero cuyos detalles tendrán uno a uno su aplicación en la situación presente. La parra que se vuelve hacia el gran águila (17,7) no es un hecho verosímil, por eso el lector contemporáneo entiende mejor a Ezequiel cuando en el versículo 11 comienza a hablar como estamos acostumbrados hoy. Pero, indudablemente, la alegoría se escribió para sus primeros lectores, que pensaban de forma diferente a nosotros.

El oráculo de los versículos 22-24 introduce una nueva promesa de restauración, descrita como la era del Mesías.

20 Tenderé mi red sobre él
y lo cazaré en mi trampa;
lo llevaré a Babilonia para juzgarlo allí
por sus traiciones
y por todos sus extravíos.
21 Lo mejor de su ejército caerá a espada
y los supervivientes
se dispersarán a todos los vientos,
y sabrán que yo, el Señor, he hablado.
22 Esto dice el Señor:
Tomaré la copa de un cedro
del cedro alto y encumbrado;
cortaré un brote
de la más alta de sus ramas
y yo lo plantaré en un monte
elevado y señero,
23 lo plantaré en el monte
encumbrado de Israel.
Echará ramas, dará fruto
y llegará a ser un cedro magnífico;
anidarán en él todos los pájaros,
a la sombra de su ramaje
anidarán todas las aves.
24 Y sabrán los árboles silvestres
que yo, el Señor,
humillo al árbol elevado
y elevo al árbol humilde,
seco el árbol verde
y reverdezco el árbol seco.
Yo, el Señor, lo digo y lo hago.

Responsabilidad personal
(33,1-20)

18 1 Me dirigió la palabra el Señor:
2 –¿Por qué andan repitiendo
este refrán en la tierra de Israel:
Los padres comieron uvas agrias
y a los hijos
se les destemplan los dientes?
3 ¡Por mi vida!, les juro
–oráculo del Señor–
que nadie volverá a repetir
ese refrán en Israel.
4 Sépanlo: todas las vidas son mías;
lo mismo que la vida del padre,
es mía la vida del hijo;
el que peca es el que morirá.
5 El hombre que es justo,
que observa el derecho y la justicia,
6 que no participa
en banquetes idolátricos
levantando los ojos
a los ídolos de Israel;
que no profana
a la mujer de su prójimo,
ni se acuesta
con la mujer en su regla;
7 que no explota,
sino que devuelve
la prenda empeñada;
que no roba, sino que da
su pan al hambriento
y viste al desnudo;
8 que no presta con usura
ni cobra intereses;
que aparta la mano de la maldad
y juzga imparcialmente los delitos;
9 que camina según mis preceptos
y guarda mis mandamientos,
cumpliéndolos fielmente,
ese hombre es justo
y ciertamente vivirá
–oráculo del Señor–.
10 Si éste engendra
un hijo criminal y homicida,
que quebranta algunas
de estas prohibiciones

18,1-32 Responsabilidad personal. Tenemos aquí uno de los mensajes más importantes de este libro, que se repite más brevemente en 14,12-14 y 33,10. El proverbio del que reniega Ezequiel expresa una realidad: la generación de los exiliados está pagando los errores y los pecados de las generaciones precedentes. Para los contemporáneos de Ezequiel, esa certeza justificaba un cierto fatalismo y la sensación de derrota ante la situación presente. Equiparaban la justicia de Dios a la de los hombres, acostumbrados como estaban a que se castigaran las faltas del padre de familia masacrando a todos los suyos.

Ahora que están lejos de su país y que el culto al Señor ya no se celebra no hay remedio. Ezequiel habla de una justicia de Dios que toma en cuenta a las personas y da a cada uno lo que se merece. Afirma la posibilidad de convertirse y de obtener de Dios las bendiciones perdidas por la conducta anterior; Dios sólo quiere dar vida, con tal que se vuelva a su Alianza. Todo eso es decisivo para devolver la esperanza y para motivar a esos exiliados, cuyos hijos volverán un día a su país para reconstruir el pueblo de Dios sobre bases más serias. Sin embargo, los oyentes de Ezequiel no podían dejar de ver que la vida desmentía su optimismo respecto a la justicia de Dios: hay muchos casos en que los justos no llegan a viejos y no parecían verse recompensados por sus trabajos. Se comprende entonces que después de haber detallado todos los posibles pecados del malvado, Ezequiel utilice sin más

11 o no cumple todos estos mandatos,
sino que participa
en banquetes idolátricos
y profana a la mujer de su prójimo;
12 que explota
al desgraciado y al pobre,
que roba y no devuelve
la prenda empeñada,
que levanta los ojos a los ídolos
y comete prácticas idolátricas;
13 que presta con usura y cobra intereses,
ciertamente no vivirá;
por haber cometido
todas esas prácticas idolátricas,
morirá ciertamente
y será responsable de sus crímenes.
14 Y si éste engendra un hijo,
que a pesar de haber visto
los pecados de su padre no los imita;
15 que no participa
en los banquetes idolátricos
levantando los ojos
a los ídolos de Israel;
que no profana
a la mujer de su prójimo;
16 que no explota
ni se apropia la prenda empeñada;
que no roba, sino que da
su pan al hambriento
y viste al desnudo;
17 que aparta la mano de la maldad
y no cobra interés usurario;
que cumple mis mandamientos
y camina según mis preceptos,
ese hombre no morirá
por culpa de su padre,
sino que ciertamente vivirá.
18 Su padre, que cometió
atropellos y robos
y maltrató a su gente,
murió por su culpa.
19 Ustedes objetarán: ¿Por qué no carga
el hijo con la culpa del padre?
Si el hijo observa
el derecho y la justicia
y guarda mis preceptos y los cumple,
ciertamente vivirá.
20 El que peca es el que morirá;
el hijo no cargará
con la culpa del padre,
el padre no cargará
con la culpa del hijo;
sobre el justo recaerá su justicia,
sobre el malvado recaerá su maldad.
21 Si el malvado se convierte
de los pecados cometidos
y guarda mis preceptos
y practica el derecho y la justicia,
ciertamente vivirá y no morirá.
22 No se le tendrán en cuenta
los delitos que cometió,
por la justicia que hizo vivirá.
23 ¿Acaso quiero yo
la muerte del malvado
–oráculo del Señor–
y no que se convierta
de su conducta y que viva?
24 Si el justo se aparta de su justicia
y comete maldad,
imitando las prácticas idolátricas
del malvado,
no se tendrá en cuenta
la justicia que hizo:
por la iniquidad que perpetró
y por el pecado que cometió morirá.
25 Ustedes objetarán: No es justo
el proceder del Señor.
Escucha, casa de Israel:
¿Es injusto mi proceder?
¿No es el proceder de ustedes
el que es injusto?
26 Cuando el justo se aparta de su justicia,
comete la maldad y muere,
muere por la maldad que cometió.
27 Y cuando el malvado se convierte
de la maldad que hizo
y practica el derecho y la justicia,
él mismo salva su vida.
28 Si recapacita y se convierte
de los delitos cometidos,
ciertamente vivirá y no morirá.
29 Objeta la casa de Israel:
No es justo el proceder del Señor.
¿Es injusto mi proceder,
casa de Israel?
¿No es el proceder de ustedes
el que es injusto?
30 Pues bien, casa de Israel,

precisión las palabras «vivirá», «morirá». Afirma lo que debiera ser y que tal vez no será; aunque todavía no ha llegado el momento de creer en una recompensa después de la muerte, guarda dentro de sí la idea de que Dios sabrá hacer algo para que el justo reciba lo que merece.

yo juzgaré a cada uno
según su proceder
–oráculo del Señor–.
Arrepiéntanse y conviértanse
de sus delitos,
y no caerán en pecado.
31 Quítense de encima los delitos
que han cometido
y estrenen un corazón nuevo
y un espíritu nuevo,
y así no morirán, casa de Israel.
32 Porque yo no quiero la muerte de nadie
–oráculo del Señor–.
¡Conviértanse y vivirán!

La leona y los cachorros

19 1 Tú entona esta lamentación
por los príncipes de Israel:
2 ¡Qué leona tu madre
en medio de leones!
Tumbada entre leoncillos
amamantaba a sus cachorros.
3 Crió a uno de sus cachorros,
que se hizo león joven
y aprendió a desgarrar la presa,
devorando hombres.
4 Juntaron gente contra él,
lo atraparon en la fosa,
y con argollas se lo llevaron
a la tierra de Egipto.
5 Y viendo desvanecida
y burlada su esperanza,
tomó otro de sus cachorros
y lo hizo león joven.
6 Se paseaba entre los leones
hecho ya un león joven;
7 hacía estragos en los palacios
y arrasaba las ciudades;
tenía el país y sus moradores
espantados con sus rugidos.
8 Cargaron contra él los pueblos
de las comarcas vecinas;
tendieron sus redes sobre él
y lo atraparon en la fosa.
9 Con cadenas y con argollas
lo llevaron al rey de Babilonia;
enjaulado se lo llevaron
para que no volviera
a oírse su rugido
en las montañas de Israel.

La vid arrancada
(Is 27,2-5.11; Ez 17,6-10)

10 Tu madre es como vid sarmentosa
plantada al pie del agua:
produjo sombra y fruto
por la abundancia de agua.
11 Echó ramas vigorosas
para cetros reales;
se elevó su estatura
hasta tocar las nubes;
destacaba por su altura;
por su abundancia de sarmientos.
12 Pero la arrancaron con rabia
y la tiraron por tierra,
y el viento del este secó su fruto;
se desgajó y se secó
y el fuego devoró su rama vigorosa.
13 Ahora está plantada en el desierto,
en terreno reseco y sediento.
14 Brotó fuego de una rama
y devoró sus retoños y sus frutos.
No queda en ella ramas fuertes,
cetro para gobernar.
Es un canto fúnebre:
se canta como lamentación.

Historia de una rebeldía
(16; 23)

20 1 El año séptimo, el día décimo del
quinto mes, vinieron algunos ancia-
nos de Israel a consultar al Señor y se sen-
taron frente a mí. 2 Entonces me dirigió la
palabra el Señor:
3 –Hijo de hombre, habla así a los an-
cianos de Israel: Esto dice el Señor: ¿Vie-
nen a consultarme? ¡Por mi vida! Juro que
no me dejaré consultar por ustedes –orácu-
lo del Señor–. 4 ¡Júzgalos tú, júzgalos tú,

19,1-14 La leona y los cachorros – La vid arrancada. Esta lamentación evoca dos imágenes del reino de Judá hasta la llegada de Nabucodonosor, rey de Babilonia: la primera es la imagen de la leona y sus dos cachorros, que algunos interpretan como Joacaz y Sedecías; la otra imagen es la de la vid, próspera en otro tiempo, pero árida ahora y pronta para ser devorada por el fuego.

20,1-44 Historia de una rebeldía. Para Ezequiel, la historia de su pueblo se ha desarrollado en una constante tensión entre alianza-rebeldía, fidelidad-infidelidad, pecado-castigo. En cada una de las etapas, desde su nacimiento hasta la época del profeta, Israel se mostró siempre rebelde al plan divino: cuando estaba en Egipto (5-9); en el desierto (10-17); y en la tierra prometida (30-38). Sin embargo, al final Israel reco-

Hijo de hombre! Dales a conocer las prácticas idolátricas de sus padres, 5 diciéndoles: Esto dice el Señor:

Cuando elegí a Israel,
juré con la mano en alto
a la descendencia de la casa de Jacob;
cuando me manifesté a ellos
en Egipto les dije con la mano en alto:
Yo soy el Señor, su Dios.
6 Aquel día les juré con la mano en alto
sacarlos de Egipto
y llevarlos a una tierra
que yo mismo les había explorado:
manaba leche y miel,
era la perla de las naciones.
7 Y les dije:
Arrojen sus detestables dioses
que atraen sus miradas
y no se contaminen
con los ídolos de Egipto.
Yo soy el Señor, su Dios.
8 Pero se rebelaron contra mí
y no quisieron obedecerme;
ninguno arrojó los detestables dioses
que atraían sus miradas
ni se deshizo de los ídolos de Egipto.
Entonces pensé derramar
mi cólera sobre ellos
para agotar en ellos mi ira
en territorio egipcio.
9 Pero actué por respeto a mi Nombre,
para que no fuera profanado
ante los paganos con los que vivían,
y en cuya presencia
me manifesté a ellos
para sacarlos de Egipto.
10 Los saqué de Egipto
y los llevé al desierto.
11 Les di mis preceptos
y les enseñé mis mandamientos,
que dan la vida al que los cumple.
12 Les di también mis sábados
como señal recíproca,
para que se supiera
que yo soy el Señor
que los santifico.
13 Pero se rebeló contra mí
la casa de Israel en el desierto:
no caminaron según mis preceptos,
rechazaron mis mandamientos,
que dan la vida al que los cumple,
y profanaron gravemente
mis sábados.
Entonces pensé derramar
mi cólera sobre ellos,
en el desierto, para exterminarlos.
14 Pero actué por respeto a mi Nombre,
para que no fuera profanado
ante los paganos,
en cuya presencia los había sacado.
15 No obstante, juré en el desierto,
con la mano en alto,
no llevarlos a la tierra
que les había asignado,
que manaba leche y miel
y era la perla de las naciones,
16 por haber rechazado
mis mandamientos,
por no haber caminado
según mis preceptos,
por haber profanado mis sábados,
porque se les iba el corazón
tras sus ídolos.
17 Pero compadecido de ellos,
no los aniquilé
ni acabé con ellos en el desierto.
18 A sus hijos les dije en el desierto:
No caminen según los preceptos
de sus padres,
ni guarden sus mandamientos,
ni se contaminen con sus ídolos.
19 Yo soy el Señor, su Dios:
caminen según mis preceptos,
guarden mis mandamientos
y cúmplanlos;
20 santifiquen mis sábados:
serán señal recíproca
para que se sepa
que soy el Señor, su Dios.
21 Pero sus hijos se rebelaron contra mí:
no caminaron según mis preceptos,
ni guardaron ni cumplieron
mis mandamientos,
que dan la vida al que los cumple,
y profanaron mis sábados.
Entonces pensé derramar

---

nocerá sus pecados, el Señor lo reunificará y lo hará volver a la tierra prometida (39-44) por el honor del Nombre del Señor. En cada etapa, el Señor pensó acabar con todos; si no lo hizo fue para no profanar su propio Nombre (9.14.22).

mi cólera sobre ellos
para agotar en ellos
mi ira en el desierto.
22 Pero retraje mi mano
y actué por respeto a mi Nombre
para que no fuera profanado
ante los paganos,
en cuya presencia los había sacado.
23 Con todo, juré en el desierto,
con la mano en alto,
dispersarlos por las naciones
y esparcirlos por los países,
24 por no haber cumplido
mis mandamientos,
por haber rechazado mis preceptos
y haber profanado mis sábados,
por haberse entregado
a los ídolos de sus padres.
25 ¿Acaso les di yo
preceptos no buenos,
mandamientos
que no les darían la vida?
26 ¿Los contaminé
con las ofrendas que hacían
sacrificando en el fuego
a sus hijos primogénitos?
¿Los horroricé para que así
supieran que yo soy el Señor?
27 Por tanto, Hijo de hombre,
habla así a la casa de Israel:
Esto dice el Señor:
Sus padres
encima me ofendieron
cometiendo esta traición:
28 Cuando los introduje en la tierra
que con la mano en alto
había jurado darles,
al ver una colina alta,
al ver un árbol frondoso,
allí hacían sus sacrificios,
allí depositaban su irritante ofrenda,
allí ponían sus oblaciones
de aroma que aplaca,
allí vertían sus libaciones.
29 Entonces les pregunté:
¿Qué hay en ese lugar alto
que frecuentan?
Y se quedó con el nombre
de lugar alto
hasta el día de hoy.
30 Por tanto, dile a la casa de Israel:
Esto dice el Señor:
Se contaminan
igual que sus padres,
se prostituyen con sus ídolos,
31 ofrecen a sus hijos
pasándolos por el fuego,
se siguen contaminando
con sus ídolos,
¿y voy a dejarme consultar
por ustedes, casa de Israel?
¡Por mi vida! –oráculo del Señor–,
juro que no me dejaré consultar.
32 Jamás se realizarán los planes
que están pensando:
Seremos como los demás pueblos,
como las razas de otros países,
que adoran al leño y a la piedra.
33 ¡Por mi vida!
–oráculo del Señor–,
juro que con mano poderosa,
con brazo extendido,
con cólera incontenible,
reinaré sobre ustedes
34 y los sacaré de los países
y los reuniré de entre las naciones
por las que están dispersos,
con mano poderosa,
con brazo extendido,
con cólera incontenible.
35 Y los llevaré
al desierto de los pueblos
para pleitear allí
con ustedes cara a cara.
36 Igual que pleiteé
con sus padres
en el desierto de Egipto,
así pleitearé con ustedes
–oráculo del Señor–.
37 Los haré pasar bajo el cayado
y los haré entrar uno a uno
por el aro de la alianza,
38 y excluiré a los rebeldes
que se sublevan contra mí;
los sacaré del país de su destierro,
pero no entrarán
en la tierra de Israel.
Y sabrán que yo soy el Señor.
39 A ustedes, casa de Israel,
esto les dice el Señor:
Cada uno que vaya
a servir a sus ídolos
si no quiere obedecerme,
pero que no siga profanando

mi santo Nombre
con sus ofrendas idolátricas.
40 Porque en mi santo monte,
en el más alto monte de Israel
–oráculo del Señor–,
allí en la tierra, me servirá
la casa de Israel toda entera.
Allí los aceptaré,
allí les pediré sus tributos,
sus primicias
y sus dones sagrados.
41 Como aroma que aplaca
los aceptaré
cuando los saque de los países
y los reúna de entre las naciones
en las que están dispersos
y muestre en ustedes mi santidad
a la vista de los paganos.
42 Y sabrán que yo soy el Señor
cuando los lleve a la tierra de Israel,
al país que con la mano en alto
juré dar a sus padres.
43 Allí, cuando se acuerden
de su conducta
y de las malas obras
con que se contaminaron
sentirán asco de ustedes mismos
por las maldades que cometieron.
44 Y sabrán que yo soy el Señor
cuando los trate
como exige mi Nombre,
no según su mala conducta
y sus obras perversas,
casa de Israel –oráculo del Señor–.

El bosque en llamas

21 1 Me dirigió la palabra el Señor:
2 –Hijo de hombre, ponte mirando al
sur, vaticina al mediodía, profetiza así al
bosque austral: 3 ¡Bosque austral, escucha
la Palabra del Señor! Esto dice el Señor:

Voy a prenderte un fuego que devore
tus árboles verdes, tus árboles secos.
No se apagará la ardiente llamarada
que abrasará todos los terrenos,
desde el sur hasta el norte.
4 Y verá todo mortal
que yo, el Señor, lo encendí,
y no se apagará.
5 Yo entonces repliqué:
–¡Ay, Señor! Van diciendo de mí:
Es un charlatán.
6 Me dirigió la palabra el Señor:
7 –Hijo de hombre,
ponte mirando a Jerusalén,
dirige tu palabra hacia el templo,
8 di así a la tierra de Israel:
Tierra de Israel, esto dice el Señor:
Aquí estoy contra ti,
desenvaino la espada
para extirpar de ti
a inocentes y culpables.
9 Porque tengo que extirpar de ti
a inocentes y culpables,
por eso sale mi espada de la vaina
contra todo mortal, de sur a norte.
10 Y sabrá todo mortal que yo, el Señor,
desenvainé mi espada:
no volverá a la vaina.
11 Y tú, Hijo de hombre,
gime doblando la cintura,
gime amargamente a la vista de ellos.
12 Y cuando te pregunten por qué gimes,
responderás:
Porque al llegar una noticia
todos los corazones desmayarán
y desfallecerán todos los brazos,
todos los espíritus vacilarán
y flaquearán todas las rodillas.
Mira que llega, que sucede
–oráculo del Señor–.

Canto a la espada
(Is 27,1; Jr 50,35-38)

13 Me dirigió la palabra el Señor:
14 –Hijo de hombre, profetiza diciendo:
Esto dice el Señor:

21,1-37 El bosque en llamas – Canto a la espada. Encontramos cuatro oráculos; los tres primeros van dirigidos contra Israel, mientras que el cuarto y más largo va dirigido contra Amón y Babilonia. El primer oráculo evoca un gran incendio que abrasará el bosque del sur, esto es, Judá y su capital. Este oráculo es una respuesta a quienes se mofan del profeta porque sus palabras no se cumplen (5), y al mismo tiempo nos prepara para la noticia de la destrucción de Jerusalén y del templo. Los restantes oráculos (13-18; 19-22; 23-37) están construidos a partir de la imagen de la «espada del Señor», expresión simbólica del castigo de Dios, castigo que puede ejecutar Él personalmente o valiéndose de otros, en este caso de los babilonios. La imagen del rey en el cruce de caminos (26), consultando y echando suertes, subraya su valor de instrumento en manos del Señor. Al final, la espada castigadora también será juzgada y destruida (35).

¡Espada, espada afilada
y además pulida!
15 Afilada para degollar,
pulida para brillar.
....
16 La llevaron a pulir
antes de empuñarla;
ya está afilada la espada,
ya está pulida,
para ponerla en manos del asesino.
17 Grita y gime, Hijo de hombre,
porque la alzan contra mi pueblo,
contra todos los príncipes de Israel;
los han entregado a la espada,
junto con mi pueblo;
por tanto, golpéate el pecho.
....
18 –oráculo del Señor–.
19 Y tú, Hijo de hombre,
profetiza y golpea las palmas:
que se duplique la espada,
que se triplique,
la espada de los acribillados,
la espada grande que acribilla,
que los tiene acorralados.
20 Para que el corazón tiemble
y haya muchos caídos,
contra todas sus puertas
enderezo la punta de la espada,
hermanada con el rayo,
desnuda para la matanza.
21 Da estocadas a derecha
y tajos a izquierda:
donde tu hoja sea requerida.
22 También yo golpearé las palmas
y descargaré mi rabia.
Yo, el Señor, he hablado.

23 Me dirigió la palabra el Señor:
24 –Y tú, Hijo de hombre, traza dos rutas
para la espada del rey de Babilonia; las dos
arrancarán del mismo país. 25 Pon una se-
ñal en el inicio de cada ruta para la espada:
A Rabat de los amonitas; a Judá, que tiene
en Jerusalén su plaza fuerte. 26 Ha hecho
alto el rey de Babilonia en la bifurcación del
camino, donde se dividen las dos rutas,
para consultar los presagios: revuelve las
flechas, pregunta a los ídolos, inspecciona
el hígado de las víctimas. 27 Ya tiene en su
mano derecha el vaticinio: ¡A Jerusalén! ¡A
prorrumpir en alaridos y lanzar gritos de
guerra, a dirigir máquinas de guerra contra
las puertas, a hacer un terraplén y construir
torres de asalto!
28 A los habitantes de Jerusalén les pa-
reció falso el vaticinio, porque les habían
jurado vasallaje; pero él los acusará y los
arrestará. 29 Por tanto, así dice el Señor:

Porque les denuncian su culpa
y se descubren sus delitos;
porque quedan patentes
sus pecados
y todos sus crímenes;
porque están procesados,
los arrestarán por la fuerza.
30 Y tú, malhechor infame,
príncipe de Israel,
cuyo día ha llegado,
la hora del castigo final;
31 esto dice el Señor:
¡Fuera el turbante, quítate la corona!
Esto ya no será así:
lo humilde será elevado
y lo excel so será humillado;
32 ruinas, ruinas,
todo lo convierto en ruinas.
Pero esto no sucederá
hasta que llegue
el que ha de ejecutar la sentencia
que yo le he encargado.
33 Y tú, Hijo de hombre, profetiza:
Esto dice el Señor
contra los amonitas
y contra sus insultos.
¡Espada, espada
desenvainada para la matanza,
pulida para brillar!
34 De ti, en visiones falsas,
vaticinan engaños.
¡Que te apliquen al cuello
de los malhechores infames,
cuyo día ha llegado,
la hora del castigo final!
35 ¡Vuelve a la vaina!
En el mismo lugar
donde fuiste forjada,
en tu país natal, te juzgaré;
36 derramaré mi furor sobre ti,
alimentaré contra ti
el fuego de mi furia
y te entregaré
en poder de hombres bárbaros,
artesanos del exterminio.
37 Serás pasto del fuego,

tu sangre caerá en tu propia tierra.
Jamás serás nombrada,
porque yo, el Señor, he hablado.

La ciudad sanguinaria
(Is 3,1-15; Sal 55,10-12)

22 1 Me dirigió la palabra el Señor:
2 –Y tú, Hijo de hombre, juzga,
juzga a la ciudad sanguinaria,
denúnciale
todas sus prácticas idolátricas,
3 diciendo: Esto dice el Señor:
¡Ciudad que se encamina
a su destrucción,
derramando sangre dentro de sí,
y que se ha contaminado
fabricándose ídolos!
4 La sangre
que derramaste te condena,
te han contaminado
los ídolos que fabricaste.
Has precipitado tu hora
y has llegado al fin de tu existencia.
Por eso te hago
objeto de insulto de los pueblos
y burla de todas las naciones.
5 Las vecinas y las remotas
se burlan de ti,
famosa por tu impureza,
grande por tu anarquía.
6 Mira, los príncipes de Israel
solo ocupados en derramar sangre.
7 En ti despojan al padre y a la madre,
en ti atropellan al forastero,
en ti explotan al huérfano
y a la viuda.
8 Menosprecias mis cosas santas,
y profanas mis sábados.
9 En ti hay hombres que calumnian
para derramar sangre:
en ti van a comer a los montes
banquetes idolátricos,
en ti se cometen infamias.
10 En ti hay quien peca
con su madrastra,
en ti quien violenta
a la mujer en su regla.
11 En ti unos cometen
prácticas idolátricas
con la mujer del prójimo;
otros abusan
infamemente de su nuera,
otros violentan a su hermana,
hija de su mismo padre.
12 En ti se practica el soborno
para derramar sangre;
cobras interés usurario,
te enriqueces a costa del prójimo
y a mí me tienes olvidado
–oráculo del Señor–.
13 Pero yo estoy golpeando las palmas
al ver los negocios que haces
y la sangre que hay en ti.
14 ¿Seguirá tu corazón inconmovible
y firmes tus manos
cuando yo actúe contra ti?
Yo, el Señor, lo digo y lo hago.
15 Te dispersaré por las naciones
y te esparciré por los países,
y así te limpiaré de toda mancha.
16 En ti quedaré profanado
a la vista de los paganos,
y sabrás que yo soy el Señor.
17 Me dirigió la palabra el Señor:
18 –Hijo de hombre, la casa de Israel
se me ha convertido en resto inútil:
todos ellos sean plata,
cobre y estaño,
hierro y plomo dentro del horno;
se han convertido en resto inútil.
19 Por tanto, esto dice el Señor:
Por haberse convertido
todos en resto inútil,
por eso voy a reunirlos
dentro de Jerusalén.
20 Igual que se reúne plata y cobre,
hierro, plomo y estaño
dentro del horno,
y se aviva el fuego
para que se funda todo,
de la misma manera los reuniré;
en mi ira y en mi cólera
los meteré y los fundiré.

22,1-31 La ciudad sanguinaria. El desenlace de la inminente destrucción está cada vez más próxima. El profeta subraya con mayor detalle la lista de pecados de Israel. Dos son los pecados que dan origen a todos los demás: la idolatría y el derramamiento de sangre, término que encierra la injusticia, la violencia y los asesinatos. Estos delitos y pecados son obra de todos y cada uno de los habitantes de Judá y de Jerusalén. Nótese cómo se mencionan todos los estratos sociales: los príncipes (25), los sacerdotes (26), los nobles (27), los profetas (28), los terratenientes (29) y el pueblo en general (30). Por ello, el Señor procederá con todo su furor (31).

21 Los juntaré
y alimentaré contra ustedes
el fuego de mi furia,
que los fundirá en ella.
22 Allí se fundirán
igual que se funde la plata
dentro del horno.
Y sabrán que yo, el Señor,
he derramado mi cólera
sobre ustedes.
23 Me dirigió la palabra el Señor:
24 –Hijo de hombre, dile a Jerusalén:
Eres tierra no limpiada ni llovida,
en el día de mi furor.
25 Sus príncipes dentro de ella
eran león que ruge
al desgarrar la presa;
devoraban a la gente,
arrebataban riquezas
y objetos preciosos,
multiplicaban dentro de ella
el número de viudas.
26 Sus sacerdotes violaban mi ley
y profanaban mis cosas santas;
no separaban
lo sagrado y lo profano
ni declaraban
lo que es puro o es impuro.
Ante mis sábados cerraban los ojos,
y así fui profanado
en medio de ellos.
27 Sus nobles dentro de ella eran lobos
que desgarraban la presa,
derramando sangre
y eliminando gente
para enriquecerse.
28 Sus profetas eran
como los que cubren con cal
que les ofrecían visiones falsas
y les vaticinaban embustes,
diciendo: Esto dice el Señor,
cuando el Señor no hablaba.
29 Los terratenientes cometían
atropellos y robos,
explotaban al desgraciado
y al pobre
y atropellaban injustamente
al emigrante.
30 Busqué entre ellos uno
que levantara una cerca,
que por amor a la tierra
aguantara en la brecha frente a mí,
para que yo no la destruyera;
pero no lo encontré.
31 Entonces derramé
mi furor sobre ellos,
los consumí en el fuego de mi furia;
di a cada uno su merecido
–oráculo del Señor–.

Las dos hermanas
(Jr 3,6-11; Ez 16; Os 2)

23 1 Me dirigió la palabra el Señor:
2 –Hijo de hombre,
había dos mujeres
hijas de la misma madre;
3 se prostituyeron en Egipto,
doncellas eran y se prostituyeron.
Allí fueron manoseados sus pechos,
allí perdieron su virginidad.
4 Ohlá se llamaba la mayor
y Ohlibá su hermana.
Después fueron mías
y dieron a luz hijos e hijas.
5 Ohlá, siendo mía, se prostituyó
y se enamoró de sus amantes:
6 guerreros vestidos de púrpura,
gobernantes y regidores;
todos eran galanes gallardos,
jinetes cabalgando en sus caballos.

23,1-49 Las dos hermanas. De nuevo, el profeta evoca el pasado histórico de su pueblo (cfr. Ez 16) valiéndose esta vez de la alegoría de las dos hermanas que siguen un camino de prostitución e infidelidades, siendo ambas esposas de un mismo señor. Ohláh se llamaba la mayor y Ohlibá, la menor. Estos dos nombres encierran el modo de pensar de los israelitas del reino del sur después de la división del territorio el 931 a.C.: el reino del norte fue el promotor de la división, quedando por tanto separado también de Dios. Ohláh viene de la palabra «ohel» que significa «tienda de campaña», y significa «tienda de ella», «su propia tienda». En el relato representa a Samaría, capital del reino del norte. De otro lado, las tradiciones del sur subrayan que el Señor se quedó con la casa de Judá, en la santa ciudad de Jerusalén y en el templo construido por Salomón. Oholí significa «mi tienda», y Ohlibá, «mi tienda –está– en ella»; se trata de un concepto socio-religioso puesto bajo la autoridad del Señor. El mensaje que quiere transmitir Ezequiel con esta alegoría es muy claro: ni siquiera la hermana con quien se quedó el Señor se comportó fielmente, también se prostituyó entregándose a todo tipo de pecados; los amantes con quienes se había prostituido serán ahora sus verdugos.

7 Y fornicó con ellos,
que eran lo más selecto de los asirios;
se contaminó con los ídolos
de todos sus enamorados.
8 Pero no dejó de fornicar
con los egipcios
que se habían acostado
con ella de muchacha,
le habían quitado su virginidad
y fornicado con ella.
9 Por eso la entregué
en poder de sus amantes,
en poder de los asirios,
sus enamorados.
10 Ellos desnudaron sus vergüenzas,
le arrebataron hijos e hijas
y a ella la mataron a espada;
fue la habladuría de las mujeres
por la sentencia
que en ella ejecutaron.
11 Ohlibá, su hermana, que lo vio,
se envició aún más que ella
y fornicó más que su hermana.
12 Se enamoró de los asirios:
gobernantes y regidores,
guerreros espléndidamente vestidos,
jinetes cabalgando en sus caballos,
jóvenes apuestos todos ellos.
13 Y vi cómo se contaminaba:
las dos iban por el mismo camino.
14 Aún fueron a más sus fornicaciones:
vio grabados de hombres
en las paredes,
figuras de caldeos
pintadas en rojo,
15 con cinturones ceñidos a las caderas,
adornadas con turbantes las cabezas,
todos con aspecto de capitanes,
fiel retrato de los babilonios,
naturales de Caldea,
16 y se enamoró de ellos a primera vista
y les envió mensajeros a Caldea.
17 Y acudieron a ella los babilonios,
a su lecho de amoríos,
contaminándola con sus fornicaciones;
una vez contaminada,
se hastió de ellos.
18 Descubrió sus fornicaciones
y desnudó sus vergüenzas;
entonces yo me hastié de ella
lo mismo que me había hastiado
de su hermana.
19 Todavía acrecentó sus fornicaciones,
añorando su juventud,
cuando se prostituía en Egipto,
20 y volvió a enamorarse
de aquellos lujuriosos amantes,
que tienen miembros de burros
y esperma de sementales.
21 Añorabas
tu juventud infame,
cuando los egipcios
desfloraron tu seno,
seducidos
por tus pechos de doncella.
22 Por tanto, Ohlibá, esto dice el Señor:
Mira, yo vuelvo contra ti
a tus amantes,
de los que sentiste hastío;
los traigo contra ti de todas partes;
23 a los babilonios y todos los caldeos,
a Pecod y Soá y Coa,
y a todos los asirios con ellos,
jóvenes apuestos,
todos gobernantes y regidores,
capitanes y oficiales,
cabalgando en caballos todos ellos.
24 Vienen contra ti infantes y jinetes
y carros, multitud de tropas;
te cercan con escudos
y corazas y cascos;
les encomiendo la justicia
y ejecutarán en ti su sentencia.
25 Descargaré sobre ti mi pasión
y te tratarán con rabia;
te arrancarán nariz y orejas
y lo que quedará de ti caerá a espada;
te arrebatarán hijos e hijas
y el fuego devorará
a los que sobrevivan.
26 Te arrancarán los vestidos
y te arrebatarán las joyas;
27 pondré fin a tu infamia
y a la prostitución
que empezaste en Egipto,
y no volverás
a levantar a ellos los ojos
ni a acordarte de Egipto.
28 Porque esto dice el Señor:
Mira, voy a entregarte
en manos de los que aborreces,
en manos de aquellos
de quienes sentiste hastío.
29 Te tratarán con odio
y te quitarán cuanto ganaste;

te dejarán desnuda, en cueros,
visibles tus vergüenzas de prostituta.
30 Esto es lo que te traen
tu infamia y tus prostituciones,
por fornicar con las naciones
y contaminarte con sus ídolos.
31 Por seguir el camino de tu hermana,
pongo su copa en tus manos.
32 Esto dice el Señor:
Beberás la copa de tu hermana,
ancha y profunda y de gran capacidad.
Serás objeto de risa y de burla.
33 Te llenarás de embriaguez y amargura,
es copa de espanto y aturdimiento:
la copa de tu hermana Samaría.
34 La beberás hasta el fondo
la romperás con tus dientes
y con sus pedazos
te desgarrarás los pechos.
Porque soy yo quien habla
–oráculo del Señor–.
35 Por tanto, así dice el Señor:
Por haberte olvidado de mí
y haberme dado las espaldas,
carga también tú con tu infamia
y tus fornicaciones.
36 El Señor me dijo:
–Juzga a Ohlá y a Ohlibá,
acusándolas
de sus prácticas idolátricas.
37 Porque cometieron adulterio
y hay sangre en sus manos,
cometieron adulterio
con sus ídolos;
y hasta a sus propios hijos,
los que dieron a luz para mí,
se los inmolaron, para que comieran.
38 Algo más hicieron:
profanaron mi santuario
y violaron mis sábados.
39 Después de degollar a sus hijos
en honor de sus ídolos,
entraron en mi santuario
profanándolo.
Ahí tienes lo que hicieron
dentro de mi casa.
40 Y mandaban también avisos
a hombres que venían de lejos,
les mandaban mensajeros
y en seguida acudían;
para ellos te bañabas,
te pintabas los ojos
y te engalanabas con joyas.
41 Te sentabas en un lecho suntuoso
delante de una mesa bien servida
y les ofrecías
mi perfume y mi incienso.
42 Una multitud alegre
se divertía con ella,
eran muchedumbre,
hombres bebedores
traídos del desierto;
le ponían pulseras en los brazos
y diademas de lujo en la cabeza.
43 ....
44 Acudían a ella
como quien acude a una prostituta;
así acudían a Ohlá y a Ohlibá,
hembras depravadas.
45 Pero varones justos las juzgarán
aplicándoles las penas
de las adúlteras y de las homicidas,
porque adúlteras son
y hay sangre en sus manos.
46 Porque esto dice el Señor:
traerán gente contra ellas
que se ensañe con ellas
y las despoje.
47 La gente las apedreará
y las cortará con sus espadas;
matarán a sus hijos e hijas
y prenderán fuego a sus casas.
48 Así pondré fin
a la infamia de esta tierra
y escarmentarán todas las mujeres
y no imitarán su mala conducta.
49 Les darán el merecido
de su mala conducta
y cargarán con sus pecados
de idolatría,
y sabrán que yo soy el Señor.

La olla al fuego
(11,1-12; 22)

24 1 El año noveno, el día décimo del
décimo mes, me dirigió la palabra el
Señor:
2 –Hijo de hombre, apunta la fecha de
hoy, de hoy mismo. El rey de Babilonia hoy

24,1-27 La olla al fuego – Muerte de la esposa – El profeta mudo. Las cosas en Judá están cada día peor. La ciudad ha comenzado a ser sitiada y es probable que esta vez no escape a la destrucción. Ezequiel describe con dos nuevas acciones simbólicas el desenlace de la situación. La primera acción simbóli-

mismo ha atacado a Jerusalén. 3 Cuenta
una parábola a este pueblo rebelde, diciéndoles: Esto dice el Señor:

Prepara la olla, prepárala,
echa en ella agua;
4 echa en ella trozos de carne,
los mejores trozos,
la pata y el costillar;
llénala de huesos escogidos.
5 Aparta lo mejor del rebaño;
luego apila debajo la leña,
cuece los trozos en la olla
y hierve los huesos.
6c Vacíala pedazo a pedazo,
sin echarlas a suerte.
6ab Por tanto, así dice el Señor:
¡Ay ciudad asesina,
olla herrumbrada
que no se desherrumbra!
7 Porque la sangre
que en la ciudad se derramó
la echó sobre la roca desnuda,
no la derramó en la tierra
para que el polvo la cubriera.
8 Para encolerizarme, para vengarme
he puesto sobre la roca desnuda,
la sangre que derramó:
así no será cubierta.
9 Por tanto, así dice el Señor:
¡Ay, ciudad asesina!
Yo mismo agrando la hoguera,
10 arrimo más leña,
enciendo el fuego,
consumo la carne, saco el caldo
y los huesos se queman.
11 Coloco la olla vacía sobre las brasas
para que el cobre se recaliente,
se ponga al rojo
y se le derrita la suciedad,
se le consuma la herrumbre.
12 Pero, por más que uno se esfuerce,
ni al fuego se le desprende
su mucha herrumbre.
13 Por tu infame inmundicia,
porque intenté limpiarte
y no quedaste limpia
de tu inmundicia,
no volverás a ser limpiada
hasta que descargue en ti mi cólera.
14 Yo, el Señor, lo digo,
lo realizo y sucede,
no lo paso por alto,
ni me apiado, ni me arrepiento.
Según tu conducta
y tus malas obras
te juzgaré –oráculo del Señor–.

Muerte de la esposa
(Jr 16,1-9)

15 Me dirigió la palabra el Señor:
16 –Hijo de hombre,
voy a arrebatarte repentinamente
el encanto de tus ojos;
no llores ni hagas duelo
ni derrames lágrimas;
17 laméntate en silencio
como un muerto, sin hacer duelo;
colócate el turbante
y cálzate las sandalias;
no te cubras la cara
ni comas el pan del duelo.
18 Por la mañana
yo hablaba a la gente,
por la tarde se murió mi mujer
y a la mañana siguiente hice
lo que se me había mandado.
19 Entonces me dijo la gente:
¿quieres explicarnos
qué nos anuncia
lo que estás haciendo?
20 Les respondí:
Me dirigió la palabra el Señor:
21 Dile a la casa de Israel:
Esto dice el Señor:
Mira, voy a profanar mi santuario,
del que están tan orgullosos,
el encanto de sus ojos,
el tesoro de sus almas.
Los hijos e hijas que dejaron
caerán a espada.
22 Entonces harán lo que yo he hecho:
no se cubrirán la cara
ni comerán el pan del duelo;
23 seguirán
con el turbante en la cabeza
y las sandalias en los pies,
no llorarán ni harán duelo;
se consumirán por su culpa
y se lamentarán unos con otros.

---

ca (1-14) ilustra el castigo por los excesos de corrupción y maldad que hay dentro de la ciudad. La siguiente acción describe el impacto sicológico y moral que produjo en los israelitas la destrucción de la ciudad y del templo (15-27).

El profeta mudo
(3,26s; 33,21s)

24 Ezequiel les servirá de señal:
harán lo mismo que él ha hecho.
Y cuando suceda
sabrán que yo soy el Señor.

25 Y tú, Hijo de hombre,
el día que yo les arrebate su refugio,
su espléndida alegría,
el encanto de sus ojos,
el ansia de sus almas,
26 ese día se te presentará un fugitivo
para comunicarte una noticia.
27 Ese día se te abrirá la boca
y podrás hablar
en presencia del fugitivo,
y no volverás a quedar mudo.
Les servirás de señal
y sabrán que yo soy el Señor.

ORÁCULOS CONTRA LAS NACIONES

Contra Amón
(Jr 49,1-6; Am 1,13-15)

25 1 Me dirigió la palabra el Señor:
2 –Hijo de hombre, ponte de cara a
los amonitas y profetiza contra ellos, 3 di-
ciendo a los amonitas: Escuchen la Palabra
del Señor: Esto dice el Señor:

Por haber exclamado: ¡Qué bien!,
cuando profanaban mi santuario,
cuando devastaban
la tierra de Israel,
cuando la casa de Judá
iba al destierro;
4 por eso te doy en propiedad
a los orientales:
colocarán en ti sus cercados
y plantarán en ti su campamento;
ellos se comerán tus frutos,
ellos se beberán tu leche.
5 Haré a Rabat pastizal de camellos
y a Amón corral de ovejas,
y sabrán que yo soy el Señor.
6 Porque así dice el Señor:
Por haber aplaudido
y saltado de alegría,
por haberte regocijado,
con todo el desprecio de tu alma,
a causa de la tierra de Israel;
7 por eso extiendo mi mano contra ti:
te daré como botín a las naciones,
te extirparé de entre los pueblos
y te exterminaré de la tierra,
te destruiré para que sepas
que yo soy el Señor.

Contra Moab
(Is 15–16; Jr 48)

8 Esto dice el Señor:
Por haber dicho Moab:

25,1–32,32 Oráculo contra las naciones. Comienza una nueva sección del libro, cuyo tema dominante son los oráculos contra las naciones. Después de haberse ensañado contra Israel, Ezequiel se dirige ahora a las naciones vecinas, algunas de las cuales coinciden con antiguos reinos vasallos de David y enemigos posteriores de Israel. La idea general de estos oráculos es que Judá no estará sola en su desgracia, también sus vecinas recibirán su paga. Como la mayoría de los profetas, Ezequiel se dirige contra Amón (25,1-7), Moab (25,8-11), Edom (25,12-14) y Filistea (25,15-17). En términos generales, los reproches dirigidos contra estos pueblos son casi los mismos: el gozo malsano que sintieron ante la caída de Judá y el haber dado rienda suelta a su odio reprimido, convertido en venganza. El esquema de los oráculos es casi siempre el mismo: palabras de acusación, reproche y condena.

Fuera de estos pueblos, el profeta se dirige también contra Tiro en los capítulos 26s. De hecho, esta ciudad nunca fue enemiga de Israel; si el profeta la emprende contra ella es por haber sido capaz de resistir durante trece años el asedio de Nabucodonosor, cosa que no pudo hacer Judá: lo que podría ser motivo de admiración es para el profeta motivo de irritación, puesto que es una clara resistencia al castigo divino. El rey de Tiro va a ser visto como una especie de altanero competidor del Señor, lo cual es intolerable para el profeta. Para el profeta es inconcebible que todas las naciones queden rendidas a Babilonia, menos Tiro y su monarca (28,1-19). Y es que la realidad histórica es que aquella ciudad nunca pudo ser destruida por Babilonia.

Para la época de Ezequiel, Sidón no tenía ya mucha importancia, pero también es víctima de las invectivas del profeta (28,20-24). Se percibe un amargo resentimiento contra ella.

En medio de los reproches y las condenas aparece una promesa de retorno, salvación y prosperidad futura para el pueblo de Israel (28,25s).

Por último, el profeta dirige sus oráculos contra Egipto (29,1–32,32). Ya desde la época de Isaías, Egip-

Mira, la casa de Judá,
igual que todas las naciones;
9 por eso voy a abrir
el costado de Moab,
desde sus ciudades fronterizas
hasta Bet-Yesimot, Baal-Maón
y Quiriataín, la joya del país;
10 la daré en propiedad a los orientales,
junto con Amón,
para que no sea nombrada
entre las naciones.
11 Haré justicia contra Moab
y sabrán que yo soy el Señor.

Contra Edom
(Is 34; Jr 49,7-22; Abd)

12 Esto dice el Señor:
Por haberse Edom
vengado cruelmente
de la casa de Judá,
porque delinquió
vengándose de ellos;
13 por eso, así dice el Señor:
extiendo mi mano contra Edom:
exterminaré de ella
hombres y animales,
la convertiré en ruinas:
de Temán a Dedán
todos caerán a espada.
14 Tomaré venganza de Edom
por mano de mi pueblo, Israel;
tratarán a Edom
según mi cólera y mi rabia;
conocerán entonces mi venganza
–oráculo del Señor–.

Contra los filisteos
(Is 14,28-32; Jr 47,1-7; Am 1,6-8)

15 Esto dice el Señor:
Por haberse ensañado los filisteos,
por haber tomado venganza,
aniquilando con profundo desprecio,
por vieja hostilidad;
16 por eso, así dice el Señor:
extiendo mi mano contra los filisteos,
voy a ajusticiar a los verdugos,
voy a acabar con los supervivientes
de la orilla del mar.
17 Haré con ellos una venganza terrible,
castigos despiadados,
y sabrán que yo soy el Señor
cuando ejecute en ellos
mi venganza.

Contra Tiro I
(Am 1,9-12)

26 1 El año undécimo, el día primero
del mes, me dirigió la palabra el Se-
ñor:

2 –Hijo de hombre,
por haber dicho Tiro de Jerusalén:
¡Ya está rota
la puerta de los pueblos!
Ha caído en mi poder;
en ella alimentaré mi espada;
3 por eso dice el Señor:
Aquí estoy, Tiro, contra ti;
levanto contra ti
naciones numerosas
igual que el mar levanta su oleaje.
4 Demolerán las murallas de Tiro,
derribarán sus torres;
barreré hasta el polvo de ella
convirtiéndola en roca pelada.
5 Será tendedero de redes
en medio del mar,
porque he hablado yo
–oráculo del Señor–.
Serán botín de las naciones,
6 y sus poblados del campo
serán pasados a cuchillo,
y sabrán que yo soy el Señor.
7 Porque esto dice el Señor:
Yo traigo contra Tiro desde el norte
a Nabucodonosor,

---

to ocupa un lugar importante en la predicación profética contra las naciones. Ezequiel sigue esta línea de tradición profética y le dedica cuatro capítulos que agrupan unos diez oráculos. El motivo de las invectivas contra Egipto se puede resumir en el peligro que representaron para los israelitas sus continuas invitaciones a formar coalición para repeler los ataques provenientes del norte. Aunque alguna vez se dejó convencer, finalmente no obtuvo el respaldo esperado; en pocas palabras: Egipto utilizó a Israel, pero nunca se comprometió efectivamente a defenderlo; logró que Israel confiara ingenuamente en su vecino y que desconfiara del poder y de la protección de Dios.

Para Ezequiel hay ahora una nueva amenaza: en Egipto hay refugiados judíos que albergan la esperanza de que Judá no desaparecerá, como no ha desaparecido aún el país que los alberga. Esto les hace creer erróneamente que se van a salvar de la tragedia, por eso Ezequiel vaticina a través de imágenes míticas la caída de Egipto y de sus faraones como la de cualquier mortal y, por ende, también la caída de Judá y su capital.

rey de Babilonia, rey de reyes,
con caballos y carros y jinetes
y un ejército de tropa numerosa.
8 Pasará por la espada
a tus poblados del campo.
Armará contra ti torres de asalto,
contra ti elevará terraplenes,
contra ti avanzará con sus escudos.
9 Con duros troncos
golpeará tus murallas
y demolerá a hachazos tus torres.
10 Te envolverá la polvareda
de sus escuadrones de caballos.
El estrépito de las caballerías
y el rodar de los carros
hará que tiemblen tus murallas
cuando entre por tus puertas
como se entra en una ciudad
toma da por asalto.
11 Con los cascos de sus caballos
irá pisoteando tus calles.
Pasará por la espada a tus vecinos
y echará por tierra
tus robustos pilares.
12 Harán botín de tus tesoros
y saquearán tus mercancías.
Derribarán tus murallas
y derruirán tus suntuosos edificios.
Arrojarán en medio del mar
tus piedras y tu madera
y tus escombros.
13 Haré cesar
el bullicio de tus canciones
y no se escuchará
el acompañamiento de tus cítaras.
14 Te convertiré en roca pelada,
serás tendedero de redes.
No te reedificarán;
que yo, el Señor, he hablado
–oráculo del Señor–.
15 Esto dice el Señor:
Tiro, al estruendo
de tu derrumbamiento,
con el lamento de tus caídos
y la matanza de tus víctimas
en medio de ti, las islas temblarán.
16 Bajarán de sus tronos
todos los príncipes marinos,
se despojarán de sus mantos
y se quitarán sus ropajes bordados;
se vestirán de terror
y se sentarán en el suelo,
temblarán sin cesar,
espantados de ti.
17 Te entonarán esta lamentación:
¡Cómo ha desaparecido,
desbaratada por el mar,
ciudad famosísima!
Era más fuerte que el mar,
ella y sus jefes;
qué terror infundían
ella y sus jefes;
18 ahora se estremecen las islas
al derrumbarte tú,
y las costas marinas
se horrorizan de tu desenlace.
19 Porque esto dice el Señor:
Cuando yo te convierta
en ciudad arrasada,
igual que las ciudades despobladas;
cuando levante contra ti el océano
y te cubran las aguas caudalosas,
20 te precipitaré
con los que bajan a la fosa,
los pobladores del pasado;
pondré tu domicilio
en el fondo de la tierra,
en las ruinas perpetuas,
con los que bajan a la fosa,
para que no vuelvas a reinar
ni a adornar la tierra de los vivos.
21 Te convertiré en espanto,
dejarás de existir;
te buscarán, pero no te encontrarán
nunca jamás
–oráculo del Señor–.

Contra Tiro II

27 1 Me dirigió la palabra el Señor:
2 –Y tú, Hijo de hombre, entona
una lamentación a Tiro.
3 Di: ¡Oh Tiro, princesa de los puertos,
mercado de innumerables
pueblos costeros!,
esto dice el Señor:
Tiro, tú decías:
Soy la belleza acabada.
4 Tu territorio era el corazón del mar,
los que te hicieron
modelaron a la perfección tu belleza;
5 con abetos de Senir
armaron todo tu maderaje;
escogieron un cedro del Líbano
para erigir tu mástil;

6 con robles de Basán
fabricaron tus remos;
tu cubierta es de madera de cedro
de las costas de Chipre,
incrustado de marfil;
7 tus velas, de lino bordado de Egipto,
eran tu estandarte;
tu toldo era de color violeta y rojo
de las costas de Elisa.
8 Príncipes de Sidón y Arvad
eran tus remeros,
sabios de Tiro eran tus timoneles;
9 ancianos y sabios de Biblos
reparaban tus desperfectos;
todas las naves del mar
y sus marineros comerciaban contigo;
10 tenías alistados en tu ejército
guerreros persas, lidios y libios;
escudo y casco colgaban en ti,
te engalanaban con ellos.
11 Los de Arvad y Jelec
estaban en tus murallas,
los de Gamad en tus torres;
en tus murallas colgaron sus escudos,
dando remate a tu belleza.

12 Tarsis comerciaba contigo, por tu
opulento comercio: plata, hierro, estaño y
plomo te daba a cambio. 13 Grecia, Tubal y
Mosoc comerciaban contigo; con esclavos
y objetos de bronce te pagaban. 14 Los de
Bet-Togarma te daban a cambio caballos
de tiro y de carrera y mulos. 15 Los de Ro-
das comerciaban contigo; muchos pueblos
costeros negociaban contigo en colmillos
de marfil y madera de ébano. 16 Aram ne-
gociaba contigo por la abundancia de tus
productos: entregaba piedras preciosas,
púrpura, bordados, hilo, corales y rubíes a
cambio de tus mercancías.
17 Judá y la tierra de Israel comerciaban
contigo; con trigo de Menit, rosquillas, miel,
aceite y bálsamo te pagaban. 18 Damasco
acudía a tu mercado por la multitud de tus
productos, por tu opulento comercio con
vino de Jelbón y lana de Sajar. 19 De Izal
traían a tu feria hierro forjado, canela y
caña aromada como pago. 20 Dedán co-
merciaba contigo con sillas de montar.
21 Arabia y los príncipes de Cadar ne-
gociaban contigo; en borregos, carneros y
chivos negociaban. 22 Los mercaderes de
Sabá y Ramá comerciaban contigo; te da-
ban a cambio los mejores perfumes, pie-
dras preciosas y oro. 23 Jarrán, Canné y
Edén, Asiria y Kilmad comerciaban conti-
go; 24 comerciaban contigo en objetos pri-
morosos, mantos de terciopelo con ador-
nos, tejidos preciosos, cuerdas sólidamente
trenzadas; en esto comerciaban contigo.

25 Naves de Tarsis
transportaban tus mercancías;
te llenaste y pesabas demasiado
en el corazón del mar;
26 tus remeros te condujeron
a aguas profundas;
viento del este te destrozó
en el corazón del mar;
27 tu riqueza,
tu comercio, tus mercancías,
tus marineros y tus pilotos,
los que reparan tus averías
y tus mercaderes y tus guerreros,
toda la tripulación de a bordo,
naufragarán en el corazón del mar,
el día de tu naufragio.
28 Al grito de auxilio de tus pilotos
retumbará el espacio;
29 saltarán de sus naves
cuantos empuñan remo,
marineros y capitanes,
para quedarse en tierra.
30 Se escucharán sus gritos,
gimiendo amargamente por ti;
se echarán ceniza en la cabeza,
se revolcarán en el polvo.
31 Se raparán por ti, se vestirán el sayal;
llorarán por ti amargamente
con duelo amargo.
32 Te entonarán un canto fúnebre,
te cantarán lamentos:
¿Quién como Tiro,
sumergida en el seno del mar?
33 Al desembarcar tus mercancías
hartabas a muchos pueblos;
con tu opulento comercio
enriquecías a reyes de la tierra.
34 Ahora estás destrozada
en los mares, en lo hondo del mar;
cargamento y tripulación
naufragaron a bordo.
35 Los habitantes de las costas
se espantan de ti,
y sus reyes están aterrados,
con el rostro descompuesto.

36 Los mercaderes de los pueblos
silban por ti;
¡siniestro desenlace!,
dejarás de existir para siempre.

Contra el rey de Tiro

28 1 Me dirigió la palabra el Señor:
2 –Hijo de hombre,
di al príncipe de Tiro:
Esto dice el Señor:
Se llenó de soberbia tu corazón
y te dijiste:
Soy Dios,
estoy sentado en un trono de dioses
en el corazón del mar;
tú que eres hombre y no dios
te creías sabio como los dioses.
3 ¡Si eres más sabio que Daniel!,
ningún enigma se te resiste.
4 Con tu talento, con tu habilidad,
te hiciste una fortuna;
acumulaste oro y plata
en tus tesoros.
5 Con agudo talento de mercader
ibas acrecentando tu fortuna,
y tu fortuna te llenó de soberbia.
6 Por eso, así dice el Señor:
Por haberte creído sabio
como los dioses,
7 por eso traigo contra ti
bárbaros pueblos feroces;
desnudarán la espada
contra tu belleza y tu sabiduría,
profanando tu esplendor.
8 Te hundirán en la fosa,
morirás con muerte vergonzosa
en el corazón del mar.
9 Tú que eres hombre y no dios,
¿te atreverás a decir: Soy Dios,
delante de tus asesinos,
en poder de los que te apuñalen?
10 Morirás con muerte de incircunciso,
a manos de bárbaros.
Yo lo he dicho
–oráculo del Señor–.

11 Me dirigió la palabra el Señor:
12 –Hijo de hombre, entona una lamenta-
ción al rey de Tiro.

Así dice el Señor:
Eras modelo de perfección,
lleno de sabiduría,
de acabada belleza;
13 estabas en un jardín de dioses,
revestido de piedras preciosas:
coralina, topacio y aguamarina,
crisólito, malaquita y jaspe,
zafiro, rubí y esmeralda;
de oro labrado
tus aretes y colgantes,
preparados el día de tu creación.
14 Te puse junto a un querubín
protector de alas extendidas.
Estabas en la montaña sagrada
de los dioses,
entre piedras de fuego te paseabas.
15 Era intachable tu conducta
desde el día de tu creación
hasta que se descubrió tu culpa.
16 A fuerza de hacer tratos,
te ibas llenando de violencia,
y pecabas.
Te desterré entonces
de la montaña de los dioses
y te expulsó el querubín protector
de entre las piedras de fuego.
17 Te llenó de soberbia tu belleza
y tu esplendor
te trastornó el sentido;
te arrojé por tierra,
te hice espectáculo para los reyes.
18 Con tus muchas culpas,
con tus sucios negocios,
profanaste tu santuario;
hice brotar de tus entrañas
fuego que te devoró;
te convertí en ceniza sobre el suelo,
a la vista de todos.
19 Tus conocidos de todos los pueblos
se espantaron de ti;
¡siniestro desenlace!,
para siempre dejaste de existir.

Contra Sidón

20 Me dirigió la palabra el Señor:
21 –Hijo de hombre, ponte de cara a
Sidón y profetiza contra ella.
22 Esto dice el Señor:
Aquí estoy contra ti, Sidón,
en ti me cubriré de gloria.
Sabrán que yo soy el Señor
cuando haga justicia contra ella
y brille en ella mi santidad.
23 Mandaré contra ella peste
y sangre por sus calles;
caerán acuchillados sus habitantes

por la espada hostil que la rodea,
y sabrán que yo soy el Señor.
24 Y no tendrá ya la casa de Israel
espino punzante ni zarzal desgarrador
en los vecinos que la hostigan,
y sabrán que yo soy el Señor.

25 Esto dice el Señor: Cuando recoja la
casa de Israel de entre los pueblos donde
está dispersa y brille en ella mi santidad, a
la vista de las naciones, volverán a habitar
su tierra, la que di a mi siervo Jacob; 26 ha-
bitarán en ella seguros, edificarán casas y
plantarán viñas; habitarán seguros, cuando
haga justicia en los vecinos que la despre-
cian, y sabrán que yo soy el Señor, su Dios.

Contra Egipto
(Is 19; Job 40,25-31)

29 1 El año décimo, el doce del décimo
mes, me dirigió la palabra el Señor:
2 –Hijo de hombre, ponte de cara al fa-
raón, rey de Egipto, y profetiza contra él y
contra todo Egipto, 3 habla así:

Esto dice el Señor:
Aquí estoy contra ti,
faraón, rey de Egipto,
colosal cocodrilo acostado
en el cauce del Nilo,
que dices: *Mío es el Nilo,*
y yo me lo he hecho.
4 Te pondré argollas en las fauces,
prenderé en tus escamas
los peces de tu Nilo;
te sacaré del cauce de tu Nilo
con todos los peces de tu Nilo
prendidos en tus escamas.
5 Te arrojaré al desierto,
a ti y a los peces de tu Nilo;
quedarás tendido en pleno campo,
sin que nadie te recoja y te entierre.
Te echaré de comida
a las fieras de la tierra
y a las aves del cielo;
6 así sabrán los habitantes de Egipto
que yo soy el Señor.
Porque has sido bastón de caña
para la casa de Israel:
7 cuando su mano te empuñaba,
te partiste y les heriste la mano;
cuando se apoyaban en ti,
te quebraste y los hiciste tambalearse.
8 Por eso, así dice el Señor:
Traigo la espada contra ti,
exterminaré en ti hombres y animales.
9 La tierra de Egipto
será desolación y ruina;
sabrán entonces que yo soy el Señor.
Por haber dicho: *Mío es el Nilo,*
yo soy quien lo ha hecho;
10 por eso, aquí estoy contra ti
y contra tu Nilo;
convertiré Egipto en ruina,
en desierto desolado,
de Migdal a Asuán
y hasta la raya de Etiopía.
11 No la transitará pie humano,
no la recorrerá pezuña de animal;
nadie la poblará en cuarenta años.
12 Haré a Egipto la más desolada
de todas las tierras:
sus ciudades quedarán más arrasadas
que todas las ciudades en ruinas,
por cuarenta años.
Dispersaré a Egipto
entre las naciones,
lo esparciré por los países.
13 Porque esto dice el Señor:
Al cabo de cuarenta años
recogeré a Egipto
de entre los pueblos
por los que ande disperso.
14 Cambiaré la suerte de Egipto,
haciéndolos regresar
a la tierra de Patrós,
a su cuna, donde formarán
un reino miserable,
15 el más miserable de todos los reinos,
y no volverán a alardear
frente a las naciones:
los haré pequeños
para que no sometan a las naciones.
16 Ya no serán la confianza
de la casa de Israel,
sino que le denunciarán
el delito de haberlos seguido;
sabrán entonces que yo soy el Señor.

Nabucodonosor conquistará Egipto
(Jr 43,8-13)

17 El año veintisiete, el uno del primer
mes, me dirigió la palabra el Señor:
18 –Hijo de hombre, Nabucodonosor, rey
de Babilonia, lanzó a su ejército en dura
campaña contra Tiro; toda cabeza quedó
calva, toda espalda llena de llagas; pero ni

él ni su ejército sacaron nada de la campa-
ña contra Tiro. 19 Por eso, así dice el Señor:
Voy a entregar Egipto a Nabucodonosor,
rey de Babilonia: se llevará sus tesoros, lo
despojará y lo saqueará, servirá de paga a
su ejército. 20 Como paga por su hazaña,
pues por mí la hicieron, le entregaré Egipto
–oráculo del Señor–. 21 Ese día haré germi-
nar el vigor de la casa de Israel, y a ti te
daré palabra intrépida en medio de ellos, y
sabrán que yo soy el Señor.

El día de Egipto

30 1 Me dirigió la palabra el Señor:
2 –Hijo de hombre, profetiza:
Esto dice el Señor:
Griten: ¡Maldito aquel día!,
3 que está cerca el día,
está cerca el día del Señor:
será día cargado de nubarrones,
la hora de las naciones.
4 La espada vendrá contra Egipto,
y Etiopía se estremecerá
cuando caigan acuchillados en Egipto;
les arrebatarán sus tesoros,
demolerán sus cimientos.
5 Etiopía, Put, Lidia,
y la entera Arabia,
Libia y los habitantes del país aliado
caerán con ellos a espada.
6 Esto dice el Señor:
Caerán los que apoyan a Egipto,
su orgulloso poderío se derrumbará;
de Migdal a Asuán
caerán a espada
–oráculo del Señor–.
7 Quedará el país más desolado
que ningún otro país,
sus ciudades más arruinadas
que ninguna otra ciudad.
8 Sabrán que yo soy el Señor
cuando prenda fuego a Egipto
y queden desbaratados
cuantos le auxilian.
9 Ese día despacharé correos en barcos
para sobresaltar
a la confiada Etiopía;
se estremecerán el día de Egipto,
que está llegando.
10 Esto dice el Señor:
Pondré fin a la opulencia de Egipto
por medio de Nabucodonosor,
rey de Babilonia.
11 A él y a sus tropas,
terror de las naciones,
los traigo para devastar el país;
desnudarán la espada contra Egipto,
llenando el país de acuchillados.
12 Convertiré el Nilo en tierra seca,
venderé el país a desalmados;
arrasaré el país y cuanto hay en él
por mano de bárbaros;
yo, el Señor, he hablado.
13 Esto dice el Señor:
Exterminaré a los ídolos,
acabaré con los dioses de Menfis
y con los príncipes de Egipto,
que no existirán más.
Meteré miedo a Egipto,
14 arrasaré Patrós,
prenderé fuego a Tanis
y haré justicia contra Tebas,
15 derramaré mi cólera en Pelusio,
fortaleza de Egipto,
exterminaré a la muchedumbre
de Tebas,
16 prenderé fuego a Egipto,
Pelusio se retorcerá de dolor,
abrirán brecha en Tebas,
....
17 los jóvenes de Avén y Pi-Beset
caerán a espada;
las mujeres irán cautivas.
18 En Tafnes se oscurecerá el día,
cuando yo rompa allí
el cetro de Egipto
y se extinga su terca soberbia;
una nube la velará,
sus hijas irán cautivas.
19 Haré justicia contra Egipto,
y sabrán que yo soy el Señor.
20 El año undécimo, el siete del primer
mes, me dirigió la palabra el Señor:

21 –Hijo de hombre, le he roto el brazo al
faraón, rey de Egipto, y ahí lo tienes, no lo
han vendado aplicando medicamentos, co-
locando un vendaje para que cobre fuerzas
y así pueda empuñar la espada; 22 por tan-
to, esto dice el Señor:

Aquí estoy contra el faraón,
rey de Egipto;
voy a romperle los dos brazos,
el sano y el roto,
y haré que se le caiga
la espada de la mano.

23 Dispersaré a Egipto entre las naciones,
lo esparciré por los países.
24 Le robusteceré los brazos
al rey de Babilonia,
y le pondré mi espada en la mano;
al faraón le romperé los brazos,
gemirá ante él
con gemidos de acuchillado.
25 Fortaleceré los brazos
del rey de Babilonia,
al faraón se le caerán los brazos;
sabrán que yo soy el Señor
cuando entregue mi espada
al rey de Babilonia
para que la descargue contra Egipto.
26 Dispersaré a Egipto
entre las naciones,
lo esparciré por los países,
y sabrán que yo soy el Señor.

Contra el faraón I
(Is 14,4-23; Ez 17,22-24; Dn 4)

31 1 El año undécimo, el día uno del
mes tercero, me dirigió la palabra el
Señor:

2 –Hijo de hombre, di al faraón,
rey de Egipto, y a su tropa:
¿A quién te pareces en tu grandeza?
3 Fíjate en Asiria, cedro del Líbano,
de magnífico ramaje,
tupido y umbroso,
de estatura gigante,
cuya copa llega hasta las nubes.
4 Lo criaron las lluvias,
las aguas subterráneas lo elevaron:
con sus corrientes
rodeaban su tronco
y regaban con sus acequias
al arbolado de la campiña.
5 Así se empinó por encima
de los árboles de la campiña;
se hizo tupido su ramaje,
dilatada su copa,
gracias a la abundancia de las aguas.
6 Anidaban en su ramaje
las aves del cielo,
tenían cría bajo su copa
las fieras salvajes,
a su sombra se cobijaba
muchedumbre de pueblos.
7 Era magnífico por su corpulencia,
por la envergadura de sus ramas,
pues hundía su raíz
en aguas abundantes.
8 Los cedros del parque de los dioses
no lo sobrepasaban,
ni competían con su ramaje
los abetos,
ni los plátanos igualaban su copa;
ningún árbol
del parque de los dioses
podía competir con su hermosura.
9 Lo hice magnífico, tupido de ramas,
lo envidiaban los árboles del paraíso,
del parque de los dioses.
10 Pues bien, esto dice el Señor:
por haberse elevado tan alto
y haber levantado su copa
hasta las nubes,
y haberse engreído por su altura,
11 lo entregué a merced
de la nación más poderosa
para que lo tratara
según su maldad.
12 Lo cortaron los bárbaros más feroces,
lo tiraron por los barrancos:
por los valles fueron
cayendo sus ramas;
se fue desgajando su copa
por los barrancos del país,
de su sombra escaparon
los pueblos de la tierra,
dejándolo abatido.
13 Anidaron en su tronco caído
las aves del cielo
y se guarecieron en su copa
los animales salvajes.
14 Para que no eleven su estatura
los árboles bien regados,
y no levanten su copa
hasta las nubes
ni confíen en su altura
los bien regados;
porque todos están
destinados a la muerte,
a lo profundo de la tierra,
en medio de los hijos de Adán
que bajan a la fosa.
15 Esto dice el Señor:
El día que bajó al abismo
vestí de luto el Océano:
detuve sus corrientes,
las aguas caudalosas se estancaron.
Enluté al Líbano por él,

por él entristecieron
todos los árboles del campo.
16 Al estruendo de su caída
hice temblar a las naciones,
cuando lo precipité en el abismo
con los que bajan a la fosa;
entonces se consolaron
en lo profundo de la tierra
los árboles del paraíso,
los mejores del Líbano,
los bien regados.
17 También ellos bajaron
al abismo con él,
con los muertos a espada;
y los que se cobijaban a su sombra
se diseminaron entre las naciones.
18 ¿Con qué árbol del paraíso
competías en gloria y en grandeza?
Fuiste precipitado
con los árboles del paraíso
a lo profundo de la tierra:
ahí estás tendido
en medio de incircuncisos,
con los muertos a espada.
Se trata del faraón y de su tropa
–oráculo del Señor–.

Contra el faraón II

32 1 El año duodécimo, el día uno del
mes duodécimo, me dirigió la pala-
bra el Señor:
2 –Hijo de hombre, entona esta lamen-
tación al faraón, rey de Egipto:

Parecías león de las naciones,
pero eres cocodrilo del Nilo;
chapoteas en la corriente
y enturbias las aguas con tus patas,
pateando en su corriente.
3 Esto dice el Señor:
Tenderé mi red sobre ti,
y con ella te atraparé,
4 te dejaré tendido en tierra,
te estrellaré contra el suelo,
para que aniden en ti
las aves del cielo
y se ceben en ti las fieras salvajes.
5 Pondré en las lomas tu carne
y llenaré con tu carroña los valles;
6 regaré con tu sangre la tierra,
la exprimiré sobre los cerros
y cauces de los ríos
se llenarán con tu aguaza.
7 Oscureceré el cielo
cuando te extingas
y enlutaré sus estrellas;
al sol lo cubriré con nubarrones
y la luna no dará más luz;
8 los astros fulgurantes del firmamento
por ti los enlutaré
y mandaré tinieblas a tu tierra
–oráculo del Señor–.
9 Afligiré el corazón de muchos pueblos
cuando llegue la noticia
de tu destrucción
a las naciones, a países desconocidos.
10 Al empuñar ante ellos mi espada
haré que se espanten de ti
muchos pueblos,
que sus reyes se horroricen de ti;
el día de tu abatimiento
temblarán a cada rato
por su propia vida.
11 Porque esto dice el Señor:
La espada del rey de Babilonia
te alcanzará.
12 A espada de valientes,
los más feroces de las naciones,
haré caer a tu tropa;
arrasaré el orgullo de Egipto
y quedará deshecha su tropa.
13 Acabaré con el ganado de la ribera
del río caudaloso:
no lo enturbiará ya el pie del hombre,
pezuña de ganado no lo enturbiará.
14 Entonces sosegaré sus aguas
y haré fluir su caudal como aceite
–oráculo del Señor–.
15 Cuando convierta a Egipto
en desolación
y quede el país despoblado,
cuando hiera a todos sus habitantes,
sabrán que yo soy el Señor.

16 Ésta es la lamentación que cantarán;
la cantarán las capitales de las naciones,
por Egipto y sus tropas la cantarán –orácu-
lo del Señor–.
17 El año duodécimo, el quince del mes,
me dirigió la palabra el Señor:
18 –Hijo de hombre, entona cantos fúne-
bres a las tropas de Egipto; condúcelas jun-
to con las capitales de naciones ilustres a
las profundidades de la tierra, con los que
bajan a la fosa.

19 ¿Eres más privilegiado que los de-
más? Pues desciende, acuéstate con los in-
circuncisos. 20 Caerán en medio de muertos
a espada y permanecerán con él todas sus
tropas, 21 le dirán los más bravos guerreros
en medio del abismo: Tú y tus aliados, ba-
jen y permanezcan con los incircuncisos
muertos a espada.
22 Allí está Asiria y todo su ejército rode-
ando su sepulcro; todos cayeron muertos a
espada, 23 y los sepultaron en el fondo de la
fosa, su ejército rodeando su sepultura; to-
dos cayeron muertos a espada, por haber
aterrorizado el mundo de los vivos.
24 Allí está Elam y sus tropas, rodeando
su sepultura; todos cayeron muertos a espa-
da, bajaron incircuncisos a las profundida-
des de la tierra, por haber aterrorizado el
mundo de los vivos; arrastran su vergüenza
con los que bajan a la fosa. 25 En medio de
acuchillados le ha sido preparado un lecho a
Elam, sus tropas rodeando su sepulcro; to-
dos ellos incircuncisos, muertos a espada,
por haber aterrorizado el mundo de los vivos;
arrastran su vergüenza con los que bajan a la
fosa, en medio de acuchillados los echaron.
26 Allí están Mesec y Tubal y sus tropas,
rodeando su sepulcro; todos incircuncisos,
muertos a espada, por haber aterrorizado el
mundo de los vivos. 27 Pero no están sepul-
tados con los valientes caídos en el pasado,
que bajaron al abismo con sus armas de
guerra: la espada bajo la cabeza, el escudo
sobre su cuerpo. ¡Aún dan miedo sus ha-
zañas en el mundo de los vivos! 28 Tú, en
cambio, te irás desmoronando en medio de
incircuncisos, yacerás con los muertos a
espada.
29 Allí está Edom con sus reyes y prínci-
pes: los sepultaron con los muertos a espa-
da, yacerán con los incircuncisos que bajan
a la fosa.
30 Allí están todos los caudillos del norte
y los sidonios todos, que bajaron sin honor
con los acuchillados, por haber infundido
terror con sus proezas: yacen incircuncisos
con los muertos a espada, arrastran su ver-
güenza con los que bajan a la fosa.
31 Viéndolos el faraón se consolará de la
pérdida de sus tropas: muertos a espada el
faraón y todo su ejército –oráculo del Se-
ñor–. 32 Por haber aterrorizado el mundo de
los vivos, se encontrará tumbado en medio
de incircuncisos, con los muertos a espada,
el faraón con sus tropas –oráculo del Se-
ñor–.

SEGUNDA ACTIVIDAD DEL PROFETA

El profeta como centinela

(3,16-27 y 18)

33 1 Me dirigió la palabra el Señor:
2 –Hijo de hombre, habla así a tus
compatriotas: Cuando yo envíe la espada
contra una población y el vecindario escoja
a uno del lugar y lo ponga de centinela; 3 si
al divisar la espada que avanza contra la
población da la alarma al vecindario a to-
que de trompeta, 4 el que oyendo el toque
de trompeta no se ponga alerta, será res-
ponsable de su propia sangre cuando lle-
gue la espada y lo arrebate. 5 Puesto que
oyó el toque de trompeta y no se puso aler-
ta, responderá de su propia sangre; si hu-
biera estado alerta, habría salvado la vida.
6 Pero si el centinela divisa la espada que
avanza y no toca la trompeta, y el vecinda-

33–39 Segunda actividad del profeta. Encontramos una nueva sección del libro, cuyo acento principal es la esperanza. Estos capítulos se pueden agrupar en el siguiente orden aproximado: llegada de una nueva época, un nuevo orden de cosas (33); el verdadero pastor de Israel que es el Señor se encarga personalmente de reunir y apacentar a su rebaño disperso (34); los desterrados volverán a su tierra con el compromiso de no mancharla nuevamente (36); de sus propias cenizas nacerá de nuevo la nación de Israel (37); será un país tan fuerte que nadie podrá vencerle, porque Dios mismo lo defiende (38s).

33,1-20 El profeta como centinela. Como en 3,17, Ezequiel es comparado con un centinela que debe estar atento para prevenir a su pueblo de cualquier peligro. Su misión es delicada, porque bajo su responsabilidad no solamente está la totalidad del pueblo (2-6), sino también cada individuo (7-9). Esta imagen del centinela simboliza la misión y el deber del profeta que debe estar muy atento a los signos de los tiempos para interpretar en ellos la voluntad de Dios: qué es lo que quiere Dios en cada acontecimiento y cuál debe ser la respuesta del hombre. Para ello es necesario mantener una continua sintonía con Dios y dejar-

rio no se pone alerta, y llega la espada y
arrebata a alguno de ellos, éstos mueren
por su culpa, pero al centinela le pediré
cuenta de la sangre.
7 A ti, Hijo de hombre, te he puesto de
centinela en la casa de Israel; cuando escu-
ches palabras de mi boca, les darás la alar-
ma de mi parte. 8 Si yo digo al malvado:
¡Malvado, eres reo de muerte!, y tú no ha-
blas poniendo en guardia al malvado para
que cambie de conducta, el malvado mori-
rá por su culpa, pero a ti te pediré cuenta
de su sangre; 9 pero si tú pones en guardia
al malvado para que cambie de conducta,
y él no cambia de conducta, él morirá por
su culpa y tú salvarás la vida.
10 Y tú, Hijo de hombre, dile a la casa de
Israel: Ustedes piensan de este modo:
Nuestros crímenes y nuestros pecados pe-
san sobre nosotros y por ellos nos consu-
mimos, ¿podremos seguir con vida? 11 Pues
diles: ¡Por mi vida! –oráculo del Señor–, juro
que no quiero la muerte del malvado, sino
que cambie de conducta y viva. ¡Conviér-
tanse, cambien de conducta, malvados, y
no morirán, casa de Israel!
12 Y tú, Hijo de hombre, di a tus compa-
triotas: Al justo no lo salvará su justicia si
comete un delito, al malvado no lo conde-
nará su maldad si se convierte de ella. Si el
justo peca de nada le valdrá su buen com-
portamiento anterior. 13 Si digo al justo: vi-
virás, y él, confiado en su justicia, comete
un delito, no se tendrá en cuenta su justicia,
sino que morirá por el delito que cometió.
14 Si digo al malvado: morirás, y él se con-
vierte de su pecado, practica el derecho y
la justicia, 15 devuelve la prenda, restituye
lo robado y sigue los preceptos de vida sin
incurrir en delito, entonces vivirá y no mo-
rirá, 16 no se tendrá en cuenta ningún peca-
do de los que cometió; por haber practica-
do el derecho y la justicia vivirá.
17 Replicarán tus compatriotas: No es
justo el proceder del Señor, cuando son
ellos los que no proceden rectamente. 18 Si
se pervierte el justo de su justicia y comete
un delito, por él morirá. 19 Si el malvado se
convierte de su maldad y practica la justi-
cia y el derecho, por ellos vivirá. 20 ¿Insisten
en decir que no es justo el proceder del Se-
ñor? A cada uno lo juzgaré según su con-
ducta.

Llega el fugitivo
(24,26-27)

21 El año duodécimo de nuestra de-
portación, el día cinco del mes décimo, se
me presentó un fugitivo de Jerusalén y me
dio esta noticia: Han destruido la ciudad.
22 La tarde anterior había venido sobre mí la
mano del Señor, y permaneció hasta que el
fugitivo se me presentó por la mañana; en-
tonces se me abrió la boca y no volví a es-
tar mudo.

En Jerusalén

23 Me dirigió la palabra el Señor:
24 –Hijo de hombre, los moradores de
aquellas ruinas de la tierra de Israel andan
diciendo: Si Abrahán, que era uno solo, se
adueñó de la tierra, ¡cuánto más nosotros,
que somos muchos, seremos dueños de la
tierra! 25 Pues diles: Esto dice el Señor: Us-
tedes, que comen en los montes levantan-
do los ojos a sus ídolos y derraman sangre,
¿van a poseer la tierra? 26 Ustedes, que se
apoyan en sus espadas, cometen prácticas
idolátricas y profanan a la mujer del próji-
mo, ¿van a poseer la tierra? 27 Diles así:
Esto dice el Señor: ¡Por mi vida! Les juro
que los que estén en las ruinas caerán a es-
pada, a los que estén en descampado los

---

se guiar por su Palabra, de manera que esa Palabra es como el alimento del profeta; Jesús mismo lo sentirá así: «mi alimento es hacer la voluntad del que me envió» (Jn 4,34).

33,21s Llega el fugitivo. Los oráculos e invectivas contra Jerusalén (24,26s) habían terminado con la llegada de un fugitivo desde Jerusalén que portaba la mala noticia de la destrucción de la ciudad. Este pasaje retoma de nuevo la imagen del fugitivo para dar inicio a los mensajes de esperanza que va a comenzar a transmitir el profeta. Para los deportados, quizás ésta sea la peor de las noticias, muchos pensarían que era el fin de la historia; el profeta tendrá que armarse de valor y comenzar el difícil proceso de restauración moral y espiritual de sus paisanos para hacerles ver que la historia continúa, que Dios sigue actuando en ella y que seguirá contando con quienes sean capaces de captar en medio de todo ello su acción y su voluntad.

33,23-29 En Jerusalén. De nuevo la discusión sobre el derecho a la tierra; la cuestión se dirime por el criterio de la conversión: quien no se convierta de sus maldades no tendrá derecho a habitar la tierra.

entregaré como pasto a las fieras y los que
estén en los fortines y refugios morirán
apestados. 28 Convertiré el país en desierto
desolado y así terminará su terca soberbia.
Quedarán desolados los montes de Israel,
sin nadie que los transite. 29 Sabrán que yo
soy el Señor cuando convierta el país en
desierto desolado, por todas las prácticas
idolátricas que cometieron.

El cantante de amor
(Is 5,1–7; Os 2)

30 Y tú, Hijo de hombre, la gente de tu
pueblo anda murmurando de ti junto a los
muros y a la puerta de las casas, diciéndo-
se uno a otro: Vamos a ver qué palabra nos
envía el Señor. 31 Acuden a ti en tropel y mi
pueblo se sienta delante de ti; escuchan tus
palabras, pero no las practican; con la boca
dicen elogios, pero su ánimo anda tras el
negocio. 32 Eres para ellos como un can-
tante de amor, tienes buena voz y tocas ar-
moniosamente. Escuchan tus palabras,
pero no las practican. 33 Pero cuando se
cumplan, y están a punto de cumplirse, se
darán cuenta de que tenían un profeta en
medio de ellos.

Los pastores de Israel
(Jr 23,1-8; Sal 23; Jn 10,1-18)

34 1 Me dirigió la palabra el Señor:
2 –Hijo de hombre, profetiza contra
los pastores de Israel, profetiza diciéndoles:
¡Pastores!, esto dice el Señor:

¡Ay de los pastores de Israel
que se apacientan a sí mismos!
¿No deberían los pastores
apacentar a las ovejas?
3 Se alimentan con su leche,
se visten con su lana;
matan a las más gordas,
pero no apacientan el rebaño.
4 No fortalecen a las débiles,
ni sanan a las enfermas,
ni vendan a las heridas;
no recogen las descarriadas,
ni buscan las perdidas
y maltratan brutalmente a las fuertes.
5 Al no tener pastor,
se dispersaron
y fueron pasto de las fieras salvajes.
6 Mis ovejas se dispersaron
y vagaron sin rumbo
por montes y altos cerros;
mis ovejas se dispersaron
por toda la tierra,
sin que nadie las buscase
siguiendo su rastro.
7 Por eso, pastores,
escuchen la Palabra del Señor:
8 ¡Lo juro por mi vida!
–oráculo del Señor–.
Mis ovejas fueron presa,
mis ovejas fueron pasto
de las fieras salvajes,
por falta de pastor;
porque mis pastores
no cuidaban mi rebaño,
los pastores se apacentaban
a sí mismos
y mi rebaño no lo apacentaban.
9 Por eso, pastores,
escuchen la Palabra del Señor:
10 Esto dice el Señor:
Me voy a enfrentar con los pastores:
les reclamaré mis ovejas,
los quitaré de pastores
de mis ovejas
para que dejen de apacentarse

33,30-33 El cantante de amor. Crítica a la actitud de la gente que acude al profeta sólo para oír lo bonito que habla, pero no pone en práctica lo que enseña.

34,1-31 Los pastores de Israel. Para Ezequiel, como para Jeremías, los responsables de los males de Israel son sus propios dirigentes. La acusación que hace Dios por medio de sus profetas es que lo único que hicieron en el pasado fue apacentarse a sí mismos, abandonando a sus ovejas (1-6; cfr. Jr 23,1-3); por eso, el Señor mismo tendrá que ponerse al frente de su rebaño (7-10), cuidando de que cada una regrese a su pastizal. Nótese cómo se acentúa el cuidado especial que Dios como buen pastor prodiga especialmente a las más flacas y débiles del rebaño (15s). Esta misma imagen del único y buen pastor nos la transmitirá Juan aplicada a Jesús (Jn 10,11).

Para Ezequiel hay una cosa clara: en el futuro no habrá más reyes en Israel (23). David viene a desempeñar el papel de memoria del pasado, será como el patrono espiritual del Israel reconstruido; pero el único rey será el Señor: el mediador humano será únicamente príncipe, el cual tendrá que responder por la justicia y el derecho en el pueblo y velar por la nueva alianza de paz que establecerá el Señor con sus ovejas, una vez que las haya juzgado (25); en definitiva, tendrá que velar por el nuevo orden y las nuevas relaciones entre los miembros del pueblo y de éstos con la naturaleza (26-29).

a sí mismos, los pastores;
librarê a mis ovejas de sus fauces,
para que no sean su manjar.
11 Así dice el Señor:
Yo mismo en persona
buscaré mis ovejas
siguiendo su rastro.
12 Como sigue el pastor
el rastro de su rebaño
cuando las ovejas se le dispersan,
así seguiré yo
el rastro de mis ovejas
y las libraré sacándolas
de todos los lugares
por donde se dispersaron
un día de oscuridad y nubarrones.
13 Los sacaré de entre los pueblos,
los congregaré de los países,
los traeré a su tierra,
los apacentaré
en los montes de Israel,
en las cañadas
y en los poblados del país.
14 Los apacentaré en ricos pastizales,
tendrán sus prados
en los montes más altos de Israel;
allí se recostarán en fértiles praderas
y pastarán pastos jugosos
en los montes de Israel.
15 Yo mismo apacentaré mis ovejas,
yo mismo las haré descansar
–oráculo del Señor–.
16 Buscaré las ovejas perdidas,
recogeré las descarriadas;
vendaré a las heridas,
sanaré a las enfermas:
a las gordas y fuertes las guardaré
y las apacentaré como es debido.
17 Y a ustedes, mis ovejas,
esto dice el Señor:
Voy a juzgar entre oveja y oveja:
¡entre carneros y chivos!
18 ¿No les basta alimentarse con el
mejor pasto,
que pisotean con las pezuñas
el resto del pastizal?
¿Ni beber el agua clara,
que enturbian la restante
con las pezuñas?
19 Y luego mis ovejas tienen que pastar
lo que pisotearon sus pezuñas
y tienen que beber
lo que sus pezuñas enturbiaron.
20 Por eso, así les dice el Señor:
Yo mismo juzgaré el pleito
de las ovejas flacas y las gordas.
21 Porque ustedes empujan de costado,
con la espaldilla,
y cornean a las débiles,
hasta dispersarlas y hacerlas huir,
22 yo salvaré a mis ovejas
y no volverán a ser botín;
yo juzgaré el pleito de mis ovejas.
23 Les daré un pastor único
que las pastoree: mi siervo David:
él las apacentará,
él será su pastor.
24 Yo, el Señor, seré su Dios,
y mi siervo David,
príncipe en medio de ellos.
Yo, el Señor, lo he dicho.
25 Haré con ellos alianza de paz:
eliminaré de la tierra
los animales dañinos;
acamparán seguros en el desierto,
dormirán en los bosques.
26 Ellos y mi colina
toda a la redonda
serán una bendición:
enviaré lluvias a su tiempo,
una bendición de lluvias.
27 El árbol silvestre dará su fruto
y la tierra dará su cosecha,
y ellos estarán seguros
en su territorio.
Sabrán que yo soy el Señor
cuando haga saltar
las ataduras de su yugo
y los libre del poder de los tiranos.
28 No volverán a ser
botín de las naciones
ni los devorarán las fieras salvajes;
vivirán seguros, sin sobresaltos.
29 Haré brotar para ellos
una plantación famosa:
no volverá a haber
muertos de hambre en el país
ni tendrán que soportar
la burla de los pueblos.
30 Y sabrán que yo,
el Señor su Dios, estoy con ellos,
y ellos son mi pueblo,
la casa de Israel
–oráculo del Señor–.
31 Y ustedes son mis ovejas,
ovejas de mi rebaño,

y yo soy su Dios
–oráculo del Señor–.

Contra el monte de Seír
(25,12-14)

35 1 Me dirigió la palabra el Señor:
2 –Hijo de hombre, ponte de cara al
monte Seír y profetiza así contra él: 3 Esto
dice el Señor:

Aquí estoy contra ti, monte Seír,
extenderé mi mano contra ti
para hacerte desierto desolado.
4 Convertiré en escombros tus ciudades,
quedarás desolado
y sabrás que yo soy el Señor.
5 Porque, movido
por un rencor antiguo,
entregaste a los israelitas a la espada
el día del desastre,
el día del castigo final;
6 por eso, ¡juro por mi vida!
–oráculo del Señor–
que en sangre te convertiré
y la sangre te perseguirá.
¿Aborreces la sangre?,
pues la sangre te perseguirá.
7 Convertiré el monte Seír
en desierto desolado
y extirparé de él
al que va y al que viene.
8 Llenaré de apuñalados
tus montes y tus valles
y todos los cauces de tus ríos;
allí yacerán los muertos a espada.
9 Te convertiré en eterna desolación,
tus ciudades no serán habitadas,
y sabrán que yo soy el Señor.
10 Por haber dicho:
Las dos naciones serán mías,
y me apoderaré de los dos países
–y el Señor estaba allí–;
11 por eso, ¡juro por mi vida!
–oráculo del Señor–
que te trataré con la misma ira
y con la misma rabia
con que tú los trataste,
movida de odio,
y haré que me conozcas,
cuando te juzgue.
12 Y sabrás que yo, el Señor,
escuché los insultos que decías
a los montes de Israel:
Están desiertos: nos los han dado
para que los devoremos.
13 Se envalentonaron contra mí
con sus palabras desafiantes
y fueron irrespetuosos contra mí
con su palabrería
–y yo lo estaba oyendo–.
14 Esto dice el Señor:
Con gozo de toda la tierra
te convertiré en desolación.
15 Lo mismo que te alegraste
al quedar desolada la herencia
de la casa de Israel,
así haré contigo:
quedará desolado el monte Seír
y todo el territorio de Edom,
y sabrán que yo soy el Señor.

A los montes de Israel
(6)

36 1 –Y tú, Hijo de hombre, profetiza así
a los montes de Israel: Montes de Is-
rael, escuchen la Palabra del Señor:
2 Esto dice el Señor: Por haber dicho su
enemigo: ¡Bien! Los cerros antiguos son
propiedad nuestra; 3 por eso profetiza así:
Esto dice el Señor: Porque los han arra-
sado y pisoteado y conquistado los restan-
tes pueblos; porque han sido objeto de ha-
bladurías y la gente los ha difamado; 4 por
eso, montes de Israel, escuchen la Palabra
del Señor:
Esto dice el Señor a los montes y a los
cerros, a los cauces de los ríos y a los va-
lles, a las ruinas desoladas y a las ciudades
abandonadas, que fueron botín y burla del
resto de los pueblos vecinos; 5 por tanto,
esto dice el Señor: Juro que en el fuego de
mi celo hablo contra el resto de las nacio-
nes que se han apoderado de mi tierra con
regocijo de corazón y mala entraña, despo-

35,1-15 Contra el monte de Seír. En medio de las promesas de retorno a la tierra y de restauración es inevitable hablar de nuevo contra Edom, el reino vecino de Israel que en medio del caos provocado por los invasores babilónicos aprovechó para vengarse de sus antiguos dominadores (cfr. 25,12-14).

36,1-15 A los montes de Israel. El mensaje esperanzador para las montañas de Israel deja ver el sentimiento que manifestaban sus vecinos. La destrucción de Judá y de su capital fue un escarnio para quienes se sentían inmunes a los ataques y vejaciones de los poderosos. Sin embargo, Dios no es ajeno a

blándola y saqueándola. 6 Por eso profetiza
a la tierra de Israel diciendo a los montes y
a los cerros, a los cauces de los ríos y a los
valles:

Esto dice el Señor: Yo hablo con celo y
con cólera, porque han cargado con el
oprobio de las naciones; 7 por eso, así dice
el Señor: Juro con la mano en alto que los
pueblos que los rodean cargarán con sus
propios ultrajes. 8 Y ustedes, montes de Is-
rael, echarán ramas y darán fruto para mi
pueblo, Israel, que está para llegar. 9 Porque
yo voy hacia ustedes, me vuelvo hacia us-
tedes: serán cultivados y sembrados.
10 Multiplicaré la población de toda la casa
de Israel; serán repobladas las ciudades y
las ruinas serán reconstruidas. 11 Multiplica-
ré su población y su ganado serán muchos
y fecundos y haré que los habiten como an-
tiguamente y les concederé más bienes que
al principio, y sabrán que yo soy el Señor.
12 Haré que los transite la gente de mi pue-
blo, Israel; tomarán posesión de ustedes y
serán su herencia y no volverán a quedarse
sin hijos.

13 Esto dice el Señor: Porque te dicen:
Eres devoradora de hombres, has dejado a
tu nación sin hijos; 14 por eso no devorarás
más hombres ni dejarás a tu nación sin hi-
jos –oráculo del Señor–. 15 Haré que no es-
cuches más los ultrajes de los paganos, y
ya no tendrás que cargar con las afrentas
de los pueblos ni volverás a dejar a tu na-
ción sin hijos –oráculo del Señor–.

Castigo y reconciliación

16 Me dirigió la palabra el Señor:

17 –Hijo de hombre, cuando la casa de
Israel habitaba en su tierra la contaminó
con su conducta y con sus malas obras;
para mí su proceder fue como sangre in-
munda. 18 Entonces derramé mi cólera so-
bre ellos por la sangre que habían derra-
mado en el país y por haberlo contaminado
con sus ídolos. 19 Los esparcí por las nacio-
nes y anduvieron dispersos por los países;
según su proceder y sus malas obras los
juzgué. 20 Al llegar a las diversas naciones
profanaron mi santo Nombre, pues decían
de ellos: Éstos son el pueblo del Señor, han
tenido que salir de su tierra. 21 Entonces
sentí lástima de mi Nombre santo, profana-
do por la casa de Israel en las naciones
adonde fue. 22 Por eso, di a la casa de Israel:

Esto dice el Señor: No lo hago por us-
tedes, casa de Israel, sino por mi santo
Nombre, profanado por ustedes en las na-
ciones adonde fueron. 23 Mostraré la santi-
dad de mi Nombre ilustre profanado entre
los paganos, que ustedes profanaron en
medio de ellos, y sabrán los paganos que
yo soy el Señor –oráculo del Señor– cuan-
do les muestre mi santidad en ustedes.
24 Los recogeré por las naciones, los reuni-
ré de todos los países y los llevaré a su tie-
rra. 25 Los rociaré con un agua pura que los
purificará: de todas sus inmundicias e ido-
latrías los he de purificar. 26 Les daré un co-
razón nuevo y les infundiré un espíritu nue-
vo; arrancaré de su cuerpo el corazón de
piedra y les daré un corazón de carne.
27 Les infundiré mi espíritu y haré que ca-
minen según mis preceptos y que cumplan
mis mandatos poniéndolos por obra. 28 Ha-
bitarán en la tierra que di a sus padres; us-
tedes serán mi pueblo y yo seré su Dios.

29 Los libraré de sus inmundicias, llama-
ré al trigo y lo multiplicaré y no los dejaré
pasar hambre; 30 haré que abunden los fru-
tos de los árboles y las cosechas de los
campos, para que no los insulten los paga-
nos llamándolos muertos de hambre. 31 Al

---

ese padecimiento moral, la hora del desquite está próxima.

36,16-38 Castigo y reconciliación. La suerte de Israel no fue algo fortuito, sino algo que él mismo propició dada su mala conducta, con la cual no sólo se degradó en su propia calidad de vida, sino que profanó y puso en ridículo el mismo nombre de Dios entre las demás naciones (16-21). Pero Dios ha decidido reparar el ultraje de su propio Nombre santificándolo del siguiente modo: hará volver a su tierra a los israelitas debidamente purificados de sus manchas pasadas (24s); infundirá en ellos un corazón y un espíritu nuevos (27) para que sean capaces de mantener los compromisos de la nueva alianza (27s) y así puedan saborear de modo definitivo las promesas (29s). Las culpas y desviaciones del pasado serán un continuo referente para la conversión y la fidelidad (31s). Sólo entonces, una vez purificados, podrán los hijos de Israel repoblar felices y en paz la tierra de sus antepasados (33-38). Pero, eso sí, Israel nunca podrá argumentar sus propios méritos para disfrutar de todas estas bondades, pues es una «casa de rebeldía». Esta idea la va a ilustrar Ezequiel con la visión de los huesos secos.

acordarse de su conducta perversa y de sus malas acciones, sentirán asco de ustedes mismos por sus culpas y prácticas idolátricas. 32 Sépanlo bien, no lo hago por ustedes –oráculo del Señor–; tengan vergüenza y sonrójense de su conducta, casa de Israel.

33 Esto dice el Señor: Cuando los purifique de sus culpas, haré que se repueblen las ciudades y que las ruinas se reconstruyan. 34 Volverán a cultivar la tierra desolada, después de haber estado desierta a la vista de los caminantes. 35 Dirán: Esta tierra desolada está hecha un paraíso, y las ciudades arrasadas, desiertas, destruidas, son ahora plazas fuertes habitadas. 36 Y los pueblos que queden a su alrededor sabrán que yo, el Señor, reedifico lo destruido y planto lo arrasado. Yo, el Señor, lo digo y lo hago.

37 Esto dice el Señor: Me dejaré suplicar por la casa de Israel y le concederé esto: multiplicaré su población como un rebaño. 38 Como rebaño de ovejas consagradas, como ovejas en Jerusalén durante la fiesta, así se llenarán de gente las ciudades arrasadas. Y sabrán que yo soy el Señor.

Los huesos y el espíritu
(Is 26,14-19)

37 1 La mano del Señor se posó sobre mí y el Señor me llevó en espíritu, dejándome en un valle todo lleno de huesos. 2 Me hizo pasarles revista: eran muchísimos los que había en la cuenca del valle; estaban resecos. 3 Entonces me dijo:

–Hijo de hombre, ¿podrán revivir esos huesos?

Contesté:

–Tú lo sabes, Señor.

4 Me ordenó:

–Profetiza así sobre esos huesos: Huesos secos, escuchen la Palabra del Señor. 5 Esto dice el Señor a esos huesos: Yo les voy a infundir espíritu para que revivan. 6 Les injertaré tendones, les haré crecer carne; tensaré sobre ustedes la piel y les infundiré espíritu para que revivan. Así sabrán que yo soy el Señor.

7 Pronuncié la profecía que se me había mandado, y mientras lo pronunciaba, resonó un trueno, luego hubo un terremoto y los huesos se juntaron, hueso con hueso. 8 Vi que habían prendido en ellos los tendones, que brotaba la carne y tenían la piel tensa; pero no había espíritu en ellos.

9 Entonces me dijo:

–Llama al espíritu, llama, Hijo de hombre, diciéndole al espíritu: Esto dice el Señor: Ven, espíritu, desde los cuatro vientos y sopla en estos cadáveres para que revivan.

10 Pronuncié el llamado que se me había mandado. Penetró en ellos el espíritu, revivieron y se pusieron en pie: era una muchedumbre inmensa.

11 Entonces me dijo:

–Hijo de hombre, esos huesos son toda la casa de Israel. Ahí los tienes diciendo: Nuestros huesos están secos, nuestra esperanza se ha desvanecido; estamos perdidos. 12 Por eso profetiza diciéndoles: Esto dice el Señor: Yo voy a abrir sus sepulcros, los voy a sacar de sus sepulcros, pueblo mío, y los voy a llevar a la tierra de Israel. 13 Sabrán que yo soy el Señor cuando abra sus sepulcros, cuando los saque de sus sepulcros, pueblo mío. 14 Infundiré mi espíritu en ustedes para que revivan, los estableceré en su tierra y sabrán que yo, el Señor, lo digo y lo hago –oráculo del Señor–.

Las dos varas
(Is 11,10-16; Ez 34,23s)

15 Me dirigió la palabra el Señor:

16 –Y tú, Hijo de hombre, agarra una vara y escribe en ella: Judá; agarra luego otra vara y escribe en ella: José. 17 Júntalas la una con la otra de modo que formen una sola vara y queden unidas en tu mano. 18 Y

37,1-14 Los huesos y el espíritu. Una de las visiones más famosas de Ezequiel es ésta de los huesos secos. No basta sólo con hacer caer en la cuenta a sus paisanos de que estaban como muertos; ya habían comenzado a experimentar la muerte desde el momento en que fueron desplazados de su tierra y se había completado con la noticia de la destrucción de Jerusalén y de su templo. Pero no era el final: de ese cadáver que es ahora Israel, Dios hará florecer de nuevo la vida; será una obra exclusiva de Dios, de su Espíritu que es vida y que sólo puede transmitir vida. El mismo espíritu que aleteaba sobre las aguas antes de la creación será quien puede devolver la vida a Israel.

37,15-28 Las dos varas. Mediante una nueva acción simbólica, Ezequiel ilustra a su pueblo cuál es el querer de Dios. Si en la visión de los huesos revivificados está presente la idea de la resurrección del pue-

cuando la gente de tu pueblo te diga: Explícanos lo que quieres decir, 19 respóndeles:

Esto dice el Señor: Voy a tomar la vara de José y a juntarla con la vara de Judá, de modo que formen una sola vara y queden unidas en mi mano.

20 Toma en la mano las varas escritas, y enseñándoselas, diles:

21 Esto dice el Señor: Yo voy a recoger a los israelitas de las naciones adonde marcharon, voy a congregarlos de todas partes
y los voy a repatriar. 22 Los haré un solo pueblo en su país, en los montes de Israel, y un solo rey reinará sobre todos ellos. No volverán a ser dos naciones ni a desmembrarse en dos monarquías. 23 No volverán a
contaminarse con sus ídolos y fetiches y con todos sus crímenes. Los libraré de sus pecados y apostasías, los purificaré: ellos serán mi pueblo y yo seré su Dios. 24 Mi
siervo David será su rey, el único pastor de todos ellos. Caminarán según mis mandatos y cumplirán mis preceptos, poniéndolos
por obra. 25 Habitarán en la tierra que le di a mi siervo Jacob, en la que habitaron sus padres; allí vivirán para siempre, ellos y sus hijos y sus nietos, y mi siervo David será su
príncipe para siempre. 26 Haré con ellos una alianza de paz, alianza eterna pactaré con ellos. Los estableceré, los acrecentaré y pondré entre ellos mi santuario para siempre; 27 tendré mi morada junto a ellos, yo
seré su Dios y ellos serán mi pueblo. 28 Y
sabrán las naciones que yo soy el Señor que consagra a Israel, cuando esté entre ellos mi santuario para siempre.

ORÁCULOS CONTRA GOG

Contra Gog: escatología
(Is 24–27; 34; Jl 3s; Ap 20,8s)

38 1 Me dirigió la palabra el Señor:
2 –Hijo de hombre, vuelve tu rostro hacia Gog, jefe y caudillo de Mesec y Tubal, y profetiza así contra él:

3 Esto dice el Señor: Aquí estoy contra ti, Gog, jefe y caudillo de Mesec y Tubal; 4 te
haré volver y te pondré argollas en la mandíbula; los sacaré a la lucha a ti y a todo tu ejército: caballos y jinetes, todos bien equipados; una milicia inmensa, con escudos y bien equipados, todos empuñando la espada. 5 Parás, Nubia y Put van con ellos, todos
con escudos y cascos. 6 Gómer y todas sus
tropas; Bet-Togarma, el norte remoto, con todas sus tropas; pueblos innumerables te siguen. 7 ¡En pie de guerra, prepárate tú,
con toda la milicia que tienes reclutada, mantenlos alerta! 8 Después de mucho
tiempo te pasarán revista; al terminar los años invadirás una nación rescatada de la espada, reunida de muchos países en los montes de Israel, que fueron desierto durante mucho tiempo. Fueron sacados de entre los pueblos y habitan todos confiados.
9 Pero tú te levantarás como una tempestad, avanzarás como un nubarrón hasta cubrir el país. Tú, con todos tus escuadrones y tropas aliadas incontables.

10 Esto dice el Señor: Aquel día te vendrán pensamientos y planearás planes malvados: 11 Invadiré un país abierto y atacaré
a gente pacífica que habita confiada en ciudades sin murallas, sin cerrojos y sin puertas; 12 para entrar a saquear y alzarme con

---

blo, ese pueblo no puede revivir para seguir siendo igual. La resurrección implica la reunificación de las doce tribus de Israel, regidas ahora por una sola y única autoridad (24), con un único santuario (28), en donde el Dios de la alianza fijará su morada para quedarse con su pueblo.

38s Contra Gog: escatología. Ezequiel no se contenta con anunciar promesas futuras para un Israel renovado y de nuevo asentado en su tierra. Parece que el Nombre y el poder del Señor no quedan suficientemente «vengados» del ultraje del que ha sido víctima ante los demás pueblos y naciones. Estos capítulos esbozan en términos apocalípticos lo que será la venganza del Señor. Desde el extremo norte (39,1), el sitio de donde habían venido las antiguas invasiones, el Señor hace que se desborden como una tremenda avalancha los ejércitos de Gog, rey de Magog, que representa a todos los pueblos que quieren asaltar al pueblo de Israel. Ese Israel renovado que vive seguro en ciudades sin murallas, sin puertas ni cerrojos, será el lugar de encuentro de Dios con todos los enemigos de su pueblo para tomar venganza definitiva aniquilándolos a todos. Ese «día del Señor» será el día de su triunfo final y de una paz definitiva para Israel. Explotará así finalmente a los ojos de las naciones la gloria de su Nombre, y semejante estallido manifestará que el fracaso y la humillación soportados por Israel se debían a su pecado, no a la impotencia de su Dios.

el botín, para alargar la mano a las ruinas
repobladas. Atacaré a un pueblo recogido
de entre las naciones, que se ha hecho con
ganado y hacienda y habita en el ombligo
del mundo. 13 Sabá y Dedán, los mercade-
res de Tarsis y todos sus traficantes te dirán:
¿Conque vienes a saquear? ¿Has reclutado
tu milicia para alzarte con el botín; para ro-
bar plata y oro, para arrebatar ganado y ha-
cienda, para alzarte con un rico botín?
14 Pues bien, Hijo de hombre, profetiza
contra Gog:

Esto dice el Señor: Aquel día, cuando mi
pueblo, Israel, habite confiado, te desperta-
rás 15 y vendrás desde tu territorio, desde el
norte remoto, con tropas aliadas inconta-
bles, todos montados a caballo, una gran
milicia, un ejército inmenso, 16 y atacarás a
mi pueblo, Israel, lo mismo que un nuba-
rrón, hasta cubrir el país. Al cabo de los
años te traeré contra mi país, para que, al
ver mi santidad actuando sobre ti, Gog, me
reconozcan las naciones.
17 Esto dice el Señor: Tú eres aquel de
quien hablé antiguamente por medio de
mis siervos los profetas de Israel; ya enton-
ces profetizaron durante años que yo te
traería contra ellos. 18 Aquel día, cuando
Gog invada la tierra de Israel –oráculo del
Señor–, brotará mi cólera y mi indignación.
19 En el fuego de mi furia y en mi pasión lo
juro: aquel día habrá un gran terremoto en
la tierra de Israel, 20 temblarán ante mí los
peces del mar y las aves del cielo, los ani-
males salvajes y los reptiles del suelo y to-
dos los hombres de la superficie de la tie-
rra. Se derrumbarán las montañas, los
riscos se despeñarán y las murallas se des-
plomarán. 21 Daré cita contra él a la espada
–oráculo del Señor–, y la espada de cada
uno se volverá contra su hermano. 22 Lo
castigaré con peste y con sangre; haré caer
una lluvia torrencial y granizo, fuego y azu-
fre caerán sobre él y sus escuadrones y sus
tropas aliadas incontables. 23 Mostraré mi
grandeza y mi santidad y me daré a cono-
cer a muchas naciones, y sabrán que yo
soy el Señor.

39 1 Y tú, Hijo de hombre, profetiza así
contra Gog:

Esto dice el Señor: Aquí estoy contra ti,
Gog, jefe y caudillo de Mesec y Tubal, 2 te
haré volver y te conduciré, te levantaré en el
norte remoto y te llevaré a los montes de Is-
rael. 3 De un golpe te tiraré el arco de la
mano izquierda y las flechas se te caerán de
la mano derecha. 4 En los montes de Israel
caerás tú con todos tus escuadrones y las
tropas que vienen contigo. Te daré como
pasto a todas las aves de rapiña y a las fie-
ras salvajes. 5 Caerás en campo abierto,
porque yo lo he dicho –oráculo del Señor–.
6 Enviaré fuego contra Magog y los que ha-
bitan confiados en las islas, para que sepan
que yo soy el Señor. 7 Daré a conocer mi
Nombre santo en medio de mi pueblo, Is-
rael; ya no profanaré mi Nombre santo, y
sabrán las naciones que yo soy el Señor, el
Santo de Israel. 8 Mira que llega, que sucede
–oráculo del Señor–: es el día que predije.

9 Saldrán los vecinos de los poblados y
prenderán y quemarán las armas: arco y
flechas, coraza y escudo, venablo y jabali-
na; harán fuego con ellas durante siete
años. 10 No tendrán que acarrear leña del
monte ni tendrán que cortarla en los bos-
ques, pues harán fuego con las armas. Sa-
quearán a sus saqueadores y despojarán a
sus despojadores –oráculo del Señor–.

11 Aquel día le daré a Gog un mausoleo,
un sepulcro en Israel: el valle de Abarim, al
este del Mar Muerto, obstruirá el paso a los
caminantes. Allí enterrarán a Gog con toda
su horda, y le pondrán de nombre Gue Ha-
mon de Gog. 12 La casa de Israel los ente-
rrará para limpiar el país, y tardarán siete
meses. 13 Entre todos los del país los en-
terrarán, y el día en que me cubra yo de
gloria será memorable para ellos –oráculo
del Señor–. 14 Destacarán patrullas que se
dediquen a rastrear el país y a enterrar a los
que aún queden a flor de tierra, para limpiar
el país. Pasados siete meses harán la ins-
pección. 15 El rastreador que recorriendo el
país vea un hueso humano, plantará junto a
él una señal, hasta que lo entierren los en-
terradores en Gue Hamon de Gog, 16 y de-
jen limpio el país.

17 Y tú, Hijo de hombre, esto dice el Se-
ñor:

Di a las aves de toda pluma y a las fie-
ras salvajes: Reúnanse y congréguense de
todas partes al banquete que les he prepa-
rado, un banquete colosal en los montes de

Israel. Comerán carne y beberán sangre:
18 comerán carne de héroes y beberán san-
gre de príncipes de la tierra; ellos serán los
carneros, corderos y chivos, los novillos y
los toros, todos engordados en Basán.
19 Comerán grasa hasta que se harten y be-
berán sangre hasta embriagarse: es el ban-
quete que les he preparado. 20 Se hartarán
en mi mesa de caballos y jinetes, de héroes
y guerreros –oráculo del Señor–.

21 Mostraré mi gloria a las naciones: to-
das las naciones verán el juicio que hago en
ellos y la mano que lo ejecuta. 22 A partir de
aquel día sabrá la casa de Israel que yo soy
el Señor, su Dios. 23 Y las naciones sabrán
que la casa de Israel fue deportada por su
culpa, por haberse rebelado contra mí; por
eso les oculté mi rostro, los puse en manos
de su adversarios y cayeron todos a espa-
da. 24 Los traté según merecían su in-
mundicia y sus delitos, ocultándoles mi ros-
tro. 25 Por tanto, así dice el Señor: Ahora
cambio la suerte de Jacob, me apiado de la
casa de Israel y soy celoso de mi santo
Nombre. 26 Cargarán con su deshonra y su
deslealtad contra mí cuando habiten en su
tierra seguros, sin sobresaltos; 27 cuando
los haga regresar de las naciones y los re-
coja de los países hostiles y muestre en
ellos mi santidad a la vista de muchos pue-
blos. 28 Sabrán que yo soy el Señor, que si
los deporté entre los paganos, ahora los re-
úno en su tierra sin dejarme ninguno. 29 No
volveré a ocultarles mi rostro, yo que he in-
fundido mi espíritu en la casa de Israel
–oráculo del Señor–.

NUEVO TEMPLO Y NUEVA TIERRA

El nuevo templo

(Éx 25–31; 35–40; 1 Re 6s)

40 1 El año veinticinco de nuestra de-
portación, el diez del mes, día de
año nuevo, el año catorce de la caída de la
ciudad, ese mismo día vino sobre mí la
mano del Señor, 2 y el Señor me llevó en
éxtasis a la tierra de Israel, dejándome en
un monte muy alto, en cuya cima se erguía
una mole con traza de fortaleza. 3 Me llevó
allá y vi junto a la puerta un hombre que
parecía de bronce: tenía en la mano un cor-
del de lino y una regla de medir. 4 Este
hombre me dijo:

–Hijo de hombre, mira y escucha atenta-
mente, fíjate bien en lo que voy a enseñar-
te, porque has sido traído aquí para que yo
te lo enseñe. Anuncia a la casa de Israel
todo lo que veas.

5 Una *muralla* ceñía todo el perímetro
del templo. La regla de medir que el hom-
bre llevaba en la mano era de seis codos
codo mayor, de a codo y palmo. La mura-
lla medía tres metros de espesor por tres
metros de alto.

6 Entró por la *puerta oriental*: subió los
peldaños y se puso a medir. 7 El umbral de
la puerta medía tres metros de fondo; las
celdas, tres metros de largo por tres de an-
cho; 8 la pared, entre habitación y habita-
ción dos metros y medio; el umbral interior
de la puerta contigua al vestíbulo, tres me-
tros. 9 El vestíbulo de la puerta medía cua-
tro metros; los pilares, un metro; el ves-

40,1–48,35 Nuevo templo y nueva tierra. Es la última parte del libro de Ezequiel, en la cual se nos presentan las líneas básicas de la reconstrucción política y religiosa de Israel según la mentalidad del profeta. La visión de que nos habla Ezequiel sucede catorce años después de que Jerusalén fuera destruida, tras un período en el que el profeta ha reflexionado mucho sobre cómo podría empezar a resurgir el nuevo Israel. En líneas generales, para Ezequiel la restauración debe comenzar por la reconstrucción del nuevo templo, donde la Gloria del Señor pueda volver para permanecer en medio de su pueblo (40,1–43,12); el siguiente elemento es el funcionamiento del culto, que deberá ser muy detallado y perfecto (43,13–46,24). En cuanto al pueblo, éste será reubicado en la tierra según el reparto asignado (48,1-29). Los deberes religiosos y políticos del príncipe en funciones se deberán regir por las leyes del templo.

40,1–42,20 El nuevo templo. Ezequiel nos narra una de sus últimas visiones, donde es conducido por un misterioso personaje que le enseñará detalladamente las medidas del nuevo templo. El profeta es conducido desde el patio exterior (40,17-19) al patio interior (40,28-31) y al Santo de los santos (41,3). Ante la mirada de Ezequiel, este personaje va verificando la superficie de patios y construcciones, habitaciones y salones, especialmente las dimensiones de muros y puertas en orden a delimitar lo más minuciosamente posible las líneas que separarán los espacios profanos de los sagrados (42,20).

tíbulo estaba al fondo. 10 La puerta oriental
tenía tres celdas a cada lado, todas de las
mismas dimensiones. Las pilastras de am-
bos lados tenían también las mismas di-
mensiones. El ancho de la puerta tenía cin-
co metros. 11 El pasillo de la puerta medía
metro y medio de ancho. 12 Las celdas tení-
an en su embocadura una baranda de me-
dio metro. 13 Las celdas medían tres metros
de lado. El pórtico, desde el fondo de una
celda hasta el fondo de la otra, doce metros
y medio. 14 Las puertas de las celdas esta-
ban frente a frente. El vestíbulo medía diez
metros y comunicaba con el atrio. 15 El lar-
go total, desde la fachada de la entrada
hasta el frente del vestíbulo interno, veinti-
cinco metros. 16 Las celdas del lado interior
de la puerta tenían ventanas. También el
vestíbulo tenía ventanas. Los pilares del
vestíbulo estaban ornamentados con pal-
mas.

17 Luego me llevó al *atrio exterior*, en el
que había treinta habitaciones. Un empe-
drado bordeaba todo el atrio. 18 El empe-
drado arrancaba de las puertas y su anchu-
ra correspondía a la longitud de éstas. 19 Es
el empedrado inferior. El atrio, desde el
frente de la puerta exterior hasta la fachada
de la puerta interior, medía cincuenta me-
tros.

20 Midió también la *puerta norte* del atrio
exterior a lo largo y a lo ancho. 21 Tenía las
mismas dimensiones que la puerta anterior:
veinticinco metros de largo por doce me-
tros y medio de ancho, con sus tres celdas
a cada lado, sus pilastras y su vestíbulo.
22 Las ventanas del vestíbulo y las palmas
ornamentales tenían las mismas dimensio-
nes que las de la puerta oriental. Tenía una
escalinata de siete peldaños. El vestíbulo
estaba al fondo. 23 Por el norte, lo mismo
que por el este, la puerta del atrio interior
daba frente a la puerta del atrio exterior.
Entre puerta y puerta había una distancia
de cincuenta metros.

24 Me condujo hacia el sur. Allí vi la *puer-
ta sur*. Sus pilastras y su vestíbulo medían
lo mismo que los de las demás puertas.
25 Las celdas y el vestíbulo de la puerta te-
nían ventanas, iguales a las de las demás
puertas. La puerta medía veinticinco me-
tros de largo por doce metros y medio de
ancho. 26 Tenía una escalinata de siete pel-
daños. El vestíbulo estaba al fondo. 27 Los
pilares del vestíbulo estaban ornamentados
con palmas. El atrio interior tenía también
una puerta mirando al sur. Entre puerta y
puerta había una distancia de cincuenta
metros.

28 Por la puerta sur me llevó al *atrio inte-
rior*. Esta puerta medía lo mismo que las
demás. 29 Sus celdas, sus pilastras y su
vestíbulo medían lo mismo que los de las
demás puertas. 30 La puerta y su vestíbulo
tenían ventanas. La puerta medía veinticin-
co metros por doce metros y medio.

31 El vestíbulo comunicaba con el atrio
exterior. Sus pilares estaban ornamentados
con palmas. Tenía una escalinata de ocho
peldaños. 32 Me llevó al atrio interior en di-
rección este. Esta puerta medía lo mismo
que las demás. 33 Sus celdas, sus pilastras
y su vestíbulo medían lo mismo que los de
las demás puertas. La puerta y su vestíbu-
lo tenían ventanas. La puerta medía veinti-
cinco metros por doce metros y medio.
34 El vestíbulo comunicaba con el atrio ex-
terior. Sus pilares estaban ornamentados
con palmas. Tenía una escalinata de ocho
peldaños. 35 Me llevó a la puerta norte, que
medía lo mismo que las demás. 36 Sus cel-
das, sus pilastras y su vestíbulo tenían ven-
tanas. La puerta medía veinticinco metros
por doce metros y medio. 37 El vestíbulo
comunicaba con el atrio exterior. Sus pila-
res estaban ornamentados con palmas. Te-
nía una escalinata de ocho peldaños.

47 El atrio central era un cuadrado de
cincuenta metros de lado. El *altar* estaba
situado enfrente del templo.

48 Me llevó al *vestíbulo del templo*. Los
pilares medían dos metros y medio. La en-
trada tenía siete metros de luz. Los costa-
dos de la puerta medían metro y medio.
49 El vestíbulo medía diez metros de ancho
por seis de fondo. Tenía una escalinata de
diez peldaños. Junto a los pilares había
sendas columnas.

41 1 Me llevó a la *nave del templo*. Los
pilares medían tres metros de espe-
sor. 2 La entrada tenía cinco metros de luz;
las paredes laterales de la entrada medían
dos metros y medio. La nave medía veinte
metros de largo por diez de ancho.

3 Penetró en la *pieza interior*. Los pilares
de la entrada medían un metro. La entrada
tenía tres metros de luz. Las paredes latera-
les de la entrada medían tres metros y me-
dio. 4 Esta pieza medía diez metros de largo
por diez de ancho. Entonces me dijo: Éste
es el Santísimo.

40 38 Había un cuarto que comunicaba
con el vestíbulo de la puerta. Era el
lavadero de las víctimas de los holocaustos.
39 A cada lado del vestíbulo de la puerta ha-
bía dos *mesas* destinadas a degolladero de
las víctimas de los holocaustos y de los sa-
crificios expiatorios y penitenciales. 40 Fue-
ra del vestíbulo, a cada costado de la en-
trada de la puerta norte, había dos mesas.
41 Cuatro mesas había dentro de la puerta y
otras cuatro fuera. Eran ocho en total las
mesas destinadas a degolladero. 42a Las
cuatro mesas para las víctimas de los holo-
caustos estaban construidas con piedras
talladas. Medían setenta y cinco centíme-
tros de largo por setenta y cinco de ancho
y cincuenta de alto. 43a Un palmo medían
las repisas que había empotradas en las
paredes. 42b En ellas se ponían las herra-
mientas utilizadas para degollar las vícti-
mas de los holocaustos y del sacrificio.
43b La carne de las ofrendas se ponía en las
mesas.

44 Me condujo al atrio interior, donde ha-
bía dos habitaciones: una al costado de la
puerta norte, mirando al sur, y otra al cos-
tado de la puerta oriental, mirando al norte.
45 Y me dijo:

–Esta habitación orientada al sur es para
los sacerdotes que atienden al servicio del
templo; 46 y la habitación orientada al norte
es para los sacerdotes que atienden al ser-
vicio del altar, es decir, los sadoquitas, es-
cogidos entre los levitas para servir al Se-
ñor.

41 5 La pared del *templo* medía tres
metros de espesor. Las habitaciones
laterales, todo alrededor del templo medían
dos metros de anchura. 6 Las habitaciones
estaban superpuestas formando tres plan-
tas. La pared del templo tenía unos sopor-
tes en los que se apoyaban las vigas de las
habitaciones, que así no iban empotradas
en la pared del templo. 7 Las habitaciones
se hacían más anchas a medida que se su-
bía, pues en cada planta ganaban espacio
al muro del templo. Desde la planta baja se
podía subir a la intermedia y a la superior.

8 El templo estaba bordeado por un em-
pedrado. Las habitaciones laterales tenían
más de una vara de cimientos. El empedra-
do medía tres metros. 9 La pared exterior de
las habitaciones laterales medía dos metros
y medio de espesor. 10 Entre las habitacio-
nes laterales al templo y los bloques de ha-
bitaciones quedaba un espacio de diez me-
tros de anchura alrededor del templo. 11 Las
habitaciones laterales comunicaban con
este espacio por dos puertas, una al norte y
otra al sur. Este espacio tenía una pared de
dos metros y medio de espesor.

12 Junto a este recinto, por el lado occi-
dental, se levantaba un pabellón de treinta
y cinco metros de ancho por cuarenta y
cinco de largo. La pared de este pabellón
medía dos metros y medio de espesor.
13 Longitud total del templo, cincuenta me-
tros. Longitud del pabellón, incluyendo el
espesor del muro y el recinto, cincuenta
metros. 14 Anchura de la fachada oriental
del templo, incluyendo el recinto, cincuen-
ta metros. 15 Anchura del pabellón contiguo
al recinto, por la parte de atrás, cincuenta
metros.

La nave del templo y el vestíbulo es-
taban revestidos de madera. 16 Los um-
brales de las ventanas estaban revestidos
de madera. La pared estaba guarnecida de
madera desde el suelo hasta las ventanas;
igualmente las mismas ventanas, todo es-
taba recubierto de madera. 17 En las pare-
des del Santísimo y de la nave había pane-
les ornamentados con palmas y querubines
alternándose. 18 Los querubines tenían dos
rostros: 19 un rostro humano mirando a la
palma de un lado y un rostro de león mi-
rando a la palma del otro lado. Todo el tem-
plo tenía esta ornamentación. 20 Desde el
piso hasta el paño que carga sobre la puer-
ta, toda la pared estaba ornamentada con
querubines y palmas.

21 La puerta de la nave tenía columnas
cuadradas. 22 Delante del santuario había
una especie de altar de madera: medía me-
tro y medio de alto por uno de largo y uno
de ancho; tenía ángulos salientes; su base y

sus paredes eran de madera. Me dijo: Ésta
es la mesa que está en presencia del Señor.
23 La puerta de la nave tenía dos hojas.
24 La puerta del santuario tenía dos hojas.
Las hojas de estas puertas eran giratorias.
25 Estaban ornamentadas con querubines y
palmas. Tenían la misma ornamentación
que las paredes. En la fachada del vestíbu-
lo había un saliente de madera. 26 Las pare-
des laterales del vestíbulo y el saliente es-
taban ornamentadas con querubines y
palmas.

42 1 Me llevó a la parte norte del atrio
exterior y me condujo a un bloque
de habitaciones situado frente al recinto y
frente al pabellón, por el norte. 2 Medía cin-
cuenta metros de largo por veinticinco de
ancho, por el lado norte. 3 Se levantaba en-
tre el recinto interior de diez metros y el
empedrado del atrio exterior. Tenía tres ga-
lerías, una encima de otra. 4 La fachada de
este bloque daba a una calle interior, de
cinco metros de ancho por cincuenta de
largo. Este bloque comunicaba con la calle
por el norte.
5 Las habitaciones del piso superior eran
menos amplias que las de los pisos bajo e
intermedio, porque las galerías les robaban
espacio. 6 En efecto, el bloque constaba de
tres plantas, y no tenía columnas como las
del atrio exterior; por eso estaba escalona-
do, con entrantes en los pisos intermedio y
superior. 7 Un muro de veinticinco metros
de longitud separaba este bloque de habita-
ciones del atrio exterior. 8 El bloque del
atrio exterior medía veinticinco metros de
longitud. Este bloque caía enfrente del otro
y medía cincuenta metros. 9 Desde el atrio
exterior se podía entrar en este bloque de
habitaciones por una puerta que se abría al
este, en el arranque del muro del atrio. 10 Al
sur había otro bloque gemelo frente al re-
cinto y al pabellón. 11 Delante pasaba una
calle. Tenía el mismo aspecto que el bloque
del norte; medía lo mismo de longitud y de
anchura, tenía idénticos accesos y estruc-
tura. 12 Al pie de este bloque se abría una
puerta en el arranque del muro, por la par-
te oriental.
13 Me dijo: Las habitaciones de estos blo-
ques, hacia el norte y hacia el sur, em-
plazados frente al recinto, son sacristías. En
ellas los sacerdotes que se acercan al Se-
ñor comerán los manjares sacrosantos. En
ellas depositarán la oblación sacrosanta y
la ofrenda, el sacrificio expiatorio y el peni-
tencial, porque el lugar es sagrado. 14 Los
sacerdotes que entren allí no podrán salir
del recinto santo al atrio exterior sin antes
quitarse las vestiduras con las que oficia-
ron, porque son sagradas. Deben cambiar-
se de ropa antes de acercarse a donde está
el pueblo.
15 Cuando terminó de medir el ámbito
del templo, me sacó por la puerta oriental y
se puso a medir el perímetro del templo.
16 El lado oriental medía doscientos cin-
cuenta metros, medidos con la caña de me-
dir. 17 Pasó al lado norte, que medía dos-
cientos cincuenta metros, medidos con la
caña de medir. 18 Pasó al lado sur, que me-
día doscientos cincuenta metros, medidos
con la caña de medir. 19 Pasó al lado occi-
dental, que medía doscientos cincuenta me-
tros, medidos con la caña de medir. 20 Lo
midió por los cuatro costados. Lo circunda-
ba una muralla de doscientos cincuenta me-
tros de ancho por doscientos cincuenta de
largo, que separaba lo sacro de lo profano.

Vuelve la gloria
(Éx 40,34-38; 1 Re 8,10s; 10,19; Ez 11,23)

43 1 Me condujo a la puerta que mira al
este: 2 vi la gloria del Dios de Israel
que venía de oriente, con estruendo de
aguas caudalosas; la tierra reflejó su gloria.
3 La visión que tuve era como la visión que
había contemplado cuando vino a destruir
la ciudad como la visión que había con-
templado a orillas del río Quebar. Y caí ros-
tro en tierra. 4 La gloria del Señor entró en
el templo por la puerta oriental. 5 Entonces
me arrebató el espíritu y me llevó al atrio

43,1–44,31 Vuelve la gloria. Era necesario delimitar muy bien el área del templo y dentro de él el espacio más sagrado, alejándolo lo más posible de toda mancha externa (43,7-9), porque lo que viene a continuación es nada menos que el regreso de la Gloria del Señor al nuevo templo (43,4s); la entrada de la Gloria es triunfal. Si para Ezequiel la experiencia del destierro tiene su punto culminante en la partida de la Gloria de Dios de Jerusalén, el fin del destierro tiene su inicio en el regreso de la misma Gloria a su punto

interior. La gloria del Señor llenaba el tem-
plo.
6 Entonces oí a uno que me hablaba
desde el templo –el hombre seguía a mi
lado–, 7 y me decía:

–Hijo de hombre,
éste es el sitio de mi trono,
el sitio de las plantas de mis pies,
donde voy a residir para siempre
en medio de los hijos de Israel.
La casa de Israel y sus monarcas
ya no profanarán mi Nombre santo
con sus fornicaciones
ni con los cadáveres
de sus reyes difuntos.
8 Poniendo su umbral junto a mi umbral
y postes de sus puertas
pegados a los míos
–ellos y yo pared por medio–,
profanaron mi Nombre santo
con las prácticas idolátricas
que perpetraron,
y por eso los consumió mi ira.
9 Pero ahora alejarán de mí
sus fornicaciones
y los cadáveres de sus monarcas,
y residiré en medio de ellos
para siempre.

10 Y tú, Hijo de hombre, describe a la
casa de Israel el templo, a ver si se aver-
güenza de sus culpas. 11 Al medir el plano,
se avergonzarán de lo que hicieron. La es-
tructura y disposición del templo, sus en-
tradas y salidas, sus preceptos y leyes, en-
séñaselos y diséñalos, para que pongan por
obra todas sus leyes y preceptos.
12 *Ley del templo*. El área entera de la
cima del monte es lugar sacrosanto. Ésta
es la ley del templo.
13 *Dimensiones del altar*. La caja del altar
medía medio metro de profundidad y me-
dio metro de espesor; entre el borde y el al-
tar quedaba un espacio de medio metro; el
borde medía una cuarta.
14 *Alzado del altar*. El bloque inferior
desde la caja medía un metro de altura y te-
nía una plataforma de medio metro. El blo-
que superior medía dos metros de altura y
tenía una plataforma de medio metro.
15 Desde aquí hasta el ara, dos metros de
altura. Del ara sobresalían cuatro remates.
16 *Dimensiones del ara*. Un cuadrado de
seis metros de lado. 17 El bloque superior
era un cuadrado de siete metros de lado.
Entre el altar y el borde quedaba un espa-
cio de medio metro; el borde que lo rodea-
ba medía veinticinco centímetros. La esca-
linata del altar miraba al oriente.
18 Me dijo:
–Hijo de hombre, esto dice el Señor: *Pre-
ceptos sobre el altar*. El día en que terminen
de construirlo, para ofrecer holocaustos y
rociarlo de sangre, darás un novillo para el
sacrificio expiatorio 19 a los sacerdotes levi-
tas del linaje de Sadoc, que se acercan a mí
para servirme –oráculo del Señor–. 20 To-
marás su sangre, untarás con ella los cua-
tro salientes del altar, los cuatro ángulos de
sus bloques y el borde que rodea la base, y
así lo purificarás y lo expiarás. 21 Tomarás
el novillo del sacrificio expiatorio y lo que-
marán en el sitio establecido del templo,
fuera del santuario. 22 El segundo día ofre-
cerás un chivo sin defecto como sacrificio
expiatorio; con él harás la expiación del al-
tar siguiendo el mismo rito que con el novi-
llo. 23 Terminada la expiación, ofrecerás un
novillo y un carnero sin defecto, 24 los ofre-
cerás al Señor, y los sacerdotes les echarán
sal y se los ofrecerán al Señor en holocaus-
to. 25 Durante siete días ofrecerás un chivo
como sacrificio expiatorio, y ofrecerán un
novillo y un carnero sin defecto. 26 Durante

---

de partida. Para el profeta está claro que al estar dispuestos el templo del Señor y el palacio del rey en la misma área se produjo la profanación de la morada santa; por eso, el nuevo templo se reserva un área sagrada que aleja toda posible profanación (43,10-12).

El lugar por donde ha hecho su entrada triunfal la Gloria de Dios, es decir, la puerta oriental, permanecerá perpetuamente cerrada, con lo cual se quiere expresar la decisión de Dios de no volver a salir de en medio de su pueblo (44,1-9). Esta permanencia exige una especial atención a la calidad de los que pueden entrar al templo, quedando excluidos los incircuncisos y los extranjeros (44,7-9).

El siguiente paso en la disposición del ambiente para el culto es la calidad de los que ejercerán este ministerio (44,10-31). Ezequiel distingue en el servicio al altar entre los levitas, que por sus infidelidades pasadas perdieron calidad y son casi servidores de segunda categoría, y los sacerdotes hijos de Sadoc, quienes tienen el privilegio de entrar en el santuario, para lo cual deben estar sometidos a las más rigurosas normas de pureza personal, ritual y cultual.

siete días purificarán el altar, lo expiarán y
lo consagrarán. 27 Así pasarán estos siete
días. A partir del octavo, los sacerdotes
ofrecerán sobre el altar sus holocaustos y
sacrificios de comunión. Y yo se los acep-
taré –oráculo del Señor–.

44 1 Luego me hizo volver a la puerta
exterior del santuario que mira a
oriente; estaba cerrada.

2 Y me dijo:

–Esta puerta permanecerá cerrada. No
se abrirá nunca y nadie entrará por ella,
porque el Señor, el Dios de Israel, ha entra-
do por ella; permanecerá cerrada. 3 Sólo el
príncipe en funciones podrá sentarse allí
para comer el pan en presencia del Señor;
entrará por el vestíbulo de la puerta y sal-
drá por el mismo camino.

4 Luego me llevó por la puerta del norte
hacia la fachada del templo. Contemplé la
gloria del Señor, que llenaba el templo del
Señor, y caí rostro en tierra.

5 Y me dijo:

–Hijo de hombre, fíjate bien, mira con
los ojos, escucha con los oídos: voy a co-
municarte los *preceptos y leyes* del templo
del Señor. Fíjate bien en los que tienen ac-
ceso al templo y al santuario.

6 Dile al pueblo rebelde, a la casa de Is-
rael: Basta ya de cometer prácticas idolátri-
cas, casa de Israel. 7 Profanan mi templo
metiendo en mi santuario *extranjeros*, incir-
cuncisos de corazón e incircuncisos de car-
ne, y ofreciéndome como alimento grasa y
sangre, mientras quebrantan mi alianza con
sus prácticas idolátricas. 8 En vez de aten-
der al servicio de mis cosas santas, les en-
cargan a ellos el servicio de mi santuario.
9 Por tanto, esto dice el Señor: Ningún ex-
tranjero incircunciso de corazón e incircun-
ciso de carne entrará en mi santuario; ab-
solutamente ninguno de los extranjeros que
viven con los israelitas.

10 Los *levitas*, que se alejaron de mí
cuando Israel se extravió, abandonándome
para seguir a sus ídolos, pagarán su culpa,
11 y desempeñarán en mi santuario el oficio
de porteros y sacristanes del templo. Ellos
degollarán las víctimas del holocausto y del
sacrificio del pueblo, al servicio de la gente.
12 Porque le sirvieron delante de sus ídolos,
arrastrando al pecado a la casa de Israel;
por eso les juro con la mano en alto –orácu-
lo del Señor– que pagarán sus culpas, 13 y
no se acercarán a mí para oficiar como sa-
cerdotes ni podrán acercarse a mis cosas
santas o sacrosantas. Cargarán con su ver-
güenza y con las prácticas idolátricas que
perpetraron. 14 Yo los nombro encargados
de todos los servicios y oficios auxiliares
del templo.

15 Pero los *sacerdotes* levíticos *descen-
dientes de Sadoc*, que se hicieron cargo del
servicio de mi santuario cuando los israeli-
tas anduvieron extraviados lejos de mí, se
acercarán a mí para servirme y estarán en
mi presencia, para ofrecerme grasa y san-
gre –oráculo del Señor–. 16 Ellos entrarán
en mi santuario y se acercarán a mi mesa
como ministros míos y se encargarán de mi
servicio.

17 Cuando tengan que entrar por la puer-
ta del atrio interior, se pondrán vestiduras
de lino; no llevarán ropa de lana cuando va-
yan a oficiar en las puertas del atrio interior
o dentro del atrio. 18 Irán cubiertos con tur-
bantes de lino, llevarán calzones de lino,
pero no se ceñirán, para no sudar. 19 Cuan-
do tengan que salir al atrio exterior, donde
está el pueblo, se quitarán las vestiduras
con las que oficiaron, dejándolas en las sa-
cristías, y se pondrán otra ropa. Así no con-
sagrarán al pueblo con sus vestiduras.

20 No se raparán la cabeza ni irán des-
melenados; se recortarán el pelo. 21 Ningún
sacerdote beberá vino cuando vaya a entrar
en el atrio interior. 22 No tomarán por mujer
a viuda ni a repudiada; sólo podrán casarse
con vírgenes del linaje de la casa de Israel
o con la viuda de un sacerdote. 23 De-
clararán a mi pueblo lo que es sagrado y lo
que es profano y dictaminarán lo que es
puro o impuro. 24 En los pleitos actuarán
como jueces. Sentenciarán según mis le-
yes; guardarán mis mandatos y preceptos
en todas mis festividades y santificarán mis
sábados. 25 No se contaminarán con ningún
cadáver, a no ser del padre, la madre, el
hermano o la hermana soltera. 26 Después
de purificarse, contará siete días, 27 y cuan-
do vaya a entrar en el atrio interior para ofi-
ciar en el santuario, ofrecerá por sí mismo
un sacrificio expiatorio –oráculo del Señor–.

28 No tendrán *propiedad hereditaria*: yo soy su propiedad; no les darán ninguna posesión en Israel: yo soy su posesión. 29 Comerán la ofrenda y las víctimas de los sacrificios expiatorios y penitenciales. 30 También les pertenece todo lo dedicado al Señor. Lo mejor de las primicias de toda especie y de los tributos de toda especie será para los sacerdotes. La primicia de la molienda se la darán al sacerdote para que la bendición descienda sobre la casa de ustedes. 31 Los sacerdotes no comerán ningún ave ni animal terrestre muerto o desgarrado por una fiera.

Reparto de la tierra
(Jos 13–21)

45 1 Cuando se repartan por sorteo la herencia de la tierra, reservarán para el Señor como tributo una fracción sagrada de doce kilómetros y medio de longitud por diez de anchura. Toda su superficie será sagrada. 2 En ella se dejará para el santuario un cuadro de doscientos cincuenta metros de lado, rodeado de veinticinco metros de pastos. 3 Aquí medirán una parcela de doce kilómetros y medio de largo por cinco de ancho, en la que se levantará el santuario. 4 Es la parcela sacrosanta del país. Se adjudicará a los *sacerdotes* ministros del santuario que se acercan al Señor para servirle. Allí tendrán solares para sus casas y pastos para el ganado. 5 A los *levitas*, empleados del templo, se les adjudicará una propiedad de doce kilómetros y medio de longitud por cinco de anchura, para que tengan ciudades donde habitar. 6 El área señalada como territorio de la *ciudad* medirá doce kilómetros y medio de largo por dos y medio de ancho, a lo largo del territorio sagrado. Pertenecerá a toda la casa de Israel.

7 Al *príncipe* le asignarán una propiedad a ambos lados del territorio sagrado y de los límites de la ciudad; se extenderán desde el límite del territorio sagrado y del límite de la ciudad hasta el mar por occidente y hasta la frontera por oriente. Su longitud de frontera a frontera corresponde a una de las porciones asignadas a las tribus. 8 Ésta será su posesión en Israel. Mis príncipes ya no explotarán a mi pueblo, sino que adjudicarán la tierra a la casa de Israel, por tribus.

9 Esto dice el Señor: ¡Basta ya, príncipes de Israel! Abandonen la violencia y el robo y practiquen el derecho y la justicia. Dejen de atropellar a mi pueblo –oráculo del Señor–.

10 Usen *balanzas* justas, pesas justas y medidas justas. 11 La unidad de medida será la misma para sólidos y líquidos. Un canasto y un tonel serán iguales y de una misma medida, de manera que tanto el tonel como el canasto tendrán la décima parte de una carga. A partir de la carga serán fijadas las medidas. 12 El siclo valdrá veinte óbolos. Cinco siclos serán siempre cinco siclos, diez siclos serán diez siclos y cincuenta siclos valdrán una mina.

13 *Arancel tributario*: una sexta parte de una medida de trigo por cada carga de trigo y una sexta parte de una medida de cebada por cada carga de cebada. 14 Tasa de aceite el aceite se medirá con el tonel: un tonel por cada carga pues diez toneles hacen una carga. 15 Una oveja por cada rebaño de doscientas cabezas, como tributo de las familias de Israel, para expiar por medio de la ofrenda, del holocausto y del sacrificio de comunión –oráculo del Señor–.

16 Toda la población en Israel está obligada a dar al príncipe este tributo. 17 El

---

45,1–46,24 Reparto de la tierra. Se fijan las normas para el reparto ideal de la tierra. Lo primero que hay que tener en cuenta son los espacios que tendrán carácter sagrado: el espacio del templo (45,1-4a), para los sacerdotes (45,4b), y levitas (45,5s), y por último, para el príncipe (45,7), quien no será como antaño «dueño» del país, poseerá una parcela y el resto lo distribuirá a su pueblo por tribus (45,8).

Se entremezclan los deberes religiosos y sociales del príncipe con la fijación del calendario litúrgico del templo (45,9–46,18). En cuanto al príncipe, debe ser ejemplo de fe y de vida para el pueblo, promotor principal de la justicia y el derecho. Su función ya no será la de rey, pues Israel no tendrá otro rey que el Señor. En cuanto al calendario litúrgico, quedan fijadas la fiesta de la pascua (45,18-24), la de las tiendas o cabañas (45,25), los sábados y las fiestas de luna nueva (46,1-7). Nótese el interés especial que hay en los detalles de las ofrendas y sacrificios de cada fiesta.

La prescripción exclusiva para el príncipe (46,16-18) busca evitar que su propiedad desaparezca, pero más importante aún es evitar que esa propiedad aumente en detrimento de la propiedad de los demás israelitas. En el fondo, es una medida socio económica muy justa que busca evitar la concentración de la propiedad de la tierra en pocas manos.

príncipe es responsable del holocausto, la ofrenda y la libación en las fiestas, días de luna nueva, sábados y solemnidades de la casa de Israel. Él en persona hará el sacrificio expiatorio, la ofrenda, el holocausto y el sacrificio de comunión para expiar por los pecados de la casa de Israel.

18 Esto dice el Señor: El día *uno del mes primero* tomarás un novillo sin defecto y purificarás el santuario. 19 El sacerdote tomará sangre de la víctima expiatoria, untará con ella los marcos de las puertas del templo y los cuatro ángulos del bloque del altar y el marco de la puerta del atrio interior. 20 Lo mismo harás el *siete del mes* por los que hayan pecado por inadvertencia o por ignorancia, y así expiarás por el templo. 21 El día *catorce del mes primero* celebrarán la Pascua. Comerán panes ázimos durante siete días. 22 El primer día ofrecerá el príncipe un novillo como víctima expiatoria por sí y por toda la población del país. 23 Cada uno de los siete días de la fiesta ofrecerá al Señor en holocausto siete novillos y siete carneros sin defecto y un chivo como víctima expiatoria. 24 Añadirá una ofrenda de una medida de harina por cada novillo y una medida de harina por cada carnero, más siete litros de aceite por cada medida de harina. 25 En la fiesta del día *quince del mes séptimo* se hará la misma ofrenda durante siete días: sacrificio expiatorio, holocausto, ofrenda y aceite.

46 1 Esto dice el Señor: La *puerta oriental* del atrio interior permanecerá cerrada los seis días laborables. Sólo se abrirá los sábados y los días de luna nueva. 2 El príncipe entrará desde el exterior por el vestíbulo, deteniéndose junto al marco de la puerta; los sacerdotes ofrecerán el holocausto y el sacrificio de comunión; el príncipe se postrará en el umbral de la puerta y volverá a salir. La puerta no se cerrará hasta el atardecer. 3 También los terratenientes del país se postrarán ante el Señor, a la entrada de la puerta, los sábados y días de luna nueva.

4 *Oblación del príncipe* al Señor: Los sábados: un holocausto de seis corderos sin defecto y un carnero sin defecto. 5 Como ofrenda, una medida de harina por carnero, y por los corderos, a voluntad, más siete litros de aceite por cada medida de harina. 6 Los días de luna nueva: un novillo sin defecto, seis corderos y un carnero sin defecto. 7 Como ofrenda, una medida de harina por novillo, una medida por carnero, y por los corderos, según sus posibilidades, más siete litros de aceite por cada medida.

8 El príncipe entrará por el vestíbulo de la puerta y saldrá por el mismo camino. 9 Pero cuando los terratenientes del país vayan a presentarse ante el Señor en las festividades, los que entren por la puerta del norte para hacer la adoración saldrán por la del sur, y los que entren por la puerta del sur saldrán por la del norte; no se retirarán por la misma puerta por la que entraron, sino que saldrán por la de enfrente. 10 Y el príncipe entrará y saldrá en medio de ellos.

11 En las fiestas y solemnidades la ofrenda consistirá en una medida de harina por novillo, una medida por carnero, y por los corderos a voluntad, más siete litros de aceite por cada medida.

12 Cuando el príncipe ofrezca voluntariamente al Señor un holocausto o sacrificio de comunión, le abrirán la puerta oriental, ofrecerá su holocausto o sacrificio de comunión como todos los sábados, y luego saldrá. Y cuando salga, cerrarán la puerta.

13 Ofrecerás diariamente al Señor en holocausto un cordero de un año sin defecto; lo ofrecerás todas las mañanas. 14 Añadirás cada mañana como ofrenda la sexta parte de una medida de harina, más dos litros de aceite para amasar la harina de la mejor calidad; esta ofrenda al Señor es un rito cotidiano y perpetuo. 15 El cordero con la ofrenda y el aceite lo ofrecerán todas las mañanas como holocausto cotidiano.

16 Esto dice el Señor: Cuando el príncipe dé parte de su herencia a alguno de sus hijos, a éstos les pertenece como propiedad hereditaria. 17 Pero si da parte de su herencia a un súbdito suyo, a éste le pertenecerá hasta el año de la remisión. Luego retornará al príncipe. 18 Es herencia de sus hijos y a ellos les pertenece. El príncipe no quitará al pueblo su herencia, expropiándole tiránicamente. Sólo podrá dejar a sus hijos lo que sea propiedad suya, para que mi pueblo no se disperse, despojado de su propiedad.

19 Me llevó por la entrada de al lado de la
puerta a los bloques de sacristías sacerdo-
tales, que dan al norte; en la parte de atrás,
al occidente, había un local. 20 Y me dijo:
–Éste es el local donde los sacerdotes
cocerán las víctimas de los sacrificios ex-
piatorios y penitenciales y prepararán la
ofrenda; así no tendrán que sacarlos al atrio
exterior, pues consagrarían al pueblo.
21 Me sacó al atrio exterior y me lo hizo
atravesar hasta las cuatro esquinas del
atrio; allí, en cada esquina del atrio, había
un patio. 22 Al abrigo de las cuatro esquinas
había patios de veinte metros de longitud
por quince de anchura; los cuatro tenían las
mismas dimensiones. 23 Los cuatro estaban
cercados; al pie de la cerca había hornos.
24 Y me dijo:
–Éstas son las cocinas donde los servi-
dores del templo cocerán los sacrificios del
pueblo.

El manantial del templo
(Jl 4,18; Zac 14,8; Sal 46,5)

47 1 Me hizo volver a la entrada del
templo. Del umbral del templo ma-
naba agua hacia oriente –el templo miraba
a oriente–. El agua iba bajando por el lado
derecho del templo, al sur del altar. 2 Me
sacó por la puerta norte y me llevó por fue-
ra a la puerta del atrio que mira al oriente.
El agua iba corriendo por el lado derecho.
3 El hombre que llevaba el cordel en la ma-
no salió hacia el este. Midió quinientos me-
tros, y me hizo atravesar las aguas: ¡agua
hasta los tobillos! 4 Midió otros quinientos, y
me hizo cruzar las aguas: ¡agua hasta las
rodillas! Midió otros quinientos, y me hizo
pasar: ¡agua hasta la cintura! 5 Midió otros
quinientos: era un torrente que no pude
cruzar, pues habían crecido las aguas y no
se hacía pie; era un torrente que no se po-
día vadear.
6 Me dijo entonces:
–¿Has visto, Hijo de hombre?
A la vuelta me condujo por la orilla del
torrente.
7 Al regresar, vi a la orilla del río una
gran arboleda en sus dos márgenes. 8 Me
dijo:
–Estas aguas fluyen hacia el oriente, ba-
jarán hasta el desierto, desembocarán en el
mar de las aguas pútridas y lo sanearán.
9 Todos los seres vivos que bullan, allí don-
de desemboque la corriente tendrán vida, y
habrá peces en abundancia. Al desembocar
allí estas aguas quedará saneado el mar y
habrá vida dondequiera que llegue la co-
rriente. 10 Se pondrán pescadores a su ori-
lla: desde Engadí hasta Eglaín habrá ten-
dederos de redes; su pesca será variada,
tan abundante como la del Mediterráneo.
11 Pero sus pantanos y esteros no serán sa-
neados: quedarán para salinas. 12 A la vera
del río, en sus dos riberas, crecerá toda cla-
se de frutales; no se marchitarán sus hojas
ni sus frutos se acabarán; darán cosecha
nueva cada luna, porque los riegan aguas
que manan del santuario; su fruto será co-
mestible y sus hojas medicinales.
13 Esto dice el Señor: *Fronteras de la tie-
rra* que las doce tribus de Israel recibirán
como propiedad hereditaria. 14 Todos reci-
birán partes iguales. Yo juré con la mano en
alto dársela a sus padres; por eso esta tie-
rra les tocará a ustedes como propiedad
hereditaria.
15 Fronteras de la tierra: Por el norte:
desde el Mediterráneo, por Jetlón, el Paso
de Jamat, Sedad, 16 Berota y Sibrain –sepa-
rando los territorios de Damasco y Jamat–,

47,1–48,35 El manantial del templo. Las anteriores disposiciones referentes al lugar sagrado –templo–, las personas sagradas –sacerdotes y levitas– y al príncipe sirven como marco para introducir este nuevo elemento de la visión de Ezequiel: el río de vida que brota desde el costado oriental del templo y que se va extendiendo fecundando todo el territorio, incluso el Mar Muerto. Es como si la maldición y la desgracia que han pesado sobre Israel y su territorio comenzaran a desaparecer al paso del agua vivificante y purificadora que brota desde el nuevo templo habitado por la Gloria del Señor . Siglos después, esta misma imagen será utilizada por el autor del Apocalipsis (Ap. 22,1s).

El territorio fecundado y fertilizado idealmente por el manantial que brota del templo es repartido también ideal y equitativamente entre las doce tribus de Israel (47,13–48,29); siete habitarán al norte del templo y cinco habitarán al sur; cada tribu recibirá una franja de tierra que va desde el Mediterráneo hasta la frontera oriental del país.

Esta imagen es la síntesis final del territorio reconquistado y de la ciudad y el templo reconstruidos (48,30-35). La ciudad adquiere un nombre simbólico cargado de sentido esperanzador para los israelitas que se encuentran en el exilio: «Dios está aquí».

hasta Jasar Enon, que limita con Haurán.
17 Así que la frontera va desde el Mediterrá-
neo hasta Jasar Enon, separando al norte
los territorios de Damasco y Jamat. Ésta es
la frontera norte.

18 Por el este: desde Hazar Enon, por la
línea que separa los territorios de Haurán y
Damasco, siguiendo el curso del Jordán,
entre Galaad e Israel, hasta el Mar del este
y hasta Palma. Ésta es la frontera oriental.

19 Por el sur: desde Tamar hasta el oasis
de Meribá Cades y, siguiendo el torrente,
hasta el Mediterráneo. Ésta es la frontera
sur.

20 Por el oeste: limita con el mar Medite-
rráneo, hasta la latitud del Paso de Jamat.
Ésta es la frontera occidental.

21 Ésta es la tierra que se repartirán las
doce tribus de Israel. 22 Se la repartirán a
suerte como propiedad hereditaria, inclu-
yendo a los emigrantes residentes entre us-
tedes que hayan tenido hijos en su país. Se-
rán para ustedes como los demás israelitas.
Entrarán en la distribución con las tribus de
Israel. 23 A los emigrantes les darán su pro-
piedad hereditaria en el territorio de la tribu
donde residan –oráculo del Señor–.

48 1 Lista de las tribus:
En el extremo norte –que va desde
el Mediterráneo, por Jetlón y el Paso de Ja-
mat, hasta Hazar Enon, separando por el
norte la región de Damasco de la de Ja-
mat–, se extiende de este a oeste el territo-
rio de *Dan*.

2 Lindando con Dan, se extiende de este
a oeste el territorio de *Aser*.

3 Lindado con Aser, se extiende de este a
oeste el territorio de *Neftalí*.

4 Lindando con Neftalí, se extiende de
este a oeste el territorio de *Manasés*.

5 Lindando con Manasés, se extiende de
este a oeste el territorio de *Efraín*.

6 Lindando con Efraín, se extiende de
este a oeste el territorio de *Rubén*.

7 Lindado con Rubén, se extiende de
este a oeste el territorio de *Judá*.

8 Lindando con Judá, se extiende de este
a oeste el *territorio sagrado*: medirá doce
kilómetros y medio de anchura, y de este a
oeste, lo mismo que las demás porciones.
En el centro se levantará el santuario.

9 El territorio sagrado que reservarán
como tributo al Señor tendrá doce kilóme-
tros y medio de longitud por diez de an-
chura.

10 Beneficiarios del territorio sagrado: A
los sacerdotes les corresponderá una par-
cela rectangular, de doce kilómetros y me-
dio de longitud –lados norte y sur– por cin-
co de anchura –lados oriental y occidental–.
En el centro se levantará el santuario del
Señor.

11 Se trata de los sacerdotes consagra-
dos, descendientes de Sadoc, que se hicie-
ron cargo de mi servicio y no se extraviaron
como los levitas, cuando se extraviaron los
israelitas, 12 y les corresponderá una por-
ción sacrosanta del territorio sagrado de la
tierra, colindante con la de los levitas.

13 A los levitas les corresponderá una
parcela de doce kilómetros y medio de lon-
gitud por cinco de anchura, lindando con la
de los sacerdotes. Área total del territorio
sagrado: doce kilómetros y medio de longi-
tud por diez de anchura. 14 Nada de esto
podrán vender ni permutar. No podrán en-
ajenar lo mejor de la tierra, porque es por-
ción santa del Señor.

15 Queda una extensión de dos ki-
lómetros y medio de anchura por doce y
medio de longitud: es terreno profano. Per-
tenece a la ciudad para viviendas y pastos.
La ciudad se levantará en el centro. 16 Área
de la ciudad: dos mil doscientos cincuenta
metros por cada lado, norte, sur, este y
oeste. 17 Tendrá ciento veinticinco metros
de prados comunales al norte, sur, este y
oeste.

18 Quedan al este y al oeste de la ciudad,
colindantes con el territorio sagrado, sen-
das parcelas de cinco kilómetros de longi-
tud. Con lo que produzcan se alimentarán
los que trabajen en la ciudad. 19 Las labra-
rán los obreros de todas las tribus israelitas
que trabajen en la ciudad. 20 Área total del
territorio sagrado, incluyendo lo que perte-
nece a la ciudad: un cuadrado de doce ki-
lómetros y medio de lado.

21 Quedan los terrenos del príncipe. Es-
tán situados a ambos lados del territorio sa-
grado y de las posesiones de la ciudad. Se
extienden por el este desde la raya de doce
kilómetros y medio hasta la frontera orien-

tal, y por el oeste, desde la raya de doce kilómetros y medio hasta la frontera occidental, paralelos a los territorios de las tribus. Pertenecen al príncipe. En medio quedará el territorio sagrado con el santuario del templo.

22 Igualmente, las propiedades de los levitas y de la ciudad quedarán enclavadas entre los terrenos del príncipe y los territorios de Judá y de Benjamín.

23 Resto de las tribus:

De este a oeste se extiende el territorio de *Benjamín*.

24 Lindando con Benjamín, se extiende de este a oeste el territorio de *Simeón*.

25 Lindado con Simeón, se extiende de este a oeste el territorio de *Isacar*.

26 Lindando con Isacar, se extiende de este a oeste el territorio de *Zabulón*.

27 Lindando con Zabulón, se extiende de este a oeste el territorio de *Gad*.

28 El territorio de Gad coincide al sur con la frontera sur, que va desde Palma, por el oasis de Meribá Cades, siguiendo el cauce del torrente, hasta el Mediterráneo.

29 Ésta es la tierra que distribuirán en propiedad hereditaria a las tribus de Israel y éstas son sus porciones –oráculo del Señor–.

30a *Puertas de salida de la ciudad*: 31a llevarán los nombres de las tribus de Israel.

30b Por el lado norte, 31b que mide dos mil doscientos cincuenta metros, tres puertas: la puerta de Rubén, la puerta de Judá y la puerta de Leví.

32 Por el lado oriental, que mide dos mil doscientos cincuenta metros, tres puertas: la puerta de José, la puerta de Benjamín y la puerta de Dan.

33 Por el lado sur, que mide dos mil doscientos cincuenta metros, tres puertas: la puerta de Simeón, la puerta de Isacar y la puerta de Zabulón.

34 Por el lado occidental, que mide dos mil doscientos cincuenta metros, tres puertas: la puerta de Gad, la puerta de Aser y la puerta de Neftalí.

35 Perímetro de la ciudad: nueve kilómetros.

Desde entonces la ciudad se llamará El Señor está allí.





OSEAS

Época. Según el título del libro, el profeta Oseas, hijo de Beerí ejerció su actividad en el reino del Norte, durante el reinado de Jeroboán II (782-753 a.C.). Jehú, jefe militar de una guarnición, se levantó a vengar violentamente los crímenes pasados y selló la venganza haciendo asesinar a Jezabel en el campo de Yezrael –con matanzas criminales vengó crímenes pasados–. Fundó una vigorosa dinastía que contó cinco reyes y duró cien años (841-753 a.C.); el penúltimo rey de esta dinastía fue Jeroboán II. Durante su reinado restableció las fronteras nacionales, desde el Paso de Jamat hasta el Mar Muerto, sometiendo de nuevo el reino transjordánico de Moab.

Con la paz vino la prosperidad, y con ella graves diferencias sociales, lujo, confianza en los bienes de la tierra, corrupción de costumbres. Pero

también cultivo de las artes: con dependencia extranjera en las artes plásticas, con soberana maestría en la literatura. En este siglo comienza una edad de oro literaria –al menos una época clásica– que culminará con Isaías, y que cuenta con poetas tan importantes como Amós y Oseas, y magníficos narradores como los autores de tantas páginas incorporadas en el libro de los Reyes.

A la muerte de Jeroboán II comienza la rápida decadencia del reino del Norte. En treinta años se suceden cuatro dinastías por asesinato y usurpación. El reino dejó de existir en el 722 a.C. El título del libro, con su cronología parcial, da a entender que la actividad de Oseas continuó tras la muerte de Jeroboán II; de hecho en sus páginas se reflejan los cambios violentos de dinastías. No sabemos si el profeta llegó a contemplar la destrucción de su patria.

Temas de su profecía. Oseas es sobre todo un profeta acusador. El pecado capital que denuncia es la infidelidad al Señor, presentada como fornicación, prostitución y adulterio. Esa infidelidad se muestra ante todo en el culto de los ídolos, con sus altares y sacrificios, las consultas a los adivinos, los cultos de fertilidad y la prostitución sagrada. Otra forma de infidelidad son las alianzas políticas, especialmente con Asiria y Egipto cuyo poderío militar y político ocupa el puesto de Dios. Sus consecuencias son la dependencia económica, tributos onerosos, y al final la represión y la deportación (7,8-12; 8,9s).

En sus profecías se puede resaltar la denuncia a la confianza del pueblo en sus fortificaciones militares y en sus riquezas (8,14; 11, 13s; 12,9); su ambición, con sus secuelas de usurpaciones, la inestabilidad política, y la debilidad del rey (7,3-7; 10,15; 13,10s). Finalmente, aunque con menos desarrollo que en otros profetas, denuncia las injusticias sociales (4,1s; 6,6.8s; 7,1; 10,12s).

Mensaje religioso. Domina en la predicación de Oseas la articulación pecado-castigo, muchas veces con la correspondencia inspirada en la ley del Talión: porque rechazan son rechazados, por olvidarse serán olvidados, una infidelidad engendra otra, los cultos de fertilidad producen esterilidad, la paloma atolondrada cae en la red, la novilla atrae el yugo, el arco falso provoca la espada certera. A veces se enuncia genéricamente (5,5; 7,2), y en forma de aforismo suena así: «Siembran vientos, cosechan tempestades».

Sin embargo, esta «ley del Talión» no es la última palabra del Señor; su amor es su última palabra, y porque sigue amando habrá salvación. Es más, el perdón está concedido antes de que el pueblo se convierta. Esta inagotable paciencia y fidelidad de Dios a su pueblo viene expresada en la imagen más importante del libro: el símbolo conyugal con que Oseas representa las relaciones de Dios con su pueblo.

Quizás el amor inquebrantable a su esposa infiel, le hizo al profeta penetrar en el misterio del amor de Dios a su pueblo. Dios es como un esposo, celoso pero paciente, siempre tendiendo la mano y esperando que su pueblo le corresponda con la fidelidad de una obediencia amorosa.

1 1 Palabra del Señor que recibió Oseas,
hijo de Beerí, durante los reinados de
Ozías, Yotán, Acaz y Ezequías en Judá y en
tiempo de Jeroboán, hijo de Joás, en Israel.

El mal amor

2 Comienzan las palabras del Señor a
Oseas: Dijo el Señor a Oseas:

–Ve, toma por esposa a una prostituta y
ten hijos bastardos, porque el país está
prostituido, alejado del Señor.

3 Fue y tomó a Gomer, hija de Diblaín,
que concibió y dio a luz un hijo. 4 El Señor
le dijo:

–Llámalo Yezrael, porque muy pronto
pediré cuentas de la sangre de Yezrael a la
dinastía de Jehú y pondré fin al reino de Is-
rael. 5 Aquel día romperé el arco de Israel
en el valle de Yezrael.

6 Ella volvió a concebir y dio a luz una
hija. El Señor le dijo:

–Llámala: No-compadecida, porque ya
no me compadeceré de Israel ni lo perdo-
naré. 7 Pero de Judá me compadeceré y lo
salvaré, porque soy el Señor, su Dios. No lo
salvaré con arco, ni espada, ni batallas, ni
caballos, ni jinetes.

8 Cuando Gomer dejó de amamantar a
No-compadecida, concibió y dio a luz un
hijo.

9 El Señor le dijo:

–Llámalo: No-pueblo-mío, porque uste-
des no son mi pueblo y yo no estoy con us-
tedes.

Salvación

(Rom 9,26s)

2 1 El número de los israelitas
llegará a ser
como la arena de la playa,
que ni se mide ni se cuenta,
y en lugar de llamarlos
No–pueblo–mío,
los llamarán Hijos del Dios viviente.
2 Se reunirán israelitas con judíos
y se nombrarán un único caudillo
y resurgirán de la tierra,
porque es el día grande de Yezrael.
3 Llamen a su hermano Pueblo-mío
y a su hermana Compadecida.

El buen amor: pleito y reconciliación

(Jr 2–4; Ez 16)

4 Acusen a su madre, acúsenla
que ella no es mi mujer
ni yo soy su marido,
para que se quite de la cara
sus prostituciones
y sus adulterios
de entre los pechos;
5 si no, la dejaré desnuda y en cueros,
como el día que nació;
la convertiré en desierto,
la transformaré en tierra árida,
la mataré de sed;
6 y de sus hijos no me compadeceré,
porque son hijos bastardos.
7 Sí, su madre se ha prostituido,
se ha deshonrado la que los engendró.
Ella decía: Me voy con mis amantes,
que me dan mi pan y mi agua,
mi lana y mi lino,
mi vino y mi aceite.
8 Por eso, voy a llenar
su camino con espinos
y le voy a poner delante un muro
para que no encuentre sus senderos.

1,1 Ubicación histórica del profeta y de su ministerio. Por la sucesión de reyes mencionada, se trata del s. VIII a.C. Hay quienes quieren ser más precisos y ubican el personaje entre el 755 y el 725 en el reino del Norte. Algunas pistas hacen pensar en actuaciones específicas en los santuarios de Betel y Guilgal.

1,2-9 El mal amor. La experiencia amorosa de Oseas se convierte en la «ayuda didáctica» con la cual intentará ilustrar a su pueblo la lectura que hace sobre las relaciones entre Israel y su Dios. El resto del libro debe ser leído como una ampliación cada vez más detallada de esta «fotografía» del álbum familiar que nos presenta el profeta: un matrimonio especial, por el hecho de realizarse con una prostituta, y la procreación de hijos que llevan nombres simbólicos para transmitir lo que está sintiendo Dios por Israel, todo ello condimentado con el amor tierno, sencillo y a toda prueba de Oseas por Gomer, su esposa, y su paternal cariño por sus hijos. Éstas son experiencias personales que el profeta va trasladando a su predicación para que el pueblo pueda entender cómo están las cosas con Dios.

2,1-3 Salvación. Los nombres simbólicos de Yezreel, No-compadecida, y No-pueblo-mío son un llamado en vivo para que Israel caiga en la cuenta de su

9 Perseguirá a sus amantes
y no los alcanzará,
los buscará y no los encontrará,
y dirá: Voy a volver
con mi primer marido,
porque entonces
me iba mejor que ahora.
10 Ella no comprendía
que era yo quien le daba
el trigo y el vino y el aceite,
y oro y plata en abundancia.
11 Por eso le quitaré otra vez
mi trigo en su tiempo
y mi vino en su estación;
recobraré mi lana y mi lino,
con que cubría su desnudez.
12 Descubriré su deshonra
ante sus amantes,
y nadie la librará de mi mano;
13 pondré fin a sus alegrías, sus fiestas,
sus novilunios, sus sábados
y todas sus solemnidades.
14 Arrasaré su vid y su higuera,
de los que decía: son mi paga,
me las dieron mis amantes.
Los reduciré a matorrales
y los devorarán las bestias del campo.
15 Le tomaré cuentas de cuando ofrecía
incienso a los baales
y se adornaba
con su anillo y su collar
para ir con sus amantes,
olvidándose de mí
–oráculo del Señor–.
16 Por tanto, mira, voy a seducirla,
la llevaré al desierto
y le hablaré al corazón.
17 Allí le daré sus viñas,
y el Valle de Acor
será Paso de la Esperanza.
Allí me responderá
como en su juventud,
como cuando salió de Egipto.
18 Aquel día –oráculo del Señor–
me llamarás Esposo mío,
ya no me llamarás ídolo mío.
19 Le apartaré de la boca
los nombres de los baales
y sus nombres no serán invocados.
20 Aquel día haré en su favor
una alianza
con los animales salvajes,
con las aves del cielo
y los reptiles de la tierra.
Arco y espada y armas
romperé en el país,
y los haré dormir tranquilos.
21 Me casaré contigo para siempre,
me casaré contigo
en justicia y en derecho,
en afecto y en cariño.
22 Me casaré contigo en fidelidad,
y conocerás al Señor.
23 Aquel día responderé
–oráculo del Señor–,
responderé al cielo,
éste responderá a la tierra,
24 la tierra responderá al trigo
y al vino y al aceite
y éstos responderán a Yezrael.
25 Y me la sembraré en el país,
me compadeceré
de No-compadecida
y diré a No-pueblo-mío:
Eres mi pueblo,
y él responderá: Dios mío.

---

situación y vuelva al Señor. Sólo cuando se convierta, el pueblo gozará de los dones de su Dios; es decir, de los dones que estos nombres vueltos en positivo pueden atraer para el pueblo: será numeroso, el Señor se «compadecerá» de él porque es «su-pueblo» (cfr. 2,24s).

2,4-25 El buen amor: pleito y reconciliación. La siguiente «fotografía» del álbum familiar de Oseas no es agradable de mostrar, pero ahí está. Los versículos 4-15 describen: 1. El comportamiento infiel de Gomer, sus ambiciones, su indiferencia por su esposo y sus hijos; en fin, la vida que lleva a sus anchas con otros amantes. 2. El profundo dolor del esposo engañado que invita a sus hijos para que acusen a su propia madre y se unan a las acciones de castigo que le infligirá.

Sin embargo, puede más el amor del Oseas enamorado. No va a tener en cuenta sus desmanes e infidelidades y probará a seducirla de nuevo (16-25), la llevará al desierto y allí le hablará al corazón. Aquí se alternan pues los sentimientos del hombre Oseas respecto a su mujer con sus convicciones religiosas y su análisis sobre lo que Dios hará con su pueblo. Sólo cuando el pueblo vuelva al desierto, cuando se encuentre con las manos vacías y traicionado por aquellos en quienes ponía su confianza, se dará cuenta de que allí estará su Dios esperándolo para acogerlo de nuevo y hablarle una vez más al corazón.

Matrimonio simbólico

3 1 Me dijo el Señor: Vete otra vez,
ama a una mujer
amante de otro y adúltera,
como ama el Señor a los israelitas,
a pesar de que siguen
a dioses ajenos,
golosos de tortas de uva.
2 Me la compré
por quince pesos de plata
y por una carga y media de cebada,
3 y le dije:
–Muchos años vivirás conmigo;
no te prostituirás
ni estarás con hombre alguno,
ni yo estaré contigo.
4 Porque muchos años
vivirán los israelitas
sin rey y sin príncipe,
sin sacrificios
y sin piedras conmemorativas,
sin imágenes ni amuletos.
5 Después volverán
a buscar los israelitas
al Señor, su Dios, y a David, su rey;
temblando acudirán al Señor
y a sus bienes en un tiempo futuro.

Pleito con los sacerdotes
(Sal 50)

4 1 Escuchen la Palabra del Señor,
hijos de Israel:
el Señor tiene un pleito
con los habitantes del país:
ya no hay verdad ni lealtad
ni conocimiento de Dios en el país,
2 sino juramento y mentira,
asesinato y robo,
adulterio y libertinaje,
homicidio tras homicidio.
3 Por eso gime el país
y desfallecen sus habitantes:
hasta los animales salvajes,
hasta las aves del cielo,
incluso los peces del mar
desaparecen.
4 Aunque nadie acuse, nadie reprenda;
¡mi pleito es contigo, sacerdote!
5 Tropezarás de día y contigo
tropezará el profeta de noche.
Perecerá tu patria,
6 perecerá mi pueblo,
por falta de conocimiento.
Porque tú has rechazado
el conocimiento,
yo te rechazaré de mi sacerdocio;
te olvidaste de la ley de tu Dios,
también yo me olvidaré de tus hijos.
7 Cuantos más son,
más pecan contra mí;
cambiaré su dignidad en ignominia.
8 Se alimentan del pecado de mi pueblo
y con sus culpas matan el hambre.
9 Pueblo y sacerdote
correrán la misma suerte:
les tomaré cuenta de su conducta
y les daré la paga de sus acciones.
10 Comerán y no se saciarán,
fornicarán sin quedar satisfechos,
porque abandonaron al Señor
para entregarse a la fornicación.

3,1-5 Matrimonio simbólico. No es necesario ver un segundo matrimonio de Oseas. Es mejor entender este capítulo como una pequeña ampliación del primero, de la primera «fotografía». Amplía dos detalles: 1. La adquisición legal de su mujer, a la que no usa como trabajadora sexual, sino que la compra. 2. El tiempo fijado antes de estar juntos. Parece que, al tratarse de una trabajadora sexual en algún santuario, era necesario que se «desacralizara» sin mantener relaciones sexuales durante un tiempo, lo mismo que el esposo. Pues bien, de esa imagen se vale el profeta para anunciar que también Israel estará sin su Dios ni sus mediaciones por un tiempo.

4,1–9,9 Esta sección, que para algunos es independiente de la anterior, muestra de manera cada vez más detallada la lectura que hace Oseas del comportamiento de su pueblo, teniendo como punto de referencia el comportamiento de su propia esposa. Al adulterio de su mujer corresponde la idolatría de Israel, a los amantes de Gomer corresponden los reinos con los cuales Israel buscó coaliciones.

4,1-10 Pleito con los sacerdotes. Como en 2,4, donde el profeta invitaba a sus hijos a acusar a su madre, aquí es el propio Señor el que acusa a Israel llamándola «madre prostituta», acusación basada en la ausencia generalizada de conocimiento de Dios. Los versículos 1s describen el contraste que se vive: debería haber verdad, lealtad y conocimiento de Dios (1), pero hay mentira, asesinato, robo... (2), lo cual repercute sobre toda la creación (3). Alguien tiene que responder; a pesar de que todos son responsables, la acusación va dirigida en primer lugar a la institución sacerdotal, que no ha sido fiel a su misión de transmitir el conocimiento de Dios al pueblo (5s). Pero en el momento del juicio, todos serán juzgados y castigados por igual, sacerdote y pueblo correrán la misma suerte (9).

Fornicación idolátrica
(Ez 16)

11 La fornicación, el vino y el licor
quitan la razón 12 a mi pueblo,
que consulta
a un pedazo de madera,
y escucha el oráculo de su poste;
porque un espíritu de fornicación
los extravía y se prostituyen
abandonando a su Dios.
13 Sacrifican
en la cumbre de los montes
y queman ofrendas en las colinas,
debajo de encinas y álamos
y terebintos de agradable sombra.
Y así se prostituyen sus hijas
y adulteran sus nueras.
14 No castigaré a sus hijas
por prostituirse
ni a sus nueras
por sus adulterios,
porque ellos mismos
se van con prostitutas
y sacrifican
con rameras del templo.
Así el pueblo incauto va a la ruina.
15 Eres madre prostituta, Israel,
¡que no lo pague Judá!
No vayan a Guilgal,
no suban a Bet-Avén,
no juren, ¡por la vida del Señor!
16 Si Israel embiste como vaca brava,
¿va ahora a apacentarlos el Señor
como a corderos en la pradera?
17 Efraín se ha aliado con los ídolos,
18 los príncipes de los borrachos
se han entregado a la prostitución,
sus jefes aman la deshonra.
19 Un huracán la envolverá en sus alas
y sus altares los defraudarán.

Sentencia sin apelación: no vale el culto
(Jr 7,21-28: Am 5,18-27)

5 1 Escuchen esto, sacerdotes;
presten atención, israelitas;
escuchen, los de la casa real:
Es contra ustedes la sentencia.
Porque fueron trampa en Mispá,
red tendida sobre el Tabor,
2 y fosa cavada en Sitín.
Yo los castigaré a todos.
3 Yo conozco a Efraín,
Israel no me es desconocido;
si tú, Efraín, has fornicado,
Israel está contaminado.
4 Sus acciones no los dejan
convertirse a su Dios,
porque llevan dentro
un espíritu de prostitución
y no conocen al Señor.
5 La arrogancia de Israel
lo acusará a la cara,
Efraín tropezará en sus delitos,
también Judá tropezará con ellos.
6 Con ovejas y vacas
irán en busca del Señor,
sin encontrarlo,
porque se ha apartado de ellos;
7 engañaron al Señor
y tuvieron hijos bastardos,
y ahora un intruso
les comerá sus campos.

No valen las alianzas
(Is 30,1-7; 31,1-3)

8 Toquen la corneta en Gabá,
la trompeta en Ramá,
lancen el grito de guerra en Bet-Avén:
¡Que te persiguen, Benjamín!
9 Efraín se espantará cuando lo acusen.
Es seguro lo que proclamo
contra las tribus de Israel.

4,11-19 Fornicación idolátrica. Amplía un poco más los términos de la acusación contra Israel. Se resaltan aquí las prácticas mágico-religiosas, que incluyen la consulta a los ídolos y los ritos de culto y adoración a otras divinidades. Israel ha caído en esas prácticas y da más crédito a tales divinidades que a su propio Dios. Eso es lo que el profeta llama prostitución, de la cual nadie, ni hombres ni mujeres, ni padres ni hijos, están exentos. El versículo 17 personifica en Efraín –el mismo Israel– la política del rey de turno que está entre la espada y la pared: o se alía con Siria o con Egipto, o se somete a Asiria. Eso es lo que el profeta denomina aliarse con ídolos. Hay que recordar que aliarse con otro pueblo es aceptar como propias las divinidades de ese pueblo, máxime cuando Israel no entraría como pactante principal, sino como vasallo, y eso es lo que el profeta critica.

5,1-7 Sentencia sin apelación: no vale el culto. Esta advertencia, aunque vuelve a mencionar a los sacerdotes y a todo el pueblo en general (1), se centra en los dirigentes de la casa real, el rey y sus ministros, pues el extravío del pueblo depende de ellos en gran medida. Los sitios geográficos mencionados dejan ver la propagación del extravío de Israel, extravío que recibe el nombre de fornicación (3s), entendida como el rechazo a mantener unas relaciones rectas y sanas

10 Los príncipes de Judá son
como los que corren
los límites de los campos,
sobre ellos derramaré
mi enojo como agua.
11 Oprime Efraín, quebranta el derecho,
está empeñado en seguir la idolatría.
12 Pero yo soy polilla para Efraín,
carcoma para la casa de Judá.
13 Cuando vio Efraín su enfermedad
y Judá su llaga,
fue Efraín a Asiria,
mandó mensajeros al emperador,
pero él no puede sanarlos
ni sanar su herida.
14 Porque yo seré león para Efraín,
leoncillo para la casa de Judá.
Yo mismo despedazaré la presa
y me iré,
la llevaré sin que nadie la salve.
15 –Voy a volver a mi puesto,
hasta que reconozcan sus culpas
y acudan a mí, y en su angustia
madruguen en mi búsqueda.

Conversión auténtica
(Jr 3,22–4,4)

6 1 –Vamos a volver al Señor:
él nos despedazó y nos sanará,
nos hirió
y nos vendará la herida.
2 En dos días nos hará revivir,
al tercer día nos restablecerá
y viviremos en su presencia.
3 Esforcémonos por conocer al Señor:
su venida es segura como la aurora;
vendrá a nosotros como la lluvia,
como aguacero
que empapa la tierra.
4 –¿Qué haré contigo, Efraín:
qué haré contigo, Judá?
Su amor es nube mañanera,
rocío que se evapora al alba.
5 Por eso los maté
con las palabras de mi boca,
los atravesé con mis profetas
y mi sentencia brilla como la luz.
6 Porque quiero amor, no sacrificios;
conocimiento de Dios,
no holocaustos.

Llevo cuenta de sus maldades

7 Ellos en la tierra
quebrantaron mi alianza,
allí me hicieron traición.
8 Galaad es villa de malhechores,
con huellas de sangre.
9 Como bandidos al acecho
se confabulan los sacerdotes;
asesinan camino de Siquén,
¡es una infamia lo que hacen!
10 En la casa de Israel
he visto algo horrible:
allí se prostituye Efraín,
se contamina Israel.
11 También para ti, Judá,
está el castigo preparado.

---

con Dios. La fornicación se traduce en arrogancia y maldad (5), actitudes que serán castigadas por Dios con el desprecio; lo buscarán con sus animales y sus sacrificios, pero no lo encontrarán (6), y esa desconexión con Dios facilitará a los extranjeros arrasar a Israel (7).

5,8-15 No valen las alianzas. El reino del norte cree ingenuamente que puede hacer frente a las amenazas de los asirios; el profeta se figura a Israel dando toque de guerra e invitando a Judá a la coalición contra Asiria. Sin embargo, quedará solo. La decisión de Dios es que Israel busque defenderse y asociarse con otros, pero no encuentre apoyo en nadie: ése es el castigo principal. El versículo 15 deja ver la actitud de Dios: esperará hasta que Israel se sienta «reo», es decir, hasta que se sienta culpable y responsable de los males que vive. Sólo así Dios se acordará de ellos.

6,1-6 Conversión auténtica. Ésta es la fórmula que debería recitar Israel si se llegara a convertir, fórmula que es al mismo tiempo proyecto de vida. Pero, ¿qué sucede? En la dificultad se acuerdan del Señor y le prometen su adhesión; sin embargo, la promesa desaparece como «nube mañanera», como «rocío que se evapora al alba» (4). Por eso no hay respuesta positiva del Señor, porque ellos creen que con sacrificios y ritos externos lo van a conmover, cuando lo que manifiestan es, en realidad, un total desconocimiento de Dios, pues su vida no es coherente con la voluntad del Dios liberador (6).

6,7–7,2 Llevo cuenta de sus maldades. En contraposición con los tres primeros versículos, se mencionan todos los crímenes y la violencia de Israel. Recordemos que en el período de Oseas se registra una sucesión de varios reyes (cfr. 1,1) y no precisamente de modo pacífico; a ello hay que sumar la línea política de buscar coaliciones con otros pueblos, lo cual es prostitución (6,10) y deslealtad (6,4) en la mentalidad del profeta. Hay una advertencia: el Señor lleva cuenta de todas estas maldades (7,2).

Cuando cambié la suerte de mi pueblo,
7 1 cuando sané a Israel,
se descubría el pecado de Efraín
y las maldades de Samaría:
obraron de mala fe,
como ladrones
que se meten en las casas
o bandoleros
que asaltan en despoblado.
2 Y no reflexionan que llevo cuenta
de todas sus maldades,
ya los han rodeado sus acciones,
las tengo delante de mí.

Conjuras de palacio
(1 Re 15; 2 Re 14–16)

3 Divierten al rey con su maldad,
y con sus mentiras a los príncipes;
4 todos arden de ira,
son como horno encendido
que deja de atizar el panadero
desde que amasa
hasta que fermenta la masa.
5 En la fiesta del rey,
con la calentura del vino,
los príncipes dan la mano
a los agitadores.
6 Sí, su corazón es como un horno,
su mente está tramando;
de noche se adormece su ira,
por la mañana
arde como una hoguera.
7 Todos arden como un horno
y devoran a sus gobernantes.
Todos sus reyes van cayendo
sin que ni uno me invoque.

Alianzas funestas
(5,8-14)

8 Efraín se mezcla con los pueblos,
Efraín es un pastel mal cocido.
9 Extranjeros le han comido su vigor,
y él sin enterarse;
ya tiene los cabellos entrecanos,
y él sin enterarse.
10 Su arrogancia acusa a Israel,
pero ellos no vuelven
al Señor, su Dios,
a pesar de todo no lo buscan.
11 Efraín es ingenua paloma
atolondrada:
piden ayuda a Egipto,
acuden a Asiria;
12 en cuanto acudan
echaré sobre ellos mi red
y los abatiré como a pájaros,
los atraparé
en cuanto escuche la bandada.

Insinceros e ingratos

13 ¡Ay de ellos!, que se me escaparon;
¡desgraciados!,
por rebelarse contra mí.
Yo los redimiría,
pero ellos me calumnian,
14 y no me invocan de corazón,
sino que vociferan en sus camas,
son devotos de Ceres y Baco
y se apartan de mí.
15 Yo adiestré, robustecí sus brazos,
y ellos planeaban el mal contra mí.
16 Se volvían a su dios,
eran como arco que falla.
Caerán a espada sus príncipes
por la insolencia de sus lenguas,
por sus burlas contra Egipto.

Han roto la alianza
(Éx 32; 1 Re 12,25-33)

8 1 ¡Lleva a tu boca la trompeta!
Que un águila se abalanza
sobre la casa del Señor.

7,3-7 Conjuras de palacio. Descripción de las escenas vividas en palacio con ocasión de la fiesta del rey, posiblemente de su onomástico o del aniversario de su exaltación. La bebida y el desenfreno hacen perder el juicio saliendo a flote las intrigas, los engaños y todo tipo de villanías protagonizadas por el mismo monarca. El versículo 7 podría evocar la sucesión violenta de varios reyes en Israel (cfr. 2 Re 15).

7,8-12 Alianzas funestas. Dura crítica a la política del monarca de turno. Parece que no posee un mínimo de experiencia, por lo cual ni él ni sus consejeros saben hacia dónde van; parecen una tortilla sin voltear o una tórtola atolondrada: cuando caigan en la cuenta de la realidad nacional e internacional será muy tarde para reaccionar.

7,13-16 Insinceros e ingratos. El profeta está convencido de que las cosas pueden mejorar si se acude al Único que puede salvar. Pero se les podría aplicar el refrán de «no hay peor sordo que el que no quiere oír» o «peor ciego que el que no quiere ver». Los errores de Israel serán su propia perdición.

8,1-6 Han roto la alianza. Desgarradora sátira ante el desespero de Israel que toca dos aspectos: el políti-

Porque han roto mi alianza
rebelándose contra mi ley.
2 Me gritan:
Te conocemos, Dios de Israel.
3 Pero Israel rechazó el bien;
que el enemigo lo persiga.
4 Se nombraron reyes
sin contar conmigo,
se nombraron príncipes
sin mi aprobación.
Con su plata y su oro
se hicieron ídolos para su perdición.
5 Me repugna tu novillo, Samaría,
ardo de ira contra él.
¿Cuándo lograrán la inocencia?
6 Porque, ¿qué es ese toro?,
¿acaso un dios?
Un escultor lo hizo, no es dios,
se hace astillas
el novillo de Samaría.

No valen alianzas ni fortalezas
(7,8-12)

7 Siembran viento
y cosechan tempestades;
los trigales no echan espiga
ni dan grano,
y si lo dieran,
lo devorarían los extranjeros.
8 Han devorado a Israel,
ya es entre las naciones
un objeto sin valor.
9 Porque han marchado a Asiria
como burro salvaje.
Efraín contrata su amor;
10 pero, aunque lo hayan contratado
con las naciones,
yo los atraparé,
y empezarán a disminuir
por las cargas del Rey soberano.
11 Porque Efraín multiplicó
sus altares para pecar,
para pecar le sirvieron sus altares.
12 Aunque les dé multitud de leyes,
las consideran como de un extraño.
13 Aunque inmolen víctimas en mi honor
y coman la carne,
al Señor no le agradan.
Tiene presentes sus culpas
y castigará sus pecados:
tendrán que volver a Egipto.
14 Israel olvidó a su Hacedor
y construyó palacios,
Judá fortificó muchas ciudades;
pero yo prenderé fuego
a sus ciudades
y devoraré sus fortificaciones.

Cultos de fertilidad: ni pan ni vino

9 1 No te alegres, Israel,
no te regocijes como los paganos,
porque te has prostituido
abandonando a tu Dios.
Vendiste tu amor
en todos los campos de trigo;
2 pero el campo y la bodega
no los alimentarán,
el vino les fallará.
3 No habitarán en la tierra del Señor,
Efraín volverá a Egipto,
en Asiria comerán manjar impuro.
4 No harán libaciones de vino al Señor
ni le ofrecerán sus sacrificios;
serán para ellos pan de duelo,
se contaminarán quienes lo coman.

---

co (1-4), y el religioso (5s). El peligro de invasión asiria simbolizado por el águila que se cierne sobre la casa de Israel (1) hace clamar angustiosamente: «te conocemos, Dios de Israel», pero se constata la indiferencia inconmovible de Dios. Ellos habían puesto su fe y su confianza en el toro de oro fundido con el que habían reemplazado al Señor, así que a ver si los salva la estatua... Se concibe a un Dios que aplica la ley del Talión.

8,7-14 No valen alianzas ni fortalezas. Describe con más detalle los desaciertos de Israel y su fracaso. No hay escapatoria para un pueblo que ha rehusado de mil maneras la propuesta de cómo conducirse. Aunque el ambiente histórico hace pensar en una huida real a Egipto para evadir la persecución y el vasallaje impuesta por Asiria, la mención del regreso a aquel país no deja de tener un sentido simbólico (13).

9,1-9 Cultos de fertilidad: ni pan ni vino. Pese al bienestar y la prosperidad económicos por los que pasa el reino del norte, motivo por el cual hay regocijo y celebraciones continuas (1), el profeta llama a mirar más allá. No se trata de un profeta necesariamente «aguafiestas», sino de la conciencia del pueblo. Nótese cómo de nuevo se menciona el regreso a Egipto y se pronostica el destierro a Asiria. Al parecer, Oseas es un hombre que conoce muy bien los movimientos de la política internacional y ha podido captar las aspiraciones y posibilidades que tiene Asiria, lo mismo que la suerte que correrán los más débiles. Ciertamente, Israel saldrá muy mal parado a la hora de la paga (7). Así es como terminará la fiesta y el regocijo de Israel.

Su pan les quitará el hambre,
pero no entrará en la casa del Señor.
5 ¿Qué harán el día de la solemnidad,
el día de la fiesta del Señor?
6 Porque si escapan de la catástrofe,
Egipto los recogerá,
Menfis los enterrará;
las ortigas heredarán
su codiciada plata
y los cardos crecerán en sus tiendas.
7 Llega la hora de la cuenta,
llega la hora de la paga,
–que se entere Israel–,
por tu gran culpa,
por tu gran subversión.
El profeta es un loco,
el hombre inspirado delira.
8 El vidente de Efraín profetiza
sin contar con su Dios;
es trampa de ladrón
en sus caminos,
subversión en la casa de Dios.
9 Se han corrompido profundamente,
como en los días de Gabá,
pero él tiene presente su culpa,
castigará su pecado.

POEMAS BREVES

Uva en el desierto

10 Como uvas en el desierto
encontré a Israel,
como higos tempranos en la higuera
descubrí a sus padres.
Pero ellos fueron a Baal-Fegor,
se consagraron a la Ignominia
y se hicieron tan odiosos
como el objeto de su amor.
11 Como pájaro emigra
la gloria de Efraín:
no habrá parto
ni embarazo ni concepción;
12 aunque críen a sus hijos,
los dejaré sin descendencia,
porque, ¡ay de ellos!,
cuando de ellos me aparte.
13 Efraín...
Efraín entrega a sus hijos al verdugo.
14 Dales, Señor; ¿qué vas a darles?
Dales vientres estériles
y pechos secos.
15 Su maldad arranca de Guilgal:
allí lo aborrecía;
por la maldad de sus acciones
los eché de mi casa,
no volveré a quererlos,
todos sus jefes son rebeldes.
16 Herido está Efraín,
su raíz está seca, no da fruto;
aunque den a luz,
mataré al amor de sus entrañas.
17 Mi Dios los rechazará
por su desobediencia
y andarán errantes por las naciones.

En la tierra: vid frondosa

(Is 5,1-7; Ez 15; Sal 80)

10 1 Israel era vid frondosa,
daba fruto:
cuanto más fruto, más altares;
cuanto mejor iba el país,
mejores piedras conmemorativas.
2 Tienen el corazón dividido,

9,10–14,10 Comienza aquí una serie de poemas breves que tienen como denominador común algún aspecto de la feliz historia inicial de Israel, en contraste con su situación actual. A cada momento se subraya la infidelidad y prostitución de Israel en contrapunto con la fidelidad del Señor.

9,10-17 Uva en el desierto. Para comenzar, se registra este movimiento del desierto –nomadismo– a la sedentarización, ilustrada ésta última con la mención de Baal-Fegor y Guilgal, lugares ligados a la época tribal y al inicio de la monarquía (cfr. 1 Sm 11,14), punto de partida de todos los males de Israel y de Judá cuando eran una sola nación (1 Sm 7,15-17 y 1 Sm 8,1-22; 11,14). Precisamente aquí comienza a secarse la savia de las raíces que daban vida a Israel (15-17).

10,1-15 En la tierra: vid frondosa. De los cuidados con que Dios plantó la vid se esperaba una cosecha buena y abundante, pero sucedió que esa misma abundancia fue el motivo de la perdición de Israel. Quizá sintió que no necesitaba más de su Dios y por eso se entregaron a la idolatría, dejando a un lado el culto al verdadero Dios, el cual debía estar basado en el temor de Dios y en la justicia. Con ello, Israel se convirtió en una vid seca, sin fruto. Cuando caiga en la cuenta de sus desvíos se avergonzará y hasta se deseará la muerte, pero ni eso encontrará. Irremediablemente, Israel tendrá que pagar por su culpa.

y han de pagarlo;
él destrozará sus altares,
arrasará
sus piedras conmemorativas.
3 Sí, ya pueden decir:
No tenemos rey,
no respetamos al Señor;
el rey, ¿qué puede hacernos?
4 Hablan y hablan, juran en falso,
firman alianzas;
florecen los pleitos como la cizaña
en los surcos del campo.
5 Los vecinos de Samaría tiemblan
por el novillo de Bet-Avén,
el pueblo y los sacerdotes
hacen duelo a su dios,
se revuelcan porque su gloria
ha marchado al destierro:
6 se la llevan a Asiria
como tributo a su dios.
La vergüenza se adueña de Efraín,
Israel se avergüenza de su plan.
7 Samaría y su rey desaparecen
como astillas que se lleva el agua.
8 Son destruidos los lugares altos
idolátricos,
el pecado de Israel.
Cardos y abrojos
crecen en sus altares,
gritan a los montes: ¡Cúbrannos!,
y a los cerros:
¡Caigan sobre nosotros!
9 Del tiempo de Gabá
arranca el pecado de Israel;
allí me hicieron frente;
¿no los sorprenderá
en Gabá la guerra
contra los hijos de la injusticia?
10 He venido para aprisionarlos,
los pueblos se reunirán contra ellos,
aprisionándolos por su doble culpa.
11 Efraín es una novilla domesticada
que trilla con gusto;
pero yo echaré el yugo
a su hermoso pescuezo,
engancharé a Efraín para que are,
a Jacob para que labre la tierra.
12 Siembren según justicia,
cosechen con lealtad,
labren el campo nuevo,
que están a tiempo de buscar al Señor,
hasta que venga
y les dé la lluvia conveniente.
13 Araron maldad,
cosecharon crímenes,
comieron el fruto de la mentira.
Por confiar en tu poder,
en la multitud de tus soldados,
14 clamor de guerra
se alzará contra tu pueblo;
tus fortalezas serán arrasadas,
como arrasó Salmón a Bet-Arbel;
cuando la batalla,
estrellaron a la madre con los hijos.
15 Así harán con ustedes, Betel,
por su maldad consumada.
Al amanecer desaparecerá
el rey de Israel.

La niñez de Israel

11 1 Cuando Israel era niño, lo amé,
y desde Egipto llamé a mi hijo.
2 Cuanto más los llamaba,
más se alejaban de mí:
ofrecían sacrificios a los Baales
y quemaban ofrendas a los ídolos.
3 Yo enseñé a andar a Efraín
y lo llevé en mis brazos,
y ellos sin darse cuenta
de que yo los cuidaba.
4 Con correas de amor los atraía,
con cuerdas de cariño.
Fui para ellos como quien alza
una criatura a las mejillas;
me inclinaba y les daba de comer.

11,1–12,2 La niñez de Israel. Aparece aquí la figura del padre que prodiga toda clase de cuidados y tierna educación a su hijo. Así actuó Dios con Israel, pero su pueblo decidió lo contrario. Abandonó a su propio padre y se fue detrás de otros dioses. Él mismo se buscó la desgracia y el castigo: un asirio será su rey y se volverá a encontrar como en los días de Egipto (11,5): esclavizado, sometido, humillado. Con todo, a pesar de esta imagen de pueblo reducido a la servidumbre y a la humillación, sigue siendo el hijo amado que conmueve las entrañas de su padre. Por más que Israel ha traicionado y abandonado a su Dios, Dios no es capaz de abandonarlo; en lo más íntimo guarda la esperanza del retorno de su hijo para acogerlo de nuevo (11,8-11; cfr. Lc 15,1-32).

Los versículos 12,1s son una crítica a la política de los reyes de Israel que buscan ganarse el favor de los emperadores de turno y al mismo tiempo buscan aliados para enfrentarlos.

5 Pero volverá a Egipto,
asirio será su rey,
porque no quisieron convertirse.
6 Irá girando la espada
por sus ciudades
y destruirá sus cerrojos;
por sus maquinaciones
devorará 7 a mi pueblo,
aferrado a la infidelidad.
Aunque invoquen a su Dios,
tampoco los levantará.
8 ¿Cómo podré dejarte, Efraín;
entregarte a ti, Israel?
¿Cómo dejarte como a Admá;
tratarte como a Seboín?
Me da un vuelco el corazón,
se me conmueven las entrañas.
9 No ejecutaré mi condena,
no volveré a destruir a Efraín;
que soy Dios y no hombre,
el Santo en medio de ti
y no enemigo destructor.
10 Irán detrás del Señor,
que rugirá como león;
sí, rugirá y vendrán temblando
sus hijos desde occidente,
11 desde Egipto vendrán
temblando como pájaros,
desde Asiria como palomas,
y los haré habitar en sus casas
–oráculo del Señor–.

12 1 Efraín me rodea de mentiras,
y de engaños la casa de Israel
Judá es el rebaño,
el pueblo del Señor
se mantiene fiel al Santo.
2 Efraín se apacienta de viento,
va detrás del viento del este todo el día,
multiplica la mentira y la violencia.
Hace alianza con Asiria,
envía aceite a Egipto.

Jacob, adulto
(Gn 25,26; 32,26-32)

3 El Señor entabla pleito con Israel
para tomar cuenta a Jacob
de su conducta,
para darle la paga de sus acciones.
4 En el vientre suplantó a su hermano,
5 siendo adulto luchó contra Dios,
luchó con un ángel y lo venció.
Lloró y alcanzó misericordia;
en Betel lo encontró
y allí habló con él:
6 El Señor, Dios Todopoderoso,
su Nombre es El Señor.
7 Y tú, conviértete a tu Dios,
practica la lealtad y la justicia,
espera siempre en tu Dios.
8 Canaán maneja balanza falsa,
le gusta estafar.
9 Efraín dice: Ya soy rico,
he juntado una fortuna;
pero sus ganancias no le llegarán
por la culpa que cometió.
10 Yo soy el Señor,
Dios tuyo desde Egipto;
otra vez te haré habitar en tiendas,
como en los días del encuentro.
11 Yo hablé por los profetas,
yo multipliqué las visiones
y hablé por los profetas en parábolas.
12 ....
en Guilgal sacrificaban al Toro
y sus altares eran
como montones de piedras
en los surcos del campo.
13 Jacob huyó al campo de Siria,
Israel se puso a trabajar por una mujer,
por una mujer guardó ganado.
14 Por medio de un profeta,
el Señor sacó a Israel de Egipto
y por un profeta lo guardó.
15 Efraín lo irritó amargamente:
el Señor descargará sobre él
sus crímenes
y le devolverá su injuria.

Síntesis histórica

13 1 Efraín hablaba e imponía,
la autoridad estaba en Israel;
pero se hizo culpable de idolatría
y murió.

12,3-15 Jacob, adulto. Síntesis de la historia de Jacob, patriarca principal de las tribus del norte. Desde su nacimiento hasta el presente ha sido engañoso y desobediente al proyecto de Dios. Si por medio de un profeta fue rescatado de la esclavitud de Egipto, también un profeta le anuncia ahora su ruina y perdición (14).

13,1–14,1 Síntesis histórica. De la mención del patriarca Jacob pasa a los días del desierto, cuando Dios no abandonó jamás a su pueblo, sino que lo guió

2 Y ahora continúan pecando:
se funden imágenes,
se hacen ídolos de plata
con destreza,
obras de pura artesanía.
En su honor inmolan corderos,
les dan a beber sangre de novillos.
3 Por eso serán nube matutina,
rocío que al alba se evapora,
paja arrebatada por el viento,
humo por la chimenea.
4 Pero yo soy el Señor,
Dios tuyo desde Egipto,
no conocías a otro dios más que a mí,
ningún salvador fuera de mí.
5 Yo te conocí en el desierto,
en tierra abrasadora.
6 Yo los apacenté y se hartaron,
se hartaron
y se enorgulleció su corazón,
y así se olvidaron de mí.
7 Seré para ellos como leopardo,
los acecharé
como pantera en el camino,
8 los asaltaré como una osa
a quien roban las crías
y les desgarraré el pecho;
allí los devoraré como un león,
las fieras los descuartizarán.
9 Si yo destruyo, Israel,
¿quién te auxiliará?,
10 ¿dónde está tu rey para salvarte?,
¿y los alcaldes de tus ciudades?
Tú me los pediste:
Dame rey y príncipes.
11 Airado te di un rey,
y encolerizado te lo quito.
12 La culpa de Efraín está registrada,
está archivado su pecado.
13 Cuando su madre
estaba con dolores,
fue criatura torpe,
que no se puso a tiempo
en posición para salir del vientre.
14 ¿Los libraré del poder del abismo,
los rescataré de la muerte?
¡Qué plagas las tuyas, oh muerte,
qué pestes las del abismo!
El consuelo se aparta de mi vista.
15 Aunque fructifique entre cañaverales,
vendrá viento del este,
viento del Señor,
subiendo del desierto,
y secará su fuente,
agotará su manantial;
se llevará sus tesoros,
sus enseres preciosos.

14 1 Samaría pagará la culpa
de rebelarse contra su Dios:
los pasarán a cuchillo,
estrellarán a las criaturas,
abrirán el vientre de las embarazadas.

Conversión
(Jr 3,14-22)

2 Conviértete, Israel, al Señor, tu Dios,
que tropezaste en tu culpa.
3 Preparen su discurso
y conviértanse al Señor; díganle:
Perdona del todo nuestra culpa;
acepta el don que te ofrecemos,
el fruto de nuestros labios.
4 Asiria no nos salvará,
no montaremos a caballo;

---

y le prodigó su alimento y su bebida. En respuesta, Israel se porta como un rebelde y abandona a su Dios. Siguiendo con las imágenes del desierto, el profeta compara a Dios con sus fieras para anunciar el castigo que merece Israel.

Varios son los pecados atribuidos a Samaría, capital del reino del norte, pero dos parecen ser los más importantes: 1. El cisma propiciado por Jeroboán en el 931 a.C., a la muerte de Salomón. Los autores sagrados, incluidos los profetas, siempre señalaron al reino del norte como al único responsable de la división. Con todo, habría que leer en clave de justicia 1 Re 12,1-19 para entender los verdaderos motivos de la separación. 2. El otro pecado, consecuencia del anterior, fue haber suplantado el culto al Señor, verdadero Dios, por los ídolos cananeos y por el par de toros de oro que muy pronto entronizó Jeroboán en Dan –frontera norte del reino– y en Betel –frontera sur– (cfr. 1 Re 12,28-30). En la mentalidad del profeta, éste es el origen de todos los males y desgracias de reino del Norte, los cuales son considerados castigos merecidos por las faltas de Israel.

14,2-10 Conversión – Epílogo. No se cierra el libro con el sombrío y poco alentador panorama del castigo y rechazo divino. Hay esperanza de salvación si se reconocen de corazón las culpas y los pecados y, sobre todo, si se reconoce quién es el único que puede salvar (4). Sólo así, con un corazón dispuesto, Dios volverá a encargarse de cuidar amorosamente a Israel y a devolverle la vida perdida (5-8). Pero, eso sí, Dios no debe volver a ser confundido con los ídolos de Betel y Dan (9).

no volveremos a llamar dios nuestro
a las obras de nuestras manos;
en ti encuentra compasión
el huérfano.
5 Sanaré su infidelidad,
los querré sin que lo merezcan,
mi cólera ya se ha apartado de ellos.
6 Seré rocío para Israel:
florecerá como azucena
y arraigará como álamo;
7 echará brotes,
tendrá el esplendor del olivo
y el aroma del Líbano;
8 volverán a morar a su sombra,
revivirán como el trigo,
florecerán como la vid,
serán famosos
como el vino del Líbano.
9 Efraín, ¿qué tengo yo que ver
con las imágenes?
Yo contesto y miro.
Yo soy abeto frondoso:
de mí proceden tus frutos.

Epílogo

10 Quien sea sabio que lo entienda,
quien sea inteligente
que lo comprenda.
Los caminos del Señor son rectos,
por ellos caminan los justos,
en ellos tropiezan los pecadores.





JOEL

Autor y fecha de composición. Nada nos dice el texto bíblico sobre Joel, hijo de Fatuel, cuyo nombre significa «el Señor es Dios». Tampoco sobre la época en la que actuó: el «enemigo del Norte» (2,20) puede ser Asiria, que destruyó a Israel; o Babilonia, que destruyó a Judá, o puede ser el enemigo por antonomasia para autores tardíos. La dispersión entre las naciones (4,2) es el destierro, y está vista como un acontecimiento ya pasado. La mención de los griegos (4,6) –si no es adición– nos lleva también a una época tardía, así como su concepción escatológica. La principal razón para colocar al profeta en el período preexílico es que se encuentra entre Oseas y Amós, ambos profetas del s. VIII a.C.

Tema. Esta obra es una poderosa creación literaria y significativa del modo de profetizar. El profeta toma como punto de partida una catástrofe ciudadana: una terrible plaga de langosta, fatal para una cultura agrícola. También él ha tomado parte en la situación: conoce las diversas va-

riedades del insecto desolador, ha observado cómo se suceden las olas o nubes invasoras; ha contemplado con detalle los efectos destructores en las plantas. En su imaginación poética la plaga de langosta se convierte en un ejército aguerrido y ordenado que asalta y conquista una ciudad. Éste es un primer paso de elevación poética.

La catástrofe nacional pide una acción religiosa de expiación: una jornada de ayuno y penitencia para suplicar la compasión divina. Y aquí se nos presenta un aspecto de la religiosidad israelita, sus actos de culto, la proclamación del profeta, la participación de sacerdotes y pueblo en sus puestos respectivos.

Estos elementos litúrgicos están en el libro en su estado natural, sin transformación poética. Todo culmina en el oráculo con que Dios responde al pueblo, anunciando la liberación de la plaga y las bendiciones tradicionales que retornan sobre la tierra.

En este ambiente litúrgico, y con la iluminación poética, Joel levanta todo el suceso –la plaga de langosta– a la categoría religiosa de «día del Señor»: momento de la historia en que Dios interviene soberanamente, usando como instrumento los fenómenos atmosféricos o los ejércitos humanos. En «esos días» el Señor hace juicio público, castigando y salvando. Éste, que es un «día del Señor», puede convertirse fácilmente en el definitivo y futuro «día del Señor», en cuanto lo anuncia y prefigura.

Mensaje religioso. Es la visión escatológica del «día del Señor» lo más destacado del mensaje de este profeta, fiel al culto litúrgico de Dios. Un «día» cuya principal característica será la restauración definitiva por la efusión del Espíritu del Señor sobre todos y todas, sin discriminación: «sus hijos e hijas profetizarán, sus ancianos tendrán sueños, sus jóvenes verán visiones» (3,1s). Cualquier discriminación queda anulada: edad, sexo, condición social. La expresión literal que usa, «toda carne», abre sin límites su profecía, que será recogida por Lucas en los Hechos de los Apóstoles (2).



1 [1] Palabra que el Señor dirigió a Joel, hijo de Fatuel.

LITURGIA PENITENCIAL POR UNA PLAGA

Descripción y llanto
(Éx 10; Dt 28,38-42)

2 Oigan esto, jefes;
escuchen, campesinos:
¿Ha sucedido
algo semejante en sus días
o en los días de sus antepasados?
3 Cuéntenselo a sus hijos,
sus hijos a los suyos,
y ellos a la siguiente generación.
4 Lo que dejó el saltamontes
lo comió la langosta,
lo que dejó la langosta
lo comió el gusano,
lo que dejó el gusano
lo comió la oruga.
5 Despierten, borrachos, y lloren;
giman, bebedores,
que les quitan el licor de la boca;
6 porque un pueblo invade mi país,
poderoso, innumerable:
tiene dientes de león
y quijadas de leona;
7 convierte mi viñedo en desolación,
reduce las higueras a astillas;
pela, descorteza,
hasta que blanquean las ramas.
8 Suspira, como joven vestida de sayal,
por el marido de su juventud;
9 en el templo del Señor
cesaron ofrenda y libación,
hacen duelo los sacerdotes
que sirven al Señor.
10 Destruido el suelo, hace duelo la tierra:
el grano está perdido,
el vino seco, el aceite rancio;
11 están defraudados los labradores,
se quejan los viñadores
por el trigo y la cebada,
porque no hay cosecha en los campos.
12 La viña está seca,
la higuera marchita,
y el granado y la palmera
y el manzano;
los árboles silvestres están secos,
y hasta el gozo de los hombres
se ha secado.

Duelo y súplica
(Jr 14,1-10)

13 Vístanse de luto, sacerdotes;
laméntense, ministros del altar;
vengan a dormir en esteras,
ministros de mi Dios,
porque faltan en el templo
de su Dios ofrenda y libación.
14 Proclamen un ayuno,
convoquen la asamblea,
reúnan a los jefes
y a todos los campesinos
en el templo del Señor, su Dios,
e invoquen al Señor:

1,1 Identificación del autor y acreditación de la procedencia de su palabra. La Palabra es del Señor y está dirigida a Joel, y por su medio a los demás miembros del pueblo, comenzando por sus ancianos y sus líderes.

1,2-12 Descripción y llanto. La descripción de un doble desastre natural hace de marco histórico a estos versículos: una invasión de langostas ha invadido al país dejándolo todo arrasado (4-9). La imagen de la destrucción cuyos efectos han alcanzado hasta la misma casa del Señor, interrumpiendo la libación –ofrenda de vino– y la ofrenda del grano, es completada con los estragos de otra calamidad natural: la sequía (10-12.16-20).

1,13-20 Duelo y súplica. La reacción ante la calamidad natural es la convocatoria al duelo y a la penitencia. Estamos en una época en la cual «todo» proviene de Dios, lo bueno y lo malo. Lo bueno como bendición y lo malo como castigo (2,5); por tanto, estas catástrofes son vistas como señal de que algo anda mal y que hay que convocar al ayuno y a la penitencia para aplacar al Señor.

Muchos de nuestros pueblos aún conservan estas convicciones y por eso no es raro ver que cuando hay una sequía, por ejemplo, salen en procesión con el santo de la localidad haciendo «rogativas» a Dios para que envíe el agua. Si llueve, el «santo» es muy poderoso; si no llueve, una de dos: o el «santo» no es tan poderoso, o el pueblo tiene «cuentas» muy graves que resolver con Dios. En estos contextos son comunes expresiones como «aplaca Señor tu ira y tu rigor...» Compete a los evangelizadores orientar estas actitudes de nuestros pueblos.

15 ¡Ay, qué día!,
porque está cerca el día del Señor,
llegará como azote del Todopoderoso.
16 ¿No están viendo cómo falta
en el templo de nuestro Dios
la comida y la fiesta y la alegría?
17 Se han secado las semillas
bajo los terrones,
los silos están desolados,
los graneros vacíos,
porque la cosecha se ha perdido.
18 ¡Cómo muge el ganado,
las manadas de vacas están inquietas,
porque no quedan pastos,
y las ovejas lo pagan!
19 A ti, Señor, te invoco,
que el fuego ha consumido
los pastos de la llanura,
el calor ha quemado
los árboles silvestres.
20 Hasta las bestias del campo rugen a ti,
porque están secas
las corrientes de agua
y el fuego ha consumido
los pastos de la llanura.

La invasión de la langosta

2 1 Toquen la trompeta en Sión,
resuene el grito
en mi monte santo;
tiemblen los campesinos,
porque llega,
ya está cerca el día del Señor;
2 día de oscuridad y tinieblas,
día de nubes y nubarrones;
como crepúsculo
que se extiende sobre los montes
es el ejército denso y numeroso;
no hubo semejante
ni se volverá a repetir
por muchas generaciones.
3 Delante de él, el fuego devora,
detrás de él, las llamas consumen;
delante la tierra es un jardín,
detrás es un desierto desolado;
nada se salva.
4 Su aspecto es de caballos,
de jinetes que galopan;
5 su estruendo, de carros
rebotando por las montañas;
como crepitar de llama
que consume la paja,
como ejército numeroso
formado para la batalla;
6 ante el cual tiemblan los pueblos,
con los rostros enrojecidos.
7 Corren como soldados,
escalan aguerridos la muralla,
cada cual avanza en su línea
sin desordenar las filas;
8 ninguno estorba al camarada,
avanza cada cual por su camino,
aunque caigan al lado flechas,
no se desbandan.
9 Asaltan la ciudad, escalan las murallas,
suben a las casas, penetran
como ladrones por las ventanas.
10 Ante ellos tiembla la tierra
y se conmueve el cielo,
sol y luna se oscurecen,
los astros retiran su resplandor.
11 El Señor alza la voz
delante de su ejército:
son innumerables sus campamentos,
son fuertes
los que cumplen sus órdenes.
Grande y terrible es el día del Señor:
¿quién lo resistirá?

Penitencia y súplica

12 Pero ahora –oráculo del Señor–,
conviértanse a mí de todo corazón,
con ayuno, con llanto, con luto.
13 Rasguen los corazones

2,1-11 La invasión de la langosta. La imagen de las legiones de devastadoras langostas que oscurecen el cielo como nubes (2), capaces de convertir en desierto lo que era un paraíso (3), es transformada por el profeta en símbolo de una invasión militar que todo lo arrasa a su paso. Sólo que aquí los numerosos ejércitos son dirigidos por el mismo Señor (11).

La idea de fondo es que un día se presentará el Señor ceñido de poder para aplicar el castigo a las naciones (cfr. Sal 149,7-9). Diríamos que es la manera como concibe el profeta «el día del Señor», que ha pasado a nuestro lenguaje común como «el fin del mundo» o «juicio final». Los versículos 10s poseen un tinte netamente apocalíptico.

2,12-18 Penitencia y súplica. La imagen anterior es como una motivación para invitar a todos sin excepción a la penitencia (16s). Dios puede arrepentirse del castigo y cambiarlo por bendición si hay un arrepentimiento sincero y puro nacido del corazón. No basta con rasgarse las vestiduras externas, es necesario rasgarse el corazón (13), mostrar actitudes de amor y misericordia, pues bueno y misericordioso es Dios (13s).

y no los vestidos;
conviértanse al Señor su Dios;
que es compasivo y clemente,
paciente y misericordioso,
y se arrepiente de las amenazas.
14 Quizá se arrepienta y vuelva,
dejando a su paso
bendición, ofrenda y libación
para el Señor, su Dios.
15 Toquen la trompeta en Sión,
proclamen un ayuno,
16 convoquen la reunión,
congreguen al pueblo,
purifiquen a la asamblea,
reúnan a los ancianos,
congreguen a muchachos
y niños de pecho;
salga el esposo de la habitación,
la esposa de su lecho nupcial;
17 entre el atrio y el altar
lloren los sacerdotes,
digan los ministros del Señor:
Perdona, Señor, a tu pueblo,
no entregues tu nación al desprecio,
no la sometan los gentiles,
no se diga entre los pueblos:
¿dónde está su Dios?
18 El Señor tenga celos de su tierra
y perdone a su pueblo.

Oráculo de salvación
(Dt 28,11s)

19 Entonces el Señor
respondió a su pueblo:
Yo les enviaré el trigo, el vino,
el aceite en abundancia,
ya no haré de ustedes
el desprecio de los paganos;
20 alejaré de ustedes
al pueblo del norte,
lo dispersaré por tierra
árida y desolada:
la vanguardia
hacia el mar de oriente,
la retaguardia
hacia el mar de occidente;
se esparcirá su mal olor,
se extenderá su pestilencia,
porque intentó hacer proezas.
21 No temas, suelo; alégrate, haz fiesta,
porque el Señor ha hecho proezas;
22 no teman, fieras salvajes,
que los prados de la llanura
reverdecerán,
los árboles darán sus frutos,
la vid y la higuera darán su riqueza.
23 Hijos de Sión, alégrense
y festejen al Señor, su Dios,
que les da la lluvia temprana
en su justa medida,
la lluvia tardía como antiguamente
y derrama para ustedes el aguacero.
24 Los campos se llenarán de grano,
rebosarán las bodegas
de vino y aceite;
25 les compensaré los años
en que devoraban la langosta,
el saltamontes,
la oruga y el gusano,
mi gran ejército
que envié contra ustedes.
26 Comerán hasta saciarse
y alabarán al Señor, su Dios,
que hizo prodigios por ustedes;
27 sabrán que yo estoy
en medio de Israel
y mi pueblo no quedará defraudado.
Yo soy el Señor, su Dios,
y no hay otro,
y mi pueblo no quedará defraudado.

Escatología: día del Señor
(Is 24–27; 34s; Ez 38s; Zac 14; Hch 2)

3 1 Después derramaré
mi espíritu sobre todos:
sus hijos e hijas profetizarán,
sus ancianos tendrán sueños,
sus jóvenes verán visiones.

2,19-27 Oráculo de salvación. En el esquema de las liturgias penitenciales, la última parte es la respuesta del Señor ante quien el pueblo se ha humillado, lamentándose y haciendo penitencia. En coherencia con la convicción de que el Señor está siempre dispuesto a perdonar (2,13b), su respuesta aquí es positiva. Él ha visto y escuchado el clamor de su pueblo (cfr. Éx 3,7), y por tanto se conmueve desde sus entrañas (cfr. Os 11,8s). El pueblo puede contar con que todo lo que había sido destruido, será restaurado; lo que había muerto a causa de la sequía, será revivido. Esto se convierte en símbolo de la esperanza en la nueva creación, donde no habrá más muerte ni humillación (27).

3,1-5 Escatología: día del Señor. El perdón al pueblo implica también un restablecimiento de la armonía de la creación. Esta nueva era de armonía y paz con la creación será refrendada mediante la efusión

2 También sobre criados y criadas
derramaré mi espíritu aquel día.
3 Haré prodigios en cielo y tierra:
sangre, fuego, humareda;
4 el sol aparecerá oscuro,
la luna ensangrentada,
antes de llegar el día del Señor,
grande y terrible.
5 Todos los que invoquen
el Nombre del Señor se librarán:
en el monte Sión quedará un resto
–lo dice el Señor–,
en Jerusalén los supervivientes
que él convoque.

Juicio de las naciones

4 1 ¡Atención!, en aquellos días,
en aquel momento,
cuando cambie la suerte
de Judá y Jerusalén,
2 reuniré a todas las naciones
y las haré bajar al valle de Josafat:
allí las juzgaré por sus delitos
contra mi pueblo y herencia;
porque dispersaron a Israel
por las naciones,
se repartieron mi tierra,
3 se sortearon a mi pueblo,
cambiaban un muchacho
por una ramera,
vendían una ramera
por unos tragos de vino.
4 También ustedes, Tiro, Sidón
y región filistea,
¿qué quieren de mí?,
¿quieren vengarse de mí?,
¿van a tomar represalias contra mí?
Pues muy pronto
les daré su merecido:
5 porque me robaron mi oro y mi plata,
llevaron a sus templos
mis objetos preciosos;
6 vendieron los hijos de Judá y Jerusalén
a los griegos
para alejarlos de su territorio.
7 Pero yo los sacaré del país
donde los vendieron,
haré recaer la paga sobre ustedes:
8 venderé sus hijos e hijas a los judíos,
y ellos los venderán
al pueblo remoto de los sabeos
–lo ha dicho el Señor–.
9 Publiquen esto entre las naciones,
declaren la guerra santa,
alisten soldados,
que vengan todos los combatientes;
10 de los arados forjen espadas;
de las podaderas, lanzas;
diga el cobarde: Soy todo un soldado.
11 Vengan, pueblos de alrededor,
reúnanse allí:
el Señor conducirá sus guerreros.
12 Alerta, vengan las naciones
al valle de Josafat,
que allí me sentaré a juzgar
a los pueblos vecinos.
13 Mano a la hoz,
madura está la cosecha:
vengan a pisar la uva, que hay mucha;
desbordan las cubas,
porque abunda su maldad,
14 muchedumbres y muchedumbres
en el valle de la Decisión;
porque llega el día del Señor
en el valle de la Decisión.
15 Sol y luna se oscurecen,
los astros recogen su resplandor.
16 El Señor rugirá desde Sión,
alzará la voz en Jerusalén
y temblarán cielo y tierra;
el Señor será refugio de su pueblo,
fortaleza de los israelitas.
17 Y sabrán que yo soy el Señor, su Dios,
que habito en Sión, mi monte santo;

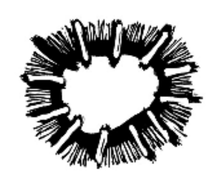
---

del Espíritu. Ese Espíritu que antiguamente sólo descendía sobre jefes y líderes carismáticos (cfr. Nm 11,24-29; Jue 3,10; 6,34; Is 11,1s; 61,1), ahora será derramado sobre todos, sin excepción, desde los más jóvenes hasta los mayores, hombres, mujeres, esclavos y libres. ¿Cómo no iba a retomar Lucas esta profecía para colocarla en el origen mismo de la Iglesia? (cfr. Hch 2,16-21).

4,1-21 Juicio de las naciones. El panorama de futuro que se abre en el capítulo 3 llegará a su culmen con un juicio a todas las naciones. Está por medio el cambio de suerte para las naciones que serán liberadas, mientras que para las poderosas y opresoras habrá juicio y castigo.

Un juicio de esta magnitud no podía menos que ser descrito con detalles fuertemente apocalípticos que incluyen trastornos cósmicos (15s), escenas devastadoras (19), y perspectivas paradisíacas para los elegidos (8). Este nuevo orden se mantendrá por siempre porque ha sido la última decisión del Señor: ya no se apartará más de su pueblo, ya que ha fijado su morada en Sión (21).

Jerusalén será santa
y no la atravesarán extranjeros.
18 Aquel día los montes manarán licor,
las colinas destilarán leche,
los torrentes de Judá
irán llenos de agua;
brotará un manantial
en el templo del Señor
que engrosará
el Torrente de las Acacias.
19 Egipto se volverá un desierto;
Edom, llanura desolada,
porque violentaron a los judíos
y derramaron
sangre inocente en su país.
20 Judá estará habitada siempre,
Jerusalén sin interrupción.
21 Vengaré su sangre,
no quedarán sin castigo,
y el Señor habitará en Sión.





AMÓS

El profeta y su época. El profeta Amós nació en Tecua, a veinte kilómetros al sur de Jerusalén, en el reino de Judá; pero su actividad profética se desarrolló en el norte: en el reino de Israel. Gracias a su oficio de ganadero o granjero, gozó de una situación económica desahogada, que le permitió adquirir una buena formación intelectual y aprender el arte literario. Pero de aquella situación tranquila lo arrancó la llamada de Dios (7,10-14), para convertirlo en profeta de Israel. Amós predicó bajo el reinado de Jeroboán II (782-753 a.C.), en una época de paz y prosperidad material. Pero, si hemos de tomar como descripción general los datos de Oseas y de Amós, aquella sociedad estaba enferma de injusticia social, de sincretismo religioso e idolatría, y de una exagerada confianza en los recursos humanos.

Además de denunciar vigorosamente las injusticias sociales, el lujo, la satisfacción humana, Amós predice la catástrofe inminente. Extraña predicción en un momento en que el enemigo próximo, Damasco, está sin fuerzas para rehacerse, y el enemigo remoto y terrible, Asiria, no puede

pensar en campañas occidentales. Pero Amós sabe que Israel está «madura» para la catástrofe, y, de hecho, el año 746 a.C. muere Jeroboán II, al año siguiente sube al trono de Asiria Tiglat Piléser III, que será el comienzo del fin para Israel. Con todo, Amós cierra su profecía con un oráculo de esperanza.

Mensaje religioso. El mensaje del profeta es de indignación y denuncia ante la explotación del pueblo humilde a manos de una minoría coaligada de políticos y aristócratas. Amós hace eco de la indignación de Dios, a quien presenta como un león, que ruge antes de hacer presa; el profeta es la voz de su rugido (3,4.8), que denuncia e invita a la conversión; si ésta no llega, el león hará presa (3,12; 5,19). El juicio de Dios comenzará por los pueblos circundantes (1,3–2,3), pasará a Judá (2,4s) y culminará en Israel (2,6-16). Israel es culpable de múltiples injusticias, de lujo inmoderado, de vanas complacencias, de cultos idolátricos; la injusticia vicia el culto legítimo (5,21-25), la idolatría lo corrompe.

La clase alta y el pueblo engañado piensan que pueden continuar con sus injusticias evitando las consecuencias: sea con el culto (5,21-23), sea con la riqueza y las fortificaciones (6,1), sea sobre todo con un supuesto «día del Señor» en que Dios será propicio a su pueblo. Ese día vendrá, pero será funesto (5,17s); el Señor pasará, pero castigando (5,16s); la elección será redoblada responsabilidad (3,2), y el encuentro con Dios será terrible (4,12).

Amós ataca el lujo de los ricos por lo que tiene de inconsciencia y falta de solidaridad (6,4-6); además, porque muchas riquezas han sido adquiridas explotando a los pobres (4,1; 5,11). Ataca las devotas y frecuentes peregrinaciones que no inciden en la vida. Denuncia la ilusión del pueblo porque se siente elegido y sacado de Egipto.

Como el pueblo no ha escarmentado en una serie de castigos (4,6-11), llegará a un juicio definitivo, de hambre y sed, luto y duelo (8,9-14); pero después de castigar a los pecadores (9,8.10) vendrá la restauración (9,11-15). Así termina en tonalidad de esperanza un libro de vibrantes denuncias que han hecho de Amós el «profeta de la justicia social».

1 [1] Palabras de Amós, uno de los pastores de Tecua. Visión acerca de Israel durante los reinados de Ozías en Judá y de Jeroboán, hijo de Joás, en Israel.
Dos años antes del terremoto, [2] dijo:

El Señor ruge desde Sión,
alza la voz desde Jerusalén,
y aridecen los campos
de pastoreo,
se seca la cumbre del Carmelo.

Delito y castigo de ocho naciones

[3] Así dice el Señor:
A Damasco, *por tres delitos*
y por el cuarto, no lo perdonaré:
porque trilló a Galaad
con trilladoras de hierro,
[4] enviaré fuego a la casa de Hazael,
que devorará
los palacios de Ben-Adad.
[5] Romperé los cerrojos de Damasco
y aniquilaré
a los jefes de Bigat Avén
y al que lleva cetro en Bet-Edén,
y el pueblo sirio irá desterrado a Quir
–lo ha dicho el Señor–.
[6] Así dice el Señor:
A Gaza, *por tres delitos*
y por el cuarto, no la perdonaré:
porque hicieron prisioneros en masa
y los vendieron a Edom,
[7] enviaré fuego a las murallas de Gaza,
que devorará sus palacios;
[8] aniquilaré a los vecinos de Asdod,
al que lleva el cetro en Ascalón;
tenderé la mano contra Ecrón
y perecerá el resto de los filisteos
–lo ha dicho el Señor–.
[9] Así dice el Señor:
A Tiro, *por tres delitos*
y por el cuarto, no la perdonaré:
porque vendió
innumerables prisioneros a Edom
y no respetó la alianza fraterna,
[10] enviaré fuego a las murallas de Tiro,
que devorará sus palacios.
[11] Así dice el Señor:
A Edom, *por tres delitos*
y por el cuarto, no lo perdonaré:
porque persiguió
con la espada a su hermano
ahogando la compasión,
alimentando un odio permanente,
conservó siempre la cólera,
[12] enviaré fuego a Temán,
que devorará los palacios de Bosra.
[13] Así dice el Señor:
A Amón, *por tres delitos*
y por el cuarto, no lo perdonaré:
porque abrieron el vientre
de las embarazadas de Galaad,
para ensanchar su territorio,
[14] prenderé fuego
en la muralla de Rabá,
que devorará sus palacios,
entre los alaridos de la batalla
y el torbellino de la tormenta;
[15] su rey marchará al destierro
junto con sus príncipes
–lo ha dicho el Señor–.

2 [1] Así dice el Señor:
A Moab, *por tres delitos*
y por el cuarto, no la perdonaré:
porque quemó y calcinó con cal
los huesos del rey de Edom,

1,1s Título del libro. Palabras o discursos y visiones de Amós. El subtítulo da noticia de quién es Amós: un pastor de Tecua, pequeña población al sur de Jerusalén, territorio de Judá; asimismo, informa sobre el período en el cual se lleva a cabo el ministerio del profeta. Los especialistas discuten sobre el estrato social de Amós; para unos se trata de un simple pastor, asalariado y eventualmente cultivador de higueras (7,14); para otros se trata de un ganadero y agricultor que tenía como negocio el ganado y el cultivo de higos. Es probable que se trate de lo segundo. Quizá gracias a cierta holgura económica, Amós ha tenido oportunidad de cultivarse intelectualmente, viajar, etc.; de ahí que sus palabras y discursos reflejen un conocimiento tan claro de la historia de oriente y, sobre todo, la capacidad de análisis coyuntural que hay detrás de sus palabras.

Su discurso, que ya desde el versículo 2 se anuncia como un rugido del mismo Señor desde su morada, Sión, mantendrá ese tono a todo largo del libro; sí, será un rugido que busca hacerse sentir en medio del sórdido ambiente del reino del norte. Su tono será tan alto, que el mismo sacerdote Amasías tendrá que confesar: «el país ya no puede soportar sus palabras» (7,10).

1,3–2,16 Delito y castigo de ocho naciones. El mensaje de Amós comienza con una serie de ocho oráculos o mensajes de condena, dirigidos los siete primeros a los reinos vecinos, incluido Judá, y el último, más largo y por ello más completo, a Israel. La tra-

2 enviaré fuego a Moab,
que devorará los palacios de Queriot;
Moab morirá en el tumulto bélico,
entre gritos de guerra
y toques de trompeta;
3 extirparé de ella al gobernante
y junto con él, mataré a los príncipes
–lo ha dicho el Señor–.
4 Así dice el Señor:
A Judá, *por tres delitos*
y por el cuarto, no lo perdonaré:
porque rechazaron la ley del Señor
y no observaron sus mandamientos;
sus mentiras los extraviaron,
las mismas que veneraban sus padres;
5 enviaré fuego a Judá,
que devorará
los palacios de Jerusalén.
6 Así dice el Señor:
A Israel, *por tres delitos*
y por el cuarto, no lo perdonaré:
porque venden al inocente por dinero
y al pobre por un par de sandalias;
7 revuelcan en el polvo al débil
y no hacen justicia al indefenso.
Padre e hijo van juntos a una mujer
profanando mi santo Nombre;
8 se acuestan sobre ropas
tomadas en prenda,
junto a cualquier altar,
beben en el templo de su Dios
el vino confiscado injustamente.
9 Yo destruí a los amorreos
al llegar ellos: eran altos como cedros,
fuertes como encinas;
destruí arriba el fruto, abajo la raíz.
10 Yo los saqué a ustedes de Egipto,
los conduje por el desierto
cuarenta años,
para que conquistaran
el país amorreo.
11 Nombré profetas a sus hijos,
nazireos a sus jóvenes:
¿no es cierto, israelitas?
–oráculo del Señor–.
12 Pero ustedes
emborrachaban a los nazireos,
y a los profetas
les prohibían profetizar.
13 Por eso miren,
yo los aplastaré en el suelo,
como un carro cargado de gavillas:
14 el más veloz no logrará huir,
el más fuerte no sacará fuerzas,
el soldado no salvará la vida;
15 el arquero no resistirá,
el más ágil no se salvará,
el jinete no salvará la vida;
16 el más valiente entre los soldados
huirá desnudo aquel día
–oráculo del Señor–.

Les pediré cuentas

3 1 *Escuchen*, israelitas,
esta palabra que les dice el Señor,
a todas las tribus
que saqué de Egipto:
2 A ustedes solos los elegí
entre todas las tribus de la tierra,

---

dición oracular habría que ponerla propiamente en Amós, reconocido por todos como el primer profeta «escritor».

Es bueno tener en cuenta algunos aspectos literarios de los oráculos de Amós para una mejor comprensión. Cada oráculo va introducido por la expresión «así dice el Señor», para notar que no se trata de una simple palabra caprichosa del profeta, sino de un genuino mensaje divino. En segundo lugar, todos los oráculos de Amós contienen la siguiente frase: «por tres delitos... y por el cuarto», con la descripción de un solo delito. Amós es el único que utiliza este recurso típico de la tradición sapiencial en la tradición profética. ¿Qué sentido tiene? Son tantos los delitos de... que éste –el nombrado en el oráculo– desborda definitivamente la paciencia de Dios, por lo cual el trasgresor es condenado.

Conviene destacar la calidad del pecado de los otros pueblos en comparación con el de Israel (2,6-16). Los demás pueblos son juzgados por puros asuntos políticos, mientras que el pecado de Israel es de naturaleza netamente social; la tremenda brecha entre pobres y ricos, oprimidos y opresores está demostrando su falta de justicia, pues ha olvidado su atención al débil y la protección al inocente (6s). Viven en medio del derroche a costa del empobrecimiento del pueblo (8), perdiendo de vista que el Señor se fijó en Israel porque era un «no-pueblo» pobre y olvidado en Egipto con la intención de que ellos mantuvieran esa misma actitud respecto a los más débiles. Sin embargo, han eliminado sistemáticamente a quienes les han recordado ese compromiso (12). No queda otro camino que el castigo, del cual nadie escapará (14-16).

3,1–6,14 La sección anterior tenía la particularidad de enrostrar los pecados a todos los pueblos, incluido Israel. A cada uno le fue dictada su sentencia merecida. Esta nueva sección, aunque todavía forma parte

por eso les pediré cuentas
de todos sus pecados.
3 ¿Caminan juntos dos
que no se han puesto de acuerdo?
4 ¿Ruge el león en la espesura
sin tener presa?,
¿grita el cachorro en la guarida
sin haber cazado?,
5 ¿cae el pájaro al suelo
si no hay una trampa?,
¿salta la trampa del suelo
sin haber atrapado?,
6 ¿suena la trompeta en la ciudad
sin que el vecindario se alarme?,
¿sucede una desgracia en la ciudad
que no la mande el Señor?
7 No hará tal cosa el Señor
sin revelar su plan
a sus siervos los profetas.
8 Ruge el león, ¿quién no temerá?
Habla el Señor,
¿quién no profetizará?
9 Hagan oír su voz
en los palacios de Asdod,
digan en los palacios de Egipto:
Reúnanse
junto a los montes de Samaría,
y vean cuantos desórdenes
hay en medio de ella,
cuantas opresiones en su interior.
10 No sabían obrar rectamente
–oráculo del Señor–,
atesoraban violencias
y crímenes en sus palacios.
11 Por eso, así dice el Señor:
El enemigo rodea el país,
derriba tu fortaleza,
saquea tus palacios.
12 Así dice el Señor:
Como salva el pastor
de la boca del león
un par de patas
o la punta de una oreja,
así se salvarán los israelitas,
vecinos de Samaría,
con el borde de una esterilla
y una manta de Damasco.
13 Escuchen y den testimonio
contra la casa de Jacob
–oráculo del Señor,
Dios Todopoderoso–.
14 Cuando tome cuentas a Israel
de sus delitos,
le tomaré cuentas
de los altares de Betel:
los salientes del altar
serán arrancados y caerán al suelo;
15 derribaré la casa de invierno
y la casa de verano,
se perderán las arcas de marfil,
desaparecerán los ricos arcones
–oráculo del Señor–.

4 1 Escuchen esta palabra,
vacas de Basán,
en el monte de Samaría:
oprimen a los indefensos,
maltratan a los pobres,
piden a sus maridos:
Trae de beber.
2 El Señor lo jura por su santidad:
Les llegará la hora en que las agarren
a ustedes con ganchos,
a sus hijos con anzuelos de pesca;
3 saldrá cada una por la brecha
que tenga delante,
y las arrojarán al estiércol
–oráculo del Señor–.
4 Vayan a Betel a pecar,
en Guilgal pequen más todavía:

---

de los oráculos, tiene la particularidad de que cada mensaje va introducido con la expresión «escuchen». Además, aquí se ignoran los otros pueblos para concentrarse exclusivamente en el heterogéneo pueblo del reino del norte. Al final de la colección vamos a encontrar tres «ayes» (5,7; 5,18; 6,1) que subrayan aún más la amenaza y la personalizan.

3,1–4,5 Les pediré cuentas. A la mención de que fue objeto Israel (3,2) se contrapone una larga cadena de comportamientos contrarios, protagonizados por el pueblo elegido. La elección no era motivo de privilegio ni signo de una seguridad especial, sino más bien motivo de responsabilidad. Israel tenía que haber cultivado esa relación con Dios con un especial empeño. El castigo que le sobreviene es fruto de su propia irresponsabilidad. Se prevé la destrucción total, tras la cual no quedará prácticamente nada (3,12-15).

El profeta presenta un oráculo dirigido exclusivamente a las mujeres de Samaría (4,1-5), amigas del lujo y del buen vivir a costa del empobrecimiento del pueblo. La imagen usada por Amós no puede ser más descriptiva: esas mujeres engalanadas y dedicadas al consumismo son para el profeta como las vacas de Basán, territorio especialmente rico en ganado vacuno, cuyos ejemplares eran famosos por su robustez (cfr. Dt 32,14; Sal 22,13; Ez 39,18). ¡Claro que, al menos,

ofrezcan por la mañana
sus sacrificios
y en tres días sus diezmos;
5 ofrezcan ázimos,
pronuncien la acción de gracias,
proclamen públicamente
sus ofrendas voluntarias,
que eso es lo que les gusta, israelitas
–oráculo del Señor–.

Escarmientos vanos
(Lv 26,14-33; Is 1,1-9)

6 Aunque yo les hice pasar hambre
en todas sus ciudades,
y en todas sus poblaciones
los privé de pan,
no se convirtieron a mí
–oráculo del Señor–.
7 Aunque yo les retuve la lluvia
tres meses antes de la cosecha,
hice llover en un pueblo sí
y en otro no,
en una parcela llovió,
otra sin lluvia se secó;
8 de dos o tres pueblos iban a otro
para beber agua,
y no conseguían calmar su sed,
no se convirtieron a mí
–oráculo del Señor–.
9 Los herí con la sequía y el gusano,
sequé sus huertos y viñedos,
sus higueras y olivares
los devoró la langosta,
pero no se convirtieron a mí
–oráculo del Señor–.
10 Les envié la peste egipcia,
maté a espada a sus jóvenes
con lo mejor de su caballería,
hice subir hasta sus narices
el hedor de su campamento;
pero no se convirtieron a mí
–oráculo del Señor–.
11 Les envié una catástrofe tremenda,
como la de Sodoma y Gomorra,
y fueron como un palo humeante
sacado del incendio;
pero no se convirtieron a mí
–oráculo del Señor–.
12 Por eso así te voy a tratar, Israel,
y porque así te voy a tratar,
prepárate a enfrentarte
con tu Dios;
13 porque él formó las montañas,
creó el viento,
descubre al hombre
sus pensamientos,
hizo la aurora y el crepúsculo
y camina sobre las alturas de la tierra:
se llama Señor, Dios Todopoderoso.

LAMENTACIÓN POR ISRAEL

Lamentación por la casa de Israel

5 1 Escuchen estas palabras
que entono por ustedes:
una lamentación
por la casa de Israel.
2 Cayó para no levantarse
la doncella de Israel,
está arrojada en el suelo
y nadie la levanta.
3 Porque así dice el Señor
a la casa de Israel:
La ciudad de donde partieron mil

aquellos animales aportaban algo en contraprestación a lo que consumían...! Estas mujeres recibirán también su propio castigo: serán desterradas de su suelo, una tras otra, al estilo de deportación asirio.

4,6-13 Escarmientos vanos. Los versículos 4s son una invitación llena de sarcasmo para que Israel siga empantanándose cada vez más en lo referente al verdadero culto. Para el profeta está claro que el culto de Israel dista mucho de expresar una adhesión obediente al Dios que un día le dio la libertad y le otorgó la vida. Ingenuamente, Israel cree que puede mantenerse en la injusticia (1-3) y luego «comprarse» a Dios con sus sacrificios, diezmos y ofrendas (cfr. Miq 6,6-8). Los versículos 6-12 recuerdan cinco plagas sucesivas –algunas quizá históricas en el pasado de Israel– que hubieran servido hasta al más obstinado para reconocerlas como castigo divino y haberse convertido. Para el profeta fueron signos de Dios, llamados a la conversión; pero Israel no se dio por enterado, no se convirtió al Señor (6.8.9.10.11). Por tanto, ya no habrá más avisos ni señales, Israel debe prepararse para enfrentarse al Señor (12).

5,1–6,14 Lamentación por Israel. Esta lamentación no es porque haya sido destruido Israel, sino porque en el horizonte profético se alcanzan a divisar días difíciles que ni Israel ni sus dirigentes alcanzan a avizorar, enceguecidos como están por la relativa estabilidad política y el bienestar económico por el que

se quedará con cien;
de donde partieron cien,
se quedará con diez.
4 Así dice el Señor a la casa de Israel:
Búsquenme y vivirán:
5 no busquen a Betel,
no vayan a Guilgal,
no se dirijan a Berseba;
que Guilgal irá cautiva
y Betel se volverá Bet-Avén,
6 busquen al Señor y vivirán.
Y si no, a la casa de José
penetrará como fuego
y devorará a Betel
sin que nadie la apague.

Primer ay: justicia en los tribunales
(Is 5,1-25)

7 ¡Ay de los que convierten
la justicia en veneno
y arrastran por el suelo el derecho,
10 odian al que juzga rectamente
en el tribunal
y detestan
al que testifica con verdad!
11 Por eso, por haber pisoteado al pobre
exigiéndole un tributo de grano,
si construyen
casas de piedras talladas,
no las habitarán;
si plantan viñas selectas,
no beberán de su vino.
12 Porque yo conozco
sus muchos crímenes
e innumerables pecados:
oprimen al inocente,
aceptan sobornos,
atropellan a los pobres en el tribunal
13 –por eso se calla
entonces el prudente,
porque es un momento peligroso–.
14 Busquen el bien, no el mal, y vivirán
y estará realmente con ustedes
el Señor, Dios Todopoderoso,
como ustedes dicen.
15 Odien el mal, amen el bien,
restablezcan en el tribunal la justicia:
a ver si se apiada el Señor,
Dios Todopoderoso,
del resto de José.
16 Así dice el Señor,
Dios Todopoderoso:
En todas las calles hay duelo,
en todas las calles gritan: ¡Ay, ay!;
los campesinos llaman
para el duelo y el luto
a expertos en lamentaciones;
17 en todas las viñas habrá duelo,
cuando pase entre ustedes,
dice el Señor
8 que creó las Pléyades y Orión,
convierte las sombras en aurora,
el día en noche oscura;
convoca a las aguas del mar
y las derrama sobre la tierra;
su nombre es El Señor;
9 lanza la destrucción contra la fortaleza,
y la destrucción alcanza
a la ciudad fortificada.

---

están pasando los privilegiados del país. La lamentación anticipa, si no la muerte física, sí un cambio fatal en el destino de la nación. Esta lamentación se va alternando con mensajes de invitación a la conversión y con tres duros «ayes» que presagian el duro golpe que recibirá el obstinado Israel.

5,1-6 Lamentación por la casa de Israel. La primera parte de la lamentación es descrita con la caída de una joven que ha cuidado su virginidad inútilmente. En el cercano oriente, la virginidad de las jóvenes era tenida, y aún lo es en la actualidad, en muy alta estima. Una joven que había perdido su virginidad debía ser repudiada de su casa, incluso debía pagar con la vida la «mancha» del honor de la familia. Entre algunos grupos árabes actuales, la infame función de «limpiar» el honor de la familia lo debe realizar el hermano mayor de la joven. Con estos antecedentes se puede calcular el deshonor tan grande que sufre la virgen Israel por su caída, caída que se puede evitar volviendo al Señor; no se trata de poner su fe y su confianza en un simple santuario de piedra, ni en un culto vacío, sino en el Único Dios que puede salvar (4-6). A Él es al que hay que buscar.

5,7-17 Primer ay: justicia en los tribunales. Esta parte de la lamentación combina el lamento con la maldición. De hecho la interjección «¡Ay!», común en los duelos y funerales, puede tener también la connotación de maldición y condena. Ése fue el uso que le dio Jesús (cfr. Mt 11,21; 23,14, etc.). El objeto de este «ay» es la tergiversación de la justicia, pues la han convertido en gotas amargas (7). Han llegado a odiar incluso al justo y al que reclama rectitud (10s), enriqueciéndose además con el fruto de la injusticia. El resultado será la justa maldición: no poder disfrutar de los bienes así adquiridos (11s). Pese a todo, todavía hay tiempo de buscar el bien; si no, cuando caigan en la cuenta de lo que han hecho, lo van a lamentar (16s).

Segundo ay: culto y justicia
(Is 1,10-20; 58)

18 ¡Ay de los que ansían el día del Señor!
¿De qué les servirá el día del Señor
si es tenebroso y sin luz?
19 Como cuando uno huye del león
y se encuentra con un oso,
o se mete en casa,
apoya la mano en la pared
y lo pica una serpiente.
20 ¿No es el día del Señor
tenebroso y sin luz,
oscuridad sin resplandor?
21 Yo aborrezco y desprecio sus fiestas,
me repugnan
sus reuniones litúrgicas;
22 por muchos holocaustos
y ofrendas que me traigan,
no aceptaré ni miraré
sus víctimas cebadas.
23 Retiren de mi presencia
el ruido de los cantos,
no quiero oír la música de la cítara;
24 que corra como el agua el derecho
y la justicia como arroyo inagotable.
25 ¿Acaso en el desierto,
durante cuarenta años,
me trajeron ofrendas y sacrificios,
casa de Israel?
26 Tendrán que transportar
a Sacut y Queván,
imágenes de sus dioses astrales,
que ustedes se fabricaron,
27 cuando los destierre
más allá de Damasco.
Dice el Señor, Dios Todopoderoso.

Tercer ay: lujo y riquezas
(Is 5,11s)

6 1 ¡Ay de los que se sienten
seguros en Sión
y confían en el monte de Samaría!
Los señalados
como jefes de naciones,
a quienes acude la casa de Israel.
2 Vayan a Calno y observen,
de allí sigan a Jamat la Grande
y bajen a Gat de Filistea:
¿valen ustedes más que esos reinos,
su territorio es más extenso
que el de ustedes?
3 Quieren espantar
el día de la desgracia
y apresuran el reino de la violencia.
4 Se acuestan en camas de marfil,
se apoltronan en sus sillones,
comen carneros del rebaño
y terneras del establo;
5 canturrean al son del arpa,
inventan, como David,
instrumentos musicales;
6 beben vino en copas,
se ungen con perfumes exquisitos
y no se apenan por la ruina de José.
7 Por eso irán al destierro,
a la cabeza de los deportados
y se acabará la orgía de los libertinos.
8 Oráculo del Señor,
Dios Todopoderoso:

5,18-27 Segundo ay: culto y justicia. El segundo «ay» sí es más de lamento que de amenaza. La razón: muchos esperaban confiados que el Señor vendría a juzgar y a destruir a todas las naciones enemigas de Israel, era como una obligación de Dios. Sin embargo, Israel se llevará una desagradable sorpresa, porque el Señor vendrá a castigar a él, lo acosará de tal manera que no tendrá cómo escapar (19). De este modo, si esperaba un día de luz, le sobrevendrá oscuridad (20).

Los versículos 21-27 puede muy bien ser la respuesta a la posible pregunta: ¿por qué el «día del Señor» será oscuridad y tinieblas, y no luz? O, ¿por qué condenación y no salvación? Las palabras del Señor son cortantes, secas, sin matización alguna (21-23); expresiones todas de desagrado, relacionadas con la práctica de un culto vacío, basado en lo externo y ajeno a toda actitud de cambio interior. Si Israel quiere agradar al Señor no tiene que valerse de esta forma de culto; mientras andaban por el desierto, ¿se lo exigió alguna vez el Señor? (25). La única manera de agradar al Señor es la práctica de la justicia (24), ése sí que es el lado flaco del Señor. Al paso que va Israel, no se diferencia en nada de los adoradores de divinidades y de astros. ¿Será que en ellos encontrarán la salvación? Y si Amós conociera nuestro culto actual, ¿no se le ocurriría una invectiva semejante, o peor?

6,1-14 Tercer ay: lujo y riquezas. Se cierra la lamentación iniciada en 5,1 y la sección de los oráculos iniciada en el capítulo 3 con este tercer «ay», que de nuevo tiene tintes de maldición y castigo. No debemos olvidar que en el contexto político inmediato, Israel está pasando por un buen momento. Su desagradable vecino del norte, Siria, con su capital Damasco, que había tenido serias pretensiones de invasión y dominio sobre el territorio de Israel, ha recibido un durísimo golpe por parte de Asiria. Tal coyuntura ha permitido a Israel gozar de un período de relativa paz y tranquilidad; ha recuperado territorios perdidos y conquistado otros nuevos; goza de prosperidad económica.

El Señor lo ha jurado por su vida:
Porque detesto
la arrogancia de Jacob
y odio sus palacios,
entregaré la ciudad y sus habitantes.
11 El Señor ha dado órdenes de reducir
a escombros las mansiones,
a cascotes las cabañas.
9 Y si quedan diez hombres
en una casa, morirán.

10 –El tío y el incinerador vendrán a sa-
car los huesos de la casa. Uno dirá al que
está en el rincón de la casa: ¿Te queda al-
guno? Responderá: Ninguno. Y él dirá:
Chsss... Que no es hora de pronunciar el
nombre del Señor–.

12 ¿Galopan los caballos
por los peñascos?,
¿se puede arar con vacas?
Pero ustedes convierten
en veneno el derecho,
la justicia en amargura.
13 Quedan satisfechos con una Nadería,
se glorían de haber conquistado
con su esfuerzo Qarnaym,
14 Por eso, yo, casa de Israel
–oráculo del Señor,
Dios Todopoderoso–,
suscitaré contra ustedes
un pueblo que los oprimirá
desde el Paso de Jamat
hasta el Torrente de Arabá.

VISIONES

(Éx 32,7-14; Nm 14,11-19)

Tres primeras visiones

7 1 Esto me mostró el Señor: Preparaba
langostas cuando comenzaba a cre-
cer la hierba –la hierba que brota después
de la que se corta para el rey–; 2 y cuando
ellas terminaron de devorar la hierba del
país, yo dije: Señor, perdona: ¿cómo podrá
resistir Jacob si es tan pequeño? 3 Con esto
se compadeció el Señor, y dijo: No suce-
derá.

4 Esto me mostró el Señor: El Señor ci-
taba al fuego para juzgar, un fuego que de-
voraba el gran Océano y devoraba los cam-
pos: 5 Yo dije: ¡Basta, Señor, por favor!,
¿cómo podrá resistir Jacob si es tan pe-
queño? 6 Con esto se compadeció el Señor,
y dijo: Tampoco esto sucederá.

7 Esto me mostró el Señor: Estaba de pie
junto al muro con una plomada de albañil
en la mano. 8 El Señor me preguntó: –¿Qué

He ahí por qué el profeta llama a Israel con cierta ironía «la primera de las naciones», pues así se sienten sus dirigentes. Tal ambiente ha producido la sensación de haber «agarrado el cielo con las manos». Pero dicha prosperidad y tranquilidad no son gratuitas, debajo de ellas hay todo un ambiente de empobrecimiento y de desprecio por el pobre que choca con el bienestar y la abundancia de los pocos privilegiados. El disgusto más grande que siente el profeta, y que pone en labios del Señor, es que esta élite no se duele de la suerte del pueblo. Abundancia de pan, bebida y despilfarro, todo a expensas del pueblo que vive en la miseria. Los versículos 8-11 concretan el desenlace fatal de la acusación. Queda claro que dicho desenlace ha sido causado por los propios responsables de la dirección del pueblo y sus asuntos, porque en medio del espejismo producido por el bienestar mal conducido permitieron todo esto; su destino se lo buscaron ellos mismos (14).

7,1–9,15 Visiones. La segunda parte del libro está compuesta por cinco visiones sumamente simples, pero cargadas de mucho significado. Se intercalan el incidente de Amós con el sacerdote Amasías (7,10-17) y un nuevo oráculo contra la clase poderosa del reino del Norte (8,4-14), para terminar con una especie de confesión de fe sobre el único señorío de Dios en la historia. Conviene resaltar varios elementos de esta segunda parte, organizados como las piezas de un ensamblaje que ayudan a ver la «lógica» armónica de todo el libro: 1. La visión como algo constitutivo del ministerio profético. 2. La urgencia interior del profeta, que lo obliga a hablar «a tiempo y a destiempo, con ocasión y sin ella». 3. Otro elemento constitutivo de la experiencia del profeta es la intercesión. 4. La independencia del profeta respecto al poder y al poderoso de turno. 5. La conciencia de su identificación con la causa del Señor, la cual coincide perfectamente con la causa del empobrecido, del marginado, del sin-nada. 6. La experiencia profunda de Dios, que le lleva a la firme convicción de que la palabra que anuncia es Palabra de Dios. 7. El verdadero profeta no se «gana» la vida profetizando; al profeta asalariado no le importa mucho la causa del Señor, sino la causa de su amo, que nunca coincide con la causa de los empobrecidos.

7,1-9 Tres primeras visiones. En los versículos 1-6 encontramos las dos primeras visiones, que poseen, por lo menos, dos cosas en común: 1. Se trata del

ves, Amós? Respondí: –Una plomada de al-
bañil. Me explicó: –Voy a tirar la plomada
en medio de mi pueblo, Israel; ya no volve-
ré a perdonarlo; 9 quedarán desoladas las
lomas de Isaac, arruinados los santuarios
de Jacob; empuñaré la espada contra la di-
nastía de Jeroboán.

Amós y Amasías
(Jr 36; 38)

10 Amasías, sacerdote de Betel, envió un
mensaje a Jeroboán, rey de Israel:
–Amós está conspirando contra ti en
medio de Israel; el país ya no puede sopor-
tar sus palabras. 11 Así predica Amós: A es-
pada morirá Jeroboán, Israel marchará de
su país al destierro...
12 Amasías ordenó a Amós:
–Vidente, vete, escapa al territorio de
Judá; allí te ganarás la vida, allí profetiza-
rás; 13 pero en Betel no vuelvas a profetizar,
porque es el templo real, es el santuario na-
cional.

14 Respondió Amós a Amasías:
–Yo no era profeta ni discípulo de profe-
ta; era pastor y cultivaba higueras. 15 Pero
el Señor me arrancó de mi ganado y me
mandó ir a profetizar a su pueblo, Israel.
16 Pues bien, escucha la Palabra del Señor:

Tú me dices:
No profetices contra Israel,
no pronuncies oráculos
contra la casa de Isaac.
17 Por eso el Señor dice:
Tu mujer
será deshonrada en la ciudad,
tus hijos e hijas morirán a espada;
tu tierra será repartida a cordel,
tú morirás en tierra pagana,
Israel marchará
de su país al destierro.

Cuarta visión
(Jr 24,1-3)


8 1 Esto me mostró el Señor: Un cesto
de higos maduros. 2 Me preguntó:

---

plan del Señor para exterminar a su pueblo valiéndose de dos catástrofes naturales: la plaga de las langostas (1-2a) y una sequía (4). 2. Del modo más natural, Amós ejercita el ministerio de la intercesión por el pueblo (2b.5), ante lo cual el Señor se arrepiente y se abstiene de destruirlo (3.5). La intercesión, como sabemos, era otro de los elementos constitutivos del ministerio profético (cfr. Jr 14, 19-22; 37,3; 42,2). El motivo de la intercesión de Amós coincide con el motivo del arrepentimiento del Señor: la pequeñez del pueblo. Pero, ¿sabrá mantener Israel esa conciencia de ser «pequeño» y necesitado de Dios?

En los versículos 7-9 encontramos la tercera visión, que está relacionada con algo que se había convertido en escena común en Israel: la fabricación de lanzas y espadas para la guerra. Una buena cantidad de comentadores sólo ven aquí la figura de un hombre que trata de nivelar un muro con la plomada. Pero el contexto histórico y las palabras que cierran la visión nos ayudan a entender más bien la febril actividad de la industria bélica, donde se utilizaba el estaño o el mineral de donde se extrae dicho metal. Poseer esta materia prima era claro símbolo de poder militar. Pues bien, con esas mismas armas que se empeña en fabricar Israel, el Señor combatirá a Jeroboán, es decir, a todo el reino del norte.

Muy difícilmente, la imagen de un albañil que nivela un muro con su plomada suscitaría una conclusión de tipo bélico, y más difícil aún, esa misma imagen haría que Amasías enviase emisarios al rey reportando la presencia de un terrorista en el reino. En esta visión, Amós sabe que no tiene caso interceder. Israel mismo ha elegido su destino en cabeza de sus dirigentes; ni Dios mismo puede echar para atrás esa decisión. Israel va a la autodestrucción por su propia voluntad, como de hecho sucede con todos los se creen como el Israel de este período.

7,10-17 Amós y Amasías. Cuando la religión depende de la institución política oficial, irremediablemente se presentan incidentes como éste entre Amós, profeta de Dios, y Amasías, sacerdote a sueldo del santuario del rey. Las perspectivas son totalmente contrarias: mientras que la voz de Amós, conciencia crítica de un sistema que poco a poco se autodestruye, busca en el fondo salvar al pueblo, Amasías, con la típica visión obtusa de quien sólo piensa en el poder establecido, no puede sino concluir que se trata de un conspirador, un terrorista que atenta contra la seguridad y la «legitimidad» de la nación. ¡Lo mejor de todo es que, desde su pobre mentalidad, se siente obligado a darle un «buen» consejo al profeta y recordarle que se halla en «el espacio» del rey!

Semejante atrevimiento hace que Amós revele el origen y sentido de su vocación. Si Amós fuera profeta a sueldo, lo último que se le ocurriría sería tocar los «intereses» del rey; pero por tratarse de un hombre de Dios, profeta del Señor, su acción no puede circunscribirse a espacios «autorizados», ni su voz puede tener las características de dulce melodía para todo el mundo. El trágico final del pobre Amasías es premonitorio: así termina la institución religiosa cuando su horizonte se confunde con el horizonte de los opresores. Aquí hay una clave muy clara que permite o que impulsa a la crítica sana de las religiones modernas.

8,1-8 Cuarta visión. La cuarta visión subraya el punto al que ha llegado la corrupción de Israel. Como

–¿Qué ves, Amós? Respondí: –Un cesto de
higos maduros. Me explicó: –Maduro está
mi pueblo, Israel, y ya no volveré a perdo-
narlo. 3 Aquel día –oráculo del Señor– ge-
mirán las cantoras del palacio: ¡Cuántos
cadáveres arrojados por todas partes.
Chsss!

4 Escúchenlo los que aplastan a los po-
bres y eliminan a los miserables; 5 ustedes
piensan: ¿Cuándo pasará la luna nueva
para vender trigo o el sábado para ofrecer
grano y hasta el salvado de trigo? Para
achicar la medida y aumentar el precio,
6 para comprar por dinero al indefenso y al
pobre por un par de sandalias. 7 ¡Jura el Se-
ñor por la gloria de Jacob no olvidar jamás
lo que han hecho!

8 ¿Y no va a temblar la tierra,
no van a hacer luto sus habitantes?
Toda ella crecerá como el Nilo,
como el Nilo se agitará y se calmará.

Día de juicio

9 Aquel día –oráculo del Señor–
haré ponerse el sol a mediodía
y en pleno día oscureceré la tierra.
10 Convertiré sus fiestas en duelo,
sus cantos en lamentaciones,
vestiré de sayal toda cintura
y dejaré rapada toda cabeza;
harán duelo como por el hijo único,
el final será un día trágico.
11 Miren que llegan días
–oráculo del Señor–
en que enviaré hambre al país:
no hambre de pan ni sed de agua,
sino de oír la Palabra del Señor;
12 irán errantes de este a oeste,
vagando de norte a sur,
buscando la Palabra del Señor,
y no la encontrarán.
13 Aquel día desfallecerán de sed
las bellas muchachas y los jóvenes.
14 Los que juran:
Por Asima de Samaría,
por la vida de tu Dios, Dan,
por la vida del Señor de Berseba,
caerán para no levantarse.

Quinta visión

9 1 Vi al Señor de pie junto al altar,
que decía: Golpea los capiteles
y temblarán los umbrales;
arrancaré a todos los capitanes
y daré muerte a espada
a los que queden
no escapará ni un fugitivo,
no se salvará ni un evadido.
2 Aunque perforen hasta el abismo,
de allí los sacará mi mano;
aunque escalen el cielo,
de allí los derribaré;
3 aunque se escondan
en la cima del Carmelo,
allí los descubriré y agarraré;
aunque se me oculten
en lo hondo del mar,
allá enviaré la serpiente
que los muerda;
4 aunque vayan cautivos
delante del enemigo,

---

los frutos maduros que al pasar del punto máximo de maduración se convierten en desechos, Israel será desechado, no se le perdonará más (2).

Los versículos 4-8, sirven para ilustrar las actitudes con que los israelitas celebraban sus fiestas religiosas: mucha puntualidad y mucho escrúpulo para celebrarlas, pero sin que ello les indujera a un cambio de comportamiento respecto a la justicia. Convierten el tiempo de la fiesta en ocasión para maquinar la manera de obtener más y más a expensas del menos favorecido. El versículo 6 es como el clímax del engaño, el fraude y la especulación con los precios del mercado: el pobre se tiene que vender por cualquier cosa. ¿No es éste el signo más claro de que una sociedad ha tocado ya el techo de la injusticia? Solemnemente, el Señor jura no olvidar esto que están haciendo (7).

8,9-14 Día de juicio. Las acciones injustas de Israel hacen que la tierra se estremezca, también ella sufre el impacto del pecado. Así también, el castigo tendrá repercusiones cósmicas. La zozobra y la insatisfacción serán los signos del inminente castigo, todo se irá arruinando sin que Israel pueda hacer absolutamente nada, pues el Señor estará distante y silencioso, no responderá a los gritos de lamentación.

9,1-10 Quinta visión. Los versículos 1-4 describen la última de las visiones de Amós, donde se da cumplimiento a la amenaza de destrucción. Nótese cómo el primer golpe viene dado precisamente en el lugar central del culto: en el altar del templo. Como espacio concreto y como lugar institucional, éste podría ser un buen sitio para refugiarse; sin embargo, ni este lugar, ni la cima del Carmelo, ni el abismo, ni el mismo cielo servirán de escondite: el ojo de Dios echará su mirada fulminante para acabar con todos. Los versículos 5-8a subrayan el poder del Señor sobre toda la tierra, sobre pueblos y naciones.

allá enviaré la espada que los mate.
Tendré puestos en ellos
mis ojos para mal, no para bien.
5 El Señor Todopoderoso,
toca la tierra y la tierra se estremece,
toda ella crece y disminuye
como el Nilo,
y hacen duelo sus habitantes;
6 Él construye en el cielo
las gradas de su trono
y cimienta su bóveda sobre la tierra;
convoca las aguas del mar
y las derrama
sobre la superficie de la tierra;
su nombre es El Señor.
7 ¿No son ustedes para mí
como nubios, israelitas?
–oráculo del Señor–.
Si saqué a Israel de Egipto,
saqué a los filisteos de Creta
y a los sirios de Quir.
8 Miren, yo el Señor clavo los ojos
sobre el reino pecador
y los extirparé
de la superficie de la tierra
–aunque no aniquilaré
a la casa de Jacob–
–oráculo del Señor–.
9 Miren, daré órdenes de zarandear
a Israel entre las naciones,
como se zarandea
el trigo en un cedazo
sin que caiga un grano a tierra.
10 Pero morirán a espada
todos los pecadores de mi pueblo;
los que dicen: No llega,
no nos alcanza la desgracia.

Día de restauración
(Jr 31; Ez 36,16-38; Hch 15,16-18)

11 Aquel día levantaré
la choza caída de David,
repararé sus boquetes,
levantaré sus ruinas
hasta reconstruirla
como era en tiempos antiguos;
12 para que conquisten el resto de Edom
y todos los pueblos
que llevaron mi Nombre
–oráculo del Señor,
que lo cumplirá–.
13 Miren que llegan días
–oráculo del Señor–
en los que el que ara
seguirá de cerca al que cosecha
y el que pisa uvas al sembrador;
fluirá licor por los montes
y destilarán todas las colinas.
14 Cambiaré la suerte
de mi pueblo, Israel:
reconstruirán ciudades arruinadas
y las habitarán,
plantarán viñedos y beberán su vino,
cultivarán huertos
y comerán sus frutos.
15 Los plantaré en su tierra
y ya no los arrancarán
de la tierra que les di,
dice el Señor, tu Dios.

9,11-15 Día de restauración. Según algunos críticos, el mensaje de Amós terminaba en 9,10, dejando prácticamente cerrado el juicio y la sentencia sin apelación. Al parecer, un redactor posterior añadió esta breve sección que tiene como finalidad abrir un poco el horizonte. Es probable que se escribiera en una época en la cual tanto Israel como Judá habían padecido las invasiones y deportaciones, y por eso están ahora en condiciones de entender lo que significa consuelo, esperanza, restauración, buscar y conocer a Dios... Ante el devastador panorama, el «resto» de Israel es de nuevo acogido e impulsado a soñar con un futuro próspero marcado y guiado por la comunión serena y armónica con la creación y con su Dios.



ABDÍAS

No sabemos quién es este profeta que se llama «Siervo del Señor» y que figura entre los Doce Profetas Menores con solo veinte versículos. Por la extensión habría que llamarle «profeta mínimo»; otros profetas anónimos del Antiguo Testamento han escrito más que él. Pero la extensión poco cuenta cuando el ser humano tiene algo que decir en Nombre de Dios.

Para comprender su breve profecía conviene recordar algunos datos: 1. La relación entre el reino de Judá y el reino de Edom, que se remonta, según la tradición bíblica, a las relaciones entre los dos hermanos gemelos: Jacob y Esaú, antecesores de Judá y Edom. Según la bendición de Isaac (Gn 27), el segundo dominará al primero –la primogenitura comprada–. La situación geográfica muestra esta situación, pues mientras Judá o Jacob posee la zona montañosa, relativamente fértil, Edom o Esaú habita en la zona esteparia del sur. 2. Históricamente, Edom vivió en relaciones de sumisión o rebeldía con Judá. A este reino le interesaba, por una parte, la ruta del sur con salida al golfo de Aqaba; por otra, codicia-

ba las ricas minas de aquel territorio. Saúl luchó contra los edomitas; David los sometió; Salomón reprimió una revuelta y consolidó el dominio meridional, que era un acceso a las minas y al puerto de Esión Gueber.

Al dividirse el reino, a la muerte de Salomón, los edomitas pudieron rebelarse y llevar una política independiente. Cuando Nabucodonosor invadió y arrasó Jerusalén, los edomitas apoyaron al invasor, sacaron partido de la derrota y se alegraron de ella.



Mensaje religioso. Contra este último pecado se dirige la profecía presente; es decir, en una ocasión histórica muy concreta. Pero en el versículo 15 la profecía despega y se levanta a un panorama trascendente de «día del Señor», con mirada universal, «todas las naciones, todos los pueblos» (15s), y con un final de restauración. El profeta denuncia la espiral de violencia, la incapacidad de olvidar errores antiguos. Al pueblo derrotado y desterrado le ofrece un mensaje de esperanza.

1 Visión de Abdías.
Así dice el Señor a Edom:
Hemos oído un mensaje
de parte del Señor,
un mensajero
ha sido enviado a las naciones:
¡Arriba, a combatir contra ella!

Castigo a Edom

2 Te convierto en la nación
más pequeña y despreciable:
3 tu arrogancia te sedujo;
porque habitas en rocas escarpadas,
asentadas en las cimas, piensas:
¿Quién me derribará en tierra?
4 Pues aunque te remontes
como un águila
y pongas el nido en las estrellas,
de allí te derribaré
–oráculo del Señor–.
5 Si te invadieran salteadores
o ladrones nocturnos,
¿se llevarían más de lo que necesitan?
Si te invadieran vendimiadores,
¿no dejarían racimos?
6 ¡Ay de Esaú, destruido!
Le han registrado
y requisado sus tesoros;
7 te han empujado
a la frontera tus aliados,
tus amigos
te han engañado y sometido,
tus comensales
te ponen trampas debajo.
8 Pues aquel día –oráculo del Señor–
acabaré con los sabios de Edom,
con los prudentes del monte de Esaú
y no les quedará habilidad.
9 Se acobardarán tus soldados, Temán,
y se acabarán los varones
del monte de Esaú;
10 por la violencia criminal
contra tu hermano Jacob,
te cubrirá la vergüenza
y perecerás para siempre.

En la caída de Jerusalén
(Sal 137,7)

11 Aquel día estabas tú presente,
el día que bárbaros
capturaron su ejército,
cuando extraños
invadían la ciudad
y se rifaban Jerusalén,
tú eras uno de ellos.
12 No disfrutes
del día de tu hermano,
su día funesto,
no te alegres por los judíos,
el día de su desastre,
no hables con insolencia
el día del aprieto,
13 no entres en la capital de mi pueblo
el día de su ruina,
no disfrutes tú también
de su desgracia
el día de su ruina,
no eches mano a sus riquezas
el día de su ruina,
14 no aguardes a la salida
para matar a los fugitivos,
no vendas a los supervivientes
el día del aprieto.

---

1 Título del libro. «Visión de Abdías». No describe tanto una visión cuanto una «audición»; con todo, se puede deducir que lo que constituye la visión del profeta es la intuición de muchos pueblos que se coalicionan para arrasar a Edom.

2-10 Castigo a Edom. El contenido de la visión es una amenaza de castigo a Edom, también nombrado Esaú, hermano gemelo de Jacob (Gn 25,24s). En estos primeros versículos no hay motivo aparente de culpa. Sólo se recuerda a los edomitas que no les será favorable, ni su posición geográfica, pues tenían la ventaja de habitar un territorio especialmente alto, ni sus sabios (8), ni sus valientes soldados (9). Sólo al final de la sección (10) se enuncia el pecado de Edom: violenta venganza contra Jacob.

11-14 En la caída de Jerusalén. Edom se hizo objeto de condenación por parte de Israel por haber colaborado con los ejércitos de Nabucodonosor en la toma y destrucción de Judá y de Jerusalén. Pero no sólo por eso, ya las relaciones entre estos dos hermanos gemelos, Esaú –Edom: el pelirrojo– y Jacob –Israel–, comenzaron a ponerse tensas desde antes de su alumbramiento (cfr. Gn 25,23) y durante su juventud (cfr. Gn 25,27-34). Se entiende que la compra-venta de la primogenitura no pudo ser tan pacífica, ya que el mismo texto deja constancia de la intriga, el engaño y la mentira (Gn 27).

Nosotros sólo conocemos una cara de la moneda: el sentimiento judío contra este pueblo que se portó como un perfecto antijudío. Mas no conocemos el

El día del Señor
(Ez 7; Sof 1,14)

15 Se acerca el día del Señor
para todas las naciones:
lo que hiciste te lo harán,
te pagarán tu merecido.
16 Como bebieron en mi monte santo,
beberán todas las naciones por turno,
beberán, se hartarán
y desaparecerán sin dejar rastro.
17 Pero en el monte Sión
quedará un resto que será santo
y la casa de Jacob
recobrará sus posesiones.
18 Jacob será el fuego,
José será la llama,
Esaú será la paja:
arderá hasta consumirse;
no quedará superviviente
al pueblo de Esaú
–lo ha dicho el Señor–.
19 Ocuparán el Negueb,
el monte de Esaú,
ocuparán la Sefela y Filistea,
Benjamín y Galaad,
los campos de Efraín,
los campos de Samaría;
20 los desterrados israelitas,
esos desgraciados,
ocuparán Canaán hasta Sarepta;
los desterrados de Jerusalén
que viven en Sefarad
ocuparán
los poblados del Negueb;
21 después subirán
victoriosos al monte Sión
para gobernar el monte de Esaú,
y el reino será del Señor.

---

sentimiento de los edomitas, condenados según la tradición bíblica a estar sometidos a sus hermanos de Judá (cfr. Gn 25,23); efectivamente, fueron sometidos y antes perseguidos y cruelmente masacrados por Saúl (1 Sm 14,47) y David (2 Sm 8,9-14). Por ello, en «el día de Jerusalén» no se podía esperar precisamente un apoyo incondicional de los edomitas. Sin pretender justificar actitudes de venganza, sí hay que decir que aquí se cumplió el dicho: «sembraron vientos, cosecharon tempestades».

15-21 El día del Señor. De la amenaza y el desahogo contra Edom, el tono de la profecía se proyecta aquí a dimensiones universales para evocar el «día del Señor». Todas las naciones serán azotadas con castigos equivalentes a sus culpas: la que saqueó, será saqueada; la que asesinó, será asesinada... Como quien dice, una aplicación práctica de la ley del Talión (cfr. Éx 21,23-25). El día del Señor sólo será favorable a un «resto» de Israel que se encargará de levantar de nuevo al pueblo para volver a tomar posesión de todos los territorios perdidos, tanto por la destrucción del reino del norte (722 a.C.), como por la del sur (587 a.C.). Se prevé la reunificación de Israel y de Judá, pero será Judá quien domine desde el monte Sión tanto al norte como al sur, y más allá, hasta las montañas de Esaú –Edom–. Será necesario que la corriente deuteronomista se pronuncie contra este odio secular, apelando por boca de Moisés a la relación fraternal que existe entre Esaú y Jacob (cfr. Dt 23,8). Este «final feliz» descrito por el profeta incluye la realeza única del Señor (21), aunque Judá será la concreción histórica de tal reinado.



JONÁS

Jonás, el antiprofeta. Como quinto de los «profetas menores» encontramos a Jonás, el hombre que se empeña en hacer exactamente lo contrario de lo que debería hacer un profeta.

Entre una serie de poetas que escriben normalmente en verso, encontramos a este genial narrador que, salvo el vocabulario algo tardío, maneja la prosa como cualquiera de los mejores narradores clásicos hebreos.

Entre tantas profecías contra naciones determinadas o contra las naciones en general, encontramos a este Jonás que lleva consigo un mensaje de misericordia para el pueblo que es símbolo de crueldad, imperialismo, y agresión contra su propio pueblo, Israel.

Y entre una serie de profetas firmemente arraigados en la situación política y social, desfila este Jonás sin arraigo en tierra ni en mar, cuya anécdota con el gran pez, sirvió para que los cristianos encontrasen en

ella una prefiguración del acontecimiento pascual de Jesús (Mt 12,39-41; 16,4; Mc 8,12; Lc 11,29.32). Así como Dios salvó al profeta del peligro mortal para salvar por medio de él a un pueblo gentil. Así también, Dios salvó a Cristo, no apartando el cáliz de la pasión, sino resucitándolo de la muerte, para salvar con su muerte y resurrección a todos los pueblos de la tierra.

Mensaje religioso. La parábola de Jonás nos ofrece una gran enseñanza, por medio de una ironía sostenida, que en un punto llega al sarcasmo, y concluye con una pregunta desafiante. Jonás es el antiprofeta que no quiere ir a donde el Señor le envía ni decir lo que le manda. Así resulta ser el malo, mientras que los buenos son primero los marinos paganos, después los ninivitas agresores. Jonás tiene que vérselas con los enemigos mitológicos: el mar y el cetáceo, y aprender que el Señor los controla y los somete a su servicio. Un minúsculo gusano y un modesto ricino dan una lección sapiencial al profeta recalcitrante.

La profecía, en la intención de Jonás es predicción categórica de castigo; en la intención de Dios, es amenaza condicionada; porque Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva (Ez 18,23.32), y los paganos han escuchado la palabra extranjera (Ez 3,5-7), y se han convertido.

La ironía de todo el relato está en que precisamente Jonás, el «antiprofeta», resulta ser un «gran profeta» porque sabe e intuye, muy a su pesar, que todo el nacionalismo exclusivista del pueblo judío, que todos los castigos que ciernen sobre la cabeza de los enemigos de Israel, no son más que fabricaciones humanas, y que, en el fondo, el amor y la misericordia de Dios abarcan a todos los pueblos de la tierra.



El definitivo mensaje de Jonás, cuyo nombre suena en oídos hebreos a «Paloma hijo de Veraz» –el primer Colombo o Colón de la historia–, se puede resumir en una frase: si Nínive alcanza el perdón, ¿quién quedará excluido?

En el barco

1 [1] El Señor dirigió la palabra a Jonás,
hijo de Amitay:
[2] –Levántate y vete a Nínive, la gran me-
trópoli, y proclama en ella que su maldad
ha llegado hasta mí.
[3] Se levantó Jonás para huir a Tarsis, le-
jos del Señor; bajó a Jafa y encontró un
barco que zarpaba para Tarsis; pagó el pre-
cio y embarcó para navegar con ellos a
Tarsis, lejos del Señor.
[4] Pero el Señor envió un viento im-
petuoso sobre el mar, se alzó una furiosa
tormenta en el mar y la nave estaba a pun-
to de naufragar.
[5] Temieron los marineros y cada cual
gritaba a su dios. Arrojaron la carga al mar
para aligerar la nave, mientras Jonás, que
había bajado a lo hondo de la nave, dormía
profundamente.
[6] El capitán se le acercó y le dijo:
–¿Qué haces dormido? Levántate y grita
a tu Dios; a ver si ese Dios se compadece
de nosotros y no perecemos.
[7] Y se decían unos a otros:
–Echemos suertes para ver por culpa de
quién nos viene esta calamidad.
Echaron suertes y le tocó a Jonás.
[8] Le interrogaron:
–Dinos: ¿por qué nos sobreviene esta
calamidad?, ¿cuál es tu oficio?, ¿de dónde
vienes?, ¿cuál es tu país?, ¿de qué pueblo
eres?
[9] Les contestó:
–Soy un hebreo y adoro al Señor, Dios
del cielo, que hizo el mar y la tierra firme.
[10] Atemorizados, aquellos hombres le
preguntaron:
–¿Qué has hecho? –Porque comprendie-
ron que huía del Señor, por lo que él había
declarado–.
[11] Le preguntaron:
–¿Qué haremos contigo para que se nos
calme el mar?
Porque el mar seguía embraveciéndose.
[12] Él contestó:
–Levántenme y tírenme al mar, y el mar
se les calmará; yo sé muy bien que por mi
culpa les sobrevino esta furiosa tormenta.
[13] Pero ellos remaban para alcanzar tie-
rra firme, y no podían porque el mar seguía
embraveciéndose.
[14] Entonces invocaron al Señor:
–¡Ah, Señor, que no perezcamos por cul-
pa de este hombre, no nos hagas responsa-
bles de una sangre inocente! Tú, Señor,
puedes hacer lo que quieres.
[15] Entonces levantaron a Jonás y lo
arrojaron al mar, y el mar calmó su furia.
[16] Y aquellos hombres temieron mucho
al Señor. Ofrecieron un sacrificio al Señor y
le hicieron votos.

En el vientre del gran pez

2 [1] El Señor envió un pez gigantesco
para que se tragara a Jonás y estuvo
Jonás en el vientre del pez tres días con sus

1,1-16 En el barco. De entrada, encontramos el sello característico de la profecía: el impulso, el botón de arranque del profeta, es la Palabra que el Señor le dirige. El nombre del profeta y del libro, Jonás, hijo de Amitay, aparece idéntico en 2 Re 14,25; sin embargo, no se trata del mismo personaje, pues aquel Jonás vivió en el s. VIII a.C., bajo el reinado de Jeroboán II, mientras que el profeta que nos presenta el libro es un personaje ficticio. La gran mayoría de críticos y comentaristas afirman en la actualidad que la trama de la obra, y por ende su aventura y «ministerio», son también ficción. La época del relato revela un estadio muy tardío en la historia de Israel. Algunos, basados en el estilo, la lengua y la problemática teológica, se aventuran a fecharlo hacia el s. IV a.C.; en cualquier caso es anterior al s. II a.C., pues el Eclesiástico o Sirácida, que es más o menos de esta época, ya lo da por supuesto entre los doce profetas (cfr. Eclo 49,10).

Con intención de dirigirse a Tarsis para huir del Señor, es decir, para no contradecirse a sí mismo ni contradecir a quienes pensaban como él, Jonás se embarca en Jafa. Una tremenda tempestad llena de terror a los marineros que invocan cada uno a su divinidad, sin ser escuchados. Sólo Jonás duerme como si no pasara nada. Al descubrir las causas divinas de la tormenta, Jonás mismo sugiere el remedio, que funciona perfectamente. Esto se convierte en motivo para que unos paganos reconozcan e invoquen a Dios, le teman, le ofrezcan sacrificios y votos (14-16). La escena del Jonás que duerme es una manera de decir que evitó intencionalmente invocar a su Dios por temor a «contaminarlo» entre paganos. El final de este capítulo registra el primer «éxito» misionero de Jonás, ironías de la vida, que el autor maneja con sobrada maestría.

2,1-11 En el vientre del gran pez. Como la cosa más normal de este mundo, la narración de la salva-

noches. 2 Desde el vientre del pez, Jonás
rezó al Señor, su Dios:

3 En el peligro grité al Señor
y me atendió,
desde el vientre del abismo
pedí auxilio y me escuchó.
4 Me habías arrojado al fondo, en alta mar,
me rodeaba la corriente,
tus torrentes y tus olas
me arrollaban.
5 Pensé: Me has arrojado
de tu presencia;
¡quién pudiera otra vez
ver tu santo templo!
6 A la garganta me llegaba el agua,
me rodeaba el océano,
las algas se enredaban a mi cabeza;
7 bajaba hasta las raíces de los montes,
la tierra se cerraba
para siempre sobre mí.
Y sacaste mi vida de la fosa,
Señor, Dios mío.
8 Cuando se me acababan las fuerzas,
invoqué al Señor,
llegó hasta ti mi oración,
hasta tu santo templo.
9 Los devotos de los ídolos
faltan a su lealtad;
10 yo, en cambio, te cumpliré mis votos,
mi sacrificio será un grito
de acción de gracias:
la salvación viene del Señor.

11 El Señor dio orden al pez de vomitar a
Jonás en tierra firme.

En Nínive
(Gn 19,1-29)

3 1 El Señor dirigió otra vez la palabra a
Jonás:

2 –Levántate y vete a Nínive, la gran ciu-
dad, y anuncia lo que yo te digo.

3 Se levantó Jonás y fue a Nínive, como
le mandó el Señor. Nínive era una gran ciu-
dad, tres días hacían falta para recorrerla.
4 Jonás se fue adentrando en la ciudad y
caminó un día entero pregonando:

–¡Dentro de cuarenta días Nínive será
arrasada!

5 Creyeron a Dios los ninivitas, procla-
maron un ayuno y se vistieron de sayal pe-
queños y grandes.

6 Cuando el mensaje llegó al rey de Níni-
ve, se levantó del trono, se quitó el manto,
se vistió de sayal, se sentó en el polvo 7 y
mandó al heraldo proclamar en Nínive un
decreto real y de la corte:

–Hombres y animales, vacas y ovejas
no prueben bocado, no pasten ni beban;
8 cúbranse de sayal hombres y animales.
Invoquen fervientemente a Dios; que cada
cual se convierta de su mala vida y de sus
acciones violentas. 9 A ver si Dios se arre-
piente, calma el incendio de su ira y no pe-
recemos.

10 Vio Dios su obras y que se habían
convertido de su mala vida, y se arrepintió
de la catástrofe con que había amenazado
a Nínive y no la ejecutó.

---

ción de Jonás por medio del gran pez es descrita en menos de cincuenta palabras en nuestra lengua, mientras que el hebreo sólo utiliza veintitrés: Dios ordena al gran pez tragarse a Jonás (1), Dios ordena al gran pez vomitar a Jonás en tierra firme (11). Por tanto, no se trata de narrar las «aventuras de Jonás», sino de colocarlo de inmediato en el lugar donde Dios quiere, a pesar de los pesares, manifestar su voluntad y designio salvíficos. A todas luces se ve que el salmo que entona Jonás (2-10) es una adición posterior, colocado aquí para subrayar la misericordia y la pronta actitud de Dios para escuchar y actuar en favor de quien le clama.

3,1-10 En Nínive. De nuevo la misma orden de 1,2: «Levántate y vete a Nínive...». Jonás, el bueno de Jonás, más interesado en contemplar el templo del Señor (2,5) que en meterse en campañas misioneras, tiene que ser empujado por la voz de Dios. Da la impresión de que ha salido del vientre del gran pez y ha permanecido allí estático, postrado en la playa. Su entrada a Nínive y su predicación no tienen nada de atractivo, no se nota esa pasión del profeta, ese desenvolvimiento y esa fuerza a que nos acostumbró un Jeremías, un Amós, un Miqueas... Parece que Jonás recorre la ciudad con una pancarta entre sus manos, silencioso, sin mirar a nadie ni detenerse con nadie. ¡No está en la tierra de sus amores!

Como quiera que sea, el mensaje de Jonás ha producido lo que él ni se esperaba, ni deseaba. El revuelo de los ninivitas llega hasta el mismo rey, que no se detiene en confrontar mensaje ni mensajero: la cuestión es urgente. Debemos esperar a que el rey se pronuncie para poder escuchar de sus labios lo que debió anunciar Jonás, ¡qué paradoja! Luego, el «éxito» de la misión no depende siempre de la persona del evangelizador, está en la propia fuerza que tiene la Palabra, en los dinamismos que ella desata, eso que el autor de la carta a los Hebreos describe como espada de dos filos (Heb 4,12). ¡Si siempre estuviera a nuestro alcance este espejo, nos evitaríamos tantos desánimos y tanto estrés en nuestras tareas de evangelización!

La lección del ricino

4 1 Jonás sintió un disgusto enorme. Irritado, 2 rezó al Señor en estos términos:

–¡Ah, Señor, ya me lo decía yo cuando estaba en mi tierra! Por algo me adelanté a huir a Tarsis; porque sé que eres un Dios compasivo y clemente, paciente y misericordioso, que te arrepientes de las amenazas. 3 Ahora, Señor, quítame la vida; más vale morir que vivir.

4 Respondió el Señor:

–¿Te parece bien irritarte de esa manera?

5 Jonás había salido de la ciudad y se había instalado al oriente de la misma; allí se había hecho una choza, y estaba sentado a la sombra esperando el destino de la ciudad.

6 Entonces el Señor Dios hizo crecer una planta de ricino hasta sobrepasar a Jonás, para que le diese sombra en la cabeza y lo librase de una insolación. Jonás estaba encantado con aquel ricino.

7 Entonces Dios envió un gusano al amanecer el día siguiente, el cual dañó el ricino, que se secó. 8 Y cuando el sol apretaba, envió Dios un viento sofocante del este; el sol abrasaba la cabeza de Jonás y lo hacía desfallecer. Jonás se deseó la muerte y dijo:

–Más vale morir que vivir.

9 Respondió Dios a Jonás:

–¿Te parece bien enojarte a causa de esa planta de ricino?

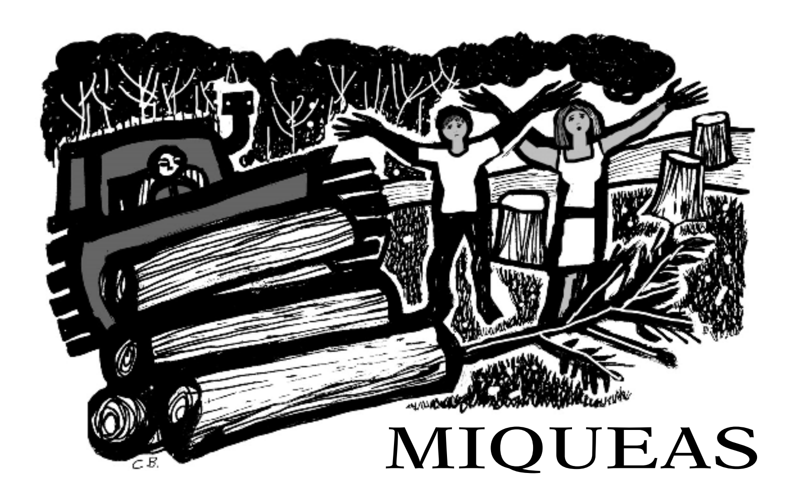
Contestó:

–¡Claro que me parece bien enojarme hasta desear morir!

10 El Señor le replicó:

–Tú sientes compasión de una planta de ricino que no te ha costado cultivar, que una noche brota y otra perece, 11 ¿y yo no voy a apiadarme de Nínive, la gran ciudad, que habitan más de ciento veinte mil hombres que no saben distinguir el bien del mal, y donde hay además muchísimo ganado?

4,1-11 La lección del ricino. Jonás no da su brazo a torcer. Él es de los defensores del Señor, de los que piensan y pelean para que nada ni nadie que no sea «digno» se le acerque, ni siquiera lo invoque. Si tuvo que venir a Nínive, fue porque no le quedó más remedio; pero en semejante territorio y entre semejante tipo de gente, ni pensar siquiera en pronunciar el sacrosanto Nombre del Altísimo. Nótese que su mensaje parece más una frase de pasacalle. Lo trágico de todo ello es que aún hoy encontramos Iglesias, corrientes teológicas y grupos cristianos cuyo proyecto vital es esta misma manera de pensar, mezquina y reduccionista. Contradicen y desautorizan a Jesús de Nazaret, que sólo exige hacerse pequeños y pobres para acceder a Dios, a un Dios que ciertamente no necesita defensores, guardianes o guardaespaldas que impidan el roce con Él. Estas actitudes dan crédito de que todavía subsisten aquellos viñadores de la hora primera que se indignaron con su señor porque quiso darles igual paga que a los viñadores de la hora última (Mt 20,1-15).



MIQUEAS

Miqueas y su época. Miqueas, que en hebreo significa «¿Quién como Dios?», nació en Moréset Gat, una aldea de Judá, donde las montañas centrales comienzan a descender hacia el mar, pueblo fronterizo a unos 45 kilómetros de Jerusalén.

La época de Miqueas en el tablero internacional contempla la subida y afirmación de Asiria, a la que Israel, como reino vasallo, comienza a pagar tributo hacia el año 743 a.C. Después vendrá la sublevación de Oseas (713-722 a.C.), último rey del norte, y la destrucción del reino. Nuestro profeta conoció la agonía de Samaría y la deportación en masa de habitantes a Nínive. Probablemente también conoció la invasión de Judá por Senaquerib (701 a.C.), que resuena en 1,8-16. Colaboraría seguramente, junto a Isaías, en la reforma esperanzadora que trajo el rey Ezequías (727-692 a.C.).

Los peligros de aquella época turbulenta no venían solamente del exterior. Dentro, la corrupción era rampante, sobre todo por la ambición de los gobernantes apoyados por los falsos profetas, la rapacidad de la clase sacerdotal, la avaricia de mercaderes y comerciantes. Los cultos idolátricos de los vecinos cananeos se habían infiltrado también en el pueblo.

Esta situación es la que recoge nuestro profeta en su obra, y también los otros escritores anónimos que intercalaron sus profecías en el libro

bajo el nombre de Miqueas. Actualmente hay comentaristas que atribuyen el libro a dos o más autores, de épocas diversas.

Mensaje religioso. Este profeta, venido de la aldea, encontró en la corte a otro profeta extraordinario, llamado Isaías, y al parecer recibió su influjo literario. Miqueas, no obstante, descuella por su estilo incisivo, a veces brutal, sus frases lapidarias y también por el modo como apura una imagen, en vez de solo apuntarla.

Aunque su actividad profética se mueve en la línea de Isaías, Oseas y Amós, Miqueas descuella por la valentía de una denuncia sin paliativos, que le valió el título de «profeta de mal agüero». Nadie mejor que un campesino pobre, sin conexiones con el templo o con la corte, para sentirse libre en desenmascarar y poner en evidencia los vicios de una ciudad como Jerusalén que vivía ajena al peligro que se asechaba contra ella, en una ilusoria sensación de seguridad.

Afirma que el culto y los sacrificios del templo, si no se traducen en justicia social, están vacíos de sentido. Arremete contra los políticos y sus sobornos; contra los falsos profetas que predican a sueldo y adivinan por dinero; contra la rapacidad de los administradores de justicia; contra la avaricia y la acumulación injusta de riqueza de los mercaderes, a base de robar con balanzas trucadas y bolsas de pesas falsas.

Miqueas emplaza a toda una ciudad pecadora y corrompida ante el juicio y el inminente castigo de Dios. Sin embargo, y también en la línea de los grandes profetas de su tiempo, ve en lontananza la esperanza de la restauración del pueblo, gracias al poder y la misericordia de Dios. El Señor será el rey de un nuevo pueblo, «no mantendrá siempre la ira, porque ama la misericordia; volverá a compadecerse, destruirá nuestras culpas, arrojará al fondo del mar todos nuestros pecados» (7,18s).

1 [1]Palabra del Señor que recibió Miqueas, el de Moréset, durante los reinados de Yotán, Acaz y Ezequías de Judá. Visión sobre Samaría y Jerusalén.

Teofanía de juicio
(Nah 1; Hab 3; Sal 76)

2 Escuchen, pueblos todos;
pongan atención,
tierra y los que la pueblan:
que el Señor sea testigo
contra ustedes,
el Señor en su santo templo.
3 Miren al Señor
que sale de su morada
y desciende y camina
sobre las alturas de la tierra.
4 Bajo él se derriten los montes
y los valles se resquebrajan,
como cera junto al fuego,
como agua que se derrama
por una cuesta.
5 Todo por el delito de Jacob,
por los pecados de Israel.
¿Cuál es el delito de Jacob?,
¿no es Samaría?
¿Cuál es el santuario
pagano de Judá?,
¿no es Jerusalén?
6 Pues reduciré Samaría
a un campo de ruinas,
una tierra para plantar viñedos,
arrastraré al valle sus piedras
y desnudaré sus cimientos.
7 Todos sus ídolos serán triturados
y sus ofrendas quemadas,
arrasaré todas sus imágenes;
las reunió
como precio de prostitución,
otra vez serán precio de prostitución.

Lamento del profeta

8 Por eso gimo y me lamento,
camino descalzo y desnudo,
hago duelo como aúllan los chacales
y gimo como los avestruces.
9 Insanable es la herida
que ha sufrido Judá,
llegó hasta la capital de mi pueblo,
hasta Jerusalén.

Duelo de las poblaciones
(Is 10,28-34; Sof 2,4-9)

10 No lo cuenten en Gat,
no lloren en El Llanto,
en Bet-Apar revuélquense en el lodo,
11 la población de Sapir
se aparta desnuda y avergonzada,
la población de Sanan no sale,
hay duelo en Bet-Esel,
porque les quitan su apoyo,
12 muy enferma
está la población de Marot,
porque el Señor arroja la desgracia
sobre Jerusalén, la capital;
13 enganchen al carro los caballos,
población de Laquis
–allí comenzó el pecado de Sión,
allí se encontraban
los delitos de Israel–;
14 despídanse de Moraste Gat,
Bet-Aczib ha defraudado
a los reyes de Israel,
15 te enviaré un heredero,
población de Maresa;
la tropa de Israel se refugia en Adulán.

1,1 Título del libro. A diferencia de otros profetas que se identifican además con el nombre de su padre (Is 1,1; Jr 1,1; Ez 1,3, etc.), Miqueas destaca sólo su lugar de procedencia, Moréset, y el período histórico en el cual ejerció su ministerio.

1,2-16 Teofanía de juicio – Lamento del profeta – Duelo de las poblaciones. No se conoce exactamente el motivo por el cual Miqueas se desplaza de Moreset, su pueblo, a la capital, Jerusalén. El hecho es que desde allí comienza a expresar sus sentimientos más íntimos respecto a la realidad que viven ambos reinos: Israel, que está en vísperas de desaparecer, y Judá, que no será inmune a los problemas de la invasión asiria. Él sabe que las cosas no están bien, conoce el avance sin retroceso del poderoso y sanguinario ejército asirio, y se figura en todo esto una especie de llamada al juicio por parte de Dios.

Dios mismo comparece a tomar cuentas; su presencia es descrita con elementos propios de una teofanía (3s). Israel y Judá tienen cada uno un pecado, que es como el summum de todos los demás pecados: el pecado de Israel es Samaría, y el pecado de Judá es Jerusalén (5). La imagen de la destrucción de Samaría evoca la forma como quedó la ciudad después del paso de los ejércitos asirios, que el profeta pone en tiempo futuro y como obra exclusiva del Se-

16 Rápate, aféitate,
por tus hijos adorados,
hazte una calva ancha
como la de un águila,
porque te los han desterrado.

Primera denuncia
(Is 5; Am 5)

2 1 ¡Ay, de los que planean maldades
y traman iniquidades en sus camas!
Al amanecer las ejecutan,
porque tienen poder.
2 Codician campos y los roban,
casas y las ocupan,
oprimen al jefe de familia
y a su casa,
al propietario y a su herencia.
3 Por eso así dice el Señor:
Miren, yo planeo una desgracia
contra esa gente,
de la que no podrán
apartar el cuello,
ni podrán caminar erguidos,
porque es un tiempo de desgracias.
4 Aquel día entonarán contra ustedes
una sátira,
cantarán una lamentación:
¡Ay, que me roba
y vende la propiedad familiar!
Nos apresa y reparte nuestras tierras,
¡Estamos perdidos!
5 Así no tendrás a nadie
que distribuya la tierra
en la asamblea del Señor

Los profetas
(Jr 23; Ez 34)

6 No deliren –deliran ellos–
no deliren diciendo:
No llegará la humillación.
7 –¿Está maldita la casa de Jacob?
¿Se ha acabado
la paciencia del Señor
o van a ser tales sus acciones?
¿No son buenas mis palabras
para el que procede rectamente?
8 Antiguamente mi pueblo se levantaba
contra el enemigo,
ahora arrancan túnica y manto
a quien transita confiado,
al regresar de la guerra.
9 Echan del hogar querido
a las mujeres de mi pueblo
y a sus niños les quitan
para siempre mi honor.
10 ¡Levántense y caminen!
que este no es sitio de reposo
porque está contaminado,
está hipotecado y exigen la hipoteca.
11 Si viniera un profeta diciendo engaños:
Te invito a vino y licor,
sería un profeta digno de este pueblo.

El rebaño reunido: falsos profetas

12 Yo te reuniré todo entero, Jacob;
congregaré tus supervivientes, Israel;
los juntaré como ovejas en un corral,
como rebaño en la pradera,
y se oirá el barullo de la multitud.

ñor. La reacción del profeta es el lamento personal (8s), y la invitación a una serie de ciudades y localidades de alto contenido simbólico para que también manifiesten su lamento. Se puede decir que en la mente del profeta ronda la preocupación por el desastre de Judá como continuación de la del reino del norte.

2,1-5 Primera denuncia. Primera denuncia dirigida a la sociedad en general y a los mediadores. Encontramos también una invectiva contra los falsos profetas. En el pleito que entabló desde el comienzo contra Samaría y Jerusalén quedó establecido que ambas ciudades son el pecado de ambos reinos. Ahora concreta un poco más en qué consiste el pecado de cada una: el mal que realizan sobre el pobre de un modo sistemático y planificado, roban al más débil y acaparan los bienes básicos de los demás aprovechándose de sus necesidades. En suma: desde sus posiciones ventajosas oprimen sin ninguna compasión al pueblo (1s), por eso el Señor planea un castigo que consistirá en la expropiación y ruina de los acaparadores (3s). Es la manera como el profeta concibe el castigo, dirigido en todo caso a crear conciencia sobre el justo reparto de los bienes. Quienes han quebrantado la armonía de una sociedad igualitaria serán excluidos, al punto de no poder participar en el nuevo reparto que de la tierra hará el Señor (5).

2,6-11 Los profetas. Lo que para unos es buena noticia, para otros es mala. Los que se sienten interpelados y descubiertos por las palabras de Miqueas tratan de silenciarlo (cfr. también Os 9,8; Am 2,12; 7,12-s). El profeta, consciente de ello, ridiculiza a quienes hablan palabras lisonjeras para ganarse el favor de los poderosos y se mofa de quienes dan crédito a esos farsantes.

Este mal estará siempre en todos los lugares y ambientes donde se intenta confrontar la realidad que se vive con la Palabra de Dios. Ya es hora de que el evangelizador y, mejor aún, los equipos de evangelización, mantengan la actitud permanente de revisar su dis-

13 Delante avanza el que abre camino,
los demás lo siguen,
atraviesan la puerta y salen:
delante marcha su rey,
el Señor a la cabeza.

Segunda denuncia
(Is 1,17-23; Jr 22,13-17)

3 1 Pero yo digo:
Escúchenme, jefes de Jacob,
príncipes de Israel:
2 ¿no les toca a ustedes
ocuparse del derecho,
ustedes que odian el bien
y aman el mal?
Arrancan la piel del cuerpo,
la carne de los huesos,
3 se comen la carne de mi pueblo,
le arrancan la piel,
le rompen los huesos, lo cortan
como carne para la olla,
como ración para la cacerola.
4 Pero cuando griten al Señor,
no les responderá,
les ocultará el rostro entonces
por sus malas acciones.

Los profetas y el profeta
(Ez 13)

5 Así dice el Señor a los profetas
que extravían a mi pueblo:
Cuando tienen algo que morder,
anuncian paz,
y declaran una guerra santa
a quien no les llena la boca.
6 Por eso llegará una noche sin visión,
oscuridad sin oráculo;
se pondrá el sol para los profetas
oscureciendo el día;
7 los videntes avergonzados,
los adivinos sonrojados
se taparán la barba,
porque Dios no responde.
8 Yo, en cambio, estoy lleno de valor,

---

curso, su palabra y sobre todo su estilo de vida. Si las palabras y actitudes propias de los evangelizadores pasan por encima de los opresores dejándolos impávidos, habría que cuestionar muy seriamente la calidad de ese anuncio y la calidad de los anunciadores.

2,12s El rebaño reunido: falsos profetas. Probablemente, estos versículos fueron agregados aquí en una época posterior a Miqueas para no dejar tan escueto el tema del juicio y condena que se viene tratando desde el capítulo 1. La época probable de este mensaje de consuelo y de esperanza es el exilio, cuando el sentimiento de castigo se estaba palpando y sufriendo en sentido real. La promesa, dirigida a un pequeño resto, ayuda a mitigar el dolor de la invasión, la destrucción y el destierro. Los que han resistido y han escapado a la muerte estarán en grado de hacer renacer un nuevo pueblo. Podríamos decir que el tema del «resto» es transversal en toda la literatura profética.

3,1-4 Segunda denuncia. Una nueva denuncia, ahora contra otro estamento más concreto: los jefes y dirigentes de Jacob e Israel, entendiendo aquí la totalidad de las doce tribus. Se trata de una denuncia muy similar a la primera, en cuanto tiene como objeto desenmascarar la injusticia social promovida desde la estructura misma. El profeta ve con asombro cómo el pobre es cada día más y más expoliado hasta reducirlo a la nada, así como la bestia carnívora comienza por devorar su presa desde su piel hasta los huesos. Imagen patética del empobrecimiento progresivo, por demás tan familiar y cotidiana en nuestros días. ¿No tenemos los creyentes la grave misión de no desfallecer en la denuncia del voraz apetito con que son devorados millones y millones de hermanos nuestros? ¿Es que la profecía terminó con el último de los profetas? ¿No es a esto a lo que apunta el proyecto de Jesús? ¡Y, con todo, esta gente invoca al Señor y hasta se extraña porque no le escucha!

3,5-8 Los profetas y el profeta. El profeta ve con horror cómo la mediación religiosa, en este caso los profetas, puede desempeñar un papel tan ambiguo en medio de la realidad que acaba de describir. ¿Cómo puede haber profetas que hablen según sus propios intereses? Mientras el sistema que condena Miqueas les llene el estómago, ellos anuncian paz; pero si no les es ventajoso, le declaran la guerra santa (5). Tal vez, la mayor de las perversiones en Israel –y en nuestro tiempo– sea ésta: la ambigüedad con que se presenta la Palabra de Dios, y sobre todo la imagen tan ambigua que presentamos de Dios. De ahí que el anuncio de la Palabra debería pasar siempre por este filtro, aceptar sin rodeos que con la Palabra de Dios no se puede jugar a mantener una pretendida neutralidad o imparcialidad, por una razón muy simple: el Dios bíblico, el Dios de Jesús, no es ni neutro ni imparcial. A lo largo de la Escritura, Dios se revela como alguien decididamente a favor del empobrecido y del oprimido, del que no tiene nada ni derechos en la sociedad. Así se reveló al pueblo del éxodo, en el desierto, en tierra de Canaán; así se revela por medio de los verdaderos profetas; así se revela en Jesús; así se revela en la primitiva comunidad apostólica; así quiere seguir revelándose en las comunidades cristianas de todos los tiempos. Cada comunidad y cada creyente debería examinar su vida y su mensaje a la luz de esta denuncia, sobre todo a la luz del versículo 8. ¿No será eso más simple que dedicar jornadas enteras a discutir y a pulir proyectos apostólicos que luego se quedan en los papeles?

de Espíritu del Señor,
de justicia, de fortaleza,
para denunciar
sus crímenes a Jacob,
sus pecados a Israel.

Denuncia y sentencia

9 Escúchenme, jefes de Jacob,
príncipes de Israel:
ustedes que desprecian la justicia
y tuercen el derecho,
10 edifican con sangre a Sión,
a Jerusalén con crímenes.
11 Sus jueces juzgan por soborno,
sus sacerdotes predican a sueldo,
sus profetas adivinan por dinero;
y encima se apoyan en el Señor
diciendo: ¿No está el Señor
en medio de nosotros?
No nos sucederá nada malo.
12 Pero por su culpa
Sión será un campo arado,
Jerusalén será una ruina,
el monte del templo,
un cerro de malezas.

Restauración: el monte del templo
(Is 2,2-4)

4 1 [M]–Al final de los tiempos
estará firme
el monte de la casa del Señor,
en la cima de los montes,
encumbrado sobre las montañas.
2 Hacia él confluirán las naciones,
caminarán pueblos numerosos;
dirán: Vengan,
subamos al monte del Señor,
a la casa del Dios de Jacob;
él nos instruirá en sus caminos
y marcharemos por sus sendas;
porque de Sión saldrá la ley,
de Jerusalén la Palabra del Señor.
3 Será el árbitro de muchas naciones,
el juez de numerosos pueblos.
De las espadas forjarán arados;
de las lanzas, podaderas.
No alzará la espada
pueblo contra pueblo,
no se adiestrarán para la guerra.
4 Se sentará cada uno
bajo su parra y su higuera,

3,9-12 Denuncia y sentencia. Nótese cómo Miqueas ha venido denunciando y dejando al descubierto los pecados de Israel, desde lo más general a lo más particular. Comenzó con los que pueden manejar el comercio y las relaciones económicas (2,1s), luego siguieron los que dirigen al pueblo, aquellos que tienen responsabilidades políticas y administrativas (3,1-4), para seguir ahora con los príncipes y jueces, es decir, con quienes administran la justicia (3,9-11). Todos sin excepción cumplen con sus funciones, pero en sentido contrario: administran, conducen, construyen, juzgan según sus intereses aunque tengan que matar, robar, expoliar, construir sobre la sangre de los esclavizados. Nótese además cómo, al desenmascaramiento de estos estamentos y sus respectivos funcionarios, corresponde también una denuncia contra el estamento religioso representado por los profetas y los sacerdotes (2,6-11; 3,5-8.11). En connivencia con los protagonistas de los males sociales, están dando por hecho que Dios permite todo eso, toda vez que lo invocan y le rinden culto. En una palabra: ellos ayudan a transmitir al pueblo la imagen de un Dios opresor, un Dios indiferente a la suerte del empobrecido, un Dios que hasta saca partido de las desgracias del pueblo, como los dirigentes. ¿Cuál es la calidad de la mediación religiosa hoy? Esta manera de llevar las riendas de la sociedad conduce inevitablemente a la destrucción (12).

4,1–5,14 Los capítulos 4s contrastan abiertamente con los tres capítulos anteriores. El esquema juicio-sentencia-castigo desaparece aquí para dar paso a una serie de promesas sobre la liberación.

Estos dos capítulos son problemáticos, porque no parecen palabras de una misma persona; da la impresión de que, a cada mensaje, alguien refuta a Miqueas. Véase, por ejemplo, 4,1-4: la idea es que todos los pueblos vendrán un día a Jerusalén, y allí, sin tensiones ni actitudes bélicas, estarán todos bajo el amparo y la protección de un mismo Dios y Señor. Pero en 4,5 alguien dice: «Todos los pueblos caminan invocando a su dios, nosotros caminamos invocando siempre al Señor, nuestro Dios». ¿Disputa con los falsos profetas? ¿Adición posterior de la corriente contraria al universalismo de Dios? Las opiniones se dividen aquí. El hecho es que este fenómeno se repite varias veces en el par de capítulos. En los lugares donde se sigue el esquema de «lectura comunitaria de la Biblia» sería bueno leer estos capítulos en clave de un diálogo implícito: alguien puede leer los pasajes marcados en esta Biblia, con la letra M (Miqueas) y otro, los pasajes marcados con la letra F (Falsos profetas), para ver si se puede concluir dónde puede estar más clara la fidelidad al mensaje de Dios, en Miqueas o en sus interlocutores.

4,1-5 Restauración: el monte del templo. Prefiguración de una Jerusalén transformada, renovada en la justicia y en la paz con un solo Dios a la cabeza de todos los pueblos. Ella será el faro, la luz para el resto del mundo, pues de allí saldrá la Palabra de Dios y su ley (2). Aquella ley y aquella Palabra que no admiten ya más acciones bélicas, sino que iluminan el camino de

sin sobresaltos
–lo ha dicho el Señor Todopoderoso–.
5 [F]–Todos los pueblos caminan
invocando a su dios,
nosotros caminamos
invocando siempre
al Señor, nuestro Dios.

El resto y el Señor rey

6 [M]–Aquel día –oráculo del Señor–
reuniré a los inválidos,
congregaré los dispersos
a los que maltraté:
7 haré de los inválidos el resto,
los desterrados serán
un pueblo numeroso.
Sobre ellos reinará el Señor
en el monte Sión
desde ahora y por siempre.
8 [F]–Y tú, Torre del Rebaño,
colina de Sión,
recibirás el poder antiguo,
el reino de la capital, Jerusalén.
9 Y ahora, ¿por qué gritas quejándote?
¿No tienes rey,
te falta el consejero?
¿Por qué te retuerces
como parturienta?

10 [M]–Retuércete como parturienta,
expulsa, Sión,
porque ahora saldrás de la ciudad
para vivir en descampado;
irás a Babilonia y de allí te sacarán,
te rescatará el Señor
de manos enemigas.

11 [F]–Ahora se alían contra ti
muchas naciones diciendo:
Estás profanada,
gocemos del espectáculo de Sión;
12 pero no entienden los planes del Señor,
no comprenden sus designios:
que los junta
como gavillas en el campo.

13 Arriba, trilla, Sión:
te daré cuernos de hierro
y pezuñas de bronce,
para que tritures a muchos pueblos;
consagrarás al Señor sus ganancias,
su riqueza al Dueño de la tierra.

14 [M]–Ahora se juntan en tropeles,
nos ponen asedio,
con el bastón de mando
golpean en la mejilla
al Juez de Israel.

---

la humanización mediante la paz, la justicia y el trabajo para todos (3). Sólo así, todos sin excepción podrán gozar la vida con placer y deleite, cada uno bajo su parra y su higuera (4), imagen que evoca el tiempo de la paz y la justicia como presupuestos para gozar la vida en plenitud.

El interlocutor (5) parece que está de acuerdo con las palabras anteriores, menos en una: «nuestro» Dios no es para compartirlo con los demás pueblos. Sería importante confrontar la apropiación de Dios que muchos grupos cristianos manejamos hoy y volver a leer Miq 4,1-4.

4,6–5,14 El resto y el Señor rey. Promesa de reunir a las ovejas dispersas. La imagen implícita del pastor bueno que reúne su redil presenta dos categorías de ovejas: las cojas y las extraviadas. Se maneja el concepto de la dispersión como un castigo purificador, el mismo Señor habría golpeado las ovejas (6). Esta imagen del rebaño disperso que el Señor volverá a reunir aparece muchas veces en la literatura profética (cfr. Is 40,11; 56,8; Jr 23,3; 29,14; 31,8-10; Ez 11,17; 34,11-16).

4,8s La idea de la reunificación del rebaño suscita este comentario que refleja la nostalgia del período de David y con mayor fuerza la ideología de la primacía de la descendencia davídica (8). La pregunta del versículo 9 es retórica; se trata de un llamado a la confianza: Jerusalén tiene su rey, tiene su Dios, tiene todos los privilegios, ¡no hay por qué preocuparse!

4,10 Miqueas insiste que sí hay razón para la preocupación y para la zozobra. Jerusalén tendrá que pasar por la dura experiencia del destierro, pero eso sí, de allí la liberará el Señor.

4,11-13 Quien hace de contrapunto al profeta presenta otra lectura de la realidad. Sí, sobre Jerusalén se cierne un grave peligro de asedio; no sólo uno, sino «muchos» pueblos están en camino para asediarla. Pero es el plan de Dios, los ha hecho venir para agarrarlos en la red, para azotarlos a todos juntos. Jerusalén se dará el gusto de acabar con todos. La lectura de la realidad es adormecedora y no invita para nada a ponerse en actitud de resistencia. Se mantiene la idea de que el Señor tendrá que defender su ciudad.

4,14–5,3 De nuevo la voz de Miqueas, esta vez para alertar sobre la suerte del mismo rey. Será humillado por el invasor (4,14), pero no será el fin. De nuevo suscitará el Señor un descendiente de la casa de David para levantar y sostener a su pueblo; su autoridad tendrá el respaldo del Señor (5,1-3). Estos versículos evocan la antigua ideología sobre la descendencia davídica; se insiste en el origen humilde y en su reinado de paz, lo que hace pensar que se trata tanto de la intuición sobre el advenimiento del rey mesiánico, como del destino de Israel entre las naciones (cfr. Is 11).

5 [1] Pero tú, Belén de Efrata,
pequeña entre las aldeas de Judá,
de ti sacaré
el que ha de ser jefe de Israel:
su origen es antiguo,
de tiempo inmemorial.
[2] Por eso el Señor los abandonará
hasta que la madre dé a luz
y el resto de los hermanos
vuelva a los israelitas.
[3] De pie pastoreará
con la autoridad del Señor,
en nombre de la majestad
del Señor, su Dios;
y habitarán tranquilos,
cuando su autoridad se extienda
hasta los confines de la tierra.
[4] [F]–La paz vendrá así:
Si Asiria se atreve
a invadir nuestro país
y pisar nuestros palacios,
le enfrentaremos siete pastores,
ocho capitanes,
[5] que pastorearán Asiria con la espada,
y Nimrod con la daga.
Así nos librará de Asiria,
cuando invada nuestro país
y pise nuestro territorio.
[6] [M]–El resto de Jacob será
en medio de muchas naciones
como rocío del Señor,
como llovizna sobre el césped,
que no tiene que esperar
a los hombres ni aguardar a nadie.
[7] [F]–El resto de Jacob
será en medio de muchas naciones
como un león entre fieras salvajes,
como cachorro
en un rebaño de ovejas,
que penetra y pisotea
y hace presa, sin que nadie lo toque.
[8] ¡Alza tu mano contra los agresores
y sean aniquilados
todos tus enemigos!
[9] [M]–Aquel día –oráculo del Señor–
les aniquilaré su caballería
y destruiré sus carros,
[10] aniquilaré sus ciudades
y arrasaré las fortalezas,
[11] aniquilaré en tus manos
tus hechicerías
y no te quedarán adivinos,
[12] aniquilaré en medio de ti
ídolos y piedras conmemorativas
y no adorarás
las obras de tus manos,
[13] derribaré en medio de ti tus ídolos
y acabaré con tus bosques sagrados.
[14] Con ira y cólera tomaré venganza
de las naciones que no obedezcan.

Llamada a juicio
(Sal 50)

6 [1] Escuchen lo que dice el Señor:
Levántate,
llama a juicio a los montes,
que las colinas escuchen tu voz.
[2] Escuchen, montes, el juicio del Señor,
firmes cimientos de la tierra:
el Señor entabla juicio con su pueblo,
pleitea con Israel.
[3] Pueblo mío,
¿qué te hice, en qué te molesté?
Respóndeme.
[4] Te saqué de Egipto,
te redimí de la esclavitud,

5,4s De nuevo la lectura «facilista» del futuro: el pastor que Dios mismo suscitará tendrá que aniquilar a los mayores enemigos del pueblo.

5,6 Breve descripción sobre lo que será el «resto» de Israel entre los demás pueblos. Nótese el tono pacífico, sereno y hasta benéfico de ese «resto» entre las naciones.

5,7s Otra concepción diferente sobre ese mismo «resto» de Israel entre los pueblos. Véase el tono violento y revanchista.

5,9-14 Este capítulo se cierra con la intervención de Miqueas. Insiste en los días difíciles que se avecinan. Para que el «resto» del que habló en el versículo 6 pueda tener las connotaciones allá descritas, se hace necesaria una muy profunda purificación, la cual implica a todos los estamentos, comenzando por el militar (9s), el religioso en todas sus modalidades (11-13) y finalmente a los habitantes de todas las ciudades (14). ¿Por qué? Porque esas y otras mediaciones fueron la perdición de Israel; no las supieron entender como lo que son, mediaciones, llegando a absolutizarlas. Se sintieron demasiado seguros, corrompieron la religión convirtiéndola en magia, hechicería e idolatría. De ahí que si no hay purificación, no habrá futuro para Israel, no habrá horizonte despejado para él.

6,1-16 Llamada a juicio – Compensación cúltica – Denuncias y amenazas. Dios llama a juicio a su pueblo; Él es el juez y el acusador, el acusado es el pueblo y los testigos son las montañas y las colinas del

enviando por delante
a Moisés, Aarón y María.
5 Pueblo mío, recuerda
lo que planeaba Balac, rey de Moab,
y cómo respondió Balaán,
hijo de Beor;
recuerda desde Sittim a Guilgal,
para que comprendas
que el Señor tiene razón.

Compensación cúltica

6 –¿Con qué me presentaré al Señor,
inclinándome al Dios del cielo?
¿Me presentaré con holocaustos,
con terneros de un año?
7 ¿Aceptará el Señor
un millar de carneros
o diez mil arroyos de aceite?
¿Le ofreceré mi primogénito
por mi culpa
o el fruto de mi vientre
por mi pecado?
8 –Hombre, ya te he explicado
lo que está bien,
lo que el Señor desea de ti:
que defiendas el derecho
y ames la lealtad,
y que seas humilde con tu Dios.
9a ¡Qué acierto es respetarte a ti!

Denuncias y amenazas
(Sal 140)

9b ¡Oigan! El Señor llama a la ciudad,
escuchen, tribus y sus asambleas:
10 –¿Voy a tolerar la casa del malvado
con sus tesoros mal adquiridos,
con sus medidas
rebajadas e indignantes?,
11 ¿voy a absolver
las balanzas con trampa
y una bolsa de pesas falsas?
12 Los ricos están llenos de violencias,
la población miente,
tienen en la boca
una lengua embustera.
13 Por eso yo voy
a comenzar a golpearte
y a devastarte por tus pecados:
14 comerás sin saciarte,
te retorcerás por dentro;
si apartas algo, se echará a perder;
si se conserva,
lo entregaré a los guerreros;
15 sembrarás y no cosecharás,
pisarás la aceituna y no te ungirás,
pisarás la uva y no beberás vino.
16 Ustedes observan los decretos de Omrí
y las prácticas de Ajab;
siguen sus consejos;
así que los devastaré,
entregaré la población a la burla
y tendrán que soportar
la afrenta de mi pueblo.

Discurso del profeta

7 1 ¡Ay de mí!
Me sucede como al que rebusca
terminada la vendimia:
no quedan racimos que comer
ni brevas, que tanto me gustan;
2 han desaparecido del país

---

país (1s). El juez, Dios, comienza pidiendo al acusado, Israel, que haga memoria, que recuerde bien cuáles fueron las acciones de Dios contra el pueblo, para que ahora se comporte como un enemigo que cobra venganza (3-5). Israel sólo puede recordar las intervenciones amorosas de Dios en el pasado, que graciosamente optó por una masa de esclavos para darles la libertad y la vida y para que vivieran como humanos en una tierra dada por Él (3-5).

Mediante este recurso a la memoria, Israel reconoce que no ha correspondido en nada a las expectativas de Dios, admite su pecado y quiere resarcirlo, pero de una manera torpe y equivocada: ¿con cuál de los posibles sacrificios de expiación podré «aplacar» al Señor? (6s). Con ninguno, porque no es eso lo que el Señor pide. ¿De qué le sirven al Señor tantos sacrificios y holocaustos, si la perversión del corazón sigue intacta? Todo lo que el Señor espera es la práctica de la justicia y fidelidad a sus mandatos; lo que ya le había dado a conocer era lo que tenía que hacer (8). El versículo 9a es la respuesta del que ha estado equivocado y reconoce su error.

La segunda parte del capítulo (9b-12) explicita con más detalle las acciones contrarias a la justicia que el pueblo ha practicado. Es una manera de decirle al pueblo: «Cuando Dios esperaba de Israel unos frutos acordes con los beneficios de la salvación y de la libertad, miren lo que ha hecho». De ahí que el destino de Israel sea cosechar lo que él mismo sembró; sembró injusticia y pecado, ahora tendrá más injusticia y muerte para sí mismo (13-16). Se ve, entonces, que no se trata de una «venganza» de Dios, es el mismo hombre, el mismo pueblo que se autodestruye con obras contrarias al proyecto de Dios. Como quiera que todo el capítulo gira en torno a la idea de juicio, éste es el castigo, su propio castigo.

7,1-7 Discurso del profeta. El panorama descrito aquí no puede ser más sombrío y desesperanzador.

los hombres leales,
no queda un hombre honrado;
todos acechan para matar,
se tienden redes unos a otros;
3 sus manos
son buenas para la maldad:
el príncipe exige, el juez se soborna,
el poderoso declara sus ambiciones;
4 se retuerce la bondad como espinos
y la rectitud como zarzales.
El día de la cuenta
que anuncia el centinela
llegará: pronto llegará la desgracia.
5 No se fíen del prójimo,
no confíen en el amigo,
guarda la puerta de tu boca
de la que duerme en tus brazos;
6 porque el hijo deshonra al padre,
se levantan la hija contra la madre,
la nuera contra la suegra
y los enemigos de uno
son los de su casa.
7 Pero yo estoy alerta
aguardando al Señor,
mi Dios y salvador:
mi Dios me escuchará.

Restauración
(Eclo 36,1-22)

8 –No cantes victoria, mi enemiga:
si caí, me levantaré;
si me siento en tinieblas,
el Señor es mi luz.
9 Soportaré la cólera del Señor,
porque pequé contra él,
hasta que juzgue mi causa
y me haga justicia;
me sacará a la luz
y gozaré de su justicia.
10 Mi enemiga al verlo
se cubrirá de vergüenza,
la que me decía:
¿Dónde está tu Dios?
Mis ojos gozarán pronto viéndola
pisoteada como barro de la calle.
11 –Es el día de reconstruir tu muralla,
es el día de ensanchar tus fronteras.
12 el día en que vendrán a ti
desde Asiria hasta Egipto,
del Nilo al Éufrates,
de mar a mar, de monte a monte.
13 El país con sus habitantes
quedará desolado
en pago de sus malas acciones.
14 –Pastorea a tu pueblo con tu bastón,
a las ovejas de tu propiedad,
vecino solitario
de los bosques del Carmelo;
que pasten como antiguamente
en Basán y Galaad;
15 como cuando saliste de Egipto,
muéstranos tus prodigios.
16 Que los pueblos
al verlo se avergüencen,
a pesar de su valentía;
que se lleven la mano a la boca
y se tapen los oídos;
17 que muerdan el polvo
como culebras, o como insectos;
que salgan temblando
de sus guaridas,
que teman y se asusten ante ti,
Señor, Dios nuestro.
18 –¿Qué Dios como tú
perdona el pecado
y absuelve la culpa
al resto de su herencia?

No hay ni un solo justo. Desde las más altas esferas de la sociedad, príncipes, dirigentes, jueces, administradores de los bienes, todos se han corrompido, lo más selecto de la sociedad es comparable a la zarza y al espino que no sirven para nada (4). Con la corrupción vino la inseguridad: no hay tranquilidad ni sosiego, ni siquiera en el espacio más reducido del hombre, su familia (6), ni con la persona con quien se comparte la propia intimidad, la esposa (5). Corrupción, inseguridad, descomposición social y moral es lo que rodea al profeta, y es por eso que el juicio anunciado vendrá pronto. Ante la impotencia del profeta para cambiar esta situación, sólo le queda esperar confiado la llegada del Señor su salvador.

7,8-20 Restauración. Un redactor posterior hizo con el final de Miqueas lo mismo que encontramos en los libros de Amós y de Oseas, a los que se añade una sección que arroja luz y esperanza a sus finales cargados de sombras. En esta sección se percibe que Jerusalén ya ha caído en manos enemigas que la han destruido y han dispersado a sus habitantes, lo cual ha sido motivo de mofas y burlas para el enemigo, y de dolor y vergüenza para Jerusalén (8).

Se reconoce que todo ha sido motivado por sus propios pecados, pero que la destrucción y el abandono no son su destino definitivo, pues de nuevo el Señor la salvará y le hará ver la luz (9), produciéndose un cambio de suerte. Así, quienes se burlaban y se mofaban de

No mantendrá siempre la ira,
porque ama la misericordia;
19 volverá a compadecerse,
destruirá nuestras culpas,
arrojará al fondo del mar
todos nuestros pecados.
20 Así serás fiel a Jacob
y leal a Abrahán,
como lo prometiste en el pasado
a nuestros padres.



Jerusalén serán ahora objeto de burla por parte de la rescatada (10). Se evidencia que el rescate implica el retorno a la tierra, una tierra nueva donde Dios volverá a actuar sus maravillosos portentos (14s). En este cambio de suerte, las naciones, estupefactas, reconocerán la grandeza y el poder únicos de Dios, y con temblor acudirán a Él (16s); se darán cuenta de que la grandeza y el poderío de Dios no están en su fuerza omnipotente, sino en que es misericordioso, capaz de perdonar y olvidar. Esa actitud de Dios la esperan confiados todos los que han sido azotados por sus delitos, porque Dios cumple sus promesas eternamente (18-20).



NAHÚN

El profeta y su época. De Nahún sabemos que nació en Elcas, pero no sabemos dónde está ubicado tal lugar. La época que refleja su libro es la de la caída del gran imperio opresor de naciones, «el león que hacía presas», Nínive, en el año 612 a.C., bajo el empuje de babilonios y medos. Es una fecha grande y terrible de la historia universal la que canta Nahún. Desaparece Asiria, retorna Babilonia y se anuncia una tercera potencia: Media. Describiendo con exaltada pasión la caída del imperio temido y odiado, Nahún canta también al Señor de la historia, que hace sonar su hora a los imperios.

Estilo. Nahún es un magnífico poeta en tono mayor. Ninguno como él ha sabido evocar líricamente el asalto y conquista de una gran ciudad,

el pánico, la agitación, los lamentos; ninguno se ha atrevido a acumular esa serie alucinante de sustantivos y adjetivos. Su técnica es de trazos breves yuxtapuestos, su descripción es impresionista y patética; de cuando en cuando irrumpe encarándose con los personajes. Las imágenes del león y de la langosta están bien desarrolladas, con rasgos originales. Un alarde de vocabulario selecto hace rico y difícil su verso.



Mensaje religioso. Todo el mensaje del libro se centra en el hecho de la caída del imperio odiado. Es comprensible que el que habla en nombre de las víctimas de Nínive, una de las potencias más sanguinarias y despóticas de entonces, lo haga en términos apasionados donde resuenan el rencor y el odio.

Nahún, de todas formas, quiere hacer patente que el Señor de la historia no es indiferente a la opresión de los tiranos. Todo poderío político, basado en la violencia y la injusticia, tiene sus días contados.

1 [1] Oráculo contra Nínive: texto de la visión de Nahún de Elcas.

Teofanía y juicio
(Miq 1,2-7; Hab 3)

2 El Señor es un Dios
celoso y justiciero,
el Señor sabe enfurecerse
y tomar venganza.
El Señor se venga
de sus adversarios,
y guarda rencor contra sus enemigos.
3 El Señor es paciente y es poderoso,
el Señor nada deja sin castigo.
Camina en el huracán y la tormenta,
las nubes son el polvo de sus pasos.
4 Ruge contra el mar y lo seca
y evapora todos los ríos;
aridecen el Basán y el Carmelo
y se marchita la flor del Líbano.
5 Las montañas tiemblan ante él,
las colinas se estremecen.
En su presencia se levanta la tierra,
el mundo y todos sus habitantes.
6 ¿Quién resistirá su enojo,
quién aguantará su ira ardiente?
Su furor se derrama como fuego
y las rocas se rompen ante él.
7 El Señor es bueno,
atiende a los que se refugian en él,
8 es refugio en el peligro,
cuando llega la inundación.
Extermina a sus contrarios,
empuja a las tinieblas al enemigo;
9 ¿Qué traman contra el Señor?
Su adversario
no se levantará dos veces,
porque él lo aniquilará.
10 Los que se emborrachan en festines
serán consumidos
como maraña de espinos,
como montón de paja seca.
11 De ti salió el que tramaba maldades
contra el Señor,
el consejero siniestro.
12 Así dice el Señor:
Aunque sean muchos y estén sanos,
serán cortados y desaparecerán;
si te afligí, ya no te afligiré más.
13 Porque ahora romperé
el yugo que te oprime,
haré saltar tus cadenas.
14 El Señor lo ha dispuesto para ti:
ningún descendiente
continuará tu nombre.
Te despreciarán,
pero te daré un sepulcro.
En el templo de tu Dios
aniquilaré ídolos e imágenes.

Fiesta en Jerusalén
(Is 52,7-10)

2 [1] Miren, ya se acerca por los cerros
el mensajero que anuncia la paz;
Celebra tu fiesta, Judá,
cumple tus promesas,
que el Criminal
no volverá a atravesarte
porque ha sido aniquilado;
3 porque el Señor restablece
la gloria de Jacob, la gloria de Israel,
a quien habían asaltado salteadores,
destruyendo sus ramas.

1,1 Título del libro. Oráculo sobre Nínive, de Nahún. Nahún significa «el Señor consuela». Por el contenido del libro vamos a ver que el profeta más que un personaje consolado, es un «no-resignado», alguien con una satisfacción casi morbosa porque ha visto caer a la que parecía invencible: Nínive. El tono del libro es muy optimista hacia todos los pueblos sometidos bajo la bota imperial asiria, y es probable que haya suscitado muchos sueños e ilusiones de paz y tranquilidad en su pueblo. Sin embargo, mientras Asiria caía, Babilonia comenzaba a levantarse. No fue muy largo el período de paz y tranquilidad, ni en Israel ni en su vecindario.

1,2-14 Teofanía y juicio. El himno que abre el libro de Nahún canta la grandeza y omnipotencia de Dios. Al subrayar su potencia y majestad divinas (3-8), el profeta busca relativizar los demás poderes, comenzando por quien en ese momento se sentía dominador absoluto del mundo, amo y dueño de bienes y personas: el rey de Asiria. Los versículos 11-14 nos dan idea de la decisión de Dios de hacer justicia, decisión ya decretada y sin apelación posible (14). Así nos prepara el profeta para «presenciar» las imágenes más impresionantes de la caída de Nínive.

2,1.3 Fiesta en Jerusalén. La caída de Nínive es tan inminente que prácticamente se ven a los lejos los pregoneros de la gran noticia. Buena noticia y fiesta se confunden aquí para dar paso al sueño de la paz y la prosperidad, unido a la recuperación por parte de Israel de sus glorias pasadas (3).

Asalto y conquista de Nínive
(Is 14,24-27)

2 Que te asaltan los arietes
y se estrecha el cerco:
vigila las entradas,
prepárate para luchar
y redobla tus fuerzas.
4 El escudo de la tropa está rojo
y los soldados visten de púrpura,
reluce en los carros
el brillo del acero
cuando se forman para la batalla.
5 Los jinetes vertiginosos,
los carros enloquecidos
se lanzan por calles
y callejas revolviéndose
como antorchas o relámpagos.
6 Convoca a sus capitanes
que tropiezan unos con otros,
al correr hacia las murallas
y se asegura la defensa.
7 Se abren las compuertas de los ríos
y el palacio se derrumba;
8 hacen formar y salir a los cautivos,
conducen a las esclavas,
que se golpean el pecho
gimiendo como palomas.
9 Nínive es un estanque
cuyas aguas se escapan:
¡Deténganse, deténganse!,
pero nadie se vuelve.
10 Roben la plata, roben el oro,
la riqueza es inacabable,
qué abundancia de toda clase
de objetos preciosos.
11 ¡Destrucción, desolación,
devastación!
El valor se funde,
vacilan las rodillas,
se estremecen los cuerpos,
el rostro pierde el color.
12 ¿Dónde está la cueva de los leones,
el pastizal de los cachorros;
adonde iban sin asustarse
el león con la leona y sus crías?
13 El león que hacía presas
para sus cachorros
y despedazaba para sus leonas,
su cueva se llenaba de víctimas,
su guarida de despojos.
14 ¡Aquí estoy yo contra ti!
–oráculo del Señor de los ejércitos–.
Arderán humeando tus carros
y la espada devorará tus cachorros,
extirparé de la tierra tus presas
y no volverá a sonar
la voz de tus mensajeros.

2,2-14 Asalto y conquista de Nínive. Después de anunciar la paz que se cierne sobre los pueblos, pero centrada en Judá (1s), el profeta describe, como si se tratara de una visión, el gran ajetreo bélico que precede a la caída de Nínive. Se confunden en una sola masa los atacantes y los defensores, los gritos, el tropel de caballos y carruajes. A todo el barullo se suman los gritos y los lamentos de las sacerdotisas de Istar, diosa asiria, expulsada de su ciudad. Los ejércitos asirios y con ello el poder asirio son descritos con la imagen del animal con el sumo poder entre las fieras: el león y la leona; su cueva está llena de los restos de sus presas (13). Pero la exaltación de este poder tiene como finalidad acentuar con mayor fuerza su caída (14). El Señor se ha hecho presente y ante su presencia no queda nada del esplendor y la prepotencia de Asiria; la espada y el fuego con que Asiria arrasaba a sus adversarios acabarán con ella ahora.

Sea que se trate de una predicción sobre la caída de Nínive, como piensan algunos; sea que se trate de una evocación de aquella caída, como piensan otros, el sentido del texto es llenar de ánimo el corazón de quienes pueden llegar a pensar y a creer que un imperio es inexpugnable. El profeta todavía no está en grado de explicar que este tipo de estructuras, aunque externamente poderosas y con capacidad para mantener dominado al mundo entero, lleva dentro de sí la dinamita de su propia destrucción. Eso es lo quiere decir cuando pone en boca de Dios la decisión de acabar con esta estructura opresora. Sin pretender justificar ni la violencia ni la guerra, el mensaje para hoy es una llamada a la resistencia; esto es, a resistir a la idea de que pueda haber potencias invencibles; resistir a la idea, tan bien montada, de que Dios se vale de potencias políticas que pretenden imponer al mundo una única verdad en lo político, en lo económico, en lo social y religioso; resistir a las ideologías que hacen del ser humano un objeto de consumo, un producto más del mercado; resistir a un tipo de religión que manipula a su antojo la imagen del Dios de la justicia revelado en cada evento liberador del Antiguo Testamento y revelado plenamente en Jesús. En fin, resistir a la tentación de creernos innecesarios en la ejecución del proyecto de Dios en el mundo. Se nos infundió de niños que Dios no necesita de nosotros. Pues sí, sí necesita de nosotros, no porque sea desvalido o limitado, sino porque Él mismo lo ha decidido así; su proyecto salvífico está en manos nuestras, y Él nos necesita para que mostremos a los prepotentes cuál es ese proyecto.

Ciudad sanguinaria
(Ez 22)

3 1 ¡Ay de la ciudad
sanguinaria y traidora,
repleta de rapiñas,
insaciable de despojos!
2 Escuchen: látigos, estrépito de ruedas,
caballos al galope, carros rebotando,
3 jinetes al asalto, brillar de espadas,
relampagueo de lanzas,
multitud de heridos,
masas de cadáveres, cadáveres sin fin,
se tropieza en cadáveres.
4 Por las muchas fornicaciones
de la prostituta,
tan hermosa y hechicera,
que vendía pueblos
con sus fornicaciones
y tribus con sus hechicerías;
5 ¡aquí estoy yo contra ti!
–oráculo del Señor de los ejércitos–.
Te levantaré hasta la cara las faldas,
enseñando tu desnudez
a los pueblos,
tu vergüenza a los reyes.
6 Te arrojaré basura encima
y te expondré a la pública deshonra.
7 Los que te vean
se apartarán de ti diciendo:
Desolada está Nínive,
¿quién la compadecerá?
¿Dónde encontrar quien la consuele?

Tú como ella

8 ¿Eres tú mejor que No-Amón,
señora del Nilo,
rodeada de aguas?
Su fortaleza era el mar,
las aguas su muralla,
9 incontables nubios,
egipcios sin número,
libios y nubios eran sus defensores.
10 También ella fue al destierro,
marchó prisionera,
sus hijos fueron estrellados
en las encrucijadas,
se rifaron a los nobles
y encadenaron a los notables.
11 También tú te embriagarás
y te esconderás,
también tú buscarás asilo
lejos del enemigo.
12 Tus fortalezas son higueras
cargadas de higos maduros,
al sacudirlas caen
en la boca que las come.
13 Mira, tus soldados se han vuelto
mujeres frente al enemigo;
abiertas están
las puertas de tu territorio
y el fuego ha consumido los cerrojos.

No hay remedio

14 Junta agua para el asedio,
fortifica las defensas,

3,1-7 Ciudad sanguinaria. El anuncio del castigo anunciado en 2,14 tiene aquí su cumplimiento (2s), no sin antes enunciar los motivos de la condena: fraude, violencia, rapiña (1), complementados con las artimañas del engaño y la falta de respeto a la dignidad humana que el profeta denomina «artificios de hechicera», «arranques de prostituta» (4). El castigo previsto es equivalente a las culpas enunciadas en el versículo 4, con el agravante de que la ruina será total; no habrá quien lamente o consuele a la que ha caído.

No hay que perder de vista nuestra lectura necesariamente cristiana de todo el libro de Nahún, y en general de todo el material bíblico donde se presentan estas escenas de derrota y aniquilación de los enemigos de Israel, considerados por los israelitas adversarios directos de Dios. Siempre debemos tratar de extraer el mensaje esencial: quien pretende ocupar el lugar de Dios termina autodestruyéndose, una constante a lo largo de toda la historia. El resto es la manera cómo el autor ve las cosas, cómo las percibe y cómo las transmite, pero nunca debemos intentar aplicarlo en sentido literal a nuestro contexto actual.

3,8-13 Tú como ella. El profeta hace una comparación cargada de ironía entre Tebas, por dos veces capital del imperio egipcio, y Nínive, capital de Asiria. Tebas, aparentemente inexpugnable tanto por su ubicación estratégica como por sus recursos, había caído en manos de los asirios (663 a.C.), siendo destruida la ciudad y sus habitantes pasados a espada o deportados (10). Este hecho debió ser motivo para colmar de orgullo y prepotencia a un imperio al que no le quedaba más nada por conquistar: Asiria. Pues bien, ahora el turno es para la propia Nínive: la que se sentía invencible caerá como caen los frutos maduros cuando el árbol es sacudido (12).

El sarcasmo del profeta llega al colmo con la descripción que hace del ejército asirio: sus soldados se han vuelto mujeres (13). El profeta no quiere desmeritar con ello la valentía de las mujeres, que la tienen y mucha, ni afirmar que los soldados asirios se hayan afeminado; pero en su época, la mujer no tenía nada que hacer en los asuntos bélicos, que eran competencia exclusiva de los varones.

3,14-19 No hay remedio. Continúa la descripción de la ruina de Asiria y sus vanos intentos de recuperar-

pisa lodo, aplasta arcilla,
métela en el molde:
15 que el fuego te consumirá,
como devora la langosta,
y la espada te aniquilará:
aunque te multipliques
como la langosta,
te multipliques
como los saltamontes,
16 la langosta muda la piel y vuela;
aunque sean tus comerciantes
más que las estrellas del cielo,
17 tus capitanes como langostas,
tus jefes como insectos,
posados en la tapia durante el frío,
al brillar el sol se marchan
sin dejar huella.
18 Tus pastores, rey de Asiria,
se han dormido
y tus capitanes se han tumbado,
la tropa está dispersa por los montes
y no hay quien la reúna.
19 No hay remedio para tu herida,
tu herida es insanable.
Los que oyen noticias tuyas
aplauden,
pues, ¿quién no ha experimentado
tu perpetua maldad?



se. Cierto que tiene mucho con qué y con quién defenderse, mas de nada le valdrá, porque su suerte ya está echada: Asiria está perdida. El versículo 18, dirigido al rey de Asiria, es como un pésame o una condolencia, cargado de sarcasmo. Nótese la antítesis de esta lamentación: los aplausos y vivas de todos los pueblos que celebran jubilosos la caída del invencible (19).

El libro termina con la inocultable satisfacción de ver por el suelo a quien se creía la torre del cielo. Es comprensible que este acontecimiento haya dado pie a una gran producción literaria de la que apenas nos quedan testimonios, salvo Nahún, algunos cantos de liberación, etc. Es muy probable que también sea el trasfondo histórico de Is 14,12-21.



HABACUC

El profeta y su época. Habacuc, profeta sin patria y sin apellido, vive y escribe en la misma época que Nahún. Su horizonte histórico está definido por dos grandes poderes: Asiria decadente y Babilonia renaciente. Asiria es el pescador de pueblos y su dios es su red; sucumbirá ante el nuevo imperio babilónico, águila guerrera cuyo dios es su fuerza. Los babilonios, de momento, hacen justicia, pero pueden seguir también el camino de la arrogancia y de la opresión. Entre los dos vive Israel, que puede convertirse en juguete de los imperios. Habacuc representa a su pueblo expectante. Son tiempos de opresión y violencias. Estamos en el decenio 622-612 a.C.

Mensaje religioso. Ningún profeta como Habacuc se ha asomado a la escena de las grandes potencias, preguntándose por la justicia de la historia, y se ha remontado desde ahí a contemplar y comprender la soberanía de Dios. No ha sido una comprensión fácil. A la atrevida pregunta del profeta «¿Hasta cuándo te gritaré: ¡Violencia!, sin que me salves?» (1,2), Dios parece no escuchar, y antes de responder se hace esperar. Dios mira como si no viese, o como si lo que ve no hiriera su vista.

Los interrogantes del profeta «¿hasta cuando?, ¿por qué?», se suceden a lo largo del libro, como haciéndose el portavoz de los lamentos de su pueblo, como el centinela que escudriña la historia tratando de descubrir un sentido y una esperanza que levante los ánimos de los decaídos y desesperados. Es una expectación que se transforma en oración y súplica.

Cuando le llega la respuesta profética, Habacuc recibe la orden: «escribe la visión, grábala en tablillas, de modo que se lea de corrido» (2,2). Pero la respuesta de Dios abre una nueva etapa de expectación. ¿Cuáles son los plazos en la cronología divina?



El profeta lanza, pues, al pueblo hacia un nuevo horizonte, más allá de las expectativas coyunturales del momento histórico. Es todavía tiempo de perseverancia, confianza y esperanza en el Señor, dueño de la historia. Dios vendrá, pero a su tiempo (2,3). Mientras tanto «el justo, por su fidelidad vivirá» (2,4).

Éste es el mensaje del profeta centinela de la historia, que retomará Pablo (Rom 1,17; Gál 3,11) y lo verá ya realizado en la esperanza de todos aquellos que creen que Jesús, con su muerte y resurrección ha llevado a cumplimiento definitivo el designio salvador de Dios.

1 [1] Oráculo recibido en visión por el profeta Habacuc.

El final de la injusticia: impaciencia y anuncio
(Is 21,1-10)

2 ¿Hasta cuándo, Señor,
pediré auxilio sin que me escuches?
¿Hasta cuándo te gritaré: ¡Violencia!,
sin que me salves?
3 ¿Por qué me haces ver crímenes,
me enseñas injusticias,
me pones delante
violencias y destrucción
y surgen discordias
y se alzan contiendas?
4 La ley cae en desuso
y el derecho no sale vencedor,
los malvados cercan al inocente
y el derecho es pisoteado.
5 –Miren a las naciones,
asómbrense y quédense sin palabras:
en sus días haré una obra tal,
que si se la contaran, no la creerían.
6 Yo pondré en pie de guerra
a un pueblo cruel y resuelto
que recorrerá la anchura de la tierra
conquistando poblaciones ajenas.
7 Es temible y terrible:
no reconoce más ley
que su voluntad y su derecho.
8 Sus caballos
son más veloces que panteras,
más salvajes que lobos del desierto.
Sus jinetes galopan,
sus jinetes vienen de lejos
volando como águila
sobre la presa.
9 Todos llegan dispuestos a matar,
con el rostro tendido hacia adelante,
y juntan prisioneros como arena.
10 Es un pueblo que se ríe de los reyes,
se burla de los jefes;
juega con las ciudades fortificadas,
construye terraplenes de asalto
y las conquista.
11 Después toma aliento y continúa.
Su fuerza es su dios.

Súplica y descripción

12 Señor, ¿no eres tú, desde antiguo
mi Dios santo que no muere?
Señor, ¿lo has puesto tú
en el tribunal?
Roca, ¿lo has establecido
para que juzgue?
13 Tus ojos son demasiado puros
para estar mirando el mal,
no puedes estar
contemplando la opresión:
¿por qué, entonces, contemplas
en silencio a los traidores,
al culpable que devora al inocente?
14 ¿Hiciste tú a los hombres
como peces del mar,
como reptiles sin jefe?

1,1 Título del libro. Ninguna identificación del autor, ni apellido ni lugar de procedencia. Hay quienes lo ubican entre el círculo de profetas de Jerusalén. Su nombre lo hallaremos mencionado en Dn 14,33-37.

1,2-11 El final de la injusticia: impaciencia y anuncio. Esta sección contiene dos partes bien definidas. La primera (2-4) es un lamento, una queja que el profeta dirige a Dios. Testigo de tantas maldades, injusticias, violencia y opresión, Habacuc no entiende para qué el Señor le ha hecho ver todo eso. No está claro si este panorama de injusticia se refiere a la realidad en general, internacional, o si se trata de algo más local, es decir, la realidad de Judá. De cualquier forma, el profeta se siente dolido por esa situación. Tal vez, su principal dolor, y por tanto el principal motivo de queja, es la pasividad de Dios ante tanta injusticia (3); pareciera que a Dios no le importara la situación. En el fondo, el profeta reclama una intervención divina para que ponga coto a tanta maldad.

La segunda parte (5-11) es un oráculo de respuesta de Dios a la queja del profeta, respuesta absolutamente desconcertante. Es como si le dijera: «No has visto nada, prepárate para lo peor», pues Dios piensa suscitar un pueblo cruel y violento que azotará a toda la tierra (6) imponiendo su voluntad y su derecho (7). Su poder será aún más fuerte que el de la nación que ahora se está extinguiendo. La fuerza será el dios de ese pueblo que piensa suscitar el Señor (11).

1,12-17 Súplica y descripción. Cuando los pueblos del Cercano Oriente estaban aplaudiendo jubilosos la caída de Asiria y celebraban su liberación (cfr. Nah 3,19), he aquí que se empiezan a sentir las pisadas de otro imperio aún más poderoso, dispuesto a imponer su voluntad sobre el resto de los pueblos (1,6-11). Como quiera que el hombre bíblico hace derivar todo de Dios, el bien y el mal, el profeta quiere que Dios le confirme si acaso ha sido su voluntad juzgar la maldad, la injusticia y la violencia por medio

15 Él los saca a todos con el anzuelo,
los apresa en la red,
los junta en su bolsa
y luego ríe satisfecho;
16 y ofrece sacrificios,
e incienso a las redes
porque le dieron rica presa,
comida sustanciosa.
17 ¿Y seguirá utilizando sus redes
y matando pueblos sin compasión?

Espera y oráculo
(Is 21,1-10)

2 1 Me pondré de centinela,
haré la guardia observando atento
a ver qué me dice,
qué responde a mi reclamo.
2 El Señor me respondió:
–Escribe la visión,
grábala en tablillas,
de modo que se lea de corrido:
3 la visión tiene un plazo fijado,
camina hacia la meta,
no fallará; aunque tarde, espérala,
que llegará sin retraso.
4 El ánimo soberbio fracasará;
pero el justo, por su fidelidad, vivirá.
5 Aunque lo intente el traidor,
el hombre orgulloso, nada conseguirá;
aunque ensanche su boca
como el abismo
y sea insaciable como la muerte;
aunque arrase con todos los pueblos
y se adueñe de todas las naciones.

Copla de los cinco ayes

6 Todos ellos entonarán contra él
coplas y versos con aguda ironía.
¡Ay del que acumula
lo que no le pertenece,
¿por cuánto tiempo?,
y amontona objetos empeñados!

---

de un pueblo malvado y violento. Apelando al Dios de la liberación y de la justicia, Habacuc intenta «sacudir» al Dios actual: ¿Qué pasa? ¿Por qué permite todo esto? ¿Acaso ha sido su designio desde el comienzo de la humanidad crear a los hombres para ponerlos luego en manos de poderes totalitarios? (14-17).

A lo largo de todos los tiempos, interrogantes como éstos han sido dirigidos a Dios. Se llega hasta a afirmar que el dolor humano es la principal causa del ateismo. ¿Cómo creer en Dios después de las devastadoras campañas militares de estos imperios atestiguadas desde la antigüedad hasta la época más reciente? En medio de tanto horror, ¿dónde está Dios? No es fácil para el profeta responder a un interrogante de semejante magnitud. Está limitado por una serie de factores históricos, culturales y religiosos que no le permiten dar una respuesta como nosotros la quisiéramos hoy. Él mismo se declara en estado de guardia, de silencio y desierto interior para ver qué le responderá el mismo Dios (2,1).

2,1-5 Espera y oráculo. A la inquietante pregunta anterior sigue el tiempo de espera de la respuesta. Dios, en efecto, responde (2-4). El Señor señala la suerte que espera a los injustos y opresores, no sólo a los actuales y a los que vendrán, sino también a los del pasado. En el pasado, todos los grandes terminaron cayendo humillados en manos de otros más poderosos; el caso concreto lo están viviendo los contemporáneos de Habacuc: mientras Asiria la invencible está expirando, sobre sus ruinas se está alzando otro poder aún más fuerte, el de los caldeos. Pero sobre ellos vendrá otro más fuerte que los azotará. El profeta ve esta secuencia de muerte de un poder y surgimiento de otro como designio del mismo Dios; Él va determinando el momento en el cual debe caer uno –ser castigado– para que aparezca otro –instrumento castigador– que azote al anterior.

En medio de todo, al profeta le duele la suerte de los que él llama justos e inocentes: ¿por qué son siempre ellos los que se llevan la peor parte? La respuesta por parte de Dios es sencilla y, aunque no es inmediata, no fallará: «el soberbio, el ambicioso fracasará, mas el justo por su fidelidad, vivirá». ¡Menudo problema para el profeta explicar a sus contemporáneos, y nosotros hoy a los nuestros, esta respuesta que de todos modos sigue mostrando visos de injusticia, máxime para una época que todavía no ha abierto sus horizontes a la escatología ni a la fe en la vida eterna! Todo lo que puede constatar el profeta es que algún día, aunque lejano, el justo vivirá si se mantiene fiel –mantenemos la expresión «fidelidad» del texto hebreo; el texto griego utiliza «fe», versión que utilizará Pablo en Rom 1,17 y Gál 3,11–. Y mientras este momento llega, ¿qué? Lo único que los oprimidos pueden hacer es entonar coplas, sátiras y epigramas contra los prepotentes opresores.

Sin perder esto de vista, es obvio que hoy no podemos reducir la resistencia y la lucha contra la injusticia a tales gestos. Veintitantos siglos después de Habacuc, las expectativas de los injustamente oprimidos siguen vigentes; ellos esperan un orden distinto de cosas, una vida de paz, de armonía y de justicia, pero en este mundo, no en el más allá, hacia donde continuamente nuestra errada predicación pretende remitir su suerte.

2,6-20 Copla de los cinco ayes. Con intención de exorcizar el miedo y la tentación de caer en la pasividad, pero sobre todo con la intención de meter en la conciencia del pueblo lo pasajero del poderío y la

7 De pronto se alzarán tus acreedores,
despertarán
y, sacudiéndote bien, te desvalijarán;
8 porque saqueaste a tantas naciones,
los demás pueblos te saquearán;
por tus asesinatos y violencias
en países, ciudades y poblaciones.
9 ¡Ay del que mete en casa
ganancias injustas
y anida muy alto
para librarse de la desgracia!
10 Destruyendo a tantas naciones
has acarreado la deshonra de tu casa
y has malogrado tu vida.
11 Hasta las piedras de las paredes
reclamarán
y las vigas de madera responderán.
12 ¡Ay del que construye
con sangre la ciudad
y funda la capital sobre el crimen!
13 El Señor de los ejércitos ha decidido
que trabajen los pueblos
para el fuego
y las naciones se cansen inútilmente,
14 cuando toda la tierra se llene
del conocimiento
de la gloria del Señor,
como las aguas colman el mar.
15 ¡Ay del que emborracha a su prójimo,
lo embriaga con una copa drogada,
para mirarlo desnudo!
16 Bebe tú también
y enseña el prepucio,
llénate de ofensas y no de honores,
que la copa de la mano del Señor
se volverá contra ti
y tu gloria se convertirá en vergüenza.
17 El Líbano violentado te aplastará,
la matanza de animales te aterrará:
por tus asesinatos y violencias
en países, ciudades y poblaciones.
19 ¡Ay del que dice a un trozo de madera:
Despierta,
y a una piedra: levántate!
¿Te va a comunicar algún mensaje?
Míralo recubierto de oro y plata,
y no tiene alma.
18 ¿De qué le sirve al ídolo

---

prepotencia, el profeta sugiere estas coplas en forma de lamento, las cuales son en realidad un modo de enjuiciar al opresor y dictarle su condena. Cada lamento/condena subraya alguna de las actitudes más frecuentes entre los conquistadores, y de acuerdo con el mal que hacen se describe el castigo, que en realidad es una exacta aplicación de la ley del Talión.

Nuestro mundo actual conoce y sufre los efectos de las acciones malvadas de quienes se creen dueños y señores del mundo. De ahí que la palabra del profeta cobre para hoy una gran vigencia, en tanto que recuerda que los oprimidos no pueden resignarse a sufrir un orden de cosas según la voluntad de los opresores y en tanto que cada una de esas acciones debería convertirse en motivo de mofa y burla como una manera legítima de resistencia.

2,6b-8 Primer «ay» contra la codicia que lleva al acaparamiento. El profeta denuncia esta vía de enriquecimiento violento que deja a los demás empobrecidos como si se tratara de una deuda de los acaparadores con los expoliados. La invitación es a asumir la identidad de acreedores y cobrar esa deuda que, en justicia, ellos deben pagar. A nosotros se nos emplantilló en la conciencia la idea de que somos deudores de una impagable «deuda externa». ¿Cuándo comenzaremos a asumir la idea de Habacuc de que somos nosotros los que debemos empezar a cobrar la deuda que tienen los poderosos con nuestros pueblos saqueados y empobrecidos?

2,9-11 Segundo «ay» en conexión con el primero, ya que se refiere a la acumulación de riquezas; sólo que aquí entra en juego la figura de la casa, entendida en un doble sentido: el real, como lugar al que van a parar los bienes ajenos, y el metafórico, común en la Biblia, de descendencia o dinastía.

En nuestros «círculos bíblicos», se podría hacer el ejercicio de nombrar las dinastías o imperios económicos que absorben la riqueza de nuestros pueblos; constataremos que la lista es demasiado pequeña, si la comparamos con el número de familias o de habitantes de nuestros pueblos. En línea con el profeta, tendremos que denunciar esto a la luz de las siguientes preguntas: ¿Qué grado de justicia o injusticia están generando esos emporios? ¿Cómo está repartida la riqueza de nuestras naciones? El profeta no invita a acciones violentas, pero sí vaticina un fin nada pacífico para estas casas que se han llenado con la riqueza de otros, porque dentro de ellas mismas está el instrumento de azote que acabará con ellas.

2,12-14 Tercer «ay», esta vez contra la violencia sobre la cual se han construido tantas ciudades. También la ciudad posee aquí un sentido real y otro metafórico, en cuanto indica o sintetiza la imagen de todo el imperio. Ni la ciudad ni el imperio podrán gozar eternamente de felicidad y bienestar, porque sus fundamentos fueron echados sobre la sangre de los inocentes y los empobrecidos. En tales condiciones no hay posibilidad de que la vida sea transmitida con eficacia o durabilidad.

2,15-17 El cuarto «ay» condena el extremo abusivo al que lleva creerse dueño y señor de bienes y personas. Es muy probable que el profeta aluda a prácticas

que lo talle el artesano
si es una imagen,
un maestro de mentiras?
¿De qué le sirve al artesano
confiar en su obra
o fabricar ídolos mudos?
20 En cambio, el Señor
está en su santo templo:
¡silencio en su presencia
todo el mundo!

Himno del profeta

3 1 Intercesión del profeta Habacuc
por delitos inadvertidos.
2 ¡Señor, he oído tu fama;
Señor, he visto tu obra!
Realízala, ahora, en nuestra vida
manifiéstala, en nuestros días,
y aunque estés enojado
acuérdate de la compasión.
3 El Señor viene de Temán,
el Santo del monte Farán;
su resplandor cubre el cielo
y la tierra se llena
de sus alabanzas;
4 su brillo es como el sol;
su mano despide rayos
y allí se esconde su poder.
5 Ante él marcha la Peste,
la Fiebre sigue sus pasos.
6 Se detiene y tiembla la tierra,
lanza una mirada
y dispersa a las naciones;
se derrumban las viejas montañas,
se hunden
las antiguas colinas,
las órbitas primordiales, ante él.
7 Hundidas veo las tiendas de Cusán,
sacudidas las lonas de Madián.
8 ¿Es que arde, Señor, contra los ríos,
contra los ríos tu cólera,
contra el mar tu furor,
cuando montas tus caballos,
tu carro victorioso?
9 Desenfundas y preparas tu arco,
cargas de flechas tu bolsa.
Agrietas con torrentes el suelo
10 y al verte tiemblan las montañas;
cae una lluvia torrencial,
el océano hace oír su voz,
levanta sus brazos a lo alto.
11 Sol y luna se detienen en su morada
a la luz de tus flechas que cruzan,
al brillo del relámpago de tu lanza.
12 Caminas enfurecido por la tierra,
pisoteas furioso a los pueblos,
13 sales a salvar a tu pueblo,
a salvar a tu ungido:
destrozas el techo
de la casa del malvado,
desnudas sus cimientos hasta la roca.
14 Con tus flechas atraviesas al capitán
y sus tropas se dispersan
en torbellino
cuando triunfantes iban a devorar
una víctima a escondidas.
15 Pisas el mar con tus caballos
y hierve la inmensidad de las aguas.
16 Lo escuché
y temblaron mis entrañas,
al oírlo se estremecieron mis labios,
me entró un escalofrío
por los huesos

---

deshonrosas realizadas por los soldados vencedores sobre los vencidos. Con esta misma moneda será retribuido el que ha obrado así, beberán de su misma copa. Nótese que aquí no se estimula la venganza o la justicia por la propia mano; se subraya que es Dios y no otro quien dará esa copa a los depravados.

2,18-20 Quinto «ay», esta vez contra las prácticas idolátricas. No está mal que esta serie de «ayes», que ha girado en torno al eje de la injusticia social y ética, cierre con una condena a la idolatría. Si se conociera a Dios, su proyecto, su propuesta de humanización, nunca se llegaría a los excesos que describen los cuatro primeros «ayes». Cuando el proyecto de liberación y de humanización propuesto por Dios es reemplazado por el proyecto del hombre/pueblo ambicioso, sólo puede generar injusticia y muerte, pues su meta es, de hecho, competir con Dios. Eso es lo que el profeta ilustra con la divinidad de madera o de piedra: por hermosos que parezcan no pueden generar ni transmitir vida: todo lo contrario.

3,1-19 Himno del profeta. El profeta entona este cántico o himno como una forma de hacer entender la diferencia que existe entre las obras y la suerte del injusto y opresor (2,6-17), secundado por sus falsas divinidades (2,18-20), y las obras y la suerte del justo. Al mismo tiempo, intentar ilustrar la respuesta a las dos quejas del inicio del libro. El cántico describe el poder absoluto y universal de Dios, subrayando, no el poder militar y subyugante, sino el poder que genera vida para quienes a lo largo de la historia la han tenido amenazada y para quienes en el futuro se encuentren en idéntica situación. Por eso, el profeta no ahorra palabras o imágenes para resaltar la acción de Dios.

y me temblaban
las piernas al andar.
Gimo por el día de angustia
que se viene sobre el pueblo
que nos oprime.
17 Aunque la higuera no echa brotes
y las cepas no dan fruto,
aunque el olivo se niega a su tarea
y los campos no dan cosechas,
aunque se acaban
las ovejas del corral
y no quedan vacas en el establo;
18 yo festejaré al Señor
gozando con mi Dios salvador:
19 el Señor es mi fuerza,
me da piernas de gacela,
me encamina por las alturas.

Al director del coro:
con instrumentos de cuerda.



No hay que quedarse sólo con la idea de un Dios guerrero, manera como se concebía en aquel entonces a la divinidad. Hay que fijarse más bien en la opción radical –no simplemente preferencial– de Dios por la defensa del débil, por garantizar que aunque los soberbios y poderosos tengan en sus manos el dominio del mundo van a perecer, pues sus planes y proyectos tienen que hundirse al no generar vida ni justicia. Sólo hay un proyecto de justicia y de vida, el de Dios; lo demás es antiproyecto. ¿No fue eso también lo que quiso decirnos María en su «Magnificat»? (cfr. Lc 1,47-55).

El profeta pone así en guardia a quienes quieran asumir una vida de «justos»; son ellos los que tienen que ir construyendo una sociedad justa, basada en las relaciones de igualdad. No hay que cruzarse de brazos para esperar pasivamente una intervención de Dios. Su proyecto es eterno y su fidelidad por todas las edades, pero hay que recordar que en el proyecto de Dios está contemplada la intervención activa del hombre que debe ponerse desde ahora a construir esa sociedad que se espera como fruto de la fidelidad de Dios.



SOFONÍAS

El profeta y su época. Sofonías es un profeta del reinado de Josías, y Josías es una paradoja en el plan histórico de Dios. Después de los tristes años de decadencia religiosa bajo el reinado de Manasés (698-643 a.C.), Josías es el gran restaurador y continuador de las reformas religiosas de su bisabuelo Ezequías. Luchó eficazmente contra nigromantes y adivinos, proscribió el culto en santuarios locales para centralizarlo exclusivamente en Jerusalén, desarraigó los restos de la idolatría, luchó contra el influjo asirio, promovió con su ejemplo una nueva observancia religiosa, logró ensanchar el reino hacia el norte en territorio del destruido reino de Israel.

Semejante rey tenía todas las garantías para asegurar la prosperidad suya y de su reino. Pero, ¿qué sucedió? Que el rey, intentando detener las tropas del faraón que corrían en auxilio de Asiria, fue muerto en com-

bate en Meguido; el pueblo, escandalizado por aquel aparente abandono de Dios, volvió a los pecados religiosos, al sincretismo pagano. Estaba a poca distancia de la catástrofe.

Sofonías colaboró con Josías (640-609 a.C.), denunciando las costumbres extranjeras, y predijo la destrucción de Nínive. Como profeta vive a la sombra de su gran contemporáneo Jeremías.

Mensaje religioso. El tema central de la predicación de Sofonías es el «día del Señor», un día de cólera que traerá la gran catástrofe sobre Jerusalén a causa de los pecados del pueblo. Es la respuesta de Dios a aquellos habitantes de la Ciudad Santa que piensan que «Dios no actúa ni bien ni mal» (1,12), es decir, que contempla pasivo e indiferente la rampante corrupción moral (1,1-18; 2,4-15).

Es esta maldad la que le lleva a Sofonías a penetrar, como ningún otro profeta, en el sentido y raíz última del pecado que se anida en el corazón de las personas; no los actos, sino sus motivaciones: la arrogancia (2,10), la falta de confianza en Dios (3,1), la fanfarronería y la deslealtad de sus profetas, el desprecio de la ley por los sacerdotes (3,2), la mentira (3,13). El pecado, en definitiva, es la ruptura de una alianza que había colocado al pueblo en una relación no jurídica, sino íntima y personal con Dios. Por eso, el «día de la cólera», será un día de borrón y cuenta nueva.

Pero la última palabra, como en los otros escritos proféticos, será un oráculo de restauración. Primero vendrá la gran purificación (3,9-13). De ella surgirá un «resto» de pobres y humildes, no constituido por la simple circuncisión física, sino por la conversión y la humilde fidelidad. Por eso también los paganos son llamados a incorporarse al servicio del Señor. El centro de reunión de los dispersos no es ya el monte de Sión en su materialidad, sino el «Nombre del Señor», refugio del pueblo humilde.

1 [1] Palabras del Señor que recibió Sofonías, hijo de Cusí, hijo de Godolías, hijo de Azarías, hijo de Ezequías, durante el reinado de Josías, hijo de Amón, en Judá.

Destrucción

2 Acabaré con todo
en la superficie de la tierra
–oráculo del Señor–:
3 acabaré con hombres y animales,
acabaré con las aves del cielo
y los peces del mar,
–con los escándalos y los malvados–;
eliminaré a los hombres
de la superficie de la tierra
–oráculo del Señor–.
4 Extenderé mi mano contra Judá
y contra todos los vecinos
de Jerusalén,
eliminaré de este lugar
lo que queda de Baal
y el nombre de sus sacerdotes
y su clero,
5 eliminaré
a los que adoran en las azoteas
a los astros del cielo,
a los que adorando al Señor
y jurando por él,
juran también por Milcom,
6 a los que se apartan del Señor,
a los que no lo buscan
ni lo consultan.

Días de ira

(Ez 7)

7 ¡Silencio en presencia del Señor!,
que se acerca el día del Señor.
El Señor ha preparado un banquete
y ha purificado a sus invitados.
8 El día del banquete del Señor
pediré cuentas a nobles
y príncipes reales
y a cuantos visten
a la moda extranjera;
9 a los que escalan la terraza del templo
–ese día–,
a los que llenan de engaños
y violencias la casa de su Señor.
10 Aquel día –oráculo del Señor–
se oirá gritar
en la Puerta del Pescado,
gemir en el Barrio Nuevo
y lamentarse en las colinas:
11 ¡Giman, vecinos del Mortero!
Que se acabaron los mercaderes,
desaparecieron
los que cambian dinero.
12 Entonces registraré a Jerusalén

1,1 Título del libro. Como en toda la tradición profética, la Palabra que se va a anunciar es del Señor. La presentación de este profeta es única: solo él presenta su genealogía de un modo tan completo. ¿Quiere resaltar que proviene de la nobleza? Hay quienes piensan por el nombre de su padre que se trata de un etíope, también llamado «cusita» en el Antiguo Testamento, proveniente por tanto de un país del norte de África. Al parecer, el profeta quiere demostrar su profunda raigambre yahvista y, por su puesto, su origen estrictamente judío.

1,2-6 Destrucción. El libro se abre con una amenaza de destrucción universal, tanto de hombres como de animales que pueblan la tierra, el cielo y el mar (2s), que nos hace recordar Gn 6,13. ¿Cuál es la causa de esta decisión? El motivo aparente son los pecados de Judá y de Jerusalén, que tienen como expresión la idolatría y los cultos animistas y astrológicos (5). Judá ha llegado al punto máximo de paganismo desde la época de Manasés (698-643 a.C.), cuando se abrieron las puertas del reino a todo tipo de culto pagano. Jerusalén se inundó de dichos cultos, de altares y de sacerdotes, lo cual indujo al sincretismo religioso: adoraban al Señor y al mismo tiempo rendían culto a Milcom (5), dios extranjero amonita. La paciencia del Señor ha llegado a su fin, la única salida es la destrucción.

1,7–2,3 Días de ira. Con la solemnidad que corresponde, el profeta anuncia la llegada del «día del Señor» (1,7); todo está dispuesto como si se tratara de un acto religioso: banquete y purificación de los invitados. Pero este «día del Señor» no es para banquetear, sino para juzgar. Los primeros en ser llamados a juicio son los príncipes reales y los que han contaminado a Israel con costumbres extranjeras (1,8); les siguen los que profanan la casa del Señor con todo tipo de comercio religioso que esconde corrupción, engaño y violencia (1,9). En fin, la intención del Señor es registrar cada rincón de Jerusalén para exterminar de ella a todos los que se han rebelado contra Él, guiados por la idea de que «Dios no actúa ni bien ni mal...» (1,12). El castigo consiste en no poder disfrutar de las riquezas que han obtenido, ni de las que pudieran obtener en el futuro. 1,14–2,3 va describiendo cómo será ese día del Señor. Sin embargo, el profeta considera que a pesar de que su llegada es inminente, todavía hay tiempo para la conversión. El llamado se centra en los humildes, en quienes en medio de todo sean capaces

con antorchas,
para pedir cuentas
a los adormecidos
con vinos generosos,
a los que piensan:
Dios no actúa ni bien ni mal;
13 sus riquezas serán saqueadas,
sus casas derribadas,
las casas que construyan
no las habitarán,
de las viñas que planten
no beberán vino.
14 ¡Se acerca el día grande del Señor!
Se acerca con gran rapidez:
el día del Señor es más ágil
que un fugitivo,
más veloz que un soldado.
15 Ese día será un día de cólera,
día de angustia y aflicción,
día de destrucción y desolación,
día de oscuridad y tinieblas,
día de nubes y nubarrones,
16 día de trompeta y gritos de guerra,
contra las ciudades fortificadas,
contra las altas torres de defensa.
17 Perseguiré a los hombres,
para que anden ciegos,
porque pecaron contra el Señor;
su sangre se derramará como polvo,
sus entrañas como estiércol,
18 ni su plata ni su oro podrán librarlos,
el día de la cólera del Señor,
cuando el fuego de su celo
consuma la tierra entera,
cuando acabe cruelmente
con todos los habitantes de la tierra.

2 1 ¡Amontónense bien,
pueblo despreciable!,
2 antes que los desparrame
como paja que se vuela,
antes que los alcance
el incendio de la ira del Señor,
antes que los alcance
el día de la ira del Señor.
3 Busquen al Señor, los humildes
que cumplen sus mandatos:
busquen la justicia,
busquen la humildad,
tal vez así encontrarán un refugio
el día de la ira del Señor.

Contra las naciones
(Am 1,3–2,3)

4 Gaza quedará abandonada;
Ascalón, devastada;
Asdod, despoblada al mediodía;
Ecrón, arrancada.
5 ¡Ay de los que habitan en la costa,
pueblo cretense!
–la Palabra del Señor
va por ustedes–:
Canaán, tierra filistea,
te dejaré totalmente despoblada,
6 el litoral se convertirá en pastizal,
terreno del resto de los judíos,
7 prados de pastores, corrales de ovejas,
que pastarán allí y al atardecer
se recogerán
en las casas de Ascalón,
cuando el Señor, su Dios, los visite
para cambiar su suerte.
8 He oído los insultos de Moab,
los ultrajes de los amonitas:
insultaban a mi pueblo;
invadían su territorio;
9 por eso ¡juro por mi vida!
–oráculo del Señor todopoderoso,
Dios de Israel–,
Moab será como Sodoma,
Amón como Gomorra:
campo de ortigas,
mina de sal, desierto permanente.
–El resto de mi pueblo los saqueará,
sus supervivientes serán sus dueños–.
10 Ésa será la paga de su orgullo,
de sus insultos despreciativos,
contra el pueblo
del Señor todopoderoso;
11 terrible se les mostrará el Señor
cuando elimine

---

de reconocer que no son las riquezas, ni el oro, ni la plata las que pueden salvar (1,18), sino única y exclusivamente el amor misericordioso del Señor (2,3).

2,4-15 Contra las naciones. Antes de pronunciar el castigo definitivo sobre Judá y Jerusalén, el profeta describe el castigo previsto para las naciones vecinas: no quedará nada de ninguna de ellas. Ni siquiera Nínive, que se tenía como la invencible, escapará al paso desolador del «día del Señor». Nótese la intención de describir el castigo universal refiriéndose a los pueblos de los cuatro puntos cardinales, Moab y Amón, al este; Filistea, al oeste; Asiria, al norte; y Etiopía, al sur. El versículo 11 deja entrever la posibilidad de la conversión de los paganos al Dios de Israel.

a todos los dioses de la tierra;
entonces le rendirán homenaje
cada una en su lugar
hasta las islas de los paganos.
12 También ustedes, nubios,
caerán atravesados por mi espada.
13 Él extenderá su mano hacia el norte
y exterminará a Asiria,
dejará a Nínive desolada,
hecha un arenal, un desierto:
14 en su recinto se tumbarán
manadas de fieras de toda especie,
lechuzas y erizos
pernoctan en los capiteles,
resuena su canto en las ventanas,
el umbral queda destrozado,
las maderas de cedro desnudas.
15 Ésta es la ciudad bulliciosa
que vivía confiada,
que pensaba: Yo y nadie más,
quedó reducida a escombros,
a madriguera de fieras;
los que pasan junto a ella
silban y agitan la mano.

Juicio de Jerusalén

3 1 ¡Ay de la ciudad rebelde,
manchada y opresora!
2 No obedeció ni escarmentó,
no confiaba en el Señor
ni acudía a su Dios;
3 sus príncipes eran en ella
leones rugiendo;
sus jueces, lobos a la tarde,
sin comer desde la mañana;
4 sus profetas, unos fanfarrones,
hombres desleales;
sus sacerdotes profanaban
las cosas santas,
violentaban la ley.
5 En ella está el Señor justo,
que no comete injusticia;
cada mañana dicta sentencia,
al alba sin falta;
pero el criminal no reconoce su culpa.
6 Aniquilé naciones,
derribé sus torres fortificadas,
llené de escombros sus calles
para que nadie transitara,
arrasé sus ciudades
para que nadie las habitase,
7 pensando:
Quizá escarmiente y me tema,
y no será destruido su hogar
cuando yo le haga rendir cuentas;
pero ellos madrugaban
para cometer
toda clase de maldades.
8 Por eso, esperen –oráculo del Señor–
a que yo me levante a acusar,
porque yo suelo
reunir a los pueblos,
juntar a los reyes,
para derramar sobre ellos mi furor,
el incendio de mi ira;
en el fuego de mi celo
se consumirá la tierra entera.

Restauración

9 Entonces purificaré los
labios de los pueblos
para que invoquen todos
el Nombre del Señor
y le sirvan de común acuerdo;

3,1-8 Juicio de Jerusalén. La intención del oráculo contra las naciones de 2,4-15 era hacer entender a Judá que a ella también podría pasarle lo mismo; sin embargo, no se dio por enterada, no escarmentó (1), entregada como estaba a toda clase de delitos y pecados, desde los príncipes y dirigentes hasta sus profetas y sacerdotes (3). Como no escarmentaron con el castigo infligido a las demás naciones (6s), ahora el Señor acusará y castigará a su pueblo como al resto (8). La mención en el versículo 3 de los príncipes ha hecho pensar en el período en el cual gobernó en Jerusalén una junta real, dado que Josías era apenas un niño cuando heredó el trono; por ello, se supone que Sofonías ejerció su ministerio profético en tiempo de Josías, aunque no propiamente de su reinado.

3,9-20 Restauración. De la amenaza de destrucción universal se pasa súbitamente a la promesa de salvación. El castigo, por tanto, no es de destrucción total, sino un remesón purificador. Los versículos 9s anuncian la purificación universal que luego se concreta en la salvación centrada en Jerusalén, lugar adonde vendrán todos los adoradores del Señor a presentar sus ofrendas. Lo harán sin ninguna vergüenza por los delitos pasados, porque el Señor habrá arrancado de cada uno su soberbia (11). La otra imagen que comenzará a mostrar Jerusalén está fundada sobre un pequeño resto fiel con el que el Señor comenzará a cumplir sus promesas (12s). Este resto, también llamado pueblo pobre y humilde, es la antítesis del pueblo que describió en 3,3s. Éste sí hará posible la inauguración de una nueva época marcada por la justicia, la paz, la tranquilidad y la alegría de sus habitantes. En medio de ellos estará el Señor como buen pastor buscando y reuniendo de nuevo al redil (19).

10 desde más allá de los ríos de Etiopía,
de la dispersión,
los que me rezan
me traerán ofrendas.

11 Aquel día
no tendrás que avergonzarte
de las acciones
con que me ofendiste,
porque extirparé
tus soberbios discursos
y no volverás a insolentarte
en mi monte santo.

12 Dejaré en ti un pueblo
pobre y humilde,
13 un resto de Israel
que se acogerá al Señor,
que no cometerá crímenes
ni dirá mentiras
ni tendrá en la boca
una lengua embustera.
Pastarán y se tenderán
sin que nadie los espante.

14 ¡Grita, ciudad de Sión;
lanza vítores, Israel;
festéjalo exultante, Jerusalén capital!

15 Que el Señor ha expulsado
a los tiranos,
ha echado a tus enemigos;
el Señor dentro de ti
es el rey de Israel
y ya no temerás nada malo.
16 Aquel día dirán a Jerusalén:
No temas, Sión, no te acobardes;
17 el Señor, tu Dios,
es dentro de ti
un soldado victorioso
que goza y se alegra contigo,
renovando su amor,
se llena de júbilo por ti,
18 como en día de fiesta.
Apartaré de ti la desgracia
y la vergüenza que pesa sobre ti;
19 entonces yo mismo
trataré con tus opresores,
salvaré a los inválidos,
reuniré a los dispersos,
les daré fama y renombre en la tierra
donde ahora los desprecian.
20 Entonces los traeré,
y cuando los haya reunido,
les daré fama y renombre
en todos los pueblos del mundo,
cambiando su suerte
ante sus propios ojos
–lo ha dicho el Señor–.





AGEO

El profeta y su época. La actividad de Ageo registrada en el libro, se extiende desde agosto a diciembre del 520 a.C., bajo el reinado de Darío de Persia. El año 538 a.C. Ciro permitió a los judíos cautivos en Babilonia volver a su tierra. Un grupo bajo el mando de Sesbasar aprovechó la ocasión, animado quizás por las maravillosas promesas de Isaías II. Pocos años después, capitaneados por Zorobabel y por Josué como sumo sacerdote, regresó otra expedición de deportados. Pero la situación que encontraron fue lamentable: ciudades en ruinas, campos abandonados, murallas derruidas, el templo incendiado.

La predicación de Ageo deja entrever que entre los repatriados cundió el desánimo, de modo que se limitaron simplemente a sobrevivir: reconstruir sus viviendas y trabajar sus campos, descuidando la reconstrucción del templo y las ilusiones de independencia.

Por otra parte, las relaciones entre los pocos judíos que permanecieron en la tierra y los regresados del exilio con comprensible complejo mesiánico, se deterioró rápidamente. Tampoco ayudaba el ambiente de revueltas y levantamientos en el imperio babilónico después de la muerte de Ciro, hasta que la mano férrea de Darío I impuso de nuevo una paz asegurada solamente por las armas.

Mensaje religioso. La predicación de nuestro profeta gira en torno a dos temas: el templo y la irrupción de la era escatológica, el segundo condicionado por el primero. A diferencia de otros profetas, Ageo no se preocupa de problemas morales, sino del templo como lugar de la presencia del Señor en la tierra, y es esta presencia la que traerá la paz, de la mano de un elegido de Dios, de un rey de la estirpe de David. Estas esperanzas mesiánicas las recoge, de momento, Zorobabel, el restaurador del templo.

El horizonte mesiánico que abrió Ageo, se cumplió en Jesús de Nazaret. El oráculo de la presencia salvadora del Señor «Yo estoy con ustedes» (1,13), resonará en las palabras del resucitado: «Yo estaré con ustedes hasta el final de los tiempos» (Mt 20,28). Y esta presencia tendrá un nuevo templo: su cuerpo muerto y resucitado: «Derriben este santuario y en tres días lo reconstruiré… pero él se refería al santuario de su cuerpo» (Jn 2,19.21).

1 [1] El año segundo del reinado de Darío, el día primero del sexto mes, el Señor dirigió la palabra, por medio del profeta Ageo, a Zorobabel, hijo de Sealtiel, gobernador de Judea, y a Josué, hijo de Yosadac, sumo sacerdote:

Primer oráculo

[2] –Así dice el Señor Todopoderoso: Este pueblo anda diciendo que todavía no ha llegado el momento de reconstruir el templo.
[3] Y el Señor dirigió la palabra, por medio del profeta Ageo:
[4] –¿De modo que es tiempo de vivir en casas lujosas, mientras el templo está en ruinas? [5] Pues ahora, así dice el Señor Todopoderoso:

Fíjense en su situación:
[6] Siembran mucho,
pero cosechan poco,
comen,
pero se quedan con hambre;
beben, pero siguen sedientos;
se abrigan, pero tienen frío;
y el asalariado
guarda su paga en saco roto.
[7] Así dice el Señor Todopoderoso:
Fíjense en su situación
[8] suban al monte, traigan maderos,
construyan el templo; yo lo aceptaré
y mostraré en él mi gloria
–dice el Señor–.
[9] Esperaban abundancia,
resultó escasez;
lo que guardan en su casa,
yo lo disperso de un soplo; ¿por qué?
–oráculo del Señor Todopoderoso–.
Porque mi casa está en ruinas,
mientras ustedes
disfrutan cada uno de su casa.
[10] Por eso el cielo ha retenido el rocío
y la tierra ha retenido la cosecha;
[11] porque he llamado una sequía
sobre la tierra y los montes;
sobre el trigo, el vino, el aceite;
sobre los productos del campo,
sobre hombres y ganados;
sobre todos sus trabajos.

[12] Zorobabel, hijo de Sealtiel, y Josué, hijo de Yosadac, sumo sacerdote, y el resto del pueblo obedecieron al Señor; porque el pueblo, al oír las palabras del profeta Ageo, tuvo miedo al Señor.
[13] Ageo, mensajero del Señor, transmitió al pueblo este mensaje del Señor:
–Yo estoy con ustedes –oráculo del Señor–.
[14] El Señor movió a Zorobabel, hijo de Sealtiel, gobernador de Judea; a Josué, hijo de Yosadac, sumo sacerdote, y al resto del pueblo; ellos fueron y emprendieron las obras del templo del Señor de los ejércitos, su Dios.
[15] Era el veinticuatro del sexto mes.

Segundo oráculo

2 [1] El año segundo del reinado de Darío, el veintiuno del mes séptimo, el Señor dirigió la palabra por medio del profeta Ageo:
[2] –Di a Zorobabel, hijo de Sealtiel, gobernador de Judea, y a Josué, hijo de Yosadac, sumo sacerdote, y al resto del pueblo: [3] ¿Queda alguien entre ustedes que

---

1,1 Título del libro. Con el estilo de una crónica se nos informa de la identidad escueta del profeta y de los destinatarios del primer oráculo. Por lo demás, nada se sabe sobre Ageo. Hemos de suponer que se trata de un profeta cultual de Jerusalén.

1,2-15 Primer oráculo. Han pasado varios años desde que Ciro, rey persa, había firmado el edicto que autorizaba el regreso de los desterrados a sus lugares de origen. Los hebreos regresaron a Jerusalén acompañados por Zorobabel como gobernador y por Josué como sumo sacerdote. El ánimo y el espíritu inicial era reconstruir tanto la ciudad como el templo. Sin embargo, aquel primer impulso se había ido perdiendo, y la realidad con que se encuentran es muy diferente: falta de medios, enfrentamientos y acusaciones mutuas entre los que han regresado y los que se han quedado; en fin, el letargo propio de una religión que había sido sacudida violentamente.

La estrategia de Ageo es animar a todos los fieles a poner mano en la reconstrucción del templo como base principal para que Dios comience a cumplir sus promesas: 1. Mostrar su Gloria (8) para dar sentido a una vida que se afana mucho sin obtener apenas nada, viviendo en casas cubiertas, mientras el templo se halla en ruinas (4-6). 2. Bendecir a la tierra y sus habitantes con abundancia de frutos hasta ahora ausentes por la carencia del templo y de la presencia de Dios (9-11). Los versículos 12-15 registran el efecto

haya visto este templo en su esplendor pri-
mitivo?, ¿qué es lo que ven ahora?, ¿no les
parece que no existe? 4 Pues ánimo, Zoro-
babel –oráculo del Señor–; ánimo, Josué,
hijo de Yosadac, sumo sacerdote; ánimo,
pueblo entero –oráculo del Señor–; ¡a la
obra!, que yo estoy con ustedes –oráculo
del Señor Todopoderoso–, 5 según el com-
promiso que pacté con ustedes cuando sa-
lieron de Egipto, y mi Espíritu sigue entre
ustedes; no teman. 6 Y así dice el Señor To-
dopoderoso: Dentro de muy poco yo agi-
taré cielo y tierra, mares y continentes;
7 haré temblar a todas las naciones y ven-
drán las riquezas de todos los pueblos, y
llenaré este templo de gloria –dice el Señor
Todopoderoso–. 8 Mía es la plata, mío es el
oro –oráculo del Señor Todopoderoso–. 9 La
gloria de este segundo templo será mayor
que la del primero –dice el Señor Todopo-
deroso–. En este sitio daré la paz –oráculo
del Señor Todopoderoso–.

Tercer oráculo

10 El segundo año de Darío, el veinticua-
tro del mes noveno, recibió el profeta Ageo
esta Palabra del Señor:
11 –Así dice el Señor Todopoderoso:
Consulta a los sacerdotes el caso siguiente:
12 Si uno toca carne consagrada con los
pliegues del vestido y toca con ella pan o
caldo o vino o aceite o cualquier alimento,
¿quedan consagrados?
Los sacerdotes respondieron que no.
13 Ageo añadió:
–Y si cualquiera de esas cosas toca un
cadáver, ¿queda contaminada?
Los sacerdotes respondieron que sí. 14 Y
Ageo replicó:
–Lo mismo le pasa a este pueblo y na-
ción respecto a mí: todas las obras que me
ofrecen están contaminadas. 15 Ahora bien,
fíjense en el pasado. Antes de construir el
templo: 16 ¿cómo les iba? El montón cuyo
peso calculaban que pesaba veinte no pe-
saba más que diez; calculaban sacar cin-
cuenta toneles de vino del lagar y sacaban
veinte. 17 Es que yo hería con gorgojo, pul-
gón y granizo sus trabajos, y no se volvían
a mí –oráculo del Señor–. 18 Ahora, miran-
do hacia atrás, fíjense en el día veinticuatro
del mes noveno, cuando se echaron los ci-
mientos del templo del Señor: 19 ¿quedaba
grano en el granero? Viñas, higueras, gra-
nados y olivos no producían. A partir de
ese día los bendigo.

Cuarto oráculo

20 El veinticuatro del mismo mes el Se-
ñor dirigió por segunda vez la palabra a
Ageo:
21 –Di a Zorobabel, gobernador de Ju-
dea: Haré temblar cielo y tierra, 22 volcaré
los tronos reales, destruiré el poder de los
reinos paganos, volcaré carros y conducto-
res, caballos y jinetes morirán a manos de

---

producido por la predicación del profeta. Pocos, o casi ningún profeta, pudo obtener este resultado tan inmediato de su predicación.

2,1-9 Segundo oráculo. De nuevo, y a pesar de la noticia de 1,12-15 de que se habían emprendido las obras, el profeta apela a los dirigentes del pueblo para animarlos en la empresa de reconstrucción. Hay una garantía por parte de Dios: Él, que los acompañó desde la salida de Egipto, aún está con ellos (5); no ha cambiado de parecer y, sobre todo, nunca lo han derrotado. Para muchos creyentes, el Señor había sido derrotado y humillado por los babilonios, de ahí la explicación de Ageo. Él continúa ejerciendo su señorío universal, que se podrá ver de modo patente cuando todos los pueblos vengan a Jerusalén a postrarse ante Dios portando sus bienes y riquezas (6-8). El objetivo final es la paz que Dios otorgará desde su lugar santo (9).

2,10-19 Tercer oráculo. Seguramente, las obras no avanzaban al ritmo que el profeta quería: nada de lo dicho se cumplía. Ante el desánimo, la negligencia y la apatía, el profeta arremete con otro oráculo: todo está quedando impuro a causa del pueblo. Desde que iniciaron la obra había comenzado a operar la bendición (19), así que no hay que desanimarse.

2,20-23 Cuarto oráculo. Promesa dirigida expresamente a Zorobabel, descendiente davídico sobre quien estaban puestas las esperanzas de restauración de la dinastía davídica y, sobre todo, de restablecer los principios de las esperanzas mesiánicas. Los signos cósmicos de impacto universal preanuncian el avance seguro del Señor Todopoderos que tomará posesión de nuevo de su templo y gobernará a través de Zorobabel.

Ahora bien: ¿era precisamente eso lo que el Señor había prometido tantas veces por medio de sus profetas a su pueblo, a su «resto» fiel? ¡En absoluto! Tenemos que entender que los profetas son hombres limitados, condicionados por su tiempo, su lugar y sus circunstancias y que, convencidos de estar anunciando o promoviendo la voluntad de Dios, muchas veces hicieron lo contrario. Como cualquiera de nosotros,

sus camaradas. 23 Aquel día –oráculo del
Señor Todopoderoso– te tomaré, Zoroba-
bel, hijo de Sealtiel, siervo mío –oráculo del
Señor–; te haré mi anillo de sellar, porque te
he elegido –oráculo del Señor Todopode-
roso–.



ellos también tuvieron sus ambigüedades. Un par de ejemplos nos ayudarán a comprenderlo mejor: Samuel, juez/profeta de los últimos tiempos de la época tribal termina identificándose con la ideología monárquica cuando unge a Saúl (1 Sm 10,1). Después tiene el coraje de rectificar y destituye a Saúl (1 Sm 15), pero para ungir a David (1 Sm 16,13). Samuel actuaba con la mejor intención, buscaba lo mejor para el pueblo en sintonía con la voluntad del Señor; pero con estos hechos, en el fondo estaba legitimando en nombre del Señor un antiproyecto, por más que antes de ungir al rey hubiera puesto de manifiesto los riesgos y peligros que corría Israel organizándose como monarquía (cfr. 1 Sm 8,10-19).

El segundo ejemplo es Natán, el profeta pro-monárquico del partido de David. Aunque se le conoce como un valiente profeta, que enrostró al rey su pecado de abuso de poder a través de la parábola de la ovejita del pobre (2 Sm 12,1-12), también ha pasado a la historia por la llamada profecía o promesa davídica (2 Sm 7,16) que no sólo legitima el poder y la realeza de David, sino también su perpetuidad en el trono «exclusivamente» a través de un descendiente suyo.

La ambigüedad pues, nunca va a faltar. Estos hombres de Dios tendrán como todo israelita una clara conciencia del daño estructural que corroe a la nación, y por eso una de las características propias de los profetas de Israel será la de ser la conciencia crítica del rey. Pero casi nunca hablarán contra la monarquía como estructura dañina y perniciosa. Soñaban con el ascenso al poder de un nuevo David, pero no alcanzaban a soñar con la abolición completa de la estructura monárquica.

Recordemos que nuestro profeta Ageo está ejerciendo su ministerio en una época en que ya no hay monarquía, pero en la que aún se piensa en el descendiente davídico, en su caso muy a la mano, Zorobabel, su presencia y parentesco con David mantienen viva la esperanza del restablecimiento de una monarquía «corregida». Pero, por el momento, se hace más necesaria la recuperación de la otra institución imprescindible para Israel: el templo. Por más que la realidad vivida haga pensar en un Dios vencido, sometido y derrotado, los profetas del período postexílico se esforzarán al máximo por vencer tal idea: todavía se puede contar con el mismo Dios que los sacó de Egipto, sus intenciones y el compromiso con su pueblo siguen vigentes. Ageo no encuentra un camino más adecuado para el ejercicio de su ministerio que la coyuntura de la necesaria reconstrucción del templo y rodea su restauración con una serie de ventajas y beneficios puestos en boca del Señor. Mas no por eso puede dejar a un lado su opción por los empobrecidos; él mismo reconoce que son ellos, los desposeídos, los que arrimarán el hombro a la tarea. Por este medio también hará ver la importancia teológica del «resto», en definitiva, de lo mínimo e irrisorio: el nuevo templo, aunque pequeño y modesto, será aún más glorioso que el anterior. Ésta será también la imagen para aplicar al mismo pueblo: aunque pobre y desposeído será, ahora sí, glorioso, pues ya se está inaugurando una nueva época.



ZACARÍAS

Uno o dos Zacarías. La mayoría de los comentaristas modernos distinguen dos partes en el libro (1–8 y 9–14), diversas por el contenido, estilo e intención. La primera se ocupa del templo, la segunda prescinde de él; la primera da mucha importancia a la actividad humana, la segunda sólo se fija en la acción de Dios; la primera estima mucho la profecía, la segunda asiste a su desaparición; la primera es libro de visiones, la segunda de oráculos; en la primera abundan los datos biográficos, en la segunda son escasos; en la primera abundan las fórmulas proféticas, en la segunda las apocalípticas. La primera parte recogería la predicación de Zacarías, contemporáneo de Ageo; la segunda sería obra de otro autor de época posterior.

Zacarías y su época. Aparece citado, junto con Ageo, en Esdras 5,1 y 6,14, como inspirador de la reconstrucción del templo. Probablemente

perteneció a una familia sacerdotal y, como tal, fue llamado desde muy joven al servicio del templo. Su actividad se extiende hasta diciembre del 518 a.C. Coincidió por poco tiempo con Ageo, con quien compartió los dos grandes temas de predicación, reconstrucción del templo y la restauración escatológica.

Sobre la época véase la introducción a Ageo. En cuanto al contexto histórico de la segunda parte del libro: Zacarías II (9–14), es muy difícil de precisar. Los nombres mencionados, tales como Asiria, Egipto, etc., más que referirse a una situación presente, evocan el pasado para resaltar que lo que Dios hizo con esos pueblos lo sigue y seguirá haciendo, como Señor de la historia, con otros pueblos.

Mensaje religioso. Zacarías se inserta conscientemente en la línea de los antiguos profetas (1,4), predica la conversión, inculca exigencias éticas, critica el culto sin justicia. Depende de Isaías II (2,10-17) y más de Ezequiel en procedimientos literarios.



Como para Ageo, también para Zacarías la reconstrucción del templo es garantía de la restauración de la era mesiánica. Este futuro mesiánico es descrito en la segunda parte del libro en un estilo visionario que está anticipando ya la literatura apocalíptica. Aunque difícil de entender para nosotros, este Zacarías II es el más citado en el Nuevo Testamento, cuyos autores vieron realizados en la pasión de Jesucristo el simbólico mensaje del profeta.

1 1 En el año segundo de Darío, el
mes octavo, el Señor dirigió la pala-
bra al profeta Zacarías, hijo de Bere-
quías, hijo de Idó:

Exhortación a la conversión

2 –El Señor estaba muy irritado con los
antepasados de ustedes. 3 Ahora diles:
Así dice el Señor Todopoderoso:
Vuelvan a mí
–oráculo del Señor Todopoderoso–,
y yo volveré a ustedes
–dice el Señor Todopoderoso–.
4 No sean como sus antepasados,
a quienes predicaban
los más antiguos profetas
diciendo:
Así dice el Señor Todopoderoso:
Conviértanse de su mala conducta
y de sus malas acciones;
pero ellos no me escucharon
ni me hicieron caso
–oráculo del Señor Todopoderoso–.
5 Sus antepasados, ¿dónde están?,
sus profetas, ¿viven para siempre?
6 En cambio, mis palabras y decretos,
que encomendé
a mis siervos los profetas,
¿no alcanzaron a sus antepasados?
Entonces se convirtieron diciendo:
Como el Señor
había dispuesto tratarnos
por nuestra conducta,
y nuestras acciones,
así nos ha tratado.

OCHO VISIONES

Primera:
Los jinetes
(Ap 6,1-8)

7 El veinticuatro del mes undécimo del
segundo año del reinado de Darío, el Se-
ñor dirigió la palabra a Zacarías, hijo de
Berequías, hijo de Idó:

8 En una visión nocturna se me apare-
ció un jinete sobre un caballo rojo, para-
do en una hondonada entre unos arbus-
tos; detrás de él había caballos rojos,
castaños y blancos. 9 Pregunté: –¿Quié-
nes son, señor? Me contestó el ángel que
hablaba conmigo:
–Te voy a enseñar quiénes son.
10 Y el que estaba entre los arbustos
me dijo: –A éstos los ha despachado el
Señor para que recorran la tierra.
11 Ellos informaron al ángel del Señor,
que estaba entre los arbustos:
–Hemos recorrido la tierra y la hemos
encontrado en paz y tranquila.

1,1 Título del libro. Este primer versículo nos ubica en la historia. Esta fecha corresponde al año 520 a.C. También nos revela el nombre del profeta que da nombre al libro.

1,2-6 Exhortación a la conversión. Con estos versículos introductorios, Zacarías se sitúa en la línea de la profecía en Israel, uno de cuyos aspectos fue siempre el llamado a la conversión al Señor. Zacarías recuerda a la comunidad de repatriados que antes del exilio hubo profetas que predicaron esto mismo y que no fueron escuchados. Así la comunidad actual debe tener conciencia de ese pasado, leer los acontecimientos históricos como intervenciones de Dios y no recaer en el mismo camino de sus antepasados para que el Señor no tenga que castigarlos de nuevo. La memoria histórica no se puede perder, de ella hay mucho que aprender si se quiere crear con seguridad el futuro.

1,7–6,15 Ocho visiones. Lo esencial de la primera parte del libro llamado «Zacarías I», está compuesta por ocho visiones, que están en relación con la suerte de Jerusalén. Todas las visiones, excepto la cuarta, presentan un mismo esquema: el vidente obtiene una visión e interroga al ángel del Señor sobre el significado de lo que ve. No hay un orden lógico en las visiones, pero sí se pueden agrupar en torno a una posible idea precisa del profeta: Dios decide purificar la tierra (1ª, 2ª, 6ª y 8ª), esta purificación tiene un epicentro: Judá y Jerusalén, primero exterminando de allí el pecado (7ª) y luego haciendo de Jerusalén lugar para todos los pueblos bajo el único señorío de Dios (3ª), concretado en el sumo sacerdote (4ª). Allí Dios se encargará de vigilar a toda la tierra con la ayuda de dos ungidos (5ª). Las visiones culminan con la coronación simbólica de Zorobabel.

1,7-17 Primera: Los jinetes. Los jinetes que recorren toda la tierra la encuentran en paz (11), pero falta el bienestar completo en Jerusalén y en el resto de ciudades de Judá. Por ello, el ángel interroga sobre el fin del castigo. El Señor impone el castigo contra quie-

12 Entonces el ángel del Señor dijo:
–Señor Todopoderoso, ¿cuándo te vas a
compadecer de Jerusalén y de los pue-
blos de Judá? Ya hace setenta años que
estás enojado con ellos.
13 El Señor contestó al ángel que ha-
blaba conmigo palabras buenas, frases
de consuelo. 14 Y el ángel que me habla-
ba me ordenó proclamar:
–Así dice el Señor Todopoderoso:

Siento celos de Jerusalén,
celos grandes de Sión,
15 y siento un gran enojo
contra las naciones confiadas
que se aprovechan
de mi breve enojo
para redoblar su maldad.
16 Por eso, así dice el Señor:
Me vuelvo a Jerusalén
con compasión,
mi templo será reedificado
–oráculo del Señor Todopoderoso–
y aplicarán la plomada a Jerusalén.
17 Sigue proclamando:
Así dice el Señor Todopoderoso:
Otra vez rebosarán
las ciudades de bienes,
el Señor consolará otra vez a Sión,
Jerusalén será su elegida.

Segunda:
Los cuernos y los herreros
(Dn 7,8.11.20; Sal 75)

2 1 Levanté la vista y vi cuatro cuer-
nos. 2 Pregunté al ángel que habla-
ba conmigo: –¿Qué significan?
Me contestó: –Significan los cuernos
que dispersaron a Judá, a Israel y Jeru-
salén.
3 Después el Señor me enseñó cuatro
herreros. 4 Pregunté: –¿Qué han venido a
hacer?
Respondió: –Aquellos son los cuernos
que dispersaron tan bien a Judá, que na-
die pudo levantar cabeza, y los herreros
han venido a espantarlos, a derribar los
cuernos de las naciones que embestían a
Judá para dispersarla.

Tercera:
El cordel de medir
(Is 54,2-3; Jr 31,38-40)

5 Levanté la vista y vi a un hombre con
un cordel de medir. 6 Pregunté: –¿Adónde
va ése?
Me contestó: –A medir Jerusalén, pa-
ra comprobar su anchura y longitud.
7 Entonces se adelantó el ángel que
hablaba conmigo y otro ángel le salió al
encuentro, diciéndole:
8 –Corre a decirle a aquel muchacho:

Por la multitud de hombres
y ganados que habrá,
Jerusalén será ciudad abierta;
9 yo la rodearé
como muralla de fuego
y mi gloria estará en medio de ella
–oráculo del Señor–.
10 ¡Ánimo, vamos!,
escapen del país del norte
–oráculo del Señor–,
que yo los dispersé
a los cuatro vientos
–oráculo del Señor–.
11 ¡Ánimo, hijos de Sión,
que habitan en Babilonia, escapen!
12 Porque así dice
el Señor Todopoderoso
a las naciones que los deportaron:
El que los toca a ustedes,
toca a la niña de mis ojos.
13 Yo levantaré mi mano contra ellos,
y serán saqueados
por sus propios esclavos,

---

nes se aprovecharon de su breve cólera para incrementar el mal a su pueblo. Luego vendrá el tiempo de la compasión para Jerusalén (16) y para el resto de ciudades de Judá (17).

2,1-4 Segunda: Los cuernos y los herreros. Esta segunda visión se compone de dos imágenes: la primera corresponde a los cuatro cuernos que embisten a toda la tierra. El cuerno aquí es símbolo de fuerza y de poder; el número cuatro podría referirse a los imperios poderosos que han azotado a los pequeños pueblos del Cercano Oriente, pero también podrían simbolizar la «universalidad» del mal que se propaga por los cuatro puntos cardinales de la tierra. Esta última posibilidad encuadra mejor con la segunda imagen: los cuatro herreros que espantan a los cuernos. Es como una decisión de Dios de poner fin al mal que cunde sobre toda la tierra (3).

2,5-17 Tercera: El cordel de medir. El ambiente postexílico no deja de ser preocupante para el pueblo y para el profeta. Jerusalén continúa en ruinas, las promesas no se cumplen y el desánimo –quizá también la desidia– es el denominador común. En su afán de ani-

y sabrán que el Señor Todopoderoso
me ha enviado.
14 Festeja y aclama, joven Sión,
que yo vengo a habitar en ti
–oráculo del Señor–.
15 Aquel día se incorporarán al Señor
muchos pueblos
y serán pueblo mío;
habitaré en medio de ti,
y sabrás que el Señor Todopoderoso
me ha enviado a ti.
16 El Señor tomará a Judá
como herencia suya
en la tierra santa
y volverá a elegir a Jerusalén.
17 ¡Silencio todos ante el Señor,
que se levanta en su santa morada!

Cuarta:
Investidura del sumo sacerdote
(Éx 28s; Lv 8)

3 1 Después me enseñó al sumo sa-
cerdote, Josué, de pie ante el ángel
del Señor. A su derecha estaba el Satán
acusándolo. 2 El Señor dijo a Satán:
–El Señor te llama al orden, Satán; el
Señor, que ha escogido a Jerusalén, te
llama al orden. ¿No es ése un carbón ar-
diente sacado del fuego?
3 Josué estaba vestido con un traje su-
cio, de pie delante del ángel. 4 Éste dijo a
los que estaban allí delante: –Quítenle el
traje sucio.
Y a él le dijo: –Mira, aparto de ti la cul-
pa y te visto de fiesta.
5 Y añadió: –Pónganle en la cabeza un
turbante limpio.
Le pusieron el turbante limpio y lo re-
vistieron.
6 El ángel del Señor, que estaba de
pie, dijo a Josué:
7 Así dice el Señor Todopoderoso:
Si sigues mi camino
y guardas mis mandamientos,
también administrarás mi templo
y guardarás mis atrios,
y te dejaré acercarte
con ésos que ahí están.
8 Escuchen, Josué, sumo sacerdote, y
sus compañeros que están sentados de-
lante de él: ustedes son figuras proféticas
de lo que ha de venir. Yo he de traer a mi
siervo Germen. 9 Miren la piedra que pre-
sento a Josué: es una y lleva siete ojos.
Tiene una inscripción: En un día quitaré
el pecado de esta tierra –oráculo del Se-
ñor Todopoderoso–. 10 Aquel día se invi-
tarán unos a otros a descansar bajo la
parra y la higuera –oráculo del Señor
Todopoderoso–.

Quinta:
El candelabro y los dos olivos
(Ap 11,1-14)

4 1 Volvió el ángel que hablaba con-
migo y me despertó como se des-
pierta a uno del sueño; 2 y me dijo: –¿Qué
ves?
Contesté: –Veo un candelabro de oro
macizo con un recipiente para el aceite

---

mar al pueblo, el profeta se figura una ciudad reconstruida; sus trazos, sus murallas... Sin embargo, no es necesario trazar ni encerrar con muros unas cuantas casas. Jerusalén será una ciudad abierta para que pueda contener la afluencia no sólo de los judíos que aún permanecen dispersos, los cuales son invitados a regresar (10s), sino también para muchos otros pueblos que vendrán hasta Jerusalén, para formar entre todos un solo pueblo, con un solo Señor (15), que reinará sobre todos desde su ciudad (17).

3,1-10 Cuarta: Investidura del sumo sacerdote. Esta cuarta visión posee como característica especial la investidura de Josué como sumo sacerdote en una extraña asamblea celestial donde está siendo acusado por Satán. Pese a las acusaciones, Josué es perdonado e investido con vestiduras limpias. Nótese la relación entre vestiduras «sucias» y «acusador» con «ser perdonado» y vestiduras «limpias». Podría tratarse de alguna situación anómala o impedimento que hacían de Josué indigno de llevar la investidura de máximo sacerdote. Mediante este recurso de la visión, el profeta entroniza oficialmente a Josué validando su ministerio ordenado por el mismo Dios. En el trasfondo de esta visión hay que recordar las contradicciones y enfrentamientos frecuentes entre los que regresaron de Babilonia y los que no habían ido al destierro.

La segunda parte de la visión, hasta ahora sin explicación satisfactoria, corresponde a la piedra con siete ojos que recibe el sumo sacerdote. El contexto induce a pensar en la vigilancia cercana que tendrá el Señor con su pueblo, el cual será purificado en un solo día (9). Ya purificados, los fieles vivirán en paz y tranquilidad y cada uno podrá invitar a su amigo a su propia higuera y a su propia parra.

4,1-14 Quinta: El candelabro y los dos olivos. Otra preocupación que se percibe en la época del profeta es el ejercicio del poder: ¿quién debe ejercerlo, la parte civil o la parte religiosa? Ciertamente el

encima, y siete lámparas a las que llega
el aceite por siete tubos. 3 Y dos olivos
junto a él, a derecha e izquierda.
4 Pregunté al ángel que hablaba con-
migo: –¿Qué significa, señor?
5 El ángel que hablaba conmigo con-
testó: –Pero, ¿no sabes lo que significan?
Repuse: No, señor.
6a Entonces él me explicó:
10b –Esas siete lámparas representan
los ojos del Señor, que se pasean por
toda la tierra.
11 Entonces yo pregunté: –¿Y qué sig-
nifican esos dos olivos a derecha e iz-
quierda del candelabro?
12 Insistí: –¿Qué significan las dos ra-
mas de olivo junto a los dos tubos de oro
que conducen el aceite?
13 Me dijo: –Pero, ¿no lo sabes?
Respondí: –No, señor.
14 Y me dijo: –Son los dos ungidos que
sirven al Dueño de todo el mundo.
6b En esto dice el Señor a Zorobabel:
–No cuentan la fuerza ni la riqueza, lo
que cuenta es mi Espíritu –dice el Señor
Todopoderoso–. 7 ¿Quién eres tú, gran
montaña? Delante de Zorobabel queda-
rás convertida en llanura. Él sacará la
piedra principal entre exclamaciones:
¡Qué bella, qué bella!
8 El Señor me dirigió la palabra:
9 –Zorobabel con sus manos puso los
cimientos de esta casa y con sus manos
la terminará. Y así sabrás que el Señor
Todopoderoso me ha enviado a ustedes.
10a El que despreciaba los humildes co-
mienzos, gozará viendo en manos de Zo-
robabel la piedra emplomada.

Sexta:
El libro volando

5 1 Levanté de nuevo la vista y vi un
libro que volaba. 2 El ángel me pre-
guntó: –¿Qué ves?
Contesté: –Veo un libro que vuela, de
diez metros por cinco.
3 Me explicó: –Es la maldición que se
dirige a la superficie de todo el país. Por
un lado del libro está escrito: Los ladro-
nes quedan sin castigo, por el otro: Los
que juran en falso quedan sin castigo.

4 Yo la haré venir
–oráculo del Señor Todopoderoso–
para que entre en casa del ladrón
y en casa del que jura falsamente
por mi Nombre;
se instalará en la casa
hasta consumir
maderas y piedras.

Séptima:
El recipiente y la mujer

5 El ángel que hablaba conmigo se
adelantó y me dijo:
–Levanta la vista y mira lo que apa-
rece.
6 Pregunté: –¿Qué?

---

sector religioso no está muy interesado en una nueva monarquía, por eso tal vez considera que es la hora del sector religioso y por eso se hará mayor énfasis en la teocracia. Los judíos de hecho, no podían hacerse muchas ilusiones con entronizar de nuevo un rey ya que su condición de vasallos de Persia no se lo permitía. Sin embargo, no perdían la esperanza de que un descendiente davídico volviera a ocupar el trono en Jerusalén.

De todas formas, las perspectivas se ven lejanas, y por eso se empieza a soñar con dos tipos de Mesías: uno de índole sacerdotal y otro de índole civil o laico. Ambos procederán de un mismo y único Señor de toda la tierra que en esta visión es representado por el candelabro de las siete lámparas como símbolo de poderío y majestad. De Él proceden los dos ungidos, representados por los dos árboles de olivo que penden del candelabro. Las palabras dirigidas en forma exclusiva a Zorobabel indican la deferencia particular por este descendiente de David en quien se han fijado también las esperanzas de la restauración, la cual aunque insignificante al principio será grandiosa en su final, porque será fruto exclusivo del poder del Espíritu del Señor (14.10a).

5,1-4 Sexta: El libro volando. Esto manifiesta los escrúpulos concernientes a la pureza, necesaria en la reconstrucción de la ciudad y en el nuevo templo. Dos tipos de pecados sintetizan a todos los demás: el robo, que podríamos entender como pecado de índole ético-social, y el perjurio como atentado contra las sanas relaciones con Dios o pecado ético-religioso. Ambos pecados deben desaparecer completamente para poder adelantar las tareas de la reconstrucción.

5,5-11 Séptima: El recipiente y la mujer. La preocupación del profeta por una completa purificación es ilustrada con esta visión: la maldad completa del país es introducida en una gran olla y llevada por los aires por dos mujeres con alas de cigüeña. La mentalidad de la época hacía de Babilonia origen de todas las maldades, allá debía ser recluida la maldad existente en la tierra santa, allá en su propio lugar será venerada como una divinidad más.

Me contestó: –Un recipiente de una
medida de harina: así de grande es la cul-
pa en todo el país.
7 Entonces se levantó la tapa de plo-
mo y apareció una mujer sentada dentro
del recipiente.
8 Me explicó: –Es la maldad.
La empujó dentro del recipiente y
puso la tapa de plomo.
9 Levanté la vista y vi dos mujeres,
con alas de cigüeña aleteando en el vien-
to, que transportaban el recipiente entre
cielo y tierra.
10 Pregunté al ángel que hablaba con-
migo:
–¿Adónde se llevan el recipiente?
11 Me contestó:
–A construirle un santuario en territo-
rio de Senaar, y cuando esté terminado,
la pondrán sobre un pedestal.

Octava:
Los cuatro carros

6 1 Levanté la vista de nuevo y vi apa-
recer cuatro carros entre dos mon-
tañas: las montañas eran de bronce. 2 Del
primer carro tiraban caballos rojos; del
segundo, caballos negros; 3 del tercero,
caballos blancos; del cuarto, caballos
manchados.
4 Pregunté al ángel que hablaba con-
migo: –¿Qué significan, señor?
5 El ángel me respondió:
–Están al servicio del Dueño de todo
el mundo y salen a los cuatro vientos.
6 Los rojos parten hacia oriente, los ne-
gros hacia el norte, los blancos hacia
occidente, los manchados hacia el sur.
7 Salían briosos, dispuestos a recorrer
la tierra. Él les ordenó:
–Recorran la tierra.
Y lo hicieron. 8 Y a mí me gritó: –Los
que salen hacia el norte calman mi eno-
jo contra el país del norte.

La corona

9 El Señor me dirigió la palabra:
10 –Pide ofrendas a los exiliados que
han vuelto de Babilonia: a Jelday, Tobías
y Yedayas; después vete a casa de Jo-
sías, hijo de Sofonías. 11 Toma oro y pla-
ta, fabrica una corona y colócala en la
cabeza a Zorobabel hijo de Sealtiel. 12 Y
le dirás:
Así dice el Señor Todopoderoso:
Aquí está el hombre
llamado Germen,
que construirá el templo
–su descendencia germinará–;
13 él construirá el templo,
él asumirá la dignidad
y se sentará en el trono
para gobernar;
mientras el sumo sacerdote
se sentará en el suyo,
y reinará la concordia entre los dos.
14 La corona quedará en el templo del
Señor como recordatorio para Jelday, To-
bías, Yedayas y Josías, hijo de Sofonías.
15 Si obedecen al Señor, su Dios,
de lejos vendrán
a construir el templo,
y sabrán que
el Señor Todopoderoso
me ha enviado a ustedes.

6,1-8 Octava: Los cuatro carros. Quedaba pendiente la visión sobre el castigo infligido al país del Norte, Babilonia. Los cuatro carruajes realizan una purificación a los cuatro puntos de la tierra, pero en el fondo sólo se explicita como Dios aplaca su ira contra ese país.

6,9-15 La corona. Se completa el ciclo de visiones sobre la purificación de la ciudad, la investidura del sumo sacerdote y la reconstrucción del templo con este oráculo de invitación a coronar a Zorobabel como rey. Por la historia sabemos que Zorobabel nunca fue rey y que la monarquía en Israel nunca pudo ser restaurada al modo como se llegó a pensar en los primeros tiempos del postexilio.

El profeta intuye la restauración de los dos pilares de la vida de Israel, el religioso y el civil, y sueña con un ejercicio de poderes en paz y armonía (13). El exilio había servido en parte para purificar el pensamiento judío, pero quienes regresaron no fueron capaces de soñar con un Israel restaurado desde otras posibilidades, sino desde las mismas instituciones y estructuras que Babilonia les había truncado: el templo, el poder en torno al templo y la monarquía. Nunca se les ocurrió que hubiera estructuras que por más que se intentasen diseñar idealmente nunca serían benéficas para el pueblo.

Otra cosa que hay que recordar es que el proyecto de reconstrucción no fue jamás objeto de diálogo con los habitantes de Judá y de Jerusalén que no habían ido al destierro. Hubo dos perspectivas, dos proyectos diferentes, pero terminó imponiéndose el de los repatriados.

Consulta litúrgica: culto y justicia
(Is 58)

7 1 El año cuarto del reinado de Darío,
el cuatro del mes noveno, es decir,
en noviembre, el Señor dirigió la palabra
a Zacarías.
2 Betel-Saréser había enviado a Re-
guem-Melec con su séquito a aplacar al
Señor 3 y a consultar a los sacerdotes del
templo del Señor Todopoderoso y a los
profetas lo siguiente:
–¿Debemos observar el quinto mes un
día de duelo y abstinencia como lo veni-
mos haciendo desde hace años?
4 El Señor Todopoderoso me dirigió la
palabra:
5 –Di a la gente del campo y a los sa-
cerdotes: Cuando estos setenta años
ayunaban y hacían duelo los meses quin-
to y séptimo, ¿lo hacían en mi honor?
6 Cuando comen y beben, ¿no lo hacen
en provecho propio? 7 Recuerden las pa-
labras que proclamaba el Señor por me-
dio de los antiguos profetas, cuando
Jerusalén y los pueblos de su alrededor,
el Negueb y la Sefela todavía estaban ha-
bitados.
8 El Señor dirigió la palabra al profeta
Zacarías:
9 –Así dice el Señor Todopoderoso:

Hagan justicia de verdad,
que cada uno trate a su hermano
con amor y misericordia,
10 no opriman a viudas, huérfanos,
emigrantes y necesitados,
que nadie piense en hacer maldades
contra su prójimo.
11 Pero no hicieron caso,
me dieron la espalda rebelándose,
se taparon los oídos para no oír.
12 Endurecieron su corazón
como el diamante
y no escucharon la ley
ni las palabras
que el Señor Todopoderoso
inspiraba a los antiguos profetas.
Entonces el Señor Todopoderoso
se indignó profundamente y dijo:
13 Como no escucharon
cuando yo los llamaba,
no los escucharé cuando me llamen.
14 Y los dispersaré
por naciones extranjeras;
a su espalda quedó
la tierra devastada,
sin vecinos ni caminantes.
Así convirtieron
una tierra envidiable
en una desolación.

7,1–8,23. Estos dos últimos capítulos, cierran la primera parte del libro de Zacarías. En ellos encontramos varios puntos de contacto entre la profecía nueva, es decir, la que se está desarrollando en la primera época del postexilio, con aquella que podría llamarse profecía clásica, la que se desarrolló antes del exilio. Por primera vez en Zacarías encontramos una doctrina en materia de justicia social y otros aspectos que no habían aparecido aún, dado que su mensaje y su preocupación primaria fue el tema de la reconstrucción del templo, la entronización ideal del sumo sacerdote y la coronación del «Germen» para Israel.

7,1-14 Consulta litúrgica: culto y justicia. La oportunidad de este oráculo se da gracias a la consulta sobre si era necesario continuar la práctica de un día de ayuno y penitencia por la destrucción de la ciudad y del templo. Ahora que todo está volviendo a su normalidad, ¿se debe mantener el ayuno? El profeta desenmascara el formalismo de esa práctica. Pensaban que el beneficiado con todo ello era Dios, pero el profeta hace notar que los únicos beneficiados eran ellos y, sin embargo, la han convertido en un cumplimiento vacío.

Recurriendo a la predicación de los profetas anteriores al destierro, Zacarías enseña la necesidad de dar un sentido también de justicia a las prácticas religiosas. Si no hay inclinación ni sensibilidad por los más débiles y excluidos de la sociedad, ninguna práctica religiosa sirve para nada, ni siquiera se debe hacer, y mucho menos en nombre del Señor. ¿Para qué un ayuno carente de solidaridad con el hambriento? ¿Para qué vestirse de saco y ceniza por un día cuando no hay sensibilidad por los miles de desnudos? ¿Para qué un día de lamentación y duelo fingido cuando todos los días hay viudas y huérfanos a quienes nadie escucha sus lamentos ni se compadece de su dolor? La práctica de justicia no puede quedarse entonces en un mero enunciado o frase que deja las cosas como están.

Zacarías, al igual que los antiguos profetas, comienza por aplicar la justicia a la cotidianidad de la vida israelita: que los juicios sean rectos y no siempre a favor del más poderoso que tiene con qué comprar la conciencia del juez; la práctica del amor y la misericordia... El profeta, invocando la forma de actuar de los habitantes de la Jerusalén de antes, que escuchaban a los profetas y no les hacían caso (9-12), previene a esta nueva generación para que sepan que esos criterios siguen siendo válidos, que pasar por alto los mandatos del Señor puede acarrearles también hoy la misma reacción de Dios, esto es, el rechazo a sus prácticas vacías y el castigo por sus injusticias (13s).

Diez promesas
(Jr 30s; 33; Ez 36,16-38)

8 1 El Señor Todopoderoso envió este mensaje:
2 *Así dice el Señor Todopoderoso*:
Siento celos de Sión, celos terribles,
siento de ella unos celos
que me arrebatan.
3 *Así dice el Señor Todopoderoso*:
Volveré a Sión,
habitaré en medio de Jerusalén;
Jerusalén se llamará Ciudad fiel,
el monte del Señor Todopoderoso,
Monte santo.
4 *Así dice el Señor Todopoderoso*:
Otra vez se sentarán
ancianos y ancianas
en las calles de Jerusalén,
y habrá hombres tan ancianos
que se apoyarán en bastones;
5 las calles de la ciudad
se llenarán de niños y niñas
que jugarán en la calle.
6 *Así dice el Señor Todopoderoso*:
Si esto parece imposible
a los ojos del resto de este pueblo,
¿será también imposible para mí?
7 *Así dice el Señor Todopoderoso*:
Yo salvaré a mi pueblo y lo traeré
de los países de oriente y occidente,
para que habite en Jerusalén.
8 Ellos serán mi pueblo,
yo seré su Dios auténtico y legítimo.
9 *Así dice el Señor Todopoderoso*:
Anímense a trabajar
los que escucharon estas palabras,
pronunciadas por los profetas,
el día en que se echaron
los cimientos para la construcción
del templo del Señor Todopoderoso.
10 Porque antes no había salario
para hombres ni animales,
no había seguridad
para los que iban y venían,
a causa del enemigo.
Yo enfrentaba unos contra otros.
11 Ahora no trataré
al resto del pueblo
como en tiempos pasados
–oráculo del Señor Todopoderoso–.
12 Sembrarán tranquilos,
la viña dará su fruto,
la tierra dará su cosecha,
el cielo dará su rocío;
todo se lo entrego como herencia
al resto de este pueblo.
13 Así como antes,
pueblo de Judá y pueblo de Israel
fueron maldecidos por los paganos,
así ahora los salvaré
y serán bendecidos.
No teman, anímense.
14 *Así dice el Señor Todopoderoso*:
Como planeaba desgracias
contra ustedes,
cuando me irritaban sus padres,
y no me arrepentía
–dice el Señor Todopoderoso–,
15 así cambiaré en estos días
mis planes
para hacer bien a Jerusalén y a Judá.
No teman.
16 Esto es lo que tienen que hacer:
Decir la verdad al prójimo,

8,1-23 Diez promesas. Podríamos denominar este capítulo como un «oráculo múltiple», pues en realidad son diez oráculos en uno solo. Para intentar entenderlo mejor podemos reducirlo a un esquema muy sencillo: *promesa-exigencias-efectos* hacia el futuro. El profeta parte de una actitud de Dios: Él está celoso por Sión, arde en deseos de volver a habitarla (2), y decide volver; por tanto, promete establecerse de nuevo en ella (3) y poblarla de nuevo (4s). Aunque para muchos sea algo imposible lo que Dios piensa realizar (6), Él está decidido a salvar a su pueblo, Él mismo hará volver a los dispersos (7); con ellos promete restablecer en primer lugar la Alianza: «ellos serán mi pueblo, yo seré su Dios auténtico y legítimo» (8).

Con la restauración de la Alianza vienen las promesas de un cambio de situación que comienza con la normalización de las relaciones interpersonales o, si se quiere, intergrupales (10), cambio de situación en lo que atañe al necesario bienestar y prosperidad (12), que se traduce en bendición (13), y paz (15), elementos esenciales del «shalom» hebreo y del «salam» árabe. Estas promesas, fruto de la decisión divina, implican unos compromisos efectivos (16-19) que tienen que ver tanto con la relación con los demás: justicia y rectitud (16.17a), como con las relaciones con Dios (17b.19). Las promesas inquebrantables de Dios y el esfuerzo del pueblo por cumplir sus compromisos traerán efectos propios a la vida interna (9-15), y a la vida externa: muchos otros se animarán a regresar, pero también pueblos y naciones de otras lenguas llegarán hasta Jerusalén atraídos por las obras del Señor; allí le adorarán y pedirán también ellos su protección (20-23).

juzgar con integridad
en los tribunales;
17 no tramar males
unos contra otros,
no acostumbrarse a jurar en falso,
que yo aborrezco todo eso
–oráculo del Señor–.
18 El Señor Todopoderoso
me dirigió la palabra:
19 *Así dice el Señor Todopoderoso*:
El ayuno de los meses
cuarto, quinto, séptimo y décimo
se cambiará para Judá en gozo,
alegría y festividad.
Amen la sinceridad y la paz.
20 *Así dice el Señor Todopoderoso*:
Todavía vendrán pueblos
y vecinos de ciudades populosas;
21 los habitantes de una ciudad
irán a los de otra y les dirán:
Vamos a apaciguar al Señor.
–Yo voy contigo a visitar
al Señor Todopoderoso.
22 Así vendrán pueblos numerosos
y naciones poderosas
a visitar al Señor Todopoderoso
en Jerusalén y a apaciguar al Señor.
23 *Así dice el Señor Todopoderoso*:
En aquellos días diez hombres
de cada lengua extranjera
agarrarán a un judío
por el borde del manto y le dirán:
Queremos ir con ustedes,
porque hemos oído
que Dios está con ustedes.

Contra las naciones

(Am 1,3-10)

9 1 La Palabra del Señor
llega al territorio de Jadrac,
y se detiene en Damasco;
porque al Señor le pertenece
la capital de Siria
como todas las tribus de Israel;
2 y también la vecina Jamat,
y Tiro y Sidón,
con toda su sabiduría.
3 Tiro se construyó una fortaleza,
amontonó plata como polvo
y oro como barro de la calle;
4 pero el Señor se apoderará de ella,
arrojará al mar sus riquezas
y ella será consumida por el fuego.
5 Ascalón al verlo temblará,
Gaza se retorcerá y también Ecrón,
porque su esperanza
quedó defraudada.
Será eliminado el rey de Gaza,
Ascalón quedará deshabitada.
6 En Asdod habitarán bastardos,
y aniquilaré el orgullo de los filisteos.
7 Les arrancaré de la boca la sangre
y de los dientes
las comidas prohibidas:
entonces un resto de ellos
será de nuestro Dios,
será como una tribu de Judá
y Ecrón como los jebuseos.
8 Pondré una guarnición en mi casa
contra los que merodean,
y no volverá a pasar el tirano,
porque ahora vigilo con mis ojos.

Paz y guerra

9 Alégrate, ciudad de Sión:
grita de júbilo, Jerusalén;
mira a tu rey que está llegando:
justo, victorioso, humilde,
cabalgando un burro,
una cría de burra.
10 Destruirá los carros de Efraín
y los caballos de Jerusalén;

9,1-8 Contra las naciones. Oráculo de condenación contra varias naciones de las cuales Israel tiene ingratos recuerdos del pasado. El profeta tiene en mente la irrupción de una época nueva para su pueblo, pero no puede dejar de anunciar la desgracia para las naciones que oprimieron a Israel en tiempos pasados. Se resalta así el señorío universal de Dios sobre todos los pueblos y se abre una ventana a la posible incorporación de los paganos al Israel restaurado (7). Dios mismo se encargará de vigilar y proteger a su pueblo (8).

9,9-15 Paz y guerra. La mención de los griegos en el versículo 13 refleja el período de dominación griega que sobrevino con las conquistas de Alejandro Magno y su victoria sobre el poder persa. Estaríamos hablando de finales del s. IV a.C., época en que la ideología mesiánica presenta ya dos vertientes: una de tipo triunfalista, nacionalista, y militar, y otra de carácter más bien sobrio, centrada en la espera de un Mesías humilde, sin pretensiones triunfalistas. Esta última es la que se ve reflejada en versículo 9.

El Nuevo Testamento va a ver en Jesús al Mesías humilde descrito aquí por Zacarías, al hombre de dolores (Is 53,3) que cargó con nuestras culpas (Is 53,6). Su poder no está determinado por su ejército ni por sus guerreros, está determinado por su constitutivo

destruirá los arcos de guerra
proclamará la paz a las naciones;
dominará de mar a mar,
del Gran Río al confín de la tierra.
11 Por la sangre de tu alianza,
libertaré a los presos del calabozo.
12 Regresen a la ciudad fortificada,
cautivos esperanzados;
hoy te envío un segundo mensajero.
13 Tensaré a Judá como un arco
y lo cargaré con Efraín;
Sión, te convierto
en espada de campeón,
e incitaré a tus hijos
contra los de Grecia.
14 El Señor se les aparecerá
disparando flechas como rayos,
el Señor tocará la trompeta
y avanzará entre huracanes del sur.
15 El Señor Todopoderoso
será su escudo:
se tragarán como carne
a los honderos,
beberán como vino su sangre,
se llenarán como copas
o como salientes de altar.

Fecundidad

16 Aquel día el Señor los salvará,
y su pueblo será
como un rebaño en su tierra,
como piedras agrupadas
en una diadema.
17 ¡Qué felicidad, qué belleza!
El trigo hará florecer a los jóvenes,
el vino nuevo a las muchachas.

10 1 Pidan al Señor
las lluvias tempranas y tardías,
que el Señor envía
los relámpagos y los aguaceros,
da pan al hombre
y hierba al campo.
2 En cambio, los ídolos dan
respuestas vacías,
los adivinos solo ven falsedades,
cuentan sueños fantásticos,
consuelan sin provecho.
Por eso el pueblo vaga perdido
como ovejas sin pastor.

Repatriación

3 Contra los pastores
se enciende mi cólera,
voy a castigar a los chivos.
El Señor Todopoderoso cuidará
de su rebaño –la casa de Judá–
y hará de él
su caballo preferido en la batalla.
4 De ellos saldrá la piedra angular
y estacas para las tiendas,
los arcos guerreros
y los capitanes;
5 todos juntos serán como soldados
que pisan el barro de la calle
en la batalla; pelearán
porque el Señor está con ellos,
y los jinetes saldrán derrotados.
6 Fortaleceré a la casa de Judá,
daré la victoria a la casa de José,
los devolveré a su patria
porque me dan lástima,
y serán
como si no los hubiera rechazado.
Yo soy el Señor, su Dios,
que les responde.
7 Efraín será como un soldado,
se sentirá alegre,
como si hubiera bebido;
sus hijos al verlo se alegrarán,
se sentirán gozosos con el Señor.
8 Silbaré para reunirlos,
porque los rescaté,
y serán tan numerosos como antes.
9 Si los dispersé por varias naciones,

---

esencial que es la paz, único bien que hace florecer la vida en la tierra. La mención de los jóvenes y las doncellas (16s), sirve para ilustrar la nueva generación marcada por la paz y la prosperidad, características de la era mesiánica.

9,16–10,2 Fecundidad. Todavía en conexión con el tema de la era mesiánica, estos dos versículos refuerzan la bondad del reinado del Mesías, único capaz de proporcionar la lluvia necesaria para esa fecundidad descrita al final de la sección anterior. Este presupuesto sirve para recordar que fuera del Señor nada ni nadie puede proporcionar vida, alegría, estabilidad y paz. La mención de los pastores irresponsables que abandonan a sus ovejas, prepara la siguiente sección dirigida contra ellos precisamente.

10,3–11,3 Repatriación. Como otros profetas anteriores, Zacarías denuncia la irresponsabilidad de los pastores –reyes– de Israel (cfr. Jr 23,1-3). A causa de ellos el pueblo se ha extraviado. Por tal motivo, el Señor tomará represalias contra pastores y machos ca-

allá lejos criarán hijos,
se acordarán de mí y volverán.
10 Los devolveré a su patria
desde Egipto,
los reuniré en Asiria,
los conduciré a Galaad y al Líbano
y ni siquiera así
habrá sitio suficiente.
11 Entonces atravesarán un mar hostil:
golpearé el mar agitado
y se secará el fondo del Nilo.
Será abatido el orgullo de Asiria
y arrancado el cetro de Egipto;
12 con la fuerza del Señor
avanzarán en su nombre
–oráculo del Señor–.

11 1 Abre tus puertas, Líbano,
que el fuego se alimente
con tus cedros.
2 Gime, ciprés, que ha caído el cedro,
han talado los árboles poderosos;
giman, encinas de Basán,
que ha caído la selva impenetrable.
3 Escuchen: gimen los pastores,
porque han arrasado sus pastos;
escuchen: rugen los leones,
porque han arrasado
la arboleda del Jordán.

Ovejas y pastores
(Ez 34)

4 Así dice el Señor, mi Dios: Engorda
las ovejas para la matanza: 5 los compra-
dores las matan sin sentirse culpables;
los vendedores dicen: ¡Bendito sea Dios!,
me hago rico; los pastores no se compa-
decen de ellas.

6 No volveré a perdonar
a los habitantes del país
–oráculo del Señor–;
entregaré a cada uno en manos
de su pastor y de su rey;
cuando destruyan el país,
no los libraré de sus manos.

7 Entonces yo engordé las ovejas para
la matanza, por cuenta de los comercian-
tes. Tomé dos bastones: a uno lo llamé
Belleza, al otro Unión, y seguí engordando
las ovejas. 8 En un mes eliminé a los tres
pastores: ya no los aguantaba, ni ellos a
mí. 9 Les dije: –No quiero seguir pasto-
reando con ustedes. Si una se muere, que
se muera; si una perece, que perezca; las
que queden se comerán unas a otras.
10 Tomé el bastón Belleza y lo rompí,
en señal de que anulaba mi alianza con
todas las naciones. 11 Aquel día se anuló,
y los comerciantes que me vigilaban
comprendieron que se trataba de una Pa-
labra del Señor.
12 Entonces les dije:
–Si les parece bien, páguenme el sala-
rio; si no, déjenlo.
Ellos pesaron mi salario: treinta mo-
nedas de plata.
13 Y el Señor me dijo: –Échalo en el te-
soro del templo.
Yo tomé aquella valiosa suma en que
me habían valorado y la eché en el teso-
ro del templo del Señor.
14 Después rompí el segundo bastón,
Unión, en señal de que anulaba la her-
mandad de Judá e Israel.
15 El Señor me ordenó:

---

bríos –¿jefes?–, pero su acción no se queda en el mero castigo. Su verdadera acción está en reunir de nuevo a las ovejas dispersas y encargarse Él mismo de su cuidado. La dispersión del rebaño ha sido aprovechada por los poderosos para oprimir a las ovejas; pues bien, con esas mismas ovejas débiles y dispersas, Dios hará su caballo glorioso con el que aplastará la prepotencia de las naciones que se creen invencibles. El avance del vencedor será la gloria para Israel.

Nótese la utilización de imágenes que recuerdan la liberación de Egipto y el paso del Mar Rojo (10,10-12). Este triunfo definitivo de los que antes estaban derrotados no puede menos que ser cantado con júbilo (cfr. Éx 15,1-21). Los que se creían grandes, poderosos e invencibles han caído y se han hecho cenizas. El lamento o la invitación a gemir (11,2), es una sátira contra la prepotencia de los poderosos.

11,4-17. 13,7-9 Ovejas y pastores. Con la imagen del rebaño y del pastor como telón de fondo, se desarrolla esta sección en la que se utiliza, además, una acción simbólica realizada por el profeta a instancias de su Dios. No hay claridad sobre algunos aspectos de esta sección: tres pastores que son eliminados en un solo mes, ¿a qué puede referirse? Dos cayados denominados «Belleza» y «Concordia» que son quebrados, ¿se estará refiriendo a la división del reino y su posterior hundimiento en 721 y 587 a.C.? O, ¿más bien podría tratarse de los dos ungidos propuestos por Zacarías I?

El pastor al que se le paga su salario –30 siclos de plata– que finalmente son depositados en la alcancía del templo, queda también en incógnita. Mateo se lo aplicará a Judas el que vendió a Jesús (Mt 26,14s). 13,7-9 aparece desplazado a este lugar por conside-

Vístete con la ropa
de un pastor irresponsable.
16 Porque yo pondré en el país
un pastor que descuide
a las ovejas extraviadas
y no busque a las perdidas,
que no sane a las heridas
ni alimente a las sanas,
que se coma las gordas
y les arranque las pezuñas.
17 ¡Ay del mal pastor
que abandona el rebaño!
¡Que un puñal hiera su brazo,
y su ojo derecho!
¡Que se le paralice el brazo,
que se le ciegue el ojo derecho!

13 7 ¡Levántate, espada,
contra mi pastor,
contra mi ayudante!
–oráculo del Señor Todopoderoso–.
Hiere al pastor,
que se dispersen las ovejas;
volveré mi mano
contra los pequeños.
8 En todo el país –oráculo del Señor–
dos tercios serán arrancados
y perecerán,
y quedará sólo un tercio.
9 Ese tercio lo pasaré por fuego,
lo purificaré como al oro,
lo limpiaré como a la plata.
Después me llamará
y yo le contestaré;
diré: Son mi pueblo,
y ellos dirán: El Señor es mi Dios.

Aquel día

12 1 Oráculo. Palabra del Señor para
Israel. Oráculo del Señor que des-
plegó el cielo, cimentó la tierra y formó el
espíritu del hombre dentro de él.
2 Miren: voy a hacer de Jerusalén una
copa embriagadora para todos los pue-
blos vecinos; también Judá estará en el
asedio de Jerusalén.
3 *En aquel día* haré de Jerusalén una
piedra muy pesada para todos los pue-
blos: cuando se alíen contra ella todas las
naciones del mundo, el que intente le-
vantarla se herirá con ella.

4 Aquel día –oráculo del Señor–
haré que se espanten los caballos
y se asusten los jinetes;
pondré mis ojos en Judá
y cegaré los caballos
de los paganos.
5 Las tribus de Judá se dirán:
Los vecinos de Jerusalén
cobran fuerzas
gracias al Señor Todopoderoso,
su Dios.
6 Aquel día haré de las tribus de Judá
un incendio en el bosque,
una antorcha entre la paja,
devorarán a derecha e izquierda
a todos los pueblos vecinos.
Mientras Jerusalén
seguirá habitada en su sitio.
7 El Señor salvará las tiendas de Judá
como antiguamente:
así ni la dinastía davídica
ni los vecinos de Jerusalén
mirarán con orgullo a Judá.
8 Aquel día escuchará el Señor
a los vecinos de Jerusalén:
el más inseguro
se sentirá fuerte como David,
el sucesor de David será un dios,

---

rarse que es continuación de esta sección. Concluye la idea que se viene desarrollando en torno al rebaño dividido. Con el tercio que escapa de la matanza, el Señor hará cosas increíbles. Ellos reconocerán al Señor y Él los llamará «mi pueblo», es decir, con ellos restaurará la Alianza.

12,1–14,21 Aquel día. Sección final cargada de promesas de salvación y gloria para Jerusalén. El tono de estos capítulos es eminentemente apocalíptico y escatológico, lo cual se deduce de su reiterada fórmula «entonces aquel día...», «sucederá en aquel día...». El profeta alude a imágenes y sucesos que están por venir. Hay quienes ven en estos capítulos una unidad independiente del resto del libro por el cambio de tema y de tono, sin embargo, otros autores afirman que hay una cierta coherencia con el pensamiento desarrollado a partir del capítulo 9.

12,1-14: El versículo 1 introduce con toda solemnidad una serie de oráculos favorables a Jerusalén y a Judá. La esencia de esta sección está en el mensaje de liberación definitiva de Jerusalén que será convertida en «copa embriagadora» (2), y en «piedra que hiere» (3), mas no triunfará Jerusalén sobre sus enemigos por sí sola, sino por la ayuda efectiva de su Señor. Él mismo espantará los caballos, asustará a los jinetes y cegará los caballos de los paganos (4). Todos reconoce-

como un ángel del Señor
al frente de ellos.
9 *En aquel día* me dispondré
a aniquilar
a todas las naciones
que invadan Jerusalén.
10 Sobre la dinastía davídica
y los vecinos de Jerusalén
derramaré un espíritu
de gracia y de súplica.
Al mirarme traspasado
por ellos mismos,
harán duelo como por un hijo único,
llorarán como se llora
a un primogénito.
11 Aquel *día* el luto de Jerusalén
será tan grande
como el de Hadad-Rimón,
en el valle de Meguido.
12 Hará duelo el país,
familia por familia:
la familia de David por su lado,
y sus mujeres por su lado;
la familia de Natán por su lado,
y sus mujeres por su lado;
13 la familia de Leví por su lado,
y sus mujeres por su lado;
la familia de Semeí por su lado,
y sus mujeres por su lado;
14 todas las familias supervivientes
cada una por su lado,
y sus mujeres por su lado.

13 1 Aquel día
se abrirá un manantial
para que puedan lavar en él
sus pecados e impurezas
la dinastía de David
y los vecinos de Jerusalén.
2 *En aquel día*
–oráculo del Señor Todopoderoso–
arrancaré del país
los nombres de los ídolos
y no serán invocados más;
también apartaré del país
sus profetas
y el espíritu que los contamina.

3 Si uno vuelve a profetizar, los mis-
mos padres que lo engendraron le dirán:
No quedarás vivo, por haber profetizado
mentiras en nombre del Señor. Sus mis-
mos padres lo apuñalarán por hacerse
pasar por profeta.
4 *En aquel día* se avergonzarán los
profetas de sus visiones y profecías y no
se vestirán mantos peludos para enga-
ñar. 5 Dirán: No soy profeta, sino labra-
dor; la tierra es mi ocupación desde la ju-
ventud. 6 Le preguntarán: ¿Y qué son
esas heridas que llevas entre los brazos?
Contestará: Es que me hirieron en casa
de mis amantes.

14 1 Miren que llega
el día del Señor,
en que tus despojos, Jerusalén,
serán repartidos en medio de ti.
2 Movilizaré a todas las naciones
contra Jerusalén;
conquistarán la ciudad,
saquearán las casas,
violarán a las mujeres;

---

rán que Jerusalén ha cobrado su fuerza a causa de su Dios (5-9). El versículo 10 describe la efusión del Espíritu sobre la dinastía davídica y los vecinos de Jerusalén con el fin de introducir un pasaje de difícil interpretación. Ese espíritu será de gracia y de súplica, que les permitirá mirar con dolor al traspasado (10b-14). ¿Quién es ese traspasado? El contexto nos habla del mismo Dios. El Nuevo Testamento aplicará esta profecía a Jesús en la cruz (cfr. Jn 19,37).

13,1-6: La Jerusalén futura no sólo podrá contar con una primacía militar. Ya 12,10 anunciaba la efusión del espíritu de gracia y de súplica como anticipo de lo que también va a formar parte de la ciudad futura: la purificación de los pecados e impurezas, incluyendo el mismo culto (1), porque se extirparán del país los ídolos sus profetas, automáticamente considerados falsos (2), al punto de que hasta los mismos familiares de estos profetas se encargarán de perseguirlos. La mención de las heridas en los brazos (6), alude a las prácticas de hacerse incisiones en la piel con el fin de alcanzar el trance y obtener visiones.

No hay que ver pues aquí un vaticinio del final de la profecía en Israel, como algunos proponen. Cierto que con Zacarías estamos llegando al final de este período, mas aquí no es el caso. El contexto nos ayuda a entender que en la Jerusalén del futuro no habrá profetas falsos porque los ídolos a quien ellos sirven van a ser extirpados.

14,1-21: Utilizando las imágenes que quedaron en la tradición sobre la destrucción de Jerusalén en el 587 a.C., el profeta describe los días previos a su «día final», el día de su victoria definitiva (1s). Después de los dolores y padecimientos, vendrá un cambio radical en todos los sentidos en el tiempo y en el espacio: el

la mitad de la población
marchará al destierro,
el resto del pueblo
no será expulsado de la ciudad.
3 Porque el Señor saldrá a luchar
contra esas naciones como
cuando salía a luchar
en la batalla.

4 Aquel día asentará los pies sobre el
Monte de los Olivos, a oriente de Jeru-
salén, y lo dividirá por el medio forman-
do un gran valle de este a oeste: la mitad
del monte se apartará hacia el norte, la
otra mitad hacia el sur. 5 El valle de Hinón
quedará bloqueado, porque el valle entre
los dos montes seguirá su dirección. Y
ustedes huirán como cuando el terremo-
to en tiempos de Ozías, rey de Judá. Y
vendrá el Señor, mi Dios, con todos sus
consagrados.

6 *En aquel día* no habrá más
astros luminosos, frío y hielo;
7 será un día único,
elegido por el Señor,
sin distinción de noche y día,
porque al atardecer
seguirá habiendo luz.
8 *En aquel día* brotará
un manantial en Jerusalén:
la mitad fluirá
hacia el mar oriental,
la otra mitad
hacia el mar occidental;
lo mismo en verano
que en invierno.
9 El Señor será rey de todo el mundo.
Aquel día el Señor será único
y su nombre único.

10 Todo el país se transformará en lla-
nura: desde La Gueba hasta Rimón Ne-
gueb. Jerusalén estará en alto y habi-
tada, desde la Puerta de Benjamín hasta
la Puerta Vieja y hasta la Puerta del Án-
gulo, desde la torre de Jananel hasta las
Bodegas del Rey. 11 Estará habitada, no
volverá a ser amenazada de exterminio;
habitarán en Jerusalén tranquilos.

12 A todos los pueblos
que lucharon contra Jerusalén
el Señor les impondrá
el siguiente castigo:
se les pudrirá la carne
mientras estén de pie,
se les pudrirán los ojos
en las cuencas,
se les pudrirá la lengua en la boca.
13 *En aquel día* les asaltará
un pánico terrible
enviado por el Señor.
Cuando uno agarre la mano
de un camarada,
el otro volverá su mano contra él.
14 Hasta Judá
luchará contra Jerusalén.
Arrebatarán las riquezas
de los pueblos vecinos:
plata y oro y trajes innumerables.

15 Los caballos, mulos, burros, ca-
mellos y demás animales que haya en los
campamentos sufrirán el mismo castigo.
16 Los supervivientes de las naciones que
invadieron Jerusalén vendrán cada año a
rendir homenaje al Rey, al Señor Todopo-
deroso, y a celebrar la fiesta de las Cho-
zas. 17 La tribu que no suba a Jerusalén a
rendir homenaje al Rey no recibirá lluvia
en su territorio. 18 Si alguna tribu egipcia
no acude, el Señor la castigará como
castiga a los que no van a celebrar la
fiesta de las Chozas. 19 Ésa será la pena
de Egipto y de las naciones que no ven-
gan a celebrar la fiesta de las Chozas.

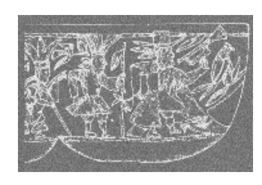
---

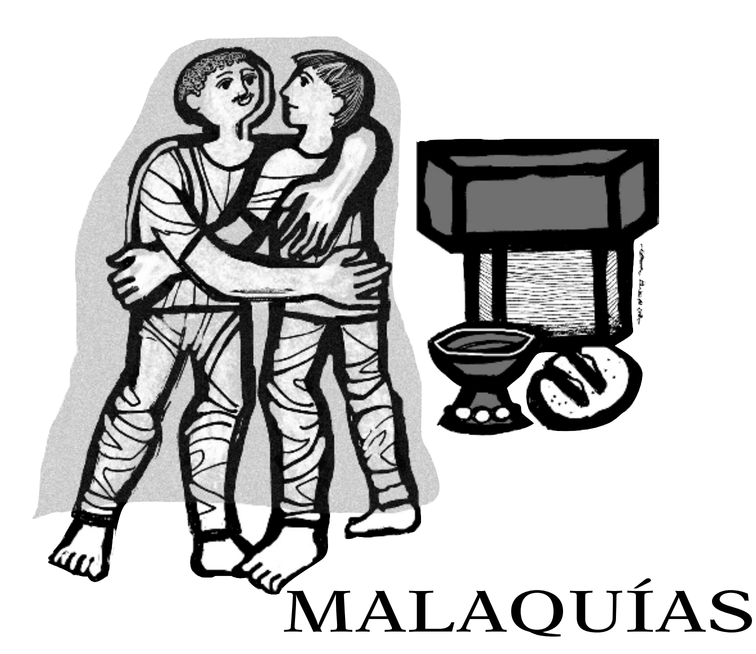
tiempo ya no será más cambiante, será un eterno día lleno de luz y felicidad; el espacio geográfico, de por sí árido y abrupto, se convertirá en llanura fértil, gracias a las fuentes que le irrigan tanto a oriente como a occidente (cfr. Ez 47,1-12). Son éstas las bases para una ciudad segura, tranquila y en paz, gracias a la permanente presencia del Señor y sus santos en ella (3-11). Pero antes de esta era idílica, el Señor castigará a todos los pueblos y naciones que han hecho el mal a Jerusalén, sin embargo, no los aniquilará completamente. De ellos quedará un «resto» que de algún modo entrará en comunión con el pueblo elegido, cumpliendo como todos la obligación de subir a Jerusalén a dar culto al Señor (12-19). Los versículos 20s «desmontan» la exclusividad sacra de ciertos elementos al poner en su mismo nivel cosas tan profanas como las campanillas de los caballos y los calderos de Jerusalén. ¿Sátira contra el sacralismo exagerado de ciertos objetos?

Termina el libro con la constatación de un anhelo que sólo Jesús vendrá a colmar: expulsar del templo a mercaderes y cambistas porque hacían del lugar un lugar profano como cualquiera (21c).

20 Aquel día
los cascabeles de los caballos
llevarán escrito:
Consagrado al Señor;
las ollas del templo
serán tan sagradas
como los aspersorios del altar.

21 Todas las ollas de Jerusalén y Judá
estarán consagradas al Señor.
Los que vengan a ofrecer sacrificios
las usarán para guisar en ellas.
Y ya no habrá, aquel día,
mercaderes en el templo
del Señor Todopoderoso.





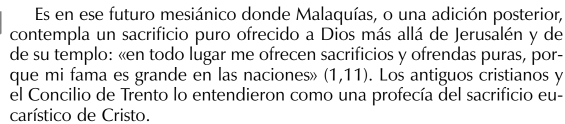
MALAQUÍAS

El profeta y su época. Malaquías aparece en la Biblia como el último de los profetas, pero lo que nosotros tomamos por nombre propio es sólo un simple título, que significa «Mensajero del Señor». Aparece en 3,1 y de ahí pasó a 1,1 para encabezar algunas profecías anónimas. El autor es desconocido. Por algunos indicios del texto conjeturamos que es del s. V a.C., antes de la reforma de Esdras y Nehemías, entre el 480 y el 450 a.C. El templo está reconstruido y el culto funciona (1,10.12s), sacerdotes y levitas están organizados (2,3-9).

Desanimado el pueblo al ver que las antiguas promesas siguen sin cumplirse, cae en la apatía religiosa y en la desconfianza. Duda del amor del Señor y de su interés por el pueblo, lo cual repercute en el culto y en la ética. Es la impresión que nos deja el breve libro; pero no sabemos si sus rasgos diseñan el cuadro completo.

Mensaje religioso. En un estilo directo y amenazador se enfrenta con los sacerdotes y levitas que degradan el culto al Señor en el templo, con ofrendas miserables que delatan la falta de disposición interior y la falsa relación que mantenían con Dios. Al igual que Ageo y el Cronista, nuestro profeta ve en la purificación del culto del templo la fuerza espiritual que devolvería la identidad a un pueblo pobre y sometido, y adelantaría la futura restauración mesiánica.





Es en ese futuro mesiánico donde Malaquías, o una adición posterior, contempla un sacrificio puro ofrecido a Dios más allá de Jerusalén y de de su templo: «en todo lugar me ofrecen sacrificios y ofrendas puras, porque mi fama es grande en las naciones» (1,11). Los antiguos cristianos y el Concilio de Trento lo entendieron como una profecía del sacrificio eucarístico de Cristo.

1 1 Oráculo. El Señor dirigió la palabra a
Israel por medio de Malaquías.

Amor de Dios y elección

2 Dice el Señor: Yo los amo. Ustedes pre-
guntan: ¿En qué se nota que nos amas?
Oráculo del Señor: ¿No eran hermanos
Jacob y Esaú? Sin embargo, amé a Jacob
3 y aborrecí a Esaú, convertí sus montes en
un desierto, y di su herencia a los chacales
del desierto. 4 Si Edom dice: Aunque este-
mos deshechos, reconstruiremos nuestras
ruinas; el Señor Todopoderoso replica:
Ellos construirán y yo derribaré. Y los lla-
marán Tierra Malvada, Pueblo de la Ira Per-
petua del Señor.
5 Cuando ustedes lo vean con sus ojos,
dirán: La grandeza del Señor desborda las
fronteras de Israel.

Delitos cúlticos
(Lv 22,17-25)

6 El hijo honra a su padre, el servidor a
su señor. Pero si yo soy padre, ¿dónde está
el honor que me pertenece?; si yo soy el se-
ñor, ¿dónde el respeto que se me debe? El
Señor Todopoderoso les habla a ustedes:
¡Sacerdotes que desprecian mi nombre! Us-
tedes preguntan: ¿En qué hemos despre-
ciado tu nombre?
7 Traen a mi altar pan manchado y enci-
ma preguntan: ¿Con qué te manchamos?
Con pretender que la mesa del Señor pue-
de ser despreciada, 8 que traer víctimas cie-
gas no es malo, que traerlas rengas o en-
fermas no es malo. Ofrézcanselas a su
gobernador, a ver si le agradan y les mues-
tra su favor –dice el Señor Todopoderoso–.
9 Eso traen y, ¿pretenden que él les muestre
su favor? Pues bien, dice el Señor Todopo-
deroso, imploren a Dios para que él les ten-
ga piedad. 10 Ojalá alguien de ustedes les
cerrara las puertas, para que no enciendan
inútilmente el fuego de mi altar. Ustedes no
me agradan y no acepto la ofrenda de sus
manos –dice el Señor Todopoderoso–.
11 Desde donde sale el sol hasta su oca-
so es grande mi fama en las naciones, y en
todo lugar me ofrecen sacrificios y ofrendas
puras; porque mi fama es grande en las na-
ciones –dice el Señor Todopoderoso–.
12 Ustedes, en cambio, la profanan cuando
dicen: La mesa del Señor está manchada y
su comida no vale la pena. 13 Dicen: ¡Qué
aburrimiento!, y me desprecian –dice el Se-
ñor Todopoderoso–. Me traen víctimas ro-
badas, rengas, enfermas, y, ¿voy a aceptar-
las de sus manos? –dice el Señor–.
14 Maldito el mentiroso que tiene un macho
en su rebaño y ofrece una víctima castrada
al Señor. Yo soy el Gran Rey y mi nombre
es respetado en las naciones –dice el Señor
Todopoderoso–.

2 1 Y ahora les toca a ustedes, sacerdo-
tes: 2 Si no me obedecen y no se pro-
ponen honrarme –dice el Señor Todopode-
roso– les enviaré mi maldición; maldeciré
sus bendiciones, las maldeciré porque no
hacen caso. 3 Miren que les arranco el bra-
zo y les arrojo basura a la cara; la basura de
sus fiestas... 4 Entonces sabrán que yo les
envié este mensaje, mientras duraba mi
alianza con Leví –dice el Señor Todo-
poderoso–. 5 Mi alianza con él era de vida y
paz; se la di, para que temiera, respetara y
reverenciara mi nombre.
6 Una doctrina auténtica llevaba en la
boca y en sus labios no se hallaba maldad;

1,1 Título del libro. A diferencia de los demás libros proféticos, no aparece tan claro su autor. Según muchos, se trata de un autor anónimo que de algún modo fue denominado con el sustantivo «malaquí» (3,1), que significa «mi heraldo», «mi mensajero».

1,2-5 Amor de Dios y elección. Quizás una historia vista más desde el dolor, el sufrimiento y la opresión, no permita percibir con claridad las acciones de Dios a favor de su pueblo. De ahí la pregunta amarga, y cargada de escepticismo: ¿en qué se nota que nos ama Dios? El profeta resalta el amor gratuito de ese Dios que por encima de todo y de todos ha preferido a Israel, pese a que este pueblo nunca le ha sido fiel. En el resto de este capítulo y del siguiente, Malaquías va a demostrar cuán distante se halla Israel del ideal de pueblo elegido y amado por Dios más que cualquier otro.

1,6–2,9 Delitos cúlticos. Malaquías vive una época muy distinta a aquélla que le toca vivir por ejemplo al Primer Isaías, donde se podía hablar del esplendor y la belleza en el templo y en el culto. Ahora las condiciones son de pobreza y de sencillez extremas. Con

se portaba conmigo con integridad y recti-
tud y apartaba a muchos de la culpa. 7 La-
bios sacerdotales han de guardar el saber y
en su boca se busca la doctrina, porque es
mensajero del Señor Todopoderoso. 8 Pero
ustedes se apartaron del camino, hicieron
tropezar a muchos con su doctrina, y pervir-
tieron la alianza con Leví –dice el Señor To-
dopoderoso–. 9 Por eso yo los haré despre-
ciables y viles ante todo el pueblo, por no
haber seguido mis caminos y por no tratar a
todos por igual cuando enseñan a la gente.

Justicia y lealtad

10 ¿No tenemos todos un solo padre?,
¿no nos creó un mismo Dios?, ¿por qué
uno traiciona a su hermano profanando la
alianza de nuestros antepasados? 11 Judá
traiciona, en Jerusalén se cometen accio-
nes horribles; Judá ha profanado el santua-
rio que el Señor ama y se ha casado con la
hija de un dios extranjero. 12 El hombre que
así proceda, quien quiera que sea, testigo o
defensor, lo excluya el Señor de las tiendas
de Jacob, de los que traen ofrendas al Se-
ñor Todopoderoso.
13 Y hacen otra cosa: cubren el altar del
Señor de lágrimas, llantos y lamentos, por-
que no se fija en su ofrenda ni la acepta de
sus manos. 14 Preguntan, ¿por qué sucede
esto? –Porque el Señor es testigo de que
has sido infiel a la mujer de tu juventud,
aunque era compañera tuya, esposa de
alianza. 15 ¿No los ha hecho él un solo ser
de carne y espíritu? ¿Y qué busca este úni-
co ser? Una descendencia dada por Dios.
Así que cuiden su espíritu para no ser infie-
les a la esposa de su juventud. 16 Porque el
que aborrece y se divorcia –dice el Señor,
Dios de Israel– cubre su vestido de violen-
cia –dice el Señor Todopoderoso–, y no
sean infieles.

Juicio de purificación

17 Con sus palabras cansan al Señor.
Preguntan: ¿por qué lo cansamos? –Porque
dicen que el que obra mal agrada al Señor
y que él se complace en tales hombres, y
añaden: ¿dónde está el Dios justo?

3 1 Miren, yo envío mi mensajero a pre-
parar el camino delante de mí. De
pronto entrará en el santuario el Señor que
buscan; el mensajero de la alianza que tan-
to desean, mírenlo entrar –dice el Señor To-
dopoderoso–. 2 ¿Quién resistirá cuando él

---

todo, el profeta no critica ni la pobreza ni la sencillez, lo que critica es la manera como se está pervirtiendo el culto. Una cosa es que haya pobreza y otra cosa es que ni los sacerdotes, ni el pueblo hagan las cosas como debe ser. La crítica de este pasaje va dirigida a los sacerdotes; de ellos depende que el pueblo viva un culto digno. Si ellos no propician esto, el pueblo rebaja también la calidad de dicho culto.

Nótese la manera cómo se acentúa el valor del culto y los sacrificios realizados fuera de Israel (1,11), para decir dos cosas: primera, que todos los cultos de todos los pueblos, en definitiva, corresponden al mismo y Único Dios –universalidad–; y segunda, que a lo mejor esas naciones de todo el mundo dan mayor gloria a Dios en sus cultos que el mismo Israel. Si las cosas no cambian, el Señor retirará de su presencia a sus sacerdotes y a toda actividad cultual porque en lugar de agradarlo, lo irritan con tanta falacia.

2,10-16 Justicia y lealtad. Otras dos causas que descubre el profeta para agregar a su tesis de que Israel no ha correspondido al amor de Dios son el matrimonio mixto y el divorcio. La preocupación del profeta es que de nuevo comiencen a introducirse otras divinidades en Israel, pues al casarse con un extranjero o extranjera, había que reconocer también como propios los dioses del cónyuge no judío, dándoles el mismo valor que al Dios de Israel. Recuérdese la época tan delicada en que el profeta está ejerciendo su ministerio: estamos en plena época de restauración nacional, pero también restauración de la conciencia. Se recurre pues a la figura de Dios como padre de todos con miras a no «cambiar» de padre. Ahí es donde radica el problema de los matrimonios mixtos.

El otro aspecto es el del divorcio (13-16). El profeta fija la postura de Dios frente a la unión conyugal cuando afirma que «el Señor es testigo que has sido infiel a la mujer de tu juventud» (14). Se deduce que hay una tendencia al abuso respecto a la libertad de repudio, atributo exclusivo de los varones. El profeta, basándose en Gn 2,24, sanciona esta desviación tildándola de violenta (16), contraria a la intención de Dios en el momento de la creación.

2,17–3,5 Juicio de purificación. En medio de la demostración de todos los pecados de Israel, el profeta abre un paréntesis para referirse a la llegada del «día del Señor», quien se presentará para juzgar. En su juicio tendrá en cuenta a todos los que de algún modo tergiversaron la religión, contaminándola con prácticas mágicas, hechicería y perjurio (3,5a); pero también a los que tergiversaron la justicia (3,5b). La justicia adquiere aquí identidad propia: obreros, viudas y huérfanos. Cuando todos hayan sido juzgados y purificados (3,2s), se podrá hablar de perfección en el culto y en las ofrendas.

llegue? ¿Quién quedará de pie cuando apa-
rezca? Será fuego de fundidor, blanqueador
de lavandero: 3 se sentará como fundidor a
refinar la plata, refinará y purificará como
plata y oro a los levitas, y ellos ofrecerán al
Señor ofrendas legítimas. 4 Entonces agra-
dará al Señor la ofrenda de Judá y Jerusa-
lén, como en tiempos pasados, como en
años remotos. 5 Los llamaré a juicio, seré
testigo exacto contra hechiceros, adúlteros
y aquellos que juran en falso, contra los que
defraudan al obrero en su sueldo, oprimen
a viudas y huérfanos y atropellan al emi-
grante sin tenerme respeto –dice el Señor
Todopoderoso–.

Diezmos y cosechas

6 Yo, el Señor, no he cambiado y uste-
des, hijos de Jacob, no han acabado. 7 Des-
de los tiempos de sus antepasados se apar-
tan de mis preceptos y no los observan.
Vuelvan a mí y volveré a ustedes –dice el
Señor Todopoderoso–. Ustedes dicen: ¿por
qué tenemos que volver? 8 –¿Puede un
hombre defraudar a Dios como ustedes in-
tentan defraudarme? Ustedes dicen: ¿En
qué te defraudamos? –En los diezmos y tri-
butos: 9 han incurrido en maldición, porque
toda la nación me defrauda. 10 Traigan ínte-
gros los diezmos al tesoro del templo para
que haya sustento en mi templo. Hagan la
prueba conmigo –dice el Señor Todopode-
roso– y verán cómo les abro las compuer-
tas del cielo y derrocho sobre ustedes ben-
diciones en abundancia. 11 Alejaré la lan-
gosta para que no les destruya la cosecha
del campo ni les despoje los viñedos de los
campos –dice el Señor Todopoderoso–.
12 Todos los pueblos los felicitarán, porque
serán mi país favorito –dice el Señor Todo-
poderoso–.

La justicia de Dios

13 Dice el Señor: sus discursos son inso-
lentes contra mí. Y ustedes todavía pregun-
tan: ¿en qué te ofenden nuestras palabras?
14 –Porque dicen: No vale la pena servir a
Dios, ¿qué sacamos con guardar sus man-
damientos y andar enlutados ante el Señor
Todopoderoso? 15 Tenemos que felicitar a
los arrogantes: los malvados prosperan,
desafían a Dios y quedan sin castigo.
16 Así comentaban entre sí los fieles del
Señor, el Señor atendió y lo oyó. Ante él se
escribía un libro de memorias: Fieles del
Señor que estiman su nombre. 17 Dice el
Señor Todopoderoso: el día que yo actúe,
ellos serán mi propiedad; los perdonaré
como un padre al hijo que le sirve; 18 en-
tonces verán la diferencia entre buenos y
malos, entre los que sirven a Dios y los que
no le sirven.
19 Miren que llega el día, ardiente como
un horno, cuando arrogantes y malvados

3,6-12 Diezmos y cosechas. Otro elemento que seguramente estaba causando problema en relación con el templo y su sostenimiento era la cuestión de los diezmos. El profeta, hijo de su tiempo, insta a la fidelidad también en este aspecto y achaca su descuido a la pobreza material que ahora vive la mayor parte del pueblo. Sólo cuando cada uno cumpla sagradamente con esta obligación, el Señor derramará bendiciones en abundancia. No podemos trasladar sin más esta doctrina a nuestra época, pues caeríamos en abusos injustificados. Hay que recordar que el profeta habla en una época en la que se tenía por seguro que el Señor tenía que retribuir materialmente las ofrendas, diezmos y primicias que se presentaban al templo, estableciendo así una especie de trueque o intercambio. Era la manera de pensar, y de manejar el concepto de la retribución. Con el paso del tiempo, este concepto tuvo que ir evolucionado hacia una manera muy diferente de entender las relaciones con Dios, y esos modos son los que nosotros tenemos que conocer e incentivar en nuestros pueblos. No hay justificación ninguna para promover en nuestro tiempo el «comercio» religioso o los trueques de fe con base en doctrinas que no se pueden descontextualizar por más que estén escritas en la Biblia.

3,13-21 La justicia de Dios. El profeta intenta responder a una preocupación que ya se venía constatando de tiempo atrás: ¿por qué al malvado le va bien, mientras que al justo le va mal? O, ¿por qué el malhechor prospera, mientras que el justo padece estrechez? El profeta abre un poco el horizonte de esta espinosa cuestión y proyecta en el futuro el sentido final de todo: en el día definitivo se hará sentir la justicia divina. La suerte de los malvados y de los justos no podrá ser igual. Ese día se sabrá por qué era necesario caminar según los preceptos y normas del Señor.

Obvio que hoy no podemos descuidar el aspecto presente de esta diferencia. El creyente y la comunidad deben estar empeñados en hacer posible y atractivo el camino de la justicia como vía única y segura de sintonía con el plan divino. La injusticia debe ser continuamente denunciada, desenmascarada, en orden a que desde ya el que ama y respeta la justicia de Dios experimente el gozo de la fidelidad, y en orden a que el grito de los pobres sea escuchado.

serán la paja: ese día futuro los quemaré y
no quedará de ellos rama ni raíz –dice el
Señor Todopoderoso–.
20 Pero a los que respetan mi nombre los
alumbrará el sol de la justicia que sana con
sus alas. Saldrán saltando como terneros
del establo; 21 pisotearán a los malvados,
que serán como polvo bajo la planta de sus
pies, el día que yo actúe –dice el Señor
Todopoderoso–.

Vuelta de Elías

(Eclo 48,9s; Mt 11,14)

22 Recuerden la ley, los preceptos y
mandatos que yo le encomendé en Monte
Horeb a mi siervo Moisés para todo Israel.
23 Y yo les enviaré al profeta Elías antes de
que llegue el día del Señor, grande y terri-
ble: 24 reconciliará a padres con hijos, a hi-
jos con padres, y así no vendré yo a exter-
minar la tierra.



3,22-24 Vuelta de Elías. Tal vez por la división propia de la Biblia hebrea en Ley, Profetas y Escritos, se evoca aquí la figura de Moisés como símbolo de la Ley, y a Elías como símbolo de los Profetas; dos cosas que no pueden estar ausentes de la vida del pueblo. La Ley, entendida como proyecto de vida en camino de construirse en la tierra, y los Profetas entendidos como la conciencia siempre viva que endereza, rectifica, anuncia y denuncia lo que va apartando del camino.

El Nuevo Testamento ve en estos versículos el anuncio del retorno de Elías, pero más que eso, estos versículos abrieron el camino a la esperanza y a la realización de lo que hoy llamamos «Encarnación» (Jn 1,14).



DANIEL

La obra. Lo que hoy leemos como libro de Daniel es una obra compleja y aparte en el Antiguo Testamento. Empezando por la lengua, encontramos una serie de capítulos escritos en hebreo que imita el clásico, otros están escritos en arameo, otros en griego. Una obra trilingüe.

Es muy fácil separar los fragmentos griegos como adiciones posteriores, escritas en esa lengua o traducidas de un original semítico. No es fácil dar razón definitiva de la mezcla de hebreo con arameo; es más razonable pensar que los textos se escribieron primero en hebreo y que parte se tradujo al arameo, lengua popular de la época.

La distribución de formas y temas no coincide con el reparto de lenguas. Encontramos tres tipos fundamentales: una serie de episodios narrativos, que tienen por protagonistas a Daniel y sus compañeros; una serie de visiones de Daniel explicadas por un ángel; dos plegarias amplias

y otras breves. Los relatos están en hebreo (1), arameo (2–6) y griego (13–14); las visiones en arameo (7) y hebreo (8–12); y las amplias plegarias en griego (3,24-90).

Autor. El personaje Daniel –«Dios es mi juez», en hebreo– es introducido unas veces en tercera persona (1–6); otras, en primera (8–12), como si fuera el autor. En el capítulo 7 pasa de la tercera a la primera. En los relatos aparece como adivino y jefe de magos (4,5; 5,10-12), y como político y administrador real (2,48; 6,3s; 8,27).

Parece ser que en la antigüedad hubo un personaje famoso por su bondad y sabiduría, llamado Daniel (Ez 14,14.20; 28,3). Fuera de la Biblia aparece como «Dnil» en el poema ugarítico de Aqhat. ¿Existió un personaje semejante, del mismo nombre, en tiempo del destierro? No lo sabemos. El caso es que Daniel se hizo legendario y popular; por eso lo seleccionaron como protagonista para esta obra. La pseudonimia es normal en el género apocalíptico: hay Apocalipsis de Henoc, de Moisés, de Isaías, de Baruc, etc.

Época. El libro está compuesto durante la persecución de Antíoco IV (175-163 a.C.), después del 167 a.C. y algo antes de su muerte. Por la persecución religiosa y las rivalidades internas, los judíos atraviesan una grave crisis. El autor quiere infundirles ánimo y esperanza: lo hace con un personaje ficticio y aureolado, en un género literario nuevo, el apocalíptico.

Algunos piensan que los capítulos 1–6 fueron escritos al final del período persa o al comienzo del helenista, o sea en la segunda mitad del s. IV a.C. Las adiciones griegas, por su carácter ficticio o fantástico, no permiten una datación probable.

Género apocalíptico. Con el libro de Daniel entra en el Antiguo Testamento un género literario nuevo, el género apocalíptico. El libro fue admitido en el canon judío de las Escrituras, no como libro profético, pues la serie estaba clausurada, sino entre los «Escritos», concepto vago y acogedor. En realidad, Daniel es el único escrito apocalíptico, entre muchos, considerado como inspirado por Dios. En las versiones griega y latina y en la tradición cristiana, Daniel figura como uno de los cuatro «profetas mayores».

La apocalíptica es heredera de la profecía; surge cuando la profecía se ha extinguido («ya no vemos nuestros estandartes, ni tenemos un profeta, ninguno de nosotros sabe hasta cuándo» Sal 74,9) y pretende llevar adelante su misión.

En momentos de crisis, la apocalíptica trae un mensaje de esperanza: la tribulación es pasajera, el Señor actuará, pronto y de modo definitivo. En varias ocasiones la apocalíptica se presenta como la visión actualizada de una profecía.

Tema. El tema del libro es el drama de la historia. Luchan y caen y se suceden imperios y reinos. Los soberanos y emperadores actúan como protagonistas, pero la historia está gobernada por Dios y es conducida a un desenlace que llega de modo repentino, aunque previsto por el vidente y explicado por el intérprete. El paso dramático de un imperio a

otro anticipa y prefigura el cambio final: la restauración del reino definitivo y universal del Señor de la historia en la que los sujetos pasivos y sufrientes de la misma, los «elegidos y consagrados», pasarán a primer plano con un nuevo poder concedido por Dios. Lo que sucede después, se anuncia, no se describe.

Los recursos principales del género y del libro son la ficción narrativa y la alegoría. El autor despliega a grandes trazos el pasado, lo estiliza y lo cuenta como profecía. Para ello inventa un personaje pretérito, a quien da un nombre ilustre y pone en su boca la historia pasada como profecía de futuro. La alegoría sirve también para comunicar en clave enseñanzas políticamente peligrosas.

En el uso de la alegoría el autor de 2–7 ha sido genial. Con función alegórica ha sabido crear unas cuantas imágenes poderosas que han fecundado el arte y el pensamiento occidental: la estatua de diversos materiales, el emperador convertido en fiera, el festín de Baltasar, los jóvenes en el horno, Daniel en el foso de los leones, las cuatro fieras con el anciano y la figura humana. ¿Cuántos escritores podrán exhibir semejante repertorio? Gracias a su vigor imaginativo, esos símbolos han sobrevivido al fracaso de la expectación del autor, se han desprendido de sus ataduras alegóricas y han comenzado una nueva vida como instrumentos para interpretar la historia.

Daniel y el Nuevo Testamento. Tres doctrinas principales han influido de algún modo en el Nuevo Testamento. La angelología, incluso con los nombres concretos de Miguel y de Gabriel (Lucas, Judas y Apocalipsis). La doctrina de la resurrección y retribución en la otra vida. La «figura humana» del capítulo 7, que por una falsa traducción se convirtió en «el Hijo del Hombre» trascendente, el de la parusía anunciada.

Además de éstos, Mc 13,14 y Mt 24,15 mencionan al «ídolo abominable» de Daniel 9,27 y 12,11; Mc 13,19 y Mt 24,21 citan literalmente a Daniel 12,1. Finalmente 1 Cor 6,2 parece basado en Daniel 7,22. De los relatos griegos, el de Susana ha tenido gran aceptación en la teología y en el arte cristiano.



HISTORIA DE DANIEL

(1–6)

Daniel en la corte de Babilonia

1 1 El año tercero del reinado de Joa-
quín, rey de Judá, Nabucodonosor,
rey de Babilonia llegó a Jerusalén, y la si-
tió. 2 El Señor entregó en su poder a Joa-
quín de Judá y todos los objetos que que-
daban en el templo. Nabucodonosor se los
llevó a Senaar, y los objetos del templo los
metió en el tesoro del templo de su dios.
3 El rey ordenó a Aspenaz, jefe de eunu-
cos, seleccionar algunos israelitas de san-
gre real y de la nobleza, 4 jóvenes, perfecta-
mente sanos, de buen tipo, bien formados
en la sabiduría, cultos e inteligentes y aptos
para servir en palacio, y ordenó que les en-
señasen la lengua y literatura caldeas.
5 Cada día el rey les pasaría una ración de
comida y de vino de la mesa real. Su edu-
cación duraría tres años, al cabo de los
cuales pasarían a servir al rey.
6 Entre ellos había unos judíos: Daniel,
Ananías, Misael y Azarías. 7 El jefe de eu-
nucos les cambió los nombres, llamando a
Daniel, Belsazar; a Ananías, Sidrac; a Mi-
sael, Misac, y a Azarías, Abed-Nego.
8 Daniel hizo propósito de no contami-
narse con los manjares y el vino de la mesa
real, y pidió al jefe de eunucos que le dis-
pensase de esa contaminación. 9 El jefe de
eunucos, movido por Dios, se compadeció
de Daniel y le dijo:
10 –Tengo miedo al rey, mi señor, que les
ha asignado la ración de comida y bebida;
si los encuentra más flacos que sus compa-
ñeros, pongo en peligro mi cabeza.
11 Daniel dijo al guardia a quien el jefe de
eunucos había designado para que cuidara
de él así como de sus compañeros Ananías,
Misael y Azarías:
12 –Haz una prueba con nosotros durante
diez días: que nos den verduras para comer
y agua para beber. 13 Compara después
nuestro aspecto con el de los jóvenes que
comen de la mesa real y trátanos luego se-
gún el resultado.
14 Aceptó la propuesta e hizo la prueba
durante diez días. 15 Al acabar tenían mejor
aspecto y estaban más gordos que los jóve-
nes que comían de la mesa real. 16 Así que
les retiró la ración de comida y de vino y les
dio verduras.
17 Dios les concedió a los cuatro un co-
nocimiento profundo de todos los libros del
saber. Daniel sabía además interpretar vi-
siones y sueños.
18 Al cumplirse el plazo señalado por el rey,
el jefe de eunucos se los presentó a Nabuco-
donosor. 19 Después de conversar con ellos, el
rey no encontró ninguno como Daniel, Ana-
nías, Misael y Azarías, y los tomó a su servicio.
20 Y en todas las cuestiones y problemas
que el rey les proponía, lo hacían diez ve-
ces mejor que todos los magos y adivinos
de todo el reino.
21 Daniel estuvo en palacio hasta el año
primero del reinado de Ciro.

1,1-21 Daniel en la corte de Babilonia. Este primer capítulo al mismo tiempo que nos sitúa en la corte de Babilonia bajo el reinado de Nabucodonosor, es también la presentación de todo el libro. Después de describir brevemente el ambiente histórico (1s), el autor nos presenta a los personajes (3-7), entre los que sobresale el joven Daniel; la problemática religiosa más sobresaliente de la época: el tema de los alimentos prohibidos (8-16), y el motivo dominante del libro: la interpretación de los sueños y visiones o la capacidad que Dios ha infundido en Daniel para conocer e interpretar los sueños y visiones, como forma de poner en primer plano la absoluta soberanía de Dios incluso sobre reyes y reinos extranjeros (17-21).

Los biblistas están de acuerdo que el marco histórico que nos presentan los dos primeros capítulos es ficticio; es decir, no se trata en realidad del período de dominación babilónica, sino más bien de la época de dominación griega, s. III y II a.C. Los generales que heredan el imperio de Alejandro Magno han logrado expandir la cultura y el pensamiento griegos por todo el Oriente. La fe y la cultura israelitas se han visto confrontadas y hasta perseguidas por los dominadores extranjeros. Muchos judíos han aceptado sin problemas la nueva cultura, pero otros se resisten y hasta llegan a aceptar gustosos la muerte antes que infringir la ley de Moisés (8-16; cfr. 2 Mac).

Los griegos introducen rápidamente las novedades de la sabiduría helenista, que amplía mucho más los horizontes de la sabiduría y de la ciencia babilónicas, pero que desde el punto de vista del pensamiento judío, no está por encima de la sabiduría y conocimien-

El sueño de Nabucodonosor
(Gn 41)

2 1 El año segundo de su reinado, Na-
bucodonosor tuvo un sueño; se sobre-
saltó y no pudo seguir durmiendo.
2 Mandó llamar a los magos, astrólogos,
hechiceros y adivinos para que le explica-
sen el sueño. 3 Cuando llegaron a su pre-
sencia, el rey les dijo:
–He tenido un sueño que me ha sobre-
saltado y quiero saber lo que significa.
4 Respondieron los adivinos:
–¡Viva el rey eternamente! Cuente su
majestad el sueño y nosotros explicaremos
su sentido.
5 El rey les dijo:
–¡Ordeno y mando! Si no me cuentan el
sueño y su interpretación, los harán peda-
zos y demolerán sus casas; 6 en cambio, si
me dan a conocer el sueño y su interpreta-
ción, los llenaré de dones, regalos y hono-
res. Por tanto, díganme el sueño y su inter-
pretación.
7 Ellos respondieron por segunda vez:
–Majestad, cuéntanos el sueño y te ex-
plicaremos su sentido.
8 El rey repuso:
–Está claro que intentan ganar tiempo,
porque han visto que mi decisión está to-
mada, 9 si no me cuentan el sueño, les to-
cará a todos una misma sentencia. Porque
se han puesto de acuerdo para contarme
mentiras y engaños a ver si mientras tanto
llega un cambio de situación. Así que cuén-
tenme el sueño y me convenceré de que
también son capaces de interpretarlo.
10 Los adivinos contestaron al rey:
–No hay un hombre en la tierra que pue-
da decir lo que el rey pide; ningún rey ni
príncipe ha exigido cosa semejante a ma-
gos, astrólogos o adivinos. 11 Lo que el rey
exige es sobrehumano; sólo los dioses, que
no habitan con los mortales, pueden decír-
selo al rey.
12 Al oír esto, el rey se enfureció y man-
dó acabar con todos los sabios de Babilo-
nia. 13 Y decretó que los sabios fueran eje-
cutados. Y fueron también a buscar a Daniel
y a sus compañeros para ajusticiarlos.
14 Cuando Arioc, jefe de la guardia real,
se dirigía a ejecutar a los sabios, 15 Daniel
aconsejó tener prudencia y preguntó al fun-
cionario real:
–¿Por qué ha dado el rey un decreto tan
severo?
16 Arioc le explicó todo el asunto, y Da-
niel se dirigió al rey para pedirle un poco de
tiempo para explicarle el sueño.
17 Daniel volvió a casa y contó todo a
sus compañeros, Ananías, Azarías y Misael,
18 y les encargó que invocasen la misericor-
dia del Dios del cielo para que les revelase
el secreto y así Daniel y sus compañeros no
tuvieran que perecer con los demás sabios
de Babilonia.
19 En una visión nocturna, Daniel tuvo la
revelación del secreto, y bendijo al Dios del
cielo, 20 diciendo:

Bendito sea el Nombre de Dios
por los siglos de los siglos.
Él posee la sabiduría y el poder,
21 él cambia tiempos y estaciones,
hace reyes y los destrona.
Él da sabiduría a los sabios
y ciencia a los expertos,
22 revela los secretos más profundos
y conoce lo que ocultan las tinieblas.
23 Te alabo y te doy gracias,
Dios de mis padres,

---

to semitas. Esto explica por qué el libro subraya tanto la superioridad en sabiduría y conocimiento de Daniel y sus compañeros. La sabiduría de éstos está basada en el conocimiento y en la fe en el Dios de los antepasados de Israel. Con base en estos conceptos, el libro va a demostrar que a pesar de su poderío, su fuerza y su potencia, los reinos extranjeros serán siempre aniquilados por la fuerza y la potencia de uno solo: el Dios único y vivo de Israel. Y ello es motivo de consuelo en la angustia, luz en la incertidumbre, esperanza en la persecución y fortaleza para perseverar en la fe en una época en la que el creyente judío duda de la validez de sus dogmas y principios religiosos.

El lenguaje de Daniel es ante todo apocalíptico, dado el uso de tiempos y lugares ficticios, pero sobre todo por la utilización de imágenes y personajes rodeados de valor simbólico que sólo pueden captar quienes están en sintonía con la problemática e inquietudes de este autor creyente, enemigo a ultranza del pensamiento y la cultura griegos.

2,1-49 El sueño de Nabucodonosor. Al rey le asalta la duda y el temor por un sueño que ha tenido, por lo que acude a los magos y adivinos de su corte. Sin embargo, ni los de la corte ni los del resto del reino se sienten capaces de responder a la exigencia del rey. Él quiere no sólo que le interpreten el sueño, sino que

porque me has dado
sabiduría y poder:
me has revelado lo que te pedía,
me has revelado el asunto del rey.

24 Después Daniel acudió a Arioc, a quien el rey había encargado ejecutar a los sabios de Babilonia, y le dijo:

–No des muerte a los sabios de Babilonia; llévame a presencia del rey y le explicaré el sentido del sueño.

25 Arioc lo condujo a toda prisa hasta el rey y le dijo:

–Hay un hombre de los deportados de Judá que está dispuesto a explicar el sueño a su majestad.

26 El rey preguntó a Daniel:

–¿De modo que eres capaz de contarme el sueño y de explicarme su sentido?

27 Daniel repuso:

–Su majestad interroga sobre un misterio que no se lo pueden explicar ni sabios, ni astrólogos, ni magos, ni adivinos; 28 pero hay un Dios en el cielo que revela los secretos y que ha anunciado al rey Nabucodonosor lo que sucederá al final de los tiempos.

29 Éste es el sueño que viste estando acostado. Te pusiste a pensar en lo que iba a suceder, y el que revela los secretos te comunicó lo que va a suceder. 30 En cuanto a mí, no es que yo tenga una sabiduría superior a la de todos los vivientes; si me han revelado el secreto es para que le explique el sentido al rey y así puedas entender lo que pensabas.

31 Tú, rey, viste una visión: una estatua majestuosa, una estatua gigantesca y de un brillo extraordinario; su aspecto era impresionante. 32 Tenía la cabeza de oro fino, el pecho y los brazos de plata, el vientre y los muslos de bronce, 33 las piernas de hierro y los pies de hierro mezclado con barro. 34 En tu visión una piedra se desprendió sin intervención humana, chocó con los pies de hierro y barro de la estatua y la hizo pedazos. 35 Del golpe se hicieron pedazos el hierro y el barro, el bronce, la plata y el oro, triturados como la paja cuando se limpia el trigo en verano, que el viento la arrebata y desaparece sin dejar rastro. Y la piedra que deshizo la estatua creció hasta convertirse en una montaña enorme que ocupaba toda la tierra.

36 Éste era el sueño; ahora explicaremos al rey su sentido: 37 Tú, majestad, rey de reyes, a quien el Dios del cielo ha concedido el reino y el poder, el dominio y la gloria, a quien ha dado poder 38 sobre los hombres dondequiera que vivan, sobre las fieras salvajes y las aves del cielo, para que reines sobre ellos, tú eres la cabeza de oro. Te sucederá un reino de plata, menos poderoso. 39 Después un tercer reino, de bronce, que dominará todo el mundo. 40 Vendrá después un cuarto reino, fuerte como el hierro. Como el hierro destroza y aplasta todo, así destrozará y triturará a todos.

41 Los pies y los dedos que viste, de hierro mezclado con barro de alfarero, representan un reino dividido; conservará algo del vigor del hierro, porque viste hierro mezclado con arcilla. 42 Los dedos de los pies, de hierro y barro, son un reino a la vez poderoso y débil. 43 Como viste el hierro

---

adivinen qué fue lo que soñó. Con esta ambientación que incluye la sentencia de muerte para todos los magos y sabios de todo el imperio por su ineptitud (1-13), va a entrar en escena Daniel, que no se basa en su propio conocimiento, sino en el poder único y absoluto del Dios de Israel a quien pide la iluminación necesaria. Daniel, como jefe de todos los magos y sabios del imperio, representa la soberanía de Dios sobre cualquier reino por potente que sea. Todos salvaron la vida sólo cuando reconocieron que el Dios de Daniel es el único sabio y poderoso.

2,31-45: Los materiales con que está hecha la estatua y la interpretación que se hace de ella, está en relación con la forma como los antiguos calificaban las diferentes épocas de la historia, a partir del valor de los metales y materiales de uso corriente. Se nota que el metal más valioso era el oro, aplicado aquí al imperio babilónico; le sigue la plata, también metal precioso, pero menos que el oro, representaría al imperio medo; la parte de hierro representa al período persa; y el hierro y el barro representan los reinos asirio y egipcio, los dos polos donde se concentraron los generales herederos del imperio griego macedónico conquistado por Alejandro Magno. Esta gran mole, sin embargo, es derribada por una simple esquirla desprendida de una gran roca, que representa aquí el advenimiento del reino de Dios.

Aquí está el valor profético del simbolismo que envuelve este sueño y su interpretación. Todo lo que proviene de Dios comienza con lo más mínimo y desapercibido, no se impone por la fuerza ni la violencia. El mundo está cansado de la prepotencia de los pode-

mezclado con la arcilla, así se mezclarán
las descendencias, pero no llegarán a ligar-
se, lo mismo que no se puede fundir el hie-
rro con el barro. 44 Durante esos reinados,
el Dios del cielo suscitará un reino que nun-
ca será destruido ni su dominio pasará a
otro, sino que destruirá y acabará con to-
dos los demás reinos, pero él durará por
siempre; 45 eso significa la piedra que viste
desprendida del monte sin intervención hu-
mana y que destrozó el barro, el hierro, el
bronce, la plata y el oro. Éste es el destino
que el Dios poderoso comunica a su ma-
jestad. El sueño tiene sentido, la interpreta-
ción es cierta.

46 Entonces Nabucodonosor se postró
en tierra rindiendo homenaje a Daniel y
mandó que le hicieran sacrificios y ofren-
das.

47 El rey dijo a Daniel:

–Sin duda que tu Dios es Dios de dioses
y Señor de reyes; él revela los secretos, ya
que tú fuiste capaz de explicar este secreto.

48 Después el rey colmó a Daniel de ho-
nores y riquezas, lo nombró gobernador de
la provincia de Babilonia y jefe de todos los
sabios de Babilonia.

49 A instancias de Daniel, el rey puso a
Sidrac, Misac y Abed-Nego al frente de la
provincia de Babilonia, mientras que Daniel
quedó en la corte.

La estatua de oro
(Is 43,2; 2 Mac 7)

3 1 El rey Nabucodonosor hizo una esta-
tua de oro, de treinta metros de alto
por tres de ancho, y la colocó en la llanura
de Dura, provincia de Babilonia.

2 Mandó convocar a los gobernadores,
ministros, prefectos, consejeros, tesoreros,
letrados, magistrados y autoridades de pro-
vincia para que acudieran a la inauguración
de la estatua que había erigido el rey Nabu-
codonosor.

3 Se reunieron los gobernadores, minis-
tros, prefectos, consejeros, tesoreros, letra-
dos, magistrados y autoridades de provin-
cia para la inauguración de la estatua que
había erigido el rey Nabucodonosor, y
mientras estaban de pie frente a ella, 4 el
heraldo proclamó con voz potente:

5 –A todos los pueblos, naciones y len-
guas: cuando oigan tocar la trompeta, la
flauta, la cítara, el laúd, el arpa, la vihuela y
todos los demás instrumentos, se postrarán
para adorar la estatua que ha erigido el rey
Nabucodonosor. 6 El que no se postre en
adoración será inmediatamente arrojado
dentro de un horno de fuego ardiente.

7 Así, pues, cuando los diversos pueblos
oyeron tocar la trompeta, la flauta, la cíta-
ra, el laúd, el arpa, la vihuela y todos los
demás instrumentos, todos los pueblos, na-
ciones y lenguas se postraron adorando la
estatua de oro que Nabucodonosor había
erigido.

8 Entonces unos caldeos fueron al rey a
denunciar a los judíos:

9 –¡Viva el rey eternamente! 10 Su majes-
tad ha decretado que cuantos escuchen to-
car la trompeta, la flauta, la cítara, el laúd,
el arpa, la vihuela y todos los demás instru-
mentos se postren adorando la estatua de
oro, 11 y el que no se postre en adoración
será arrojado dentro de un horno de fuego
ardiente. 12 Pues bien, hay unos judíos, Si-
drac, Misac y Abed-Nego –a quienes has
encomendado el gobierno de la provincia
de Babilonia–, que no obedecen la orden
real, ni veneran a tus dioses, ni adoran la
estatua de oro que has erigido.

13 Nabucodonosor, terriblemente enfure-
cido, ordenó que trajeran a Sidrac, Misac y
Abed-Nego, y cuando los tuvo delante, les
dijo:

14 –¿Es cierto, Sidrac, Misac y Abed-
Nego, que no respetan a mis dioses ni ado-

---

rosos que arman y desarman imperios según sus caprichos, es necesario centrar la atención en los pequeños signos en los que continuamente el reino de Dios se está manifestando, sin perder de vista que no es en lo llamativo y en lo espectacular, sino en las pequeñas cosas, pequeñas experiencias de vida, donde el Espíritu hará crecer y multiplicar los signos del reino.

3,1-23 La estatua de oro. Aunque este pasaje nos habla de Nabucodonosor que ordena construir una gran estatua, en realidad se trata del rey griego Antíoco IV (175-163 a.C.), quien mandó erigir una estatua de Zeus, dios principal del panteón griego, en Jerusalén (cfr. 1 Mac 1,54; 2 Mac 6,2). Con este relato el autor intenta animar a los creyentes para que resistan la agresión de los poderosos que quieren ocupar el lugar de Dios. Su perseverancia y fidelidad puede trocar la actitud del agresor, a tal punto de convertirlos al Señor, véase 3,24-33 (3,91-100).

ran la estatua que he mandado levantar?
15 Miren: si al oír tocar la trompeta, la flauta, la cítara, el láud, el arpa, la vihuela y todos los demás instrumentos están dispuestos a postrarse adorando la estatua que he hecho, háganlo; pero si no la adoran, serán arrojados inmediatamente dentro del horno de fuego ardiente, y, ¿qué Dios los librará de mis manos?
16 Sidrac, Misac y Abed-Nego contestaron:
17 –Majestad, a eso no tenemos por qué responder. Si es así, el Dios a quien veneramos puede librarnos del horno encendido
y nos librará de tus manos. 18 Y aunque no lo haga, conste, majestad, que no veneramos a tus dioses ni adoramos la estatua de oro que has levantado.
19 Nabucodonosor, furioso contra Sidrac, Misac y Abed-Nego y con el rostro desencajado por la rabia, mandó encender el horno siete veces más fuerte que de costum-
bre, 20 y ordenó a algunos de sus soldados más robustos que atasen a Sidrac, Misac y Abed-Nego y los echasen en el horno de fuego ardiente.
21 Así, vestidos con sus pantalones, camisas, gorros y demás ropa, los ataron y los echaron en el horno de fuego ardiente.
22 La orden del rey era terminante y el horno estaba al rojo vivo; sucedió que las llamas envolvieron y devoraron a los que conducían a Sidrac, Misac y Abed-Nego;
23 mientras los tres, Sidrac, Misac y Abed-Nego, caían atados en el horno de fuego ardiente.

Oración penitencial de Azarías
(Esd 9; Neh 9; Bar 1,15–3,8)

24 *Paseaban por las llamas*
alabando y dando gracias a Dios.
25 *Azarías se detuvo a orar,*
y abriendo los labios
en medio del fuego, dijo:
26 *Bendito seas, Señor,*
Dios de nuestros padres,
alabado y glorificado
tu Nombre por siempre.
27 *Lo que has hecho con nosotros*
está justificado:
todas tus acciones son justas,
tus caminos son rectos,
tus sentencias son justas.
28 *Son justas las sentencias*
que has ejecutado contra nosotros,
contra tu Ciudad Santa,
la Jerusalén de nuestros padres;
con justicia y derecho
lo has ejecutado todo
por nuestros pecados.
29 *Porque hemos cometido*
toda clase de pecados,
alejándonos de ti,
rebelándonos contra ti,
hemos cometido
toda clase de pecados,
hemos quebrantado
los preceptos de tu ley;
30 *no hemos puesto por obra*
lo que nos habías mandado
para nuestro bien.
31 *Por eso, todo lo que nos has enviado*
y nos has hecho,
lo has hecho con justicia.
32 *Nos entregaste en poder*
de nuestros enemigos,
impíos, malvados y rebeldes,
del rey más injusto
y perverso del mundo.
33 *Ya no podemos abrir la boca,*
porque la vergüenza
abruma a tus siervos y a tus fieles.
34 *¡Por el honor de tu Nombre!,*
no nos abandones para siempre,
no rompas tu alianza,
no nos niegues tu misericordia.
35 *Por Abrahán, tu amigo;*
por Isaac, tu siervo;
por Israel, tu consagrado;
36 *a quienes prometiste*
multiplicar su descendencia
como las estrellas del cielo,
como la arena de las playas.
37 *Por nuestros pecados, Señor,*
somos hoy el más pequeño

3,24-90 Oración penitencial de Azarías – Cántico de los tres jóvenes. Estas dos plegarias sólo las recoge la versión griega del Antiguo Testamento, no, en cambio, la versión hebrea, y su ubicación entre «3,1-23 La estatua de oro» y «3,24-33 (3,91-100) Confesión de Nabucodonosor» se debe a la versión latina. Para relevar su carácter adicional las presentamos en letra cursiva.

de los pueblos,
humillado por toda la tierra;
38 *no tenemos ya ni príncipe,*
ni jefe, ni profeta,
ni holocaustos, ni sacrificios,
ni ofrendas, ni incienso,
ni lugar donde ofrecerte primicias
y alcanzar tu misericordia.
39 *Pero tenemos*
un corazón quebrantado
y un espíritu humillado;
recíbelos como si fueran una ofrenda
de holocaustos de toros y carneros,
de millares de gordos corderos.
40 *Ése será el sacrificio*
que hoy te ofrecemos
para aplacarte fielmente;
porque los que confían en ti
no quedan defraudados.
41 *En adelante te seguiremos*
de todo corazón, te respetaremos,
buscaremos tu rostro.
No nos defraudes;
42 *trátanos según tu ternura*
y tu gran misericordia;
43 *líbranos, con tu poder maravilloso,*
y da gloria a tu Nombre, Señor.
44 *Sean humillados*
los que nos maltratan,
queden confundidos,
pierdan el mando,
sea destruido su poder
45 *y sepan que tú, Señor,*
eres el Dios único,
glorioso, en toda la tierra.

Cántico de los tres jóvenes
(Sal 136; 148)

46 Los criados del rey que los habían
arrojado no cesaban de avivar el fuego. En
el momento de echarlos, el horno estaba
encendido siete veces más fuerte que de
costumbre. Los criados que los echaron se
encontraban en la parte superior, mientras
otros, por debajo, alimentaban el fuego con
petróleo, resina, estopa y leña.
47 Las llamas se alzaban veinticuatro metros y me-
dio por encima del horno,
48 saltaron y consumieron a los caldeos que se encontraban
cerca del horno.
49 Un ángel del Señor bajó adonde esta-
ban Azarías y sus compañeros, expulsó las
llamas fuera del horno,
50 metió dentro un
viento húmedo que silbaba, y el fuego no
los atormentó, ni los hirió, ni siquiera los
tocó.
51 Entonces los tres, al unísono, entona-
ban cánticos y bendecían y glorificaban a
Dios en el horno, diciendo:

52 *Bendito seas, Señor,*
Dios de nuestros padres,
a ti gloria y alabanza eternamente.
Bendito sea tu Nombre,
santo y glorioso,
a él gloria y alabanza eternamente.
53 *Bendito seas en el templo*
de tu santa gloria,
a ti gloria y alabanza eternamente.
54 *Bendito seas en tu trono real,*
a ti gloria y alabanza eternamente.
55 *Bendito cuando cabalgas*
sobre querubines
penetrando los abismos,
a ti gloria y alabanza eternamente.
56 *Bendito seas en el firmamento del cielo,*
a ti gloria y alabanza eternamente.
57 *Criaturas todas del Señor,*
bendigan al Señor,
canten en su honor eternamente.
58 *Ángeles del Señor, bendigan al Señor,*
canten en su honor eternamente.
59 *Cielos, bendigan al Señor,*
canten en su honor eternamente.
60 *Aguas del espacio, bendigan al Señor,*
canten en su honor eternamente.
61 *Ejércitos del Señor, bendigan al Señor,*
canten en su honor eternamente.
62 *Sol y luna, bendigan al Señor,*
canten en su honor eternamente;

La primera sigue la estructura de la composición de los salmos penitenciales: autorreconocimiento de las culpas y conciencia del merecido y necesario castigo; dolor expiatorio en el que se reconoce la grandeza y misericordia de Dios que no abandona a sus fieles; y finalmente, confesión de fe en Dios que salva a los suyos.

La segunda es una plegaria de alabanza común también en el salterio (véase Sal 135; 148; etc.); se trata de una invitación a toda la creación para que alabe al único Señor. En el contexto en que se encuentra, es la manera de invitar a desatender la orden del rey de adorar a la estatua de oro, y adorar al Único que puede salvar y a quien algún día todos los gobernantes deberán reconocer, como se dirá más adelante, véase 3,29 (3,96). También aquí se detecta el rasgo profético de la oración.

63 *astros del cielo, bendigan al Señor,*
canten en su honor eternamente.
64 *Lluvia y rocío, bendigan al Señor,*
canten en su honor eternamente;
65 *vientos todos, bendigan al Señor,*
canten en su honor eternamente;
66 *fuego y calor, bendigan al Señor,*
canten en su honor eternamente;
67 *fríos y heladas, bendigan al Señor,*
canten en su honor eternamente;
68 *rocíos y nevadas, bendigan al Señor,*
canten en su honor eternamente;
69 *témpanos y hielos, bendigan al Señor,*
canten en su honor eternamente;
70 *escarchas y nieves,*
bendigan al Señor,
canten en su honor eternamente.
71 *Noches y días, bendigan al Señor,*
canten en su honor eternamente;
72 *luz y tinieblas, bendigan al Señor,*
canten en su honor eternamente;
73 *rayos y nubes, bendigan al Señor,*
canten en su honor eternamente.
74 *Que la tierra bendiga al Señor,*
cante en su honor eternamente;
75 *montes y cumbres, bendigan al Señor,*
canten en su honor eternamente;
76 *cuanto germina en la tierra,*
bendiga al Señor,
cante en su honor eternamente;
77 *manantiales, bendigan al Señor,*
canten en su honor eternamente;
78 *mares y ríos, bendigan al Señor,*
canten en su honor eternamente;
79 *cetáceos y cuanto se agita en el mar,*
bendigan al Señor,
canten en su honor eternamente;
80 *aves del cielo, bendigan al Señor,*
canten en su honor eternamente;
81 *fieras y ganados, bendigan al Señor,*
canten en su honor eternamente.
82 *Hijos de los hombres,*
bendigan al Señor,
canten en su honor eternamente;
83 *bendiga Israel al Señor,*
cante en su honor eternamente;
84 *sacerdotes del Señor,*
bendigan al Señor,
canten en su honor eternamente;
85 *servidores del Señor,*
bendigan al Señor,
canten en su honor eternamente;
86 *almas y espíritus justos,*
bendigan al Señor,
canten en su honor eternamente;
87 *santos y humildes de corazón,*
bendigan al Señor,
canten en su honor eternamente;
88 *Ananías, Azarías y Misael,*
bendigan al Señor,
canten en su honor eternamente;
porque los sacó de la fosa,
los libró del poder de la muerte,
los arrancó de la llama ardiente
y los libró del fuego.
89 *Den gracias al Señor,*
porque es bueno,
porque es eterna su misericordia.
90 *Alaben a Dios,*
todos los fieles de Dios,
denle gracias con canciones,
porque es eterna su misericordia
y dura por los siglos de los siglos.

Confesión de Nabucodonosor

24 (91) Entonces el rey, totalmente sor-
prendido, se levantó apresuradamente y
preguntó a sus consejeros:

–¿No eran tres los hombres que atamos y echamos al horno?

Le respondieron:

–Así es, majestad.

25 (92) Preguntó:

–¿Entonces cómo es que veo cuatro hombres, sin atar, paseando por el horno sin sufrir nada? Y el cuarto parece un ser divino.

26 (93) Y acercándose a la puerta del hor-
no encendido, dijo:

–Sidrac, Misac y Abed-Nego, siervos del Dios Altísimo, salgan y vengan aquí.

27 (94) Sidrac, Misac y Abed-Nego salie-

3,24-33 (3,91-100) Confesión de Nabucodonosor. Este pasaje lo presentamos con doble numeración. La que no va entre paréntesis es continuación de «3,1-23 La estatua de oro», y se fundamenta en la versión hebrea. La que va entre paréntesis es continuación de «3,46-90 Cántico de los tres jóvenes», y se fundamenta en la versión latina, que a su vez recoge el texto de la versión griega. En la citación litúrgica oficial se sigue la numeración entre paréntesis.

Ante el suceso prodigioso de los tres jóvenes, el rey se asombra, y se ve impulsado a reconocer el poder del único Dios verdadero. Con este pasaje el autor

ron del horno. Los gobernadores, ministros,
prefectos y consejeros se acercaron para
ver a aquellos hombres a prueba de fuego:
no se les había quemado el pelo, los panta-
lones estaban intactos, ni siquiera olían a
chamuscados.

28 (95) Nabucodonosor entonces dijo:

–Bendito sea el Dios de Sidrac, Misac y
Abed-Nego, que envió un ángel a salvar a
sus siervos, que, confiando en él, desobe-
decieron el decreto real y prefirieron en-
frentar el fuego antes que venerar y adorar
a otro dios fuera del suyo. 29 (96) Por eso de-
creto que quien blasfeme contra el Dios de
Sidrac, Misac y Abed-Nego, de cualquier
pueblo, nación o lengua que sea, sea hecho
pedazos y su casa sea derribada. Porque no
existe otro Dios capaz de librar como éste.

30 (97) El rey dio cargos a Sidrac, Misac y
Abed-Nego en la provincia de Babilonia.

31 (98) El rey Nabucodonosor, a todos los
pueblos, naciones y lenguas que habitan en
la tierra: Paz y prosperidad.

32 (99) Quiero contar los signos y prodi-
gios que el Dios Altísimo ha hecho conmigo:

33 (100) ¡Qué grandes son sus signos,
qué admirables sus prodigios!
Su reinado es eterno,
su poder dura por todas las edades.

Visión del árbol
(Ez 31)

4 1 Yo, Nabucodonosor, estaba en paz
en mi casa, con buena salud en mi
palacio, 2 cuando tuve un sueño que me
asustó y las fantasías de mi mente me lle-
naron de espanto. 3 Mandé que se presen-
taran todos los sabios de Babilonia para ex-
plicarme el sentido del sueño. 4 Acudieron
los magos, astrólogos, hechiceros y adivi-
nos; les conté mi sueño, pero no supieron
explicarme su sentido. 5 Después se pre-
sentó Daniel –llamado Belsazar en honor de
mi dios–, hombre dotado de espíritu pro-
fético, y le conté mi sueño:

6 –Belsazar, jefe de los magos, sé que
posees espíritu profético y que no se te re-
siste ningún secreto; te contaré mi sueño y
tú me lo explicarás.

7 Estando yo acostado tuve esta visión:
Vi un árbol gigantesco
en medio de la tierra:
8 el árbol se hacía corpulento,
su copa tocaba el cielo, se le veía
desde los extremos de la tierra.
9 Su follaje era hermoso,
de sus frutos abundantes
se alimentaban todos,
bajo él se guarecían
las fieras salvajes
y en su ramaje anidaban
las aves del cielo;
sustentaba a todos los vivientes.
10 Estando yo acostado tuve esta visión:
Vi bajar del cielo
un Guardián Sagrado
11 que gritó con voz fuerte:
Derriben el árbol, corten sus ramas,
arranquen sus hojas,
dispersen sus frutos;
que huyan de su sombra las fieras
y las aves de sus ramas.
12 Dejen en tierra
sólo el tronco con las raíces.
Encadenado con hierro y bronce
en medio del campo;
que lo empape el rocío,
compartirá con las fieras
los pastos del suelo.
13 Perderá el instinto de hombre
y adquirirá instintos de fiera,
y pasará en ese estado siete años.
14 Lo han decretado los Guardianes,
lo han anunciado los Santos,
para que todos los vivientes
reconozcan que el Altísimo es dueño
de los reinos humanos,
que da el reino a quien quiere
y pone al más humilde en el trono.

15 Éste es el sueño que he visto, yo, el
rey Nabucodonosor; tú, Belsazar, ex-
plícame su sentido, porque ningún sabio ha

---

pretende animar a sus contemporáneos a permanecer firmes ante las agresiones de los dominadores griegos. Aquí se establece de una vez por todas a quién hay que adorar y servir, al Dios de Israel y no a otros dioses.

4,1-34 Visión del árbol. Segundo sueño de Nabucodonosor. Este capítulo se puede dividir en tres secciones: el rey relata el sueño (7b-15); Daniel lo interpreta (16-24); cumplimiento del sueño (25-34). Antes de la narración del sueño por parte del mismo rey,

sido capaz de hacerlo, mientras que tú posees espíritu profético.

16 Por un rato, Daniel, llamado Belsazar, quedó perplejo, espantado por sus pensamientos.

El rey le dijo:

–Belsazar, no te asustes de mi sueño o de su sentido.

Belsazar replicó:

–Señor, ojalá el sueño se refiera a tus enemigos y su interpretación a tus rivales.

17 El árbol gigantesco que viste, cuya copa tocaba el cielo y se veía hasta los confines de la tierra, 18 de hermoso follaje y frutos abundantes que sustentaban a todos, a cuya sombra habitaban las fieras salvajes y en cuyo ramaje anidaban las aves del cielo, 19 eres tú mismo, majestad; porque tu poder es inmenso, tu dominio alcanza hasta el cielo y tu imperio se extiende hasta los confines de la tierra.

20 El Guardián Sagrado que viste bajar del cielo y que dijo: Derriben el árbol, destrúyanlo dejando sólo su tronco y sus raíces en tierra; encadenado con bronce en medio del campo, empapado por el rocío de la noche compartirá con las fieras la hierba del suelo y pasará en ese estado siete años, significa lo siguiente:

21 Es el decreto del Altísimo pronunciado contra el rey, mi señor. 22 Te apartarán de los hombres, vivirás con las fieras, te alimentarás con hierba como los toros, te mojará el rocío de la noche, y así pasarás siete años; hasta que reconozcas que el Altísimo es dueño de los reinos humanos y da el poder a quien quiere. 23 Mandaron dejar el tronco con las raíces porque volverás a reinar cuando reconozcas que Dios es soberano. 24 Por tanto, majestad, acepta mi consejo: redime tus pecados con limosnas, tus delitos socorriendo a los pobres, para que dure tu tranquilidad.

25 Todo esto le sucedió al rey Nabucodonosor.

26 Al cabo de doce meses, paseando por su palacio de Babilonia, 27 dijo:

–Ésta es Babilonia la magnífica, que yo he construido como capital de mi reino, gracias a mi poderío y para honrar mi majestad.

28 No había acabado de hablar, cuando se oyó una voz en el cielo:

29 –¡Contigo hablo, rey Nabucodonosor! Has perdido el reino, te apartarán de los hombres, vivirás en compañía de las fieras comiendo hierba como los toros, te mojará el rocío de la noche, y así pasarás siete años, hasta que reconozcas que el Altísimo es dueño de los reinos humanos y da el poder a quien quiere.

30 Inmediatamente ejecutaron la sentencia contra Nabucodonosor, lo alejaron de los hombres, comió hierba como los toros, lo mojó el rocío de la noche, le crecieron plumas de buitre y garras de ave rapaz.

31 Pasado el tiempo, yo, Nabucodonosor, alcé los ojos al cielo, recobré la razón, bendije al Altísimo, alabé al que vive siempre:

32 Su reino es eterno,
su imperio dura
de generación en generación;
nada valen ante él
los que habitan la tierra,
y trata como quiere
al ejército del cielo;
nadie puede atentar contra él
ni exigirle cuentas de lo que hace.

33 En aquel momento recobré la razón, recobré los honores y la dignidad real, mis consejeros y nobles acudieron a mí, volví a ocupar el trono y creció mi poder incomparable.

34 Y ahora yo, Nabucodonosor, alabo y ensalzo y glorifico al Rey del cielo, porque sus obras son justas y rectos sus caminos; al que procede con soberbia lo humilla.

El festín de Baltasar

5 1 El rey Baltasar ofreció un banquete a mil nobles del reino, y se puso a beber delante de todos. 2 Después de probar el vino, mandó traer los vasos de oro y pla-

---

se reconoce que el único Señor de cielos y tierra es el Señor, Dios de Daniel, Dios de Israel, quien actúa por medio de sus fieles judíos, para quienes la sabiduría es muy diferente a la de los sabios y adivinos paganos. De nuevo, pues, se quiere subrayar la única y absoluta soberanía de Dios sobre reyes, reinos y naciones.

5,1–6,1 El festín de Baltasar. Se recurre a episodios del pasado para tomar postura respecto a los hechos del presente. Con toda seguridad, los lectores

ta que su padre, Nabucodonosor, había ro-
bado en el templo de Jerusalén, para que
bebiesen en ellos el rey y los nobles, sus
mujeres y concubinas. 3 Cuando trajeron
los vasos de oro que habían robado en el
templo de Jerusalén brindaron con ellos el
rey y sus nobles, sus mujeres y concubinas.
4 Mientras saboreaban el vino, alababan a
los dioses de oro y plata, de bronce y hie-
rro, de piedra y madera.

5 De repente aparecieron unos dedos de
mano humana escribiendo sobre la pared
blanca del palacio, frente al candelabro, y
el rey veía cómo escribían los dedos. 6 En-
tonces su rostro palideció, la mente se le
turbó, le faltaron las fuerzas, las rodillas le
entrechocaban. 7 A gritos mandó que vinie-
ran los astrólogos, magos y adivinos, y dijo
a los sabios de Babilonia:

–El que lea y me interprete ese escrito se
vestirá de púrpura, llevará un collar de oro
y ocupará el tercer puesto en mi reino.

8 Acudieron todos los sabios del reino,
pero no pudieron leer lo escrito ni explicar
al rey su sentido. 9 Entonces el rey Baltasar
se inquietó mucho y cambió de color; sus
nobles también estaban desconcertados.

10 Al saber lo que les ocurría al rey y a
los nobles, la reina entró en la sala del ban-
quete y dijo:

11 –¡Viva siempre el rey! No te inquieten
tus pensamientos ni cambie tu semblante
de color. En el reino hay un hombre a quien
Dios ha concedido espíritu de profecía. En
el reinado de tu padre demostró poseer in-
teligencia, prudencia y un saber sobrehu-
mano. Tu padre, el rey Nabucodonosor, lo
nombró jefe de los magos, astrólogos, he-
chiceros y adivinos, 12 porque demostró te-
ner un don extraordinario de ciencia y de
penetración para interpretar sueños, aclarar
enigmas y resolver problemas. Se trata de
Daniel, a quien el rey puso el nombre de
Belsazar. Que llamen a Daniel y nos dará la
interpretación.

13 Cuando trajeron a Daniel ante el rey,
éste le preguntó:

–¿Eres tú Daniel, uno de los judíos des-
terrados que trajo de Judea el rey, mi pa-
dre? 14 Me han dicho que posees espíritu de
profecía, inteligencia, prudencia y un saber
extraordinario. 15 Aquí han traído a mi pre-
sencia los sabios y los astrólogos para que
leyeran el escrito y me explicaran su senti-
do, pero han sido incapaces de hacerlo.
16 Me han dicho que tú puedes interpretar
sueños y resolver problemas; pues bien, si
logras leer lo escrito y explicarme su senti-
do, te vestirás de púrpura, llevarás un collar
de oro y ocuparás el tercer puesto en mi
reino.

17 Entonces Daniel habló así al rey:

–Quédate con tus dones y da a otro tus
regalos. Yo leeré al rey lo escrito y le expli-
caré su sentido.

18 Majestad: el Dios Altísimo concedió
imperio y poder, gloria y honor a tu padre,
Nabucodonosor. 19 Y por aquel poder reci-
bido, todos los pueblos, naciones y lenguas
lo temieron y respetaron. Tenía poder sobre
la vida y la muerte, engrandecía y humilla-
ba a su antojo. 20 Pero se ensoberbeció y
creció su soberbia; entonces lo derribaron
del trono real y lo despojaron de su digni-
dad. 21 Tuvo que vivir lejos de los hombres,
con instintos de bestia; en compañía de as-
nos salvajes, comiendo hierba como los to-
ros, con su cuerpo empapado por el rocío
de la noche, hasta que reconoció que el
Dios Altísimo rige los reinos humanos y co-
loca en el trono a quien quiere.

22 Y tú, Baltasar, su hijo, aun sabiendo es-
to, no has querido humillarte. 23 Te has re-
belado contra el Señor del cielo, has hecho
traer los vasos de su templo para brindar
con ellos en compañía de tus nobles, tus
mujeres y concubinas. Han alabado a dioses
de oro y plata, de bronce y hierro, de piedra
y madera, que ni ven, ni oyen, ni entienden;
mientras que al Dios dueño de tu vida y tus
caminos ni lo has honrado. 24 Por eso Dios
ha enviado esa mano para escribir ese texto.

25 Lo que está escrito es: Contado, Pesa-
do, Dividido. 26 La interpretación es ésta:

---

contemporáneos de esta obra entendieron perfectamente que lo narrado respecto a Baltasar se refería en realidad a Antíoco IV. De este modo, el presente no queda cerrado a las perspectivas de futuro. Todo lo contrario, el creyente fiel es impulsado a ver el futuro con mayor claridad porque al fin de cuentas la historia tiene una dinámica propia que Dios mismo le imprime.

Daniel es de nuevo reconocido como el máximo sabio, pero no por sí mismo, sino por causa de su Dios.

Contado: Dios ha contado los días de tu rei-
nado y les ha señalado el límite. Pesado:
27 Has sido pesado en la balanza y te falta
peso. 28 Dividido: Tu reino se ha dividido y
se lo entregan a medos y persas.

29 Baltasar mandó vestir a Daniel de púr-
pura, ponerle un collar de oro y pregonar
que tenía el tercer puesto en el reino.

30 Baltasar, rey de los caldeos, fue asesi-
nado aquella misma noche,

6 1 y Darío, el medo, le sucedió en el
trono a la edad de sesenta y dos años.

Daniel en el foso de los leones

(Sal 57,5)

2 Darío decidió nombrar ciento veinte
gobernadores regionales distribuidos por
todo el reino, 3 y sobre ellos tres ministros,
a quienes los gobernadores rendirían cuen-
tas para que no sufriesen los intereses de la
corona. Uno de los tres era Daniel.

4 Daniel sobresalía entre los ministros y
los gobernadores por su talento extraordi-
nario, de modo que el rey decidió ponerlo al
frente de todo el reino. 5 Entonces los mi-
nistros y los gobernadores buscaron algo
de qué acusarle en su administración del
reino; pero no le encontraron ninguna cul-
pa ni descuido, porque era hombre de fiar
que no cometía errores ni era negligente.

6 Aquellos hombres se dijeron:

–No podremos acusar a Daniel de nin-
guna falta. Tenemos que buscar un delito
de carácter religioso.

7 Entonces los ministros y gobernadores
fueron al rey diciéndole:

8 –¡Viva siempre el rey Darío! Los minis-
tros del reino, los prefectos, los gobernado-
res regionales, consejeros y gobernadores
provinciales están de acuerdo en que el rey
debe promulgar un edicto sancionando que
en los próximos treinta días nadie haga ora-
ción a otro dios que no seas tú, bajo pena
de ser arrojado al foso de los leones. 9 Por
tanto, majestad, promulga esa prohibición
y firma el documento para que no pueda
ser modificado, según la ley de medos y
persas que es irrevocable.

10 Así, el rey Darío promulgó y firmó el
decreto.

11 Cuando Daniel se enteró de la pro-
mulgación del decreto, subió al piso supe-
rior de su casa, que tenía ventanas orienta-
das hacia Jerusalén. Y, arrodillado, oraba
dando gracias a Dios tres veces al día,
como solía hacerlo.

12 Aquellos hombres lo espiaron y lo sor-
prendieron orando y suplicando a su Dios.
13 Entonces fueron a decirle al rey:

–Majestad, ¿no has firmado tú un decre-
to que prohíbe hacer oración a cualquier
dios fuera de ti, bajo pena de ser arrojado al
foso de los leones?

El rey contestó:

–El decreto está en vigor, como ley irre-
vocable de medos y persas.

14 Ellos le respondieron:

–Pues Daniel, uno de los deportados de
Judea, no te obedece a ti, majestad, ni a la
prohibición que has firmado, sino que tres
veces al día reza sus oraciones.

15 Al oírlo, el rey se apenó profundamen-
te y se puso a pensar la manera de salvar a
Daniel, y hasta la puesta del sol hizo lo im-
posible por librarlo. 16 Pero aquellos hom-
bres apuraban diciéndole:

–Majestad, sabes que, según la ley de
medos y persas, una prohibición o edicto
real es válido e irrevocable.

17 Entonces el rey mandó traer a Daniel
y echarlo al foso de los leones. El rey dijo a
Daniel:

–¡Que tu Dios a quien veneras con tanta
constancia, te salve!

18 Trajeron una piedra, taparon con ella
la boca del foso y el rey la selló con su se-
llo y con el de sus nobles, para que nadie

6,2-29 Daniel en el foso de los leones. La primera parte del libro concluye con un episodio paralelo a su inicio: la fe y fidelidad de Daniel a su Dios le acarrea la persecución; una manera de hablar de las persecuciones y oprobios contra los fieles judíos bajo el reinado de Antíoco IV. Si antes fue el rechazo y la resistencia a adorar la estatua de oro, ahora el motivo no es del todo diferente; se trata de mantener firme la convicción de que sólo Dios puede salvar y que, por tanto, sólo de Él se puede esperar la salvación (15.17.21.23.28). En el capítulo tercero, el ambiente fue la erección de la estatua de Zeus en Jerusalén. En este momento el ambiente es el decreto real que prohíbe la religión judía en el reino de Antíoco IV. Muchos judíos se ajustaron a dicha norma, pero también muchos otros resistieron y permanecieron firmes has-

pudiese modificar la sentencia dada contra
Daniel. 19 Luego el rey volvió a palacio,
pasó la noche en ayunas, sin mujeres y sin
poder dormir.
20 Madrugó y fue corriendo al foso de los
leones. 21 Se acercó al foso y gritó afligido:
–¡Daniel, siervo del Dios vivo! ¿Ha podido salvarte de los leones ese Dios a quien veneras con tanta constancia?
22 Daniel le contestó:
23 –¡Viva siempre el rey! Mi Dios envió su
ángel a cerrar las fauces de los leones, y no me han hecho nada, porque ante él soy inocente, como tampoco he hecho nada contra ti.
24 El rey se alegró mucho y mandó que
sacaran a Daniel del foso. Al sacarlo no tenía ni un rasguño, porque había confiado en
su Dios. 25 Luego el rey mandó traer a los
que habían calumniado a Daniel y arrojarlos al foso de los leones con sus hijos y esposas. No habían llegado al suelo y ya los leones los habían atrapado y despedazado.
26 Entonces el rey Darío escribió a todos
los pueblos, naciones y lenguas de la tierra:
27 ¡Paz y bienestar! Ordeno y mando:
Que en mi imperio todos respeten y teman al Dios de Daniel.

Él es el Dios vivo
que permanece siempre.
Su reino no será destruido,
su imperio dura hasta el fin.
28 Él salva y libra,
hace signos y prodigios
en el cielo y en la tierra.
Él salvó a Daniel de los leones.

29 Así fue como prosperó Daniel durante
el reinado de Darío y de Ciro de Persia.

LAS VISIONES

Primera: Las cuatro fieras

7
1 El año primero de Baltasar, rey de
Babilonia, Daniel tuvo un sueño, visiones de su fantasía, estando en la cama. Al punto escribió lo que había soñado:
2 Tuve una visión nocturna: los cuatro
vientos agitaban el océano. 3 Cuatro fieras
gigantescas salían del mar, las cuatro distintas.
4 La primera era como un león con alas
de águila; mientras yo miraba, le arranca-

---

ta el final. Daniel, salvado del foso de los leones, es la imagen del fiel creyente que no claudica en su fe ni se doblega ante los caprichos del dominante de turno. También este episodio es profecía para nuestra época contemporánea.

7,1–12,13 Las visiones. Tal vez en algún momento de nuestra vida nos hemos detenido a pensar en el sentido de nuestra existencia, el por qué de los acontecimientos, máxime si las circunstancias en las que se vive son difíciles en todos los sentidos: económico, político, social y religioso; y más aún, si la experiencia del presente nos trae el triunfo de la injusticia, la violencia y la mentira. Ante tales circunstancias, uno siente a veces la tentación de abandonar la fe y la esperanza porque a simple vista no se ve ni se siente la intervención de aquel Dios en quien se cree y se espera. Éstas podrían ser a grandes rasgos las circunstancias históricas que se esconden detrás de las cuatro visiones que nos narra el libro de Daniel.

Por medio de las tres primeras, cada una con su interpretación, el sabio intenta responder a sus propias inquietudes y a las de sus contemporáneos sobre el futuro. El presente no es fácil, sobre todo para quienes poseen e intentan mantener su fe y su esperanza en el Dios que se ha venido revelando en la historia del pueblo. Los peligros de apostasía están a la puerta, por tanto, se necesita luz y fuerza para continuar hacia el futuro, tratando de entender el pasado y el presente.

La cuarta visión ilustra la duración de estas situaciones, épocas en las que se entrecruza una especie de competencia por parte de los poderosos contra el plan de Dios. ¿Cuándo cesará esa competencia? Cuando se reconozca que sólo Dios es Señor de la historia, y que sólo el plan divino garantiza la vida de los hombres y de la creación, y que cualquier proyecto humano debe fundarse en la voluntad de Él. Sólo cuando se reconozca esta dinámica, el futuro será esperanzador.

7,1-28 Primera: Las cuatro fieras. La primera visión tiene un gran parecido con el sueño de Nabucodonosor (2,28). En ambas predomina el número cuatro: allá tenemos cuatro metales, clasificados por su valor y aquí cuatro bestias, clasificadas por su fuerza. Pero aquí la atención está centrada en la cuarta bestia, que no tiene una denominación específica, pero que posee unas características muy particulares: posee diez cuernos, de los cuales desaparecen tres para dar espacio a uno más pequeño. Los diez cuernos se refieren a la sucesión de reyes de la dinastía seléucida, el último cuerno se refiere a Antíoco IV, tal vez el más feroz y opresor de todos. Pero la visión no termina con la descripción de la cuarta bestia y su acción

ron las alas, la alzaron del suelo, la pusie-
ron de pie como un hombre y le dieron
mente humana.
5 La segunda era como un oso medio er-
guido, con tres costillas en la boca, entre
los dientes. Le dijeron: ¡Arriba! Come carne
en abundancia.
6 Después vi otras fieras como un leo-
pardo, con cuatro alas de ave en el lomo y
cuatro cabezas. Y le dieron el poder.
7 Después tuve otra visión nocturna: una
cuarta fiera, terrible, espantosa, fortísima;
tenía grandes dientes de hierro, con los que
comía y descuartizaba, y las sobras las pa-
teaba con las pezuñas. Era diversa de las
fieras anteriores, porque tenía diez cuernos.
8 Miré atentamente los cuernos y vi que en-
tre ellos salía otro cuerno pequeño; para
hacerle sitio, arrancaron tres de los cuernos
precedentes. Aquel cuerno tenía ojos hu-
manos y una boca que profería insolencias.
9 Durante la visión vi que colocaban
unos tronos, y un anciano se sentó:

Su vestido era blanco como nieve,
su cabellera como lana limpísima;
su trono, llamas de fuego;
sus ruedas, llamaradas.
10 Un río impetuoso de fuego
brotaba delante de él.
Miles y miles le servían,
millones estaban a sus órdenes.
Comenzó la sesión
y se abrieron los libros.

11 Yo seguía mirando, atraído por las in-
solencias que profería aquel cuerno; hasta
que mataron a la fiera, la descuartizaron y
la echaron al fuego. 12 A las otras les quita-
ron el poder, dejándolas vivas una tempo-
rada.
13 Seguí mirando, y en la visión nocturna
vi venir en las nubes del cielo una figura hu-
mana, que se acercó al anciano y fue pre-
sentada ante él. 14 Le dieron poder real y
dominio: todos los pueblos, naciones y len-
guas lo respetarán. Su dominio es eterno y
no pasa, su reino no tendrá fin.
15 Yo, Daniel, me sentía agitado por den-
tro y me turbaban las visiones de mi fanta-
sía. 16 Me acerqué a uno de los servidores y
le pedí que me explicase todo aquello. Él
me contestó explicándome el sentido de la
visión:
17 –Esas cuatro fieras gigantescas repre-
sentan cuatro reinos que surgirán en el
mundo. 18 Pero los santos del Altísimo reci-
birán el reino y lo poseerán por los siglos de
los siglos.
19 Yo quise saber lo que significaba la
cuarta fiera, diversa de las demás; la fiera
terrible, con dientes de hierro y garras de
bronce, que devoraba y trituraba y pateaba
las sobras con las pezuñas; 20 lo que signi-
ficaban los diez cuernos de su cabeza y el
otro cuerno que salía y eliminaba a otros
tres, que tenía ojos y una boca que profería
insolencias, y era más grande que los
otros.
21 Mientras yo seguía mirando, aquel
cuerno luchó contra los santos y los derro-
tó. 22 Hasta que llegó el anciano para hacer
justicia a los santos del Altísimo, y empezó
el imperio de los santos.
23 Después me dijo:
–La cuarta bestia es un cuarto reino que
habrá en la tierra, diverso de todos los de-

maléfica. Aparece un anciano, un trono y un ser misterioso que en la narración se le da el apelativo de «hijo de hombre» (9-14). Estos elementos nos indican que para el autor se representa aquí una especie de juicio que el Altísimo realiza sobre la historia y sus protagonistas. De hecho el anciano y el tribunal entregan al «hijo del hombre» el poder sobre reinos y naciones, quienes se ponen a su servicio (14.26.27). El Nuevo Testamento identificará este «hijo de hombre» con Jesús, proclamado como el Mesías (cfr. Mc 13,26; 14,62; Mt 25,31; Lc 17,22.30; Hch 7,55-56).

El mensaje esperanzador de este juicio es el desmoronamiento de todo poder y potencia enemigos de Dios y el triunfo definitivo del proyecto divino y de sus fieles adoradores (26s).

Para nuestro tiempo: el creyente no puede conformarse con la simple espera de un ser celestial que aparezca para juzgar la prepotencia y altanería de los opresores modernos y de sus estructuras opresoras. En y desde la fe, el cristiano convencido del valor liberador, consolador y esperanzador de la Palabra y proyecto de Jesús, tiene que hacer de sus luchas y sudores una profecía actual y actuante. No porque los tiempos hayan cambiado cambia Dios de parecer. En nuestras manos está hacer que Dios enjuicie nuestro mundo actual, incrementando acciones de justicia, solidaridad y búsqueda de la fraternidad en medio de este mundo dividido y gobernado por las fuerzas del mal.

más; devorará toda la tierra, la pisará y tri-
turará. 24 Sus diez cuernos son diez reyes
que habrá en aquel reino; después vendrá
otro, diverso de los precedentes, que des-
tronará a tres reyes; 25 blasfemará contra el
Excelso, perseguirá a los santos del Altísi-
mo e intentará cambiar el calendario y la
ley. Dejarán en su poder a los santos du-
rante un año y otro año y otro año y medio.
26 Pero cuando se siente el tribunal para juz-
gar, le quitará el poder y será destruido y
aniquilado totalmente. 27 El poder real y el
dominio sobre todos los reinos bajo el cielo
serán entregados al pueblo de los santos
del Altísimo. Será un reino eterno, al que
temerán y se someterán todos los sobe-
ranos.
28 Fin del relato. Yo, Daniel, quedé in-
quieto con estos pensamientos y me puse
pálido; pero todo me lo guardé en mi inte-
rior.

Segunda:
El carnero y el macho cabrío
(1 Mac 1)

8 1 El año tercero del rey Baltasar, yo,
Daniel, tuve una visión, después de la
que ya había tenido. 2 Contemplaba en vi-
sión que me encontraba en Susa, capital de
la provincia de Elam, y contemplaba en vi-
sión que me encontraba junto al río Ulay.
3 Levanté la vista y vi junto al río, de pie,
un carnero de altos cuernos, uno más alto
y detrás del otro. 4 Vi que el carnero em-
bestía hacia el oeste, hacia el norte y hacia
el sur, y no había fiera que le resistiera, ni
quien se librase de su poder; hacía lo que
quería, alardeando.
5 Mientras yo reflexionaba, apareció un
chivo que venía del oeste, atravesando toda
la tierra sin tocar el suelo; tenía un cuerno
entre los ojos.
6 Se acercó al carnero de los dos cuer-
nos, que había visto de pie junto al río, y se
lanzó contra él furiosamente. 7 Lo vi llegar
junto al carnero, embestirlo violentamente
y herirlo; le rompió los dos cuernos, y el
carnero quedó sin fuerza para resistir. Lo
derribó en tierra y lo pateó, sin que nadie li-
brase al carnero de su poder.
8 Entonces el chivo hizo alarde de su po-
der. Pero, al crecer su poderío, se le rompió
el cuerno grande y le salieron en su lugar
otros cuatro cuernos orientados hacia los
cuatro puntos cardinales.
9 De uno de ellos salió otro cuerno pe-
queño que creció mucho, apuntando hacia
el sur, hacia el este, hacia la tierra santa.
10 Creció hasta alcanzar las estrellas del
cielo, derribó al suelo algunas de ellas y
las pisoteó. 11 Creció hasta alcanzar al Jefe
de las estrellas, suprimió el sacrificio coti-
diano y profanó el templo. 12 Le entregaron
las estrellas y en lugar del sacrificio expia-
torio instaló la maldad. La verdad cayó por
los suelos, mientras él actuaba con gran
éxito.
13 Entonces oí a dos santos que habla-
ban entre sí. Uno preguntaba: ¿Cuánto
tiempo durará esta visión del sacrificio per-
petuo suprimido, de la desolación del san-
tuario y de las estrellas pisoteadas? 14 El
otro contestaba: Dos mil trescientas tardes
y mañanas; después el santuario será res-
tablecido.
15 Yo, Daniel, seguía mirando y procu-
rando entender la visión cuando apareció
frente a mí, de pie, una figura humana. 16 Oí
una voz humana junto al río Ulay que grita-
ba: Gabriel, explícale a éste la visión.
17 Se acercó a donde yo estaba, y al
acercarse caí espantado rostro en tierra;
pero él me dijo: Hombre, has de compren-
der que la visión se refiere al final.
18 Mientras él hablaba, caí en trance, con
el rostro en tierra; él me tocó y me puso de
pie. 19 Después me dijo: Yo te explicaré lo
que sucederá en el tiempo final de la cóle-
ra; porque se trata del plazo final.
20 El carnero de dos cuernos que viste
representa los reyes de Media y Persia. 21 El

8,1-27 Segunda: El carnero y el macho cabrío. Esta nueva visión amplía prácticamente la anterior, aunque reduce el número de imperios. Nótese el predominio del símbolo del «cuerno», imagen antigua de fuerza y poder. Los dos animales representan al imperio persa y al griego respectivamente (20s); los cuernos del chivo serían los sucesores griegos del conquistador Alejandro Magno. El último cuerno, que alcanza proporciones cósmicas (10-12), es contemporáneo del redactor, y es quien más poder tiene y quien más expande la maldad.

chivo es el rey de Grecia; el cuerno grande
entre sus ojos es el jefe de la dinastía. 22 Los
cuatro cuernos que salieron al quebrarse el
primero son cuatro reyes de su nación,
pero no con su misma fuerza.

23 Al final de sus reinados,
en el colmo de sus crímenes,
se alzará un rey atrevido y astuto,
24 experto en enigmas,
de fuerza indomable,
prodigiosamente destructivo,
que actuará con gran éxito.
Destruirá a poderosos,
a un pueblo de santos.
25 Con su astucia hará triunfar
el engaño en sus acciones.
Se creerá grande y destruirá
con toda calma a muchos.
Se atreverá
con el Príncipe de príncipes,
pero será destrozado
sin intervención humana.

26 La visión en que hablaban de tardes y
mañanas es auténtica. Pero tú guárdala en
secreto, porque se refiere a un futuro re-
moto.
27 Yo, Daniel, estuve enfermo unos días;
cuando me levanté, me dediqué a los asun-
tos del rey, pero seguía desconcertado, sin
comprender la visión.

Tercera:
Las setenta semanas
(Esd 9; Neh 9; Bar 1,15–3,38)

9 1 El año primero de Darío, hijo de Jer-
jes, descendiente de los medos y rey
de los caldeos, 2 el año primero de su rei-
nado, yo, Daniel, leía atentamente en el li-
bro de las profecías de Jeremías el número
de años que Jerusalén había de quedar en
ruinas: 3 eran setenta años. Después me di-
rigí al Señor, mi Dios implorándole con ora-
ciones y súplicas, con ayuno, sayal y cu-
bierto de ceniza.
4 Oré y me confesé al Señor, mi Dios:
Señor, Dios grande y terrible, que mantie-
nes la alianza y eres leal con los que te
aman y cumplen tus mandamientos: 5 He-
mos pecado, hemos cometido crímenes y
delitos, nos hemos rebelado apartándonos
de tus mandatos y preceptos.
6 No hicimos caso a tus siervos los pro-
fetas que hablaban en tu Nombre a nues-
tros reyes, a nuestros príncipes, a nuestros
antepasados y a todo nuestro pueblo.
7 Tú, Señor, eres justo; pero nosotros los
judíos nos sentimos avergonzados: tanto
los habitantes de Jerusalén, como los otros
israelitas, tanto los cercanos como a los
que están lejos en todos los países por don-
de los dispersaste por los delitos que co-
metieron contra ti.
8 Señor, nos abruma la vergüenza: a
nuestros reyes, príncipes y antepasados,
porque hemos pecado contra ti.
9 Pero aunque nosotros nos hemos re-
belado, el Señor, nuestro Dios, es compasi-
vo y perdona.
10 No obedecimos al Señor, nuestro
Dios, siguiendo las normas que nos daba
por medio de sus siervos los profetas.
11 Todo Israel quebrantó tu ley y no ha
querido obedecerte; por eso nos han caído
encima las maldiciones, consignadas con
juramento en la ley de Moisés, el siervo de
Dios; porque pecamos contra él.
12 Cumplió la palabra que pronunció
contra nosotros y contra los jefes que nos
gobernaban, enviándonos una calamidad
–la que sucedió en Jerusalén– como no ha
sucedido bajo el cielo.
13 Según está escrito en la ley de Moisés,
nos sucedió esta desgracia completa; a pe-

9,1-27 Tercera: Las setenta semanas. La tercera visión (20-27), está precedida de una larga oración (4-19), que surge en el momento en el que Daniel investiga sobre la suerte de su pueblo en la Escritura (1-3). La oración como tal es una súplica, en donde se subrayan los pecados e infidelidades de Israel, y el poder y la misericordia de Dios, pero también se acentúa la esperanza salvífica del pueblo pecador. La visión reinterpreta la profecía de Jeremías según la cual el destierro en Babilonia tendría una duración de setenta años (Jr 25,11; 29,10). En la visión de Daniel aparece este período dividido en setenta semanas, y éstas divididas a su vez en períodos cargados de sentido simbólico con aumento creciente de la maldad hasta la última semana, que será la peor de todas. No se concede ningún reconocimiento al principado del mal por grande y terrible que sea, pues al final de todo se percibe que la ruina vendrá sobre el destructor (27). Como quien dice, la historia, aunque protagonizada en mayor parte por hombres violentos, tiene un actor último que es Dios, quien se manifestará en la plenitud de ella.

sar de todo esto, no aplacamos al Señor,
nuestro Dios, convirtiéndonos de nuestros
crímenes y reconociendo tu verdad.
14 El Señor, nuestro Dios, vigiló para en-
viarnos esa desgracia: el Señor, nuestro
Dios, nos trata justamente, porque no le
obedecimos.
15 Pero ahora, Señor, Dios nuestro, que
con mano fuerte sacaste a tu pueblo de
Egipto, cobrándote fama que dura hasta
hoy: hemos pecado y obrado mal.
16 Señor, a la medida de tu justicia, apar-
ta la ira y la cólera de Jerusalén, tu ciudad
y tu monte santo. Por nuestros pecados y
los delitos de nuestros antepasados Jerusa-
lén y todo tu pueblo son afrentados por los
pueblos vecinos.
17 Ahora, pues, Dios nuestro, escucha la
oración y las súplicas de tu siervo, mira be-
névolo a tu santuario destruido, ¡Señor mío,
por tu honor!
18 Dios mío, inclina tu oído y es-
cúchame; abre los ojos y mira nuestra de-
solación y la ciudad que lleva tu Nombre;
porque, al presentar ante ti nuestra súplica,
no confiamos en nuestros méritos, sino en
tu gran misericordia.
19 Escucha, Señor; perdona, Señor;
atiende, Señor; actúa sin tardanza, ¡Dios
mío, por tu honor! Por tu ciudad y tu pue-
blo, que llevan tu Nombre.
20 Aún estaba hablando y suplicando y
confesando mi pecado y el de mi pueblo,
Israel, y presentando mis súplicas al Señor,
mi Dios, en favor de su monte santo; 21 aún
estaba pronunciando mi súplica, cuando
aquel Gabriel que había visto en la visión
llegó volando hasta mí, a la hora de la ofren-
da de la tarde. 22 Al llegar, me habló así:
23 –Daniel, yo he salido para abrirte la in-
teligencia. Al principio de tus súplicas se
pronunció una sentencia, y yo he venido
para comunicártela, porque eres un predi-
lecto. ¡Entiende la palabra, comprende la
visión!:

24 Setenta semanas están decretadas
para tu pueblo y tu Ciudad Santa:
para cerrar el delito,
poner fin al pecado
y expiar el crimen,
para traer una justicia eterna,
para que se cumplan
visiones y profecías
y consagrar el lugar santísimo.
25 Has de saberlo y comprenderlo:
desde que se decretó la vuelta
y la reconstrucción de Jerusalén
hasta un príncipe ungido
pasarán siete semanas;
después
durante sesenta y dos semanas
será reconstruida con calles y fosos,
pero en tiempos difíciles.
26 Pasadas las sesenta y dos semanas
matarán al ungido inocente;
vendrá un príncipe con su tropa
y arrasará la ciudad y el templo.
El final será un cataclismo,
y hasta el fin están decretadas
guerra y destrucción.
27 Firmará una alianza con muchos
durante una semana,
durante media semana
hará cesar ofrendas y sacrificios
y pondrá sobre el altar
el ídolo abominable
hasta que el fin decretado
le llegue al destructor.

Cuarta:
La visión terrible

10 1 El año tercero de Ciro, rey de Per-
sia, le revelaron a Daniel una pala-
bra: la palabra era verdadera, y se refería a
un gran combate. Daniel estuvo atento a la
palabra, y logró comprender la visión.
2 Por entonces, yo, Daniel, estaba cum-
pliendo un luto de tres semanas: 3 no comía
manjares exquisitos, no probaba vino ni
carne, ni me ungía con perfumes durante
las tres semanas.
4 El día veinticuatro del mes primero es-
taba yo junto al Río Grande. 5 Levanté la
vista y vi aparecer un hombre vestido con
túnica de lino y con un cinturón de oro; 6 su

10,1–12,13 Cuarta: La visión terrible. Esta última visión no introduce propiamente nada nuevo, continúa ratificando el concepto de juicio divino sobre la historia y los acontecimientos que dentro de ella han protagonizado los distintos reyes y emperadores. El marco histórico sigue siendo el período dominado por los sucesores de Alejandro Magno.

cuerpo era como el topacio, su rostro como
un relámpago, sus ojos como antorchas,
sus brazos y piernas como destellos de
bronce pulido, sus palabras resonaban
como una multitud.
7 Solo yo veía la visión; la gente que es-
taba conmigo, aunque no veía la visión,
quedó llena de terror y corrió a esconderse.
8 Así quedé solo; al ver aquella magnífica
visión me sentí desfallecer, mi semblante
quedó desfigurado y no hallaba fuerzas.
9 Entonces oí ruido de palabras, y al oírlas
caí desvanecido con el rostro en tierra.
10 Una mano me tocó, y me hizo apo-
yar tembloroso sobre mis rodillas y sobre
las palmas de mis manos. 11 Luego me ha-
bló:
–Daniel, predilecto: fíjate en las palabras
que voy a decirte y ponte de pie, porque
me han enviado a ti.
Mientras me hablaba así, me puse de pie
temblando.
12 Me dijo:
–No temas, Daniel. Desde el día aquel
en que te dedicaste a estudiar y a humillar-
te ante Dios, tus palabras han sido escu-
chadas y yo he venido a causa de ellas.
13 El príncipe del reino de Persia me opuso
resistencia durante veintiún días; Miguel,
uno de los príncipes supremos, vino en mi
auxilio; por eso me detuve allí junto a los
reyes de Persia. 14 Pero ahora he venido a
explicarte lo que ha de suceder a tu pueblo
en los últimos días. Porque la visión va para
largo.
15 Mientras me hablaba así, caí rostro en
tierra y enmudecí. 16 Una figura humana me
tocó los labios: abrí la boca y hablé al que
estaba frente a mí:
–La visión me ha hecho retorcer de do-
lor, y no tengo fuerzas. 17 ¿Cómo hablará
este servidor a tal señor? ¡Si ahora las
fuerzas me abandonan y he quedado sin
aliento!
18 De nuevo una figura humana me tocó
y me fortaleció. 19 Después me dijo:
–No temas, predilecto; ten calma, sé
fuerte.
Mientras me hablaba, recobré las fuer-
zas y dije:
–Me has dado fuerzas, señor, puedes ha-
blar.
20 Me dijo:
–¿Sabes para qué he venido? Ahora ten-
go que volver a luchar con el príncipe de
Persia; cuando termine, vendrá el príncipe
de Grecia. 21 Pero te comunicaré lo que está
escrito en el libro de la verdad. Nadie me
ayuda en mis luchas excepto Miguel, el
príncipe de ustedes.

11 1 Yo por mi parte, durante el año pri-
mero de Darío el medo, le ayudé y
reforcé a él. 2 Ahora te comunicaré la ver-
dad:
–Persia todavía tendrá tres reyes. El
cuarto los superará en riquezas; pero cuan-
do por las riquezas crezca su poderío, pro-
vocará a todo el reino griego.
3 Surgirá un rey batallador, que tendrá
grandes dominios y un poder absoluto.
4 Cuando se afirme, su reino será dividido
hacia los cuatro puntos cardinales. No lo
heredarán sus descendientes ni será tan
poderoso; su reino pasará a manos ajenas.
5 Se hará fuerte el rey del sur, pero uno
de sus generales lo superará y sus dominios
serán más dilatados. 6 Después los dos ha-
rán una alianza; la hija del rey del sur acu-
dirá al rey del norte para hacer las paces.
Perderá la fuerza de su brazo, su descen-
dencia no subsistirá; serán entregados a la
muerte ella, su séquito, su hijo y su pro-
tector.
7 De sus raíces brotará un retoño en su
lugar, que entrará en la fortaleza del rey del
norte y los tratará como vencedor. 8 Se lle-
vará a Egipto sus dioses e ídolos y sus va-
sos preciosos de oro y plata, y por unos
años dejará en paz al rey del norte.
9 Este último invadirá el reino del rey del
sur, pero se volverá a su territorio.
10 Sus hijos declararán la guerra, reuni-
rán ejércitos enormes: invadirá y pasará
como una inundación, y volverá a luchar
hasta la fortaleza.
11 El rey del sur, irritado, saldrá a luchar
contra él, pondrá en pie de guerra un gran
ejército, el cual caerá en sus manos. 12 Se
llenará de soberbia con la victoria sobre el
ejército y hará morir a millares, pero no
prevalecerá.
13 El rey del norte pondrá en pie de gue-
rra otro ejército mayor que el primero; pa-

sados unos años volverá con un gran ejér-
cito bien abastecido.

14 Entonces muchos se levantarán con-
tra el rey del sur; hombres violentos de tu
pueblo se alzarán para cumplir una visión,
pero fracasarán. 15 Vendrá el rey del norte,
hará un terraplén y conquistará la ciudad
fortificada. Las tropas del sur no resistirán,
ni siquiera los más valientes tendrán fuerza
para resistir.

16 El invasor actuará a su antojo, sin que
nadie le pueda resistir. Se establecerá en la
tierra santa y será suya toda entera. 17 De-
cidido a someter todo el reino del sur, ofre-
cerá la paz y la firmará; le dará en matri-
monio una princesa con intención de
perderlo, pero el proyecto no resultará.

18 Entonces se volverá contra las costas
y conquistará mucho territorio; pero un jefe
pondrá fin a su insolencia, para que no res-
ponda con insolencias.

19 Entonces se dirigirá a las fortalezas de
su territorio; allí tropezará y caerá sin dejar
rastro.

20 Un sucesor suyo despachará a un re-
caudador de impuestos de su majestad a
requisar el tesoro del templo; en pocos días
será liquidado aunque no de frente ni en la
guerra.

21 Le sucederá un hombre despreciable
a quién no le correspondía ser rey. Se abri-
rá paso suavemente, y con intrigas se hará
dueño del reino. 22 Barrerá ejércitos enemi-
gos desbaratándolos, y también al príncipe
de la alianza. 23 Aun disponiendo de poca
gente, con sus cómplices y a fuerza de trai-
ciones se irá haciendo fuerte. 24 Sin agitar-
se irá penetrando en las zonas más fértiles
de la provincia, y hará lo que no hicieron
sus padres ni sus abuelos: repartirá botín,
despojos, riquezas, atacará con estratage-
mas las fortalezas; pero por poco tiempo.

25 Envalentonado, se dispondrá a atacar
al rey del sur con un gran ejército; el rey del
sur le hará frente con un ejército inmenso,
pero caerá víctima de conspiraciones; 26 los
que compartían su pan le ocasionarán la
ruina, su ejército será barrido y tendrá mu-
chísimas bajas.

27 Los dos reyes, llenos de malas inten-
ciones, se sentarán a una mesa para decir-
se mentiras; pero no les valdrá de nada por-
que el plazo ya está fijado. 28 El rey del nor-
te volverá a su país con muchas riquezas y
con planes contra la santa alianza, después
de ejecutarlos volverá a su país.

29 En el plazo fijado volverá al país del
sur, pero no le irá como las otras veces.
30 Naves de Chipre lo atacarán; se volverá
asustado para desahogar su cólera contra
la santa alianza. Al volver, hará caso a los
que abandonan la santa alianza. 31 Algunos
destacamentos suyos se presentarán a pro-
fanar el santuario y la fortaleza, abolirán el
sacrificio cotidiano e instalarán un ídolo
abominable. 32 Pervertirá con halagos a los
que quebrantan la alianza, pero los que re-
conocen a su Dios se decidirán a actuar.
33 Los maestros del pueblo instruirán a los
demás, aunque por un tiempo tengan que
enfrentar la espada, el fuego, la cautividad
y la confiscación de bienes. 34 Al verlos en
tales peligros, unos cuantos les ayudarán y
otros se les juntarán por adulación. 35 La
desgracia de algunos maestros servirá para
purificar, perfeccionar y poner a prueba
hasta que llegue el final, porque el plazo
está fijado.

36 El rey actuará a su antojo, lleno de
soberbia desafiará a todos los dioses y ha-
blará con arrogancia contra el Dios de los
dioses; prosperará hasta el momento del
castigo, que está decretado y se ejecutará.
37 No respetará al dios de sus padres ni al
favorito de las mujeres, no respetará a nin-
gún dios, porque se creerá superior a to-
dos. 38 En cambio, dará culto al dios de la
fortaleza, ofrecerá plata y oro, piedras pre-
ciosas y joyas a un dios desconocido de
sus padres. 39 Con la ayuda de un dios ex-
tranjero atacará fortalezas fortificadas; a
los que lo reconozcan los colmará de ho-
nores, los nombrará gobernadores de pue-
blos numerosos y les dará tierras en re-
compensa.

40 Al final, el rey del sur embestirá con-
tra él; el rey del norte se lanzará en torbelli-
no con carros, jinetes y muchas naves.
Invadirá y cruzará países como una inunda-
ción.

41 Penetrará en la tierra santa. Caerán a
millares, pero se librarán de sus manos los
edomitas, los moabitas y la flor de los
amonitas. 42 Echará mano a diversos paí-

ses y ni siquiera Egipto se librará. 43 Se adueñará del oro y la plata y todos los tesoros de Egipto; libios y nubios formarán su séquito. 44 Pero alarmado por noticias recibidas del este y del norte, marchará con toda furia a destruir y aniquilar muchedumbres.

45 Plantará su pabellón entre el mar y la tierra santa de la Santa Montaña. Se aproxima a su fin y nadie lo defenderá.

Resurrección y salvación
(Is 24–27; Ez 38s; Jl 3s)

12 1 Entonces se levantará Miguel,
el arcángel
que se ocupa de tu pueblo:
serán tiempos difíciles,
como no los hubo
desde que existen las naciones
hasta ahora.
Entonces se salvará tu pueblo:
todos los inscritos en el libro.
2 Muchos de los que duermen
en el polvo despertarán:
unos para vida eterna,
otros para ignominia perpetua.
3 Los maestros brillarán
como brilla el firmamento,
y los que convierten a los demás,
resplandecerán como estrellas,
perpetuamente.

4 Tú, Daniel, guarda estas palabras y sella el libro hasta el momento final. Muchos lo repasarán y aumentarán su saber.

5 Yo, Daniel, vi a otros hombres de pie a ambos lados del río. 6 Y pregunté al hombre vestido de lino, que estaba sobre el agua del río:

–¿Cuándo acabarán estos prodigios?

7 El hombre vestido de lino, que estaba sobre el agua del río, alzó ambas manos al cielo y le oí jurar por el que vive eternamente:

–Un año y dos años y medio. Cuando acabe la persecución del pueblo santo, se cumplirá todo esto.

8 Yo oí sin entender y pregunté:

–Señor, ¿cuál será el desenlace?

9 Me respondió:

–Sigue adelante, Daniel. Las palabras están guardadas y selladas hasta el momento final. 10 Muchos se purificarán, blanquearán y perfeccionarán; los malvados seguirán en su maldad, sin entender; los maestros comprenderán. 11 Desde que supriman el sacrificio cotidiano y coloquen el ídolo abominable pasarán mil doscientos noventa días. 12 Dichoso el que aguarde hasta que pasen mil trescientos treinta y cinco días. 13 Tú vete y descansa. Te levantarás a recibir tu destino al final de los días.

RELATOS GRIEGOS

Susana y Daniel

13 1 Vivía en Babilonia un hombre llamado Joaquín, 2 casado con Susana, hija de Jelcías, mujer muy bella y religiosa. 3 Sus padres eran honrados y habían educado a su hija según la ley de Moisés. 4 Joaquín era muy rico y tenía un parque junto a su casa; como era el más respetado de todos, los judíos solían reunirse allí.

Resurrección y salvación (12,1-13): Los versículos 1-4 son de obligatoria referencia cuando se quiere buscar el fundamento bíblico de la resurrección de los muertos. Para muchos comentaristas este pasaje constituye el punto culminante de la revelación contenida en el libro de Daniel. Dios concede la victoria final a su pueblo, haciendo que, tanto vivos como muertos, participen de ella. Quienes se mantuvieron fieles al Señor, aun en los peores momentos de la historia, serán premiados por Dios con la vida eterna.

Pero hay otra intuición: el castigo eterno que sobrevendrá a los impíos. A su manera, el libro de Daniel resuelve el interrogante sobre la suerte del justo que sufre y el malvado que prospera (cfr. Sal 37).

¿Cuándo se cumplirán estas cosas maravillosas? (5.8) La respuesta sigue siendo misteriosa y vedada, pero para los lectores contemporáneos de Daniel está claro que el fin de la crisis es inminente. Recordemos que la literatura apocalíptica utiliza imágenes y símbolos a veces tomados del pasado pero que aluden a un presente crítico con el fin de animar, consolar y sobre todo confortar e invitar a no desfallecer ante los embates del mal.

13s Relatos griegos. El texto hebreo de Daniel termina en el capítulo 12. Sin embargo, cuando se tradujeron los textos del Antiguo Testamento a la lengua griega (LXX) fueron añadidos estos relatos, de origen hebreo, pero compuestos en griego, donde se resalta

5 Aquel año fueron designados jueces dos ancianos del pueblo, de esos que el Señor denuncia diciendo: En Babilonia la maldad ha brotado de los viejos jueces, que pasan por guías del pueblo. 6 Solían ir a casa de Joaquín, y los que tenían pleitos que resolver acudían a ellos.

7 A mediodía, cuando la gente se marchaba, Susana salía a pasear por el parque con su marido. 8 Los ancianos la veían a diario, cuando salía a pasear por el parque, y se enamoraron de ella: 9 Pervirtieron su corazón y desviaron los ojos para no mirar a Dios ni acordarse de sus justas leyes.

10 Los dos estaban locos de pasión por ella, pero no se confesaban mutuamente su tormento, 11 porque les daba vergüenza admitir que estaban ansiosos de poseerla. 12 Día tras día se las ingeniaban para verla.

13 Un día dijeron:

–Vamos a casa, que es la hora de comer.

14 Y al salir se separaron. Pero, dando media vuelta, se encontraron otra vez en el mismo sitio. Preguntando uno a otro el motivo, acabaron por confesarse su pasión. Entonces, de acuerdo, fijaron una ocasión para encontrarla sola.

15 Un día, mientras aguardaban ellos el momento oportuno, salió ella como de ordinario, acompañada sólo de dos criadas, y se le antojó bañarse en el parque, porque hacía mucho calor. 16 Allí no había nadie fuera de los dos viejos escondidos y espiándola.

17 Susana dijo a las criadas:

–Tráiganme el perfume y las cremas y cierren la puerta del parque mientras me baño.

18 Ellas, cumpliendo la orden, cerraron la puerta del parque y salieron por una puerta lateral para traer el encargo, sin darse cuenta de que los viejos estaban escondidos.

19 Apenas salieron las criadas, se levantaron los dos ancianos, corrieron hacia ella 20 y le dijeron:

–Las puertas del parque están cerradas, nadie nos ve y nosotros estamos enamorados de ti; consiente y acuéstate con nosotros. 21 Si te niegas, daremos testimonio contra ti diciendo que un joven estaba contigo y que por eso habías despachado a las criadas.

22 Susana lanzó un gemido y dijo:

–No tengo salida: si hago eso seré rea de muerte; si no lo hago, no escaparé de sus manos. 23 Pero prefiero no hacerlo y caer en manos de ustedes antes que pecar contra Dios.

24 Susana se puso a gritar, y los concejales, por su parte, también gritaron. 25 Uno de ellos fue corriendo y abrió la puerta del parque. 26 Al oír gritos en el parque, la servidumbre vino corriendo por la puerta lateral a ver qué le había pasado. 27 Y cuando los viejos contaron su historia los criados quedaron abochornados, porque Susana nunca había dado que hablar.

28 Al día siguiente, cuando la gente vino a casa de Joaquín, su marido, vinieron también los dos viejos con el propósito criminal de hacerla morir. 29 En presencia del pueblo ordenaron:

–Vayan a buscar a Susana, hija de Jelcías, mujer de Joaquín.

30 Fueron a buscarla, y vino ella con sus padres, hijos y parientes.

31 Susana era una mujer muy delicada y muy hermosa. 32 Los malvados le mandaron quitarse el velo que llevaba echado para gozar mirando su belleza. 33 Toda su familia y cuantos la veían lloraban.

34 Entonces, los dos ancianos se levantaron en medio de la asamblea y pusieron las manos sobre la cabeza de Susana.

35 Ella, llorando, levantó la vista al cielo, porque su corazón confiaba en el Señor. 36 Los ancianos declararon:

–Mientras paseábamos nosotros solos por el parque, salió ésta con dos criadas, cerró la puerta del parque y despidió a las criadas. 37 Entonces se le acercó un joven

---

la personalidad de Daniel. Se trata de relatos populares que tienen un carácter ejemplar. La enseñanza que quieren transmitir es sumamente simple y sencilla, para que cualquier lector u oyente de la época pudiera captarla sin dificultad.

13,1-64 Susana y Daniel. Con el relato de Susana se quiere alabar la sabiduría limpia y justa de Daniel; pero más que eso, se trata de inculcar en el creyente la convicción de que Dios no abandona ni deja en manos de malhechores a quien confía en Él y que, por su parte, los inicuos serán irremediablemente castigados.

que estaba escondido y se acostó con ella.
38 Nosotros estábamos en un rincón del
parque, y al ver aquel delito corrimos hacia
ellos. 39 Los vimos abrazados, pero no pudi-
mos sujetar al joven, porque era más fuer-
te que nosotros, y abriendo la puerta salió
corriendo. 40 En cambio, a ésta la agarra-
mos y le preguntamos quién era el joven,
pero no quiso decírnoslo. Damos testimo-
nio de ello.

41 Como eran ancianos del pueblo y jue-
ces, la asamblea les creyó y condenó a
muerte a Susana.

42 Ella dijo gritando:

–Dios eterno que ves lo escondido, que lo
sabes todo antes de que suceda, 43 tú sabes
que han dado falso testimonio contra mí, y
ahora tengo que morir siendo inocente de lo
que su maldad ha inventado contra mí.

44 El Señor la escuchó.

45 Mientras la llevaban para ejecutarla,
Dios movió con su santa inspiración a un
muchacho llamado Daniel; 46 éste dio una
gran voz:

–¡No soy responsable de ese homicidio!

47 Toda la gente se volvió a mirarlo y le
preguntaron:

–¿Qué pasa, qué estás diciendo?

48 Él, plantado en medio de ellos, les
contestó:

–Pero, ¿están locos, israelitas? ¿Conque
sin discutir la causa ni investigar los hechos
condenan a una israelita? 49 Vuelvan al tri-
bunal, porque ésos han dado falso testimo-
nio contra ella.

50 La gente volvió a toda prisa y los an-
cianos le dijeron:

–Ven, siéntate con nosotros y explícate;
porque Dios te ha dado la madurez de un
anciano.

51 Daniel les dijo:

–Sepárenlos lejos uno del otro, que los
voy a interrogar yo.

52 Los apartaron, él llamó a uno y le dijo:

–¡Envejecido en años y en crímenes!
Ahora vuelven tus pecados pasados;
53 cuando dabas sentencia injusta conde-
nando inocentes y absolviendo culpables,
contra el mandato del Señor: No matarás al
inocente ni al justo. 54 Ahora, ya que tú la
viste, dime debajo de qué árbol los viste
abrazados.

Él respondió:

–Debajo de una acacia.

55 Replicó Daniel:

–Tu calumnia se vuelve contra ti: el án-
gel de Dios ha recibido la sentencia divina
y te va a partir por medio.

56 Lo apartó, mandó traer al otro y le
dijo:

–¡Eres cananeo y no judío! La belleza te
sedujo y la pasión pervirtió tu corazón.
57 Eso hacían con las mujeres israelitas, y
ellas por miedo se acostaban con ustedes;
pero una mujer judía no ha tolerado la mal-
dad de ustedes. 58 Ahora dime: ¿bajo qué
árbol los sorprendiste abrazados?

Él contestó:

–Debajo de una encina.

59 Replicó Daniel:

–Tu calumnia se vuelve contra ti: el án-
gel de Dios aguarda con la espada para di-
vidirte por medio. Y así acabará con uste-
des.

60 Entonces toda la asamblea se puso a
gritar bendiciendo a Dios, que salva a los
que esperan en él. 61 Se levantaron contra
los dos ancianos a quienes por su propia
confesión Daniel había declarado culpables
de falso testimonio 62 y los ajusticiaron se-
gún la ley de Moisés, aplicándoles la misma
pena que ellos habían tramado contra su
prójimo. Aquel día se salvó una vida ino-
cente.

63 Jelcías, su mujer, todos los parientes y
Joaquín, el marido, alabaron a Dios, por-
que su pariente Susana no había cometido
ninguna acción vergonzosa.

64 Y desde aquel día, Daniel gozó de
gran prestigio entre el pueblo.

Bel o el fraude descubierto

(Is 46; Jr 50,2.10)

14 1 El rey Astiages fue sepultado en el
sepulcro familiar y le sucedió en el
trono Ciro, el persa.

2 Daniel vivía con el rey, más honrado

14,1-42 Bel o el fraude descubierto. Otras dos historias ejemplares buscan ilustrar la vanidad de los ídolos. Son prácticamente dos sátiras: una contra quienes confían en divinidades de hechura humana (1-22), y la otra es contra la divinidad misma (23-27). Daniel queda en peligro por desenmascarar la false-

que sus demás amigos. 3 Tenían los babilo-
nios un ídolo llamado Bel; cada día le lle-
vaban medio quintal de sémola, cuarenta
ovejas y ciento treinta litros de vino.
4 También el rey lo veneraba y acudía to-
dos los días a adorarlo, mientras que Daniel
adoraba a su Dios.
5 El rey le preguntó:
–¿Por qué no adoras a Bel?
Contestó:
–Porque yo no venero a dioses de fabri-
cación humana, sino al Dios vivo, creador
de cielo y tierra y dueño de todos los vi-
vientes.
6 El rey le contestó:
–Entonces, ¿no crees que Bel es un dios
vivo? ¿No ves todo lo que come y bebe a
diario?
7 Daniel repuso sonriendo:
–No te engañes, majestad. Ése es de ba-
rro por dentro y de bronce por fuera y ja-
más ha comido ni bebido.
8 El rey se enfadó, llamó a sus sacer-
dotes y les dijo:
–Si no me dicen quién se come esos ali-
mentos morirán. Pero si demuestran que es
Bel quién los come, Daniel morirá por ha-
ber blasfemado contra Bel.
9 Daniel dijo al rey:
–Que se cumpla lo que has dicho.
10 Los sacerdotes de Bel eran setenta,
sin contar mujeres y niños. El rey se dirigió
con Daniel al templo de Bel. 11 Los sacer-
dotes de Bel le dijeron:
–Nosotros saldremos fuera. Tú, majes-
tad, trae la comida, mezcla el vino y acér-
calo, después cierra la puerta y séllala con
tu anillo. 12 Mañana temprano volverás; si
descubres que Bel no ha consumido todo,
moriremos nosotros; en caso contrario,
morirá Daniel por habernos calumniado.
13 –Lo decían muy seguros, porque ha-
bían hecho debajo de la mesa un pasadizo
oculto por donde entraban siempre a comer
las ofrendas–.
14 Cuando salieron ellos, el rey acercó la
comida a Bel. Daniel mandó a sus criados
que trajeran ceniza y la esparcieran por
todo el templo, en presencia sólo del rey.
Salieron, cerraron la puerta, la sellaron con
el anillo real y se marcharon.
15 Aquella noche los sacerdotes, según
costumbre, vinieron con sus mujeres y ni-
ños y dieron cuenta de la comida y la be-
bida.
16 El rey madrugó y lo mismo hizo Da-
niel. 17 Preguntó el rey:
–¿Están intactos los sellos?
Contestó:
–Intactos, majestad.
18 Al abrir la puerta, el rey miró a la
mesa y gritó:
–¡Qué grande eres, Bel! No hay engaño
en ti.
19 Daniel, riéndose, sujetó al rey para
que no entrase y le dijo:
–Mira al suelo y averigua de quién son
esas huellas.
20 El rey repuso:
–Estoy viendo huellas de hombres, mu-
jeres y niños.
21 Y lleno de furia, hizo arrestar a los sa-
cerdotes con sus mujeres y niños. Le ense-
ñaron la puerta secreta por donde entraban
a comer lo que había en la mesa. 22 El rey
los hizo ajusticiar y entregó a Bel en poder
de Daniel, el cual lo destruyó con su tem-
plo.
23 Había también un dragón enorme, al
que veneraban los babilonios.
24 El rey dijo a Daniel:
–No dirás que éste es de bronce; está
vivo, come y bebe; no puedes negar que es
un dios vivo. Adóralo.
25 Respondió Daniel:
–Yo adoro al Señor, mi Dios, que es el
Dios vivo. Dame permiso, majestad, y ma-
taré al dragón sin palo ni cuchillo.
26 El rey contestó:
–Concedido.
27 Entonces Daniel tomó resina, grasa y
pelos; los coció, hizo unas tortas y se las
echó en la boca al dragón. El dragón las
comió y reventó. Daniel sentenció:
–Ahí tienen lo que ustedes adoraban.
28 Al enterarse los babilonios se enfure-
cieron, se amotinaron contra el rey y dije-
ron:

---

dad idolátrica, pero el Dios vivo en quien él confía no lo abandona (28-40), al punto que los mismos idólatras tienen que reconocer al Único y verdadero Dios (41s).

–El rey se ha vuelto judío: ha destrozado
a Bel, ha matado al dragón y ha degollado
a los sacerdotes.
29 Acudieron al rey y exigieron:
–Entréganos a Daniel si no quieres mo-
rir con tu familia.
30 Viendo el rey que lo amenazaban con
violencia, les entregó a Daniel a la fuerza.
31 Ellos lo arrojaron al foso de los leones,
donde pasó seis días.
32 Había en el foso siete leones; cada día
les echaban dos ajusticiados y dos ovejas;
en aquella ocasión no les echaron nada
para que devorasen a Daniel.
33 En Judea vivía el profeta Habacuc.
Aquel día había preparado un guiso, pues-
to pequeños trozos de pan en una canasti-
lla y marchaba al campo para llevárselo a
los que estaban cosechando.
34 El ángel del Señor ordenó a Habacuc:
–Ese almuerzo llévaselo a Daniel, que
está en Babilonia, en el foso de los leones.
35 Habacuc respondió:
–Señor, ni he visitado Babilonia ni co-
nozco ese foso.
36 Entonces el ángel del Señor lo agarró
por la cabeza y con el ímpetu de su Espíri-
tu, lo llevó hasta Babilonia sujeto por los
cabellos y lo depositó frente al foso.
37 Habacuc gritó:
–Daniel, Daniel, toma el almuerzo que te
envía Dios.
38 Daniel respondió:
–Dios mío, te has acordado de mí, no
has desamparado a los que te aman.
39 Y levantándose se puso a comer.
Mientras, el ángel del Señor restituía a Ha-
bacuc a su país.
40 Al séptimo día vino el rey para llorar a
Daniel. Se acercó al foso, miró dentro y allí
estaba Daniel sentado.
41 Con todas sus
fuerzas gritó:
–¡Grande eres, Señor, Dios de Daniel, y
no hay más Dios que tú!
42 Lo hizo sacar, y a los culpables del
atentado los hizo arrojar al foso, y al ins-
tante fueron devorados en su presencia.





BARUC

Autor y época. Baruc, hijo de Nerías, desempeña un papel importante en la vida y obra de Jeremías, como su secretario (Jr 32), portavoz (Jr 36), compañero (Jr 43) y destinatario de un oráculo personal (Jr 45). Esto ha movido a escritores tardíos a acogerse bajo su nombre, ilustre y poco gastado, y atribuirle escritos seudónimos. Entre esas obras seudónimas se cuenta la presente y la única que entró en nuestro canon como escritura inspirada por Dios. El original hebreo es desconocido; a nosotros nos ha llegado la versión griega.

El libro se compone de una introducción y tres secciones autónomas. No sabemos si las tres piezas son obra del mismo autor o de la misma época. Se pueden leer por separado. Como cambia el tema cambia tam-

bién el estilo. Su calidad literaria es notable y creciente: la primera parte cede a la amplificación, la segunda y tercera combinan el sentimiento lírico y la retórica eficaz. Ciertamente el libro merece más atención de la que recibe.

Es imposible datar la fecha de composición de las tres partes del libro pero, por el análisis interno de las mismas, podrían situarse en un período que abarca desde el año 300 a.C. hasta el 70 d.C. Se conjetura razonablemente que es uno de los últimos libros del Antiguo Testamento.

Mensaje religioso. En el breve libro confluyen tres corrientes venerables: la litúrgica, la predicación del Deuteronomio traducida en términos sapienciales, y la profética. La comunidad judía, aunque repartida entre los que permanecen en el destierro y los que viven en Jerusalén, forman una unidad étnica y religiosa. Solidarios en la confesión de un pecado común y en el reconocimiento de una historia común, el pueblo disperso se siente uno, vivo y continuador hacia el futuro de unas promesas.

Jerusalén, con su templo y sus sacrificios es el centro de gravedad del pueblo judío. De momento, fuertes obstáculos cohíben esa fuerza; cuando Dios remueva los impedimentos, Jerusalén, con su poder de atracción, provocará la vuelta y la restauración definitiva. El reconocimiento del pecado común y la conversión a Dios pondrán al pueblo en el camino de las promesas mesiánicas.

Introducción

1 1 Texto del documento que escribió Baruc, hijo de Nerías, hijo de Maasías, hijo de Sedecías, hijo de Asadías, hijo de Jelcías, en Babilonia, 2 el siete del mes del año quinto, fecha en que los caldeos conquistaron Jerusalén y la incendiaron.

3 Baruc leyó este documento en presencia del rey Jeconías, hijo de Joaquín, rey de Judá, y de todo el pueblo que acudió a escuchar; 4 en presencia de las autoridades, príncipes reales y de todo el pueblo, pequeños y grandes, que vivían en Babilonia junto al río Sud.

5 Todos lloraron, ayunaron y suplicaron al Señor; 6 después hicieron una colecta, cada uno ofreció según sus posibilidades, 7 y enviaron el dinero a Jerusalén, al sumo sacerdote Joaquín, hijo de Jelcías, hijo de Salún, a los demás sacerdotes y a todo el pueblo que habitaba en Jerusalén.

8 Fue entonces, el diez de junio, cuando Baruc recobró para devolverlos a Judá los utensilios robados del templo; se trataba de objetos de plata encargados por Sedecías, hijo de Josías, rey de Judá, 9 después de que Nabucodonosor, rey de Babilonia, deportó a Jeconías, a los jefes y autoridades, a príncipes y gente del pueblo de Jerusalén a Babilonia.

10 La carta decía así:

Les enviamos este dinero para que compren con él víctimas para los holocaustos y los sacrificios por el pecado, incienso, ofrendas, y las ofrezcan sobre el altar del Señor, nuestro Dios, 11 rezando por la salud de Nabucodonosor, rey de Babilonia, y por su hijo Baltasar, para que vivan en la tierra cuanto dura el cielo sobre la tierra. 12 El Señor nos conceda fuerzas y nos ilumine para que podamos vivir a la sombra de Nabucodonosor, rey de Babilonia, y de su hijo Baltasar, sirviéndoles muchos años y gozando de su favor. 13 Recen también por nosotros al Señor, nuestro Dios, porque hemos pecado contra el Señor, nuestro Dios, y la cólera y el furor del Señor siguen pesando sobre nosotros.

14 Lean este documento que les enviamos y hagan su confesión en el templo el día de fiesta y en las fechas oportunas, diciendo así:

LITURGIA PENITENCIAL

Primera parte
(Esd 9; Neh 9; Dn 9; Sal 50s)

15 Confesamos que el Señor, nuestro Dios, es justo; nosotros, en cambio, estamos hoy muy avergonzados junto a los judíos y vecinos de Jerusalén, 16 a nuestros reyes y gobernantes, a nuestros sacerdotes y profetas y a nuestros padres; 17 porque pecamos contra el Señor no haciéndole caso, 18 desobedecimos al Señor, nuestro Dios, no siguiendo los mandatos que el Señor nos había dado.

1,1-14 Introducción. Con estos versículos se introduce el texto del mensaje que supuestamente redactó y leyó el mismo Baruc ante los desterrados a Babilonia. Hay que destacar, en primer lugar, el anticipo del impacto que produce el mensaje entre los desterrados (5-7), para que se invirtiera en holocaustos, víctimas expiatorias, incienso y ofrendas (10). El otro aspecto que se destaca es el fervor y la admiración que se siente por Nabucodonosor, cabeza del imperio opresor, lo cual contrasta fuertemente con Sal 137,8s, donde se desea con toda el alma un final desastroso para Babilonia y se declara feliz al que agarre sus chiquillos y los estrelle contra las rocas.

Es evidente, entonces, que o se trata de una pieza literaria tan tardía que la memoria del dolor y el sufrimiento propiciados por el imperio caldeo se ha perdido en el tiempo, lo cual es casi imposible, o bien se trata de un representante de alguna corriente abiertamente pro-caldea, pero que no ha perdido su identidad judía. De cualquier modo, lo importante es rescatar la intencionalidad del autor y de su mensaje que es readaptar la experiencia de la caída de Judá y la humillación del destierro a una situación probablemente semejante bajo la dominación seléucida o lágida. Esta readaptación busca reforzar la necesidad de reconocer las culpas y desvíos del pueblo como elementos que atraen castigos y desgracias.

1,15–3,8 Liturgia penitencial. Puede dividirse en cuatro partes, 1,15–2,10 donde se resalta la confesión de los pecados de Israel; 2,11-18 que se centra más en la petición por la liberación; 2,19-35 y 3,1-8 que reclaman de Dios el cumplimiento de sus promesas.

19 Desde el día en que el Señor sacó a
nuestros padres de Egipto hasta hoy no he-
mos hecho caso al Señor, nuestro Dios, nos
hemos negado a obedecerle. 20 Por eso nos
persiguen ahora las desgracias y la maldi-
ción con que el Señor amenazó a Moisés,
su siervo, cuando sacó a nuestros padres
de Egipto para darnos una tierra que mana
leche y miel.
21 No obedecimos al Señor, nuestro
Dios, que nos hablaba por medio de sus en-
viados, los profetas; 22 todos seguimos
nuestros malos deseos sirviendo a dioses
ajenos y haciendo lo que es malo a los ojos
del Señor, nuestro Dios.

2 1 Por eso el Señor cumplió las amena-
zas que había pronunciado contra
nosotros, nuestros gobernantes que gober-
naban a Israel, nuestros reyes y contra is-
raelitas y judíos. 2 Jamás sucedió bajo el
cielo lo que sucedió en Jerusalén –según lo
escrito en la Ley de Moisés–, 3 que entre
nosotros hubo quien se comió a su hijo y a
su hija; 4 el Señor los sometió a todos los
reinos vecinos, dejó desolado su territorio,
haciéndolos objeto de burla y ofensa en
medio de los pueblos de la redonda donde
los dispersó.
5 Fueron vasallos y no señores, porque
habíamos pecado contra nuestro Dios, des-
oyendo su voz.
6 El Señor, nuestro Dios, es justo; a no-
sotros nos oprime hoy la vergüenza. 7 To-
das las amenazas que el Señor había pro-
nunciado han caído sobre nosotros; 8 con
todo, no aplacamos al Señor convirtiéndo-
nos de nuestra actitud perversa. 9 Por eso el
Señor estuvo vigilando para enviarnos las
desgracias amenazadas.
10 El Señor fue justo en todo lo que dis-
puso contra nosotros, porque nosotros no
le obedecimos poniendo por obra lo que
nos había mandado.

Segunda parte

11 Pero ahora, Señor, Dios de Israel, que
sacaste a tu pueblo de Egipto con mano
fuerte, con signos y prodigios, con brazo
alzado y gran poder, haciéndote así un
Nombre famoso que dura hasta hoy: 12 no-
sotros hemos pecado, Señor, Dios nuestro;
hemos cometido crímenes y delitos contra
todos tus mandamientos; 13 aparta de
nosotros tu cólera, que quedamos muy po-
cos en las naciones donde nos has disper-
sado.
14 Escucha, Señor, nuestras oraciones y
súplicas, líbranos por tu honor, haz que ga-
nemos el favor de los que nos deportaron;
15 para que conozca todo el mundo que tú
eres el Señor, nuestro Dios, que has dado tu
Nombre a Israel y a su descendencia.
16 Mira, Señor, desde tu santa morada y
fíjate en nosotros; inclina, Señor, tu oído y
escucha; 17 abre los ojos y mira: los muer-
tos en la tumba, con sus cuerpos ya sin
vida, no pueden cantar tu gloria y tu justi-
cia; 18 mientras que los que viven agobia-
dos por la tristeza, el que camina encorva-
do y desfallecido, los ojos que se apagan, el
estómago hambriento, esos son, Señor, los
que reconocerán tu gloria y tu justicia.

1,15–2,10 Primera parte. Esta primera parte de la liturgia penitencial comienza con una confesión de los pecados. El reconocimiento de las culpas está determinado por otro reconocimiento primero y fundamental: Dios es justo (15); y esa justicia y bondad de Dios deja al descubierto el comportamiento desobediente e infiel que ha protagonizado el pueblo israelita desde que salió de Egipto. Así, esta confesión nace de lo profundo de un alma arrepentida, que ante la grandeza y justicia divinas se siente totalmente desnuda, despojada de aquello que el Señor esperaba del creyente, y que nos recuerda al primer hombre en el paraíso (Gn 3,10). Ahora, lo importante no es esconderse para ocultar la desnudez, sino reconociéndose desnudo asumir que, aun así, Dios está dispuesto a apostar por un proyecto de amor y de justicia en el que los protagonistas somos nosotros.

2,11-18 Segunda parte. El penitente, en este caso el pueblo, está convencido de que en el reconocimiento sincero de la desobediencia y del rechazo al plan de Dios está la certeza de la reanudación de la compañía y presencia de Dios en medio del pueblo. Es importante recalcar que la fe israelita parte siempre de la experiencia fundante de su conocimiento de Dios: la liberación de Egipto.

Ésta debe ser también nuestra convicción más profunda respecto a Dios: por encima de todo, el Dios en quien creemos y a quien seguimos, es el Dios que se juega todo por nuestra libertad, porque sólo en ella y desde ella estaremos en condiciones de amarle, obedecerle y servirle. La libertad, en nuestra relación con Dios no es un punto de llegada, tiene que ser un punto de partida para poderlo reconocer.

Tercera parte

19 Nuestras súplicas no se apoyan en los
derechos de nuestros padres y reyes, Señor,
Dios nuestro. 20 Tú has descargado tu ira y
tu cólera sobre nosotros, como lo habías
anunciado por tus siervos, los profetas, que
gritaban: 21 Así dice el Señor: Dobleguen los
hombros, sométanse al rey de Babilonia y
vivirán en la tierra que di a sus padres. 22 Si
desobedecen al Señor y no se someten al
rey de Babilonia, 23 alejaré de las poblacio-
nes de Judá y de las calles de Jerusalén la
voz alegre y gozosa, la voz del novio y la
voz de la novia, y el país quedará desierto,
sin habitantes. 24 Y como no obedecimos
sometiéndonos al rey de Babilonia, cum-
pliste todas las amenazas pronunciadas por
tus siervos los profetas: se sacaron de las
tumbas los huesos de nuestros reyes y an-
tepasados, 25 y quedaron expuestos al calor
del día y al frío de la noche. Ellos murieron
de diversas calamidades, de hambre, de
peste y a espada. 26 Y por la maldad de Is-
rael y de Judá, la casa que llevaba tu Nom-
bre ha llegado a ser lo que es hoy.

27 Tú, Señor, Dios nuestro, nos habías
tratado según tu inmensa piedad y compa-
sión; 28 tú hablaste por Moisés, tu siervo,
cuando le mandaste escribir tu Ley en pre-
sencia de Israel: 29 Si no me obedecen, esa
inmensa multitud quedará reducida a unos
pocos, en medio de los pueblos donde los
dispersaré. 30 Sé que no me van a obedecer,
porque son un pueblo de corazón duro; con
todo, en el destierro se convertirán, 31 y re-
conocerán que yo soy el Señor, su Dios; en-
tonces les daré oídos y mente dóciles, 32 en
su destierro me alabarán e invocarán mi
Nombre, 33 se arrepentirán de su rebeldía y
de su mala conducta, recordando cómo sus
padres pecaron contra el Señor. 34 En-
tonces los traeré de nuevo a la tierra que
con juramento prometí a sus padres, Abra-
hán, Isaac y Jacob, y la poseerán; los haré
crecer y no disminuirán; 35 les daré una
alianza eterna: seré su Dios y ellos serán mi
pueblo, y no volveré a expulsar a mi pueblo
Israel de la tierra que les di.

Cuarta parte

3 1 Señor todopoderoso, Dios de Israel,
un alma afligida y un espíritu abatido
gritan a ti. 2 Escucha, Señor, ten piedad,
porque hemos pecado contra ti. 3 Tú reinas
por siempre, nosotros morimos para siem-
pre. 4 Señor todopoderoso, Dios de Israel,
escucha las súplicas de los israelitas que ya
murieron y las súplicas de los hijos de los
que pecaron contra ti: ellos desobedecieron
al Señor, su Dios, y a nosotros nos persi-
guen las desgracias. 5 No te acuerdes de los
delitos de nuestros padres, acuérdate hoy
de tu brazo y de tu Nombre. 6 Porque tú
eres el Señor, Dios nuestro, y nosotros te
alabamos, Señor. 7 Nos infundiste tu temor
para que invocásemos tu Nombre y confe-
sáramos en el destierro apartando nuestro
corazón de los pecados con que te ofendie-
ron nuestros padres. 8 Mira, hoy vivimos en
el destierro donde nos dispersaste hacién-
donos objeto de burla y maldición, para que
paguemos así los delitos de nuestros pa-
dres, que se alejaron del Señor, nuestro
Dios.

2,19-35 Tercera parte. Hay dos cosas que vale la pena resaltar en esta tercera parte de la liturgia penitencial: en primer lugar, el reconocimiento de que no son los méritos de los antepasados de Israel los que ahora mueven al pueblo a suplicar al Señor, sino el dejar a un lado la obstinación en la que siempre se ha movido; obstinación que queda ilustrada en el rechazo de la predicación de los profetas, en este caso de Jeremías (21-26); y en segundo lugar, la plena confianza y seguridad en que Dios no dejará de cumplir sus promesas, en este caso, reunir a todos los dispersos, lo cual dará paso a una nueva Alianza basada en el mismo compromiso de antes (35).

3,1-8 Cuarta parte. Termina la liturgia penitencial en el mismo tono con que comienza, reconociendo las culpas y pecados, y aceptando que la situación trágica que se vive en el momento es consecuencia de ese rechazo y de esa desobediencia al Señor. Pero hay aquí algo que ya Jeremías había intentado corregir durante su ministerio en Jerusalén y asimismo Ezequiel entre los desterrados a Babilonia: la responsabilidad personal en el pecado o el rechazo consciente al plan de Dios y sus consecuencias. Había una falsa concepción de que los males personales y sociales eran consecuencia del pecado de los padres, incluso se llegó a acuñar el refrán: «Los padres comieron uva agria, a los hijos se les destemplan los dientes» (Jr 31,29); Jeremías arremetió contra semejante modo de pensar, haciendo ver que cada uno es juzgado y castigado por sus propios delitos. Lo mismo plantea Ezequiel en sus enseñanzas (Ez 18). Pues bien, ese avance no se detecta aquí (4.5.7.8) a pesar de tratarse de un escrito que es muy posterior a Jeremías y a Ezequiel.

Exhortación sobre la sabiduría

9 Escucha, Israel, mandatos de vida;
presta oído para aprender prudencia.
10 ¿A qué se debe, Israel,
que estés aún en país enemigo,
que envejezcas en tierra extranjera,
11 que estés contaminado
entre los muertos y te cuenten
con los habitantes del Abismo?
12 –Es que abandonaste
la fuente de la sabiduría.
13 Si hubieras seguido
el camino de Dios,
habitarías en paz para siempre.
14 Aprende
dónde se encuentra la prudencia,
dónde el valor y
dónde la inteligencia;
así aprenderás
dónde se encuentra la vida larga,
y dónde la luz de los ojos y la paz.
15 –¿Quién encontró su puesto
o entró en sus almacenes?
16 ¿Dónde están los jefes de las naciones,
los amos de los animales terrestres,
17 los que jugaban con las aves del cielo,
los que atesoraban oro y plata,
en los que confían los hombres,
y era inmensa su fortuna?
18 ¿Dónde los que trabajan
la plata con tanto cuidado
cuyas obras no podemos describir?
19 –Desaparecieron, bajando a la tumba
y otros ocuparon sus puestos.
20 Una nueva generación vio la luz
y habitó en la tierra,
pero no conocieron
el camino de la inteligencia,
21 no descubrieron sus senderos
ni lograron alcanzarla,
y sus hijos se extraviaron.
22 No se dejó oír en Canaán
ni se dejó ver en Temán;
23 ni los hijos de Agar que buscan
el saber en la tierra,
ni los mercaderes
de Meirán y Temán,
que cuentan historias
y buscan el saber,
conocieron
el camino de la sabiduría
ni recordaron sus senderos.
26 Allí nacieron los gigantes,
famosos en la antigüedad,
corpulentos y aguerridos;
27 pero no los eligió Dios
ni les mostró el camino
de la inteligencia;
28 murieron por su falta de prudencia,
perecieron por falta de reflexión.
29 ¿Quién subió al cielo para tomarla,
quién la bajó de las nubes?
30 ¿Quién atravesó el mar
para encontrarla
y comprarla a precio de oro?
31 –Nadie conoce su camino
ni puede rastrear sus sendas.
32 El que todo lo sabe la conoce,
y la examina con su inteligencia.
El que creó la tierra para siempre
y la llenó de animales cuadrúpedos;
33 envía el rayo y él va,
lo llama y le obedece temblando;
34 a los astros, que brillan gozosos
en sus puestos de guardia,
35 los llama y responden: ¡Presentes!,
y brillan gozosos para su Creador.
24 ¡Qué grande es, Israel,
el templo de Dios;
qué inmensos son sus dominios!
25 Él es grande y sin límites,
es sublime y sin medida.
36 Él es nuestro Dios
y no hay otro frente a él:
37 investigó el camino
de la inteligencia
y se lo enseñó a su hijo Jacob;
a su amado, Israel.

3,9–4,4 Exhortación sobre la sabiduría. La referencia inicial al destierro puede servir de enlace con lo anterior. El capítulo en su conjunto se inspira en Job 28, Eclo 24 y Dt 4. En la alternativa entre vida y muerte, bien y mal (Dt 30,15s), que intima la situación del destierro o diáspora y que se ha presentado a la conciencia en el acto penitencial, busca el pueblo una respuesta concreta, y se la dan: cumplir los mandamientos o, si no se han cumplido, arrepentirse y enmendarse. Hay que enmendar la vida para salvar la vida. Arrepentirse es sabiduría (Sal 51,8); enmendarse es enfilar el camino de la sabiduría. Israel todavía puede volver al buen camino: el de Dios, el de la sabiduría. Aunque sus individuos hayan de morir como hombres, el pueblo seguirá viviendo como pueblo de Dios. Si otros pueblos fracasaron por no encontrar esa sabiduría, Israel fracasó porque conociéndola, no la siguió.

38 Después apareció en el mundo
y vivió entre los hombres.

4 1 La sabiduría es el libro de los mandatos de Dios, la ley de validez eterna:
los que la guarden vivirán,
los que la abandonen morirán.
2 Vuélvete, Jacob, a recibirla,
camina a la claridad
de su resplandor;
3 no entregues a otros tu gloria
ni tu dignidad
a un pueblo extranjero.
4 ¡Dichosos nosotros, Israel,
que conocemos
lo que agrada al Señor!

Restauración de Jerusalén

5 ¡Ánimo, pueblo mío,
que llevas el nombre de Israel!
6 Los vendieron a los gentiles,
pero no para ser aniquilados;
porque provocaron
el enojo de Dios contra ustedes
los entregaron a sus enemigos,
7 porque irritaron a su Creador
sacrificando a demonios y no a Dios;
8 se olvidaron del Señor eterno,
que los había criado,
y entristecieron a Jerusalén,
que los alimentó.
9 Cuando ella vio que el castigo de Dios
los alcanzaba, dijo:
Escuchen, vecinas de Sión.
Dios me ha enviado
una pena terrible:
10 vi cómo el Eterno
desterraba a mis hijos e hijas;
11 yo los crié con alegría,
los despedí con lágrimas de pena.
12 Que nadie se alegre viendo
a esta viuda abandonada de todos.
Si estoy desierta,
es por los pecados de mis hijos,
que se apartaron de la ley de Dios.
13 No hicieron caso de sus mandatos
ni siguieron el camino
de sus preceptos,
no pisaron fielmente
la senda de su instrucción.
14 Que se acerquen las vecinas de Sión,
recuerden que el Eterno
llevó cautivos a mis hijos e hijas.
15 Les envió un pueblo remoto,
pueblo cruel y de lengua extraña
que no respetaba a los ancianos
ni sentía piedad por los niños;
16 arrebataron a la viuda
sus hijos queridos,
la dejaron sola y sin hijas.
17 Y yo, ¿qué puedo hacer por ustedes?
18 Sólo el que les envió tales desgracias
los librará del poder enemigo.
19 Váyanse, hijos míos, váyanse,
mientras yo quedo sola.
20 Me he quitado el vestido de la paz,
me he puesto el sayal de suplicante,
gritaré al Eterno toda mi vida.
21 ¡Ánimo, hijos! Invoquen a Dios
para que los libre del poder enemigo.
22 Yo espero que el Eterno los salvará,
el Santo ya me llena de alegría,
porque muy pronto el Eterno,
su Salvador,
tendrá misericordia de ustedes.
23 Si los expulsó entre duelo y llantos,

4,5–5,9 Restauración de Jerusalén. Después de la confesión de pecados y de la invitación a la enmienda, viene el oráculo de salvación y consuelo. Es un poema inspirado de cerca en modelos de Is 40–66, sobre todo por la imagen matrimonial y el estilo de apóstrofe lírico. La relación del Señor con el pueblo está vista aquí en una imagen familiar. Dios es el padre que ha criado al pueblo (Dt 8,5; Is 1,2). Jerusalén es la madre del pueblo, pues representa a la comunidad en su valor fecundo y acogedor (Is 49; 54; 66,7-14). El Señor es el esposo de Jerusalén, como indican dichos textos, y también Is 62,1-9. El padre exige respeto (Mal 1,6), castiga a los hijos para mejorarlos (Os 11). La madre no puede contenerse (Is 49,15), se deja llevar de la compasión, aunque sus hijos sean la causa de su pesar. Exhorta a los hijos e intercede ante el marido (compárese con la actitud de Moisés en Nm 11). Abandonada del marido, la ciudad se encuentra en la posición social de una viuda sin medios (Is 50,1; 54,4). Tampoco la pueden ayudar sus hijos, muertos o desterrados (Is 51,18). A pesar de todo, sigue confiando y esperando. Ya siente la inminencia de la salvación, obra de Dios, renovación del antiguo éxodo.

El profeta se dirige al pueblo (4,5-8); Jerusalén a sus vecinas (4,9-16) y a sus hijos (4,17-29). El profeta se dirige a Jerusalén (4,30–5,9). Jerusalén es el centro geográfico; en torno hay una serie de capitales vecinas; lejos está el destierro o la diáspora. Desde un punto central se contempla un movimiento de ida y vuelta. Pero sólo vuelven israelitas, no acuden paganos. En eso queda lejos de Is 2,2-5 o Zac 8,20-23.

Dios mismo los devolverá a mí
con gozo y alegría sin término.
24 Como hace poco las vecinas de Sión
los vieron marchar cautivos,
así pronto verán la salvación
que Dios les concede,
acompañada de gran gloria
y el esplendor del Eterno.
25 Hijos, soporten con paciencia el castigo
que Dios les ha enviado;
si tus enemigos te dieron alcance,
muy pronto verás su perdición
y pondrás el pie sobre sus cuellos.
26 Mis niños mimados
recorrieron caminos ásperos,
los robó el enemigo
como a un rebaño.
27 ¡Ánimo, hijos, invoquen a Dios!
Que el que los castigó
se acordará de ustedes.
28 Si un día se empeñaron
en alejarse de Dios,
vuélvanse a buscarlo
con renovado empeño.
29 El que les mandó las desgracias,
les mandará el gozo eterno
de su salvación.
30 –¡Ánimo, Jerusalén!
El que te dio su Nombre
te consuela.
31 Malditos los que te hicieron mal
y se alegraron de tu caída,
32 malditas las ciudades
que esclavizaron a tus hijos,
maldita la ciudad que los aceptó.
33 Como se alegró de tu caída
y disfrutó con tu ruina,
llorará su propia desolación.
34 Le quitaré la población
de que se enorgullece
y su arrogancia
se convertirá en duelo.
35 El Eterno le enviará un fuego
que arderá muchos días,
y la habitarán
largos años los demonios.
36 Mira hacia oriente, Jerusalén,
contempla el gozo
que Dios te envía.
37 Ya llegan alegres
los hijos que despediste,
reunidos por la Palabra del Santo
en oriente y occidente;
ya llegan alegres
y dando gloria a Dios.

5 1 Jerusalén, despójate del vestido
de luto y aflicción
y vístete para siempre
las galas de la gloria que Dios te da,
2 envuélvete en el manto
de la justicia de Dios
y ponte en la cabeza la diadema
de la gloria del Eterno;
3 porque Dios mostrará tu esplendor
a cuantos viven bajo el cielo.
4 Dios te dará un nombre
para siempre:
Paz en la Justicia,
Gloria en la Piedad.
5 Ponte en pie, Jerusalén,
sube a la altura,
mira hacia oriente
y contempla a tus hijos,
reunidos de oriente y occidente
a la voz del Santo,
gozosos invocando a Dios.
6 A pie se marcharon,
conducidos por el enemigo,
pero Dios te los traerá con gloria
como llevados en carroza real.
7 Dios ha mandado aplanarse
a los montes elevados
y a las colinas perpetuas,
ha mandado llenarse a los barrancos
hasta nivelar el suelo,
para que Israel camine con seguridad
guiado por la gloria de Dios;
8 ha mandado a los bosques
y a los árboles aromáticos
hacer sombra a Israel.
9 Porque Dios guiará a Israel
con alegría a la luz de su gloria,
con su justicia y su misericordia.

CARTA DE JEREMÍAS



Tomando pie de las cartas de Jeremías a los desterrados (Jr 29), un autor anónimo compuso esta sátira contra la idolatría. La actitud polémica lo induce a simplificar los hechos y a acumular los rasgos burlescos. Parece dirigida a hombres de su misma fe, para prevenirlos contra los peligros de un ambiente idolátrico; su escrito no haría tanta mella en paganos convencidos, que podrían replicar.

No se puede comparar con el análisis de Sab 13–15; es más bien como una versión teórica del género burlesco que incluyen los capítulos griegos de Daniel.

Con alguna probabilidad se puede pensar en un original hebreo, si bien el griego del escrito es rico y correcto.

1 Por los pecados que han cometido
contra Dios serán llevados cautivos a Babi-
lonia por Nabucodonosor rey de Babilonia.
2 Llegados a Babilonia, pasarán allí mucho
tiempo, largos años, unas siete generacio-
nes. Después los sacaré de allí en paz. 3 Du-
rante ese tiempo verán en Babilonia, dioses
de plata, oro y madera, que son llevados a
hombros y que infunden temor a los genti-
les. 4 ¡Cuidado! No imiten a los extranjeros,
no se dejen dominar del temor a esos dio-
ses. 5 Cuando vean delante y detrás de ellos
multitudes que los adoran, digan: ¡Solo a ti,
Señor, se debe la adoración!, 6 porque mi
ángel está con ustedes, y cuidará de sus vi-
das.

7 Los ídolos tienen una lengua modelada
por el escultor, están recubiertos de oro y
plata, pero son falsos e incapaces de ha-
blar. 8 Como se hace con una doncella que
gusta adornarse con joyas, toman oro y te-
jen coronas para sus dioses. 9 Pero los sa-
cerdotes sustraen a dioses oro y plata para
sus usos personales, y llegan a dar parte de
ello a las prostitutas del templo. 10 A sus
dioses de plata, oro y madera los adornan
con vestidos como a hombres, 11 pero no se
libran del óxido y la polilla. Les ponen man-
tos de púrpura, y tienen que limpiarles la
cara del polvo del templo que se les acu-
mula encima. 12 Empuña un bastón de
mando como gobernador de provincia,
pero no puede matar con él a quien lo ofen-
de. 13 Empuña en la diestra un puñal y un
hacha, que no los librarán en la guerra ni de
los bandidos. 14 De donde se sigue que no
son dioses y que no tienen por qué temer-
les.

15 Como una vasija rota que ya no sirve
son los dioses que entronizan en sus tem-
plos. 16 Tienen los ojos llenos del polvo que
levantan los que entran. 17 Como se cierra

la celda de un reo que ha ofendido al rey y
va a ser ejecutado; así los sacerdotes ase-
guran los templos con portones y barras y
cerrojos, para que los dioses no sean roba-
dos por los ladrones. 18 Les encienden más
candiles que a sí mismos, aunque los dio-
ses no pueden ver ninguno. 19 Son como las
vigas de las casas, que, según dicen, los
gusanos las roen por dentro, y mientras son
devorados junto con sus vestidos, no lo
sienten. 20 Tienen la cara negra del humo
del templo. 21 Sobre sus cuerpos y cabezas
revolotean lechuzas, golondrinas y otros
pájaros, y saltan los gatos. 22 Por todo esto
reconocerán que no son dioses y que no
deben tenerles miedo.

23 El oro que los recubre y adorna no bri-
lla si no le limpian la pátina. Cuando los
fundían no lo sentían. 24 Se compran a cual-
quier precio, aunque no tienen vida. 25 Lle-
vados a hombros –porque no tienen pies–,
demuestran a la gente que no valen nada; y
hasta sus servidores quedan avergonzados,
porque si esos dioses caen por tierra, ellos
tienen que levantarlos; 26 si los colocan de-
rechos, no pueden moverse; si se inclinan,
no se ponen derechos, y reciben como
muertos los dones que les ofrecen. 27 Los
sacerdotes venden las víctimas de sus sa-
crificios para aprovecharse, y lo mismo sus
mujeres las sazonan, sin dar a pobres y ne-
cesitados. Esos sacrificios los tocan muje-
res paridas o en sus reglas. 28 Por tanto, sa-
biendo que no son dioses, no les tengan
miedo.

29 Entonces, ¿por qué se llaman dioses?
Las mujeres llevan ofrendas a dioses de
plata, oro y madera. 30 En sus templos los
llevan en procesión con las túnicas rasga-
das, la cabeza y la barba afeitadas, la ca-
beza descubierta, 31 y lanzan aullidos ante
sus dioses, como se hace en un banquete
fúnebre. 32 Los sacerdotes les quitan sus
vestidos para vestir a sus mujeres e hijos.
33 Reciban bienes o males, no pueden re-
clamarles. No pueden nombrar ni destituir
reyes. 34 Tampoco pueden dar riquezas ni
dinero. Si uno les hace una promesa y no
la cumple, no pueden vengarse. 35 No
arrancan al hombre de la muerte ni libran
al débil del poderoso. 36 No devuelven la
vista al ciego ni libran al hombre del peli-
gro. 37 No se apiadan de las viudas ni soco-
rren a los huérfanos. 38 Son como piedras
del monte esos seres de madera, dorados y
plateados. 39 Sus servidores quedarán de-
fraudados. Entonces, ¿cómo es posible cre-
erles o llamarlos dioses?

40 Más aún, los mismos caldeos los des-
honran, porque viendo que un mudo no ha-
bla, se lo llevan a Bel y le piden que le dé el
habla, como si pudiera escuchar. 41 Pero
ellos no son capaces de discurrir y abando-
narlos, viendo que no sienten. 42 Las muje-
res, ceñidas de cuerdas, se sientan en las
calles y queman salvado como si fuese in-
cienso. 43 Cuando una de ellas, solicitada
por algún transeúnte, se acuesta con él, se
burla de la vecina que no ha tenido el mis-
mo éxito ni le han cortado las cuerdas.

44 Todo lo que hacen con ellos es falso.
Entonces, ¿cómo es posible creerles o lla-
marlos dioses? 45 Están fabricados por es-
cultores y orfebres, y son lo que quieren
sus autores. 46 Los que lo fabrican no viven
muchos años; ¿qué será, pues, de sus fa-
bricaciones? 47 Dejan como herencia a los
sucesores engaños e infamias. 48 Porque si
sobreviene una guerra o una desgracia, los
sacerdotes deliberan dónde esconderse con
ellos. 49 ¿Cómo no comprenden que no son
dioses cuando no pueden salvarse en la
guerra o en la desgracia? 50 Siendo de ma-
dera, dorados y plateados, es evidente que
son falsos; quedará patente a reyes y pue-
blos que no son dioses, sino manufactura
humana, y no realizan ninguna acción divi-
na. 51 ¿Quién no ve que no son dioses?

52 No nombran reyes de un país ni dan la
lluvia a los hombres; 53 no pueden juzgar
sus causas ni vengar sus injurias, porque
son impotentes. Son como cuervos que
vuelan entre cielo y tierra. 54 Si se produce
un incendio en el templo de esos dioses de
madera, dorados y plateados, sus sacerdo-
tes escapan para ponerse a salvo, y ellos se
queman como las vigas del templo. 55 No
pueden resistir ni al rey ni a los enemigos.
56 Entonces, ¿cómo se puede aceptar o cre-
er que sean dioses?

57 Esos dioses de madera, dorados y
plateados, no se libran de ladrones ni de
bandidos; éstos al ser más fuertes, les qui-
tan el oro, la plata y los vestidos, se los lle-

van y los ídolos no pueden defenderse.
58 Por tanto, más que esos dioses vale un rey que hace alarde de su valor o una servicial vasija doméstica que utiliza su propietario. Más vale puerta de casa que protege a los inquilinos que los dioses falsos. Más vale columna de madera en un palacio que los dioses falsos.

59 El sol, la luna y las estrellas brillan y obedecen cuando les encargan sus tareas.
60 Cuando aparece el rayo, es bien visible. El viento mismo sopla en cualquier región.
61 Las nubes obedecen en seguida cuando Dios las despacha por todo el mundo habitado.
62 El rayo, cuando lo despachan desde arriba a consumir montes y selvas, lo hace al punto. Los ídolos no se les pueden comparar ni en figura ni en poder.
63 Por tanto, ¿cómo es posible creerles o llamarlos dioses? Pues no pueden hacer justicia ni favorecer a los hombres.
64 Por tanto, sabiendo que no son dioses, no les tengan miedo.

65 No pueden maldecir ni bendecir a los reyes.
66 No pueden mostrar a los pueblos signos celestes, no iluminan como el sol ni brillan como la luna.
67 Valen más las fieras, que saben defenderse refugiándose en sus guaridas.
68 Ningún argumento prueba que sean dioses; por tanto, no les teman.

69 Esos dioses de madera, dorados y plateados son como espantapájaros inútiles en un melonar.
70 Son como espinos en un huerto, donde se posa cualquier pájaro; son como un muerto echado a las tinieblas esos dioses de madera, dorados y plateados.
71 Por la púrpura y el lino que se pudren encima de ellos conocerán que no son dioses. Terminan carcomidos y son el oprobio del país.
72 En conclusión: vale más el hombre honrado que no tiene ídolos, pues no quedará confundido.



BLANK – PAGE 1100



SALMOS

Los salmos son la oración de Israel. Son la expresión de la experiencia humana vuelta hacia Dios. Son expresión de la vida de un pueblo seducido por Dios. La tradición atribuye muchos de ellos al rey David, y algunos a Córaj y a Asaf; pero esto es sólo una cuestión convencional. Una cadena anónima de poetas, a lo largo de siglos, es la imagen más realista sobre los autores de estas piezas.

Como son variadas las circunstancias de la vida y lo fueron las de la historia, así surgieron, se repitieron y se afianzaron algunos tipos de salmos. Por eso resulta preferible una clasificación tipológica atendiendo al tema, los motivos, la composición y el estilo.

Los himnos cantan la alabanza y suelen ser comunitarios: su tema son las acciones de Dios en la creación y la historia. Muy cerca están las acciones de gracias por beneficios personales o colectivos: la salud recobrada, la inocencia reivindicada, una victoria conseguida, las cosechas del campo. De la necesidad brota la súplica, que es tan variada de temas como lo son las necesidades del individuo o la sociedad; el orante moti-

va su petición, como para convencer o mover a Dios. De la súplica se desprende a veces el acto de confianza, basado en experiencias pasadas o en la simple promesa de Dios.

Los salmos reales se ocupan de diversos aspectos, que llegan a componer una imagen diferenciada del rey: batallas, administración de la justicia, boda, coronación, elección de la dinastía, y hay un momento en que estos salmos empiezan a cargarse de expectación mesiánica. Otro grupo canta y aclama el reinado del Señor, para una justicia universal.

El pecador confiesa su pecado y pide perdón en salmos penitenciales, o bien el grupo celebra una liturgia penitencial. Hay salmos para diversas ocasiones litúrgicas, peregrinaciones y otras fiestas. Otros se pueden llamar meditaciones, que versan sobre la vida humana o sobre la historia de Israel. Y los hay que no se dejan clasificar o que rompen el molde riguroso de la convención.

Los salmos se compusieron para su uso repetido: no los agota el primer individuo que los compone o encarga, ni la primera experiencia histórica del pueblo. Como realidades literarias, quedan disponibles para nuevas significaciones, con los símbolos capaces de desplegarse en nuevas circunstancias. A veces un retoque, una adición los adapta al nuevo momento; en otros casos basta cambiar la clave.

Por esta razón los salmos se conservaron y coleccionaron. Sabemos que surgieron agrupaciones menores y que después se coleccionaron en cinco partes (como un pentateuco de oración): 2–41; 42–72; 73–89; 90–106; 107–150. En el proceso de coleccionar, la división y numeración sufrió menoscabo: algunos salmos están arbitrariamente cortados en dos (9–10; 42–43); otros aparecen duplicados, al menos en parte (70 y 40; 53 y 14). Se explica que en la tradición griega se haya impuesto otra numeración. Aquí daremos la numeración Hebrea, añadiendo entre paréntesis la grecolatina.

En general, el estilo de los salmos se distingue por su realismo e inmediatez, no disminuido por la riqueza de imágenes y símbolos elementales; sólo algunos fragmentos con símbolos de ascendencia mítica se salen del cuadro general. Es intensa la expresión sin caer jamás en sentimentalismo. El lirismo es más compartido que personal; en muchos casos podríamos hablar de planteamientos y desarrollos dramáticos. La sonoridad y el ritmo son factores importantes del estilo. No sabemos cómo se ejecutaban: muchos se cantaban, probablemente con solistas y coro unísono; algunos quizá se danzaban, otros se recitaban en marchas o procesiones; otros acompañarían ritos específicos. Algunas de las notas añadidas por los transmisores parecen referirse a la ejecución. Estas notas, que asignan una situación histórica o dan una instrucción litúrgica, no son originales, por eso han sido omitidas en el texto, aunque entren en la numeración admitida.



Los salmos son también oración privilegiada de la comunidad cristiana y del individuo aislado. Muchos fueron rezados por nuesto Señor Jesucristo, quien les dio la plenitud de sentido que podían transportar. La experiencia de Israel y del hombre pasan por Cristo y debe encontrar de nuevo expresión en estas oraciones; su lenguaje puede llegar a ser lenguaje del rezo cristiano. El libro de los salmos es un repertorio que suministra textos para diversas ocasiones y a diversos niveles; su lectura puede interesar, pero sólo rezados serán realmente comprendidos.

1 (Jr 17,5-8; Prov 4,10-19)

1 Dichoso quien no acude
a la reunión de los malvados
ni se detiene en el camino de los pecadores
ni se sienta en la sesión de los arrogantes;
2 sino que su tarea es la ley del Señor
y susurra esa ley día y noche.
3 Será como un árbol plantado junto al río,
que da fruto a su tiempo,
su fronda no se marchita;
en todo lo que hace, prospera.
4 No sucede así con los malvados,
serán como paja que lleva el viento.
5 Por eso los malvados
no se levantarán en el tribunal,
ni los pecadores en la asamblea de los justos.
6 Porque el Señor
se ocupa del camino de los justos,
pero el camino de los malvados se disolverá.

Este salmo, pórtico al salterio, contrapone dos modos de ser y de proceder. El justo es dichoso porque hace de la instrucción divina, convertida ya en Ley, su tarea. La Ley es como un caudal de agua perenne, vivifica todo y confiere al hombre justo una vitalidad como la de un vegetal que no se marchita (cfr. Sal 92,13-15). Así como todo lo que produce el árbol llega a su sazón, la vida del justo tendrá éxito, porque Dios custodia o se ocupa del camino de los justos (cfr. Jos 1,8; Sal 37,31). Los malvados son «pecadores» y «arrogantes». Se mofan del Nombre divino y desprecian su instrucción y su Ley. Por muy organizados que parezcan -en «reunión», «camino» y «sesión»-, Dios disolverá sus organizaciones cuando ejerza como juez, y los malvados se convertirán en paja a merced del viento. Quien ora con este salmo, buscando la auténtica felicidad, sabe que unidos al Señor daremos mucho fruto (Jn 15,16).

2 (110; Heb 1,2.5)

1 ¿Por qué se amotinan las naciones
y los pueblos planean en vano?
2 Se rebelan los reyes del mundo
y los príncipes conspiran juntos
contra el Señor y contra su Ungido:
3 ¡Rompamos sus ataduras,
sacudámonos sus riendas!
4 El Soberano se ríe desde el cielo,
el Señor se burla de ellos.
5 Después les habla con ira
y con su furor los espanta:
6 Yo mismo he ungido a mi rey en Sión,
mi monte santo.
7 –Voy a proclamar el decreto del Señor:
Él me ha dicho: Tú eres mi hijo,
yo te he engendrado hoy.
8 Pídemelo y te daré las naciones en herencia,
en propiedad los confines del mundo.
9 Los triturarás con cetro de hierro,
los desmenuzarán como piezas de loza.
10 Y ahora, reyes, sean prudentes;
aprendan, gobernantes de la tierra:
11 Sirvan al Señor con temor,
temblando ríndanle homenaje,
12 no sea que pierdan el camino,
si llega a encenderse su ira.
¡Felices los que se refugian en él!

El pórtico al salterio se completa con este salmo real. El Ungido ocupa el puesto de la Ley. Los malvados son los reyes rebeldes. El justo denuncia. Dios no juzga, sino que se ríe y se enfurece. El soberano ha elegido a un rey vasallo para que lo represente. Rebelarse contra el vasallo es una rebeldía contra el soberano: en este caso Dios mismo; es una intentona llamada al fracaso. El soberano reacciona ante la consigna de los rebeldes -«rompamos sus ataduras»- con la risa, con la ira y con la palabra. El Ungido proclama personalmente el protocolo del nombramiento: como «hijo» se le ha entregado el poder. Las medidas represivas afianzan el poder de la autoridad. Si los rebeldes no se atienen al ultimátum, serán destruidos sin remedio. Quien se refugie en Dios, por el contrario, será dichoso. Este salmo es muy citado en el Nuevo Testamento (cfr. Hch 4,25s; 13,3; Heb 1,5; 5,5; etc.). Depuesta toda rebeldía, aceptamos la invitación a adorar al Señor: «temblando ríndanle homenaje», porque el Mesías es el Señor.

Encontramos en este salmo el triángulo clásico en los salmos de súplica y de confianza: los enemigos (2s), Dios (4s) y el orante (6s). La súplica se recoge en los versículos 8s. Los enemigos someten al salmista a un triple y angosto cerco, cuya cima es la afirmación: «¡Ni siquiera Dios le ayuda!» (3b). Dios, sin embargo, protege al orante por todos los lados; es su «gloria», que le permite caminar erguido -con la cabeza alta- y no doblegado. Porque de un Dios de esta índole procede la salvación y la bendición (9), se le pide que humille a los asediantes (8). El orante confía absolutamente en Dios; por eso continúa sin alteración alguna el ciclo de la vida (6). El salmo tiene su proyección cristiana en la exhortación de Jesús: «tengan valor: yo he vencido al mundo» (Jn 16,33). Así el creyente podrá afrontar las adversidades del momento presente.

3

2 Señor, ¡cuántos son mis enemigos,
cuántos los que se levantan contra mí!,
3 cuántos dicen de mí:
¡Ni siquiera Dios le ayuda!

4 Pero tú, Señor, eres un escudo en torno a mí,
mi gloria, tú me haces levantar cabeza.
5 Si a voz en grito clamo al Señor,
Él me escucha desde su monte santo.

6 Me acuesto, enseguida me duermo,
y me despierto, porque el Señor me sostiene.
7 No temeré las saetas de un ejército
desplegado alrededor contra mí.

8 ¡Levántate, Señor, sálvame, Dios mío!
Abofetea a todos mis enemigos,
rompe los dientes de los malvados.
9 ¡De ti, Señor, viene la salvación,
y la bendición para tu pueblo!

La confianza es el tema que predomina en este salmo (6.9). El orante (2) habla de Dios a otros: a los «señores», acaso enemigos (3-6), y a «muchos», tal vez amigos (7-9). Recoge las preguntas de ambos grupos y las responde. Los «señores» han abandonado la «Gloria» y se han ido tras la mentira: son idólatras. Los amigos de antaño dudan de la eficacia divina, y el orante se ve reducido a la aflicción. Pues bien, Dios le ha sacado del aprieto, como hizo en otro tiempo con su pueblo oprimido en Egipto (cfr. Éx 9,4; 11,7). Por otra parte, la alegría interna es más profunda que la que puede proporcionar una buena cosecha (8). De ambas experiencias surge la confianza, y el orante invita a los «señores» a llorar sus desvaríos (5) y a los amigos a confiar en Dios (9). Es posible la confianza y aun el gozo en la tribulación (cfr. 2 Cor 7,4; Gál 5,22; 1 Tes 1,6).

4

2 Cuando te llamo, respóndeme Dios, defensor mío;
tú que en la estrechez me diste anchura,
ten piedad de mí, oye mi oración.

3 Señores, ¿hasta cuándo ultrajarán a mi gloria,
amarán la falsedad y buscarán la mentira?
4 Sépanlo: el Señor ha distinguido a su amigo,
el Señor me oye cuando lo llamo.
5 Tiemblen y dejen de pecar,
reflexionen en el lecho y guarden silencio;
6 ofrezcan sacrificios justos y confíen en el Señor.

7 Muchos dicen:
¿Quién nos mostrará la felicidad
si la luz de tu rostro, Señor,
se ha alejado de nosotros?
8 Pero tú has puesto en mi corazón más alegría
que cuando abundan el trigo y el vino.
9 Me acuesto en paz y en seguida me duermo,
porque sólo tú, Señor, me haces vivir confiado.

Un inocente, injustamente perseguido o acusado, apela al tribunal divino (8a), expone su causa (4b) y se convierte en centinela: a ver si Dios le es propicio (4c). Los malhechores son la encarnación del mal: se fragua en su interior, y les rebosa por la lengua y por los labios (10). Su destino no puede ser otro que el castigo, porque, en definitiva, se han rebelado

5

2 Escucha mis palabras, Señor,
percibe mi susurro;
3 atiende mi grito de socorro,
¡Rey mío y Dios mío!
A ti te suplico, 4 Señor:
por la mañana oye mi voz;

por la mañana te expongo mi causa,
¡estaré pendiente de ti!

5 Tú no eres un Dios que desee el mal,
el malvado no es tu huésped,
6 ni el impío resiste tu mirada.
Detestas a los malhechores,
7 destruyes a los mentirosos;
a sanguinarios y traicioneros
los aborrece el Señor.
8 Yo en cambio, por tu gran bondad,
puedo entrar en tu casa
y postrarme en tu santuario
con toda reverencia.
9 Guíame, Señor, con tu rectitud
en respuesta a mis detractores;
allana tu camino ante mí.

10 En su boca no hay sinceridad,
sus entrañas son pura maldad,
su garganta, un sepulcro abierto
y su lengua portadora de muerte.
11 Castígalos, oh Dios, que fracasen sus planes:
por sus muchos crímenes, expúlsalos,
porque se han rebelado contra ti.

12 Que se alegren los que se refugian en ti
canten con júbilo eterno.
Protégelos y se regocijarán contigo
los que aman tu Nombre,
13 porque tú, Señor, bendices al justo,
y como un escudo lo rodea tu favor.

contra el Señor (11c). El Señor nada tiene que ver con el mal ni con los malvados: no desea, no hospeda, detesta, destruye, aborrece (5-7). La bondad o el amor del Señor (8.13) permiten al orante mirar hacia el futuro: se pone en su manos para ser juzgado, espera entrar y postrarse reverentemente en el Templo (8), y alegrarse con quienes se refugian en el Señor. Esto es así porque la bondad de Dios es un escudo para el orante (13b). La bondad es uno de los atributos clásicos de Dios (cfr. Éx 36,4). Pongamos nuestra causa en manos de Dios, que Cristo ha entrado de una vez por todas en el santuario (cfr. Heb 9,12).

6

Ora en este salmo un enfermo. Los dolores físicos y las angustias interiores son mensajeros de la muerte. El cuerpo gime bajo el yugo del dolor y el espíritu está cerca de la locura: «¿hasta cuándo?» (4b). Es un dolor que no cesa ni aun de noche (7), mientras la luz de la vida huye de los ojos (8). Los enemigos añaden dolor al dolor (9a), y el orante sufre el máximo dolor, porque sospecha que Dios le es adverso, porque quien vive la muerte por adelantado se sabe pecador. Sólo Dios que impuso el castigo puede poner remedio, y evitar que el enfermo descienda al reino de la muerte (5s). Para la dolencia, sanación (3); para la culpa, gracia (10); y la derrota para los enemigos (11). La carta a los Hebreos menciona los gemidos y lágrimas de Jesús (Heb 5,7). Es éste un salmo apto para llorar los pecados.

2 Señor, no me reprendas airado,
no me castigues encolerizado.
3 Piedad de mí, Señor, que estoy acabado,
sana, Señor, mis huesos dislocados.
4 Estoy profundamente abatido
y tú, Señor, ¿hasta cuándo?

5 Vuélvete, Señor, salva mi vida,
ayúdame, por tu misericordia:
6 En la muerte nadie te recuerda,
en el Abismo, ¿quién te dará gracias?

7 Estoy agotado de gemir,
cada noche anego mi lecho,
y empapo la cama con mi llanto;
8 mis ojos se nublan de pesar,
envejecen con tantas angustias.

9 ¡Apártense de mí, malhechores,
que el Señor ha escuchado mis sollozos,

10 el Señor ha escuchado mi súplica,
el Señor ha acogido mi oración!
11 ¡Que se avergüencen
y enloquezcan mis enemigos,
retrocedan súbitamente abochornados!



Tres son los actores de este salmo: el acusado que acude al Templo (2) y protesta su inocencia ante el tribunal (4-6.9); los malvados que son acusados y acusadores (2s.7.15-17) y el juez supremo (9), que pronuncia sentencia (7) de absolución (8) o de condenación (12); si ésta no es revocada, el juez desplegará todo su poder bélico (13s) y los malvados, gestantes de la perversidad (15), se hundirán en la fosa que habían preparado para el inocente (16). La vida del orante, en peligro desde el comienzo del poema (2s), será salvada por el juez justo -el Señor Altísimo (18b)-. El salmista confiesa en el versículo final que se ha impuesto la justicia divina; éste es el tema central del salmo (9s). El Señor juzga justamente (cfr. 1 Pe 2,15-23). Cuando soñamos con una sociedad más justa y nos hiere la violencia mortal, podemos orar con este salmo.

2 Señor, Dios mío, en ti me refugio:
sálvame de mis perseguidores y líbrame,
3 para que no me desgarren como un león
sin que nadie me salve ni libere.

4 Señor, Dios mío, si he actuado mal,
si hay crímenes en mis manos,
5 si he sido desleal con mi amigo
y he perdonado al opresor injusto,
6 que el enemigo me persiga y me alcance,
que me pisotee vivo contra el suelo,
y aplaste mi vientre contra el polvo.

7 Levántate, Señor, indignado,
álzate contra la furia de mis adversarios,
despierta, Dios mío, y convoca un juicio.
8 Que te rodee una asamblea de naciones,
presídela desde la altura.
9 Juzga, Señor, a los pueblos,
júzgame según mi justicia,
según la inocencia que hay en mí.

10 Castiga la maldad de los culpables;
y apoya al inocente,
tú que examinas el corazón y las entrañas,
tú, Dios justo.
11 Mi escudo es el Dios Altísimo,
que salva a los rectos de corazón.

12 Dios es un juez justo,
un Dios que sentencia cada día.
13 Si no se desdice, afilará la espada,
tensará el arco y lo sujetará,
14 se preparará armas mortíferas,
lanzará sus flechas incendiarias.

15 Miren al malvado: concibió un crimen,
está preñado de maldad
y da a luz una mentira.
16 Cavó una zanja y la ahondó
y cayó en la fosa que excavó;
17 recaiga sobre su cabeza su maldad,
que le caiga en la cerviz su crueldad.

18 Yo confesaré la justicia del Señor,
y cantaré en honor del Señor Altísimo.

8

(Eclo 17,1-14; Heb 2,5-8)

2 Señor, dueño nuestro,
¡qué admirable es tu Nombre en toda la tierra!
Quiero adorar tu majestad sobre el cielo
3 con los labios de un pequeño lactante:
Levantaste una fortaleza frente a tus adversarios
para reprimir al enemigo vengativo.

4 Cuando contemplo tu cielo, obra de tus dedos,
la luna y las estrellas que en él fijaste,
5 ¿qué es el hombre para que te acuerdes de él,
el ser humano para que te ocupes de él?

6 Lo hiciste apenas inferior a un dios,
lo coronaste de gloria y esplendor,
7 le diste poder sobre las obras de tus manos;
todo lo pusiste bajo sus pies:
8 manadas de ovejas y toros,
también las bestias salvajes,
9 aves del aire, peces del mar
que trazan sendas por los mares.

10 Señor, dueño nuestro,
¡qué admirable es tu Nombre en toda la tierra!

Una exclamación, entre admiración e interrogación, corre por el cauce del salmo y lo configura: «¡qué admirable...!» (2.10) y, «¿qué es el hombre...?» (5). La admiración se inspira en la contemplación y en el contraste: los espacios inmensos llevan al poeta hasta el baluarte en el que reside Dios; el Señor acepta la alabanza que procede del orante como la de un niño pequeño, pero el poder de los fuertes -enemigos vengativos- se desbarata a los pies del alcázar divino. El ser humano es casi un dios; como tal es coronado rey (6s); los límites de su reino son los confines de la tierra y el horizonte del mar infinito. Dios ha dejado las huellas de sus dedos en todo lo creado (4). Todo nos habla de Dios, cuyo Nombre es admirable, como sus obras. El júbilo infantil, que no pueril, es el lenguaje adecuado para alabar a tan gran Dueño (cfr. Mt 21,16). Dondequiera que se encuentre un ser humano, que es un recuerdo mimado por Dios (5), podrá cantarse este salmo, tutor de la dignidad humana y la grandeza divina.

9

A 2 Te doy gracias, Señor, de todo corazón
contando todas tus maravillas;
3 quiero festejarte y celebrarte
cantando en tu honor, Altísimo.

B 4 Porque mis enemigos retrocedieron,
tropezaron y perecieron en tu presencia.
5 Pronunciaste sentencia en mi favor,
sentado en el tribunal, juez justo.

G 6 Reprendiste a los paganos,
destruiste al malvado
borrando su nombre para siempre.
8 El Señor reina eternamente,
dispone el tribunal para juzgar.

H 7 Ellos perecieron, se acabó su recuerdo;
redujiste sus ciudades a ruinas perpetuas.
9 Él juzga el mundo con justicia,
sancionará a las naciones con rectitud.

W 10 El Señor es un refugio para el oprimido,
un refugio en momentos de peligro;
11 los que reconocen tu Nombre confían en ti,
porque no abandonas
a los que te buscan, Señor.

Z 12 Canten al Señor que reina en Sión,
cuenten sus hazañas a los pueblos,

Este salmo alfabético de acción de gracias con elementos de súplica, forma una unidad con el Sal 10, en el que se continúa el artificio del acróstico. A partir de aquí y hasta el Sal 147, ofrecemos una doble numeración; la más alta corresponde al texto Hebreo; la más baja -puesta entre paréntesis- al texto litúrgico. Dios, rey y juez, dicta sentencia condenatoria para los impíos y favorable para los justos. Éstos son llevados del portal de la muerte a las puertas de Sión, donde proclamarán las hazañas divinas. Los impíos, por el contrario, caerán en su propia trampa. Hch 17,31 menciona el juicio definitivo y universal. El salmo es apto para dar gracias a Dios por su presencia en las luchas y en las victorias de las personas o de los grupos a favor de la justicia.

13 pues, el que ama a los que lloran,
recuerda su lamento,
no olvida el grito de los oprimidos.

H 14 ¡Ten piedad, Señor!
mira mi desgracia, causada por mis enemigos,
tú que me levantas del portal de la Muerte,
15 para que pueda proclamar tus alabanzas
desde las puertas de Sión,
y alegrarme con tu victoria.

T 16 Se han hundido los paganos
en la fosa que hicieron,
su pie quedó atrapado en la red que escondieron.
17 Apareció el Señor para hacer justicia,
y el malvado se enredó en sus propias obras.

Y 18 Vuelvan al Abismo los malvados,
los paganos que olvidan a Dios;
K 19 que el indigente
no será olvidado para siempre,
y la esperanza de los pobres
nunca se frustrará.

20 Levántate, Señor, no prevalezca el hombre,
juzga a los paganos en tu presencia;
21 Infúndeles, Señor, tu terror;
sepan los gentiles que sólo son hombres.

Continúa el salmo anterior. El salmista, audaz y confiado, se atreve a interrogar a Dios (1); que Dios abra los ojos y vea los pecados contra el prójimo, que son pecados de pensamiento, palabra y de obra (2s.6-10). Esta serie de pecados culmina en la blasfemia de la negación de Dios (3b-4), y el malvado se afirma en su seguridad personal (6.11). Ha de ser Dios quien intervenga en estos momentos: «¡Levántate... no te olvides!» (12). Si Dios puede rastrear la maldad, ¿no pagará al impío conforme a la maldad que cometió? (13). Dios es defensor del pobre (14); se impone que el ser humano, que es tierra y está hecho de tierra, no puede prevalecer contra Dios; ha de ser arrojado de la tierra de Dios (16). El versículo 7 es citado por Rom 3,14. Cuando constatemos que se impone el orgullo humano a costa de los inocentes, y Dios guarda silencio, será el momento de orar con este salmo.

10 (9)

L 1 ¿Por qué, Señor, te quedas lejos
y te escondes en los momentos de peligro?
2 El malvado,
que persigue con arrogancia al humilde,
será atrapado en las intrigas que urdió:

M 3 Sí, el malvado se gloría de su ambición,
el codicioso blasfema y desprecia al Señor;

N 4 el malvado dice con arrogancia:
Dios no pedirá cuentas,
no existe –así piensa–.
5 Su opulencia dura por siempre;

S tus excelsos decretos le son ajenos,
los desprecia con total violencia.
6 Piensa: No vacilaré jamás,
siempre seré feliz y afortunado.

P 7 Su boca está llena de engaños y fraudes,
en su lengua encubre maldad y opresión;
8 se pone al acecho junto a los poblados
para matar a escondidas al inocente;
‘ sus ojos espían al desgraciado,
9 acecha en su escondrijo
como león en su guarida,

acecha al humilde para secuestrarlo,
secuestra al humilde arrastrándolo en su red.

S [10] Se agazapa, se acurruca,
y los indigentes caen en sus garras.
[11] El malvado piensa: Dios se ha olvidado,
se ha tapado la cara y ya no ve.

Q [12] ¡Levántate, Señor, extiende la mano,
no te olvides de los humildes!
[13] ¿Por qué el malvado desprecia a Dios
pensando que no le pedirá cuentas?

R [14] Pero tú ves las penas y desgracias,
tú los miras y los tomas en tus manos:
El débil se encomienda a ti,
tú eres el protector del huérfano.

S [15] ¡Quiebra el brazo al malvado
y págale su maldad!
Sólo tú rastreas su iniquidad.
[16] El Señor es rey eterno, por siempre,
y los paganos desaparecerán de su tierra.

T [17] Tú escuchas, Señor,
los deseos de los humildes,
los reconfortas y les prestas atención.
[18] Si defiendes al huérfano y al oprimido,
el hombre de barro jamás infundirá terror.

11 (10)

«¡Escapa!» es el consejo desesperado de quien ve que todo se viene abajo, incluso se tambalean los cimientos de la tierra, que parecían tan sólidos, y Dios -el Justo- nada puede hacer. La violencia generalizada y la destrucción aconsejan la huida. La fe tiene una solución distinta: refugiarse en el Señor, que está en su Templo santo. Allí ha instalado su tribunal supremo; desde allí escudriña a los hombres, distinguiendo entre inocentes y culpables. La ejecución de la sentencia, recurriendo a una tormenta pavorosa, es irremediable. Porque el Justo ama la justicia, el poeta espera ver el rostro divino; sucederá en el Templo, donde habita el Soberano celeste. Es propia del Señor la función judicial (cfr. Hch 10,42). Este salmo es apto para afianzar la fe y robustecer la esperanza.

[1] En el Señor me refugio, ¿por qué me dicen:
Escapa al monte como un pájaro,
[2] porque los malvados ya tensan el arco
y ajustan la flecha a la cuerda
para disparar en la sombra
contra los hombres rectos?
[3] Cuando se tambalean los cimientos,
¿qué puede hacer el justo?

[4] El Señor está en su templo santo,
el Señor tiene en el cielo su trono:
sus ojos están observando,
sus pupilas examinan a los hombres.
[5] El Señor examina a honrados y a malvados,
y aborrece al que ama la violencia.

[6] Enviará sobre los malvados
ciclones, fuego y azufre,
un viento huracanado les tocará en suerte.
[7] Porque el Señor es justo y ama la justicia;
los rectos verán su rostro.

El panorama social es desolador: «escasean los fieles» y «desaparecen los leales» (2). La palabra nace corrompida en un corazón escindido (3); es hipócrita, amarga y destructora, pero tiene tal fuerza, que se convierte en arma cortante. Es una palabra tan poderosa que induce al alarde: «¿Quién será nuestro amo?» (5). La palabra del humilde, por el contrario, apenas es un gemido o un sollozo (6). Pero Dios escucha esta humilde palabra y opone su Palabra, que es limpia como la plata más pura, a la palabra orgullosa (6s). Es una palabra que libera al humilde y convierte al orgulloso en un «colmo de vileza», condenado a deambular eternamente (8s). El Señor tiene palabras de vida eterna (Jn 6, 68). Mientras las relaciones humanas no se construyan sobre la verdad, será tiempo de orar con este salmo.

12 (11)

2 ¡Sálvanos, Señor!, porque escasean los fieles,
han desaparecido
los leales entre los hombres.
3 No hacen más que mentirse unos a otros,
hablan con labios mentirosos
y doblez de corazón.

4 Que el Señor elimine los labios mentirosos
y la lengua fanfarrona 5 de los que dicen:
La lengua es nuestra fuerza,
nuestros labios son nuestra arma,
¿quién será nuestro amo?

6 El Señor responde: Por los sollozos del humilde,
por el lamento del pobre, ahora me levanto
y daré la salvación a quien la ansía.
7 Las palabras del Señor son palabras limpias,
como plata purificada en el crisol,
siete veces de escoria depurada.

8 Tú nos guardarás, Señor,
nos librarás siempre de esa gente.
9 Los malvados del entorno deambularán,
¡colmo de vileza entre los hombres!

No es comparable el «tiempo» de Dios con el tiempo humano. Aquél se mide por eternidades; éste por breves días que confinan con la muerte. Si Dios no mira y atiende (4a), desaparecerá la luz de la vida y los ojos se entenebrecerán (4b). Sólo existe una disyuntiva: la mirada de Dios o el sueño de la muerte. Nace así el apremio y la urgencia con la que el salmista se dirige a Dios: la repetición de: «¿hasta cuando?» (2s). El ser humano dispone de un tiempo muy limitado. Es urgente que Dios responda para que el enemigo no cante victoria (5). Pese a todo, se impone la confianza en la benevolencia divina (6). La muerte, en efecto, ya no es el sueño definitivo según leemos en Ef 5,14. ¡El amor vence a la muerte! Convencidos de ello, podemos orar con el presente salmo.

13 (12)

2 ¿Hasta cuándo, Señor, me olvidarás?,
¿eternamente?
¿Hasta cuándo me ocultarás tu rostro?
3 ¿Hasta cuándo estaré angustiado,
con el corazón apenado todo el día?
¿Hasta cuándo triunfará mi enemigo?

4 Mírame, respóndeme, Señor, Dios mío,
da luz a mis ojos, o me dormiré en la muerte.
5 Que no diga mi enemigo: lo he vencido,
ni mi adversario se alegre de mi fracaso.

6 Pero yo confío en tu benevolencia,
mi corazón se alegra por tu ayuda;
cantaré al Señor por el bien que me ha hecho.

Existen dos formas teológicas de ver la vida. El necio niega la existencia de Dios (2). Si Dios no existe, todo me está permitido; incluso explotar al prójimo indefenso, aunque sea algo que es propiedad del Señor: su pueblo y su grano (4). El sensato busca a Dios (2); por ello hace el bien y se refugia en Dios (6). Dios no permanece pasivo, sino que inspecciona desde lo alto, y llega a la dolorosa con-

14 (13) (53)

1a Piensa el necio en su interior: Dios no existe.
2 El Señor se asoma desde el cielo
hacia los hijos de Adán
para ver si hay alguno sensato, alguien que busque a Dios.
1b Se han corrompido, odiosa es su conducta, no hay quien obre bien.

3 Todos se han rebelado, a una se han obstinado,
no hay uno que haga el bien, ni uno solo.

4 –¿Pero no aprenderán los malhechores,
que devoran a mi pueblo,
que devoran el grano del Señor
que no han cosechado?
5 Véanlos aterrarse sobremanera,
pues Dios está en la asamblea de los justos.
6 El grupo de los humildes los abochornará,
porque el Señor es su refugio.

7 ¡Ojalá venga desde Sión la salvación de Israel!
Cuando el Señor cambie la suerte de su pueblo,
se alegrará Jacob, hará fiesta Israel.

clusión de que el mal está generalizado (3). No obstante queda un pequeño grupo de justos y de humildes -el resto-, en cuya asamblea está Dios (5s). El desenlace es terror y bochorno frente a la protección y asistencia (5s). Esta forma de ver la vida es aplicable al destierro babilónico y al retorno de Israel tras el destierro (7). Los versículos 2s son citados en Rom 3,10-12, para exponer la corrupción universal. ¿Nos creemos de verdad que Dios está con el pobre? Este salmo es adecuado para creyentes y para ateos.

15 (14)

(24; Is 33,14-16)

1 Señor, ¿quién se hospedará en tu tienda?,
¿quién habitará en tu monte santo?

2 –El que procede honradamente
y practica la rectitud;
3 el que dice de corazón la verdad
y no calumnia con su lengua;
no hace mal al prójimo
ni difama a su vecino;

4 el que mira con desprecio al réprobo
y honra a los que respetan al Señor;
el que no se retracta
aun jurando en su perjuicio;
5 no presta dinero a usura
ni acepta soborno contra el inocente.
El que obra así nunca fallará.

Más allá de la imagen del Templo, el creyente anhela estar con Dios, ser con Dios. Quien abriga este vehemente deseo, formulado en pregunta (1), ha de ser honrado, recto y sincero (2s). Son tres actitudes generales. Las tres condiciones siguientes (3b) se relacionan con el comportamiento hacia el prójimo. El que desea estar con Dios ha de ser partidario de los amigos de Dios; estar en contra de los enemigos de Dios -han sido reprobados por Él-; y respetar el juramento, que consagra la acción prometida (4). Son tres acciones en las que se aúnan Dios y el prójimo. Dos acciones más, tienen un alcance económico-jurídico (5). Un conjunto de once o de diez mandamientos, según se relacionen el primero con el segundo, dan a quien los cumple una estabilidad semejante a la que tiene la creación: «nunca fallará» o, «no vacilará», porque se fundamenta en Dios. Nosotros nos hemos «acercado al monte Sión, ciudad del Dios vivo» (Heb 12,22). La observancia de los mandamientos sin el perfume del amor es mero cumplimiento.

16 (15)

1 ¡Protégeme, Dios mío, que me refugio en ti!
2 Yo digo al Señor: Dueño mío, tú eres mi Bien,
nada es comparable a ti.

3 A los dioses de la tierra,
y a los señores en quienes me deleitaba:
4 ¡Multiplíquense sus desgracias
que los sorprendan una tras otra!
yo jamás les derramaré
libaciones con mis manos,
ni mis labios proclamarán sus nombres.

Nadie está por encima del Señor, el único Bien (2), así confiesa quien en otro tiempo aceptaba a los dioses de la tierra, cuyos ritos practicaba (4b). Aunque los dioses se afanen por tener nuevos adeptos (4a), el fervoroso salmista ya ha tomado una resolución: ni una libación más (4b). Del único Bien procede todo bien: la tierra como herencia (5), que resulta deliciosa por ser la tierra del Altísimo (6); el Señor como consejero permanente (7) y como guía perpetuo, de cuya diestra jamás se apartará en lo sucesivo el que se ha convertido a Él (8). La presencia del

Señor para el salmista es tan plena que aun lo más frágil -la carne- «habita al cubierto» (9b). El Señor no dejará a su fiel ni siquiera al borde de la tumba (10), sino que la alegría que le infunde ya aquí (9a) continuará como gozo eterno (11). El salmo es releído por Hch 2,25-28 (8-11); 13,34-35 (10). Con este salmo confesamos nuestra fe y damos gracias a Dios por todos los bienes que recibimos de su bondad.

5 Señor, tú eres la parte de mi herencia
y de mi copa;
Tú mismo has echado mi suerte:
6 Las cuerdas me asignaron una parcela deliciosa,
el Altísimo midió mi heredad.

7 Bendigo al Señor que me aconseja,
aun de noche instruye mi conciencia.
8 He elegido al Señor como mi guía perpetuo,
de su diestra jamás me apartaré.

9 Dios fiel, se me alegra el corazón,
mis entrañas saltan de gozo,
y aun mi carne habita al cubierto,
10 pues no entregarás mi vida al Abismo,
ni dejarás que tu amigo vea el sepulcro.

11 Me enseñarás un camino de vida,
me llenarás de alegría en tu presencia,
de gozo eterno a tu derecha.

El patrón judicial puede explicar muchos elementos de este salmo. Alguien que ha sido acusado o perseguido injustamente acude con su demanda (1) ante el tribunal de Dios. Es inocente, como puede comprobar la mirada escrutadora de Dios (3); ha ceñido su conducta a los mandamientos divinos (4s). Ahora, al amparo del Templo (7s), expone su situación de cerco y de opresión (9). Los perseguidores o acusadores son crueles como leones (12); implacables, porque en sus entrañas no cabe ni un mínimo de bondad (10s). El juez divino ha de ver, escuchar y responder (1s.6). Más aún, se le pide que se levante como juez o como guerrero y que aplique la sentencia o libere con la espada al inocente (13). Si los acusados o perseguidores son fieras, que Dios termine con ellas (14). El orante, como justo, recibirá la recompensa, y también sus descendientes (14b). Esto sucederá al despertar (15b). Podemos percibir en este salmo los dolores de la Iglesia perseguida. Es un salmo para orar con él en tiempos de tribulación.

17 (16)

(7; 9s)

1 Escucha, Señor, mi demanda,
atiende a mi clamor,
presta oído a mi súplica:
destruye los labios mentirosos.

2 Aparezca ante ti mi justicia,
tus ojos observen la rectitud.
3 Sondea mi corazón, revísalo de noche
pruébame en el crisol,
no hallarás tacha en mí.
Mi boca no ha faltado
4 las obras de tus manos,
he observado el mandato de tus labios.
5 Mis piernas se mantuvieron firmes;
en los senderos abruptos,
en tu ruta mis pies no vacilaron.

6 Yo te llamo porque me respondes,
inclina tu oído y escucha mi palabra.
7 Salvador de los que se refugian en ti,
muestra las maravillas de tu amor
ante quienes se rebelan contra tu diestra.
8 Guárdame como a la niña de tus ojos,
a la sombra de tus alas escóndeme
9 de los malvados que me asaltan,
del enemigo mortal que me acorrala.

10 Han cerrado sus entrañas,
su boca habla con soberbia.
11 Mis piernas vacilan; ellos me asedian,
fijan en mí sus ojos para derribarme por tierra.
12 Son como un león ávido de presa,
como cachorro agazapado en su escondrijo.

13 Levántate, Señor, hazle frente,
doblégalo y con tu espada
sácame vivo del malvado.
14 Mátalos con tu mano, Señor,
quítalos del mundo, erradícalos de la tierra.

A tus protegidos llénales el vientre,
que sus hijos queden hartos
y dejen el resto para los más pequeños.
15 Y yo, por mi inocencia, veré tu rostro,
al despertar me saciaré de tu presencia.

18 (17)

(144; 2 Sm 22)

2 ¡Yo te amo, Señor, mi fortaleza!
3 ¡Señor, mi roca, mi defensa, mi libertador!,
¡Dios mío, mi roca de refugio!
¡Mi escudo, mi fuerza salvadora,
mi baluarte, digno de alabanza!
4 Invoco al Señor y quedo libre del enemigo.

5 Me cercaban lazos mortales,
torrentes destructores me aterraban,
6 me envolvían lazos del Abismo,
me alcanzaban redes de muerte.
7 En el peligro invoqué al Señor
pidiendo socorro a mi Dios;
desde su templo escuchó mi clamor,
mi grito de socorro llegó a él, a sus oídos.

8 Tembló y retembló la tierra,
se tambalearon los cimientos de los montes
estremecidos por su furor.
9 De su nariz se alzaba una humareda,
de su boca un fuego voraz
y arrojaba carbones encendidos.

10 Inclinó los cielos y bajó,
con nubarrones bajo los pies;
11 volaba cabalgando en un querubín,
planeando sobre las alas del viento;
12 se puso como velo un cerco de tinieblas,
como tienda un oscuro aguacero
y nubes espesas.
13 Ante el resplandor de su presencia,
las nubes se deshicieron
en granizo y centellas;
14 mientras el Señor tronaba en el cielo,
el Altísimo lanzaba su voz.
15 Forjaba sus saetas y las dispersaba,
multiplicaba sus rayos y los esparcía.
16 Apareció el cauce del mar
y afloraron los cimientos de la tierra,

La introducción hímnica del salmo (2-4) tiene su paralelo en la conclusión doxológica (47-50 -el versículo 51 ha sido añadido posteriormente-). La lamentación (5-7) desemboca en la liberación (17-20). Ante la teofanía, que es simultáneamente epifanía (8-16), el salmista hace protesta de su inocencia (21-28). La acción marcial se inicia con una antífona introductoria (29) y se desarrolla en tres actos: Dios y las armas (30-37), los enemigos (38-43) y los extranjeros (44-46). El amor visceral con el que se inicia el salmo: «Yo te amo...» (2) se expande en los posesivos que vienen a continuación (2s): reflejan un amor enamorado. Dios responde a ese amor: se muestra teofánicamente (8-16) para librar a aquel a quien ama (20). Existe una complicidad y complementariedad entre ambos amores. Porque Dios ama a quien le ama apasionadamente, lo libra de las aguas mortales (5-7.10-17), le enseña el arte de la guerra (33-36), le somete los pueblos (44-46)... Y el salmista prorrumpe en una acción de gracias ante todos los pueblos (47-50). El versículo añadido (51) permite aplicar este salmo al Ungido, a Cristo, triunfador de la muerte y del abismo. Rom 15,9 cita el versículo 50 del salmo. Quien ama enamoradamente no se cansa de acuñar nuevos epítetos para proclamar su amor. El Dios, así amado, «condesciende» para estar con nosotros como Roca segura de nuestra existencia.

ante tu bramido, Señor,
ante el resuello furioso de tu nariz.

17 Desde arriba alargó la mano y me agarró
y me sacó de las aguas caudalosas;
18 me libró de enemigos poderosos,
de adversarios más fuertes que yo.
19 Me asaltaban el día de mi desgracia,
pero el Señor fue mi apoyo.
20 Me sacó a un lugar espacioso,
me libró porque me amaba.

21 El Señor me pagó mi rectitud,
retribuyó la pureza de mis manos,
22 porque seguí los caminos del Señor
y no me alejé de mi Dios;
23 porque tuve presentes sus mandatos
y jamás rechacé sus preceptos,
24 mi conducta ante él ha sido irreprochable
guardándome de toda culpa.
25 El Señor recompensó mi rectitud,
la pureza de mis manos ante sus ojos.
26 Con el leal eres leal,
íntegro con el hombre íntegro,
27 con el sincero eres sincero,
y sagaz con el astuto.
28 Tú salvas al pueblo afligido
y humillas los ojos altaneros.

29 Tú, Señor, enciendes mi lámpara,
Dios mío, tú alumbras mis tinieblas.

30 Contigo corro con brío,
con mi Dios asalto la muralla.
31 El camino de Dios es perfecto,
la palabra del Señor es acrisolada,
escudo para los que se refugian en él.
32 Porque, ¿quién es Dios fuera del Señor?
¿Quién es Roca fuera de nuestro Dios?

33 El Dios que me ciñe de valor
y hace irreprochables mis caminos;
34 me da pies ligeros como de cierva
y me asienta en sus alturas,
35 adiestra mis manos para la guerra
y mis brazos para tensar el arco de bronce.
36 Me prestaste tu escudo salvador,
tu derecha me sostuvo,
y tu triunfo me engrandeció.
37 Ensanchaste el camino a mis pasos
y no flaquearon mis tobillos.
38 Perseguí al enemigo hasta alcanzarlo
y no volví hasta haber acabado con él;
39 los aplasté y no pudieron rehacerse,
cayeron bajo mis pies.

40 Me ceñiste de valor para la guerra,
doblegaste a mis agresores;
41 pusiste en fuga a mis enemigos,
reduje al silencio a mis adversarios.
42 Pedían auxilio, nadie los salvaba;
clamaban al Señor, no les respondía.
43 Los trituré como polvo de la plaza,
los pisé como barro de la calle.

44 Me libraste de las contiendas del pueblo,
me pusiste al frente de las naciones;
un pueblo extraño fue mi vasallo
45 por mi fama se me sometían.
Los extranjeros me adulaban,
46 los extranjeros se desmoralizaban
y abandonaban temblando sus refugios.

47 ¡Viva el Señor, bendita sea mi Roca!
¡Glorificado sea mi Dios y Salvador!
48 El Dios que me dio el desquite
y me sometió los pueblos,
49 que me libró del enemigo,
me levantó sobre los que resistían
y me libró del hombre violento.
50 Por eso te daré gracias ante las naciones
y cantaré, Señor, en honor de tu Nombre:
51 Tú diste gran victoria a tu rey,
fuiste fiel con tu Ungido,
con David y su descendencia para siempre.

19 (18)

El cielo y el firmamento tienen un lenguaje propio, que es escuchado en la tierra. Aquellos hablan de orden como algo ontológico e invitan al hombre a la alabanza y a la obediencia como respuesta religiosa. El ser humano tiene la vocación de ser liturgo de la creación (2-7). Pero esta vocación no es seguida. En ese momento interviene la palabra de Dios, vehículo de la revelación y de la voluntad divina. Si el ser humano se adhiere a la voluntad divina y se comporta de acuerdo con la ley, su vida será refulgente como la norma y más valiosa que el oro (8-11). Pero el hombre es incapaz de servir incondicionalmente a Dios; de ahí que pida auxilio, y que la ley encamine al hombre hacia su liberación (12-14). Sólo quien es inocente e íntegro puede entonar la alabanza divina (15). Rom 10,18 aplica el versículo 5 del salmo a la predicación del Evangelio. Este salmo es indicado para confrontar la vida con la presencia de Dios en la creación y en la Ley.

2 Los cielos proclaman la gloria de Dios,
el firmamento pregona la obra de sus manos.
3 Un día le pasa el mensaje a otro día,
una noche le informa a otra noche.
4 Sin que hablen, sin que pronuncien,
sin que se oiga su voz,
5 a toda la tierra alcanza su discurso,
a los confines del mundo su lenguaje.

Allí le ha preparado una tienda al sol:
6 Se regocija cual esposo que sale de su alcoba,
como atleta que corre su carrera.
7 Asoma por un extremo del cielo
y su órbita llega al otro extremo;
nada se escapa a su calor.

8 La ley del Señor es perfecta:
devuelve el aliento;
el precepto del Señor es verdadero:
da sabiduría al ignorante;
9 los mandatos del Señor son rectos:
alegran el corazón;

la instrucción del Señor es clara:
da luz a los ojos;
10 el respeto del Señor es puro:
dura para siempre;
los mandamientos del Señor son verdaderos:
justos sin excepción;
11 son más valiosos que el oro,
que el metal más fino;
son más dulces que la miel que destila un panal.

12 Aunque tu servidor se alumbra con ellos
y guardarlos trae gran recompensa,
13 ¿quién se da cuenta de sus propios errores?
Purifícame de culpas ocultas;
14 del orgullo protege a tu servidor,
para que no me domine.
Entonces seré irreprochable
e inocente de grave pecado.

15 Que te agraden las palabras de mi boca,
que te plazca el susurro de mi corazón,
¡Señor, Roca mía, Redentor mío!

Aunque este salmo sea una súplica por el rey, el protagonista del mismo es el Señor. Los hombres invocan, aclaman, alzan estandartes, se yerguen y se mantienen en pie. Dios responde, protege, ayuda, apoya, tiene en cuenta, concede, da éxito... Dios, en definitiva, es quien da la victoria. De eso precisamente se trata: el rey está a punto de emprender una acción bélica. Un grupo o una persona singular formulan una serie de peticiones a favor del rey (2-5). Una voz aislada anuncia que Dios acogerá las peticiones (6). Así lo acepta el grupo, que ahora indica dónde está su confianza: no en el poder, sino en Dios (8s). De ese poder se espera la escucha y la victoria (10). Cuando la victoria sea definitiva, diremos: «¡Gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por nuestro Señor Jesucristo» (1 Cor 15,57). Puede orar con este salmo quien esté dispuesto a creer que nuestro auxilio es el Nombre del Señor, que hizo el cielo y la tierra.

20 (19)

2 Que el Señor te responda en el día del aprieto,
que te proteja el Nombre del Dios de Jacob.
3 Que te auxilie desde el santuario,
que te apoye desde Sión.
4 Que tenga en cuenta todas tus ofrendas
y halle enjundioso tu holocausto.
5 Que te conceda lo que deseas
y cumpla todos tus proyectos.
6 Y nosotros celebraremos tu victoria,
alzaremos estandartes
en Nombre de nuestro Dios.

–El Señor cumplirá todas tus peticiones.

7 –Ahora sé que el Señor
da la victoria a su Ungido,
que le responde desde su santo cielo
con los prodigios victoriosos de su diestra.

8 Confían unos en los carros,
otros en la caballería;
nosotros confiamos en el Señor nuestro Dios;
9 ellos se encorvaron y cayeron;
nosotros nos erguimos
y nos mantenemos de pie.

10 ¡Señor, da la victoria al rey!
¡Respóndenos cuando te invocamos!

21 (20)

Salmo real de acción de gracias. Se articula en torno a tres aclamaciones populares: inicial (2), central (8) y final (14). A la primera aclamación sigue un cántico de alabanza por las bendiciones sobre el rey (3-7). Entre la aclamación central y la final se inserta otro cántico de maldición para los enemigos (9-13). El salmo, por tanto, presenta un díptico: petición confiada (3-7) y acción de gracias por la concesión (9-13). Dios ha concedido al rey lo que deseaba. A Salomón se lo dio sin pedírselo, porque un vínculo de amor une a Dios y al rey. Éste, por su parte, confía en el Señor, y de su amor no se apartará (8). Todos, incluso Dios, celebran el triunfo regio, que es el triunfo de Dios. El Mesías es coronado de «gloria y dignidad» (Heb 2,9), y ha sido glorificado (Jn 13,31). Con este salmo damos gracias a Dios por los dones recibidos y estimulamos nuestra confianza en él.

2 Señor, el rey festeja tu triunfo,
¡cuánto se alegra por tu victoria!

3 Le has concedido lo que desea su corazón,
no le has negado lo que pedían sus labios.
4 Te adelantaste a bendecirlo con bienes,
le has puesto en la cabeza una corona de oro.
5 Te pidió vida y se la concediste,
años que se prolongan sin término.
6 Grande es su prestigio por tu victoria,
le has conferido honor y majestad.
7 Le has concedido bendiciones incesantes,
lo colmas de gozo en tu presencia.
8 Porque el rey confía en el Señor,
con la gracia del Altísimo, no fracasará.

9 Que alcance tu izquierda a tus enemigos,
que tu derecha alcance a tus adversarios.
10 Los convertirás en un horno encendido
cuando asome tu rostro, Señor.
–Su enojo los devora, los consume el fuego–.
11 Borrarás su estirpe de la tierra,
a sus descendientes de entre los humanos.
12 Aunque tramen maldades contra ti
y urdan intrigas, nada conseguirán;
13 porque tú los harás huir
tensando el arco contra ellos.

14 Levántate, Señor, con tu fuerza:
¡Cantaremos y ensalzaremos tu poder!

22 (21) (Is 53)

Lamentación individual, estructurada en tres partes: 1. Lamentación (2-22). 2. Agradecimiento (23-27). 3. Himno al Señor, rey universal (28-32). La lamentación se articula así: A. Dramática apertura (2-4). B. Primer movimiento: lejanía y cercanía (5-12). B′. Segundo movimiento: Desmoronamiento físico (13-19). A′. Final dramático (20-22). Es el poema de un mortal convertido súbitamente en moribundo. La muerte está cerca; Dios, pese a haber sido cercano al pueblo (5s) o al suplicante (11s), se mantiene lejano (12) y silencioso (2). El salmista gusta ya el polvo de la muerte (16). Los presentes lo dan por muerto al repartirse las pertenencias del moribundo (19). La segunda parte del salmo tiene otra musicalidad muy distinta. La intervención divina da paso al reconocimiento y a la alabanza, a la postración de todos ante el Rey, Dios y Señor (23-32). El paso de la muerte a la vida nos permite decir que este salmo es «cristiano»; es citado abundantemente

2 ¡Dios mío, Dios mío!,
¿por qué me has abandonado?,
¿por qué estás ajeno a mi grito,
al rugido de mis palabras?
3 Dios mío, te llamo de día y no respondes,
de noche y no hallo descanso;
4 aunque tú habitas en el santuario,
gloria de Israel.

5 En ti confiaban nuestros padres,
confiaban y los ponías a salvo;
6 a ti clamaban y quedaban libres,
en ti confiaban y no los defraudaste.
7 Pero yo soy un gusano, no un hombre:
vergüenza de la humanidad, asco del pueblo;
8 al verme se burlan de mí,
hacen muecas, menean la cabeza:
9 Acudió al Señor, que lo ponga a salvo,
que lo libre si tanto lo ama.

en el Nuevo Testamento (cfr. versículo 2 en Mt 27,46; versículo 8 en Mt 27,39; versículo 9 en Mt 27,43; versículo 16ab en Mt 27,34.48; versículo 17c en Mt 27,35; versículo 19 en Mt 27,35; versículo 25c en Mt 27,50). Con este salmo podemos gritar nuestro miedo a la muerte, sabiendo -ahora sí- que «Así actuó el Señor» (32). Tras nuestra confesión, y llenos de luz, entonaremos la alabanza luminosa del «Aleluya» eterno.

10 Fuiste tú quien me sacó del vientre,
me confiaste a los pechos de mi madre;
11 desde el seno me encomendaron a ti
desde el vientre materno tú eres mi Dios.
12 No te quedes lejos,
que el peligro se acerca y nadie me socorre.

13 Me acorrala un tropel de novillos,
toros de Basán me cercan;
14 abren contra mí sus fauces:
leones que descuartizan y rugen.

15 Me derramo como agua,
se me descoyuntan los huesos;
mi corazón, como cera,
se derrite en mi interior;
16 mi garganta está seca como una teja,
la lengua pegada al paladar.
¡Me hundes en el polvo de la muerte!

17 Unos perros me acorralan,
me cerca una banda de malvados.
Me inmovilizan las manos y los pies,
18 puedo contar todos mis huesos.
Ellos me miran triunfantes:
19 se reparten mis vestidos, se sortean mi túnica.

20 Pero tú, Señor, no te quedes lejos,
Fuerza mía, ven pronto a socorrerme;
21 libra mi vida de la espada,
mi única vida, de las garras del mastín;
22 sálvame de las fauces del león,
defiéndeme de los cuernos del búfalo.

23 Contaré tu fama a mis hermanos,
te alabaré en medio de la asamblea:
24 Fieles del Señor, alábenlo,
descendientes de Jacob, glorifíquenlo,
témanlo, descendientes de Israel,
25 porque no ha desdeñado ni despreciado
la desgracia del desgraciado,
no le ha escondido su rostro;
cuando pidió auxilio, lo escuchó.

26 Te alabaré sin cesar en la gran asamblea:
cumpliré mis votos ante los fieles.
27 Comerán los pobres hasta saciarse
y alabarán al Señor los que lo buscan:
¡No pierdan nunca el ánimo!

28 Lo recordarán y se volverán al Señor
todos los confines de la tierra,
se postrarán en su presencia
todas las familias de los pueblos;
29 porque el Señor es Rey,
él gobierna a los pueblos.

30 Ante él se postrarán
los que duermen en la tierra,
en su presencia se encorvarán
los que bajan al polvo.
Mi vida la conservará.
31 Mi descendencia le servirá,
hablará de mi Dueño a la generación venidera
32 contará su justicia al pueblo por nacer:
Así actuó el Señor.

23 (22) (Ez 34; Jn 10)

1 El Señor es mi pastor, nada me falta.
2 En verdes praderas me hace reposar,
me conduce a fuentes tranquilas
3 y recrea mis fuerzas.
Me guía el sendero adecuado
haciendo gala su oficio.
4 Aunque camine por lúgubres cañadas,
ningún mal temeré, porque tú vas conmigo;
tu vara y tu bastón me defienden.

5 Preparas ante mí una mesa
en presencia de mis enemigos;
me unges con perfume la cabeza,
y mi copa rebosa.
6 ¡La bondad y el amor me escoltan
todos los días de mi vida!
Y habitaré en la casa del Señor
a lo largo de mis días.

Los símbolos elementales, las imágenes del pastor (1-4) y del anfitrión (5s), pueden haberse inspirado en la vida de un pueblo nómada o, acaso mejor, en la experiencia histórica de Israel liberado de Egipto y/o que retorna de Babilonia. En ambos casos Dios actuó como pastor, conocedor de su oficio. Abre camino al frente del rebaño. Cuando la arena borra las rutas del desierto, y sobre el rebaño planean males mortales, el pastor se pone al lado de cada oveja: «Tú vas conmigo» (4b). El cambio a la segunda persona facilita el tránsito a la imagen del anfitrión, en gran medida paralela a la anterior: pasto y mesa, lúgubres cañadas y enemigos, nada me falta y la copa que rebosa, vara/callado y Bondad/Lealtad -dos personificaciones divinas-, defensa y escolta, reposo y habitación. Dios es pastor y hospedero. Las dos imágenes están unidas en la tradición del éxodo (Sal 78,19s) y del retorno de Babilonia (Sal 77,21; Is 40,11). Alternado el camino con el reposo, se llega, al fin, a la tierra o a la casa del Señor, en la que el peregrino vivirá para siempre. El símbolo del pastor está muy presente en el Nuevo Testamento (cfr. Jn 10,1-18; 1 Pe 2,25; 5,2-4). Estaremos de camino hasta que lleguemos a la Tierra. Este salmo, mientras vamos de camino, nos infundirá luz y consuelo.

24 (23) (15; Is 33,14-16)

1 Del Señor es la tierra y cuanto la llena,
el mundo y todos sus habitantes,
2 porque él la fundó sobre los mares,
él la asentó sobre los ríos.

3 –¿Quién puede subir al monte del Señor?,
¿quién puede estar en el recinto sagrado?
4 –El de manos inocentes y corazón puro,
que no suspira por los ídolos ni jura en falso.
5 Ése recibirá del Señor la bendición
y el favor de Dios su Salvador.

Suele decirse que este salmo, como el Sal 15, es una liturgia de entrada en el Templo. Un grupo pregunta por las condiciones que ha de reunir quien pretende entrar en la casa de Dios (3). Alguien autorizado le responde (4). Nunca sabremos con qué motivo sucedía esto. Lo que es cierto es que dos planos se yuxtaponen y entrecruzan. El breve himno al Creador, que da solidez y consistencia a la creación (1b-2) cede el paso al Templo (3): de la escena universal se salta a la concentración muy particular del Templo. A este lugar santo acuden simultáneamente los fieles y el Señor (3-6). Existen correspon-

dencias y también divergencias entre ambas escenas. La gran correspondencia es ésta: tierra/habitantes y Templo/visitantes. Las divergencias son manifiestas en las preguntas que valen para los visitantes y en los imperativos que sólo son válidos para el Señor. Los visitantes han de cumplir determinadas condiciones; el Señor, ninguna. Los fieles son identificados con los que buscan a Dios (6). Para el Señor, el Rey de la Gloria, es suficiente con su Nombre propio y con su título. 1 Cor 10,26 cita el versículo 1 para justificar la libertad cristiana. El «héroe valeroso» del versículo 8 remite a Lc 11,21. El corazón puro (4) es motivo de bienaventuranza en Mt 5,8. El espíritu religioso necesita experimentar la total alteridad divina. Así se situará adecuadamente ante el Dios creador, santo y excelso.

6 –Ésta es la generación que busca al Señor;
que viene a visitarte, Dios de Jacob.

7 –¡Portones, alcen los dinteles!
levántense, puertas eternales,
y que entre el Rey de la Gloria.

8 –¿Quién es ese Rey de la Gloria?
–El Señor, héroe valeroso,
el Señor, héroe de la guerra.

9 –¡Portones, alcen los dinteles!
levántense puertas eternales,
y que entre el Rey de la Gloria.

10 –¿Quién es el Rey de la Gloria?

–El Señor Todopoderoso,
él es el Rey de la Gloria.

Salmo alfabético de súplica y confianza con tonalidades sapienciales. El artificio del acróstico hace difícil la delimitación precisa de las estrofas. Salmos como éste fueron compuestos para que el maestro pudiera enseñar a sus alumnos. Así intuimos cómo rezaba un israelita al que no se le ocurría nada nuevo. Es fácil detectar los motivos sapienciales: el camino (4.5.8.9.12) y la enseñanza (4.5. 8. 9.12.14). El maestro humano deja el puesto al divino, que indica el camino (4.8.12) o bien lo enseña (4b.9b), encamina rectamente (9)... Al ámbito sapiencial pertenece también la alianza con sus componentes (10.14), que, por parte de Dios es, entre otros, la lealtad (6.7.10), y por parte del hombre el respeto, la reverencia y la esperanza (2.3.5.12.14.21). En el versículo 14 confluyen Dios y el hombre: Aquel se confía a sus fieles a la vez que les enseña lealmente las estipulaciones de la Alianza. Como complemento de este mosaico el pecado (7ab.8. 11.18) y el perdón (7.11.18). Así no se interrumpe la historia de la Alianza. El Espíritu es el maestro de la nueva sabiduría (cfr. Jn 16,13). La posesión de la tierra (13) está reservada para los mansos (Mt 5,4). Este salmo, acaso escrito para la escuela, nos vale para la vida: para vivir en el día a día el amor con el que Dios nos ama.

25 (24)

A 1 A ti, Señor Dios mío, elevo mi alma:
B 2 en ti confío, no quede defraudado,
ni se rían de mí mis enemigos.
G 3 Los que esperan en ti no queden defraudados;
queden defraudados
los que traicionan por nada.

D 4 Indícame, Señor, tus caminos,
enséñame tus sendas;
H 5 encamíname fielmente, enséñame,
pues tú eres mi Dios salvador,
W y en ti espero todo el día.

Z 6 Recuerda, Señor, que tu ternura
y tu misericordia son eternas,
H 7 no recuerdes mis pecados juveniles,
y mis culpas;
acuérdate de mí según tu
amor por tu bondad, Señor.

T 8 El Señor es bueno y recto:
indica su camino a los pecadores;
Y 9 encamina rectamente a los humildes,
enseña su camino a los humildes.
K 10 Las sendas del Señor son amor y fidelidad
para los que guardan
los preceptos de su alianza.
L 11 Por tu Nombre, Señor,
perdona mi grande iniquidad.

M 12 ¿Hay alguien que respete al Señor?
Él le indicará el camino que ha de elegir:

N [13] La felicidad será su morada
y su descendencia poseerá la tierra.
S [14] El Señor se confía a sus fieles
y les revela lealmente su alianza.
' [15] Mis ojos están fijos en el Señor,
que él sacará mis pies de la red.

P [16] Vuélvete a mí y ten piedad,
que estoy solo y afligido.
S [17] Alivia las angustias de mi corazón
y sácame de mis congojas.
Q [18] Mira mi aflicción y mi fatiga
y perdona todos mis pecados;
R [19] mira cuántos son mis enemigos
cuán violento el odio que me tienen.
S [20] Protege mi vida y líbrame,
no me avergüence
de haberme acogido a ti.
T [21] La rectitud y la honradez me custodiarán
porque espero en ti.

[22] ¡Salva, oh Dios, a Israel
de todos sus angustias!

26 (25)

En el Templo, donde reside la Gloria divina, se narran las maravillas del Señor y se entona la alabanza divina (6-8). A él acude el salmista para someterse al juicio de Dios. La primera palabra del salmo es «júzgame» (1). Quien comparece ante el Juez protesta su inocencia (1.3.11.12), como lo demuestra su conducta. Si existe alguna maldad en lo más íntimo del orante, que el fuego divino, que es purificador, «escrute» y «aquilate» (2). El salmista, desde luego, nada tiene que ver con los malhechores ni con los hipócritas, que acaso son idólatras (4s). En consecuencia, no ha de morir como uno de ellos (9), llenos como están de infamias y de sobornos (10). Aunque el orante se considera inocente, confía en el Señor (1b), cuenta con el amor y la fidelidad divina (3), pide compasión y liberación (11b). Pablo tiene una experiencia semejante a la descrita por el salmo: Aunque se tenga buena conciencia, no por eso está justificado (1 Cor 4,4). Este salmo no es para quien se gloría de sus propias obras, sino para aquellos otros que se someten a la mirada escrutadora y purificadora de Dios; para quien se fía de Dios.

[1] Júzgame, Señor, que obro con honradez,
si confío en el Señor, no vacilaré.
[2] Escrútame, Señor, ponme a prueba,
aquilata mis entrañas y mi corazón;
[3] porque tengo ante mis ojos tu amor
y camino con fidelidad a ti.
[4] No me reúno con idólatras,
no tengo trato con los hipócritas;
[5] detesto la banda de malhechores,
y con los malvados no me siento.

[6] Me lavo las manos como inocente
y doy vueltas en torno a tu altar, Señor,
[7] proclamando mi acción de gracias
y contando tus maravillas.
[8] Señor, amo vivir en tu casa,
el lugar donde reside tu Gloria.

[9] No permitas que muera entre pecadores,
ni que perezca entre sanguinarios
[10] cuya izquierda está llena de infamia,
y su derecha repleta de soborno.

[11] Yo en cambio obro con honradez:
sálvame, ten piedad de mí.
[12] Mi pie se mantiene en el camino recto,
en la asamblea bendeciré al Señor.

Una confianza a ultranza (1-6) y un miedo inexplicable (7-13) se entrelazan en un poema tan bello y singular como es este salmo. Las dificultades bélicas (2b-3), familiares (10) y sociales -testigos falsos- (12) pueden ser extremas, la confianza prevalece, porque el Señor es «mi luz», «mi salvación», mi «baluarte» (1). De la confianza (3) fluyen actos como los siguientes: «levantar la cabeza» (6), fiarse (13), no temer ni temblar (1), ser valiente y animoso (14). De repente irrumpe el miedo, que da paso a una súplica urgente (7-13), con cinco peticiones positivas y otras cinco negativas. Subraya la búsqueda del rostro divino; si es una invitación divina (cfr. Os 5,15), el orante responde que ya lo está buscando (8a), a la vez que suplica: «No me ocultes tu rostro» (9a); si es una voz que el orante escucha en el fondo de su ser, el salmista se pone en marcha, en búsqueda del rostro divino: que Dios no se lo oculte. La voz anónima del último verso propone y ratifica: en vez del miedo, la valentía; en lugar del desánimo, la esperanza. Esto vale también para el cristiano: ante el peligro suena una palabra de ánimo, por ejemplo en Jn 16,33; Mt 14,26. He aquí una bella oración para cultivar la confianza absoluta del creyente en Dios.

27 (26)

1 El Señor es mi luz y mi salvación:
¿a quién temeré?
El Señor es el baluarte de mi vida:
¿de quién me asustaré?
2 Si me acosan los malvados
para devorar mi carne,
ellos, mis enemigos y adversarios,
tropiezan y caen.
3 Si un ejército acampa contra mí,
mi corazón no teme;
aunque me asalten las tropas,
continuaré confiando.

4 Una cosa pido al Señor, es lo que busco:
habitar en la casa del Señor
todos los días de mi vida;
admirando la belleza del Señor,
y contemplando su templo.
5 Él me cobijará en su cabaña
en el momento del peligro;
me ocultará en lo oculto de su tienda,
me pondrá sobre una roca.

6 Entonces levantaré la cabeza
sobre el enemigo que me cerca.
En su tienda ofreceré sacrificios
entre aclamaciones,
cantando y tocando para el Señor.

7 Escucha, Señor, mi voz que te llama,
ten piedad de mí, respóndeme.
8 –Busquen mi rostro.
Mi corazón dice:
Tu rostro buscaré, Señor:
9 no me ocultes tu rostro.
No rechaces con ira a tu siervo,
que tú eres mi auxilio;
no me deseches, no me abandones,
Dios de mi salvación.
10 Si mi padre y mi madre me abandonan,
el Señor me acogerá.
11 Indícame, Señor, tu camino,
guíame por una senda llana,
porque tengo enemigos;
12 no me entregues a la avidez de mis adversarios,
pues se levantan contra mí testigos falsos,
acusadores violentos.
13 Yo, en cambio, espero contemplar
la bondad del Señor en el país de la vida.

14 –Espera en el Señor, sé valiente,
¡ten ánimo, espera en el Señor!

28 (27)

1 A ti, Señor, te invoco.
Roca mía, no te hagas el sordo;
que si enmudeces seré como
los que bajan al sepulcro.
2 Escucha mi voz suplicante
cuando te pido auxilio,
cuando levanto las manos
hacia tu templo sagrado.

3 No me arrastres con los malvados,
ni con los malhechores:
saludan con la paz al prójimo
y con malicia en el corazón.
4 Dales lo que merecen sus obras
y la maldad de sus actos,
dales según la obra de sus manos,
devuélveles lo que se merecen.
5 Como no entienden las proezas de Dios,
ni la acción de sus manos,
¡que él los derribe y no los reconstruya!

6 ¡Bendito sea el Señor
que escuchó mi voz suplicante!
7 El Señor es mi fuerza y mi escudo:
en él confía mi corazón.
Me socorrió y mi corazón se alegra;
le doy gracias con mi cántico.

8 El Señor es mi baluarte y refugio,
el salvador de su Ungido.
9 Salva a tu pueblo, bendice a tu heredad,
guíalos y sostenlos siempre.

¿De qué le servirá al salmista que Dios sea Roca (1a), que tenga ante sí «la obra de las manos divina» (5), si Dios no escucha y enmudece? ¡De nada! Será como quienes bajan al sepulcro (1b). La voz y las manos se elevan hacia lo alto, llamando la atención (2). El corazón del orante no conoce la doblez (3); no puede ser tratado como uno de los malhechores, tergiversadores de la «obra de las manos» de Dios (5). Que éstos reciban la paga de su conducta (5b). A partir de esta petición el poema es más sosegado. Los verbos ya no están en imperativo, sino en tercera persona (6-8). La súplica desemboca en la confianza, en quien, por ser «Roca» (1), es invocado como fuerza y escudo (6), o bien como baluarte y refugio de su Ungido (8). La experiencia del individuo vale para todo el pueblo (9). Esta plegaria del pasado es nueva en los labios cristianos, según lo que leemos en Ef 6,10. Quien se queje del silencio de Dios y continúe creyendo puede orar con este salmo.

29 (28)

1 Hijos de Dios, aclamen al Señor,
aclamen la gloria y el poder del Señor,
2 aclamen la gloria del Nombre del Señor,
adoren al Señor en el atrio sagrado.

3 La voz del Señor sobre las aguas,
el Dios de la gloria ha tronado,
el Señor sobre las aguas torrenciales.
4 La voz del Señor es potente,
la voz del Señor es magnífica,
5 la voz del Señor parte los cedros,
parte el Señor los cedros del Líbano;
6 hace brincar el Líbano como un novillo,
el Sarión como cría de búfalo.
7 La voz del Señor lanza llamas de fuego.
8 La voz del Señor hace temblar el desierto,
el Señor hace temblar el desierto de Cades;

El poeta tal vez adopta y adapta un antiguo poema cananeo. Celebra al Dios supremo, a quien los «hijos de Dios» le deben la gloria y el poder (1s). La presencia de este Dios lo llena todo: dieciocho veces suena el nombre divino en un poema tan breve. La voz de Dios -el trueno- y su esplendor -el relámpago- resuena y resplandece de arriba abajo, de norte a sur y de este a oeste. La voz divina, potente y majestuosa (4) doblega la majestuosidad de los cedros del Líbano y convierte a los altos montes -Líbano y Hermón- en juguetonas crías de ganado (5s). También el desierto del sur se contorsiona ante el poderío de la voz divina (7-9). La mirada creyente intuye la presencia del Señor en esta pavorosa tormenta, y se postra adorante en el Templo (2b) para celebrar la gloria del Dios (9a), cuyo trono es estable (10), y recurre al poder para bien de su pueblo (11). Ma-

teo describe la muerte de Jesús en términos de teofanía: la tierra tiembla, Jesús da un fuerte grito, y quienes están al pie de la cruz confiesan (cfr. Mt 27,50-54). El auténtico creyente se estremece ante el misterio de Dios y se deja seducir por Él.

9 La voz del Señor retuerce los robles,
abre claros en las selvas.
En su templo todo grita: ¡Gloria!

10 El Señor se sienta sobre las aguas diluviales,
el Señor está sentado como rey eterno.
11 El Señor da fuerza a su pueblo,
el Señor bendice a su pueblo con la paz.

La primera acción divina es sumamente plástica. «Me has librado», leemos en la traducción. Con mayor fidelidad al texto Hebreo deberíamos decir: «has tirado de mí». En el preciso momento en el que los sepultureros, ayudados por las cuerdas, están dejando caer el ataúd en el sepulcro, interviene Dios liberando al difunto, ¡vivo...!. La experiencia de la muerte y de la vida, articulada en la polaridad bajada/subida o silencio/cántico, genera un significativo número de expresiones polares: abismo/vida; fosa/vida; cólera/favor; instante/vida; atardecer/amanecer; desatar/ceñir; llanto/júbilo; desconcierto/firmeza; ocultar el rostro/favor; luto/danza; sayal/fiesta; callar/cantar. Porque el Señor «ha tirado» del enfermo y lo ha recobrado vivo, se impone la convicción que está en el centro del salmo: sólo el Señor es estable, quien se apoya en él no vacilará (7-9), y desemboca en una incesante acción de gracias (13). Jesús también oró ante su muerte (Mt 26,39), y nos compró al precio de su sangre (cfr. 1 Pe 1,19). Pueden orar con este salmo cuantos se saben acechados por la enfermedad y amenazados por la muerte.

30 (29)

2 Te alabaré, Señor, porque me has librado
y no has dado la victoria a mis enemigos.
3 Señor Dios mío, te pedí ayuda y me sanaste.
4 Señor, me libraste del Abismo,
me reanimaste cuando bajaba a la fosa.

5 Canten al Señor, fieles suyos,
den gracias a su Nombre santo:
6 Porque su enojo dura un instante,
su bondad toda la vida;
al atardecer se hospeda el llanto,
al amanecer, el júbilo.

7 Yo pensaba despreocupado:
¡No caeré jamás!
8 Con tu favor, Señor, me sostenías
más firme que sólidas montañas,
pero escondiste tu rostro
y quedé desconcertado.
9 A ti, Señor, llamé;
a mi dueño supliqué:

10 ¿Qué ganas con mi muerte,
con que baje a la fosa?
¿Te va a dar gracias el polvo
o va a proclamar tu fidelidad?
11 Escucha, Señor, ten piedad,
¡Sé tú, Señor, mi protector!

12 Cambiaste mi luto en danza,
me quitaste el sayal
y me vestiste de fiesta.
13 Por eso mi corazón te canta sin cesar,
Señor Dios mío, te daré gracias siempre.

La confianza presente tiene un sólido fundamento: Dios como roca, refugio y fortaleza (2-5). Si otros traman quitarle la vida -han escondido una red (5)-, el orante pone su vida a buen recaudo: la deposita en manos del guardián que es Dios. Ello significa que se fía de Dios y que confía en Él con absoluta confianza (6). Dios no puede tratarlo como a uno de tantos idólatras (7), sino que, lejos de

31 (30)

2 En ti me refugio, Señor:
no quede yo nunca defraudado;
por tu justicia ponme a salvo.
3 Inclina tu oído hacia mí,
ven pronto a librarme,
sé mi roca de refugio,
mi fortaleza protectora;

4 tú eres mi roca y mi fortaleza:
por tu Nombre guíame, condúceme;
5 sácame de la red que me han tendido,
porque tú eres mi protector.

6 En tu mano encomendaba mi vida:
y me libraste, Señor, Dios fiel.
7 Odias a quienes veneran ídolos vanos,
yo en cambio confío en el Señor.
8 Festejaré, celebraré tu fidelidad,
pues te fijaste en mi sufrimiento,
reparaste en mi angustia.
9 No me entregaste en poder del enemigo,
afianzaste mis pies en terreno espacioso.

10 Piedad, Señor, estoy angustiado:
se consumen de pena mis ojos,
mi garganta y mis entrañas;
11 mi vida se gasta en la tristeza,
mis años se van en gemidos,
por mi culpa decae mi vigor
y se consumen mis huesos.

12 Soy la burla de todos mis enemigos,
el asco de mis vecinos,
el espanto de mis conocidos:
me ven por la calle y escapan de mí.

13 Me han olvidado como a un cadáver inerte,
soy como un cacharro inútil.
14 Oigo calumnias de la turba,
–terror por doquier–
mientras, a una, se confabulan contra mí
y traman quitarme la vida.

15 Pero yo confío en ti, Señor,
digo: Tú eres mi Dios.
16 En tu mano está mi destino:
líbrame de los enemigos que me persiguen.
17 Brille tu rostro sobre tu siervo,
sálvame por tu amor.

18 Señor, que no fracase por haberte invocado;
que fracasen los malvados
y bajen llorando al Abismo.
19 Enmudezcan los labios mentirosos
que dicen insolencias contra el justo
con soberbia y desprecio.

20 ¡Qué grande es tu bondad, Señor!
La reservas para tus fieles
y ante todos la muestras
a quienes se acogen a ti.
21 En tu escondite personal los escondes
de las intrigas de los hombres,

la angustia presente, abrirá espaciosos caminos a los pies del orante (9). Afianzada la confianza, el poeta da rienda suelta a la descripción de su dolor (10-19): tres versos dedicados a las dolencias físicas (10s); cinco a las relaciones con los demás (12-14), y, de nuevo, el retorno a la confianza, con esta heroica confesión: «Tú eres mi Dios» (15). Como los males del salmista han sido causados por otros, pide para sí mismo la protección y para los enemigos el castigo (17-19). La tercera parte del salmo es un cántico gozoso. El poeta celebra ante todo la gran bondad divina (20s). La «bondad» de Dios, mostrada en una acción del pasado -un «prodigio de lealtad» (22)-, ha enseñado al salmista a confiar plenamente en Dios: ¡qué equivocado estaba cuando pensaba que Dios le había echado de su presencia! (23). Dios, más bien, escuchaba y atendía (23b). Que otros aprendan ahora a amar al Señor, a confiar absolutamente en Él (24s). El Cristo agonizante de Lc 23,46 acude a este salmo (6a). Lo mismo hará el primer mártir, Esteban (Hch 7,59). Este salmo tiene tantos matices y tan diversas perspectivas, que quien ore con él puede quedarse donde más a gusto se encuentre. Al finalizar el recorrido del salmo, prevalece el amor.

los ocultas en tu tienda
de lenguas murmuradoras.

22 Bendito el Señor,
que me ha mostrado su ternura
desde la ciudad fortificada.
23 ¡Y yo que decía a la ligera:
me has echado de tu presencia!,
pero tú escuchaste mi súplica
cuando te pedí auxilio.

24 Amen al Señor, todos sus fieles,
que el Señor guarda a sus fieles,
pero castiga con creces a los orgullosos.
25 ¡Sean fuertes y valientes
los que esperan en el Señor!

32 (31)

El salmo 1 declaraba dichoso a quien no tenía nada que ver con el pecado. Este salmo es el de un pecador como nosotros, que conoce el sufrimiento percibido como castigo (4), que reacciona con el silencio o con la queja (3), que decide no encubrir el delito, sino confesarlo ante Dios (5a), que vive la dicha de ser perdonado (1s), que, desde su experiencia, enseña a los demás a que no pequen, o que, tal vez, él mismo es amonestado para que no peque en el futuro (8s)... Un hombre de esa índole vive la dicha indecible del perdón divino. Ahora, tras el perdón, es un ser íntegro, sin engaño alguno en su conciencia (2). ¡Qué lejos está de aquel silencio que no serenaba y de aquel rugido con el que no se desahogaba! El pecador no ha encubierto la culpa, sino que la ha confesado (5), y Dios ha respondido enterrándola (1b) y perdonando al pecador (1a). Quien se obstine en el silencio sufrirá muchas penas (10a); quien confiese su pecado será envuelto en el amor divino (10b) y podrá celebrar fiesta con otros (11). Los versículos 1s son citados por Rom 4,7s. Este salmo es para quien diga de verdad: «Yo, pecador, me confieso ante Dios...».

1 ¡Feliz el que está absuelto de su culpa,
a quien le han enterrado su pecado!
2 ¡Feliz el hombre a quien el Señor
no le imputa el delito
y en cuya conciencia no hay engaño!

3 Se consumían mis huesos cuando callaba,
cuando gemía sin parar;
4 porque día y noche tu mano
pesaba sobre mí;
se me secaba la savia
con los calores estivales.

5 Te declaré mi pecado,
no te encubrí mi delito;
propuse confesarme
de mis delitos al Señor;
y tú perdonaste
mi culpa y mi pecado.

6 Por eso, que todo fiel te suplique:
si se acerca un ejército,
o crecen las aguas caudalosas,
no lo tocarán.
7 Tú eres mi refugio, me libras del peligro,
me rodeas de cantos de liberación.

8 –Te instruiré, te señalaré
el camino que debes seguir
te aconsejaré, con mis ojos puestos en ti.
9 No sean como caballos o mulos, irracionales,
cuyo brío hay que domar con freno y brida,
sólo así puedes acercarte.
10 ¡Cuántos son los tormentos del malvado!
Pero, al que confía en el Señor
él lo envuelve con su amor.

11 Alégrense en el Señor, regocíjense los justos,
canten jubilosos los rectos de corazón.

33 (32)

La naturaleza (6-9) y también la historia (10-15) son obra de la palabra divina y del proyecto de Dios. La palabra, que es un aliento modulado (9), es sumamente eficaz. Situada entre el ser y el no-ser, todo surge ante el poder de la palabra de Dios (9). Así sucede en el ámbito de la creación: cielo, tierra y mares (6s). En el escenario de la historia existe una pugna entre el «proyecto» de Dios y el plan de los pueblos (10s). La palabra creadora es instantánea; el proyecto necesita un arco temporal de generaciones para cumplirse (11); pero no fracasará, porque el interior humano, que piensa y decide, ha sido objeto de una obra artesana de Dios (15). Lo decisivo, por tanto, no es la fuerza (16s), sino la mirada pendiente de la misericordia de Dios (18s), que llena la tierra (5). El pueblo que así confía es la heredad de Dios (17). Si mira hacia atrás es para cantar «un cántico nuevo» (1-3); si mira hacia el futuro es para afianzar la esperanza, porque la misericordia de Dios le acompaña (20-22). Quizá en el prólogo joánico estén latentes los versículos 6 y 9 de este salmo. La visión creyente del cosmos y de la historia es necesariamente optimista; genera gozo y confianza.

1 Aclamen, justos, al Señor,
que la alabanza es propia de hombres rectos.
2 Den gracias al Señor con la cítara,
toquen para él el arpa de diez cuerdas.
3 Cántenle un canto nuevo,
toquen bellamente con júbilo.

4 Que la palabra del Señor es recta
y su actuación es fiable.
5 Ama la justicia y el derecho
y su amor llena la tierra.

6 Por la palabra del Señor se hizo el cielo,
por el aliento de su boca las constelaciones.
7 Encierra en un odre las aguas marinas
y mete en depósitos los océanos.
8 Honre al Señor la tierra entera,
tiemblen ante él los habitantes del orbe.
9 Porque él lo dijo, y existió,
él lo mandó, y surgió.

10 El Señor anula el proyecto de las naciones
y frustra los planes de los pueblos;
11 el proyecto del Señor se cumple siempre,
sus planes generación tras generación.
12 ¡Feliz la nación cuyo Dios es el Señor,
el pueblo que se eligió como heredad!

13 Desde el cielo se fija el Señor
mirando a todos los hombres.
14 Desde su trono observa
a todos los habitantes de la tierra:
15 él, que modeló cada corazón
y conoce todas sus acciones.

16 No vence un rey por su gran ejército,
no escapa un soldado por su mucha fuerza;
17 de nada sirve la caballería para la victoria,
ni por su gran ejército se salva.
18 Mira el ojo del Señor sobre sus fieles,
que esperan en su amor,
19 para librar su vida de la muerte
y mantenerlos en tiempo de hambre.

20 Nosotros aguardamos al Señor
que es nuestro auxilio y escudo;
21 lo festeja nuestro corazón
y en su santo Nombre confiamos.
22 Que tu amor nos acompañe,
Señor, como lo esperamos de ti.



La constante bendición y la incesante acción de gracias forman el pórtico de este salmo alfabético (2s). Dios merece ser alabado porque «este pobre clamó y el Señor le escuchó». Cuando otros pasen por la misma experiencia comprobarán el resplandor del rostro divino y advertirán que Dios en persona está junto a ellos (4-8). El respeto reverencial, el sobrecogimiento religioso, tiene sus ventajas. Entre otras, gozar de la abundancia divina reservada a los pobres y gustar la bondad de Dios (9-11). Un nuevo invitatorio (12) introduce un diálogo sapiencial (13-15) y una exhortación (16-22): Dios, que acampa entre nosotros, tiene su predilección por los atribulados: cuida de ellos, de todos sus huesos. La maldad, en cambio, o la desgracia acaba con los malvados. El versículo 9 del salmo es citado por 1 Pe 2,2s en un contexto bautismal. Los versículos 13-17 son citados en 1 Pe 3,8-12. La enseñanza fluye de la experiencia. Se convierte en «sabiduría», cuando se experimenta el cuidado de Dios hacia los suyos.

A 2 Bendigo al Señor en todo momento,
su alabanza está siempre en mi boca.
B 3 Yo me siento orgulloso del Señor:
que lo escuchen los humildes y se alegren.

C 4 Glorifiquen conmigo al Señor,
todos juntos alabemos su Nombre.

D 5 Consulté al Señor y me respondió
librándome de todos mis temores.
H 6 Mírenlo y quedarán radiantes,
sus rostros no se sonrojarán.
Z 7 Este pobre clamó y el Señor lo escuchó,
liberándolo de todas sus angustias.
H 8 El ángel del Señor acampa
en torno a sus fieles y los protege.

T 9 Gusten y vean qué bueno es el Señor:
¡Feliz quien se refugia en él!
Y 10 Respeten al Señor sus consagrados,
que nada les falta a quienes lo respetan.
K 11 Los ricos se empobrecen y pasan hambre,
los que buscan al Señor no carecen de bienes.

L 12 Vengan, hijos, escúchenme:
les enseñaré a respetar al Señor.
M 13 ¿Hay alguien que ame la vida,
y desee días disfrutando de bienes?

N 14 –Guarda tu lengua del mal,
tus labios de la mentira;
S 15 apártate del mal, obra bien,
busca la paz y sigue tras ella.

‘ 16 Los ojos del Señor miran a los justos,
sus oídos a sus clamores.
P 17 El Señor se encara con los malhechores,
para borrar de la tierra su recuerdo.
S 18 Si claman, el Señor los escucha
y los libra de todas las angustias.
Q 19 El Señor está cerca de los que sufren
y salva a los que desfallecen.

R 20 Por muchos males que sufra el justo,
de todos lo libra el Señor;
S 21 él cuida de todos sus huesos,
ni uno solo se quebrará.
T 22 La maldad da muerte al malvado;
los que odian al justo lo pagarán.

23 El Señor rescata la vida de sus siervos
los que se refugian en él no serán castigados.

35 (34)

1 Litiga, Señor, contra mis litigantes,
ataca a mis atacantes;
2 empuña el escudo y la adarga,
levántate y ven en mi ayuda;
3 blande la espada y la pica
contra mis perseguidores;
dime: ¡Yo soy tu victoria!

4 Sufran una derrota vergonzosa
los que me persiguen a muerte,
retrocedan humillados
los que planean mi desgracia;
5 sean como tamo al viento,
acosados por el ángel del Señor;
6 sea su camino oscuro y resbaladizo
perseguidos por el ángel del Señor.
7 Porque sin motivo me tendían redes
sin motivo me cavaban zanjas mortales.
8 Que los sorprenda una desgracia imprevista,
que los enrede la red que escondieron
y caigan dentro de la zanja.

9 Yo festejaré al Señor
y celebraré su victoria.
10 Todos mis huesos proclamarán:
Señor, ¿quién como tú,
que defiendes al débil del poderoso,
al débil y pobre del explotador?

11 Comparecían testigos falsos,
me interrogaban de cosas que ni sabía,
12 me pagaban mal por bien
dejándome desamparado.
13 Yo en cambio, cuando estaban enfermos,
me vestía sayal,
me afligía con ayunos
y, en mi interior, repetía mi oración.
14 Como por un amigo o un hermano
caminaba de uno a otro lado,
como quien llora a su madre,
andaba triste y abatido.

15 Pero cuando tropecé, se alegraron,
se juntaron, se juntaron contra mí.
Me desgarraban por sorpresa,
me desgarraban sin parar.
16 Si caía, los burlones del entorno
rechinaban los dientes contra mí.

17 Señor, ¿cuándo vas a fijarte?
Libra mi vida de sus fosas,
mi única vida de los leones.

Súplica individual estructurada en tres movimientos: 1. La imprecación y la promesa de alabanza (1-10) se desarrollan en cuatro tiempos: A. Invocación (1-3). B. Imprecación (4-6). C. Descripción de la situación (7s). D. Alabanza (9s). 2. En la súplica y en la promesa de acción de gracias (11-18) se describe por segunda vez la situación (11s.15s), se confiesa la propia inocencia (13s), se interpela a Dios como liberador (17) y se le da gracias nuevamente (18). 3. Una nueva serie de súplicas y una nueva promesa de acción de gracias (19-28) se desarrollan del modo siguiente: descripción de la situación por tercera vez (19-21), interpelación a Dios juez (22-24), una nueva imprecación (25s) y una acción de gracias final (27s). Tres simbolismos se suceden y superponen a lo largo del salmo: la caza del hombre, considerado pieza de caza mayor; el campo de batalla, con el paladín al frente de sus huestes; el juicio, presidido por el Señor, auténtico litigante. Son imágenes convencionales. El salmista, perseguido e injustamente acusado, pide a Dios que se haga cargo de su causa y que se levante como guerrero invencible y que le diga: «Yo soy tu victoria» (3). «Me han odiado sin motivo», dice el Jesús joánico (cfr. 15,25). He aquí un salmo para quien busque a Dios desde el dolor o desde la injusticia sufrida. Acaso quien ore con este salmo, y en esas circunstancias, vea que Dios no está lejos.

18 Te daré gracias en la gran asamblea,
ante un pueblo numeroso te alabaré.

19 Que no canten victoria
mis enemigos traidores,
que no se hagan guiños
los que me odian sin razón;
20 porque hablan de paz
y contra los pacíficos de la tierra
traman planes siniestros.

21 Abren sus fauces contra mí; se carcajean:
Lo han visto nuestros ojos.
22 Tú lo has visto, Señor, no te calles,
Dueño mío, no te quedes lejos.
23 Despierta, levántate en mi juicio,
en defensa de mi causa, Dios y Dueño mío.
24 Júzgame según tu justicia, Señor Dios mío,
y no se reirán de mí,
25 ni pensarán: ¡Qué bien, lo que queríamos!;
tampoco dirán: ¡Lo hemos devorado!

26 Sean avergonzados y confundidos a una
los que se alegran de mi desgracia;
cúbranse de vergüenza e ignominia
los que se envalentonan contra mí.

27 Que se alegren y griten de júbilo
los que desean mi victoria,
y digan siempre: Sea enaltecido el Señor,
que da la paz a su siervo.
28 Y mi lengua anunciará tu justicia
y tu alabanza todo el día.

Salmo mixto, compuesto por una reflexión sapiencial sobre el mal o los malvados (2-5), un himno al amor de Dios (6-10) y una súplica escuchada (11-13). El pecado se ha hecho carne, y habita entre nosotros. El malvado, por ello, resuma maldad por todos los poros de su ser (2-5). ¡Qué distinto es Dios! Todo Él es misericordia, fidelidad, justicia, lealtad. «¡Que inapreciable es tu misericordia, oh Dios!» (8). Acogido a la sombra de las alas divinas, el ser humano podrá hacer frente el mal, que acecha a quienes reconocen a Dios. Así los malvados no se saldrán con la suya, sino que serán derribados, y no podrán alzarse en lo sucesivo (12s). Pablo cita una frase del versículo 2 en Rom 3,18. Quien necesite ayuda para enfrentarse con el misterio del Pecado hará bien en orar con este salmo. El Amor vencerá al odio.

36 (35)

2 El pecado inspira al malvado
en lo profundo de su corazón;
no tiene temor de Dios
ni siquiera en su presencia.

3 Pues Dios lo destruirá con su mirada,
al descubrir su abominable delito.
4 Las palabras de su boca son maldad y traición,
es incapaz de ser sensato y de obrar bien.
5 Acostado planea el crimen,
se obstina en el camino,
no rechaza la maldad.

6 Señor, tu misericordia viene del cielo,
tu fidelidad llega hasta las nubes;
7 tu justicia es como las altas cordilleras,
tus juicios son un océano inmenso;
tú socorres a hombres y animales.

8 ¡Qué inapreciable es tu misericordia, oh Dios!
Los humanos se refugian
a la sombra de tus alas,
9 se sacian con la abundancia de tu casa,
les das a beber en el río de tus delicias;
10 porque en ti está la fuente de la vida
y con tu luz vemos la luz.
11 Prolonga tu misericordia
sobre los que te reconocen
y tu justicia sobre los rectos de corazón.

12 Que no me pisotee el pie del soberbio,
que no me destierre la mano del malvado.
13 Vean cómo caen los malhechores,
derribados, ya no pueden levantarse.

37 (36)

Salmo alfabético sapiencial. A pesar del artificio del acróstico, es posible distinguir secciones: 1. Imperativos iniciales (1-9). Indicativos de la retribución divina (10-33). 2. Imperativos del final (34-40). Los honrados y los malvados -que son los justos y los injustos, los benditos y los malditos-, forman la trama del salmo. Los honrados tienen una apariencia insignificante, son humildes (11), despreciados y perseguidos (12.14), son pobres (16), etc., pero son los benditos (22), y «poseerán la tierra» (9.11.22.29.34), en la que habitarán siempre (27.29), sin tener que mendigar (25), porque se saciarán de los bienes de la tierra (3.11), etc. Los malvados gozan de buena posición (7.35) y están bien armados (14). No emplean sus recursos para hacer el bien, sino para asesinar (14). Son malditos (22b). Serán exterminados o excluidos de la tierra (9a.22b.28b.34b.38), se desvanecerán como el humo (20). El honrado no responde con violencia a la violencia, sino con una conducta buena (3.27), incluso generosa (21b.26) y, sobre todo, puesta su confianza en el Señor (3.5.7). Dios no permanece inactivo, sino que custodia y cuida a los honrados (5.18.23. 39). Este salmo ha entrado en el Evangelio por la puerta grande de las Bienaventuranzas (Mt 5,4). Es adecuado para todo aquel que vive fuera y lejos de la tierra, a la vez que se convierte en clamor y en denuncia contra los que despojan a otros de ella.

A 1 No te enojes por causa de los malvados,
no envidies a los que cometen injusticias,
2 porque pronto se secarán como hierba
y como césped verde se marchitarán.
B 3 Confía en el Señor y haz el bien,
habita en la tierra y sáciate de sus riquezas;
4 deléitate en el Señor
y cumplirá lo que pide tu corazón.

G 5 Encomienda al Señor tu camino,
confía en él, y él actuará:
6 Hará brillar tu justicia como la aurora,
tu derecho como el mediodía.
D 7 Descansa en el Señor y espera en él;
no te irrites por el que triunfa,
por el hombre que urde intrigas.
H 8 Refrena la ira, reprime el furor,
no te enojes, que será peor;
9 porque los malvados serán exterminados,
mas los que esperan en el Señor
poseerán la tierra.

W 10 Espera un momento: ya no está el malvado,
fíjate en su sitio: ¡ya no está!
11 Pero *los humildes poseerán la tierra*
disfrutarán de abundante prosperidad.
Z 12 El malvado maquina contra el honrado
y rechina sus dientes contra él;
13 pero el Señor se ríe de él
porque ve que le llega su día.
H 14 Los malvados desenvainan la espada
y tensan su arco,
para abatir al pobre y al humilde,
para asesinar a los hombres rectos:
15 pero su espada les atravesará el corazón,
sus arcos se quebrarán.

T [16] Más vale la pobreza del honrado
que la opulencia del malvado poderoso;
[17] porque los brazos de los malvados
se quebrarán,
mientras que el Señor sostiene a los honrados.
Y [18] El Señor se ocupa de la vida de los buenos:
Su herencia durará para siempre.
[19] No se marchitarán en tiempo de sequía,
en días de penuria se hartarán.
K [20] Pero los malvados perecerán,
los enemigos del Señor
como llama de un pastizal se extinguirán,
como el humo se desvanecerán.

L [21] El malvado pide prestado y no devuelve,
el honrado se compadece y reparte.
[22] *Los benditos poseerán la tierra,*
los malditos serán exterminados.
M [23] El Señor afianza los pasos del hombre
y se ocupa de sus caminos.
[24] Aunque caiga, no quedará postrado,
pues el Señor lo sujeta de la mano.
N [25] Fui joven, ya soy viejo:
Nunca he visto a un justo abandonado
ni a su descendencia mendigando pan.
[26] A diario se compadece y presta:
Su descendencia es una bendición.

S [27] Apártate del mal y haz el bien,
y siempre tendrás una morada;
[28] pues el Señor ama el derecho
y no abandona a sus fieles,
los protege siempre,
‘ pero *la descendencia de los malvados,*
será exterminada.
[29] *Los justos poseerán la tierra*
y habitarán siempre en ella.
P [30] La boca del justo expone la sabiduría,
su lengua proclama el derecho,
[31] lleva en el corazón la enseñanza de su Dios:
Sus pasos no vacilan.
S [32] Espía el malvado al justo
intentando darle muerte:
[33] El Señor no lo entrega en sus manos,
ni permite que lo condenen en un juicio.

Q [34] Espera en el Señor, sigue su camino:
te levantará para poseer la tierra,
y verás el exterminio de los malvados.
R [35] Vi a un malvado lleno de arrogancia,
que se expandía como cedro frondoso:
[36] Volví a pasar y ya no estaba,
lo busqué y no pude encontrarlo.

S 37 Observa al bueno, fíjate en el honrado:
El pacífico tendrá un porvenir;
38 mas los impíos serán aniquilados en masa,
el porvenir de los malvados quedará truncado.
T 39 La salvación de los honrados viene del Señor,
él es su alcázar en tiempo de angustia;
40 el Señor los auxilia y los libera,
los libera de los malvados y los salva,
porque se refugian en él.

38 (37)

2 Señor, no me reprendas con ira,
no me corrijas con furor.
3 Tus flechas se me han clavado
y tu mano pesa sobre mí.
4 No hay parte ilesa en mi cuerpo,
a causa de tu enojo,
no me queda un hueso sano,
a causa de mi pecado.

5 Mis culpas sobrepasan mi cabeza;
como fardo pesado gravitan sobre mí.
6 Hieden mis llagas podridas,
a causa de mi insensatez.
7 Estoy encorvado, profundamente abatido,
todo el día camino sombrío.
8 ¡Tengo las espaldas ardiendo,
no hay parte ilesa en mi cuerpo!
9 Agotado, totalmente aplanado,
rujo y bramo en mi interior.
10 Señor mío, mis lamentos están ante ti,
no se te ocultan mis gemidos.
11 Mi corazón se agita, me abandonan las fuerzas,
y me falta hasta la luz de los ojos.

12 Mis amigos y compañeros
permanecen ajenos a mi dolencia,
mis familiares se mantienen a distancia.
13 Me tienden trampas los que quieren matarme,
los que desean mi desgracia me difaman,
todo el día rumorean calumnias.
14 Pero, como un sordo, no oigo,
como mudo, no abro la boca;
15 soy como uno que no oye
ni tiene réplica en su boca.
16 Yo espero en ti, Señor,
tú me escucharás, Señor Dios mío.
17 Me dije: Que no se rían a mi costa
quienes se insolentan contra mí
cuando vacilen mis pasos.
18 ¡A punto estuve de caer
mientras perduraba mi pena!

La antífona inicial (2) anticipa los motivos dominantes en el salmo: pecado, ira de Dios y castigo. El dolor físico, en efecto, tiene una doble causa: «tu enojo» (4b) y «mi pecado» (4d). Será necesario que Dios aplaque su ira (3) y que el pecador confiese su culpa, como hace (5.19) para que su estado físico y anímico deje de ser deplorable (5-11). Mientras no se cumplan ambas condiciones, rugirá y bramará (9), hasta que su Señor se dé por aludido (10). El enfermo, de momento, es abandonado y vilipendiado por propios y extraños. Es como un sordomudo, incapaz de defenderse y de salir a flote del mal que le aqueja. No tiene apoyo alguno (12-15). A punto de caer, expuesto a que otros se rían a su costa, rodeado de enemigos mortales y poderosos, el poeta-orante pone toda su confianza en Dios, que responderá (16); cuándo y cómo, no lo sabemos. En Dios está la salvación. Este salmo se ha convertido en plegaria de todos los pecadores, según lo que leemos en 1 Jn 1,8s. No pocos enfermos y pecadores han encontrado a Dios en el pecado o en las dolencias de la enfermedad.

19 Sí, yo confieso mi culpa,
me duele mi pecado.

20 Mis enemigos mortales son poderosos,
son muchos mis enemigos traidores.
21 Los que me devuelven mal por bien
y me atacan cuando procuro el bien.

22 No me abandones, Señor,
Dios mío, no te alejes de mí;
23 ven pronto a socorrerme,
Señor mío, mi salvación.

39 (38)

2 Yo pensé: vigilaré mi proceder
para no ofender con la lengua;
mantendré una mordaza en mi boca
mientras el malvado esté ante mí.
3 Guardé silencio resignado,
inútilmente me callé,
y mi herida empeoró.

4 Mi corazón ardía en mi pecho;
mis susurros atizaban el fuego
hasta que solté la lengua:
5 Señor, indícame mi fin
y cuántos van a ser mis días,
para que comprenda cuán caduco soy.

6 Me concediste unos palmos de vida,
mis días son como nada ante ti:
El hombre no dura más que un soplo,
7 es como una sombra que pasa;
sólo un soplo son las riquezas que acumula,
sin saber quién será su heredero.

8 Entonces, Señor, ¿qué espero?
Mi esperanza está en ti.
9 De todos mis delitos líbrame,
no me hagas la burla de necios.
10 Enmudezco, no abro la boca,
porque tú has actuado.
11 Aparta de mí tus golpes,
bajo tu mano hostil perezco.
12 Castigando su culpa educas al hombre,
como polilla corroes su belleza.
El hombre no es más que un soplo.

13 Escucha mi súplica, Señor,
atiende a mi clamor,
no seas sordo a mi llanto,
pues yo soy un forastero junto a ti,
un huésped como todos mis padres.

Una vez más la relación entre pecado y enfermedad es estrecha. Si se habla, tal vez se yerra (Eclo 19,16) en presencia de un malintencionado (Prov 6,2); si impone silencio, se siente un fuego interior, como Jeremías (Jr 20,9), que se desahoga en susurro; pero el susurro se convierte en soplo que aviva la brasa (4). ¡Mejor hablar! (4); así el ser humano puede adquirir conciencia refleja de su fragilidad y de su caducidad (5-7). El hombre es «imagen», ya no de Dios (Gn 1,26), sino de la realidad. Sombra, soplo, palmos de vida, afán, caducidad, pequeñez; el ser humano es nada ante Dios y desconoce a sus descendientes (7). Todo esto lo sabe el poeta, pero necesita que Dios se lo muestre patentemente: «Indícame» (5). Pudiera parecer que la esperanza, que es Dios, sea el remedio de los males que acechan al ser mortal (8). Pero Dios ha actuado (10b) de un modo sorprendente y brutal: con golpes y porrazos (11s); también de un modo camuflado: lo construido es corroído por la polilla (12), de modo que llegamos al punto inicial: «Tan sólo un soplo es el hombre» (7.12b). El oído acostumbrado a la paranomasia Hebrea escucha: «todo Adán es Abel». Dios «se fijó» en Abel y murió prematura y violentamente. Si ahora se fija en el hombre -Adán-, también morirá como Abel. Que Dios deje en paz a un ser tan insignificante, es lo que pide Job (Job 7,19), y podrá sonreír antes de morir (14). El salmo se mueve entre la esperanza y la rebeldía. Jesús es más grande que Abel (cfr. Heb 12,24), tras su paso de este mundo al Padre (Jn 14,28; 16,5.16.28), podemos decir con verdad: «Mi esperanza está en ti» (8b). Orar con este salmo es un desafío y una osadía, no menores al desafío y osadía del libro de Job.

[14] ¡Aparta de mí tu mirada, y me alegraré
antes de que me vaya y ya no exista!

40 (39)

[2] Yo esperaba impacientemente al Señor;
él se inclinó a mí
y escuchó mi clamor.
[3] Me levantó de la fosa fatal,
de la charca fangosa.
Asentó mis pies sobre una roca,
afianzó mis piernas.

[4] Me puso en la boca un cántico nuevo,
una alabanza a nuestro Dios.
Muchos al verlo se sobrecogieron
y confiaron en el Señor.
[5] ¡Feliz el hombre que ha puesto
su confianza en el Señor,
y no se va con los idólatras
que se extravían con engaños!
[6] ¡Cuántas maravillas has hecho tú,
Señor Dios mío,
cuántos planes en favor nuestro!;
¡eres incomparable!
Quisiera anunciarlos, pregonarlos,
pero superan todo número.

[7] Tú no quieres sacrificios ni ofrendas;
me has abierto el oído;
no pides holocaustos ni víctimas
[8] entonces yo digo: aquí estoy,
como en el libro está escrito de mí.
[9] Deseo cumplir tu voluntad, Dios mío,
llevo tu enseñanza en mis entrañas.
[10] He proclamado tu justicia
ante la gran asamblea,
no, no he cerrado los labios,
Señor, tú lo sabes.

[11] No he escondido en el pecho tu justicia,
he anunciado tu fidelidad y tu salvación,
no he ocultado tu amor y tu verdad
a la gran asamblea.

[12] Tú, Señor, no reprimas tu ternura hacia mí,
que tu amor y fidelidad me guarden siempre,
[13] porque me rodean innumerables desgracias,
mis culpas me dan caza y no puedo huir;
son más que los pelos de la cabeza
y me va faltando el coraje.

[14] ¡Señor, dígnate librarme,
date prisa, Señor, en socorrerme!

La súplica escuchada, como respuesta a la espera impaciente (2-4, o 2-6), se convierte en apoyo ante una nueva tribulación y la espera de una nueva liberación (12-18). Acaso los versículos 5s sean el texto del «cántico nuevo» (4): por mucho empeño que ponga el poeta para contar o narrar las maravillas de Dios, siempre habrá un «algo más» o «alguien más» que excede la narración -«eres incomparable» (6)-. La segunda parte del poema (7-11) está encajada entre las dos mencionadas, y se relaciona con ellas. He aquí una serie de correspondencias entre la primera y la segunda parte: tus proezas me desbordan - quiero contarlas y no puedo; no puedo contentarme con los sacrificios preceptuados - porque me has asignado otra tarea. Entre la segunda y la tercera parte constatamos algunas repeticiones: tu fidelidad y tu salvación (11b)/ tu amor y fidelidad (12); amor a tu voluntad (9a)/ Dígnate [ten voluntad de] librarme (14a); - no he cerrado mis labios (10b) / no reprimas tu ternura (12a). El centro del salmo es el cumplimiento de la voluntad divina. No es la mera ley; es la instrucción de Dios, grabada en lo profundo del ser. Es una instrucción «evangelizadora» de anunciar, decir, proclamar, etc., pero no algo aprendido en los libros, sino vivido en la existencia. Heb 10,5-10 cita y comenta los versículos 7-9. El Señor vino a cumplir la voluntad de quien lo envió (Jn 6,38). Quien ha experimentado el amor o la ternura divina se sentirá impulsado a anunciarlo, como grato mensaje, aunque sea a costa de la vida.

15 Queden avergonzados y confundidos
los que me persiguen a muerte,
retrocedan y queden abochornados
los que desean mi daño.
16 Queden corridos de vergüenza
los que se carcajean de mí.
17 Alégrense y gocen contigo
todos los que te buscan.
Digan siempre: Grande es el Señor,
los que anhelan tu salvación.
18 Yo soy un pobre desgraciado,
pero el Señor piensa en mí.
Tú eres mi ayuda y mi salvador,
¡Dios mío, no tardes!

41 (40)

Quien cuida del desvalido tendrá un buen cuidador, cuando le visite la enfermedad (4). Antes de llegar a ese trance el Señor lo librará, lo guardará, lo conservará, no lo entregará, lo sostendrá. Ya ahora es dichoso y continuará siendo dichoso (2-4). La enfermedad y los pecados -siempre unidos-, el desprecio y los malos deseos, la calumnias de los enemigos y también de los amigos indican que ha llegado el momento de que Dios actúe como cuidador (5-10). «Ten piedad», insiste; es decir: devuélveme la salud, pues yo te he confesado mi pecado. Será una prueba concreta del amor que Dios le tiene. «Me conservarás», dijo al principio de la plegaria, ahora completa: «Me mantendrás siempre en tu presencia» (13). Con la doxología del versículo 14 finaliza el primer libro del salterio. Jn 13,18 pone en labios de Jesús el versículo 10 del salmo. La bienaventuranza de los misericordiosos (Mt 5,7) repite casi a la letra la bienaventuranza del salmo. Podemos orar con este salmo para estimular nuestra solicitud por los demás, para caminar hacia quien es nuestra esperanza, para desahogar nuestros dolores.

2 Feliz el que cuida del desvalido:
el Señor lo librará en el día aciago.
3 El Señor lo protegerá y lo conservará vivo,
será dichoso en la tierra,
y no lo entregará
a las fauces de sus enemigos.
4 El Señor lo sostendrá en el lecho del dolor,
transformará la cama de su enfermedad.

5 Yo dije: Señor, ten piedad,
sáname, que he pecado contra ti.
6 Mis enemigos hablan mal de mí:
¿Cuándo morirá y se perderá su apellido?
7 Si alguien viene a visitarme
su corazón miente y acumula maldad,
sale a la calle y lo comenta.

8 Los que me odian se reúnen a murmurar de mí,
me achacan la enfermedad que padezco:
9 Ha contraído una enfermedad mortal;
el que se acostó no se levantará.
10 Incluso mi amigo, en quien confiaba,
y que compartía mi pan
me pone zancadillas.

11 Mas tú, Señor, ten piedad, ponme en pie
y les daré su merecido.
12 En esto conozco que me quieres:
que mi enemigo no cantará
victoria a mi costa.
13 Tú me sostendrás en mi integridad
y me mantendrás siempre en tu presencia.

* * *

14 Bendito sea el Señor Dios de Israel,
desde siempre y por siempre.
Amén, amén.

42 (41)

[2] Como anhela la cierva corrientes de agua,
así, mi alma te anhela a ti, oh Dios.
[3] Mi alma está sedienta de Dios, del Dios vivo,
¿cuándo entraré a ver el rostro de Dios?
[4] Mis lágrimas son mi pan noche y día,
mientras *todo el día me repiten:*
¿Dónde está tu Dios?
[5] Recordándolo, me desahogo conmigo:
¡cómo entraba en el recinto,
cómo avanzaba hasta la casa de Dios,
entre gritos de júbilo y acción de gracias,
en el bullicio festivo!

[6] *¿Por qué estás abatida, alma mía,*
por qué estás gimiendo?
Espera en Dios, que aún le darás gracias:
Salvador de mi rostro, [7] *Dios mío.*

Cuando mi alma se angustia,
entonces te recuerdo, pequeña Colina,
desde el Jordán y el Hermón.
[8] Una sima grita a otra sima
con fragor de cascadas:
tus oleadas y tus olas
me han arrollado.
[9] De día el Señor me brinda su amor,
de noche me acompaña su canción,
la canción al Dios de mi vida.
[10] Diré: ¡Oh Dios, Roca mía!,
¿por qué me has olvidado?
¿por qué he de andar cabizbajo,
acosado por el enemigo?

[11] Por el quebranto de mis huesos
se burlan mis adversarios;
todo el día me repiten:
¿Dónde está tu Dios?
[12] *¿Por qué estás abatida, alma mía,*
por qué estás gimiendo?
Espera en Dios, que aún le darás gracias:
Salvador de mi rostro, Dios mío.

Lejos del Templo, de la luminosa presencia de Dios, el salmista vive la sequedad mortal de la ausencia. Su grito lanzado al viento expresa la sed y el anhelo vehemente de volver a ver el rostro divino. De momento ha de alimentarse con el manjar salobre de las lágrimas y acariciar los gozosos recuerdos del pasado, cuando otros hurgan en la herida de la ausencia: «¿Dónde está tu Dios?». El estribillo es un desahogo para el dolor que proporciona la nostalgia (2-6). Las lágrimas son insuficientes para llorar un dolor tan intenso, cuando a la ausencia se añade la impresión de tener a un Dios adverso, convertido en torrentera arrolladora. ¡Qué lejana está la pequeña colina de Sión! El alma abatida y los huesos quebrantados inspiran la actual canción del dolor: «¿Por qué me has olvidado?». A esta voz íntima se suman las palabras, que, procedentes del exterior, agravan en la herida: «¿Dónde está tu Dios?». No existe respuesta alguna. Con el estribillo se da cauce al dolor presente (7-12). La mirada hacia el futuro se describe en la tercera estrofa del salmo, que ya es el salmo siguiente.

43 (42)

[1] Hazme justicia, oh Dios,
defiende mi causa
contra gente sin piedad,
ponme a salvo
del hombre traidor y malvado.
[2] *Si tú eres mi Dios y mi protector:*
¿por qué me rechazas?

El dolor de la ausencia tal vez tenga remedio si se pone en manos de Dios y éste responda. Que responda conforme a su «justicia», ya que ningún otro ser es capaz de decirme lo que quiero. El reproche y la queja dan paso a la petición: «Envía tu luz y tu verdad». Escoltado por estas dos personalizaciones divinas aún es posible divisar el monte, llegar a la morada, acercarse al altar, dar gracias a

Dios, contemplarlo. El estribillo ahora tiene tonalidades de esperanza. La invitación a beber (43,2) la escuchamos en Jn 4,14, y la llamada a la alegría suena en Flp 4,4. Ello nada quita a la tristeza de la despedida, como se aprecia en Jn 14-16. Este salmo, junto con el anterior, con el que forma una unidad, es muy apropiado para vivir la ausencia sentida de Dios y desear ardientemente su presencia.

¿por qué he de andar cabizbajo,
acosado por el enemigo?
3 Envía tu luz y tu verdad:
que ellas me escolten
y me conduzcan a tu monte santo,
hasta llegar a tu morada.
4 Me acercaré al altar de Dios,
al Dios, gozo de mi vida,
y te daré gracias al son del arpa,
Dios, Dios mío.

5 *¿Por qué estás abatida, alma mía,*
por qué estás gimiendo?
Espera en Dios, que aún le darás gracias:
Salvador de mi rostro, Dios mío.

El pasado ha sido glorioso (2-9). El presente es calamitoso (10-23). El futuro puede ser espléndido (24-27). Diez versos recuerdan los beneficios del pasado: cinco de ellos refieren experiencias remotas (2-4) y otros cinco mencionan experiencias próximas (5-9). La posesión de la tierra es obra de Dios, «porque tú los amabas» (4b). También las derrotas actuales son acción de Dios (10-17). Dios actúa, pero no ayudándonos, sino rechazándonos y entregándonos en manos del enemigo, que nos ha convertido en manjar para sus mesas. Y Dios no se ha beneficiado en nada con nuestra entrega. Somos nosotros quienes pagamos el precio: escarnio, refrán, hazmerreír, vergüenza, burlas, afrenta... ¿Por qué este cambio? Cuanto ahora sufrimos es «por tu causa», no por nuestra culpa (18-23). Por el hecho de creer en Él somos conducidos al matadero. El dolor teológico o espiritual es más insoportable que el físico o político. Sin embargo, la fe, siempre grandiosa, no duda: Dios puede despertarse y espabilarse, levantarse y ayudar, alzar de la humillación y mostrar su rostro, en vez de ocultarlo. Si así lo hizo con los antepasados, ¿por qué no ha de hacerlo también ahora? Es lo que impone la lógica del amor: «¡Rescátanos por tu misericordia!» (27b). El versículo 23 ha impresionado a Pablo (cfr. Rom 8,36). Podemos orar con este salmo, escuchando en él todo el dolor de la Iglesia, todo el dolor de nuestros hermanos que son tratados como oveja de matadero. Pero existe un Redentor que nos rescatará.

44 (43) (79)

2 Oh Dios, nuestros oídos oyeron,
nuestros padres nos contaron
la obra que hiciste en sus días,
lo que antiguamente 3 hizo tu mano:
Desposeíste a los gentiles
y los plantaste a ellos,
pulverizaste a las naciones,
y los hiciste brotar a ellos.
4 No conquistaron la tierra con su espada,
ni su brazo les dio la victoria,
sino tu diestra, tu brazo y la luz de tu rostro,
porque tú los amabas.

5 ¡Tú eres mi Rey, oh Dios,
mi soberano, el salvador de Jacob!
6 Con tu auxilio embestimos al enemigo,
en tu Nombre aplastamos al agresor.
7 Porque no confío en mi arco,
mi espada no me da la victoria;
8 Tú nos das la victoria sobre el enemigo
y derrotas a cuantos nos odian.
9 En Dios nos gloriamos cada día,
y celebramos tu Nombre sin cesar.

10 Pero ahora nos rechazas, nos avergüenzas
ya no sales con nuestras tropas.
11 Nos haces retroceder ante el enemigo
y los que nos odian nos saquean.
12 Nos entregas como ovejas de consumo
y nos dispersas entre los paganos.
13 Vendes a tu pueblo por una miseria,
y no te enriqueces con su importe.

14 Nos haces el escarnio de nuestros vecinos,
burla e irrisión de los circundantes.

15 Nos haces el refrán de los paganos,
el hazmerreír de las naciones.
16 Tengo siempre delante mi deshonra,
la vergüenza me cubre la cara,
17 al oír insultos e injurias,
al ver al enemigo agresivo.

18 Todo esto nos sucede sin haberte olvidado,
ni haber violado tu alianza;
19 sin que retrocediera nuestro corazón,
ni se desviaran de tu senda nuestros pasos.
20 Mas tú nos trituraste
en la guarida de los chacales,
y nos cubriste de sombras mortales.
21 Si hubiéramos olvidado
el Nombre de nuestro Dios
y levantado las manos a un dios extraño,
22 ¿no lo habría descubierto Dios,
que penetra los secretos del corazón?
23 Por tu causa nos matan cada día,
nos tratan como a ovejas de matadero.

24 ¡Despierta, Señor! ¿Por qué duermes?
¡Espabílate! ¡No nos rechaces para siempre!
25 ¿Por qué nos ocultas tu rostro
y olvidas nuestra desgracia y opresión?
26 Nuestro aliento se hunde en el polvo,
nuestro vientre está pegado a la tierra.
27 ¡Levántate, ven a socorrernos,
rescátanos, por tu misericordia!

45 (44)

2 Bulle en mi corazón un tema bello,
recito mi poema a un rey,
mi lengua es ágil pluma de escribano.
3 Eres el más bello de los hombres,
de tus labios fluye la gracia,
porque Dios te bendice para siempre.

4 Cíñete al flanco la espada, valiente,
conquista gloria y esplendor;
5 cabalga invicto en pro de la verdad,
de la piedad y de la justicia;
tu diestra te enseñe a realizar proezas.
6 Tus flechas son afiladas, se te rinden ejércitos,
se desmoralizan los enemigos del rey.

7 El Dios eterno e inmortal te ha entronizado:
cetro de rectitud es tu cetro real.
8 Ama la justicia y odia la iniquidad,
pues, entre tus compañeros,
Dios, tu Dios, te ha ungido
con perfume de fiesta.

El poeta nos informa sobre el proceso de su composición: en su interior bulle un tema, que se traduce en palabra y se fija por escrito (2). Añade la dedicatoria: al rey bello y elocuente, porque Dios le ha bendecido (3). La espada, el cetro y el trono son simbolismos regios: guerra, gobierno y dinastía, respectivamente. Como guerrero es invencible (5a.6), como gobernante es ideal: piadoso y justo (5b), ama la justicia y aborrece la iniquidad (8a); como dinasta es sucesor, tal como acredita la presencia de la reina madre (10; cfr. 1 R 1,16.28). Esto es es porque es el ungido por Dios (8); le ha entronizado el Dios eterno e inmortal (7). El joven monarca está a punto de casarse. Se ha enamorado de una bella princesa (12). El ambiente es festivo: salas lujosas y música, aromas y vestidos suntuosos (9), séquito de doncellas y regalos de magnates (13.15s)... Destaca, claro está, la princesa «toda esplendorosa» (14), que, en lenta procesión, entra en el palacio real (16). La joven princesa ha de olvidar su procedencia y, aceptando al rey (12b), se

convertirá en madre de numerosa prole, que, a su vez, un día se convertirán en reyes (17). Es lo que la augura el poeta, que, además, inmortaliza el nombre de la pareja regia con su poema (18). Heb 1,8s cita los versículos 7s del salmo. La belleza, sea de la índole que sea, no cansa nunca; incita a ser contemplada más y más. La belleza salvará al mundo.

9 A mirra, áloe y acacia
huelen tus vestidos,
desde las salas de marfil
te deleitan las arpas.
10 Hijas de reyes vienen a tu encuentro,
la reina, a tu derecha, con oro de Ofir.

11 –Escucha, hija, mira, pon atención:
olvida tu pueblo y la casa paterna,
12 prendado está el rey de tu belleza;
póstrate ante él, que es tu señor.
13 La ciudad de Tiro viene con regalos,
los hacendados del pueblo buscan tu favor.
14 Entra la princesa, toda esplendorosa,
vestida de tisú de oro y brocados.
15 Llevan ante el rey a las doncellas,
sus amigas la siguen y acompañan;
16 avanzan entre alegría y algazara,
van entrando en el palacio real.

17 –A cambio de tus padres tendrás hijos,
que nombrarás príncipes por todo el país.
18 ¡Inmortalizaré tu nombre por generaciones,
así los pueblos te alabarán
por los siglos de los siglos!

Himno a Dios que habita en Sión. La tierra, aunque asentada sobre sólidas y firmes bases, puede temblar desde los cimientos y desplomarse. También el mar cercado y encerrado puede desbordarse. La creación entera retorna al caos primordial. Basta la presencia de Dios con nosotros para que la existencia esté a salvo en el refugio y fortaleza que es Dios (2-4). Suponemos la existencia del estribillo (4b). El poeta pasa del posible caos primordial a la paz de Sión. Es la sacrosanta morada del Altísimo (5), quien da consistencia a la pequeña colina de Sión frente a todos los poderes hostiles. Las aguas pierden su bravura destructora y se convierten en ornato de la ciudad. Dios está con nosotros (5-7). Braman, en cambio, los ejércitos enemigos y tal vez atacantes. Pero el fragor de sus voces es dominado por el Señor que obra prodigios, con los que causa asombro en la tierra. El asombro ha de conducir al reconocimiento de Dios: es el único excelso. La victoria confirma que Dios está con nosotros (8-11). Jesús lleva el nombre de «Emmanuel» (Mt 1,23). Nuestra certeza no reposa en el Templo de Dios, sino en el Dios del Templo. Para cultivar esa certeza, que no es falsa seguridad, es bueno orar con este salmo.

46 (45)

2 Dios es nuestro refugio y fortaleza,
socorro siempre a punto en la angustia.
3 Por eso no tememos aunque tiemble la tierra
y los montes se hundan en el fondo del mar.
4 Aunque bramen y se agiten sus aguas,
y con su oleaje sacudan los montes.

[El Señor Todopoderoso está con nosotros,
nuestro alcázar es el Dios de Jacob.]

5 Un río y sus acequias alegran la ciudad de Dios:
sacrosanta morada del Altísimo.
6 Dios está en medio de ella, nunca vacila:
al despuntar la aurora Dios la socorre.
7 Braman las naciones, tiemblan los pueblos;
él alza su voz y se tambalea la tierra.

8 El Señor Todopoderoso está con nosotros,
nuestro alcázar es el Dios de Jacob.

9 Vengan a ver los prodigios del Señor,
que provoca asombro en la tierra:
10 pone fin a la guerra en todo el orbe:
rompe los arcos, quiebra las lanzas,
prende fuego a los carros.
11 Ríndanse y reconozcan que soy Dios,
excelso sobre los pueblos,
excelso sobre la tierra.

12 El Señor Todopoderoso está con nosotros,
nuestro alcázar es el Dios de Jacob.

47 (46)

Himno a la realeza divina en forma de díptico. La perspectiva de la primera parte es universal (2-6): Todos los pueblos son invitados a aplaudir y a lanzar sus gritos de júbilo, aunque el horizonte se restrinja al finalizar la estrofa. El emperador universal, el gran rey, ha elegido a un pueblo como heredad suya. Entre aclamaciones y sonidos de trompera, el rey se encamina hacia el trono para tomar posesión de su reino. En la segunda parte (7-10) se ensancha nuevamente el horizonte. Dios es «rey de la tierra, reina sobre las naciones». Todos los pueblos han de unirse al pueblo «del Dios de Abrahán» para festejar a Dios, que se sienta en su trono sagrado. «¡Él es inmensamente excelso!» Finaliza el salmo con esta aclamación llena de admiración. El Cristo glorioso es el Rey de reyes (1 Tim 6,16; Ap 4,9; 19,6). La liturgia aplica el salmo a la ascensión del Señor (cfr. Ef 4,9s). Mientras expresemos el deseo del Padrenuestro: «Venga a nosotros tu reino», será tiempo de orar con este salmo.

2 ¡Aplaudan, todos los pueblos,
aclamen a Dios con gritos de alegría!
3 Porque el Señor es altísimo y terrible,
emperador de toda la tierra.
4 Él nos somete los pueblos,
y nos sojuzga naciones.
5 Él nos eligió nuestra heredad,
orgullo de Jacob, su amado.
6 Dios asciende entre aclamaciones,
el Señor al son de trompeta.

7 Canten para Dios, canten,
canten para nuestro rey, canten,
8 porque es rey de toda la tierra:
canten para Dios con maestría.
9 Dios reina sobre las naciones,
Dios se sienta en su santo trono.
10 Príncipes paganos se reúnen
con el pueblo del Dios de Abrahán,
pues de Dios son los grandes de la tierra,
¡él es inmensamente excelso!

48 (47) (46)

Nuevo díptico en el que se canta a Sión victoriosa (2b-8) y litúrgica (10-14). La canción se abre y se cierra con una antífona (2a.15). Entre las dos estrofas, una nueva antífona (9). La grandeza del Señor (2a) queda impresa en la ciudad por Él fundada (9), desde donde Dios guía y guiará a su pueblo para siempre (10). La primera tabla del díptico nos informa sobre lo que pasa en el interior de la ciudad (2b-4) y en el exterior de la misma (5-8). Sión no es la morada de los dioses, sino la ciudad del Gran Rey, a cuyos pies se desvanecen los poderes enemigos. El poeta lo describe con imágenes vigorosas: Dolores de parto, naves desarboladas y hundidas por el huracán... En la segunda tabla (9-14) se medita y celebra el amor de Dios en el interior del Templo (10-12). La contemplación detallada de la magnificencia de la ciudad ha de ser la base de la tradición posterior: Que la generación venidera sepa que la ciudad es así por obra y gracia de Dios. La nueva Jerusalén es espléndida y bellísima (cfr. Ef 5,27); tiene la victoria asegurada (cfr. Mt 16,18). ¿Cuáles son los lugares de la presencia de Dios? ¿Los

2 ¡Grande es el Señor
y muy digno de alabanza!
En la ciudad de nuestro Dios
está su monte santo:
3 Bella colina, alegría de toda la tierra,
es el monte Sión, confín del norte,
la capital del Emperador.
4 Dios, desde su palacio,
se muestra como baluarte.

5 Miren, los reyes se aliaron,
atacaron todos juntos:
6 al verlo, quedaron aterrados,
huyeron despavoridos.
7 Los atenazó un temblor,
sí, espasmos de parturienta:
8 como el viento solano
que destroza los navíos de Tarsis.

9 Lo que oímos, lo hemos visto
en la ciudad del Señor Todopoderoso,
en la ciudad de nuestro Dios:
el Señor la ha afianzado para siempre.

suburbios de la ciudad?, ¿los campos de los refugiados?, ¿los cuerpos enfermos o mutilados...? Es necesario decir a la siguiente generación dónde está nuestro Dios.

10 Meditamos, oh Dios, tu misericordia
en medio de tu templo:
11 como tu fama, oh Dios, tu alabanza
llega al confín del mundo.
Tu derecha está llena de justicia:
12 lo festeja el monte Sión,
los poblados de Judá se alegran
de tus sentencias.

13 Den vueltas en torno a Sión,
cuenten sus torreones,
14 fíjense en sus murallas,
observen sus palacios,
para poder contarle a la próxima generación:
15 ¡Éste es Dios!,
nuestro Dios eterno e inmortal
que siempre nos guiará.

Salmo sapiencial. Un nuevo díptico, precedido de un preludio (2-5). Cada tabla, que se cierra con una antífona (13.21), se estructura en dos estrofas: A. La ilusión de las riquezas (6-9). B. La voracidad del abismo (10-12). B′. La voracidad del abismo (14-20). A′. La ilusión de las riquezas (17-20). El autor es consciente de que propone un «proverbio», que es éste: el ser humano «apenas pasa una noche en la riqueza, se parece a las bestias que enmudecen» (13.21). Su enseñanza es también «enigma» (5), que es este otro: ¿Quién podrá pagar lo que vale la vida, de modo que sea rescatada? El tema del rescate es reiterativo (8.9.16). Nacemos desnudos, y morimos sin nada. Las riquezas no pueden ser el rescate de la vida. Existen dos confianzas opuestas: la confianza en las riquezas y la confianza en Dios (6-9). Quien confía en Dios no tiene de qué temer (6.17). Sólo Dios puede pagar el rescate (16). Las riquezas son pura ilusión. Los parabienes que el rico recibía mientras vivía no le evitarán reunirse con sus antepasados (17-20). Para el rescate de la muerte (cfr. Rom 8,21-23) Jesús mismo se da en rescate (Heb 9,12). Este salmo es apropiado para orientar nuestra vida: que no sea pastoreada por la Muerte, sino por el buen Pastor.

49 (48)

2 Escuchen esto, todos los pueblos,
escúchenlo, habitantes del orbe;
3 tanto los humildes como los poderosos,
lo mismo el rico que el pobre:
4 Mi boca hablará sabiamente
y mi corazón susurrará con sensatez;
5 prestaré mi oído al proverbio
expondré mi enigma con la cítara.

6 ¿Por qué voy a temer los días aciagos,
cuando me cerque la maldad de los tramposos,
7 que confían en su fortuna
y alardean de sus inmensas riquezas?
8 ¡Ay, nadie puede librarse
ni pagar a Dios su rescate!,
9 es tan caro el precio de la vida,
que jamás podrán pagarlo.

10 ¿Podrá vivir eternamente
sin tener que ver el sepulcro?
11 Mira, los sabios mueren
lo mismo que perecen ignorantes y estúpidos,
y legan sus riquezas a extraños.
12 El sepulcro es su morada perpetua,
su habitación por generaciones,
aunque hayan dado su nombre a países.

13 El hombre apenas pasa una noche en la riqueza:
se parece a los animales que enmudecen.

14 Éste es el camino de los arrogantes,
el final de los jactanciosos:
15 como ovejas, son recogidos en el Abismo,
la Muerte los pastorea,

bajan derecho a la tumba,
su figura se desvanece
y el Abismo es su mansión.
16 Pero Dios rescatará mi vida,
me arrancará de las garras del Abismo.

17 No temas si alguien se enriquece
y aumenta el lujo de su casa,
18 cuando muera no se llevará nada,
su lujo no bajará con él.
19 En vida se felicitaba:
¡Te aplauden porque te va bien!,
20 se reunirá con sus antepasados
que jamás ven la luz.

21 El hombre rico no comprende:
se parece a los animales que enmudecen.

50 (49)

Primera parte de un pleito judicial entre Dios y el pueblo. Se abre el salmo con una teofanía, desde la que Dios convoca a la tierra de oriente a occidente (1-3) y se muestra dispuesto a juzgar (4-6). El pleito se desarrolla en dos momentos. El primero se centra en la inutilidad de los sacrificios (7-15), y el segundo en la moral violada (16-23). Dios es el juez. El juicio se celebra en la capital del reino: en Sión (2). Los testigos son cielo y tierra (4). Aparece el juez con toda su magnificencia y poder (3). El acusado es el pueblo de Dios (7). El juez no le reprocha su praxis cultual; pero es otro el sacrificio que Dios quiere: un «sacrificio de alabanza» (14.23); es decir que el acusado cumpla lo estipulado en la alianza. Pero he aquí que el pueblo de Dios es ladrón, adúltero, murmurador... No observa los mandamientos que atañen a la relación con el prójimo, mientras no tiene empacho en recitar los mandamientos divinos, que no tiene ante sí, sino a la espalda (16s). Si el acusado no se convierte, sufrirá un severo castigo (22). El pueblo, para gozar de la salvación de Dios, ha de enmendarse. La respuesta a esta requisitoria la dará el salmo siguiente. Quien ama a Dios y odia a su hermano es un mentiroso (1 Jn 4,20), es un ateo. Mientras oramos con este salmo, escuchemos la pregunta siguiente: «Esto haces, ¿y voy a callarme? ¿Crees que soy como tú?» (21). Que suenen estas preguntas, y honremos a Dios con un sacrificio de alabanza, que pasa por la buena relación con el prójimo.

1 El Dios de los dioses, el Señor habla:
convoca la tierra de oriente a occidente.
2 Desde Sión, dechado de belleza,
Dios resplandece;
3 viene nuestro Dios y no callará.
Lo precede un fuego voraz,
lo rodea una tempestad violenta.

4 Desde lo alto convoca cielo y tierra
para juzgar a su pueblo:
5 –Reúnanse ante él sus fieles,
que sellaron su alianza con un sacrificio.
6 Proclame el cielo su justicia:
Dios en persona va a juzgar.

7 –Escucha, pueblo mío, voy a hablar,
Israel, voy a testificar contra ti;
yo soy Dios, tu Dios.
8 No te reprocho por tus sacrificios
ni por tus holocaustos
que están siempre ante mí.
9 No tomaré un novillo de tu casa
ni los chivos de tus rebaños,
10 porque son míos todos los animales del bosque,
y las bestias de las altas montañas;
11 conozco todas las aves de los montes,
y las alimañas del campo mías son.

12 Si tuviera hambre, no te lo diría,
porque es mío el orbe y cuanto contiene.
13 ¿Voy a comer carne de toros,
o a beber sangre de chivos?

14 Ofrécele a Dios el sacrificio de tu alabanza,
y cumple tus votos al Altísimo;

15 invócame el día de la angustia,
te libraré y tú me darás gloria.

16 Al pecador le dice Dios:
– ¿Por qué recitas mis mandamientos
y tienes en la boca mi alianza,
17 tú que detestas la corrección
y te echas a la espalda mis mandatos?

18 Si ves a un ladrón, disfrutas con él,
con los adúlteros te deleitas.
19 En tu boca fraguas la maldad,
con la lengua urdes engaños;
20 te sientas a murmurar de tu hermano
a chismorrear del hijo de tu madre.
21 Esto haces, ¿y voy a callarme?
¿Crees que soy como tú?
Te acusaré, litigaré contigo.

22 Entiendan bien esto, los que olvidan a Dios,
no sea que los destruya y nadie los libere.
23 El que ofrece un sacrificio de alabanza
me glorifica;
al que enmienda su conducta lo haré gozar
de la salvación de Dios.

El acusado en el salmo anterior responde en este salmo, que se mueve entre la oscura región del pecado (3-11) y la luminosa tierra de la gracia (12-14). Los versículos 20s son adición posterior. La presencia del pecado es envolvente en la primera parte: hasta doce veces se deja constancia de su presencia, recurriendo a distintos nombres. El acusado puede decir con toda verdad: «tengo siempre presente mi pecado» (5b). Aunque los pecados denunciados en el salmo anterior se refieran a la relación con el prójimo, también es verdad este otro: «contra ti, contra ti solo pequé» (6): el pecador ha quebrantado la alianza. El acusado se sabe radicalmente pecador, o, mejor, «culpable» desde su nacimiento (7). Su pecado es mancha, que pide ser lavada (4.9) o deuda que ha de ser condonada (11). Si Dios justo actúa conforme a su justicia salvadora, si se inclina hacia el pecador mostrando piedad (3), el pecador adquirirá una blancura más intensa que la nieve, y con la purificación vendrá la alegría (10). Se anticipa en este versículo el tema de la segunda parte: la luminosidad de la gracia. El Creador recrea mediante la acción del espíritu o aliento, como sucedió en la creación de Génesis. Tres veces es pedido el espíritu (12-14): un espíritu firme y dispuesto, que se convierte en di-

51 (50) (Ez 36,25-28)

3 Ten piedad de mí, oh Dios, por tu bondad,
por tu inmensa compasión borra mi culpa,
4 lava del todo mi delito
y limpia mi pecado.

5 Porque yo reconozco mi culpa
y tengo siempre presente mi pecado.
6 Contra ti, contra ti solo pequé,
cometí la maldad ante tus ojos;
así serás justo cuando juzgues
e irreprochable cuando sentencies.

7 Mira, culpable nací,
pecador me concibió mi madre.
8 Tú quieres la sinceridad interior
y en lo íntimo me inculcas sensatez.
9 Rocíame con el hisopo y quedaré limpio,
lávame y blanquearé más que la nieve.
10 Hazme sentir gozo y alegría,
salten de gozo los huesos quebrantados.
11 Aparta de mi pecado tu vista
y borra todas mi culpas.

12 Crea en mí, oh Dios, un corazón puro,
renueva en mi interior un espíritu firme;
13 no me arrojes lejos de tu presencia
ni me quites tu santo espíritu;

14 devuélveme la alegría de tu salvación,
afiánzame con tu espíritu generoso.

15 Enseñaré a los malvados tus caminos,
y los pecadores volverán a ti.
16 Líbrame de la sangre, oh Dios,
Dios y Salvador mío,
y mi lengua aclamará tu justicia.
17 Señor mío, ábreme los labios
y mi boca proclamará tu alabanza.
18 Un sacrificio no te satisface,
si te ofreciera un holocausto, no lo aceptarías.
19 El sacrificio que te agrada
es un espíritu quebrantado,
un corazón arrepentido y humillado,
oh Dios, no lo desprecias.

20 Favorece a Sión por tu bondad,
reconstruye la muralla de Jerusalén;
21 entonces aceptarás sacrificios estipulados,
las ofrendas y el holocausto,
y sobre tu altar se inmolarán novillos.

namismo de la acción humana. El salmista ofrece como don «un espíritu quebrantado». Es el sacrificio grato a Dios. Recreado y limpio, la lengua del pecador perdonado se desata en alabanzas (17-19). Los versículos añadidos tienen sentido: Una vez que el pueblo ha pagado el doble de lo que merecían sus pecados, en el destierro, es rehabilitado por la justicia divina. Bienvenidos sean ahora los sacrificios exteriores, expresión de la actitud interior. Cristo murió por nuestros pecados (1 Cor 15,3). Surge una nueva creación en virtud del Espíritu que habita en nosotros (Rom 8,9; 2 Cor 5,17, etc.), el amor y el perdón de Dios son la gran novedad (Rom 5,8). Es bueno orar con este salmo cuando nos sentimos abrumados por nuestras culpas, sean contra Dios o contra el hermano y buscamos la bondad de Dios que nos justifica.

52 (51)

3 ¿Por qué presumes de tu maldad, valiente?
¿Por qué ultrajas a Dios,
4 tramando crímenes todo el día?
Tu lengua es navaja afilada,
autor de fraudes.
5 Prefieres el mal al bien,
la mentira a la honradez.
6 Amas las palabras hirientes,
lengua embustera.

7 Pues Dios te destruirá para siempre,
te sacará, te arrastrará de la tienda,
arrancará tus raíces del suelo vital.
8 Al ver esto los justos se asustarán,
se reirán de él diciendo:
9 Miren al valiente que no consideró
a Dios su refugio,
que confió en sus inmensas riquezas
y se refugió en su crimen.

10 Pero yo, como verde olivo
en la casa de Dios,
confío en la misericordia de Dios
por siempre jamás.
11 Te daré gracias siempre
porque has actuado;
proclamaré tu Nombre,
tan bueno con tus fieles.

Salmo mixto estructurado en tres cuadros: A. Tú: el retrato del impío (3-6). B. Dios y los justos ante el impío (7-9). A'. Yo: el retrato del fiel (10s). El inicuo prescinde de Dios para dedicarse a la maldad. La fuerza de este «valiente» (3.9) procede de sus «inmensas riquezas» (9b). El arma que maneja es la lengua mentirosa y las palabras corrosivas (6). Su alcázar inexpugnable es el crimen (9), en vez de hacer de Dios su refugio. No confía en Dios. El poeta, por el contrario sólo tiene una riqueza: confía en la misericordia de Dios (10). El final de estos dos personajes será distinto: el malvado será erradicado del suelo vital (7); el justo, en cambio, será plantado en la casa de Dios (10). El «valiente» será arrancado de su tienda (7); el orante, en cambio, será acogido en la casa del Señor (10). El orante es una palabra viviente que proclama la bondad de Dios para con sus fieles (11). Las imágenes vegetales del salmo tienen su eco en el Nuevo Testamento (cfr. Mt 15,13; Rom 11,17-24). Donde sea afirmado el poder en detrimento de la dignidad humana, se podrá orar con este salmo, que nos plantea la disyuntiva de confiar en el dinero -poder- o confiar en Dios.



(14)

Este salmo, con escasas y ligeras variantes, es una repetición del salmo 14 a cuyo comentario remito. El terror tiene una motivación en Sal 14,5; en éste se dice lapidariamente: «sin razón para aterrarse» (6). La dispersión del sitiador y su derrota son consecuencia del rechazo divino (6); en el Sal 14,6 se habla tan sólo de bochorno porque Dios es el refugio de los humildes.

2 Piensa el necio: Dios no existe.
Se han corrompido y pervertido,
no hay quien obre bien.
3 Dios se asoma desde el cielo
hacia los hijos de los hombres,
para ver si hay alguno sensato
alguien que busque a Dios.
4 Todos han apostatado
a una se han obstinado,
no hay uno que obre bien,
ni siquiera uno solo.

5 –¿No aprenderán los malhechores
que devoran a mi pueblo
que devoran el grano de Dios
que no han cosechado?
6 ¡Véanlos aterrarse sobremanera
sin razón para aterrarse!
Pues Dios dispersa los huesos del sitiador;
tú los derrotas, porque Dios los rechaza.

7 ¡Que venga desde Sión la salvación de Israel!
Cuando el Señor cambie
la suerte de su pueblo,
se alegrará Jacob, hará fiesta Israel.

54 (53)

Salmo de súplica con un preludio (3s) y tres actos: A. Los enemigos (5). B. Dios (6-7). C. El fiel (8s). La petición de ayuda y de defensa se fundamenta en el Nombre y en el poder de Dios (3), y está motivada por la actuación de los enemigos, que son «arrogantes» y «violentos». La arrogancia es patente, puesto que no tienen presente a Dios (5). La violencia les lleva al extremo de perseguir a muerte al suplicante (5b). Conseguirán lo contrario de lo que pretenden: el mal se volverá contra ellos y serán derrotados (7.9), porque Dios, a quien no tienen presente, sostiene la vida del inocente (6). Éste, una vez liberado, ofrecerá gustosa y agradecidamente un sacrificio a Dios, proclamando así su bondad (8s). El reconocimiento del nombre divino, junto con la afirmación de la bondad de Dios abre este salmo al Nuevo Testamento. Si soñamos en un mundo sin injusticias y descubrimos que Dios es bueno, podemos orar con este salmo.

3 ¡Oh Dios, por tu honor sálvame,
con tu poder, defiéndeme!
4 ¡Oh Dios, escucha mi oración,
atiende a mis palabras!

5 Porque unos arrogantes se levantan contra mí,
unos violentos me persiguen a muerte,
sin tener presente a Dios.

6 ¡Mira, oh Dios, protector mío,
Señor, que sostienes mi vida!
7 Devuelve el mal a mis difamadores,
por tu fidelidad destrúyelos.

8 Te ofreceré de buen grado un sacrificio,
Señor, daré gracias a tu Nombre, que es bueno,
9 porque me libraste de mis adversarios,
y he visto la derrota de mis enemigos.

55 (54)

2 Escucha, oh Dios, mi oración,
no te cierres a mi súplica,
3 atiéndeme y respóndeme.

Me agito en mi ansiedad,
gimo 4 ante la voz del enemigo,
ante la mirada del malvado,
que descargan falsedades sobre mí,
me difaman a la cara.
5 Se me retuerce por dentro el corazón,
me asaltan pavores mortales;
6 me invaden temor y terror,
me cubre el espanto.
7 Pienso: ¡Quién me diera alas de paloma
para volar y posarme!
8 Entonces huiría muy lejos,
me hospedaría en el desierto;
9 me apresuraría a buscar un refugio
ante la tormenta y el huracán.

10 ¡Destrúyelos, Señor,
confunde sus lenguas!
Pues veo en la ciudad violencia y discordia,
11 día y noche rondan por sus murallas,
en su recinto crimen e injusticia,
12 en su interior insidias;
no abandonan sus calles
tiranía y engaño.

13 Si me ofendiera mi enemigo,
lo habría aguantado;
si me atacara mi adversario,
me habría escondido de él;
14 pero eres tú, mi camarada,
mi amigo y confidente,
15 a quien me unía dulce intimidad;
íbamos juntos a la casa de Dios.
16 ¡Que los sorprenda la muerte,
que bajen vivos al Abismo,
pues la maldad habita entre ellos!

17 Yo invoco a Dios
y el Señor me salvará.
18 Por la tarde, por la mañana, al mediodía
gimo y suspiro,
él escuchará mi voz:

19 Líbrame de la agresión, sálvame
que son muchos contra mí.
20 Que Dios me escuche y los humille,
el que reina desde antiguo,
pues no tienen enmienda
ni respetan a Dios.

Súplica y lamentación individual. A la invocación introductoria (2-3a) sigue el cántico del terror (3b-6). Entre dos soliloquios -el de la evasión (7-9) y el de la invocación (17-20b)-, se inserta el cántico de la traición (10-16). El segundo soliloquio va seguido del cántico de la hipocresía (20c-23). Se cierra el salmo con una antífona de maldición (24). El movimiento del salmo es un constante vaivén: de dentro hacia fuera y de fuera hacia dentro. La situación social y política invitan al poeta a buscar un refugio. Intenta cobijarse en la intimidad, que no es menos turbulenta que el exterior. Pavores mortales, temor y temblor, espanto y agitación..., con los inquilinos de la intimidad (3b-6). Una fuga aérea le lleva al inhóspito desierto (7-10), en el que querría fijar su residencia. Más allá del sueño, se impone la dureza de la ciudad, cuyas murallas, plazas y calles recorre el poeta. Se encuentra con estos extraños vecinos: violencia y discordia, falsedad y mentira, insidias y engaños... (10-16). Lo que más le duele al poeta es la traición del amigo, confidente y compañero de peregrinación (14s). Nada puede hacer el salmista para liberarse de tan molesta y funesta compañía; que actúe Dios: que los confunda (10) y los sorprenda la muerte (16). El orante tiene el recurso de invocar a Dios -con palabras, lágrimas y suspiros- (17s), y de encomendarle los afanes, tal como le aconseja una voz anónima (23). Así llegará a la ribera de la confianza (24). La traición del amigo nos evoca a Judas, que entregó al Señor (Mt 26,23). Sentimientos de turbación en Jesús podemos verlos en Jn 13,21; Mc 14,33, etc. Si queremos afrontar la arremetida del mal, en todas sus variedades -incluida la traición del amigo-, podemos orar con este salmo. Nos vendrá bien clamar, e incluso llorar, con tal de que lleguemos a tener confianza en Dios.

21 Levantan la mano contra su aliado,
violando la alianza.
22 Su boca es más blanda que manteca,
pero su corazón es belicoso;
sus palabras, más suaves que aceite,
pero son puñales.

23 –Encomienda a Dios tus afanes,
que él te sostendrá;
nunca permitirá que el justo caiga.
24 –Tú, oh Dios, hundirás en la fosa profunda
a esos sanguinarios y traidores
sin cumplir ni la mitad de sus años.
Yo, en cambio, confío en ti.

Súplica de confianza en momentos de peligro. Ya nos es familiar el triángulo: la presencia del enemigo, las penalidades del orante y la actuación de Dios. Los enemigos son fieras agazapadas, ávidas de presa (7); están dispuestos a la agresión (2s.6s) y no dudan en pisotear al suplicante (2s). Éste reacciona con temor (4), manifestado en las andanzas, en las lágrimas y en las fatigas (9), y latente en la proclamación de su confianza (5.12: «no temo»). De hecho, si pide a Dios que se incline -que tenga piedad (2)- es porque teme. Es un temor a la crueldad humana, que puede ensañarse con el acosado, cuya palabra ni siquiera es aceptada y respetada (6). El recurso a Dios, sin embargo, implica confianza en Dios. Es una confianza en la palabra o en la promesa divina (5.11). Dios hace suyas las lágrimas del orante: son tan valiosas que las recoge en su odre (9). El signo concreto de que Dios está con quien le suplica consiste en el retroceso de los enemigos (10). Al saber que Dios está de su parte (10b), el perseguido y pisoteado prorrumpirá en «alabanza» (14). Nada temerá, porque quienes le persiguen son meros mortales (5.11). Eusebio lee el estribillo a la luz de Rom 8,31. Es comprensible el miedo y la huida cuando arrecia el peligro y se vive el dolor. Pero también es posible la confianza en la Palabra de Dios, en Dios. Es bueno orar con este salmo ante tantos sufrimientos y tantas lágrimas que no encuentran respuesta humana.

56 (55)

2 Piedad de mí, oh Dios, que me pisotean;
me atacan y oprimen todo el día;
3 mis enemigos me pisotean todo el día,
son muchos los atacantes, oh Altísimo.
4 Cuando temo, confío en ti.

5 *En Dios, cuya palabra alabo,*
en Dios confío y no temo,
¿qué podrá hacerme un mortal?

6 Todo el día tergiversan mis palabras,
sus planes contra mí son malignos.
7 Acechan, se esconden,
rastrean mis huellas,
como salteadores ávidos de mi vida.

8 Líbrame de su iniquidad,
oh Dios, derriba con ira a los pueblos.
9 Anota tú mis andanzas,
recoge mis lágrimas en tu odre,
mis fatigas en tu libro.
10 Si, cuando te invoque,
retroceden y se retiran mis enemigos,
proclamaré: Dios está de mi parte.
11 *En Dios, cuya palabra alabo,*
en el Señor, cuya palabra alabo;
12 *en Dios confío y no temo:*
¿qué podrá hacerme un hombre?

13 En verdad, cumpliré mis votos,
Dios Altísimo, dándote gracias:
14 Has librado mi vida de la muerte,
alejando mis pies de la caída,
para que camine ante Dios
hacia la luz de la vida.

57 (56)

[2] Piedad de mí, oh Dios, piedad,
que me refugio en ti;
me refugio a la sombra de tus alas,
hasta que pasa la calamidad.

[3] Invoco al Dios Altísimo,
al Dios Altísimo, mi vengador.
[4] Envíe desde el cielo para salvarme
de los insultos de mis perseguidores,
envíe Dios su amor y su fidelidad.

[5] Yo he de acostarme entre leones
que devoran seres humanos;
sus dientes son lanzas y flechas,
su lengua una espada afilada.

[6] *Tu grandeza, oh Dios, sobre los cielos,*
tu gloria, sobre toda la tierra.

[7] Han tendido una red a mis pasos,
un lazo a mi cuello;
han cavado ante mí una fosa,
¡caigan dentro de ella!

[8] Mi corazón está firme, oh Dios,
mi corazón está firme:
cantaré y tocaré.
[9] ¡Despierta, gloria mía!
¡Despierten, cítara y arpa!
Despertaré a la aurora.
[10] Te daré gracias entre los pueblos, Señor,
tocaré para ti entre las naciones:
[11] por tu amor, que sobrepasa el cielo,
por tu fidelidad, que alcanza las nubes.

[12] *Tu grandeza, oh Dios, sobre los cielos,*
tu gloria, sobre toda la tierra.

Súplica en el peligro (2-5) con promesa de acción de gracias (7-11). El estribillo en el medio y al final del salmo (6.12). El tiempo -noche y mañana- caracteriza los dos momentos del salmo. Un contraste: el Dios Altísimo (3) -cuya grandeza supera la altura de los cielos (6a.11a.12a)-, y la postración entre leones (5), que es el lugar desde donde se eleva la súplica repetida: «piedad de mí...» (2). Es decir, se pide que Dios se incline. Antes de que esto suceda, el perseguido ha de pasar la noche en el Templo, a la sombra de las alas de Dios (2b). El Altísimo despacha dos delegados suyos: amor y fidelidad para salvar al perseguido (4). Pero no es suficiente. El orante necesita la presencia divina, que llegará por la mañana. Vendrá el «Vengador». Pero la noche es demasiado larga. Por eso, el perseguido, impaciente, pretende acelerar la llegada de la aurora con su música. Que todo esté en pie y preparado para festejar a la luz liberadora que llega: a Dios. El tema de la grandeza o elevación de Dios late en Jn 8,23.38. Este salmo puede ser la oración de quien espera, con entera confianza, que pase la calamidad. La gloria del Altísimo llena la tierra.

58 (57)

[2] ¿De verdad, poderosos,
emiten ustedes setencias justas?
¿Juzgan equitativamente a los humanos?

[3] No, ustedes cometen injusticias a conciencia
imponiendo en la tierra
la violencia de sus manos.
[4] Los malvados se pervirtieron
desde el seno materno,
los mentirosos se extraviaron desde el seno.
[5] Tienen veneno como veneno de serpientes,
de víbora sorda que cierra el oído,

Este salmo, tan «escandaloso», es una súplica individual de corte profético. El poeta interpela directamente a quienes debieran impartir justicia y ser modelos de justicia: a los poderosos (2). Lejos de ser justos, son obreros del Mal e incluso la encarnación del Mal. La maldad nació con ellos (4), habita en su mente (3) y la ejecutan sus manos (3b). Son serpientes (5), animal seductor (cfr. Gn 3) y pecado (cfr. Eclo 21,2). Para neutralizar su maldad no es suficiente la actuación de un experto en conjuros, porque son unos malvados consumases, sordos a la voz del encantador (6). ¿Qué hacer con ellos? La impotencia del denunciante estalla en

siete terribles maldiciones, con imágenes vigorosas y sugerentes (7-10). Pero el orante no se toma la justicia por su mano, sino que la deja en manos del que juzga justamente (11s). No podemos cerrar los ojos ante el Mal. Si existe es porque hay seres humanos dispuestos a cometer atrocidades. ¿Qué podemos hacer? Formular nuestra oración, sin temer que las palabras sean vehementes. Pedir al Dios justo que intervenga: la manifestación de la ira no está reñida con Jesús (cfr. Mc 3,5). Este salmo puede alimentar el hambre de justicia. No es anticristiano, mientras exista la bienaventuranza de los que tienen hambre y sed de la justicia (Mt 5,6).

6 para no oír la voz del encantador,
del experto hacedor de hechizos.

7 Oh Dios, rómpeles los dientes de la boca,
quiebra, Señor, esos colmillos a leones.
8 Que se evaporen como agua que fluye,
que se pudran como hierba que se pisa.
9 sean como babosa que se deslíe al deslizarse,
que, como aborto de mujer, jamás vea el sol.
10 Antes de que echen espinas,
como la zarza verde o quemada,
arrebátelos el vendaval.

11 Goce el justo viendo la venganza,
bañe sus pies en la sangre de los malvados;
12 y la gente comentará:
¡El justo cosecha su fruto,
sí, hay un Dios que hace justicia en la tierra!

Esta lamentación y súplica individual se caracteriza por el doble estribillo (7.15 y 10.18). No son nuevos los imperativos de la introducción (2s), pero sí insistentes, acaso porque los enemigos son «sanguinarios» (3). Para una visión de conjunto, pueden servirnos los ámbitos y personajes: los perros, la ciudad y el atardecer. Los perros, vagabundos y famélicos, babean, y, con la boca abierta, sus colmillos afilados relucen como «espadas». Algo así son los enemigos: no se retirarán hasta que no sacien su sed de sangre. En el trazado de la ciudad descuella la fortaleza o el alcázar en el que la gente puede refugiarse en los momentos de peligro. ¿No es Dios fortaleza y alcázar? El atardecer es la hora de retirarse a la casa o al alcázar. Es también el momento del asedio y del peligro. En este momento preciso se le pide a Dios que «vea» (8), no sólo el babeo de los perros, sino también la espada desenvainada, y que escuche la pregunta blasfema: «¿Quién nos oirá?» (8b). Dios reacciona con la risa despiadada para quien no mostró piedad, pero alcázar y fortaleza para quien se refugia en Él. Cuando llegue la mañana, destruidos ya los agresores (14), el salmista proclamará el amor de Dios (17) y otros reconocerán quién gobierna «desde Jacob hasta los confines de la tierra» (14b). Sólo Jesús puede decir con propiedad de sí mismo los versículos 4s del salmo (cfr. 1 Pe 2,22). Las ciudades están llenas de «perros» y la gente vive en un permanente sobresalto. Es el momento de orar con todos los perseguidos, condenados y asesinados.

59 (58)

2 Líbrame de mis enemigos, Dios mío,
defiéndeme de mis agresores,
3 líbrame de los malhechores,
sálvame de los sanguinarios.

4 Mira cómo me están acechando:
los poderosos conspiran contra mí,
sin que yo haya pecado ni faltado, Señor,
5 y ni siquiera exista culpa en mí,
corren y toman posiciones.
¡Levántate, ven a mi encuentro, mira,
6 tú, Señor Dios Todopoderoso,
Dios de Israel!
Despierta para castigar a los paganos,
no te apiades de los traidores inicuos.

7 *Vuelven al atardecer,*
aullando como perros,
merodean por la ciudad.

8 Mira, de su boca fluye baba,
de sus labios espadas:
¿Quién nos oirá?
9 Pero tú, Señor, te ríes de ellos,
te burlas de los paganos.

10 *Fortaleza mía, por ti velo,*
porque mi alcázar es Dios.

11 Que mi Dios fiel salga a mi encuentro,
y yo vea la derrota de mis difamadores.
12 ¡No los mates, que mi pueblo no lo olvide;
que vaguen lejos de su fortaleza,
humíllalos, Señor, escudo nuestro!

13 Por el pecado de su boca,
por el chismorreo de sus labios
queden atrapados en su orgullo,
por la mentira y maldición que profieren.
14 ¡Destrúyelos con tu furor,
destrúyelos, que dejen de existir!;
y se reconozca que Dios gobierna
desde Jacob hasta los confines de la tierra.

15 *Vuelven al atardecer,*
aullando como perros,
merodean por la ciudad.

16 Vagabundean, buscando comida,
si no se hartan, no se retiran.
17 Yo, en cambio, cantaré tu fuerza,
proclamaré por la mañana tu amor,
porque fuiste mi fortaleza
y un refugio en el día de la angustia.

18 *Fortaleza mía, por ti velo,*
porque mi alcázar es Dios, mi Dios fiel.

60 (59)

Amarga antífona para comenzar (3). La situación es calamitosa. La nación está desolada: ¿Por un terremoto? ¿Por la guerra? ¿Es una creación poética? Tal vez sea más convincente la segunda hipótesis. El causante de tan grande desgracia es Dios, que ha dado a beber a su pueblo «una copa», un «vino de vértigo» (5): el castigo hasta la ejecución capital (cfr. Is 51,17.22). En este hecho se fundamenta la amplia queja, respetuosa y confiada, de los versículos 3-6. El salmista pide en una nueva antífona la intervención divina (7), a la que sigue un oráculo: Dios es un guerrero que conquista y distribuye el terreno conquistado, aunque se reserve para sí algunos territorios como predio de la corona (8b-10). Pese al oráculo divino, el orante muestra su escepticismo: «¡quién me llevara...!» (11), a la vez que se interroga e interroga a Dios con confianza (12). La confianza desemboca en la esperanza de la ayuda divina (14). Pese a la evidencia presente, se impone la certeza de la confianza (14), en claro contraste con la antífona inicial. También la Iglesia perseguida se siente derrotada y pide auxilio. He aquí un salmo para orar con ella ante las catástrofes que asolan a la humanidad.

3 Oh Dios, nos has rechazado y destrozado,
estabas airado, ¡vuélvete a nosotros!
4 Has sacudido la tierra y la has hendido,
¡repara sus grietas, que se desmorona!
5 Diste a beber a tu pueblo una copa,
nos hiciste probar un vino de vértigo.
6 Ofrece una señal a tus fieles,
para que escapen de los arcos.

7 Para que tus amigos sean liberados,
respóndenos y que tu diestra nos salve.
8 Dios habló desde su santuario:
– Triunfante repartiré Siquén,
parcelaré el Valle de Sucot;
9 mío es Galaad, mío Manasés.
Efraín es el casco de mi cabeza,
Judá, mi bastón de mando.
10 Moab, una vasija para lavarme,
sobre Edón lanzo mi sandalia,
sobre Filistea, mi grito de conquista.

11 ¡Quién me llevara a la ciudad fortificada,
quién me condujera a Edón!
12 Pero tú, oh Dios, ¿no nos has rechazado?,
¿sales aún con nuestras tropas?
13 Ayúdanos contra el enemigo,
que la ayuda del hombre es vana

14 Con Dios haremos proezas,
él aplastará a nuestros enemigos.

61 (60)

2 ¡Escucha, oh Dios, mi clamor,
atiende a mi súplica!
3 Desde el confín de la tierra te invoco
con el corazón abatido.
Llévame a una roca inaccesible,
4 porque tú eres mi refugio,
mi fortaleza frente al enemigo.
5 Quiero hospedarme siempre en tu tienda,
refugiado al amparo de tus alas,
6 pues tú, oh Dios, escuchaste mis votos,
me diste la heredad de los fieles a tu Nombre.

7 Añade días a los días del rey,
que sus años sean por generaciones;
8 que reine siempre en presencia de Dios,
que lealtad y fidelidad le hagan guardia.

9 Y yo cantaré siempre en tu honor
cumpliendo mis votos día a día.

Se eleva el clamor suplicante (2) desde el confín de la tierra (3a): ¿desde el campo de batalla o desde el destierro? Acaso sea mejor no saberlo y que el salmo permanezca abierto. Quien ora -¿el rey?, ¿un sacerdote?, ¿el poeta sin más?, tampoco lo sabemos- pide un doble refugio: que Dios sea su «roca inaccesible» para el enemigo o su «fortaleza» (3b-4) y también que lo acoja nuevamente en el Templo, a las sombra de sus alas (5). La experiencia del pasado es garantía de la esperanza del presente (6). Inesperadamente se pide por el rey. Acaso el recuerdo de Jerusalén y del Templo atrae por asociación la presencia del soberano -tampoco lo sabemos-. Para el monarca se pide una vida larguísima y, sobre todo, que sea escoltado por dos personificaciones divinas: Lealtad y Fidelidad (7s). La alabanza continua refleja la seguridad del fiel en la respuesta divina (9). Ser huésped en la tienda evoca pasajes del Nuevo Testamento, como Heb 11,13; 2 Cor 5,6; Ef 2,19. Orando con este salmo podemos fomentar el deseo de Dios, de morar junto a Él y con Él.

62 (61)

2 *Sólo en Dios encuentro descanso,*
de él viene mi salvación.
3 *Sólo él es mi roca, mi salvación,*
mi alcázar: jamás vacilaré.

4 ¿Hasta cuándo arremeterán contra uno,
para abatirlo todos juntos
como a una pared que cede
o a una tapia que se desploma?
5 Sólo piensan en derribarme de mi altura,
se complacen en la mentira:
con la boca bendicen,
con el corazón maldicen.

6 *Sólo en Dios encuentro descanso,*
de él viene mi salvación.
7 *Sólo él es mi roca, mi salvación,*
mi alcázar: jamás vacilaré.

8 En Dios está mi salvación y mi gloria,
mi roca firme, mi refugio está en Dios.
9 Ustedes confíen siempre en él,
desahoguen con él su corazón,
que Dios es nuestro refugio.

10 Sólo un soplo son los plebeyos,
los nobles, mera apariencia,
todos juntos en la balanza
pesarían menos que un soplo.

El autor de este salmo es un mensajero de la confianza. El soliloquio de los versículos 2s y 6s conduce a una doble interpelación: a los violentos, que además son mentirosos (4s) y a quienes confían en el dinero (11). Tras una serie de imágenes, el poema presenta un tema metafísico: la contingencia del ser humano. Puede labrarse un poder, apoyándose en «la opresión» (11a), convirtiendo a los demás en plataforma para afianzarse: el robo, la riqueza, la mentira... (11.5). Con ese poder conquistado arremeten contra los demás (4). Pues bien, todos los seres humanos, sean plebeyos o nobles, son una falacia. Todos juntos pesan menos que un soplo (10). El poder le pertenece a Dios en exclusiva (12b). Sólo Él puede ser roca, alcázar y fortaleza (3.7. 8.9), en la que apoyar la existencia el hombre. El ser humano tiene una disyuntiva: apoyarse en su «poder» o el poder divino, confiar en las riquezas o en Dios. Es imposible servir a Dios y al dinero (cfr. Mt 6,19.24). Sobre la confianza en Dios o en las riquezas, cfr. 1 Tim 6,17; Sant 4,13s; 5,1-6. Si queremos ser mensajeros de confianza, no debemos hablar de sólo ideas; antes habrá que «experimentar» a Dios como fortaleza y refugio.

11 No confíen en la opresión,
no se ilusionen con el robo;
a las riquezas, si aumentan,
no les entreguen el corazón.

12 Dios ha hablado una vez,
dos veces le he oído:
Que Dios tiene el poder,
13 tuya, Señor, es la misericordia;
que tú pagarás a cada uno
según sus obras.

63 (62)

2 ¡Oh Dios, tú eres mi Dios, por ti madrugo:
mi garganta está sedienta de ti,
mi carne desfallece por ti
como tierra seca, reseca sin agua!
3 Que así te contemple en el santuario
viendo tu poder y tu gloria.
4 Porque tu amor vale más que la vida,
te alabarán mis labios.

5 Que así te bendiga mientras viva,
alzando las manos en tu Nombre.
6 Me saciaré como de enjundia y de manteca,
y mi boca te alabará con labios jubilosos.
7 Si en mi lecho me acuerdo de ti,
en mis vigilias medito en ti,
8 porque tú has sido mi ayuda,
y a la sombra de tus alas salto de gozo.
9 Mi vida está unida a ti
y tu mano me sostiene.
10 Pero los que intentan quitarme la vida
vayan a lo profundo de la tierra;
11 sean pasados a filo de espada,
sirvan de pasto a los chacales.
12 Pero el rey se alegrará en Dios,
el que jura por él se felicitará,
cuando tapen la boca a los mentirosos.

Salmo de confianza, estructurado en tres cánticos: la sed (2-4), el hambre (5-9) y el juicio divino (10-12). La intensa espiritualidad del salmo tiene una densidad corpórea, como detectamos en el desfile de los sentidos: la garganta sedienta y la carne desfallecida (2), la boca que alaba (6), los ojos que desean ver (3), las manos que se elevan (5b), el contacto de las manos (9), el calor del cuerpo adherido (9a), madrugar (2) y acostarse (7)... Y todos los sentidos van más allá de lo sensible; el símbolo es trascendente. El orante vive una aguda sed de Dios (2), toca la mano divina (9b), etc. La sed es tan intensa como la del desierto: tierra «seca, reseca sin agua» (2b). ¡Ojalá que perdure esa intensidad mientras se contempla a Dios en el Templo y a lo largo de la vida! (3.5), mientras se sacia de comida y descansa en el lecho (6s), sencillamente porque «mi vida está unida a ti» (9a). La imprecación queda para quienes «intentan quitarme la vida» (10a). El Jesús de Juan ha hablado del agua y de la sed a lo largo del evangelio (cfr. Jn 4,13-14; 7,37). En la cruz dice: «Tengo sed» (Jn 19,28). El inquieto corazón humano descansará tan sólo cuando descanse en Dios; hasta que llegue ese momento, será oportuno orar con este salmo.

64 (63)

2 Escucha, oh Dios, la voz de mi gemido,
protege mi vida de la banda hostil;
3 escóndeme del tropel de los malvados,
de la camarilla de los malhechores.

4 Afilan la lengua como un puñal
y asestan como flechas, palabras envenenadas,
5 para disparar a escondidas contra el inocente:
le disparan de improviso y sin temor.

En esta súplica individual los enemigos actúan con cobardía y alevosía: se esconden y disparan «de improviso e impávidos» (5b). Su arma es la palabra calumniadora, más mortífera que la espada y los dardos. Son muchos -banda, tropel, camarilla- los malvados contra un inocente. Han tramado tan bien su actuación, que nadie los descubrirá (6b). No cuentan con Aquel que escruta los riñones y el corazón (7b), y llega, por ello, allá donde se preparan las armas: a la

profundidad del corazón (7b). El contraataque de Dios es imprevisto (8), como lo había sido el ataque (5b), y es también certero (8b). Los espectadores han visto todo desde el principio. Una vez que han contemplado la actuación divina, se burlan de los enemigos (9b), temen ante la fulminante reacción divina, publican lo que Dios ha hecho, reflexionan y aprenden (10). Los festejos son para el Señor (11). Para las burlas con el movimiento de cabeza, cfr. Mt 27,39; para el temor ante la actuación de Dios, cfr. Mt 27,54. Cuando la vida corre peligro o somos heridos por palabras afiladas, es tiempo de orar con este salmo.

6 Se obstinan en su palabra delictiva,
calculan cómo esconder trampas,
y se dicen: ¿Quién nos descubrirá,
7 y escrutará nuestro crimen perfecto?
Los escruta el mismo que escruta
hasta lo íntimo del hombre
y la profundidad del corazón.

8 Dios les disparará una flecha:
y súbitamente será heridos;
9 los doblegará a causa de su lengua,
quienes los ven menearán la cabeza.

10 Todos los humanos temerán,
anunciarán la obra de Dios
y entenderán su actuación.
11 Que el honrado festeje al Señor,
que se refugie en él
y los corazones sinceros se feliciten.

En este himno a Dios que mora en Sión pasamos del microcosmos del Templo (2-5) al cosmos (6-9), y de aquí a la tierra de Israel (10-14). El Templo es lugar de escucha y de perdón, de gozo y de saciedad, de abundancia y de belleza. El fiel cumple en el Templo lo prometido. ¡Dichosos quien es invitado a morar en los atrios, no en el interior del santuario! (5a). Dios escucha y responde con «portentos favorables» (6a): es el Dios liberador de los oprimidos, Señor de la creación y de la historia, ante cuyo poder se acalla cualquier otro poder. Los pueblos que confían en Él viven el sobrecogimiento religioso y el júbilo (6-9). Un Señor tan grande y poderoso no se desentiende de las minucias. El Dios que aploma las montañas allana los terrones (7.11). Se parece al solícito padre de familia que cultiva la tierra para que los suyos tengan de todo. La tierra se viste de colores. Las espigas, movidas por el viento, se yerguen para aplaudir y cantar. La Sión terrena nos remite a la Jerusalén futura (Ap 21s), la tierra nueva. El Señor de la naturaleza y de la historia se ocupa también de nuestras minucias. ¿No es motivo suficiente para entonar este himno a Dios que habita entre nosotros?

65 (64)

2 Oh Dios, tú mereces un himno en Sión
y a ti se te cumplen los votos.
3 A ti, que escuchas la oración,
ha de presentar todo mortal
4 sus acciones pecaminosas.
Innumerables son nuestros delitos
pero tú los perdonas.
5 Dichoso el que tú eliges e invitas
a morar en tus atrios.
Que nos saciemos de los bienes de tu casa,
de los dones sagrados de tu templo.

6 Con portentos favorables nos respondes,
Dios Salvador nuestro,
esperanza de los confines de la tierra
y del océano lejano.
7 Tú afianzas los montes con tu fuerza
ceñido de poder.
8 Tú acallas el estruendo del mar,
el estruendo de las olas
y el tumulto de los pueblos.
9 Los habitantes de los confines
se sobrecogen ante tus signos
y tú haces que canten de júbilo
las puertas de la aurora y del ocaso.

10 Tú cuidas de la tierra, la riegas,
la enriqueces sin medida;
La acequia de Dios va llena de agua.
Preparas sus trigales.
Así preparas la tierra:

11 empapas sus surcos,
igualas los terrones,
la mulles con lloviznas;
bendices sus brotes.
12 Coronas el año con tus bienes
y tus rodadas rezuman abundancia;
13 rezuman los pastos del páramo,
y las colinas se orlan de alegría;
14 las praderas se visten de rebaños
y los valles se cubren de mieses
que aclaman y cantan.

66 (65)

1 Aclame a Dios toda la tierra,
2 canten en honor de su Nombre,
tribútenle una espléndida alabanza.
3 Digan a Dios: ¡Qué formidable eres por tus obras,
por tu inmenso poder te adulan tus enemigos!
4 Que todo el mundo te rinda homenaje
cantando para ti, cantando en tu honor.
5 Vengan a ver las obras de Dios,
sus hazañas formidables
a favor de los hombres:
6 Transformó el mar en tierra firme;
a pie cruzaron el río.
¡Venid, alegrémonos con él!
7 Con su autoridad gobierna por siempre:
sus ojos vigilan a las naciones,
para que no se subleven los rebeldes.

8 Bendigan, pueblos, a nuestro Dios,
proclamen a voces su alabanza.
9 Nos conservó entre los vivientes
y no permitió que tropezara nuestro pie.

10 Oh Dios, nos pusiste a prueba,
nos refinaste como se refina la plata.
11 Nos metiste en una prisión,
pusiste un cincho en nuestros lomos,
12 dejaste que los mortales
cabalgaran sobre nosotros,
pasamos por fuego y agua,
pero nos llevaste a la abundancia.

13 Entraré en tu casa con holocaustos
para cumplir los votos
14 que pronunciaron mis labios
y prometió mi boca en la angustia.
15 Te ofreceré holocaustos cebados
con el incienso de carneros,
inmolaré vacas y cabras.

Salmo mixto, de alabanza y de acción de gracias. Se entrelazan en este salmo las actuaciones de Dios en el cosmos y en la historia. Todo el mundo, la tierra entera, es invitado a aclamar, cantar, tributar una espléndida alabanza a Dios por su inmenso poder o por sus obras terribles. También los enemigos reciben la invitación de postrarse ante el soberano. Lo harán aunque sea a regañadientes: «te adulan» (3b-4). Venir y ver (5), venir y alegrarse (6b), venir y escuchar (16) son invitaciones escalonadas a lo largo del salmo. Se trata de ver las obras de Dios (6), de ser espectadores del paso del Río o el Mar (cfr. Éx 14), antes de entrar en la tierra de la libertad (6). Quien salvó a su pueblo en otro tiempo, también lo salvará ahora (8s), aunque tenga que ser purificado pasando por el fuego del destierro (10-12). Ya en la abundancia, el pueblo, o el orante en su nombre, cumplirá lo prometido: un holocausto o un sacrificio de comunión (13-15). En vista de lo que Dios ha hecho en el cosmos y en la historia, es el momento de escuchar. El Señor ha escuchado «la voz de mi súplica» (19). Es el gran anuncio. Por eso la alabanza y la bendición (17.20). Sobre el gobierno universal del versículo 7 puede leerse Rom 14,9; el versículo 9 puede remitirnos a Ef 2,5; el versículo 12 a Hch 14,22. Repasemos nuestra historia o la historia de la Iglesia, y veamos cuánto ha hecho Dios por nosotros. Así le adoraremos, alabaremos y daremos gracias.

16 Vengan a escuchar, fieles de Dios,
les contaré lo que hizo por mí:
17 Lo invoqué con la boca,
con la lengua lo alabé.
18 Si yo hubiera tenido mala intención,
el Señor no me habría escuchado.
19 Pero Dios me escuchó,
atendió a la voz de mi súplica.

20 ¡Bendito sea Dios,
que no rechazó mi súplica
ni apartó de mí su misericordia!

Bendición en forma imprecatoria, como comentario a Nm 6,24-26; ésta, en boca de los sacerdotes aarónidas; en el salmo en plural: «nos». Es decir, se democratiza la bendición de Números. Todo bien procede de la bondad divina. Si estamos alegres ante Dios, todos los pueblos reconocerán su poderío y su victoria (2-4). El gobierno universal de Dios, es motivo para que todos los pueblos se alegren y salten de gozo (5s). La cosecha abundante es un signo de la bendición divina. Brota de aquí la alegría y el júbilo universal, como se repite rítmicamente en el estribillo (4.6). La bendición sálmica nos lleva al comienzo de la carta a los Efesios (Ef 1,3). Podemos orar con este salmo para dar gracias a Dios por los bienes de la tierra.

67 (66) (Nm 6,22-27)

2 Que el Señor tenga piedad y nos bendiga,
que nos muestre su rostro radiante,
3 que se reconozca en la tierra tu poderío,
y entre las naciones tu victoria.

4 *¡Que te den gracias los pueblos, oh Dios,*
que todos los pueblos te den gracias!

5 Que se alegren y salten de gozo las naciones
porque riges al mundo con justicia,
riges los pueblos con rectitud
y gobiernas las naciones de la tierra.

6 *¡Que te den gracias los pueblos, oh Dios,*
que todos los pueblos te den gracias!

7 La tierra ha dado su cosecha:
nos bendice Dios, nuestro Dios.
8 Que Dios nos bendiga, y que lo respeten
hasta en los confines del mundo.

Himno al poder divino y a su majestad. El enemigo se dispersa y huye, se disipa como humo y se derrite como cera; el justo se alegra, se alboroza y se alegra. Es el preludio del poema (2s). Viene a continuación el cántico del éxodo y de la tierra (5-11): La tierra se estremece (9) ante el «Jinete de las nubes» (5b), que muestra su poder siendo padre del pobre (6), liberando a los prisioneros (7) y preparando una tierra que será el hogar del rebaño rescatado de Egipto (9.11). El nuevo hogar es una tierra conquistada, tal como se celebra en el cántico siguiente, dedicado a la tierra (12-19). Dios abre la marcha del pueblo hacia la tierra. Los reyes huyen, y dejan tras de sí un rico botín para Israel (14). Las altas montañas del norte se inclinan reverentes ante la humilde colina de Sión, morada elegida por Dios (16s). Los reyes vencidos forman

68 (67) (Jue 5; Hab 3)

2 Se levanta Dios y se dispersan sus enemigos,
huyen de su presencia quienes lo odian.
3 Como se disipa el humo, los disipas,
como se derrite la cera ante el fuego,
así perecen los malvados ante Dios.
4 En cambio los justos se alegran,
se alborozan en la presencia de Dios,
y festejan de alegría.

5 Canten a Dios, toquen en su honor,
ensalcen al jinete de las nubes;
su Nombre es el Señor, salten de gozo ante él.
6 Padre de huérfanos, protector de viudas
ése es Dios desde su santa morada.
7 Dios da un hogar a los que están solos,
libera de la prisión a los cautivos;
mas los rebeldes se quedan en el yermo.

8 Oh Dios, cuando salías al frente de tu pueblo,
cuando avanzabas por el desierto,
9 la tierra tembló, los cielos se licuaron,
ante Dios, el Dios del Sinaí,
ante de Dios, el Dios de Israel.

10 Tú derramaste, oh Dios, una lluvia generosa,
aliviaste tu heredad extenuada.
11 Tu rebaño habitó en la tierra,
que bondadosamente, oh Dios,
habías preparado para los pobres.

12 Mi Señor pronuncia un oráculo,
y una multitud anuncia la noticia:
13 Los reyes, los ejércitos huyen, van huyendo,
y las mujeres de la casa reparten el botín.
14 Mientras dormían en los apriscos,
las alas de paloma se cubrían de plata,
y sus plumas de oro amarillo.
15 Cuando el Todopoderoso dispersaba reyes,
nevaba en el Monte Salmón.

16 Montaña altísima es la montaña de Basán,
montaña escarpada es la montaña de Basán.
17 ¿Por qué envidian, montañas escarpadas,
al monte que Dios eligió para habitar?
El Señor habitará en él por siempre.
18 Los carros de Dios son miles y miles,
los arqueros, millares:
el Señor marcha del Sinaí al santuario.
19 Subiste a la cumbre llevando cautivos,
recibiste tributo de seres humanos,
aun de quienes se oponían
a la mansión del Señor Dios.

20 Bendito sea el Señor día tras día:
Dios, nuestro salvador, nos alivia.
21 Nuestro Dios es un Dios salvador,
el Señor, mi Dueño, nos libra de la muerte.
22 Dios aplasta la cabeza de sus enemigos,
el cráneo melenudo de los criminales.

23 Dice el Señor: Los traeré de Basán,
los traeré desde el fondo del mar,
24 para que bañes tus pies en su sangre
y la lengua de los perros
tenga en tus enemigos su porción.

25 Aparece tu cortejo, oh Dios,
el cortejo de mi Dios, mi Rey, al santuario.
26 Al frente marchan los cantores,
al final, los arpistas;
en medio, las jovencitas
van tocando panderos.

parte del cortejo divino, que llega a su santa morada flanqueado por su ejército (18s). Las gestas del alivio del pueblo, liberado de la muerte, y la derrota de los profesionales de la guerra (22) son celebradas en el culto, como se canta en el interludio (20-22). A partir de aquí, el poema es un cántico procesional hacia Sión (23-34). Los enemigos no tienen salvación: han de comparecer ante el Soberano, aunque se escondan en lo más alto y escarpado o en lo más profundo y remoto (23s). Sucede lo contrario con el pueblo de Dios. Está representado por dos tribus del norte, Zabulón y Neftalí, y por otras dos del sur, Benjamín y Judá (27s). Se dirige hacia el Templo cantando y danzando (27s). Ya en el Templo pide a Dios que derrote a los enemigos de Israel, aludidos con nombres de fieras (29-32), y que todos los reyes vengan a Jerusalén trayendo tributo al Soberano, Auriga de las nubes (33s). Finaliza el salmo con un postludio (35s), en el que se pide que todos reconozcan el poderío de Dios. El versículo 19 es aplicado a la ascensión del Señor por Ef 4,8 (cfr. Hch 2,33); el que subió es el que «bajó» para aplastar la cabeza del enemigo (21). Este salmo es apto para celebrar nuestra liberación, mientras nos encaminamos hacia la tierra prometida.

27 En la asamblea bendicen a Dios,
al Señor en la congregación de Israel.
28 Miren: los guía Benjamín, el más pequeño,
los príncipes de Judá y sus huestes,
los príncipes de Zabulón,
los príncipes de Neftalí.

29 ¡Manda, oh Dios, tu fuerza,
refuerza, oh Dios, lo que hiciste por nosotros
30 desde tu templo de Jerusalén!
Que te traigan los reyes su tributo.
31 Reprime a la Fiera del Cañaveral,
a la manada de Toros,
a los Novillos de los pueblos:
que se sometan con lingotes de plata.
¡Dispersa a los pueblos belicosos!
32 Que los mercaderes de Egipto
vengan con regalos,
Etiopía tienda sus manos hacia Dios.

33 Reinos del mundo, canten a Dios,
toquen para nuestro Señor.
34 ¡Véanlo cabalgando por los cielos,
los cielos antiguos!
¡Ya lanza su voz,
su voz de victoria!

35 Reconozcan la victoria de Dios:
sobre Israel, su majestad,
su poderío, sobre las nubes.
36 Dios es terrible en su santuario.
Ciertamente el Dios de Israel
da fuerza y poder a su pueblo.
¡Bendito sea Dios!

La súplica de este salmo se eleva desde lo profundo del dolor. El comienzo (2-5) nos sorprende con un cúmulo de imágenes: Aguas profundas, ciénagas sin fondo, corrientes arrolladoras son otras tantas imágenes del diluvio del mal y causa de la destrucción física. De esta situación brota el grito inicial: «Sálvame, Señor». Los versículos 6-19 reitera la temática, aunque en orden inverso: un cuerpo destruido (6-13) y el diluvio del mal (14-19). Sin duda que el salmista sufre a causa de los pecados personales; pero también por ser fiel a Dios y a su Templo (8-10), por las prácticas penitenciales (11-13). Se ha quedado solo. Ahora puede presentar ante Dios un cuerpo destruido y un espíritu lacerado. ¿A quién dirigirse sino a Dios, que, sin duda, responderá por «su inmenso amor» (14b). A partir de aquí se acumulan los

69 (68) (109)

2 ¡Sálvame, Dios,
que me llega el agua al cuello!
3 Me hundo en el fango profundo
y no puedo hacer pie;
he entrado en las aguas sin fondo
y me arrastra la corriente.
4 Estoy exhausto de gritar,
tengo ronca la garganta,
se me nublan los ojos
esperando a mi Dios.

5 Más que los cabellos de la cabeza
son los que me odian sin motivo,
más numerosos que mis cabellos
son mis enemigos mentirosos.
¿Es que tengo que devolver
lo que no he robado?

6 Dios mío, tú conoces mi ignorancia,
no se te ocultan mis culpas.
7 Que por mi culpa no queden defraudados
los que esperan en ti, Señor Todopoderoso;
que por mi culpa no se avergüencen
los que te buscan, Dios de Israel.
8 Pues por ti aguanté afrentas,
la vergüenza cubrió mi rostro.
9 Soy un extraño para mis hermanos,
un extranjero para los hijos de mi madre
10 porque me devora el celo por tu templo
y las afrentas con que te afrentan
caen sobre mí.
11 Si sollozo ayunando, se burlan de mí;
12 si me visto de sayal, se ríen de mí;
13 sentados a la puerta cuchichean,
los borrachos me sacan coplas.

14 Pero yo, Señor, a ti dirijo mi oración,
en el momento propicio;
por tu gran amor, respóndeme, oh Dios,
con tu fidelidad salvadora.
15 Sácame del fango, no me hunda,
líbrame de los que me aborrecen
y de las aguas sin fondo;
16 que no me arrastre la corriente,
ni me trague el torbellino,
ni el pozo se cierre sobre mí.
17 Respóndeme, Señor, por tu bondadoso amor,
por tu inmensa ternura vuelve tus ojos a mí.
18 No ocultes tu rostro a tu siervo,
estoy angustiado, respóndeme enseguida.
19 Acércate a mí, rescátame,
líbrame de la guarida del enemigo.

20 Tú conoces mi oprobio,
mi vergüenza y deshonra,
ante ti están mis opresores.
21 El oprobio me parte el corazón
y me siento desfallecer;
espero compasión, y no la hay,
consoladores, y no los encuentro.

22 Echaron veneno en mi comida
y en mi sed me dieron vinagre.
23 Que su mesa se vuelva una trampa
y sus compañeros, un lazo.
24 Que se apaguen sus ojos y no vean,
y sus lomos flaqueen sin cesar.
25 Descarga sobre ellos tu enojo,
que los alcance el incendio de tu ira.

26 Que su campamento quede desierto
y nadie habite sus tiendas,

imperativos. El Dios fiel, de inmensa ternura y amor, no puede permanecer indiferente ante tanto apremio; mucho menos cuando Él conoce la necedad (6). También conoce «mi oprobio, mi vergüenza y mi deshonra» (20), causados por la presencia externa del mal (20-30). Los hombres inmisericordes añaden nuevas aflicciones al dolor íntimo procedente de la mano divina (27). El orante pide que Dios actúe de dos formas: descargando infortunios sobre los inmisericordes: doce improperios (23-26.28-29), hasta borrarlos del libro de la vida (29), y restableciendo al pobre malherido (30). El hecho de que Dios escuche a los pobres inspira un himno de acción de gracias, primero personal (31-34) y después cósmico (35-37), que agrada a Dios mucho más que cualquier sacrificio, según la legislación del Levítico. Son varios los versículos de este salmo citados o aludidos en el Nuevo Testamento: El versículo 5 en Jn 15,25; el versículo 10a en Jn 2,17; el versículo 10b en Rom 15,3; se alude al versículo 13 en Mt 27,27-30; al 22 en Mt 27,34 y en Mc 15,23; los versículos 23s en Rom 11,9; el versículo 26 en Hch 1,20. El registro de los vivos (29) es mencionado en Flp 4,3; Ap 3,5 y 13,8. Con el dolor de nuestros hermanos podemos recomponer el rostro del Cristo roto. Unidos a ellos podemos suplicar: «¡Sálvame, oh Dios, que me llega el agua al cuello!» (2).

27 porque persiguen al que tú heriste
y cuentan las heridas del que laceraste.
28 Añade culpa a sus culpas,
y no accedan a tu justicia.
29 Sean borrados del libro de los vivos,
no sean inscritos con los justos.

30 Pero a mí, pobre y malherido,
tu salvación, oh Dios, me restablecerá.

31 Alabaré el Nombre de Dios con cantos:
proclamaré su grandeza
con acción de gracias:
32 le agradará a Dios más que un toro,
más que un novillo con cuernos y pezuñas.

33 Mírenlo, humildes, y alégrense,
recobren el ánimo, buscadores de Dios;
34 porque el Señor escucha a los pobres
y no desprecia a sus cautivos.

35 Alábenlo, cielo y tierra,
mares y cuanto bulle en ellos.
36 Pues Dios salvará a Sión
y reconstruirá los poblados de Judá:
la habitarán y la poseerán,
37 la estirpe de sus servidores la heredará,
los que aman su Nombre vivirán en ella.



(40,14-18)

Esta súplica individual -que es una repetición de Sal 40,14-18 con pequeñas variantes- está formada por una maldición (3s) y una bendición (5), enmarcadas entre un invitatorio (2) y una conclusión (6). La confusión será para quienes se burlan del salmista; la bendición para quienes confiesan la grandeza divina. La urgencia del comienzo del salmo y la súplica «¡No tardes!» del final se dan la mano. Dios debe apresurarse porque tiene ante sí a un pobre y oprimido. Las burlas del enemigo son las de Mt 27,42s; su retroceso sucede en el huerto (cfr. Jn 18,6). El pobre es aquel que, siendo rico, se hizo pobre por nosotros (2 Cor 8,9). Cuando deseamos suplicar por nosotros o por los demás podemos recurrir a este salmo.

2 ¡Oh Dios, apresúrate a librarme,
Señor, date prisa en socorrerme!

3 Queden derrotados y humillados
los que me persiguen a muerte,
retrocedan confundidos
los que desean mi daño.
4 Retírense avergonzados
los que se carcajean de mí.

5 Alégrense y gocen conmigo
todos los que te buscan;
Digan siempre: ¡Dios es grande!,
los que anhelan tu salvación.

6 Yo soy humilde y pobre,
¡oh Dios, ven pronto a mí!
Tú eres mi auxilio y mi salvador,
¡Señor, no tardes!

71 (70) (90)

1 A ti, Señor, me acojo
nunca quede defraudado.
2 Por tu justicia, líbrame y rescátame,
tiende tu oído hacia mí y sálvame.
3 Sé mi roca de refugio, siempre accesible,
la que prometiste para liberarme,
pues mi peña y mi alcázar eres tú.
4 Dios mío, líbrame de la mano perversa,
del puño criminal y opresor.

5 Tú eres mi esperanza, Señor mío,
y mi confianza, Señor, desde mi juventud.
6 Desde el seno materno me apoyaba en ti,
desde la entrañas de mi madre me sostenías.
¡A ti la alabanza continua!
7 Eres un prodigio para muchos,
pues tú eres mi refugio fortificado.
8 Llena está mi boca de tu alabanza,
de tu elogio todo el día.

9 No me rechaces ahora en la vejez,
no me abandones, cuando decaen mis fuerzas,
10 porque mis enemigos hablan de mí,
quienes me espían dictaminan:
11 Dios lo ha abandonado,
persíganlo, aprésenlo,
que no hay quien lo libre.

12 Oh Dios, no te quedes lejos,
Dios mío, apresúrate a socorrerme.
13 Sean confundidos y humillados
los que atentan contra mi vida;
cúbranse de humillación y de vergüenza
los que buscan mi daño.

14 Yo en cambio esperaré siempre,
reiterando tus alabanzas.
15 Mi boca anunciará tu justicia
y tu salvación todo el día,
aunque no sepa contarla.
16 Entraré en tu fortaleza, Señor mío,
recordaré tu justicia, Señor, sólo tuya.

17 Me instruiste, Dios mío, desde mi juventud
y hasta hoy he anunciado tus maravillas.
18 Ahora, en la vejez y en las canas,
no me abandones, oh Dios,
hasta que anuncie tu poder a la asamblea
y a cuantos entran en tu fortaleza.
19 Tu justicia, oh Dios, llega hasta el cielo
porque has hecho cosas grandes:
oh Dios, ¿quién como tú?

La amargura (2-12) y la esperanza de la vejez (14-24) forman el díptico de este salmo de lamentación y de súplica individual. El bochorno abre y cierra las dos tablas del díptico (1.13.25). El anciano, del que hablan algunos versos de una forma explícita y otros afectados por el contexto, hace un repaso de su vida. Aunque no sea territorio de la memoria, se remonta al nacimiento (6). Recuerda su juventud, y cómo, ya entonces, confiaba en el Señor (6). Recuerda las tribulaciones que ha vivido y los peligros por los que ha pasado (20.23b), también los que ahora debe afrontar (2.4.10). Recuerda la justicia salvadora (16) y la instrucción divina (17). A lo largo de la vida ha contado y narrado, aunque no fuera un experto (15b), lo que Dios ha hecho por él: ha sido y es su «refugio fortificado» (7b) y ha anunciado las maravillas divinas a lo largo de la vida (17b). Ahora, en la vejez y en las canas (18a), aún le queda tarea por delante: esperar y alabar (14), anunciar la justicia y la salvación (15b), y, sobre todo, entrar en la fortaleza divina (16). Cuando flaquean las fuerzas, Dios es fuerza y fortaleza (3.7.18). Este piadoso anciano no será humillado, sino que, rescatado de las simas de la tierra (20b), su voz, sus labios y su vida toda se emplean en la alabanza. La humillación queda para otros (13.24b). El anciano se acogió a Dios a lo largo de la vida, y nunca quedará defraudado (1). Los muchos años no son un signo del abandono de Dios, sino una vida mimada por el cariño del también «Anciano» (Dn 7,9), que «vive para siempre» (Ap 4,10). El anciano es maestro de vida. Aún tiene mucho que decir y mucho más que esperar. Este salmo puede ayudarle en su tarea.

20 Aunque me hiciste pasar
por muchas angustias y desgracias
me devolverás la vida,
y de las simas de la tierra
me sacarás de nuevo.
21 Acrecentarás mi dignidad,
y me rodearás de tu consuelo.
22 Te alabaré a plena voz con el arpa,
Dios mío, por tu fidelidad;
tocaré la cítara en tu honor,
Santo de Israel.
23 Te aclamarán mis labios
–cantando para ti–
y también mi vida,
la que tú rescataste.
24 Incluso mi lengua
proclamará tu justicia todo el día.
¡Queden confundidos y humillados
los que buscaban mi daño!

Oración por el rey o por el heredero de la corona. En la solemne invocación inicial (1-4) se pide a Dios que haga partícipe de su rectitud y justicia al joven monarca que accede al trono como sucesor. Ha de ser una justicia que defienda a los pobres, que termine con los opresores, y que propicie que todos los súbditos participen de las riquezas de la tierra. Para el rey se pide también una vida tan larga en el tiempo (5), como un reino dilatado en el espacio (8); que sea el suyo un reinado próspero y beneficioso, como la llovizna que es capaz de proporcionar una doble cosecha (6s). La tercera serie de deseos afecta a la política exterior: que se le sometan todos los pueblos, desde los indomables beduinos del desierto hasta los lejanos reyes de Tarsis; que todos acepten al monarca y le paguen tributo (9-11). La concesión de estos deseos o peticiones está condicionada por el comportamiento del monarca (12-14): si cumple las condiciones expresadas en los versículos 12-14, el nombre del rey y su fama serán eternos, los reyes extranjeros le pagarán tributo, la tierra será fecunda (15-17). También este segundo libro del salterio finaliza con una doxología (18s). El Reino de Dios es un reino eterno (cfr. Lc 1,33), universal (Mt 2,2.4.11; Ap 15,4), reino de justicia y de paz (cfr. Mt 5,6.9; Rom 14,17; Sant 3,18). Los opresores serán vencidos (cfr. Lc 11,21s; Ap 18,12). El rey será defensor de los pobres (cfr. Lc 4,18; 7,22), a

72 (71)

(2 Sm 23,1-7)

1 Oh Dios, confía tu juicio al rey,
y tu rectitud al hijo del rey.
2 Para que gobierne a tu pueblo con justicia,
a tus humildes con rectitud.
3 Produzcan los montes bienestar
y las colinas, prosperidad para tu pueblo;
4 que él defienda a los humildes del pueblo,
socorra a los hijos de los pobres
y aplaste al opresor.

5 Que dure tanto como el sol,
como la luna, por generaciones.
6 Que baje como lluvia sobre el césped,
como llovizna que empapa la tierra.
7 Que en sus días cunda la prosperidad,
y haya prosperidad hasta que falte la luna.
8 Que domine de mar a mar,
del Río al confín de la tierra.

9 Inclínense en su presencia los beduinos,
y sus enemigos muerdan el polvo.
10 Que los reyes de Tarsis y las islas
le paguen tributo;
que los reyes de Sabá y Arabia
le paguen impuestos.
11 Que se postren ante él todos los reyes
y que todos los pueblos le sirvan.

12 Si él libra al pobre suplicante,
al humilde y al desvalido;

[13] si se apiada del pobre y del débil,
y salve la vida de los pobres;
[14] si los rescata de la opresión y la violencia,
y considera valiosa su sangre,

[15] que viva y le den oro de Sabá,
que recen por él continuamente
y todo el día lo bendigan;
[16] haya en el campo trigo abundante,
que ondee en la cima de los montes;
brote su fruto como el Líbano
y retoñe como hierba del campo;
[17] que su fama sea eterna,
y su nombre se perpetúe como el sol.
Que se feliciten por él los pueblos,
y lo proclamen dichoso.

* * *

[18] ¡Bendito el Señor Dios de Israel,
el único que hace maravillas!
[19] ¡Bendito por siempre su Nombre glorioso,
que su gloria llene la tierra!
¡Amén, amén!
[20] *[Terminan las súplicas de David hijo de Jesé]*

quienes rescatará o vengará (cfr. Mt 20,28; Tit 2,14; Ap 6,10). Para el deseo de vida duradera cfr. Ap 1,18; Rom 6,9. El rey será universalmente reconocido (Flp 2,10; Ap 14,6s, etc.). No basta con rezar por los gobernantes. Como cristianos hemos de esforzarnos para que nuestra sociedad sea más justa, solidaria e igualitaria. Nos ayudará este salmo.

73 (72)

[1] ¡Qué bueno es Dios, oh Israel,
para los limpios de corazón!

[2] Pero yo a punto estuve de tropezar,
mis piernas casi llegaron a vacilar,
[3] porque envidiaba a los perversos
viendo prosperar a los malvados.

[4] Para ellos no hay sinsabores,
sano y robusto está su cuerpo;
[5] no pasan las fatigas de los mortales
ni son vejados por los humanos.
[6] Y es que su collar es el orgullo
y se visten un traje de violencia.
[7] Sus ojos brillan de felicidad,
de presunción desborda su corazón.

[8] Insultan, hablan con malicia,
altivamente hablan de opresión.
[9] Su boca se eleva contra el cielo
y su lengua se pasea por la tierra.
[10] Por eso mi pueblo va tras ellos
y bebe copiosamente de sus aguas.
[11] Dicen: ¿va a saberlo Dios,
se va a enterar el Altísimo?
[12] Así son los malvados,
que, despreocupados del Eterno,
aumentan sus riquezas.

Reflexión sapiencial sobre la retribución de los buenos y de los malos. De tejas hacia abajo la pregunta es ésta: ¿Merece la pena persistir en la inocencia sin obtener ninguna ganancia? La prosperidad de los malvados incuba la envidia en los inocentes y pone en crisis su comportamiento, pese a que sabe que Dios es bueno para con los inocentes. (1-3). El retrato del malvado es magnífico: sin penalidades, sin las fatigas del resto de los mortales, orgullosos y violentos, presuntuosos y opresores, rebosantes de felicidad, se burlan de los hombres e incluso de Dios, arrastran tras de sí a otros. Con la última pincelada queda dicho todo: son despreocupados y acumulan riquezas (4-12). ¿Para qué obstinarse en ser bueno? Surge un dilema: si se comporta como los malvados, el inocente traiciona a sus hermanos; si persiste en su conducta, ¿no será un estúpido? (13-16). El poeta se eleva sobre sí mismo y enfoca el problema desde otra perspectiva: desde el santuario de Dios, desde la cercanía a Dios (17). Tras una magnífica fachada, los malvados son pura apariencia transitoria. El atractivo de antaño se convierte en horror; el terror los invade al experimentar el desprecio divino. (18-20). En diálogo con Dios se descubre la necedad de las pasadas cavilaciones. Existe un bien supremo: estar junto a Dios, ser tomados

de la mano, conducidos y aun «arrebatados» por Dios. El salmista sale de la crisis intelectual y existencial afianzado en su fe (21-28). Pablo de Tarso nos transmitió su experiencia personal hablando de los opuestos: pérdida/ganancia (cfr. Flp 3,7-9). En una sociedad de consumo como la nuestra un salmo de este tipo nos viene muy bien. Quien ore con él puede preguntarse: ¿dónde está mi felicidad?

13 Entonces, ¿purifiqué en vano mi corazón
y me lavé las manos como inocente,
14 aguanté afrentas todo el día
y fui castigado cada mañana?
15 Si hubiera dicho: Hablaré como ellos,
habría traicionado el linaje de tus hijos.
16 Meditaba yo para entenderlo,
pero me resultaba muy difícil.

17 Hasta que entré en el santuario de Dios
y comprendí el destino de ellos.
18 Es verdad: los pones en el resbaladero,
y los empujas a la ruina;

19 ¡Qué pronto se convierten en horror
y acaban consumidos de espanto!
20 Como un ensueño al despertar, Señor,
al levantarte desprecias su figura.

21 Cuando mi corazón se amargaba,
cuando me torturaba en mi interior,
22 yo era un necio y un ignorante,
era sólo un animal ante ti.
23 Pero yo siempre estaré contigo:
me tomas de la mano derecha,
24 me guías según tus planes
y me llevas a un destino glorioso.

25 ¿A quién tengo yo en el cielo?
Contigo nada deseo en la tierra.
26 Aunque se consumen mi carne y mi corazón,
Dios es siempre el apoyo
de mi corazón y mi herencia.
27 Sí, los que se alejan de ti se pierden,
destruyes a los que te son infieles.
28 Pero mi bien es estar junto a Dios,
hacer de mi Dueño, el Señor, mi refugio
y contar todas tus acciones.

La destrucción el Templo, el año 587/586 a.C., inspira este salmo, al menos en parte. Comienza, en efecto, con una elegía por el Templo destruido (1-9). Se han desmoronado los antiguos dogmas y las ancestrales seguridades. Los enemigos han destruido con crueldad y saña el Templo de Dios, morada del Altísimo. El profeta Isaías había proclamado que este lugar santo era inviolable. Helo ahora por tierra y saqueado. Estandartes extranjeros y blasfemos presiden la asamblea otrora santa. Era el pueblo elegido por Dios. ¿Por qué, oh Dios, por qué? (1). Sólo cabe una explicación: Dios nos ha rechazado para siempre (1). Cabe, sin embargo una súplica: Acuérdate, rescata, le-

74 (73)

(76; Lam 2; Eclo 36,1-22)

1 ¿Por qué, oh Dios,
nos tienes abandonados para siempre
y humea tu cólera
contra las ovejas de tu rebaño?
2 Acuérdate del pueblo que adquiriste
antiguamente,
que rescataste como tribu de tu propiedad
del monte Sión donde habitabas.

3 Levanta a tu pueblo de la ruina total,
el enemigo ha destrozado el santuario.
4 Rugían tus adversarios en medio de tu asamblea,
colocaban como señal sus estandartes;

5 se asemejaban a quien se abre paso
a hachazos en la espesa arboleda;
6 todos juntos derribaron las puertas,
las abatieron con hachas y mazas;
7 prendieron fuego a tu santuario,
asolaron y profanaron
la morada de tu Nombre.

8 Dijeron: ¡Quememos, junto a tu linaje,
los templos de Dios en el país!
9 Ya no vemos nuestros estandartes,
ni tenemos un profeta,
ninguno de nosotros sabe hasta cuándo.

10 ¿Hasta cuándo, oh Dios, te insultará el enemigo,
y el adversario despreciará
sin cesar tu Nombre?
11 ¿Por qué retiras tu mano izquierda
y tienes la derecha escondida en el seno?
12 Mas tú, oh Dios, eres mi rey desde antiguo,
autor de victorias en medio de la tierra.
13 Tú con tu fuerza agitaste el Mar,
quebraste las cabezas del monstruo marino.

14 Tú aplastaste las cabezas de Leviatán,
las echaste como pasto a manadas de fieras.
15 Tú alumbraste manantiales y torrentes,
tú secaste ríos inagotables.
16 Tuyo es el día, tuya también la noche,
tú colocaste la luna y el sol.
17 Tú trazaste los límites del mundo,
el verano y el invierno tú los creaste.

18 Recuérdalo: el enemigo te afrenta, Señor,
y un pueblo insensato desprecia tu Nombre.
19 No entregues al depredador
la vida de tu tórtola,
no olvides para siempre la vida de tus pobres.
20 Fíjate en la alianza:
que los escondrijos del país
están repletos de focos de violencia.
21 ¡No quede defraudado el oprimido,
que el humilde y el pobre alaben tu Nombre!

22 ¡Levántate, oh Dios, defiende tu causa!,
recuerda las continuas ofensas del insensato,
23 no olvides el griterío de tus adversarios,
el creciente vocerío de tus agresores.

vanta (2s)... Es el rebaño que tú sacaste de Egipto y lo trajiste a la tierra de tu propiedad (2). Continúa el salmo con un himno a Dios rey y creador (10-17): el Señor del tiempo y del espacio, rey desde siempre y autor de maravillas (12), es capaz de actuar. Pero, ¿hasta cuándo permanecerá la situación actual? ¿Hasta cuándo prevalecerá el enemigo? (10) ¿Cuándo pondrá Dios manos a la obra, a la reconstrucción? La tercera parte del salmo es una súplica al Dios de la alianza (18-23): ¿cómo tan gran Señor aguanta la afrenta de un pueblo insensato? Es necesario que retorne al recuerdo (18.22). La alianza no puede haber sido olvidada (20). La vida de los pobres está ante su mirada (19b). A los oídos divinos ha llegado, sin duda, el griterío de los adversarios (23). El pobre y el humilde no pueden quedar defraudados. (21). Dios, Pastor y Rey, Creador todopoderoso ha de cuidar con delicadeza la vida de la tórtola (19a). La salvación está cercana. El llanto de Jesús sobre Jerusalén (cfr. Lc 19,41-44) vincula esta elegía a las lágrimas de Jesús, aunque dejara dicho que de ese Templo no quedaría piedra sobre piedra (cfr. Mt 24,2). El Templo destruido fue reconstruido al tercer día (cfr. Mt 26,61; Hch 6,14). Ahora es mayor y más perfecto que el Templo antiguo, pues ha sido levantado por Dios (Heb 9,12). Jesús acaso hoy lloraría por la humanidad. Las armas de destrucción ya no son el hacha y el martillo, sino los sistemas económicos, por ejemplo. Y toda la humanidad está llamada a entrar en el nuevo Templo. ¿Por qué no orar con este salmo?

75 (74)

2 Te damos gracias, oh Dios, te damos gracias,
invocando tu Nombre,
contando tus maravillas.

Este salmo de acción de gracias bien puede ser una respuesta a los interrogantes del salmo anterior. Se le pedía a Dios que juzgara, ahora juzga (3); se le preguntaba «¿hasta cuándo?», ahora responde: «cuando elija la ocasión» (3). En vez

de la batalla cósmica del salmo anterior, la estabilidad (4b). En el salmo 74 dominaba el «Tú», ahora el «Yo»... Es el Yo divino, que pronuncia un oráculo (3-6), posteriormente comentado (7-9). El oráculo va dirigido a la asamblea reunida para dar gracias (2). Ante Dios Juez de nada sirve la altanería humana, simbolizada en la cornamenta de la que habla el original Hebreo. Aunque los poderosos, bravos como toros y fuertes, levanten «su frente» -su testuz o cornamenta-, no se impondrán al Excelso (5s). Sólo Él gobierna y lo hace a su modo: abatiendo el poderío de los malvados y exaltando el poderío del justo (7-11). El tema de Dios Juez suena también en el Nuevo Testamento (cfr. Heb 12,23; Rom 3,6; Sant 4,12; 1 Pe 1,17). La profecía no se calló ante la arrogancia de los poderosos. Orando con este salmo podemos ser legítimos herederos de los profetas, en un mundo que se construye sobre el poder y la opresión.

3 Cuando elija la ocasión,
yo juzgaré rectamente.
4 Aunque tiemble la tierra con sus habitantes,
yo he afianzado sus columnas.

5 Digo a los jactanciosos: No se jacten,
a los malvados: No levanten la frente,
6 no levanten la frente contra el Excelso,
no hablen insolentemente contra la Roca.

7 No es el Oriente ni el Occidente,
no es el Desierto ni la Montaña;
8 es Dios quien gobierna:
a uno humilla, a otro ensalza.
9 El Señor tiene una copa en la mano,
un vaso lleno de vino espumoso y drogado:
lo verterá, lo sorberán hasta las heces,
lo beberán todos los malvados de la tierra.

10 Yo siempre proclamaré su grandeza
y cantaré para el Dios de Jacob.
11 Derribaré el poder de los malvados,
el poderío del justo será exaltado.

Canto de Sión, con dos estrofas: la bélica (2-4.5-7: en Jerusalén y en los montes, respectivamente) y la judicial (8-10; 11-13: en el cielo y en la tierra). Como guerrero, Dios «quiebra los destellos del arco» (4a), «brama» (7), es «deslumbrante y magnífico» (5). Los enemigos no pueden con Él (5-7). Desconcertados y aturdidos, quedan paralizados (6s). Sus pertrechos se convierten en botín del Guerrero (5b). La sentencia es proclamada desde el cielo y ha de cumplirse en la tierra. El Dios «terrible» (8.12b.13) salva a los oprimidos del mundo (10b) y tritura encolerizado la cólera humana, pero protege a quien sobreviva a la Cólera divina (8-13). El vencedor en la batalla juzga. Ap 12 recoge y desarrolla esta imagen bélica. Puede orar con este salmo quien admita que Dios nos sostiene en las luchas y en las conquistas.

76 (75)

(46; 48)

2 Dios se manifiesta en Judá,
su fama es grande en Israel,
3 su tienda está en Jerusalén,
su morada en Sión.
4 Allí quebró los destellos del arco,
el escudo, la espada y la guerra.

5 ¡Tú eres deslumbrante, magnífico
con montones de botín!
6 Fueron despojados los valientes
que dormían su sueño,
a los guerreros les fallaron sus brazos.
7 Ante tu bramido, Dios de Jacob,
se aturdieron el jinete y el caballo.
8 ¡Tú eres terrible!, ¿quién se mantendrá
ante ti cuando estás enojado?
9 Desde el cielo proclamarás la sentencia;
la tierra se asustará y enmudecerá,
10 cuando te levantes, oh Dios, para juzgar,
para salvar a los oprimidos del mundo.
11 Sí, triturarás la cólera humana,
protegerás a los que sobrevivan a tu cólera.
12 Hagan voto al Señor, su Dios, y cúmplanlos
cuantos lo rodean traigan regalos al Terrible,
13 que deja sin aliento a los príncipes
y es Terrible para los reyes del mundo.

77 (76)

[2] ¡A voces clamo a Dios,
a voces clamo con insistencia a Dios,
que me escuche enseguida!
[3] En mi angustia te busco, Dueño mío,
te tiendo mis manos sin descanso,
y rechazo todo consuelo.
[4] Me acuerdo de Dios entre gemidos,
meditando, mi espíritu languidece.
[5] Tú sujetas los párpados de mis ojos,
me agito, sin poder hablar.
[6] Considero los días antiguos,
los años remotos [7] recuerdo.
De noche, tocando la lira,
mi corazón medita
y mi espíritu indaga.

[8] ¿Es que el Señor nos rechazará para siempre
y dejará de sernos propicio?
[9] ¿Se habrá agotado para siempre
su misericordia,
se habrá terminado para el futuro su promesa?
[10] ¿Habrá olvidado Dios su bondad
o cerrado con ira sus entrañas?

[11] Y me digo: Éste es mi dolor:
la mano del Altísimo está paralizada.

[12] Recuerdo las proezas del Señor,
sí, recuerdo tus antiguos portentos,
[13] considero todas tus proezas,
considero todas tus hazañas.

[14] Dios mío, tu camino es santo,
¿qué Dios es grande como nuestro Dios?
[15] Tú eres el Dios que obras maravillas
y mostraste a los pueblos tu poder.
[16] Con tu brazo rescataste a tu pueblo,
a los hijos de Jacob y de José.

[17] Te vio el mar, oh Dios,
te vio el mar y tembló,
las olas se estremecieron.
[18] Las nubes descargaron sus aguas,
retumbaron los nubarrones,
tus rayos zigzaguearon.
[19] Rodaba el estruendo de tu trueno,
los relámpagos deslumbraban el mundo,
la tierra temblaba y retemblaba.
[20] Tu camino discurría por las aguas,
tu sendero por las aguas caudalosas,
y no quedaba rastro de tus huellas.

La penosa situación presente (2-11) contrasta con la jubilosa historia del pasado (12-21). Sin embargo no es necesario desdoblar este salmo en dos: el primero como lamentación individual (2-11) y el segundo como himno triunfal (12-21). El recuerdo es el hilo conductor (4.7.10.12). Pero existe una diferencia: en el presente es un recuerdo nostálgico que acrecienta el dolor. Éste suena con insistencia y con apremio (2). Se incrementa con el recuerdo (4), hasta perder el sueño (6) y convertir las noches en largas vigilias de cavilaciones dolorosas (7). Las preguntas retóricas (8-10) desembocan en esta amarga confesión: «Éste es mi dolor: la mano del Altísimo está paralizada» (11). Podemos suponer como fondo de esta amargura la experiencia del destierro. Este recuerdo, tan nostálgico y doloroso, cede el paso a otro tipo de recuerdo: el que evoca las gestas del éxodo. Son patentes los contactos de Éx 15 y el presente salmo. El poeta describe la epopeya del éxodo acumulando visión, sonidos y movimiento (17-20). Ningún poeta bíblico ha hablado de las huellas de Dios. En el salmo es una bella imagen con la que finaliza la descripción. La conclusión de todo el salmo puede ser ésta: también ahora, en la situación presente, el Dios del éxodo guiará nuevamente a su rebaño, con la mano de otro Moisés y de otro Aarón (21). La Pascua es el «paso del Señor». Miramos hacia el pasado y recordamos a Jesucristo, «resucitado de entre los muertos» (2 Tim 2,8); después anunciamos la fuerza arrolladora de su resurrección (cfr. Col 3,1s). Es un salmo para el recuerdo en tiempos de aflicción.

21 Guiaste a tu pueblo como un rebaño
por la mano de Moisés y de Aarón.

78 (77)

La presente reflexión sobre la historia santa es como una parábola o un misterio. La parábola discurre entre líneas, y se explicita al final: el pueblo es un rebaño sacado de Egipto (52-54) y encomendado a David (70-72). La destrucción del santuario de Siló también es una parábola de otra destrucción, quizás la del reino del norte el año 722 a.C. El salmo es también un misterio, acaso con una doble acepción: el poeta nos presenta la maravillosa y misteriosa actuación de Dios y un pueblo que no entiende. La historia se convierte en paradoja, que acumula rasgos contradictorios en el pueblo y en Dios. ¿No es paradójica la desconfianza del pueblo (7.22.32.), después de haber visto tantos prodigios? ¿Es explicable la idolatría (58) una vez que el pueblo ha llegado a la meta? En la travesía del desierto el pueblo depende de Dios, lo olvidan (11.42), se rebelan (8. 17.40.56) o lo tientan/murmuran (18.19. 41.56). Ya en la tierra, este pueblo tiene la subsistencia asegurada y excitan los celos divinos (58). ¿Quién comprende este proceder? ¿No es misterioso, paradójico o enigmático? Algo parecido sucede con Dios: reacciona con cólera y accede a la petición (23-32). Se rebelan constantemente, y continúa ocupándose de ellos (13s.23-28.44-51.52-55.65s.68-71). No acaba con el pueblo idólatra, sino que inaugura una nueva era: la de David (70-72). También Dios es ilógico. La razón del proceder divino la hallamos en el centro del salmo (38s). La finalidad de esta meditación histórica es que no se olvide el pasado, sino que sea contado a la presente generación y a la venidera, para que no imiten a la generación «rebelde y obstinada» (8) de los padres, sino que se fíen de Dios y confíen en Él. Los padres no confiaron (22); que los hijos confíen (7). El historiador, por lo demás, ha seleccionado el material. Nada nos dice, por ejemplo, del Sinaí, y relata tan sólo siete plagas (44-51). Compone su poema formando bloques, que siguen a la introducción (1-8). El pueblo olvida (8-11), Dios realiza la maravilla del éxodo (12-16). Es el primer bloque. En el segundo, el pueblo tienta (17-20) y Dios se encoleriza (21-31). Los versículos 32-39 forman un «intermedio». El tercer bloque retorna al olvido de ellos (40-43) y a las

1 Escucha, pueblo mío, mi instrucción,
presta oído a las palabras de mi boca:
2 abriré mi boca a las parábolas,
para evocar los misterios del pasado.

3 Lo que oímos y aprendimos,
lo que nos contaron nuestros padres
4 no lo ocultaremos a nuestros hijos,
lo contaremos a la siguiente generación:
las glorias del Señor y su poder
y las maravillas que realizó.
5 Pues él hizo un pacto con Jacob
y dio una instrucción a Israel:
él mandó a nuestros padres
que se lo comunicaran a sus hijos,
6 para que lo supiera la generación venidera,
los hijos que habían de nacer;
y se lo contaran a sus hijos,
7 para que pusieran en Dios su esperanza,
no olvidaran las hazañas de Dios
y cumplieran sus mandamientos.
8 Para que no imitaran a sus antepasados:
generación rebelde y obstinada,
generación de corazón inconstante,
de espíritu desleal a Dios.

9 Los hijos de Efraín, diestros arqueros,
retrocedieron el día del combate;
10 no guardaron la alianza de Dios
y rehusaron seguir sus instrucciones,
11 se olvidaron de todas sus hazañas,
y las maravillas que les mostrara:
12 los portentos que hizo con sus padres
en territorio egipcio, en la campiña de Soán.

13 Escindió el mar para abrirles paso,
sujetando las aguas como un dique.
14 Los guiaba de día con la nube,
de noche con el resplandor del fuego.

15 Hendió la roca en el desierto,
les dio a beber raudales de agua.
16 Hizo brotar arroyos de una peña
y descender aguas como ríos.
17 Mas ellos volvieron a pecar contra él
rebelándose en el yermo contra el Altísimo.
18 Tentaron a Dios en sus corazones
exigiendo comida para su apetito.

19 Hablaron contra Dios diciendo:
¿podrá Dios preparar una mesa en el desierto?
20 Verdad es que golpeó la roca,
fluyó el agua y se desbordaron los ríos;
pero, ¿también podrá darnos pan
y proporcionar carne a su pueblo?
21 Lo oyó el Señor y se indignó,
un incendio estalló contra Jacob
y su enojo ardió contra Israel,
22 porque no fiaron de Dios
ni confiaron en su auxilio.

23 Desde arriba dio orden a las nubes
y abrió las compuertas del cielo;
24 hizo que les lloviese maná para comer
y les sirvió un trigo del cielo.
25 El hombre comió pan de héroes,
les mandó provisiones hasta la hartura.
26 Desde el cielo desencadenó el solano
y desde su fortaleza empujó el siroco.
27 Hizo que les lloviese carne como polvareda,
y aves como arena de la playa.

28 Las hizo caer en medio del campamento,
alrededor de sus carpas.
29 Comieron hasta hartarse,
y les satisfizo su avidez.
30 Apenas saciada su avidez,
con la comida aún en la boca,
31 la ira de Dios hirvió contra ellos:
dio muerte a los más robustos
y abatió la flor de Israel.
32 A pesar de todo, volvieron a pecar
y no se fiaron de sus prodigios.

33 Redujo sus días a un soplo
y sus años a un suspiro.
34 Mientras los mataba, lo buscaban,
se convertían y volvían a Dios;
35 recordaban que Dios era su Roca,
el Dios Altísimo, su Redentor.
36 Lo adulaban con la boca,
le mentían con la lengua;
37 su corazón no fue leal con él
ni fueron fieles a su alianza.

38 Él, en cambio, enternecido,
perdonaba la culpa y no los destruía;
muchas veces reprimió su enojo
y no excitaba todo su furor,
39 recordando que eran carne,
un aliento que se va y no retorna.
40 ¡Cómo se rebelaron en el desierto!
¡Cuánto lo irritaron en la estepa!

maravillas divinas, realizadas ahora en Egipto (44-55). En el cuarto bloque se repite la tentación del pueblo (56-58) y la reacción airada de Dios (59-67). Finaliza el salmo con la elección de Judá y de David (68-72). El poeta pretende, al parecer, que el lector ponga toda su atención en el «intermedio» (la ternura de Dios) y en la conclusión (la elección). El pecado no es el punto final de la historia, sino la gracia. El versículo 2 es citado por Mt 13,35. Para la relectura cristiana del salmo puede servirnos 1 Cor 10,11. Nuestra historia es escuela de vida y de oración. Basta con recordar lo que hemos hecho y lo que Dios hace. Este salmo puede servirnos de ayuda.

41 Volvían a tentar a Dios,
irritando al Santo de Israel,
42 sin acordarse de aquella mano
que un día los libró de la opresión,
43 cuando hizo signos en Egipto
y portentos en la campiña de Soán.

44 Él convirtió sus canales en sangre
y sus arroyos, para que no bebieran;
45 les mandó tábanos que los picasen
y ranas que los destruyesen;
46 entregó a la langosta su cosecha,
a saltamontes el fruto de su afán;
47 asoló con granizo sus viñedos
y sus sicómoros con la escarcha;
48 entregó sus ganados al pedrisco
y sus rebaños a los rayos;
49 descargó sobre ellos su ira ardiente,
su enojo, su furor, su indignación:
una delegación de siniestros mensajeros,
50 para prepararle el camino.
No salvó su vida de la muerte,
entregó sus vidas a la peste.
51 Hirió a los primogénitos en Egipto,
primicias del vigor en las tiendas de Cam.

52 Sacó como un rebaño a su pueblo,
los guió como un hato por el desierto;
53 los condujo seguros, sin alarmas,
mientras el mar cubría a sus enemigos.
54 Los llevó a su santa montaña,
al monte que su diestra conquistó.
55 Expulsó ante ellos a los pueblos,
a cordel les asignó su heredad,
instaló en sus tiendas a las tribus de Israel.
56 Pero ellos, rebeldes, tentaron al Dios Altísimo,
y no guardaron sus preceptos;
57 desertaron, traidores como sus padres,
se torcieron como un arco mal tensado:
58 lo irritaron con sus altozanos,
con sus ídolos excitaron sus celos.
59 Lo oyó Dios y se indignó,
el Grande rechazó a Israel.
60 Abandonó su morada de Siló,
la tienda plantada entre los humanos.
61 Entregó su fortaleza a los conquistadores
y su ornato a la mano del adversario.
62 Dejó su pueblo a merced de la espada,
indignado con su heredad.
63 El fuego devoró a sus valientes,
y las doncellas no tuvieron cantos nupciales;
64 sus sacerdotes caían a espada
y las viudas no cantaron lamentos fúnebres.

65 Se despertó como de un sueño el Señor,
como soldado aturdido por el vino.
66 Hirió al enemigo por la espalda
los dejó humillados para siempre.
67 Rechazó la tienda de José
y no eligió a la tribu de Efraín;
68 eligió a la tribu de Judá
y el monte Sión, su preferido.
69 Se construyó un santuario como el cielo,
lo cimentó para siempre como la tierra.
70 Eligió a David, su siervo,
sacándolo de los apriscos del rebaño;
71 de andar tras las ovejas lo llevó
a pastorear a Jacob, su pueblo,
a Israel, su heredad.
72 Los pastoreó con corazón íntegro,
los guió con mano experta.

79 (78)

(44; 74; 102)

1 Oh Dios, los paganos han invadido tu heredad,
han profanado tu santo templo,
han reducido Jerusalén a ruinas.
2 Echaron los cadáveres de tus siervos
como pasto a las aves del cielo,
la carne de tus leales a las fieras de la tierra.
3 Derramaron su sangre como agua
en torno a Jerusalén,
sin que nadie los sepultara.
4 Fuimos la irrisión de nuestros vecinos,
burla y oprobio de quienes nos rodean.

5 ¿Hasta cuándo, Señor, estarás enojado?,
¿para siempre?,
¿hasta cuando arderán tus celos como fuego?
6 Derrama tu furor, oh Dios,
sobre los paganos que no te reconocen,
y sobre los reinos que no invocan tu Nombre;
7 porque han devorado a Jacob,
han asolado su mansión.

8 No nos imputes los delitos de los antepasados,
que tu ternura se apresure a alcanzarnos,
porque estamos totalmente abatidos.
9 Socórrenos, Dios Salvador nuestro,
por el honor de tu Nombre;
líbranos y perdona nuestros pecados,
en atención a tu Nombre.

10 ¿Por qué han de decir los paganos:
Dónde está su Dios?
Que ante nuestros ojos
se muestre a los paganos

Lamentación y súplica comunitaria estructurada en torno a los agentes: A. Ellos, tú, nosotros (1-4). B. Tú, nosotros, ellos (5-9). A'. Ellos, tú, nosotros (10-13). Ellos son los «paganos» (1.6.10) y nuestros vecinos (12). Sus acciones son las siguientes: invadir, profanar, reducir a ruinas, echar en pasto, asesinar, no enterrar, burlarse (1-4), no reconocer a Dios (6), devorar y asolar (7), blasfemar (10), afrentar (12). Dios, el Tú, está enojado (5); que no lo esté para siempre. Se le pide que derrame su ira contra los paganos (6), que no nos impute nuestras culpas ni la de los antepasados (8), sino que nos socorra, libere y perdone (9), que vengue la sangre derramada (10), que oiga el lamento de los cautivos (11), que aplique la ley de Talión (3.10 y 4.12), e incluso que vaya más allá: siete veces más (como Lamec en Gn 4,24), porque el afrentado, en última instancia, es Dios (12). El «nosotros» son siervos de Dios, sus leales (2.10), la irrisión de los vecinos (4), pecadores como sus padres (8s), gente abatida (8), cautivos y muchos de ellos asesinados (10), pueblo de Dios y ovejas de su rebaño (13). Si Dios deja su enojo, responderá conforme a su ternura (8), y nosotros daremos gracias y contaremos su gloria (13). La caída de Jerusalén y el destierro a Babilonia son una buena ambientación del salmo. El Apocalipsis recoge algunos motivos de este salmo (cfr. 6,9: la venganza de la sangre; 11,7-9: los cadáveres insepultos de los testigos). Mientras existan cautivos y se derrame sangre en esta tierra nuestra; cuando se vive bajo el peso de la culpa, es tiempo de orar con este salmo.

la venganza de la sangre
de tus servidores derramada.
11 Lleguen a tu presencia
los lamentos de tus cautivos,
con tu inmenso poder
salva a los condenados a muerte.

12 ¡Devuelve siete veces más a nuestros vecinos
la afrenta con que te afrentaron, Señor.
13 Y nosotros, pueblo tuyo, ovejas de tu rebaño,
te daremos gracias siempre,
y cantaremos tus glorias por generaciones.

Lamentación y súplica comunitaria. La desgracia del presente contrasta con la dicha del pasado. Cierto que quien arrancó una vid de Egipto (9), es el Señor poderoso, sentado sobre querubines (2); pero el humo cubre su rostro (5; cfr. Is 6,4). Los descendientes de José (2) invocan apremiantemente al pastor indiferente a lo largo de la primera estrofa del poema (2-8). Le piden que resplandezca (2b), que ilumine su rostro (4.8), que, una vez que haya despertado de su indiferencia, auxilie (3b), porque el momento es trágico: su pueblo come llanto y bebe lágrimas, mientras los vecinos y los enemigos se burlan de ellos (6-7). Amarga comida y salobre bebida, puesto que es Dios mismo quien se las da (6). ¡Y es el Dios Todopoderoso...! El mismo que en otro tiempo plantó la cepa traída de Egipto; el que dio a esta cepa tal anchura y altura, que con su frondosidad llegó a ser más alta que las montañas y abarcó toda la tierra: desde el mar hasta el Río (9.11s). Que el Todopoderoso mire y contemple qué es ahora de aquella antigua parra: es comida de los animales y pasto de las llamas; manos ajenas recogen su fruto (13-15.17). Sólo queda una solución para la desgracia presente: que Dios todopoderoso ilumine su rostro; así nos salvaremos (4.8.20) y los enemigos perecerán ante un bramido divino (17b). El rostro luminoso de Dios es recordado por Jn 14,9 y por Heb 1,3; también por los evangelios con motivo de la transfiguración (cfr. Mt 17,2 par; cfr. 2 Cor 4,6). La mirada de Dios es salvadora, también en los tiempos actuales.

80 (79)

(23; Is 5,1-7)

2 Pastor de Israel, escucha,
tú que guías a José como a un rebaño,
entronizado sobre querubines,
resplandece 3 ante Efraín, Benjamín y Manasés.
Despierta tu poder
y ven en nuestro auxilio.

4 *¡Oh Dios, vuélvete a nosotros,*
ilumina tu rostro y nos salvaremos!

5 Señor Dios Todopoderoso,
¿hasta cuándo te envolverás en humo
pese a la oración de tu pueblo?
6 Nos diste a comer un pan de llanto,
a beber lágrimas en abundancia.
7 Nos convertiste
en habladuría de nuestros vecinos,
nuestros enemigos se burlan de nosotros.

8 *¡Oh Dios Todopoderoso, vuélvete a nosotros,*
ilumina tu rostro y nos salvaremos!

9 Arrancaste una vid de Egipto,
expulsaste pueblos y la plantaste;
10 desalojaste a sus predecesores
y echó raíces hasta llenar el país.
11 Las montañas se cubrieron con su sombra,
y con sus pámpanos, los cedros altísimos;
12 extendiste sus sarmientos hasta el mar
y sus brotes hasta el Río Grande.

13 ¿Por qué abriste brecha en su cerca
para que la vendimien los viandantes,
14 la asolen los jabalíes
y la destrocen las alimañas del campo?
15 Dios Todopoderoso, vuélvete,
mira desde el cielo, fíjate,
e inspecciona esta viña:

16 cuida lo que tu diestra trasplantó,
el esqueje que hiciste vigoroso.
17 Como a la maleza la prendieron fuego:
¡perezcan con un bramido tuyo!

18 Que tu mano proteja a tu elegido,
al hombre que hiciste vigoroso.
19 Y nunca nos alejaremos de ti;
danos vida e invocaremos tu Nombre.
20 *¡Señor Dios Todopoderoso, vuélvete a nosotros*
ilumina tu rostro y nos salvaremos!

81 (80) (50; Dt 29-31)

El pueblo es convocado a celebrar una fiesta jubilosa, cuyo motivo inmediato es la ley (5). Acaso sea la fiesta de las Chozas (cfr. Lv 23,33-43), como parecen insinuarlo el sonido de la trompeta y el tiempo: novilunio y plenilunio (3s). Lo que sorprende es la voz de un desconocido. Se dirige a los reunidos quizás con este mensaje: «Abre la boca que te la llene» (11c) -si es que podemos colocar aquí este verso por razones de ritmo y de contenido-. La boca abierta no será colmada de pan, sino de la palabra que sale de la boca de Dios (Dt 8,3). El verbo «escuchar», tres veces repetido (9.12-14), evoca la predicación deuteronómica. Dios, a través de la voz profética, relata cuánto ha hecho por el pueblo (7s); es el «prólogo histórico» de los contratos de alianza. El pueblo ha de escuchar el mandamiento principal: no ha de tener otro dios que no sea el Señor (10s). El pecado capital del pueblo consiste en que no escuchó (12) y se fue tras otros dioses; fueron rebeldes y contumaces (12s). Si escuchara en el futuro, si se portara de modo distinto, gozaría de la bendición divina: comería el mejor trigo y saborearía la mejor miel (17). El mensaje de Jesús es nuevo y «desconocido» (cfr. Jn 3,11s). Este salmo nos insta a escuchar la voz del Señor, porque también hoy existen los ídolos.

2 Aclamen a Dios, nuestra fortaleza;
vitoreen al Dios de Jacob.
3 Canten, toquen el tamboril,
la cítara armoniosa y el arpa.
4 Toquen la trompeta en el novilunio,
en el plenilunio que es nuestra fiesta.
5 Porque es una ley de Israel,
un precepto del Dios de Jacob,
6a una norma que impuso a José
al salir del país de Egipto.

6b –Oigo un lenguaje desconocido:
11c abre la boca, que te la llene.

7 Retiré la carga de sus hombros,
sus manos abandonaron la espuerta.
8 Gritaste en la angustia y te libré,
te respondí desde el refugio tonante,
te probé en las aguas de Meribá.

9 Escucha, pueblo mío, que te amonesto,
¡Israel, ojalá me escucharas!
10 No tendrás un dios extraño
ni adorarás un dios extranjero.
11a Yo soy el Señor, tu Dios,
11b que te saqué de Egipto.

12 Pero mi pueblo no me escuchó,
Israel no me obedeció.
13 Los entregué a su corazón obstinado,
caminaron según sus antojos.

14 ¡Ojalá me escuchase mi pueblo
y anduviera Israel por mis caminos;
15 en un instante humillaría a sus enemigos
y volvería mi mano contra sus adversarios!
16 Los que aborrecen al Señor lo adularían,
y su suerte quedaría fijada para siempre;
17 lo alimentaría con el mejor trigo,
lo saciaría de miel silvestre.

82 (81)

1 Dios se levanta en la asamblea divina,
rodeado de dioses juzga.
2 –¿Hasta cuándo darán sentencias injustas
poniéndose de parte del culpable?
3 Defiendan al débil y al huérfano,
hagan justicia al humilde y al necesitado,
4 salven al débil y al mendigo,
librándolos del poder de los malvados.

5 No saben, no entienden, caminan a oscuras,
tiemblan hasta los cimientos de la tierra.

6 Yo declaro: Aunque sean dioses
y todos sean hijos del Altísimo,
7 morirán como cualquier hombre,
caerán como un príncipe cualquiera.

8 ¡Levántate, oh Dios, y juzga la tierra,
porque tú eres el dueño de todos los pueblos!

Los dioses entre los que Dios juzga nos evoca el mundo religioso cananeo. Pero han sido degradados a la función de «jueces/gobernantes», y han de ejercer su oficio conforme al patrón judicial bíblico: defender al débil, hacer justicia al humilde, salvar al mendigo, librarlo de las manos del malvado (3s). Han hecho todo lo contrario (2) y la tierra se ha cubierto de oscuridad; es decir, pervertido el orden social, se tambalean hasta los cimientos de la tierra (5). La sentencia capital del Juez supremo (6s) pone cada cosa en su sitio. El pueblo que asiste al juicio, y oye la sentencia, pide que Dios sea el único juez y gobernante (8). «Ahora es el juicio de este mundo...», dice el Jesús del cuarto evangelio (Jn 12,31s). Éste es un salmo para los que no están conformes con el caos social, y esperan que alguien haga justicia.

83 (82)

(Ez 28; Zac 14,1-3)

2 ¡Señor, no te estés callado,
no estés mudo e inactivo, oh Dios!

3 Mira que tus enemigos se amotinan
y los que te odian levantan cabeza.
4 Traman planes contra tu pueblo
y conspiran contra tus protegidos.
5 Dicen: Vamos a destruirlos como nación,
que nunca se recuerde el nombre de Israel.
6 Así han decidido unánimemente
concertar un pacto contra ti:
7 beduinos, idumeos, ismaelitas,
moabitas y agarenos,
8 Biblos, Amón y Amalec,
filisteos y habitantes de Tiro;
9 también Asiria se alió con ellos,
prestaron refuerzos a los hijos de Lot.

10 Trátalos como a Madián, como a Sísara,
como a Yabín junto al torrente Quisón:
11 cuando fueron aniquilados en En-Dor,
y sirvieron de estiércol para el campo.
12 Trata a sus príncipes como a Oreb y Zeeb,
a sus capitanes como a Zebá y Salmaná,
13 que arengaban: Conquistemos
estas fértiles praderas.

14 Dios mío, conviértelos en vilanos,
en paja a merced del viento.

¡Cómo hiere el silencio de Dios (1), cuando en el escenario de la historia hablan los sables! Los posesivos identifican perfectamente a la víctima: es «tu pueblo», «tus protegidos» (3s), y, por tanto, los agresores son enemigos de Dios (3). La consigna es el exterminio (5). Los pueblos conjurados suman un total de diez naciones, acaso vasallas del soberano de turno (9). El poeta da la lista de las naciones coaligadas contra Israel (6-9). No se refiere a ningún hecho histórico concreto, sino que alude a los enemigos de todos los tiempos. En la situación actual que Dios ha de ver (3-9), escuchamos a continuación doce imprecaciones (14-16). La primera serie tiene colorido histórico (10-13; cfr. Jue 4s; 6-8). Los capitanes de esta serie arengaron a sus tropas para que conquistaran las fértiles praderas (13): la tierra de Israel; como las naciones confabuladas tenían su propia consigna (5). La segunda serie de imprecaciones (14-16) se ciñe a las imágenes de un juicio divino cósmico: que Dios se convierta en fuego para los agresores, y éstos, perseguidos por la tormenta divina, sean sólo paja a merced del viento. Así las diez o doce naciones no borrarán el nombre de Israel (5), sino que buscarán y reconocerán el Nombre del Señor (17-18). El tema bélico adquiere una proyección escatológica en Ez 38 y en Ap 16,14. Para la confesión del Nombre, cfr. Flp 2,11. ¡Cuántos hombres y mujeres,

15 Como fuego que quema el bosque,
como llama que abrasa los montes,
16 persíguelos así con tu tormenta,
atérralos con tu huracán.

17 Cúbreles el rostro de ignominia,
para que busquen tu Nombre, Señor.
18 ¡Desconcertados y confundidos para siempre,
queden humillados y perezcan!
19 Y reconozcan que tu Nombre es el Señor,
el Altísimo sobre toda la tierra.

ancianos y niños son hoy víctimas de alianzas internacionales! ¿No podremos orar con este salmo?

84 (83) (122)

2 ¡Qué amable es tu morada,
Señor del universo!
3 Languidece mi ser
y anhela a gritos el atrio del Señor;
mi corazón y mi carne
saltan de gozo por el Dios vivo.
4 Hasta el gorrión ha encontrado una casa,
y la golondrina un nido
donde poner sus pichones,
junto a tus altares, Señor del universo,
Rey mío y Dios mío.

5 Dichosos los que habitan en tu casa
alabándote siempre.
6 Dichosos quienes tienen su refugio en ti,
aquellos cuyo corazón te alaban.
7 Cuando pasan por el Valle del Llanto,
lo transforman en manantial
y la lluvia lo cubre de balsas.
8 Caminan de baluarte en baluarte
para ver al Dios de los dioses en Sión.
9 Señor Dios del universo,
escucha mi súplica,
atiéndeme, Dios de Jacob.

10 Oh Dios, escudo nuestro, mira,
fíjate en el rostro de tu Ungido.
11 Vale más un día en tu atrio
que mil en mi casa;
prefiero el umbral de la casa de Dios
a morar en la tienda del malvado.
12 Porque el Señor es sol y es escudo,
Dios concede favor y gloria;
el Señor no niega sus bienes
a los de conducta intachable.
13 Señor del universo,
¡dichoso quien confía en ti!

Más allá de las múltiples formas, este salmo es un «cántico de Sión». El poeta pasa revista al atrio/la casa del Señor -en la primera y tercera estrofa (2-4.10-13)- y al camino hacia la casa de Dios (5-9). La casa de Dios, que es también refugio o fortaleza (6), es el tema dominante en el salmo. El Templo suscita vehementes deseos que afectan a todo el ser (3). El sentimiento aflora enseguida: ¡Quién fuera como el ave que tiene su casa en los aleros de la casa! (4). Algunos son dichosos porque viven en la casa (5s). Espiritualmente el peregrino ya ha llegado a la meta antes de comenzar la marcha: su encendido deseo le encamina hacia la persona querida y hacia la morada «amable» o «agradable» (2). El poeta se pone físicamente en camino (7s), y todo se transforma: en vez de llanto, lluvias beneficiosas; en vez de los baluartes (8), el refugio deseado y anhelado (6). La peregrinación ética queda para el final: quien se ha acercado a la casa ya no puede continuar siendo igual. El Señor concede el favor y la gloria a los «de conducta intachable» (12). La luz divina (12) ilumina el interior del Templo y también su umbral. Es mejor vivir en el umbral como un mendigo que morar tranquilamente en la casa de los pecadores. Por tercera vez suena la proclamación de la dicha, ahora para el hombre que confía en Dios (13). Es la síntesis del salmo. Hay alguien mayor que el Templo (cfr. Mt 12,6), que resplandece más que el sol (cfr. Mt 17,2). Quien visite el Templo sin gozar del amor de Dios, morador del Templo, y, por ello, sin enmendar su conducta, habrá puesto su confianza en el Templo de Dios, pero no en el Dios del Templo. Este salmo puede acompañarnos en las romerías.

Se compone este salmo de tres piezas bien definidas: Una acción de gracias (2-4), una súplica (5-8) y un oráculo comentado (9-14). El oráculo puede ser la respuesta a la súplica. Menos clara es la relación de la primera pieza con las otras dos. Es posible que el pueblo esté viviendo una gran sequía (13). En este caso la bondad que Dios mostró con la tierra en otro tiempo (2a) se convierte en garantía para el momento presente. Si la segunda parte del versículo 2 alude al regreso del destierro, éste no fue tan grandioso. En esta situación, la restauración pasada apoya la confianza presente. En cualquiera de las dos hipótesis, entre el pasado y el futuro media la calamidad presente. Entiendo que los interrogantes de la segunda pieza (5-7) son retóricos: la vuelta de Dios hacia el pueblo (5) será una muestra de su amor (8). De hecho, en el presente, Dios dirige su palabra al pueblo, a «quienes confían nuevamente en él» (9b), prometiendo bienestar (9a). El comentario al oráculo (10-14) aclara: Dios es Salvación que se acerca y Gloria que habita en nuestra tierra (10). El cortejo divino está formado por otras personificaciones: unas se citan, otras se besan, alguna brota de la tierra, otra se asoma desde el cielo (11s). Dios visita nuestra tierra y la colma de abundancia (13). Y el Señor continúa caminando por la historia, precedido por Justicia y seguido por Belleza (14). ¿Es la Belleza que salvará al mundo, como apunté en otro momento? También el Nuevo Testamento conoce algunas personificaciones: Salvación (cfr. Lc 2,30; Hch 28,28; Heb 5,9); Paz (Lc 2,14; Ef 2,14; Gál 6,16); Misericordia (cfr. Tit 3,5; Lc 1,54.78); Justicia (cfr. Rom 14,17); Verdad (cfr. Jn 14,6); Gloria (cfr. Col 1,27; 1Cor 2,8; 2 Cor 4,4). Este salmo nos abre a todo tipo de espera y de esperanza, hasta que llegue el gran día de la manifestación de nuestro Salvador (cfr. 2 Tim 1,10).

85 (84)

2 Señor, has sido bueno con tu tierra,
has cambiado la suerte de Jacob;
3 has perdonado la culpa de tu pueblo,
has cubierto todos sus pecados.
4 Has reprimido tu enojo,
has desistido del ardor de tu ira.

5 Vuélvete a nosotros, Dios salvador nuestro,
calma tu enojo con nosotros.
6 ¿Vas a estar siempre airado con nosotros,
o prolongarás tu enojo por generaciones?
7 ¿No vas a devolvernos la vida,
para que tu pueblo te festeje?
8 Demuéstranos, Señor, tu amor
y danos tu salvación.

9 Voy a escuchar lo que dice Dios:
el Señor ha prometido bienestar
a su pueblo, y a sus amigos,
que confían nuevamente en él.

10 La Salvación ya está cerca de sus fieles,
y su Gloria habitará en nuestra tierra.
11 El amor y la verdad se dan cita,
la justicia y la paz se besan;
12 la verdad brota de la tierra,
la justicia se asoma desde el cielo.
13 Con una orden el Señor nos dará la lluvia,
y nuestra tierra nos dará su cosecha.
14 La justicia caminará delante de él,
la paz seguirá sus pasos.

La presente súplica (1-7), como tantas otras, brota de la angustia, sin que sepamos el motivo. La primera invocación tiene un matiz de letanía: súplica y motivo. El salmista apela a su humildad y pobreza y aduce la bondad e indulgencia divinas. Confía el salmista en que Dios, así apremiado, tendrá a bien responder. Antes de continuar con la súplica, el poeta dirige su mirada hacia Dios y compone un himno de agradecimiento (8-13).

86 (85)

1 Inclina tu oído, Señor, respóndeme,
que soy un pobre desamparado.
2 Guarda mi vida, que soy un fiel tuyo,
salva a este tu siervo
que confía en ti, Dios mío.

3 Ten piedad de mí, Dueño mío,
que a ti clamo todo el día:

4 anima la vida de tu siervo,
pues por ti suspiro, Dueño mío.
5 Tú, Dueño mío, eres bueno e indulgente,
misericordioso con cuantos te invocan.

6 Escucha, Señor, mi plegaria,
atiende a la voz de mi súplica.
7 Cuando te invoco angustiado
dígnate responderme.

8 Ningún dios hay como tú, Dueño mío,
ninguna obra como las tuyas.
9 Si tú actúas, todas las naciones
vendrán a postrarse ante ti, Dueño mío,
y glorificarán tu Nombre.
10 ¡Qué grande eres, autor de maravillas,
sólo tú eres Dios!

11 Enséñame, Señor, tu camino
para que camine con fidelidad a ti;
unifica mi corazón
para que respete tu Nombre.
12 Te daré gracias de todo corazón,
mi Dueño y mi Dios,
honraré siempre tu Nombre,
13 porque tu amor es grande, oh Altísimo,
y me libraste del Abismo profundo.

14 Oh Dios, gente soberbia se levanta contra mí,
una turba violenta acecha mi vida,
sin tener presente tu Nombre.

15 Pero tú, Dueño mío,
Dios compasivo y piadoso,
paciente, todo amor y fidelidad,
16 vuélvete y ten compasión de mí,
da el triunfo a tu siervo,
salva al hijo de tu esclava.
17 Dame una señal propicia:
que mis adversarios vean, confundidos,
que tú, Señor, me ayudas y consuelas.

¡Qué grande es Dios! ¡Qué numerosas e imponderables son sus obras! ¡Nadie hay como Dios! ¡Qué dignidad ser siervo de tan gran Señor! Retorna la petición, pero para ser fiel y leal con Dios, para seguir sus caminos y alabarlo siempre. El amor desmedido de Dios me ayudará y librará. El último motivo de la alabanza (13b) obliga al poeta a retornar a la realidad actual. Comienza una segunda súplica (14-17). La vida del salmista está en peligro. Alguien surge como adversario de los arrogantes: el Dios de ternura y de perdón, como dijo Dios de sí mismo ante Moisés (Éx 34,6). La señal «propicia» que ahora se le pide obligará a los hombres violentos a reconocer que Dios ayuda y consuela. El versículo 9 es citado por Ap 15,4. Quien ora en este salmo se llama a sí mismo «siervo». Jesús es «siervo» (Hch 4,27). Cuando vivamos momentos de angustia, por la causa que fuere, es bueno que nos desahoguemos con otro, con Dios, cuya presencia en este salmo es confortadora. Quien ore con este salmo, repare en los nombres divinos y en la insistencia con que se repiten.

87 (86)

1 ¡Por él está fundada entre las santas montañas,
2 el Señor prefiere las puertas de Sión
a todas las moradas de Jacob!
3 Maravillas se dicen de ti, Ciudad de Dios.

4 Contaré a Egipto y a Babilonia
entre los que me reconocen;
también filisteos, tirios y nubios
han nacido allí.
5 Y de Sión se dirá:

Sión es la ciudad de Dios (1-3) y la madre de todos los pueblos (4-6). El versículo 7 es la conclusión. Jerusalén, ciudad jebusea, en realidad ha sido fundada personalmente por Dios. Es una lectura teológica de la realidad histórica (cfr. Is 14,32). A continuación el mismo Señor elogia a Jerusalén como metrópoli, como ciudad-madre. Los enemigos tradicionales y prototipos de opresión, como son Egipto y Babilonia, se hermanan entre sí y con el pueblo de Dios. Dios mismo inscribe a estos dos pueblos entre los nacidos en Jerusalén. La belicosa Filistea, la

opulenta Tiro y la aventurera Nubia, también son inscritos entre los nacidos en Jerusalén. El registro es oficial. El nombre de todos esos pueblos ha sido escrito en «el registro de los pueblos» (6a). ¡Todos los pueblos hermanos en la misma ciudad! Los humillados de otro tiempo celebran la fiesta de la fraternidad (7). La Iglesia es nuestra «metrópoli», madre de todos (cfr. Ef 2,12-19; Gál 4,26). Es éste un buen salmo para celebrar la fraternidad universal o para poner en práctica el ecumenismo.

Éste y el otro han nacido en ella;
el Altísimo en persona la ha fundado.
6 El Señor escribirá en el registro de los pueblos:
También éste ha nacido allí.

7 Y cantarán mientras danzan:
Todas mis fuentes están en ti.

La inminencia del sepulcro (4-8) y la soledad, es decir el silencio de la tumba y el silencio de Dios (9-19), son los dos motivos de esta súplica individual. El enfermo dirige su clamor patético a Dios salvador (2s). Como Job, es un varón de dolores, que se encuentra en los umbrales de la muerte (4). Más aún ya ha sido inscrito en el libro de los difuntos (5). Nada puede hacer, pero sí recordar a Dios, ya que Dios no se acuerda de él (6). Ha sido Dios precisamente quien ha llevado al enfermo a tan lamentable situación (7). Viene a ser Dios un mar embravecido, cuyas olas han anegado al enfermo a punto de morir (8). La antífona, como sepulturero, nos introduce en la total soledad de la muerte (9.19). Nada gana Dios con la muerte, presente en súplica con variedad de nombres: sombra, sepulcro, tumba, tiniebla, país del olvido... Dios no recuerda a los muertos (6b), y éstos han bajado al país del olvido (13b). Pero antes de hundirse en el silencio absoluto de la muerte, el salmista eleva su clamor esperanzado: «Al alba irá a tu encuentro mi súplica» (14b). Suena la terrible pregunta: «¿Por qué?» (15). La respuesta es el terror divino, que entrega al hombre a la muerte (17b-18). Pese a todo, queda sonando la leve esperanza de la estrofa anterior: «Al Alba...» Este poema va dirigido al Dios salvador. El «¿por qué?» del salmo se oye en la cruz (cfr. Mt 27,46). La respuesta llegará por la mañana (cfr. 1 Pe 3,18; 1 Cor 15,54). Esta súplica de un moribundo puede ser entonada con todos los moribundos o con quienes viven el silencio de Dios. No olvidemos que, al alba, irá a tu encuentro mi súplica.

88 (87)

2 Señor, Dios salvador mío,
día y noche clamo a ti.
3 Llegue hasta ti mi oración,
inclina el oído a mi clamor.

4 Estoy harto de males
y mi vida, al borde del Abismo.
5 Estoy censado entre los que bajan a la fosa,
soy como un hombre acabado.
6 Tengo mi lecho entre los muertos,
como los cadáveres que yacen en el sepulcro,
a quienes ya no recuerdas
pues fueron arrancados de tu mano.
7 Me has colocado en la fosa profunda,
en las tinieblas abismales.
8 Tu enojo pesa sobre mí,
me anegas en tus olas.

9 *Alejaste de mí a mis allegados,*
me has hecho un horror para ellos.
Encerrado, no puedo salir,
10 mis ojos se nublan de dolor.
Te invoco todo el día, Señor.
tendiendo las palmas hacia ti.
11 ¿Acaso harás milagros por los muertos?,
¿se levantarán ellos para darte gracias?
12 ¿Se narrará en el sepulcro tu amor
o tu fidelidad en la tumba?
13 ¿Se conocerán tus maravillas en las tinieblas
o tu justicia en el país del olvido?
14 Pero yo te pido auxilio, Señor:
con el alba irá a tu encuentro mi súplica.

15 ¿Por qué, Señor, me rechazas
y me ocultas tu rostro?
16 Soy un desdichado
y muero quejumbroso.
He soportado tus terrores
y estoy aturdido.

17 Tu incendio ha pasado sobre mí,
tus espantos me han aniquilado;
18 me envuelven como agua todo el día,
me cercan todos a la vez.

19 *Alejaste de mí amigos y compañeros,*
mi compañía son las tinieblas.

89 (88) (44; 74; 2 Sm 7)

2 Cantaré eternamente el amor del Señor,
anunciaré su fidelidad por generaciones.
Con mi boca 3 afirmo claramente:
Oh Eterno, tu amor edificó los cielos,
más estable que ellos es tu fidelidad.
4 –Pacté una alianza con mi elegido,
jurando a David mi siervo:
5 Afianzaré tu linaje para siempre
y consolidaré tu trono por generaciones.

6 Celébrense tus maravillas en los cielos, Señor,
y tu fidelidad en la asamblea de los Santos;
7 pues, ¿quién sobre las nubes
es comparable al Señor?
¿quién se asemeja al Señor entre los dioses?
8 Dios es temible en el consejo de los santos,
es grande y terrible para toda su corte.
9 Señor Dios del universo, ¿quién como tú?
Eres poderoso, Señor, y tus fieles te rodean.

10 Tú doblegas la soberbia del mar
y acallas su oleaje embravecido.
11 Tú trituraste a Rahab como a un cadáver
con brazo potente dispersaste al enemigo.
12 Tuyos son los cielos, tuya es la tierra;
tú cimentaste el mundo y cuanto contiene.
13 Tú creaste el Norte y el Sur,
el Tabor y el Hermón
saltan de gozo en tu presencia.
14 Tienes un brazo poderoso;
triunfante es tu izquierda,
sublime tu derecha.
15 Justicia y Derecho sostienen tu trono,
Bondad y Fidelidad marchan ante ti.

16 Dichoso el pueblo que sabe aclamarte,
que camina a la luz de tu rostro, Señor.
17 Tu Nombre será su gozo constante,
y por tu justicia se alegrará.
18 Sí, tú eres nuestra fortaleza gloriosa
y con tu favor nos das la victoria.
19 En verdad el Señor es nuestro Escudo,
el Santo de Israel nuestro rey.

Por la primera palabra del salmo sabemos que estamos ante un himno, que es cósmico (6-19) e histórico (20-38), precedido de su introducción (2-5). En el versículo 39 registramos un giro lingüístico («pero tú...») y temático: a partir de este verso el salmo se torna súplica que continúa hasta el final (39-52). El versículo 53 es añadido, una doxología con la que se cierra el tercer libro del salterio. Puede ser que el momento presente, que es trágico para el rey y para la dinastía, motive la composición del himno. Es decir, aunque sea un mentís a la lealtad de Dios, yo canto y cantaré «por generaciones» el amor de Dios y su fidelidad (2). En claro contraste con el presente, el pasado motiva la presente súplica. Este salmo es, por tanto, un himno al amor fiel de Dios, pese a todo. El lector puede comprobar las veces que se repiten las palabras «amor» y «fidelidad». Forman paralelismo en los versículos 2.3.15.25. 29.34.50. La «fidelidad» se repite tres veces más (6b.9b.38b). Han de relacionarse con la fidelidad: la alianza (4.29. 35.40) y el contenido de esa alianza, que es el trono dinástico (5.15.30.37.45); más concretamente aún, el vasallo beneficiario de esa alianza (4.29.35.40), que es David (4.21.36.50). También la estabilidad (3.5.22.28) y la perpetuidad (2.3.5. 29.37.38) han de interpretarse desde la fidelidad. El Dios fiel nunca engaña (36.50). El ser humano, aunque sea rey, puede ser infiel (31s). En este caso la reacción de Dios es terrible (39-46): en vez de la elección, el rechazo; frente al amor, la cólera; la alianza anulada; la diadema profanada; en vez de honor, ultraje; Dios exaltó antes a un muchacho, ahora enaltece la diestra del enemigo... Basándose en el pasado, sin embargo, el poeta suplica: la situación actual está prolongándose demasiado (47), el ser humano es caduco (48s), el amor de Dios es eterno y su fidelidad dura por siempre (50), los siervos de Dios son ultrajados (51) y los enemigos ultrajan al Ungido de Dios (52). Son los argumentos alegados para que Dios muestre también ahora su amor

fiel. Parte del versículo 21 se cita en Hch 13,22; el versículo 28b en Ap 1,5. El título de «Mesías» lo escuchamos en labios de Pedro (cfr. Mt 16,16). El título de Elegido suena en la transfiguración (Lc 9,35); el título de Siervo en Mt 12,18-21, y se hace común en Hechos (cfr. 3,13.26; 4,27.30). He aquí un buen salmo para orar en tiempos de conflictos nacionales o internacionales. Si el ser humano es ultrajado, Dios es ultrajado. El amor de Dios es fiel. Pese a todo, el amor de Dios no tiene vuelta atrás.

20 Un día hablaste en visión
declarando a tus amigos:
He elegido a un muchacho y no a un guerrero,
he encumbrado a un soldado de la tropa.
21 Encontré a David, mi siervo,
y lo ungí con óleo sagrado.
22 Porque mi mano le dará firmeza,
y mi brazo lo fortalecerá;
23 no lo engañará el enemigo
ni los criminales lo humillarán.

24 Trituraré ante él a sus adversarios,
y heriré a los que lo odian.
25 Mi fidelidad y amor lo acompañarán,
y por mi Nombre triunfará.
26 Extenderé su izquierda hasta el Mar
y su derecha hasta el Río.

27 Él me invocará: Tú eres mi padre,
mi Dios, mi Roca salvadora.
28 Y yo lo nombraré mi primogénito,
excelso entre los reyes de la tierra.
29 Le guardaré mi amor eterno
y mi alianza con él será estable.

30 Le daré un linaje perpetuo
y un trono duradero como el cielo.
31 Si sus hijos abandonan mi ley
y no siguen mis mandamientos,
32 si violan mis preceptos
y no guardan mis mandatos,
33 castigaré a palos sus delitos
y a latigazos sus culpas.

34 Pero no les retiraré mi lealtad
ni desmentiré mi fidelidad;
35 no violaré mi alianza,
ni cambiaré mis promesas.
36 Una vez juré por mi santidad
no faltar a mi palabra con David.
37 Su linaje será perpetuo
y su trono como el sol ante mí;
38 se mantendrá siempre como la luna,
testigo fidedigno en las nubes.

39 Pero tú, enojado con tu Ungido,
lo rechazaste y despreciaste;
40 anulaste la alianza con tu siervo,
profanaste por tierra su diadema.
41 Destruiste todas sus murallas
y derrocaste sus fortalezas;
42 lo saquearon todos los viandantes,
fue la irrisión de sus vecinos.
43 Enalteciste la diestra de sus adversarios,
y ensalzaste las manos de sus enemigos.

44 En tu ira, embotaste el filo de su espada,
y no lo sostuviste en el combate.
45 Le quitaste su espléndido cetro,
y su trono por tierra derribaste.
46 Acortaste los días de su juventud
y lo cubriste de ignominia.

47 ¿Hasta cuándo, Señor,
te ocultarás siempre?
¿Hasta cuándo arderá como fuego tu enojo?
48 Recuerda, Señor, que mi vida es corta,
¿creaste para nada a los mortales?
49 ¿Quién vivirá sin ver la muerte?,
¿quién escapará de las garras del Abismo?

50 ¿Dónde está, Dueño mío, tu amor de antaño,
el amor fiel que juraste a David?
51 Recuerda, Señor, el ultraje de tus siervos,
cómo aguanta mi pecho
las saetas de los pueblos:
52 Así como mis enemigos me insultan, Señor,
también insultan alevosamente a tu Ungido.

* * *

53 ¡Bendito el Señor por siempre!
Amén, amén.

90 (89)

Este salmo es una meditación sobre el tiempo, más que una lamentación y súplica. A la introducción solemne (1s) sigue una elegía sobre lo efímero de la vida (3-10) -tiene dos movimientos (3-6.7-10)-. Una nueva invocación introductoria (11-12) da paso a una súplica para ser liberados de los males de la vida (13-16). El versículo 17 es conclusivo. Que sea una meditación sobre el tiempo parece claro si nos fijamos en el campo semántico de los días (4.9.12.14.15) y de los años (4.9.10.15), así como en las expresiones temporales: «de generación en generación» (1), «desde siempre y por siempre» (2), «vigilia nocturna» (4), por la mañana (6), o en los adverbios o expresiones adverbiales: antes (2), «¿hasta cuándo?» (13), aprisa (10)... Frente a este flujo del tiempo, el verbo de la estabilidad, que se repite dos veces al final del salmo (17b). La pregunta básica es: ¿Qué es el hombre ante Dios o Dios ante el hombre? Dios es el existente «desde siempre y por siempre» (2c), anterior incluso al parto de las montañas, según la concepción mitológica: el mito de la madre tierra y de los montes eternos. Dios está por encima del tiempo; el ser humano, inmerso en el tiempo, es un ser «para

1 Señor, tú has sido nuestro refugio
de generación en generación.
2 Antes de que naciesen las montañas
y la tierra y el orbe dieran a luz,
desde siempre y por siempre eres tú, oh Dios.

3 Tú devuelves al hombre al polvo,
diciendo: ¡Regresen, hijos de Adán!
4 Sí, mil años para ti son un ayer que pasó,
una vigilia nocturna.
5 Si tú los arrebatas por la noche,
al amanecer serán hierba segada:
6 brota y es cortada por la mañana,
por la tarde se marchita y se seca.

7 ¡Cómo nos ha consumido tu enojo
y nos ha anonadado tu indignación!
8 Pusiste nuestras culpas ante ti,
nuestros secretos a la luz de tu mirada,
9 y nuestros días declinan bajo tu enojo,
agotamos nuestros años como un suspiro.
10 Aunque vivamos setenta años
y el más robusto hasta ochenta,
afanarse por ellos es fatiga inútil,
porque pasan aprisa y volamos.

la muerte». Tan caduco como la hierba segada (5s), tan efímero como un tercio de la noche (4). Su vida, por larga que sea (4.10), es un mero suspiro (9b). Afanarse por ella es «fatiga y vanidad» (10b). Si Dios nos arrebata por la noche (5), nosotros volamos (10b). A la condición mortal se añade la pecadora, que suscita la ira divina (7s.11). La grandeza y santidad de Dios abruma y empequeñece al hombre. Le queda como solución la súplica. No pide el orante perdón por sus pecados, sino sensatez para aceptar su destino (12). No es suficiente. El poeta pide algo más: que Dios muestre su compasión (13), o que compense las penas y los gozos con su amor (14s); y también pide que Dios comience a actuar (16); así adquirirá consistencia la actuación humana para bien del hombre y también para bien de Dios (17b). En definitiva, el hombre será lo que haya hecho: él y Dios en él. Nuestras obras adquieren consistencia (cfr. Flp 2,13) y nos acompañarán (cfr. Ap 14,13). ¿Qué sentido tiene nuestra vida? ¿Cuáles son nuestros valores? No podemos elaborarnos «un mañana» sin contar con Dios. Este salmo puede ayudarnos.

11 ¿Quién comprende el ardor de tu enojo?,
¿quién entiende el ímpetu de tu indignación?
12 Enséñanos la medida exacta de nuestros días
para que adquiramos un corazón sensato.

13 ¡Vuélvete, Señor!, ¿hasta cuándo?,
ten compasión de tus siervos.
14 Sácianos por la mañana de tu amor,
y toda nuestra vida será alegría y júbilo.
15 Alégranos por los días en que nos humillaste,
por los años en que sufrimos desgracias.
16 Que tu acción se manifieste a tus siervos
y tus hijos vean tu esplendor.
17 Descienda sobre nosotros
la bondad del Señor nuestro Dios.
Que consolide la obra de nuestras manos.
¡Consolide la obra de nuestras manos!

Una voz anónima, acaso la de un liturgo, invita a quien ya vive en el Templo a que manifieste su confianza en Dios como refugio y alcázar (1s). El liturgo continúa hablando al orante. Lo primero que le dice es cómo actuará Dios (3s) y enumerándole los cuatro peligros que le acechan: espanto y flecha, peste y plaga (5s). Unos actúan de noche, otros a plena luz del mediodía. Curiosamente son cuatro, como cuatro son los nombres divinos del comienzo del salmo (1s). No sabemos quiénes caen a diestra y siniestra, si enemigos o flechas. Quizá sean enemigos, a quienes se les da la caída como paga (8). Nada de esto sucederá a quien confía en Dios: no ha de temer (5), porque el Dios en el que confía es refugio y morada (9); su brazo es escudo que empuña y coraza que cubre todo el cuerpo (4c). Existen otros seres hostiles (13), ante los que nuevamente nada ha de temer quien confía en Dios, porque ahora Dios despacha a sus «ángeles»; ellos protegerán al viandante (10-12). Concluye el salmo con una palabra divina. No sabemos si es pronunciada por Dios o por el liturgo (14-16): me conoce y me ama, pues yo lo protegeré. Mt 4,5s y Lc 4,9-11 citan

91 (90)

1 El que habita al amparo del Altísimo
y pernocta a la sombra del Todopoderoso,
2 diga al Señor: Tú eres mi refugio y mi alcázar,
mi Dios en quién confío.

3 Sólo Él te librará de la red
y te defenderá de la peste funesta;
4 te cubrirá con sus plumas,
y bajo sus alas te refugiarás;
su brazo será escudo y coraza.
5 No temerás el espanto nocturno,
ni la flecha que vuela de día,
6 ni la peste que se desliza en las tinieblas,
ni la plaga que acecha a mediodía.

7 Caerán a tu izquierda mil,
diez mil a tu derecha,
a ti no te alcanzarán.
8 Basta con que abras tus ojos,
para ver la paga de los malvados,
9 porque hiciste del Señor tu refugio,
del Altísimo, tu morada.
10 No se te alcanzará la desgracia
ni la plaga se acercará tu tienda,

11 porque a sus ángeles ordenará
que te guarden en tus caminos.
12 Te llevarán en sus palmas,
para que tu pie no tropiece en la piedra.

13 Caminarás entre leones y víboras,
pisotearás cachorros y dragones.
14 Porque me ama, lo libraré,
lo protegeré porque me reconoce.
15 Me llamará y le responderé,
estaré con él en la angustia,
lo defenderé y honraré.
16 Lo saciaré de larga vida
y le haré ver mi salvación.

los versículo 11s del salmo. Conviene orar con este salmo para ratificar y purificar nuestra confianza en Dios, precisamente cuando nos acechen los peligros.

92 (91)

2 Es bueno dar gracias al Señor
y cantar en tu honor, oh Altísimo,
3 proclamar por la mañana tu amor
y durante la noche tu fidelidad,
4 con arpas de diez cuerdas y laúdes,
con arpegios de cítaras.

5 Pues me alegro, Señor, con tus acciones,
y salto de gozo con las obras de tus manos.
6 ¡Qué magníficas son tus obras, Señor,
qué insondables tus pensamientos!

7 El ignorante no lo entiende,
ni el necio lo comprende.
8 Aunque broten como hierba los malvados
y florezcan todos los malhechores,
9 serán destruidos para siempre.
Mas tú, Señor, eres excelso por siempre.

10 Mira, Señor, tus enemigos,
mira, tus enemigos perecerán,
los malhechores se dispersarán.

11 Pero a mí me das la fuerza de un búfalo,
y me empapas con aceite tonificante.
12 Mis ojos descubrirán a mis espías,
mis oídos percibirán a los insurrectos.

13 El justo florecerá como palmera,
crecerá como cedro del Líbano,
14 plantado en la casa del Señor,
crecerá en los atrios de nuestro Dios.
15 Aun en la vejez dará fruto,
estará lozano y frondoso,
16 para proclamar que el Señor es recto:
Roca mía, en quien no hay falsedad.

Con un pie en la canción y el otro en la enseñanza, el autor de este salmo no sabe proclamar la bondad del Señor sin desembocar en la retribución (3). Las acciones del Señor, obra de sus manos (5), son piedra de escándalo. El justo las entiende y ensalza, aunque se les escape su grandeza y profundidad (6); por eso las proclama ininterrumpidamente (3), acompañado de distintos instrumentos musicales (4) y con diversos tonos de voz. El necio, por el contrario, las rechaza, atrapado como está en sus muchas riquezas (8). Es lo que mostrará su destino final (9s). El destino del justo es muy distinto. Es admitido como comensal de Dios. Por eso se le unge con aceite tonificante (11), que relaja los músculos fatigados. Confortado, puede descubrir a sus enemigos, aunque se oculten sigilosamente (12). Ya en la casa del anfitrión, la vida del justo es comparada a una palmera, cuyo fruto es constante (13-15). Así puede proclamar lo que el poeta se proponía al comenzar su composición: la fidelidad de Dios (3b), en el que no existe falsedad (16). Únicamente los «hombres de espíritu» pueden comprender (1 Cor 2,11) la necedad y el escándalo de la muerte del Señor (1 Cor 1,23). Oramos con este salmo para dar gracias a Dios por sus grandes acciones.

93 (92)

Himno a la realeza divina. El cuerpo hímnico (3s) está enmarcado entre dos aclamaciones (1s. 5). El orbe tiene firmeza y consistencia, como la tiene el trono regio de Dios (1s). También los decretos divinos gozan de estabilidad (5). Aunque el caos se levante contra la creación o contra la palabra divina, nada podrá, porque la voz de Dios es mucho más poderosa que el estruendo de las aguas (3s). La batalla cósmica de los versículos 3s puede ser un símbolo de las batallas histórica (cfr. Sal 65,8). Los evangelios relatan el poder de Jesús sobre las aguas (cfr. Mt 8,24.26s). El Señor de la historia y de la naturaleza es mucho más fuerte que los imponentes conflictos históricos.

1 El Señor reina, vestido de majestad,
el Señor, vestido y ceñido de poder;
así el orbe está firme y no vacila.
2 Tu trono está firme desde siempre,
desde siempre existes tú.

3 Levantan los ríos, Señor,
levantan los ríos su estruendo,
levantan los ríos su fragor.
4 Más poderoso que las aguas estruendosas,
más imponente que el oleaje del mar,
más imponente en el cielo es el Señor.
5 Tus decretos son totalmente estables,
la santidad es el ornato de tu casa,
a lo largo de los días, Señor.

94 (93)

La presente súplica tiene un colorido de demanda judicial: apelación al juez, acusación de los culpables, petición de la pena; y un vocabulario frecuente en la literatura sapiencial: entender, insensatos, necios, instruir, reprender, educar, enseñar... El comienzo del salmo es una apelación a la justicia divina (1s). Sigue una primera lamentación, en la que escuchamos el clamor de la sangre derramada. Es urgente que Dios haga justicia, que sea el vengador de esa sangre, porque los criminales piensan arrogantemente que Dios no lo ve ni se entera (3-7). Tras esta lamentación, una primera lección (8-11): la mirada de Dios es tan profunda que penetra los pensamientos del hombre; son un soplo que se desvanece enseguida. La segunda lección (12-15) es una proclamación de dicha para el instruido en la ley. Es la finalidad que tiene el castigo: instruir. El pueblo de Dios, su heredad, será aliviado, y verá cómo el Justo restablece la justicia quebrantada en la tierra. Con la segunda lamentación (16-21) retornamos a la corte de justicia. Dios defiende a su pueblo. De no haber sido así, hace tiempo que el salmista sería un habitante del silencio. Pero el amor de Dios lo sostuvo, le prodigó sus consuelos, pese a que los pies del salmista ya se tambaleaban. El Juez pagará la iniquidad de los jueces corruptos y será baluarte del justo. El versículo 11 es citado en 1 Cor 3,20. 2Cor 1,3-6 glosa el consuelo del que habla el versículo 19. No es infrecuente en nuestra sociedad que aparezcan jueces corruptos, que condenan al inocente y absuelven al culpable. Exis-

1 Dios justiciero, Señor,
Dios justiciero, resplandece.
2 Álzate, Juez de la tierra,
da su merecido a los soberbios.

3 ¿Hasta cuándo, Señor, los malvados,
hasta cuándo triunfarán los malvados,
4 verterán palabras altaneras,
se jactarán los malhechores?
5 Pisotean, Señor, a tu pueblo
y oprimen a tu herencia.
6 Asesinan a viudas y emigrantes,
degüellan a huérfanos;
7 y comentan: el Señor no lo ve,
el Dios de Jacob ni se entera.

8 Comprendan, estúpidos del pueblo,
necios, ¿cuándo aprenderán?
9 El que implantó el oído, ¿no va a oír?,
el que formó el ojo, ¿no ha de ver?,
10 el que educa a los pueblos, ¿no corregirá?,
el que instruye al hombre, ¿no conocerá?
11 Conoce el Señor los pensamientos humanos
y sabe que sólo son un soplo.

12 Dichoso el hombre a quien educas, Señor,
a quien instruyes en tu ley,
13 aliviándole tras los días duros,
mientras cavan una fosa al malvado.
14 Pues el Señor no dejará a su pueblo
ni abandonará su herencia.
15 El tribunal del justo restaurará en derecho,
tras él irán los rectos de corazón.

16 ¿Quién se pondrá de mi parte
contra los malvados?,
¿quién se pondrá de mi parte
contra los malhechores?
17 Si el Señor no me hubiera auxiliado,
yo habitaría ya en el silencio.
18 Si pienso: mis pies no vacilan
tu amor, Señor, me sostiene;
19 si se multipliquen mis preocupaciones,
tus consuelos me deleitan.
20 ¿Te aliarás con un tribunal corrupto
que dictamina injusticia
en nombre de la ley?
21 Se confabulan contra la vida del justo
y condenan a muerte al inocente.

22 Pero el Señor será mi baluarte,
Dios, mi Roca de refugio.
23 Les pagará su iniquidad,
los aniquilará por sus maldades;
el Señor nuestro Dios los aniquilará.

te un Dios justiciero que nada tiene que ver con la corrupción judicial. ¿No es actual este salmo?

95 (94)

(Heb 3,7–4,10)

1 Vengan, aclamemos al Señor,
vitoreemos a la Roca salvadora;
2 entremos a su presencia dándole gracias,
vitoreándolo con cánticos.

3 Porque el Señor es el gran Dios,
el gran Rey de todos los dioses:
4 tiene en sus manos las simas de la tierra,
son suyas las cumbres de los montes;
5 suyo es el mar porque él lo hizo,
y la tierra firme que modelaron sus manos.

6 Entremos, inclinémonos y postrémonos,
arrodillémonos ante el Señor, Creador nuestro,
7 porque él es nuestro Dios
y nosotros el pueblo que apacienta,
el rebaño que cuida.
¡Oh, si escuchasen hoy su voz!

8 No endurezcan su corazón como en Meribá,
como el día de Masá en el desierto:
9 donde sus antepasados me pusieron a prueba
y me tentaron, aunque habían visto mis obras.
10 Durante cuarenta años
detesté a aquella generación,
y dije: Son un pueblo de corazón extraviado
que no reconoce mi camino;
11 por eso juré indignado:
No entrarán en mi descanso.

Se compone este salmo de un himno (1-7c) y de un oráculo profético (7d-11). El himno se articula en dos pequeños himnos paralelos (1-5. 6-7c), con su invitación (1s.6) y cuerpo hímnicos (3-5.7). Las invitaciones a la alabanza tienen sus motivaciones: Dios es nuestra Roca (1), el Gran Rey (3), el Creador y dueño de todo: simas y crestas, mar y tierra firme (4s). Todo ha sido modelado por las manos divinas (5), que sostienen todo. Todo el cuerpo ha de ser un himno de alabanza: inclinación, postración profunda, rodilla en tierra (6) ante nuestro Creador y Pastor (6s). La postración profunda es acto de sumisión y de obediencia. Evoca los momentos de desobediencia: la «querella» con Dios (Meribá, cfr. Éx 17,7) y el lugar de la «tentación» (Masá). Que la generación presente no imite a los antepasados. La permanencia en la tierra, en el descanso divino, depende de la obediencia del pueblo. Los versículos 7-11 tienen su comentario homilético en Heb 3,12-4,11. Al orar con este salmo, escuchemos el siguiente deseo: «¡Oh, si escuchasen hoy su voz...!». El cumplimiento del deseo pende también hoy de la obediencia.

Un nuevo himno a la realeza divina. En él han desaparecido los momentos de lucha, aunque los percibamos en los gritos de victoria prorrumpidos por los árboles del bosque (12) y en la firmeza del orbe que ya «no vacila» (10b). El reino de Dios afecta a «todo», e implica a los seres humanos (7-9) y a todo lo creado (11). La invitación a la alabanza y a la fiesta es muy nutrida: en total diecinueve formas volitivas, entre imperativos y yusivos. El motivo de tanta alegría, y de que el cántico sea nuevo, es la siguiente aclamación: «¡El Señor es Rey», (10a); los dioses no existen, son nada (5a). El cortejo de tan gran Rey está formado por Honor y Majestad; Fuerza y Belleza. Estas cuatro personificaciones están en el palacio del Gran Rey, en su Templo (6). Todos los pueblos han de presentarse y postrarse obedientemente ante tan grande Rey (7-9), cuando aparezca en santidad (9b), y reconocer que la gloria y el poder le corresponden sólo a Él. El tema del reinado de Dios Padre es abundante en el Apocalipsis (cfr. 11,17; 12,10; 19,6); el reinado de Jesucristo en Ap 11,15 (cfr. 1 Cor 15,23; Col 1,13). Mientras sigamos expresando nuestro deseo de que venga el Reino de Dios, podemos orar con este salmo.



(98)

1 Canten al Señor un cántico nuevo,
canta al Señor, tierra entera;
2 canten al Señor, bendigan su Nombre,
pregonen día tras día su victoria.
3 Cuenten a los gentiles su gloria,
sus maravillas a todos los pueblos.
4 Porque el Señor es grande
y muy digno de alabanza;
más temible que todos los dioses.
5 Pues los dioses de los gentiles son nada,
mas el Señor hizo los cielos.
6 Honor y Majestad están en su presencia,
Fuerza y Belleza en su santuario.

7 Tributen al Señor, familias de los pueblos,
tributen al Señor la gloria y el poder;
8 tributen al Señor la gloria de su Nombre,
entren en sus atrios trayéndole ofrendas.
9 Póstrense ante el Señor
en el atrio sagrado,
tiemble en su presencia toda la tierra.

10 Digan a los gentiles: ¡El Señor es rey!
El orbe está afianzado y no vacila;
el Señor gobierna a los pueblos con rectitud.

11 Alégrense los cielos, salte de gozo la tierra,
retumbe el mar y cuanto contiene.
12 Salte de gozo la campiña y cuanto hay en ella,
aclamen gozosos los árboles del bosque
13 delante del Señor, que llega,
que ya llega a regir la tierra;
regirá el orbe con justicia
y a los pueblos con lealtad.

En este nuevo himno a la realeza divina asistimos al juicio de los idólatras y de los malvados. La proclamación «Dios reina» (1) pone en movimiento el salmo. Toda la tierra y las islas del Mediterráneo son invitadas a entonar la alabanza. Dios se presenta como soberano majestuoso en medio de nubarrones y envuelto en fuego (2s), mientras la tierra se convulsiona (4), como en las teofanías clásicas (cfr. Dt 4,11; Miq 3,1-7). Los cielos actúan de testigos notariales (6). La reacción de los idólatras es de bochorno, pues sus dioses son nulidades (7). El único Altísimo sobre toda la tierra es Dios (9). Las poblaciones de Judá se alegran por ello, y también porque Dios protege a sus fieles o les preserva la vida (10). A la alegría de Judá se añade el gozo de los justos (12). Heb

97 (96)

1 El Señor reina, salte de gozo la tierra,
alégrense las islas innumerables.
2 Nubes y nubarrones lo rodean,
Justicia y Derecho sostienen su trono.

3 Delante de él avanza fuego,
que llamea también a su espalda.
4 Sus relámpagos iluminan el mundo,
y al verlo, la tierra se estremece.
5 Los montes se derriten como cera
en presencia del Señor,
ante el Dueño de toda la tierra.

6 Los cielos proclaman su justicia
y todos los pueblos contemplan su gloria.

7 Se sonrojan los que adoran estatuas
y los que se glorían en sus nulidades;
ante él se postran todos los dioses.

8 Lo oye Sión y se alegra,
se regocijan las poblaciones de Judá,
por tu actuación providencial, Señor,
9 porque tú Señor,
eres el Altísimo sobre toda la tierra,
muy por encima de todos los dioses.

10 El Señor ama a quienes odian el mal,
preserva la vida de sus fieles,
los libra de la mano del malvado.
11 Despunta la luz para los justos
y la alegría para los rectos de corazón.
12 Festejen, justos, al Señor,
den gracias a su Nombre santo.

1,6 cita el versículo 7c, según la traducción de los LXX. La competencia del juicio se le atribuye a Cristo (cfr. Jn 5,25; 9,35-38; Hch 10,42). Hoy día no han desparecido ni los ídolos ni los idólatras. El mal continúa siendo odiado por Dios. En este contexto bien podemos orar con este salmo.



98 (97) (96)

1 Canten al Señor un canto nuevo
porque ha hecho maravillas;
su diestra le ha dado la victoria,
su santo brazo.
2 El Señor da a conocer su victoria,
a la vista de los pueblos revela su justicia.

3 Se acordó de su amor y lealtad
hacia la Casa de Israel;
los confines de la tierra han contemplado
la victoria de nuestro Dios.

4 ¡Aclama al Señor, tierra entera,
griten, vitoreen, canten!
5 Toquen la cítara para el Señor;
la cítara y los demás instrumentos;
6 con clarines y al son de trompetas
aclamen al Señor que es Rey.

7 Brame el mar y cuanto contiene,
el mundo y sus habitantes.
8 Batan palmas los ríos,
los montes aclamen al unísono,
9 delante del Señor, que llega,
que ya llega a regir la tierra.
10 Regirá el mundo con justicia,
y a los pueblos con rectitud.

Himno al Rey y Señor universal. Se inicia con una solemne invitación a la alabanza (1-3). Un nuevo invitatorio (4) introduce un grandioso coro de voces y de instrumentos (5s. 7s). Se reserva el último verso para la proclamación de la justicia escatológica (9). Si la victoria de Dios se refiera a la salida de Egipto o el retorno de Babilonia, se convierte en paradigma de todas y de cada una de las victorias de Dios. Ésta ha sido realizada a la vista de todos (2b). El Dios de Israel no es el derrotado, sino el rey vencedor que está a punto de entrar solemnemente en la capital de su reino (9). La invitación a la alabanza al Rey vencedor adquiere sonoridad instrumental (5-8). En Ap 15,3 suena el cántico de Moisés y el cántico del Cordero. Ap 5,9s cita un «cántico nuevo», que en Ap 14,2s está acompañado por el sonido de la cítara y el estruendo del océano. Conviene orar con este salmo cuando queremos celebrar la justicia de Dios.



99 (98) (Is 6,3)

1 El Señor reina, tiemblen las naciones,
entronizado sobre querubines, vacile la tierra.

Un nuevo himno, el último, a la realeza y santidad de Dios. El estribillo separa estrofas: 1. Dios reina en Sión (1-3). 2. La justicia de Dios (4s). 3. La revelación de Dios (6-9). Las tres estrofas tienen la mis-

ma factura: Afirmación sobre Dios, invitación a la alabanza y aclamación final. En la primera estrofa se afirma la imponente realeza divina, que provoca el estremecimiento de los pueblos. Que todos le alaben diciendo: «Santo». Las virtudes que ama entrañablemente el Rey poderoso son la justicia y la rectitud. Que todos se postren ante él y proclamen: «Santo». Dios se manifestó a su pueblo, a quien entregó la ley como palabra suya. Se establece una religión del diálogo ante el Dios cercano; diálogo que se ejemplifica en Moisés, Aarón y Samuel. Que todo su pueblo se postre en el Templo y diga: «Nuestro Dios es santo», el título del Dios de la Alianza. El trisagio suena en Ap 4,8, y los cánticos resuenan en la sección de las plagas (cfr. Ap 15,3.4; 6,5). La santidad no es huída del mundo, sino compromiso con el mundo. Quien ora con este salmo desea que el Nombre de Dios sea santificado y el mundo transformado por la santidad divina.

2 El Señor es grande en Sión,
excelso sobre todos los pueblos.
3 Confiesen su Nombre, grande y terrible:
Él es Santo.

4 Oh Rey poderoso, que amas el derecho,
tú has establecido la rectitud;
tú administras en Jacob
la justicia y el derecho.
5 Exalten al Señor, nuestro Dios,
póstrense ante el estrado de sus pies:
Él es Santo.

6 Moisés y Aarón entre sus sacerdotes,
Samuel entre los que invocaban su Nombre:
invocaban al Señor y él les respondía.
7 Dios les hablaba desde la columna de nube;
ellos cumplían sus órdenes
y la ley que les entregó.
8 Señor Dios nuestro, tú les respondías;
eras para ellos un Dios de perdón,
aunque castigabas sus delitos.
9 Exalten al Señor, nuestro Dios,
póstrense en su monte santo:
Santo es el Señor nuestro Dios.

Himno de alabanza y de acción de gracias (siete imperativos), estructurado en dos partes paralelas y bastante simétricas (1-3; 4s). La primera estrofa destaca tres motivos para alabar a Dios: es Dios, creador y aliado con su pueblo. La segunda añade otros tres: la bondad, el amor y la fidelidad divina. Hch 17,26 se fija y ensancha la confesión: «él nos hizo». Para el tema del Pastor y del rebaño, cfr. Jn 10. Oramos con este salmo dando gracias a Dios y alabándole con todo el mundo.

100 (99)

1 Aclame al Señor, la tierra entera,
2 sirvan al Señor con alegría,
entren a su presencia con vítores.
3 Reconozcan que el Señor es Dios,
que nuestro Dios es poderoso,
nosotros somos su pueblo
y ovejas de su rebaño.

4 Entren por sus puertas dándole gracias,
por sus atrios con himnos,
denle gracias, bendigan su Nombre:
5 El Señor es bueno, su amor es eterno,
su lealtad perdura por generaciones.

Este salmo ha sido llamado «espejo de príncipes» o discurso de la corona. El príncipe heredero o el joven monarca anuncia las líneas programáticas de su gobierno. La vida ejemplar que se propone es, en definitiva, una canción al amor y a la justicia del Señor. Con su vida coreará el perfecto proceder del Señor (1-2a). Quien se propone cuanto dice en el programa no es más que un vasallo, que invita al Soberano a que le visite: «¿cuándo vendrás a mí?» (2b). La conducta del

101 (100)

((72; 2 Sm 23,1-7)

1 Voy a cantar la bondad y la justicia:
tocaré para ti, Señor;
2 cantaré tu perfecto proceder:
¿cuándo vendrás a mí?

Quiero obrar con rectitud
dentro de mi palacio.
3 No pondré ante mis ojos
nada abominable;

odiaré al fabricante de ídolos,
jamás se juntará conmigo.
4 Lejos de mí un corazón perverso,
no protegeré al malvado.
5 Al que en secreto habla mal de su prójimo
lo haré callar;
ojos altaneros, corazones arrogantes,
los destruiré.

6 Me fijaré en los leales del país,
para que vivan conmigo;
el que procede honradamente
estará a mi servicio.
7 Jamás habitará en mi palacio
el que actúa con engaño,
el mentiroso no aguantará ante mis ojos.

8 Cada mañana haré callar
a los malvados del país,
eliminando de la Ciudad de Dios
a todos los malhechores.

príncipe o del monarca será íntegra (2c), semejante a la del Señor. No soportará a los idólatras ni a los fabricantes de ídolos (3); su corazón íntegro no tolerará junto a sí un corazón perverso (4); acabará con los difamadores y con los arrogantes (5), también con los malvados y con los malhechores (8); sus servidores serán los leales y quienes proceden honradamente (6), no los engañadores ni los mentirosos (7). Sueña con una ciudad ideal, en la que no quepan los malvados ni los malhechores, por ser la ciudad del Señor (8). Jesús vino a servir y quiso rodearse de servidores (Mc 10,41-45), a la vez que proclamó la bienaventuranza de los pobres y de los perseguidos (Mt 5,3.10). Éste en un buen salmo para afrontar nuestras responsabilidades en la Iglesia y en la sociedad.

102 (101)

(33; 74; 79)

2 Señor, escucha mi oración,
y mi clamor llegue a ti.
3 No me escondas tu rostro
el día de mi angustia,
tiende tu oído hacia mí,
respóndeme pronto
el día en que te invoco.

4 Que mis días se desvanecen como humo
y mis huesos arden como brasas.
5 Mi corazón se seca como heno segado,
me olvido hasta de comer mi pan.
6 Al son de mis gemidos,
se me pega la piel a los huesos.

7 Me asemejo a una lechuza de la estepa,
soy como un búho entre ruinas.
8 Estoy desvelado y soy como un pájaro
que pía en el tejado 9 todo el día.
Me afrentan mis enemigos,
que se burlan de mí y me maldicen.

10 En vez de pan como ceniza,
mezclo mi bebida con llanto,
11 a causa de tu cólera y enojo,
pues me alzaste y me arrojaste.
12 Mis días declinan como una sombra,
y yo me voy secando como el heno.

13 Tú, en cambio, Señor, reinas siempre,
tu Nombre pasa de una a otra generación.

Lamentación individual con súplica colectiva de confianza. En medio de la lamentación individual (4-12.24-28) se ha insertado una súplica nacional (13-23); el himno se abre con una invocación inicial (2s). Tanto el poeta como la ciudad están en un grave aprieto: aquél es un mar de penas (4-12); ésta, un cúmulo de ruinas (13-23). La vida humana es transitoria y muy finita; limita con la enfermedad y con la muerte. Un conjunto de comparaciones expresan con lirismo los males de la existencia, sobre todo las dolencias (4-6) y la soledad (7s). Tras estas dolorosas experiencias está la mano de Dios, su ira (11), y el poeta llega a la conclusión de que su vida es tan breve y seca como la del heno (12). Esta experiencia del dolor y de la soledad se agranda y ensancha cuando se contempla la ciudad reducida a polvo, del que se apiada el poeta (15). ¿No deberá compadecerse también Dios, cuya vida no se mide por años, sino que es eterno? (13s). «¡Se ha cumplido el plazo!» (14c). Llega el tiempo del consuelo y de la reconstrucción (17). Cuando esto suceda, cuando Dios se incline desde el cielo (20), para escuchar y actuar, ha de ponerse por escrito la actuación divina (19). Otros leerán lo escrito, respetarán el Nombre del Señor (16), servirán al Señor (23)... En fin, el tiempo y lo eterno, la dimensión individual y la colectiva forman el zurcido de este salmo, que finaliza con una confesión de esperanza (29). Heb 1,10-12 cita

los versículos 26-28 del salmo (según los LXX) para exaltar la dignidad del Hijo de Dios. Ante el caos social y ante una muerte prematura podemos orar con este salmo, ratificando nuestra esperanza: «Los hijos de tus siervos tendrán una morada» (29).

14 Te levantarás y te compadecerás de Sión,
pues ya es hora de que te apiades de ella,
¡ya ha se ha cumplido el plazo!
15 ¡Cómo aman tus siervos sus piedras
y se apiadan hasta de su polvo!

16 Los paganos respetarán tu Nombre, Señor,
todos los reyes del mundo, tu gloria,
17 cuando el Señor reconstruya Sión
y aparezca en su gloria,
18 se vuelva a las súplicas de los indefensos
y no desdeñe su oración.
19 Escríbase esto para la generación futura,
y el pueblo recreado alabará al Señor:
20 se ha asomado desde su excelso santuario,
desde el cielo el Señor ha mirado la tierra,
21 para escuchar los lamentos de los cautivos
y librar a los condenados a muerte;
22 para proclamar en Sión la fama del Señor
y su alabanza en Jerusalén,
23 cuando se reúnan unánimes los pueblos
y los reinos para servir al Señor.

24 Él debilitó mi fuerza en el camino
y acortó el número de mis días.
25 Yo dije: Dios mío,
no me arrebates en la mitad de mis días,
tú que vives por generaciones.
26 Al principio afirmaste la tierra,
el cielo es obra de tus manos:
27 ellos perecerán, tú permaneces,
se gastarán como la ropa,
como un vestido los mudas y se van.
28 Tú, en cambio, eres aquél
cuyos años no se acabarán.

29 Los hijos de tus siervos tendrán una morada,
y su descendencia perdurará ante ti.

Acción de gracias a la misericordia de Dios, muy cercana al himno. El salmo se inicia (2s) y se cierra (20-22) con una bendición, y se articula en dos secciones: 1. Cántico del amor y del perdón (4-10). 2. Cántico del amor y de la fragilidad (11-19). Cada sección se compone de tres estrofas (4s.6s.8-10//11-13.14-16.17-19). Son invitados a bendecir el mismo salmista (1s) y las criaturas celestes, junto con todas las obras del Señor (20-22). Los motivos para agradecer son las acciones y la actividad divina (3-6), así como el modo de comportarse que tiene Dios (8-10). Se benefician de la misericordia divina primero una persona, y, a partir del 10, la comunidad. La misericordia o el

103 (102)

(Eclo 18,8-14)

1 Bendice, alma mía, al Señor,
y mi ser a su santo Nombre;
2 bendice, alma mía, al Señor
y no olvides sus beneficios.

3 Él, que perdona todas tus culpas,
y sana todas tus enfermedades,
4 que rescata tu vida de la fosa
y te corona de amor y de ternura
5 sacia de bienes tu vejez,
y rejuveneces como el águila.

6 El Señor obra justamente,
y defiende a los oprimidos.

7 Mostró sus caminos a Moisés
y sus hazañas a los israelitas.

8 El Señor es compasivo y clemente,
lento a la ira, rico en amor.
9 No está siempre litigando,
ni guarda rencor perpetuo.
10 No nos trata según nuestros pecados
ni nos paga conforme a nuestras culpas.

11 Pues como se eleva el cielo sobre la tierra,
así prevalece su amor sobre sus fieles.
12 Como dista la aurora del ocaso,
así aleja de nosotros nuestros delitos.
13 Como un padre se enternece con sus hijos,
así se enternece el Señor con sus fieles.

14 Pues él conoce nuestra hechura,
recordando que somos barro.
15 La vida del hombre es como la hierba,
florece como la flor campestre;
16 el viento la azota, y ya no existe,
ni siquiera su casa lo recuerda.

17 Pero el amor del Señor a sus fieles
dura desde siempre hasta siempre;
su justicia pasa de hijos a nietos,
18 para los que guardan la alianza
y se acuerdan de cumplir sus mandatos.
19 El Señor asentó en el cielo su trono,
con su soberanía gobierna el universo.

20 Bendigan al Señor, ángeles suyos,
milicia valerosa que cumple sus órdenes,
obediente al sonido de su palabra.
21 Bendigan al Señor, todos sus ejércitos,
siervos suyos que cumplen su voluntad.
22 Bendigan al Señor, todas sus obras,
en todos los lugares de su imperio.
¡Bendice, alma mía, al Señor!

amor de Dios tiene dimensiones cósmicas (11s) y una intensidad superior a la que es propia de un padre (13). Nuestra fragilidad y nuestra condición caduca le enternecen (14-17). Es un amor que no retrocede, sino que lo manifiesta generación tras generación (17), sobre todo con su propio pueblo, que guarda la alianza (7s.17s). Dios es Padre lleno de ternura. ¿Es necesario citar algún texto del Nuevo Testamento? Valga el del hijo pródigo (Lc 15,11-32) o la oración de Jesús en la cruz (Lc 23,34), o Rom 8,31-34. Bendigamos a Dios, junto con todo lo creado, en los momentos de alegría y también en las horas de tristeza, mientras tengamos fuerzas o cuando vivimos nuestra fragilidad.

104 (103) (Eclo 43)

1 Bendice, alma mía, al Señor:
Señor Dios mío ¡qué grande eres!
Te revistes de belleza y esplendor.

2 Te vistes de luz como de un manto,
despliegas los cielos como una tienda.
3 Construyes sobre las aguas tus salones,
las nubes te sirven de carroza
y paseas sobre las alas del viento.
4 Los vientos te sirven de mensajeros,
el fuego ardiente, de ministro.

Himno al Creador. Comienza con un invitatorio (1a), al que siguen tres grandes secciones: cielo (1b-4), tierra (5-24) y mar (25s). Todo está en las manos de Dios (27-30). El versículo 31 es la conclusión, que se alarga al versículo 32. Finaliza el poema con una dedicatoria (33s) y con una alusión a las sombras que afean lo creado. El último estiquio (35b) forma inclusión con el primero (1a). El poeta contempla la creación, y descubre en ella la actuación divina. Ha ido distribuyendo las criaturas de la creación de Gn 1 a lo largo del poema. La primera

criatura mencionada es la luz, pero aquí como manto de Dios (2a). Los versículos 2b-3 presentan a la segunda criatura de Gn, pero aquí el cielo es una tienda con sus salones. Los versículos 5s están reservados para la tierra firme; el abismo (océano) ya no es caótico, sino el vestido de la tierra. La tierra fértil y cultivada también aparece al tercer día; el poema dedica a esta obra los versículos 13-15. La luna y el sol, que marcan el paso de la noche al día y las estaciones, aparecen al cuarto día; aquí en los versículos 19-20. Los animales del quinto y sexto día están repartidos por ámbitos: celeste (16), terrestre (17.20s) y acuático (24). El mar es inmenso (24a), bullen en él animales innumerables (como en Gn 1,20s), y, un dato nuevo, ofrece su dorso para que naveguen los navíos, a la vez que es el lugar pensado para que juegue en él el Leviatán o Dios mismo juegue con el Leviatán (26). Todos los animales dependen de Dios para comer (11) y piden a Dios su comida (21). El hombre, la última obra de la creación, es presentado como «homo faber», como labrador (14s.23). La vida de todos los vivientes depende de Dios (29s). Todos tienen su continuidad en la especie (30b). ¡Todo es bello!, como rubrica el autor de Génesis, o todo es gozoso (31b). Todos han de tener en cuenta que cuando contemplan la creación están viendo al rostro divino. ¿Cómo no estremecerse ante Dios? (31). El poeta dedica su canción al Creador, que Él se complazca en esta ofrenda (33s). Lo único que afea la belleza de la creación es la maldad humana: que desaparezca esa maldad (35) y todo será «muy bello». El poeta ha sabido captar lo invisible de Dios a través de lo creado (cfr. Rom 1,20). Los cristianos esperamos una «creación nueva» (cfr. Rom 8,19-23; Col 1,15-17; 2Cor 5,17; Ap 21,1-5). Este salmo nos invita a una oración contemplativa y a respetar todo lo creado. Es un buen salmo para esta época ecológica en la que vivimos.

5 Asentaste la tierra sobre su cimiento
para que nunca más vacile;
6 la cubriste con el océano como un manto,
y las aguas persistían sobre los montes,
7 pero ante tu bramido huyeron,
ante tu voz tonante se precipitaron,
8 escalando montañas, descendiendo valles,
hasta el puesto asignado;
9 trazaste una frontera infranqueable,
para que nunca más aneguen la tierra.

10 Haces brotar fuentes en los valles,
que fluyen por las quebradas,
11 para que se abreven las bestias del campo,
y apacigüen su sed los asnos salvajes.
12 A su vera habitan las aves del cielo,
y entre su fronda entonan su canto.

13 Desde tus salones riegas las montañas,
la tierra se empapa con tu acción fecunda.
14 Haces brotar hierba para el ganado
y vegetales para el cultivo del hombre:
15 para que saque trigo de la tierra
y vino que le alegra el corazón;
aceite para abrillantar su rostro,
y pan que lo fortalece.
16 Se sacian los árboles del Señor,
los cedros del Líbano que él plantó.
17 En ellos anidan los pájaros,
en su copa pone su casa la cigüeña.
18 Los riscos son para los rebecos,
las peñas, madrigueras de tejones.

19 Actúa la luna según sus fases
y el sol conoce su ocaso.
20 Caen las tinieblas y viene la noche,
y rondan las fieras de la selva.
21 Los cachorros rugen por su presa
reclamando a Dios su comida.
22 Al brillar el sol se retiran
para tumbarse en sus guaridas.
23 Sale el hombre a su tarea,
a su trabajo hasta el atardecer.

24 ¡Cuántas son tus obras, Señor,
todas las hiciste con sabiduría:
la tierra está llena de tus criaturas!

25 Ahí está el mar: ancho y dilatado,
en él se agitan innumerables
animales pequeños y grandes;
26 lo surcan las naves, y el Leviatán
que hiciste para jugar con él.

27 Todos ellos esperan de ti
que les des comida a su tiempo.
28 Se lo das y lo atrapan,
abres la mano y se sacian de bienes.

29 Escondes el rostro y se anonadan,
les retiras el aliento y expiran,
y vuelven al polvo.
30 Envías tu aliento y los creas
y renuevas la faz de la tierra.

31 ¡Gloria al Señor por siempre
goce el Señor con sus obras!
32 Cuando mira la tierra, ella tiembla,
toca las montañas, y echan humo.
33 Cantaré al Señor mientras viva,
tocaré para mi Dios mientras exista.
34 Suba hasta él mi poema,
y yo me alegraré con el Señor.

35 ¡Desaparezcan de la tierra los pecadores,
que los malvados nunca más existan!
Bendice, alma mía, al Señor.
Aleluya.

105 (104)

1 Den gracias al Señor, invoquen su Nombre,
divulguen sus hazañas entre los pueblos.
2 Canten, toquen para él,
reciten todas sus maravillas.
3 Gloríense de su Nombre santo,
que se alegren los que buscan al Señor.
4 Recurran al Señor y a su poder,
busquen siempre su rostro.
5 Recuerden las maravillas que hizo,
sus prodigios y las sentencias de su boca.
6 ¡Estirpe de Abrahán, su siervo,
hijos de Jacob, su elegido!
7 El Señor es nuestro Dios,
él gobierna toda la tierra.

8 Se acordó de su alianza eterna,
del pacto establecido por generaciones,
9 el que concertó con Abrahán
y el que juró por sí mismo a Isaac;
10 el que confirmó como ley para Jacob,
como alianza eterna para Israel:
11 Te daré el país cananeo
como tu lote hereditario.

12 Cuando eran poco numerosos,
poquísimos y emigrantes en el país;
13 cuando iban de pueblo en pueblo,
de un reino a otra nación,

Himno a Dios salvador, a continuación del himno al Creador. Se inicia con un largo invitatorio (1-7) y, a continuación, despliega un gran credo histórico en cinco cuadros: Los patriarcas (8-15), José (16-22), las plagas de Egipto (23-36: cuatro estrofas: 23-27.28-30.31-33 y 34-36), el éxodo y el desierto (37-43), y el don de la tierra (44s). El gran protagonista de esta historia es Dios, a cuyo cargo corren la casi totalidad de las acciones a partir del versículo 11: da órdenes que se cumplen (31.34), envía personajes (17), hiere y golpea (33.36)... La acción humana es muy limitada a lo largo del poema. La dinámica del salmo se pone en marcha con el recuerdo de la «alianza» o del «pacto», que forma una inclusión (8.42). No es la alianza bilateral del Sinaí, que obligaba al pueblo a cumplir determinados preceptos, sino la «alianza» unilateral de Dios con Abrahán; es una alianza «eterna» (8a) o un «pacto santo» (42). Es más una promesa que una alianza. El contenido de la promesa se explicita en el versículo 11: «Te daré el país cananeo como tu lote hereditario». El recorrido por toda la historia santa tiende hacia el cumplimiento de esa promesa, que acaece en el versículo 44: entrada en la tierra y posesión de la misma. El final añade la tarea: ahora es cuando el pueblo liberado de Egipto ha de cumplir las cláusulas

de la alianza dada en el Sinaí, acontecimiento que ni siquiera se evoca en el salmo. La promesa hecha a los padres continúa vigente (cfr. Rom 4,16). Pablo clarifica a quién se hizo la promesa: a «tu estirpe» en singular (cfr. Gál 3,16s.26-29). Somos los continuadores y beneficiarios de esta historia santa. Aún estamos de camino hacia la tierra. Al orar con este salmo podemos unir nuestra historia a la historia santa, y recordar que, si bien la alianza es tarea, también es Palabra de Dios, y por ello es una alianza eterna y santa. Si somos infieles, Dios es fiel.

14 a nadie le permitió oprimirlos,
y por ellos castigó a reyes:
15 No toquen a mis ungidos,
no maltraten a mis profetas.

16 Trajo el hambre sobre aquel país,
tronchando los tallos del trigo.
17 Envió por delante a un hombre,
a José, vendido como esclavo.
18 Le trabaron los pies con grillos,
metieron su cuello en la argolla;
19 hasta que se cumplió su predicción,
y la palabra del Señor lo acreditó.
20 El rey ordenó que lo soltaran,
el soberano que lo libraran.
21 Lo nombró administrador de su casa
y señor de todas sus posesiones,
22 para que a su gusto instruyera a los nobles
y aleccionara a los ancianos.

23 Entonces Israel entró en Egipto,
Jacob emigró al país de Cam.
24 Dios hizo a su pueblo muy fecundo
y más poderoso que sus opresores
25 a quienes cambió el corazón,
para que odiaran a su pueblo
y usaran malas artes con sus siervos.
26 Envió a Moisés, su siervo,
y a Aarón, su elegido,
27 que realizaron sus signos en el desierto
y sus prodigios en el país de Cam.

28 Envió las tinieblas, y entenebreció,
pero ellos no reconocieron su obra.
29 Convirtió sus aguas en sangre
y dio muerte a todos sus peces.
30 Hizo que la tierra bullera de ranas,
hasta en los aposentos reales.

31 Ordenó que vinieran tábanos,
mosquitos por toda su comarca.
32 En vez de lluvia les dio granizo
y rayos por todo el territorio.
33 Dañó sus higueras y viñas
y tronchó los árboles de su comarca.
34 Ordenó que viniera la langosta,
saltamontes innumerables,
35 que devoraron el forraje del territorio,
y devoraron los frutos de sus campos.
36 Hirió a los primogénitos del territorio:
primicias de su virilidad.

37 Los sacó cargados de oro y plata,
y, de entre sus tribus,
ni uno solo flaqueó.

38 Egipto se alegró de su marcha,
porque el terror los sobrecogió.
39 Tendió una nube que los cubriese
y un fuego que los alumbrara de noche.
40 Pidieron, y les envió codornices
y los sació con pan del cielo.
41 Hendió la roca y brotaron las aguas,
que fluyeron como río por los sequedales,
42 porque se acordó del pacto santo
hecho con Abrahán, su siervo.
43 Sacó a su pueblo con alegría,
a sus escogidos con aclamaciones.
44 Les asignó las tierras de los paganos,
y poseyeron el sudor de las naciones,
45 para que guarden sus mandamientos
y observen sus leyes. ¡Aleluya!

106 (105)

Lamentación colectiva: una plegaria penitencial en forma de memorial histórico. A lo largo del salmo, tras la alabanza y súplica inicial (1-3.4s), desfilan los siete pecados de Israel cometidos de una a otra frontera: Desde Egipto hasta los límites con la tierra: El pecado junto al Mar Rojo (6-12), en el desierto (13-15), en el campamento (16-18), adoración del becerro (19-23), murmuraciones en las tiendas (24-27), los cultos de la fertilidad (28-31), en Meribá (32s). Ya en la tierra continúa la historia del pecado (34-46), articulada en cuatro estrofas (34-37.38s.40-43.44-46). Termina el salmo con una súplica y alabanza (47s), formando inclusión con el comienzo. La historia del pecado iniciada por los padres se continúa en la generación de los hijos. Son pecados cometidos fuera de la tierra y también en la tierra. Contaminada por el pecado la tierra de Dios, la única solución es sufrir las consecuencias. Pero la última palabra no la tiene el pecado, sino la gracia: «Daremos gracias a tu Nombre, y alabarte será nuestra gloria» (47b). El cuarto libro del salterio finaliza con una nueva doxología (48), cuyo autor es el redactor final del libro. También nuestra Iglesia es pecadora. Recordemos, por ejemplo, los desórdenes de la Iglesia de Corinto (1 Cor 5s). Ni siquiera la celebración eucarística se libra de los reproches paulinos (1 Cor 11,17-22); «pero cuanto más se multiplicó el pecado, más abundó la gracia» (Rom 5,20). Con este salmo nos confesamos pecadores ante Dios, pecadores como nuestros padres, y esperamos ser salvados por la gracia.

1 *Aleluya.*
Den gracias al Señor porque es bueno,
porque es eterno su amor.
2 ¿Quién contará las hazañas del Señor
o proclamará todas sus alabanzas?
3 ¡Dichosos los que respetan el derecho
y practican siempre la justicia!
4 Acuérdate de mí, Señor,
por amor a tu pueblo,
visítame con tu salvación,
5 para que goce de la dicha de tus elegidos,
comparta la alegría de tu pueblo
y me gloríe con tu nación.

6 Hemos pecado como nuestros padres,
hemos cometido maldades e iniquidades.
7 Nuestros padres en Egipto
no comprendieron tus maravillas;
no se acordaron de tu inmenso amor,
se rebelaron contra el Altísimo
junto al Mar Rojo.

8 Pero él los salvó por el honor de su Nombre,
para manifestar su poder.
9 Increpó al Mar Rojo, y se secó;
los condujo por las profundidades
como si fueran un páramo.
10 Los salvó de la mano adversaria,
los rescató de la mano hostil.
11 Las aguas anegaron a su opresores,
ni uno solo quedó vivo.
12 Entonces creyeron sus palabras
y cantaron su alabanza.

13 Bien pronto se olvidaron de sus obras
y no dieron fe a su proyecto.
14 Ardieron de avidez en el desierto
y tentaron a Dios en la estepa.
15 Él les concedió lo que pedían,
y de sus vidas abolió la flaqueza.
16 Envidiaron a Moisés en el campamento,
y a Aarón, consagrado al Señor.
17 Se abrió la tierra y se tragó a Datán
y cubrió a la cuadrilla de Abirán.
18 Un fuego abrasó a su banda,
una llama consumió a los malvados.

19 En Horeb fabricaron un becerro
y se postraron ante una imagen fundida.
20 Cambiaron su gloria por la imagen
de un toro que come hierba.
21 Se olvidaron de Dios, su salvador,
que había hecho prodigios en Egipto,
22 maravillas en el país de Cam,
portentos junto al Mar Rojo.
23 Había pensado exterminarlos,
pero Moisés, su elegido,
se mantuvo en la brecha frente a él
para apartar su ira destructora.

24 Despreciaron una tierra envidiable
no creyeron en su palabra.
25 Murmuraron en sus tiendas,
no escucharon la voz del Señor.
26 Él, con la mano alzada,
juró abatirlos en el desierto.
27 dispersar su estirpe entre los pueblos,
esparcirlos entre las naciones.

28 Se aparearon con Baal-Fegor
y comieron sacrificios de muertos.
29 Lo irritaron con sus acciones,
y una plaga descargó sobre ellos.
30 Se levantó Pinjás para juzgar,
y la plaga cesó.
31 Esto se le apuntó a su favor,
por generaciones sin término.

32 Lo enojaron junto a las aguas de Meribá,
y por su causa le fue mal a Moisés:
33 lo amargaron el ánimo
y sus labios desvariaron.

34 No exterminaron a los pueblos
como el Señor les había ordenado;
35 se emparentaron con los paganos
e imitaron sus costumbres;
36 adoraron sus ídolos,
que les sirvieron de trampa;

37 inmolaron sus hijos
y sus hijas a demonios;

38 derramaron sangre inocente,
la sangre de sus hijos e hijas,
inmolados a los ídolos de Canaán
y con la sangre profanaron la tierra.
39 Se contaminaron con sus obras
y se prostituyeron con sus acciones.
40 La ira del Señor se encendió contra su pueblo
y aborreció su herencia.

41 Los entregó en manos de paganos
y sus adversarios los sometieron;
42 sus enemigos los tiranizaron
y los doblegaron bajo su poder.
43 Repetidas veces los liberó,
más ellos, obstinados en sus planes
se hundieron en su iniquidad.
44 Pero él se fijó en su angustia,
al escuchar sus clamores.
45 Recordó su pacto con ellos,
y se compadeció por su gran amor;
46 y les mostró gran misericordia
ante los que los habían deportado.
47 Sálvanos, Señor Dios nuestro,
reúnenos de entre los paganos,
daremos gracias a tu Nombre santo,
y alabarte será nuestra gloria.

* * *

48 Bendito sea el Señor, Dios de Israel,
desde ahora y por siempre.
Responda todo el pueblo:
¡Amén! ¡Aleluya!

107 (106)

Himno comunitario de acción de gracias y epílogo sapiencial. Comienza con una invitación a la alabanza (1-3). A continuación cuatro cánticos: el de los caravaneros (4-9), el de los prisioneros (10-16), el de los enfermos (17-22) y el de los marineros (23-32), fieles a la misma estructura: situación, invocación, liberación y acción de gracias. El epílogo sapiencial está formado por tres estrofas: el cántico del éxodo (33-35), el de la tierra, (36-39) y el del exilio/retorno (40-42). El verso conclusivo es sapiencial (43). La penosa situación origina el clamor; éste fuerza la intervención divina, que, una vez experimentada, induce a los liberados o salvados a alabar el amor eterno de Dios. Si nos fijamos en los estribillos, toda la historia santa es un entretejido, cuya

1 Den gracias al Señor porque es bueno,
porque es eterno su amor.
2 Que lo digan los rescatados por el Señor,
los que rescató del poder enemigo;
3 los que reunió de distintas naciones:
del este y oeste, del norte y sur.

4 Erraban por un desierto desolado,
no encontraban el camino
hacia una ciudad habitada;
5 pasaban hambre y sed,
se apagaba su aliento.
6 *Pero clamaron al Señor en su angustia,*
y los libró de sus congojas.

urdimbre está formada por el clamor y la liberación (6.13.19.28: la liberación es presentada con distintos sinónimos). La palabra final de cada una de las etapas es la acción de gracias al Señor por la manifestación de su amor (8.15.21.31). A partir del versículo 33 comienza una reflexión, que en clave histórica implica la expulsión de los habitantes anteriores (40) y la transformación de los elementos naturales. En clave teológica, el autor se remonta al plan de Dios, Señor de la naturaleza y de la historia. El colofón (43) afecta a todo el salmo. No basta con hablar del pasado y contarlo, sino que la actuación divina, muestra de su amor, induce a una meditación constante sobre el amor divino. Los evangelios nos presentan situaciones parecidas a las que ha descrito el salmo: el pueblo hambriento, alimentado por Jesús (cfr. Mc 6,30-46); el endemoniado en los sepulcros, con «grillos y cadenas», liberado por Jesús (cfr. Mc 5,1-20); diversas clases de enfermedades sanadas (cfr. Mc 6,53-56 y 7,24-37); la tempestad calmada (cfr. Mc 4,35-41)... Quien ore con este salmo adquirirá la sabiduría, que se nutre del recuerdo y no cesa de meditar sobre el amor que Dios nos muestra a lo largo de la historia y de la vida. Es un excelente doctorado.

7 Los guió por un camino llano
para llegar a una ciudad habitada.
8 *Den gracias al Señor por su amor,*
por las maravillas en favor de los humanos,
9 porque sació la garganta jadeante
y llenó de bienes la garganta famélica.

10 Habitaban en lúgubres tinieblas,
encadenados con hierros torturantes,
11 por desafiar las órdenes de Dios
y despreciar el plan del Altísimo.
12 Doblegó su terquedad con fatigas,
sucumbían y nadie los socorría.
13 *Pero clamaron al Señor en su angustia*
y los salvó de sus congojas.
14 Los sacó de las lúgubres tinieblas,
y rompió sus cadenas.
15 *Den gracias al Señor por su amor,*
por las maravillas a favor de los humanos,
16 porque quebró las puertas de bronce
y trituró los barrotes de hierro.

17 Embotados por su proceder pecador,
eran atormentados por sus iniquidades.
18 Les repugnaba cualquier alimento,
y ya tocaban las puertas de la muerte.
19 *Pero clamaron al Señor en su angustia*
y los salvó de sus congojas.
20 Envió su palabra para sanarlos,
para arrancarlos de la fosa.
21 *Den gracias al Señor por su amor,*
por las maravillas a favor de los humanos.
22 Ofrézcanle sacrificios de acción de gracias
y proclamen sus obras con aclamaciones.

23 Se hicieron a la mar en sus navíos,
comerciando por aguas caudalosas,
24 contemplaron las obras de Dios,
sus maravillas en alta mar.
25 Él mandó alzarse un ventarrón borrascoso,
que encrespaba las olas;
26 subían a los cielos, bajaban al abismo,
su aliento se entrecortaba por el peligro;
27 danzaban y se tambaleaban como borrachos,
pues su pericia se había desvanecido.
28 *Pero clamaron al Señor en su angustia*
y los sacó de sus congojas.
29 Redujo la borrasca a susurro
y enmudeció el oleaje del mar.
30 Se alegraron de aquella bonanza,
y los condujo al puerto ansiado.
31 *Den gracias al Señor por su amor,*
por las maravillas a favor de los humanos.

32 Aclámenlo en la asamblea del pueblo,
alábenlo en el consejo de los ancianos.

33 Transformó los ríos en desierto,
y los manantiales en sequedal;
34 la tierra fértil en marisma,
por la maldad de sus habitantes.
35 Transformó el desierto en estanques
y erial en manantiales.

36 Asentó allí a los hambrientos,
para que fundaran una ciudad habitable.
37 Sembraron campos, plantaron viñas,
y cosecharon un fruto copioso.
38 Los bendijo y se multiplicaron sobremanera
y su ganado nunca menguó.
39 Después menguaron y fueron abatidos,
por la opresión, la desventura y el dolor.

40 El que vierte desprecio sobre los príncipes
y los descarría por un desierto sin caminos,
41 levanta a los pobres de la miseria
y multiplica sus familias como rebaños.
42 Los rectos lo ven y se alegran,
y los malvados cierran la boca.

43 ¿Quién es sabio? ¡Recuerde todo esto,
y medite sobre el amor del Señor!

108 (107) (Sal 57,8-12; 60,7-14)

Salmo mixto de confianza y súplica comunitaria, compuesto con dos mitades de otros salmos: Sal 57,8-12 y 60,7-14 (1-6 y 7-14, respectivamente). Unidas ambas piezas, adquieren un significado nuevo. El poeta se encuentra entre los pueblos y naciones, en la diáspora. Pese a su situación, aún tiene fuerzas para cantar al Señor con toda su alma (2b). Él y la comunidad abrigan la ilusión de la llegada de un nuevo día, iluminado por la gloria del Señor. Como respuesta a su canción matinal, el poeta añade un antiguo oráculo (8-10), comentado ya por generaciones anteriores (11-13). Al final sale robustecida la confianza (14). Es un salmo, pues, que actualiza piezas antiguas y las acomoda a un nuevo momento. Podemos actualizar este salmo oyendo en él la voz de un pueblo que suplica en medio de los conflictos y de las opresiones.

2 Mi corazón está firme, oh Dios,
cantaré y tocaré con toda mi alma:
3 Despierten, cítara y arpa,
despertaré a la aurora.
4 Te daré gracias entre los pueblos, Señor,
tocaré para ti entre las naciones:
5 por tu amor, que sobrepasa el cielo,
por tu fidelidad, que alcanza las nubes.

6 *¡Tu grandeza, oh Dios, sobre los cielos,*
y tu gloria, sobre la tierra!

7 Para que tus predilectos sean liberados
sálvanos con tu diestra y respóndenos.
8 Dios habló desde su santuario:
–Triunfante repartiré Siquén,
parcelaré el Valle de Sucot,
9 mío es Galaad, mío Manasés,
Efraín es casco que cubre mi cabeza,
Judá, mi bastón de mando,
10 Moab, una vasija para lavarme,
sobre Edom lanzo mi sandalia,
sobre Filistea mi grito de conquista.

[11] ¡Quién me llevara a la ciudad fortificada,
quién me condujera a Edom!,
[12] pues tú, oh Dios, ¿no nos has rechazado?,
¿sales aún con nuestras tropas?
[13] Ayúdanos contra el enemigo,
que la ayuda del hombre es vana.

[14] ¡Con Dios haremos proezas,
él aplastará a nuestros enemigos!

109 (108)

Es claro el planteamiento judicial, no sólo por la presencia del verbo «juzgar» (7.31), también por la actuación del fiscal que acusa ante el tribunal (6.20.29), y por el puesto que ocupa: a la derecha (6); por la acusación, condena y apelación (7), por la confusión y la infamia, como consecuencia de la derrota (29). Los versículos 21-25 son más propios de la súplica. La articulación del material puede ser la siguiente: presentación de la causa (1-5), imprecaciones de los acusadores (6-15), réplica del acusado (16-20), súplica tradicional (21-25.26-29) y recapitulación (30-31). La demanda es presentada por un hombre bueno que ha sido acusado injustamente. Acaso a continuación se deja constancia del discurso del acusador ante el tribunal (6-15): son veinte terribles impresiones. Resulta hiriente que se pida a Dios, el juez, que nombre a un malvado como acusador. Equivale a pedirle a Dios que sea cómplice. Tal vez sea posible entender el versículo 6 como expresión de un odio atroz por parte del acusador. Las imprecaciones, en este caso, afectan al acusado y a su descendencia, a su vida y sus bienes... Un quiebro sintáctico (16) introduce el alegato del inocente acusado, pidiendo para el acusador la aplicación de la ley de Talión. Que Dios mismo aplique la pena pedida (20). Un nuevo cambio sintáctico abre el poema a la súplica (21). Ahora el poeta se dirige directamente a Dios, con el recurso al triángulo clásico: tú (21.27.29), yo (22.25), ellos (28). Porque el salmista está seguro de que Dios no se ha hecho el sordo ante el himno que acaba de recitarle, se dispone ya a darle gracias. Dios es el abogado y el salvador de los pobres. El versículo 8 es aplicado a Judas por Hch 1,20. Jesús, el acusado, se puso en las manos del que juzga justamente (1 Pe 2,23). Si existen jueces corruptos, otros lo pagan. Con este salmo apelamos al tribunal supremo, al Grande, que se pone a la diestra del pobre (31).

[1] Dios de mi alabanza, no te hagas el sordo,
[2] que bocas malvadas y fraudulentas
se abren contra mí,
y me hablan con lengua mentirosa.
[3] Me cercan con palabras odiosas
y me combaten sin motivo.
[4] En pago de mi amor me denuncian
aunque yo rezaba por ellos;
[5] Me devuelven mal por bien
y odio a cambio de amor.

[6] Nombra contra él un malvado,
que un acusador se ponga a su derecha.
[7] Cuando sea juzgado, salga culpable,
y su apelación se resuelva en condena.
[8] Que sus días sean pocos
y su empleo lo ocupe otro.
[9] Que sus hijos queden huérfanos
y su mujer viuda.
[10] Vagabundeen sus hijos mendigando
y pidan lejos de sus ruinas.
[11] Que un acreedor se apodere de sus bienes
y extraños se adueñen de sus sudores.
[12] ¡Jamás le brinde nadie su favor,
ni se apiade de sus huérfanos!
[13] Que su posteridad sea exterminada
y en una generación se borre su apellido.
[14] Recuerde Dios, el Señor, la culpa de su padre
y no borre el pecado de su madre:
[15] estén siempre ante el Señor
y borre de la tierra su memoria.

[16] Porque que no se acordó de actuar con amor,
persiguió al pobre desgraciado
y al atribulado, hasta matarlo;
[17] ya que amó la maldición, ¡recaiga sobre él!,
despreció la bendición, ¡aléjese de él!
[18] Se vistió de maldición cual manto,
que penetre como agua en sus entrañas,
y como aceite en sus huesos;
[19] sea cual vestido que lo cubre,
como un cinturón que lo ciñe siempre.

20 Así pague el Señor a los que me acusan,
a los que me calumnian.

21 Tú, en cambio, Señor, Dueño mío,
trátame conforme a tu Nombre,
líbrame por tu bondadoso amor.
22 Porque soy humilde y pobre,
y mi corazón ha sido traspasado;
23 me desvanezco
como una sombra que declina,
me espantan como a la langosta;
24 se me doblan las rodillas por el ayuno,
y, sin grasa, enflaquece mi carne.
25 Soy la burla de ellos,
al verme menean la cabeza.

26 Ayúdame, Señor, Dios mío,
sálvame según tu amor.
27 Sepan que tu mano hizo esto,
que tú, Señor, lo hiciste.
28 Maldigan ellos, que tú me bendecirás;
levántense y sean confundidos,
que tu siervo se alegrará.
29 Vístanse de oprobio mis acusadores,
que su infamia los cubra como un manto.

30 Daré gracias al Señor, el Grande, con mi boca,
y en medio de los ancianos lo alabaré,
31 porque se puso a la derecha del pobre
para salvar su vida de los jueces.



110 (109) (2; 45; 89)

1 Dijo el Señor a mi señor:
Siéntate a mi derecha
hasta que haga a tus enemigos
estrado de tus pies.

2 El Señor extenderá desde Sión
el poder de tu reinado:
¡domina entre tus enemigos!
3 Tu pueblo está dispuesto
para el día de la movilización,
cuando aparezcas majestuoso;
desde el seno de la aurora
tuya es la flor de la juventud.

4 El Señor lo ha jurado y no se arrepiente:
Tú eres sacerdote del Eterno,
al modo de Melquisedec.
5 El Señor está a tu derecha:
exterminará a los reyes
el día de su cólera;

Salmo real, estructurado en un díptico: realeza (1-3) y sacerdocio (4-7). Cada tabla del díptico sigue el mismo modelo: oráculo (1 y 4) y comentario (2-3.5-7). Los oráculos pueden ponerse en boca de un sacerdote o de un profeta de la corte. En el oráculo el Señor (Dios) comunica a «mi señor» (el rey) su rango casi divino: «Siéntate a mi derecha», y la asistencia que prestará al monarca en tiempos de guerra: hasta que los enemigos sean convertidos en estrado de los pies del rey de Judá. El comentarista añade cómo el rey de Judá extenderá los territorios de su reino. Para ello cuenta con la ayuda divina y también con la colaboración voluntaria de lo mejor del pueblo, el rocío [«flor» en la traducción] de la juventud. Cuando el rey aparezca majestuoso, «el día de la fuerza» (que puede ser la movilización o la vista militar, como acto previo al combate), contará con una juventud presta a enrolarse entre la tropa que sirve al rey desde el primer momento de su reinado: «Desde el seno de la aurora»,

que es símbolo de vida y de luz, alude a una nueva era. El segundo oráculo va dirigido también al rey, que es simultáneamente sacerdote, como lo era el rey jebuseo de Jerusalén. La dinastía davídica, asentada en Jerusalén, tiene las antiguas prerrogativas propias del rey cananeo de la ciudad. El salmista comenta el segundo oráculo vinculándolo con el primero. Ahora proclama ante Dios lo que ya se ha dicho: «Mi señor (el rey) está a tu derecha». Añade algo nuevo: de la relación que tiene el monarca con Dios dimana su fuerza casi divina; por ello, extermina enemigos, sentencia, amontona cadáveres, aplasta cabezas. Si su esfuerzo en el combate le lleva casi al agotamiento, un torrente providencial, del que bebe abundantemente, permite reponerse y proseguir la campaña. Son numerosas las citas de este salmo en el Nuevo Testamento. El versículo 1 aparece en los evangelios (cfr. Mt 22,41-46; Mt 26,64; Mc 16,19; Hch 2,34s; Rom 8,34, etc.). El versículo 4 en Heb 5,6.10; y sobre todo Heb 7. Podemos orar con este salmo evocando la conciencia política de la autoridad. Una lectura cristiana pide que el salmo sea despojado de la violencia. Cristo es rey y sacerdote, pero rey de «justicia, de amor y de paz»; sacerdote que entró en el santuario a través de su propia sangre, y nos ha abierto el camino de acceso al santuario. Oremos por el pueblo de Dios, que es un pueblo de reyes y de sacerdotes.

6 sentenciará a los reyes,
amontonará cadáveres,
aplastará cabezas sobre la ancha tierra.
7 En el camino beberá del torrente
y así levantará su cabeza.

Himno acróstico de alabanza. A la acción de gracias (1-3), sigue el cuerpo del himno (4-9), que finaliza con una máxima sapiencial (10). El poeta insiste en las obras del Señor, cuya grandeza se esfuerza en dimensionar (2). Su intención es proclamarlas ante la comunidad reunida (1). Las obras son ponderadas (2), esplendorosas, majestuosas (3), duraderas (3b)... Son una manifestación del amor compasivo de Dios, y, por ello un memorial que nos remite a ese amor (4). El don de la tierra (6), el alimento diario (5), los preceptos (7b-8), el rescate del pueblo y la ratificación de la alianza (9) son obras concretas de Dios. Todas ellas suscitan la alabanza (1) y conducen al reconocimiento del nombre divino (9b). Lucas cita el versículo 9c en el Magnificat (1,49) y el versículo 9a en el Benedictus (1,68). Alabar a Dios por todo es la palabra última de la creación, el «aleluya» final, al que unimos nuestra voz

111 (110)

1 ¡Aleluya!
A Doy gracias al Señor de todo corazón
B en la reunión de los justos, en la asamblea.
G 2 Grandes son las obras del Señor,
D ponderadas por quienes las aprecian.
H 3 Su actuación es magnífica y espléndida,
W su justicia dura por siempre.
Z 4 Dejó un memorial de sus proezas:
H el Señor es bondadoso y compasivo.
T 5 Dio el alimento a sus fieles,
Y acordándose siempre de su alianza.
K 6 Mostró a su pueblo la eficacia de sus obras
L dándole la heredad de los paganos.
M 7 Sus obras son verdad y justicia,
N todos sus preceptos, fiables,
S 8 válidos por siempre jamás,
‘ se han de cumplir fiel y rectamente.
P 9 Envió la redención a su pueblo,

S ratificó para siempre su alianza,
Q su Nombre es santo y temible.
R 10 Principio de la sabiduría
es respetar al Señor,
S son inteligentes los que lo practican.
T ¡La alabanza del Señor
permanezca para siempre!

cuando oramos con este salmo: «La alabanza del Señor permanezca para siempre».

112 (111)

1 ¡Aleluya!
A Feliz el hombre que respeta al Señor
B y ama con pasión sus mandatos.
G 2 Su linaje será numeroso en la tierra,
D la estirpe de los justos será bendita.
H 3 En su casa habrá riquezas y abundancia,
W su generosidad durará por siempre.
Z 4 En las tinieblas clarea la Luz para los rectos:
H el Compasivo, Clemente y Justo.
T 5 El bueno es dadivoso, compasivo y atento,
Y y administra rectamente sus asuntos:
K 6 porque el justo jamás vacilará,
L será eterna su memoria.
M 7 No temerá las malas noticias;
N con firme corazón confía en el Señor.
S 8 Su corazón seguro no temerá,
‘ hasta que vea la derrota de sus adversarios.
P 9 Da con largueza a los pobres,
S su generosidad dura por siempre,
Q alzará la frente con dignidad.
R 10 El malvado al verlo se irritará,
S rechinará los dientes hasta consumirse.
T ¡Los deseos de los malvados se frustrarán!

Nuevo salmo alfabético de estilo sapiencial. El poeta constata la dicha de quien respeta al Señor (1-6) y describe su conducta confiada y generosa (7-9). El versículo 10 añade un esbozo del rostro de los malvados. El justo se caracteriza, ante todo, por respetar al Señor y por amar apasionadamente sus mandatos (1). La bendición de los versículos 2s son una consecuencia del respeto y del amor. El justo tiene ante sí un espejo en el que mirarse: la luz (Dios), con tres atributos (4), que encuentran su réplica en las tres cualidades del hombre bueno (5). Pueden llegar malas noticias a los oídos del justo, pueden levantarse los enemigos, el justo no vacilará (6) y persistirá en su generosidad. Si así se comporta, su fama será imperecedera (7-9) y eterna su memoria (6b). El rostro del malvado aparece desfigurado por la ira. Pues bien, sus deseos se frustrarán. Pablo cita el versículo 9ab al emprender la colecta a favor de la Iglesia de Jerusalén (cfr. 2 Cor 9,6-9). También nuestra sociedad actual necesita testigos que teman a Dios y sean amantes apasionados de sus mandatos; necesita hombres y mujeres que reflejen los destellos de la Luz, porque son dadivosos, compasivos y atentos. Quien quiera ser testigo de Dios en nuestro tiempo puede orar con este salmo.

113 (112) (1 Sm 2; Lc 1,46-53)

1 ¡Aleluya!
Alaben, siervos del Señor,
alaben el Nombre del Señor.
2 Bendito sea el Nombre del Señor
ahora y por siempre.
3 Desde la salida del sol hasta su ocaso,
alabado sea el Nombre del Señor.
4 El Señor es excelso sobre todos los pueblos,
su gloria sobre los cielos.
5 ¿Quién como el Señor, Dios nuestro,
que está entronizado en lo alto
6 y se inclina para mirar
desde cielo a la tierra?

Himno de alabanza del Nombre de Dios (1-3), cuya trascendencia cósmica (4-6), no le impide la actuación en la historia (7-9). Dios y el hombre ponen nombre a las criaturas (Gn 1s). Sólo Dios puede comunicar su nombre personal, y con ello se expone al uso y al abuso, si bien el abuso está protegido con un mandamiento. Conocido el Nombre de Dios, el hombre lo invoca, respeta y ama. En este salmo lo alaba a lo largo del tiempo (2) y en lo ancho del espacio (3). La alabanza surge ante la grandeza del Señor y ante el hecho insólito de que el Excelso se abaje para mirar hacia la tierra (4-6). Es una bajada operativa: levanta del polvo al humilde, que puede ser muy bien el pueblo

estéril por estar desterrado (9). Por todo ello, «Alabad al Señor». El salmo evoca el himno de Flp 2,6-11. Nuestro Dios no permanece aislado en su cielo. Ha bajado hasta la tierra. Se ha hecho uno de tantos, se identifica con los desvalidos. Ensalcemos el Nombre del Señor, grande y sublime, con el presente salmo.

7 Levanta del polvo al desvalido,
alza de la basura al pobre,
8 para sentarlo con los nobles,
con los más nobles de su pueblo.
9 Pone al frente de su casa
a la estéril, madre feliz de hijos.
¡Aleluya!

Himno por la liberación de Egipto. La salida de Egipto y la llegada a la tierra son simultáneas (1s); el poeta prescinde de las plagas y de las lentas marchas por el desierto. Para el poeta, los dos reinos están indivisiblemente unidos (2). En vez de la tienda móvil del desierto, el santuario es Judá -también Israel- y la tierra, dominio del Señor (2). Simultáneos son también el comienzo y el final: el paso del Mar y el paso del Jordán (3). Entre ambos extremos de la epopeya el poeta alude a la teofanía del Sinaí (4). El poeta domestica lo terrorífico del Sinaí (cfr. Éx 19,18), y lo convierte en un animal entre pequeño y asustadizo (4). El poeta pregunta con apóstrofe: «¿qué les pasa...?» (5s). Él mismo, a la vez que responde, invita a toda la tierra a estremecerse ante la presencia de un Dios tan poderoso, y tan cercano que transforma lo árido en fuente de vida (8). La tierra sufre ahora dolores de parto (Rom 8,19-22) desde que se estremeciera al morir Jesús en la cruz (cfr. Mt 27,45-53). La salida de Egipto y la entrada en la tierra es el credo fundamental de Israel. Con este himno podemos celebrar el núcleo de nuestra fe: el paso, la pascua del Señor.

114 (113A)

1 Cuando Israel salió de Egipto,
Jacob de un pueblo bárbaro,
2 Judá fue su santuario,
Israel fue su dominio.

3 El mar al verlos huyó,
el Jordán retrocedió.
4 Los montes brincaron como carneros,
las colinas como corderos.

5 ¿Qué te pasa, mar, que huyes,
a ti, Jordán, que retrocedes?
6 ¿A ustedes montes, que saltan como carneros,
colinas, que triscan como corderos?

7 Estremécete, tierra, ante el Señor,
en presencia del Dios de Jacob,
8 que transforma la roca en estanques,
en fuente el pedernal.

Salmo de confianza. La primera parte es una catequesis sobre el verdadero Dios. Se compone de tres estrofas: 1. Declaración positiva sobre nuestro Dios (1-3). 2. Declaración negativa: los ídolos (4-8). 3. Declaración positiva sobre el fiel del Señor (9-11). La segunda parte es una bendición solemne, con las siguientes estrofas: A. Introducción coral (12s). B. Bendición sacerdotal (14s), C. Himno coral conclusivo (16-18). Los desterrados en Babilonia no tienen Templo ni santuario; su Dios no admite figura ni representación alguna, y, además, es un Dios vencido. Los poderosos dioses babilónicos ahí están. ¿Dónde está el Dios de Israel? Es urgente que Dios actúe por el honor de su Nombre (1), y por los desterrados, cuya fe es injuriada. La respuesta es con-

115 (113B)

(135; Is 46,1s)

1 No por nosotros, Señor, no por nosotros,
sólo por tu Nombre muestra tu gloria,
por tu amor y tu fidelidad.
2 ¿Por qué han de decir los paganos:
Dónde está su Dios?
3 –Nuestro Dios está en los cielos,
hace cuanto quiere.

4 Sus ídolos son plata y oro,
hechura de manos humanas.
5 Tienen boca y no hablan,
tienen ojos y no ven,
6 tienen orejas y no oyen,
tienen nariz y no huelen,
7 tienen manos y no tocan,

tienen pies y no andan,
sus gargantas ni susurran.
8 ¡Sean como ellos sus fabricantes,
cuantos confían en ellos!

9 Israel, confía en el Señor:
él es tu ayuda y escudo.
10 Casa de Aarón, confía en el Señor:
él es su ayuda y escudo.
11 Fieles del Señor, confíen en el Señor:
él es su ayuda y escudo.

12 El Señor nos recuerde y nos bendiga:
bendiga a la Casa de Israel,
bendiga a la Casa de Aarón,
13 bendiga a los fieles del Señor,
a todos: pequeños y grandes.

14 Que el Señor los multiplique
a ustedes y a sus hijos;
15 bendecidos del Señor,
que hizo el cielo y la tierra.

16 El cielo pertenece al Señor,
confió la tierra a los humanos.
17 Los muertos ya no alaban al Señor
ni los que bajan al silencio;
18 pero nosotros bendeciremos al Señor
desde ahora y para siempre.
¡Aleluya!

tundente: nuestro Dios está en el cielo y ha hecho la tierra; los dioses de ustedes están en la tierra, pero son nada, como describen las siete negaciones de los versículos 5-7. El Dios que nos creó nos hizo a su imagen y semejanza (Gn 1,26), los fabricantes de ídolos sean conforme a su hechura: nada y vacuidad (8). En momentos tan poco propicios para creer se yergue majestuosa la confianza del pueblo, del sacerdocio y de los fieles (9s). Al triple acto de confianza corresponde una triple bendición (12), que ha de llegar a todos (13) y ha de mostrarse en la fecundidad (14s). El Dios del cielo no comparte su morada con ningún otro dios. La tierra sí que se la ha dado a los seres humanos y el abismo es la residencia de los muertos (16-19), con una posible alusión a quienes ahora viven la muerte del destierro. «Glorifica tu Nombre», pidió Jesús (Jn 12,28). El Padre lo escuchó (cfr. Jn 13,31s; 17,1-4). «Creo en Dios, aunque no lo veo» escribió un judío en el gueto de Varsovia. En épocas poco propicias para la fe es bueno que oremos con este salmo.

116 (114-115)

(30)

1 Amo al Señor porque escucha
mi voz suplicante,
2 porque tiende su oído hacia mí
en cuando lo invoco.

3 Me apretaban las redes de la muerte,
me alcanzaban los tormentos del Abismo,
preso de angustia y de congoja,
4 invoqué el Nombre del Señor:
¡Por favor, Señor, salva mi vida!
5 El Señor es clemente y justo,
nuestro Dios es compasivo.
6 El Señor guarda a los sencillos:
estaba yo agotado y me salvó.

7 ¡Alma mía, recobra la calma,
que el Señor fue bueno contigo!
8 Arrancó mi vida de la muerte,
mis ojos de las lágrimas,
mis pies de la caída.
9 Caminaré en presencia del Señor
en la tierra de los vivientes.

Esta acción de gracias se abre con una invocación (1s), a la que siguen tres estrofas: Dios salva al postrado (3-6), soliloquio (7-12); un estribillo (13s) une la estrofa segunda con la tercera: acción de gracias en el Templo (15-19); esta estrofa incluye el estribillo (17s. 13s). El género pide el recuerdo de las desgracias. Se mencionan: peligro de muerte (3ab.8), aflicción interior (3c), situación social de desvalimiento (10b) y esclavitud (16). Quizás la esclavitud es tan sólo una metáfora alusiva a las tres desgracias anteriores. Dios escuchó la voz suplicante (2) y libró a quien clamaba (8). Es el momento de dar gracias a Dios y de cumplir los votos (14.18) formulados en tiempos de infortunio. He de subrayar la intensidad y movilidad del sentimiento. La angustia y la congoja alcanzan y aprietan (3). El poeta se desdobla, y en diálogo consigo mismo recuerda lo que pensaba y decía (10.11). De la impaciencia y del apremio queda constancia en los versículos 4b y16a: «¡Por favor...!». El amor (1a) -en el texto Hebreo sin complemento- y la fe/confianza (10) tienen un puesto des-

tacado. El salmo se abre con el verbo «amar», y coloca la composición entera en el ámbito del amor a Dios. La fe se ratifica aun después de haber pensado y dicho sobre sí mismo (10b) y sobre los demás (11b). 2 Cor 4,13 cita el versículo 10a. El versículo 11b es citado por Rom 3,4. Podemos orar con este salmo cuando hemos superado peligros mortales o solucionado conflictos personales. Es bueno que todo quede en el ámbito del amor a Dios, en quien creemos.

10 Tengo fe, aun cuando dije:
¡Qué desgraciado soy!;
11 aunque dije espantado:
Los humanos son mentirosos.
12 ¿Cómo pagaré al Señor
todo el bien que me ha hecho?

13 *Alzaré la copa de la salvación*
invocando el Nombre del Señor.
14 *Cumpliré al Señor mis votos*
en presencia de todo el pueblo.

15 Costosa es a los ojos del Señor
la muerte de sus amigos.
16 ¡Por favor, Señor, que soy tu siervo,
siervo tuyo, hijo de tu esclava,
rompe mis cadenas!

17 *Te ofreceré un sacrificio de alabanza,*
invocando el Nombre del Señor.
18 *Cumpliré al Señor mis votos*
en presencia de todo el pueblo,
19 en los atrios de la casa del Señor,
en medio de ti, Jerusalén.
¡Aleluya!

Himno de alabanza a Dios. La motivación es nacional (2) y la invitación universal (1). Pablo lo cita en Rom 15,11, refiriéndose al alcance universal del Evangelio. Podemos orar con este salmo teniendo en el corazón la causa ecuménica.

117 (116)

(Rom 15,11)

1 Alaben al Señor, todas las naciones,
aclámenlo, todos los pueblos.
2 Pues grande es su amor con nosotros,
la fidelidad del Señor es eterna.
¡Aleluya!

Liturgia de acción de gracias. La invitación a la alabanza (1-4) va seguida de un primer himno en las tiendas de los justos, en Jerusalén (5-18). El segundo himno suena en el Templo (19-29). El primer himno tiene tres estrofas: A. Declaración de confianza (5-9). B. Exposición del caso (10-14). C. Cantos de victoria y acción de gracias (15-18). El segundo himno tiene dos estrofas: A. Entrada en el Templo (19-25). B. Procesión litúrgica (26-29). En ambos himnos van alternándose distintas voces. El personaje central del salmo es un individuo, no sabemos si el rey o alguien que represente al pueblo repatriado, que, liberado de un peligro mortal acude al Templo a dar gracias a Dios, porque «es eterno su amor» (1-4), porque «me escuchaste y fuiste mi salvación» (21). El personaje salvado clamó desde la prisión (5), mientras estaba rodeado de enemigos (10-14). Era una pie-

118 (117)

1 Den gracias al Señor, porque es bueno,
porque es eterno su amor.
2 Diga la Casa de Israel:
es eterno su amor.
3 Diga la Casa de Aarón:
es eterno su amor.
4 Digan los fieles del Señor:
es eterno su amor.

5 Desde mi prisión clamé al Señor,
me respondió desde su inmenso cielo.
6 El Señor está de mi parte: no temo
lo que pueda hacerme el hombre.
7 El Señor está de mi parte, es mi defensor:
así veré la derrota de mi enemigo.
8 Es mejor refugiarse en el Señor
que confiar en el hombre,

9 mejor es refugiarse en el Señor
que fiarse de los poderosos.

10 Todos los pueblos me cercaban:
en el Nombre del Señor los derribé.
11 Me cercaban y me acorralaban:
en el Nombre del Señor los derribé.
12 Me cercaban como abejas,
crepitaban cual fuego en zarzal:
en el Nombre del Señor los derribé.
13 Empujaban con fuerza para derribarme,
pero el Señor fue mi auxilio.
14 El Señor es mi fortaleza y protección,
él fue mi salvador.

15 Se oyen voces de júbilo y de victoria
en las tiendas de los vencedores:
La diestra del Señor hace proezas,
16 la diestra del Señor es sublime,
la diestra del Señor hace proezas.
17 –No he de morir, viviré
para contar las hazañas del Señor.
18 Me castigó, me castigó el Señor,
pero no me entregó a la muerte.

19 ¡Ábranme las puertas del triunfo,
entraré para dar gracias al Señor!
20 –Ésta es la puerta del Señor,
los vencedores entrarán por ella.
21 –Te doy gracias porque me escuchaste,
y fuiste mi salvación.
22 –La piedra que rechazaron los albañiles
es ahora la piedra angular.
23 Es el Señor quien lo ha hecho
y nos parece un milagro.
24 Éste es el día en que actuó el Señor:
¡vamos a festejarlo y a celebrarlo!
25 ¡Sálvanos, Señor, por favor!
¡Por favor, danos éxito, Señor!
26 –El que entra sea bendito
en Nombre del Señor!
Los bendecimos desde la casa del Señor.
27 El Señor es Dios, él nos ilumina.
–Inicien una procesión con ramos
hasta los ángulos del altar.
28 –Tú eres mi Dios, te doy gracias,
Dios mío, yo te ensalzo.

29 –Den gracias al Señor porque es bueno,
porque es eterno su amor.

dra desechada por los albañiles, pero el Señor le convirtió en piedra angular (22). Todo el pueblo tiene como suya la liberación del individuo, y saca su enseñanza sapiencial (8s) o ensalzan la mano liberadora (15b-16), o bien participa en la procesión y se beneficia de la bendición (27). La aventura del individuo o de la comunidad ha estado bajo el control de Dios (17s). Dios ha intervenido de un modo singular y ha convertido el tiempo de su intervención en el «día del Señor» (24), que queda abierto a posibles intervenciones posteriores del Señor. De ahí la petición apremiante del versículo 25. El salmo es, en definitiva, un reconocimiento de Dios y de su actuación (28). La «piedra angular» es Cristo (cfr. Mc 12,10s; Hch 4,11; 1Pe 2,7). Los tres sinópticos, y también Juan, citan los versículos 25-26a con motivo de la entrada de Jesús en Jerusalén (cfr. Mt 21,9; Mc 11,9s; Lc 19,38; Jn 12,13). Mt. 23,39 cita nuevamente el versículo 26a en el lamento por Jerusalén (cfr. Mt 23,39). La Iglesia nos invita a orar con este salmo en el tiempo pascual, a la luz de la muerte y resurrección del Señor. Es el día del Señor.



Este larguísimo salmo es una meditación sapiencial centrada en la Ley. El autor recurre a todos los artificios del lenguaje para confesar su amor a la Ley. Veintidós estrofas, tantas como las letras del alfabeto Hebreo. Cada estrofa tiene ocho versos, con ocho sinónimos de la Ley. El número siete indica ya plenitud. Si se añade una unidad más (7+1), más no puede decirse, es la perfección suma. Los versos de cada estrofa comienzan con la misma letra. De modo que de la primera a la última letra del alfabeto Hebreo, todo el vocabulario humano está al servicio de un amor que excede a cualquier otro amor: el amor a la Ley de Dios, o mejor, el amor al Dios de la Ley. El lector encontrará en este salmo una sucesión ininterrumpida de géneros literarios: Meditaciones, súplicas, breves lamentaciones, declaraciones de confianza y de inocencia, acción de gracias, alabanza, etc. Dios es el constante interlocutor del salmista; se dirige a Él en segunda persona. Las repeticiones son inevitables. El artificio literario del acróstico forzará algunas estrofas. Encontraremos expresiones tópicas, presentes en otros salmos; pero también pasajes de gran belleza literaria y alta inspiración poética. Muchos títulos, símbolos y privilegios de este salmo son aplicados a Cristo: Luz, agua de la roca, camino. La gran enseñanza/revelación (Torá) de Dios es Jesús. Podemos poner su nombre donde leemos la ley o sus sinónimos.

Pascal comenzaba su jornada orando con una estrofa de este salmo. Así confesaba su amor a Dios. Es lo que nos propone la Iglesia en la Liturgia de las Horas: cada día, mediado el trabajo, nos ofrece una estrofa de este salmo. Con esa estrofa proclamamos nuestro amor al Dios de la Ley, y su Palabra definitiva: el Señor, que es la ratificación de las promesas divinas.

Esta primera estrofa es programática. El verbo «aprender» (7) aparecerá otras dos veces en el salmo (71.73); el verbo «observar» es persistente (4.5.8.9.17.34.44.57.60.63.67.88.101.106.134.136.146.158.167.168); el sustantivo «corazón/mente» retornará quince veces a lo largo del salmo (2.7.10.11.32.34.36.58.69.70.80.111.112.145.161); el tema del camino/conducta es frecuente (en esta primera estrofa hasta tres veces)... Desde el comienzo del salmo se proclama la bienaventuranza de quien ajusta su vida a la Ley. La consecuencia de este proceder llega en el versículo 6. El «tú» divino entra en el versículo 4. Todo el salmo está bajo la proclamación de la dicha inicial y es una incesante profesión de amor al Dios de la Ley, cuya compañía es necesaria para caminar según su divino querer: «¡No me abandones, oh Dios grande e inmortal!» (8b).

A

1 Dichosos los de conducta intachable,
que siguen la voluntad del Señor.
2 Dichosos los que guardan sus preceptos,
y lo buscan de todo corazón;
3 los que, sin cometer iniquidad,
andan por sus caminos.
4 Tú mandaste que tus decretos
se observen exactamente.
5 Ojalá estén firmes mis caminos
para cumplir tus órdenes.
6 Entonces no quedaré defraudado
al fijarme en tus mandatos.
7 Te daré gracias con sincero corazón
cuando aprenda tus justos mandamientos.
8 Quiero cumplir tus órdenes
¡No me abandones,
oh Dios grande e inmortal!

Los mandatos proceden de la «boca» de Dios (13b), se han adentrado en lo más profundo de la intimidad humana, en el corazón (11), que busca a Dios y su ley como en la estrofa anterior (2.10). Han venido a la lengua como susurro (15) y son contados por los labios (13a). Así se limpia el sendero (9), que se convierte en sendero divino (15b) y se disfruta la felicidad interior (14.18). ¡Bendito seas, Señor!

B

9 ¿Cómo limpiará un joven su sendero?
–Observando tu palabra.
10 Te busco de todo corazón:
no me desvíes de tus mandatos.
11 Guardo en mi corazón tu promesa
para no pecar contra ti.
12 ¡Bendito eres, Señor!,
enséñame tus normas.
13 Mis labios recitarán
todo lo que manda tu boca.
14 En el camino de tus preceptos disfruto
más que con cualquier fortuna.
15 Voy a meditar tus decretos
y a fijarme en tus senderos.

[16] Me complazco en tus órdenes:
no me olvido de tus palabras.

G

[17] Cuida de tu servidor y viviré
para cumplir tu palabra.
[18] Abre mis ojos y contemplaré
las maravillas de tu ley.
[19] Soy peregrino en la tierra:
no me ocultes tus mandatos.
[20] Mi vida se consume deseando
siempre tus mandamientos.
[21] Amonesta a los malditos soberbios
que se apartan de tus mandatos.
[22] Retira de mí el insulto y el desprecio,
porque guardo tus preceptos.
[23] Aunque los poderosos conspiren contra mí,
tu siervo medita tus órdenes.
[24] También tus preceptos son mi delicia,
son mis consejeros.

El «siervo» que está al servicio de tan gran señor es un peregrino en demanda de asilo. Medita la ley ante Dios (nótese la presencia de los imperativos). En otros lugares del salterio se dice «no me ocultes tu rostro»; aquí, «no me ocultes tu ley», que es consejero íntimo como en Sal 16,7 lo es Dios. En este clima sereno se hacen presentes enemigos, arrogantes y murmuradores. El siervo reacciona meditando las órdenes divinas.

D

[25] Estoy abatido en el polvo:
reanímame según tu palabra.
[26] Te conté mis andanzas y me respondiste:
enséñame tus estatutos.
[27] Indícame el camino de tus decretos,
y meditaré tus maravillas.
[28] Mi cuerpo se encorva por la tristeza,
sostenme con tu palabra.
[29] Aléjame del camino de la mentira
y dame la gracia de tu voluntad.
[30] He escogido el camino de la lealtad,
he elegido tus mandamientos.
[31] Me adhiero a tus preceptos, Señor,
no me defraudes.
[32] Por el camino de tus mandatos correré
cuando me ensanches el corazón.

Bella oración es contar a Dios nuestras andanzas. El piadoso, que está en camino, se halla postrado en grave enfermedad: está pegado al polvo. Pero su adhesión es más profunda. En realidad está pegado/adherido a los preceptos divinos. Así el camino, mencionado tres veces en esta estrofa, es un camino luminoso.

H

[33] Muéstrame, Señor,
el camino de tus estatutos
y lo seguiré hasta el final.
[34] Enséñame a cumplir tu voluntad
y a observarla de todo corazón.
[35] Encamíname por la senda de tus mandatos,
porque en ella me deleito.
[36] Inclina mi corazón hacia tus preceptos
y no a ganancias injustas.
[37] No dejes que mis ojos se fijen en la mentira,
reanímame en tu camino.
[38] Mantén a tu siervo la promesa
porque te reverencio de verdad.

El salmista pide y Dios actúa. Dios, en efecto, es el sujeto de los verbos con los que se inician siete versos de esta estrofa. La mala inclinación del corazón humano (cfr. Jr 22,17) es enderezada por Dios. Así el hombre no buscará el lucro ni sus ojos se fijarán en los ídolos (en la Mentira). Guiado por Dios, el hombre llegará a la vida, vinculada con el camino (cfr. 37; Prov 4,10-27).

39 Aleja el ultraje que me aterra;
pues tus mandamientos son buenos.
40 Mira cómo deseo tus decretos;
con tu justicia dame vida.

Aunque esta estrofa parece que resalta el protagonismo del hombre, al menos formulando propósitos, en realidad está encabezada por el amor y la salvación divina, en el versículo 43 retorna el vocativo de la primera estrofa: «Oh Dios grande e inmortal», y en el versículo 44 otro vocativo: «Dios eterno». Los mandatos, amados y deleite del salmista, le dan libertad al orante (como en el versículo 32), ahora para dirigirse a los reyes y hablarles.

W

41 Señor, lleguen hasta mí tu amor
y tu salvación, según tu promesa,
42 así responderé al que me insulta
que confío en tu palabra.
43 No apartes de mi boca la palabra veraz
–oh Dios, grande e inmortal–,
pues espero en tus mandamientos.
44 Que cumpla tu voluntad, Dios eterno,
por siempre jamás;
45 y camine en libertad,
buscando tus decretos.
46 Que hable de tus preceptos ante reyes
sin sentir vergüenza,
47 y me deleite en tus mandatos
que tanto amo.
48 Alzaré las palmas
hacia tus amados mandatos
y meditaré tus normas.

Destaca en esta estrofa el recuerdo. Dios recuerda su palabra para cumplirla. El salmista recuerda la ley constantemente. Se reitera el vocativo, «oh Dios grande e inmortal» ahora ante los insolentes. Con la cercanía de tan gran Dios, el enamorado de la ley podrá mantenerse en su camino, enfurecerse contra los malvados y cantar en el destierro.

Z

49 Recuerda la palabra dada a tu siervo,
de la que hiciste mi esperanza.
50 Éste es mi consuelo en la aflicción:
que tu promesa me da vida.
51 Los soberbios me insultan,
–oh Dios, grande e inmortal–,
pero no me aparto de tu voluntad.
52 Recordando tus antiguos mandamientos,
Señor, quedé consolado.
53 Me enfurezco contra los malvados
que abandonan tu ley.
54 Tus normas eran mi música
en tierra extranjera.
55 De noche recuerdo tu Nombre, Señor,
en las vigilias, tu voluntad.
56 Ésta es mi tarea:
observar tus decretos.

El tema más destacado de esta estrofa es el amor. El amor divino llena la tierra. Dios es la heredad del salmista, como lo es del levita. El amor es presuroso. El salmista también se apresura a guardar los mandamientos divinos. El amor sufre por la ausencia de la persona amada: el salmista quiere «congraciarse» con Dios, retornando a Él; el amor une a quienes son

H

57 He resuelto, Señor, que mi herencia
sea observar tus palabras.
58 Busco denodadamente tu rostro,
apiádate de mí según tu promesa.
59 He examinado mi proceder,
para retornar a tus preceptos.
60 Me doy prisa, no difiero
la observancia de tus mandatos.

61 Los lazos de los malvados me envolvían,
pero no olvidé tu ley.
62 A media noche
me levanto para darte gracias
por tus justos mandamientos.
63 Soy amigo de quienes te respetan,
de los que guardan tus decretos.
64 Señor, de tu amor está llena la tierra:
enséñame tus normas.

semejantes: «Soy amigo de quienes te respetan».

T

65 Trataste bien a tu siervo,
Señor, según tu palabra.
66 Enséñame a discernir y entender,
porque confío en tus mandatos.
67 Antes de la humillación, erraba
pero ahora cumplo tu instrucción.
68 Tú, que eres bueno y bienhechor,
enséñame tus leyes.
69 Unos soberbios me difaman con mentiras;
pero yo guardo de corazón tus decretos.
70 Como grasa se ha embotado su corazón,
pero yo me deleito en tu voluntad.
71 Me vino bien haber sido humillado,
así aprendí tus órdenes.
72 Es más valiosa la ley de tu boca
que mil monedas de oro y plata.

Dios es bueno y bienhechor. Cuanto procede de Él, aunque sea el castigo correccional, es bueno. Los orgullosos, por el contrario, «embadurnan» a los demás con sus mentiras y son incapaces de hacer el bien, pues tienen un corazón obstinado. En definitiva, la ley es mejor, o más valiosa que la mucha riqueza.

Y

73 Tus manos me hicieron y me plasmaron,
instrúyeme y aprenderé tus mandatos.
74 Me miran
los que te respetan y se regocjan,
porque he confiado en tu palabra.
75 Señor, bien sé
que tus mandamientos son justos,
que con razón me humillaste.
76 Que tu amor sea mi consuelo
según prometiste a tu siervo.
77 Que me alcance tu compasión, y viviré,
porque tu ley es mi delicia.
78 Sean confundidos
los orgullosos que me calumnian,
yo meditaré tus decretos.
79 Vuelvan a mí los que te honran:
que conozcan tus preceptos.
80 Sea mi corazón íntegro en tus normas,
así no quedaré avergonzado.

Dios es creador del hombre y con él está comprometido. Lo primero que hace es enseñarle; si se extravía, le mostrará su misericordia y compasión; si la fidelidad le aflige (74s), la compasión divina le hará revivir. Retornan los «fieles» y los «insolentes». Los primeros son amigos del salmista (cfr. 63). Los insolentes quedarán avergonzados.

K

81 Mi vida desfallece por tu salvación,
espero en tu palabra.
82 Mis ojos languidecen por tu promesa:
¿cuándo me consolarás?

Se vuelve densa la presencia de los enemigos, que persiguen, ponen trampas y casi logran lo que pretenden. El salmista tiene otros «dolores» o preocupaciones

más íntimos: Desfallecimiento por la salvación, languidez por la promesa. Espera que el amor divino le dé vida: la que está amenazada por los enemigos y aquélla por la que él suspira.

83 Aunque era como un odre ahumado,
no olvidaba tus leyes.
84 ¿Cuántos serán aún los años de tu siervo?
¿Cuándo juzgarás a mis perseguidores?
85 Me han cavado una fosa los soberbios,
que no están de acuerdo con tu ley.
86 Todos tus mandatos son verdaderos;
sin causa me persiguen, socórreme.
87 Casi me eliminaron de la tierra,
pero no abandoné tus decretos.
88 Por tu amor dame vida
y guardaré la instrucción de tu boca.

Ésta es la estrofa de la estabilidad y de la eternidad en contraste con la condición caduca del hombre. Estable y eterna es la palabra del Señor, estable en la tierra y duradera en el cielo. El hombre, por el contrario perece por el sufrimiento y por la persecución de los enemigos. Necesita que Dios lo salve y lo mantenga en vida. Con este auxilio nunca olvidará los decretos divinos. La eternidad celebrada conduce al salmista hasta la inmensidad de Dios: «¡Qué inmenso es tu mandato!».

L

89 Tu palabra, Señor, es eterna,
más estable que el cielo;
90 tu fidelidad, por generaciones,
afianzaste la tierra y está firme:
91 por tu disposición se mantienen hasta hoy,
pues todo está a tu servicio.
92 Si tu voluntad no fuera mi delicia,
habría perecido en mi aflicción.
93 Jamás olvidaré tus decretos,
pues con ellos me vivificas.
94 Tuyo soy, sálvame,
que busco tus normas.
95 Me acechan los malvados para perderme,
pero yo medito tus preceptos.
96 He visto límites en todo lo perfecto,
pero, ¡qué inmenso es tu mandato!

La meditación asidua de la ley proporciona al salmista más sabiduría que la que tienen los enemigos. Ha de ser una sabiduría que se manifieste en la práctica, en la conducta, hasta odiar el camino de la mentira.

M

97 ¡Cómo amo tu voluntad!,
la medito todo el día.
98 Tus mandatos me hacen
más hábil que mis enemigos,
siempre van conmigo.
99 Soy más sagaz que todos mis maestros,
porque medito tus preceptos.
100 Soy más sabio que los ancianos,
ya que observo tus decretos.
101 Alejo mis pies de toda senda mala,
para observar tu palabra.
102 No me aparto de tus mandamientos
porque tú me has instruido.
103 ¡Qué dulce es tu promesa al paladar,
más que miel a la boca!
104 Reflexiono sobre tus decretos,
por eso odio toda senda falsa.

El camino oscuro se ilumina con la luz de la palabra divina. Esta nueva luz puede inducir al «disparate»: a la ofrenda de la boca, que susurra constantemente la

N

105 Lámpara es tu palabra para mis pasos,
luz en mis senderos.
106 He jurado, y lo ratifico:
cumpliré tus justos mandamientos.

107 Estoy sumamente afligido,
vivifícame, Señor, según tu palabra.
108 Acepta, Señor, las ofrendas de mi boca
y enséñame tus mandamientos.
109 Mi vida está siempre en mis manos,
pero no olvido tu ley.
110 Los malvados me ponen trampas,
yo no me desvío de tus decretos.
111 Tus preceptos son mi herencia perpetua,
son el gozo de mi corazón.
112 Inclino mi corazón a cumplir tus normas,
que son mi recompensa eterna.

Ley divina y no se revela, y a la ofrenda de la vida, permanentemente en las manos en actitud oferente. El piadoso conoce el riesgo de la fe: rodeado de trampas y de enemigos, de todos se libra gracias a la ley: es su herencia perpetua; se la pasará a sus hijos. En el amor a la Ley ya tiene su recompensa.

s

113 Detesto a los inconstantes
y amo tu voluntad.
114 Tú eres mi refugio y mi escudo:
confío en tu palabra.
115 Apártense de mí, perversos,
y cumpliré los mandatos de mi Dios.
116 Sostenme con tu promesa y viviré,
no defraudes mi esperanza.
117 Respáldame y estaré a salvo
y me fijaré siempre en tus normas.
118 Repudias a quienes
se apartan de tus normas,
porque falaz es la astucia.
119 Rechazas como escoria
a todos los malvados de la tierra,
por eso amo tus preceptos.
120 Mi cuerpo tiembla aterrorizado por ti
y me estremecen tus mandamientos.

Dios es refugio, escudo y apoyo en el que confía el salmista. Dios no defraudará esta confianza. Quienes se apartan de los estatutos divinos, por el contrario, serán despreciados. El salmista vive el estremecimiento ante la santidad divina.

‘

121 Practico la justicia y el derecho:
no me entregues a mis opresores.
122 Sal fiador por tu siervo,
que no me opriman los soberbios.
123 Mis ojos se languidecen por tu salvación
y por tu promesa de justicia.
124 Trata a tu siervo según tu amor
y enséñame tus normas.
125 Soy tu siervo, instrúyeme,
y comprenderé tus preceptos.
126 Es hora de actuar, Señor,
han quebrantado tu ley.
127 ¡Oh Dios altísimo y fiel,
yo amo tus mandatos
más que el oro puro!
128 ¡Oh Dios altísimo y fiel,
considero rectas todas tus normas
y detesto toda senda engañosa!

Ésta es la estrofa de la actuación. El salmista ha actuado conforme al derecho: Dios responde no entregando a su siervo, sino saliendo fiador por él. Ya es hora de actuar, se le recuerda al Señor. Una ha de ser la actuación a favor de su siervo: que lo enseñe, lo instruya el Dios altísimo y fiel, y el siervo aprenderá. Distinto ha de ser el obrar divino con aquellos que han transgredido la Ley de Dios.

Vuelve el símbolo de la luz. La palabra de Dios ilumina y el rostro divino resplandece sonriente. De esta luz se llena la vida y el alma, como los pulmones se llenan de aire, cuando la vida necesita aliento. El poder del mal no puede enseñorearse sobre el hombre. Mientras existan los malvados, que no guardan la ley divina, el salmista llorará, sea con llanto vicario o bien de compasión por los desgraciados.

P

129 Tus preceptos son admirables:
por eso los guarda mi alma.
130 La explicación de tu palabra ilumina,
instruye a los inexpertos.
131 Jadeo con la boca abierta,
anhelando tus mandatos.
132 Vuélvete a mí con piedad,
como haces con quienes te aman.
133 Afirma mis pasos según tu promesa,
que no me domine maldad alguna.
134 Líbrame de la opresión de los hombres,
y guardaré tus decretos.
135 Haz brillar tu rostro sobre tu siervo
y enséñame tus leyes.
136 Ríos de lágrimas vierten mis ojos
porque no se guarda tu ley.

Ésta es la estrofa de la justicia. Justo es el Señor, rectos sus juicios, eterna su justicia. Esta repetición de la justicia atrae otros sinónimos: Recto, auténtico, fiel. La justicia de Dios y sus preceptos son eternos. Es la justicia mostrada con los pequeños. Acaso desde aquí puede explicarse el extraño versículo 143.

S

137 Tú eres justo, Señor,
y recto en tus juicios.
138 Justamente prescribes preceptos,
sumamente estables.
139 Me consumo de celo
porque mis enemigos olvidan tus palabras.
140 Purísima es tu promesa,
y tu siervo la ama.
141 Soy pequeño y despreciable,
mas no olvido tus decretos.
142 Tu justicia es justicia eterna,
y tu ley es auténtica.
143 Aunque me alcancen
la angustia y la opresión,
tus mandatos son mi delicia.
144 Tus preceptos son justos por siempre;
instrúyeme y viviré.

La estrofa se vuelve suplicante: Llamar y responder, llamar y salvar, gritar y escuchar, pedir auxilio y esperar. La causa de este movimiento dialogal puede ser que los idólatras se acercan al perseguido pero se alejan de la Ley divina. Dios no sólo se acerca, está cerca, permanentemente cerca, como permanentes son sus preceptos.

Q

145 Clamo de todo corazón,
respóndeme, Señor,
y guardaré tus normas.
146 Te invoco, sálvame,
y observaré tus preceptos.
147 Me adelanto a la aurora pidiendo auxilio,
esperando tus palabras.
148 Mis ojos se adelantan a las vigilias,
meditando tu promesa.
149 Por tu amor escucha mi voz,
Señor, vivifícame según tu justicia.
150 Me cercan los seguidores de los ídolos,
y se alejan de tu ley.
151 Tú, Señor, estás cerca
y todos tus mandatos son auténticos.
152 Desde hace tiempo estableciste
tus preceptos para siempre.

R

153 Mira mi aflicción y líbrame,
pues no olvido tu voluntad.
154 Defiende mi causa y rescátame,
vivifícame conforme a tu promesa.
155 Tu salvación está lejos de los malvados,
porque no buscan tu ley.
156 Grande es tu ternura, Señor,
vivifícame según tu justicia.
157 Muchos son
mis perseguidores y adversarios,
pero yo no me aparto de tus preceptos.
158 Veo a los renegados y siento asco,
porque no observan tus instrucciones.
159 Mira cómo amo tus decretos;
Señor, vivifícame según tu amor.
160 El compendio de tu palabra es la verdad,
son eternos tus justos mandamientos.

La mirada tiene una importancia destacada en esta estrofa. Dios mira la aflicción, para defender la causa, vivificar y conceder la salvación, porque son muchos los perseguidores. Dios ha de mirar también el amor que el salmista tiene a los preceptos divinos. También el salmista mira y ve a los renegados, hacia quienes siente asco. La síntesis, compendio, de cuanto se viene celebrando y meditando es ésta: Tu palabra es la verdad y eternos tus mandamientos.

S

161 Los poderosos me persiguen sin motivo;
mi corazón tiembla por tus palabras.
162 Yo me alegro de tu promesa,
como el que obtiene un rico botín.
163 Detesto y aborrezco la mentira,
amo tu voluntad.
164 Siete veces al día te alabo
por tus justos mandamientos.
165 Mucha paz tienen los que aman tu ley,
nada los hace tropezar.
166 Espero tu salvación, Señor,
y cumplo tus mandatos.
167 Yo observo tus preceptos,
los amo intensamente.
168 Guardo tus preceptos y decretos,
¡todos mis caminos están ante ti!

La observancia nace del amor y se realiza con amor. A ese amor corresponde la paz y se contrapone a la mentira y a la falsedad. El salmista siente ante «la palabra» temor y gozo; es un gozo semejante al que se experimenta ante un rico e inesperado botín. El versículo 166 une la espera y la acción.

T

169 Llegue mi clamor a tu presencia, Señor,
instrúyeme con tu palabra.
170 Llegue mi súplica a tu presencia:
líbrame según tu promesa.
171 Brote de mis labios la alabanza,
pues me enseñaste tus normas.
172 Proclame mi lengua tu promesa
pues todos tus mandatos son justos.
173 Que tu mano me auxilie,
pues he elegido tus decretos.
174 Anhelo tu salvación, Señor,
tu voluntad es mi delicia.
175 Que yo viva para alabarte;
que tu mandamiento me auxilie.
176 Si me extravié como oveja descarriada,
busca a tu siervo.
¡No. No olvido tus mandatos!

La estrofa final y todo el salmo está dominado por el «clamor, la petición y la alabanza». Lo que pide el orante es «enseñanza, liberación, salvación, auxilio, vida». Pese a todo el empeño por ser fiel, el salmista puede haberse extraviado. Que Dios busque a esta oveja descarriada, porque al menos no ha olvidado sus mandamientos.

Esta súplica individual, con la que se inicia la serie de «cánticos de las subidas» (120-135), nos presenta al salmista -al pueblo- lejos de su tierra, como emigrante entre gente bárbara y belicosa. Masac es un pueblo mercader (cfr. Ez 27, 13) y Cadar comercia con ganado menor. No sabemos si el destierro es real o ficticio. En todo caso, es gente violenta, tanto de palabra (2s) como de obra (7). El orante clama desde la angustia del destierro (1). El Dios invocado librará al suplicante y dará su merecido a los opresores (3s). Existe la bienaventuranza dirigida a los pacíficos (Mt 5,9) y el saludo y despedida de Jesús: «La paz os dejo, mi paz os doy» (Jn 14,27). La paz entre los hermanos es recomendada por Rom 12,18; 1 Cor 7,15; 2 Cor 13,11; Heb 12,14, etc. Es un buen salmo para orar con él en los momentos de movimientos migratorios.

120 (119)

1 En mi angustia clamé al Señor
y él me respondió.

2 Señor, líbrame del labio mentiroso,
de la lengua embustera.
3 ¿Qué te dará y qué te añadirá,
lengua embustera?
4 –Flechas de arquero afiladas
y brasas de retama.

5 ¡Ay de mí, emigrado cerca de Masac,
acampado junto a las tiendas de Cadar!
6 Habito demasiado cerca
de quien odia la paz.
7 Yo, ¡cómo proclamo la paz!
¡y ellos prefieren la guerra!

Este salmo de confianza se compone de una proclamación inicial (1s) y de una canción al centinela divino (3-8). Domina el tema de Dios como guardián. Seis veces oímos el vocablo, sea como verbo o como sustantivo. Hay que añadir la «sombra» protectora (5b) como título divino y la vigilancia permanente de quien no duerme ni dormita (4a). Las polaridades, por otra parte, son características de este salmo: sol y luna; día y noche, abarcando todo el tiempo (Gn 1); entradas y salidas como definición de toda la vida y actividad humana; ahora y por siempre: en el presente y en el futuro. En todos estos ámbitos actúa Dios como guardián. Su tutela es eficaz por ser el creador del cielo y de la tierra (2). El creyente no tiene por qué dirigir la mirada a los montes, morada de los dioses, en busca de protección. Jesús pide al Padre que Él mismo nos guarde (cfr. Jn 17,11), como se lo pedimos en el Padrenuestro. Somos guardados y protegidos para una herencia imperecedera (cfr. 1 Pe 1,4). La confianza total, como es la proclamada por este salmo, es madura cuando persiste en medio de las dificultades y a pesar de los conflictos. En circunstancias como ésas podemos orar con este salmo.

121 (120)

1 Levanto los ojos a los montes:
¿de dónde me vendrá el auxilio?
2 El auxilio me viene del Señor,
que hizo el cielo y la tierra.
3 No dejará que tropiece tu pie,
no duerme tu guardián.
4 No duerme, ni dormita
el guardián de Israel.

5 El Señor es tu guardián,
el Señor es tu sombra,
el Altísimo está a tu derecha;
6 de día el sol no te hará daño
ni la luna de noche.
7 El Señor te guarda de todo mal,
él guarda tu vida.
8 El Señor guarda tus entradas y salidas
ahora y por siempre.

Esta canción de Sión se compone de tres partes: Peregrinación (1s), alabanza a Jerusalén (3-5), y bendiciones (6-9). Tras el anuncio de un futuro, tal vez inminente, el salmista ya se ve ante las puertas de la Ciudad Santa, donde se yergue la casa del Señor. El anuncio de este futuro ya es

122 (121)

(Sal 84)

1 Me alegré con quienes me dijeron:
¡Iremos a la casa del Señor!
2 Nuestros pies se detienen
ante tus puertas, Jerusalén.

3 ¡Jerusalén!, edificada como ciudad
totalmente armoniosa,
4 adonde suben las tribus,
las tribus del Señor;
según la ley de Israel,
a dar gracias al Nombre del Señor.
5 Allí reside el tribunal de justicia,
el tribunal del palacio de David.

6 Pidan la paz para Jerusalén:
Vivan tranquilos los que te aman;
7 haya paz en tus murallas,
tranquilidad en tus palacios.
8 Por mis hermanos y compañeros
quiero decir: La paz contigo.
9 Por la casa del Señor nuestro Dios
quiero pedir: El bien para ti.

causa de alegría (1s). La visión de la ciudad fascina al peregrino. Es una ciudad impresionante por su solidez, hechizadora por su belleza, bulliciosa por la multitud de peregrinos, tutora del derecho y de la justicia. Es la ciudad santa en la que se alaba al Señor y se administra justicia (3-5). El nombre de Jerusalén lleva consigo ecos de paz: paz dentro de las murallas, paz para los amigos, paz para cuantos habitan en Jerusalén. Junto a la paz, la prosperidad y el bien, como frutos de la paz (6-9). La belleza de Jerusalén impresionó también a Jesús; pero la Ciudad Santa no supo reconocer la llegada de Paz (Lc 19,41-44). Al orar con este salmo es bueno preguntarse: ¿Son nuestras ciudades lugar de encuentro o se pasean por ellas el miedo y la violencia? ¡Ojalá construyamos la Jerusalén terrena, mientras suspiramos por la Jerusalén celeste!

123 (122)

1 A ti levanto mis ojos,
a ti, entronizado en el cielo.
2 Como los ojos de los esclavos
miran la mano de sus señores,
como los ojos de la esclava
miran la mano de su señora,
nuestros ojos miran al Señor, Dios nuestro,
hasta que se apiade de nosotros.

3 ¡Piedad, Señor, ten piedad!,
que estamos hartos de desprecios,
4 estamos demasiado hartos
del sarcasmo de los insolentes,
del desprecio de los orgullosos.

El poema se mueve entre la altanería y la humildad, entre el desprecio y la piedad. Los orgullosos (4) son altaneros: miran hacia lo alto, tratando de conquistar mayor grandeza, aunque sea anulando a otros, despreciándolos (3b-4). Quien está postrado como esclavo o esclava dirige una mirada confiada a la mano de su señor o señora. Es una mano que no amenaza, sino que concede favores. La mirada del esclavo va más allá: levanta lo ojos a quien está entronizado en el cielo (1). De él espera confiadamente que se incline y tenga piedad (3). La mujer cananea pide a Jesús que tenga piedad (Mt 15,22-25). El publicano no se atrevía a levantar los ojos al cielo (Lc 18,10-14). Aún existen demasiados esclavos en nuestra tierra, que nos invitan a orar con este salmo.

124 (123)

1 Si el Señor no hubiera estado de nuestra parte,
–que lo diga convencido Israel–,
2 si el Señor no hubiera estado de nuestra parte,
cuando nos asaltaban los hombres,
3 nos habrían tragado vivos,
ardiendo en cólera contra nosotros;
4 nos habrían arrollado las aguas,
el torrente nos habría anegado;
5 nos habrían anegado
las aguas ondeantes.

6 Bendito sea el Señor,
que no nos entregó
como presa a sus dientes.

En este salmo se suceden los peligros del pasado (1-5) y acción de gracias presente (6-8). El yo del poema acaba de superar un peligro grave, descrito con imágenes. El asalto humano (2b) es semejante a la agresión de fieras que desgarran (6b) o la red del cazador que atrapa a la presa (7). Se parece también a aguas que arrollan y anegan (4s). Como el Abismo se habrían tragado vivo (3a) al orante y a todos los suyos. No sabemos a qué peligro concreto alude el poeta. Lo cierto es que Dios ha intervenido con su gracia, y ahora Israel ha de decir con total convicción (1b) que ha sido obra del Señor. Es obligado bendecir y alabar (6a) al Creador del cielo y de la tierra (8). «Si Dios está con nosotros, ¿quién contra

nosotros?», pregunta Pablo (Rom 8,31). Cuando vivimos en el límite de nuestra pequeñez, surge el liberador de nuestra vida: Dios como auxilio. Él nos sostiene. A Él le damos gracias.

7 Salvamos la vida como un pájaro
de la red del cazador:
la red se rompió,
y nosotros escapamos.
8 Nuestra auxilio es el Nombre del Señor,
que hizo el cielo y la tierra.

La confianza (1s) se da la mano con la súplica (4s) en momentos de opresión (3). Una buena circunstancia histórica puede ser la época de los Macabeos. La sociedad está dividida. Por una parte están «Israel (5), su pueblo (2) y quienes confían» (1); por otra, «los malvados (3), los malhechores (5) y algunos justos» que tienden su mano a la maldad (3b). Quienes se deciden por la fe y mantienen la confianza tienen la estabilidad de la montaña santa, de Sión, que está firme para siempre. El símil geográfico es elocuente: así como Jerusalén está rodeada de montañas, así el Señor rodea a su pueblo «ahora y por siempre» (2). Es un abrazo de protección y de paz, en tiempos de persecución y de guerra. El abrazo cariñoso de Dios a su pueblo se convierte en presencia permanente del Señor en su Iglesia (Mt 28,20). Confiando en el Señor podemos estar seguros aun en medio de los conflictos.

125 (124)

1 Los que confían en el Señor
son como el monte Sión:
no tiembla, está asentado para siempre.
2 ¡Jerusalén, rodeada de montañas!
Así rodea el Señor a su pueblo
ahora y por siempre.

3 Jamás reposará el cetro del malvado
sobre el lote de los justos,
siempre que los justos no tiendan
su mano a la maldad.

4 Señor, favorece a los buenos,
a los rectos de corazón.
5 A los que se desvían por sendas tortuosas
que los conduzca el Señor
con los malhechores.
¡Paz a Israel!

La repatriación, sea el retorno del destierro o bien en tiempos de Nehemías, explica el «cambio de suerte». No vale aquí aquella apreciación «los sueños, sueños son»: este sueño es una realidad que motiva una doble reacción; el comentario de los paganos (2d) y el canto jubiloso de los que regresan (2a.5b). Dos imágenes recogen la realidad. La lluvia torrencial caída en los secos cauces del sur (el Negueb) da vida al desierto (cfr. Job 38,25-27). Si la cosecha había sido exigua, la sementera implicaba quitarse el pan de la boca, en espera de una buena cosecha. Algo así fue el destierro y el retorno: los caminos que conducen a la tierra se llenan de gente; la sementera en Babilonia no fue estéril; ahí está la cosecha. Todo se debe a que el Señor ha hecho proezas con nosotros (2d.3a). Jn 16,20-22 habla del paso del llanto a la risa y de la tristeza al gozo. Si queremos transformar el sufrimiento en esperanza, las lágrimas en canciones, podemos orar con este salmo.

126 (125)

1 Cuando el Señor cambió la suerte de Sión,
nos parecía estar soñando.
2 La boca se nos llenaba de risas,
la lengua de cantos alegres.
Hasta entre los paganos se comentaba:
El Señor ha estado grande con ellos.
3 –El Señor ha estado grande con nosotros.
¡Estamos alegres!

4 Cambia, Señor, nuestra suerte,
como los torrentes del Negueb.
5 Los que siembran con lágrimas
cosechan con cantos alegres.
6 Al ir iba llorando
llevando el saco de la semilla;
al volver vuelve cantando
trayendo sus gavillas.

127 (126)

1 Si el Señor no construye la casa,
en vano trabajan los albañiles;
si el Señor no cuida la ciudad,
en vano vigila la guardia.
2 Es inútil que os levantéis temprano,
y retraséis el descanso
los que coméis el pan de los ídolos,
el Dios fiel da el éxito a su amigo.

3 Mirad: la herencia del Señor son los hijos,
su salario el fruto del vientre.
4 Como saetas en manos de un guerrero
son los hijos de la juventud.
5 ¡Dichoso el hombre que llena
con ellas la aljaba!
No será humillado, al alejar
de la puerta a sus enemigos.

Salmo de confianza con matices sapienciales. «Vano» es cuanto se hace sin contar con Dios. Ni el trabajo afanoso ni la vigilia nocturna, ni madrugar o trasnochar, ni recurrir a otros dioses distintos al Dios verdadero dará su fruto (1s). Uno de los dones divinos, su «salario», son los hijos, fruto de la bendición divina. Los hijos, por lo demás, son ayuda, defensa y apoyo para los padres en distintas situaciones; sobre todo en aquellas en las que el padre es impugnado en la sede judicial: a las puertas de la ciudad (3-5). «Sin mí no pueden hacer nada», leemos en Jn 15,5. Es necesario que el cristiano se implique en la construcción de la ciudad terrestre, pero sin dejar a Dios al margen.

128 (127)

1 ¡Dichoso el que respeta al Señor
y sigue sus caminos!
2 Comerás del trabajo de tus manos,
¡dichoso, tú, que te irá bien!
3 Tu mujer, como una vid fecunda,
en la intimidad de tu casa,
tus hijos como brotes de olivo
en torno a tu mesa.

4 Así bendecirá el Dios fiel
al varón que respeta al Señor.
5 Que el Señor te bendiga desde Sión,
disfruta del bienestar de Jerusalén,
todos los días de tu vida.
6 Goza de los hijos de tus hijos.
¡Paz a Israel!

Celebra este salmo de las subidas la dicha de la vida familiar, como es patente por el doble «dichoso» (1a.2b), por la doble bendición (4a.5a), por el doble bien o bienestar (2b.5b) y por la paz final (6b). El trabajo del hombre no es «en vano», como en el salmo anterior, sino que lleva la bendición de Dios, porque cuenta con Dios. Todos están ocupados: el padre en el trabajo, la mujer en la casa y la familia reunida en torno a la mesa. Las imágenes vegetales (3) sugieren la fecundidad y el crecimiento. Los dos símbolos aluden a Israel. El salmo propicia un paso de la familia a Jerusalén, madre de Israel. El simbolismo matrimonial es referido a Cristo y a la Iglesia en Ef 5,21-32. Podemos orar con este salmo unidos a la pequeña familia en la que nacimos o que formamos y también en vinculación con la gran familia, la Iglesia, reunida en torno a la mesa del Señor.

129 (128)

1 Cuánta guerra me han hecho
desde mi juventud
–que lo diga claramente Israel–,
2 cuánta guerra me han hecho
desde mi juventud
pero no pudieron conmigo.
3 Roturaron mi espalda los aradores,
trazaron sus largos surcos.

Acción de gracias (1-3) con súplica (4-8). El orante mira hacia el pasado y da gracias a Dios porque lo ha liberado. Mira también a los causantes del mal y pide que Dios haga justicia. No sabemos si la imagen del labrador alude al pueblo que es tratado como si fuera un buey atado al arado y molido a latigazos o al lucro que se obtiene de los esclavos: los largos surcos harían referencia a la codicia de los amos. En cualquier caso, los opresores no pudieron con Israel, como

se ha de proclamar «claramente» (1b). El Justo ha de salir en defensa de su pueblo y tratar a los opresores como hierba de azotea (6s), a la vez que rompe las correas con las que azotan a los oprimidos (4). Los oprimidos desde la juventud son bendecidos por Dios (8). Porque nuestros hermanos aún son oprimidos, oramos con este salmo.

4 Rompa el Señor, el justo,
las correas de los malvados.
5 Retrocedan derrotados
los que odian a Sión:
6 sean como hierba de la azotea,
que se seca antes de arrancarla;
7 que no llena la mano del segador,
ni la brazada del gavillador,
8 ni los transeúntes pueden decir:
¡Que el Señor los bendiga!
Los bendecimos en el Nombre del Señor.

Súplica individual, con una introducción (1s) y en tres movimientos: el Tú divino (3s), el Yo orante (5s) e Israel (7s). La espera y el perdón son correlativos. Primero es Dios quien vigila atento cualquier infracción para castigarla (3; cfr. Job 7,19s; 13,27). Después es el hombre quien vigila o aguarda anhelante la llegada de la aurora, que es el momento propicio para obtener misericordia (5s). Finalmente es Israel quien espera la llegada del Señor, en el que sólo hay amor, y por tanto perdón (7s). El perdón es cosa de Dios (4a). El pecador puede clamar desde «lo hondo» (1): desde la situación trágica o desde su condición humana. El Dios de perdón ha de ser respetado con suma reverencia (4b). Rom 7 describe la situación patética del pecador. Heb 4,16 nos invita a acercarnos al trono de la gracia. Con este salmo clamamos a Dios desde lo hondo de nuestra conciencia pecadora o desde lo profundo de nuestra condición humana, porque sabemos que en Dios sólo hay amor.

130 (129)

1 Desde lo hondo a ti clamo, Señor,
2 Dueño mío, escucha mi voz.
Estén tus oídos atentos
a la voz de mi súplica.

3 Si recuerdas los delitos, Señor,
¿quién resistirá, Dueño mío?
4 Pero el perdón es cosa tuya,
para que seas respetado.

5 Yo espero al Señor,
lo espero anhelante,
yo aguardo su palabra;
6 Mi vida aguarda a mi Dueño,
más que el centinela la aurora.

¡Más que el centinela la aurora!
7 Aguarde Israel al Señor,
que en el Señor sólo hay amor
y su redención es generosa:
8 Él redimirá a Israel
de todos sus delitos.

Salmo de confianza en negativo (1) y en positivo (2). El versículo 3 une este salmo con el anterior. La renuncia a la altanería, a las aspiraciones desmedidas, es un signo de la absoluta confianza en Dios. Como el niño se aquieta junto a su madre, algo así le sucede al creyente que se calma junto al Señor. Que Israel aprenda a confiar y a esperar en Dios. Jesús abraza a un niño y se identifica con él (cfr. Mc 9,36s). La máxima aspiración del cristiano es ser «un niño» (cfr. Mt 18,3-5; Mc 10,13-15; Lc 9,46-48). La oración de Carlos de Foucauld, «Padre, me pongo en tus manos...», es una bella glosa de este salmo.

131 (130)

1 Señor, mi corazón no es engreído,
ni mis ojos altaneros;
no persigo grandezas
ni prodigios que me superan.

2 Calmo y silencio mi anhelo
como un niño junto a su madre,
como un niño junto al Señor.

3 ¡Espere Israel en el Señor,
ahora y por siempre!

132 (131) (2 Sm 6)

1 Tenle en cuenta, Señor, a David
todos sus afanes,
2 cuando prometió al Señor
e hizo voto al Defensor de Jacob:
3 No entraré en la tienda, en mi casa,
ni subiré al lecho de mi descanso;
4 no concederé sueño a mis ojos
ni descanso a mis párpados,
5 hasta que encuentre un lugar para el Señor,
una morada para el Defensor de Jacob.

6 Mirad: oímos que el arca estaba en Efrata,
la encontramos en los campos del Yaar.
7 ¡Entremos en su morada,
postrémonos ante el estrado de sus pies.
8 ¡Avanza, Señor, hacia tu reposo,
ven con el arca de tu poder!
9 Que tus sacerdotes se vistan de gala
y tus amigos canten alegres.
10 En atención a tu siervo David,
no rechaces el rostro de tu Ungido.

11 El Señor juró a David
una promesa que jamás revocará:
Un fruto de tus entrañas
pondré en tu trono.
12 Si tus hijos guardan mi alianza
y los preceptos que les enseño,
también sus hijos, por siempre,
se sentarán en tu trono.

13 El Señor ha elegido a Sión,
la quiere como residencia suya:
14 Ésta es mi mansión para siempre,
aquí habitaré, porque la quiero.
15 Bendeciré generosamente sus provisiones
y saciaré de pan a sus pobres.
16 Vestiré a sus sacerdotes de gala,
y sus amigos cantarán alborozados.
17 Allí renovaré el poderío de David,
prepararé una lámpara para mi Ungido.
18 Cubriré de ignominia a sus enemigos,
mas sobre él brillará su diadema.

Este poema real, acaso de la época del Cronista, presenta un díptico, en el que el poeta recrea el oráculo de Natán a David. Ambas tablas del díptico comienzan con un juramento: el juramento de David (1-5) y el juramento de Dios (11s). Un coro reacciona tras cada uno de esos juramentos (6s.8-10//13-18). Cada tabla del díptico finaliza con la mención de David-ungido (10//17s). La casa en su doble acepción: morada/Templo y dinastía es el eje del salmo. No será David quien construya la casa/Templo para que en él habite el paladín de Jacob (3-5), sino que será el Señor el constructor de la casa/dinastía de David (11). El Templo es impensable sin los sacerdotes y sin el culto; es el lugar en el que habita el Señor y al que acude el pueblo en las fiestas prescritas. En el Templo se rendirá adoración al antiguo habitante del Arca (7). Del Templo, lugar elegido por el Señor (13), procede la bendición, que es fecundidad y vida (15). Los sacerdotes se visten de fiesta y el pueblo prorrumpe en aclamaciones gozosas (9.16). La casa/dinastía de David tendrá futuro. Es un futuro incondicional para el primer sucesor (11b); un futuro condicionado para los siguientes (12). El poema, por el tiempo en que se compone, es una proyección del presente hacia el pasado fundacional. La sociedad del Cronista gira en torno al Templo, al culto y al sacerdocio. El versículo 11 es citado en Hch 2,30; el versículo 5, en el discurso de Esteban (cfr. Hch 7,45-47). Se presta este salmo para asumir la realidad presente, sin olvidar que somos herederos de una historia santa. Oramos con este salmo en unión con el Ungido, que es a la vez el Sacerdote del nuevo Templo edificado sobre la carne del Señor.

133 (132)

1 Vean: ¡qué bueno, qué grato
convivir los hermanos unidos!

2 Es como ungüento exquisito en la cabeza,
que baja por la barba;

Salmo con tonalidades sapienciales. Celebra la belleza de la fraternidad. El aceite de la unción baja hasta la barba; ésta hasta el cuello de la vestimenta; el rocío del Hermón, elevado monte norteño, baja hasta las colinas sureñas de Sión. El perfume del ungüento penetra por los sentidos. La suavidad sedosa de la barba

es una caricia. El rocío del Hermón impregna las tierras secas de Sión. Algo así es la fraternidad. Es una bendición que es vida, y vida perdurable. Los cristianos somos hermanos. Nuestra misión es difundir el buen olor de Cristo (cfr. 2 Cor 2,14s). Oramos con este salmo y soñamos con una fraternidad en casa, en la comunidad, y en el mundo entero. Todos somos hijos del único Dios y Padre.

la barba de Aarón, que baja
hasta el cuello de su vestimenta.

3 Es como rocío del Hermón
que baja sobre las colinas de Sión,
pues allí envía el Señor su bendición:
la vida para siempre.

Breve liturgia de bendición. El peregrino invita a los sacerdotes a que bendigan -alaben- al Señor durante la noche. Éstos le responden implorando la bendición divina, prenda de todos los favores materiales sobre el peregrino. El cristiano puede añadir la bendición de Ef 1,3. Al orar con este salmo, encomendamos a los sacerdotes que presiden nuestras asambleas litúrgicas.

134 (133)

1 Y ahora, bendigan al Señor,
todos los siervos del Señor,
que pasan la noche
en la casa del Señor.
2 Levanten las manos hacia el santuario
y bendigan al Señor.

3 El Señor te bendiga desde Sión,
el que hizo el cielo y la tierra.

Himno a la grandeza divina con su invitación hímnica (1-4), cuerpo del himno (5-18) y conclusión (19-21). El cuerpo del himno tiene tres estrofas: el Creador (5-7), el Redentor (8-14), el Viviente (15-18). Los sacerdotes, como en el salmo anterior, son los encargados de entonar la alabanza (1s). La bondad divina, el renombre de Dios, la elección del pueblo (Jacob e Israel) y la donación de la tierra son los motivos para alabar al Señor (3s). Los tres ámbitos de la creación: cielo, tierra y abismo, son obra suya (6), como en sus manos está el gobierno del universo (7). Es el Señor de la historia, sintetizada en cuatro verbos: «hirió..., envió... hirió... entregó» (8.9.10.12). Así fue como el Señor hizo justicia a su pueblo y se compadeció de sus siervos (14). Los dioses no existen (5.15-18; cfr. 115,4-8). Son nuevos motivos para bendecir al Señor. Termina el salmo como comenzó, invitando a los sacerdotes (aarónidas y levitas) a que bendigan al Señor, el morador de Jerusalén (19-21). Dios nos muestra su bondad cada día, nos da a conocer su Nombre. Por ello podemos continuar la bendición, iniciada en el Templo de Jerusalén, orando con este salmo.

135 (134)

(115)

1 ¡Aleluya!
¡Alaben el Nombre del Señor,
alábenlo, siervos del Señor,
2 los que están en la casa del Señor,
en los atrios de la casa de nuestro Dios!
3 Alaben al Señor, que el Señor es bueno,
canten en su honor, porque es amable.
4 Porque el Señor eligió a Jacob,
a Israel como su propiedad.

5 Bien sé que el Señor es grande,
nuestro Dueño más que todos los dioses.
6 El Señor hace cuanto quiere
en el cielo y en la tierra,
en los mares y en los abismos.
7 Levanta las nubes en el confín de la tierra,
con relámpagos desata la lluvia,
suelta los vientos de sus silos.

8 Hirió a los primogénitos de Egipto,
hombres y animales.
9 Envió señales y prodigios
en medio de ti, Egipto,
contra el Faraón y sus ministros.
10 Hirió a pueblos numerosos,
mató a reyes poderosos:
11 incluso a Sijón, rey amorreo,
también a Og, rey de Basán
y aún a todos los reyes de Canaán.

12 Y entregó su tierra en heredad,
en heredad a Israel, su pueblo.
13 Señor, tu renombre es eterno,
Señor, tu recuerdo por generaciones.
14 El Señor hace justicia a su pueblo
y se compadece de sus siervos.

15 Los ídolos de los gentiles son plata y oro,
hechura de manos humanas:
16 tienen boca y no hablan,
tienen ojos y no ven,
17 tienen oídos y no oyen,
ni siquiera hay aliento en su boca.
18 ¡Sean como ellos sus fabricantes,
los que confían en ellos!

19 Casa de Israel, bendice al Señor,
casa de Aarón, bendice al Señor,
20 casa de Leví, bendice al Señor,
fieles del Señor, bendigan al Señor.
21 ¡Bendito sea el Señor en Sión,
el morador de Jerusalén!
¡Aleluya!

136 (135)

1 Den gracias al Señor porque es bueno,
porque es eterno su amor.
2 Den gracias al Dios de los dioses,
porque es eterno su amor.
3 Den gracias al Señor de señores,
porque es eterno su amor.

4 Al único que hace grandes maravillas,
porque es eterno su amor.
5 Al que hizo el cielo con maestría,
porque es eterno su amor.
6 Al que asentó la tierra sobre las aguas,
porque es eterno su amor.
7 Al que hizo las grandes luminarias,
porque es eterno su amor.
8 El sol, para regir el día,
porque es eterno su amor.
9 La luna y estrellas, para regir la noche,
porque es eterno su amor.

10 Al que hirió a los primogénitos egipcios,
porque es eterno su amor;
11 y sacó Israel de entre ellos,
porque es eterno su amor;
12 con mano fuerte, con brazo extendido,
porque es eterno su amor.
13 Al que partió en dos partes el Mar Rojo,
porque es eterno su amor;

Himno en letanías. Comienza con una invitación a la alabanza (1-3). A continuación se proclama el credo de Israel a lo largo de tres estrofas: La creación (4-9), el éxodo (10-20) y la tierra (21-25). Termina el salmo con una nueva invitación a la alabanza (26). La creación del cielo, de la tierra y de las aguas es una muestra del amor del Señor. La alternancia del día y de la noche, también es manifestación del amor divino. Los distintos capítulos de la historia que se forjó desde Egipto hasta la tierra están rubricados por el amor de Dios. El que nos mira en el momento presente nos muestra todo su amor. El amor suscita amor y gratitud: «Dad gracias al Dios del cielo, porque es eterno su amor». El prólogo joánico describe a Jesús lleno de amor y de verdad (Jn 1,14). Ahora sí que podemos decir que es eterno el amor de Dios hacia nosotros. Este salmo ha de ir completándose con las nuevas muestras del amor divino en nuestra vida.

14 e hizo pasar por en medio a Israel,
porque es eterno su amor;
15 y hundió en él al Faraón y a su ejército,
porque es eterno su amor.
16 Al que guió a su pueblo por el desierto,
porque es eterno su amor.
17 Al que hirió a reyes poderosos,
porque es eterno su amor;
18 y dio muerte a reyes famosos,
porque es eterno su amor;
19 incluso a Sijón, rey amorreo,
porque es eterno su amor;
20 también a Og, rey de Basán,
porque es eterno su amor.

21 Y entregó su tierra en herencia,
porque es eterno su amor;
22 en herencia a Israel su siervo,
porque es eterno su amor.
23 Al que en nuestra humillación
se acordó de nosotros,
porque es eterno su amor;
24 y nos libró de nuestros opresores,
porque es eterno su amor.
25 Él da alimento a todo viviente,
porque es eterno su amor.

26 ¡Den gracias al Dios del cielo,
porque es eterno su amor!

Lamentación comunitaria en tres estrofas: Los canales de Babilonia (1-4), el recuerdo de Jerusalén (5s), e imprecaciones, más súplica (7-9). Si ambientamos esta elegía en Babilonia, el poema es un cántico de resistencia: ¡Jerusalén por encima de todo! Si fue compuesto por quienes retornaron, es un recuerdo de las penalidades del destierro. En cualquier caso, el poema está lleno de sentimiento dolorido y nostálgico. La postura del que está sentado es una traducción corporal del llanto o del espíritu postrado por la nostalgia. La cítara, que nació para ser pulsada, ha de permanecer muda, pendiente en las ramas de árboles que tienen la copa caída, por los suelos. Cantar canciones de Sión en tierra extranjera sería una afrenta e incluso una blasfemia: el nombre de la perdida Jerusalén y el sacrosanto Nombre de Dios no han de ser mancillados en una tierra llena de sangre. Jerusalén, el colmo de la alegría, se ha tornado en vértice de la tristeza, y, pese a todo, Jerusalén continúa siendo la ciudad

137 (136)

1 Junto a los canales de Babilonia
nos sentamos, y lloramos
con nostalgia de Sión.
2 En los sauces de sus orillas
colgábamos nuestras cítaras.
3 Allí mismo los que nos deportaron
nos pedían canciones,
nuestros opresores, canciones alegres:
Cántennos una canción de Sión.
4 ¡Cómo cantar un canto del Señor
en tierra extranjera!

5 Si me olvido de ti, Jerusalén,
que se me paralice la mano derecha,
6 que se me pegue la lengua al paladar
si no me acuerdo de ti,
si no exalto a Jerusalén
como colmo de mi alegría.

7 A los idumeos, Señor, tenles en cuenta
el día de Jerusalén,

cuando incitaban: ¡Desnúdenla,
desnúdenla hasta los cimientos!
8 ¡Capital de Babilonia, destructora,
Dichoso el que te pague
el mal que nos has hecho!
9 ¡Dichoso el que agarre y estrelle
a tus hijos contra la peña!

amada; mucho más amada que la lengua o que la mano. La primera puede paralizarse y la segunda enmudecer porque la cítara continuará silenciosa. Si los opresores quieren una canción, vaya para ellos una bienaventuranza sarcástica (9). Tampoco los idumeos han de irse de vacío. Ellos alentaron a los babilonios a desnudar a Jerusalén hasta los cimientos. Quien así alentaba a dejar denuda a la Dama amada, no ha de quedar impune: que el Señor se lo tenga en cuenta. El amor apasionado a Jerusalén y al Señor está por encima de todo. Ap 14,8; 16, 19; 17,5; 18,2.10.21 acepta el eje del salmo Jerusalén/Babilonia para referirlo a la nueva Jerusalén y a la «gran ciudad», símbolo del mal. ¿Nos duele la fe? ¿Sudamos sangre por mantener un amor fiel al Señor? ¿A quién amamos con todo nuestro ser, aun a costa de nuestra integridad física? Oramos con este salmo unidos a todos los que aman a Dios por encima de todo.

138 (137)

1 Te doy gracias de todo corazón;
frente a los dioses cantaré para ti.
2 Me postraré hacia tu santuario,
dando gracias a tu Nombre,
por tu amor y tu fidelidad;
porque tu promesa supera a tu fama.
3 Cuando te llamé, me escuchaste,
fortaleciste mi ánimo.

4 Te darán gracias, Señor, los reyes de la tierra
al escuchar las palabras de tu boca.
5 Cantarán la soberanía del Señor:
¡qué grande es tu gloria, Señor!
6 Excelso es el Señor y mira al humilde,
desde lejos conoce al soberbio.

7 Si camino entre peligros, me conservas vivo:
ante la furia de mis enemigos
extiendes tu izquierda
y tu derecha me salva.
8 Que el Señor me defienda mientras viva.
¡Señor, tu Nombre es eterno,
no abandones la obra de tus manos!

Acción de gracias del creyente (1s), de los reyes (4-6) y para el futuro (7s). El creyente que entona su acción de gracias se halla en un pueblo extranjero, lejos del santuario y rodeado de dioses. Su mirada se dirige al Templo lejano y su fe es firme: se postra en dirección al santuario y da gracias a Dios aun encontrándose entre otros dioses (1-2a). Los motivos son clásicos: el amor y la fidelidad de Dios (2b) y la invocación escuchada (3). Supone el poeta que los oráculos de Dios se oyen en todo el mundo. Al escuchar la Palabra de Dios, los reyes de los pueblos darán gracias a Dios y reconocerán su singular grandeza, que consiste en que el Excelso mira al humilde (4-6). El orante no sabe cómo será su propio futuro. Está seguro, sin embargo, de que si los peligros son grandes, la mano de Dios es salvadora y su amor es eterno. Dios no puede abandonar la obra de sus manos. La acción de gracias tiene futuro. Oramos con este salmo para dar gracias a Dios por su actuación a favor nuestro y de nuestro pueblo.

139 (138)

1 Señor, tú me sondeas y me conoces.

2 Sabes cuando me siento o me levanto,
de lejos percibes mis pensamientos;

Esta meditación sapiencial sobre el conocimiento y la presencia de Dios acaso tuvo su «íncipit» ante la presión de los malvados (19-22): alguien ha sido acusado injustamente, quizás de idolatría y apela a Dios. En este ambiente compone

su poema, que está formado por una breve introducción (1) y cuatro estrofas: A. El conocimiento divino (2-6). B. La presencia de Dios (7-12). A'. El conocimiento/poder divino (13-16). C. El fiel y el rechazo de los ídolos (17-22). Los versículos 23s forman la inclusión con el versículo 1. Decir que Dios conoce es lo mismo que afirmar que Dios se dona amorosamente. Es un amor que abarca todo el ser humano, comprendido en las expresiones polares: sentarse y levantarse, camino y descanso, silencio y palabra, por detrás y por delante... Los verbos que se refieren a la actuación divina son de esta índole: conocer y discernir, saber y estrechar, apoyar la palma y saber... El conocimiento/amor de Dios resulta inefable e inenarrable (1-6). Dios está por doquier y nada impide su presencia: arriba y abajo, en la aurora y en ocaso, en la tiniebla primordial y en la oscuridad nocturna... (7-12). Todo queda iluminado por la presencia divina (12). Su presencia en nuestra vida se remonta a los tiempos de nuestra gestación en el seno materno (13). No se contenta con estar presente, es activo: nos formó y entretejió (15), como fue entretejido el paño que cubría el Arca: con bordados y recamados. La arquitectura humana es tan divina que lleva la huella de Dios en la carne. El ser humano es un «misterio, misteriosa obra de Dios» (14). Las andanzas de esta maravillosa obra de Dios que es el ser humano son cariñosamente cuidadas por la solicitud divina (16). ¿Puede comprenderse que alguien hable dolosamente de Dios? ¿No es irracional que alguien odie al Señor, si todo bien nos viene de Él? Irrastreables son los caminos de Dios, su sabiduría es un abismo (cfr. Rom 11,33). Dios nos estrecha y abraza no para condenarnos, sino para orientar nuestros pasos hacia su amor. Si queremos saborear el amor divino y apreciar la dignidad del hombre nos vendrá bien orar con este magnífico salmo.

3 disciernes mi camino y mi descanso,
todas mis sendas te son familiares.
4 Aún no ha llegado la palabra a mi lengua,
y ya, Señor, la conoces toda.
5 Me estrechas por detrás y por delante,
apoyas sobre mí tu palma.
6 Tanto saber me sobrepasa,
es sublime y no lo alcanzo.

7 ¿Adónde me alejaré de tu aliento?,
¿adónde huiré de tu presencia?
8 Si subiera al cielo, allí estás tú;
si me acostara en el abismo, allí estás;
9 si me remontara con las alas de la aurora
para instalarme en el confín del mar,
10 aun allí me guiaría tu izquierda
y tu derecha me aferraría.
11 Si dijera: Que me encubra la tiniebla
y la luz se haga noche en torno a mí,
12 ni la tiniebla es tenebrosa para ti,
aun la noche es luminosa como el día:
la tiniebla es como la luz del día.
13 Tú formaste mis entrañas,
me tejiste en el seno materno.
14 Te doy gracias porque eres prodigioso:
soy un misterio, misteriosa obra tuya;
y tú me conoces hasta el fondo,
15 no se te oculta mi osamenta.
Cuando en lo oculto era formado,
entretejido en lo profundo de la tierra,
16 tus ojos veían mi ser informe.
En tu libro estaban escritos
todos mis días, ya planeados,
antes de llegar el primero.

17 ¡Qué insondable me resultan tus pensamientos,
oh Dios, qué incalculable su suma!
18 Si los cuento, son más que granos de arena;
y aunque terminara aún me quedarías tú.
19 Si mataras, oh Dios, al malvado
y se alejasen de mí los sanguinarios,
20 pues hablan de ti dolosamente,
y tus adversarios cuchichean en vano.
21 ¿No odiaré a quienes te odian, Señor?
¿No detestaré a quienes se levantan contra ti?
22 Los odio con odio sin límites,
los tengo por enemigos.

23 Oh Dios, sondéame y conoce mi corazón,
examíname y conoce mis pensamientos.
24 Mira, si mi camino es errado
y guíame por el camino recto.

140 (139)

2 Líbrame, Señor, del hombre malvado,
cuídame de los hombres violentos,
3 que planean trampas en su corazón,
a diario provocan discordias.
4 Afilan la lengua como serpientes,
con veneno de víboras tras los labios.

5 Defiéndeme, Señor, de la mano perversa,
guárdame de los hombres violentos
que planean hacerme caer;
6 los soberbios me tienden lazos,
los villanos extienden una red,
me ponen trampas al borde del sendero.

7 Yo digo: oh Señor, tú eres mi Dios,
escucha, Señor, mis gritos de socorro.
8 Señor, dueño mío, mi fuerza salvadora,
protege mi cabeza el día del combate.
9 ¡No secundes, Señor, los deseos del malvado,
no favorezcas sus proyectos, oh Excelso!

10 Cubra la cabeza de quienes me cercan
la iniquidad de sus labios.
11 Descarguen sobre ellos carbones encendidos,
caigan en el abismo, y no se levanten.
12 No arraigue en la tierra el deslenguado,
el mal persiga al violento hasta desterrarlo.

13 Sé que el Señor defiende al humilde,
hará justicia a los pobres.
14 Sí, los honrados darán gracias a tu Nombre,
los rectos habitarán en tu presencia.

Súplica individual, desdoblada en dos (2-6//7-12), que finaliza con una confesión de fe (13s). Cada una de las súplicas tienen dos estrofas (2-4.5s//7-9.10-12). El poema, a estas alturas del salterio, nos resulta convencional. Es lo que se deduce de la descripción de la persecución: violencia (2), contiendas (3) trampas y lazos (6)... Tópicas son también las peticiones: líbrame (2), defiéndeme (3), guárdame (5)... Conocidas son las invocaciones del acto de confianza: mi Dios (7), mi Dueño, mi fuerza salvadora... (7-9). «El día del combate» (8b) Dios actúa como yelmo que cubre la cabeza de quien le suplica, la cabeza de los enemigos, sin embargo, está desprotegida (10a): que recaiga sobre ella el mal que tramaron (10-12). Los desprotegidos -humildes y pobres (13)- son protegidos especialmente por Dios: habitarán en presencia del Señor (14b), que es una clara alusión al Templo. Rom 3,13 cita el versículo 4. Hay víctimas porque aún existen verdugos. Al orar con este salmo escuchamos el clamor de los creyentes perseguidos, que todavía tienen fuerza para decir «Tú eres mi Dios».

141 (140)

1 Señor, te estoy llamando, ven deprisa,
escucha mi voz cuando te llamo.
2 Sea mi oración como incienso en tu presencia,
mis manos levantadas,
como ofrenda vespertina.

3 Coloca, Señor, un guardián en mi boca,
vigila, oh Altísimo, la puerta de mis labios.
4 No dejes que mi corazón se incline al mal,
a perpetrar acciones criminales
con hombres malhechores.
¡No seré comensal en sus banquetes!
5 Que el justo me golpee y el leal me reprenda,
mi cabeza no brillará con ungüento exquisito,
pues continuaré orando en sus desgracias.

6 Sus gobernantes caigan en manos de la Roca,
y oigan cuán suaves son sus palabras:

Súplica individual, que se desdobla en una «gran súplica» (1-7) y en una mini súplica (8-10). Ambas comienzan con una invocación (1-2//8). ¿Qué hacer cuando acecha la maldad y se encubre en formas de fraternidad como pueden ser los banquetes (4d; cfr. Prov 1,8-18) y los agasajos (5b)? El justo puede caer en la trampa y pecar de palabra y de pensamiento (3s). El yo del salmo dirige su mirada en una triple dirección: hacia sí mismo, hacia Dios y hacia los malvados. El orante no quiere tener nada en común con los malvados: no participará en sus banquetes, ni permitirá ser ungido con perfumes refinados (5); en vez de eso, orará por los demás (5c) y por sí mismo (2). Su oración será incesante: estará siempre ante la presencia divina como lo está el incienso de la ofrenda vespertina (2). Está dispuesto a sufrir la reprensión y los golpes procedentes de los justos (5a),

pero que la maldad de los malvados no le contamine. Es consciente, sin embargo, de la propia debilidad. Aquí ha de intervenir Dios. El orante dirige su súplica a Dios: que él sea el centinela, vigilante de los labios que pronuncian las palabras y también del corazón donde nace la palabra (3-4a); que le guarde y no le destruya (9). Para los malvados, por el contrario, que sea una Roca puntiaguda contra la que éstos se estrellen, a la vez que escuchan unas palabras «amables» de la Roca (7), dicho no sin ironía. Los malvados están en lo suyo: comenten iniquidades, camufladas en banquetes amigables o bien en cepos y en trampas hábilmente escondidos (9-10a). Que Dios intervenga, y haga caer a los malhechores en sus propias redes y trampas, que sean destruidos (8b.10a). En definitiva es Dios quien ha de vérselas con el inocente y con los malvados. Podemos orar con este salmo cuando vemos que la maldad nos rodea y no quisiéramos pecar, ni herir a nadie con nuestras palabras. Con este salmo pedimos a Dios que nos arranque del mal.

7 Como rueda molar que se estrella en el suelo,
así se esparzan sus huesos a la boca del abismo.

8 A ti, Señor, Dueño mío, se vuelven mis ojos,
en ti me refugio, no me destruyas.
9 Guárdame del cepo que me han puesto,
de la trampa de los malhechores.
10 Caigan en sus redes los malvados
al tiempo que yo escapo ileso.

Destaca en esta súplica individual, pronunciada «mientras se apaga el aliento» (4a) la voz o el clamor, que es intenso en la súplica inicial (1) y reiterativo (6a.7a) en el cuerpo de la súplica (4b-7). En la conclusión del salmo es una voz de alabanza (8a). El código espacial domina la composición. El orante avanza por un sendero abruptamente cortado por una trampa (7b). No puede avanzar ni volver hacia atrás, porque le persiguen (7b). Si mira hacia la derecha, nadie le reconoce (5a). Eleva la mirada hacia arriba y advierte que se ha quedado sin refugio (5b). Tiene la sensación de hallarse aprisionado (8a) y se experimenta agotado (7a.4a). No tiene escapatoria en el espacio. La única salida está todavía más arriba, allá donde eleva su grito: Dios será su refugio y su lote (6). Al finalizar el salmo el orante se encuentra en el «cerco» de los justos, con los que dará gracias a Dios. Jesús se declara «Camino» (Jn 14,6), que conduce a la tierra de los vivientes (cfr. Jn 14,2). Oramos con este salmo en unión con cuantos están de camino, y también con aquellos que se sienten agotados por las fatigas del mismo.

142 (141)

2 A voces clamo al Señor,
a voces suplico al Señor.
3 Desahogo ante él mi congoja,
expongo ante él mi angustia,
4 mientras se apaga el aliento.

Pero tú conoces mis senderos,
en el camino por el que marcho
me han escondido una trampa.
5 Mira a la derecha y observa:
ni uno me reconoce.
Me he quedado sin refugio,
nadie se ocupa de mí.

6 A ti clamo, Señor, te digo:
Tú eres mi refugio,
mi lote en la tierra de los vivos.
7 Atiende a mi clamor,
pues estoy del todo agotado;
líbrame de mis perseguidores,
que son más fuertes que yo.

8 Sácame de la prisión
para dar gracias a tu Nombre.
Me rodearán los justos
cuando me brindes tu favor.

143 (142)

1 Señor, escucha mi oración:
oh Dios, atiende a mi súplica,
por tu fidelidad y justicia, respóndeme.
2 No entres en pleito con tu siervo,
pues ningún ser vivo es justo ante ti.

3 El enemigo me persigue a muerte,
ya aplasta mi vida contra el suelo,
me confina en las tinieblas
como a los muertos de antaño.
4 Ya se me apaga el aliento,
dentro de mí se estremece mi corazón.
5 Recuerdo los tiempos antiguos,
medito todas sus acciones,
considero la obra de tus manos.
6 Extiendo hacia ti las manos
y mi garganta como tierra reseca.

7 Respóndeme enseguida, Señor,
que me falta el aliento.
Si me escondes tu rostro,
seré como los que bajan al sepulcro.
8 Por la mañana hazme sentir tu amor,
porque confío en ti.
Indícame el camino que debo seguir,
Pues a ti confío mi vida.
9 Líbrame de mis enemigos, Señor,
ya que me refugio en ti.
10 Enséñame a cumplir tu voluntad,
pues tú eres mi Dios.
Tu espíritu bondadoso me guíe
por una tierra llana.
11 Por tu Nombre, Señor, vivifícame,
por tu justicia, líbrame de la angustia;
12 por tu amor destruye a mis enemigos,
destruye a mis agresores,
pues siervo tuyo soy.

Funciona en esta súplica individual la relación entre el soberano y el vasallo. Entre ambos reina una relación de amor o de lealtad (8a.12a). Dios ha cumplido sus compromisos con toda justicia (1b.11b). El vasallo no es inocente (2b), no ha sido fiel. Dios podía querellarse contra él (2) e incluso romper definitivamente la relación de amor: ocultándole su rostro (7b). Los enemigos serían los ejecutores de este castigo. Pero no es el momento. El vasallo se encuentra en una situación extrema: perseguido a muerte (3), con taquicardias y casi sin aliento (4), al borde de la muerte (3), cuyo sabor a polvo ya gusta anticipadamente (6b)... La muerte es una pesadilla (3-6) y el sepulcro también (7-10). El cuerpo entero del orante es una súplica a la justicia divina: que ha de ser necesariamente piadosa y clemente, porque ningún ser vivo «es justo ante ti» (2b). La luz del alba es el tiempo propicio para que Dios, el soberano, muestre nuevamente su amor al vasallo (8a). Sabe muy bien que no es inocente, pero también sabe que Dios es bondadoso (10b). Por eso implora que lo guíe en el futuro (8.10) de modo que pueda cumplir su voluntad y caminar por un camino llano (10). Si Dios ha de recurrir a la justicia vindicativa que sea con los enemigos, pero no con el vasallo que se declara siervo de Dios (12). Cae muy bien el título de «Siervo» en labios de Jesús. En cuanto a nosotros, que Dios no entre en pleito con nosotros, pese a nuestra infidelidad, Dios permanece fiel (cfr. 2 Tim 2,13). Al orar con este salmo, caemos en cuenta de nuestra infidelidad, pero también de la fidelidad de Dios: pese a todo, por la mañana nos permitirá sentir su amor.

144 (143) (18)

1 Bendito sea el Señor, mi Roca,
que adiestra mis manos para el combate,
mis dedos para la batalla.
2 Mi aliado y mi alcázar,
mi baluarte donde me pongo a salvo,
mi escudo y mi refugio,
él me somete los pueblos.

3 Señor,
¿qué es el hombre para que acuerdes de él,
el ser humano para que pienses en él?

Es muy difícil clasificar este salmo. Tiene piezas de todos los colores y citas de otros salmos. Por ejemplo, Sal 18 está citado en los versículos 1.2.5a.6.7.10. En el versículo 3 se cita el Sal 8,5. El versículo 4 combina Sal 39,6 con Job 14,2... Pese a todo, el salmo tiene su coherencia interna procedente de la figura de David. Claro está que no se trata del David histórico, puede ser el David mesiánico, del que hablan otros libros bíblicos (cfr. Am 9,11; Miq 5,1; Ez 37,23s; Zac 12,8). La secuencia de guerra y de victoria, con la consiguiente prosperidad del pueblo (12-

14), está vinculada a la figura y actuación del rey mesías. Él es el portador de las esperanzas mesiánicas; es una figura ejemplar: así como libró a David (10), del mismo modo librará a su pueblo (7-8.11). «¡Dichoso el pueblo al que esto le sucede!» (15). El cielo nuevo y la tierra nueva nos llevan más allá del salmo (cfr. Ap 21,1-4; 2 Pe 3,13; Rom 8,19-23). El pueblo de Dios que espera el nuevo reino se va formando en el seno de la historia. Será bueno que no olvidemos las vidas ejemplares; nos darán aliento, y sobre todo que pongamos nuestra mirada en el Señor que es el iniciador y consumador de nuestra fe.

4 El hombre se asemeja a un soplo,
sus días a una sombra que pasa.
5 Señor, inclina tus cielos y desciende;
toca los montes y que humeen.
6 Fulmina tus rayos y dispérsalos,
lanza tus flechas y desbarátalos.

7 Alarga tu mano desde lo alto,
defiéndeme y líbrame
de las aguas caudalosas,
de la mano de extranjeros,
8 *cuya boca profiere falsedades,*
y su diestra es engañosa.

9 Oh Dios, te cantaré un canto nuevo,
tocaré para ti el arpa de diez cuerdas,
10 tú que das la victoria a los reyes,
y libras a David, tu siervo,
de la espada inicua.
11 *Defiéndeme y líbrame*
de la mano de extranjeros,
cuya boca profiere falsedades
y su diestra es engañosa.

12 Sean nuestros hijos como plantío,
exuberante desde la juventud;
sean nuestras hijas columnas esculpidas,
estructura de un palacio;
13 nuestros graneros estén rebosantes
de productos de toda especie.
Nuestros rebaños a millares
se multipliquen en nuestros prados;
14 que nuestros bueyes vengan cargados.
No haya brechas ni boquetes,
ningún lamento en nuestras plazas.

15 ¡Dichoso el pueblo al que así le sucede,
dichoso el pueblo cuyo Dios es el Señor!

Es el último salmo acróstico del salterio. El autor, mas artesano que poeta, paga tributo a la forma y acarrea materiales de otros lugares bíblicos. La repetición y la reiteración son los principales recursos del poeta. La alabanza a Dios por sus proezas pasa de una a otra generación: ha llegado hasta el poeta y él ha de transmitírla a las generaciones sucesivas (4-7); así de una forma ininterrumpida (1b.2b). Son motivo de alabanza tanto los atributos divinos (8s.17), cuanto sus acciones (4-7.14-16 y 10.18-20). Digno de alabanza es sobre todo el reino-reinado de Dios (11-13). Los sujetos de la alabanza se ensanchan más y más: desde el yo del poeta (1s) hasta todo viviente (21),

145 (144)

A 1 Te alabaré, Dios mío, mi Rey,
bendeciré tu Nombre por siempre jamás;
B 2 todos los días te bendeciré,
alabaré tu Nombre por siempre jamás.

G 3 Grande es el Señor, muy digno de alabanza,
su grandeza es insondable.
D 4 Cada generación pondera tus obras a la otra
y le cuenta tus hazañas;
H 5 alaban ellos tu esplendorosa majestad,
y yo recito tus maravillas;
W 6 relatan ellos tus terribles proezas
y yo narro tus grandezas;

Z ⁷ celebran la memoria de tu inmensa bondad
y aclaman tu victoria.

H ⁸ El Señor es clemente y compasivo,
lento a la ira y rico en amor;
T ⁹ el Señor es bueno con todos,
tierno con todas sus criaturas.

Y ¹⁰ Que todas tus criaturas te alaben, Señor,
que te bendigan tus fieles.

K ¹¹ Proclamen la gloria de tu realeza,
que cuenten tus grandezas,
L ¹² explicando tus proezas a los hombres,
el glorioso esplendor de tu realeza.
M ¹³ Tu reinado es un reinado eterno,
tu gobierno por todas las generaciones.
N [Fiel es Dios en sus palabras
y amoroso en sus acciones].

S ¹⁴ El Señor sostiene a los que caen,
y levanta a los que se doblan.
' ¹⁵ Los ojos de todos te están aguardando:
tú les das la comida a su tiempo;
P ¹⁶ tú abres la mano y colmas
de bienes a todo viviente.

S ¹⁷ El Señor es justo en todos sus caminos,
fiel en todas sus acciones.

Q ¹⁸ El Señor está cerca de los que lo invocan,
de los que lo invocan sinceramente.
R ¹⁹ Satisface los deseos de sus fieles,
escucha sus clamores y los salva.
S ²⁰ El Señor guarda a quienes lo aman,
destruye a todos los malvados.

T ²¹ Proclame mi boca la alabanza del Señor,
todo viviente bendiga
su santo Nombre por siempre jamás.

pasando por las generaciones (4), los fieles (10s), quienes lo aman (20). Aunque se unan muchos a alabar al Señor a lo largo de la historia, nunca ponderarán suficientemente la grandeza divina, que es insondable (3b), ni su bondad, que es inmensa (7a). Es necesario, por ello, que todas las criaturas (10), que todo viviente bendiga el santo Nombre de Dios por siempre jamás (21). El puesto céntrico del «reino de Dios» une este salmo con el núcleo de la predicación de Jesús: «El reino de Dios» (cfr. Mc 1,14s), que ha de continuar creciendo en nuestra sociedad; por eso es necesario orar con este salmo, a la vez que pedimos: «Venga tu Reino».

146 (145)

¹ ¡Aleluya!
Alaba, alma mía, al Señor
² alabaré al Señor mientras viva,
cantaré para mi Dios mientras exista.
³ No confíen en los poderosos,
en un hombre incapaz de salvar:
⁴ exhala su aliento y vuelve a la tierra,
ese día acaban sus planes.
⁵ Dichoso a quien auxilia el Dios de Jacob:
su esperanza es el Señor su Dios,
⁶ que hizo el cielo y la tierra,
el mar y cuanto hay en ellos;
que mantiene su fidelidad perpetuamente,

Este himno a Dios, creador del universo y defensor del pobre, contrapone la fe en el hombre (3s) con la fe en Dios (5-10). Comienza con una introducción (1s) y a lo largo de la segunda estrofa desfilan «doce» bellísimos títulos divinos. Es una fe operante, que da paso a la esperanza. Nada podemos esperar del ser humano; por muy poderoso que sea, es incapaz de salvar (3); es tan efímero como nosotros. Dios, por el contrario, tiene recursos para todo. Tenerlo como protector es una auténtica dicha (5). Es el Dios fiel y justo, eterno y duradero, sus proyectos no son caducos, porque su amor es eterno. Muestra la fidelidad de su amor con todos los que son débiles y pudieran bus-

7 que hace justicia a los oprimidos;
da pan a los hambrientos;
el Señor libera a los cautivos;
8 el Señor da vista a los ciegos;
el Señor endereza a los encorvados;
el Señor ama a los honrados;
9 el Señor protege a los emigrantes;
sustenta al huérfano y a la viuda
y anula el poder de los malvados.
10 El Señor reina eternamente,
tu Dios, Sión, de edad en edad.
¡Aleluya!

car su salvación en los poderosos. Quienes están en situación de inferioridad por causa de otros (oprimidos, hambrientos y cautivos) o por enfermedad (ciegos y desfallecidos) o por circunstancias de la vida (emigrantes, huérfanos y viudas) se benefician de la fidelidad amorosa de Dios. También a los justos llega el amor de Dios. La realidad divina suscita una reacción alborozada: «Alabad al Señor» (¡Aleluya!). El discurso programático de Jesús en la sinagoga de Nazaret (cfr. Lc 4,17-22) actualiza la temática de este salmo. Los proyectos humanos pueden ser ambiciosos y desafiantes; no por ello anularán el proyecto divino. Si confiamos totalmente en Dios, si de verdad creemos en Él, podemos orar con este salmo.

147 (146 y 147)

1 ¡Aleluya!
¡Qué bueno es cantar a nuestro Dios!
¡Qué delicia entonarle la alabanza!
2 El Señor reconstruye Jerusalén
y reúne a los deportados de Israel.
3 Él sana los corazones destrozados,
y venda sus heridas.
4 Cuenta el número de las estrellas,
llama a cada una por su nombre.
5 Grande y poderoso es nuestro Dueño,
su sabiduría no tiene medida.
6 El Señor levanta a los humildes,
y abate por tierra a los malvados.

7 Entonad la acción de gracias al Señor,
toquen la cítara para nuestro Dios,
8 que cubre el cielo de nubes,
prepara la lluvia para la tierra
y hace reverdecer las montañas;
9 que dispensa alimento al ganado
y a las crías de cuervo que graznan.
10 No aprecia el brío de los caballos
ni estima los músculos del hombre.
11 El Señor quiere a sus fieles
y a los que anhelan su amor.

12 ¡Glorifica al Señor, Jerusalén,
alaba a tu Dios, Sión!,
13 que refuerza los cerrojos de tus puertas
y bendice a tus hijos dentro de ti;
14 que da prosperidad a tu territorio
y te sacia en el mejor trigo;
15 que envía su mensaje a la tierra
y su palabra corre veloz;

Este poema está entre la acción de gracias y el himno. Ateniéndonos a las invitaciones (1.7.12) prevalece la acción de gracias. Se da gracias a Dios o se alaba al Señor de la historia (1-6) y del cosmos (7-11), en cuyas manos está el dominio de la naturaleza (12-20). Estamos en los tiempos de la repatriación de los desterrados y de la reconstrucción de la ciudad (1s). Las heridas del destierro aún son recientes (3). Atrás queda el culto astral de Babilonia: Dios pone nombre a las estrellas, aunque sean innumerables, porque es Señor de ellas (4). Realmente nuestro Dueño es grande; tan grande que ha abatido a los impíos y sustenta a los humildes (6). Tanto poder es digno de una alabanza gozosa (1). Infantería y caballería han sido barridas (10), porque el Señor se deleita en sus fieles, a quienes ama (11), como lo muestra el sustento diario de los animales (8s). Es necesario entonar la acción de gracias (7). Dentro de la ciudad está el pueblo de Dios, sin sacerdotes ni reyes; son simples ciudadanos. No han de temer la llegada del invierno, porque los meteoros hostiles son domesticados: la lana es blanca y protectora; la ceniza, restos del fuego del hogar; las migajas, sobras de la comida... Es decir, es un pueblo cuidado, aun cuando arrecie el frío, y alimentado con el mejor trigo (14). El mayor don es la ley divina que no se comparte con otros pueblos, sino que es monopolio de este pueblo (19). Porque Dios ha actuado de tal modo sólo con este pueblo, es preciso que la ciudad celebre y alabe (12). El pueblo de Dios, en otro tiempo desterrado y disperso, ahora ha sido rescatado y reunido. Desde el salmo es posible acu-

16 que extiende la nieve como lana
y esparce la escarcha como ceniza;
17 que arroja el granizo como migas,
ante su helada, ¿quién resistirá?
18 Envía una orden y se derrite,
sopla su aliento y fluyen las aguas.
19 Anuncia su mensaje a Jacob,
sus decretos y mandatos a Israel.
20 Con ninguna nación obró así
ni les dio a conocer sus mandatos.
¡Aleluya!

dir al himno joánico (Jn 1,1-14) y desde éste retornar al salmo. Somos el pueblo de Dios, que peregrina por esta tierra y se reúne en la Iglesia. Oramos con este salmo de acción de gracias, porque es justo y necesario dar incesantes gracias a Dios, por medio de Jesucristo.

148 (Dn 3,52-90)

1 ¡Aleluya!
Alaben al Señor desde los cielos,
alaben al Señor en las alturas;
2 alábenlo, todos sus ángeles,
alábenlo, todos sus ejércitos;
3 alábenlo, sol y luna,
alábenlo, estrellas lucientes;
4 alábenlo, espacios celestes
y aguas que están sobre los cielos.
5 Alaben el Nombre del Señor,
sólo él lo mandó y fueron creados;
6 los fijó para siempre jamás
y les impuso una ley que no pasará.

7 Alaben al Señor desde la tierra,
monstruos del mar y abismos todos;
8 fuego, granizo, nieve y humo,
viento huracanado que cumple sus órdenes;
9 montes y todas las colinas;
árboles frutales y cedros;
10 fieras y animales domésticos,
reptiles y aves que vuelan;
11 reyes y pueblos del mundo,
príncipes y jefes de la tierra,
12 los jóvenes y también las muchachas,
los ancianos junto con los niños;
13 alaben el Nombre del Señor,
el único Nombre sublime;
su majestad sobre el cielo y la tierra.
14 Él aumenta el vigor de su pueblo.

A él la alabanza de todos sus fieles,
de Israel, su pueblo cercano.
¡Aleluya!

La presente alabanza universal a Dios transcurre en dos escenarios: en los cielos (1-6) y en la tierra (7-14a). El versículo 14bc es el colofón del himno. El director del coro lanza siete imperativos hacia el cielo y uno hacia la tierra. Siete son las voces celestes invitadas a entonar la alabanza y veintidós o veintitrés las criaturas que forman el coro de alabanza en la tierra. Los motivos para alabar a Dios se reparten en los versículos 5-6 y 13-14: creación por la palabra, nombre y majestad, exaltación de su pueblo. El hombre que pone nombre a las criaturas les presta voz, para que todos alaben al Señor en armoniosa polifonía. De este modo las criaturas son conducidas ante el Creador. Toda la creación (cielos, tierra y abismo) ha de doblar su rodilla y alabar el «Nombre-sobre-todo-nombre» (Flp. 2,9s). Para orar con este salmo es necesario tener un corazón ecuménico y ecológico, en el que quepan todos y todo. Desde el cielo y desde la tierra se entonará la alabanza a Dios en un solo coro polifónico.

149

Ya conocemos los himnos de alabanza a Dios creador y rey, después de haber recorrido todo el salterio. También nos resulta familiar el «cántico nuevo»; sólo que aquí no es una expresión convencional, sino que el cántico es realmente nuevo, tanto por quienes lo entonan cuanto por su contenido. Lo entonan los «justos» o los «leales» (1.5.9), que están dispuestos a jugarse la vida por el Nombre de Dios. El cántico es una acción bélica, previamente escrita como sentencia dictada por el juez justo (9a). Los justos o «los leales» bien puede ser un grupo combativo del tiempo de los Macabeos. En efecto, «la asamblea de los leales» sólo aparece aquí y en 1Mac 2,42, a lo largo de toda la Biblia. Es un grupo que no acepta a ningún monarca extranjero ni cuenta con un rey davídico. Es un grupo devoto y combativo. Expresa su devoción de un modo riguroso. Se oponen a la violencia injusta con la violencia justa. Ejecutan la sentencia dictada por Dios, y lo tienen por algo honroso. Nos vale su entusiasmo religioso y su fe en Dios creador y Señor, porque el evangelio nos pide que no respondamos a la violencia con la espada (Mt 26,52-54). Nuestra batalla ha de ser contra «los dominadores del mundo tenebroso» (Ef 6,12). El mal y el pecado que hay en nuestro mundo son una afrenta al Creador; el dolor de los humildes es el dolor del Señor. Oramos con este salmo en unión con cuantos tienen hambre y sed de la justicia. Son bienaventurados.

1 ¡Aleluya!
Canten al Señor un canto nuevo,
su alabanza en la asamblea de los fieles.
2 Alégrese Israel por su Creador,
salten de gozo los hijos de Sión por su Rey;
3 alaben su Nombre con danzas,
tocando tambores y cítaras;
4 porque el Señor ama a su pueblo
y corona con su victoria a los humildes.

5 Que los justos celebren su gloria
y lo aclamen aun en sus lechos:
6 con vítores a Dios en su garganta,
y espadas de dos filos en las manos,
7 para tomar venganza de las naciones,
y aplicar el castigo a los pueblos;
8 para atar a sus reyes con cadenas
y a sus nobles con esposas de hierro;
9 para aplicarles la sentencia escrita:
¡qué honor para todos sus fieles!
¡Aleluya!

150

Doxología final del salterio. Es un himno a toda orquesta. Enmudece la palabra y surge la música. Ella traduce los mejores y más profundos sentimientos del creyente ante Dios. Diez fueron las palabras creadoras de Gn 1. Diez son los imperativos de este último salmo. Se alaba a Dios por todas las obras descritas en el libro que ahora concluimos y que fueron realizadas a lo largo de la historia santa. Se le alaba por su inmensa grandeza. Todo ser creado y redimido ha de unirse a este coro universal de alabanza. Todos los instrumentos musicales han de prestar su sonido para esta solemne alabanza final. La palabra última de todo lo creado y redimido es ésta: «¡Aleluya!». Hemos entrado en la celebración eterna, en el júbilo eterno. Este salmo nos remite a Ap 19,1-10, a los cánticos triunfales en el cielo. Nuestra comunidad, nuestro pueblo anticipa el «Aleluya» celeste cuando entona su alabanza a Dios en la tierra.

1 ¡Aleluya!
Alaben al Señor en su templo,
alábenlo en su augusto firmamento.
2 Alábenlo por sus magníficas proezas,
alábenlo por su inmensa grandeza.

3 Alábenlo al son de trompetas,
alábenlo con arpas y cítaras.
4 Alábenlo con tambores y danzas,
alábenlo con cuerdas y flautas.
5 Alábenlo con címbalos sonoros,
alábenlo con címbalos vibrantes.

6 ¡Todo ser que alienta alabe al Señor!
¡Aleluya!



CANTAR
DE LOS CANTARES

Tema del Cantar. Un único tema recorre todo el poema del Cantar de los Cantares (o el «supremo cantar»): el amor de marido y mujer, el misterioso descubrimiento del otro, a quien darse sin perderse, realizando la plenitud de la unión en la fuerza creadora, en el poder fecundo del momento eterno. De esto nos habla este brevísimo libro de canciones para una boda, diálogo de novios recordando y esperando, de amantes que se buscan, cantan su amor, se unen, se vuelven a separar, superan las dificultades para unirse definitivamente.

Durante la semana que sigue a la boda los novios son rey y reina; si él es Salomón, ella es Sulamita, si él es «pastor de azucenas», ella es «princesa de los jardines». Son canciones con dos protagonistas por igual. Él y ella, sin nombre declarado, son todas las parejas del mundo que repiten el milagro del amor.

El amor del Cantar Bíblico cree en el cuerpo, contempla extasiado el cuerpo del amado y de la amada, y lo canta y lo desea. Lo contempla

como cifra y suma de bellezas naturales: montañas, árboles, animales. La belleza total y multiforme de la creación reside en el cuerpo cantado: gacelas, gamos, cervatillos, palomas y cuervos, granadas y azucenas, palmeras y cedros, los montes del Líbano; también la belleza que fabrica el ser humano: joyas y copas, columnas y torres. Es un amor que rubrica y proclama que todas las criaturas que salieron de la mano del Creador son buenas, sobre todo el hombre y la mujer.

El amor de este libro todavía tiene resquicios de temor y dolor: raposas que destrozan, sorpresas nocturnas, llamadas en vano, búsquedas sin encuentro, las dos obscuridades del Abismo y de la Muerte…Todavía no es perfecto. Pero precisamente en su límite nos descubre un amor sin límites, sin sombra ni recuerdo de temor, la plenitud de amar a Dios y a todo en él.

Autor y estilo literario. Nada cierto sabemos sobre el autor o autores de las canciones o sobre el recopilador de la colección. La leyenda dice que su autor es Salomón y que lo compuso para su boda con una princesa egipcia, pero no pasa de ser una leyenda. Una ingeniosa y fantástica teoría dice que Salomón compuso el Cantar en su juventud, ya maduro los Proverbios, de viejo el Eclesiastés.

El estilo del Cantar se adapta al tema: es rico en imágenes y comparaciones, se complace en expresiones de doble sentido como corresponde al lenguaje erótico. Cuida mucho la sonoridad, pues los poemas se cantaban o recitaban.

¿Tiene una unidad y una progresión el libro? ¿Dónde comienza una escena y acaba otra? Imposible saberlo. Quien lea detenidamente el texto observará repeticiones de palabras y estribillos, pasará de un escenario a otro: del interior del palacio al campo abierto, por ejemplo. La luz y los colores, los sonidos y los olores, las metáforas y las comparaciones, la naturaleza y la historia, lo cotidiano y lo exótico, todo este arco iris de géneros literarios está al servicio de una intención: cantar al amor.

¿Qué amor canta el Cantar? ¿Cómo este libro, franco y atrevido, sobre el amor humano entró a formar parte de la Biblia como palabra inspirada de Dios? Porque de eso trata, del amor humano pura y simplemente. Esto hizo que el Cantar encontrara dificultades en la tradición judía para ser admitido como libro santo y que tuviera que ser defendido como tal en la famosa «Asamblea de Yamnia» (entre los años noventa y cien de nuestra era). El rabino Aquibá dijo en aquella ocasión: «el mundo entero no es digno del día en que fue dado a Israel el Cantar de los Cantares, ya que los hagiógrafos son santos, pero el Cantar de los Cantares es santísimo» (Yad III,5).

Puesto que el Cantar se prestaba a usos profanos, tuvo que «ser interpretado» para ser recibido en la Biblia. Así es cómo comenzó la interpretación «alegórica», que de la tradición judía pasó a la tradición cristiana: el Cantar habla del amor, sí, pero de Dios (el esposo) a Israel (su esposa). En el cristianismo los interlocutores serían Cristo y la Iglesia, Cristo y el alma, el Espíritu Santo y María. Se llegó incluso a decir que el libro propone un auténtico itinerario místico que finaliza en el matrimonio espiritual del alma con Dios a la manera del eros platónico.



Aunque sin negarla, hoy día no tenemos que recurrir a la alegoría para justificar la inspiración divina de estas canciones de amor. Antes que la

lectura alegórica del libro está el sentido literal, y este sentido es ya teológico, y es el que nos llevará a una lectura superior de carácter alegórico ¿No es el amor humano digno de ser Palabra de Dios? El amor que procede de Dios nos lleva a Dios que es Amor. Si el amor del Cantar, sin perder nada de su intensidad, pudiera abarcar y abrazar a todos, ese amor sería la más alta encarnación del amor de Dios.



1

1 Canción sin rival, de Salomón

1. La expresión «Cantar de los cantares» es un superlativo relativo. Puede ser traducida de otros modos: «El Cantar más bello, más sublime, sin rival...». Se le atribuye a Salomón, sin que Salomón sea el autor del libro. El Cantar es un conjunto de poemas, que pudieron circular de forma independiente, pero que, recopilados en un libro, recibieron cierta unidad y adquirieron un dinamismo, o trama, impuestos por el redactor. En la traducción y comentario prescindo de las voces (él – ella – coro, que es la forma habitual de presentar el libro) y me atengo a las posibles estrofas aisladas tras un análisis estructural del libro.

I. La primera canción es un epigrama, que exalta apasionadamente el amor físico: desde los besos de la boca hasta el sabor de los «amores embriagadores»: el abrazo amoroso. El interlocutor es el rey. La mujer se supone que es la reina. El lugar para saborear la bebida del amor, el interior del palacio, la alcoba real. El lenguaje es delicado y alusivo, carente del realismo y de la tosquedad que leemos en otras páginas bíblicas (cfr. Ez 16; 26; 20; 23, por ejemplo). Este epigrama, por lo demás, es un buen proemio del libro: presentación de la mujer (en este caso la esposa) y del varón (que es el «rey»; la mujer sería la reina), plantas y aromas, sabores y el sentido del gusto, movimiento y presura, doncellas y enamoramiento... Toda esta temática se desarrollará a lo largo del Cantar.

II. En este segundo epigrama se presenta una muchacha que no es un dechado de belleza. Conoce sus propios encantos: es «fascinante». Nos dice su oficio: es guardaviñas. Nos confiesa su debilidad: su propia viña no la guardó. Sabemos que sus hermanos se enfadaron con ella (o si nos atenemos a cierta tradición textual, «la prometieron como esposa»), porque la muchacha no supo guardar su propia viña. El autor juega con la doble acepción de viña: el sentido obvio y el figurado: la viña es imagen de Israel (cfr. Jr 12,10; Sal 80,13s, etc.), y alude también al sexo femenino. Es decir, la muchacha ya ha tenido relaciones sexuales, sin que sepamos con quién. El hombre del Cantar es un interlocutor necesario, pero la protagonista es la mujer. La mujer que ahora se presenta ya no es la reina del primer epigrama, sino que puede pasar por ser la amante.

III. El tercer epigrama está estructurado sobre una pregunta y una respuesta. Los personajes son ahora una pastora y

I. La esposa

2 ¡Béseme con besos de su boca!
¡Son tus amores mejores que el vino!,

3 ¡Qué exquisito el olor de tus perfumes;
aroma que se expande es tu nombre,
por eso se enamoran de ti las doncellas!

4 Llévame contigo, ¡corramos!,
¡introdúceme, oh rey, en la alcoba;
disfrutemos y gocemos juntos,
saboreemos tus amores embriagadores!
¡Con razón de ti se enamoran!

II. Una muchacha ingenua

5 Soy morena, pero fascinante,
muchachas de Jerusalén,
como las tiendas de Cadar,
como las lonas de Salmá.

6 No se fijen en mi tez morena,
el sol me ha bronceado:
mis hermanos se enojaron conmigo:
me pusieron a guardar las viñas;
¡y mi propia viña no la guardé!

III. El pastor inaccesible

7 Dime, amado mío, dónde pastoreas,
dónde recuestas tu rebaño al mediodía,
para que no vaya como una prostituta
tras los rebaños de tus compañeros.

8 Si no lo sabes por ti misma,
la más bella de las mujeres,
sigue las huellas del rebaño,
y lleva a pastar tus cabritillas
junto a las chozas de los pastores.

IV. Encantos femeninos

9 Te comparo, amada mía,
a la yegua de la carroza del Faraón.
10 ¡Qué bellos tus flanco oscilantes,
y tu cuello entre collares!
11 Te haremos collarines de oro,
con engastes de plata.

V. Una noche de amor

12 Mientras el rey estaba en su diván,
mi nardo exhalaba su perfume.
13 Bolsita de mirra es mi amado para mí:
entre mis pechos descansa.
14 Manojito de alheña es mi amado para mí,
en las viñas de Engadí.

VI. Diálogo en el bosque

15 ¡Qué hermosa eres, amada mía,
qué hermosa eres!
¡Palomas son tus ojos!
16 ¡Qué hermoso eres, amado mío,
qué delicioso!
¡Y nuestro lecho es frondoso!
Las vigas de nuestra casa son de cedro,
nuestro artesonado, de ciprés.

VII. Rosas y manzanos

2 1 Soy un narciso de la llanura,
una rosa de los valles.
2 Como rosa entre espinas
es mi amada entre las mozas.
3 Como manzano entre arbustos
es mi amado entre los mozos:
quisiera yacer a su sombra,
que su fruto es sabroso.

VIII. La mujer herida

4 Me llevaron a un banquete
y el Amor me declaró la guerra.
5 Tiéndanme sobre tortas de pasas,
recuéstenme sobre manzanas,
porque he sido herida por el Amor.
6 Su izquierda bajo mi cabeza
y su derecha me abraza.
7 *¡Les conjuro, muchachas de Jerusalén,*
por las gacelas y ciervas del campo
que no despierten ni desvelen al amor
hasta que a él le plazca!

un pastor. La mujer que habla en este epigrama no quiere continuar siendo una prostituta, no una mujer «errante», como se traduce habitualmente. No sabemos quién responde, puede ser la misma que pregunta: ¿por qué encapricharse sólo de uno si la belleza de la muchacha cautiva a tantos otros pastores? Sea quien sea el que responde, la mujer (ahora pastora) ha de renunciar al pastor inaccesible y ha de seguir las huellas de los pastores. Se la condena a continuar ejerciendo su oficio.

IV. Por primera vez escuchamos la voz del varón. Este cuarto epigrama, en efecto, puede ser asignado a la primera mujer que aparece en el Cantar: a la esposa (reina), aunque no se la nombre, ni se mencione al rey.

V. La esposa (reina) evoca una noche de amor con el rey. Los perfumes se meten por los sentidos: nardo, mirra, alheña. El nardo aparece sólo en el Cantar (Prov 7 enumera siete perfumes, pero olvida el nardo). Este perfume entrará en el Nuevo Testamento a través de una escena importantísima: la mujer anónima que unge a Jesús con nardo (Mc 14,3-5). Se hará memoria de esta mujer dondequiera que se anuncie la Buena Noticia (Mc 14,9). Los perfumes, en esta escena del Cantar, significan el placer que experimentan el rey y la reina en su encuentro.

VI. Del interior del palacio nos vamos al campo: el joven se encuentra con su amada en campo abierto. La naturaleza es el templo del amor para la joven enamorada, de la que sabemos, por confesión propia, que su vida transcurre en el campo. Una vez más la mujer toma la iniciativa y se insinúa.

VII. Continuamos en el escenario campestre. La muchacha se experimenta encantadora, como un narciso o como una rosa, y libre en la sombra del valle. El muchacho ratifica lo que acaba de decir la joven: para él es la mujer más bella que existe. Intervienen en esta escena dos jóvenes: la amante que se presentó en el comienzo del libro y su interlocutor. Quien tiene la iniciativa, una vez más, es ella.

VIII. Un cambio de escenario en este nuevo epigrama. Estamos ahora en la sala de «un banquete». En esta sala irrumpe

un guerrero inesperado: el Amor (en hebreo está sin artículo, y debemos entender que se trata de una personificación). La mujer es herida súbitamente y pide socorro. La herida es tan profunda, que sólo podrá sanar con la presencia y la figura del amado. Éste ha desparecido tan rápidamente como apareció, y ha dejado herida a la mujer. Si las compañeras de esta mujer no quieren pasar por semejante trance, que no despierten ni desvelen al amor (ahora con artículo, debiendo traducirse por «el amor»), hasta que a él le plazca. El campo de batalla nos permite pensar en el tercer personaje femenino presentado en el prólogo del libro: en la prostituta.

IX. Es el primer idilio del Cantar. Los verbos de movimiento y la voz dan unidad a la composición. Protagonista del idilio es la muchacha «fascinante» (14), que se presentó en el prólogo del libro (1,5). Ha soportado un invierno de ausencia. Ha llegado la primavera. Las flores del campo, las higueras que despuntan, las viñas abultadas, la estación de los cánticos, el arrullo de la tórtola, todo invita a celebrar el amor y a gozar de él. El oído despierto percibe la proximidad del amado, aunque no sea más que «un rumor...». A partir de ese momento se imagina cómo se acerca presuroso, cual gamo o cervatillo, cómo mira y atisba por la ventana y por la reja. Oye su voz, o ella misma pone palabras en boca del amado: «Levántate... Vente». Pero la muchacha se resiste. Convierte su casa en palomar, a pesar de que anhelaba como nadie la presencia del amado. El juego del amor es, a veces, demasiado cruel (Cant 8,6). El muchacho se contentaría tan sólo con ver la figura «fascinante» de la muchacha y con escuchar su «dulce voz». Tras el conjuro contra las raposas que son un peligro para la viña no guardada en otro tiempo, la muchacha declara solemnemente: «Mi amado es mío y yo suya, ¡se deleita entre las rosas!». Mientras dure la noche, es tiempo de que el gamo o cervatillo ronde por las colinas hendidas. El lenguaje es alusivo y delicado. Aunque tanto la muchacha como el muchacho tienen voz en este bellísimo idilio, acaso sea tan sólo una fantasía de la muchacha, que sueña con la donación y posesión total.

X. Con relación al idilio anterior, éste nos transporta de la luz y de los colores de la primavera a la oscuridad de la no-

IX. Primavera

8 ¡Un rumor...! ¡Mi amado!
Véanlo, aquí llega saltando por los montes,
brincando por las colinas!
9 Es mi amado un gamo,
parece un cervatillo.
Véanlo parado tras la cerca,
mirando por las ventanas,
atisbando por la reja.
10 Habla mi amado y me dice:
¡Levántate, amada mía,
preciosa mía, vente!
11 Mira, el invierno ya ha pasado,
las lluvias han cesado, se han ido.
12 Brotan flores en el campo,
llega el tiempo de los cánticos,
el arrullo de la tórtola
se oye en nuestra tierra;
13 en la higuera despuntan las yemas,
las vides abultadas perfumean.
¡Levántate, amada mía,
hermosa mía, vente!
14 Paloma mía, en las grietas de la rocas,
en el escondrijo escarpado,
déjame ver tu figura,
déjame escuchar tu voz:
¡Es tan dulce tu voz,
es tan fascinante tu figura!
15 Atrápennos las raposas,
las raposas pequeñitas,
que destrozan nuestras viñas,
nuestras abultadas viñas.
16 Mi amado es mío y yo suya,
¡se deleita entre las rosas!
17 *Hasta que surja el día,*
y huyan las tinieblas,
ronda, amado mío,
sé como un gamo
aseméjate a un cervatillo
por las colinas hendidas.

X. Primer nocturno

3 1 En mi cama, por la noche,
buscaba al amor de mi alma:
lo buscaba y no lo encontraba.
2 Me levantaré y rondaré por la ciudad
por las calles y las plazas,
buscaré al amor de mi alma.
Lo busqué y no lo encontré.
3 Me encontraron los centinelas
que hacen ronda por la ciudad:
–¿Han visto al amor de mi alma?

4 En cuanto los hube pasado,
encontré al amor de mi alma.
Lo abracé y no lo solté,
hasta meterlo en la casa de mi madre,
en la alcoba de la que concibió.
5 *Les conjuro, muchachas de Jerusalén,*
por las gacelas y las ciervas del campo,
que no despierten ni desvelen al amor
hasta que a él le plazca.

XI. Encuentro de los esposos

6 ¿Qué es ésa que sube por el desierto
como columna de humo,
perfumada con mirra e incienso,
con tantos aromas exóticos?
7 ¡Mira, la litera de la Sulamita!
Sesenta soldados la escoltan,
de los más valientes de Israel.
8 Todos ellos empuñan la espada,
son adiestrados guerreros,
cada uno con la espada al flanco
por temor a emboscadas nocturnas.
9 El rey Salomón
se ha hecho un palanquín
con maderas del Líbano,
10 de plata sus columnas,
de oro su respaldo,
de púrpura su asiento;
El Amor ilumina su interior.
11 ¡Muchachas de Jerusalén, salgan,
miren, muchachas de Sión,
al rey Salomón con la corona
que le ciñó su madre
el día de su boda,
día de fiesta de su corazón!

XII. Belleza del cuerpo amado

4 1 ¡Qué hermosa eres, amada mía,
qué hermosa eres!
¡Palomas son tus ojos
tras el velo!
Tus cabellos, como un rebaño
de cabras, que desciende
por la sierra de Galaad.
2 Tus dientes, cual rebaño
de ovejas trasquiladas,
que suben del baño;
todas ellas gemelas,
ninguna solitaria.
3 Tus labios, cinta escarlata,
y tu habla, fascinante.

che; pasamos del campo abierto a la alcoba cerrada, donde una mujer sueña noche tras noche. Se pasa la noche buscando en sueños: «Buscaba..., buscaba y no encontraba...buscaré..., lo busqué y no lo encontré...». Esta secuencia verbal crea un efecto de violenta emoción psicológica. El buscado es «el amor de mi alma»: aquél que me ama y a quien amo. Afanosa búsqueda de una mujer enamorada e intrépida, que no se arredra ante los peligros nocturnos, y curioso encuentro. De ronda por la ciudad, como los centinelas, ella busca, éstos la encuentran, pero no saben nada de aquél por quien les pregunta: del «amor de mi alma». Una vez que le halla, se le despoja de la voz y del rostro. Es sencillamente «el amor de mi alma». Éste desaparece al ser introducido en la alcoba materna. No está. Ha sido un sueño. Y la mujer continúa herida de amor, según sabemos por el estribillo, que encontramos cuando esta mujer fue herida en el banquete. Una pregunta semejante a la que formula la mujer de este sueño y un gesto similar al suyo aparecen en la escena evangélica de María Magdalena junto al sepulcro de Jesús (Jn 20,11-18).

XI. Una voz anónima anuncia el movimiento ascensional de un personaje femenino: ésa o ésta. De lejos se ve tan sólo una polvareda, pero los perfumes anticipan la llegada de una mujer. Por exigencias de la pregunta y por coherencia interna de la estrofa, entiendo que quien sube es la Sulamita. Es impresionante el cortejo: los guerreros más escogidos de Israel. Su misión es proteger no tanto a la «reina» cuanto a la «mujer» ante las «emboscadas nocturnas». Ya está ahí la esposa. Sin que nadie le introduzca, aparece también el esposo: Salomón. Al poeta no le interesa tanto el rostro del rey cuanto el palanquín en el que es transportado: las maderas del Líbano, la plata y el oro, la púrpura del asiento, y, sobre todo, el Amor que «ilumina su interior». La esposa y el esposo están ataviados para la boda. El Amor (en hebreo sin artículo) se hace fugazmente presente: es un ornato del palanquín de Salomón; ilumina su interior, sin que los esposos se percaten de ello, sino sólo el poeta.

XII. El idilio de 2,8-17 se cerraba con un vehemente deseo. Este nuevo idilio (en el que se repite el estribillo de 2,17 en 4,6, y también la expresión «pacer/de-

leitarse entre las rosas»: 2,16b y 4,5) describe el cuerpo desnudo de la muchacha. Comienza y termina exaltando la belleza de la amada, aunque el final añade un matiz: «no hay defecto en ti». Si traemos aquí los versos aislados de 6,4-5a, a la belleza se añade la fascinación, que es como se presentaba la muchacha, el segundo rostro femenino del Cantar. Este posible añadido aportaría un segundo matiz: la muchacha es «imponente como un batallón» (6,4). En 2,14, la muchacha era «paloma». En el idilio que comento sus ojos son palomas, que los aparte de mí, dice el muchacho, porque «me turban» o «me excitan» (6,5). El idilio que comento es sobre todo descriptivo: la melena al aire, saltarina como las cabras que descienden por la sierra de Galaad; los dientes blanquísimos, como ovejas recién esquiladas que suben del baño; los labios; el modo de hablar (el habla) es dulce como el de la mujer de Eclo 36,22-23; las mejillas; el cuello, como la torre de David, del que penden los trofeos guerreros; los pechos, juguetones y saltarines, como las crías de gacela. El muchacho manifestó su sentimiento de excitación, ahora nos notifica su deseo: ¿Por qué no pasar la noche en el monte, en la colina del incienso? De momento tan sólo es un deseo. Con relación al idilio de 2,8-17 pasamos ahora a la realidad y a la expresión de un deseo.

XIII. Esta canción lírica, un epitalamio, se relaciona con el primer epigrama. Al finalizar el poema se invita a los amigos a embriagarse de amores (cfr. 1,4b). Comienza el epitalamio con una invocación un tanto extraña: ¿Por qué llamar a la esposa si está presente? ¿Cómo ha de venir de tantos y de tan fieros sitios a la vez? Da la impresión de que estamos ante una oración dirigida a la diosa del amor. Quien así invoca u ora nos dice de sí mismo que es un prisionero del amor, está enamorado. El poeta repite expresiones del primer epigrama: tus amores son dulces y fragantes (cfr. 1,2s). Son dulces como el néctar, como la miel; fragantes como los aromas del Líbano. Para la belleza no encuentra comparación, a no ser que la leche y la miel aludan a la belleza y fecundidad de la Tierra prometida. La esposa, por lo demás, es virgen: huerto y manantial con cerrojo, fuente sellada. Frutos exquisitos y aromas exóticos se acumulan en el seno de la mujer. Ella misma es una fuente incontenible que brota de los frescos veneros del Líbano.

Dos cortes de granada,
tus mejillas tras el velo.
4 Tu cuello, cual la torre de David,
edificada con sillares:
mil escudos penden de ella,
todos escudos de valientes.
5 Tus pechos, dos crías
mellizas de gacela
que pacen entre rosas.

6 *Hasta que surja el día*
y huyan las tinieblas,
me voy al monte de la mirra,
a la colina del incienso.
7 ¡Toda hermosa, amada mía,
no hay defecto en ti!

XIII. La embriaguez del amor

8 Ven desde el Líbano, novia mía,
ven del Líbano, acércate.
Desciende de la cumbre del Amaná,
de las cumbres del Senir y del Hermón,
de las guaridas de leones,
de los montes de leopardos.
9 Me has robado el corazón,
hermana mía, novia mía,
me has robado el corazón
con una sola mirada tuya,
con una vuelta de tu collar.

10 ¡Qué deliciosos son tus amores,
hermana y novia mía;
tus amores son mejores que el vino!,
¡más exquisitos que el bálsamo
el olor de tus perfumes!
11 Novia mía, néctar destilan tus labios,
miel y leche, bajo tu lengua;
y la fragancia de tus vestidos
cual fragancia del Líbano.

12 Eres un jardín con cerrojo,
hermana y novia mía;
eres un manantial con cerrojo,
una fuente sellada.
13 Es tu seno paraíso de granados
con frutos exquisitos:
14 nardo y azafrán,
canela y cinamomo,
con árboles de incienso,
mirra y áloe,
con los mejores ungüentos.
15 ¡Fuente de los jardines,
manantial de aguas vivas
que fluyen del Líbano!

16 Despierta, viento del norte;
acércate, viento del sur;
soplen sobre mi jardín,
que exhale sus perfumes.
Entre mi amado en su jardín,
y coma sus frutos exquisitos.

5 1 He entrado en mi jardín,
hermana y novia mía,
he recogido mi mirra y mi bálsamo,
he comido mi néctar con mi miel,
he bebido mi vino con mi leche.
Compañeros, coman y beban,
embriáguense de amores.

XIV. Segundo nocturno

2 Yo dormía, pero mi corazón velaba.
¡Un rumor...! Mi amado llama:
Ábreme, hermana mía, amada mía,
mi paloma sin tacha;
que mi cabeza está cubierta de rocío,
mis rizos, del relente de la noche.
3 Ya me he quitado la túnica,
¿cómo vestirme otra vez?
Ya me he lavado los pies,
¿cómo mancharlos de nuevo?
4 Cuando mi amado metió
la mano en la hendidura,
mis entrañas se estremecieron.
5 Ya me he levantado para abrirle a mi amado:
mis manos destilaban mirra,
mis dedos goteaban mirra,
en el pestillo de la cerradura.
6 Abrí yo misma a mi amado,
pero mi amado ya se había marchado.
¡El alma se me fue tras él!
Lo busqué, y no lo encontré;
lo llamé, y no respondió.
7 Me encontraron los centinelas
que rondan por la ciudad;
me golpearon y me hirieron,
me quitaron el velo
los centinelas de las murallas.
8 *Les conjuro, muchachas de Jerusalén,*
que si encuentran a mi amado,
¿qué han de decirle?
Que he sido herida por el Amor.

XV. Así es mi amado

9 ¿Qué tiene de especial tu amado
tú, la más hermosa de las mujeres?

Las palabras del esposo, que tienen más de antología que de inspiración poética, comenzaban con una oración y finalizan con una invocación a los vientos del norte y del sur: que ellos oreen el jardín y éste exhale sus aromas. Las breves palabras de la esposa ponen un poco de calor y de inspiración poética: «Entre mi amado en su jardín y coma sus frutos exquisitos». Se consuma la unión de los esposos. Cuatro verbos la describen: «entrar, recoger, comer, beber». El esposo, extasiado tras su experiencia amorosa, invita a sus compañeros a embriagarse de amores.

XIV. La mujer herida de amor durante el banquete ya ha soñado una vez (3,1-5). Sueña nuevamente en este segundo nocturno, que finaliza con el conjuro dirigido a las «muchachas de Jerusalén» (como en 3,5). Este segundo sueño es más intenso: llega a convertirse en pesadilla. El corazón vigilante percibe un rumor lejano. Los oídos atentos oyen primero una llamada a la puerta y después las palabras nítidas del amado. Si es la amada quien responde al requerimiento, lo que dice suena a dilación, que puede excitar más aún el deseo. Pero quizás todo sea un sueño: tanto la voz del amado cuanto la respuesta de la muchacha. De hecho la mujer sueña con la entrega total y nos informa de su experiencia inefable con esta expresión: «Mis entrañas se estremecieron». Jeremías la aplica la ternura de Dios (Jr 31,20) y el evangelio al amor de Jesús hacia su amigo Lázaro (Jn 11,33.38). Ya levantada, desaparecen el rostro y la voz del amado. Quedan tan sólo unos dedos de los que fluye mirra (no es claro si son los dedos de la mujer o del varón). La búsqueda es infructuosa, y la llamada no tiene respuesta. Los centinelas de la ciudad no son preguntados, sino que abusan de la mujer, acaso porque la han identificado por su vestimenta: por el velo. La herida de amor se hace insufrible, tanto que la mujer ya no pide a las muchachas de Jerusalén que no despierten ni desvelen al amor, sino que informen al amado que la mujer enamorada ha sido herida por el Amor (una vez más sin artículo en el texto hebreo). Esta herida duele mucho más que los ultrajes, mucho más que las pesadillas. Duele el alma, cuando quien ama enamoradamente no encuentra a su amado.

XV. Formalmente este idilio es una continuación del anterior: es la respuesta

al conjuro. Temáticamente es la réplica al idilio que hemos escuchado en 4,1-7. La descripción del cuerpo desnudo del varón obedece a lo que tiene de particular el amado. Un combinado de colores, que van del negro de los cabellos al blanco de los ojos –pasando por el color rosáceo y por el amarillo del oro–, un conjunto de minerales nobles –como el marfil y el alabastro– y también de perlas, como las gemas y los zafiros; el oro en la cabeza, a medio cuerpo y en los pies; las balsameras y las plantas aromáticas, así como la altura semejante a la de los cedros, sirven para describir más una estatua hierática que una figura humana. Algo de vida y de movimiento se advierte cuando se describen los labios que destilan mirra líquida. Esta estatua, sin embargo, emite una luz casi divina: todo él es radiante. Para la mujer enamorada no hay nada frío en la descripción hecha, sino que todo cuanto es el amado le torna delicioso y codiciable. Al finalizar el idilio se subraya con énfasis: «así es mi amado, así es mi amigo, muchachas de Jerusalén». Nadie, en efecto, hay como él. Nadie reúne tanta luz y tantos colores en tan breve espacio. Ningún cuerpo es semejante al cuerpo del amado.

XVI. 1-3. Aunque la mujer sea llamada la «más hermosa de las mujeres», como la mujer de 1,8 (la prostituta) no han de confundirse ambos personajes. La prostituta no sabe dónde está su amado, sueña, lo busca y no lo encuentra. La mujer de este breve epigrama sabe muy bien dónde está su amado. Los dos jóvenes se encuentran una vez más. Con anterioridad ambos habían fantaseado. El nuevo encuentro, que es más bien un recuerdo del pasado que una realidad presente, lleva a la muchacha a revivir intensamente el pasado. Los deseos comienzan a realizarse.

4-7. Añade este idilio al de 4,1-7 la belleza de Tirsá (capital que fue del reino del Norte) y la fascinación de Jerusalén (la muchacha ya sabía que ella misma era «fascinante»). Es decir la belleza y el hechizo que las dos capitales tienen se encarnan en miniatura en el cuerpo de la muchacha, cuya descripción es la misma que en 4,1-7. Si es una repetición y se añadió después del destierro, se hizo con una convicción: nada de lo antiguo ha perdido su validez. Acaso fue añadido por los rabinos del siglo I, cuando se interpretó el cántico. No lo sabemos.

¿Qué tiene de especial tu amado
para que así nos conjures?
10 Mi amado es radiante y rubicundo,
egregio entre millares.
11 Su cabeza es oro finísimo,
sus rizos, colinas ondulantes,
son negros como el cuervo.
12 Sus ojos, cual palomas
a la vera de las aguas,
se bañan en leche,
se posan en la orilla.
13 Sus mejillas, plantel de balsameras,
semillero de plantas aromáticas.
sus labios rosáceos
destilan mirra líquida.
14 Sus brazos, torneados en oro,
engastados con piedras de Tarsis;
su vientre, de marfil labrado,
todo incrustado de zafiros;
15 sus piernas, columnas de alabastro
asentadas en basas de oro.
Su porte como el Líbano,
esbelto como los cedros.
16 Su talle es delicioso,
todo él codiciable.
Así es mi amado, así es mi amigo,
muchachas de Jerusalén.

XVI. Recuerdos

6 1 ¿Adónde fue tu amado,
tú, la más hermosa de las mujeres?
¿Adónde se encaminó tu amado,
para buscarlo contigo?
2 Mi amado ha bajado a su jardín,
al plantel de balsameras,
a deleitarse en el jardín,
a recoger sus rosas.
3 *Mi amado es mío, y yo suya,*
¡se deleita entre las rosas!

* * *

4 Eres bella, amada mía, como Tirsá,
fascinante como Jerusalén;
imponente como un batallón.
5 ¡Aparta de mí tus ojos,
que me turban!
[Tus cabellos, como un rebaño
de cabras que desciende
por la sierra de Galaad;
6 Tus dientes, cual rebaño
de ovejas que suben del baño:
todas ellas gemelas
ninguna solitaria.

7 Dos cortes de granada,
tus mejillas tras el velo].

XVII. La esposa raptada

8 Si sesenta son las reinas,
ochenta las concubinas,
e innumerables las doncellas,
9 una sola es mi paloma hermosísima;
única para su madre,
predilecta de quien la engendró.
Al verla, la felicitan las muchachas,
la elogian las reinas y concubinas.
10 ¿Quién es ésa que se asoma como el alba,
hermosa como la luna,
radiante como el sol,
imponente como un batallón?
11 Había bajado al nogueral
a contemplar la floración del valle,
a ver si las vides habían brotado,
a ver si despuntaban los granados;
12 ¡Sin saberlo, me raptó
el carro del Príncipe, mi pariente!

XVIII. Epitalamio

7 1 ¡Gira, gira, Sulamita!
¡Gira y gira, que te veamos!
¿Qué contemplan en la Sulamita
que danza entre dos coros?
2 ¡Qué bellos son tus pies
con sandalias, hija del Príncipe!
Las curvas de tus caderas es un collar
obra artesana de orfebre;
3 tu ombligo, una ánfora redonda,
¡que nunca le falte el vino mezclado!
tu vientre, un montoncito de trigo,
recinto de rosas;
4 tus pechos, dos crías
mellizas de gacela;
5 tu cuello como torre de marfil;
tus ojos, piscinas de Jesbón,
junto a las puertas de Batrabín;
tu nariz igual que la torre del Líbano,
que mira hacia Damasco;
6 tu cabeza se yergue leonada;
y tu melena, como púrpura regia,
se recoge en el cintero.
7 ¡Qué dulce y bello es
el Amor en las delicias!
8 Asemeja tu talle a una palmera
y tus pechos a los racimos.
9 Yo pensé: treparé a la palmera
a recoger sus dátiles;

XVII. Varias voces se suceden en esta canción. La voz de la madre tiene un corte entre lastimero y resignado, e incluso agradecido. Ha sido despojada de su predilecta, que, por añadidura, es bellísima: «paloma hermosísima». Para colmo de desgracias, su hija ha sido conducida al harén del rey, tan nutrido. El dolor maternal se compensa, sin embargo, al constatar que doncellas, reinas y concubinas elogian a la hija raptada. La intervención de este grupo es coral: juntas felicitan y elogian a la mujer raptada; juntas se preguntan también por la identidad de una mujer tan sumamente bella. Esta mujer tiene un algo divino. Es una epifanía luminosa, que, desde lo alto del cielo, pone fin a la oscuridad de la tierra. Despunta como el alba, es decir, se asoma desde el balcón oriental y contempla a la tierra aún en penumbra. Es «cándida» o «hermosa» como la luna; cálida e ígnea como el sol. Todas las estrellas del cielo tintinean en ella: es imponente como un batallón. La voz del rey no se escucha con claridad. Acaso forma dúo con la voz de la madre, y juntos proclaman: es mi paloma hermosísima. La última voz que oímos es la de la mujer raptada. Responde a la pregunta coral, recordando: había bajado a contemplar, cuando, sin saber cómo, alguien la raptó.

XVIII. En este nuevo idilio –por su comienzo parece más bien un epitalamio– también son diversas las voces que se alternan. La Sulamita, cuya litera aparecía en 3,7, es invitada a danzar entre dos coros. Es una danza rítmica, como puede apreciarse aun en la traducción. Mientras gira la bailarina, llamada ahora «hija del Príncipe», alguien (no sabemos si el esposo o el poeta) describe el cuerpo de la mujer desde los pies hasta la cabeza. Quizás sea la escena más sensual de todo el libro. Sexualidad y fecundidad se funden en las imágenes. Algunas ya nos son conocidas: los pechos como mellizas de gacela (4,5). Otras son nuevas: el collar en las caderas, la ánfora, la torre de marfil, las piscinas de Jesbón –ciudad de los trovadores–, la nariz bien perfilada y recta como la torre del Líbano, la cabeza leonada, la melena en el cintero. El vino mezclado y el trigo son un símbolo de la fecundidad. También la arquitectura colabora en la descripción del cuerpo amado: la ojiva que forma las curvas de las caderas; el cuello, que es torre de marfil; los ojos, que son piscinas; la cabeza erguida y leonada... Tanta belleza

cautiva irresistiblemente al rey enamorado, que queda prendado de la Sulamita como la melena está apresada en el cintero. Algo divino debe haber en tanta belleza. El rey descubre el toque divino y lo pregona: «¡Cuán bello y dulce es el Amor en las delicias». El Amor (una vez más sin artículo en el texto hebreo) transforma el cuerpo de la mujer y lo hace tan esbelto y fecundo como una palmera. Ha llegado el momento de subir a la palmera y de recoger los dátiles. El esposo tomará posesión de tanta belleza, que le resultará jugosa como las uvas, sabrosa como las manzanas, embriagadora como el vino más exquisito (son claras las relaciones entre 1,2-4 y 5,1). La mujer confiesa que la unión se ha consumado. Las últimas palabras del idilio remiten a Gn 3,16, con la salvedad de que ahora es el varón quien desea a la mujer.

XIX. Esta canción discurre en el campo, una vez más (cfr. 2,8-17). La muchacha invita a salir al campo (en 2,10 invitaba el muchacho). Entre esta breve canción y el idilio de 2,8-10 se interponen la descripción del cuerpo desnudo de la muchacha (4,1-7) –que despierta el deseo del muchacho (4,6)– y los recuerdos (6,1-3); es decir, un encuentro, que es más imaginario que real, y un segundo encuentro, que pertenece más al pasado que al presente. Cuando los muchachos están ya en el campo, cobijados bajo los cipreses, todo será exclusivamente del amado. La muchacha tiene reservados para su amado los frutos nuevos y también los antiguos. Es una promesa que abre esta estrofa a otras que vendrán después. Esta pareja sale al campo a amar, no a que uno mate al otro (cfr. Gn 4,8).

XX. La mujer herida por el Amor ha soñado hasta la pesadilla. Una y otra vez ha repetido el deseo de que sus compañeras no sufran la misma herida intolerable que ella lleva consigo desde que fuera herida. Ya que este pastor es tan inaccesible, ya que no se deja encontrar, que permitan a la mujer herida al menos suspirar. Si su amado fuera su hermano, amamantado por la misma madre, al menos podría besarlo en público. Y nadie le diría nada. Ya en la intimidad de la alcoba materna, le daría a beber el vino de los granados, y ella experimentaría la ternura del abrazo amoroso. Pero éstos son suspiros, tan sólo suspiros, que no curan la herida, aunque sirvan de desahogo. El estribillo deja la herida al descubierto.

tus pechos son racimos de uvas,
tu aliento, aroma de manzanas,
10 tu paladar, un vino exquisito.
Mi amado ha entrado fácilmente,
se ha deslizado suavemente
entre mis labios.
11 Yo soy de mi amado
que me desea.

XIX. Promesas en el campo

12 Ven, amado mío, salgamos al campo,
pernoctemos entre los cipreses;
13 amanezcamos entre las viñas.
Veremos si las vides ya florecen,
si echan flores los granados;
y allí te daré mis amores.
14 Las mandrágoras exhalan su fragancia,
nuestra puerta rebosa de frutos:
los nuevos y los antiguos, amado mío
los he reservado para ti.

XX. Suspiros

8 1 ¡Ah, si fueras mi hermano
amamantado a los pechos de mi madre!
Al encontrarte en la calle, te besaría,
sin que la gente me despreciara.
2 Te llevaría, te metería
en la casa de mi madre,
que te iniciaría.
Te daría a beber vino aromático,
el licor de mis granadas.
3 Su izquierda bajo mi cabeza
y su derecha me abraza.
4 *Les conjuro, muchachas de Jerusalén,*
que no despierten ni desvelen al amor
hasta que a él le plazca.

XXI. Teofanía de Amor

5 ¿Quién es Ésta que sube del desierto
apoyada en su amado?
–Te desperté bajo el manzano
allí donde te concibió tu madre
donde tu progenitora te dio a luz.
6 Grábame como un sello en tu brazo,
grábame como un sello en tu corazón,
que el amor es fuerte como la muerte,
la pasión más poderosa que el abismo;
Sus dardos son dardos de fuego
llamaradas divinas.
7 Las aguas torrenciales no podrán
apagar el amor

ni extinguirlo los ríos.
Si alguien quisiera comprar el amor
con todas las riquezas de su casa,
sería sumamente despreciable.

XXII. La hermana pequeña

8 Tenemos una hermanita,
sin pechos todavía.
¿Qué haremos con nuestra hermanita
cuando sea pedida?
9 Si es una muralla,
te coronaremos con almenas de plata;
si es una puerta,
la reforzaremos con tablas de cedro.
10 Yo soy una muralla,
y mis pechos, como torres;
pero a sus ojos soy
mensajera de paz.

XXIII. La viña de Salomón

11 Salomón tenía una viña en Betleamón;
arrendó la viña a los guardas,
y cada uno le traía por sus frutos
mil monedas de plata.
12 Mi propia viña es para mí;
las mil monedas para ti, Salomón,
y doscientas a los guardas.

XXIV. Encuentro final

13 ¡Mujer que yaces en el jardín
–los compañeros están al acecho–,
permíteme escuchar tu voz.
14 Pasa, amado mío,
sé como un gamo o un cervatillo,
sobre las colinas de balsameras.

¿Cuándo conocerá sosiego el dolor de amor? Esta canción queda abierta a la siguiente.

XXI. Estamos en la escena cumbre. A lo largo del libro ha venido sonando esta pregunta implícita: ¿A quién se manifestará el Amor? El rey y la reina han vislumbrado su presencia en el baldaquín de Salomón y en el encuentro amoroso. Los muchachos aún no han llegado a la meta de su itinerario. La mujer herida por el Amor lo ha buscado hasta la pesadilla y ha suspirado por él. Ahora se presenta la divinidad «el Amor» («Ésta» en la traducción), viniendo del Líbano tal vez, si atendemos cierta tradición textual. Se presenta en el origen de la vida: allí donde nuestra madre nos concibió para la muerte (cf. Gn 3,16a.19). En contra de Prov 8,22-31, el Amor, no la Sabiduría, está presente y actuante desde el primer instante de la creación. El Amor ocupa el lugar del «Shemá» (Dt 11,8), cuyas palabras han de grabarse en el corazón y ser atadas a la mano (Dt 6,5.8). El Amor, como la nueva alianza, ha de estar inscrita en el corazón, según Jr 31.33 (cf. Hbr 10,16). Esta grabación es un memorial perenne. Si la mujer mira sus brazos, verá el tatuaje del Amor. La Amada y el Amor se fusionan en un abrazo íntimo y total. El Amor trae consigo la vida y la inmortalidad: vence a la muerte, en contra de lo que piensa Ecl 9,6.10. Ahora sabemos que el Amor recurrió a sus flechas para herir a la mujer: son dardos divinos, llamaradas divinas. Ni las aguas profundas de la muerte podrán apagar las llamas del amor (cf. Is 42,3). El Amor, finalmente, ni se compra ni se vende. Es pura gratuidad.

XXII. La hermanita pequeñita es protegida por sus hermanos. Quieren que llegue a la edad núbil en las mejores condiciones. Las almenas refuerzan la defensa de los torreones. Las puertas bien cerradas y trancadas impiden la entrada en la ciudad. Esta canción bien puede referirse a Jerusalén, ciudad amurallada y con las puertas cerradas.

XXIII. El tema de la viña, con su doble acepción, relaciona este epigrama con el segundo del Cantar (1,5-6). Existe una viña, que es el pueblo de Dios, que ha sido arrendada a los guardias. Sabemos quiénes son los guardias: los sacerdotes del templo como se aprecia aún en el Nuevo Testamento (cf. Mt 21,45; Mc 12,12; Lc 10,19). Al frente de ellos está Salomón (el sumo sacerdote). La casa de Dios (el templo) ha degenerado y se ha convertido en la «Casa de Amón» (Betleamon, si me atengo a algunos manuscritos y traducciones antiguas). Es un nombre escandaloso. No menos escandaloso resulta que en el interior del templo se encuentre una viña, con la acepción eufemística que tiene. ¿Es una denuncia de la prostitución sagrada? La cuantiosa suma exigida a los arrendatarios es un tercer escándalo. Frente a este cúmulo de escándalos se eleva desafiante la voz de quien proclama: «Mi propia viña es para mí...». Es la misma designación de la viña que leíamos en 1,6, la que no supo guardar la muchacha. La posesión de esta viña no tiene precio. Si Salomón exige mil monedas por el arrendamiento de la viña, mil sean para él, y que añada otras doscientas para los guardas. Acaso esta acerba crítica del sacerdocio jerosolimitano fue una de las razones que obligaron a «interpretar» el Cantar antes de ser un libro bíblico.

XXIV. El Cantar se abría con un abrazo y se cierra con otro, una vez más en el exterior (en el jardín). La joven hizo una promesa en 7,14. Es el momento de cumplirla. El joven, por su parte, anhelaba escuchar la voz de la muchacha ya desde el primer idilio (2,8-17). En esta última canción del Cantar insiste en su deseo: «permíteme escuchar tu voz». Antes advierte a la mujer yaciente cómo «los compañeros están al acecho». Así son los custodios de Israel, como los viejos cuya conducta denuncia Dn 13,57: lascivos además de venales. La joven toma la palabra e invita al joven no a que huya, sino a que «pase»: que sea como un gamo o como un cervatillo sobre las colinas de balsameras (cf. 1,17). Se consuma la unión y Amor no ha aparecido a lo largo del itinerario de la joven amante. La presencia de los jóvenes, sin embargo, ha sido el marco para criticar enérgicamente a la clase dirigente el país.

* * *

El Cantar –más allá del erotismo, que lo tiene– es una celebración del amor concreto y encarnado entre un hombre y una mujer. En el fondo, sin embargo, responde a una pregunta: ¿Dónde está el Amor? ¿Cómo llegar al Amor? No por el camino de la Sabiduría (como proclaman Prov, Ecl y Eclo), sino por las sendas del amor. No puede ser de otro modo, si Dios es Amor. Quien ama, ése ha visto a Dios.





LAMENTACIONES

Autor y época. El año 586 a.C. sucede lo que parecía imposible: la ciudad inexpugnable y el Templo inviolable desde el que irradiaba la protección de Dios (Sal 46,6s; Sal 48,4-9; Sal 72,2-4) han caído en manos de los enemigos. Jeremías fue el único que vio venir la catástrofe, la anunció y por ello pagó con la cárcel. Ahora, los hechos le han dado la razón. Se trata del segundo asedio, con sus consecuencias de hambre, sed, matanzas, incendios, saqueos, y después, el destierro forzado.

Estos acontecimientos que dan pie a las Lamentaciones se narran en el Segundo libro de los Reyes y en Jeremías 39 y 52, y se transforman en una visión en Ezequiel (Ez 9). «Lamentaciones» o «Trenos de Jeremías»

es el título tradicional de estas de cinco elegías o cantos fúnebres por la caída de Jerusalén.

La atribución del escrito a Jeremías –de donde procede nuestro vocablo «jeremiada»– sirve para dar autoridad a la obra, pero no parece probable que sea él el autor. Uno o varios poetas anónimos hacen del suceso el tema de sus canciones. Se diría que han vivido los acontecimientos y que escriben después de la catástrofe. Puede ser que estos cantos se hayan recitado o cantado en celebraciones comunitarias de duelo por la ciudad.

Género literario. La elegía permite gran libertad de desarrollo: puede hablar un cantor y responder el coro de los que asisten; puede tomar la palabra el personaje protagonista, Jerusalén, hablando de sus sentimientos y experiencias. A través del cantor o de Jerusalén podemos escuchar también voces enemigas o de espectadores externos. Cabe la descripción de rasgos sueltos, la transposición imaginativa, los lamentos, las súplicas, las preguntas desconcertadas, la exhortación; todo ello suministra riqueza y variedad de materiales.

Mensaje de las Lamentaciones. Es tiempo de duelo para Israel por la ciudad amada, Jerusalén; por el Templo, bello como novia y como esposa (Ez 24,21). Es también tiempo de quejas por el dolor de los inocentes (2,12). ¿Queja de quién? ¿Del enemigo que se excede o de Dios que lo dispone o permite? (3,37). El poeta de la tercera elegía reprime la queja para ahondar en la reflexión (3,40). El abismo del dolor llama al abismo del pecado con voz de elegía, y el abismo del pecado confesado llama al abismo de la misericordia (3,21s). En estos cantos de dolor alienta la esperanza, brilla un rescoldo viejo que el poeta invoca mesurado (5,21).



Las Lamentaciones, por la grandeza del dolor (2,13) y por la intensidad de su expresión, nos conducen hasta ese límite de nuestra experiencia humana en que nos sentimos pequeños frente a la grandeza del sufrimiento, lo inmenso de la crueldad humana y la amenaza del odio en nosotros. Desde lo hondo del llanto levantamos los ojos y el corazón (3,41) buscando algo más grande que el dolor y el odio: 5,19; 3,23; 3,32.

1

A 1 ¡Qué solitaria está la ciudad populosa!
Se ha quedado viuda la primera de las naciones;
la princesa de las provincias, está sometida a trabajos forzados.
B 2 Pasa la noche llorando, le corren las lágrimas por las mejillas.
No hay nadie entre sus amigos que la consuele;
todos sus aliados la han traicionado, se han vuelto sus enemigos.
G 3 Judá marchó al destierro, humillada y esclava;
hoy habita entre gentiles, sin encontrar reposo;
los que la perseguían le dieron alcance y la cercaron.
D 4 Los caminos de Sión están de luto, porque nadie acude a las fiestas;
sus puertas están en ruinas, gimen sus sacerdotes,
sus doncellas están desoladas, y ella misma llena de amargura.
H 5 Sus enemigos la han vencido, han triunfado sus adversarios,
porque el Señor la ha castigado por su continua rebeldía;
aun sus niños marcharon al destierro delante del enemigo.
W 6 La ciudad de Sión ha perdido toda su hermosura;
sus nobles, como ciervos que no encuentran pasto,
caminaban sin fuerzas, empujados por la espalda.
Z 7 Jerusalén recuerda los días tristes y turbulentos,
cuando caía su pueblo en manos enemigas y nadie lo socorría,
y al verla, sus enemigos se reían de su desgracia.
H 8 Jerusalén ha pecado gravemente y ha quedado manchada;
los que antes la honraban, la desprecian viéndola desnuda,
y ella entre gemidos se vuelve de espaldas.
T 9 Hasta en sus vestidos aparece su impureza, ella no pensó en el futuro.
¡Qué caída tan terrible!: no hay quien la consuele.
Mira, Señor, mi miseria y el triunfo de mi enemigo.
Y 10 El enemigo ha echado mano a todos sus tesoros;
ella ha visto a los gentiles entrar en el santuario,
aunque tú habías prohibido que entraran en tu asamblea.
K 11 Todo el pueblo, entre gemidos, anda buscando pan;
ofrecían sus tesoros para comer y recobrar las fuerzas.
Mira, Señor, fíjate cómo estoy humillada.
L 12 Ustedes, los que pasan por el camino, miren, vean:
¿Hay dolor como mi dolor? ¡Cómo me han maltratado!
El Señor me ha castigado el día del incendio de su ira.
M 13 Desde el cielo ha lanzado un fuego
que se me ha metido en los huesos;

1,1-22 Primera lamentación. En esta primera lamentación todo gira en torno al sentimiento de dolor que ha provocado la caída de Jerusalén. Primero es el poeta quien habla en tercera persona (1-11); luego Jerusalén, bajo la forma de una viuda solitaria y despojada, entona su canto de dolor en primera persona (12-22), imagen frecuente en el Antiguo Testamento para hablar de la relación de Dios con su pueblo (Os 2,4.7).

El autor da a su poema un tono de uniforme y monótono lamento, como quien tiene grabado en su mente no sólo el horror que está contemplado sino también la causa que lo ha provocado: los pecados de la ciudad han desencadenado el castigo de Dios a manos de los enemigos de su pueblo.

Ha llegado «el día del Señor», el anunciado «día del incendio de su ira» contra los pecados del pueblo, pero también de exterminio contra las naciones, expresión que cristalizará posteriormente en el día del juicio final (cfr. Am 5,18; Jl 3,4).

ha tendido una red a mis pasos y me ha hecho retroceder,
me ha dejado apenada y sufriendo todo el día.
N 14 El Señor hizo un yugo con mis culpas y lo ató con su mano,
me lo echó al cuello y doblegó mis fuerzas,
me ha entregado en unas manos que no me dejan levantarme.
S 15 El Señor ha hecho desaparecer a mis capitanes que me defendían;
convocó contra mí una asamblea para destrozar a mis soldados;
el Señor pisó como a uvas en el lagar a la doncella, capital de Judá.
‘ 16 Por eso estoy llorando, mis ojos se deshacen en llanto;
no tengo cerca quien me consuele, quien me reanime;
mis hijos están apenados ante la victoria del enemigo.
P 17 Sión extiende las manos, pero nadie la consuela.
El Señor mandó a los pueblos vecinos que atacaran a Jacob;
Jerusalén quedó en medio de ellos como basura.
S 18 Pero el Señor es justo, porque me rebelé contra su palabra.
Pueblos todos, escuchen y miren mis heridas:
mis doncellas y mis jóvenes han marchado al destierro.
Q 19 Llamé a mis amantes, pero me han traicionado.
Mis sacerdotes y ancianos murieron en la ciudad,
mientras buscaban alimento para recobrar las fuerzas.
R 20 Mira, Señor, mis angustias y la amargura de mis entrañas.
El corazón se me revuelve dentro de tanta amargura;
en la calle la espada me deja sin hijos; en casa, reina la muerte.
S 21 Escuchen cómo gimo, sin nadie que me consuele.
El enemigo se alegró de mi desgracia, que tú mismo ejecutaste;
¡haz que llegue el día anunciado, para que corran la misma suerte que yo!
T 22 Lleguen a tu presencia sus maldades y trátalos a ellos
como me trataste a mí, por mis rebeliones:
porque se multiplican mis gemidos y desfallece mi corazón.

2

A 1 –¡Ay, el Señor con su enojo ha cubierto de sombras a la capital, Sión!
Desde el cielo arrojó por tierra la gloria de Israel,
y el día de su ira se olvidó del estrado de sus pies.
B 2 El Señor destruyó sin compasión todas las moradas de Jacob,
con su indignación demolió las fortalezas de Judá,
derribó por tierra, deshonrados, al rey y a los príncipes.
G 3 Encendido en ira quebró el vigor de Israel;
al llegar el enemigo, nos retiró el apoyo,
y prendieron las llamas en Jacob, consumiendo todo alrededor.
D 4 Como un enemigo, tendió el arco, afirmó la mano derecha
y dio muerte, enemistado, a los jóvenes más apuestos,
y en las tiendas de Sión derramó como fuego su furor.

2,1-22 Segunda lamentación. La presentación de esta segunda lamentación es semejante a la primera: cada estrofa comienza por una de las letras hebreas. El contexto, sin embargo, ha cambiado; parece ser que el Templo de Jerusalén ha sido ya destruido por los babilonios (587 a.C.). El autor, hablando esta vez en primera persona, contempla la situación con ojos de profeta. Si bien describe el dolor presente en que está sumido el pueblo (10-16) como lo hace en la primera lamentación, su mirada apunta ya claramente al futuro.

El tema de la justicia de Dios domina todo el capítulo. Si su justicia puede causar la muerte, ciertamente puede devolver la vida (cfr. Sal 31,6; Lc 23,46). El mismo Señor que permitió el desastre (1-9), es el único salvador (17-22) que puede liberar, de nuevo, a su pueblo.

H [5] El Señor se portó como enemigo, destruyendo a Israel:
derribó todos sus palacios, arrasó sus fortalezas,
y en la capital de Judá multiplicó duelos y lamentos.
W [6] Como un ladrón, destruyó la tienda, arrasó el lugar de la asamblea,
el Señor hizo olvidar en Sión sábados y fiestas,
indignado y furioso rechazó al rey y al sacerdote.
Z [7] El Señor rechazó su propio altar, dejó de lado su santuario,
entregó en manos enemigas los muros de sus palacios;
y gritaban en el templo del Señor, como en día de fiesta.

H [8] El Señor determinó arrasar las murallas de Sión:
tomó las medidas y no retiró la mano que derribaba;
muros y fortificaciones se lamentaban al desmoronarse juntos.
T [9] Hundió en la tierra las puertas, rompió los cerrojos.
Rey y príncipes estaban entre los gentiles. No había ley.
Y los profetas ya no recibían visiones del Señor.
Y [10] Los ancianos de Sión se sientan en el suelo silenciosos,
se echan polvo en la cabeza y se visten de sayal;
las doncellas de Jerusalén dejan caer hasta el suelo la cabeza.

K [11] Se consumen en lágrimas mis ojos, de amargura mis entrañas,
se derrama por tierra mi hiel, por la ruina de la capital de mi pueblo,
muchachos y niños de pecho desfallecen por las calles de la ciudad.
L [12] Preguntaban a sus madres: ¿dónde hay pan y vino?,
mientras desfallecían, como los heridos, por las calles de la ciudad,
mientras expiraban en brazos de sus madres.
M [13] ¿Quién se te iguala, quién se te asemeja, ciudad de Jerusalén?,
¿a quién te compararé, para consolarte, Sión, la doncella?
Inmensa como el mar es tu desgracia: ¿quién podrá sanarte?

M [14] Tus profetas te ofrecían visiones falsas y engañosas;
y no te denunciaban tus culpas para cambiar tu suerte,
sino que te anunciaban visiones falsas y seductoras.
S [15] Los que van por el camino se frotan las manos al verte,
silban y mueven la cabeza contra la ciudad de Jerusalén:
¿Es ésta la ciudad más hermosa, la alegría de toda la tierra?
P [16] Todos tus enemigos se burlaron de ti a carcajadas,
silbaron y rechinaron los dientes diciendo:
La hemos arrasado; éste es el día que esperábamos:
lo hemos conseguido y lo estamos viendo.

‘ [17] El Señor ha realizado su designio, ha cumplido la palabra
que había pronunciado hace tiempo: ha destruido sin compasión;
ha encumbrado el poder del adversario,
ha dado al enemigo el gozo de la victoria.
S [18] Grita con toda el alma al Señor; laméntate, Sión,
derrama ríos de lágrimas, de día y de noche,
no te concedas reposo, no descansen tus ojos.
Q [19] Levántate y grita de noche, al relevo de la guardia,
derrama como agua tu corazón en presencia del Señor,
levanta hacia él las manos, por la vida de tus niños
desfallecidos de hambre en las esquinas.

R [20] Mira, Señor, fíjate: ¿a quién has tratado así?
¿Cuándo las mujeres se han comido a sus hijos, a sus hijos tiernos?
¿Cuándo han asesinado en el templo del Señor a sacerdotes y profetas?

S [21] En las calles están tendidos por el suelo muchachos y ancianos,
mis jóvenes y mis doncellas cayeron a filo de espada;
el día de tu ira diste muerte, mataste sin compasión.
T [22] Convocaste, como para una fiesta, terrores que me cercan:
el día de tu ira nadie pudo salvarse ni escapar.
A los que yo crié y alimenté los aniquiló el enemigo.

3

A [1] Yo soy un hombre que ha probado el dolor bajo el látigo de su cólera,
[2] porque me ha llevado y conducido a las tinieblas y no a la luz;
[3] todo el día está volviendo su mano contra mí.
B [4] Me ha consumido la piel y la carne y me ha roto los huesos;
[5] en torno mío ha levantado un cerco de veneno y amargura
[6] y me ha encerrado en las tinieblas, como a los muertos en el pasado.
G [7] Me ha tapiado sin salida cargándome de cadenas;
[8] por más que grito: «Socorro», se hace sordo a mi súplica;
[9] me ha cerrado el paso con una muralla, y ha entorpecido mis senderos.
D [10] Me está acechando como un oso o como un león escondido;
[11] me ha cerrado el camino para despedazarme y me ha dejado inmóvil;
[12] tensa el arco y me hace blanco de sus flechas.
H [13] Me ha clavado en las entrañas las flechas que llevaba:
[14] la gente se burla de mí, me dedican refranes burlones todo el día;
[15] me ha saciado de amargura, me ha dado a beber ajenjo.
W [16] Mis dientes rechinan mordiendo piedras, y me revuelco en el polvo;
[17] me han arrancado la paz, y ni me acuerdo de la dicha;
[18] me digo: Se me acabaron las fuerzas y mi esperanza en el Señor.
Z [19] Fíjate en mi aflicción y en mi amargura, en la hiel que me envenena;
[20] no hago más que pensar en ello, y estoy abatido.
[21] Pero hay algo que traigo a la memoria y me da esperanza:
H [22] que la misericordia del Señor no termina y no se acaba su compasión;
[23] antes bien, se renuevan cada mañana: ¡qué grande es tu fidelidad!
[24] Y me digo: «El Señor es mi herencia», y espero en él.
T [25] El Señor es bueno para los que esperan en él y lo buscan;
[26] es bueno esperar en silencio la salvación del Señor;
[27] le irá bien al hombre si es dócil desde joven.
Y [28] Que se esté solo y callado cuando la desgracia descarga sobre él;
[29] que se humille hasta besar el suelo, quizá quede esperanza;
[30] que ofrezca su mejilla al que lo golpea y lo llenen de ofensas.
K [31] Porque el Señor no rechaza para siempre;
[32] aunque aflige, se compadece con gran misericordia,
[33] porque no goza castigando o apenando a los hombres.

3,1-66 Tercera lamentación. La tercera lamentación es un acróstico perfecto, pues si en las anteriores cada estrofa comenzaba por una de las letras del alfabeto hebreo, aquí además, cada letra se repite en las tres líneas de cada versículo –en toda la Biblia esto sólo ocurre otra vez, en Sal 119–. La composición puede estructurarse del siguiente modo: la experiencia individual del dolor (1-20), esperanza en la misericordia de Dios (21-39) y súplica individual y colectiva (40-66). El tema central de la tercera lamentación sigue siendo el mismo: Dios es quien castiga con justicia los pecados, pero también es el único que puede salvar.

El hecho de que esta lamentación esté redactada casi toda ella en primera persona del singular ha multiplicado las opiniones de los investigadores al respecto: ¿Habla el profeta Jeremías? ¿Sión personificada? ¿El rey Joaquín o Sedecías? Sea quien sea, es la persona concreta quien mejor y más profundamente ex-

L [34] Aplastar bajo los pies a todos los prisioneros de la tierra,
[35] negar su derecho al pobre, en presencia del Altísimo,
[36] extorsionar a alguien en un juicio: eso no lo aprueba el Señor.

M [37] ¿Quién mandó que sucediera algo si no fue el Señor?,
[38] ¿no es el Señor quien dispone que suceda el bien y el mal?,
[39] ¿por qué se ha de quejar de su desgracia el hombre mientras vive?
N [40] –Examinemos y revisemos nuestra conducta y volvamos al Señor,
[41] levantemos con las manos el corazón al Dios del cielo:
[42] nosotros nos hemos rebelado pecando, y tú no nos has perdonado;
S [43] envuelto en tu enojo nos has perseguido y matado sin piedad,
[44] te has envuelto en nubes para que no te alcancen las plegarias;
[45] nos has hecho el desprecio y basura de las gentes.

P [46] Todos nuestros enemigos se ríen de nosotros;
[47] nos asaltan terrores y espantos, desgracias y fracasos,
[48] lloramos arroyos de lágrimas por la ruina de la capital.
' [49] Mis ojos lloran sin cesar y sin descanso,
[50] hasta que el Señor desde el cielo se asome y me vea;
[51] me duelen los ojos de llorar por las jóvenes de la ciudad.
S [52] Los que me odian sin razón me han dado caza, como a un pájaro;
[53] me han echado vivo al pozo y me han arrojado piedras;
[54] se cierran las aguas sobre mi cabeza, y pienso: Estoy perdido.
Q [55] Invoqué tu Nombre, Señor, de lo profundo de la fosa:
[56] oye mi voz, no cierres el oído a mis gritos de auxilio;
[57] tú te acercaste cuando te llamé y me dijiste: «No temas».

R [58] Te encargaste de defender mi causa y de salvar mi vida,
[59] has visto que padezco injusticia, juzga mi causa;
[60] has visto la venganza que traman contra mí;
S [61] has oído, Señor, cómo me insultan y traman mi desgracia,
[62] lo que dicen y piensan contra mí continuamente;
[63] vigila todos sus movimientos: soy el objeto de sus burlas.
T [64] Tú les pagarás, Señor, como merecen sus obras,
[65] les darás una mente cerrada y los maldecirás;
[66] los perseguirás con ira hasta aniquilarlos bajo el cielo, Señor.

4

A [1] Se ha vuelto pálido el oro, el oro más puro,
las piedras sagradas están tiradas en todas las esquinas;
B [2] los nobles vecinos de Sión, que valían su peso en oro,
son tratados como cacharros de barro, labor de alfarero.
G [3] Hasta los chacales dan las ubres para amamantar sus crías;
en cambio, la capital fue despiadada como el avestruz del desierto.

---

presa el dolor y la súplica, el reconocimiento de sus pecados y su esperanza en la misericordia divina, su propio ser y su pertenencia a un pueblo.

4,1-22 Cuarta lamentación. La forma de esta cuarta lamentación es similar a la de las precedentes, aunque cada uno de los versos tiene sólo dos líneas. El contenido contrasta, en cierto modo, con el de los anteriores, pues aunque el punto de vista es el mismo –el poeta refiere los horrores como si los sufriera personalmente–, se presta menos atención a la causa de la catástrofe y se termina, cosa que no ocurre anteriormente, con una imprecación contra Edom y una bendición a Sión.

El final irónico y amenazador de esta cuarta lamentación puede provocar cierto escándalo en el creyente de hoy. ¿Qué decir de estos sentimientos de venganza? Aunque esta reacción sea comprensible, tanto en el caso de nuestro poeta como en nuestras reacciones ante la opresión y la injusticia que tantos y tantas sufren

D 4 De pura sed, a las criaturas se les pega la lengua al paladar;
los niños piden pan y nadie se lo da;
H 5 los que comían manjares exquisitos, desfallecen en la calle;
los que se criaron entre púrpura, se revuelcan en la basura.
W 6 La culpa de la capital era más grave que el pecado de Sodoma,
que fue arrasada en un momento sin manos humanas.
Z 7 Sus nobles eran más limpios que la nieve,
más blancos que la leche;
eran más rojos que corales, con venas como zafiros,
H 8 ahora están más negros que hollín, no se les reconoce en la calle,
sobre los huesos se les arruga la piel, reseca como leña.
T 9 ¡Más dichosos los que murieron a espada que los muertos de hambre!
Aquéllos, apuñalados, se desangraron;
éstos, por falta de alimento.
Y 10 Las manos de mujeres delicadas cuecen a sus propios hijos
y se los comen mientras se derrumba la capital de mi pueblo.
K 11 El Señor sació su cólera y derramó el incendio de su ira,
prendió un fuego en Sión que devora hasta los cimientos.
L 12 No creían los reyes del mundo ni los habitantes del orbe
que el enemigo lograría entrar por las puertas de Jerusalén.
M 13 Por los pecados de sus profetas y los crímenes de sus sacerdotes,
que derramaron en medio de ella sangre inocente.
N 14 Vagaban como ciegos por las calles, manchados de sangre:
nadie podía tocar sus vestidos.
S 15 ¡Apártense –gritaban–, estoy impuro; apártense, no me toquen!
Iban como prófugos o fugitivos que ya no reciben asilo.
P 16 El Señor mismo los ha dispersado y ya no se ocupa de ellos:
no hay respeto para los sacerdotes,
no hay compasión para los ancianos.
‘ 17 Nuestros ojos se consumen esperando socorro en vano:
aguardamos vigilantes a un pueblo impotente.
S 18 No podíamos andar por la calle, porque vigilaban nuestros pasos;
se acercaba nuestro fin, el término de nuestros días.
Q 19 Los que nos perseguían eran más veloces que las águilas del cielo,
nos acosaban por los montes y nos vigilaban en el desierto.
R 20 Al ungido del Señor, al que era nuestro aliento,
lo cazaron en una trampa,
a aquél de quien decíamos: «A su sombra
viviremos entre los pueblos».
S 21 ¡Goza y disfruta, capital de Edom, princesa de Us,
que tú también tendrás que beber la copa:
te embriagarás y te desnudarás!
T 22 Está cumplida tu condena, Sión, no seguirás en el destierro;
examinarán tu culpa, capital de Edom, y aparecerá tu pecado.



1 Recuerda, Señor, lo que nos ha pasado;
mira y fíjate en nuestras afrentas.

---

hoy día, este texto bíblico nos ayuda a comprender que el dolor tiene también una dimensión violenta de la que es necesario apartarse. Así nos lo enseñó Jesús.

5,1-22 Quinta lamentación. La quinta y última lamentación es la composición que más se desgaja del grupo de las anteriores. Para algunos investigadores

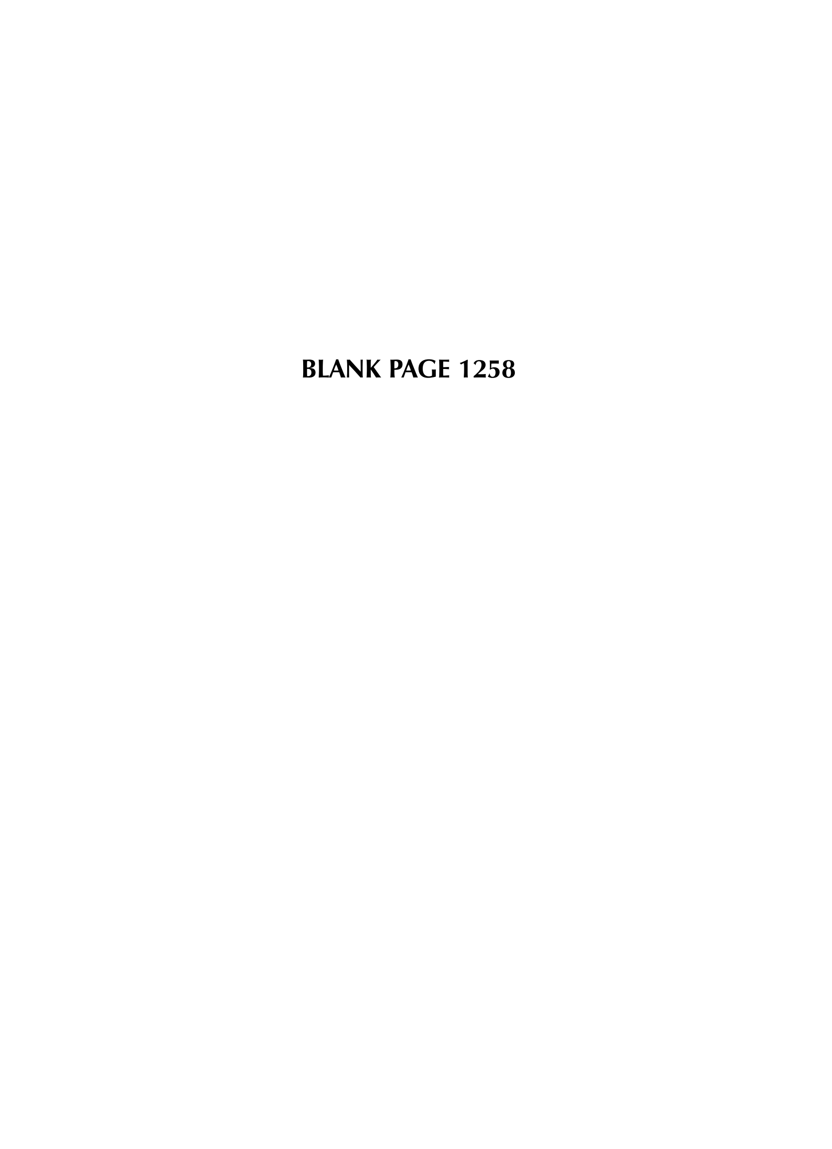
2 Nuestra herencia ha pasado a los bárbaros;
nuestras casas, a extranjeros;
3 hemos quedado huérfanos de padre
y nuestras madres han quedado viudas.
4 Tenemos que comprar el agua que bebemos
y pagar la leña que nos llevamos.
5 Nos empujan con un yugo al cuello,
nos fatigan sin darnos descanso.
6 Hemos pactado con Egipto y Asiria
para saciarnos de pan.
7 Nuestros padres pecaron, y ya no viven,
y nosotros cargamos con sus culpas.
8 Unos esclavos nos han sometido
y nadie nos libra de su poder.
9 Arriesgamos la vida por el pan,
porque la espada amenaza en descampado.
10 Nuestra piel quema como un horno,
torturada por el hambre.
11 Violaron a las mujeres en Sión
y a las doncellas en los pueblos de Judá;
12 con sus manos colgaron a los príncipes,
sin respetar a los ancianos;
13 forzaron a los jóvenes a mover el molino,
y los muchachos sucumbían bajo cargas de leña.
14 Los ancianos ya no se sientan a la puerta,
los jóvenes ya no cantan;
15 ha cesado el gozo del corazón,
las danzas se han vuelto duelo;
16 se nos ha caído la corona de la cabeza:
¡ay de nosotros, que hemos pecado!
17 Por eso está enfermo nuestro corazón
y se nos nublan los ojos,
18 porque el monte Sión está desolado
y los zorros se pasean por él.
19 Pero tú, Señor, eres rey por siempre,
tu trono dura de edad en edad.
20 ¿Por qué te olvidas siempre de nosotros
y nos tienes abandonados por tanto tiempo?
21 Señor, haznos volver hacia ti y volveremos,
renueva los tiempos pasados,
22 ¿o es que ya nos has rechazado,
que tu enojo no tiene medida?

---

refleja la situación en la que quedó Israel tras la invasión babilónica (587 a.C.); es decir, sería posterior a las demás –algunas Biblias antiguas la titulan «Oración de Jeremías»–.

Estamos ante un típico ejemplo del género literario denominado «plegaria» –como Sal 44; 60; 74; 79; 80; 83–, con sus habituales características: uso del «nosotros», descripción del desastre e invocación a Dios. Se puede dividir en tres partes: situación de los supervivientes (1-18), invocación confiada a Dios (19-21) y lamento final (22).

¿Qué hacer cuando nos sale al encuentro el sufrimiento y la desgracia? A la reacción espontánea de culpar a Dios, de alejarnos de Él en un gesto de despecho y desencanto, esta lamentación nos enseña otro camino, el de la plegaria y la oración. Es el momento de descubrir el sentido misterioso del dolor, el rostro del Dios verdadero, capaz de transformar nuestra desolación en camino de solidaridad y de esperanza.



BLANK PAGE 1258



PROVERBIOS

Forma del libro. Es la obra más típica del cuerpo sapiencial. Bajo el nombre genérico de «meshalim» –proverbios– acoge un conjunto de colecciones de enigmas, sentencias, aforismos, refranes, adagios e instrucciones de carácter ético y moralizante a través de los cuales se transmite una sabiduría popular acumulada durante siglos. Su presentación estimula el esfuerzo de comprensión del oyente o del lector: brevedad, carácter incisivo o enigmático y forma rítmica, al mismo tiempo que facilidad de retención en la memoria.

Las doctrinas o enseñanzas de esta antología tienen dos ejes principales, cada uno con dos polos opuestos: «sensato-necio» y «honrado-malvado». Los términos no son precisos: en el primero pueden entrar dotes naturales de inteligencia y perspicacia, conocimientos adquiridos o destreza en el obrar. Lo mismo podemos decir del segundo eje, que puede referirse a la integridad, la justicia o la inocencia. Estos dos ejes se cruzan, porque la sensatez tiene algo de ético, mientras que la maldad se considera insensata.

Época de composición y autoría del libro. Por su carácter anónimo y el tamaño minúsculo de sus unidades es imposible datar los proverbios. Su composición puede abarcar varios siglos. El prólogo y el epílogo serían obra del recopilador final y, por tanto, posteriores a las otras colecciones. Que Salomón diera impulso a esta corriente de proverbios puede ser realidad o pura leyenda. En realidad, el libro salta las fronteras y las épocas.

Mensaje de los Proverbios. La sensatez es una actividad artesana, atribuida al Dios creador y ofrecida al ser humano para que sea el artífice de su existencia, para que aprenda el sentido de la vida y dé sentido a su propia vida. Para ello, el joven inexperto necesita el apoyo de la experiencia ajena, plural y compartida, que cuaja en refranes, máximas y aforismos; algunos son propios de escuelas de maestros, otros, entregados a la libre circulación ciudadana. Dios está presente en este mundo sapiencial y ético de los Proverbios: posee la sabiduría y concede la sensatez al ser humano; con su aprobación y reprobación consolida el mundo ético.

De una «sabiduría a ras de tierra», el libro va ganando en altura hasta colocar en 8,22-31 a la Sabiduría personificada en la esfera celeste de sus orígenes. Aunque no es Dios ni una divinidad, procede de Dios y precede al mundo; posterior a Dios y anterior al universo, inferior a Dios y superior al mundo. El poeta la presenta como personaje que nace, aprende, actúa.



No se sigue que el poeta se refiera a un ser personal existente fuera del poema, pero con el correr del tiempo esa «sabiduría» tendrá un nombre, Jesucristo, «Sabiduría de Dios», como lo llama San Pablo (1 Cor 1,24).

PRIMERA COLECCIÓN

Finalidad de los Proverbios

1
1 Proverbios de Salomón, hijo de David, rey de Israel,
2 para adquirir sabiduría y educación,
para entender máximas inteligentes,
3 para obtener una educación acertada:
justicia, derecho y rectitud,
4 para enseñar sagacidad al incauto,
saber y reflexión al muchacho
5 –lo escucha el sensato y aumenta el saber,
el inteligente adquiere destreza–,
6 para entender proverbios y refranes,
máximas y enigmas.
7 Respetar al Señor es el principio de la sabiduría;
los necios desprecian la sabiduría y la educación.

Consejos a los jóvenes

8 Hijo mío, escucha los avisos de tu padre,
no rechaces las enseñanzas de tu madre,
9 pues serán hermosa diadema en tu cabeza
y collar en tu garganta.
10 Hijo mío, si intentan engañarte
los pecadores, no lo permitas.
11 Si te dicen: Ven con nosotros,
preparemos una trampa mortal
y acechemos al inocente sin motivo;
12 nos lo tragaremos vivo, como el Abismo;
enterito, como a los que bajan a la tumba;
13 obtendremos magníficas riquezas
y llenaremos nuestra casa de botín.

14 Comparte tu suerte con nosotros,
tendremos una bolsa común,
15 hijo mío, no los acompañes en su camino;
aparta tus pasos de su senda,
16 porque sus pies corren a la maldad
y se apresuran a derramar sangre.
17 Pero aunque no vale la pena poner una trampa
si la ven los pájaros,
18 ellos se la tienden a sí mismos
y ponen su vida en peligro.

1,1-9,18 Primera colección. Estos primeros nueve capítulos conforman una especie de introducción a todo el libro, atribuido al redactor final de la obra.

1,1–7 Finalidad de los Proverbios. Tal como es presentada en los primeros 7 versículos, todos los seres humanos sin excepción deben buscar la sabiduría como algo imprescindible para sus vidas. Entendida como un valor máximo, es algo así como una revelación divina que se pone al servicio del ser humano para adquirir vida. El ser humano abandonado a su destino necesita una luz que lo guíe, y para eso viene en su ayuda la sabiduría.

1,8-19 Consejos a los jóvenes. Como quien instruye a un hijo, el maestro de sabiduría nos pone en guardia contra quienes intentan introducir a nuevos miembros en las «organizaciones» del mal con artimañas y malos consejos.

19 Tal es la suerte de la codicia sin límite,
que quita la vida a su dueño.

Invitación a la Sabiduría

20 La Sabiduría proclama por las calles,
en las plazas levanta la voz;
21 grita en lo más ruidoso de la ciudad,
y en las plazas públicas pregona:
22 ¿Hasta cuándo, inmaduros, amarán la inmadurez,
y ustedes, insolentes, vivirán en la insolencia,
y ustedes, necios, odiarán el saber?
23 Presten atención a mis correcciones,
y les abriré el corazón comunicándoles mis palabras.
24 Los llamé y no quisieron oírme;
extendí la mano, y no me hicieron caso;
25 rechazaron mis consejos,
no aceptaron mi corrección;
26 pues yo me reiré de su desgracia,
me burlaré cuando estén muertos de miedo.
27 Cuando los alcance como tormenta el terror,
cuando les llegue como huracán la desgracia,
cuando los sorprenda la angustia y el sufrimiento,
28 entonces llamarán, y no los escucharé;
me buscarán, y no me encontrarán.
29 Porque aborrecieron el saber
y no escogieron el respeto del Señor;
30 no aceptaron mis consejos,
despreciaron mis advertencias;
31 comerán el fruto de su conducta,
y se saciarán de sus planes.
32 La rebeldía da muerte a los irreflexivos,
la despreocupación acaba con los imprudentes;
33 pero el que me obedece vivirá tranquilo,
seguro y sin temer mal alguno.

Discurso del maestro


1 Hijo mío, si aceptas mis palabras
y conservas mis mandatos,
2 escuchando a la sabiduría
y prestando atención a la prudencia;
3 si invocas a la inteligencia
y llamas a la prudencia;

1,20-33 Invitación a la Sabiduría. Con rasgos de profeta, la sensatez personificada llama en la plaza pública a los insensatos, a los necios e inexpertos, a los imprudentes e insolentes, a centrar su vida en función de una sola cosa: el respeto al Señor (29). Del discurso de la sensatez se desprende que la verdadera sabiduría está en el respeto al Señor; dicho respeto no es otra cosa que cumplir sus leyes y mandatos, única alternativa posible que evita la desgracia. La «tormenta» y el «huracán» (27) son símbolos de una vida que se vive sin perspectivas de plenitud. Saber vivir bien trae como consecuencia la serenidad, la tranquilidad y la seguridad ante los grandes males. El tono de este pregón está muy emparentado con el de Jeremías y en menor medida con el de Isaías. El objetivo no es tanto condenar cuanto llamar al recto juicio, a la sana vivencia y a la rectificación antes de que sea demasiado tarde (28).

2,1–3,12 Discurso del maestro. Este discurso del maestro de sabiduría descubre varios elementos que nos hacen caer en la cuenta de que, aunque la sabiduría pueda parecer fruto del esfuerzo humano, en realidad es un don ofrecido por Dios que el sabio

4 si la procuras como el dinero
y la buscas como un tesoro,
5 entonces comprenderás el respeto del Señor
y alcanzarás el conocimiento de Dios.
6 Porque es el Señor quien da la sabiduría,
de su boca proceden saber e inteligencia;
7 Él reserva su ayuda para los hombres rectos,
es escudo para el de conducta intachable,
8 cuida el camino del derecho
y custodia la senda de sus fieles.

9 Entonces comprenderás la justicia y el derecho,
la rectitud y toda conducta buena,
10 porque entrará en tu mente la sabiduría
y sentirás gusto en el saber,
11 la sagacidad te guardará,
la prudencia te protegerá
12 para librarte del mal camino,
del hombre que habla perversamente,
13 de los que abandonan el sendero recto
para seguir caminos tenebrosos,
14 de los que gozan haciendo el mal
y se alegran de la perversión,
15 siguen senderos torcidos
y sendas extraviadas;
16 para librarte de la ramera,
de la prostituta que halaga con sus palabras,
17 que abandonó al compañero de su juventud,
olvidó la alianza de su Dios;
18 su casa se inclina hacia la muerte,
sus sendas hacia el país de las sombras;
19 los que entran allí no retornan,
no alcanzan las sendas de la vida.

20 Para que sigas el buen camino
y te mantengas en sendas honradas,
21 porque los rectos habitarán la tierra
y los íntegros permanecerán en ella;
22 mientras que los malvados serán expulsados de la tierra
y los traidores serán arrancados de ella.



1 Hijo mío, no olvides mi enseñanza,
conserva en tu memoria mis preceptos,
2 porque te darán muchos días,
y años de vida, y prosperidad;

---

debe acoger responsablemente. En la vida cotidiana, el sabio, como ser humano prudente y sagaz, debe mantener una actitud de discernimiento sobre lo que es recto, justo y adecuado. Ese discernimiento tiene dos consecuencias prácticas inmediatas: en primer lugar, nos libra del «mal camino», no se camina a tientas; en segundo lugar, nos libra de la ramera, de la prostituta, cuya figura se usa aquí para simbolizar el camino equivocado, el camino que no conduce a la vida. El llamado del maestro desemboca finalmente en una meditación práctica sobre la sabiduría: caminar por esta senda es caminar con Dios, y sólo quien camina según el querer divino alarga sus años. Por tanto, la larga vida es en la Biblia síntoma de sabiduría. Se vuelve a insistir en que esa sabiduría no es fruto del esfuerzo personal, sino un don de Dios del que el fiel debe apropiarse mediante la escucha de la Palabra y la puesta en práctica de los preceptos del Señor.

3 no permitas que te abandonen bondad y lealtad,
cuélgatelas al cuello,
escríbelas en la tablilla del corazón:
4 alcanzarás favor y aceptación
de Dios y de los hombres.
5 Confía en el Señor de todo corazón
y no te fíes de tu propia inteligencia;
6 en todos tus caminos tenlo presente,
y él enderezará tus sendas.

7 No te tengas por sabio,
respeta al Señor y evita el mal;
8 ésa es la mejor medicina para tu cuerpo
y para tus huesos.
9 Honra al Señor con tus riquezas,
con las primicias de todas tus cosechas,
10 y tus graneros se colmarán de grano,
tus bodegas rebosarán de vino nuevo.
11 No rechaces, hijo mío, el castigo del Señor,
no te enojes con su corrección,
12 porque al que ama lo reprende el Señor,
como un padre al hijo querido.

Sabiduría y prudencia

13 Dichoso el hombre que alcanza sabiduría,
el hombre que adquiere inteligencia:
14 es mejor mercancía que la plata,
produce más rentas que el oro,
15 es más valiosa que los corales,
no se le compara joya alguna;
16 en su mano derecha trae largos años,
en la izquierda honor y riqueza;
17 sus caminos son deliciosos
y sus sendas son tranquilas,
18 es árbol de vida para los que la agarran,
son dichosos los que la retienen.

19 El Señor cimentó la tierra con sabiduría
y estableció el cielo con inteligencia;
20 con su saber brotan los océanos
y las nubes destilan rocío.
21 Hijo mío, no las pierdas de vista,
conserva la prudencia y la reflexión:
22 serán vida para tu alma
y adorno para tu cuello;
23 seguirás tranquilo tu camino
sin que tropiecen tus pies,
24 te acostarás sin alarmas,
te acostarás y el sueño te será dulce,

3,13-26 Sabiduría y prudencia. El ser humano que ha recibido conscientemente el don de la sabiduría y lo pone a trabajar es comparable al comerciante exitoso que obtiene provecho y beneficio abundante en sus negocios o a un árbol frondoso que da cobijo, seguridad y vida a muchos otros seres. Trae la gran ventaja de la tranquilidad; sólo el que sabe cultivar la sabiduría, el que conserva el tino y la prudencia, puede vivir tranquilo: no tiene traspiés en su camino y su sueño es delicioso. Ambas imágenes reflejan un esta-

25 no te asustará el terror imprevisto
ni la desgracia que cae sobre el malvado.
26 Porque el Señor se pondrá a tu lado
y librará tu pie de la trampa.

Deberes con el prójimo

27 No niegues un favor a quien lo necesita
si está en tu mano hacérselo.
28 Si tienes, no digas al prójimo:
Regresa otro día, mañana te lo daré.
29 No trames daños contra tu prójimo
mientras vive confiado contigo.
30 No lleves a juicio a nadie sin motivo
cuando él no te ha hecho daño.
31 No envidies al violento
ni elijas ninguno de sus caminos.
32 Porque el Señor aborrece al perverso,
pero se confía a los hombres rectos;
33 el Señor maldice la casa del malvado
y bendice la morada del honrado;
34 se burla de los insolentes,
pero trata con bondad a los humildes;
35 otorga honor a los sabios
y reserva deshonra para los necios.

La tradición


4 1 Escuchen, hijos, la corrección paterna;
pongan atención, para aprender prudencia;
2 les enseño una buena doctrina,
no abandonen mi enseñanza.
3 Yo también fui hijo de mi padre,
tierno y preferido de mi madre.
4 Él me instruía así: Conserva mis palabras en la memoria,
guarda mis preceptos y vivirás;
5 adquiere sabiduría, adquiere inteligencia,
no la olvides, no te apartes de mis consejos;
6 no la abandones, y te guardará;
ámala, y te protegerá.
7 El principio de la sabiduría es: Adquiere sabiduría,
gasta tu fortuna en adquirir prudencia;
8 estímala, y te hará noble;
abrázala, y te hará rico;
9 pondrá en tu cabeza una diadema hermosa,
te ceñirá una espléndida corona.

---

do interior, una experiencia y una conciencia de caminar según el querer divino.

3,27-35 Deberes con el prójimo. El lugar adecuado donde se asienta la sabiduría entendida como «camino recto» es indudablemente la conciencia, y el punto preciso donde ese caminar se realiza con rectitud, sensatez y sabiduría no puede ser otro que el prójimo. El prójimo será siempre el «termómetro» que permite medir el estado de mis relaciones con Dios y los avances o retrocesos de mi actuación. En este punto comulgan la corriente sapiencial y el espíritu deuteronomista. El prójimo no es un referente cualquiera, ni un accidente en mi camino; el prójimo me necesita y yo lo necesito a él como medio de acercamiento a Dios y lugar privilegiado donde puedo poner en práctica los preceptos del Señor: el Evangelio.

4,1-9 La tradición. El lugar ideal donde se transmite y se recibe sabiduría es la familia. El padre y la ma-

Los dos caminos

10 Escucha, hijo mío, recibe mis palabras,
y se alargarán los años de tu vida:
11 Te instruyo sobre el camino de la sabiduría,
te encamino por la senda recta.
12 Al caminar no serán torpes tus pasos;
al correr no tropezarás.
13 Agárrate a la instrucción, no la sueltes;
consérvala, porque ella es tu vida.
14 No entres por el sendero de los malvados,
no pises el camino de los perversos;
15 evítalo, no lo atravieses;
apártate de él y sigue.
16 No duermen si no cometen crímenes,
pierden el sueño si no hacen caer a alguien,
17 comen la maldad como pan
y beben violencias como vino.
18 La senda de los honrados brilla como la aurora,
se va esclareciendo hasta pleno día;
19 el camino de los malvados es tenebroso,
no saben dónde tropezarán.

El buen camino

20 Hijo mío, atiende a mis palabras,
escucha mis consejos:
21 que no se aparten de tus ojos,
guárdalos dentro del corazón;
22 porque son vida para el que los sigue,
son salud para su cuerpo.
23 Por encima de todo guarda tu corazón,
porque de él brota la vida.
24 Aparta de ti la lengua tramposa
y aleja de ti los labios falsos;
25 que tus ojos miren de frente
y tus pupilas se dirijan hacia adelante.

---

dre enseñan a sus hijos modelos de vida, no a través de discursos, sino fundamentalmente a través del ejemplo y de palabras que se condensan en dichos, máximas y sentencias. Ante los peligros externos e internos que rodean al israelita de la época del libro, esta formación familiar se debe hacer más intensa para que el joven no se deje llevar por otras corrientes, de ahí el énfasis en el honor que se va adquiriendo por el discernimiento y que involucra todas las esferas de la vida humana. Honor e identidad se implican mutuamente, y por eso están a la base del continuo ejercicio del discernimiento.

4,10-19 Los dos caminos. Los dos caminos a los que se refiere esta enseñanza son: 1. El camino de la sensatez, que permite caminar sin tropiezos. Quien transita por este camino no puede desechar la corrección, puesto que la sabiduría no es algo que se adquiere de un solo golpe, sino que ocupa toda la vida. 2. El camino descrito como «el sendero de los malvados» (14), que viven en función del mal. Los verbos «comer» y «beber» indican cómo la vida del malvado sólo se nutre del mal y sacia su sed con la violencia. Ambos caminos poseen características antagónicas: el camino del honrado, del justo, del sabio, es luz, no hay temor a tropezar porque todo lo que se hace está iluminado por la luz de la verdad; en cambio, la senda de los malvados es tenebrosa, se camina a tientas, sin saber dónde se va a tropezar.

4,20–5,2 El buen camino. Continúa el discurso sobre el buen camino como algo deseable. El camino adquiere en la corriente sapiencial un valor metafórico para referirse al estilo de vida que el creyente siempre debe buscar y desear. En el Nuevo Testamento, Jesús se identifica con ese camino: Él es el camino que conduce al Padre. El proyecto de Jesús nos da todo lo que necesitamos para conectar con el Padre, con su proyecto original de vida.

26 Fíjate bien dónde pones tus pies,
que todos tus caminos sean seguros,
27 no te desvíes a derecha ni a izquierda,
aparta tus pasos del mal.



1 Hijo mío, haz caso de mi experiencia,
pon atención a mi inteligencia:
2 así sabrás ser discreto
y tus labios guardarán el saber.

La ramera

3 Los labios de la ramera destilan miel
y su paladar es más suave que el aceite;
4 pero al final es más amarga que el ajenjo
y más cortante que puñal de doble filo;
5 sus pies bajan a la Muerte
y sus pasos se dirigen al Abismo;
6 no sigue el camino de la vida,
sus sendas se extravían sin que se dé cuenta.
7 Por tanto, hijos, escúchenme
y no se aparten de mis consejos:
8 aleja de ella tu camino
y no te acerques a la puerta de su casa,
9 no vayas a dar a extraños tu honor
ni tu dignidad a gente despiadada;
10 no se sacien con tu vigor gente extraña
y tus fatigas vayan a parar en casa de un desconocido.
11 Gemirás cuando te llegue el desenlace
y se consuma la carne del cuerpo.
12 Entonces dirás: ¿Por qué aborrecí la corrección
y mi corazón despreció la reprimenda?
13 ¿Por qué no hice caso a mis maestros
ni presté oído a mis educadores?
14 Por poco llego al colmo de la desgracia,
en medio de la asamblea reunida.

Gozo del matrimonio

15 Bebe agua de tu propia fuente,
bebe a chorros de tu pozo.
16 No derrames por la calle tu manantial
ni tus arroyos por las plazas;

5,3-14 La ramera. Este pasaje no se detiene únicamente a prevenir al ser humano que está en búsqueda de la sabiduría de la relación con rameras. Si notamos bien, el consejo del sabio abarca también las relaciones con mujeres extranjeras, lo cual refleja una cierta preocupación que surgió en el Israel del postexilio. Los judíos son invitados a amar de corazón a su esposa, a una sola, y a escogerla dentro de la comunidad judía para evitar dos peligros fundamentales: 1. En el ámbito socioeconómico existía el peligro de que, en caso de muerte del marido, su patrimonio fuese a parar a manos extranjeras, con lo cual la familia del difunto padre estaría a un paso de caer en servidumbre de un extranjero. 2. Desde el punto de vista religioso, la esposa no judía podía introducir los ídolos de su padre –de su familia– en la nueva familia formada con un israelita, algo que se consideraba abominable a los ojos del Señor.

5,15-23 Gozo del matrimonio. En continuidad con el tema anterior se subraya aquí el valor del matrimonio y la fidelidad a la esposa de la juventud. Es sabido que en el postexilio se presentaron varios abusos respecto al matrimonio, de ahí que se le dé mucho realce al esposo fiel y, sobre todo, al que ha escogido su esposa dentro de la misma comunidad israelita.

17 sean para ti solo,
sin compartirlos con extraños.
18 Sea tu fuente bendita,
goza con la esposa de tu juventud:
19 cierva querida, gacela hermosa,
que siempre te embriaguen sus caricias,
que constantemente te deleite su amor.
20 ¿Por qué, hijo mío, te ha de deleitar la ramera
o has de estrechar el seno de la extraña?
21 Los caminos humanos están bajo la mirada de Dios,
él vigila todas sus sendas.
22 Sus propias culpas enredan al malvado
y queda preso en las redes de su pecado;
23 muere por falta de corrección,
su enorme insensatez lo perderá.

Fianza



1 Hijo mío, si has salido fiador de tu vecino
dando la mano a un extranjero,
2 si te has enredado con tus palabras
o has quedado atrapado por la boca,
3 haz lo siguiente, hijo mío, para librarte,
pues saliste responsable por tu vecino,
caíste en poder de tu vecino:
ve, insiste, acosa a tu vecino,
4 no concedas sueño a tus ojos
ni reposo a tus pupilas;
5 líbrate como gacela del cazador
o como pájaro de la trampa.

Pereza

6 Mira a la hormiga, perezoso,
observa sus costumbres y aprende;
7 aunque no tiene jefe,
ni capataz, ni gobernante,
8 acumula grano en verano
y reúne provisiones durante la cosecha.
9 ¿Hasta cuándo dormirás, perezoso?,
¿cuándo sacudirás el sueño?
10 Un rato duermes, un rato das cabezadas,
un rato cruzas los brazos y descansas
11 y te llega la pobreza del vagabundo
y la miseria del mendigo.

6,1-5 Fianza. El israelita teme caer en manos de un extranjero; este dicho refleja el recelo que se empieza a sentir en las relaciones con personas no judías. Al parecer, resultaba arriesgado celebrar contratos o servir de fiador a un extranjero, así que se aconseja no hacerlo, y en caso de haberse comprometido con un extranjero, librarse cuanto antes.

6,6-11 Pereza. A veces, la pobreza extrema o la carencia de bienes y medios de subsistencia no se deben necesariamente a unas relaciones económico-sociales injustas; aquí se advierte contra la persona que no sea diligente ni emprendedora. Con la imagen de la hormiga, el autor invita al perezoso a trabajar para ganarse la vida dignamente. En este dicho, pereza, pobreza e indigencia se relacionan mutuamente. Conviene analizar hasta qué punto nuestra pobreza es fruto de la injusticia y hasta dónde es falta de diligencia y empeño personal.

El perverso

12 Un hombre malvado, un individuo perverso,
camina contando mentiras,
13 guiñando un ojo, sacudiendo los pies,
señalando con el dedo;
14 en su corazón depravado planea maldades
siempre sembrando discordias,
15 por eso de repente le llegará la perdición,
se quebrará de improviso y sin remedio.

Siete cosas

16 Seis cosas detesta el Señor
y la séptima la aborrece de corazón:
17 ojos soberbios, lengua mentirosa,
manos que derraman sangre inocente,
18 corazón que maquina planes malvados,
pies que corren para la maldad,
19 testigo falso y mentiroso
y el que provoca peleas entre hermanos.
20 Guarda, hijo mío, los consejos de tu padre
y no rechaces la enseñanza de tu madre,
21 llévalos siempre atados al corazón
y cuélgatelos al cuello:
22 cuando camines, te guiarán;
cuando descanses, te guardarán;
cuando despiertes, hablarán contigo.
23 Porque el consejo es lámpara y la enseñanza es luz
y es camino de vida la instrucción que corrige.
24 Te guardarán de la mala mujer,
de la lengua seductora de la ramera.
25 Que tu corazón no codicie su belleza
ni te dejes prender por sus miradas.
26 Si la ramera busca un pedazo de pan,
la casada anda a la pesca de una vida lujosa.
27 ¿Podrá uno llevar fuego en el pecho
sin que se le queme la ropa?
28 ¿Podrá uno caminar sobre brasas
sin quemarse los pies?
29 Pues lo mismo el que se junta con la mujer del prójimo,
no quedará sin castigo el que la toque.
30 ¿No se desprecia al ladrón que roba
para calmar su hambre?
31 Si lo sorprenden, pagará siete veces más,
y aún tendrá que dar toda su fortuna.

6,12-15 El perverso. La anormalidad en las relaciones ético-sociales se puede visualizar hasta en la apariencia física del individuo. El ser humano malvado refleja exteriormente sus actitudes interiores.

6,16-35 Siete cosas. La primera parte de este dicho (16-19) es un ejemplo de lo que se conoce como «proverbio numérico»; su finalidad es mostrar de forma panorámica una serie de cosas afines entre sí y que causan impacto en el oyente. En este caso, seis comportamientos irregulares se presentan como abominación al Señor. El resto del dicho invita a no abandonar los consejos de la madre, al tiempo que invita a meditar sobre las ventajas que tiene caminar según la instrucción del padre y de la madre. Los versículos 24-35 previenen contra las relaciones sexuales ilícitas y sus peligros, en concreto, contra las relaciones con una ramera y con la mujer del prójimo.

32 Pues el adúltero es hombre sin juicio,
obrando así se arruina a sí mismo:
33 recibirá golpes e insultos
y su deshonra no se borrará.
34 Porque los celos enfurecen al marido
y no perdonará el día de la venganza,
35 no aceptará ninguna compensación
ni la querrá aunque aumentes la oferta.

La seducción

7 1 Hijo mío, conserva mis palabras
y guárdate mis mandatos,
2 conserva mis mandatos y vivirás,
que mi enseñanza sea como la niña de los ojos;
3 átalos a los dedos,
escríbelos en la tablilla del corazón.
4 Di a la Sabiduría: Eres mi hermana,
y llama amiga a la prudencia,
5 para que te cuide de la ramera,
de la prostituta de palabra seductora:
6 Estaba yo a la ventana de mi casa,
asomado a la reja,
7 mirando a unos jóvenes sin experiencia
cuando distinguí entre ellos a uno sin juicio,
8 pasaba por la calle, junto a la esquina
y se dirigía a la casa de ella;
9 era la hora del crepúsculo,
era plena noche y oscura.
10 Una mujer le sale al encuentro,
vestida como ramera, astuta, envuelta en un velo,
11 atrevida y seductora,
sus pies no saben estarse en casa:
12 ahora en la calle, luego en la plaza,
acechando en todas las esquinas.
13 Lo agarra y lo besa
y con todo descaro le dice:
14 He preparado un banquete
porque hoy he cumplido mi promesa;
15 por eso he salido a tu encuentro
ansiosa de verte, y te he encontrado.
16 He cubierto la cama con colchas,
he extendido sábanas de Egipto,
17 he perfumado la alcoba
con mirra, áloe y canela.
18 Ven, vamos a embriagarnos de caricias,
a saciarnos de amores;

7,1-27 La seducción. Continúa la prevención contra el sexo ilícito. Quien sigue las lisonjas de la ramera es calificado como inexperto, porque no conoce el fin trágico que ocasionan estas relaciones. Este pasaje podría estar tratando una vez más del desacuerdo con los matrimonios realizados con mujeres extranjeras. Pero también sería una forma metafórica de prevenir contra los discursos y planteamientos que el pensamiento griego va diseminando por todo el antiguo Cercano Oriente. Muy probablemente, estos primeros nueve capítulos que forman el marco de la obra pertenecen a una época en la que ya comienza a sentirse el influjo del pensamiento y la cultura griegos entre los mismos israelitas.

[19] porque mi marido no está en casa,
ha emprendido un largo viaje,
[20] tomó la bolsa del dinero
y hasta la luna llena no vuelve.
[21] Con tantos discursos lo seduce,
lo atrae con sus dulces labios,
[22] y el infeliz se va detrás de ella
como buey llevado al matadero,
como ciervo que se enreda en el lazo,
[23] hasta que una flecha le desgarra el corazón,
como pájaro que vuela a la trampa
sin saber que le costará la vida.
[24] Y ahora, hijos míos, escúchenme,
pongan atención a mis consejos,
[25] no se extravíe tras ella tu corazón,
no te pierdas por sus sendas,
[26] porque ella ha asesinado a muchos,
sus víctimas son innumerables,
[27] su casa es un camino hacia el Abismo,
una bajada a la morada de la muerte.

Discurso de la Sabiduría



[1] La Sabiduría proclama,
la inteligencia levanta la voz.
[2] En lugares elevados junto al camino,
de pie en el cruce de las sendas,
[3] junto a las puertas, a la entrada de la ciudad,
en los accesos a los portales grita:
[4] A ustedes, hombres, los llamo,
a los seres humanos se dirige mi voz;
[5] los inexpertos, aprendan prudencia;
los necios, aprendan a tener juicio.
[6] Escuchen, que hablo sin rodeos,
abro los labios con sinceridad;
[7] mi paladar repasa la verdad
y mis labios aborrecen el mal;
[8] todas mis palabras son justas,
ninguna es falsa o perversa;
[9] son claras para el que entiende
y rectas para el que comprende.
[10] Reciban mi corrección y no plata,
un saber más precioso que el oro;
[11] porque la prudencia vale más que las perlas
y con ninguna joya se le puede comparar.

Himno a la Sabiduría

[12] Yo, Sabiduría, soy vecina de la Prudencia
y busco el trato de la Reflexión.

8,1-11 Discurso de la Sabiduría. Al estilo de un profeta que pregona su verdad en público, también la sabiduría sale a los cruces de los caminos y a las puertas de la ciudad para anunciar su mensaje; dice de sí misma que sus palabras son verdad y dignas de crédito, y que el que la adquiere puede contar con algo mejor que un valioso tesoro.

8,12-36 Himno a la Sabiduría. La sabiduría se autopresenta bajo otra de sus facetas fundamentales: la sensatez. Subraya en su discurso sobre sí misma tres

13 Honrar al Señor es odiar el mal.
Yo detesto el orgullo y la soberbia,
el mal camino y la mentira.
14 Son míos el consejo y la habilidad,
son míos la inteligencia y el poder.
15 Por mí reinan los reyes
y los príncipes dan decretos justos,
16 por mí gobiernan los gobernantes
y los nobles juzgan la tierra.
17 Yo amo a los que me aman,
los que madrugan por mí me encuentran.
18 Yo traigo riqueza y gloria,
fortuna sólida y justicia;
19 mi fruto es mejor que el oro puro,
mi renta vale más que la plata.
20 Camino por la vía de la justicia
y sigo las sendas del derecho,
21 para ofrecer riquezas a mis amigos
y llenar sus tesoros.
22 El Señor me creó como primera de sus tareas,
antes de sus obras;
23 desde antiguo, desde siempre fui formada,
desde el principio, antes del origen de la tierra;
24 no había océanos cuando fui engendrada,
no había manantiales ni ríos;
25 todavía no estaban encajados los montes,
antes de las montañas fui engendrada;
26 no había hecho la tierra y los campos
ni los primeros terrones del mundo.

27 Cuando colocaba los cielos, allí estaba yo;
cuando trazaba la bóveda sobre la superficie del océano,
28 cuando sujetaba las nubes en la altura
y reprimía las fuentes abismales,
29 cuando imponía su límite al mar,
para que las aguas no traspasaran sus orillas;
cuando asentaba los cimientos de la tierra,
30 yo estaba junto a él, como confidente,
yo estaba disfrutando cada día,
jugando todo el tiempo en su presencia,
31 jugando con el mundo creado,
disfrutando con los hombres.
32 Por tanto, hijos, escúchenme:
dichosos los que siguen mis caminos.

---

aspectos importantes: 1. Su dignidad, íntimamente relacionada con la sagacidad y la reflexión; éstas le otorgan el carácter de autoridad para aconsejar con acierto y así lograr que quienes ejercen poder y autoridad desempeñen el papel de gobernantes sabios y justos. 2. Su origen. Observamos la autoconciencia de ser una criatura como las demás en el universo, pero al tratarse de la primera creación «acompaña» al creador en su trabajo. Valorada como ser preexistente, la sabiduría se declara un don ofrecido al resto de las criaturas. 3. Es la alternativa que tiene que solucionar el ser humano desde la libertad: poseer la sabiduría, buscarla cada día, es caminar hacia una meta feliz; extraviarse, desentenderse de ella, es perderse y morir. De este modo se emparenta la corriente sapiencial con el ideal deuteronomista, que pone la felicidad y la vida en la fidelidad al Señor –en el cumplimiento de sus mandatos–, y la muerte en el descuido de dichos mandatos.

33 Escuchen mi corrección y serán sensatos,
no la rechacen,
34 dichoso el hombre que me escucha,
velando en mi puerta cada día,
vigilando a la entrada de mi casa.
35 Porque el que me encuentra, encuentra la vida
y goza del favor del Señor.
36 Quien me pierde, se arruina a sí mismo;
los que me odian aman la muerte.

Banquete de la Sabiduría



1 La Sabiduría se ha edificado una casa,
ha labrado siete columnas,
2 ha matado los animales, mezclado el vino
y puesto la mesa,
3 ha despachado a sus criadas a proclamarlo
en los puntos que dominan la ciudad.
4 El que sea inexperto, venga acá;
al falto de juicio le quiero hablar:
5 Vengan a comer de mis manjares
y a beber el vino que he mezclado.
6 Dejen la inexperiencia y vivirán,
sigan derecho el camino de la inteligencia.

Destinatarios

7 Quien corrige al soberbio se acarrea insultos;
quien reprende al malvado, desprecios;
8 no reprendas al soberbio, pues te aborrecerá;
reprende al prudente y te querrá;
9 instruye al sabio, y será más sabio;
enseña al honrado, y aprenderá.
10 El principio de la Sabiduría es respetar al Señor,
y conocer al Santo es inteligencia.
11 Por mí prolongarás tus días
y se te añadirán años de vida;
12 si eres sabio, lo eres para tu provecho;
si eres soberbio, tú solo lo pagarás.

Banquete de la Necedad

13 Doña Necedad es chismosa,
tonta e ignorante,

9,1-6 Banquete de la Sabiduría. La sabiduría se complace en donarse de manera gratuita a quienes carecen de ella. La descripción de la casa de la sabiduría y del banquete que ofrece parece aludir al Templo y a los banquetes rituales o comidas sagradas, comunes en la religiosidad judía. De todos modos, el sentido de estos versículos es hacer ver la gratuidad con que la misma sabiduría se entrega a todos.

9,7-12 Destinatarios. Estos versículos ponen de manifiesto los tipos de personas que comúnmente enfrenta el sabio: el soberbio y el malvado. La sensatez o la prudencia aceptan gustosas la corrección, pero quien no camina por la senda de la sabiduría responde con violencia a las correcciones. Se podría deducir que el que va por mal camino no tiene remedio, que no vale la pena intentar su corrección; pero sabemos que el ser humano no está predestinado para ser bueno o malo; obviamente, fuimos creados para el bien, pero somos nosotros quienes decidimos por dónde caminamos. Esto significa que hemos de mantenernos siempre abiertos a corregir nuestro camino, y reconocer que siempre tendremos necesidad de ayuda y orientación en el ejercicio de nuestra libertad.

9,13-18 Banquete de la Necedad. También el polo opuesto de la sabiduría, en este caso la insensa-

14 está sentada a la puerta de su casa,
en un asiento que domina la ciudad,
15 para llamar a los que pasan,
a los que van derechos por el camino:
16 El que sea inexperto venga acá;
al falto de juicio le quiero hablar:
17 El agua robada es más dulce,
el pan comido a escondidas es más sabroso.
18 Pero ellos no saben que en su casa están los difuntos,
son ahora sombras en el reino de la muerte.

SEGUNDA COLECCIÓN – PROVERBIOS DE SALOMÓN

10 1 Un hijo sabio es la alegría de su padre;
un hijo necio, es la pena de su madre.
2 Tesoros mal ganados no aprovechan,
pero la justicia libra de la muerte.
3 El Señor no deja con hambre al que es bueno,
pero rechaza la codicia del malvado.
4 La mano perezosa empobrece,
el brazo trabajador enriquece.
5 Quien almacena en otoño es prudente,
quien duerme en la cosecha es un descarado.
6 Sobre la cabeza del honrado llueven bendiciones,
la boca malvada encubre violencia.

7 La memoria del honrado es bendita,
el nombre del malvado se pudre.
8 El hombre juicioso acepta órdenes,
labios necios acaban en la ruina.
9 Quien procede sinceramente, camina seguro;
el que actúa con disimulo queda descubierto.
10 Quien cierra los ojos trae sufrimientos,
quien reprende abiertamente trae remedio.
11 La boca del justo es manantial de vida,
la boca del malvado encubre violencia.

---

tez o la necedad, se manifiesta como una entidad viva capaz de proponerse a las personas como alternativa o senda de vida, pero se trata de una caricaturización de la sabiduría. Utiliza términos semejantes y escenarios semejantes para «seducir» a los seres humanos, pero mientras la auténtica sabiduría ofrece vida, la insensatez o necedad sólo puede ofrecer muerte.

10,1–22,16 Segunda colección – Proverbios de Salomón. Se inicia el núcleo y la parte más antigua del libro bajo el título «Proverbios de Salomón». En realidad, los comentaristas ubican esta sección un poco después del reinado de Josías (640-609 a.C.). Babilonia ya ha penetrado en territorio judío y cada día que pasa aumenta el grado de violencia. En medio de la crisis, un grupo de sabios organiza una serie de dichos y refranes, unos de tipo moral, otros de tipo legislativo, con el objeto de animar a la comunidad y enseñar que los justos, los que creen en el Señor y lo aman de verdad, no sufrirán la violencia ni la muerte. Es frecuente en esta sección el llamado de la sabiduría a la conversión y a la búsqueda de la justicia, así como a la vivencia de la pobreza.

10,1-11 Sin coherencia alguna se reúnen varios dichos que pueden tener como denominador común la vida del justo, del que actúa recta y honradamente, en contraposición con la de aquellos que actúan de un modo insensato. La sección comienza simulando a un padre o una madre que se dirige a su hijo para enseñarle sabiduría. Es de notar la importancia de la figura paterna y materna en las primeras etapas de crecimiento de los hijos; este papel aún se cumple con encomiable esmero en algunos núcleos humanos y es necesario incentivarlo cada día más.

12 El odio provoca peleas,
el amor disimula las ofensas.
13 En los labios del prudente hay sabiduría,
y un látigo en la espalda del necio.
14 El sabio atesora saber,
la boca del necio atrae la desgracia.
15 La fortuna del rico es su defensa,
la miseria es el terror del pobre.
16 El salario del honrado es la vida,
la ganancia del malvado es el fracaso.

17 El que acepta la corrección va por camino de vida,
el que la rechaza se extravía.
18 Los labios mentirosos encubren odio,
quien difunde calumnias es un insensato.
19 Donde abundan las palabras no falta el pecado,
quien se muerde los labios es discreto.
20 Plata pura es la boca del honrado;
mente perversa no vale nada.
21 Labios honrados guían a muchos,
los necios mueren por falta de juicio.
22 La bendición divina enriquece,
y nada le añade nuestra fatiga.
23 El necio se divierte haciendo trampas,
el hombre prudente con la sabiduría.
24 Al malvado le sucede lo que teme,
al honrado se le da lo que desea.

25 Pasa el huracán, desaparece el malvado;
pero el justo se mantiene para siempre.
26 Vinagre a los dientes, humo a los ojos:
eso es el perezoso para quien le da un encargo.
27 Respetar al Señor prolonga la vida,
los años de los malvados se acortan.
28 La esperanza de los honrados es alegre,
la ilusión de los malvados fracasa.
29 El camino del Señor es refugio para el hombre recto,
y es terror para los malhechores.
30 El honrado jamás tropezará,
el malvado no habitará en la tierra.
31 De boca honrada brota sabiduría,
lengua tramposa será cortada.
32 Labios honrados saben de benevolencia;
la boca del malvado, de engaños.

10,12-26 Podríamos enlazar esta serie de proverbios con el tema de las relaciones éticas y sociales. Dichas relaciones se deben fundar en el amor que «disimula las ofensas» (12) y que luego va adquiriendo una serie de matices o canales de transmisión y de difusión, simbolizados en los labios para expresar que se tienen que percibir en las relaciones con los semejantes. Los labios, es decir la boca, el canal de expresión de la interioridad de la persona, debe estar al servicio de la verdad y de la justicia, y esa es una manera de vivenciar el amor. La charlatanería es la antinomia de unos labios puestos al servicio del bien. El tema de la boca, los labios y la lengua aparece nuevamente en los versículos 31s con idéntico sentido.

10,27-32 En definitiva, el gran secreto de la sabiduría es el respeto al Señor, la garantía de una vida sana y prolongada; justo lo contrario de lo que sucede a quienes no lo respetan. En la Biblia, la calidad de vida está en relación íntima con el modo de relacionarse con Dios. Las edades exageradas de los Patriar-

11 [1] El Señor aborrece las balanzas falseadas
y le gustan las pesas exactas.
[2] El orgullo acarrea la deshonra;
pero la sabiduría acompaña a los humildes.
[3] La honradez guía a los buenos,
la falsedad destruye a los traidores.
[4] No sirve la fortuna el día del castigo,
pero la justicia libra de la muerte.

[5] La honradez del justo hace fácil su camino,
el malvado caerá por su maldad.
[6] La honradez de los rectos los salva,
los traidores quedan enredados en su codicia.
[7] Con la muerte del malvado muere su esperanza,
y muere también la ilusión de las riquezas.
[8] El honrado se libra del peligro,
el malvado ocupa su puesto.
[9] El malvado hunde al prójimo con la boca,
pero la inteligencia a los justos los salva.

[10] El éxito de los honrados lo festeja la ciudad,
y cuando fracasan los malvados, canta de júbilo.
[11] Con la bendición de los rectos prospera la ciudad,
la boca de los malvados la destruye.
[12] Quien desprecia al prójimo es un imprudente,
el hombre prudente se calla.
[13] El chismoso todo lo cuenta,
el hombre de confianza guarda el secreto.
[14] Por falta de gobierno se arruina un pueblo,
y se salva a fuerza de deliberación.

[15] Quien sale fiador por un extraño se perjudica,
el que evita hacer tratos vive tranquilo.
[16] La mujer hermosa se hace respetar,
la que odia la rectitud atrae la deshonra.
[16] La fortuna del perezoso es escasa,
los audaces conservan su riqueza.
[17] El hombre bondadoso se hace bien a sí mismo,
el despiadado destroza su propia carne.
[18] El malvado hace ganancias engañosas,
el que siembra justicia tiene paga segura.

---

cas y de otros grandes personajes del Antiguo Testamento deben entenderse a partir de esta clave que nos ofrece el versículo 27, no en un sentido literal cuantitativo. Ese respeto debido al Señor permea el resto de actitudes y comportamientos del individuo, del cual se espera que sea siempre virtuoso.

11,1-13 En línea con las enseñanzas deuteronomistas y proféticas, los sabios apuestan por un orden justo que sólo los seres humanos sabios, prudentes y honrados pueden ayudar a construir según el querer de Dios. La justicia es garantía de vida, puesto que la justicia es una dimensión esencial de Dios. El que es justo y honrado atrae bendición para su pueblo. Se trata, por tanto, de las consecuencias reales y concretas que sobrevienen cuando los miembros de la comunidad están empeñados en la búsqueda del bien, de la solidaridad, de la paz y de la justicia; entonces no puede sino cosecharse frutos buenos. En eso consiste la bendición de la que nos habla el texto.

11,14-21 El sabio ha observado cómo un pueblo que carece de guía se arruina, se pierde. Por eso es importante que el guía del pueblo sea una persona sabia en el sentido que camine en rectitud y justicia; el mal guía o mal gobernante es como el ser humano necio, el malvado o el que aborrece al Señor, es decir, el que rehúsa caminar según el querer de Dios su vida es una continua tragedia; así el pueblo también camina hacia su propia destrucción.

19 El que mide lo que es justo, vivirá;
el que persigue la maldad, morirá.
20 Aborrece el Señor la mente perversa
y le agrada una conducta sincera.
21 Tarde o temprano el malvado la paga,
la descendencia de los honrados está a salvo.

22 Anillo de oro en hocico de puerco
es la mujer hermosa pero sin inteligencia.
23 El deseo de los honrados se logra,
las ilusiones de los malvados pasan.
24 Hay quien regala y se enriquece,
quien es tacaño y se empobrece.
25 El que es generoso prospera,
el que da también recibirá.
26 Al que acapara trigo lo maldice la gente,
al que lo vende lo cubren de bendiciones.

27 Quien madruga para el bien alcanzará favor,
al que busca el mal le saldrá al encuentro.
28 Quien confía en sus riquezas se marchita,
los honrados brotarán como follaje.
29 Quien descuida su casa heredará viento,
el necio será esclavo del sabio.
30 El fruto de la honradez es un árbol de vida,
el sabio se gana a la gente.
31 Si al honrado le pagan en la tierra,
¡cuánto más al malvado y al pecador!

12 1 El que ama la corrección, ama el saber;
el que la detesta, se embrutece.
2 El bueno obtiene el favor del Señor,
el perverso será condenado.
3 El que se apoya en la maldad no estará,
la raíz del honrado no se desprende.
4 Mujer virtuosa es corona del marido,
la de mala fama es como caries en los huesos.
5 Los planes de los honrados son rectos,
las tácticas de los malvados son traidoras.
6 Las palabras del malvado son trampas mortales,
las de los rectos, causa de salvación.

7 Se derrumban los malvados y desaparecen,
pero la casa de los honrados subsiste.
8 Al hombre se lo estima según su prudencia,
pero el corazón perverso será despreciado.
9 Más vale ser modesto y tener un criado
que presumir de rico y no tener pan.

11,22-31 La calidad de vida es responsabilidad de cada uno; la persona que cultiva el bien obtiene frutos de bondad, de ahí la insistencia de los sabios en la necesidad de obrar correctamente y saber aprovechar todo lo que es bueno; esto ejercita al ser humano para la libertad, «el necio será esclavo del sabio» (29).

12,1-9 La sabiduría es entendida aquí como un proceso en el cual está incluida la corrección. Por tanto, el discípulo del sabio demuestra su amor y su interés por la sabiduría en la aceptación gustosa de las correcciones de su maestro. Se insiste en rectificar continuamente las actitudes y los comportamientos en

10 El honrado se preocupa por su ganado,
el malvado no entiende de compasión.
11 El que cultiva su campo se saciará de pan,
el imprudente se ocupa de ilusiones.
12 La codicia es la red de los malvados,
los honrados arraigan firmemente.

13 En la falsedad de sus labios se enreda el malvado,
el honrado se librará del peligro.
14 De lo que uno habla, recoge el fruto;
de lo que uno hace, recibe el pago.
15 El necio está contento con su proceder,
el sensato escucha el consejo.
16 El necio muestra enseguida su rabia,
el prudente disimula la ofensa.

17 El que respira la verdad declara con justicia,
el testigo falso con mentiras.
18 El chismoso hiere como una espada,
la lengua del sabio sana.
19 La palabra verdadera permanece para siempre,
el mentiroso sólo un instante.
20 El que maquina el mal tiene amargura,
quien aconseja la paz vive contento.

21 Al honrado no le pasa nada malo,
los malvados andan llenos de desgracias.
22 El Señor aborrece el labio mentiroso,
el hombre sincero obtiene su favor.
23 El hombre prudente oculta su saber,
la mente insensata grita su ignorancia.
24 Mano trabajadora mandará,
mano perezosa servirá.
25 La angustia del corazón deprime,
una buena palabra reanima.

26 El justo sirve de guía a su prójimo,
el camino de los malvados los extravía.
27 El perezoso no gana su sustento,
el que trabaja alcanza riquezas.
28 La senda de la justicia es vida,
el camino de la impiedad lleva a la muerte.

---

la vida ordinaria: «más vale ser modesto y tener un criado, que presumir de rico y no tener pan» (9).

12,10-14 Una de las cosas que observa el sabio es la armonía que puede reinar si cada uno se ocupa diligentemente de lo suyo; de ser así, toda empresa y actividad humanas tienen que prosperar. Lo contrario es el desorden y la improductividad que sobreviene al desinterés de las personas cuando descuidan sus deberes; eso es lo que califica el maestro de sabiduría como «necedad» o «insensatez».

12,15-21 El obrar sensatamente es producto de una conciencia cultivada. El sabio no actúa a la ligera; por eso, la sabiduría se puede encauzar por el camino de la justicia y sólo quien sabe caminar por la senda de la justicia puede estar seguro de estar andando detrás de la verdad.

12,22-28 La sabiduría, el saber vivir bien y el tener conciencia de actuar correctamente se ponen aquí en línea con la voluntad de Dios. «El Señor aborrece el labio mentiroso» (22); no se actúa según el querer divino cuando nuestras acciones o palabras dañan o perjudican a otras personas, o cuando las relaciones con los demás resultan cuanto menos poco constructivas. Las acciones del sabio conducen a la vida, son signos de vida; las del necio/insensato son signos de muerte y a ella conducen.

13 [1] El hijo sensato acepta la corrección paterna,
el arrogante no escucha la corrección.
[2] De lo que uno habla comerá,
pero los traidores tienen hambre de violencia.
[3] Quien guarda su boca, custodia su vida;
quien suelta los labios, marcha a la ruina.
[4] El perezoso desea mucho y no obtiene nada,
el que trabaja queda satisfecho.
[5] El honrado aborrece la mentira,
el malvado se hace odioso y se deshonra.
[6] La honradez custodia al hombre íntegro,
la maldad destruye al pecador.

[7] Hay quien presume de rico y no tiene nada,
quien pasa por pobre y tiene una fortuna.
[8] Las riquezas del rico le salvan la vida,
al pobre no le importan las amenazas.
[9] La luz de los honrados es alegre,
la lámpara de los malvados se apaga.
[10] La insolencia provoca discordias,
la sabiduría acompaña a los que se dejan aconsejar.
[11] Fortuna hecha de golpe encoge,
el que reúne poco a poco enriquece.

[12] Esperanza que tarda entristece el corazón,
deseo que se cumple es árbol de vida.
[13] El que desprecia la palabra se perderá,
el que respeta el mandato queda sin deudas.
[14] Fuente de vida es el consejo sabio
que aparta de los lazos de la muerte.
[15] El sentido común se gana el favor,
el camino de los perversos conduce a la ruina.
[16] El sagaz actúa con prudencia,
el necio hace gala de su ignorancia.

[17] El mensajero malvado precipita en la desgracia,
enviado fiel la remedia.
[18] Miseria y vergüenza para quien rechaza la corrección,
el que cumple los avisos recibirá honor.
[19] Deseo cumplido es dulce a la garganta,
al necio le da asco apartarse del mal.

13,1-10 Una vez más, el sabio se identifica con el padre que quiere formar de la mejor manera a su hijo. Era muy común que el maestro de sabiduría llamara «hijos» a sus discípulos. La clave para entender este pasaje está en el versículo 2, que obedece a la simple observación de las acciones humanas: de lo que uno es, de eso vive. Si en cada uno hay una preocupación constante por actuar bien, correctamente y con justicia, de eso come. Aquí, «comer» posee el valor simbólico del alimento necesario para sobrevivir. Pero quien actúa de manera contraria, se saciará de maldad y no sólo él, sino que sus acciones se extenderán al grupo y a la comunidad; ésos son los violentos, los que buscan siempre el mal y el perjuicio del otro.

13,11-18 Otra observación sencilla de la vida que se convierte en enseñanza para vivir bien es la fortuna. Es muy común que alguien se enriquezca por alguna causa fortuita, pero por lo general esa riqueza se esfuma tan rápido como llegó. El sabio da más valor a la fortuna que se va adquiriendo poco a poco, con el esfuerzo de cada día. El maestro de sabiduría lleva ese esfuerzo cotidiano al campo de la riqueza espiritual; la sabiduría es la mejor riqueza, es árbol de vida, fuente de vida; en cambio, quien no la acepta sólo podrá obtener miseria y vergüenza (18a).

13,19-25 Cuando se alcanza lo que se desea –un poco más de amor, de justicia, de sanas relaciones, de paz– la vida es más dulce y placentera; ese debe ser

20 Trata con los sabios y te harás más sabio,
el que se junta con ignorantes se echa a perder.
21 La desgracia persigue al pecador,
a los honrados la paz y el bien.
22 La herencia del bueno queda en su familia,
la fortuna del pecador se reserva para el honrado.
23 El campo de los nobles da rico sustento,
pero se puede perder por falta de justicia.
24 El que no usa el castigo odia a su hijo,
el que lo ama lo corrige a tiempo.
25 El honrado come hasta estar satisfecho,
el vientre del malvado pasa necesidad.

14 1 La sabiduría edifica su casa,
la necedad la arruina con sus manos.
2 El que procede rectamente respeta a Dios,
el de conducta torcida lo desprecia.
3 De la boca del necio brota la soberbia,
los labios del sabio son su defensa.
4 Donde no hay bueyes el establo está limpio,
pero la fuerza de un toro trae rica cosecha.
5 Un testigo fiel no miente,
un testigo falso respira mentiras.
6 El arrogante busca sabiduría y no la encuentra,
la ciencia es fácil para el inteligente.
7 Deja la compañía del necio,
pues no descubriste saber en sus labios.
8 Encontrar el camino es la sabiduría del prudente,
el engaño es locura de los necios.
9 Los necios se burlan de sus culpas,
los rectos gozan de favor.
10 Conoce el corazón su propia amargura
y no comparte su alegría con ningún extraño.
11 La casa del malvado se arruina,
la tienda del honrado prospera.
12 Hay un camino que parece recto,
y va a parar a la muerte.

---

el ideal de vida de cada persona. Según el texto, ese ideal se va alcanzando por las relaciones cada vez más amplias entre quienes buscan y cultivan el bien. A este propósito debe encaminarse la educación y la corrección de los hijos y discípulos. Nótese cómo se establece una estrecha relación entre corrección temprana y el amor. Sólo quien ama de verdad es capaz de ver más allá del momento actual y de preparar a los seres que ama, específicamente a los hijos y/o discípulos, para una vida digna y feliz.

14,1 Comienza el capítulo haciendo referencia a la mujer sabia, cuyo influjo en el hogar es positivo. Tengamos en cuenta que se trata de una época en la cual la mujer estaba circunscrita al ámbito del hogar y sometida en todo sentido a su marido. Por mujer sabia se entendería aquí la que cumple su función correctamente, encerrada en casa y dedicada al servicio del marido y al cuidado de los hijos. Hoy debemos aceptar que la mujer también tiene funciones muy importantes que cumplir en la sociedad y que esa sabiduría femenina cubre mucho más que el simple recinto del hogar; con ella hay que contar para soñar con una nueva familia y con una nueva sociedad.

14,2-5 La rectitud del ser humano se pone en relación directa con Dios: obrar rectamente es señal de respeto hacia Él. Pero inmediatamente se sigue que ese respeto a Dios tiene que pasar por la única mediación posible, que es el prójimo; si las relaciones con el prójimo –simbolizadas en la imagen del testigo fiel o testigo falso– son correctas, entonces la relación con Dios es correcta y respetuosa.

14,6-12 El discernimiento es una de las vías más

13 También entre risas llora el corazón,
y la alegría termina en aflicción.
14 El insensato está satisfecho de su conducta,
el hombre bueno lo está de sus acciones.
15 El ingenuo se lo cree todo,
el sagaz se fija en sus pasos.
16 El sabio es cauteloso y se aparta del mal,
el necio se lanza confiado.
17 El impulsivo hace locuras,
el reflexivo sabe aguantar.
18 El ingenuo se adorna con necedad,
el sagaz se corona de saber.
19 Los malos se postrarán ante los buenos,
y los malvados, a la puerta del honrado.
20 El pobre es odioso aun a su compañero,
el rico tiene muchos amigos.
21 Quien desprecia a su prójimo, peca;
dichoso quien se apiada de los pobres.
22 ¿No se extravía el que busca hacer el mal?
El que busca hacer el bien, es objeto de amor y lealtad.
23 Toda fatiga trae su ganancia,
pero el charlar trae pobreza.
24 Corona de los sabios es la prudencia,
collar del insensato es la necedad.
25 El testigo fiel salva vidas,
el impostor respira mentiras.
26 Respetar al Señor es un refugio seguro
que servirá de defensa a los hijos.
27 Respetar al Señor es manantial de vida
que aparta de los lazos de la muerte.
28 Pueblo numeroso es honor del rey,
la falta de gente es ruina del príncipe.
29 El hombre paciente es rico en prudencia,
el impulsivo exalta su torpeza.

---

importantes e indispensables para ir alcanzando la sabiduría. La figura del «camino» se refiere aquí a ese proceso, tan útil y necesario para vivir bien. Elegir el buen camino, vivir honrada y dignamente, es o debe ser el ideal de toda persona.

14,13-19 Se contraponen varios modos de ser y de vivir: el insensato y el bueno, el ingenioso y el sagaz; el juicioso y el necio; el de genio vivo y el reflexivo; el malvado y el bueno; todos «se satisfacen», comen y viven de lo que son. El ideal que se propone al discípulo de sabiduría es discernir el camino recto, adecuado. Hoy más que nunca se hace necesario presentar a la niñez y a la juventud –semillas de la sociedad futura– unas alternativas de vida basadas en propuestas pedagógicas fundadas a su vez en valores reales y alcanzables. No podemos ignorar los antivalores, sino más bien educar para enfrentarlos y superarlos, especialmente aquellos que surgen del comercio y el lucro económico y que con tanta frecuencia encontramos en los medios de comunicación masiva.

14,20-24 Proverbio duro el versículo 20, pero por desgracia constatable en muchos ambientes. No hay que ignorar ni dejar de reconocer que la solidaridad y el compartir sencillo son mucho más visibles entre los pobres; aunque entre los mismos pobres también se dan situaciones inhumanas muy duras –basta echar una ojeada a los conflictos armados–. Los versículos siguientes son un llamado a saber encontrar en el pobre el camino de la rectitud y fidelidad a Dios. Se proclama dichoso, bienaventurado, a quien se apiada de los pobres (21, cfr. 14,31).

14,25-35 De nuevo, el respeto al Señor es tenido como la garantía de una vida feliz, mas no únicamente para quien es respetuoso; su actitud se convierte en beneficio para otros, y el primer lugar donde se percibe este beneficio es el hogar, equiparable a un manantial de vida. Hay que recordar que el respeto del Señor está siempre mediatizado por el prójimo: no respeta al Señor quien explota a su prójimo (31), el que es envidioso (30), en fin, el que no practica la justicia.

[30] Un corazón pacífico es vida del cuerpo,
la envidia carcome los huesos.
[31] Quien explota al necesitado ofende a su Hacedor,
quien se apiada del pobre, lo honra.
[32] El malvado tropieza en su maldad,
el honrado se refugia en su integridad.

[33] En corazón prudente habita la sabiduría,
aun en medio de necios se da a conocer.
[34] La justicia hace prosperar a una nación,
el pecado es la ruina de los pueblos.
[35] El rey favorece al ministro hábil,
descarga su ira sobre el indigno.

15

[1] Respuesta amable aplaca la ira,
palabra hiriente aviva el enojo.
[2] De la lengua de los sabios brota sabiduría,
de la boca del necio, necedades.
[3] En todo lugar los ojos de Dios
están vigilando a malos y buenos.
[4] Lengua suave es árbol de vida,
lengua perversa hiere en lo más vivo.

[5] El necio desprecia la corrección paterna,
quien cumple los avisos demuestra inteligencia.
[6] En casa del honrado hay abundancia,
la ganancia del malvado desaparece.
[7] Los labios del sensato esparcen saber,
la mente del necio ignorancia.
[8] El Señor aborrece el sacrificio del malvado,
la oración de los rectos alcanza su favor.
[9] El Señor aborrece la conducta del malvado
y ama al que busca la justicia.

[10] El que deja la senda será escarmentado;
el que odia la corrección, morirá.
[11] Infierno y Abismo son conocidos por Dios,
¡cuánto más el corazón humano!
[12] El insolente no quiere que lo reprendan,
por eso no se junta con los sabios.
[13] Corazón contento cara feliz,
corazón abatido desalienta el espíritu.
[14] El hombre inteligente procura saber,
la boca del necio se llena de estupideces.

15,1-7 La lengua (2.4) y los labios (7), órganos que simbolizan la comunicación, son el motivo que da unidad a este pasaje. Una persona que cultiva la sabiduría –el secreto del bien vivir– sólo utiliza su lengua y sus labios para esparcir el saber; esto es, llevando una vida que se dedica a vivir y a practicar el bien. El saber no hace referencia tanto al conocimiento de cosas, sino al arte de vivir rectamente.

15,8-12 La auténtica práctica de la religión es garantía de agradar al Señor; ningún sacrificio y, en definitiva, ninguna práctica religiosa agradan al Señor si no hay de por medio una sincera búsqueda de la justicia, si no hay amor y respeto por el prójimo. El juicio que sobreviene a toda práctica religiosa proviene de las actitudes y de la disposición misma con que se realizan dichas prácticas.

15,13-15 La persona sabia debe procurar mantener el corazón siempre alegre y contento, puesto que ésta es la vía de acceso a las sanas relaciones con los demás.

15 Para el desgraciado todos los días son malos,
el corazón contento está siempre de fiesta.
16 Más vale poco respetando a Dios
que grandes tesoros con sobresalto.
17 Mas vale ración de verdura con amor
que carne de vaca con rencor.
18 El hombre impulsivo provoca peleas,
el hombre paciente las calma.
19 El camino del perezoso es como un cerco de espinas,
la senda de los rectos está limpia.
20 Hijo sabio, alegría de su padre;
hijo necio, deshonra de su madre.
21 La necedad divierte al insensato,
el hombre prudente camina derecho.
22 Fracasan los planes cuando no se consulta,
y se logran cuando hay consejeros.
23 ¡Qué alegría saber responder,
qué buena es la palabra oportuna!
24 El prudente sube por un camino de vida
que lo aparta de la bajada al Abismo.
25 El Señor destruye la casa del soberbio
y mantiene firme la propiedad de la viuda.
26 El Señor aborrece los malos pensamientos
y considera puras las palabras amables.
27 El codicioso arruina su casa,
el que odia el soborno vivirá.
28 La mente honrada medita la respuesta,
la boca del malvado escupe maldades.
29 El Señor está lejos de los malvados
y escucha la oración de los honrados.
30 Mirada serena alegra el corazón,
buena noticia da vigor a los huesos.
31 Oído que escucha la corrección saludable
se hospedará en medio de los doctos.
32 Quien rechaza la corrección se odia a sí mismo,
quien escucha la reprensión adquiere juicio.
33 Respetar al Señor es escuela de sabiduría,
delante de la gloria camina la humildad.

15,16-19 Uno de los secretos para el buen vivir está en el tener, pero dignamente; las posesiones o riquezas adquiridas con injusticia y engaño son a la postre la ruina para el ser humano codicioso; tener lo necesario para vivir es permitir que los demás también obtengan lo que necesitan; eso es temor de Dios.

15,20-24 Una vez más aparece el tema del hijo sabio y sensato en contraposición al hijo necio y falto de juicio. El que es sabio sabe juzgar prudentemente, sabe responder y sabe transmitir palabras oportunas; por el contrario, el necio, además de ser una deshonra para la familia, está a las puertas de aparecer como alguien soberbio e injusto.

15,25-27 La casa del soberbio simboliza al que rechaza al Señor y la senda que le conduce a Él; los linderos de la viuda, a los sujetos preferidos de Dios: los pobres. Por encima de todo, el Señor ama al pobre y al débil y toma partido por él.

15,28-33 Otro de los secretos para el buen vivir es la honradez; ella hace al ser humano capaz de ser escuchado por Dios y respetado por los demás. Se recuerda una vez más la necesidad de aceptar la corrección y se la coloca como señal del amor personal; quien se ama a sí mismo acepta que en cualquier momento puede estar en el error, una sana corrección ayuda a crecer y a madurar. La antropología filosófica nos enseña que el ser humano es un proyecto en permanente proceso, nunca terminado; luego, otro secreto más para vivir bien es aceptar la crítica constructiva de nuestros semejantes.

16 1 El hombre hace proyectos en su corazón,
pero el Señor pone la respuesta en sus labios.
2 A uno le parece limpia su conducta,
pero es el Señor quien examina las conciencias.
3 Encomienda al Señor tus tareas,
y te saldrán bien tus planes.
4 El Señor da a cada obra su destino,
también al malvado: el día funesto.
5 El Señor aborrece al orgulloso,
tarde o temprano tendrá su castigo.
6 Bondad y verdad perdonan la culpa,
el respeto del Señor aparta del mal.
7 Cuando el Señor aprueba la conducta de un hombre
lo reconcilia con sus enemigos.
8 Más vale poco con justicia
que muchas ganancias injustas.
9 El hombre planea su camino,
el Señor le dirige los pasos.
10 Hay un oráculo en los labios del rey:
no se equivoca cuando dicta sentencia.
11 Los platillos de la balanza son del Señor,
todas las pesas son obra suya.
12 El rey aborrece el obrar mal,
porque su trono se asienta en la justicia.
13 El rey aprueba unos labios sinceros
y ama a quien habla rectamente.
14 La ira del rey es anuncio de muerte,
el hombre sensato logra aplacarla.
15 El rostro sereno del rey trae vida,
su favor es nube que trae lluvia.
16 Mejor es comprar sabiduría que oro,
más vale comprar prudencia que plata.
17 La senda de los hombres rectos se aparta del mal;
quien vigila su camino guarda su vida.
18 Delante de la ruina va la soberbia,
delante de la caída va el orgullo.
19 Más vale ser humilde con los pobres
que repartir botín con los soberbios.
20 Al que mide sus palabras le irá bien,
dichoso el que confía en el Señor.
21 El hombre juicioso tiene fama de prudente,
las palabras amables convencen mejor.

16,1-9 Hay un tema predominante en estos primeros versículos: el Señor, nombrado ocho veces, su acción permanente en la conciencia de la persona. Se diría que es una presencia atosigante, que no deja alternativa ni autonomía al ser humano. Pero no debemos entenderlo así. En la antigüedad, y por supuesto también en la mentalidad israelita, absolutamente todo era atribuido a la divinidad. Sabemos que Dios es el primero en respetar a toda costa la autonomía y la libertad humanas; sólo en el nivel de la conciencia interviene Dios de un modo que incluso podríamos llegar a decir exagerado.

16,10-15 El tema dominante es el rey, nombrado cinco veces. Éste era visto como un representante de Dios, por eso se esperaba que fuera el primero en administrar justicia; hasta se llegó a creer que era infalible y que su cólera podía ser catastrófica para el pueblo. Esta figura tan realzada del rey podría evocar al rey Josías, en una época en la que se añoraba a alguien que impartiera justicia.

16,16-24 La sabiduría es la mejor elección para el ser humano, pues supera cualquier fortuna, allana todo camino, hace sensible al sabio, lo hace prudente

22 Fuente de vida es la sabiduría para el que la posee,
la necedad es castigo del necio.
23 A mente sabia, boca discreta;
sus labios convencen mejor.
24 Panal de miel son las palabras amables,
dulzura en la garganta, salud de los huesos.
25 Hay caminos que parecen derechos
y van a parar a la muerte.
26 El que pasa necesidad trabaja con afán,
porque el hambre lo estimula.
27 El hombre depravado cava zanjas funestas
y lleva en los labios fuego devorador.

28 El hombre tramposo provoca peleas,
el que anda con cuentos causa enemistades.
29 El hombre violento seduce a su prójimo
y lo guía por mal camino.
30 Quien guiña un ojo medita engaños,
quién se muerde los labios ya ha hecho el mal.
31 Las canas son noble corona:
ganada en el camino de la justicia.
32 Más vale paciencia que valentía,
más vale saberse dominar que conquistar una ciudad.
33 El hombre echa las suertes,
pero la decisión viene del Señor.

17 1 Más vale pan duro con paz
que casa llena de festines y peleas.
2 El servidor inteligente se impondrá al hijo indigno
y compartirá la herencia con los hermanos.
3 La plata se prueba en el horno, el oro en el crisol,
los corazones los prueba el Señor.
4 El malvado hace caso de labios mentirosos,
el embustero presta oído a lengua maligna.
5 Quien se burla del pobre afrenta a su Hacedor,
quien se alegra de la desgracia no quedará sin castigo.
6 Corona de los ancianos son los nietos,
el orgullo de los hijos son los padres.
7 No le va al tonto el lenguaje elevado,
ni al hombre respetable hablar con engaños.

---

y discreto. En una palabra: hace a la persona más humana y, sobre todo, más libre.

16,25-33 Para la corriente sapiencial, una larga vida era indicio de una persona con una buena calidad de vida. La mala calidad de vida se emparenta aquí con la violencia, que hace tortuoso el camino de quien no sabe buscar la sabiduría, es decir, los secretos para vivir bien. El mejor indicio del buen vivir es la justicia vivida y practicada, cuyo signo externo son las canas. Aquí hay un llamado a respetar a los mayores de nuestras comunidades, puesto que ellos son el símbolo viviente de un camino recorrido y de una experiencia de vida que no se debería subestimar.

17,1-14 Una vez más, la sabiduría es la alternativa que necesita el ser humano para vivir bien. Ésta no se consigue de la noche a la mañana, es necesario dejarse acrisolar por ella, dejarse moldear. Una vez alcanzada, quien la posee debe ser consciente de que todavía necesita la corrección y que debe acogerla con alegría para que tenga provecho. Todo hombre y toda mujer están llamados a buscar la sabiduría. Aunque se trate de un esclavo, si adquiere sabiduría tendrá mayor relevancia que un hijo libre –literalmente– «descabezado» (2), lo cual significa que la sabiduría no tiene en cuenta ni procedencia, ni clase social. Según el maestro de sabiduría, es

8 El soborno le parece piedra mágica al que lo da:
consigue cuanto se propone.
9 Quien busca amistad disimula la ofensa,
quien la recuerda, aleja al amigo.
10 Una corrección aprovecha al prudente
más que cien golpes al imprudente.
11 El revoltoso busca dificultades:
le enviarán un mensajero cruel.

12 Encuentre yo una osa a quien robaron las crías
y no un necio diciendo tonterías.
13 A quien paga mal por bien,
el mal no se apartará de su casa.
14 Quien comienza una discusión abre una represa:
antes de involucrarte, retírate.
15 Al que absuelve al culpable y al que condena al inocente,
a los dos los aborrece el Señor.
16 ¿De qué sirve el dinero en mano del necio?
¿Podrá comprar sabiduría si no tiene seso?

17 El amigo ama en toda ocasión,
y el hermano nació para compartir la adversidad.
18 Es un insensato quien estrecha la mano
saliendo fiador de su vecino.
19 Quien ama las peleas ama el delito,
quien agranda la puerta invita al robo.
20 Corazón perverso no hará fortuna,
lengua retorcida caerá en la desgracia.
21 Quien engendra un tonto pasará penas,
no tendrá alegría el padre de un necio.
22 Corazón alegre favorece la sanación,
ánimo abatido seca los huesos.
23 El malvado acepta soborno a escondidas
para torcer el curso de la justicia.

24 La sabiduría está delante del sensato,
pero el necio mira al vacío.
25 Un hijo necio es la tristeza del padre,
y fuente de amargura de la madre.
26 No está bien multar al hombre inocente,
ni azotar al hombre honorable.
27 Ahorra palabras el hombre sabio,
mantiene la calma el hombre prudente.
28 Necio callado pasa por sabio;
el que cierra los labios, por prudente.

---

mejor toparse con una osa a quien le han robado sus cachorros que con un necio diciendo sandeces (12); la falta de sabiduría merma la calidad de la persona.

17,15-23 Comienza y termina esta perícopa con dos alusiones claras a la injusticia que cometen el que absuelve al culpable y condena al inocente (15) y el que acepta soborno para torcer el juicio (23), figuras que en nuestros pueblos y comunidades nos son tan familiares. Que sean prácticas comunes no significa que tengamos que aceptarlas; es necesario denunciarlas por todos los medios y hacer ver que son contrarias al querer y a la voluntad divina.

17,24-28 La sabiduría no es algo que nos invade en un momento, hay que saber buscarla y encontrarla; sólo el que es sensato sabe descubrirla y la encuentra muy cerca de sí; el que es necio o insensato no sabe distinguirla, aunque la tenga cerca.

18 [1] El hombre egoísta sigue sus caprichos
y se irrita contra todo sano consejo.
[2] Al necio no le gusta la discreción,
sino publicar lo que piensa.
[3] Con la maldad entra el desprecio
y con el orgullo, la deshonra.
[4] Las palabras de un hombre son agua profunda,
arroyo que fluye, manantial de sensatez.
[5] No es justo favorecer al culpable
negando su derecho al inocente.
[6] Los labios del necio se meten en peleas
y su boca llama a los golpes.
[7] La boca del necio es su ruina,
en sus labios se enreda él mismo.

[8] Las palabras del que murmura son golosinas
que bajan hasta lo hondo del vientre.
[9] El hombre irresponsable en sus asuntos
es hermano del que destruye.
[10] El Nombre del Señor es una torre fortificada:
a ella acude el honrado, y es inaccesible.
[11] La fortuna del rico es su fortaleza,
se la imagina como alta muralla.
[12] Antes de la ruina el corazón fue soberbio,
antes de la gloria fue humilde.
[13] El que contesta antes de escuchar
sufrirá la vergüenza de su necedad.
[14] Buen ánimo sostiene en la enfermedad;
ánimo abatido, ¿quién lo levantará?
[15] Mente inteligente adquiere saber,
oído sensato busca conocer.

[16] Los regalos abren paso al hombre
y lo presentan ante los grandes.
[17] El primero que se defiende parece tener razón,
hasta que llega el otro y lo interroga.
[18] La suerte pone fin a las disputas
y decide entre los poderosos.
[19] El hermano ofendido es peor que ciudad amurallada,
las peleas son cerrojo de castillo.
[20] De los frutos del hablar se sacia el vientre,
uno se sacia de la cosecha de los labios.

18,1-4 Uno de los atributos importantes de la sabiduría es la prudencia, contraria a la actitud de andar publicándolo todo. Sólo el prudente sabe hablar y callar lo que debe, inundando con sus palabras del «manantial de sensatez» a los demás (4).

18,5-10 Un nuevo proverbio que tiene que ver directamente con la justicia (5) se combina con las actitudes negativas de sembrar discordias y poner en pleitos a los demás. Lo mejor es siempre acogerse al Señor porque Él es «torre fortificada… inaccesible» (10).

18,11s Hay quienes fundamentan su vida en la riqueza, en el tener, y por ello se creen omnipotentes, sin tener en cuenta que a menudo las riquezas se esfuman y sólo queda el gran vacío de haber confiado en lo vano.

18,13-15 Apresurarse nunca es ventajoso; el maestro de sabiduría sugiere siempre la mesura, la calma, y sobre todo una actitud que tanta falta nos hace a veces: saber escuchar. Quien sabe escuchar tiene mayor posibilidad de discernir; quien sabe discernir, es capaz de transmitir vida en sus palabras.

18,16-20 Un buen secreto para ganarse la confianza de los grandes pueden ser los regalos y las dádivas. Esta figura evoca la antigua costumbre de presentarse

21 Muerte y vida están en poder de la lengua:
lo que elija eso comerá.
22 Quien encuentra mujer encuentra un bien,
alcanza favor del Señor.
23 El pobre habla suplicando,
el rico responde con altanería.
24 Hay compañeros que se maltratan
y amigos más unidos que un hermano.

19 1 Más vale pobre y honrado
que necio y mentiroso.
2 No vale voluntad sin reflexión:
quien apura el paso, tropieza.
3 La necedad del hombre le hace perder su camino,
su corazón se irrita y echa la culpa al Señor.
4 La riqueza procura muchos amigos,
al pobre hasta sus amigos lo abandonan.
5 Testigo falso no quedará sin castigo,
el testigo mentiroso no escapará.
6 Muchos halagan al hombre generoso
y todos son amigos del que hace regalos.
7 Si al pobre hasta sus hermanos lo desprecian,
cuánto más se distanciarán de él los amigos.
8 Quien adquiere buen juicio se ama a sí mismo,
a quien conserva la prudencia le irá bien.
9 Testigo falso no quedará sin castigo,
el que dice mentiras perecerá.
10 No le va al necio vivir con lujo,
cuánto menos al servidor mandar a los príncipes.
11 El hombre sensato frena la ira,
su honor consiste en pasar por alto una ofensa.
12 Rugido de león es la cólera del rey,
rocío sobre hierba su favor.
13 Hijo necio es desgracia del padre,
mujer que pelea es gotera continua.
14 Casa y fortuna son herencia de los padres,
mujer habilidosa es don del Señor.

---

ante alguien de mayor rango social con algún don, con el objetivo de ganarse su favor y expresar en cierto modo sumisión –ése podía ser el sentido de uno de los últimos ejemplos bíblicos, ya del Nuevo Testamento: los reyes magos que se presentan ante el Niño Dios con costosos presentes–. Esta costumbre es todavía muy común, tanto entre los grandes y poderosos como entre los humildes y sencillos. Podemos impregnarla de Evangelio haciendo de ella un verdadero gesto de compartir y de solidaridad con las personas que amamos.

18,21-24 La buena o mala vida depende de la lengua. Nosotros mismos construimos nuestro destino, no sólo con nuestras obras, sino también con las palabras. Una palabra de paz, de amor o de reconciliación sólo puede atraer el bien, la bendición y la paz. En cambio, la palabra utilizada para generar conflicto y violencia sólo puede traer muerte y destrucción.

19,1-12 El tema predominante de este segmento es el binomio rico-pobre, en relación con la conducta personal. La conducta recta no la proporciona ni la riqueza ni la posición social; aquélla es obra del interés personal y del discernimiento continuo que siempre tiene presente el respeto al Señor y a sus preceptos. El segmento termina con una alusión al rey, que en nombre de Dios debe ser el primero en dar ejemplo de adhesión y respeto a Dios.

19,13-16 El hijo necio, la mujer que riñe y el perezoso son figuras que simbolizan el mal funcionamiento del hogar, de la familia, y por ende podrían reflejar el mal estado de una sociedad. Ya desde antiguo se ve que la familia era el lugar donde se podía reflejar la si-

15 La pereza hace dormir profundamente,
el perezoso pasará hambre.
16 Quien guarda el precepto guarda su vida,
quien descuida su conducta morirá.
17 Quien se apiada del pobre presta al Señor,
y él le dará su recompensa.
18 Corrige a tu hijo mientras hay esperanza,
pero no te enfurezcas hasta matarlo.
19 El que se enoja pagará una multa,
librarlo del castigo empeora las cosas.

20 Escucha el consejo, acepta la corrección
y llegarás a ser sensato.
21 El hombre medita muchos planes,
pero se cumple el designio del Señor.
22 Lo que se espera del hombre es su lealtad:
más vale pobre que traidor.
23 Respetar al Señor es vida:
uno duerme satisfecho y sin pesadillas.
24 El perezoso mete la mano en el plato
pero no es capaz de llevarla a la boca.

25 Castiga al insolente y el inexperto se hará cauteloso;
reprende al prudente y aumentará su saber.
26 Quien maltrata al padre y expulsa a la madre
es hijo indigno e infame.
27 Hijo mío, deja de aceptar la corrección
y te perderás por falta de principios.
28 El testigo falso se burla del derecho,
la boca del perverso se traga el crimen.
29 Para los insolentes hay látigos preparados
y azotes para la espalda de los necios.

20 1 El vino hace insolente, el licor alborota;
bajo sus efectos nadie actúa con sabiduría.
2 Como rugido de león el terror del rey:
quien lo irrita se juega la vida.
3 Es un honor vivir sin peleas,
pero el necio se enreda en discusiones.
4 En otoño no ara el perezoso,
en la cosecha pide y no hay.

---

tuación social. Hoy se hace cada vez más urgente y necesario el cultivo de los valores humanos, cívicos, sociales y religiosos en el seno de la familia para poder soñar con una sociedad distinta.

19,17-25 Nuestras actitudes respecto al pobre están en relación directa con el Señor, lo cual nos confirma que la opción fundamental de Dios es el pobre, el débil, el excluido. Ya lo confirmó también Jesús: «lo que hayan hecho a uno solo de éstos, mis hermanos menores, me lo hicieron a mí» (Mt 25,40). En este mismo sentido podemos hacer derivar los demás proverbios de este segmento: la corrección (18), la escucha del buen consejo (20); la verificación del cumplimiento de los designios del Señor (21), el respeto del Señor que nos permite un sueño tranquilo (23) y, en fin, la diligencia en la cotidianidad de la vida (24).

19,26-29 En línea con el pensamiento deuteronomista sobre el respeto y la caridad con los padres (Dt 5,16), el maestro de sabiduría denomina «indigno e infame» (26) al hijo que es capaz de maltratarlos (cfr. Éx 21,15. 17) y llama a los hijos para a que acepten gustosos la corrección, ya provenga de los mismos padres –primeros maestros y educadores– o de los sabios de la comunidad.

20,1-8 Las dos alusiones al rey en los versículos 2 y 8 encierran las dos tendencias sobre las que gira el dis-

5 Agua profunda son las intenciones secretas:
el hombre inteligente sabe descubrirlas.
6 Muchos tienen fama de bondadosos,
pero un hombre de confianza, ¿quién lo hallará?
7 Honrado es quien procede con rectitud:
dichosos los hijos que le sucedan.
8 Un rey sentado en el tribunal
con su mirada barre toda maldad.
9 ¿Quién podrá decir:
tengo la conciencia pura, me he limpiado de pecados?
10 Pesas desiguales, medidas desiguales:
las dos cosas las aborrece el Señor.
11 Ya con sus acciones deja ver el muchacho
si su conducta será pura y recta.
12 Oído que escucha, ojo que mira:
ambas cosas las hizo el Señor.
13 No tomes gusto al sueño, que te empobrecerás;
despega los ojos y te saciarás de pan.
14 Malo, malo, dice el comprador;
después se aleja felicitándose por su compra.
15 Existe el oro y las finas perlas,
pero la joya valiosa son unos labios prudentes.
16 Quítale la ropa, sácale prendas,
pues salió fiador de un extraño desconocido.
17 Es sabroso el pan robado,
después se llena la boca de piedras.
18 Prepara tus planes aconsejándote,
y haz la guerra con táctica.
19 El que anda con cuentos revela secretos,
no te juntes con el de labios fáciles.
20 Al que maldice a su padre y a su madre
se le apagará la lámpara en plena oscuridad.
21 Fortuna adquirida rápidamente
al final no prosperará.
22 No digas: Me las pagará;
espera en el Señor, que él te defenderá.
23 El Señor aborrece pesas desiguales,
no es justa la balanza con trampa.
24 El Señor dirige los pasos del hombre;
nadie conoce su propio destino.

---

curso de la sabiduría: la tendencia del insensato, cuyas acciones son negativas, y la tendencia o inclinación del sabio, ejemplificada en la actitud del rey que en el tribunal se inclina siempre –o se debería inclinar– a favor del justo.

20,9-19 Nadie puede sentirse absolutamente limpio de faltas, siempre tendremos por algún lado algo que rectificar; ya sea en la vida personal, privada, o en las relaciones con los demás, siempre estamos a un paso de equivocarnos. Lo importante es tener conciencia de que en todo momento podemos fallar, y eso nos ayuda a mantenernos en guardia para no juzgar a los otros.

20,20-30 Una vez más se pone como elemento de sabiduría el respeto debido a los padres (20); ya la legislación mosaica llamaba también a las sanas relaciones con los progenitores (cfr. Éx 21,15.17; Lv 19,3; 20,9). De esta sana relación con quienes nos han dado la vida se desprende también el recto comportamiento con los demás: no tomarse la justicia con la propia mano (22), el uso correcto de los pesos y medidas en el comercio (23); el discernimiento en las opciones de vida (25). Quien actúa de forma correcta es comparado con un rey bueno y misericordioso, cuyo trono está asegurado por su opción por la justicia (28).

25 Es una trampa prometer algo a la ligera
y después de prometido pensarlo.
26 Rey prudente aleja a los malvados
y hace rodar la rueda sobre ellos.
27 El espíritu humano es lámpara del Señor
que penetra hasta lo íntimo de las entrañas.
28 Misericordia y lealtad guardan al rey,
la misericordia asegura su trono.
29 Orgullo del joven es su fuerza,
honra del anciano son sus canas.
30 Heridas y llagas purifican del mal;
los golpes sanan la conciencia.

21 1 El corazón del rey es una corriente de agua en manos de Dios:
la dirige a donde quiere.
2 Al hombre le parece siempre recto su camino,
pero es Dios quien pesa los corazones.
3 Practicar el derecho y la justicia
agrada a Dios más que los sacrificios.
4 Ojos altaneros, mente ambiciosa;
la luz de los malvados, todo es pecado.
5 Los planes del hombre cuidadoso traen ganancia,
los del precipitado traen pobreza.

6 Acumular tesoros con la mentira
es soplo que se esfuma, trampa mortal.
7 La violencia de los malvados los acecha
porque se negaron a respetar el derecho.
8 El camino del vicioso zigzaguea,
la conducta del honrado es recta.
9 Más vale vivir en un rincón de la azotea
que compartir la casa con mujer pendenciera.
10 Afán del malvado es desear el mal,
mira sin piedad a su prójimo.
11 Cuando el insolente la paga, aprende el imprudente;
pero el sabio aprende con la experiencia.

12 El justo observa la casa del malvado:
y precipita al malvado en la ruina.
13 Quien cierra los oídos al clamor del necesitado
no será escuchado cuando grite.
14 Un regalo a escondidas aplaca el enojo;
un obsequio hecho con discreción, la áspera ira.
15 Al hacerse justicia, el honrado se alegra,
el malhechor tiembla.
16 Quien se extravía del camino de la prudencia
descansará en la asamblea de los muertos.

21,1-15 De nuevo el comportamiento del rey es puesto como paradigma de comportamiento para el resto del pueblo. Pero ese comportamiento debe ser infundido por el mismo Dios, de ahí que el rey debiera ser un hombre completamente sumiso al Señor, hacer de su corazón una acequia para que el Señor le diera la orientación que quisiera (1), que siempre consiste en la justicia.

21,16-24 El tema dominante de este segmento es el correcto discernimiento para ir alcanzando la felicidad a la que todos estamos llamados. Nótese cómo el principal objeto del discernimiento es la prudencia,

17 Quien ama los festejos acabará mendigo,
quien ama el vino y los perfumes no llegará a rico.
18 El malvado pagará por el honrado;
el traidor, por el hombre recto.
19 Más vale habitar en el desierto
que con mujer pendenciera y de mal genio.
20 Un tesoro precioso hay en casa del sabio,
el insensato lo consume.

21 El que busca justicia y misericordia
alcanzará vida y gloria.
22 El hombre sabio atacará la ciudad bien defendida
y derribará la fortaleza confiada.
23 Quien cuida la boca y la lengua
nunca se mete en aprietos.
24 Se llama arrogante al insolente fanfarrón
que procede con pasión y soberbia.
25 Los deseos dan muerte al perezoso,
porque sus manos se niegan a trabajar.

26 Todo es desear y desear para el perezoso,
pero el honrado da sin tacañerías.
27 Los sacrificios del malvado son repugnantes,
y mucho más si los ofrece con cálculo.
28 El testigo falso perecerá,
el que escucha tendrá la última palabra.
29 El malvado aparenta seguridad:
el honrado está seguro de su camino.
30 No hay habilidad ni hay prudencia
ni hay consejo frente al Señor.
31 Se prepara el caballo para la batalla,
pero la victoria la da el Señor.


22 1 Mejor es buena fama que riquezas,
más vale simpatía que oro y plata.
2 El rico y el pobre tienen algo en común:
a ambos los hizo el Señor.
3 El prudente ve el peligro y lo evita,
el imprudente sigue y lo paga.
4 En las huellas de la humildad y el respeto de Dios
caminan riqueza, honor y vida.
5 Hay lazos y trampas en el camino del perverso:
quien guarda su vida se aparta de ellos.

---

sobre la cual se puede decir que descansa la vida; el imprudente no tiene vida, «descansará en la asamblea de los muertos» (16). Se trata, pues, de una clave más que nos ofrece el maestro de sabiduría para lograr una mejor calidad de vida.

21,25-31 Cuando no sabemos controlar nuestros deseos, distorsionamos y damos al traste con el proyecto de armonía y de justicia sobre el cual Dios quiere que gire toda nuestra vida y la vida de toda la creación.

22,1-4 Riqueza, honor y vida son los tres pilares fundamentales que la sabiduría considera debe tener una persona para poder decir que vive bien. Pero ni la riqueza, ni el honor, ni la vida se adquieren mediante trampas o juego sucio; son fruto del «respeto de Dios» (4), expresión que equivale a decir que son fruto del cumplimiento de los preceptos divinos, cuyo eje principal es la justicia.

22,5-12 El sabio es, ante todo, aquél cuya vida es clara y limpia; en contraposición está el camino de los

6 Educa al muchacho en el buen camino:
cuando envejezca no se apartará de él.
7 El rico será señor de los pobres,
el deudor será esclavo del acreedor.
8 Quien siembra maldad cosecha desgracia:
el látigo de su furor lo consumirá.

9 El generoso será bendecido
porque repartió su pan con el pobre.
10 Echa al insolente: se acabará la discordia
y cesarán peleas e insultos.
11 El rey ama un corazón limpio
y aprecia un hablar ingenioso.
12 Los ojos del Señor custodian el saber
y hacen fracasar las palabras del traidor.
13 ¡Afuera hay un león!, dice el perezoso,
en plena calle me matará.

14 Fosa profunda es la boca de la ramera,
el enemistado con Dios caerá en ella.
15 La estupidez se pega al corazón del joven:
el látigo de la corrección se la apartará.
16 Se oprime al pobre para enriquecerse,
se da al rico para envilecerse.

TERCERA COLECCIÓN

17 Presta oído y escucha las palabras de los sabios,
presta atención a mi experiencia:
18 te serán gratas si las guardas dentro de ti
y las tienes todas a punto en tus labios;
19 para que pongas en Dios tu confianza,
también a ti te instruiré.
20 He escrito para ti treinta máximas de experiencia,
21 para enseñarte a conocer la verdad
y a dar razón de ella al que te dio un encargo.

---

perversos, cuya vida –y por ende sus acciones– son descritas como trampas y lazos; también son pendencieros e insolentes, por eso se aconseja apartarse de ellos y educar al muchacho para una vida de bien. Una vida recta es apreciada por el rey. La gran mayoría del pueblo anhelaba obtener el favor del rey; pues bien, ese favor se logra a base de una vida recta y de una conducta intachable.

22,13-15 La sabiduría va de la mano con la diligencia; el ser humano diligente saca provecho de todo en la vida; por el contrario, el holgazán siempre encontrará y hasta inventará cualquier pretexto para mantenerse en esa actitud. El corazón joven, tierno e inexperto, sigue fácilmente esta tendencia; de ahí la necesidad de educar y corregir.

22,16 Vale la pena tener este proverbio como norma de vida. Es fácil explotar y oprimir al pobre porque es indefenso, porque sus necesidades, sus estrecheces y la urgencia de sobrevivir él y su familia son la vía más fácil para aprovecharse de él. Es la constatación de cada día en los ambientes donde vivimos. Sin embargo, quien oprime y explota está casi siempre abocado a servir y a pasar su riqueza a otros explotadores todavía peores; de ahí la observación del sabio: «Se oprime al pobre para enriquecerse, se da al rico para envilecerse». Lo mejor es ponerse del lado del pobre y luchar juntos por una justicia real y efectiva; puede que esto no produzca riqueza alguna, pero al menos trae la satisfacción de la conciencia de estar del lado del proyecto de Dios.

22,17–24,34 Tercera y cuarta colección. El maestro de sabiduría anuncia que ilustrará todo un cúmulo de conocimiento con treinta sentencias nacidas de la la experiencia y de la observación directa de la vida y del comportamiento humano. Podrían ser treinta o más –o menos–; lo importante es que este

22 No explotes al pobre, porque es pobre;
no atropelles al desgraciado en el tribunal,
23 porque el Señor defenderá su causa
y despojará de la vida a los que lo despojan.
24 No te juntes con el malhumorado
ni vayas con el violento,
25 no sea que te acostumbres a sus caminos
y te pongas una trampa mortal.

26 No seas fácil en dar la mano
empeñándote en deudas,
27 pues si no tienes qué devolver,
te quitarán la cama en la que duermes.
28 No cambies de lugar los linderos antiguos
que colocaron tus abuelos.
29 ¿Has visto un hombre hábil en su oficio?
Estará al servicio de reyes,
no estará al servicio de gente mediocre.

23 1 Sentado a la mesa de un señor,
mira bien quién tienes delante;
2 ponte un cuchillo a la garganta
si tienes mucha hambre;
3 no seas ansioso de sus manjares,
que son comida engañosa.
4 No te esfuerces por enriquecerte,
deja de pensar en ello;
5 si te fijas bien, verás que no hay riqueza,
ha echado alas como un águila y vuela por el cielo.

6 No te sientes a comer con el avaro
ni ansíes sus manjares:
7 son un pelo en la garganta, amargura en el paladar;
te dice: come y bebe, pero no te aprecia;
8 el bocado comido lo tendrás que vomitar
y habrás malgastado tus palabras corteses.
9 No hables a oídos necios,
porque despreciarán tus sabias razones.

---

enunciado cobija un buen número de sentencias que tocan los temas más disímiles de la vida humana. Ni esta sección ni ninguna otra de toda la literatura sapiencial es un tratado de sistemática epistemológica o una teoría del conocimiento; se trata más bien de una antiquísima manera de educar a los hijos y a los jóvenes inexpertos en general, en la que se transmiten unos sencillos «secretos» para explicarse ciertos movimientos del alma humana o para prevenir a la persona de no caer en determinados comportamientos aberrantes.

El que observa es consciente de que la vida tiene que tener un cierto orden, una cierta armonía, y que todo en la vida debe ser asumido con sensatez y prudencia. A la par que se descubre lo ventajoso de llevar una vida ordenada, también se constata lo desventajoso de seguir simplemente los instintos o de dejarse llevar por otros modelos de comportamiento que no desembocan en nada bueno. El padre o los ancianos de la comunidad transmiten a la joven generación estos conocimientos surgidos de la experiencia; corrigen y solicitan afanosamente que tal corrección sea aceptada con agrado, porque sólo quien ama corrige y sólo quien se siente amado es consciente de que la corrección es un bien, signo de acompañamiento y hasta de solidaridad. Este trabajo también es asumido con idéntica función por la corriente de sabios, los cuales elevaron la sabiduría del pueblo a las altas esferas de la corte, haciendo de ella una posesión prácticamente exclusiva de la aristocracia y de aquellos que podían permitirse el lujo de pagarse a un buen maestro. De este modo se desvirtuó el papel de la sabiduría en el plan de Dios y dejó en entredicho la orientación primera de la justicia.

10 No cambies de lugar los linderos antiguos
ni te metas en el campo del huérfano,
11 porque su defensor es fuerte
y defenderá su causa contra ti.
12 Haz caso de la corrección,
presta oído a los consejos de la experiencia.

13 No ahorres castigo al muchacho:
porque le azotes con látigo no morirá;
14 tú lo azotas con el látigo
pero libras su vida del Abismo.
15 Hijo mío, si tu corazón se hace sabio,
yo me alegraré de corazón,
16 sentiré un gozo entrañable
cuando tus labios hablen como es debido.

17 No sientas envidia de los pecadores,
sino siempre de los que respetan a Dios;
18 así tendrás un porvenir,
y tu esperanza no fracasará.
19 Escucha, hijo mío, sé juicioso,
encamina bien tu mente:
20 no te juntes con bebedores
ni vayas con comilones,
21 porque bebedores y comilones se arruinarán
y el perezoso se vestirá de harapos.

22 Escucha al padre que te engendró,
no desprecies la vejez de tu madre:
23 compra la verdad y no la vendas,
sabiduría, educación y prudencia;
24 el padre del honrado se llenará de gozo,
el que engendra un hijo sabio se alegrará,
25 tu padre estará contento de ti
y gozará la que te dio a luz.

26 Hijo mío, hazme caso,
acepta de buena gana mis indicaciones.
27 Trampa peligrosa es la mala mujer,
pozo angosto es la ramera;
28 se pone al acecho como un ladrón
y provoca traiciones entre los hombres.
29 ¿Quién sufre?, ¿quién se queja?,
¿quién pelea?, ¿quién se lamenta?,
¿quién recibe golpes sin motivo?, ¿quién tiene la mirada turbia?

30 El que vive para el vino
y va catando bebidas.
31 No mires al vino cuando rojea
y lanza destellos en la copa;
32 se desliza suavemente, al final muerde como culebra
y pica como víbora.
33 Tus ojos verán maravillas,
tu mente imaginará absurdos;
34 te hará sentir como quien está en alta mar
o agarrado en la punta de un mástil.

35 Me han golpeado, y no me ha dolido;
me han sacudido, y no lo he sentido;
en cuanto despierte volveré a pedir más.

24 1 No envidies a los malvados
ni desees vivir con ellos,
2 su mente medita violencias,
sus labios dicen maldades.
3 Con la sabiduría se construye una casa,
con la prudencia se mantiene firme,
4 con el saber se llenan sus cuartos
de bienes, riquezas y comodidades.

5 Más vale maña que fuerza,
experiencia más que vigor.
6 Con buenos planes se gana la guerra,
y la victoria es fruto del consejo.
7 La sabiduría es demasiado para el necio:
no abrirá la boca en público.
8 Al que medita maldades
lo llamarán malintencionado;
9 el que trama locuras fracasa;
al insolente lo detestan los hombres.

10 ¿Te has desanimado en el momento del peligro?,
tu fuerza es limitada.
11 Salva a los condenados a muerte,
saca del peligro al que está para morir.
12 Aunque digas que no lo sabías,
¿no lo va a saber el que pesa los corazones?,
¿no lo sabrá el que vigila tu vida
y paga al hombre sus acciones?

13 Hijo mío, come miel, que es buena;
el panal es dulce al paladar:
14 así sean el conocimiento y la sabiduría para tu alma;
si los alcanzas tendrás un porvenir
y tu esperanza no fracasará.
15 No aceches la casa del honrado
ni destruyas su rebaño,
16 pues aunque caiga siete veces el honrado se levantará,
mientras que los malvados se hundirán en la desgracia.

17 Si cae tu enemigo no te alegres;
si tropieza, no lo celebres,
18 no sea que el Señor lo vea
y retire su enojo de él.
19 No te enojes por causa de los malvados,
no envidies a los que obran mal;
20 porque el perverso no tiene futuro,
la lámpara de los malvados se apagará.
21 Hijo mío, teme al Señor y al rey;
no provoques a ninguno de los dos,
22 porque de repente salta su castigo,
y, ¿quién conoce su furor?

CUARTA COLECCIÓN

23 No es justo ser parcial al juzgar:
24 a quien declara inocente al culpable
la gente lo maldice y se irrita contra él;
25 pero a quienes lo castigan, les va bien,
sobre ellos caen bendiciones.
26 Quien da una respuesta oportuna,
es como si diera un beso en los labios.
27 Ordena tus asuntos en la calle y realiza tus tareas en el campo,
después podrás edificar tu casa.
28 No atestigües sin motivo contra tu prójimo,
no engañes con los labios.
29 No digas: le haré lo que me hizo,
me las ha de pagar.
30 Pasé por el campo de un perezoso,
por la viña de un hombre sin juicio:
31 todo era espinas que crecían, los cardos cubrían el terreno,
la cerca de piedras estaba derribada;
32 al verlo, reflexioné;
al mirarlo, aprendí esta lección.
33 Un rato duermes, un rato descansas,
un rato cruzas los brazos para dormitar mejor,
34 y te llega la pobreza del vagabundo,
la penuria del mendigo.

QUINTA COLECCIÓN

25 1 *Otros proverbios del rey Salomón que recogieron*
los escribientes de Ezequías, rey de Judá.
2 Es gloria de Dios ocultar un asunto,
es gloria de reyes averiguarlo.
3 La altura del cielo, la profundidad de la tierra
y el corazón de los reyes son impenetrables.
4 Aparta las impurezas de la plata,
el platero hará una copa;
5 aparta al malvado del servicio del rey,
y su trono se afirmará en la justicia.
6 No te des importancia en la presencia del rey,
ni te coloques con los grandes:
7 más vale escuchar: Sube aquí,
que ser humillado ante los nobles.

25,1–29,27 Quinta colección.

25,1-7 Comienza en este capítulo una nueva serie de proverbios y dichos, probablemente coleccionados en época del rey Ezequías. Precisamente unos cuantos dichos que mencionan al rey hacen las veces de introducción. Por encima de todo están Dios y su justa soberanía, e inmediatamente después le sigue el rey, aunque existe la clara conciencia de que la figura real está sometida a Dios y a sus designios. El rey es la medida de la sociedad, por tanto, no hay que gloriarse delante de él ni ser avergonzado ante un noble. Las actitudes personales deben atraer por sí mismas la atención de los grandes, de ahí el dicho «más vale escuchar: Sube aquí, que ser humillado ante los nobles» (7). Jesús utiliza una figura parecida para enseñar a los suyos que no siguieran la fea costumbre de los letrados y fariseos, que amaban ocupar los primeros puestos en los banquetes (cfr. Lc 14,8-11). Se deduce que estos proverbios van dirigidos a personas que están en estrecho contacto con la corte; se trata, por tanto, de normas de comportamiento y de urbanidad.

8 Aun sobre lo que han visto tus ojos
no te apures en llevarlo a los tribunales,
pues, ¿qué harás al final,
cuando tu prójimo te deje confundido?
9 Arregla el pleito con tu vecino
pero no reveles secretos ajenos,
10 para que no te desprecie el que lo oye
y tu deshonra no tenga remedio.
11 Naranjas de oro en diseños de plata
son las palabras pronunciadas a su tiempo.
12 Pendientes de oro y alhajas de oro fino
es el sabio que amonesta al que sabe escuchar.
13 Frescura de nieve en tiempo de cosecha
es el mensajero fiel para quien lo envía.
14 Nubes y viento sin caer gota
es quien promete orgullosamente pero no cumple.
15 Con paciencia se convence a un gobernante,
las palabras suaves rompen la resistencia.
16 Si encuentras miel come lo justo,
no sea que te hartes y la vomites;
17 no visites con frecuencia a tu vecino,
no sea que lo hartes y te aborrezca.
18 Maza, espada y flecha aguda
es el que declara en falso contra su amigo.
19 Diente picado y pie que resbala
es confiar en el traidor cuando llega el peligro.
20 Vinagre en la llaga, ir sin ropa en el frío
es cantar coplas a corazón apenado.
21 Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer;
si tiene sed, dale de beber;
22 así enrojecerá de vergüenza
y el Señor te lo pagará.
23 Viento de noroeste trae lluvia;
lengua murmuradora, caras furiosas.
24 Más vale vivir en un rincón de la azotea
que en casa amplia con mujer pendenciera.
25 Agua fresca en garganta sedienta
es la buena noticia de tierra lejana.
26 Manantial turbio, fuente contaminada,
el honrado que tiembla ante el malvado.
27 Comer mucha miel no aprovecha,
ni buscar excesivos honores.
28 Ciudad desmantelada y sin muralla
el hombre que no domina su pasión.

25,8-17 Otro atributo del sabio es su integridad personal. Quien vive y actúa correctamente no da lugar a sorpresas desagradables, como dar falso testimonio contra su propio amigo. Podemos estar confiados y seguros en la persona íntegra.

25,21-28 Es necesario hacer siempre el bien sin fijarnos a quién. Los que, por un motivo u otro, no son nuestros amigos no pueden estar excluidos de nuestros favores. Según la praxis de Jesús, si amamos a los que nos aman y bendecimos a quienes nos bendicen, ¿qué mérito tenemos? (Mt 5,46s). El bien realizado a quien nos hace mal es un golpe más duro que si respondiéramos con otro mal; esta actitud conduce mejor a la conversión de la otra persona que una agresión en los mismos términos.

26 [1] No le va bien la nieve al verano,
ni la lluvia al momento de la cosecha,
ni el honor al necio.
[2] Como gorrión que aletea, como golondrina sin nido,
la maldición injusta no va a ninguna parte.
[3] Para el caballo el látigo, para el burro el freno,
para la espalda del necio un garrote.
[4] No respondas al necio según su locura,
no te vayas a igualar a él;
[5] responde al necio haciéndole ver su locura,
para que no se crea que es inteligente.

[6] Se corta las piernas y bebe vinagre
quien envía mensajes por medio de un necio.
[7] Como son inseguras las piernas del inválido,
así un proverbio en la boca del necio.
[8] Quiere sujetar una piedra en la honda
quien concede honores a un necio.
[9] Rama de espino en manos de un borracho
es un proverbio en boca de un necio.
[10] Arquero que hiere a cualquiera que pasa
el que contrata a un necio o a un borracho.

[11] Perro que vuelve a su vómito
es el necio que insiste en sus estupideces.
[12] ¿Has visto a uno que se tiene por sabio?
De un necio se puede esperar más.
[13] Dice el perezoso: Hay un león en el camino,
hay una fiera en la calle.
[14] La puerta gira en sus bisagras,
el perezoso en la cama.
[15] El flojo mete la mano en el plato
y lo cansa llevársela a la boca.
[16] El perezoso se cree más sabio
que siete personas que saben responder.

[17] Agarra un perro por las orejas
quien se mete en una discusión ajena.
[18] Como un loco que tira
flechas y lanzas mortales,
[19] así es el que engaña a su amigo
y luego le dice: Era en broma.
[20] Si se acaba la leña, se apaga el fuego;
si no está el chismoso, se acaba la discusión.
[21] Para hacer brasas, carbón, y para hacer fuego, leña;
para entablar una pelea, el pendenciero.
[22] Las palabras del chismoso son como golosinas
que bajan hasta lo profundo de las entrañas.

26,1-28 Este capítulo está dedicado a tres tipos de persona que son la antítesis del verdadero sabio: 1. El necio (1-12), un personaje absolutamente negativo. En una sociedad que tiene como valor fundamental el honor, el escritor considera que tan perjudicial y vana es el agua de la lluvia en el momento de la cosecha como el honor al necio: sería como echarle perlas a los cerdos. 2. El perezoso (13-16). Es visto como un perjuicio para la sociedad, un estorbo que hay que evitar y nunca imitar. 3. Finalmente, el malicioso o pendenciero (17-28). Este tipo de persona tiene una consideración todavía peor que los dos anteriores,

23 Barniz que recubre la vasija de barro
son las palabras melosas de un corazón perverso.
24 Disimula con los labios el que odia,
mientras que por dentro medita engaños;
25 aunque te hable con ternura, no le creas,
lleva dentro siete maldades;
26 aunque encubra el odio con disimulo,
su maldad se descubrirá en la asamblea.
27 El que cava una fosa caerá en ella,
al que hace rodar una piedra le caerá encima.
28 Lengua mentirosa duplica los daños,
boca que adula empuja a la ruina.

27

1 No te glories del mañana,
no sabes lo que traerá el mañana.
2 Que te alabe el extraño, y no tu boca;
el desconocido, y no tus labios.
3 Pesada es la piedra y también la carga de arena:
más pesado es el mal genio del necio.
4 Cruel es el enojo, destructiva la ira,
pero, ¿quién resistirá a los celos?
5 Más vale corrección hecha con franqueza
que cariño falso.
6 Más se puede confiar en el amigo que hiere,
que en el beso del enemigo.
7 El que tiene el estómago lleno pisotea el panal,
para el hambriento hasta lo amargo es dulce.
8 Pájaro escapado del nido
es el vagabundo lejos de su hogar.

9 Perfume e incienso alegran el corazón,
el consejo del amigo endulza el ánimo.
10 No abandones a tu amigo ni al amigo de tu padre,
no vayas con tus problemas a casa de tu hermano.
Más vale vecino cerca que hermano lejos.
11 Ten juicio, hijo mío; dame esa alegría,
y podré responder a los que me ofenden.
12 El prudente ve el peligro y lo evita,
el imprudente sigue adelante y lo paga.
13 Toma la ropa de quien salió fiador por un desconocido
y quedó empeñado por un extraño.

---

porque sus palabras y sus actitudes inciden de manera más directa en las sanas relaciones que deben presidir toda comunidad. La palabra es un atributo típicamente humano que debemos vigilar y cultivar con sumo cuidado; muchas veces, una palabra puede destruir todo un proceso, engendrar violencia entre los miembros de la familia y de grupos enteros.

27,1-10 El factor común en este segmento es la rectitud en las relaciones, especialmente la integridad en las relaciones de amistad. De nada vale tener muchos amigos, si en ninguno se puede confiar; la amistad íntegra nunca es encubridora, corrige abiertamente y con libertad, nunca es lisonjera ni engañosa. Con toda razón afirma la misma corriente de la sabiduría: quien encuentra un amigo, encuentra un tesoro (cfr. Eclo 6,14).

27,11-27 El maestro de sabiduría asume de nuevo el papel del padre que con base en los años vividos y en la experiencia acumulada enseña a sus hijos/discípulos. El maestro/padre hace caer en la cuenta de la necesidad que tienen los jóvenes de ser educados, puesto que su inexperiencia los lleva fácilmente a desviarse del recto camino. Estas enseñanzas se centran en las precauciones propias de la sociedad judía

14 Quien saluda al vecino de madrugada y a gritos
es como si lo maldijera.
15 Gotera continua en día de chaparrón
y mujer pendenciera se parecen:
16 querer sujetarla es sujetar el viento
y agarrar aceite con la mano.

17 El hierro afila al hierro,
el hombre en el trato con su prójimo.
18 Quien cuida una higuera comerá higos,
quien custodia a su jefe recibirá honores.
19 Como el rostro se refleja en el agua,
así el hombre en su conciencia.
20 Infierno y Abismo son insaciables,
insaciables son los ojos del hombre.
21 La plata en el horno, el oro en el crisol,
y el hombre en la boca de quien lo alaba.
22 Aunque machaques al necio en un mortero,
no le quitarás su estupidez.

23 Observa bien el aspecto de tus ovejas
y fíjate en tus rebaños;
24 porque la fortuna no dura siempre
ni la corona de generación en generación.
25 Nace la hierba, asoma el césped,
se recoge el pasto de los montes;
26 tus ovejas te dan vestido,
tus cabritos dinero para comprarte un campo,
27 las cabras leche para alimentarte tú y tu familia
y para mantener a tus criadas.

28

1 El malvado huye sin que lo persigan,
el honrado va seguro como un león.
2 Por los crímenes de un país se multiplican sus jefes;
con un hombre prudente y experto se mantiene el orden.
3 Pobre que explota a los pobres
es lluvia torrencial que no da pan.
4 Los que abandonan la ley alaban al malvado,
los que cumplen la ley rompen con ellos.

5 Los malvados no entienden la justicia,
el que consulta al Señor lo entiende todo.
6 Más vale pobre y honrado
que rico malintencionado.
7 El que cumple la ley es prudente,
el que se junta con depravados avergüenza a su padre.

---

del postexilio: salir fiador por un forastero (13); guardarse de la hipocresía (17.19) y de la mujer pendenciera (15s); acostumbrarse a comer del fruto del trabajo de uno (18); en definitiva, adecuar la vida para que la conciencia tranquila fundamente la propia seguridad.

28,1-10 Estos refranes giran en torno a la Ley, cuyo cumplimiento se subraya como la mejor alternativa para el ciudadano del postexilio. El final del dominio babilónico y el inicio de la dominación persa bajo el mando del rey Ciro son decisivos en la historia del pueblo judío. Esta época marca el inicio del judaísmo en sentido propio, es decir, cuando a la base de la conciencia judía se sitúa el cumplimiento estricto de la Ley contenida en los cinco primeros libros de la Biblia –la Torá–.

8 El que aumenta sus riquezas prestando a usura
acumula para el que se compadece de los pobres.
9 Si uno aparta sus oídos de la ley,
también su oración será aborrecida.
10 El que extravía a los rectos por el mal camino
caerá en su propia trampa.
11 El rico se cree sabio,
pero el pobre con inteligencia lo conoce a fondo.
12 Cuando triunfan los honrados hay fiesta;
cuando se imponen los malvados, se esconde la gente.
13 El que oculta sus crímenes no prosperará,
el que los confiesa y se arrepiente será perdonado.

14 Dichoso el hombre que teme siempre al Señor,
pero el terco caerá en la desgracia.
15 León rugiente y oso hambriento
es el gobernante malvado para los pobres.
16 Un príncipe imprudente oprime a muchos;
el que odia el lucro prolongará sus años.
17 El hombre culpable de homicidio
corre a la tumba: ¡nadie lo detenga!
18 El de conducta recta se salva,
el que camina por atajos caerá en la trampa.
19 El que cultiva su campo se saciará de pan,
el que sigue ilusiones se hartará de miseria.
20 Hombre sincero, rico en bendiciones;
el que tiene apuro por enriquecerse no quedará sin castigo.

21 No es justo discriminar a la gente:
por un pedazo de pan el hombre comete un crimen.
22 El avaro se apura por enriquecerse
y no sabe que le llegará la miseria.
23 El que reprende a otro será más estimado
que el de lengua aduladora.
24 El que roba a sus padres y dice: No he pecado,
hace compañía al criminal.
25 El que ambiciona mucho provoca peleas,
el que confía en el Señor prosperará.
26 El que se fía de sí mismo es un necio,
el que procede con sabiduría está a salvo.
27 El que da al pobre no pasará necesidad,
el que se desentiende se llenará de maldiciones.

28,11-18 Hay quienes encuentran en estos versículos una especie de resistencia religiosa popular contra un reinado tirano e injusto, como lo fue el de Manasés (687-642 a.C.). El mal se identifica y personaliza en quienes hacen del poder y la riqueza su punto de apoyo para explotar y oprimir; si el pobre es perspicaz, puede penetrar y desenmascarar las intenciones del malvado –aquí el rico y opresor–. El pobre confía en que su única fuente de vida está en su Dios; respetarlo y seguir sus mandatos es sinónimo de bendición para sí, para los suyos y para quienes comparten su misma suerte.

28,19-28 Se continúa percibiendo en el trasfondo de estos versículos situaciones de extrema miseria, de hambre y de desórdenes sociales de todo tipo. Encontramos términos contrapuestos: rico-pobre; avaro-generoso; insensato-prudente; sinceridad-adulación; malvados-justos; son términos antagónicos ante los cuales la persona tiene que elegir por dónde orienta su vida. El versículo 28 nos da la clave para entender que se está hablando del temible rey Manasés y su corte, que trajeron grandes males a la nación israelita. Aunque está redactado como un refrán, el sentido del proverbio es que este rey y sus secuaces deben desaparecer para que prosperen los justos.

28 Cuando se imponen los malvados, uno se esconde;
cuando desaparecen, prosperan los honrados.

29 1 El hombre que se enoja cuando lo corrigen
fracasará de improviso y sin remedio.
2 Cuando gobiernan los honrados se alegra el pueblo,
cuando mandan los malvados se queja el pueblo.
3 El que ama la sabiduría alegra a su padre,
el que se junta con rameras malgasta su fortuna.
4 Un rey justo hace estable el país,
el que lo carga de impuestos lo arruina.
5 El hombre que adula a su compañero
tiende una trampa a sus pasos.
6 El crimen del malvado es su propia trampa;
pero el honrado vive alegre.
7 El justo atiende a la causa de los pobres,
el malvado no comprende nada.
8 Los provocadores agitan la ciudad,
los sabios calman los ánimos.
9 Cuando el sabio pleitea con el necio,
aunque se enoje o se ría, no consigue nada.
10 Los sanguinarios odian al hombre de bien,
los honrados cuidan de su vida.
11 El necio da rienda suelta a toda su pasión,
y el sabio acaba por refrenarla.
12 El gobernante que hace caso de calumnias
tendrá a criminales por ministros.
13 El pobre y el usurero tienen algo en común:
el Señor da luz a los ojos de ambos.
14 Cuando un rey juzga lealmente a los necesitados,
su trono está firme por siempre.
15 Palos y correcciones procuran sabiduría,
muchacho consentido avergüenza a su madre.
16 Cuando mandan los malvados aumentan los crímenes,
pero los honrados los verán caer.
17 Corrige a tu hijo y te dará descanso
y satisfacciones.
18 Donde no hay profeta, el pueblo queda sin freno;
pero dichoso el que guarda la ley.
19 A un esclavo no se lo corrige con palabras,
aunque entienda no hará caso.

29,1-16 Alternando con dichos diversos, el autor va insertando hábilmente la descripción de una época que trajo mucho dolor y ruina para el pueblo. Se alude al rey, a su corte, a los ministros, todos ellos comprometidos con la injusticia y una pésima dirección del pueblo. Pero en medio de todo hay una luz de esperanza por la cual hay que luchar y esperar contra todo pronóstico. «Cuando un rey juzga lealmente a los necesitados, su trono está firme por siempre» (14), alusión a la esperanza en un rey justo a la medida del rey David, la cual desembocará en las esperanzas mesiánicas: sólo un enviado de Dios, su ungido/mesías, podrá juzgar lealmente. Otra señal más de esperanza en medio de tanta opresión es que «Cuando mandan los malvados aumentan los crímenes, pero los honrados los verán caer» (16); dichos como éstos mantenían encendida la pequeña llama de la fe y de la esperanza en tiempos particularmente difíciles para la gente.

29,17-27 Una vez más, la sabiduría llama al discernimiento y a la vida organizada e íntegra. No importa que no haya profetas ni quién instruya: ahí está la Ley del Señor y el sentimiento natural de respeto por sí mismos y por los demás. En época de crisis, la recta conciencia nos ayuda a mantenernos firmes.

20 ¿Has visto a un hombre que habla sin parar?
Más se puede esperar de un necio.
21 El que consiente al esclavo cuando muchacho,
al final lo lamentará.
22 Hombre impulsivo aviva las peleas,
el violento muchedumbre de crímenes.
23 La soberbia de un hombre lo humillará,
el humilde conservará su honor.

24 El que va a medias con el ladrón se odia a sí mismo:
aunque oye maldiciones no lo denuncia.
25 El que teme a los hombres caerá en la trampa,
el que confía en el Señor vivirá seguro.
26 Muchos buscan el favor del que manda,
pero la sentencia viene de Dios.
27 El criminal es aborrecido por los honrados,
el hombre recto es aborrecido por el malvado.

SEXTA COLECCIÓN

30 1 *Máximas de Agur, hijo de Yaqué, el masaíta.*

Oráculo del varón: Me he fatigado, oh Dios,
me he fatigado y me rindo;
2 porque soy muy torpe, menos que hombre,
y no tengo inteligencia humana,
3 no he aprendido a ser sabio
ni he llegado a comprender al Santo.
4 ¿Quién subió al cielo y luego bajó?,
¿quién recogió el viento en el puño?,
¿quién encerró el mar en una capa?,
¿quién fijó los confines del mundo?
¿Cuál es su nombre y su apellido, si lo sabes?

5 Cada Palabra de Dios es verdadera,
él es escudo para los que se refugian en él.
6 No añadas nada a sus dichos,
no sea que te reprenda y quedes como mentiroso.
7 Dos cosas te he pedido a ti;
no me las niegues mientras viva:

30,1-33 Sexta colección.

30,1-9 No sabemos quién es este Agur, y menos aún su padre Yaqué, pero tenemos aquí una de las grandes preocupaciones de los representantes de la corriente sapiencial: el verdadero sabio siente cada vez más lejos la genuina sabiduría. Sólo Dios es completamente sabio, y el ser humano, por más que se esfuerce, a duras penas alcanza a ver destellos de esa gran sabiduría que se revela a la humanidad a través de su palabra.

Termina la plegaria con una petición que cobra gran actualidad. Se trata de lo peligrosa que resulta la riqueza, ya que puede venir a reemplazar a Dios. El capitalismo moderno en todas sus expresiones ha generado una especie de ideología que hace creer al ser humano que el único absoluto es el dinero, el tener, y al servicio de este absoluto encontramos muchos «adoradores». La extrema pobreza también es peligrosa, por cuanto puede hacernos renegar de Dios. Los millones y millones de hombres y mujeres que a diario van quedando despojados y hambrientos, ¿a qué Dios se dirigen? ¿Qué respuesta obtienen de Dios? Dios está dispuesto a responder, pero única y exclusivamente a través de quienes nos consideramos sus seguidores. ¿Qué respuesta estamos dando nosotros? ¿Qué imagen de Dios estamos mostrando a esos seres humanos que padecen hambre y miseria?

8 aleja de mí falsedad y mentira;
no me des riqueza ni pobreza,
concédeme sólo el pan necesario;
9 no sea que me sacie y reniegue de ti, diciendo:
¿Quién es el Señor?;
no sea que necesitado robe
y abuse del Nombre de mi Dios.
10 No calumnies al siervo ante su amo:
te maldecirá y serás castigado.
11 Gente que maldice a su padre
y no bendice a su madre,
12 gente que se considera limpia
y no se lava su inmundicia,
13 gente de ojos engreídos
y mirada altanera,
14 gente con navajas por dientes
y cuchillos por mandíbulas,
para extirpar de la tierra a los humildes
y del suelo a los pobres.
15 La sanguijuela tiene dos hijas:
Dame y Dame.
Tres cosas hay insaciables
y una cuarta que no dice: Basta:
16 El Abismo, el vientre estéril,
la tierra que no se harta de agua,
y el fuego que no dice: Basta.
17 Al que se burla de su padre
y rehúsa obediencia a su madre,
que le saquen los ojos los cuervos
y se los coman los buitres.
18 Hay tres cosas que me asombran
y una cuarta que no comprendo:
19 el camino del águila por el cielo,
el camino de la serpiente por la roca,
el camino de la nave por el mar,
el camino del hombre por la mujer.
20 Así procede la adúltera:
come, se limpia la boca y dice:
No he hecho nada malo.
21 Por tres cosas tiembla la tierra
y la cuarta no la puede soportar:
22 siervo que llega a rey,
necio que tiene comida de sobra,

30,10-14 Se alude a las personas que se dedican a hacer el mal o a distorsionar de algún modo el justo orden querido por Dios. Estas personas están destinadas a la maldición.

30,15-33 Una de las formas mnemotécnicas que ayudaba a retener en la mente las sentencias era el llamado «proverbio numérico», del cual tenemos varios ejemplos en esta sección. Usando los números dos, tres y cuatro, el sabio describe lo insondable del misterio del seol (15s); con otro proverbio numérico se alude al misterio de la procreación y de la concepción (18s); algunas actitudes y comportamientos humanos son enjuiciados del mismo modo, como el de la esclava que sucede a su señora, una manera de enjuiciar la inversión de algunos valores de la época (21-23); la sabiduría de la naturaleza y del mundo animal también queda retratada en otro proverbio numérico (24-31). Termina la sección con un sabio consejo: no ser engreído y buscar una vida tranquila sin discordias ni pleitos (32s).

23 mujer aborrecida que encuentra marido,
esclava que ocupa el lugar de su señora.
24 Cuatro seres pequeños hay en el mundo
más sabios que los sabios:
25 las hormigas, pueblo débil
que asegura su comida en verano;
26 los tejones, pueblo sin fuerza
que hace madriguera en las rocas;
27 las langostas, que no tienen rey
y avanzan todas en formación;
28 las lagartijas, que se agarran con la mano
y entran en palacios reales.
29 Hay tres seres de buen andar
y un cuarto de paso majestuoso:
30 el león, el más valiente de los animales,
que no retrocede ante nadie;
31 el gallo, que camina erguido; también el chivo;
el rey al frente de su ejército.
32 Si te has dado importancia, por irreflexión o deliberadamente,
tápate la boca:
33 aprietas la leche y sale manteca,
aprietas la nariz y sale sangre,
aprietas la ira y salen peleas.

SÉPTIMA COLECCIÓN

31 1 *Máximas de Lemuel, rey de Masá, que le enseñó su madre.*
2 ¿Qué es eso, hijo mío?
¿Qué es eso, hijo de mis entrañas?
¿Qué es eso, hijo de mis promesas?
3 No gastes tu fuerza con mujeres
ni tu vigor con las que corrompen a reyes.
4 No es de reyes, Lemuel,
no es de reyes darse al vino
ni de gobernantes darse al licor,
5 porque beben y olvidan la ley
y violan el derecho de los más humildes.
6 Deja el licor al vagabundo
y el vino al que está triste:
7 que beba y olvide su miseria,
que no se acuerde de sus penas.
8 Abre tu boca a favor del mudo,
habla en defensa del indefenso;

31,1-31 Séptima colección

31,1-9 Mediante figuras ficticias o tal vez reales, una madre enseña sabiduría a su hijo. No se trata de dos personajes comunes y corrientes, sino de una madre que enseña sabiamente a su hijo rey. Esta madre, que podría ser la Sabiduría personificada por el autor, da a su hijo unas instrucciones que corresponden más a un rey ideal que real.

¡No hay que tomar muy en serio el consejo que aprueba la bebida y el licor para los pobres y oprimidos, con el fin de que olviden sus penas y sufrimientos! (6s) Sin conocer el consejo de esta madre, en muchos lugares patrones y caciques políticos suelen emborrachar a los pobres para que «olviden sus penas» y no causen problemas; ¿estará de acuerdo Dios con eso? Todo lo contrario: necesitamos mostrar una conciencia lúcida que nos permita llenarnos más y más de la palabra de Dios, que es ante todo justicia, y en solidaridad con nuestros semejantes nos unamos en la lucha por reclamar nuestros derechos.

9 abre tu boca y da sentencia justa
defendiendo al pobre y al desgraciado.
A 10 Una mujer hacendosa, ¿quién la encontrará?
Vale mucho más que las perlas.
B 11 Su marido confía en ella
y no le falta nunca nada.
G 12 Le trae ganancias y no pérdidas
todos los días de su vida.
D 13 Adquiere lana y lino,
sus manos trabajan a gusto.
H 14 Es como nave mercante
que importa el grano de lejos.
W 15 Todavía de noche se levanta
para dar la ración a sus criados
y la porción a sus criadas.
Z 16 Examina un terreno y lo compra,
con lo que ganan sus manos planta una viña.
H 17 Se ciñe la cintura con firmeza
y despliega la fuerza de sus brazos.
T 18 Cuida de que su negocio marche bien
y aun de noche no se apaga su lámpara.
Y 19 Extiende la mano para hilar
y con sus dedos fabrica el tejido.
K 20 Abre sus palmas al necesitado
y extiende sus manos al pobre.
L 21 Si nieva no teme por los empleados,
porque todos llevan trajes forrados.
M 22 Confecciona mantas para su uso,
se viste de lino y púrpura.
N 23 En la plaza su marido es respetado
cuando se sienta entre los ancianos del pueblo.
S 24 Teje sábanas y las vende,
provee de cinturones a los comerciantes.
‘ 25 Está vestida de fuerza y dignidad,
sonríe ante el día de mañana.
P 26 Abre la boca juiciosamente
y su lengua enseña con bondad.
S 27 Vigila lo que hacen sus empleados,
no come lo que no ha ganado.
Q 28 Sus hijos se levantan para felicitarla,
su marido proclama su alabanza:
R 29 Muchas mujeres han dado prueba de lo que valen,
pero tú las superas a todas.
S 30 Engañosa es la gracia, fugaz la hermosura,
la mujer que respeta al Señor merece alabanza.
T 31 Felicítenla por el éxito de su trabajo,
que sus obras la alaben en la plaza.

31,10-31 Termina el libro con un poema acróstico dedicado a la mujer hacendosa o a la verdadera mujer, tal como era concebida por la sociedad oriental y judía de la época: dedicada completamente al hogar, a su administración y manejo. No se concebía que una mujer desempeñara trabajo o actividad alguna fuera de casa, porque eso sería una deshonra par su marido. ¿Qué pensar de la mujer moderna? ¿Cómo ayudarle a combinar su papel de madre y ama de casa con su necesaria presencia en el ámbito laboral?



JOB

El libro. El libro de Job es un drama con muy poca acción pero con mucha pasión. Es la pasión que un autor genial, anticonformista, ha infundido en su protagonista. Disconforme con la doctrina tradicional de la retribución, ha opuesto a un principio un hecho, a una idea un hombre. Ya el salmo 73 (72) había opuesto la experiencia a la teoría de la retribución, y había encontrado la respuesta al entrar «en el misterio de Dios».

Nuestro autor extrema el caso: hace sufrir a su protagonista inocente, para que su grito brote «desde lo hondo». La pasión o el sufrimiento de Job enciende la pasión de su búsqueda y de su lenguaje; ante ella se van estrellando las olas concéntricas de los tres amigos, que repiten con variaciones y sin cansarse la doctrina tradicional de la retribución: el sufrimiento es consecuencia del pecado.

La acción es sencillísima: entre un prólogo y un epílogo, cuyas escenas se desarrollan en el cielo y en la tierra, se desenvuelven cuatro tan-

das de diálogo. Por tres veces habla cada uno de los amigos y Job responde; la cuarta vez Job dialoga a solas con Dios. En los diálogos con los amigos, más que un debate intelectual se produce una tensión de planos o direcciones: los amigos defienden la justicia de Dios como juez imparcial que premia a buenos y castiga a malos; a Job no le interesa esa justicia de Dios, que desmiente su propia experiencia, y apela a un juicio o pleito con Dios mismo, en el que aparecerá la justicia del hombre; por llegar a este pleito y por probar su inocencia frente a Dios, Job arriesga su propia vida. Dios, como instancia suprema, zanja la disputa entre Job y sus amigos; como parte interpelada, responde y pregunta a Job para encaminarlo hacia su misterio.

Dios y el ser humano en el libro de Job. A través de los diálogos, del hombre bueno convencional, que da gracias a Dios porque todo le sale bien, surge un hombre profundo, capaz de asumir y representar la humanidad doliente que busca audazmente a Dios. De un Dios sabido y hasta encasillado surge un Dios imprevisible, difícil y misterioso. En el espacio de un solo libro, nuestro conocimiento de Dios, del ser humano y de sus relaciones ha crecido. Porque Job, como otro Jacob en su visión nocturna, ha luchado con Dios; porque el autor ha empeñado su genio literario y religioso en sacudir viejos esquemas explorando en profundidad.

El libro de Job es un libro singularmente moderno, provocativo, no apto para conformistas. Es difícil leerlo sin sentirse interpelado y es difícil comprenderlo si no se toma partido. El autor es un genio anónimo, que vivió probablemente después del destierro, que se ha alimentado en el rezo de los Salmos y ha conocido la obra de Jeremías y Ezequiel.

La sacra representación de Job es demasiado poderosa como para admitir lectores indiferentes, sean de ayer o de hoy. El que no entre en la acción con sus preguntas y respuestas internas, el que no tome partido apasionado, no comprenderá el drama; pero si entra y toma partido, se hallará bajo la mirada de Dios, sometido a prueba por la representación del drama eterno del hombre Job.

Significado del libro de Job. El problema del sufrimiento del inocente. Este tema importante constituye la sustancia del debate entre Job y sus amigos. El sufrimiento, dicen ellos, es el castigo que produce el pecado (4,7; 8,20; 11,4-6; 22,4s). Cuando Job, basado en su propia experiencia, rechaza semejante aseveración, los amigos responden que todos los humanos son pecadores (14,1-4; 15, 14; 25,4-6). Niegan la posibilidad de que exista alguien que sufra siendo inocente.

La situación, sin embargo, es más complicada y da paso a otras respuestas. El sufrimiento es un misterio, y nosotros no podemos comprender los caminos de Dios (11,7-10; 15,8s.28; 42,3). El sufrimiento es el método utilizado por Dios para imponernos disciplina y hacernos mejores (5,17s; 36,15). El sufrimiento es permitido por Dios para probar la virtud de los justos (1–2). Todas estas respuestas nos permiten salvaguardar tanto la justicia divina como la inocencia humana.

Sin embargo, por más dominante que aparezca el tema, no parece que sea éste el propósito principal del libro. Por una parte, nosotros los lectores conocemos desde el principio la respuesta al caso que Job plan-

tea: sus sufrimientos son una prueba (1,9). Por otra, el problema no tiene respuesta en el contexto del libro. Si la finalidad del escrito fuera solamente ésta, podríamos considerar el libro como un fracaso.

El misterio del sufrimiento y la relación con Dios. Un primer enfoque nos lleva a ver el sufrimiento como un problema que debe ser tratado a nivel intelectual. Un problema es algo que está ahí, frente a nosotros. Podemos ver todos sus componentes, todas sus dimensiones. La cuestión consiste en poner todas las piezas juntas, en dar un sentido a ese rompecabezas. Por el contrario, el misterio es una situación en la que «yo», en tanto que persona humana irrepetible y única, me encuentro tan sumergido que no puedo distanciarme de él lo suficiente como para contemplarlo «ahí, fuera de mí». El amor es un misterio, como lo es la muerte, como lo es el sufrimiento. Los problemas están para ser resueltos; los misterios son para ser vividos, y vividos en relación con otros.

La pena más grande de Job surge de la confusión acerca de su relación con Dios. ¿Es Dios realmente su enemigo? (13,24). Desde esta perspectiva, los discursos del Señor ofrecen realmente una respuesta. El mero hecho de que el Señor responda muestra claramente que ha estado presente, escuchando todo el tiempo, es decir, manteniendo y afirmando una relación. Job no sabrá nunca el por qué de sus sufrimientos, pero sabe que no está solo, y esto le da la fuerza para sobrellevar la lucha. Y así, el punto de mira del libro es menos un problema de teología y más un misterio de fe: nuestra relación existencial con Dios.

Job ha hablado de mí con rectitud. Esta poderosa e irónica afirmación del Señor (42,7s) nos hace descubrir otro aspecto. A lo largo de todo el libro, la clave ha sido lo que Job iba a decir en medio de la adversidad. ¿Blasfemará flagrantemente contra Dios como había predicho dos veces Satán? (1,11; 2,5). ¡No!

Job acusa a sus amigos de hablar falsamente de Dios (13,7-9), mientras que él se niega a callar (7,11; 10,1; 13,13; 27,4) hasta que no haya terminado todo lo que tiene que decir (31,35). Para contrarrestar los dos desafíos de Satán en el prólogo, el Señor afirma dos veces en el epílogo que Job ha hablado rectamente de Él (42,7s). ¿Cómo debe entenderse «rectamente»? Gramaticalmente, la palabra puede emplearse como adverbio («de manera correcta») o como nombre («cosas justas»).

El sentido del texto se extiende a ambos significados. En primer lugar, Job ha hablado de manera adecuada. Se ha lamentado, ha discutido, ha rezado, se ha mostrado desafiante con Dios. A pesar de la constante presión en contra, ha mantenido enérgicamente la integridad de su experiencia, pues era ya lo único que le quedaba. A Dios no se le sirve con mentiras, aunque sean bien intencionadas (13,7-9). Job conoce instintivamente que toda sana relación con Dios sólo puede basarse en la verdad.

Pero, en segundo lugar, Job ha hablado también las «cosas justas», es decir, ha sido capaz de intuir y afirmar la presencia de un misterio. Dios y nuestra relación con Él son realidades demasiado grandes y profundas como para ser reducidas o abarcadas por razonamientos intelectuales. Los discursos del Señor (38–41) lo han dejado meridianamente claro. Y Job, envuelto en la experiencia del misterio, ha dejado espacio para la libertad de Dios.



Los amigos, por el contrario, no han percibido el misterio, por eso han falsificado tanto a Dios como a Job. Han caído en el perenne peligro de muchas personas seudo-religiosas de ayer y de hoy: buscar todas las referencias de Dios en el pasado, sin comprender que el Dios bíblico nos está siempre sorprendiendo e impulsándonos hacia la novedad del futuro (cfr. Gn 12,1-3).

Es en esa frontera misteriosa de la novedad y de la sorpresa donde Dios esperaba a su amigo y su amigo no le ha fallado. Job ha hablado de su experiencia personal (la del misterio) con sinceridad y rectitud, y justamente por eso, ha sido capaz de hablar de Dios de la misma manera. En definitiva, Job se ha portado como un hombre de fe; sus amigos no han pasado de ser personas superficialmente pías.

El significado de la amistad. Una dimensión final del libro es el rol y la función de la amistad. En primer lugar, está el ejemplo negativo de los amigos. Movidos por una genuina simpatía, dejan sus tierras lejanas y vienen para estar junto a Job. Viendo al amigo en aquellas condiciones, se sientan junto a él en afligido (y sabio, 13,5) silencio. Pero tan pronto como Job comienza a hablar, sus palabras resultaron tan ofensivas que sus amigos brincaron para salir en defensa de Dios. Cabe la pregunta: ¿para defender a Dios, o a sus preconcebidas y atildadas ideas acerca de Dios?

Aun en las más extremas condiciones, un amigo debe lealtad a sus amigos (6,14). Job se lamenta de no encontrarla en los suyos (6,13-27), por eso suspira por alguien en quien apoyarse: primero, un árbitro imparcial (9,33); después, un mediador (16,19); por último, un vindicador (19,25). Pero no cuenta con nadie; «me he vuelto hermano de los chacales y compañero de los avestruces» (30,29).

Por el contrario, Job se ha portado siempre como un amigo con los necesitados y los oprimidos y ha enjugado las penas de los otros (30,24s). Sofar le había dicho antes que se arrepintiera; y así alcanzaría la prosperidad y los otros vendrían a él pidiendo su intercesión (19,11). Al final (42,7-9), son sus tres amigos los que piden a Job que interceda por ellos, y éste, fiel a la amistad, lo hace y evita así el castigo que tenían merecido.

La verdadera importancia de libro de Job es la experiencia humana que nos relata y que nos transmite desde aquellos tiempos remotos. En la persona de Job podemos ver reflejados nuestros momentos de sufrimientos, duda y confusión. Pero la ventaja que tenemos sobre nuestro héroe es que nosotros contamos con un amigo: el autor del libro, por cuya boca habla el verdadero amigo que estará siempre a nuestro lado y cuya lealtad no fallará nunca, Dios. La voz del autor, eco de la voz de Dios, forma ya parte de la sabiduría que hemos recibido de las «generaciones pasadas» (8,8). Si nosotros nos rendimos a las «ortodoxias» de nuestros días, habremos falsificado nuestra experiencia y falseado también a Dios, y a Dios no se le sirve con mentiras (13,6-9).



PRÓLOGO

Primera escena:
En la tierra

1 1 Había una vez en el país de Us un
hombre llamado Job: era justo y hon-
rado, religioso y alejado del mal. 2 Tenía
siete hijos y tres hijas. 3 Tenía siete mil ove-
jas, tres mil camellos, quinientas yuntas de
bueyes, quinientas burras y una servidum-
bre numerosa. Era el más rico entre los
hombres de oriente.
4 Sus hijos solían celebrar banquetes, un
día en casa de cada uno, e invitaban a sus
tres hermanas a comer con ellos. 5 Al ter-
minar esos días de fiesta, Job los hacía ve-
nir para purificarlos: madrugaba y ofrecía
un holocausto por cada uno, por si habían
pecado maldiciendo a Dios en su interior.
Job jamás dejaba de hacer esto.

Seguna escena:
En el cielo
(1 Re 22)

6 Un día fueron los ángeles y se presen-
taron al Señor; entre ellos llegó también Sa-
tán. 7 El Señor le preguntó:
–¿De dónde vienes?
Él respondió:
–De dar vueltas por la tierra.
8 El Señor le dijo:
–¿Te has fijado en mi siervo Job? En la
tierra no hay otro como él: es un hombre
justo y honrado, religioso y alejado del mal.
9 Satán le respondió:
–¿Y crees tú que su religión es de-
sinteresada? 10 ¡Si tú mismo lo has cercado
y protegido, a él, a su hogar y todo lo suyo!
Has bendecido sus trabajos, y sus rebaños
se ensanchan por el país. 11 Pero tócalo,
daña sus posesiones, y te apuesto a que te
maldice en tu cara.
12 El Señor le dijo:
–Haz lo que quieras con sus cosas, pero
a él no lo toques.
Y Satán se marchó.

Tercera escena:
En la tierra

13 Un día que sus hijos e hijas comían y
bebían en casa del hermano mayor, 14 llegó
un mensajero a casa de Job y le dijo:
–Estaban los bueyes arando y las burras
pastando a su lado, 15 cuando cayeron so-
bre ellos unos sabeos, apuñalaron a los em-
pleados y se llevaron el ganado. Sólo yo
pude escapar para contártelo.
16 No había acabado de hablar, cuando
llegó otro y dijo:
–Ha caído un rayo del cielo que ha que-
mado y consumido tus ovejas y pastores.
Sólo yo pude escapar para contártelo.
17 No había acabado de hablar, cuando
llegó otro y dijo:
–Una banda de caldeos, dividiéndose en
tres grupos, se echó sobre los camellos y se
los llevó y apuñaló a los empleados. Sólo
yo pude escapar para contártelo.

1:1–2:13 Prólogo. Un prólogo en prosa compuesto de cinco escenas alternando entre el cielo y la tierra abre el libro, presenta el escenario e introduce a los personajes. De un comienzo sereno y feliz se pasa rápidamente al sufrimiento y a la confusión.

1,1-5 Primera escena: En la tierra. La figura de Job parece ser la de un viejo y legendario héroe de la fe (cfr. Ez 14,14-20). Uz está ciertamente situada en el ancho territorio que se despliega al oeste del río Jordán, pero es difícil precisar su exacta localización. Aunque nuestro héroe no pertenece al pueblo de Israel, es sin embargo un modelo de vida virtuosa. Su «temor de Dios» no es mera emoción servil, sino fruto de una fe obediente. En el contexto teológico de los libros sapienciales, el temor de Dios es el principio de la sabiduría (cfr. Job 28,28; Prov 1,7; 9,10) y la garantía de una vida larga y feliz (Prov 3,13-18). Y así, Job ha sido bendecido con hijos, ganados y siervos.

1,6-12 Segunda escena: En el cielo. El Señor, como un rey presidiendo su corte, aparece rodeado por los «hijos de Dios», sus criados y sus cortesanos, entre los que se encuentra Satán. Ni aquellos son los ángeles de nuestra teología cristiana, ni éste es, todavía, el demonio. Satán, «el adversario», es nombre del oficio que desempeña: rondar por la tierra en misión de espía. Dios está orgulloso de la integridad de Job, pero Satán se muestra escéptico, y frente a toda la corte celestial sugiere que Job es un hombre virtuoso simplemente por la cuenta que le tiene. Si perdiera todo, ¿se podría decir lo mismo? En el contexto de una cultura del honor y la vergüenza, Dios se está jugando ahora su prestigio, y permite que Satán ponga a prueba a Job.

1,13-22 Tercera escena: En la tierra. En rápida sucesión, van llegando mensajeros anunciando desastres. Fuerzas destructoras, naturales y humanas, se

18 No había acabado de hablar, cuando
llegó otro y dijo:
–Estaban tus hijos y tus hijas comiendo
y bebiendo en casa del hermano mayor,
19 cuando un huracán cruzó el desierto y
embistió por los cuatro costados la casa,
que se derrumbó y los mató. Sólo yo pude
escapar para contártelo.
20 Entonces Job se levantó, se rasgó el
manto, se rapó la cabeza, se echó por tie-
rra 21 y dijo:

–Desnudo salí del vientre de mi madre
y desnudo volveré a él.
El Señor me lo dio,
el Señor me lo quitó:
¡bendito sea el Nombre del Señor!

22 A pesar de todo, Job no pecó ni mal-
dijo a Dios.

Cuarta escena:
En el cielo

2 1 Un día fueron los ángeles y se pre-
sentaron al Señor; entre ellos llegó
también Satán. 2 El Señor le preguntó:
–¿De dónde vienes?
Él respondió:
–De dar vueltas por la tierra.
3 El Señor le dijo:
–¿Te has fijado en mi siervo Job? En la
tierra no hay otro como él: es un hombre
justo y honrado, religioso y apartado del
mal, y tú me has incitado contra él, para
que lo aniquilara sin motivo; pero todavía
persiste en su honradez.
4 Satán respondió:
–Una piel por otra piel; uno da todo lo
que tiene por la vida. 5 Ponle la mano enci-
ma, hiérelo en la carne y en los huesos, y te
apuesto a que te maldice en tu cara.
6 El Señor le dijo:
–Haz lo que quieras con él, pero respéta-
le la vida.

Quinta escena:
En la tierra

7 Y Satán se marchó. E hirió a Job con
llagas malignas, desde la planta del pie a la
coronilla. 8 Job agarró un pedazo de teja
para rascarse con ella, y permaneció senta-
do en medio de la ceniza. 9 Su mujer le dijo:
–¿Todavía persistes en tu honradez?
Maldice a Dios y muérete.
10 Él le contestó:
–Hablas como una necia. Si aceptamos
de Dios los bienes, ¿no vamos a aceptar los
males?
A pesar de todo, Job no pecó con sus la-
bios.
11 Tres amigos suyos –Elifaz de Temán,
Bildad de Suj y Sofar de Naamat–, al ente-
rarse de la desgracia que había sufrido, sa-
lieron de su tierra y se reunieron para ir a
compartir su pena y consolarlo. 12 Cuando
lo vieron a distancia, no lo reconocían y
rompieron a llorar; se rasgaron el manto, se
echaron polvo sobre la cabeza y hacia el
cielo 13 y se quedaron con él, sentados en el
suelo, siete días con sus noches, sin decir-
le una palabra, viendo lo atroz de su sufri-
miento.

---

alían y se abaten sobre Job despojándolo de todos sus bienes. Con dramáticos gestos, típicos de la desesperación y del lamento, Job desgarra sus vestiduras, se afeita la cabeza (Is 15,2; Jr 7,29) y se arroja a tierra. Pero cuando abre sus labios es para bendecir a Dios. El honor del Señor está a salvo, Satán ha perdido en su insinuación.

2,1-6 Cuarta escena: En el cielo. La corte celestial está de nuevo en sesión. Lo que Job va a defender a lo largo de todo el libro, queda patente ante todos: no hay conexión entre su vida virtuosa y sus sufrimientos. Satán replica con un proverbio tan enigmático que nos deja sin saber qué quiere proponer. Parece insinuar una apuesta: si Job es atacado en su mismo cuerpo, con seguridad prorrumpirá en blasfemias contra Dios.

2,7-13 Quinta escena: En la tierra. Job es atacado por una repulsiva enfermedad cuya descripción es demasiado general como para poder ser diagnosticada. La tradición sapiencial de la Biblia reconoce y alaba a la mujer sabia (Prov 31,10-31), pero a la mujer de Job sólo se le ocurren consejos estúpidos. No obstante Job no va a caer en la tentación de decir estupideces: «A pesar de todo, Job no pecó con sus labios» (10).

Tres amigos reciben la noticia de la situación de Job y, movidos por la compasión, se reúnen desde sus respectivas tierras lejanas –no podemos identificarlas con exactitud– y se ponen en camino para ofrecerle consuelo. Pero al llegar y ver el estado de Job, también ellos prorrumpen en lamentaciones y se sientan en el polvo junto a él, en silencio.

Y así termina el prólogo. El escenario está completo: Job, sentado en el polvo; Dios, desde el cielo, mira atentamente. La apuesta en juego es: ¿Qué va a decir Job? La audiencia –Dios, los amigos y nosotros, los lectores– espera con ansiedad.

MONÓLOGO DE JOB: LAMENTACIÓN

Maldice el día y la noche



1 Entonces Job abrió la boca y maldijo su día 2 diciendo:
3 ¡Desaparezca el día que nací,
y la noche en que se dijo: Han concebido un varón!
4 Que ese día se vuelva tinieblas,
que Dios desde lo alto se desentienda de él,
que sobre él no brille la luz,
5 que lo reclamen las tinieblas y las sombras,
que la niebla se pose sobre él,
que un eclipse lo aterrorice;
6 que se apodere de esa noche la oscuridad,
que no se sume a los días del año,
que no entre en la cuenta de los meses,
7 que esa noche quede estéril
y cerrada a los gritos de júbilo,
8 que la maldigan los que maldicen el día,
los que entienden de incitar al Leviatán;
9 que no brillen las estrellas de su aurora,
que espere la luz y no llegue,
que no vea el parpadear del alba;
10 porque no me cerró las puertas del vientre
y no escondió a mi vista tanta miseria.

Ansias de morir

11 ¿Por qué al salir del vientre no morí
o perecí al salir de las entrañas?
12 ¿Por qué me recibió un regazo
y unos pechos me dieron de mamar?
13 Ahora reposaría tranquilo
y dormiría en paz,
14 como los reyes y consejeros de la tierra
que reconstruyen ciudades derruidas;
15 o como los nobles que poseyeron oro
y llenaron de plata sus palacios.
16 Ahora sería un aborto enterrado,
una criatura que no llegó a ver la luz.
17 Allí acaba el tumulto de los malvados,
allí reposan los que están rendidos,
18 con ellos descansan los prisioneros
sin oír la voz del capataz;
19 se confunden pequeños y grandes
y el esclavo se libera de su amo.

3,1-26 Monólogo de Job: Lamentación. La proverbial «paciencia de Job» termina dramáticamente, para no reaparecer más, en un desahogo de lamentos lanzados a todos y a ninguno.

3,1-10 Maldice el día y la noche. Job no maldice a Dios, sino el día en que nació y la noche en que fue concebido, deseando que ese día se transforme en noche y que esa noche sea borrada del calendario. La traducción y el significado del versículo 8 son inciertos.

3,11-19 Ansias de morir. Job ha invocado a la oscuridad; ahora invoca a la muerte. Aparecen dos características de las lamentaciones: El «¿Por qué?» (cfr. Sal 22,2), que implica «No comprendo»; y la fijación en el «yo» (cfr. Sal 77,1-6). Ante un sufrimiento tan intenso es difícil mirar fuera de uno mismo. Job desea

¡Líbrenme de Dios!

20 ¿Por qué dio a luz a un desgraciado
y vida al que la pasa en la amargura,
21 al que ansía la muerte que no llega
y escarba buscándola, más que un tesoro,
22 al que se alegraría ante la tumba
y gozaría al recibir sepultura,
23 al hombre que no encuentra camino
porque Dios le cerró la salida?
24 Por alimento tengo mis sollozos
y mis gemidos desbordan como agua.
25 Lo que más temía me sucede,
lo que más me aterraba me acontece:
26 vivo sin paz, sin calma, sin descanso,
en puro sobresalto.

PRIMERA SESIÓN DE DISCURSOS

Primer discurso de Elifaz



4 1 Respondió Elifaz de Temán:
2 Si uno tuviera que hablarte, no sé si lo aguantarías,
pero, ¿puede uno frenar las palabras?
3 Tú que a tantos instruías
y fortalecías los brazos caídos,
4 que con tus palabras levantabas al que tropezaba
y sostenías las rodillas que se doblaban,
5 hoy que te toca a ti, ¿no aguantas?,
¿te turbas hoy que todo te cae encima?
6 ¿No era la religión tu confianza
y una vida honrada tu esperanza?
7 ¿Recuerdas un inocente que haya perecido?
¿Dónde se ha visto un justo exterminado?
8 Mi experiencia es ésta: los que cultivan maldad
y siembran miseria, eso mismo cosechan.
9 Sopla Dios y perecen,
su aliento enfurecido los consume.
10 Aunque ruge el león y le hace coro la leona,
a los cachorros les arrancan los dientes:
11 muere el león falto de presa
y las crías de la leona se dispersan.

---

la muerte, la que iguala a todos, para encontrar reposo.

3,20-26 ¡Líbrenme de Dios! El grito «¿Por qué?» aparece de nuevo en el versículo 23b, pero esta vez con un fuerte acento irónico. En 1,10, Satán ha echado en cara a Dios que «rodee» a Job con sus bendiciones; aquí, Job usa la misma palabra para lamentarse de estar siendo acorralado por Dios.

4,1–14,22 Primera sesión de discursos. Horrorizados por los lamentos de Job y sus repetidos «¿Por qué?», los tres amigos abandonan su sabio silencio y se creen en el deber de responder. Los discursos que siguen a continuación se desarrollan en tres sesiones: 4,1–14,22; 15,1–21,34; 22,1–27,23. En las dos primeras hablan cada uno de los amigos y Job responde largo y tendido. La tercera sesión aparece un poco desordenada, debido quizás a la confusión del texto.

4,1–5,27 Primer discurso de Elifaz. Elifaz comienza en tono cortés. En típico estilo sapiencial, apela a su experiencia y reflexiona a partir de ella (4,7-8; 5,27), pero, extrañamente, recurre también a una revelación especial que ha recibido de noche (4,13-21).

En el desarrollo de su discurso subraya cuatro puntos básicos: 1. ¿Quién es el inocente que perece?, es

12 Sorpresivamente me llegó una palabra,
apenas percibí su murmullo:
13 en una pesadilla nocturna,
cuando el sueño cae sobre los hombres,
14 me invadió el terror,
un temblor que estremeció todos mis huesos.
15 Un viento me rozó la cara,
el vello del cuerpo se me erizó.
16 Estaba de pie –no conocía su aspecto–;
sólo una figura ante mis ojos,
un silencio; después oí una voz:
17 ¿Puede algún mortal ser justo ante Dios?,
¿o un hombre ser puro frente a su Creador?
18 Si no confía en sus servidores
y aun en sus ángeles descubre faltas,
19 ¿cómo estarán limpios ante su Creador
los que habitan en casas de arcilla
cimentadas en barro?
20 Entre el alba y el ocaso se desmoronan,
sin que se note desaparecen para siempre.
21 Les arrancan las cuerdas de la tienda
y mueren sin haber aprendido.

5
1 Grita, a ver si alguien te responde;
¿a qué ángel recurrirás?
2 Porque la rabia mata al insensato
y la pasión da muerte al imprudente.
3 Yo vi un insensato echar raíces
y al momento se arruinó su casa,
4 sus hijos no tienen quien los ayude,
atropellados sin defensa ante los jueces,
5 sus cosechas las devoró el hambriento,
sus posesiones las arrebató la sequía
y el sediento se beberá su fortuna.
6 No nace del barro la desgracia,
la miseria no germina de la tierra:
7 es el hombre quien nace para la miseria,
como las chispas para perderse en el aire.
8 Yo que tú acudiría a Dios
para poner mi causa en sus manos.
9 Él hace prodigios incomprensibles,
maravillas innumerables:
10 da lluvia a la tierra,
riega los campos,
11 levanta a los humildes,
da refugio seguro a los abatidos,

---

el malvado el que sufre (4,7). 2. ¿Qué ser humano puede presentarse sin mancha ante el Creador? (4,17-21; cfr. 11, 11; 15,14-16; 25,4). 3. Los seres humanos engendran ellos mismos la desgracia (5,7). 4. El sufrimiento puede ser el correctivo que Dios impone como corresponde a un buen padre (5,17); la fidelidad a Dios trae abundancia de vida (5,23-26).

Elifaz concluye su discurso con una insistente llamada a la experiencia (5,27). Desgraciadamente, Job no lo sabe.

12 hace fracasar los proyectos del astuto
para que no prosperen sus planes,
13 enreda en sus propias redes al astuto
y hace abortar las intrigas del malvado;
14 así, en pleno día, tropiezan con las tinieblas,
a plena luz van a tientas como de noche.
15 Así Dios salva al pobre
de la lengua afilada, de la mano violenta;
16 da esperanza al débil
y a la maldad le cierra la boca.
17 Dichoso el hombre a quien Dios corrige:
no rechaces el escarmiento del Todopoderoso,
18 porque él hiere y venda la herida,
golpea y sana con su mano;
19 de seis peligros te salva
y al séptimo no sufrirás ningún mal;
20 en tiempo de hambre te librará de la muerte
y en la batalla, de la espada;
21 te esconderá del látigo de la lengua
y cuando llegue el desastre, no temerás;
22 de demonios y carestías te reirás,
no temerás a las fieras,
23 harás pacto con los espíritus del campo
y tendrás paz con las fieras,
24 disfrutarás de la paz de tu tienda
y cuando revises tu morada, nada faltará;
25 verás una descendencia numerosa
y a tus hijos como hierba del campo;
26 bajarás a la tumba lleno de vigor,
como se levanta una parva a su debido tiempo.
27 Todo esto lo hemos comprobado y es cierto:
escúchalo y saca conclusiones.

Respuesta de Job a Elifaz



1 Respondió Job:
2 Si pudiera pesarse mi pena
y juntarse en la balanza mis desgracias,
3 serían más pesadas que la arena;
por eso digo tantas necedades.

6,1–7,21 Respuesta de Job a Elifaz. Job replica en un fuerte arrebato emocional. Su angustia y sufrimiento son demasiado grandes como para expresarlos en palabras comedidas (6,1s), pero puede hablar, es más, debe hablar. Job, entonces, recurre a la oración. Como en el capítulo 3, aún ansía la muerte, pero este deseo no le lleva nunca a contemplar el suicidio. Job no es una estatua de piedra o de bronce sin sentimientos (6,12), sino una persona de carne y hueso que ha tocado fondo.

Reconociendo, por fin, la presencia de sus amigos, les da una lección de lo que significa para él la amistad. De un amigo se espera la lealtad y la amabilidad en tiempos de aflicción. Por el contrario, estos amigos suyos se parecen a los arroyos de Palestina que tan pronto se llenan de lluvia como se vuelven secos. No se puede uno fiar de ellos (6,14-21): vinieron, vieron y se marcharon (6,21). Job les desafía a que le digan en qué ha pecado para merecer tal tratamiento (6,24).

La vida es como una carga pesada y los humanos, unos esclavos. Él desaparecerá pronto para no regresar más, tragado por el abismo. Ésta y otras afirmaciones por el estilo indican claramente la ausencia en el libro de Job de la esperanza en la resurrección o de una vida después de la muerte (cfr. 10,21;14,10-12;16,22).

Job no se calla. En el contexto de todo el libro, el versículo 7,11 es verdaderamente importante. La fina-

4 Llevo clavadas las flechas del Todopoderoso
y siento cómo absorbo su veneno,
los terrores de Dios se han desplegado contra mí.
5 ¿Rebuzna el asno salvaje ante la hierba?,
¿muge el buey ante el forraje?,
6 ¿va uno a comer sin sal lo desabrido
o a encontrarle gusto a la clara del huevo?
7 Lo que me daba asco
es ahora mi alimento repugnante.
8 Ojalá se cumpla lo que pido
y Dios me conceda lo que espero:
9 que Dios se digne aplastarme
y que suelte su mano y me corte en dos.
10 Sería un consuelo para mí:
aun torturado sin piedad, saltaría de gozo,
por no haber renegado de las palabras del Santo.
11 ¿Qué fuerzas me quedan para resistir?,
¿qué destino espero para tener paciencia?
12 ¿Es mi fuerza la fuerza de las rocas
o es de bronce mi carne?
13 Ya no encuentro apoyo en mí
y la suerte me abandona.
14 Al amigo que sufre se le ama
aunque olvide el temor del Todopoderoso;
15 pero mis hermanos me traicionan como un torrente,
como un arroyo cuando se queda sin agua:
16 bajan turbios en tiempos del deshielo
cuando se deshace la nieve;
17 pero con el primer calor se secan
y en verano desaparecen de su cauce;
18 por ellos las caravanas se desvían de su curso,
se adentran en el desierto y se pierden.
19 Las caravanas de Temá los buscan
y los viajeros de Sabá esperan encontrarlo;
20 pero queda burlada su esperanza
y al llegar se ven decepcionados.
21 Igual ustedes, se han vuelto nada para mi,
ven algo terrible y sienten miedo.
22 ¿Les he pedido que me dieran algo,
que me regalaran parte de sus bienes,
23 que me libraran de mi adversario
o que me rescataran de la mano opresora?
24 Instrúyanme, que guardaré silencio;
háganme ver en qué me he equivocado.
25 Nadie puede rechazar un argumento correcto.
Pero, ¿qué prueban sus argumentos?
26 ¿Pretenden criticar mis palabras,
cuando lo que dice un desesperado es viento?

---

lidad de la apuesta sugerida por Satán era ver cómo Job iba a reaccionar, qué iba a decir. Ahora habla. ¿Por qué Dios no lo deja en paz, o al menos el tiempo suficiente para recobrar el aliento? (7,19). Aun en el caso de que haya pecado (¡de nuevo la cuestión!), ¿no puede Dios simplemente perdonar? Un abismo separa toda posible culpa de Job de sus sufrimientos. Pronto estará muerto y entonces ya será demasiado tarde (7,20s).

27 ¡Ustedes serían capaces de apostar la vida de un huérfano
y de vender aún a su propio amigo!
28 Ahora mírenme atentamente:
juro no mentir en su cara.
29 Sigamos, por favor, pero sin maldad;
sigamos, que está en juego mi inocencia.
30 ¿Hay maldad en mis labios?,
¿no pesa mi boca las palabras?

7 1 La vida del hombre en la tierra es como un servicio militar,
sus días son los de un jornalero:
2 como el esclavo, suspira por la sombra,
como el jornalero, espera el salario.
3 Mi herencia son meses vacíos,
me han sido asignadas noches de sufrimiento.
4 Al acostarme pienso: ¿Cuándo me levantaré?;
se hace larga la noche
y me canso de dar vueltas hasta el alba;
5 tengo el cuerpo cubierto de gusanos y costras,
la piel se me rompe y me supura.
6 Mis días corren más que la lanzadera del telar
y se consumen sin esperanza.

7 Recuerda que mi vida es un soplo
y que mis ojos no verán más la dicha.
8 No me verás, ojo del que mira,
cuando me mires tú, ya no estaré.
9 Como la nube pasa y se deshace,
el que baja a la tumba ya no sube;
10 no retorna a su casa
ni vuelve a contemplarlo su morada.
11 Por eso no frenaré mi lengua,
hablará mi espíritu angustiado,
se quejará mi alma entristecida.

12 ¿Soy el Océano o el Dragón
para que así me vigiles?
13 Cuando pienso que el lecho me aliviará
y la cama compartirá mis quejidos,
14 entonces me espantas con sueños
y me aterrorizas con pesadillas.
15 Preferiría morir asfixiado,
la muerte, antes que vivir con este cuerpo.
16 No he de vivir para siempre:
déjame, que mis días son un soplo.
17 ¿Qué es el hombre para que le des importancia,
para que te ocupes de él,
18 para que lo visites por la mañana
y lo examines a cada momento?

19 ¿Hasta cuándo seguirás vigilándome
sin dejarme ni siquiera tragar saliva?
20 Si he pecado, ¿qué te he hecho?
Centinela del hombre,

¿por qué me has tomado como blanco
y me he convertido en carga para mí?
21 ¿Por qué no me perdonas mi delito
y alejas mi culpa?
Si muy pronto me acostaré en el polvo,
me buscarás y ya no existiré.

Primer discurso de Bildad

8 1 Bildad de Suj habló a su vez y dijo:
2 ¿Hasta cuándo hablarás de esa manera
y serán tus palabras un huracán?
3 ¿Puede Dios falsear el derecho
o el Todopoderoso torcer la justicia?
4 Si tus hijos pecaron contra él,
ya los entregó en poder de sus delitos.

5 Pero si tú madrugas por buscar a Dios
y suplicas al Todopoderoso,
6 si te conservas puro y recto,
él cuidará de ti y restaurará tu legítima morada;
7 tu pasado será una pequeñez
comparado con tu magnífico futuro.
8 Pregunta a las generaciones pasadas,
atiende a lo que averiguaron tus padres;
9 nosotros somos de ayer, no sabemos nada;
nuestros días son una sombra sobre el suelo.

10 Pero ellos te instruirán,
te hablarán con palabras salidas del corazón.
11 ¿Brota el papiro fuera del pantano,
crece sin agua el junco?
12 Todavía verde, sin que lo arranquen,
se seca antes que otras hierbas.
13 Tal es el destino del que olvida a Dios,
en eso acaba la esperanza del impío.
14 Su confianza es frágil,
una telaraña su seguridad;
15 si uno se apoya en ella, no lo resiste;
si se agarra a ella, no lo sostiene.

16 Lleno de savia, al sol,
echa retoños por su huerto,
17 enreda las raíces entre piedras
y se agarra al cerco de piedras.

8,1-22 Primer discurso de Bildad. Con una insultante observación, el segundo amigo de Job entra en la refriega y se lanza inmediatamente a defender la justicia de Dios. Aunque estaba implícita antes, es ahora cuando la cuestión aparece tan claramente (3).

De acuerdo con la mejor tradición sapiencial, Bildad apela a la sabiduría acumulada en el decurso de los tiempos y transmitida por los antepasados (8-10). Haciéndose eco de ella, cita un proverbio de colorido Egipcio: así como las plantas necesitan del agua para desarrollarse y florecer, así los humanos necesitan de Dios para crecer y prosperar (11s). A continuación, Bildad desarrolla el ejemplo de la persona que se olvida de Dios. Semejante amnesia espiritual sólo puede acarrear tristes consecuencias; y aun en el caso de que esa persona alcance cierta prosperidad, ésta estará siempre pendiente de un hilo (13-19).

Por el contrario, Dios no se olvida del justo (20-22). Si Job se arrepintiera, de nuevo se llenaría su vida de risas y alegría. Irónicamente, Bildad nos hace entrever lo que efectivamente ocurrirá al final del libro (42,7-17).

18 Pero si lo eliminan de su sitio,
éste reniega de él diciendo: Nunca te he visto.
19 Así acaba su alegre carrera,
y otra planta brota de la tierra.
20 Dios no rechaza al hombre justo
ni da la mano a los malvados:
21 puede aún llenar tu boca de risas
y tus labios de gritos de júbilo;
22 tus enemigos se cubrirán de vergüenza
y la tienda del malvado desaparecerá.

Respuesta de Job a Bildad



9

1 Respondió Job:
2 Sé muy bien que es así:
que ante Dios nadie puede declararse inocente.
3 Aunque alguno pretenda discutir con él,
no podría responderle de mil veces, una.
4 Sabio de mente, rico de fuerza,
¿quién le resiste y queda sin castigo?
5 Él desplaza las montañas de improviso
y las vuelca con su cólera;
6 estremece la tierra en sus cimientos
y sus columnas retiemblan;
7 manda al sol que no brille
y guarda bajo sello las estrellas;
8 él solo despliega el cielo
y camina sobre las olas del mar;
9 creó la Osa y Orión,
las Pléyades y las constelaciones del Sur;
10 hace prodigios incomprensibles,
maravillas sin cuento.
11 Si cruza junto a mí, no lo veo,
pasa rozándome y no lo siento.

9,1–10,22 Respuesta de Job a Bildad. Aunque estos capítulos presentan muchos problemas de texto y traducción, es claro que abundan en imágenes tomadas de la justicia legal. Job se asemeja, a veces, a un demandante que quiere llevar a Dios a los tribunales (9,3) pero, desafortunadamente, siendo el encausado y el juez la misma persona, ¿qué posibilidades tiene de obtener justicia? Otras veces, Job mismo es el encausado que tiene que responder, pues en ello le va la vida (9,14). La impotencia de nuestro héroe se va haciendo cada vez más patente, sobre todo frente al abrumador poder creador de Dios.

A pesar de todo, el lenguaje de Job se hace progresivamente más atrevido y franco. No puede ser justificado (declarado inocente), cuando el encausado y el juez son la misma y tan poderosa persona. No sabe qué hacer ni qué decir, pues diga lo que diga no va a servir para nada. A lo largo de los versículos que siguen, la abundancia de preguntas condicionales muestran a un Job perplejo, tanteando una u otra posible vía de salida.

La vida de Job se va consumiendo rápidamente, con la velocidad de un corredor o de un barco navegando por el Nilo o de un águila en la trayectoria de su vuelo. No puede salir victorioso de la contienda. Y aun en el caso de que lograra limpiar su reputación, Dios simplemente volvería a mancharla de nuevo (9,25-31).

Olvidado por sus amigos, Job desearía encontrar una tercera persona, un árbitro imparcial (cfr. 16,19; 19,25) que estableciera justicia entre Dios y él, pero sabe que esto es imposible. Presa de la desesperación, comienza de nuevo a aborrecer la vida (9,33-35b).

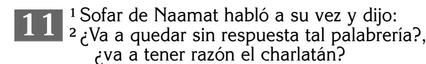
Job recurre de nuevo a las lamentaciones. A falta de otra cosa que decir, desea, al menos, desahogar su queja (como en 7,10): «qué tienes contra mí» (10,2). Job apela a la memoria de Dios, recordándole aquellos días felices en que el creador lo formó, al igual que un alfarero o artesano de quesos o un sastre que realiza su trabajo con cuidado y maestría (10,9-12). ¿Por qué Dios lo persigue ahora, acorralándolo como a un animal salvaje? (10,16). Como en 3,11 y 7,15, invoca de nuevo a la muerte de la cual no se regresa (10,18-22).

12 Si agarra una presa, ¿quién se la quitará?,
¿quién podrá decirle: ¡Qué estás haciendo!?
13 Dios no cede en su enojo,
bajo él se encorvan las legiones del Caos.
14 ¡Cuánto menos podré yo replicarle
o buscar argumentos contra él!
15 Aunque tuviera yo razón, no recibiría respuesta,
tendría que suplicar a mi adversario;
16 aunque lo citara para que me respondiera,
no creo que me hiciera caso;
17 me arrollaría con la tormenta
y me heriría mil veces sin motivo;
18 no me dejaría ni tomar aliento,
me saciaría de amargura.
19 Si se trata de fuerza él es el más fuerte;
si de justicia, ¿quién lo hará comparecer?
20 Aunque tuviera yo razón me condenaría,
aunque fuera inocente, me declararía perverso.
21 Soy inocente; no me importa la vida,
desprecio la existencia;
22 porque todo da lo mismo y me atrevo a decir:
Dios trata igual a inocentes y culpables.
23 Si una catástrofe siembra la muerte de improviso,
él se burla de la desgracia del inocente;
24 deja la tierra en poder de los malvados
y venda los ojos a sus gobernantes:
¿quién sino él lo hace?
25 Mis días corren más que un correo
y se escapan sin haber probado la felicidad;
26 se deslizan como ligeras canoas,
como águila que se abate sobre la presa.
27 Y si me digo: Olvidaré mi tristeza,
pondré buena cara,
28 temo toda clase de desgracias,
sabiendo que no me perdonará.
29 Y si soy culpable, ¿de qué sirve que me esfuerce?
30 Aunque me frotara con jabón
y me lavara las manos con lejía,
31 me hundirías en el fango
y mis vestidos me darían asco.
32 Dios no es un hombre como yo para decirle:
Vamos los dos a un tribunal.
33 No hay un árbitro entre nosotros
que pueda tener autoridad sobre ambos
34 y apartar de mí su látigo,
para que no me enloquezca con su terror.
35 Así hablaría sin miedo;
de lo contrario no soy dueño de mí mismo.

10 1 Estoy hastiado de la vida:
así que voy a dar rienda suelta a mis quejas
desahogando la amargura de mi alma.

2 Pediré a Dios: No me condenes,
hazme saber qué tienes contra mí.
3 ¿Te parece bien oprimirme y despreciar la obra de tus manos,
mientras favoreces los planes del malvado?
4 ¿Tienes ojos de carne
o ves como ven los hombres?
5 ¿Son tus días como los de un mortal
y tus años como los de un hombre
6 para que busques mi culpa
y examines mi pecado,
7 aunque sabes que no soy culpable
y que nadie me librará de tus manos?
8 Tus manos me formaron, ellas modelaron
todo mi contorno, ¿y ahora me aniquilas?
9 Recuerda que me hiciste de barro,
¿y me vas a devolver al polvo?
10 ¿No me derramaste como leche?,
¿no me cuajaste como queso?,
11 ¿no me forraste de carne y piel?,
¿no me tejiste de huesos y tendones?,
12 ¿no me otorgaste vida y favor
y tu providencia no custodió mi espíritu?
13 Y con todo, algo te guardabas:
ahora sé que pensabas esto:
14 que si pecaba, me estarías vigilando
y no me dejarías sin castigo;
15 que si era culpable, ¡ay de mí!;
que si era inocente, tampoco levantaría cabeza,
lleno de vergüenza y embriagado de miserias;
16 que si la levantaba, me darías caza como a un león,
repitiendo tus proezas contra mí,
17 renovando tus ataques contra mí,
redoblando tu cólera contra mí,
tus tropas de relevo sobre mí.
18 Entonces, ¿por qué me sacaste del vientre?
Pude haber muerto sin que unos ojos me vieran,
19 y ser como si no hubiera existido,
conducido del vientre al sepulcro.
20 ¡Qué pocos son mis días!
Que Dios acabe y se aparte de mí,
y tendré un instante de alegría,
21 antes de partir, para no volver,
al país de tinieblas y sombras,
22 a la tierra de la oscuridad y el desorden,
donde la misma claridad es sombra.

Primer discurso de Sofar



11
1 Sofar de Naamat habló a su vez y dijo:
2 ¿Va a quedar sin respuesta tal palabrería?,
¿va a tener razón el charlatán?

11,1-20. Primer discurso de Sofar. El ataque con que abre Sofar su discurso hace aparecer el de Bildad, por comparación, comedido y cortés (8,2). ¿Cómo es posible que el que más habla sea declarado inocente? (2). Contrariamente a 11,4, Job no ha pretendido enseñar nada a nadie, sólo ha querido dar voz a su con-

3 ¿Hará callar a otros tu palabrería?,
¿te burlarás sin que nadie te confunda?
4 Tú has dicho: Mi doctrina es limpia,
soy puro ante tus ojos.
5 Pero que Dios te hable,
que abra los labios para responderte:
6 él te enseñará secretos de sabiduría,
muy difíciles de entender, y sabrás
que aun parte de tu culpa te perdona.
7 ¿Pretendes conocer la profundidad de Dios
o abarcar la perfección del Todopoderoso?
8 Es más alta que el cielo: ¿qué vas a hacer tú?;
es más honda que el abismo: ¿qué sabes tú?;
9 es más larga que la tierra
y más ancha que el mar.
10 Si se presenta y encarcela y cita a juicio,
¿quién se lo puede impedir?
11 Él conoce a los hombres falsos;
si ve la maldad, ¿no la sabrá discernir?
12 Pero el necio se volverá sabio
cuando el asno salvaje se domestique.
13 En cuanto a ti, si diriges tu corazón a Dios,
y extiendes las manos hacia él;
14 si alejas tu mano de la maldad,
y no alojas en tu tienda la injusticia,
15 entonces podrás alzar la frente sin mancha,
acosado, no sentirás miedo,
16 olvidarás tus desgracias
o las recordarás como agua que pasó;
17 tu vida resurgirá como un mediodía,
tus tinieblas serán una aurora;
18 tendrás tranquilidad en la esperanza,
mirarás alrededor y te acostarás tranquilo,
19 descansarás sin que nadie te asuste,
y muchos buscarán tu favor.
20 Pero a los malvados se les ciegan los ojos,
no encuentran escapatoria,
y el último suspiro será su única esperanza.

Respuesta de Job a Sofar



1 Respondió Job:
2 ¡Qué gente tan importante son,
con ustedes morirá la sabiduría!,

---

fusión y a su pena ante los oídos sordos de sus amigos.

Censurando a Job por mostrarse tan seguro de sí mismo sin respetar el misterio de la sabiduría (7-17), Sofar revela su pretendida seguridad y la ignorancia de los límites de su propia sabiduría. Su consejo podría resumirse así: olvídate de esas ideas tan radicales, reza tus oraciones y enmienda tu vida (13s).

Si Job lo hace, de acuerdo con la doctrina de la retribución de su amigo, gozará de una próspera existencia y encontrará, por fin, la paz. También recobrará el honor, sus virtudes serán reconocidas y muchos acudirán a él pidiendo su intercesión (19b). La ironía del consejo está en que al final (42,8s) serán precisamente los amigos los que implorarán la intercesión de Job.

12,1–14-22 Respuesta de Job a Sofar. Indiferente a la acusación de Sofar, Job se lanza a lo que será su discurso más largo, con excepción de los capítulos 29–31. El capítulo 12 abunda en ideas y terminología

3 pero también yo tengo inteligencia
y no soy menos que ustedes:
¿quién no sabe todo eso?
4 Soy el hazmerreír de mi vecino,
yo, que llamaba a Dios y me escuchaba;
5 soy una antorcha que el satisfecho no aprecia,
pero que sirve a los pies que vacilan.
6 Mientras tanto hay paz en las tiendas de los bandidos,
y viven tranquilos los que desafían a Dios,
pensando que lo manejan a su antojo.
7 Pregunta a las bestias y te instruirán,
a las aves del cielo y te informarán,
8 a los reptiles del suelo y te darán lecciones,
te lo contarán los peces del mar:
9 con tantos maestros, ¿quién no sabe
que la mano del Señor lo ha hecho todo?
10 En su mano está la respiración de los vivientes
y el aliento de la carne de cada uno.
11 ¿No distingue el oído las palabras
y no saborea el paladar los manjares?
12 ¿No está en los ancianos la sabiduría
y la prudencia en los viejos?
13 Pues él posee sabiduría y poder,
la inteligencia y la prudencia son suyas.
14 Lo que él destruye nadie lo levanta;
si él aprisiona, no hay escapatoria;
15 si retiene la lluvia, viene la sequía;
si la suelta, se inunda la tierra.
16 Él posee fuerza y eficacia,
suyos son el engañado y el que engaña,

---

sapienciales; el 13, en expresiones legales; el 14, en lamentaciones.

En una cultura del honor y la vergüenza, «lo que diga la gente» es muy importante, y así, en 12,4-6 Job manifiesta cómo sus desventuras le han traído el deshonor y la desgracia al convertirse en la burla y el menosprecio de sus vecinos y allegados. En 8,8-10 Bildad había apelado a la autoridad de la tradición transmitida por los antepasados. Aquí Job hace una parodia de esta tradición, apelando a su vez a los estúpidos animales, los cuales saben muy bien lo que, por lo visto, sus amigos desconocen: que la desgracia no está siempre conectada a una mala conducta. El proverbio citado en 12,11 subraya que la sabiduría tradicional debe ser sometida a examen por la experiencia, al igual que la boca paladea el alimento.

Elifaz ha hablado antes (5,10-13) del Dios que crea. Aquí (12,13-25), Job habla del Dios que introduce el caos en el mundo natural (12,15; 19,21s), haciéndose eco de la historia del diluvio universal (Gn 6-8). También en la sociedad humana, el orden social (es decir, la justicia) depende del sabio gobierno de los reyes, consejeros y jueces (12,17; 18,20). El poder y la fuerza de Dios se conjugan con su sabiduría y su prudencia (12,13-16); el problema está en que no podemos imaginar cómo, por eso los mortales nos movemos a tientas en la oscuridad (12,24s).

De nuevo, Job quiere llevar a Dios ante los tribunales (13,3). En una cultura oral, las palabras constituyen el verdadero tejido de la sociedad y esto alcanza su máxima expresión en la formalidad de un tribunal de justicia. Ésta es la razón por la que el Antiguo Testamento hace hincapié en la obligación de dar testimonio fidedigno (Éx 20,16) y en la necesidad de la comparecencia de dos o tres testigos para establecer legalmente una acusación (Dt 19,15).

Job tiene ciertamente tres testigos, pero su testimonio, ¡es falso! ¿Se piensan acaso que están sirviendo a Dios con su falsedad? ¿Están mintiendo para hacer un favor a Dios o para defenderse a sí mismos y a su segura teología? –He aquí una buena pregunta para los ministros de la pastoral–. Los versículos 13,9-11 anticipan lo que va a suceder en 42,7-9.

Para demostrar que las palabras de su amigo ni le han intimidado ni reducido al silencio, Job afirma que está dispuesto a defender su causa ante el mismo Dios y, ¡salir con vida! Esto demostrará que tiene razón, pues los pecadores no pueden vivir en su presencia (13,16). Job se dirige, pues, a Dios (13,20-27) y le dice con osadía que, sin condiciones, un debate con Él lo

17 convierte en imprudentes a los sabios
y hace enloquecer a los gobernantes,
18 despoja a los reyes de sus insignias
y les ata una soga a la cintura,
19 hace imprudentes a los sacerdotes
y trastorna a los nobles,
20 quita la palabra a los consejeros
y priva de sensatez a los ancianos,
21 arroja desprecio sobre los señores
y pone fin a la prepotencia de los robustos;
22 revela lo más hondo de las tinieblas
y saca a la luz las sombras,
23 levanta pueblos y los arruina,
engrandece naciones y las destruye,
24 quita el talento a los jefes
y los extravía por una inmensidad sin caminos;
25 van a tientas en densa oscuridad
y los hace tambalear como borrachos.

13 1 Todo eso lo han visto mis ojos,
lo han oído mis oídos, y lo comprendo:
2 lo que ustedes saben yo también lo sé,
y no soy menos que ustedes.
3 Pero yo quiero dirigirme al Todopoderoso,
deseo discutir con Dios,
4 mientras ustedes cubren todo con mentiras
y son unos médicos matasanos.
5 ¡Ojalá se callaran del todo,
eso sí que sería saber!
6 Por favor, escuchen mi defensa,
pongan atención a las razones de mis labios;
7 ¿o es que intentan defender a Dios
con mentiras e injusticias?
8 ¿Quieren ponerse de parte de Dios
o convertirse en sus abogados?
9 ¿Qué pasaría si Dios los examinara?,
¿intentarían engañarlo como a un hombre?

---

tiene ya perdido de antemano. Dios debe prometer a Job no abrumarlo con su divino poder («mano») que deja desarmado e impotente a todo aquel a quien toca (cfr. Éx 23,27). Con esa condición Job aceptaría comparecer como acusado (13,22a) o bien como demandante (13,22b).

Job se da cuenta de esta insensata confianza y rápidamente vuelve a lamentarse. Se encuentra en un callejón sin salida: Dios está o demasiado lejos (13,24a) o demasiado cerca (13,24b). Su situación viene gráficamente expresada (en hebreo) con un juego de palabras: Dios está tratando a Job (´ivyob) como a un enemigo (óyeb), y ésta es la fuente de su pena constante.

Ciertamente no puede considerarse sin pecado (13, 26), pero cualquiera que sea su falta, no es para merecer esto. Su lamento desvela el lado oscuro de la existencia, deteniéndose en dos aspectos: la vida humana es frágil y transitoria (14,1-6) y no hay esperanza de vida después de la muerte (14,7-22). Morimos, y ahí termina todo. Solamente el dolor corporal y la zozobra interna acompañan al afligido en su soledad (14,18-22).

Con esta lúgubre nota de desesperación termina la primera serie de discursos. Para los amigos es la justicia de Dios lo que está en juego; para Job, la integridad de su experiencia. Aquellos han tomado el partido de Dios, o mejor, de sus ideas acerca de Dios, que son las que frecuentemente las «personas piadosas» confunden con el verdadero Dios. Job se aferra a su experiencia y, lo que es peor, se niega a quedarse callado.

10 Si a escondidas son parciales,
él los castigará severamente.
11 ¿No los atemoriza su majestad,
no los aplasta su terror?
12 Sus argumentos son proverbios polvorientos,
y sus razones son arcilla.
13 Guarden silencio, que voy a hablar yo:
pase lo que pase,
14 arriesgaré todo,
me jugaré la vida,
15 y aunque intente matarme, lo esperaré,
con tal de defenderme en su presencia;
16 eso sería ya mi salvación,
porque el impío no se presenta ante él.
17 Escuchen atentamente mis palabras,
pongan atención a mis razones:
18 he preparado mi defensa
y sé que soy inocente.
19 ¿Quiere alguien pleitear conmigo?
Porque callar ahora sería morir.
20 Concédeme, Dios, estas dos cosas
y no me esconderé de tu presencia:
21 que mantendrás lejos de mí tu mano
y que no me espantarás con tu terror;
22 después acúsame y yo te responderé,
o hablaré yo y tú me replicarás.
23 ¿Cuántos son mis pecados y mis culpas?
Demuéstrame mis delitos y pecados.
24 ¿Por qué ocultas tu rostro
y me tratas como a tu enemigo?,
25 ¿por qué asustas a una hoja que se lleva el viento
y persigues la paja seca?
26 Apuntas en mi cuenta rebeldías,
me achacas pecados de mi juventud
27 y me pones cadenas en mis pies,
vigilas todos mis pasos
y examinas mis huellas.
28 Así este hombre se desgasta como un leño podrido,
como vestido destruido por la polilla.

14 1 El hombre nacido de mujer,
de vida breve, lleno de inquietudes;
2 como flor se abre y se marchita,
huye como la sombra sin parar.
3 ¿Y en uno así clavas los ojos
y me llevas a juicio contigo?
4 ¿Quién sacará pureza de lo impuro?
¡Nadie!
5 Si sus días están contados
y sabes el número de sus meses,
si le has puesto un límite infranqueable,
6 aparta de él tu vista y déjalo
hasta que complete, como jornalero, su jornada.

7 Un árbol tiene esperanza:
aunque lo corten, vuelve a rebrotar
y no deja de echar renuevos;
8 aunque envejezcan sus raíces en tierra
y el tronco se esté pudriendo en el suelo,
9 al olor del agua reverdece
y echa follaje como planta joven.
10 Pero el varón muere y queda inmóvil,
¿adónde va el hombre cuando expira?
11 Falta el agua de los lagos,
los ríos se secan y aridecen:
12 así el hombre se acuesta y no se levanta;
pasará el cielo y él no despertará
ni se levantará de su sueño.

13 ¡Ojalá me guardaras en el Abismo,
escondido mientras pasa tu cólera,
y fijaras un plazo para acordarte de mí!
14b Cada día de mi servicio esperaría
que llegara mi relevo;
15 con nostalgia por la obra de tus manos
tú me llamarías y yo respondería;
16 en lugar de contar mis pasos, como ahora
dejarías de vigilar mi pecado,
17 guardarías en una bolsa bien cerrada mis delitos
y limpiarías mis culpas.

18 Una montaña se inclina y se derrumba,
una roca se mueve de su sitio,
19 el agua desgasta las piedras,
la lluvia arrastra las tierras,
y tú destruyes la esperanza del hombre.
14a Muerto el hombre, ¿puede revivir?
20 Lo aplastas para siempre y se va,
le desfiguras el rostro y lo expulsas.
21 Sus hijos se enriquecen sin que él se entere,
se arruinan sin que él lo advierta.
22 Sólo siente el tormento de su carne,
sólo siente la pena de su alma.

SEGUNDA SESIÓN DE DISCURSOS

Segundo discurso de Elifaz

15 1 Elifaz de Temán habló a su vez y dijo:
2 ¿Responde un sabio con doctrina falsa
o llena su pecho de puro viento?

15,1–21,34 Segunda sesión de discursos.

15,1-35 Segundo discurso de Elifaz. Al principio (4s), Elifaz se mostraba respetuoso, ahora cambia de tono. Job no habla con prudencia, es más, está completamente loco. Su misma boca, lengua y labios –todos los órganos de la palabra (5s) lo condenan–. Continuando su ataque contra la pretendida sabiduría de Job, Elifaz le pregunta con sarcasmo si es un místico o un sabio primordial (cfr. Ez 28,11-19), engendrado de una manera especial antes de la creación (7). La misma imagen, con casi idénticas palabras, es aplicada en Prov 8,25b a la figura personificada de la sabiduría de Dios. ¿Acaso Job ha tenido acceso al Consejo de Dios? (8). La ironía está en que precisamente allí, en el Consejo de Dios, es donde comenzaron los problemas de Job.

3 ¿Usa argumentos sin valor
o palabras sin sentido?
4 Tú, en cambio, destruyes aun el temor de Dios
y eliminas la oración;
5 tus culpas inspiran tus palabras
y adoptas el lenguaje de la gente astuta.
6 Te condena tu boca, no yo;
tus labios atestiguan contra ti.
7 ¿Has sido el primer hombre en nacer?,
¿te engendraron antes que a las colinas?
8 ¿Escuchas acaso los secretos de Dios?,
¿has acaparado la sabiduría?
9 ¿Qué sabes que nosotros no sepamos?,
¿qué entiendes que no entendamos?
10 Entre nosotros hay canas venerables,
alguien más anciano que tu padre.
11 ¿Te parecen poco los consuelos de Dios
y la palabra suave que se te insinúa?
12 ¡Cómo te arrebata la pasión
y se te saltan los ojos!
13 Vuelves contra Dios tu furor,
soltando protestas por la boca.
14 ¿Cómo puede el hombre ser puro
o inocente el nacido de mujer?
15 Ni aun a sus ángeles los encuentra fieles
ni el cielo es puro a sus ojos;
16 ¡cuánto menos el hombre, detestable y corrompido,
que se bebe como agua la maldad!
17 Escúchame, que voy a hablarte,
voy a contarte lo que he visto,
18 lo que los sabios proclamaron sin ocultarlo,
recibido de sus antepasados;
19 a ellos solos les dieron el país
y ningún extranjero lo recorrió con ellos.
20 El malvado pasa la vida entre tormentos,
son pocos los años reservados para el tirano;
21 escucha ruidos que lo espantan,
cuando está más tranquilo, lo asaltan los bandidos;
22 no espera escapar de las tinieblas
porque está reservado para la espada;
23 lo arrojan como pasto a los buitres,
sabe que su desgracia es inminente;
24 el día oscuro lo aterroriza,
la angustia y la inquietud lo asaltan,
como un rey dispuesto al ataque.
25 Porque extendió la mano contra Dios
y desafió al Todopoderoso,

Elifaz se incluye a sí mismo entre los sabios, ancianos de cabello blanco (10a). El versículo 10b sugiere que quizás Job no fuera tan entrado en años como comúnmente se lo retrata. Si después engendrará hijos e hijas, debe rondar ahora en la mediana edad. Elifaz apela a la tradición antigua (17s; cfr. 8,8), y lanza una seria advertencia sobre el destino de los malvados (15,17-35), concluyendo con un comentario proverbial contra la futilidad de la insensatez (30-35).

26 arremetió ciegamente contra él
protegido por un escudo macizo y abollonado;
27 porque iba engordando su cara
y los muslos se le hinchaban de gordura,
28 habitará ciudades abandonadas,
casas inhabitables que amenazan ruina.
29 Ya no será rico ni durará su fortuna
ni bajarán al sepulcro sus posesiones
30 ni escapará de las sombras;
el calor quemará sus brotes
y el viento arrebatará sus flores.
31 Que no se engañe confiando en la mentira,
pues se lo pagarán con mentira;
32 antes de tiempo se marchitará su follaje
y no volverán a verdear sus ramas;
33 será como una parra cuyas uvas no maduran,
como olivo que sacude sus flores.
34 La banda de los impíos es estéril,
el fuego devorará las tiendas de los deshonestos.
35 Concibe miseria y da a luz desgracia,
en su vientre lleva la mentira.

Respuesta de Job a Elifaz

16 1 Respondió Job:
2 He oído ya mil discursos semejantes,
todos ustedes son unos consoladores inoportunos.
3 ¿No hay límite para los discursos vacíos?
¿Qué te impulsa a replicar?
4 ¿Hablaría yo como ustedes
si ustedes estuvieran en mi lugar?
¿Compondría discursos contra ustedes
moviendo burlonamente la cabeza?
5 ¿Los reconfortaría con la boca?,
¿o la compasión frenaría mis labios?
6 Pero aunque hable, no se alivia mi dolor,
aunque calle, no se aparta de mí,
7 y al fin Dios ha acabado con mis fuerzas,
su guardia me ha prendido
8 y se levanta a testimoniar contra mí
acusándome en falso en mi cara.
9 El furor de Dios me ataca y me desgarra,
rechina los dientes contra mí
y me clava sus ojos agresivos.

16,1–17,16 Respuesta de Job a Elifaz. Job se impacienta. Le gustaría que sus amigos estuviesen en su situación para administrarles la misma medicina. En el lenguaje típico de las lamentaciones (cfr. Sal 22,7-9,13s; 17,22) habla del acoso de sus enemigos. A veces, su pensamiento divaga entre el cielo y la tierra, ya dirigiéndose a Dios, ya a sus amigos. Job reacciona no con expresiones de arrepentimiento sino con gestos de dolor y de pesadumbre (16,15; cfr. 1,20), como quien siente la muerte cercana (16,18–17,2).

Existía la creencia en el Antiguo Testamento de que la sangre de una víctima inocente clamaba desde la tierra pidiendo justicia –por ejemplo, la sangre de Abel (Gn 4,10)–. Job espera que después que la muerte haya cerrado sus labios, su sangre siga gritando. Antes, olvidado de sus amigos, buscaba un árbitro entre él y Dios; ahora espera un testigo, un intercesor allá arriba (16, 19), seguramente un miembro del Consejo celestial que, contrariamente a lo que hizo Satán, interceda a su favor.

10 La gente abre la boca para acusarme, me abofetean con desprecio,
todos se confabulan contra mí.
11 Dios me entrega a los malvados,
me arroja en manos criminales.
12 Vivía yo tranquilo cuando me destrozó,
me agarró por la nuca y me descuartizó,
hizo de mí su blanco;
13 de todos lados me dispara,
me atravesó los riñones sin piedad
y derramó por tierra mi hiel;
14 me abrió herida tras herida
y me asaltó como un guerrero.
15 Me he cosido un sayal sobre la piel
y he hundido mi frente en el polvo.
16 Tengo la cara enrojecida de llorar
y la sombra me rodea los párpados;
17 aunque en mis manos no hay violencia
y es sincera mi oración.
18 ¡Tierra, no cubras mi sangre!
¡No se detenga mi pedido de justicia!
19 En el cielo está mi testigo,
en la altura mi defensor,
20 el que interpreta mis pensamientos ante Dios:
a él alzo los ojos llorosos;
21 que juzgue entre este mortal y Dios,
como se juzga un pleito entre los humanos;
22 porque mis años están contados
y emprenderé el viaje sin retorno.

17 1 Se me turba la mente, mis días se apagan,
me espera el sepulcro:
2 sólo burlas me acompañan
y estoy harto de provocaciones.
3 Sé tú mi garante ante ti mismo,
¿quién, si no, responderá por mí?
4 Tú has cerrado su mente al razonamiento
y no los dejarás triunfar.
5 Si alguien denuncia al prójimo para despojarlo,
a sus hijos se les consumirán los ojos.
6 Me ha hecho objeto de burla para la gente,
como alguien a quien se escupe en la cara;
7 mis ojos se consumen irritados
y mis miembros son todos como sombra.
8 Los justos se asombran al verlo
y el inocente se indigna contra el malvado;
9 pero el justo se afirma en su camino
y el de manos puras fortalece su ánimo.

El texto hebreo de 17,3-10, no es muy claro; parece como si Job pidiera a Dios que permita a alguno de sus consejeros hacerse cargo de su defensa, como acontece en los juicios (cfr. Gn 38,17; Dt 24,6-17). Pero no hay ninguno. Definitivamente se ha convertido en el escarnio de todos; su destino es la vergüenza. Olvidado, solo, burlado, su pensamiento retorna a la muerte (17,11-16), presentada con una serie de imágenes negativas: el país de los difuntos (17,13-16), oscuridad (17,13), corrupción y gusanos (17,14), polvo (17,16).

10 Vengan todos, vuelvan:
que entre ustedes no encontraré un sabio.
11 Pasan mis días, fracasan mis planes,
y las aspiraciones de mi corazón,
12 pero ustedes convierten la noche en día,
en luz cercana la tiniebla presente.
13 ¡Nada espero! El Abismo es mi casa,
me hago la cama en las tinieblas,
14 a la podredumbre la llamo madre,
a los gusanos padre y hermanos.
15 ¿Dónde ha quedado mi esperanza?
Mi esperanza, ¿quién la ha visto?
16 Bajará a las puertas del Abismo
cuando nos hundamos juntos en la tierra.

Segundo discurso de Bildad



1 Bildad de Suj tomó la palabra y dijo:
2 ¿Cuándo pondrás freno a las palabras?
Reflexiona y luego hablaremos.
3 ¿Por qué nos consideras unas bestias
y nos tratas como estúpidos?
4 Tú que te destrozas con tu enojo,
¿va a despoblarse la tierra por tu causa
o a moverse la roca de su sitio?
5 La luz del malvado se apaga
y no brilla la llama de su hogar,
6 se oscurece la luz de su tienda
y se le apaga la lámpara,
7 se acortan sus pasos vigorosos
y sus propios proyectos lo derriban;
8 sus pies lo llevan a la trampa
y camina entre redes,
9 un lazo lo engancha por los tobillos
y la trampa se cierra sobre él.
10 Hay nudos escondidos en el suelo
y trampas en su senda.
11 Lo rodean temores que lo espantan,
lo persiguen a cada paso;
12 su vigor desaparece
y la desgracia se pega a su costado,
13 la enfermedad, hija preferida de la muerte, corroe su piel,
devora sus miembros.
14 Lo arrancan de la paz de su tienda
para conducirlo al Rey de los terrores;
15 prenden fuego a su tienda
y esparcen azufre en sus posesiones;

18,1-21 Segundo discurso de Bildad. Tras unas breves palabras de reproche, Bildad prorrumpe en una extensa descripción de la suerte de los malvados (cfr. 15, 20-35). Usa seis términos diferentes del argot de la caza, cuya significación no es muy clara. Las alusiones a la tienda destruida (4b-15) o a morir sin descendencia (16-19) probablemente se hacen eco de las aflicciones de Job en el capítulo primero. En aquel tiempo, a falta de una esperanza de vida después de la muerte, la sola supervivencia a la que se podía aspirar era el nombre y la memoria que preservarían los descendientes. Sin ellos, era como si la persona jamás hubiera existido. No se podía imaginar destino peor (18s).

16 por debajo sus raíces se secan,
por arriba su ramaje se marchita.
17 Su recuerdo se acaba en el país
y se olvida su nombre en la región;
18 expulsado de la luz a las tinieblas,
desterrado del mundo,
19 sin familia ni descendencia entre su pueblo,
sin un superviviente en su territorio.
20 De su destino se espantan los de occidente
y los de oriente se horrorizan.
21 ¡Tal es la morada del malvado,
el lugar del que no reconoce a Dios!

Respuesta de Job a Bildad

19 1 Respondió Job:
2 ¿Hasta cuándo seguirán entristeciéndome
y aplastándome con palabras?
3 Ya van diez veces que me insultan
y me maltratan desvergonzadamente.
4 Si es que he cometido un error,
con ese error me quedo yo.
5 ¿O es que quieren cantar victoria
echándome en cara mi desgracia?
6 Sepan que es Dios el que me ha trastornado
envolviéndome en sus redes.
7 Grito: ¡Violencia!, y nadie me responde;
pido socorro y no me defienden.
8 Él me ha cerrado el camino y no tengo salida,
ha llenado de tinieblas mi sendero,
9 me ha despojado de mi honor
y me ha quitado la corona de la cabeza;
10 ha demolido mis muros y tengo que marcharme,
ha sacado de raíz mi esperanza como un árbol.
11 Ardiendo en ira contra mí,
me considera su enemigo.

19,1-29 Respuesta de Job a Bildad. Job comienza con una típica pregunta de las lamentaciones: «¿Hasta cuando?». Las «diez veces» del versículo 3 hay que tomarlas en el sentido de «a menudo y repetidamente». Aunque no muy claro textualmente, los versículos 4s implican: «aunque yo sea culpable, éste es mi problema, y ustedes no tienen derecho a alegrarse a costa del sufrimiento ajeno». Como para dejar constancia, Job afirma de nuevo que Dios le está tratando injustamente (6), mencionando las veces que se ha comportado así con él (7-14). No sólo le ha abandonado Dios, también sus amigos y familiares (13-22). Se encuentra solo y avergonzado. El exacto sentido del versículo 10 no es muy claro, pero debe significar algo así como «he sido reducido a tal extremo que apenas me mantengo vivo».

Solo y cercano a la muerte, Job se aferra a la última esperanza que le queda de reivindicar su causa (23-29). Desea que su declaración de inocencia sea esculpida en piedra para que hable por él después de su muerte (23s). Seguidamente (25-27) busca otra clase de reivindicación, pero, ¿cuál?, ¿cuándo?

Nos encontramos ante unos de los más famosos y difíciles versículos del libro (25). El «defensor» –algo así como nuestro «Defensor del Pueblo»– era un oficio de la sociedad tribal que llevaba consigo la obligación de defender y proteger a los miembros más débiles de la familia. Aunque sus funciones eran varias (cfr. Lv 25,23s; 47-55; Dt 25,5-10; Rut 4,1-6), la primera obligación del «Defensor» era mantener la unidad vital de la familia o de la tribu.

Job acaba de decir que todos sus amigos y afines le han olvidado; ahora se aferra al último hilo de esperanza: a lo mejor le queda algún familiar por ahí que aparezca, se presente en el tribunal y reivindique su inocencia.

¿Quién es ese defensor? Algunos comentaristas opinan que es Dios; otros, más convincentemente, opi-

12 Llegan en masa sus escuadrones,
se abrieron camino hasta mí
y han acampado cercando mi tienda.
13 Mis hermanos se alejan de mí,
mis parientes me tratan como a un extraño,
14 me abandonan vecinos y conocidos
y me olvidan los huéspedes de mi casa;
15 mis esclavas me tienen por un extraño,
les resulto un desconocido;
16 llamo a mi esclavo y no me responde
y hasta tengo que rogarle.
17 A mi mujer le repugna mi aliento
y mi hedor a mis propios hijos,
18 aun los chiquillos me desprecian
y me insultan apenas me levanto;
19 mis íntimos me aborrecen,
los más amigos se vuelven contra mí.
20 Se me pegan los huesos a la piel,
y a duras penas sigo con vida.
21 ¡Piedad, piedad de mí, amigos míos,
que me ha herido la mano de Dios!
22 ¿Por qué me persiguen como lo hace Dios
y no se cansan de atormentarme?
23 ¡Ojalá se escribieran mis palabras,
ojalá se grabaran en cobre,
24 con cincel de hierro y con plomo
se escribieran para siempre en la roca!
25 Yo sé que está vivo mi defensor
y que al final se alzará sobre el polvo:
26 después de que me arranquen la piel,
ya sin carne veré a Dios;
27 yo mismo lo veré, no como extraño,
mis propios ojos lo verán.
¡El corazón se me deshace en el pecho!
28 Y si dicen: ¿Cómo vamos a perseguirlo?
¿qué pretexto encontraremos para procesarlo?
29 Teman la espada para ustedes,
porque la espada será el pago de las culpas,
y entonces sabrán que hay un juez.

Segundo discurso de Sofar



1 Sofar de Naamat habló a su vez y dijo:
2 Mis pensamientos me impulsan a responder,
pues me siento inquieto.

---

nan que se trata de una tercera persona que, junto a Job, pueda hacer frente al que es al mismo tiempo juez, acusador y ejecutor, es decir, a Dios. Pero, ¿cuándo ocurrirá esto?

San Jerónimo en su traducción de la Vulgata –de donde lo ha tomado Hendel para su Messiah– afirma que eso ocurrirá en el día de la resurrección, pero tal versión va en contra de la posición que se mantiene a lo largo de todo el libro: no hay vida después de la muerte (cfr. 14,10-22). Job parece que se aferra a un posible rescate de última hora, mientras está aún vivo. Éste es, al menos, su ardiente deseo (26b). Dado el estado confuso del texto cualquier interpretación es tentativa.

Job termina con una advertencia –y previsión–. Los que persisten en condenarlo serán finalmente sometidos, ellos mismos, a juicio (28s; cfr. 42,7-9).

20,1-29 Segundo discurso de Sofar. Como Elifaz (15,17-35) y Bildad (18,5-21), Sofar se apresura a des-

3 Acabo de escuchar una lección humillante,
y un soplo de mi inteligencia me hace contestar.
4 ¿No sabes que es así desde siempre,
desde que pusieron al hombre en la tierra,
5 que el júbilo de los malvados es pasajero
y la alegría del impío dura un instante?
6 Aunque su ambición suba hasta el cielo
y toque con la cabeza en las nubes,
7 perecerá para siempre, como estiércol,
y los que lo veían preguntan: ¿Dónde está?
8 Cruza como un sueño, y no lo encuentran,
se disipa como visión nocturna,
9 los ojos que lo miraban no lo vuelven a ver,
desaparecerá del lugar que ocupaba.
10 Sus hijos mendigan como pobres,
porque él tuvo que devolver su fortuna.
11 Sus miembros llenos aún de juventud
se acostarán con él en el polvo.
12 Si la maldad era dulce a su boca
y la escondía debajo de la lengua,
13 cuidadosamente, sin soltarla,
reteniéndola contra el paladar,
14 ese manjar en las entrañas se les transforma
en veneno de víbora.
15 Devoró riquezas y las vomitará,
porque Dios se las saca del vientre;
16 chupará veneno de víboras
y lo matará la lengua de la serpiente.
17 No gozará viendo arroyos de aceite,
ríos de leche y miel;
18 devuelve sin usarlo el fruto de sus fatigas
y lo que ganó comerciando no lo disfruta;
19 porque explotó y desamparó a los pobres
y se apropió casas que no había construido;
20 porque no supo calmar su codicia,
no salvará nada de sus tesoros;
21 nadie escapaba de su voracidad,
por eso no durará su bienestar.
22 De la opulencia caerá en la penuria,
las manos de los desgraciados caerán sobre él.
23 Para que llene su vientre
Dios le enviará el incendio de su ira,
como lluvia que le penetre en las carnes.
24 Si escapa del arma de hierro,
lo atraviesa la flecha de bronce,

---

cribir el destino de los malvados. Para contestar a Job, Sofar se apoya, siguiendo el estilo sapiencial, tanto en su reflexión personal (2) como en la tradición transmitida por los antepasados (4).

Los malvados ignoran a Dios y sus mandamientos y se ponen ellos mismos en el lugar de Dios. Los malvados son orgullosos y arrogantes (6), pero perecerán para siempre al igual que su estiércol (7). Hablando de la injusticia social (15-19), dice que la avaricia les conduce a oprimir al pobre y al necesitado (17-22). Pero el gozo de las riquezas mal adquiridas no durará, pues Dios, cual formidable guerrero, asaltará al malvado con todo el despliegue de su armamento cósmico (23-28).

Si, de verdad, Job está experimentando la ira de Dios, ¿qué otra cosa puede esperar? Éste es el destino de los malvados (29).

25 una flecha le sale por la espalda
y brilla la punta saliendo por el hígado;
el terror se apodera de él.
26 Todas las tinieblas están reservadas para él,
lo devora un fuego no alimentado por hombre,
que destruye lo que aún queda de su tienda.
27 El cielo revela su culpa,
la tierra se levanta contra él.
28 Una inundación se lleva su casa;
quedará destruida en el día de la ira.
29 Esta suerte reserva Dios al malvado,
esta herencia tiene destinada Dios.

Respuesta de Job a Sofar

21 1 Respondió Job:
2 Escuchen atentamente mis palabras,
concédanme, al menos, este consuelo.
3 Tengan paciencia mientras yo hablo,
y cuando termine, podrán burlarse.
4 ¿Acaso me quejo yo de algún hombre
o pierdo la paciencia sin razón?
5 Escúchenme, que de puro asombro
se llevarán la mano a la boca.
6 Cuando lo recuerdo, me horrorizo
y todo mi cuerpo se estremece.
7 ¿Por qué siguen vivos los malvados
y al envejecer se hacen más ricos?
8 Su descendencia está segura en su compañía
y ven crecer a sus retoños;
9 sus hogares, en paz y sin temor,
el látigo de Dios no los azota;
10 su toro fecunda sin fallar,
su vaca les pare sin abortar.
11 Dejan correr a sus chiquillos como cabritos,
dejan saltar a sus críos;
12 cantan al son de cítaras y panderos
y se regocijan oyendo la flauta.
13 Así consumen su vida dulcemente
y bajan serenamente al sepulcro.
14 Ellos que decían a Dios: Apártate de nosotros,
que no nos interesan tus caminos.

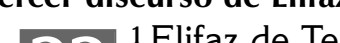
21,1-34 Respuesta de Job a Sofar. Este discurso de Job es realmente una respuesta a los argumentos de sus amigos, entrando así en un genuino diálogo con ellos. Contiene numerosas referencias (demasiado para referirlas todas aquí) a lo que ha hablado anteriormente. Si sus amigos no pueden ofrecerle el beneficio del silencio (13,5), al menos podrían prestar oídos a lo que está diciendo, pues no está hablando de generalidades sino de su propio sufrimiento personal (5s).

El argumento de sus amigos se ha centrado últimamente en el destino de los malvados. Job lo retoma y lo rechaza. Los malvados no sufren; al contrario, la mayoría crecen, prosperan y mueren contentos. Es más, ¡se burlan de Dios! (14). Era creencia común de entonces que los efectos de los pecados de una persona se prolongaban en su familia y descendientes. Puede que sea verdad, dice Job, pero es injusto. El que peca debe sufrir personalmente el castigo. Lo que ocurra después de que muera, le importa ya muy poco (18-21). Pero no, los malvados no sufren, al contrario, prosperan y mueren contentos. Así han sido siempre las cosas, lo son y lo serán. Los vanos consejos de sus amigos no son más que mentiras (34). Así termina la segunda ronda de discursos.

15 ¿Quién es el Todopoderoso para que le sirvamos?
¿Qué sacamos con rezarle?
16 Pero no tienen la dicha en sus manos.
¡El plan de los malvados queda lejos de Dios!
17 ¿Cuántas veces se apaga la lámpara del malvado
o cae sobre ellos la desgracia?
¿Cuántas veces la ira de Dios les reparte sufrimientos,
18 y son como paja que empuja el viento,
o como rastrojo que se lleva un huracán?
19 ¿Es que Dios reserva el castigo para sus hijos?
–¡Que castigue al malvado para que lo sienta!
20 ¡Que vea con sus ojos la desgracia
y beba la cólera del Todopoderoso!
21 ¿Qué le importa su casa una vez muerto
cuando se haya cortado la cuenta de sus meses?
22 –¿Se le pueden dar lecciones a Dios,
siendo que Dios gobierna en el cielo?
23 Hay quien llega a la muerte lleno de vigor,
del todo tranquilo y en paz,
24 con sus caderas llenas de grasa
y sana la médula de sus huesos;
25 otro muere lleno de amargura,
sin haber comido nunca bien;
26 y los dos se acuestan juntos en el polvo,
cubiertos de gusanos.
27 Sí, yo sé lo que ustedes piensan
y las ideas perversas que tienen contra mí.
28 Sé que dicen: ¿Dónde está la casa del poderoso,
dónde la morada de los malvados?
29 ¿Por qué no se lo preguntan a los que han viajado?
¿No han oído las cosas que ellos cuentan?
30 Que el malvado se salva en la catástrofe
y que el día de la tragedia lo encuentra ausente;
31 que nadie le echa en cara su conducta
ni le dan su merecido;
32 que lo conducen al sepulcro
y se hace guardia junto al mausoleo
33 y hasta la tierra es suave para él.
Todo el mundo en cortejo lo acompaña,
lo sigue una multitud innumerable.
34 ¿Y me quieren consolar con palabras vacías?
Sus respuestas son puro engaño.

TERCERA SESIÓN DE DISCURSOS

Tercer discurso de Elifaz


22 1 Elifaz de Temán tomó la palabra y dijo:
2 ¿Puede un hombre ser útil a Dios?,
¿puede un sabio serle útil?

22,1–27,23 Tercera sesión de discursos. Las primeras dos sesiones de discursos discurren ordenadamente: los amigos hablan y Job responde a cada uno de ellos. La tercera, sin embargo, aparece desordenada y confusa. Elifaz habla y Job responde. El discurso de Bildad, de solo cinco versículos, está seguramente

3 ¿Qué saca el Todopoderoso de que tú seas justo
o qué gana si tu conducta es honrada?
4 ¿Acaso te reprocha el que seas religioso
o te lleva a juicio por ello?
5 ¿No será más bien porque es grande tu maldad
y por tus innumerables culpas?
6 Exigías sin razón bienes en garantía a tu hermano,
arrancabas el vestido al desnudo,
7 no dabas agua al sediento
y negabas el pan al hambriento.
8 Como hombre poderoso, dueño del país,
privilegiado habitante de él,
9 despedías a las viudas con las manos vacías y
quebrabas los brazos de los huérfanos.
10 Por eso te cercan lazos,
te espantan terrores repentinos
11 o tinieblas que no te dejan ver
y te sumergen aguas desbordadas.
12 Dios es la cumbre del cielo,
¡y mira que están altas las estrellas!
13 Tú dices: ¿Qué sabe Dios?,
¿puede distinguir a través de los nubarrones?;
14 las nubes lo tapan y no lo dejan ver
y él se pasea por los límites del cielo.
15 ¿Quieres tú seguir la vieja ruta
que han seguido los malvados?
16 Ellos murieron muy pronto
como arrebatados por un río crecido.
17 Decían a Dios: Apártate de nosotros,
¿qué puede hacernos el Todopoderoso?
18 Él les había llenado la casa de bienes
y los malvados planeaban sin contar con él.
19 Los justos ven esto y se alegran,
los inocentes se burlan de ellos:
20 ¡Se han acabado sus posesiones,
el fuego ha devorado su opulencia!
21 Reconcíliate y ten paz con él
y recibirás bienes;

---

truncado; Sofar permanece callado. Es más, parte de lo que Job dice parece más apropiado en boca de sus amigos. Los expertos siguen intentando llegar a una conclusión coherente, pero da la impresión de que Job y sus amigos están gritando todos al mismo tiempo, lo cual podría ser muy bien el final adecuado de un «diálogo» de sordos acerca del orden cósmico y moral.

22,1-30 Tercer discurso de Elifaz. Elifaz reacciona a la refutación de Job y le acusa de una serie de graves pecados (1-6), justamente los que suelen cometer los poderosos contra los pobres y desvalidos (8). En el antiguo Medio Oriente las viudas y los huérfanos eran considerados como los más necesitados de la sociedad, ya que no tenían a nadie que los defendiera en un tribunal de justicia. A lo largo de todo el Antiguo Testamento, el deber de los poderosos era el de tomar partido por los débiles y desvalidos y establecer así la justicia, no pervertirla.

Elifaz persiste en su arenga. Por última vez urge a Job a que arregle sus asuntos con Dios (21-30). Si se arrepiente, gozará nuevamente de la luz de los cuidados de Dios (28); y con esto pone fin a su alegato. Elifaz nos muestra el triste retrato de la degeneración a que puede llegar la «persona religiosa» cuando confunde sus pobres intentos de conocer a Dios con la misma revelación. Esto ocurre también en nuestros días; sería ingenuo considerarlo solamente como un problema antiguo.

22 acepta la enseñanza de su boca
y guarda sus palabras en tu corazón.
23 Si te conviertes al Todopoderoso, te restablecerá.
Aleja de tu tienda la injusticia,
24 arroja al polvo tu oro
y tu metal de Ofir entre las piedras del arroyo,
25 y el Todopoderoso será tu oro
y tu plata a montones;
26 él será tu delicia
y alzarás hacia él el rostro;
27 cuando le supliques, te escuchará,
y tú cumplirás tus promesas;
28 lo que tú decidas se hará,
y brillará la luz en tus caminos.
29 Porque él humilla a los arrogantes
y salva a los que se humillan.
30 Él librará al inocente
y tú te librarás por la pureza de tus manos.

Respuesta de Job a Elifaz

23 1 Respondió Job:
2 Hoy también me quejo amargamente,
porque su mano agrava mis gemidos.
3 ¡Ojalá supiera cómo encontrarlo,
cómo llegar a su tribunal!
4 Presentaría ante él mi causa
con la boca llena de argumentos.
5 Sabría cuál es su respuesta
y comprendería lo que me dice.
6 ¿Pleitearía él conmigo usando la fuerza como argumento?
No; más bien tendría que escucharme.
7 Entonces yo discutiría lealmente con él
y ganaría definitivamente mi causa.
8 Pero me dirijo al oriente, y no está allí;
al occidente, y no lo distingo;
9 al norte, y no lo descubro;
se oculta en el sur, y no lo veo.
10 Pero ya que él conoce mi conducta,
que me examine, y saldré como el oro.
11 Mis pies pisaban sus huellas,
seguía su camino sin torcerme;
12 no me aparté de sus mandatos
y guardé en el pecho sus palabras.

23,1–24,25 Respuesta de Job a Elifaz. Job ansía de nuevo poder llevar su caso a un tribunal de justicia. Los versículos 23,3-7 abundan en terminología legal. Curiosamente, Job parece no necesitar un mediador (árbitro, testigo o defensor) sino que está dispuesto a litigar él mismo su caso, con la seguridad de que podrá probar su inocencia.

Pero las cosas no son tan fáciles. Dios ha desaparecido (23,8s). La ironía de 23,10b es llamativa: nosotros, los lectores, sabemos que Job está siendo probado, y que al final se le hará justicia, pero mientras tanto Job atraviesa la noche oscura del alma. Ha permanecido completamente fiel, pero Dios tiene sus caminos misteriosos (23,11-14). Job se pregunta por qué Dios no ha fijado fecha para sentarse en el tribunal y tomar decisiones (24,1).

Retomando el tema de la injusticia social, Job describe el trabajo de los malvados oprimiendo a los débiles y desvalidos (24,2-4); después, continúa con una larga descripción de la lucha de los pobres por la

13 Pero él no cambia: ¿quién lo hará volver atrás?
Quiere una cosa y la realiza.
14 Él ejecutará mi sentencia
y otras muchas que tiene pensadas.
15 Por eso me aterro en su presencia,
siento miedo de él sólo al pensarlo
16 porque Dios me tiene acobardado,
me ha aterrado el Todopoderoso.
17 ¡Ojalá me desvaneciera en las tinieblas
y la oscuridad cubriera mi rostro!

24 1 ¿Por qué el Todopoderoso no señala plazos
para que sus amigos puedan presenciar sus intervenciones?
2 Los malvados mueven los linderos,
roban rebaños y los apacientan;
3 se llevan el asno del huérfano
y toman como garantía el buey de la viuda,
4 Los pobres tienen que apartarse del camino
y los miserables tienen que esconderse.
5 Como burros salvajes del desierto salen los pobres a su tarea,
madrugan para conseguir algo,
y del desierto sacan alimento para sus pequeños;
6 cosechan en campo ajeno
y rebuscan en el huerto del rico;
7 pasan la noche desnudos,
sin ropa con que taparse del frío,
8 los empapa el aguacero de los montes
y, a falta de refugio, se pegan a las rocas.
9 Los malvados arrancan del pecho al huérfano
y dan como garantía al niño del pobre.
10 Andan desnudos por falta de ropa;
cargan el trigo y pasan hambre;
11 exprimen aceite en el molino,
pisan la uva en el lagar, y pasan sed.
12 En la ciudad gimen los moribundos
y piden socorro los heridos,
y Dios no hace caso de su súplica.
13 Otros se rebelan contra la luz,
no conocen sus caminos
ni se acostumbran a sus sendas:
14 al alba se levanta el asesino
para matar al pobre y al indigente;
de noche ronda el ladrón
16a a oscuras penetra en las casas;
15 el adúltero espera la noche
diciéndose: Nadie me verá,
y se cubre la cara.

---

supervivencia. De nuevo estamos ante un problema de entonces que se repite diariamente en nuestras calles de hoy.

La unidad siguiente (24,13-17) es una especie de reflexión sapiencial sobre los dos caminos, el de la luz y el de las tinieblas, haciendo hincapié en aquellos que aman las tinieblas. Día y noche simbolizan dos opciones de vida. El asesino, el adúltero y el ladrón aman y se amparan en las tinieblas para cometer sus fechorías. Trastornando el orden natural de las cosas, el anochecer es para ellos como el amanecer cuando se levantan para comenzar su trabajo.

16b Durante el día se encierran,
no quieren nada con la luz;
17 la mañana es oscura para ellos,
acostumbrados a los miedos de las tinieblas.
25 Si no es así, que alguien me desmienta
y reduzca a nada mis palabras.

Tercer discurso de Bildad

25 1 Bildad de Suj tomó la palabra y dijo:
2 Dios tiene un poder que sobrecoge
e impone paz en las alturas;
3 sus tropas son innumerables,
¿sobre quién no brilla su luz?
4 ¿Puede el hombre ser justo frente a Dios?,
¿puede ser puro el nacido de mujer?
5 Si ni siquiera la luna es brillante
ni a sus ojos son puras las estrellas,
6 ¡cuánto menos el hombre, ese gusano,
el ser humano, esa lombriz!

26 1 Respondió Job:
2 ¡Qué manera de ayudar al débil,
de salvar al que ya no tiene fuerzas!
3 ¡Qué bien has aconsejado al ignorante,
qué gran sabiduría has demostrado!
4 ¿A quién has dirigido tus palabras?,
¿quién te ha inspirado para que hables así?
5 Los muertos se estremecen
debajo del mar y de sus habitantes;
6 el Abismo está desnudo a los ojos de Dios,
y sin velos, el reino de la Muerte.
7 Él extiende el cielo sobre el vacío
y colgó la tierra sobre la nada,
8 embolsa el agua en las nubes
y el nubarrón no se revienta con el peso;
9 oscurece la cara de la luna llena
desplegando sobre ella su nube;
10 trazó un círculo sobre la superficie del mar
en la frontera de la luz y las tinieblas.
11 Las columnas del cielo retiemblan,
asustadas cuando él brama;
12 con su poder aquietó el Mar,
con su inteligencia quebrantó el Caos;

25,1-6 Tercer discurso de Bildad. Bildad comienza su último alegato alabando al Dios creador que establece la paz en el cielo. Los versículos siguientes (4-6) vuelven al tema familiar: todos los humanos están corrompidos y llenos de iniquidad (4,17-21; 11,11; 15,14-16). La pretendida inocencia de Job es simplemente imposible. ¿Una persona humana inocente? No existe semejante cosa. Estas reflexiones sobre la condición humana son las últimas palabras registradas de los amigos de Job.

26,1–27,23 Respuesta final de Job. Los siguientes dos capítulos son problemáticos; parecen ser más bien el resultado de fragmentos recogidos y yuxtapuestos. Job comienza con la típica mofa de sus amigos y los increpa con la abundancia de la clásica terminología sapiencial: consejos, avisos, reflexiones (26,2s). Se han apartado del auténtico camino de la sabiduría al no tomar en consideración un dato fundamental: la experiencia por la que él, Job, está pasando.

13 a su soplo despeja el firmamento,
y su mano traspasó la Serpiente huidiza.
14 Y esto no es más que una parte de sus obras,
lo que hemos oído es apenas un murmullo de él;
el trueno de sus proezas, ¿quién lo comprenderá?

27 1 Job siguió entonando sus versos y dijo:
2 ¡Por Dios, que me niega mi derecho,
por el Todopoderoso, que me llena de amargura,
3 mientras haya en mí un soplo de vida
y el aliento de Dios esté en mis narices,
4 mis labios no dirán falsedades
ni mi lengua pronunciará mentiras!
5 ¡Lejos de mí darles la razón!
Hasta el último aliento mantendré mi honradez,
6 me aferraré a mi inocencia sin ceder:
la conciencia no me reprocha ni uno de mis días.
7 Que mi enemigo tenga la suerte del culpable
y mi adversario, la del hombre injusto.
Sofar tomó la palabra y dijo:

24 18 Se desliza ligero sobre el agua,
sus bienes están malditos,
y ya no va a trabajar a su viña.
19 Como el calor y la sequía roban el agua a las nieves,
así el Abismo se lleva al pecador;
20 lo olvida su propia madre, lo saborean los gusanos,
se acaba su memoria y se tala como un árbol la maldad.
21 Porque maltrataba a la estéril sin hijos
y no socorría a la viuda.
22 Aunque el poderoso prolongue su vigor y se mantenga en pie,
no tiene segura la vida.
23 Dios lo dejaba vivir confiado,
pero sus ojos observaban sus caminos.
24 Se encumbró por un instante, y ya no existe;
se doblaron y se marchitaron como plantas,
y los cortaron como espigas.

27 8 ¿Qué esperanza le queda al impío cuando le cortan la trama,
cuando Dios le arranca la vida?

La magnífica descripción de la creación que viene después (26,5-14) podría muy bien ser la continuación del himno de Bildad al Creador (25,2-6). Tal y como está el texto, parece que Job interrumpiera a Bildad para terminar, él mismo, el himno comenzado por su amigo, describiendo la actividad creadora de Dios en términos que recuerdan a Gn 1.

Con un solemne juramento, Job continúa, de nuevo, manteniendo su inocencia. Es Dios quien le hace injusticia a él, pero, a diferencia de sus amigos, Job no servirá a Dios con la mentira y la falsedad (27,4; cfr. 13,7-9). El hecho de que mantenga «mi justicia» no quiere decir que no haya sido o sea un pecador, sino que su posición es justa y la de sus amigos, falsa (27,6).

Los siguientes versículos (27,7-21) suenan, curiosamente, como fuera de lugar en boca de Job. Parecen ser más bien el eco de lo que los amigos le reprochan. Algunos expertos han tratado de reconstruir, a partir de ellos, un perdido tercer discurso de Sofar. Intentando, no obstante, de buscar un sentido al texto tal y como está, éste podría ser su significado: según la ley del antiguo Israel, a aquel que ha sido reconocido culpable de falso testimonio contra una persona inocente se le deberá imponer el mismo castigo que habría recibido la parte inocente. Ésta es la suerte que Job desea a sus pretendidos amigos (27,7), especificando después los castigos con que ellos le han amenazado (27,8-23).

9 ¿Oirá Dios sus reclamos
cuando lo sorprenda la angustia?
10 ¿Era el Todopoderoso su delicia?,
¿invocaba a Dios en toda ocasión?
11 Les explicaré el poder de Dios,
no les ocultaré lo que dispone el Todopoderoso;
12 si todos ustedes ya lo han comprobado,
¿por qué se pierden en discursos sin sentido?
13 Ésta es la suerte que Dios reserva al malvado,
la herencia que los tiranos reciben del Todopoderoso:
14 si tiene muchos hijos, serán para la espada,
sus descendientes no se saciarán de pan;
15 a los supervivientes los enterrará la peste
y sus viudas no los llorarán;
16 si amontona plata como tierra
y apila vestidos como barro,
17 el inocente usará esa ropa
y el justo heredará su plata;
18 la casa que se construya será frágil como telaraña,
como choza de pastor;
19 si se acuesta rico, es por última vez,
al abrir los ojos no le queda nada.
20 De día lo asaltan los terrores,
de noche lo arrebata el huracán,
21 se lo lleva el viento del este,
el torbellino lo arranca de su sitio;
22 Dios lo empuja sin piedad,
y él intenta huir por todas partes.
23 La gente lo aplaude por su ruina
y lo silban cuando marcha de su sitio.

POEMA SOBRE LA SABIDURÍA

La sabiduría no se puede extraer de la tierra ni comprar

28 1 Hay minas de donde se extrae la plata
y lugares para refinar el oro,
2 el hierro se extrae de la tierra,
al fundirse la piedra, sale el bronce.
3 El hombre pone frontera a las tinieblas,
explora los últimos rincones, las grutas más profundas;
4 perfora galerías en lugares solitarios,
olvidados de los caminantes
allí se balancea suspendido de una soga.

28,1-28 Poema sobre la sabiduría. Este capítulo no encaja bien en el libro. La mayoría de los expertos coinciden en que se trata de una composición independiente. Su función en el texto sería la de un descanso intermedio, o mejor aún, un comentario editorial del narrador. El tema lo toma del refrán que se encuentra en 12.20: «¿Dónde se podrá encontrar la sabiduría?». A veces el texto hebreo es difícil.

28,1-12 La sabiduría no se puede extraer de la tierra ni comprar. Los seres humanos usan su imaginación y su destreza para excavar en la tierra valiosos minerales: oro, plata, cobre, hierro, piedras preciosas. Sin embargo, en toda esa búsqueda de cosas preciosas, ¿dónde está la sabiduría? Ni las aves de vista aguda ni las bestias que vagan por la tierra la han visto jamás.

5 La tierra que da pan
se trastorna con fuego subterráneo:
6 sus piedras son yacimientos de zafiros,
sus terrones tienen pepitas de oro.
7 Su sendero no lo conoce el buitre,
no lo divisa el ojo del halcón,
8 no lo pisan las fieras salvajes
ni lo recorren los leones.
9 El hombre echa mano al pedernal,
descuaja las montañas de raíz;
10 en la roca abre galerías,
y busca toda clase de piedras preciosas,
11 explora el nacimiento de los ríos
y saca lo oculto a la luz.
12 Pero, ¿dónde se encuentra la Sabiduría?,
¿dónde está el yacimiento de la prudencia?

Nada ni nadie en la creación conoce el camino a la sabiduría

13 El hombre no sabe su precio,
no se encuentra en la tierra de los vivos.
14 Dice el Océano: No está en mí,
responde el Mar: No está conmigo.
15 No se puede comprar con oro puro
ni se paga con plata,
16 no se iguala al oro de Ofir,
a ónices preciosos o zafiros,
17 no se paga con oro ni con vidrio,
ni se cambia por vasos de oro fino,
18 no cuentan el cristal ni los corales
y adquirirla cuesta más que las perlas;
19 no la iguala el topacio de Nubia
ni se compara con el oro más puro.
20 ¿De dónde viene la Sabiduría,
dónde está el yacimiento de la prudencia?
21 Se oculta a los ojos de las bestias
y se esconde de las aves del cielo.
22 Muerte y Abismo confiesan:
De oídas conocemos su fama.
23 Sólo Dios sabe su camino,
sólo él conoce su yacimiento,

Dios sí conoce el camino

24 porque él contempla los límites del mundo
y ve cuanto hay bajo el cielo.

28,13-23 Nada ni nadie en la creación conoce el camino a la sabiduría. Inútil es todo esfuerzo humano, y nada en la creación puede servirle de ayuda. La sabiduría es más preciosa que el oro y la plata (cfr. Prov 3, 14s) y de todo lo que se pueda encontrar en un muestrario de joyas (15-19). La búsqueda de la sabiduría aparece como una empresa imposible, pero, ¿lo es en realidad?

28,24-28 Dios sí conoce el camino. Solamente Dios, en la plenitud de su conocimiento y poder creador, conoce el camino de la sabiduría. La actividad creadora de Dios es descrita primero (28,3; 9,11). La asociación entre la creación y la sabiduría recorre toda la tradición sapiencial del Antiguo Testamento (cfr. Prov 3,18-20; 8,22-31). Es a través de la creación como Dios establece, abre y despliega el camino de la

25 Cuando señaló su fuerza al viento
y definió la medida de las aguas,
26 cuando impuso su ley a la lluvia
y su ruta al relámpago y al trueno,
27 entonces la observó y la valoró,
la examinó y le dio su aprobación.
28 Y dijo al hombre:
Respetar al Señor es sabiduría,
apartarse del mal es prudencia.

MONÓLOGO DE JOB: FIN DE SU DEFENSA

¡Qué buenos tiempos aquellos!

29 1 Job siguió entonando sus versos y dijo:
2 ¡Quién pudiera volver a los viejos tiempos
cuando Dios me protegía,
3 cuando su lámpara brillaba encima de mi cabeza
y a su luz cruzaba las tinieblas!
4 ¡Aquellos días de mi otoño,
cuando Dios era un íntimo en mi tienda,
5 el Todopoderoso estaba conmigo
y me rodeaban mis hijos!
6 Cuando lavaba mis pies en leche,
y el aceite brotaba de las rocas.
7 Cuando salía a la puerta de la ciudad
y tomaba asiento en la plaza,
8 los jóvenes al verme se escondían,
los ancianos se levantaban y se quedaban de pie,
9 los jefes se abstenían de hablar
tapándose la boca con la mano;
10 se quedaban sin voz los notables
y se les pegaba la lengua al paladar.
11 Oído que me oía me felicitaba,
ojo que me veía me aprobaba.
12 Yo libraba al pobre que pedía socorro
y al huérfano indefenso,
13 recibía la bendición del vagabundo
y alegraba el corazón de la viuda;

---

sabiduría. De la misma manera que la sabiduría humana se manifiesta en el comportamiento de los humanos, así la sabiduría de Dios se revela en su divina actividad.

Si antes dijo que la búsqueda de la sabiduría por parte de los humanos era una empresa inútil, ahora dice que hay un camino para llegar a ella: el temor de Dios y el alejamiento del mal (Job posee estas virtudes, cfr. 1,1-8) es el comienzo de la sabiduría. En otras palabras, la búsqueda de la sabiduría debe comenzar estableciendo buenas relaciones con Dios.

El capítulo 28 mira hacia atrás, al debate precedente, y sugiere que la búsqueda apuntada allá era una pretensión demasiado ambiciosa. Después, mira hacia las palabras del Señor y hacia el final del libro donde se afirma que la sabiduría está con Dios, revelada, sí, en la creación, pero fuera del alcance de los humanos.

29,1–31,40 Monólogo de Job: Fin de su defensa. Job ha agotado todos los recursos. Su búsqueda de arbitraje ha caído en oídos sordos. No puede realizar una citación a Dios, pues ha desaparecido. Por otra parte, los testigos son falsos y declararían contra él en el tribunal.

El largo discurso de Job se prolonga a lo largo de los capítulos 29–31. Comienza con la descripción de su ya pasada y feliz relación con Dios (29), después se refiere a su situación presente (30) con un penoso la-

14 de justicia me vestía y revestía,
el derecho era mi manto y mi turbante.
15 Yo era ojos para el ciego,
era pies para el lisiado,
16 yo era el padre de los pobres
y examinaba la causa del desconocido.
17 Le rompía las mandíbulas al injusto
para arrancarle la presa de los dientes.
18 Y pensaba: Moriré dentro de mi nido,
con días incontables como la arena.
19 Mis raíces alcanzaban hasta el agua
y el rocío se posaba en mi ramaje;
20 mi prestigio se renovaba conmigo
y mi arco se reforzaba en mi mano.
21 Me escuchaban atentos,
y oían en silencio a mi consejo;
22 después de hablar yo, no añadían nada,
mis palabras goteaban sobre ellos,
23 las esperaban como lluvia temprana,
se las bebían como lluvia tardía;
24 al verme sonreír, apenas lo creían,
y no se perdían un destello de mi rostro.
25 Les trazaba el camino, y me ponía al frente,
me instalaba como un rey entre su escolta.
Yo guiaba y se dejaban conducir.

Ahora se han vuelto las tornas



1 Ahora, en cambio, se burlan de mí
muchachos más jóvenes que yo,
a cuyos padres ni siquiera hubiera puesto
entre los perros de mi rebaño,
2 cuyos brazos no me habrían servido,
sin fuerzas como estaban.
3 Andaban debilitados de hambre y necesidad, la tierra reseca,
de noche en el desierto desolado,
4 arrancando hierbas amargas entre los matorrales,
alimentándose de raíces de retama;
5 expulsados de los poblados,
echados a gritos, como ladrones,

---

mento, para concluir suspirando por su futura reivindicación con un vibrante juramento de inocencia, corroborado por la larga serie de sus comportamientos morales (31).

29,1-25 ¡Qué buenos tiempos aquellos! Job comienza recordando la cercanía y las bendiciones de Dios que experimentó en aquellos tiempos felices en que era honrado por todos. A las puertas de la ciudad, donde el pueblo se reunía para hablar de negocios y tratar asuntos sociales y legales, Job era considerado como un sabio, sobre todo por el respeto con que eran acogidas sus palabras (21-23). En el contexto de todo el libro, estos recuerdos están llenos de amarga ironía.

Su comportamiento honorable se manifestaba en la manera como trataba con justicia a los demás, especialmente a los pobres, las viudas, los huérfanos, los ciegos, los cojos, los necesitados, los extranjeros, las víctimas de los malvados (12-17). Por tanto, tiene todo el derecho para esperar las correspondientes bendiciones que le aseguren una vejez feliz.

30,1-31 Ahora se han vuelto las tornas. Ahora, en vez de honor, ¡desgracia y vergüenza!, despreciado aun por la escoria de la sociedad. El lamento de Job se vuelve hacia Dios (20-26). Ahora, en la necesidad, ¿quién está a su lado (24-26)?

Job ha hablado de sus enemigos y de Dios, ahora describe su propia situación (16.17.28-31). Su vida se

6 habitando en barrancos espantosos,
en cuevas y cavernas,
7 aullando entre los matorrales,
apretujándose bajo las ortigas.
8 ¡Gente inútil, raza sin nombre,
arrojada del país a latigazos!
9 Ahora, en cambio, me hacen canciones hirientes,
soy el tema de sus burlas,
10 me aborrecen, se distancian de mí
y aun se atreven a escupirme a la cara.
11 Dios ha soltado mi cuerda y me ha humillado
y ellos ya no me tienen ningún respeto.
12 A mi derecha se levanta una turba
que se abre camino para atraparme;
13 destruyen mi sendero, planean mi ruina
y nadie los detiene;
14 irrumpen por una ancha brecha
en avalancha, como tormenta.
15 Se vuelven contra mí los terrores,
se disipa como el aire mi dignidad,
y pasa como nube mi prosperidad.
16 Ahora quiero desahogarme:
la aflicción se apodera de mí,
17 la noche me taladra hasta los huesos,
pues no duermen las llagas que me roen.
18 Él me agarra con violencia por la ropa
y me sujeta por el cuello de la túnica,
19 me arroja en el fango
y me confundo con el barro y la ceniza.
20 Te pido auxilio, y no me haces caso;
insisto, y me clavas la mirada.
21 Te has vuelto mi verdugo
y me atacas con tu brazo musculoso.
22 Me levantas en vilo, me paseas
y me sacudes en el huracán.
23 Ya sé que me devuelves a la muerte,
donde se dan cita todos los vivientes.
24 ¿No alarga uno la mano al hundirse,
o no grita socorro en el desastre?
25 ¿No lloré con el oprimido,
no tuve compasión del pobre?
26 Esperé dicha, me vino desgracia;
esperé luz, me vino oscuridad.
27 Me hierven las entrañas y no se acallan,
días de aflicción me salen al encuentro.
28 Camino sombrío, lejos del sol,
y en la asamblea me levanto a pedir auxilio;
29 me he vuelto hermano de los chacales
y compañero de los avestruces.

---

desvanece; le duelen hasta los huesos; se siente solo y abandonado. Durante todo este tiempo ha suspirado por un amigo que le tenga compañía. Y ahora, sus únicos amigos se han convertido en chacales y avestruces –bestias del desierto conocidas por su «lenguaje» ofensivo (29)–.

30 Mi piel se ennegrece y se me cae,
mis huesos se queman de fiebre.
31 Mi cítara está de luto
y mi flauta acompaña al llanto.

¡Juro que soy inocente!

31 1 Yo hice un pacto con mis ojos
de no fijarme en ninguna doncella.
2 A ver, ¿qué suerte reserva Dios desde el cielo,
qué herencia el Todopoderoso desde lo alto?
3 ¿No reserva la desgracia para el criminal
y el fracaso para los malhechores?
4 ¿No ve él mis caminos,
no me cuenta los pasos?
5 ¿He caminado con el engaño,
han corrido mis pies tras la mentira?
6 Que me pese Dios en balanza sin trampa
y comprobará mi honradez.
7 Si aparté mis pasos del camino,
siguiendo los caprichos de los ojos,
o se me pegó algo a las manos,
8 ¡que otro coma lo que yo siembre
y que me arranquen mis retoños!
9 Si me dejé seducir por una mujer
y estuve esperando a la puerta del vecino,
10 ¡que mi mujer trabaje para un extraño
y que otros se acuesten con ella!
11 Porque eso sí que es una infamia,
un delito que compete a los jueces;
12 es un fuego que devora hasta lo hondo
y acabaría de raíz mis cosechas.
13 Si atropellé su derecho al esclavo o a la esclava,
cuando pleiteaban conmigo,
14 ¿qué haré cuando Dios se levante,
qué responderé cuando me interrogue?
15 El que me hizo a mí en el vientre, ¿no lo hizo a él?,
¿no nos formó el mismo Dios en el seno?
18 Desde mi infancia me crió como padre
y desde el seno materno me guió.
16 Si negué al pobre lo que deseaba
o dejé consumirse en llanto a la viuda,
17 si comí el pan yo solo
sin repartirlo con el huérfano,

31,1-40 ¡Juro que soy inocente! Dos veces ha citado antes Job a Dios para que comparezca en juicio y responda a los cargos que tiene contra él (13,13-19; 23,2-7); ahora pronuncia un largo juramento de inocencia. Pide a Dios, en primer lugar, que lo pese en la balanza de la justicia, es decir, en una balanza verdadera (6). Después presenta un sumario de comportamientos morales a los que Job se ha adherido estrictamente. El texto es a veces incierto, pero podemos citar, al menos, los siguientes apartados:

1. Falsedad y engaño (5-8). 2. Lujuria y adulterio (9-12). 3. Derechos de los esclavos (13-15) –Job no sólo ha tratado bien a los esclavos, sino que para él todos los hombres y las mujeres eran iguales, pues todos son criaturas del único Creador (cfr. Prov 14,31; 17,5; 22,2; 29,13)–. 4. Malos tratos al pobre y al necesitado (16-23). 5. Idolatría (24-28) –el versículo 25 se refieren al ídolo de las riquezas y al dinero; los versículos 26s son una advertencia contra las religiones paganas circundantes, adoradoras del sol y de la

19 si vi al vagabundo sin vestido
y al pobre sin nada con que cubrirse,
20 y no me lo agradeció su cuerpo,
abrigado con la lana de mis ovejas;
21 si alcé la mano contra el inocente
cuando yo contaba con el apoyo del tribunal,
22 ¡que se me desprenda mi espalda del cuello
y se me descoyunte el brazo!
23 Porque el terror de Dios me espantaría
y ante su grandeza no podría resistir.
38 Si mi tierra ha gritado contra mí
o sus surcos han llorado juntos,
39 si comí su cosecha sin pagarla
explotando a los campesinos,
40ab ¡que mi tierra dé espinas en vez de trigo;
en vez de cebada, ortigas!
24 Lo juro: No puse en el oro mi confianza
ni llamé al metal precioso mi seguridad;
25 no me complacía con mis grandes riquezas,
con la fortuna amasada por mis manos.
26 Mirando al sol resplandeciente
o a la luna caminar con esplendor,
27 no me dejé seducir secretamente
ni les envié un beso con la mano.
28 También esto es delito que compete a los jueces,
pues habría negado al Dios del cielo.
29 No me alegré en la desgracia de mi enemigo,
ni su mal fue mi alborozo,
30 ni dejé que mi boca pecara
deseándole la muerte.
31 ¡Lo juro! Cuando los hombres de mi campamento
querían abusar de un extranjero,
32 yo no lo dejaba dormir en la calle,
porque yo abrí mis puertas al caminante.
33 No oculté mi delito como Adán
ni escondí en el pecho mi culpa.
34 Por temor al griterío de la gente,
por miedo al desprecio de mi clan,
no me estuve encerrado y en silencio.
35 ¡Ojalá hubiera quien me escuchara!
¡Aquí está mi firma! Que responda el Todopoderoso,
que mi rival escriba su alegato:
36 lo llevaría al hombro
o me lo pondría como corona;

---

luna–. 6. Odio a los enemigos (20-30) –la maldición contra los enemigos es corriente en los salmos de lamentaciones (cfr. Sal 29,23-29), pero Job no ha maldecido a nadie–. 7. Hospitalidad (31-33) –en la sociedad antigua, la hospitalidad hacia los extranjeros era una obligación especialmente sagrada–. 8. Hipocresía (33s) –de nuevo Job se centra en actitudes de integridad personal–. 9. Explotación de la tierra (38-40). En la crisis ecológica por la que atravesamos en nuestros días, esta preocupación del Antiguo Testamento por la integridad de la creación debe hacernos pensar.

Job ha cubierto todas las relaciones que tejen la vida de los humanos: con Dios, con uno mismo, con los demás –amigos, enemigos, siervos, pobres y necesitados–, y con el medio ambiente. Todo ello entra en el concepto bíblico de justicia. Por última vez, Job afirma su inocencia (35-37).

37 le daría cuenta de mis pasos
y avanzaría hacía él como un príncipe.
40c Fin de los discursos de Job.

DISCURSOS DE ELIHÚ

Primer discurso de Elihú

32 1 Los tres hombres no respondieron
más a Job, convencidos de que él
se tenía por inocente. 2 Pero Elihú, hijo de
Baraquel, del clan de Ram, natural de Buz,
se indignó contra Job, porque pretendía
justificarse frente a Dios. 3 También se in-
dignó contra los tres compañeros, porque,
al no hallar respuesta, habían dejado a
Dios por culpable. 4 Elihú había esperado
mientras ellos hablaban con Job, porque
eran mayores que él; 5 pero viendo que
ninguno de los tres respondía, Elihú se in-
dignó.
6 Y Elihú, hijo de Baraquel, natural de
Buz, intervino diciendo:

–Yo soy joven y ustedes son ancianos;
por eso, temeroso, no me atrevía
a exponerles mi saber.
7 Me decía: que hablen los años,
que la edad madura enseñe sabiduría.
8 Pero lo que hace inteligente al hombre
es el espíritu que le infundió el Todopoderoso.
9 No es la autoridad quien da la sabiduría
ni por ser anciano sabe uno juzgar;
10 por eso les pido que me escuchen:
yo también expondré lo que sé.
11 Yo esperé mientras hablaban,
presté atención a sus razones
mientras buscaban argumentos;
12 por más que escuché con atención,
ninguno de ustedes refutó a Job
ni respondió a sus argumentos.
13 Y no digan: Nos hemos topado con una sabiduría
que sólo Dios, no un hombre, puede refutar.
14 Job no se ha enfrentado conmigo
ni yo le responderé con las razones de ustedes.
15 Ellos, desconcertados, ya no responden,
se han quedado sin palabras.

32,1–37,24 Discursos de Elihú. Job ha terminado su defensa pidiendo una respuesta de Dios. ¿Qué va a suceder ahora? Cuando menos se esperaba, aparece un intruso llamado Elihú. Se trata de un joven colérico que, aparentemente, ha estado escuchando el debate y no puede contenerse más. Irritado por lo que acaba de oír, está reventando por meter baza en el asunto (39,19). Y lo hace con cuatro discursos que, aunque no dicen nada nuevo, manifiestan su convicción, su apasionamiento y su abundante verborrea.

32,1–33,33 Primer discurso de Elihú. A pesar de su juventud, Elihú se cree en el deber de hablar. La sabiduría no siempre –o no necesariamente– va unida a la edad, pues es un don del espíritu/aliento de Dios (32,8-18). A diferencia de los amigos, el joven llama a Job por su nombre (33,31). Después de un largo preámbulo (32, 6b–33,7), finalmente entra en materia. Job ha reclamado su inocencia, afirmando que Dios lo está tratando como a un enemigo e ignorando sus gritos de auxilio. Pues bien, Job está equivocado (33,12). Dios habla; seguramente Job no ha escuchado. Y habla, ya sea por medio de sueños y pesadillas o a través de la enfermedad, para advertir al pecador y hacer que vuelvan al camino de la vida (33,14-22).

Elihú menciona, además, a un mediador celestial, miembro de la corte de Dios (33,23), que ayuda a los pecadores a que se arrepientan. Job ha deseado ardientemente un mediador (16,19-22), pero seguramente esperaba de él otra cosa.

34,1-37 Segundo discurso de Elihú. Después de

16 ¿Debo esperar porque ellos no hablan,
porque están ahí sin responder?
17 Quiero tomar parte en la discusión,
yo también expondré lo que sé,
18 porque me siento henchido de palabras
y su ímpetu me oprime las entrañas;
19 mis entrañas están como odres nuevos
que el vino encerrado revienta.
20 Hablaré y me desahogaré,
abriré los labios para responder.
21 No tomaré partido por ninguno,
a nadie adularé,
22 porque no sé adular
y porque me eliminaría mi Creador.

33 1 Escucha mis palabras, Job;
atiende a mi discurso:
2 mira que ya abro la boca
y mi lengua forma palabras con el paladar;
3 hablo con corazón sincero,
mis labios expresan la pura verdad.
4 El soplo de Dios me hizo,
el aliento del Todopoderoso me dio vida.
5 Contéstame, si puedes;
prepárate, ponte frente a mí.
6 Yo soy obra de Dios lo mismo que tú,
también yo fui modelado de arcilla.
7 No tienes nada que temer de mí
ni me ensañaré contigo.
8 Tú ya lo has dicho en mi presencia
y yo te lo he escuchado:
9 Yo soy puro, no tengo delito,
soy inocente, no tengo culpa;
10 pero él halla pretextos contra mí,
y me considera su enemigo,
11 me mete trampas a cada paso
y vigila todos mis movimientos.
12 En eso no tienes razón –te contesto–,
porque Dios es más grande que el hombre.
13 ¿Cómo te atreves a acusarlo
de que no da cuenta de ninguno de sus actos?
14 Dios sabe hablar de un modo o de otro,
y uno no se fija:
15 en sueños o visiones nocturnas,
cuando el sueño cae sobre el hombre
que está durmiendo en su cama,
16 entonces le abre el oído
y lo aterroriza con sus avisos,
17 para apartarlo de sus malas acciones
y protegerlo de la soberbia,
18 para impedirle caer en la fosa
y cruzar la frontera de la Muerte.

19 Otras veces lo corrige en el lecho del dolor
con la agonía incesante de sus miembros,
20 hasta que aborrece con toda el alma la comida
y su garganta pierde el gusto por el manjar favorito;
21 se le consume la carne hasta que no se lo ve,
y los huesos, que no se veían, se le descubren;
22 su alma se acerca a la fosa
y su vida a las aguas de la Muerte.
23ab Pero si encuentra un ángel favorable,
uno entre mil como intercesor,
24 que tenga compasión de él y diga:
líbralo de bajar a la fosa,
que he encontrado rescate para él,
25 entonces su carne rebosará juventud
y volverá a los días de su mocedad.
26 Suplicará a Dios y él lo atenderá,
le mostrará su rostro con júbilo,
restituirá al hombre su salvación,
23c mostrándole al mortal su rectitud.
27 Éste cantará ante los hombres y dirá:
Yo pequé y quebranté el derecho,
pero Dios no me ha dado mi merecido;
28 me ha librado de caer en la fosa
y mi vida se inunda de luz.
29 Estas cosas las hace Dios
dos y tres veces al hombre,
30 para sacarlo vivo de la fosa,
para alumbrarlo con la luz de la vida.
31 Hazme caso, Job, escúchame;
guarda silencio, que voy a hablar.
32 Si tienes algo que responder, dilo;
habla, que estoy dispuesto a darte la razón;
33 si no la tienes, escúchame,
calla, y te enseñaré sabiduría.

Segundo discurso de Elihú


34 1 Elihú siguió diciendo:
2 Sabios, escuchen mis palabras,
préstenme atención los doctos,
3 porque así como el oído distingue las palabras
y el paladar aprecia los sabores,
4 así nosotros buscaremos lo justo
y distinguiremos lo que es bueno.
5 Job ha afirmado: Aunque soy inocente,
Dios no me hace justicia;
6 defiendo mi derecho y paso por mentiroso;
mi herida no sana, aunque no he pecado.

---

censurar a los amigos, Elihú emprende una larga defensa de la justicia y equidad de Dios (10-29). Dios lo ve todo y dicta sentencia. Aquellos que se alejan de Dios sólo pueden culparse a sí mismos (24-27).

Al igual que los amigos en la primera serie de discursos, el joven sugiere a Job lo que tiene que decir en señal de arrepentimiento (31s). Los versículos finales (34-37) son tan duros, crueles –e irrelevantes– como los que hayan podido salir de la boca de los amigos.

35,1-16 Tercer discurso de Elihú. Elihú continúa

7 ¿Quién hay como Job,
que suelta insolencias como quien bebe agua,
8 se junta con malhechores
y va en compañía de malvados?
9 Afirma: De nada le sirve al hombre
gozar del favor de Dios.
10 Escúchenme, hombres sensatos:
¡Lejos de Dios la maldad,
lejos del Todopoderoso la injusticia!

11 Dios paga al hombre sus obras,
lo retribuye según su conducta;
12 ciertamente Dios no obra mal,
el Todopoderoso no quebranta el derecho.
13 ¿Quién le ha encomendado a él la tierra,
quién le ha confiado el universo?
14 Si decidiera por su cuenta
retirar su espíritu y su aliento,
15 expirarían todos los vivientes
y el hombre volvería al polvo.

16 Si eres inteligente, escúchame,
presta oído a mis palabras:
17 ¿Podrá juzgar uno que odia el derecho?,
¿te atreves a condenar al más justo,
18 al que declara criminal a un rey
y malvados a los dignatarios?
19 Dios no es parcial a favor del príncipe
ni favorece al rico contra el pobre,
porque todos son obras de sus manos.
20 De repente mueren, a media noche,
los nobles se agitan y pasan,
el poderoso es derribado sin esfuerzo.
21 Porque los ojos de Dios miran las sendas del hombre
y vigilan todos su pasos;
22 no hay tinieblas ni sombras
donde puedan esconderse los malhechores.
23 Y no toca al hombre señalar un plazo
para presentarse a juicio con Dios.

24 Aplasta a los poderosos sin tener que indagar
y en su lugar nombra a otros;
25 como conoce sus acciones,
los derriba en una noche y quedan deshechos;
26 como a criminales los azota
en la plaza pública,
27 porque se apartaron de él
y no siguieron sus caminos,
28 haciendo que llegara a Dios el clamor de los pobres
y que oyera el clamor de los afligidos.
29 Pero si Dios no interviene, ¿quién podrá condenarlo?,
y si esconde su rostro, ¿quién podrá verlo?
Vela sobre pueblos y hombres
30 para que no reine el impío
ni haya quienes engañen al pueblo.

31 Dile a Dios: Me he equivocado,
no pecaré;
32 lo que yo no veo, enséñamelo tú,
y si cometí delito, no volveré a hacerlo.
33 ¿Debe él retribuir según tu criterio?
Como la decisión es tuya y no mía,
lo que sepas dilo;
34 y los hombres sensatos que me escuchan
y los sabios confesarán:
35 Job habla sin saber,
sus palabras no tienen sentido.
36 Que lo torturen hasta lo último
por sus respuestas, dignas de un malvado;
37 porque al pecado añade la rebelión,
ante nosotros se burla y no cesa de hablar contra Dios.

Tercer discurso de Elihú

35 1 Elihú prosiguió:
2 ¿Te parece razonable lo que dices:
Que Dios debe darte la razón?
3 Y añades: ¿De qué me ha servido,
qué he ganado con no pecar?
4 Yo voy a responderte a ti
y a la vez a tus amigos.
5 Mira atentamente al cielo
y fíjate en las nubes, tan altas.
6 Si pecas, ¿qué mal le haces a Dios?;
si acumulas los delitos, ¿qué daño le haces?;
7 si eres justo, ¿qué le das a él
o qué recibe de tu mano?
8 Es a un hombre a quien afecta tu maldad,
a un ser humano, como tú, a quién beneficia tu justicia.
9 Bajo el peso de la opresión los hombres reclaman
y piden socorro contra los poderosos.
10 Pero no dicen: ¿Dónde está nuestro Creador,
el que restaura nuestras fuerzas durante la noche,
11 el que nos da más entendimiento que las bestias de la tierra
y nos hace más sabios que las aves del cielo?
12 Entonces, por más que griten, él no responde
a causa del orgullo de los malvados.
13 Porque Dios no escucha la falsedad,
el Todopoderoso no le hace caso.
14 Mucho menos cuando tú dices que no te escucha,
que la causa está ante él y sigues esperando.
15 Pero, como la ira de Dios no castiga,
ni tiene en cuenta los delitos,
16 Job abre la boca inútilmente
uniendo palabras sin sentido.

---

desarrollando el tema de la grandeza y trascendencia de Dios. Los oprimidos claman por su liberación, y Dios parece que no escucha. Pero Dios sí escucha; quizás no responde porque aquellos permanecen encerrados en sí mismos y no han esperado lo suficiente (14). Ésta es la respuesta simplista y banal de siempre para proteger «nuestras» ideas de Dios.

36,1–37,24 Cuarto discurso de Elihú. La primera

Cuarto discurso de Elihú

36 [1] Elihú siguió hablando:
[2] Espera un poco y te enseñaré,
que aún queda algo por decir en defensa de Dios.
[3] Iré lejos a buscar mi saber
para darle la razón a mi Creador;
[4] cierto, mis argumentos no son falsos,
habla contigo un sabio consumado.
[5] Mira, Dios es poderoso
y no desprecia el corazón sincero,
[6] no deja con vida al malvado,
hace justicia al pobre,
[7] no aparta sus ojos del justo,
lo sienta en tronos reales
y lo colma de honores para siempre.
[8] Y cuando los ata con cadenas
o los sujeta con cuerdas de aflicción,
[9] es para denunciarles sus acciones
y los pecados de su soberbia;
[10] les abre el oído para que aprendan
y los mueve a convertirse de la maldad.
[11] Si hacen caso y se someten,
acabarán sus días en la prosperidad
y sus años en el bienestar.
[12] Si no escuchan, pasarán la frontera de la Muerte,
expirarán sin darse cuenta.
[13] Pero los malvados, cuando los encadena,
en vez de pedir auxilio, acumulan rencor;
[14] pierden la vida en plena juventud,
y mueren en la adolescencia.
[15] Con el sufrimiento él salva al que sufre,
abriéndole el oído con el dolor.
[16] También a ti te impulsa a salir de las garras de la angustia
a un lugar espacioso y abierto
para servirte una mesa sustanciosa,
[17] pero tú no haces justicia contra el malvado,
ni defiendes el derecho del huérfano;
[18] no te dejes seducir por el regalo
ni torcer por un rico soborno.
[19] ¿Acaso en el peligro valdrán ante él
tus riquezas y todas tus posesiones?
[20] De noche no estés anhelando
echar a la gente de su sitio;
[21] no te vuelvas a la maldad,
pues por ella te probaron con el sufrimiento.
[22] Mira, Dios es sublime en poder,
¿qué maestro se le puede comparar?

---

parte del discurso (36,1-21) continúa con el debate de las sesiones previas. Los destinos del justo y del malvado son sometidos de nuevo a revisión. La segunda parte (36,22–37,13) alaba la grandeza del Creador. Su poder, sabiduría y conocimiento sobrepasan nuestra capacidad de comprensión (36,26). Elihú se centra en el don divino de la lluvia (36,27–37,13): ¿Considera Job las maravillosas obras de Dios? (37,14). En otras partes

23 ¿Quién le señala el camino,
quién puede acusarlo de injusticia?
24 Acuérdate de celebrar sus obras,
que han cantado los hombres;
25 todos las contemplan,
los humanos las miran desde lejos.
26 Mira, Dios es sublime, no lo entendemos
y no podemos contar sus años.
27 Va apartando gotas de agua
y las filtra de su fuente como lluvia;
28 las nubes las destilan
y caen a chaparrones sobre el suelo.
31 Con ellas alimentan a los pueblos
dándoles comida abundante.
29 ¿Quién calcula la extensión de las nubes
o la altura de su pabellón?
30 En torno a sí despliega la luz
y asienta su trono en las raíces del mar.
32 Esconde el rayo en sus palmas
y lo lanza derecho a su blanco.
33 El Altísimo hace oír su trueno
y su ira provoca la tormenta.

37 1 Al ver eso tiembla mi corazón
y se me salta de su sitio.
2 ¡Atención!, oigan el trueno de su voz
y el retumbar que sale de su boca;
3 suelta bajo el cielo su rayo,
que alcanza hasta el extremo del mundo;
4 luego se oye un estruendo, cuando hace resonar su voz majestuosa
y ya no detiene sus rayos una vez que se escucha su voz.
5 Dios truena con voz maravillosa
y realiza proezas que no comprendemos.
6 Ordena a la nieve: Cae al suelo,
y al aguacero: Apresúrate.
7 Hace que los hombres se queden en sus casas
para que todos reconozcan su obra.
8 Las fieras se meten en sus madrigueras
y se quedan en sus guaridas.
9 Del sur viene la tormenta,
de los vientos del norte la helada;
10 al soplo de Dios se forma el hielo
y se congela la superficie del agua.

---

del Antiguo Testamento, las «maravillas de Dios» se refieren a las grandes proezas que hizo liberando a Israel de la esclavitud de Egipto. En la tradición sapiencial, las maravillas de Dios son sus obras de la creación.

Elihú lanza una serie de cuestiones a Job a las que, por supuesto, éste responde siempre con un «No» (37,15-21). Por más sabios que seamos, nunca podremos pedir cuentas a Dios. Lo único que podemos hacer es «temer» –adorar y reverenciar– a Dios, y en esto consiste, después de todo, el comienzo de la sabiduría (28,28).

Elihú es una comparsa en la escena, una simple figura de transición. Sus observaciones previas han versado sobre los discusiones de Job y sus amigos; ahora, mira hacia delante centrándose más y más en Dios, y terminando con la descripción de la tempestad, y con una serie de cuestiones encaminadas a humillar a Job. El Señor va a hablar desde la tempestad con una lista de cuestiones semejantes.

38,1–42,6 Discursos del Señor. El Señor ha estado

11 Él carga de humedad los nubarrones
y dispersa las nubes de tormenta,
12 que giran y se revuelven, timoneadas por él,
para cumplir todos sus encargos
sobre la superficie de la tierra;
13 sea para castigar o para bendecir,
siempre se cumple su voluntad.
14 Escúchame esto, Job,
detente y fíjate en las maravillas de Dios:
15 ¿Sabes cómo dirige Dios las nubes
y cómo hace brillar el relámpago en su nube?
16 ¿Sabes cómo equilibra las nubes,
maravillas de sabiduría consumada?
17 Tú, que te sofocas de calor en tu ropa
cuando la tierra se adormece bajo el viento del desierto,
18 ¿puedes ayudar a Dios a extender el firmamento,
y dejarlo firme como espejo de metal fundido?
19 Enséñanos qué debemos decirle,
porque a oscuras no podemos argumentar.
20 ¿Hay que advertirle sobre qué quiero hablar?,
si uno dice algo, ¿hay que informarle?
21 Ahora no se ve la luz,
oscurecida entre nubes;
pero un viento pasará limpiándolas.
22 Del norte vienen resplandores de oro,
Dios se rodea de imponente grandeza;
23 no podemos alcanzar al Todopoderoso:
sublime en poder, rico en justicia,
no viola el derecho.
24 Por eso lo temen todos los hombres
y él no teme a los sabios.

DISCURSOS DEL SEÑOR

Primer discurso del Señor

38 1 Entonces el Señor respondió a Job desde la tormenta:
2 ¿Quién es ése que pone en duda mi providencia
con palabras sin sentido?

---

oyendo y tomando nota (35,13), ahora habla. Los amigos pensaban que no había necesidad de que Dios hablara. Job, por el contrario, sí; le ha pedido o bien una lista de cargos o bien un veredicto. Todos quedan sorprendidos. El Señor entra como uno más en el debate, y responde con dos discursos (38,1–40,2; 40,6–41,26), a los que Job, a su vez, contestará brevemente con otros dos (40,3-5; 42,1-6). El Señor no responde a ninguna de las cuestiones planteadas; en realidad, sus palabras ofrecen solamente una serie de contra-cuestiones encaminadas a sacar a Job de su pequeño mundo y abrirle a un horizonte más amplio.

38,1–40,2 Primer discurso del Señor. Dios habla desde la tempestad. Ahora le ha llegado el turno a Dios de preguntar y a Job de responder. Job es invitado a entrar en el misterio primordial del cosmos. En primer lugar, la fundación de la tierra viene descrita como una casa que se construye de acuerdo con un plan de detallada arquitectura (38,4-7). Después, a una orden del Hacedor, nace el mar y es vestido y confinado a sus límites cósmicos. Y, ¿qué decir de la mañana (38,12-15) cuando el alba tiñe todo de color y saca a la luz las acciones de los malvados? ¿Es Job capaz de comprender las aguas primordiales o las fuentes de la luz? (38,16-20). En el versículo 38,21 podemos percibir un toque de divina ironía.

Después de hablar de la estructura básica del cos-

3 Si eres hombre, demuestra tu valentía:
voy a interrogarte y tú responderás.
4 ¿Dónde estabas cuando cimenté la tierra?
Dímelo, si es que sabes tanto.
5 ¿Quién señaló sus dimensiones? –si lo sabes–,
¿o quién le aplicó la cinta de medir?

6 ¿Dónde se apoyan sus cimientos
o quién asentó su piedra angular
7 mientras cantaban a coro las estrellas del amanecer
y vitoreaban todos los ángeles?
8 ¿Quién cerró el mar con una puerta
cuando salía impetuoso del seno materno,
9 cuando le puse nubes por vestido
y niebla por pañales,
10 cuando le impuse un límite
con puertas y cerrojos
11 y le dije: Hasta aquí llegarás y no pasarás;
aquí acabará la arrogancia de tus olas?

12 ¿Has mandado en tu vida a la mañana
o has señalado su puesto a la aurora
13 para que agarre la tierra por los bordes
y sacuda de ella a los malvados,
14 para que le dé forma como el molde a la arcilla
y la tiña como la ropa,
15 para que se les niegue su luz a los malvados
y se quiebre el brazo de los rebeldes?

16 ¿Has entrado hasta la fuente de los mares
o paseado por la hondura del océano?
17 ¿Te han enseñado las puertas de la Muerte
o has visto los portales de las Sombras?
18 ¿Has examinado la anchura de la tierra?
Cuéntamelo, si lo sabes todo.
19 ¿Por dónde se va a la casa de la luz
y dónde viven las tinieblas?

20 ¿Podrías conducirlas a su país
o enseñarles el camino de casa?
21 Lo sabrás, pues ya habías nacido entonces
y has cumplido tantísimos años.

---

mos, el Señor vuelve a los misterios que encierra el universo, especialmente los fenómenos atmosféricos (38,22-30). Los intereses de Dios van mucho más allá del pequeño mundo de las humanas preocupaciones de Job. Su poder creativo manifiesta asimismo su providencia –en la antigüedad muchos creían que el destino humano estaba escrito en la estrellas–. Ahora son citadas las constelaciones celestes (38,31-33). ¿Puede Job producir la lluvia, envolviéndose a sí mismo con la nube de la tormenta como con un manto? (38,34s). Verdaderamente el Señor ha creado todo con sabiduría (38,33-38; cfr. Prov 3,18-20; 18,22-30; Sal 104,24).

El resto del discurso es dedicado al mundo animal (38,39–39,30). Se mencionan cinco pares de animales salvajes: el león y el cuervo (38,39-41); la cabra montaraz y la cierva (39,1-4); el asno y buey salvajes (39,5-12); el avestruz y el caballo de guerra (39,13-25); el halcón y el águila (39,26-30). En la cultura del Medio Oriente, todos esos animales eran asociados con imágenes negativas (demonios, caos, desierto). El Señor está sugiriendo que no sólo conoce a esos animales, sino que también están bajo su control, y esto es una bendición para la humanidad.

Así terminan las dos partes del primer discurso, con el que el Señor responde a la acusación de Job de que no existe un plan ni providencia en el mundo.

40,3-5 Respuesta de Job al Señor. El Señor se

22 ¿Has entrado en los depósitos de la nieve,
has observado los graneros del granizo,
23 que reservo para la hora del peligro,
para el día de la guerra y el combate?
24 ¿Por qué caminos se reparte la luz
y se difunde sobre la tierra el viento del desierto?
25 ¿Quién ha abierto un canal para el aguacero
y una ruta al relámpago y al trueno,
26 para que llueva en las tierras despobladas,
en la estepa que no habita el hombre,
27 para que se sacie el desierto desolado
y brote hierba en los arenales?
28 ¿Tiene padre la lluvia?,
¿quién engendra las gotas del rocío?,
29 ¿de qué seno nacen los hielos?
¿Quién da a luz la escarcha del cielo
30 para que el agua se cubra con una losa
aprisionando la superficie del lago?
31 ¿Puedes atar los lazos de las Pléyades
o desatar las ligaduras de Orión?
32 ¿Puedes hacer salir las constelaciones a su hora
o guiar a la Osa con sus hijos?
33 ¿Conoces las leyes del cielo
o determinas sus funciones sobre la tierra?
34 ¿Puedes levantar la voz hasta las nubes
para que te cubra el chaparrón?
35 ¿Despachas a los rayos, y ellos vienen
y te dicen: Aquí estamos?
36 ¿Quién le dio sabiduría al ibis
y al gallo inteligencia?
37 ¿Quién cuenta sabiamente las nubes
y vuelca los cántaros del cielo
38 cuando el polvo se funde en una masa
y los terrones se pegan entre sí?
39 ¿Le cazas tú la presa a la leona
o sacias el hambre de sus cachorros
40 cuando se resguardan en la guarida
o se esconden al acecho en la maleza?
41 ¿Quién provee al cuervo de sustento
cuando chillan sus pollitos a Dios
y vagan alocados por el hambre?

39 1 ¿Sabes tú cuándo dan a luz las cabras del monte
o has asistido al parto de las ciervas?
2 ¿Les cuentas los meses de la preñez
o conoces el momento del parto?
3 Se encorvan, fuerzan a salir las crías,
echan fuera los hijos;
4 las crías crecen y se hacen fuertes,
salen a campo abierto y no vuelven.
5 ¿Quién da al asno salvaje su libertad,
quién lo deja andar suelto?

6 Yo le he dado por casa el desierto
y por morada la llanura salada;
7 y él se ríe del bullicio de la ciudad
y no escucha las voces del arriero;
8 explora los montes en busca de pasto
rastreando cualquier rincón verde.

9 ¿Está el toro salvaje dispuesto a servirte
y a pasar la noche en tu establo?
10 ¿Puedes atarlo en los surcos fértiles
para que are los valles detrás de ti?
11 Porque sea robusto, ¿puedes fiarte de él
y descargar en él tus tareas?
12 ¿Crees que volverá
para reunir el grano en tu granero?

13 El avestruz aletea orgullosamente,
son sus plumas como el plumaje de la cigüeña;
14 cuando abandona en el suelo los huevos
y los incuba en la arena,
15 sin pensar que unos pies pueden destruirlos
y una fiera pisotearlos,
16 es cruel con sus crías, como si no fueran suyas;
no le importa que se malogre su fatiga;
17 porque Dios le negó sabiduría
y no le repartió inteligencia.

18 Pero cuando se levanta y huye,
se ríe de caballos y jinetes.
19 ¿Le das al caballo su brío,
le vistes el cuello de crines?
20 ¿Lo haces saltar como langosta,
con resoplido terrible y majestuoso?

21 Escarba nervioso en el valle y, gozoso de su fuerza,
sale a la batalla;
22 se ríe del miedo, no se asusta,
no se vuelve ante la espada,
23 por más que resuene la aljaba del jinete,
y lancen chispas las lanzas y jabalinas;
24 con ímpetu y estruendo devora la distancia
y no se para cuando suena el clarín;
25 al toque del clarín, responde con un relincho,
olfatea de lejos la batalla,
los gritos de mando y los alaridos.

26 ¿Enseñas tú a volar al halcón,
a desplegar sus alas hacia el sur?
27 ¿Mandas tú remontarse al águila
y al buitre colgar su nido en la altura?
28 En una roca vive y se refugia,
un picacho es su fortaleza,
29 desde donde acecha su presa
y sus ojos la miran desde lejos;
30 sus crías se alimentan con sangre,
donde hay carroña allí está ella.

40 [1] El Señor siguió hablando a Job:
[2] ¿Quiere el inconforme discutir con el Todopoderoso?
El que critica a Dios, que responda.

Respuesta de Job al Señor

[3] Job respondió al Señor:
[4] Me siento pequeño, ¿qué responderé?,
me taparé la boca con la mano.
[5] He hablado una vez y no insistiré;
dos veces y no añadiré nada.

Segundo discurso del Señor

[6] El Señor replicó a Job desde la tormenta:
[7] Si eres hombre, muéstrame tu valentía,
voy a interrogarte y tú responderás:
[8] ¿Te atreves a decir que soy injusto
o a condenarme para salir tú absuelto?
[9] Si tienes un brazo como el de Dios
y tu voz atruena como la suya,
[10] vístete de gloria y majestad,
cúbrete de grandeza y esplendor,
[11] da rienda suelta a tu enojo
y derriba con una mirada al soberbio,
[12] humilla con una mirada al soberbio,
y aplasta a los malvados;
[13] entiérralos juntos en el polvo,
venda sus rostros en la tumba.
[14] Entonces yo también pronunciaré tu alabanza:
Tu brazo te ha dado la victoria.
[15] Mira al hipopótamo, que yo he creado igual que a ti;
come hierba como las vacas.
[16] Mira la fuerza de sus ancas,
la potencia de su vientre musculoso
[17] cuando yergue su cola como un cedro,
trenzando los tendones de los muslos.
[18] Sus huesos son tubos de bronce,
su osamenta barras de hierro.
[19] Es la obra maestra de Dios,
sólo su Creador puede derrotarlo.
[20] Los montes le traen tributo,
los animales salvajes retozan junto a él;
[21] se tumba debajo de los lotos,
se esconde entre las cañas del pantano,
[22] lo cubren los lotos con su sombra,
lo envuelven los sauces del torrente.

---

toma un descanso para recobrar el aliento y dar a Job la oportunidad de responder. Antes, Job ha mencionado cómo la gente se cubría la boca con las manos ante sus palabras en señal de respeto (29,9). Ahora es él el que se cubre la boca respetuosamente. Job no confiesa pecado alguno, está simplemente anonadado ante el misterio de Dios y del universo.

40,6–41,26 Segundo discurso del Señor. El Señor lanza de nuevo un desafío. ¿Es realmente necesario que Job condene a Dios para afirmar su propia inocencia? (40,8). Sigue a continuación la descripción de dos grandes monstruos: Behemoth (40,15-24) y más extensamente Leviatán (40,25–41,26). Los expertos quieren ver en ellos al hipopótamo y al cocodrilo –y así lo hemos traducido–, pero en la cultura del Medio Oriente son también mitos/símbolos del caos pri-

23 Aunque el río baje bravo, no se asusta,
está tranquilo aunque el Jordán espumee contra su hocico.
24 ¿Quién lo agarrará por los ojos
o le atravesará la nariz con una horquilla?
25 ¿Puedes pescar con anzuelo al cocodrilo
o domar su lengua con una cuerda?
26 ¿Puedes pasarle un junco por las narices
o perforarle la mandíbula con un gancho?
27 ¿Vendría a ti con muchas súplicas
o te hablaría cosas tiernas?
28 ¿Hará un contrato contigo
para que lo tomes como esclavo de por vida?
29 ¿Jugarás con él como con un pájaro,
o lo atarás como un gorrión?
30 ¿Traficarán con él los pescadores
o lo cortarán en trozos para venderlo?
31 ¿Podrás acribillarle la piel con dardos
o la cabeza con arpones?
32 Ponle la mano encima:
te acordarás de la batalla y no lo repetirás.

41 4 No dejaré de describir sus miembros
ni su fuerza incomparable.
5 ¿Quién le abrió su dura piel
y penetró por su doble coraza?
6 ¿Quién abrió las dos puertas de sus fauces
rodeadas de dientes espantosos?
7 Su espalda son hileras de escudos
cerrados y duros como la piedra,
8 tan unidos unos con otros
que el aire no pasa entre ellos;
9 soldado cada uno con el vecino,
se traban y no se pueden separar.
10 Su estornudo es como relámpago,
sus ojos parpadean como la aurora;
11 de sus fauces salen antorchas
y se escapan chispas de fuego;
12 de sus narices sale una humareda
como de un caldero hirviente;
13 su aliento enciende carbones
y saltan llamaradas de sus fauces.
14 En su cuello se asienta la fuerza,
ante él danza el terror.
15 Su carne es compacta,
firmemente pegada a su cuerpo;
16 su corazón es duro como roca,
duro como piedra para moler.

mordial a los que el Señor, creándolos, domina y controla. Probablemente estamos ante una mezcla de zoología y mitología.

Dios desafía a Job: ¿Puedes, tú, acaso pasar una soga por sus narices?, ¿puedes capturarlos? (40,24). Ambos se pavonean por el mundo embistiendo y atacando para hacer que todo regrese al caos, pero no son ellos los que mandan, ¡es Dios!, y Dios no los destruye, los controla.

42,1-6 Respuesta de Job al Señor. Finalmente,

17 Cuando se levanta, tiemblan los héroes,
y se rinden consternados.
18 La espada que lo alcance no resiste,
ni la lanza, ni el dardo, ni el asta,
19 pues para él el hierro es paja
y el bronce madera carcomida;
20 no lo ahuyentan las flechas,
polvo son para él las piedras de la honda;
21 para él la maza es pelusa,
se ríe del silbido de la flecha.
22 Su panza de tejuelas afiladas
araña el barro como un rastrillo;
23 hace hervir el fondo como una caldera
y humear el agua como una caldera hirviente;
24 detrás deja estela brillante,
el agua como barba encanecida.
25 En la tierra nadie se le iguala
a él, que fue creado intrépido.
26 Se encara con todo lo elevado
y es el rey de todas las fieras.

1 Pues bien, su esperanza queda defraudada.
¿También Dios al verlo quedará derribado?
2 No será cruel cuando lo provoque.
¿Quién resistirá frente a mí?
3 ¿Quién me hará frente y saldrá ileso?
Cuanto hay bajo el cielo es mío.

Respuesta de Job al Señor

42 1 Job respondió al Señor:
2 –Reconozco que lo puedes todo
y ningún plan es irrealizable para ti.
3 Yo que nada comprendía,
puse en duda tu providencia.
Es cierto, hablé de cosas que no entendía,
de maravillas que superan mi comprensión.
4 Tú has dicho: Escúchame, que voy a hablar,
voy a interrogarte y tú responderás.
5 Te conocía sólo de oídas,
ahora te han visto mis ojos;
6 por eso retiro todas mis palabras y me arrepiento
echándome polvo y ceniza.

Epílogo

7 Cuando el Señor terminó de decir esto a Job, se dirigió a Elifaz de Temán:

–Estoy irritado contra ti y tus dos compañeros porque no han hablado rectamente de mí, como lo ha hecho mi siervo Job.

Job reconoce el poder y las intenciones de Dios y admite que van más allá de su capacidad de comprensión. Antes, Job ha sabido de Dios por las enseñanzas de la tradición, ahora, sumergido en el Misterio, tiene un conocimiento más directo de Él, y reniega de todo lo que ha hablado. ¿Está mostrando arrepentimiento por sus supuestos pecados? Seguramente no, pues a Dios no se le sirve con mentiras. Job puede haber ido demasiado lejos en su ansia de comprender, pero sus sufrimientos no son el resultado del pecado. Lo que verdaderamente entiende ahora es la fragilidad y el límite de la condición humana (6, «polvo y ceniza»).

42,7-17 Epílogo. El libro concluye con un epílogo en prosa. Job es reivindicado por Dios. La conclusión se desarrolla en tres escenas: 1. Dios censura a Elifaz y

8 Por tanto, tomen siete novillos y siete car-
neros, vayan a ver a mi siervo Job y ofréz-
canlos en holocausto por ustedes. Mi siervo
Job intercederá por ustedes. Yo haré caso a
Job y no les haré ningún daño, aunque se
lo merecen por no haber hablado recta-
mente de mí, como lo ha hecho mi siervo
Job.
9 Fueron Elifaz de Temán, Bildad de Suj
y Sofar de Naamat, hicieron lo que manda-
ba el Señor y el Señor hizo caso a Job.
10 Cuando Job intercedió por sus com-
pañeros, el Señor cambió su suerte y dupli-
có todas sus posesiones. 11 Vinieron a visi-
tarlo sus hermanos y hermanas y los
antiguos conocidos, comieron con él en su
casa, le dieron el pésame y lo consolaron
de la desgracia que el Señor le había envia-
do; cada uno le regaló una suma de dinero
y un anillo de oro.
12 El Señor bendijo a Job en sus últimos
años más abundantemente que al principio;
sus posesiones fueron catorce mil ovejas,
seis mil camellos, mil yuntas de bueyes y
mil borricas. 13 Tuvo siete hijos y tres hijas:
14 la primera se llamaba Paloma, la segun-
da Acacia, la tercera Azabache. 15 No había
en todo el país mujeres más bellas que las
hijas de Job. Su padre les repartió hereda-
des como a sus hermanos.
16 Después Job vivió ciento cuarenta
años y conoció a sus hijos, nietos y bisnie-
tos. 17 Y Job murió anciano y colmado de
años.



---

a sus dos compañeros: «no han hablado rectamente de mí, como lo ha hecho mi siervo Job» (7). Esto es tan irónico como importante. Y para más énfasis, se repite en el versículo siguiente. Si los amigos quieren evitar el castigo, tienen que pedir perdón a Job; éste lo concede y Dios lo acepta. 2. Además del honor, Dios devuelve a Job sus propiedades (10s), aunque nunca las ha mencionado ni pedido. Familiares y amigos vienen ahora a darle verdadero consuelo. 3. Finalmente, Dios bendice a Job (12-17) con nuevos ganados (doble cantidad de la que tenía antes), y con una nueva familia: siete hijos y tres hijas cuyos nombres reflejan su atractivo, Jemimah (Paloma), Keziah (Acacia) y Keren-happuch (Azabache). Job muere feliz, lleno de años y rodeado de sus hijos e hijas hasta la tercera generación.



ECLESIASTÉS
(QOHELET)

El libro. En el momento en que la experiencia y la reflexión se constituyen en fuente de conocimiento y enseñanza, se siembra la semilla de la crítica. Esto sucedió en Israel bajo la palabra de los profetas (Is 29,14; Jr 8,9), que era crítica desde fuera. Pero sucedió también desde dentro, desde el seno de esa venerable tradición sapiencial. Qohelet y Job son los dos exponentes máximos de esa crítica interior al ejercicio de la sabiduría, dos momentos de un proceso dialéctico.

Qohelet se ha formado en una escuela y tradición sapienciales. Conoce las enseñanzas tradicionales. Cita proverbios viejos o fabrica otros semejantes que le pueden acreditar el título de maestro. No ha conseguido por ellos fama imperecedera, sino por su inconformismo consecuente y honrado. Paradójicamente, Qohelet, que niega la supervivencia del hombre, tiene fama inmortal.

En la mente tormentosa del autor, rebelde sin violencia, contestador sin arrogancia, la sabiduría entra en conflicto consigo misma. Y esto de modo entrañable, apasionado, si pudiéramos hablar de pasión fría.

Qohelet quiere comprender el sentido de la vida, da vueltas en torno a ella –como el viento de 1,6– y se estrella siempre en el muro de la muerte, que le lleva a acuñar la frase que le ha hecho inmortal, y con la que comienza sus reflexiones: «Pura ilusión… pura ilusión, todo es una ilusión» (1,2).

En algunos momentos le parece que la muerte aniquila por adelantado todos los valores de la vida, y comenta con ironía amarga, desoladamente: «los vivos saben… que han de morir, los muertos no saben nada»; otras veces, con más lucidez, comprende que la muerte relativiza simplemente los valores de la vida. Pero, al mismo tiempo, la muerte exige, impone, el aprovechamiento de la vida no para realizar obras inmortales que, si sobreviven al autor, de nada le aprovechan muerto, sino para acertar con el ritmo menudo y humilde de la tarea y disfrute cotidianos.

El «Eclesiastés» no es pesimista, sino realista. En él, la sabiduría se apea, llega al borde del fracaso; así encuentra su límite y se salva, barruntando un horizonte trascendente que dé sentido al sinsentido de la vida humana. Otros escritos de la Biblia comenzarán donde termina el Eclesiastés.

El libro es para ser leído lentamente, despacio y con pausas, hasta que sus peticiones estilísticas y temáticas se conviertan en resonancias internas del lector. En ese momento, el de la resonancia interna, comienza de verdad la comprensión y madura el disfrute.

El autor. El autor anónimo que vivió probablemente después del destierro, entre el siglo IV y III a.C., se presenta bajo el nombre genérico de «Qohelet», término misterioso que parece aludir al sabio o al maestro que va desgranando sus reflexiones ante una asamblea. El nombre ha llegado hasta nosotros en su traducción griega de «Eclesiastés», traducido a su vez en nuestras lenguas, quizás incorrectamente, por «El predicador».

Imposible averiguar cómo compuso el autor su obra. Puestos a ilustrar su aspecto, escogeríamos el modelo de un diario de reflexiones. Tienen algo de líricas estas páginas; un lirismo que se intensifica en algunos momentos. Escribe un libro brevísimo, y aun del valor de sus palabras no está seguro: «Cuantas más palabras, más vanidad». ¿Hay autor menos dogmático en el Antiguo Testamento que este enigmático Eclesiastés? Su lucha es contra la teología que ignora la realidad de la experiencia humana, presentando así el lado escéptico de la sabiduría convencional.



1 1 Discurso de Qohelet, hijo de David,
rey de Jerusalén:
2 ¡Pura ilusión –dice Qohelet–; pura ilu-
sión, todo es una ilusión!

Nada hay nuevo bajo el sol

3 ¿Qué provecho saca el hombre de to-
dos los esfuerzos que realiza bajo el sol?
4 Una generación se va, otra generación
viene, mientras la tierra siempre permane-
ce. 5 Sale el sol, se pone el sol, corre por lle-
gar a su puesto y de allí vuelve a salir. 6 El
viento camina al sur, gira al norte, gira y
gira, va dando vueltas y vuelve a girar. 7 To-
dos los ríos caminan al mar y el mar nunca
se llena; cuando llegan al lugar a donde
van, desde allí vuelven a caminar.
8 Todas las cosas cansan y nadie es ca-
paz de explicarlo. ¿No se sacian los ojos de
ver ni se cansan los oídos de oír? 9 Lo que
pasó, eso pasará; lo que se hizo, eso se
hará: no hay nada nuevo bajo el sol. 10 Si de
algo se dice: Mira, esto es nuevo, eso ya su-
cedió en otros tiempos mucho antes de
nosotros. 11 Nadie se acuerda de los anti-
guos y lo mismo pasará con los que ven-
gan: no se acordarán de ellos sus suceso-
res.

Doble experimento

12 Yo, Qohelet, fui rey de Israel en Je-
rusalén. 13 Me dediqué a investigar y a ex-
plorar con sabiduría todo lo que se hace
bajo el cielo. Una dura tarea ha dado Dios

1,1s En los versículos 1s encontramos: 1. La identidad del autor, quien se identifica con Salomón. No quiere decir que Salomón, el hijo de David, sea el autor material de la obra. Se trata de un recurso literario para darle importancia y ubicarla dentro de la sabiduría bíblica (cfr. 1 Re 5,9-14). 2. La expresión «discurso» o «palabras», que aunque puede tener un sentido general, recuerda el comienzo de los discursos proféticos (Jr 1,1; Prov 30,1). 3. El marco del libro. En el versículo 2 se recoge el estribillo que de una u otra forma se irá repitiendo frecuentemente hasta que al final sirva para cerrar la obra (12,8).

«Pura ilusión» es traducción de «vanidad de vanidades», es decir, «la gran vanidad» o «la gran ilusión»; se trata de un superlativo, como «cantar de los cantares» es «el gran cantar». Se refiere a la fragilidad humana. No alude a todo lo que hay en el cielo y la tierra, sino a las actividades de la vida, a lo ilusorio de las cosas y la decepción que éstas reservan a los humanos.

Qohelet, nombre del Eclesiastés en hebreo, es el símbolo de quien lo ha tenido todo en la vida: bienes, sabiduría, etc. Al final, cuando le ha llegado el momento de recoger el fruto de sus años, concluye que todo es «pura ilusión». ¿Es posible que un creyente llegue a sentirse de esta manera? Todavía sorprende más que, sintiéndose así, no se enturbie su fe. Ésta es seguramente la mejor enseñanza de la que parte la obra.

1,3-11 Nada hay nuevo bajo el sol. Al comienzo de este apartado se hace una pregunta, no para ser respondida, sino para exponer de manera directa las palabras o frases clave del libro a las que ya aludía en los versículos anteriores: 1. «Provecho»: la palabra se refiere en su origen a la ganancia en el comercio; en la obra se repite 13 veces. 2. «Esfuerzos»: es el lado duro de la vida, es decir, el trabajo fatigoso (cfr. Dt 26,7); aparece 33 veces en el libro. 3. «Bajo el sol»: lo que pertenece a la experiencia humana y al sentido de la existencia. Equivale a «durante su vida» (Ecl 11,8) y la expresión no se encuentra en otro lugar de la Biblia.

A continuación se desarrolla el tema de la observación de la vida cotidiana: todo es un ir y venir sin que nada sea nuevo. Parece una composición dividida en dos partes (4-7; 8-11) por una pregunta que en sí misma lleva la respuesta. En la primera parte se incluyen las generaciones, el ciclo del sol –para los antiguos éste era un disco plano que daba vueltas alrededor de la tierra–, los giros sin rumbo del viento y el constante fluir de los ríos. Después se centra en los acontecimientos históricos en general.

Qohelet se aparta desde el principio de la sabiduría tradicional, donde el ser humano podía conocer todas las cosas y expresarlas (Is 42,9; Jr 31,22.31; Ez 11,19; 36,26), y se sale de la línea de quienes, por olvidar el pasado (Eclo 44,8s; 1 Re 10,4s; 5,9s), pensaban que la modernidad era sinónimo de progreso. No se refiere a que todo es un eterno retorno pesimista, sino a la monotonía de la vida y a que lo básico ya está hecho.

La reflexión va tomando cuerpo. La convicción de que todo es «pura ilusión» se concreta para el autor en que nada de la experiencia humana es extraordinario. Tarde o temprano, los acontecimientos se repiten, ya sean naturales, sociales o de otro orden.

1,12–2,10 Doble experimento. Este apartado se comprende en relación con el siguiente: el primero describe el doble experimento que Qohelet hace a conciencia, y el siguiente, su evaluación. Se presenta como si fuera un testamento de Salomón, modelo de sabiduría y esplendor (1 Re 5,9-14), que al final de sus días recoge el fruto de sus esfuerzos.

Primer experimento: la experiencia de todo lo que se hace bajo el sol (1,12-18). Distingue entre las actividades de los hombres (1,13-15) y las de la sabiduría

a los hombres para que se dediquen a ella.
14 Examiné todas las acciones que se hacen
bajo el sol y me di cuenta de que todo es
pura ilusión, querer atrapar el viento. 15 Lo
torcido no se puede enderezar, lo que falta
no se puede calcular. 16 Y me dije a mí mis-
mo: aquí estoy yo, que he acumulado más
sabiduría que todos mis predecesores en
Jerusalén; mi mente alcanzó sabiduría y
mucho saber. 17 Y a fuerza de trabajo com-
prendí que la sabiduría y el saber son locu-
ra y necedad. Y comprendí que también
eso es querer atrapar el viento, 18 porque a
más sabiduría más molestias, y aumen-
tando el saber se aumenta el sufrir.

2 1 Entonces me dije: vamos a ensayar
con la alegría y a gozar de placeres, y
también esto resultó pura ilusión. 2 A la risa
la llamé locura, y a la alegría, ¿qué consi-
gues? 3 Exploré atentamente guiado por mi
mente con destreza: traté mi cuerpo con
vino, me di a la frivolidad, para averiguar si
eso es lo que más le conviene al hombre
durante los contados días de su vida.

4 Hice obras magníficas: me construí un
palacio, me planté viñedos, 5 me hice huer-
tos y parques y planté toda clase de árbo-
les frutales, 6 perforé pozos para regar el
bosque donde crecían los árboles; 7 adquirí
esclavos y esclavas, tenía servidumbre y
poseía rebaños de vacas y ovejas, más que
mis predecesores en Jerusalén; 8 acumulé
también plata y oro, las riquezas de los rei-
nos y provincias; me conseguí cantores y
cantoras y muchas mujeres hermosas que
son la delicia de los hombres. 9 Fui más
grande y magnífico que todos los que me
precedieron en Jerusalén, mientras la sabi-
duría me asistía. 10 No negué a mis ojos
nada de cuanto me pedían, no privé a mi
corazón alegría alguna; sabía disfrutar de
todo mi trabajo, y ese gozo fue mi recom-
pensa.

Evaluación: nada se saca bajo el sol

11 Después examiné todas las obras
de mis manos y la fatiga que me costó
realizarlas: todo resultó pura ilusión y que-
rer atrapar el viento, nada se saca bajo el
sol.

(1,16-18), aunque sus resultados son los mismos: «pura ilusión» y «querer atrapar el viento». ¿Qué significa esto para Qohelet? En primer lugar, que Dios ha dado a los hombres la dura tarea de las diversas labores –la palabra utilizada es «inyán», que sólo la encontramos en este libro–. En segundo lugar, que todas estas son, en definitiva, «querer atrapar el viento». En tercer lugar, que la sabiduría que ha adquirido Qohelet con esta investigación es algo vano, de nuevo «querer atrapar el viento». Los versículos 15 y 18 son proverbios populares de la época que expresan esta misma experiencia –una reflexión similar se halla en el famoso «Poema de Gilgamés», texto antiquísimo perteneciente a un pueblo vecino de Israel–.

Segundo experimento: el disfrute y la alegría (2,1-10). Se describen las obras propias de un gran señor de Jerusalén en el ámbito agrícola y comercial y su vida cortesana (Gn 9,20; 1 Re 10,12; 11,1-3; 21,1; Is 5,1-3). La conclusión a la experiencia de la vida opulenta la expresa el autor con ironía: «ésa fue la recompensa –en hebreo, 'jélek' indica lo perecedero– de mis fatigas». También se encuentran ejemplos de este pesimismo en la literatura mesopotámica y egipcia de la antigüedad.

Trabajo o vida «muelle», para el sabio Qohelet da lo mismo. Lo que uno recoge son fatigas. El lector o lectora creyentes no tienen por qué terminar aquí su reflexión. Qohelet ofrece una pista interesante: ¡el corazón hay que ponerlo en lo que, o mejor dicho, en Quien concede una carga llevadera! (Mt 11,29s).

2,11-26 Evaluación: nada se saca bajo el sol. Con la expresión «nada se saca bajo el sol», Qohelet evalúa sus experimentos anteriores. ¿Cuáles son los resultados de sus esfuerzos por adquirir bienes y sabiduría? 1. En primer lugar (12-14a), aunque la sabiduría es mejor que la necedad, aquélla no proporciona ventaja sobre ésta, pues la muerte equipara a sabios y a necios (3,19; 9,2s). 2. En segundo lugar (14b-17), todo esto produce dolor y sin sentido (cfr. Jr 20,14.18; Job 3,1-3). 3. En tercer lugar (18-21), y lo que parece más importante en este apartado, al dolor del esfuerzo en conseguir las cosas –«yitrón» es el esfuerzo en sentido general– se une el del tener que dejarlas a quien no se ha fatigado, con el agravante de no saber si será «sabio» o «necio». En resumen (22-26): «el único bien del hombre es comer...» (texto paralelo a 3,12.22 y 8,15, cfr. Is 56,12; 1 Cr 29,22; Neh 8,10; 1 Cor 15,32).

Con estas conclusiones, el Predicador se separa de la sabiduría tradicional, como en Prov 10,7.9.16.17, y llega incluso a burlarse de la insuficiencia de la doctrina que justificaba el escándalo de las riquezas otorgadas al malvado (Prov 11,8; 13,22; Job 27,16s). El autor no habla de pervivencia después de la muerte, sino de que sabio y necio comparten una misma suerte (no así en Sab 2–5). Sin embargo, Qohelet se mantiene en lo más ortodoxo de la fe israelita cuando afirma que todo es don de Dios (25).

Si probamos a leer este apartado comenzando por el final, tendríamos: «el único bien del hombre es co-

12b ¿Qué hará el sucesor del rey? Lo que ya antes ha sido hecho.

12a –Me puse a examinar la sabiduría, la locura y necedad, 13 y observé que la sabiduría es más provechosa que la necedad, como la luz aprovecha más que las tinieblas. 14 El sabio lleva los ojos en la cara, el necio camina en tinieblas. Pero comprendí que una suerte común les toca a todos, 15 y me dije: la suerte del necio será mi suerte, ¿para qué fui sabio?, ¿qué saqué en limpio?, y pensé para mí: también esto es pura ilusión. 16 Porque nunca nadie se acordará del necio ni tampoco del sabio, ya que con el correr de los años todo se olvida, ¡y el sabio morirá lo mismo que el necio!

17 Y así aborrecí la vida, porque encontré malo todo lo que se hace bajo el sol; que todo es pura ilusión y querer atrapar el viento. 18 Y aborrecí lo que hice con tanta fatiga bajo el sol, porque se lo tengo que dejar a un sucesor, 19 ¿y quién sabe si será sabio o necio? Él heredará lo que me costó tanta fatiga y habilidad bajo el sol. También esto es pura ilusión.

20 Y terminé por desilusionarme de todo el trabajo que había realizado bajo el sol. 21 Hay quien se fatiga con sabiduría, ciencia y acierto, y tiene que dejarle su herencia a uno que no se ha fatigado. También esto es pura ilusión y grave desgracia.

22 Entonces, ¿qué saca el hombre de todas las fatigas y preocupaciones que lo fatigan bajo el sol? 23 De día su tarea es sufrir y penar, de noche no descansa su mente. También esto es pura ilusión.

24 El único bien del hombre es comer y beber y disfrutar del producto de su trabajo, y aun esto he visto que es don de Dios. 25 Porque, ¿quién come y goza sin su permiso? 26 Al hombre que le agrada, él le da sabiduría y ciencia y alegría; al pecador le da como tarea juntar y acumular, para dárselo a quien agrada a Dios. También esto es pura ilusión y querer atrapar el viento.

El momento oportuno

3 1 Todo tiene su momento y cada cosa su tiempo bajo el sol:
2 tiempo de nacer y tiempo de morir;
tiempo de plantar y tiempo de arrancar lo plantado;
3 tiempo de matar y tiempo de sanar;
tiempo de destruir y tiempo de construir;
4 tiempo de llorar y tiempo de reír;
tiempo de hacer duelo y tiempo de bailar;
5 tiempo de arrojar piedras y tiempo de recogerlas;
tiempo de abrazar y tiempo de separarse;
6 tiempo de buscar y tiempo de perder;
tiempo de guardar y tiempo de tirar;
7 tiempo de rasgar y tiempo de coser;
tiempo de callar y tiempo de hablar;
8 tiempo de amar y tiempo de odiar;
tiempo de guerra y tiempo de paz.

---

mer y beber y disfrutar del producto de su trabajo, y aun esto he visto que es don de Dios...». Aquí ha llegado el sabio después de haber examinado lo que queda de su sabiduría y sus bienes, como si dijera que el lugar donde se esconde el tesoro deseado está en lo más cotidiano: en el Dios de las pequeñas cosas.

3,1-15 El momento oportuno. Esta nueva sección del libro del Eclesiastés está claramente dividida en dos, un poema sobre el tiempo (1-8) y una parte en prosa (9-15).

El poema está desarrollado a partir de conceptos contrarios, sin una estructura clara. Así, en el versículo 1 se hace una afirmación general; en el 2 se habla de «nacer» y «morir»; los versículos 3-5 se centran en la vida social; 6s recogen acciones de la vida cotidiana; en el versículo 8 se habla de «amor» y «odio». Lo que da unidad a estos versos es el «tiempo» –expresión que se repite 28 veces– y la convicción de que el ser humano no puede hacer nada frente a él.

En cuanto a la parte en prosa, el tema central es Dios –cuyo nombre aparece seis veces–; se trata, por tanto, de una profunda reflexión teológica. Algunos versículos están relacionados con temas tratados anteriormente; el versículo 10 responde a 2,9; el versícu-

9 ¿Qué provecho saca el obrero de su
trabajo? 10 Observé todas las tareas que
Dios encomendó a los hombres para afligir-
los: 11 todo lo hizo hermoso a su tiempo y
dio al hombre el mundo para que pensara;
pero el hombre no abarca las obras que
hizo Dios desde el principio hasta el fin.

12 Y comprendí que lo único bueno para
el hombre es alegrarse y disfrutar de la
vida. 13 Después de todo, que el hombre
coma y beba y disfrute en medio de sus fa-
tigas es don de Dios. 14 Comprendí que
todo lo que hizo Dios durará siempre: no se
puede añadir ni quitar nada. Porque Dios
exige que lo respeten. 15 Lo que es, ya fue;
lo que será ya sucedió, porque Dios vuelve
a traer lo que pasó.

Injusticia

16 Otra cosa observé bajo el sol: en el lu-
gar de la ley, está el delito; en el tribunal de
la justicia, la maldad; 17 y pensé: al justo y
al malvado los juzgará Dios. Hay una hora
para cada asunto y un lugar para cada ac-
ción. 18 Acerca de los hombres, pensé así:
Dios los prueba para que vean que por sí
mismos son animales; 19 en realidad hom-
bres y animales tienen la misma suerte:
muere uno y muere el otro, todos tienen el
mismo aliento de vida y el hombre no su-
pera a los animales. Todos son de corta du-
ración. 20 Todos caminan al mismo lugar,
todos vienen del polvo y todos vuelven al
polvo. 21 ¿Quién sabe si el aliento del hom-
bre sube hacia lo alto y el aliento del animal
baja a la tierra?

22 Y así observé que el único bien del
hombre es disfrutar de lo que hace: ésa es
su paga; porque nadie lo traerá a disfrutar
de lo que vendrá después de él.

4 1 También observé todas las opresio-
nes que se cometen bajo el sol: vi llo-
rar a los oprimidos sin que nadie los conso-
lase, sin que nadie los consolase del poder
de los opresores; 2 y consideré a los muertos
que ya han muerto más dichosos que los
vivos que aún viven, 3 y mejor que los dos
el que aún no ha existido, porque no ha vis-
to las maldades que se cometen bajo el sol.

---

lo 11 parece un reflejo de 2,24; los versículos 14s recuerdan a 1,4-11. Otros resultan un tanto problemáticos; por ejemplo, el versículo 11 no cuadra bien con lo dicho en el 10 y, además, no todas las Biblias lo traducen de la misma forma.

En resumen, los temas teológicos tratados aquí son: el origen de todo está en Dios (10s; cfr. Éx 7,3; 10,1.20.27; 2 Sm 24,1); todas las cosas son hermosas (11; cfr. Gn 1,7.16.25.31); Dios tiene el señorío sobre el pasado, presente y futuro (15). En los tres casos están tratados bajo estos dos puntos de vista: 1. La imposibilidad del ser humano de conocer los caminos de Dios (11.14). 2. Disfrutar del trabajo es el don de Dios al que podemos aspirar.

Pero, ¿no resultan contradictorias todas estas ideas? Sí, desde un punto de vista lógico. Mas para comprender el Eclesiastés hay que situarse en su punto de partida –recordemos lo dicho al principio–: frente a la experiencia tradicional de que todo tiene su momento (Prov 15,23) y que lo negativo y la muerte son consecuencia del pecado, Qohelet afirma que no son sino la consecuencia de la debilidad de la condición humana, que nada tienen que ver con la virtud y la justicia.

La sabiduría más tradicional del Antiguo Testamento afirmaba que el sabio verdadero es el que conoce lo que hay que hacer en cada situación, aquél que sabía el momento oportuno. La vida, sin embargo, muestra que no todas las situaciones se resuelven de manera lógica; para el autor está claro que el ser humano no ha de afanarse por descubrir el sentido profundo de aquéllas, su tarea es más bien otra, buscar el don de Dios en las cosas cotidianas.

3,16–4,3 Injusticia. En este apartado y en los cuatro siguientes se tratan algunas de las miserias de la vida humana: la opresión de la fuerza y derrota del justo (3,16–4,3), la pasión por el trabajo (4,4-12), la fugacidad de la gloria (4,13-16), el abuso de los votos (4,17–5,6) y la tiranía de las autoridades (5,7s). El punto de partida que le lleva a las siguientes conclusiones es «puesto que hay injusticia...»: 1. Al justo y al malvado los juzgará Dios, porque en la tierra la iniquidad favorece a los poderosos –hay afirmaciones semejantes en lamentaciones babilónicas–. 2. Hombres y animales tienen la misma suerte. No sugiere la maldad, la constata –de ahí el parecido entre hombres y animales– y expresa la imposibilidad de escapar de la muerte («aliento» y «muerte», cfr. Gn 2,7.19). 3. El único bien del hombre es disfrutar de lo que hace, idéntica conclusión a la del apartado anterior. 4. Es mejor no haber existido, porque así no se han visto las maldades que se cometen bajo el sol.

¿Cómo puede haber para Qohelet un abanico tan dispar de respuestas ante la constatación de la injusticia? ¿Acaso una misma situación provoca una misma respuesta en personas distintas, o en las diferentes situaciones por las que atraviesa una misma persona? Pero entonces, ¿qué doctrina se puede seguir a partir de lo que aquí se expresa? Más que buscar una doctrina, deberíamos dejar que el Eclesiastés ilumine y rectifique nuestras propias conclusiones personales sobre las situaciones injustas.

Trabajo

4 Observé que toda la fatiga y el éxito en
el trabajo es rivalidad y envidia entre com-
pañeros. También esto es pura ilusión y
querer atrapar el viento. 5 Es que el necio
cruza los brazos y se va consumiendo. 6 Sí,
pero más vale un puñado con tranquilidad
que dos con fatiga.
7 Otra ilusión descubrí bajo el sol: 8 hay
quien vive solo, sin compañero, sin hijos ni
hermanos; se fatiga sin descanso y no se
sacia de riquezas: ¿Para quién me fatigo yo
y me privo de satisfacciones? También esto
es pura ilusión y mal negocio.
9 Mejor dos juntos que uno solo: tendrá
buena paga su fatiga. 10 Si uno cae, lo le-
vanta su compañero. Pobre del solo si cae:
no tiene quien lo levante. 11 Más aún: si se
acuestan juntos, se calientan; uno solo,
¿cómo se calentará? 12 Si a uno solo lo do-
minan, dos juntos resistirán: la cuerda triple
no se rompe fácilmente.

Sabiduría

13 Más vale joven pobre y sabio que rey
anciano y necio, que no acepta consejos:
14 había nacido pobre durante el reinado del
otro, y salió de la cárcel para reinar. 15 Ob-
servé a todos los vivientes que se movían
bajo el sol, estaban de parte del joven suce-
sor; 16 y aunque era innumerable la gente
que lo seguía, los que vengan después no se
alegrarán de lo que ha hecho. También esto
es pura ilusión y querer atrapar el viento.

Votos y promesas

17 Vigila tus pasos cuando vas a la casa
de Dios, porque la obediencia es más acep-
table que los sacrificios de los necios, que
obran mal sin darse cuenta.

5 1 Cuando presentes un asunto a Dios,
no te apresures, ni con los labios ni
con el pensamiento. Dios está en el cielo y
tú en la tierra: sean tus palabras contadas.
2 En lo que soñamos asoman nuestras pre-
ocupaciones, en las muchas palabras se
escucha al necio. 3 Una vez hecha una pro-
mesa a Dios, no tardes en cumplirla; no le
agradan los necios, lo prometido cúmplelo.
4 Mejor no hacer promesas que hacerlas y
no cumplirlas. 5 No dejes que tu boca te
haga culpable de pecado ni digas después
al mensajero que fue por inadvertencia;

4,4-12 Trabajo. El nuevo campo de observación es el trabajo. Como en la sección anterior, parte de una constatación que interroga e ilumina al lector: «Puesto que hay trabajo...»; desde aquí llega a las dos siguientes conclusiones: 1. «Más vale un puñado con tranquilidad que dos con fatiga», pues la fatiga y el éxito tienen que ver con la rivalidad y la envidia. 2. «La cuerda triple no se rompe fácilmente»; es mejor dos que uno solo, pues el fruto del trabajo de uno no tiene sentido.

Probablemente, se trata de dos proverbios antiguos que expresaban la sabiduría tradicional. Qohelet hace uso de ellos para expresar el fruto de su reflexión sobre la experiencia.

4,13-16 Sabiduría. El tercer ámbito de observación es la Sabiduría. También aquí emplea un refrán popular como conclusión: «Más vale joven pobre y sabio que rey anciano y necio...», pues éste no acepta consejos, y además, aunque sea aclamado, los que vengan después no se alegrarán de lo que ha hecho. Hay quien ha visto una alusión a la historia bíblica de José, pero es muy difícil confirmarlo, ya que sólo se exponen datos muy generales. Al igual que en la reflexión de 3,16–4,3 también aquí hay que dejar que el Eclesiastés cuestione nuestras conclusiones acerca de la sabiduría y la necedad.

4,17–5,6 Votos y promesas. El Predicador observa ahora el culto y la religión. Basa la diferencia entre el comportamiento del sabio y el del necio sobre los votos y las promesas –sobre los pecados por inadvertencia, véase Lv 4; Nm 15,22–.

Habla del respeto que le merece el lugar sagrado; rechaza la incoherencia (Os 8,18; Am 5,21-24) y valora la actitud obediente (4,17); subraya la trascendencia de Dios (5,1; cfr. Dt 26,15; Sal 115,3; Jos 2,11), de ahí que el silencio sea la manera más respetuosa de dirigirse a Él –así la instrucción egipcia de «Ani», de alrededor del año 1000 a.C–; y advierte del cumplimiento de lo que se promete (5,3s). Todo ello está coloreado con algunas sentencias que suenan a proverbios populares: «la obediencia es más aceptable que los sacrificios»; «en lo que soñamos asoman nuestras preocupaciones»; «muchas preocupaciones traen pesadillas»… Por último, alude al «mensajero» (5,5), que puede referirse al sacerdote (Mal 2,7) o al ángel ante el que no es posible disculparse, pues lleva la cuenta de las obras (Tob 12,12; Hch 10,4), y concluye que lo mejor es alejarse de las vanas ilusiones y temer a Dios.

El cumplimiento de los votos es algo propio de todas las culturas (Gn 28,20-22). La importancia de la prontitud en llevarlos a cabo ya la encontramos en Dt 23,22, cuya advertencia está dentro de la antigua tradición sapiencial que mantiene cierta distancia de los sacrificios rituales. La argumentación es que la desgracia la da Dios, pero la provoca el hombre (cfr. Éx 32,10-14; Sal 106,23).

pues Dios se irritará al oírte y hará fracasar
tus empresas. 6 Muchas preocupaciones
traen pesadillas, muchas palabras traen fal-
sas ilusiones; tú respeta a Dios.

Autoridades

7 Si ves que en una región el pobre es
oprimido, y son quebrantados el derecho y
la justicia, no te extrañes de tal situación:
cada autoridad tiene una superior, y una su-
prema vigila sobre todas. 8 Con todo, sale
ganando el país si el rey está al servicio del
campo.

Riquezas

9 El que ama el dinero siempre quiere
más y el avaro no lo aprovecha: también
esto es pura ilusión. 10 Aumentan los bienes
y aumentan los que se los comen, y lo úni-
co que saca el dueño es verlo con sus ojos.
11 Dulce es el sueño del trabajador, coma
mucho o coma poco; al rico, sus riquezas
no lo dejan dormir. 12 Hay una cosa lamen-
table que he observado bajo el sol: riquezas
guardadas que perjudican al dueño. 13 En
un mal negocio pierde sus riquezas, y el
hijo que le nació se queda con las manos
vacías. 14 Como salió del vientre de su ma-
dre, así volverá: desnudo; y nada se llevará
del trabajo de sus manos. 15 También esto
es una cosa lamentable: tiene que irse igual
que vino, y, ¿qué sacó de tanto trabajo?
Viento. 16 Para colmo, toda su vida se la
pasa en tinieblas, entre muchos disgustos,
enfermedades y rencores.

17 Ésta es mi conclusión: lo bueno y lo
que vale es comer, beber y disfrutar de todo
el esfuerzo que uno realiza bajo el sol los
pocos años que Dios le concede. Ésta es la
recompensa.

18 Si Dios le concede a un hombre rique-
zas y posesiones y le permite comer de
ellas, tomar la parte que le corresponde y
disfrutar de su trabajo, eso sí que es don de
Dios. 19 Porque si Dios inunda de alegría su
corazón, no pensará mucho en la brevedad
de su vida.

6 1 Yo he visto bajo el sol una desgracia
que pesa sobre los hombres: 2 Dios
concedió a un hombre riquezas, bienes y
honor de fortuna, sin que le falte nada de
cuanto puede desear; pero Dios no le con-
cede disfrutarlas, porque un extraño las dis-
fruta. Esto es pura ilusión y muy lamenta-
ble. 3 Supongamos que un hombre tiene
cien hijos y vive muchos años; pero por
mucho que viva si no disfruta de sus bienes
y después no tuviera sepultura, yo afirmo:

Las palabras que hallamos en este apartado son lógicas y llenas de sentido común. Para nuestra reflexión, sirva un ejemplo en la misma línea de las secciones anteriores: «Puesto que hay votos y promesas...», la obediencia es más grande, porque actúan mal los que obran al contrario.

5,7s Autoridades. En 3,16, Qohelet se expresaba en un tono muy parecido al tratar de la administración de la justicia. Aunque pueda aludir a acontecimientos históricos –el colaboracionismo con los tolomeos en la época helenística–, las expresiones siguen siendo de carácter universal.

El versículo 8 resulta enigmático; quizás su sentido sea exaltar el cultivo del campo por los gobernantes. Puede verse una alusión a las injusticias cometidas, so pretexto de obediencia a una autoridad superior, injusticias cuya consecuencia es privar a los pobres de las rentas de sus tierras.

El Predicador no se admira de la opresión del pobre o del que está en un grado inferior, ya que son situaciones de hecho. Su reflexión parte, como siempre, de la experiencia. Pero todavía queda una pregunta: ¿acaso pertenecen a la categoría de lo que hay que aceptar sin remisión las situaciones de injusticia y explotación?

5,9–6,12 Riquezas. Parece que riquezas y felicidad han intentado ir siempre de la mano. Qohelet centra su atención en este tema y va desgranando sus ventajas e inconvenientes. El discurso no resulta difícil de comprender, y no es extraño estar de acuerdo con sus afirmaciones. La misma sabiduría tradicional muestra expresiones y sentimientos semejantes: la fortuna no satisface a su dueño (Prov 19,4.6); el rico sufre insomnio (Eclo 31,1a) y no puede disfrutar de sus bienes (Eclo 30,19); existe un paralelismo entre pobre-sabio y rico-necio (Prov 11,28a; 14,21b; 17,5), etc. Pero el Eclesiastés, como ya decíamos al principio, sostiene su particular enfrentamiento con esta sabiduría presentando como aval su propia experiencia.

5,9 es una sátira, no del rico malvado, sino del dinero bien o mal adquirido y bien o mal empleado. 5,12-16 coincide con Job –obra que hemos de situar también entre aquellas que critican la tradición sapiencial clásica del Antiguo Testamento– en el «destino trágico del ser humano»: se va como el vino, pues nada se llevará del trabajo de sus manos (Job 1,21). Paralelo al versículo 16 es Job 14,1; 6,4s también coincide con Job cuando afirma que el aborto es mejor que el viviente (Job 3,13).

mejor es un aborto 4 que llega en un soplo
y se marcha a oscuras, y la oscuridad en-
cubre su nombre; 5 no vio el sol ni lo cono-
ció, pero descansa mejor que el otro.
6 Y si no disfruta de la vida, aunque viva
dos veces mil años, ¿no van todos al mis-
mo lugar? 7 Toda la fatiga del hombre es
para la boca, y el estómago no se llena.
8 ¿Qué ventaja le saca el sabio al necio, o al
pobre el que sabe manejarse en la vida?
9 Más vale lo que ven los ojos que los de-
seos vagabundos. También esto es pura ilu-
sión y como querer atrapar el viento.
10 Lo que ha sucedido estaba determina-
do, y se sabe que el hombre no puede en-
frentarse con uno más fuerte que él. 11 Don-
de abundan las palabras, abundan las
falsas ilusiones: ¿qué saca en limpio el
hombre? 12 ¿Quién sabe lo que es bueno
para el hombre en la vida, en los días con-
tados de su frágil vida, que pasan como
una sombra? ¿Y quién le dice al hombre lo
que va a pasar después bajo el sol?

Más vale

7 1 Más vale buena fama que buen per-
fume y el día de la muerte que el del
nacimiento. 2 Más vale visitar la casa en
duelo que la casa en fiestas, porque en eso
acaba todo hombre; y el que está vivo, que
lo recuerde. 3 Más vale sufrir que reír, pues
dolor por fuera sana por dentro. 4 El sabio
piensa en la casa en duelo, el necio piensa
en la casa en fiesta. 5 Más vale escuchar la
reprensión de un sabio que escuchar la ala-
banza de un necio, 6 porque la risa de los
necios es como crujido de los espinos bajo
la olla. Eso es otra ilusión.
7 Las falsas alabanzas perturban al sabio
y el soborno le quita el juicio. 8 Más vale el
fin de un asunto que el principio y más vale
paciencia que soberbia. 9 No te dejes arre-
batar por el enojo, porque el enojo se aloja
en el pecho del necio. 10 No preguntes: ¿Por
qué los tiempos pasados eran mejores que
los de ahora? Eso no lo pregunta un sabio.
11 Buena es la sabiduría acompañada de
patrimonio, pero es mejor ver la luz del sol.
12 La sabiduría protege, lo mismo que el di-
nero; pero aventaja la posesión de la sabi-
duría porque da vida a su dueño.
13 Observa la obra de Dios: ¿quién podrá
enderezar lo que él ha torcido? 14 En tiem-
po de prosperidad disfruta, en tiempo de
adversidad reflexiona: Dios ha creado los
dos contrarios para que el hombre no pue-
da averiguar su fortuna. 18 Lo bueno es aga-
rrar lo uno y no soltar lo otro, porque el que
respeta a Dios, en todo le va bien.

Honradez y sabiduría

15 En mi vida sin sentido he visto de
todo: gente honrada que fracasa por su
honradez, gente malvada que prospera por
su maldad. 16 No exageres tu honradez, ni
te hagas demasiado sabio: ¿para qué arrui-
narse? 17 No exageres tu maldad, no seas
necio: ¿para qué morir antes de tiempo?

La inutilidad del esfuerzo humano corre paralela a la insatisfacción de las riquezas (6,7-9; cfr. 5,9-11). De nuevo expresa su convicción de que no hay que dejarse llevar por el deseo de conocer lo incomprensible –expresado con un proverbio popular en 6,9–. 6,12 es otro enfrentamiento directo con los proverbios tradicionales, paralelo a Os 13,3; Job 7,9; Sal 39,7.

La conclusión se encuentra en 5,17-19; no es una renuncia a la posibilidad de ser feliz, sino una llamada al realismo: comer, beber y disfrutar (2,24s; 3,12s).

Una vez más debemos situarnos ante la realidad de la conexión entre riqueza y felicidad desde el punto de vista que lo hace el Eclesiastés, es decir, no en sentido moral, sino simplemente como quien observa y experimenta. De aquí parte su reflexión, y desde lo que le ha enseñado la sabiduría tradicional. Está convencido de que la felicidad no consiste en acumular bienes (cfr. Mt 6,19-21.24.25-34), sino en el don de Dios que consiste en disfrutar de las actividades cotidianas.

7,1-14.18 Más vale. El título de este nuevo apartado resulta muy general. No encuadra el tema del que va a hablar Qohelet, sólo nos indica la forma en que están construidas las frases. Y es que una de las características de este libro, como ya hemos dicho, es la dificultad para estructurarlo temáticamente. Una muestra palpable la encontramos aquí: sentencias o grupos de versículos que tienen sentido en sí mismos y que raramente dependen unos de otros. Son como máximas o proverbios para ser leídos y meditados despacio. Lo que les une es la expresión «más vale...», forma clásica utilizada en los libros sapienciales de la Biblia.

Una débil división podría ser: 1-4: sabiduría y dolor; 5-7: sabiduría y alabanzas; 8-10: sabiduría y paciencia; 11s: sabiduría y riquezas; 13-18: sabiduría y temor de Dios. Tampoco aquí resulta difícil participar de los pensamientos expresados, llenos de sabiduría, experiencia y sentido común. Resulta fácil encontrar las referencias a la sabiduría clásica del Antiguo Testa-

19 La sabiduría hace al sabio más fuerte que
diez jefes en una ciudad. 20 No hay en el
mundo nadie tan honrado que haga el bien
sin pecar nunca. 21 No hagas caso de todo
lo que se habla ni escuches a tu servidor
cuando te maldice, 22 porque sabes muy
bien que tú mismo has maldecido a otros
muchas veces. 23 Todo esto lo he examina-
do con sabiduría pensando llegar a sabio,
pero es algo que está fuera de mi alcance.
24 Lo que existe es remoto y muy oscuro:
¿quién lo encontrará?

La mujer

25 Me puse a examinar a fondo buscan-
do sabiduría y recta valoración, procurando
conocer cuál es la peor necedad, la nece-
dad más absurda, 26 y encontré algo que es
más trágico que la muerte: la mujer. Sus
pensamientos son redes y lazos y sus bra-
zos cadenas. El que agrada a Dios se libra-
rá de ella, el pecador quedará sujeto en
ella. 27 Mira lo que he hallado –dice Qohe-
let– cuando me puse a examinar todo paso
a paso: 28 estuve buscando sin encontrar.
He logrado encontrar un hombre entre mil,
pero entre todas ésas no encontré una mu-
jer. 29 Mira lo único que encontré: Dios hizo
al hombre equilibrado, y él se buscó preo-
cupaciones sin límite.

Consejero real

8 1 ¿Quién como el sabio?, ¿quién sabe
interpretar un asunto? La sabiduría
serena el rostro del hombre cambiándole la
dureza del semblante. 2 Yo digo: cumple el
mandato del rey, porque así lo juraste ante
Dios; 3 no te apresures a retirarte de su pre-

---

mento, por ejemplo: el versículo 1 es afín a Prov 10,7; 22,1, donde se hace un paralelo entre «Nombre» y «Perfume»; el versículo 5 es clásico en la educación de los jóvenes (Prov 13,1.18); en los versículos 11s aparece la unión de sabiduría y riquezas, como en Prov 8,18-21. Lo más característico de la sabiduría del Antiguo Testamento se expresa en los versículos 13-18: el ser humano no puede averiguar los destinos de Dios, el sabio es quien se reconoce dentro de los mismos.

Pero las discrepancias de Qohelet respecto a la sabiduría tradicional también son palpables; por ejemplo, en el versículo 2 se critica la idea de que la fama se adquiera al final de la vida (Eclo 11,28); en el versículo 7 se indica la dificultad que debe superar el sabio –tal vez se expresa aquí la debilidad del sabio que no puede soportar serenamente ni la desgracia ni el excesivo favor–; en el versículo 10, las palabras acerca del tiempo pasado están en contra de lo expresado por los antiguos sabios; por último, el versículo 12 emplea seguramente de forma irónica un proverbio tradicional.

El Eclesiastés acaba de establecer su relación entre la sabiduría y otros asuntos –dolor, alabanzas, paciencia, etc.–. ¿Cuál es la relación que personalmente establecemos nosotros? El sabio invita ahora a meditar despacio sus sentencias; no es una sabiduría para aprender, sino para meditar y profundizar.

7,15-17.19-24 Honradez y sabiduría. Qohelet disputa de nuevo abiertamente con la tradición sapiencial: el versículo 15 se muestra en contra de Dt 4,40; los versículos 16s aconsejan con ironía no tomarse la vida demasiado en serio –tal vez por influencia helenística del «justo medio»–; los versículos 23s afirman que la sabiduría es inalcanzable, como Job 28,1-27. Pero en el fondo, su interés principal sigue siendo, como en la sabiduría clásica, ser sabio –el versículo 19 compara la sabiduría y al sabio con el poder en lo que parece una cita de Prov 24,5–.

La mirada a la realidad y a la experiencia es siempre el punto central de la reflexión del Eclesiastés, incluso contra lo que siempre se haya considerado o transmitido como verdadero. De aquí arranca su crítica, mas también su sincero deseo de alcanzar la verdadera sabiduría.

7,25-29 La mujer. El tema de la mujer es muy frecuente en la literatura sapiencial de la Biblia y también de los pueblos circundantes de Israel, Egipto y Mesopotamia. Generalmente, la valoración que se hace es negativa. La mujer como trampa se encuentra en Jue 16,4-6. Previenen contra la mujer la sabiduría antigua egipcia de «Ptah-hotep» y la más reciente de «Ani», o el «Diálogo babilónico de un amo con su esclavo». Véanse también Prov 22,14; 23,27-29, etc. No ha de sorprender, por tanto, lo que Qohelet concluye en esta nueva sección.

No sabemos por qué muchos de los textos de la Biblia, entre los que se incluye Qohelet, resultan tan misóginos. Una vez más, hemos de ser conscientes de que debemos interpretar y estudiar, no simplemente asumir, los textos de la Escritura; de otro modo no llegaríamos al centro de lo que quieren expresar. El Eclesiastés habla como lo hacían sus contemporáneos. Lo más importante es ese fondo de pensamiento que estamos descubriendo: la reflexión parte de su experiencia personal, y en su deseo de alcanzar sabiduría no teme enfrentarse incluso a las afirmaciones clásicas plenamente asumidas.

8,1-9 Consejero real. El apartado anterior se ubicaba perfectamente dentro de los grandes temas de la sabiduría tradicional de Israel y de los pueblos vecinos. Lo mismo podemos decir de esta nueva sección, aunque la reflexión gira en torno a otro asunto distinto: el consejero real. Son normas de comportamiento en la corte que ocupan gran parte de la sabiduría egipcia que tanto influyó en Israel –véase, por ejemplo, 2 Sm 7; Sal 89–. Muchas de estas instrucciones

sencia, no te rebeles; porque puede cumplir
su amenaza. 4 La palabra del rey es sobera-
na, ¿quién le pedirá cuentas de lo que
hace? 5 El que cumple sus órdenes no su-
frirá nada malo. 6 El sabio atina con el mo-
mento y el modo de cumplirlas, porque
cada asunto tiene su momento y su modo.
El hombre está expuesto a muchos males,
7 porque no sabe lo que va a suceder y na-
die le informa de lo que va a pasar. 8 El
hombre no es dueño de su vida ni puede
encarcelar su aliento; no es dueño del día
de la muerte ni puede librarse de la guerra.
Ni la maldad librará al que la comete. 9 Esto
lo he observado fijándome en todo lo que
sucede bajo el sol, mientras un hombre do-
mina a otro para su mal.

Retribución

10 También he observado esto: sepultan
a los malvados, los llevan a lugar sagrado,
y la gente marcha alabándolos por lo que
hicieron en la ciudad. Y ésta es otra ilusión:
11 que la sentencia dictada contra un cri-
men no se ejecuta enseguida; por eso los
hombres se dedican a obrar mal, 12 porque
el pecador obra cien veces mal y tienen pa-
ciencia con él. Ya sé yo eso: Le irá bien al
que teme a Dios, porque le teme, 13 y aque-
llo: No le irá bien al malvado, el que no
teme a Dios será como sombra, no tendrá
larga vida. 14 Pero en la tierra sucede un ab-
surdo: hay honrados a quienes toca la suer-
te de los malvados, mientras que a los mal-
vados les toca la suerte de los honrados. Y
esto no tiene sentido. 15 Yo alabo la alegría,
porque el único bien del hombre es comer
y beber y alegrarse; eso le quedará de sus
fatigas durante los días de su vida que Dios
le conceda vivir bajo el sol.

El destino humano

16 Me dediqué a obtener sabiduría obser-
vando todas las tareas que se realizan en la
tierra: los ojos del hombre no conocen el
sueño ni de día ni de noche. 17 Después ob-

---

consisten en el adiestramiento que un anciano ejerce sobre el joven rey.

Nos encontramos de nuevo con el típico recorrido que hace Qohelet: experiencia personal «versus» sabiduría tradicional y conclusión. En este caso, la actitud del consejero real ante el rey es el material de su experiencia. La exposición de la sabiduría tradicional se halla en el versículo 1: sabio es el que conoce la interpretación de las cosas (Is 7,1-9; Jr 18,1-12), y se le conoce por su manera de actuar y su semblante (Job 29,24). La conclusión llega en los versículos 6-8, donde critica palpablemente la convicción de la sabiduría clásica de que al sabio no le podía ocurrir ningún mal.

Nos vamos convenciendo a lo largo de la lectura del Eclesiastés de que sólo la sabiduría es la que sale bien parada en todas sus conclusiones. Pero, ¿qué es la sabiduría? No la define de manera universal, hay que ir tratando caso por caso desde la experiencia personal. Para el Predicador no hay una fórmula infalible que convierta a alguien en un sabio.

8,10-15 Retribución. Otra vez arremete Qohelet contra lo que dijeron los sabios antiguos, y ahora con una resabiada ironía a partir de dos postulados clásicos que encontramos en los versículos 12b y 13 (cfr. Prov 14,27; Sal 37): existía la firme convicción de que al que obra bien no le podía ir mal, y a la inversa.

El sabio vuelve al tema de las injusticias del mundo (3,16-18; 4,1-3; 5,7-9; 7,15): los malvados que pasan por piadosos, la sentencia contra el crimen no ejecutada y la suerte que no toca a los honrados. La experiencia es su mayor aval. ¿Solución? Qohelet no la ofrece, o mejor, la deriva hacia otro lugar: la felicidad mayor es alegrarse con lo que uno tiene –como en 5,17-19–.

Decíamos al principio que el Eclesiastés reflexiona al final de su vida. Desde quien lo ha tenido todo se van planteando diversas cuestiones y ofrece sus propias conclusiones, sin importarle enfrentarse a las tradiciones. Aquí, el tema en cuestión es la felicidad del ser humano, o empleando el término técnico, la retribución. Para el Predicador, la única retribución a la que se puede aspirar es a disfrutar de las cosas cotidianas, dado que las situaciones injustas pertenecen a la urdimbre con que está tejido el mundo. Fracasaría, según él, quien se empeñase en obtener su recompensa por medio de la justicia. ¿Y por qué no buscar la felicidad, no tanto para conseguir la justicia, sino para luchar por ella?

8,16–9,12 El destino humano. Los temas que trata el Eclesiastés no son nuevos –el trabajo, la búsqueda de conocimiento, el destino común a hombres y animales, las injusticias, etc.–, pero la forma en que los presenta hace que se agrupen en torno al destino humano, expresado de dos formas distintas: 1. Es imposible averiguar el destino del ser humano y de la creación –el temor del Señor, que ya comentábamos en 7,1-14.18–. 2. Una misma suerte toca a todos. La conclusión a la que llega se encuentra en 9,7-10, idéntica a la expresada en la sección anterior y en otros lugares ya comentados: disfrutar de las acciones cotidianas.

De todos los temas tratados, el más insistente en este apartado es el de la muerte. Qohelet coincide en 9,5 con la enseñanza tradicional más clásica, que afirmaba que la muerte era un lugar sin esperanza,

servé todas las obras de Dios: el hombre no puede averiguar lo que se hace bajo el sol. Por más que el hombre se fatigue buscando, no lo descubrirá; y aunque el sabio pretenda saberlo, no lo averiguará.

9 1 He reflexionado sobre todo esto y he
llegado a esta conclusión: aunque los
justos y los sabios con sus obras están en
manos de Dios, el hombre no sabe si Dios
lo ama o lo odia. Todo lo que tiene el hom-
bre delante 2 es pura ilusión, porque una
misma suerte toca a todos: al inocente y al
culpable, al puro y al impuro, al que ofrece
sacrificios y al que no los ofrece, al justo y
al pecador, al que jura y al que tiene repa-
ro en jurar. 3 Esto es lo malo de todo lo que
sucede bajo el sol: que una misma suerte
toca a todos. El corazón de los hombres
está lleno de maldad: mientras viven pien-
san locuras y después, ¡a morir!

4 ¿Quién es preferible? Para los vivos
aún hay esperanza, pues vale más perro
vivo que león muerto. 5 Los vivos saben...
que han de morir; los muertos no saben
nada, para ellos no hay retribución, porque
su nombre cayó en el olvido. 6 Se acabaron
sus amores, odios y pasiones, y jamás to-
marán parte en lo que se hace bajo el sol.
7 Anda, come tu pan con alegría y bebe
contento tu vino, porque Dios ya ha acep-
tado tus obras; 8 lleva siempre vestidos
blancos y no falte el perfume en tu cabeza,
9 disfruta la vida con la mujer que amas,
todo lo que te dure esa vida fugaz, todos
esos años fugaces que te han concedido
bajo el sol; que ésa es tu suerte mientras vi-
ves y te fatigas bajo el sol. 10 Todo lo que
esté a tu alcance hazlo con empeño, por-
que no se trabaja ni se planea, no hay co-
nocimiento ni sabiduría en el Abismo adon-
de te encaminas.

11 Otra cosa he observado bajo el sol: no
ganan la carrera los más veloces, ni los
más valientes la batalla; no es el pan para
los sabios ni la riqueza para los inteligentes
ni la estima para los expertos, sino que
todo depende de la ocasión y la suerte.
12 Además, el hombre no adivina su mo-
mento, así como los peces apresados en la
funesta red, o como los pájaros atrapados
en la trampa, así también se enredan los
hombres cuando un mal momento les cae
encima de repente.

Más vale maña que fuerza

13 Otra cosa he visto bajo el sol, y fue
para mí una gran lección: 14 había una ciu-
dad pequeña, de pocos habitantes; vino un
rey poderoso que la cercó, y preparó con-
tra ella una gran maquinaria de guerra;
15 había en la ciudad un hombre pobre,
pero hábil, capaz de salvar la ciudad con su
destreza, pero nadie se acordó de aquel po-
bre hombre. 16 Y me dije: sí, más vale maña
que fuerza, sólo que la sabiduría del pobre
se desprecia y nadie hace caso de sus con-
sejos. 17 Y eso que se escuchan mejor las
palabras tranquilas de un sabio que los gri-
tos de un capitán de necios. 18a Más vale
maña que armas de guerra.

«sheol», oscuridad (Nm 16,30-33; 1 Sm 28,8-14; Is 14,9-11; Sal 88,12; Job 10,21s). Se separa de algún movimiento contemporáneo suyo, posible precursor de Dn 12,2 e Is 26,19, cuyas creencias terminaron triunfando, por ejemplo, que los justos recibirían una recompensa después de la muerte.

A estas alturas del libro, la experiencia del Eclesiastés ya nos es familiar. Comprobamos de nuevo que sus reflexiones no están exentas de sentido común, ni realizadas al margen de la realidad. La imposibilidad de conocer el destino de las personas, la muerte que iguala a todos y parece destruir todas las cosas, la justicia no retribuida al menos en esta tierra, son algunas de sus conclusiones. Quizá lo más importante de su enseñanza sea la afirmación de que, aun contando con la sabiduría recibida desde antiguo, ésta no es determinante en sus observaciones y resultados. ¿Acaso no ha sido la religión, en sus más variadas realizaciones, un factor que ha entenebrecido la imagen y la experiencia de Dios?

9,13-18a Más vale maña que fuerza. Ejemplo claro de ironía es este pequeño apartado, en el que Qohelet contrasta la sabiduría popular de los refranes con la experiencia real. Para él, lo mismo que para otros textos tardíos del Antiguo Testamento como Eclo 13,23, la verdad se relaciona de hecho con el poder, y contra esta realidad se dirige precisamente su irónica y mordaz crítica.

La parábola de los versículos 14s podría ser histórica, o no. Habrá que entenderla más bien, al igual que en otras ocasiones, como un recurso para expresar su enseñanza.

Curiosamente, todavía empleamos el refrán que da título a esta sección con mucha frecuencia. ¿Expresa nuestro deseo de encontrar la sabiduría? El Eclesiastés también busca la sabiduría y parece que se encuentra

Proverbios varios

18b Un solo error echa a perder muchos
bienes,

10 1 una mosca muerta echa a perder
un perfume, un poco de necedad
pesa más que la sabiduría y la gloria. 2 La
mente del sabio piensa rectamente, la
mente del necio piensa torcido; 3 el falto de
seso va por su camino llamando necios a
todos.
4 Si el que manda se enfurece contra ti,
tú no dejes tu puesto, pues la calma sana
errores graves. 5 Hay un mal que he visto
bajo el sol, un error del que es responsable
el gobernante: 6 el necio ocupa altos cargos
mientras que la gente que vale ocupa pues-
tos humildes, 7 he visto esclavos a caballo
mientras príncipes iban a pie como escla-
vos.
8 El que cava una fosa caerá en ella, al
que agrieta un muro le morderá la culebra,
9 el que remueve piedras se lesionará con
ellas, el que corta leña se hará daño.
10 Si el hacha se desafila y no se la vuel-
ve a afilar, hay que golpear con mucha
fuerza. Hay que hacer las cosas bien y con
sabiduría. 11 Si la serpiente no se deja en-
cantar y pica, de nada vale el encantador.
12 El sabio gana estima con sus palabras, el
necio se arruina por lo que habla, 13 co-
mienza diciendo tonterías y diciendo estu-
pideces. 14 El necio charla sin medida. El
hombre no sabe lo que va a pasar, ¿quién
puede anunciarle lo que va a suceder? 15 Al
necio lo rinde el trabajo, ni siquiera sabe
cómo ir a la ciudad.
16 ¡Ay del país donde reina un muchacho
y sus príncipes madrugan para sus comilo-
nas! 17 Dichoso el país donde reina un noble
y los príncipes comen cuando es hora y no
ponen su valentía en beber. 18 Al perezoso
se le derrumba el techo y al que no hace
nada, la casa. 19 Disfrutan celebrando ban-
quetes y el vino les alegra la vida, y el di-
nero responde de todo.
20 No hables mal del rey ni siquiera en
pensamiento, no hables mal del rico ni en
tu habitación, porque un pajarito les lleva el
cuento y la indiscreción tiene alas.

El riesgo

11 1 Echa tu pan a la superficie del mar,
al cabo del tiempo lo recobrarás;
2 divídelo en siete o en ocho partes, porque
no sabes las desgracias que pueden suce-
der en la tierra. 3 Si las nubes van llenas,
descargan la lluvia sobre el suelo. Caiga al
sur o hacia el norte, el árbol queda donde
ha caído. 4 Tanto mirar los vientos, que no
se siembra; tanto mirar las nubes, que no
se cosecha. 5 Así como no sabes cómo el
aliento de vida entra a los miembros en el
seno de la mujer embarazada, tampoco
puedes entender las obras de Dios, que lo
hace todo. 6 De mañana siembra tu semilla

---

con simples alardes, mientras se busca el reconocimiento y la estima social. Habremos de delimitar más claramente los términos «sabiduría» y «sabio», como él mismo hace, sin caer en el error de relacionarlos con la fuerza o el poder.

9,18b—10,20 Proverbios varios. Lo más característico de los textos sapienciales del Antiguo Testamento es que están repletos de proverbios que, en la mayoría de los casos, están agrupados sin seguir una temática común, como si lo más importante fuera que se tratase de dichos de los sabios, al margen de que estén o no ordenados sistemáticamente.

El Eclesiastés participa de esta misma suerte, y este nuevo apartado es paradigmático. Los temas tratados son de lo más variado: errores y aciertos, la mente del sabio y mente del necio, relación con las autoridades, la injusticia en el desempeño de los cargos públicos. En realidad, si quitáramos 10,5-7, bien podríamos decir que este texto pertenecería al libro de los Proverbios o a cualquier otro exponente de la sabiduría tradicional veterotestamentaria. Veamos unos ejemplos: de 10,4 hallamos rastros en Prov 8,2-5; 10,13 tiene paralelos con Prov 18,6-7; del muchacho impotente de 10,16 se habla en Is 5,11; 10,20b es un proverbio ya acuñado, y aparece uno semejante en la sabiduría de Ajicar –texto mesopotámico del siglo VI a.C.–.

En el Antiguo Testamento se tiene la convicción de que los sabios son aquellos que, entre otras muchas facetas, han sido capaces de recoger y componer muchos proverbios, expresión de la sabiduría que nace de la experiencia. Qohelet ofrece en este apartado una buena muestra de ello.

Al leer esta sección nos encontramos con el deber de acrecentar nuestra sabiduría de la vida, no por el afán de hacer más extensos nuestros conocimientos, sino de sensibilizarnos para apreciar los caminos de Dios en la historia.

11,1-6 El riesgo. Qohelet desarrolla en este apartado el tema del atrevimiento y la prudencia. Las formas de expresión a las que nos tiene acostumbrados han cambiado; ahora usa imperativos, sentencias parea-

y no dejes que los brazos descansen hasta
la tarde, porque no sabes cuál de las dos
siembras resultará o si las dos tendrán igual
éxito.

Juventud y vejez

7 Dulce es la luz y los ojos disfrutan vien-
do el sol. 8 Pero por muchos años que viva
el hombre, y los disfrute todos, debe recor-
dar que los años oscuros serán muchos y
que todo lo que viene es pura ilusión. 9 Dis-
fruta, muchacho, mientras eres joven y
pásalo bien en la juventud; déjate llevar del
corazón y de lo que atrae a los ojos; y sabe
que Dios te llevará a juicio para dar cuenta
de todo. 10 Rechaza las penas del corazón y
aleja los dolores del cuerpo: niñez y juven-
tud son efímeras.

12 1 Acuérdate de tu Creador durante tu
juventud, antes de que lleguen los
días difíciles y alcances los años en que di-
gas: No les saco gusto. 2 Antes de que se
oscurezca la luz del sol, la luna y las estre-
llas, y a la lluvia siga el nublado. 3 Ese día
temblarán los guardianes del palacio y los
valientes se encorvarán, las que muelen se-
rán pocas y dejarán de moler, las que miran
por las ventanas se ofuscarán, 4 las puertas
de la calle se cerrarán y el ruido del molino
se apagará, se debilitará el canto de los
pájaros, las canciones se irán callando,
5 darán miedo las alturas y rondarán los te-
rrores. Cuando florezca el almendro y se
arrastre la langosta y no dé gusto la alca-
parra, porque el hombre marcha a la mora-
da eterna y el cortejo fúnebre recorre las
calles. 6 Antes de que se rompa el hilo de
plata, y se destroce la copa de oro, y se
quiebre el cántaro en la fuente, y se caiga
la cuerda al pozo, 7 y el polvo vuelva a la
tierra que fue, y el espíritu vuelva a Dios,
que lo dio.
8 Pura ilusión –dice el Qohelet–, todo es
pura ilusión.

Epílogo

9 El Qohelet, además de ser un sabio,
enseñó al pueblo lo que él sabía. Estudió,
inventó y formuló muchos proverbios; 10 el

---

das, afirmaciones numéricas, repeticiones verbales, palabras clave. No nos encontramos con las expresiones típicas empleadas anteriormente.

Los versículos 1 y 5 ofrecen una dificultad especial. El proverbio del versículo 1 ha dado lugar a muchas interpretaciones. Se le ha relacionado con los versículos 2.5.6, que hablan de la ignorancia acerca del futuro; también se ha pensado en la imagen del cebo arrojado al agua por el pescador, o que la instrucción de Qohelet no ha querido desanimar por capricho a su discípulo, sino ahorrarle desengaños. El versículo 5 es una expresión sapiencial que habla de la formación del embrión (cfr. Job 10,11). Al igual que en 1,6; 8,8, se trata de una acción misteriosa de Dios que se escapa a la sabiduría humana (cfr. Prov 21,30).

Al lector del Eclesiastés se le ofrecen nuevamente una serie de sentencias que no están limitadas a un único significado. Son más bien sugerencias, intuiciones, incentivos, estímulos en torno a una faceta de la vida, cuya finalidad no es expresar una verdad, sino proponer una meditación y una actuación.

11,7–12,8 Juventud y vejez. Para terminar, Qohelet habla de la juventud y la vejez con el tono característico de los maestros antiguos que enseñan a un discípulo, aunque está ausente la expresión «hijo mío», típica de estos escritos. El tema de la juventud (11,7-10) se desarrolla de manera positiva. Es una invitación al joven al gozo y la felicidad. En cierto modo, se aparta de la sabiduría tradicional, aunque no está lejos de ella en las condiciones que pone para el disfrute (cfr. Eclo 30,21-23). De la vejez (12,1-7) habla en sentido negativo, como el final de la vida y de la alegría. Los distintos elementos de la naturaleza le sirven de metáforas para desarrollar este tema –se puede pensar, incluso, que los versículos 3s son una alegoría de los miembros del cuerpo humano–.

En 12,8 acaba la enseñanza del sabio Qohelet con la resonancia de la última instrucción que le otorga un aire como de testamento –género literario muy cultivado entre los siglos II a.C. y II d.C.–, y por ello, una fuerza especial. El libro concluye como había comenzado, pero se tiene en cuenta el camino recorrido: ha mostrado al ser humano sus miserias y sus grandezas en los ámbitos más relevantes de su existencia.

Hemos de comprender el último mensaje del sabio como cuando iniciamos la lectura del libro: para el Eclesiastés, la juventud es el símbolo de la vida, mientras que la vejez lo es de la muerte. El creyente actual, ¿desde dónde habrá de valorar las cosas, las personas y las distintas fases de la existencia?

12,9-14 Epílogo. Esta sección es un apéndice proveniente de los discípulos del autor. Se pueden apreciar dos partes distintas: 1. Los versículos 9-11 son palabras de elogio: se identifican las «palabras de Qohelet» a las «palabras de sabio». 2. Los versículos 12-14 son de estilo distinto a los versículos anteriores: la expresión «hijo mío» es propia de la sabiduría tradicional. Además, el autor parece no estar muy de acuerdo con Qohelet, aunque lo acepta –busca la rectitud de doctrina y piensa en él como creyente ortodoxo–. El versículo 14 se separa del pensamiento del libro en una línea más tradicional.

Qohelet procuró un estilo atractivo y escri-
bió la verdad con acierto.
11 Las sentencias de los sabios son como
aguijones o como clavos bien clavados de
los que cuelgan muchos objetos: las pro-
nuncia un solo pastor.
12 Un último aviso, hijo mío: escribir más
y más libros es un trabajo interminable, y el
mucho estudiar desgasta el cuerpo.
13 En conclusión, y después de oírlo to-
do, honra a Dios y guarda sus mandamien-
tos, porque eso es ser hombre; 14 que Dios
juzgará todas las acciones, aun las ocultas,
buenas y malas.





ECLESIÁSTICO
(BEN SIRÁ)

El libro, su autor y fecha de composición. El título del libro y la firma del autor se encuentran en la parte final de la obra (57,27-29), como en el Eclesiastés. Bajo el título encontramos reunidos varios términos sapienciales: enseñanza, consejo, prudencia, sabiduría. El autor es «Simón, hijo de Jesús, hijo de Eleazar, hijo de Sirá» (50,27), hombre culto y experimentado, conocedor, por sus viajes, de diversos pueblos y culturas.

El libro fue compuesto en hebreo hacia el año 197 a.C. para reafirmar a los judíos de la Diáspora en la fidelidad a la ley y a la tradición de sus mayores, frente a la influencia generalizada de la cultura helenista. El texto hebreo desapareció pronto, quizás por no ser considerado como ca-

nónico por una parte de la tradición judía. Desde finales del s. XIX hasta la fecha, sin embargo, han ido apareciendo en diversos lugares fragmentos sueltos del original hebreo que equivalen a dos tercios de la obra completa.

La traducción griega, hacia el año 132 a.C., se debió al nieto de Ben Sirá. El abuelo había escrito en una lengua hebrea más bien académica, según los módulos formales hebreos. El nieto traduce al griego, lengua culta de estructura y estilo bien diversos. Cuenta con el antecedente de otros libros traducidos al griego. Su aclaración parece tener un tono apologético frente a los clásicos de la literatura griega: quiere salvar el prestigio del abuelo y de la literatura de su pueblo.

La «Sabiduría de Ben Sirá», uno de los libros más extensos del Antiguo Testamento, fue aceptado como canónico por la tradición cristiana, y llegó a ser tan leído en la Iglesia antigua que recibió el título de «Eclesiástico».

Contenido del Eclesiástico. Con Jesús Ben Sirá llegamos a un ejercicio profesional del saber, practicado en una escuela. Según sus confesiones en el libro, el autor se ha dedicado al estudio, enseñanza y exposición de lo que era tradicionalmente la sabiduría, sensatez o prudencia. Mantiene como fuentes del saber la experiencia, la observación y la reflexión; al mismo tiempo subraya el valor de la tradición (30,25; 36,16) y la necesidad de la oración (39,5-8).

En su tiempo la sabiduría consistía en buena parte en el estudio y comentario de textos bíblicos, narrativos y legales. De ordinario no cita explícitamente el pasaje comentado, se contenta con aludirlo; supone, quizás, que sus discípulos lo conocen. Al final del libro ofrece un brevísimo resumen de historia, en forma de tratado de vidas ilustres.

El principio de su doctrina consiste en una correlación: lo supremo de la sabiduría es el respeto o reverencia de Dios, y esto se traduce en el cumplimiento de la ley, sobre todo en lo que respecta a la justicia y misericordia para con los débiles y necesitados. Es en Israel donde esta sabiduría se ha hecho presente y operante.

Hombre tradicionalmente piadoso y humano, Ben Sirá, sabe inspirar la piedad y la confianza en Dios a sus oyentes. De todas formas, el horizonte en que se mueve su enseñanza no va más allá de la vida presente donde, según la doctrina tradicional de la retribución, Dios recompensará al que le permanece fiel y castigará a los descarriados.

PRÓLOGO

1 Muchas y grandes enseñanzas hemos
recibido de la ley, los profetas y los demás
escritores que los siguieron, por los cuales
se debe elogiar a Israel a causa de su ins-
trucción y sabiduría.
2 Y como no basta que sus lectores
aprendan, sino que deben ser capaces de
ayudar a los de fuera, de palabra y por es-
crito, 3 mi abuelo Jesús, después de dedi-
carse intensamente a leer la ley, los profe-
tas y los restantes libros paternos, y de
adquirir un buen dominio de ellos, se de-
cidió a componer por su cuenta algo en la
línea de la sabiduría e instrucción, para que
los deseosos de aprender, familiarizándose
también con ello, pudieran adelantar en
una vida según la ley.
4 Te ruego, pues, que leas con atención
y benevolencia y que seas indulgente si, a
pesar de mi esfuerzo, no he acertado con la
traducción de algunas frases. Porque lo que
se expresó originalmente en hebreo no con-
serva el mismo sentido, traducido a otra
lengua. Y no sólo este libro, sino también la
ley y los profetas y los restantes libros son
muy distintos en su lengua original.
5 El año treinta y ocho del reinado de Be-
nefactor vine a Egipto, donde pasé una
temporada. Y como tuve buena ocasión de
aprender, me pareció necesario aportar
también mi trabajo y esfuerzo a traducir
este libro, y así dediqué por entonces mu-
chas vigilias y todo mi saber a completar y
publicar el libro, en beneficio de los emi-
grantes deseosos de aprender y predispues-
tos por sus costumbres a vivir según la ley.

PRIMERA PARTE

Sabiduría y temor de Dios

(Prov 8,22-31; Sab 7)

1 1 Toda sabiduría viene del Señor
y está con él eternamente.
2 La arena de las playas, las gotas de la lluvia,
los días de los siglos: ¿quién los contará?
3 La altura del cielo, la anchura de la tierra,
la profundidad del Abismo: ¿quién las medirá?
4 La sabiduría fue creada antes que todo lo demás,
la inteligencia y la prudencia antes de los siglos.
6 La raíz de la sabiduría, ¿a quién se reveló?;
los secretos de sus obras ¿quién los conoció?
8 Uno solo es sabio e impone respeto:
el Señor, que está sentado en su trono.
9 Él fue quién creó la sabiduría, la conoció, la midió,
y la derramó sobre todas sus obras;

PRÓLOGO

Muy pocos libros del Antiguo Testamento cuentan con una información tan explícita de la totalidad de la obra, tal como lo encontramos aquí. Estas líneas escritas por el traductor del libro del hebreo al griego, nos informa varias cosas importantes: 1. Los motivos que tuvo para escribirlo: para que los lectores aprendan y puedan ayudar a los de fuera. 2. El autor: mi abuelo Jesús. Este Jesús, según 50,27 es hijo de un tal Eleazar, hijo de Sirá, de Jerusalén. 3. Las fuentes que inspiraron al autor: La Ley, los Profetas y los restantes libros paternos. 4. Motivos y destinatarios de la traducción al griego: ofrecer a los judíos de la dispersión la oportunidad de instruirse en las tradiciones de su pueblo, en una lengua que dominaban más que la de sus ancestros. 5. Contexto del traductor y de la traducción: Egipto, año 132; finalización del trabajo de traducción, año 117 a.C.

1,1-21 Sabiduría y temor de Dios. Comienza el libro estableciendo el origen de la sabiduría y definiendo quién es el único sabio y el grado de sabiduría que puede alcanzar un ser humano. Observando todo cuanto hay en derredor, arriba en el cielo y abajo en la tierra y el conjunto armonioso de todo cuanto exis-

10 la repartió entre los vivientes, según su generosidad;
se la regaló a los que lo aman.
11 Respetar al Señor es gloria y honor,
es gozo y corona de gozo;
12 respetar al Señor alegra el corazón,
trae gozo, alegría y vida larga.
13 Quien respeta al Señor acabará bien,
el día de su muerte lo bendecirán.
14 El principio de la sabiduría es respetar al Señor:
ella es creada junto con los fieles en el seno materno.
15 Puso entre los hombres su hogar
y se mantiene fielmente con su descendencia.
16 La plenitud de la sabiduría es respetar al Señor:
con sus frutos embriaga a sus fieles;
17 llena de tesoros toda su casa
y con sus productos los graneros.
18 La corona de la sabiduría es respetar al Señor:
sus brotes son la paz y la salud.
19 Dios hace llover la inteligencia y la prudencia,
y exalta la gloria de los que la poseen.
20 La raíz de la sabiduría es respetar al Señor,
y sus ramas son una vida larga.
21 El respeto del Señor rechaza los pecados
y aparta sin cesar la ira divina.

Sabiduría y paciencia

22 El injusto apasionado no quedará sin castigo,
porque el ímpetu de la pasión lo hará caer.
23 El hombre paciente aguanta hasta el momento oportuno,
y al final su recompensa es la alegría;
24 hasta el momento oportuno oculta lo que piensa:
por eso la gente alabará su prudencia.
25 Tesoro de sabiduría son las sentencias proverbiales,
pero el pecador aborrece la religión.
26 Si deseas la sabiduría, guarda los mandamientos,
y el Señor te la concederá;
27 porque el respeto del Señor es sabiduría y educación,
y se complace en la fidelidad y la humildad.

---

te, el autor concluye que sólo Dios es sabio (8); y bien, por encima de todo, como primera criatura que es derramada sobre todas las demás criaturas, está la sabiduría, creada antes de los siglos (4). Los comentaristas relacionan este primer poema con Jn 1,1-18, pero aclarando que en Juan, Jesús sobrepasa con mucho la dignidad de la sabiduría por cuanto el Verbo eterno que estaba con Dios, es el mismo Dios. Los versículos 11-21 desarrollan el tema del «camino» hacia la sabiduría: el respeto al Señor; o el temor de Dios, idea que se repite en forma de estribillo a lo largo del poema. Si la verdadera sabiduría es el temor del Señor, este temor o respeto no es otra cosa que el reconocimiento humilde y consciente de que somos criaturas y que el único sabio y omnipotente es Dios, y que, por tanto, el proyecto humano no debe pretender igualarse a Dios, «autodivinizarse», porque ello sería el camino a la deshumanización, del cual está lleno la historia de todos los tiempos hasta nuestros días. Se desprende, entonces, que el verdadero sabio o, mejor, el camino a la sabiduría, es todo lo que conduzca a la auténtica humanización del hombre y la mujer. Dios no necesita pequeños dioses en la tierra, necesita sí hombres y mujeres muy concientes y libres que sean capaces de instaurar el proyecto de Dios en el mundo, manteniendo el papel que a cada uno le corresponde; eso podemos decir que es respeto o temor del Señor.

1,22-27 Sabiduría y paciencia. El temple de los impulsos es una de las preocupaciones de quien quiere ser sabio y prudente. Por la experiencia práctica de cada día, sabemos que las reacciones impulsivas no tienen buen fin. El autor, combina el llamamiento a la

Sinceridad

28 Hijo mío, no seas falso en el respeto del Señor,
no te acerques a él con doblez de corazón;
29 no seas hipócrita en tu trato con los hombres,
vigila tus labios;
30 no te alabes a ti mismo, porque caerás
y traerás deshonra sobre tu persona;
el Señor descubrirá lo que ocultas
y te humillará en medio de la asamblea;
porque te acercaste sin respetar al Señor
mientras tu corazón estaba lleno de falsedad.

Paciencia, confianza y obediencia al Señor

2 1 Hijo mío, cuando te acerques a servir al Señor,
prepárate para la prueba;
2 mantén el corazón firme, sé valiente,
no te asustes cuando te sobrevenga una desgracia;
3 pégate a él, no lo sueltes,
y al final serás premiado.
4 Acepta todo cuanto te sobrevenga,
aguanta enfermedad y pobreza,
5 porque el oro se prueba en el fuego,
y los elegidos, en el horno de la pobreza.
6 Confía en el Señor, que él te ayudará;
espera en él, y te enderezará el camino.
7 Los que respetan al Señor, esperen en su misericordia,
y no se desvíen para no caer;
8 los que respetan al Señor, confíen en él,
que no les retendrá el salario hasta mañana;
9 los que respetan al Señor, esperen sus bienes,
alegría perpetua y misericordia.
10 Repasen la historia y verán:
¿quién confió en el Señor y quedó defraudado?,
¿quién esperó en él, y quedó abandonado?,
¿quién gritó a él y no fue escuchado?
11 Porque el Señor es compasivo y misericordioso,
perdona el pecado y salva del peligro.
12 ¡Ay del corazón cobarde, de las manos caídas!
¡Ay del pecador que va por dos caminos!
13 ¡Ay del corazón débil que no confía
porque no alcanzará protección!

---

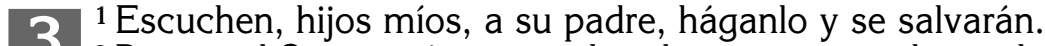
paciencia y a la intervención en el momento oportuno con el cumplimiento de los mandatos del Señor. Para Ben Sirá la verdadera sabiduría consiste precisamente en conocer la Ley del Señor y cumplirla.

1,28-30 Sinceridad. En toda relación ya sea humana o religiosa, lo primero y más importante es la integridad. Una auténtica relación con el prójimo nos capacita para una verdadera relación con Dios. El autor está convencido de que Dios mismo avergonzará públicamente a quien se acerque a Él con dobles intenciones. Ahora, ¿cuál puede ser en la práctica la doblez del corazón de la que nos habla Ben Sirá? Acercarnos a Dios con un corazón lleno de odio, de resentimientos, de egoísmo y de falta de compromiso con nuestros semejantes.

2,1-18 Paciencia, confianza y obediencia al Señor. Este capítulo podemos dividirlo en cuatro secciones: la primera (1-6), dirigida de manera personal al discípulo de sabiduría, «hijo mío» como un estilo de enseñanza personalizada, donde se instruye al discípulo sobre las pruebas que tiene que afrontar si quiere ser fiel al Señor. No hay que pensar que el seguimiento del Señor y el sufrimiento son una misma cosa, o que Dios «quiere» o «necesita» el dolor y la

14 ¡Ay de los que han perdido la paciencia!,
¿qué harán cuando el Señor venga a pedir cuentas?
15 Los que respetan al Señor no desobedecen sus palabras,
los que lo aman siguen sus caminos;
16 los que respetan al Señor tratan de complacerlo,
los que lo aman cumplen la ley;
17 los que respetan al Señor tienen el corazón dispuesto
y se humillan delante de él.
18 Pongámonos en las manos de Dios y no en manos de los hombres,
porque su misericordia es como su grandeza.

Honrar padre y madre
(Éx 20,12; Dt 5,16)


3 1 Escuchen, hijos míos, a su padre, háganlo y se salvarán.
2 Porque el Señor quiere que el padre sea respetado por los hijos
y afirma la autoridad de la madre sobre ellos.
3 El que honra a su padre alcanza el perdón de sus pecados,
4 el que respeta a su madre amontona tesoros;
5 el que honra a su padre se alegrará de sus hijos,
y cuando rece, será escuchado;
6 quien honra a su padre tendrá larga vida,
quien obedece al Señor honra a su madre;
7 quien respeta al Señor honra a sus padres
y sirve a los que lo engendraron.
8 De palabra y de obra honra a tu padre,
y vendrán sobre ti toda clase de bendiciones;
9 la bendición del padre afianza las raíces,
la maldición de la madre arranca lo plantado.
10 No busques honra en la humillación de tu padre,
porque no sacarás honra de ella;
11 la honra de un hombre es la honra de su padre,
y la deshonra de la madre es vergüenza de los hijos.

---

prueba de sus fieles, eso nunca. Lo que pasa es que quien se comprometa a seguir al Señor, a serle fiel, tiene que enfrentar los rechazos, la exclusión, el dolor propiciado por quienes no aman ni respetan a Dios o por quienes en este mundo se creen dioses, amos y señores de la vida. En ese caso no se puede mantener la fidelidad a Dios y a este tipo de personas, irremediablemente la conducta y las palabras del seguidor del Señor tienen que ser una denuncia viva de todo lo que se opone al querer de Dios y ahí viene la incomprensión, el rechazo, incluso la persecución. La segunda sección (7-11), dirigida en forma impersonal, a «los que respetan al Señor», es una voz de ánimo y de confianza en Dios. El autor está convencido de la misericordia y la benevolencia divinas. El respeto o temor de Dios, atrae grandes beneficios para el creyente: la justicia de Dios, la misericordia y la paz. La tercera sección (12-14), es una amonestación o advertencia contra los de corazón cobarde y los pecadores. Quien no se define ante el Señor y sus mandatos está a un paso de dejarse llevar por la corriente de los que no aman ni respetan a Dios; el autor previene porque de ello hay que dar cuentas (14). La cuarta sección (15-17) define a los que temen y respetan al señor por medio de una serie de cualidades o virtudes: son obedientes, aman a Dios, procuran complacerle, cumplen su Ley, tienen el corazón siempre dispuesto –disponibilidad– y, finalmente, son humildes delante del Señor. El versículo 18 invita a todos en general a servir a Dios más que a cualquier humano porque sólo Dios es misericordioso.

3,1-16 Honrar padre y madre. Ben Sirá tiene en mente Éx 20,12 y Dt 5,16 donde se manda expresamente honrar al padre y a la madre. En una sociedad que daba tanta importancia a la estructura de la familia, era apenas obvio que reclamara respeto y veneración por quienes en cierto modo representan y sustentan en el mundo el orden y la autoridad divina, los padres. La familia como estructura era el primer núcleo humano donde se reflejaba la estructura social dominante; si se trataba de una sociedad tribal, como en la época de los jueces, la familia era la célula de la tribu, donde tanto padres como hijos, sin confundir sus roles obviamente, participaban de la vida económica y social en igualdad de derechos y deberes, esto en solidaridad; si, por el contrario, se trata de una sociedad

12 Hijo mío, sé constante en honrar a tu padre,
no lo abandones mientras viva;
13 aunque su inteligencia se vaya debilitando, sé comprensivo;
no lo hagas avergonzar mientras viva.
14 La ayuda que diste a tu padre no se olvidará,
será tenida en cuenta para pagar tus pecados;
15 el día del peligro Dios se acordará de ti
y disolverá tus pecados como el calor la escarcha.
16 Quien desprecia a su padre es un blasfemo,
quien insulta a su madre es maldecido por su Creador.

Humildad

17 Hijo mío, en todo lo que hagas actúa con humildad
y te querrán más que al hombre generoso.
18 Cuanto más importante seas, más humilde debes ser
y alcanzarás el favor de Dios;
20 porque es grande la compasión de Dios,
y revela sus secretos a los humildes.
21 No pretendas lo que es demasiado elevado para ti
ni investigues lo que supera tus fuerzas;
22 reflexiona sobre lo que te han encomendado,
y no te preocupes por lo que está oculto;
23 no te inquietes por lo que te supera,
aunque te enseñen cosas que te desbordan,
24 ¡porque son tan numerosas las opiniones de los hombres,
y sus locas fantasías los extravían!
26 El terco terminará mal,
quien ama lo bueno, lo conseguirá,
27 el terco se acarrea desgracias,
el cobarde añade pecado a pecado.
25 Donde faltan los ojos, falta la luz;
donde falta inteligencia, no hay sabiduría.
28 No corras a sanar la herida del orgulloso,
porque no tiene sanación, es el brote de una mala planta.

---

monárquica como la que se configuró a partir de David y que cada vez se va volviendo más rígida y tirana como la que conoce Jesús de Nazaret, la familia igualmente es el reflejo de la monarquía, era una micromonarquía: el padre es el primero en el orden piramidal; tal como es concebido Dios respecto al mundo y el rey respecto a la nación (sociedad); junto al padre está la madre a quien hay que venerar y respetar, mas no porque se trate de una mujer, sino porque posee una prelación que le viene por ser compañera del varón; luego están los hijos, completamente sometidos al orden social, en la familia a sus padres; en la sociedad, al rey y a sus lugartenientes. Este tipo de orden familiar o de estructura de familia es el que hay que abandonar, según Jesús de Nazaret, si se quiere ser verdadero discípulo suyo; la primera tarea del reino es, entonces, derribar ese tipo de estructura familiar; «quien no deja padre y madre...» (Lc 14,26), no significa literalmente que haya que despreciar a papá, mamá y hermanos; es a la estructura familiar, soporte por generaciones de un orden social, económico y religioso contrario al querer de Dios y obstáculo definitivo para la instauración del reino.

3,17-29 Humildad. Una de las virtudes que más debe caracterizar al hombre es la humildad, que bien puede entenderse como el procurar no ponerse por encima de los demás, no sentirse ni más grande ni mejor que los otros. Dos ventajas o beneficios atrae la humildad: el amor de los demás y la compasión y la misericordia de Dios, aparte de que es a los humildes a quienes Dios revela sus designios (20; cfr. Lc 10,21). La virtud de la humildad debe ser una de las preocupaciones del sabio; cuanto más sabio se es, más conciencia debe haber de lo lejos que se está de la máxima sabiduría. Los versículos 22-29, dedicados al hombre intelectual responden a la arrogancia de quienes creían tener gran dominio de la ciencia y del conocimiento en una época en la que el pensamiento griego hacía creer que la sabiduría era conocer muchas cosas, dominar muchas materias. Para la corriente sapiencial en Israel, la sabiduría está en temer a Dios, cumpliendo sus mandatos y en saber vivir bien.

29 El sabio aprecia las sentencias de los sabios,
el oído atento a la sabiduría se alegrará.

Limosna
(Tob 4)

30 El agua apaga el fuego ardiente
y la limosna consigue el perdón de los pecados.
31 Al que hace el bien lo recuerdan más tarde,
cuando resbale encontrará apoyo.

4 1 Hijo mío, no te burles de la vida del que sufre,
no desprecies al que sufre amargamente;
2 no hagas sufrir al necesitado
ni te escondas del que está en la miseria;
3 no apenes al que se siente abatido
ni aflijas al pobre que acude a ti,
ni niegues limosna al necesitado;
4 no rechaces la súplica del pobre,
5 ni le des ocasión de maldecirte:
6 si en la amargura de su dolor clama contra ti,
su Creador escuchará su clamor.
7 Hazte querer por la asamblea,
inclina la cabeza ante el que manda;
8 escucha con atención al pobre
y responde a su saludo con sencillez;
9 libra al oprimido del opresor
y no te repugne hacer justicia.
10 Sé padre para los huérfanos y como un marido para las viudas,
y Dios te llamará hijo, tendrá piedad y te librará de la fosa.

Habla la Sabiduría
(Prov 1,20-33; 8,1-11)

11 La sabiduría instruye a sus hijos,
y cuida a los que la buscan.
12 Los que la aman, aman la vida;
los que la buscan, alcanzan el favor del Señor;
13 los que la guardan consiguen gloria del Señor,
la bendición de Dios los acompañará donde vayan;
14 los que la sirven, sirven al Santo;
Dios ama a los que la aman.

3,30–4,10 Limosna. La práctica de dar limosna era un elemento importante de la piedad judía; ya desde mucho antes de la época de Ben Sirá había surgido la convicción de que la limosna era una forma de expiar los pecados, la cual se completa posteriormente con la observación de que además ampliaba el círculo de amigos. Para la época del Nuevo Testamento, muchos fariseos practicaban la limosna de una forma pública llamando la atención de la gente con el fin de ganar simpatía y hacerse admirar. Jesús corrige esta actitud y sugiere a sus discípulos que lo hagan de tal forma que «la mano izquierda no se entere de lo que hace la derecha» (Mt 6,3). Ni con el fin de expiar los pecados, ni para aparentar ante los otros se debe compartir lo que se tiene; es pura cuestión de justicia, y ello se debe hacer con la convicción de que en el plan de Dios no existe esta diferenciación entre los ricos y desposeídos. El cristiano consciente y comprometido con la causa del Evangelio, debe buscar la manera de instaurar una práctica social que lleve a la abolición de la indigencia y, por tanto, de las raíces estructurales de la injusticia.

4,11-19 Habla la sabiduría. El convincente discurso de la sabiduría que se autorrevela como auténtico camino de realización humana, subraya los beneficios prácticos para quien le sigue: sensatez, instrucción, vida, alegría y bendición del Señor. No quedará defraudado quien la busca sinceramente y pone en

15 Quien me escucha juzgará rectamente,
quien me hace caso habitará en mi casa;
17 disimulada caminaré con él,
comenzaré probándolo con tentaciones;
cuando su corazón se entregue a mí,
18 volveré a él para guiarlo y revelarle mis secretos;
19 pero si se desvía, lo rechazaré y lo castigaré con la cárcel;
si se aparta de mí, lo arrojaré y lo entregaré a los asaltantes.

Timidez

20 Hijo mío, aprovecha la ocasión pero cuídate del mal,
para que no tengas que avergonzarte de ti mismo;
21 porque hay una vergüenza que acarrea culpa,
y una vergüenza que trae gracia y honor.
22 No tengas consentimientos que te perjudiquen
ni dudes perjudicándote a ti mismo;
23 no retengas la palabra oportuna
ni escondas tu sabiduría;
24 porque hablando se muestra la sabiduría,
y la inteligencia, en la respuesta de la lengua.
25 No contradigas a Dios, humíllate ante Dios;
26 no te avergüences de confesar tu culpa,
no te opongas a la corriente.
27 No te sometas a un necio pero no te resistas a los que mandan.
No te sientes con juez injusto,
porque tendrás que juzgar según su capricho.
28 Lucha por la justicia hasta la muerte,
y el Señor peleará a tu favor.
29 No seas atrevido con tu boca,
y miedoso y cobarde en los hechos;
30 no seas un león para tu familia,
miedoso y sin autoridad con tus servidores;
31 no tengas la mano abierta para recibir
y cerrada a la hora de dar.

Contra las falsas seguridades

5 1 No confíes en tus riquezas ni digas: Me basto a mí mismo;
no confíes en tus fuerzas para seguir tus caprichos;
2 no sigas tus antojos y codicias
ni camines según tus pasiones.
3 No digas: Nadie puede contra mí,
porque el Señor te pedirá cuentas;

---

práctica sus exigencias; de todo aquel que la busca se deja encontrar y «disimulada», caminará con él. No está exento de pruebas y dificultades quien la va alcanzando, pero ahí está justamente la posibilidad de crecimiento del sabio, en la perseverancia. Despreciarla es autocastigarse, pues queda privado de los beneficios que ella trae consigo.

4,20-31 Timidez. Este segmento contiene varias enseñanzas prácticas para la vida, el que busca sabiduría la debe ir adquiriendo y aplicando en su vida corriente: autenticidad de vida, seguridad en sí mismo, sin arrogancia ni soberbia; considerarse el más pequeño delante de Dios y mantener viva la conciencia de la propia pequeñez; reconocer con humildad y valentía los propios defectos; mantener esta autenticidad de vida personal en las relaciones con los demás y, sobre todo, tener conciencia de que lo que más nos acerca a Dios es la lucha por la justicia; finalmente, tener la actitud de recibir, pero también de dar.

5,1-8 Contra las falsas seguridades. Encontramos una prevención para no caer en el error de confiar tanto en la riqueza y en los bienes al punto de darles

4 no digas: He pecado, y nada malo me ha sucedido,
porque él es un Dios paciente.
5 No estés tan seguro de su perdón
para seguir cometiendo pecado tras pecado.
6 No pienses: es grande su compasión y perdonará mis muchas culpas;
porque tiene compasión pero también se enoja,
y su ira recae sobre los malvados.
7 No tardes en volverte a él dejando pasar los días;
porque su furor brota de repente,
y el día de la venganza perecerás.
8 No confíes en riquezas adquiridas injustamente,
que no te servirán el día de la desgracia.

Sobre el hablar

(19,4-17; 23,7-15; 27,8-15)

9 No limpies el trigo con cualquier viento
ni camines en cualquier dirección.
10 Sé firme en tu modo de pensar
y sea una tu palabra;
11 sé rápido para escuchar
y date tiempo para responder;
12 si está en tu poder, responde al prójimo,
y si no, cállate la boca.
13 El hablar trae honra y trae deshonra,
la lengua del hombre es su ruina.
14 No tengas fama de chismoso ni emplees la lengua para murmurar;
para el ladrón se hizo la vergüenza,
y los duros castigos para el chismoso.
15 No hagas daño, ni poco ni mucho,
no te conviertas de amigo en enemigo.

6 1 Porque el desprecio trae deshonor y mala fama
de hombre perverso y chismoso.

La pasión

2 No caigas víctima de tu pasión,
porque encenderá tus fuerzas contra ti,
3 comerá tus hojas, arrancará tus frutos
y te dejará como árbol seco;
4 la pasión violenta destruye a quien la tiene
y lo hace motivo de risa de su enemigo.

---

más valor que a Dios y de sentirse más seguros en ellos que con Dios mismo. La absolutización de la riqueza y de los bienes materiales trae como consecuencia la relativización de Dios y, por tanto, de todo lo inherente a las relaciones con Él: su perdón, su misericordia, su acompañamiento, su guía. Una vida que tiene su seguridad en la riqueza está destinada a la perdición y peor aún si dicha riqueza ha sido adquirida de manera injusta.

5,9–6,1 Sobre el hablar. Otra de las enseñanzas de la sabiduría basada en la simple observación, es la discreción en las relaciones interpersonales. Una lengua sin control causa más mal que bien, pues por lo general quien es pronto para hablar, es lento en la reflexión y el discernimiento. El llamado es, entonces, a reflexionar primero, a discernir cada situación para hablar luego de lo que conviene. En nuestro pueblo es común el refrán «piensa para hablar, no hables para pensar».

6,2-4 La pasión. Invitación al control de sí mismo. Uno de los atributos propios del ser humano son sus pasiones, sus apetitos, sus impulsos; dejarse dominar por ellos es ir perdiendo calidad de vida e ir perdiendo también el sentido mismo de la vida y por aquí se camina con gran facilidad a la degeneración de las justas relaciones con Dios y con los demás. El llamado aquí es pues, al equilibrio y la sobriedad en nuestros actos.

Amigos
(9,10; 12,8-18; 22,19-26; 37,1-6)

5 Una palabra suave aumenta los amigos,
unos labios amables, los saludos.
6 Sean muchos los que te saludan,
pero amigo íntimo, uno entre mil;
7 si quieres un amigo, comienza por probarlo,
no confíes enseguida en él;
8 porque hay amigos de un momento
que no duran en tiempo de peligro;
9 hay amigos que se vuelven enemigos
y descubrirán tus peleas para avergonzarte;
10 hay amigos que acompañan en la mesa
y no aparecen a la hora de la desgracia;
11 cuando te va bien, están contigo;
cuando te va mal, huyen de ti;
12 si te alcanza la desgracia, te dan la espalda
y se esconden de tu vista.
13 Apártate de tu enemigo
y sé prudente con tus amigos.
14 El amigo fiel es refugio seguro;
quien lo encuentra, encuentra un tesoro;
15 un amigo fiel no tiene precio
ni se puede pagar su valor;
16 un amigo fiel es algo maravilloso:
quien respeta a Dios lo consigue;
17 el que teme al Señor encamina su amistad
porque su amigo será como es él.

La sabiduría
(4,1-11; 14,20-27)

18 Hijo mío, desde la juventud busca la instrucción,
y hasta en la vejez te encontrarás con sabiduría.
19 Acércate a ella como quien ara y siembra,
esperando abundante cosecha;
cultivándola trabajarás un poco,
y mañana comerás sus frutos.
20 Al necio le resulta difícil,
y el insensato no puede con ella;
21 lo oprime como piedra pesada,
y no tarda en sacársela de encima.
22 Porque la instrucción como su nombre lo indica
no se manifiesta a todos.

6,5-17 Amigos. Al autor no le interesa el discurso teórico sobre la amistad, ni siquiera se detiene para definirla ni para especificar si es necesaria o no. Basado siempre en la observación directa y en la propia experiencia, el autor da unos consejos para saber elegir muy bien al amigo; no todos los que nos sonríen o se sientan a nuestra mesa son amigos de verdad; podemos tener muy buenas relaciones con muchas personas, pero, aconseja Ben Sirá, no confiar sino en uno: «sea uno tu confidente». Los momentos críticos y difíciles de la vida, cuando sobrevienen la desgracia y las contrariedades, son la mejor ocasión para establecer quién es de verdad el amigo bueno, el amigo fiel: aquel que no nos da la espalda y que incluso asume como suya propia nuestra situación; ése es el verdadero amigo, y es comparado con un refugio seguro, con un tesoro que no tiene precio ni se puede pagar por su valor.

6,18-37 La sabiduría. Esta sección se puede dividir en tres unidades, todas tienen como factor común la

23 Escucha, hijo mío, mi opinión
y no rechaces mi consejo:
24 mete los pies en sus cadenas
y ofrece el cuello a su yugo,
25 arrima el hombro para cargar con ella
y no te irrites con sus ataduras;
26 con toda el alma acude a ella,
con todas tus fuerzas sigue sus caminos;
27 rastréala, búscala y la alcanzarás;
cuando la poseas, ya no la sueltes;
28 al fin alcanzarás su descanso,
y se te convertirá en alegría;
29 sus cadenas serán tu protección;
sus ataduras, traje de gala;
30 su yugo, joya de oro;
sus correas, cintas de púrpura;
31 como traje de gala la llevarás,
te la colocarás como corona festiva.

32 Si quieres, hijo mío, llegarás a sabio;
si te lo propones, llegarás a entender;
33 si te gusta escuchar, aprenderás;
si prestas oído, te instruirás.
34 Asiste a la reunión de los ancianos,
y si hay uno sabio, pégate a él;
35 procura escuchar toda clase de explicaciones,
no se te escape un proverbio sensato;
36 observa quién es inteligente, y madruga para visitarlo,
que tus pies desgasten el umbral de su puerta.
37 Reflexiona sobre el respeto del Altísimo
y medita sin cesar sus mandamientos:
él te dará la inteligencia y según tus deseos te hará sabio.

Proverbios varios: serie negativa

7
1 No hagas el mal, y el mal no te alcanzará;
2 aléjate del pecado, y se apartará de ti;
3 no siembres en los surcos de la maldad,
si no quieres cosechar siete veces más.
4 No pidas a Dios poder ni al rey un puesto de honor;
5 no presumas de justo frente a Dios ni de prudente frente al rey;

---

invitación a alcanzar sabiduría. La primera unidad (18-23) indica que la sabiduría, si se cultiva desde la juventud, asegura una vejez sensata, el que va alcanzando sabiduría se alimenta de ella como el campesino se alimenta de lo que plantan sus manos; esto implica disciplina. La segunda unidad (24-31) presenta la sabiduría como algo a lo que uno se somete libremente para ser cada día más libre; ella es yugo suave y carga ligera; así es como presenta también Jesús de Nazaret su propuesta de vida (cfr. Mt 11,30). Y la tercera unidad (32-37) invita a buscar esa sabiduría entre los mayores; era una convicción, como sigue siendo en la mayoría de nuestras comunidades, que los ancianos del grupo son los primeros maestros de sabiduría por cuanto ellos tienen detrás de sí un camino de vida ya recorrido, lleno de experiencias y de situaciones ya superadas. Pero de los ancianos no se aprende todo; según Ben Sirá, la sabiduría que se adquiere de un anciano sensato hay que completarla con el estudio y con la reflexión constante de la Ley de Dios. Hay que decir que para Ben Sirá, la verdadera sabiduría está en la Torá o Ley de Dios. Para él la Torá no conduce a la sabiduría, es la sabiduría.

7,1-21 Proverbios varios: serie negativa. Esta serie de proverbios que comienza con una negación, invita a una vida sencilla, sin complicaciones, ya que así debe ser la vida del sabio. No encontramos aquí ninguna organización temática, pero sí podríamos re-

6 no pretendas mandar si te falta energía para reprimir tu soberbia;
pues te acobardarás ante el noble
vendiendo por dinero tu integridad.
7 No te muestres injusto en la asamblea
ni te rebajes delante de la población.
8 No te enredes dos veces en un pecado,
porque ni de uno solo quedarás sin castigo.
9 No digas: Dios mirará mis muchas ofrendas,
el Altísimo recibirá mis súplicas.
10 No seas impaciente en tu oración
y no seas avaro en tus limosnas;
11 no desprecies al hombre afligido,
recuerda que hay quien levanta y humilla.
12 No trames violencias contra tu hermano
ni tampoco contra tu amigo y compañero;
13 no te complazcas en mentir,
nada bueno puedes esperar de ello;
14 no te metas en la deliberación de los que gobiernan
ni multipliques las palabras de tu oración.
15 No hagas de mala gana las tareas de servicio,
pues el trabajo lo ha creado Dios.
16 No te creas que eres más que los otros;
recuerda que la cólera de Dios no tarda;
17 humilla más y más tu soberbia,
pues al hombre lo esperan los gusanos.
No insistas repitiendo tu súplica,
encomiéndate a Dios y acepta su camino.
18 No cambies un amigo por dinero
ni a tu hermano querido por oro de Ofir.
19 No repudies a una mujer sensata,
su belleza vale más que corales.
20 No maltrates al servidor cumplidor
ni al obrero que se dedica a su oficio.
21 Ama al servidor inteligente como a ti mismo
y no le niegues la libertad.

Serie positiva

22 Si tienes ganado, cuida de él; si te es útil, consérvalo;
23 si tienes hijos, edúcalos; cuando aún son jóvenes, búscales mujer;
24 si tienes hijas, vigila su cuerpo,
y no seas condescendiente con ellas;
25 casa a tu hija y habrás hecho una gran tarea,
pero dásela a hombre prudente;

---

saltar algunas ideas que apuntan a ese estilo de vida sencillo que todo hombre debería perseguir: evitar el mal y la injusticia (1-3); no pedirle a Dios cargos de honor (4-7); contar siempre con la paciencia y misericordia de Dios (8s); no complicar la vida al prójimo atribulándolo o tramando violencia contra él (10-14); dignificar el trabajo (15); tener confianza y seguridad en Dios y en su respuesta (17); integridad en la relación con los demás, transparencia y lealtad al amigo, a la mujer sensata y al buen siervo (18-21).

7,22-36 Serie positiva. En esta sección encontramos prácticamente todo lo que formaba parte del universo del hombre de finales del Antiguo Testamento; Ben Sirá invita a que la relación personal con cada elemento de ese mundo sea algo auténtico y que sirva realmente de provecho y de crecimiento para el individuo; se menciona por tanto lo que un hombre poseía: ganados, hijos, hijas, mujer, padres y prójimo en general, sacerdotes y Dios. Con cada una de estas realidades, la persona debía fijar una rela-

26 si tienes mujer, no la aborrezcas,
pero no te fíes de una que no amas.
27 Honra a tu padre de todo corazón
y no olvides los dolores de tu madre;
28 recuerda que ellos te engendraron,
¿qué les darás por lo que te dieron?
29 Teme a Dios de todo corazón
y venera a sus sacerdotes;
30 ama a tu Creador con todas tus fuerzas
y no abandones a sus servidores;
31 honra a Dios y respeta al sacerdote,
y dale su parte como está mandado:
grano escogido, contribución para el culto,
sacrificios rituales, ofrendas consagradas.
32 Extiende la mano también al pobre,
para que sea completa tu bendición;
33 sé generoso con todos los vivos
y a los muertos no les niegues tu piedad;
34 no des las espaldas a los que lloran
y guarda luto con los que están de luto;
35 no abandones al que está enfermo,
y él te querrá.
36 En todo lo que hagas piensa en el final,
y nunca pecarás.

Cautela en la relación con los demás

8 1 No pongas pleito a un poderoso,
no vayas a parar en sus manos;
2 no pelees con un hombre rico:
pesará tu precio, y estás perdido
porque el oro ha perturbado a hombres influyentes
y la riqueza ha extraviado a nobles.
3 No discutas con un charlatán,
que es echar leña al fuego;
4 no trates con el necio,
no te vayan a despreciar los nobles.

---

ción de responsabilidad: conservando el ganado (22); educando a los hijos y buscándoles mujer (23) lo cual era absolutamente normal, el matrimonio de los hijos lo arreglaban sus padres; cuidando del cuerpo de sus hijas y casarlas bien; se entiende aquí que había que cuidar la integridad física de las hijas y en especial su virginidad para poder conseguirles un buen marido y, por tanto, una buena dote (24s); amando y respetando a la mujer amada, pero llegando al caso, también era lícito repudiarla (26), lo cual era una facultad exclusiva del varón; amando, respetando y venerando a los padres y auxiliándolos en sus dificultades (28s.32); siendo generoso y respetuoso con los sacerdotes (29-31) como signo de amor y respeto a Dios (30s); siendo bondadoso y generoso para con los vivos (prójimo) en general (33-35) y siendo piadoso con los difuntos (33b). En definitiva, la motivación para este recto obrar, además del temor y el respeto a Dios, es el pensamiento sobre el «desenlace final». Es probable que ya se estuviera comenzando a perfilar el concepto sobre el «juicio final» que ya para la época del Nuevo Testamento encontramos más desarrollado y que nos describe Mateo en 25,31-46, aunque hay quienes afirman que podría tratarse también de un concepto de «desenlace» no necesariamente escatológico, sino más bien en relación con la reputación o buena fama que pervive después de la muerte de un ciudadano que haya actuado de esta manera.

8,1-7 Cautela en la relación con los demás. Un distintivo del hombre sabio es la cautela y la prudencia en sus relaciones con los demás. Una buena relación atrae beneficios, pero una mala relación puede perjudicar al hombre que no es cuidadoso; así, meterse en pleitos con un poderoso o con un rico, podría ser fatal; detenerse con un malhablado, es perder el

5 No avergüences al que se arrepiente del pecado:
recuerda que todos somos culpables;
6 no te burles del anciano,
porque nosotros seremos viejos;
7 no te alegres de la muerte de nadie:
recuerda que todos moriremos.

Aprender de los mayores

8 No rechaces los discursos de los sabios,
estudia con dedicación sus enseñanzas;
porque de ellos aprenderás la instrucción
para entrar al servicio de los príncipes;
9 no desprecies las historias de los ancianos
que ellos escucharon a sus padres;
porque de ellos recibirás prudencia,
para saber responder cuando haga falta.

Trato con los hombres

10 No enciendas fuego en las brasas del malvado,
no te vayas a quemar con sus llamas;
11 no huyas de la presencia del insolente,
dejándole que intrigue contra ti;
12 no prestes a uno más fuerte que tú,
y si le has prestado, dalo por perdido;
13 no des fianza por encima de lo que puedes,
y si la has dado, prepárate a pagar;
14 no pongas pleito a un juez,
porque sentenciará a su favor.
15 Con el imprudente no camines, porque agravarás tus desgracias;
él va derecho a lo que quiere, y tú pagarás su locura;
16 con el que se enoja fácilmente no seas testarudo,
no cabalgues con él por el camino;
porque no le importa derramar sangre,
y cuando nadie pueda auxiliarte, te matará;
17 con el tonto no tengas confidencias,
porque no sabe guardar tu secreto;
18 ante un extraño no hagas lo que es secreto,
porque no sabes lo que puede suceder;
19 no le abras tu corazón a cualquiera,
así no espantarás tu felicidad.

---

tiempo, así como menospreciar a un anciano o un moribundo, si bien no trae perjuicios materiales, sí atrae el daño moral a la imagen o reputación del sabio.

8,8s Aprender de los mayores. Es la práctica más antigua del aprendizaje y del adoctrinamiento. La convicción es que los ancianos de la comunidad «escucharon a sus padres» es decir, son el patrimonio oral vivo de la comunidad, por tanto son ellos los que de viva voz nos enseñan lo que debemos saber para vivir bien.

8,10-19 Trato con los hombres. Retoma el tema de la necesaria cautela y de la prudencia que hay que tener en las relaciones con los demás. No hay que actuar de manera apresurada; primero hay que establecer el tipo de persona que se tiene al frente y sopesar el beneficio o el perjuicio que puede causar una relación con esa persona. Se trata de criterios muy prácticos casi siempre basados en el principio de ventaja/desventaja o beneficio/perjuicio; sin embargo, nótese que no se habla de ventajas o beneficios económicos o materiales, sino de posibilidades de complicarse la vida o de hacerla un poco más feliz y llevadera, según la clase de personas que nos rodean y según las relaciones que se establezcan con ellas.

Trato con las mujeres
(25,13-27,18; Prov 7)

9 1 No seas celoso de tu propia mujer,
para que no aprenda a maltratarte;
2 no tengas celos de la mujer que amas,
y no te pisoteará;
3 no te acerques a mujer ajena, y no caerás en sus redes;
no intimes con la ramera, y no te cazará en sus lazos;
4 no trates con la que canta coplas,
y no te quemarás con su boca;
5 no te fijes demasiado en la muchacha soltera,
y no te entramparás por su causa;
6 no te enredes con la ramera,
y no le cederás tu fortuna:
7 sus miradas te enloquecerán
y te arruinarás frecuentando su casa.
8 Cierra tus ojos ante la mujer hermosa
y no te fijes en belleza que no es tuya;
por las mujeres se han perdido muchos,
y su amor quema como fuego;
9 con mujer casada no comas ni te sientes con ella a beber,
no sea que tu corazón se incline hacia ella y lo pagarás con tu vida.

Amigo de mucho tiempo

10 No abandones al amigo de mucho tiempo, porque al nuevo no lo conoces;
amigo nuevo es vino nuevo: deja que envejezca y lo beberás.

Sobre las relaciones con los demás

11 No envidies al malvado,
porque no sabes cuánto vivirá;
12 no te alegres con el insolente que triunfa,
piensa que no morirá sin castigo;

9,1-9 Trato con las mujeres. Casi nunca sale bien librada la mujer en la Biblia a no ser que se trate de aquellos pasajes evangélicos donde Jesús aparece como el gran innovador de las relaciones con la mujer. Es obvio que una sociedad patriarcal como la que está detrás de cada escrito y de cada concepto bíblico, sólo pueda producir una visión negativa sobre la mujer. Por lo que se desprende de este pasaje, el joven que aspira a formarse como hombre de bien y más específicamente como hombre sabio, en las relaciones con la mujer debe ser mucho más cauteloso que en cualquier otro tipo de relación. En nuestro contexto actual no hay que hacer tanto énfasis en los «riesgos» que se corren tratando cierto tipo de mujeres, sino más bien educar a los niños y niñas en el respeto mutuo, hacerlos crecer con la conciencia de la igualdad de derechos y responsabilidades y, sobre todo, formar desde muy temprano la conciencia de aquella dignidad que tanto él como ella tienen delante de Dios y de los hombres.

9,10 Amigo de mucho tiempo. Un consejo de gran practicidad, no hay que hacer a un lado a los viejos amigos sólo porque en un determinado momento nos rodean otros nuevos. Estos nuevos, recomienda Ben Sirá, deben ser aquilatados por el tiempo, así como al vino nuevo hay que dejarlo añejar para degustarlo mejor, también la amistad debe darse su tiempo para llegar a comprender si es conveniente o no hacerse amigo de alguien. Podría sonar este consejo a una manera calculadora de entender las relaciones interpersonales; sin embargo, no está del todo desenfocado, la experiencia de la vida nos enseña que no todo el que nos sonríe ni nos toca el hombro, es nuestro amigo. Ya la sabiduría de nuestra gente también nos advierte, «ojos se ven, corazones no», o este otro, «más vale viejo conocido que nuevo por conocer». En todo caso, lo que aquí se subraya es el sentido de la prudencia y de la sana libertad a la hora de elegir a nuestros amigos.

9,11-16 Sobre las relaciones con los demás. Aunque es muy válido estar atentos a la calidad de personas que conforman nuestro entorno social, siempre tendremos libertad para elegir a nuestros amigos, no es ya cristiano excluir a nadie de nuestro entorno, y si bien consideramos que alguien por su forma de ser, de pensar o de actuar no se ajusta a nuestros moldes

13 aléjate del que puede matar, y no te espantará la muerte;
si te acercas, no lo ofendas, porque te quitará la vida;
mira que caminas entre lazos, que avanzas por una red.
14 Responde a tu prójimo de la mejor manera
e intima con los sabios;
15 comparte tus pensamientos con el prudente
y tus secretos con los entendidos;
16 gente honrada comparta tu pan,
y sea tu orgullo el temor del Señor.

Gobernantes

17 Con su destreza controla el artesano,
el gobernante a su pueblo con su elocuencia;
18 terror de su ciudad es el deslenguado,
la lengua irrespetuosa será aborrecida.

10 1 Gobernante prudente educa a su pueblo,
una buena administración es ordenada.
2 Como es el gobernante, así son los ministros;
como es el jefe de la ciudad, así son los vecinos.
3 Un rey entregado a los vicios arruina la ciudad,
la prudencia de los jefes puebla la ciudad.
4 En manos de Dios está el gobierno del mundo:
en él establece al hombre oportuno;
5 en manos de Dios está la autoridad del hombre:
él confiere su autoridad al que gobierna.

Soberbia

6 Por ninguna ofensa devuelvas mal al prójimo,
no marches por el camino de la soberbia;
7 la soberbia es odiosa al Señor y a los hombres;
para uno y otros es delito la opresión;
8 el poder pasa de nación a nación
a causa de la violencia y la soberbia.
9 ¿Por qué se ensoberbece el que es polvo y ceniza
si ya en vida se pudren sus entrañas?
10 Un achaque ligero, y el médico perplejo:
hoy rey, mañana cadáver.
11 Muere el hombre y hereda gusanos,
lombrices, orugas, insectos.

---

sociales de pensamiento, ahí tenemos el gran desafío de confrontarlo evangélicamente, de hacerlo entrar en razón no con mucho discurso, sino con nuestro estilo de vida, jamás excluir ni condenar, actuar siempre como Jesús que acogió a todos sin excepción porque así es también el Padre, «a todos nos ama por igual sin hacer distinción de personas» (Hch 10,34s).

9,17–10,5 Gobernantes. La parte final de este fragmento (10,4s) nos da la clave para entender la primera parte (9,17–10,3): el gobierno de la ciudad y del Estado debe hacerse con la paciencia y la destreza que usa el artesano para moldear su obra; el buen artesano produce obras hermosas, lo mismo el buen gobernante, su nación es un modelo de sociedad digna y justa; pero en definitiva, esto no es más que el reflejo de lo que es Dios, el Gran Artesano que sabiamente ha modelado el mundo y sabiamente lo gobierna.

10,6-18 Soberbia. En conexión con la idea del mal que nunca se debe hacer al prójimo, el autor desarrolla aquí el tema de la soberbia o el orgullo, actitudes humanas que, según Ben Sirá, son un «delito de opresión» tanto para Dios como para los seres humanos. La raíz del orgullo o la soberbia podrían estar en el distanciamiento de Dios, de los demás hombres y de sí mismo; se podría decir, entonces, que es un estado de enajenación cuando a causa de esa pérdida del sentido del justo equilibrio de la vida, se oprime a los demás como si fueran seres inferiores. El autor resalta lo

12 El inicio de la soberbia es la rebeldía del hombre
cuando su corazón se aparta de su Creador;
13 pues el pecador es pozo lleno de orgullo
y fuente de la que nacen planes perversos;
por eso Dios le envía terribles plagas
y lo castiga hasta acabar con él.
14 Dios derribó del trono a los soberbios
y sentó sobre él a los humildes;
15 el Señor arrancó las raíces de los pueblos
y plantó en su lugar a los oprimidos;
16 el Señor borró las huellas de los pueblos
y los destruyó hasta los cimientos;
17 los borró del suelo y los aniquiló
y acabó con su apellido en la tierra.
18 No es digna del hombre la insolencia,
ni la crueldad del nacido de mujer.

Valor del hombre

19 ¿Una raza honrosa? –La raza humana–.
¿Una raza honrosa? –Los que respetan a Dios–.
¿Una raza despreciable? –La raza humana–.
¿Una raza despreciable? –Los que quebrantan la ley–.
20 Entre hermanos se honra al mayor;
pero Dios aprecia a quien lo respeta:
22 forastero o extranjero, extraño o pobre,
su honor es respetar a Dios.
23 No hay que despreciar al pobre sensato,
ni hay que honrar al hombre violento;
24 príncipe, gobernante y juez reciben honor,
pero nadie es mayor que quien respeta a Dios.
25 Esclavo juicioso será enaltecido,
esclavo hábil no tendrá que quejarse.
26 No te hagas el sabio al realizar tus negocios
ni te glories en tiempo de necesidad;
27 más vale quien trabaja y le sobra de todo
que el que presume y le falta el pan.
28 Hijo mío, conserva tu honor con modestia,
y te darán los bienes que te mereces;
29 quien a sí mismo se declara culpable, ¿quién lo perdonará?,
¿quién respetará al que se desprecia?
30 Hay pobres respetados por su saber,
hay hombres respetados por sus riquezas;
respetado por su riqueza: ¿cómo?;
despreciado por su pobreza: ¿cómo?
31 A quien se respeta en la pobreza, cuánto más en la riqueza;
a quien se desprecia en la riqueza, cuánto más en la pobreza.

---

que es el ser humano en realidad: un ser que al final de todo se convierte en polvo y ceniza, sea quien sea; luego no hay que pretender estar por encima de nadie y mucho menos sentirse superior a Dios. Cuando se cae en esta actitud, la persona es comparable a un foso de insolencia o a una fuente que mana planes perversos (13); a ése, Dios lo derriba para levantar al oprimido.

10,19-31 Valor del hombre. El honor y la vergüenza son los dos extremos en los que se jugaba la vida del hombre antiguo. Generalmente el honor estaba en relación directa con el poder y la riqueza, y en defini-

Apariencias y juicio de Dios

11 [1] Por su sabiduría el pobre lleva alta la cabeza
y se sentará entre los nobles.
[2] No alabes a un hombre por su nobleza
ni lo desprecies por su fealdad:
[3] la abeja es la menor entre los que vuelan,
pero su cosecha es la más dulce.
[4] No te rías del que usa ropa gastada
ni te burles de los que pasan días difíciles,
porque las obras del Señor son admirables
y sus acciones, inexplicables para los hombres.
[5] Muchos miserables se han sentado en tronos
y quien no se pensaba se colocó la corona;
[6] muchos de posición elevada cayeron en desgracia
y también nobles cayeron en poder de otros.
[7] No critiques antes de averiguar;
examina primero y después juzgarás.
[8] Hijo mío, no respondas antes de escuchar
y no interrumpas el discurso del otro;
[9] en cosas sin importancia no te entretengas
ni te metas en peleas de malvados.
[10] Hijo mío, no multipliques tus ocupaciones:
el que ansía enriquecerse no quedará sin castigo.
Hijo mío, por más que corras, no llegarás;
por más que busques, no encontrarás.
[11] Hay quien trabaja y suda y corre,
y con todo llega tarde;
[12] otro es pobre y vagabundo, falto de todo y rico en miseria,
pero el Señor se fija en él para bien y lo levanta de la basura,
[13] le hace levantar la cabeza,
y muchos se asombran al verlo.
[14] Bien y mal, vida y muerte,
pobreza y riqueza vienen del Señor;
[15] sabiduría, prudencia y sensatez proceden del Señor,
castigo y camino recto proceden del Señor.

---

tiva con la posición social; así que cuanta más riqueza, cuanto más cerca del poder se estuviera y cuanto más alto se estaba en la escala social, más honrada y honorada era una persona, a ese extremo había que tender; pero muchos, entonces, en una sociedad tan injusta como la que refleja la obra de Ben Sirá, estarían en el otro extremo, en la vergüenza a causa de su pobreza, de su carencia de poder y, por supuesto, a causa de su bajo estrato social. Ben Sirá enseña que hay otra medida distinta para establecer estas posiciones: el respeto al Señor, lo cual es en definitiva la acogida al plan de Dios y el ponerse al servicio de ese plan cumpliendo los preceptos del Señor. Jesús de Nazaret es mucho más claro y establece como criterio para sentirse mayor, importante o más grande en el reino, hacerse el más pequeño y el servidor de todos. De manera que pese a que en nuestra sociedad la competencia por el poder, por el prestigio y por el honor preocupa a tantos desgastando en ello sus vidas y oprimiendo a los demás, nosotros tenemos ya un criterio, el mismo que insinúa Ben Sirá y que Jesús completa con su enseñanza y ejemplo de vida.

11,1-28 Apariencias y juicio de Dios. En conexión con el tema anterior, los versículos 1-6 continúan desarrollando el tema del motivo del verdadero honor, el cual ya no debe proceder de la riqueza y el poder ni de la posición social, sino del respeto al Señor y sus mandatos. Los versículos 8-28 desarrollan varios temas: 1. Dios es la fuente de la verdadera riqueza y Él la da a quien quiere, por eso no es aconsejable desgastar la vida buscándola (10-13). 2. Dios es el origen de todo (14-17), era la forma antigua de concebir la realidad; desafortunadamente todavía muchos cristianos están convencidos de que así es, y para completar, en muchas predicaciones se refrenda esta forma de pensar; es necesario ayudar a purificar la conciencia del creyente erradicando ese concepto ambiguo de Dios, que a la vez que lo señala como responsable úl-

16 La ignorancia y la oscuridad se crearon para los criminales,
y el mal acompaña a los malvados;
17 pero el don del Señor es para los honrados,
él los ama y les asegura el éxito.
18 Uno se hace rico a fuerza de privaciones,
y se queda sin recompensa;
19 cuando dice: Ahora puedo descansar,
ahora comeré de mis pensiones,
no sabe cuánto tiempo pasará hasta que muera y lo deje todo a otro.
20 Hijo mío, cumple tu deber, ocúpate de él,
envejece en tu tarea;
21 no admires a los malhechores,
espera en el Señor y aguarda su luz;
porque el Señor puede juzgar oportuno
enriquecer en un instante al pobre.
22 La bendición del Señor es la recompensa del honrado,
y a su tiempo florece su esperanza.
23 No digas: He arreglado todos mis asuntos,
y ahora, ¿qué me falta?
24 No digas: Ya tengo bastante,
¿qué mal me puede suceder?
25 Un día dichoso hace olvidar la desgracia,
un día desgraciado hace olvidar la dicha;
26 fácil es para Dios, a la hora de la muerte,
pagar al hombre su conducta.
27 Un mal momento hace olvidar los placeres;
pero sólo al final se sabe quién es el hombre.
28 No declares dichoso a nadie antes de informarte:
su final mostrará si es dichoso;
antes de que muera, no declares dichoso a nadie;
en el desenlace se conoce el hombre.

Cautela con el desconocido

29 No metas en tu casa a cualquiera:
el vendedor ambulante conoce muchas trampas.
Como jaula llena de pájaros
están sus casas llenas de fraudes.
30 Como pájaro encerrado en la jaula
es el corazón soberbio: espera como lobo a su presa.
Cuántos son los delitos del codicioso:
como perro devora una casa.
El codicioso es violento:
llega y pone pleito a todos los bienes.

---

timo del mal, de la injusticia y de la muerte, nos exime a nosotros del compromiso efectivo y necesario por erradicar el mal y la injusticia. Aquí está la raíz de esa aceptación pasiva de la injusticia y la opresión que ciertamente ni proceden de Dios, ni forman parte de su proyecto para el mundo y para el hombre y que nosotros aceptamos como si así fuera. 3. No hay que poner la seguridad y la confianza en la riqueza puesto que aunque toda la vida y los esfuerzos se hayan empeñado en conseguirla, todo termina con la muerte (18s). 4. Ocuparse del presente, centrarse en su propio oficio y no admirar a los malhechores, pues el Señor se ocupa de los justos y de los que le son fieles (20-26).

11,29-34 Cautela con el desconocido. He aquí una enseñanza basada en la observación y en la experiencia de la vida: no admitir en casa a un extraño. El sabio no debe permitir que personas extrañas invadan su hogar, pues podría tratarse de alguien que termine sembrando la discordia y la contradicción entre los miembros de la familia. Contrasta esta enseñanza con

El vendedor ambulante, como un oso,
acecha la casa de los insolentes,
como espía busca un punto desprotegido.
31 El chismoso convierte el bien en mal
y cuenta mentiras sobre lo que tú más quieres.
32 Una chispa enciende muchos carbones;
el malvado está listo para matar.
33 Cuídate del malo, que engendra males
y te traerá deshonra para siempre;
no te juntes con el malvado, que torcerá tu camino
y te apartará de tus parientes;
34 el vecino desconocido desviará tu conducta
y te alejará de tus familiares.

Cautela en favorecer

12 1 Si haces el bien, mira a quién,
y podrás esperar algo de tus favores;
2 haz el bien al honrado y obtendrás recompensa,
si no de él, al menos del Señor.
3 Nada se saca de ayudar al malvado,
ya que no obrará rectamente;
5 doble mal recibirás en tiempo de necesidad
por todo el bien que le hiciste;
no le des armas, pues las volverá contra ti.
6 Porque Dios aborrece al malvado
y toma venganza de los perversos.
7 Da al bueno, no socorras al malvado,
alivia al que sufre, no des al arrogante.

El enemigo
(6,5-17; 27,22-29)

8 En la prosperidad no se conoce el amigo,
en la desgracia no se oculta el enemigo;
9 en la prosperidad aun el enemigo se vuelve amigo,
en la desgracia aun el amigo se aparta.
10 No te fíes nunca del enemigo,
su maldad es como bronce que se oxida;
11 aunque te haga caso y se porte con modestia,
ten cuidado y desconfía de él;
haz como quien limpia un espejo;
a ver si la herrumbre no terminó de corroerlo.

---

la legendaria hospitalidad del hombre oriental. Con todo, hay que recordar que la época de Ben Sirá está muy marcada por un fuerte tráfico humano, hay mucha afluencia de extranjeros que llevan y traen noticias, pareceres y conceptos nuevos, unos muy buenos, pero otros muy ambiguos que podrían desestabilizar en cualquier momento el modo de ser y de pensar de los miembros más tradicionalistas del pueblo judío.

12,1-7 Cautela en favorecer. Contrasta esta enseñanza con la de Jesús de Nazaret, «haz el bien y no mires a quién» o «no repartas tus bienes entre los que te pueden devolver...»; se ve que los parámetros que traza Ben Sirá, predicados en un cierto ambiente social, responden más a una finalidad de reciprocidad, te doy para que me des; Jesús va más allá; mucho más interesado por la práctica de una verdadera justicia, propone salirse de lo «normal», de lo establecido, y compartir generosamente sin esperar nada a cambio. Para Jesús, la dinámica del reino que pretende instaurar tiene que ser totalmente distinta a lo que la injusticia ha impuesto hasta el presente.

12,8-18 El enemigo. Otro contraste entre Ben Sirá y el ideal propuesto por Jesús de amar a los enemigos y de bendecir a quienes nos maldicen (cfr. Mt 5,43-48; Lc 6,27-36). Ante todo debe primar el amor y la misericordia con todos.

12 No le des un puesto a tu lado,
porque te dará un empujón y ocupará tu puesto;
no lo hagas sentarse a tu derecha,
porque procurará ocupar tu asiento.
Entonces me darás la razón
y gemirás recordando mis advertencias.
13 ¿Quién compadece al encantador de serpientes mordido
o al que se acerca a una fiera carnicera?
14 Lo mismo al que se junta con el arrogante
y se mancha con sus delitos.
Mientras va contigo, no se te revela;
cuando caes, no se agacha a librarte;
15 mientras tú estás de pie, no se da a conocer;
cuando tropiezas, no se contiene.
16 El enemigo habla con labios dulces,
y por dentro planea traiciones siniestras;
el enemigo llora con los ojos,
llega su ocasión, y no se sacia de sangre;
17 te ocurre una desgracia, y allí lo encuentras;
fingiendo apoyarte, te pondrá una zancadilla;
18 después sacude la cabeza, agita la mano,
y hablando entre dientes, cambia de expresión.

Trato con el rico

13 1 A quien toca la brea se le pega la mano,
quien se junta con el mentiroso aprende sus costumbres.
2 No levantes un peso superior a tus fuerzas,
no busques la compañía de personas más ricas que tú,
¿puede juntarse el jarro de metal con la olla de barro?,
chocarán y la olla se romperá.
3 El rico ofende y encima se siente orgulloso,
el pobre es ofendido y encima pide perdón.
4 Si le eres útil, se servirá de ti;
si ya no le eres útil, renuncia a ti;
5 si tienes algo, te dirá buenas palabras,
pero te explotará sin que le duela;
6 si te necesita, te tratará bien,
y con sonrisas te infundirá confianza;
te dirá amablemente: ¿qué necesitas?,
y con sus manjares te avergonzará;
7 mientras se aprovecha de ti, te engaña;
a la segunda y a la tercera te amenazará;
más tarde, al verte, te evitará
y moverá la cabeza riéndose de ti.

13,1-7 Trato con el rico. Según Ben Sirá, hay una incompatibilidad natural entre el rico y el pobre. Las dos imágenes que utiliza para ilustrar este punto de vista son muy sugerentes: «quien toca la brea se le pega la mano» (1), y el cacharro de hierro que no debe juntarse con la olla de barro (2). La cuestión es, entonces, que hay que evitar la compañía del rico para no terminar siendo víctima de su explotación y, por tanto, humillado por él. A la luz del Evangelio, esta advertencia no vale tanto para los empobrecidos cuanto para los ricos, para los que han amasado su fortuna con la sangre del humilde y del desposeído; si ellos no renuncian a sus riquezas, no tendrán lugar en el reino de los cielos; y a la luz de la moderna concepción socio-antropológica de la realidad habría que agregar que si no se comprometen también ellos en la lucha real y efectiva contra las estructuras que generan la injusticia, no entrarán en el reino de los cielos.

Trato con el noble

8 Cuídate de ser presumido,
no imites a los faltos de juicio.
9 Si estás cerca de un noble, guarda las distancias,
y él insistirá para que te acerques;
10 no te acerques mucho, no sea que te aparte;
no te apartes mucho, no te hagas antipático;
11 no te tomes libertades con él
ni te fíes de sus muchos razonamientos,
pues con sus razonamientos te pone a prueba
y sonriendo te examina.
12 Cruelmente se burlará de ti
y no te ahorrará cadenas.
13 Ten cuidado y ponte en guardia
y no camines con hombres violentos.

Ricos y pobres

15 Todo animal ama a los de su especie:
lo mismo el hombre, a los que se le asemejan;
17 no se junta el lobo con el cordero
ni el malvado con el justo, ni el rico con el necesitado.
18 ¿Pueden llevarse bien la hiena y el perro?,
¿pueden llevarse bien el rico y el pobre?
19 El asno salvaje es presa del león,
el pobre es pasto del rico.
20 El soberbio aborrece al humilde,
el rico aborrece al necesitado.
21 Tropieza el rico, y su vecino lo sostiene;
tropieza el pobre, y su vecino lo empuja;
22 habla el rico, y muchos lo aprueban,
y aunque hable estupideces lo felicitan;
se equivoca el pobre y lo llenan de reproches;
habla con acierto, y no le hacen caso;
23 habla el rico, y lo escuchan en silencio,
y ponen por las nubes su talento;
habla el pobre, y dicen: ¿quién es?,
y si cae, encima lo empujan.
24 Buena es la riqueza adquirida sin culpa,
mala es la pobreza causada por el orgullo.

13,8-13 Trato con el noble. Otro binomio que forma parte de este dualismo tan amado por el mundo griego antiguo y que también es tema de las enseñanzas de Ben Sirá, es el noble y el humilde (de origen humilde), la recomendación que debe seguir el sabio es el trato distante, no involucrarse con el noble, pero tampoco hacerse antipático; en todo caso, lo mejor es guardar prudentemente las distancias.

13,15-24 Ricos y pobres. Una vez más el tema de aquella incompatibilidad entre el rico y el pobre. En todos los casos el pobre es el peor librado, parece como si ser pobre fuera ciertamente una maldición; ¿cómo habría que entender entonces la bienaventuranza de los pobres? ¿Cuándo y cómo ellos serán dichosos? ¿Cuándo su dignidad será respetada y su voz escuchada? Cuando se den dos condiciones necesarias e imprescindibles: 1. Cuando el rico asuma que su actitud es dañina para sí mismo porque en el fondo se ha hecho esclavo del dios dinero, del tener y del dominar, y dañina para los otros porque los convierte en objetos que le producen enriquecimiento. 2. Cuando el pobre asuma que su condición no es exactamente la que Dios quiere, que su empobrecimiento no es dignificante y que por tanto tiene que ponerse en camino de construir una sociedad más solidaria que genere denuncia y lucha contra las estructuras injustas; pero en solidaridad, generando resistencia contra la injusticia personal y estructural. Ahí sí comienzan a

La conciencia

25 El corazón humano hace cambiar el rostro
para bien o para mal:
26 rostro sereno es señal de buena intención,
hablar por rodeos es señal de mala idea.

14 1 Dichoso el hombre que no se equivoca con sus palabras
y no tiene que sufrir remordimiento;
2 dichoso el hombre a quien no le reprocha la conciencia
ni ha perdido la esperanza.

Tacaño y generoso

3 El hombre mezquino no merece riquezas,
el hombre tacaño no se merece el oro;
4 el que se priva a sí mismo reúne para otros,
de sus bienes disfrutará el extraño;
5 el que es tacaño consigo, ¿con quién será generoso?;
ni él mismo disfruta de sus bienes;
6 el tacaño consigo es el supremo tacaño,
su tacañería se vuelve contra él.
7 Si hace un favor es por descuido,
al final delata su tacañería.
9 El mezquino piensa que su porción es pequeña,
toma la del prójimo y echa a perder la que le pertenece.
10 El tacaño mira ansioso la comida
y ofrece una mesa vacía.
El generoso ofrece comida abundante,
el pozo seco da agua para la mesa.
11 Hijo mío, si tienes algo, sírvete de ello,
si tienes algo, trátate bien, y sé generoso con Dios.
12 Recuerda que en la tumba no disfrutarás
y que la muerte no tarda, aunque no te han dicho la hora de morir.
13 Antes de morir favorece a tu amigo,
dale de lo que tengas a mano.

---

hacerse realidad las palabras de Jesús, porque así sí se va descubriendo que en ese proceso de resistencia y de lucha está realmente la presencia de Dios y que su proyecto va tomando forma.

13,25–14,2 La conciencia. Una de las preocupaciones del sabio es el equilibrio entre su mundo interior y su apariencia externa; eso lo podríamos llamar integridad. Una persona íntegra refleja en sus gestos externos sus sentimientos más íntimos, y esto no es tanto una virtud estrictamente religiosa, es más bien el esfuerzo por mantener una adecuada salud mental; quiera que no, la «psique» de un individuo se tiene que ir debilitando cuando vive en esa dicotomía, aparentar externamente lo que en su interior es totalmente diferente; así que en esto también es sabio Ben Sirá, vale la pena luchar por la autenticidad e integridad de la personalidad.

14,3-19 Tacaño y generoso. Para Ben Sirá hay dos clases de actitudes respecto al dinero y, en general respecto a los bienes materiales: la avaricia o tacañería y la generosidad o el desprendimiento. Por simple observación, el tacaño no se sirve ni siquiera a sí mismo y por tanto, no pude servir a los demás; su vida gira en torno a la obsesión de acumular, de tener, pero para un triste final: todo quedará en manos de quienes no hicieron nada para atesorar. El consejo de Ben Sirá es, entonces, la práctica de la generosidad: en primer lugar, ser generoso con Dios (11), ayudando a los demás (13.16a) y, obviamente, ser generoso disfrutando y gozando de los bienes (11.14.16b). La idea que subyace en este consejo es que lo que adquirimos en esta vida, es para disfrutarlo en esta vida, pues después de muertos ya no hay que buscar placeres en el Abismo; como quien dice, tanto los bienes como las personas terminan con la muerte. Nótese que las buenas obras que pueden hacerse con el dinero no tienen todavía la motivación que presentan en el Nuevo Testamento donde se enseña ya a ser generoso con los bienes para así «acumular un tesoro en el cielo donde no hay polilla ni gusano... » (cfr. Mt 6,20).

14 No te prives de un día dichoso
y no se te pase por alto lo que es bueno y deseable.
15 ¿Por qué dejar a un extraño tus riquezas
y tus sudores para que los repartan a suerte?
16 Da a tu hermano y trátate bien,
porque en el Abismo no hay que buscar placeres.
Todo lo que prometiste hacer cúmplelo en presencia de Dios.
17 Toda carne se consumirá como la ropa,
porque el decreto eterno es: Haz de morir.
18 Como crecen las hojas en un árbol frondoso,
una se marchita, la siguiente brota,
así las generaciones de carne y sangre:
una muere y otra nace.
19 Todas sus tareas se pudrirán,
lo que ganaron sus manos se irá con ellas.

La Sabiduría
(6,18-37; Prov 1,20-33)

20 Dichoso el hombre que piensa en la Sabiduría
y busca la Prudencia,
21 el que presta atención a sus caminos
y se fija en sus sendas;
22 sale tras ella a espiarla
y la espera junto a su portal,
23 mira por sus ventanas
y escucha a su puerta,
24 acampa junto a su casa
y clava las estacas de su tienda junto a su pared,
25 pone su tienda junto a ella
y se acomoda como buen vecino,
26 pone nido en su ramaje
y mora entre su follaje,
27 se protege del calor a su sombra
y habita en su morada.

15 1 Quien respeta al Señor obrará así,
observando la ley alcanzará la sabiduría.
2 Ella le saldrá al encuentro como una madre
y lo recibirá como la esposa de la juventud;
3 lo alimentará con el pan de la inteligencia
y le dará a beber agua de sabiduría;
4 apoyado en ella no vacilará
y confiado en ella no fracasará;

14,20–15,10 La sabiduría. Esta sección esta conformada por dos unidades bien diferenciadas. La primera (14,20-27) describe al hombre prudente que sale en busca de la sabiduría, la imagen es la de un cazador que con toda paciencia espía, sigue huellas, acampa, tiende redes hasta alcanzar su objetivo. Este hombre es declarado dichoso, bienaventurado (14,20); la segunda (15,1-10) describe las ventajas y bondades que trae consigo buscar y hallar la sabiduría. Lo primero es que se adquiere conocimiento y capacidad para practicar la Ley del Señor; ésa es la base fundamental sobre la cual se perciben los frutos y beneficios de la sabiduría. Mediante las imágenes de la nutrición y del alimento, la sabiduría, personificada en una generosa mujer, da pan y bebida a quien la busca. Este comportamiento de la sabiduría está dirigido sólo a quienes la buscan y sinceramente se afanan en encontrarla; ella no tiene parte con los hombres falsos, ni con los arrogantes ni con los cínicos, ni con los embusteros ni con los malvados, pues al final de cuentas, ellos son la antítesis del hombre que quiere ser sabio y, en definitiva, de la misma sabiduría.

5 lo elevará sobre sus compañeros
para que abra la boca en la asamblea;
6 alcanzará gozo y alegría,
y recibirá en herencia un nombre perdurable.
7 No la alcanzan los hombres falsos
ni la verán los arrogantes,
8 se queda lejos de los orgullosos
y los embusteros no se acuerdan de ella;
9 el malvado ni la alaba,
porque Dios no se la otorga;
10 la boca del sabio pronuncia su elogio
y el que la posee la enseña.

Origen del pecado

11 No digas: Mi pecado viene de Dios,
porque él no hace lo que odia;
12 no digas: Él me hizo extraviar,
porque no necesita de hombres pecadores;
13 el Señor aborrece la maldad y la blasfemia,
los que lo respetan no caen en ellas.
14 El Señor creó al hombre al principio
y lo entregó el poder de elegir;
15 si quieres, guardarás sus mandatos,
porque es prudencia cumplir su voluntad;
16 ante ti están puestos fuego y agua:
elige lo que quieras;
17 delante del hombre están muerte y vida:
le darán lo que él escoja.
18 Es inmensa la sabiduría del Señor,
su poder es grande y todo lo ve;
19 los ojos de Dios ven las acciones,
él conoce todas las obras del hombre;
20 a nadie mandó pecar
ni enseñó mentiras a los embusteros;
no deja sin castigo a los mentirosos
ni se apiada del que practica el fraude.

Dios castiga

16 1 No desees hijos hermosos pero inútiles
ni te alegres de hijos que sean malvados;
2 aunque prosperen, no goces con ellos
si no respetan al Señor;

15,11-20 Origen del pecado. Se desarrolla aquí el tema de la libertad personal para elegir el bien o el mal, la vida o la muerte (cfr. Dt 30,15-20); el pecado, el mal y todos los demás antivalores existentes en el mundo, no son obra de Dios ni corresponden a su designio sobre el mundo. En una etapa histórica del pueblo judío, muy rica en producción teológica, ya se había abordado este tema de la supuesta responsabilidad de Dios respecto al mal y el dolor del pueblo; fue después del exilio cuando las duras circunstancias vividas por los israelitas llevaron a replantearse su fe, su identidad y sobre todo, profundizar cuál podría ser el verdadero propósito de Dios con el hombre y con el mundo. De allí surgieron, por ejemplo, los once primeros capítulos del Génesis que a través de diferentes imágenes, cargadas todas de un extraordinario simbolismo, dan cuenta de cómo Dios todo lo creó bueno, conforme a un plan armónico y justo, y cómo el hombre, el único entre todas las criaturas dotado de libertad, fue trastocando el plan original de Dios hasta convertirlo en todo lo contrario al querer divino. De manera que ya no hay ningún argumento para creer y menos aún para predicar, que de Dios pueda provenir también el mal y el pecado.

16,1-16 Dios castiga. En la época del Antiguo Testamento, todo el mundo aspiraba a tener una pro-

3 no esperes que vivan mucho ni confíes en que terminarán bien,
porque no tendrán buena descendencia;
un cumplidor del deber vale más que mil
y más vale morir sin hijos que tener descendientes arrogantes.
4 Uno solo y estéril, si respeta al Señor, puebla una ciudad;
un grupo de bandidos la deja desierta.
5 Muchas cosas de ese género han visto mis ojos
y muchas más ha escuchado mi oído.
6 Por culpa de los malvados se encendió el fuego
y ardió la ira de Dios contra una banda de malvados;
7 no perdonó a los antiguos gigantes,
que se rebelaron en otro tiempo con su fuerza;
8 no perdonó a los vecinos de Lot
que se pervirtieron por su arrogancia;
9 no perdonó al pueblo condenado,
que fue desposeído por sus crímenes,
10 ni a los seiscientos mil soldados
que fueron aniquilados por su arrogancia.
11 Y aunque no haya más que un rebelde
si escapa sin castigo, será por milagro.
Porque él tiene compasión y enojo, absuelve y perdona,
pero descarga su ira sobre los malvados;
12 tan grande como su compasión es su castigo,
y juzga a cada uno según sus obras.
13 No deja escapar al malvado con su presa
ni deja sin cumplir los deseos del justo.
14 El que hace limosna tendrá recompensa,
cada uno recibirá según sus obras.
15 El Señor endureció el corazón del Faraón
–que no lo quiso reconocer–
para manifestar sus obras bajo el cielo.
16 Todas las criaturas conocen su compasión,
dejó a los hombres su luz y su alabanza.

Dios ve

(23,18-20)

17 No digas: Me esconderé de Dios,
¿quién se acordará de mí en lo alto?
Entre tanta gente no me distinguirán,
¿quién soy yo en la anchura del mundo?

---

le numerosa. Ser padre y madre de muchos hijos era un signo de bendición divina; con todo, en los versículos 1-4 Ben Sirá advierte que lo importante no es la cantidad de hijos, sino la calidad de esos hijos, «más vale uno que mil», «más vale morir estéril que tener descendientes arrogantes» (3). El criterio es el cumplimiento del deber que, en la mentalidad del autor, es lo mismo que amar y respetar al Señor y demostrarlo cumpliendo sus preceptos. Los versículos 5-16 son como una demostración de lo expuesto al inicio, con testimonios de su propio tiempo («lo que han visto mis ojos») y con argumentos históricos («lo que ha escuchado mi oído»). Ben Sirá hace ver cómo, distintos grupos del pasado se entregaron al mal, se rebelaron contra Dios y por eso fueron juzgados, porque Dios juzga a cada uno según sus acciones. En el fondo pues, lo que quiere enseñar el autor es que los padres actuales no se deben preocupar tanto de engendrar muchos hijos, sino de formar bien, por el camino recto a su generación aunque sea poca, pero que no repitan las mismas acciones de los antepasados.

16,17-23 Dios ve. Este fragmento parece responder a alguna situación generalizada en la que tal vez estaban cayendo mucho los israelitas de la época, quizás influenciados por ciertos conceptos sobre Dios, el hombre y el mundo, introducidos por el pensamiento griego. La enseñanza es que no hay que hacer el bien o el mal sólo porque Dios me ve o no me ve; hay que

18 Mira: los cielos, el último cielo,
la tierra y el océano
se ponen de pie y
tiemblan cuando él baja hasta ellos;
19 las raíces de los montes, los cimientos del mundo
se ponen a temblar cuando los mira Dios.
20 En mí no se fijará
ni hará caso de mi conducta;
21 si peco, nadie me verá;
si miento a escondidas, ¿quién se enterará?
22 ¿Quién le informa de una buena acción,
qué puedo esperar de cumplir mi deber?
23 Gente sin juicio piensa así,
el hombre estúpido razona de ese modo.

Dios Creador

(43; Gn 1)

24 Escúchenme y aprendan sabiduría,
pongan atención a mis palabras,
25 voy a exponer con exactitud mi pensamiento
y con modestia mi doctrina.
26 Cuando al principio creó Dios sus obras
y las hizo existir, les asignó sus funciones;
27 determinó para siempre su actividad
y sus dominios por todas las edades;
no desfallecen ni se cansan ni faltan a su obligación.
28 Ninguna estorba a su compañera,
nunca desobedecen las órdenes de Dios.
29 Después, el Señor se fijó en la tierra
y la colmó de sus bienes;
30 cubrió su superficie con toda clase de vivientes,
que han de volver a ella.

17 1 El Señor formó al hombre de tierra
y a ella lo hace volver;
2 le concedió un plazo de días contados
y le dio dominio sobre la tierra;
3 lo revistió de un poder como el suyo
y lo hizo a su propia imagen;

actuar bien, rectamente porque ésa es la vocación humana, la búsqueda del bien; el mal no «perjudica» a Dios, me perjudica a mí y a mi prójimo; y en cuanto al juicio de mis acciones, no hay que esperarlo directamente de Dios, primero está el de mi propia conciencia y el de ese prójimo que ha salido beneficiado o perjudicado con mis actos. Sólo entonces, sabremos cuál podrá ser el juicio de Dios, ¡no hay que adivinarlo!

16,24–17,14 Dios Creador. Meditación sobre la creación: astros, animales, plantas, el primer hombre, la primera pareja, el pueblo, todo lo creó Dios con un orden y en armonía para que cada cosa cumpla su función y así es; en la naturaleza todo tiene una función y no se sale de ella; pero en el caso del hombre, la obra creadora de Dios introdujo elementos que están ausentes del resto de las criaturas: al hombre le dio dominio sobre la tierra; lo revistió de poder como el suyo; lo hizo a su propia imagen; lo dotó de inteligencia y sabiduría; lo hizo capaz de admirar el resto de la creación y de alabar el santo Nombre; le enseñó el bien y el mal, y cuando ya el hombre en asociación con otros formó un pueblo, les dio en herencia la Ley e hizo con ellos una alianza eterna. El versículo 14 sintetiza toda la Ley y los preceptos que exige el Señor: abstenerse de la idolatría y cumplir los preceptos acerca del prójimo. La pregunta que queda en el aire es, ¿cómo ha respondido el hombre, desde la antigüedad hasta hoy, a este plan maravilloso del Creador?

4 Hizo que todo viviente le temiera,
para que dominara a bestias y aves.
6 Les formó boca y lengua y ojos
y oídos y mente para entender;
7 los colmó de inteligencia y sabiduría
y les enseñó el bien y el mal;
8 les mostró sus maravillas,
para que se fijaran en ellas,
10 para que alaben el santo Nombre
y cuenten sus grandes hazañas.
11 Les concedió inteligencia
y en herencia una ley que da vida;
12 hizo con ellos alianza eterna
enseñándoles sus mandamientos.
13 Sus ojos vieron la grandeza de su gloria
y sus oídos oyeron la majestad de su voz.
14 Les ordenó alejarse de toda idolatría
y les dio preceptos acerca del prójimo.

Dios retribuye

15 Los caminos de los hombres están siempre en su presencia,
no se ocultan a sus ojos.
16 Sus caminos desde la niñez se inclinan al mal,
no son capaces de transformar
en corazones de carne los de piedra.
Cuando dividió sobre la tierra las naciones.
17 puso un jefe sobre cada nación, pero Israel es la parte del Señor.
18 Por ser su primogénito lo educa
y porque le dio la luz de su amor no lo abandona.
19 Todas las obras de los hombres están ante él como el sol,
sus ojos observan siempre sus caminos;
20 no se le ocultan sus injusticias,
todos sus pecados están a su vista.
21 El Señor, que es bueno y conoce a su criatura,
no los rechaza ni abandona, sino que los perdona.
22 El Señor guarda, como sello suyo, la limosna que el hombre hace,
y sus obras de caridad, como la pupila de sus ojos.
23 Después se levantará para retribuirlas
y dará a cada uno lo que merece.

Arrepentimiento

24 A los que se arrepienten los deja volver
y reanima a los que pierden la paciencia.
25 Vuelve al Señor, abandona el pecado,
suplica en su presencia y disminuye tus faltas;

17,15-23 Dios retribuye. Todas las maravillas, la armonía de la creación y las dotes especiales que Dios dio al ser humano y la posterior respuesta que dio el ser humano a Dios, queda plasmado en estos versículos; el hombre no ha sabido responder en fidelidad y sabiduría al proyecto divino, y sin embargo, Dios está dispuesto siempre a perdonarlo y a darle siempre una nueva oportunidad.

17,24-29 Arrepentimiento. Dios no desoye ni abandona a ninguno de sus hijos e hijas que se arrepienten; el motivo: Él es misericordioso y su perdón es grande para quienes vuelven a Él. El arrepentimiento implica varias cosas: abandonar el pecado, la injusticia, detestar la idolatría y suplicar al Señor. La finalidad del arrepentimiento es alabar al Señor aquí en vida, porque, según la mentalidad de Ben Sirá, en el

26 retorna al Altísimo, aléjate de la injusticia
y detesta de corazón la idolatría.
27 En el Abismo, ¿quién alaba al Señor
como los vivos que le dan gracias?,
28 el muerto, como si no existiera, deja de alabarlo,
el que está vivo y sano alaba al Señor.
29 ¡Qué grande es la misericordia del Señor
y su perdón para los que vuelven a él!

Dios comprende y perdona

30 El hombre no es como Dios,
pues ningún hijo de Adán es inmortal;
31 ¿qué hay más brillante que el sol?
–y sin embargo también tiene eclipses–
carne y sangre maquinan el mal.
32 Dios pasa revista al ejército del cielo,
cuánto más a los hombres de polvo y ceniza.

18 1 El que vive eternamente creó el universo:
2 el Señor es el único sin mancha, y no hay otro fuera de él.
3 Dirige el universo con la palma en la mano,
y todos cumplen su voluntad;
es rey universal y poderoso
que separa lo santo de lo profano.
4 Nadie es capaz de contar sus obras,
¿quién rastreará sus grandezas?
5 ¿Quién podrá medir su grandeza
y quién contará sus favores?
6 No es posible aumentar ni disminuir
ni se pueden rastrear sus maravillas;
7 cuando el hombre termina, está empezando,
y cuando se detiene, no sale de su asombro.
8 ¿Qué es el hombre, para qué sirve,
cuál es su bondad y su maldad?
9 Los días del hombre son contados,
y es mucho si llega a cien años;
10 una gota del mar, un grano de arena:
eso son mil años comparados con la eternidad.
11 Por eso el Señor tiene paciencia con ellos
y derrama sobre ellos su compasión.

---

abismo ya nadie le alaba. Todavía, como puede verse, no hay una perspectiva de vida después de la muerte, el hombre termina íntegramente en ella.

17,30–18,14 Dios comprende y perdona. Esta constatación que hace Ben Sirá aunque aparentemente es tan obvia, no deja de ser importante: el hombre no es como Dios; Dios es el único grande y sin tacha, en su poder todo fue creado y todo se mantiene en Él. Por el contrario, el hombre es finito, sus días están contados, en cualquier momento puede caer y perderse completamente; todo esto lo comprende Dios y por eso no vacila un instante para acoger y perdonar a todo el que se vuelve a Él. Ahora, ¿se puede decir lo mismo del hombre? ¿Habrá comprendido el hombre que no es Dios? Parece que no siempre. Tantos períodos azarosos en la historia de la humanidad hasta el presente, marcados por la injusticia, el poder de dominio y la opresión política, económica y religiosa, dejan ver que aún no se asume que el hombre no es Dios. No hay nada más opresor y alienante que el dominio y la autoridad de quienes se creen dioses, ya sean dirigentes políticos y religiosos, pues son personas deshumanizadas que arrastran a multitudes a la deshumanización haciéndoles perder el sentido de la justa dimensión de las cosas. En pocas palabras, no hay peor autoridad que aquella que algunos pretenden ejercer en nombre de Dios.

18,15-18 Dar con amor. Cuando las obras de cari-

12 Pues sabe muy bien que están inclinados al mal,
y por eso abunda su perdón.
13 El hombre se compadece de su prójimo;
el Señor, de todos los vivientes;
avisa, y educa, y enseña, y guía como pastor a su rebaño.
14 Se compadece de los que reciben la corrección
y de los que se esfuerzan por cumplir sus mandamientos.

Dar con amor

15 Hijo mío, cuando hagas un favor, no reprendas,
y cuando des limosna no ofendas con tus palabras:
16 el rocío alivia el calor,
así una buena palabra vale más que un regalo;
17 ¿no vale la palabra más que un regalo
cuando procede de un hombre caritativo?
18 El necio insulta sin caridad,
un regalo de mala gana hace llorar.

Prevenir

19 Antes de hablar, infórmate,
antes de caer enfermo, cuida tu salud;
20 antes de ser juzgado, examínate,
y a la hora de la cuenta te perdonarán;
21 antes de caer enfermo, humíllate,
y cuando peques, muestra arrepentimiento.
22 Nada te impida cumplir pronto una promesa,
no esperes hasta la muerte para cumplirla.
23 Antes de rezar, prepárate,
no imites a los que tientan al Señor.
24 Acuérdate del día final de la cólera, del momento de la venganza,
cuando ocultará su rostro.
25 En época de abundancia, acuérdate del hambre,
y cuando seas rico, de la pobreza y la necesidad;
26 de la noche a la mañana cambia la situación:
ante el Señor todo pasa en un instante.
27 Un hombre sabio siempre está prevenido;
cuando tienta el pecado, se abstiene de obrar mal.
28 Un hombre inteligente conoce la sabiduría
y alaba al que la alcanza.
29 También los expertos en hablar están instruidos
y derramando proverbios acertados.

---

dad, llamadas en la teología tradicional, obras de misericordia, se cumplen por cumplir o por obligación o por aparentar, resultan deshonrosas y humillantes; ante todo debe primar el recto sentido de la misericordia y el criterio de la justicia.

18,19-29 Prevenir. Una instrucción muy práctica para la vida, para que ésta sea más descomplicada y para que nada nos tome por sorpresa: saber prever las cosas, y esto se logra mediante la reflexión y la observación constante de la realidad que nos rodea; esto también es signo de sabiduría.

18,30–19,3 Dominarse. La falta de autocontrol trae consecuencias muy negativas. El autocontrol, según Ben Sirá es necesario especialmente respecto de aquellos apetitos que de seguirlos, arruinan nuestra vida socio-económica: los lujos, los apetitos sexuales, la comida y la bebida. Hoy más que nunca conviene estar muy atentos respecto a estos mismos impulsos y apetitos pues con el actual desarrollo de la sociedad de consumo y su principal vehículo que son los medios masivos de comunicación, llevan a personas de toda condición social al consumo desmedido y a crearse un tal cúmulo de necesidades que poco a poco los va arruinando, lo cual obliga en la mayoría

Dominarse

30 Hijo mío, no sigas tus caprichos,
refrena tus deseos;
31 si cedes al placer de tus deseos,
tus enemigos se reirán de ti.
32 No le tomes gusto al lujo,
porque sus gastos te harán pobre.
33 No seas amigo de fiestas y borracheras
cuando tienes el bolsillo vacío.

19 1 Quien se da a la bebida, no se hará rico;
quien desprecia lo pequeño, se irá arruinando.
2 Vino y mujeres extravían a hombres inteligentes,
el que anda con prostitutas se vuelve descarado;
3 podredumbre y gusanos se apoderarán de él,
y su descaro será aniquilado.

Callar y hablar

4 El que confía demasiado pronto, es un irreflexivo;
el que peca, se perjudica a sí mismo.
5 El que goza pensando mal, será condenado;
el que resiste a los placeres, corona su vida.
6 El que domina la lengua, vivirá sin peleas;
el que detesta los chismes, sufrirá pocos males.
7 No repitas un chisme
y no perderás nada;
8 no se lo cuentes ni a amigo ni a enemigo,
y no lo descubras, a no ser que incurras en pecado.
9 Alguien te ha oído, se cuidará de ti,
y un día te odiará.
10 ¿Has oído algo? Que muera dentro de ti;
aguanta, que no reventarás.
11 Una noticia pone en trance al necio,
como la criatura a la parturienta;
12 flecha clavada en el muslo
es la noticia en las entrañas del necio.
13 Pregunta a tu amigo: a lo mejor no lo ha hecho,
y si ha hecho algo, para que no lo vuelva a hacer;
14 pregunta al prójimo: a lo mejor no lo ha dicho,
y si lo ha dicho, para que no lo repita;
15 pregunta al amigo: muchas veces es calumnia,
no te fíes de cualquier palabra.
16 Hay quien comete un error sin querer,
¿quién no ha pecado con la lengua?;
17 pregunta al prójimo antes de reprenderlo
y deja lugar a la ley del Altísimo.

---

de los casos a relegar a otros niveles asuntos tan prioritarios como la salud, la educación, la vivienda...

19,4-19 Callar y hablar. Otra norma o enseñanza práctica para vivir bien: no creer todo a la ligera y, menos aún, precipitarse a comunicar a otros lo que se ha escuchado de otras personas. ¿Cuántos conflictos no se pueden evitar controlando la ligereza de la lengua? Si algo escuchamos de alguien cercano a nosotros o de nuestro prójimo, lo más práctico es confrontarlo a solas, es más constructivo y pedagógico para ambas partes; en cierto modo concuerda con la corrección fraterna que propone Jesús a sus discípulos (cfr. Mt 18,15-18).

19,20-30 Sabiduría y temor de Dios. La síntesis de

Sabiduría y temor de Dios

20 Respetar al Señor es síntesis de la sabiduría,
cumplir su ley es toda la sabiduría.
22 No es sabiduría ser experto en maldad,
no es prudencia la deliberación de los malvados.
23 Hay una astucia que resulta detestable,
los insensatos carecen de sabiduría.
24 Más vale el ignorante que respeta al Señor
que el muy inteligente que quebranta la ley.
25 Hay una astucia exacta y a la vez injusta,
hay quien es sagaz para aparentar rectitud;
26 hay quien anda encorvado y se hace el arrepentido
mientras dentro está lleno de engaños:
27 se hace el ciego, se hace el sordo,
y cuando no lo piensas te pone la zancadilla,
28 y si le falta fuerza para hacerte daño,
cuando encuentre una ocasión te perjudicará.
29 Al hombre se lo conoce por su aspecto,
al sensato lo reconoces al encontrarlo;
30 la manera de vestir, de reír, de caminar
manifiestan el carácter de un hombre.

Colección de dichos

20 1 Hay reprensiones inoportunas
y hay quien calla por prudencia;
2 es mejor reprender que irritarse;
3 quien confiesa la culpa se libra de la desgracia.
4 Eunuco que quiere violar a una joven
es el que quiere hacer justicia con la violencia.
5 Hay quien calla y pasa por sabio,
hay quien se hace antipático por su mucho charlar;
6 hay quien calla porque no tiene respuesta
y hay quien calla porque espera su momento;
7 el sabio calla hasta el momento oportuno,
el necio no espera la oportunidad.
8 El que habla mucho se hace odioso,
al que abusa de su autoridad se le detesta.
9 Hay desgracias que acaban bien
y hay ganancias que arruinan;

la sabiduría es respetar al Señor, y el genuinamente sabio es aquel que cumple y pone en práctica la Ley del Señor. Con esto, Ben Sirá establece una enorme diferencia entre la sabiduría que él practica y enseña y la que comúnmente se llamaría también sabiduría, pero que en el fondo es sagacidad o inteligencia común. Puede ser que el sagaz o inteligente esté muy lejos entonces de la sabiduría que proviene del respeto al Señor y del cumplimiento de sus preceptos. ¿Cómo distinguir al sabio del sagaz o inteligente? Ben Sirá da unas pistas que de todos modos no hay que tomar al pie de la letra: por su manera de vestir, de reír, de andar. Y no hay que tomar esto al pie de la letra porque nadie está autorizado para juzgar a nadie por su apariencia externa; es sólo en el trato, en la comunicación y el diálogo como podemos hacernos una idea, y eso aproximada, de lo que alguien es, y ni aun así, tenemos derecho a juzgar; en todo caso, debe primar siempre el amor y la misericordia para con el prójimo.

20,1-23 Colección de dichos. La primera parte de este capítulo está conformada por una colección de dichos varios sin ninguna unidad temática pero que de un modo u otro no dejan de ser sentencias útiles para el aspirante a sabio; no se trata tanto de instrucción propiamente tal cuanto de un «inventario» (lo que hay) de actitudes y comportamientos que el maestro ha observado y que también el discípulo va a poder observar y ante lo cual se sugiere un juicio o se deja para que el futuro sabio lo juzgue.

20,24-26 Mentira. Puestos en la balanza, el em-

10 hay regalos que no te aprovechan
y hay regalos que rinden el doble;
11 hay honores que traen humillaciones
y hay quien por la desgracia levantó cabeza;
12 hay quien compra mucho a poco precio
y después lo paga siete veces más.
13 El sabio, con pocas palabras, se hace simpático,
el necio malgasta su cortesía.
14 El regalo del necio no te aprovecha
porque lo ve mucho más grande de lo que es;
15 regala poco, critica mucho,
abriendo la boca como el que anuncia grandes cosas;
hoy presta, mañana reclama: ¡qué hombre tan odioso!
16 Dice el necio: No tengo amigos,
no hay quien agradezca mis favores;
17 los que comen mi pan son malas lenguas,
¡cuántos y cuántas veces se burlan de mí!
18 Más vale resbalar en el suelo que con la lengua;
la caída de los malvados siempre llega.
19 Hombre antipático es como cuento inoportuno
que a todas horas repiten los necios.
20 Proverbio dicho por un necio se rechaza,
porque no sabe decirlo a tiempo.
21 Hay quien por pobreza no puede pecar
y descansa sin remordimientos.
22 Hay quien se destruye a sí mismo por timidez
y hay quien se destruye por ser vergonzoso.
23 Hay quien promete a un amigo por timidez
y lo convierte en enemigo sin necesidad.

Mentira

24 La mentira es una deshonra para el hombre,
siempre está en la boca de los necios;
25 mejor es el ladrón que el embustero:
los dos heredarán la perdición;
26 el mentiroso vive deshonrado
y siempre lo acompaña su vergüenza.

El sabio

27 El que habla bien se abre camino,
el prudente agrada a los grandes;
28 el que cultiva la tierra recoge su cosecha,
y al que agrada a los grandes le perdonan las culpas.
29 Regalos y favores ciegan al sabio,
son un bozal que impide los reproches.
30 Sabiduría escondida y tesoro oculto,
¿para qué valen?

---

bustero y el ladrón, Ben Sirá prefiere al ladrón puesto que la lengua del mentiroso puede llegar a causar males más difíciles de reparar que los que puede causar un ladrón; sin embargo, ni lo uno ni lo otro son actitudes recomendables para el sabio porque ambos «heredarán la perdición».

20,27-31 El sabio. Apología del sabio y de la sabiduría. Es necesario revelar la sabiduría pero hay que saber cuándo, cómo y delante de quién.

21,1-11 Pecado: consecuencias y remedio. Una

31 Mejor es el que oculta su necedad
que el que oculta su sabiduría.

Pecado: consecuencias y remedio

21 1 Hijo mío, ¿has pecado? No lo repitas,
y reza por los pecados pasados;
2 huye del pecado como de la culebra: si te acercas, te morderá;
sus dientes son dientes de león que destrozan vidas humanas.
3 La injusticia es espada de dos filos
y su herida es insanable;
4 crueldad y delirio de grandeza destruyen la riqueza,
la casa del soberbio quedará desierta;
5 la súplica del pobre va de la boca a los oídos
y Dios le hace justicia enseguida.
6 Quien odia la corrección sigue las huellas del pecador,
quien teme al Señor se arrepiente de corazón.
7 Al charlatán se lo conoce desde lejos,
el sensato reconoce sus limitaciones.
8 El que construye su casa con dinero ajeno
recoge piedras para su mausoleo.
9 Una banda de malhechores es un montón de trapos
que termina en una llamarada.
10 El camino de los malvados está pavimentado,
pero desemboca en lo hondo del Abismo.
11 El que guarda la ley domina sus pensamientos,
respetar al Señor es el culmen de la sabiduría.

Necio y sabio

12 El que no es habilidoso no aprende,
pero hay una habilidad que produce amargura;
13 el saber del sabio es como una inundación,
su consejo es fuente de vida;
14 la mente del necio es vasija rota
que no retiene ningún conocimiento.
15 Cuando el inteligente oye una palabra sabia, la alaba y añade otra;
la oye el imbécil, se burla y no le presta atención.
16 La explicación del necio es fardo en el viaje,
los labios del prudente saben agradar;
17 la asamblea solicita el discurso del prudente
y reflexiona sobre sus palabras.
18 Casa en ruinas es la sabiduría del necio;
y el conocimiento del tonto, palabras incoherentes.

---

señal inequívoca de sabiduría es alejarse del pecado; antes de considerar los efectos del pecado, nótese que el texto nos da algunas pistas que nos permiten descubrir qué es lo que el autor entiende por pecado: la injusticia (3a.8); la crueldad y la arrogancia (3b); el desprecio a la corrección (6) y la fanfarronería (7). Estos males hay que evitarlos porque son altamente destructivos; son como una espada de doble filo, no sólo destruyen a quien cae en ellos, sino también dañan a sus semejantes. Concluye el pasaje con el consejo clave: guardar la Ley que permite dominar los pensamientos, y respetar al Señor como camino de la más perfecta sabiduría.

21,12–22,2 Necio y sabio. Mediante una serie de contrastes fácilmente verificables, Ben Sirá pone en oposición lo que es un necio y lo que es un sabio. Estos contrastes tienen que ver especialmente con su manera de ser y de ver la vida (12-17). El necio es puesto en la misma línea del impío (27), del murmurador (28) y del holgazán (22,1s). Esta clase de personas hay que evitarlas como a una piedra que ha sido ensuciada.

22,3-6 Educación de los hijos. Muchos males se

19 la instrucción es para el necio como cadenas en los pies,
como argolla en el brazo derecho;
21 la instrucción es para el inteligente joya de oro,
brazalete en el brazo derecho.
20 El necio ríe a carcajadas
el sabio apenas sonríe;
22 el pie del necio se precipita en la casa,
el hombre de experiencia se detiene con respeto;
23 el necio espía la casa desde la puerta,
el bien educado se queda fuera;
24 es mala educación pegar el oído a la puerta,
el sensato se moriría de vergüenza.
25 Los charlatanes hablan constantemente,
el prudente pesa sus palabras en la balanza;
26 el necio dice todo lo que piensa
el sabio piensa todo lo que dice.
27 Cuando el impío maldice a Satanás,
se maldice a sí mismo;
28 el que murmura se daña a sí mismo,
y lo detestan todos los vecinos.

22 1 El perezoso se parece a una piedra ensuciada:
la gente silba al ver su indignidad;
2 el perezoso se parece al estiércol:
el que lo toca, sacude la mano.

Educación de los hijos

3 ¡Qué desgracia ser padre de un hijo malcriado!,
y si es hija, no es menor desgracia.
4 Hija prudente enriquece al marido,
hija que no tiene vergüenza es desgracia de sus padres;
5 hija de las malas costumbres afrenta a padre y marido,
y es despreciada de los dos.
6 Advertencia inoportuna es música en duelo,
pero corrección y látigo siempre enseñan.

El necio

9 Enseñar a un necio es pegar una olla de barro rota,
o despertar a uno de un profundo sueño;
10 quien da explicaciones a un necio se las da a uno medio dormido,
al final le responde: ¿de qué estás hablando?
11 Llora al muerto porque perdió la luz,
llora al necio porque perdió la inteligencia;
aunque mejor es llorar al muerto, que ya descansa,
pues la vida del necio es peor que la muerte;

---

pueden evitar corrigiendo desde temprano a los hijos. Nótese cómo en el caso de los hijos malcriados, se habla de desgracia, pero en el caso de las hijas, la desgracia es mucho peor. Se trata de una sociedad patriarcal que impone a la mujer unos criterios de conducta y de moral no por lo que ella es en sí misma, sino con miras a no desacreditar a su padre tratándose de una mujer soltera, o a su marido si es ya casada.

22,9-15 El necio. Según el modo de pensar de Ben Sirá, el que es necio e insensato ya no tiene remedio, no hay posibilidad alguna de que pueda cambiar su vida. Esta era la manera de ver de los griegos, el mundo para ellos estaba dividido entre libres y esclavos, ricos y pobres, necios y sabios y, en fin, esta forma de ver la realidad no dejaba oportunidad para el cambio,

12 el luto por un muerto dura siete días;
el de un necio o impío, toda la vida.
13 No hables mucho con el tonto ni vayas con el ignorante,
guárdate de él, no sea que tropieces o te salpique cuando se sacude;
apártate de él y estarás tranquilo y no te molestará su locura.
14 ¿Qué hay más pesado que el plomo?
¿Cómo se llama? Necio.
15 Arena, sal, una bola de hierro
se soportan mejor que un tonto.

Ponderación

16 Casa trabada con vigas de madera no se derrumba en el terremoto;
decisión apoyada en una madura reflexión no temerá en el peligro.
17 Decisión asentada en reflexión prudente
es como estuco en pared bien lisa;
18 valla expuesta en una altura no resistirá al viento,
decisión cobarde de un plan insensato
no resistirá ninguna amenaza.

Amistad
(6,13-17; 37,1-6)

19 Quien hiere el ojo saca lágrimas,
quien hiere un corazón revela sus sentimientos;
20 quien tira piedras a los pájaros los espanta,
quien critica a un amigo destruye la amistad.

21 Aunque hayas empuñado la espada contra el amigo,
no pierdas la esperanza, que aún hay remedio;
22 aunque hayas abierto la boca contra el amigo,
no temas, puedes reconciliarte;
en cambio, insultos, desprecios, descubrir secretos
y golpes a traición ahuyentan al amigo.
23 Gánate la confianza del prójimo mientras es pobre,
y gozarás con él de su prosperidad;
durante las dificultades hazle compañía,
y compartirás la herencia con él.

24 Antes de prender, el horno echa vapor y humo;
antes de la sangre hubo insultos.
25 No me avergüenzo de saludar a un amigo
ni me escondo de su vista;
26 si algún mal me sucede por su culpa,
el que se entere se cuidará de él.

---

pues se trataba de una realidad inamovible.

22,16-18 Ponderación. Las cosas bien hechas, la palabra bien dicha y sobre todo en el momento oportuno, son las que tienen un verdadero sentido y valor. Éste es otro ideal que el sabio debe alcanzar.

22,19-26 Amistad. Uno de los valores más importantes del ser humano es la capacidad de hacer amigos, aunque no todo el mundo tiene la capacidad de mantener ese valor en el grado tan alto que de por sí posee la amistad. Hay muchas maneras de romper una amistad y hay también la posibilidad de reconstruirla; sin embargo, hay amistades rotas que son irrecuperables; según el modo de pensar de Ben Sirá son aquellas que han terminado por traición, por descubrir secretos y por arrogancia (22). Lo más saludable es saber ganarse a los buenos amigos y mantenerles la lealtad. Ben Sirá recomienda hacerse amigo del pobre, porque en el caso de que prospere, nos será de gran apoyo, lo mismo solidarizarse con el triste y atribulado, eso es estar con el amigo en su desgracia, de un amigo así es muy difícil dudar.

Oración por el dominio propio

27 ¡Quién pusiera un centinela en mi boca
y una cerradura de prudencia en mis labios
para no caer por su causa, para que no me pierda la lengua!

23 1 Señor, Padre y Dueño de mi vida,
no permitas que mis ojos sean soberbios,
no me dejes caer por su culpa.
2 ¡Quién pusiera un guardia sobre mis pensamientos
y un sabio instructor en mi mente
que no perdonara mis equivocaciones ni disimulara mis pecados!
3 Para que no aumenten mis ignorancias
ni se multipliquen mis pecados;
para que no caiga ante mis adversarios
ni se alegre el enemigo de mi ruina.
4 Señor, Padre y Dios de mi vida,
5 aparta de mí los malos deseos;
6 gula y lujuria no se apoderen de mí,
no me entregues a pasiones vergonzosas.

Sobre el hablar
(5,9–6,1; 19,4-17; 27,8-15)

7 Hijos, escuchen mi instrucción sobre el hablar:
el que la guarda no quedará atrapado.
8 El pecador se enreda en sus propios labios,
el que desprecia e injuria tropieza con ellos.
9 No te acostumbres a pronunciar juramentos
ni pronuncies a la ligera el Nombre santo.
10 Como el criado sometido a interrogatorio
no saldrá sin azotes,
así el que jura por el Nombre continuamente
no quedará limpio de pecado.
11 El que mucho jura se llena de maldad,
y el látigo no se apartará de su casa;
si se equivoca, cae en pecado,
si no cumple, peca el doble;
si jura en falso no será perdonado,
y su casa estará llena de desgracias.

22,27–23,6 Oración por el dominio propio. Las plegarias son más bien escasas en la literatura sapiencial (cfr. sin embargo, 36,1-22 y 51,1-12). Esta oración que encontramos aquí no está del todo desconectada del tema anterior sobre el cultivo de la amistad, en el sentido de que la amistad puede perderse por una ligereza de la lengua, cuando se revela un secreto, por ejemplo; ni tampoco está desconectada de las unidades siguientes que también van a tratar el tema de la lengua. La plegaria consta de dos partes introducidas cada una por la invocación «Señor, Padre, Dueño de mi vida» (1) y «Señor, Padre, Dios de mi vida» (4). La primera parte se refiere al anhelo interior de dominar la lengua ya que por medio de ella se puede llegar a causar mucho mal; y la segunda parte, es también un anhelo, un deseo interior de llegar a dominar los apetitos y pasiones desenfrenadas puesto que es otro modo de perder calidad humana.

23,7-15 Sobre el hablar. El que tiene cuidado en su hablar no quedará jamás atrapado por sus propias palabras. Hay un dicho popular en nuestro pueblo, «el pescado muere por la boca» que sintoniza con esta enseñanza de Ben Sirá. Claro que el autor se centra más especialmente en el tema del juramento y de la invocación ahí del Nombre de Dios. Jurar era muy frecuente, y para darle al juramento una mayor fuerza de verdad se hacía en nombre de Dios; ahora, si se descubría que el juramento era falso, el implicado era reo de castigo porque no sólo había pronunciado en vano el nombre de Dios, sino que había hecho aparecer como cierto lo que era falso, y esto en detrimento de su prójimo. En cierta medida estas enseñanzas prepa-

12 Hay palabras que merecen la muerte:
¡que no se pronuncien en los pueblos de Jacob!
Los hombres religiosos están lejos de tales cosas
y no se revuelcan en pecados.
13 No acostumbres tu boca a mal hablar,
porque será causa de pecado;
14 acuérdate de tu padre y tu madre
cuando te sientes entre gente importante:
no sea que te descuides cuando estés con ellos
y eches una mancha en tu educación;
desearás no haber nacido
y maldecirás el día que viste la luz.
15 El que se acostumbra a insultar
no aprenderá en toda la vida.

Pasión sexual

16 Dos clases de hombres multiplican pecados
y una tercera provoca la cólera de Dios:
17 el sensual que arde como fuego,
no se apagará hasta consumirse;
el que fornica con una pariente,
no cesará hasta quemarse;
el lujurioso que encuentra sabroso cualquier pan,
no parará hasta que el fuego lo consuma.
18 El que es infiel al lecho matrimonial
diciéndose: ¿Quién me ve?,
la oscuridad me rodea, las paredes me encubren,
nadie me ve, ¿por qué temer?,
el Altísimo no tendrá en cuenta mis pecados,
19 sólo teme la mirada de los hombres
y no sabe que los ojos del Altísimo
son mil veces más brillantes que el sol
y contemplan todos los caminos de los hombres
y penetran hasta lo más escondido.
20 Todo lo conocía antes de crearlo
y lo mismo después de terminado.
21 Pues cuando menos lo piense, será arrestado
y será castigado en la plaza pública.
22 Lo mismo la mujer que abandona al marido
y proporciona un heredero de un extraño:
23 En primer lugar, desobedeció la ley del Altísimo;
en segundo lugar, ofendió a su marido;
en tercer lugar, se prostituyó con adulterio
y le ha dado hijos de un extraño.
24 Será llevada ante la asamblea,
y el castigo recaerá sobre sus hijos;

---

ran la enseñanza de Jesús de Nazaret (Mt 5,33-37). El otro error que sale inevitablemente por la boca es la costumbre del lenguaje descompuesto y en general del mal hablar. Ben Sirá llama en todo caso a «acordarse de los padres», lo cual quiere decir que se da por supuesta una adecuada educación familiar que se debe poner en práctica en cualquier circunstancia.

23,16-27 Pasión sexual. Esta sección comienza con un proverbio numérico, que tiene cierta frecuencia en la literatura sapiencial. Enuncia tres pecados que tienen que ver con el abuso de la sexualidad: la pasión incontrolada, el incesto y la fornicación, al tiempo que advierte sobre las consecuencias. De los pecados enunciados, se detiene en el adulterio, dife-

25 sus hijos no echarán raíces
y sus ramas no darán fruto;
26 su recuerdo será maldecido
y su deshonra no se borrará.
27 Los que vengan después reconocerán
que nada hay más importante que respetar al Señor
ni más dulce que guardar sus mandamientos.

SEGUNDA PARTE

Himno a la Sabiduría

(1; Prov 8,22-31; Sab 7)

24 1 La sabiduría se alaba a sí misma,
se gloría en medio de su pueblo,
2 abre la boca en la asamblea del Altísimo
y se gloría delante de su poder:
3 Yo salí de la boca del Altísimo
y como niebla cubrí la tierra,
4 habité en el cielo,
mi trono estaba sobre columna de nubes;
5 yo sola recorrí el arco del cielo
y atravesé la hondura del Abismo,
6 reiné sobre las olas del mar y los continentes
y todos los pueblos y naciones.
7 Entre todos ellos busqué dónde descansar
y un sitio donde habitar.
8 Entonces el Creador del universo me ordenó,
el que me creó estableció mi residencia:
Reside en Jacob, sea Israel tu pueblo.
9 Desde el principio, antes de los siglos me creó,
y nunca dejaré de existir.
10 En la santa morada, en su presencia ofrecí culto
y en Sión me establecí;
11 en la ciudad amada me hizo descansar,
en Jerusalén reside mi poder.
12 Eché raíces entre un pueblo glorioso,
en la parcela del Señor, en su herencia.

---

renciando el del esposo (18-21) donde critica la actitud contradictoria del adúltero que no teme al castigo de Dios, sino que se oculta a los ojos de los hombres «como si los ojos de Dios no brillaran mil veces más que el sol» (19), para decir que es a Dios a quien hay que dar finalmente cuentas del pecado. Luego se centra en el adulterio de la mujer. La legislación de Israel era muy clara y drástica y, por supuesto, el autor la conoce (cfr. Lv 20,10; Dt 22,22-24; Jn 7,53–8,11); Ben Sirá enfatiza sobre la maldición que pesa sobre la mujer pero especialmente sobre los hijos habidos en este tipo de relación. Hay un distanciamiento de la doctrina de Jeremías y más todavía de Ezequiel que habían intentado ya replantear este concepto del castigo del pecado de los padres en sus hijos (cfr. Jr 31,29s; Ez 18). Todavía en el Nuevo Testamento encontramos rasgos de este concepto (cfr. Jn 9,2). En definitiva, todo esto podría evitarse si se guardara fielmente la Ley del Señor (27).

24,1-34 Himno a la sabiduría. Los versículos 1s introducen el himno de alabanza que sobre sí misma va a proclamar doña Sabiduría, el cual se puede dividir en tres partes: 1. La sabiduría se autodefine como criatura (3.8.9), salida de la boca del Altísimo, conforme al concepto bíblico teológico de que Dios lo creó todo por medio de su palabra. Por más que la sabiduría se atribuye algunas características propias de una divinidad, queda establecido que es un criatura y que está al servicio del ser humano y tiene sentido por él. 2. La primera acción de la sabiduría es buscar una

13 Crecí como cedro del Líbano
y como ciprés del monte Hermón,
14 crecí como palmera de Engadí y como rosal de Jericó,
como olivo crecí en la pradera y como plátano junto al agua.
15 Como canela y lavanda he perfumado
y di aroma como mirra exquisita,
como incienso y ámbar y bálsamo,
como perfume de incienso en el santuario.
16 Como terebinto extendí mis ramas,
un ramaje bello y frondoso;
17 como vid hermosa retoñé:
mis flores y frutos son bellos y abundantes.

19 Vengan a mí los que me aman,
y coman todo lo que quieran de mis frutos;
20 mi recuerdo es más dulce que la miel,
poseerme es mejor que los panales.
21 El que me come tendrá más hambre,
el que me bebe tendrá más sed;
22 el que me escucha no fracasará,
el que me pone en práctica no pecará.
23 Todo esto es el libro de la alianza del Altísimo,
la ley que nos dio Moisés
como herencia para la comunidad de Jacob.
25 Ella desborda sabiduría como el Pisón
y como el Tigris en primavera,
26 va llena de inteligencia como el Éufrates
y como el Jordán durante la cosecha,
27 ofrece enseñanza como el Nilo
y como el Guijón durante la vendimia.

28 El primero no acabará de comprenderla
y el último no podrá agotarla,
29 porque su pensamiento es más ancho que el mar
y su consejo más que el océano.
30 Yo salí como canal de un río
y como acequia que riega un jardín;
31 dije: Regaré mi huerto y empaparé mis jardines,
pero el canal se me hizo un río y el río se me hizo un lago.
32 Haré brillar mi enseñanza como la aurora
para que ilumine las distancias;
33 derramaré doctrina como profecía
y la entregaré a las futuras generaciones.
34 Miren que no he trabajado para mí solo,
sino para todos los que la buscan.

---

morada, fijar una residencia, cuyo significado simbólico es encontrar el sentido de sí misma (4-7). 3. El Creador le fija como morada la «casa» de Jacob, el pueblo de Israel, y ella elige como lugar concreto de su residencia el monte Sión, es decir, la ciudad de Jerusalén. Se trata de un simbolismo utilizado por Ben Sirá para decir que al mismo pueblo que Dios se eligió para sí, le otorga además el más grande don: la sabiduría, cuya concreción efectiva es la Torá o Ley (23). Se trata de un don maravilloso que ha beneficiado al pueblo haciéndolo el más particular entre todos los pueblos. Para Ben Sirá, la sabiduría griega con toda su propaganda y todo su aparato, está muy por debajo de la sabiduría que Dios le ha otorgado a Israel, por eso no escatima adjetivos ni elogios para ponerla por encima de toda la obra creada (25-33), y al mismo tiempo él se define como servidor incansable de ella y llama a que todos la busquen (34).

Lo que causa deleite y lo que causa disgusto

25 [1] Hay tres cosas que me gustan,
que agradan a Dios y a los hombres:
concordia entre hermanos, amistad entre vecinos,
mujer y marido que se llevan bien.
[2] Tres cosas detesta mi alma y su conducta me resulta insoportable:
pobre soberbio, rico tacaño y viejo mujeriego e irreflexivo.

Vejez

[3] Si en la juventud no has guardado,
¿cómo quieres encontrar en la vejez?
[4] ¡Qué bien sienta a las canas el juicio
y a los ancianos saber aconsejar!
[5] ¡Qué bien sienta a los ancianos la sabiduría,
el consejo justo a hombres venerables!
[6] La experiencia es corona de los ancianos,
y su orgullo es el temor del Señor.

Diez bienaventuranzas

[7] Mi corazón guarda nueve bienaventuranzas
y mi boca proclamará la décima:
Dichoso el que se alegra con sus hijos,
el que no tiene que servir a un inferior;
[8] dichoso el marido de mujer sensata,
el que no tiene que arar con buey y asno;
dichoso el que vive para ver la derrota de sus rivales,
y el que no resbala con la lengua;
[9] dichoso el que encuentra un amigo,
y el que no habla a oídos sordos;
[10] qué grande es quien alcanza sabiduría,
pero nadie como quien respeta al Señor;
[11] el respeto del Señor lo supera todo,
el que lo posee es incomparable.

La mujer mala

[13] Ninguna herida como la del corazón,
ninguna maldad como la de la mujer,

25,1s Lo que causa deleite y lo que causa disgusto. Un nuevo proverbio numérico en el cual se contraponen aquellas cosas que deleitan la vida del sabio y aquellas que le causan fastidio. El sabio se debe deleitar en lo que agrada a Dios: la fraternidad, la lealtad y la armonía de los esposos; y debe rechazar o evitar caer en extremos que contradicen la verdadera calidad humana, los cuales ilustra con las detestables figuras del pobre orgulloso, el rico tacaño y el viejo mujeriego y tonto (en muchos lugares llamado «viejo verde»).

25,3-6 Vejez. El ideal de todo hombre debe ser llegar a una vejez cargado de experiencia de vida para que aun en su situación física limitada, sus pensamientos y sus palabras sirvan de luz y de guía para los que están apenas comenzando a vivir; pero este ideal no llega en el momento de la vejez, hay que comenzar a amasarlo desde la juventud.

25,7-11 Diez bienaventuranzas. Hay muchas formas de ser feliz, y uno de los secretos del sabio está en saber encontrar dicha y felicidad en cada circunstancia de la vida. El autor dice que guarda nueve bienaventuranzas en su corazón y quiere proclamar una décima; con lo cual indica que cada aspirante a sabio puede seguir agregando una y otra bienaventuranza o, lo que es lo mismo, uno y otro motivo para sentirse feliz en esta vida. Contrasta esta perspectiva con situaciones a veces tan extremas que frecuentemente se encuentran en nuestro mundo moderno, niños, jóvenes y adultos a quienes nada les falta y, sin embargo, no son felices quizás porque interiormente están vacíos a pesar de la abundancia externa. Lo actual de estas bienaventuranzas de Ben Sirá está en que una vez más encontramos que la felicidad de la vida no está en el tener, en el poseer, sino en el ser y en el esfuerzo cotidiano de darle el mejor sentido posible a esta vida que es única.

14 ninguna pelea como la de las adversarias,
ninguna venganza como la de las rivales;
15 no hay veneno como el de la serpiente
ni hay enojo como el de la mujer;
16 más vale vivir con un león y un dragón
que vivir con mujer pleitera.
17 La mujer que se enoja deforma su aspecto
y pone cara terrible como de osa;
18 cuando su marido se sienta con los compañeros,
suspira amargamente sin poderse sostener.

19 Cualquier maldad es pequeña junto a la de la mujer;
¡caiga sobre ella la suerte del pecador!;
20 cuesta arenosa para pies ancianos
es mujer charlatana para marido paciente.
21 No tropieces por la belleza de una mujer
ni te dejes cazar por sus riquezas:
22 es una infamia y una vergüenza
que la mujer mantenga al marido.

23 Corazón abatido, rostro sombrío,
pena del alma es la mujer malvada;
brazos débiles, rodillas vacilantes,
cuando la mujer no hace feliz al marido.
24 Por una mujer comenzó la culpa,
y por ella morimos todos.
25 No abras las compuertas al agua
ni des confianza a mujer malvada;
26 y si no quiere someterse a ti,
córtala de tu propia carne.

La mujer buena

26 1 Dichoso el marido de una mujer buena:
se duplicarán los años de su vida.
2 Mujer hacendosa es la alegría de su marido,
y lo hará feliz toda su vida.
3 Mujer buena es un hermoso regalo
que recibe el que respeta al Señor:
4 sea rico o pobre, estará contento
y siempre tendrá cara alegre.

25,13–26,28 La mujer mala – La mujer buena – Exhortación. Salen aquí a flote los conceptos socio-culturales y religiosos de toda la época del Antiguo Testamento concentrados en esta instrucción. Por supuesto que una lectura femenina de este pasaje, antes de enjuiciar al autor, debe primero tener en cuenta esos parámetros socio-culturales en que él se mueve, no propiamente para justificarlo, sino más bien para caer en la cuenta de que cada uno es hijo de su tiempo y que a Ben Sirá no se le puede exigir ningún giro especial en el comportamiento social patriarcal de su época, toda vez que no era su interés al poner por escrito su pensamiento. Esta aproximación descriptiva de lo que es la buena y la mala mujer no es más que la constatación del comportamiento social de una época y el reflejo de unos valores culturales que desde luego tienen que ser modificados e iluminados a la luz de las enseñanzas de Jesús, pero más especialmente a la luz de sus actitudes reales y concretas respecto a la mujer. Pasajes como este no hay que ignorarlos ni nos deben exasperar; por el contrario deberíamos mantenerlos a la mano para poder ir estableciendo con hechos reales y concretos las diferencias –si es que de verdad las hay– entre el modo de ser y de pensar de aquella «lejana» época patriarcal respecto a la mujer, y nuestras relaciones actuales con ellas y la visión que de sí misma tiene la mujer contemporánea.

La mujer mala

5 Tres cosas teme mi corazón
y una cuarta me asusta:
chismes en la ciudad, motín popular,
acusación falsa, las tres son peores que la muerte.
6 Pero mujer celosa es pena y dolor de corazón.
Lengua hiriente es común a los cuatro.
7 Mujer malvada es yugo que se mueve,
el que se la lleva agarra un alacrán.
8 Mujer borracha es irritante,
y no puede ocultar su vergüenza.
9 Mujer adúltera tiene ojos engreídos,
y se la conoce en los párpados.
10 Vigila bien a la joven atrevida,
para que no aproveche la ocasión de fornicar;
11 cuídate de los ojos desvergonzados,
y no te extrañe que te ofendan.
12 Porque abre la boca como viajero sediento
y bebe de cualquier agua que encuentra;
se sienta frente a cualquier estaca de tienda
y abre la aljaba a cualquier flecha.

La mujer buena

13 Mujer hermosa alegra a su marido,
mujer prudente lo robustece;
14 mujer discreta es don del Señor:
no se paga un ánimo instruido;
15 mujer honesta duplica su encanto:
no tiene precio la que es dueña de sí misma.
16 El sol brilla en el cielo del Señor,
la mujer bella en su hogar bien arreglado;
17 lámpara que luce en candelabro sagrado
es un rostro hermoso en un cuerpo esbelto;
18 columnas de oro sobre bases de plata
son piernas esbeltas sobre pies firmes.

Exhortación

19 Hijo mío, conserva sana la flor de tu juventud
y no des tu vigor a extranjeras;
20 busca un lote fértil en toda la llanura
y siembra tu semilla, fiel a la nobleza de tu raza;
21 así durarán sus frutos
y madurarán con la firmeza de tu estirpe.
22 Mujer que se vende vale un salivazo,
la casada es torre de la muerte para los que la gozan;
23 mujer irreligiosa tocará en suerte al malvado,
mujer religiosa, al que teme al Señor;
24 mujer desvergonzada vive en la deshonra,
joven pudorosa es modesta incluso ante el marido;
25 la mujer impúdica es una perra,
mujer pudorosa teme al Señor;
26 mujer que respeta al marido es tenida por sabia,
la que lo desprecia con arrogancia es tenida por irreligiosa.

27 Mujer chillona y charlatana
es corneta que toca para el combate.
Si el marido es del mismo carácter
vivirá siempre en pie de guerra.
28 Dos cosas me entristecen y una tercera me da rabia:
rico caído en la miseria, inteligente tratado con desprecio,
hombre honrado convertido en pecador:
el Señor lo entrega a la espada.

Mercader

29 Difícilmente se libra el mercader de cometer injusticia,
el comerciante no quedará libre de pecado.

27 1 Por querer ganar dinero muchos pecaron,
quien pretende enriquecerse se hace el ciego;
2 una estaca se clava entre piedra y piedra,
el pecado queda atrapado entre comprador y vendedor.
3 Si uno no es firme y diligente en honrar al Señor,
muy pronto se arruinará su casa.

Conocer a los hombres

4 Cuando se zarandea la criba y quedan los residuos,
así el desperdicio del hombre cuando discute;
5 el horno prueba la vasija del alfarero,
el hombre se prueba en su razonar,
6 el cuidado de un árbol se muestra en el fruto,
la mentalidad de un hombre en sus palabras;
7 no alabes a nadie antes de que razone,
porque ésa es la prueba del hombre.

Bien hablar

(5,9–6,1; 19,4-17; 23,7-14)

8 Si buscas la sinceridad, la alcanzarás
y te la vestirás como traje de gala.
9 Cada pájaro anida con los de su especie,
la verdad regresa al que es veraz;
10 el león acecha la presa
y el pecado al malhechor.
11 El hombre religioso habla siempre sabiamente,
el necio cambia como la luna.
12 Entre necios cuida tu tiempo,
entre sabios detente;

26,29–27,3 Mercader. Con base en la observación del diario vivir, el autor da por sentado que mercaderes y comerciantes no se libran de la injusticia. Al parecer nunca gozaron de buena fama estos personajes; pero el mal no está en que uno sea comerciante, sino en que se deje arrastrar por el afán del lucro (27,1). Ahora bien, la clave para no caer en la injusticia la da el autor en 27,3, hay que ser firme y diligente en temer al Señor. Así, el temor del Señor no es solamente principio de la sabiduría, sino además principio fundamental de la justicia.

27,4-7 Conocer a los hombres. Usando la imagen de los metales preciosos que deben ser cribados, o la del árbol que si está bien plantado da buenos frutos, Ben Sirá nos habla del hombre auténtico que se revela en sus actos y palabras. El lenguaje, los razonamientos de un hombre nos revelan su calidad humana.

27,8-15 Bien hablar. Continúa la idea anterior. El hombre debe buscar siempre la sinceridad y ponerla en práctica en todo instante. El comportamiento del hombre sincero atrae a otros de igual calidad y busca también la compañía de otros hombres sinceros; su comportamiento externo es diferente al del hombre necio cuya compañía hay que evitar.

13 la conversación de los necios es indignante
y su risa proviene de las groserías;
14 la conversación del malhablado pone los pelos de punta;
cuando discute hay que taparse los oídos;
15 pelea de arrogantes es como derramar sangre,
es penoso escuchar sus insultos.

Guardar secretos

16 El que descubre secretos destruye la confianza
y no encontrará amigo íntimo;
17 ama a tu amigo y séle fiel,
pero si revelas su secreto no vayas en su busca;
18 como uno destruye a su enemigo,
así has destruido la amistad de tu amigo;
19 has soltado un pájaro de la mano,
así has soltado a tu amigo y no lo cazarás;
20 no lo persigas, que ya está lejos,
ha escapado como cierva de la red;
21 se puede vendar una herida, se puede remediar un insulto;
pero el que revela un secreto no tiene esperanza.

Falso amigo

22 El que guiña el ojo trama algo malo,
quien lo ve se aparta de él;
23 en tu presencia su boca es todo dulzura, admira tus palabras;
por detrás cambia de lenguaje y procura cazarte en tus palabras.
24 Muchas cosas detesto, pero ninguna como a él,
porque el Señor mismo lo detesta.

Quien la hace la paga

25 Tira una piedra a lo alto y te caerá en la cabeza;
un golpe a traición reparte heridas;
26 el que cava una fosa caerá en ella,
el que tiende una red quedará atrapado en ella;
27 al que hace el mal se le volverá contra él,
aunque no sepa de dónde le viene.
28 Burlas e insultos le tocarán al orgulloso,
pero la venganza lo acecha como un león.
Caerán atrapados en la red
29 los que se alegran de la caída de los buenos,
se consumirán de pena antes de morir.

27,16-21 Guardar secretos. Una vez más vuelve al valor de la amistad cuyas características principales son la fidelidad y la lealtad. Cuando un amigo nos abre su corazón, seguramente lo ha pensado más de una vez y lo habrá hecho como un signo de confianza hacia nosotros, y si por ligereza o por cualquier motivo nosotros hacemos públicas las confidencias de nuestro amigo, ¿no es ésta la peor de las faltas contra la amistad? ¿Confiará otra vez nuestro amigo en nosotros? Hoy es también muy válido el cuidado que debemos tener en el cultivo de una verdadera amistad basada en el respeto y la lealtad a la otra persona.

27,22-24 Falso amigo. En continuidad con el tema de la amistad, Ben Sirá hace notar cómo hay quienes se comportan de un cierto modo en nuestra presencia, pero adoptan otro comportamiento cuando damos la espalda; de este tipo de personas no hay que fiarse; en palabras del autor, son detestables y también hay que evitar su compañía. Es importante estar atentos para que no digan eso de nosotros.

27,25-29 Quien la hace la paga. Por observación y por ley natural, el mal que buscamos para los demás siempre revierte sobre nosotros, es como quien lanza una piedra hacia arriba: le cae encima. Por eso es

Venganza
(Lv 19,17-18; Éx 23,4-5)

30 Ira y enojo son odiosos:
el pecador los posee.

28 1 Del vengativo se vengará el Señor
y llevará estrecha cuenta de sus culpas.
2 Perdona la ofensa a tu prójimo,
y se te perdonarán los pecados cuando lo pidas.
3 ¿Cómo puede un hombre guardar rencor a otro
y pedir la salud al Señor?
4 No tiene compasión de su semejante,
¿y pide perdón de sus pecados?
5 Si él, que es un simple mortal, conserva la ira,
¿quién le perdonará sus pecados?
6 Piensa en tu fin y acaba con tu enojo,
piensa en la muerte y en la corrupción, y guarda los mandamientos.
7 Recuerda los mandamientos y no te enojes con tu prójimo,
recuerda la alianza del Señor, y perdona las ofensas.

Riñas
(Prov 15,18; 17,19; 26,21)

8 Huye de peleas y disminuirás los pecados,
el hombre violento enciende peleas;
9 el pecador provoca a los amigos
y siembra discordia entre los que viven en paz.
10 Cuanto más leña, más arde el fuego;
cuanto más terquedad, más se enciende la pelea;
cuanto más poder, mayor es el enojo;
cuanto más riqueza, más crece la ira.
11 Una centella provoca un incendio,
pelea acalorada derrama sangre;
12 si soplas la chispa, la enciendes;
si escupes en ella, la apagarás;
las dos cosas salen de tu boca.

Calumnia
(Sant 3,1-12)

13 Maldice al murmurador y al mentiroso,
ha destruido muchas amistades;

---

también sabia la enseñanza, «el mal que no quieras para ti, no lo hagas a los demás» (Tob 4,15; Jesús lo enuncia en positivo: Mt 7,12; Lc 6,31); así como tampoco está bien alegrarse del mal ajeno, pues mañana podemos ser nosotros los que tengamos que sufrir la misma suerte.

27,30–28,7 Venganza. Llamado al perdón y a la misericordia para con el prójimo. Aquí encontramos la esencia de una de las peticiones del Padrenuestro: perdónanos como nosotros perdonamos a quienes nos han ofendido, y lo cual suscita una de las más bellas parábolas sobre el perdón que necesitamos continuamente y que también continuamente debemos brindar a nuestro prójimo (cfr. Mt 6,12.14s).

28,8-12 Riñas. Las pendencias y riñas afectan las sanas relaciones; ambas son causadas por personas que Ben Sirá califica de pecadoras y que por razones obvias, el aprendiz de sabio debe evitar. Se recalca el valor de la boca, por medio de ella se puede iniciar un conflicto y por medio de ella se puede superar.

28,13-23 Calumnia. Nada hay más peligroso y destructor que una lengua murmuradora, pues puede llegar hasta acabar con la paz (13.16) y acabar con la tranquilidad y felicidad de hombres (14) y de mujeres (15). Una lengua habituada a la murmuración provoca situaciones peores que las que puede provocar hasta la misma muerte. La posición del sabio es no hacerle caso del murmurador y «maldecirlo» (13), esto

14 lengua entrometida ha hecho tambalear a muchos,
haciéndolos huir de pueblo en pueblo,
ha destruido ciudades amuralladas
y ha derribado palacios de nobles;
15 lengua entrometida ha expulsado a mujeres capaces
privándolas del fruto de sus fatigas;
16 el que le hace caso no tendrá paz
ni podrá vivir tranquilo;
17 golpe de látigo deja un moretón,
golpe de lengua rompe los huesos;
18 muchos cayeron a filo de espada,
pero no tantos como las víctimas de la lengua;
19 dichoso el que se protege de ella y no es víctima de su furor,
el que no arrastra su yugo ni se enreda en sus cadenas;
20 porque su yugo es de hierro
y sus cadenas de bronce;
21 la muerte que causa es terrible,
se está mejor en el Abismo.

22 Pero no podrá dominar a los buenos,
que no se quemarán en su fuego;
23 los que abandonan al Señor caerán en él,
prenderá en ellos y no se apagará;
lo soltarán tras ellos como un león,
y los destrozará como una pantera.

Exhortación

24 Rodea tu posesión con cerco de espinos,
guarda bien tu oro y tu plata;
25 para las palabras hazte balanza y platillos;
para la boca, puerta y cerrojo.
26 Cuidado, no resbales con la lengua,
y no caerás ante los que te acechan.

Prestar

(Dt 15,1-11)

29 1 Quien presta al prójimo hace obra de misericordia,
quien da una ayuda guarda los mandamientos.
2 Presta a tu prójimo cuando lo necesite,
y paga pronto lo que debes al prójimo,

---

es, alejarlo de su camino; el autor declara dichoso al que sabe protegerse de este tipo de influencia tan nociva para la sociedad (19).

28,24-26 Exhortación. Con esta exhortación concluye el tema de la murmuración y sus efectos. El sabio ha de poner barreras a lo que más ama y a sí mismo para protegerse del murmurador. Hay un llamado al justo discernimiento, sopesar cada palabra, cada expresión para no resbalar y caer ante los demás.

29,1-13 Prestar. En consonancia con la devoción y veneración que siente Ben Sirá por la Torá, aborda aquí el tema del auxilio al necesitado bajo el aspecto del préstamo, lo cual es visto como una obra de misericordia que ya establecía la ley mosaica (cfr. Éx 22,25; Lv 25,35-37; Dt 15,7-11; 23,19; 24,10-13), y al tiempo que recomienda auxiliar al prójimo en este sentido, también recomienda ser muy solícito a la hora de devolver lo que ha tomado prestado; hay que pagar pronto lo que se debe al prójimo. Con estas recomendaciones, el autor hace ver los «riesgos» que se corren al prestar dinero al prójimo; muchas veces se pierde lo prestado y se pierde también al amigo (4-7). En relación con este tema está también el de la limosna como una práctica que no sólo beneficia al necesitado, sino que atrae mucho bien al que la da (8-13).

3 cumple la palabra y séle fiel,
y en todo momento obtendrás lo que necesitas.
4 Muchos tomaron un préstamo como un regalo
y perjudicaron al que les prestó:
5 hasta conseguirlo le besan las manos,
ante las riquezas del prójimo humillan la voz;
a la hora de devolver dan largas,
echan la culpa a las circunstancias
y piden una prórroga.

6 A fuerza de insistir apenas recobrará la mitad,
y lo considerará buena suerte;
en otro caso se quedará sin dinero
y se habrá ganado un enemigo,
que le pagará con maldiciones e insultos,
con injurias, en vez de respeto.
7 Así muchos se niegan a prestar, no por maldad,
sino temiendo que los despojen sin razón.

8 Con todo, ten paciencia con el pobre
y no le hagas esperar tu limosna;
9 por amor a la ley recibe al pobre,
y en su necesidad no lo despidas con las manos vacías;
10 pierde tu dinero por el hermano y el prójimo,
no dejes que se oxide bajo una piedra;
11 invierte tu tesoro según el mandato del Altísimo,
y te producirá más que el oro;
12 guarda limosnas en tu despensa,
y ellas te librarán de todo mal;
13 mejor que escudo resistente o poderosa lanza,
lucharán contra el enemigo a tu favor.

Fianza
(Prov 6,1-5)

14 El hombre bueno sale fiador por su prójimo,
el que no tiene vergüenza lo abandona;
15 no olvides el favor del que fió por ti,
pues se expuso por tu causa;
16 quien malgasta los bienes del fiador es un pecador,
quien abandona a su salvador es un desagradecido.

17 La fianza ha arruinado a muchos ricos
y los ha sacudido como a olas del mar;
18 dejó sin casa a hombres adinerados,
que tuvieron que emigrar al extranjero.
19 El pecador que se pone a dar fianzas por afán de lucro
se enredará en pleitos.
20 Ayuda a tu prójimo según tus posibilidades,
pero ten cuidado de no arruinarte.

29,14-20 Fianza. En relación con el tema de los préstamos, encontramos esta enseñanza sobre la fianza, como una forma también de auxiliar al amigo (14), y si uno ha sido beneficiado por un fiador, no hay que olvidar ese favor (15). También se resaltan aquí los riesgos que se corren fiando a otra persona, muchas veces podría ocasionar la ruina del fiador (17s); esto lleva a Ben Sirá a dar una recomendación general: ayudar al prójimo hasta donde sea posible teniendo cuidado de no arruinarse.

En casa ajena
(40,28-30)

21 Son esenciales para la vida agua, pan, casa
y un vestido para cubrir la desnudez.
22 Más vale vida pobre al reparo del propio techo
que banquete en casa ajena;
23 conténtate con lo que tienes, poco o mucho,
y no oirás las burlas de la vecindad.
24 Es vida dura ir de casa en casa,
donde eres forastero no puedes abrir la boca;
25 recibirás avergonzado hospedaje y bebida,
y encima tendrás que oír frases hirientes:
26 Anda, forastero, prepara la mesa,
dame de comer lo que tengas;
27 Vete, forastero, que viene gente importante,
llega mi hermano a hospedarse y necesito la casa.
28 Duro es esto para el hombre sensato:
injurias del casero, burlas del prestamista.

29,21-28 En casa ajena. En conexión con los dos temas precedentes, encontramos la situación del que no tiene ni siquiera lo mínimo para vivir; está expuesto al maltrato, a la burla y, en definitiva, a andar errante. En labios de un profeta este capítulo tendría unas connotaciones abiertamente de denuncia y de amenaza contra los ricos, los acaparadores y los egoístas. Sin embargo, así como nos lo presenta Ben Sirá, nos sirve para hacernos una idea de la situación socio-económica de la época que ya podemos concluir que estaba claramente definida como una sociedad injusta donde unos pocos eran los dueños de mucho y muchos, dueños de casi nada o de nada, destinados a una lucha agobiante por la subsistencia. No tenemos que hacer demasiado esfuerzo para imaginarnos las angustias de los pobres buscando un préstamo, pero antes, buscando a un fiador, y a otros mendigando en la calle o recorriendo de casa en casa pidiendo una limosna. No nos es difícil imaginarnos todo eso porque esa es la realidad que vivimos millones y millones de hombres, mujeres y niños en nuestra sociedad actual. Por la Biblia sabemos que tratando de responder a estos extremos de empobrecimiento surgieron dos instituciones en el Antiguo Testamento que deberían haberse puesto en práctica sin ninguna vacilación puesto que ambas eran de obligatorio cumplimiento ya que están contempladas en la ley de Moisés. Se trata del «goelato» (Lv 25,25) que exigía al pariente más cercano de un endeudado rescatar el bien o la prenda dejada al prestamista, y en el caso extremo de un endeudado que hubiera tenido que someterse a su acreedor como prenda o como pago, el «go'el» debía pagar su rescate. La otra institución era el «año sabático» (Dt 15,1-11); transformada por el Levítico en «año jubilar», que contemplaba la liberación de esclavos, condonación de deudas y recuperación de los bienes dejados en prenda. Con esta institución se buscaba una nivelación periódica de la sociedad para evitar ese desequilibrio extremo entre enriquecidos y empobrecidos. Como todos los grandes proyectos que deberían beneficiar a los empobrecidos, estas dos instituciones, especialmente la segunda, no pasaron de ser un enunciado de ley muy bonito que siempre encontró mil trabas y obstáculos para su realización; si no hubiera sido así, no podríamos deducirlo del planteamiento de Ben Sirá que está escribiendo en torno al 180 a.C, ni podríamos constatarlo tampoco en la época del Nuevo Testamento. Hoy no contamos ni con «go'eles», ni con «años sabáticos» ni «años jubilares», ni nada por el estilo; pero contamos –deberíamos contar– con el Evangelio de la justicia que nos llama a todos a dar inicio a ese año de gracia, y tal vez sea mucho más efectivo que la figura de un go'el y hasta de un año sabático, la solidaridad entre nosotros los pobres. Los grandes se alían para prosperar y prosperan haciéndose cada vez más ricos, ¿no será que a nosotros nos ocurre lo contrario? Somos cada día más pobres porque somos cada vez menos solidarios, nos dedicamos cada uno por nuestro lado a «inventar» de qué vivir, incluso hasta nos hacemos la guerra. Pues bien, es hora de descubrir que tenemos muchos motivos para unirnos: el hambre, la falta de oportunidades para producir, la falta de tierra, de techo, de un futuro digno para nuestros hijos, y un arma común ante la cual tiembla hasta el más poderoso: la solidaridad y la resistencia. Si comenzamos a generar en nuestras comunidades acciones que nos ayuden a no depender tanto de los poderosos, esto es, creando fuentes de economía solidaria, sustituyendo productos de consumo por aquellos que nosotros mismos logremos elaborar; esto no sólo será una forma de resistencia sino al mismo tiempo una forma de denuncia para los opulentos. Es la única manera, cómo las palabras del cántico de María, «a los pobres colma de bienes», comenzarán a hacerse realidad, de lo contrario... ¡ahí seguiremos en las mismas!

Educación de los hijos
(22,3-6)

30 1 Quien ama a su hijo lo castiga con frecuencia
para poder alegrarse más tarde,
2 quien castiga a su hijo sacará provecho de él,
y estará orgulloso de él ante los conocidos;
3 el que instruye a su hijo da envidia a su enemigo,
y estará satisfecho de él ante los amigos.
4 Fallece el padre como si no hubiera muerto,
porque ha dejado uno semejante a él;
5 mientras vive lo ve y se alegra,
cuando va a morir no se entristece;
6 ha dejado quien lo vengará de sus enemigos,
quien agradezca a los amigos.

7 Quien consiente a su hijo tendrá que vendarle las heridas,
a cada grito se le conmoverán las entrañas;
8 caballo no domado se vuelve salvaje,
hijo consentido sale terco;
9 sé blando con tu hijo, y te hará temblar;
sigue sus caprichos, y lo sentirás;
10 no festejes sus gracias, y no llorarás con él,
al final no rechinarás los dientes.
11 No le des autoridad en la juventud
ni disimules sus locuras;
12 que baje la cabeza mientras es muchacho
y dale azotes cuando aún es pequeño;
no se te vuelva terco y se te rebele,
y te acarree disgustos del alma.
13 Corrige a tu hijo, ponle un yugo pesado
para que no levante el cuello contra ti.

Salud
(37,27-31)

14 Más vale pobre sano y robusto
que rico lleno de achaques;
15 la buena salud la prefiero al oro
y el buen ánimo a las perlas;
16 no hay riqueza como un cuerpo robusto
ni hay bienes como un corazón contento.

30,1-13 Educación de los hijos. Aunque parezcan exageradas las imágenes que utiliza Ben Sirá para sugerir la corrección de los hijos, que obviamente responden a un modelo preciso de relaciones familiares, es un hecho que si soñamos con una sociedad distinta, tenemos que empezar a construirla con nuestros hijos desde su más temprana edad. Hoy contamos con toda una serie de ayudas no tanto para «domar» al pequeño, sino para acompañarlo en todo su proceso de crecimiento y desarrollo. De la corrección, junto con la violencia, no podemos esperar ciudadanos de bien; mas de una corrección fundada en el amor y en la comprensión, podemos esperar hombres capaces de cambiar el mundo.

30,14-20 Salud. Ciertamente un cuerpo sano y un buen ánimo pueden ser signos de felicidad y de bienestar que es bueno buscarlos por todos los medios posibles; sin embargo, un quebranto de salud tampoco hay que verlo como una maldición o una desgracia. En la mentalidad antigua, la enfermedad era vista como un castigo de Dios por el pecado, así que quien gozaba de buena salud podía ufanarse ante los demás como alguien libre de faltas. Hoy sabemos que las enfermedades pueden tener muchas causas, algunas las podemos prever, otras no; ahora, lo importante es que tanto en la salud como en la enfermedad, nosotros sepamos vivir con dignidad y asumir cada realidad con altura.

17 Más vale morir que vivir sin provecho,
y el descanso eterno más que sufrimiento crónico.
18 Manjares ofrecidos a una boca cerrada
son ofrenda presentada a un ídolo;
19 ¿de qué sirve una ofrenda al ídolo incapaz de comer y de oler?,
lo mismo el que posee riquezas y no puede disfrutar de su fortuna,
20 mira con los ojos y suspira
como eunuco que abraza a una doncella.

Alegría

21 No te dejes vencer por la tristeza
ni te atormentes por tus culpas:
22 alegría de corazón es vida del hombre,
el gozo alarga sus años;
23 consuélate, recobra el ánimo, aleja de ti la pena,
porque a muchos ha matado la tristeza,
y no se gana nada con la pena.
24 Celos y enojos acortan los años,
las preocupaciones hacen viejo antes de tiempo.
25 Corazón alegre es como un gran banquete
que hace provecho al que lo come.

Riqueza y honradez

(13,15-24)

31 1 Los desvelos del rico acaban con su salud,
la preocupación por las riquezas aleja el sueño.
2 Las preocupaciones no lo dejan dormir
lo perturban más que grave enfermedad.
3 El rico trabaja por amontonar una fortuna,
y si descansa es para entregarse a los lujos
4 el pobre trabaja, y le faltan las fuerzas,
y si descansa, pasa necesidad.
5 El que codicia el oro no quedará sin castigo,
el que ama el dinero se extraviará por él.

6 Muchos quedaron aprisionados por el oro
y se entramparon por las perlas,
pero no les sirvieron para librarlos de la desgracia
ni para salvación el día de la cólera.
7 Son una trampa para el necio,
el inexperto se enreda en ella.

30,21-25 Alegría. Así como es importante la salud del cuerpo y hay que procurarla siempre, también la salud del corazón conviene mantenerla a tono, y el signo de esta salud es la alegría, que debe estar por encima de penas, tristezas y preocupaciones. No se trata de evadir aquello que nos entristece y preocupa, sino de saberlo enfrentar y superar con tal que la alegría no deje de ser siempre nuestra característica especial.

31,1-11 Riqueza y honradez. Según esta unidad, hay algo que une al rico y al pobre: la ausencia del sueño; en el rico por aumentar su riqueza y en el pobre por la preocupación sobre su subsistencia. La pregunta es, ¿es esto humano? ¿Quiere Dios esto para el hombre? Es claro que no. Tan deshumanizante es la riqueza que atrapa al hombre y lo reduce a un sediento del tener, como deshumanizante es la pobreza que reduce al hombre a un ser preocupado sólo por sobrevivir. Ninguno de estos extremos son queridos por Dios ni forman parte de su proyecto con el hombre. Ya es cuestión de la codicia humana que ha subvertido el plan armónico y de justicia querido por Dios, y ha traído como efecto estos dos extremos que podemos palpar en nuestra realidad actual. ¿De dónde podrá venir la solución? Sólo de nosotros mismos, de nadie más.

8 Dichoso el hombre que se conserva íntegro
y no se pervierte por la riqueza.
9 ¿Quién es? Vamos a felicitarlo,
porque ha hecho algo admirable en su pueblo.
10 ¿Quién en la prueba demostró ser perfecto?
Ése tendrá paz y tendrá honor.
¿Quién pudiendo desviarse no se desvió,
pudiendo hacer el mal no lo hizo?
11 Su bondad está confirmada,
y la asamblea pronunciará su elogio.

Invitado

(Prov 23,1-8)

12 Hijo mío, invitado a la mesa de un rico,
no seas glotón ni comentes: Cuántas cosas.
13 Piensa que el ojo envidioso es malo y que Dios lo aborrece;
nada se ha creado más triste que el ojo: por lo que sea, a él le toca llorar.
15 Trata a tu vecino con delicadeza, como a ti mismo,
pensando en lo que a ti te desagrada;
14 donde él mira no pongas tú la mano,
así no tropezarás con él en la fuente.

16 Sírvete lo que te pongan delante, no seas glotón, y no quedarás mal;
piensa que tu vecino es como tú y come lo que te pongan.
17 Termina el primero, como pide la educación,
y no seas insaciable, para que no te desprecien.
18 Si estás entre muchos invitados,
no te sirvas antes que el vecino.

19 Al hombre educado le basta poco,
y en la cama no se siente mal;
mientras que el insaciable sufre dolores,
insomnio, torturas, ahogo, diarreas;
20 estómago que ha digerido tendrá sueño saludable,
por la mañana se levantará bien despierto.
21 Si lo tienes cargado de comida,
levántate, vomita y sentirás alivio.

22 Escucha, hijo mío, no me desprecies, y al final me darás la razón:
procede en todo con moderación, y no sufrirás desgracias.
23 Al huésped generoso lo bendicen los labios,
y su buena fama es duradera;
24 del huésped tacaño se murmura en la plaza,
y la fama de su mezquindad es duradera.

31,12–32,13 Invitado – Vino – Banquetes. Otra de las formas de demostrar la calidad de una persona es manteniendo una actitud y un comportamiento digno y civilizado en la mesa. 31,12-24 hace referencia a lo que tiene que ver con el comportamiento o los modales respecto a la comida; la regla o el criterio de comportamiento es pensar siempre en lo que puede desagradar al vecino. Los versículos 25-31 se refieren a la necesaria moderación en la bebida; ésta puede tener efectos muy benéficos y saludables, pero abusando de ella se puede caer en extremos por los cuales nos pueden rechazar. Finalmente 32,1-13 presenta una instrucción para quien preside un banquete (32,1-2) o para quien dentro de él es llamado a intervenir, ya sea un anciano (3-6) o un joven (7-10), ambos deben tener talento y prudencia en sus intervenciones. Cierra esta sección la instrucción sobre cómo salir del banquete y la acción de gracias que hay que dar siempre al Creador (11-13).

Vino
(Prov 23,29-35)

25 No te hagas el valiente con el vino,
que a muchos ha tumbado el alcohol.
26 El horno pone a prueba la obra del herrero,
el vino a los prepotentes cuando pelean.

27 El vino es vida para el hombre
si lo bebe con moderación.
¿Qué vida es ésa cuando falta el vino,
que fue creado desde el principio para alegrar?
28 Alegría, gozo y euforia es el vino
bebido a su tiempo y con moderación;
29 dolor de cabeza, tartamudez, deshonra
es el vino bebido con pasión e irritación.

30 Mucho licor enreda al necio:
lo deja sin fuerzas y lleno de heridas.
31 Mientras se bebe vino no reprendas al vecino,
ni te burles de él cuando está alegre;
no lo ofendas con tus palabras
ni lo humilles delante de los demás.

Banquetes

32 1 Si te toca presidir un banquete,
no presumas, sé como los demás;
2 ocúpate de ellos antes de sentarte,
mira qué necesitan antes de ocupar tu puesto;
así te alegrarás con la concurrencia
y te darán la corona de la cortesía.

3 Tú, anciano, habla cuando te corresponda,
pero refrena tu talento y no interrumpas el canto,
4 en el momento de brindar no sueltes un discurso,
y aunque no haya música, no exhibas tu sabiduría.
5 Joya de azabache en collar de oro
es el canto en medio del banquete,
6 sello de esmeralda engarzado en oro
es la música entre la delicia del vino.

7 Tú, joven, habla si es indispensable;
y no más de dos y tres veces, si te lo piden;
8 resume tus palabras, di mucho en poco espacio,
sé como quien sabe y se calla.
9 Con los ancianos no discutas,
con los que mandan no insistas.
10 Antes del granizo brilla el relámpago,
antes de la modestia, la simpatía.

11 A la hora de despedirte no te entretengas,
saluda al huésped y vuelve a casa;
12 allí podrás entretenerte
respetando a Dios y sin cometer faltas;
13 da gracias por todo a tu Creador,
que te ha colmado de bienes.

Temor de Dios

14 El que consulta a Dios, recibirá su enseñanza;
el que madruga por él, obtendrá respuesta.
15 El que estudia la ley llegará a dominarla,
pero el hipócrita se enredará en ella.
16 El que teme al Señor aprenderá a juzgar,
sus buenas acciones brillarán como luz.
17 El hombre perverso rechaza la corrección
y acomoda la ley a su conveniencia;
18 el hombre prudente no esconde la sabiduría,
mientras que el insolente no guarda la lengua;
el sabio no acepta soborno,
el arrogante no acepta el mandato.
19 No hagas nada sin aconsejarte,
y una vez hecho no te arrepentirás.
20 No sigas camino peligroso
y no tropieces dos veces en una piedra;
21 no te animes por camino de salteadores
y guárdate las espaldas.
23 En todas tus obras vigílate,
22 el que así obra guarda el mandato.
24 El que guarda la ley se guarda a sí mismo,
el que confía en el Señor no queda defraudado.

Proverbios varios

33 1 El que teme al Señor no sufrirá desgracias,
sino que saldrá salvo de la prueba.
2 El que odia la ley no llega a sabio,
será como barco sacudido por la tempestad:
3 el hombre prudente entiende la Palabra del Señor
y su consejo es de fiar como un oráculo.
4 Ordena tus asuntos antes de realizarlos
y arregla la casa antes de habitarla.
5 Rueda de carro es la mente del necio,
aro que gira sus pensamientos.
6 Amigo antipático es como caballo en celo,
que relincha bajo cualquier jinete.

Oposiciones

7 ¿Por qué un día es distinto de otro día,
si todos repiten la luz del sol?

32,14-24 Temor de Dios. Hay dos modos de acercarse a la Ley y, de acuerdo a ello, se puede diferenciar dos tipos de personas: el que la consulta y a partir de ella obtiene instrucción, sabiduría, y desde aquí entiende que la meta es vivir en temor y respeto al Señor; y por otra parte está el que rechaza la Ley o la acomoda a su conveniencia; ése es el que rechaza la instrucción y la corrección y, por ende, rechaza también la sabiduría, de este modo, no sabe que guardar la Ley es guardarse a sí mismo.

33,1-6 Proverbios varios. Con estos proverbios se concluye el tema anterior. El conocimiento de la Ley y, en general, el conocimiento de la Palabra del Señor habilita al hombre para una vida libre de desgracias, es decir, para una vida feliz; en cambio, desconocerla o despreciarla es caminar en tinieblas o como barco a la deriva. Vivir en la verdad es consecuencia del conocimiento de la Palabra de Dios y ya sabemos que la verdad nos hace libres (cfr. Jn 8,32).

33,7-15 Oposiciones. Encontramos una reflexión basada en la observación directa del orden cósmico. Ben Sirá ha resaltado a lo largo de su obra la existencia de unos pares antagónicos de personas: el bueno y el pecador, el sabio y el necio, el rico y el pobre,

8 La sabiduría de Dios los distinguió
y estableció entre ellos días festivos;
9 bendijo uno de ellos y lo santificó,
a los demás los hizo días ordinarios.
10 Todos los hombres son piezas de barro,
pues de arcilla fue creado el hombre;
11 pero la sabiduría de Dios los distingue,
los hizo habitar la tierra e hizo diferentes sus destinos.
12 A unos los bendice y exalta, a unos los consagra y acerca a sí;
a otros los maldice y humilla y los arroja de sus puestos.
13 Como está el barro en mano del alfarero,
que lo maneja a su voluntad,
así está el hombre en manos de su Creador,
que le asigna un puesto en su presencia.
14 Frente al mal está el bien, frente a la vida la muerte,
frente al honrado el malvado, frente a la luz las tinieblas.
15 Contempla las obras de Dios:
todas de dos en dos, una corresponde a otra.

El autor

16 Yo, el último, me mantuve alerta
como quien recoge detrás de los viñadores;
17 madrugué con la bendición del Señor,
y como cosechero llené mi lagar.
18 Miren que no he trabajado para mí solo,
sino para todos los que buscan sabiduría.

---

etc.; aquí amplía ese dualismo enmarcándolo en el orden natural: hay días santos y días simplemente numerarios (esto según el calendario judío); frente al mal está el bien; frente a la vida, la muerte; frente al malvado, el justo; frente a la luz, las tinieblas (14); ahora, lo complicado es su doctrina sobre la procedencia del bien y del mal, de la bendición y de la maldición, de la exaltación y de la humillación, que, según él, provienen de la misma fuente. Según Ben Sirá, todos los hombres somos piezas de barro en manos del Creador (10); hasta aquí no hay mucha dificultad; si aceptamos que Dios nos ha creado, según la misma doctrina bíblica, a su imagen y semejanza, y que hombre y mujer nos creó (cfr. Gn 1,26s), no hay problema en aceptar la metáfora del alfarero; lo realmente difícil de aceptar es que ese Alfarero «a unos los bendice y exalta, a unos los consagra y acerca a sí; mientras que a otros los maldice y humilla y arroja de su presencia» (12s). No es posible mantener esta doctrina sin caer en un extremo dualista y ambiguo también con respecto a Dios. Es cierto que el hombre antiguo atribuía a Dios todo, absolutamente todo, dado el concepto de soberanía que se tenía de Dios; pero lo importante es que hoy, no mantengamos nosotros esa misma creencia, pues eso equivaldría a tener que resignarnos ante un orden temporal injusto. Si en la predicación, en la catequesis o, en fin, en la enseñanza que llega a nuestras comunidades se mantiene esta doctrina, debemos hacer una pausa y revisar. Quienes nos enseñan esto están demasiado desactualizados, o decididamente son más servidores del orden injusto que ministros auténticos de la Palabra, porque, si bien, Dios es fuente de vida y de justicia, de Él no puede proceder sino única y exclusivamente vida y justicia, y eso es lo único que ha dado al hombre y eso es lo que espera de él en cuanto que es su criatura hecha a su propia imagen y semejanza; ahora, la constatación de que hay hombres dichosos, benditos, exaltados... y otros desgraciados y humillados, es una constatación clara del destino que el hombre mismo ha dado al plan divino de la justicia. Mantengamos que Dios es soberano, que Dios es señor absoluto de la vida, que ha dado al hombre libertad; cuando el hombre ha usado esa libertad en fidelidad a su Creador, sus obras y toda su vida han trasparentado la vida de Dios; pero cuando ha abusado de esa libertad, sus obras reflejan exactamente lo que no es Dios, ni lo que es el hombre en el proyecto de Dios, y lo peligroso de todo es que esta última parte se le atribuye a Dios sólo por el hecho de que «Dios no se opone» a ese antiproyecto de una manera abierta y directa. La verdad es que Dios sí se opone y rechaza toda injusticia, ahí está la Escritura, ahí está Jesús, ¡Debemos escucharlos!

33,16-19 El autor. Ben Sirá se compara a sí mismo con el que va rebuscando detrás del vendimiador, es decir, recogiendo lo que va dejando el cosechero, para decir que ha dedicado su vida entera al estudio y a la profundización de las tradiciones de su pueblo. Al final de su vida puede decirlo como uno de sus grandes logros, la experiencia adquirida y la sabiduría

19 Escúchenme, jefes de un pueblo noble;
pongan atención los que gobiernan la asamblea.

Testamentos

20a Ni a hijo ni a mujer, ni a amigo ni a vecino
des poder sobre tu vida mientras vivas;
21 mientras vivas y respires
no te sometas a nadie;
20b no entregues lo tuyo a otro,
no sea que te arrepientas y tengas que suplicarle,
22 mejor es que tus hijos te supliquen
que estar tú dependiendo de ellos.

23 Sé dueño de todos tus asuntos,
y que no caiga mancha en tu reputación.
24 Cuando se cumpla el número de tus breves días,
el día de la muerte, repartirás tu herencia.

El trato con los servidores
(Ef 6,5-9; Col 3,22-24; Tit 2,9s)

25 Al asno, pasto, látigo y carga; al criado, disciplina y trabajo;
26 haz trabajar a tu servidor y encontrarás descanso,
si alza la cabeza, te traicionará;
28 hazlo trabajar para que no se rebele,
29 porque la pereza trae mucha malicia;
27 con yugo y riendas se doblega el cuello,
30 al servidor malo cárgalo de cadenas.
Pero no te excedas con ningún hombre
ni hagas nada injustamente.

31 Si tienes un solo servidor, trátalo como a ti mismo,
pues lo has comprado a precio de sangre;
si tienes un solo servidor, considéralo un hermano,
no tengas celos de tu propia sangre.
32 Si lo maltratas, se escapará y lo perderás,
¿por qué camino podrás encontrarlo?

---

acumulada, no son para sí mismo, ellas tienen sentido, lo mismo que sus infatigables esfuerzos, en tanto que sirven a los otros, a la generación venidera. La sabiduría, y en general todo cuanto de bueno y valioso puede cultivar el espíritu humano, tienen su verdadero valor en cuanto están al servicio de los demás.

33,20-24 Testamentos. Según estos versículos, reputación, autonomía e independencia caminaban juntos. Esta enseñanza obedece al temor de llegar al extremo de tener que someterse al servicio de alguien como esclavo, extremo al cual se llegaba con mucha facilidad dadas las características socio-económicas de la época. Pero el autor no se refiere sólo a esta situación, también previene al futuro sabio para que no caiga en situaciones de dependencia económica, ni siquiera ceder su posición como jefe de hogar; también eso iba en contra de la reputación de un verdadero patriarca o «paterfamilia», como se lo denominó a la época del imperio romano.

33,25-32 El trato con los servidores. Con razón había que evitar caer en servidumbre. Estas instrucciones, aunque matizadas para el caso del hombre que posee un solo siervo, no dejan de ser duras y obedecen a lo que se dijo en el pasaje anterior, a una forma de ver la organización social donde los únicos con derechos propios eran los amos, mientras los esclavos eran prácticamente equiparables al resto de animales de trabajo. Es necesario volver a insistir que no porque pasajes como éste aparezcan en la Biblia hay que tomarlos enseguida como voluntad de Dios; aquí como en todo pasaje que tomamos de la Biblia hay que hacer el discernimiento y la confrontación necesaria con el criterio de justicia que forma parte de la esencia divina. Seguramente Dios no está de acuerdo con esta instrucción, comenzando porque ni siquiera está de acuerdo con la esclavitud ni con el domino de unos sobre otros.

Sueños

(Dt 13,2-4; Jr 23,15-18)

34 [1] La esperanza del necio es vana y engañosa,
los sueños dan alas a los insensatos,
[2] caza sombras o persigue vientos
el que se fía de sueños;
[3] las visiones del sueño son como una imagen
como un rostro reflejado en el espejo.
[4] ¿Qué podrá limpiar la suciedad?,
¿qué podrá comprobar la mentira?,
[5] magia, adivinación y sueños son falsedad:
puras fantasías como las de la parturienta.
[6] Si no vienen como aviso del Altísimo,
no les hagas caso.
[7] Cuántos se extraviaron con sueños
y fiándose de ellos fracasaron.
[8] En cambio, la ley se ha de cumplir sin falta;
la sabiduría es la perfección de una boca sincera.

Viajes

[9] Uno que ha viajado sabe muchas cosas,
hombre experimentado sabe lo que dice;
[10] quien no ha pasado pruebas sabe bien poco,
el que ha viajado aumenta sus recursos.
[11] He visto mucho en mis viajes
y sé más de lo que cuento;
[12] cuántas veces pasé peligros de muerte
y me libró mi experiencia.

Temor de Dios

[13] Los que respetan al Señor vivirán,
porque esperan en su salvador;
[14] el que respeta al Señor no se alarmará
ni se acobardará, porque él es su esperanza;
[15] dichoso el que respeta al Señor:
¿en quién confía, quién es su apoyo?

34,1-8 Sueños. Uno de los fenómenos con características de enigma que siempre ha impresionado al hombre son sus sueños; sobre ellos se ha dicho mucho y se ha escrito también demasiado, desde lo más serio hasta lo más ridículo y, sin embargo, nadie ha podido decir la última palabra sobre este fenómeno tan natural. Ben Sirá aconseja prestarle atención sólo a los que vienen como aviso del Altísimo (6), pero como es tan difícil, si no imposible, saber exactamente cuándo son eso, lo mejor y más sano es no detenerse en ellos ni para bien ni para mal, ni mucho menos darle crédito a tanto charlatán que se aprovecha de la ingenuidad de la gente para llenar sus bolsillos haciendo ridículas interpretaciones. Más vale aprovechar lo que dice el mismo Ben Sirá: cumplir la Ley sin falta (8) ya que ello exige al menos sinceridad y da mejores frutos.

34,9-12 Viajes. No sólo viajando, sino además leyendo, instruyéndonos cada día más, aprovechando tantos medios que tenemos hoy a nuestro alcance para conocer más y más al mundo y al hombre en sus miles de formas de expresar su pensamiento, sus ideales, sus proyectos y sueños; eso también, aparte de ponernos en comunión con el resto de la humanidad, ayuda a mejorar nuestras relaciones y nos «libra» también de muchos peligros tales como la pérdida de identidad personal y cultural.

34,13-17 Temor de Dios. El verdadero temor o respeto al Señor es aquel que se traduce en esperanza y confianza en Él. La posición del hombre frente a Dios no es la de un competidor, nosotros somos sus hijos y Él es nuestro Padre, pero sobre todo un padre que protege y que no abandona.

34,18–35,10 Culto y justicia. Dos polos opuestos describe Ben Sirá en este pasaje. En primer lugar lo infructuoso de una religión cuando se practica sin relación directa con la justicia social: de nada vale y para nada aprovecha. Es muy interesante cómo la preocu-

16 El Señor se fija en los que lo aman,
es su robusto escudo, su firme apoyo,
sombra para el calor, reparo a mediodía,
protección del que tropieza, auxilio del que cae,
17 levanta el ánimo, alumbra los ojos,
da salud y vida y bendición.

Culto y justicia
(Is 1,10-20; Sal 50; Jr 7; Am 5,21-25)

18 Los sacrificios de cosas adquiridas injustamente son impuros,
ni son aceptados los dones de los malvados;
19 el Altísimo no acepta las ofrendas de los impíos
ni por sus muchos sacrificios les perdona el pecado;
20 es sacrificar un hijo delante de su padre
quitar a los pobres para ofrecer sacrificio.
21 El pan de la limosna es vida del pobre,
el que se lo niega es homicida;
22 mata a su prójimo quien le quita el sustento,
quien no paga el justo sueldo derrama sangre.

23 Uno construye y otro derriba:
¿qué se gana sino más trabajo?
24 Uno reza y otro maldice:
¿a quién escuchará el Señor?
25 Uno se purifica del contacto de un cadáver y lo vuelve a tocar:
¿de qué le sirve el baño?
26 Lo mismo el que ayuna por sus pecados y luego vuelve a cometerlos,
¿quién escuchará su súplica?, ¿de qué le servirá su mortificación?

35 1 El que observa la ley hace una buena ofrenda,
el que guarda los mandamientos ofrece sacrificio de comunión,
2 el que hace favores es como el que ofrenda la mejor harina,
el que da limosna ofrece sacrificio de alabanza.
3 Apartarse del mal es agradable a Dios,
apartarse de la injusticia es obtener el perdón de los pecados.
4 No te presentes a Dios con las manos vacías:
esto es lo que pide la ley.

5 La ofrenda del justo enriquece el altar,
y su aroma llega hasta el Altísimo.
6 El sacrificio del justo es aceptado,
su ofrenda memorial no se olvidará.
7 Honra al Señor con generosidad
y no seas mezquino en tus ofrendas;
8 cuando ofreces, pon buena cara,
y paga de buena gana los diezmos.

---

pación por la justicia queda aquí en estrecha relación con el quinto mandamiento que prohíbe matar; según Ben Sirá, es un homicida el que niega pan al empobrecido, y así mismo derrama sangre el que le quita el sustento (34,21s), y recordemos que Jesús de Nazaret pone también en este nivel el maltrato verbal al prójimo (cfr. Mt 5,21s). Así un examen de conciencia personal o un análisis de nuestra actual situación socio-política y económica, a la luz de estos criterios, sería muy beneficioso en orden a mejorar nuestras relaciones con el prójimo y al mismo tiempo exigir con toda autoridad, respeto y atención a nuestros derechos. 35,1-10 presenta el polo positivo de la religión practicada en un sano ambiente de justicia social e invita al creyente y al aprendiz de sabiduría a que siempre lo hagan así.

9 Da al Altísimo como él te dio:
generosamente, según tus posibilidades,
10 porque el Señor sabe pagar
y te dará siete veces más.

Los gritos del pobre

14 No pretendas sobornarlo, porque no lo aceptará,
no confíes en sacrificios injustos;
15 porque es un Dios justo
y trata a todos por igual;
16 no favorece a nadie contra el pobre,
escucha las súplicas del oprimido;
17 no desoye los gritos del huérfano
o de la viuda cuando repite su queja;
18 mientras le corren las lágrimas por las mejillas
19 y el gemido se añade a las lágrimas,
20 sus penas consiguen su favor
y su grito alcanza las nubes;
21 el reclamo del pobre atraviesa las nubes
y hasta alcanzar a Dios no descansa;
no se detiene hasta que Dios lo atiende,
y el juez justo le hace justicia.
22 Dios tampoco se hará esperar;
como guerrero, no reposará,
23 hasta quebrar la fuerza del tirano
y tomar venganza de los soberbios,
hasta arrancar el poder de los arrogantes
y romper la fuerza de los malvados,
24 hasta pagar al hombre sus acciones
y retribuir al mortal sus pensamientos,
25 hasta defender la causa de su pueblo
y darles la alegría de la salvación.
26 Bienvenida su misericordia en el momento del sufrimiento,
como lluvia durante la sequía.

Oración por Israel

(Sal 79)



1 Sálvanos, Dios del universo,
2 infunde tu terror a todas las naciones;

35,14-26 Los gritos del pobre. Las imágenes más hermosas y con toda seguridad, las que más se acercan a la verdadera imagen de Dios, son éstas donde aparece verdaderamente conmovido y dispuesto a intervenir en favor del pobre. Ya en Éx 3,7-9 mostró esa faceta de su personalidad y es ésa la que tiene que alimentar nuestra fe, nuestra esperanza, nuestros esfuerzos y luchas por una verdadera justicia entre nosotros. Con base en ella nosotros tenemos que desacreditar y desenmascarar a ese falso dios al que se dirigen los opresores y a quienes ellos creen que agradan con sus magnificas ofrendas, mientras sus manos están manchadas de injusticia. El verdadero Dios, el que se reveló a Moisés y a los esclavos hebreos, el que de tantas formas anunciaron los profetas y el que, en definitiva, nos reveló Jesús de Nazaret, es exactamente el mismo y no cambia ni cambiará, por tanto ése no tendrá una mano estirada al empobrecido y otra hacia el opresor e injusto; ambas manos están dispuestas a acoger al humilde, al marginado, al ignorado de este mundo; pero a nosotros nos compete y obliga luchar cada día por una mayor justicia para que nadie, ni siquiera el injusto si se convierte, quede excluido de esas manos acogedoras de Dios Padre-Madre.

36,1-22 Oración por Israel. Esta oración de súplica al Señor se puede dividir en dos partes. La primera parte (1-12) pide a Dios que con urgencia intervenga contra los enemigos de Israel, contra los gentiles (2), aunque inmediatamente solicita que amenace con su mano «al pueblo extranjero» (3); se podría su-

3 amenaza con tu mano al pueblo extranjero
para que sienta tu poder.
4 Como les mostraste tu santidad al castigarnos,
muéstranos así tu gloria castigándolos a ellos;
5 para que sepan, como nosotros lo sabemos,
que no hay Dios fuera de ti.
6 Renueva los prodigios, repite los portentos;
7 exalta tu mano, robustece tu brazo;
8 despierta la ira, derrama tu enojo;
9 destruye al agresor, dispersa al enemigo;
10 apresura la hora y acuérdate del juramento,
pues ¿quién podrá decirte: qué haces?
11 Que un fuego vengador devore a los que escapan,
que los opresores de tu pueblo vayan a la ruina.
12 Aplasta la cabeza de los jefes enemigos
que dicen: Nadie más que nosotros.
13 Reúne a todas las tribus de Jacob
16 y dales su herencia como antiguamente.
17 Ten compasión del pueblo que lleva tu Nombre;
de Israel, a quien nombraste tu primogénito;
18 ten compasión de tu ciudad santa,
de Jerusalén, lugar de tu residencia.
19 Llena a Sión de tu majestad,
y tu templo de tu gloria.
20 Con tus obras antiguas muéstrales tu favor,
cumple las profecías pronunciadas en tu Nombre,
21 recompensa a los que esperan en ti
y demuestra que tus profetas dijeron la verdad,
22 escucha la súplica de tus servidores por amor a tu pueblo
y reconozcan los confines del mundo que tú eres Dios eterno.

Elección de mujer
(25,13–26,28; Prov 31,10-31)

23 El estómago recibe cualquier comida,
pero hay comidas más sabrosas que otras;
24 el paladar distingue los manjares,
la mente distingue las mentiras;

---

poner que el autor está pensando en el imperio griego, incluso hay quienes piensan que en ese momento podría estar pensando en Antíoco III, rey seléucida que gobernó entre 223 y el 187 a.C. Pero bien, lo que importa es la situación de opresión por la que está pasando la porción del pueblo que vive en tierra judía sometido política y culturalmente a los seléucidas, quienes día a día presionan más para helenizar sus territorios lo cual va en detrimento de la mentalidad, la religión y la cultura judía. La prepotencia del opresor lo lleva a lanzar expresiones como: «no hay como nosotros» (12), a la cual, el que ora al Señor, confiesa con convicción «no hay Dios fuera de Ti» (5), convicción que implica creer que así como Dios castigó a Israel, también castigará a las demás naciones para demostrar su poder y su gloria. La segunda parte (13-22) se centra en el pueblo de Israel para el cual se pide su unificación. Hay que recordar que ya para la época del autor se habla de «judíos de la dispersión», esto es, colonias de judíos que vivían en muchas otras ciudades fuera de sus fronteras, dispersos por otros lugares del Cercano Oriente, como Mesopotamia y Egipto. Los anhelos del autor son volver a tener a todo el pueblo unificado y reunido en torno a los lugares más cargados de valor simbólico: Sión (Jerusalén) como ciudad propiedad de Dios, y el Templo como lugar concreto de su morada.

36,23-31 Elección de mujer. El ideal de la armonía de la creación se hace más real y concreto en las relaciones conyugales; es allí donde el proyecto de crecimiento, el amor y la ayuda mutua adquieren el carácter realmente humano y por tanto inteligente. Con todo, el presupuesto socio-cultural de Ben Sirá no apunta a esto como ideal, sino más bien como un gol-

25 el malintencionado provoca desgracias,
el experimentado las retorcerá contra él.
26 La mujer acepta cualquier marido,
pero unas jóvenes son más bellas que otras.
27 La belleza de la mujer ilumina el rostro
y sobrepasa todo lo deseable;
28 si además habla acariciando,
su marido no es un mortal;
29 tomar mujer es la mejor fortuna:
auxilio y defensa, columna y apoyo.
30 Viña sin tapia será saqueada,
hombre sin mujer andará vagabundo;
31 ¿quién se fía de una banda armada
que va de ciudad en ciudad?,
así el hombre sin nido,
que se acuesta donde lo alcanza la noche.

Elección de amigo

(6,5-17; 12,8-18; 22,19-26)

37 1 Cualquiera puede decir que es tu amigo,
pero hay amigos sólo de nombre.
2 ¿No es un disgusto mortal
cuando el amigo íntimo se vuelve enemigo?
3 Ay del malpensado, ¿para qué fuiste creado?,
para llenar la superficie de la tierra de traiciones.
4 El amigo desleal comparte la alegría de la mesa,
pero en la desgracia se queda a distancia.
5 El amigo fiel peleará contra tu enemigo,
frente a tus rivales empuñará el escudo.
6 No olvides al amigo durante el combate
ni lo abandones al repartir el botín.

Elección de consejero

(2 Sm 17)

7 Todo consejero indica el camino,
pero hay quien aconseja en propio provecho;
8 cuidado con quien da consejos,
entérate primero de sus intereses;
porque también él piensa en sí mismo,
en cómo sacar provecho;

---

pe de suerte; es que hay que recordar que los matrimonios eran arreglados por los padres de los jóvenes, no había la posibilidad de conocerse mutuamente ni de prepararse adecuadamente para asumir su experiencia de pareja como un proyecto común, ella con el hombre adecuado ni él con la mujer adecuada. He ahí por qué la expresión «la mujer acepta cualquier marido» (26); lo tenía que aceptar, porque quien mandaba hasta en sus sentimientos era su padre. Por eso pues, la felicidad, la comprensión y la armonía venían a ser algo fortuito, pero además era un beneficio económico.

37,1-6 Elección de amigo. En el diario vivir y en la frecuente relación con los demás es posible verificar esta enseñanza de Ben Sirá, quien aconseja guardarse de «los amigos sólo de nombre» (1), de aquellos que con gran facilidad se convierten en enemigos (2) y de aquellos que están ahí sólo cuando las cosas van bien (4). En cambio hay que preferir y hasta recompensar a aquel que se mantiene fiel en la adversidad en «tiempos de la batalla» (5s).

37,7-15 Elección de consejero. Después de describir la psicología del consejero (7-9), encontramos una lista de consejeros a los cuales es inútil consultar puesto que abiertamente estarían en contra nuestra (10s), para concluir que sólo dos consejeros son idóneos para la consulta: aquel que siempre respeta al Señor y que guarda sus mandamientos y que, además, siente como tú (12) y, en segundo lugar, el propio co-

9 a lo mejor te dice: Vas por buen camino,
y luego se pone a observar tu ruina.
10 No consultes con tu enemigo
ni cuentes tus propósitos al que te envidia:
11 con la mujer, acerca de su rival;
al que busca botín, sobre la guerra;
con el comerciante, acerca de negocios;
al que compra, sobre una venta;
con el tacaño, acerca de generosidad;
al cruel, acerca de perdonar;
con el ocioso, acerca de un trabajo;
al empleado por un año, sobre la cosecha;
con el servidor perezoso, acerca de la tarea:
no te fíes de tales consejos,
12 sino del hombre que siempre respeta a Dios,
y sabes que guarda los mandamientos,
que siente como tú sientes,
y si tropiezas, te ayudará.
13 Recibe también el consejo de tu corazón,
pues, ¿quién te será más fiel que él?
14 El corazón del hombre le informa de la oportunidad
mejor que siete centinelas que vigilan en las alturas.
15 Y después de todo, suplica al Señor
que dirija tus pasos en la verdad.

Los sabios

16 El pensamiento precede a toda acción
y la reflexión a toda tarea.
17 La mente es la raíz de toda conducta,
y produce cuatro ramas:
18 bien y mal, vida y muerte;
su señor absoluto es la lengua.
19 Hay sabios que son sabios para otros
y para sí mismos son insensatos;
20 hay sabios odiosos al hablar,
y se privan de banquetes exquisitos.
22 Hay sabios que lo son para sí,
y cargan con el fruto de su saber;
23 hay sabios que lo son para su pueblo,
y el fruto de su saber es duradero.
24 Quien es sabio para sí está colmado de bendiciones,
los que lo ven lo felicitan;
26 el sabio para su pueblo hereda gloria,
y su fama vive para siempre.

---

razón, esto es, la capacidad de discernir y de intuir lo que mejor conviene para sí mismo; el mismo corazón es el que finalmente se dirige al Señor para suplicarle que guíe nuestros pasos en la verdad (14s), ideal del hombre sabio.

37,16-26 Los sabios. Del pensamiento y de la acción proceden cuatro grandes realidades que sintetizan la vida humana: bien y mal, vida y muerte, pero en definitiva, las cuatro se fraguan en la lengua. Nuestra lengua puede generar mucho bien para otras personas o puede generar el mal; puede transmitir la vida si cada palabra refleja la verdad y el amor, pero también puede atraer muerte. Ya es responsabilidad de cada uno establecer la calidad de sus palabras, determinar a qué o a quién sirve nuestra lengua, al bien o al mal, a la vida o a la muerte.

25 La vida de un hombre son años contados,
la vida de Israel son años sin cuento.

Salud
(30,14-20)

27 Hijo mío, mientras tienes salud, pruébate a ti mismo,
y no te concedas lo que ves que te hace daño,
28 porque no todo es bueno para todos
ni a todos les gusta lo mismo,
29 no te precipites a todo lo exquisito
ni te entregues a todos los manjares;
30 porque la gula acarrea enfermedades
y la glotonería provoca náuseas;
31 por falta de moderación muchos han muerto,
pero el que se domina alarga su vida.

Médico

38 1 Respeta al médico, pues lo necesitas,
también a él lo ha creado Dios.
2 El médico recibe su ciencia de Dios
y del rey su sustento.
3 Por su ciencia lleva alta la cabeza
y se presenta ante los nobles.
4 Dios hace que la tierra produzca remedios:
el hombre prudente no los desdeñará.
5 ¿No endulzó el agua con una rama,
mostrando así a todos su poder?
7 El médico alivia con plantas los dolores
y el boticario prepara sus ungüentos.

6 Dios concedió al hombre inteligencia
para que lo alaben por sus obras poderosas,
8 así las obras de Dios no tienen fin
ni la destreza de los hijos de Adán.
9 Hijo mío, cuando caigas enfermo, no te descuides,
reza a Dios, y él hará que te sanes;
10 huye del delito, lava tus manos
y limpia tu corazón de todo pecado;
11 ofrece, sí, un sacrificio agradable,
según tus posibilidades;
12 pero deja actuar también al médico,
y no lo rechaces, porque también a él lo necesitas;
13 hay momentos en que de él depende el éxito,

37,27-31 Salud. Un consejo muy práctico para mantener la salud es no dar rienda suelta al apetito; esta instrucción refleja un ambiente de banquetes y comilonas frecuentes, típico de un sector de la sociedad, pero a los miles y miles de hombres, mujeres y niños que pasan el día con el mínimo o con nada, ¿qué consejo aplicaremos?

38,1-15 Médico. Médicos, medicinas, boticarios y enfermos, todos han sido creados por Dios, según la mentalidad de Ben Sirá. En la enfermedad hay que suplicar a Dios y arrepentirse, pero también hay que contar con el médico, quien también debería rezar para que su medicina tenga éxito. La invitación al arrepentimiento cuando se está enfermo, obedece al concepto de la época según el cual, una enfermedad era el resultado del pecado, era como un signo visible de un castigo de Dios. Aunque esta concepción está ya superada, aún quedan rezagos en nuestras comunidades de esa creencia; y es necesario erradicar completamente ese concepto; del Dios de la vida sólo puede venir vida, jamás Él nos mandará una enfermedad ni nada que sea doloroso para nosotros.

14 y también él reza a Dios
para que le dé acierto al diagnosticar
y al aplicar la medicina saludable.
15 Peca contra su Creador
el que se hace fuerte frente al médico.

Duelo
(Sal 6; 38)

16 Hijo mío, por el muerto derrama lágrimas,
gime y entona el canto fúnebre;
dale sepultura, según lo merece,
y no faltes a su funeral;
17 llora de dolor, guárdale luto y hazle el duelo que merece,
uno o dos días para las lágrimas, después consuélate de la pena;
18 porque la pena acarrea la muerte
y la tristeza desgasta las fuerzas;
19 en la desgracia se prolonga la pena,
la vida del pobre le aflige el corazón.
20 No vuelvas a estar pensando en él,
desecha su recuerdo y acuérdate del fin;
22 recuerda su ley, que es también la tuya:
él ayer, hoy tú.
21 No sigas recordándolo, pues no tiene esperanza;
a él no le aprovecha, a ti te perjudicas.
23 Cuando muere, cesa su memoria;
consuélate una vez que ha muerto.

Artes y oficios

24 El ocio del escritor aumenta su sabiduría,
el que está poco ocupado se hará sabio.
25 ¿Cómo se hará sabio el que agarra el arado
y su orgullo es manejar la picana?
El que guía los bueyes, dirige los toros
y sólo se ocupa de los novillos,
26 se desvela por arreglar el establo
y se preocupa de trazar los surcos.
27 Lo mismo el artesano y el tejedor,
que emplean la noche como el día.
Los que esculpen relieves de sellos procurando variar los diseños
se esfuerzan por imitar el modelo y se desvelan por terminar la tarea.
28 Lo mismo el herrero, sentado junto al yunque,
concentrado en trabajar el hierro;
el humo y el fuego le secan la carne,
mientras lucha con el calor del horno;

38,16-23 Duelo. También en el momento crucial y definitivo de la vida humana, la muerte, se tiene que notar la calidad de vida del sabio. En primer lugar, a la muerte hay que mirarla como una realidad absolutamente inevitable, y en segundo lugar, cuando le llega a cualesquiera de quienes nos rodean, lo más sano y justo es llorarlo, sepultarlo y hacer duelo, pero con mesura y poco a poco ir borrando su recuerdo (20.21) mientras nos llega el fin también a nosotros.

38,24-34 Artes y oficios. Según Ben Sirá a la sabiduría sólo pueden acceder aquellas personas que no tienen que jugarse la vida en la lucha diaria por conseguir el sustento; el agricultor, el herrero, el alfarero, en fin, el obrero de nuestro tiempo, el reciclador, el que se rebusca la vida en lo que puede, no podría llegar a sabio según este criterio. No olvidemos que esa era la forma de pensar de la época del autor, pensamiento influenciado por los griegos para quienes las personas dedicadas a estos oficios eran prácticamente esclavos y, por tanto, excluidos del mundo de los amos y señores.

el ruido del martillo lo ensordece,
mientras se fija en el modelo de la herramienta;
se esfuerza por dar término a su tarea
y se desvela por perfilar la obra.
29 Lo mismo el alfarero, sentado al trabajo,
hace girar el torno con los pies,
siempre preocupado por su tarea
y trabajando para completar la cantidad fijada;
30 con el brazo modela la arcilla
y ablanda su resistencia con los pies;
se esfuerza por terminar el barnizado
y se desvela por tener limpio el horno.
31 Todos éstos se fían de su destreza
y son expertos en su oficio;
32 sin su trabajo la ciudad no tiene casa
ni habitantes ni transeúntes;
33 con todo, no les eligen senadores ni descuellan en la asamblea,
no toman asiento en el tribunal ni discuten la justa sentencia,
34 no exponen su doctrina o su decisión ni entienden de proverbios;
aunque mantienen la vieja creación,
ocupados en su trabajo de artesanos.

El sabio
(24,30-34; Prov 1,2-7; Sab 7s)

39 1 En cambio, el que se entrega de lleno
a meditar la ley del Altísimo
investiga la sabiduría de los antiguos
y estudia las profecías,
2 examina las explicaciones de autores famosos
y penetra los dichos más complicados,
3 investiga el sentido oculto de proverbios
y estudia sin cesar las sentencias enigmáticas.
4 Presta servicio ante los poderosos
y se presenta ante los jefes,
viaja por países extranjeros
probando el bien y el mal de los hombres;
5 se propone madrugar por el Señor, su Creador,
y reza delante del Altísimo,
abre la boca para suplicar pidiendo perdón de sus pecados.
6 Si el Señor lo quiere,
él se llenará de espíritu de inteligencia;
Dios le hará derramar sabias palabras,
y él confesará al Señor en su oración;

39,1-11 El sabio. En contraposición a los hombres que no pueden hacer otra cosa que trabajar con sus manos desde que sale el sol hasta su ocaso, Ben Sirá describe la vida de quien sólo se ocupa del estudio y de la investigación. Claro que no hay referencia al estudioso de ninguna otra ciencia, no se refiere al intelectual en general, sino al que se dedica al aprendizaje y al estudio de la Ley del Señor y, en fin, al contenido de las Escrituras y sus mejores intérpretes (1-3). Este sabio o escriba, tiene un horizonte mucho más amplio: puede servir a los grandes y viajar por países extranjeros, lo cual es fuente de más y más conocimiento y sabiduría (5). Pero en medio de todo, y como componente esencial de esta «carrera», deben estar presentes la oración y la sabiduría de la Torá, pues Dios es fuente última de toda sabiduría (5-8). Una especie de recompensa final de esta vida así encauzada es el reconocimiento público y la fama, lo cual garantiza la perpetua memoria del sabio después de su muerte (9-11).

7 Dios guiará sus consejos prudentes,
y él meditará sus misterios;
8 Dios le comunicará su doctrina y enseñanza,
y él se gloriará de la ley del Altísimo.
9 Muchos alabarán su inteligencia, que no caerá en el olvido;
nunca faltará su recuerdo, y su fama vivirá por generaciones;
10 la gente comentará su sabiduría
y la asamblea pronunciará su elogio;
11 en vida, tendrá renombre entre millares,
que le bastará cuando muera.

Exhortación: todo es bueno
(Gn 1)

12 He pensado más cosas y las expondré,
pues estoy lleno como luna llena;
13 escúchenme, hijos piadosos, y crecerán
como rosal plantado junto a la corriente;
14 perfumen como incienso,
florezcan como azucenas, difundan fragancia,
levanten la voz cantando alabanzas,
bendigan al Señor por sus obras,
15 proclamen la grandeza de su Nombre
y alábenlo con himnos,
con cantos acompañados de instrumentos,
pronunciando aclamaciones:
16 Las obras de Dios son todas buenas,
y cumplen su función a su tiempo.
17 Con su palabra reunió las aguas,
a su orden se congregaron.
18 En cada momento se cumple su voluntad,
y nada rechaza su obra salvadora;
19 tiene delante las acciones de todo viviente,
y nada se esconde a su mirada;
20 desde siempre y por siempre está mirando,
y no tiene límite su salvación.
Nada es pequeño o diminuto para él,
nada le es difícil o imposible.
21 No vale decir: ¿para qué sirve esto?,
pues cada cosa tiene asignada su función;
no vale decir: Esto es peor que aquello,
porque cada cosa vale en su momento.
22 Su bendición desborda como el Nilo,
como el Éufrates riega la tierra;
23 su cólera despoja a las naciones
y convierte en salobre la tierra fértil.
24 Sus caminos son llanos para los honrados
y son escabrosos para los arrogantes.

39,12-35 Exhortación: todo es bueno. Ya los autores de Gn 1,1s.4a, habían enfatizado la bondad de toda la creación como consecuencia de la misma bondad de Dios, lo mismo que la armonía y la función que desempeña cada criatura dentro del conjunto de la obra creada. Ben Sirá vuelve a reflexionar sobre ello, pero agregando ahora lo que él puede constatar desde sus observaciones. Todo es bueno, y los buenos se aprovechan de cada cosa buena; pero hay elementos malos, nocivos, que son como la porción para

25 Al principio creó bienes para los buenos,
y para los malos, bienes y males.
26 Son esenciales para la vida humana: agua, fuego, hierro, sal,
harina, leche, miel, vino, aceite, vestido.
27 Todo esto aprovecha a los buenos
y se convierte en daño para los malos.
28 Hay vientos creados para el castigo
que con su furia arrancan de raíz las montañas,
para ejecutar la sentencia desatan su poder
y aplacan la cólera de su Creador.
29 Rayos y granizo, hambre y peste:
también fueron creados para el castigo;
30 bestias feroces, alacrán y víbora,
y espada vengadora que aniquila a los malvados.
Todo ello fue creado para su función
y está almacenado hasta el momento oportuno.
31 Al recibir sus órdenes se alegran
y no protestan de sus mandatos.
32 Por eso hace tiempo que estoy convencido,
he reflexionado y lo he puesto por escrito:
33 Las obras de Dios son todas buenas
y cumplen su función a su tiempo.
34 No digas: ésta es mala, ¿para qué sirve?,
porque cada una es útil a su tiempo.
35 Y ahora canten con toda el alma
y bendigan el Nombre del Dios Santo.

La condición humana

40 1 Dios ha asignado una penosa tarea
y un yugo pesado a los hijos de Adán,
desde que salen del vientre materno
hasta que vuelven a la madre de los vivientes:
2 preocupaciones, temor de corazón
y la espera angustiosa del día de la muerte.
3 Desde el que ocupa un trono elevado
hasta el que se sienta en el polvo y la ceniza;
4 desde el que lleva vestidos reales y corona
hasta el que se envuelve en un humilde manto:
5 ¡cuánto afán y ansiedad y temor,
miedo a la muerte, resentimiento, peleas!
Y cuando se echa a descansar en la cama,
el sueño nocturno lo turba:

---

los malos. En esto hay que tener mucho cuidado porque no podemos pensar que un terremoto, un huracán, una inundación, sean cosas enviadas por Dios para castigar a alguien. Que sí hay elementos naturales que usados con mala intención pueden tener efectos mortales, es verdad; pero esa es ya responsabilidad humana, no de Dios.

40,1-17 La condición humana. Encontramos una descripción bastante sombría y pesimista de lo que es en términos muy amplios la condición humana: fatiga, trabajo, esfuerzo, lucha durante el día, y de noche, una especie de tormento cuando viene el sueño, y una angustiosa espera de la muerte. Pareciera que hay un acento de angustia y de sin sentido de la vida por parte del autor. Sólo le consuela una cosa, esta angustia, esta desazón, es siete veces peor para el pecador (8). Nótese que a pesar de todo, todavía no hay una perspectiva que apunte al concepto de vida eterna. El autor refleja una cierta resignación, todo esto hay que soportarlo como designio y voluntad de Dios para regresar de nuevo al vientre de la madre de los vivientes (1), la tierra.

6 descansa un momento, apenas un instante,
y lo agitan las pesadillas;
aterrorizado por las visiones de su fantasía,
como quien escapa huyendo del que lo persigue;
7 y cuando se ve libre, se despierta
sorprendido de que su terror no tenía objeto.
8 Esto sucede a los vivientes, hombres y animales,
y siete veces más a los pecadores:
9 peste y asesinatos, rivalidad y puñales,
ruina y desastre, hambre y muerte.
10 Para el malvado fue creada la desgracia,
por su culpa no se aleja la destrucción.
11 Lo que viene de la tierra vuelve a la tierra,
lo que viene del cielo vuelve al cielo.
12 Soborno e injusticia pasarán,
la verdad dura para siempre:
13 la ganancia del malvado se seca como torrente,
como río crecido por lluvia de tormenta;
14 al crecer arrastra rocas
pero en un instante todo se acaba.
15 El malvado no echará brotes,
el impío echa raíces en el saliente de una roca.
16 Como juncos a la orilla de un torrente,
que se secan antes de que llueva.
17 Pero la misericordia no desaparece jamás,
la limosna dura para siempre.

Mejor que los dos

18 Dulce es la vida del que se basta a sí mismo y del que trabaja:
pero mejor aún es encontrar un tesoro.
19 Los hijos y una ciudad perpetúan el nombre:
pero mejor aún es hallar la sabiduría.
Los hijos y una plantación hacen florecer el nombre:
pero mejor aún es una esposa enamorada.
20 El vino y el licor alegran el corazón:
pero mejor aún es gozar del amor.
21 La flauta y la cítara armonizan el canto:
pero mejor aún es una lengua sincera.
22 Belleza y hermosura atraen los ojos:
pero mejor aún es un campo que verdea.
23 Amigo y compañero ayudan en la ocasión:
pero mejor aún es una mujer prudente.
24 Hermano y protector salvan del peligro:
pero mejor aún salva la limosna.
25 Oro y plata dan firmeza a los pies:
pero mejor aún es un buen consejo.
26 Riqueza y poder alegran el corazón:
pero mejor aún es el respeto a Dios.
A quien respeta a Dios nada le falta:
ni tiene que buscar apoyo.

40,18-27 Mejor que los dos. Éste es un proverbio numérico muy raramente usado en la literatura sapiencial. Plantea la bondad y ventajas de un par de cosas a las cuales antepone una mejor. En todo caso es una técnica más para enseñar y aprender sabiduría.

27 El respeto a Dios es paraíso de bendiciones
y protege más que cualquier gloria.

Vivir de limosna

28 Hijo mío, no vivas de limosna,
más vale morir que andar mendigando;
29 el que está pendiente de mesa ajena
ha de contar que no vive;
comida mendigada es deshonrosa
y le sienta mal al hombre sensato;
30 el hambriento pide con dulzura,
pero por dentro se requema con fuego.

Muerte
(38,16-23)

41 1 ¡Oh muerte, qué amargo es tu recuerdo
para el que vive tranquilo en medio de sus bienes,
para el hombre contento que prospera en todo
y tiene salud para gozar de los placeres!
2 ¡Oh muerte, qué dulce es tu sentencia
para el hombre derrotado y sin fuerzas,
para el hombre que tropieza y fracasa,
que se queja y ha perdido la esperanza!
3 No temas la muerte, que es tu destino,
recuerda que lo compartes con antepasados y sucesores;
4 es el destino que Dios asigna a todo viviente,
¿y vas a rechazar la ley del Altísimo?
En la tumba nadie discutirá
por mil años o cien o diez.
5 Gente despreciable son los hijos de los malos
descendencia insensata habita la casa del perverso;
6 de hijo injusto vino un reino malvado,
su posteridad siempre será despreciable.
7 Al padre malvado lo maldice el hijo,
porque por su culpa la gente lo deshonra.
8 ¡Ay de ustedes, poderosos,
que abandonan la ley del Altísimo!
9 Si dan fruto es para que se malogre;
si engendran, es para el luto;
cuando caigan, habrá gozo eterno,
cuando mueran, serán malditos.

40,28-30 Vivir de limosna. Vivir o no vivir de limosna desafortunadamente no es algo que dependa de uno mismo, puede ser que haya excepciones, pero en términos generales todo hombre y toda mujer aspiramos a vivir del fruto de nuestro trabajo, el no poder hacerlo es ya el producto de una sociedad injusta y del injusto reparto de los bienes creados, de la injusticia en la organización política y económica de nuestras sociedades. Más afrentoso que para el que tiene que pedir limosna debería ser para el acaparador y el codicioso los millones de limosneros e indigentes que vagan por nuestras ciudades, ¿hasta cuándo?

41,1-13 Muerte. Dos efectos distintos de la muerte, efecto negativo para el hombre que vive bien (1) y positivo para el que vive mal, para el derrotado y sin esperanzas (2). El consejo de Ben Sirá es no tener ningún temor a la muerte puesto que ella es inevitable para todos, tanto para el bueno como para el malo. Sólo que para el que vive de acuerdo con el querer de Dios, la muerte no borra su fama ni su reputación; su nombre tendrá perpetuidad en su descendencia. No así para el impío cuyas obras son malas lo mismo que su generación. Como puede verse, no se piensa en categorías de perpetuidad en un más allá, sino en una especie de prolongación del nombre en medio de los vivos.

10 Lo que viene de la nada vuelve a la nada,
y así el impío del vacío vuelve al vacío.
11 El hombre es un soplo en un cuerpo,
pero el nombre del compasivo no perece.
12 Respeta tu nombre, porque él te acompañará
más que mil tesoros preciosos.
13 Los bienes de la vida duran pocos años,
la buena fama años sin cuento.

Vergüenza
(4,20-26)

14 Sabiduría oculta y tesoro escondido,
¿para qué sirven los dos?
15 Mejor es quien oculta su necedad
que el que oculta su sabiduría.
16 Hijos míos, escuchen mi instrucción sobre la vergüenza,
yo les enseñaré qué es lo que deshonra:
no está bien avergonzarse de cualquier cosa
ni todo sonrojo se debe aceptar.
17 Siente vergüenza ante tu padre y tu madre de cometer actos inmorales;
ante el jefe y el magistrado, de mentir;
18 ante el señor y la señora, de falsedad;
ante la asamblea y el pueblo, del crimen;
ante el amigo y compañero, de traicionarlos;
19 ante los vecinos, de arrogancia;
de no cumplir los pactos jurados; de meter los codos cuando comes;
de negar un favor que te piden;
21 de rechazar la visita de un amigo;
de retener la porción asignada a otro;
20 de no responder a un saludo;
de mirar a la mujer de tu prójimo,
22 y de fijarte en la extraña.
De tener intimidades con tu criada y de acechar su lecho.
De insultar a un amigo;
de acompañar un regalo con un desprecio.

42 1 De repetir lo que has escuchado y de revelar secretos.
Ésta será vergüenza auténtica que te traerá el favor de todos.
Pero de lo siguiente no te avergüences
ni peques por respetos humanos:
2 de la ley y mandatos del Altísimo,
de declarar libre al acusado inocente,

41,14–42,8 Vergüenza. La sabiduría no puede ser algo oculto, debe ser reconocida, y ese carácter público ha de servir para el discernimiento de lo que debe constituir una vergüenza para el sabio (41,14–42,1) y aquello por lo cual no vale la pena avergonzarse. Nótese que los motivos de vergüenza están en relación con el comportamiento ético y moral del individuo. Los motivos que no deben producir vergüenza (42,2-8) están en relación con el cumplimiento de la Ley del Señor y con la práctica de la justicia.

42,9-14 Cuidados por la hija. Fiel reflejo de la mentalidad de la época de Ben Sirá y, en general de los tiempos bíblicos. Si se prodigan cuidados a la hija, no es por ella misma, porque se le reconozca dignidad o valor como mujer, sino porque es un peligro latente que puede echar por tierra la reputación y la buena fama de su padre. Viendo las cosas así, se entiende por qué una hija es un tormento continuo para el padre mientras está en casa esperando el día de su matrimonio, y otro tormento para su marido... Pero esto no debe formar parte de la mentalidad cristiana de ahora, como ya se ha comentado anteriormente sobre la dignidad de la mujer en nuestras actuales comunidades.

3 de ajustar cuentas con el socio o el amo,
de repartir una herencia o propiedad,
4 de usar pesas y balanzas exactas, de pesas y medidas controladas,
de obtener grandes y pequeñas ganancias,
5 de ganar comerciando con viajantes,
de educar con rigor a un hijo,
de castigar a un mal servidor,
6 de encerrar a la mujer infiel,
de echar llave donde hay muchas manos,
7 de contar bien el dinero de un depósito,
de anotar lo que das o recibes,
8 de corregir al necio y al inexperto
y al viejo que se aconseja con prostitutas.
Así serás verdaderamente prudente
y serás estimado de todos.

Cuidados por la hija

9 Una hija es tesoro inseguro para su padre,
le quita el sueño por la preocupación:
si es joven, teme que se le quede sin casar;
si casada, que se la repudien;
10 si doncella, que se la seduzcan;
si casada, que sea infiel;
en la casa paterna, que quede encinta;
en casa del marido, que sea estéril.
11 Vigila a tu hija doncella,
para que no te acarree mala fama,
comentarios de la ciudad, desprecio de la gente
y burlas de los que se reúnen en la plaza.
Donde ella vive no debe haber ventana
ni su entrada se debe ver de todas partes.
12 Que no exhiba su belleza ante cualquier hombre
ni trate familiarmente con las mujeres;
13 porque del vestido sale la polilla
y de la mujer la malicia femenina.
14 Mejor es la dureza del marido que la indulgencia de la mujer,
la de mala fama trae infamia a la casa.

TERCERA PARTE
HIMNO POR LA NATURALEZA Y LA HISTORIA

El Creador

15 Voy a recordar las obras de Dios y a contar lo que he visto:
por la Palabra de Dios son creadas sus obras
y de su voluntad reciben su tarea.
16 El sol sale mostrándose a todos,
la gloria del Señor llena todas sus obras.

42,15-25 El Creador. Comienza aquí un largo himno a la naturaleza y a la historia. El tema introductorio es sobre el Creador, donde se resalta la gran sabiduría del Artífice de todo cuanto existe y su designio para que todo cumpla perfectamente su función. Esta armonía y belleza de la creación son motivo para alabarlo y bendecirlo.

17 Aun los santos de Dios no bastaron
para contar las maravillas del Señor.
Dios fortaleció sus ejércitos,
para que estén firmes en presencia de su gloria.
18 Sondea el Abismo y el corazón,
penetra los secretos de ambos,
19 declara el pasado y el futuro
y revela los misterios escondidos.
20 No se le oculta ningún pensamiento
ni se le escapa palabra alguna.
21 Ha establecido el poder de su sabiduría,
es el único desde la eternidad;
nada le puede ser quitado ni añadido ni le hace falta un maestro.
22 ¡Qué amables son todas tus obras!,
y eso que no vemos más que una chispa.
23 Todas viven y duran eternamente
y obedecen en todas sus funciones.
24 Todas difieren unas de otras, y no ha hecho ninguna inútil.
25 Todas, una tras otra, muestran su belleza:
¿quién se saciará de contemplar su hermosura?

La creación

43 1 El firmamento límpido es belleza del cielo,
la bóveda celeste es espectáculo majestuoso.
2 El sol cuando sale derramando calor,
¡qué obra tan maravillosa del Señor!,
3 a mediodía abrasa la tierra,
¿quién puede resistir su ardor?
4 Un horno encendido calienta la fundición,
un rayo de sol quema los montes,
una lengua del astro consume la tierra habitada
y su brillo ciega los ojos.
5 ¡Qué grande el Señor que lo hizo!,
sus órdenes espolean a sus campeones.
6 También brilla la luna en fases y ciclos
y rige los tiempos como signo perpetuo,
7 determina las fiestas y las fechas
y se complace menguando en su órbita,
8 de mes en mes se renueva,
¡qué maravilloso cambiar!
Señal militar, instrumento celeste
que enciende el firmamento con su brillo.
9 Las estrellas adornan la belleza del cielo
y su luz resplandece en la altura divina;

43,1-33 La creación. Esta parte del himno de alabanza comenzado en 42,15 se centra en las maravillas celestes y la función armónica de cada una de esas criaturas que adornan el firmamento: la bóveda celeste (1); el sol y su función (2-5); la luna, que además de iluminar la noche, marca las fiestas y las fechas (6-8); las estrellas (9s); el arco iris (11s) y, en fin, los fenómenos naturales que tienen origen en el firmamento o bóveda celeste: el rayo y el trueno (13-16), la tormenta, el huracán y la nieve (17-21). Pero todo esto, visto con ojos de admiración, es para subrayar la grandeza del Creador: «Dios es todo», no en un sentido panteísta, sino en el sentido de Hacedor y Señor, como se entiende bíblicamente. Hay una clara conciencia de la incapacidad humana de abarcar la sabiduría con la que Dios creó todo, y lo mejor es alabar y bendecir al Señor por todas sus maravillas (32s).

10 a una orden de Dios ocupan su puesto
y no se cansan de hacer la guardia.
11 Mira el arco iris y bendice a su Creador:
¡qué esplendor majestuoso!
12 Abarca el horizonte con su esplendor
cuando lo tensa la mano poderosa de Dios.
13 Su poder traza el relámpago
y acelera los rayos justicieros;
14 abre para un destino los depósitos del cielo
y hace volar las nubes como buitres.
15 Su poder condensa las nubes
y desmenuza las piedras de granizo.
16 El estruendo de su trueno estremece la tierra,
y con su fuerza sacude las montañas;
17 cuando él quiere, sopla el viento del sur,
la tormenta del norte, el ciclón y el huracán.

18 Sacude la nieve como bandada de pájaros,
y al bajar se posa como langosta;
su belleza blanca deslumbra los ojos,
y cuando cae, se extasía el corazón;
19 derrama escarcha como sal,
sus cristales destellan como zafiros.
20 Hace soplar el helado viento del norte y su frío congela el estanque,
hiela todos los depósitos y reviste el pozo con una coraza;
21 quema la hierba del monte como la sequía
y los brotes de la pradera como una llamarada;
22 pero el rocío que deja caer lo sana todo:
afloja y fecunda la tierra reseca.
23 Su sabiduría somete el océano
y planta islas en el mar;
24 los navegantes describen su extensión,
y al oírlos, nos asombramos;
25 en él hay seres extraños y maravillosos
y toda especie de monstruos marinos.
26 Por él tiene éxito su mensajero
y su palabra ejecuta su voluntad.

27 Aunque siguiéramos, no acabaríamos,
la última palabra: Él lo es todo.
28 Alabemos su grandeza impenetrable,
él es más grande que todas sus obras;
29 el Señor es temible en extremo,
y son admirables sus palabras.
30 Los que alaban al Señor, eleven la voz,
esfuércense todo lo que puedan, que aún queda más,
los que glorifican al Señor, redoblen las fuerzas,
y no se cansen, porque nunca acabarán.
31 ¿Quién lo ha visto que pueda describirlo?,
¿quién lo alabará como él es?
32 Quedan cosas más grandes escondidas,
sólo un poco he visto de sus obras.
33 Todo lo ha hecho el Señor,
y a sus fieles les da sabiduría.

La historia

44 [1] Voy a hacer el elogio de los hombres de bien,
de la serie de nuestros antepasados:
[2] gran gloria les repartió el Altísimo,
los engrandeció desde tiempos antiguos.
[3] Alabemos: a los soberanos, por su gobierno del país;
a los hombres famosos, por sus hazañas;
a los consejeros, por su prudencia;
a los videntes, por su don profético;
[4] a los príncipes de naciones, por su sagacidad;
a los jefes, por su inteligencia;
a los sabios pensadores, por sus escritos;
a los poetas, por sus vigilias.
[5] Compositores según el arte,
que pusieron por escrito sus canciones.
[6] Hombres ricos y poderosos,
que vivieron en paz en sus moradas.
[7] Recibieron honor durante su vida,
y fueron la gloria de su tiempo.
[8] Algunos dejaron su nombre
para ser respetados por sus herederos.
[9] Otros no dejaron recuerdo, y acabaron al acabar su vida:
fueron como si no hubieran sido, y lo mismo sus hijos tras ellos.
[10] No así los hombres de bien:
su esperanza no se acabó,
[11] sus bienes perduran en su descendencia,
su herencia pasa de hijos a nietos.
[12] Sus hijos siguen fieles a la alianza,
y también sus nietos, gracias a ellos.
[13] Su recuerdo dura por siempre,
su caridad no se olvidará.
[14] Sepultados sus cuerpos en paz,
vive su fama por generaciones;
[15] el pueblo cuenta su sabiduría,
la asamblea pregona su alabanza.
[16] HENOC trataba con el Señor y fue arrebatado,
ejemplo de religión para todas las edades.

44,1–50,24 La historia. El himno de alabanza al Creador y el que sigue, acción de gracias y admiración por las maravillas creadas, sirven de introducción para este largo encomio o exaltación de las figuras claves de la historia de Israel. La intencionalidad es demostrar cómo el poder y la grandeza de Dios derramadas en la creación tienen finalmente un punto de concreción: Israel y su largo camino histórico que comienza con Henoc y termina con Simón (o Simeón), Sumo sacerdote a quien Ben Sirá admira y venera profundamente.

44,1-15 Introducción. Lista genérica de los grandes hombres que le dieron brillo y lustro a Israel. Ellos fueron lo que fueron no por sus propios méritos, sino porque «gran gloria les repartió el Altísimo haciéndolos grandes» (3). Esta primera mención general sólo se refiere a los dones o carisma con que Dios adornó a aquellos antepasados, por lo cual sus nombres perduran por siempre, en contraposición a quienes no dejaron recuerdo, sus nombres se acabaron al acabarse su vida (9). Aquí hay que tener en cuenta la suerte que corrían muchos personajes que aun habiendo sido figuras públicas ampliamente reconocidas en su momento, pero que a juicio de los historiadores caminaron en contra del querer de Dios, sus nombres eran borrados definitivamente como una especie de olvido simbólico o destino de los malvados. Así, por ejemplo, el olvido deliberado como rechazo y castigo a todos los reyes del reino del Norte y de aquellos de Judá que «hicieron el mal a los ojos del Señor».

44,16–45,5 Primeros antepasados. El encomio o elogio de los héroes de Israel comienza con Henoc

17 El justo NOÉ fue un hombre íntegro,
al tiempo de la destrucción él fue el renovador;
por él quedó vivo un resto
y por su alianza acabó el diluvio;
18 con señal perpetua se sancionó su pacto
de no destruir otra vez a los vivientes.
19 ABRAHÁN fue padre de muchos pueblos,
en su gloria no cabe mancha,
20 porque cumplió el mandato del Altísimo
y pactó una alianza con él,
en su carne selló el pacto,
y en la prueba se mostró fiel;
21 por eso Dios le juró
bendecir con su descendencia a las naciones,
multiplicarlo como la arena de las playas,
y a sus descendientes como a las estrellas del cielo;
darle en herencia el país de mar a mar,
desde el Gran Río hasta el extremo de la tierra.
22 A ISAAC le aseguró descendencia
en atención de Abrahán, su padre;
23 le dio la alianza de sus antepasados,
y la bendición bajó sobre ISRAEL,
a quien confirmó la bendición y le dio la herencia,
señaló las fronteras de las tribus repartiendo lotes a las doce.
De él nació un hombre
amado por todos: MOISÉS.

45 1 Amado de Dios y de los hombres,
Moisés, ¡bendita su memoria!:
2 le dio gloria como de un dios,
lo hizo poderoso entre los grandes;
3 a su palabra se precipitaban los signos,
lo mostró poderoso ante el rey,
le dio mandamientos para su pueblo y le mostró su gloria;
4 por su fidelidad y humildad
lo escogió entre todos los hombres,
5 le hizo escuchar su voz
y lo introdujo en la nube espesa;

---

(16) de quien se cuenta que fue arrebatado al cielo (Gn 5, 24); es puesto como ejemplo de religión para todos los tiempos pues trataba con Dios cara a cara. Noé (17) es visto como el origen más primitivo del pequeño «resto de Israel» ya que con él y su familia se dio inicio al nacimiento del pueblo después de la gran destrucción (cfr. Gn 9,8-17). De Abrahán (19-21) se resaltan varias cosas: cumplió la Ley del Señor –obviamente en tiempos en que no existía la Torá; ¡pero es que para el rabinismo judío, antes de la creación del mundo, Dios mismo se complacía leyendo la Torá!–; Dios sella con él un pacto y lo bendice; lo hace padre de muchos pueblos y, además, le promete un territorio. Isaac (22), heredero de su padre, de él recibe la bendición, la promesa de la descendencia numerosa lo mismo que la alianza y la promesa de un territorio. En Israel –Jacob– (23b) se perpetúa la alianza y se confirma la bendición y la promesa de la descendencia numerosa y del territorio, el cual quedó repartido entre las doce tribus. De este pueblo numeroso viene Moisés (23c) de quien el historiador dice que es la figura más amada de todo el pueblo ya que Dios lo dotó extraordinariamente para ser cabeza y guía de su pueblo en todos los aspectos. Nótese que en este primer tramo del elogio o encomio no se tienen en cuenta otras figuras tan importantes como el primogénito de Abrahán, Ismael, también por promesa divina, padre de una gran multitud: los pueblos árabes; ni al hermano mayor de Isaac, Esaú, padre de los edomitas. Ni por accidente se menciona tampoco a ninguna matriarca de Israel: Sara, Agar, Lía, Rebeca, Raquel... En y con ellos y ellas también hizo Dios historia.

puso en su mano los mandamientos,
ley de vida y de inteligencia,
para que enseñase los preceptos a Jacob,
sus leyes y decretos a Israel.
6 Consagró a AARÓN, de la tribu de Leví,
7 otorgándole un derecho perpetuo,
le concedió el gran honor de servir a la majestad del Señor;
le ciñó espléndido ornamento y lo revistió con manto de gala,
8 le vistió ornamentos preciosos,
insignias de poder y dignidad: calzón, túnica y manto,
9 y un cinturón de granadas, con cascabeles alrededor
que sonasen suavemente al caminar,
para que el sonido se oyese en el santuario,
como aviso para la gente.
10 Ornamentos sagrados de oro y púrpura y lino, labor de artesano;
el pectoral de las suertes, el efod y el cinturón
11 tejido por un maestro con hilo escarlata;
en el pectoral piedras preciosas engarzadas y grabadas como sellos,
piedras variadas, grabadas en relieve,
una por cada tribu de Israel.
12 Corona de oro sobre el turbante
y una flor con la inscripción Consagrado:
honor, dignidad, gloria y poder,
encanto de los ojos, belleza perfecta.
13 Antes de él no hubo cosa semejante: ningún laico la vestirá jamás,
solamente sus hijos y sus nietos sucesivamente.
14 Su ofrenda se quema totalmente,
dos veces al día, sin faltar.
15 Moisés mismo lo consagró:
ungiéndolo con óleo sagrado,
así obtuvieron una alianza perpetua él
y sus hijos, mientras dure el cielo,
para servir a Dios como sacerdotes
y bendecir al pueblo invocando su Nombre.
16 Lo escogió entre todos
para ofrecer holocaustos y grasa,
para ofrecer en obsequio aroma que aplaca,
para hacer la expiación por los israelitas.
17 Le confió los mandamientos
y autoridad para legislar y juzgar,
le encomendó normas y preceptos
para que enseñara las normas al pueblo
y los preceptos a los israelitas.
18 Unos laicos en el desierto
ardían de envidia contra él:
la gente de Datán y Abirán,
los secuaces arrogantes de Córaj.

45,6-26 Aarón y Finees. Ningún comentarista afirma que Ben Sirá sea sacerdote, pero que siente una admiración y una veneración inmensas por esta institución y por ciertas figuras sacerdotales, es un hecho palpable, lo cual se puede ver en el espacio dedicado a Aarón (6-22) no sólo para elogiar sus actitudes personales, sino para describir sus arreos sacerdotales, con lo cual nos prepara al gran elogio que hará de Simón, sacerdote contemporáneo de la época de Ben Sirá.

19 El Señor, al verlo, se indignó
y los consumió en el incendio de su ira,
envió contra ellos un prodigio:
una llama que los devoró.
20 Pero aumentó la dignidad de Aarón, dándole su herencia,
le concedió como sustento las ofrendas sagradas,
21 comer lo ofrecido al Señor;
su porción es el pan presentado
como un don para él y su descendencia;
22 en cambio, no tiene propiedad en la tierra
ni reparte herencia con el pueblo,
su lote y herencia entre los israelitas son las ofrendas al Señor.
23 También FINEÉS, hijo de Eleazar,
hereda en tercer puesto esta dignidad;
pues con su celo por el Dios del universo
se mantuvo firme frente a la rebelión de su pueblo,
con su corazón y generosamente
expió por los israelitas.
24 También a él le aseguró Dios un derecho,
alianza de paz para cuidar del santuario;
otorgándole a él y sus descendientes
el sumo sacerdocio para siempre.
25 Aunque la alianza con David,
hijo de Jesé, de la tribu de Judá,
es herencia personal, debida a su dignidad,
la herencia de Aarón es para su descendencia.
26 Y ahora alaben al Señor, porque es bueno
y los corona de gloria.
Que les conceda prudencia para juzgar con justicia a su pueblo;
que no acabe la felicidad y el poder de ustedes nunca jamás.

46 1 Soldado valiente fue JOSUÉ, hijo de Nun,
ministro de Moisés en la profecía,
destinado para que en sus días
los elegidos alcanzaran una gran victoria,
para tomar venganza de los enemigos y dar la herencia a Israel.
2 Qué glorioso cuando alzando el brazo
agitó su bastón de mando contra la ciudad.
3 ¿Quién le pudo resistir
cuando peleaba las batallas del Señor?
4 Por su intervención se detuvo el sol, y un día duró lo que dos:
5 invocó al Dios Altísimo cuando lo acosaban alrededor,
y el Dios Altísimo le respondió
con fuerte granizo y pedrisco,
6 que arrojaban contra las tropas enemigas,
y en la cuesta aniquiló a los adversarios;

46,1-20 Josué y Caleb, Jueces, Samuel. La admiración por Josué se debe a que es el sucesor de Moisés en la dirección del pueblo hasta llevarlo a la tierra que Dios había prometido a los antepasados. De todos los que un día salieron de Egipto, sólo Josué y Caleb pusieron los pies en aquella tierra (8) porque fueron fieles y leales al Señor. Se recuerda en términos generales a los Jueces «que no se dejaron seducir ni se apartaron de Dios», para ellos se desea mucha bendición para su memoria. Y, finalmente, Ben Sirá encomia la figura de Samuel (13-20) a quien presenta como juez (13s), como profeta (15s.20), como guerrero (17-s) y, por encima de todo, como hombre justo (19s).

para que supieran los pueblos condenados a la destrucción
que el Señor velaba por sus batallas.
Porque siguió plenamente a Dios
7 y en tiempo de Moisés se mantuvo fiel,
él y CALEB, hijo de Jefoné,
resistieron el motín del pueblo,
apartaron de la asamblea la ira de Dios
y acabaron con la difamación;
8 por eso de seiscientos mil infantes
sólo se libraron los dos,
para introducir al pueblo en su herencia,
en la tierra que mana leche y miel.
9 El Señor dio fuerzas a Caleb,
que lo acompañaron hasta la vejez,
para establecerlos en los montes del país,
y también su descendencia recibió su herencia.
10 Para que supieran los descendientes de Jacob
que vale la pena seguir plenamente al Señor.
11 Los JUECES, cada uno por su nombre, los que no se dejaron engañar,
los que no se apartaron de Dios, ¡bendita sea su memoria!
12 Que se renueve su fama en sus hijos
y revivan sus huesos en la tumba.
13 Amado del pueblo y favorito de su Creador,
pedido desde el vientre materno,
consagrado como profeta del Señor,
SAMUEL, juez y sacerdote;
por orden de Dios nombró a un rey
y ungió príncipes sobre el pueblo,
14 según la ley del Señor gobernó al pueblo
visitando los campamentos de Jacob.
15 Por su acierto se le consultaba como vidente,
por su palabra se acreditó como pastor.
16 También él invocó al Señor
cuando los enemigos lo atacaban por todas partes,
y ofreció un corderito en sacrificio.
17 El Señor tronó desde el cielo
y se oyó el estruendo de su voz,
18 derrotó a los jefes enemigos
y destruyó a los príncipes filisteos.
19 Cuando descansaba en su cama a punto de morir
invocó por testigos al Señor y a su ungido:
¿Quién me ha sobornado por un par de sandalias?,
y nadie se atrevió a contestarle.
20 Aun después de su muerte fue consultado
y reveló al rey su destino,
alzando del sepulcro su profética voz
y profetizando la expiación de la culpa.



1 Después de él surgió NATÁN,
que estuvo al servicio de DAVID,

47,1-24 Primeros reyes: David y Salomón. El puente entre el período de los jueces y la monarquía es Natán (1) mencionado para introducir la figura de David (1b-12) y que sirve para legitimar el cambio de época, toda vez que es Natán el profeta de Dios, encargado de transmitir los mensajes divinos al rey. De

2 como la grasa se aparta del sacrificio de comunión,
así David fue elegido entre los Israelitas.
3 Jugaba con leones como con cabritos,
y con osos como con corderillos;
4 siendo un muchacho mató a un gigante,
quitando la humillación del pueblo,
cuando su mano hizo girar la honda,
y derribó el orgullo de Goliat.
5 Invocó al Dios Altísimo, quien fortaleció su derecha
para eliminar al poderoso guerrero
y restaurar el honor de su pueblo.

6 Por eso le cantaban las muchachas
alabándolo por sus diez mil.
7 Ya coronado peleó y derrotó a sus enemigos vecinos,
derrotó a los filisteos hostiles, quebrantando su poder hasta hoy.
8 De todas sus empresas daba gracias
alabando la gloria del Dios Altísimo;
de todo corazón amó a su Creador,
entonando salmos cada día;
9 trajo instrumentos para servicio del altar
y compuso música de acompañamiento;
10 celebró fiestas solemnes
y ordenó el ciclo de las solemnidades;
cuando, de madrugada, alababa el Nombre del Santo
resonaba el júbilo de las ceremonias.

11 El Señor perdonó su delito y exaltó su poder para siempre,
le confirió el poder real y afianzó su trono en Jerusalén.
12 Por sus méritos le sucedió
un hijo prudente que vivió en paz:
13 SALOMÓN, rey en tiempos tranquilos,
porque Dios pacificó sus fronteras;
construyó un templo en su honor
y fundó un santuario perpetuo.
14 ¡Qué sabio eras en tu juventud,
rebosando doctrina como el Nilo!
15 Tu saber cubría la tierra,
y la llenaste con tu canto sublime;
16 tu fama llegaba hasta las costas,
que deseaban escucharte.
17 De tus cantos, proverbios, enigmas y sentencias
los pueblos quedaban pasmados;
18 te llamaban con el nombre glorioso con que llaman a Israel.

David se resalta precisamente su elección divina (2s), pero además se señalan sus iniciativas respecto a la oficialización del culto en Jerusalén (8-10); no se oculta su pecado, pero para resaltar la infinita bondad y misericordia de Dios. Le sucede su hijo Salomón (13-23a), quien asumió el poder en un período de paz; se recuerda la primera época de su reinado y se resalta especialmente su sabiduría (14-17); pero a la hora de establecer el origen de todos los extravíos de Israel como pueblo organizado en torno a la monarquía, no se duda en poner en el mismo Salomón los orígenes de dichos desvíos (18-20). Con todo, se resalta otra vez la bondad y fidelidad de Dios que no destruyó a su pueblo por los pecados de Salomón, aunque sí lo castigó severamente con la división del reino y con el destierro, primero de los habitantes del Norte y luego de los del Sur. De la serie de reyes, directos sucesores de Salomón, ni de los que surgieron en el Norte, Ben Sirá hace mención alguna, más aún, llama a «no pronunciar sus nombres».

Pero amontonaste oro como hierro
y acumulabas plata como plomo;
19 entregaste a mujeres tus muslos
dándoles poder sobre tu cuerpo,
20 echaste una mancha en tu honor
e infamia sobre tu lecho,
atrayendo la ira sobre tus descendientes
y desgracias sobre tu posteridad.
21 Por eso el pueblo se dividió en dos partes
y un reino rebelde surgió de Efraín.
22 Pero Dios no retiró su lealtad
ni dejó de cumplir sus promesas;
no aniquila a los hijos de sus escogidos
ni destruye la descendencia de sus amigos,
sino que dejó un resto a Jacob
y a David un retoño de su descendencia.
23 Salomón descansó con sus padres
y dejó por sucesor a uno de sus hijos:
rico en locura y falto de juicio,
que con su política hizo amotinarse al pueblo.
Surgió uno –no se pronuncie su nombre–
que pecó e hizo pecar a Israel;
24 fue un escándalo para Efraín, que lo condujo al destierro;
enorme fue su pecado, se entregó a toda maldad.

48 1 Entonces se alzó como fuego un profeta
cuyas palabras eran horno encendido:
2 les quitó el sustento del pan,
con su celo los diezmó;
3 por orden de Dios cerró el cielo
e hizo que cayeran tres rayos.
4 ¡Qué terrible eras, ELÍAS!,
¿quién se te compara en gloria?
5 Tú resucitaste un muerto,
sacándolo del Abismo por voluntad del Señor;
6 hiciste bajar reyes a la tumba
y arrojaste de sus lechos a hombres ilustres;
8 ungiste reyes vengadores
y nombraste un profeta como sucesor.
7 Escuchaste en el Sinaí amenazas
y sentencias vengadoras en Horeb.
9 Un torbellino te arrebató a la altura,
tropeles de fuego hacia el cielo.

48,1–49,13 Profetas y reyes. Tal como sucedió en el desarrollo histórico de Israel, Ben Sirá presenta entremezcladas las figuras de los profetas más antiguos que coinciden en el Norte con la época de la monarquía, institución que ellos combaten con todas sus fuerzas. Se trata de Elías (48,1-11) y Eliseo, su sucesor (12-24) de quienes se resaltan las maravillas obradas por ellos en defensa de la religión israelita. De los reyes anteriores a la caída de Jerusalén Ben Sirá solamente menciona a dos: Ezequías (17-22) y Josías (49,1-3), y la explicación es que «todos se pervirtieron excepto David, Ezequías y Josías» (49,4). De los grandes profetas, Ben Sirá menciona a Isaías (49,22-24), gran consejero de Ezequías e instrumento de Dios a favor del pueblo; a Jeremías, profeta de la destrucción de Jerusalén (49,7) y a Ezequiel (49, 8); a los demás profetas los elogia refiriéndose al colectivo de «los doce» a quienes reconoce como los mejores mediadores entre Dios y el pueblo. El elogio menciona además a Zorobabel, gobernador impuesto por Persia

10 Está escrito que te reservan para el momento
de aplacar la ira antes de que estalle,
para reconciliar a padres con hijos,
para restablecer las tribus de Israel.
11 Dichoso quien te vea antes de morir
[y más dichoso tú que vives].
12 Cuando Elías fue arrebatado al cielo,
ELISEO recibió dos tercios de su espíritu.
En vida hizo múltiples milagros y prodigios con sólo decirlo;
en vida no temió a ninguno, nadie pudo sujetar su espíritu;
13 nada le resultaba imposible:
y hasta en la tumba profetizó su cuerpo;
14 en vida hizo maravillas
y en muerte obras asombrosas.

15 Y, con todo, el pueblo no se convirtió
ni dejó de pecar,
hasta que fueron arrojados de su país
y dispersados por toda la tierra.
Judá quedó diezmada,
con un jefe de la casa de David.
16 Algunos reyes obraron rectamente,
otros cometieron crímenes monstruosos.
17 EZEQUÍAS fortificó la ciudad desviando el agua hasta su interior,
cavó con bronce la roca y cerró los bordes del estanque.
18 En su reinado, lo atacó Senaquerib y despachó al copero mayor;
extendió la mano contra Sión y blasfemó de Dios con arrogancia.

19 Entonces los valientes se acobardaron
y se retorcían como parturientas,
20 invocaron al Dios Altísimo extendiendo los brazos hacia él;
Dios escuchó sus súplicas y los salvó por medio de Isaías;
21 hirió el campamento sirio
y con su plaga sembró el pánico.
22 Porque Ezequías había obrado rectamente
manteniéndose en el camino de David,
como le mandaba el profeta ISAÍAS,
famoso y acreditado por sus oráculos.
23 En sus días, el sol volvió atrás
y alargó la vida del rey.
24 Con espíritu poderoso previó el futuro
y consoló a los afligidos de Sión,
anunció el futuro hasta el final
y los secretos antes de que sucediesen.



1 El nombre de JOSÍAS es incienso aromático,
mezclado por un maestro perfumista,

cuando el pueblo fue liberado de la deportación y autorizado para regresar a su tierra. Zorobabel aspiraba a suceder a David. También se menciona a Josué, gran impulsor de la reconstrucción física de Jerusalén, y a Nehemías, aunque muy comprometido con la reconstrucción material, se le reconoce más su papel como reconstructor de la identidad israelita y, en definitiva, como uno de los grandes impulsores de la religión judía tal como se conoce hoy. Deliberadamente o por un lamentable lapsus, Ben Sirá no menciona a Esdras en este elogio a los héroes de Israel.

su recuerdo es miel dulce al paladar
o música en el banquete,
2 porque sufrió por nuestra conversión
y acabó con los ídolos detestables;
3 se entregó a Dios de todo corazón
y en tiempos violentos fue compasivo;
4 excepto David, Ezequías y Josías, todos se pervirtieron,
los reyes de Judá abandonaron la ley del Altísimo hasta el final.
5 Por eso entregó su poder a otros
y su honor a un pueblo extranjero,
6 que incendió la ciudad santa
y asoló sus calles.
7 JEREMÍAS lo anunció, cuando lo maltrataron;
creado profeta en el vientre materno,
para arrancar y arrasar y demoler,
para edificar y plantar y consolidar.
8 Ezequiel tuvo una visión
y describió los diferentes seres del carro,
9 también mencionó a Job,
que se mantuvo en el camino justo.
10 También los DOCE PROFETAS, ¡florezcan sus huesos en la tumba!,
ellos confortaron a Jacob y lo salvaron con firme esperanza.
11 Que grande fue ZOROBABEL,
anillo de sello en la diestra de Dios.
12 Y lo mismo JESÚS, hijo de Yosedec,
en cuyos días se construyó el altar,
se reedificó el templo santo destinado a gloria eterna.
13 NEHEMÍAS, nombre glorioso; él reconstruyó nuestras ruinas,
reparó los muros derruidos, colocando puertas y cerrojos.
14 Pocos ha habido en el mundo como HENOC,
también él arrebatado en persona.
15 No ha nacido varón como JOSÉ,
y sus restos fueron sepultados.
16 SEM y SET son respetados por los hombres,
pero a todos supera la gloria de ADÁN.

50 1 El más grande de los hermanos y honor de su pueblo
es el sacerdote SIMEÓN, hijo de Juan.
En su tiempo se reparó el templo,
en sus días se restauró el santuario,
2 en su tiempo cavaron el depósito de agua
y un estanque grande como el mar,

49,14-16 Primera conclusión. Una breve capitulación antes de dedicarse a hacer el elogio de Simón, cierra esta serie de elogios a los grandes antepasados de Israel. Menciona de nuevo a Henoc y la tradición según la cual fue misteriosamente arrebatado al cielo (14). A José, con quien ningún varón se le compara y, sin embargo, a su muerte sus huesos fueron sepultados (15). De los tres hijos de Noé sólo menciona a Sem y a Set, Cam es ignorado quizás por la tradición bíblica de su maldición (cfr. Gn 9,20-25) y tal vez por las difíciles relaciones históricas con los pueblos que, según las mismas tradiciones judías, descienden de él. Finalmente es mencionado Adán, quien «supera a todos en gloria» (16). Esta referencia a Adán, en estos términos, es única en todo el Antiguo Testamento.

50,1-24 Elogio del sumo sacerdote Simón. Mención aparte merece para Ben Sirá la figura del sumo sacerdote Simón (o Simeón) quien ejerció su ministerio en Jerusalén entre el 219 y el 196 a.C. Por lo que se ve, Ben Sirá le conoció, y según algunos comentaristas, habría muerto un poco antes de que Ben Sirá

3 en sus días reconstruyeron las murallas
con torreones para el palacio real;
4 protegió a su pueblo del saqueo
y fortificó la ciudad para el asedio.
5 Qué majestuoso cuando salía de la tienda
asomando detrás de las cortinas:
6 como estrella luciente entre nubes,
como luna llena en día de fiesta,
7 como sol refulgente sobre el palacio real,
como arco iris que aparece entre nubes,
8 como rama florida en primavera,
como azucena junto a un riachuelo,
como rama de cedro en verano,
9 como incienso ardiendo sobre la ofrenda,
como cadena de oro
con piedras preciosas engarzadas,
10 como olivo frondoso cargado de olivas,
como árbol balsámico de espeso ramaje.

11 Cuando se ponía el traje de gala y vestía los ornamentos de fiesta,
cuando subía al altar glorioso dando realce a la explanada del santuario,
12 cuando de pie, junto al fuego del altar,
recibía de sus hermanos las porciones,
rodeado de una guirnalda de jóvenes
como pimpollos de cedros del Líbano
y lo cercaban como sauces junto al río
13 los hijos de Aarón, engalanados;
y ante toda la asamblea de Israel
presentaba los dones al Señor.

14 Cuando terminaba el servicio del altar
y preparaba la ofrenda del Altísimo,
16 aclamaban los sacerdotes aaronitas
tocando las trompetas labradas,
aclamaban, y su voz majestuosa resonaba
proclamando la presencia del Altísimo;
17 todo el pueblo a una se apresuraba
a arrodillarse rostro en tierra,
para adorar la presencia del Altísimo,
la presencia del Santo de Israel;
18 mientras los cantores entonaban
sobre suave acompañamiento de arpegios,
19 todo el pueblo cantaba
suplicando al Misericordioso.
Cuando terminaba el servicio del altar
y de ofrecer a Dios lo establecido,
20 bajaba, y alzando las manos
hacia la asamblea de Israel,
pronunciaba la bendición del Señor,
honrándose con el Nombre del Señor.
21 De nuevo el pueblo se arrodillaba
para recibir la bendición del Altísimo.
22 Y ahora bendigan al Señor, Dios de Israel,
que ha hecho maravillas en la tierra,

que cría al hombre desde el vientre materno
y lo forma a su voluntad.
23 Él les conceda sabiduría
y que reine la paz entre ustedes.
24 Que el Señor mantenga su fidelidad con Simón
y le cumpla las promesas que le hizo a Fineés,
y no deje de cumplirlas ni a él ni a su descendencia
mientras dure el cielo.

Tres enemigos

25 Dos naciones aborrezco y la tercera ya no es pueblo:
26 los habitantes de Seír y Filistea y el pueblo necio que habita en Siquén.

Envío y firma

27 Enseñanza prudente, consejos oportunos
de Simón, hijo de Jesús, hijo de Eleazar, hijo de Sirá,
como brotaban de su meditación
y los pronunciaba con sabiduría.
28 Dichoso el que los medite, el que los estudie se hará sabio,
29 el que los cumpla tendrá éxito, porque respetar al Señor es vivir.

EPÍLOGO

Primera acción de gracias

51 1 Te alabo, mi Dios y salvador;
te doy gracias, Dios de mi padre.
2 Contaré tu fama, refugio de mi vida,
porque me has salvado de la muerte,
detuviste mi cuerpo ante la fosa,
libraste mis pies de las garras del Abismo,
me libraste de las malas lenguas:

---

escribiera su obra. De todos modos a los ojos de Ben Sirá, fue un gran personaje, el que más brillo y esplendor introdujo a la institución sacerdotal y quizás el que más se aproximó al ideal cultual y litúrgico; además parece que Simón mejoró bastante las instalaciones del modesto templo que había sido reconstruido unos dos o tres siglos antes que él. En todo caso Simón dejó una profunda huella en el pensamiento y los sentimientos de Ben Sirá. Los versículos 22-24 son una invitación a concluir este largo elogio de los hombres gloriosos de Israel alabando a Dios por sus maravillas y pidiendo de Él la sensatez, la paz y la fidelidad por siempre.

50,25s Tres enemigos. Este proverbio numérico no tiene ninguna relación con todo lo dicho sobre la historia israelita a no ser que el autor lo haya querido poner aquí como contrapartida de lo que él más admira y ama, la gloria de Dios reflejada en la historia de Israel y, en concreto, en unos cuantos hombres que caminaron según su voluntad. Las tres naciones que tanto aborrece el autor son: los habitantes de Seír (Edomitas, descendientes de Esaú, «primos» de los israelitas); los filisteos o «pueblos del mar», de relaciones irreconciliables desde la época de la conquista, y «el pueblo necio que habita en Siquem» (los samaritanos, hermanos de los israelitas, que por circunstancias históricas mantienen el odio entre ellos hasta hoy).

50,27-29 Envío y firma. Pocos libros del Antiguo Testamento tienen la firma del autor, y éste es uno de esos pocos casos. El autor garantiza que esta obra es fruto del trabajo, del esfuerzo y de la meditación, y la propone como medio de crecimiento, de adquisición de sabiduría y, en definitiva, de éxito si cumple todo lo que aquí se enseña. La justificación es que todo está en línea con el respeto del Señor que es la manera de alcanzar vida plena. El libro propiamente termina aquí, lo que sigue puede catalogarse como tres apéndices.

51,1-12a Primera acción de gracias. Ésta es una oración de acción de gracias al Señor por haber librado al que ora de los más grandes peligros. El modelo de oración es muy reconocido en el Antiguo Testamento. El creyente se dirige al Señor para alabarlo y bendecirlo porque lo ha librado de la persecución, de la calumnia y de la angustia, situaciones tan extremas que se asemejan al desenlace de la misma muerte.

de lenguas que flagelan,
de labios que calumnian,
estuviste conmigo frente a mis rivales,
3 me auxiliaste con tu gran misericordia:
del lazo de los que esperan mi caída,
del poder de los que me persiguen a muerte,
me salvaste de múltiples peligros,
4 del cerco apretado de las llamas,
del incendio de un fuego que no ardía,
5 del vientre de un océano sin agua,
de labios mentirosos e insinceros,
de las flechas de una lengua traidora.
6 Cuando estaba ya para morir
y casi en lo profundo del Abismo,
7 me volvía a todas partes y nadie me auxiliaba,
buscaba un protector y no lo había,
8 recordé la compasión del Señor y su misericordia eterna,
que libra a los que se acogen a él y los rescata de todo mal;
9 desde el suelo levanté la voz
y grité desde las puertas del Abismo,
10 invoqué al Señor: Tú eres mi Padre,
tú tienes poder para salvarme,
no me abandones en el peligro,
a la hora del espanto y turbación;
11 alabaré siempre tu Nombre
y te llamaré en mi súplica.
El Señor escuchó mi voz, oyó mi súplica,
12a me salvó de todo mal, me puso a salvo del peligro.
Por eso doy gracias y alabo
y bendigo el Nombre del Señor.

Segunda acción de gracias

12b Den gracias al Señor porque es bueno,
porque es eterna su misericordia;
den gracias al Dios de la alabanza,
porque es eterna su misericordia;
den gracias al guardián de Israel,
porque es eterna su misericordia;
den gracias al Creador del universo,
porque es eterna su misericordia;
den gracias al redentor de Israel,
porque es eterna su misericordia;
den gracias al que reúne a los dispersos de Israel,
porque es eterna su misericordia;
den gracias al que reconstruye su ciudad y santuario,
porque es eterna su misericordia;
den gracias al que hace rebrotar el poder de la casa de David,
porque es eterna su misericordia;

51,12b Segunda acción de gracias. Sin relación directa con la oración anterior, este himno, también de acción de gracias parece calcado sobre el salmo 136. El autor, que no parece ser Ben Sirá, empieza por reconocer a Dios como creador de todo, para señalar luego, mediante epítetos (guardián, redentor, reconstructor...) algunas de las grandes intervenciones divinas en la historia de Israel. Todo lo ha hecho Dios y lo ha dispuesto según su gran misericordia.

den gracias al que escoge un sacerdote entre los sadoquitas,
porque es eterna su misericordia;
den gracias al escudo de Abrahán,
porque es eterna su misericordia;
den gracias a la roca de Isaac,
porque es eterna su misericordia;
den gracias al paladín de Jacob,
porque es eterna su misericordia;
den gracias al que escoge a Sión,
porque es eterna su misericordia;
den gracias al Rey de reyes,
porque es eterna su misericordia;
acrecienta el poder de su pueblo, alabanza de todos sus fieles,
de Israel, su pueblo escogido. Aleluya.

Poema a la Sabiduría
(6,18-37)

13 Siendo joven, antes de extraviarme, deseé la sabiduría con toda el alma,
14 la he buscado desde mi juventud
y hasta la muerte la perseguiré.
15 Crecía como un racimo que madura,
y mi corazón gozaba con ella.
Yo seguí fielmente su camino,
porque desde joven la había aprendido;
16 en el poco tiempo que estuve escuchándola
adquirí mucho saber.
17 Someterme a ella fue un honor,
daré gracias al que me la enseñó.
18 Decidí hacer un buen negocio,
cuando lo alcance no me avergonzaré;
19 la deseé ardientemente
y no apartaré de ella mi rostro;
mi alma saboreó sus frutos,
y jamás me apartaré de ella;
mi mano abrió sus puertas:
contemplaré sus secretos.
20 Mi alma la siguió desde el principio,
y la encontré en toda su pureza.
Con sus consejos adquirí prudencia
y no la abandonaré;
21 mis entrañas se conmovían al mirarla,
por eso la adquirí como posesión preciosa;
22 el Señor me concedió lo que pedían mis labios,
con mi lengua le daré gracias.

51,13-30 Poema a la sabiduría. Este poema puede dividirse en dos partes. La primera, con acentos autobiográficos, atribuible al mismo Ben Sirá, describe la inclinación del autor desde muy joven a seguir el camino de la sabiduría (13) y cómo pronto la reconoce y se apega a ella (14s) habiendo adquirido así mucha sabiduría (16). En los versículos 17-22 la sabiduría es personificada con rasgos de nodriza y de maestra (7) y relata todo lo que de ella alcanzó y el deseo y la pasión con que la buscó (18-21), por lo cual el autor da gracias a Dios (22). La segunda parte (23-30) es una invitación a los jóvenes para que también empiecen como el autor a buscar sabiduría desde su edad temprana. El secreto de la sabiduría está en hacer todo con justicia, pero esto tan simple requiere de toda una formación, todo un esfuerzo, abandonando a veces criterios y gustos propios para someterse a ella y así ponerse a tono con el querer de Dios.

23 Ustedes, ignorantes, vengan a mí,
y habiten en mi escuela.
24 ¿Hasta cuándo quieren privarse de todo esto
y seguir sufriendo esa terrible sed?
25 Abrí la boca para hablar de ella:
adquiéranla gratuitamente.
26 Pongan el cuello bajo su yugo
y acepten de buena gana su carga;
porque ella se acerca al que la busca
y el que se entrega, la encuentra.
27 Vean con sus propios ojos qué poco trabajé,
y qué gran descanso conseguí.
28 Escuchen todos lo que aprendí en mi juventud,
y así obtendrán plata y oro.
29 ¡Alégrense en mi escuela!
¡No se avergüencen de mis enseñanzas!
30 Hagan sus obras con justicia
y el Señor los recompensará a su tiempo.
Bendito sea el Señor por siempre,
alabado sea su Nombre de edad en edad.

Hasta aquí las palabras de Simón, hijo de Jesús, apellidado hijo de Sirá.
Sabiduría de Simón, hijo de Jesús, hijo de Eleazar, hijo de Sirá.
Sea bendito el Nombre del Señor ahora y siempre.





SABIDURÍA

El libro, el autor y fecha de composición. El título tradicional del libro, Sabiduría de Salomón, es justificado y capcioso. Justificado porque el libro pertenece al grupo o corriente «sapiencial», que se ampara al patronato de Salomón. Entronca con los Proverbios, parece polemizar contra el Eclesiastés, tiene coincidencias notables con Eclesiástico (Ben Sirá) y algún contacto con Job.

La sabiduría ocupa en el libro una posición altísima –en continuación con Prov 6 y Eclo 24–. Alta, pero no exclusiva ni central. A partir del capítulo 11 la sabiduría desaparece, salvo un par de menciones. En cambio, la justicia atraviesa el libro de cabo a rabo: justicia, injusticia, justos e injustos, juicio. Un título temático del libro sería: «A los gobernantes: sobre la justicia».

En cuanto a Salomón, aparece como ficción retórica en los capítulos 7–9. No hay otra razón interna para poner su nombre en el título. El autor es anónimo. Es muy probable que haya vivido en Alejandría. La fecha de composición parece ser el tiempo de Jesús, o algún decenio antes. Es cronológicamente el último libro del Antiguo Testamento. Tiene bastantes coincidencias con el Nuevo Testamento, sobre todo con san Pablo y su escuela.

Contexto cultural. El autor realiza en su tratado una conjunción de culturas: la griega y la semita. Está embebido en los escritos del Antiguo Testamento que lee en la traducción griega de los «Setenta» (LXX); lo que tiene tan asimilado le sale de muchas formas, controladas o espontáneas. Conoce también la cultura filosófica griega, especialmente su corriente estoica, filosofía en estado de cultura poco profunda. El autor aparece como mediador sereno de ambas tradiciones culturales.

Lo que sucede con el pensamiento, sucede también con el estilo. Los recursos hebreos del paralelismo, del comentario midrásico son patentes. No menos lo son los recursos griegos: palabras compuestas, exquisitas, multiplicación de sinónimos, adjetivación refinada, alteraciones, rimas, juegos de palabras. La simbiosis de una tradición hebrea con una alejandrina engendra una obra original, a veces recargada y reiterativa, artificiosa, con alardes de artesanía estilística, rica en sorpresas y agudezas de ingenio.

Tema del libro. El libro de la Sabiduría es el más importante tratado de «teología política» del Antiguo Testamento. Si preferimos, es un tratado sobre la justicia en el gobierno, con argumentación teológica y orientación doctrinal. Ni manual práctico ni tratado profano.

El tema de la justicia en el gobierno es de buena ascendencia sapiencial: «El trono se afianza con la justicia» (Prov 16,12). Dirigirse a los gobernantes, israelitas o extranjeros, que quieran leer no es una fantasía desatinada. Lo habían hecho otros antes: Ester y el tercer libro de los Macabeos en forma narrativa, Daniel en clave apocalíptica. Quizás nuestro autor lo hace con una conciencia más lúcida y también con mayor acierto. No es extraño que su obra tuviera más lectores judíos que paganos, más súbditos que gobernantes; los que gobiernan son siempre menos.

El discurso sobre la justicia, sobre todo si es crítico, es provocado muchas veces por la práctica de la injusticia, sobre todo de la «injusticia establecida», de «los que dictan sentencias en nombre de la Ley» (Sal 94,20). Aparte las persecuciones bien conocidas, por ejemplo, la de Tolomeo II, es probable que los judíos de la diáspora alejandrina tuvieran que sufrir discriminaciones, opresión y vejaciones a manos de gobernantes griegos o romanos; también pudieron sumarse a esos opresores algunos judíos renegados e influyentes.

El libro no especifica la raza de los destinatarios, pues quiere atravesar fronteras (6,1); el libro no disimula su actitud crítica, que estriba en la justicia de Dios, en un «pensar recto del Señor» (1,1). La denuncia profética se hace aquí crítica sapiencial.

A diferencia de los otros libros sapienciales, el autor de la Sabiduría se mueve ya en otro horizonte, el del destino inmortal del ser humano: «Dios creó al hombre para la inmortalidad y lo hizo a imagen de su pro-

pio ser» (2,23). Es la clara respuesta a la angustia del mal y del dolor de Job y del Eclesiastés.

Es desde este horizonte que el autor nos habla de Dios como ser trascendente, omnipotente, creador de todo, pero también misericordioso y providente, cuya bondad rebasa los límites de Israel, abarcando a toda la familia humana: «a todos perdonas porque son tuyos, Señor, amigo de la vida» (11,26). Y también nos habla del ser humano, como el que debe rendir culto a Dios haciendo su voluntad y caminando por sus caminos, gracias al don de la Sabiduría o Palabra o Espíritu de Dios. Estamos ya en los umbrales de la «Gracia» del Evangelio.



JUICIO DEFINITIVO

La justicia es inmortal

1 1 Amen la justicia, ustedes, los que gobiernan la tierra;
tengan rectos pensamientos sobre el Señor
y búsquenlo con sencillez de corazón.
2 Lo encuentran los que no exigen pruebas
y se revela a los que no desconfían.
3 Los razonamientos retorcidos alejan de Dios,
y su poder, cuando es puesto a prueba, confunde a los necios.
4 La Sabiduría no entra en un alma perversa
ni vive en un cuerpo entregado al pecado.
5 El santo espíritu que nos instruye huye del engaño,
se aparta de los razonamientos sin sentido
y se aleja cuando está presente la injusticia.
6 La Sabiduría es un espíritu amigo de los hombres
que no deja sin castigo las palabras del blasfemo;
Dios es testigo de sus sentimientos, vigila puntualmente su corazón
y escucha lo que dice su lengua.
7 Porque el Espíritu del Señor llena la tierra
y el que todo lo contiene conoce cada voz.
8 Por eso quien dice cosas malas no quedará oculto,
no podrá evitar la acusación de la justicia.
9 Los planes del impío serán investigados,
el informe de sus palabras llegará hasta el Señor
y quedarán probados sus delitos,
10 porque un oído celoso lo escucha todo
y no le pasan inadvertidos cuchicheos ni protestas.
11 Cuídense, por tanto, de murmuraciones inútiles
y absténganse de hablar mal;
porque aun la palabra más secreta tiene sus consecuencias;
y la boca mentirosa lleva a la muerte.
12 No busquen la muerte con una vida extraviada
ni se atraigan la perdición con las obras de sus manos;
13 Dios no hizo la muerte ni goza destruyendo a los vivientes.
14 Todo lo creó para que existiera;
las criaturas del mundo son saludables:
no hay en ellas veneno de muerte ni el Abismo impera en la tierra.
15 Porque la justicia es inmortal.
16 Los impíos llaman a la muerte con obras y palabras,
creyéndola su amiga, se perdieron por ella;
y han hecho con ella un pacto, porque son dignos de formar parte de ella.

1,1–10,21 Juicio definitivo. El sabio y el necio son los dos polos sobre los que gravitan los temas desarrollados en esta primera sección. El primero es quien se reconoce formando parte de la creación de Dios; el segundo, por el contrario, confía exclusivamente en sus fuerzas y sólo busca su propio bien. Para el libro de la Sabiduría, el juicio de Dios caerá implacablemente sobre los malvados en forma de castigo.

Dos mil años después, este mensaje puede ser comprendido por los creyentes de forma nueva: conocen a Dios quienes se saben en sus manos, formando parte del plan que Él estableció desde antiguo para todos los hombres y las mujeres de la tierra.

1,1-16 La justicia es inmortal. El título «la justicia es inmortal» (15), resume el contenido de este capítulo y es al mismo tiempo la enseñanza de toda la obra.

Sea nuestra fuerza la norma de la justicia

2 1 Se dijeron, razonando equivocadamente:
La vida es corta y triste, y la muerte del hombre, irremediable;
y no se sabe de nadie que haya regresado del Abismo.
2 Nacimos casualmente y luego pasaremos como quien no existió;
nuestro aliento es como el humo,
y el pensamiento, chispa del corazón que late;
3 cuando ésta se apague, el cuerpo se volverá ceniza
y el espíritu se desvanecerá como suave brisa.
4 Nuestro nombre, con el tiempo, caerá en el olvido
y nadie se acordará de nuestras obras;
pasará nuestra vida como rastro de nube, se disipará como neblina
acosada por los rayos del sol y abrumada por su calor.
5 Nuestra vida es el paso de una sombra,
y nuestro fin, no puede ser retrasado;
está aplicado el sello, no hay retorno.
6 Por eso, a disfrutar de los bienes presentes,
a gozar de las cosas con ansia juvenil;
7 a llenarnos del mejor vino y de perfumes,
que no se nos escape la flor primaveral;
8 Coronémonos con capullos de rosas antes de que se marchiten;
9 que no quede pradera sin probar nuestra orgía;
dejemos en todas partes huellas de nuestra alegría,
porque ésta es nuestra suerte y nuestra fortuna.
10 Atropellemos al justo que es pobre,
no nos apiademos de la viuda
ni respetemos las canas venerables del anciano;
11 que sea nuestra fuerza la norma de la justicia,
porque está visto que la debilidad no sirve para nada.

Para el libro de la Sabiduría hay una relación directa entre Dios, la justicia y la sabiduría, y en este primer capítulo se expone del siguiente modo:

Punto de partida (1). El libro se dirige a los gobernantes, ámbito común de los discursos sapienciales de la antigüedad (Sal 2,10; Prov 31,1s), y posiblemente también porque fue atribuido a Salomón. En realidad se ofrece a los judíos amenazados por el ambiente pagano –criticados, tal vez, por la aparente despreocupación de Dios–, a los que se exhorta a la práctica de la justicia como conjunto de actitudes agradables a Dios.

Desarrollo (2-12). Con la imagen de la sabiduría personificada (cfr. Prov 8,22-31) y asumiendo la función de los maestros (cfr. Prov 1-9) se describe el comportamiento recto (2-5) y el conocimiento que Dios tiene de todas las cosas (6-10), y se ofrecen un par de consejos para el creyente-justo-sabio (11s). Detrás está el problema típicamente sapiencial de las suertes cambiadas de los fieles y los malvados.

Conclusión (13-16). La solución definitiva se presenta al identificar la justicia con la vida y la inmortalidad (Prov 8,31.36; Hch 2,2-4), y la injusticia con la muerte y la separación definitiva de Dios (Ap 6,8; 20,14). Los impíos son la heredad de la muerte, como Israel es la de Dios (Dt 32,9; Sal 16,5; 73,26). La justicia, ya sea desde el punto de vista individual o colectivo, grita desde todos los lugares y desde todos los tiempos, y su voz se silencia con toda suerte de recursos. La sabiduría verdadera se hace eco de ello y pone a Dios por testigo mientras existan quienes sufran y quienes trabajen por ella.

2,1-24 Sea nuestra fuerza la norma de la justicia. La contrapartida al capítulo primero la hallamos a continuación: «la fuerza como norma de la justicia» (11), resumen de las convicciones de los impíos –tal vez se refiera a los judíos renegados, pero también a muchas escuelas filosóficas griegas– a juicio de los justos (Job 12,6; Hab 1,7.11):

Fugacidad de la vida (1-5). Porque la creación del ser humano se debe al azar (Job 27,3) y su recuerdo tras la muerte es efímero (Prov 10,7; Is 56,5; Ap 1,18). De donde deducen las dos normas siguientes de comportamiento. El disfrute (6-10). Cfr. Ecl 2,24; 3,12; 9,7; y el ataque a los justos (10-20). Éstos son el pobre y la viuda, a los que manda respetar la Escritura, (Éx 22,21; Lv 19,32) y los judíos fieles. Se percibe una alusión al justo sufriente de Isaías (52s), que luego la Iglesia recogerá como una alusión a la pasión y muerte de Cristo (Mt 27,42s), y un recuerdo del pasado del pueblo elegido en el título «hijo de Dios» (cfr. Sab 9,7; 10,15.17; 12,19.21; 16,26; 18,4).

12 Tendamos trampas al justo, que nos resulta incómodo:
se opone a nuestras acciones,
nos echa en cara las faltas contra la ley,
nos reprende las faltas contra la educación que nos dieron;
13 declara que conoce a Dios y dice que él es hijo del Señor;
14 se ha vuelto acusador de nuestras convicciones,
y su sola presencia nos molesta;
15 lleva una vida distinta de los demás y va por un camino aparte;
16 nos considera de mala ley
y se aparta de nuestras sendas como si contaminasen;
proclama dichoso el final del justo
y se gloría de tener por padre a Dios.
17 Vamos a ver si es verdad lo que dice:
comprobando cómo es su muerte;
18 si el justo ese es hijo de Dios,
él lo auxiliará y lo arrancará de las manos de sus enemigos.
19 Lo someteremos a tormentos despiadados,
para apreciar su paciencia y comprobar su resistencia;
20 lo condenaremos a muerte deshonrosa,
pues dice que hay alguien que cuida de él.
21 Así discurren, y se engañan, porque los ciega su maldad;
22 no conocen los secretos de Dios, no esperan el premio de la virtud
ni valoran el galardón de una vida intachable.
23 Dios creó al hombre para la inmortalidad y lo hizo imagen de su propio ser;
24 pero la muerte entró en el mundo por la envidia del Diablo
y sus seguidores tienen que sufrirla.

Los justos están en paz

3 1 La vida de los justos está en manos de Dios y no los tocará el tormento.
2 La gente insensata pensaba que morían,
consideraba su muerte como una desgracia,
3 y su partida de entre nosotros, como destrucción,
pero ellos están en paz.
4 Pues aunque a los ojos de los hombres sean castigados,
ellos esperaban de lleno la inmortalidad;
5 sufrieron pequeños castigos, recibirán grandes favores,
porque Dios los puso a prueba y los encontró dignos de él;
6 los probó como oro en crisol,
los recibió como sacrificio de holocausto;
7 a la hora del juicio brillarán
como chispas que prenden por un cañaveral;

La respuesta a estas convicciones (21-24) se hace desde el final de la vida, que para los impíos es la muerte por la envidia del Diablo (véase Gn 3), y para los justos la bienaventuranza eterna de quien fue creado a imagen de Dios (Gn 1,26).

¿Dónde está la fuerza de los débiles, de los que siempre pierden y de los fieles a Dios? ¿En el abandono de sus convicciones? El texto de la Sabiduría responde desde el más allá. Pero aún hay palabras para esta vida: en el trabajo por un mundo más justo y solidario, en la fuerza de la comunidad fiel al mensaje de Dios y en la esperanza de que el Señor tiene la última palabra.

3,1-12 Los justos están en paz. ¿Cuál es el sentido del sufrimiento de los justos? ¿Qué premio reciben los fieles de Dios, cuando la realidad muestra que los malvados son los que triunfan? Ambas preguntas son conocidas entre los investigadores de la Biblia como el problema de la retribución. El libro de la Sabiduría ofrece esta solución:

El sufrimiento es una prueba para la purificación de la fe del creyente (Gn 22,1; Tob 12,13; Job 1,2; Sal 66,10; 1 Pe 1,6s). Al final de los tiempos habrá un juicio en que Dios intervendrá a favor del justo (Dn 12,3; Mt 13,43) y en contra de los malvados (cfr. Is 1,31; 5,24; Nah 1,10; Abd 18; Zac 12,6; Mal 3,10).

8 gobernarán naciones, someterán pueblos,
y el Señor reinará sobre ellos eternamente.
9 Los que confían en él comprenderán la verdad,
los fieles a su amor seguirán a su lado;
porque quiere a sus devotos, se apiada de ellos
y mira por sus elegidos.
10 Los impíos serán castigados por sus razonamientos:
menospreciaron al justo y se apartaron del Señor;
11 desdichado el que desprecia la sabiduría y la instrucción:
vana es su esperanza, vacíos sus afanes e inútiles sus obras;
12 necias son sus mujeres, depravados sus hijos y maldita su descendencia.

Dichosa la estéril irreprochable

13 Feliz la mujer estéril que no se ha manchado
que desconoce la unión pecaminosa:
alcanzará su fruto el día del juicio.
14 Feliz también el eunuco que no cometió delitos con sus manos
ni tuvo malos deseos contra el Señor,
por su fidelidad recibirá favores extraordinarios
y un lote codiciable en el templo del Señor.

15 Porque el que se preocupa por el bien obtiene frutos espléndidos;
la prudencia es tronco inconmovible.
16 Los hijos de los adúlteros no llegarán a la madurez
y la descendencia ilegítima desaparecerá.
17 Si llegan a viejos, nadie les hace caso,
al fin tendrán una vejez deshonrosa;
18 si fallecen antes, no tendrán esperanza
ni quien los consuele el día del juicio;
19 el final de la gente perversa es cruel.

4 1 Más vale ser virtuoso, aunque sin hijos;
la virtud se inmortaliza en el recuerdo:
la conocen Dios y los hombres.
2 Cuando está presente, la imitan; cuando está ausente, la añoran;
en la eternidad, ceñida la corona, desfila triunfadora,
victoriosa en la prueba de trofeos bien limpios.

Éste es el primer texto de la Biblia en el que se habla de la esperanza bienaventurada de los justos. Hace muchos años que se escribió esta obra. La solución al problema de la retribución ha de encarnarse hoy también entre los cristianos. El sufrimiento puede ser comprendido como la llamada de Dios a la solidaridad, y la esperanza, más que como una venganza, como posibilidad para descubrir los signos del reino ya en este mundo.

3,13–4,6 Dichosa la estéril irreprochable. La mentalidad tradicional de la Biblia veía en los hijos un signo de la bendición divina (Gn 17,19s; Job 1,1-5). La esterilidad, por el contrario, de maldición (1 Sm 1,1-3). De esto es de lo que trata este nuevo apartado, aunque su conclusión es distinta. Se afirma, siguiendo el modelo del quiasmo –dos ideas que se van superponiendo–, que la falta de hijos por virtud no es maldición (13-15), mientras que el fruto de uniones ilegítimas queda en nada (4,3-6), y por otro lado, se dice que la ancianidad del malvado es deshonrosa (16-19), pero por la virtud se obtiene la inmortalidad (4,1s).

La virtud supera la idea tradicional de la bendición. En realidad, el texto está hablando de los judíos que se unían en matrimonio con no judíos (Dt 7,3; Esd 9,1s), de ahí que se les tache de infieles o adúlteros por quebrantar un precepto divino (Is 57,3; Jr 9,1; Ez 23,37; Os 3,1).

Cuando los valores personales o comunitarios son puestos a prueba por un ambiente contrario o indiferente, Dios puede manifestarse en forma de compromiso por la vida y por un mundo que no deja de lado a los más débiles. La fidelidad no ha de olvidar la misericordia.

3 La familia numerosa de los impíos no prosperará:
nacida de retoños ilegítimos, no arraigará profundamente
ni tendrá base firme;
4 aunque por algún tiempo reverdezcan sus ramas,
como está mal asentada, la zarandeará el viento
y será arrancada de raíz por los huracanes.
5 Se quebrarán sus brotes tiernos, su fruto no servirá:
está verde para comerlo, no se aprovecha para nada;
6 pues los hijos que nacen de sueños ilegítimos
son testigos de cargo contra sus padres
a la hora del interrogatorio.

Maduró en pocos años

7 El justo, aunque muera antes de tiempo, tendrá descanso;
8 vejez venerable no son los muchos días,
ni se mide por el número de años;
9 canas del hombre son la prudencia,
y la edad avanzada, una vida sin mancha.
10 Agradó a Dios, y Dios lo amó;
vivía entre pecadores, y Dios se lo llevó;
11 lo arrebató para que la malicia no pervirtiera su conciencia,
para que la maldad no sedujera su alma;
12 porque la fascinación del vicio ensombrece la virtud,
el vértigo de la pasión pervierte una mente sin malicia.

13 Maduró en pocos años, cumplió mucho tiempo;
14 como su alma era agradable a Dios,
él se dio prisa para sacarlo de la maldad;
la gente lo ve y no lo comprende, no se da cuenta de esto:
15 que Dios quiere a sus elegidos,
se apiada de ellos y es refugio para sus consagrados.
16 El justo fallecido condena a los impíos que aún viven,
y una juventud arrebatada antes de tiempo,
a la prolongada vejez del malvado;
17 la gente verá el final del sabio
y no comprenderá lo que el Señor quería de él,
ni por qué lo puso a salvo.

18 Lo mirarán con desprecio, pero el Señor se reirá de ellos;
19 después de esto se convertirán en cadáver sin honra,
objeto de vergüenza entre los muertos para siempre;
pues los derribará cabeza abajo, sin dejarles hablar,
los zarandeará desde los cimientos, y los arrasará hasta lo último;
vivirán en dolor y su recuerdo perecerá.

4,7-19 Maduró en pocos años. De nuevo hallamos aquí una manera distinta de comprender las creencias tradicionales. En este caso se trata del sentido de una muerte temprana. Se afirmaba que una larga vida debía ser la herencia del justo (Dt 4,40; 5,16; Job 5,26; Sal 91,16; Prov 3,2.16; 4,10; Eclo 1,12.20), mientras que la del impío era una muerte súbita (Job 15,20-23; 18,5-20; Eclo 1,12.20). Si bien es cierto que los hechos contradecían estas afirmaciones (2 Re 23,29; Job 21,7; Ecl 8,12-14).

Para el libro de la Sabiduría la muerte prematura del justo responde a los planes de Dios que lo libra de los sufrimientos, de la corrupción de la maldad, y evidencia la vida y el final de los impíos (cfr. Is 14,16-19; 19,10; 66,24).

La pregunta por quien muere prematuramente se resuelve aquí, por vez primera en toda la Biblia, de forma positiva, porque es respondida desde Dios.

Juicio: confusión de los impíos

20 Se presentarán asustados por el recuento de sus pecados
y sus delitos los acusarán a la cara.


5 1 Aquel día el justo estará de pie sin temor
delante de los que lo hicieron sufrir y despreciaron sus trabajos.

Juicio: para nosotros no salía el sol

2 Al verlo, se estremecerán de espanto y sorpresa,
porque no esperaban que se hubiera salvado;
3 dirán entre sí, arrepentidos, entre sollozos de angustia:
4 Éste es aquél de quien un día nos reíamos
con coplas injuriosas, nosotros, insensatos;
su vida nos parecía una locura, y su muerte una deshonra.
5 ¿Cómo ahora lo cuentan entre los hijos de Dios
y comparte la herencia con los santos?
6 Sí, nosotros nos salimos del camino de la verdad,
no nos iluminaba la luz de la justicia,
para nosotros no salía el sol;
7 nos enredamos en los matorrales de la maldad y la perdición,
recorrimos desiertos intransitables, sin reconocer el camino del Señor.
8 ¿De qué nos ha servido nuestro orgullo?
¿Qué hemos sacado presumiendo de ricos?
9 Todo aquello pasó como una sombra, como un correo veloz;
10 como nave que surca agitadas aguas,
sin que quede rastro de su travesía ni estela de su quilla en las olas;
11 o como pájaro que vuela por el aire sin dejar vestigio de su paso;
con su aleteo azota el aire leve,
y el aire, hendido por la fuerza estrepitosa de sus alas,
queda dividido y luego no queda señal de su ruta;
12 o como flecha disparada al blanco
cuyo surco en el aire inmediatamente se cierra
difuminándose su estela;
13 igual nosotros: nacimos y desaparecemos,
no dejamos ni una señal de virtud,
nos malgastamos en nuestra maldad.
14 Sí, la esperanza del impío es como paja que arrebata el viento;
como espuma ligera que la tempestad arrastra;

4,20–5,1 Juicio: confusión de los impíos. A continuación se va a hablar del juicio final de los impíos (cfr. Is 59,6-14). Este pequeño apartado es una introducción.

Los profetas hablaban de «aquel día...». No sólo se referían al futuro, era también una esperanza ya presente, y una convicción: las injusticias y el sufrimiento no tienen la última palabra en la historia, Dios camina con su pueblo.

5,2-14 Juicio: para nosotros no salía el sol. Tras la preparación del breve apartado anterior, viene la reflexión de los impíos en el momento del juicio final –sus propias obras los acusarán y mostrarán el vacío de su comportamiento–, contrapartida de lo que encontrábamos en el capítulo segundo (cfr. Lc 6,20-26). El discurso aparece encuadrado con palabras del narrador (2s. 14) bajo la óptica de la esperanza.

El pasaje recuerda un género literario muy utilizado en la literatura griega antigua (la retractación), aunque con imágenes propias del Antiguo Testamento: hijos de Dios (Sal 16,3; 29,1; Job 1,6; Eclo 42,17; Is 4,3; Dn 7,18; Zac 14,5), la luz de la justicia (Is 59,9), vida fugaz (Sal 1,4; Job 9,25s), etc.

La salvación o la condenación son asumidas por los textos más tardíos de la Biblia y también por la tradición de la Iglesia como una realidad que se encuentra fuera de la historia. He aquí un texto en donde una frase consigue enfocar de modo nuevo esta creencia: «para nosotros no salía el sol». La vida del creyente está llena de sentido y de felicidad ya en esta tierra.

se disipa como humo al viento,
pasa como el recuerdo del huésped de un día.

Los justos viven eternamente

15 Los justos viven eternamente,
reciben de Dios su recompensa, el Altísimo cuida de ellos.
16 Recibirán la noble corona, la rica diadema de manos del Señor,
con su derecha los cubrirá, con su brazo los defenderá.

Vestirá la coraza de la justicia

17 Tomará la armadura de su celo
y la creación será un arma para defenderse de sus enemigos;
18 vestirá la coraza de la justicia,
se pondrá como casco un juicio insobornable;
19 empuñará como escudo invencible su santidad;
20 afilará la espada de su ira incontenible
y el universo peleará a su lado contra los insensatos.
21 Saldrán certeras ráfagas de rayos
y como del arco bien tenso de las nubes, volarán hacia el blanco;
22 la catapulta de su ira lanzará espeso pedrisco;
las aguas del mar se embravecerán contra ellos,
los ríos los inundarán sin piedad;
23 se levantará contra ellos un viento poderoso
que los barrerá como un huracán,
la iniquidad arrasará toda la tierra
y los crímenes derrocarán los tronos de los soberanos.

Exordio: el poder les viene del Señor

6 1 Escuchen, reyes, y entiendan;
aprendan, gobernantes de todo el mundo;
2 pongan atención, ustedes los que dominan a los pueblos
y están orgullosos de esa multitud de súbditos;
3 el poder les viene del Señor, y la autoridad, del Altísimo:
él juzgará sus obras y examinará sus intenciones;

5,15s Los justos viven eternamente. Se presenta ahora la contrapartida de la situación anterior, mientras la recompensa de los impíos es una vida sin sentido, para los justos será la vida eterna junto a Dios (Is 62,11), expresado también con imágenes típicas de la Biblia (Prov 4,9; 1 Cor 9,25).

La retribución aparece aquí descrita como el reconocimiento de los méritos realizados en la vida y una existencia junto a Dios. Pero, ¿acaso no es posible la experiencia de esto mismo en esta tierra? Pues de lo contrario, ¿no estaremos olvidando aspectos fundamentales de la encarnación de Dios?

5,17-23 Vestirá la coraza de la justicia. Se describe aquí el juicio final anunciado por los profetas (Is 28,17; Ez 13,13; 38,22; Ap 8,7; 11,19; 16,21) con términos apocalípticos (Is 24-26; Ez 38s; Am 8,8s). Dios aparece como un guerrero a cuyo lado combate la creación entera. Igualmente los elementos aquí empleados se encuentran ya en los libros más antiguos del Antiguo Testamento: la espada divina (Dt 32,41; Is 66,16; Ez 21), la tempestad (Éx 19,16; Sal 18,15; Hab 3,11; Zac 9,14) o el desencadenamiento de las aguas (Jue 5,21; Sal 18,5; Éx 14,26s).

Hay muchos lugares en la Biblia en que Dios aparece lleno de venganza y de ira contra los enemigos. ¿Cómo es posible? Normalmente respondemos que se trata de textos que reflejan una mentalidad arcaica. Pero cabe también otra reflexión: todas las realidades humanas, el amor, el odio, el trabajo, el ocio, etc., pueden estar orientadas hacia Dios, la clave consistirá en dejar de lado el egoísmo y en poner en Él el sentido de todas las cosas.

6,1-11 Exordio: el poder les viene del Señor. En este nuevo apartado se vuelve al estilo con que comenzó el libro (1,1): discurso directo, exhortación a escuchar las palabras para adquirir la sabiduría y demostración de que la sabiduría lleva a la inmortalidad.

Al dirigirse a los reyes se asume la doctrina del origen divino del poder (Sal 2,10-12; Prov 8,15s; Rom 13,1-7), y se expone, desde una perspectiva universalista, el modo de que estos aseguren la estabilidad de sus tronos.

4 porque siendo ministros de su reino, no gobernaron rectamente,
ni guardaron la ley, ni obraron según la voluntad de Dios.
5 Él vendrá sobre ustedes de manera repentina y terrible,
porque a los poderosos los juzga implacablemente.
6 A los más humildes se los compadece y perdona,
pero los poderosos serán examinados con rigor;
7 Porque el Dueño de todos no retrocede ante nadie,
ni lo intimida la grandeza:
él creó al pobre y al rico y se preocupa de todos por igual,
8 pero a los poderosos les aguarda un riguroso examen.
9 Se lo digo a ustedes, soberanos, a ver si aprenden sabiduría y no pecan:
10 los que cumplen sensatamente su santa voluntad serán declarados santos;
los que se la aprendan encontrarán quien los defienda.
11 Deseen, entonces, mis palabras;
búsquenlas ardientemente y serán instruidos.

La Sabiduría conduce al reino

12 La Sabiduría es luminosa y eterna, la ven sin dificultad los que la aman,
y los que van buscándola, la encuentran;
13 ella misma se da a conocer a los que la desean.
14 Quien madruga por ella, no se cansa: la encuentra sentada a la puerta.
15 Meditar en ella es la perfección de la prudencia,
el que se desvela por ella pronto estará libre de preocupaciones;
16 ella misma va de un lado a otro buscando a los que la merecen,
los aborda benigna por los caminos,
y les sale al paso en todo proyecto.
17 Su comienzo auténtico es un deseo de instrucción;
el afán por la instrucción es amor;
18 el amor es la observancia de sus leyes;
la custodia de las leyes es garantía de inmortalidad;
19 la inmortalidad acerca a Dios;
20 por tanto, el deseo de la Sabiduría conduce al reino.
21 Así que, si les gustan los tronos y los cetros,
soberanos de las naciones,
respeten la Sabiduría y reinarán eternamente.
22 Les voy a explicar lo que es la Sabiduría y cuál es su origen,
sin ocultarles ningún secreto
me voy a remontar al comienzo de la creación,

¿Sabiduría o inteligencia? Actualmente para nuestro mundo ambas cosas son lo mismo. Se valora la sagacidad de quien logra encumbrarse a los más altos puestos de la sociedad. El texto, sin embargo, exhorta a los ahí situados, a reconocer que Dios está cerca del humilde, y Él es el dueño de la vida. Ésa es la verdadera sabiduría.

6,12-25 La Sabiduría conduce al reino. En el apartado anterior se retomaba el discurso del comienzo del libro. Ahora, se hace más explícita la idea de cómo se encuentra a la sabiduría. El texto puede dividirse en dos partes: 1. Personificación de la sabiduría (12-20): la sabiduría aparece con características personales, como una cualidad o atributo divino –como en Prov 8,22-31– que sale al encuentro de quienes la buscan. Los versículos 17-19 emplean un recurso literario típico de los antiguos griegos estoicos (sorites: el final de una idea es el comienzo de la siguiente). 2. Anuncio del discurso del rey (21-25): donde se prepara el deseo del autor de compartir con otros los misterios de la sabiduría –la atribución del libro de la Sabiduría a Salomón se inspira en el discurso que se anuncia ahora y se desarrollará más tarde–. Aquí se encuentran algunas alusiones a las religiones mistéricas de la antigüedad, en las que la revelación de la sabiduría se reservaba a los iniciados (22.23). La sabiduría es un don de Dios. Pertenece a esas realidades que hallan su lugar en quienes la buscan con corazón sincero. ¿Cómo encontrar a Dios en un mundo que tantas veces oculta su rostro incluso en su nombre? Sabio es aquel que se deja formar por la sabiduría, y Dios se manifiesta a través de él.

dándola a conocer claramente, sin pasar por alto la verdad.
23 No haré el camino con la podrida envidia,
que no tiene nada que ver con la Sabiduría.
24 Muchedumbre de sabios salva al mundo
y rey prudente da bienestar al pueblo.
25 Por tanto, déjense instruir por mi discurso, y sacarán provecho.

Ningún rey empezó de otra manera

7 1 También yo soy un hombre mortal, igual que todos,
hijo del primer hombre modelado en arcilla,
en el vientre materno fue esculpida mi carne;
2 tardé diez meses en tomar consistencia en su sangre,
gracias al semen de mi padre y del placer que acompaña al sueño.
3 Al nacer, también yo respiré el aire común,
y al caer en la tierra que todos pisan,
estrené mi voz llorando, igual que todos;
4 me criaron con mimo, entre pañales.
5 Ningún rey empezó de otra manera;
6 idéntica es la entrada de todos en la vida e igual es la salida.
7 Por eso supliqué y se me concedió la prudencia,
invoqué y vino a mí el espíritu de Sabiduría.

8 La preferí a cetros y tronos,
y en comparación con ella tuve en nada la riqueza;
9 no la equiparé a la piedra más preciosa,
porque todo el oro a su lado es un poco de arena,
y, junto a ella, la plata vale lo que el barro;
10 la quise más que a la salud y la belleza
y me propuse tenerla por luz, porque su resplandor no tiene ocaso.
11 Con ella me vinieron todos los bienes juntos,
en sus manos había riquezas incontables;
12 de todas gocé, porque la Sabiduría las trae,
aunque yo no sabía que es la madre de todas.
13 La aprendí sin malicia, la comparto sin envidia y no me guardo sus riquezas;
14 porque es un tesoro inagotable para los hombres:
los que la adquieren se atraen la amistad de Dios,
porque el don de su enseñanza los recomienda.

La Sabiduría me lo enseñó

15 Que me conceda Dios saber expresarme
y pensar como corresponde a ese don,
pues él es el guía a la Sabiduría y quien marca el camino a los sabios.

7,1-14 Ningún rey empezó de otra manera. A continuación comienza el discurso del rey, en su deseo de compartir cuanto ha llegado a saber de la sabiduría. Desde el ejemplo de su vida va a mostrar cómo llegó a obtenerla. Esta primera parte se puede dividir en dos: 1. Autopresentación del rey (1-6): siguiendo el modelo de la diatriba griega, el autor se sitúa, aun siendo rey, en el nivel de los demás hombres (Gn 2,7; Job 10,8-12; Sal 139,13-16). 2. Explicación de cómo adquirió la sabiduría (7-14): con posibles alusiones al sueño de Salomón en Gabaón (1 Re 3), se presenta la sabiduría como fruto de la oración y estimada más que todos los bienes –la belleza, la salud y la luz eran algunos de los valores más estimados por los griegos–.

A pesar de los siglos, hay muchos textos de la Biblia de plena actualidad. El comienzo de este texto es uno de ellos. La sabiduría de Dios no puede ser reconocida sin antes reconciliarse con la propia naturaleza humana, y desde aquí, contemplarla como un regalo que supera todos los bienes que el hombre pueda adquirir por sus propios méritos. Un don que, como todos, cuanto más se reparte, más se obtiene de él.

7,15-21 La Sabiduría me lo enseñó. El discurso del rey continúa ahora con una invocación para saber ex-

16 Porque en sus manos estamos nosotros y nuestras palabras,
y toda la prudencia y el talento.
17 Él me otorgó un conocimiento infalible de los seres
para conocer la trama del mundo y las propiedades de los elementos;
18 el comienzo y el fin y el medio de los tiempos,
las diversas posiciones del sol y el cambio de las estaciones;
19 los ciclos anuales y la posición de las estrellas;
20 la naturaleza de los animales y la furia de las fieras,
el poder de los espíritus y las reflexiones de los hombres,
las variedades de plantas y las virtudes de las raíces;
21 todo lo sé; oculto o manifiesto,
porque la Sabiduría, artífice del universo, me lo enseñó.

Reflejo de la luz eterna

22 En ella hay un espíritu inteligente, santo, único, múltiple, sutil, ágil,
penetrante, inmaculado, transparente, invulnerable, bondadoso, agudo,
23 independiente, benéfico, amigo del hombre, firme, seguro, sereno,
que todo lo puede, que todo lo vigila, que en todos los espíritus penetra,
en los inteligentes, en los puros, en los sutilísimos.
24 La Sabiduría es más móvil que cualquier movimiento,
y, en virtud de su pureza, lo atraviesa y lo penetra todo;
25 porque es exhalación del poder divino,
emanación purísima de la gloria del Omnipotente,
por eso nada inmundo se le pega.
26 Es reflejo de la luz eterna,
espejo nítido de la actividad de Dios e imagen de su bondad.
27 Siendo una sola, todo lo puede; sin cambiar en nada, renueva el universo,
y, entrando en las almas buenas de cada generación,
va haciendo amigos de Dios y profetas;
28 pues Dios ama sólo a quien convive con la Sabiduría.
29 Es más bella que el sol y que todas las constelaciones,
comparada a la luz del día, sale ganando,
30 pues a éste lo releva la noche,
mientras que a la Sabiduría no la puede el mal.

8 1 Se despliega con vigor de un extremo al otro
y gobierna el universo con acierto.

---

presarse adecuadamente, seguida de una enumeración de los conocimientos que ha obtenido de la sabiduría (1 Re 5,9-14). Muchos de los elementos son una actualización del texto de 1 Re 4,32-34, según los conocimientos de la física griega –actividad del mundo, relación de los elementos naturales, etc.–. De este modo el rey se atribuye para sí la ciencia que buscaba la cultura del momento.

Hoy día el mundo hace alarde constantemente de la independencia de los distintos ámbitos de la realidad –el conocimiento, las relaciones humanas, la sociedad, el mundo laboral, la economía, el derecho, la política, etc.–, con la consiguiente deshumanización de las mismas. Para este texto, sin embargo, Dios es quien unifica toda verdad, ¿acaso no es urgente comprender esta frase desde el compromiso con el mundo más necesitado?

7,22–8,1 Reflejo de la luz eterna. En este apartado se define la naturaleza de la sabiduría, con términos de la filosofía griega aplicados a la religión judía (Eclo 24,3; Jn 1,5.9; Col 1,15). Comienza enumerando 21 características de la sabiduría (22s) y continúa estableciendo la relación de ésta con Dios y con la creación (7,24–8,1), como en Prov 8,22-31, prólogo de toda la teología en la que se inspirarán Juan (Jn 1,3.10), Pablo (Col 1,15-17) y Hebreos (Heb 1,3). De este modo, el autor del libro expresa la superioridad de la sabiduría respecto al conocimiento griego.

¿Cómo reconocer la verdadera sabiduría? ¿Es posible hallarla en medio de un mundo tantas veces alejado de la verdad y envuelto en juegos egoístas? Sí, mientras existan quienes, con sus vidas, sean portadores de esperanza y de sentido para quienes los han perdido, y mientras haya también, quienes los reconozcan.

La pretendí como esposa

2 La quise y la busqué desde muchacho
y la pretendí como esposa, enamorado de su hermosura.
3 Su unión con Dios realza su nobleza,
porque la ama el que es Señor de todos;
4 ella conoce los secretos de Dios y elige lo que él hace.
5 Si la riqueza es un bien deseable en la vida,
¿quién es más rico que la Sabiduría, que lo realiza todo?
6 Y si es la prudencia quien lo realiza,
¿quién, sino la Sabiduría, es la autora de todo cuanto existe?
7 Si alguien ama la justicia, las virtudes serán el fruto de sus esfuerzos;
es maestra de templanza y prudencia, de justicia y fortaleza;
para los hombres no hay en la vida nada más provechoso que esto.
8 Y si alguien ambiciona una rica experiencia,
ella conoce el pasado y adivina el futuro,
sabe los dichos ingeniosos y la solución de los enigmas,
comprende de antemano los signos y prodigios,
y el desenlace de cada momento, de cada época.
9 Por eso decidí unir nuestras vidas,
seguro de que sería mi consejera en la dicha,
y mi alivio en las preocupaciones y tristezas:
10 Gracias a ella me elogiará la asamblea,
y, aun siendo joven, me honrarán los ancianos;
11 en los juicios luciré mi agudeza y seré la admiración de los monarcas;
12 si callo, estarán a la expectativa; si tomo la palabra, prestarán atención,
y si me alargo hablando, se llevarán la mano a la boca.
13 Gracias a ella alcanzaré la inmortalidad
y dejaré a la posteridad un recuerdo imperecedero.
14 Gobernaré pueblos, someteré naciones;
15 soberanos temibles se asustarán al oír mi nombre;
con el pueblo me mostraré bueno, y en la guerra, valeroso.
16 Al volver a casa, descansaré a su lado,
porque su trato no produce amargura,
su intimidad no deprime, sino que regocija y alegra.
17 Esto es lo que yo pensaba y sopesaba en mi corazón:
la inmortalidad consiste en tener parentesco con la Sabiduría;
18 su amistad es noble gozo; el trabajo de sus manos, riqueza inagotable;
su trato familiar, prudencia; conversar con ella, celebridad;
entonces me puse a buscarla, tratando de llevármela a casa.
19 Yo era un niño bueno por naturaleza, dotado de un alma bondadosa;
20 mejor dicho, siendo bueno, entré en un cuerpo sin mancha.
21 Al darme cuenta de que sólo me la ganaría si Dios me la otorgaba
–y ya era un signo de prudencia saber el origen de este don–,
me dirigí al Señor y le supliqué, diciendo de todo corazón:

8,2-21 La pretendí como esposa. La búsqueda de la sabiduría es el centro de esta parte del discurso del rey. El tema se desarrolla en dos planos alternativos: por un lado la decisión de alcanzar sabiduría (2.9.17.19-21) y por otro, los bienes obtenidos gracias a ella (3-8.10-16.18).

Los recursos utilizados están tomados, como ocurre en todo el libro, del Antiguo Testamento, así, por ejemplo, la sabiduría es presentada como mujer (Prov 31), de ella se obtienen riqueza, saber, virtud, etc. (1 Re 5,14-21), dichos agudos, las soluciones a los enigmas (Jue 14,12; 1 Re 5,12), etc., aunque contemplados bajo la influencia de la filosofía griega, como los conceptos de moderación, cordura, justicia y valor –que los estoicos tomaban como las cuatro virtudes principales–, o la idea del alma que penetra en un cuerpo –posible alusión a la doctrina platónica de la preexistencia de las almas–.

Envíala desde el cielo

9 1 Dios de los padres, Señor de misericordia,
que todo lo creaste con tu palabra
2 y con tu Sabiduría formaste al hombre
para que dominara todas tus criaturas,
3 gobernara el mundo con justicia y santidad
y administrara justicia rectamente:
4 dame la Sabiduría que reina junto a ti,
y no me excluyas de entre tus siervos.
5 Porque soy siervo tuyo, hijo de tu sierva,
hombre débil y de existencia breve,
incapaz de entender el derecho y la ley.
6 Por perfecto que sea un hombre,
si le falta tu Sabiduría, no valdrá nada.
7 Tú me has elegido como rey de tu pueblo
y jefe de tus hijos e hijas,
8 me encargaste construirte un templo en tu monte santo
y un altar en la ciudad de tu morada,
copia del santuario que fundaste al principio.
9 Contigo está la Sabiduría, que conoce tus obras,
a tu lado estaba cuando hiciste el mundo;
ella sabe lo que a ti te agrada, lo que responde a tus mandamientos.

10 Envíala desde el cielo sagrado, mándala desde tu trono glorioso,
para que esté a mi lado y trabaje conmigo,
enseñándome lo que te agrada.
11 Ella, que todo lo sabe y lo comprende,
me guiará prudentemente en mis empresas
y me custodiará con su gloria;
12 así aceptarás mis obras, juzgaré a tu pueblo con justicia
y seré digno del trono de mi padre.
13 Porque, ¿qué hombre conoce los planes de Dios?
¿Quién comprende lo que Dios quiere?
14 Los pensamientos de los mortales son mezquinos
y nuestros razonamientos son inseguros;
15 porque el cuerpo mortal es un peso para el alma
y la tienda terrestre abruma la mente que reflexiona.
16 A duras penas adivinamos lo que hay en la tierra
y con trabajo encontramos lo que está a nuestro alcance:
¿quién podrá rastrear las cosas del cielo?
17 ¿Quién conocerá tu designio, si tú no le das la Sabiduría
enviando tu santo espíritu desde el cielo?
18 Sólo así fueron rectos los caminos de los que están sobre la tierra,
así los hombres aprendieron lo que te agrada y la Sabiduría los salvó.

9,1-18 Envíala desde el cielo. Las palabras del capítulo nueve recuerdan la oración de Salomón cuando Dios se le aparece en sueños para que le pida lo que desee (1 Re, 6-9; 2 Cro 1,8-10). El rey invoca la sabiduría (4.10.17) que requiere especialmente para su oficio de administrador de la justicia (3.5.9.12.18), pues ella es la verdadera transmisora de la voluntad divina.

En torno a la petición se aprecian algunos elementos importantes: la sabiduría como un ser personal, aquí asistiendo a Dios en sus funciones, como la creación y el gobierno del mundo (Prov 8,22-31); la alusión al templo, imagen del celeste (1 Re 5,1-3; 1 Cro 28,5s) y la convicción de que el ser humano no es nada sin Dios (Sal 86,16; 116,16; Job 4,19; Mc 13,1-3; Gál 5,17), que recuerda también al dualismo de la filosofía griega antigua.

El capítulo nueve es un texto que bien podría ser utilizado por los gobernantes de cualquier condición

La Sabiduría salvó al justo

10 1 Ella fue quien protegió al primer formado, padre del mundo,
único creado, y lo liberó de su pecado,
2 y le dio el poder de dominarlo todo.
3 Se apartó de ella el criminal lleno de ira,
y su furia fratricida le acarreó la ruina.
4 Por su culpa vino el diluvio a la tierra, y otra vez la salvó la Sabiduría,
guiando al justo en un simple tablón.
5 Cuando los pueblos, unidos en la maldad,
fueron confundidos ella se fijó en el justo
y lo preservó irreprochable ante Dios,
manteniéndolo entero sin ablandarse ante su hijo.
6 Cuando la aniquilación de los impíos, ella puso a salvo al justo,
escapado del fuego llovido sobre las cinco ciudades;
7 testimonio de aquella maldad, aún está el desierto humeante,
los árboles frutales de cosechas prematuras
y la estatua de sal que se levanta, monumento a un alma que no creyó.
8 Por haberse apartado de la Sabiduría,
tuvieron la desgracia de no conocer el bien,
y además dejaron a la historia un recuerdo de su insensatez,
para que su mal paso no quedara oculto.
9 La Sabiduría en cambio, sacó de apuros a sus servidores.
10 Al justo que escapaba de la ira de su hermano
lo condujo por sendas llanas,
le mostró el reino de Dios y le dio a conocer las cosas santas;
dio éxito a sus tareas e hizo fecundos sus trabajos;
11 lo protegió contra la codicia de los explotadores y lo enriqueció;
12 lo defendió de sus enemigos y lo puso a salvo de sus ataques,
le dio la victoria en la dura batalla,
para que supiera que la piedad es más fuerte que nada.
13 No abandonó al justo vendido, sino que lo libró del pecado;
14 bajó con él al calabozo y no lo dejó en la prisión,
hasta entregarle el cetro real y poder sobre sus opresores;
demostró la falsedad de sus calumniadores y le concedió gloria eterna.
15 Al pueblo santo, a la raza irreprochable, lo libró de la nación opresora;
16 entró en el alma del servidor de Dios,
que hizo frente a reyes temibles con sus prodigios y señales.

---

a la hora del desempeño de sus cargos. El ser humano es poca cosa sin la asistencia de la sabiduría, sobre todo para la administración de la justicia, su principal tarea. ¿Qué es lo que les preocupa? Demasiados son sus intereses. He aquí una muestra de la que habría de ser su principal tarea.

10,1-21 La Sabiduría salvó al justo. En este apartado se da comienzo a una serie de ilustraciones acerca del pasado de Israel a la luz de la sabiduría. Se trata de una historia sagrada embellecida con detalles imaginarios y tradiciones populares para mostrar cómo la sabiduría –que aquí toma el papel de Dios– ha salvado o castigado a los hombres a lo largo de la historia: Adán, rehabilitado de su pecado (1s, cfr. Gn 2,4b-25); Caín, cuyos descendientes, según una tradición, provocaron el diluvio (3, cfr. Gn 4,8-15); Noé (4, cfr. Gn 6,9); Abrahán (5, cfr. Gn 22,1-3); Lot y la destrucción de Sodoma y las cinco ciudades de la llanura (6-8, cfr. Gn 19; 14,2); Jacob (9-12, cfr. Gn 27,1-3); José vendido por sus hermanos (13s, cfr. Gn 27–29); y la salida de Egipto (15-21, cfr. Éx 1,1-3).

Conviene destacar algunos detalles: por ejemplo, se pasan por alto las infidelidades de Israel; la expresión «reino de Dios» (10), única vez que aparece en todo el Antiguo Testamento –parece significar los cielos–; y el término «impíos» –que ahora no serán los judíos desertores, sino las naciones no judías–.

La historia de Israel narrada en el capítulo 10 invita al creyente a recorrer la suya con ojos de Dios: los acontecimientos, tanto positivos como negativos, mostrarán que Él es quien lo conduce.

17 Dio a los santos la recompensa de sus trabajos
y los condujo por un camino maravilloso;
fue para ellos sombra durante el día y resplandor de astros por la noche.
18 Los hizo atravesar el Mar Rojo y los guió a través de aguas caudalosas;
19 sumergió a sus enemigos,
y luego los sacó a flote de lo profundo del Abismo.
20 Por eso los justos despojaron a los impíos
y cantaron, Señor, un himno a tu santo Nombre,
celebrando a coro tu brazo victorioso;
21 porque la Sabiduría abrió la boca de los mudos
y soltó la lengua de los niños.

JUICIOS HISTÓRICOS I

Juicio del agua

11 1 Coronó con el éxito sus obras por medio de un santo profeta.
2 Atravesaron un desierto inhóspito, acamparon en terrenos intransitados;
3 hicieron frente a ejércitos hostiles y rechazaron a sus adversarios.
4 Tuvieron sed y te invocaron:
una roca áspera les dio agua y les sanó la sed una piedra dura.
5 Con lo que sus enemigos eran castigados,
ellos, en el apuro, eran favorecidos.
6 A cambio del caudal permanente
de un río enturbiado por la mezcla de sangre y agua
7 –castigo del decreto infanticida– les diste sin esperarlo agua abundante,
8 para que aprendieran, por la sed pasada,
cómo habías castigado a sus adversarios.
9 En efecto, cuando sufrían una prueba, aunque corregidos con misericordia,
comprendían los tormentos de los impíos, al ser juzgados con ira;
10 porque a los tuyos los probaste como padre que reprende,
pero a los otros, como rey inexorable, los examinaste y condenaste.
11 Ausentes y presentes se consumían por igual;
12 un doble pesar se apoderó de ellos y gemían, recordando el pasado;
13 cuando comprendieron que sus propios castigos
eran un bien para los otros, reconocieron allí al Señor.
14 Al que antes expusieron y luego rechazaron burlándose de él,
al final de los sucesos lo admiraron,
al sufrir una sed distinta de aquella de los justos.

11,1–12,27 Juicios históricos I. Dos veces encontramos este título en el libro de la Sabiduría. Ambos recogen tradiciones de la Biblia, principalmente del Éxodo, y las actualizan apoyados en otras tradiciones judías o del ambiente filosófico que le rodea. En todo momento se transmite el mismo mensaje: lo que sirvió de castigo a los malvados, fue salvación para los justos.

La historia tanto personal como comunitaria, son motivo de encuentro con Dios para los creyentes. Si en otros tiempos Dios se revelaba como un ser vengador de maldades, hoy se nos manifiesta cargado de misericordia.

11,1-14 Juicio del agua. A continuación, como ya aparecía en el apartado anterior, se sigue el método narrativo del midrash –comentario de la Biblia seleccionando algunos detalles y actualizando las razones que motivaron a ello–. Se explica cómo los israelitas se benefician de las cosas que castigan a los egipcios, para fundamentar la confianza en Dios: el agua infectada del Nilo que castiga a los egipcios (Éx 7,17-24) por el decreto infanticida (Éx 1,16.22), es agua de salvación –roca del desierto– para Israel (Éx 17,5-7; Nm 20,8-11), a quien, a su vez le sirve de prueba y explicación de la sed (Dt 8,2-5). Al mismo tiempo se ignoran las murmuraciones del pueblo y se idealiza su comportamiento (como en Sal 107,6).

En otro tiempo el pueblo de Israel era invitado a contemplar la presencia de Dios en medio de las

Juicio de los animales

15 Su mentalidad insensata y depravada los extravió
hasta el punto de rendir culto a reptiles sin razón y viles alimañas,
y tú te vengaste enviando contra ellos un sinfín de animales sin razón,
16 para que aprendieran que en el pecado está el castigo.
17 Bien que podía tu mano omnipotente,
que de materia sin forma había creado el mundo,
soltar contra ellos osos a manadas o bravos leones,
18 o especies nuevas de animales recién creados, ferocísimos,
que lanzasen resoplidos llameantes
o despidiesen una humareda pestilente,
o cuyos ojos echasen chispas terribles;
19 bestias que no sólo podían aniquilarlos con su poder maléfico,
sino que podían exterminarlos con su aspecto terrorífico.
20 Aun sin esto, ellos podían haber caído de un solo soplo,
perseguidos por la justicia, barridos por tu soplo poderoso,
pero tú todo lo tenías predispuesto con peso, número y medida.
21 Desplegar todo tu poder está siempre a tu alcance;
¿quién puede resistir la fuerza de tu brazo?
22 Porque el mundo entero es ante ti como grano de arena en la balanza,
como gota de rocío mañanero que cae sobre la tierra.
23 Pero te compadeces de todos, porque todo lo puedes,
cierras los ojos a los pecados de los hombres para que se arrepientan.
24 Amas a todos los seres y no aborreces nada de lo que has hecho;
si hubieras odiado alguna cosa, no la habrías creado.
25 Y, ¿cómo subsistirían las cosas si tú no lo hubieses querido?
¿Cómo conservarían su existencia si tú no las hubieses llamado?
26 Pero a todos perdonas, porque son tuyos, Señor, amigo de la vida.

12 1 Todos llevan tu soplo incorruptible.

Los cananeos

2 Por eso corriges poco a poco a los que caen,
les recuerdas su pecado y los reprendes,
para que se conviertan y crean en ti, Señor.
3 A los antiguos pobladores de tu santa tierra
4 los aborreciste por sus odiosas prácticas,
ritos sacrílegos y actos de magia,

---

pruebas y de la liberación. Su pasado garantizaba el presente y el futuro. También para nuestra situación personal y comunitaria, textos como éste son apoyo y ocasión para encontrar los momentos en que Dios ha sido quien nos ha reconfortado y salvado.

11,15–12,1 Juicio de los animales. ¿Por qué no castiga Dios a los malvados? Ésta es la pregunta central que aquí encontramos. Se ofrece como respuesta el misterio de la creación (Gn 1,2): todas las cosas existen porque Dios quiere, y reserva, con misericordia –prolongación del poder creador divino–, un final para cada una de ellas (Gn 9,6; Jue 1,6s; 1 Sm 15,23; Prov 5,22). Como ejemplo –continuando el desarrollo del apartado anterior– expone cómo los egipcios sufrieron el castigo de las plagas de animales (Éx 8–10) porque habían pecado adorándolos –en Egipto recibían culto serpientes, cocodrilos, lagartos y sapos–.

La idolatría no es un fenómeno ceñido exclusivamente al pasado. Muchas formas de adoración actuales lo manifiestan –el dinero, el abuso de poder, etc.–. Utilizando el lenguaje del libro de la Sabiduría se puede decir que en el pecado está el castigo: al culto de lo que no es Dios le sucede la destrucción de su proyecto sobre la creación.

12,2-21 Los cananeos. De nuevo tenemos una explicación de los acontecimientos del pasado: el pecado de los cananeos (Éx 23,28; Dt 7,11.20; 18,9-12; 20,18-20). La lógica seguida es idéntica a la del apar-

5 crueles sacrificios de criaturas
y banquetes canibalescos de vísceras y sangre humana;
a ellos, que practicaban tales ritos,
6 padres asesinos de vidas indefensas,
decidiste eliminarlos por medio de nuestros padres,
7 para que tu tierra predilecta
acogiera a la digna colonia de los hijos de Dios.
8 Pero aun a ésos, como hombres que eran,
los perdonaste y les enviaste, como avanzada de tu ejército,
avispas para exterminarlos poco a poco.
9 Bien que podías haber entregado a los impíos en manos de los justos,
en batalla campal, o haberlos aniquilado de una vez
por medio de fieras terribles, o con una severa orden de mando;
10 pero, castigándolos poco a poco, les diste ocasión de arrepentirse,
sabiendo que eran malos por naturaleza, perversos de nacimiento,
y que su manera de ser no cambiaría nunca.
11 Eran raza maldita desde su origen;
Y no les perdonaste los delitos porque tuvieras miedo a nadie.
12 Porque, ¿quién puede decirte: qué has hecho?
¿Quién protestará contra tu sentencia?
¿Quién te denunciará por el exterminio
de las naciones que tú has creado?
¿Quién se levantará contra ti para defender a los injustos?
13 Además, fuera de ti, no hay otro dios al cuidado de todos,
para que puedas mostrar que no juzgas injustamente;
14 no hay rey ni soberano que pueda desafiarte por haberlos castigado.
15 Eres justo, gobiernas el universo con justicia y juzgas indigno de tu poder
condenar a quien no merece castigo.
16 Porque tu poder es el principio de la justicia
y el ser dueño de todos te hace perdonarlos a todos.
17 Ante el que no cree en la perfección de tu poder despliegas tu fuerza,
y confundes la imprudencia de aquellos que la conocen;
18 pero tú, dueño de tu fuerza, juzgas con moderación
y nos gobiernas con mucha indulgencia;
hacer uso de tu poder está a tu alcance cuando quieres.
19 Actuando así, enseñaste a tu pueblo que el hombre justo debe ser humano,
e infundiste a tus hijos la esperanza,
porque dejas arrepentirse a los que pecan.
20 Si a los enemigos de tus hijos, reos de muerte,
los castigaste con tanto miramiento e indulgencia,
dándoles tiempo y ocasión de arrepentirse de sus culpas,
21 ¿con cuánta mayor consideración juzgarás a tus hijos,
a cuyos padres prometiste favores con juramentos y alianzas?

Juicio de burla

22 A nosotros nos instruyes azotando mil veces a nuestros enemigos,
para que nosotros, a la hora de juzgar pensemos en tu benevolencia
y cuando nos toque ser juzgados esperemos misericordia.

---

tado anterior. El ejemplo resalta la misericordia de Dios en el castigo de los pecados para dar lugar al arrepentimiento.

La misericordia es una de las experiencias que más nos acercan a Dios. Supera a la justicia y comprende que el mundo y la vida están en sus manos.

12,22-27 Juicio de burla. Aquí llegamos a la conclusión de lo tratado anteriormente: el sentido que

23 A los necios que vivieron una vida depravada
los torturaste con sus propios ídolos;
24 se extraviaron muy lejos por el camino del error,
teniendo por dioses a los animales más viles y repugnantes,
dejándose engañar como niños sin inteligencia;
25 por eso, como a niños que no razonan,
les enviaste un castigo que los puso en ridículo.
26 Los que no escarmentaron con semejante corrección
tendrían que sufrir un juicio digno de Dios.
27 Al ser castigados por aquellos mismos a los que tenían por dioses
–y los habían hecho sufrir e irritarse–,
abrieron los ojos y reconocieron como Dios verdadero
al que antes no habían querido conocer;
por eso les sobrevino el peor de los castigos.

LA IDOLATRÍA

Fascinados por la hermosura del universo

13 1 Eran naturalmente faltos de inteligencia
todos los hombres que ignoraban a Dios,
y fueron incapaces de conocer al que es
partiendo de las cosas buenas que están a la vista,
y no reconocieron al artífice fijándose en sus obras,
2 sino que tuvieron por dioses al fuego, al viento, al aire leve,
a las órbitas astrales, al agua impetuosa,
a las lumbreras celestes, regidoras del mundo.
3 Si fascinados por su hermosura los creyeron dioses,
sepan cuánto los aventaja su Dueño,
pues los creó el autor de la belleza;
4 y si los asombró su poder y actividad,
calculen cuánto más poderoso es quien los hizo;
5 pues, partiendo de la grandeza y belleza de las criaturas,
se puede reflexionar y llegar a conocer al que les dio el ser.
6 Con todo, a éstos poco se les puede echar en cara,
pues tal vez andan extraviados
buscando a Dios y queriéndolo encontrar;
7 en efecto, dan vueltas a sus obras, las exploran,
y su apariencia los subyuga, porque es bello lo que ven.

---

tiene para los fieles el castigo de los malvados (22) y el juicio divino sobre éstos cuando han de reconocer al Dios verdadero (23-27). Se alude nuevamente a los falsos dioses y los ídolos (Dt 7,26; 27,15) y cómo el castigo está en relación con el pecado cometido.

A veces nos ocurre que nuestra alabanza a Dios se origina al comparar la situación personal o comunitaria de la que disfrutamos, respecto a otras situaciones conocidas. Esto mismo puede concluirse de este texto. Mas el creyente ha de hacer actuales también las palabras que completan el versículo 22: benevolencia y misericordia en los juicios. Y aún más, si cabe: compromiso con las situaciones de dolor y de castigo.

13,1–15,19 La idolatría. El ambiente que rodeaba a la composición de este libro queda plasmado en esta nueva sección. Se interrumpen los juicios históricos –continuarán en el capítulo 16– y aparece una dura crítica de la idolatría politeísta.

El mensaje de esta parte del libro sigue siendo plenamente actual. Los ídolos se multiplican en nuestra sociedad –el poder, el dinero, el placer...–. Sus consecuencias son evidentes: cinismo, injusticias, destrucción... Al creyente le queda todavía su tarea de denuncia, pero también de esperanza.

13,1-9 Fascinados por la hermosura del universo. El primer versículo del capítulo 13 expresa una idea sustentada en lo que encontraremos aquí desarrollado

8 Pero ni siquiera éstos tienen excusa,
9 porque si lograron saber tanto que fueron capaces de investigar el universo,
¿cómo no encontraron antes a su Dueño?

Ídolos de madera

10 Son unos infelices los que ponen su esperanza en cosas muertas,
los que llamaron dioses a las obras de sus manos humanas,
al oro y la plata labrados con arte y a figuras de animales,
o a una piedra sin valor, obra de una mano antigua.

11 Tomemos como ejemplo a un carpintero: tala un árbol fácil de manejar,
lo descorteza con maña y, aplicándose a su oficio con destreza,
hace un objeto útil para necesidades de la vida;
12 las astillas que le sobran las gasta preparando la comida, y se sacia;
13 pero queda todavía un resto que para nada sirve,
un palo retorcido y nudoso; lo agarra y lo talla en sus ratos de ocio
y se entretiene dándole forma hábilmente,
hasta sacar la imagen de un hombre
14 o lograr el parecido de un animal despreciable; lo cubre de bermellón,
le pinta de rojo todo el cuerpo y recubre así sus imperfecciones;
15 le prepara un lugar adecuado
y lo coloca en la pared, sujetándolo con una abrazadera.

16 Sabiendo que no puede valerse por sí mismo,
toma sus precauciones para que no se caiga:
es una imagen y necesita ayuda.

17 Luego le reza por sus bienes, su boda y los hijos,
sin sonrojarse de acudir a un ser sin vida;
implora la salud de un ser débil,
18 ruega por la vida a un muerto, solicita ayuda al más torpe
y un buen viaje a quien ni de sus pies puede servirse;
19 para sus negocios y trabajos y el éxito feliz de sus tareas
pide ayuda al que menos vigor tiene en las manos.

---

y en otros capítulos que vienen a continuación: la incapacidad de los idólatras para reconocer al Creador de todas las cosas –con la consiguiente evidencia de su culpa–.

En este primer apartado se critica la idolatría de los astros y de las fuerzas naturales –similares puntos de vista se hallan también en escritores judíos de la época, como Filón de Alejandría–. El Antiguo Testamento también alaba el poder y la grandeza de Dios a través de la creación (Job 36,22-26; Sal 19,2; Is 40,12-14), pero aquí se condena a los que lo ven como un fin en sí mismo (cfr. Hch 14,17; 17,27; Rom 1,19s).

La naturaleza es lugar de encuentro con Dios, sobre todo cuando quien la contempla se sabe dentro de ella y no como su dueño y señor. También a pesar de las catástrofes humanas y naturales, es posible percibir la huella de Dios en la hermosura y en la grandeza de la creación, cuando uno se reconoce instrumento para que ésta sea reflejo del amor misericordioso de quien la formó.

13,10—14,11 Ídolos de madera. La crítica a la idolatría iniciada anteriormente, se hace ahora con más fuerza al dirigirse contra las creaciones humanas. Este apartado puede dividirse de esta forma: 1. Introducción (10): más miserables que los adoradores de la naturaleza son los que ponen su esperanza en los ídolos sin vida. 2. Desarrollo (13,11–14,6): se recoge un tema tradicional en la literatura bíblica –y también en la filosofía griega–, la sátira contra el culto a las imágenes (Is 40,19s; 44,9-20; 46,1-7; Jr 10,2-15; Carta de Jeremías; Sal 115,4-8; 135,15-18). En 13,10-19 se enumeran distintos tipos de culto a las imágenes y en 14,7-11 se describe el caso del culto del navegante, con lo que se recuerda el episodio del arca de Noé (Gn 6,1-5). 3. Conclusión (14,7-11): se añade que los ídolos serán sometidos a juicio porque inducen a los hombres al mal.

No está exenta de actualidad esta crítica que se hace a los ídolos hechos de manos humanas. Casos se pueden constatar en contextos tanto religiosos como profanos. El creyente de hoy día no ha de olvidar que la imagen más real de Dios se encuentra en los hermanos y hermanas más necesitados que le rodean.

14 1 Otros, al hacerse a la mar, dispuestos a atravesar las encrespadas olas,
invocan a un madero más frágil que la embarcación que los transporta.
2 Ésta la proyectó el afán de lucro y la armó la habilidad técnica;
3 pero es tu providencia quien la guía, Padre,
tú trazaste un camino en el mismo mar
y una senda segura entre las olas,
4 demostrando que puedes salvar de todo riesgo,
para que se embarquen aun los inexpertos.
5 No quieres que sean inútiles las obras de tu Sabiduría;
por eso los hombres confían sus vidas a un madero insignificante,
y cruzando el oleaje en una balsa, llegan sanos y salvos.
6 En efecto, cuando al principio perecieron los soberbios gigantes,
la esperanza del mundo se refugió en una balsa,
que, guiada por tu mano, transmitió la semilla de la vida a los siglos.
7 Bendita la madera que se emplea rectamente,
8 pero maldito el ídolo hecho por manos humanas y quien lo hizo;
éste por haberlo fabricado,
aquél porque, siendo corruptible, fue considerado dios.
9 Porque Dios aborrece igualmente al impío y su impiedad;
10 también la obra será castigada con su autor.
11 También a los ídolos de los gentiles se les pedirá cuenta por esto:
porque, entre las criaturas de Dios,
se han convertido en algo detestable,
tropiezo para las almas de los hombres
y trampa para los pies de los necios.

Origen de la idolatría: la desgracia y el poder

12 El principio de la inmoralidad arranca de proyectar ídolos,
y su invención trajo la corrupción de la vida.
13 Porque ni existían desde el principio ni existirán eternamente;
14 en efecto, entraron en el mundo por la vanidad de los hombres,
y por eso tienen marcado un fin repentino.
15 Un padre, desconsolado por un luto prematuro,
hace una imagen del hijo difunto,
y al que antes era un hombre muerto,
ahora lo venera como un dios
e instituye misterios e iniciaciones para sus subordinados;
16 más tarde, con el tiempo, esta impía costumbre se arraiga
y se observa como ley.
17 También por decreto de los soberanos se daba culto a sus estatuas;
como los hombres, viviendo lejos, no podían venerarlos en persona,
representaron a la persona remota

14,12-21 Origen de la idolatría: la desgracia y el poder. El autor del libro de la Sabiduría sigue poniendo en duda la veracidad del culto a las creaciones humanas. Ahora critica a las estatuas que representan a los seres humanos. Se puede estructurar de este modo su exposición: 1. Idea central (12-14): siguiendo la tradición bíblica de emparentar la idolatría con la infidelidad (Éx 34,16; Dt 31,16; Os 2; Dan 3,1-7), afirma al principio que los ídolos son de origen humano y llevan a muchos males –idea ya presente en pensadores de la Grecia antigua–. 2. Ejemplos (15-21): la idea central se ilustra con dos ejemplos de culto a las imágenes, veneración a los hijos muertos (15s), como se hacía en Egipto, y divinización de los reyes (17-21).

La frescura de algunos textos de la Biblia es muchas veces sorprendente. Aquí tenemos un nuevo ejemplo de cómo una composición de hace dos mil años, criticando la idolatría de las imágenes, puede tener aplicación directa a muchos ámbitos de nuestra vida, incluido el religioso. ¿Acaso Dios puede encerrarse en una construcción humana? ¿No es su mejor reflejo las personas que nos rodean?

haciendo una imagen visible del rey venerado,
así, mediante esta diligencia, se adulaba al ausente
como si estuviera presente.
18 Luego la ambición del artista,
promovió este culto, atrayendo aun a los que lo ignoraban;
19 en efecto, queriendo tal vez halagar al potentado,
exageró con arte la belleza de la imagen,
20 y la gente, atraída por el encanto de la obra,
juzga ahora digno de adoración
al que poco antes veneraba como hombre.

21 Este hecho resultó una trampa para el mundo:
ya que los hombres, bajo el yugo de la desgracia y del poder,
impusieron el nombre incomunicable a la piedra y al leño.

Consecuencias de la idolatría

22 Pero no les bastó equivocarse en el conocimiento de Dios,
sino que, metidos en la guerra cruel de la ignorancia,
saludan a esos males con el nombre de paz.
23 En efecto, practican ritos en los que matan a niños,
o celebran cultos misteriosos, o realizan locas orgías de extraño ritual,
24 ya no conservan pura ni la vida ni el matrimonio,
sino que unos a otros se acechan para eliminarse
o se humillan con sus adulterios.

25 En todas partes reina la confusión: sangre y crimen, robo y engaño,
corrupción, infidelidad, revueltas y falsos juramentos,
26 confusión de los valores, olvido de la gratitud,
contaminación de las almas, perversiones sexuales,
desórdenes matrimoniales, adulterio e inmoralidad.

27 Porque el culto a los ídolos que no son nada
es principio, causa y fin de todos los males;
28 en efecto, o celebran fiestas en las que se pierde el juicio,
o profetizan falsedades,
o viven en la injusticia, o juran en falso con facilidad;
29 como confían en ídolos sin vida,
no temen que el jurar en falso les ocasione ningún daño.

30 Será doble la condena que les caiga:
por tener una falsa idea de Dios, al estar pendientes de los ídolos,
y por jurar contra la verdad y la justicia, despreciando la santidad;
31 porque no es el poder de aquellos por quienes se jura,
sino el justo castigo reservado a los pecadores
quien persigue siempre las transgresiones de los injustos.

14,22-31 Consecuencias de la idolatría. Si en el apartado anterior se mostraba el origen de la idolatría, aquí se exponen sus consecuencias: principio, causa y fin de todos los males (27); se enumeran algunos vicios y se proyecta la situación hacia el futuro: la condena en el juicio final (30s).

El tema de la corrupción de costumbres como consecuencia de la idolatría es clásico en los antiguos filósofos griegos y en la Biblia (Lv 18,21; Nm 25; Rom 1,24-32) y manifiesta tanto el ambiente donde se hallaban inmersos como las reacciones que en ellos provocaban.

¿Cómo reaccionar ante la pérdida de valores humanos? ¿O ante ambientes similares al aquí descrito? Los antiguos creyentes no sólo hablaban de los premios futuros, sino que eran conscientes de la enajenación que todo aquello provocaba. El compromiso con la vida de los más indefensos será la bandera que hable de Dios por encima de cualquier forma de egoísmo deshumanizador.

Conocerte a ti es justicia perfecta

15 [1] Pero tú, Dios nuestro, eres bueno y fiel,
tienes mucha paciencia y gobiernas el universo con misericordia.
[2] Aunque pequemos, somos tuyos, reconocemos tu poder;
pero no pecaremos, sabiendo que te pertenecemos.
[3] Conocerte a ti es justicia perfecta,
y reconocer tu poder es la raíz de la inmortalidad.
[4] No nos extraviaron las malas artes inventadas por los hombres,
ni el trabajo estéril de los pintores
–figuras embadurnadas de muchos colores–;
[5] su contemplación apasiona a los necios,
que se entusiasman con la imagen sin aliento de un ídolo muerto.
[6] Están enamorados del mal y son dignos de tales esperanzas,
tanto los autores como los entusiastas y los adoradores.

Ídolos de barro

[7] Un alfarero se esfuerza amasando y reblandeciendo la arcilla;
moldea cacharros para nuestro servicio,
pero con la misma arcilla modela por igual
vasijas destinadas a menesteres nobles o innobles;
el destino de cada una lo decide el alfarero.
[8] Luego, con malas artes, modela con la misma arcilla un dios falso,
el que poco antes nació de la tierra
y en breve va adonde lo sacaron,
cuando le reclamen la deuda de su alma.
[9] Pero no le preocupa que tenga que morir y que su vida sea corta;
sino que compite con orfebres y plateros,
imita a los escultores en bronce
y se enorgullece en modelar figuras engañosas.
[10] Su mente es ceniza; su esperanza,
más mezquina que el barro,
y su vida vale menos que la arcilla;
[11] pues no reconoció a quien lo modeló a él,
le infundió un alma activa y le sopló aliento de vida,
[12] sino que consideró la vida como un juego,
la existencia como una feria de negocios:
Hay que sacar partido –decía– de lo que sea, hasta del mal.
[13] Éste más que nadie sabe que peca:
el que fabrica con materia terrosa vasijas frágiles y estatuas.

15,1-6 Conocerte a ti es justicia perfecta. Esta primera parte del capítulo 15 gira en torno a dos experiencias: la bondad, la fidelidad, la paciencia y la misericordia divinas (1; Éx 34,6s), y aquella que señala que el conocimiento de Dios es justicia perfecta o principio de inmortalidad (3; Jn 17,3).

Conocer a Dios es una experiencia. Experiencia plena ya en esta tierra porque Él es bueno y fiel, paciente y misericordioso. Así manifiesta su fuerza y su justicia.

15,7-13 Ídolos de barro. De forma casi semejante a cuando se describen los ídolos de madera (13,10-19), se habla ahora de los ídolos de barro (Is 45; Rom 9,21), pero con una diferencia, que aquí no se incide tanto en la idolatría cuanto en que el creador humano no sea consciente de su propia vida, por ejemplo, no le preocupa que tenga que morir (9), su mente es ceniza (10), consideró la vida como un juego (12), etc., pues, aunque haga figuras de barro, forma parte a su vez de la creación de Dios (Gn 2,3; 3,19).

¿Por qué, según parece, desde antiguo los seres humanos andan preocupados por sentirse orgullosos de sus propias obras, o por competir con sus semejantes como si la vida se tratara de un juego? ¿Y si se reconociesen hijos e hijas en manos de Dios, o mirasen a los otros como seres irrepetibles, imágenes de quien a ellos los ha creado?

Animales divinizados

14 Pero los más faltos de inteligencia, y más infelices que el alma de un niño,
son los enemigos que oprimieron a tu pueblo,
15 porque tuvieron por dioses a todos los ídolos de los gentiles,
cuyos ojos no les sirven para ver, ni la nariz para respirar,
ni las orejas para oír, ni los dedos de las manos para tocar
y sus pies no sirven para andar.
16 Porque los hizo el hombre, los modeló un ser de aliento prestado,
y ningún hombre puede modelar un dios a su semejanza;
17 siendo mortal, sus manos pecadoras producen un cadáver;
vale más él que los objetos que adora,
pues él tiene vida, los otros jamás.
18 También dan culto a los animales más odiosos,
que en cuanto a estupidez, son peores que los otros;
19 no tienen ninguna belleza que los haga atractivos
–cosa que sucede con otros animales–,
sino que se quedaron sin la aprobación de Dios y sin su bendición.

JUICIOS HISTÓRICOS

Codornices

16 1 Por eso recibieron el castigo merecido
torturados por una plaga de pequeños animales.
2 Frente a ese castigo, a tu pueblo lo favoreciste,
y, para satisfacer su apetito,
les proporcionaste codornices, manjar desusado;
3 así, mientras los otros, aunque hambrientos, perdían el apetito natural,
asqueados por los bichos que les habías enviado,
éstos, después de pasar un poco de necesidad,
se repartían un manjar desusado.
4 Porque era justo que a aquellos opresores les sobreviniera
una necesidad sin salida,
y a éstos se les mostrara sólo cómo eran torturados sus enemigos.

15,14-19 Animales divinizados. El tema de la idolatría concluye aquí recordando de nuevo a los egipcios y sus ídolos, que sirve, a su vez de transición a lo que en el capítulo 16 encontraremos. La crítica a los animales divinizados recuerda a la que se hace en Sal 115,5-7; 135,16.17, probablemente también se esté proyectando el pasado del sincretismo religioso vivido en Israel durante el período helenístico (200 años atrás).

Cuando el ambiente que rodea al creyente vaya destruyendo sus propias convicciones, y la soledad y la desesperanza crezcan en su interior, recuerde que no es de la mayoría la verdad, ni Dios está donde los ídolos o el culto sean más numerosos. Sino que aquella habita más allá de quienes intentan atraparla, y desvela el sentido de las cosas, y Éste habita, como un sacramento, en las personas.

16,1–19,22 Juicios históricos. Se continúa con la sección de los juicios históricos iniciada en el capítulo 11.

16,1-4 Codornices. En esta primera parte del capítulo 16 se establece una equiparación entre el alimento del que disfrutaron los israelitas en el desierto con las codornices (Éx 16,9-13; Nm 11,10-32), y el hambre padecida por los egipcios con las plagas de los animales que les fueron enviadas. Los detalles de los relatos bíblicos a los que se alude, son interpretados libremente, como se ha podido ir comprobando en otros lugares de esta obra.

Al encontrar en la Biblia expresiones de venganza o alegría por el sufrimiento de los enemigos, es fácil que se resienta la sensibilidad del creyente actual. Para comprenderlas hay que situarse, por un lado, en su contexto histórico –estamos leyendo textos de hace más de dos mil años–, y por otro lado, tratar de percibir un mensaje teológico actual. ¿Por qué no concluir que igual que en el pasado percibían la presencia del poder de Dios en la defensa de su pueblo y en el castigo de sus enemigos, también es posible descubrir la presencia del amor de Dios en los creyentes, e incluso en sus enemigos?

Juicio de las serpientes

5 Así cuando les sobrevino la terrible furia de las fieras
y morían mordidos por serpientes huidizas,
tu ira no duró hasta el final;
6 para que escarmentaran, se les asustó un poco,
pero tenían un emblema de salud
como recordatorio del mandato de tu ley;
7 en efecto, el que se volvía hacia él sanaba
no en virtud de lo que veía, sino gracias a ti, Salvador de todos.
8 Así convenciste a nuestros enemigos de que eres tú quien libra de todo mal;
9 a ellos los mataron a picaduras alacranes y moscas,
sin que hubiera remedio para sus vidas,
porque tenían merecido este castigo;
10 a tus hijos, en cambio, ni los colmillos de culebras venenosas los pudieron,
porque acudió a sanarlos tu misericordia.
11 Las mordeduras les recordaban tus palabras –y enseguida sanaban–
para que no cayeran en profundo olvido
y se quedaran sin experimentar tu acción benéfica.
12 Y no los sanó hierba ni ungüento alguno,
sino tu palabra, Señor, que lo sana todo.
13 Porque tú tienes poder sobre la vida y la muerte,
llevas a las puertas del infierno y haces regresar;
14 el hombre, en cambio, aunque con su maldad dé muerte,
no hace volver el espíritu una vez que se fue,
ni libera el alma ya recibida.

Juicio del fuego y el alimento

15 Imposible escapar de tu mano;
16 a los impíos que no querían conocerte los azotaste con tu brazo vigoroso:
los perseguían lluvias desconocidas y pedriscos
y tormentas implacables, y el fuego los devoró;
17 y lo más sorprendente: en el agua, que todo lo apaga, ardía más el fuego,
porque el universo combate a favor de los justos;
18 unas veces se amansaba la llama,
para no quemar a los animales enviados contra los impíos,
para que, viéndolos, comprendieran que el juicio de Dios los perseguía;
19 pero otras veces, aun en medio del agua,
la llama ardía con más fuerza que el fuego,
para destruir la cosecha de una tierra malvada.

16,5-14 Juicio de las serpientes. El libro de la Sabiduría se detiene aquí a explicar, en forma de midrash, el episodio de las serpientes que encontramos en Nm 21,4-6. Se emplea la misma lógica: lo que sirve de castigo a los enemigos, para Israel en este caso, es salvación y recordatorio del mandato de la Ley de Dios (6). Añade, además, que el prodigio de las sanaciones se debió al poder divino (cfr. Jn 3,14.17), que domina sobre la vida y la muerte (13; cfr. 1 Re 17,17-23; Sal 9,14; 107,17-19; Is 38,10-17).

«Como Moisés elevó la serpiente en el desierto...», ha sido aplicado por la misma Biblia, a otros acontecimientos posteriores, como el ejemplo que encontramos aquí. El mensaje sigue siendo actual: «como Moisés elevó la serpiente en el desierto...», también el Señor se hace presente en la comunidad y en la vida personal a través de las cosas negativas que sin querer llegan. No se trata de, «¿qué he hecho yo, Señor, para merecer esto?», cuanto de, «¿qué es lo que a través de esto me quieres decir, Señor?».

16,15-29 Juicio del fuego y el alimento. Lluvia de maná en vez de la plaga de tormentas, es el mensaje de este nuevo apartado que el libro de la Sabiduría hace actual para sus contemporáneos, sirviéndose como otras veces, de la técnica del midrash. Se recuerda la séptima plaga de Egipto (Éx 9,13-15), como si ocurriera al mismo tiempo que el episodio del maná (Éx 16; Nm 11), con el fin de ilustrar a los contempo-

20 A tu pueblo, por el contrario, lo alimentaste con manjar de ángeles,
proporcionándole gratuitamente, desde el cielo,
pan a punto, de mil sabores, a gusto de todos;
21 este sustento tuyo demostraba a tus hijos tu dulzura,
pues servía al deseo de quien lo tomaba
y se convertía en lo que uno quería.
22 Nieve y hielo aguantaban el fuego sin derretirse,
para que se supiera que el fuego –ardiendo en medio de la granizada
y centelleando bajo el aguacero– aniquilaba los frutos de los enemigos;
23 pero él mismo, en otra ocasión, se olvidó de su propio poder,
para que los justos se alimentaran.
24 Porque la creación, sirviéndote a ti, su Creador,
despliega su energía para castigar a los malvados
y se calma para beneficiar a los que confían en ti.
25 Por eso también entonces, tomando diversas formas,
estaba al servicio de tu generosidad, que da alimento a todos,
de acuerdo con el deseo de los que te suplicaban,
26 para que aprendieran tus hijos queridos, Señor,
que no alimenta al hombre la variedad de frutos,
sino que es tu palabra quien mantiene a los que creen en ti.
27 Porque lo que el fuego no devoró,
se derritió simplemente calentado por un fugaz rayo de sol,
28 para que se supiera que es preciso
madrugar más que el sol para darte gracias, y rezar al clarear el alba;
29 ya que la esperanza de los ingratos se derretirá como escarcha invernal
y se escurrirá como agua sin provecho.

Juicio de las tinieblas

17 1 Tus juicios son grandiosos e inexplicables;
por eso las almas que no aprenden se extraviaron.
2 Pensaban los malvados que oprimían a la nación santa,
mientras ellos permanecían prisioneros de las tinieblas,
en el calabozo de una larga noche, recluidos bajo sus techos,
excluidos de la eterna providencia.
3 Creían pasar inadvertidos,
con sus pecados encubiertos bajo el tupido velo del olvido,
pero fueron dispersados, presa de un terrible miedo,
sobresaltados por visiones.
4 Porque ni el rincón que los escondía los salvaguardaba del miedo,
retumbaban a su alrededor ruidos aterradores
y se les aparecían tétricos fantasmas de lúgubres rostros.

---

ráneos que el verdadero alimento es la Palabra del Señor (26), así como la necesidad de la oración (28; cfr. Éx 16,21).

Este episodio ha sido muy recordado tanto en la tradición judía –por ejemplo, el hecho de que tuviera infinidad de sabores–, como cristiana, principalmente referido a la eucaristía (Sal 78,25; 105,40; Jn 6).

La plaga del granizo y el acontecimiento del maná sirven al libro de la Sabiduría para hablar a sus contemporáneos de la importancia de la fidelidad a la Palabra del Señor y a la oración, dos puntos también centrales en la vida del creyente actual, sin pasar por alto su dimensión fraterna.

17,1–18,4 Juicio de las tinieblas. El pasaje recordado ahora por el libro de la Sabiduría es la plaga de las tinieblas de Egipto (Éx 10,21-23). Conclusión: Mientras los egipcios eran presa de las tinieblas, los israelitas eran guiados por la columna de fuego.

Igual que ocurre en otros lugares de esta obra, también aquí el relato bíblico del Éxodo está enriquecido con muchos detalles provenientes de leyendas judías y explicaciones rabínicas, con el fin de actualizar el mensaje de estos acontecimientos –que vemos claramente en algunas ocasiones, como 17,1-3.11-13; 18,4–. La orientación final de todo este apartado también parece clara: las tinieblas de Egipto son la antici-

5 No había fuego bastante para iluminarlos,
ni el resplandor brillante de los astros
lograban iluminar aquella noche siniestra.
6 Para ellos brillaba solamente una fogata espeluznante que ardía por sí sola,
y era tal el miedo, que cuando la visión desaparecía de su vista,
todavía les parecía más terrible.
7 Los trucos de la magia habían fracasado
y su alarde de ciencia sufría un descalabro vergonzoso,
8 porque los que se comprometían
a expulsar del alma enferma terrores y sobresaltos
padecían ellos mismos un pánico ridículo.
9 Aunque nada inquietante les metiera miedo,
horrorizados por el paso de alimañas y el silbido de reptiles,
10 sucumbían temblando, negándose a mirar el aire
del que nadie puede escapar.

11 Pues la maldad de por sí es cobarde y se condena a sí misma;
acorralada por la conciencia se imagina siempre lo peor,
12 porque el miedo no es otra cosa
que la renuncia a los auxilios que da la reflexión;
13 siendo menor la esperanza,
más grave se le hace la causa de la tortura.
14 Durante aquella noche insoportable,
salida de los rincones del impotente Abismo,
mientras dormían el mismo sueño,
15 o los perseguían monstruosos espectros,
o al darse por vencidos quedaban paralizados,
porque los invadió un miedo repentino e inesperado.
16 Así, todo el que allí caía, quienquiera que fuese,
quedaba encarcelado, recluido en una prisión sin barrotes;
17 fuese labrador o pastor u obrero que trabajara en lugares solitarios,
sufría, sorprendido, el castigo inevitable;
18 porque a todos amarraba la misma cadena de tinieblas.
El silbido del viento,
el canto melodioso de las aves en la espesura de las ramas,
la cadencia del agua fluyendo impetuosa,
19 el golpe seco de las rocas al precipitarse,
la invisible carrera de los animales retozando,
el rugido de las bestias más feroces,

---

pación de las del infierno, reservadas para los pecadores (17,21), mientras que la Ley es la luz que ilumina al mundo (18,4, cfr. Is 2,2-5).

De nuevo la Sabiduría invita al lector creyente a volver sobre su propia historia para descubrir las huellas de Dios. Aquella piensa, de acuerdo a las ideas de la época, en el castigo de los enemigos. A éste, sin embargo, a la luz del Evangelio, se le llama a la esperanza: vencer el mal a fuerza del bien.

18,5-19 Juicio de los primogénitos. Con la misma técnica que los pasajes anteriores, ahora se establece la correspondencia entre la décima plaga del Éxodo y la salida de los israelitas del país. En castigo por su decisión de matar a los primogénitos (Éx 1,22–2,10), los egipcios son condenados a perder a los suyos (Éx 11,4-6; 12,29-32), así entendieron que Israel era Hijo de Dios.

El libro del Éxodo no establece relación alguna entre estos dos acontecimientos, pero como ya se ha comprobado en otras ocasiones, la Sabiduría toma como base las narraciones antiguas, a las que suma otras tradiciones para iluminar la situación presente. Son interesantes algunos detalles, como la alusión a las promesas de los Patriarcas (6; cfr. Gn 15,13s; 46,3s), la transposición al pasado del modo de celebrar la Pascua en el s. I a.C., cuando se entonaba el «Hallel» (9; cfr Sal 113-118), o la palabra como instrumento ejecutor de los juicios divinos (15; cfr. Jr 23,29; Os 6,5).

el eco retumbante en las cavernas de los montes
los dejaba paralizados de terror.
20 El mundo entero, iluminado por una luz radiante,
se entregaba sin trabas a sus tareas;
21 sobre ellos solos se cernía una noche agobiante,
imagen de las tinieblas que los esperaba.
Pero ellos eran para sí mismos más insoportables que las tinieblas.

18 1 Tus santos, en cambio, tenían una luz magnífica;
los otros, que oían sus voces sin ver su figura,
los felicitaban por no haber padecido;
2 les daban las gracias
porque no se desquitaban de los malos tratos recibidos
y pedían perdón por haber estado enemistados.
3 Entonces les proporcionaste una columna de fuego
que los guiara en el viaje desconocido
y un sol inofensivo, para su viaje glorioso.
4 Los otros merecían quedarse sin luz, prisioneros de las tinieblas,
por haber tenido recluidos a tus hijos,
que iban a transmitir al mundo la luz incorruptible de tu ley.

Juicio de los primogénitos

5 Cuando decidieron matar a los niños de los santos
–y se salvó uno sólo, abandonado–,
en castigo les arrebataste sus hijos en masa,
y los eliminaste a todos juntos en las aguas enfurecidas.
6 Aquella noche se les anunció de antemano a nuestros padres
para que tuvieran ánimo,
al conocer con certeza la promesa de que se fiaban.
7 Tu pueblo esperaba ya la salvación de los justos
y la perdición de los enemigos,
8 pues con una misma acción castigabas a los adversarios
y nos honrabas llamándonos a ti.

9 Los piadosos, hijos de los buenos,
ofrecían sacrificios a escondidas
y, de común acuerdo, se imponían esta ley sagrada:
que todos los santos serían solidarios en los peligros y en los bienes,
y empezaron a entonar las alabanzas de los padres.
10 Les hacían eco los gritos destemplados de los enemigos,
y se propagaban los gritos lastimeros del duelo por sus hijos;
11 idéntico castigo sufrían el esclavo y el amo,
el hombre del pueblo y el rey padecían lo mismo;
12 todos sin distinción tenían muertos innumerables,
víctimas de la misma muerte;
los vivos no daban abasto para enterrarlos,
porque en un momento pereció lo mejor de su raza.

13 Aunque la magia los había hecho desconfiar de todo,
cuando el exterminio de los primogénitos
confesaron que el pueblo aquel era hijo de Dios.
14 Un silencio sereno lo envolvía todo, y al mediar la noche su carrera,
15 tu palabra todopoderosa se abalanzó, como guerrero implacable,
desde el trono real de los cielos al país condenado;

16 llevaba la espada afilada de tu orden terminante;
se detuvo y lo llenó todo de muerte;
pisaba la tierra y tocaba el cielo.
17 Entonces, de repente, los sobresaltaron terribles pesadillas,
los asaltaron temores imprevistos;
18 tirados, medio muertos, cada uno por su lado,
manifestaban la causa de su muerte;
19 pues sus sueños turbulentos los habían prevenido,
para que no perecieran sin conocer el motivo de su desgracia.

Expiación

20 También a los justos los alcanzó la prueba de la muerte
y en el desierto tuvo lugar una gran matanza,
pero no duró mucho la ira;
21 porque un varón intachable se lanzó en su defensa,
manejando las armas de su ministerio:
la oración y el incienso expiatorio;
hizo frente a la cólera y puso fin a la catástrofe,
demostrando ser ministro tuyo;
22 venció la indignación no a fuerza de músculos ni empuñando las armas,
sino que rindió con la palabra al que traía el castigo,
recordándole los pactos y promesas hechos a los padres.
23 Cuando ya se amontonaban los cadáveres, unos encima de otros,
se plantó en medio y atajó el golpe,
cortándole el paso hacia los que aún vivían.
24 Pues en su vestidura de tela estaba el mundo entero,
y el esplendor de los padres
en las cuatro hileras de piedras talladas,
y tu majestad en la diadema de su cabeza.
25 Ante esto, el exterminador retrocedió atemorizado;
una sola prueba de tu ira bastaba.

Juicio del Mar Rojo

19 1 Pero sobre los impíos descargó hasta el fin una ira despiadada,
porque Dios ya sabía lo que iban a hacer:
2 que los dejarían marchar y los apurarían para que se fueran,
pero luego, cambiando de parecer, los perseguirían.
3 En efecto, antes de terminar los funerales,
llorando junto a las tumbas de los muertos,
tramaron otro plan insensato,

18,20-25 Expiación. En este apartado, siguiendo el modo de exposición anterior, se recoge el relato de la plaga que los israelitas sufrieron en el desierto (Nm 16,44-50). No se está haciendo un paralelo con los egipcios, sino que, precisamente, se destaca la diferencia –la plaga no se prolongó, gracias al sacerdote Aarón–.

Es interesante la descripción de las vestiduras sacerdotales de Aarón, pues se entremezclan, por un lado, la tradición bíblica –por ejemplo, «las cuatro hileras de piedras talladas» simbolizaban las tribus o los patriarcas –Éx 28,15-21; y la «diadema» la grandeza de la dignidad sacerdotal (Éx 28,36)–, y por otro lado, la tradición judía –para ésta la túnica era el cielo, el ceñidor el océano y los broches de los hombros el sol y la luna–.

La historia del pueblo bíblico está llena de fracasos e infidelidades. Lo más sorprendente es que siempre es Dios quien toma la iniciativa para que la relación se restablezca. La prueba más extraordinaria está en la entrega de su propio Hijo. Por ella el creyente reconoce que más importante aun que la justicia es la misericordia.

19,1-12 Juicio del Mar Rojo. El relato del paso del Mar Rojo (Éx 14), tantas veces recordado por la Biblia, es aquí presentado, con cierto aire apocalíptico (1), como el colmo del castigo que los egipcios sufrieron con la última plaga. Aquí se destaca cómo el paso del

y a los que habían expulsado con súplicas,
los perseguían como fugitivos.
4 Hasta este extremo los arrastró una merecida fatalidad
y los hizo olvidarse del pasado,
para que completaran con un nuevo castigo,
lo que a sus tormentos faltaba
5 y, mientras tu pueblo realizaba un viaje sorprendente,
toparan ellos con una muerte insólita.
6 Porque la creación entera, cumpliendo tus órdenes,
cambió radicalmente su naturaleza para guardar sin daño a tus hijos.
7 Se vio la nube dando sombra al campamento,
la tierra firme surgiendo donde antes había agua,
el Mar Rojo convertido en camino despejado
y el violento oleaje hecho una llanura verde;
8 por allí pasaron, en formación compacta,
los que iban protegidos por tu mano,
presenciando prodigios asombrosos.
9 Retozaban como potros y saltaban de alegría como corderos,
alabándote a ti, Señor, su libertador.
10 Aún tenían en la memoria todo lo del destierro:
cómo la tierra, y no los animales, produjo mosquitos;
cómo, en vez de especies acuáticas, el río vomitó cantidad de ranas.
11 Más tarde vieron también un nuevo modo de nacer los pájaros,
cuando, acuciados por el apetito, pidieron delicados manjares;
12 pues, para satisfacerlos, salieron codornices del mar.

Esclavizaron a unos emigrantes

13 Y a los pecadores les sobrevinieron los castigos
no sin el previo aviso de retumbantes truenos;
justamente sufrían por sus propios delitos,
por haber odiado cruelmente a los extranjeros.
14 Sí, hubo quien negó hospitalidad a unos visitantes desconocidos;
pero éstos esclavizaron a unos extranjeros que eran bienhechores.
15 Más aún: qué castigo no les tocará a aquellos
por haber recibido hostilmente a los extranjeros;
16 pero éstos, después de agasajarlos a su llegada,
cuando tenían ya los mismos derechos,
los maltrataron con trabajos inhumanos.
17 Y también los hirió la ceguera, como aquellos otros, a la puerta del justo,
cuando envueltos en una densa oscuridad,
buscaban a tientas la entrada de su casa.

Mar Rojo provocó una nueva creación; así, por ejemplo, las funciones que al principio Dios asignó a la tierra o al agua (Gn 1), adquirieron nuevas formas, destacándose, de este modo, el poder del Creador favoreciendo siempre a su pueblo.

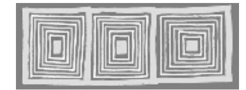
El sabio refrán popular de que cuando una puerta se cierra, Dios siempre abre otra, puede servir al creyente para hacer actual este texto. Una invitación a contemplar los milagros de Dios en las cosas cotidianas: la vida, el amor, la generosidad, etc., son también la nueva creación de Dios, capaz de renovar tantos desajustes y cosas negativas de nuestro mundo.

19,13-17 Esclavizaron a unos emigrantes. El tema desarrollado en este nuevo apartado es el de la hospitalidad –ley suprema en el Cercano Oriente–. Como base, el libro de la Sabiduría hace una comparación entre el Éxodo de los israelitas (Éx 14) y el relato de Sodoma (Gn 19). Si éstos, aun considerados los más pecadores, podrían ser exculpados por su desconocimiento de los forasteros (14a), el delito de los egipcios es mucho mayor, pues esclavizaron a Israel, que era un pueblo por ellos conocido, y mataron a sus primogénitos.

Posiblemente detrás del texto hay una alusión a la experiencia de los judíos fieles a la Ley que vivían en

Metamorfosis de la creación

18 Los elementos se armonizan entre sí,
como en el arpa los sonidos modifican la clase de ritmo,
conservando siempre el mismo tono.
Y esto es lo que puede deducirse de lo que pasó:
19 pues los seres terrestres se volvían acuáticos,
y los que nadan, se paseaban por la tierra;
20 el fuego acrecentaba su propia fuerza en el agua,
y el agua olvidaba su poder de apagar;
21 las llamas, por el contrario,
no quemaban las carnes de los débiles animales
que por allí merodeaban,
ni derretían aquella especie de manjar divino, cristalino y soluble.
22 Porque en todo, Señor, has engrandecido y glorificado a tu pueblo,
y nunca y en ningún lugar dejaste de asistirlo y socorrerlo.



Alejandría en tiempos en que fue compuesto el libro.

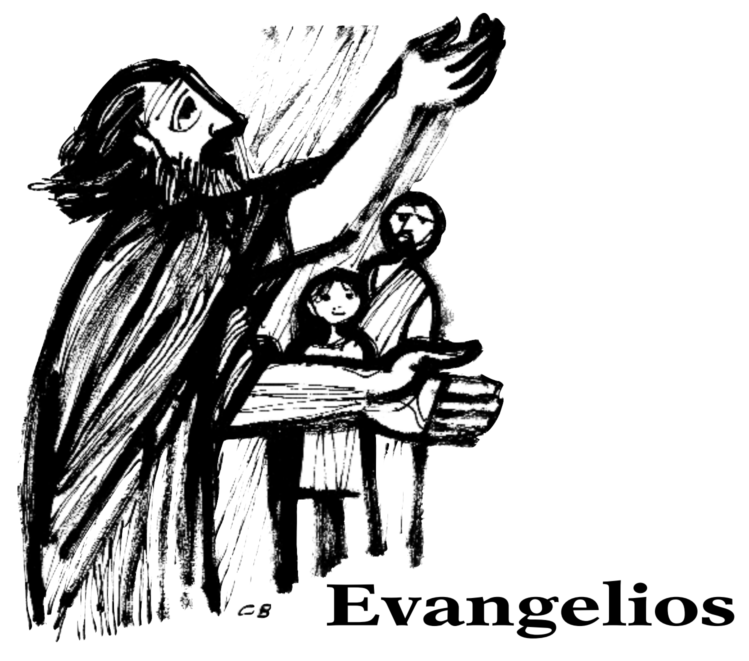
«Dios es quien guía los destinos de la historia». Es el mensaje central que hace más de dos mil años transmitía a sus contemporáneos el libro de la Sabiduría. En aquel tiempo, se expresaba como un deseo de venganza contra los enemigos. Actualmente puede ser comprendido como un mensaje de esperanza donde el mal un día será transformado en bien, la insolidaridad en compromiso y el odio en amor.

19,18-22 Metamorfosis de la creación. El último apartado del libro de la Sabiduría resulta un tanto brusco al lector actual. Algunos investigadores opinan que este final obedece a esquemas numéricos muy típicos de este tipo de escritos. Como final, sin embargo, ilustra muy bien el itinerario seguido por el libro de la Sabiduría: actualización, con la ayuda de la tradición y del pensamiento filosófico contemporáneo, de los acontecimientos del pasado del pueblo de Israel –en este caso nos encontramos con el primer intento de explicar los milagros bíblicos a la luz de la idea griega de la armonía cósmica–, para dar respuesta a la nueva situación, expresada paradigmáticamente en el último versículo.

Las últimas palabras del libro de la Sabiduría: «Porque en todo, Señor, has engrandecido y glorificado a tu pueblo, y nunca y en ningún lugar dejaste de asistirlo y socorrerlo», ¿no es, acaso, el mensaje, o la experiencia a la que estamos llamados todos los creyentes? ¿No es también nuestro compromiso?

NUEVO TESTAMENTO

BLANK PAGE 1502



Evangelios

La Buena Noticia. La palabra «evangelio» (buena noticia, en griego) no es de origen cristiano, la utilizaba el mundo greco-romano para referirse no a cualquier anuncio, sino a aquellos procedentes de la más alta instancia, por ejemplo, del emperador, y cuyas felices consecuencias afectaban a todos. Pronto los cristianos comenzaron a aplicar el término, en singular, al mensaje salvador que había traído Jesús, o a su misma persona, identificando así el mensaje con el mensajero, como hace Marcos: «El que quiera salvar su vida, la perderá; quien la pierda por mí y por la Buena Noticia, la salvará» (8,35).

Cuando el mensaje fue puesto por escrito, el «singular» se convirtió poco a poco en «plural», en referencia a las cuatro versiones que conocemos: Según Mateo, según Marcos, según Lucas y según Juan. Y así ha

llegado hasta nosotros. Los cuatro tratan de la única y buena noticia de salvación o «memoria de Jesús», pero vista y vivida desde ángulos distintos, por distintas comunidades cristianas, de la que se hicieron portavoces escritores distintos, llamados «evangelistas».

Género literario. No es posible encuadrar los evangelios en ningún género literario en uso en la cultura de entonces o de ahora. Aunque son documentos de historia no son una «historia» de Jesús.

Tampoco son «biografía» o «hagiografía» o simple «memoria» de gestas y acontecimientos pasados, aunque de todo ello tenga un poco. Son algo completamente distinto y nuevo, que crean y agotan su propio género literario.

La novedad radical que hace de los evangelios ser «documentos escritos» absolutamente únicos, consiste en que el héroe de los relatos, de los milagros, de los discursos, está vivo, y su presencia y su palabra siguen resonando y actuando en medio de la comunidad cristiana y del mundo entero, con su poder salvador. Dicho de otro modo: fueron, son y seguirán siendo hasta el final de los tiempos Palabra viva de Dios.

¿Cómo narrar como simplemente históricos los acontecimientos de una vida que terminó con la muerte, pero que la resurrección la situó en un «ahora permanente» que al mismo tiempo que abarca toda la historia humana la trasciende y la está llevando a una consumación gloriosa? Ésta es la perspectiva de fe desde la que los evangelistas componen sus relatos. Por eso también, al cabo de dos mil años, leer y meditar los evangelios no es sólo recordar un pasado, sino entrar en la realidad salvadora de un presente que nos hace vivir ya, en la esperanza las realidades prometidas del futuro.

¿Con qué fin se escribieron los evangelios? La respuesta la da Juan, el evangelista, al final de su obra: «Éste es el discípulo que da testimonio de estas cosas y lo ha escrito; y nos consta que su testimonio es verdadero» (21,24); «Éstas quedan escritas para que crean que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengan vida por medio de él» (20,31). Se escribieron para ser leídos y proclamados en la liturgia y asambleas de los creyentes, para ser anunciados a todos los hombres y mujeres de toda raza y nación.

¿Cómo se formaron los evangelios? Los cuatro evangelios nacieron de una tradición o «evangelio oral», es decir, del anuncio y la predicación de los testigos de la vida, muerte y resurrección de Jesús. Por algún tiempo fue la «palabra» el único medio de transmisión y difusión de la nueva noticia. La «cultura oral» de aquel tiempo, basada en la importancia de la memorización individual y colectiva, no precisaba de la escritura para preservar con fidelidad el mensaje de Jesús. Y así lo hicieron sus primeros seguidores tanto en la evangelización y en la catequesis, como en las oraciones e himnos de sus liturgias y celebraciones eucarísticas.



Primeras tradiciones escritas. Pronto, sin embargo, se hizo necesario poner por escrito en hebreo y arameo (lenguas locales) los principales hechos y dichos del Señor para ayuda de la catequesis, de la predicación y otros usos de las comunidades que se desarrollaban y crecían en número.

Así nacieron los primeros documentos escritos. Probablemente lo primero que se escribió fue el acontecimiento más importante de la vida de Jesús: su pasión, muerte y resurrección. Después, fueron apareciendo resúmenes o colecciones de sus milagros, de sus parábolas, de sus discursos. Este material abundante es el que pasó después a formar parte de nuestros cuatro evangelios.

Los cuatro evangelios. La rápida difusión de la comunidad cristiana fuera del ámbito religioso, cultural y lingüístico judío, necesitaba de una renovada presentación del mensaje de Jesús, adaptada e inculturizada (como diríamos hoy), que respondiera a la nueva situación de las Iglesias locales. Y aquí entra el genio literario y la creatividad de cada uno de los cuatro evangelistas. Todos escribieron en griego, la lengua más hablada en el Imperio de aquel entonces. Fue un importante esfuerzo de inculturización, pues el griego no era la lengua materna de tres de los evangelistas, y se nota. Sólo Lucas, proveniente del helenismo, manifiesta su dominio.

No fueron meros recopiladores que se limitaron a ordenar, traducir y retocar aquí y allá el material ya existente. Fueron verdaderos «autores», quienes al seleccionar, adaptar, ampliar o abreviar sus fuentes (no sólo las «escritas», sino otras «orales» en que también se inspiraron), dejaron su impronta personal, es decir, su experiencia de fe, su visión de la Iglesia y el conocimiento que tenían de las necesidades y problemas concretos de las comunidades cristianas para las que escribieron. Aunque unidas en una fe común, eran comunidades de cultura y contextos diferentes, separadas no sólo por la geografía, sino también por el tiempo. Entre el primer evangelio que se escribió (el de Marcos) y el último (el de Juan) pasaron varias décadas.

Los «evangelios sinópticos». El termino «sinóptico» (en griego: visión de conjunto) ha sido aplicado, desde hace un par de siglos a los escritos de Marcos, Mateo y Lucas, por el gran parecido que tienen entre sí, y que los distingue claramente del evangelio de Juan. Vistos «de conjunto», saltan a la vista las correspondencias mutuas y el mismo trazado básico… Y como «evangelios sinópticos», se los conoce hoy familiarmente.

En el círculo de estudiosos de la Biblia, se habla del «problema o la cuestión sinóptica», consistente en la ardua tarea de identificar las fuentes en las que se inspiraron los tres evangelistas mencionados. Lo que parece ser cierto, es que el evangelio de Marcos fue «el primero» que se escribió, sirviendo de base para los escritos de Mateo y de Lucas, los cuales no sólo incorporaron a sus respectivas obras el material de Marcos, sino que utilizaron también las primeras tradiciones escritas de los «dichos de Jesús» (hoy perdidas, llamadas simplemente «Q», del alemán «*quelle*» = fuente).

Seguramente Marcos, aparte de sus propias fuentes de información, se inspiró asimismo en esas mismas tradiciones, pero quizás por la brevedad de su escrito no hiciera uso extensivo de ellas. Mateo y Lucas completaron la labor. Estos dos evangelistas, además de las ya mencionadas, tuvieron acceso a otras tradiciones que aparecen sólo en cada uno de ellos, conocidas por las iniciales «M» y «L», de Mateo y Lucas respectivamente.

Este entramado de conexiones e influencias mutuas dan fe de la fide-



lidad a la palabra trasmitida que presidió la composición definitiva de los evangelios. El mantener intacto el depósito de la revelación fue la gran preocupación de la Iglesia primitiva como lo demuestran muchos escritos del Nuevo Testamento, especialmente las «cartas pastorales»: «Lo que me escuchaste en presencia de muchos testigos transmítelo a personas de fiar, que sean capaces de enseñárselo a otros» (2 Tim 2,2).

Evangelio de Juan. El evangelio de Juan fue el último en escribirse. Seguramente su autor supone ampliamente conocidos los «sinópticos» que circulaban ya por las comunidades, y así, quiso dar un enfoque distinto a su obra. No obstante, y solamente cuando viene al caso, utiliza tradiciones comunes.



MATEO

Contexto histórico. La obra de Mateo nos sitúa en la segunda generación cristiana. Durante varias décadas, después de la muerte y resurrección de Jesús, sus seguidores forman un grupo más –los «nazarenos»– dentro de la gran familia religiosa judía de fariseos, saduceos, zelotas, esenios y otros. Conviven con los demás grupos entre tensiones, tolerancia, indiferencia o sospecha. No faltan amagos y brotes de persecución. Así, hasta el año 70 en que sobreviene la catástrofe de Judea y Jerusalén, con la destrucción del Templo, en la guerra de los judíos contra los romanos.

De las ruinas materiales y la crisis espiritual emerge un grupo fariseo que unifica poderosamente la religiosidad bajo un férreo y normativo judaísmo, excluyendo cualquier tipo de pluralidad religiosa. De este modo, el rechazo a los cristianos o nazarenos cobra más intensidad hasta hacerse oficial en el sínodo judío de Yamnia (entre el año 85 y 90). Los judíos

cristianos son excluidos formalmente de la sinagoga y deben comenzar a caminar solos.

Destinatarios. Mateo parece escribir principalmente para estas comunidades, conscientes ya de su propia identidad. Y afirma, como «el dueño de una casa que saca de su tesoro cosas nuevas y viejas» (13,52), la continuidad y la novedad del mensaje de Jesús respecto a sus raíces judías. Continuidad, porque en Él, que es el Mesías, se cumplen las profecías y alcanza su perfección la Ley. Novedad, porque la «Buena Noticia», el «Evangelio», desborda todas las expectativas: «el vino nuevo se echa en odres nuevos» (9,17). Por eso, entre otras cosas, cita con frecuencia textos del Antiguo Testamento que se cumplen en muchos acontecimientos de la vida de Jesús, además de entroncarlo en la genealogía de David y de Abrahán (1,1).

Jesús, superior a Moisés, aprueba los mandatos de la ley judía, pero también los corrige y los lleva a plenitud proponiendo sus bienaventuranzas (5,3-10). Después del momento escatológico de su muerte, investido de plenos poderes con la resurrección, lega su enseñanza como mandamientos a sus discípulos (28,16-20): en vez de la convergencia de las naciones hacia Israel, anunciada por los profetas, promueve la propagación de la Buena Noticia para todo el mundo. En vez de la circuncisión, instaura el bautismo como signo y realidad de pertenencia al nuevo pueblo de Dios.

Autor, fecha y lugar de composición. Una tradición muy antigua atribuyó este evangelio a Mateo, el apóstol publicano (9,9). Hoy en día, sin embargo, una serie de razones convincentes sugiere que su autor fue un cristiano de la segunda generación, proveniente del judaísmo de la diáspora. Compuso su obra en griego, utilizando los materiales de Marcos –el primer evangelio que se escribió–, e inspirándose también en otra tradición escrita, hoy perdida, conocida como «documento Q».

En cuanto a la fecha de su composición, el autor tiene conocimiento de la destrucción de Jerusalén (año 70) y experimenta muy de cerca la separación de los cristianos de la sinagoga judía (85-90); por eso, muchos biblistas sugieren como fecha probable la década de los 80.

En cuanto al lugar: Antioquía, la capital de Siria, es la hipótesis más aceptada.

Un evangelio para una Iglesia que comienza a caminar. Mateo es el evangelio más conocido, preferido y citado por la tradición antigua de la Iglesia (san Ignacio de Antioquía, hacia el año 110, ya lo cita en sus cartas), y ha llegado a ser, con el paso de los tiempos, algo así como el «evangelio eclesiástico» por excelencia.

Entre las razones que avalan esta afirmación, encontramos:

Su estilo literario. Sobrio y didáctico. Claridad de composición y del desarrollo de los acontecimientos. Los relatos están cuidadosamente elaborados. Todo ello hace que sea un evangelio para ser proclamado en asamblea.



Su carácter doctrinal. Aunque no es un tratado ni un catecismo, Mateo relata los hechos y milagros de la vida de Jesús teniendo presente a una comunidad cristiana de la segunda generación que comienza ya a

organizarse y necesita ser instruida en la «nueva ley» que ha traído el Señor.

El Jesús que presenta. No es el Jesús visto con la espontaneidad del evangelio de Marcos, sino el Jesús que la fe de la comunidad vive y expresa en sus celebraciones litúrgicas: lleno de dignidad, majestuoso, y en el que se realizan las promesas de las Escrituras.

Los apóstoles. A diferencia del grupo asustadizo, terco y tardo en comprender que nos presenta Marcos sin paliativos, el retrato que nos brinda Mateo de los apóstoles es el que conviene a una comunidad que comienza a organizarse y que necesita del ejemplo, prestigio y la autoridad de sus responsables. Los apóstoles, según Mateo, a pesar de sus defectos, terminan comprendiendo las enseñanzas y las parábolas del Maestro (16,12); lo reconocen como Hijo de Dios (14,33). Cuando les habla del reinado de Dios y les pregunta si han entendido todo, ellos responden que sí, y a continuación los compara como a letrados expertos (13,51s). Más adelante los equipara a profetas, doctores y letrados (23,34). Es Mateo, también, el único de los evangelios sinópticos que nos relata el pasaje en el que Jesús confiere su autoridad y poder a Pedro, para ser base y fundamento de la Iglesia (16,18s).

El reino de Dios. Las comunidades de la segunda generación ya han comprendido que la instauración definitiva del reinado de Dios no es una realidad tan inminente, sino que les espera un largo camino por recorrer.

La Iglesia. Este reinado de Dios, en camino hacia su manifestación definitiva, ha tomado cuerpo en la comunidad cristiana, a la que Mateo llama «Iglesia», continuadora legítima del Israel histórico. Es el Israel auténtico que ha entrado ya en la etapa final. La comunidad no tiene que añorar el pasado ni renegar de él. Ahora se aglutina en su lealtad a Jesús, Mesías y Maestro, nuevo Moisés e Hijo de David. Es una comunidad consciente y organizada, en la que van cuajando normas de conducta, prácticas sacramentales y litúrgicas, y hasta una institución judicial. Una comunidad que se abre para anunciar su mensaje a judíos y paganos.

Sinopsis. Inicia el evangelio con una gran introducción: «el evangelio de la infancia», que tiene valor de relato programático sobre la falsilla de Moisés en Egipto y de ciertos anuncios proféticos (1s). Tras el bautismo (3), el cuerpo de la obra se reparte geográficamente entre el ministerio en Galilea (4–13) y en Jerusalén (14–25), donde Jesús va pronunciando sus famosos cinco discursos –a modo de un nuevo Pentateuco–: El sermón del monte (5–7), como contrafigura de la ley de Moisés; la misión presente de los apóstoles (10) que prefigura la futura; las parábolas (13) que explican cómo es el reinado de Dios; las instrucciones a la comunidad (18) y el discurso escatológico (24s). Sigue como desenlace la pasión, muerte y resurrección (26–28) sobre la falsilla del Sal 22 y otros textos del Antiguo Testamento.

Genealogía de Jesús
(cfr. Lc 3,23-38)

1 1 Genealogía de Jesucristo, hijo de
David, hijo de Abrahán:
2 Abrahán engendró a Isaac; Isaac en-
gendró a Jacob; Jacob engendró a Judá y
a sus hermanos. 3 Judá engendró, de Ta-
mar, a Fares y Zará; Fares engendró a Es-
rón; Esrón engendró a Arán. 4 Arán engen-
dró a Aminadab; Aminadab engendró a
Naasón; Naasón engendró a Salmón. 5 Sal-
món engendró, de Rajab, a Booz; Booz en-
gendró, de Rut, a Obed; Obed engendró a
Jesé. 6 Jesé engendró al rey David.
David engendró, de la mujer de Urías, a
Salomón. 7 Salomón engendró a Roboán;
Roboán engendró a Abías; Abías engendró
a Asaf. 8 Asaf engendró a Josafat; Josafat
engendró a Jorán; Jorán engendró a Ozías.
9 Ozías engendró a Joatán; Joatán engen-
dró a Acaz; Acaz engendró a Ezequías.
10 Ezequías engendró a Manasés; Manasés
engendró a Amón; Amón engendró a Jo-
sías. 11 Josías engendró a Jeconías y a sus
hermanos, en tiempos del destierro a Babi-
lonia.
12 Después del destierro a Babilonia, Je-
conías engendró a Salatiel; Salatiel engen-
dró a Zorobabel. 13 Zorobabel engendró a
Abiud; Abiud engendró a Eliacín; Eliacín
engendró a Azor. 14 Azor engendró a Sadoc;
Sadoc engendró a Aquín; Aquín engendró a
Eliud. 15 Eliud engendró a Eleazar; Eleazar
engendró a Matán; Matán engendró a Ja-
cob. 16 Jacob engendró a José, esposo de
María, de la que nació Jesús, llamado el
Mesías.
17 De este modo, todas las generaciones
de Abrahán a David son catorce; de David
hasta el destierro a Babilonia, catorce; del
destierro de Babilonia hasta el Mesías, ca-
torce.

Nacimiento de Jesús
(cfr. Lc 2,1-7)

18 El nacimiento de Jesucristo sucedió
así: su madre, María, estaba comprometida
con José, y antes del matrimonio, quedó
embarazada por obra del Espíritu Santo.
19 José, su esposo, que era un hombre jus-
to y no quería denunciarla públicamente,
pensó abandonarla en secreto.

1,1-17 Genealogía de Jesús. La genealogía nos ayuda a conocer nuestros orígenes, nuestras raíces. Para los judíos era muy importante conservar viva la memoria de sus antepasados. De esta manera, el nacimiento de Jesús queda vinculado a la historia de un pueblo, Israel; una historia cargada de promesas y esperanzas, pero también de fragilidad y de pecado. Una pequeña historia, en definitiva, que representa y de la que dependerá toda la historia humana.

Así lo ve Mateo al comenzar su evangelio con la genealogía de Jesús, elaborando artificiosamente la cadena de generaciones hasta llegar a su punto culminante: un hombre concreto, «Jesús, llamado el Mesías» (16). En Él confluyen la historia de la humanidad y la historia de las promesas de Dios, representadas por David y por Abrahán.

Pero Mateo no nos está hablando de una historia en abstracto, sino de una real y concreta, una historia de hombres y mujeres que evocan todo lo que de bueno, de frágil, de éxito y de fracaso, de dolor y de sufrimiento existe en la familia humana: patriarcas, sabios y profetas; buenos y malos gobernantes; trabajadores, campesinos, desterrados, esclavos, nativos, emigrantes y prostitutas…

¿Quién, al leer esta primera página del evangelio, se sentirá excluido de la familia de Jesús? ¿Quién no se sentirá llamado a participar de la plenitud de las promesas de Dios que se han hecho carne en un miembro de nuestra familia humana?

Al poner fin a la serie de nombres, Mateo intencionadamente no llama a María esposa de José, sino todo lo contrario: José, esposo de María.

1,18-25 Nacimiento de Jesús. La cadena de generaciones desemboca, por fin, en el último eslabón, no uno más, sino único, definitivo y extraordinario: uno nacido de una «virgen». Mateo se apoya en la promesa/profecía de Is 7,14, leída ya en un sentido especificado por la tradición judía. Mateo sigue esa tradición y la autentifica en este relato que desarrolla con total claridad: la maternidad de María no es obra de José, sino del Espíritu Santo. Así habla el texto (1,20-23), y así ha permanecido en la fe de la Iglesia.

¿Cómo reacciona José ante el acontecimiento del embarazo de María? Se dice que José era «justo» (19) y no quería difamarla repudiándola públicamente; por eso, decidió hacerlo en privado. ¿Le sorprendió ver a María embarazada? ¿Es posible que su prometida no le hiciera partícipe del acontecimiento? No es éste el drama que acongoja su corazón.

Podemos pensar que la decisión de José tiene en Mateo un sentido más profundo: se siente perplejo y desconcertado, lleno de temor reverencial ante un

20 Ya lo tenía decidido, cuando un ángel
del Señor se le apareció en sueños y le dijo:
—José, hijo de David, no temas recibir a
María como esposa tuya, pues la criatura
que espera es obra del Espíritu Santo.
21 Dará a luz un hijo, a quien llamarás Je-
sús, porque él salvará a su pueblo de sus
pecados.
22 Todo esto sucedió para que se cum-
pliera lo que el Señor había anunciado por
medio del profeta:

23 *Mira, la virgen está embarazada,*
dará a luz a un hijo
que se llamará Emanuel,
que significa: *Dios con nosotros.*

24 Cuando José se despertó del sueño,
hizo lo que el ángel del Señor le había or-
denado y recibió a María como esposa. 25 Y
sin haber mantenido relaciones dio a luz un
hijo, al cual llamó Jesús.

Homenaje de los magos
(cfr. Lc 2,8-20)

2 1 Jesús nació en Belén de Judea, en
tiempos del rey Herodes. Por enton-
ces sucedió que unos magos de oriente se
presentaron en Jerusalén 2 preguntando:
—¿Dónde está el rey de los judíos que
acaba de nacer? Vimos su estrella en el
oriente y venimos a adorarle.
3 Al oírlo, el rey Herodes comenzó a
temblar, y lo mismo que él toda Jerusalén.
4 Entonces, reuniendo a todos los sumos
sacerdotes y letrados del pueblo, les pre-
guntó en qué lugar debía nacer el Mesías.
5 Le contestaron:
—En Belén de Judea, como está escrito
por el profeta:

6 *Tú, Belén, en territorio de Judá,*
no eres ni mucho menos la última
de las poblaciones de Judá,
pues de ti saldrá un líder,
el pastor de mi pueblo Israel.

7 Entonces Herodes, llamando en secreto
a los magos, les preguntó el tiempo exacto
en que había aparecido la estrella; 8 después
los envió a Belén con este encargo:
—Averigüen con precisión lo referente al
niño y cuando lo encuentren avísenme,
para que yo también vaya a adorarle.
9 Y habiendo escuchado el encargo del
rey, se fueron. De pronto, la estrella que ha-
bían visto en oriente avanzó delante de

---

misterio que intuye pero que le desborda. La instintiva reacción de huida ante la presencia del misterio de Dios es una constante en los relatos de vocación de todos los grandes personajes del Antiguo Testamento. Y esto es probablemente lo que el evangelista quiere contarnos a través del drama humano de su relato: la «vocación de José» al servicio del misterio de la salvación.

Una vez que el ángel calma su temor, José, convertido en el padre legal del hijo de María, iniciará su misión e impondrá al futuro recién nacido un nombre, Jesús, cuyo significado resume la nueva revelación que se hará realidad en su vida, muerte y resurrección: «porque él salvará a su pueblo de sus pecados» (21). Así inicia José su vocación: encubriendo y protegiendo el misterio del «Emanuel, Dios con nosotros» (23), hasta que llegue su hora.

2,1-12 Homenaje de los magos. He aquí uno de los episodios más bellos de la infancia de Jesús, que ha cautivado y sigue cautivando la imaginación de creyentes y no creyentes, de teólogos, pintores y poetas: el homenaje de los magos. ¿Qué quiere contarnos el evangelista? ¿Un acontecimiento histórico, una leyenda, una reflexión teológica dramatizada sobre el alcance universal del nacimiento del Salvador? Quizás un poco de todo eso. Y con mente abierta debemos adentrarnos en los relatos de todo el capítulo segundo, en donde Mateo va tejiendo, a modo de presentación, el perfil de su personaje.

Desde la noche de los tiempos, la contemplación de las estrellas ha fascinado a hombres y mujeres de todas las religiones y culturas. Las estrellas les han hablado de Dios y del destino del ser humano y han leído en el cambiante mapa astral acontecimientos decisivos de la historia; han visto en la aparición de una nueva estrella el nacimiento de personajes importantes; han asignado a cada pueblo su estrella o constelación. Han soñado, esperado y rezado mirando a las estrellas.

También la cultura bíblica escudriñó en las estrellas el acontecimiento más importante hacia el que tendía toda la historia de Israel: el nacimiento del Mesías-Rey. La secta judía de Qumrán había llegado incluso a confeccionar su horóscopo. En el libro de los Números (24,17), el profeta astrólogo Balaán contempla en el firmamento cómo «avanza la constelación de Jacob y sube el cetro de Israel».

Sobre este horizonte de historia y de leyenda proyecta el evangelista esta meditación en forma de relato escenificado que contiene ya, en germen, todo lo que nos va a decir a lo largo de su evangelio: Jesús es el heredero de las promesas de Israel, pero también de la esperanza de todos los pueblos de la tierra; es el Mesías-Rey e Hijo de Dios, pero se revela en la hu-

ellos hasta detenerse sobre el lugar donde estaba el niño. 10 Al ver la estrella se llenaron de una inmensa alegría. 11 Entraron en la casa, vieron al niño con su madre, María, y postrándose le adoraron; abrieron sus tesoros y le ofrecieron como regalos: oro, incienso y mirra.

12 Después, advertidos por un sueño de que no volvieran a casa de Herodes, regresaron a su tierra por otro camino.

Huida a Egipto y matanza de inocentes

13 Cuando se fueron, un ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo:

—Levántate, toma al niño y a su madre, huye a Egipto y quédate allí hasta que te avise, porque Herodes va a buscar al niño para matarlo.

14 Se levantó, todavía de noche, tomó al niño y a su madre y partió hacia Egipto, 15 donde residió hasta la muerte de Herodes.

Así se cumplió lo que anunció el Señor por el profeta:

De Egipto llamé a mi hijo.

16 Entonces Herodes, al verse burlado por los magos, se enfureció mucho y mandó matar a todos los niños menores de dos años en Belén y sus alrededores; según el tiempo que había averiguado por los magos.

17 Así se cumplió lo que anunció el profeta Jeremías:

18 *Una voz se escucha en Ramá:*
muchos llantos y sollozos;
es Raquel que llora a sus hijos
y no quiere que la consuelen
porque ya no viven.

Regreso de Egipto

19 A la muerte de Herodes, el ángel del Señor se apareció en sueños a José en Egipto 20 y le dijo:

—Levántate, toma al niño y a su madre y regresa a Israel, pues han muerto los que atentaban contra la vida del niño.

21 Se levantó, tomó al niño y a su madre y se volvió a Israel. 22 Pero, al enterarse de que Arquelao había sucedido a su padre Herodes como rey de Judea, tuvo miedo de ir allí. Y avisado en sueños, se retiró a la provincia de Galilea 23 y se estableció en

---

milde fragilidad del niño, hijo de María; su presencia provoca el rechazo de los suyos y la aceptación de los alejados y extranjeros.

Los que, dejándolo todo, se lanzan decididamente en su búsqueda, lo encontrarán y se llenarán de la «inmensa alegría» (10) de quienes han entrado, como los magos, en el misterio de la presencia amorosa de Dios (cfr. Mt 5,12; 13,20; 13,44; Lc 1,28; 2,10; 10,20).

La liturgia de la Iglesia ha captado y expresado todo el alcance de la narración de Mateo en el nombre de la fiesta con que celebra la visita de los magos: La Epifanía –manifestación– de Jesús.

2,13-23 Huida a Egipto y matanza de inocentes – Regreso de Egipto. Historia, leyenda y teología se dan de nuevo la mano en el presente episodio con el que Mateo va a concluir su presentación de Jesús.

La crueldad sanguinaria de Herodes, que afectó al recién nacido y a su familia, es un dato histórico de aquellos tiempos turbulentos por los que atravesaba Palestina bajo la opresión del tirano. Así lo recoge el evangelista, mas no como historiador, sino como teólogo que lee la historia, la interpreta a la luz de la Palabra de Dios y después la vierte en un relato dramático de tono legendario, el instrumento literario que más se presta a la evocación simbólica y a la reflexión.

Al igual que Moisés (cfr. Éx 2,1-9), Jesús es salvado de una muerte segura a manos del tirano; como el fundador del pueblo de Israel (cfr. Éx 4,19-23), tiene que huir con su familia. La matanza de los inocentes evoca el exterminio de los niños israelitas (cfr. Éx 1,15s) y el llanto de Raquel (cfr. Jr 31,15). Su regreso de Egipto parece obedecer al mandato de Dios que ya anunció el profeta: «Desde Egipto llamé a mi hijo» (Os 11,1).

De esta forma, el evangelista nos dice que Jesús es el nuevo Moisés quien, a través de un nuevo Éxodo, llevará a su pueblo, asumiendo el exilio y la persecución, hacia una nueva y definitiva liberación. Pero no sólo a su pueblo, Israel, sino a todos los pueblos de la tierra.

Mateo insinúa esta dimensión con el nombre del lugar donde se establece y donde comenzará su vida pública: «Galilea», «el distrito de los paganos», la provincia más extranjera y más paganizada del pueblo de Dios.

La pincelada final del retrato de Jesús tiene también su intención: «será llamado Nazareno» (23), en alusión a la aldea perdida donde vivió como artesano carpintero durante años. Aunque todavía no se ha logrado identificar el texto del profeta aludido en el versículo 23, el nombre de «nazareno» era polémico y despectivo; ser de Nazaret era algo así como ser un «don nadie». El evangelista Juan lo dirá más explícitamente por boca de Natanael: «¿Acaso puede salir algo bueno de Nazaret?» (Jn 1,46).

una población llamada Nazaret, para que se cumpliera lo anunciado por los profetas:

—Será llamado Nazareno.

Juan el Bautista
(Mc 1,2-4; Lc 3,3s; cfr. Jn 1,19-23)

3 [1] En aquel tiempo se presentó Juan el
Bautista en el desierto de Judea,
[2] proclamando:

—Arrepiéntanse, que está cerca el reino de los cielos.

[3] Éste es a quien había anunciado el profeta Isaías, diciendo:

Una voz grita en el desierto:
Preparen el camino al Señor,
enderecen sus senderos.

(Mc 1,5s)

[4] Juan llevaba un manto hecho de pelos
de camello, con un cinturón de cuero en la
cintura y se alimentaba de saltamontes y
miel silvestre. [5] Acudían a él de Jerusalén,
de toda Judea y de la región del Jordán, [6] y
se hacían bautizar en el río Jordán por él,
confesando sus pecados.

(Lc 3,7-9)

[7] Al ver que muchos fariseos y saduceos
acudían a que los bautizara les dijo:

—¡Raza de víboras! ¿Quién les ha enseñado a escapar de la condena que llega?
[8] Muestren frutos de un sincero arrepentimiento
[9] y no piensen que basta con decir:
Nuestro padre es Abrahán; pues yo les digo
que de estas piedras puede sacar Dios hijos
para Abrahán. [10] El hacha ya está apoyada
en la raíz del árbol: árbol que no produzca
frutos buenos será cortado y arrojado al
fuego.

(Mc 1,7s; Lc 3,15s; cfr. Jn 1,24-28)

[11] Yo los bautizo con agua en señal de arrepentimiento; pero detrás de mí viene uno con más autoridad que yo, y yo no soy digno de quitarle sus sandalias. Él los bautizará con Espíritu Santo y fuego.

(Lc 3,17)

[12] Ya empuña la horquilla para limpiar su cosecha: reunirá el trigo en el granero, y quemará la paja en un fuego que no se apaga.

Bautismo de Jesús
(cfr. Mc 1,9-11; Lc 3,21s; Jn 1,29-34)

[13] Entonces fue Jesús desde Galilea al Jordán y se presentó a Juan para que lo bautizara.

[14] Juan se resistía diciendo:

—Soy yo quien necesito que tú me bautices, ¿y tú acudes a mí?

[15] Jesús le respondió:

—Ahora haz lo que te digo pues de este modo conviene que realicemos la justicia plena.

Ante esto Juan aceptó.

[16] Después de ser bautizado, Jesús salió
del agua y en ese momento se abrió el cielo y vio al Espíritu de Dios que bajaba como
una paloma y se posaba sobre él. [17] Se es-
cuchó una voz del cielo que decía:

—Éste es mi Hijo querido, mi predilecto.

3,1-12 Juan el Bautista. Después de varias décadas de vida oculta y anónima de Jesús, que los evangelistas dejan en el silencio, Mateo retoma su narración con una fórmula temporal genérica, con la que presenta a Juan, con el título propio de «el Bautista».

El retrato que nos hace de él es impresionante, tanto por su atuendo silvestre, dieta ascética y el lugar de su predicación, el desierto; como por la fuerza demandante de su mensaje: el arrepentimiento como cambio radical de vida y la inminencia del juicio de Dios, vengador de las injusticias. En su punto de mira están, sobre todo, los líderes religiosos y políticos del pueblo, responsables directos de la corrupción y decadencia de aquella sociedad: los fariseos y saduceos, «raza de víboras» (7). De esta manera oblicua, Mateo presenta también a estos personajes que, de ahora en adelante, serán los enemigos más acérrimos de Jesús.

Juan exige el arrepentimiento (cfr. Jr 8,6), la confesión pública de pecados (cfr. Neh 9), la enmienda (cfr. Sal 50,23; 51,15), y como señal de purificación, el bautismo. El paso por el agua recuerda el paso del Mar Rojo y del Jordán.

Ante los proyectos de la élite judía (fariseos y saduceos) se encuentra en el movimiento bautista una aguda preocupación por anunciar a todos la salvación, vista la proximidad amenazante del inminente juicio de Dios.

El Bautista es el enlace entre los profetas y Jesús: lo que los profetas vieron o entrevieron como futuro, él lo muestra ya como presente.

3,13-17 Bautismo de Jesús. La brevedad con que narra Mateo esta escena deja, aparentemente, muchas preguntas sin responder. ¿Fue Jesús discípulo de Juan? Y si lo fue, ¿qué fue lo que le motivó? Pero, sobre todo, ¿por qué se sometió, también Él, al rito simbólico de purificación?

La prueba en el desierto
(Lc 4,1-13; cfr. Mc 1,12s)

4 1 Entonces Jesús, movido por el Espíritu, se retiró al desierto para ser tentado por el Diablo.

2 Hizo un ayuno de cuarenta días con sus noches y al final sintió hambre. 3 Se acercó el Tentador y le dijo:

—Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan.

4 Él contestó:

—Está escrito:

No sólo de pan vive el hombre,
sino de toda palabra
que sale de la boca de Dios.

5 Luego el Diablo se lo llevó a la Ciudad Santa, lo colocó en la parte más alta del templo 6 y le dijo:

—Si eres Hijo de Dios, tírate abajo, pues está escrito:

Ha dado órdenes
a sus ángeles sobre ti;
te llevarán en sus manos
para que tu pie
no tropiece en la piedra.

7 Jesús respondió:

—También está escrito:

No pondrás a prueba
al Señor, tu Dios.

8 De nuevo se lo llevó el Diablo a una montaña altísima y le mostró todos los reinos del mundo en su esplendor, 9 y le dijo:

—Todo esto te lo daré si te postras para adorarme.

10 Entonces Jesús le replicó:

—¡Aléjate, Satanás! Que está escrito:

Al Señor tu Dios adorarás,
a él sólo darás culto.

11 De inmediato lo dejó el Diablo y unos ángeles vinieron a servirle.

En el relato del bautismo se narra un hecho histórico (Jesús es bautizado por Juan) con ayuda de elementos de la apocalíptica. A ella se debe la rasgadura del cielo que hace posible la aparición del Espíritu y la audición de la voz divina. Como resultado se obtiene un relato de vocación sapiencial-apocalíptica.

Con el reconocimiento por parte del Bautista de la superioridad de Jesús, Mateo aclara la relación que hubo entre Jesús y el Bautista, tanto a los discípulos de Juan que se aferraban a su memoria, como a los primeros cristianos que podían escandalizarse de este gesto de Jesús. Pero es en sus palabras enigmáticas, que acallan la reticencia del Bautista, donde hay que buscar el sentido profundo de todo el episodio: «conviene que realicemos la justicia plena» (15).

Si el rito era para otros señal de arrepentimiento, para Jesús es plenitud de la justicia. El evangelista adelanta así uno de los temas fundamentales que, junto con el reinado de Dios, va a desarrollar a lo largo de todo su evangelio. La justicia de Dios no es otra cosa que la voluntad divina de salvación gratuita ofrecida para todos, y es esto lo que Jesús llevará a su plenitud en cada palabra y en cada gesto de solidaridad y de perdón con que acogerá a los pobres, a los oprimidos y a los marginados. Bautizándose con los pecadores en el Jordán, carga sobre sus hombros solidarios todo el peso del pecado y del sufrimiento humano.

Sólo después de pasar Jesús por este bautismo del pueblo pecador se abre el cielo y el Padre lo señala como su hijo «predilecto» y se hace explícita su misión.

El gesto bautismal de Jesús se completa con la visión celestial, en forma de estructura trinitaria, puesta de relieve por la posterior tradición cristiana: voz del Padre, presencia del Espíritu y título de Hijo. Es la segunda Epifanía, la manifestación solemne de una identidad que ya se había ido perfilando en los capítulos de la infancia. La expresión «éste es mi Hijo querido, mi predilecto» (17) es una adaptación de las palabras del Señor dirigidas al Siervo (cfr. Is 42,1), figura misteriosa que, aunque inocente, sufre por su pueblo. Y así, al gesto de Jesús se une la palabra del Padre para indicarnos que este Hijo es también el Siervo sufriente de Dios.

4,1-11 La prueba en el desierto. Mateo nos ofrece a continuación uno de los episodios más impresionantes del Nuevo Testamento, conocido tradicionalmente como «las tentaciones de Jesús», aunque es preferible llamarlas pruebas. Literaria y teológicamente es también uno de los textos más elaborados. Sólo el artificio dramático de un relato como el presente podía decir tanto en tan pocas líneas.

Jesús acaba de ser proclamado Hijo de Dios y, como tal, va a comenzar el nuevo Éxodo que será duro y doloroso. Sin embargo, antes de contarnos paso a paso el itinerario que le conducirá a la muerte, el evangelista nos presenta, como en un pórtico grandioso, la confrontación de Jesús con el enemigo, que será constante a lo largo del camino y al que vencerá: el Diablo, o la personificación de la tentación y de la prueba (cfr. Mt 12,38; 16,22; Jn 6,15; 7,3; 12,27).

Esta gran confrontación entre el proyecto del Padre, personificado por Jesús, y el anti-proyecto del «rival» («diábolos» en griego), viene escenificado en tres episodios de creciente dramatismo que se desarrollan en el escenario tradicional de la prueba en la cultura

Comienza su proclamación
(Mc 1,14s; Lc 4,14s)

12 Al saber que Juan había sido arrestado, Jesús se retiró a Galilea, 13 salió de Nazaret y se estableció en Cafarnaún, junto al lago, en territorio de Zabulón y Neftalí.

14 Así se cumplió lo anunciado por el profeta Isaías:

15 *Territorio de Zabulón*
y territorio de Neftalí,
camino del mar,
al otro lado del Jordán,
Galilea de los paganos.
16 *El pueblo que vivía en tinieblas*
vio una luz intensa,
a los que vivían
en sombras de muerte
les amaneció la luz.

17 Desde entonces comenzó Jesús a proclamar:

—¡Arrepiéntanse que está cerca el reino de los cielos!

Llama a sus primeros discípulos
(Mc 1,16-20; cfr. Lc 5,1-11; Jn 1,35-51)

18 Mientras caminaba junto al lago de Galilea, vio a dos hermanos –Simón, llamado Pedro, y Andrés, su hermano– que estaban echando una red al lago, pues eran pescadores.

19 Les dijo:

—Vengan conmigo y los haré pescadores de hombres.

20 De inmediato dejando las redes le siguieron.

21 Un trecho más adelante vio a otros dos hermanos –Santiago de Zebedeo y Juan, su

---

bíblica: el desierto, y durante 40 días, símbolo de los 40 años del éxodo de Israel. El desenlace y la victoria final tendrán una dimensión cósmica, la cúspide en una «montaña altísima» (4,8) ante el esplendor y poderío de todos los reinos de la tierra.

En cada episodio, una proposición tentadora del Diablo: el milagro fácil e injustificable; el espectáculo gratuito de efecto rápido y asegurado; y sobre todo, el poderío universal, si se somete a las reglas del juego del pretendido soberano del mundo. Y a cada tentación del rival, apoyada en una cita bíblica, el rechazo de Jesús y el compromiso de vivir solamente de la Palabra de Dios. Aunque las tres tentaciones parecen diferentes, todas van dirigidas a un único objetivo: apartar a Jesús de la voluntad del Padre, o lo que es lo mismo, poner a prueba su filiación divina.

Gracias a los elementos tomados del Antiguo Testamento, el relato sirve para salir al paso de ciertas expectativas mesiánicas corrientes en el tiempo de Jesús y que seducían también a sus seguidores. En definitiva, se trata de resaltar no sólo la misión de Jesús –el proyecto del reinado de Dios– frente al proyecto del antireino, sino también la manera concreta de anunciarlo, celebrarlo y llevarlo a la práctica.

Se confrontan también los dos tipos de mesianismos: el mesianismo davídico, fundado en el poder, en el prestigio, en las soluciones fáciles y rápidas, y el mesianismo del Siervo sufriente, que carga con los pecados de su pueblo y vive de cara a Dios y en solidaridad con los pobres y excluidos. De esta nueva forma de comprender el reinado de Dios se desprende una nueva imagen del Mesías que se espera.

A partir de la llegada del reinado de Dios es posible llevar a cabo una vida en que la obediencia a Dios nos conduzca a una relación de comunión con los demás. La desobediencia al designio de Dios se ha hecho patente en el mundo creando en la humanidad relaciones opresoras en el triple orden de lo económico (pan), político (reinos de la tierra) y religioso (milagro). Sólo su rechazo en las tentaciones hace posible un orden humano que destruya esas relaciones opresoras a partir de la existencia de un nuevo poder.

4,12-17 Comienza su proclamación. Cafarnaún, junto al lago, será su ciudad (9,1). Galilea, en un tiempo pagana o cuanto menos paganizada, lugar de encuentro de pueblos y culturas, será el escenario y la plataforma de su revelación, como en el gran oráculo de Isaías 8,23–9,1. Así comienza a cumplirse el encargo de la misión universal de predicar el Evangelio al mundo entero (28,18s).

El paralelismo entre Juan y Jesús expresa la conexión de este último con los movimientos bautistas, pero también su originalidad que lo separa en puntos clave.

La coincidencia inicial se transforma pronto en separación irreducible entre ambos. La predicación bautista de un Dios vengador de las injusticias se convierte en Jesús en propuesta de un Dios pacífico y no violento. El arrepentimiento que pide es para recibir la Buena Noticia, como pura gratuidad de Dios (4,23; 9,35). El ofrecimiento de la gracia ocupa el lugar del juicio de Dios.

Jesús sale al encuentro de la expectativa del pueblo con un anuncio que, desde el comienzo, tiene como contenido central el reinado de Dios y será desde entonces el centro de su predicación.

4,18-22 Llama a sus primeros discípulos. Jesús llama, y en esto se diferencia de los maestros de su época que eran elegidos por sus discípulos. Jesús elige a los suyos. La llamada es categórica, la respuesta, rápida e incondicional: ellos responden a su llamado, y dejándolo todo, comienzan a seguirle.

hermano– en la barca con su padre Zebe-
deo, arreglando las redes. Los llamó, 22 y
ellos inmediatamente, dejando la barca y a
su padre, le siguieron.

Resumen narrativo de la actividad de Jesús

23 Jesús recorría toda Galilea enseñan-
do en las sinagogas, proclamando la Bue-
na Noticia del reino y sanando entre el
pueblo toda clase de enfermedades y do-
lencias.
24 Su fama se difundió por toda Siria, de
modo que le traían todos los que padecían
diversas enfermedades o sufrían achaques:
endemoniados, lunáticos, paralíticos y él
los sanaba. 25 Le seguía una gran multitud
de Galilea, Decápolis, Jerusalén, Judea y
Transjordania.

Sermón del monte: las bienaventuranzas

5 1 Al ver a la multitud, subió al monte.
Se sentó y se le acercaron los dis-
cípulos. 2 Tomó la palabra y comenzó a en-
señarles del siguiente modo:

(Lc 6,20-23)

3 Felices los pobres de corazón,
porque el reino de los cielos les pertenece.
4 Felices los afligidos,
porque serán consolados.
5 Felices los desposeídos,
porque heredarán la tierra.
6 Felices los que tienen hambre y sed de justicia,
porque serán saciados.
7 Felices los misericordiosos,
porque serán tratados con misericordia.
8 Felices los limpios de corazón,
porque verán a Dios.
9 Felices los que trabajan por la paz,
porque se llamarán hijos de Dios.
10 Felices los perseguidos por causa del bien,
porque el reino de los cielos les pertenece.

Con estos rasgos se inaugura un nuevo tipo de seguimiento, el cristiano: es una vocación irresistible y vinculante, un discipulado permanente, un compartir en todo la vida y la misión del Maestro: «los haré pescadores de hombres» (19). La autoridad y el alcance del llamado de Jesús evoca al llamado del Señor a los profetas del Antiguo Testamento, en el que vocación y misión forman parte de una misma realidad, como en el caso de Jeremías (cfr. Jr 20,7s) o como, ya en el Nuevo Testamento, acontecerá con Pablo (1 Cor 9,16).

4,23-25 Resumen narrativo de la actividad de Jesús. La actividad de Jesús engloba y unifica enseñanza (7,28s; 21,23), proclamación de la Buena Noticia (10,7) y sanaciones (8,16s), afectando así totalmente al oyente.

Una Buena Noticia que sólo mire al «alma», en lugar de al hombre y a la mujer en su totalidad, no es Buena Noticia de Jesús; y así, donde Mateo dice: «toda clase de enfermedades y dolencias», debemos nosotros hoy leer también: toda opresión, injusticia, marginación, es decir, todas las enfermedades estructurales que surgen como consecuencias de un sistema económico como el actual, que excluye de la mesa, del compartir y disfrutar de los bienes de la tierra, a gran parte de la población mundial, especialmente la situada en los países pobres.

La fama de Jesús se difunde y atrae a todo el Israel histórico, con Jerusalén como capital. Atento siempre a las resonancias bíblicas de cada gesto y palabra de Jesús, el evangelista ve cumplida en la proclamación del reinado de Dios el anuncio de Isaías: «¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero… que dice a Sión: Ya reina tu Dios!» (Is 52,7; cfr. Is 61,1).

5,1-12 Sermón del monte: las bienaventuranzas. El sermón del monte (el primero de los cinco discursos programáticos de Jesús en este evangelio) es la carta magna del nuevo pueblo de Dios. Se ha de leer con el monte Sinaí y Moisés de fondo (Éx 19) para apreciar las diferencias y los contrastes.

Encabezan el discurso las ocho bienaventuranzas que constituyen el nuevo programa del reinado de Dios. Declaran: «felices los pobres», porque en ellos el reino de Dios se hace ya presente como don y como gracia en medio de nosotros. Son enunciados de valor, no mandatos como el decálogo del Sinaí; una invitación a superarse constantemente; una denuncia

11 Felices ustedes cuando los injurien, los persigan y los calumnien de todo por mi causa. 12 Alégrense y estén contentos pues la paga que les espera en el cielo es abundante. De ese mismo modo persiguieron a los profetas anteriores a ustedes.

Imagen de los discípulos: sal y luz
(Mc 9,50; Lc 14,34s)

13 Ustedes son la sal de la tierra. Si la sal se vuelve insípida, ¿con qué se le devolverá su sabor? Sólo sirve para tirarla y que la pise la gente.

14 Ustedes son la luz del mundo. No puede ocultarse una ciudad construida sobre un monte.

(Lc 11,33)

15 No se enciende una lámpara para meterla en un cajón, sino que se pone en el candelero para que alumbre a todos en la casa.

16 Brille igualmente la luz de ustedes ante los hombres, de modo que cuando ellos vean sus buenas obras, glorifiquen al Padre de ustedes que está en el cielo.

---

de mezquindades, una oferta de la misericordia de Dios y don del gozo incontenible que trae el reinado de Dios.

A diferencia de Lucas (6,20-23), cuyas bienaventuranzas van dirigidas a todos, sin distinción ni especificación, las bienaventuranzas de Mateo tienen un auditorio concreto y restringido: el grupo de los que Jesús había llamado a seguirle: «se le acercaron los discípulos… y comenzó a enseñarles del siguiente modo» (1s).

El evangelista escribe para una comunidad cristiana ya establecida, que comienza a organizarse como Iglesia y necesita profundizar en su nueva identidad de seguidora de Jesús, después de la ruptura traumática con el judaísmo, de donde procedía la mayoría y que les dejó en una situación de marginación social, cultural y religiosa. Es probable que estos hombres y mujeres fueran realmente pobres, menospreciados y perseguidos. Mateo les invita a descubrir los valores del reinado de Dios en las dificultades por las que atraviesan.

Las palabras de Jesús son, en primer lugar, una invitación a vivir la pobreza, la aflicción, el desprendimiento, el hambre y la sed de justicia como «bienaventuranzas». Y así, la pobreza material se transformará en «pobreza de corazón» o apertura confiada a la voluntad y providencia del Padre; la aflicción, en «consuelo» mesiánico, el único capaz de dar sentido al sufrimiento y a la muerte; el desprendimiento, en posesión de la «herencia» de la tierra, expresión que equivale a recibir el reinado de Dios; y el hambre y la sed de justicia, en «esperanza» del cambio radical que traerá la Buena Noticia.

Estas cuatro primeras bienaventuranzas podrían dar la impresión de una fácil y falsa espiritualización de la dura realidad humana con la esperanza pasiva de una reivindicación en un futuro reinado de Dios. Pero no es así. A estas cuatro actitudes del corazón siguen las otras cuatro bienaventuranzas del compromiso y del empeño por cambiar la realidad y hacer presente el reinado de Dios aquí y ahora: el compromiso de la misericordia y la solidaridad; el empeño de una vida honrada y limpia; el trabajo por la paz y la reconciliación; la firmeza ante la persecución.

En estas ocho bienaventuranzas Jesús indica el comienzo del reinado que ya está aconteciendo en la praxis de los pobres. Y es en la práctica de los pobres donde despunta, aunque de lejos, la nueva creación. En ellos la vida nueva del reinado se construye en torno a sus ejes básicos: posesión compartida de la tierra (4), ausencia de males que hacen sufrir y llorar (6), práctica de la justicia (6) y de la solidaridad (7), nueva experiencia de Dios (8) y de la relación filial con Él (9), que es la raíz de la verdadera fraternidad.

5,13-16 Imagen de los discípulos: sal y luz. Las breves parábolas de la sal y de la luz completan la proclamación de las bienaventuranzas y terminan el exordio del sermón del monte. Estos dos elementos tan necesarios en la vida cotidiana han entrado a formar parte del mundo simbólico de todas las religiones y culturas.

La tradición bíblica ha visto en las propiedades de la sal –dar sabor y preservar los alimentos– un símbolo de la sabiduría. Para Mateo, esta sabiduría es la Palabra de Dios, la Buena Noticia, no en abstracto, sino personificado en la vida de los creyentes: «Ustedes son la sal de la tierra» (13).

La advertencia: «si la sal se vuelve insípida» resuena quizás hoy en día con más urgencia que en otras épocas de la historia de la evangelización de la Iglesia. Nuestro mundo postmoderno, que ha dado ya la espalda a todas las ideologías, sólo reacciona ante el impacto del testimonio, y sin el testimonio de una vida cristiana seria y consecuente, la Buena Noticia se convertirá en una ideología más; habrá perdido todo su sabor.

En la misma línea se mueve la comparación de los cristianos con la luz del mundo. Más explícitamente que la sal, la luz evoca el mensaje de Jesús reflejado en la conducta diaria de sus seguidores. San Pablo dirá: «si en un tiempo eran tinieblas, ahora son luz por el Señor: vivan como hijos de la luz» (Ef 5,8). También la luz, sin el testimonio, es opaca; brilla solamente a través de las obras.

La práctica de las bienaventuranzas lleva consigo una forma de vida alternativa que necesariamente será contracultural y que generará persecuciones. Pero, incluso, o mejor, es en la persecución cuando este estilo de vida alcanza mayor plenitud de sentido.

Jesús y la Ley

17 No piensen que he venido a abolir la
ley o los profetas. No vine para abolir, sino
para cumplir. 18 Les aseguro que mientras
duren el cielo y la tierra, ni una letra, ni una
coma de la ley dejará de realizarse.
19 Por tanto, quien quebrante el más
mínimo de estos mandamientos y enseñe a
otros a hacerlo será considerado el más pe-
queño en el reino de los cielos. Pero quien
lo cumpla y lo enseñe será considerado
grande en el reino de los cielos.
20 Porque les digo que si el modo de obrar
de ustedes no supera al de los letrados y fa-
riseos, no entrarán en el reino de los cielos.

Respecto a la ofensa

21 Ustedes han oído que se dijo a los an-
tiguos: *No matarás*; el homicida responderá
ante el tribunal. 22 Pues yo les digo que todo
el que se enoje contra su hermano respon-
derá ante el tribunal. Quien llame a su her-
mano imbécil responderá ante el Consejo.
Quien lo llame estúpido incurrirá en la pena
del infierno de fuego.
23 Si mientras llevas tu ofrenda al altar te
acuerdas de que tu hermano tiene algo
contra ti, 24 deja la ofrenda delante del altar,
ve primero a reconciliarte con tu hermano
y después vuelve a llevar tu ofrenda.

(Lc 12,57-59)

25 Con quien tienes pleito busca rápi-
damente un acuerdo, mientras vas de ca-
mino con él. Si no, te entregará al juez, el
juez al comisario y te meterán en la cárcel.
26 Te aseguro que no saldrás hasta haber
pagado el último centavo.

Respecto al adulterio

27 Ustedes han oído que se dijo: *No co-
meterás adulterio.* 28 Pues yo les digo que
quien mira a una mujer deseándola ya ha
cometido adulterio con ella en su corazón.
29 Si tu ojo derecho te lleva a pecar,
sácatelo y tíralo lejos de ti. Más te vale per-

En la visión de Isaías de la ciudad irradiando luz desde lo alto y atrayendo a todos los pueblos de la tierra (60,1-3) ve el evangelista la misión universal de anunciar la Buena Noticia, encomendada a los que ya han sido iluminados por la luz de Cristo.

5,17-48 Jesús y la Ley. Jesús expone su postura frente a la Ley, la Torá. Primero, en términos genéricos, incluyendo toda la Escritura en la consabida fórmula «ley y profetas»; después, en una serie de seis contraposiciones agudamente perfiladas, encabezadas por las famosas antítesis de Mateo: «han oído que se dijo… pues yo les digo». Jesús habla con una autoridad que está por encima de la legislación antigua.

Jesús reconduce los mandamientos a su raíz y a su objetivo último: el servicio a la vida, a la justicia, al amor, a la verdad. No opone a la Ley antigua una nueva ley, sino que la transforma y la lleva hacia una radicalidad sin precedentes, rompiendo todos los moldes y criterios que han dado origen a cualquier legislación humana. En el centro de esta parte del sermón del monte está el respeto sagrado a la persona y la denuncia contra todo aquello que, aun camuflado de artificio legal, atente contra la dignidad del hombre y de la mujer.

Pero es, sobre todo, en las dos últimas antítesis donde aparece toda la revolucionaria novedad del mensaje de Jesús, el NO rotundo a la ley del Talión: «ojo por ojo, diente por diente» (38). ¿No sería utópica una sociedad sin esta ley? En realidad, la ley del Talión ha existido en todas las culturas, no sólo en la bíblica, como mecanismo para que la sociedad no se disuelva en el caos de una violencia indiscriminada. Aunque su cruda aplicación haya desaparecido prácticamente de nuestro mundo actual, la ley del Talión, por más sofisticada que se muestre en nuestros comportamientos individuales o en los códigos legales, sigue estando vigente y considerada como necesaria para asegurar una aceptable convivencia humana. Así, la violencia legalizada y más o menos controlada parece ser la única respuesta para hacer frente a todo otro tipo de violencia que amenace al individuo o a la colectividad. Un ejemplo entre tantos, es la pena de muerte.

Jesús propone la subversión de este principio porque corrompe las relaciones de las personas entre sí y con Dios. Este cambio radical sólo podrá partir de la fuerza creadora del amor y será la única respuesta que pondrá fin a toda violencia. No sólo se trata de una no violencia pasiva –«no opongan resistencia al que les hace el mal» (39)–, sino activa: «Pues yo les digo: amen a sus enemigos, oren por sus perseguidores» (44). Ésta es la utopía evangélica que propone el sermón del monte: el amor a todos, sin condiciones, tal y como es el amor de «su Padre del cielo, que hace salir su sol sobre malos y buenos y hace llover sobre justos e injustos» (45). El amor no tiene límites, como no tiene límite la perfección a la que el creyente tiene que aspirar: «sean perfectos como es perfecto el Padre de ustedes que está en el cielo» (48). Imitando de esta manera a Dios podremos crear una sociedad justa, radicalmente nueva.

Quizás tengamos que confesar tristemente que nuestro mundo no está aún preparado para que la ley evangélica del amor sustituya a la ley del Talión; pero,

der una parte de tu cuerpo que ser arrojado
entero al infierno. 30 Y si tu mano derecha te
lleva a pecar, córtatela y tírala lejos de ti.
Más te vale perder una parte de tu cuerpo
que terminar entero en el infierno.

Respecto al divorcio

31 Se dijo: *Quien repudie a su mujer que*
le dé acta de divorcio. 32 Pues yo les digo
que quien repudia a su mujer –salvo en ca-
so de concubinato– la induce a adulterio, y
quien se case con una divorciada comete
adulterio.

Respecto a los juramentos

33 Ustedes, también, han oído que se
dijo a los antiguos: *No jurarás en falso* y
cumplirás tus juramentos al Señor. 34 Pues
yo les digo que no juren en absoluto: ni por
el cielo, que es trono de Dios; 35 ni por la
tierra, que es tarima de sus pies; ni por Je-
rusalén, que es la ciudad del gran Rey; 36 ni
jures tampoco por tu cabeza, pues no pue-
des convertir en blanco o negro uno solo de
tus cabellos. 37 Que la palabra de ustedes
sea sí, sí; no, no. Lo que se añada luego
procede del Maligno.

Respecto a la venganza
(Lc 6,29s)

38 Ustedes han oído que se dijo: *Ojo por*
ojo, diente por diente. 39 Pues yo les digo
que no opongan resistencia al que les hace
el mal. Antes bien, si uno te da una bofe-
tada en [tu] mejilla derecha, ofrécele tam-
bién la otra. 40 Al que quiera ponerte pleito
para quitarte la túnica déjale también el
manto. 41 Si uno te obliga a caminar mil
pasos, haz con él dos mil. 42 Da a quien te
pide y al que te solicite dinero prestado no
lo esquives.

(Lc 6,27s.32-36)

43 Ustedes han oído que se dijo: *Amarás*
a tu prójimo y odiarás a tu enemigo. 44 Pues
yo les digo: Amen a sus enemigos, oren por
sus perseguidores. 45 Así serán hijos de su
Padre del cielo, que hace salir su sol sobre
malos y buenos y hace llover sobre justos e
injustos. 46 Si ustedes aman sólo a quienes
los aman, ¿qué premio merecen? También
hacen lo mismo los recaudadores de im-
puestos. 47 Si saludan sólo a sus hermanos,
¿qué hacen de extraordinario? También ha-
cen lo mismo los paganos.
48 Por tanto, sean perfectos como es
perfecto el Padre de ustedes que está en el
cielo.

Sobre la práctica de las obras buenas

6 1 Cuídense de hacer obras buenas en
público solamente para que los vean;
de lo contrario no serán recompensados
por su Padre del cielo.

Respecto a la limosna

2 Cuando des limosna no hagas tocar la
trompeta por delante, como hacen los hi-
pócritas en las sinagogas y en las calles
para que los alabe la gente. Les aseguro
que ya han recibido su paga.
3 Cuando tú hagas limosna, no sepa tu
mano izquierda lo que hace tu derecha;
4 de ese modo tu limosna quedará escondi-

---

precisamente porque hemos tocado fondo en los horrores de la violencia y la violencia institucionalizada está enquistada, Jesús invita apremiantemente a sus seguidores a poner en práctica la utopía del amor evangélico como humilde levadura que producirá el cambio. Mateo lo expresa con sencillez y realismo: «si uno te da una bofetada… al que quiera ponerte pleito… si uno te obliga a caminar mil pasos… a quien te pide prestado» (39-42). Las respuestas podrán parecer absurdas, pero llevan en sí el poder que cambiará el mundo.

6,1-18 Sobre la práctica de las obras buenas. Al igual que para la mayoría de las religiones de la tierra, la limosna, la oración y el ayuno eran los tres pilares de la práctica religiosa judía. Pero cuando estas prácticas se institucionalizan y se legalizan corren el riesgo de convertirse en mera rutina, superficialidad e hipocresía. Así ocurría en el contexto religioso judío donde vivían las pequeñas comunidades de Mateo que buscaban definir su identidad como cristianos.

Mateo, a través de las palabras de Jesús, les invita a purificar toda práctica religiosa a partir del espíritu evangélico como criterio de discernimiento, como hizo antes con respecto a la Ley. Y establece un principio general: las obras de piedad no deben practicarse para ganar prestigio ante los demás, posición de poder o privilegios.

Llama comediantes, hipócritas, charlatanes, a los que exhibían sus rezos y sus ofrendas al son de trompetas en las esquinas y en las plazas o desfiguraban «la cara para hacer ver a la gente que ayunan» (16). Es una crítica mordaz al eterno problema del fariseísmo,

da, y tu Padre, que ve en lo escondido, te lo pagará.

Respecto a la oración

5 Cuando ustedes oren no hagan como los hipócritas, que gustan rezar de pie en las sinagogas y en las esquinas para exhibirse a la gente. Les aseguro que ya han recibido su paga.

6 Cuando tú vayas a orar, entra en tu habitación, cierra la puerta y reza a tu Padre a escondidas. Y tu Padre, que ve en lo escondido, te lo pagará.

7 Cuando ustedes recen no sean charlatanes como los paganos, que piensan que
por mucho hablar serán escuchados. 8 No
los imiten, pues el Padre de ustedes sabe lo que necesitan antes de que se lo pidan.

El Padrenuestro

(Lc 11,2-4)

9 Ustedes oren así:
¡Padre nuestro
que estás en el cielo!
Santificado sea tu Nombre,
10 venga tu reino,
hágase tu voluntad
en la tierra como en el cielo;
11 danos hoy nuestro pan de cada día,
12 perdona nuestras ofensas
como también nosotros perdonamos
a los que nos ofenden;
13 no nos dejes caer en la tentación
y líbranos del mal.

(Mc 11,25s)

14 Pues si perdonan a los demás las ofensas, su Padre del cielo los perdonará a

---

enfermedad que puede atacar a todos, pero que se ceba especialmente en las gentes de Iglesia, «personas en riesgo», como los fariseos de su tiempo. Con razón, una de las críticas históricas a la Iglesia como institución y a sus representantes ha sido precisamente la de la ostentación, el boato, la apariencia, el culto a la imagen.

***El Padrenuestro* (9-15).** Todas las religiones tienen su oración especial, la que define su identidad y queda grabada en la memoria colectiva de sus seguidores. Para los cristianos es el Padrenuestro u oración dominical –de «dominus», «señor» en latín–, porque ha salido de los labios del Señor. Lucas (11,1) dice explícitamente que fue enseñada por Jesús a petición de los discípulos. Mateo lo deja entrever (9).

La versión que presenta Mateo es más elaborada que la de Lucas, quizás porque así se rezaba ya en las comunidades cristianas a las que dirige su evangelio. Con esta oración pedimos, agradecemos y nos renovamos. Contiene una invocación: «¡Padre nuestro que estás en el cielo!», y siete peticiones, tres en honor de Dios (su nombre, su reino, su voluntad); y cuatro a favor nuestro (nuestro pan, nuestras ofensas, nuestras tentaciones, los males que nos acechan).

La gran novedad de la oración dominical está en la primera palabra con la que comienza: «Padre», de la que surge espontáneamente y cobra verdadero sentido todo lo demás. Si bien la expresión «Padre» referida a Dios es frecuente en la tradición bíblica del Antiguo Testamento, nunca se había llegado más allá de un significado simbólico: Dios era padre del pueblo en general o se comportaba como un padre. En Jesús, el símbolo se hace realidad; Dios es realmente su padre, al que llama con el diminutivo entrañable con que los niños se dirigen a la persona que les dio la vida: «abba», «papá» en arameo. Pero no sólo es su padre, sino también nuestro padre; de cada uno en particular y de todos como familia suya y hermanos de su Hijo primogénito. Todo el Nuevo Testamento es revelación de este misterio de salvación (cfr. Rom 8,15; Ef 2,18; 3,12; Heb 10,17-20).

Aunque por razón de su cultura patriarcal los evangelistas no se atreven a llamar a Dios «madre», hoy día, libres ya de esos condicionamientos culturales, no expresaríamos adecuadamente toda la dimensión de nuestra relación filial con Dios si no nos dirigiéramos a Él/Ella como «Padre-Madre que estás en el cielo», o simplemente «Padre-Madre Dios», ya que la expresión «que estás en el cielo» es una expresión que encubre el nombre de Dios, y que el israelita, por respeto, no se atrevía a pronunciar.

Las tres primeras peticiones, tu nombre, tu reino, tu voluntad, son en realidad una sola: el deseo ardiente de que su paternidad-maternidad se haga presente eficazmente en el mundo. El nombre, el reino y la Ley son tres ejes sacados del Antiguo Testamento que expresan cómo debe ser la nueva relación con Dios.

El nombre en la tradición bíblica es sinónimo de la identidad de la persona; apelar al nombre de Dios es invocar el esplendor de su presencia activa en medio de nosotros. Es una petición de fe.

«Venga tu reino» (10) es la otra cara de la fe: el deseo y la esperanza de que el ejercicio de su poder (es decir, el reinado de Dios, tema central de la predicación de Jesús), vaya cambiando la realidad presente hasta su futura y plena transformación.

La petición «hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo» (10) no es fatalismo ni espera pasiva, sino que expresa el compromiso activo del orante, consecuencia de la fe y de la esperanza, a colaborar activamente para que el reinado de Dios se vaya haciendo realidad aquí y ahora.

Las cuatro peticiones restantes nos muestran que la

ustedes, 15 pero si no perdonan a los demás, tampoco el Padre los perdonará a ustedes.

Respecto al ayuno

16 Cuando ustedes ayunen no pongan cara triste como los hipócritas, que desfiguran la cara para hacer ver a la gente que ayunan. Les aseguro que ya han recibido su paga.
17 Cuando tú ayunes, perfúmate la cabeza y lávate la cara, 18 de modo que tu ayuno no lo vean los demás, sino tu Padre, que está escondido; y tu Padre, que ve en lo escondido, te lo pagará.

El verdadero tesoro

(cfr. Lc 12,33s)

19 No acumulen tesoros en la tierra, donde la polilla y la herrumbre los destruyen, donde los ladrones perforan paredes y roban. 20 Acumulen tesoros en el cielo, donde no roe la polilla ni destruye la herrumbre, donde los ladrones no abren brechas ni roban.
21 Pues donde está tu tesoro, allí estará también tu corazón.

Luz y tinieblas

(Lc 11,34-36)

22 La lámpara del cuerpo es el ojo: por tanto, si tu ojo está sano, todo tu cuerpo estará lleno de luz; 23 pero si tu ojo está enfermo, todo tu cuerpo estará lleno de oscuridad. Y si tu fuente de luz está a oscuras, ¡cuánta oscuridad habrá!

Dios y el dinero

(Lc 16,13)

24 Nadie puede estar al servicio de dos señores, pues odiará a uno y amará al otro o apreciará a uno y despreciará al otro. No pueden estar al servicio de Dios y del dinero.

Confianza en Dios

(Lc 12,22-31)

25 Por eso les digo que no anden angustiados por la comida [y la bebida] para conservar la vida o por la ropa para cubrir el cuerpo. ¿No vale más la vida que el alimento?, ¿el cuerpo más que la ropa?

---

relación renovada con Dios, nuestro Padre, sólo es posible en la relación renovada entre nosotros, sus hijos. De ahí que esas cuatro peticiones sean para la comunidad y se refieren a cuatro necesidades:

El orante pide a su Padre-Madre Dios la fuerza para el camino, para empezar, el alimento de cada día: «danos hoy el pan nuestro de cada día» (11). Esta expresión de Mateo deja abierta una variedad de sentidos que no se excluyen entre sí, sino que contribuyen a presentar todo el arco de las necesidades humanas: el alimento terreno, el pan del pobre y del necesitado y, sobre todo, el alimento definitivo del reinado de Dios, anticipado en el pan de la Eucaristía.

Finalmente, y dada la condición pecadora del orante, se pide el perdón de nuestras ofensas (12) con el compromiso añadido de perdonar a los que nos ofenden, el auxilio en la prueba y la protección contra el maligno.

El perdón es un punto central en la oración cristiana. Hemos traducido «perdona nuestras ofensas» por el uso litúrgico actual; pero también se podría traducir: «perdona nuestras deudas», como antiguamente se rezaba. El término «deudas» hace referencia no sólo a las ofensas, sino también a las deudas económicas. Algunos biblistas no dudan en afirmar que esto es lo que acentúa Mateo en su versión del Padrenuestro (cfr. Lc 11,4: «pecados»; no deja de ser sugerente lo que se dice en Mt 5,42).

El mal como realidad o el Maligno como causante del mal tienen en cada momento su figura histórica. Atrevernos a delimitarlo y a llamarlo por su nombre en cada coyuntura histórica es un ejercicio de discernimiento cristiano y una exigencia de la dimensión profética de nuestra fe. Así termina la oración cristiana que, en su brevedad, resume todo el evangelio.

6,19-24 El verdadero tesoro – Luz y tinieblas – Dios y el dinero. Con estas recomendaciones, Jesús desenmascara la maldad de la codicia en su raíz más profunda: la idolatría. «Mamón», dios del dinero, es rival irreconciliable del Dios de las bienaventuranzas, cuya santidad se manifiesta en el esplendor de su generosidad, como lo acaba de enseñar el Padrenuestro.

El afán y la ilusión de los discípulos de Jesús deben estar centrados en el reino, ése es su tesoro. «¡Cuánta oscuridad» (23) la que entra en el corazón del hombre o de la mujer a través del ojo cegado por la tacañería!

Jesús termina con una frase lapidaria que emplaza a los oyentes de ayer y de hoy a optar de forma radical, sin medias tintas, o por Dios o por el dinero (24).

6,25-34 Confianza en Dios. Quizás no exista otro concepto religioso en nuestra tradición cristiana que se haya prestado tanto al desconcierto, al abuso y a la manipulación, como el de la providencia de Dios. Ha servido para todo: para encubrir la falta de esfuerzo y trabajo personal y aceptar con fatalismo lo que venga; para aquietar nuestra conciencia ante la injusticia y la opresión de los pobres, esperando que la providencia se cuide de ellos. A veces llamamos instintivamente providencia a la abundancia y al bienestar, o nos sentimos apartados de ella cuando llaman a nuestras

26 Miren las aves del cielo: no siembran
ni cosechan ni recogen en graneros, y sin
embargo, el Padre del cielo las alimenta.
¿No valen ustedes más que ellas? 27 ¿Quién
de ustedes puede, por mucho que se in-
quiete, prolongar un poco su vida?
28 ¿Por qué se angustian por la ves-
timenta? Miren cómo crecen los lirios sil-
vestres, sin trabajar ni hilar. 29 Les aseguro
que ni Salomón, en el esplendor de su glo-
ria, se vistió como uno de ellos. 30 Pues si a
la hierba del campo, que hoy crece y ma-
ñana la echan al horno, Dios la viste así,
¿no los vestirá mejor a ustedes, hombres de
poca fe?
31 En conclusión, no se angustien pen-
sando: ¿qué comeremos?, ¿qué bebere-
mos?, ¿con qué nos vestiremos? 32 Todo
eso buscan ansiosamente los paganos.
Pero el Padre del cielo sabe que ustedes tie-
nen necesidad de todo aquello. 33 Busquen
primero el reino [de Dios] y su justicia, y lo
demás lo recibirán por añadidura.
34 Por eso, no se preocupen del mañana,
que el mañana se ocupará de sí. A cada día
le basta su problema.

El juicio a los demás
(Lc 6,37s)

7 1 No juzguen y no serán juzgados.
2 Del mismo modo que ustedes juz-
guen se los juzgará. La medida que usen
para medir la usarán con ustedes.

(Lc 6,41s; cfr. Jn 8,1-11)

3 ¿Por qué te fijas en la pelusa que está
en el ojo de tu hermano y no miras la viga
que hay en el tuyo? 4 ¿Cómo te atreves a
decir a tu hermano: Déjame sacarte la pe-
lusa del ojo, mientras llevas una viga en el
tuyo? 5 ¡Hipócrita!, saca primero la viga de
tu ojo y entonces podrás ver claramente
para sacar la pelusa del ojo de tu hermano.

Las cosas santas

6 No tiren las cosas santas a los perros,
ni arrojen sus perlas a los cerdos, no sea

---

puertas la penuria y el sufrimiento. En el fondo, si no sabemos a qué atenernos respecto a la providencia de Dios, es porque quizás hasta ahora no hayamos leído con seriedad el sermón del monte.

Jesús no nos explica cómo o cuándo se hace presente la providencia; simplemente nos invita a abandonarnos en manos de nuestro Padre-Madre Dios, para quien sus hijos e hijas son las criaturas más importantes de toda su creación, y así, pasar de la angustia a la confianza.

Jesús resume en una frase cuál debe ser la actitud de sus seguidores ante la providencia de Dios: «busquen ante todo el reino de Dios y su justicia» (33). El reinado se recibe como don gratuito, con la alegría y confianza de quien experimenta la paternidad-maternidad de Dios en su acción trasformadora del mundo. Pero esta justicia (salvación) de Dios invita también a la colaboración y al empeño personal y colectivo de sus seguidores con su plan salvador. La confianza lleva necesariamente al compromiso, pues nadie se compromete con una causa perdida.

Y esto es justamente lo que nos enseña esta página entrañable del evangelio: que el poder salvador de Dios, simbolizado en el esplendor y la delicada magnificencia con que trata a las aves del cielo y a las flores del campo, no va a dejar fuera del reino a sus hijos e hijas.

7,1-6 El juicio a los demás – Las cosas santas. El sermón del monte ha ido desmantelando poco a poco todas las estructuras y condicionamientos internos que aprisionan y esclavizan a la persona desde una perspectiva nueva que revoluciona la ética y todo comportamiento humano convencional: la presencia del reinado de Dios. Lo ha hecho con la ley del Talión, con el afán de poseer, con la angustia ante el mañana; ahora lo hace con el juicio contra el hermano.

Si Jesús hablara simplemente de actitudes civilizadas como la compresión o la tolerancia no habría dicho nada nuevo que no hubieran dicho ya los rabinos de su tiempo (o de todos los tiempos), quienes usaban la proporción como norma positiva de juicio: «Del mismo modo que ustedes juzguen se los juzgará» (2).

Confucio decía, quinientos años antes de Jesús, que «el hombre justo, cuando ve una cualidad en los demás, la imita; cuando ve un defecto, lo corrige en sí mismo».

Jesús cita la norma, pero para negarla, para prohibir y condenar como falso, hipócrita y farisaico todo juicio humano que no esté inspirado en la nueva justicia que ha traído el reinado de Dios. Lo ilustra mediante el proverbio que pone de relieve la desproporción hiperbólica entre la basura o la pelusa en el ojo del hermano y la viga en el ojo propio. Si la presencia del reinado de Dios entre nosotros nos ha hecho experimentar el don inmenso e impagable de su perdón y misericordia, es decir, la revelación de su justicia (salvación), todo otro juicio que no sea el de ver al prójimo en el mismo abrazo salvador del Padre, sería tan injusto y absurdo como quien se fija en la pelusa del ojo del hermano llevando una viga en el propio.

El versículo 6 rompe la unidad del contexto literario. Su interpretación no es unánime entre los biblistas. Las cosas santas y las perlas pueden referirse al

que las pisoteen y después se vuelvan con-
tra ustedes para destrozarlos.

Perseverancia en la oración
(Lc 11,9-13; cfr. Jn 14,13s)

7 Pidan y se les dará, busquen y encon-
trarán, llamen y se les abrirá, 8 porque
quien pide recibe, quien busca encuentra, a
quien llama se le abrirá.

9 ¿Quién de ustedes, si su hijo le pide
pan, le da una piedra? 10 ¿O si le pide pes-
cado, le da una culebra? 11 Pues si ustedes,
que son malos, saben dar cosas buenas a
sus hijos, ¡cuánto más dará el Padre del cie-
lo cosas buenas a los que se las pidan!

La regla de oro
(Lc 6,31)

12 Traten a los demás como quieren que
los demás los traten. En esto consiste la ley
y los profetas.

La puerta estrecha
(Lc 13,24; cfr. Sal 1)

13 Entren por la puerta estrecha; porque
es ancha la puerta y espacioso el camino
que lleva a la perdición, y son muchos los
que entran por ella. 14 ¡Qué estrecha es la
puerta!, ¡qué angosto el camino que lleva a
la vida!, y son pocos los que lo encuentran.

Todo árbol se conoce por su fruto

15 Cuídense de los falsos profetas que se
acercan disfrazados de ovejas y por dentro
son lobos rapaces.

(Lc 6,43s)

16 Por sus frutos los reconocerán. ¿Se
cosechan uvas de los espinos o higos de los
cardos? 17 Un árbol sano da frutos buenos,
un árbol enfermo da frutos malos. 18 Un ár-
bol sano no puede dar frutos malos ni un

Evangelio; mientras que perros y cerdos, animales impuros, a todos aquellos que lo rechazan.

7,7-12 Perseverancia en la oración – La regla de oro. A estas alturas del sermón del monte, el discípulo-oyente de Jesús podría sentirse sobrecogido ante los desafíos tan radicales que plantea el reinado de Dios, desafíos que aparecen como exigencias utópicas que bordean lo absurdo y desbordan toda nuestra capacidad humana de comprensión y de realización. Pues con el mismo laconismo y autoridad con que ha propuesto la nueva ley del reinado de Dios, Jesús nos viene a decir que dicha ley no se puede cumplir a través del solo esfuerzo humano, sino que se recibe gratuitamente, como don de Dios.

Pero al don debe preceder la petición del don, y no una petición puntual y coyuntural, sino de toda una vida entendida como empeño de búsqueda comprometida con el reinado, expresada en la reiteración: «pidan, busquen, llamen… porque quien pide, quien busca, a quien llama» (7s). La posible duda sobre un Dios sordo a nuestras peticiones la reduce Jesús al absurdo; sería como colocar al Padre-Madre del cielo (11) a un nivel más bajo que los padres y madres de la tierra quienes, aunque malos, saben dar cosas buenas a sus hijos.

La «regla de oro» (12) no es nueva; de una manera u otra se encuentra en el código ético de todas las religiones y culturas. En el judaísmo aparece expresada negativamente: «no hagas a otro lo que no quieres que te hagan a ti», tal como Tobías inculcaba a su hijo y los judíos enseñaban a los prosélitos de origen pagano (Tob 4,15).

El sermón del monte termina con esta regla de oro; la novedad que propone no está en que viene expresada en forma positiva: «traten a los demás…» (12); esto sería sólo cuestión de matices. Su novedad se encuentra en la perspectiva radicalmente distinta desde la que se coloca: la presencia del reinado de Dios entre nosotros, que revoluciona el comportamiento mutuo abriéndolo a la creatividad de un amor que no conoce proporciones ni límites.

7,13s La puerta estrecha. Mateo pone fin al sermón del monte con un epílogo que refleja las circunstancias difíciles de los cristianos de su tiempo, no exentas de hostilidad y persecución. Si el evangelista tiene presente a las comunidades a las que dirige su evangelio, las palabras de Jesús se dirigen a sus seguidores de todos los tiempos, para quienes profesar una vida según los valores del Evangelio es siempre ir contracorriente, contra lo social, lo político y, a veces, lo religiosamente correcto.

En tal situación hay que tomar decisiones y actuar consecuentemente. Jesús nos previene y ofrece criterios de discernimiento, usando y renovando las imágenes tradicionales del camino, el árbol y la construcción.

La puerta estrecha sigue siendo para todos los seguidores de Jesús la puerta del pobre y del excluido, la puerta por la que el mismo Jesús atravesó el umbral de la existencia humana; Él no se hizo genéricamente hombre, sino específicamente hombre pobre. En las palabras de Jesús a sus discípulos «como el Padre me ha enviado, así les envío yo» no sólo se expresa el anuncio del envío misionero, sino también la forma específica de realizar la misión como Él la llevó a cabo, por voluntad del Padre.

7,15-29 Todo árbol se conoce por su fruto – No basta decir: ¡Señor, Señor! – Roca y arena. En el Antiguo Testamento, los falsos profetas fueron la pesadilla de los auténticos profetas (cfr. Jr 23 y Ez 13, entre

árbol enfermo puede dar frutos buenos.
19 El árbol que no dé frutos buenos será
cortado y echado al fuego. 20 Así pues, por
sus frutos los reconocerán.

No basta decir: ¡Señor, Señor!
(Lc 6,46)

21 No todo el que me diga: ¡Señor, Se-
ñor!, entrará en el reino de los cielos, sino
el que haga la voluntad de mi Padre del
cielo.

(cfr. Lc 13,25-27)

22 Cuando llegue aquel día, muchos me
dirán: ¡Señor, Señor! ¿No hemos profetiza-
do en tu nombre? ¿No hemos expulsado
demonios en tu nombre? ¿No hemos hecho
milagros en tu nombre?
23 Y yo entonces les declararé: Nunca los
conocí; apártense de mí, ustedes que ha-
cen el mal.

Roca y arena
(Lc 6,47-49)

24 Así pues, quien escucha estas pala-
bras mías y las pone en práctica se parece
a un hombre prudente que construyó su
casa sobre roca. 25 Cayó la lluvia, crecieron
los ríos, soplaron los vientos y se abatieron
sobre la casa; pero no se derrumbó, porque
estaba cimentada sobre roca.
26 Quien escucha estas palabras mías y
no las pone en práctica se parece a un
hombre tonto que construyó su casa sobre
arena. 27 Cayó la lluvia, crecieron los ríos,
soplaron los vientos, golpearon la casa y
ésta se derrumbó. Fue una ruina terrible.

(Mc 1,22; Lc 4,32)

28 Cuando Jesús terminó su discurso, la
multitud estaba asombrada de su enseñan-
za; 29 porque les enseñaba con autoridad,
no como sus letrados.

Sana a un leproso
(Mc 1,40-45; Lc 5,12-16)

8 1 Cuando bajaba del monte le seguía
una gran multitud. 2 Un leproso se le
acercó, se postró ante él y le dijo:
—Señor, si quieres, puedes sanarme.
3 Él extendió la mano y le tocó diciendo:
—Lo quiero, queda sano.
Y en ese instante se sanó de la lepra.
4 Jesús le dijo:
—No se lo digas a nadie; ve a presentar-
te al sacerdote y, para que les conste, lleva
la ofrenda establecida por Moisés.

Sana al criado de un centurión
(Lc 7,1-10; cfr. Jn 4,46-54)

5 Al entrar en Cafarnaún, un centurión se
le acercó y le suplicó:
6 —Señor, mi muchacho está postrado
en casa, paralítico, y sufre terriblemente.
7 Jesús le contestó:
—Yo iré a sanarlo.

---

otros), lo mismo que los falsos doctores lo fueron de las primeras comunidades cristianas (1 Jn 2 hablará de anticristos). El criterio de discernimiento es claro: los frutos, como los que da el árbol sano.

No es cuestión de doctrina correcta, de ortodoxia, sino de ortopraxis. Jesús anatematiza a los que nunca recorrieron la senda del pobre y al final se encontraron sin los frutos del reinado: «lo que no hicieron a uno de estos más pequeños no me lo hicieron a mí» (25,45).

8,1-17 Sana a un leproso – Sana al criado de un centurión – Sana y exorciza en torno a la casa. Las sanaciones no son prueba extrínseca de una doctrina o una misión, sino que son ya la realización parcial y concreta del reino de Dios; al sanar, Jesús lo hace presente, liberando a toda la persona y a todas las personas.

Los relatos de sanación siguen con gran libertad un esquema básico: diálogo con el enfermo y efecto en los que asisten o se enteran. En primer plano se aprecia la necesidad de creer y confiar en Jesús para disponerse a su gesto liberador. Todos los relatos sinópticos suponen o conducen a una fe en Jesús; a veces Jesús mismo la pide, otras la descubre en los gestos de la gente o la suscita con sus preguntas. En ocasiones, subraya que es la fe del enfermo la que le ha sanado.

Mateo acentúa, en comparación con Marcos y Lucas, la «poca fe» de los discípulos como impedimento para comprender a Jesús, y la dificultad de realizar ciertas sanaciones que el Maestro hace. Se tiene fe en Jesús si se tiene fe en la Buena Noticia del reinado que Él anuncia y realiza. Por encima de todo, lo que Jesús pide es una fe en la irrupción de la fuerza del reinado en esas obras poderosas que lo manifiestan. Mateo subraya este camino enseñado por Jesús en varios discursos, pero también mostrado en obras, sobre todo en esas «obras poderosas» que se concentran especialmente en los capítulos 8s y repite en sus sumarios a lo largo de todo su evangelio (4,23s; 8,16; 9,35; 12,15s; 14,14.34s; 15,29s; 19,2; 21,14). Esta misma actitud debe continuar en la Iglesia, poniéndose al servicio de los pequeños y superando la «poca fe» en su Maestro y Señor (6,30; 8,26; 14,31; 16,8; 17,20).

La fuerza salvadora del reinado de Dios no tiene fronteras; por eso Jesús se acerca, en primer lugar, a

8 Pero el centurión le replicó:
—Señor, no soy digno de que entres
bajo mi techo. Basta que digas una palabra
y mi muchacho quedará sano. 9 También
yo tengo un superior y soldados a mis ór-
denes. Si le digo a éste que vaya, va; al otro
que venga, viene; a mi sirviente que haga
esto, y lo hace.
10 Al oírlo, Jesús se admiró y dijo a los
que le seguían:
—Les aseguro, que no he encontrado
una fe semejante en ningún israelita. 11 Les
digo que muchos vendrán de oriente y oc-
cidente y se sentarán con Abrahán, Isaac y
Jacob en el reino de los cielos. 12 Mientras
que los ciudadanos del reino serán expulsa-
dos a las tinieblas de fuera. Allí será el llan-
to y el crujir de dientes.
13 Al centurión, Jesús le dijo:
—Ve y que suceda como has creído.
En aquel instante [su] muchacho quedó
sano.

Sana y exorciza en torno a la casa
(Mc 1,29-34; Lc 4,38-41)

14 Entrando Jesús en casa de Pedro, vio
a su suegra acostada con fiebre. 15 La tomó
de la mano, y se le fue la fiebre; entonces
ella se levantó y se puso a servirle.
16 Al atardecer le trajeron muchos ende-
moniados. Él con una palabra expulsaba los
demonios, y todos los enfermos sanaban.
17 Así se cumplió lo anunciado por el
profeta Isaías:
Él tomó nuestras debilidades
y cargó con nuestras enfermedades.

Exigencias del seguimiento
(Lc 9,57-60)

18 Al ver Jesús la multitud que lo rodea-
ba, dio orden de atravesar el lago. 19 Enton-
ces se acercó un letrado y le dijo:
—Maestro, te seguiré adonde vayas.
20 Jesús le contestó:
—Las zorras tienen madrigueras, las

---

tres necesitados que simbolizan la marginación en aquella sociedad: los enfermos contagiosos, por su enfermedad; las mujeres, por la opresión de una cultura patriarcal; los paganos, por su exclusión del pueblo de Dios.

Jesús respeta la ley de reintegrar al leproso con un certificado otorgado por un sacerdote. Los sacerdotes examinaban, diagnosticaban y, en ciertos casos, confinaban o excluían de la vida social. Jesús, en cambio, sana, limpia y restituye a los marginados a la vida de la comunidad. Es su voluntad y tiene poder para ello.

El centurión (jefe de cien hombres del ejército romano), además de pagano, representaba a la potencia colonial de Roma; doble motivo para convertirse en una persona desdeñable. Pero por su fe entra en la nueva comunidad y se convierte en figura ejemplar: como denuncia a los que se resisten a creer («los ciudadanos del reino», el pueblo que rechaza a Jesús) y como anuncio de muchos que creerán (la incorporación de los paganos en la comunidad cristiana). El caso particular de la sanación del criado paralítico se prolonga como anuncio misionero de alcance universal (cfr. Is 2,2-5; Miq 4,1-5).

En el caso de la suegra de Pedro hay un detalle interesante: «se levantó y se puso a servirle» (15). La sanación capacita a la mujer para el servicio. ¿Está simbólicamente indicando el evangelista la dignidad recobrada de las seguidoras de Jesús y su protagonismo en la vida de las comunidades cristianas?

8,18-22 Exigencias del seguimiento. El entusiasmo suscitado por la enseñanza y los milagros no debe engañar a los que quieran seguirle. El seguimiento lleva consigo unas condiciones que el mismo Jesús va señalando progresivamente: 1. El riesgo de una vida completamente libre de cualquier atadura o seguridad y pobre, signo de contradicción, contracultural e itinerante. 2. La disponibilidad para la misión sin calcular los riesgos y en las condiciones de vida que la misión exija. 3. El seguimiento debe ser inmediato porque, una vez recibido el llamado, el camino y las exigencias del reinado de Dios no tienen espera.

Este estilo de vida viene ya sugerido, de alguna manera, en el título con que Jesús se designa a sí mismo: Hijo del Hombre. Se trata de una expresión enigmática de la profecía apocalíptica del Antiguo Testamento que veía en la aparición de este misterioso personaje de origen celestial una especie de salvador universal que llevaría a cabo los planes del señorío de Dios sobre la historia humana en un deslumbrante despliegue de poder (cfr. Dn 7,13s). Algunas tradiciones le atribuían rasgos del Mesías real y del Siervo del Señor, pero sin los sufrimientos propios de la condición humana.

Jesús se aplica el título, deja de momento en la ambigüedad su dimensión gloriosa y advierte a los que quieran seguirle con la intención de unirse al cortejo de un triunfador: «El Hijo del Hombre no tiene dónde recostar la cabeza» (20). Así responde al primero de los candidatos, un «letrado» (19) y como tal, conocedor de las Escrituras. Jesús ayuda a discernir al letrado, echando por tierra sus expectativas y sus falsas interpretaciones mesiánicas.

El segundo candidato, anónimo, quiere seguirle pero tiene que enterrar primero a su padre (21). «Primero», ésta es la palabra clave para entender la respuesta de Jesús. La petición no suponía el hecho

aves del cielo nidos, pero el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar la cabeza.
21 Otro discípulo le dijo:
—Señor, déjame primero ir a enterrar a mi padre.
22 Jesús le contestó:
—Sígueme y deja que los muertos entierren a sus muertos.

Calma una tempestad
(Mc 4,35-41; Lc 8,22-25; cfr Sal 107,21-30)

23 Cuando subía a la barca le siguieron
los discípulos. 24 De pronto se levantó tal
tempestad en el lago que las olas cubrían la embarcación, mientras tanto, él dormía.
25 Los discípulos se acercaron y lo despertaron diciendo:
—¡Señor, sálvanos, que morimos!
26 Él les dijo:
—¡Qué cobardes y hombres de poca fe son!
Se levantó, increpó a los vientos y al lago, y sobrevino una gran calma.
27 Los hombres decían asombrados:
—¿Quién es éste, que hasta los vientos y el lago le obedecen?

Exorciza en Gadara
(Mc 5,1-20; Lc 8,26-39)

28 Al llegar a la otra orilla y entrar en territorio de Gadara, fueron a su encuentro dos endemoniados salidos de los sepulcros; eran tan violentos que nadie se atrevía a
pasar por aquel camino. 29 De pronto se pu-
sieron a gritar:
—¡Hijo de Dios!, ¿qué tienes con nosotros? ¿Has venido antes de tiempo a atormentarnos?
30 A cierta distancia había una gran pia-
ra de cerdos pastando. 31 Los demonios le
suplicaron:
—Si nos expulsas, envíanos a la piara de cerdos.
32 Él les dijo:
—Vayan.
Ellos salieron y se metieron en los cerdos. La piara en masa se lanzó por un acantilado al lago y se ahogó en el agua.
33 Los pastores huyeron, llegaron al pue-
blo y contaron lo que había sucedido con
los endemoniados. 34 Toda la población sa-
lió al encuentro de Jesús y al verlo le suplicaban que se fuera de su territorio.

---

puntual de ir al funeral de su padre, sino que le permitiera permanecer en la casa hasta que vivieran sus padres. La dureza de la respuesta, tomada al pie de la letra, choca con nuestra sensibilidad y desencadena en el discípulo la tensión de una disyuntiva que le pone en guardia frente a un compromiso débil y le ayuda en el camino de su discernimiento. Lo verdaderamente «primero» es Jesús y su proyecto, el reinado de Dios; sólo si se acepta su seguimiento sin condiciones desaparece la tensión y se descubre el sentido de su respuesta paradójica; los que confinan su horizonte a esta vida mortal, que se ocupen de enterrar; ellos serán enterrados a su vez. Jesús llama a una vida nueva, a la Vida.

8,23-27 Calma una tempestad. Los discípulos que momentos antes habían manifestado una total adhesión a Jesús se sienten ahora desconcertados frente al ímpetu de la tormenta. Este relato viene a ser como una ilustración concreta del tema del seguimiento.

Dice el evangelista que cuando Jesús subía a la barca «le siguieron los discípulos» (23), es decir, comenzaron a compartir su misma suerte. Pero sin fe y confianza, el seguimiento se tambalea en las situaciones extremas donde la fidelidad al reinado de Dios exige incluso poner en juego la propia vida. Jesús denuncia la falta de fe de sus discípulos en el momento mismo de la prueba, cuando «las olas cubrían la embarcación» (24), y no después de restablecida la calma.

El que dormía en medio del vendaval se revela como Señor del mar, esa potencia caótica y levantisca que en la simbología del Antiguo Testamento Dios somete y apacigua (Sal 93; 104,6s; etc.).

El evangelista dice que «se levantó» (la misma palabra griega usada para «resucitó»), para indicar su presencia salvadora en medio de la comunidad. Éste es el mensaje de ánimo y confianza que nos transmite el relato de Mateo a los seguidores y seguidoras de Jesús cuando se hacen a la mar, rumbo a la misma misión y al mismo destino de Aquel que los llamó.

8,28-34 Exorciza en Gadara. Según la concepción de la época, el mundo de los espíritus malévolos se asocia con lo contaminado que mancha y con lo enfermo que contagia (cfr. Sal 91,6); además, su presencia en el mundo llegaría a su término al final de los tiempos (Ap 20,2s). Es con este trasfondo que debemos interpretar este pasaje.

Con su presencia y acción, Jesús va desterrando el poder demoníaco del entorno humano, empujándolo al reino de lo impuro simbolizado en los cerdos (cfr. Is 66,3.17), al abismo de la perdición (el lago o el mar). Esto es manifestación de la llegada del reino, del poder de Dios que se manifiesta liberando a la humanidad de todo tipo de posesión demoniaca, incluso más allá de los límites del pueblo elegido.

Los vecinos no saben apreciar tal liberación y su actitud contrasta con la admiración de otros ante el poder de Jesús.

Sana a un paralítico
(Mc 2,1-12; Lc 5,17-26; cfr. Jn 5,1-18)

9 1 Jesús subió a una barca, cruzó a la
otra orilla y llegó a su ciudad. 2 Le
trajeron un paralítico tendido en una cami-
lla. Al ver Jesús la fe que tenían, dijo al
paralítico:
—¡Ánimo, hijo! Tus pecados te son per-
donados.
3 Entonces algunos letrados pensaron:
Éste blasfema.
4 Jesús, conociendo sus pensamientos,
dijo:
—¿Por qué piensan mal? 5 ¿Qué es más
fácil? ¿Decir: se te perdonan tus pecados; o
decir: levántate y camina? 6 Pues, para que
sepan que el Hijo del Hombre tiene autori-
dad en la tierra para perdonar pecados, di-
rigiéndose al paralítico, le dijo: Levántate,
toma tu camilla y vete a tu casa.
7 Él se levantó y se fue a su casa. 8 La
multitud al verlo quedó atemorizada y daba
gloria a Dios por haber dado tal autoridad a
los hombres.

Llama a Mateo: comparte la mesa con pecadores
(Mc 2,13-17; Lc 5,27-32)

9 Cuando se iba de allí vio Jesús a un
hombre llamado Mateo sentado junto a la
mesa de recaudación de los impuestos. Le
dijo:
—Sígueme.
Él se levantó y le siguió.
10 Estando Jesús en casa, sentado a la
mesa, muchos recaudadores de impuestos
y pecadores llegaron y se sentaron con él y
sus discípulos. 11 Al verlo, los fariseos dije-
ron a los discípulos:
—¿Por qué su maestro come con recau-
dadores de impuestos y pecadores?
12 Él lo escuchó y contestó:
—No tienen necesidad del médico los
sanos, sino los enfermos. 13 Vayan a apren-
der lo que significa: *Misericordia quiero y*

9,1-8 Sana a un paralítico. Se trata del mismo episodio relatado por Marcos (2,1-12). Mateo esquematiza, abrevia suprimiendo detalles y hace concentrar la atención, no ya en el milagro, sino en el poder de Jesús de perdonar los pecados ante la acusación de blasfemo por parte de los letrados.

La mentalidad judía relacionaba la enfermedad con el pecado; los propios discípulos creen que la enfermedad o la desgracia son causadas por alguna culpa, propia o ajena (cfr. Jn 9,1s). Y dentro de la comunidad creyente, el pecado mayor consiste en la incapacidad de ver la acción liberadora de Dios en medio de las más desgarradoras situaciones de marginación y exclusión.

Jesús manifiesta que ha recibido el poder de sanar, pero, sobre todo, el de perdonar (atributo exclusivamente divino), que abarca todo el proyecto de su misión liberadora y llega a la raíz misma de la condición humana necesitada de salvación. La sanación del paralítico le sirve para proclamar su autoridad solemnemente, ante el escándalo de los letrados.

Con las palabras del versículo 6, centro del relato, Mateo quiere asegurar a las comunidades cristianas para las que escribe su evangelio que la autoridad de perdonar de Jesús sigue presente en y por medio de la Iglesia.

Al final, el temor y la alabanza a Dios de los presentes no es ante el milagro realizado (como en Marcos), sino «por haber dado tal autoridad a los hombres» (8).

La tarea que Jesús realizó y que por la fuerza de su Espíritu continuó en la Iglesia primera, sigue vigente hoy, tal vez bajo nuevas formas, pero siempre en continuidad con sus gestos liberadores.

9,9-13 Llama a Mateo: comparte la mesa con pecadores. Mateo, a quien el evangelio de Marcos llama Leví (2,13-16), se identifica como el pecador llamado por Jesús. La vocación de Mateo es muy significativa: Jesús elige a un recaudador de impuestos, a un publicano al servicio de Roma, potencia ocupante. Y como todos los recaudadores de impuestos, con muy mala fama ante el pueblo. Jesús le da un voto de confianza, sin pedirle confesiones públicas de conversión. Mateo («don de Dios» en hebreo) le sigue inmediatamente, dejándolo todo. La vocación es una forma de sanación; el que es llamado es perdonado. La llamada soberana de Jesús le hace pasar de la esclavitud del dinero a la libertad del seguimiento.

Jesús, asiduo comensal en la mesa del pobre y del pecador, hizo de la comida compartida con todos, sin discriminación, uno de los símbolos más expresivos de la novedad del reinado de Dios que proclamaba. De ahí el escándalo generado por su práctica de convidar o dejarse invitar por recaudadores de impuestos y pecadores, personajes mal vistos por las élites sociorreligiosas. El gesto mismo es ya un desafío a las barreras y a sus valoraciones humanas. Ante Dios todos somos iguales: pecadores necesitados de su misericordia y de su pan de vida. Como era de esperar, su reputación entre la clase social y religiosamente correcta de su tiempo cayó por los suelos.

Jesús tiene el valor de repetirlo y acepta el apelativo de «borracho y comilón», «amigo de recaudadores de impuestos y pecadores». Asimismo, utiliza las comidas como ocasión para invertir las relaciones piramidales de la sociedad, tanto por los invitados que se eligen (pobres y marginados), como por la valoración

no sacrificios. No vine a llamar a justos,
sino a pecadores.

Sobre el ayuno
(Mc 2,18-22; Lc 5,33-39; cfr. Is 58,1-12)

14 Entonces se le acercaron los discípu-
los de Juan y le preguntaron:
—¿Por qué nosotros y los fariseos ayu-
namos [mucho] mientras que tus discípulos
no ayunan?
15 Jesús les respondió:
—¿Pueden los invitados a la boda estar
tristes mientras el novio está con ellos? Lle-
gará un día en que les arrebaten el novio y
entonces ayunarán. 16 Nadie usa un trozo
de tela nueva para remendar un vestido
viejo; porque lo añadido tira del vestido y la
rotura se hace más grande. 17 Ni se echa
vino nuevo en odres viejos, pues los odres
reventarían, el vino se derramaría y los
odres se echarían a perder. El vino nuevo
se echa en odres nuevos y los dos se con-
servan.

Sana a una mujer y resucita a una niña
(Mc 5,21-43; Lc 8,40-56)

18 Mientras les explicaba eso, se le acer-
có un jefe, se postró y le dijo:
—Mi hija acaba de morir. Pero ven a im-
ponerle tu mano y ella recobrará la vida.
19 Jesús se levantó y le siguió con sus
discípulos.
20 Entre tanto, una mujer que llevaba
doce años padeciendo hemorragias, se le
acercó por detrás y le tocó el borde de su
manto. 21 Pues se decía: Con sólo tocar su
manto, quedaré sana.
22 Jesús se volvió y al verla dijo:
—¡Ten ánimo, hija! Tu fe te ha sanado.
Al instante la mujer quedó sana.
23 Jesús llegó a casa del jefe y al ver a
los flautistas y el barullo de gente, 24 dijo:

---

de los servidores. Y también utiliza la comida en común para cambiar los modos de juzgar y de actuar que marginaban a los pobres de la mesa de Dios y de los hombres.

Atendiendo a la acogida que Jesús hace de los pobres, marginados y enfermos se ha llegado a decir que a Jesús lo mataron por el modo en que comía. También se ha afirmado que la esencia del cristianismo es comer juntos.

9,14-17 Sobre el ayuno. A través de esta consulta particular sobre el ayuno se entrevé el simbolismo del Mesías esposo (cfr. Mt 22,1-14; 25,1-13). Los discípulos de Juan el Bautista continúan todavía aferrados a la vieja mentalidad, centrados en la penitencia y en una visión pesimista de la vida; no han descubierto que la fiesta del reinado de Dios ya ha comenzado.

Juan no es esposo ni Mesías (cfr. Jn 3,28s); Jesús procura suavemente, con imágenes, abrir los ojos de los discípulos del Bautista a la nueva realidad. Al mismo tiempo deja entrever el desenlace trágico: «les arrebaten el novio» (15), como arrebatan al Siervo (cfr. Is 53,8). Los amigos del novio deben sacudirse de la tristeza heredada.

Con su Buena Noticia para los pobres, Jesús les abría a todos los oprimidos y marginados por la oficialidad religiosa la puerta de la alegría. Y lo hacía sin permiso de la Ley ni de la oficialidad del Templo. Y para justificar la alegría que debía acompañar a sus seguidores, Jesús daba esta única razón: precisamente por ser pobres y oprimidos, eran «los amigos del novio».

Jesús alude a los textos del Antiguo Testamento que habían expresado la promesa de Dios de desposarse con su pueblo (Os 2,16-22). Este desposorio Él lo estaba realizando, especialmente con su opción por los pobres y marginados. Y ésta era la alegría que nadie podía arrebatarle al pobre: la de sentirse, en Jesús, amado del Padre. Y era este Dios, su Esposo, quien lo liberaba del poder de la Ley que se había adueñado hasta de su alegría.

La novedad que trae el esposo se explica en los versículos 16s con las parábolas del remiendo en el vestido viejo y del vino vertido en odres viejos. El reinado de Dios no es una reforma: lo nuevo siempre entra en conflicto con lo envejecido. Las imágenes del vino y del vestido nuevos dejaban claro que el Evangelio debía mantener su independencia, sin contaminaciones, sin alianzas que lo desnaturalizaran. Las instituciones de aquel tiempo eran para Jesús odres viejos sin resistencia y vestido viejo sin consistencia. El Evangelio y los grupos de poder eran –y deben seguir siendo– incompatibles. El mensaje evangélico no se puede manipular para ir remendando un paño ya gastado (cfr. Sal 102,27; Jr 13,7); es un vino que no puede contener instituciones envejecidas y caducas. Al igual que el judaísmo legalista y farisaico con el que se enfrentó Jesús, la mentalidad de grupos cristianos o de las instituciones eclesiales de hoy también puede convertirse en telas y odres viejos si no están convencidos de que el Evangelio no es una mera reforma de instituciones caducas, sino una alternativa de parte de Dios a lo viejo.

9,18-26 Sana a una mujer y resucita a una niña. Ambos milagros están entrelazados y se encuentran en los tres sinópticos. En ambos es decisiva la fe y el contacto con Jesús; y están unidos por la necesidad que tienen los que acuden a Jesús de ser reintegrados a la vida en toda su plenitud.

Mateo, como siempre, estiliza, resume y hace concentrar la atención del lector en lo esencial del men-

—Retírense; la muchacha no está muer-
ta, sino dormida.
Se reían de él. 25 Pero, cuando echaron a
la gente, él entró, la tomó de la mano y la
muchacha se levantó. 26 El hecho se divul-
gó por toda la región.

Sana a dos ciegos y exorciza a un mudo

27 Cuando se iba de allí, dos ciegos le se-
guían dando voces:
—¡Hijo de David, ten piedad de nosotros!
28 Al entrar en casa, se le acercaron los
ciegos y Jesús les dijo:
—¿Creen que puedo hacerlo?
Contestaron:
—Sí, Señor.
29 Él les tocó los ojos diciendo:
—Que suceda como ustedes han creído.
30 Se les abrieron los ojos, y Jesús les
advirtió:
—¡Cuidado, que nadie lo sepa!
31 Pero ellos se fueron y divulgaron su
fama por toda la región.
32 Mientras salían los ciegos, le trajeron
un mudo endemoniado. 33 Expulsó al de-
monio, y el mudo comenzó a hablar. La
multitud comentaba asombrada:
—Nunca se vio tal cosa en Israel.
34 Pero los fariseos decían:
—Expulsa demonios con el poder del
jefe de los demonios.

Resumen narrativo de la actividad de Jesús

35 Jesús recorría todas las ciudades y
pueblos, enseñando en sus sinagogas, pro-
clamando la Buena Noticia del reino y sa-
nando toda clase de enfermedades y
dolencias.

Compasión de Jesús

36 Viendo a la multitud, se conmovió por
ellos, porque estaban maltratados y abati-
dos, como ovejas sin pastor.

(Lc 10,2)

37 Entonces dijo a los discípulos:
—La cosecha es abundante, pero los
trabajadores son pocos. 38 Rueguen al due-
ño de los campos que envíe trabajadores
para su cosecha.

---

saje: por una parte, la fe del funcionario y de la mujer, y por otra, el poder de Jesús sobre la enfermedad y la muerte. Para Lucas y Marcos, la hija del funcionario estaba muy grave; para Mateo estaba muerta y, como tal, era ya un cadáver impuro, como impura era la enfermedad que padecía la mujer. El dolor de este padre y la vergüenza de esta mujer pueden ser un símbolo de todos nuestros males personales y colectivos.

9,27-34 Sana a dos ciegos y exorciza un mudo. Toda sanación puede tener un significado que va más allá del hecho físico, pero quizás sean el ciego que recobra la vista y el mudo que habla los acontecimientos milagrosos más cargados de simbolismo en la tradición bíblica. Isaías ya había anunciado que «aquel día oirán los sordos la palabra del libro, sin tinieblas ni oscuridad verán los ojos de los ciegos» (Is 29,18).

Aquel día mesiánico que contemplaba el profeta en lontananza se ha hecho presente en la persona de Jesús. Con estos milagros (diez en total en los capítulos 8s), Mateo va preparando la declaración solemne que hará Jesús a los discípulos de Juan en 11,5. El evangelista insiste en la importancia de la fe como condición necesaria para que se realicen los signos que manifiestan la llegada del reinado de Dios. La fe es precisamente el tema del diálogo que Jesús mantiene con los ciegos (28s), el ámbito donde se da el encuentro personal que sana y restablece a la persona.

La presencia del reinado de Dios, sin embargo, es y seguirá siendo signo de contradicción: mientras que la multitud de los pobres y sencillos se asombra alborozada (33, cfr. Is 29,19), los fariseos de siempre, ciegos de profesión, se confirman en su ceguera: «expulsa demonios con el poder del jefe de los demonios» (34).

9,35-38 Resumen narrativo de la activad de Jesús – Compasión de Jesús. Estos cuatro versículos sirven de intermedio, cierran una sección y abren otra.

Jesús, el Mesías, ha anunciado el comienzo del reinado de Dios con palabras y obras. Su primer discurso, el sermón del monte, ha sido confirmado por signos y milagros. El éxito de su poder liberador de toda clase de enfermedades y dolencias ha atraído a una multitud de pobres y necesitados.

Éste es el escenario donde se desarrolla la siguiente sección: la del envío misionero de los Doce, colaboradores íntimos que aprenderán en compañía de Jesús el alcance de la misión, la manera de llevarla a cabo y la iniciativa de Dios que se anticipa con el llamado. A la imagen de la pesca (4,19) se añaden la clásica del pastor (cfr. Jr 23; Sal 23; 80) y la del segador (apuntada en Sal 126).

La visión de Mateo va más allá de los pocos aldeanos y aldeanas que seguían a Jesús, calificados como una multitud (36). El horizonte de la misión de las comunidades cristianas para las que escribe el evangelio se perfilaba ya como universal, pero no una universalidad abstracta, sino concreta, al modo de la actuación del Maestro. Los destinatarios de la misericordia de Je-

Los Doce
(Mc 3,13-19; Lc 6,12-16)

10 1 Y llamando a sus doce discípulos,
les dio poder sobre los espíritus in-
mundos, para expulsarlos y para sanar toda
clase de enfermedades y dolencias.
2 Éstos son los nombres de los doce
apóstoles: primero Simón, llamado Pedro, y
Andrés su hermano; Santiago de Zebedeo y
su hermano Juan; 3 Felipe y Bartolomé; To-
más y Mateo, el recaudador de impuestos;
Santiago de Alfeo y Tadeo; 4 Simón el ca-
naneo y Judas Iscariote, el que incluso le
traicionó.

Misión de los Doce

5 A estos doce los envió Jesús con las si-
guientes instrucciones:
—No se dirijan a países de paganos, no
entren en ciudades de samaritanos; 6 vayan
más bien a las ovejas descarriadas de la
Casa de Israel. 7 Y de camino proclamen
que el reino de los cielos está cerca. 8 Sa-
nen a los enfermos, resuciten a los muer-
tos, limpien a los leprosos, expulsen a los
demonios. Gratuitamente han recibido, gra-
tuitamente deben dar.

(Lc 10,4-12)

9 No lleven en el cinturón oro ni plata ni
cobre, 10 ni provisiones para el camino ni
dos túnicas ni sandalias ni bastón. Que el
trabajador tiene derecho a su sustento.
11 Cuando entren en una ciudad o pueblo,
pregunten por alguna persona respetable y
quédense en su casa hasta que se vayan.
12 Al entrar en la casa, salúdenla invocan-
do la paz; 13 si la casa lo merece, entrará
en ella la paz; si no la merece, esa paz
retornará a ustedes. 14 Si alguien no los
recibe ni escucha el mensaje de ustedes,
al salir de aquella casa o ciudad, sa-
cúdanse el polvo de los pies. 15 Les asegu-
ro que el día del juicio Sodoma y Gomorra
serán tratadas con menos rigor que aque-
lla ciudad.

---

sús son los marginados por la sociedad, especialmente por los grupos dirigentes y religiosos: el ancho mundo de los maltratados y abatidos (36), esos hombres y mujeres de todos los tiempos ante los que Jesús siente una compasión que le conmueve las entrañas, y a los que hace destinatarios privilegiados del anuncio y de la realidad del reinado de Dios. Destinatarios privilegiados de Jesús son, sobre todo, los pobres. Aquí entran los niños, despreciados y apenas tenidos en cuenta; también la mujer, ser humano considerado de segunda clase para el pueblo judío de entonces y para tantos otros pueblos y culturas de entonces y de hoy. Ellos son los pequeños que los servidores en la comunidad eclesial deben privilegiar.

Es justamente en la opción preferencial por el pobre donde la Iglesia se juega la credibilidad de su misión, como continuadora en cada tramo de la historia del proyecto de Jesús, el reinado de Dios; así manifestará la urgencia y universalidad de su misión.

10,1-4 Los Doce. Los elegidos son doce, número que indicaba la totalidad de las tribus de Israel (19,28) y que ahora representa la universalidad del nuevo pueblo de Dios. Se anticipa el título de apóstoles, o sea, enviados. Los encabeza Pedro con su nuevo nombre de ministerio. Son de extracción y mentalidad diversos: nombres hebreos y griegos, pescadores, un recaudador de impuestos, uno perteneciente al partido político-religioso de los zelotes… Y en medio, Jesús, como centro de unidad. La tradición ha identificado a Natanael (Jn 1,45) con Bartolomé y a Leví (Mc 2,14; Lc 5,27) con Mateo (Mt 9,9). Se anticipa asimismo el destino de Judas. A este primer equipo misionero dirigirá Jesús su segundo discurso, el de la misión.

10,5-15 Misión de los Doce. Se abre el discurso con una recomendación que puede causar perplejidad a los lectores de hoy y que ha dado lugar a diversas interpretaciones: «no se dirijan a países de paganos» (5), en aparente contradicción con el gran mandato de la misión universal de 28,19: «hagan discípulos entre todos los pueblos». La comunidad cristiana a la que dirige Mateo su evangelio seguramente no vería tal contradicción, pues estaba viviendo ya, como las otras iglesias locales dispersas por el imperio romano, la realidad de una Buena Noticia abierta por igual a judíos y paganos.

Quizás haya que buscar la solución en el sentido de las palabras «ovejas descarriadas de la Casa de Israel» (6), que pueden referirse o bien a todo el pueblo de Israel o, en particular, a los pobres y marginados del pueblo, gente humilde y oprimida. Éstos eran designados en la tradición bíblica con un término específico, «el pueblo de la tierra», cargado de contenido sociológico y religioso. Por ser pobres y abandonados eran los preferidos de Dios. En este caso, Jesús estaría indicando a sus discípulos enviados a proclamar el Evangelio una clara opción por los pobres de Israel, símbolo de todos los pobres del mundo.

El versículo 7 indica que el mensaje que deben anunciar los enviados es el de Jesús, el reinado de Dios, que irrumpe en la historia con el poder de la liberación de todo mal que afecte a la persona y a la familia humana. Y, al igual que Jesús, los portadores del mensaje deben adoptar su mismo estilo de vida itine-

Advertencia de persecuciones

16 Miren, yo los envío como ovejas en
medio de lobos: sean astutos como ser-
pientes y sencillos como palomas.
(Mc 13,9; Lc 21,12s)
17 ¡Cuidado con la gente!, porque los en-
tregarán a los tribunales y los azotarán en
sus sinagogas. 18 Los harán comparecer an-
te gobernadores y reyes por mi causa, para
dar testimonio ante ellos y los paganos.

(Mc 13,11; Lc 12,11s)
19 Cuando los entreguen, no se preocu-
pen por lo que van a decir; 20 pues no serán
ustedes los que hablen, sino el Espíritu de
su Padre hablará por ustedes.

(Mc 13,12s)
21 Un hermano entregará a la muerte a su
hermano, un padre a su hijo; se rebelarán
hijos contra padres y los matarán. 22 Serán
odiados por todos a causa de mi nombre.
Quien resista hasta el final se salvará.
23 Cuando los persigan en una ciudad,
escapen a otra; les aseguro que no habrán
recorrido todas las ciudades de Israel antes
de que venga el Hijo del Hombre.

(Lc 6,40; cfr. Jn 13,16; 15,20)
24 No está el discípulo por encima del
maestro ni el sirviente por encima de su se-
ñor. 25 Al discípulo le basta ser como su
maestro y al sirviente como su señor. Si al
dueño de casa lo han llamado Belcebú,
¡cuánto más a los miembros de su casa!

Exhortación al valor

(Lc 12,2-7)
26 Por tanto no les tengan miedo. No hay
nada encubierto que no se descubra, ni es-
condido que no se divulgue. 27 Lo que les
digo de noche díganlo en pleno día; lo que
escuchen al oído grítenlo desde los techos.
28 No teman a los que matan el cuerpo y no
pueden matar el alma; teman más bien al
que puede arrojar cuerpo y alma en el in-
fierno.
29 ¿No se venden dos gorriones por po-
cas monedas? Sin embargo ni uno de ellos
cae a tierra sin permiso del Padre de uste-
des. 30 En cuanto a ustedes, hasta los pelos
de su cabeza están contados. 31 Por tanto,
no les tengan miedo, que ustedes valen
más que muchos gorriones.

Opción por Jesús

(Lc 12,8s)
32 Al que me reconozca ante la gente yo
lo reconoceré ante mi Padre del cielo.
33 Pero al que me niegue ante la gente, yo
también lo negaré ante mi Padre del cielo.

Radicalidad del seguimiento

(cfr. Lc 12,51-53)
34 No piensen que he venido a traer paz
a la tierra. No vine a traer paz, sino espada.

---

rante y pobre: no dos túnicas, ni oro ni plata para el camino, simplemente vivir al día, con el solo salario para el sustento.

Pero una Iglesia misionera pobre y comprometida con los pobres está necesariamente abocada, incluso dentro de la propia comunidad creyente, a crear problemas, a encontrar oposición, a ser signo de contradicción y a ser perseguida si es portadora de la paz y de la justicia de la Buena Noticia. Porque la paz que Mateo identifica aquí con el reinado de Dios lleva consigo la exigencia de la reconciliación entre Dios y la humanidad y de los hombres y mujeres entre sí; y esto no puede darse sin la justicia y sin la eliminación de todas las barreras que discriminan, explotan y oprimen.

10,16-33 Advertencia de persecuciones – Exhortación al valor – Opción por Jesús. Por boca de Jesús, Mateo alude a los sufrimientos y las contradicciones por las que estaban pasando sus comunidades, signo de lo que ocurrirá a todo cristiano comprometido con el Evangelio. Mateo no dramatiza retóricamente. La comparecencia ante tribunales, los azotes, los desgarros familiares después de la expulsión de la comunidad cristiana de la sociedad judía en el año 70… todo esto fue moneda corriente en aquellos tiempos fundacionales de la Iglesia (cfr. los Hechos de los Apóstoles) y lo seguirá siendo allí donde la Buena Noticia de Jesús se anuncie con valentía y sin otra alianza ni compromiso que las causas históricas de los pobres (léase la historia reciente de América Latina, cuando una parte de la Iglesia hizo una clara opción por los pobres, «por la gente de la tierra»).

Pero si esto es un discurso premonitorio de sufrimientos y contradicciones, lo es también de aliento y esperanza. Por tres veces se repite que no tengan miedo (26.28.31). La causa de la Buena Noticia no es una causa perdida, aunque a veces lo parezca; no es un proyecto humano, sino de Dios, quien dará fortaleza y confianza a los que se comprometen con ella. Él los cuida y de Él dependen el mundo y la historia. Jesús anticipó con su vida esta pasión por Dios y por su pueblo.

10,34-39 Radicalidad del seguimiento. Según el Antiguo Testamento, la razón por la que Dios se esco-

35 Vine a *enemistar a un hombre con su pa-
*dre, a la hija con su madre, a la nuera con
su suegra*; 36 *y así el hombre tendrá por ene-
migos a los de su propia casa*.

(Lc 14,26s)

37 Quien ame a su padre o a su madre
más que a mí no es digno de mí; quien ame
a su hijo o a su hija más que a mí no es dig-
no de mí. 38 Quien no tome su cruz para se-
guirme no es digno de mí.
39 Quien se aferre a la vida la perderá,
quien la pierda por mí la conservará.

Recompensas

40 El que los recibe a ustedes a mí me
recibe; quien me recibe a mí recibe al que
me envió.
41 Quien recibe a un profeta por su con-
dición de profeta tendrá paga de profeta;
quien recibe a un justo por su condición de
justo tendrá paga de justo.

(Mc 9,41)

42 Quien dé a beber un vaso de agua
fresca a uno de estos pequeños por su con-
dición de discípulo, les aseguro que no
quedará sin recompensa.

11 1 Cuando Jesús terminó de dar ins-
trucciones a los doce discípulos, se
fue de allí a enseñar y predicar por aquellas
ciudades.

Sobre Juan el Bautista

(Lc 7,18-35)

2 Juan oyó hablar en la cárcel de la acti-
vidad del Mesías y le envió este mensaje
por medio de sus discípulos:
3 —¿Eres tú el que había de venir o te-
nemos que esperar a otro?
4 Jesús respondió:
—Vayan a contar a Juan lo que ustedes
ven y oyen: 5 los ciegos recobran la vista,
los cojos caminan, los leprosos quedan lim-

---

gió un pueblo –Israel– era precisamente para lograr que alguien animara la historia en beneficio de todos los pueblos, con la justicia como norma de vida y así aniquilar la raíz del mal que está dentro del ser humano y de las estructuras de la sociedad. Ambos (individuo y sociedad) debían convertirse. En qué medida fue Israel fiel a esta vocación es lo que el Pentateuco y los Profetas tratan de contarnos.

Los partidos político-religiosos en que se dividía el pueblo (saduceos, fariseos, herodianos y zelotes), las clases socio-religiosas (sacerdotes, levitas, escribas y doctores) y las estructuras de poder (Sanedrín, sumo Sacerdocio, la guardia y los tesoros del Templo, los maestros de la Ley); todos ellos se veían directamente afectados y cuestionados por los planteamientos de Jesús. Todos los grupos de poder en tiempos de Jesús buscaban, de una u otra forma, dominar. La imagen del Mesías que el pueblo esperaba estaba también construida a partir del poder: debía ser un descendiente de la dinastía de David, un rey que le devolviera a Israel el dominio sobre las naciones extranjeras.

No es que Jesús provoque o declare la guerra, sino que su mensaje es signo de contradicción: buena noticia para los pobres y mala noticia para los poderosos y explotadores de todos los tiempos que tienen como centro de su vida el dominio; son ellos los que empuñan la espada y provocan la muerte de tantos seres humanos (cfr. Éx 5,21). La propuesta de Jesús apuntaba a destruir las raíces de ese poder. La práctica de Jesús fue una forma novedosa y alternativa de destruir el mal, proponiéndose destruir en el interior de las personas e instituciones el deseo de dominio que lo engendra.

Por el contrario, Jesús se define desde la entrega total. Entregó en la cruz su misma vida por la causa de los deshumanizados. Pero, paradójicamente, su cruz y su muerte son fuente de vida: «quien la pierda por mí la conservará» (39).

La fidelidad a Jesús ha de superar cualquier otra, incluso la familiar; porque, lejos de discriminar, dará su verdadero sentido a todas las demás fidelidades.

10,40–11,1 Recompensas. Las palabras con que se cierra el sermón de la misión hablan de la recompensa que recibirán todos aquellos que acojan a sus enviados, en clara alusión a lo que debería significar la hospitalidad para aquellos misioneros y misioneras itinerantes, acostumbrados a partir sin previo aviso, debido a la hostilidad o al simple rechazo del mensaje. Quizás indirectamente nos está informando de que, en sus comunidades, la misión no era sólo privilegio y deber de los apóstoles, sino también de los que ejercían el ministerio de profetas, de los «justos» y de los «pequeños». Cualquiera que sea el significado que tienen estos dos últimos títulos para Mateo, lo que sí parece claro es que la misión era tarea de toda la comunidad cristiana, con carismas diferentes pero con una sola misión.

11,2-19 Sobre Juan el Bautista. Juan terminó como todos los verdaderos profetas incómodos de siempre, es decir, fuera de circulación. Desde la cárcel envía a sus discípulos a preguntar a Jesús nada menos que sobre el Mesías esperado, sobre «el que había de venir» (Mal 3,1).

Cuando Mateo habla del Bautista se está siempre dirigiendo, entre líneas, al grupo de discípulos que habían permanecido fieles a la memoria de su profeta y que, décadas después, aún no acababan de decidirse

pios, los sordos oyen, los muertos resucitan, los pobres reciben la Buena Noticia;
6 y, ¡feliz el que no tropieza por mi causa!
7 Cuando se fueron, se puso Jesús a hablar de Juan a la multitud:

—¿Qué salieron a contemplar en el desierto? ¿Una caña sacudida por el viento?
8 ¿Qué salieron a ver? ¿Un hombre elegantemente vestido? Miren, los que visten elegantemente habitan en los palacios reales.
9 Entonces, ¿qué salieron a ver? ¿Un profeta? Les digo que sí, y más que profeta.
10 A éste se refiere lo que está escrito:

Mira, yo envío por delante
a mi mensajero
para que te prepare el camino.

11 Les aseguro, de los nacidos de mujer no ha surgido aún alguien mayor que Juan el Bautista. Y sin embargo, el último en el reino de los cielos es mayor que él.
12 Desde los días de Juan el Bautista hasta ahora el reino de los cielos sufre violencia, y gente violenta intenta arrebatarlo.
13 Hasta Juan todos los profetas y la ley eran profecía.
14 Y, si ustedes están dispuestos a aceptarlo, él es Elías que debía venir.
15 El que tenga oídos que escuche.
16 ¿Con qué compararé a esta generación? Son como niños sentados en la plaza que gritan a otros:

17 Hemos tocado la flauta
y no bailaron,
hemos entonado cantos fúnebres
y no hicieron duelo.

18 Vino Juan, que no comía ni bebía, y dicen: está endemoniado.
19 Vino el Hijo del Hombre, que come y bebe, y dicen: miren qué comilón y bebedor, amigo de recaudadores de impuestos y pecadores.

Pero la sabiduría se conoce por sus obras.

Recrimina a las ciudades de Galilea
(Lc 10,13-15)

20 Entonces se puso a recriminar a las ciudades donde había realizado la mayoría de sus milagros, porque no se habían arrepentido:

---

a entrar en la comunidad cristiana, quizás porque el sufrimiento y la muerte de Jesús no encajaban con la idea que ellos se habían hecho del Mesías, y por ello seguían esperando.

Jesús responde sobre su persona y su misión, no teorizando, sino señalando una praxis concreta y liberadora: los milagros y signos realizados que tienen como destinatarios al pobre y al excluido (8s), y en los que resuena el eco de las profecías (Is 35,5s; 61,11). En otros términos, el cumplimiento de las profecías confirma su misión, pero de un modo inesperado y desconcertante: una misión llevada a cabo en el compromiso personal con el pobre y el necesitado: «los ciegos recobran la vista… los pobres reciben la Buena Noticia» (5). Esto es lo que define su persona y su misión como Mesías, y no otro mesianismo fácil y triunfalista. Por eso decepcionó a todos los que veían en Él al heredero del poder de dominio de David, su padre. El signo mayor del mesianismo de Jesús, la señal de la irrupción de los tiempos mesiánicos anunciados por los profetas, es su opción por el pobre y el excluido como destinatarios y sujetos privilegiados del reinado de Dios.

Los que no estuvieron de acuerdo con la propuesta de Jesús lo asesinaron. Fue esta misión la que, en definitiva, le llevó a la muerte y produjo un escándalo permanente, tanto entre muchos judíos de aquel tiempo (incluidos los discípulos de Juan) como entre aquellos cristianos y cristianas de hoy que se siguen escandalizando de una Iglesia pobre, alejada de todo triunfalismo, de las alianzas de poder y cuya opción prioritaria de misión es el pobre y el excluido.

Del versículo 12 en adelante, Mateo anuncia la violencia que sufre el reinado de Dios. No sabemos exactamente el sentido que quiso darle el evangelista a las palabras «violencia» y «violentos», pero todas las posibles interpretaciones deberán moverse en el mismo contexto del discurso de la misión, es decir: el anuncio y la presencia del reinado de Dios es un acontecimiento tan decisivo para el cambio radical del interior de la persona y de las estructuras sociales, que no deja espacio a la neutralidad, sino que emplaza al oyente a tomar una opción definitiva.

Los que lo rechazan se oponen con violencia a sus mensajeros, como estaba sucediendo en las comunidades a las que dirige Mateo su evangelio; así también sucede hoy y sucederá siempre. Los que lo aceptan deberán hacerse violencia a sí mismos, o lo que es lo mismo, jugarse la vida por su causa, como lo hizo Jesús.

El párrafo termina con una clara alusión a una tercera actitud ante la presencia del reinado de Dios: la de los que no quieren comprometerse. Jesús lo ilustra con la cita de un fragmento curioso de juego infantil en el que reconocemos al caprichoso. Es la misma actitud del que se sienta en la barrera sin querer entrar en el juego. Los que estaban bien instalados en su conformismo religioso ni aceptaron a Juan, el penitente austero, ni a Jesús, el liberado feliz.

11,20-24 Recrimina a las ciudades de Galilea. En tono de lamentación, Jesús invita a la conversión a las ciudades con las que más se había comprometido de palabra y obra en el anuncio del reinado de Dios.

Corozaín, Betsaida y Cafarnaún habían sido testigos privilegiados de la acción misionera de Jesús y de

21 —¡Ay de ti, Corozaín, ay de ti, Betsai-
da! Porque si los milagros realizados entre
ustedes se hubiesen hecho en Tiro y Sidón,
hace tiempo habrían hecho penitencia vis-
tiéndose humildemente y cubriéndose con
ceniza. 22 Pues yo les digo que el día del jui-
cio será más llevadero para Tiro y Sidón
que para ustedes.
23 Y tú, Cafarnaún, ¿pretendes encum-
brarte hasta el cielo? Pues caerás hasta el
abismo. Porque si los milagros que se han
realizado en ti se hubiesen hecho en Sodo-
ma, esa ciudad todavía existiría. 24 Yo les
digo que el día del juicio será más liviano
para Sodoma que para ti.

El Padre y el Hijo

(Lc 10,21s)

25 En aquella ocasión Jesús tomó la pa-
labra y dijo:
—¡Te alabo, Padre, Señor del cielo y de
la tierra, porque, ocultando estas cosas a
los sabios y entendidos, se las diste a cono-
cer a la gente sencilla! 26 Sí, Padre, ésa ha
sido tu elección. 27 Todo me lo ha encomen-
dado mi Padre: nadie conoce al Hijo, sino el
Padre; nadie conoce al Padre, sino el Hijo y
aquél a quien el Hijo decida revelárselo.
28 Vengan a mí, los que están cansados
y agobiados, y yo los aliviaré. 29 Carguen
con mi yugo y aprendan de mí, que soy to-
lerante y humilde de corazón, y encontra-
rán descanso para su vida. 30 Porque mi
yugo es suave y mi carga ligera.

Jesús y el sábado

(Mc 2,23-28; Lc 6,1-5)

12 1 En cierta ocasión, Jesús atravesa-
ba unos campos de trigo en día
sábado. Sus discípulos, hambrientos, se
pusieron a arrancar espigas y comérselas.
2 Los fariseos le dijeron:
—Mira, tus discípulos están haciendo en
sábado una cosa prohibida.
3 Él les respondió:
—¿No han leído lo que hizo David y sus
compañeros cuando estaban hambrientos?
4 Entraron en la casa de Dios y comieron

---

su comunidad de seguidores. Sin embargo, el peso de las tradiciones y la autosuficiencia les impidieron captar la novedad que Jesús les comunicaba. Su responsabilidad ante el juicio de Dios será mayor en comparación con aquellas ciudades-símbolo del poder económico y de la vida pagana, Tiro, Sidón y Sodoma.

Mateo dirige estas palabras de Jesús a una comunidad cristiana siempre necesitada de conversión. Si la razón de ser de la Iglesia es estar al servicio del reinado de Dios, la conversión a los valores de su reinado debe ser la actitud de discernimiento permanente para no traicionar la misión de Jesús. Ésta es la conversión a la que están llamados, tanto los cristianos y cristianas como la Iglesia-institución, con todo lo que ella simboliza. Los dones que recibe una persona o una comunidad son para ser nuevamente donados; son a la vez don y compromiso. Cuanto más se recibe, más se tiene que dar.

11,25-30 El Padre y el Hijo. Esta corta plegaria (25) se lee también en Lc 10,21, como reacción espontánea y jubilosa de Jesús ante el resultado de la misión de los apóstoles: la gente sencilla ha recibido el anuncio y la realidad del reinado de Dios. En el mismo contexto la transcribe Mateo. Es la oración mesiánica de Jesús ante la revelación sorprendente de Dios a los desheredados de este mundo.

En una sociedad donde el prestigio era una forma de poder y de seguridad económica, la ignorancia era considerada no sólo como ausencia de conocimiento, sino como una marca sobre las personas que carecían de instrucción o enseñanza. Ya en la época de Jesús, algunos grupos consideraban «malditos» a los que no conocían la Ley en profundidad. Jesús denuncia esa falsa religiosidad. La salvación no depende de una mayor o menor pericia en la compleja interpretación bíblica, sino de la capacidad para captar el paso de Dios en la historia y de la disponibilidad para aceptar su llamado.

Junto con la transfiguración, éste es uno de los momentos culminantes del evangelio. Un gozo exultante, fruto de su experiencia de Dios como Padre, infundido por el Espíritu, se expresa en esta confesión. Jesús se transfigura e irradia luz de revelación, abriendo lo más íntimo de su espiritualidad: la predilección del Padre, su sentimiento filial y la misión que de Él ha recibido.

Jesús invita a todos los abatidos, a las personas agobiadas por los mecanismos de exclusión social y religiosa, y les propone llevar otro yugo, otra carga: el yugo de la libertad, que exige al mismo tiempo humildad y mansedumbre, es decir, honestidad personal y capacidad de diálogo y tolerancia.

El que envía con autoridad a sus seguidores a una tarea que aparentemente excede toda capacidad humana es el único capaz de hacer que esa carga y ese yugo se trasformen en experiencia de júbilo indescriptible al ver cómo el reinado de Dios se va haciendo realidad entre los pobres y los sencillos, el mismo júbilo que invadió a Jesús.

12,1-15a Jesús y el sábado. En el capítulo 12 Mateo describe la creciente hostilidad de los fariseos con-

los panes consagrados que no les estaba
permitido comer ni a él ni a sus compañe-
ros, sino solamente a los sacerdotes.
5 ¿No han leído en la ley que, en el tem-
plo y en sábado, los sacerdotes quebrantan
el reposo sin incurrir en culpa? 6 Ahora
bien, yo les digo que aquí hay alguien ma-
yor que el templo.
7 Si comprendieran lo que significa: *mi-*
sericordia quiero y no sacrificios, no conde-
narían a los inocentes. 8 Porque el Hijo del
Hombre es Señor del sábado.

(Mc 3,1-6; Lc 6,6-11)

9 Se dirigió a otro lugar y entró en su si-
nagoga. 10 Había allí un hombre que tenía
una mano paralizada. Le preguntaron, con
intención de acusarlo, si era lícito sanar en
sábado.
11 Él respondió:
—Supongamos que uno de ustedes tie-
ne una oveja y un sábado se le cae en un
pozo: ¿no la agarraría y la sacaría? 12 Aho-
ra bien, ¡cuánto más vale un hombre que
una oveja! Por tanto, está permitido en sá-
bado hacer el bien.
13 Entonces dijo al hombre:
—Extiende la mano.
Él la extendió y se le quedó tan sana
como la otra. 14 Los fariseos salieron y deli-
beraron cómo acabar con él.
15a Pero Jesús se dio cuenta y se fue de
allí.

Jesús, el Siervo de Dios

15b Le seguían muchos; sanaba a todos
16 y les pedía encarecidamente que no lo di-
vulgaran.
17 Así se cumplió lo que anunció el pro-
feta Isaías:

18 *Miren a mi siervo,*
a mi elegido, a quien prefiero.
Sobre él pondré mi Espíritu
para que anuncie
la justicia a las naciones.
19 *No gritará, no discutirá,*
no voceará por las calles.
20 *No quebrará la caña débil,*
no apagará la vela vacilante,
hasta que haga triunfar la justicia.
21 *Y en su nombre*
esperarán las naciones.

Jesús y Satanás

(Mc 3,22-27; Lc 11,14-23)

22 Entonces le llevaron un endemoniado
ciego y mudo. Él lo sanó, de modo que re-
cobró la vista y el habla. 23 La multitud
asombrada comentaba:
—¿No será éste el Hijo de David?
24 Pero los fariseos al oírlo dijeron:
—Éste expulsa demonios con el poder
de Belcebú, jefe de los demonios.

---

tra Jesús. Las controversias resultantes sirven para aclarar aspectos de su misión: el sábado (1-21), el origen de su poder taumatúrgico (22-37) y la exigencia de un signo que compruebe su misión (38-45).

En la importancia que da Mateo a estas controversias podemos leer entre líneas las dificultades por las que atravesaban las comunidades cristianas a las que dirige su evangelio ante la hostilidad de un entorno religioso dominado por la casuística y el legalismo farisaico.

Este pasaje nos presenta dos situaciones en las que Jesús se opone a le ley del sábado en beneficio de la persona: el hambre (1-8) y la enfermedad (9-14). En ambos casos, la mentalidad farisaica daba preferencia al precepto del sábado sobre la situación del enfermo y del hambriento.

El descanso sabático, que fue en su origen una institución humanitaria, se convirtió en muchos casos en una carga opresiva. Ante tal abuso, Jesús reacciona frente a las acusaciones de los fariseos con dos frases que provocaron un escándalo total: Él es «mayor que el templo» (6) y «Señor del sábado» (8).

Una de las estructuras opresoras de las que Jesús se siente libre y trata de liberar al pueblo es la estructura religiosa de la que forma parte la ley del sábado. Por eso, contravenir este precepto, aun para hacer el bien, era una provocación para la élite religiosa.

Este legalismo casuístico de los fariseos del tiempo de Jesús nos puede parecer pueril y desfasado; sin embargo, el espíritu farisaico es como un mal crónico que nos sigue afectando a personas e instituciones religiosas.

Los cristianos tendemos a absolutizar ciertas normas inmemoriales, que fueron respuestas a problemas concretos de una época. ¡Primero el reinado de Dios y luego sus añadiduras! Y así, todo culto cristiano, personal o público, desvinculado de una opción seria y comprometida por el pobre y el excluido, será un culto vacío, sin misericordia, farisaico.

12,15b-21 Jesús, el Siervo de Dios. Los enemigos de Jesús se quedan sin respuesta ante sus palabras, pero Jesús comienza a ser ya un peligro público que debe ser eliminado.

En el relato de Mateo, el versículo 14 marca el comienzo de las deliberaciones del desenlace final (cfr.

25 Él, leyendo sus pensamientos, les dijo:
—Un reino dividido internamente va a la
ruina; una ciudad o casa dividida interna-
mente no se mantiene en pie. 26 Si Satanás
expulsa a Satanás, ¿cómo se mantendrá su
reino? 27 Si yo expulso demonios con el po-
der de Belcebú, ¿con qué poder los expul-
san los discípulos de ustedes? Por eso ellos
los juzgarán. 28 Pero si yo expulso los de-
monios con el Espíritu de Dios, es que ha
llegado a ustedes el reino de Dios. 29 ¿Pue-
de alguien acaso entrar en casa de un hom-
bre fuerte y llevarse sus cosas si primero no
lo ata? Sólo así podrá saquear la casa. 30 El
que no está conmigo está contra mí. El que
no recoge conmigo desparrama.

(Mc 3,28s)

31 Por eso les digo que cualquier pecado
o blasfemia se les puede perdonar a los
hombres, pero la blasfemia contra el Es-
píritu no tiene perdón. 32 A quien diga algo
contra el Hijo del Hombre se le puede per-
donar; a quien lo diga contra el Espíritu
Santo no se le perdonará ni en el presente
ni en el futuro.

33 Planten un árbol bueno y tendrán un
fruto bueno; planten un árbol enfermo y
tendrán un fruto dañado. Pues por el fruto
conocerán al árbol.

(cfr. Lc 6,45)

34 ¡Raza de víboras! ¿Cómo podrán decir
palabras buenas si son malos? De la abun-
dancia del corazón habla la boca. 35 El
hombre bueno saca cosas buenas de su te-
soro de bondad; el hombre malo saca co-
sas malas de su tesoro de maldad.
36 Les digo que el día del juicio los hom-
bres deberán dar cuenta de cualquier pala-
bra inconsiderada que hayan dicho.
37 Porque por tus palabras te absolverán y
por tus palabras serás condenado.

La señal de Jonás
(Lc 11,29-32)

38 Entonces algunos letrados y fariseos
le dijeron:
—Maestro, queremos verte hacer alguna
señal.
39 Él les contestó:
—Una generación malvada y adúltera
reclama una señal, y no se le concederá
más señal que la señal del profeta Jonás.
40 *Como estuvo Jonás en el vientre del pez
tres días y tres noches*, así estará el Hijo del
Hombre en las entrañas de la tierra, tres

27,1). Frente a dicha deliberación, Mateo pronuncia un veredicto (15b-21) aplicando a Jesús un texto profético, el primer canto del Siervo (Is 42,1-4).

Colocado aquí, servirá también de contraste para la controversia que sigue, en la que sus enemigos lo denuncian como agente de Belcebú, siervo del mismísimo Diablo.

12,22-37 Jesús y Satanás. He aquí una controversia sobre el origen del poder de Jesús, que se completa en los versículos 43-45.

Ante el milagro, la gente se pregunta si Jesús será el Mesías. Los fariseos, al no poder negar el hecho evidente, acusan a Jesús de ser representante de la divinidad pagana Belcebú (cfr. 2 Re 1), identificado como príncipe o soberano de los demonios.

Jesús responde utilizando imaginativamente creencias y representaciones populares sobre el reino de los espíritus. Todo ese mundo se derrumbará ante el poder de Jesús, y así se irá manifestando y avanzará el reinado de Dios. Los judíos estaban seguros de que Satanás perdería su poder sobre las personas en el tiempo mesiánico. Esto estaba sucediendo desde la venida de Jesús.

La blasfemia contra el Espíritu Santo, en este contexto, consiste en la ceguera voluntaria y obstinada de la persona que se niega a reconocer la acción evidente de Dios y, recurriendo a acusaciones falsas y calumniosas, atribuye al demonio lo que sabe que procede de Dios (cfr. Heb 6,4-6; 10,26-29).

Ante la ceguera voluntaria de los fariseos, Jesús les avisa del grave peligro que corren. El árbol se conoce por sus frutos. Un árbol malo no puede dar frutos buenos. Han atesorado maldad en su corazón y eso les impide abrirse a la propuesta de Dios.

12,38-45 La señal de Jonás. A veces, el milagro deslumbrante y sensacionalista puede convertirse en el peor enemigo del reinado de Dios, que se acoge solamente por la fe. Jesús se niega sistemáticamente a contentar a la galería con portentos milagreros; ya lo hizo cuando se enfrentó con el Diablo en el desierto (4,3-7) o cuando, en un arrebato de exasperación, se quejó a la gente que le seguía: «Si no ven signos y prodigios, ustedes no creen» (Jn 4,48), o cuando permaneció mudo ante el payaso de Herodes que «esperaba verlo hacer algún milagro» (Lc 23,8). Ahora, cuando los fariseos le piden algún prodigio que acredite su misión, Jesús les remite al único signo que es justamente la negación de toda espectacularidad milagrosa: el signo de Jonás, un signo permanente de contradicción. Esta invitación a realizar una señal extraordinaria es una nueva tentación para manipular, por medio del poder, lo que Jesús pueda hacer.

días y tres noches. 41 Durante el juicio se al-
zarán los habitantes de Nínive contra esta
generación y la condenarán porque ellos se
arrepintieron por la predicación de Jonás, y
aquí hay alguien mayor que Jonás. 42 La
reina del sur se alzará en el juicio contra
esta generación y la condenará, porque ella
vino del extremo de la tierra para escuchar
la sabiduría de Salomón, y aquí hay alguien
mayor que Salomón.

(Lc 11,24-26)

43 Cuando un espíritu inmundo sale de
un hombre, recorre lugares áridos buscan-
do descanso, y no lo encuentra. 44 Enton-
ces dice: Me vuelvo a la casa de donde salí.
Al volver, la encuentra deshabitada, barrida
y arreglada. 45 Entonces va, se asocia a
otros siete espíritus peores que él, y se me-
ten a habitar allí. Y el final de aquel hombre
resulta peor que el comienzo. Así le suce-
derá a esta generación malvada.

La madre y los hermanos de Jesús
(Mc 3,31-35; Lc 8,19-21)

46 Todavía estaba hablando a la mul-
titud, cuando se presentaron su madre y
sus hermanos, que estaban afuera, deseo-
sos de hablar con él.
47 [Uno le dijo:
—Mira, tu madre y tus hermanos están
fuera y desean hablar contigo.]
48 Él contestó al que se lo decía:
—¿Quién es mi madre? ¿Quiénes son
mis hermanos? 49 Y señalando con la mano
a sus discípulos, dijo:
—¡Ahí están mi madre y mis hermanos!
50 Cualquiera que haga la voluntad de mi
Padre del cielo, ése es mi hermano, mi her-
mana y mi madre.

Parábola del sembrador
(Mc 4,1-12; Lc 8,4-10)

13 1 Aquel día salió Jesús de casa y se
sentó junto al lago. 2 Se reunió junto
a él una gran multitud, así que él subió a
una barca y se sentó, mientras la multitud
estaba de pie en la orilla. 3 Les explicó mu-
chas cosas con parábolas:
—Salió un sembrador a sembrar. 4 Al
sembrar, unas semillas cayeron junto al ca-
mino, vinieron las aves y se las comieron.
5 Otras cayeron en terreno pedregoso con
poca tierra. Al faltarles profundidad brota-

La alusión al signo de Jonás ha recibido diversas explicaciones: muerte y resurrección de Jesús, predicación a los paganos y su conversión. Es posible que el evangelista haya pensado en ambas al dirigir el relato a unas comunidades cristianas que estaban viviendo las contradicciones provocadas por el anuncio de la Buena Noticia: los pobres y los paganos aceptaban la persona de Jesús muerto y resucitado, los sabios y engreídos no tenían ojos para ver en este hombre humilde y ajusticiado la presencia del reinado de Dios. No hay peor ciego que el que no quiere ver.

12,46-50 La madre y los hermanos de Jesús. Este episodio parece que está fuera de contexto, como añadido para que no se pierda, antes de comenzar la gran sección de las parábolas. En rigor, habría que leerlo en el capítulo 10 que trata de los discípulos. Jesús no se deja intimidar por la actitud de los parientes y los invita a hacerse familia suya, no por los vínculos de sangre, sino por la práctica de la Buena Noticia, como oyentes y servidores de la Palabra.

La palabra «hermano» en el hebreo del Antiguo Testamento designaba también a los parientes próximos: tíos, sobrinos y primos, por ejemplo en la relación de Abrán y Lot (Gn 12,5: sobrino Lot; Gn 13,8: hermano Lot). En el Nuevo Testamento, esta palabra puede designar a parientes y a personas de la misma raza o comunidad. Todos los israelitas eran hermanos, así como lo son todos los cristianos.

Alrededor de Jesús surge una familia nueva, unida por lazos de fe. El discípulo auténtico es el que obedece o hace, no el que habla o nace (7,21).

Al leer estas palabras de Jesús nos damos cuenta de que María fue recorriendo un camino de fe que la llevó al encuentro con su hijo y con el Señor. La asidua meditación de los acontecimientos diarios hizo crecer su corazón hasta el punto de llegar a albergar en él a toda la Iglesia: el pueblo de su Hijo. María, primera discípula, hizo el camino de la fe y seguimiento de Jesús que todo creyente debe emprender.

13,1-23 Parábola del sembrador – Explicación de la parábola del sembrador. A través de las parábolas que aparecen en el Nuevo Testamento podemos acercarnos a lo que Jesús sentía y pensaba sobre el reinado de Dios que venía a anunciar, y a la experiencia propia de Jesús sobre el modo de actuar de Dios, su Padre. El tema de las parábolas es el reinado de Dios, no como teoría, sino como proclamación que exige una respuesta para ser comprendida. Quien lo acepta, comprende; quien no quiere aceptar, se niega a comprender.

La parábola del sembrador es precisamente la dramatización de las diferentes actitudes ante el mensaje de Jesús. Aquellos hombres y mujeres que se reunieron a su alrededor representan a los que aceptando la palabra, van comprendiendo y entrando en el misterio del reino. Eran, en su mayoría, trabajadores po-

ron enseguida; 6 pero, al salir el sol se
marchitaron, y como no tenían raíces se se-
caron. 7 Otras cayeron entre espinos: cre-
cieron los espinos y las ahogaron. 8 Otras
cayeron en tierra fértil y dieron fruto: unas
cien, otras sesenta, otras treinta.
9 El que tenga oídos que escuche.
10 Se le acercaron los discípulos y le pre-
guntaron:
—¿Por qué les hablas contando pará-
bolas?
11 Él les respondió:
—Porque a ustedes se les ha concedido
conocer los secretos del reino de los cielos,
pero a ellos no se les concede. 12 Al que tie-
ne le darán y le sobrará; al que no tiene le
quitarán aun lo que tiene. 13 Por eso les ha-
blo contando parábolas: porque miran y no
ven, escuchan y no oyen ni comprenden.
14 Se cumple en ellos aquella profecía de
Isaías:

Por más que escuchen,
no comprenderán,
por más que miren, no verán.
15 *Se ha endurecido*
el corazón de este pueblo;
se han vuelto duros de oído,
se han tapado los ojos.
Que sus ojos no vean
ni sus oídos oigan,
ni su corazón entienda,
ni se conviertan
para que yo los sane.

(Lc 10,23s)

16 Dichosos en cambio los ojos de uste-
des porque ven y sus oídos porque oyen.
17 Les aseguro que muchos profetas y jus-
tos ansiaron ver lo que ustedes ven, y no lo
vieron, y escuchar lo que ustedes escu-
chan, y no lo escucharon.

Explicación de la parábola del sembrador
(Mc 4,13-20; Lc 8,11-15)

18 Escuchen entonces la explicación de
la parábola del sembrador.
19 Si uno escucha la palabra del reino y
no la entiende, viene el Maligno y le arreba-
ta lo sembrado en su corazón; ése es como
lo sembrado junto al camino.
20 Lo sembrado en terreno pedregoso es
el que escucha la palabra y la recibe en-
seguida con gozo; 21 pero no tiene raíz y es
inconstante. Llega la tribulación o perse-
cución por causa de la palabra e inmedia-
tamente falla.
22 Lo sembrado entre espinos es el que
escucha la palabra; pero las preocupacio-
nes mundanas y la seducción de la riqueza
la ahogan y no da fruto.
23 Lo sembrado en tierra fértil es el que
escucha la palabra y la entiende. Ése da
fruto: cien o sesenta o treinta.

---

bres, hartos de bregar con una tierra ingrata, rocosa y poco fértil.

Las dificultades del crecimiento de la semilla que va arrojando el sembrador eran bien sabidas por aquellos oyentes acostumbrados a recoger una pobre cosecha de apenas un 10 por ciento, y de la que debían dar la mayor parte a los amos de la tierra que vivían en las ciudades.

El énfasis de la parábola, sin embargo, no está en las dificultades, sino en lo espectacular de la cosecha: el 30, el 60 y hasta el 100 por uno. Una cosecha superabundante, inimaginable. ¡Eso sí que era una buena noticia! Pero sólo para los que tienen los oídos bien abiertos: «el que tenga oídos, que escuche» (9).

Los discípulos piden a Jesús una explicación de la parábola (10). Mateo, con toda seguridad, está pensando en las comunidades cristianas a las que dirige su evangelio y que llevaban a cabo su misión en un ambiente hostil de rechazo y persecución. Ellas necesitaban una palabra de aliento ante el lógico cansancio y la frustración de predicar a oídos sordos, a mentes cerradas y soberbias; pero, sobre todo, necesitaban comprender que la causa del reinado de Dios no es un paseo triunfal, sino que lleva siempre consigo el sufrimiento y la tribulación.

Jesús, en primer lugar, conforta a sus discípulos y les asegura que ellos, al aceptar su palabra, han entrado ya en el proceso de comprensión de los misterios del reinado de Dios, lo que significa recibir abundancia sobre abundancia. Los llama dichosos (16) y testigos de excepción de un acontecimiento de tanta plenitud y tan largamente esperado (17).

Los que no aceptan el reinado de Dios son como aquellos «que miran y no ven, escuchan y no oyen ni comprenden» (13); a ellos Jesús les dirige las duras palabras del profeta Isaías (Is 6,9s).

Son palabras de denuncia y de condena, pero son, sobre todo, una invitación al arrepentimiento y a la conversión: acoger su Palabra, el mensaje del reino.

Ésta es también la lección que quiere dar Mateo a sus comunidades cristianas (y a las comunidades de hoy): el aparente fracaso de reinado de Dios, el rechazo del mensaje y la hostilidad a sus mensajeros, más que menguar los ánimos de una Iglesia margina-

Parábola de la cizaña

24 Les contó otra parábola:
—El reino de los cielos es como un
hombre que sembró semilla buena en su
campo. 25 Pero, mientras la gente dormía,
vino su enemigo y sembró cizaña en medio
del trigo, y se fue. 26 Cuando el tallo brotó y
aparecieron las espigas, también apareció
la cizaña. 27 Fueron entonces los sirvientes
y le dijeron al dueño: Señor, ¿no sembraste
semilla buena en tu campo? ¿De dónde le
viene la cizaña? 28 Les contestó: Un enemi-
go lo ha hecho. Le dijeron los sirvientes:
¿Quieres que vayamos a arrancarla? 29 Les
contestó: No; porque, al arrancarla, van a
sacar con ella el trigo. 30 Dejen que crezcan
juntos hasta la cosecha. Cuando llegue el
momento, diré a los cosechadores: Arran-
quen primero la cizaña, y en atados échen-
la al fuego; luego recojan el trigo y guár-
denlo en mi granero.

Parábola de la semilla de mostaza
(Mc 4,30-32; Lc 13,18s)

31 Les contó otra parábola:
—El reino de los cielos se parece a una
semilla de mostaza que un hombre toma y
siembra en su campo. 32 Es más pequeña
que las demás semillas; pero, cuando cre-
ce es más alta que otras hortalizas; se hace
un árbol, vienen las aves del cielo y anidan
en sus ramas.

Parábola de la levadura
(Lc 13,20s)

33 Les contó otra parábola:
—El reino de los cielos se parece a la le-

---

da y perseguida en su misión de anuncio y de denuncia, debe, por el contrario, fortalecer su compromiso y su testimonio, pues es precisamente en la persecución y en la prueba donde se revela el poder y la verdad de la Buena Noticia del reinado de Dios.

El misterio mayor y más difícil de comprender sobre el reinado de Dios es el sufrimiento, la muerte y la resurrección de su primer testigo y mensajero, Jesús. La instauración del reinado de Dios en el interior de la persona y en las estructuras de la sociedad es siempre un camino doloroso, lleno de fracasos. Sólo a la luz de la Pascua sabemos que el fracaso y la muerte no serán la última palabra de la historia.

13,24-30 Parábola de la cizaña. La parábola de la cizaña completa la gran parábola del sembrador y, como ésta, se compone de dos partes: la exposición al pueblo (24-30) y la explicación a los discípulos (36-43).

Los campesinos que escuchaban a orillas del lago no necesitaban seguramente de muchas explicaciones para identificar a los sembradores de la cizaña, los enemigos del reinado de Dios, con aquellos fariseos y líderes del Templo que se oponían, por ejemplo, a que Jesús sanara a un enfermo en el día sagrado del sábado (12,9-14); los mismos que reducían al pobre a una marginación religiosa por su ignorancia de las leyes y la imposibilidad de cumplirlas. Es posible que aquella gente sencilla, los primeros llamados a convertirse al reinado de Dios, descubrieran también la cizaña que llevaban dentro, pues la acción de Jesús sanaba a la persona entera, los cuerpos y los corazones (9,2).

El trigo y la cizaña que crecen juntos eran la mejor expresión de que la propuesta del nuevo ser humano y de la nueva sociedad que quería Jesús debía realizarse bajo la convicción de que la realidad tangible del mal será compañera inseparable de la historia de la salvación. Dividir la humanidad entre buenos que hay que salvar y malos que hay que condenar ha costado equivocaciones irreparables que la historia sigue aún lamentando.

13,31s Parábola de la semilla de mostaza. Las dos imágenes de la mostaza y la levadura (13,33-35) se complementan para darnos una idea del dinamismo de crecimiento y de transformación del reinado de Dios.

En la minúscula semilla de mostaza se encierra algo inmensamente grande. Dios sabe valorar la dimensión de lo pequeño frente a la mentalidad oficial del tiempo de Jesús donde sólo contaba lo grande y poderoso, y esta mentalidad se había convertido en la medida de todo juicio. Jesús reacciona contra este modo de ver la vida y en esta bella parábola nos describe otra realidad.

Jesús sabía, por propia experiencia, que, para que aconteciera el reinado, Dios había tomado la dimensión de lo pequeño, la misma dimensión del ser humano. Bastaba oír de sus labios esta parábola para estar convencido de la predilección de Dios por lo pequeño, por lo pobre, como medida propia y como medida de su obra evangelizadora.

De una minúscula semilla brota la vida más exuberante: un árbol que crece y da cobijo a otros seres, adonde «vienen las aves del cielo y anidan en sus ramas» (32). Mateo podría hacerse eco de las profecías de Ezequiel y de Daniel (cfr. Ez 17,23; Dn 4,8s.18) hechas realidad en sus comunidades cristianas, abiertas ya a todos los pueblos.

Hoy día podemos prolongar la imagen y aplicarla al ideal de una Iglesia que sea el hogar de todos, donde nadie se sienta extraño, excluido o de segunda categoría: ni el pobre por ser pobre, ni la mujer por ser mujer, ni el laico por ser laico, ni el que disiente por defender sus propias opiniones; una Iglesia donde todos los carismas y todos los servicios tuvieran carta de ciudadanía.

13,33-35 Parábola de la levadura. Para ser levadura que fermente a la masa, la Iglesia no puede vivir

vadura: una mujer la toma, la mezcla con
tres medidas de harina, hasta que todo fer-
menta.

(Mc 4,33s)

34 Todo esto se lo expuso Jesús a la mul-
titud con parábolas; y sin parábolas no les
expuso nada.
35 Así se cumplió lo que anunció el pro-
feta:

Voy a abrir la boca
pronunciando parábolas,
profiriendo cosas ocultas
desde la creación [del mundo].

Explicación de la parábola de la cizaña

36 Después, despidiendo a la multitud,
entró en casa.
Se le acercaron los discípulos y le dije-
ron:
—Explícanos la parábola de la cizaña.
37 Él les contestó:
—El que sembró la semilla buena es el
Hijo del Hombre; 38 el campo es el mundo;
la buena semilla son los ciudadanos del rei-
no; la cizaña son los súbditos del Maligno;
39 el enemigo que la siembra es el Diablo; la
cosecha es el fin del mundo; los cosecha-
dores son los ángeles. 40 Como se junta la
cizaña y se echa al fuego, así sucederá al
fin del mundo: 41 El Hijo del Hombre envia-
rá a sus ángeles que recogerán de su reino
todos los escándalos y los malhechores;
42 y los echarán al horno de fuego. Allí será
el llanto y el crujir de dientes. 43 Entonces, en
el reino de su Padre, los justos brillarán co-
mo el sol. El que tenga oídos que escuche.

Parábola del tesoro escondido

44 El reino de los cielos se parece a un
tesoro escondido en un campo: lo descubre
un hombre, lo vuelve a esconder y, lleno de
alegría, vende todas sus posesiones para
comprar aquel campo.

Parábola de la perla fina

45 El reino de los cielos se parece a un
comerciante de perlas finas: 46 al descubrir
una de gran valor, va, vende todas sus po-
sesiones y la compra.

---

separada del mundo, sino todo lo contrario, inmersa en las realidades sociales, políticas, económicas y culturales, allí donde esté en juego la causa del reinado de Dios, que es el anuncio de la Buena Noticia de liberación, especialmente para el pobre y el oprimido. Este compromiso será siempre arriesgado y podrá aparecer, frente a los poderes establecidos, tan insignificante como el poquito de levadura de la parábola, pero la fermentación de la masa está asegurada.

Jesús se enfrenta a la mentalidad religiosa de su pueblo, convencido de que la historia se construía a base de intervenciones directas, espectaculares y unilaterales de Dios, sin el concurso del ser humano. Jesús, en cambio, experimentaba cómo Dios actuaba en Él y en mucha gente del pueblo de una manera silenciosa, pero efectiva.

13,36-43 Explicación de la parábola de la cizaña. La explicación de la parábola se presta a muchas reflexiones, todas ellas previstas, quizá, por el evangelista.

Es, en primer lugar, una exhortación a la tolerancia, ante el riesgo constante de todo grupo o institución religiosa de creerse y autoproclamarse grupo escogido frente a los otros, fácilmente calificados como «malas hierbas». La Iglesia ha caído muchas veces a lo largo de su historia en este complejo de superioridad y de condena frente a las otras religiones, frente a las otras denominaciones cristianas, frente a los propios católicos y católicas que difieren de lo establecido como institucional o teológicamente correcto.

Pero, sobre todo, el énfasis de la explicación de la parábola está en el juicio escatológico donde, al final de los tiempos, será el juez supremo quien hará la separación entre los verdaderos «ciudadanos del reinado» y la cizaña o «súbditos del Maligno» (38).

El criterio de la separación, como se dirá más adelante en el juicio de las naciones (25,31-46), será la opción por el pobre y el necesitado. Quien haya hecho esta opción en su vida habrá sido buena semilla en su reinado, aunque no haya pertenecido explícitamente a la Iglesia; quien no, será cizaña. Mientras tanto, estamos en el tiempo de la paciencia histórica de Dios, el ámbito de su misericordia donde siempre es posible la conversión y el cambio.

13,44-50 Parábola del tesoro escondido – Parábola de la perla fina – Parábola de la red. Las dos primeras parábolas encarecen el valor del reinado de Dios, al cual hay que sacrificar todos los demás valores.

El hombre que descubrió el tesoro descubrió lo que no buscaba, mientras que el buscador de perlas encontró lo que no se atrevía a imaginar. No se entra en el reinado de Dios por los propios méritos, sino que es un don que se ofrece y que pide una respuesta.

A los afortunados con el hallazgo les queda por delante la labor de toda una vida, la de ir subordinando todo (vender todas las posesiones, dice Jesús) a la causa del reino. El reino se convierte en el único valor absoluto para quien lo descubre; es la mayor riqueza para el seguidor de Jesús.

Parábola de la red

47 El reino de los cielos se parece a una
red echada al mar, que atrapa peces de toda
especie. 48 Cuando se llena, los pescadores
la sacan a la orilla, y sentándose, reúnen los
buenos en cestas y los que no valen los ti-
ran. 49 Así sucederá al fin del mundo: ven-
drán los ángeles y separarán a los malos de
los buenos 50 y los echarán al horno de fue-
go. Allí será el llanto y el crujir de dientes.

Lo nuevo y lo viejo

51 ¿Lo han entendido todo?
Le responden que sí, 52 y él les dijo:
—Pues bien, un letrado que se ha hecho
discípulo del reino de los cielos se parece al
dueño de una casa que saca de su tesoro
cosas nuevas y viejas.

En la sinagoga de Nazaret
(Mc 6,1-6; Lc 4,16.22-30)

53 Cuando Jesús terminó estas parábo-
las, se fue de allí, 54 se dirigió a su ciudad y
se puso a enseñarles en su sinagoga.
Ellos preguntaban asombrados:
—¿De dónde saca éste su saber y sus
milagros? 55 ¿No es éste el hijo del carpin-
tero? ¿No se llama su madre María y sus
hermanos Santiago, José, Simón y Judas?
56 Sus hermanas, ¿no viven entre nosotros?
¿De dónde saca todo eso?
57 Y esto era para ellos un obstáculo.
Jesús les dijo:
—A un profeta sólo lo desprecian en su
patria y en su casa.
58 Y por su incredulidad, no hizo allí mu-
chos milagros.

Muerte de Juan el Bautista
(Mc 6,14-16; Lc 9,7-9)

14 1 Por aquel tiempo oyó el tetrarca
Herodes la fama de Jesús 2 y dijo a
sus servidores:
—Ése es Juan el Bautista que ha resuci-

La parábola de la red insiste en el desenlace del reinado, como nos lo ha enseñado ya la parábola de la cizaña: el fuego acabará con la cizaña y con los peces malos. Jesús no dudó en utilizar esta imagen que formaba parte de su cultura y que Mateo quiso conservar (5,22; 7,19; 13,30; 25,41). No intenta amenazar ni infundir terror, sino resaltar lo extraordinariamente importante que es el don que se ofrece y lo decisivo de la respuesta de la persona.

13,51s Lo nuevo y lo viejo. Con esta interesante conclusión a las parábolas, Mateo parece tranquilizar a sus cristianos y cristianas procedentes del judaísmo, haciéndoles ver que la Buena Noticia no ha venido a hacer tabla rasa de la cultura y tradición religiosa de sus antepasados, sino todo lo contrario, a infundir en ellas un nuevo e inesperado vigor.

Jesús entendió desde el principio, y así se lo enseñó a sus discípulos, que el reinado de Dios debía partir de los valores de la cultura, que son valores que provenían del mismo Dios. Si algún judío daba el paso hacia la propuesta de Jesús, no tenía por qué perder los valores multiseculares de su cultura. Toda ella era un don que había que poner a disposición del reinado de Dios, que no venía a destruir, sino a construir sobre lo que el ser humano había logrado hasta ese momento.

Como los pájaros del cielo que vienen a hacer sus nidos en el árbol de mostaza, en el reinado de Dios todas las culturas y tradiciones religiosas de la tierra son como de casa: bienvenidas, reconocidas y llamadas a unirse a la causa de Jesús. Así debe ser también en la Iglesia que está a su servicio.

La causa del pobre y del excluido es el criterio de discernimiento que hará posible el encuentro, la armonía y el diálogo interreligioso. Éste es el lugar común y el macroecumenismo donde hay cabida para todos los trabajadores del reinado de Dios.

13,53-58 En la sinagoga de Nazaret. El capítulo se cierra en el pueblo de Nazaret, a donde Jesús se dirige para predicar en la sinagoga y se encuentra con la incomprensión y el rechazo. Lo que ha expuesto en sus parábolas se cumple en sus paisanos: «miran y no ven, escuchan y no oyen ni comprenden» (13). Su imagen de profeta no es compatible con la humildad de su familia ni con su condición de artesano. ¿Es posible que sus manos encallecidas de trabajador sean ahora instrumentos de Dios para sanar y liberar? Se admiran, preguntan, pero se resisten a responder, porque tropiezan en la humildad y pobreza del carpintero. ¡Cómo se va a revelar Dios con sus signos y prodigios en un pobre como Jesús a quien sus paisanos conocen bien!

El contraste entre esta mentalidad (de ayer y de hoy) con las palabras de Jesús no puede ser mayor: «¡Te alabo, Padre… porque, ocultando estas cosas a los sabios y entendidos, se las diste a conocer a la gente sencilla! Sí, Padre, ésa ha sido tu elección» (11,25s).

Ésta es la novedad más sorprendente del reinado de Dios. Cuando oímos la frase «los pobres nos evangelizan», no es retórica lo que estamos oyendo, sino la realidad en sí de la Buena Noticia si es que nos dejamos evangelizar por ellos. Los pobres pueden convertirse para nosotros en sacramento de conversión y de encuentro con el Dios de Jesús.

14,1-12 Muerte de Juan el Bautista. Lo mismo que en Marcos 6,14-29, el relato de la decapitación del Bautista entra retrospectivamente, como recuerdo

tado, y por eso se manifiestan en él pode-
res milagrosos.

(Mc 6,17-20; Lc 3,19s)

3 Herodes había hecho arrestar a Juan,
encadenarlo y meterlo en prisión por insti-
gación de Herodías, esposa de su hermano
Felipe. 4 Juan le decía que no le era lícito
tenerla. 5 Herodes quería darle muerte, pero
le asustaba la gente, que consideraba a
Juan como profeta.

(Mc 6,21-29)

6 Llegó el cumpleaños de Herodes y la
hija de Herodías bailó en medio de todos. A
Herodes le gustó tanto 7 que juró darle lo
que pidiera. 8 Ella, inducida por su madre,
pidió:

—Dame aquí, en una bandeja, la cabeza
de Juan el Bautista.

9 El rey se sintió muy mal; pero, por el
juramento y por los convidados, ordenó
que se la dieran; 10 y así mandó decapitar a
Juan en la prisión.

11 La cabeza fue traída en una bandeja y
entregada a la joven; ella se la entregó a su
madre. 12 Vinieron sus discípulos, recogie-
ron el cadáver y lo sepultaron; después fue-
ron a contárselo a Jesús.

Da de comer a cinco mil

(Mc 6,30-44; Lc 9,10-17; cfr. Jn 6,1-15)

13 Al enterarse, Jesús se fue de allí en
barca, él solo, a un paraje despoblado. Pero
lo supo la multitud y le siguió a pie desde
los poblados. 14 Jesús desembarcó y, al ver
la gran multitud, se compadeció y sanó a
los enfermos. 15 Al atardecer los discípulos
fueron a decirle:

—El lugar es despoblado y ya es tarde;
despide a la multitud para que vayan a los
pueblos a comprar algo de comer.

16 [Jesús] les respondió:

—No hace falta que vayan; denle uste-
des de comer.

17 Respondieron:

—Aquí no tenemos más que cinco pa-
nes y dos pescados.

18 Él les dijo:

—Tráiganlos.

19 Después mandó a la multitud sentarse
en la hierba, tomó los cinco panes y los dos
pescados, alzó la vista al cielo, dio gracias,
partió el pan y se lo dio a sus discípulos;
ellos se lo dieron a la multitud. 20 Comieron
todos, quedaron satisfechos, recogieron las
sobras y llenaron doce canastos. 21 Los que
comieron eran cinco mil hombres, sin con-
tar mujeres y niños.

---

inquietante suscitado por hechos recientes. Un Juan vuelto a la vida cabe en la fantasía popular y en la mala conciencia de Herodes.

Mateo abrevia el relato de Marcos conservando lo esencial, los elementos suficientes para construir un drama: pasión y venganza, miedo y complacencia, danza fatal y una vida humana servida en bandeja en un banquete. La muerte del Bautista es historia con aura de leyenda. Si la misión de Juan está vinculada a la de Jesús (3,2; 11,18s), su muerte violenta y su sepultura pueden prefigurar la de Jesús (17,11-13).

14,13-21 Da de comer a cinco mil. Cinco mil hombres sin contar mujeres y niños, dice Mateo. El reparto del alimento maravilloso, comúnmente llamado multiplicación de los panes, lo encontramos en los cuatro evangelios y en Mateo y Marcos, por duplicado.

Dios es el dador por antonomasia (cfr. Sal 104,27s; 136,25; 145,15s), que ahora despliega todo el tesoro de su abundancia por medio de su enviado. La generosidad es parte de su reinado. Jesús, que se ha negado a un milagro fácil y cómodo para satisfacer su hambre en el desierto porque vive de la Palabra de Dios (4,4), ha repartido a la gente esa palabra y recurre al milagro para darles también el pan. El simbolismo se sustenta en el realismo. Una palabra que no lleve a dar también pan al hambriento y vestido al desnudo no es Palabra de Dios.

En este sentido total, el milagro de la multiplicación es anticipación de la Eucaristía, como lo ha interpretado la tradición apoyada en la fórmula litúrgica del versículo 19: «tomó los cinco panes…, alzó la vista al cielo, dio gracias, partió el pan y se lo dio a sus discípulos». El pan de la Eucaristía que congrega en una misma mesa a los hermanos y hermanas no puede separarse del pan debido en justicia al pobre y al necesitado. Un pan lleva al otro, y ambos hacen de la Eucaristía el alimento de vida eterna que se está haciendo ya, aquí y ahora, presente entre nosotros con la venida del reinado de Dios.

14,22-33 Camina sobre el agua. En la oscuridad de la noche, en la agitación de un mar levantisco, Jesús se aparece a sus discípulos. Podemos relacionar este episodio con los relatos de la transfiguración y la Pascua: son manifestaciones de la identidad profunda de Jesús como el Señor: domina los elementos (cfr. Sal 77,20), infunde paz y confianza con su presencia (fórmula clásica, por ejemplo, en Is 41,10; 43,5), con su palabra, con el contacto de su mano (cfr. Sal 73,23; 80,18).

Camina sobre el agua
(Mc 6,45-52; cfr. Jn 6,16-21)

22 Enseguida mandó a los discípulos
embarcarse y pasar antes que él a la otra
orilla, mientras él despedía a la multitud.
23 Después de despedirla, subió él solo a la
montaña a orar. Al anochecer, todavía esta-
ba allí, solo. 24 La barca se encontraba a
buena distancia de la costa, sacudida por
las olas, porque tenía viento contrario. 25 Ya
muy entrada la noche Jesús se acercó a
ellos caminando sobre el lago. 26 Al verlo
caminar sobre el lago, los discípulos co-
menzaron a temblar y dijeron:
—¡Es un fantasma!
Y gritaban de miedo.
27 Pero [Jesús] les dijo:
—¡Anímense! Soy yo, no teman.
28 Pedro le contestó:
—Señor, si eres tú, mándame ir por el
agua hasta ti.
29 —Ven, le dijo.
Pedro saltó de la barca y comenzó a
caminar por el agua acercándose a Jesús;
30 pero, al sentir el [fuerte] viento, tuvo mie-
do, entonces empezó a hundirse y gritó:
—¡Señor, sálvame!
31 Al momento Jesús extendió la mano,
lo sostuvo y le dijo:
—¡Hombre de poca fe! ¿Por qué dudaste?
32 Cuando subieron a la barca, el viento
amainó. 33 Los de la barca se postraron
ante él diciendo:
—Ciertamente eres Hijo de Dios.

Sanaciones en Genesaret
(Mc 6,53-56)

34 Terminaron la travesía y atracaron en
Genesaret.
35 Los hombres del lugar lo supieron y
difundieron la noticia por toda la región. Le
llevaron todos los enfermos 36 y le rogaban
que les permitiese nada más rozar el borde
de su manto, y los que lo tocaban queda-
ban sanos.

Sobre la tradición
(Mc 7,1-13)

15 1 Entonces unos fariseos y letrados
de Jerusalén se acercaron a Jesús y
le preguntaron:
2 —¿Por qué tus discípulos quebrantan
la tradición de los mayores? Pues no se la-
van las manos antes de comer.
3 Él les respondió:
—¿Y por qué ustedes quebrantan el pre-
cepto de Dios en nombre de su tradición?
4 Pues Dios mandó: *Sustenta a tu padre
y a tu madre. El que abandona a su padre*

Pedro no teme porque se hunde, sino que se hunde porque teme (cfr. Sal 69,2s). Mateo quiere mostrar el itinerario espiritual del primer apóstol: cuando Jesús se identifica, lo reconoce; solicita su llamada y la sigue con audacia confiada; titubea, falla en el peligro y es salvado por Jesús. Figura ejemplar para la Iglesia.

La comunidad en medio de la tormenta se olvida del Jesús de la solidaridad y lo ven únicamente como un fantasma que se aproxima en la oscuridad. Quieren ir hacia Él, pero se dejan amedrentar por las fuerzas adversas. El evangelio nos invita a hacer una experiencia total de Jesús, rompiendo viejos prejuicios y nuestras seguridades. Debemos dejar que sea Él quien nos hable a través del libro de la Biblia y del libro de la vida.

Éste es uno de los episodios evangélicos que mejor ilustra, por una parte, la situación de la comunidad cristiana (la de Mateo y la de todos los tiempos) en su histórico caminar en medio de la dificultad y de la tribulación; y por otra, la presencia permanente del Señor resucitado en la barca de Pedro. Con la promesa de su presencia termina Mateo su evangelio: «Yo estaré con ustedes siempre, hasta el final del mundo» (28,20). Dentro de este contexto hay que situar la mención de la oración de Jesús a solas en la montaña (23), justo antes de la tempestad y del miedo de los navegantes.

La otra vez que nos dirá explícitamente el evangelista que Jesús reza será en el huerto de Getsemaní (26,36s), antes de la gran prueba por la que atravesarán sus discípulos: el escándalo de la cruz.

14,34-36 Sanaciones en Genesaret. El evangelista contrapone intencionadamente la acogida de los habitantes de Genesaret a la actitud de hostilidad y desconfianza de sus paisanos de Nazaret (13,53-58). Jesús sana a mucha gente porque se acercan con fe y es la fe la que hace posible el milagro.

15,1-20 Sobre la tradición – Sobre la verdadera pureza. (Véase el comentario a Mc 7,1-13 y 7,14-23). Desde Jerusalén, los fariseos interrogan a Jesús sobre su libertad y la de sus discípulos frente a las tradiciones, cuya interpretación abusiva ellos habían convertido en ley. En este caso se trata del rito de lavarse las manos antes de comer.

Jesús convierte el interrogatorio en controversia y la aprovecha para exponer con claridad desafiante su enseñanza. En la época de Jesús, el pecado se reducía a las simples transgresiones higiénicas, alimentarias y étnicas. Primero, les responde con otra pregunta que desenmascara la aberración a que habían llegado en

o su madre debe ser condenado a muerte.
5 Ustedes, en cambio, dicen: Si uno comu-
nica a su padre o su madre que los bienes
que tenía para ayudarlos han sido ofrecidos
al templo, 6 queda libre de la obligación de
sustentarlos. Y así en nombre de su tradi-
ción ustedes invalidan el precepto de Dios.
7 ¡Hipócritas! Qué bien profetizó de uste-
des Isaías cuando dijo:

8 *Este pueblo me honra*
con los labios,
pero su corazón está lejos de mí;
9 *el culto que me dan es inútil,*
pues la doctrina que enseñan
son preceptos humanos.

Sobre la verdadera pureza
(Mc 7,14-23)

10 Y llamando a la gente, les dijo:
—Escuchen atentamente: 11 No con-
tamina al hombre lo que entra por la boca,
sino lo que sale de ella; eso es lo que real-
mente contamina al hombre.
12 Entonces se le acercaron los discípu-
los y le dijeron:
—¿Sabes que los fariseos se han escan-
dalizado al oírte hablar así?
13 Él respondió:
—Toda planta que no plantó mi Padre del
cielo será arrancada. 14 Déjenlos: son ciegos
y guían a otros ciegos. Y, si un ciego guía a
otro ciego, los dos caerán en un pozo.
15 Pedro contestó:
—Explícanos [esta] comparación.
16 Él les dijo:
—¿También ustedes siguen sin enten-
der? 17 ¿No ven que lo que entra por la boca
pasa al vientre y luego es expulsado del
cuerpo?
18 En cambio, lo que sale por la boca
brota del corazón; y eso sí que contamina al
hombre. 19 Porque del corazón salen malas
intenciones, asesinatos, adulterios, forni-
cación, robos, falso testimonio, blasfemia.
20 Esto es lo que hace impuro al hombre y
no el comer sin lavarse las manos.

La fe de una mujer cananea
(Mc 7,24-30)

21 Desde allí se fue a la región de Tiro y
Sidón. 22 Una mujer cananea de la zona sa-
lió gritando:
—¡Señor, Hijo de David, ten compasión
de mí! Mi hija es atormentada por un de-
monio.
23 Él no respondió una palabra. Se acer-
caron los discípulos y le suplicaron.
—Señor, atiéndela, para que no siga gri-
tando detrás de nosotros.
24 Él contestó:
—¡He sido enviado solamente a las ove-
jas perdidas de la Casa de Israel!
25 Pero ella se acercó y se postró ante él
diciendo:
—¡Señor, ayúdame!
26 Él respondió:
—No está bien quitar el pan a los hijos
para echárselo a los perritos.

---

su manipulación de una ley tan fundamental del decálogo como es la de proveer sustento al padre y a la madre. Sin esperar a la reacción de sus contrincantes, lanza contra ellos el anatema del profeta (Is 29,13), que es una condena contra todo culto falso y farisaico, contra todas las tradiciones esclavizantes que matan el espíritu hasta del mandamiento más sagrado.

A continuación, y dirigiéndose ya a la multitud (10s), vuelve a la pregunta inicial de los fariseos y expone su nueva enseñanza con la comparación sobre lo que de verdad contamina o no a la persona. Los fariseos están escandalizados, los discípulos no saben a qué atenerse y nosotros, quizás, no acabamos de comprender hasta qué grado de perversión había llegado aquella sociedad en manos de sus dirigentes políticos y religiosos. Jesús llamó «guías ciegos» a los líderes oficiales del pueblo (14s). Pero la ceguera es tanto de los líderes como del pueblo. Caminan juntos, como dos ciegos, sin que el uno pueda ayudar al otro.

En el fondo, todas aquellas tradiciones de pureza legal no tenían otro objetivo que el de preservar la identidad del pueblo judío como pueblo elegido por Dios frente a los demás pueblos. Y esto es, en realidad, lo que ataca Jesús yendo a la raíz de lo que hace a la persona pura o impura, digna o indigna ante Dios: lo que sale de su corazón y se traduce en sus acciones, no la clase de alimento que entra por la boca.

15,21-28 La fe de una mujer cananea. Mateo sitúa a continuación este relato para ilustrar la enseñanza anterior de Jesús. Se trata de una mujer pagana; por tanto, según la mentalidad religiosa judía, una mujer excluida e impura. El escenario se sitúa en la zona de Tiro y Sidón, tierra extranjera. Tras los gritos de angustia de la cananea: «¡Señor, ayúdame!» (25), expresión de una fe que surge de la pureza del corazón, se entabla un diálogo entre Jesús y la mujer en presencia de los discípulos, quienes querían despedirla como a una intrusa que no merecía la atención del Maestro.

27 Ella replicó:
—Es verdad, Señor; pero también los
perritos comen las migajas que caen de la
mesa de sus dueños.
28 Entonces Jesús le contestó:
—Mujer, ¡qué fe tan grande tienes! Que
se cumplan tus deseos.
Y en aquel momento, su hija quedó sana.

Múltiples sanaciones

29 Desde allí se dirigió al lago de Galilea,
subió a un monte y se sentó. 30 Acudió una
gran multitud que traía cojos, lisiados, cie-
gos, mudos y otros muchos enfermos. Los
colocaban a sus pies y él los sanaba. 31 La
gente quedaba admirada al ver que los mu-
dos hablaban, los cojos caminaban, los li-
siados quedaban sanados y los ciegos
recobraban la vista. Y todos glorificaban al
Dios de Israel.

Da de comer a cuatro mil
(Mc 8,1-10)

32 Jesús llamó a los discípulos y les dijo:
—Me compadezco de esta gente, porque
llevan tres días junto a mí y no tienen qué
comer. No quiero despedirlos en ayunas,
no sea que desfallezcan en el camino.
33 Le dijeron los discípulos:
—¿Dónde podríamos, en un lugar tan
despoblado como éste, conseguir suficien-
te pan para toda esta gente?
34 Jesús les preguntó:
—¿Cuántos panes tienen?
Ellos le contestaron:
—Siete y algunos pescaditos.
35 Él ordenó a la gente que se sentara en
el suelo. 36 Tomó los siete panes y los pesca-
dos, dio gracias, partió el pan y se lo dio a
los discípulos; éstos se los dieron a la mul-
titud. 37 Comieron todos hasta quedar satis-
fechos; y con los restos llenaron siete canas-
tos. 38 Los que habían comido eran cuatro
mil hombres, sin contar mujeres y niños.
39 Luego despidió a la multitud, subió a la
barca y se dirigió al territorio de Magadán.

Le piden una señal celeste
(Mc 8,11-13)

16 1 Se acercaron los fariseos y sadu-
ceos y, para tentarlo, le pidieron que
les mostrara una señal del cielo.

Este episodio nos plantea un dilema: a Jesús no parece interesarle la suerte de los que no pertenecen étnicamente al pueblo israelita. Sin embargo, esta escena hay que interpretarla desde las claves misioneras y culturales que nos proporciona el evangelio.

Las aparentes objeciones de Jesús a realizar el milagro reflejan en realidad las objeciones de la comunidad cristiana –representada aquí por los discípulos– para la que escribe Mateo su evangelio y que no acababa aún de digerir la presencia en su seno de creyentes convertidos del paganismo. Es como si Jesús pusiera objeciones, para después negarlas con el milagro. El exclusivismo de la pureza racial de su herencia judía aún pesaba mucho sobre aquellos judeocristianos de las primeras generaciones.

Pero el don de la fe no conoce fronteras de raza, cultura o condición social. Con este milagro y la alabanza pública de la fe de esta mujer, Jesús está señalando la nueva comunidad universal que ha venido a inaugurar, como alternativa a todos los exclusivismos de su tiempo y de nuestro tiempo.

15,29-31 Múltiples sanaciones. El sumario que presenta Mateo a continuación tiene como escenario un monte, lugar preferido por el evangelista para las revelaciones de Jesús. El contexto sigue siendo el mundo pagano, es decir, los hombres y mujeres necesitados de todos los pueblos y de todos los tiempos para quienes el reinado de Dios trae la liberación definitiva. Liberación que Mateo resume en el júbilo de la muchedumbre que comprueba admirada cómo los mudos hablan, los cojos andan y los ciegos ven (31).

El evangelista ve en el poder sanador de Jesús el cumplimiento de la profecía de Isaías (Is 35,5s), donde el profeta describe en un himno de alegría el regreso de los exiliados a la patria, donde les espera la redención y el gozo de la presencia del Señor. Isaías sólo canta la marcha, no describe la instauración del nuevo reinado. El evangelista anuncia ya la presencia de la gloria Dios y su reinado en la persona de Jesús.

15,32-39 Da de comer a cuatro mil. ¿Hubo en realidad una segunda multiplicación de los panes? Lucas y Juan sólo hablan de una. Mateo (al igual que Marcos 8,1-10) nos refiere dos, pero más que de duplicación del hecho milagroso habría que hablar de extensión de su significado al nuevo auditorio que se ha reunido a los pies de Jesús en el monte: los paganos. También ellos, al igual que la muchedumbre judía de la primera multiplicación (14,13-21), han sido llamados a participar del banquete mesiánico, simbolizado en la abundancia del pan ofrecido y repartido.

El relato de Mateo, dirigido a una comunidad cristiana mixta, pone de manifiesto la única razón que les había convocado a sentarse a la mesa del Señor como una sola comunidad de hermanos y hermanas: no la raza o la procedencia religiosa, sino la compasión de Jesús: «se compadeció» (14,14), «me compadezco de esta gente» (32).

[2] Él les contestó:
[—Al atardecer ustedes dicen: va a hacer buen tiempo porque el cielo está rojo.
[3] Por la mañana dicen: hoy seguro llueve porque el cielo está rojo oscuro. Saben distinguir el aspecto del cielo y no distinguen
las señales de los tiempos.] [4] Esta generación perversa y adúltera reclama una señal; y no se le dará más señal que la de Jonás.
Los dejó y se fue.

Ceguera de los discípulos
(Mc 8,14-21)

[5] Al atravesar a la otra orilla, los discípulos se olvidaron de llevar pan. [6] Jesús les
dijo:
—¡Pongan atención y cuídense de la levadura de los fariseos y saduceos!
[7] Ellos comentaban: Se refiere a que no hemos traído pan.
[8] Cayendo en cuenta, Jesús les dijo:
—¿Qué comentan, hombres de poca fe?
¿Acaso no tienen pan? [9] ¿Todavía no entienden? ¿No se acuerdan de los cinco panes para los cinco mil y cuántos canastos
sobraron? [10] ¿O de los siete panes para los cuatro mil y cuántas canastas sobraron?
[11] ¿No se dan cuenta que no me refería a los panes? ¡Aléjense de la levadura de los fariseos y saduceos!
[12] Entonces entendieron que no hablaba de cuidarse de la levadura del pan, sino de la enseñanza de los fariseos y saduceos.

Confesión de Pedro
(Mc 8,27-30; Lc 9,18-21; cfr. Jn 6,67-71)

[13] Cuando llegó Jesús a la región de Cesarea de Felipe, preguntó a los discípulos:
—¿Quién dice la gente que es el Hijo del Hombre?
[14] Ellos contestaron:
—Unos dicen que es Juan el Bautista; otros, que es Elías; otros, Jeremías o algún otro profeta.
[15] Él les dijo:
—Y ustedes, ¿quién dicen que soy?
[16] Simón Pedro respondió:
—Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo.

16,1-12 Le piden una señal celeste – Ceguera de los discípulos. Esta vez acompañan a los fariseos los saduceos, los cuales exigen un signo del cielo como legitimación de quien se presenta como Mesías. Jesús responde con un juego ingenioso. Los signos naturales del cielo los interpretan sin dificultad; los signos terrestres, las coyunturas decisivas de la historia, no las saben interpretar. Después de poner al descubierto la ceguera espiritual de sus adversarios, Jesús se refiere una vez más a la «señal de Jonás», es decir, a su muerte y resurrección (4). Ante la incapacidad de los líderes del pueblo para descubrir en sus signos la presencia del reinado de Dios, Jesús se desentiende de ellos y concentra su actividad desde ahora y hasta el final del capítulo 18 en el grupo de discípulos para ir formando la comunidad. La lentitud de éstos en entender a Jesús muestra la necesidad que tienen de un conocimiento y una experiencia cada vez más intensos sobre su persona, su proyecto y las exigencias del seguimiento. Deben pasar de la preocupación a la confianza; de la comprensión material, a una más espiritual y a una actitud de vigilancia.

La levadura hace fermentar (13,33), pero también echa a perder y está excluida durante la Pascua (Éx 12,15; 1 Cor 5,7s). La advertencia del Maestro es una invitación a estar precavidos para discernir todo lo que entra en contradicción con sus enseñanzas. Las palabras finales de Jesús invitan a desvelar el significado simbólico del pan en estos capítulos: el pan que Jesús reparte es el reinado de Dios, nacido de la levadura nueva de su enseñanza. Éste es el pan que los discípulos deben conservar sin contaminación y además, repartir a todos.

16,13-20 Confesión de Pedro. Éste es un texto denso y elaborado. Recoge un hecho tal como lo ha entendido y vivido la comunidad. Se trata de identificar el ser de la persona de Jesús. Jesús pregunta qué opinión tiene la gente de Él. El interrogante abierto en tiempos de Jesús sigue igualmente abierto en nuestros días. La respuesta puede darse desde el punto de vista de la gente, de la apreciación humana de este personaje histórico o desde el punto de vista de Dios, el de la revelación.

La gente buena, que ha presenciado la actividad de Jesús, lo considera un enviado especialísimo de Dios para preparar la era mesiánica. Simón declara que Jesús es el Mesías esperado y Jesús lo ratifica declarando que la confesión procede de una revelación del Padre (cfr. 11,27), por la cual Pedro (nuevo nombre que le da Jesús) tiene una bienaventuranza particular. Después prosigue estableciendo y declarando la función específica de Simón Pedro. Jesús se propone construir un «templo», una comunidad nueva, en la cual Pedro será una «piedra» fundamental. «Petra» en griego designa un sillar o la peña o roca donde se asienta un edificio. El edificio o comunidad es obra y pertenencia de Jesús, «mi Iglesia»; Pedro tendrá en ella una función mediadora central. Contra la Iglesia de Jesús nada podrá el poder de la muerte.

Este texto ha suscitado numerosas discusiones entre católicos y protestantes sobre la figura del Papa como sucesor de Pedro. La tradición católica sostiene que estas palabras se aplican a Pedro y también a todos los que le suceden en la tarea de presidir en la fe y el amor. La tradición protestante, sin embargo, ha

17 Jesús le dijo:
—¡Dichoso tú, Simón, hijo de Jonás,
porque no te lo ha revelado nadie de carne
y hueso, sino mi Padre del cielo! 18 Pues yo
te digo que tú eres Pedro y sobre esta pie-
dra construiré mi Iglesia, y el imperio de la
muerte no la vencerá.
19 A ti te daré las llaves del reino de los
cielos: lo que ates en la tierra quedará ata-
do en el cielo; lo que desates en la tierra
quedará desatado en el cielo.
20 Entonces les ordenó que no dijeran a
nadie que él era el Mesías.

Primer anuncio de la pasión y resurrección
(Mc 8,31-33; Lc 9,22)

21 A partir de entonces Jesús comenzó a
explicar a sus discípulos que debía ir a Je-
rusalén, padecer mucho por causa de los
ancianos, sumos sacerdotes y letrados, su-
frir la muerte y al tercer día resucitar.
22 Pedro se lo llevó aparte y se puso a re-
prenderlo:
—¡Dios no lo permita, Señor! No te su-
cederá tal cosa.
23 Él se volvió y dijo a Pedro:
—¡Aléjate, Satanás! Quieres hacerme
caer. Piensas como los hombres, no como
Dios.

Condiciones para ser discípulo
(Mc 8,34–9,1; Lc 9,23-27)

24 Entonces Jesús dijo a los discípulos:
—El que quiera seguirme que se niegue
a sí mismo, cargue con su cruz y me siga.
25 El que quiera salvar su vida la perderá;
pero quien pierda la vida por mi causa la
conservará. 26 ¿De qué le vale al hombre
ganar todo el mundo si pierde su vida?,
¿qué precio pagará por su vida? 27 El Hijo
del Hombre ha de venir con la gloria de su
Padre y acompañado de sus ángeles. En-
tonces pagará a cada uno según su con-
ducta.
28 Les aseguro: hay algunos de los que
están aquí que no morirán antes de ver al
Hijo del Hombre venir en su reino.

---

visto en las palabras de Jesús una alabanza y una promesa referidas, no a la persona de Pedro, sino a su actitud de fe.

16,21-28 Primer anuncio de la pasión y resurrección – Condiciones para ser discípulo. Hay un corte narrativo y un nuevo comienzo: se inicia el camino hacia la pasión y muerte. Este primer anuncio desvanece cualquier duda sobre qué clase de Mesías es Jesús. Proclama sin ambigüedades que tendrá que sufrir y morir: consecuencia de su mesianismo, de acuerdo con el plan del Padre.

Pedro, que poco antes había confesado su fe en Jesús, ahora rechaza la posibilidad de sufrimiento y muerte del Mesías. Jesús reacciona muy bruscamente llamándole Satanás (23), es decir, se comporta como una piedra de tropiezo, con una manera de pensar solamente humana. Jesús reprende a Pedro, que insiste en encajar a Jesús en una de las imágenes tradicionales del Mesías.

Pedro no espera un Siervo sufriente (Is 42,1), sino que le impone a Jesús su propia imagen triunfante. La respuesta tajante de Jesús echa por tierra todas estas pretensiones que no se ajustan a lo que Él había obrado durante su misión.

Al anuncio de la pasión sigue el precio y la recompensa del discipulado. Así como antes los discípulos habían participado del poder de Jesús (10,1), ahora tendrán que correr la misma suerte que el Maestro. Las sentencias sobre la necesidad de cargar la cruz y entregar la vida lo ponen de relieve. La fidelidad total en el seguimiento implica frecuentemente dificultades y hasta persecuciones. Aceptar el discipulado cristiano sin condiciones, con todas las implicaciones que lleva consigo, es cargar con la cruz. Somos los discípulos de un hombre ajusticiado en la cruz.

Durante mucho tiempo, ciertas corrientes ascéticas han entendido la negación de sí mismo como una especie de combate contra los deseos del individuo. La negación de sí mismo debe leerse en la clave iluminadora de la cruz. Pero la cruz de la que habló Jesús tiene una dimensión más redentora y solidaria: se trata de la cruz de la injusticia, de la miseria y de la exclusión que los sistemas sociales de todos los tiempos les imponen a las personas más débiles. Si Jesús nos invita hoy a negarnos a nosotros mismos y a cargar con la cruz, no nos invita a un ejercicio piadoso, sino a una opción serena y responsable por aquéllos a los que el sistema les impone la cruz de la intolerancia, la exclusión y la miseria. No nos inventemos más cruces para no aceptar la verdadera cruz del Maestro.

El discípulo de Jesús no se pertenece, pertenece a la familia de Jesús (véase el comentario a 10,16-33). Está siempre disponible para las urgencias del reino. «Salvar la vida»/«perder la vida» son la expresión máxima del egoísmo o de la solidaridad: retener la vida para sí mismo, cerrando los ojos y el corazón a las necesidades de los pobres y excluidos, es perderla para la causa del reino; y entregar la vida, «descentrarse» para poner el centro en aquéllos a los que se les niega permanente la vida o su dignidad, es ganarla para la progresiva instauración del reino. Éste será el criterio definitivo de discernimiento en el juicio de las naciones. La libertad y la felicidad cristianas sólo se encuentran en la aceptación gozosa de la

Transfiguración de Jesús
(Mc 9,2-10; Lc 9,28-36)

17 1 Seis días más tarde llamó Jesús a
Pedro, a Santiago y a su hermano
Juan y se los llevó aparte a una montaña
elevada. 2 Delante de ellos se transfiguró:
su rostro resplandeció como el sol y su
ropa se volvió blanca como la luz. 3 De
pronto se les aparecieron Moisés y Elías
conversando con él. 4 Pedro tomó la pala-
bra y dijo a Jesús:
—Señor, ¡qué bien se está aquí! Si te pa-
rece, armaré tres chozas: una para ti, otra
para Moisés y otra para Elías.
5 Todavía estaba hablando, cuando una
nube luminosa les hizo sombra y de la nube
salió una voz que decía:
—Éste es mi Hijo querido, mi predilecto.
Escúchenlo.
6 Al oírlo, los discípulos cayeron boca
abajo temblando de mucho miedo. 7 Jesús
se acercó, los tocó y les dijo:
—¡Levántense, no tengan miedo!
8 Cuando levantaron la vista, sólo vieron
a Jesús.
9 Mientras bajaban de la montaña, Jesús
les ordenó:
—No cuenten a nadie lo que han visto
hasta que el Hijo del Hombre resucite de
entre los muertos.

(Mc 9,11-13)
10 Los discípulos le preguntaron:
—¿Por qué dicen los letrados que prime-
ro tiene que venir Elías?
11 Jesús respondió:
—Elías tiene que venir a restablecer
nuevamente el orden de todas las cosas.
12 Pero les aseguro que Elías ya vino, no lo
reconocieron y lo maltrataron. Del mismo
modo el Hijo del Hombre va a sufrir a ma-
nos de ellos.
13 Entonces los discípulos comprendie-
ron que se refería a Juan el Bautista.

Sana a un niño epiléptico
(Mc 9,14-29; Lc 9,37-43a)

14 Cuando volvieron adonde estaba la
gente, un hombre se le acercó, se arrodilló
ante él 15 y le dijo:
—Señor, ten compasión de mi hijo que
es epiléptico y sufre horriblemente. Muchas
veces se cae en el fuego o en el agua. 16 Se
lo he traído a tus discípulos y no han podi-
do sanarlo.

---

voluntad de Dios que nos invita a escuchar a su Hijo y a seguirle por los caminos y sendas que Él recorrió (25s).

17,1-13 Transfiguración de Jesús. Los discípulos se sienten desanimados después de escuchar el anuncio de la pasión de Jesús y conocer las consecuencias de su seguimiento. La transfiguración es una palabra de ánimo, pues en ella se manifiesta la gloria de Jesús y se anticipa su victoria sobre la cruz.

Tenemos en este relato una completa presentación de Jesús. En Él se ha manifestado la gloria de Dios; Él es verdaderamente el Mesías esperado de Israel; más aún, es el Hijo de Dios, un título en el que Mateo insiste a lo largo de todo su evangelio. Esta presentación tiene como destinatarios a los discípulos que lo acompañan y, en la mente del evangelista, también a todos los que leen el evangelio. Su propósito es acrecentar la fe de los discípulos en Jesús a través de la contemplación de su victoria sobre la muerte; de este modo, podrán asumir todas las exigencias que lleva consigo ser discípulos y seguidores de Jesús.

Jesús es el Maestro que habla y enseña a sus discípulos. Pero, al mismo tiempo, es el Señor, penetrado por la luz de Dios y envuelto en la nube (signos de la presencia divina). Dios quiso retirar el velo tras el cual se esconde el misterio de Jesús. Los discípulos caen en tierra ante Él. Es la actitud de adoración ante el Señor. Y el temor surge del pensamiento de estar ante Dios; un temor que es superado gracias a la presencia y la palabra de Jesús: «no tengan miedo» (7).

El mensaje de esta narración y la finalidad perseguida por el evangelista es que todo lo esperado para el futuro se ha hecho realidad en el presente en la persona de Jesús. El relato invita también a superar la tentación de un mesianismo glorioso y fácil, animando a los discípulos a comprender con Jesús el camino de la obediencia a la voluntad del Padre. Para Mateo, el sufrimiento y la gloria de Jesús son dos dimensiones inseparables de su acción redentora.

En el versículo 10, la pregunta sobre Elías llega atraída por la visión del profeta en la transfiguración. Los discípulos se hacen eco de la creencia popular, enseñada por los doctores a la luz de Mal 4,5s: si Elías no ha vuelto aún, Jesús no es el Mesías. Jesús, en su respuesta, identifica la persona de Elías con la del Bautista (cfr. 11,14), quien cumplió con su tarea de preparar al pueblo. De la misma manera que a Juan no lo reconocieron, sino que lo mataron (cfr. 14,1-12), así Jesús, el Hijo del Hombre, será malinterpretado y condenado a muerte.

La insistencia de Jesús en la pasión rompe las esperanzas en un Mesías político y nacionalista. El Hijo del Hombre es, efectivamente, el Mesías, pero un Mesías doliente, en la línea del Siervo del Señor.

17,14-21 Sana a un niño epiléptico. La función de este relato es instruir sobre la fe a partir de un hecho

17 Respondió Jesús:
—¡Qué generación incrédula y perversa! ¿Hasta cuándo tendré que estar con ustedes y soportarlos? Tráiganmelo aquí.
18 Jesús reprendió al demonio, y éste abandonó al muchacho que desde aquel momento quedó sano.
19 Entonces los discípulos se acercaron a Jesús y le preguntaron aparte:
—¿Por qué nosotros no pudimos expulsarlo?
20 Él les contestó:
—Porque ustedes tienen poca fe. Les aseguro que, si tuvieran la fe del tamaño de una semilla de mostaza, dirían a aquel monte que se trasladara allá, y se trasladaría. Y nada sería imposible para ustedes.
21 [[Pero esta clase sólo se expulsa con oración y ayuno.]]

Segundo anuncio
de la pasión y resurrección
(Mc 9,30-32; Lc 9,43b-45)

22 Mientras paseaban juntos por Galilea, Jesús les dijo:
—El Hijo del Hombre será entregado en manos de hombres
23 que le darán muerte. Pero al tercer día resucitará.
Ellos se entristecieron profundamente.

Sobre el impuesto del Templo

24 Cuando llegaron a Cafarnaún, los recaudadores de impuestos se acercaron a Pedro y le dijeron:
—¿El maestro de ustedes no paga los impuestos?
25 Pedro contestó:
—Sí.
Cuando entró en casa, Jesús se le adelantó y le preguntó:
—¿Qué te parece, Simón? Los reyes de la tierra, ¿de quiénes cobran impuestos?, ¿de los hijos o de los extraños?
26 Contestó que de los extraños y Jesús le dijo:
—Eso quiere decir que los hijos quedan libres de pagar.
27 Pero para no dar motivo de escándalo, ve al lago, echa un anzuelo y al primer pez que pique sácalo, ábrele la boca y encontrarás una moneda. Tómala y paga por mí y por ti.

---

concreto. El relato paralelo de Marcos (Mc 9,14-29) es más amplio y contiene detalles que hacen más comprensible la escena narrada; la insistencia allí es en la oración.

El milagro de sanación le sirve a Mateo para encuadrar el tema del poder de la fe. Era necesario insistir ante la ausencia de la fe, especialmente entre los discípulos, «hombres de poca fe» (6,30; 8,26).

La fe auténtica, aunque sea pequeña como un grano de mostaza, participa en el poder de Dios (Rom 4,17-21). Precisamente por eso puede decirse de ella que «mueve montañas» (cfr. 1 Cor 13,2). Se trata de una descripción poética del poder del Creador, ante el cual no hay obstáculo alguno, incluso ni lo más sólido e inamovible: los montes («los montes brincaron como carneros, las colinas como corderos», Sal 114,4).

Mateo reprocha a los discípulos su falta de confianza en el poder que habían recibido de Jesús y, en tal sentido, este mensaje no ha perdido actualidad: es una exhortación a no poner en duda la fuerza salvadora de la Buena Noticia.

17,22s Segundo anuncio de la pasión y resurrección. Véase el comentario a Mc 9,30-32.

17,24-27 Sobre el impuesto del Templo. La cuestión del impuesto surgió por la costumbre que se había generalizado entre los judíos –incluso entre los que vivían dispersos por el mundo romano– de pagar un impuesto anual para el Templo. La cantidad era, más bien, pequeña: una didracma o dos dracmas, moneda griega que equivalía al jornal de dos días de un obrero. Pero la obligación de este impuesto no podía urgirse desde la Ley. Según el punto de vista de los saduceos, sólo podían exigirse los impuestos señalados expresamente por la Ley (Éx 30,11-13), y el referido al Templo no figuraba en ella.

La analogía tiene, sin embargo, otro nivel más profundo. El relato muestra claramente que Jesús no estaba obligado a pagar este impuesto. Esta obligación correspondía a los súbditos, no a los hijos del rey; de ahí la analogía que usa Jesús. La ilustración utilizada en los versículos 25s se basa en la identidad de Jesús como Hijo de Dios. El Señor del Templo era Dios. Jesús es su Hijo. Los que creen en Jesús participan de esta filiación. Su libertad –la de Jesús y la de sus discípulos– nace de su calidad de hijos. Pero, junto a esta libertad, Jesús quiere expresar también una actitud de respeto frente a la posible obligación legal y frente al Templo, en cuanto que es la casa de Dios.

Jesús paga los impuestos para no escandalizar ni entrar en conflicto con las autoridades legales. Después de la destrucción del Templo en el año 70 d.C., los impuestos cobrados a los judíos se asignaban para el mantenimiento del templo pagano de Júpiter Capitolino en Roma; este recuento pudo ayudar a los miembros judíos de la comunidad de Mateo. Aunque no estaban obligados a pagar el impuesto, convenía hacerlo para evitar escándalos (cfr. Rom 13,1-7; 1 Pe 2,13-17).

¿Quién es el más importante?
(Mc 9,33-37; Lc 9,46-48)

18 1 En aquel tiempo los discípulos se
acercaron a Jesús y le preguntaron:
—¿Quién es el más grande en el reino de
los cielos?
2 Él llamó a un niño, lo colocó en medio
de ellos 3 y dijo:
—Les aseguro que si no se convierten y
se hacen como los niños, no entrarán en el
reino de los cielos. 4 El que se haga peque-
ño como este niño, ése es el más grande en
el reino de los cielos. 5 Y el que reciba en mi
nombre a uno de estos niños a mí me recibe.

Radicalidad ante el pecado
(Mc 9,42; Lc 17,1s)

6 Pero el que lleve a pecar a uno de es-
tos pequeños que creen en mí, más le val-
dría que le colgasen al cuello una piedra de
molino y lo arrojaran al fondo del mar. 7 ¡Ay
del mundo por los escándalos! Es inevitable
que sucedan escándalos. Pero, ¡ay del
hombre por quien viene el escándalo!

(Mc 9,43-48)

8 Si tu mano o tu pie te lleva a pecar,
córtatelo y tíralo lejos de ti. Más te vale en-
trar en la vida manco o cojo que con dos
manos o dos pies ser arrojado al fuego
eterno.
9 Si tu ojo te lleva a pecar, sácatelo y
tíralo lejos de ti. Más te vale entrar en la
vida tuerto que con dos ojos ser arrojado al
infierno de fuego.

Parábola de la oveja perdida
(Lc 15,3-7)

10 Cuidado con despreciar a uno de es-
tos pequeños. Pues les digo que sus ánge-
les en el cielo contemplan continuamente el
rostro de mi Padre del cielo. 11 [[Porque el
Hijo del Hombre ha venido a salvar lo que
estaba perdido.]]
12 ¿Qué les parece? Supongamos que un
hombre tiene cien ovejas y se le extravía
una: ¿no dejará las noventa y nueve en el
monte para ir a buscar la extraviada? 13 Y si
llega a encontrarla, les aseguro que se ale-
grará más por ella que por las noventa y
nueve no extraviadas.
14 Del mismo modo, el Padre del cielo no
quiere que se pierda ni uno de estos pe-
queños.

18,1-9 ¿Quién es el más importante? – Radicalidad ante el pecado. Este capítulo presenta el cuarto de los cinco grandes discursos de Jesús. Se dirige especialmente a los discípulos y son instrucciones para una comunidad dividida. Se pueden adivinar tensiones entre los distintos grupos y problemas de convivencia. Para iluminar esta situación, Mateo nos exhorta a prestar atención a los pequeños y el perdón como norma básica en la comunidad cristiana; un modelo de comunidad para todos los tiempos. Este cambio de valores se ha inaugurado con la llegada del reino. La ocasión de este discurso deriva de la pregunta de los discípulos (1). La Iglesia debe organizarse y algunos asumen ciertos servicios y responsabilidades. ¿Son estas personas más importantes? Los discípulos quieren saber, y Mateo les recuerda las enseñanzas de Jesús sobre este tema. Como respuesta, Jesús señala a un niño (2) y pide a los discípulos que se hagan como ellos (3). A diferencia de ahora, en aquella sociedad el niño no tenía derechos legales; todo lo que recibía era para él un regalo. Del mismo modo, el reino de Dios no se adquiere por las propias fuerzas; es un don que se recibe con la sencillez y el agradecimiento de un niño.

En el evangelio de Mateo, la palabra «pequeño» no se refiere únicamente a los niños. Pequeños son todas las personas humildes y sencillas que desde su simplicidad de vida han optado por seguir a Jesús con toda radicalidad. La comunidad cristiana, particularmente sus responsables, han de tener cuidado de no subestimar la función y el aporte de estas personas. Los pequeños encarnan los valores fundamentales de la Buena Noticia y hacen patente la presencia de Jesús entre los más pobres y sencillos.

18,10-14 Parábola de la oveja perdida. Quizás sería preferible hablar del pastor que sale en busca de la oveja extraviada. La experiencia de Jesús respecto de su Padre no era la de un Dios excluyente. Él sabía que Dios se definía como Padre, precisamente por salir al encuentro de lo perdido, por hacer una oferta de amor al que estaba en la peor circunstancia.

Dejar las noventa y nueve ovejas para ir en busca de la perdida hasta encontrarla, cargarla sobre sus hombros, alegrarse por su encuentro y participar a otros su alegría, ¿no era precisamente la forma más expresiva de anunciar que Dios era verdaderamente Padre? Amar a la persona perdida no era dejar de amar a las otras, sino garantizarles amor si llegaran a perderse.

Mateo aplica la parábola a los discípulos seducidos y engañados que se han apartado de las enseñanzas de Jesús. Es la conducta que hay que asumir ante los caídos o los que se hallan en peligro de caer. La vida extraviada necesita que alguien la valore y no la deje morir. Dios no da a nadie por perdido y siempre espera.

Sobre el perdón
(Lc 17,3s)

15 Si tu hermano te ofende, ve y corríge-
lo, tú y él a solas. Si te escucha has gana-
do a tu hermano. 16 Si no te hace caso,
hazte acompañar de uno o dos, *para que el*
asunto se resuelva por dos o tres testigos.
17 Si no les hace caso, informa a la comuni-
dad. Y si no hace caso a la comunidad con-
sidéralo un pagano o un recaudador de
impuestos. 18 Les aseguro que lo que uste-
des aten en la tierra quedará atado en el
cielo, y lo que desaten en la tierra quedará
desatado en el cielo.
19 Les digo también que si dos de uste-
des se ponen de acuerdo en la tierra para
pedir cualquier cosa, mi Padre del cielo se
la concederá. 20 Porque donde hay dos o
tres reunidos en mi nombre, yo estoy allí,
en medio de ellos.
21 Entonces se acercó Pedro y le pre-
guntó:
—Señor, si mi hermano me ofende,
¿cuántas veces tengo que perdonarle?
¿Hasta siete veces?
22 Le contestó Jesús:
—No te digo hasta siete veces, sino has-
ta setenta veces siete.

Parábola sobre el perdón

23 Por eso, el reino de los cielos se pare-
ce a un rey que decidió ajustar cuentas con
sus sirvientes. 24 Ni bien comenzó, le pre-
sentaron uno que le adeudaba diez mil mo-
nedas de oro. 25 Como no tenía con qué
pagar, mandó el rey que vendieran a su
mujer, sus hijos y todas sus posesiones
para pagar la deuda. 26 El sirviente se arro-
dilló ante él suplicándole: ¡Ten paciencia
conmigo, que todo te lo pagaré! 27 Compa-
decido de aquel sirviente, el rey lo dejó ir y
le perdonó la deuda.
28 Al salir, aquel sirviente tropezó con
un compañero que le debía cien monedas.
Lo agarró del cuello y mientras lo ahoga-
ba le decía: ¡Págame lo que me debes!
29 Cayendo a sus pies, el compañero le su-
plicaba: ¡Ten paciencia conmigo y te lo
pagaré! 30 Pero el otro se negó y lo hizo
meter en la cárcel hasta que pagara la
deuda.
31 Al ver lo sucedido, los otros sirvien-
tes se sintieron muy mal y fueron a con-
tarle al rey todo lo sucedido. 32 Entonces el
rey lo llamó y le dijo: ¡Sirviente malvado,
toda aquella deuda te la perdoné porque
me lo suplicaste! 33 ¿No tenías tú que tener
compasión de tu compañero como yo la
tuve de ti? 34 E indignado, el rey lo entre-
gó a los verdugos hasta que pagara toda
la deuda.
35 Así los tratará mi Padre del cielo si no
perdonan de corazón a sus hermanos.

Leída en este contexto, la parábola subraya el valor único de cada persona y descubre a los cristianos que la fraternidad se construye desde la paternidad de Dios: cuando van en busca de la persona extraviada están cumpliendo la voluntad del Padre que «no quiere que se pierda ni uno de estos pequeños» (14).

18,15-22 Sobre el perdón. En la comunidad debe reinar la paz, bien porque no hay ofensas o porque se busca la reconciliación (14). Si un miembro de la comunidad cristiana se niega a reconciliarse será como un extraño a la comunidad y los responsables tienen el derecho de excluirlo mientras permanezca en esa actitud (cfr. 1 Cor 5,5s).

La referencia al perdón y a la reconciliación se completa con una instrucción sobre la oración comunitaria. La comunidad orante es un lugar privilegiado de la presencia de Jesús (cfr. 28,20) siempre que se den las condiciones y actitudes que Jesús señaló en la oración del Padrenuestro.

18,23-35 Parábola sobre el perdón. A la pregunta «aritmética» de Pedro (21) responde el Señor en el mismo terreno, saltando de un número generoso a otro indefinido. Y lo aclara con una parábola que se complace en presentar los contrastes extremos.

La venganza era una ley sagrada en todo el Antiguo Oriente y el perdón, humillante; pero, para el cristiano, la contrapartida de la venganza es el perdón ilimitado.

La parábola describe la relación de los seres humanos con Dios y con los demás. La deuda de diez mil monedas de oro, impagable, en todo caso, simboliza la situación de toda persona a quien Dios perdona por pura gracia (24s). La actitud del siervo despiadado retrata la mezquindad del corazón humano. Unos a otros nos debemos «cien monedas» (28), una ridiculez en comparación con lo que se nos ha sido perdonado.

¿Cuál debe ser la reacción nuestra frente al prójimo? Dios nos abre la gracia de su perdón de una manera insospechada, pero la retira ante los corazones ruines que niegan el perdón al prójimo.

Quien haya experimentado la misericordia del Padre no puede andar calculando las fronteras del perdón y la acogida a los hermanos.

Sobre el divorcio
(Mc 10,1-12)?

19 1 Cuando Jesús terminó este discurso, se trasladó de Galilea a Judea, al otro lado del Jordán. 2 Le seguía una gran multitud, y él los sanaba allí. 3 Se acercaron unos fariseos y, para ponerlo a prueba, le preguntaron:

—¿Puede un hombre separarse de su mujer por cualquier cosa?

4 Él contestó:

—¿No han leído que al principio el Creador *los hizo hombre y mujer*? 5 Y dijo: *por eso abandona un hombre a su padre y a su madre, se une a su mujer y los dos se hacen una sola carne.* 6 *De suerte que ya no son dos, sino una sola carne.* Así pues, lo que Dios ha unido que no lo separe el hombre.

7 Le replicaron:

—Entonces, ¿por qué Moisés mandó *darle un acta de divorcio cuando uno se separa* [de ella]?

8 Les respondió:

—Moisés les permitió separarse de sus mujeres a causa de la dureza de sus corazones. Pero al principio no era así. 9 Les digo que quien se divorcia de su mujer –si no es en caso de concubinato– y se casa con otra, comete adulterio.

10 Los discípulos le dijeron:

—Si ésa es la condición del marido con la mujer, más vale no casarse.

11 Y él les respondió:

—No todos pueden con [esto]; sólamente aquellos que reciben tal don. 12 Porque hay eunucos que así nacieron desde el seno de su madre, hay eunucos hechos eunucos por los hombres y hay eunucos que a sí mismos se hicieron eunucos por el reino de los cielos. El que pueda entender que lo entienda.

Bendice a unos niños
(Mc 10,13-16; Lc 18,15-17)

13 Entonces le llevaron unos niños para que pusiera las manos sobre ellos y pronunciara una oración. Los discípulos los reprendían. 14 Pero Jesús dijo:

—Dejen a los niños y no les impidan que se acerquen a mí, porque el reino de los cielos pertenece a los que son como ellos.

15 Entonces impuso las manos sobre ellos y se fue.

El joven rico
(Mc 10,17-31; Lc 18,18-30)

16 Luego se le acercó uno y le dijo:

—Maestro, ¿qué obras buenas debo hacer para alcanzar la vida eterna?

17 Jesús le contestó:

—¿Por qué me preguntas acerca de lo que es bueno? Uno solo es el bueno. Si quieres entrar en la vida guarda los mandamientos.

18 El joven le preguntó:

—¿Cuáles?

19,1-12 Sobre el divorcio. Las discusiones en torno al divorcio son más viejas que el evangelio. En tiempos de Jesús, la discusión sobre el tema estaba polarizada en dos escuelas: una, laxista en grado sumo, admitía el divorcio por cualquier causa: era suficiente para despedir a la mujer que se le hubiese quemado o simplemente ahumado la comida, según su interpretación de la Ley genérica que autorizaba el divorcio si el marido «descubre en ella algo vergonzoso» (Dt 24,1). La otra escuela, rigorista, entendía que la excepción del Deuteronomio se refería únicamente al caso de adulterio.

El asunto lo presentan los fariseos como pregunta capciosa. Jesús sube de una ley positiva, concesión más que imposición, al orden primordial establecido por Dios (Gn 1,27; 2,24; 5,2).

En aquella sociedad, dominada por los hombres, una mujer repudiada debía regresar a la casa de su padre llevando consigo el deshonor que afectaría a toda su familia de origen. La amenaza de divorcio era un arma implacable para asegurar la sumisión de la mujer a su marido. En este contexto, las palabras de Jesús son tremendamente liberadoras. La prohibición del divorcio es, eminentemente, una defensa de la mujer y una recuperación del designio de Dios establecido desde el principio.

Los discípulos se sorprenden ante la exigencia de un vínculo indisoluble (los fariseos ya no intervienen). Jesús no retira lo dicho, sino que da otro paso, proponiendo otra situación que tendrá cabida en su comunidad: el celibato voluntario (12). El celibato cristiano es comprensible únicamente desde el misterio del reino. Por eso añade Jesús: «el que pueda entender que lo entienda» (12).

19,13-15 Bendice a unos niños. Mateo ha presentado ya a los niños como modelo para los discípulos. El relato contrapone la actitud de Jesús al disgusto que experimentan los discípulos. Jesús utiliza este gesto simbólico para resaltar la precedencia que tienen en el reino de los cielos los que se hacen como ellos, o sea, los que lo reciben sencilla y humildemente como un don gratuito de Dios.

19,16-30 El joven rico. Jesús reivindica una idea de los profetas: la riqueza puede ser un enorme obs-

Jesús le dijo:
—*No matarás, no cometerás adulterio,*
no robarás, no perjurarás, 19 *honra a tu pa-*
dre y a tu madre, y *amarás al prójimo como*
a ti mismo.
20 El joven le dijo:
—Todo eso lo he cumplido, ¿qué me
queda por hacer?
21 Jesús le contestó:
—Si quieres ser perfecto, ve, vende tus
bienes, dáselo a los pobres y tendrás un te-
soro en el cielo; después sígueme.
22 Al oírlo, el joven se fue triste, porque
era muy rico.
23 Jesús dijo a sus discípulos:
—Les aseguro que difícilmente entrará
un rico en el reino de los cielos. 24 Se los re-
pito, es más fácil para un camello pasar por
el ojo de una aguja que para un rico entrar
en el reino de Dios.
25 Al oírlo, los discípulos quedaron muy
espantados y dijeron:
—Entonces, ¿quién podrá salvarse?
26 Jesús los quedó mirando y les dijo:
—Para los hombres eso es imposible,
para Dios todo es posible.
27 Entonces Pedro le respondió:
—Mira, nosotros hemos dejado todo y te
hemos seguido; ¿qué será de nosotros?
28 Jesús les dijo:
—Les aseguro que en el mundo nuevo,
cuando el Hijo del Hombre se siente en su
trono de gloria, ustedes, los que me han se-
guido, se sentarán también en doce tronos
para juzgar a las doce tribus de Israel. 29 Y
todo aquel que por mí deje casas, herma-
nos o hermanas, padre o madre, hijos o
campos, recibirá cien veces más y hereda-
rá vida eterna.
30 Muchos de los primeros serán los últi-
mos y muchos de los últimos serán los pri-
meros.

Parábola de los jornaleros de la viña

20 1 El reino de los cielos se parece a
un hacendado que salió de mañana
a contratar trabajadores para su viña. 2 Ce-
rró trato con ellos en un denario al día y los
envió a su viña. 3 Volvió a salir a media ma-
ñana, vio en la plaza a otros que no tenían
trabajo 4 y les dijo: Vayan también ustedes
a mi viña y les pagaré lo debido. 5 Ellos se

---

táculo en el camino hacia el reino. Este pasaje evangélico es, probablemente, uno de los que más ha influido en la historia del cristianismo.

Al joven rico le parece excesivo el precio que tiene que pagar para entrar en el discipulado de Jesús, porque era muy rico (22). Él esperaba de Jesús otra cosa: que le hubiese mandado hacer obras buenas, dar limosna en mayor cantidad, algo que pudiese hacer desde su riqueza sin perturbar su vida. ¡Pero a Dios no le damos nada hasta que no le damos todo!

Estas palabras de Jesús han inspirado formas radicales de seguimiento, como la inaugurada por Francisco de Asís, que entregó todos sus bienes a los pobres; la tradición de la Iglesia elaboró a partir de aquí la idea de los «consejos evangélicos», que no son obligatorios para todos, distintos de los «preceptos». Sin embargo, la palabra que Jesús dirige al joven no es un consejo, sino un imperativo personal e ineludible (21).

La renuncia a los bienes materiales no es un consejo que se pueda seguir o no, sino una exigencia absoluta y obligatoria siempre que el mantenimiento de esas posesiones se convierta en un obstáculo para la aceptación del reino y para el seguimiento de Jesús. No se puede servir a Dios y al dinero.

A continuación sigue el diálogo de Jesús con sus discípulos acerca del impedimento que representan las riquezas para entrar en el reino de los cielos (23-26). La imagen del camello y la aguja es una exageración oriental que trata de mostrar la imposibilidad de romper con el prestigio y el poder que dan las riquezas.

Los discípulos cumplen los dos requisitos que Jesús puso al joven rico: lo han dejado todo y le han seguido; por eso, su recompensa será la plenitud de la vida, anticipada ya en la vida presente.

La promesa de Jesús se amplía a todos aquellos que hayan abandonado todo por su causa y, en definitiva, a todos los creyentes. El premio es seguro y mucho mayor que el que uno pueda imaginar, aunque en el reino de Dios nadie tiene asegurado definitivamente el puesto (30). Los doce tronos de gloria no son otra cosa que la exigente tarea de servir y animar al pueblo de Dios en su camino hacia el reino.

20,1-16 Parábola de los jornaleros de la viña. Esta parábola completa la enseñanza anterior sobre la recompensa que espera a los que dejan todo para seguir a Jesús.

El apego del joven a sus riquezas contrasta con la generosidad de Dios que paga más de la cuenta. La misericordia de Dios no se opone a la justicia humana, sino que la trasciende totalmente en el amor. Dios no es injusto al ser generoso. No es cuestión de proporción (justicia), sino de aceptar agradecidos esta desproporción (amor).

La gracia es amar más allá de los parámetros de la justicia humana. Las relaciones con Dios que establecía el legalismo en la época de Jesús eran de paga, en

fueron. Volvió a salir a mediodía y a media
tarde e hizo lo mismo. 6 Al caer de la tarde
salió, encontró otros que no tenían trabajo
y les dijo: ¿Qué hacen aquí ociosos todo el
día sin trabajar? 7 Le contestan: Nadie nos
ha contratado. Y él les dice: Vayan también
ustedes a mi viña.

8 Al anochecer, el dueño de la viña dijo
al capataz: Reúne a los trabajadores y pá-
gales su jornal, empezando por los últimos
y acabando por los primeros.

9 Pasaron los del atardecer y recibieron
un denario. 10 Cuando llegaron los prime-
ros, esperaban recibir más; pero también
ellos recibieron la misma paga. 11 Al reci-
birlo, se quejaron contra el hacendado:
12 Estos últimos han trabajado una hora y
les has pagado igual que a nosotros, que
hemos soportado la fatiga y el calor del día.
13 Él contestó a uno de ellos: Amigo, no es-
toy siendo injusto; ¿no habíamos cerrado
trato en un denario? 14 Entonces toma lo
tuyo y vete. Que yo quiero dar al último lo
mismo que a ti. 15 ¿O no puedo yo disponer
de mis bienes como me parezca? ¿Por qué
tomas a mal que yo sea generoso?

16 Así los últimos serán los primeros y
los primeros serán los últimos.

Tercer anuncio de la pasión y resurrección

(Mc 10,32-34; Lc 18,31-34)

17 Cuando Jesús subía hacia Jerusalén,
tomó aparte a los Doce [discípulos] y por el
camino les dijo:

18 —Miren, subimos a Jerusalén, y el Hi-
jo del Hombre será entregado a los sumos
sacerdotes y letrados que lo condenarán a
muerte. 19 Lo entregarán a los paganos pa-
ra que lo maltraten, lo azoten y lo crucifi-
quen. Al tercer día resucitará.

Contra la ambición

(Mc 10,35-45)

20 Entonces se le acercó la madre de los
Zebedeos con sus hijos y se postró para ha-
cer una petición. 21 Él le preguntó:

—¿Qué deseas?

Ella contestó:

—Manda que, cuando reines, estos dos hijos míos se sienten uno a tu derecha y otro a tu izquierda.

22 Jesús le contestó:

—No saben lo que piden. ¿Son capaces de beber la copa que yo he de beber?

Ellos replicaron:

—Podemos.

23 Jesús les dijo:

—Mi copa la beberán, pero sentarse a mi derecha e izquierda no me toca a mí concederlo; esos lugares son para quienes se los ha destinado mi Padre.

24 Cuando los otros diez lo oyeron, se enojaron con los dos hermanos.

25 Pero Jesús los llamó y les dijo:

—Saben que entre los paganos los
gobernantes tienen sometidos a sus súbdi-
tos y los poderosos imponen su autoridad.
26 No será así entre ustedes; más bien,
quien entre ustedes quiera llegar a ser gran-
de que se haga servidor de los demás; 27 y
quien quiera ser el primero, que se haga

---

razón de los méritos que se tenían. La enseñanza incansable de Jesús, por el contrario, afirmaba que las relaciones con el Dios que es Padre se establecían por amor, y no por méritos frente a la Ley. Con Jesús quedaba bien definido el comportamiento de Dios con el ser humano: Dios no se fijaría en méritos, sino en necesidad. Quien necesitara de su amor lo obtendría, no quien lo «mereciera».

Como el dueño de la viña, y por libre iniciativa de su gracia, Dios regala a sus hijos e hijas una recompensa que no guarda proporción con la duración del trabajo. Tal es la respuesta de Jesús a los espíritus legalistas que veían con malos ojos su trato amistoso con recaudadores de impuestos y pecadores (cfr. 9,11). Luego, en la comunidad de Mateo, algunos cristianos de origen judío no podían entender que los paganos, venidos más tarde, tuvieran en la Iglesia el mismo reconocimiento que ellos.

La parábola muestra que se trata de un don, un regalo inmerecido, y es igual para todos. ¡Así es Dios de bueno con nosotros!

20,17-19 Tercer anuncio de la pasión y resurrección. El tercer anuncio de la pasión y resurrección es mucho más concreto y detallado, y el evangelio queda así totalmente orientado hacia la Pascua de Jesús y a su victoria sobre la muerte.

20,20-28 Contra la ambición. Continúa el tema de quién es el mayor y quién el menor, esta vez en el plano del poder. El episodio sucede en el círculo de los Doce y muestra lo mal que han entendido los apóstoles la enseñanza del Maestro. Del hecho concreto pasa Jesús al principio general, válido para su comunidad: lo importante en el reinado de Dios no es tener un puesto de honor, sino seguirle a Él en su camino de entrega y servicio a los más necesitados. Por tanto, la comunidad no puede ejercer la autori-

sirviente de los demás. 28 Lo mismo que el
Hijo del Hombre no vino a ser servido, sino
a servir y a dar su vida como rescate por
muchos.

Sana a dos ciegos

(Mc 10,46-52; Lc 18,35-43)

29 Cuando se fueron de Jericó, un gran
gentío le seguía. 30 Dos ciegos, que estaban
sentados al costado del camino, al oír que
Jesús pasaba, se pusieron a gritar:
—¡[Señor,] Hijo de David, ten compasión
de nosotros!
31 La gente los reprendía para que se ca-
llasen. Pero ellos gritaban más fuerte:
—¡Señor, Hijo de David, ten compasión
de nosotros!
32 Jesús se detuvo y les habló:
—¿Qué quieren que haga por ustedes?
33 Respondieron:
—Señor, que se nos abran los ojos.
34 Compadecido, Jesús les tocó los ojos
y al punto recobraron la vista y le siguieron.

Entrada triunfal en Jerusalén

(Mc 11,1-11; Lc 19,29-40; cfr. Jn 12,12-19)

21 1 Al llegar cerca de Jerusalén, entra-
ron en Betfagé, junto al monte de los
Olivos. Entonces Jesús envió a dos dis-
cípulos 2 diciéndoles:
—Vayan al pueblo de enfrente y ense-
guida encontrarán una burra atada y su cría
junto a ella. Desátenla y tráiganla. 3 Si al-
guien les dice algo, ustedes le dirán que el
Señor las necesita. Y enseguida las devol-
verá.
4 Esto sucedió para que se cumpliera lo
anunciado por el profeta:

5 *Digan a la ciudad de Sión:*
mira a tu rey que está llegando:
humilde, cabalgando una burra
y un burrito, hijo de asna.

6 Fueron los discípulos y, siguiendo las
instrucciones de Jesús, 7 le llevaron la burra
y su cría. Echaron los mantos sobre ellos y
el Señor se montó. 8 Una gran muchedum-
bre alfombraba con sus mantos el camino.
Otros cortaban ramas de árbol y cubrían
con ellas el camino. 9 La multitud, delante y
detrás de él, aclamaba:

—*¡Hosana al Hijo de David!*
Bendito el que viene
en nombre del Señor.
¡Hosana en las alturas!

10 Cuando entró en Jerusalén, toda la
población conmovida preguntaba:
—¿Quién es éste?

---

dad y el poder repitiendo el mismo modelo autoritario y tiránico de los gobernantes de aquel entonces.

Esta enseñanza no va dirigida solamente a los discípulos que siguieron al Jesús histórico, sino también a la comunidad de Mateo y a la de nuestros días: oponerse a los esquemas de poder y de dominio que gobiernan este mundo; hacer posible la globalización de la solidaridad. El grande es el que sirve, y el primero, el que se hace servidor de todos.

20,29-34 Sana a dos ciegos. El episodio de los ciegos se encuentra a medio camino: prolonga las instrucciones a los discípulos en el tema del seguimiento y anticipa el triunfo de Jesús en Jerusalén con la confesión de los ciegos. Hay en este relato una cierta ironía. Los que están físicamente ciegos son los que ven con más claridad quién es realmente Jesús. Los dos ciegos representan a los discípulos que reconocen a Jesús como Mesías y Señor, pero aún no han comprendido toda su enseñanza. Son dos, como los hijos de Zebedeo (20,20-23), pero su petición es bien distinta a la de aquéllos. Ellos no piden un puesto importante, sino que se acercan con fe a Jesús para pedirle que les abra los ojos y puedan así comprender y asumir el camino que Él les propone.

El cambio que se produce en los dos ciegos es el que debe producirse en los discípulos que se acercan a Jesús con fe. El encuentro con Jesús les abre los ojos, les da una luz nueva para comprender y para recorrer el camino del seguimiento en el servicio y la entrega.

21,1-11 Entrada triunfal en Jerusalén. Después de instruir a sus discípulos sobre su destino y sobre las exigencias del seguimiento (16,21–20,34), Jesús entra en Jerusalén y el conflicto con las autoridades judías se agrava cada vez más. Jesús inicia aquí la última etapa de su vida terrena.

Con motivo de la celebración de la Pascua, memoria viva de la liberación de Egipto, acudían a Jerusalén multitud de judíos. En estas ocasiones, las expectativas mesiánicas resurgían con fuerza. La espera del inminente reinado de Dios se apoderó del grupo que lo acompañaba, y comenzaron a aclamarlo como Mesías («Hijo de David», según el versículo 9). El gesto humilde de Jesús de entrar en Jerusalén montado en un asno revela que su mesianismo no seguirá los esquemas del poder y la gloria.

Las autoridades y la gente sencilla han comprendido el significado y el alcance del gesto realizado por Jesús, pero sus reacciones son diversas: la gente reconoce que es un profeta, pero las autoridades de la ciudad acogen esta manifestación con recelo y turbación. La pregunta: «¿Quién es éste?» (10) no revela deseos de conocer, sino un rechazo frontal de Jesús.

11 Y la multitud contestaba:
—Es el profeta Jesús, de Nazaret de
Galilea.

Purifica el Templo
(Mc 11,15-19; Lc 19,45-48; cfr. Jn 2,13-16)

12 Jesús entró en el templo y echó fuera
a los que vendían y compraban en el tem-
plo, volcó las mesas de los cambistas y las
sillas de los que vendían palomas. 13 Les
dijo:
—Está escrito que *mi casa será casa de*
oración, mientras que ustedes la han con-
vertido en cueva de asaltantes.
14 En el templo se le acercaron ciegos y
cojos y él los sanó. 15 Cuando los sumos sa-
cerdotes y letrados vieron los milagros que
hacía y a la gente gritando en el templo:
¡Hosana al Hijo de David!, se indignaron 16 y
le dijeron:
—¿Oyes lo que están diciendo?
Jesús les contestó:
—Sí, ¿acaso nunca han oído aquel pa-
saje:

sacaré una alabanza de la boca
de criaturas y niños de pecho?

17 Dejándolos, salió de la ciudad y se
dirigió a Betania, donde pasó la noche.

La higuera seca
(Mc 11,12-14.20-24)

18 De mañana, cuando caminaba a la
ciudad, sintió hambre, 19 al ver una higuera
junto al camino, se acercó, pero no encon-
tró más que hojas.
Entonces le dijo:
—Jamás vuelvas a dar fruto.
En ese momento se secó la higuera.
20 Al verlo, los discípulos decían asom-
brados:
—¿Cómo es que la higuera se ha seca-
do repentinamente?
21 Jesús les respondió:
—Les aseguro que, si tuvieran una fe fir-
me, no sólo harían lo de la higuera, sino
que podrían decir a ese monte que se quite
de ahí y se tire al mar, y lo haría. 22 Y todo
lo que pidan con fe lo recibirán.

La autoridad de Jesús
(Mc 11,27-33; Lc 20,1-8)

23 Entró en el templo y se puso a en-
señar. Se le acercaron los sumos sacer-
dotes y los ancianos del pueblo y le pre-
guntaron:
—¿Con qué autoridad haces eso? ¿Quién
te ha dado tal autoridad?

21,12-17 Purifica el Templo. Lo primero que hace Jesús al entrar en Jerusalén es purificar el Templo. Se trata de una acción simbólica en un ámbito restringido, con un gesto de autoridad que desacredita la autoridad oficial y religiosa.

El comercio de ganado y de moneda en el patio mayor del recinto del Templo se prestaba a múltiples abusos, tolerados por la autoridad. Jesús rubrica su gesto combinando dos citas del Antiguo Testamento (Is 56,7 y Jr 7,11).

Este hecho es una de las acciones más representativas de Jesús. Reclama una conversión profunda, una vuelta a la alianza de amor con Dios. Este gesto era muy peligroso, porque atentaba contra los fundamentos de un sistema firmemente establecido. La doctrina de Jesús, ratificada con su praxis liberadora, tenía que exasperar a los dirigentes judíos. Cuestionar la imagen tradicional de Dios, del Templo, de Jerusalén, de la Ley, era blasfemo. Tocar «el buen nombre» de los dirigentes era sacrílego. Jesús terminó enfrentado con la institución (el Sanedrín y el Templo) y con sus servidores. Por ello, entre los crímenes por los cuales condenaron a Jesús estaba la blasfemia y el sacrilegio.

La purificación del Templo va acompañada de sanaciones y aclamaciones de los niños: una manifestación de Jesús como Mesías. Los dirigentes del Templo se escandalizan, no entienden que con esta llegada de Jesús se inaugura el auténtico y verdadero culto.

21,18-22 La higuera seca. Esta escena es, a primera vista, incongruente. En Marcos, este episodio precede a la purificación del Templo (Mc 11,12-14.15-17); la higuera estéril simboliza al pueblo de Israel que no ha sido fiel a su misión y la maldición de Jesús anuncia el abandono de Dios (cfr. Lc 13,6-9). Sin embargo, para Mateo se trata de la manifestación del poder de Jesús que buscó frutos de justicia en la ciudad santa, pero no los encontró; por eso, anuncia simbólicamente la caída de Jerusalén y la destrucción del Templo. Para el evangelista, este hecho es una ocasión para instruir a la comunidad sobre la importancia y el poder de la fe; ya vimos en Mt 8s que la fe es siempre un requisito para que Jesús pueda realizar sus signos.

21,23-27 La autoridad de Jesús. La autoridad con que Jesús actúa molesta a sus adversarios. Aquí tenemos el primer debate con los jefes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo. Se discute la autoridad (23) con que Jesús entró en la ciudad, purificó el Templo, sanó a los enfermos y enseñó. Jesús responde, como en otras ocasiones, preguntando (24): promete responder si ellos dicen públicamente si el bautismo de Juan es de Dios o es humano. Sus acusadores se ven obligados a dar una respuesta («No sabemos»), con la

24 Jesús les contestó:
—Yo a mi vez les haré una pregunta, si
me la responden, les diré con qué autoridad
hago esto: 25 El bautismo de Juan, ¿de dón-
de procedía?, ¿del cielo o de los hombres?
Ellos discutían la cuestión: Si decimos
que del cielo, nos dirá que por qué no le
creímos; 26 si decimos que de los hombres,
nos asusta la gente, porque todos tienen a
Juan por profeta. 27 Así que respondieron a
Jesús:
—No sabemos.
Él les replicó:
—Entonces yo tampoco les digo con
qué autoridad lo hago.

Parábola de los dos hijos

28 —A ver, ¿qué les parece? Un hombre
tenía dos hijos. Se dirigió al primero y le
dijo: Hijo, quiero que hoy vayas a trabajar a
mi viña. 29 El hijo le respondió: No quiero;
pero luego se arrepintió y fue. 30 Acercán-
dose al segundo le dijo lo mismo. Éste res-
pondió: Ya voy, señor; pero no fue. 31 ¿Cuál
de los dos hizo la voluntad de su padre?
Le dijeron:
—El primero.
Y Jesús les contestó:
—Les aseguro que los recaudadores de
impuestos y las prostitutas entrarán antes
que ustedes en el reino de Dios. 32 Porque
vino Juan, enseñando el camino de la jus-
ticia, y no le creyeron, mientras que los
recaudadores de impuestos y las prostitu-
tas le creyeron. Y ustedes, aun después
de verlo, no se han arrepentido ni le han
creído.

Parábola de los viñadores malvados
(Mc 12,1-12; Lc 20,9-19)

33 Escuchen otra parábola: Un hacenda-
do plantó una viña, la rodeó con una tapia,
cavó un lagar y construyó una torre; des-
pués la arrendó a unos viñadores y se fue.
34 Cuando llegó el tiempo de la cosecha,
mandó a sus sirvientes para recoger de los
viñadores el fruto que le correspondía.
35 Pero los viñadores agarraron a los sir-
vientes y a uno lo golpearon, a otro lo ma-
taron, y al tercero lo apedrearon. 36 Envió
otros sirvientes, más numerosos que los
primeros, y los trataron de igual modo.
37 Finalmente les envió a su hijo, pensando
que respetarían a su hijo. 38 Pero los viña-
dores, al ver al hijo, comentaron: Es el he-
redero. Lo matamos y nos quedamos con
la herencia. 39 Agarrándolo, lo echaron fue-
ra de la viña y lo mataron. 40 Cuando vuel-
va el dueño de la viña, ¿cómo tratará a
aquellos viñadores?
41 Le respondieron:
—Acabará con aquellos malvados y
arrendará la viña a otros viñadores que le
entreguen su fruto a su debido tiempo.

---

que quedan humillados frente a los observadores y reafirma la autoridad de Jesús (27). Los lectores de Mateo saben que tanto la actividad de Juan como la de Jesús provienen de Dios.

21,28-32 Parábola de los dos hijos. Jesús comienza la parábola con una primera pregunta: «¿Qué les parece?» (28). Según las convenciones sociales de la época, lo más probable es que la gente respondiera que el que actuó bien fue el primer hijo porque respondió bien a su padre. El otro hijo había puesto en entredicho el honor de su padre al desobedecerle; su negativa era una falta de respeto.

Pero Jesús cambia la pregunta: «¿Cuál de los dos hizo la voluntad de su padre?» (31). Lo que importa no son las apariencias externas, sino el interior de la persona; el que honra a Dios no es el que observa unos ritos externos, sino el que hace su voluntad. Al amor no lo consuma la ortodoxia, sino el compromiso. En el tiempo de Jesús, el legalismo solía poner la ortodoxia como uno de sus pilares. Había creado una mentalidad centrada en las apariencias. Jesús sabía que para Dios, que conocía lo secreto del corazón, el hijo verdadero era el que de hecho practicaba la justicia. Esta parábola lo expresa con claridad: las relaciones auténticas con Dios se establecen sobre el compromiso. Las apariencias de obediencia (sólo palabras), no crean relaciones genuinas.

21,33-46 Parábola de los viñadores malvados. Esta dura parábola nació como la expresión del agudo conflicto al que había llegado Jesús con los dirigentes de su pueblo y tomó un significado especial a partir del año 70 y después de la destrucción de Jerusalén. Jesús ya veía cercana su muerte y sabía que hacia ella lo llevaba la violencia de los dirigentes. Ellos eran los primeros responsables de su muerte y como tales, unos asesinos. La oferta de Jesús de una sociedad fraterna, solidaria e igualitaria chocó con los intereses del sistema. La parábola contiene una amarga ironía que resume toda la historia de Israel: en el Antiguo Testamento había empezado como un humilde arrendatario y frente a Jesús terminaba como un asesino por interés.

Los líderes de Israel no han cultivado bien la viña, preparándola para el Mesías. Se han apropiado del pueblo y deciden la muerte de Jesús porque les arrebata su control sobre la gente sencilla. El heredero es asesinado fuera de la viña, como Jesús a las afueras de

42 Jesús les dijo:
—¿No han leído nunca en la Escritura:

La piedra
que desecharon los arquitectos
es ahora la piedra angular;
es el Señor quien lo ha hecho
y nos parece un milagro?

43 Por eso les digo que a ustedes les qui-
tarán el reino de Dios y se lo darán a un
pueblo que produzca sus frutos. 44 [El que
tropiece con esa piedra se hará trizas; al
que le caiga encima lo aplastará.]

45 Cuando los sumos sacerdotes y los fa-
riseos oyeron sus parábolas, comprendie-
ron que se refería a ellos. 46 Intentaron
arrestarlo, pero tuvieron miedo de la multi-
tud, que lo tenía por profeta.

Parábola del banquete de bodas
(Lc 14,15-24)

22 1 Jesús tomó de nuevo la palabra y
les habló con parábolas:
2 El reino de los cielos se parece a un rey
que celebraba la boda de su hijo. 3 Envió a
sus sirvientes para llamar a los invitados a
la boda, pero éstos no quisieron ir. 4 Enton-
ces envió a otros sirvientes encargándoles
que dijeran a los invitados: Tengo el ban-
quete preparado, mis mejores animales ya
han sido degollados y todo está a punto;
vengan a la boda. 5 Pero ellos se desenten-
dieron: uno se fue a su campo, el otro a su
negocio; 6 otros agarraron a los sirvientes,
los maltrataron y los mataron. 7 El rey se in-
dignó y, enviando sus tropas, acabó con
aquellos asesinos e incendió su ciudad.
8 Después dijo a sus sirvientes: El ban-
quete nupcial está preparado, pero los invi-
tados no se lo merecían. 9 Vayan a los
cruces de caminos y a cuantos encuentren
invítenlos a la boda. 10 Salieron los sirvien-
tes a los caminos y reunieron a cuantos en-
contraron, malos y buenos. El salón se
llenó de convidados.
11 Cuando el rey entró para ver a los in-
vitados, observó a uno que no llevaba traje
apropiado. 12 Le dijo: Amigo, ¿cómo has
entrado sin traje apropiado? Él enmudeció.
13 Entonces el rey mandó a los guardias:
Átenlo de pies y manos y échenlo fuera, a
las tinieblas. Allí será el llanto y el crujir de
dientes. 14 Porque son muchos los invitados
pero pocos los elegidos.

Sobre el tributo al césar
(Mc 12,13-17; Lc 20,20-26)

15 Entonces los fariseos se reunieron
para buscar un modo de enredarlo con sus
palabras. 16 Le enviaron algunos discípulos
suyos acompañados de herodianos, que le
dijeron:
—Maestro, nos consta que eres sincero,
que enseñas con fidelidad el camino de

Jerusalén. Esos líderes judíos no van a tener ningún poder sobre el nuevo Pueblo de Dios porque ha pasado a manos de los discípulos de Jesús.

Tanto la Iglesia primitiva como la nuestra de hoy sabe que su existencia y su razón de ser están ligadas a la fidelidad a la misión de Jesús: hacer presente la novedad absoluta del reinado de Dios, que desde Jesús no se define tanto por la ortodoxia como por la praxis de liberación de los pobres y desheredados de este mundo.

22,1-14 Parábola del banquete de bodas. En el fondo de esta parábola está la respuesta de la comunidad de Mateo a la pregunta: ¿qué es el reinado de Dios? La parábola tiene dos partes: los invitados al banquete (1-10) y el comensal sin traje apropiado (11-14). La parábola expresa la relación entre el Señor y sus invitados, entre los cuales hay dos categorías: 1. Los invitados que se autoexcluyen del banquete por intereses personales de poder: «uno se fue a su campo, el otro a su negocio» (5). Además de dueños de campos y negocios eran unos asesinos (6). No son dignos de entrar en el reino porque han rechazado la propuesta de Dios. 2. Los segundos, malos y buenos, están en los cruces de los caminos. La sala que se había preparado se llena de estos nuevos comensales, que inicialmente estaban excluidos, porque aceptan y acogen con gozo la invitación al banquete del reino. Por eso concluye este pasaje: «son muchos los invitados pero pocos los elegidos» (14).

En la segunda parte (11-14) se añade un elemento nuevo a la parábola que cambia la perspectiva que hasta ahora llevaba el relato. La presencia del rey ofrece la clave del juicio que recae sobre cada uno de los invitados al banquete. En este marco de referencia tiene sentido la pregunta por el traje de fiesta. Para entrar en el banquete del reino es necesario un estilo de vida que ponga en práctica las enseñanzas de Jesús. No todos los invitados al banquete (los llamados) se encontrarán al fin con los elegidos (14). Lo que convierte a los invitados en elegidos es el amor encarnado en las circunstancias concretas de la vida (25,31-46).

22,15-22 Sobre el tributo al césar. Desde aquí hasta el final del capítulo encontramos cuatro preguntas y cuatro respuestas que muestran la creciente tensión entre Jesús y las autoridades judías.

Dios y que no te fijas en la condición de
las personas porque eres imparcial. 17 Di-
nos tu opinión: ¿es lícito pagar tributo al
césar o no?
18 Jesús, adivinando su mala intención,
les dijo:
—¿Por qué me tientan, hipócritas?
19 Muéstrenme la moneda del tributo.
Le presentaron un denario.
20 Y él les dijo:
—¿De quién es esta imagen y esta ins-
cripción?
21 Contestaron:
—Del césar.
Entonces les dijo:
—Den, pues, al césar lo que es del césar
y a Dios lo que es de Dios.
22 Al oírlo, se sorprendieron, lo dejaron y
se fueron.

Sobre la resurrección
(Mc 12,18-27; Lc 20,27-40)

23 En aquella ocasión se acercaron unos
saduceos –que niegan la resurrección– y le
dijeron:
24 —Maestro, Moisés mandó que, *cuan-
do uno muera sin hijos, su hermano se case
con la viuda para dar descendencia al her-
mano difunto.* 25 Pues bien, había en nues-
tra comunidad siete hermanos. El primero
se casó, murió sin tener hijos y dejó la mu-
jer a su hermano. 26 Lo mismo pasó con el
segundo y el tercero, hasta el séptimo.
27 Después de todos murió la mujer. 28 Cuan-
do resuciten, ¿de cuál de los siete será mu-
jer? Pues todos fueron maridos suyos.
29 Les contestó Jesús:
—Están equivocados por no conocer la
Escritura ni el poder de Dios. 30 Cuando re-
suciten, no se casarán ni los hombres ni las
mujeres, sino que serán como ángeles en el
cielo. 31 Y a propósito de la resurrección,
¿no han leído lo que les dice Dios:

32 *Yo soy el Dios de Abrahán,*
el Dios de Isaac,
el Dios de Jacob?

No es Dios de muertos, sino de vivos.
33 La multitud al oírlo estaba asombrada
de su enseñanza.

En la primera cuestión ve Mateo un complot, protagonizado por discípulos de los fariseos y herodianos. Los discípulos de los fariseos pueden preguntar fingiendo una curiosidad inocente; los herodianos son adictos a un poder establecido o respaldado por los romanos. El asunto en discusión es el tributo debido al césar. Este impuesto fue una realidad que sufrieron tanto el pueblo judío como las comunidades cristianas bajo el dominio del imperio romano. La pregunta intenta conducir a Jesús a un terreno en extremo peligroso. Es la vertiente económica de la política, en la cual se juega la lealtad y sumisión al poder imperial. Los recaudadores iban a veces acompañados por soldados romanos.

La respuesta de Jesús es habilísima: si reconocen el curso legal de la moneda (20) es que han entrado en el sistema económico y deben aceptar sus consecuencias. Pero por encima de cualquier poder humano está Dios. Jesús rompe los hilos de la red que le tienden y eleva su enseñanza a un nivel superior, de más alto alcance. El principio, en su formulación lapidaria (21), ha sido fuente de inspiración y de interpretaciones o aplicaciones diversas, no siempre acertadas.

Jesús no tuvo intención de dividir el mundo en dos reinos (el de Dios y el del césar) poniéndolos en un plano de igualdad. Tampoco quiso establecer dos órdenes separados: uno humano, otro divino que nada tiene que ver con las cuestiones terrenas. El estado no es el valor supremo, y por eso Jesús se apresura a poner en claro que mucho más importantes son los deberes para con Dios, quien siempre nos remite al otro, a todos los rostros humanos doloridos, porque la mayor gloria de Dios es que el pobre viva.

La moneda que lleva la efigie del césar le pertenece a él en calidad de tributo, pero el ser humano, que lleva impresa la imagen de Dios, se debe a su Creador. Por eso, si el estado llegara alguna vez a reclamar algo de lo que pertenece en exclusividad a Dios, entonces «hay que obedecer a Dios antes que a los hombres» (Hch 5,29).

Pertenecemos a un mundo donde hay muchas formas de idolatría, especialmente la idolatría del mercado al que se le rinde tributo a costa de la propia conciencia y de la dignidad de sus servidores. Los nuevos dioses ciudadanos –el mercado del consumo, la moda, el espíritu de competencia desleal, las armas, el poder, el dinero, el prestigio…– reclaman culto, sacrificios, adoración, adhesión fanática e irracional. Estamos sumergidos en el mundo y no podemos escapar físicamente de él, pero Jesús nos invita a mantener nuestra conciencia libre y autónoma. Al reinado de Dios lo que pertenece a Él, y a los reinos del mundo del mercado lo que les pertenece a ellos.

22,23-33 Sobre la resurrección. Lucas nos ofrece una entretenida ilustración sobre los saduceos y la resurrección (Hch 23,6-10); en ese punto, los saduceos eran enemigos de los fariseos. Para el lector cristiano es inevitable el recuerdo de 1 Cor 15,12.

Los saduceos basan su caso en la ley del levirato, en virtud de la cual el cuñado debe tomar a la viuda

Sobre el precepto más importante
(Mc 12,28-34; Lc 10,25-28)

34 Al enterarse los fariseos de que había
tapado la boca a los saduceos, se reunieron
alrededor de él; 35 y uno de ellos, [doctor en
la ley] le preguntó maliciosamente:
36 —Maestro, ¿cuál es el precepto más
importante en la ley?
37 Le respondió:

—*Amarás al Señor tu Dios*
con todo tu corazón,
con toda tu alma,
y con toda tu mente.

38 Éste es el precepto más importante;
39 pero el segundo es equivalente:

Amarás al prójimo como a ti mismo.

40 De estos dos mandamientos dependen la ley entera y los profetas.

Sobre el Mesías y David
(Mc 12,35-37; Lc 20,41-44)

41 Estando reunidos los fariseos, Jesús
les hizo esta pregunta:
42 —¿Qué piensan acerca del Mesías?
¿De quién es hijo?
Ellos le responden:
—De David.
43 Él les dijo:
—Entonces, ¿cómo David, inspirado, lo
llama Señor, diciendo:

44 *Dijo el Señor a mi Señor:*
Siéntate a mi derecha
hasta que ponga a tus enemigos
debajo de tus pies?

45 Si David lo llama Señor, ¿cómo puede
ser su hijo?
46 Ninguno pudo darle una respuesta, y
en adelante nadie se atrevió a hacerle preguntas.

Invectiva contra los letrados y los fariseos

23 1 Entonces Jesús, dirigiéndose a la
multitud y a sus discípulos, 2 dijo:
—En la cátedra de Moisés se han
sentado los letrados y los fariseos. 3 Ustedes hagan y cumplan lo que ellos di-

---

sin hijos de su hermano para darle un hijo y perpetuar el nombre del difunto (Dt 25,5-10; Rut 4). La presentación del caso es claramente burlesca.

Jesús responde de frente. El planteamiento va desencaminado, porque supone que la otra vida es repetición y prolongación de la presente. La vida del resucitado es obra del poder de Dios y es Él quien establece la nueva condición humana (cfr. 1 Cor 15,35-53). Después cita un texto del Pentateuco (único texto sagrado que reconocen los saduceos) en el que Dios mismo se presenta y define (Éx 3,6): el Dios de la Escritura no es un dios infernal, sino vivo, de la vida y de los vivos.

22,34-40 Sobre el precepto más importante. La pregunta se explica porque los fariseos contaban 613 preceptos en la Ley. Había que saberlos y practicarlos todos. Jesús responde combinando Dt 6,5 con Lv 19,18. Para Jesús, el fundamento de la relación con Dios y con el prójimo es el amor solidario.

La integración de los dos amores, de Dios y del prójimo, es su enseñanza fundamental.

La Ley y los Profetas son toda la Escritura (Mt 7,12), pues bien: el amor es la clave de la Escritura, el indispensable principio unificador que elimina toda posible dispersión y el criterio básico de discernimiento. No se puede observar de verdad la Ley si falta el amor (Rom 13,9; Gál 5,14; Sant 2,8).

Desde una perspectiva cristiana, sin amor al prójimo no hay amor a Dios, no hay verdadero cumplimiento de la voluntad de Dios, ni se alcanza esa justicia superior que preconiza el sermón del monte (5,20). El amor al prójimo no sustituye el amor de Dios ni se identifica con él, pero es tan importante como amar a Dios (cfr. 1 Jn 4,20). Al colocar estos dos mandamientos como el eje de toda la Escritura, Jesús pone en primer lugar la actitud filial con respecto a Dios y la solidaridad interhumana como los fundamentos de toda vida religiosa.

22,41-46 Sobre el Mesías y David. Ahora es Jesús quien abre el debate. La respuesta a la primera pregunta (42) era fácil de responder y de conocimiento común. Pero la segunda pregunta (45) hace referencia a la relación entre el Mesías y el Hijo de Dios. Se trata de un texto de la Escritura (Sal 110,1) en el que David, a quien se atribuyen los Salmos, llama «Señor» al Mesías. David está llamando «Señor» a su descendiente, cuando es el hijo el que llama «Señor» a su padre, y no al revés. Así muestra David que el Mesías no es un mero descendiente suyo.

Muchos judíos esperaban al Mesías como liberador político y solía asociarse al título de Hijo de David. La doble pregunta de Jesús apunta al origen divino y a la verdadera naturaleza del Mesías. Jesús es Hijo de David en razón del linaje humano (cfr. 1,1), pero en su condición de Hijo de Dios es «Señor» de David y superior a él (cfr. 3,17; 16,16; 17,5; 27,54).

La frase final muestra la sabiduría superior de Jesús para interpretar las Escrituras. Sus oponentes, que presumían de un gran conocimiento son reducidos al silencio, manifestación de su ignorancia (46).

23,1-36 Invectiva contra los letrados y los fariseos. Aquí culmina la polémica de la comunidad cristia-

gan, pero no los imiten; porque dicen y
no hacen.
4 Atan fardos pesados, [difíciles de lle-
var,] y se los cargan en la espalda a la gen-
te, mientras ellos se niegan a moverlos con
el dedo. 5 Todo lo hacen para exhibirse ante
la gente: llevan cintas anchas y flecos lla-
mativos en sus mantos.
6 Les gusta ocupar los primeros puestos
en las comidas y los primeros asientos en
las sinagogas; 7 que los salude la gente por
la calle y los llamen maestros.
8 Ustedes no se hagan llamar maestros,
porque uno solo es su maestro, mientras
que todos ustedes son hermanos. 9 En la
tierra a nadie llamen padre, pues uno solo
es su Padre, el del cielo. 10 Ni se llamen je-
fes, porque sólo tienen un jefe que es el Me-
sías. 11 El mayor de ustedes que se haga
servidor de los demás. 12 Quien se alaba
será humillado, quien se humilla será ala-
bado.
13 ¡Ay de ustedes, letrados y fariseos hi-
pócritas, que cierran a los hombres el reino
de los cielos! ¡No entran ni dejan entrar a
los que lo intentan!
14 [[¡Ay de ustedes, letrados y fariseos
hipócritas, que devoran los bienes de las
viudas, mientras hacen largas oraciones
para que los tengan por justos! ¡La senten-
cia para ustedes será más severa!]]
15 ¡Ay de ustedes, letrados y fariseos hi-
pócritas, que recorren mar y tierra para ga-
nar un partidario, y cuando lo consiguen, lo
hacen doblemente más merecedor del in-
fierno que ustedes!
16 ¡Ay de ustedes, guías ciegos, que di-
cen: Quien jura por el santuario no se com-
promete, quien jura por el oro del santuario
queda comprometido! 17 ¡Tontos y ciegos!,
¿qué es más importante? ¿El oro o el san-
tuario que consagra el oro? 18 Dicen: Quien
jura por el altar no se compromete, quien
jura por la ofrenda que hay sobre el altar
queda comprometido. 19 ¡Ciegos! ¿Qué es
más importante? ¿La ofrenda o el altar que
consagra la ofrenda? 20 Porque quien jura
por el altar jura por él y por cuanto hay so-
bre él; 21 y quien jura por el santuario jura
por él y por quien lo habita; 22 y quien jura
por el cielo jura por el trono de Dios y por
el que está sentado en él.
23 ¡Ay de ustedes, letrados y fariseos hi-
pócritas, que pagan el impuesto de la men-
ta, del anís y del comino, y descuidan lo
más importante de la ley: la justicia, la mi-
sericordia y la fe! ¡Eso es lo que hay que
observar, sin descuidar lo otro! 24 ¡Guías
ciegos, que cuelan el mosquito y se tragan
el camello!
25 ¡Ay de ustedes, letrados y fariseos hi-
pócritas, que limpian por fuera la copa y el
plato, mientras por dentro están llenos de
inmoralidad y robos! 26 ¡Fariseo ciego, lim-
pia primero por dentro la copa y así queda-
rá limpia por fuera!

---

na con las autoridades religiosas judías. El texto resulta condicionado por las circunstancias y por el género: la redacción probablemente refleja la época en que los cristianos habían sido ya excluidos de la comunidad judía, mientras que el género literario de la «polémica» explica indudables exageraciones o simplificaciones al describir al adversario; algunos rasgos tienen más de caricatura que de retrato –se leen semejantes descripciones en escritos filosóficos polémicos de la época–.

La descripción y caracterización de aquellos grupos de letrados y fariseos no concuerda en todo con lo que sabemos por otras fuentes. En cambio, es posible y conveniente tomar el texto como descripción de tipos que se pueden dar en otros grupos religiosos, incluida la propia comunidad. El discurso se dirige a la multitud «y a los discípulos» (1). Por tanto, las palabras de Jesús deben servir de advertencia para los discípulos de todos los tiempos, ya que siempre se está expuesto a reincidir en los vicios que aquí se condenan más severamente: la arbitrariedad de ciertas imposiciones, la vanidad y ostentación en la observancia de la Ley, la incapacidad para discernir lo importante de lo accidental y secundario y, sobre todo, la falta de correspondencia entre la doctrina y la vida. El hipócrita, como tipo humano, queda desenmascarado.

La religión es cuestión del corazón, tanto en su dimensión vertical, en relación con Dios, como en la horizontal, en relación con el prójimo. Cuando esto no sucede, se convierte en algo que abruma, asfixia y esclaviza.

Jesús respetó la Ley. Más aún, vino a darle todo su sentido y plenitud. Pero ridiculizó su concepción e interpretación farisaica. La crítica de Jesús al legalismo no va dirigida contra la Ley, sino contra aquellos que, amparándose en ella, quieren burlar sus profundas exigencias. Lo primero es el interior, el corazón; posteriormente, y naciendo de él, vendrá lo exterior. Se necesita purificar el corazón con la Palabra de Dios (Jn 15,3), con la respuesta dada a la Palabra de Dios desde la fe o desde la obediencia de la fe (Rom 1,5).

27 ¡Ay de ustedes, letrados y fariseos hipócritas, que parecen sepulcros blanqueados: por fuera son hermosos, por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda clase de inmundicia! 28 Así también son ustedes, por fuera parecen honrados delante de la gente, pero por dentro están llenos de hipocresía y maldad.

29 ¡Ay de ustedes, letrados y fariseos hipócritas, que construyen sepulcros grandiosos a los profetas y monumentos a los justos, 30 mientras comentan: Si hubiéramos vivido en tiempo de nuestros antepasados, no habríamos participado en el asesinato de los profetas. 31 Con lo cual reconocen que son descendientes de los que mataron a los profetas. 32 Ustedes, pues, terminen de hacer lo que iniciaron sus antepasados. 33 ¡Serpientes, raza de víboras! ¿Cómo evitarán el juicio del infierno?

34 Miren, para eso les estoy enviando profetas, sabios y letrados: a unos los matarán y crucificarán, a otros los azotarán en las sinagogas y los perseguirán de ciudad en ciudad. 35 Así recaerá sobre ustedes toda la sangre inocente derramada en la tierra, desde la sangre del justo Abel hasta la sangre de Zacarías, hijo de Baraquías, a quien ustedes mataron entre el santuario y el altar.

36 Les aseguro que todo recaerá sobre esta generación.

Lamentación por Jerusalén
(Lc 13,34s)

37 ¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los enviados! ¡Cuántas veces intenté reunir a tus hijos como la gallina reúne los pollitos bajo sus alas, y tú te negaste! 38 Por eso, la casa de ustedes quedará desierta. 39 Les digo que a partir de ahora no volverán a verme hasta que digan:

Bendito el que viene
en el nombre del Señor.

Sobre la destrucción del Templo
(Mc 13,1s; Lc 21,5s)

24 1 Jesús salió del templo y, mientras caminaba, se le acercaron los discípulos y le señalaron las construcciones del templo. 2 Él les contestó:

—¿Ven todo eso? Les aseguro que se derrumbará sin que quede piedra sobre piedra.

Comienzo de los dolores
(Mc 13,3-8; Lc 21,7-11)

3 Estando sentado en el monte de los Olivos, se le acercaron los discípulos aparte y le preguntaron:

—Dinos cuándo sucederá eso y cuál es la señal de tu llegada y del fin del mundo.

4 Jesús les respondió:

—¡Tengan cuidado, y que nadie los engañe! 5 Porque muchos se presentarán en mi nombre, diciendo que son el Mesías, y engañarán a muchos. 6 Oirán hablar de guerras y noticias de guerras. ¡Tengan cuidado y no se alarmen! Todo eso ha de suceder, pero todavía no es el final. 7 Se alzará pueblo contra pueblo, reino contra reino. Habrá carestías y terremotos en diversos lugares. 8 Todo eso es el comienzo de los dolores de parto.

23,37-39 Lamentación por Jerusalén. Toda esta sección que ha tenido lugar en Jerusalén termina ahora con un lamento. Estas últimas palabras de Jesús se dirigen especialmente a los líderes religiosos de la Ciudad Santa, que siempre mantuvieron una actitud de recelo y sospecha hacia Jesús y, por eso, no recibieron la salvación de Dios. Los cargos son dos: haber matado a los profetas y haber rechazado la invitación de Jesús (37). Por lo tanto, Dios dejará de habitar en el Templo (38) y Jesús el Mesías no se presentará allí hasta regresar como juez con la venida plena del reino de Dios. Jesús deja Jerusalén a su propia suerte. Sin embargo, la perspectiva no es de una oscuridad sin aurora, porque llegará el día en que dirán «bendito el que viene en nombre del Señor» (39; cfr. Sal 118,26). Esta promesa coincide con el anuncio de Pablo en Rom 11,26.

24,1-14 Sobre la destrucción del Templo – Comienzo de los dolores. Los capítulos 24s de Mateo constituyen una unidad. En ellos se incluye el último de los cinco discursos en torno a los cuales hace Mateo girar su evangelio, el llamado «discurso escatológico». Se divide en tres partes: descripción de sucesos futuros (24,1-44), parénesis sobre la vigilancia (24,45–25,30), y parábola del juicio (25,31-46).

Mateo se imagina a Jesús saliendo del Templo y volviendo a contemplarlo a cierta distancia. Esa imagen tiene valor simbólico: Jesús sale del Templo por última vez, lo deja atrás para siempre y se reúne con sus discípulos, la nueva comunidad. El Templo magnífico, de gigantescos sillares, construido por Herodes el Grande, es el trampolín para saltar al tema del discurso.

9 Los entregarán para torturarlos y
matarlos; todos los pueblos los odiarán a
causa de mi nombre. 10 Entonces muchos
fallarán, se traicionarán y se odiarán mu-
tuamente. 11 Surgirán muchos falsos pro-
fetas que engañarán a muchos. 12 Y, al cre-
cer la maldad, se enfriará el amor de
muchos. 13 Pero el que aguante hasta el fi-
nal se salvará.

(Mc 13,12)

14 La Buena Noticia del reino se procla-
mará a todas las naciones, y entonces lle-
gará el final.

La gran tribulación
(Mc 13,14-20; Lc 21,20-24)

15 Cuando vean instalado en el lugar sa-
grado el ídolo abominable anunciado por el
profeta Daniel –el lector que lo entienda–,
16 entonces los que viven en Judea que es-
capen a los montes; 17 el que esté en la azo-
tea que no baje a recoger sus cosas; 18 el
que se encuentre en el campo que no vuel-
va a buscar el manto. 19 ¡Ay de las embara-
zadas y de las que tengan niños pequeños
en aquellos días! 20 Recen para que la hui-
da no suceda en invierno o en sábado.
21 Habrá una tribulación tan grande como
no la hubo desde el comienzo del mundo
hasta ahora, ni la habrá en el futuro. 22 Si no
se acortara aquel tiempo, no se salvaría ni
uno. Pero, en atención a los elegidos, se
acortará aquel tiempo.

(Mc 13,21-23)

23 Entonces, si alguien les dice que el
Mesías está aquí o allí, no le crean. 24 Sur-
girán falsos mesías y falsos profetas, que
harán milagros y prodigios, hasta el punto
de engañar, si fuera posible, incluso a los
elegidos. 25 Miren que los he prevenido.

26 Si les dicen: Miren, está en el desierto,
no salgan; o: Miren, está en un lugar secre-
to, no hagan caso. 27 Porque como el re-
lámpago que aparece en el oriente y brilla
hasta el occidente, así será la llegada del
Hijo del Hombre. 28 Donde esté el cadáver
allí se reunirán los buitres.

Éste es probablemente el texto más difícil de interpretar en el evangelio de Mateo, porque muchos sucesos eran futuros y desconocidos en sus detalles y porque se sobreponen las perspectivas. Los apóstoles parecen fundir y confundir dos cosas: la destrucción del Templo y el fin del mundo cuando venga el Mesías. Piden señales precisas para fabricarse un calendario seguro y razonablemente exacto. La curiosidad se mezcla con el temor.

En su respuesta, Jesús rehúsa toda determinación temporal; transforma la información en exhortación a la vigilancia frente a tribulaciones ciertas, a la expectación de lo súbito. Los discípulos preguntan dos cosas (3) sin definir su relación; «eso» es la destrucción del Templo, «tu llegada» es la parusía, la venida con gloria de Jesús el Señor, que coincide con el fin del mundo.

Una serie de acontecimientos tremendos (4-14) sucederá al final; pero no se pueden ordenar en un calendario. Dominará la anarquía interior, las guerras entre pueblos, las catástrofes naturales, las persecuciones, todo ello junto con los dolores de parto de la nueva y definitiva era. Por tanto, hay que aguantar y esperar, pues la causa ennoblecerá el sufrimiento (9), se predicará a todos la Buena Noticia (14) y los fieles se salvarán (13).

El fin del mundo –en el sentido corriente de la expresión– no es inmediato. Tiene que haber unos signos previos. Pero los signos enumerados nunca deben entenderse como fechas indicadoras del momento en que tendrá lugar. Cuantas veces se han ensayado los cálculos para determinarlo, otras tantas se ha comprobado el error. El cálculo del momento preciso en que tendrá lugar ese fin total va directamente en contra del mismo evangelio, de todos aquellos pasajes que exhortan a la vigilancia: la necesidad de estar alerta (25,13), de hacer rendir los talentos recibidos (25,14-30) y de ayudar a los hermanos necesitados (25,31-46). Si el evangelio nos proyecta hacia el futuro, es para invitarnos a una inserción más comprometida con la historia presente.

24,15-28 La gran tribulación. El texto utiliza aquí el lenguaje característico de los escritos apocalípticos. Aunque la descripción se refiere más concretamente a la destrucción de Jerusalén, la intención principal es animar a los discípulos a aprender de esa desolación y a guardarse de declaraciones prematuras sobre la venida del Hijo del Hombre. La gran tribulación (21) pondrá en peligro la fe e incluso la salvación de los elegidos, pero Dios mismo intervendrá por amor a ellos y hará que se abrevien aquellos días (22). Habrá que cuidarse de los falsos mesías y falsos profetas (23-28) que serán capaces de engañar hasta a los mismos elegidos. La repetida exhortación «no le crean», «no hagan caso» (23.26) recomienda la actitud que es preciso asumir frente a los seductores.

Las conmociones cósmicas con imágenes tan desoladoras quieren indicar que el juicio final puede llegar igual de repentina e inesperadamente a cada persona.

La parusía
(Mc 13,24-27; Lc 21,25-28)

29 Inmediatamente después de esa tribulación, el sol se oscurecerá, la luna no irradiará su resplandor; las estrellas caerán del cielo y los ejércitos celestes temblarán.
30 Entonces aparecerá en el cielo la señal del Hijo del Hombre. Todas las razas del mundo harán duelo y verán *al Hijo del Hombre llegar en las nubes del cielo,* con gloria y poder grande. 31 Enviará a sus ángeles a reunir, con un gran toque de trompeta, a los elegidos de los cuatro vientos, de un extremo a otro del cielo.

El ejemplo de la higuera
(Mc 13,28-31; Lc 21,29-33)

32 Aprendan el ejemplo de la higuera: cuando las ramas se ponen tiernas y brotan las hojas, saben que está cerca la primavera. 33 Lo mismo ustedes, cuando vean que sucede todo eso, sepan que el fin está cerca, a las puertas. 34 Les aseguro que no pasará esta generación antes de que suceda todo eso. 35 Cielo y tierra pasarán, mas mis palabras no pasarán.

Sobre el día y la hora
(Mc 13,32)

36 En cuanto al día y a la hora, no los conoce nadie, ni los ángeles del cielo ni el Hijo; sólo los conoce el Padre.

(cfr. Lc 17,26-36)

37 La llegada del Hijo del Hombre será como en tiempos de Noé: 38 en [aquellos] días anteriores al diluvio la gente comía y bebía y se casaban, hasta que Noé se metió en el arca. 39 Y ellos no se enteraron hasta que vino el diluvio y se los llevó a todos. Así será la llegada del Hijo del Hombre.
40 Estarán dos hombres en un campo: a uno se lo llevarán, al otro lo dejarán; 41 dos mujeres estarán moliendo: a una se la llevarán, a la otra la dejarán. 42 Por tanto estén prevenidos porque no saben el día que llegará su Señor.

(Lc 12,39s)

43 Ustedes ya saben que si el dueño de casa supiera a qué hora de la noche va a llegar el ladrón, estaría vigilando y no permitiría que asalten su casa. 44 Por tanto, estén preparados, porque el Hijo del Hombre llegará cuando menos lo esperen.

Vigilancia
(Lc 12,42-48; cfr. Mc 13,34-37)

45 ¿Quién es el sirviente fiel y prudente, encargado por su señor de repartir a sus horas la comida a los de casa? 46 Dichoso el sirviente a quien su señor, al llegar, lo encuentre trabajando así. 47 Les aseguro que le encomendará todas sus posesiones.

24,29-31 La parusía. La llegada final del Mesías se construye con rasgos proféticos y apocalípticos; es un lenguaje sumamente figurativo, que se utiliza para comunicar la verdad de que el juicio y vindicación inminentes los ha de llevar a cabo el Hijo del Hombre en nombre de Dios. Mientras los acontecimientos, antes descritos, se insertaban en la trama de la historia presente, la parusía marca el fin de la historia: es la meta, el acontecimiento último y decisivo que da sentido a toda la historia. Cada generación experimenta el juicio del Hijo del Hombre, y los que hayan perseverado hasta el fin obtendrán la salvación definitiva. La tradición iconográfica cristiana ha identificado el «estandarte» (la señal) con la cruz (30).

24,32-44 El ejemplo de la higuera – Sobre el día y la hora. El momento del juicio final es desconocido; se trata de una ignorancia intencionada que debe suscitar la vigilancia y que no debe confundirse con despreocupación en el tiempo presente. El comentario que sigue a la comparación de la higuera es una nueva invitación al discernimiento, la actitud que más deben cultivar los discípulos mientras se acerca el momento final.

La venida inminente se debe entender, no tanto como cercanía temporal, sino como cercanía teológica. Lo que aparece aquí y en las parábolas que siguen es la certeza de que el Señor puede volver en cualquier momento, y esta certeza debe impulsar a la comunidad a no instalarse y a no buscar en el mundo una ciudad permanente.

Cuando del hecho se pasa a la fecha, la respuesta es bien clara: nadie sabe nada… sólo el Padre (36). La ignorancia sobre el día y la hora ha de conjugarse con la certeza de que el Hijo del Hombre vendrá. Hay que estar alerta y preparados.

En medio de tantas incertidumbres, cuando todo parece caer y desmoronarse, Jesús ofrece a los creyentes un punto de apoyo inconmovible: «cielo y la tierra pasarán, mas mis palabras no pasarán» (35).

24,45-51 Vigilancia. La parábola de los sirvientes pone de relieve la necesidad de estar preparado y atento ante la falta de vigilancia e invita a la perseverancia. A esta doble conducta corresponden la recompensa o el castigo cuando regrese el dueño de casa.

La parábola destaca la actitud vigilante del servidor a quien ha sido confiada la dirección de la comunidad

48 En cambio, si un sirviente malo, pen-
sando que su señor tardará, 49 se pone a
pegar a los compañeros, a comer y beber
con los borrachos, 50 vendrá el señor de
aquel sirviente, el día y la hora menos pen-
sada 51 y lo castigará dándole el destino de
los hipócritas. Allí será el llanto y el crujir
de dientes.

Parábola de las diez jóvenes
(cfr. Lc 12,35-40)

25 1 Entonces el reino de los cielos será
como diez muchachas que salieron
con sus lámparas a recibir al novio. 2 Cinco
eran necias y cinco prudentes. 3 Las necias
tomaron sus lámparas pero no llevaron
aceite. 4 Las prudentes llevaban frascos de
aceite con sus lámparas. 5 Como el novio
tardaba, les entró el sueño y se durmieron.
6 A media noche se oyó un clamor: ¡Aquí
está el novio, salgan a recibirlo! 7 Todas las
muchachas se despertaron y se pusieron a
preparar sus lámparas. 8 Las necias pidie-
ron a las prudentes: ¿Pueden darnos un
poco de aceite?, porque se nos apagan las
lámparas. 9 Contestaron las prudentes: No,
porque seguramente no alcanzará para to-
das; es mejor que vayan a comprarlo a la
tienda.
10 Mientras iban a comprarlo, llegó el no-
vio. Las que estaban preparadas entraron
con él en la sala de bodas y la puerta se ce-
rró. 11 Más tarde llegaron las otras mucha-
chas diciendo: Señor, Señor, ábrenos. 12 Él
respondió: Les aseguro que no las conozco.
13 Por tanto, estén atentos, porque no
conocen ni el día ni la hora.

Parábola de los talentos
(Lc 19,11-27)

14 Es como un hombre que partía al ex-
tranjero; antes llamó a sus sirvientes y les
encomendó sus posesiones. 15 A uno le dio
cinco bolsas de oro, a otro dos, a otro una;
a cada uno según su capacidad. Y se fue.
16 Inmediatamente el que había recibido
cinco bolsas de oro negoció con ellas y
ganó otras cinco. 17 Lo mismo el que había
recibido dos bolsas de oro, ganó otras dos.
18 El que había recibido una bolsa de oro
fue, hizo un hoyo en tierra y escondió el di-
nero de su señor.
19 Pasado mucho tiempo se presentó el
señor de aquellos sirvientes para pedirles
cuentas. 20 Se acercó el que había recibido
cinco bolsas de oro y le presentó otras cin-
co diciendo: Señor, me diste cinco bolsas
de oro; mira, he ganado otras cinco. 21 Su
señor le dijo: Muy bien, sirviente honrado y
cumplidor; has sido fiel en lo poco, te pon-
go al frente de lo importante. Entra en la
fiesta de tu señor.

---

cristiana. Al servidor responsable se le exige una actitud vigilante e inteligente. En la parábola se destaca cómo el premio del servidor fiel del reino de Dios no podía ser otro que el mismo Dios y su causa. Un premio extraño para una sociedad construida sobre el poder de dominio y el legalismo.

25,1-13 Parábola de las diez jóvenes. La parábola, exclusiva de Mateo, se refiere a la segunda venida de Jesús. Describe la situación de los que viven en la esperanza el tiempo intermedio entre la resurrección y la parusía. El reino de los cielos es comparado, no con diez jóvenes, sino con la celebración solemne de una boda. El centro del mensaje es la necesidad de la preparación.

Dos hechos suceden: el retraso del novio y el sueño de las que esperan. La insensatez de las jóvenes necias no es que se hubieran dormido (todas se durmieron), sino en que no iban preparadas para su misión. No habían contado con un posible retraso del novio y por eso no tuvieron aceite suficiente. La negación de las jóvenes prudentes a compartir el aceite es un rasgo parabólico para hacernos comprender que la preparación requerida es personal e insustituible. No vale apoyarse en la fidelidad de otro.

La respuesta del esposo indica que las jóvenes necias representan a quienes están en la comunidad de los fieles, pero carecen de auténtica entrega y, por tanto, no están preparados. «Por tanto, estén atentos» (13) es una advertencia para que permanezcamos constantemente fieles y entregados a poner en práctica las enseñanzas de Jesús.

25,14-30 Parábola de los talentos. Esta parábola invita también a la diligencia y a la fidelidad mientras se consuma el tiempo del juicio de Dios.

Por el contexto se puede afirmar que el punto de tensión de la parábola está en la escena de la rendición de cuentas, y de manera especial en la conducta del sirviente demasiado precavido. Jesús denuncia la inconsecuencia de los que reciben el mensaje del reino y luego pretenden refugiarse en una seguridad estéril.

Los discípulos de Jesús tienen que hacer fructificar los bienes del reino durante el tiempo que se les concede. Éste es para Mateo el «tiempo de la Iglesia». El que no hace fructificar los dones recibidos, aunque sea bajo el pretexto de colocarlos en un lugar seguro, al fin termina por perderlo todo. De igual manera, la comunidad eclesial debe estar alerta y vigilante para no caer en la comodidad y la rutina.

22 Se acercó el que había recibido dos
bolsas de oro y dijo: Señor, me diste dos
bolsas de oro; mira, he ganado otras dos.
23 Su señor le dijo: Muy bien, sirviente hon-
rado y cumplidor; has sido fiel en lo poco,
te pondré al frente de lo importante. Entra
en la fiesta de tu señor.

24 Se acercó también el que había reci-
bido una bolsa de oro y dijo: Señor, sabía
que eres exigente, que cosechas donde no
has sembrado y reúnes donde no has
esparcido. 25 Como tenía miedo, enterré tu
bolsa de oro; aquí tienes lo tuyo. 26 Su se-
ñor le respondió: Sirviente indigno y pere-
zoso, si sabías que cosecho donde no
sembré y reúno donde no esparcí, 27 tenías
que haber depositado el dinero en un ban-
co para que, al venir yo, lo retirase con los
intereses. 28 Quítenle la bolsa de oro y
dénsela al que tiene diez. 29 Porque al que
tiene se le dará y le sobrará, y al que no
tiene se le quitará aun lo que tiene. 30 Al
sirviente inútil expúlsenlo a las tinieblas
de fuera. Allí será el llanto y el crujir de
dientes.

El juicio de las naciones

31 Cuando el Hijo del Hombre llegue con
majestad, acompañado de todos sus ánge-
les, se sentará en su trono de gloria 32 y to-
das las naciones serán reunidas en su
presencia. Él separará a unos de otros,
como un pastor separa las ovejas de las ca-
bras. 33 Colocará a las ovejas a su derecha
y a las cabras a su izquierda.

34 Entonces el rey dirá a los de la dere-
cha: Vengan, benditos de mi Padre, a reci-
bir el reino preparado para ustedes desde la
creación del mundo. 35 Porque tuve hambre
y me dieron de comer, tuve sed y me die-
ron de beber, era emigrante y me recibie-
ron, 36 estaba desnudo y me vistieron,
estaba enfermo y me visitaron, estaba en-
carcelado y me vinieron a ver.

37 Los justos le responderán: Señor,
¿cuándo te vimos hambriento y te alimen-
tamos, sediento y te dimos de beber,
38 emigrante y te recibimos, desnudo y te
vestimos? 39 ¿Cuándo te vimos enfermo o
encarcelado y fuimos a visitarte?

40 El rey les contestará: Les aseguro que
lo que hayan hecho a uno solo de éstos, mis
hermanos menores, me lo hicieron a mí.

41 Después dirá a los de su izquierda:
Apártense de mí, malditos, vayan al fuego
eterno preparado para el Diablo y sus án-
geles. 42 Porque tuve hambre y no me die-
ron de comer, tuve sed y no me dieron de
beber, 43 era emigrante y no me recibieron,
estaba desnudo y no me vistieron, estaba
enfermo y encarcelado y no me visitaron.

44 Ellos replicarán: Señor, ¿cuándo te vi-
mos hambriento o sediento, emigrante o
desnudo, enfermo o encarcelado y no te
socorrimos?

25,31-46 El juicio de las naciones. La intención de este discurso no es describir los acontecimientos finales, sino que trata de inculcar la preparación necesaria para superar con éxito la prueba final. Y también pretende poner de relieve el significado central de la figura de Jesús, el Hijo del Hombre. Los que son recibidos en el reino son los que tuvieron amor misericordioso con el prójimo.

Las seis maneras de manifestar el amor al prójimo se encuentran en el Antiguo Testamento (Is 58,7; Job 22,6s), pero aquí son manifestación del precepto fundamental del amor. La doctrina de Jesús excluye el espíritu financiero, el hacer algo para conseguir una recompensa de Dios; si así fuera, Dios no tendría más remedio que premiar al fiel. Se podría actuar, entonces, no por Dios sino contra Él, para atarle las manos y obligarle a retribuir a sus devotos. Una tergiversación de la verdadera religión.

La sentencia definitiva se apoya, pues, en los motivos del servicio caritativo al prójimo necesitado. Las obras de misericordia realizadas por amor aparecen liberadas de cualquier clase de limitación que condicione su valor.

Jesús se dirige a todos indistintamente, demostrando así que también fuera del ámbito visible de sus discípulos, de su Iglesia, puede acontecer el reino. La Iglesia no se identifica con el reino, sino que es su humilde servidora. El reino acontece también más allá de sus fronteras visibles; es lo que se ha llamado el «cristianismo anónimo». La escena nos hace comprender que muchos, sin conocer la persona de Jesús, se ajustan a los valores de reino en la entrega y el amor al prójimo, y eso decide su destino. El juez universal está «de incógnito» en todos los pobres de la tierra, oculto en todos los rostros doloridos, pero esa presencia oculta se pondrá de manifiesto en el momento final.

Por otro lado, esta enseñanza de Jesús se dirige a los cristianos que han descuidado su compromiso práctico, para despertarles de su letargo y recordarles que el destino de cada uno se decide en la actitud que tenga ante los necesitados en este tiempo que precede a su venida.

[45] Él responderá: Les aseguro que lo que
no hicieron a uno de estos más pequeños
no me lo hicieron a mí. [46] Éstos irán al cas-
tigo perpetuo y los justos a la vida eterna.

Complot para matar a Jesús

(Mc 14,1s; Lc 22,1s; cfr. Jn 11,47-57)

26 [1] Cuando terminó este discurso, Je-
sús dijo a sus discípulos:
[2] —Ya saben que dentro de dos días se
celebra la Pascua y el Hijo del Hombre será
entregado para ser crucificado.
[3] Entonces se reunieron los sumos
sacerdotes y los ancianos del pueblo en
casa del sumo sacerdote Caifás, [4] y se pu-
sieron de acuerdo para apoderarse de Je-
sús mediante un engaño y darle muerte.
[5] Pero añadieron que no debía ser durante
las fiestas, para que no se amotinara el
pueblo.

Unción en Betania

(Mc 14,3-9; cfr. Lc 7,36-50; Jn 12,1-8)

[6] Estando Jesús en Betania, en casa de
Simón el Leproso, [7] se le acercó una mujer
con un frasco de alabastro lleno de un per-
fume de mirra carísimo y se lo derramó en
la cabeza mientras estaba a la mesa. [8] Al
verlo, los discípulos dijeron indignados:
—¿Por qué este derroche? [9] Se podía
haber vendido bien caro para dar el pro-
ducto a los pobres.
[10] Jesús se dio cuenta y les dijo:
—¿Por qué molestan a esta mujer? Ha
hecho una obra buena conmigo. [11] A los
pobres los tendrán siempre cerca, a mí no
siempre me tendrán. [12] Al derramar el per-
fume sobre mi cuerpo, estaba preparando
mi sepultura. [13] Les aseguro que en cual-
quier parte del mundo donde se proclame
la Buena Noticia, se mencionará lo que ha
hecho ella.

Traición de Judas

(Mc 14,10s; Lc 22,3-6)

[14] Entonces uno de los Doce, llamado
Judas Iscariote, se dirigió a los sumos sa-
cerdotes [15] y les propuso:
—¿Qué me dan si lo entrego a ustedes?

26,1-5 Complot para matar a Jesús. Mateo introduce a los lectores en el drama de la pasión narrando tres escenas en las que presenta las diversas actitudes de los personajes que rodean a Jesús: sus adversarios, Judas, sus discípulos y una mujer.

Se acabaron los discursos. Llega la hora de sufrir en silencio. Pero Jesús conserva la iniciativa: va al encuentro de la pasión con plena conciencia y aceptación voluntaria. El Hijo no conoce la hora del fin del mundo (24,36), pero conoce que con la Pascua llega su hora, y se lo hace saber a los discípulos.

Sólo «entonces» (3) se reúnen el poder religioso y el político para decidir el arresto y la ejecución de Jesús. El tema central de este primer cuadro es el acuerdo que toman los jefes de los sacerdotes para matar a Jesús (3-5), acuerdo al que Judas se asocia como cómplice (14-16).

26,6-13 Unción en Betania. Mateo no da el nombre de la mujer; Juan, en el capítulo 12, la identifica con María, la hermana de Lázaro.

El perfume en la cabeza de Jesús no es unción (cfr. 1 Sm 10,1; 2 Re 9,6), sino un gesto espléndido y público de estima. Los discípulos lo califican de derroche, se podía emplear mejor en beneficio de los pobres (19,21). Jesús los corrige públicamente interpretando el significado profundo del gesto:

1. En primer lugar, expresa el afecto a su persona, «conmigo» (10). En el texto aludido (Dt 15,1-11) se dice que, por el egoísmo de unos, habrá pobreza en Israel; mientras que la mujer muestra la generosidad del amor (6,22s).

2. El gesto anticipa la unción sepulcral y como tal la recibe Jesús en vida, consciente de su muerte próxima.

3. El gesto conservará para siempre un valor eclesial: su recuerdo será ejemplar (Prov 22,9).

El pasaje «a los pobres los tendrán siempre cerca, a mí no siempre me tendrán» (11) ha sido muchas veces mal-interpretado. Jesús no se opone –todo lo contrario– al progreso social y al esfuerzo por mejorar la vida de los pobres. Lo que el texto hace notar es que, mientras Él estaba presente, lo más importante era tomar conciencia de su presencia y actuar de manera consecuente.

Lo que había hecho la mujer no podía hacerse más tarde, cuando Él ya no estuviera en la tierra. Sus discípulos, en cambio, tendrían mucho futuro por delante para ocuparse de los pobres (25,31-46). Por otra parte, Jesús llega a ser el pobre por excelencia: sentenciado a muerte, traicionado por un amigo, incomprendido por sus discípulos y con la mirada fija en el fin ya cercano, era la viva personificación del Siervo sufriente.

Conviene recordar que el mensaje de la Escritura no contiene un programa social concreto para erradicar definitivamente la miseria humana sobre la tierra, pero pone siempre ante nuestros ojos la realidad de la pobreza y las necesidades de los pobres: «lo que hayan hecho a uno solo de éstos, mis hermanos menores, me lo hicieron a mí» (25,40).

26,14-16 Traición de Judas. Éste es quizás el hecho más desconcertante que narran los evangelios.

Ellos se pusieron de acuerdo en treinta
monedas de plata. 16 Desde aquel momen-
to buscaba una ocasión para entregarlo.

Preparación de la cena pascual
(Mc 14,12-16; Lc 22,7-13)

17 El primer día de los Ázimos se acerca-
ron los discípulos a Jesús y le preguntaron:
—¿Dónde quieres que te preparemos la
cena de Pascua?
18 Él les contestó:
—Vayan a la ciudad, a la casa de tal per-
sona, y díganle: El maestro dice: mi hora
está próxima; en tu casa celebraré la Pas-
cua con mis discípulos.
19 Los discípulos prepararon la cena de
Pascua siguiendo las instrucciones de Je-
sús.

Anuncio de la traición
(Mc 14,17-21; cfr. Lc 22,21-23; Jn 13,21-30)

20 Al atardecer se puso a la mesa con los
Doce. 21 Mientras comían, les dijo:
—Les aseguro que uno de ustedes me
va a entregar.
22 Muy tristes, empezaron a preguntarle
uno por uno:
—¿Soy yo, Señor?
23 Él contestó:
—El que se ha servido de la misma
fuente que yo, ése me entregará. 24 El Hijo
del Hombre se va, como está escrito de él;
pero, ¡ay de aquél por quien el Hijo del
Hombre será entregado! Más le valdría a
ese hombre no haber nacido.
25 Le dijo Judas, el traidor:
—¿Soy yo, maestro?
Le respondió Jesús:
—Tú lo has dicho.

Institución de la Eucaristía
(Mc 14,22-26; Lc 22,14-20;
cfr. Jn 6,51-59; 1Cor 11,23-25)

26 Mientras cenaban, Jesús tomó pan,
pronunció la bendición, lo partió y se lo dio
a sus discípulos diciendo:
—Tomen y coman, esto es mi cuerpo.
27 Tomando la copa, pronunció la acción
de gracias y se la dio diciendo:
—Beban todos de ella, 28 porque ésta es
mi sangre de la alianza, que se derrama por
todos para el perdón de los pecados. 29 Les
digo que en adelante no beberé de este fru-
to de la vid hasta el día en que beba con us-
tedes el vino nuevo en el reino de mi Padre.
30 Cantaron los salmos y salieron hacia
el monte de los Olivos.

Anuncia el abandono de sus discípulos
(Mc 14,27-31; Lc 22,31-34; cfr. Jn 13,36-38)

31 Entonces Jesús les dijo:
—Esta noche todos van a fallar por mi
causa, como está escrito:

Heriré al pastor
y se dispersarán
las ovejas del rebaño.

Cuesta mucho pensar, en efecto, que Jesús haya sido traicionado por uno de sus seguidores más íntimos.

Los primeros cristianos percibieron la dificultad y recurrieron a las Escrituras para demostrar que incluso en un acto tan vil se cumplía el designio de Dios.

Las razones de Judas Iscariote para cometer esta traición pudieron ser su amor al dinero, la ambición, la envidia o la desilusión.

La fidelidad de la mujer en casa de Simón contrasta fuertemente con la infidelidad de uno de los Doce.

26,17-30 Preparación de la cena pascual – Anuncio de la traición – Institución de la Eucaristía. En el relato de la pasión de Mateo, Jesús domina en todo momento la situación y va marcando sus tiempos. No conoce todos los detalles del complot que sus adversarios han tramado contra Él, pero va descubriendo que su entrega responde al plan de Dios, manifestado en las Escrituras.

Hay una diferencia sutil en el modo en que los discípulos se dirigen a Jesús. Todos, menos Judas, le llaman «Señor» y reconocen así su autoridad y su poder. Judas, sin embargo, le llama «rabbí» (maestro), un apelativo que utilizan los adversarios de Jesús y que tiene para Mateo un significado negativo (23,7; 26,49). Judas habla como los enemigos de Jesús, porque no ha comprendido que Él es el Señor.

Jesús repite gestos de la celebración de la Pascua judía, como repartir el pan y pasar la copa, pero le da a estos gestos un significado nuevo a través de las palabras que pronuncia sobre ellos que hacen referencia, no al acontecimiento del Éxodo, sino a su propia muerte: el pan partido y entregado es su propio cuerpo y el vino es su sangre derramada por todos. Jesús se presenta como el nuevo cordero pascual a través del cual se va a establecer una nueva alianza.

La palabra «cuerpo» no es solamente la parte material del ser humano, sino toda la persona en cuanto que es capaz de expresarse y de relacionarse con los demás. Al decir «mi cuerpo», Jesús evoca toda su persona y toda su vida, entregada hasta la muerte. El pan, que es uno en las manos de Jesús, al ser compartido, une a todos los que participan en la comida comunitaria, ya que todos participan de la misma fuente de vida.

32 Pero cuando resucite, iré delante de
ustedes a Galilea.
33 Pedro le contestó:
—Aunque todos fallen esta noche, yo no
fallaré.
34 Jesús le respondió:
—Te aseguro que esta noche, antes de
que cante el gallo, me habrás negado tres
veces.
35 Pedro le replicó:
—Aunque tenga que morir contigo, no te
negaré.
Lo mismo dijeron los demás discípulos.

Oración en el huerto
(Mc 14,32-42; cfr. Lc 22,39-46)

36 Entonces Jesús fue con ellos a un
lugar llamado Getsemaní y dijo a sus dis-
cípulos:
—Siéntense aquí mientras yo voy allá a
orar.
37 Tomó a Pedro y a los dos hijos de Ze-
bedeo y empezó a sentir tristeza y angustia.
38 Les dijo:
—Siento una tristeza de muerte;
quédense aquí, y permanezcan despiertos
conmigo.
39 Se adelantó un poco y, postrado su
rostro en tierra, oró así:
—Padre, si es posible, que se aparte de
mí esta copa. Pero no se haga mi voluntad,
sino la tuya.
40 Volvió a donde estaban los discípulos.
Los encontró dormidos y dijo a Pedro:
—¿Será posible que no han sido capa-
ces de estar despiertos una hora conmigo?
41 Estén atentos y oren para no caer en la
tentación. El espíritu está dispuesto, pero la
carne es débil.
42 Por segunda vez se alejó a orar:
—Padre, si esta copa no puede pasar sin
que yo la beba, que se haga tu voluntad.
43 Volvió de nuevo y los encontró dormi-
dos, porque tenían mucho sueño. 44 Los
dejó y se apartó por tercera vez repitiendo
la misma oración. 45 Después se acercó a
los discípulos y les dijo:
—¡Todavía dormidos y descansando!
Está próxima la hora en que el Hijo del
Hombre será entregado en poder de los pe-
cadores. 46 Levántense, vamos; ¡miren! se
acerca el que me entrega.

Arresto de Jesús
(Mc 14,43-50; Lc 22,47-53; cfr. Jn 18,1-11)

47 Todavía estaba hablando cuando llegó
Judas, uno de los Doce, acompañado de
gente armada de espadas y palos, enviada
por los sumos sacerdotes y los ancianos del
pueblo. 48 El traidor les había dado una

Las palabras de Jesús son un compendio de lo que había sido su vida y misión: una vida entregada y destrozada por todos. Pero, al mismo tiempo, son una explicación del sentido de su sufrimiento y muerte expiatorios y redentores en la cruz.

Ante la inminencia de su muerte, Jesús manifiesta una inquebrantable confianza en el triunfo de Dios, y expresa su confianza con la imagen del banquete que en la Biblia simboliza con frecuencia el gozo final de los elegidos; y en este contexto indica la comunión perfecta de los discípulos con su Señor y con el mismo Dios: «no beberé de este fruto de la vid hasta el día en que beba con ustedes el vino nuevo en el reino de mi Padre» (29).

26,31-35 Anuncia el abandono de sus discípulos. Segundo anuncio trágico donde los discípulos fallan en la gran prueba (cfr. 6,13) y se dispersan como ovejas; pero su caída no será definitiva, porque el pastor los volverá a reunir, ya resucitado, en Galilea.

Mateo indica repetidamente que Jesús está «con sus discípulos» (26,18.20.23.29.38.40.51). Sin embargo, los discípulos no están realmente con Jesús. Judas lo entregará en manos de sus adversarios; Pedro, Santiago y Juan no serán capaces de velar ni siquiera una hora con Él; los que antes habían profesado su fe en Él, lo abandonarán y huirán; el mismo Pedro, que había hecho una firme confesión de fidelidad (33-35), lo negará tres veces.

26,36-46 Oración en el huerto. En esta escena quiere el narrador revelarnos algo de la espiritualidad íntima de Jesús, su angustia humana mortal: su tristeza, la angustia que siente ante la muerte cercana, su obediencia filial a la voluntad del Padre; en una palabra, la verdadera humanidad del Hijo de Dios. Sólo el grito de abandono en la cruz tendrá un dramatismo semejante (27,46). También se puede comparar este pasaje, con «La prueba en el desierto» (4,1-11).

En la lucha, triunfa la entrega plena y confiada a la voluntad del Padre. Dos peticiones del Padrenuestro resuenan en la escena: «hágase tu voluntad», «no nos dejes caer en la tentación». Esta oración de Jesús es el modelo de oración de todo creyente ante situaciones límites donde se pierde el sentido de la vida y se pone a prueba la fe ante el silencio de Dios.

Mateo nos muestra además al hombre angustiado que busca compañía: «con ellos» (36), «conmigo» (38.40), y no la encuentra. El sueño inconsciente de los tres íntimos le hace sentir más la soledad.

26,47-56 Arresto de Jesús. En toda la escena del arresto, según Mateo, Jesús domina la situación, como

contraseña: Al que yo bese, ése es; arrés-
tenlo. 49 Enseguida, acercándose a Jesús le
dijo:

—¡Buenas noches, maestro!

Y le dio un beso. 50 Jesús le dijo:

—Amigo, ¿a qué has venido?

Entonces se acercaron, le echaron
mano y arrestaron a Jesús. 51 Uno de los
que estaban con Jesús desenvainó la espa-
da y de un tajo cortó una oreja al sirviente
del sumo sacerdote.

52 Jesús le dijo:

—Envaina la espada: Quien a espada
mata, a espada muere. 53 ¿Crees que no
puedo pedirle al Padre que me envíe en-
seguida más de doce legiones de ángeles?
54 Pero entonces, ¿cómo se cumplirá lo que
está escrito, que esto tiene que suceder?

55 Entonces Jesús dijo a la multitud:

—Como si se tratara de un asaltante han
salido armados de espadas y palos para
capturarme. Diariamente me sentaba en el
templo a enseñar y no me arrestaron.
56 Pero todo eso sucede para que se cum-
plan las profecías.

Entonces todos los discípulos lo aban-
donaron y huyeron.

Jesús ante el Consejo

(Mc 14,53s; Lc 22,54s; cfr. Jn 18,12-16)

57 Los que lo habían arrestado lo condu-
jeron a casa del sumo sacerdote Caifás,
donde se habían reunido los letrados y los
ancianos. 58 Pedro le fue siguiendo a distan-
cia hasta el palacio del sumo sacerdote.
Entró y se sentó con los empleados para
ver en qué acababa aquello.

(Mc 14,55-61a)

59 Los sumos sacerdotes y el Consejo en
pleno buscaban un testimonio falso contra
Jesús que permitiera condenarlo a muerte.
60 Y, aunque se presentaron muchos testi-
gos falsos, no lo encontraron. Finalmente
se presentaron dos 61 que declararon:

—Éste ha dicho: Puedo derribar el san-
tuario de Dios y reconstruirlo en tres días.

62 El sumo sacerdote se puso en pie y le
dijo:

—¿No respondes a lo que éstos declaran
contra ti?

63a Pero Jesús seguía callado.

(Mc 14,61b-64; Lc 22,66-71; cfr. Jn 18,19-21)

63b El sumo sacerdote le dijo:

—Por el Dios vivo te conjuro para que
nos digas si eres el Mesías, el Hijo de Dios.
64 Jesús le respondió:

—Tú lo has dicho. Y añado que desde
ahora *verán al Hijo del Hombre sentado a la derecha del Todopoderoso y llegando en las nubes del cielo.*

65 Entonces el sumo sacerdote, rasgán-
dose sus vestiduras, dijo:

—¡Ha blasfemado! ¿Qué falta nos hacen
los testigos? Acaban de oír la blasfemia.
66 ¿Cuál es el veredicto de ustedes?

Respondieron:

—Reo de muerte.

---

el Siervo del Señor (Is 42,3s). Reprime la violencia, aun la defensiva, de uno de los suyos; acepta el beso traidor; denuncia sin oponer resistencia la violencia injustificada de la turba. No es un bandido peligroso, sino un maestro público y pacífico. Podría desplegar fuerzas superiores, pero su fuerza reside en aceptar el designio del Padre: así está anunciado en la Escritura, así tiene que suceder.

Jesús exhorta a sus discípulos a no utilizar la violencia, ni siquiera para defender una causa justa. Él ha elegido el camino del amor y la misericordia, que rompen la interminable espiral que genera la violencia. Esta enseñanza adquiere una fuerza especial al estar colocada justo en el momento en que Jesús está siendo víctima de la violencia.

26,57-68 Jesús ante el Consejo. En el relato de Mateo, el proceso de Jesús ante el Consejo procede con fluidez y coherencia. Pero no pensemos que es una redacción puntual de un taquígrafo. En el fondo, se trata de legalizar la muerte de Jesús previamente decidida. La cuestión se centra en el mesianismo trascendente de Jesús, no en su mesianismo político que esperaba parte del pueblo, ni el mesianismo simple de un rey descendiente de David, sino más bien el de quien tiene un trono a la derecha de Dios (Sal 110,1) y recibe del Altísimo el poder supremo y universal (Dn 7,13). Si Jesús se arroga sin fundamento semejante título, es blasfemo y merece la muerte. Si lo posee realmente, es Él quien, juzgado, juzga. Jesús, conjurado por el sumo sacerdote del momento, pronuncia un testimonio que lo lleva a la muerte: testigo y mártir.

A la condena siguen las burlas (67). Esta escena, lo mismo que la burla de los soldados (27,27-31), está teñida de ironía, pues los jefes de los sacerdotes y los ancianos, queriendo ultrajar a Jesús, están en realidad confesando su verdadera identidad, como bien saben los lectores del evangelio.

(Mc 14,65; Lc 22,63-65; cfr. Jn 18,22s)
67 Entonces le escupieron al rostro, le
dieron bofetadas y lo golpeaban 68 diciendo:
—Mesías, adivina quién te ha pegado.

Negaciones de Pedro
(Mc 14,66-68; Lc 22,56s; cfr. Jn 18,17s)
69 Pedro estaba sentado fuera, en el pa-
tio. Se le acercó una sirvienta y le dijo:
—Tú también estabas con Jesús el Gali-
leo.
70 Él lo negó delante de todos:
—No sé lo que dices.

(Mc 14,69-72; Lc 22,58-62; cfr. Jn 18,25-27)
71 Salió al portal, lo vio otra sirvienta y
dijo a los que estaban allí:
—Éste estaba con Jesús el Nazareno.
72 De nuevo lo negó jurando que no co-
nocía a aquel hombre. 73 Al poco tiempo se
acercaron los que estaban allí y dijeron a
Pedro:
—Realmente tú eres uno de ellos, el
acento te delata.
74 Entonces empezó a echar maldiciones
y a jurar que no lo conocía. En ese mo-
mento cantó un gallo 75 y Pedro recordó lo
que había dicho Jesús: Antes de que cante
el gallo, me habrás negado tres veces. Y sa-
liendo afuera, lloró amargamente.

Conducido a Pilato
(Mc 15,1; Lc 23,1; cfr. Jn 18,28)
27 1 A la mañana siguiente los sumos
sacerdotes y los ancianos del pue-
blo tuvieron una deliberación para conde-
nar a Jesús a muerte. 2 Lo ataron, lo con-
dujeron y lo entregaron a Pilato, el gober-
nador.

Muerte de Judas
(cfr. Hch 1,18s)
3 Entonces Judas, el traidor, viendo que
lo habían condenado, se arrepintió y devol-
vió las treinta monedas a los sumos sacer-
dotes y ancianos, 4 diciendo:
—He pecado entregando a un inocente a
la muerte.
Le contestaron:
—Y a nosotros, ¿qué? Eso es problema
tuyo.
5 Arrojó el dinero en el santuario, se fue
y se ahorcó. 6 Los sumos sacerdotes, reco-
giendo el dinero, dijeron:
—No es lícito echarlo en la alcancía,
porque es precio de una vida.
7 Y, después de deliberar, compraron el
Campo del Alfarero para sepultura de ex-
tranjeros. 8 Por eso aquel campo se llama
hasta hoy, Campo de Sangre.
9 Así se cumplió lo que profetizó Jere-
mías:

Tomaron las treinta monedas,
precio del que fue tasado,
del que tasaron los israelitas,
10 *y con ello pagaron*
el campo del alfarero;
según las instrucciones del Señor.

Jesús ante Pilato
(Mc 15,2-15; Lc 23,ss; cfr. Jn 18,33-38)
11 Jesús fue llevado ante el gobernador,
el cual lo interrogó:
—¿Eres tú el rey de los judíos?

26,69-75 Negaciones de Pedro. Los cuatro evangelios, que reconocen la supremacía indiscutida de Pedro, recogen sin disimulo su pecado y arrepentimiento. Sin duda, lo consideran un dolor de Jesús y una enseñanza para la Iglesia. La negación, situada aquí, contrasta fuertemente con el testimonio de Jesús. El apóstol niega por miedo, no por arrogancia, y se arrepiente pronto y hondamente. Pedro, como la Iglesia, es llamado y perdonado.

Lo que define a un cristiano es «estar con Jesús» (69). Esta dignidad se pierde al ignorarlo, confesando que no se le conoce (72) y se recupera al recordar la palabra de Jesús, que es más firme que todo juramento humano.

La tentación, la única gran tentación, consiste en abandonar el camino del seguimiento de Jesús. Pedro llora amargamente, y su llanto recoge las lágrimas de todos los discípulos vacilantes que en los momentos de prueba siguen negando a Jesús.

27,1s Conducido a Pilato. Era competencia romana permitir la ejecución de condenas a muerte. Como se verá después, las autoridades judías buscan algo más: un proceso civil por rebelión, terreno en el cual ellos no son competentes. Pilato representa el poder militar de Roma en la región.

27,3-10 Muerte de Judas. Antes de narrar el proceso de Jesús ante Pilato, Mateo describe, a modo de digresión, el trágico final de Judas. La frase «viendo que lo habían condenado» (3) da a entender que Judas había seguido con ansiedad el desarrollo del proceso. Quizás no esperaba que se impusiera a Jesús la pena de muerte, y la gravedad de su traición se hizo presente cuando conoció la sentencia del Gran Consejo.

Contestó Jesús:
—Tú lo has dicho.
12 Pero, cuando lo acusaban los sumos
sacerdotes y los ancianos no respondía
nada.
13 Entonces le dijo Pilato:
—¿No oyes de cuántas cosas te acusan?
14 Pero no respondió una palabra, con
gran admiración del gobernador.

Condena de Jesús
(Mc 15,6-15; Lc 23,17-25; cfr. Jn 18,39–19,1.4-16)

15 Por la Pascua acostumbraba el gober-
nador soltar a un prisionero, el que la gen-
te quisiera. 16 Tenía entonces un preso
famoso llamado [Jesús] Barrabás. 17 Cuan-
do estaban reunidos, les preguntó Pilato:
—¿A quién quieren que les suelte? ¿A
[Jesús] Barrabás o a Jesús, llamado el Me-
sías? 18 Ya que le constaba que lo habían
entregado por envidia.
19 Estando él sentado en el tribunal, su
mujer le envió un recado:
—No te metas con ese inocente, que
esta noche en sueños he sufrido mucho por
su causa.
20 Mientras tanto los sumos sacerdotes y
los ancianos persuadieron a la multitud
para que pidieran la libertad de Barrabás y
la condena de Jesús.
21 El gobernador tomó la palabra:
—¿A cuál de los dos quieren que les
suelte?
Contestaron:
—A Barrabás.
22 Respondió Pilato:
—¿Y qué hago con Jesús, llamado el
Mesías?
Contestaron todos:
—Crucifícalo.
23 Él les dijo:
—Pero, ¿qué mal ha hecho?
Sin embargo ellos seguían gritando:
—Crucifícalo.
24 Viendo Pilato que no conseguía nada,
al contrario, que se estaban amotinando,
pidió agua y se lavó las manos ante la gen-
te diciendo:
—No soy responsable de la muerte de
este inocente. Es cosa de ustedes.
25 El pueblo respondió:
—Que su sangre caiga sobre nosotros y
sobre nuestros hijos.
26 Entonces les soltó a Barrabás, y a Je-
sús lo hizo azotar y lo entregó para que lo
crucificaran.

Burla de los soldados
(Mc 15,16-20; cfr. Jn 19,2s)

27 Entonces los soldados del gobernador
condujeron a Jesús al cuartel y reunieron
en torno a él a toda la guardia. 28 Lo desnu-
daron, lo envolvieron en un manto escarla-
ta, 29 trenzaron una corona de espinas y se
la colocaron en la cabeza, y pusieron una
caña en su mano derecha. Después, bur-
lándose, se arrodillaban ante él y decían:
—¡Salud, rey de los judíos!
30 Le escupían, le quitaban la caña y le
pegaban con ella en la cabeza. 31 Termina-

Antes de morir, Judas añade su testimonio sobre la inocencia de Jesús. Confiesa su pecado, pero desespera del perdón.

27,11-26 Jesús ante Pilato – Condena de Jesús. Tras la interrupción del episodio precedente, continúa el proceso ante Pilato hasta su desenlace fatal. Mateo sigue acumulando testimonios sobre la inocencia de Jesús: la resistencia y los manejos de Pilato, su declaración aparatosa, el sueño de su mujer. Correlativamente, carga la mano sobre la responsabilidad de las autoridades judías y «la multitud» allí reunida (20). En la imprecación final los llama «el pueblo» (25); en esta ampliación de la responsabilidad parece reflejarse la ruptura consumada entre judaísmo y cristianismo y la exclusión oficial de los cristianos por parte de la autoridad judía.

Una lectura superficial de este pasaje de Mateo ha servido algunas veces en la historia para señalar al pueblo judío como el causante y responsable de la muerte de Jesús. Sin embargo, lo que aquí se nos muestra es que en Jesús, el justo, el Mesías, se cumple la voluntad de Dios. El rechazo de su pueblo forma parte de ese plan misterioso de Dios.

27,27-31 Burla de los soldados. El motivo de la burla es la acusación que los jefes de los sacerdotes han hecho contra Jesús. Una acusación falsa, pero que será el motivo de su condena. El episodio está narrado con cierta ironía (cfr. 26,67s). Así de desconcertante es la vida de Jesús, del reino y del Dios que proclamó y creyó.

Los lectores del evangelio reconocen a Jesús como Rey, pero saben que no es de este mundo. Contemplar estos gestos brutales les hace entrar más de lleno en el misterio de por qué Jesús ha sido incomprendido y rechazado.

En el momento de mayor humillación es cuando se manifiesta el misterio de Jesús, que ha venido a derramar su sangre por todos.

da la burla, le quitaron el manto y lo vistie-
ron con su ropa. Después lo sacaron para
crucificarlo.

Crucifixión y muerte de Jesús

(Mc 15,21-41; cfr. Lc 23,26-49; Jn 19,17-30)

32 A la salida encontraron a un hombre
de Cirene, llamado Simón, y lo forzaron a
cargar con la cruz. 33 Llegaron a un lugar
llamado *Gólgota*, es decir, Lugar de la Ca-
lavera, 34 y le dieron a beber vino mezclado
con hiel. Él lo probó, pero no quiso beber-
lo. 35 Después de crucificarlo, se repartieron
a suertes su ropa 36 y se sentaron allí cus-
todiándolo.
37 Encima de la cabeza pusieron un le-
trero con la causa de la condena: Éste es
Jesús, rey de los judíos. 38 Con él estaban
crucificados dos asaltantes, uno a la dere-
cha y otro a la izquierda.
39 Los que pasaban lo insultaban mo-
viendo la cabeza 40 y diciendo:
—El que derriba el santuario y lo re-
construye en tres días que se salve; si es
Hijo de Dios, que baje de la cruz.
41 A su vez, los sumos sacerdotes con
los letrados y los ancianos se burlaban di-
ciendo:
42 —Salvó a otros, y no puede salvarse
a sí mismo. Si es rey de Israel, que baje
ahora de la cruz y creeremos en él. 43 Ha
confiado en Dios: que lo libre ahora si es
que lo ama. Pues ha dicho que es Hijo de
Dios.
44 También los asaltantes crucificados
con él lo insultaban.
45 A partir de mediodía se oscureció
todo el territorio hasta media tarde.
46 A media tarde Jesús gritó con voz po-
tente:
—*Elí Elí lema sabactani*, o sea: *Dios mío,
Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*
47 Algunos de los presentes, al oírlo, co-
mentaban:
—Está llamando a Elías.
48 Enseguida uno de ellos corrió, tomó
una esponja empapada en vinagre y con
una caña le dio a beber.
49 Los demás dijeron:
—Espera, a ver si viene Elías a salvarlo.
50 Jesús, lanzando un nuevo grito, entre-
gó su espíritu.
51 El velo del templo se rasgó en dos de
arriba abajo, la tierra tembló, las piedras se
partieron, 52 los sepulcros se abrieron y mu-
chos cadáveres de santos resucitaron. 53 Y,
cuando él resucitó, salieron de los sepul-
cros y se aparecieron a muchos en la Ciu-
dad Santa.
54 Al ver el terremoto y lo que sucedía, el
centurión y la tropa que custodiaban a Je-
sús decían muy espantados:
—Realmente éste era Hijo de Dios.

27,32-56 Crucifixión y muerte de Jesús. Éste es el relato cumbre de la historia de la pasión. Mateo presenta siete cuadros en este momento dramático, punto culminante de la historia de la salvación:

1. Las tinieblas (45). Evocación de la profecía de Amós (Am 8,9s). Los primeros cristianos releyeron este pasaje como vaticinio profético de la muerte del Hijo de Dios.

2. La oración de Jesús (46). Jesús experimenta el abandono de Dios (Sal 22), a pesar de haberse mantenido fiel hasta el extremo. El que experimenta este abandono es el mismo que había dicho antes: «no se haga mi voluntad sino la tuya» (26,39). El grito de angustia y abandono en la cruz es una súplica dirigida a Dios con la esperanza de ser escuchado.

3. La evocación de Elías (47-49). En la palabra aramea «Eli» («Dios mío») algunos creen (o fingen) oír el nombre de Elías, a quien se consideraba el precursor de la venida triunfal del Mesías.

4. La muerte de Jesús (50). El momento de mayor tensión en todo el relato evangélico se describe con la máxima economía de palabras.

5. Los fenómenos cósmicos (51-53). Ocurre algo inesperado. La ruptura del velo anuncia que el Templo ha perdido su carácter sagrado y que lo antiguo ha llegado a su fin. El lugar sagrado del judaísmo, la morada exclusiva de Dios sobre la tierra, ya no es más el lugar por excelencia del encuentro con Dios. La muerte de Jesús abrió el acceso a Dios, antes oculto detrás del velo. La muerte de Jesús no sólo destruye las antiguas estructuras, sino que introduce otras nuevas. A Dios no hay que buscarlo ya en un templo hecho por manos humanas, sino en Jesús que es verdaderamente Dios-con-nosotros, el verdadero Templo de Dios.

6. La fe de los paganos (54). Con la confesión de los soldados, Mateo quiere mostrar la fuerza reveladora de la muerte de Jesús. De paso propone un contraste: los judíos rehúsan, los paganos confiesan. El Mesías se convierte en esperanza de las naciones.

7. Las mujeres (55s). La noticia sobre las mujeres hace de puente para los relatos de la resurrección. Su presencia hasta el final contrasta con la ausencia cobarde de los discípulos. Desde el comienzo gozoso en

55 Estaban allí mirando a distancia mu-
chas mujeres que habían acompañado y
servido a Jesús desde Galilea. 56 Entre ellas
estaban María Magdalena, María, madre de
Santiago y José, y la madre de los Zebedeos.

Sepultura de Jesús
(Mc 15,42-47; Lc 23,50-56; cfr. Jn 19,38-42)

57 Al atardecer llegó un hombre rico de
Arimatea, llamado José, que también había
sido discípulo de Jesús. 58 Se presentó ante
Pilato y le pidió el cadáver de Jesús.
Pilato mandó que se lo entregaran.
59 José lo tomó, lo envolvió en una sábana
de lino limpia, 60 y lo depositó en un sepul-
cro nuevo que se había excavado en la
roca; después hizo rodar una gran piedra a
la entrada del sepulcro y se fue.
61 Estaban allí María Magdalena y la otra
María sentadas frente al sepulcro.

Vigilancia del sepulcro

62 Al día siguiente, el que sigue a la vigi-
lia, se reunieron los sumos sacerdotes con
los fariseos y fueron a Pilato 63 a decirle:
—Señor, recordamos que aquel impos-
tor dijo cuando aún vivía que resucitaría al
tercer día. 64 Manda que aseguren el sepul-
cro hasta el tercer día, no vayan a ir sus dis-
cípulos a robar el cadáver, para decir al
pueblo que ha resucitado de entre los muer-
tos. Este engaño sería peor que el primero.
65 Les respondió Pilato:
—Ahí tienen una guardia: vayan y ase-
gúrenlo como saben.
66 Ellos aseguraron el sepulcro poniendo
sellos en la piedra y colocando la guardia.

Resurrección de Jesús
(Mc 16,1-8; Lc 24,1-12; cfr. Jn 20,1-10)

28 1 Pasado el sábado, al despuntar el
alba del primer día de la semana,
fue María Magdalena con la otra María a
examinar el sepulcro.
2 De repente se produjo un fuerte tem-
blor: Un ángel del Señor bajó del cielo, lle-
gó e hizo rodar la piedra y se sentó encima.
3 Su aspecto era como el de un relámpago
y su vestido blanco como la nieve.
4 Los de la guardia se pusieron a temblar
de miedo y quedaron como muertos.
5 El ángel dijo a las mujeres:
—Ustedes no teman. Sé que buscan a
Jesús, el crucificado. 6 No está aquí; ha re-
sucitado como había dicho. Acérquense a
ver el lugar donde yacía. 7 Después vayan
corriendo a anunciar a los discípulos que
ha resucitado y que irá por delante a Gali-
lea; allí lo verán. Éste es mi mensaje.

Galilea hasta el final doloroso, ellas le han acompañado y servido. Otra enseñanza para la comunidad.

27,57-66 Sepultura de Jesús – Vigilancia del sepulcro. La sepultura de una persona era muy importante entre los israelitas. Verse privado de ella era una ignominia final. Un ajusticiado debía ser apartado para no contaminar el terreno (Dt 21,22s), por lo que le correspondía la fosa común. José quiere ofrecer su homenaje póstumo al Maestro y se une así al homenaje anticipado de la mujer que lo ungió para la sepultura (26,13). Al acto de la sepultura asisten como testigos dos de las mujeres antes citadas.

El resto de las afirmaciones del relato está hecho teniendo en cuenta el acontecimiento final: la resurrección (62s). Debían prevenirse de las acusaciones posteriores que negarán la resurrección, así que el evangelio trata de explicar el origen del rumor del robo del cadáver y demostrar su falsedad.

28,1-15 Resurrección de Jesús – Se aparece a las mujeres – Informe de los vigilantes. Si en el relato de la pasión los tres sinópticos siguen sendas paralelas, en los de la resurrección presentan divergencias impresionantes. Ninguno intenta describir el momento y modo de la resurrección, ya que trasciende la experimentación sensible. Simplemente afirman triunfalmente el hecho y lo confirman con relatos diversos. En ellos constituyen el núcleo esencial los siguientes elementos: la identificación del aparecido, su identidad con el Jesús histórico, su corporeidad, su manifestación cierta, su trato con los discípulos y la personalidad de diversos testigos.

Saltando el intermedio de 11-15, Mateo estiliza su breve relato en tres momentos: el mensaje del ángel a las mujeres, la aparición de Jesús a ellas, la misión de los apóstoles.

Las mujeres van a hacer una visita de afecto o inspección. Un dramatismo consciente en el narrador impregna la escena. Un súbito temblor de tierra anticipa un giro inesperado de los acontecimientos. Para evocar el misterio, Mateo emplea imágenes sorprendentes, como la conmoción producida en los elementos de la naturaleza. Luego se limita a presentar los hechos humanamente accesibles como el temblor de tierra, la tumba vacía y las apariciones del Resucitado a las mujeres y a los discípulos.

Del sepulcro vacío parten dos mensajes: el de las mujeres, convertidas en mensajeras de la resurrección, y el de los guardianes del sepulcro, que se dirigen a los sumos sacerdotes para comunicarles lo ocurrido.

8 Se alejaron rápidamente del sepulcro,
llenas de miedo y gozo, y corrieron a dar la
noticia a los discípulos.

Se aparece a las mujeres
(cfr. Mc 16,9-13; Jn 20,11-18)

9 Jesús les salió al encuentro y les dijo:
—¡Alégrense!
Ellas se acercaron, se abrazaron a sus
pies y se postraron ante él.
10 Jesús les dijo:
—No teman; avisen a mis hermanos que
vayan a Galilea, donde me verán.

Informe de los vigilantes

11 Mientras ellas caminaban, algunos de
la guardia fueron a la ciudad y contaron a
los sumos sacerdotes todo lo ocurrido.
12 Éstos se reunieron a deliberar con los an-
cianos y ofrecieron a los soldados una bue-
na suma 13 encargándoles:
—Digan que durante la noche, mientras
ustedes dormían, llegaron los discípulos y
robaron el cadáver. 14 Si llega la noticia a
oídos del gobernador, nosotros lo tranquili-
zaremos para que no los castigue.

15 Ellos aceptaron el dinero y siguieron
las instrucciones recibidas. Así se difundió
ese cuento entre los judíos hasta [el día de]
hoy.

Se aparece a los Once
(cfr. Mc 16,14; Lc 24,36s; Jn 20,19s)

16 Los once discípulos fueron a Galilea,
al monte que les había indicado Jesús.
17 Al verlo, se postraron, pero algunos du-
daron.

El hecho cierto es que el sepulcro está vacío; esto lo admiten todos, pero las explicaciones son diversas, según la postura tomada ante la persona de Jesús.

Mateo recoge dos posibilidades y las expone con gran neutralidad, al menos aparentemente: el robo del cadáver o la resurrección.

Las apariciones en las que se menciona el paulatino reconocimiento del Resucitado tienden a asegurar la íntima conexión entre los momentos de muerte y resurrección. Es interesante notar que son dos mujeres las encargadas de realizar el primer anuncio de este acontecimiento. Teniendo en cuenta que en aquella cultura el testimonio de una mujer no era considerado válido, llama la atención el hecho de que los evangelistas relacionen unánimemente el descubrimiento de la tumba vacía con estas mujeres. En la tradición de la Iglesia se las llegó a conocer como «apóstoles de los apóstoles»; las dos mujeres son las primeras portadoras del mensaje pascual.

Lo que ocurrió en aquel momento sigue ocurriendo hoy. La resurrección de Jesús no es un hecho comprobable, sino un hecho sobrenatural admisible únicamente desde la fe. Cuando se cierra el corazón a la fe, la resurrección pasa automáticamente al terreno de la leyenda.

Para un cristiano, la resurrección es el fundamento de su fe. Pablo dice que si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra fe (1 Cor 15,14.17).

28,16-20 Se aparece a los Once – Misión de los discípulos. Para concluir, Mateo compone una escena magistral. En el espacio de cinco versículos condensa lo sustancial de su cristología y eclesiología.

Jesús se presenta en Galilea, como volviendo al comienzo y abandonando Jerusalén, adonde fue sólo a morir. Sube al monte, en ascensión simbólica, como cuando proclamó su mensaje del reino (capítulos 5 al 7) o se transfiguró (capítulo 17). Los once discípulos de aquel momento representan a toda la Iglesia; por eso, no falta quien dude. Ven al resucitado y han de ser sus testigos.

Jesús toma la palabra afirmando su plena autoridad recibida de Dios. En virtud de ella envía a sus discípulos a una misión universal, no limitada ya a los judíos. No han de enseñar para ser maestros de muchos discípulos (23,8), sino para «hacer discípulos» de Jesús. Como rito de consagración, administrarán el bautismo, con la invocación trinitaria explícita, inaugurando así el tiempo de la Iglesia. Desde la experiencia pascual, los discípulos van a anunciar la resurrección de Jesús y no el reino de Dios. El cambio, en apariencia notable, no es tal. Anunciar la resurrección de Jesús es anunciar que el reino ha llegado y han comenzado los nuevos tiempos. Los relatos pascuales nos colocan frente a la convicción de la comunidad primitiva de que el reino ha comenzado con la resurrección de Jesús, en quien se ha hecho manifiesto el poder vivificador de Dios.

El evangelio termina como empezó. Al principio nos fue anunciado el nombre de Emanuel, Dios con nosotros, en la historia del pueblo elegido (Is 7,14). Ahora se nos asegura que la profecía de Isaías se ha hecho permanente realidad: «Yo estaré con ustedes siempre» (20). No es tarea fácil, pero Jesús estará siempre presente con su presencia consoladora y reconfortante en todas las situaciones de la misión evangelizadora, tanto en la predicación, la enseñanza y la celebración, como en la persecución y en la prueba.

La misión de los discípulos es tan amplia como el mundo y como el tiempo que habrá de transcurrir hasta el final de la historia. La comunidad cristiana es, a partir de ahora, memoria del crucificado-resucitado, a pesar del escándalo que significaba para el pueblo judío la muerte infame en la cruz. Es también comunidad de testimonio: han de ser testigos del crucificado-resucitado. Sólo en este seguimiento concreto la comunidad descubre el significado de la misión y la

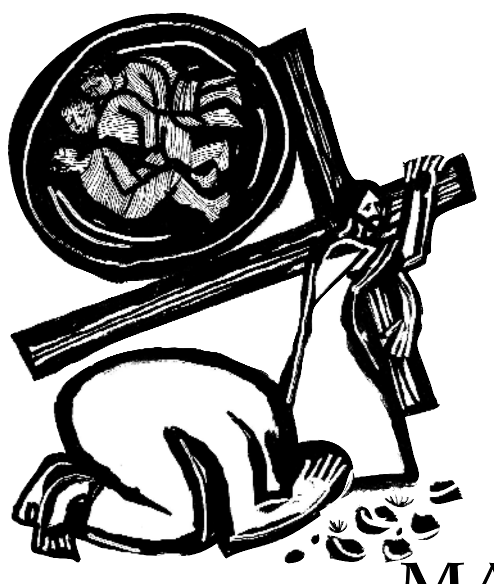
Misión de los discípulos
(cfr. Mc 16,15-18; Lc 24,44-49; Jn 20,22s; Hch 1,7s)

18 Jesús se acercó y les habló:
—Me han concedido plena autoridad en cielo y tierra.
19 Vayan y hagan discípulos entre todos los pueblos, bautícenlos consagrándolos al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo,
20 y enséñenles a cumplir todo lo que yo les he mandado. Yo estaré con ustedes siempre, hasta el fin del mundo.

---

persona de Jesús. Descubre que el reino está ligado indisolublemente a la salvación de los pobres y marginados, y que la forma concreta de su realización no puede prescindir de la actuación histórica de Jesús. Desde la persona y misión de Jesús surgen dos actitudes comunitarias: simpatía del pueblo y libertad frente a los poderes.

La Iglesia de Jesús es esencialmente una comunidad misionera. Las palabras del Señor resucitado «vayan» (19), «pónganse en camino», la invitan a salir constantemente de sí misma, de sus problemas y preocupaciones domésticas, para abrirse a un nuevo horizonte: el de toda persona que no conoce el gozo de sentirse hijo e hija de Dios y hermanos y hermanas entre sí. Para ello cuentan con la presencia constante de Jesús que estará siempre presente: «Yo estaré con ustedes siempre, hasta el fin del mundo» (20).



MARCOS

Contexto histórico. La obra de Marcos nos sitúa en la segunda generación cristiana. El Evangelio ya ha traspasado las fronteras religiosas del mundo judío y se ha abierto también a los paganos, llegando incluso a la misma ciudad de Roma, centro geográfico económico y político del poder imperial romano. Allí el cristianismo muy pronto es catalogado como movimiento sospechoso y es duramente perseguido y castigado. Es en este contexto en el que probablemente Marcos escribe su evangelio: «la Buena Noticia de Jesucristo. Hijo de Dios» (1,1).

Destinatarios. Una tradición muy antigua los identifica con la comunidad perseguida de Roma en tiempos de Nerón (año 64). Se trataría de una comunidad mayoritariamente de origen pagano, pobre y en crisis, que estaría llamada a dar razón de su fe e identidad tal como la dio su Maestro y Señor en la cruz.

Autor, fecha y lugar de composición. Desde siempre se le ha llamado «según san Marcos», atribuyendo la autoría a un discípulo de Pedro: el mismo Juan Marcos que se nombra en el libro de los Hechos (Hch 12,12.25; 13,13; 15,37.39) y que envía saludos en Col 4,10; Flm 24 y 1 Pe 5,13. Aunque tal atribución no es absolutamente cierta, tampoco hay razones suficientes ni convincentes para negarla.

En cuanto a la fecha de su composición, según la tradición, Marcos escribió su evangelio después de la muerte de Pedro (año 64); y según las pistas que nos ofrece su evangelio, antes de la destrucción de Jerusalén en la rebelión de los judíos contra Roma (año 70); por eso, muchos biblistas sugieren como fechas probables los años entre el 65 y 70.

En cuanto al lugar de composición, Roma es la hipótesis más aceptada, no sólo porque así lo avala la tradición, sino también por ciertas referencias que el mismo evangelio presenta, como la explicación de palabras arameas, las alusiones al sufrimiento y a la persecución, y la relativa frecuencia de palabras y locuciones latinizadas.

Un evangelio por mucho tiempo desconocido… y hoy de sorprendente actualidad. Hasta finales del s. XIX apenas se prestó atención al evangelio de Marcos. La tradición de la Iglesia lo había relegado a un segundo plano en comparación con los demás sinópticos, ya sea por su estilo parco: pobre de vocabulario, monótono y repetitivo; o porque apenas ofrecía nada nuevo que no se encontrase mejor elaborado en Mateo o Lucas. O quizás, porque la misma Iglesia aún no estaba preparada para captar en toda su grandeza descarnada su mensaje inconformista.

Todo comenzó a cambiar cuando a finales del s. XIX, y sobre todo durante el s. XX, la crítica histórica lo descubrió como el primer evangelio escrito del Nuevo Testamento y que sirvió incluso de inspiración para la redacción de los evangelios de Mateo y de Lucas. El interés ha ido en aumento hasta nuestros días, al irse desvelando poco a poco lo que pretendía: confrontar a sus oyentes y lectores con el sorprendente misterio de la identidad de Jesús de Nazaret, misterio que sigue fascinando al hombre y a la mujer de hoy, tanto como hace 2.000 años.

¿Quién es Jesús de Nazaret para Marcos? El tema de su evangelio es la persona de Jesús y la reacción de la gente a su paso. Marcos escribe su evangelio a la luz de la resurrección, pero no abusa de ella; al contrario, se empeña en presentar a Jesús crucificado más que resucitado, y a la gente (discípulos incluidos) cegada y deslumbrada más que iluminada.

Ya al principio de su obra, a modo de introducción, declara que Jesús es ante todo «Hijo de Dios» y que el relato de su vida es una «Buena Noticia» (1,1). Complementa esto con: la declaración solemne que hace el Padre sobre su identidad (1,11) y la presencia del Espíritu que le empuja al desierto para luchar con Satanás (1,12), y cuya victoria se manifiesta en la convivencia con las fieras y en el servicio de los ángeles (1,13).



Es entonces cuando presenta a Jesús anunciando la inminente llegada del reino de Dios (1,15). Pero este anuncio provoca una confrontación dramática. A Jesús no lo comprende su familia (3,21) ni sus paisanos (6,1-6), tampoco sus discípulos (4,41; 6,51s). Los fariseos (poder religioso) y los partidarios de Herodes (poder político) deciden eliminarlo (3,6). Con todo, algunos paganos reconocen su poder (5,18-20; 7,24-30). Los discípulos están ciegos, no comprenden el anuncio de su pasión; pero Jesús,

que puede sanar a los ciegos (8,22-26), también puede sanar a sus discípulos. No sería una aberración decir que en este evangelio Jesús no facilita la comprensión de su persona. Manifiesta su poder milagroso, pero a la vez impone silencio; se aleja de los suyos, pero siempre está pendiente de ellos; revela su gloria en la transfiguración, pero impone reserva hasta su resurrección. Marcos evoca una figura desconcertante ante un auditorio desconcertado.

¿Quién es el seguidor de Jesús para Marcos? Paralelamente al desconcertante misterio de la identidad de Jesús, Marcos desarrolla en su evangelio la no menos desconcertante condición del discípulo; parece como si el primer plano de su narración lo ocupara dicha relación, que se desarrolla como una catequesis progresiva. Siempre están juntos, pues para eso los eligió: «para que convivieran con él» (3,14). Todo lo hace en presencia de ellos. Estos discípulos, desde la perspectiva del evangelista, simbolizan a los destinatarios, de aquel entonces y de ahora, a quienes dirige su evangelio. Es esta relación la que estructura el plan de su obra.

En la primera parte (1,1–8,30), Jesús va implacablemente desmantelando todas las ideas preconcebidas que tenían de Dios y del Mesías prometido. El trabajo es arduo. No entienden sus parábolas (4,13); tienen miedo ante su poder (4,41); tampoco entienden sus milagros (6,52; 7,37). Parece como si todas sus instrucciones cayeran en saco roto (8,17-21).

La sanación del ciego de Betsaida (8,22-26) da comienzo a la sanación de la ceguera de sus propios discípulos, dramatizada en la confesión de Pedro (8,27-30). Ambas escenas ocupan el quicio del evangelio. A partir de entonces, la catequesis de Jesús se centra en la condición sufriente del Mesías, una cruz que debe cargar el discípulo que quiera seguirle (8,34). Les anuncia tres veces su próxima pasión, muerte y resurrección. Ellos siguen sin comprender, pero el camino está ya despejado para que sea su misma muerte silenciosa en la cruz la que desvele definitivamente el misterio de su identidad.

Así llega Marcos al punto culminante de su relato, en la confesión de un centurión: «realmente este hombre era hijo de Dios» (15,39). Esta confesión es como la respuesta a la voz del Padre al principio de su evangelio: «Tú eres mi Hijo querido, mi predilecto» (1,11). El centurión representa a Roma, el poder pagano de aquel entonces, que por la cruz llegará a la fe. Pero también representa a todos los hombres y mujeres de todos los tiempos a quienes el Mesías, Jesucristo, sale a su encuentro y les invita a descubrirlo y a reconocerlo como Hijo de Dios y Salvador del mundo en situaciones de cruz, de muerte y de desesperanza. Para ellos y ellas escribió Marcos su evangelio.

Sinopsis. Inicia el evangelio con una pequeña introducción que prepara a Jesús para su ministerio (1,1-13). Sigue a esta introducción la actividad que realiza en Galilea (1,14–7,23). Tras un intermedio en Fenicia y Cesarea (7,24–8,26), sucede el cambio decisivo, con la confesión de Pedro, la transfiguración, el anuncio de la pasión, y el camino hacia Jerusalén (8,27–10,52). En Jerusalén, Jesús es presentado como profeta y Mesías (11–13), cuyos contenidos y características se desarrollan en el relato de la pasión y resurrección (14,1–16,8). Hasta aquí la obra de Marcos. Posteriormente, alguien le añadió un apéndice (16,9-20) para paliar un poco su final desconcertante.

Prólogo
(cfr. Lc 1,1-4; Jn 1,1-18)

1 1 Comienzo de la Buena Noticia de
Jesucristo. [Hijo de Dios.]

Juan el Bautista
(Mt 3,1-3; Lc 3,3s; cfr. Jn 1,19-23)

2 Tal como está escrito en la profecía de
Isaías:

Mira, envío por delante
a mi mensajero
para que te prepare el camino.
3 *Una voz grita en el desierto:*
Preparen el camino al Señor,
enderecen sus senderos.

4 Así se presentó Juan en el desierto,
bautizando y predicando un bautismo de
arrepentimiento para el perdón de los pe-
cados.

(Mt 3,4-6)

5 Toda la población de Judea y de Jeru-
salén acudía a él, y se hacía bautizar por él
en el río Jordán, confesando sus pecados.
6 Juan llevaba un manto hecho de pelos de
camello, con un cinturón de cuero en la cin-
tura, y comía saltamontes y miel silvestre.

(Mt 3,11; Lc 3,15s; cfr. Jn 1,24-28)

7 Y predicaba así:
—Detrás de mí viene uno con más auto-
ridad que yo, y yo no soy digno de aga-
charme para soltarle la correa de sus
sandalias. 8 Yo los he bautizado con agua,
pero él los bautizará con Espíritu Santo.

Bautismo de Jesús
(cfr. Mt 3,13-17; Lc 3,21s; Jn 1,29-34)

9 En aquel tiempo vino Jesús desde Na-
zaret de Galilea y se hizo bautizar por Juan
en el Jordán.
10 En cuanto salió del agua, vio el cielo
abierto y al Espíritu bajando sobre él como
una paloma. 11 Se escuchó una voz del cie-
lo que dijo:
—Tú eres mi Hijo querido, mi predilecto.

La prueba en el desierto
(cfr. Mt 4,1-11; Lc 4,1-13)

12 Inmediatamente el Espíritu lo llevó al
desierto, 13 donde pasó cuarenta días y fue

1,1 Prólogo. El primer versículo es una especie de prólogo con el que Marcos indica lo que va a tratar: «la Buena Noticia de Jesucristo». La expresión «Comienzo» señala no sólo el inicio de su obra, sino también una nueva etapa en la historia de salvación: el Nuevo Testamento. El centro de esta Buena Noticia es Jesús.

¿Quién es Jesús? Marcos lo irá revelando progresivamente. De momento sólo lo enuncia: Jesucristo es el «Hijo de Dios». Este enunciado irá adquiriendo contenidos sorprendentes, hasta llegar a su cumbre, casi al final del evangelio, cuando un centurión romano, al ver cómo Jesús muere, exclama: «Realmente este hombre era Hijo de Dios» (15,39). Así pues, la revelación de Jesús como Hijo de Dios confiere sentido a todo el relato evangélico, y la presencia del enunciado al inicio y al final lo confirma.

1,2-8 Juan el Bautista. Marcos recuerda la profecía que anuncia la cercanía del tiempo mesiánico (2s). Aunque la atribuye a Isaías (2a), la primera parte (2b) es una combinación de Éx 23,20 y de Mal 3,1. La segunda parte (3) sí que es de Is 40,3. El tiempo mesiánico está cerca, la voz de su mensajero ya se escucha.

Juan es el mensajero anunciado (2-4). El esperado «Elías» que preparará el camino al Señor (cfr. Mal 3,23). Y lo hace con un bautismo de arrepentimiento, de cambio de vida (5). Su forma de vestir y de alimentarse lo revelan como profeta (6; cfr. 2 Re 1,8; Zac 13,4).

Probablemente muchos lo confundían con el Mesías. Marcos aclara esta situación, su condición ante Jesús es incluso inferior a la de un siervo con su señor (7). Juan sólo puede bautizar con agua (exteriormente); en cambio Jesús bautiza con espíritu.

1,9-11 Bautismo de Jesús. Jesús asume nuestra condición de pecadores, con ello expresa su determinación de dar la vida a favor de los demás. El descenso del Espíritu confirma la reapertura de la comunicación entre el cielo y la tierra. Dios se hace accesible a la humanidad por medio de Jesús, su Hijo (cfr. Sal 2,7; Is 42,1).

1,12s La prueba en el desierto. El hecho de ser Hijo de Dios no exime a Jesús de su condición humana. Por eso el mismo Espíritu que recibe del Padre en el bautismo, es el que le empuja al desierto. El desierto para el pueblo de Israel era tradicionalmente lugar de prueba y de toma de decisión, allí debía aprender a confiar en Dios (cfr. Dt 8). Los cuarenta días recuerdan las pruebas sufridas por Moisés (Éx 34,28) y Elías (1 Re 19,8). Satanás hacía parte de la corte celestial y actuaba como fiscal (Job 1s; Zac 3,1s) o como Adversario del proyecto divino (Ap 12,7-9). A diferencia de Mateo y de Lucas, Marcos no dice nada más sobre las pruebas. Eso sí, deja claro el triunfo de Jesús: su aban-

tentado por Satanás. Vivía con las fieras y
los ángeles le servían.

Comienza su proclamación

(Mt 4,12.17; Lc 4,14s)

14 Cuando arrestaron a Juan, Jesús se
dirigió a Galilea a proclamar la Buena Noti-
cia de Dios.
15 Decía:
—Se ha cumplido el tiempo y está cerca
el reino de Dios. Arrepiéntanse y crean en
la Buena Noticia.

Llama a sus primeros discípulos

(Mt 4,18-22; cfr. Lc 5,1-11; Jn 1,35-51)

16 Caminando junto al lago de Galilea,
vio a Simón y a su hermano Andrés que
echaban las redes al lago, pues eran pes-
cadores.
17 Jesús les dijo:
—Vengan conmigo y los haré pescado-
res de hombres.
18 Inmediatamente, dejando las redes, le
siguieron.
19 Un trecho más adelante vio a Santiago
de Zebedeo y a su hermano Juan, que arre-
glaban las redes en la barca.
20 Inmediata-
mente los llamó. Y ellos dejando a su padre
Zebedeo en la barca con los jornaleros, se
fueron con él.

Enseña y exorciza en Cafarnaún

(Lc 4,31-37)

21 Llegaron a Cafarnaún y el sábado si-
guiente entró en la sinagoga a enseñar.
22 La gente se asombraba de su enseñanza
porque lo hacía con autoridad, no como los
letrados.
23 Precisamente en aquella sina-
goga había un hombre poseído por un es-
píritu inmundo, que gritó:
24 —¿Qué tienes contra nosotros, Jesús
de Nazaret? ¿Has venido a destruirnos? Sé
quién eres tú: ¡el Consagrado de Dios!
25 Jesús le increpó:
—¡Calla y sal de él!
26 El espíritu inmundo sacudió al hom-
bre, dio un fuerte grito y salió de él.
27 Todos se llenaron de estupor y se pre-
guntaban:
—¿Qué significa esto? ¡Una enseñanza
nueva, con autoridad. Hasta a los espíritus
inmundos les da órdenes y le obedecen.
28 Su fama se divulgó rápidamente por
todas partes, en toda la región de Galilea.

Sana y exorciza en torno a la casa

(Mt 8,14-16; Lc 4,38-41)

29 Después salió de la sinagoga y con
Santiago y Juan se dirigió a casa de Simón
y Andrés.
30 La suegra de Simón estaba en

---

dono en la providencia de Dios, expresado en la convivencia con los animales y en el servicio que le brindan los ángeles (13).

1,14s Comienza su proclamación. Este breve pasaje concluye la introducción del evangelio (1-13) y da comienzo a una nueva etapa: la intensa actividad de Jesús en Galilea, que empieza precisamente cuando termina la de Juan el Bautista (14a). «Proclamar» o «predicar» es la actividad principal de Jesús. «Se ha cumplido el tiempo» indica el comienzo de una nueva etapa en la historia de la salvación. «El reino de Dios» no es un lugar sino una experiencia de vida bajo los parámetros del proyecto divino (vida, justicia, solidaridad, fraternidad, paz). La presencia de Jesús hace cercano ese reino. «Arrepentirse» significa cambiar de rumbo, volver a Dios, en este caso, creer en la Buena Noticia de Jesús.

1,16-20 Llama a sus primeros discípulos. Jesús llama, elige a sus discípulos, para dar sentido comunitario a su misión. Sin comunidad no hay reino. Tradicionalmente los discípulos buscaban a su maestro. Aquí es Jesús el que toma la iniciativa: llama a sus discípulos y los hace pescadores de hombres, metáfora que da sentido universal a su misión.

Por otro lado, los discípulos responden con prontitud al Maestro, y dejándolo todo le siguen. En esto consiste la vocación cristiana. Es el seguimiento radical a Jesús: Camino, Verdad y Vida.

1,21-28 Enseña y exorciza en Cafarnaún. Jesús enseña y actúa con una autoridad que se fundamenta en el poder liberador de Dios. En lenguaje y mentalidad de la época, el evangelista presenta su lucha contra los poderes que oprimen a la humanidad. El exorcismo que realiza al hombre «poseído», es una invitación a sus discípulos para luchar, en el anuncio del Evangelio, contra todo tipo de «posesión» que someta y denigre a la humanidad.

La gente comienza a admirarlo pues su prédica y su enseñanza van de la mano, es una, es coherente. Esta admiración suscita, desde ya, intriga sobre su identidad: «¿Qué significa esto?» (27).

1,29-39 Sana y exorciza en torno a la casa – Oración y misión de Jesús. La referencia a la casa (1,29.33; 2,1s.15; 3,20; 7,17; 9,28.33; 10,10) probablemente sea una alusión al lugar de encuentro de la comunidad de Marcos, en ella Jesús sigue actuando y hacia ella concurre mucha gente.

La suegra de Pedro simboliza la situación de exclusión que sufrían las mujeres ancianas y enfermas. Los discípulos interceden por ella como un acto de solidaridad con el necesitado. Con tres verbos Jesús indica el mejor modo para relacionarse con el oprimido:

cama con fiebre, y se lo hicieron saber enseguida. 31 Él se acercó a ella, la tomó de la mano y la levantó. Se le fue la fiebre y se puso a servirles.

32 Al atardecer, cuando se puso el sol, le llevaron toda clase de enfermos y endemoniados. 33 Toda la población se agolpaba a la puerta. 34 Él sanó a muchos enfermos de dolencias diversas y expulsó a numerosos demonios, a los que no les permitía hablar, porque lo conocían.

Oración y misión de Jesús
(Lc 4,42-44)

35 Muy de madrugada, cuando todavía estaba oscuro, se levantó, salió y se dirigió a un lugar despoblado, donde estuvo orando.
36 Simón y sus compañeros lo buscaron
37 y cuando lo encontraron, le dijeron:
—Todos te están buscando.
38 Les respondió:
—Vámonos de aquí a los pueblos vecinos, para predicar también allí, pues a eso he venido.
39 Y fue predicando en sus sinagogas y expulsando demonios por toda Galilea.

Sana a un leproso
(Mt 8,1-4; Lc 5,12-16)

40 Se le acercó un leproso y [arrodillándose] le suplicó:
—Si quieres, puedes sanarme.
41 Él se compadeció, extendió la mano, lo tocó y le dijo:
—Lo quiero, queda sano.
42 Al instante se le fue la lepra y quedó sano. 43 Después lo despidió advirtiéndole enérgicamente:
44 —Cuidado con decírselo a nadie. Ve a presentarte al sacerdote y, para que le conste, lleva la ofrenda de tu sanación establecida por Moisés.
45 Pero al salir, aquel hombre se puso a proclamar y divulgar más el hecho, de modo que Jesús ya no podía presentarse en público en ninguna ciudad, sino que se quedaba fuera, en lugares despoblados. Y aun así, de todas partes acudían a él.

Sana a un paralítico
(Mt 9,1-8; Lc 5,17-26; cfr. Jn 5,1-18)

2 1 Después de unos días volvió a Cafarnaún y la gente se enteró de que estaba en casa. 2 Se reunieron tantos, que no quedaba sitio ni siquiera junto a la puerta. Y él les anunciaba la Palabra.
3 Entonces, llegaron unos trayendo a un paralítico entre cuatro; 4 y, como no lograban acercárselo por el gentío, levantaron el techo encima de donde estaba Jesús, y por el boquete que hicieron descolgaron la camilla en que yacía el paralítico.
5 Viendo Jesús la fe que tenían, dijo al paralítico:
—Hijo, tus pecados te son perdonados.
6 Estaban allí sentados unos letrados que discurrían en su interior: 7 ¿Cómo puede éste hablar así? Blasfema. ¿Quién puede perdonar pecados, sino sólo Dios?

---

acercarse, entrar en contacto con él y levantarlo (31). Jesús espera que quien sea sanado, levantado o liberado, se ponga al servicio de la causa del reino. Esto es parte de la identidad cristiana.

Las sanaciones se extienden a todos los que se acercan al Maestro, y revelan a un Jesús solidario, que pasa del discurso a la práctica liberadora.

Con su ejemplo, Jesús enseña la importancia de la oración al comenzar toda jornada misionera.

¿Por qué todos lo buscan?, ¿por los milagros o porque quieren adherirse a su proyecto? Jesús sabe que todo entusiasmo basado sólo en los milagros y no en el proyecto total del reino de Dios falsea su misión.

1,40-45 Sana a un leproso. A un leproso en aquel tiempo se le trataba como a un «muerto viviente»; era aislado, despreciado y condenado a estar lejos de los demás y de Dios, lejos de la vida. Esto lo establecía incluso la Ley (Lv 5,3; Nm 5,2), ya que sólo así se garantizaba la salud y la pureza del pueblo. Pero la fe del leproso y el amor de Jesús superan todas estas circunstancias, hacen realidad la Buena Noticia del reinado de Dios.

De nuevo, tres verbos muestran la ternura y la cercanía de Jesús con los marginados: compadecerse, extender la mano y tocar. Jesús no se conforma con estar cerca, sino que pasa a transformar la realidad de marginación sanando al leproso: Ya sano, el leproso vuelve a la vida, es restablecido no sólo físicamente sino también social y espiritualmente.

A pesar de la prohibición, el leproso se convierte en un evangelizador que propaga las acciones liberadoras de Jesús. La prohibición de divulgar lo sucedido se conoce como «secreto mesiánico», que desde la perspectiva del evangelista, es una manera de decir que el proyecto de Jesús sólo podrá ser comprendido correctamente después de su muerte y resurrección.

2,1-12 Sana a un paralítico. Marcos presenta en un solo bloque (2,1–3,6) cinco controversias con los

8 Pero, de inmediato, Jesús supo lo que
pensaban, y les dijo:
—¿Por qué piensan así en su interior?
9 ¿Qué es más fácil? ¿Decir al paralítico que
se le perdonan sus pecados o decirle que
cargue con su camilla y camine? 10 Pero
para que sepan que el Hijo del Hombre tie-
ne autoridad en la tierra para perdonar
pecados –dijo al paralítico–: 11 Yo te lo
mando, levántate, toma tu camilla y vete a
tu casa.
12 Se levantó de inmediato, tomó su ca-
milla y salió delante de todos. De modo que
todos se asombraron y glorificaban a Dios
diciendo:
—Nunca vimos cosa semejante.

Llama a Leví:
comparte la mesa con pecadores
(Mt 9,9-13; Lc 5,27-32)

13 Salió de nuevo a la orilla del lago.
Toda la gente acudía a él y él les enseñaba.
14 Al pasar vio a Leví de Alfeo, sentado
junto a la mesa de recaudación de los im-
puestos, y le dijo:
—Sígueme.
Él se levantó y le siguió.
15 Mientras estaba comiendo en su casa,
muchos recaudadores de impuestos y pe-
cadores estaban a la mesa con Jesús y sus
discípulos, pues muchos eran ya sus segui-
dores. 16 Los letrados del partido fariseo,
viéndolo comer con aquéllos, dijeron a los
discípulos:
—¿Por qué come con recaudadores de
impuestos y pecadores?
17 Lo escuchó Jesús y respondió:
—No tienen necesidad del médico los
sanos, sino los enfermos. No vine a llamar
a justos, sino a pecadores.

Sobre el ayuno
(Mt 9,14-17; Lc 5,33-39; cfr. Is 58,1-12)

18 Un día que los discípulos de Juan y
los fariseos estaban de ayuno fueron a de-
cirle a Jesús:
—¿Por qué los discípulos de Juan y de
los fariseos ayunan y tus discípulos no ayu-
nan?
19 Jesús les respondió:
—¿Pueden los invitados a la boda ayu-
nar mientras el novio está con ellos? Mien-
tras tienen al novio con ellos no pueden
ayunar. 20 Llegará un día en que el novio les
será quitado, y aquel día ayunarán. 21 Nadie
usa un trozo de tela nueva para remendar
un vestido viejo; porque lo nuevo añadido
tira del vestido viejo, y la rotura se hace
más grande. 22 Nadie echa vino nuevo en
odres viejos; porque el vino revienta los
odres y se echan a perder odres y vino. A
vino nuevo, odres nuevos.

---

más duros opositores de Jesús y de las primeras comunidades cristianas: letrados, fariseos, discípulos de Juan, herodianos. La Buena Noticia que alegra a los marginados, asusta, en cambio, a las autoridades religiosas y políticas.

Este pasaje resalta la solidaridad y la fe de cuatro amigos y un paralítico, que a toda costa buscan estar cerca de Jesús. Por su parte, Jesús restablece al paralítico de modo integral. En aquel tiempo las enfermedades eran consideradas consecuencias de pecados, y los enfermos, pecadores; así pues, eran marginados de la vida social y religiosa del pueblo. Por eso, Jesús primero perdona sus pecados al paralítico (aspecto religioso), lo levanta (aspecto físico) y le ordena ir a los suyos, a su casa (aspecto social).

2,13-17 Llama a Leví: comparte la mesa con pecadores. Los recaudadores de impuesto o publicanos eran considerados traidores del pueblo, y por la Ley, pecadores e impuros. Al llamar a Leví, Jesús rompe las barreras de la Ley y hace realidad la universalidad del Evangelio. Leví, por su parte, al levantarse de su sitio, abandonar su oficio y seguir a Jesús, rompe con su pasado y se compromete a una vida nueva que le ofrece el Maestro con su llamado.

Jesús no excluye a nadie. Su invitación es universal y radical, por eso comparte la mesa con gente pecadora. Compartir la mesa no sólo significaba compartir los alimentos, sino también, la vida misma. Expresaba la estrecha unidad de los comensales. Esto escandalizaba a los letrados; pero Jesús ironiza esta actitud, ya que Dios no quiere la muerte, sino la vida de todos.

2,18-22 Sobre el ayuno. De un banquete, en el pasaje anterior, pasamos en éste al ayuno. Los adversarios son ahora los discípulos de Juan y los fariseos. Aunque la Ley exigía un día de ayuno anual (Lv 16,29; Nm 29,7), el afán de perfección de los fariseos los llevó a ayunar dos veces por semana (Lc 18,12).

Jesús no niega el ayuno; sólo que no cabe practicarlo cuando estamos de fiesta celebrando un nuevo pacto de amor, una nueva alianza entre Jesús (novio) y su pueblo (cfr. Jn 3,29; 2 Cor 11,2; Ef 5,32; Ap 19,7; 21,2). En el Antiguo Testamento es común la presentación de Dios como el esposo de Israel (Os 2,19; Is 54,4-8; 62,4s; Ez 16). Cuando el novio sea asesinado por quienes no soportan la alegría de su Buena Noticia, entonces ayunarán. El proyecto de Jesús no encaja en el modelo religioso y político dominante de su pueblo.

Sobre el sábado
(Mt 12,1-8; Lc 6,1-5)

23 Un sábado mientras atravesaba unos
campos de trigo, sus discípulos se pusieron
a arrancar espigas.
24 Los fariseos le dijeron:
—Mira lo que hacen en sábado: ¡Algo
prohibido!
25 Les respondió:
—¿No han leído lo que hizo David cuan-
do él y sus compañeros pasaban necesidad
y estaban hambrientos? 26 Entró en la casa
de Dios, siendo sumo sacerdote Abiatar, y
comió los panes consagrados, que sólo
pueden comer los sacerdotes, y los com-
partió con sus compañeros. 27 Y añadió:
—El sábado se hizo para el hombre, no el
hombre para el sábado. 28 De manera que el
Hijo del Hombre es Señor también del sábado.

Sana en sábado
(Mt 12,9-14; Lc 6,6-11)

3 1 Entró de nuevo en la sinagoga, esta-
ba allí un hombre que tenía la mano
paralizada. 2 Algunos lo vigilaban para ver
si lo sanaba en sábado, y así acusarlo. 3 Di-
jo Jesús al hombre de la mano paralizada:
—Levántate y ponte en medio.
4 Y les preguntó a ellos:
—¿Qué está permitido en sábado? ¿Ha-
cer el bien o el mal? ¿Salvar la vida o dar
muerte?
Ellos callaban. 5 Entonces los miró in-
dignado, aunque entristecido por la dureza
de sus corazones y dijo al hombre:
—Extiende la mano.
El hombre la extendió y su mano quedó
sanada. 6 Los fariseos salieron inmediata-
mente y deliberaron con los herodianos
cómo acabar con él.

Una gran multitud se le acerca

7 Jesús se retiró con sus discípulos junto
al lago. [Le seguía] una gran multitud des-
de Galilea, Judea, 8 Jerusalén, Idumea,
Transjordania y del territorio de Tiro y Si-
dón. Una gran multitud que al oír lo que ha-
cía, acudía a él.
9 Entonces dijo a sus discípulos que le
tuvieran preparada una barca, para que el
gentío no lo apretujara. 10 Ya que, como sa-
naba a muchos, los que sufrían achaques
se le tiraban encima para tocarlo. 11 Los es-
píritus inmundos al verlo caían a sus pies
gritando: ¡Tú eres el Hijo de Dios! 12 Pero él
los reprendía severamente para que no lo
descubrieran.

Los Doce
(Mt 10,1-4; Lc 6,12-16)

13 Subió a la montaña, fue llamando a
los que él quiso y se fueron con él.
14 Nombró a doce [a quienes llamó
apóstoles] para que convivieran con él y
para enviarlos a predicar 15 con poder para
expulsar demonios.
16 [Nombró, pues, a los Doce]. A Simón
lo llamó *Pedro*; 17 a Santiago de Zebedeo y
a su hermano Juan, a quienes llamó *Boa-
nerges*, que significa: Hijos del trueno; 18 a
Andrés y Felipe; a Bartolomé y Mateo; a
Tomás, Santiago de Alfeo y Tadeo; a Simón
el cananeo 19 y a Judas Iscariote, el que in-
cluso le traicionó.

2,23-28 Sobre el sábado. La Ley permitía calmar el hambre cortando espigas al pasar por un sembrado, excepto en sábado (Éx 34,21; Dt 23,26). Los discípulos que han aprendido de Jesús la libertad frente a la Ley son ahora acusados por los fariseos de no acatarla. Jesús, al mejor estilo de los letrados, acude a las Escrituras (1 Sm 21,1-7) para discernir cuándo una ley es liberadora u opresora. El criterio es el ser humano. Ninguna ley, palabra o acción que lo oprima, margine o excluya puede tener el respaldo de Dios.

3,1-6 Sana en sábado. Jesús ratifica a sus oponentes que los excluidos por una falsa interpretación de la Ley son, ahora, el centro de la acción divina. Por eso, a pesar del sábado, actúa con apremio, pues la opción por la vida y por los pobres es inaplazable y se debe asumirla aun con el riesgo de perder la propia vida.

El poder político (herodianos) y el poder religioso (fariseos) se unen para optar y planear la muerte de Jesús. La dureza de corazón y el silencio cómplice hacen que los poderosos sigan solucionado los conflictos a través de la violencia cainita.

3,7-12 Una gran multitud se le acerca. Este pasaje es un sumario o resumen de la actividad de Jesús. Los seguidores se multiplican. La misión se hace universal. Los enfermos siguen siendo sanados. Los espíritus inmundos reconocen la filiación divina y el poder sobre el mal de Jesús. Se afirma el mandato de guardar silencio (secreto mesiánico).

3,13-19 Los Doce. La montaña simboliza el lugar privilegiado para el encuentro con Dios (cfr. Éx 19,20; 24,12; Nm 27,12; Dt 1,6-18). Jesús llama a los que Él quiere. La iniciativa es de Él, no de los discípulos. Y los llama para formar comunidad, un nuevo pueblo (sim-

Jesús y Satanás

20 Entró en casa, y se reunió tal gentío
que no podían ni comer. 21 Sus familiares,
que lo oyeron, salieron a sujetarlo, pues de-
cían que estaba fuera de sí.

(Mt 12,22-29; Lc 11,14-22)

22 Los letrados que habían bajado de Je-
rusalén decían:
—Lleva dentro a Belcebú y expulsa los
demonios con el poder del jefe de los de-
monios.
23 Él los llamó y por medio de compara-
ciones les explicó:
—¿Cómo puede Satanás expulsarse a sí
mismo? 24 Un reino dividido internamente
no puede sostenerse. 25 Una casa dividida
internamente tampoco. 26 Si Satanás se le-
vanta contra sí mismo y se divide, no pue-
de mantenerse en pie, antes perece. 27 Na-
die puede entrar en la casa de un hombre
fuerte y llevarse sus cosas si primero no lo
ata. Sólo así, podrá saquear, luego, la casa.

(Mt 12,31)

28 Les aseguro que a los hombres se
les pueden perdonar todos los pecados y
las blasfemias que pronuncien. 29 Pero el
que blasfeme contra el Espíritu Santo ja-
más tendrá perdón; será culpable para
siempre.
30 Jesús dijo esto porque ellos decían
que tenía dentro un espíritu inmundo.

La madre y los hermanos de Jesús

(Mt 12,46-50; Lc 8,19-21)

31 Llegaron su madre y sus hermanos, se
detuvieron fuera y lo mandaron llamar.
32 La gente estaba sentada en torno a él y le
dijeron:
—Mira, tu madre y tus hermanos [y her-
manas] están fuera y te buscan.
33 Él les respondió:
—¿Quién es mi madre y [mis] herma-
nos?
34 Y mirando a los que estaban sentados
en círculo alrededor de él, dijo:
—Miren, éstos son mi madre y mis her-
manos. 35 [Porque] el que haga la voluntad
de Dios, ése es mi hermano, mi hermana y
mi madre.

Parábola del sembrador

(Mt 13,1-9; Lc 8,4-8)

4 1 En otra ocasión se puso a enseñar a
orillas del lago. Se reunió en torno a él
tal gentío que tuvo que subirse a una barca
que estaba en el agua y sentarse en ella,
mientras toda la gente quedaba en tierra,
junto al lago.
2 Les enseñaba muchas cosas con pa-
rábolas, esto es lo que les decía:
3 —¡Escuchen con atención! Salió un
sembrador a sembrar. 4 Al sembrar, unas
semillas cayeron junto al camino; vinieron
las aves y se las comieron. 5 Otras cayeron
en terreno pedregoso con poca tierra. Al
faltarles profundidad brotaron enseguida;

---

bolizado en el número doce, como las doce tribus en los inicios del pueblo de Israel). La misión de este pueblo es ser testigo y testimonio del reino de Dios. He aquí dos características importantes del seguimiento de Jesús: la comunidad y la misión.

3,20-30 Jesús y Satanás. La iniciativa de «formar» un nuevo pueblo de Dios recibe reacciones distintas. La multitud que sigue a Jesús la apoya, pero un grupo más pequeño y cercano, que incluye sus familiares, la rechaza.

A éstos, se suman los letrados de Jerusalén, quienes utilizan la difamación para negar lo evidente: Afirman que el poder de Jesús no proviene de Dios, sino de Belcebú o Satanás. Pero por medio de comparaciones, Jesús deja claro dos cosas: que su poder viene de Dios, pues lucha contra las fuerzas del mal: «¿Cómo puede Satanás expulsarse a sí mismo?»; y que son ellos, los letrados, los verdaderos blasfemos. El pecado contra el Espíritu es aquel que niega y se cierra a la manifestación liberadora de Dios. En el caso de los letrados, no sólo la niegan sino que van en contra de ella difamándola.

3,31-35 La madre y los hermanos de Jesús. Jesús aprovecha la visita de su familia para enseñar algo fundamental: no podemos ser mezquinos con los asuntos del reino atándonos a nuestra familia biológica. La verdadera familia de Jesús, la familia del reino, traspasa las fronteras biológicas y étnicas, y la constituyen todos los hombres y mujeres que hacen la voluntad de Dios.

4,1-9 Parábola del sembrador. Marcos presenta a Jesús en su faceta de Maestro. Cercano al sentir del pueblo enseña con parábolas. Empieza con la «del sembrador», en la que resalta: la universalidad del anuncio de la Buena Noticia, en todo tipo de tierra cae el grano, la semilla; y la abundancia de la cosecha de la tierra buena. Así también sucede con el anuncio del reino.

4,10-12 Propósito de las parábolas. De un escenario público, pasamos a lo privado. El grupo más cer-

6 pero, al salir el sol se marchitaron, y como no tenían raíces se secaron. 7 Otras cayeron entre espinos: crecieron los espinos y las ahogaron, y no dieron fruto. 8 Otras cayeron en tierra fértil: brotaron, crecieron y dieron fruto; produjeron: unas treinta, otras sesenta, otras cien.

9 Y añadió: El que tenga oídos para oír que escuche.

Propósito de las parábolas
(Mt 13,10-14; Lc 8,9s)

10 Cuando se quedó a solas, los que estaban a su alrededor junto con los Doce le preguntaron acerca de las parábolas.

11 Él les dijo:

—A ustedes se les comunica el secreto del reino de Dios; pero a los de fuera todo se les propone en parábolas 12 de modo que:

por más que miren, no vean;
por más que escuchen,
no comprendan;
no sea que se conviertan
y sean perdonados.

Explicación de la parábola del sembrador
(Mt 13,18-23; Lc 8,11-15)

13 Y les añadió:

—Si no entienden esta parábola, ¿cómo van a entender las demás?

14 El que siembra, siembra la Palabra. 15 Los que están junto al camino donde se siembra la Palabra son los que en cuanto la escuchan, llega Satanás y se lleva la Palabra sembrada en ellos.

16 Otros son como lo sembrado en terreno pedregoso: cuando escuchan la Palabra, la reciben con gozo; 17 pero no tienen raíces, son inconstantes. Llega una tribulación o persecución por causa de la Palabra, e inmediatamente fallan.

18 Otros son como la semilla que cae entre espinos: escuchan la Palabra, 19 pero las preocupaciones del mundo, la seducción de las riquezas y los demás deseos ahogan la Palabra y no la dejan dar fruto.

20 Y otros son lo sembrado en tierra fértil: escuchan la Palabra, la reciben y dan fruto al treinta o sesenta o ciento por uno.

Diversas sentencias
(Lc 8,16-18)

21 Y les dijo además:

—¿Acaso se enciende una lámpara para meterla debajo de un cajón o debajo de la cama? ¿No se coloca en el candelero? 22 Nada hay oculto que no se descubra, nada encubierto que no se divulgue. 23 El que tenga oídos para oír que escuche.

24 Les dijo también:

—Atiendan esto que escuchan: la medida con que midan la usarán con ustedes, y aún más. 25 Porque al que tiene se le dará; pero al que no tiene se le quitará aun lo que tiene.

Parábola de la vitalidad de la semilla

26 Les dijo:

—El reino de Dios es como un hombre que sembró un campo: 27 de noche se acuesta, de día se levanta, y la semilla germina y crece sin que él sepa cómo. 28 La

---

cano pregunta sobre el propósito de las parábolas. Y la respuesta de Jesús es a simple vista desconcertante. ¿Qué pretende con esto? Advertir el carácter misterioso del reino, está presente pero a la vez oculto. Quien se cierra a él es como aquel que mira pero no ve, escucha pero no entiende (Is 6,9s).

4,13-20 Explicación de la parábola del sembrador. Con esta explicación, realizada en un ámbito privado, Jesús invita a sus discípulos a reflexionar sobre sí mismos. ¿Qué disposición tienen ante su Palabra: el anuncio del reino?

Los biblistas ven en este pasaje una interpretación muy antigua de la parábola de Jesús. De hecho, mientras que en la parábola se resalta la acción del sembrador y la suerte de la semilla (1-9), aquí se resalta la calidad del terreno.

Sólo si la semilla, es decir, la Palabra, cae en terreno bueno, dará fruto; por eso los discípulos debemos estar bien dispuestos a recibir la Palabra, como la tierra fértil de la parábola, para que al recibirla renueve nuestro interior y produzcamos frutos de liberación y de vida, signos de la presencia del reino.

4,21-25 Diversas sentencias. Jesús sigue instruyendo a sus discípulos. La lampara (21s) representa la Buena Noticia que debe ser proclamada sin miedo, para que toda la humanidad se sirva de su resplandor.

La respuesta a la proclamación de la Buena Noticia (24s) debe ser como una medida desbordante, generosa, como el grano que cae en tierra fértil.

4,26-32 Parábola de la vitalidad de la semilla – Parábola de la semilla de mostaza. El tema de estas parábolas es el proceso dinámico y paradójico del reino.

Con la primera se resalta su fuerza vital: crece progresivamente en el silencio, desapercibido, más allá

tierra por sí misma produce fruto: primero
el tallo, luego la espiga, y después el grano
en la espiga. 29 En cuanto el grano madura,
mete la hoz, porque ha llegado la cosecha.

Parábola de la semilla de mostaza
(Mt 13,31s; Lc 13,18s)

30 Dijo también:
—¿Con qué compararemos el reino de
Dios? ¿Con qué parábola lo explicaremos?
31 Con una semilla de mostaza: cuando se
siembra en tierra es la más pequeña de las
semillas; 32 después de sembrada crece y
se hace más alta que las demás hortalizas,
y echa ramas tan grandes que las aves del
cielo pueden anidar a su sombra.

Uso de las parábolas
(Mt 13,34)

33 Con muchas parábolas como éstas les
exponía la Palabra, conforme a lo que po-
dían comprender. 34 Sin parábolas no les
exponía nada; pero aparte, a sus discípulos
les explicaba todo.

Calma una tempestad
(Mt 8,23-27; Lc 8,22-25; cfr. Sal 107,21-30)

35 Aquel día al atardecer les dijo:
—Pasemos a la otra orilla.
36 Ellos despidieron a la gente y lo reco-
gieron en la barca tal como estaba; otras
barcas lo acompañaban. 37 Se levantó un
viento huracanado, las olas rompían contra
la barca que se estaba llenando de agua.
38 Él dormía en la popa sobre un cojín.
Lo despertaron y le dijeron:
—Maestro, ¿no te importa que mura-
mos?
39 Se levantó, increpó al viento y ordenó
al lago:
—¡Calla, enmudece!
El viento cesó y sobrevino una gran
calma.
40 Y les dijo:
—¿Por qué son tan cobardes? ¿Aún no
tienen fe?
41 Llenos de miedo se decían unos a
otros:
—¿Quién es éste, que hasta el viento y
el lago le obedecen?

Exorciza en Gerasa
(Mt 8,28-34; Lc 8,26-39)

5 1 Pasaron a la otra orilla del lago, al
territorio de los gerasenos. 2 Al de-
sembarcar, le salió al encuentro desde un
cementerio un hombre poseído por un es-
píritu inmundo. 3 Habitaba en los sepulcros.
Nadie podía sujetarlo, ni con cadenas; 4 en
muchas ocasiones lo habían sujetado con
cadenas y grillos y él los había roto. Y na-

---

de los éxitos y fracasos humanos, pues es Dios mismo quien lo hace crecer. Esto no niega la participación humana, pues en la parábola se habla de la siembra y de la cosecha que realiza el agricultor.

Con la segunda se plantea su carácter paradójico, aparentemente se trata de algo insignificante; pero una vez en movimiento, no tiene fronteras, está abierto a todos.

Estas dos parábolas son un mensaje de ánimo y de esperanza, no sólo para los discípulos de aquel entonces, sino también para nosotros, los discípulos de ahora. Es una invitación a trabajar en los asuntos del reino, confiando nuestros esfuerzos en el poder de Dios.

4,33s Uso de las parábolas. Con estos versículos, Marcos concluye su presentación de Jesús como Maestro. La expresión «conforme a lo que podían comprender», no se refiere sólo al aspecto intelectual, sino también a la disposición para acoger a la Palabra.

4,35-41 Calma una tempestad. Conforme a la universalidad del anuncio del Evangelio, Jesús se dirige ahora a tierra de paganos. Para ello debe cruzar el «lago», término que en la traducción hemos preferido a «mar», pues el «mar de Galilea», propiamente no es un mar sino un lago, como lo expresa muy bien Lucas (Lc 8,22). En la tradición judía el mar era símbolo del mal. Desde esta perspectiva el viento huracanado puede ser considerado obra de los espíritus del mal que intentan impedir que el reino de Dios llegue a los pueblos paganos. Por un momento, logran resquebrajar la fe de los discípulos.

Pero Jesús entra en escena. Como si estuviera expulsando un demonio, ordena calma al mar y al viento. Luego desenmascara la falta de fe de los discípulos, evidenciando lo mucho que les falta por aprender. Los discípulos, por su parte, quedan perplejos ante el poder de Jesús, pues sólo Dios era el único capaz de dominar el mar (Sal 107,23-32).

5,1-20 Exorciza en Gerasa. En este pasaje no se menciona a los discípulos; probablemente su falta de fe o de credibilidad los mantiene en la distancia.

El geraseno no sólo está poseído y esclavizado por un espíritu inmundo, sino que sus propios hermanos lo tratan como tal: encadenándolo en varias ocasiones. El sepulcro indica que es un hombre «muerto» para su comunidad.

Espíritus inmundos, esclavitud, muerte e impureza (cerdos), simbolizan la situación del mundo pagano dominado por el maligno. El endemoniado rechaza a la gente de su pueblo; sin embargo, busca a toda

die podía con él. 5 Se pasaba las noches y
los días en los sepulcros o por los montes,
dando gritos e hiriéndose con piedras. 6 Al
ver de lejos a Jesús, se puso a correr, se
postró ante él, 7 y, dando un fuerte grito,
dijo:
—¿Qué tienes contra mí, Jesús, Hijo del
Dios Altísimo? ¡Por Dios te conjuro que no
me atormentes! 8 –Porque le decía: ¡Espíri-
tu inmundo, sal de este hombre!–.
9 Jesús le preguntó:
—¿Cómo te llamas?
Contestó:
—Me llamo *Legión*, porque somos mu-
chos. 10 Y le suplicaba con insistencia que
no los echase de la región.
11 Había allí una gran piara de cerdos
pastando en la ladera del monte.
12 Le suplicaron:
—Envíanos a los cerdos para que entre-
mos en ellos.
13 Y él los permitió. Entonces los espíri-
tus inmundos salieron y se metieron en los
cerdos. La piara se precipitó al lago por el
acantilado y unos dos mil cerdos se ahoga-
ron en el agua.
14 Los pastores huyeron, y lo contaron
en la ciudad y en los campos; y la gente
vino a ver lo que había sucedido. 15 Se
acercaron a Jesús y al ver al endemoniado,
sentado, vestido y en su sano juicio, al mis-
mo que había tenido dentro la legión, se
asustaron. 16 Los testigos les explicaban lo
que había pasado con el endemoniado y los
cerdos. 17 Y empezaron a suplicarle que se
marchara de su territorio.
18 Cuando se embarcaba, el que había
estado endemoniado le pidió que le permi-
tiese acompañarlo. 19 Pero no se lo permi-
tió, sino que le dijo:
—Ve a tu casa y a los tuyos y cuéntales
todo lo que el Señor, por su misericordia,
ha hecho contigo.
20 Se fue y se puso a proclamar por la
Decápolis lo que Jesús había hecho con él,
y todos se maravillaban.

Sana a una mujer y resucita a una niña
(Mt 9,18-26; Lc 8,40-56)

21 Jesús cruzó, de nuevo [en la barca], al
otro lado del lago, y se reunió junto a él un
gran gentío. Estando a la orilla 22 llegó un
jefe de la sinagoga llamado Jairo, y al ver-
lo se postró a sus pies 23 y le suplicó insis-
tentemente:
—Mi hijita está agonizando. Ven e impón
las manos sobre ella para que sane y con-
serve la vida.
24 Se fue con él. Le seguía un gran gen-
tío que lo apretaba por todos lados.
25 Una mujer que llevaba doce años pa-
deciendo hemorragias, 26 que había sufrido
mucho en manos de distintos médicos gas-
tando todo lo que tenía, sin obtener mejora
alguna, al contrario, peor se había puesto,
27 al escuchar hablar de Jesús, se mezcló
en el gentío, y por detrás le tocó el manto.
28 Porque pensaba: Con sólo tocar su man-
to, quedaré sana. 29 Al instante desapareció

---

costa acercarse a Jesús, Hijo de Dios, que actúa con poder.

El reino de Dios, que se manifiesta en el poder de Jesús contra los espíritus del mal y en el milagro como acto supremo de solidaridad, llega también al mundo pagano. Su acción no tiene límites. Sin embargo, el pueblo antes que alegrarse por la vida del hermano que ha sido rescatado del sepulcro, se preocupa por la pérdida de sus bienes (los cerdos), por eso piden a Jesús que se retire de su territorio. Jesús respeta esta decisión, pues su mensaje liberador no puede ser impuesto de manera violenta. No obstante, ordena al geraseno quedarse en su región para que anuncie la Buena Noticia que el mundo pagano sigue sin entender.

5,21-43 Sana a una mujer y resucita a una niña. Mientras los gerasenos echan a Jesús de su territorio, Jairo, el jefe de la sinagoga le suplica que vaya a su casa. Jairo reconoce que su institución religiosa ha perdido el horizonte de la vida y va a buscarla en Jesús, quien la da en abundancia. La Ley sin el horizonte de la vida pierde su sentido; por eso, ni Jairo ni la mujer hemorroísa dudan en violarla; el primero cuando se acerca al hombre que sus colegas consideran hereje, y la hemorroísa, cuando toca a Jesús, algo prohibido por La Ley (Lv 15,19-31).

La mujer trata de ocultar el milagro ante el gentío, porque sabe que podrían maltratarla si se enteran de que estando impura ha permanecido entre ellos. Jesús, sin embargo, la hace visible y la felicita porque ha comprendido la fe como una fuerza de vida que libera.

La hija de Jairo muere a los doce años. La fe del jefe de la sinagoga contrasta con la fe de quienes se ríen de Jesús. Esa fe unida a la opción de Jesús por la vida, liberan a la niña de la muerte. Jesús exhorta a los testigos a callar lo acontecido (secreto mesiánico).

Tanto la hemorroísa como la niña simbolizan al antiguo pueblo de Dios (doce tribus) esclavizado por le-

la hemorragia, y sintió en su cuerpo que había quedado sana. 30 Jesús, consciente de que una fuerza había salido de él, se volvió a la gente y preguntó:

—¿Quién me ha tocado el manto?

31 Los discípulos le decían:

—Ves que la gente te está apretujando, y preguntas ¿quién te ha tocado?

32 Él miraba alrededor para descubrir a la que lo había tocado.

33 La mujer, asustada y temblando, porque sabía lo que le había pasado, se acercó, se postró ante él y le confesó toda la verdad.

34 Él le dijo:

—Hija, tu fe te ha sanado. Vete en paz y sigue sana de tu dolencia.

35 Aún estaba hablando cuando llegaron algunos de la casa del jefe de la sinagoga y dijeron:

—Tu hija ha muerto. No sigas molestando al Maestro.

36 Jesús, sin hacer caso de lo que decían, dijo al jefe de la sinagoga:

—No temas, basta que tengas fe.

37 Y no permitió que lo acompañara nadie, salvo Pedro, Santiago y su hermano Juan. 38 Llegaron a casa del jefe de la sinagoga, vio el alboroto y a los que lloraban y gritaban sin parar.

39 Entró y les dijo:

—¿A qué viene este alboroto y esos llantos? La muchacha no está muerta, sino dormida.

40 Se reían de él. Pero él, echando afuera a todos, tomó al padre, a la madre y a sus compañeros y entró adonde estaba la muchacha. 41 Sujetando a la niña de la mano, le dijo:

Talitha qum, que significa: Chiquilla, te lo digo a ti, ¡levántate!

42 Al instante la muchacha se levantó y se puso a caminar –tenía doce años–. Ellos quedaron fuera de sí del asombro. 43 Entonces les encargó encarecidamente que nadie se enterara de esto. Después dijo que le dieran de comer.

En la sinagoga de Nazaret

(Mt 13,53-58; Lc 4,16.22-30)

6 1 Saliendo de allí, se dirigió a su ciudad acompañado de sus discípulos. 2 Un sábado se puso a enseñar en la sinagoga. Muchos al escucharlo comentaban asombrados:

—¿De dónde saca éste todo eso? ¿Qué clase de sabiduría se le ha dado? Y, ¿qué hay de los grandes milagros que realiza con sus manos? 3 ¿No es éste el carpintero, el hijo de María, el hermano de Santiago y José, Judas y Simón? ¿No viven aquí, entre nosotros, sus hermanas?

Y esto era para ellos un obstáculo. 4 Jesús les decía:

—A un profeta sólo lo desprecian en su tierra, entre sus parientes y en su casa.

5 Y no pudo hacer allí ningún milagro, salvo sanar a unos pocos enfermos a quienes impuso las manos. 6 Y se asombraba de su incredulidad.

Después recorría los pueblos vecinos enseñando.

Misión de los Doce

(Lc 9,1-6)

7 Llamó a los Doce y los fue enviando de dos en dos, dándoles poder sobre los espíritus inmundos. 8 Les encargó que no llevaran para el camino más que un bastón; ni

---

yes de muerte, que es invitado a convertirse, por medio de la fe, en el nuevo pueblo de Dios, libre y regido por la vida.

6,1-6 En la sinagoga de Nazaret. La fe de Jairo y de la hemorroísa contrasta con la falta de fe de los nazarenos. Jesús vuelve a su tierra natal. La gente se admira de su sabiduría, pero no lo aceptan por su origen familiar y pobre. No pueden creer que Dios se manifieste en lo humilde y lo cotidiano. Por encima del rechazo de sus paisanos, Jesús manifiesta su dimensión profética, una espiritualidad que identifica a todos los que luchan por la justicia en favor de los pobres y anuncian el juicio de Dios a los que oprimen al pueblo.

En la lengua semita, la palabra «hermanos» tiene un sentido más amplio, se utiliza también para designar la relación entre primos y tíos, por ejemplo en la relación de Abrán y Lot (Gn 12,5: sobrino Lot; Gn 13,8: hermano Lot). Por tanto este pasaje no dice necesariamente que María tuviese más hijos que Jesús.

6,7-13 Misión de los Doce. Los discípulos pasan a una nueva etapa en su formación misionera. El Maestro los envía con poder para anunciar el reino. El ir de dos en dos es signo de igualdad y apoyo mutuo. Para que no se sientan superiores a los demás, deben llevar lo estrictamente necesario. El testimonio de pobreza, de sencillez, de inserción en la realidad, de respeto a la cultura y de atención a las necesidades del pueblo,

pan, ni alforja, ni dinero en la faja, 9 que cal-
zaran sandalias pero que no llevaran dos
túnicas.
10 Les decía:
—Cuando entren en una casa, quédense
allí hasta que se marchen. 11 Si en un lugar
no los reciben ni los escuchan, salgan de
allí y sacudan el polvo de los pies como
protesta contra ellos.
12 Se fueron y predicaban que se arre-
pintieran; 13 expulsaban muchos demonios,
ungían con aceite a muchos enfermos y los
sanaban.

Muerte de Juan el Bautista
(Mt 14,1s; Lc 9,7-9)

14 El rey Herodes se enteró de Jesús por-
que su fama se había hecho célebre. Algu-
nos decían que Juan el Bautista había
resucitado de entre los muertos y por eso
tenía poderes milagrosos. 15 Pero otros de-
cían que era Elías y otros que era un profe-
ta como los antiguos profetas.
16 Sin embargo, Herodes decía:
—Juan, a quien yo hice decapitar, ha re-
sucitado.

(Mt 14,3-5; cfr. Lc 3,19s)

17 Herodes había mandado arrestar a
Juan y lo había encarcelado, por instiga-
ción de Herodías, esposa de su hermano
Felipe, con la que se había casado. 18 Juan
le decía a Herodes que no le era lícito tener
a la mujer de su hermano. 19 Por eso Hero-
días le tenía rencor y quería darle muerte;
pero no podía, 20 porque Herodes respeta-
ba a Juan. Sabiendo que era hombre hon-
rado y santo, lo protegía; hacía muchas
cosas aconsejado por él y lo escuchaba
con agrado.

(Mt 14,6-12)

21 Llegó la oportunidad cuando, para su
cumpleaños, Herodes ofreció un banquete
a sus dignatarios, a sus comandantes y a
la gente principal de Galilea. 22 Entró la
hija de Herodías, bailó y gustó a Herodes y
a los convidados. El rey dijo a la mucha-
cha:
—Pídeme lo que quieras, que te lo daré.
23 Y juró [demasiado]:
—Aunque me pidas la mitad de mi rei-
no, te lo daré.
24 Ella salió y preguntó a su madre:
—¿Qué le pido?
Le respondió:
—La cabeza de Juan el Bautista.
25 Entró enseguida, se acercó al rey y le
pidió:
—Quiero que me des inmediatamente,
en una bandeja, la cabeza de Juan el Bau-
tista.
26 El rey se puso muy triste; pero, por el
juramento y por los convidados, no quiso
contrariarla. 27 Y envió inmediatamente a
un verdugo con orden de traer la cabeza de
Juan. Éste fue y lo decapitó en la prisión,
28 trajo en una bandeja la cabeza y se la en-
tregó a la muchacha; y ella se la entregó a
su madre.
29 Sus discípulos, al enterarse, fueron a
recoger el cadáver y le dieron sepultura.

Da de comer a cinco mil
(Mt 14,13-21; Lc 9,10-17; cfr. Jn 6,1-14)

30 Los apóstoles se reunieron con Jesús

---

debe despertar entre la gente una solidaridad, que garantice el sostenimiento digno de los misioneros. Donde no se manifieste esta solidaridad, hay que sacudir el polvo de los pies, como hacían los judíos al salir de tierras paganas. De todos modos la prioridad de los misioneros es el anuncio del reino antes que la búsqueda de comodidades.

6,14-29 Muerte de Juan el Bautista. Por primera vez, Jesús está solo y no es el protagonista del relato. El tetrarca Herodes Antipas, hijo de Herodes el Grande, confunde a Jesús con Juan Bautista resucitado. Muchos dirigentes en el mundo siguen confundiendo a Jesús con un dios hecho a la medida de sus intereses.

La descripción del martirio de Juan muestra la crueldad a la que llegan los poderosos para callar la conciencia crítica de los profetas de todos los tiempos. También es un signo premonitorio de lo que le espera a Jesús, a los discípulos y a todos los que se toman en serio la opción por la vida como base fundamental del reino de Dios.

6,30-44 Da de comer a cinco mil. Por primera y única vez aparece el título de «apóstoles» (apóstol significa enviado), esto si consideramos el título en 3,13 como un añadido posterior. Marcos prefiere hablar de discípulos (48 veces).

Después de cada misión es necesario dedicar tiempo a los informes y a la evaluación, pero, sobre todo, a estar cerca de Jesús para recuperar las fuerzas.

La compasión-misericordia no se queda en palabras, sino que busca alternativas. La expresión «ovejas sin pastor» (Nm 27,17; 1 Re 22,17) ratifica la crítica

y le contaron todo lo que habían hecho y
enseñado. 31 Él les dijo:
—Vengan ustedes solos, a un paraje
despoblado, a descansar un rato. Porque
los que iban y venían eran tantos, que no
les quedaba tiempo ni para comer.
32 Así que se fueron solos en barca a un
paraje despoblado. 33 Pero muchos los vie-
ron marcharse y se dieron cuenta. De todos
los poblados fueron corriendo a pie hasta
allá y se les adelantaron. 34 Al desembarcar,
vio un gran gentío y se compadeció, porque
eran como ovejas sin pastor. Y se puso a
enseñarles muchas cosas. 35 Como se ha-
cía tarde, los discípulos fueron a decirle:
—El lugar es despoblado y ya es muy
tarde; 36 despídelos para que vayan a los
campos y a los pueblos vecinos a comprar
algo para comer.
37 Él les respondió:
—Denle ustedes de comer.
Replicaron:
—Tendríamos que comprar pan por dos-
cientos denarios para darles de comer.
38 Les contestó:
—¿Cuántos panes tienen? Vayan a ver.
Lo averiguaron y le dijeron:
—Cinco panes y dos pescados.
39 Ordenó que los hicieran recostarse en
grupos sobre la hierba verde. 40 Se sentaron
en grupos de cien y de cincuenta. 41 Tomó
los cinco panes y los dos pescados, alzó la
vista al cielo, bendijo y partió los panes y se
los fue dando a [sus] discípulos para que
los sirvieran; y repartió también los pesca-
dos entre todos. 42 Comieron todos y que-
daron satisfechos. 43 Recogieron las sobras
de los panes y los pescados y llenaron doce
canastas. 44 Los que comieron [los panes]
eran cinco mil hombres.

Camina sobre el agua
(Mt 14,22-33; cfr. Jn 6,15-21)

45 Enseguida obligó a sus discípulos a
que se embarcaran y lo precedieran a la
otra orilla, a Betsaida, mientras él despedía
a la gente. 46 Después de esto, subió al
monte a orar. 47 Anochecía y la barca esta-
ba en medio del lago y él a solas en la cos-
ta. 48 Viéndolos fatigados de remar, porque
tenían viento contrario, hacia la madrugada
se acercó a ellos caminando sobre el agua,
intentando adelantarlos. 49 Al verlo caminar
sobre el lago, creyeron que era un fantasma
y gritaron, 50 porque todos lo habían visto y
estaban espantados. Pero él inmediata-
mente les habló y les dijo:
—¡Anímense! Soy yo, no teman.
51 Subió a la barca con ellos y el viento
cesó. Ellos estaban [absolutamente] pas-
mados; 52 ya que no habían entendido lo de
los panes, pues tenían la mente cerrada.

Sanaciones en Genesaret
(Mt 14,34-36)

53 Terminada la travesía, tocaron tierra
en Genesaret y atracaron. 54 Cuando des-
embarcaron, la gente lo reconoció. 55 Reco-
rriendo toda la región, le fueron llevando en

---

de Jesús a los dirigentes religiosos y políticos de Israel que dispersan y extravían a su pueblo (Is 56,9-12; Jr 50,6; Ez 34). Ante la pregunta, ¿qué hacer con la multitud?, los discípulos proponen despedir a la gente, desentenderse de ella; en cambio Jesús propone todo lo contrario: la solidaridad.

Los discípulos replican: «Tendríamos que comprar pan por doscientos denarios para darles de comer». ¿A qué equivaldría hoy en día esta cantidad? Fundamentándonos en la paga justa que propone Jesús en la parábola de Mt 20,1-16, a un denario por jornal, podríamos concluir que a más de medio año de sueldo de un jornalero.

Cuando se da con espíritu solidario no se busca la sumisión o la humillación del hermano, sino su libertad. La multitud tiene cinco panes y dos pescados. El número siete significa totalidad, por tanto, lo que hay alcanza para todos. Como el buen pastor que recoge las ovejas descarriadas, Jesús manda recostarse sobre la hierba (Sal 23,2). Con la multiplicación de los panes, Jesús inaugura un nuevo éxodo con un nuevo maná, revelando que donde hay solidaridad el pan de la Palabra y el pan material alcanza para todos. Sus gestos y palabras (bendecir, partir, dar y repartir) anticipan el banquete eucarístico (14,22). Lo que sobra hay que ponerlo en común para que la espiral de la solidaridad se siga multiplicando. Los doce canastos simbolizan el nuevo pueblo de Dios.

6,45-52 Camina sobre el agua. Por segunda vez Jesús se retira al monte a orar (3,13). La barca y el cansancio por el viento en contra, simbolizan la comunidad de discípulos que cree y ama a Jesús, pero que no termina de entender su mensaje. Por esto, no lo reconocen cuando se acerca, pues sólo ven al Jesús hombre y no al Jesús-Dios.

6,53-56 Sanaciones en Genesaret. En este nuevo sumario o síntesis (1,32-39; 3,7-12) el evangelista resalta la itinerancia misionera de Jesús que busca a la

camillas todos los enfermos, hasta el lugar
donde habían oído que se encontraba. 56 En
cualquier pueblo, ciudad, o campo por
donde pasaba, colocaban a los enfermos
en la plaza y le rogaban que les dejara to-
car al menos el borde de su manto. Y los
que lo tocaban se sanaban.

Sobre la tradición
(Mt 15,1-9)

7 1 Se reunieron junto a él los fariseos y
algunos letrados venidos de Jerusa-
lén. 2 Vieron que algunos de sus discípulos
comían con manos impuras, es decir, sin
lavárselas 3 –porque los fariseos y los ju-
díos, en general, no comen sin antes lavar-
se cuidadosamente las manos, observando
la tradición de sus mayores; 4 y si vuelven
del mercado, no comen si no se lavan to-
talmente; y observan otras muchas reglas
tradicionales, como el lavado de copas, ja-
rras y ollas [y mesas]–. 5 De modo que los
fariseos y los letrados le preguntaron:
—¿Por qué no siguen tus discípulos la
tradición de los mayores, sino que comen
con manos impuras?
6 Les respondió:
—Qué bien profetizó Isaías de la hipo-
cresía de ustedes cuando escribió:

Este pueblo me honra con los labios,
pero su corazón está lejos de mí;
7 *el culto que me dan es inútil,*
ya que la doctrina que enseñan
son preceptos humanos.

8 Ustedes descuidan el mandato de Dios
y mantienen la tradición de los hombres.
9 Y añadió:
—¡Cómo dejan de lado el mandato de
Dios para mantener su propia tradición!
10 Pues Moisés dijo: *Sustenta a tu padre y a*
tu madre, y también: *El que abandona a su*
padre o su madre debe ser condenado a
muerte. 11 Ustedes en cambio dicen: Si uno
comunica a su padre o su madre que la
ayuda que debía darles es *corbán*, es decir,
ofrenda sagrada, 12 entonces le está permi-
tido no ayudarlos. 13 Y así invalidan el pre-
cepto de Dios en nombre de su tradición. Y
como ésas hacen muchas otras cosas.

Sobre la verdadera pureza
(Mt 15,10-20)

14 Llamando de nuevo a la gente, les
dijo:
—Escuchen todos y entiendan. 15 No
hay nada afuera del hombre que, al entrar
en él, pueda contaminarlo. Lo que lo hace
impuro, es lo que sale de él. 16 [[El que ten-
ga oídos para oír que escuche.]]
17 Cuando se apartó de la gente y entró
en casa, le preguntaban los discípulos el
sentido de la comparación.
18 Y él les dijo:
—¿Conque también ustedes siguen sin
entender? ¿No comprenden que lo que en-
tra en el hombre desde afuera no puede
contaminarlo, 19 porque no le entra en el
corazón, sino en el vientre y después es ex-
pulsado del cuerpo? –Con lo cual declaraba
puros todos los alimentos–.
20 Y añadió:
—Lo que sale del hombre es lo que con-
tamina al hombre. 21 De dentro, del corazón

---

gente de pueblo en pueblo, y la fe de la gente que se acerca a Jesús para encontrar alivio a sus dolencias y exclusiones.

7,1-23 Sobre la tradición – Sobre la verdadera pureza. Jesús no pretende ignorar las tradiciones de su pueblo, sólo busca combatir el concepto legalista de pureza que discrimina y excluye a los enfermos, los pobres, las mujeres y los paganos.

Los discípulos no cumplen las normas de pureza porque ya habían comenzado a liberarse de leyes que esclavizan y no están al servicio de la vida (2,18.23s). Jesús responde a la crítica de los letrados y fariseos acudiendo, en primer lugar, a las Escrituras (6-8), donde la tradición profética condena la hipocresía del culto sin justicia y de creyentes de la Palabra sin coherencia de vida (cfr. Is 1,10-18; 29,13; 58,1-12; Jr 7,1-28; Am 5,18-25; Zac 7).

En segundo lugar, Jesús se basa en hechos de la vida cotidiana (9-13) para desenmascarar las artimañas de quienes controlan la Ley para manipular la Palabra de Dios; por ejemplo, con la práctica del *corbán* (ofrenda, don), que consistía en que si un hijo declara que una propiedad o cierta cantidad de dinero está destinada a Dios queda exento del mandamiento que obliga el cuidado de los padres. A Dios no le agradan las ofrendas que son fruto de la injusticia.

Volviendo al tema de la pureza, si Dios todo lo creó puro, nada de lo que hay en la creación es impuro. Jesús declara que son el corazón y las acciones del ser humano lo que hace que algo sea bueno o malo a los ojos de Dios. Lo que purifica a una persona es el amor, la solidaridad, la justicia, la misericordia, la entrega a los demás.

del hombre salen los malos pensamientos,
fornicación, robos, asesinatos, 22 adulterios,
codicia, malicia, fraude, desenfreno, envi-
dia, blasfemia, arrogancia, desatino. 23 To-
das estas maldades salen de dentro y
contaminan al hombre.

La fe de una mujer cananea
(Mt 15,21-28)

24 Desde allí se puso en camino y se di-
rigió a la región de Tiro. Entró en una casa
con intención de pasar inadvertido pero no
lo logró. 25 Una mujer que tenía a su hija
poseída por un espíritu inmundo se enteró
de su llegada, acudió y se postró a sus pies.
26 La mujer era pagana, natural de la Feni-
cia siria. Le pedía que expulsase de su hija
al demonio.
27 Jesús le respondió:
—Deja que primero se sacien los hijos.
No está bien quitar el pan a los hijos para
echárselo a los perritos.
28 Ella replicó:
—Señor, también los perritos, debajo de
la mesa, comen de las migas que dejan
caer los niños.
29 Le dijo:
—Por eso que has dicho, puedes irte,
que el demonio ha salido de tu hija.
30 Se volvió a casa y encontró a su hija
acostada en la cama; el demonio había
salido.

Sana a un sordomudo

31 Después salió de la región de Tiro,
pasó de nuevo por Sidón y se dirigió al lago
de Galilea atravesando la región de la De-
cápolis. 32 Le llevaron un hombre sordo y
tartamudo y le suplicaban que impusiera
las manos sobre él. 33 Lo tomó, lo apartó de
la gente y, a solas, le metió los dedos en los
oídos; después le tocó la lengua con saliva;
34 levantó la vista al cielo, suspiró y le dijo:
Effatá, que significa ábrete.
35 [Al momento] se le abrieron los oídos,
se le soltó el impedimento de la lengua y
hablaba normalmente. 36 Les mandó que
no lo dijeran a nadie; pero, cuanto más in-
sistía, más lo pregonaban. 37 Llenos de
asombro comentaban: Todo lo ha hecho
bien, hace oír a los sordos y hablar a los
mudos.

Da de comer a cuatro mil
(Mt 15,32-39)

8
1 En aquellos días se reunió otra vez
mucha gente y no tenían qué comer.
Llamó a los discípulos y les dijo:
2 —Me compadezco de esta gente, ya
llevan tres días junto a mí y no tienen qué
comer. 3 Si los despido a casa en ayunas,
desfallecerán por el camino; y algunos han
venido de lejos.
4 Le contestaron los discípulos:
—¿De dónde sacaríamos panes para ali-
mentarlos aquí, en despoblado?
5 Les preguntó:
—¿Cuántos panes tienen?
Respondieron:
—Siete.
6 Ordenó a la gente que se recostara en
el suelo. Tomó los siete panes, dio gracias,

7,24-30 La fe de una mujer cananea. A Marcos, que evangeliza en medio de paganos, le interesa subrayar la actividad de Jesús entre los no judíos. Los planes misioneros de Jesús contemplaban en una primera etapa la evangelización del mundo judío. Sin embargo, una mujer, pagana por su religión y sirofenicia por su nacionalidad, con una fe sencilla y firme, logra que Jesús cambie sus planes permitiendo que la novedad del Evangelio también llegue a la casa de los paganos. Notemos que la mujer llama a Jesús «Señor», única vez que aparece este título en Marcos, reconociéndolo no sólo como taumaturgo, sino como salvador. La expresión «perros» era común entre los judíos para referirse a los paganos. Al volver a su casa, la madre descubre que la Palabra de Jesús y su fe han devuelto la vida a su hija.

7,31-37 Sana a un sordomudo. La novedad del Evangelio continúa en territorio extranjero, esta vez en la Decápolis. El sordomudo simboliza la actitud cerrada del mundo pagano frente al proyecto de Dios: sordo para escucharlo y tartamudo para proclamarlo. La sanación del sordomudo ratifica la actitud de los paganos que poco a poco abren sus oídos a la Palabra de Dios.

8,1-10 Da de comer a cuatro mil. Marcos presenta un segundo relato de la multiplicación de los panes, muy parecido al anterior (6,34-44), especialmente en sus dos claves de lectura: la compasión y la solidaridad; pero difiere en su contexto, que es notablemente pagano.

Con esto el evangelista pretende confirmar la universalidad del Evangelio. En efecto, a diferencia del primero, éste ocurre en territorio pagano. Los números que predominan no son el cinco y el doce, sino el siete, que en el Antiguo Testamento evoca a las naciones paganas (Dt 7,1) y el cuatro (cuatro por mil)

los partió y se los dio a sus discípulos para
que los sirvieran. Ellos los sirvieron a la
gente. 7 Tenían también unos pocos pesca-
ditos. Los bendijo y mandó que los sirvie-
ran. 8 Comieron hasta quedar satisfechos, y
recogieron las sobras en siete canastas.
9 Eran unos cuatro mil.

Los despidió 10 y enseguida embarcó
con los discípulos y se dirigió al territorio de
Dalmanuta.

Le piden una señal celeste
(Mt 16,1-4)

11 Salieron los fariseos y se pusieron a
discutir con él, pidiéndole, para ponerlo a
prueba, una señal del cielo.
12 Él suspiró profundamente y dijo:
—¿Para qué pide una señal esta genera-
ción? Les aseguro que a esta generación no
se le dará ninguna señal. 13 Dejándolos, se
embarcó de nuevo y pasó a la otra orilla.

Ceguera de los discípulos
(Mt 16,5-12)

14 Los discípulos se habían olvidado de
llevar pan y no tenían en la barca más que
uno. 15 Él les daba esta recomendación:
—¡Estén atentos! Cuídense de la levadu-
ra de los fariseos y de la de Herodes.
16 Ellos discutían porque no tenían pan.
17 Dándose cuenta, Jesús les dijo:
—¿Por qué discuten que no tienen pan?
¿Todavía no entienden ni comprenden?
¿Tienen acaso la mente cerrada? 18 Tienen
ojos, ¿y no ven?; tienen oídos, ¿y no oyen?
¿No se acuerdan? 19 Cuando repartí los cin-
co panes entre los cinco mil, ¿cuántas ca-
nastas llenas de sobras recogieron?
Le contestaron:
—Doce.
20 —Y cuando repartí los siete panes en-
tre cuatro mil, ¿cuántos canastos de sobras
recogieron?
[Le] respondieron:
—Siete.
21 Entonces les dijo:
—¿Todavía no comprenden?
El ciego de Betsaida
22 Cuando llegaron a Betsaida, le llevaron
un ciego y le pidieron que lo tocase. 23 To-
mando al ciego de la mano, lo sacó a las
afueras del pueblo, luego de ponerle saliva en
los ojos, le impuso las manos y le preguntó:
—¿Ves algo?
24 Y mientras recobraba la vista dijo:
—Veo hombres; los veo como árboles,
pero caminando.
25 De nuevo le impuso las manos a los
ojos. El ciego afinó la mirada, fue sanado y
distinguía todo con claridad. 26 Jesús lo en-
vió a casa y le dijo:
—¡Ni se te ocurra entrar en el pueblo!

Confesión de Pedro
(Mt 16,13-20; Lc 9,18-21; cfr. Jn 6,67-71)

27 Jesús emprendió el viaje con sus dis-
cípulos hacia los pueblos de Cesarea de
Felipe. Por el camino preguntó a los dis-
cípulos:
—¿Quién dice la gente que soy yo?

---

que simboliza el mundo entero por los cuatro puntos cardinales. La novedad lo constituye el número tres, que en la Biblia expresa el tiempo esperado para la manifestación de Dios (Gn 22,4; Éx 19,16; Jos 1,11; Os 6,2; Lc 24,7; Jn 2,1, etc.). La otra diferencia radica en la oración de Jesús; en el primero «bendice» y en éste «da gracias», oración típica del helenismo.

8,11-21 Le piden una señal celeste – Ceguera de los discípulos. Los fariseos piden a Jesús una señal. Jesús aprovecha la ocasión para enseñar que los signos o milagros que realiza son acciones de solidaridad y no espectáculos callejeros; los milagros, pues, no pretenden comprar la fe de la gente y una fe dependiente de los milagros genera creyentes sin compromiso. En una palabra, la fe no puede depender de los milagros; al contrario, son los milagros los que dependen de la fe.

La levadura (15) es aquí signo negativo de fermentación, que hace crecer el pan de la incomprensión y la incredulidad, típico de los fariseos y herodianos (cfr. 3,6). La controversia se traslada ahora a los discípulos. Con una serie de preguntas Jesús los reprende duramente, comparando su incredulidad e incomprensión con la de sus adversarios.

8,22-26 El ciego de Betsaida. Interpretamos este relato desde lo simbólico. El ciego representa a todos los que no pueden «ver» el proyecto de Jesús. La sanación, todavía imperfecta del ciego, representa a los discípulos que, aunque ven y viven con Jesús, no terminan de comprender su Palabra. La sanación total del ciego antecede a la confesión de Pedro, y es como modelo de la sanación de la ceguera de los propios discípulos. Así como la sanación del ciego se da por etapas, la fe también requiere un proceso gradual de maduración y crecimiento.

8,27-30 Confesión de Pedro. Cesarea de Felipe es testigo de un momento central en el itinerario misionero de Jesús. La mención del «camino» (27) es un

28 Le respondieron:
—Unos que Juan el Bautista, otros que
Elías, otros que uno de los profetas.
29 Él les preguntó a ellos:
—Y ustedes, ¿quién dicen que soy yo?
Respondió Pedro:
—Tú eres el Mesías.
30 Entonces les ordenó que a nadie ha-
blaran de esto.

Primer anuncio de la pasión y resurrección
(Mt 16,21-23; Lc 9,22)

31 Y empezó a explicarles que el Hijo del
Hombre tenía que padecer mucho, ser re-
chazado por los ancianos, los sumos sacer-
dotes y los letrados, sufrir la muerte y
después de tres días resucitar. 32 Les habla-
ba con franqueza. Pero Pedro se lo llevó
aparte y se puso a reprenderlo. 33 Mas él se
volvió y, viendo a los discípulos, reprendió
a Pedro:
—¡Aléjate de mi vista, Satanás! Tus pen-
samientos son los de los hombres, no los de
Dios.

Condiciones para ser discípulo
(Mt 16,24-28; Lc 9,23-27)

34 Y llamando a la gente con los discípu-
los, les dijo:
—El que quiera seguirme, niéguese a sí
mismo, cargue con su cruz y me siga. 35 El
que quiera salvar su vida, la perderá; quien
la pierda por mí y por la Buena Noticia, la
salvará. 36 ¿De qué le vale al hombre ganar
todo el mundo si pierde su vida?, 37 ¿qué
precio pagará el hombre por ella?
38 Si uno se avergüenza de mí y de mis
palabras ante esta generación adúltera y
pecadora, el Hijo del Hombre se avergonza-
rá de él cuando venga con la gloria de su
Padre y acompañado de sus santos ángeles.

9 1 Y añadió:
—Les aseguro que algunos de los que
están aquí presentes no sufrirán la muerte
antes de que vean llegar el reino de Dios
con poder.

Transfiguración de Jesús
(Mt 17,1-8; Lc 9,28-36)

2 Seis días más tarde tomó Jesús a Pe-
dro, a Santiago y a Juan y se los llevó apar-
te a una montaña elevada. Delante de ellos
se transfiguró: 3 su ropa se volvió de una
blancura resplandeciente, tan blanca como
nadie en el mundo sería capaz de blan-
quearla. 4 Se les aparecieron Elías y Moisés
conversando con Jesús. 5 Pedro tomó la
palabra y dijo a Jesús:
—Maestro, ¡qué bien se está aquí! Vamos
a armar tres chozas: una para ti, otra para
Moisés y otra para Elías 6 –No sabía lo que
decía, porque estaban llenos de miedo–.
7 Entonces vino una nube que les hizo
sombra, y salió de ella una voz:
—Éste es mi Hijo querido. Escúchenlo.

---

dato teológico que se repite con frecuencia para resaltar la decisión de Jesús de «subir» a Jerusalén. Mientras la multitud sigue sin identificar a Jesús, los discípulos dan un paso adelante al confesar que es el Mesías (Cristo, en griego, que significa Ungido).

Así pues, ya todo está listo para que inicie su camino que va de Galilea a Jerusalén. Pero, ¿a qué tipo de Mesías se refiere Pedro?

8,31–9,1 Primer anuncio de la pasión y resurrección – Condiciones para ser discípulo. Jesús comienza a desvelar su identidad mesiánica. Pedro, con su concepción propia que excluye un Mesías sufriente, intenta obstaculizar el camino de Jesús. Por eso es llamado Satanás, porque actúa igual que el Tentador (cfr. 1,12; Mt 4,1,11).

Jesús aprovecha para advertir a sus seguidores de las exigencias que implica seguir su mismo camino. Éstas son: compartir el camino de su pasión, dar la vida por la causa del reino, optar por la vida antes que por el egoísmo del mundo y sentirse orgulloso de Jesús y de su Palabra.

9,2-13 Transfiguración de Jesús. Seis días después del primer anuncio de la pasión, Jesús se transfigura para anunciar su gloriosa resurrección.

Moisés representa la Ley y Elías los profetas; ambos simbolizan al Antiguo Testamento (Mt 22,40). La propuesta que hace Pedro a Jesús de quedarse a vivir en la montaña responde al miedo de ir a Jerusalén donde les espera la pasión; por eso, intenta impedir a toda costa que Jesús baje de la montaña. Como Pedro, son muchos los que prefieren la comodidad de la montaña antes que bajar de ella para enfrentar los riesgos de la vida cotidiana. De los tres personajes presentes sólo queda Jesús, el Hijo amado de Dios y a quien hay que escuchar. Jesús supera a Moisés y Elías e inaugura el Nuevo Testamento en continuidad con el Antiguo.

El mandato de no contar a nadie lo sucedido, forma parte de lo que se conoce como secreto mesiánico. Sólo se puede comprender correctamente el mesianismo de Jesús, después de su pasión y resurrección.

8 De pronto miraron a su alrededor y no vieron más que a Jesús solo con ellos.

9 Mientras bajaban de la montaña les encargó que no contaran a nadie lo que habían visto, hasta que el Hijo del Hombre resucitara de entre los muertos. 10 Ellos cumplieron aquel encargo pero se preguntaban qué significaría resucitar de entre los muertos.

(Mt 17,10-12)

11 Y le preguntaron:

—¿Por qué dicen los letrados que primero tiene que venir Elías?

12 Él les respondió:

—Elías vendrá primero y restaurará todo. Pero, ¿por qué está escrito que el Hijo del Hombre ha de padecer mucho y ser despreciado? 13 Yo les digo que Elías ya vino y lo trataron a su antojo, tal como está escrito.

Sana a un niño epiléptico

(Mt 17,14-21; Lc 9,37-43a)

14 Cuando volvieron adonde estaban los discípulos, vieron un gran gentío y unos letrados discutiendo con ellos. 15 En cuanto la gente lo vio, quedaron sorprendidos y corrieron a saludarlo.

16 Él les preguntó:

—¿De qué están discutiendo?

17 Uno de la gente le contestó:

—Maestro, te he traído a mi hijo, poseído por un espíritu que lo deja mudo. 18 Cada vez que lo ataca, lo tira al suelo; él echa espuma por la boca, rechina los dientes y se queda rígido. He pedido a tus discípulos que lo expulsaran y no han podido.

19 Él les contestó:

—¡Qué generación incrédula! ¿Hasta cuándo tendré que estar con ustedes? ¿Hasta cuándo tendré que soportarlos? Tráiganmelo.

20 Se lo llevaron; y, en cuanto el espíritu lo vio, sacudió con violencia al muchacho, que cayó a tierra y se revolcaba echando espuma por la boca.

21 Jesús preguntó al padre:

—¿Desde cuándo le sucede esto?

Contestó:

—Desde niño. 22 Y muchas veces incluso lo tira al agua o al fuego para acabar con él. Por eso, si puedes hacer algo, compadécete de nosotros y ayúdanos.

23 Jesús le respondió:

—¿Que si puedo? Todo es posible para quien cree.

24 Inmediatamente el padre del muchacho exclamó:

—Creo; pero socorre mi falta de fe.

25 Viendo Jesús que la gente se agolpaba sobre ellos, reprendió al espíritu inmundo:

—Espíritu sordo y mudo, yo te lo ordeno, sal de él y no vuelvas a entrar en él.

26 Dando un grito y sacudiéndolo fuertemente, salió.

El muchacho quedó como un cadáver, tanto que muchos decían que estaba muerto. 27 Pero Jesús, tomándolo de la mano, lo levantó y el muchacho se puso en pie.

28 Cuando Jesús entró en casa, los discípulos le preguntaban aparte:

—¿Por qué nosotros no pudimos expulsarlo?

29 Respondió:

—Esa clase sólo sale a fuerza de oración.

Segundo anuncio de la pasión y resurrección

(Mt 17,22s; Lc 9,43b-45)

30 Desde allí fueron recorriendo Galilea, y no quería que nadie lo supiera.

9,14-29 Sana a un niño epiléptico. Este pasaje es un relato de exorcismo y sanación en el que Jesús establece un diálogo con tres actores distintos: la gente, el padre del enfermo y sus discípulos. Las claves del texto son la fe y la oración. El relato comienza y termina mostrando la incapacidad de los discípulos para sanar al niño enfermo; al final sabremos las razones: falta de fe y oración. El padre acude entonces a Jesús y le dice «si puedes hacer algo» (22). La frase expresa desesperación, necesidad, urgencia, pero también cierto grado de desconfianza en el poder de Jesús. La respuesta de Jesús «todo es posible a quien cree» indica que quien tiene fe todo lo puede, porque pone toda su confianza en el poder de Dios. Como diría Pablo, «ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí» (Gál 2,20).

9,30-32 Segundo anuncio de la pasión y resurrección. Jesús no quería que nadie supiera de su presencia porque deseaba estar a solas con sus discípulos para anunciarles, por segunda vez, su pasión, muerte y resurrección. La expresión en voz pasiva de la entrega del Hijo del Hombre: «ser entregado», sugiere

31 A los discípulos les explicaba:
—El Hijo del Hombre va a ser entregado
en manos de hombres que le darán muerte;
después de morir, al cabo de tres días, re-
sucitará.
32 Ellos, aunque no entendían el asunto,
no se atrevían a preguntarle.

¿Quién es el más importante?
(Mt 18,1-5; Lc 9,46-48)

33 Llegaron a Cafarnaún y, ya en casa,
les preguntó:
—¿De qué hablaban por el camino?
34 Se quedaron callados, porque por el
camino habían estado discutiendo quién
era el más importante.
35 Se sentó, llamó a los Doce, y les dijo:
—El que quiera ser el primero, que se
haga el último y el servidor de todos.
36 Después llamó a un niño, lo colocó en
medio de ellos, lo acarició y les dijo:
37 —Quien reciba a uno de estos niños
en mi nombre, a mí me recibe. Quien me
recibe a mí, no es a mí a quién recibe, sino
al que me envió.

El exorcista anónimo
(Lc 9,49s)

38 Juan le dijo:
—Maestro, vimos a uno que expulsaba
demonios en tu nombre, y tratamos de im-
pedírselo porque no nos sigue.
39 Jesús respondió:
—No se lo impidan. Aquel que haga un
milagro en mi nombre no puede luego ha-
blar mal de mí. **40** Quien no está contra no-
sotros, está a nuestro favor.

(Mt 10,42)

41 Quien les dé a beber un vaso de agua
en atención a que ustedes son del Mesías
les aseguro que no quedará sin recom-
pensa.

Radicalidad ante el pecado
(Mt 18,6s; Lc 17,1s)

42 Si alguien lleva a pecar a uno de estos
pequeños que creen [en mí], más le valdría
que le atasen una piedra de molino en el
cuello y lo arrojaran al mar.

(Mt 18,8s)

43 Si tu mano te lleva a pecar, córtatela.
Más te vale entrar manco en la vida que
con las dos manos ir a parar al infierno, al
fuego inextinguible. **44** [[Donde el gusano no
muere y el fuego no se apaga.]]
45 Si tu pie te lleva a pecar, córtatelo.
Más te vale entrar cojo en la vida que con
los dos pies ser arrojado al infierno.
46 [[Donde el gusano no muere y el fuego no
se apaga.]]
47 Si tu ojo te lleva a pecar, sácatelo. Más
te vale entrar con un solo ojo en el reino de
Dios que con los dos ojos ser arrojado al in-
fierno, **48** donde el gusano no muere y el
fuego no se apaga.
49 Todos serán sazonados al fuego.

(cfr. Mt 5,13; Lc 14,34s)

50 La sal es buena; pero si la sal pierde el
sabor, ¿con qué la sazonarán? Ustedes ten-
gan sal y estén en paz con los demás.

---

que es Dios quien lo entrega. Esto no supone una actitud sádica de Dios. Él entregó a su Hijo amado para que la humanidad fuera salvada, pero arrebatarle violentamente la vida dependía de los «hombres» (cfr. Is 53,12), una decisión que tomaron rápidamente aquellos que sintieron amenazado su poder. Los discípulos con su visión triunfalista no entienden que el Mesías deba pasar por la cruz.

9,33-37 ¿Quién es el más importante? El silencio de los discípulos indica la dificultad que todavía tienen para comprender y asumir con radicalidad las enseñanzas de Jesús. Respecto al poder, sus palabras son contundentes: no es la dominación sino la capacidad de servicio lo que identifica al discípulo.

Poniendo a un niño en medio de ellos ilustra su enseñanza. Sobre un niño no se puede ejercer otro dominio que no sea el servicio y el amor.

9,38-41 El exorcista anónimo. Los celos misioneros de Juan son descalificados por Jesús, pues una cosa es que los discípulos constituyan el grupo más cercano y otra, que se consideren los depositarios exclusivos del anuncio del reino. La universalidad del Evangelio no se refiere sólo a los destinatarios, sino también a los agentes. Los discípulos de Jesús deberíamos incluso propiciar alianzas o proyectos comunes con quienes, siendo de otras religiones o con quienes no profesan ninguna, dedican su vida al servicio de la humanidad. Hacer el bien es un evangelio universal.

9,42-50 Radicalidad ante el pecado. La radicalidad del Evangelio nos exige tomar opciones claras y coherentes por el proyecto de Jesús que es la vida, lo demás, es muerte. No podemos, pues, servir a dos señores (Mt 6,24).

Sobre el divorcio
(Mt 19,1-9)

10 1 Desde allí se encaminó al territorio
de Judea, al otro lado del Jordán.
De nuevo se acercó a él una multitud y, se-
gún su costumbre, se puso a enseñar. 2 Lle-
garon unos fariseos y, para ponerlo a prue-
ba, le preguntaron:
—¿Puede un hombre separarse de su
mujer?
3 Les contestó:
—¿Qué les mandó Moisés?
4 Respondieron:
—Moisés permitió escribir el *acta de di-*
vorcio y separarse.
5 Jesús les dijo:
—Porque son duros de corazón Moisés
escribió ese precepto. 6 Pero al principio de
la creación *Dios los hizo hombre y mujer*,
7 *y por eso abandona un hombre a su padre*
y a su madre, [se une a su mujer] 8 *y los dos*
se hacen una sola carne. De suerte que ya
no son dos, sino una sola carne. 9 Así pues,
lo que Dios ha unido que no lo separe el
hombre.
10 Una vez en casa, los discípulos le pre-
guntaron de nuevo acerca de aquello.
11 Él les dijo:
—El que se divorcia de su mujer y se
casa con otra comete adulterio contra la
primera. 12 Si ella se divorcia del marido y
se casa con otro, comete adulterio.

Bendice a unos niños
(Mt 19,13-15; Lc 18,15-17)

13 Le traían niños para que los tocara, y
los discípulos los reprendían.
14 Jesús, al verlo, se enojó y dijo:
—Dejen que los niños se acerquen a mí;
no se lo impidan, porque el reino de Dios
pertenece a los que son como ellos. 15 Les
aseguro, el que no reciba el reino de Dios
como un niño, no entrará en él.
16 Y los acariciaba y bendecía imponien-
do las manos sobre ellos.

El joven rico
(Mt 19,16-30; Lc 18,18-30)

17 Cuando se puso en camino, llegó uno
corriendo, se arrodilló ante él y le preguntó:
—Maestro bueno, ¿qué debo hacer para
heredar vida eterna?
18 Jesús le respondió:
—¿Por qué me llamas bueno? Nadie es
bueno fuera de Dios. 19 Conoces los man-
damientos: *no matarás, no cometerás adul-*
terio, no robarás, no jurarás en falso, no
defraudarás, honra a tu padre y a tu madre.
20 Él le contestó:
—Maestro, todo eso lo he cumplido des-
de mi juventud.
21 Jesús lo miró con cariño y le dijo:
—Una cosa te falta: ve, vende cuanto
tienes y dáselo a [los] pobres y tendrás un
tesoro en el cielo; después sígueme.

10,1-12 Sobre el divorcio. Jesús abandona definitivamente Galilea para iniciar el camino hacia Jerusalén. Como de costumbre, siempre que puede enseña. Y de eso se aprovechan los fariseos para ponerlo a prueba.

A ellos no les interesa su postura ante el matrimonio, sino su interpretación de Dt 24,1 en torno al divorcio. Según la legislación judía sólo el varón tenía derecho a pedirlo; para la escuela de rabí Shamai sólo en caso de infidelidad; pero para la escuela de rabí Hillel por cualquier cosa que pudiera desagradar al marido, como quemar la comida, por ejemplo.

Jesús responde primero con una pregunta: «¿Qué les mandó Moisés?», para luego remitirse al momento de la creación, en la que Dios crea al hombre y a la mujer en igualdad de condiciones. Con esto, distingue las limitaciones de las leyes humanas, de la eterna validez de las leyes divinas.

Y va más allá de la perspectiva de los fariseos, pues aboga por la validez permanente del matrimonio al insistir en la fidelidad al pacto de amor: «Así pues, lo que Dios ha unido que no lo separe el hombre».

El matrimonio es un proyecto de amor que implica igualdad en derechos, dignidad y obligaciones, y excluye, por tanto, toda relación de dominación. Mientras haya amor, hay matrimonio y habrá corazón para soñar y para perdonar.

10,13-16 Bendice a unos niños. Los discípulos siguen creyendo que tienen la exclusividad del reino. No han entendido que la tarea del misionero es acercar la gente a Jesús antes que impedírselo. El reino de Dios debe ser acogido como la actitud de aquellos niños, que al contrario de la actitud dañina de los fariseos, buscan con alegría y sencillez estar cerca de Jesús.

10,17-31 El joven rico. Al joven rico lo distingue el verbo «acumular»: riquezas, prestigio, méritos, etc. Jesús le propone un cambio, optar por el verbo «compartir»: su vida con Él (discipulado) y su riqueza con los pobres. Jesús, en la línea de los profetas (Is 3,14s; 5,8; Am 2,6-7; 4,1; Miq 3,1-4) denuncia a la riqueza: obstáculo para el reino.

Al joven rico, aunque se esfuerza como persona en ser bueno, su riqueza lo convierte en constructor de

22 Ante estas palabras, se llenó de pena y se marchó triste; porque era muy rico.
23 Jesús mirando alrededor dijo a sus discípulos:
—Difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas.
24 Los discípulos se asombraron de lo que decía.
Pero Jesús insistió:
—¡Qué difícil es entrar en el reino de
Dios! 25 Es más fácil para un camello pasar por el ojo de una aguja que para un rico entrar en el reino de Dios.
26 Ellos llenos de asombro y temor se decían:
—Entonces, ¿quién puede salvarse?
27 Jesús los quedó mirando y les dijo:
—Para los hombres es imposible, pero no para Dios; porque para Dios todo es posible.
28 Pedro entonces le dijo:
—Mira, nosotros hemos dejado todo y te hemos seguido.
29 Jesús le contestó:
—Les aseguro que todo el que deje casa o hermanos o hermanas o madre o padre o hijos o campos por mí y por la Buena Noti-
cia 30 ha de recibir en esta vida cien veces más en casas y hermanos y hermanas y madres e hijos y campos, en medio de las persecuciones, y en el mundo futuro la vida eterna.

31 Porque muchos primeros serán los últimos y muchos últimos serán los primeros.

Tercer anuncio de la pasión y resurrección
(Mt 20,17-19; Lc 18,31-34)

32 Iban de camino, subiendo hacia Jerusalén. Jesús iba adelante, los que le seguían estaban sorprendidos y con miedo. Él reunió otra vez a los Doce y se puso a anunciarles lo que le iba a suceder:
33 —Miren, estamos subiendo a Jerusalén: el Hijo del Hombre será entregado a los sumos sacerdotes y los letrados, lo condenarán a muerte y lo entregarán a los paga-
nos, 34 que se burlarán de él, le escupirán, lo azotarán y le darán muerte, y luego de tres días resucitará.

Contra la ambición
(Mt 20,20-24)

35 Se le acercaron los hijos de Zebedeo, Santiago y Juan, y le dijeron:
—Maestro, queremos que nos concedas lo que te vamos a pedir.
36 Les preguntó:
—¿Qué quieren de [mí]?
37 Le respondieron:
—Concédenos sentarnos en tu gloria uno a tu derecha y otro a tu izquierda.
38 Jesús replicó:
—No saben lo que piden. ¿Pueden beber la copa que yo he de beber o recibir el bautismo que yo voy a recibir?

---

una sociedad injusta y no del reino de Dios; el reino implica hacer de esta tierra un espejo del cielo donde la justicia, el amor y la paz estén al alcance de todos.

Pedro, reconociendo la tendencia natural del ser humano a acumular, pregunta con preocupación, ¿quién puede salvarse? Jesús responde con dos claves: la salvación es un don de Dios y compartir la vida con Jesús y con los pobres (Buena Noticia) tiene su recompensa en este mundo y luego en la vida eterna. La opción por los pobres no excluye a los ricos; son los ricos los que se autoexcluyen por no optar por los pobres.

10,32-34 Tercer anuncio de la pasión y resurrección. Jesús acepta conscientemente su destino, no porque sea un adivino, sino porque conoce su realidad y sabe que las autoridades religiosas y políticas eliminan a todos los que se oponen a sus intereses. Notemos el contraste entre Jesús, que va adelante, decidido y convencido de «subir» a Jerusalén, y los discípulos que le siguen con miedo. No terminan de entender que el seguimiento de Jesús implica avanzar por caminos, unas veces de fiesta y otras de pasión, pero que conducen siempre a experiencias de resurrección. Tres días es el plazo máximo para la intervención divina a favor del justo sufriente (Os 6,2).

10,35-45 Contra la ambición. No sabemos si Santiago y Juan, con su petición, están pensando piadosamente en la gloria de los cielos o, codiciosamente en la gloria y el poder de la tierra. Cualquiera de las dos interpretaciones no coincide con los planes de Dios, porque buscan intereses personales por encima de los demás, porque tergiversan el seguimiento de Jesús, que es ante todo una opción de vida y no un trampolín para obtener privilegios, y porque el camino de la gloria es el camino de la cruz. La copa es símbolo de sufrimiento (14,36) y el bautismo, símbolo de inmersión («sumergir») en la pasión y muerte de Jesús (Rom 6,3). Jesús aprovecha la ocasión para instruir a los discípulos sobre el tema del poder y del servicio. Los gobernantes y los poderosos utilizan el poder para abusar y oprimir al pueblo. Por el contrario, Jesús instituye el servicio como requisito fundamental para los

39 Ellos respondieron:
—Podemos.
Jesús les dijo:
—La copa que yo voy a beber también
la beberán ustedes, el bautismo que yo voy
a recibir también lo recibirán ustedes;
40 pero sentarse a mi derecha y a mi iz-
quierda no me toca a mí concederlo, sino
que es para quienes está reservado.
41 Cuando los otros lo oyeron, se enoja-
ron con Santiago y Juan.

(Mt 20,25-28; Lc 22,25-27)

42 Pero Jesús los llamó y les dijo:
—Saben que entre los paganos los que
son tenidos por gobernantes dominan a las
naciones como si fueran sus dueños y los
poderosos imponen su autoridad. 43 No
será así entre ustedes; más bien, quien en-
tre ustedes quiera llegar a ser grande que
se haga servidor de los demás; 44 y quien
quiera ser el primero que se haga sirviente
de todos. 45 Porque el Hijo del Hombre no
vino a ser servido, sino a servir y a dar su
vida como rescate por muchos.

Sana a un ciego
(Mt 20,29-34; Lc 18,35-43)

46 Llegaron a Jericó. Y cuando salía de
allí con sus discípulos y un gentío conside-
rable, Bartimeo, hijo de Timeo, un mendigo
ciego, estaba sentado al costado del cami-
no. 47 Al oír que era Jesús de Nazaret, se
puso a gritar:
—¡Jesús, Hijo de David, compadécete
de mí!
48 Muchos lo reprendían para que se ca-
llase. Pero él gritaba más fuerte:
—¡Hijo de David, compadécete de mí!
49 Jesús se detuvo y dijo:
—Llámenlo.
Llamaron al ciego diciéndole:
—¡Ánimo, levántate, que te llama!
50 Él dejó el manto, se puso en pie y se
acercó a Jesús. 51 Jesús le preguntó:
—¿Qué quieres de mí?
Contestó el ciego:
—Maestro, que recobre la vista.
52 Jesús le dijo:
—Vete, tu fe te ha salvado.
Al instante recobró la vista y lo seguía
por el camino.

Entrada triunfal en Jerusalén
(Mt 21,1-11; Lc 19,29-40; cfr. Jn 12,12-19)

11 1 Cuando se acercaban a Jerusalén,
por Betfagé y Betania, junto al mon-
te de los Olivos, envió a dos discípulos 2 di-
ciéndoles:
—Vayan al pueblo de enfrente y, al en-
trar, encontrarán un burrito atado, que aún
nadie ha montado. Desátenlo y tráiganlo.
3 Y si alguien les pregunta por qué hacen
eso, le dirán que le hace falta al Señor y
que se lo devolverá muy pronto.
4 Fueron y encontraron el burrito atado
junto a una puerta, por fuera, en la calle. Lo
soltaron. 5 Algunos de los allí presentes les
dijeron:
—¿Por qué sueltan el burrito?
6 Contestaron como les había encargado
Jesús, y les permitieron llevarlo.
7 Llevaron el burrito a Jesús, le echaron
encima sus mantos, y Jesús se montó.
8 Muchos alfombraban el camino con sus
mantos, otros con ramos cortados en el
campo. 9 Los que iban delante y detrás gri-
taban:

¡Hosana!
Bendito el que viene
en nombre del Señor.

---

animadores y dirigentes cristianos, sea en el campo religioso, político o económico.

10,46-52 Sana a un ciego. La sanación de Bartimeo es el último milagro de Jesús en el evangelio de Marcos. El pueblo que estaba a oscuras está próximo a ver la luz de la resurrección. Ante el grito de alguien que es ciego, mendigo, ubicado al borde del camino, que pide misericordia, y que grita a pesar de que todos quieren silenciarlo, Jesús se detiene y lo manda llamar.

La fe está a punto de hacer otro milagro. El ciego, al dejar su manto, deja tras de sí una «vieja» vida para asumir una nueva detrás de Jesús. Quien estaba al margen del camino, ahora sigue a Jesús, que es el «camino».

11,1-11 Entrada triunfal en Jerusalén. Al llegar a Jerusalén, todo está listo para que se cumpla lo anunciado (8,31; 9,31; 10,33s). Jesús es presentado como el Mesías-Rey esperado, un rey pobre y humilde, que no trae la guerra sino la paz, según la profecía de Zac 9,9s. La intención de devolver el burrito también lo muestra como un rey justo y bondadoso. La gente saluda a Jesús con las palabras del Sal 118,25s. La expresión Hosana significa «sálvanos, por favor». La idea de rey que tiene Jesús no concuerda con la de la multitud que grita «Bendito el reino de nuestro padre David que llega», por su carácter nacionalista, guerrero y vengativo.

10 Bendito el reino
de nuestro padre David que llega.
¡Hosana en las alturas!

11 Entró en Jerusalén y se dirigió al
templo. Después de inspeccionarlo todo,
como era tarde, volvió con los Doce a Be-
tania.

Maldice la higuera
(Mt 21,18s)

12 Al día siguiente, cuando salían de Be-
tania, sintió hambre. 13 Al ver de lejos una
higuera frondosa, se acercó para ver si en-
contraba algo; pero no encontró más que
hojas, pues no era el tiempo de los higos.
14 Entonces le dijo:
—Nunca jamás nadie coma frutos tuyos.
Los discípulos lo estaban escuchando.

Purifica el Templo
(Mt 21,12-17; Lc 19,45-48; cfr. Jn 2,13-16)

15 Llegaron a Jerusalén y, entrando en el
templo, se puso a echar a los que vendían
y compraban en el templo; volcó las mesas
de los cambistas y las sillas de los que ven-
dían palomas, 16 y no dejaba a nadie trans-
portar objetos por el templo.
17 Y les explicó:
—Está escrito: *Mi casa será casa de ora-
ción para todas las naciones*; en cambio us-
tedes la han convertido en cueva de
asaltantes.
18 Lo oyeron los sumos sacerdotes y los
letrados y buscaban la forma de acabar con
él; pero le tenían miedo, porque toda la
gente admiraba su enseñanza. 19 Cuando
anocheció, salió de la ciudad.

La higuera seca
(Mt 21,20-22)

20 Por la mañana, pasando junto a la hi-
guera, vieron que se había secado de raíz.
21 Pedro se acordó y le dijo:
—Maestro, mira, la higuera que maldijis-
te se ha secado.
22 Jesús le respondió:
—Tengan fe en Dios. 23 Les aseguro que
si uno, sin dudar en su corazón, sino cre-
yendo que se cumplirá lo que dice, manda
a ese monte que se quite de ahí y se tire al
mar, lo conseguirá. 24 Por tanto les digo
que, cuando oren pidiendo algo, crean que
se les concederá, y así sucederá.

(Mt 6,14s)

25 Cuando se pongan a orar, perdonen lo
que tengan contra otros, y el Padre del cie-
lo perdonará sus culpas. 26 [[Pero si no per-
donan a los demás, tampoco el Padre del
cielo los perdonará a ustedes.]]

La autoridad de Jesús
(Mt 21,23-27; Lc 20,1-8)

27 Volvieron a Jerusalén y, mientras ca-
minaba por el templo, se le acercaron los
sumos sacerdotes, los letrados y los ancia-
nos 28 y le dijeron:
—¿Con qué autoridad haces eso? ¿Quién
te ha dado tal autoridad para hacerlo?
29 Jesús respondió:
—Les haré una pregunta, si ustedes me
responden yo les diré con qué autoridad lo
hago. 30 El bautismo de Juan, ¿procedía del
cielo o de los hombres? Respóndanme.
31 Ellos discutían entre sí: Si afirmamos
que del cielo, nos dirá que, por qué no le

11,12-14 Maldice la higuera. En la tradición bíblica, la higuera simboliza al pueblo de Dios (Os 9,10). Al llegar a Jerusalén, Jesús encuentra una sociedad que, teniendo la Palabra de Dios, no produce frutos (Miq 7,1; Jr 8,13), porque no cree que el «tiempo» del reino ya está en medio de ellos. Una sociedad así está condenada a la esterilidad.

11,15-19 Purifica el Templo. La esterilidad se extiende al Templo, que aparece hermoso y frondoso pero igualmente sin frutos. El Templo ha perdido su identidad como casa de oración universal (Is 56,7), y se ha convertido en una cueva de ladrones que, según Jr 7,11, equivale a un depósito de bienes adquiridos injustamente.

11,20-26 La higuera seca. La higuera estéril se ha secado. Jesús da tres claves para que las comunidades cristianas no caigan en la esterilidad ni en la sequedad: la fe sin reservas, la oración confiada y el perdón que favorece la comunión fraterna.

11,27-33 La autoridad de Jesús. Los tres grupos que representan el sanedrín (el Consejo judío), reconocen la autoridad de Jesús; pero dudan de su origen. No entienden que la autoridad pueda ejercerse desde el servicio a los más pobres y no desde el poder y los privilegios. Jesús se defiende acudiendo a la memoria de Juan el Bautista, quien conquistó la autoridad gracias a su servicio profético. Los dirigentes, que no pueden negar el argumento de Juan el Bautista, deben aceptar implícitamente que la autoridad de Jesús también es divina, porque está puesta al servicio de la humanidad.

creímos. 32 ¿Vamos a decir que de los hom-
bres? –Tenían miedo a la gente, porque to-
dos consideraban a Juan un profeta
auténtico–. 33 Así que respondieron:
—No sabemos.
Y Jesús les dijo:
—Entonces yo tampoco les digo con
qué autoridad lo hago.

Parábola de los viñadores malvados

(Mt 21,33-46; Lc 20,9-19)

12 1 Se puso a hablarles con parábolas:
Un hombre plantó una viña, la rodeó
con una tapia, cavó un lagar y construyó
una torre; se la arrendó a unos viñadores y
se marchó.
2 A su debido tiempo, envió un sirviente
a los viñadores para cobrar su parte del fru-
to de la viña. 3 Ellos lo agarraron, lo apale-
aron y lo despidieron con las manos vacías.
4 Les envió un segundo sirviente; y ellos
lo maltrataron y lo injuriaron.
5 Envió un tercero, y lo mataron; y a
otros muchos: a unos los apalearon, a otros
los mataron.
6 Le quedaba uno, su hijo querido, y lo
envió en último término, pensando que res-
petarían a su hijo. 7 Pero los viñadores se
dijeron: Es el heredero. Lo matamos y la
herencia será nuestra. 8 Así que lo mataron
y lo arrojaron fuera de la viña.
9 Ahora bien, ¿qué hará el dueño de la
viña? Irá, acabará con los viñadores y en-
tregará la viña a otros.
10 ¿No han leído aquel texto de la Escri-
tura:

La piedra
que desecharon los arquitectos
es ahora la piedra angular;
11 *es el Señor quien lo ha hecho;*
y nos parece un milagro?

12 Intentaron arrestarlo, porque com-
prendieron que la parábola era para ellos.
Pero, como tenían miedo a la gente, lo de-
jaron y se fueron.

Sobre el tributo al césar

(Mt 22,15-22; Lc 20,20-26)

13 Después le enviaron unos fariseos y
herodianos para ponerle una trampa con
las palabras.
14 Se acercaron y le dijeron:
—Maestro, nos consta que eres sincero
e imparcial porque no juzgas según la apa-
riencia de la gente, sino que enseñas con
verdad el camino de Dios. ¿Es lícito pagar
tributo al césar o no? ¿Lo pagamos o no?
15 Dándose cuenta de su hipocresía, les
dijo:
—¿Por qué me ponen a prueba? Trái-
ganme una moneda, que la vea.

12,1-12 Parábola de los viñadores malvados. Más que una parábola este pasaje es una alegoría muy cercana al texto griego de Is 5,1-7. Pero entre ellas hay una diferencia importante, mientras que la de Isaías se centra en la producción de la viña; la de Jesús, en cambio, en la de los viñadores.

La viña simboliza al pueblo de Dios, y los viñadores, a los dirigentes. El dueño de la viña (Dios) no cesa de enviar siervos (profetas) a pedir el fruto que espera de su viña: justicia, misericordia, verdad, etc. Sin embargo, los viñadores, los dirigentes del pueblo, no sólo no envían lo que corresponde al dueño de la viña, sino que también rechazan o eliminan a los siervos enviados.

Tanto ama Dios a su viña que manda en «último término» a su Hijo amado (1,11; 9,7), a Jesús. Los dirigentes lo reconocen, saben que es el heredero y deciden no sólo matarlo sino también borrarlo de la memoria del pueblo («lo arrojaron fuera de la viña»), para perpetuar su dominio.

Dios interviene para salvar su viña: resucita a su Hijo amado y lo convierte en piedra angular del nuevo pueblo de Dios (Sal 118,22).

Los animadores de las comunidades cristianas deben preguntarse cada día si son fieles a la misión del Señor, y si están produciendo los frutos que el Señor espera.

12,13-17 Sobre el tributo al césar. Ahora los adversarios de Jesús son los fanáticos religiosos (fariseos) y los colaboracionistas con el imperio romano (herodianos).

La pregunta tiene rasgos de hipocresía y de engaño mortal. Si Jesús responde que sí, queda mal con los judíos y, si responde que no, los romanos lo tildarán de revoltoso. Jesús, que sabe de sus intenciones, les pide una moneda, la del imperio romano de aquel entonces; ésta llevaba una imagen del emperador (Tiberio) y una leyenda que afirmaba su divinidad. Jesús pide devolver al césar lo que es del césar, reconociendo la autonomía del poder civil, pero rechazando su divinización.

Jesús se opone a cualquier proyecto teocrático o dictatorial impuesto por gobernantes que se comportan como dioses o señores de mundo.

A Dios lo que es de Dios significa que Dios no se identifica con ningún proyecto político en particular, sino con todos aquellos que optan por la vida y se ponen al servicio de las necesidades del pueblo.

16 Se la llevaron y les preguntó:
—¿De quién es esta imagen y esta ins-
cripción?
Le contestaron:
—Del césar.
17 Y Jesús replicó:
—Entonces den al césar lo que es del
césar y a Dios lo que es de Dios.
Y quedaron sorprendidos de su respuesta.

Sobre la resurrección
(Mt 22,23-33; Lc 20,27-40)

18 Se acercaron unos saduceos, quienes
niegan la resurrección, y le dijeron:
19 Maestro, Moisés nos dejó escrito que
si alguien muere y deja a su mujer sin hijos,
su hermano debería casarse con la mujer
para así dar descendencia a su hermano di-
funto. 20 Eran siete hermanos: el primero se
casó y murió sin descendencia; 21 el segun-
do tomó a la viuda y murió sin descenden-
cia; lo mismo el tercero. 22 Ninguno de los
siete dejó descendencia. Después de todos
murió la mujer. 23 En la resurrección, [cuan-
do resuciten,] ¿de cuál de ellos será la mu-
jer? Porque los siete estuvieron casados
con ella.
24 Jesús les respondió:
—¿No están equivocados por esto, por
no conocer las Escrituras ni el poder de
Dios? 25 Cuando resuciten de entre los
muertos, los hombres y las mujeres no se
casarán, sino que serán como ángeles en el
cielo. 26 Y a propósito de que los muertos
resucitan, ¿no han leído en el libro de Moi-
sés el episodio de la zarza? Dios le dijo:

Yo soy el Dios de Abrahán,
el Dios de Isaac,
el Dios de Jacob.

27 No es un Dios de muertos, sino de vi-
vos. Ustedes están muy equivocados.

Sobre el precepto más importante
(Mt 22,34-40; Lc 10,25-28)

28 Un letrado que escuchó la discusión y
al ver lo acertado de la respuesta, se acer-
có y le preguntó:
—¿Cuál es el precepto más importante?
29 Jesús respondió:
—El más importante es:

Escucha, Israel,
el Señor nuestro Dios es uno solo.
30 *Amarás al Señor, tu Dios*
con todo tu corazón,
con toda tu alma,
con toda tu mente,
con todas tus fuerzas.

31 El segundo es:

Amarás al prójimo
como a ti mismo.

No hay mandamiento mayor que éstos.
32 El letrado le respondió:
—Muy bien, maestro; es verdad lo que di-
ces: *el Señor es uno solo y no hay otro fuera*
de él. 33 Que amarlo con todo el corazón, con
toda la inteligencia y con todas las fuerzas, y
amar al prójimo como a uno mismo vale
más que todos los holocaustos y sacrificios.
34 Al ver Jesús que había respondido
acertadamente, le dijo:
—No estás lejos del reino de Dios.
Y nadie se atrevió a hacerle más pre-
guntas.

Sobre el Mesías y David
(Mt 22,41-46; Lc 20,41-44)

35 Cuando enseñaba en el templo, Jesús
tomó la palabra y dijo:

12,18-27 Sobre la resurrección. Llega el turno de los saduceos, quienes intentan ridiculizar la creencia en la resurrección de los muertos. Pero, Jesús les advierte de su error al interpretar las Escrituras, pues se guían más por sus propios intereses que por los de Dios.

Jesús interpreta la resurrección, no como una continuación de la vida mortal (tesis farisea), sino como un estado de vida en plenitud con Dios.

La controversia termina con una profesión de fe sobre la vida, que evoca a Éx 3,6.15 y prefigura el triunfo de Jesús sobre la muerte. Optar por el Dios de la Vida y por la vida del pueblo es un imperativo cristiano.

12,28-34 Sobre el precepto más importante. El fundamentalismo religioso de los fariseos y los letrados había multiplicado los mandamientos en aproximadamente seiscientos treinta, una barbaridad. Uno de los letrados, sinceramente confundido, pregunta a Jesús por el mandamiento principal. Jesús, fundamentándose en las Escrituras, responde que no es uno sino dos: el amor a Dios y el amor al prójimo. A lo que el letrado a modo de comentario añade que «amar al prójimo vale más que todos los holocaustos y sacrificios». Del amor a Dios, antes que ritos y promesas, debe nacer siempre el amor y la solidaridad por los hermanos (cfr. 1 Jn 4,20).

12,35-37 Sobre el Mesías y David. Jesús no acepta la filiación davídica por dos razones: primero, porque Él es más que David y segundo, porque rechaza

—¿Por qué dicen los letrados que el Me-
sías es Hijo de David? 36 Si el mismo David,
inspirado por el Espíritu Santo, dijo:

Dijo el Señor a mi Señor:
Siéntate a mi derecha,
hasta que ponga a tus enemigos
debajo de tus pies.

37 David mismo lo llama Señor, ¿cómo
puede ser hijo suyo?
La multitud escuchaba a Jesús con gusto.

Invectiva contra los letrados
(Lc 20,45-47)

38 Y él, instruyéndolos, dijo:
—Cuídense de los letrados. Les gusta
pasear con largas túnicas, que los saluden
por la calle, 39 buscan los primeros asientos
en las sinagogas y los mejores puestos en
los banquetes. 40 Con pretexto de largas
oraciones, devoran los bienes de las viudas.
Ellos recibirán una sentencia más severa.

La ofrenda de la viuda
(Lc 21,1-4)

41 Sentado frente a las alcancías del
templo, observaba cómo la gente deposita-
ba su limosna.
Muchos ricos daban en abundancia.
42 Llegó una viuda pobre y echó unas mo-
neditas de muy poco valor.
43 Jesús llamó a los discípulos y les dijo:
—Les aseguro que esa pobre viuda ha
dado más que todos los demás. 44 Porque
todos han dado de lo que les sobra; pero
ésta, en su indigencia, ha dado cuanto tenía
para vivir.

Sobre la destrucción del Templo
(Mt 24,1s; Lc 21,5s)

13 1 Cuando salía del templo, le dijo
uno de sus discípulos:
—Maestro, mira qué piedras y qué cons-
trucciones.
2 Jesús le contestó:
—¿Ven esos grandes edificios? Pues se
derrumbarán sin que quede piedra sobre
piedra.

Comienzo de los dolores
(Mt 24,3-8; Lc 21,7-11)

3 Estaba sentado en el monte de los Oli-
vos, enfrente del templo. Pedro y Santiago,
Juan y Andrés le preguntaron aparte:
4 —¿Cuándo sucederá todo eso? ¿Cuál
es la señal de que todo está para acabarse?
5 Jesús empezó a decirles:
—¡Cuidado, que nadie los engañe! 6 Se
presentarán muchos en mi nombre dicien-
do: Soy yo, y engañarán a muchos. 7 Cuan-
do oigan ruido de guerras y noticias de
ellas, no se alarmen. Todo eso ha de suce-
der, pero todavía no es el final. 8 Porque se
alzará pueblo contra pueblo, reino contra
reino. Habrá terremotos en diversos luga-
res, habrá carestías. Es el comienzo de los
dolores de parto.

(Mt 10,17s; Lc 21,12s)

9 Ocúpense de ustedes mismos. Los en-
tregarán a los tribunales, los apalearán en
las sinagogas, y por mi causa comparece-
rán ante magistrados y reyes para dar tes-
timonio ante ellos.

---

la idea de un rey, que como David o cualquier otro, divide el mundo en clases sociales, impone pesados tributos, es nacionalista y excluyente, y se basa en la pedagogía de la violencia y no de la conciencia, etc. (cfr.1 Sm 8,10-18).

12,38-40 Invectiva contra los letrados. Los letrados o maestros de la ley eran apreciados y respetados por el pueblo. Sin embargo, Jesús los denuncia por hipócritas, corruptos y estafadores, que se aprovechan de la fe del pueblo para favorecer sus mezquinos intereses.

12,41-44 La ofrenda de la viuda. Mientras los letrados sólo buscan acumular, la viuda da con generosidad. Ella representa al pueblo de Israel excluido social (viuda) y económicamente (pobre). Al contrario del joven rico, la viuda no da de lo que le sobra, sino que pone en manos de Dios todo lo que tiene. Jesús cambia así el concepto de limosna parcial por el de solidaridad total.

13,1-13 Sobre la destrucción del Templo – Comienzo de los dolores. El capítulo 13 de Marcos es conocido como el «discurso escatológico». Con un lenguaje profético-apocalíptico y con la mirada puesta en el presente de la misión y en el final de la historia, el evangelista busca alentar la fidelidad de las comunidades cristianas en un Jesús que está a punto de ser crucificado. Este discurso hay que leerlo e interpretarlo, no con los ojos del miedo ante lo que se va a destruir, sino con optimismo y esperanza por lo que se está construyendo.

Mientras los dirigentes pretenden la destrucción de Jesús, Él predice la destrucción de las instituciones judías, simbolizadas en la majestuosidad del Templo. La destrucción del Templo está en estrecha relación con

(Mt 24,14)

10 Pero antes se ha de anunciar en todas
las naciones la Buena Noticia.

(Mt 10,19s; Lc 12,11s)

11 Cuando los conduzcan para entregar-
los, no se preocupen por lo que tendrán que
decir; lo que Dios les inspire en aquel mo-
mento es lo que dirán. Porque no serán us-
tedes los que hablen, sino el Espíritu Santo.

(Mt 10,21s)

12 Un hermano entregará a su hermano
a la muerte, un padre a su hijo; se levanta-
rán hijos contra padres y les darán muerte.
13 Serán odiados por todos a causa de mi
nombre. Pero el que aguante hasta el final
se salvará.

La gran tribulación
(Mt 24,15-22; Lc 21,20-24)

14 Cuando vean el ídolo abominable ins-
talado donde no debe –el lector que lo en-
tienda–, entonces los que viven en Judea
que escapen a los montes. 15 El que esté en
la azotea no baje ni entre en casa a recoger
algo; 16 el que se encuentre en el campo no
vuelva a buscar el manto. 17 ¡Ay de las em-
barazadas y de las que tengan niños de pe-
cho en aquellos días! 18 Recen para que no
suceda en invierno. 19 Aquellos días habrá
una tribulación tan grande como no la hubo
desde que Dios creó el mundo hasta ahora,
ni la habrá en el futuro. 20 Y si el Señor no
abreviara aquella etapa, no se salvaría ni
uno. Pero, acortará esos días a causa de los
que quiere salvar.

(Mt 24,23-25)

21 Entonces, si alguien les dice que el
Mesías está aquí o allí, no le crean. 22 Por-
que surgirán falsos mesías y falsos profe-
tas, que harán milagros y prodigios, hasta
el punto de engañar, si fuera posible, a los
elegidos.
23 Ustedes estén atentos, que yo los he
prevenido de todo.

La parusía
(Mt 24,29-31; Lc 21,25-28)

24 En aquellos días, después de esa tri-
bulación el sol se oscurecerá, la luna no
irradiará su resplandor, 25 las estrellas cae-
rán del cielo y los ejércitos celestes tembla-
rán. 26 Entonces *verán llegar al Hijo del*
Hombre entre nubes, con gran poder y glo-
ria. 27 Y enviará a los ángeles para reunir a
[sus] elegidos desde los cuatros vientos, de
un extremo de la tierra a un extremo del
cielo.

El ejemplo de la higuera
(Mt 24,32-35; Lc 21,29-33)

28 Aprendan del ejemplo de la higuera:
cuando las ramas se ablandan y brotan las
hojas, saben que está cerca la primavera.
29 Lo mismo ustedes, cuando vean suceder
aquello, sepan que el fin está cerca, a las
puertas. 30 Les aseguro que no pasará esta
generación antes de que suceda todo eso.

---

la propuesta de la construcción del reino de Dios. Las preguntas sobre el cuándo y sobre las señales indicadoras de la destrucción le permiten a Jesús comenzar el discurso escatológico.

En los versículos 5-13, Jesús describe, con estilo profético, una realidad dominada por falsos mesías, por la violencia política (fraticida), económica (carestía) y ecológica, y por la persecución y la tortura de los buenos. La presencia de Dios en esta difícil realidad busca generar en la conciencia cristiana, esperanza, confianza y fidelidad en el proyecto de Jesús.

13,14-23 La gran tribulación. El ídolo abominable, en clara referencia a Antíoco IV Epífanes (Dn 9,27), continúa manifestándose en las autoridades romanas e israelitas, que amparadas en falsos mesías y profetas (Dn 13,2-4), legitiman la persecución y opresión de los pobladores urbanos y rurales, y el exterminio de las nuevas generaciones al mejor estilo del faraón en Egipto (Éx 1,16).

Las comunidades cristianas deben saber que viviendo la experiencia del reino, confiados en el poder de Dios, podrán identificar los falsos mesías y los falsos profetas que siempre surgen en momentos de tribulación; y que tales momentos sólo son transitorios; pues su destino es la salvación (Dn 12,1).

13,24-27 La parusía. El relato de la venida del Hijo del Hombre, ubicado en el centro del discurso escatológico, le imprime un fuerte carácter cristológico.

La conmoción cósmica que precede a la parusía es algo típico de la literatura profética y apocalíptica, y sirve para introducir las grandes intervenciones de Dios, que generan radicales cambios en la historia (Is 13,10; 34,4; Dn 7,13s). La parusía se presenta como el día de la gran reunión de todo el pueblo de Dios; por esto, no puede ser un día de miedo sino de alegría.

13,28-37 El ejemplo de la higuera –Sobre el día y la hora. El discurso escatológico comenzó con la pregunta de los discípulos a Jesús sobre cuándo sucederá

31 El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.

Sobre el día y la hora
(Mt 24,36)

32 En cuanto al día y la hora, no los conoce nadie, ni los ángeles en el cielo, ni el hijo; sólo los conoce el Padre.

(Mt 25,13)

33 ¡Estén atentos y despiertos, porque no conocen el día ni la hora!

(cfr. Mt 25,14)

34 Será como un hombre que se va de su casa y se la encarga a sus sirvientes, distribuye las tareas, y al portero le encarga que vigile.

(cfr. Mt 24,42; Lc 12,36-38)

35 Así pues, estén atentos porque no saben cuándo va a llegar el dueño de casa, si al anochecer o a medianoche o al canto del gallo o de mañana; 36 que, al llegar de repente, no los sorprenda dormidos.

37 Lo que les digo a ustedes se lo digo a todos: ¡Estén atentos!

Complot para matar a Jesús
(Mt 26,1-5; Lc 22,1s; cfr. Jn 11,45-57)

14 1 Faltaban dos días para la fiesta de la Pascua y de los Ázimos. Los sumos sacerdotes y los letrados buscaban apoderarse de él mediante un engaño para darle muerte. 2 Pero decían que no debía ser durante las fiestas, para que no se amotinase el pueblo.

Unción en Betania
(Mt 26,6-13; cfr. Lc 7,36-50; Jn 12,1-8)

3 Estando él en Betania, invitado en casa de Simón el Leproso, llegó una mujer con un frasco de perfume de nardo puro muy costoso. Quebró el frasco y se lo derramó en la cabeza. 4 Algunos comentaban indignados:

—¿A qué viene este derroche de perfume? 5 Se podía haberlo vendido por trescientos denarios para dárselos a los pobres.

Y la reprendían.

6 Pero Jesús dijo:

—Déjenla, ¿por qué la molestan? Ha hecho una obra buena conmigo. 7 A los pobres los tendrán siempre entre ustedes y

---

la destrucción del Templo. Ahora, concluye con una exhortación de Jesús a sus discípulos a ir más allá: a estar atentos, vigilantes y a la espera de la próxima venida del Hijo del hombre, su parusía.

Para ello, como de costumbre, utiliza imágenes cercanas y conocidas por los suyos: el ejemplo de la higuera y del dueño de casa que marcha de viaje, pero que sus sirvientes no saben cuándo volverá.

Con esto, Jesús afirma que lo importante no es alimentar la pasividad, el conformismo y el miedo, esperando la destrucción del mundo o el juicio final, sino aprender a discernir los signos de los tiempos, a leer la voluntad de Dios en todos los momentos de nuestra vida y a estar vigilantes para asumir responsable y creativamente la construcción del reino de Dios.

Hay que vivir en plenitud el tiempo presente y esperar la Parusía de Jesús con gozo. No debemos preocuparnos por «la fecha» de su venida, que ya vendrá, sino por encontrarlo ahora, en medio de nuestra vida cotidiana.

Jesús resucitó y vive en medio de nosotros. No estamos esperando que «vuelva», porque en realidad nunca se ha ido. Lo que esperamos es su manifestación gloriosa, cuando el reino que ha anunciado irrumpa definitivamente en la historia y en toda la creación, pero, hasta que eso suceda, sus discípulos debemos ir anunciando con nuestra propia vida lo mismo que Él anunció: la Buena Noticia del reino de Dios (13,10).

No obstante, es comprensible, que la comunidad de Marcos esperara una próxima parusía: actitud propia de la primera generación cristiana, documentada en muchos escritos del Nuevo Testamento, por ejemplo, Pablo creía que lo iba a presenciar (cfr. 1 Tes 4,13-18), lo mismo algunos miembros de la comunidad de Tesalónica, a quienes el mismo Pablo exhorta a no dejarse engañar por aquellos que dicen que es algo inminente (2 Tes 2,1-12).

Marcos intenta evitar interpretaciones precisas y confiadas al respecto. La conclusión de todo es una invitación a velar como actitud básica del cristiano.

14,1s Complot para matar a Jesús. Comienza el camino de la pasión, muerte y resurrección de Jesús. Por su extensión, muchos consideran el evangelio de Marcos como «una historia de la pasión, precedida de una extensa introducción». El relato hay que leerlo en clave cristológica.

Es miércoles y los planes para matar a Jesús se confirman, pero también, el miedo de los dirigentes a la multitud. Sin embargo, contrario a lo que se afirma, a Jesús sí lo matarán durante las fiestas, y la multitud no lo respaldará sino que terminará condenándolo.

14,3-9 Unción en Betania. En contraste con el odio de los dirigentes judíos, una mujer realiza un gesto anónimo y supremo de amor a Jesús (cfr. Cant. 1,12). El alto precio del perfume simboliza la calidad del amor. Derramarlo sobre su cabeza simboliza su donación total y la unción de Jesús como rey, pero un

podrán socorrerlos cuando quieran; pero a
mí no siempre me tendrán. 8 Ha hecho lo
que podía: se ha adelantado a preparar mi
cuerpo para la sepultura. 9 Les aseguro que
en cualquier parte del mundo donde se pro-
clame la Buena Noticia, se mencionará
también lo que ella ha hecho.

Traición de Judas
(Mt 26,14-16; Lc 22,3-6)

10 Judas Iscariote, uno de los Doce, se
dirigió a los sumos sacerdotes para entre-
gárselo. 11 Al oírlo se alegraron y prometie-
ron darle dinero. Y él se puso a buscar una
oportunidad para ello.

Preparación de la cena pascual
(Mt 26,17-19; Lc 22,7-13)

12 El primer día de los Ázimos, cuando
se inmolaba la víctima pascual, le dijeron
los discípulos:
—¿Dónde quieres que vayamos a pre-
pararte la cena de Pascua?
13 Él envió a dos discípulos encargán-
doles:
—Vayan a la ciudad y les saldrá al en-
cuentro un hombre llevando un cántaro de
agua. Síganlo 14 y donde entre, digan al
dueño de casa: Dice el Maestro que dónde
está la sala en la que va a comer la cena de
Pascua con sus discípulos. 15 Él les mostra-
rá un salón en el piso superior, preparado
con divanes. Preparen allí la cena.
16 Salieron los discípulos, se dirigieron a
la ciudad, encontraron lo que les había di-
cho y prepararon la cena de Pascua.

Anuncio de la traición
(Mt 26,20-25; cfr. Lc 22,21-23; Jn 13,21-30)

17 Al atardecer llegó con los Doce. 18 Se
pusieron a la mesa y, mientras comían, dijo
Jesús:
—Les aseguro que uno de ustedes me
va a entregar, uno que come conmigo.
19 Entristecidos, empezaron a preguntar-
le uno por uno:
—¿Soy yo?
20 Les respondió:
—Uno de los Doce, que moja el pan
conmigo en la fuente. 21 El Hijo del Hombre
se va, como está escrito de él; pero, ¡ay de
aquel por quien el Hijo del Hombre será en-
tregado! Más le valdría a ese hombre no ha-
ber nacido.

Institución de la Eucaristía
(Mt 26,26-30; Lc 22,14-20;
cfr. Jn 6,51-59; 1 Cor 11,23-25)

22 Mientras cenaban, tomó pan, pronun-
ció la bendición, lo partió y se lo dio di-
ciendo:
—Tomen, esto es mi cuerpo.
23 Y tomando la copa, pronunció la ac-
ción de gracias, se la dio y bebieron todos
de ella. 24 Les dijo:
—Ésta es mi sangre, sangre de la alian-
za, que se derrama por todos. 25 Les asegu-
ro que no volveré a beber el fruto de la vid
hasta el día en que beba el vino nuevo en el
reino de Dios.
26 Después cantaron los salmos y salie-
ron hacia el monte de los Olivos.

---

rey que triunfa, no desde el poder de sus ejércitos, sino desde la «debilidad» de la cruz.

Mientras la gente lo considera un desperdicio, para Jesús se trata de una obra de misericordia que compromete a toda su persona y establece un lazo de solidaridad que va hasta la misma muerte. Con el anuncio de su muerte, Jesús ratifica la dignidad de su pobreza, dando todo lo que tiene, aun su propia vida, por la salvación de la humanidad.

14,10s Traición de Judas. En oposición a la generosidad de la mujer aparece la actitud sobornable y traidora de Judas Iscariote. Se insinúa el motivo del dinero; pero lo que impresiona al narrador es que sea «uno de los Doce». La traición del amigo es particularmente dolorosa (cfr. Sal 55,13-15).

14,12-16 Preparación de la cena pascual. En la fiesta pascual, antes de la puesta del sol se sacrificaba el cordero y después de la puesta del sol se celebraba la cena, en familia. Para preparar la cena, Jesús envía a dos discípulos, dándole al hecho un sentido misionero (6,7).

14,17-26 Anuncio de la traición – Institución de la Eucaristía. Durante la cena Jesús denuncia la traición de parte de uno de los Doce, uno que hipócritamente comparte el pan, expresión máxima de comunión y fraternidad.

En este ambiente de traición donde se vende la vida de un inocente, Jesús ratifica, con la institución de la eucaristía, el ofrecimiento de su vida para el rescate de la humanidad. Jesús ofrece el pan que simboliza su cuerpo: quien coma de él lo acepta en su vida. Luego ofrece la copa, que simboliza la nueva alianza, alianza del nuevo pueblo de Dios constituido por quienes le siguen; la sangre derramada significa su muerte violenta, y beber del cáliz, implica asumir su sacrificio y comprometerse con su proyecto de vida. El

Anuncia el abandono de sus discípulos
(Mt 26,31-35; Lc 22,31-34; cfr. Jn 13,36-38)

27 Jesús les dijo:
—Todos van a fallar, como está escrito:

Heriré al pastor
y se dispersarán las ovejas.

28 Pero, cuando resucite, iré delante de
ustedes a Galilea.
29 Pedro le contestó:
—Aunque todos fallen, yo no.
30 Le dijo Jesús:
—Te aseguro que tú hoy mismo, esta
noche, antes de que el gallo cante dos ve-
ces, me habrás negado tres.
31 Él insistió:
—Aunque tenga que morir contigo, no te
negaré.
Lo mismo decían los demás.

Oración en el huerto
(Mt 26,36-46; cfr. Lc 22,39-46)

32 Llegados al lugar llamado Getsemaní,
dijo a sus discípulos:
—Siéntense aquí mientras yo voy a orar.
33 Llevó con él a Pedro, Santiago y Juan
y empezó a sentir tristeza y angustia. 34 En-
tonces les dijo:
—Siento una tristeza de muerte; qué-
dense aquí y permanezcan despiertos.
35 Se adelantó un poco, se postró en tie-
rra y oraba que, si era posible, se alejara de
él aquella hora. 36 Decía:
Abba, Padre, tú lo puedes todo, aparta
de mí esta copa. Pero no se haga mi volun-
tad, sino la tuya.
37 Volvió, y los encontró dormidos. Dijo a
Pedro:
—Simón, ¿duermes? ¿No has sido ca-
paz de estar despierto una hora? 38 Perma-
nezcan despiertos y oren para no caer en la
tentación. El espíritu está dispuesto, pero la
carne es débil.
39 Se retiró otra vez y oró repitiendo las
mismas palabras. 40 Al volver, los encontró
otra vez dormidos, porque los ojos se les
cerraban de sueño; y no supieron qué con-
testar.
41 Volvió por tercera vez y les dijo:
—¡Todavía dormidos y descansando!
Basta, ha llegado la hora en que el Hijo del
Hombre será entregado en poder de los pe-
cadores. 42 Vamos, levántense, se acerca el
traidor.

Arresto de Jesús
(Mt 26,47-56; Lc 22,47-53; cfr. Jn 18,1-11)

43 Todavía estaba hablando cuando se
presentó Judas, uno de los Doce, y con él
gente armada de espadas y palos, enviada
por los sumos sacerdotes, los letrados y los
ancianos. 44 El traidor les había dado una
contraseña: Al que yo bese, ése es; arrés-
tenlo y llévenlo con cuidado.
45 Enseguida, acercándose a Jesús, le
dijo: ¡Maestro!, y le dio un beso.
46 Los otros se le tiraron encima y lo
arrestaron.
47 Uno de los presentes desenvainó la
espada y de un tajo cortó una oreja al sir-
viente del sumo sacerdote.
48 Jesús se dirigió a ellos:
—Como si se tratara de un asaltante,
han salido armados de espadas y palos
para capturarme. 49 Diariamente estaba
con ustedes enseñando en el templo y no
me arrestaron. Pero se ha de cumplir la Es-
critura.
50 Y todos lo abandonaron y huyeron.

---

canto de los himnos llamados Hallel (Sal 114–118) indica el final de la cena (26).

14,27-31 Anuncia el abandono de sus discípulos. El grupo se dirige al monte de los Olivos, donde Jesús hace un nuevo anuncio de su muerte y menciona las consecuencias entre sus discípulos: escándalo y dispersión (cfr. Zac 13,7). A la profecía de Jesús responde solamente Pedro, asegurando que, aunque todos se escandalicen, él no lo hará. Jesús desenmascara el orgullo de Pedro prediciendo su triple negación.

14,32-42 Oración en el huerto. En Getsemaní («lagar de aceite») vuelven a aparecer las tentaciones: «alejar aquella hora», temor, angustia y tristeza. Jesús acude entonces a la oración (cfr. 1,33; 6,46) y a la compañía de tres de sus discípulos más cercanos (cfr. 5,37; 9,2), para pedirles que velen y oren.

La plegaria de Jesús está dividida en cuatro partes: invocación («Abba»), profesión de fe («lo puedes todo»), súplica («aparta de mí esta copa») y sumisión a la voluntad de Dios («no se haga mi voluntad, sino la tuya»). Mientras Judas anda despierto preparando la traición, sus discípulos se quedan dormidos. El sueño y la incapacidad de «velar una hora» indican que el discípulo no está preparado para asumir el camino de la pasión, camino que tendrá que recorrer Jesús en completa soledad.

Un joven anónimo

51 Le seguía, también, un muchacho cu-
bierto sólo por una sábana. Lo agarraron;
52 pero él, soltando la sábana, se les escapó
desnudo.

Jesús ante el Consejo
(Mt 26,57s; Lc 22,54s; cfr. Jn 18,12-16)

53 Condujeron a Jesús a casa del sumo
sacerdote, y se reunieron todos los sumos
sacerdotes con los ancianos y los letrados.
54 Pedro le fue siguiendo a distancia hasta
entrar en el palacio del sumo sacerdote. Se
quedó sentado con los empleados, calen-
tándose junto al fuego.

(Mt 26,59-63a)

55 El sumo sacerdote y el Consejo en
pleno buscaban un testimonio contra Jesús
que permitiera condenarlo a muerte, y no
lo encontraban, 56 ya que aunque muchos
testimoniaban en falso contra él, sus testi-
monios no concordaban.
57 Algunos se levantaron y declararon en
falso contra él:
58 —Le hemos oído decir: Yo he de des-
truir este santuario, construido por manos
humanas, y en tres días construiré otro, no
edificado con manos humanas.
59 Pero tampoco en este punto concor-
daba el testimonio de ellos.
60 Entonces el sumo sacerdote se puso
de pie en medio y preguntó a Jesús:
—¿No respondes nada a lo que éstos
declaran contra ti?
61a Él callaba y no respondía nada.

(Mt 26,63b-66; Lc 22,66-71; cfr. Jn 18,19-21)

61b De nuevo le preguntó el sumo sacer-
dote:
—¿Eres tú el Mesías, el Hijo del Bendito?
62 Jesús respondió:
—Yo soy. *Verán al Hijo del Hombre sen-*
tado a la derecha del Todopoderoso y lle-
gando entre las nubes del cielo.
63 El sumo sacerdote, rasgándose sus
vestiduras, dijo:
—¿Qué falta nos hacen los testigos?
64 Ustedes mismos han oído la blasfemia.
¿Qué les parece?
Todos sentenciaron que era reo de
muerte.

(Mt 26,67; Lc 22,63-65; cfr. Jn 18,22s)

65 Algunos se pusieron a escupirle, a ta-
parle los ojos y darle bofetadas diciendo:
—¡Adivina quién fue!
También los empleados le daban bofe-
tadas.

Negaciones de Pedro
(Mt 26,69s; Lc 22,56s; cfr. Jn 18,17s)

66 Estaba Pedro abajo en el patio, cuan-
do una sirvienta del sumo sacerdote,
67 viendo que se calentaba, se le quedó mi-
rando y le dijo:
—También tú estabas con el Nazareno,
con Jesús.
68 Él lo negó:
—Ni sé ni entiendo lo que dices.
Salió al vestíbulo [y un gallo cantó].

La expresión, «Vamos, levántense», muestra un Jesús que ha pasado de la angustia y de la tristeza inicial a la serenidad y seguridad para asumir «su hora».

14,43-50 Arresto de Jesús. Judas es mencionado como «uno de los Doce» para resaltar la gravedad de su acción. A partir de 14,46 no se le menciona más.

Los que habían venido con Judas para detener a Jesús, se le «tiraron encima», esto expresa la violencia del proceso. El otro verbo (prender, arrestar) expresa la oficialidad del acto. De en medio de la oscuridad y sin nombre, aparece un hombre que saca la espada y hiere al siervo del sumo sacerdote (El evangelio de Juan, escrito a finales del s. I, no tiene problemas en mencionar el nombre de este hombre: Simón Pedro; cfr. Jn 18,10). La reacción de Jesús deja claro que para Él ninguna violencia tiene sentido, ni prospera. Tener la oreja cortada era un deshonor e impedía ejercer funciones sagradas.

14,51s Un joven anónimo. Sólo el evangelio de Marcos habla de este joven anónimo. Es un detalle bastante enigmático y ha generado variopintas explicaciones.

Para algunos biblistas se trataría de un recuerdo histórico, una referencia a Juan el apóstol o al mismo Marcos; para otros, en cambio, se trataría de una representación alegórica: la situación de todo discípulo ante el escándalo de la pasión.

14,53-65 Jesús ante el Consejo. Lo anunciado por Jesús en 10,33s, comienza a cumplirse al pie de la letra. Pedro sigue a Jesús de «lejos» (cfr. Sal 38,12), indicando la ambigüedad de su seguimiento.

Según la legislación judía, toda acusación debe estar respaldada al menos por dos testigos. El versículo 55 permite deducir que el juicio no va a ser justo.

Propiciar la muerte de Jesús era un viejo anhelo para las autoridades judías (Mc 3,6; 11,18; 12,12;

(Mt 26,71-75; Lc 22,58-62; cfr. Jn 18,25-27)

69 La sirvienta lo vio y empezó a decir
otra vez a los presentes:
—Éste es uno de ellos.
70 De nuevo lo negó.
Al poco tiempo también los presentes
decían a Pedro:
—Realmente eres de ellos, porque eres
galileo.
71 Entonces empezó a echar maldiciones
y a jurar que no conocía al hombre del que
hablaban. 72 Al instante cantó por segunda
vez el gallo. Pedro recordó lo que le había
dicho Jesús: Antes de que el gallo cante
dos veces me habrás negado tres. Y se
puso a llorar.

Jesús ante Pilato

(Mt 27,1s; Lc 23,1; cfr. Jn 18,28-32)

15 1 Ni bien amaneció, el Consejo en
pleno, sumos sacerdotes, ancianos
y letrados se pusieron a deliberar. Ataron a
Jesús, lo condujeron y se lo entregaron a
Pilato.

(Mt 27,11-14; Lc 23,3s; cfr. Jn 18,33-38)

2 Pilato lo interrogó:
—¿Eres tú el rey de los judíos?
Contestó:
—Tú lo dices.
3 Los sumos sacerdotes lo acusaban de
muchas cosas.
4 Pilato lo interrogó de nuevo:
—¿No respondes nada? Mira de cuántas
cosas te acusan.
5 Pero Jesús no le contestó, con gran ad-
miración de Pilato.

Condena de Jesús

(Mt 27,15-26; Lc 23,17-25; cfr. Jn 18,39–19,1.4-16)

6 Para la fiesta solía dejarles libre un pre-
so, el que pedían. 7 Un tal Barrabás estaba
encarcelado con otros amotinados que en
una revuelta habían cometido un homici-
dio. 8 La gente subió y empezó a pedirle el
indulto acostumbrado.
9 Pilato les respondió:
—¿Quieren que les suelte al rey de los
judíos? 10 Pues comprendía que los sumos
sacerdotes lo habían entregado por envidia.
11 Pero los sumos sacerdotes incitaron a
la gente para que pidieran más bien la li-
bertad de Barrabás.
12 Pilato respondió otra vez:
—¿Y qué [quieren] que haga con el [que
llaman] rey de los judíos?
13 Gritaron:
—¡Crucifícalo!
14 Pilato dijo:
—Pero, ¿qué mal ha hecho?

14,1; 14,11). Sin embargo, los testimonios son tan falsos que no concuerdan entre sí. Al sumo sacerdote no le quedó otra alternativa que preguntar directamente a Jesús: «¿Eres tú el Mesías, el Hijo del Dios bendito?».

Jesús no duda en responder: Sí, yo soy, un nombre que evoca al Dios liberador del Éxodo (Éx 3,14). La respuesta de Jesús es considerada blasfemia por dos razones, una de tipo religioso al insultar a Dios llamándose Mesías (Lv 24,15s) y otra de tipo político: despreciar la ley (Nm 15,30) proponiendo cambios radicales en las instituciones religiosas de Israel.

Marcos subraya que todos estaban de acuerdo en decretar la muerte de Jesús. Los golpes, las burlas, los salivazos y las bofetadas hacen parte del programa de Jesús como el siervo sufriente de Is 50,6.

14,66-72 Negaciones de Pedro. Mientras Jesús permanece firme ante el sumo sacerdote por defender la causa del reino, Pedro se derrumba negando a Jesús por miedo a quienes lo señalan de andar con el Nazareno. La negación confirma que Pedro acepta a Jesús como el Mesías, pero rechaza el camino que hay que seguir con el Maestro, que es el camino de la cruz. El relato no termina sin que Pedro recuerde las palabras de Jesús (14,30) y llore de arrepentimiento y de vergüenza.

15,1-15 Jesús ante Pilato – Condena de Jesús. Hasta ahora todo ha ocurrido en un ambiente netamente judío. En adelante, Pilato y la tropa romana compartirán con el Consejo judío la responsabilidad en la muerte de Jesús. Marcos, sin embargo, insiste en subrayar la responsabilidad de los sumos sacerdotes, quienes son presentados como envidiosos, incitadores y manipuladores de la voluntad del pueblo.

Pilato a través del interrogatorio deja claro que las acusaciones no vienen de su parte, sino de las autoridades judías. Su insistencia en señalar la inocencia de Jesús tiene una intención teológica: mostrar la figura del justo que es injustamente condenado (cfr. Hch 3,13s; 1 Pe 2,21-23).

La multitud en Marcos es un personaje compacto pero oscilante, unas veces está de parte de Jesús gritando «Hosana» y en otras, en contra, pidiendo la liberación de Barrabás y la crucifixión de Jesús. El hecho de que la multitud prefiera a Barrabas y condene a Jesús, confirma la sospecha de Pilato de que Jesús no representa ningún peligro para el poder romano; sin embargo, cumple con el deseo de la multitud para congraciarse con ellos: es la multitud que rechaza al presunto Mesías.

A lo largo del relato Jesús guarda completo silencio,

Ellos gritaban más fuerte:
—¡Crucifícalo!
15 Pilato, decidido a dejar contenta a la
gente, les soltó a Barrabás y a Jesús lo en-
tregó para que lo azotaran y lo crucificaran.

Burla de los soldados
(Mt 27,27-31; cfr. Jn 19,2s)

16 Los soldados se lo llevaron dentro del
palacio, al *pretorio*, y convocaron a toda la
guardia. 17 Lo vistieron de púrpura, trenza-
ron una corona de espinas y se la coloca-
ron. 18 Y se pusieron a hacerle una reve-
rencia:
—¡Salud, rey de los judíos!
19 Le golpeaban la cabeza con una caña,
le escupían y doblando la rodilla le rendían
homenaje. 20 Terminada la burla, le quita-
ron la púrpura, lo vistieron con su ropa y lo
sacaron para crucificarlo.

Crucifixión y muerte de Jesús
(Mt 27,32-56; cfr. Lc 23,26-49; Jn 19,17-30)

21 Pasaba por allí de vuelta del campo un
tal Simón de Cirene, padre de Alejandro y
Rufo, y lo forzaron a cargar con la cruz.
22 Lo condujeron al *Gólgota*, que significa
Lugar de la Calavera. 23 Le ofrecieron vino
con mirra, pero él no lo tomó. 24 Lo crucifi-
caron y se repartieron su ropa, echando a
suertes lo que le tocara a cada uno.
25 Eran las nueve de la mañana cuando
lo crucificaron.
26 La inscripción que indicaba la causa
de la condena decía: El rey de los judíos.
27 Con él crucificaron a dos asaltantes, uno
a la derecha y otro a la izquierda. 28 [[Y se
cumplió la Escritura que dice: Y fue conta-
do entre los malhechores.]]
29 Los que pasaban lo insultaban mo-
viendo la cabeza y decían:
—El que derriba el santuario y lo re-
construye en tres días, 30 sálvate a ti mismo
bajando de la cruz.
31 A su vez los sumos sacerdotes, bur-
lándose entre sí, comentaban con los letra-
dos:
—Ha salvado a otros pero a sí mismo no
se puede salvar. 32 El Mesías, el rey de Is-
rael, baje ahora de la cruz para que lo vea-
mos y creamos.
Y también lo insultaban los que estaban
crucificados con él.
33 Al mediodía se oscureció todo el terri-
torio hasta media tarde. 34 A esa hora Jesús
gritó con voz potente:

Eloi eloi lema sabaktani, que significa:
*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has aban-
donado?*

35 Algunos de los presentes, al oírlo, co-
mentaban:
—Está llamando a Elías.
36 Uno empapó una esponja en vinagre,
la sujetó a una caña y le ofreció de beber
diciendo:
—¡Quietos! A ver si viene Elías a librarlo.
37 Pero Jesús, lanzando un grito, expiró.
38 El velo del santuario se rasgó en dos
de arriba abajo. 39 El centurión, que estaba
enfrente, al ver cómo expiró, dijo:
—Realmente este hombre era Hijo de
Dios.

---

en contraste con todos los que hablan a su alrededor. Un silencio que se mantendrá hasta la cruz, donde será roto por su plegaria al Padre.

15,16-20 Burla de los soldados. La diferencia entre las burlas proferidas por judíos y romanos consiste en que los primeros se burlan de Jesús como profeta y los segundos, de Jesús como rey. Al final de las burlas, Jesús queda convertido en el «Siervo sufriente» que se prepara para iniciar el camino de la cruz.

15,21-41 Crucifixión y muerte de Jesús. De modo muy sencillo el evangelista nos narra la crucifixión y muerte de Jesús. No se recrea describiendo la crueldad que padece. Pues no es la cantidad de dolor lo que nos salva, sino su abandono absoluto a la voluntad de su Padre, cuya consecuencia es la muerte.

La multitud, los sumos sacerdotes y los letrados se burlan de Jesús, porque no es capaz de bajarse de la cruz. Ellos ven la crucifixión no como donación, sino como impotencia. No se les ocurre pensar que Jesús permanece en la cruz por puro amor. Y si el amor es la verdad de Dios, la cruz es el símbolo del amor más grande expresado por alguien a favor de sus hermanos.

La cruz es el escándalo que en todos los tiempos toca las puertas de hombres y mujeres que por puro amor luchan incansablemente por un mundo mejor.

Las tinieblas representan al Israel que no ha podido ver la luz del reino. El «velo rasgado en dos de arriba abajo» (38) simboliza el rompimiento de una barrera que impide ver el verdadero rostro de Dios y también, el final de un modelo de religión que manipula a Dios, esclaviza con la Ley y conduce a la muerte. La exclamación del centurión romano sorprende, porque no es de un judío y ni siquiera de un discípulo. Eso sí,

40 Estaban allí mirando a distancia unas
mujeres, entre ellas María Magdalena, Ma-
ría, madre de Santiago el Menor y de José,
y Salomé, 41 quienes, cuando estaba en Ga-
lilea, le habían seguido y servido; y otras
muchas que habían subido con él a Jerusa-
lén.

Sepultura de Jesús
(Mt 27,57-61; Lc 23,50-56; cfr. Jn 19,38-42)

42 Ya anochecía; y como era el día de la
preparación, víspera de sábado, 43 José de
Arimatea, consejero respetado, que espe-
raba el reino de Dios, tuvo la osadía de pre-
sentarse a Pilato a pedirle el cuerpo de
Jesús.
44 Pilato se extrañó de que ya hubiera
muerto. Llamó al centurión y le preguntó si
ya había muerto. 45 Informado por el centu-
rión, le concedió el cuerpo a José.
46 Éste compró una sábana, lo bajó de la
cruz, lo envolvió en la sábana y lo colocó
en un sepulcro excavado en la roca. Des-
pués hizo rodar una piedra a la entrada del
sepulcro.
47 María Magdalena y María de José ob-
servaban dónde lo habían puesto.

Resurrección de Jesús
(Mt 28,1-8; Lc 24,1-12; cfr. Jn 20,1-10)

16 1 Cuando pasó el sábado, María
Magdalena, María de Santiago y Sa-
lomé compraron perfumes para ir a ungirlo.
2 El primer día de la semana, muy tem-
prano, cuando amanecía, llegaron al se-
pulcro.
3 Se decían:
—¿Quién nos moverá la piedra de la en-
trada del sepulcro?
4 Alzaron la vista y observaron que la
piedra estaba movida. Era muy grande. 5 Al
entrar al sepulcro, vieron un joven vestido
con un hábito blanco, sentado a la derecha;
y quedaron sorprendidas.
6 Les dijo:
—No tengan miedo. Ustedes buscan a
Jesús Nazareno, el crucificado. No está
aquí, ha resucitado. Miren el lugar donde lo
habían puesto. 7 Vayan ahora a decir a sus
discípulos y a Pedro que irá delante de
ellos a Galilea. Allí lo verán, como les ha-
bía dicho.
8 Ellas salieron corriendo del sepulcro,
asustadas y fuera de sí. Y de puro miedo,
no dijeron nada a nadie.

Se aparece a María Magdalena
(cfr. Mt 28,9s; Jn 20,11-18)

9 [[El primer día de la semana por la ma-
ñana resucitó Jesús y se apareció a María
Magdalena, de la que había expulsado sie-
te demonios. 10 Ella fue a contárselo a los
suyos, que estaban llorando y haciendo
duelo. 11 Ellos, al escuchar que estaba vivo
y se le había aparecido, no le creyeron.

---

expresa el culmen de la revelación de la identidad de Jesús.

Terminada la narración, Marcos habla de un grupo de mujeres que está presente, a lo lejos. Hay que notar el valor de la presencia de estas mujeres, porque ellas constituyen el vínculo entre el acontecimiento de la cruz y el de la resurrección, entre los discípulos que han abandonado a Jesús en su pasión y crucifixión y el Jesús resucitado que quiere reunirlos de nuevo (15,1-8).

15,42-47 Sepultura de Jesús. Ante la ausencia de los discípulos, José de Arimatea se encarga de la sepultura. Debe apresurarse porque el inicio del sábado está pronto. Gracias a su gestión el cuerpo de Jesús es recuperado.

La misión de las mujeres es acompañar y fijarse dónde depositan el cuerpo, pues tienen intención de volver. Su posición, aparentemente pasiva, es una respuesta de amor humano al amor de Jesús manifestado en la cruz.

16,1-8 Resurrección de Jesús. El primer día de la semana, puesto en relación con el primer día de la creación (Gn 1,5), simboliza que, con la resurrección de Jesús, comienza la creación definitiva.

Las mujeres se dirigen a la tumba con la preocupación de no encontrar quien les mueva la piedra. Aunque aman a Jesús, todavía no creen en su resurrección. Encuentran la piedra movida y dentro de la tumba un ángel que les anuncia la resurrección de Jesús y les da una instrucción para los apóstoles, que abandonen Jerusalén y los ideales del judaísmo, para comenzar la misión universal a partir de Galilea (14,28), donde Jesús comenzó la suya y los llamó al seguimiento (1,16-21a).

Con el miedo y el silencio de las mujeres, Marcos pretende no dar por terminado el evangelio para que los creyentes de todos los tiempos, conociendo el testimonio de las primeras comunidades, lo hagamos nuestro, recreándolo desde nuestra situación concreta y con la fuerza del Espíritu de Jesús resucitado. Es decir, cada uno de nosotros debe «terminar» el evangelio de Marcos.

La resurrección de Jesús no es el final de una obra, sino el comienzo de la aventura cristiana.

Se aparece a dos discípulos
(cfr. Lc 24,13-35)

[12] Después se apareció con otro aspecto
a dos de ellos que iban caminando por el
campo. [13] Ellos fueron a contárselo a los
demás, pero tampoco a ellos les creyeron.

Se aparece a los Once
(cfr. Mt 28,16s; Lc 24,36s; Jn 20,19s)

[14] Por último se apareció a los Once cuando estaban a la mesa. Les reprendió su incredulidad y obstinación por no haber creído a los que lo habían visto resucitado.

Misión de los discípulos
(cfr. Mt 28,18-20; Lc 24,44-49; Jn 20,22s; Hch 1,7s)

[15] Y les dijo:
—Vayan por todo el mundo proclaman-
do la Buena Noticia a toda la humanidad.
[16] Quien crea y se bautice se salvará; quien
no crea se condenará. [17] A los creyentes
acompañarán estas señales: en mi nombre
expulsarán demonios, hablarán lenguas
nuevas, [18] agarrarán serpientes; si beben
algún veneno, no les hará daño; impondrán las manos sobre los enfermos y se sanarán.

Ascensión de Jesús
(cfr. Lc 24,50-53; Hch 1,9-11)

[19] El Señor Jesús, después de hablar con
ellos, fue llevado al cielo y se sentó a la de-
recha de Dios. [20] Ellos salieron a predicar
por todas partes, y el Señor los asistía y confirmaba la Palabra con las señales que la acompañaban.]]

16,9-20 Se aparece a María Magdalena – Se aparece a dos discípulos – Se aparece a los Once – Misión de los discípulos – Ascensión de Jesús. La mayoría de biblistas piensan que estos pasajes son un añadido posterior.

Se dan varias razones para ello: el vocabulario y el estilo difieren del resto del evangelio, no tienen coherencia con el pasaje anterior (16,1-8) ya que cambian, entre otras cosas, el sujeto y el número de mujeres. El relato concentra textos tomados de los otros evangelios: la aparición a María Magdalena (Jn 20,11-18), los discípulos de Emaús (Lc 24,13-35), comida y misión (Lc 24,36-49; Jn 20,19-23; Mt 28,18-20), ascensión (Lc 24,50-53).

El hilo conductor es la incredulidad de los discípulos; sin embargo, Jesús sigue contando con ellos para la misión, y los envía a anunciar la Buena Noticia a toda la humanidad.



LUCAS

Contexto histórico. La obra de Lucas nos sitúa en la segunda generación cristiana. Los cristianos se van asentando y expandiendo cada vez más dentro del mundo romano, aunque son vistos frecuentemente con recelo y sospecha. Urge, pues, presentar el ideal cristiano como un ideal apto e inofensivo para la sociedad romana, como una práctica religiosa que puede subvertir el mundo no con la violencia de las armas ni de las guerras, sino con la fuerza del Espíritu que ya está actuando y que va convirtiendo muchos corazones al Señor Jesús. Por otro lado, en la medida que se radicaliza la ruptura entre la Iglesia cristiana y la Sinagoga judía, va surgiendo en las comunidades cristianas cierto rechazo a la historia de salvación precedente, y es necesario resaltar

aquello que une el cristianismo con el judaísmo. Éste es, quizás, el contexto en que Lucas escribe su evangelio.

Destinatarios. Por los datos que nos brinda el evangelio, se trataría de una comunidad de cristianos mayoritariamente de origen pagano y geográficamente distante de Palestina. Ella estaría llamada a ser testigo del plan liberador de Dios en el mundo, plan liberador que difiere en todo al plan del imperio, pues no se basa en las armas, sino en el poder de Dios que actúa en la Iglesia. Plan que ya estaba presente en la historia a través de los profetas del Antiguo Testamento y que ahora por medio del Espíritu de Jesús se va realizando en la Iglesia, nuevo pueblo de Dios.

Autor, fecha y lugar de composición. La tradición lo ha titulado «según san Lucas», dando así su autoría al «médico querido» de Pablo (Col 4,14), que también aparece en Flm 24.

En cuanto a la fecha de su composición, el autor tiene noticia de la destrucción de Jerusalén (año 70), pero no de la persecución de Domiciano (año 90-95), y también parece vivir el rechazo oficial de la sinagoga a los cristianos (entre el año 85 y 90); por eso muchos biblistas sugieren como fecha probable la década de los 80.

En cuanto al lugar de su composición hay mucha conjetura. La tradición habla tanto de Cesarea, Alejandría como del sur de Grecia, entre otros lugares.

Un evangelio que forma parte de una gran obra singular. A pesar de su fuerte dependencia de Marcos y del hipotético documento Q, Lucas presenta un evangelio muy peculiar que le distingue notablemente de los demás.

Parte de un plan más amplio. Constituye la primera parte de una obra mayor que continúa con los Hechos de los Apóstoles, y ocupa una posición intermedia en el gran arco de la historia de la salvación, que comprende: el tiempo de las promesas del Antiguo Testamento; el tiempo de Jesús, realización de las promesas del Antiguo Testamento; y el tiempo de la Iglesia, el tiempo de la acción del Espíritu Santo. La conexión entre estos «tres tiempos» de la historia de la salvación es esencial para conocer la misión de Jesús tal como nos la presenta Lucas en su evangelio. Los personajes de la infancia, especialmente Simeón, encarnan esa tensión entre el pasado y el momento culminante que ha llegado. No menos importante es la continuación de la obra de Jesús: la expansión de la Iglesia. Como el Antiguo Testamento profetiza y prefigura a Jesús, así Jesús profetiza y prefigura la misión de los apóstoles. Los forma a su lado, los instruye, los previene, les da su Espíritu. Después, al contar sus «Hechos», Lucas se complace en establecer paralelos, en ver en esos pioneros de la primera evangelización el modelo de Jesús que sigue presente y actuando en su Iglesia y en el mundo.

Visión histórica. Lucas se presenta como un historiador al mejor estilo griego: cuidadoso en consultar sus fuentes y exponer los hechos. Sabe recoger y ordenar los datos de los acontecimientos que le interesa narrar. Sin dejar de proclamar la fe, intenta hacer una obra de historiador. Entrelaza su relato con fechas de la historiografía secular, colocando así la misión de Jesús en el amplio marco de los acontecimientos del imperio.

En su evangelio una comunidad de creyentes, autónoma y consolidada vuelve la mirada hacia sus orígenes, hacia la vida de Jesús, desde sus inicios hasta su ascensión al cielo. Y a la vez, una comunidad, sanada ya de aguardar una parusía inminente, toma conciencia de su ser y de su vocación histórica en el seno de la ordenación política y cultural de su tiempo.

Jerusalén. Es el centro geográfico y teológico de su obra. Allí comienza y concluye el itinerario de Jesús. De allí arranca la evangelización, en alas del Espíritu, hasta el confín del mundo.

Jesús, movido por el Espíritu, anuncia la liberación. Los «tres tiempos» de la historia de la salvación se mueven en Lucas a impulso del Espíritu Santo. Es Él el que inspira y guía a los profetas y las profetisas del Antiguo Testamento hasta sus dos últimos representantes, Simeón y Ana (2,25-38). Es Él el que desciende plena y definitivamente sobre Jesús de Nazaret (3,21s). Y es Él el que, siendo ya el Espíritu del resucitado, inaugura el tiempo de la Iglesia en Pentecostés, llevando la palabra de vida y liberación del Evangelio hasta los confines del mundo y hasta el final de los tiempos.

El tema dominante de su evangelio arranca de la escena programática en la que Jesús, movido por el Espíritu, da inicio a su ministerio: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido para que dé la Buena Noticia a los pobres… la libertad a los cautivos… a los oprimidos… para proclamar el año de gracia del Señor» (4,18s). Después vendrá el viaje ascencional hacia Jerusalén (9,51), que llevará a Jesús junto a sus discípulos hacia la cruz, hacia el cielo.

Por el camino va derramando la misericordia y el perdón, acogiendo a los pecadores, buscando a los extraviados y ayudando a los pobres y necesitados. Su predicación se abre a los paganos –incluso procura dejar bien parados a varios personajes romanos–, a la vez que registra una creciente oposición de las autoridades judías.

Las mujeres, minusvaloradas y despreciadas en su cultura, desempeñan un papel sobresaliente en su ministerio. Como fruto de la liberación, va dejando tras de sí una estela de gozo y de alegría. El Espíritu comienza a actuar, preparando su acción dominante en los Hechos.

Con otra escena programática cierra Lucas su evangelio: Jesús resucitado, en viaje hacia Emaús, propone la clave pascual del cumplimiento de la profecía y la sella con una eucaristía (24,13-35).



Sinopsis. Empieza con una doble introducción, notable por su construcción en bloques paralelos: infancia de Juan y de Jesús (1s). Continúa con el bautismo y las tentaciones (3,1–4,13). El ministerio en Galilea se abre con la fuerza del Espíritu (4,14) y se cierra con el poder del nombre de Jesús actuando más allá del círculo de sus discípulos (9,49s). Sigue el gran viaje a Jerusalén como cuadro narrativo (9,51–19,28) y concluye toda la obra en esta ciudad: confrontación, pasión, muerte, resurrección y ascensión (19,29–24,53).

Prólogo
(cfr. Mc 1,1; Jn 1,1-18; Hch 1,1-5)

1 1 Ya que muchos emprendieron la ta-
rea de relatar los sucesos que nos han
acontecido, 2 tal como nos lo transmitieron
los primeros testigos presenciales y servi-
dores de la palabra, 3 también yo he pensa-
do, ilustre Teófilo, escribirte todo por orden
y exactamente, comenzando desde el prin-
cipio; 4 así comprenderás con certeza las
enseñanzas que has recibido.

Anuncio del nacimiento de Juan el Bautista

5 En tiempo de Herodes, rey de Judea,
había un sacerdote llamado Zacarías, del
grupo de Abías; su mujer era descendiente
de Aarón y se llamaba Isabel. 6 Los dos
eran rectos a los ojos de Dios y vivían irre-
prochablemente de acuerdo con los man-
datos y preceptos del Señor. 7 No tenían
hijos, porque Isabel era estéril y los dos
eran de edad avanzada.
8 Una vez que, con los de su grupo, ofi-
ciaba ante Dios, 9 según el ritual sacerdotal,
le tocó entrar en el santuario para ofrecer
incienso. 10 Mientras todo el pueblo queda-
ba fuera orando durante la ofrenda del in-
cienso, 11 se le apareció un ángel del Señor,
de pie a la derecha del altar del incienso.
12 Al verlo, Zacarías se asustó y quedó des-
concertado.

13 El ángel le dijo:
—No temas, Zacarías, que tu petición ha
sido escuchada, y tu mujer Isabel te dará un
hijo, a quien llamarás Juan. 14 Te llenará de
gozo y alegría y muchos se alegrarán de su
nacimiento. 15 Será grande a los ojos del
Señor; no beberá vino ni licor. Estará lleno
de Espíritu Santo desde el vientre materno
16 y convertirá a muchos israelitas al Señor
su Dios. 17 Irá por delante, con el espíritu y
el poder de Elías, para reconciliar a los pa-
dres con los hijos, a los rebeldes con la sa-
biduría de los honrados; así preparará para
el Señor un pueblo bien dispuesto.

18 Zacarías respondió al ángel:
—¿Qué garantía me das de eso? Porque
yo soy anciano y mi mujer de edad avan-
zada.

1,1-4 Prólogo. Lucas comienza su evangelio con un prólogo o dedicatoria que revela varias cosas: 1. Cuando decide escribir su obra, existen ya tradiciones en torno a unos acontecimientos concretos sobre Jesús: su vida, pasión, muerte y resurrección. 2. Muchos (en realidad, algunos) habían intentado organizar sistemáticamente tal información. 3. Él, Lucas, también ha decidido hacer lo mismo empeñándose en presentar una obra lo más completa posible, de modo que ayude tanto a los ministros de la Palabra como a los cristianos, a fundamentar muy bien su fe. 4. La obra está dedicada a un tal Teófilo que podría ser un personaje real, pero también un personaje ficticio; Teófilo significa «amigo de Dios», y eso debería ser cada creyente que se acerca con fe a leer y a ilustrarse con esta obra.

EVANGELIO DE LA INFANCIA: historia de Juan el Bautista y de Jesús (1,5–2,52). Consecuente con lo que dice en 1,3, Lucas quiere «escribir todo por orden y exactamente, comenzando desde el principio». Y el principio es lógicamente el origen del protagonista de su obra, es decir, Jesús. Ahora bien, dado que Jesús va a marcar la diferencia entre el tiempo antiguo y el nuevo, entre el tiempo de las promesas y el de su cumplimiento, Lucas nos va a presentar el último eslabón entre esos dos tiempos, ése es Juan llamado el Bautista o bautizador, de quien también nos va a contar su origen.

Aparte de los personajes extraordinarios que intervienen en este primer bloque narrativo como el ángel que se aparece a Zacarías, el arcángel Gabriel que se aparece a María y los ángeles que anuncian a los pastores el nacimiento de Jesús, los demás, van a ser lo más sencillo del pueblo: una mujer estéril, Isabel; una muchacha de Nazaret, María; y unos humildes pastores de Belén. Ya desde el principio, Lucas quiere ir mostrando cómo Dios tiene su propia manera de hacer historia, no desde lo más «importante» para el mundo y la sociedad, sino desde los que no cuentan para nada ni para nadie.

1,5-25 Anuncio del nacimiento de Juan el Bautista. Es necesario tener en cuenta ciertos detalles de este relato que nos ayudarán a entender mejor el sentido que Lucas quiso darle. En primer lugar, las personas: Zacarías e Isabel, son descritos como personas piadosas, apegadas en todo a la Ley del Señor y por tanto, a juicio de Dios, rectos (6). Segundo, no tenían hijos porque Isabel era estéril (7). Con esto, Lucas quiere subrayar el origen extraordinario de Juan al estilo de otros personajes también claves en la historia de la salvación en la antigüedad: Isaac (Gn 18,1-15), Samuel (1 Sm 1), y además quiere resaltar que Dios siempre se manifiesta allí donde menos se piensa, en las personas que no cuentan para nada ni para nadie; Isabel es una mujer humillada por su infecundidad (25) y Zacarías no era menos: ya anciano, no tenía en

19 Le replicó el ángel:
—Yo soy Gabriel, que sirvo a Dios en su
presencia: me ha enviado a hablarte, a dar-
te esta Buena Noticia. 20 Pero mira, queda-
rás mudo y sin poder hablar hasta que eso
se cumpla, por no haber creído mis pala-
bras que se cumplirán a su debido tiempo.
21 El pueblo aguardaba a Zacarías y se
extrañaba de que se demorase en el san-
tuario. 22 Cuando salió, no podía hablar, y
ellos adivinaron que había tenido una visión
en el santuario. Él les hacía señas y seguía
mudo.
23 Cuando terminó el tiempo de su servi-
cio, volvió a casa.
24 Algún tiempo después concibió Isabel
su mujer, y se quedó escondida cinco me-
ses, en ese tiempo pensaba:
25 —Así me ha tratado el Señor cuando
dispuso que terminara mi humillación
pública.

Anuncio del nacimiento de Jesús

26 El sexto mes envió Dios al ángel Ga-
briel a una ciudad de Galilea llamada Naza-
ret, 27 a una virgen prometida a un hombre
llamado José, de la familia de David; la vir-
gen se llamaba María. 28 Entró el ángel a
donde estaba ella y le dijo:
—Alégrate, llena de gracia, el Señor está
contigo.
29 Al oírlo, ella quedó desconcertada y
se preguntaba qué clase de saludo era
aquél.
30 El ángel le dijo:
—No temas, María, que gozas del favor
de Dios. 31 Mira, concebirás y darás a luz un
hijo, a quien llamarás Jesús. 32 Será gran-
de, llevará el título de Hijo del Altísimo; el
Señor Dios le dará el trono de David, su pa-
dre, 33 para que reine sobre la Casa de Ja-
cob por siempre y su reino no tenga fin.
34 María respondió al ángel:
—¿Cómo sucederá eso si no convivo
con un hombre?
35 El ángel le respondió:
—El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el
poder del Altísimo te cubrirá con su som-
bra; por eso, el consagrado que nazca lle-

---

quien prolongar su nombre. Tercero, las personas y la institución, Templo y culto, juegan un papel muy importante. Quizás Isabel y Zacarías simbolizan ese viejo orden que es el templo y el culto de donde no han salido los beneficios salvíficos para el pueblo. Desde acá, sin embargo, saldrá un último llamado, un nuevo aviso por parte de Dios para que Israel se disponga a recibir a su próximo enviado. Cuarto, Lucas deja aquí constancia del modelo de respuesta histórico del pueblo israelita ilustrándolo con las palabras de Zacarías y con su mudez. Quinto, la misión futura del prometido infante es descrita con características extraordinarias; Juan será el nuevo Elías que dispondrá los corazones de los padres a los hijos… (16s). Sexto, Lucas quiere subrayar, finalmente que la Palabra de Dios se cumple, que su mensaje no es demagogia ni vana palabrería. En línea con sus palabras a lo largo de todo el Antiguo Testamento, aquí la Palabra de Dios, promesa hecha por medio del ángel, se cumple, y el testimonio de ese cumplimiento es el embarazo de Isabel (24) quien «se quedó escondida cinco meses» y cuyo valor simbólico es: las cosas de Dios no se entienden de una vez, somos lentos para entender a Dios (cfr. Lucas 24,25); pero finalmente, si hay fe y sencillez de corazón, las acciones de Dios sí pueden ser comprendidas.

1,26-38 Anuncio del nacimiento de Jesús. Lucas se esfuerza por narrar un origen nada común para el gran personaje de su obra, Jesús. Pero no se queda en lo ficticio y extraordinario; todo lo contrario: en primer lugar, para él es muy importante establecer unas coordenadas histórico-temporales: ya había dicho que se trataba del tiempo del rey Herodes (1,5) y que lo que ahora viene sucedió a los seis meses de la concepción de Isabel (26); y una coordenada espacial: Nazaret, no el lugar más importante para el judaísmo centralista de Jerusalén, sino lo absolutamente contrario y distinto al centro: la periferia; ésa es la coordenada espacial que ha elegido Dios para su Encarnación y que Lucas tiene especial cuidado en advertirlo en su hilo narrativo. A diferencia de Isabel, María es una muchacha joven en edad de casarse, incluso está ya comprometida con José; se halla en un período jurídico conocido como el «desposorio»; los padres de María y de José ya han arreglado todo para que sus hijos sean marido y mujer, pero por ahora cada uno vive en su casa, guardándose, eso sí, mutua fidelidad; he ahí el porqué de la preocupación de María, «¿cómo sucederá eso si no convivo con un hombre?». Y otro elemento que Lucas subraya para decir de una vez que después de Jesús no hay que esperar a ningún otro mesías, es su conexión con la línea davídica: primero porque José, el futuro padre de Jesús, pertenece a la descendencia de David, y segundo, porque Dios le dará el trono de David y su reino no tendrá fin (32s).

En estas coordenadas temporales, espaciales, antropológicas y culturales, enmarca, pues, Lucas el origen de Jesús y lo describe (su origen) desde el momento mismo en que María recibe la visita de Dios por me-

vará el título de Hijo de Dios. 36 Mira, tam-
bién tu pariente Isabel ha concebido en su
vejez, y la que se consideraba estéril está
ya de seis meses. 37 Pues nada es imposible
para Dios.
38 Respondió María:
—Yo soy la esclava del Señor: que se
cumpla en mí tu palabra.
El ángel la dejó y se fue.

María visita a Isabel

39 Entonces María se levantó y se dirigió
apresuradamente a la serranía, a un pueblo
de Judea. 40 Entró en casa de Zacarías y
saludó a Isabel. 41 Cuando Isabel oyó el sa-
ludo de María, la criatura dio un salto en su
vientre; Isabel, llena de Espíritu Santo,
42 exclamó con voz fuerte:

—Bendita tú entre las mujeres y bendito
el fruto de tu vientre. 43 ¿Quién soy yo para
que me visite la madre de mi Señor? 44 Mi-
ra, en cuanto tu saludo llegó a mis oídos, la
criatura dio un salto de gozo en mi vientre.
45 ¡Dichosa tú que creíste! Porque se cum-
plirá lo que el Señor te anunció.

46 María dijo:

Mi alma canta la grandeza del Señor,
47 mi espíritu festeja a Dios mi salvador,
48 porque se ha fijado en la humillación de su esclava
y en adelante me felicitarán todas las generaciones.
49 Porque el Poderoso ha hecho grandes cosas por mí,
su nombre es santo.
50 Su misericordia con sus fieles se extiende
de generación en generación.
51 Despliega la fuerza de su brazo,
dispersa a los soberbios en sus planes,
52 derriba del trono a los poderosos
y eleva a los humildes,
53 colma de bienes a los hambrientos
y despide vacíos a los ricos.
54 Socorre a Israel, su siervo,
recordando la lealtad,
55 prometida a nuestros antepasados,
en favor de Abrahán y su descendencia para siempre.

---

dio de su ángel. En este relato hay dos protagonistas, María y la Palabra. «María», símbolo de una porción de humanidad que pese a las situaciones históricas de marginación, rechazo y abandono por parte de la oficialidad socio-religiosa, confía, espera y está abierta al querer divino. «La Palabra», Dios, que se pronuncia pero no en el «centro» donde todo parece que está dicho y decidido, porque viéndolo bien, Dios mismo ve que allí no hay cabida para Él; la Palabra que crea, que transforma, que da seguridad y que sin violentar la libertad del creyente, induce a una adhesión y aceptación gozosa de la voluntad divina tal como la de María: «que se cumpla en mí tu palabra» (38).

1,39-56 María visita a Isabel. Casi nunca la historia nos narra los acontecimientos simples y sencillos de los pobres. Pues aquí encontramos una excepción. A pesar de ser Lucas un historiador, no se ha dejado arrastrar por la tendencia a resaltar las obras de los grandes y poderosos de la tierra, él ha querido mostrar los detalles simples de una realidad que aparentemente no tiene ningún puesto en el desarrollo histórico de una sociedad que sólo considera importante lo que hacen los grandes, los de renombre, los que se creen a sí mismos los únicos protagonistas de la historia. Aquí el protagonismo, si se puede hablar así, es de un par de mujeres, personajes ya de por sí devaluados en una sociedad machista patriarcal, dos niños que aún sin nacer ya están llamando la atención del autor, y el Espíritu Santo, que llena de gozo a Isabel para bendecir a su parienta María y al fruto de su vientre (42) y para cantar las grandezas del Señor.

María e Isabel, personajes que no cuentan mucho en la sociedad, solamente como medio de multiplicación y prolongación del nombre del varón, se encuentran, y este encuentro, más que una simple visita de una parienta a otra, es la ocasión para que Lucas establezca mediante el recurso de la teología narrativa, una enseñanza sobre la manera cómo Dios actúa en la historia humana y a través de qué tipo de personas actúa; eso es, en el fondo lo que proclama Isabel en las palabras que dirige a María y es también lo

56 María se quedó con ella tres meses y
después se volvió a casa.

Nacimiento de Juan el Bautista

57 Cuando a Isabel se le cumplió el tiem-
po del parto, dio a luz un hijo. 58 Los veci-
nos y parientes, al enterarse de que el
Señor la había tratado con tanta misericor-
dia, se alegraron con ella. 59 Al octavo día
fueron a circuncidarlo y querían llamarlo
como su padre, Zacarías.
60 Pero la madre intervino:
—No; se tiene que llamar Juan.
61 Le decían que nadie en la parentela
llevaba ese nombre. 62 Preguntaron por se-
ñas al padre qué nombre quería darle. 63 Pi-
dió una pizarra y escribió: Su nombre es
Juan.
Todos se asombraron. 64 En ese instante
se le soltó la boca y la lengua y se puso a
hablar bendiciendo a Dios. 65 Todos los ve-
cinos quedaron asombrados; lo sucedido se
contó por toda la serranía de Judea 66 y los
que lo oían reflexionaban diciéndose:
—¿Qué va a ser este niño?
Porque la mano del Señor lo acompaña-
ba. 67 Su padre Zacarías, lleno de Espíritu
Santo, profetizó:

68 Bendito el Señor, Dios de Israel,
porque se ha ocupado de rescatar a su pueblo.
69 Nos ha dado un poderoso Salvador
en la Casa de David, su siervo,
70 como había prometido desde antiguo
por boca de sus santos profetas:
71 para salvarnos de nuestros enemigos,
y del poder de cuantos nos odian,
72 manifestando su bondad a nuestros padres
y recordando su alianza sagrada,
73 lo que juró a nuestro padre Abrahán,
que nos concedería,
74 ya liberados del poder enemigo,
lo sirvamos sin temor en su presencia,
75 con santidad y justicia toda la vida.

---

que refrenda María y lo explicita mejor en su canto que la tradición consagró como el «Magnificat». En él, Lucas constata cómo mientras los grandes y poderosos se esfuerzan por conducir la historia bajo los criterios del poder, del tener y del dominio, dejando de lado una estela de empobrecidos, de marginados y excluidos, Dios va realizando su acción en el mundo, justamente a través de estas «sobras» que deja la sociedad estructuralmente injusta; por esto precisamente, el cántico de María es revolucionario, porque al reflejar las convicciones de un alma libre y liberada invita también a una auténtica liberación, liberación de unas estructuras injustas que por y en nombre de Dios mantienen al pueblo sumido en la discriminación, el hambre y el abandono.

Lucas pone en labios de María lo que todo creyente de corazón sencillo no solamente debe proclamar con sus labios, sino realizar también a través de su esfuerzo y su lucha de cada día; es una invitación a no continuar «tragándose» el cuento de que una sociedad tan injusta como la de María –y como la de nosotros– sea el reflejo de algún designio o querer de Dios; y lo que es más revolucionario todavía, el Magnificat revela una imagen de Dios completa y absolutamente diferente a la imagen de Dios que manejan los opresores.

Lástima que el Magnificat haya perdido, no se sabe desde cuándo, esa fuerza liberadora inicial convirtiéndose en un cántico a la resignación y a la espera pasiva de unos cambios y de unas intervenciones divinas a favor de los pobres, de los hambrientos y humillados que no se sabe cuándo se van a dar, pero que «hay que esperar»; mas ése no fue el sentido original. Es cierto que Dios intervendrá a favor de los humildes y marginados, pero sólo cuando nosotros con nuestro esfuerzo, con nuestra lucha, comencemos a «preparar» esa intervención.

1,57-80 Nacimiento de Juan el Bautista. Con el nacimiento de Juan, Lucas quiere demostrar el cumplimiento de las palabras del ángel a Zacarías: que Isabel, la estéril daría a luz un hijo, que se llamaría Juan, y que muchos se alegrarían con su nacimiento (1,13s); y otra promesa más: Juan sería lleno del Espíritu Santo desde el vientre de su madre (1,15c), lo cual se ha cumplido con el movimiento del niño en el vientre de Isabel cuando es visitada por María (1,41-44).

76 Y a ti, niño, te llamarán profeta del Altísimo,
porque caminarás delante del Señor,
preparándole el camino;
77 anunciando a su pueblo la salvación
por el perdón de los pecados.
78 Por la entrañable misericordia de nuestro Dios,
nos visitará desde lo alto un amanecer
79 que ilumina a los que habitan en tinieblas
y en sombras de muerte,
que endereza nuestros pasos
por un camino de paz.

80 El niño crecía, se fortalecía espiritual-
mente y vivió en el desierto hasta el día en
que se presentó a Israel.

Nacimiento de Jesús
(cfr. Mt 1,18–2,12)

2 1 Por entonces se promulgó un decre-
to del emperador Augusto que orde-
naba a todo el mundo inscribirse en un cen-
so. 2 Éste fue el primer censo, realizado
siendo Quirino gobernador de Siria. 3 Acu-
dían todos a inscribirse, cada uno en su ciu-
dad. 4 José subió de Nazaret, ciudad de Ga-
lilea, a la Ciudad de David en Judea, lla-
mada Belén –pues pertenecía a la Casa y
familia de David–, 5 a inscribirse con María,
su esposa, que estaba embarazada.
6 Estando ellos allí, le llegó la hora del
parto 7 y dio a luz a su hijo primogénito. Lo
envolvió en pañales y lo acostó en un pe-
sebre, porque no habían encontrado sitio
en la posada.

(cfr. Mt 2,1-12)

8 Había unos pastores en la zona que
cuidaban por turnos los rebaños a la intem-
perie. 9 Un ángel del Señor se les presentó.
La gloria del Señor los cercó de resplandor
y ellos sintieron un gran temor. 10 El ángel
les dijo:
—No teman. Miren, les doy una Buena
Noticia, una gran alegría para todo el pue-
blo: 11 Hoy les ha nacido en la Ciudad de
David el Salvador, el Mesías y Señor. 12 Es-
to les servirá de señal: encontrarán un niño
envuelto en pañales y acostado en un pe-
sebre.
13 Al ángel, en ese momento, se le juntó
otra gran cantidad de ángeles, que alaba-
ban a Dios diciendo:
14 —¡Gloria a Dios en lo alto y en la tie-
rra paz a los hombres amados por él!
15 Cuando los ángeles se fueron al cielo,
los pastores se decían:
—Crucemos hacia Belén, a ver lo que ha
sucedido y nos ha comunicado el Señor.
16 Fueron rápidamente y encontraron a
María, a José y al niño acostado en el pe-
sebre. 17 Al verlo, les contaron lo que les
habían dicho del niño. 18 Y todos los que lo
oyeron se asombraban de lo que contaban

En este contexto tiene lugar el cántico de Zacarías, (67-79) el cual está relacionado con el nacimiento, la circuncisión, la imposición del nombre de Juan y su manifestación pública. Sin embargo, el himno no está dedicado a Juan, no podemos perder de vista que la afirmación más importante de todo el himno se centra en la proclamación del carácter mesiánico de Jesús.

2,1-20 Nacimiento de Jesús. Lucas enmarca el nacimiento de Jesús en unas coordenadas históricas concretas: en un período de dominio romano, y en una coyuntura histórica precisa: la realización de un censo con todo lo que ello implicaba. No interesa si estas coordenadas «históricas» coinciden realmente, lo importante para Lucas y su comunidad es que en un punto de la historia –del tiempo y del espacio– se verifica un nacimiento muy particular: el del Mesías. Lucas hace coincidir este nacimiento en Belén en los mismos días que José y María han realizado un viaje a la pequeña ciudad llamada precisamente «Ciudad de David». Es también muy importante para Lucas señalar las circunstancias materiales en que nace Jesús. Para el evangelista, esto no es circunstancial, se trata de un acto supremo de la voluntad divina, así ha querido Dios que se desarrolle este acontecimiento; prueba de ello es la aparición del ángel a los pastores, el anuncio exclusivo del nacimiento de alguien que ya Lucas presenta como «Salvador», «Mesías» y «Señor»; el coro celestial y la movilización de ellos hasta donde está María para adorar al niño.

Pese a la humildad del cuadro en el pesebre, hay algo que le da a todo el ambiente una luminosidad y

los pastores. 19 Pero María conservaba y
meditaba todo en su corazón.
20 Los pastores se volvieron glorificando y
alabando a Dios por todo lo que habían oído
y visto; tal como se lo habían anunciado.

Circuncisión y presentación de Jesús

21 Al octavo día, al tiempo de circun-
cidarlo, le pusieron por nombre Jesús,
como lo había llamado el ángel antes de
que fuera concebido.
22 Y, cuando llegó el día de su purifica-
ción, 23 de acuerdo con la ley de Moisés, lo
llevaron a Jerusalén para presentárselo al
Señor, como manda la ley del Señor: *Todo
primogénito varón será consagrado al Se-
ñor;* 24 además ofrecieron el sacrificio que
manda la ley del Señor: *un par de tórtolas o
dos pichones.*

Bendición de Simeón

25 Había en Jerusalén un hombre llama-
do Simeón, hombre honrado y piadoso,
que esperaba la liberación de Israel y se
guiaba por el Espíritu Santo. 26 Le había co-
municado el Espíritu Santo que no moriría
sin antes haber visto al Mesías del Señor.
27 Conducido, por el mismo Espíritu, se di-
rigió al templo. Cuando los padres introdu-
cían al niño Jesús para cumplir con él lo
mandado en la ley, 28 Simeón lo tomó en
brazos y bendijo a Dios diciendo:

29 Ahora, Señor, según tu palabra,
puedes dejar que tu sirviente muera en paz
30 porque mis ojos han visto a tu salvación,
31 que has dispuesto
ante todos los pueblos
32 como luz para iluminar a los paganos
y como gloria de tu pueblo Israel.

33 El padre y la madre estaban admi-
rados de lo que decía acerca del niño.
34 Simeón los bendijo y dijo a María, la
madre:
—Mira, este niño está colocado de modo
que todos en Israel o caigan o se levanten;
será signo de contradicción 35 y así se ma-
nifestarán claramente los pensamientos de
todos. En cuanto a ti, una espada te atra-
vesará el corazón.

Alabanza de Ana

36 Estaba allí la profetisa Ana, hija de
Fanuel, de la tribu de Aser. Era de edad
avanzada, casada en su juventud había vi-
vido con su marido siete años, 37 desde en-
tonces había permanecido viuda y tenía
ochenta y cuatro años. No se apartaba del
templo, sirviendo noche y día con oracio-
nes y ayunos. 38 Se presentó en aquel mo-
mento, dando gracias a Dios y hablando del

---

una espectacularidad especial: la alegría de todos, lo cual motiva a la glorificación y la alabanza a Dios; y en medio de todo, Lucas resalta otro detalle: todo esto, María lo medita y lo conserva en su corazón (19).

2,21-40 Circuncisión y presentación de Jesús – Bendición de Simeón – Alabanza de Ana – De vuelta a Nazaret. Los padres de Jesús, fieles a las tradiciones de su pueblo y a lo mandado por el Señor, cumplen con tres ritos establecidos por la Ley: la circuncisión del niño a los ocho días de nacido (Lv 12,3; cfr. Gn 17,10-14), momento en el cual se le imponía el nombre a la criatura; la presentación en el Templo por tratarse del primogénito varón (Éx 13,2.12.15) y la purificación de la madre.

Mediante la circuncisión, el varón israelita queda incorporado al pueblo de la alianza; se trata por tanto de un sello, una marca en la carne como señal de pertenencia.

La presentación del primogénito varón tenía como finalidad consagrar a todos los primogénitos al Señor según el criterio de que todo primer fruto, tanto de humanos como de animales y vegetales, pertenece al Señor (Éx 13,2).

Por último la purificación establecida por el Levítico apuntaba directamente a la pureza ritual y cultual, nada tenía que ver con el aspecto moral.

Estas «diligencias» en Jerusalén sirven de marco a Lucas para llevar más lejos el efecto de la presentación del niño. No se trata simplemente de mostrar a los padres de Jesús cumpliendo con las normas y preceptos del Señor o de demostrar que ya desde su infancia Jesús quedó inserto en el pueblo de la alianza y de las promesas, sino más bien de subrayar el profundo significado que tiene Jesús para el pueblo, en esta ocasión lo pone en labios de Simeón (28-35) y de Ana (36-38).

niño a cuantos esperaban la liberación de
Jerusalén.

De vuelta a Nazaret

39 Cumplidos todos los preceptos de la
ley del Señor, se volvieron a Galilea, a su
ciudad de Nazaret. 40 El niño crecía y se for-
talecía, llenándose de sabiduría; y el favor
de Dios lo acompañaba.

El niño Jesús en el Templo

41 Para la fiesta de Pascua iban sus pa-
dres todos los años a Jerusalén. 42 Cuando
cumplió doce años, subieron a la fiesta se-
gún costumbre. 43 Al terminar ésta, mien-
tras ellos se volvían, el niño Jesús se quedó
en Jerusalén, sin que sus padres lo supie-
ran. 44 Pensando que iba en la caravana, hi-
cieron un día de camino y se pusieron a
buscarlo entre los parientes y los conoci-
dos. 45 Al no encontrarlo, regresaron a bus-
carlo a Jerusalén. 46 Luego de tres días lo
encontraron en el templo, sentado en me-
dio de los doctores de la ley, escuchándolos
y haciéndoles preguntas. 47 Y todos los que
lo oían estaban maravillados ante su inteli-
gencia y sus respuestas. 48 Al verlo, se que-
daron desconcertados, y su madre le dijo:
—Hijo, ¿por qué nos has hecho esto?
Mira que tu padre y yo te buscábamos an-
gustiados.
49 Él replicó:
—¿Por qué me buscaban? ¿No sabían
que yo debo estar en los asuntos de mi
Padre?
50 Ellos no entendieron lo que les dijo.
51 Regresó con ellos, fue a Nazaret y siguió
bajo su autoridad. Su madre guardaba to-
das estas cosas en su corazón.
52 Jesús crecía en [el] saber, en estatu-
ra y en gracia delante de Dios y de los
hombres.

Juan el Bautista

3 1 El año quince del reinado del empe-
rador Tiberio, siendo gobernador de
Judea Poncio Pilato, tetrarca de Galilea He-
rodes, su hermano Felipe tetrarca de Iturea
y Traconítida, y Lisanio tetrarca de Abilene,
2 bajo el sumo sacerdocio de Anás y Caifás,
la Palabra del Señor se dirigió a Juan, hijo
de Zacarías, en el desierto.

(Mt 3,1-3; Mc 1,2-4; cfr. Jn 1,19-23)

3 Juan recorrió toda [la] región del río
Jordán predicando un bautismo de arre-
pentimiento para perdón de los pecados,
4 como está escrito en el libro del profeta
Isaías:

Una voz grita en el desierto:
Preparen el camino al Señor,
enderecen sus senderos.
5 *Todo barranco se rellenará,*
montes y colinas se aplanarán,
lo torcido se enderezará
y lo disparejo será nivelado
6 *y todo mortal*
verá la salvación de Dios.

(Mt 3,7-10)

7 A la multitud que había salido a que la
bautizara le decía:
—¡Raza de víboras! ¿Quién les ha ense-
ñado a escapar de la condena que llega?
8 Muestren frutos de un sincero arrepenti-
miento y no se conformen con decir: Nues-
tro padre es Abrahán; pues yo les digo que
de estas piedras puede sacar Dios hijos

2,41-52 El niño Jesús en el Templo. La centralidad de este relato está en el doble diálogo entre Jesús y los ancianos del templo y el de Jesús con sus padres. La ocasión sirve para que Lucas defina dos cosas, una: la paternidad divina de Jesús, primeras palabras de Jesús en el evangelio de Lucas, «mi Padre»; y segunda: la declaración por parte de Jesús del destino que dará a su vida: «los asuntos de mi Padre». Aunque ésta no es precisamente la ocasión para que Jesús se lance a su ministerio público, ya Lucas anticipa desde aquí lo que moverá a su protagonista a la acción: los asuntos del Padre, su plan o proyecto: su reinado. Nadie entiende nada, nadie discute nada, ni siquiera sus propios padres; María guardaba todo esto en su corazón; algún día entenderá… por lo pronto, queda un primer pincelazo del modelo de discípulo dócil a la Palabra que Lucas quiere presentar desde la imagen de María; pero por ahora regresan a Nazaret donde Jesús seguirá creciendo «en el saber, en estatura y en gracia delante de Dios y de los hombres» (52).

3,1-20 Juan el Bautista – Encarcelamiento de Juan el Bautista. Para Lucas es muy importante resaltar el momento histórico, concreto, en el cual la Palabra del Señor se dirige a Juan y la obediencia y disponibilidad que el Bautista tiene a esa Palabra.

Inmediatamente comienza a recorrer la cuenca del Jordán predicando un bautismo de conversión.

Así, Lucas inserta a Juan en la línea de los profetas antiguos para dejar por sentado que en Juan, el último de los profetas, Dios está ofreciendo una oportunidad

para Abrahán. 9 El hacha ya está apoyada
en la raíz del árbol: árbol que no produzca
frutos buenos será cortado y arrojado al
fuego.
10 Entonces le preguntaba la multitud:
—¿Qué debemos hacer?
11 Les respondía:
—El que tenga dos túnicas, dé una al
que no tiene; otro tanto el que tenga co-
mida.
12 Fueron también algunos recaudado-
res de impuestos a bautizarse y le pregun-
taban:
—Maestro, ¿qué debemos hacer?
13 Él les contestó:
—No exijan más de lo que está ordenado.
14 También los soldados le preguntaban:
—Y nosotros, ¿qué debemos hacer?
Les contestó:
—No maltraten ni denuncien a nadie y
conténtense con su sueldo.

(Mt 3,11; Mc 1,7s; cfr. Jn 1,24-28)

15 Como el pueblo estaba a la expectati-
va y todos se preguntaban por dentro si
Juan no sería el Mesías, 16 Juan se dirigió a
todos:
—Yo los bautizo con agua; pero viene
uno con más autoridad que yo, y yo no soy
digno para soltarle la correa de sus sanda-
lias. Él los bautizará con Espíritu Santo y
fuego.

(Mt 3,12)

17 Ya empuña la horquilla para limpiar su
cosecha y reunir el trigo en el granero, y
quemará la paja en un fuego que no se apa-
ga. 18 Con otras muchas palabras anuncia-
ba al pueblo la Buena Noticia.

Encarcelamiento de Juan el Bautista
(Mt 14,3-5; Mc 6,17-20)

19 El tetrarca Herodes, a quien Juan le
había echado en cara el que conviviera con
su cuñada Herodías, además, de otros crí-
menes cometidos, 20 llegó al colmo, me-
tiendo a Juan en la cárcel.

Bautismo de Jesús
(Mt 3,13-17; Mc 1,9-11; cfr. Jn 1,29-34)

21 Todo el pueblo se bautizaba y también
Jesús se bautizó; y mientras oraba, se abrió
el cielo, 22 bajó sobre él el Espíritu Santo en
forma de paloma y se escuchó una voz del
cielo:
—Tú eres mi Hijo querido, mi predilecto.

Genealogía de Jesús
(cfr. Mt 1,1-17)

23 Cuando Jesús empezó su ministerio
tenía treinta años y pasaba por hijo de
José, que era hijo de Elí, 24 Elí hijo de Ma-
tat, Matat hijo de Leví, Leví hijo de Melquí,
Melquí hijo de Janay, Janay hijo de José,
25 José hijo de Matatías, Matatías hijo de
Amós, Amós hijo de Nahún, Nahún hijo de
Esli, Esli hijo de Nagay, 26 Nagay hijo de

---

más para la conversión; la era del Mesías está próxima y la misión mesiánica no podrá ser asimilada si no hay una disposición interior, un camino «allanado» para recibir al enviado definitivo de Dios.

3,21s Bautismo de Jesús. Lucas omite el diálogo entre Juan y Jesús en el momento del bautismo que sí nos transmite Mateo (Mt 3,13-15), no enfatiza demasiado el hecho en sí del bautismo que por lo visto era masivo; para Lucas, Jesús está limpio de toda mancha pero a pesar de ello se bautiza, no tanto para limpiar sus pecados, sino para prepararse a lo que viene.

Lo importante para él es la teofanía, la manifestación de Dios que parece estar más bien motivada por la oración de Jesús inmediatamente después de bautizarse. Las palabras del Padre que transmite por medio del Espíritu confirman a Jesús como al predilecto y explícitamente queda investido como el enviado, el que había de venir.

La predilección del Padre no es para Lucas un mero gesto de simpatía, si se puede hablar así, se trata de la aprobación que recibe Jesús como el que estará completamente identificado con la voluntad de Dios, una voluntad que no es actual, sino que tiene sus raíces en los orígenes mismos de la Revelación. Dios se reveló desde siempre como un Ser que apuesta a la justicia, a la fraternidad, a la solidaridad, a la vida, y por ahí se definirá también la voluntad y el proyecto de vida de Jesús; así, la manifestación de Dios en este momento es ratificación y declaración de todo su apoyo y respaldo a la misión del Hijo. Jesús enfocará pues, toda su vida, su acción y sus esfuerzos a mantener viva y operante esa confirmación del Padre; pero eso también tiene que ver mucho con el discípulo y con nosotros. En el momento de nuestro bautismo hemos de asumir que también Dios se nos manifiesta y nos confirma como a sus hijos e hijas; pero, a lo largo de nuestra vida, ¿seremos capaces de mantener viva y operante esa confirmación divina?

3,23-38 Genealogía de Jesús. Mientras Mateo en su genealogía de Jesús, arranca desde Abrahán con la intención de mostrar a un Jesús «propiedad» del pueblo judío poniéndolo además en línea con David, Lucas arranca en sentido contrario: empieza por José y retrocede pasando por David y por Abrahán para lle-

Maat, Maat hijo de Matatías, Matatías hijo
de Semeín, Semeín hijo de Josec, Josec
hijo de Jodá, 27 Jodá hijo de Joanán, Joa-
nán hijo de Resá, Resá hijo de Zorobabel,
Zorobabel hijo de Salatiel, Salatiel hijo de
Nerí, 28 Nerí hijo de Melquí, Melquí hijo de
Adí, Adí hijo de Cosán, Cosán hijo de El-
madán, Elmadán hijo de Er, 29 Er hijo de
Jesús, Jesús hijo de Eliezer, Eliezer hijo de
Jorín, Jorín hijo de Matat, Matat hijo de
Leví, 30 Leví hijo de Simeón, Simeón hijo de
Judá, Judá hijo de José, José hijo de Joná,
Joná hijo de Eliacín, 31 Eliacín hijo de Me-
leá, Meleá hijo de Mená, Mená hijo de Ma-
tatá, Matatá hijo de Natán, Natán hijo de
David, 32 David hijo de Jesé, Jesé hijo de
Jobed, Jobed hijo de Booz, Booz hijo de
Salá, Salá hijo de Naasón, 33 Naasón hijo de
Aminadab, Aminadab hijo de Admín, Ad-
mín hijo de Arní, Arní hijo de Esrón, Esrón
hijo de Fares, Fares hijo de Judá, 34 Judá
hijo de Jacob, Jacob hijo de Isaac, Isaac
hijo de Abrahán, Abrahán hijo de Tara, Tara
hijo de Nacor, 35 Nacor hijo de Saruc, Saruc
hijo de Ragau, Ragau hijo de Fálec, Fálec
hijo de Eber, Eber hijo de Salá, 36 Salá hijo
de Cainán, Cainán hijo de Arfaxad, Arfaxad
hijo de Sem, Sem hijo de Noé, Noé hijo de
Lamec, 37 Lamec hijo de Matusalén, Matu-
salén hijo de Henoc, Henoc hijo de Jarec,
Jarec hijo de Maleel, Maleel hijo de Cainán,
38 Cainán hijo de Enós, Enós hijo de Set,
Set hijo de Adán, Adán hijo de Dios.

La prueba en el desierto
(Mt 4,1-11; cfr. Mc 1,12s)

4 1 Jesús, lleno de Espíritu Santo, se
alejó del Jordán y se dejó llevar por el
Espíritu al desierto, 2 donde permaneció
cuarenta días, siendo tentado por el Diablo.
En ese tiempo no comió nada, y al final sin-
tió hambre. 3 El Diablo le dijo:
—Si eres Hijo de Dios, di a esta piedra
que se convierta en pan.
4 Le respondió Jesús:
—Está escrito:
No sólo de pan vive el hombre.
5 Después lo llevó a un lugar muy alto y
le mostró en un instante todos los reinos del
mundo. 6 El Diablo le dijo:
—Te daré todo ese poder y su gloria,
porque a mí me lo han dado y lo doy a
quien quiero. 7 Por tanto, si te postras ante
mí, todo será tuyo.
8 Le replicó Jesús:
—Está escrito:
Al Señor tu Dios adorarás,
a él solo darás culto.
9 Entonces lo condujo a Jerusalén, lo
colocó en la parte más alta del templo y le
dijo:
—Si eres Hijo de Dios, tírate abajo des-
de aquí, 10 porque está escrito:
Ha dado órdenes
a sus ángeles
para que te cuiden

---

gar hasta Adán y de ahí remontarse hasta el mismo Dios. En tal sentido, Lucas no encasilla a Jesús en el pueblo hebreo, en el exclusivo pueblo de la alianza; para Lucas, Jesús es el fruto de un designio divino mucho más amplio, mucho más universal, que tiene sí una concreción en un punto determinado de la historia, del tiempo y del espacio, pero cuya misión y sus efectos van a tener resonancias cósmicas y universales.

4,1-13 La prueba en el desierto. Las tentaciones, tal como las presenta Lucas, están en relación directa con la vocación mesiánica de Jesús, vocación que no se puede desligar del ambiente histórico, socio-político, religioso y económico de la época de Jesús ni de las expectativas, los sueños y las esperanzas mesiánicas que venían madurando de tiempo atrás en Israel.

En ese ambiente Jesús debe madurar su vocación, su opción de vida, ¿cómo llevar adelante la tarea mesiánica de la liberación del pueblo?, ¿cómo revelar a la gente la verdadera imagen de un Dios que ama a todos pero que por encima de todo ama más a los desposeídos, los humildes, los sencillos y cómo hacerles ver que el actual orden de cosas no es el que Dios quiere para sus hijos e hijas? Las tentaciones de Jesús no sólo no pudieron ser tres, que se definieron, además, de una forma muy fácil y rápida, sino que fueron muchas las dudas, las alternativas facilistas que se le habría ocurrido para realizar su misión.

Sin embargo, en medio de muchas de esas alternativas facilistas, Jesús optó por el camino más difícil pero seguro: contando con y respetando la libertad y dignidad humana. La instauración del reino será para Jesús el eje fundamental de su misión, y eso no es compatible con ningún mesianismo barato; el Mesías debe respetar la libertad y dignidad humana y eso implica sufrimiento, incomprensión, dolor, entrega y servicio constante.

Con esto quedan descalificadas todas las demás manifestaciones mesianistas, que a pesar de todo siguieron surgiendo ya desde los primeros tiempos del cristianismo hasta hoy. Nada más contrario a la opción

11 *y te llevarán en sus manos,*
para que tu pie
no tropiece en la piedra.

12 Le respondió Jesús:

—Está dicho:

No pondrás a prueba
al Señor, tu Dios.

13 Concluida la tentación, el Diablo se alejó de él hasta otra ocasión.

Comienza su proclamación
(Mt 4,12.17; Mc 1,14s)

14 Impulsado por el Espíritu, Jesús volvió a Galilea, y su fama se extendió por toda la región. 15 Enseñaba en sus sinagogas, y era respetado por todos.

En la sinagoga de Nazaret
(Mt 13,53-58; Mc 6,1-6)

16 Fue a Nazaret, donde se había criado, y según su costumbre entró un sábado en la sinagoga y se puso en pie para hacer la lectura. 17 Le entregaron el libro del profeta Isaías. Lo abrió y encontró el texto que dice:

18 *El Espíritu del Señor está sobre mí,*
porque él me ha ungido
para que dé
la Buena Noticia a los pobres;
me ha enviado a anunciar
la libertad a los cautivos
y la vista a los ciegos,
para poner en libertad a los oprimidos,
19 *para proclamar*
el año de gracia del Señor.

20 Lo cerró, se lo entregó al ayudante y se sentó. Toda la sinagoga tenía los ojos fijos en él. 21 Él empezó diciéndoles:

—Hoy, en presencia de ustedes, se ha cumplido este pasaje de la Escritura.

22 Todos lo aprobaban, y estaban admirados por aquellas palabras de gracia que salían de su boca. Y decían:

—Pero, ¿no es éste el hijo de José?

23 Él les contestó:

—Seguro que me dirán aquel refrán: *médico, sánate a ti mismo.* Lo que hemos oído que sucedió en Cafarnaún, hazlo aquí, en tu ciudad.

24 Y añadió:

—Les aseguro que ningún profeta es aceptado en su patria. 25 Ciertamente, les digo que había muchas viudas en Israel en tiempo de Elías, cuando el cielo estuvo cerrado tres años y medio y hubo una gran carestía en todo el país. 26 A ninguna de ellas fue enviado Elías, sino *a una viuda de Sarepta en Sidonia*. 27 Muchos leprosos había en Israel en tiempo del profeta Eliseo; pero ninguno fue sanado, sino Naamán el sirio.

28 Al oírlo, todos en la sinagoga se indignaron. 29 Levantándose, lo sacaron fuera de la ciudad y lo llevaron a un barranco del monte sobre el que estaba edificada la ciudad, con intención de despeñarlo. 30 Pero él, abriéndose paso entre ellos, se alejó.

Enseña y exorciza en Cafarnaún
(Mc 1,21-28)

31 Bajó a Cafarnaún, ciudad de Galilea, y los sábados enseñaba a la gente. 32 Estaban asombrados de su enseñanza porque hablaba con autoridad.

33 Había en la sinagoga un hombre poseído por el espíritu de un demonio inmundo, que se puso a gritar:

---

mesiánica de Jesús que esas exaltaciones, brincos, gritos y palmas con que se pretende hacer creer que así se atraerá su poder. Si aún sentimos que nuestro compromiso cristiano nos impulsa a una actualización de la mesianidad de Jesús, es necesario volver a este relato de las tentaciones y hacer la experiencia de oración y desierto al estilo de Jesús para definir el camino por el cual nosotros llevaremos a cabo la misión que como cristianos tenemos: hacer vida el Evangelio.

4,14-30 Comienza su proclamación – En la sinagoga de Nazaret. Es importante tener en cuenta que aquí, según el relato lucano, el Espíritu Santo y la Palabra son la chispa que enciende el fuego de la misión de Jesús. Pero Lucas no se queda sólo en la importancia de la Palabra que adquiere en Jesús esas características de concreción y cumplimiento; hay otros aspectos que siempre estarán presentes en la vida de Jesús y que Lucas pone en esta primera escena del ministerio público: el rechazo a Jesús y a su palabra. Rechazo que comenzó siendo simpatía y admiración (22) pero que se torna en hostilidad suscitada por la duda sobre su persona: «¿no es éste el hijo de José?», y sobre su poder (23); sus paisanos intentan eliminarlo (28s), lo cual da pie a Jesús para dejar claro que si ellos rechazan su propuesta y su misión, de todos modos otros, que no son israelitas, estarán dispuestos a aceptarlo; para ello se vale de la evocación de Elías y de Eliseo que realizaron signos divinos entre paganos y lograron mejores frutos (24-27).

4,31-37 Enseña y exorciza en Cafarnaún. Hay un enfrentamiento verbal entre Jesús y el espíritu inmundo, y hay que asumir que la hostilidad del espíritu in-

34 —¿Qué tienes contra nosotros, Jesús
de Nazaret? ¿Has venido a destruirnos? Sé
quién eres: ¡el Consagrado de Dios!
35 Jesús le increpó diciendo:
—¡Calla y sal de él!
El demonio lo arrojó al medio y salió de
él sin hacerle daño.
36 Se quedaron todos desconcertados y
comentaban entre sí:
—¿Qué significa esto? Manda con autoridad y poder a los espíritus inmundos, y
salen.
37 Su fama se difundió por toda la región.

Sana y exorciza en torno a la casa
(Mt 8,14-16; Mc 1,29-34)

38 Salió de la sinagoga y entró en casa
de Simón. La suegra de Pedro estaba con
fiebre muy alta y le suplicaban que hiciera
algo por ella. 39 Él se inclinó sobre ella, in-
crepó a la fiebre y se le fue. Inmediatamen-
te se levantó y se puso a servirles.
40 Al ponerse el sol, todos los que tenían
enfermos con diversas dolencias se los lle-
vaban. Él ponía las manos sobre cada uno
y los sanaba. 41 De muchos salían demo-
nios gritando: ¡Tú eres el Hijo de Dios! Él
los increpaba y no los dejaba hablar, pues
sabían que era el Mesías.

Oración y misión de Jesús
(Mc 1,35-39)

42 Por la mañana salió y se dirigió a un
lugar despoblado. La multitud lo anduvo
buscando, y cuando lo alcanzaron, lo rete-
nían para que no se fuese. 43 Pero él les
dijo:
—También a las demás ciudades tengo
que llevarles la Buena Noticia del reino de
Dios, porque para eso he sido enviado.
44 Y predicaba en las sinagogas de Judea.

Llama a sus primeros discípulos
(cfr. Mt 4,18-22; Mc 1,16-20; Jn 1,35-51)

5 1 La gente se agolpaba junto a él para
escuchar la Palabra de Dios, mientras
él estaba a la orilla del lago de Genesaret.
2 Vio dos barcas junto a la orilla, los pes-
cadores se habían bajado y estaban la-
vando sus redes. 3 Subiendo a una de las
barcas, la de Simón, le pidió que se aparta-
se un poco de tierra. Se sentó y se puso a
enseñar a la multitud desde la barca.
4 Cuando acabó de hablar, dijo a Simón:
—Navega lago adentro y echa las redes
para pescar.
5 Le replicó Simón:
—Maestro, hemos trabajado toda la no-
che y no hemos sacado nada; pero, ya que
lo dices, echaré las redes.
6 Lo hicieron y capturaron tal cantidad
de peces que reventaban las redes. 7 Hicie-
ron señas a los socios de la otra barca para
que fueran a ayudarlos. Llegaron y llenaron
las dos barcas, que casi se hundían.
8 Al verlo, Simón Pedro cayó a los pies
de Jesús y dijo:
—¡Apártate de mí, Señor, que soy un pe-
cador!

---

mundo se debe a las enseñanzas de Jesús, que no son otras que las que ya había anunciado en la sinagoga de Nazaret: «la Buena Noticia a los pobres, la libertad a los cautivos, la vista a los ciegos, la liberación de los oprimidos y el año de gracia del Señor» (4,18s).

Jesús se enfrenta con una entidad que sabe para donde va su enseñanza y, más aún, le reconoce la autoridad de su palabra y su consagración por parte de Dios (34); el demonio, que puede representar la actitud de cualquier creyente, también es capaz de declarar su fe, conoce a Jesús y puede definirlo como «enviado», «ungido», «Mesías» de Dios (34.41); pero, ¿eso es suficiente?, ¿no tiene que haber un cambio radical de vida desde el momento en que se conoce a Jesús y se escucha su palabra?

4,38-44 Sana y exorciza en torno a la casa – Oración y misión de Jesús. Para Jesús, la persona: hombre y mujer, en toda su integridad, son el lugar único y definitivo donde debe comenzar a tomar forma la realidad del reino. Los pobladores de Cafarnaún quieren retener a Jesús para que no se marche de allí; sin embargo, Jesús tiene que llegar hasta otros lugares porque para eso ha salido, para hacer llegar a todos los pobres la Buena Noticia del reino.

Jesús no es «propiedad» de nadie ni es exclusivo de un grupo o lugar –ésta es otra tentación–, y esa misma actitud la debe tener el discípulo, nunca puede reducir el anuncio del Evangelio a unos cuantos sólo porque ahí «le va bien».

5,1-11 Llama a sus primeros discípulos. Con el signo de la pesca abundante, Jesús plantea a Simón el desafío del llamamiento (vocación).

Simón ha visto en este signo una intervención extraordinaria y sólo se le ocurre una confesión: «¡Apártate de mí, Señor, que soy un pecador!» (8). Dios no aparta de sí al hombre por su condición de pecador. Mientras Simón suplica al Señor que se aleje, Jesús se le acerca más y lo anima con las mismas palabras que usa la Biblia para tranquilizar al hombre cuando ha descubierto la grandeza divina: «no temas».

9 Ya que el temor se había apoderado de
él y de todos sus compañeros por la canti-
dad de peces que habían pescado. 10 Lo
mismo sucedía a Juan y Santiago, hijos de
Zebedeo, que eran socios de Simón. Jesús
dijo a Simón:
—No temas, en adelante serás pescador
de hombres.
11 Entonces, amarrando las barcas, lo
dejaron todo y le siguieron.

Sana a un leproso
(Mt 8,1-4; Mc 1,40-45)

12 Mientras Jesús se encontraba en un
pueblo se presentó un leproso; el cual,
viendo a Jesús, cayó rostro en tierra y le
suplicaba:
—Señor, si quieres, puedes sanarme.
13 Extendió la mano y le tocó, diciendo:
—Lo quiero, queda sano.
Al instante se le fue la lepra.
14 Y Jesús le ordenó:
—No se lo digas a nadie. Ve a presentar-
te al sacerdote y, para que le conste, lleva
la ofrenda de tu sanación establecida por
Moisés.
15 Su fama se difundía, de suerte que
una gran multitud acudía a escucharlo y a
sanarse de sus enfermedades. 16 Pero él se
retiraba a lugares solitarios a orar.

Sana a un paralítico
(Mt 9,1-8; Mc 2,1-12; cfr. Jn 5,1-18)

17 Un día estaba enseñando y entre los
asistentes había unos fariseos y doctores de
la ley llegados de los pueblos de Galilea y
Judea y también de Jerusalén. Él poseía
fuerza del Señor para sanar.
18 Unos hombres, que llevaban en una
camilla a un paralítico, intentaban meterlo
y colocarlo delante de Jesús. 19 Como no
encontraban por donde meterlo, a causa
del gentío, subieron a la azotea y, por el te-
jado, lo descolgaron con la camilla ponién-
dolo en medio, delante de Jesús.
20 Viendo su fe, le dijo:
—Hombre, tus pecados te son perdo-
nados.
21 Los fariseos y los letrados se pusieron
a discurrir:
—¿Quién es éste, que dice blasfemias?
¿Quién, fuera de Dios, puede perdonar pe-
cados?
22 Jesús, leyendo sus pensamientos, les
respondió:
—¿Qué están pensando? 23 ¿Qué es más
fácil? ¿Decir: se te perdonan los pecados, o
decir: levántate y camina? 24 Pero para que
sepan que el Hijo del Hombre tiene autori-
dad en la tierra para perdonar pecados

Simón Pedro y sus compañeros, a pesar de su condición, son invitados a confiar en la Palabra y a ser multiplicadores de esa Palabra en cuyo nombre obtendrán pescas abundantes, no ya de peces sino de hombres (10).

5,12-16 Sana a un leproso. La palabra y los gestos de Jesús rescatan al excluido, al marginado, y lo incorporan de nuevo como persona útil y necesaria en la comunidad.

En la nueva comunidad no puede haber marginados ni excluidos so riesgo de contradecir la misión de Jesús, que es el rescate y la recuperación de todos.

El versículo 16 nos presenta a un Jesús consecuente con su decisión de no hacer de su misión un mesianismo exaltado; pese a su fama y al gentío que lo asedia, Él se aparta a lugares solitarios a orar.

5,17-26 Sana a un paralítico. Lo primero que llama la atención en este pasaje es la clase de auditorio que escucha a Jesús: fariseos y doctores de la Ley venidos de Galilea, de Judea y de Jerusalén, prácticamente toda la nación judía está aquí representada. La ambientación es intencional porque aquí se va a definir de manera «oficial» la distancia que existe entre la actividad de Jesús y el papel de estas autoridades del judaísmo.

Por una parte Jesús «poseía fuerza del Señor para sanar» (17b), y en segundo lugar, por el desarrollo de la escena, Jesús se da a conocer ante estas autoridades como el Hijo del Hombre que tiene autoridad en la tierra para perdonar pecados (24), una atribución que es exclusiva de Dios según la doctrina de los fariseos y letrados.

Éste es apenas el inicio de las confrontaciones y ataques que va a tener que enfrentar Jesús durante toda su vida pública por parte del judaísmo oficial, confrontación que terminará con la cruz. El camino de la cruz no comienza propiamente en el pretorio el día en que Jesús fue sentenciado a muerte, ese camino tiene su origen en el momento mismo en que Él comienza a poner en marcha los efectos concretos del año de gracia del Señor. Dichos efectos sólo son palpables desde el plano de la fe. Casi todos los críticos están de acuerdo en que este pasaje no es estrictamente una narración de milagro, sino más bien una enseñanza del evangelista sobre el poder y los alcances de la fe.

Para aceptar a Jesús hay que salir de la postración y abrirse a Él de tal modo que aun sin confesar nuestros pecados –el paralítico no se confiesa– nos sintamos perdonados y acogidos por Él para comenzar de nuevo.

–dijo al paralítico–, yo te digo: levántate,
carga con tu camilla y vuelve a tu casa.
25 Al instante se levantó delante de to-
dos, cargó con lo que había sido su cami-
lla, y se fue a su casa dando gloria a Dios.
26 El asombro se apoderó de todos y daban
gloria a Dios; sobrecogidos decían:
—Hoy hemos visto cosas increíbles.

Llama a Leví:
comparte la mesa con pecadores
(Mt 9,9-13; Mc 2,13-17)

27 Al salir vio a un recaudador de im-
puestos, llamado Leví, sentado junto a la
mesa de recaudación de los impuestos. Le
dijo:
—Sígueme.
28 Dejándolo todo, se levantó y le siguió.
29 Leví le ofreció un gran banquete en su
casa. Había un gran número de recaudado-
res de impuestos y otras personas sentados
a la mesa con ellos.
30 Los fariseos y letrados murmuraban y
preguntaban a los discípulos:
—¿Cómo es que comen y beben con re-
caudadores de impuestos y pecadores?
31 Jesús les replicó:
—No tienen necesidad del médico los
que tienen buena salud, sino los enfermos.
32 No vine a llamar a justos, sino a pecado-
res para que se arrepientan.

Sobre el ayuno
(Mt 9,14-17; Mc 2,18-22)

33 Ellos le dijeron:
—Los discípulos de Juan ayunan con
frecuencia y hacen sus oraciones, y lo mis-
mo hacen los discípulos de los fariseos; en
cambio los tuyos comen y beben.
34 Jesús les contestó:
—¿Pueden los invitados a la boda hacer
ayuno mientras el novio está con ellos?
35 Llegará un día en que el novio les será
quitado, y aquel día ayunarán.
36 Y les propuso una comparación:
—Nadie corta un trozo de un vestido
nuevo para remendar uno viejo. Porque se-
ría arruinar el nuevo, y el trozo nuevo no
quedará bien con el vestido viejo. 37 Nadie
echa vino nuevo en odres viejos; pues el
vino nuevo reventaría los odres, se derra-
maría y los odres se echarían a perder.
38 El vino nuevo se ha de echar en odres
nuevos. 39 Nadie que ha bebido el vino vie-
jo quiere vino nuevo; porque dice: el añejo
es mejor.

Sobre el sábado
(Mt 12,1-8; Mc 2,23-28)

6 1 Un sábado cuando atravesaba unos
campos de trigo, sus discípulos arran-
caban espigas, las frotaban con las manos
y comían el grano.
2 Unos fariseos les dijeron:
—¿Por qué hacen en sábado una cosa
prohibida?
3 Jesús les contestó:
—¿No han leído lo que hizo David con
sus compañeros cuando estaban ham-
brientos? 4 Entró en la casa de Dios, tomó
los panes consagrados, que pueden comer
sólo los sacerdotes, comió y los compartió
con sus compañeros.

La Ley y la sabiduría aquí se revelan como algo que no es indispensable, lo verdaderamente indispensable es la fe.

5,27-32 Llama a Leví: comparte la mesa con pecadores. Mientras Jesús va «perdiendo puntos» con el judaísmo oficial por sus palabras y acciones que realiza, va ganando, sin embargo, en la tarea de instauración del reinado de Dios; mientras va perdiendo su propia vida frente a los que pueden matar el cuerpo (Mt 10,28), va ganando vida cada vez que personas como las que lo acompañan en la mesa se convierten y se abren a este acontecimiento nuevo, que es la presencia del Novio (34s), del reino, que subvierte absolutamente todo el orden establecido, mantenido por un frío legalismo de los fariseos y doctores de la ley.

5,33-39 Sobre el ayuno. El Mesías ya está en medio del pueblo, y sólo los que lo aceptan como tal celebran esa presencia como un banquete permanente; ésta es la clave para entender las comparaciones que propone Jesús respecto a la novedad de su persona y de su obra (36-39): una realidad tan novedosa como la misión de Jesús que empieza por acoger a los excluidos, marginados y pecadores, y que no encaja con las expectativas tan rígidas y tan anquilosadas de la religiosidad de los principales escribas y fariseos.

6,1-5 Sobre el sábado. Nada que no esté en favor de la vida, así se haga en nombre del mismo Dios, puede contradecir la opción por la vida (1-4). El versículo 5 establece el señorío de Jesús sobre el sábado. Y en efecto, el señorío de Jesús lo lleva a actuar con toda libertad tanto en el espacio: la sinagoga, como en el tiempo: el sábado. Ahora, esa libertad de Jesús no combina con la no-libertad en que viven el hombre y la mujer de su tiempo, completamente paralíticos por el rigorismo de una ley que es libertad en su esencia, pero paralizante en su interpretación y práctica.

5 Y añadió:
—El Hijo del Hombre es Señor del sábado.

Sana en sábado
(Mt 12,9-14; Mc 3,1-6)

6 Otro sábado entró en la sinagoga a en-
señar. Había allí un hombre que tenía la
mano derecha paralizada. 7 Los letrados y
los fariseos lo espiaban para ver si sanaba
en sábado, para tener algo de qué acusar-
lo. 8 Él, leyendo sus pensamientos, dijo al
hombre de la mano paralizada:
—Levántate y ponte de pie en medio.
Él se puso en pie. 9 Después se dirigió a
ellos:
—Yo les pregunto qué está permitido en
sábado: ¿Hacer el bien o el mal? ¿Salvar
una vida o destruirla?
10 Después, dirigiendo una mirada a to-
dos, dijo al hombre:
—Extiende la mano.
Lo hizo y la mano quedó sana. 11 Ellos
se pusieron furiosos y discutían qué hacer
con Jesús.

Los Doce
(Mt 10,1-4; Mc 3,13-19)

12 Por aquel tiempo subió a una monta-
ña a orar y se pasó la noche orando a Dios.
13 Cuando se hizo de día, llamó a los dis-
cípulos, eligió entre ellos a doce y los llamó
apóstoles: 14 Simón, a quien llamó Pedro;
Andrés, su hermano; Santiago y Juan; Fe-
lipe y Bartolomé; 15 Mateo y Tomás; San-
tiago hijo de Alfeo y Simón el rebelde;
16 Judas hijo de Santiago y Judas Iscariote,
el traidor.

Una gran multitud se le acerca
(Mc 3,7-12)

17 Bajó con ellos y se detuvo en un llano.
Había un gran número de discípulos y un
gran gentío del pueblo, venidos de toda Ju-
dea, de Jerusalén, de la costa de Tiro y Si-
dón, 18 para escucharlo y sanarse de sus
enfermedades. Los atormentados por es-
píritus inmundos quedaban sanos, 19 y toda
la gente intentaba tocarlo, porque salía de
él una fuerza que sanaba a todos.

6,6-11 Sana en sábado. Si la primera infracción está en relación con la necesidad del alimento, esta segunda está en relación con la necesidad de la movilidad de todo el cuerpo, como signo también de una libertad de movimiento físico, psíquico y espiritual. El sábado con sus 39 normas para el «correcto» cumplimiento, mas los 613 mandatos derivados de la genuina Ley mosaica, hacía de los contemporáneos de Jesús un cuerpo incapaz de moverse con libertad, y eso principalmente es lo que quiere sanar Jesús. Para quienes vieron las cosas así, Jesús es Señor de vida, pero para los rigoristas, Jesús es alguien que preocupa, alguien que atenta contra lo establecido y por eso «discutían qué hacer con Jesús» (11). Bien hubiera podido esperar Jesús hasta la caída del sol (cfr. 4,40) momento en que termina el sábado para restablecer la mano del hombre; sin embargo, consecuente con su opción por la vida, lo hace ya, porque el reino ya está operando y porque también el sábado como institución tiene que ser restablecido.

6,12-16 Los Doce. Jesús va a elegir a doce discípulos y antes de ello pasa toda la noche en oración, comunicándose con Dios. El número doce contiene un valor simbólico: la nación israelita se había conformado desde sus inicios por doce tribus y al parecer Jesús quiere conformar un «nuevo pueblo» capacitado para aceptar y dar testimonio del cumplimiento de las promesas de Dios. El pueblo israelita fue siempre consciente de ser el pueblo de la elección y de las promesas, pero nunca pudo ver en Jesús y su obra ese cumplimiento; sólo quienes aceptan a Jesús pueden dar ese testimonio.

Lucas omite la finalidad de esta elección, por eso tenemos que acudir a su fuente, Marcos, quien explica que Jesús escogió a doce para que convivieran con Él y para enviarlos a predicar con poder para expulsar demonios (Mc 3,13-15). Tal vez Lucas deja para el momento del envío efectivo de los discípulos la explicitación de esta finalidad. Por ahora sólo constata, como los otros dos sinópticos, que Jesús llamó «apóstoles» a estos doce.

La elección la hace Jesús en un momento clave de su ministerio: hasta ahora Lucas ha hecho varias constataciones de las enseñanzas de Jesús en diferentes lugares de Galilea, probablemente muchos ya lo siguen, pero ahora va a tener lugar el anuncio de un plan específico, concreto, para sus seguidores: el discurso del llano que, a pesar de no tener el contenido ni las dimensiones de su equivalente en Mateo (el discurso del monte, Mt 5–7), no por eso deja de ser el proyecto de vida para el discípulo, para el que se arriesgue a seguir a Jesús.

6,17-26 Una gran multitud se le acerca – Sermón del llano: dichosos y desdichados. En cuatro aspectos de la vida humana sintetiza Lucas las bienaventuranzas: la pobreza, el hambre, el llanto (tristeza) y la persecución. La pobreza designa aquí una situación anómala, contraria al querer de Dios, un estado de vida que es fruto de la injusticia; por tanto, cuando Jesús declara bienaventurados a estos pobres, no significa que ellos deben sentirse felices por su situación, sino porque esa pobreza que Dios rechaza tiene que desaparecer con el advenimiento del reino o reinado de Dios, cuya concreción específica es la justicia. No

Sermón del llano: dichosos y desdichados
(Mt 5,1-12)

20 Dirigiendo la mirada a los discípulos, les decía:

Felices los pobres,
porque el reino de Dios les pertenece.
21 Felices los que ahora pasan hambre,
porque serán saciados.
Felices los que ahora lloran,
porque reirán.

22 Felices cuando los hombres los odien,
los excluyan, los insulten y desprecien su
nombre a causa del Hijo del Hombre.
23 Alégrense y llénense de gozo, porque el
premio en el cielo es abundante. Del mismo
modo los padres de ellos trataron a los profetas.

24 Pero, ¡ay de ustedes, los ricos!,
porque ya tienen su consuelo.
25 ¡Ay de ustedes,
los que ahora están saciados!,
porque pasarán hambre.
¡Ay de los que ahora ríen!,
porque llorarán y harán duelo.

26 ¡Ay de ustedes cuando todos los alaben! Del mismo modo los padres de ellos trataron a los falsos profetas.

Amor a los enemigos
(Mt 5,38-48)

27 A ustedes que me escuchan yo les digo:
—Amen a sus enemigos, traten bien a
los que los odian; 28 bendigan a los que los
maldicen, recen por los que los injurian.
29 Al que te golpee en una mejilla, ofrécele

---

olvidemos que uno de los ejes fundamentales del proyecto de Jesús es la proclamación (realización) del año de gracia del Señor cuyo sentido concreto lo tenemos que buscar en el año jubilar o jubileo. Ahora, si estas palabras de Jesús, aparte de ser consoladoras para los pobres, son también un proyecto por realizar, quiere decir que el seguidor de Jesús tiene como tarea hacer que ese reinado de Dios, traducido en categorías de justicia, sea una realidad eficaz para poder sentir el gozo de la presencia del reino.

La pobreza, o mejor el empobrecimiento, trae varias consecuencias: la primera de todas: el hambre; pues bien, también los hambrientos son dichosos porque serán saciados. Si los empobrecidos pueden soñar con un mundo mejor, más justo, por el advenimiento del reino de Dios, también el hambre tendrá que desaparecer, no de un modo mágico, sino como fruto del compromiso de todos en la realización de ese año de gracia, cuya una de sus finalidades es la nivelación social a causa de la condonación de deudas, de la recuperación de los bienes empeñados y del regreso de la propiedad al seno familiar de todos los esclavizados, y esto debe ser algo permanente (cfr. Dt 15,1-11); la otra consecuencia del empobrecimiento son las lágrimas, como símbolo del dolor, la marginación, pero también de la impotencia ante una realidad cada vez más cruel y tormentosa para el empobrecido; en este nuevo orden que tiene que instaurar la presencia del reino, las lágrimas se deben tornar en alegría y gozo.

La lucha y el esfuerzo por lograr este nuevo orden de cosas querido por Dios desde antiguo y puesto por Jesús como criterio primero y fundamental que hace posible la realidad del reino, no se dará de manera «pacífica»; no que Jesús esté pensando en acciones violentas, sino más bien quiere prevenir a sus seguidores de las situaciones violentas, la persecución y el dolor que tendrán que experimentar a manos de quienes se oponen radicalmente a compartir los bienes materiales e inmateriales, culturales y espirituales que poco a poco han arrebatado al pueblo y que obstinadamente retienen como propios y exclusivos.

Casi siempre, por no decir siempre, los acaparadores y sostenedores del orden injusto reaccionan con la fuerza, con la violencia, con la difamación, el encarcelamiento, cuando no con la eliminación física, ¡cuántos casos en nuestras comunidades! Pues bien, a esos también llama Jesús dichosos porque esa persecución y ese rechazo no es gratuito; es el precio que se paga por la lucha y la búsqueda de la justicia y la equidad; sólo quien experimenta estas contradicciones podrá comprender el gozo de estar en sintonía con la preocupación del Padre y de Jesús por la justicia.

Podríamos entender estos ayes como una lamentación de Jesús, pero una lamentación al estilo profético, es decir como una advertencia o amonestación que hace Jesús a los promotores y sostenedores de un orden social absolutamente injusto como el que vive la gente de su tiempo y en general la gente de todas las épocas cuando los bienes de la creación, los bienes de la cultura, la ciencia y de la tecnología son absorbidos por unos cuantos con las consecuencias que todos conocemos: empobrecimiento de las grandes mayorías, hambre, dolor y lágrimas.

Con estos ayes Jesús denuncia esa actitud mezquina de quienes han puesto el sentido de su vida en las posesiones, en los bienes; de quienes se hartan, consumen y consumen ignorando al indigente, de quienes gozan y la pasan bien a costa de los demás; de quienes son objeto de la fama lisonjera, ¿cuál es el sentido de una vida que transcurre de ese modo?

6,27-38 Amor a los enemigos. La propuesta de Jesús, o más que propuesta, el mandato a sus seguidores es la búsqueda de la instauración de una sociedad construida sobre las bases de unas relaciones absolutamente contrarias a las establecidas hasta el presente; una sociedad que puede perfectamente prescindir

la otra, al que te quite el manto no le niegues la túnica; 30 da a todo el que te pide, al que te quite algo no se lo reclames.

31 Traten a los demás como quieren que ellos los traten a ustedes. 32 Si aman a los que los aman, ¿qué mérito tienen? También los pecadores aman a sus amigos. 33 Si hacen el bien a los que les hacen el bien, ¿qué mérito tienen? También los pecadores lo hacen. 34 Si prestan algo a los que les pueden retribuir, ¿qué mérito tienen? También los pecadores prestan para recobrar otro tanto.

35 Por el contrario amen a sus enemigos, hagan el bien y presten sin esperar nada a cambio. Así será grande su recompensa y serán hijos del Altísimo, que es generoso con ingratos y malvados.

36 Sean compasivos como es compasivo el Padre de ustedes.

(Mt 7,1s)

37 No juzguen y no serán juzgados; no condenen y no serán condenados. Perdonen y serán perdonados. 38 Den y se les dará: recibirán una medida generosa, apretada, sacudida y rebosante. Porque con la medida que ustedes midan serán medidos.

Ciego, guía de ciegos

39 Y añadió una comparación:

—¿Podrá un ciego guiar a otro ciego? ¿No caerán ambos en un hoyo?

40 El discípulo no es más que el maestro; cuando haya sido instruido, será como su maestro.

(Mt 7,3-5)

41 ¿Por qué te fijas en la pelusa que está en el ojo de tu hermano y no miras la viga que hay en el tuyo? 42 ¿Cómo puedes decir a tu hermano: Hermano, déjame sacarte la pelusa de tu ojo, cuando no ves la viga del tuyo? ¡Hipócrita!, saca primero la viga de tu ojo y entonces podrás ver claramente para sacar la pelusa del ojo de tu hermano.

El árbol y sus frutos — Roca y arena

(Mt 7,16-27)

43 No hay árbol sano que dé fruto podrido, ni árbol podrido que dé fruto sano. 44 Cada árbol se reconoce por sus frutos. No se cosechan higos de los cardos ni se vendimian uvas de los espinos.

45 El hombre bueno saca cosas buenas de su tesoro bueno del corazón; el malo saca lo malo de la maldad. Porque de la abundancia del corazón habla la boca.

46 ¿Por qué me llaman: ¡Señor, Señor!, si no hacen lo que les digo?

47 Les voy a explicar a quién se parece el que acude a mí, escucha mis palabras y las pone en práctica.

48 Se parece a uno que iba a construir una casa: cavó, ahondó y colocó un cimiento sobre la roca. Vino una crecida, el

---

de su división por clases y a la cual se llega no por la eliminación de las clases dominantes, sino por la eliminación sistemática de las estructuras y sistemas que están a la raíz de la división clasista, y las únicas armas que propone Jesús para la realización de este proyecto de sociedad nueva son el amor, la bendición, empezando por los enemigos, y la oración (27s.32s.35); el perdón activo, entendido como pasar por alto una ofensa a condición de que el agresor tome conciencia del mal que causa, y cambie (29); el compartir generoso como reacción contra la codicia (30); el rechazo decidido a la avaricia y a la usura como causas fundantes del enriquecimiento de unos y empobrecimiento de otros (34s); en una palabra, obrar con los demás como quisiéramos que los demás obraran con nosotros (31).

6,39-49 Ciego, guía de ciegos – El árbol y sus frutos – Roca y arena. En consonancia con la sección anterior, el discípulo está llamado a vivir una vida radicalmente comprometida con la propuesta de Jesús.

A través de la serie de comparaciones de la primera parte de este pasaje, Jesús hace ver que, en su seguimiento, la mediocridad y la falta de autocrítica constituyen el principal obstáculo para la instauración real y efectiva del reino.

Con mucha facilidad, desde los tiempos primitivos hasta hoy, se proclama a Jesús como «Señor, Señor», pero sin ningún compromiso, ni siquiera con el mínimo de sensibilidad por sus exigencias; esos son los que llenan salones, templos y estadios, y gritan a los cuatro vientos su fe en el «poder» de Cristo, pero cuando vienen las exigencias, las renuncias, el testimonio y los compromisos, se desmoronan como la casa que fue construida sobre la arena (49).

Fe, renuncia y compromiso, son tres actitudes que tienen que revelar la fe del discípulo.

7,1-10 Sana al sirviente de un centurión. Lucas quiere enseñar que en Jesús las barreras de la religión desaparecen y que en y desde la fe es posible lograr lo que se le pide a Dios, puesto que Él es Padre de todos.

caudal se precipitó contra la casa, pero no
pudo sacudirla porque estaba bien cons-
truida.
49 En cambio, el que escucha y no las
pone en práctica se parece a uno que cons-
truyó la casa sobre la arena, sin cimiento.
Se precipitó el caudal y la casa se derrum-
bó. Y fue una ruina colosal.

Sana al sirviente de un centurión
(Mt 8,5-13; cfr. Jn 4,46-54)

7 1 Cuando concluyó su discurso al
pueblo, entró en Cafarnaún. 2 Un cen-
turión tenía un sirviente a quien estimaba
mucho, que estaba enfermo, a punto de
morir. 3 Habiendo oído hablar de Jesús, le
envió unos judíos notables a pedirle que
fuese a sanar a su sirviente. 4 Se presenta-
ron a Jesús y le rogaban insistentemente,
alegando que se merecía ese favor:
5 —Ama a nuestra nación y él mismo
nos ha construido la sinagoga.
6 Jesús fue con ellos. No estaba lejos de
la casa, cuando el centurión le envió unos
amigos a decirle:
—Señor, no te molestes; no soy digno de
que entres bajo mi techo. 7 Por eso yo tam-
poco me consideré digno de acercarme a ti.
Pronuncia una palabra y mi muchacho que-
dará sano. 8 Porque también yo tengo un
superior y soldados a mis órdenes. Si le
digo a éste que vaya, va; al otro que venga,
viene; a mi sirviente que haga esto, y lo
hace.
9 Al oírlo, Jesús se admiró y volviéndose
dijo a la gente que le seguía:
—Una fe semejante no la he encontrado
ni en Israel.
10 Cuando los enviados volvieron a casa,
encontraron sano al sirviente.

Resucita al hijo de una viuda

11 A continuación se dirigió a una ciudad
llamada Naín, acompañado de los discípu-
los y de un gran gentío. 12 Justo cuando se
acercaba a la puerta de la ciudad, sacaban
a un muerto, hijo único de una viuda; la
acompañaba un grupo considerable de ve-
cinos. 13 Al verla, el Señor sintió compasión
y le dijo:
—No llores.
14 Se acercó, tocó el féretro, y los porta-
dores se detuvieron.
Entonces dijo:
—Muchacho, yo te lo ordeno, levántate.
15 El muerto se incorporó y empezó a
hablar. Jesús *se lo entregó a su madre*.
16 Todos quedaron sobrecogidos y da-
ban gloria a Dios diciendo:
—Un gran profeta ha surgido entre no-
sotros; Dios se ha ocupado de su pueblo.
17 La noticia de lo que había hecho se di-
vulgó por toda la región y por Judea.

Sobre Juan el Bautista
(Mt 11,2-15)

18 Los discípulos de Juan le informaron
de todos estos sucesos. Juan llamó a dos
de ellos 19 y los envió al Señor a pregun-
tarle:
—¿Eres tú el que había de venir o tene-
mos que esperar a otro?
20 Los hombres se le presentaron y le di-
jeron:
—Juan el Bautista nos ha enviado a pre-
guntarte si eres tú el que había de venir o si
tenemos que esperar a otro.
21 En ese momento Jesús sanó a mu-
chos de enfermedades, achaques y malos
espíritus; y devolvió la vista a muchos
ciegos.

7,11-17 Resucita al hijo de una viuda. Jesús no espera que esta mujer o alguno de los que la acompañan o alguno de los que le siguen le dirija ninguna palabra de intercesión, como en el caso del centurión (4s); Jesús actúa con prontitud y naturalidad, primero consolando: «no llores» (13), luego restituyendo la vida del muchacho, y en un sentido más amplio, restituyendo a la mujer el sentido de su vida: su único hijo. La presencia de Jesús y su palabra no sólo es purificadora, consoladora, sino también que restituye la vida.

7,18-30 Sobre Juan el Bautista. «¿Eres tú el que había de venir o tenemos que esperar a otro?». Ni para Juan ni para muchos de sus seguidores las noticias sobre Jesús encajan con las expectativas mesiánicas de la época, por eso la pregunta directa de Juan desde la cárcel.

La respuesta de Jesús es positiva: los signos que realiza delante de los mensajeros son la prueba de su actividad mesiánica que ya había anunciado en la sinagoga de Nazaret: la proclamación del año de gracia del Señor (4,19), que es una buena noticia para los pobres (22) y que va llevando adelante a pesar del desconcierto y de la oposición de los expertos en religión del pueblo. Sólo quienes no se han cerrado a ver en sus obras la acción de Dios pueden comprender esto, por eso los llama felices o dichosos (23).

22 Después les respondió:
—Vayan a informar a Juan de lo que
han visto y oído: los ciegos recobran la
vista, los cojos caminan, los leprosos que-
dan limpios, los sordos oyen, los muertos
resucitan, los pobres reciben la Buena No-
ticia. 23 Y dichoso el que no tropieza por mi
causa.
24 Cuando se fueron los mensajeros de
Juan, se puso a hablar de él a la multitud:
—¿Qué salieron a contemplar en el des-
ierto? ¿Una caña sacudida por el viento?
25 ¿Qué salieron a ver? ¿Un hombre elegan-
temente vestido? Miren, los que visten con
elegancia y disfrutan de comodidades habi-
tan en palacios reales. 26 Entonces, ¿qué
salieron a ver? ¿Un profeta? Les digo que
sí, y más que profeta.
27 A éste se refiere lo que está escrito:

Mira, envío por delante
a mi mensajero
para que te prepare el camino.

28 Les digo que entre los nacidos de mu-
jer ninguno es mayor que Juan. Y, sin em-
bargo, el último en el reino de Dios es
mayor que él.
29 Todo el pueblo que escuchó y hasta
los recaudadores de impuestos, dieron la
razón a Dios aceptando el bautismo de
Juan; 30 en cambio, los fariseos y los doc-
tores de la ley rechazaron lo que Dios que-
ría de ellos, al no dejarse bautizar por él.

Niños caprichosos
(Mt 11,16-19)

31 ¿Con qué compararé a los hombres
de esta generación? ¿A qué se parecen?
32 Son como niños sentados en la plaza,
que se dicen entre ellos:

Hemos tocado la flauta
y no bailaron,
hemos entonado cantos fúnebres
y no lloraron.

33 Vino Juan el Bautista, que no comía
pan ni bebía vino, y dicen: está endemonia-
do. 34 Vino el Hijo del Hombre, que come y
bebe, y dicen: miren qué comilón y bebe-
dor, amigo de recaudadores de impuestos y
pecadores.
35 Pero la Sabiduría ha sido reconocida
por sus discípulos.

Perdona a la pecadora
(cfr. Mt 26,6-13; Mc 14,3-9; Jn 12,1-8)

36 Un fariseo lo invitó a comer. Jesús en-
tró en casa del fariseo y se sentó a la mesa.
37 En esto, una mujer, pecadora pública, en-
terada de que estaba a la mesa en casa del
fariseo, acudió con un frasco de perfume de
mirra, 38 se colocó detrás, a sus pies, y llo-
rando se puso a bañarle los pies en lágrimas
y a secárselos con el cabello; le besaba los
pies y se los ungía con la mirra. 39 Al verlo,
el fariseo que lo había invitado, pensó: Si
éste fuera profeta, sabría quién y qué clase
de mujer lo está tocando: una pecadora.
40 Jesús tomó la palabra y le dijo:
—Simón, tengo algo que decirte.
Contestó:
—Dilo, maestro.
41 Le dijo:
—Un acreedor tenía dos deudores: uno
le debía quinientas monedas y otro cin-
cuenta. 42 Como no podían pagar, les per-

7,31-35 Niños caprichosos. Cierra este pasaje una comparación que retrata la actitud de los creyentes y su proceso de fe y de aceptación a las señales que Dios envía.

Dios se revela al pueblo a través de sus enviados, el último es Juan, y a pesar de esa sed de Dios, de conocimiento de su voluntad, rechazan a Juan y lo tildan de endemoniado. Dios sigue manifestándose en Jesús, acercándose al pobre, al excluido, al marginado, con un estilo de vida nada espectacular, y también es rechazado por comilón y borracho y por ser amigo de pecadores.

Este pasaje nos invita a ver en cada circunstancia la acción de Dios, nos invita a no encerrarnos en nuestros propios criterios, a recordar siempre que los designios de Dios no coinciden casi nunca con los nuestros; muchas veces quisiéramos que Dios actuara de esta o de aquella manera, pero no es así. Apertura de fe y disponibilidad de corazón es lo que Lucas quiere enseñar a su comunidad y a nosotros con esto.

7,36-50 Perdona a la pecadora. La escena de la mujer que se acerca a Jesús mientras comparte la mesa en casa de un fariseo es el marco perfecto para que Jesús establezca la distancia tan enorme que hay entre el legalismo y la apertura a la experiencia de la novedad del reino.

Jesús enseña una lección muy importante: ni el cumplimiento más riguroso de la Ley, ni las privaciones, ni la «separación» en que viven los piadosos fariseos, ni el sentirse bueno, conmueven a Dios; sólo el amor y el reconocimiento interior de ser pecador atrae la misericordia y el perdón de Dios.

donó a los dos la deuda. ¿Quién de los dos
lo amará más?
43 Contestó Simón:
—Supongo que aquél a quien más le
perdonó.
Le replicó:
—Has juzgado correctamente.
44 Y volviéndose hacia la mujer, dijo a Si-
món:
—¿Ves esta mujer? Cuando entré en tu
casa, no me diste agua para lavarme los
pies; ella me los ha bañado en lágrimas y
los ha secado con su cabello. 45 Tú no me
diste el beso de saludo; desde que entré,
ella no ha cesado de besarme los pies. 46 Tú
no me ungiste la cabeza con perfume; ella
me ha ungido los pies con mirra. 47 Por eso
te digo que se le han perdonado numerosos
pecados, por el mucho amor que demostró.
Pero al que se le perdona poco, poco amor
demuestra.
48 Y a ella le dijo:
—Tus pecados te son perdonados.
49 Los invitados empezaron a decirse en-
tre sí:
—¿Quién es éste que hasta perdona
pecados?
50 Él dijo a la mujer:
—Tu fe te ha salvado. Vete en paz.

Mujeres que siguen a Jesús

8 1 A continuación fue recorriendo ciu-
dades y pueblos proclamando la Bue-
na Noticia del reino de Dios. Lo acompaña-
ban los Doce 2 y algunas mujeres que había
sanado de espíritus inmundos y de enfer-
medades: María Magdalena, de la que ha-
bían salido siete demonios; 3 Juana, mujer
de Cusa, mayordomo de Herodes; Susana
y otras muchas, que los atendían con sus
bienes.

Parábola del sembrador

(Mt 13,1-23; Mc 4,1-20)

4 Se reunió un gran gentío y se añadían
los que iban acudiendo de una ciudad tras
otra. Entonces les propuso una parábola:
5 —Salió el sembrador a sembrar la se-
milla. Al sembrar, unas semillas cayeron
junto al camino; las pisaron y las aves del
cielo se las comieron. 6 Otras cayeron so-
bre piedras; brotaron y se secaron por falta
de humedad. 7 Otras cayeron entre espinos,
y al crecer los espinos con ellas, las ahoga-
ron. 8 Otras cayeron en tierra fértil y dieron
fruto al ciento por uno.
Dicho esto, exclamó:
—El que tenga oídos que escuche.
9 Los discípulos le preguntaron el senti-
do de la parábola, 10 y él les respondió:
—A ustedes se les concede conocer los
secretos del reino de Dios; pero a los de-
más se les habla en parábolas:

Para que viendo, no vean,
y escuchando, no comprendan.

11 El sentido de la parábola es el si-
guiente:
La semilla es la Palabra de Dios. 12 Lo
que cayó junto al camino son los que escu-
chan; pero enseguida viene el Diablo y les
arranca del corazón la palabra, para que no
crean y se salven.
13 Lo que cayó entre piedras son los que
al escuchar acogen con gozo la palabra,
pero no echan raíces; ésos creen por un
tiempo, pero al llegar la prueba se echan
atrás.
14 Lo que cayó entre espinos son los que
escuchan, pero con las preocupaciones, la
riqueza y los placeres de la vida se van aho-
gando y no maduran.

8,1-3 Mujeres que siguen a Jesús. En Jesús todos los prejuicios contra la mujer han caído, hombre y mujer tienen la misma dignidad, como al principio (Gen 1,27); a ambos Dios los bendijo y les confió la administración, el goce y la humanización de la creación. Con toda razón el reino anunciado e iniciado por Jesús se sale de todo molde, de toda expectativa.

8,4-15 Parábola del sembrador. Se podría pensar que Jesús habla aquí de un sembrador descuidado, ineficiente. Haciendo un balance, es más la semilla que se pierde que la que tiene éxito. Pues ahí está reflejado el punto central que quiere resaltar; lo que Él ha venido experimentando a lo largo de su ministerio: mucha gente, muchos aplausos, mucha admiración, mucha fama, pero, ¿qué? ¿Cuántos están comprometidos con el reino?

La cuestión no está, entonces, en la cantidad, en las manifestaciones masivas de acogida y de aprobación de su propuesta. La cuestión está en la calidad, no importa que sean pocos los que se comprometan en la tarea, lo importante es la radicalidad, la capacidad de entregarse por completo a la tarea de la instauración del reino.

15 Lo que cae en tierra fértil son los que escuchan la palabra con un corazón bien dispuesto, la retienen y dan fruto gracias a su perseverancia.

La luz de la lámpara
(Mc 4,21)

16 Nadie enciende una lámpara y la cubre con una vasija o la mete debajo de la cama, sino que la coloca en el candelero para que los que entran vean la luz.

(Mt 10,26; Mc 4,22)

17 No hay nada encubierto que no se descubra algún día, ni nada escondido que no se divulgue y se manifieste.

(Mt 13,12; 25;29; Mc 4,25)

18 Presten atención y oigan bien: porque al que tiene se le dará y al que no tiene se le quitará aun lo que parece tener.

La madre y los hermanos de Jesús
(Mt 12,46-50; Mc 3,31-35)

19 Se le presentaron su madre y sus hermanos, pero no lograban acercarse por el
gentío. 20 Le avisaron:
—Tu madre y tus hermanos están fuera y quieren verte.
21 Él les replicó:
—Mi madre y mis hermanos son los que escuchan la Palabra de Dios y la cumplen.

Calma una tempestad
(Mt 8,23-27; Mc 4,35-41; cfr. Sal 107,21-30)

22 Uno de aquellos días subió él a una barca con los discípulos y les dijo:
—Vamos a cruzar a la otra orilla del lago.
Zarparon 23 y, mientras navegaban, él se quedó dormido. Se precipitó un temporal sobre el lago, la barca se llenaba de agua y
peligraban. 24 Entonces fueron a despertarlo y le dijeron:
—¡Maestro, que morimos!
Él se despertó e increpó al viento y al oleaje; el lago se apaciguó y sobrevino la calma.
25 Les dijo:
—¿Dónde está la fe de ustedes?
Ellos llenos de temor y admiración se decían:
—¿Quién es éste que da órdenes al viento y al agua, y le obedecen?

Exorciza en Gerasa
(Mt 8,28-34; Mc 5,1-20)

26 Navegaron hasta el territorio de los gerasenos, que queda enfrente de Galilea.
27 Al desembarcar, le salió al encuentro un hombre de la ciudad, que estaba endemoniado. Llevaba bastante tiempo sin ponerse una túnica y no vivía en una casa,
sino en los sepulcros. 28 Al ver a Jesús, dio un grito, se echó ante él y dijo gritando:

8,16-18 La luz de la lámpara. La luz del evangelio y de la fe es dada para comunicarla y compartirla. El que no la comparte acabará perdiéndolo todo, hasta lo que aparenta tener.

8,19-21 La madre y los hermanos de Jesús. En el paralelo de este pasaje (Mc 3,31-35) se puede ver mucho más claramente que también María tiene que hacer un discernimiento profundo y radical para seguir a Jesús.

Su primacía en el grupo de seguidores no se la asegura el mero parentesco; ella tiene que ganarse el título de seguidora también a base de fe y de renuncia y de superar el legalismo para ponerse al servicio de la Palabra, y en ese sentido participar de la fraternidad universal que inauguran Jesús y su Evangelio.

El contexto, en cambio, en el que Lucas ubica este relato, es la parábola del sembrador y la semilla. Lucas presenta como un paradigma de tierra abonada a la madre de Jesús, haciendo ver que ella también tiene que aceptar como condición ineludible una sociedad solidaria y fraterna, donde vale más la unidad que surge en torno al gran proyecto del reino que los mismos lazos de consanguinidad. Recordemos que desde los relatos de la infancia de Jesús, Lucas presenta a María como el modelo de oyente de la Palabra que escucha y medita en su corazón (cfr. 1,29; 2,19.51).

8,22-25 Calma una tempestad. Con este relato, Lucas busca generar fe y confianza entre los miembros de su comunidad; muchas son las dificultades y zozobras que tiene que afrontar cada creyente, pero también la comunidad como tal. Sin embargo, no hay que temer, porque en la frágil barca que afronta las dificultades del rechazo, de la hostilidad y de las contradicciones está Jesús. Cierto que ya no está presente físicamente («duerme»), pero está su palabra, su ejemplo de vida y su invitación constante a que fortalezcamos cada día más nuestra fe.

8,26-39 Exorciza en Gerasa. Los tres sinópticos hacen mención de este exorcismo en territorio vecino a Israel, y todos guardan el mismo orden: el acontecimiento sucede después que Jesús calma la tempestad. Así, el poder de Jesús no sólo se extiende sobre las fuerzas de la naturaleza, sino también más allá de las fronteras del pueblo elegido. A diferencia de Marcos y Mateo, este pasaje lucano presenta la única vez que Jesús actúa entre los paganos. De esta manera, prefigura la misión universal de la Iglesia.

—¿Qué tienes contra mí, Hijo del Dios
Altísimo?, te suplico que no me atormentes.
29 Es que Jesús estaba mandando al es-
píritu inmundo salir de aquel hombre; ya
que muchas veces se apoderaba de él; y
aunque lo ataban con cadenas y grillos,
rompía las cadenas y el demonio lo empu-
jaba a lugares despoblados.
30 Jesús le preguntó:
—¿Cómo te llamas?
Contestó:
—*Legión*, porque habían entrado en él
muchos demonios.
31 Éstos le rogaban que no los mandase
ir al abismo. 32 Había allí una piara numero-
sa de cerdos pastando en el monte. Los de-
monios le suplicaron a Jesús que les
permitiese entrar en los cerdos. Él se lo
concedió; 33 y los demonios, saliendo del
hombre, se metieron en los cerdos. La pia-
ra, entonces, se abalanzó por un acantilado
al lago y se ahogó.
34 Al ver lo sucedido, los pastores esca-
paron y lo contaron en la ciudad y en los
campos. 35 Los vecinos salieron a ver lo su-
cedido y, llegando adonde estaba Jesús,
encontraron al hombre del que habían sali-
do los demonios, vestido y sentado, a los
pies de Jesús y en su sano juicio. Y se asus-
taron. 36 Los que lo habían visto les conta-
ron cómo se había librado el endemoniado.
37 Entonces todos los vecinos de la re-
gión de los gerasenos le rogaron a Jesús
que se marchase; porque estaban muy ate-
morizados.
Jesús se embarcó de vuelta. 38 El hom-
bre del que habían salido los demonios pi-
dió quedarse con él. Pero Jesús lo despidió
diciendo:
39 —Vuelve a tu casa y cuenta lo que te
ha hecho Dios.
Él fue por toda la ciudad proclamando lo
que había hecho Jesús.

Sana a una mujer y resucita a una niña
(Mt 9,18-26; Mc 5,21-43)

40 Cuando volvió Jesús, lo recibió la
gente, porque todos lo estaban esperando.
41 En esto se acercó un hombre, llama-
do Jairo, jefe de la sinagoga; cayendo a los
pies de Jesús, le rogaba que entrase en su
casa, 42 porque su hija única, de doce años,
estaba muriéndose. Mientras caminaba, la
multitud lo apretujaba.
43 Una mujer que llevaba doce años pa-
deciendo hemorragias, [que había gastado
en médicos su entera fortuna] y que nadie
le había podido sanar, 44 se le acercó por
detrás y le tocó el borde de su manto. Al
instante se le cortó la hemorragia.
45 Jesús preguntó:
—¿Quién me ha tocado?
Y, como todos lo negaban, Pedro dijo:
—Maestro, la multitud te cerca y te apre-
tuja.
46 Pero Jesús replicó:
—Alguien me ha tocado, yo he sentido
que una fuerza salía de mí.
47 Viéndose descubierta, la mujer se
acercó temblando, se postró ante él y ex-
plicó delante de todos por qué lo había
tocado y cómo se había mejorado inmedia-
tamente.
48 Jesús le dijo:
—Hija, tu fe te ha salvado. Vete en paz.
49 Aún estaba hablando, cuando llegó
uno de la casa del jefe de la sinagoga y le
anuncia:
—Tu hija ha muerto, no molestes más al
Maestro.
50 Lo oyó Jesús y respondió:
—No temas; basta que creas y se salvará.

8,40-56 Sana a una mujer y resucita a una niña. Este relato contiene dos milagros en el mismo hilo narrativo. La sanación de una hemorroísa y la resurrección de la hija de Jairo. Llama la atención que la hemorroísa estuviera padeciendo doce años, los mismos años de la edad de la niña. Este detalle quizás esté evocando al pueblo (las doce tribus) sometido a leyes que lejos de generarle vida, le conducen a la muerte, como la exclusión de la vida social de la hemorroísa legislada en Lv 15,19-27; y la humillación de la familia de Jairo al perder a su única hija, detalle que confiere más dramatismo al relato.

En ambos casos la fe desempeña un papel importante. A diferencia de los pasajes anteriores: «Calma una tempestad», en el que los discípulos desesperan sin fe; y «Exorciza en Gerasa», donde los gerasenos lejos de acogerlo lo echan de su territorio, en estos dos milagros se revela la fe que acoge el poder de Dios manifestado en Jesús, fe que libera y restituye a la vida.

Llama también la atención que las beneficiarias sean dos mujeres; la actividad liberadora de Jesús no conoce límites: Él ha venido a salvar a toda la humanidad, y se decanta especialmente por los excluidos.

51 Cuando llegó a la casa no permitió en-
trar con él más que a Pedro, Juan, Santia-
go y los padres de la muchacha. 52 Todos
lloraban haciendo duelo por ella.
Pero él dijo:
—No lloren, que no está muerta, sino
dormida.
53 Se reían de él, porque sabían que es-
taba muerta. 54 Pero él, tomándola de la
mano, le ordenó:
—Muchacha, levántate.
55 Le volvió el aliento y enseguida se
puso de pie. Jesús mandó que le dieran de
comer.
56 Sus padres quedaron sobrecogidos de
admiración y él les encargó que no conta-
ran a nadie lo sucedido.

Misión de los Doce
(Mc 6,7-13)

9 1 Convocó a los Doce y les dio poder
y autoridad sobre todos los demonios
y para sanar enfermedades. 2 Y los envió a
proclamar el reino de Dios y a sanar [enfer-
mos]. 3 Les dijo:
—No lleven nada para el camino: ni bas-
tón ni alforja, ni pan ni dinero, ni dos túni-
cas. 4 En la casa en que entren perma-
nezcan hasta que se vayan. 5 Si no los
reciben, al salir de la ciudad sacudan el pol-
vo de los pies como prueba contra ellos.
6 Cuando salieron, recorrieron los pue-
blos anunciando la Buena Noticia y sanan-
do enfermos por todas partes.

El interés de Herodes
(Mt 14,1s; Mc 6,14-16)

7 Herodes se enteró de todo lo sucedido
y estaba desconcertado; porque unos de-
cían que era Juan resucitado de entre los
muertos, 8 otros que era Elías aparecido,
otros que había surgido un profeta de los
antiguos.
9 Herodes comentaba:
—A Juan yo lo hice decapitar. ¿Quién
será éste de quien oigo tales cosas?
Y deseaba verlo.

Da de comer a cinco mil
(Mt 14,13-22; Mc 6,30-45; cfr. Jn 6,1-15)

10 Los apóstoles volvieron y le contaron
todo lo que habían hecho. Él los tomó apar-
te y se retiró por su cuenta a una ciudad lla-
mada Betsaida.
11 Pero la multitud se enteró y le siguió.
Él los recibió y les hablaba del reino de
Dios y sanaba a los que lo necesitaban.
12 Como caía la tarde, los Doce se acer-
caron a decirle:
—Despide a la gente para que vayan a
los pueblos y campos de los alrededores y
busquen hospedaje y comida; porque aquí
estamos en un lugar despoblado.

9,1-6 Misión de los Doce. Los tres sinópticos concuerdan en este episodio en el que Jesús envía a los doce a predicar la cercanía del reino de Dios (cfr. Mt 10,1-15).

Lo primero que llama la atención en el relato de Lucas es la autoridad con que Jesús inviste a sus apóstoles; ellos tienen que hacer lo que han visto y anunciar lo que han oído del mismo Jesús: la proclamación del reino de Dios.

La otra característica es el despojo personal y cómo tienen que salir; incluso tienen que evangelizar con su propio estilo de vida, dependiendo humildemente de la generosidad de la gente, aceptando con agrado la acogida, pero dejando constancia de los posibles rechazos con el gesto de sacudirse el polvo de los pies de los lugares donde no fueran bien recibidos.

9,7-9 El interés de Herodes. Mientras los doce están en misión, Lucas aprovecha para narrarnos la curiosidad de Herodes acerca de Jesús. La inquietud de Herodes no se debe ni a cuestiones de fe ni de conciencia, sino más bien a los comentarios y opiniones encontradas de la gente. Hay dos cuestiones de fondo aquí: 1. A estas alturas todavía no hay una percepción clara sobre la identidad de Jesús. 2. Lucas aprovecha las mismas palabras de Herodes para transmitirnos la noticia sobre la muerte de Juan. El evangelista evita narrar el relato completo y las circunstancias de dicha muerte como lo hace Marcos (cfr. Mc 6,14-29).

9,10-17 Da de comer a cinco mil. Toda la actividad de Jesús, sus palabras y sus acciones tienen como eje central la instauración del reinado de Dios en la tierra. El sentido del envío de los doce tenía la misma finalidad.

Pero esa instauración no puede quedarse en el solo anuncio de una realidad espiritual, el reinado de Dios tiene que empezar a «verse» también de alguna manera; por eso, las acciones y los signos de Jesús hacen visible y palpable la realidad del reino. Si podemos hablar aquí de milagro, no podemos plantearlo como el milagro de la multiplicación de los panes y los peces que realizó Jesús, sino como el milagro que genera el desprendimiento y la actitud de compartir, la apertura generosa y solidaria con los demás; eso es lo que tiene que promover de manera permanente el discípulo de Jesús, y eso es lo que tiene que «sacramentalizar» en el mundo nuestro compromiso cristiano.

13 Les contestó:
—Denle ustedes de comer.
Ellos contestaron:
—No tenemos más que cinco panes y
dos pescados; a no ser que vayamos nos-
otros a comprar comida para toda esa gen-
te. 14 –Los varones eran unos cinco mil–.
Él dijo a los discípulos:
—Háganlos sentar en grupos de cin-
cuenta.
15 Así lo hicieron y se sentaron todos.
16 Entonces tomó los cinco panes y los dos
pescados, alzó la vista al cielo, los bendijo,
los partió y se los fue dando a los discípu-
los para que se los sirvieran a la gente.
17 Comieron todos y quedaron satisfechos,
y recogieron los trozos sobrantes en doce
canastas.

Confesión de Pedro
(Mt 16,13-20; Mc 8,27-30; cfr. Jn 6,67-71)

18 Estando él una vez orando a solas, se
le acercaron los discípulos y él los inte-
rrogó:
—¿Quién dice la multitud que soy yo?
19 Contestaron:
—Unos que Juan el Bautista, otros que
Elías, otros dicen que ha surgido un profeta
de los antiguos.
20 Les preguntó:
—Y ustedes, ¿quién dicen que soy yo?
Respondió Pedro:
—Tú eres el Mesías de Dios.
21 Él les ordenó que no se lo dijeran a
nadie.

Primer anuncio de la pasión y resurrección
(Mt 16,21-28; Mc 8,31—9,1)

22 Y añadió:
—El Hijo del Hombre tiene que padecer
mucho, ser rechazado por los ancianos, su-
mos sacerdotes y letrados, tiene que ser
condenado a muerte y resucitar al tercer día.

Condiciones para ser discípulo
(Mt 16,24-28; Mc 8,34–9,1)

23 Y a todos les decía:
—El que quiera seguirme, niéguese a sí
mismo, cargue con su cruz cada día y síga-
me. 24 El que quiera salvar su vida la
perderá; pero quien pierda su vida por mí
la salvará. 25 ¿De que le vale al hombre ga-
nar el mundo entero si se pierde o se ma-
logra él?
26 Si uno se avergüenza de mí y de mis
palabras, el Hijo del Hombre se avergonza-
rá de él cuando venga con su gloria, la de
su Padre y de los santos ángeles.
27 Les aseguro que algunos de los que
están aquí presentes no sufrirán la muerte
antes de ver el reino de Dios.

Transfiguración de Jesús
(Mt 17,1-9; Mc 9,2-10)

28 Ocho días después de estos discursos,
tomó a Pedro, Juan y Santiago y subió a
una montaña a orar. 29 Mientras oraba, su
rostro cambió de aspecto y su ropa res-
plandecía de blancura. 30 De pronto dos
hombres hablaban con él: eran Moisés y
Elías, 31 que aparecieron gloriosos y co-

9,18-21 Confesión de Pedro. Ya cercano el final del ministerio de Jesús en Galilea, es obvio que su fama se haya extendido por toda la región; sin embargo, queda en Jesús una duda: ¿Habrá comprendido la gente, las multitudes que lo han visto y oído, quién es Él en definitiva? ¿Dónde están, qué se han hecho, a qué se dedican tantos que lo han escuchado? ¿En qué han influido el mensaje proclamado y los signos realizados? ¿Qué responden los doce? Pedro responde por todos; para ellos, Jesús es el Mesías de Dios, el Ungido.

La pregunta directa es también interpelación para nosotros. Veintiún siglos después sigue siendo actual para los cristianos que demos razón de nuestra fe en Él, y de su proyecto: el reinado de Dios.

Lucas conserva la prohibición de Jesús a sus discípulos de difundir la noticia sobre su identidad (cfr. Mc 8,30; Mt 16,20), pero suprime el diálogo con Pedro que termina con una dura reprensión cuando el discípulo se opone a la decisión de Jesús de llevar adelante su misión por la vía de la cruz (cfr. Mc 8,32s; Mt 16,22s).

9,22-27 Primer anuncio de la pasión y resurrección – Condiciones para ser discípulo. Jesús pasa de inmediato a exponer el destino que le espera y las implicaciones que ello tiene para la vida de sus discípulos. Quien quiera seguirlo no puede evadir el camino que Él mismo está trazando, el verdadero discípulo tiene que asumir como propio el proyecto y el camino del Maestro: se niega a sí mismo, es decir, no actúa por capricho ni acomoda la realidad a sus propios intereses.

9,28-36 Transfiguración de Jesús. La transfiguración está completamente ligada al tema anterior sobre la pasión, muerte y resurrección de Jesús, y al mismo tiempo hay una íntima relación entre la Escritura y el bautismo de Jesús. La relación con la Escritura y, en definitiva, con el plan salvífico del Padre está determi-

mentaban la partida de Jesús que se iba a
consumar en Jerusalén. 32 Pedro y sus
compañeros tenían mucho sueño. Al des-
pertar, vieron su gloria y a los dos hombres
que estaban con él. 33 Cuando éstos se reti-
raron, dijo Pedro a Jesús:
—Maestro, ¡qué bien se está aquí! Vamos a armar tres chozas: una para ti, una para Moisés y una para Elías –no sabía lo que decía–.
34 Apenas lo dijo, vino una nube que les
hizo sombra. Al entrar en la nube, se asus-
taron. 35 Y se escuchó una voz que decía
desde la nube:
—Éste es mi Hijo elegido. Escúchenlo.
36 Al escucharse la voz, se encontraba Jesús solo. Ellos guardaron silencio y por entonces no contaron a nadie lo que habían visto.

Sana a un niño epiléptico
(Mt 17,14-18; Mc 9,14-27)

37 El día siguiente, al bajar ellos de la
montaña, les salió al encuentro un gran
gentío. 38 Un hombre del gentío gritó:
—Maestro, te ruego que te fijes en mi
hijo, que es único. 39 Un espíritu lo agarra,
de repente grita, lo retuerce, lo hace echar espuma por la boca y a duras penas se
aparta dejándolo molido. 40 He pedido a tus
discípulos que lo expulsen y no han sido capaces.
41 Jesús contestó:
—¡Qué generación incrédula y perversa! ¿Hasta cuándo tendré que estar con ustedes y soportarlos? Trae acá a tu hijo.
42 El muchacho se estaba acercando cuando el demonio lo tiró al suelo y lo retorció. Jesús increpó al espíritu inmundo, sanó al muchacho y se lo entregó a su padre.
43a Y todos se maravillaron de la grandeza de Dios.

Segundo anuncio de la pasión y resurrección
(Mt 17,22s; Mc 9,30-32)

43b Como todos se admiraban de lo que hacía, dijo a sus discípulos:
44 —Presten atención a estas palabras: El Hijo del Hombre va a ser entregado en manos de hombres.
45 Pero ellos no entendían este asunto; su sentido les resultaba encubierto; pero no se atrevían a hacerle preguntas respecto a esto.

¿Quién es el más importante?
(Mt 18,1-5; Mc 9,33-37)

46 Surgió una discusión entre ellos sobre quién era el más grande.
47 Jesús, sabiendo lo que pensaban,
acercó un niño, lo colocó junto a sí 48 y les
dijo:
—Quien recibe a este niño en mi nombre, a mí me recibe; y quien me recibe a mí

---

nada por la presencia de Moisés (la Ley) y Elías (los Profetas) para decir que tanto la Ley como los Profetas atestiguan y aprueban la misión que Jesús está llevando a cabo. La relación con el bautismo de Jesús está dada en la voz que se escucha desde la nube; tal como sucedió en el Jordán (cfr. 3,21s), el Padre confirma, valida con su propia palabra la opción de Jesús. De manera que Jesús al elegir libremente el camino del dolor, del sufrimiento, recibe el respaldo del Padre quien ratifica no sólo a Jesús, sino a todo aquel que decida hacerse su discípulo.

9,37-43a Sana a un niño epiléptico. Lucas abrevia este relato que Marcos describe tan amplia y detalladamente (Mc 9,14-29). Se resaltan las palabras del padre del muchacho, quien ya había acudido a los discípulos de Jesús para que liberasen al niño de aquel mal, sin ningún resultado. Según las palabras de Jesús, ello se debe a la falta de fe de sus propios discípulos. Y eso que ya los discípulos habían recibido de Jesús la autoridad para expulsar demonios (9,1); aquí parece que ese poder no les funciona, ¿por qué? La clave para la respuesta la encontramos en Marcos: «esa clase sólo sale a fuerza de oración» (Mc 9,29).

9,43b-45 Segundo anuncio de la pasión y resurrección. La admiración y el asombro en que termina el pasaje anterior sirven de marco para que Jesús anuncie otra vez su próximo destino.

No hay que confundir las cosas, todos los aplausos y manifestaciones masivas de júbilo no pueden distraer el rumbo que Jesús ha dado a su vida. Los discípulos no entienden nada de lo que dice, prefieren seguir en la ignorancia por temor a preguntarle.

9,46-50 ¿Quién es el más importante? – El exorcista anónimo. Encontramos dos instrucciones en este pasaje. La primera tiene que ver con la forma de entender el reino. Los discípulos no han entendido nada de lo que Jesús les ha enseñado e ilustrado con sus acciones sobre la realidad del reino de Dios y su dinámica. Ellos siguen entendiendo que se trata de una realidad en la que siguen contando los títulos, la posición social y los puestos burocráticos. La segunda instrucción está en relación con los que predicaban y realizaban signos en nombre de Jesús. El criterio de Jesús es claro y terminante: «no se lo impidan» (50); nadie que haga el bien puede ser molestado sólo porque «no pertenece a los nuestros»; Dios, su amor, su

recibe al que me envió. El más pequeño de
todos ustedes, ése es el mayor.

El exorcista anónimo

(Mc 9,38-40)

49 Juan le dijo:
—Maestro, vimos a uno que expulsaba
demonios en tu nombre y tratamos de im-
pedírselo, porque no sigue con nosotros.
50 Jesús respondió:
—No se lo impidan. Quien no está con-
tra ustedes está con ustedes.
Camino de Jerusalén
51 Cuando se iba cumpliendo el tiempo
de que se lo llevaran al cielo, emprendió
decidido el viaje hacia Jerusalén, 52 y envió
por delante unos mensajeros. Ellos fueron y
entraron en un pueblo de samaritanos para
prepararle alojamiento. 53 Pero éstos no lo
recibieron porque se dirigía a Jerusalén.
54 Al ver esto, Juan y Santiago, sus discípu-
los, dijeron:
—Señor, ¿quieres que mandemos que
caiga un rayo del cielo y acabe con ellos?
55 Él se volvió y los reprendió.
56 Y se fueron a otro pueblo.

Exigencias del seguimiento

(Mt 8,19-22)

57 Mientras iban de camino, uno le dijo:
—Te seguiré adonde vayas.
58 Jesús le contestó:
—Las zorras tienen madrigueras, las
aves del cielo nidos, pero el Hijo del Hom-
bre no tiene dónde recostar la cabeza.
59 A otro le dijo:
—Sígueme.
Le contestó:
—[Señor], déjame primero ir a enterrar a
mi padre.
60 Le dijo:
—Deja que los muertos entierren a sus
muertos; tú ve a anunciar el reino de Dios.
61 Otro le dijo:
—Te seguiré, Señor, pero primero déja-
me despedirme de mi familia.
62 Jesús [le] dijo:
—El que ha puesto la mano en el arado

---

misericordia, su paternidad, son más grandes que cualquier grupo o comunidad de cualquier denominación.

9,51-56 Camino de Jerusalén. Llegados a este punto, Lucas va a dar inicio en su relato a una nueva etapa en el ministerio público de Jesús; hasta ahora, toda su actividad se ha desarrollado en Galilea, a partir de este momento se va a enmarcar en el tema del camino que físicamente lo acercará a la Ciudad Santa, y espiritualmente lo hará madurar más en su proceso de asumir con radicalidad su tarea de Mesías, de Enviado y Salvador.

Humanamente hablando, el camino que comienza aquí se podría ver como el declive paulatino de Jesús; poco a poco va quedando más solo, menos rodeado de multitudes, hasta le niegan la entrada en una aldea de samaritanos (53); Herodes lo busca para matarlo (13,31-33) y, en los momentos definitivos de su vida, hasta sus mismos discípulos, aquellos que se había elegido para sí (5,1-11), lo dejan completamente solo y hasta lo niegan (22,56-60).

Pero si así se ven las cosas desde lo humano, en el plan del Padre tienen otra perspectiva; este camino habría que leerlo de distinto modo: ya desde el momento de las «tentaciones», Jesús había decidido que su misión la realizaría no según los criterios del triunfalismo ni de la espectacularidad, sino de acuerdo con el criterio del servicio, de la entrega, de la renuncia, del anonadamiento, y esto implica la persecución y el rechazo; no es que Jesús sea un masoquista que busca el dolor y el sufrimiento por sí mismos; el dolor, el sufrimiento, la muerte violenta son el resultado de la actitud obstinada con que el pueblo de la promesa recibe el anuncio de su cumplimiento.

Así las cosas, Jesús no busca el dolor ni el sufrimiento, sencillamente no los evade, los enfrenta a pesar de que sabe que con toda probabilidad va a ser derrotado, pero también sabe que si no es así, la obstinación y las fuerzas del mal seguirán manteniendo siempre el imperio y la dominación sobre la humanidad.

9,57-62 Exigencias del seguimiento. Nos encontramos aquí con tres casos de seguimiento: el primero es un voluntario que se ofrece a seguir a Jesús (57s); la respuesta del Maestro es radical: seguirle no atrae ninguna ganancia humana, ni ninguna ventaja material ni social. En el segundo caso, es Jesús quien llama (59s), el aludido está dispuesto a seguirle, pero antepone una condición: enterrar primero al padre; no hay que entender que justo en esos momentos el padre estaba muerto; la expresión evoca una figura muy familiar también para nosotros: «ver» por los padres, hacerse cargo de ellos hasta su muerte, luego sí, en libertad seguiría a Jesús. Pues ésta no fue excusa para el discípulo que recibe una orden seca, cortante: «deja que los muertos entierren a sus muertos; tú ve a anunciar el reino de Dios» (60). Si uno de los efectos de la instauración del reinado de Dios es la justicia, la solidaridad y la fraternidad, ya habrá quien se ocupe de esos padres. En el tercer caso, también es Jesús quien llama y también hay de por medio una excusa aparentemente muy válida: despedirse de los padres. Jesús ve un riesgo, Él no es contrario a esta bella actitud filial, pero

y mira atrás no es apto para el reino de
Dios.

Misión de los setenta y dos

10 [1] Después de esto designó el Señor a
otros setenta [y dos] y los envió por
delante, de dos [en dos], a todas las ciudades y lugares adonde pensaba ir.

(Mt 9,37s)

[2] Les decía:
—La cosecha es abundante, pero los trabajadores son pocos. Rueguen al dueño de los campos que envíe trabajadores para su cosecha.

(Mt 10,9-16)

[3] Vayan, que yo los envío como ovejas
entre lobos. [4] No lleven bolsa ni alforja ni
sandalias. Por el camino no saluden a na-
die. [5] Cuando entren en una casa, digan pri-
mero: Paz a esta casa. [6] Si hay allí alguno
digno de paz, la paz descansará sobre él.
De lo contrario, la paz regresará a ustedes.
[7] Quédense en esa casa, comiendo y be-
biendo lo que haya; porque el trabajador
tiene derecho a su salario. No vayan de
casa en casa. [8] Si entran en una ciudad y
los reciben, coman de lo que les sirvan.
[9] Sanen a los enfermos que haya y digan
a la gente: El reino de Dios ha llegado a ustedes.
[10] Si entran en una ciudad y no los reci-
ben, salgan a las calles y digan: [11] Hasta el
polvo de esta ciudad que se nos ha pegado
a los pies lo sacudimos y se lo devolvemos.
Con todo, sepan que ha llegado el reino de
Dios. [12] Les digo que aquel día la suerte de
Sodoma será menos rigurosa que la de aquella ciudad.

Recrimina a las ciudades de Galilea

(Mt 11,20-24)

[13] ¡Ay de ti, Corozaín, ay de ti, Betsaida!
Porque si los milagros realizados entre ustedes se hubieran hecho en Tiro y Sidón, hace tiempo habrían hecho penitencia vistiéndose humildemente y sentándose sobre
cenizas. [14] Y así, el juicio será más llevade-
ro para Tiro y Sidón que para ustedes.
[15] Y tú, Cafarnaún, ¿pretendes encumbrarte hasta el cielo? Pues caerás hasta el abismo.
[16] Y dijo a sus discípulos:
—El que a ustedes escucha a mí me escucha; el que a ustedes desprecia a mí me desprecia; y quien a mí me desprecia, desprecia al que me envió.

Vuelven los setenta y dos

[17] Volvieron los setenta [y dos] muy contentos y dijeron:
—Señor, en tu nombre hasta los demonios se nos sometían.
[18] Les contestó:
—Estaba viendo a Satanás caer como
un rayo del cielo. [19] Miren, les he dado po-
der para pisotear serpientes y escorpiones
y para vencer toda la fuerza del enemigo, y
nada los dañará. [20] Con todo, no se alegren
de que los espíritus se les sometan, sino de
que sus nombres están escritos en el cielo.

---

sabe que muchas veces la familia –y más en aquella época– era un gran obstáculo para el espontáneo ejercicio de la libertad de los hijos. No se sigue a Jesús para «obtener» libertad, se le sigue en libertad.

10,1-12 Misión de los setenta y dos. Ya en 9,1-6 Jesús había hecho un primer envío de los Doce, con lo cual quedaba simbolizado el pueblo de Israel compuesto por doce tribus. Ahora designa a otros setenta (o setenta y dos) para enviarles también a predicar el reinado de Dios. El número «setenta» podría tener aquí el valor simbólico de «todo el mundo», según la tradición de que todo el mundo estaba dividido en «setenta naciones» (Gn 10); sea como fuere, sí hay una alusión en la perspectiva lucana a la universalidad del mensaje y a la universalidad de la vocación y urgencia del anuncio.

10,13-16 Recrimina a las ciudades de Galilea. Todavía en relación con el tema del envío y especialmente con el tema de los posibles rechazos, Lucas pone en labios de Jesús esta especie de lamentación profética que también suena a amenaza. Jesús puede ver que tras su paso por estas ciudades y lugares, aunque con muchas manifestaciones de júbilo por sus palabras y signos, no quedó aparentemente nada. Propiamente, lo que Jesús lamenta es la incredulidad de estas ciudades y su poco empeño en poner en práctica sus enseñanzas.

10,17-20 Vuelven los setenta y dos. El regreso de los misioneros está enmarcado por la alegría y el gozo, primero porque han cumplido el encargo y luego por el efecto que el mensaje ha surtido entre el pueblo. Jesús está de acuerdo con ellos, pues había visto cómo Satanás caía del cielo como un rayo (18), una manera simbólica de decir que la misión realizada por Él mismo y por sus enviados va arrebatando poder a las fuerzas del mal.

El Padre y el Hijo
(Mt 11,25-27)

21 En aquella ocasión, con el júbilo del
Espíritu Santo, dijo:
—¡Te alabo, Padre, Señor de cielo y tie-
rra, porque, ocultando estas cosas a los sa-
bios y entendidos, se las diste a conocer a la
gente sencilla! Sí, Padre, ésa ha sido tu elec-
ción. 22 Todo me lo ha encomendado mi Pa-
dre: nadie conoce quién es el Hijo, sino el
Padre, y quién es el Padre, sino el Hijo y
aquél a quien el Hijo decida revelárselo.

(Mt 13,16s)

23 Volviéndose aparte a los discípulos,
les dijo:
—¡Dichosos los ojos que ven lo que us-
tedes ven! 24 Les digo que muchos profetas
y reyes quisieron ver lo que ustedes ven, y
no lo vieron; escuchar lo que ustedes escu-
chan, y no lo escucharon.

Parábola del buen samaritano
(cfr. Mt 22,34-40; Mc 12,28-34)

25 En esto un doctor de la ley se levantó
y, para ponerlo a prueba, le preguntó:
—Maestro, ¿qué debo hacer para here-
dar la vida eterna?
26 Jesús le contestó:
—¿Qué está escrito en la ley? ¿Qué es lo
que lees?
27 Respondió:

Amarás al Señor tu Dios
con todo tu corazón,
con toda tu alma,
con todas tus fuerzas,
con toda tu mente, y
al prójimo como a ti mismo.

28 Entonces le dijo:
—Has respondido correctamente: obra
así y vivirás.
29 Él, queriendo justificarse, preguntó a
Jesús:
—¿Y quién es mi prójimo?
30 Jesús le contestó:
—Un hombre bajaba de Jerusalén a Je-
ricó. Tropezó con unos asaltantes que lo
desnudaron, lo hirieron y se fueron dejándo-
lo medio muerto. 31 Coincidió que bajaba
por aquel camino un sacerdote y, al verlo,
pasó de largo. 32 Lo mismo un levita, llegó al
lugar, lo vio y pasó de largo. 33 Un samarita-
no que iba de camino llegó adonde estaba,
lo vio y se compadeció. 34 Le echó aceite y
vino en las heridas y se las vendó. Después,
montándolo en su cabalgadura, lo condujo
a una posada y lo cuidó. 35 Al día siguiente
sacó dos monedas, se las dio al dueño de la
posada y le encargó: Cuida de él, y lo que
gastes de más te lo pagaré a la vuelta.
36 ¿Quién de los tres te parece que se
portó como prójimo del que cayó en manos
de los asaltantes?
37 Contestó:
—El que lo trató con misericordia.
Y Jesús le dijo:
—Ve y haz tú lo mismo.

Marta y María

38 Yendo de camino, entró Jesús en un
pueblo. Una mujer, llamada Marta, lo reci-
bió en su casa. 39 Tenía una hermana lla-
mada María, la cual, sentada a los pies del
Señor, escuchaba sus palabras; 40 Marta
ocupada en los quehaceres de la casa dijo
a Jesús:

10,21-24 El Padre y el Hijo. Sólo los «pequeños», los que no tienen la pretensión de condicionar a Dios ni exigirle que actúe según los intereses personales o de grupo, sólo los humildes y sencillos están capacitados para captar y entender la excepcionalidad del tiempo mesiánico y de aceptar que en Jesús, «uno del pueblo», Dios se está haciendo presente y se está acercando a cada uno; esto llena de gozo a Jesús y por eso exterioriza su alegría a través de estas palabras de alabanza al Padre.

10,25-37 Parábola del buen samaritano. «¿Quién es mi prójimo?». Para el judaísmo tradicional, el prójimo era el hermano de pueblo, el otro de origen israelita; los demás no eran prójimos. Pero aun dentro del sistema socio-religioso del judaísmo, ese próximo debía reunir unas condiciones especiales para poder acercarse a uno, no debía estar impuro legalmente para que no hiciera impuro a nadie. El samaritano que se acerca al herido –es el prototipo de la persona odiada, rechazada, que resulta incómoda porque su sola presencia ponía en riesgo la pureza legal– sirve a Jesús como modelo de lo que significa ser prójimo. El samaritano actuó contra la Ley y podría ser motivo de acusación del piadoso doctor de la Ley, pero su acción supera con mucho a la Ley misma porque ha actuado con amor, con compasión, con generosidad, con desinterés y sobre todo, con misericordia.

10,38-42 Marta y María. Un buen ejemplo para discernir qué es más importante, si lo que está establecido por la Ley y las prácticas culturales o la acogi-

—Maestro, ¿no te importa que mi her-
mana me deje sola en los quehaceres? Dile
que me ayude.
41 El Señor le respondió:
—Marta, Marta, te preocupas y te in-
quietas por muchas cosas, 42 cuando una
sola es necesaria. María escogió la mejor
parte y no se la quitarán.

La oración: el Padrenuestro
(Mt 6,9-15)

11 1 Una vez estaba en un lugar orando.
Cuando terminó, uno de los discípu-
los le pidió:
—Señor, enséñanos a orar como Juan
enseñó a sus discípulos.
2 Jesús les contestó:
—Cuando oren, digan:

Padre,
santificado sea tu nombre,
venga tu reino;
3 el pan nuestro de cada día
danos hoy;
4 perdona nuestros pecados
como también
nosotros perdonamos
a todos los que nos ofenden;
no nos dejes caer en la tentación.

5 Y les añadió:
—Supongamos que uno tiene un amigo
que acude a él a media noche y le pide:
Amigo, préstame tres panes, 6 que ha lle-
gado de viaje un amigo mío y no tengo qué
ofrecerle. 7 El otro desde dentro le respon-
de: No me vengas con molestias; estamos
acostados yo y mis niños; no puedo levan-
tarme a dártelo. 8 Les digo que, si no se le-
vanta a dárselo por amistad, se levantará a
darle cuanto necesita para que deje de
molestarlo.

(Mt 7,7-11)
9 Y yo les digo: Pidan y se les dará, bus-
quen y encontrarán, llamen y se les abrirá,
10 porque quien pide recibe, quien busca
encuentra, a quien llama se le abre.
11 ¿Qué padre entre ustedes, si su hijo le
pide pan, le da una piedra? O, si le pide
pescado, ¿le dará en vez de pescado una
culebra? 12 O, si pide un huevo, ¿le dará un

---

da a la novedad del reino, es este pasaje de la visita de Jesús a Marta y María. Marta cumple con lo «normal», lo que mandan las normas de la acogida y de la hospitalidad; ella es símbolo de esa porción de pueblo que cree que con «cumplir» ya está arreglado todo, y por tanto el criterio de juicio para determinar el comportamiento de los otros es si cumplen o no. María cumple también con la costumbre de acogida y de la hospitalidad, pero lo hace de un modo distinto, con una actitud novedosa que sale del corazón, es la mejor parte que nadie puede quitarle al creyente y que personas como Marta, aún siendo tan bondadosas, están llamadas también a experimentar.

11,1-13 La oración: el Padrenuestro. Lucas nos transmite una tradición sobre el Padrenuestro más breve que la de Mateo (Mt 6,9-13), quien la inserta en el Sermón del monte; Lucas la incluye en esta sección del camino de Jesús hacia Jerusalén porque, en definitiva, lo que Jesús enseña aquí sobre la forma de orar es un camino, un proyecto que empeña toda la vida del cristiano, no sólo una fórmula propiamente dicha.

En estas breves sentencias, Jesús sintetiza su proyecto de vida y de todo aquel que quiera ser su discípulo, un proyecto que gira en torno a dos realidades o polos: Dios y el prójimo.

1. Dios, cuyo nombre hemos de santificar con nuestras obras y palabras, y su reino, cuyo advenimiento hemos de preparar también con nuestras obras, con nuestro cambio de mentalidad para que se pueda ver y sentir realmente entre nosotros.

2. El prójimo, con y por quien nos comprometemos a luchar por la justicia para que todo lo que Dios ha creado, los bienes de la creación, los bienes materiales e inmateriales, los de la cultura, la ciencia y la tecnología, sean de verdad para todos, cada día. El prójimo, con quien pueden surgir roces, diferencias, enfrentamientos y contradicciones, pero cuyas relaciones tenemos que estar dispuestos a sanear a cada momento a través del perdón, porque también cada momento necesitamos del perdón de Dios.

Finalmente, es necesario que estemos muy atentos porque en este proyecto de vida cristiana que es el Padrenuestro la inconstancia, la fatiga, el desánimo, el no ver pronto los frutos del trabajo diario, la realidad de las fuerzas del egoísmo, la codicia y el mal que con tanta facilidad destruyen los pequeños logros que se van alcanzando, son una tentación constante para abandonarlo todo. Desde ahí una y otra vez, con mucha facilidad se pasa a lo que en definitiva se pasó: convertir el proyecto de vida del Padrenuestro en una fórmula que se repite, pero que no transforma ni toca para nada ni el interior del creyente, ni la realidad que nos rodea.

La constancia, la perseverancia y sobre todo la convicción de las cosas infinitamente buenas que se lograrán con esta propuesta de Jesús quedan ilustradas con la parábola del amigo inoportuno y con la garantía de Jesús de que Dios nunca dará nada que no sea útil y saludable para quienes se empeñan en vivir este proyecto.

escorpión? 13 Pues si ustedes, que son ma-
los, saben dar cosas buenas a sus hijos,
¡cuánto más el Padre del cielo dará el Es-
píritu Santo a los que se lo pidan!

Jesús y Satanás
(Mt 12,22-30; Mc 3,20-27)

14 Estaba echando un demonio [que era]
mudo. Cuando salió el demonio, habló el
mudo; y la multitud se admiró. 15 Pero algu-
nos dijeron:
—Expulsa los demonios con el poder de
Belcebú, jefe de los demonios.
16 Otros, para ponerlo a prueba, le pe-
dían una señal del cielo.
17 Él, leyendo sus pensamientos, les dijo:
—Un reino dividido internamente va a la
ruina y se derrumba casa tras casa. 18 Si Sa-
tanás está dividido internamente, ¿cómo se
mantendrá su reino? Porque ustedes dicen
que yo expulso los demonios con el poder
de Belcebú. 19 Si yo expulso los demonios
con el poder de Belcebú, ¿con qué poder
los expulsan los discípulos de ustedes? Por
eso ellos los juzgarán. 20 Pero si [yo] expul-
so los demonios con el dedo de Dios, es
que ha llegado a ustedes el reino de Dios.
21 Mientras un hombre fuerte y armado
guarda su casa, todo lo que posee está se-
guro. 22 Pero si llega uno más fuerte y lo
vence, le quita las armas en que confiaba y
reparte sus bienes. 23 El que no está conmi-
go está contra mí. El que no recoge conmi-
go desparrama.

(Mt 12,43-45)

24 Cuando un espíritu inmundo sale de
un hombre, recorre lugares áridos buscan-
do descanso, y no lo encuentra. [Entonces]
dice: Volveré a mi casa, de donde salí. 25 Al
volver, la encuentra barrida y arreglada.
26 Entonces va, toma consigo otros siete
espíritus peores que él, y se meten a habi-
tar allí. Y el final de aquel hombre resulta
peor que el comienzo.
27 Cuando decía esto, una mujer de la
multitud alzó la voz y dijo:
—¡Dichoso el vientre que te llevó y los
pechos que te criaron!
28 Él replicó:
—¡Dichosos, más bien, los que escu-
chan la Palabra de Dios y la cumplen!

La señal de Jonás
(Mt 12,38-41)

29 La multitud se aglomeraba y él se
puso a decirles:
—Esta generación es malvada: reclama
una señal, y no se le concederá más señal
que la de Jonás. 30 Como Jonás fue una se-
ñal para los ninivitas, así lo será el Hijo del
Hombre para esta generación. 31 El día del
juicio la reina del sur se alzará contra esta
generación y la condenará; porque ella vino
del extremo de la tierra para escuchar el sa-
ber de Salomón, y aquí hay alguien mayor
que Salomón. 32 El día del juicio los ninivi-
tas se alzarán contra esta generación y la
condenarán; porque ellos se arrepintieron
por la predicación de Jonás, y aquí hay al-
guien mayor que Jonás.

Luz y tinieblas
(Mt 5,15)

33 No se enciende una lámpara para te-
nerla escondida [o bajo un cajón], sino que
se pone en el candelero para que los que
entran vean la luz.

(Mt 6,22s)

34 La lámpara del cuerpo es el ojo: si tu
ojo está sano, también todo tu cuerpo está
lleno de luz; pero si está enfermo, también

11,14-28 Jesús y Satanás. La lógica de Jesús no tiene réplica por parte de sus adversarios que, como ocurre en todas las controversias, son reducidos al silencio; el momento y las circunstancias son idóneas para que Jesús deje claro que ante Él, nadie puede permanecer neutral, o se le acepta y se le sigue radicalmente, o simplemente no se le acepta.

11,29-32 La señal de Jonás. Aquí se amplía y se ilustra mejor la respuesta de Jesús a quienes le pedían señales milagrosas (16); éstas no suscitan la fe, alimentan la curiosidad. Los signos o milagros de Jesús suponen una actitud de fe porque es sólo desde ella como el creyente puede descubrir y entender una acción divina; por eso Jesús llama perversa a «esta generación», a sus adversarios, que jamás podrán descubrir la acción divina en Jesús, en sus palabras y signos porque estando llenos de sí mismos no han dejado el mínimo espacio para Dios.

11,33-36 Luz y tinieblas. Concluye la anterior controversia con el símil de la luz, a cuya claridad los discípulos se deben examinar.

La luz que pretenden irradiar los adversarios de Jesús es en realidad sombra y tinieblas, porque en lugar de proyectar al pueblo el consuelo, el amor y la mise-

tu cuerpo está lleno de oscuridad. 35 Procu-
ra que la luz que hay en ti no se oscurezca.
36 Si el cuerpo entero está en la luz, sin
nada de sombra, tendrá tanta luz, como
cuando una lámpara te ilumina con su res-
plandor.

Invectiva contra los fariseos y los doctores de la Ley

37 Mientras hablaba, un fariseo lo invitó a
comer en su casa. Jesús entró y se sentó a
la mesa. 38 El fariseo, que lo vio, se extrañó
que no se lavase antes de comer. 39 Pero el
Señor le dijo:
—Ustedes los fariseos limpian por fuera
la copa y el plato, y por dentro están llenos
de robos y malicia. 40 ¡Insensatos! El que
hizo lo de fuera, ¿no hizo también lo de
dentro? 41 Den, más bien, como limosna lo
que tienen y todo será puro.
42 ¡Ay de ustedes, fariseos, que pagan el
impuesto de la hierbabuena, de la ruda y de
toda clase de verduras y descuidan la justi-
cia y el amor de Dios! Eso es lo que hay
que observar sin descuidar lo otro.
43 ¡Ay de ustedes, fariseos, que buscan
los asientos de honor en las sinagogas y los
saludos por la calle!
44 ¡Ay de ustedes, porque son como se-
pulcros sin señalar, que los hombres pisan
sin darse cuenta!
45 Un doctor de la ley tomó la palabra y
le contestó:
—Maestro, al decir eso, nos ofendes.
46 Jesús contestó:
—¡Ay de ustedes también, doctores de
la ley, que imponen a los hombres cargas
insoportables pero ustedes ni siquiera mue-
ven un dedo para llevarlas!
47 ¡Ay de ustedes que construyen mau-
soleos a los profetas a quienes sus propios
padres han asesinado! 48 Así se convierten
en testigos y cómplices de lo que hicieron
sus padres; porque ellos los mataron y us-
tedes construyen los mausoleos.
49 Por eso dice la Sabiduría de Dios: Les
enviaré profetas y apóstoles; a algunos los
matarán y perseguirán. 50 Así se pedirá
cuenta a esta generación de toda la sangre
de profetas derramada desde la creación
del mundo: 51 desde la sangre de Abel has-
ta la de Zacarías, asesinado entre el altar y
el santuario.
Sí, les aseguro que a esta generación, se
le pedirán cuentas de todo esto.
52 ¡Ay de ustedes, doctores de la ley, que
se han quedado con la llave del saber: us-
tedes no han entrado y se lo impiden a los
que quieren entrar!
53 Cuando salió de allí, los letrados y los
fariseos se pusieron a atacarlo violenta-
mente y a hacerle preguntas malinten-
cionadas. 54 Le acosaban para ver si lo
atrapaban en alguna palabra salida de su
boca.

Contra la hipocresía

(Mt 16,6; Mc 8,15)

12 1 Entre tanto, miles de personas se
agolpaban pisándose unos a otros.
Él se dirigió primero a los discípulos:
—Cuídense de la levadura –o sea, de la
hipocresía– de los fariseos.

(Mt 10,26s)

2 Nada hay encubierto que no se descu-
bra, nada oculto que no se divulgue. 3 Por-
que lo que digan de noche se escuchará en

---

ricordia de Dios Padre, lo que promueven es una imagen completamente distorsionada de Dios, una imagen construida por ellos mismos que, en lugar de ser liberadora, aliena cada vez más las conciencias.

11,37–12,3 Invectiva contra los fariseos y los doctores de la Ley – Contra la hipocresía. Jesús critica a los fariseos en un tono de amenaza: 1. El apego a las leyes de purificación externa, que Jesús denuncia como una manera de encubrir la podredumbre interior. 2. La puntualidad en el tributo sobre cosas tan mínimas como las hierbas aromáticas frente al descuido o la indiferencia por lo más importante: la limosna, la justicia y la generosidad. 3. Estas actitudes han hecho de los fariseos unos sepulcros sin señalización; a la hora de la verdad, «contaminan» a la gente. Jesús también denuncia a los escribas: 1. Los juristas junto con los fariseos, se ufanan de ser los «guardianes de la fe», pero en realidad lo que han hecho es imponer al pueblo pesadas cargas que ellos mismos ni pueden ni quieren mover. 2. Se creen mejores que los antiguos cuando en realidad son iguales o peores. 3. Con el conocimiento que tienen de la Ley y de la Escritura y su forma de interpretarla, ellos se han alejado del Dios vivo y verdadero y además, obstaculizan al pueblo el acceso a ese Dios. Con estas denuncias de Jesús, lo más obvio es que sus adversarios se mantuvieran en constante acecho para ver cómo acabar con Él (53).

pleno día; lo que digan al oído en el sótano
se proclamará desde las azoteas.

Exhortación al valor
(Mt 10,28-31)

4 A ustedes mis amigos les digo que no
teman a los que matan el cuerpo y después
no pueden hacer nada más. 5 Yo les indica-
ré a quién deben temer: teman al que des-
pués de matar tiene poder para arrojar al
infierno.
Sí, les repito, teman a ése. 6 ¿No se ven-
den cinco gorriones por dos monedas? Sin
embargo, Dios no olvida a ninguno de ellos.
7 En cuanto a ustedes hasta los pelos de su
cabeza están todos contados. No tengan
miedo, que ustedes valen más que muchos
gorriones.

Opción por Jesús
(Mt 10,32s)

8 Les aseguro que a quien me reconozca
abiertamente ante los hombres, el Hijo del
Hombre lo reconocerá ante los ángeles de
Dios. 9 Pero a quien me niegue ante los
hombres, lo negará ante los ángeles de
Dios. 10 Al que diga una palabra contra el
Hijo del Hombre se le perdonará; al que
blasfeme contra el Espíritu Santo no se le
perdonará.
11 Cuando los conduzcan a las sinago-
gas, ante los jefes o autoridades, no se pre-
ocupen de cómo se van a defender o qué
van a decir; 12 el Espíritu Santo les enseña-
rá en aquel momento lo que hay que decir.

Contra la ambición

13 Uno de la gente dijo:
—Maestro, dile a mi hermano que repar-
ta la herencia conmigo.
14 Jesús le respondió:
—Amigo, ¿quién me ha nombrado juez
o árbitro entre ustedes?
15 Y les dijo:
—¡Estén atentos y cuídense de cualquier
codicia, que, por más rico que uno sea, la
vida no depende de los bienes!
16 Y les propuso una parábola:
—Las tierras de un hombre dieron una
gran cosecha. 17 Él se dijo: ¿qué haré, si no
tengo dónde guardar toda la cosecha?
18 Y dijo: Haré lo siguiente: derribaré los
graneros y construiré otros mayores en los
cuales meteré mi trigo y mis bienes. 19 Des-
pués me diré: Querido amigo, tienes acu-
mulados muchos bienes para muchos
años; descansa, come, bebe y disfruta.
20 Pero Dios le dijo: ¡Necio, esta noche te
reclamarán la vida! Lo que has preparado,
¿para quién será?
21 Así le pasa al que acumula tesoros
para sí y no es rico a los ojos de Dios.

Confianza en Dios
(Mt 6,25-33)

22 A [sus] discípulos les dijo:
—Por eso les digo que no anden angus-
tiados por la comida para conservar la vida
o por la ropa para cubrir el cuerpo. 23 La
vida vale más que la comida y el cuerpo
más que la ropa.
24 Miren a los cuervos: no siembran ni
cosechan, no tienen graneros ni despensas,
y Dios los alimenta. Cuánto más valen us-
tedes que las aves. 25 ¿Quién de ustedes
puede, por mucho que se inquiete, prolon-
gar su vida un poco? 26 Si no tienen poder
en lo más pequeño, ¿por qué se preocupan
de lo demás?

12,4-12 Exhortación al valor – Opción por Jesús. Ahora Jesús se dirige a sus discípulos y a la gente llamándolos a todos «mis amigos». Los seguidores y amigos de Jesús no deben tener miedo, la primera arma con que pueden contar es la libertad interior que Dios mismo dona a través del Espíritu.

Jesús tolera que se le rechace a Él, pero lo que no tolera y, antes bien, condena, es la hostilidad contra el Espíritu Santo: podríamos pensar en esa actitud que Jesús mismo ha venido desenmascarando en el fariseísmo legalista: hacer ver como bueno y perfecto lo que es malo o por lo menos dañino, y hacer ver como malo lo que es bueno; así es como ellos no entran ni dejan entrar.

12,13-34 Contra la ambición – Confianza en Dios – El verdadero tesoro. La clave para entender este pasaje, cargado de comparaciones y dichos sapienciales, la encontramos en el versículo 31, la búsqueda del reinado de Dios como presupuesto único y fundamental para la vivencia de unas relaciones justas y para experimentar y gozar del valor principal de todos los hombres y mujeres: el don de la vida. Jesús no predica un providencialismo ingenuo; por entender así la predicación de Jesús, más de la mitad de la humanidad se tiene que conformar con ver cómo unos cuantos se apoderan de los bienes materiales e inmateriales.

27 Miren cómo crecen los lirios, sin tra-
bajar ni hilar. Les aseguro que ni Salomón,
en el esplendor de su gloria, se vistió como
uno de ellos. 28 Pues si a la hierba del cam-
po, que hoy crece y mañana la echan al
horno, Dios la viste así, ¡cuánto más a us-
tedes, hombres de poca fe!
29 No anden buscando qué comer o qué
beber; no se angustien. 30 Todo eso son co-
sas que busca la gente del mundo. En
cuanto a ustedes el Padre sabe que las ne-
cesitan. 31 Basta que busquen su reino y lo
demás lo recibirán por añadidura.

El verdadero tesoro

32 No temas, pequeño rebaño, que el Pa-
dre de ustedes ha decidido darles el reino.

(Mt 6,19-21)

33 Vendan sus bienes y den limosna.
Consigan bolsas que no se rompan, un te-
soro inagotable en el cielo, donde los ladro-
nes no llegan ni los roe la polilla.
34 Porque donde está el tesoro de uste-
des, allí también estará su corazón.

Vigilancia
(cfr. Mt 25,1-13)

35 Tengan la ropa puesta y las lámparas
encendidas. 36 Sean como aquellos que es-
peran que el amo vuelva de una boda, para
abrirle en cuanto llegue y llame. 37 Dicho-
sos los sirvientes a quienes el amo, al lle-
gar, los encuentre despiertos: les aseguro
que él mismo recogerá su túnica, los hará
sentarse a la mesa y les irá sirviendo. 38 Y si
llega a medianoche o de madrugada y los
encuentra así, dichosos ellos.

(Mt 24,43s)

39 Entiendan bien esto, si el dueño de
casa supiera a qué hora iba a llegar el la-
drón, no le dejaría abrir un boquete en su
casa. 40 Ustedes también estén preparados,
porque cuando menos lo piensen llegará el
Hijo del Hombre.

(Mt 24,45-51; cfr. Mc 13,33-37)

41 Pedro le preguntó:
—Señor, ¿dices esta parábola por noso-
tros o por todos?
42 El Señor contestó:
—¿Quién es el administrador fiel y pru-
dente a quien el señor pondrá al frente de
su personal, para que les reparta las racio-
nes de comida a su tiempo? 43 Dichoso
aquel sirviente a quien su señor, al llegar,
lo encuentre actuando así. 44 Les aseguro
que le encomendará administrar todos sus
bienes.
45 Pero si aquel sirviente, pensando que
su señor tarda en llegar, se pone a pegar a
los muchachos y muchachas, a comer y
beber y emborracharse, 46 llegará el señor
de aquel sirviente el día y la hora menos es-
perados, lo castigará y lo tratará como a los
traidores.
47 Aquel sirviente que, conociendo la vo-
luntad de su señor, no prepara las cosas ni
cumple lo mandado, recibirá un castigo se-
vero; 48 pero aquel que sin saberlo, cometa
acciones dignas de castigo, será castigado
con menos severidad. A quien mucho se le
dio mucho se le pedirá; a quien mucho se
le confió mucho más se le exigirá.

Radicalidad del seguimiento

49 Vine a traer fuego a la tierra, y, ¡cómo
desearía que ya estuviera ardiendo!
50 Tengo que pasar por un bautismo, y,
¡qué angustia siento hasta que esto se haya
cumplido!

(cfr. Mt 10,34-36)

51 ¿Piensan que vine a traer paz a la tie-
rra? No he venido a traer la paz sino la di-
visión.
52 En adelante en una familia de cinco
habrá división: tres contra dos, dos contra
tres. 53 Se opondrán padre a hijo e hijo a
padre, madre a hija e hija a madre, suegra
a nuera y nuera a suegra.

12,35-48 Vigilancia. En consonancia con la sección anterior, Jesús llama a estar atentos y vigilantes. La gracia que hemos recibido como regalo de Dios no es para guardarla, sino para ponerla en ejercicio continuo, permanente. Jesús declara dichoso al que sea encontrado trabajando, poniendo todo su empeño y sus esfuerzos en la construcción de esa sociedad nueva que tiene que inaugurar la presencia del reino. Si nos visitara el Señor ahora, ¿cómo nos encontraría?

12,49-59 Radicalidad del seguimiento – Las señales del tiempo – Llegar a acuerdos. En griego se designa al tiempo de dos maneras: el «kronos», o sea, el tiempo que transcurre minuto a minuto, día a día, y del cual podemos llevar un control por medio del re-

Las señales del tiempo
(cfr. Mt 16,2s)

54 A la multitud le dijo:
—Cuando ven levantarse una nube en
oriente, enseguida dicen que lloverá, y así
sucede. 55 Cuando sopla el viento sur, dicen
que hará calor, y así sucede. 56 ¡Hipócritas!
Saben interpretar el aspecto de la tierra y el
cielo, ¿cómo pues no saben interpretar el
momento presente?

Llegar a acuerdos
(Mt 5,25s)

57 ¿Por qué no juzgan ustedes mismos lo
que es justo? 58 Cuando acudas con tu rival
al juez, procura lograr un arreglo con él
mientras vas de camino; no sea que te
arrastre hasta el juez, el juez te entregue al
guardia y el guardia te meta en la cárcel.
59 Te digo que no saldrás de allí hasta haber
pagado el último centavo.

Exhortación al arrepentimiento

13 1 En aquella ocasión se presentaron
algunos a informarle acerca de unos
galileos cuya sangre había mezclado Pilato
con la de sus sacrificios.
2 Él contestó:
—¿Piensan que aquellos galileos, sufrie-
ron todo eso porque eran más pecadores
que los demás galileos? 3 Les digo que no;
y si ustedes no se arrepienten, acabarán
como ellos. 4 ¿O creen que aquellos diecio-
cho sobre los cuales se derrumbó la torre
de Siloé y los mató, eran más culpables
que el resto de los habitantes de Jerusalén?
5 Les digo que no; y si ustedes no se arre-
pienten acabarán como ellos.

La higuera sin higos

6 Y les propuso la siguiente parábola:
—Un hombre tenía una higuera plantada
en su viña. Fue a buscar fruto en ella y no
lo encontró.
7 Dijo al viñador:
—Hace tres años que vengo a buscar
fruta en esta higuera y nunca encuentro
nada. Córtala, que encima está malgastan-
do la tierra.
8 Él le contestó:
—Señor, déjala todavía este año; cavaré
alrededor y la abonaré, 9 a ver si da fruto. Si
no, el año que viene la cortarás.

Sana a una mujer encorvada

10 Un sábado estaba enseñando en una
sinagoga, 11 cuando se presentó una mujer
que llevaba dieciocho años padeciendo en-
fermedad por un espíritu. Andaba encorva-
da, sin poder enderezarse completamente.
12 Jesús, al verla, la llamó y le dijo:
—Mujer, quedas libre de tu enfermedad.
13 Le impuso las manos y al punto se en-
derezó y daba gloria a Dios.
14 El jefe de la sinagoga, indignado por-
que Jesús había sanado en sábado, intervi-
no para decir a la gente:
—Hay seis días en que se debe trabajar:
Vengan a hacerse sanar esos días y no en
sábado.

---

loj, el calendario o la agenda; es el tiempo cuantitativo, y es el que más determina nuestra vida. La otra expresión que se refiere al tiempo es «kairós», que puede entenderse como una coyuntura especial que sucede en el «kronos», pero que tiene la virtud de transformar la vida, de darle dimensiones nuevas a la experiencia de la cotidianidad; el «kairós» no tiene en cuenta el número de días o de años, sino cómo este instante, este día, este año fue vivido, aprovechado o en qué medida nos hizo crecer.

Jesús critica a su generación porque se ha dejado dominar completamente por el «kronos» y, por lo tanto, no va más allá de sus afanes para percibir la experiencia de la presencia del reino entre ellos.

13,1-9 Exhortación al arrepentimiento – La higuera sin higos. El pecado, los apetitos desenfrenados, la codicia y, en definitiva, el irrespeto a la vida, son las actitudes que nos juzgan y condenan y pueden producir un desenlace peor que si nos cayera encima una torre.

El creyente ha de vivir, según el criterio de Jesús, en actitud constante de producir buenos frutos, eso es lo que quiere indicar con la parábola de la higuera y el labrador. Dios nos ha dotado a cada uno con la capacidad de hacer el bien, de cultivar la justicia y de mantener unas relaciones sanas con los demás y con Dios mismo; pero como dueño y Señor de esas higueras que somos nosotros, puede exigirnos y pedirnos cuentas.

13,10-17 Sana a una mujer encorvada. La enseñanza de Jesús y los signos que realiza tienen la virtud de «rescatar» al ser humano y volver a situarlo como interlocutor de Dios, tal como fue en el principio.

El legalismo israelita simbolizado aquí en la sinagoga y el sábado habían producido un efecto de «encorvamiento», de postración y de inhabilidad para estar en ese nivel primigenio. La acción de Jesús no se queda sólo en la recuperación de la mujer poniéndola de nuevo en actitud de contemplar cara a cara Dios para celebrarlo; también rescata por extensión el ge-

15 El Señor le respondió:
—¡Hipócritas! Cualquiera de ustedes,
aunque sea sábado, ¿no suelta al buey o al
asno del pesebre para llevarlo a beber? 16 Y
a esta hija de Abrahán, a quién Satanás ha
tenido atada dieciocho años, ¿no había que
soltarle las ataduras en sábado?
17 Cuando decía esto, sus adversarios se
sentían confundidos, mientras que la gente
se alegraba de las maravillas que realizaba.

Parábola de la semilla de mostaza
(Mt 13,31s; Mc 4,30-32)

18 Les decía:
—¿A qué se parece el reino de Dios? ¿A
qué lo compararé?
19 Se parece a una semilla de mostaza
que un hombre toma y siembra en su huer-
to; crece, se hace un arbusto y las aves ani-
dan en sus ramas.

Parábola de la levadura
(Mt 13,33)

20 Añadió:
—¿A qué compararé el reino de Dios?
21 Se parece a la levadura que una mu-
jer toma y mezcla con tres medidas de
masa, hasta que todo fermenta.

La puerta estrecha
(Mt 7,13s)

22 Jesús iba enseñando por ciudades y
pueblos mientras se dirigía a Jerusalén.
23 Uno le preguntó:
—Señor, ¿son pocos los que se salvan?
Les contestó:
24 —Procuren entrar por la puerta estre-
cha, porque les digo que muchos intentarán
entrar y no podrán.

(Mt 7,22s)

25 Apenas se levante el dueño de casa y
cierre la puerta, ustedes desde afuera se
pondrán a golpear diciendo: Señor, ábre-
nos. Él les contestará: No sé de dónde son
ustedes. 26 Entonces dirán: Hemos comido
y bebido contigo, en nuestras calles ense-
ñaste.
27 Él responderá: les digo que no sé de
dónde son ustedes. Apártense de mí, mal-
hechores.
28 Allí será el llanto y el crujir de dientes,
cuando vean a Abrahán, Isaac y Jacob y a
todos los profetas en el reino de Dios, mien-
tras ustedes sean expulsados. 29 Vendrán de
oriente y occidente, del norte y el sur, y se
sentarán a la mesa en el reino de Dios.
30 Porque, hay últimos que serán prime-
ros y primeros que serán últimos.

Lamentación por Jerusalén

31 En aquel momento se acercaron unos
fariseos a decirle:
—Sal y retírate de aquí, porque Herodes
intenta matarte.
32 Jesús les contestó:
—Vayan a decir a ese zorro: mira, hoy y
mañana expulso demonios y realizo sana-
ciones; pasado mañana terminaré. 33 Con

---

nuino espíritu de la Ley y del sábado poniéndolos otra vez como medios de crecimiento humano, pues se habían convertido en un fin en sí mismos.

13,18-21 Parábola de la semilla de mostaza – Parábola de la levadura. Con este par de parábolas Lucas ilustra el modo que Jesús va viviendo la experiencia de Dios como Padre y la forma como esa experiencia debe ir enraizando en la conciencia de la persona y de la sociedad.

Jesús conduce la atención de sus oyentes a cosas mínimas e insignificantes como la semilla de mostaza o la porción de levadura para enseñar que, a pesar de ser cosas tan ínfimas, esconden dentro de sí otras realidades muy grandes y verdaderamente sorprendentes. La semilla de mostaza, tan pequeña e insignificante, con el tiempo se llega a convertir en un arbusto frondoso; de modo semejante sucede con la levadura, al elaborar el pan se mezcla con la harina en una gran desproporción; sin embargo, la fermenta y la transforma desde dentro.

Así se debe experimentar la presencia y la acción del reino en la conciencia y la vida de cada creyente.

13,22-30 La puerta estrecha. Hay que esforzarse por «entrar por la puerta estrecha», lo cual quiere decir que hay mucho que aportar desde nuestras capacidades y posibilidades para nuestra propia salvación, entendida como una dimensión nueva de la vida que hay que comenzar a construir aquí. En la perspectiva de Jesús, algunos están dentro como participando de un banquete y otros quieren entrar, pero no pueden porque resultan tan extraños para el amo que no se les puede abrir la puerta. Es evidente que estos excluidos del banquete son los propios paisanos de Jesús que, habiendo recibido la fe desde épocas antiguas, no han sabido ponerla en práctica, por el contrario, se han creado una falsa seguridad pensando que por derecho propio deben ser los primeros en entrar al banquete.

13,31-35 Lamentación por Jerusalén. Jesús no es un profeta temeroso; pese a que intuye un final trági-

todo, hoy y mañana y pasado tengo que se-
guir mi viaje, porque no puede ser que un
profeta muera fuera de Jerusalén.

(Mt 23,37-39)

34 ¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los
profetas y apedreas a los enviados, cuántas
veces quise reunir a tus hijos como la galli-
na reúne a los pollitos bajo sus alas; y tú no
quisiste! 35 Por eso, la casa de ustedes que-
dará desierta. Les digo que no me verán
hasta [el momento] en que digan:

Bendito el que viene
en nombre del Señor.

Sana a un hidrópico

14 1 Un sábado que entró a comer en
casa de un jefe de fariseos, ellos lo
vigilaban. 2 Se le puso delante un hidrópico.
3 Jesús tomó la palabra y preguntó a los
doctores de la ley y fariseos:
—¿Está permitido sanar en sábado o no?
4 Ellos callaron.
Jesús tomó al enfermo, lo sanó y lo des-
pidió. 5 Después les dijo:
—Supongamos que a uno de ustedes se
le cae un hijo o un buey a un pozo: ¿acaso
no lo sacará enseguida, por más que sea
sábado?
6 Y ellos no supieron qué responderle.

Los primeros puestos

7 Observando cómo elegían los puestos
de honor, dijo a los invitados la siguiente
parábola:
8 —Cuando alguien te invite a una boda,
no ocupes el primer puesto; no sea que
haya otro invitado más importante que tú
9 y el que los invitó a los dos vaya a decirte
que le cedas el puesto al otro. Entonces,
lleno de vergüenza, tendrás que ocupar el
último puesto.
10 Cuando te inviten, ve y ocupa el últi-
mo puesto. Así, cuando llegue el que te in-
vitó, te dirá: Amigo, acércate más. Y
quedarás honrado en presencia de todos
los invitados.
11 Porque quien se engrandece será
humillado, y quien se humilla será engran-
decido.
12 Al que lo había invitado le dijo:
—Cuando ofrezcas una comida o una
cena, no invites a tus amigos o hermanos o
parientes o a los vecinos ricos; porque ellos
a su vez te invitarán y quedarás pagado.
13 Cuando des un banquete, invita a po-
bres, mancos, cojos y ciegos. 14 Dichoso tú,
porque ellos no pueden pagarte; pero te pa-
garán cuando resuciten los justos.

El banquete de bodas

(Mt 22,1-10)

15 Uno de los invitados, al oírlo, dijo:
—¡Dichoso el que se siente al banquete
del reino de Dios!
16 Jesús le contestó:
—Un hombre daba un gran banquete, al
que invitó a muchos. 17 Hacia la hora del
banquete envió a su sirviente a decir a los
invitados: Vengan, ya todo está preparado.
18 Pero todos, uno tras otro se fueron dis-
culpando. El primero dijo: He comprado un
terreno y tengo que ir a examinarlo; te rue-
go me disculpes. 19 El segundo dijo: He
comprado cinco yuntas de bueyes y voy a
probarlos; te ruego me disculpes. 20 El ter-

---

co a manos de las autoridades religiosas y políticas, mantiene su decisión de continuar el camino y afrontar el destino que ya habían tenido que enfrentar los antiguos profetas: dar la vida en Jerusalén, paradójicamente la Ciudad Santa, la Ciudad de Dios.

14,1-6 Sana a un hidrópico. Con este nuevo signo de sanación en sábado Jesús denuncia esa manera tan equivocada e interesada de entender el precepto sabático y, en general, la Ley. En otro lugar de Galilea Jesús ya había proclamado su señorío sobre el sábado; también en esta región del camino a Jerusalén queda establecido que Él es Señor de la vida y también del sábado.

14,7-14 Los primeros puestos. En el reino nadie ocupa los primeros lugares ni por derecho propio ni por cortesía; los primeros lugares los ocupan quienes hayan renunciado a la manera humana de pensar y se hayan puesto al servicio de los demás.

14,15-24 El banquete de bodas. En Jesús, Dios está proporcionando una última oportunidad de salvación para su pueblo, pero siempre hay un sector que se excusa para comenzar a instaurar ya la nueva realidad del reino. Hay otro sector, si se quiere más amplio, al que el oficialismo religioso lo ha mantenido siempre relegado, privado del conocimiento y de la experiencia de la comunión con Dios como Padre y como amigo; ésos son los lisiados, los cojos, los ciegos, las mujeres y niños y, en fin, los que no habían ni siquiera soñado con que podían «compartir» la mesa y la vida con el Padre: los paganos o extranjeros.

cero dijo: Me acabo de casar y no puedo ir.
21 El sirviente volvió a informar al dueño de
casa. Éste, irritado, dijo al sirviente: Sal
rápido a las plazas y calles de la ciudad y
trae aquí a pobres, mancos, ciegos y cojos.
22 Regresó el sirviente y le dijo: Señor, se
ha hecho lo que ordenabas y todavía sobra
lugar.
23 El señor dijo al sirviente: Ve a los ca-
minos y veredas y oblígalos a entrar hasta
que se llene la casa. 24 Porque les digo que
ninguno de aquellos invitados probará mi
banquete.

Presupuestos para ser discípulo
(Mt 10,37s)

25 Le seguía una gran multitud. Él se vol-
vió y les dijo:
26 —Si alguien viene a mí y no me ama
más que a su padre y su madre, a su mujer
y sus hijos, a sus hermanos y hermanas, y
hasta su propia vida, no puede ser mi dis-
cípulo. 27 Quien no carga con su cruz y me
sigue no puede ser mi discípulo.
28 Si uno de ustedes pretende construir
una torre, ¿no se sienta primero a calcular
los gastos, a ver si tiene para terminarla?
29 No suceda que, habiendo echado los ci-
mientos y no pudiendo completarla, todos
los que miren se pongan a burlarse de él
30 diciendo: éste empezó a construir y no
puede concluir.
31 Si un rey va a enfrentarse en batalla
contra otro, ¿no se sienta primero a delibe-
rar si podrá resistir con diez mil al que vie-
ne a atacarlo con veinte mil?
32 Si no puede, cuando el otro todavía
está lejos, le envía una delegación a pedir la
paz.
33 Lo mismo cualquiera de ustedes:
quien no renuncie a sus bienes no puede
ser mi discípulo.

(Mt 5,13; Mc 9,50)

34 Buena es la sal; pero si la sal pierde su
sabor, ¿con qué se la volverá a salar? 35 Ya
no sirve ni para el campo ni para abono;
hay que tirarla. El que tenga oídos para oír
que escuche.

Parábola de la oveja perdida
(Mt 18,12-14)

15 1 Todos los recaudadores de im-
puestos y los pecadores se acerca-
ban a escuchar.
2 Los fariseos y los doctores murmuraban:
—Éste recibe a pecadores y come con
ellos.
3 Él les contestó con la siguiente pa-
rábola:
4 —Si uno de ustedes tiene cien ovejas y
se le pierde una, ¿no deja las noventa y
nueve en el campo y va a buscar la extra-
viada hasta encontrarla? 5 Al encontrarla,
se la echa a los hombros contento, 6 se va
a casa, llama a amigos y vecinos y les dice:
Alégrense conmigo, porque encontré la
oveja perdida.
7 Les digo que, de la misma manera ha-
brá más fiesta en el cielo por un pecador
que se arrepienta que por noventa y nueve
justos que no necesiten arrepentirse.

El plan salvífico del Padre concretado en Jesús no se paraliza ante la negativa de aceptarlo; ese proyecto tiene vida propia y avanza y se realiza aunque muchos lo rechacen y se autoexcluyan de él.

14,25-35 Presupuestos para ser discípulo. En conexión con el tema de los que se excusan para no asistir al banquete, Jesús traza unas líneas de exigencia para su seguimiento: la familia, como símbolo de seguridad hay que relativizarla cuando se trate de seguirle. La idea de Jesús es que el discípulo comience a construir un modelo de sociedad distinta: fraterna, solidaria, igualitaria, donde cualquier estructura, comenzando por la familia, esté al servicio de esta nueva sociedad y no al contrario. La otra seguridad es de tipo económico: los bienes materiales. La única forma de que el ser humano pueda atender con equilibrio el mayor número posible de necesidades (personales, corporales, materiales y espirituales) es construyendo con los demás esa nueva sociedad que exige el reino, y eso es labor de cada día.

15,1-10 Parábola de la oveja perdida – Parábola de la moneda perdida. Una vez más, Jesús es objeto de crítica por parte del legalismo personificado en los fariseos, pues acoge a recaudadores y pecadores para enseñarles. Para que el escándalo de los fariseos llegue hasta el colmo, Jesús va a plantear tres parábolas que revelan la absoluta misericordia de Dios.

En la primera parábola, la de las noventa y nueve ovejas, el escándalo para los «buenos» y «justos» es la preocupación de Dios por el pecador y la manera gozosa como es acogido.

En la segunda, la moneda de poco valor representa a toda esa gente que los «buenos» del judaísmo oficial habían ido dejando perder y que ni siquiera les preocupaba. En la dinámica del reino, esa moneda de poco valor es en realidad el «tesoro» de Dios; encon-

Parábola de la moneda perdida

8 Si una mujer tiene diez monedas y
pierde una, ¿no enciende una lámpara, ba-
rre la casa y busca con mucho cuidado
hasta encontrarla? 9 Al encontrarla, llama
a las amigas y vecinas y les dice: Alégren-
se conmigo, porque encontré la moneda
perdida.

10 Les digo que lo mismo se alegrarán
los ángeles de Dios por un pecador que se
arrepienta.

Parábola del hijo pródigo

11 Añadió:

—Un hombre tenía dos hijos. 12 El me-
nor dijo al padre: Padre, dame la parte de la
fortuna que me corresponde. Él les repartió
los bienes.

13 A los pocos días, el hijo menor reunió
todo y emigró a un país lejano, donde
derrochó su fortuna viviendo una vida des-
ordenada. 14 Cuando gastó todo, sobrevino
una carestía grave en aquel país, y empezó
a pasar necesidad. 15 Fue y se puso al
servicio de un hacendado del país, el cual
lo envió a sus campos a cuidar cerdos.
16 Deseaba llenarse el estómago de las
bellotas que comían los cerdos, pero nadie
se las daba. 17 Entonces recapacitando
pensó: A cuántos jornaleros de mi padre
les sobra el pan mientras yo me muero de
hambre. 18 Me pondré en camino a casa de
mi padre y le diré: He pecado contra Dios y
te he ofendido; 19 ya no merezco llamarme
hijo tuyo. Trátame como a uno de tus
jornaleros.

20 Y se puso en camino a casa de su pa-
dre. Estaba aún distante cuando su padre lo
divisó y se enterneció. Corriendo, se le
echó al cuello y le besó.

21 El hijo le dijo:

—Padre, he pecado contra Dios y te he
ofendido, ya no merezco llamarme hijo
tuyo.

22 Pero el padre dijo a sus sirvientes:

—Enseguida, traigan el mejor vestido y
vístanlo; pónganle un anillo en el dedo y
sandalias en los pies. 23 Traigan el ternero
engordado y mátenlo. Celebremos un ban-
quete. 24 Porque este hijo mío estaba muer-
to y ha revivido, se había perdido y ha sido
encontrado. Y empezaron la fiesta.

25 El hijo mayor estaba en el campo.
Cuando se acercaba a casa, oyó música y
danzas 26 y llamó a uno de los sirvientes
para informarse de lo que pasaba.

27 Le contestó:

—Es que ha regresado tu hermano y tu
padre ha matado el ternero engordado,
porque lo ha recobrado sano y salvo.

28 Irritado, se negaba a entrar.

Su padre salió a rogarle que entrara.

29 Pero él le respondió:

—Mira, tantos años llevo sirviéndote, sin
desobedecer una orden tuya, y nunca me
has dado un cabrito para comérmelo con
mis amigos. 30 Pero, cuando ha llegado ese
hijo tuyo, que ha gastado tu fortuna con
prostitutas, has matado para él el ternero
engordado.

31 Le contestó:

—Hijo, tú estás siempre conmigo y todo
lo mío es tuyo. 32 Había que hacer fiesta
porque este hermano tuyo estaba muerto y
ha revivido, se había perdido y ha sido en-
contrado.

---

trarlo y ponerse al servicio de esos «desechos» es llevar a cabo la propuesta de Dios encarnada en el reino propuesto por Jesús.

15,11-32 Parábola del hijo pródigo. Con esta tercera parábola Jesús sigue desenmascarando los efectos negativos del legalismo cuya expresión más inmediata es la distorsión de la verdadera imagen de Dios. Jesús revela su experiencia de Dios como Padre, un padre que ama con igual medida tanto a su hijo mayor como al menor; la diferencia de este amor la imponen los dos hijos.

El mayor cree que ha hecho los méritos suficientes para ganarse todo el amor del padre porque no ha contradicho ni uno solo de sus mandatos y por tanto tiene que ser recompensado, mientras que la conducta del menor debe ser castigada. Lo escandaloso de la parábola es cómo Jesús muestra al hijo menor que acapara el amor del Padre a pesar de todo lo que ha hecho. El legalismo del hijo mayor no le permite ver la gratuidad del amor divino, amor que no se exige como «pago» a una buena conducta, sino que se recibe por gracia, y se celebra permanentemente según la propia conciencia de ese amor gratuito; y en segundo lugar, en esta relación amorosa con Dios siempre estamos ante el riesgo de romperla por nuestras actitudes antiamorosas con los demás; pero esa misma gracia divina nos llama al arrepentimiento y a la búsqueda del perdón del Padre quien acoge de inmediato y él mismo se pone a celebrar con nosotros la fiesta del perdón.

Parábola del administrador astuto

16 1 A los discípulos les decía:
—Un hombre rico tenía un adminis-
trador. Le llegaron quejas de que estaba de-
rrochando sus bienes. 2 Lo llamó y le dijo:
—¿Qué es lo que me han contado de ti?
Dame cuentas de tu administración, porque
ya no podrás seguir en tu puesto.
3 El administrador pensó: ¿Qué voy a
hacer ahora que el dueño me quita mi
puesto? Para cavar no tengo fuerzas, pedir
limosna me da vergüenza. 4 Ya sé lo que
voy a hacer para que, cuando me despidan,
alguno me reciba en su casa.
5 Fue llamando uno por uno a los deu-
dores de su señor y dijo al primero:
—¿Cuánto debes a mi señor?
6 Contestó:
—Cien barriles de aceite.
Le dijo:
—Toma el recibo, siéntate enseguida y
escribe cincuenta.
7 Al segundo le dijo:
—Y tú, ¿cuánto debes?
Contestó:
—Cuarenta toneladas de trigo.
Le dice:
—Toma tu recibo y escribe treinta.
8 El dueño alabó al administrador desho-
nesto por la astucia con que había actuado.
Porque los hijos de este mundo son más
astutos con sus semejantes que los hijos de
la luz.

El uso del dinero

9 Y yo les digo que con el dinero sucio se
ganen amigos, de modo que, cuando se
acabe, ellos los reciban en la morada eterna.
10 El que es fiel en lo poco, es fiel en lo
mucho; el que es deshonesto en lo poco, es
deshonesto en lo mucho.
11 Si con el dinero sucio no han sido de
confianza, ¿quién les confiará el legítimo?
12 Si con lo ajeno no han sido de con-
fianza, ¿quién les confiará lo que les perte-
nece a ustedes?

(Mt 6,24)

13 Un empleado no puede estar al servi-
cio de dos señores: porque odiará a uno y
amará al otro o apreciará a uno y despre-
ciará al otro. No pueden estar al servicio de
Dios y del dinero.

La Ley y la Buena Noticia

14 Los fariseos, que eran muy amigos del
dinero, oían todo esto y se burlaban de él.
15 Él les dijo:
—Ustedes pasan por justos ante los
hombres, pero Dios los conoce por dentro.
Porque lo que los hombres tienen por gran-
de Dios lo aborrece.
16 La ley y los profetas duraron hasta
Juan. A partir de entonces se anuncia la
Buena Noticia del reino de Dios y todos tie-
nen que esforzarse para entrar en él.
17 Es más fácil que el cielo y tierra dejen
de existir que deje de cumplirse una sola le-
tra de la ley.
18 Quien se divorcia de su mujer y se ca-
sa con otra comete adulterio; quien se casa
con una mujer divorciada comete adulterio.

El rico y Lázaro

19 Había un hombre rico, que vestía de
púrpura y lino y todos los días hacía es-
pléndidos banquetes.

16,1-8 Parábola del administrador astuto. Jesús no alaba tanto las artimañas del administrador cuanto su astucia y sagacidad para prever el futuro que le tocará enfrentar. La propuesta de Jesús a sus discípulos es que también ellos deben poner en juego su creatividad, ser astutos para prever el rumbo que la dinámica del reino debe tomar en medio de la sociedad; si bien el reino es de los humildes y sencillos, ello no quiere decir que se puede construir con ingenuidad.

16,9-13 El uso del dinero. Las cosas de la tierra son pasajeras, por lo que no hay que apegarse a ellas. Para Lucas, el acumular riquezas es ya un pecado, especialmente cuando se convive al lado de los pobres. El que se apega al dinero acaba excluyendo a Dios, porque no se puede servir a dos señores.

16,14-18 La Ley y la Buena Noticia. Jesús desenmascara la doble actitud de los fariseos que pretendían servir al dinero y a Dios, haciendo ver que, en el fondo, lo que menos interesa a estas personas es caminar de acuerdo con la voluntad divina. Dios conoce el interior de cada uno de ellos y sabe que el servicio a Dios, cuando hay un tal apego a los bienes materiales, no pasa de ser una simple fachada con consecuencias muy negativas para la conciencia y la mentalidad del pueblo, pues queda la impresión de que Dios favorece (bendice) a unos, mientras permanece indiferente ante las carencias (expoliación) de los demás.

16,19-31 El rico y Lázaro. Para redondear el tema de la incompatibilidad entre seguimiento de Jesús y servicio a la riqueza y los bienes materiales, Lucas pre-

20 Echado a la puerta del rico había un
pobre cubierto de llagas llamado Lázaro,
21 que ansiaba saciarse con lo que caía de
la mesa del rico; y hasta los perros iban a
lamerle sus heridas.
22 Murió el pobre y los ángeles lo lleva-
ron junto a Abrahán. Murió también el rico
y lo sepultaron.
23 Estando en el lugar de los muertos, en
medio de tormentos, alzó la vista y divisó a
Abrahán y a Lázaro a su lado.
24 Lo llamó y le dijo:
—Padre Abrahán, ten piedad de mí y en-
vía a Lázaro, para que moje la punta del
dedo en agua y me refresque la lengua;
pues me torturan estas llamas.
25 Respondió Abrahán:
—Hijo, recuerda que en vida recibiste bie-
nes y Lázaro por su parte desgracias. Ahora
él es consolado y tú atormentado. 26 Además,
entre ustedes y nosotros se abre un inmen-
so abismo; de modo que, aunque se quiera,
no se puede atravesar desde aquí hasta us-
tedes ni pasar desde allí hasta nosotros.
27 Insistió el rico:
—Entonces, por favor, envíalo a casa de
mi padre, 28 donde tengo cinco hermanos;
que les advierta no sea que también ellos
vengan a parar a este lugar de tormentos.
29 Le dice Abrahán:
—Tienen a Moisés y los profetas: que los
escuchen.
30 Respondió:
—No, padre Abrahán; si un muerto los
visita, se arrepentirán.
31 Le dijo:
—Si no escuchan a Moisés ni a los pro-
fetas, aunque un muerto resucite, no le ha-
rán caso.

Instrucciones a los discípulos
(Mt 18,6s.21s; Mc 9,42)

17 1 A sus discípulos les dijo:
—Es inevitable que haya escánda-
los; pero, ¡ay del que los provoca! 2 Más le
valdría que le ataran en el cuello una piedra
de molino y lo arrojaran al mar, antes que
escandalizar a uno de estos pequeños.
3 Estén en guardia: si tu hermano peca,
repréndelo; si se arrepiente, perdónalo. 4 Si
siete veces al día te ofende y siete veces
vuelve a ti diciendo que se arrepiente, per-
dónalo.
5 Los apóstoles dijeron al Señor:
—Auméntanos la fe.
6 El Señor dijo:
—Si tuvieran fe como una semilla de
mostaza, dirían a [esta] morera: Arráncate
de raíz y plántate en el mar, y les obede-
cería.

El deber del discípulo

7 Supongamos que uno de ustedes tiene
un sirviente arando o cuidando los anima-
les, cuando éste vuelva del campo, ¿le dirá
que pase en seguida y se ponga a la mesa?
8 ¿No le dirá más bien: prepárame de co-
mer, ponte el delantal y sírveme mientras
como y bebo, después comerás y beberás
tú? 9 ¿Tendrá aquel señor que agradecer al
sirviente que haya hecho lo mandado?
10 Así también ustedes: cuando hayan he-
cho todo lo mandado, digan: Somos sim-
ples sirvientes, solamente hemos cumplido
nuestro deber.

Sana a diez leprosos

11 Yendo él de camino hacia Jerusalén,
atravesaba Galilea y Samaría.

---

senta esta parábola que, como todas las demás, muestra también algún aspecto particular de lo que Jesús concibe como realidad del reino de Dios. Aquí se hace más clara la advertencia sobre la imposibilidad de servir a Dios, a su reino, y al dinero. La consecuencia más inmediata es el olvido de las más mínimas relaciones de justicia y de la finalidad de la misma vida.

El servicio a la riqueza se convierte en esclavitud a la misma a tal punto que se pierde la sensibilidad por el que sufre y se pierde, además, el sentido y la finalidad de la misma existencia humana.

17,1-10 Instrucciones a los discípulos – El deber del discípulo. Estas tres instrucciones tienen un denominador común: el servicio al reino que sólo es posible desde la fe. En el servicio al reino, que es la búsqueda e instauración de una sociedad justa, solidaria, fraterna e igualitaria, nadie está exento de desviarse del camino y asumir actitudes contrarias a los valores del reino. Eso ocasiona escándalo y desánimo en unos; escepticismo y rechazo a esta nueva realidad, en otros. En todo caso, siempre se ha de emplear el recurso a la corrección fraterna, al arrepentimiento y al perdón.

17,11-19 Sana a diez leprosos. Nos encontramos aquí con la manera como Lucas presenta cuál debe ser la actitud del creyente respecto al modo antiguo de entender la Ley y el modo de acoger la novedad que Jesús está anunciando e instaurando. Aparente-

[12] Al entrar en un pueblo, le salieron al encuentro diez leprosos, que se pararon a cierta distancia [13] y alzando la voz, dijeron:
—Jesús, Maestro, ten piedad de nosotros.
[14] Al verlos, les dijo:
—Vayan a presentarse a los sacerdotes.
Mientras iban, quedaron sanos.
[15] Uno de ellos, viéndose sano, volvió glorificando a Dios en voz alta, [16] y cayó a los pies de Jesús, rostro en tierra, dándole gracias. Era samaritano.
[17] Jesús tomó la palabra y dijo:
—¿No recobraron la salud los diez? ¿Y los otros nueve dónde están? [18] ¿Ninguno volvió a dar gloria a Dios, sino este extranjero?
[19] Y le dijo:
—Ponte de pie y vete, tu fe te ha salvado.

La llegada del reino de Dios

[20] Los fariseos le preguntaron cuándo iba a llegar el reino de Dios y él les respondió:
—La llegada del reino de Dios no está sujeta a cálculos; [21] ni dirán: míralo aquí, míralo allí. Pues está entre ustedes.
[22] Después dijo a los discípulos:
—Llegarán días en que ustedes desearán ver uno de los días del Hijo del Hombre y no lo verán. [23] Si les dicen: Míralo aquí, míralo allá, no vayan ni les sigan.
[24] Porque así como el relámpago brilla desde un extremo al otro del cielo, así será el Hijo del Hombre [cuando llegue su día].
[25] Pero primero tiene que padecer mucho y ser rechazado por esta generación.

(cfr. Mt 24,37-42)

[26] Lo que sucedió en tiempo de Noé sucederá en tiempo del Hijo del Hombre:
[27] comían, bebían, se casaban, hasta que Noé entró en el arca, vino el diluvio y acabó con todos.
[28] O como sucedió en tiempo de Lot: comían, bebían, compraban, vendían, plantaban, edificaban. [29] Pero, cuando Lot salió de Sodoma, llovió fuego y azufre del cielo y acabó con todos.
[30] Así será el día en que se revele el Hijo del Hombre. [31] Aquel día, si uno está en la azotea y tiene sus cosas en la casa, no baje a buscarlas; lo mismo, si uno está en el campo, no vuelva atrás. [32] Acuérdense de la mujer de Lot.
[33] Quien trate de conservar la vida la perderá, pero quien la pierda la conservará.
[34] Les aseguro: esa noche estarán dos en una cama: a uno lo arrebatarán, al otro lo dejarán; [35] habrá dos mujeres moliendo juntas: a una la arrebatarán, a la otra la dejarán. [36] [[Estarán dos en el campo: a uno lo arrebatarán, al otro lo dejarán.]]
[37] Le preguntaron:
—¿Dónde, Señor?
Jesús les contestó:
—Donde está el cadáver se reúnen los buitres.

---

mente, la desproporción uno contra diez es exagerada, pero refleja el comportamiento que una falsa interpretación de la Ley, y por tanto de una falsa imagen de Dios, lleva a asumir al creyente. Los diez leprosos han recibido todos un mismo beneficio, pero sólo uno, aquel de quien menos se esperaba, reacciona conforme al reconocimiento de una acción gratuita, generosa y misericordiosa de Dios: un samaritano. Los otros nueve, que representan a la mayoría del pueblo de la elección, no son capaces de percibir en este signo la cercanía de Dios y por tanto no hay un gesto de alabanza y gratitud para ellos, Dios sigue siendo alguien que sólo se limita a exigir el cumplimiento de la Ley.

17,20-37 La llegada del reino de Dios. Los fariseos todavía no aceptan que en Jesús ya se esté inaugurando el tiempo del reinado de Dios; ellos mantienen la expectativa de un mesías glorioso, investido con todo poder. Jesús no sólo declara que el reino ya está actuando, sino también que el Hijo del Hombre es quien ha inaugurado ya este advenimiento del reino. La plenitud de este advenimiento, sin embargo, no se dará antes de que el Hijo del Hombre padezca la persecución y el rechazo a manos de los enemigos del proyecto de Dios.

Otra idea que se subraya aquí es la advertencia contra los falsos mesianismos. Muchos podrán incitar a la gente con falsas alarmas de la llegada del Hijo; el fiel seguidor no debe ni puede alimentar esas falsas alarmas, cada uno deberá estar empeñado en experimentar y ayudar a experimentar a otros la acción del reino que ya está actuando, tal como lo hace la levadura en la masa.

18,1-8 Parábola del juez y la viuda. La viuda es el símbolo de las masas de empobrecidos que con el correr del tiempo y golpeados por una sociedad injusta se han llegado a convencer de que su causa no será atendida porque nadie se fija en ellos más que para aprovecharlos como fuerza productiva y desecharlos cuando ya no representan ninguna utilidad para la sociedad.

Parábola del juez y la viuda

18 1 Para inculcarles que hace falta orar
siempre sin cansarse, les contó una
parábola:
2 —Había en una ciudad un juez que ni
temía a Dios ni respetaba a los hombres.
3 Había en la misma ciudad una viuda que
acudía a él para decirle: Hazme justicia
contra mi rival.
4 Por un tiempo se negó, pero más tarde
se dijo: Aunque no temo a Dios ni respeto a
los hombres, 5 como esta viuda me está
fastidiando, le haré justicia, así no seguirá
molestándome.
6 El Señor añadió:
—Fíjense en lo que dice el juez injusto;
7 y Dios, ¿no hará justicia a sus elegidos si
claman a él día y noche? ¿Los hará esperar?
8 Les digo que inmediatamente les hará
justicia. Sólo que, cuando llegue el Hijo del
Hombre, ¿encontrará esa fe en la tierra?

Parábola del fariseo y el recaudador de impuestos

9 Por algunos que se tenían por justos y
despreciaban a los demás, les contó esta
parábola:
10 —Dos hombres subieron al templo a
orar: uno era fariseo, el otro recaudador de
impuestos.
11 El fariseo, de pie, oraba así en voz
baja:
—Oh Dios, te doy gracias porque no soy
como el resto de los hombres, ladrones, in-
justos, adúlteros, o como ese recaudador
de impuestos. 12 Ayuno dos veces por se-
mana y pago diezmos de cuanto poseo.
13 El recaudador de impuestos, de pie y
a distancia, ni siquiera alzaba los ojos al
cielo, sino que se golpeaba el pecho di-
ciendo:
—Oh Dios, ten piedad de este pecador.
14 Les digo que éste volvió a casa ab-
suelto y el otro no. Porque quien se alaba
será humillado y quien se humilla será
alabado.

Bendice a unos niños

(Mt 19,13-15; Mc 10,13-16)

15 Le acercaron también unos niños para
que los bendijera. Los discípulos al verlo les
reprendían.
16 Pero Jesús los llamó diciendo:
—Dejen que los niños se acerquen a mí
y no se lo impidan, porque el reino de Dios
pertenece a los que son como ellos. 17 Les
aseguro que quien no reciba el reino de
Dios como un niño, no entrará en él.

El joven rico

(Mt 19,16-30; Mc 10,17-31)

18 Uno de los jefes le preguntó:
—Maestro bueno, ¿qué debo hacer para
heredar la vida eterna?

La propuesta de Jesús es que el empobrecido, como en el caso de la viuda, se convenza de lo contrario; es decir, que llegue a sentir y a asumir que el primer interesado en su causa es Dios mismo y que con el respaldo de ese Dios que se rebela contra la injusticia y la opresión (cfr. Éx 3,7-9), la masa de empobrecidos tiene que comenzar y perseverar en la lucha por la justicia, incluso teniendo en cuenta que hay jueces y sistemas inicuos que con toda seguridad, no sólo no defenderán su causa, sino que la tildarán de subversión, rebelión, terrorismo y peligro para la nación y para la estabilidad social.

18,9-14 Parábola del fariseo y el recaudador de impuestos. Esta nueva parábola va dirigida a «algunos que se tenían por justos y despreciaban a los demás» (9).

Quienes se creían buenos y justos lo hacían a partir de una serie de normas y preceptos que cumplían a cabalidad, y desde aquí se sentían con todo el derecho de presentar en su oración una especie de «cobro» a Dios. Jesús desenmascara esta actitud y abiertamente declara justificado al hombre que delante de Dios se siente absolutamente indigente, necesitado del amor y de la compasión divinos.

El otro, el fariseo de la parábola, no logra esa justificación, no porque Dios se la niegue, sino porque cree que no la necesita y por tanto, no la pide.

18,15-17 Bendice a unos niños. La ternura, la simplicidad y la ausencia de prejuicios que caracterizan al niño inspiran a Jesús para el modelo o perfil de todo el que quiere pertenecer al reino. La nueva realidad inaugurada por el reino no excluye a nadie, antes bien, la prioridad son los excluidos y marginados de este mundo.

18,18-30 El joven rico. Las nuevas relaciones que se establecen a partir de la instauración del reino o reinado de Dios exigen una posición clara y definida respecto a lo que cada uno considera como sus seguridades personales. Al hombre que interroga a Jesús, aunque sabe cuál es el medio para ser un hombre bueno, le falta lo más importante, poner en el primer plano de sus preocupaciones o de su proyecto personal la justicia querida por Dios. Esta justicia que Dios quiere comienza por el desprendimiento de la

19 Jesús le contestó:
—¿Por qué me llamas bueno? Nadie es
bueno fuera de Dios. 20 Conoces los man-
damientos:

no cometerás adulterio,
no matarás,
no robarás,
no darás falso testimonio,
honra a tu padre y a tu madre.

21 Le contestó:
—Todo esto lo he cumplido desde la
adolescencia.
22 Al oírlo, Jesús le dijo:
—Una cosa te falta, vende cuanto tienes,
repártelo a los pobres y tendrás un tesoro
en [el] cielo; después sígueme.
23 Al oírlo, se puso muy triste, porque
era muy rico.
24 Al verlo [ponerse muy triste,] Jesús
dijo:
—Difícilmente entrarán en el reino de
Dios los que tienen riquezas. 25 Es más
fácil que un camello entre por el ojo de una
aguja que un rico entre en el reino de Dios.
26 Los que lo oían dijeron:
—Entonces, ¿quién podrá salvarse?
27 Él contestó:
—Lo que es imposible para los hombres
es posible para Dios.
28 Entonces Pedro dijo:
—Mira, nosotros hemos dejado todo lo
que teníamos y te hemos seguido.
29 Les contestó:
—Les aseguro que nadie que haya deja-
do casa o mujer o hermanos o parientes o
hijos por el reino de Dios 30 dejará de reci-
bir mucho más en esta vida y en la edad fu-
tura la vida eterna.

Tercer anuncio de la pasión y resurrección
(Mt 20,17-19; Mc 10,32-34)

31 Llevándose aparte a los Doce, les dijo:
—Miren, estamos subiendo a Jerusalén
y se cumplirá en el Hijo del Hombre todo lo
que escribieron los profetas: 32 será entre-
gado a los paganos: se burlarán de él, lo in-
sultarán, lo escupirán, 33 lo azotarán y lo
matarán; y al tercer día resucitará.
34 Ellos no entendieron nada, el asunto
les resultaba oscuro y no comprendían lo
que decía.

Sana a un ciego
(Mt 20,29-34; Mc 10,46-52)

35 Cuando se acercaba a Jericó, un cie-
go estaba sentado junto al camino pidiendo
limosna. 36 Al oír que pasaba la gente, pre-
guntó qué sucedía. 37 Le dijeron que pasa-
ba Jesús de Nazaret.
38 Él gritó:
—¡Jesús, Hijo de David, ten piedad de mí!
39 Los que iban delante lo reprendían pa-
ra que callase. Pero él gritaba más fuerte:
—Hijo de David, ten piedad de mí.
40 Jesús se detuvo y mandó que se lo
acercasen. Cuando lo tuvo cerca, le pre-
guntó:
41 —¿Qué quieres que te haga?
Contestó:
—Señor, que recobre la vista.
42 Jesús le dijo:
—Recobra la vista, tu fe te ha salvado.
43 Al instante recobró la vista y le seguía
glorificando a Dios; y el pueblo, al verlo,
alababa a Dios.

Jesús y Zaqueo

19 1 Entró en Jericó y atravesó la ciu-
dad, 2 allí vivía un hombre llamado

---

riqueza, así podrá ser sensible a las carencias de los demás.

18,31-34 Tercer anuncio de la pasión y resurrección. Conforme más se acerca Jesús a Jerusalén, más se ha ido acentuando el antagonismo con los representantes del poder religioso y más aumentan las probabilidades de un final violento a manos de sus adversarios en la Ciudad Santa.

Los Doce no entienden nada; habrá que esperar hasta que Él mismo, ya resucitado, vuelva y les explique todo.

18,35-43 Sana a un ciego. Es sintomático y tal vez intencional de Lucas dejar constatado que los Doce no entendieron (no veían) nada de lo que Jesús les había revelado acerca de su final. Aquí registra el caso de un ciego que, a pesar del obstáculo personal (la ceguera) y de los obstáculos externos (los que impiden acercarse a Jesús) es capaz de captar quién es realmente Jesús: primero lo reconoce como Mesías (Hijo de David); luego lo llama Señor; finalmente da Gloria a Dios y le sigue.

El relato es utilizado por Lucas para enseñar que no siempre, aunque se tengan intactos los cinco sentidos, se está en grado de conocer a Jesús y de optar por Él.

19,1-10 Jesús y Zaqueo. Zaqueo es el paradigma del que conociendo a Jesús, no sólo se despoja con

Zaqueo, jefe de recaudadores de impuestos
y muy rico, 3 intentaba ver quién era Jesús;
pero a causa del gentío, no lo conseguía,
porque era bajo de estatura. 4 Se adelantó
de una carrera y se subió a un árbol para
verlo, pues iba a pasar por allí.
5 Cuando Jesús llegó al sitio, alzó la vis-
ta y le dijo:
—Zaqueo, baja pronto, porque hoy ten-
go que hospedarme en tu casa.
6 Bajó rápidamente y lo recibió muy
contento. 7 Al verlo, murmuraban todos
porque entraba a hospedarse en casa de un
pecador.
8 Pero Zaqueo se puso en pie y dijo al
Señor:
—Mira, Señor, la mitad de mis bienes se
la doy a los pobres, y a quien haya defrau-
dado le devolveré cuatro veces más.
9 Jesús le dijo:
—Hoy ha llegado la salvación a esta
casa, ya que también él es hijo de Abrahán.
10 Porque el Hijo del Hombre vino a buscar
y salvar lo perdido.

Parábola del dinero encargado
(Mt 25,14-30)

11 Como la gente lo escuchaba, añadió
una parábola; porque estaban cerca de Je-
rusalén y ellos creían que el reino de Dios
se iba a revelar de un momento a otro. 12 Él
les dijo:
—Un hombre noble se fue a un país le-
jano para ser nombrado rey y volver. 13 Lla-
mó a diez sirvientes suyos, les entregó una
gran cantidad de dinero y les encargó: Há-
ganla producir hasta que yo vuelva.
14 Sus compatriotas, que lo odiaban, en-
viaron tras él una comisión encargada de
decir: No queremos que ése sea nuestro
rey.
15 Volvió una vez nombrado rey y llamó
a los sirvientes a quienes había entregado
el dinero para ver cómo había negociado
cada uno.
16 Se presentó el primero y dijo: Señor,
tu dinero ha producido diez veces más.
17 Le respondió: Muy bien, sirviente diligen-
te; por haber sido fiel en lo poco, adminis-
trarás diez ciudades.
18 Se presentó el segundo y dijo: Señor,
tu dinero ha producido cinco veces más.
19 Le respondió: Pues tú administrarás cin-
co ciudades.
20 Se presentó el tercero y dijo: Aquí tie-
nes tu dinero, que he guardado en un pa-
ñuelo. 21 Te tenía miedo porque eres
riguroso: retiras lo que no has depositado, y
cosechas lo que no has sembrado.
22 Él le respondió: Por tu boca te con-
deno, sirviente indigno. Sabías que soy ri-
guroso, que retiro lo que no he depositado
y cosecho lo que no he sembrado. 23 ¿Por
qué no pusiste mi dinero en un banco,
para que, al volver yo, lo cobrara con los
intereses?
24 Después ordenó a los presentes:
Quítenle el dinero y dénselo al que consi-
guió diez veces más. 25 Le respondieron:
Señor, ya tiene diez veces más. 26 Yo les
digo que a quien tiene se le dará y a quien
no tiene se le quitará aun lo que tiene.
27 En cuanto a esos enemigos, que no
querían que fuera su rey, tráiganlos aquí y
mátenlos en mi presencia.
28 Dicho esto, siguió adelante, subiendo
hacia Jerusalén.

---

prontitud de lo material, sino que permite que su interior también sea transformado por la gracia para comenzar el proyecto de la justicia, muy a pesar de quienes tal vez juzgaban que debía purgar de otro modo sus muchos pecados. ¡Así es la gracia divina!

19,11-28 Parábola del dinero encargado. La tarea del Mesías para muchos de los paisanos contemporáneos de Jesús, era un asunto que correspondía exclusivamente al Mesías, nadie tenía que intervenir ni para bien ni para mal, porque el Mesías se encargaría de todo, de un solo golpe su reinado quedaría instaurado (11).

Con esta parábola, a las puertas de Jerusalén, justo antes de su entrada triunfal, Lucas advierte que Jesús el Mesías no ve así las cosas.

Para Jesús en la tarea del Mesías y en la instauración del reinado de Dios están involucrados todos y cada uno de los creyentes, según sus capacidades y dones; todos debemos poner empeño en la instauración del proyecto de Dios.

19,29-40 Entrada triunfal en Jerusalén. En contraposición a las expectativas sobre cómo habría de manifestarse el Mesías, Jesús deliberadamente se presenta a la entrada de Jerusalén montando un humilde asno; quizás Lucas tiene en mente la profecía de Zacarías, que vaticinaba la llegada de un mesías humilde y sencillo montado en este tipo de cabalgadura (Zac 9,9s).

Esta aclamación de Jesús como rey, unida a todos los comentarios que las autoridades políticas y religio-

Entrada triunfal en Jerusalén
(Mt 21,1-11; Mc 11,1-11; cfr. Jn 12,12-19)

29 Cuando se acercaban a Betfagé y Be-
tania, junto al monte de los Olivos, envió a
dos discípulos 30 diciéndoles:
—Vayan al pueblo de enfrente; al entrar,
encontrarán un burrito atado, que nadie ha
montado hasta ahora. Desátenlo y tráigan-
lo. 31 Si alguien les pregunta para qué lo
desatan, díganle que el Señor lo necesita.
32 Fueron los enviados y lo encontraron
como les había dicho. 33 Mientras lo desata-
ban, los dueños les dijeron:
—¿Por qué desatan el burrito?
34 Contestaron:
—Porque el Señor lo necesita.
35 Se lo llevaron a Jesús, echaron sus
mantos sobre el burrito y lo hicieron mon-
tar.
36 Mientras avanzaba, la gente alfombra-
ba con sus mantos el camino.
37 Cuando se acercaban a la cuesta del
monte de los Olivos, los discípulos en masa
y llenos de alegría se pusieron a alabar en
voz alta a Dios por todos los milagros que
habían presenciado.
38 Y decían:
Bendito sea el rey
que viene en nombre del Señor.
Paz en el cielo, gloria al Altísimo.
39 Algunos fariseos de entre la gente le
dijeron:
—Maestro, reprende a tus discípulos.
40 Pero él respondió:
—Yo les digo que, si éstos callan, grita-
rán las piedras.

Lamentación por Jerusalén

41 Al acercarse y divisar la ciudad, dijo
llorando por ella:
42 —Ojalá tú también reconocieras hoy
lo que conduce a la paz. Pero eso ahora
está oculto a tus ojos. 43 Te llegará un día en
que tus enemigos te rodearán de trincheras,
te sitiarán y te cercarán por todas partes.
44 Te derribarán por tierra a ti y a tus hijos
dentro de ti, y no te dejarán piedra sobre
piedra; porque no reconociste el momento
en que fuiste visitada por Dios.

Purifica el Templo
(Mt 21,12-17; Mc 11,15-19; cfr. Jn 2,13-16)

45 Después entró en el templo y se puso
a echar a los mercaderes 46 diciéndoles:
—Está escrito que *mi casa es casa de
oración* y ustedes la han convertido en cue-
va de asaltantes.
47 A diario enseñaba en el templo. Los
sumos sacerdotes, los letrados y los jefes
del pueblo intentaban matarlo; 48 pero no
encontraban cómo hacerlo, porque todo

---

sas ya deben conocer, más el comportamiento de Jesús en la capital, serán el fundamento de su detención, juicio y condena a muerte.

19,41-44 Lamentación por Jerusalén. La alegría y el regocijo que se respiran en el pasaje anterior cambian de tono en estos versículos donde Jesús llora y se lamenta por Jerusalén. Él, como buen judío, seguramente ama a la Ciudad Santa, sabe que allí están todos los elementos necesarios para realizar el plan de Dios; pero la realidad es que la ciudad se convirtió en símbolo de la obstinación y el rechazo a todo lo que tuviera que ver con la voluntad divina, y esto le atraerá la perdición, de ella «no te dejarán piedra sobre piedra» (44).

19,45-48 Purifica el Templo. A Lucas le interesa subrayar con este gesto varias cosas: 1. Jesús no es contrario al Templo; en el corazón de cada judío está inscrito el Templo como el más importante emblema religioso, por eso Jesús reclama que se utilice para lo que es: «casa de oración» (Is 56,7). 2. Purificando el Templo, Jesús desenmascara el extremo al que había llegado la «casa de Dios», de emblema religioso y lugar de encuentro de la comunidad con su Dios, había pasado a ser emblema de opresión, cueva de asaltantes. 3. Se hace más clara la decisión de las autoridades de eliminar a Jesús, pero no pueden hacerlo porque «todo el pueblo estaba pendiente de sus palabras» (48).

20,1-8 La autoridad de Jesús. Durante el ejercicio de su ministerio, lejos de Jerusalén, los adversarios de Jesús siempre fueron los fariseos y los escribas o juristas. Éstos intervienen por última vez en el momento de la aclamación de Jesús como rey, muy cerca de Jerusalén, al pie del monte de los Olivos. Para Lucas está claro que el tipo de conflicto entre fariseos y Jesús tenía como base prácticamente todo lo relacionado con aspectos doctrinales, de ortodoxia, la interpretación y el cumplimiento de la Ley. Ahora los adversarios de Jesús adquieren otro rostro y otro motivo de fondo; se trata de los más altos dirigentes: sumos sacerdotes, letrados y ancianos. Ellos no tienen interés en discutir sobre aspectos doctrinales, sino sobre la autoridad y poder de Jesús. En el diálogo con Jesús, ellos salen mal librados porque Él los atrapa en sus propias redes. Sabemos que este motivo (autoridad y poder) seguirá creciendo dramáticamente y que Jesús no estará dispuesto a ceder ni autoridad ni poder, porque en su propuesta, estas dos realidades son servicio, amor y entrega; ceder en esto es «bendecir» el *status quo*.

el pueblo estaba pendiente de sus pala-
bras.

La autoridad de Jesús
(Mt 21,23-27; Mc 11,27-33)

20 1 Un día que estaba enseñando en el
templo y anunciando la Buena Noti-
cia al pueblo, se presentaron los sumos sa-
cerdotes y los letrados con los ancianos 2 y
le dijeron:
—¿Con qué autoridad haces eso?
¿Quién te ha dado esa autoridad?
3 Jesús les respondió:
—Yo a mi vez les haré una pregunta para
que me respondan. 4 El bautismo de Juan,
¿procedía del cielo o de los hombres?
5 Ellos discutían entre sí: Si decimos que
del cielo, nos dirá que por qué no le creímos;
6 si decimos que de los hombres, el pueblo
entero nos apedreará, porque están con-
vencidos de que Juan era profeta. 7 Por eso
le contestaron que no sabían de dónde pro-
cedía.
8 Y Jesús les replicó:
—Yo tampoco les digo con qué autori-
dad lo hago.

Parábola de los viñadores malvados
(Mt 21,33-46; Mc 12,1-12)

9 Al pueblo le contó la siguiente parábola:
—Un hombre plantó una viña, se la
arrendó a unos viñadores y se ausentó por
bastante tiempo. 10 A su debido tiempo en-
vió un sirviente a los viñadores para que le
entregasen la parte de la cosecha que le
correspondía. Pero los viñadores lo apalea-
ron y lo despidieron con las manos vacías.
11 Envió otro sirviente. Pero ellos lo apalea-
ron, lo insultaron y lo despidieron con las
manos vacías. 12 Envió un tercero, y ellos lo
dejaron malherido. 13 Entonces dijo el due-
ño de la viña: ¿Qué haré? Enviaré a mi hijo
querido; quizás a él lo respeten. 14 Pero los
viñadores, al verlo, deliberaban entre ellos:
Es el heredero; vamos a matarlo para que-
darnos con la finca. 15 Lo echaron fuera de
la viña y lo mataron. Ahora bien, ¿qué hará
con ellos el dueño de la viña? 16 Irá, acaba-
rá con aquellos viñadores y entregará la
viña a otros.
Al oírlo, dijeron:
—¡Dios nos libre!
17 Él, mirándolos fijamente, les dijo:
—Entonces, qué significa eso que está
escrito:

La piedra
que desecharon los arquitectos
es ahora la piedra angular.

18 Quien tropiece con esa piedra se estre-
llará, a quien le caiga encima lo aplastará.
19 Los letrados y sumos sacerdotes in-
tentaron detenerlo en aquel momento, por-
que habían comprendido que la parábola
iba dirigida a ellos; pero temieron al pueblo.

Sobre el tributo al césar
(Mt 22,15-22; Mc 12,13-17)

20 Así que ellos comenzaron a acecharlo
y le enviaron unos espías, que fingían ser
gente de bien, para atraparlo en sus pala-
bras y poderlo entregar a la autoridad y ju-
risdicción del gobernador.
21 Le preguntaron:
—Maestro, nos consta que hablas y en-
señas rectamente, que no eres parcial, sino

20,9-19 Parábola de los viñadores malvados. Aunque Jesús deja aparentemente sin respuesta la pregunta sobre su autoridad que le han formulado los dirigentes de Israel, es obvio que esta parábola es la respuesta a la autoridad con que él enseña, denuncia, anuncia y realiza gestos y acciones. En pocas palabras, Jesús resume la historia de las relaciones de Dios con su pueblo, marcadas por la desobediencia, la rebeldía y el rechazo a los profetas. En cada envío, el Dueño de la viña buscaba que sus arrendatarios rectificaran su modo de proceder, pero éstos siempre hicieron lo mismo. Por último, el Amo envía a su hijo amado, pues guardaba la esperanza de que a él sí lo respetarían y que ahora sí, el proyecto original se encarrilaría de nuevo (13). Con las palabras del versículo 13, Jesús reivindica para sí su ser y su misión de Hijo de Dios y de enviado, y de una vez queda claro que la intención del Padre no es que su hijo muera, sino que los arrendatarios recapaciten, asuman que se trata de una última oportunidad para ponerse al servicio del plan de la justicia y de la vida; mas ellos se empecinan en seguir matando.

20,20-26 Sobre el tributo al césar. Arrestar a Jesús se ha convertido en una necesidad para los dirigentes político-religiosos, pero no podían por temor al pueblo. Lo más práctico era, entonces, tenderle una trampa y buscarle la caída por el lado político civil para que el representante del poder romano se encargara de Él. Y así quedar ellos como inocentes ante el pueblo al que tanto temían. La intención es hacer que Jesús tome partido respecto a un espinoso tema que tenía dividido al judaísmo desde que Roma se había

que enseñas sinceramente el camino de
Dios. 22 ¿Tenemos que pagar impuestos al
césar o no?
23 Adivinando su mala intención, les dijo:
24 —Muéstrenme una moneda. ¿De
quién lleva la imagen y la inscripción?
Le contestaron:
—Del césar.
25 Y él les dijo:
—Entonces den al césar lo que es del
césar y a Dios lo que es de Dios.
26 Y no lograron atraparlo en sus pala-
bras delante del pueblo; al contrario, admi-
rados de la respuesta, se callaron.

Sobre la resurrección
(Mt 22,23-33; Mc 12,18-27)

27 Se acercaron entonces unos saduce-
os, los que niegan la resurrección, y le pre-
guntaron:
28 —Maestro, Moisés nos ordenó que si
un hombre casado muere sin hijos, su her-
mano se case con la viuda, para dar des-
cendencia al hermano difunto. 29 Ahora
bien, eran siete hermanos. El primero se
casó y murió sin dejar hijos. 30 Lo mismo el
segundo 31 y el tercero se casaron con ella;
igual los siete, que murieron sin dejar hijos.
32 Después murió la mujer. 33 Cuando resu-
citen, ¿de quién será esposa la mujer? Por-
que los siete fueron maridos suyos.
34 Jesús les respondió:
—Los que viven en este mundo toman
marido o mujer. 35 Pero los que sean dignos
de la vida futura y de la resurrección de en-
tre los muertos no tomarán marido ni mu-
jer; 36 porque ya no pueden morir y son
como ángeles; y, habiendo resucitado, son
hijos de Dios.
37 Y que los muertos resucitan lo indica
también Moisés, en lo de la zarza, cuando
llama al Señor *Dios de Abrahán y Dios de*
Isaac y Dios de Jacob. 38 No es Dios de
muertos, sino de vivos, porque para él to-
dos viven.
39 Intervinieron algunos letrados y le
dijeron:
—Maestro, qué bien has hablado.
40 Y no se atrevieron a hacerle más
preguntas.

Sobre el Mesías y David
(Mt 22,41-46; Mc 12,35-37)

41 Entonces él les dijo:
—¿Cómo dicen que el Mesías es Hijo de
David? 42 Porque el mismo David dice en el
libro de los Salmos:

Dijo el Señor a mi Señor:
Siéntate a mi derecha,
43 *hasta que ponga a tus enemigos*
debajo de tus pies.

44 Si David lo llama Señor, ¿cómo puede
ser su hijo?

Invectiva contra los letrados
(Mc 12,38-40)

45 En presencia de todo el pueblo dijo a
[sus] discípulos:

---

erigido como dueño y amo absoluto también del Cercano Oriente: el impuesto al emperador, causa por la cual ya se habían dado refriegas y revueltas.

La respuesta de Jesús es hábil e inteligente y no da lugar para acusarle ni de colaboracionista ni de rebelde; antes bien, deja en sus interlocutores un dilema aún mayor, pero con un gran sentido: ellos mismos tienen que establecer según el criterio de la justicia qué es lo que corresponde a Dios y qué es lo que corresponde al césar.

20,27-40 Sobre la resurrección. Los saduceos, que no creían en la resurrección, intentan enredar a Jesús con una pregunta de tipo casuístico basados en la ley del levirato (Dt 25,5s). La respuesta de Jesús hace ver, en primer lugar, que el matrimonio es una realidad temporal, natural y necesaria para la prolongación de la especie. En segundo lugar, en la resurrección ya no habrá necesidad de una serie de cosas que eran necesarias al ser humano, ya que la resurrección no es la simple prolongación de esta vida con sus necesidades y deficiencias, sino un estado de vida absolutamente pleno donde ya no habrá necesidades que satisfacer. En tercer lugar, Jesús prueba con la Escritura que Dios es un Dios de vivos y que por lo tanto la vocación de todo hombre y mujer es llegar a compartir esa vida plena con Dios.

20,41-44 Sobre el Mesías y David. Jesús parece hacer notar una contradicción: si el Mesías debía ser hijo de David, ¿cómo es que David lo llama «mi Señor»? El Mesías no es inferior a David porque sea «consanguíneo» suyo, es cierto que «desciende» de él por genealogía, pero antes que nada, es el Hijo de Dios, su enviado; así lo ha manifestado el mismo Dios en las escenas del bautismo y de la transfiguración de Jesús; también en la parábola de los viñadores homicidas queda establecido que Jesús es el hijo amado, el predilecto (20,23).

20,45-47 Invectiva contra los letrados. Jesús cierra estas controversias con una advertencia a sus discípulos, en presencia de todo el pueblo, donde

46 —Cuídense de los letrados, que gus-
tan de pasear con largas vestiduras, aman
los saludos por la calle y los primeros pues-
tos en sinagogas y banquetes; 47 que devo-
ran las fortunas de las viudas con pretexto
de largas oraciones. Ellos serán juzgados
con mayor severidad.

La ofrenda de la viuda
(Mc 12,41-44)

21 1 Levantando la vista observó a unos
ricos que depositaban sus donativos
en el arca del templo. 2 Observó también, a
una viuda pobre que ponía unas moneditas;
3 dijo:
—Les aseguro que esa pobre viuda ha
puesto más que todos. 4 Porque todos ésos
han depositado donativos de lo que les so-
braba; pero ella en su pobreza, ha puesto
cuanto tenía para vivir.

Sobre la destrucción del templo
(Mt 24,1-14; Mc 13,1-13)

5 A unos que elogiaban las hermosas
piedras del templo y la belleza de su orna-
mentación les dijo:
6 —Llegará un día en que todo lo que us-
tedes contemplan será derribado sin dejar
piedra sobre piedra.
7 Le preguntaron:
—Maestro, ¿cuándo sucederá eso y cuál
es la señal de que está para suceder?
8 Respondió:
—¡Cuidado, no se dejen engañar! Porque
muchos se presentarán en mi nombre di-
ciendo: Yo soy; ha llegado la hora. No va-
yan tras ellos. 9 Cuando oigan hablar de
guerras y revoluciones, no se asusten. Pri-
mero ha de suceder todo eso; pero el fin no
llega en seguida.
10 Entonces les dijo:
—Se alzará pueblo contra pueblo, reino
contra reino; 11 habrá grandes terremotos,
en diversas regiones habrá hambres y pes-
tes, y en el cielo señales grandes y terribles.
12 Pero antes de todo eso los detendrán,
los perseguirán, los llevarán a las sinagogas
y las cárceles, los conducirán ante reyes y
magistrados a causa de mi nombre, 13 y así
tendrán la oportunidad de dar testimonio de
mí. 14 Háganse el propósito de no preparar
su defensa; 15 yo les daré una elocuencia y
una prudencia que ningún adversario podrá
resistir ni refutar.
16 Hasta sus padres y hermanos, parien-
tes y amigos los entregarán y algunos de
ustedes serán ajusticiados; 17 y todos los
odiarán a causa de mi nombre.
18 Sin embargo no se perderá ni un pelo
de su cabeza. 19 Gracias a la constancia sal-
varán sus vidas.

La gran tribulación
(Mt 24,15-21; Mc 13,14-19)

20 Cuando vean a Jerusalén rodeada de
ejércitos, sepan que está cercana su des-
trucción.

---

quedan al descubierto las actitudes interiores de los letrados y en general de los dirigentes religiosos; la advertencia o sano consejo es no dejarse llevar por las apariencias de estas personas, porque en realidad son unos codiciosos llenos de envidia y de egoísmo que aparentan agradar a Dios, pero al mismo tiempo no tienen el menor escrúpulo para practicar las peores injusticias.

21,1-4 La ofrenda de la viuda. La escena de las ofrendas que echaban los ricos, en contraste con lo que ha depositado la viuda, que era lo único que tenía, sirve también a Jesús para ilustrar otro aspecto más de las relaciones que tienen que surgir en la nueva sociedad inaugurada por el reino. Ya no es lo valioso, lo aparentemente grande ni lo poderoso la medida para juzgar a la nueva sociedad, sino el desprendimiento, la generosidad y, sobre todo, la fe y convicción de que entregándolo todo por el reino, es decir, por un modo de vida solidario, fraterno, e igualitario, nadie quedará en realidad desposeído ni desprotegido.

21,5-19 Sobre la destrucción del templo. La predicción de la ruina del Templo suscita una pregunta: «¿cuándo sucederá eso y cuál es la señal de que está para suceder?». La respuesta de Jesús es lo que constituye en Lucas el «discurso escatológico» que combina al menos tres motivos específicos: 1. La destrucción del Templo y de Jerusalén. 2. La venida del Hijo del Hombre. 3. El fin del mundo. Pero es importante aclarar que, según la orientación que le da Lucas a este discurso, la destrucción de Jerusalén no es exactamente un signo del final de los tiempos.

Lo importante es que los discípulos se preparen, primero para no dar crédito fácilmente a las falsas alarmas de charlatanes o falsos mesías, y segundo, para soportar la violencia y la persecución por parte de los enemigos del Evangelio del reino y para que hagan de estas acciones una oportunidad magnífica de dar testimonio.

21,20-24 La gran tribulación. El asedio y la destrucción de Jerusalén no se confunden con el final del mundo o de la historia. El plan de Dios sigue adelan-

21 Entonces los que estén en Judea escapen a los montes; los que estén dentro de la ciudad salgan al campo; los que estén en el campo no vuelvan a la ciudad. 22 Porque es el día de la venganza, cuando se cumplirá todo lo que está escrito.

23 ¡Ay de las embarazadas y de las que tengan niños de pecho aquel día! Sobre el país vendrá una gran desgracia y sobre este pueblo soplará la ira de Dios. 24 Caerán a filo de espada y serán llevados prisioneros a todos los países.

Jerusalén será pisoteada por paganos, hasta que la época de los paganos se termine.

La parusía

(Mt 24,29-35; Mc 13,24-26)

25 Habrá señales en el sol, la luna y las estrellas. En la tierra se angustiarán los pueblos, desconcertados por el estruendo del mar y del oleaje. 26 Los hombres desfallecerán de miedo, aguardando lo que le va a suceder al mundo; porque hasta las fuerzas del universo se tambalearán.

27 Entonces verán *al Hijo del Hombre que llega en una nube* con gran poder y gloria. 28 Cuando comience a suceder todo eso, enderécense y levanten la cabeza, porque ha llegado el día de su liberación.

29 Y les añadió una parábola:

—Observen la higuera y los demás árboles: 30 cuando echan brotes, se dan cuenta de que el verano está cerca. 31 Igual ustedes, cuando vean que sucede eso, sepan que se acerca el reino de Dios. 32 Les aseguro que no pasará esta generación antes de que suceda todo eso. 33 Cielo y tierra pasarán, mas mis palabras no pasarán.

Vigilancia y oración

34 Presten atención, no se dejen aturdir con el vicio, la embriaguez y las preocupaciones de la vida, para que aquel día no los sorprenda de repente, 35 porque caerá como una trampa sobre todos los habitantes de la tierra. 36 Estén despiertos y oren incesantemente, pidiendo poder escapar de cuanto va a suceder, así podrán presentarse seguros ante el Hijo del Hombre.

37 De día enseñaba en el templo; de noche salía y se quedaba en el monte de los Olivos. 38 Y todo el pueblo madrugaba para escucharlo en el templo.

Complot para matar a Jesús

(Mt 26,1-5; Mc 14,1s; cfr. Jn 11,47-57)

22 1 Se acercaba la fiesta de los Ázimos, llamada Pascua. 2 Los sumos sacerdotes y los letrados buscaban una forma de terminar con él, pero temían al pueblo.

(Mt 26,14-16; Mc 14,10s)

3 Satanás entró en Judas, por sobrenombre Iscariote, uno de los Doce; 4 quien acudió a discutir con los sumos sacerdotes y los guardias un modo de entregarlo. 5 Se alegraron y se comprometieron a darle dinero. 6 Él aceptó y andaba buscando una ocasión para entregárselo, lejos de la gente.

---

te y, precisamente, la ciudad y el Templo en ruinas será la ocasión para que las naciones extranjeras que no conocían a Dios, lo conozcan y se sometan a Él.

21,25-33 La parusía. Los eventos cósmicos con que Lucas describe este pasaje sobre la venida del Hijo del Hombre no hay que tomarlos en sentido literal, evocan una manera de pensar típica de la literatura apocalíptica (cfr. Dn 7,13s) y sirven para establecer la diferencia entre esta primera manifestación o Encarnación de Jesús, sometido a la naturaleza y limitación humana y su segunda venida en todo poder y gloria como Amo y Señor del tiempo, de la historia y del mundo. A los discípulos les toca estar muy atentos a los signos de los tiempos (29-31); lo importante es saber descubrir esos signos y pensar que la venida de Jesús tiene como finalidad específica la liberación de toda la creación. Ésta es la esencia de la esperanza escatológica de la primitiva comunidad y es también nuestra esperanza.

21,34-38 Vigilancia y oración. Era un hecho que la comunidad lucana experimentaba ya el desánimo y el descuido de las tareas de evangelización y de las prácticas evangélicas porque el tiempo pasaba y la parusía no llegaba. Esta invitación puesta en labios de Jesús previene para no caer en la apatía y en la desesperanza. La misma situación se percibe en las comunidades de los otros evangelistas (cfr. Mt 24,43-51; Mc 13,33-36).

22,1-6 Complot para matar a Jesús. Dos motivos fundamentales están a la base de la decisión de matar a Jesús: 1. Los dirigentes judíos temen una revuelta popular en el marco de una de las fiestas nacionales que se celebraba exclusivamente en Jerusalén: la Pascua. 2. Uno del grupo ha decidido libre y espontáneamente –aunque de hecho Lucas relata que fue movido por Satanás que entró en él (3)– convenir con las autoridades la entrega del Maestro.

Pascua y Eucaristía
(Mt 26,17-19; Mc 14,12-16)

7 Llegó el día de los Ázimos, cuando ha-
bía que sacrificar la víctima pascual. 8 Je-
sús envió a Pedro y a Juan encargándoles:
—Vayan a preparar lo necesario para
que celebremos la cena de Pascua.
9 Le dijeron:
—¿Dónde quieres que te la preparemos?
10 Él les respondió:
—Cuando entren en la ciudad, les saldrá
al encuentro un hombre llevando un cánta-
ro de agua. Síganlo hasta la casa donde en-
tre 11 y digan al dueño de casa: el Maestro
manda preguntarte, que dónde está la sala
en la que comerá la cena de Pascua con
sus discípulos. 12 Él les mostrará un salón
grande y amueblado en el piso superior;
preparen allí lo necesario.
13 Fueron, encontraron lo que les había
dicho y prepararon la cena de Pascua.

(Mt 26,26-29; Mc 14,22-25;
cfr. Jn 6,51-59; 1 Cor 11,23-25)

14 Cuando llegó la hora, se puso a la
mesa con los apóstoles 15 y les dijo:
—Cuánto he deseado comer con uste-
des esta Pascua antes de mi pasión. 16 Les
aseguro que no volveré a comerla hasta
que alcance su cumplimiento en el reino de
Dios.
17 Y tomando la copa, dio gracias y dijo:
—Tomen y compártanla entre ustedes.
18 Les digo que en adelante no beberé del
fruto de la vid hasta que no llegue el reino
de Dios.
19 Tomando pan, dio gracias, lo partió y
se lo dio diciendo:
—Esto es mi cuerpo, que se entrega por
ustedes. Hagan esto en memoria mía.
20 Igualmente tomó la copa después de
cenar y dijo:
—Ésta es la copa de la nueva alianza,
sellada con mi sangre, que se derrama por
ustedes.

(Mt 26,20-25; Mc 14,17-21; cfr. Jn 13,21-30)

21 Pero, ¡cuidado!, que la mano del que
me entrega está conmigo en la mesa. 22 El
Hijo del Hombre sigue el camino que se le
ha fijado; pero, ¡ay de aquél que lo entrega!
23 Ellos comenzaron a preguntarse entre
sí quién de ellos era el que iba a entregarlo.

Contra la ambición
(Mt 20,24-28; Mc 10,41-45)

24 Luego surgió una disputa sobre quién
de ellos se consideraba el más importante.
25 Jesús les dijo:
—Los reyes de los paganos los tienen
sometidos y los que imponen su autoridad
se hacen llamar benefactores. 26 Ustedes no
sean así; al contrario, el más importante
entre ustedes compórtese como si fuera el
último y el que manda como el que sirve.
27 ¿Quién es mayor? ¿El que está a la
mesa o el que sirve? ¿No lo es, acaso, el
que está a la mesa? Pero yo estoy en me-
dio de ustedes como quien sirve.
28 Ustedes son los que han permanecido
conmigo en las pruebas, 29 por eso les en-
comiendo el reino como mi Padre me lo en-
comendó: 30 para que coman y beban, a mi

22,7-23 Pascua y Eucaristía. El cuerpo y la sangre son dos elementos inseparables que en el judaísmo antiguo dan idea de totalidad; el cuerpo es la materialización de las ideas, de las esperanzas y anhelos, el proyecto de una persona; la sangre es la vida, lo que da sentido, valor y movimiento al cuerpo.

La intención de Jesús es entonces que esta cena sea el signo de lo que serán las demás celebraciones para sus discípulos: el recuerdo de que Él ha entregado su cuerpo y su sangre, es decir, la totalidad de su ser, sus anhelos, sueños y esperanzas, su lucha por la instauración del reinado de Dios; todo lo ha entregado por sus amigos y por la humanidad en general.

El nuevo pacto que instaura Jesús se debe entender como la repetición indefinida de la Cena Pascual que hay que asumir como una necesidad de actualizar en cada celebración la entrega de Jesús y la entrega que está realizando la comunidad de los discípulos: ¿Qué tanto se ha ido entregando el discípulo y la comunidad? ¿Qué tanto ha avanzado el reino de Dios entre celebración y celebración? He ahí el reto para el creyente y para la comunidad.

22,24-30 Contra la ambición. Apenas formulado el anuncio de la traición, surge una disputa entre los discípulos de Jesús sobre quién era el más importante, lo cual nos puede indicar que el tema de la traición y de la entrega de Jesús no se queda sólo en cabeza de uno de ellos. Sabemos que va a ser Judas, pero aquí podemos entender que hay otras formas de traicionar al Maestro y su propuesta. Jesús tiene que volver a insistir sobre la inversión de valores que caracteriza el modelo de comunidad y de sociedad nueva que tiene que surgir con la instauración del reino.

mesa, en mi reino, y se sienten en doce tro-
nos para juzgar a las doce tribus de Israel.

Anuncia la negación de Pedro
(Mt 26,31-35; Mc 14,27-31; cfr. Jn 13,36-38)

31 —Simón, Simón, mira que Satanás ha
pedido permiso para sacudirlos como se
hace con el trigo. 32 Pero yo he rezado por
ti para que no falle tu fe. Y tú, una vez con-
vertido, fortalece a tus hermanos. 33 Pedro
le respondió:
—Señor, yo estoy dispuesto a ir contigo
a la cárcel y a la muerte.
34 Le respondió Jesús:
—Te digo, Pedro, que hoy antes de que
cante el gallo habrás negado tres veces que
me conoces.
35 Y les dijo:
—Cuando los envié sin bolsa ni alforja ni
sandalias, ¿les faltó algo?
Contestaron:
—Nada.
36 Les dijo:
—Pero ahora quien tenga bolsa lleve
también alforja, quien no la tiene, venda el
manto y compre una espada. 37 Les digo
que se ha de cumplir en mí lo escrito: *fue te-
nido por malhechor*. Todo lo que se refiere
a mí toca a su fin.
38 Le dijeron:
—Señor, aquí hay dos espadas.
Les contestó:
—Basta ya.

Oración en el huerto
(Mt 26,36-46; Mc 14,32-42)

39 Salió y se dirigió según costumbre al
monte de los Olivos y le siguieron los dis-
cípulos. 40 Al llegar al lugar, les dijo:
—Oren para no caer en la tentación.
41 Se apartó de ellos como a la distancia
de un tiro de piedra, se arrodilló y oraba:
42 —Padre, si quieres, aparta de mí esta
copa. Pero no se haga mi voluntad, sino la
tuya.
43 [[Se le apareció un ángel del cielo que
le dio fuerzas. 44 Y, en medio de la angustia,
oraba más intensamente. Le corría el sudor
como gotas de sangre cayendo al suelo.]]
45 Se levantó de la oración, se acercó a
sus discípulos y los encontró dormidos de
tristeza; 46 y les dijo:
—¿Por qué están dormidos? Levántense
y oren para no sucumbir en la tentación.

Arresto de Jesús
(Mt 26,47-56; Mc 14,43-50; cfr. Jn 18,1-11)

47 Todavía estaba hablando, cuando lle-
gó un gentío. El llamado Judas, uno de los
Doce, se les adelantó, se acercó a Jesús y
le besó. 48 Jesús le dijo:
—Judas, ¿con un beso entregas al Hijo
del Hombre?
49 Viendo lo que iba a pasar, los que es-
taban con él dijeron:
—Señor, ¿usamos la espada?
50 Uno de ellos dio un tajo al empleado
del sumo sacerdote y le cortó la oreja
derecha.
51 Jesús le dijo:
—Ya basta.
Y tocándole la oreja, lo sanó. 52 Después
dijo Jesús a los sumos sacerdotes, guardias
del templo y ancianos que habían venido a
arrestarlo:
—¿Como si se tratara de un asaltante,
han salido armados de espadas y palos?
53 Diariamente estaba con ustedes en el
templo y no me detuvieron. Pero ésta es la

22,31-38 Anuncia la negación de Pedro. Todavía con el tema de la traición como telón de fondo, Jesús interpela a Pedro acerca de la debilidad de su fe. La reacción de Pedro indica que el discípulo puede estar donde esté el Maestro, pero no ser ni hacer lo que es y hace el Maestro; esto último es lo que pretende Jesús inculcarle a cada uno comenzando por Pedro. Si Pedro llega a entender así las cosas, tendrá como tarea fortalecer a sus hermanos en ese mismo sentido.

22,39-46 Oración en el huerto. A lo largo del evangelio, Lucas ha subrayado la costumbre de Jesús de retirarse a orar; aquí nos lo presenta de nuevo en esa actitud humilde: «se arrodilló» (41), y al mismo tiempo confiada. Jesús tiene que sentir angustia, tristeza, dolor; sin embargo, nada de eso debilita la fe y la confianza absolutas en su Padre. Este momento es decisivo; Jesús mantiene firme su decisión, lo que tiene que cumplirse es la voluntad del Padre.

22,47-55 Arresto de Jesús. En el momento definitivo, la hora del dominio de las tinieblas (53), Jesús fortalecido por la oración viva y profunda y por su convicción de que todo está en manos del Padre, enfrenta la situación con majestuosa serenidad. Hace tres intervenciones breves que dejan claro la anomalía y la injusticia de la situación: 1. A Judas lo interpela porque ha hecho de un signo de saludo pacífico, como lo es el beso, un signo de traición. 2. A sus dis-

hora de ustedes, ahora son las tinieblas las que dominan.

(Mt 26,57s; Mc 14,53s; cfr. Jn 18,12-16)

54 Lo arrestaron, lo condujeron y lo metieron en casa del sumo sacerdote. Pedro le
seguía a distancia. 55 Habían encendido
fuego en medio del patio y estaban sentados alrededor; Pedro se sentó entre ellos.

Negaciones de Pedro
(Mt 26,69s; Mc 14,66-68; cfr. Jn 18,17s)

56 Una sirvienta lo vio sentado junto al fuego, lo miró fijamente y dijo:
—También éste estaba con él.
57 Pedro lo negó diciendo:
—No lo conozco, mujer.

(Mt 26,71-75; Mc 14,69-72; cfr. Jn 18,25-27)

58 Poco después otro lo vio y dijo:
—También tú eres uno de ellos.
Pedro respondió:
—No lo soy, hombre.
59 Como una hora más tarde otro insistía:
—Realmente éste estaba con él, además, también es galileo.
60 Pedro contestó:
—No sé lo que dices, hombre.
En ese momento, cuando aún estaba
hablando, cantó el gallo. 61 El Señor se
volvió y miró a Pedro; éste recordó lo que le había dicho el Señor: Antes de que cante el
gallo, me habrás negado tres veces. 62 Salió afuera y lloró amargamente.

Jesús ante el Consejo
(Mt 26,67s; Mc 14,65; cfr. Jn 18,22s)

63 Quienes habían arrestado a Jesús se burlaban de él y lo golpeaban.
64 Tapándole los ojos le decían:
—Adivina quién te ha pegado.
65 Y le decían otras muchas injurias.

(Mt 26,63b-66; Mc 14,61b-64; cfr. Jn 18,19-21)

66 Al hacerse de día se reunieron los ancianos del pueblo, los sumos sacerdotes y
letrados, lo condujeron ante el Consejo 67 y
le dijeron:
—Dinos si tú eres el Mesías.
Les respondió:
—Si se lo digo, no me creerán, 68 y si
pregunto, no me responderán. 69 Pero en
adelante *el Hijo del Hombre estará sentado a la derecha de la Majestad de Dios*.
70 Dijeron todos:
—Entonces, ¿eres tú el Hijo de Dios?
Contestó:
—Tienen razón: Yo soy.
71 Ellos dijeron:
—¿Qué falta nos hacen los testigos? Nosotros mismos lo hemos oído de su boca.

Jesús ante Pilato
(Mt 27,1s; Mc 15,1; cfr. Jn 18,28-32)

23 1 Después se levantó toda la asamblea y, lo condujeron ante Pilato. 2 Y
empezaron la acusación:
—Hemos encontrado a éste incitando a la rebelión a nuestra nación, oponiéndose a

---

cípulos que, pese a su proceso formativo, siguen pensando que el nuevo orden hay que implantarlo a la fuerza, les ordena guardar la espada, y Él mismo repara el daño causado por la violencia (50s). 3. A sus captores les recrimina el hecho de que lo confundan con un asaltante cuando bien hubieran podido abordarlo mientras enseñaba en el Templo (52s).

22,56-62 Negaciones de Pedro. En casa del sumo sacerdote, una mujer y luego dos hombres interrogan a Pedro sobre su relación con Jesús; en este contexto, y más específicamente para Pedro, los tres interrogantes tienen connotaciones de acusación que él rechaza con vehemencia. La confirmación de las palabras de Jesús en 22,34, está en su «mirada» a Pedro (61); ella basta para que el discípulo se retire afuera a llorar amargamente. El llanto de Pedro y el recuerdo de las palabras de Jesús (22,34) son un signo del llamado, el arrepentimiento y la conversión.

22,63-71 Jesús ante el Consejo. En el momento de los ultrajes y las afrentas, Pedro no ha sido capaz de responder por el amigo Jesús; el Maestro se halla solo, expuesto al escarnio y los malos tratos. Además la pregunta de las autoridades religiosas sobre los atributos divinos de Jesús no tiene quién refrende con su testimonio.

En circunstancias más fáciles, durante el camino, Pedro había confesado por todos que Jesús era el Mesías (Cristo, Ungido) (9,20); aquí calla, no se arriesga a correr la misma suerte del Maestro. Jesús está completamente solo, es su palabra contra la de las autoridades; por no tener quién declare en su favor, las mismas palabras de Jesús son utilizadas en su contra, convirtiéndolas en ocasión para condenarlo.

23,1-7 Jesús ante Pilato. La decisión de eliminar a Jesús ya está tomada por parte de los sumos sacerdotes, los escribas y los principales del Templo. El motivo es aparentemente religioso: Jesús se ha autoproclamado Hijo de Dios, lo cual constituye una herejía; pero sabemos que en el fondo hay motivos más que religiosos para quitar a Jesús de en medio; defini-

que paguen tributo al césar y declarándose
Mesías rey.

(Mt 27,11-14; Mc 15,2-15; cfr. Jn 18,33-38)

3 Pilato le preguntó:
—¿Eres tú el rey de los judíos?
Jesús le respondió:
—Tú lo dices.
4 Pero Pilato dijo a los sumos sacerdotes
y a la multitud:
—No encuentro culpa alguna en este
hombre.
5 Ellos insistían: Está alborotando a todo
el pueblo enseñando por toda Judea; em-
pezó en Galilea y ha llegado hasta aquí.
6 Al oír esto, Pilato preguntó si aquel
hombre era galileo; 7 y, al saber que per-
tenecía a la jurisdicción de Herodes, lo re-
mitió a Herodes, que se encontraba por
entonces en Jerusalén.

Jesús ante Herodes

8 Herodes se alegró mucho de ver a Je-
sús. Hacía tiempo que tenía ganas de verlo,
por lo que oía de él, y esperaba verlo hacer
algún milagro. 9 Le hizo muchas preguntas,
pero él no le respondió.
10 Los sumos sacerdotes y los letrados
estaban allí, insistiendo en sus acusacio-
nes.
11 Herodes con sus soldados lo trataron
con desprecio y burlas, y echándole enci-
ma un manto espléndido, lo envió de vuel-
ta a Pilato.
12 Aquel día Herodes y Pilato que hasta
entonces habían estado enemistados, esta-
blecieron buenas relaciones.

Condena de Jesús

13 Pilato convocó a los sumos sacerdo-
tes, a los jefes y al pueblo, y 14 les dijo:
—Me han traído a éste acusándolo de
agitar al pueblo. Miren, lo interrogué perso-
nalmente delante de ustedes y no encuen-
tro en este hombre ninguna culpa de las
que lo acusan. 15 Tampoco Herodes lo en-
contró culpable ya que me lo ha mandado
de vuelta, como ven no ha cometido nada
que merezca la muerte. 16 Le daré un casti-
go y lo dejaré libre.

(Mt 27,15-26; Mc 15,6-15; cfr. Jn 18,39–19,1.4-16)

17 [[Por la fiesta tenía que soltarles a un
preso.]] 18 Pero ellos se pusieron a gritar:
—¡Que muera este hombre! Déjanos li-
bre a Barrabás.
19 —Barrabás estaba preso por un homi-
cidio cometido en un disturbio en la ciudad.
20 Pilato, que quería dejar libre a Jesús,
les dirigió de nuevo la palabra; 21 pero ellos
seguían gritando:
—¡Crucifícalo, crucifícalo!
22 Por tercera vez les habló:
—Pero, ¿qué delito ha cometido este
hombre? No encuentro en él nada que me-
rezca la muerte. Le impondré un castigo y
lo dejaré libre.
23 Pero ellos insistían a gritos pidiendo
que lo crucificara; y el griterío se hacía
cada vez más violento.
24 Entonces Pilato decretó que se hiciera
lo que el pueblo pedía. 25 Dejó libre al que
pedían, que estaba preso por motín y ho-
micidio, y entregó a Jesús al capricho de
ellos.

---

tivamente su presencia y sus enseñanzas resultan demasiado incómodas y peligrosas para la «estabilidad» de la nación, para la «seguridad nacional». Con todo, Pilato no encuentra motivo suficiente para la condena a muerte (4), de ahí que los acusadores tengan que convertir la acusación religiosa en otra de tipo político, de alcance nacional: «Está alborotando a todo el pueblo enseñando por toda Judea; empezó en Galilea y ha llegado hasta aquí» (5), insistiendo en lo peligroso que resulta para el imperio (2).

23,8-12 Jesús ante Herodes. Lucas subraya la alegría de Herodes al ver a Jesús; hacía tiempo que quería verlo, dados los comentarios que había escuchado de Él, incluso pensaba que podría ver realizar algún milagro. Lucas quiere dejar claro que éste no es el modo de conocer a Jesús, y de ahí el silencio que guarda el Maestro delante del Tetrarca.

Herodes, que sabe de lo difícil y complicado que es ser rey bajo un dominio tan «omnipotente» como el romano, toma las supuestas pretensiones de Jesús como una broma. Él y su guardia se burlan de Jesús y como «rey de burlas» lo devuelve a Pilato (11).

23,13-25 Condena de Jesús. De nuevo ante Pilato, Jesús es hallado inocente. Pilato insiste en que no ve necesario aplicarle la pena capital; propone que una buena reprimenda será suficiente, pero los enemigos de Jesús insisten que debe morir. Pilato no tiene más remedio que ceder a la presión de los judíos.

Lucas deja claro que el juicio y la condena de Jesús son desde todo punto de vista irregulares e injustos. En el juicio, Jesús no ha tenido oportunidad de defenderse; en la sentencia, ni Pilato ni Herodes han hallado culpa. No obstante, debido a la saña de las autoridades judías, la sentencia es dada.

Crucifixión y muerte de Jesús
(Mt 27,32-56; Mc 15,21-41; cfr. Jn 19,17-30)

26 Cuando lo conducían, agarraron a un
tal Simón de Cirene, que volvía del campo,
y le pusieron encima la cruz para que la lle-
vara detrás de Jesús. 27 Le seguía una gran
multitud del pueblo y de mujeres llorando y
lamentándose por él.
28 Jesús se volvió y les dijo:
—Mujeres de Jerusalén, no lloren por mí;
lloren más bien por ustedes y por sus hijos.
29 Porque llegará un día en que se dirá: ¡Di-
chosas las estériles, los vientres que no con-
cibieron, los pechos que no amamantaron!
30 Entonces se pondrán a decir a los
montes: *Caigan sobre nosotros; y a las coli-
nas: Sepúltennos.* 31 Porque si así tratan al
árbol verde, ¿qué no harán con el seco?
32 Conducían con él a otros dos malhe-
chores para ejecutarlos. 33 Cuando llegaron
al lugar llamado La Calavera, los crucifica-
ron a él y a los malhechores: uno a la dere-
cha y otro a la izquierda.
34 [[Jesús dijo:
—Padre, perdónalos, porque no saben lo
que hacen.]]
Después se repartieron su ropa sorteán-
dola entre ellos. 35 El pueblo estaba miran-
do y los jefes se burlaban de él diciendo:
—Ha salvado a otros, que se salve a sí
mismo, si es el Mesías, el predilecto de Dios.
36 También los soldados se burlaban de
él. Se acercaban a ofrecerle vinagre 37 y le
decían:
—Si eres el rey de los judíos, sálvate.
38 Encima de él había una inscripción
que decía: Éste es el rey de los judíos.
39 Uno de los malhechores crucificados
lo insultaba diciendo:
—¿No eres tú el Mesías? Sálvate a ti y a
nosotros.
40 Pero el otro lo reprendió diciendo:
—¿No tienes temor de Dios, tú, que su-
fres la misma pena? 41 Lo nuestro es justo,
recibimos la paga de nuestros delitos; pero
él, en cambio, no ha cometido ningún cri-
men.
42 Y añadió:
—Jesús, cuando llegues a tu reino
acuérdate de mí.
43 Jesús le contestó:
—Te aseguro que hoy estarás conmigo
en el paraíso.
44 Era mediodía; se ocultó el sol y todo el
territorio quedó en tinieblas hasta media
tarde. 45 El velo del santuario se rasgó por
el medio.
46 Jesús gritó con voz fuerte:

Padre, en tus manos
encomiendo mi espíritu.

Dicho esto, expiró. 47 Al ver lo que su-
cedía, el centurión glorificó a Dios diciendo:
—Realmente este hombre era inocente.
48 Toda la multitud que se había congre-
gado para el espectáculo, al ver lo sucedi-
do, se volvía dándose golpes de pecho.
49 Sus conocidos se mantenían a distancia,
y las mujeres que lo habían seguido desde
Galilea lo observaban todo.

23,26-49 Crucifixión y muerte de Jesús. De los cuatro relatos de la pasión, el de Lucas es el más sobrio; por todos los medios evita narrar los hechos sangrientos con que afrentaron a Jesús: las bofetadas, los azotes, la corona de espinas. Tal vez, los motivos para que Lucas presente así su relato sean básicamente dos: primero, su sensibilidad humana y, sobre todo, su profunda veneración por Jesús no le permiten presentarlo a la manera de Marcos y de Mateo. En segundo lugar, su mayor preocupación es subrayar la injusticia que se cometió con Jesús, a cuyo extremo puede llegar la intolerancia y la obstinación de una nación que no quiso aceptar que en Jesús Dios se les estaba manifestando en su totalidad; de ahí la expresión de Jesús en el momento de la cruz: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (34)».

De otro lado, Lucas considera que es mucho más importante la manera como asume Jesús este momento definitivo: cuando podría ser objeto de lástima y de compasión, Él está dispuesto a consolar y animar a quienes lo lloran (28-31); cuando cualquiera respondería con violencia a las burlas y los insultos, Jesús responde con el perdón; tratado como malhechor y puesto entre malhechores, Jesús acoge al ladrón arrepentido y le promete su compañía en el reino. En suma, para Lucas el momento de la cruz es el momento cumbre de la vida de Jesús, aquí es donde queda a la vista de todos, demostrada y atestiguada la realeza de Jesús: rey justo que perdona, acoge y comparte su reino con quienes quieran aceptarlo.

Lucas rodea la muerte de Jesús de acontecimientos cósmicos: la oscuridad por falta del sol (44), y de un fenómeno de tipo religioso, pero también de connotaciones universales: el velo del templo que se rasga (45). Con ello quiere indicar el evangelista que el tiempo escatológico se inaugura ahora: el acceso a Dios obstaculizado por el velo del templo ha quedado roto, con lo cual ya no hay ninguna barrera para

Sepultura de Jesús
(Mt 27,57-61: Mc 15,42-47; cfr. Jn 19,38-42)

50 Había un hombre llamado José, natu-
ral de Arimatea, ciudad de Judea. Pertene-
cía al Consejo, era justo y honrado 51 y no
había consentido en la decisión de los otros
ni en su ejecución, y esperaba el reino de
Dios. 52 Acudió a Pilato y le pidió el cadáver
de Jesús. 53 Lo descolgó, lo envolvió en una
sábana y lo depositó en un sepulcro cava-
do en la roca, en el que todavía no habían
enterrado a nadie. 54 Era el día de la prepa-
ración y estaba por comenzar el sábado.
55 Las mujeres que lo habían acompañado
desde Galilea fueron detrás para observar el
sepulcro y cómo habían puesto el cadáver.
56 Se volvieron, prepararon aromas y
ungüentos, pero el sábado guardaron el
descanso ordenado por la ley.

Resurrección de Jesús
(Mt 28,1-10; Mc 16,1-8; cfr. Jn 20,1-10)

24 1 El primer día de la semana, de ma-
drugada, fueron al sepulcro llevando
los perfumes preparados. 2 Encontraron co-
rrida la piedra del sepulcro, 3 entraron, pero
no encontraron el cadáver del Señor Jesús.
4 Estaban desconcertadas por el hecho,
cuando se les presentaron dos hombres
con vestidos brillantes. 5 Como las mujeres,
llenas de temor, miraban al suelo, ellos les
dijeron:
—¿Por qué buscan entre los muertos al
que está vivo? 6 No está aquí, ha resucita-
do. Recuerden lo que les dijo cuando toda-
vía estaba en Galilea: 7 El Hijo del Hombre
tiene que ser entregado a los pecadores y
será crucificado; y al tercer día resucitará.
8 Ellas entonces recordaron sus palabras,
9 se volvieron del sepulcro y contaron todo a
los Once y a todos los demás. 10 Eran Ma-
ría Magdalena, Juana y María de Santiago.
Ellas y las demás se lo contaron a los após-
toles. 11 Pero ellos tomaron el relato de las
mujeres por una fantasía y no les creyeron.
12 Pedro, en cambio, se levantó y fue co-
rriendo al sepulcro. Se asomó y sólo vio las
sábanas; así que volvió a casa extrañado
por lo ocurrido.

---

nadie; aunque injusta, la muerte de Jesús tenía que inaugurar esta nueva era. El centurión confirma la muerte de Jesús. Fiel al Padre, Jesús no desconfía de Él ni siquiera en el momento definitivo de su vida, en sus manos confía su espíritu; y, fiel al Hijo, al que había declarado predilecto en el bautismo y en la escena de la transfiguración, el Padre lo acoge.

23,50-56 Sepultura de Jesús. Lucas, igual que los demás evangelistas, conserva el nombre de quien se ocupó del cuerpo sin vida de Jesús para sepultarlo: José de Arimatea.

Es curioso que sea él y no ningún discípulo quien se encarga de esta tarea. También aquí Lucas quiere subrayar el distanciamiento de los discípulos con el fin de darle muchísimo más realce al reencuentro con el Resucitado y el cambio de actitud que acaecerá en la comunidad apostólica.

24,1-12 Resurrección de Jesús. Es importante tener presente que los cuatro evangelios afirman la resurrección de Jesús, pero no la relatan; es decir, no describen ni el momento preciso ni la manera cómo Jesús resucitó; ello nos indica, entonces, que la resurrección de Jesús no es histórica en el sentido moderno del término.

La expresión «al tercer día» hay que interpretarla como un tiempo indeterminado, el suficiente para comenzar a formarse en la conciencia de los discípulos y en la comunidad la fe sobre la resurrección. Quienes están a la cabeza de este proceso de fe son precisamente las mujeres, las mismas que vinieron con Jesús desde Galilea; ellas, a fuerza de ir al sepulcro, lugar de los muertos, comienzan a captar que ese no puede ser ni el lugar ni el destino de Jesús; esta iluminación sobre el destino de Jesús la describe Lucas mediante dos imágenes: el sepulcro vacío, que produce desconcierto (nótese que en principio sólo produce desconcierto, no «produce» la fe), y los dos personajes con vestidos brillantes, una manera de decir que no son personajes humanos, sino seres enviados por Dios. Ellos anuncian a las mujeres que Jesús está vivo y que no hay que buscarlo entre los muertos; así, la fe de las mujeres comienza un giro distinto: ahora ya no se trata de seguir a Jesús y servirle materialmente (cfr. 8,1-3); sino, de una manera nueva: a través del anuncio de su resurrección; por eso ellas se ponen en camino e inmediatamente van a anunciar a los demás discípulos la Resurrección del Señor.

Pero los discípulos aún no están preparados para recibir y aceptar en su vida de fe la resurrección del Maestro. No nos quedemos en que ellos no creen porque se trataba de un testimonio femenino, «cosas de mujeres»; el hecho es que ellos siguen sin entender nada. Por curiosidad Pedro va hasta la tumba y, en efecto, la encuentra vacía, pero una vez más se constata que esto no es prueba de la resurrección; en las mujeres sólo había producido desconcierto y en Pedro, extrañeza, mas no la fe. Por tanto, Lucas insiste en que ninguna prueba material sería suficiente para demostrar la resurrección de Jesús; luego, la cuestión aquí no es «probar» la resurrección, sino abrirse a una experiencia de fe totalmente nueva y distinta.

Camino de Emaús
(cfr. Mc 16,12s)

13 Aquel mismo día, dos de ellos iban a
un pequeño pueblo llamado Emaús, que
está a unos diez kilómetros de Jerusalén.
14 En el camino conversaban sobre todo lo
sucedido.

15 Mientras conversaban y discutían, Je-
sús en persona los alcanzó y se puso a ca-
minar con ellos. 16 Pero ellos tenían los ojos
incapacitados para reconocerlo.

17 Él les preguntó:

—¿De qué van conversando por el camino?

Ellos se detuvieron con rostro afligido,
18 y uno de ellos, llamado Cleofás, le dijo:

—¿Eres tú el único forastero en Jerusalén, que desconoce lo que ha sucedido allí estos días?

19 Jesús preguntó:

—¿Qué cosa?

Le contestaron:

—Lo de Jesús de Nazaret, que era un
profeta poderoso en obras y palabras ante
Dios y ante todo el pueblo. 20 Los sumos
sacerdotes y nuestros jefes lo entregaron
para que lo condenaran a muerte, y lo cru-
cificaron. 21 ¡Nosotros esperábamos que él
fuera el liberador de Israel!, pero ya hace
tres días que sucedió todo esto.

22 Es verdad que unas mujeres de nues-
tro grupo nos han desconcertado; ellas fue-
ron de madrugada al sepulcro, 23 y al no
encontrar el cadáver, volvieron diciendo
que se les habían aparecido unos ángeles
asegurándoles que él está vivo.

24 También algunos de los nuestros fueron al sepulcro y encontraron todo como habían contado las mujeres; pero a él no lo vieron.

25 Jesús les dijo:

—¡Qué duros de entendimiento!, ¡cómo
les cuesta creer lo que dijeron los profetas!
26 ¿No tenía que padecer eso el Mesías para
entrar en su gloria?

27 Y comenzando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que en toda la Escritura se refería a él.

28 Se acercaban al pueblo adonde se dirigían, y él hizo ademán de seguir adelante.

Ya los discípulos están anunciados por las mujeres de que Jesús está vivo; nótese que a Pedro no se le presentan los mismos personajes que hablaron con las mujeres; ellas han cumplido con anunciar lo que ya están experimentando en sus vidas, el resto es cuestión de esperar hasta que el discípulo sea capaz de dar este salto cualitativo en su fe.

24,13-35 Camino de Emaús. Los discípulos han hecho un camino con Jesús; pero, mientras el camino de Jesús tiene por meta final llevar a cumplimiento el designio salvífico del Padre, el camino de los discípulos termina en decepción, tristeza y frustración, «esperábamos que él sería el liberador de Israel» (21); la vida, pasión, muerte y resurrección del Maestro todavía no son una alternativa de camino para el discípulo (19s.22-24).

Éste es el momento propicio que aprovecha el Resucitado para comenzar a rectificar el camino del discípulo, y lo hace a partir de dos elementos: el primero tiene su fundamento en la Escritura, por eso parte de ella y la explica punto por punto hasta que ellos la entienden. El segundo elemento es la parte vivencial de la Escritura que ya Jesús había puesto en práctica a lo largo de su vida y que quiso simbolizar con el gesto del compartir la mesa; aquí la comparte con dos de los discípulos, pero durante su vida la compartió con toda clase de hombres y mujeres.

Con toda seguridad, en cada ocasión tuvo que haber realizado algo, algún signo, alguna palabra que de un modo u otro le daba al compartir la mesa una dimensión nueva que iba más allá del simple gesto de consumir unos alimentos; pues bien, eso es lo que ahora «abre» los ojos de los discípulos, lo reconocen y ahora sí manifiestan lo que producía en ellos la explicación de la Escritura: el ardor, la fuerza de la gracia; necesitaban ver también el signo de la mesa/pan para ahora sí entenderlo todo y salir corriendo a contarlo a los demás.

24,36-53 Se aparece a los discípulos – Ascensión de Jesús. Poco a poco, toda la comunidad de discípulos se va «contagiando» de la fe en la resurrección. Esta nueva aparición de Jesús nos da idea de que fue un proceso que comenzó con unos cuantos –o cuantas– hasta llegar a convertirse en una vivencia de tipo comunitario.

Seguramente fue necesario experimentar las dudas, el temor, el sentimiento de frustración y de derrota; por eso, esas primeras experiencias de fe en la Resurrección y de adhesión total al Resucitado son confusas: creían estar viendo a un fantasma (39); sin embargo, el Resucitado no se «rinde», es comprensivo con sus discípulos y por eso de nuevo, como en el pasaje de Emaús, acude a la Escritura y les abre las mentes para que entiendan, y una vez más utiliza el símbolo de la comida.

Así, la comunidad de discípulos termina todo un proceso formativo, recordando las palabras y los signos del Maestro durante su vida pública. Ellos y ellas quedan ahora habilitados para ser testigos en todo el mundo, comenzando por Jerusalén.

29 Pero ellos le insistieron:
—Quédate con nosotros, que se hace
tarde y el día se acaba.
Entró para quedarse con ellos; 30 y,
mientras estaba con ellos a la mesa, tomó
el pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio.
31 Entonces se les abrieron los ojos y lo re-
conocieron. Pero él desapareció de su vista.
32 Se dijeron uno al otro:
—¿No sentíamos arder nuestro corazón
mientras nos hablaba por el camino y nos
explicaba la Escritura?
33 Se levantaron al instante, volvieron a
Jerusalén y encontraron a los Once con los
demás compañeros, 34 que afirmaban:
—Realmente ha resucitado el Señor y se
ha aparecido a Simón.
35 Ellos por su parte contaron lo que les
había sucedido en el camino y cómo lo ha-
bían reconocido al partir el pan.

Se aparece a los discípulos
(cfr. Mt 28,16-20; Mc 16,14-18; Jn 20,19-23; Hch 1,7s)

36 Estaban hablando de esto, cuando se
presentó Jesús en medio de ellos y les dijo:
—La paz esté con ustedes.
37 Espantados y temblando de miedo,
pensaban que era un fantasma.
38 Pero él les dijo:
—¿Por qué se asustan tanto? ¿Por qué
tantas dudas? 39 Miren mis manos y mis
pies, soy yo mismo. Tóquenme y vean, un
fantasma no tiene carne y hueso, como ven
que yo tengo.
40 Dicho esto, les mostró las manos y los
pies. 41 Era tal el gozo y el asombro que no
acababan de creer.
Entonces les dijo:
—¿Tienen aquí algo de comer?
42 Le ofrecieron un trozo de pescado
asado. 43 Lo tomó y lo comió en su pre-
sencia.
44 Después les dijo:
—Esto es lo que les decía cuando toda-
vía estaba con ustedes: que tenía que cum-
plirse en mí todo lo escrito en la ley de
Moisés, en los profetas y en los salmos.

45 Entonces les abrió la inteligencia para
que comprendieran la Escritura.

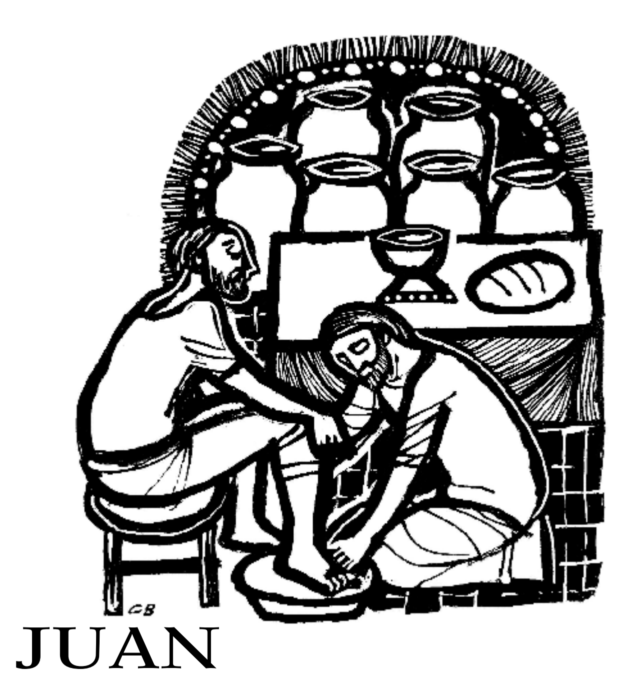
46 Y añadió:
—Así está escrito: que el Mesías tenía
que padecer y resucitar de entre los muer-
tos al tercer día; 47 que en su nombre se
predicaría penitencia y perdón de pecados
a todas las naciones, empezando por Jeru-
salén.

(cfr. Hch 1,3-5)

48 Ustedes son testigos de todo esto.
49 Yo les enviaré lo que el Padre prometió.
Por eso quédense en la ciudad hasta que
sean revestidos con la fuerza que viene
desde el cielo.

Ascensión de Jesús
(Mc 16,19s; Hch 1,9-11)

50 Después los condujo [fuera,] hacia
Betania y, alzando las manos, los bendijo.
51 Y, mientras los bendecía, se separó de
ellos y fue llevado al cielo. 52 Ellos se pos-
traron ante él y se volvieron a Jerusalén
muy contentos. 53 Y pasaban el tiempo en
el templo bendiciendo a Dios.



JUAN

El más puro y radical de los evangelios. El originalísimo libro de Juan es también un evangelio y si «evangelio» es proclamar la fe en Jesús para provocar la fe del oyente, éste es el más puro y radical. En el Antiguo Testamento la existencia del pueblo de Israel se decidía frente a la ley de Dios (cfr. Dt 29); en el evangelio de Juan, es toda la existencia humana la que se decide frente a Jesús: por Él o contra Él, fe o incredulidad.

Jesús, camino que conduce al Padre. La persona de Jesús ocupa el centro del mensaje de Juan. Su estilo descriptivo es intencionalmente realista, quizás como reacción contra los que negaban la realidad humana del Hijo de Dios –docetismo–. Una constante búsqueda contemplati-

va marca la índole interna de su estructura desde el principio hasta al final. Al comienzo, Jesús pregunta a sus discípulos: «¿Qué buscan?» (1,38). Con las mismas palabras se dirigirá a María Magdalena después de su resurrección: «¿A quién buscas?» (20,15). Esta cuestión se plantea a todo lector del evangelio, quien es invitado a dar una respuesta lúcida y llena de fe.

Si en Marcos Jesús se revela como Hijo de Dios a partir de su bautismo, y en Mateo y Lucas a partir de su concepción, Juan se remonta a su preexistencia en el seno de la Trinidad. Desde allí, desciende y entra en la historia humana con la misión primaria de revelar al Padre. No resulta sorprendente constatar que este evangelio ejerza una atracción e influencia decisivas entre aquellas personas que se deciden a leerlo con sinceridad y perseverancia. Así lo ha registrado la voz unánime de la tradición. El gran Orígenes manifiesta con ardor su plena estima y veneración: «No es atrevido decir que, de todas las Escrituras, los evangelios son las primicias, y que, de entre los evangelios, las primicias son el evangelio de Juan, cuyo sentido nadie puede captar si no se ha reclinado en el pecho de Jesús y no ha recibido de Jesús a María como madre» (Comentario a san Juan 1,23).

El camino histórico de Jesús. Para captar el alcance de la misión histórica de Jesús que nos presenta Juan, hay que sumergirse en el mundo simbólico de las Escrituras: luz, tinieblas, agua, vino, bodas, camino… Pero, por encima de todo, resuena en su evangelio el «Yo soy» del Dios del Antiguo Testamento que Jesús se apropia reiteradamente. Sobre este trasfondo de símbolos, Juan hace emerger con dramatismo la progresiva revelación del misterio de la persona de Jesús, hasta su «hora» suprema en que se manifiesta con toda su grandeza. Simultáneamente, junto a la adhesión de fe, titubeante a veces, de algunos pocos seguidores, surge y crece en intensidad la incredulidad que provoca esta revelación. La luz y las tinieblas se ven así confrontadas hasta esa «hora», la muerte, en la que la aparente victoria de las tinieblas se desvanece ante la luz gloriosa de la resurrección. Entonces, el Padre y el Hijo, por medio del Espíritu, abren su intimidad a la contemplación del creyente.

Aspectos literarios. El evangelio posee un estilo único, pleno de vigor y vitalidad. Si nos fijamos en la manera concreta en que está redactado, habría que calificar a su estilo como de «oleadas». Habla con la profundidad y la paciencia del mar: refiere una afirmación, la reitera, la vuelve a repetir, y así va progresando el discurso, como olas repetidas que poco a poco van cubriendo la orilla. La obra es imponente en su unidad de concepción y en el vigor de su síntesis teológica. Pero la belleza del evangelio no se limita a la forma, contribuye también a presentar la novedad absoluta del mensaje que transmite: la gloria de Jesucristo, desplegada en nuestra historia, que Juan, el testigo, ha contemplado y que ahora la narra.



Es generalmente aceptada la propuesta según la cual su redacción y composición se ha desarrollado a través de cinco estratos:

1. La predicación oral de Juan, hijo de Zebedeo. Este material de tradición oral abarca las obras y palabras de Jesús.

2. Los discípulos de Juan, en una gran labor de escuela teológica, meditan, seleccionan, elaboran y presentan la predicación y los recuerdos

de su maestro, el apóstol Juan, durante un largo tiempo que cubre varios decenios.

3. Primera redacción del evangelio. Alguien que llamamos evangelista, un discípulo de la escuela de Juan, reúne todo el material evangélico precedente, y le da una impronta unitaria, coherente y autónoma, a saber, un evangelio.

4. Segunda redacción del evangelio. Se trata de una edición posterior que pretende responder a las nuevas situaciones y conflictos originados en la Iglesia, como la situación de los cristianos, oriundos del judaísmo, que eran expulsados de las sinagogas por confesar a Jesús (véase el relato del ciego de nacimiento).

5. Redacción última y definitiva, hecha por una persona distinta a la de la primera y segunda redacción. Este redactor era amigo íntimo o discípulo cercano al evangelista, y ciertamente pertenecía a la escuela de Juan. Ha insertado en la obra ya existente algunos materiales de Juan que él conocía. El añadido de 6,51-58 a 6,35-50. Se le atribuyen algunas inserciones sin contextos: 3,31-36 y 12,44-50 (son pasajes que interrumpen el hilo narrativo). Algunos capítulos los ha cambiado de orden: la resurrección de Lázaro aparece como determinante de la muerte de Jesús. Para ello ha debido adelantar la expulsión de los vendedores del templo (que en los sinópticos aparece como causa de la muerte de Jesús) al comienzo de la vida pública (2,13-22) y ha reagrupado los grandes discursos de Jesús en el discurso de despedida (15–17). También se le atribuyen algunos textos de contenido sacramental (Jn 3,5a; 6,51c-58), la conclusión del capítulo 21 y la denominación de «discípulo amado» a quien había sido su maestro.

Esta última redacción se situaría en Éfeso, a finales de los años 90, teniendo como destinatarios los cristianos provenientes, en su mayoría, del judaísmo y separados de éste no por razones de observancia sino por la fe en Jesús.

La comunidad Joánica. Tras la gran guerra judía con los romanos, un grupo de piadosos judíos se retira a Yamnia bajo la dirección de Yohanan ben Zakkay. Allí reconstruyen la herencia del pueblo. Puesto que ya no existe templo, se hace de la Ley el objetivo exclusivo de toda la existencia de Israel. Pero este judaísmo que renace de sus cenizas (nunca mejor dicho, pues aún estaban humeantes las ruinas del templo de Jerusalén) debe afirmar su identidad. Su firmeza disciplinaria está a la medida de su fragilidad. Tiene que consolidarse y hacerse fuerte, incluso intolerante, a fin de poder sobrevivir. Ortodoxia pura y dura es el principio rector que les anima.

En estas circunstancias, a partir de los años 80, aparece la «Bendición de los excluidos» (eufemismo para indicar una verdadera maldición). Corresponde a la duodécima de la célebre oración «Dieciocho Bendiciones», también llamada «Tefilá». En ella se condenaba a los herejes, incluyendo sobre todo a los cristianos. Éste es el texto de la famosa «duodécima bendición»:

No haya esperanza para los apóstatas,
Destruye pronto el reino de la tiranía;
y perezcan en un instante los ha-minim (los herejes).
Sean borrados del libro de la vida
y no queden inscritos con los justos.

Con la inclusión de esta «bendición» se conseguía descubrir a los «herejes», ya que se les exigía recitarla en voz alta en la sinagoga. Tenían, pues, que maldecirse a sí mismos, excluirse y marginarse. Tal era la sutil artimaña de esta práctica. Sobrevino, entonces, una ruptura que escindió a las dos comunidades pertenecientes originalmente a un mismo pueblo. El evangelio de Juan registra la expulsión de los cristianos de la sinagoga. El relato del ciego de nacimiento (capítulo 9) refleja este dramático conflicto.

Los fariseos que están en el poder expulsan a los cristianos de la Sinagoga. Estos cristianos se encuentran literalmente «echados fuera, a la calle» (cfr. Jn 9,34); se hallan de improviso al margen de su comunidad de origen, familiar, social y religiosa. El trauma resulta de una dureza difícilmente imaginable para nosotros. El evangelio de Juan está escrito desde este drama, y sangra por esta herida abierta entre hermanos drásticamente separados. Las relaciones de las comunidades joánicas con la sinagoga farisaica nos muestran sin rodeos que las Iglesias de Juan han nacido no en un espacio paradisíaco, sino en los conflictos, en las polémicas, en las lágrimas y las rupturas.

Pero la comunidad no sólo padece la persecución externa, también sufre en su seno las separaciones y divisiones. Las cartas de san Juan se hacen eco de este drama (cfr. 1 Jn 2,18s).

La comunidad, sacudida en sus cimientos por el desgaste externo y la controversia dentro de su mismo seno, tuvo que aferrarse a su fe en «Cristo Jesús» para descubrir una razón con la que poder sobrevivir. Los recuerdos de Jesús, transmitidos por el discípulo amado, serán al mismo tiempo su consuelo y su fortaleza: la única verdad o revelación de Dios, la plenitud de vida y de sentido, y el camino seguro para retornar hasta el Padre. En medio de su orfandad, la comunidad encontraba protección en Jesús quien les aseguraba su presencia salvadora: «Yo soy el camino, la verdad y la vida» (Jn 14,6).

Plan del evangelio: la «hora de Jesús». Es ésta «hora» la que aglutina y estructura todo el evangelio, marcando el ritmo de la vida de Jesús en un movimiento de descenso y de retorno. El evangelista comienza con un *prólogo* (1,1-18) en que presenta a su protagonista con la misión de revelar al mundo el misterio salvador de Dios. Esta misión es su «hora». Al *prólogo* sigue la primera parte de la obra, el «*libro de los signos*» (2–12), que describe la misión de Jesús, principalmente a través de siete milagros con los que presenta la novedad radical de la presencia del Señor en la humanidad: el «vino de la Nueva Alianza» (2,1-11); el «Nuevo Templo» de su cuerpo (2,13-22); el nuevo «renacer» (3,1-21); el «agua viva» (4,1-42); el «pan de vida» (6,35); la «luz del mundo» (8,12); la «resurrección y la vida» (11, 25). A continuación, la segunda parte de la obra, el «*libro de la pasión o de la gloria*» (13–21). Ante la inminencia de su «hora», provocada por la hostilidad creciente de sus enemigos, Jesús prepara el acontecimiento lavando los pies a sus discípulos (13,1-11), gesto preñado de significado: purificación bautismal, eucaristía, anuncio simbólico de la pasión. Luego realiza una gran despedida a los suyos en la última cena (13,12–17,26) en que retoma los principales temas de su predicación. Por fin, el cumplimiento de su «hora» y el retorno al Padre a través de su pasión, muerte y resurrección (18–21).



Prólogo

1 [1] Al principio existía la Palabra
y la Palabra estaba junto a Dios,
y la Palabra era Dios.
[2] Ella existía al principio junto a Dios.
[3] Todo existió por medio de ella,
y sin ella nada existió de cuanto existe.
[4] En ella estaba la vida,
y la vida era la luz de los hombres;
[5] la luz brilló en las tinieblas,
y las tinieblas no la comprendieron.

[6] —Apareció un hombre enviado por Dios, llamado Juan, [7] que vino como testigo, pa-
ra dar testimonio de la luz, de modo que todos creyeran por medio de él.

[8] Él no era la luz, sino un testigo de la luz.
[9] La luz verdadera
que ilumina a todo hombre
estaba viniendo al mundo.
[10] En el mundo estaba,
el mundo existió por ella,
y el mundo no la reconoció.
[11] Vino a los suyos,
y los suyos no la recibieron.
[12] Pero a los que la recibieron,
a los que creen en ella,
los hizo capaces de ser hijos de Dios:
[13] ellos no han nacido de la sangre
ni del deseo de la carne,
ni del deseo del hombre,
sino que fueron engendrados por Dios.

1,1-18 Prólogo. El evangelio de san Juan se abre con un solemne prólogo que nos otorga la clave teológica de toda la obra: Jesucristo, misterio de la encarnación reveladora de la gloria de Dios. Asimismo, ofrece el testimonio de fe de la comunidad joánica en su Señor.

***Preexistencia y actividad creadora del Logos* (1-3).** En estos tres primeros versículos se afirma la preexistencia, trascendencia y eternidad del Logos (Verbo, Palabra): Jesucristo, el Hijo Unigénito del Padre, encarnado para revelarlo al mundo. También se afirma su divinidad (1), que junto con la confesión de Tomás –«Señor mío y Dios mío» (20,28)– forman una inclusión. Así, el evangelio se abre y se cierra con la confesión en la divinidad de Jesús.

***Revelación y rechazo* (4-11).** El Logos es fuente de vida, y esta vida no se ha quedado escondida, sino que brilla y se manifiesta: es luz. Pero a la revelación de la luz se oponen las tinieblas, es decir, los que rechazan deliberadamente la obra salvadora de Jesucristo. Existe en la historia de la salvación un tremendo dramatismo: la Palabra de la salvación vino al mundo, pero los suyos no la recibieron (11). El rechazo para Juan constituye la gran tragedia de la humanidad.

Los versículos 6-8 rompen la armonía del prólogo. Se trata de un comentario clarificador: Por muy grande que sea Juan el Bautista para sus seguidores (Mc 2,18-22), el evangelio precisa que no es la luz, sino un testigo de ella, una antorcha que brilla al servicio de la verdad: Jesucristo (cfr. 5,35).

***Revelación y acogida* (12-18).** No todos se oponen a la revelación de la luz, hay quienes la acogen y aceptan; por su fe en Jesús reciben la potestad de ser hijos de Dios. La filiación divina es un don de Dios.

El versículo 14 es la parte central del prólogo: «La Palabra se hizo carne»: en el hombre Jesús resplandece corporalmente la divinidad. Dios habita en medio de nosotros. El cuerpo de Jesús se ha convertido en tabernáculo de Dios para la humanidad. La presencia divina, ligada antes a la tienda del desierto, después al

[14] La Palabra se hizo carne
y habitó entre nosotros.
Y nosotros hemos contemplado su gloria,
gloria que recibe del Padre como Hijo único,
lleno de gracia y verdad.

[15] Juan grita dando testimonio de él: Éste es aquél del que yo decía: El que viene detrás de mí, es más importante que yo, porque existía antes que yo.

[16] De su plenitud hemos recibido todos:
gracia tras gracia.
[17] Porque la ley se promulgó por medio de Moisés,
pero la gracia y la verdad se realizaron por Jesús el Mesías.
[18] Nadie ha visto jamás a Dios;
el Hijo único, Dios, que estaba al lado del Padre,
Él nos lo dio a conocer.

Testimonio de Juan el Bautista
(cfr. Mt 3,1-12; Mc 1,1-8; Lc 3,1-18)

[19] Éste es el testimonio de Juan, cuando
los judíos [le] enviaron desde Jerusalén sa-
cerdotes y levitas a preguntarle quién era.
[20] Él confesó y no negó; confesó que no era
el Mesías.
[21] Le preguntaron:
—Entonces, ¿eres Elías?
Respondió:
—No lo soy.
—¿Eres el profeta?
Respondió:
—No.
[22] Le dijeron:
—¿Quién eres? Tenemos que llevar una respuesta a quienes nos enviaron; ¿qué dices de ti?
[23] Respondió:
—Yo soy la *voz*
del que grita en el desierto:
Enderecen el camino del Señor,
según dice el profeta Isaías.
[24] Algunos de los enviados eran fariseos
[25] y volvieron a preguntarle:
—Si no eres el Mesías ni Elías ni el profeta, ¿por qué bautizas?
[26] Juan les respondió:
—Yo bautizo con agua. Entre ustedes
hay alguien a quien no conocen, [27] que vie-
ne detrás de mí; y [yo] no soy digno de soltarle la correa de su sandalia.
[28] Esto sucedía en Betania, junto al Jordán, donde Juan bautizaba.

(cfr. Mt 3,13-17; Mc 1,9-11; Lc 3,21s)

[29] Al día siguiente Juan vio acercarse a Jesús y dijo:
—Ahí está el Cordero de Dios, que quita
el pecado del mundo. [30] De él yo dije: De-
trás de mí viene un hombre que es más importante que yo, porque existía antes que
yo. [31] Yo no lo conocía, pero vine a bautizar
con agua para que él fuera manifestado a Israel.

---

templo de Jerusalén, habita ahora en la persona de Jesucristo. La comunidad creyente, el «nosotros» del prólogo, contempla en Jesús la gloria de Dios, su potencia y majestad divinas. En Él reside toda la bondad y misericordia de Dios, y éstas son estables, firmes, duran para siempre.

1,19-34 Testimonio de Juan el Bautista. El evangelista concede gran importancia al relato del testimonio de Juan el Bautista; en él nos presenta de manera condensada la personalidad de Jesús.

***Testimonio indirecto* (19-28).** Ante la autoridad judía, el Bautista confiesa que él no es el Mesías, ni Elías, ni el profeta, sino la voz que clama en el desierto; su testimonio es profético: prepara el camino del Señor.

***Testimonio directo* (29-31).** Ante Israel, es decir, ante el pueblo elegido, llama a Jesús «Cordero de Dios». Este título delimita la unidad teológica del evangelio e incluye los siguientes rasgos: «Cordero vencedor»: imagen apocalíptica para designar al líder soberano y mesiánico (Ap 5,11); «Cordero expiatorio»: imagen del Siervo del Señor que redime con su muerte (Is 53,7-12); «Cordero pascual liberador»: Jesús se entrega por el pecado del mundo, como el cor-

32 Juan dio este testimonio:
—Contemplé al Espíritu, que bajaba del
cielo como una paloma y se posaba sobre
él. 33 Yo no lo conocía; pero el que me en-
vió a bautizar me había dicho: Aquél sobre
el que veas bajar y posarse el Espíritu es el
que ha de bautizar con Espíritu Santo. 34 Yo
lo he visto y atestiguo que él es el Hijo de
Dios.

Llama a sus primeros discípulos
(cfr. Mt 4,18-22; Mc 1,16-20; Lc 5,1-11)

35 Al día siguiente estaba Juan con dos
de sus discípulos. 36 Viendo pasar a Jesús,
dice:
—Ahí está el Cordero de Dios.
37 Los discípulos, al oírlo hablar así si-
guieron a Jesús. 38 Jesús se volvió y, al ver
que le seguían, les dice:
—¿Qué buscan?
Respondieron:
—*Rabí* –que significa maestro–, ¿dónde
vives?
39 Les dice:
—Vengan y vean.
Fueron, vieron dónde vivía y se queda-
ron con él aquel día. Eran las cuatro de la
tarde.
40 Uno de los dos que habían oído a
Juan y habían seguido a Jesús era Andrés,
hermano de Simón Pedro. 41 Andrés en-
cuentra primero a su hermano Simón y le
dice:
—Hemos encontrado al *Mesías* –que tra-
ducido significa Cristo–.
42 Y lo condujo a Jesús.
Jesús lo miró y dijo:
—Tú eres Simón, hijo de Juan; te lla-
marás *Cefas* –que significa Pedro–.
43 Al día siguiente Jesús decidió partir
para Galilea, encuentra a Felipe y le dice:
—Sígueme.
44 Felipe era de Betsaida, ciudad de An-
drés y Pedro. 45 Felipe encuentra a Nata-
nael y le dice:
—Hemos encontrado al que describen
Moisés en la ley y los profetas: Jesús, hijo
de José, el de Nazaret.
46 Responde Natanael:
—¿Acaso puede salir algo bueno de
Nazaret?
Le dice Felipe:
—Ven y verás.
47 Viendo Jesús acercarse a Natanael, le
dice:
—Ahí tienen un israelita de verdad, sin
falsedad.
48 Le pregunta Natanael:
—¿De qué me conoces?
Jesús le contestó:
—Antes de que te llamara Felipe, te vi
bajo la higuera.
49 Respondió Natanael:
—Maestro, tú eres el Hijo de Dios, el rey
de Israel.
50 Jesús le contestó:
—¿Crees porque te dije que te vi bajo la
higuera? Cosas más grandes que éstas
verás.
51 Y añadió:
—Les aseguro que verán el cielo abierto
y los ángeles de Dios subiendo y bajando
sobre el Hijo del Hombre.

---

dero de la pascua judía (Éx 12,46). A Jesús en la cruz, igual que al Cordero pascual, no le quebrarán ningún hueso (19,36). ¿Cómo quita Jesús el pecado de la humanidad? Asumiendo la condición humana y ofreciéndose desde la cruz, en ofrenda voluntaria y servicio de amor. Desde la cruz nos da el Espíritu Santo (19,30), que purifica y perdona todos nuestros pecados (20,22s).

***Bautismo de Jesús* (32-34).** El evangelista no narra el bautismo de Jesús, sino que lo alude a través del testimonio de Juan el Bautista. Éste ha tenido la revelación de la mesianidad de Jesús, ha visto en profundidad y testimonia válidamente que Jesús es el Hijo de Dios. El objeto central de la visión es el Espíritu. Se atribuye a Jesús una función precisa: bautizar en el Espíritu (33), acción propia de Dios, quien derramaría su Espíritu sobre la comunidad (Is 32,15; 44,3; Ez 36,25-29; Jl 3,1s). Merced a la permanencia perfecta del Espíritu en Él, Jesucristo es el gran artífice de la donación universal del Espíritu y gestor de un pueblo santo.

1,35-51 Llama a sus primeros discípulos. Tras la resurrección, seguir a Jesús significa adherirse a Él en la fe, prolongar su obra y su misión. Éstos son los rasgos más destacados de este relato:

1. La iniciativa de toda llamada en la Iglesia es de Jesús (38s; 42s.47-51).

2. La fecundidad del testimonio: los discípulos, recién llamados, llaman a su vez a otros mediante su testimonio de fe mesiánica. La fe en Jesús contagia, no puede confinarse ni encerrarse.

3. Gozo ante el descubrimiento de Jesús como Mesías. Este clima de alegría que llena el corazón de los apóstoles se manifiesta en la reiterada mención del

La boda de Caná

2 1 Tres días después se celebraba una
boda en Caná de Galilea; allí estaba la
madre de Jesús. 2 También Jesús y sus dis-
cípulos estaban invitados a la boda. 3 Se
acabó el vino, y la madre de Jesús le dice:
—No tienen vino.
4 Jesús le responde:
—¿Qué quieres de mí, mujer? Aún no ha
llegado mi hora.
5 La madre dice a los que servían:
—Hagan lo que él les diga.
6 Había allí seis tinajas de piedra des-
tinadas a los ritos de purificación de los ju-
díos, con una capacidad de setenta a cien
litros cada una. 7 Jesús les dice:
—Llenen de agua las tinajas.
Las llenaron hasta el borde. 8 Les dice:
—Ahora saquen un poco y llévenle al en-
cargado del banquete para que lo pruebe.
Se lo llevaron. 9 Cuando el encargado
del banquete probó el agua convertida en
vino, sin saber de dónde procedía, aunque
los servidores que habían sacado el agua lo
sabían, se dirige al novio 10 y le dice:
—Todo el mundo sirve primero el mejor
vino, y cuando los convidados están algo
bebidos, saca el peor. Tú, en cambio has
guardado hasta ahora el vino mejor.
11 En Caná de Galilea hizo Jesús esta
primera señal, manifestó su gloria y creye-
ron en él los discípulos. 12 Después, bajó a
Cafarnaún con su madre, sus hermanos y
discípulos, y se detuvo allí varios días.

Purifica el templo

(cfr. Mt 21,12-17; Mc 11,15-19; Lc 19,45-48)

13 Como se acercaba la Pascua judía,
Jesús subió a Jerusalén. 14 Encontró en el
recinto del templo a los vendedores de
bueyes, ovejas y palomas, y a los que
cambiaban dinero sentados. 15 Se hizo un
látigo de cuerdas y expulsó a todos del
templo, ovejas y bueyes; esparció las mo-
nedas de los que cambiaban dinero y vol-
có las mesas; 16 a los que vendían palomas
les dijo:

---

típico verbo griego «eurekamen»: «¡lo hemos encontrado!».

2,1-12 La boda de Caná. No se trata de la crónica de unas simples bodas. Existen demasiadas anomalías en el relato para que lo sea: no se habla de los esposos; Jesús se rehúsa a obrar el milagro, pero luego lo realiza; la abundante agua convertida en vino para tan poca gente; existe una acumulación de términos teológicos: hora, signo, gloria, creer. Se trata más bien de un auténtico «signo» joánico. Intervienen dos personajes principales: María y Jesús.

María no es una figura de relleno o comparsa, ocupa un puesto importante, aunque el protagonismo sea de Jesús. María es modelo de fe y obediencia a la Palabra de Dios. Ella, ante el aparente rechazo de su Hijo, afirma: «Hagan lo que él les diga». Invita a los discípulos a adoptar una actitud de disponibilidad total a Jesucristo, reflejo de la postura del verdadero pueblo de Dios ante la alianza. Sus palabras son eco del pueblo fiel: «Haremos cuanto dice el Señor» (Éx 19,8).

Jesús ocupa el centro del relato. La nueva revelación, el «vino» que Jesús trae es superior al agua de las tinajas de «piedra» (alusión a la ley, escrita en tablas de «piedra») del judaísmo. Pero Jesús no trae un sistema doctrinal, sino la manifestación de su misterio. Por eso elige unas bodas. La alianza mesiánica fue anunciada por los profetas bajo el simbolismo de unas bodas (Os 2,16-25; Jr 2,1s; 3,1-6; Ez 16; Is 54,4-8) y del mismo modo el Cantar de los Cantares.

El cuarto evangelio da inicio a la actividad de Jesús (11) con la alegría de las bodas mesiánicas. El esposo es Jesús y la esposa, la pequeña comunidad que se le une por la fe. La gloria que los discípulos contemplan en Jesús es su manifestación como el nuevo esposo mesiánico.

2,13-22 Purifica el templo. El tema de este relato es Jesús mismo, presentado por el evangelista como el nuevo y definitivo templo.

***Signo mesiánico* (13-17).** La acción de Jesús no parece que sea un acto revolucionario, de hecho, los discípulos no intervienen. Sin embargo, se cumple la profecía de Malaquías (3,1s), Jesús aparece con poderes divinos para purificar la casa de Dios. En san Juan el sacrilegio se expresa de una manera más viva y dramática que en los sinópticos. El templo no es para Jesús, sin más, una casa de oración (sinópticos), sino la casa de mi Padre (Juan). Este celo ardiente por la gloria del Padre le va a devorar, le va a conducir finalmente a la muerte.

***Dichos de Jesús* (18-22).** Los judíos no entienden las misteriosas palabras de Jesús (20), están en otro nivel. Suponen que habla de un templo de piedra, pero se refiere al templo de su cuerpo. Jesús entrega voluntariamente su cuerpo a la destrucción y a la muerte, pero a los tres días volverá a recuperarlo glorioso. El cuerpo de Jesús, muerto y resucitado, se convierte en el lugar donde Dios se manifiesta, el único centro de oración, el verdadero templo para ponernos en contacto con Dios. Más adelante los discípulos se acuerdan y entienden estas misteriosas palabras de Jesús. Se trata de una alusión al Espíritu, memoria viva de la Iglesia, quien nos hace recordar las palabras de Jesús, interiorizarlas y comprenderlas cabalmente (14,26).

—Saquen eso de aquí y no conviertan la
casa de mi Padre en un mercado.
17 Los discípulos se acordaron de aquel
texto: *El celo por tu casa me devora*.
18 Los judíos le dijeron:
—¿Qué señal nos presentas para actuar
de ese modo?
19 Jesús les contestó:
—Derriben este santuario y en tres días
lo reconstruiré.
20 Los judíos dijeron:
—Cuarenta y seis años ha llevado la
construcción de este santuario, ¿y tú lo vas
a levantar en tres días?
21 Pero él se refería al santuario de su
cuerpo. 22 Y cuando resucitó de entre los
muertos, los discípulos recordaron que había dicho eso y creyeron en la Escritura y
en las palabras de Jesús.

Reacciones ante Jesús

23 Estando en Jerusalén por las fiestas de
Pascua, muchos creyeron en él al ver las señales que hacía. 24 Pero Jesús no se confia-
ba de ellos porque los conocía a todos; 25 no
necesitaba informes de nadie, porque él sabía lo que hay en el interior del hombre.

Jesús y Nicodemo

3 1 Había un hombre del partido fariseo,
llamado Nicodemo, una autoridad entre los judíos. 2 Fue a visitarlo de noche y le
dijo:
—Maestro, sabemos que vienes de parte de Dios para enseñar, porque nadie puede hacer las señales que tú haces si Dios no está con él.
3 Jesús le respondió:
—Te aseguro que, si uno no nace de nuevo, no puede ver el reino de Dios.
4 Le responde Nicodemo:
—¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Podrá entrar de nuevo en el vientre materno para nacer?
5 Le contestó Jesús:
—Te aseguro que, si uno no nace del agua y del Espíritu, no puede entrar en el
reino de Dios. 6 De la carne nace carne, del
Espíritu nace espíritu. 7 No te extrañes si te
he dicho que hay que nacer de nuevo. 8 El
viento sopla hacia donde quiere: oyes su rumor, pero no sabes de dónde viene ni adónde va. Así sucede con el que ha nacido del Espíritu.
9 Le respondió Nicodemo:
—¿Cómo puede suceder esto?
10 Jesús le respondió:
—Tú eres maestro de Israel, ¿y no en-
tiendes estas cosas? 11 Te lo aseguro: nosotros hablamos de lo que sabemos, y damos testimonio de lo que hemos visto, pero us-

---

2,23-25 Reacciones ante Jesús. San Juan generaliza un dato frecuente en la vida de Jesús (4,45; 20,31): sus signos tenían que despertar la fe en su persona, pero resultan ambiguos. Unos creen (como los discípulos en Caná); otros no, porque se quedan en el taumaturgo y no en el Hijo de Dios, único objeto de fe según el evangelio.

3,1-21 Jesús y Nicodemo. Se presenta un fariseo ante Jesús: Nicodemo, quien confía en el Maestro sólo por los signos que ha visto; no tiene fe, tan sólo opiniones (2). Nicodemo representa a los cristianos vergonzantes: creyentes más o menos maduros, que silencian su fe porque la manifestación de la misma perjudicaría sus intereses, su situación social, e incluso haría peligrar su vida.

***El misterio del nuevo nacimiento* (3-9).** Jesús declara con solemnidad: es necesario nacer de nuevo para ver el reino de Dios. No se trata de un simple cambio o conversión, sino de hacer algo nuevo, nacer de nuevo. Nicodemo no puede entender porque lo interpreta de manera biológica. Jesús le aclara: nacer de nuevo significa creer en Él. Es el Espíritu el agente de este nuevo nacimiento o génesis de la fe mediante su acción vivificadora. El Espíritu interioriza el testimonio acogido mediante las palabras-signos; produce una vida nueva dotando unos ojos nuevos; y hace ver la gloria de Jesús como Unigénito del Padre y del reino de Dios.

***Revelación del misterio redentor* (10-21).** Jesús puede hablar de estos misterios porque los conoce. Nadie ha subido al cielo. Sólo Jesús, que estaba en el regazo del Padre, conoce aquellas realidades y «ha descendido» para revelarlas.

Hay una alusión al hecho narrado en Nm 21,6s, a la serpiente izada en un estandarte como salvación para el pueblo. La cruz de Jesucristo es la cumbre de la revelación, en donde se encuentra la salvación. Es el lugar del conocimiento verdadero de Jesús, como Hijo de Dios y lugar de atracción, que Él ejerce sobre toda la humanidad (8,28; 12,32).

El versículo 16 constituye el momento cenit de todo el diálogo, una expresión suprema. El amor del Padre ha puesto en marcha toda la historia de la salvación.

Los restantes versículos hablan insistentemente del juicio. Éste no consiste en una sentencia pronunciada al final de los tiempos, sino que se va realizando en la misma confrontación de los seres humanos con Jesu-

tedes no aceptan nuestro testimonio. 12 Si no creen cuando les hablo de las cosas de la tierra, ¿cómo creerán cuando les hable de las cosas del cielo?

13 Nadie ha subido al cielo si no es el que bajó del cielo: el Hijo del Hombre. 14 Como Moisés en el desierto levantó la serpiente, así ha de ser levantado el Hijo del Hombre, 15 para que quien crea en él tenga vida eterna.

16 Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único, para que quien crea en él no muera, sino tenga vida eterna. 17 Dios no envió a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por medio de él. 18 El que cree en él no es juzgado; el que no cree ya está juzgado, por no creer en el Hijo único de Dios.

19 El juicio consiste en esto: que la luz vino al mundo, y los hombres prefirieron las tinieblas a la luz. Y es que sus acciones eran malas. 20 Quien obra mal detesta la luz y no se acerca a la luz, para que no delate sus acciones. 21 En cambio el que obra conforme a la verdad se acerca a la luz para que se vea claramente que todo lo hace de acuerdo con la voluntad de Dios.

Testimonio final del Bautista

22 Después de esto, Jesús fue con sus discípulos a Judea; allí se quedó con ellos y se puso a bautizar. 23 También Juan bautizaba, en Ainón, cerca de Salín, donde había agua abundante. La gente acudía y se bautizaba. 24 Todavía no habían metido a Juan en la cárcel. 25 Surgió una discusión de los discípulos de Juan con un judío a propósito de las purificaciones. 26 Buscaron a Juan y le dijeron:

—Maestro, el que estaba contigo en la otra orilla del Jordán, del que diste testimonio, está bautizando, y todo el mundo acude a él.

27 Respondió Juan:

—No puede un hombre recibir nada si no se lo concede del cielo. 28 Ustedes son testigos de que dije: Yo no soy el Mesías, sino que me han enviado por delante de él. 29 Quien se lleva a la novia es el novio. El amigo del novio que está escuchando se alegra de oír la voz del novio. Por eso mi gozo es perfecto. 30 Él debe crecer y yo disminuir.

Preeminencia de Jesús

31 Quien viene de arriba está por encima de todos. Quien viene de la tierra es terreno y habla de cosas terrenas. Quien viene del cielo [está por encima de todos].

32 Él atestigua lo que ha visto y oído, y nadie acepta su testimonio. 33 Quien acepta su testimonio certifica que Dios es veraz.

34 El enviado de Dios habla de las cosas divinas, porque Dios le da el Espíritu sin medida. 35 El Padre ama al Hijo y todo lo pone en sus manos.

36 Quien cree en el Hijo tiene vida eterna. Quien no cree al Hijo, no verá la vida, porque lleva encima la ira de Dios.

Jesús y la samaritana

4 1 Los fariseos se enteraron de que Jesús tenía más discípulos y bautizaba más que Juan 2 –si bien eran sus discípulos los que bautizaban, no él personalmente–. Cuando Jesús lo supo, 3 abandonó Judea y se dirigió de nuevo a Galilea. 4 Tenía que atravesar Samaría. 5 Llegó a un pueblo de

---

cristo. Dios envió a su Hijo al mundo para que la humanidad pudiera salvarse. Hizo una oferta de vida, que sigue abierta. Debe ser aceptada en la fe. Lo contrario equivale a la autoexclusión de la vida. Ante la luz de Jesucristo la humanidad se divide: unos prefieren las tinieblas y esta opción existencial les lleva al juicio; otros aceptan la verdad de Jesucristo y así llegan a la comunión con Él, y reciben la salvación.

3,22-30 Testimonio final del Bautista. Las últimas palabras del Bautista acaban como las primeras: confesando la superioridad de Jesús. Juan el Bautista se ajusta a la verdad, es testigo humilde de la verdadera luz que es Jesucristo. Es impresionante su testimonio en el ocaso de su vida. No se resigna amargado, sino alegre; su alegría está colmada, porque ve crecer a Jesús, el definitivo esposo de la Iglesia.

3,31-36 Preeminencia de Jesús. San Juan, para fortalecer la fe de su comunidad amenazada por las polémicas, profundiza sobre la superioridad de Jesús que está muy por encima de cualquier otro personaje o patriarca o profeta. Una formulación lapidaria concluye esta reflexión. El Hijo posee la vida; quien cree en Él, participa de esta misma vida eterna. Quien no cree, está incapacitado para la vida. El clima de confrontación persiste en todo el capítulo.

4,1-45 Jesús y la samaritana. Teniendo en cuenta que en la Biblia una mujer es símbolo y encarnación de su pueblo, esta narración debe enfocarse más en la

Samaría llamado Sicar, cerca del terreno
que Jacob dio a su hijo José 6 –allí se en-
cuentra el pozo de Jacob–. Jesús, cansado
del camino, se sentó tranquilamente junto
al pozo. Era mediodía. 7 Una mujer de Sa-
maría llegó a sacar agua.
Jesús le dice:
—Dame de beber 8 –los discípulos ha-
bían ido al pueblo a comprar comida–.
9 Le responde la samaritana:
—¡Cómo! ¿Tú, que eres judío, me pides
de beber a mí, que soy samaritana? –los ju-
díos no se tratan con los samaritanos–.
10 Jesús le contestó:
—Si conocieras el don de Dios y quién
es el que te pide de beber, tú le pedirías a
él, y él te daría agua viva.
11 Le dice [la mujer]:
—Señor, no tienes con qué sacar el agua
y el pozo es profundo, ¿dónde vas a conse-
guir agua viva? 12 ¿Eres, acaso, más pode-
roso que nuestro padre Jacob, que nos dio
este pozo, del que bebían él, sus hijos y sus
rebaños?
13 Le contestó Jesús:
—El que bebe de esta agua vuelve a te-
ner sed; 14 quien beba del agua que yo le
daré no tendrá sed jamás, porque el agua
que le daré se convertirá dentro de él en
manantial que brota dando vida eterna.
15 Le dice la mujer:
—Señor, dame de esa agua, para que no
tenga sed y no tenga que venir acá a sa-
carla.
16 Le dice:
—Ve, llama a tu marido y vuelve acá.
17 Le contesta la mujer:
—No tengo marido.
Le dice Jesús:
—Tienes razón al decir que no tienes
marido; 18 porque has tenido cinco hom-
bres, y el que tienes ahora tampoco es tu
marido. En eso has dicho la verdad.
19 Le dice la mujer:
—Señor, veo que eres profeta. 20 Nues-
tros padres daban culto en este monte; us-
tedes en cambio dicen que es en Jerusalén
donde hay que dar culto.
21 Le dice Jesús:
—Créeme, mujer, llega la hora en que ni
en este monte ni en Jerusalén se dará cul-
to al Padre. 22 Ustedes dan culto a lo que no
conocen, nosotros damos culto a lo que co-
nocemos; porque la salvación procede de
los judíos. 23 Pero llega la hora, ya ha lle-
gado, en que los que dan culto auténtico
adorarán al Padre en espíritu y en verdad.
Porque esos son los adoradores que busca
el Padre. 24 Dios es Espíritu y los que lo
adoran deben hacerlo en espíritu y verdad.
25 Le dice la mujer:
—Sé que vendrá el *Mesías* –es decir,
Cristo–. Cuando él venga, nos lo explicará
todo.
26 Jesús le dice:
—Yo soy, el que habla contigo.
27 En esto llegaron sus discípulos y se
maravillaron de verlo hablar con una mujer.

---

conversión del pueblo samaritano que en la misma samaritana. Según datos del Antiguo Testamento, el pueblo samaritano se había formado con cinco tribus que repoblaron Samaría después de ser conquistada por Asiria. Cada tribu trajo sus propios dioses, aunque después dieron culto a Yahvé, el Dios de Israel (2 Re 17,24-34).

Al comienzo del relato, la mujer se pone al mismo nivel que Jesús: Tú judío; yo samaritana (9). Jesús le recuerda su ignorancia (10), sugiriéndole el don del agua viva. Dos veces la mujer llama a Jesús «Señor» (11.15), conforme aumenta su respeto hacia Él; al final los papeles se invierten cuando ella le pide de esa agua viva.

La petición de la mujer buscaba que Jesús le hiciera la vida más fácil. Cuando Jesús le habla de sus cinco maridos –los cinco dioses originales de los samaritanos–, la mujer se reconoce pecadora y le reconoce como profeta (19); sin embargo, en el plano religioso, la mujer insiste en que Yahvé es el marido de su pueblo, ya que sus antepasados, los Patriarcas, le habían adorado en tierras de Samaría. Jesús anuncia a la mujer que en el futuro la adoración no estará ligada a lugares sino a una persona, a Él mismo, el nuevo Templo de Dios, y será un culto en espíritu y de verdad, algo que proviene del corazón movido por Dios y que se revelará en acciones concretas de vida.

La samaritana reconoce a Jesús como Mesías, pues Él se lo revela. Éste es el único caso en que Jesús revela abiertamente su identidad; lo hace a una mujer de raza despreciada; escoge a una pecadora y no a una santa, porque Dios suele escoger a los últimos. De este modo, la mujer se convierte en apóstol y mensajera de la Buena Noticia para su gente.

Cuando los samaritanos conviven con Jesús, también llegan a reconocerlo como Mesías, pero no sólo de los judíos, sino también de todo el mundo (42).

Pero ninguno le preguntó qué buscaba o por qué hablaba con ella. 28 La mujer dejó el cántaro, se fue al pueblo y dijo a los vecinos:

29 —Vengan a ver un hombre que me ha contado todo lo que yo hice: ¿no será el Mesías?

30 Ellos salieron del pueblo y acudieron a él. 31 Entretanto los discípulos le rogaban:

—Come Maestro.

32 Él les dijo:

—Yo tengo un alimento que ustedes no conocen.

33 Los discípulos comentaban:

—¿Le habrá traído alguien de comer?

34 Jesús les dice:

—Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y concluir su obra. 35 ¿No dicen ustedes que faltan cuatro meses para la cosecha? Pero yo les digo: levanten los ojos y observen los campos que ya están madurando para la cosecha. 36 El segador ya está recibiendo su salario y cosechando fruto para la vida eterna; así lo celebran sembrador y segador. 37 De ese modo se cumple el refrán: uno siembra y otro cosecha. 38 Yo los he enviado a cosechar donde no han trabajado. Otros han trabajado y ustedes recogen el fruto de sus esfuerzos.

39 En aquel pueblo muchos creyeron en él por las palabras de la mujer que atestiguaba: Me ha dicho todo lo que hice. 40 Los samaritanos acudieron a él y le rogaban que se quedara con ellos. Se quedó allí dos días, 41 y muchos más creyeron en él, a causa de su palabra; 42 y le decían a la mujer:

—Ya no creemos por lo que nos has contado, porque nosotros mismos lo hemos escuchado y sabemos que éste es realmente el salvador del mundo.

43 Pasados los dos días se trasladó de allí a Galilea. 44 Jesús mismo había declarado que un profeta no recibe honores en su patria. 45 Cuando llegó a Galilea, los galileos lo recibieron bien porque habían visto todo lo que hizo en Jerusalén durante las fiestas; ya que también ellos habían estado allá.

Sana al hijo de un funcionario real
(cfr. Mt 8,5-13; Lc 7,1-10)

46 Fue de nuevo a Caná de Galilea, donde había convertido el agua en vino. Había allí un funcionario real cuyo hijo estaba enfermo en Cafarnaún. 47 Al oír que Jesús había llegado de Judea a Galilea, fue a visitarlo y le suplicaba que bajase a sanar a su hijo moribundo.

48 Jesús le dice:

—Si no ven signos y prodigios, ustedes no creen.

49 Le dice el funcionario real:

—Señor, baja antes de que muera mi muchacho.

50 Jesús le dice:

—Regresa tranquilo, que tu hijo sigue vivo.

El hombre creyó lo que le decía Jesús y se puso en camino. 51 Iba ya bajando, cuando sus sirvientes le salieron al encuentro para anunciarle que su muchacho estaba sano. 52 Les preguntó a qué hora se había puesto bien, y le dijeron que el día anterior a la una se le había pasado la fiebre. 53 Comprobó el padre que era la hora en que Jesús le había dicho que su hijo seguía vivo. Y creyó en él con toda su familia. 54 Ésta fue la segunda señal que hizo Jesús cuando se trasladó de Judea a Galilea.

Después, Jesús vuelve a Galilea, y de esta manera el evangelista cierra el viaje emprendido en 4,3. El dicho del rechazo a un profeta en su propia tierra anticipa al rechazo que va a experimentar Jesús por sus paisanos, en contraste con la acogida de los samaritanos.

4,46-54 Sana al hijo de un funcionario real. Para nosotros, este relato es actual y modélico pues presenta a Jesús salvando a pesar de la distancia. Nuestro Señor se encuentra ausente, pero presente en su Palabra. Si creemos en su Palabra, Él nos da la vida. Leyendo con cuidado el texto griego, constatamos que todo el relato está construido en dos trípticos. Asumen la forma de dos contendientes enfrentados. Uno está dominado por la presencia de la «muerte» (46.47.49), el otro por la presencia de la «vida» (50.51.53). ¿Cuál de los dos prevalecerá? La fe es la clave, ella hace pasar de la muerte a la vida. Quien cree en la Palabra de Jesús pasa de la muerte a la vida, no en el futuro, sino en el mismo momento de creer. El Señor no promete su vida para después; no dice sanará o vivirá, sino «tu hijo sigue vivo». Tal es la honda y consoladora experiencia del creyente.

5,1-15 Sana a un enfermo en la piscina de Betesda. Muchos comentaristas ven en los versículos 3s sólo una glosa que ilustra el sentido del versículo 7. El evangelista contempla, a manera de panorámica, una

Sana a un enfermo en la piscina de Betesda
(cfr. Mt 9,1-8; Mc 2,1-12; Lc 5,17-26)

5 1 Pasado algún tiempo, celebraban los
judíos una fiesta, y Jesús subió a Jeru-
salén. 2 Hay en Jerusalén, junto a la puerta
de los Rebaños, una piscina llamada en he-
breo *Betesda*, que tiene cinco pórticos. 3 Ya-
cía en ellos una multitud de enfermos, cie-
gos, cojos y lisiados, que aguardaban a que
se removiese el agua. 4 [[De vez en cuando
bajaba el ángel del Señor a la piscina y agi-
taba el agua, y el primero que se metía ape-
nas agitada el agua, se sanaba de cualquier
enfermedad que padeciese.]] 5 Había allí un
hombre que llevaba treinta y ocho años en-
fermo. 6 Jesús lo vio acostado y, sabiendo
que llevaba así mucho tiempo, le dice:
—¿Quieres sanarte?
7 Le contestó el enfermo:
—Señor, no tengo a nadie que me meta en la piscina cuando se agita el agua. Cuando yo voy, otro se ha metido antes.
8 Le dice Jesús:
—Levántate, toma tu camilla y camina.
9 Al instante aquel hombre quedó sano,
tomó su camilla y empezó a caminar. Pero
aquel día era sábado; 10 por lo cual los ju-
díos dijeron al que se había sanado:
—Hoy es sábado, no puedes transportar tu camilla.
11 Les contestó:
—El que me sanó me dijo que tomara mi camilla y caminara.
12 Le preguntaron:
—¿Quién te dijo que la tomaras y caminaras?
13 Pero el hombre sanado lo ignoraba, porque Jesús se había retirado de aquel lugar tan concurrido.
14 Más tarde lo encuentra Jesús en el templo y le dice:
—Mira que has sanado. No vuelvas a pecar, no te vaya a suceder algo peor.
15 El hombre fue y dijo a los judíos que era Jesús quien lo había sanado.

Autoridad de Jesús

16 Por ese motivo perseguían los judíos a
Jesús, por hacer tales cosas en sábado.
17 Pero [Jesús] les dijo:
—Mi Padre trabaja siempre y yo también trabajo.
18 Por eso los judíos tenían aún más deseos de matarlo, porque no sólo violaba el sábado, sino además llamaba Padre suyo a Dios, igualándose a Él.

19 Jesús tomó la palabra y les dijo:
—Les aseguro:
El Hijo no hace nada por su cuenta
si no se lo ve hacer al Padre.
Lo que aquél hace lo hace igualmente el Hijo.
20 Porque el Padre ama al Hijo
y le muestra todo lo que hace;
y le mostrará obras más grandes aún
para que ustedes queden maravillados.

---

multitud de ciegos, cojos y lisiados. Ellos no pueden celebrar la fiesta. El movimiento de las aguas evoca la visión de los huesos secos de Ez 37.

El evangelista se fija en un tullido, de 38 años, lo que significa toda una generación. Jesús devuelve la salud a este muerto-viviente; pero no por el agua, sino por su Palabra. Este milagro acontece en sábado y Jesús ordena al tullido que se lleve su camilla, con lo cual conculca un precepto de la Misná. Para el evangelista se trata del verdadero sábado: la culminación de la obra creadora de Dios, que se realza con la presencia sanadora de Jesús. En cambio, para las autoridades judías se trata de una trasgresión de la ley.

5,16-30 Autoridad de Jesús. Los judíos se fijan más en la trasgresión del sábado que en la sanación del pobre tullido y empiezan a perseguir a Jesús. Esta persecución también llegará a sus discípulos (15,20).

Jesús se defiende, en lugar de situarse en la casuística de la ley rabínica, se ubica en su puesto junto a Dios, que trabaja siempre, en un presente eterno: «Mi Padre trabaja siempre y yo también trabajo» (17).

Jesús no es sólo señor del sábado, como afirman los sinópticos (Mc 2,28), se sitúa en relación de comunión plena con el Padre, en continuidad de trabajo permanente, quien nunca descansa de crear y cuidar del mundo. Declara que su actividad no procede de sí mismo, sino del Padre, quien es soberanamente activo y generoso, pues por amor actúa.

Según la fe judía, Dios ejercitaba dos obras supremas: resucitar a los muertos y juzgar. Pero Dios las co-

21 Como el Padre resucita a los muertos y les da la vida,
del mismo modo el Hijo da vida a los que él quiere.
22 El Padre no juzga a nadie
sino que encomienda al Hijo la tarea de juzgar,
23 para que todos honren al Hijo
como honran al Padre.
Quien no honra al Hijo
no honra al Padre que lo envió.
24 Les aseguro que quien oye mi palabra
y cree en aquel que me ha enviado
tiene vida eterna y no es sometido a juicio,
sino que ha pasado de la muerte a la vida.
25 Les aseguro que se acerca la hora, ya ha llegado,
en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios,
y los que la oigan vivirán.
26 Así como el Padre posee vida en sí,
del mismo modo hace que el Hijo posea vida en sí;
27 y, puesto que es el Hijo del Hombre,
le ha confiado el poder de juzgar.
28 No se extrañen de esto: llega la hora
en que todos los que están en el sepulcro oirán su voz:
29 los que hicieron el bien resucitarán para vivir,
los que hicieron el mal resucitarán para ser juzgados.
30 Yo no puedo hacer nada por mi cuenta;
juzgo por lo que oigo, y mi sentencia es justa,
porque no pretendo hacer mi voluntad,
sino la voluntad del que me envió.

El testimonio de Dios legitima a Jesús

31 Si yo diera testimonio de mí mismo,
mi testimonio no sería válido.
32 Otro atestigua a mi favor,
y yo sé que su testimonio a mi favor es verdadero.
33 Ustedes enviaron una delegación a Juan
y él dio testimonio de la verdad.
34 Y, aunque yo no me apoyo en testimonio humano,
digo esto para la salvación de ustedes.
35 Él era una lámpara que ardía y alumbraba,
y ustedes quisieron disfrutar un rato de su luz.
36 Yo tengo un testimonio más valioso que el de Juan:
las obras que mi Padre me encargó hacer y que yo hago
atestiguan de mí que el Padre me ha enviado.
37 También el Padre que me envió da testimonio de mí.

---

munica a su Hijo, le otorga su potencia vivificadora y su poder de juzgar (23).

El versículo 24 es el punto culminante de esta escena: quien cree en el Hijo tiene vida eterna (3,16.36).

5,31-47 El testimonio de Dios legitima a Jesús. Jesús ha impartido una enseñanza con una pretensión inaudita; ahora trata de legitimarla. Con ello intenta, al mismo tiempo, robustecer la fe de los que creen en Él y desenmascarar los pretextos de la incredulidad de los judíos.

La idea dominante es la del testimonio. Se presentan diversos testimonios que acrediten su autoridad: el Bautista, sus obras, las Sagradas Escrituras, Moisés. En medio (37), en posición central, está el gran testigo que hace posible los restantes testimonios: el Padre (8,13-19).

Ustedes nunca han escuchado su voz, ni han visto su rostro,
38 y su palabra no permanece en ustedes,
porque al que él envió no le creen.
39 Estudian la Escritura pensando que encierra vida eterna,
porque ella da testimonio de mí;
40 pero ustedes no quieren venir a mí para tener vida.
41 Yo no recibo honores de los hombres;
42 además yo sé que ustedes no poseen el amor de Dios.
43 Yo he venido en nombre de mi Padre, y no me reciben;
si otro viniera en nombre propio, lo recibirían.
44 ¿Cómo pueden creer,
si viven pendientes del honor que se dan unos a otros,
en lugar de buscar el honor que sólo viene de Dios?
45 No piensen que seré yo el que los acuse ante el Padre;
los acusará Moisés, en quien confían.
46 Porque si creyeran a Moisés, también creerían en mí,
ya que él escribió acerca de mí.
47 Y si no creen lo que él escribió,
¿cómo creerán en mis palabras?

Da de comer a cinco mil
(cfr. Mt 14,13-22; Mc 6,30-45; Lc 9,10-17)

6 1 Después de esto pasó Jesús a la otra
orilla del lago de Galilea –el Tibería-
des–. 2 Le seguía un gran gentío, porque
veían las señales que hacía con los enfer-
mos. 3 Jesús se retiró a un monte y allí se
sentó con sus discípulos. 4 Se acercaba la
Pascua, la fiesta de los judíos. 5 Levantando
la vista y viendo el gentío que acudía a él,
Jesús dice a Felipe:
—¿Dónde compraremos pan para darles
de comer? 6 –lo decía para ponerlo a prue-
ba, porque sabía bien lo que iba a hacer–.
7 Felipe le contestó:
—Doscientas monedas de pan no basta-
rían para que a cada uno le tocase un pe-
dazo.
8 Uno de los discípulos, Andrés, herma-
no de Simón Pedro, le dice:
9 —Aquí hay un muchacho que tiene
cinco panes de cebada y dos pescados; pe-
ro, ¿qué es eso para tantos?
10 Jesús dijo:
—Hagan que la gente se siente.
Había hierba abundante en el lugar. Se
sentaron. Los hombres eran cinco mil.
11 Entonces Jesús tomó los panes, dio gra-

6,1-15 Da de comer a cinco mil. La muchedumbre no viene con enfermos para que Jesús los sane como señala el primer evangelio (Mt 15,30), sino movida por un cierto entusiasmo mesiánico, pues ha visto los signos que ha hecho. El que Jesús suba a la montaña y se siente concede a la escena un carácter solemne, puede aludir a la subida de Moisés al Sinaí (Éx 19,20; 24,1s), como también al festín escatológico: sobre la montaña prepara Dios para todos los pueblos un gran banquete (Is 25,6-10).

Jesús mismo crea el suspense. Su pregunta se parece a la de Moisés, angustiado: «¿De dónde sacaré carne para repartirla a todo el pueblo? Vienen a mí llorando: Danos de comer carne» (Nm 11,13). Pero Jesús no se dirige, como Moisés, a Dios, sino a Felipe; esto sirve para indicar la imposibilidad humana de realizar el milagro. Jesús, a diferencia de Moisés, sabía muy bien lo que iba a hacer (6). Los cinco panes y los dos pescados resaltan el origen humilde del grandioso prodigio.

La orden dada por Jesús es la de recostarse para comer, «ponerse a la mesa». Jesús no sólo distribuye la comida, sino que preside una comunidad de mesa. Es descrito como el Señor del banquete y los beneficiarios como convidados. Juan emplea un vocabulario rigurosamente paralelo al de la institución de la Eucaristía (11). El milagro anticipa indudablemente el banquete eucarístico; más aún, significa la sobreabundancia y la permanencia del alimento eucarístico.

Únicamente Juan señala un esbozo de manifestación mesiánica. Jesús, sabiendo que venía la gente para hacerle rey, se retira al monte solo. Esta breve escena sugiere así lo que anunciará el discurso: solamente a través de su muerte Jesús llegará a ser rey; sólo a través de su muerte será el verdadero pan de vida.

cias y los repartió a los que estaban senta-
dos. Lo mismo hizo con los pescados: dán-
doles todo lo que quisieron. 12 Cuando
quedaron satisfechos, dice Jesús a los dis-
cípulos:
—Recojan las sobras para que no se
desaproveche nada.
13 Las recogieron y, con los trozos de los
cinco panes de cebada que habían sobrado
a los comensales, llenaron doce canastas.
14 Cuando la gente vio la señal que había
hecho, dijeron:
—Éste es el profeta que había de venir al
mundo.
15 Jesús, conociendo que pensaban ve-
nir para llevárselo y proclamarlo rey, se re-
tiró de nuevo al monte, él solo.

Camina sobre el agua
(cfr. Mt 14,23-33; Mc 6,46-52)

16 Al atardecer los discípulos bajaron
hasta el lago. 17 Subieron a la barca y atra-
vesaron el lago hacia Cafarnaún. Había os-
curecido y Jesús no los había alcanzado
aún. 18 Soplaba un fuerte viento y el lago se
encrespaba. 19 Cuando habían remado
unos cinco o seis kilómetros, ven a Jesús
que se acerca al barco caminando sobre el
agua, y se asustan.
20 Él les dice:
—Yo soy, no teman.
21 Quisieron subirlo a bordo, y enseguida
la barca tocó tierra, en el lugar al que se di-
rigían.

Discurso eucarístico
Jesús, alimento que no perece

22 A la mañana siguiente la gente que se
había quedado en la otra orilla vio que allí
no había más que un bote, siendo así que
los discípulos se habían ido solos y Jesús
no se había ido con ellos. 23 Desde Tibería-
des llegaron otras barcas y atracaron cerca
del lugar donde el Señor dio gracias y ellos
comieron el pan.
24 Cuando la gente vio que ni Jesús ni
sus discípulos estaban allí, se embarcaron
en los botes y se dirigieron a Cafarnaún en
busca de Jesús. 25 Lo encontraron a la otra
orilla del lago y le preguntaron:
—Maestro, ¿cuándo llegaste aquí?
26 Jesús les respondió:
—Les aseguro que no me buscan por las
señales que han visto, sino porque se han
hartado de pan. 27 Trabajen no por un ali-
mento que perece, sino por un alimento
que dura y da vida eterna; el que les dará el
Hijo del Hombre. En él Dios Padre ha pues-
to su sello.

Jesús, pan bajado del cielo

28 Le preguntaron:
—¿Qué tenemos que hacer para trabajar
en las obras de Dios?
29 Jesús les contestó:
—La obra de Dios consiste en que uste-
des crean en aquel que él envió.
30 Le dijeron:
—¿Qué señal haces para que veamos y
creamos? ¿En qué trabajas? 31 Nuestros
padres comieron el maná en el desierto,
como está escrito:

Les dio a comer pan del cielo.

32 Les respondió Jesús:
—Les aseguro, no fue Moisés quien les
dio pan del cielo; es mi Padre quien les da
el verdadero pan del cielo. 33 El pan de Dios
es el que baja del cielo y da vida al mundo.
34 Le dijeron:
—Señor, danos siempre de ese pan.

6,16-21 Camina sobre el agua. Este episodio está presentado por el cuarto evangelio no como un milagro de la tempestad calmada, sino como una epifanía que resalta la trascendencia de Jesús. A pesar de estar contado desde el punto de vista de los discípulos, se halla centrado por entero en la persona del Maestro, quien pronuncia la expresión tan significativa: «Yo soy», y los pone enseguida a salvo. Jesús se revela con la fuerza misma de Dios, es el que camina por las aguas (Sal 77,20; Is 51,10).

6,22-71 Discurso eucarístico. La gente busca a Jesús, pero lo hace con una fe inmadura; se queda sólo en la manifestación superficial de las obras que el Maestro realiza. Jesús reacciona y da comienzo al extenso y profundo discurso eucarístico.

***Jesús, alimento que no perece* (22-27).** El evangelista afirma que nadie por sí mismo puede conseguir un alimento que no perece; sin embargo, todos deben hacer lo posible para acoger la comida que el Señor nos ofrece. El contraste entre alimento que perece y alimento que perdura para la vida eterna, es típico de Juan. El Hijo del Hombre dará el alimento que no perece.

***Jesús, pan bajado del cielo* (28-40).** Creer en Jesucristo es el único trabajo que es preciso hacer.

La «obra de Dios» es una expresión densa; significa al mismo tiempo que la obra querida por Dios es la fe,

35 Jesús les contestó:
—Yo soy el pan de la vida: el que viene
a mí no pasará hambre, el que cree en mí
no pasará nunca sed. 36 Pero ya les he di-
cho: ustedes [me] han visto y sin embargo
no creen.
37 Los que el Padre me ha confiado ven-
drán a mí, y al que venga a mí no lo echa-
ré afuera; 38 porque no bajé del cielo para
hacer mi voluntad, sino la voluntad del que
me envió. 39 Y ésta es la voluntad del que
me envió, que no pierda a ninguno de los
que me confió, sino que los resucite [en] el
último día. 40 Porque ésta es la voluntad de
mi Padre, que todo el que contempla al Hi-
jo y crea en él tenga vida eterna, y yo lo re-
sucitaré [en] el último día.

Jesús, pan de vida

41 Los judíos murmuraban porque había
dicho que era el pan bajado del cielo; 42 y
decían:
—¿No es éste Jesús, el hijo de José?
Nosotros conocemos a su padre y a su ma-
dre. ¿Cómo dice que ha bajado del cielo?
43 Jesús les dijo:
—No murmuren entre ustedes. 44 Nadie
puede venir a mí si no lo atrae el Padre que
me envió; y yo lo resucitaré el último día.
45 Los profetas han escrito que *todos serán*
discípulos de Dios. Quien escucha al Padre
y aprende vendrá a mí. 46 No es que alguien
haya visto al Padre, sino el que está junto al
Padre; ése ha visto al Padre. 47 Les aseguro
que quien cree tiene vida eterna.
48 Yo soy el pan de la vida. 49 Sus padres
comieron el maná en el desierto y murie-
ron. 50 Éste es el pan que baja del cielo, pa-
ra que quien coma de él no muera. 51 Yo
soy el pan vivo bajado del cielo. Quien co-
ma de este pan vivirá siempre. El pan que
yo doy para la vida del mundo es mi carne.

La carne y la sangre de Jesús, alimento y bebida de salvación

(cfr. Mt 26,26-29; Mc 14,22-25;
Lc 22,14-20; 1 Cor 11,23-25)

52 Los judíos se pusieron a discutir:
—¿Cómo puede éste darnos de comer
[su] carne?
53 Les contestó Jesús:
—Les aseguro que si no comen la carne
y beben la sangre del Hijo del Hombre, no
tendrán vida en ustedes. 54 Quien come mi
carne y bebe mi sangre tiene vida eterna y
yo lo resucitaré el último día. 55 Mi carne es
verdadera comida y mi sangre es verdade-
ra bebida. 56 Quien come mi carne y bebe
mi sangre habita en mí y yo en él. 57 Como
el Padre que me envió vive y yo vivo por el
Padre, así quien me come vivirá por mí.

---

y que la fe es un don y obra de Dios. Jesús se identifica con el pan de vida, que da activamente la vida y produce consecuencias eternas, que transciende las posibilidades humanas. Pero toda esta transformación requiere por parte del ser humano una condición previa, la fe. Para tener la vida divina es preciso creer en Jesús.

***Jesús, pan de vida* (41-51).** Los «judíos murmuraban». Esto recuerda la actitud del pueblo en el tiempo del Éxodo (Éx 16,2; Nm 14,27). Los judíos murmuran porque Jesús se presenta como el pan bajado del cielo, siendo así que es hijo de José, su padre y su madre son conocidos. Jesús exhorta a no continuar murmurando (imperativo de presente), exige una fe incondicional que supere los cálculos cerrados, y afirma con una formulación exclusiva: «Nadie puede venir a mí si no lo atrae el Padre que me envió» (44). La fe no depende de la iniciativa humana ni de sus méritos; es ante todo una atracción interior que el Padre suscita. No se trata de un determinismo o predestinación arbitraria, sino más bien de la constatación de la iniciativa divina.

***La carne y la sangre de Jesús, alimento y bebida de salvación* (52-59).** El versículo 55 es central, acentúa el realismo de la eucaristía. La carne y la sangre del Hijo del Hombre son verdadera comida y verdadera bebida. Pueden perfectamente cumplir la función de saciar el hambre y la sed de las que Jesús hablaba en 6,35b.

Gracias a la eucaristía el creyente se encuentra unido a Jesucristo (56); se trata de una compenetración recíproca, de una permanencia mutua. La misma vida divina que va del Padre al Hijo pasa al creyente que comulga (57).

Se ha visto en esto una síntesis de todo el cuarto evangelio y del discurso eucarístico. Jesús es Hijo, el discípulo llega a ser hijo de Dios por su unión con el Hijo. Comiendo la carne gloriosa de Jesús, pan de vida, el creyente recibe con sobreabundancia la vida divina. Esta comunicación de vida participada acontece en un contexto de misión. No se trata de una vida que se confina, sino que debe comunicarse a los demás, siguiendo el mismo impulso dinámico del Hijo, el enviado del Padre, que vino al mundo para dar vida.

***Consecuencias del discurso* (60-66).** La enseñanza de Jesús resulta dura, y muchos de sus discípulos lo abandonan. El misterio eucarístico remite a otro más amplio: el misterio del Hijo del Hombre; pero este

58 Éste es el pan bajado del cielo y no es co-
mo el que comieron sus padres, y murie-
ron. Quien come este pan vivirá siempre.
59 Esto dijo enseñando en la sinagoga de
Cafarnaún.

Consecuencias del discurso

60 Muchos de los discípulos que lo oye-
ron comentaban:
—Este discurso es bien duro: ¿quién po-
drá escucharlo?
61 Jesús, conociendo por dentro que los
discípulos murmuraban, les dijo:
—¿Esto los escandaliza? 62 ¿Qué será
cuando vean al Hijo del Hombre subir a
donde estaba antes? 63 El Espíritu es el que
da vida, la carne no vale nada. Las pala-
bras que les he dicho son espíritu y vida.
64 Pero hay algunos de ustedes que no cre-
en –desde el comienzo sabía Jesús quiénes
no creían y quién lo iba a traicionar–.
65 Y añadió:
—Por eso les he dicho que nadie puede
venir a mí si el Padre no se lo concede.
66 Desde entonces muchos de sus dis-
cípulos lo abandonaron y ya no andaban
con él.

Confesión de Pedro

(cfr. Mt 16,13-20; Mc 8,27-30; Lc 9,18-21)

67 Así que Jesús dijo a los Doce:
—¿También ustedes quieren abandonar-
me?
68 Simón Pedro le contestó:
—Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes pa-
labras de vida eterna. 69 Nosotros hemos
creído y reconocemos que tú eres el Con-
sagrado de Dios.
70 Jesús les respondió:
—¿No soy yo, acaso, el que los eligió a
ustedes, los Doce? Sin embargo uno de
ustedes es un diablo 71 –lo decía por Judas
Iscariote, uno de los Doce, que lo iba a en-
tregar–.

Jesús, luz y vida del mundo

Incredulidad y rechazo hacia Jesús

7 1 Algún tiempo después recorría Je-
sús Galilea, y no quería recorrer Ju-
dea porque los judíos intentaban darle
muerte. 2 Se acercaba la fiesta judía de las
Chozas, 3 y sus hermanos le dijeron:
—Trasládate de aquí a Judea para que
también tus discípulos vean las obras que
realizas. 4 Porque cuando uno quiere hacer-

---

misterio da, al mismo tiempo, la clave de interpretación de todo el relato, y pretende disipar el malentendido de los judíos y de los discípulos respecto al comer la carne del Hijo del Hombre. ¡No se trata, en modo alguno, de canibalismo! Jesús responde remitiéndose a su subida al cielo, a su condición de resucitado de la muerte, es decir, a su carne que ya no es ni frágil ni corruptible, sino gloriosa y llena de Espíritu. La carne de Jesucristo puede comunicar vida, porque ha sido investida del Espíritu vivificante (1 Cor 15,45-49), de la misma vida de Dios.

Sin la ayuda del Espíritu, sin el don de la fe, toda la vida de Jesús se convierte en un permanente escándalo. Sus palabras de revelación en un continuo e impenetrable velo de incomprensión.

***Confesión de Pedro* (67-71).** Ante al abandono de muchos de sus discípulos (66), Jesús toma la iniciativa; interpela a los Doce, no para estar seguro de su fe –que ya la conocía–, sino para provocar una confesión decidida; Jesús quiere una fe en libertad. La escena recuerda la confesión de Cesarea. Jesús pregunta: «¿También ustedes quieren abandonarme?».

Las expresiones en plural que utiliza Pedro indican que éste habla en nombre de los Doce y en representación de la Iglesia apostólica, cuya fe cristológica y eucarística tanto inculca Juan en su evangelio (17,3; 20,31).

Jesús, en lugar de felicitar a Pedro –como acontece en Mateo–, recuerda la traición de Judas.Y así el relato acaba de forma dramática, se cierne sobre Jesús la sombra de la traición, que será narrada durante la última cena (13,2).

7,1–8,59 Jesús, luz y vida del mundo. Los capítulos 7s deben leerse juntos debido a tres unidades que los engarzan: unidad de tiempo (la fiesta de las Chozas), de lugar (el templo) y de acción (Jesús enseña).

Resulta evidente que existe una progresión temática. La pregunta fundamental versa sobre la identidad de Jesús, formulada por sus hermanos: «Date a conocer al mundo» (7,4) y por los judíos: «¿Tú quién eres?» (8,25). La enseñanza de Jesús va revelando paulatinamente su identidad hasta culminar en el absoluto: «Yo soy» de 8,58. Pero el personaje principal sigue siendo Dios, a quien Jesús designa en el capítulo 7 como «aquel que me envió» (7,16.18.28.29.33; 8,16.18.26.42), y luego en el capítulo 8, con frecuencia: «el Padre» (8,16.18.19. 27.28.38.42.49.54).

***Incredulidad y rechazo hacia Jesús* (7,1-24).** Jesús ha subido ya dos veces a Jerusalén (2,13; 5,1), pero estas dos visitas acabaron con sendas amenazas contra Él (4,1-3; 5,16-18). De ahí la indicación explícita del evangelista de que Jesús no quería recorrer Judea (1).

La actividad de Jesús genera todo tipo de reacciones: sus parientes no creen en Él (5); para algunos era un hombre bueno, para otros un mentiroso (12). Pero

se conocer no actúa a escondidas. Ya que
haces tales cosas, date a conocer al mundo
5 –efectivamente ni sus propios parientes
creían en él–.

6 Jesús les dice:

—Aún no ha llegado mi hora, mientras
que para ustedes cualquier tiempo es bue-
no. 7 El mundo no tiene por qué odiarlos a
ustedes; a mí me odia porque le echo en
cara que sus acciones son malas. 8 Suban
ustedes a la fiesta, que yo no subo a esta
fiesta, porque mi tiempo aún no se ha cum-
plido.

9 Después de decir esto, se quedó en
Galilea. 10 Cuando ya habían subido sus pa-
rientes a la fiesta, subió también él, no en
público, sino a escondidas.

11 Durante la fiesta lo buscaban los ju-
díos y preguntaban:

—¿Dónde está ése?

12 Entre la multitud se murmuraba mu-
cho de él. Unos decían que era bueno; otros
que no, que engañaba a la gente. 13 Pero
nadie hablaba en público de él por miedo a
los judíos.

14 A mediados de la semana de la fiesta
subió Jesús al templo a enseñar. 15 Los ju-
díos comentaban sorprendidos:

—¿Cómo tiene ése tal cultura si no tiene
instrucción?

16 Jesús les contestó:

—Mi enseñanza no es mía, sino del que
me envió. 17 Si uno está dispuesto a cumplir
la voluntad de aquél, podrá distinguir si mi
enseñanza procede de Dios o me la inven-
to yo. 18 El que habla por cuenta propia
busca su gloria; pero el que busca la gloria
del que lo envió, ése dice la verdad y no
procede con injusticia. 19 ¿No fue Moisés
quien les dio la ley? Pero ninguno de uste-
des la cumple. ¿Por qué entonces intentan
matarme?

20 Respondió la gente:

—Estás endemoniado, ¿quién intenta
matarte?

21 Jesús les contestó:

—Por una obra que realicé todos están
maravillados. 22 Como Moisés les mandó
practicar el rito de la circuncisión –no es
que proceda de Moisés, sino de los patriar-
cas–, ustedes circuncidan al hombre aun-
que sea en sábado. 23 Ahora bien, si se
circuncida a un hombre en sábado para no
quebrantar la ley de Moisés, ¿por qué uste-
des se enojan conmigo porque he sanado
por completo a un hombre en sábado?
24 No juzguen según las apariencias, sino
conforme a la justicia.

Jesús y el Mesías

25 Algunos de Jerusalén comentaban:

—¿No es éste el que intentaban matar?
26 Resulta que habla públicamente y no le
dicen nada. ¿Habrán reconocido realmente
las autoridades que éste es el Mesías?
27 Sólo que de éste sabemos de dónde vie-
ne; cuando venga el Mesías nadie sabrá de
dónde viene.

28 Entonces Jesús, que enseñaba en el
templo, exclamó:

—A mí me conocen y saben de dónde
vengo. Yo no vengo por mi cuenta, sino que
me envió el que dice la verdad. Ustedes no
lo conocen; 29 yo lo conozco porque vengo
de él y él me envió.

30 Intentaron detenerlo, pero nadie puso
las manos sobre él, porque no había llega-
do su hora.

Jesús fundamenta su actividad en la misión que ha recibido del Padre (16).

***Jesús y el Mesías* (7,25-31).** Esta escena con los habitantes de Jerusalén es un diálogo entre dos interlocutores que no se entienden. Los jerosolimitanos se hacen toda clase de cábalas. Andan inquietos, envueltos en la duda respecto a Jesús. Jesús, por su parte, les echa en cara su ignorancia respecto al Padre y a Él mismo.

El problema aquí suscitado sobre la expectación mesiánica y la legitimidad de Jesús, históricos en su tiempo, sólo se explica plenamente teniendo en cuenta las discusiones posteriores entre judíos y cristianos.

***La verdadera libertad* (7,32-36).** La verdad en el cuarto evangelio posee una absoluta concentración en Jesús, Hijo de Dios; no se trata de principios, ni de doctrinas. Jesús mismo es la verdad (14,6).

«La verdad los hará libres», es una de las magníficas formulaciones del evangelista que todavía no han perdido nada de su esplendor; pero comparte también el destino de otras grandes sentencias que han sido falseadas y mal interpretadas. La libertad es la fuerza de la vida, que redime al ser humano, existencialmente, de la opresión del pecado, de la condena y de la muerte.

31 Muchos de la gente creyeron en él, y
decían:
—Cuando venga el Mesías, ¿hará más
señales que éste?

La verdadera libertad

32 Se enteraron los fariseos de los co-
mentarios de la gente. Entonces los sumos
sacerdotes y los fariseos enviaron guardias
para detenerlo.
33 Pero Jesús dijo:
—Poco tiempo estaré aún con ustedes;
después volveré al que me envió. 34 Me
buscarán y no me encontrarán, porque
donde yo voy, ustedes no podrán ir.
35 Los judíos comentaban entre sí:
—¿Dónde piensa ir éste para que no lo
encontremos? ¿Pensará ir a reunirse con
los judíos dispersos entre los paganos, pa-
ra ir a enseñarles? 36 ¿Qué significa esa fra-
se: Me buscarán y no [me] encontrarán,
porque donde yo voy, ustedes no podrán ir?

Jesús, fuente de vida

37 El último día, el más solemne de la
fiesta, Jesús se puso de pie y exclamó:
—Quien tenga sed venga a mí; y beba
38 quien crea en mí.
Así dice la Escritura: De sus entrañas
brotarán ríos de agua viva 39 –se refería al
Espíritu que debían recibir los que creyeran
en él. El Espíritu todavía no había sido da-
do, porque Jesús aún no había sido glorifi-
cado–.

Cisma dentro del pueblo

40 Algunos de la gente, al oír estas pala-
bras, decían:
—Éste es realmente el profeta.
41 Otros decían:
—Éste es el Mesías.
Otros preguntaban:
—¿Acaso el Mesías vendrá de Galilea?
42 ¿No dice la Escritura que el Mesías ven-
drá de la descendencia de David y de Be-
lén, el pueblo de David?
43 La gente estaba dividida a causa de él.
44 Algunos intentaban arrestarlo, pero nadie
se atrevió a hacerlo.

Actitud de los dirigentes

45 Cuando los guardias volvieron, los
sumos sacerdotes y los fariseos les pre-
guntaron:
—¿Por qué no lo han traído?
46 Ellos contestaron:
—Jamás hombre alguno habló como
habla este hombre.

***Jesús, fuente de vida* (7,37-39).** Para valorar debidamente esta escena debemos recordar sus circunstancias más significativas. Se realiza durante la fiesta de las Chozas. El pueblo oraba con insistencia invocando la lluvia mientras los sacerdotes recogían agua de la fuente de Siloé y la transportaban al Templo. Se oficiaba el ritual de la libación del agua sobre el altar de los sacrificios en recuerdo del milagro del agua salvadora que brotó de la roca, en tiempos del desierto (Éx 17,1-7). Se proclamaba la lectura de los profetas que anunciaban con el símbolo del agua la renovación espiritual del pueblo.

En el último día, el más solemne, Jesús se pone de pie y grita ante la muchedumbre. Se presenta como la roca de la salvación a la que todo ser humano sediento debe acudir y beber. Es el Templo viviente de la Jerusalén escatológica (Ez 47,1s; Zac 14,18). Es la personificación de la Sabiduría que invita a sus oyentes a acercarse (Prov 9,5s). Pero el evangelista refiere este momento del Espíritu a la hora de su glorificación, al acontecimiento culminante de la cruz (19,34). Muriendo por amor, Jesús se convierte en fuente permanente del don del Espíritu.

***Cisma dentro del pueblo* (7,40-44).** Esta escena presenta la reacción al grito de revelación de Jesús. De nuevo la gente se divide. Se distinguen varios grupos. Un grupo afirma que Jesús es el profeta. Otro que es el Mesías. Esta afirmación sobre la mesianidad origina una apasionada discusión. Al evangelista no le interesa la ascendencia humana ni la patria terrena del Mesías, sino su origen divino. No quiere probar la legitimidad de Jesús como Mesías con los criterios meramente humano que la gente tiene. A Jesús no se le puede juzgar por las apariencias.

***Actitud de los dirigentes* (7,45-53).** Antes del gran debate que enfrentará a Jesús y a los fariseos en el templo (8,13-59), el evangelista muestra de forma plástica cuál es la disposición interior de éstos.

Los guardias, enviados con anterioridad (cfr. 32b), regresan sin nada, excusándose: «jamás hombre alguno habló como habla este hombre». Los fariseos recurren a su autoridad para acallar la admiración de esta gente. Quieren silenciar con su enorme prestigio la fe incipiente de los más pobres. Y llaman a Jesús de nuevo «engañador». Los fariseos no creen en Jesús y ahora pronuncian un juicio, que indica cuál era su auténtica consideración respecto al pueblo: son «ignorantes y malditos». Hay que ver en estas palabras el juicio patente de los fariseos respecto a los cristianos joánicos de origen judío.

47 Replicaron los fariseos:
—¿También ustedes se han dejado engañar? 48 ¿Quién de los jefes o de los fariseos ha creído en él? 49 Sólo esa maldita gente, que no conoce la ley.
50 Nicodemo, uno de ellos, que había acudido a Jesús en otra ocasión, les dijo:
51 —¿Acaso nuestra ley condena a alguien sin haberlo escuchado antes para saber lo que hizo?
52 Le contestaron:
—¿También tú eres galileo? Estudia y verás que de Galilea no salen profetas.
53 [[Y cada uno se marchó por su lado.

Jesús y la mujer adúltera

8 1 Jesús se dirigió al monte de los Olivos. 2 Por la mañana volvió al templo. Todo el mundo acudía a él y, sentado, los instruía.
3 Los letrados y fariseos le presentaron una mujer sorprendida en adulterio, la colocaron en el centro, 4 y le dijeron:
—Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en adulterio. 5 La ley de Moisés ordena que mujeres como ésta sean apedreadas; tú, ¿qué dices? 6 –Decían esto para ponerlo a prueba, para tener de qué acusarlo–.
Jesús se agachó y con el dedo se puso a escribir en el suelo. 7 Como insistían en sus preguntas, se incorporó y les dijo:
—El que no tenga pecado, tire la primera piedra.
8 De nuevo se agachó y seguía escribiendo en el suelo. 9 Los oyentes se fueron retirando uno a uno, empezando por los más ancianos hasta el último. Jesús quedó solo con la mujer, que permanecía allí en el centro.
10 Jesús se incorporó y le dijo:
—Mujer, ¿dónde están? ¿Nadie te ha condenado?
11 Ella contestó:
—Nadie, señor.
Jesús le dijo:
—Tampoco yo te condeno. Ve y en adelante no peques más.]]

Jesús, luz del mundo

12 De nuevo les habló Jesús:
—Yo soy la luz del mundo, quien me siga no caminará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida.
13 Le dijeron los fariseos:
—Tú das testimonio a tu favor: tu testimonio no es válido.
14 Jesús les contestó:
—Aunque doy testimonio a mi favor, mi testimonio es válido, porque sé de dónde vengo y adónde voy; en cambio ustedes no saben de dónde vengo ni a dónde voy. 15 Ustedes juzgan con criterios humanos, yo no juzgo a nadie. 16 Y si juzgase, mi juicio sería válido, porque no juzgo yo solo, sino con el Padre que me envió. 17 Y en la ley de ustedes está escrito que el testimonio de dos personas es válido. 18 Yo soy testigo en mi causa y es testigo también el Padre que me envió.
19 Le preguntaron:
—¿Dónde está tu padre?
Jesús contestó:
—Ustedes no me conocen ni a mí ni a mi Padre. Si me conocieran a mí, conocerían a mi Padre.
20 Estas palabras las pronunció junto al lugar del tesoro, cuando enseñaba en el templo. Nadie lo detuvo, porque no había llegado su hora.

***Jesús y la mujer adúltera* (8,1-11).** Este relato no se encuentra recogido en los manuscritos más antiguos. Su análisis filológico muestra una sintonía con el evangelio de Lucas, tan favorecedor de la mujer oprimida. Se colocaría idealmente después de Lucas 21,37. Pero el pasaje es Palabra inspirada de Dios y como tal hemos de leerlo.

Los adversarios ponen a Jesús en una dura prueba: la misericordia o la justicia. Su objetivo último es acusar a Jesús como enemigo de la ley de Moisés y, por tanto, enemigo de Dios. Tampoco les importa la situación de aquella pobre mujer que iba a ser lapidada. Jesús invita a sus interlocutores –a los lectores de todos los tiempos–, a pasar de la ley que debe ser ejecutada, a la ley que debe ser interiorizada desde la propia responsabilidad. ¿De qué sirve tirar piedras si todos tenemos un techo de cristal?

***Jesús, luz del mundo* (8,12-20).** Para Juan, Jesús –la Palabra hecha carne– era desde el principio la luz de los hombres (1,4), con su venida histórica lo es de manera única (1,9). Jesús ha venido para traer luz al mundo (3,19; 12,46), es más, Él es la luz del mundo, quien le sigue no camina en tinieblas sino que tiene la luz de la vida.

Jesús exige un compromiso personal, aquí indicado por el verbo «seguirme» (12), es decir; dejarse impregnar por la luz de Jesús, el Hijo de Dios. Como el pueblo de Dios iba tras la nube luminosa que les guia-

Origen y meta de Jesús

21 En otra ocasión les dijo:

—Yo me voy, ustedes me buscarán y morirán en su pecado. A donde yo voy ustedes no pueden venir.

22 Comentaron los judíos:

—¿Será que se piensa matar y por eso dice que no podemos ir a donde él va?

23 Les dijo:

—Ustedes son de aquí abajo, yo soy de lo alto; ustedes son de este mundo, yo no soy de este mundo. 24 Yo les dije que morirían por sus pecados. Si no creen que Yo soy, morirán por sus pecados.

25 Le preguntaron:

—¿Tú quién eres?

Jesús les contestó:

—Esto es lo que les estoy diciendo desde el principio. 26 Tengo mucho que decir y juzgar de ustedes. Pero el que me envió dice la verdad, y lo que escuché de él es lo que digo al mundo 27 –no comprendieron que se refería al Padre–.

28 Jesús añadió:

—Cuando hayan levantado al Hijo del Hombre, comprenderán que Yo soy y que no hago nada por mi cuenta, sino que hablo como mi Padre me enseñó. 29 El que me envió está conmigo y no me deja solo, porque yo hago siempre lo que le agrada.

30 Por estas palabras muchos creyeron en él.

La verdad libera

31 A los judíos que habían creído en él, Jesús les dijo:

—Si se mantienen fieles a mi palabra, serán realmente discípulos míos, 32 conocerán la verdad y la verdad los hará libres.

33 Le contestaron:

—Somos descendientes de Abrahán y nunca hemos sido esclavos de nadie. ¿Por qué dices que seremos libres?

34 Jesús les contestó:

—Les aseguro que quien peca es esclavo; 35 y el esclavo no permanece siempre en la casa, mientras que el hijo permanece siempre. 36 Por tanto, si el Hijo les da la libertad, serán realmente libres. 37 Yo sé que ustedes son descendientes de Abrahán; pero tratan de matarme porque no aceptan mi palabra. 38 Yo digo lo que he visto junto a mi Padre; ustedes hacen lo que han oído a su padre.

Los verdaderos hijos de Dios

39 Le contestaron:

—Nuestro padre es Abrahán.

Replicó Jesús:

—Si fueran hijos de Abrahán, harían las obras de Abrahán. 40 Pero ahora intentan matarme a mí, al hombre que les dice la verdad que ha oído de Dios. Eso no lo hacía Abrahán. 41 Pero ustedes obran como su padre.

[Entonces] le responden:

—Nosotros no somos hijos bastardos; tenemos un solo padre, que es Dios.

42 Jesús les replicó:

—Si Dios fuera su padre, ustedes me amarían, porque yo vine de parte de Dios y aquí estoy. No vine por mi cuenta, sino que él me envió. 43 ¿Por qué no entienden mi lenguaje? Porque no son capaces de escuchar mi palabra.

---

ba (Sab 18,3), así debe caminar el creyente tras la luz, dejándose transformar e iluminar por la presencia de Jesús.

***Origen y meta de Jesús* (8,21-30).** Esta escena está bajo el doble signo del «yo me voy» y «yo soy». El primero se refiere a la pasión y glorificación, y está orientado hacia lo segundo: la presentación de la identidad divina de Jesús; el momento urge, ante Jesús se debe tomar partido: quien lo acepta tiene vida, y quien lo rechaza se autoexcluye de ella, ya está juzgado.

***La verdad libera* (8,31-38).** Jesús invita a los que creen en Él a mantenerse fieles a su palabra. La persona libre por excelencia es el Hijo de Dios, y su libertad consiste en ser Hijo. Sólo el Hijo puede comunicar una libertad que consiste esencialmente en la filiación divina. Sólo por medio del Hijo es posible el acceso al Padre como Padre, es decir, en la libertad: ser y saberse hijos en el Hijo, hijos del Padre. Poder estar en la casa del Padre para siempre. El esclavo no pertenece a la casa y puede ser expulsado (como Ismael); el hijo pertenece y se queda en casa (como Isaac).

Con su revelación, que es la verdad, Jesús viene a liberar de la esclavitud; pero tropieza con resistencia e intenciones criminales de sus paisanos que no corresponden a la descendencia de Abrahán.

***Los verdaderos hijos de Dios* (8,39-47).** Esta escena refleja la polémica suscitada entre la Sinagoga judía y la Iglesia cristiana a finales del s. I. El tema de la descendencia de Abrahán era un tema crítico; para la comunidad cristiana ésta no se fundamentaba en el

44 El padre de ustedes es el Diablo y ustedes quieren cumplir los deseos de su padre. Él era homicida desde el principio; no se mantuvo en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando dice mentiras, habla su lenguaje, porque es mentiroso y padre de la mentira. 45 Pero a mí no me creen, porque les digo la verdad. 46 ¿Quién de ustedes probará que tengo pecado? Si les digo la verdad, ¿por qué no me creen? 47 El que viene de Dios escucha las palabras de Dios. Por eso ustedes no escuchan, porque no son de Dios.

Unidad de Jesús con Dios

48 Le contestaron los judíos:

—¿No tenemos razón al decir que eres samaritano y estás endemoniado?

49 Jesús contestó:

—No estoy endemoniado, sino que honro a mi Padre y ustedes me deshonran a mí. 50 Yo no busco mi gloria; hay quien la busca y juzga. 51 Les aseguro que quien cumpla mi palabra no sufrirá jamás la muerte.

52 [Entonces] le dijeron los judíos:

—Ahora sí estamos seguros de que estás endemoniado. Abrahán murió, lo mismo los profetas, y tú dices que quien cumpla tu palabra no sufrirá jamás la muerte. 53 ¿Por quién te tienes?

54 Contestó Jesús:

—Si yo me glorificara a mí mismo, mi gloria no valdría nada; es mi Padre quien me glorifica, el mismo que ustedes llaman nuestro Dios, 55 aunque no lo conocen. Yo en cambio lo conozco. Si dijera que no lo conozco, sería mentiroso como ustedes. Pero lo conozco y cumplo su palabra. 56 Abrahán, el padre de ustedes disfrutaba esperando ver mi día: lo vio y se llenó de alegría.

57 Le replicaron los judíos:

—No has cumplido cincuenta años, ¿y has conocido a Abrahán?

58 Jesús les dijo:

—Les aseguro, antes de que existiera Abrahán, existo yo.

59 Recogieron piedras para apedrearlo; pero Jesús se escondió y salió del templo.

Sana a un ciego de nacimiento

9 1 Al pasar vio un hombre ciego de nacimiento. 2 Los discípulos le preguntaron:

—Maestro, ¿quién pecó para que naciera ciego? ¿Él o sus padres?

3 Jesús contestó:

—Ni él pecó ni sus padres; ha sucedido así para que se muestre en él la obra de Dios. 4 Mientras es de día, tienen que trabajar en las obras del que me envió. Llegará

---

vínculo de la sangre, sino en el vínculo de la fe, es decir, en el cumplimiento de la voluntad de Dios.

Juan da un paso más en la polémica al contraponer los predicados «hijos de Dios» e «hijos del Diablo». Ésta es quizás la crítica más dura de todo el evangelio hacia la Sinagoga judía.

***Unidad de Jesús con Dios* (8,48-59).** Jesús echa en cara a los judíos que no conocen verdaderamente a Dios y les llama mentirosos. Jesús «conoce» a Dios; en cambio los judíos no le «conocen». Jesús es el Hijo de Dios, y, por tanto, conoce a Dios con familiaridad y comunión íntima. Y guarda su palabra.

Los judíos intentan ridiculizar la proclamación de Jesús, incluso la reducen al plano terreno de una simple cronología. Con palabras muy claras, introducidas por la fórmula de aseveración, Jesús anuncia su superioridad sobre Abrahán. Resuena el eco de Éx 3,14: «Yo soy el que soy», o «Yo soy el que estaré con ustedes». El Señor Dios quería revelar no su ser metafísico, sino su lealtad, su constante protección al pueblo (Éx 3,6.13.15s).

Jesús es la presencia de Dios; la alusión indirecta a Éx 3,14 es inadmisible para los judíos, que interpretan la frase de Jesús como una blasfemia. Toman piedras para lapidar al blasfemo (cfr. Lv 24,16). Pero Jesús se oculta y sale del templo. Ya no les va a conceder ningún otro discurso de revelación, les niega su presencia (12,36b).

9,1-41 Sana a un ciego de nacimiento. Este capítulo es una joya narrativa, engarzada de profunda teología. Se destaca, por una parte, la actitud sincera de una persona del pueblo, privada de instrucción pero dotada de buen sentido; y, por otra, la cerrazón de los maestros del pueblo. El ciego no sólo llega a sanarse de su desgracia física, sino que conquista también la luz de la fe. Los fariseos, en cambio, rehúsan abrir los ojos a la luz, no quieren rendirse a la evidencia de los hechos.

Todo el capítulo está enmarcado en una gran inclusión fraguada por el nexo íntimo entre pecado y ceguera. En el primer versículo (1s) esta ceguera es puesta en relación con el pecado. En el versículo final (41) Jesús habla de la ceguera espiritual de los fariseos, fruto de su incredulidad. Hay dos tipos de ceguera, la primera no es consecuencia del pecado, es sanada y obtiene la visión, a saber, la fe; la segunda es consecuencia del pecado, no es sanada, permanece para siempre.

la noche, cuando nadie puede trabajar.
5 Mientras estoy en el mundo, soy la luz del
mundo.
6 Dicho esto, escupió en el suelo, hizo
barro con la saliva, se lo puso en los ojos 7 y
le dijo:
—Ve a lavarte a la piscina de *Siloé* –que
significa enviado–.
Fue, se lavó y al regresar ya veía. 8 Los
vecinos y los que antes lo habían visto pi-
diendo limosna comentaban:
—¿No es éste el que se sentaba a pedir
limosna?
9 Unos decían:
—Es él.
Otros decían:
—No es, sino que se le parece.
Él respondía:
—Soy yo.
10 Así que le preguntaron:
—¿Cómo [pues] se te abrieron los ojos?
11 Contestó:
—Ese hombre que se llama Jesús hizo
barro, lo puso sobre mis ojos y me dijo que
fuera a lavarme a la fuente de *Siloé*. Fui, me
lavé y recobré la vista.
12 Le preguntaron:
—¿Dónde está él?
Responde:
—No sé.
13 Llevaron ante los fariseos al que había
sido ciego 14 –era sábado el día que Jesús
hizo barro y le abrió los ojos–. 15 Los fari-
seos le preguntaron otra vez cómo había
recobrado la vista.
Les respondió:
—Me aplicó barro a los ojos, me lavé, y
ahora veo.
16 Algunos fariseos le dijeron:
—Ese hombre no viene de parte de
Dios, porque no observa el sábado.
Otros decían:
—¿Cómo puede un pecador hacer tales
milagros?
Y estaban divididos.
17 Preguntaron de nuevo al ciego:
—Y tú, ¿qué dices del que te abrió los ojos?
Contestó:
—Que es profeta.
18 Los judíos no terminaban de creer que
había sido ciego y había recobrado la vista;
así que llamaron a los padres del que había
recobrado la vista 19 y les preguntaron:
—¿Es éste su hijo, el que ustedes dicen
que nació ciego? ¿Cómo es que ahora ve?
20 Contestaron sus padres:
—Sabemos que éste es nuestro hijo y
que nació ciego; 21 pero cómo es que aho-
ra ve, no lo sabemos; quién le abrió los
ojos, no lo sabemos. Pregúntenle a él, que

***El signo* (1-12).** Al salir del templo, la mirada de Jesús se posa sobre un ciego de nacimiento. Los discípulos, que desaparecieron del relato evangélico desde el capítulo 6, surgen ahora para permitir a Jesús precisar el motivo de su intervención. Su pregunta es un reflejo de la cultura religiosa de entonces. Piensan que no hay sufrimiento sin culpabilidad.

El Maestro declara que el ciego está allí y Él va a devolverle la vista; quiere que el hombre salga de su miseria y le ayuda. La vida de Jesús es como un día de trabajo y de luz, y Él no puede perder un minuto; su misión es iluminar. La metáfora de la luz indica su revelación salvadora. El plural «nosotros» se refiere a Jesús, pero también nos incluye: los cristianos de todos los tiempos tenemos que seguir el ejemplo del Maestro: realizar las obras que realizó y compartir su destino.

El ciego de nacimiento con la acción y la Palabra de Jesús va a nacer a una nueva existencia. Sorprende la operación milagrosa con barro. El gesto es mencionado cuatro veces en el relato (6.11.14.15).

El evangelista interpreta el nombre de la piscina en sentido cristológico, como un participio pasivo (del verbo hebreo «shalah»). El «enviado» por excelencia es Jesús (6,29; 10,36). Así, para Juan la piscina simboliza el Verbo encarnado, en el cual los ciegos, lavándose, adquieren la vista.

Cuando el ciego vuelve ya sanado, Jesús ha desaparecido. Surgen diversas reacciones frente al ciego y al Maestro. Se asiste a un proceso contra Jesús.

***Primer interrogatorio del ciego sanado* (13-17).** El Deuteronomio (13,1-6) dice que si alguien realiza un milagro, deberá ser condenado si incita al pueblo a despreciar la ley de Dios, ley que los fariseos defienden estrictamente. La acción de Jesús presenta dos infracciones: hacer un prodigio en sábado y amasar barro.

Los fariseos son presentados como incapaces de entender un mensaje que no cuadra en el sistema teológico en el que fundamentan su verdad y seguridad. Intentan negar el hecho y aparecen divididos, había «cisma, división» entre ellos (16).

Entonces, preguntan al ciego para que exprese su opinión. El ciego responde que es un profeta y así da testimonio valiente de su fe.

***Interrogatorio a los padres* (18-23).** El interrogatorio lo hacen ahora los judíos, no los fariseos. El evangelista expresa con este cambio el carácter oficial de la declaración.

es mayor de edad y puede dar razón de sí
22 –sus padres dijeron esto por temor a los
judíos; porque los judíos ya habían decidi-
do que quien lo confesara como Mesías se-
ría expulsado de la sinagoga. 23 Por eso
dijeron los padres que tenía edad y que le
preguntaran a él–.
24 Llamaron por segunda vez al hombre
que había sido ciego y le dijeron:
—Da gloria a Dios. A nosotros nos cons-
ta que aquél es un pecador.
25 Les contestó:
—Si es pecador, no lo sé; de una cosa
estoy seguro, que yo era ciego y ahora veo.
26 Le preguntaron de nuevo:
—¿Cómo te abrió los ojos?
27 Les contestó:
—Ya lo he dicho y no me creyeron; ¿pa-
ra qué quieren oírlo de nuevo? ¿No será
que también ustedes quieren hacerse dis-
cípulos suyos?
28 Lo insultaron diciendo:
—¡Tú serás discípulo de ese hombre
nosotros somos discípulos de Moisés! 29 Sa-
bemos que Dios le habló a Moisés; en cuan-
to a ése, no sabemos de dónde viene.
30 Les respondió:
—Eso es lo extraño, que ustedes no sa-
ben de dónde viene y a mí me abrió los
ojos. 31 Sabemos que Dios no escucha a los
pecadores, sino que escucha al que es
piadoso y cumple su voluntad. 32 Jamás se
oyó contar que alguien haya abierto los
ojos a un ciego de nacimiento. 33 Si ese
hombre no viniera de parte de Dios, no po-
dría hacer nada.
34 Le contestaron:
—Tú naciste lleno de pecado, ¿y quieres
darnos lecciones?
Y lo expulsaron.
35 Oyó Jesús que lo habían expulsado y,
cuando lo encontró, le dijo:
—¿Crees en el Hijo del Hombre?
36 Contestó:
—¿Quién es, Señor, para que crea en él?
37 Jesús le dijo:
—Lo has visto: es el que está hablando
contigo.

Los padres se muestran evasivos. Sólo saben que aquel hombre es su hijo y que nació ciego; pero no saben cómo es que ahora ve ni tampoco quién le ha sanado. Además su hijo ya tiene edad suficiente para dar un testimonio válido. El comentario del evangelista esclarece la escena (22). La mención del verbo «temer» indica la tensión en que se vivía entonces. ¡Tener miedo a los de su propia raza! La referencia a esto es un claro anacronismo, que refleja un hecho posterior a la historia narrada: el grave conflicto dentro del pueblo de Dios entre la Sinagoga judía y la Iglesia cristiana.

***Segundo interrogatorio del ciego sanado* (24-34).** Como no pueden negar la veracidad del hecho, intentan socavar la convicción del ciego sanado. Se le conmina a que dé gloria a Dios, a confesar la verdad propalando una mentira. Quieren que anatematice a quien lo ha sanado. Pero el ciego responde con enorme entereza desde su misma experiencia personal: De una cosa estoy seguro, «que yo era ciego y ahora veo» (25).

Los judíos, incapaces de abrirse a la verdad, desconcertados por la respuesta del ciego sanado, insisten otra vez en el prodigio. Pretenden enredar al hombre. El ciego responde con valentía y hasta con un poco de «ironía joánica», pues ha conocido sus intenciones (27).

Los judíos contestan con injurias, distanciándose de él con desprecio (28). Otra vez irrumpe la ironía joánica; los judíos pretenden injuriar al ciego sanado, considerándolo discípulo de Jesús; pero están declarando una verdad salvífica: él no sólo ha adquirido la vista, sino que posee la luz de la fe, es un auténtico discípulo del Señor. Lo que para los judíos es una infamia constituye para los cristianos un motivo de gratitud al Padre (6,45).

El ciego responde con otro «sabemos» (reflejo del enfrentamiento entre cristianos y judíos). Se queda con lo esencial de la Ley: ésta consiste en el cumplimiento de la voluntad de Dios (9,31).

Los judíos llaman al ciego pecador y lo expulsan. Aunque el evangelista presente este relato como si el Jesús histórico lo hubiera vivido, muchos biblistas están de acuerdo en que se trata de una relectura, que refleja el grave conflicto entre la Sinagoga y la Iglesia.

***Epílogo* (35-41).** El relato no puede acabar con un fracaso. En contraste con los fariseos que expulsaron al ciego sanado, Jesús va en su busca. Le plantea una pregunta, que además resulta sorprendente: «¿Crees en el Hijo del Hombre?» (35). Este título aparece diez veces en el evangelio, aquí es la única vez en que se utiliza de modo absoluto.

La respuesta del ciego muestra que no conocía del todo la identidad de Jesús, pero presiente que éste, tras haberle abierto los ojos, le propone una adhesión a su persona, como fuente absoluta de vida.

En concordancia con todo el relato, entretejido con la cadencia de la visión, Jesús no responde: «Yo soy», sino «lo has visto».

El hombre sanado muestra su fe con un signo: se postra ante Jesús en señal de adoración. ¿Acaso, no es Jesús el nuevo templo de la Presencia? Expulsado del Templo, el ciego sanado encuentra ahora en Jesús un nuevo lugar para adorar a Dios.

38 Respondió:

—Creo, Señor.

Y se postró ante él.

39 Jesús dijo:

—He venido a este mundo para un juicio, para que los ciegos vean y los que vean queden ciegos.

40 Algunos fariseos que se encontraban con él preguntaron:

—Y nosotros, ¿estamos ciegos?

41 Les respondió Jesús:

—Si estuvieran ciegos, no tendrían pecado; pero, como dicen que ven, su pecado permanece.

Jesús, el buen pastor

10 1 Les aseguro: el que no entra por la puerta al corral de las ovejas, sino saltando por otra parte, es un ladrón y asaltante. 2 El que entra por la puerta es el pastor del rebaño. 3 El cuidador le abre, las ovejas oyen su voz, él llama a las suyas por su nombre y las saca. 4 Cuando ha sacado a todas las suyas, camina delante de ellas y ellas le siguen; porque reconocen su voz. 5 A un extraño no le siguen, sino que escapan de él, porque no reconocen la voz de los extraños.

6 Ésta es la parábola que Jesús les propuso, pero ellos no entendieron a qué se refería. 7 Entonces, les habló otra vez:

—Les aseguro que Yo soy la puerta del rebaño. 8 Todos los que vinieron [antes de mí] eran ladrones y asaltantes; pero las ovejas no los escucharon.

9 Yo soy la puerta: quien entra por mí se salvará; podrá entrar y salir y encontrar pastos. 10 El ladrón no viene más que a robar, matar y destrozar. Yo vine para que tengan vida, y la tengan en abundancia.

11 Yo soy el buen pastor. El buen pastor da su vida por las ovejas. 12 El asalariado, que no es pastor ni dueño de las ovejas, cuando ve venir al lobo, escapa abandonando las ovejas, y el lobo las arrebata y dispersa. 13 Como es asalariado no le importan las ovejas.

14 Yo soy el buen pastor: conozco a mis ovejas y ellas me conocen a mí, 15 como el Padre me conoce y yo conozco al Padre; y doy la vida por las ovejas. 16 Tengo otras ovejas que no pertenecen a este corral; a ésas tengo que guiarlas para que escuchen mi voz y se forme un solo rebaño con un solo pastor. 17 Por eso me ama el Padre, porque doy la vida, para después recobrarla. 18 Nadie me la quita, yo la doy voluntariamente. Tengo poder para darla y para después recobrarla. Éste es el encargo que he recibido del Padre.

19 Estas palabras provocaron una nueva división entre los judíos.

20 Muchos decían:

—Está endemoniado y loco, ¿por qué lo escuchan?

21 Otros decían:

—Esas palabras no son de un endemoniado. ¿Puede un endemoniado abrir los ojos a los ciegos?

Jesús dice su última palabra sobre los fariseos incrédulos, estos personajes tan llenos de su «saber» que excluyen toda posibilidad de que Jesús pueda ser un hombre enviado por Dios. El versículo 39 enlaza con el 5: «Mientras estoy en el mundo, soy la luz del mundo». Ahora se manifiestan los efectos de esa revelación de la luz; cuando es acogida y cuando es rechazada.

10,1-21 Jesús, el buen Pastor. He aquí una «paronimia», un discurso enigmático interpretado por medio de otro de significado perfectamente claro. En los versículos 1-5 Jesús propone la «paronimia». Juan añade que los fariseos no entendieron su significado (6). Jesús, entonces, expone con claridad la enseñanza.

Jesús se presenta como el verdadero Pastor de su pueblo. Saca a sus ovejas fuera del recinto del judaísmo para constituir un nuevo rebaño o comunidad mesiánica. Él es la puerta que da acceso a la salvación; el buen Pastor que comunica vida en abundancia.

Todas las ovejas son posesión de Jesús (3c.4a.14b), que le han sido dadas por el Padre; para que puedan entrar en el nuevo rebaño, deben ser llamadas por el Pastor (3c); el nuevo rebaño se constituye perfectamente sólo en el tiempo futuro, tras la muerte y resurrección de Jesús (11b.15b.17-18); la realidad esencial del nuevo rebaño consiste en las nuevas relaciones que se instauran entre el Pastor y las ovejas: Jesús va delante de ellas (4), las conduce (16); las ovejas se muestran dóciles a su voz (16c.27a) y le siguen (4c.27b). Surgen entre Jesús y las ovejas relaciones de mutuo conocimiento y comunión.

El buen Pastor da la vida por sus ovejas (cinco veces aparece esta expresión). La muerte de Jesucristo es el cumplimiento de la voluntad y del mandato del Padre, manifestación de su caridad, pero su muerte se ordena a la resurrección. Estos dos acontecimientos constituyen la obra de la salvación.

En la fiesta de la Dedicación

22 Se celebraba en Jerusalén la fiesta de
la Dedicación y era invierno. 23 Jesús pasea-
ba en el templo, en el pórtico de Salomón.
24 Lo rodearon los judíos y le preguntaron:
—¿Hasta cuándo nos tendrás en sus-
penso? Si eres el Mesías, dilo claramente.
25 Jesús les contestó:
—Ya lo he dicho y no creen. Las obras
que yo hago en nombre de mi Padre dan
testimonio de mí. 26 Pero ustedes no creen
porque no son de mis ovejas. 27 Mis ovejas
escuchan mi voz, yo las conozco y ellas me
siguen; 28 yo les doy vida eterna y jamás
perecerán, y nadie las arrancará de mi ma-
no. 29 Mi Padre que me las ha dado es más
que todos y nadie puede arrancar nada de
las manos de mi Padre. 30 El Padre y yo so-
mos uno.
31 Los judíos tomaron piedras para ape-
drearlo.
32 Jesús les dijo:
—Por encargo del Padre les hice ver mu-
chas obras buenas: ¿por cuál de ellas me
apedrean?
33 Le contestaron los judíos:
—Por ninguna obra buena te apedrea-
mos, sino por la blasfemia, porque siendo
hombre te haces Dios.
34 Jesús les contestó:
—¿No está escrito en la ley de ustedes:
Yo les digo: son dioses? 35 Si la ley llama
dioses a aquéllos a quienes se dirigió la Pa-
labra de Dios, y la Escritura no puede fallar,
36 ¿cómo dicen: Tú blasfemas al que el Pa-
dre consagró y envió al mundo, porque di-
jo que es Hijo de Dios?
37 Si no hago las obras de mi Padre, no
me crean. 38 Pero si las hago, crean en las
obras aunque no me crean a mí, así reco-
nocerán y sabrán que el Padre está en mí y
yo en el Padre.
39 [Entonces] intentaron arrestarlo de
nuevo, pero él se les escapó de las manos.
40 Pasó de nuevo a la otra orilla del Jordán,
donde Juan bautizaba en otro tiempo, y se
quedó allí. 41 Acudieron muchos a él y de-
cían:
—Aunque Juan no hizo señal alguna, to-
do lo que dijo de éste era verdad.
42 Y allí, muchos creyeron en él.

Resucita a Lázaro

11 1 Había un enfermo llamado Lázaro,
de Betania, el pueblo de María y su
hermana Marta. 2 María era la que había
ungido al Señor con perfumes y le había se-
cado los pies con sus cabellos. Su hermano
Lázaro estaba enfermo. 3 Las hermanas le
enviaron un mensaje:
—Señor, tu amigo está enfermo.
4 Al oírlo, Jesús comentó:
—Esta enfermedad no ha de terminar en
la muerte; es para gloria de Dios, para que
el Hijo de Dios sea glorificado por ella.
5 Jesús era amigo de Marta, de su her-
mana y de Lázaro. 6 Sin embargo cuando

10,22-42 En la fiesta de la Dedicación. La fiesta de la Dedicación o fiesta de las Luces los judíos la celebran el 25 de diciembre (en esa misma fecha los cristianos celebramos Navidad: nacimiento de Jesús, Luz que vino al mundo). En dicho contexto festivo el evangelista nos presenta la última confrontación de Jesús con sus paisanos. Quienes lo rechazan no pertenecen a su rebaño (26), en cambio, quienes lo acogen, son sus ovejas.

El evangelista enuncia tres frases encadenadas que insisten en el gozo escatológico que experimenta todo discípulo por su unión con el buen Pastor: Jesús les da la vida eterna, no perecerán para siempre, y nadie les arrebatará de su mano. Esta certidumbre de la salvación escatológica culmina en el versículo 29: «Nadie puede arrancar nada de las manos de mi Padre».

En 5,17s, los adversarios de Jesús, tras escuchar que llamaba a Dios Padre, intentaron matarle; ahora pretenden hacer lo mismo, pero Jesús los frena, y les invita a la reflexión mostrándoles sus muchas «obras buenas». Para sus adversarios todo esto resulta una blasfemia; en cambio, para el evangelista, estas palabras representan la cumbre de la revelación de Jesús.

Rotos todos los lazos de comunicación, los adversarios de Jesús recurren a la violencia. Quieren agarrarlo, pero sus «manos» (triste parodia de las poderosas manos de Jesús y del Padre) resultan incapaces de prenderlo: Jesús se les escapa de las manos y se aleja de ellos; va al otro lado del Jordán, donde había estado al comienzo y donde Juan bautizaba (3,22); allí es muy bien acogido y muchos creen en Él.

11,1-57 Resucita a Lázaro. Este capítulo constituye un episodio completo, su contenido es la resurrección y la vida hechas realidad por Jesús. Dentro de la estructura narrativa del evangelio adquiere un valor capital porque va a significar el desencadenante de la muerte de Jesús. Posee también un tenso suspense debido a la labor teológica de Juan: es el séptimo y último signo de Jesús. Por eso lo ha dotado de excepcional belleza y atracción. El evangelista no sólo ha

oyó que estaba enfermo, prolongó su esta-
día dos días en el lugar. 7 Después dice a los
discípulos:
—Vamos a volver a Judea.
8 Le dicen los discípulos:
—Maestro, hace poco intentaban ape-
drearte los judíos, ¿y quieres volver allá?
9 Jesús les contestó:
—¿No tiene el día doce horas? Quien ca-
mina de día no tropieza porque ve la luz de
este mundo; 10 quien camina de noche tro-
pieza porque no tiene luz.
11 Dicho esto, añadió:
—Nuestro amigo Lázaro está dormido;
voy a despertarlo.
12 Contestaron los discípulos:
—Señor, si está dormido, sanará.
13 Pero Jesús se refería a su muerte,
mientras que ellos creyeron que se refería
al sueño.
14 Entonces Jesús les dijo abiertamente:
—Lázaro ha muerto. 15 Y me alegro por
ustedes de no haber estado allí, para que
crean. Vayamos a verlo.
16 *Tomás* –que significa mellizo– dijo a
los demás discípulos:
—Vamos también nosotros a morir con él.
17 Cuando Jesús llegó, encontró que lle-
vaba cuatro días en el sepulcro. 18 Betania
queda cerca de Jerusalén, a unos tres ki-
lómetros. 19 Muchos judíos habían ido a
visitar a Marta y María para darles el pésa-
me por la muerte de su hermano. 20 Cuan-
do Marta oyó que Jesús llegaba, salió a su
encuentro, mientras María se quedaba en
casa.
21 Marta dijo a Jesús:
—Si hubieras estado aquí, Señor, mi
hermano no habría muerto. 22 Pero yo sé
que lo que pidas, Dios te lo concederá.
23 Le dice Jesús:
—Tu hermano resucitará.
24 Le dice Marta:
—Sé que resucitará en la resurrección
del último día.
25 Jesús le contestó:
—Yo soy la resurrección y la vida. Quien
cree en mí, aunque muera, vivirá; 26 y quien
vive y cree en mí no morirá para siempre.
¿Lo crees?
27 Le contestó:
—Sí, Señor, yo creo que tú eres el Me-
sías, el Hijo de Dios, el que había de venir
al mundo.
28 Dicho esto, se fue, llamó en privado a
su hermana María y le dijo:
—El Maestro está aquí y te llama.
29 Al oírlo, se levantó rápidamente y se
dirigió hacia él. 30 Jesús no había llegado
aún al pueblo, sino que estaba en el lugar
donde lo encontró Marta. 31 Los judíos que
estaban con ella en la casa consolándola, al
ver que María se levantaba de repente y sa-
lía, fueron detrás de ella, pensando que iba

---

querido contar un milagro, sino también confirmar la palabra reveladora de Jesús: «Yo soy la resurrección y la vida».

En la intención del evangelista, la resurrección de Lázaro se relaciona directamente con Jesucristo, dador de vida. El don de la vida se presenta aquí como victoria sobre la muerte. Jesús venció a la muerte muriendo. Éste es el sentido del diálogo entre el Maestro y sus discípulos (7-16).

Al llegar a Betania, Jesús encuentra a Lázaro ya muerto de cuatro días en el sepulcro (17), es decir, públicamente muerto del todo.

La honda humanidad de Jesús el evangelista lo refleja en su llanto por Lázaro (35); sus lágrimas expresan el dolor ante la muerte de una persona amiga, son lágrimas de Dios ante la muerte que separa a los seres queridos.

Jesús se dirige al sepulcro para enfrentarse con la muerte y vencerla. El milagro se narra brevemente (43s). El grito de Jesús que brota de la acción de gracias al Padre no es sino el anticipo del grito con que llama a todos los que creen en Él: «Les aseguro que se acerca la hora, ya ha llegado, en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que oigan vivirán» (5,25). La vida corporal que Jesús da a Lázaro es señal de la verdadera vida que concede a quien cree en Él.

Ante el prodigio surge una doble reacción: la fe y la incredulidad. La fe abre las puertas a la vida, la incredulidad la cierra.

Las autoridades religiosas deciden entonces actuar, temen que la actividad de Jesús, sus signos prodigiosos, propicie un movimiento de masas de carácter mesiánico que haga peligrar el orden establecido (47s). Temen la represalia de los romanos. Para los sumos sacerdotes y fariseos Jesús es un hombre peligroso.

Caifás con su sugerente idea (49s) no es sino un instrumento en las manos de Dios para proclamar solemnemente que Jesús muere por el pueblo, para reunir a los hijos de Dios dispersos (52). Ya no son las tribus las que se congregan (Ez 37,21-26), sino todos los «hijos de Dios», a saber, todos los que creen en Jesús.

al sepulcro a llorar allí. 32 Cuando María lle-
gó adonde estaba Jesús, al verlo, cayó a
sus pies y le dijo:
—Si hubieras estado aquí, Señor, mi
hermano no habría muerto.
33 Jesús al ver llorar a María y también a
los judíos que la acompañaban, se estre-
meció por dentro 34 y dijo muy conmovido:
—¿Dónde lo han puesto?
Le dicen:
—Ven, Señor, y lo verás.
35 Jesús se echó a llorar.
36 Los judíos comentaban:
—¡Cómo lo quería!
37 Pero algunos decían:
—El que abrió los ojos al ciego, ¿no pu-
do impedir que éste muriera?
38 Jesús, estremeciéndose de nuevo, se
dirigió al sepulcro. Era una caverna con
una piedra adelante.
39 Jesús dice:
—Retiren la piedra.
Le dice Marta, la hermana del difunto:
—Señor, huele mal, ya lleva cuatro días
muerto.
40 Le contesta Jesús:
—¿No te dije que si crees, verás la glo-
ria de Dios?
41 Retiraron la piedra.
Jesús alzó la vista al cielo y dijo:
—Te doy gracias, Padre, porque me has
escuchado. 42 Yo sé que siempre me escu-
chas, pero lo he dicho por la gente que me
rodea, para que crean que tú me enviaste.
43 Dicho esto, gritó con fuerte voz:
—Lázaro, sal afuera.
44 Salió el muerto con los pies y las ma-
nos sujetos con vendas y el rostro envuelto
en un sudario.
Jesús les dijo:
—Desátenlo para que pueda caminar.
45 Muchos judíos que habían ido a visitar
a María y vieron lo que hizo creyeron en él.
46 Pero algunos fueron y contaron a los fari-
seos lo que había hecho Jesús.

(cfr. Mt 26,1-5; Mc 14,1s; Lc 22,1s)

47 Los sumos sacerdotes y los fariseos
reunieron entonces el Consejo y dijeron:
—¿Qué hacemos? Este hombre está ha-
ciendo muchos milagros. 48 Si lo dejamos
seguir así, todos creerán en él, entonces
vendrán los romanos y nos destruirán el
santuario y la nación.
49 Uno de ellos, llamado Caifás, que era
sumo sacerdote aquel año, les dijo:
—No entienden nada. 50 ¿No ven que es
mejor que muera uno solo por el pueblo y
no que muera toda la nación?
51 No lo dijo por cuenta propia, sino que,
siendo sumo sacerdote aquel año, profetizó
que Jesús moriría por la nación. 52 Y no
sólo por la nación, sino para reunir en la
unidad a los hijos de Dios que estaban dis-
persos. 53 Así, a partir de aquel día, resol-
vieron darle muerte. 54 Por eso Jesús ya no
andaba públicamente entre los judíos, sino
que se marchó a una región próxima al
desierto, a un pueblo llamado Efraín, y se
quedó allí con los discípulos.
55 Se acercaba la Pascua judía y muchos
subían del campo a Jerusalén para puri-
ficarse antes de la fiesta. 56 Buscaban a Je-
sús y, de pie en el templo, comentaban
entre sí:
—¿Qué les parece? ¿Vendrá a la fiesta o
no?
57 Los sumos sacerdotes y los fariseos
habían dado órdenes para que quien cono-
ciese su paradero lo denunciase, de modo
que pudieran arrestarlo.

Unción en Betania
(cfr. Mt 26,6-13; Mc 14,3-9; Lc 7,36-50)

12 1 Seis días antes de la Pascua Jesús
fue a Betania, donde estaba Lázaro,
al que había resucitado de entre los muer-
tos. 2 Le ofrecieron un banquete. Marta ser-
vía y Lázaro era uno de los comensales.
3 María tomó una libra de perfume de nardo
puro, muy costoso, ungió con él los pies a

12,1-11 Unción en Betania. Asistimos a una comida y una unción. La comida significa la alegría de la resurrección; la unción está dirigida a la sepultura de Jesús.

La comida reúne a Jesús con Lázaro. El hecho de que Lázaro esté a la mesa comiendo, quiere decir que está vivo. Mientra que la principal intención de la unción no es de gratitud por el perdón de los pecados, como en Lucas 7,38, tampoco por agradecimiento –aunque no se excluye del todo– por el hermano resucitado (12,1). El gesto es totalmente sorprendente. Jesús es ungido como se unge un noble cadáver. Si en 11,53 se dice que se ha decidido ya su muerte, aquí se anuncia su sepultura.

Jesús y se los enjugó con los cabellos. La
casa se llenó del olor del perfume. 4 Judas
Iscariote, uno de los discípulos, el que lo iba
a entregar, dijo:
5 —¿Por qué no han vendido ese perfu-
me en trescientas monedas para repartirlas
a los pobres? 6 –lo decía no porque le im-
portaran los pobres, sino porque era ladrón;
y, como llevaba la bolsa, robaba de lo que
ponían en ella–.
7 Jesús contestó:
—Déjala que lo guarde para el día de mi
sepultura. 8 A los pobres los tendrán siem-
pre entre ustedes, pero a mí no siempre me
tendrán.
9 Un gran gentío de judíos supo que es-
taba allí y acudieron, no sólo por Jesús, si-
no también para ver a Lázaro, al que había
resucitado de entre los muertos. 10 Los su-
mos sacerdotes habían decidido dar muer-
te también a Lázaro, 11 porque por su causa
muchos judíos iban y creían en Jesús.

Entrada triunfal en Jerusalén
(cfr. Mt 21,1-11; Mc 11,1-11; Lc 19,29-40)

12 Al día siguiente, un gran gentío que
había llegado para la fiesta, al saber que
Jesús se dirigía a Jerusalén, 13 tomaron ra-
mas de palma y salieron a su encuentro gri-
tando:

—¡Hosana,
bendito el que viene
en nombre del Señor,
el rey de Israel!

14 Jesús encontró un burrito y montó en
él. Como está escrito:

15 *No temas, joven Sión:*
mira que llega tu rey cabalgando
una cría de asno.

16 Esto no lo entendieron los discípulos
en aquel momento. Pero, cuando Jesús fue
glorificado, se acordaron de que todo lo
que le había sucedido era lo que estaba es-
crito acerca de él.
17 La gente que había asistido cuando
llamó a Lázaro y lo resucitó de entre los
muertos contaba el hecho. 18 Por eso la
gente salió a su encuentro, porque se ente-
raron de la señal que había realizado. 19 En
cambio, los fariseos comentaban entre sí:
—Ya ven que así no vamos a conseguir
nada; todo el mundo se va con él.

Los griegos y Jesús

20 Había unos griegos que habían subido
para los cultos de la fiesta. 21 Se acercaron
a Felipe, el de Betsaida de Galilea, y le pi-
dieron:
—Señor, queremos ver a Jesús.
22 Felipe va y se lo dice a Andrés; Felipe
y Andrés van y se lo dicen a Jesús.
23 Jesús les contesta:
—Ha llegado la hora de que el Hijo del
Hombre sea glorificado. 24 Les aseguro que,
si el grano de trigo caído en tierra no mue-
re, queda solo; pero si muere, da mucho
fruto. 25 El que se aferra a la vida la pierde,

El olor del perfume que llena toda la casa se opone al olor de muerte que impregnaba el relato anterior (la resurrección de Lázaro), es el olor de la vida que triunfa sobre la muerte.

El evangelista hace un fiel retrato de la familia de Lázaro y acentúa, en fuerte contraste, dos figuras: la espléndida generosidad de María y la rastrera actitud de Judas.

Lázaro, el discípulo, el que comparte la mesa con Jesús, va a ser perseguido a muerte por los judíos (12,10s), igual que el Maestro. La persecución se dirige no sólo al enviado de Dios, sino también a quien es testimonio vivo de su victoria.

12,12-19 Entrada triunfal en Jerusalén. Esta escena está descrita de manera parecida a la narración sinóptica, aunque con más brevedad y con algunas notas peculiares.

Jesús va a Jerusalén sin que se indique ningún preparativo para su recibimiento. Es el pueblo quien viene «hacia él», expresión que designa la acogida solemne hecha a un personaje importante. La multitud no porta ramos arrancados a los árboles sobre la marcha, sino palmas. En el mundo antiguo, y especialmente atestiguado en los documentos judíos, las palmas son señal de victoria (1 Mac 13,51; Ap 7,9). La multitud entona el Sal 118,25 (13). Jesucristo, muerto y resucitado, es el que simbólicamente avanza montado en un burrito y aclamado como rey por la multitud, que preludia figurativamente a toda la humanidad unida bajo su soberanía.

12,20-36 Los griegos y Jesús. Sin que sepamos cómo ni dónde, dejando pendiente la narración de la entrada de Jesús en Jerusalén, Juan nos refiere la aparición de unos griegos, que quieren «ver» a Jesús (21). Representan las primicias de la gentilidad; son la vanguardia de la humanidad que viene a Jesús. Su venida plena a la fe acontecerá después de Pascua; pertenecen a los que creen sin haber visto (20,29). A continuación, Jesús en una serie de breves pinceladas declara con un lenguaje altamente conmovedor la significación de su muerte.

el que desprecia la vida en este mundo la
conserva para una vida eterna.
26 El que quiera servirme, que me siga,
y donde yo estoy estará mi servidor; si uno
me sirve, lo honrará el Padre.
27 Ahora mi espíritu está agitado, y, ¿qué
voy a decir? ¿Que mi Padre me libre de es-
te trance? No; que para eso he llegado a es-
te trance. 28 Padre, da gloria a tu Nombre.
Vino una voz del cielo:
—Lo he glorificado y de nuevo lo glori-
ficaré.
29 La gente que estaba escuchando decía:
—Ha sido un trueno.
Otros decían:
—Le ha hablado un ángel.
30 Jesús respondió:
—Esa voz no ha sonado por mí, sino por
ustedes. 31 Ahora comienza el juicio de este
mundo y el príncipe de este mundo será ex-
pulsado. 32 Cuando yo sea elevado de la
tierra, atraeré a todos hacia mí 33 –lo decía
indicando de qué muerte iba a morir–.
34 La gente le contestó:
—Hemos oído en la ley que el Mesías
permanecerá para siempre; ¿cómo dices tú
que el Hijo del Hombre tiene que ser levan-
tado? ¿Quién es este Hijo del Hombre?
35 Jesús les dijo:
—La luz está todavía entre ustedes, pero
por poco tiempo. Caminen mientras tengan
luz, para que no los sorprendan las tinie-
blas. Quien camina a oscuras no sabe a
dónde va. 36 Mientras tengan luz, crean en
la luz y serán hijos de la luz.
Así habló Jesús; después se apartó de
ellos y se escondió.

Fin del ministerio público de Jesús

37 A pesar de las muchas señales que
había realizado en su presencia no creían
en él. 38 Así se cumplió lo que dijo el profe-
ta Isaías:

Señor, ¿quién creyó nuestro anuncio?
¿A quién se reveló el poder del Señor?

39 Así que no podían creer, como dice
también Isaías:

40 *Él ha cegado sus ojos,*
y ha endurecido su mente:
para que sus ojos no vean
y su mente no entienda,
para que no se conviertan,
de modo que yo los sane.

41 Eso dijo Isaías porque vio su gloria y
habló de él. 42 Con todo, muchos creyeron
en él, aún entre los jefes; pero por miedo a
los fariseos no lo decían, para que no los
expulsaran de la sinagoga. 43 Prefirieron la
gloria de los hombres a la gloria de Dios.

La «necesidad» de su muerte es ilustrada en la parábola del grano de trigo que cae en tierra para dar fruto (24). Está construida en perfecta antítesis: no muere/muere; queda solo/da mucho fruto. Se trata del efecto universal de la salvación que va a conseguir la muerte de Jesús (10,15-18; 11,51s).

Los versículos 27s corresponden a la oración de Getsemaní (Mt 26,36-46; Mc 14,32-42; Lc 22,40-45). Jesús acepta su misión y se abraza a la voluntad del Padre en una oración tan breve como generosa: «Padre, da gloria a tu Nombre». Esta invocación corresponde a la petición del Padre nuestro: «Santificado sea tu nombre» (Mt 6,9), mediante la cual se desea no que la humanidad glorifique a Dios, sino que Dios mismo se haga conocer en el mundo. Para Jesús la gloria del Padre se convierte en su propia gloria. Una voz del cielo confirma y sella la decisión de Jesús: «Lo he glorificado (en el ministerio de Jesús) y de nuevo lo glorificaré» (en su muerte y resurrección). Puesto que Jesús va de manera resuelta e imparable a realizar su hora, urge aprovechar el tiempo, el poco tiempo que queda.

El versículo 35 es la última sentencia de Jesús en el mundo. Se convierte en imperiosa llamada a aprovecharse de la luz antes de que sea demasiado tarde. Hay que decidirse: «Crean en la luz, y serán hijos de la luz». La escena acaba con la proclamación: «se apartó de ellos y se escondió» (36b). Es el final del ministerio público de Jesús ante el mundo (que se ha extendido a lo largo de los doce primeros capítulos). La luz se retira; los incrédulos permanecen en tinieblas.

12,37-50 Fin del ministerio público de Jesús. Jesús ya no va a hablar más en público. El evangelista antes de continuar con su relato, hace una retrospectiva sobre el rechazo con que la humanidad ha respondido al Salvador, cuando éste ha salido a su encuentro.

***Actitud de asombro y sorpresa del evangelista* (37-43).** Jesús ha realizado tan maravillosos signos que deberían haber conducido a la gente de su pueblo a la fe. Sin embargo, la respuesta ha sido negativa: una repulsa generalizada. Tanto conmociona esto al evangelista que piensa que es algo sobrehumano, por ello y para evitar nuestro escándalo, quiere hacernos ver que ya estaba previsto en los planes de Dios: «Así estaba escrito». Hay, no obstante, algunos que han creído, pero no fueron valientes; el miedo les impidió confesar abiertamente a Jesús.

44 Jesús exclamó:
—El que cree en mí, en realidad no cree
en mí, sino en aquel que me envió; 45 y el
que me ve, ve al que me envió.
46 Yo soy la luz y he venido al mundo,
para que quien crea en mí no se quede a
oscuras.
47 Al que escucha mis palabras y no las
cumple yo no lo juzgo; porque no he veni-
do a juzgar al mundo, sino a salvarlo.
48 Quien me desprecia y no acepta mis pa-
labras tiene quien lo juzgue: la palabra que
yo he dicho lo juzgará el último día. 49 Por-
que yo no hablé por mi cuenta; el Padre
que me envió me encarga lo que debo de-
cir y hablar. 50 Y sé que su encargo es vida
eterna. Lo que digo lo digo como me lo ha
dicho el Padre.

Lava los pies a los discípulos

13 1 Antes de la fiesta de Pascua, sa-
biendo Jesús que llegaba la hora de
pasar de este mundo al Padre, habiendo
amado a los suyos que estaban en el mun-
do, los amó hasta el extremo.
2 Durante la cena, cuando el Diablo ha-
bía sugerido a Judas Iscariote que lo entre-
gara, 3 sabiendo que todo lo había puesto el
Padre en sus manos, que había salido de
Dios y volvía a Dios, 4 se levanta de la me-
sa, se quita el manto, y tomando una toa-
lla, se la ató a la cintura. 5 Después echa
agua en un recipiente y se puso a lavarles
los pies a los discípulos y a secárselos con
la toalla que llevaba en la cintura.
6 Llegó a Simón Pedro, el cual le dice:
—Señor, ¿tú me vas a lavar los pies?
7 Jesús responde:
—Lo que yo hago no lo entiendes ahora,
más tarde lo entenderás.
8 Replica Pedro:
—No me lavarás los pies jamás.
Le responde Jesús:
—Si no te lavo, no tienes nada que ver
conmigo.
9 Le dice Simón Pedro:
—Señor, si es así, no sólo los pies, sino
las manos y la cabeza.
10 Le responde Jesús:
—El que se ha bañado no necesita la-
varse más que los pies, porque está com-
pletamente limpio. Y ustedes están limpios,
aunque no todos 11 –conocía al que lo iba a
entregar y por eso dijo que no todos esta-
ban limpios–.
12 Después de haberles lavado los pies,
se puso el manto, volvió a la mesa y les
dijo:
—¿Comprenden lo que acabo de hacer?
13 Ustedes me llaman maestro y señor, y di-
cen bien. 14 Pero si yo, que soy maestro y
señor, les he lavado los pies, también uste-
des deben lavarse los pies unos a otros.
15 Les he dado ejemplo para que hagan lo
mismo que yo hice con ustedes. 16 Les ase-
guro que el sirviente no es más que su se-
ñor, ni el enviado más que el que lo envía.
17 Serán felices si, sabiendo estas cosas las
cumplen. 18 No hablo de todos ustedes,
porque sé a quiénes he elegido. Pero se ha
de cumplir aquello de la Escritura:

El que compartía mi pan
se levantó contra mí.

***Apertura a la salvación* (44-50).** El evangelista no pretende acabar con una sensación de incredulidad. Reúne un buen número de palabras de Jesús, intentando abrir al lector al mensaje de la salvación. Representan la conclusión última del ministerio público. Constituye una llamada vehemente a escuchar y guardar la Palabra. Jesús es el enviado del Padre, está unido al Padre por un vínculo inefable y esencial; quien le ve a Él, ve al Padre (44s). Su venida al mundo constituye la llegada de la luz que quiere despertar la fe de los hombres y mujeres, para que no sigan en las tinieblas (46). Su palabra da vida a los que la acogen (47); juzga a quienes la rechazan (48). Jesús no habla de sí mismo; es el revelador del Padre y ha sido enviado para cumplir su mandamiento, que es dar la vida eterna (49s).

13,1-20 Lava los pies a los discípulos. El cuarto evangelio ha elaborado el material tradicional previo a la pasión-resurrección con tanta novedad que se puede hablar de una «revolución narrativa de Juan». El preludio a la pasión es completamente original respecto a los sinópticos. Omite la eucaristía –quizás porque de alguna manera ésta ya fue tratada en el capítulo 6– y en su lugar presenta el gesto de Jesús de lavar los pies a los discípulos. Con esto Juan quiere hacer ver que la pasión de Jesús no es sino un servicio de amor hasta el extremo: hasta dar la vida por los suyos (1).

La importancia de entender bien este gesto nos anima a profundizar en él, destacando lo siguiente:

1. *Singularidad del gesto*. El lavatorio de los pies sólo aparece en este evangelio, y era una tarea propia

19 Se lo digo ahora, antes de que suceda, para que, cuando suceda, crean que Yo soy. 20 Les aseguro: quien reciba al que yo envíe me recibe a mí, y quien me recibe a mí recibe al que me envió.

Anuncia la traición
(cfr. Mt 26,20-25; Mc 14,17-21; Lc 22,21-23)

21 Dicho esto, Jesús se estremeció por dentro y declaró:

—Les aseguro que uno de ustedes me entregará.

22 Los discípulos se miraban unos a otros sin saber por quién lo decía. 23 Uno de los discípulos, el más amigo de Jesús, estaba reclinado a su derecha. 24 Simón Pedro le hace un gesto y le dice:

—Averigua a quién se refiere.

25 Él se inclinó hacia el costado de Jesús y le dijo:

—Señor, ¿quién es?

26 Le responde Jesús:

—Aquél a quien le dé un trozo de pan remojado.

Remojó el pan, lo tomó y se lo dio a Judas el de Simón Iscariote. 27 Detrás del bocado Satanás entró en él.

Jesús le dice:

—Lo que tienes que hacer hazlo pronto.

28 Ninguno de los comensales comprendió por qué lo decía. 29 Algunos pensaron que como Judas tenía la bolsa, Jesús le había encargado comprar lo necesario para la fiesta o dar algo a los pobres. 30 Y enseguida, después de recibir el bocado, Judas salió. Era de noche.

El amor fraterno

31 Cuando salió, dijo Jesús:

—Ahora ha sido glorificado el Hijo del Hombre y Dios ha sido glorificado por él. 32 [Si Dios ha sido glorificado por él,] también Dios lo glorificará por sí mismo, y lo hará pronto.

33 Hijitos, todavía estaré un poco con ustedes; me buscarán y, como dije a los judíos también lo digo ahora, a donde yo voy ustedes no pueden venir.

---

de esclavos y no de personas libres. Este tipo de gesto algunas veces lo hacían los discípulos a sus maestros en señal de reverencia, pero nunca a la inversa.

2. *Narración*. El evangelista describe el lavatorio de los pies de manera solemne, a cámara lenta: Jesús se levanta de la mesa, se quita el manto, toma la toalla, echa agua en un recipiente, se pone a lavar los pies... El lavatorio es una acción simbólica o gesto profético; es algo que Jesús hace con consistencia y profundidad –como un signo– porque es el preludio de su pasión y la clave para su interpretación: «un servicio de amor hasta el extremo».

3. *Diálogo con Pedro*. Sirve para aclarar el sentido revelador del signo. Pedro con su reacción no comprende el gesto de Jesús; no ve más que la obra indigna de un esclavo. Jesús justifica la incomprensión de Pedro y remite a un entendimiento posterior (7). Lavar los pies no significa sólo un acto de humildad, sino el acto salvífico que Jesús realiza para dar vida al mundo.

4. *La comunidad cristiana*. Ella es la destinataria del mensaje. Si el lavatorio remite a la cruz, lo que pide el Señor es que el discípulo mire también a la cruz, e imite su gesto de amor entregándose en un servicio de amor hasta el extremo, hasta dar la vida por los demás.

El lavatorio de los pies es una revelación, una revolución y un reto.

Revelación: no se trata de una extraña ocurrencia, sino la suprema enseñanza: es el amor que se hace servidor y esclavo, se arrodilla ante la humanidad, dispuesto a morir en la cruz de cada día, desviviéndose, dando la vida.

Revolución: no puede permitir que ninguna persona se ponga por encima, violente, oprima a otra con la injusticia. Si Dios se pone de rodillas ante el ser humano y le lava los pies, ningún ser humano –por muy señor que sea– tiene derecho a dominar a otro y despojarlo de su dignidad humana.

Reto: este ejemplo debe ser seguido por la Iglesia que por amor a Jesús debe buscar solícitamente a los más pobres y hacerse pobre con ellos.

13,21-30 Anuncio de la traición. Podemos resaltar cuatro aspectos de esta escena.

1. El amor aprehensivo de los verdaderos discípulos ante la denuncia de Jesús, sobre todo del «discípulo amado».

2. La acción de Satanás que actúa en el corazón del ser humano.

3. El carácter sagrado del acontecimiento. Jesús no subyace impotente bajo el golpe de la traición, ni le coge de sorpresa el plan de Satanás. Él mismo da la orden de empezar.

4. La consumación de la traición y la salida de Judas coinciden con la noche. «Era de noche» señala el evangelio, porque ya ha empezado la muerte de Jesús. Fuera del cenáculo es de noche; pero dentro, una vez constituida la verdadera comunidad de los discípulos va a brillar la luz con más fuerza que nunca.

13,31-38 El amor fraterno. El amor es, ante todo, un don y revelación de Jesucristo a sus discípulos, antes que una tarea y mandato («les doy un manda-

34 Les doy un mandamiento nuevo, que
se amen unos a otros como yo los he ama-
do: ámense así unos a otros. 35 En eso co-
nocerán todos que son mis discípulos, en el
amor que se tengan unos a otros.

(cfr. Mt 26,30-35; Mc 14,26-31; Lc 22,31-34)

36 [Le] dice Simón Pedro:
—Señor, ¿adónde vas?
Le respondió Jesús:
—A donde yo voy no puedes seguirme
por ahora, me seguirás más tarde.
37 Le dice Pedro:
—Señor, ¿por qué no puedo seguirte
ahora? Daré mi vida por ti.
38 Le contesta Jesús:
—¿Que darás la vida por mí? Te asegu-
ro que antes de que cante el gallo, me ne-
garás tres veces.

Jesús, camino hacia el Padre

14 1 No se inquieten. Crean en Dios y
crean en mí. 2 En la casa de mi Pa-
dre hay muchas habitaciones; si no fuera
así lo habría dicho, porque voy a preparar-
les un lugar.
3 Cuando haya ido y les tenga preparado
un lugar, volveré para llevarlos conmigo,
para que donde yo esté, estén también us-
tedes. 4 Ya conocen el camino para ir a don-
de [yo] voy.
5 Le dice Tomás:
—Señor, no sabemos a dónde vas, ¿cómo
podemos conocer el camino?
6 Le dice Jesús:
—Yo soy el camino, la verdad y la vida:
nadie va al Padre si no es por mí.
7 Si me conocieran a mí, conocerían
también al Padre. En realidad, ya lo cono-
cen y lo han visto.
8 Le dice Felipe:
—Señor, enséñanos al Padre y nos basta.
9 Le responde Jesús:
—Felipe, hace tanto tiempo que estoy
con ustedes ¿y todavía no me conocen?
Quien me ha visto a mí ha visto al Padre:
¿cómo pides que te enseñe al Padre? 10 ¿No
crees que yo estoy en el Padre y el Padre en
mí? Las palabras que yo les digo no las di-
go por mi cuenta; el Padre que está en mí
es el que hace las obras. 11 Créanme que yo
estoy en el Padre y el Padre está en mí; si
no, créanlo por las mismas obras.
12 Les aseguro: quien cree en mí hará las
obras que yo hago, e incluso otras mayores,
porque yo voy al Padre; 13 y yo haré todo lo
que pidan en mi nombre, para que por el Hi-
jo se manifieste la gloria del Padre. 14 Si us-
tedes piden algo en mi nombre, yo lo haré.
15 Si me aman, cumplirán mis manda-
mientos; 16 y yo pediré al Padre que les en-
víe otro Defensor que esté siempre con
ustedes: 17 el Espíritu de la verdad, que el
mundo no puede recibir, porque no lo ve ni
lo conoce. Ustedes lo conocen, porque él
permanece con ustedes y estará en uste-
des. 18 No los dejo huérfanos, volveré a vi-
sitarlos.
19 Dentro de poco el mundo ya no me
verá; ustedes, en cambio, me verán, porque
yo vivo y ustedes vivirán. 20 Aquel día com-
prenderán que yo estoy en el Padre y uste-
des en mí y yo en ustedes. 21 Quien recibe
y cumple mis mandamientos, ése sí que me
ama. Y el que me ama será amado por mi
Padre, y yo lo amaré y me manifestaré a él.
22 Le dice Judas –no el Iscariote–:
—Señor, ¿por qué te vas a manifestar a
nosotros y no al mundo?

---

miento»). A Él le pertenece (éste es «mi» mandamiento). Es nuevo no por el tiempo –ya existía el precepto del amor fraterno en el Antiguo Testamento (Lv 19,17s)–, sino porque Jesús lo llena de novedad, por su calidad y sus características: es un amor sin medida, porque Él nos ha amado hasta el extremo de entregar su vida por nosotros.

14,1-31 Jesús, camino hacia el Padre. En este capítulo se habla de una misteriosa ida y vuelta de Jesús, un irse al Padre para volver inmediatamente con los discípulos y poder estar con ellos para siempre. El texto del cuarto evangelio resulta revelador; no se dice nunca que Jesús se vaya y desaparezca: su ida al Padre significa una vuelta más completa hacia sus discípulos.

El versículo 23 constituye el centro del capítulo. El habitar de Dios en medio de su pueblo, que el Antiguo Testamento lo expresaba de un modo cultual (Éx 25,8; 29,45; Lv 26,11), las promesas lo anunciaban para el tiempo final (Ez 37,26s; Zac 2,14; Ap 21,3. 22s), ahora se realiza en el presente de la comunidad. ¡Se trata de la inmanencia de la Santísima Trinidad en el corazón del cristiano, que queda convertido en templo vivo de Dios! En medio del desierto y del éxodo de nuestra historia, Dios habita verdaderamente en la tienda y en el templo del creyente.

23 Jesús le contestó:
—Si alguien me ama cumplirá mi pala-
bra, mi Padre lo amará, vendremos a él y
habitaremos en él. 24 Quien no me ama no
cumple mis palabras, y la palabra que us-
tedes oyeron no es mía, sino del Padre que
me envió.
25 Les he dicho esto mientras estoy con
ustedes. 26 El Defensor, el Espíritu Santo
que enviará el Padre en mi nombre, les
enseñará todo y les recordará todo lo que
[yo] les he dicho.
27 La paz les dejo, les doy mi paz, y no
como la da el mundo. No se inquieten ni se
acobarden. 28 Oyeron que les dije que me
voy y volveré a visitarlos. Si me amaran, se
alegrarían de que vaya al Padre, porque el
Padre es más que yo.
29 Les he dicho esto ahora, antes de que
suceda, para que cuando suceda, crean.
30 Ya no hablaré mucho con ustedes, por-
que está llegando el príncipe del mundo.
No tiene poder sobre mí, 31 pero el mundo
tiene que saber que yo amo al Padre y ha-
go lo que el Padre me encargó.
¡Levántense! Vámonos de aquí.

La vid verdadera

15 1 Yo soy la vid verdadera y mi Padre
es el viñador. 2 Él corta los sarmien-
tos que en mí no dan fruto; a los que dan
fruto los poda para que den aún más.
3 Ustedes ya están limpios por la palabra
que les he anunciado.
4 Permanezcan en mí como yo perma-
nezco en ustedes. Así como el sarmiento no
puede dar fruto por sí solo, si no permane-
ce en la vid, tampoco ustedes, si no per-
manecen en mí.
5 Yo soy la vid, ustedes los sarmientos:
quien permanece en mí y yo en él dará mu-
cho fruto; porque separados de mí no pue-
den hacer nada.
6 Si uno no permanece en mí lo tirarán
afuera como el sarmiento y se secará: los
toman, los echan al fuego y se queman.
7 Si permanecen en mí y mis palabras
permanecen en ustedes, pedirán lo que
quieran y lo obtendrán. 8 Mi Padre será glo-
rificado si dan fruto abundante y son mis
discípulos.
9 Como el Padre me amó así yo los he
amado: permanezcan en mi amor. 10 Si
cumplen mis mandamientos, permanece-
rán en mi amor; lo mismo que yo he cum-
plido los mandamientos de mi Padre y
permanezco en su amor.
11 Les he dicho esto para que participen
de mi alegría y sean plenamente felices.
12 Éste es mi mandamiento: que se
amen unos a otros como yo los he amado.
13 Nadie tiene amor más grande que el que
da la vida por los amigos.
14 Ustedes son mis amigos, si hacen lo
que yo les mando. 15 Ya no los llamo sir-
vientes, porque el sirviente no sabe lo que
hace su señor. A ustedes los he llamado

15,1-17 La vid verdadera. El relato de la vid no es, en rigor, una parábola ni una alegoría, sino una fórmula de presentación, de identificación y reconocimiento. Jesús realiza cumplidamente lo que esta imagen significa. Él es la vid verdadera sin atenuaciones de ninguna clase.

Esta imagen de la vid no evoca una estampa bucólica del campo, sino que posee connotaciones de rivalidad y enfrentamiento. Jesucristo, vid verdadera, se halla en relación de oposición y superación del Antiguo Testamento. Se opone frontalmente al judaísmo, caracterizado en sus símbolos más conocidos (el emblema del templo era una inmensa vid de oro; lo mismo de la sinagoga de Yamnia).

Jesús es la vid verdadera (1), es el nuevo Israel en oposición al Antiguo, que no ha dado los frutos esperados. También se contrapone a otras vides que, comparadas con Él, no han resultado ni fructíferas ni eficaces. El dueño de la vid es el Padre (1).

La poda tiene una finalidad: que la vid dé fruto abundante (2). El sarmiento que no dé fruto tiene su suerte echada: será arrancado. El Padre realiza la poda cuidando solícitamente de la vid.

Al don del Padre corresponde la colaboración del discípulo, puesto que el discípulo se caracteriza por permanecer en Jesús (4), ser lo que ya se es injertado en Él. Jesucristo mismo responde a su vez a esta colaboración permaneciendo en el discípulo. Acontece una inmanencia recíproca, una comunión personal, íntima. Sin embargo, esta inmanencia no es exclusivamente individual, entre Jesús individuo, y un cristiano individualmente. Encontramos en Jesucristo a todos los seres humanos. Pablo en 1 Cor 12,12-27 habla del cuerpo de Jesucristo en cuanto contiene a los miembros vivos de Jesucristo.

¿Qué quiere decir «dar fruto abundante» (8)? El permanecer en Jesucristo implica necesariamente dar fruto. Inmanencia y productividad se condicionan

amigos porque les he dado a conocer todo
lo que escuché a mi Padre.
16 No me eligieron ustedes a mí; yo los
elegí a ustedes y los destiné para que vayan
y den fruto, un fruto que permanezca; así,
lo que pidan al Padre en mi nombre él se lo
concederá. 17 Esto es lo que les mando,
ámense unos a otros.

El odio del mundo

18 Si el mundo los odia, sepan que pri-
mero me odió a mí. 19 Si ustedes fueran del
mundo, el mundo los amaría como cosa
suya. Pero, como no son del mundo, sino
que yo los elegí sacándolos del mundo, por
eso el mundo los odia.
20 Recuerden lo que les dije: Un sirviente
no es más que su señor. Si a mí me han
perseguido, también a ustedes los perse-
guirán; si cumplieron mi palabra, también
cumplirán la de ustedes. 21 Los tratarán así
a causa de mi nombre, porque no conocen
al que me envió.
22 Si no hubiera venido y no les hubiera
hablado, no tendrían pecado; pero ahora no
tienen excusa de su pecado.
23 Quien me odia a mí odia al Padre. 24 Si
no hubiera hecho ante ellos obras que nin-
gún otro hizo, no tendrían pecado. Pero
ahora, aunque las han visto, nos odian a mí
y a mi Padre. 25 Así se cumple lo escrito en
la ley acerca de ellos: *me odiaron sin causa*.

El testimonio del Espíritu y de los discípulos

26 Cuando venga el Defensor que yo les
enviaré de parte del Padre, él dará testimo-
nio de mí; 27 y ustedes también darán testi-
monio, porque han estado conmigo desde
el principio.

16 1 Les he dicho todo esto para que no
fallen. 2 Los expulsarán de la sinago-
ga. Incluso más, llegará un tiempo en que
el que los mate pensará que está dando
culto a Dios. 3 Y eso lo harán porque no co-
nocen al Padre ni a mí.
4 Esto se lo digo para que, cuando llegue
su momento, se acuerden de que ya se lo
había dicho. No les dije estas cosas desde
el principio porque yo estaba con ustedes.
5 Ahora me vuelvo al que me envió y nadie
me pregunta a dónde voy.

La obra del Espíritu

6 Lo que les he dicho los ha llenado de
tristeza; 7 pero les digo la verdad: les con-
viene que yo me vaya. Si no me voy, no
vendrá a ustedes el Defensor, pero si me
voy, lo enviaré a ustedes.
8 Cuando él venga, convencerá al mun-
do de un pecado, de una justicia, y de una
sentencia: 9 el pecado que no han creído en
mí; 10 la justicia que yo voy al Padre y no
me verán más; 11 la sentencia que el prínci-
pe de este mundo ya ha sido condenado.
12 Muchas cosas me quedan por decir-
les, pero ahora no pueden comprenderlas.
13 Cuando venga él, el Espíritu de la verdad,
los guiará hasta la verdad plena, porque no
hablará por su cuenta, sino que dirá lo que
ha oído y les anunciará el futuro.
14 Él me dará gloria porque recibirá de lo
mío y se lo explicará a ustedes. 15 Todo lo

---

mutuamente. El dar fruto no puede entenderse como un activismo ni la permanencia como una pasividad. La permanencia se muestra esencialmente dinámica, fructificando.

El hecho de dar fruto aparece con un doble sentido. Por una parte, los discípulos deben hacerlo hacia dentro: permanecer en Jesús mediante el amor fraterno y, en consecuencia, ser «una sola cosa». Y por otra, deben hacerlo hacia fuera: los discípulos deben comprometerse en la misión, tal como el mismo Jesús declara: «para que el mundo crea que tú me enviaste» (17,21b).

15,18-25. El odio del mundo. Los discípulos al haber sido elegidos por Jesús (15,16) ya no pertenecen al mundo, entiéndase por mundo toda realidad que rechaza el proyecto de Jesús. Por eso el mundo odia –está enfrentado– a los discípulos. La suerte del discípulo no puede ser distinta a la suerte del Maestro comenta el evangelista, si el Maestro fue rechazado, perseguido y odiado, también lo serán los discípulos.

15,26–16,5 El testimonio del Espíritu y de los discípulos. Los discípulos no están solos ni abandonados, el Espíritu les consolidará en su opción, ya que dará testimonio de Jesús y les moverá a ellos a dar testimonio también del Maestro: «para que no fallen» (16,1).

El evangelista es más explícito en su descripción de la persecución: habla de una expulsión de la sinagoga (16,2), situación propia de la comunidad joánica, y de una perversión del culto a Dios: «llegará un tiempo en que el que los mate pensará que está dando culto a Dios» (16,2), como fue el caso de Pablo (Hch 26,9-11).

que tiene el Padre es mío, por eso les dije
que recibirá de lo mío y se lo explicará a
ustedes.

Alegría tras la pena

16 Dentro de poco ya no me verán, y po-
co después me volverán a ver.
17 Los discípulos comentaban entre sí:
—¿Qué es lo que dice? Dentro de poco
ya no me verán, y poco después me vol-
verán a ver; y qué significa eso de: Voy al
Padre.
18 Decían:
—¿A qué poco se refiere? No entende-
mos lo que dice.
19 Jesús comprendió que querían pre-
guntarle y les dijo:
—Ustedes discuten entre sí qué signifi-
can mis palabras: dentro de poco ya no me
verán y poco después me volverán a ver.
20 Les aseguro que ustedes llorarán y se
lamentarán mientras el mundo se divierte;
estarán tristes, pero esa tristeza se conver-
tirá en gozo.
21 Cuando una mujer va a dar a luz, está
triste, porque le llega su hora. Pero, cuando
ha dado a luz a la criatura no se acuerda de
la angustia, por la alegría que siente de ha-
ber traído un hombre al mundo.
22 Así ustedes ahora están tristes; pero
los volveré a visitar y se llenarán de alegría,
y nadie les quitará su alegría. 23 Aquel día
no me preguntarán nada.
Les aseguro que todo lo que pidan a mi
Padre, él se lo concederá en mi nombre.
24 Hasta ahora no han pedido nada en mi
nombre; pidan y recibirán, para que su ale-
gría sea completa.
25 Les he dicho esto en parábolas; pero
llega la hora en que ya no les hablaré en
parábolas, sino que les hablaré claramente
de mi Padre.
26 Aquel día pedirán en mi nombre, y no
será necesario que yo pida al Padre por us-
tedes, 27 ya que el Padre mismo los ama,
porque ustedes me han amado y han
creído que yo vine de parte de Dios. 28 Sa-
lí del Padre y he venido al mundo; ahora de-
jo el mundo y vuelvo al Padre.
29 Le dicen los discípulos:
—Ahora sí que hablas claramente, sin
usar parábolas. 30 Ahora sabemos que lo
sabes todo y que no hace falta que nadie te
pregunte; por eso creemos que vienes de
Dios.
31 Jesús les contestó:
—¿Ahora creen? 32 Miren, llega la hora,
ya ha llegado, en que ustedes se dispersa-
rán cada uno por su lado y me dejarán so-
lo. Pero yo no estoy solo, porque el Padre
está conmigo.
33 Les he dicho esto para que gracias a
mí tengan paz. En el mundo tendrán que
sufrir; pero tengan valor: yo he vencido al
mundo.

16,6-15 La obra del Espíritu. Una profunda tristeza embarga el corazón de los discípulos porque se dan cuenta de que Jesús se marcha. Ante la magnitud de esta desolación, Jesús conforta a los discípulos con la promesa del Espíritu. El Espíritu confirma y fortalece la fe de los discípulos a pesar de las circunstancias de crisis y persecución. El Espíritu dará veredicto de sentencia contra el mundo en una triple dimensión:

1. A causa de un pecado: la falta de fe o infidelidad. No creer en Jesús, como el Hijo de Dios, es el gran pecado para el cuarto evangelio.

2. A causa de una justicia: porque la exaltación de Jesús en la cruz es un triunfo. La vuelta de Jesús al Padre es una recompensa y una victoria. Se manifiesta también como una justicia legal ya que pronuncia y fija la última palabra, la sentencia contra el mundo culpable.

3. A causa de un juicio: juicio que se convierte en condena, pues está en proporción negativa al triunfo definitivo de Jesucristo.

16,16-33 Alegría tras la pena. Jesús habla de un misterioso «dentro de poco». Ese poco tiempo se refiere a la pasión. Tiempo de no visión y aflicción. Para explicar tan enigmático dicho el Señor emplea la imagen del parto, después de los dolores viene el gozo del nacimiento, así será el gozo despúes de la resurrección: de nuevo el Señor los verá y se alegrará su corazón con una alegría que nada ni nadie les va a quitar.

En el versículo 25, Jesús declara que no hablará ya en enigmas sino a plena luz. En esta segunda modalidad de revelación hay una indicación implícita a la acción del Espíritu. Las palabras de Jesús eran misteriosas y oscuras; el Espíritu quitará el velo de la incomprensión, las hará definitivamente inteligibles. De ahí la continuidad y complementariedad de la obra del Espíritu Santo respecto a la de Jesús, porque es Jesús mismo quien continúa hablando hoy a la Iglesia, pero de una manera nueva e interior, a través de su propio Espíritu.

El amor del Padre se vuelca también sobre todos los discípulos (26-33), porque ellos creen en Jesús, el Hijo enviado. Jesús presenta su vida contemplada

Oración sacerdotal de Jesús

17 1 Así habló Jesús. Después, levan-
tando la vista al cielo, dijo:
—Padre, ha llegado la hora: da gloria a
tu Hijo para que tu Hijo te dé gloria; 2 ya
que le has dado autoridad sobre todos los
hombres para que dé vida eterna a cuantos
le has confiado. 3 En esto consiste la vida
eterna: en conocerte a ti, el único Dios ver-
dadero, y a tu enviado, Jesús el Mesías.
4 Yo te he dado gloria en la tierra cum-
pliendo la tarea que me encargaste hacer.
5 Ahora tú, Padre, dame gloria junto a ti, la
gloria que tenía junto a ti, antes de que hu-
biera mundo.
6 He manifestado tu nombre a los hom-
bres que separaste del mundo para con-
fiármelos: eran tuyos y me los confiaste y
han cumplido tus palabras. 7 Ahora com-
prenden que todo lo que me confiaste pro-
cede de ti. 8 Las palabras que tú me
comunicaste yo se las comuniqué; ellos las
recibieron y comprendieron realmente que
vine de tu parte, y han creído que tú me
enviaste.
9 Yo ruego por ellos; no ruego por el
mundo, sino por los que me has confiado,
pues son tuyos. 10 Todo lo mío es tuyo y lo
tuyo es mío: en ellos se revela mi gloria.
11 Ya no estoy en el mundo, mientras que
ellos están en el mundo; yo voy hacia ti, Pa-
dre Santo, cuida en tu nombre, a los que
me diste, para que sean uno como noso-
tros. 12 Mientras estaba con ellos, yo guar-
daba en tu nombre a los que me diste; los
custodié, y no se perdió ninguno de ellos;
excepto el destinado a la perdición, para
cumplimiento de la Escritura. 13 Ahora voy
hacia ti; y les digo esto mientras estoy en el
mundo para que mi gozo sea el de ellos y
su gozo sea perfecto.
14 Yo les comuniqué tu palabra, y el
mundo los odió, porque no son del mundo,
igual que yo no soy del mundo. 15 No pido
que los saques del mundo, sino que los li-
bres del Maligno. 16 No son del mundo,
igual que yo no soy del mundo.
17 Conságralos con la verdad: tu palabra
es verdad. 18 Como tú me enviaste al mun-
do, yo los envié al mundo. 19 Por ellos me

---

siempre desde el Padre; de Él viene, está un tiempo breve en este mundo, y ahora sube de nuevo al Padre.

Jesús va a sufrir la pasión pero no se siente solo. Aunque sus discípulos le abandonen, el Padre siempre está con Él. Concluye estas recomendaciones con un grito de ánimo. A pesar de la crueldad de las tribulaciones padecidas, afirma: «Yo he vencido al mundo» (33).

17,1-26 Oración sacerdotal de Jesús. Este capítulo narra la más extensa oración de Jesús; fue calificada por D. Citreo (s. XVI) como «oración sacerdotal» y con este título se lo conoce en toda la tradición de la Iglesia. Trata de la profunda interacción entre un Padre, todo amor, y un Hijo, del todo obediente.

***Jesús ora por su glorificación que es la gloria del Padre* (1-11a).** «Ha llegado la hora»: Toda la vida de Jesús se orienta hacia esta hora final. La gloria que Jesús pide coincide con la resurrección, que incluye también a los discípulos y a todos los que acogen la revelación con fe y dan fruto de amor como lo dio el Hijo.

La expresión «vida eterna» más que aludir a su duración indefinida, se refiere a la comunión con el Señor Resucitado ya sobre esta tierra. La vida eterna será una realidad completa en los últimos tiempos, pero es también una realidad «penúltima», escatología que se anticipa ya en el momento presente. Todo gesto de amor legítimo, hecho a imagen del amor de Jesús, es expresión de eternidad, que derrota el tiempo.

En los versículos 4-10 la vida de Jesús es contemplada en su conjunto como «glorificación del Padre», realizada para llevar a término la obra que el Padre le ha encomendado hacer. Pero, ¿cómo, dónde y cuándo se da el cumplimiento de esta obra del Padre? La respuesta la ofrece el evangelio (cfr. 19,28-30); en la hora suprema de la cruz, Jesús cumple perfectamente la obra del Padre.

***Jesús ora por sus discípulos* (11b-19).** El Dios de la lejanía y del terror (cfr. Ex 3,1-6) se hace definitivamente Padre gracias a la presencia de Jesús, el Hijo. Jesús pide al Padre que conserve a los discípulos «en tu nombre». Significa conservarlos en una fidelidad dinámica, orientada a la plenitud y unidad con Dios: «para que sean uno». Los discípulos no pueden ser uno si no es a través de la comunión con el Hijo, por un nuevo nacimiento de Dios (1,13; 3,3-5). El fundamento y modelo es la unidad de amor del Padre y del Hijo.

El versículo 14 habla del don de la revelación y del odio del mundo. Entiéndase por mundo todo aquello que se opone a Jesucristo; desde esta perspectiva mundo y comunidad de Jesús son dos realidades contrapuestas e irreconciliables (cfr. 15,18s).

El centro de la oración es la súplica por la santificación de los discípulos en orden a la misión (17-19). Esto justifica lo que precede y sigue. La glorificación de Jesús pasa a través de la santificación y misión de los discípulos.

consagro, para que queden consagrados
con la verdad. 20 No sólo ruego por ellos, si-
no también por los que han de creer en mí
por medio de sus palabras.
21 Que todos sean uno, como tú, Padre,
estás en mí y yo en ti; que también ellos se-
an uno en nosotros, para que el mundo
crea que tú me enviaste.
22 Yo les di la gloria que tú me diste pa-
ra que sean uno como lo somos nosotros.
23 Yo en ellos y tú en mí, para que sean ple-
namente uno; para que el mundo conozca
que tú me enviaste y los amaste como me
amaste a mí.
24 Padre, quiero que los que me confias-
te estén conmigo, donde yo estoy; para que
contemplen mi gloria, la que me diste por-
que me amaste antes de la creación del
mundo.
25 Padre justo, el mundo no te ha cono-
cido; yo te he conocido y éstos han conoci-
do que tú me enviaste. 26 Les di a conocer
tu nombre y se lo daré a conocer, para que
el amor con que tú me amaste esté en ellos,
y yo en ellos.

Arresto de Jesús
(cfr. Mt 26,47-56; Mc 14,43-52; Lc 22,47-53)

18 1 Dicho esto, salió Jesús con los dis-
cípulos al otro lado del torrente Ce-
drón, donde había un huerto; allá entró él
con sus discípulos. 2 Judas, el traidor, cono-
cía el lugar, porque Jesús muchas veces se
había reunido allí con sus discípulos.
3 Entonces Judas tomó un destacamen-
to y algunos empleados de los sumos sa-
cerdotes y los fariseos, y se dirigió allá con
antorchas, linternas y armas.
4 Jesús, sabiendo todo lo que le iba a
pasar, se adelantó y les dice:
—¿A quién buscan?
5 Le respondieron:
—A Jesús, el Nazareno.
Les dice:
—Yo soy.
También Judas, el traidor, estaba con
ellos. 6 Cuando les dijo: Yo soy, retrocedie-
ron y cayeron al suelo.
7 Les preguntó de nuevo:
—¿A quién buscan?

***Jesús ora por los futuros creyentes* (20-26).** Jesús extiende la plegaria que va desde el grupo apostólico que ha enviado al mundo (17,18) hasta aquellos que creerán mediante su misión y su palabra. Se puede descubrir la unidad profunda de toda la oración mediante el tema de la misión. Ésta tiene su origen en el Padre que envía a Jesús; y Jesús envía a sus discípulos para comunicar su acción salvadora al mundo, el mundo tiene aquí sentido antropológico, indica la humanidad entera.

La misión histórica de Jesús está por llegar a su fin; la misión de la Iglesia, en cambio, está apenas iniciada y se abre a la historia y al futuro. Sin embargo, la Iglesia no se encuentra sola: el Padre la santifica y guarda; el Hijo la reúne con su palabra y su presencia vivificante; el Espíritu la hace fuerte con el poder de su testimonio y profecía.

«Para que sean uno como nosotros». El perfeccionamiento en la unidad implica dos aspectos. El primero es eclesial (ad intra): que la comunidad profundice en la fe, el amor y en la santidad y tienda a una unión siempre mayor en Jesucristo y desde Jesucristo con el Padre. El segundo es misionero (ad extra), tal como viene explicitado con rotundidad un poco más adelante: «y el mundo conozca que tú me enviaste». En la comunidad, congregada en unidad de amor, el mundo podrá reconocer la presencia del Hijo, el Señor glorioso, enviado por el Padre.

El final de la oración (26) se relaciona con el comienzo del discurso de despedida, iniciado en el capítulo 13, a manera de conclusión. Efectivamente, en 13,1 el evangelista había introducido la cena con estas palabras: «después de amar a los suyos, los amó hasta el extremo». Ahora, en el versículo 26: «les di a conocer tu nombre para que el amor con que tú me amaste esté en ellos, y yo en ellos». Esta acción: «les haré conocer» se refiere a un futuro inmediato; se orienta decididamente hacia la pasión, en donde Jesús manifestará de forma patente, sin claroscuros ni reservas, su amor al Padre hasta el final, que es la muerte.

18,1-14 Arresto de Jesús. Juan no menciona la agonía ni el beso de Judas ni la huida de los discípulos. Le interesa mostrar la sublime majestad de Jesús. La declaración de Jesús: «Yo soy», sin paralelo en los sinópticos y por tres veces repetida (5.6.8), revela la divinidad de Jesús y asume el valor de una teofanía, que deja a quienes lo buscan prosternados ante Dios.

La reacción de los adversarios de Jesús es exactamente la que los salmos atribuyen a los enemigos del justo perseguido (6,10; 27,2; etc.). Jesús los enfrenta con autoridad: «Si me buscan a mí, dejen ir a éstos» (8). Es el buen Pastor que da la vida por las ovejas (10,15.18).

El versículo 11 nos ofrece el equivalente de la escena de Getsemaní (cfr. Mt 26,39): «¿Acaso no beberé la copa que me ha ofrecido mi Padre?». Jesús no pide que Dios lo aleje de esa copa amarga; Él acepta la pasión como un don concedido por el Padre. El evangelio nos invita a entrar con Jesús en la pasión voluntaria del Hijo de Dios.

Le respondieron:
—A Jesús, el Nazareno.
8 Contestó Jesús:
—Ya les dije que yo soy, pero, si me bus-
can a mí, dejen ir a éstos.
9 Así se cumplió lo que había dicho: No
he perdido ninguno de los que me has con-
fiado.
10 Simón Pedro, que iba armado de es-
pada, la desenvainó, dio un tajo al sirviente
del sumo sacerdote y le cortó la oreja dere-
cha –el sirviente se llamaba Malco–.
11 Jesús dijo a Pedro:
—Envaina la espada: ¿Acaso no beberé
la copa que me ha ofrecido mi Padre?
12 El destacamento, el comandante y los
agentes de los judíos arrestaron a Jesús, lo
ataron 13 y se lo llevaron primero a Anás
que era suegro de Caifás, el sumo sacerdo-
te de aquel año 14 –Caifás era el mismo que
había dicho a los judíos, que era mejor pa-
ra ellos que un solo hombre muriese por el
pueblo–.

Jesús ante Anás – Negaciones de Pedro
(cfr. Mt 26,57-75; Mc 14,53-72; Lc 22,54-71)

15 Seguían a Jesús Simón Pedro y otro
discípulo. Como ese discípulo era conocido
del sumo sacerdote, entró con Jesús en el
palacio del sumo sacerdote, 16 mientras Pe-
dro se quedaba afuera, en la puerta.
Salió el otro discípulo, el conocido del
sumo sacerdote, habló a la portera y ésta
dejó entrar a Pedro.
17 La sirvienta de la portería dice a Pedro:
—¿No eres tú también discípulo de ese
hombre?
Contesta él:
—No lo soy.
18 Como hacía frío, los sirvientes y los
guardias habían encendido fuego y se ca-
lentaban. Pedro estaba con ellos protegién-
dose del frío.
19 El sumo sacerdote interrogó a Jesús
sobre sus discípulos y su enseñanza.
20 Jesús le contestó:
—Yo he hablado públicamente al mun-
do; siempre enseñé en sinagogas o en el
templo, donde se reúnen todos los judíos, y
no he dicho nada en secreto. 21 ¿Por qué
me interrogas? Interroga a los que me han
oído hablar, que ellos saben lo que les dije.
22 Apenas Jesús dijo aquello, uno de los
guardias presentes le dio una bofetada y le
dijo:
—¿Así respondes al sumo sacerdote?
23 Jesús contestó:
—Si he hablado mal, demuéstrame la
maldad; pero si he hablado bien, ¿por qué
me golpeas?
24 Anás lo envió atado al sumo sacer-
dote Caifás.
25 Simón Pedro seguía junto al fuego. Le
preguntan:
—¿No eres tú también discípulo suyo?
Él lo negó:
—No lo soy.
26 Uno de los sirvientes del sumo sacer-
dote, pariente de aquél a quien Pedro había
cortado la oreja, insistió:
—¿Acaso no te vi yo con él en el huerto?
27 Pedro volvió a negarlo y en ese mo-
mento cantó el gallo.

Jesús ante Pilato
(cfr. Mt 27,1s.11-14; Mc 15,1-5; Lc 23,1-5)

28 Desde la casa de Caifás llevaron a Je-
sús al cuartel. Era temprano. Ellos no en-

18,15-27 Jesús ante Anás – Negaciones de Pedro. Este episodio no constituye un verdadero proceso de sentencia, puesto que el sumo sacerdote con el gran Consejo ya habían decretado la muerte de Jesús. Si Juan lo narra se debe a la importancia de las declaraciones de Jesús. El interrogatorio está deliberadamente encuadrado dentro de las negaciones de Pedro (17s y 25-27) –cosa que no hacen los sinópticos–. No se trata de un descuido del evangelista, su finalidad es presentar el profundo contraste entre la traición y el testimonio.

El discípulo Pedro, uno de los que estaba con Jesús, niega cobardemente a su Maestro; Jesús, en cambio, verdadero mártir de la fe, confiesa delante del sumo sacerdote su identidad.

El evangelista omite el llanto del arrepentido y la mirada de Jesús (Lc 22,61s). Se ha cumplido su predicción y Jesús se ha quedado solo.

El sumo sacerdote interroga a Jesús sobre sus discípulos y su doctrina. Jesús contesta de tal manera que su respuesta evoca toda su revelación: la de traer al mundo la palabra de revelación (12,48-50).

No se dan detalles históricos sobre el juicio del Sanedrín como acontece en los sinópticos, porque para el evangelista el proceso judío ha perdido todo valor.

18,28–19,16a Jesús ante Pilato – Condena a muerte. Jesús manifiesta su gloria como Rey y como Verdad, juzga al mundo al ser juzgado. Para el evangelista lo que aquí sucede no es tanto el proceso po-

traron en el cuartel para evitar contaminar-
se y poder comer la Pascua.
29 Pilato salió afuera, adonde estaban, y
les preguntó:
—¿De qué acusan a este hombre?
30 Le contestaron:
—Si éste no fuera malhechor, no te lo
habríamos entregado.
31 Les replicó Pilato:
—Entonces, tómenlo y júzguenlo según
la legislación de ustedes.
Los judíos le dijeron:
—No nos está permitido dar muerte a
nadie 32 –así se cumplió lo que Jesús había
dicho sobre la manera en que tendría que
morir–.
33 Entró de nuevo Pilato en el pretorio,
llamó a Jesús y le preguntó:
—¿Eres tú el rey de los judíos?
34 Jesús respondió:
—¿Eso lo preguntas por tu cuenta o por-
que te lo han dicho otros de mí?
35 Pilato respondió:
—¡Ni que yo fuera judío! Tu nación y los
sumos sacerdotes te han entregado a mí.
¿Qué has hecho?
36 Contestó Jesús:
—Mi reino no es de este mundo; si mi
reino fuera de este mundo, mis soldados
habrían peleado para que no me entrega-
ran a los judíos. Pero mi reino no es de
aquí.
37 Le dijo Pilato:
—Entonces, ¿tú eres rey?
Jesús contestó:
—Tú lo dices. Yo soy rey, para eso he
nacido, para eso he venido al mundo, para
dar testimonio de la verdad. Quien está de
parte de la verdad escucha mi voz.
38a Le dice Pilato:
—¿Qué es la verdad?

Condena a muerte
(cfr. Mt 27,15-31; Mc 15,6-20; Lc 23,13-25)

38b Dicho esto, salió de nuevo adonde
estaban los judíos y les dijo:
—No encuentro en él culpa alguna. 39 Y
ya que ustedes tienen la costumbre de que
ponga en libertad a un preso durante la
fiesta de la Pascua. ¿Quieren que suelte al
rey de los judíos?
40 Volvieron a gritar:
—A ése no, suelta a Barrabás.
Barrabás era un asaltante.

19 1 Entonces Pilato se hizo cargo de
Jesús y lo mandó azotar. 2 Los sol-
dados entrelazaron una corona de espinas
y se la pusieron en la cabeza; lo revistieron
con un manto rojo, 3 y acercándose a él le
decían:
—¡Salud, rey de los judíos!
Y le pegaban en la cara.
4 Salió otra vez Pilato afuera y les dijo:
—Miren, lo saco afuera para que sepan
que no encuentro en él culpa alguna.
5 Salió Jesús afuera, con la corona de
espinas y el manto rojo.

---

lítico delante del magistrado romano, cuanto el gran proceso entre Jesús y los judíos. Jesús es el punto firme ante el que se están enjuiciando a sí mismos los judíos y es verdaderamente el que juzga a todos, al no ser reconocido como «el testigo de la verdad».

***Entrada en el pretorio* (18,28).** De mañana, Jesús es llevado de casa de Caifás (24) al pretorio, inmediatamente después de la segunda sesión del Sanedrín, donde fue sentenciado a muerte por los judíos. Los judíos no entran en el pretorio romano para no contaminarse. Ironía joánica: ¡no quieren mancharse en casa de un gentil, y sin embargo están entregando a muerte a un inocente!

***Los judíos lo entregan a Pilato* (18,29-32).** El magistrado romano no quiere saber nada de este asunto religioso judío: que lo juzguen según la ley de Moisés. Los judíos reconocen no tener autoridad legal sobre Jesús. Buscan ratificar una sentencia que sólo Pilato puede autorizar: la crucifixión.

***Diálogo entre Jesús y Pilato: sobre la acusación* (18,33-38a).** Este diálogo permite a Jesús explicar el verdadero sentido de su realeza (37). Jesús es efectivamente rey, pero no como los reyes de este mundo. Su reino no posee el alcance de una proclamación política, consiste en dar testimonio de la verdad (revelación) que es Él. Esta revelación es el fundamento de su realeza.

***Pilato intenta liberar a Jesús* (18,38b-40).** Pilato, que no ha captado el sentido de la realeza de Jesús, pero convencido de su inocencia, busca liberar a Jesús por un procedimiento legal: la amnistía pascual; esto facilitaría a los judíos renunciar a su demanda judicial de manera honorable. Pero los judíos se decantan por Barrabás. El contraste es patente, los judíos prefieren a un asaltante antes que acoger a la Verdad.

***La coronación de espinas* (19,1-3).** Es ésta una escena central del pasaje. Ninguna señal de los salivazos, de los golpes en la cabeza que narran los sinóp-

Pilato les dice:
—Aquí tienen al hombre.
6 Cuando los sumos sacerdotes y los po-
licías del templo lo vieron, gritaron:
—¡Crucifícalo, crucifícalo!
Les dice Pilato:
—Tómenlo ustedes y crucifíquenlo, que
yo no encuentro en él ningún motivo de
condena.
7 Le replicaron los judíos:
—Nosotros tenemos una ley, y según
esa ley debe morir, porque se ha hecho pa-
sar por hijo de Dios.
8 Cuando Pilato oyó aquellas palabras,
se asustó mucho. 9 Entró en el cuartel y di-
ce de nuevo a Jesús:
—¿De dónde eres?
Jesús no le dio respuesta.
10 Le dice Pilato:
—¿No quieres hablarme? ¿No sabes que
tengo poder para soltarte y poder para cru-
cificarte?
11 [Le] contestó Jesús:
—No tendrías poder contra mí si no te lo
hubiera dado el cielo. Por eso el que me en-
trega es más culpable.
12 A partir de entonces, Pilato procuraba
soltarlo, mientras los judíos gritaban:
—Si sueltas a ése, no eres amigo del
césar. El que se hace rey va contra el césar.
13 Al oír aquello, Pilato sacó afuera a Je-
sús y lo sentó en el tribunal, en el lugar lla-
mado Enlosado, en hebreo *Gábbata*. 14 Era
la víspera de Pascua, al mediodía. Dice a
los judíos:
—Ahí tienen a su rey.
15 Ellos gritaron:
—¡Afuera, afuera, crucifícalo!
Les dice Pilato:
—¿Voy a crucificar a su rey?
Los sumos sacerdotes contestaron:
—No tenemos más rey que el césar.
16a Entonces se lo entregó para que fue-
ra crucificado.

Crucifixión y muerte de Jesús
(cfr. Mt 27,32-56; Mc 15,21-41; Lc 23,26-49)

16b Se lo llevaron; 17 y Jesús salió car-
gando él mismo con la cruz, hacia un lugar
llamado La Calavera, en hebreo *Gólgota*.
18 Allí lo crucificaron con otros dos: uno a
cada lado y en medio Jesús.
19 Pilato había hecho escribir un letrero y
clavarlo en la cruz. El escrito decía: Jesús
el Nazareno, rey de los Judíos. 20 Muchos
judíos leyeron el letrero, porque el lugar
donde Jesús fue crucificado quedaba cerca
de la ciudad. Además, el letrero estaba es-
crito en hebreo, latín y griego.
21 Los sumos sacerdotes dijeron a Pilato:

---

ticos. Juan menciona únicamente lo que tiene sentido para la realeza de Jesús: la corona de espinas, el manto de púrpura y las palabras: «¡Salud, rey de los judíos!».

¡He aquí al hombre! **(19,4-8).** Pilato saca a Jesús escarnecido, con las insignias reales, para que se convenzan los judíos de que en Jesús no existe ninguna amenaza política. No es más que un pobre hombre el así llamado rey de los judíos; es cosa de risa su pretendida realeza. Roma no tiembla por esta clase de reyes. Pero el evangelista ha visto en esto un sentido profundo. Este hombre que es Jesús, en su debilidad e impotencia, en su más honda y desnuda humanidad, es quien posee el poder de soberano juez, «porque es el Hijo del Hombre».

Diálogo entre Jesús y Pilato: sobre el origen de Jesús **(19,9-12).** Jesús declara a su juez que toda la autoridad que tiene sobre Él le viene de lo alto. No hay potestad si no viene de Dios (Rom 13,1). De Dios ha recibido Pilato la autoridad, aunque él no lo sepa. Si Pilato crucifica a Jesús lo hará injustamente. El mayor pecado lo tienen las autoridades religiosas judías que, viendo, no creen, odian a Jesús y le han entregado por propia iniciativa.

Pilato lo entrega a los judíos como rey **(19,13-16a).** Pilato, ante la protesta generalizada, intenta de modo desesperado liberar a Jesús. Lo saca afuera y lo sienta en el estrado del tribunal. En el plano simbólico que contempla el evangelista, este episodio evoca la función ejercitada por Jesús: coronado y vestido como rey y sentado en el tribunal como juez.

19,16b-37 Crucifixión y muerte de Jesús. Jesús manifiesta su gloria consumando su obra de amor, de amor extremo, por sus discípulos. Distinguimos las siguientes escenas:

Introducción **(16b-18).** Jesús lleva la cruz «por sí mismo». Según los sinópticos es Simón de Cirene quien la lleva. Juan resalta este hecho: Jesús porta la cruz como señal de su gloria.

La crucifixión se describe de manera rápida. Los acontecimientos en torno a la cruz se manifiestan como signos de la gloria de Jesús. El relato no despierta principalmente compasión ni dolor, sino honda admiración ante el significado de los hechos.

Proclamación de la realeza de Jesús **(19-22).** Jesús es declarado rey. El rótulo de su realeza sobre la cruz está además escrito en los tres idiomas más conocidos, a fin de que «todo el mundo» lo sepa.

—No escribas: Rey de los judíos, sino:
Éste ha dicho: Soy rey de los judíos.
22 Pilato contestó:
—Lo escrito, escrito está.
23 Después que los soldados crucificaron
a Jesús, tomaron su ropa y la dividieron en
cuatro partes, una para cada soldado; to-
maron también la túnica. Era una túnica sin
costuras, tejida de arriba abajo, de una pie-
za. 24 Así que se dijeron:
—No la rasguemos; vamos a sortearla,
para ver a quien le toca.
Así se cumplió lo escrito:

Se repartieron mi ropa
y se sortearon mi túnica.

Es lo que hicieron los soldados.
25 Junto a la cruz de Jesús estaban su
madre, la hermana de su madre, María de
Cleofás y María Magdalena. 26 Jesús, vien-
do a su madre y al lado al discípulo amado,
dice a su madre:
—Mujer, ahí tienes a tu hijo.
27 Después dice al discípulo:
—Ahí tienes a tu madre.
Y desde aquel momento el discípulo se
la llevó a su casa.
28 Después, sabiendo que todo había ter-
minado, para que se cumpliese la Escritu-
ra, Jesús dijo:
—Tengo sed.
29 Había allí un jarro lleno de vinagre.
Empaparon una esponja en vinagre, la su-
jetaron a una caña y se la acercaron a la
boca. 30 Jesús tomó el vinagre y dijo:
—Todo se ha cumplido.
Dobló la cabeza y entregó el espíritu.

31 Era la víspera del sábado, el más so-
lemne de todos; los judíos pidieron a Pilato
que hiciera quebrar las piernas de los cru-
cificados y mandara retirar sus cuerpos pa-
ra que no quedaran en la cruz durante el
sábado.
32 Fueron los soldados y quebraron las
piernas a los dos crucificados con él. 33 Al
llegar a Jesús, viendo que estaba muerto,
no le quebraron las piernas; 34 sino que un
soldado le abrió el costado con una lanza.
Enseguida brotó sangre y agua.

«Lo escrito, escrito está», expresa la realidad profunda de Jesús ya reinando y juzgando al mundo desde ahora y para siempre. La teología de la cruz aparece como teología de la gloria.

***Reparto y sorteo de las vestiduras* (23s).** Juan concede gran importancia a la «túnica sin costuras, tejida de arriba a abajo, de una pieza». Existe una interpretación sacerdotal acerca de la túnica; este tipo de túnica era la que portaba en exclusiva el sumo sacerdote. Con ello se evoca la muerte de Jesús no sólo como rey, sino también como sumo sacerdote. Pero Juan refiere la mención de la túnica para que se cumplan las Escrituras. Más bien, es preciso ver en esta túnica, que no se rompe, una alusión a la unidad de la Iglesia. Asociación de la muerte de Jesús con la fundación de su comunidad unida (cfr. 10,16; 11,52; 17,11.20-22; 21,11).

***La hora de la comunidad eclesial* (25-27).** Este episodio no describe sólo un acto de piedad filial de Jesús hacia su madre, sino una verdadera revelación de su maternidad espiritual. María se convierte en la madre no sólo del discípulo amado, sino también de todos aquellos a quienes él representa, el conjunto de los creyentes.

La Iglesia que se funda por la fe en la Palabra de Dios es la Iglesia que nace al pie de la cruz.

María es madre de la vida de Jesucristo, suscitándola en todo discípulo a quien Jesús ama. Y se llama mujer porque realiza la misión del nuevo pueblo de Dios, que con frecuencia es contemplado alternativamente como mujer y pueblo (cfr. Is 26,17; 43,5s; etc.). María queda así constituida en la «mujer» bíblica, la que da a luz con dolor al Mesías, y desde Jesús, se convierte en madre universal del género humano.

Existe igualmente una nueva función para el discípulo. Este discípulo es caracterizado por la expresión relativa: «al que Jesús amaba». Con ello, el discípulo se sitúa en la irradiación del amor de Jesucristo que le transforma. Es el amigo de Jesús (15,13-15). Ciertamente se trata de una persona concreta, pero también asume un carácter representativo: somos todos los cristianos.

***Cumplimiento de la Escritura* (28-30).** En este momento solemne de «la Hora», cuando ya Jesús ha concluido su obra, su misteriosa sed antes de morir, indica que en adelante la obra de la salvación deberá ser continuada y profundizada por el don del Espíritu. La misma muerte posee un sentido salvador. Juan la describe por medio de una de esas expresiones con doble sentido tan frecuentes en él: Jesús «entregó el espíritu». Con esta expresión, tan extraña en toda la literatura griega, describe la muerte de Jesús y el don del Espíritu. Mediante su muerte Jesús inaugura el período definitivo de la historia de la salvación, el tiempo de la efusión del Espíritu.

***Jesús fuente de vida* (31-37).** Los hechos relatados sirven, por su gran alcance simbólico, para hacer comprender la eficacia salvífica de la muerte de Jesús.

No le quiebran las piernas. Juan subraya el sentido del acontecimiento: Jesús muere como el Cordero pascual de la nueva alianza.

35 El que lo vio lo atestigua y su testimo-
nio es verdadero; él sabe que dice la ver-
dad, para que también ustedes crean.
36 Esto sucedió de modo que se cumplie-
ra la Escritura que dice: *No le quebrarán ni
un hueso*; 37 y otro pasaje de la Escritura di-
ce: *Mirarán al que ellos mismos atravesaron*.

Sepultura de Jesús
(cfr. Mt 27,57-61; Mc 15,42-47; Lc 23,50-56)

38 Después de esto, José de Arimatea,
que era discípulo clandestino de Jesús, por
miedo a los judíos, pidió permiso a Pilato
para llevarse el cadáver de Jesús. Pilato se
lo concedió. Él fue y se llevó el cadáver.
39 Fue también Nicodemo, el que lo había
visitado en una ocasión de noche, llevando
cien libras de una mezcla de mirra y áloe.
40 Tomaron el cadáver de Jesús y lo en-
volvieron en lienzos con los perfumes, se-
gún la costumbre de sepultar que tienen los
judíos. 41 En el lugar donde había sido cru-
cificado había un huerto y en él un sepulcro
nuevo, en el que nadie había sido sepulta-
do. 42 Como era la víspera de la fiesta judía
y como el sepulcro estaba cerca, colocaron
allí a Jesús.

Resurrección de Jesús
(cfr. Mt 28,1-10; Mc 16,1-8; Lc 24,1-12)

20 1 El primer día de la semana, muy
temprano, cuando todavía estaba
oscuro, María Magdalena va al sepulcro y
observa que la piedra está retirada del se-
pulcro. 2 Llega corriendo a donde estaban
Simón Pedro y el otro discípulo, el que era
muy amigo de Jesús, y les dice:
—Se han llevado del sepulcro al Señor y
no sabemos dónde lo han puesto.
3 Salió Pedro con el otro discípulo y se
dirigieron al sepulcro. 4 Corrían los dos jun-
tos; pero el otro discípulo corría más que
Pedro y llegó primero al sepulcro. 5 Incli-
nándose vio las sábanas en el suelo, pero
no entró. 6 Después llegó Simón Pedro, que
le seguía y entró en el sepulcro. Observó
las sábanas en el suelo 7 y el sudario que le
había envuelto la cabeza no en el suelo
con las sábanas, sino enrollado en lugar
aparte.
8 Entonces entró el otro discípulo, el que
había llegado primero al sepulcro; vio y
creyó. 9 Todavía no habían entendido que,
según la Escritura, él debía resucitar de en-
tre los muertos. 10 Los discípulos se volvie-
ron a casa.

Se aparece a María Magdalena
(cfr. Mc 16,9-11)

11 María estaba afuera, llorando junto al
sepulcro. Mientras lloraba se inclinó hacia
el sepulcro 12 y ve dos ángeles vestidos de
blanco, sentados: uno a la cabecera y otro

Otro detalle que cobra aun más importancia es el costado abierto por la lanza del soldado, Juan ha visto correr sangre y agua. La insistencia extraordinaria con la cual testimonia (35), muestra que, a sus ojos, este hecho encierra una relevancia decisiva para la vida de la Iglesia. El pasaje de Zacarías, al que remite el versículo 37, aclara el significado: en los tiempos mesiánicos habrá allí «una fuente abierta» para los habitantes de Jerusalén (Zac 13,1). Es lo que se realiza en la cruz: la fuente abierta es el costado traspasado de Jesús, de donde brota el agua viva, símbolo del Espíritu (cfr. 7,37-39). Esta agua, que es el Espíritu que Jesús derrama ya muerto sobre la cruz, no se da sin sangre. Su muerte, corroborada con el traspaso de la lanza, constituye el principio de la vida.

19,38-42 Sepultura de Jesús. A diferencia de los sinópticos donde se relata el entierro de Jesús sin perfumes, aquí Jesús es enterrado por los notables judíos con una cantidad insólita de fragancias. Nicodemo trae más de cien libras de perfumes aromáticos (42 kilos, una exageración!). Esto significa que Jesús es enterrado como un rey. Para Juan, la sepultura no es la preparación para la resurrección, sino el final glorioso de Jesús como rey. Unción regia y sepultura honorífica.

20,1-10 Resurrección de Jesús. María Magdalena es la primera en ser testigo de la resurrección. «Todavía estaba oscuro» es el símbolo desde donde se parte en la fe pascual. María ve la piedra quitada y corre a decírselo a Pedro y al discípulo amado (con dos testigos ya se puede dar testimonio fidedigno). Hay una reacción positiva de ambos. El discípulo amado llega antes al sepulcro, ve las sábanas pero no entra; luego que Pedro entra, ahora sí: «vio y creyó». ¿Qué vio? Que el sepulcro estaba vacío y creyó en la resurrección. Este creer hay que entenderlo no en sentido pleno, sino más bien «empezó a creer», tal y como lo da a entender el tiempo del verbo griego original. Este creer ha surgido a la vista del sepulcro vacío, de un «signo» negativo: la ausencia de un cadáver; no fundado en la palabra de Jesús, pues «todavía no conocían las Escrituras» en las que se habla de la resurrección. Como no es un creer pleno, no va a anunciarlo a los demás, sino que se marcha a su casa.

20,11-18 Se aparece a María Magdalena. María Magdalena es «la mujer fiel». Pedro y el discípulo

a los pies del lugar donde había estado el cadáver de Jesús. 13 Le dicen:

—Mujer, ¿por qué lloras?

María responde:

—Porque se han llevado a mi señor y no sé dónde lo han puesto.

14 Al decir esto, se dio media vuelta y ve a Jesús de pie; pero no lo reconoció.

15 Jesús le dice:

—Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?

Ella, creyendo que era el jardinero, le dice:

—Señor, si tú te lo has llevado, dime dónde lo has puesto y yo iré a buscarlo.

16 Jesús le dice:

—¡María!

Ella se vuelve y le dice en hebreo:

—*Rabbuni* –que significa maestro–.

17 Le dice Jesús:

—Déjame, que todavía no he subido al Padre. Ve a decir a mis hermanos: Subo a mi Padre, el Padre de ustedes, a mi Dios, el Dios de ustedes.

18 María Magdalena fue a anunciar a los discípulos:

—He visto al Señor y me ha dicho esto.

Se aparece a los discípulos
(cfr. Mt 28,16-20; Mc 16,14-20)

19 Al atardecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos con las puertas bien cerradas, por miedo a los judíos. Llegó Jesús, se colocó en medio y les dice:

—La paz esté con ustedes.

20 Después de decir esto, les mostró las manos y el costado. Los discípulos se alegraron al ver al Señor.

21 Jesús repitió:

—La paz esté con ustedes. Como el Padre me envió, así yo los envío a ustedes.

22 Al decirles esto, sopló sobre ellos y añadió:

—Reciban el Espíritu Santo. 23 A quienes les perdonen los pecados les quedarán perdonados; a quienes se los retengan les quedarán retenidos.

24 Tomás, llamado Mellizo, uno de los Doce, no estaba con ellos cuando vino Jesús. 25 Los otros discípulos le decían:

—Hemos visto al Señor.

Él replicó:

—Si no veo en sus manos la marca de los clavos, si no meto el dedo en el lugar de los clavos, y la mano por su costado, no creeré.

26 A los ocho días estaban de nuevo los discípulos reunidos en la casa y Tomás con ellos. Se presentó Jesús a pesar de estar las puertas cerradas, se colocó en medio y les dijo:

—La paz esté con ustedes.

---

amado van al sepulcro; sólo ven oquedad: las sábanas en el suelo y el sudario enrollado. Empiezan a creer. Después, cada uno se va a su casa. María, en cambio, permanece junto al sepulcro (11). Ante la inconsistencia y cansancio de los discípulos, se destaca la firme perseverancia de esta mujer.

María Magdalena encarna la figura de «la Amada del Cantar», y como tal, se puede decir que está loca o enferma de amor; por eso ve a Jesús por doquier, incluso piensa que el jardinero lo ha llevado a alguna parte y desea ir ella personalmente a recogerlo (15).

Pero el Maestro se presenta y la llama por su nombre. María quiere retener a Jesús (17). Todavía no sabe que el Señor resucitado es un don vivo para toda la humanidad; no puede guardárselo para ella sola. El amor verdadero nunca es egoísta ni acaparador. Siempre se muestra en donación, pura generosidad de sí mismo.

María «recibe una gran revelación». Jesús ha resucitado y comunica el gran don de Dios Padre: El Padre de Jesús es ya nuestro Padre, y su Dios es ya nuestro Dios (17).

Por último, el Señor la hace misionera (18): debe ir a los hermanos y anunciar su experiencia de fe: que lo ha visto resucitado y que le ha dicho todas estas cosas.

20,19-31 Se aparece a los discípulos. El evangelista presenta a los discípulos en un lugar indeterminado, con las puertas bien cerradas y de miedo. Entonces el Señor se les revela, se pone en medio de ellos, les da su paz y les muestra las llagas de su pasión: es el mismo que colgó de la cruz, es el crucificado. Los discípulos se llenan de alegría. El Señor sopla sobre ellos y les dice: «Reciban el Espíritu Santo». Los discípulos, revestidos del Espíritu serán capaces de perdonar los pecados.

En los versículos 24-29 Jesús se aparece nuevamente a los discípulos, pero esta vez Tomás está presente. Sorprende el realismo tan dramático y vivo de la visión. Lo que le ocurrió a Tomás es lo que puede sucederle hoy a cualquier cristiano. Si Jesús se deja tocar las llagas es porque los discípulos deben palparlo para ser testigos de su resurrección, para dar testimonio a los demás.

27 Después dice a Tomás:

—Mira mis manos y toca mis heridas; extiende tu mano y palpa mi costado, en adelante no seas incrédulo, sino hombre de fe.

28 Le contestó Tomás:

—Señor mío y Dios mío.

29 Le dice Jesús:

—Porque me has visto has creído; felices los que crean sin haber visto.

30 Otras muchas señales hizo Jesús en presencia de sus discípulos, que no están relatadas en este libro. 31 Éstas quedan escritas para que crean que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengan vida por medio de él.

Se aparece junto al lago

21 1 Después Jesús se apareció de nuevo a los discípulos junto al lago de Tiberíades. Se apareció así: 2 Estaban juntos Simón Pedro, Tomás, llamado el Mellizo, Natanael de Caná de Galilea, los Zebedeos y otros dos discípulos. 3 Les dice Simón Pedro:

—Voy a pescar.

Le responden:

—Nosotros también vamos.

Salieron y subieron a la barca; pero aquella noche no pescaron nada. 4 Al amanecer Jesús estaba en la playa; pero los discípulos no reconocieron que era Jesús. 5 Les dice Jesús:

—Muchachos, ¿tienen algo de comer?

Ellos contestaron:

—No.

6 Les dijo:

—Tiren la red a la derecha de la barca y encontrarán.

Tiraron la red y era tanta la abundancia de peces que no podían arrastrarla. 7 El discípulo amado de Jesús dice a Pedro:

—Es el Señor.

Al oír Pedro que era el Señor, se ciñó la túnica, que era lo único que llevaba puesto, y se tiró al agua. 8 Los demás discípulos se acercaron en el bote, arrastrando la red con los peces, porque no estaban lejos de la orilla, apenas unos cien metros. 9 Cuando saltaron a tierra, ven unas brasas preparadas y encima pescado y pan.

10 Les dice Jesús:

—Traigan algo de lo que acaban de pescar.

11 Pedro subió a la barca y arrastró hasta la playa la red repleta de peces grandes: ciento cincuenta y tres. Y, aunque eran tantos, la red no se rompió.

12 Les dice Jesús:

—Vengan a comer.

Desde ese momento, la comunidad de discípulos no consiste sólo en los Doce reunidos en un determinado lugar y tiempo; todo el que tenga fe es bienaventurado y se hace discípulo del Señor, aunque no lo haya visto sensiblemente. La visión de fe es el único modo de entrar en contacto con Él.

21,1-14 Se aparece junto al lago. La siguiente serie articulada de rasgos nos ayudarán a interpretar este profundo signo**:**

1. *Jesús es el Señor y el amigo cercano.* Como antaño, Jesús y los discípulos se encuentran en la orilla del lago. Pero ahora Jesús ha pasado por el drama de su muerte y se presenta resucitado. El Señor no se aleja de los suyos en una remota trascendencia, sino que se aproxima. Su gloria soberana le ahonda en humanidad y le sume en una insospechada cercanía. Descubrimos al Señor como compañero y amigo, que sigue de cerca las preocupaciones de sus discípulos.

2. *Interpretación eucarística.* Toda la escena se encuentra penetrada por el simbolismo propio de la eucaristía. La descripción se realiza con elemental sobriedad. En torno a Jesús existe un silencio religioso, casi litúrgico. Únicamente aparece el gesto del Señor y su actitud de ofrecimiento. Esta interpretación eucarística conlleva necesariamente la creación de una plena comunión entre Jesús y los discípulos. Comunión que permanece viva después de la resurrección.

3. *Confianza absoluta en la Palabra del Señor.* No es la Iglesia con su poder la protagonista de la misión, pero sí la que con su trabajo coopera lealmente. El evangelio anota que «aquella noche no pescaron nada» (3). Sabemos que pescar por la mañana –de sobra lo conoce Pedro y sus compañeros– es tarea abocada al fracaso. Sin embargo, siguiendo la Palabra del Señor, realizan una pesca asombrosa. ¡Imposible capturar tantos peces! ¡Imposible que la red no se rompa! Lo que no consigue la capacidad humana, ni nuestras exiguas fuerzas, lo puede el Señor. Lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios (Lc 1,37).

4. *Interpretación misionera univeral.* Ésta se expresa en el simbolismo de los 153 peces capturados en la red de la barca apostólica (11). Se ha detectado en este relato la influencia de Ezequiel y el cumplimiento de su profecía, respecto a la visión del río que brota del templo y fecunda de vida cuanto va irrigando; este impetuoso torrente hace que las aguas corrompidas del mar de la muerte se llenen de peces vivientes (47,10). El pasaje era conocido en círculos joánicos.

Ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle quién era, porque sabían que era el Señor.
13 Jesús se acercó, tomó pan y se lo repartió e hizo lo mismo con el pescado.
14 Ésta fue la tercera aparición de Jesús, ya resucitado, a sus discípulos.

Misión de Simón Pedro

15 Cuando terminaron de comer, dice Jesús a Simón Pedro:

—Simón hijo de Juan, ¿me quieres más que éstos?

Él le responde:

—Sí, Señor, tú sabes que te quiero.

Jesús le dice:

—Apacienta mis corderos.

16 Le pregunta por segunda vez:

—Simón hijo de Juan, ¿me quieres?

Él le responde:

—Sí, Señor, tú sabes que te quiero.

Jesús le dice:

—Apacienta mis ovejas.

17 Por tercera vez le pregunta:

—Simón hijo de Juan, ¿me quieres?

Pedro se entristeció de que le preguntara por tercera vez si lo quería y le dijo:

—Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te quiero.

Jesús le dice:

—Apacienta mis ovejas.
18 Te lo aseguro, cuando eras joven, tú mismo te vestías e ibas a donde querías; cuando seas viejo, extenderás las manos, otro te atará y te llevará a donde no quieras.
19 Lo decía indicando con qué muerte había de glorificar a Dios.

Después de hablar así, añadió:

—Sígueme.

20 Pedro se volvió y vio que le seguía el discípulo amado de Jesús, el que se había apoyado sobre su costado durante la cena y le había preguntado quién era el traidor.
21 Viéndolo, Pedro pregunta a Jesús:

—Señor, y de éste, ¿qué?

San Jerónimo afirma que los zoólogos de su tiempo habían llegado a catalogar 153 especies de peces. Con esta alusión se indica la plenitud y la variedad de la pesca evangélica, anticipo del resultado final de la misión de la Iglesia. La red, repleta de peces, es el símbolo de la Iglesia misionera, que ha nacido como fruto de la obra de Jesús resucitado. Significa la reunión ecuménica de los seres humanos dentro de la Iglesia. La humanidad entera es destinataria del mensaje de la salvación.

5. *¡No rompamos nunca la comunión!* Retornando al episodio de la pesca milagrosa, encontramos una extraña secuencia: «Pedro subió a la barca y arrastró hasta la playa la red repleta de peces grandes... Y, aunque eran tantos, la red no se rompió» (11). Sorprende la no ruptura de la red, que también al mismo evangelista asombra, ya que anota «aunque eran tantos, no se rompió». Se utiliza el mismo verbo que aparece en la escena del despojo de las vestiduras de Jesús en la cruz. Van a desgarrar la túnica en cuatro partes. Una parte para cada soldado. Los soldados, al ver que era de una sola pieza, afirman: «No la rasguemos» (19,24). Y respetan su integridad. No la rasgan. Este capítulo 21 del evangelio es principalmente eclesial, refiere la situación de la Iglesia tras la muerte de Jesús. La imagen de la red es signo de la Iglesia. La red, repleta hasta casi reventar por el ingente volumen y variedad de tantos peces, no se «rompe». La Iglesia apostólica es, según característica expresión de Jesús, «pescadora de hombres». En la Iglesia cabemos todos. En sus redes ya no hay buenos ni malos (¡ni los peces grandes se comen a los chicos; eso sólo acontece en el mar bravío!). La red no debe romperse, la túnica de Jesús, tampoco. Ambos símbolos representan la unidad de la Iglesia, que no debe desgarrarse nunca.

6. *La misión de la Iglesia no debe guardarse nada, sino arrastrar a todos hacia Jesús.* Jesús quiere seguir atrayendo a la humanidad. Para hacer efectivo este proyecto cuenta con nosotros, sus discípulos. Nos fijamos con atención en las maravillas de nuestro relato evangélico. A través del verbo «atraer» o «arrastrar» muestra la conexión entre la obra misionera de la Iglesia y el poder de atracción de Jesús sobre la cruz (12,32). La Iglesia misionera realiza la voluntad de Jesús: echa la red según su palabra. También puede afirmarse que echa la red de la palabra de Jesús y recoge una enorme cantidad de peces, tantos que ya no pueden los discípulos «arrastrar». La función de la Iglesia no es conservarlos en sus propias redes, sino «atraerlos» hacia Jesús.

21,15-25 Misión de Simón Pedro. El Señor pregunta a Pedro por la sinceridad de su amor. Son tres preguntas, eco y reparación de la triple negación de Pedro (13,38; 18,17.25-27). Puede que sea también la ratificación de un compromiso, conforme a la costumbre semítica de hacerlo (cfr. Gn 23,7-23).

La respuesta de Pedro muestra cómo su experiencia dolorosa le ha cambiado. Su triple respuesta no se apoya en él mismo sino en el conocimiento soberano de Jesús (17). En Mateo predomina el carácter eclesiológico: «Sobre esta piedra construiré mi Iglesia» (Mt 16,18). En Juan se destaca una marcada insistencia cristológica. Jesús constituye a Pedro en pastor de su rebaño, y le pide su amor total. Es la condición indispensable para desempeñar el oficio de pastor dentro de la Iglesia, y en sentido amplio, para cuidar del hermano.

22 Le responde Jesús:
—Si quiero que se quede hasta que yo vuelva, ¿a ti qué? Tú sígueme.
23 Así se corrió el rumor entre los discípulos de que aquel discípulo no moriría. Pero no le dijo Jesús que no moriría, sino: Si quiero que se quede hasta que yo vuelva [a ti qué].

24 Éste es el discípulo que da testimonio de estas cosas y lo ha escrito; y nos consta que su testimonio es verdadero.
25 Quedan otras muchas cosas que hizo Jesús. Si quisiéramos escribirlas una por una, pienso que los libros escritos no cabrían en el mundo.



HECHOS
DE LOS APÓSTOLES

Autor, destinatarios y fecha de composición. El libro de los Hechos ha sido considerado siempre como la segunda parte y complemento del tercer evangelio, y así se comprende todo su sentido y finalidad. Ambas partes de la obra han salido de la pluma del mismo autor, a quien la tradición antigua identifica como Lucas. Fue escrito probablemente después del año 70, y sus destinatarios inmediatos parecen ser paganos convertidos, simbolizados en el «querido Teófilo» (amigo de Dios) –el mismo del tercer evangelio– a quien el autor dedica su escrito.

El título no refleja exactamente el contenido del libro, pues en realidad éste se centra, casi con exclusividad, en los «Hechos» de dos apóstoles, pioneros de la primera evangelización de la Iglesia: Pedro y Pablo. Alrededor de ellos, toda una galería de personajes y acontecimientos, con

los que el autor teje su narración, recorre las páginas de este bello documento del Nuevo Testamento.

Carácter del Libro. Si hubiera que encerrar en una frase el carácter principal del libro de los Hechos, se podría decir que es fundamentalmente una narrativa de misión, la primera de la Iglesia, prolongación de la misma misión de Jesús. Sólo así se comprende que el verdadero protagonista de la obra sea el Espíritu Santo prometido y enviado por Cristo a sus seguidores, que es el alma de la misión, el que impulsa la Palabra o el Mensaje evangélico a través del protagonismo secundario de Pedro, Pablo y del gran número de hombres y mujeres cuyos nombres y gestas, gracias a Lucas, forman ya parte de la memoria misionera colectiva de la comunidad cristiana de todos los tiempos. No en vano se ha llamado a los Hechos el «evangelio del Espíritu Santo».

Este carácter misionero hace que sea de un género literario único. Aunque narra acontecimientos reales de la Iglesia naciente, no es propiamente un libro de historia de la Iglesia. Más bien sería una relectura, en clave espiritual, de una historia que era ya bien conocida por las comunidades cristianas a las que se dirige Lucas 30 o 40 años después de que ocurrieran los hechos que narra. Su intención, pues, no es la de informar, sino la de hacer que el lector descubra el hilo conductor de aquella aventura misionera que comenzó en Jerusalén y que llegó hasta el centro neurálgico del mundo de entonces, Roma.

Aunque gran parte del libro está dedicado a las actividades apostólicas de Pedro y Pablo, tampoco hay que considerar Hechos como un escrito biográfico o hagiográfico de dichos apóstoles. Lo que el autor pretende es interpretar sus respectivos itinerarios misioneros, sus sufrimientos por el Evangelio y el martirio de ambos –aunque no haga mención explícitamente de ello por ser de sobra conocido– como un camino de fidelidad, de servicio y de identificación con la Palabra de Dios, siguiendo las huellas del Señor.

Relatos, sumarios y discursos. Para componer su historia, Lucas usa con libertad todos los recursos literarios de la cultura de su tiempo, como los «relatos» en los que, a veces, mezcla el realismo de las reacciones humanas con el halo maravilloso de apariciones y prodigios; los «sumarios», que son como paradas narrativas para mirar hacia atrás y hacia delante, con el fin de resumir y dejar caer claves de interpretación; y sobre todo los «discursos» que el autor pone en boca de los principales personajes: Pedro, Esteban, Pablo, etc. Los catorce discursos, cuidadosamente elaborados por Lucas, ocupan casi una tercera parte de la obra y cumplen en el libro de los Hechos la misma función que las palabras de Jesús en los evangelios: la Buena Noticia proclamada por los primeros misioneros que ilumina este primer capítulo de la historia de la Iglesia, presentada en episodios llenos de vida y dramatismo.



Nacimiento y primeros pasos de la Iglesia. El libro de los Hechos nos trae a la memoria el nacimiento, la consolidación y expansión de la Iglesia, continuadora de Cristo y su misión, en muchas Iglesias o comunidades locales de culturas y lenguas diferentes que forman, entre todas, la gran unidad del Pueblo de Dios. Primero es la Iglesia rectora de Jerusalén

de donde todo arranca; después toma el relevo Antioquía, y así sucesivamente. La expansión no es sólo geográfica; es principalmente un ir penetrando y ganando para el Evangelio hombres y mujeres de toda lengua y nación. Ésta es la constante del libro que culmina en la última página, en Roma.

La organización de las Iglesias que nos presenta Lucas es fluida, con un cuerpo rector local de «ancianos» (en griego presbíteros). Los apóstoles tienen la responsabilidad superior. Hay constancia de una vida sacramental y litúrgica: bautismo, imposición de manos o ministerio ordenado, celebraciones y catequesis.

El libro de los Hechos y el cristiano de hoy. Como Palabra de Dios, el libro de los Hechos sigue tan vivo y actual, hoy, como hace dos mil años. El mismo Espíritu que animó y sostuvo a aquellas primeras comunidades cristianas, sigue presente y operante en la Iglesia de hoy, impulsando, animando y confortando a los testigos del Evangelio de nuestros días. Hoy como entonces, Lucas nos interpela con la misma llamada a la conversión y al seguimiento de Jesús en una fraternidad que no conoce fronteras donde se vive ya, en fe y en esperanza, la salvación que Jesús nos trajo con su muerte y resurrección. Finalmente, es un libro que nos da la seguridad de que la Palabra de Salvación, impulsada por el Espíritu, no será nunca encadenada ni amordazada porque lleva en sí el aliento del poder y del amor salvador de Dios.

Prólogo
(cfr. Lc 1,1-4)

1 1 En mi primer libro, querido Teófilo,
conté todo lo que Jesús hizo y enseñó
desde el principio 2 hasta el día que fue lle-
vado al cielo, después de haber dado ins-
trucciones, por medio del Espíritu Santo, a
los apóstoles que había elegido.

Promesa del Espíritu Santo

3 Después de su pasión, se les había pre-
sentado vivo durante cuarenta días, dán-
doles muchas pruebas, mostrándose y
hablando del reino de Dios. 4 Mientras co-
mía con ellos, les encargó que no se aleja-
ran de Jerusalén, sino que esperaran lo
prometido por el Padre: la promesa que yo
les he anunciado –les dijo–: 5 que Juan
bautizó con agua, pero ustedes serán bau-
tizados dentro de poco con Espíritu Santo.

Ascensión de Jesús
(cfr. Lc 24,50-52)

6 Estando ya reunidos le preguntaban:
—Señor, ¿es ahora cuando vas a restau-
rar la soberanía de Israel?
7 Él les contestó:
—No les toca a ustedes saber los tiempos
y circunstancias que el Padre ha fijado con
su propia autoridad. 8 Pero recibirán la fuerza
del Espíritu Santo que vendrá sobre ustedes,
y serán testigos míos en Jerusalén, Judea y
Samaría y hasta el confín del mundo.
9 Dicho esto, los apóstoles lo vieron ele-
varse, y una nube lo ocultó de la vista.
10 Seguían con los ojos fijos en el cielo
mientras él se marchaba, cuando dos per-
sonas vestidas de blanco se les presentaron
11 y les dijeron:
—Hombres de Galilea, ¿qué hacen ahí
mirando al cielo? Este Jesús, que les ha
sido quitado y elevado al cielo, vendrá de la
misma manera que lo han visto partir.

Primer informe sobre la comunidad de Jerusalén

12 Entonces se volvieron a Jerusalén

1,1s Prólogo. Con este breve prólogo, Lucas enlaza el presente libro al tercer evangelio, como si se tratara de la segunda parte de una gran obra. Así, la historia de la naciente Iglesia –los Hechos– queda firmemente enraizada en el ministerio de Jesús –el evangelio–. El libro lo dedica a Teófilo, el mismo «querido Teófilo» a quien está dedicado el evangelio (Lc 1,3). «Teófilo» significa en lengua griega «amigo de Dios». Todos somos, pues, «teófilos», y para todos nosotros escribió Lucas su relato.

1,3-5 Promesa del Espíritu Santo. Antes de comenzar a relatar la historia de la Iglesia, Lucas nos presenta dos etapas intermedias de preparación de los discípulos: una de 40 días en la que Jesús resucitado actúa en la comunidad; y otra, previa a la venida del Espíritu Santo, que los discípulos dedican a la oración. Entre ambas etapas relata la Ascensión de Jesús al cielo.

El tiempo de la primera etapa lo cifra en 40 días, pero más que el tiempo trascurrido, le interesa resaltar el simbolismo del número 40, de uso tan frecuente en la Biblia: los 40 días de Moisés en la montaña (cfr. Éx 24,18; 34,28), los 40 días de Elías peregrinando al monte de Dios (cfr. 1 Re 19,8) y los 40 días de las tentaciones de Jesús en el desierto (cfr. Lc 4,2). Tiempo, pues, de prueba, de duda, de discernimiento y de fe. Por esa situación pasaron también los discípulos, todavia desconcertados por el acontecimiento de la resurrección. A Lucas le interesa resaltar que Jesús es una persona viva, el mismo a quien acompañaron por los caminos de Palestina, y que fue ejecutado en una cruz; está ahora con ellos, resucitado. Jesús les deja un encargo y una promesa: el encargo de que no se alejen de Jerusalén y la promesa de que dentro de poco serán bautizados con el Espíritu Santo.

1,6-11 Ascensión de Jesús. Lucas es el único autor del Nuevo Testamento que escenifica la exaltación de Jesús con una imagen visual de subida al cielo (cfr. también Lc 24,51). ¿Qué nos quiere decir con esto? Durante los 40 días antes mencionados, quedó claro que Jesús estaba vivo y que era el mismo que ellos habían conocido y con quien habían compartido la experiencia inenarrable de su vida. Pero ésta era sólo una cara de la resurrección.

La otra cara la explica Lucas con la ascensión: la presencia de Jesús entre nosotros sigue siendo «real», pero distinta. La nube que lo «oculta» mientras subía al cielo no nos está indicando su «ausencia», sino una forma distinta de su presencia. De aquí en adelante, Jesús estará presente entre nosotros a través de su Espíritu, cuya misión en la comunidad es ser memoria permanente y dinámica para que no olvidemos lo que dijo y lo que hizo. Los discípulos no comprenden y especulan sobre la restauración inmediata de la soberanía de Israel.

Lucas termina su relato presentándonos a los discípulos, como pasmados, mirando al cielo y a unos personajes vestidos de blanco que les reprochan: «¿Qué hacen ahí mirando al cielo?» (11). Los discípulos, luego, regresan a Jerusalén. Allí les espera el duro trabajo de la evangelización inicial.

desde el monte de los Olivos, que dista de
Jerusalén tan sólo lo que la ley permite ca-
minar en día sábado. 13 Cuando llegaron,
subieron al piso superior donde se aloja-
ban. Estaban Pedro y Juan, Santiago y An-
drés, Felipe y Tomás, Bartolomé y Mateo,
Santiago de Alfeo, Simón el Zelota y Judas
de Santiago.
14 Todos ellos, con algunas mujeres, la
madre de Jesús y sus parientes, permane-
cían íntimamente unidos en la oración.

**Elección de Matías
y primer discurso de los Hechos**

15 Un día de aquellos Pedro se puso de
pie en medio de los hermanos, ciento vein-
te personas reunidas, y dijo:
16 —Queridos hermanos, tenía que
cumplirse lo que el Espíritu Santo profetizó
por medio de David acerca de Judas, el
que guió a los que arrestaron a Jesús,
17 que era uno de los nuestros y compartía
nuestro ministerio. 18 Con el dinero que le
pagaron por su maldad compró un terre-
no, cayó de cabeza, su cuerpo se abrió y
se le salieron las entrañas. 19 Todos los ve-
cinos de Jerusalén se enteraron, de modo
que el terreno se llama en su lengua *Ha-
quéldama*, es decir Campo de Sangre.
20 Porque está escrito en el libro de los Sal-
mos:

Quede su morada despoblada
sin que nadie la habite,
y *que su puesto lo ocupe otro*.

21 Ahora bien, es necesario que uno de
los que nos acompañaron mientras el Se-
ñor Jesús estaba entre nosotros, 22 desde el
bautismo de Juan hasta que nos fue quita-
do, sea constituido junto con nosotros tes-
tigo de su resurrección.
23 Designaron a dos: José, llamado Bar-
sabás, apodado Justo, y Matías.
24 Después rezaron así:
—Tú, Señor, que conoces los corazones
de todos, indícanos a cuál de los dos eliges
25 para ocupar el puesto de este ministerio
apostólico, que Judas abandonó para mar-
char al lugar que le correspondía.
26 La suerte tocó a Matías y fue incorpo-
rado a los once apóstoles.

1,12-14 Primer informe sobre la comunidad de Jerusalén. Éste es el primero de los sumarios o resúmenes que Lucas presenta en los Hechos. Son como paradas narrativas entre los diversos episodios de su libro. Conectan con lo anteriormente narrado y nos dan las claves de interpretación de lo que a continuación va a contar.

Lucas nos presenta aquí el núcleo original de la Iglesia constituida por tres grupos: los once, las mujeres y la familia de Jesús. Lo mismo que al inicio de su evangelio, sitúa en un lugar destacado a María. Dice escuetamente que estaba allí. Es fácil imaginarse, sin embargo, lo que debió suponer su presencia en medio de aquellos discípulos que todavía dudaban ante la misión encomendada por Jesús.

Al finalizar el Concilio Vaticano II en 1965, el papa Pablo VI proclamó a María como «Madre de la Iglesia». Es así como nos la presenta Lucas. Ella no podía estar ausente cuando la Iglesia estaba a punto de nacer. En este núcleo original de la Iglesia estaban también las mujeres que siguieron a Jesús desde el principio de su vida pública. El libro de los Hechos nos va a demostrar que no había, en el primer grupo de discípulos, absolutamente ninguna discriminación entre hombres y mujeres ante las responsabilidades de llevar adelante la misión de Jesús. La discriminación, contra la que seguimos luchando en nuestros días, vino después y no tuvo nada que ver con el Evangelio.

Con este primer informe comienza la segunda etapa de preparación para la venida del Espíritu y va a estar dedicada a la oración. Durará nueve días. El lugar de reunión de aquel pequeño grupo era el piso superior de la casa donde estaban alojados. Allí perseveraban «íntimamente unidos» en la oración. La expresión «íntimamente unidos» es preferida por Lucas para destacar la unidad de la comunidad en la oración, en su manera de pensar y en su forma de actuar (cfr. 2,46; 4,24; 5,12; 8,6). Ya, desde aquí, nos señala algunas de las características fundamentales a las que toda comunidad cristiana debe aspirar.

1,15-26 Elección de Matías y primer discurso de los Hechos. He aquí el primer discurso de los muchos que contiene el libro de los Hechos.

Pedro dirige la elección del sustituto de Judas, pero es la comunidad la que debe hacer la presentación del candidato. Era necesario que en el momento de la constitución de la Iglesia el número de los Doce –apóstoles–, símbolo de la universalidad de la nueva comunidad de los discípulos de Jesús, fuera completado después de la traición y muerte de Judas. Los símbolos jugaban un papel muy importante en la cultura religiosa de aquel tiempo.

La comunidad es consultada y los candidatos presentados de acuerdo a las condiciones que señala Pedro: que hubiera acompañado a Jesús durante su vida pública y que hubiera sido testigo de su resurrección. Todo se hace en un ambiente de oración.

Pentecostés
(cfr. Jn 20,22)

2 1 Cuando llegó el día de Pentecostés,
estaban todos reunidos. 2 De repente
vino del cielo un ruido, como de viento hu-
racanado, que llenó toda la casa donde se
alojaban. 3 Aparecieron lenguas como de
fuego, que descendieron por separado so-
bre cada uno de ellos. 4 Se llenaron todos
de Espíritu Santo y empezaron a hablar en
lenguas extranjeras, según el Espíritu les
permitía expresarse.
5 Residían entonces en Jerusalén judíos
piadosos, venidos de todos los países del
mundo. 6 Al oírse el ruido, se reunió una
multitud, y estaban asombrados porque
cada uno oía a los apóstoles hablando en
su propio idioma. 7 Fuera de sí por el asom-
bro, comentaban:
—¿Acaso los que hablan no son todos
galileos? 8 ¿Cómo es que cada uno los
oímos en nuestra lengua nativa? 9 Partos,
medos y elamitas, habitantes de Mesopota-
mia, Judea y Capadocia, Ponto y Asia,
10 Frigia y Panfilia, Egipto y los distritos de
Libia junto a Cirene, romanos residentes,
11 judíos y prosélitos, cretenses y árabes:
todos los oímos contar, en nuestras len-
guas, las maravillas de Dios.
12 Fuera de sí y perplejos, comentaban:
—¿Qué significa esto?
13 Otros se burlaban diciendo:
—Han tomado demasiado vino.

2,1-13 Pentecostés. En estos versículos, Lucas relata el acontecimiento más importante de los Hechos: Pentecostés o el nacimiento de la Iglesia. El lector de hoy que lee y medita este episodio puede preguntarse si efectivamente así sucedió todo… O quizás fue de otra manera.

Para dar respuesta a esta interrogante, debemos tener en cuenta lo siguiente: Lucas quiere contarnos un hecho evidente en las comunidades cristianas de su tiempo: el Espíritu Santo, prometido por Jesús, estaba actuando en y por ellas. La gente que oía su testimonio se convertía. Las persecuciones confirmaban su fe y su decisión de seguir anunciando el Evangelio. Estaba surgiendo, pues, una nueva comunidad de hombres y mujeres que vivían como hermanos y hermanas, unánimes en la oración, solidarios en el día a día, pues lo compartían todo, y alegres por el Evangelio. Estaban convencidos de estar inaugurando los tiempos nuevos prometidos por Jesús.

¿Cómo describir esta venida transformadora del Espíritu Santo que dio origen a la Iglesia y seguía animando a las comunidades de aquel entonces?

Los demás autores del Nuevo Testamento hablan de esta realidad, pero ninguno de ellos se atrevió a describirla. Lucas lo intenta; pero, ¿cómo lo hace? A Lucas no le interesa el cómo y el cuándo. Su narración va más allá de las circunstancias concretas en que aquellos hombres y mujeres se sintieron llenos del Espíritu. A Lucas le interesa transmitirnos el sentido, el alcance y las consecuencias de la venida para aquella comunidad de creyentes y para el mundo entero. Para eso construye este relato que conserva su frescura y actualidad dos mil años después de haber sido escrito. No sólo narra un hecho del pasado, es decir, la primera venida del Espíritu, sino que podría servir de modelo para contar e interpretar lo que el Espíritu sigue haciendo en las personas y en nuestras comunidades cristianas de hoy.

En primer lugar, Lucas propone para esta primera venida del Espíritu una fecha muy significativa para los judíos: el día en que terminaban las siete semanas de celebraciones después de la Pascua, es decir el día cincuenta, que en lengua griega se dice «pentecostés», un día asociado al recuerdo de la Alianza de Dios con el pueblo judío en el monte Sinaí. Éste es el primer mensaje de Lucas: la venida del Espíritu inaugura una nueva alianza de Dios con todos los hombres y mujeres de la tierra.

A continuación nos presenta el primer escenario de su narración: la casa donde la comunidad estaba reunida en oración desde hacía nueve días con María, la madre de Jesús. El Espíritu viene y se apodera de todos ellos.

¿Cómo contar un acontecimiento tan extraordinario? Lucas recurre a las imágenes clásicas usadas en el Antiguo Testamento para describir las intervenciones de Dios. Habla de un ruido, como de viento huracanado, que invadió toda la casa. La lengua griega usa el mismo término para designar «viento» y «Espíritu». Después aparecen como lenguas de fuego que se reparten y se posan sobre cada uno de los presentes quienes, llenos ya del Espíritu, comienzan a hablar en lenguas extranjeras.

Hoy diríamos, en términos modernos, que Lucas nos presenta una composición audiovisual para comunicarnos cómo el Espíritu de Dios tomó posesión de aquellos hombres y mujeres.

Seguidamente cambia de escenario. Los discípulos parecen no estar en una casa, sino ante una multitud congregada, venida de muchas naciones que, asombrada, escucha a los apóstoles hablando en su propio idioma.

La pluralidad de la multitud, que Lucas presenta con insistencia, nos revela la apertura del Evangelio a todas las naciones, a todas las culturas. Hoy hablamos de inculturación del Evangelio o evangelización de las culturas como de algo impuesto por los signos de los tiempos.

Pedro, testigo de la resurrección

14 Pedro se puso de pie con los Once y levantando la voz les dirigió la palabra:

—Judíos y todos los que habitan en Jerusalén, sépanlo bien y presten atención a lo que voy a decir.

15 Estos hombres no están ebrios, como ustedes sospechan, ya que no son más que
las nueve de la mañana. 16 Sino que está
cumpliéndose lo que anunció el profeta Joel:

17 En los últimos tiempos –dice Dios–

derramaré mi espíritu sobre todos:
sus hijos e hijas profetizarán,
sus jóvenes verán visiones
y sus ancianos tendrán sueños;
18 *también sobre mis servidores*
y mis servidoras
derramaré mi espíritu aquel día
y profetizarán.
19 *Haré prodigios arriba en el cielo*
y abajo en la tierra:
sangre, fuego, humareda;
20 *el sol aparecerá oscuro,*
la luna ensangrentada,
antes de llegar el día del Señor,
grande y glorioso.
21 *Todos los que invoquen*
el nombre del Señor se salvarán.

22 Israelitas, escuchen mis palabras:

—Jesús de Nazaret fue un hombre acreditado por Dios ante ustedes con los milagros, prodigios y señales que Dios realizó
por su medio, como bien saben. 23 A éste
hombre, entregado conforme a los planes y propósitos que Dios tenía hechos de antemano, ustedes lo crucificaron y le dieron
muerte por medio de gente sin ley. 24 Pero
Dios, liberándolo de los rigores de la muerte, lo resucitó, porque la muerte no podía retenerlo.

25 David dice refiriéndose a él:

Pongo siempre delante al Señor:
con él a la derecha no vacilaré.
26 *Por eso se me alegra el corazón,*
mi lengua canta llena de gozo
y mi carne descansa esperanzada:
27 *porque no me dejarás en la muerte*
ni permitirás que tu devoto
conozca la corrupción.
28 *Me enseñaste el camino de la vida,*
me llenarás de gozo en tu presencia.

29 Hermanos, permítanme que les diga con toda franqueza: el patriarca David murió y fue sepultado, y su sepulcro se con-
serva hasta hoy entre nosotros. 30 Pero
como era profeta y sabía que Dios le había prometido con juramento *que un descen-*

¿Es posible que hayamos tardado tanto tiempo en comprender lo que nos dice Lucas sobre la pluralidad de la Iglesia en el primer día de su nacimiento?

Lucas prosigue su narración con una nota de ironía. Algunos de los presentes afirmaban que aquellos hombres que les hablaban estaban borrachos.

2,14-41 Pedro, testigo de la resurrección. Entonces Pedro y los once se pusieron de pie. Hemos llegado a la parte más importante de la narración de Lucas, que interpreta a través de las palabras de Pedro todo lo que está sucediendo.

¿Se trata del mismo Pedro que conocimos en el evangelio? No. Audacia y atrevimiento serían las palabras para describir al nuevo Pedro que surge de la experiencia de Pentecostés. Habla con autoridad. Como los antiguos profetas, asume el papel de jefe del nuevo pueblo de Dios que acaba de nacer y sus palabras abren el tiempo del testimonio que ha de recorrer el mundo.

Su mensaje es de denuncia y esperanza. Les dice que se está cumpliendo lo que los profetas anunciaron para el final de los tiempos: «derramaré mi Espíritu sobre todos: sus hijos e hijas profetizarán, sus jóvenes verán visiones y sus ancianos tendrán sueños» (17) y «todos los que invoquen el nombre del Señor se salvarán» (21).

A continuación presenta al que ha abierto las puertas a la presencia y poder del Espíritu: Jesús de Nazaret a quien «ustedes lo crucificaron y le dieron muerte … pero Dios lo resucitó» (23s), y «exaltado a la diestra de Dios, ha recibido del Padre el Espíritu Santo prometido y lo ha comunicado como ustedes están viendo y oyendo» (33). «Dios lo ha nombrado Señor y Mesías» (36). He aquí, en boca de Pedro, la confesión esencial de la fe cristiana que no dejará ya de anunciarse hasta el final de los tiempos.

El efecto del testimonio de Pedro fue inmediato. «¿Qué debemos hacer, hermanos?» (37), exclamaron muchos de los allí presentes.

Ésta es la pregunta que debemos hacernos todos los oyentes del Evangelio. A este interrogante universal responden las palabras de Pedro que recogen las exigencias del Evangelio válidas para todos los tiempos:

«Arrepiéntanse y háganse bautizar invocando el nombre de Jesucristo, para que se les perdonen los pecados, y así recibirán el don del Espíritu Santo», es decir, una nueva vida, la de hijos e hijas de Dios.

diente carnal suyo se sentaría en su trono,
31 previó y predijo la resurrección del Me-
sías, diciendo que *no quedaría abandonado*
en la muerte ni su carne experimentaría la
corrupción. 32 A este Jesús lo resucitó Dios
y todos nosotros somos testigos de ello.
33 Exaltado a la diestra de Dios, ha recibido
del Padre el Espíritu Santo prometido y lo
ha comunicado como ustedes están viendo
y oyendo.
34 Porque David no subió al cielo, sino
que dice:

Dijo el Señor a mi Señor:
Siéntate a mi derecha,
35 *hasta que ponga tus enemigos*
debajo de tus pies.

36 Por tanto, que todo el pueblo de Israel
reconozca que a este Jesús crucificado por
ustedes, Dios lo ha nombrado Señor y
Mesías.
37 Lo que oyeron les llegó al corazón y
dijeron a Pedro y a los otros apóstoles:
—¿Qué debemos hacer, hermanos?
38 Pedro les contestó:
—Arrepiéntanse y háganse bautizar in-
vocando el nombre de Jesucristo, para que
se les perdonen los pecados, y así recibirán
el don del Espíritu Santo. 39 Porque la pro-
mesa ha sido hecha para ustedes y para
sus hijos y para todos aquellos que están
lejos a quienes llamará el Señor nuestro
Dios.
40 Y con otras muchas razones les habla-
ba y los exhortaba diciendo:
—Pónganse a salvo, apártense de esta
generación malvada.
41 Los que aceptaron sus palabras se
bautizaron y aquel día se incorporaron unas
tres mil personas.

Segundo informe: la primera comunidad cristiana

42 Se reunían frecuentemente para escu-
char la enseñanza de los apóstoles, y parti-
cipar en la vida común, en la fracción del
pan y en las oraciones.
43 Ante los prodigios y señales que ha-
cían los apóstoles, un sentido de reverencia
se apoderó de todos.
44 Los creyentes estaban todos unidos y
poseían todo en común.
45 Vendían bienes y posesiones y las re-
partían según la necesidad de cada uno.
46 A diario acudían fielmente e íntima-
mente unidos al templo; en sus casas par-
tían el pan, compartían la comida con
alegría y sencillez sincera. 47 Alababan a
Dios y todo el mundo los estimaba.
El Señor iba incorporando a la comuni-
dad a cuantos se iban salvando.

Sanación de un paralítico
(cfr. Lc 5,17-26)

3 1 Pedro y Juan subían al templo para
la oración de media tarde. 2 Un hom-
bre paralítico de nacimiento solía ser trans-

Termina Lucas su relato diciendo que aquel día se convirtieron unas tres mil personas. Más que el número, Lucas quiere resaltar la fuerza irresistible del Evangelio y la presencia operante del Espíritu.

La Iglesia, como nuevo pueblo de Dios, había comenzado aquel día de Pentecostés su andadura histórica.

Los protagonistas del libro de los Hechos han sido presentados:

El Espíritu Santo, la Palabra de Dios llevada por los testigos misioneros a todos los pueblos y la comunidad que nace de la Palabra y del Espíritu como el nuevo Pueblo de Dios.

2,42-47 Segundo informe: la primera comunidad cristiana. Lucas cierra este episodio de Pentecostés con su segundo sumario en que nos cuenta brevemente la vida interna de la primera comunidad de Jerusalén como efecto inmediato del don del Espíritu. Describe las actitudes y prácticas que expresan y mantienen esa vida: la escucha de las enseñanzas de los apóstoles, la oración continua y la «fracción del pan», término con que la Iglesia primitiva designaba a la eucaristía, que es el sacramento de la comunión con Cristo, palabra y pan de vida (Jn 6,34.51). Añade algo más: esta unión se manifiesta en la comunión de bienes. Los ricos vendían sus propiedades y las repartían entre los pobres.

Se ha dicho que el evangelio de Lucas es el evangelio de los pobres. Esa preocupación por los desposeídos aparecerá de nuevo a lo largo de todo el libro de los Hechos. De momento, en una frase escueta nos indica que la comunidad practicaba algo tan revolucionario y tan nuevo entonces como ahora, es decir, que los ricos repartieran sus bienes entre los pobres. Finaliza esta sección describiendo el crecimiento rápido de la comunidad cristiana como signo de la presencia del Espíritu y también como fruto de su fidelidad a Jesús. El testimonio de vida de los cristianos ayer y hoy es el impacto mayor que acompaña todo proceso de evangelización.

3,1-11 Sanación de un paralítico. Esta sanación se realiza dentro de la vida cotidiana judía, donde el cul-

portado diariamente y colocado a la puerta del templo llamada l*a Hermosa,* para pedir limosna a los que entraban en el templo. 3 Al ver entrar en el templo a Pedro y a Juan, les pidió limosna. 4 Pedro, acompañado de Juan, lo miró fijamente y le dijo:

—Míranos.

5 Él los observaba esperando recibir algo de ellos. 6 Pero Pedro le dijo:

—No tengo plata ni oro pero lo que tengo te lo doy: en nombre de Jesucristo, el Nazareno, levántate y camina.

7 Y tomándolo de la mano derecha lo levantó. De inmediato se le robustecieron los pies y los tobillos, 8 se levantó de un salto, comenzó a caminar y entró con ellos en el templo, paseando, saltando y alabando a Dios.

9 Toda la gente lo vio caminar y alabar a Dios; 10 y, al reconocer que era el que pedía limosna sentado a la puerta Hermosa del templo, se llenaron de asombro y estupor ante lo sucedido. 11 Como seguía sujetado a Pedro y a Juan, toda la gente corrió asombrada hacia ellos, al pórtico de Salomón.

Discurso de Pedro en el pórtico

12 Pedro, al verlos, les dirigió la palabra:

—Israelitas, ¿por qué se asombran y se quedan así, mirándonos como si hubiéramos hecho caminar a éste con nuestro propio poder o santidad? 13 *El Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob, el Dios de nuestros padres, ha glorificado a su siervo Jesús,* al que entregaron y rechazaron ante Pilato, que había sentenciado ponerlo en libertad.

14 Ustedes rechazaron al santo e inocente, y pidieron como una gracia la libertad de un homicida 15 mientras dieron muerte al Señor de la vida. Dios lo ha resucitado de la muerte y nosotros somos testigos de ello.

16 Porque ha creído en su Nombre, éste que ustedes conocen y están viendo ha recibido de ese Nombre vigor, y la fe que proviene de él le ha dado salud completa en presencia de todos ustedes.

17 Ahora bien, hermanos, sé que tanto ustedes como sus jefes lo hicieron por ignorancia. 18 Sólo que Dios ha cumplido así lo anunciado por todos los profetas, que su Mesías iba a padecer.

19 Ahora, arrepiéntanse y conviértanse para que todos sus pecados sean perdonados, 20 y así el Señor hará venir tiempos de consuelo y enviará a Jesús, el Mesías destinado desde el principio para ustedes.

21 Él tiene que permanecer en el cielo hasta el tiempo de la restauración universal que anunció Dios desde antiguo por medio de sus santos profetas.

22 Moisés dijo:

El Señor Dios les hará surgir
de entre sus hermanos
un profeta como yo,
escuchen lo que diga.
23 *El que no escuche a aquel profeta*
será excluido de su pueblo.

---

to público –uno por la mañana y otro por la tarde– tiene una significación especial.

Pedro y Juan acuden al templo a orar, pero la presencia abatida del paralítico a la entrada les hace cambiar radicalmente. El paralítico representa al pobre y al pueblo marginado por la Ley y el templo.

El paralítico pide una limosna a Pedro. Éste no tiene oro ni plata pero posee un don de un valor incalculable: el poder de invocar el nombre de Jesús Nazareno.

A la invocación acompaña el gesto humano, el tacto comunicativo. El efecto es inmediato. La sanación del paralítico simboliza el poder vivificador de Jesús.

Otro efecto es el asombro de la gente, es decir, una extrañeza o perplejidad que desea y busca comprender. Esta actitud lleva a Pedro a dar testimonio y anunciar, de nuevo, la muerte y resurrección de Jesús.

3,12-26 Discurso de Pedro en el pórtico. He aquí el segundo discurso misionero de Pedro, que interpreta el milagro anterior en todo su sentido y significación. No lo hace con teorías ni sermones abstractos. Ante los ojos de todos estaba el mendigo lisiado, ya sanado y lleno de alegría. Un poder nuevo, que no es el del dinero, se ha manifestado en medio de todos. Pedro dice que ese poder no es suyo, sino del «nombre» de Jesús. En la cultura bíblica, hablar y actuar en «nombre» de alguien significaba hacerlo con la autoridad y el poder de dicha persona.

A lo largo de su discurso Pedro nos dice lo que significa el «nombre» de Jesús: es el Servidor, es el Príncipe de la Vida, es el Mesías Salvador, es el Santo e Inocente. Dios lo ha resucitado y enviado para bendecir y convertir a cada uno de sus maldades.

Pedro destaca la importancia de la fe en Jesús, tanto de los que invocan su nombre –Juan y él– como del paralítico que pide la sanación.

En este episodio Lucas nos presenta de un modo narrativo en qué debe consistir el testimonio de la

24 Todos los profetas, desde Samuel y
por turno, hablaron y anunciaron estos
tiempos. 25 Ustedes son herederos de los
profetas y de la alianza que Dios otorgó a
nuestros padres, cuando dijo a Abrahán: En
tu descendencia serán benditas todas las
familias del mundo.

26 Dios resucitó a su siervo y lo envió,
primero a ustedes, para bendecirlos ha-
ciendo que cada uno se convierta de sus
maldades.

Pedro y Juan ante el Consejo

4 1 Mientras hablaban al pueblo, se les
presentaron los sacerdotes, el comi-
sario del templo y los saduceos, 2 irritados
porque instruían al pueblo anunciando la
resurrección de la muerte por medio de Je-
sús. 3 Los detuvieron y, como ya era tarde,
los metieron en prisión hasta el día siguien-
te. 4 Muchos de los que oyeron el discurso
abrazaron la fe, y así la comunidad llegó a
unos cinco mil.

5 Al día siguiente se reunieron en Jeru-
salén los jefes, los ancianos y los letrados,
6 también Anás el sumo sacerdote y Caifás,
Juan y Alejandro y todos los familiares de
sumos sacerdotes. 7 Hicieron comparecer a
los apóstoles y los interrogaban:

—¿Con qué poder o en nombre de quién
han hecho eso?

8 Entonces Pedro, lleno de Espíritu San-
to, respondió:

—Jefes del pueblo y ancianos: 9 por ha-
ber hecho un bien a un enfermo, hoy nos
interrogan para saber de qué manera ha
sido sanado este hombre.

10 Conste a todos ustedes y a todo el
pueblo de Israel que este hombre ha sido
sanado en nombre de Jesucristo el Nazare-
no, a quien ustedes crucificaron y Dios re-
sucitó de la muerte.

Gracias a él, este hombre está sano en
presencia de ustedes. 11 *Él es la piedra de-
sechada por ustedes, los arquitectos, que se
ha convertido en piedra angular.* 12 En nin-
gún otro se encuentra la salvación; ya que
no se ha dado a los hombres sobre la tierra
otro Nombre por el cual podamos ser sal-
vados.

13 Al ver la seguridad de Pedro y Juan y
notando que eran hombres simples y sin
instrucción, se admiraban; también sabían
que habían sido compañeros de Jesús
14 pero, viendo junto a ellos al hombre que
había sido sanado, se quedaron sin réplica.

15 Ordenaron entonces que salieran del
tribunal y se pusieron a deliberar:

16 —¿Qué hacemos con estos hombres?
Han hecho un milagro evidente, todos los
vecinos de Jerusalén lo saben y no pode-
mos negarlo. 17 Pero, para que no se siga

Iglesia de todos los tiempos: liberación; anuncio del poder de Jesús resucitado y vivo en medio de su pueblo; denuncia; invitación a la conversión y a un cambio radical de vida; y creación de una nueva comunidad.

4,1-22 Pedro y Juan ante el Consejo. Aparece un elemento nuevo en la vida de la comunidad: la persecución, que ya no abandonará a los testigos/misioneros del Evangelio a lo largo de todo el libro de los Hechos. Se realiza lo que había anunciado Jesús: sus discípulos serán perseguidos, pero el Espíritu Santo hablará por ellos ante sus perseguidores (cfr. Lc 12,4-12; 21,12-19).

La predicción de Jesús la escenifica magistralmente Lucas en este episodio. El escenario es impresionante: por una parte, la sala del Gran Consejo con todo el poder policial, político, económico y religioso de Israel; y por otra, los acusados Pedro y Juan, hombres sencillos y sin cultura. La acusación no podía ser más grave a los ojos de aquellos poderosos señores de Israel: anunciar el nombre de Jesús al pueblo en el templo, «su» templo.

Normalmente, las personas humildes agachan la cabeza, piden perdón y esperan el castigo. Aquí ocurre lo inaudito; los acusados se convierten en acusadores. Pedro no pierde ocasión de dar testimonio de Jesús y esta ocasión es única. Como en sus anteriores discursos, anuncia de nuevo el mensaje de la muerte y resurrección de Jesús. Pero esta vez dice más: afirma enfáticamente que «no se ha dado a los hombres sobre la tierra a otro Nombre por el cual podamos ser salvados» (12).

El paralítico sanado estaba presente como prueba. Los acusadores se sienten desarmados y vencidos. Por otra parte, puntualiza Lucas, el pueblo estaba con los acusados y daba gloria a Dios. Al final, para no sentirse del todo desautorizados, los poderosos les prohibieron hablar en nombre de Jesús, pero Pedro tiene la última palabra que repetirán ya en adelante todos los hombres y mujeres que, haciendo suyas las causas de los empobrecidos, se han de enfrentar a los poderes constituidos: «no podemos callar lo que hemos visto y oído» (20). La persecución en la comunidad cristiana será de ahora en adelante un signo de fidelidad al mensaje de Jesús.

divulgando entre el pueblo, los amenazaremos para que no vuelvan a mencionar ese nombre a nadie.
[18] Los llamaron y les prohibieron terminantemente hablar y enseñar en nombre de Jesús.
[19] Pedro y Juan les replicaron:
—¿Juzguen ustedes si es correcto a los ojos de Dios que les obedezcamos a ustedes antes que a él? Júzguenlo.
[20] Nosotros, no podemos callar lo que hemos visto y oído.
[21] Repitiendo sus amenazas los dejaron en libertad, ya que no encontraban la manera de castigarlos, por temor al pueblo, que daba gloria a Dios por lo sucedido.
[22] El hombre beneficiado con la señal de la sanación tenía más de cuarenta años.

Oración de la comunidad

[23] Al verse libres, se reunieron con sus compañeros y les contaron lo que les habían dicho los sumos sacerdotes y los letrados.
[24] Al oírlos, íntimamente unidos a una voz oraron a Dios diciendo:
—Señor, que hiciste el cielo, la tierra, el mar y cuanto contienen;
[25] que por boca de tu siervo David, inspirado por el Espíritu Santo, dijiste:

¿Por qué se agitan las naciones
y los pueblos planean en vano?
[26] *Se levantaron los reyes de la tierra*
y los gobernantes se aliaron
contra el Señor y contra su Ungido.

[27] De hecho, en esta ciudad, se aliaron contra tu santo siervo Jesús, tu Ungido, Herodes y Poncio Pilato con paganos y gente de Israel,
[28] para ejecutar cuanto había determinado tu mano y tu designio.
[29] Ahora, Señor, fíjate en sus amenazas y concede a tus siervos anunciar tu mensaje con toda franqueza.
[30] Extiende tu mano para que sucedan sanaciones, señales y prodigios por el nombre de tu santo siervo Jesús.
[31] Al terminar la súplica, tembló el lugar donde estaban reunidos, se llenaron de Espíritu Santo y anunciaban el mensaje de Dios con franqueza.

Comunidad de bienes

[32] La multitud de los creyentes tenía una sola alma y un solo corazón. Nadie consideraba sus bienes como propios, sino que todo lo tenían en común.
[33] Con gran energía daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús y eran muy estimados.
[34] No había entre ellos ningún necesitado, porque los que poseían campos o casas los vendían,
[35] y entregaban el dinero a los apóstoles, quienes repartían a cada uno según su necesidad.
[36] Un tal José, a quien los apóstoles llamaban Bernabé, que significa Consolado, levita y chipriota de nacimiento,
[37] poseía un campo: lo vendió, y puso el dinero a disposición de los apóstoles.

4,23-31 Oración de la comunidad. El episodio del Gran Consejo lo cierra Lucas con la oración de la comunidad. Pedro y Juan vuelven a ella. Allí comparten, interpretan lo sucedido y rezan. Es una oración para tiempos de persecución. No se elaboran proyectos para escapar del peligro ni se piden castigos para los perseguidores, sino que piden, en primer lugar, la libertad de seguir anunciado el mensaje de Jesús, y en segundo lugar, que la liberación, por la fuerza de su Nombre, continúe en sanaciones, señales y prodigios.

4,32-37 Comunidad de bienes. Este nuevo sumario amplía la información sobre la comunidad, esta vez centrado en la comunicación de bienes. Las tres afirmaciones con que nos describe Lucas la comunidad de Jerusalén nos dejan sin saber qué pensar: «tenía una sola alma y un solo corazón. Nadie consideraba sus bienes como propios» (32) y «no había entre ellos ningún necesitado» (34). ¿Se puede ser más utópico e idealista?

Sin embargo, Lucas era un hombre realista y con los pies en la tierra. Él mismo recoge en su evangelio las palabras de Jesús de que los pobres estarán siempre con nosotros. Cometeríamos, sin embargo, un gran error si no tomáramos en serio su testimonio sobre aquellos primeros cristianos. Lucas no pretende ofrecernos un sistema evangélico de reforma social; presenta una exigencia radical del mismo Evangelio que comenzó a hacerse ya realidad entre los primeros creyentes aunque fuera de un modo limitado, tímido, que no funcionaría por mucho tiempo y quizás no muy de acuerdo con las leyes de la economía.

En la comunidad había un problema serio de pobreza y la comunidad respondió a las necesidades de los pobres de un modo heroico. Su ejemplo está ahí cuestionando y apelando a los creyentes de hoy para que construyamos otro tipo de sociedad más justa y equitativa.

Es la fuerza de la utopía iluminando y empujando cada momento histórico. Hay que tomar las palabras de Lucas como lo que son: ejemplo, llamamiento, denuncia, aguijón y condena evangélica.

Ananías y Safira

5 1 Un tal Ananías, de acuerdo con su
mujer Safira, vendió una posesión,
2 se quedó con parte del dinero, llevó lo res-
tante y lo puso a disposición de los apósto-
les. 3 Pedro le dijo:
—Ananías, ¿Por qué dejaste que Sata-
nás se adueñara de ti y mentiste al Espíritu
Santo quedándote con parte del precio del
campo? 4 ¿No podías conservarlo? O, si lo
vendías, ¿no podías quedarte con el pre-
cio? ¿Qué te movió a proceder así? No has
mentido a los hombres, sino a Dios.
5 Al oír estas palabras, Ananías cayó
muerto y los que lo oyeron se atemoriza-
ron. 6 Fueron unos muchachos, lo cubrieron
y lo llevaron a enterrar.
7 Unas tres horas más tarde llegó su es-
posa sin saber lo sucedido.
8 Pedro le dirigió la palabra:
—Dime, ¿vendieron el campo a este
precio?
—Sí –contestó–.
9 Pedro replicó:
—¿Por qué se pusieron de acuerdo para
poner a prueba al Espíritu del Señor? Mira,
los que han enterrado a tu marido están ya
pisando el umbral de la puerta para llevar-
te también a ti.
10 Al instante cayó muerta a sus pies.
Entraron los muchachos y la encontraron
muerta; la sacaron y la enterraron junto a
su marido.
11 Toda la Iglesia y cuantos se enteraron
quedaron llenos de temor.

Tercer informe: milagros
(Lc 4,38-41; 5,12-26)

12 Los apóstoles realizaban muchas se-
ñales y milagros entre el pueblo. Todos ín-
timamente unidos acudían al pórtico de
Salomón; 13 pero de los extraños nadie se
atrevía a juntarse con ellos aunque el pue-
blo los estimaba mucho. 14 Se les iba agre-
gando un número creciente de creyentes en
el Señor, hombres y mujeres; 15 y hasta sa-
caban los enfermos a la calle y los coloca-
ban en catres y camillas, para que al pasar
Pedro, al menos su sombra los cubriera.
16 También los vecinos de los alrede-
dores de Jerusalén llevaban enfermos y po-
seídos de espíritus inmundos, y todos se
sanaban.

Persecución

17 Entonces el sumo sacerdote y los su-
yos, es decir, el partido saduceo, llenos de
celos, 18 hicieron arrestar a los apóstoles y
los metieron en la cárcel pública.

5,1-11 Ananías y Safira. Este episodio puede resultar sorprendente porque no corresponde a las sensibilidades de hoy. ¿No hay una desproporción entre la falta y el castigo? Lucas narra el acontecimiento muchos años después de que ocurriera y es probable que, para entonces, la imaginación popular hubiera agrandado y dramatizado los hechos. De todas formas, así los cuenta Lucas.

A veces merece la pena contar una historia terrible para amonestar y poner en guardia a la comunidad. Es interesante observar el por qué de un castigo tan excepcional; fue un problema de dinero, mentira y corrupción. Verdaderamente, aquellos discípulos de Jesús se tomaban en serio su compromiso cristiano.

5,12-16 Tercer informe: milagros. Antes de narrar las nuevas persecuciones, Lucas intenta resaltar el éxito del Evangelio que comienza a abrirse camino a través de signos y de toda clase de sanaciones. El poder de sanación de Pedro recuerda el de Jesús. La comunidad es objeto de la admiración y del reconocimiento del pueblo.

5,17-42 Persecución. Este nuevo acto de persecución por parte del Gran Consejo se parece mucho al precedente (4,1-22): arresto, interrogatorio, respuesta del acusado, deliberación privada y prohibición. Las autoridades les habían impuesto una prohibición formal que ellos habían quebrantado. Son reos reincidentes y deben dar cuenta de su desprecio al tribunal.

Esta vez sin embargo, hay un elemento nuevo: el Gran Consejo está dividido. En el partido de los fariseos había simpatizantes de los apóstoles, entre otras razones porque también creían en la resurrección.

Lucas ve siempre en la creencia de la resurrección un punto de unión entre judíos y cristianos. Esta vez, es el partido de los saduceos, que negaba la resurrección, el promotor del arresto de los apóstoles.

Dice Lucas que aquellos señores estaban llenos de celos. Los apóstoles son encarcelados. El narrador echa mano de una intervención celestial al estilo tradicional: un ángel los libera y les dice que vuelvan al templo a enseñar. Mensaje de Lucas: cuando Dios quiere que algo vaya adelante, toda oposición humana parece ridícula. Efectivamente, en toda la escena posterior así aparece.

El Gran Consejo reunido espera la comparecencia de los reos. ¿Dónde están?, justamente en el dominio de los saduceos, en el templo enseñando al pueblo. De nuevo fueron apresados por la policía, esta vez sin violencia, precisa Lucas, y fueron llevados al Gran Consejo.

19 Pero de noche el ángel del Señor les
abrió las puertas, los sacó de la prisión y les
encargó:
20 —Vayan al templo y anuncien al pue-
blo este nuevo modo de vida.
21 Los apóstoles obedecieron y por la
mañana muy temprano entraron al templo
y se pusieron a enseñar.
Entre tanto, se presentó el sumo sacer-
dote con los suyos, convocaron el Consejo
y a todo el senado del pueblo de Israel, y
enviaron gente a la cárcel para traerlos.
22 Cuando los guardias llegaron a la pri-
sión no los encontraron y volvieron 23 con
este informe:
—Encontramos la cárcel asegurada con
cerrojos, los guardias de pie junto a la puer-
ta; abrimos y no encontramos a nadie
dentro.
24 Al oír el informe, el comisario del tem-
plo y los sumos sacerdotes quedaron des-
concertados, sin entender lo que había
sucedido.
25 En ese momento se presentó uno y
anunció:
—Los hombres que ustedes encarcela-
ron están en el templo instruyendo al pue-
blo.
26 Entonces el comisario del templo sa-
lió con sus ayudantes y trajeron a los após-
toles, pero sin violencia, porque temían que
el pueblo los apedrease. 27 Los condujeron
y los presentaron al Consejo.
El sumo sacerdote los interrogó:
28 —Les habíamos ordenado no enseñar
mencionando ese nombre, y han llenado
Jerusalén con su doctrina y quieren ha-
cernos responsables de la muerte de ese
hombre.
29 Pedro y los apóstoles replicaron:
—Hay que obedecer a Dios antes que a
los hombres.
30 El Dios de nuestros padres ha resu-
citado a Jesús, a quien ustedes ejecutaron
colgándolo de un madero. 31 A él, Dios lo
ha sentado a su derecha, nombrándolo jefe
y salvador, para ofrecer a Israel el arrepen-
timiento y el perdón de los pecados. 32 De
estos hechos, nosotros somos testigos con
el Espíritu Santo que Dios concede a los
que creen en él.
33 Al oír estas cosas se indignaron y, de-
liberaban condenarlos a muerte. 34 Enton-
ces un fariseo llamado Gamaliel, doctor de
la ley, muy estimado de todo el pueblo se
levantó y ordenó que hicieran salir a los
acusados. 35 Luego se dirigió a la asamblea
diciendo:
—Israelitas, fíjense bien en lo que van a
hacer con estos hombres. 36 Porque no ha-
ce mucho surgió Teudas que se hacía pasar
por un gran personaje, y le siguieron unos
cuatrocientos hombres. Lo mataron y todos
sus seguidores se dispersaron y acabaron
en nada. 37 Más tarde, durante el censo,
surgió Judas el Galileo y arrastró mucha
gente del pueblo. También él pereció y to-
dos sus partidarios se desparramaron.
38 Por eso, ahora les aconsejo que no se
metan con esos hombres, sino que los de-
jen en paz, porque si esta idea o esta obra
que ellos intentan hacer fuera cosa de hom-
bres, fracasará; 39 pero si es cosa de Dios,
no podrán destruirlos y estarán luchando
contra Dios.
Le hicieron caso, 40 llamaron a los após-
toles, los azotaron, les prohibieron hablar
en nombre de Jesús y los despidieron.

El jefe de los saduceos les acusa de haber llenado Jerusalén de la doctrina de ese «nombre», que no quiere pronunciar y que toda la ciudad lo estaba pronunciando. La respuesta de Pedro es siempre la misma: denuncia la muerte de Jesús, anuncia su resurrección e invita al arrepentimiento. La reacción es violenta. Los quieren condenar a muerte. Entonces, se levanta el fariseo Gamaliel, toma la palabra y da un vuelco dramático a la situación. A Lucas le interesa mucho el testimonio de este hombre ponderado y respetado por todos. No es cristiano y, por tanto, puede representar un modo de relaciones pacíficas entre judaísmo y cristianismo. Gamaliel presenta dos hechos históricos de falsos mesías que terminaron en fracaso, y saca la conclusión: Si todo esto «fuera cosa de hombres, fracasará» (38); «si es cosa de Dios, no podrán destruirlos y estarán luchando contra Dios» (39). Nótese el exquisito uso que hace Lucas de los verbos: «fuera» –hipotético–, «es» –real–.

Lucas termina el episodio con una experiencia nueva de los apóstoles. Se marchan contentos, no por haber sido liberados, sino por haber podido sufrir como Jesús. De ahora en adelante, la pasión de Jesús se irá repitiendo en la pasión de los protagonistas de los Hechos y de todos los que han sufrido y siguen sufriendo por la causa de Jesús a través de los tiempos. La pasión de Jesús continúa viva hoy en su pueblo.

41 Ellos se marcharon del tribunal con-
tentos de haber sido considerados dignos
de sufrir desprecios por el nombre de Je-
sús. 42 Y no cesaban todo el día, en el tem-
plo o en casa, de enseñar y anunciar la
Buena Noticia del Mesías Jesús.

La institución de los Siete

6 1 Por entonces, al aumentar el núme-
ro de los discípulos, empezaron los de
lengua griega a murmurar contra los de
lengua hebrea, porque sus viudas queda-
ban desatendidas en la distribución diaria
de los alimentos.

2 Los Doce convocaron a todos los dis-
cípulos y les dijeron:
—No es justo que nosotros descuidemos
la Palabra de Dios para servir a la mesa;
3 por tanto, hermanos, elijan entre ustedes
a siete hombres de buena fama, dotados de
Espíritu y de prudencia, y los encarga-
remos de esa tarea. 4 Nosotros nos dedi-
caremos a la oración y al ministerio de la
palabra.
5 Todos aprobaron la propuesta y eligie-
ron a Esteban, hombre lleno de fe y Espíritu
Santo, a Felipe, Prócoro, Nicanor, Timón,
Parmenas y Nicolás, prosélito de Antioquía.

6,1-7 La institución de los Siete. Con este capítulo comienza otra parte del libro de los Hechos en la que aparece un nuevo grupo en la Iglesia de Jerusalén: «los helenistas». La comunidad ha sido quizás idealizada por Lucas en los capítulos precedentes. En realidad, tenía problemas y no pequeños. No podía ser menos, porque se trataba de una comunidad muy compleja. La formaban dos grupos de diversa lengua, mentalidad, cultura y posición social. La división no podía tardar en llegar. Y llegó. Al narrar el episodio, Lucas, hombre conciliador, no hace más que insinuar el conflicto. Era demasiado conocido por todos y no merecía la pena insistir. El interés de Lucas está en presentar la solución pacífica a que se llegó sin que se rompiera la unidad de la comunidad y los frutos tan importantes que un grave conflicto eclesial bien resuelto puede producir. ¡Todo un ejemplo para nuestra Iglesia de hoy!

Ésta era la situación de aquella Iglesia de Jerusalén: por una parte, está el grupo cristiano de lengua aramea y cultura hebrea, grupo de la mayoría, del que forman parte los apóstoles. Sus costumbres y sus prácticas, algunas de ellas discriminatorias, son puramente judías. Un bagaje del que aún no habían sabido desprenderse, aun después de abrazar la fe, porque lo consideraban parte integrante del mensaje cristiano. En términos de hoy diríamos que formaban el ala tradicional y conservadora de aquella Iglesia. Por otra parte, está el grupo cristiano «helenista». El término «helenista», en general, designa a los judíos que habían nacido y vivido fuera de Palestina, en la «diáspora», en contacto sobre todo con la cultura griega, cuya lengua habían adoptado. Un buen número de ellos residía en Jerusalén donde tenían sus propias sinagogas, como grupo aparte. De talante más universal, formaban el ala avanzada, abierta y crítica del judaísmo. Un cierto número de estos judíos helenistas se hizo cristiano y, al convertirse, se afirmó más en ellos su crítica del judaísmo tradicional, sus costumbres, prácticas discriminatorias y prejuicios de los que aún no se había liberado el grupo conservador cristiano.

Son los recién convertidos «helenistas» los que provocan el conflicto dentro y fuera de la comunidad cristiana de Jerusalén. Hacia adentro, el problema aparentemente parece trivial y sin mayor importancia. Se quejan de la discriminación que sufren las viudas de su grupo a la hora del reparto de la comida. En realidad, el problema era mucho más de fondo como se verá después. Esta queja provoca una reunión general. Los doce apóstoles proponen una solución que es aceptada por todos: la elección de siete servidores, varones helenistas –todos tienen nombres griegos– para que atendieran a las necesidades materiales de las viudas, porque los apóstoles tenían un ministerio más importante que hacer, como predicar la Palabra de Dios.

Uno de los siete, de nombre Nicolás, era de origen pagano aunque simpatizante –prosélito– judío, natural de Antioquía. La situación de estos «simpatizantes» era muy incómoda. Querían ser judíos de pleno derecho pero no podían. Cuestión racial. Ahí estaba la Ley para impedírselo. Eran tolerados por una parte y discriminados por otra. No podían acudir al templo; no podían sentarse a comer con los judíos de raza, etc. Eran impuros, o sea, ciudadanos de segunda categoría. Cuando estos «simpatizantes» se hacían cristianos, la discriminación continuaba en el seno de la misma comunidad cristiana. ¿Se sentaban a la mesa, como iguales, junto a los cristianos de origen judío para celebrar la eucaristía?

Lucas habla como si la solución hubiera sido inmediata y fácil. Podemos imaginarnos lo que se calla, es decir, la discusión quizás acalorada, el diálogo, el discernimiento, el ceder de unos y de otros y, sobre todo, el clima de oración en que la polémica se resolvió. Con la imposición de las manos, los apóstoles transmiten a los siete elegidos el encargo y la gracia de Dios para cumplirlo.

La imposición de las manos en la cultura bíblica venía a significar la comunicación del espíritu del que impone las manos sobre quien le son impuestas. Así se le confiere una misión y un ministerio. Había nacido lo que hoy llamaríamos una «Iglesia local» con su lengua, su cultura y sus líderes nativos.

Lucas nos transmite dos mensajes. Primero: que la unidad de la Iglesia que estaba naciendo no se rom-

6 Los presentaron a los apóstoles, y éstos después de orar les impusieron las manos.

7 El mensaje de Dios se difundía, en Jerusalén crecía mucho el número de los discípulos, y muchos sacerdotes abrazaban la fe.

Esteban detenido

8 Esteban, lleno de gracia y poder, hacía grandes milagros y señales entre el pueblo.

9 Algunos miembros de la sinagoga de los Emancipados, gente de Cirene y Alejandría, de Cilicia y Asia, se pusieron a discutir con Esteban; 10 pero no conseguían contrarrestar la sabiduría y espíritu con que hablaba.

11 Entonces sobornaron a algunos para que declararan haberlo oído blasfemar contra Moisés y contra Dios. 12 Amotinaron al pueblo, incluidos ancianos y letrados, y llegando sorpresivamente lo arrestaron y lo condujeron al Consejo.

13 Allí presentaron testigos falsos que declararon:

—Este hombre no para de hablar contra nuestro lugar santo y contra la ley; 14 lo hemos oído afirmar que Jesús el Nazareno destruirá este lugar y cambiará las costumbres que nos dio Moisés.

15 En ese momento todos los que estaban sentados en el Consejo fijaron la vista en él y vieron que su rostro parecía el de un ángel.

Discurso de Esteban

7 1 El sumo sacerdote lo interrogó:

—¿Es eso verdad?

2 Él contestó:

—Hermanos y padres, escuchen. Cuando nuestro padre Abrahán residía en Mesopotamia, antes de trasladarse a Jarán, se le apareció el Dios de la gloria 3 y le dijo:

Sal de tu tierra y de tu parentela
y ve a la tierra que te indicaré.

---

pió ante un grave conflicto, sino que como fruto de la unidad surgió la diversidad. Segundo: que el Espíritu Santo no es monopolio de ningún grupo cristiano ni de la jerarquía eclesiástica sin más, sino que actúa donde quiere. De hecho, comenzó a actuar de un modo sorprendente y maravilloso en aquella comunidad local de helenistas cristianos, empujando la Palabra más allá de las fronteras de la cultura y del pueblo judío. Esto se produjo por el problema «hacia fuera» que provocaron los jóvenes helenistas capitaneados por Esteban y del que se va a ocupar a continuación el narrador. De momento, el incidente queda resuelto y Lucas apostilla que la Palabra o el Mensaje (personificado) se difundía y que crecía mucho el número de los discípulos.

6,8-15 Esteban detenido. Hasta aquí, los apóstoles han acaparado la atención de Lucas como si sólo ellos actuaran en nombre de Jesús. Ahora, su interés se dirige hacia los siete diáconos, especialmente hacia Esteban.

El retrato que hace Lucas de este joven cristiano, el primer mártir de la Iglesia, no puede ser más atractivo: está poseído por el Espíritu, es entusiasta y valiente, muy activo en el anuncio del Evangelio, incisivo en la denuncia, grande en los milagros, la dialéctica, los discursos, las visiones. Todo un profeta. Lo que sus rivales, las autoridades judías, no consiguen razonando y discutiendo, lo intentan con una campaña de difamación para desacreditarlo ante el pueblo que se vuelve en su contra.

Este dato nuevo cambia la situación. Lo acusan de blasfemia por hablar contra la Ley y el templo, símbolos de la identidad judía. Si ya los helenistas judíos relativizaban la Ley y el templo, este helenista cristiano lleva hasta sus consecuencias más radicales su fe en Jesús de Nazaret. En concreto, viene a decir que la Ley y el templo no han sido abolidos, sino substituidos por la persona de Jesús, cuya venida da cumplimiento justamente a la Ley y al templo. ¿Consecuencias? No más discriminación, sino invitación universal a todos los hombres y mujeres de cualquier raza o cultura a creer en Jesús y a formar parte de la nueva comunidad de sus seguidores.

7,1-53 Discurso de Esteban. Esteban es llevado al Gran Consejo. La acusación es gravísima: «Lo hemos oído afirmar que Jesús el Nazareno destruirá este lugar –el templo– y cambiará las costumbres que nos dio Moisés» (6,14). La respuesta de Esteban es de momento un rostro angélico y radiante, como el de Moisés después de hablar con Dios (cfr. Éx 34,29-35). Cuando el Sumo sacerdote lo interpela, Esteban responde con un discurso.

Se trata del discurso más extenso y elaborado que encontramos en el libro de los Hechos. Esteban no responde directamente a los cargos en su contra, sino que se lanza a una interpretación crítica de la «Historia Sagrada de Israel». Comenzando por la Alianza de Dios con Abrahán, cuyo signo es la circuncisión, recorre la historia de los Patriarcas hasta llegar a la figura central de su exposición, Moisés, escogido y enviado por Dios como «liberador». Moisés da a los Israelitas leyes, «palabras de vida» que ellos no cumplen. Les anuncia también profetas, sucesores suyos, que ellos mataron. Moisés también les enseña el culto auténtico, ellos se fabrican un ídolo y lo adoran. Les da una tienda copiada del modelo divino, ellos la llenaron de

4 Así que salió de Caldea y se estableció
en Jarán. Al morir su padre, lo trasladó de
allí a esta tierra, donde ustedes habitan
ahora. 5 Pero no le dio una propiedad don-
de afincarse, sino que le prometió *darle en*
posesión este país a él y a su descendencia.
Cuando aún no tenía hijos, 6 Dios le habló
así: *Tus descendientes serán emigrantes en*
tierra extranjera; los esclavizarán y maltra-
tarán cuatrocientos años. 7 *Al pueblo que lo*
esclavice yo lo juzgaré –dijo Dios–. *Después*
saldrán y me darán culto en este lugar.
8 Como señal de la *alianza* le dio *la circun-*
cisión. Y así al nacer su hijo Isaac *lo cir-*
cuncidó al octavo día. Isaac engendró a
Jacob y Jacob a los doce patriarcas. 9 Los
patriarcas, *envidiosos de José, lo vendieron*
para que lo llevaran a Egipto; pero Dios es-
taba con él 10 y lo libró de todas sus des-
gracias. *Hizo que se ganase el favor del*
faraón, rey de Egipto, por su prudencia, *el*
cual lo nombró gobernador de Egipto y de
su entera corte. 11 *Sobrevino una carestía en*
Egipto y Canaán, una época de gran esca-
sez, de suerte que nuestros antepasados no
encontraban provisiones. 12 *Al enterarse Ja-*
cob de que había trigo en Egipto envió en
una primera expedición a nuestros antepa-
sados. 13 En una segunda expedición, *José*
se dio a conocer a sus hermanos y el faraón
se enteró del origen de José. 14 José man-
dó llamar a Jacob su padre y a toda la
familia, unas *setenta y cinco personas*.
15 Jacob bajó a Egipto, donde murió, lo
mismo que nuestros antepasados. 16 Sus
restos fueron trasladados a Siquén y depo-
sitados en el sepulcro que Abrahán había
comprado por dinero a los jamoritas de Si-
quén. 17 Cuando se acercaba la hora de
cumplirse la promesa que Dios había hecho
a Abrahán, el pueblo había *crecido* y se ha-
bía *multiplicado* en Egipto. 18 *Subió al trono*
de Egipto un rey que no sabía nada de José,
19 ese rey *maltrató con astucia* a nuestros
padres, y los obligó a abandonar a los re-
cién nacidos *para que no sobrevivieran*.

La figura de Moisés

20 Era la época en que nació Moisés, el
cual *agradaba a Dios*. Durante tres meses
lo criaron en la casa paterna; 21 después lo
abandonaron, y *la hija del faraón lo adoptó*
y educó *como hijo suyo*. 22 Moisés se formó
en toda la cultura egipcia: era eficaz de pa-
labra y de obra.
23 Al cumplir cuarenta años se le ocurrió
ir a visitar a sus *hermanos israelitas*.
24 Viendo que uno era maltratado, salió en

---

divinidades extranjeras. Cielo y tierra son el trono de Dios, ellos se empeñan en confinarlo en un templo.

Recorriendo, pues, una historia de persecuciones contra los enviados de Dios, Esteban llega al punto culminante, al Justo anunciado, «al que ahora han entregado y asesinado» (52). El orador se vuelve contra sus acusadores y sus palabras proféticas son durísimas. Les llama tercos, incircuncisos de corazón, resistentes al Espíritu, iguales que sus padres. No menciona de momento la resurrección y exaltación del Justo. Lo difiere para un final de gran efecto: la exaltación de Jesús no será la última pieza de un relato, sino algo que Esteban contempla y atestigua: «Estoy viendo el cielo abierto y al Hijo del Hombre en pie a la derecha de Dios» (56).

¿Cómo tenemos que leer los cristianos de hoy este discurso durísimo de Esteban? ¿Tenemos entre las manos el primer discurso antijudío en boca de este primer cristiano masacrado por motivos religiosos? Nada más lejos de la realidad y de lo que Lucas quiere trasmitirnos.

Al narrar la persecución y el consiguiente discurso de Esteban, Lucas tiene presente, con toda probabilidad, lo que estaba ocurriendo en su tiempo, es decir, 45 ó 50 años después del martirio de Esteban. Los judíos perseguían a los cristianos de ciudad en ciudad. Habían reprobado oficialmente al cristianismo. Rechazaban la predicación del Evangelio que les ofrecía Pablo. Los cristianos eran, pues, víctimas de la intransigencia y fanatismo judío. Pero ésta es sólo una parte de la historia. Nosotros podríamos añadir que la persecución religiosa no ha sido unilateral. Los perseguidos cristianos se convirtieron, con el correr de nuestra conflictiva historia, en perseguidores de los judíos. Discriminaron, expulsaron y persiguieron a los judíos a lo largo de casi dos mil años, hasta culminar en la gran persecución del Holocausto, en la Segunda Guerra Mundial, donde fueron masacrados casi seis millones de judíos inocentes a manos de los nazis, la mayoría de ellos cristianos.

Éste es el contexto en el que debemos leer, hoy, el discurso que Lucas pone en boca de Esteban y que responde tanto a la persecución perpetrada por los judíos de su tiempo contra los cristianos como la perpetrada, después, por los cristianos contra los judíos. La respuesta evangélica que nos da Lucas por boca de Esteban es válida, por tanto, para unos y para otros: los judíos perseguidores y los miembros del tribunal que le estaban juzgando, no son «verdaderos judíos». Son infieles a la verdadera tradición de Israel. Son los sucesores de los que ya persiguieron a los Patriarcas y Profetas. Indirectamente, las palabras de Esteban son también palabras de condena para los perseguidores

su defensa y vengó a la víctima *matando al
egipcio.*
25 Pensaba que sus hermanos compren-
derían que Dios iba a salvarlos por su
mano; pero ellos no lo comprendieron.
26 Al día siguiente se presentó a unos
que peleaban e intentó reconciliarlos di-
ciendo: ustedes son hermanos, ¿por qué se
maltratan? 27 Pero el que estaba golpeando
al otro lo rechazó diciendo: *¿Quién te ha
nombrado jefe y juez nuestro?* 28 *¿Pretendes
matarme como mataste ayer al egipcio?*
29 Al oírlo, Moisés se escapó y se estable-
ció en Madián, donde engendró dos hijos.
30 Pasados cuarenta años, *se le apareció
un ángel en el desierto del monte Sinaí, en
la llama de una zarza* que ardía. 31 Moisés
quedó maravillado ante el espectáculo, y,
cuando se acercaba para reconocerlo, se
oyó la voz del Señor: 32 *Yo soy el Dios de tus
padres, el Dios de Abrahán, de Isaac y de
Jacob.* Moisés, temblando, *no se atrevía a
mirar.* 33 El Señor le dijo: *Quítate las san-
dalias de los pies, que estás en lugar sagra-
do.* 34 *He visto cómo sufre mi pueblo en
Egipto, he escuchado su queja y he bajado
a liberarlos. Y ahora yo te envío a Egipto.*
35 A este Moisés, a quien habían rechazado
diciendo: *¿Quién te ha nombrado jefe y
juez?*, Dios lo envió como liberador por me-
dio del ángel que se le apareció en el zar-
zal. 36 Él los sacó realizando *milagros y
señales en Egipto,* en el Mar Rojo y *cuaren-
ta años en el desierto.* 37 Éste es el Moisés
que dijo a los israelitas: *Dios suscitará de
entre ustedes un profeta como yo.* 38 Éste es
el que en la *asamblea*, en el desierto, trata-
ba con el ángel que le había hablado en el
monte Sinaí a él y a nuestros padres; el que
recibió palabras de vida que luego nos co-
municó. 39 Nuestros padres no quisieron
obedecerle, al contrario lo rechazaron *y de-
searon volver a Egipto.* 40 *Y pidieron a Aa-
rón: Fabrícanos un dios que vaya delante
de nosotros, porque no sabemos qué ha
sido de ese Moisés, que nos sacó de Egipto.*
41 *Entonces hicieron el becerro, ofrecieron
sacrificios* al ídolo y celebraron fiesta en ho-
nor de la obra de sus manos. 42 Así que
Dios decidió entregarlos al culto de los as-
tros del cielo, como está escrito en los li-
bros proféticos: *Casa de Israel ¿acaso
ustedes me ofrecieron víctimas y sacrificios
estos cuarenta años en el desierto?* 43 *Trans-
portaron la tienda de Moloc y la estrella del
dios Refán y las imágenes que fabricaron
para adorarlas. Por eso yo los deportaré
más allá de Babilonia.*

El Templo

44 Nuestros padres en el desierto tenían
la tienda del Testimonio, como había orde-
nado Dios cuando dijo a Moisés que la *fa-
bricara, conforme al modelo* que le había
mostrado. 45 Nuestros padres recibieron
esta tienda como herencia y, bajo el mando
de Josué, la introdujeron en el país con-
quistado a los paganos, a los que Dios iba
expulsando a su paso; y duró hasta el tiem-
po de David.
46 David obtuvo el favor de Dios y soli-
citó permiso para *construir una morada al
Dios de Jacob.* 47 Pero tocó a Salomón
construirle el templo; 48 si bien el Altísimo
no habita en construcciones humanas,
como dice el profeta:

49 *El cielo es mi trono*
y la tierra la tarima de mis pies:
¿qué casa me van a construir?
–dice el Señor–,
¿qué lugar para mi descanso?
50 *¿No ha hecho mi mano todo esto?*

Invectiva final

51 ¡Ustedes, duros de cabeza, infieles de
corazón, cerrados a la verdad, siempre re-
sisten al Espíritu Santo; y son iguales a sus
padres! 52 ¿Hubo algún profeta que sus pa-
dres no persiguieran? Mataron a los que
profetizaban la venida del Justo, el mismo
al que ahora han entregado y asesinado
53 ustedes que recibieron la ley por inter-
medio de ángeles y no la cumplieron.

---

cristianos: los que mataron, persiguieron y discriminaron, los que callaron y no denunciaron son desenmascarados por Esteban como lo que fueron y son: cristianos infieles al Evangelio, traidores a la causa de Jesús.

Lucas quiere enseñarnos a través del discurso de Esteban que «del verdadero Israel y del verdadero cristianismo» no pueden salir perseguidores, discriminadores y asesinos.

Muerte de Esteban

54 Cuando oyeron estas cosas se enfu-
recieron y rechinaban los dientes contra él.
55 Esteban, lleno del Espíritu Santo, fijan-
do la vista en el cielo, vio la gloria de Dios
y a Jesús a la derecha de Dios, 56 y dijo:
—Estoy viendo el cielo abierto y al Hijo
del Hombre de pie a la derecha de Dios.
57 Ellos comenzaron a gritar, se taparon
los oídos y todos se arrojaron contra él, 58 lo
arrastraron fuera de la ciudad y se pusieron
a apedrearlo.
Los testigos habían dejado los mantos a
los pies de un muchacho llamado Saulo.
59 Mientras lo apedreaban, Esteban invocó:
—Señor Jesús, recibe mi espíritu.
60 Y arrodillado, gritó con voz potente:
—Señor, no les tengas en cuenta este
pecado.
Y dicho esto, murió.

8 1a Saulo estaba allí y aprobó la muer-
te de Esteban.

Persecución y predicación en Samaría
(cfr. Lc 21,7-19)

1b Aquel día se desató una violenta per-
secución contra la Iglesia de Jerusalén, de
modo que todos, excepto los apóstoles, se
dispersaron por el territorio de Judea y Sa-
maría. 2 Hombres piadosos sepultaron a
Esteban y le ofrecieron un solemne funeral.
3 Saulo, por su parte, perseguía a la Igle-
sia, se metía en las casas, tomaba a hom-
bres y mujeres y los metía en la cárcel.
4 Los dispersos recorrían el país anun-
ciando la Buena Noticia.

Felipe

5 Felipe bajó a una ciudad de Samaría y
allí proclamaba al Mesías.
6 La multitud escuchaba con atención e
íntimamente unida lo que Felipe decía, por-
que oían y veían las señales que realizaba.
7 Espíritus inmundos salían de los poseídos
dando grandes voces; muchos paralíticos y
lisiados se sanaban, 8 y la ciudad rebosaba
de alegría.
9 Desde hacía tiempo había en la ciudad
un hombre llamado Simón que practicaba
la magia, tenía impresionada a la gente de
Samaría y se hacía pasar por un gran per-
sonaje.
10 Todos, del mayor al menor, le escu-
chaban y comentaban:
—Éste es la Fuerza de Dios, ésa que es
llamada Grande.
11 Le escuchaban porque durante bas-
tante tiempo los había tenido encantados
con su magia. 12 Pero, cuando creyeron a Fe-
lipe, que les anunciaba la Buena Noticia del
reino de Dios y el nombre de Jesús Mesías,
todos, hombres y mujeres, se bautizaron.
13 También Simón creyó y se bautizó, y
seguía constantemente a Felipe, asombra-
do al ver los grandes milagros y señales
que hacía.

Pedro y Juan

14 En Jerusalén los apóstoles se ente-
raron que Samaría había aceptado la Pala-
bra de Dios, y les enviaron a Pedro y Juan.
15 Éstos bajaron y rezaron para que recibie-

7,54–8,1a Muerte de Esteban. La reacción de los oyentes muestra que han ido entendiendo la intención del discurso y que de acusadores se han convertido en acusados. La reacción es visceral. Llega el momento culminante cuando Esteban, en un rapto de inspiración, exclama que ve la Gloria de Dios y a Jesús a la derecha de Dios. Esto fue insoportable para los oídos de los acusadores.

A partir de aquí los hechos se desencadenan con rapidez: lo sacaron fuera y arrebatados de odio lo apedrearon. En sus últimas palabras Esteban imita a su Maestro, muere perdonando (cfr. Lc 23,34): «Señor, no les tengas en cuenta este pecado» (60). Con dos rasgos, como de pasada, Lucas hace entrar en escena a un personaje secundario, que pronto será el gran protagonista del libro: por ahora se llama Saulo.

8,1b-25 Persecución y predicación en Samaría. A raíz de la denuncia profética de Esteban estalló la persecución. Lucas deja entender que fue una persecución «selectiva». El ala conservadora del grupo cristiano, con los apóstoles a la cabeza, no fue molestada. Sólo los helenistas cristianos tuvieron que escapar a toda prisa de Jerusalén. Los demás se quedaron. Lucas no insiste en este detalle. Nosotros podemos preguntarnos: ¿Por qué no presentaron «todos» un frente común a la hora de la persecución? ¿Faltó la solidaridad?

De todas formas, persecuciones «selectivas» han abundado en todas nuestras comunidades cristianas a lo largo de la historia, especialmente de América Latina. Los tiranos saben que cuentan siempre con el silencio de una parte de la Iglesia a la hora de señalar a sus víctimas. Lucas no dice nada de esto, porque la verdadera historia que a él le interesa contar no es ésa, sino la del Espíritu que se sirvió de aquellos perseguidos para llevar la Palabra más allá de las fronteras de Jerusalén.

ran el Espíritu Santo [16] porque todavía no había bajado sobre ninguno de ellos y sólo estaban bautizados en el nombre del Señor Jesús.

[17] Entonces les impusieron las manos y recibieron el Espíritu Santo.

Simonía

[18] Viendo Simón que, mediante la imposición de las manos de los apóstoles, se concedía el Espíritu, les ofreció dinero [19] diciendo:

—Denme también a mí ese poder de conferir el Espíritu Santo al que le imponga las manos.

[20] Pedro le replicó:

—¡Maldito seas tú con tu dinero, si crees que el don de Dios se compra con dinero!
[21] Este poder no es para ti ni te corresponde, porque Dios no aprueba tu actitud.
[22] Arrepiéntete de tu maldad y pide que se te perdone tu error. [23] Te veo convertido en hiel amarga y atado en lazos de maldad.

[24] Respondió Simón:

—Rueguen ustedes al Señor por mí, para que no me suceda nada de lo que acabas de decir.

[25] Ellos, después de dar testimonio exponiendo el mensaje del Señor, se volvieron a Jerusalén, anunciando por el camino la Buena Noticia en muchos pueblos de Samaría.

Felipe y el eunuco
(cfr. Is 56,3-8)

[26] El ángel del Señor dijo a Felipe:

—¡Levántate! Dirígete al sur, al camino que conduce de Jerusalén a Gaza –un camino desierto–.

[27] Él se puso en camino.

Sucedió que un eunuco etíope, ministro de la reina Candaces y administrador de sus bienes, [28] volvía de una peregrinación a Jerusalén, sentado en su carroza y leyendo la profecía de Isaías.

Lo que es huida y dispersión a los ojos humanos, es difusión del Evangelio a los ojos iluminados del narrador.

Así pues, mientras Saulo se convertía en un activista en la persecución contra los cristianos, según nos cuenta Lucas quizás cargando un poco las tintas para preparar por contraste su posterior y espectacular conversión, uno de los «siete», Felipe, es el escogido por el Espíritu para llevar el Evangelio a Samaría, considerada como semipagana, medio apóstata, infestada de sincretismo (cfr. Jn 4). Éste fue el primer campo de operaciones de aquellos evangelistas itinerantes. La primera frontera se había roto.

En esta campaña misionera de Felipe, Lucas tiene cosas importantes que decirnos. Primero, prepara el ambiente afirmando que la misión de Felipe fue todo un éxito y lo describe con el esquema básico de toda evangelización: anuncio de la Buena Noticia, liberación y transformación, expresada en la alegría de todos. A continuación, introduce un personaje singular, un tal Simón, charlatán y embaucador de las masas que tenía a todos encantados con su magia. Este individuo vio una fuente de ingresos en la recepción del Espíritu Santo y propuso el posible negocio a los apóstoles. Y aquí interviene Lucas para mostrarnos, por medio de Simón, en qué puede llegar a convertirse la religión, cualquier religión, cuando ha sido contaminada por el dinero: «en hiel amarga» y «atada en lazos de maldad» (23).

Todo lo que es cristiano funciona sin dinero. En este mundo en que todo se compra y se vende y en el que el dinero es el poder más absoluto, la Palabra de Dios y el Espíritu Santo ni se compran ni se venden. Los apóstoles no tienen dinero y los dones de Dios no se valoran en dinero. El desinterés total de estos primeros misioneros cristianos es lo que nos presenta Lucas como novedad y ejemplo para todos.

El segundo mensaje obedece a su preocupación constante por mostrarnos la «unidad de la Iglesia». A Felipe y a sus compañeros no se les subió el éxito a la cabeza. Comunicaron inmediatamente a la Iglesia de Jerusalén lo que estaba ocurriendo, y los apóstoles se personaron en Samaría.

La presencia de los apóstoles confirmando e imponiendo las manos a los nuevos convertidos en su fe, da origen a este «Pentecostés Samaritano» –más tarde se nos narrará el «Pentecostés Pagano»– en el que el Espíritu Santo se derramó sobre ellos como principio de unidad, de alegría y de vida cristiana.

8,26-40 Felipe y el eunuco. Cambio de escena en la campaña misionera de Felipe. La iniciativa del Espíritu, que es lo que continuamente está resaltando Lucas, aparece aquí más clara todavía. Felipe recibe una orden que lo lleva, no a la ciudad sino al desierto; no a evangelizar multitudes, sino a una sola persona, a un eunuco. El escenario parece irreal. De hecho, ninguna de las rutas que unía Gaza con Jerusalén atravesaba el desierto. Sin embargo, por allí transitaba aquel personaje etíope, eunuco y pagano, aunque «simpatizante», no circuncidado y como tal, excluido.

La evangelización de este hombre representa otra apertura trascendental de la Iglesia, en la cual se cumple una profecía: «No diga el extranjero que se ha uni-

29 El Espíritu dijo a Felipe:

—Acércate y camina junto a la carroza.

30 Felipe la alcanzó de una carrera y oyó que estaba leyendo la profecía de Isaías, y le preguntó:

—¿Entiendes lo que estás leyendo?

Contestó:

31 —¿Y cómo voy a entenderlo si nadie me lo explica?

Y lo invitó a subir y sentarse junto a él.

32 El texto de la Escritura que estaba leyendo era el siguiente:

Como cordero llevado al matadero,
como oveja ante el esquilador, muda,
así él no abrió la boca.
33 *Lo humillaron*
negándole la justicia;
¿quién podrá hablar
de su descendencia
ya que su vida
es arrancada de la tierra?

34 El eunuco preguntó a Felipe:

—Dime, por favor, ¿por quién lo dice el profeta? ¿Por sí o por otro?

35 Felipe tomó la palabra y, comenzando por aquel texto, le explicó la Buena Noticia de Jesús.

36 Siguiendo camino adelante llegaron a un lugar donde había agua, y el eunuco le dijo:

—Ahí hay agua, ¿qué me impide ser bautizado?

37 Contestó Felipe:

—¿Crees de todo corazón?

Respondió el eunuco:

—Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios.

38 Mandó parar la carroza, bajaron los dos hasta el agua, Felipe y el eunuco, y lo
bautizó. 39 Cuando salieron del agua, el Espíritu del Señor arrebató a Felipe, de modo que el eunuco no lo vio más; y continuó su viaje muy contento.

40 Felipe apareció por Azoto, y recorriendo la región iba anunciando la Buena Noticia a todas las poblaciones hasta que llegó a Cesarea.

Conversión de Pablo

9 1 Saulo, respirando amenazas contra los discípulos del Señor, se presentó
al sumo sacerdote 2 y le pidió cartas para las sinagogas de Damasco autorizándolo para llevar presos a Jerusalén a los seguidores del Camino del Señor que encontrara, hombres y mujeres.

3 Iba de camino, ya cerca de Damasco, cuando de repente lo deslumbró una luz
que venía del cielo. 4 Cayó en tierra y oyó una voz que le decía:

—Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?

5 Contestó:

—¿Quién eres, Señor?

Le dijo:

—Yo soy Jesús, a quien tú persigues.
6 Ahora levántate, entra en la ciudad y allí te dirán lo que debes hacer.

7 Los acompañantes se detuvieron mudos, porque oían la voz pero no veían a
nadie. 8 Saulo se levantó del suelo y, al

---

do al Señor: el Señor me excluirá de su pueblo. No diga el eunuco: Yo soy un árbol seco» (Is 56,3).

Lucas está exponiendo cómo se comprende y se explica la Escritura en la nueva comunidad. El etíope va leyendo en voz alta uno de los pasajes bíblicos más difíciles de comprender.

Hacía siglos que los judíos se preguntaban por la persona que cumpliese exactamente todo lo que contiene la profecía y que realizara en favor del pueblo lo que dice el profeta. Felipe, como Jesús camino de Emaús (cfr. Lc 24,45s), ofrece al extranjero la respuesta: es la persona de Jesús, muerto y resucitado, de quien está hablando el profeta (cfr. Is 52,13–53,12).

El eunuco pide el bautismo. ¿Qué le impide recibirlo, ser eunuco, ser extranjero? En la pregunta resuenan las dudas e incertidumbres de las primeras comunidades. Lucas responde que el gesto de Felipe bautizando al etíope es obra de Dios, de su Espíritu.

Un símbolo unitario de fecundidad gobierna este bello relato de Lucas: del terreno desierto brota una fuente de agua vivificante; del libro incomprensible brota un sentido que ilumina y transforma; y el estéril recobra nueva vida.

De nuevo, Lucas menciona la alegría: el eunuco siguió su camino muy contento. No conocemos su nombre para venerarlo en la Iglesia; quizás su nombre sea multitud.

9,1-25 Conversión de Pablo. La frase «camino de Damasco» ha sido aceptada ya en todas nuestras lenguas modernas para designar un cambio espectacular ocurrido en la vida de cualquier persona.

La conversión de Pablo es de las más significativas de toda la historia de la Iglesia, tanto por la transformación radical de este hombre como por las consecuencias que desencadenó. Lucas menciona tres veces la conversión de Pablo en el presente libro (9,1-22; 22,3-16; 26,9-18). El mismo Pablo nunca descri-

abrir los ojos, no veía. Lo tomaron de la
mano y lo hicieron entrar en Damasco,
9 donde estuvo tres días, ciego, sin comer
ni beber.
10 Había en Damasco un discípulo lla-
mado Ananías. En una visión le dijo el Se-
ñor:
—¡Ananías!
Respondió:
—Aquí me tienes, Señor.
11 Y el Señor le dijo:
—Encamínate a la Calle Mayor y pre-
gunta en casa de Judas por un tal Saulo de
Tarso: lo encontrarás orando.
12 En una visión Saulo contemplaba a un
tal Ananías que entraba y le imponía las
manos y en ese momento recobraba la vis-
ta. 13 Ananías respondió:
—Señor, he oído a muchos hablar de
ese hombre y contar todo el daño que ha
hecho a los consagrados de Jerusalén.
14 Ahora está autorizado por los sumos sa-
cerdotes para arrestar a los que invocan tu
nombre.
15 Le contestó el Señor:
—Ve, que ése es mi instrumento elegido
para difundir mi nombre entre paganos, re-
yes e israelitas. 16 Yo le mostraré lo que tie-
ne que sufrir por mi nombre.
17 Salió Ananías, entró en la casa y le
impuso las manos diciendo:
—Saulo, hermano, me envía el Señor
Jesús, el que se te apareció cuando venías
por el camino, para que recobres la vista y
te llenes de Espíritu Santo.
18 Al instante se le cayeron de los ojos
como unas escamas, recobró la vista, se le-
vantó, se bautizó, 19 comió y recobró las
fuerzas. Y se quedó unos días con los dis-
cípulos de Damasco.
20 Muy pronto se puso a proclamar en
las sinagogas que Jesús era el Hijo de Dios.
21 Todos los oyentes comentaban asom-
brados:
—¿No es éste el que perseguía en Jeru-
salén a los que invocan dicho nombre y ha
venido acá para llevárselos presos ante los
sumos sacerdotes?
22 Pero Saulo iba ganando fuerza y con-
fundía a los judíos que vivían en Damasco,
afirmando que Jesús era el Mesías. 23 Pa-
sados bastantes días los judíos decidieron
eliminarlo; 24 pero Pablo se enteró de su
plan. Y, como los judíos custodiaban las
puertas de la ciudad día y noche para eli-
minarlo, 25 una noche los discípulos lo des-
colgaron por el muro, escondido en una
canasta.

---

be el acontecimiento, simplemente lo afirma (cfr. 1 Cor 9,1; 15,8; Gál 1,1.11s). Con toda seguridad, su conversión era contada y recontada en todas las comunidades cristianas del tiempo de Lucas, quien describe el acontecimiento muchos años después de la muerte de Pablo en Roma. Como siempre, el narrador recoge recuerdos, datos y detalles, y después compone y embellece su historia procurando el máximo efecto para transmitir su enseñanza.

El primer escenario de su narración ocurre en el «camino». El perseguidor se encuentra cara a cara con Jesús. Para describir esta escena, Lucas utiliza las imágenes bíblicas, tan frecuentes en el Antiguo Testamento, de las intervenciones espectaculares de Dios: se abre el cielo, brilla una gran luz, se oye una voz potente, los presentes caen derribados por tierra. Sigue un diálogo fascinante: «¿Quién eres, Señor?». La voz se identifica: «Yo soy Jesús, a quien tú persigues» (5). Confusión y aturdimiento de Saulo de Tarso, quien ciego, vencido y derrotado, es conducido de la mano a Damasco.

Cambio de escena: mientras tanto, en la ciudad, Jesús pone en movimiento a la comunidad cristiana que esperaba atemorizada la llegada del perseguidor. Los acontecimientos se suceden aumentando su intensidad dramática: encuentro de Saulo con la comunidad en la persona de Ananías, quien le comunica la misión a la que está destinado. Saulo acepta la misión, recobra la vista, es bautizado y recupera las fuerzas. De nuevo, un cambio de escena: Saulo es presentado ahora en las sinagogas de Damasco afirmando que Jesús es el Mesías. Sigue un complot para matarlo. Pablo –ya no es más Saulo, sino Pablo– se entera y huye de Damasco, de noche, descolgado muro abajo.

He aquí la narración de Lucas. ¿Se pueden decir tantas cosas, tan bellamente y con tanta economía de palabras? En el centro de la narración sucede el encuentro de Pablo con Jesús vivo y resucitado que lo interpela, lo llama y espera una respuesta.

Pablo la da en el seno de la comunidad de hermanos y hermanas. A la respuesta sigue la transformación. Pablo se sentirá ya hasta su muerte fascinado por Jesús, por Él vivirá y sufrirá siendo su testigo en medio de hombres y mujeres de razas, religiones y culturas diferentes.

Esta vida y pasión de Pablo, siguiendo las huellas de su Señor, ocupará de aquí en adelante la mayor parte del libro de los Hechos.

Pablo en Jerusalén

26 Al llegar a Jerusalén, intentaba unirse
a los discípulos; pero ellos le tenían miedo,
porque no creían que fuera discípulo.
27 Bernabé, haciéndose cargo de él, se lo
presentó a los apóstoles y él les contó
cómo había visto al Señor en el camino,
cómo le había hablado y con qué franque-
za había anunciado en Damasco el nombre
de Jesús.
28 Saulo se quedó en Jerusalén, movién-
dose libremente; anunciaba valientemente
el nombre de Jesús, 29 conversaba y discu-
tía con los judíos de lengua griega, pero es-
tos tramaban su muerte. 30 Sus hermanos,
al enterarse lo acompañaron hasta Cesarea
y lo enviaron a Tarso.
31 La Iglesia entera de Judea, Galilea y
Samaría gozaba de paz, se iba construyen-
do, vivía en el temor del Señor y crecía ani-
mada por el Espíritu Santo.

Sanación de Enéas
(cfr. Lc 5,17-26)

32 En uno de sus viajes bajó Pedro a vi-
sitar a los consagrados que habitaban en
Lida. 33 Encontró a un tal Eneas, que lleva-
ba ocho años en cama paralítico.
34 Pedro le dijo:
—Eneas, Jesucristo te sana. Levántate y
arregla la cama.
Al instante se levantó. 35 Todos los veci-
nos de Lida y Sarón lo vieron y se convir-
tieron al Señor.

Resurrección de Tabita
(cfr. Lc 8,49-56)

36 En Jafa vivía una discípula llamada
Tabita –que significa gacela–: repartía mu-
chas limosnas y hacía obras de caridad.
37 Sucedió por entonces que cayó enferma
y murió. La lavaron y la colocaron en el
piso superior. 38 Como Lida está cerca de
Jafa, los discípulos, oyendo que Pedro se
encontraba allí, enviaron dos hombres a
buscarlo:
—Ven por acá sin tardanza.
39 Pedro se fue con ellos. Al llegar, lo lle-
varon al piso de arriba. Las viudas lo rode-
aron y llorando le mostraban las túnicas y
mantos que hacía Gacela mientras vivía
con ellas.
40 Pedro hizo salir a todos, se arrodilló y
rezó; después, vuelto hacia el cadáver, or-
denó:
—Gacela, levántate.
Ella abrió los ojos y, al ver a Pedro, se in-
corporó. 41 Él le dio la mano y la hizo le-
vantar. Después llamó a los consagrados y
a las viudas y se la presentó viva.
42 El hecho se supo en toda Jafa, y mu-
chos creyeron en el Señor. 43 Pedro se que-
dó algún tiempo en Jafa, en casa de Simón
el curtidor.

9,26-31 Pablo en Jerusalén. Los estudiosos de la Biblia no se ponen de acuerdo sobre este viaje relámpago de Pablo a Jerusalén. Parece que no concuerda con el mismo viaje que narra Pablo en Gál 1,18 y que sucedió bastante tiempo después.

¿Se trató de un solo viaje o de dos? A Lucas estos detalles no parecen preocuparle. Su intención de presentarnos «tan pronto» a Pablo en Jerusalén obedece a su preocupación fundamental que ya hemos visto en otros episodios: afirmar la unidad y comunión de «toda» la comunidad cristiana que comenzaba a ser ya universal.

Era, pues, necesario mostrar cuanto antes a Pablo en contacto y comunión con la Iglesia madre de Jerusalén, pues son ellos, los apóstoles y columnas de la Iglesia, los que debían autorizar y confirmar la misión del nuevo convertido.

9,32-43 Sanación de Eneas – Resurrección de Tabita. Lucas deja a Pablo, por ahora, y retoma el hilo de su historia: el crecimiento y desarrollo del Evangelio. Comienza con otro pequeño sumario en que nos dice que la Iglesia entera «se iba construyendo… crecía animada por el Espíritu Santo» (31). Los dos verbos empleados nos ofrecen los dos aspectos de la Iglesia que deben siempre coexistir en tensión: estabilidad y dinamismo.

Esta vez, el progreso del Evangelio nos es presentado a raíz de las rutas misioneras de Pedro quien aparece como predicador itinerante, haciendo paradas para visitar a los pequeños grupos de cristianos. El escenario es la región costera que va de Jafa hasta Cesarea.

Hablar del progreso del Evangelio para Lucas es hablar de los efectos de liberación que produce. Aquí se constata con dos milagros de Pedro. Están como calcados en los milagros de Jesús. El primero recuerda al narrado por Marcos (cfr. Mc 2,1-12). El segundo sigue de cerca el relato de la resurrección de la hija de Jairo (cfr. Mc 5,36-43), hasta en los detalles más conmovedores. Jesús ordena: «talitha qum», «¡corderita, levántate!»; Pedro, a su vez, dice: «tabitha anasthehi», «¡gacela, levántate!» (40). La muerta devuelta a la vida se llamaba Tabita, que quiere decir gacela. Lucas, que no pierde ocasión para resaltar lo que le interesa, dice

Pedro y Cornelio

10 1 Vivía en Cesarea un tal Cornelio,
capitán de la cohorte itálica; 2 hom-
bre piadoso, que veneraba a Dios con toda
su familia. Hacía muchas limosnas al pue-
blo y oraba constantemente a Dios.
3 A eso de las tres de la tarde, vio clara-
mente en una visión a un ángel de Dios que
entraba en su habitación y le decía:
—Cornelio.
4 Él lo miró asustado y dijo:
—¿Qué quieres, Señor?
Le contestó:
—Tus oraciones y limosnas han subido a
la presencia de Dios y son tenidas en cuen-
ta. 5 Ahora envía gente a Jafa, a buscar a
un tal Simón, por sobrenombre Pedro. 6 Se
aloja en casa de Simón el curtidor, al lado
del mar.
7 Cuando se marchó el ángel que le
hablaba, llamó a dos criados y a un solda-
do piadoso y de confianza, 8 les explicó el
asunto y los envió a Jafa.
9 Al día siguiente, mientras ellos iban de
camino y se acercaban a la ciudad, Pedro
subió a la azotea para orar. Como era cer-
ca del mediodía, 10 sintió apetito y quiso co-
mer algo. Mientras se lo preparaban, cayó
en éxtasis. 11 Vio el cielo abierto y un obje-
to como un mantel enorme, descolgado por
las cuatro puntas hasta el suelo: 12 contenía
toda clase de cuadrúpedos, reptiles y aves.
13 Y oyó una voz:
—¡Vamos, Pedro, mata y come!
14 Pedro respondió:
—De ningún modo, Señor; nunca he
probado un alimento profano o impuro.
15 Por segunda vez sonó la voz:
—Lo que Dios declara puro tú no lo ten-
gas por impuro.
16 Esto se repitió tres veces y enseguida
el objeto fue elevado al cielo.
17 Mientras Pedro, desconcertado, se in-
terrogaba sobre el significado de la visión,
los enviados de Cornelio que habían pre-
guntado por la casa de Simón, se presenta-
ron a la puerta, 18 y preguntaron si se
alojaba allí Simón, de sobrenombre Pedro.
19 Pedro seguía dándole vueltas a la visión,
cuando el Espíritu le dijo:
—Mira, tres hombres preguntan por ti.
20 Levántate, baja y sin dudarlo vete con
ellos, porque yo los he enviado.
21 Pedro bajó a donde estaban y les dijo:
—Soy yo el que buscan, ¿para qué vi-
nieron?
22 Contestaron:
—El capitán Cornelio, hombre honrado

---

que Gacela repartía muchas limosnas y hacía obras de caridad.

10,1-33 Pedro y Cornelio. Si hemos de juzgar por el espacio empleado, este relato que solemos llamar la conversión del Cornelio es uno de los más importantes del libro. ¿Conversión de Cornelio? Mejor sería llamarlo conversión de Pedro. Cornelio está abierto al Evangelio y no se resiste. El Evangelio está llegando a los paganos y Pedro duda y se resiste a abrirles la puerta. La intervención de Dios va a dar un vuelco dramático a la situación y ambos, Cornelio y Pedro, van a ser los protagonistas de un cambio radical en la Iglesia naciente.

Lucas presenta a los dos protagonistas de la narración mientras oraban: por una parte, el pagano Cornelio, ciudadano romano, capitán del batallón destacado en Cesarea, hombre de oración y muy caritativo con los pobres –de nuevo el detalle–. Por otra parte, Pedro orando en casa de un tal Simón el curtidor, y cavilando –podemos añadir nosotros– sobre el problema candente que tenía en aquellos momentos la Iglesia entre sus manos: ¿qué hacer con los paganos que pidan el bautismo? Para hacerse cristianos, ¿tenían los paganos que incorporarse primero plenamente al judaísmo, o parcialmente, o de ningún modo? Por lo visto, la conversión y el bautismo del eunuco etíope no había hecho mucho efecto en las «columnas» de la Iglesia.

A continuación, el narrador nos presenta a Jesús moviendo los hilos de la historia. A la misma hora, las dos de la tarde, estando Pedro y Cornelio en oración, dos intervenciones simultáneas y decisivas de Dios acercan el uno al otro. La visión libera a Pedro de prejuicios, tabúes y discriminaciones. Más grave que la distinción de alimentos en comestibles e impuros es la distinción de las personas entre judíos y paganos. El apóstol ya no puede llamar «impura» a ninguna persona. Ahora empieza realmente su conversión. Cornelio, por su parte, ve que las barreras caen y es animado a encontrarse con Pedro.

Lucas nos presenta el encuentro entre ambos con un lujo de detalles a cual más evocador. Dice, por ejemplo, que Pedro acudió a la cita con Cornelio acompañado de algunos hermanos de Jafa, aludiendo a la dimensión comunitaria de lo que iba a ocurrir. Después del saludo un poco aparatoso de Cornelio, Pedro responde simplemente: «Levántate, que yo no soy más que un hombre» (26). No existen más las distinciones: yo judío, tú pagano.

que venera a Dios, apreciado por todo el pueblo judío, ha recibido de un ángel santo el encargo de llamarte y escuchar tus palabras.

23 Pedro los hizo entrar y les dio alojamiento. 24 Al día siguiente se puso en camino con ellos, acompañado de algunos hermanos de Jafa. Al otro día llegaron a Cesarea. Cornelio los estaba esperando y había reunido a sus parientes y amigos íntimos. 25 Cuando Pedro entró, Cornelio le salió al encuentro, y se arrodilló a sus pies en señal de veneración.

26 Pedro lo levantó y le dijo:

—Levántate, que yo no soy más que un hombre.

27 Conversando con él, entró y encontró a muchos reunidos, 28 entonces se dirigió a ellos diciendo:

—Ustedes saben que a cualquier judío le está prohibido juntarse o visitar a personas de otra raza. Pero Dios acaba de enseñarme que no se debe considerar profano o impuro a ningún hombre. 29 Por eso, cuando me llamaron, vine sin dudarlo. Ahora deseo saber para qué me han llamado.

30 Cornelio contestó:

—Hace tres días, a esta hora, estaba yo recitando la oración de la tarde en mi casa, cuando un hombre con un traje resplandeciente se presentó ante mí 31 y me dijo: Cornelio, tu oración y tus limosnas han sido escuchadas por Dios y son tenidas en cuenta. 32 Envía gente a Jafa y llama a Simón, por sobrenombre Pedro, que se aloja en casa de Simón el curtidor, junto al mar. 33 Enseguida te hice llamar y tú has tenido la bondad de venir. Estamos todos en presencia de Dios dispuestos a escuchar lo que el Señor te ha mandado decirnos.

En casa de Cornelio

34 Pedro tomó la palabra:

—Verdaderamente reconozco que Dios no hace diferencia entre las personas sino que, 35 acepta a quien lo respeta y practica la justicia, de cualquier nación que sea.

36 Él comunicó su palabra a los israelitas y anuncia la Buena Noticia de la paz por medio de Jesús, el Mesías, que es Señor de todos.

37 Ustedes ya conocen lo sucedido por toda la Judea, empezando por Galilea, a partir del bautismo que predicaba Juan.

38 Cómo Dios ungió a Jesús de Nazaret con Espíritu Santo y poder: él pasó haciendo el bien y sanando a los poseídos del Diablo, porque Dios estaba con él. 39 Nosotros somos testigos de todo lo que hizo en Judea y Jerusalén.

Ellos le dieron muerte colgándolo de un madero. 40 Pero Dios lo resucitó al tercer día e hizo que se apareciese, 41 no a todo el pueblo, sino a los testigos designados de antemano por Dios: a nosotros, que comimos y bebimos con él después de su resurrección.

42 Nos encargó predicar al pueblo y atestiguar que Dios lo ha nombrado juez de vivos y muertos. 43 Todos los profetas dan testimonio de él, declarando que los que creen en él, en su nombre reciben el perdón de los pecados.

44 Pedro no había acabado de hablar, cuando el Espíritu Santo bajó sobre todos los oyentes.

45 Los creyentes convertidos del judaísmo se asombraban al ver que el don del Espíritu Santo también se concedía a los paganos; 46 ya que los oían hablar en diversas lenguas y proclamar la grandeza de Dios.

10,34-48 En casa de Cornelio. Pedro comienza diciendo que Dios no hace distinciones entre personas, que acepta a cualquiera que sea bueno y honrado sin mirar la raza o nación de la que procede. Nosotros, hoy, podríamos añadir: ni tampoco la religión que profesa.

Por fin parece que Pedro ha comprendido. Sus palabras repiten el testimonio que ya venía dando entre los judíos sobre la persona de Jesús, su muerte y resurrección. Sólo que esta vez el auditorio es distinto, pues los oyentes son paganos. Pedro les pone al corriente de todo lo sucedido acerca de Jesús hasta llegar a la resurrección, a los testigos de ella y al mensaje universal que implica: el perdón para todos los que crean.

«Pedro no había acabado de hablar» (44), dice el narrador, cuando el Espíritu Santo se derrama sobre los oyentes ante la sorpresa mayúscula de Pedro y su comitiva. Para Lucas, las palabras del apóstol son como «inspiradas» y portadoras del Espíritu.

El cuadro no puede ser más sugerente: los creyentes-judíos junto a los paganos compartiendo ahora un

Entonces intervino Pedro:
47 —¿Puede alguien impedir que se bau-
ticen con agua los que han recibido el Es-
píritu Santo igual que nosotros?
48 Y ordenó que los bautizaran invocan-
do el nombre de Jesucristo. Ellos le roga-
ron que se quedaran unos días.

Informe de Pedro en Jerusalén

11 1 Los apóstoles y los hermanos que
estaban en Judea oyeron que tam-
bién los paganos habían aceptado la Pala-
bra de Dios.
2 Cuando Pedro subió a Jerusalén, los
judíos convertidos discutían con él 3 dicien-
do que había entrado en casa de incircun-
cisos y había comido con ellos.
4 Pedro les contó detalladamente lo su-
cedido:
5 —Estaba yo orando en Jafa, cuando
tuve una visión en éxtasis: un objeto, como
un mantel enorme, se descolgaba por las
cuatro puntas desde el cielo y llegaba has-
ta mí. 6 Me fijé atentamente y vi cuadrúpe-
dos, fieras, reptiles y aves. 7 Oí una voz que
me decía: ¡Pedro, levántate, mata y come!
8 Contesté: De ningún modo, Señor, yo
nunca he comido nada profano o impuro.
9 Por segunda vez me habló la voz desde el
cielo: Lo que Dios declara puro tú no lo de-
clares impuro.
10 Esto sucedió tres veces y después
todo fue llevado otra vez hacia el cielo.
11 En aquel momento tres hombres en-
viados desde Cesarea llegaron a la casa
donde me encontraba. 12 El Espíritu me or-
denó ir con ellos sin dudarlo. Me acompa-
ñaron estos seis hermanos y entramos en
casa de aquel hombre.
13 Él nos explicó que había visto en casa
un ángel de pie que le decía: Envía gente a
Jafa y haz venir a Simón, por sobrenombre
Pedro, 14 el cual te dirá palabras que serán
la salvación tuya y de tu familia.
15 Apenas empecé a hablar, cuando bajó
sobre ellos el Espíritu Santo, como al prin-
cipio sobre nosotros. 16 Yo me acordé de lo
que había dicho el Señor: Juan bautizó con
agua, ustedes serán bautizados con Espíri-
tu Santo.
17 Ahora bien, si Dios les concedió el
mismo don que a nosotros, por haber creído
en el Señor, Jesucristo, ¿quién era yo para
estorbar a Dios?
18 Al oír el relato se calmaron y dieron
gloria a Dios diciendo:
—Dios también ha concedido a los pa-
ganos el arrepentimiento que conduce a la
vida.

La Iglesia de Antioquía

19 Los que se habían dispersado durante
la persecución ocasionada por Esteban lle-
garon hasta Fenicia, Chipre y Antioquía,
anunciando el mensaje solamente a los ju-
díos. 20 Entre ellos había algunos chipriotas
y cireneos que, al llegar a Antioquía, se pu-
sieron a hablar a los griegos anunciándoles
la Buena Noticia del Señor Jesús.

---

solo y único Espíritu. Pedro saca las consecuencias y a través del bautismo que les administra en el acto, Cornelio, sus parientes y amigos son incorporados a la comunidad cristiana.

Un paso fundamental fue dado en la historia naciente de la Iglesia.

11,1-18 Informe de Pedro en Jerusalén. La iniciativa de Pedro de bautizar al pagano Cornelio alarma a un grupo influyente de la comunidad de Jerusalén. Cuando éste regresó, le exigieron una explicación de lo que había hecho. Pedro había comprometido su autoridad en una iniciativa peligrosa de posible largo alcance. Estos cristianos, fieles a la circuncisión y a las leyes de separación, viven encerrados en mezquinas cuestiones de convivencia.

Pedro, que se mueve ya en otro horizonte, responde, no apelando a su autoridad, sino a la de Dios. Su detallado informe termina con la pregunta: «Si Dios les concedió el mismo don que a nosotros, por haber creído en el Señor, Jesucristo, ¿quién era yo para estorbar a Dios?» (17). Aquí terminó todo, de momento. Dice Lucas que se calmaron los ánimos de los conservadores y que dieron gloria a Dios. Probablemente, la sesión fue mucho más agitada de lo que nos cuenta.

Hay que recordar, sin embargo, que la intención de Lucas no es relatarnos las diversas etapas del conflicto, sino las soluciones progresivas a que llegaron aquellos cristianos y cristianas sin que se rompiera la unidad. El problema, no obstante, no quedó resuelto del todo, como se verá en el Concilio de Jerusalén. Allí, el Espíritu tendrá que emplearse a fondo.

11,19-30 La Iglesia de Antioquía. La conversión del eunuco y de Cornelio son hechos individuales, aunque significativos. Sin embargo, la fundación y consolidación de la Iglesia de Antioquía significa una apertura e irradiación institucional de enorme importancia.

21 La mano del Señor los apoyaba, de
modo que un gran número creyó y se con-
virtió al Señor. 22 La noticia llegó a oídos de
la Iglesia de Jerusalén, que envió a Berna-
bé a Antioquía.
23 Al llegar y comprobar la gracia de
Dios, se alegró 24 y, como era hombre bue-
no, lleno de fe y de Espíritu Santo, exhortó
a todos a ser fieles al Señor de todo cora-
zón. Un buen número de personas se incor-
poró al Señor.
25 Bernabé marchó a Tarso en busca de
Saulo, 26 y cuando lo encontró, lo condujo a
Antioquía. Un año entero actuaron en
aquella Iglesia instruyendo a una comuni-
dad numerosa.

En Antioquía los discípulos fueron lla-
mados por primera vez cristianos.
27 Por aquel tiempo bajaron unos profe-
tas de Jerusalén a Antioquía. 28 Uno de
ellos, llamado Ágabo, se alzó inspirado y
predijo una gran carestía universal –que so-
brevino en tiempo de Claudio–.
29 Entonces los discípulos decidieron en-
viar, cada cual según sus posibilidades, una
ayuda a los hermanos que habitaban en
Judea. 30 Y así lo hicieron enviando las li-
mosnas a los ancianos por medio de Ber-
nabé y Saulo.

Martirio de Santiago – Pedro encarcelado

12 1 Por aquel tiempo el rey Herodes
emprendió una persecución contra
algunos miembros de la Iglesia. 2 Hizo de-
gollar a Santiago, el hermano de Juan. 3 Y,
viendo que esto agradaba a los judíos, hizo
arrestar a Pedro durante las fiestas de los
Ázimos.
4 Lo detuvo y lo metió en la cárcel, en-
comendando su custodia a cuatro piquetes
de cuatro soldados cada uno. Su intención
era exponerlo al pueblo pasada la Pascua.
5 Mientras Pedro estaba custodiado en la
cárcel, la Iglesia rezaba fervientemente a
Dios por él.
6 La noche anterior al día en que Hero-
des pensaba presentarlo al pueblo, Pedro
dormía entre dos soldados, sujeto con dos
cadenas, mientras los centinelas hacían
guardia ante la puerta de la cárcel.
7 De repente se presentó un ángel del
Señor y una luz resplandeció en el calabo-
zo. El ángel tocó a Pedro en el costado, lo
despertó y le dijo:
—Levántate rápido.

Lástima que Lucas sea tan avaro en su información. Antioquía, la tercera ciudad más importante del imperio Romano después de Roma y Alejandría, era con más de medio millón de habitantes una encrucijada de razas y culturas diferentes. Aquí llegaron los helenistas huidos y comenzaron a dar testimonio de Jesús.

Lucas presenta dos fases de la predicación: la primera, a los judíos residentes en la ciudad, sin éxito aparente. La segunda, más audaz, se dirige a los paganos –griegos–, con gran número de conversiones. Como siempre, el narrador anota que el éxito se debe al poder de Dios.

En Antioquía comienza, pues, a surgir una numerosa comunidad cristiana sin vínculos precedentes con el judaísmo.

Aquí introduce el narrador dos personajes ya conocidos: Bernabé y Pablo. Bernabé es un helenista originario de Chipre, aunque no pertenece al grupo de Esteban y que ya colaboró con los apóstoles. Recuérdese que fue uno de los protagonistas de la experiencia de la comunidad de bienes (4,36s).

Cuando la Iglesia de Jerusalén, que conserva la alta dirección y la responsabilidad última, se entera de la nueva situación en Antioquía, se informa y actúa enviando a Bernabé como representante y enlace. Éste piensa inmediatamente en rodearse de colaboradores y se fija en Pablo cuyas dotes parece conocer o intuir. Pablo permanecerá un año entero instruyendo a la numerosa comunidad de nuevos convertidos.

La plataforma de lanzamiento hacia el gran mundo pagano del Imperio está ya constituida. Lucas no lo dice, pero podemos imaginarnos la delicada tarea de planificación y diálogo entre aquellos misioneros de opiniones y tendencias tan diferentes ante la común empresa de la evangelización. Los ojos iluminados del narrador verán siempre al Espíritu Santo como al verdadero protagonista del avance del Evangelio, garantizando la unidad de los misioneros en medio de la diversidad.

Como signo de solidaridad y vínculo de unión, Lucas menciona una colecta promovida por Bernabé para ayudar a los pobres de Judea. En Antioquía, el grupo de creyentes recibe, por primera vez, un nombre que es todo un símbolo: «cristianos». Merece la pena explicar el contenido de este nombre: la palabra hebrea «Mesías», ungido, se traduce en griego por «Christos» y la lengua latina la pone en forma de adjetivo «christianos» –cristianos–.

12,1-19 Martirio de Santiago – Pedro encarcelado. El martirio de Santiago queda reducido a una breve noticia. Se diría que el hecho merece mayor atención. Es el primer mártir de los apóstoles, personaje de relieve en los relatos evangélicos.

Se le cayeron las cadenas de las manos
8 y el ángel le dijo:

—Ponte el cinturón y cálzate las sandalias.

Así lo hizo.

Luego añadió:

—Cúbrete con el manto y sígueme.

9 Salió Pedro detrás de él, sin saber si lo del ángel era real, porque le parecía que aquello era una visión.

10 Pasaron la primera guardia y la segunda, llegaron a la puerta de hierro que daba a la calle, que se abrió por sí sola. Salieron y, cuando llegaron al extremo de una calle, el ángel se alejó de él.

11 Entonces Pedro, volviendo en sí, comentó:

—Ahora entiendo de veras que el Señor envió a su ángel para librarme del poder de Herodes y de todo lo que esperaba el pueblo judío.

12 Ya recobrado, se dirigió a casa de la madre de Juan, de sobrenombre Marcos, donde unos cuantos se habían reunido para
orar. 13 Golpeó la puerta, y una criada lla-
mada Rosa salió a abrir. 14 Al reconocer la
voz de Pedro, de pura alegría, no le abrió, sino que corrió a anunciar que Pedro estaba ante el portal.

15 Le dijeron:

—¡Estás loca!

Pero ella insistía en que era cierto.

Replicaron:

—Será su ángel.

16 Pedro seguía llamando. Le abrieron y cuando lo vieron no salían de su asombro.

17 Él hizo un gesto con la mano para que se callaran y les contó cómo el Señor lo había sacado de la cárcel.

Y añadió:

—Hagan saber esto a Santiago y a los hermanos.

Después salió y se dirigió a otro lugar.

18 Cuando se hizo de día los soldados estaban muy confundidos por lo que había
pasado con Pedro. 19 Herodes lo buscó y, al
no encontrarlo, interrogó a los guardias y los hizo ejecutar. Después, bajó de Judea y se quedó en Cesarea.

Muerte de Herodes
(cfr. 2 Mac 9)

20 Herodes estaba enemistado con los habitantes de Tiro y Sidón. Ellos, de común

---

Según lo anunciado por Jesús, Santiago sufrió una muerte violenta siguiendo la huellas de su Señor: «la copa que yo voy a beber también la beberán ustedes, el bautismo que yo voy a recibir también lo recibirán ustedes» (Mc 10,39).

La narración, sin embargo, se centra en la prisión y liberación de Pedro y será el último episodio del Libro de los Hechos que tiene a Pedro como protagonista.

Lucas despide a Pedro con un relato de singular viveza (compárese con 5,19-22) suspendido entre el realismo de las acciones humanas y el halo maravilloso de apariciones y prodigios.

El prisionero está custodiado con medidas de máxima seguridad: cadenas, puertas, guardias.

En rápido cambio de escenario, Lucas nos presenta a la comunidad rezando por su jefe prisionero: la distancia y las rejas no rompen la unidad espiritual de los creyentes. Rezar es lo único que pueden y pueden mucho.

El tiempo pasa, la ejecución está fijada para la mañana, es de noche. El prisionero duerme con un sueño tranquilo. En ese momento, irrumpe el mundo sobrenatural y la verosimilitud queda suspendida. Lucas echa mano de signos conocidos: la luz resplandeciente, la aparición del Ángel del Señor. El ritmo de la narración se hace lento para que observemos los detalles: ceñidor, sandalias, una guardia, otra guardia, el portón exterior, la calle. Sólo al final de una calle, Pedro parece despertar y comprende lo sucedido. Curiosamente no se dirige a la «comunidad de cristianos judíos», sino a la de «cristianos helenistas»; en concreto, a casa de María, madre de un tal Juan Marcos.

¿Qué nos quiere decir Lucas? ¿Había hecho ya Pedro una opción a raíz del episodio de Cornelio, dando su apoyo a la apertura misionera de los helenistas? ¿Dirige una mujer, María, la comunidad de los helenistas? Son interrogantes que deja suspendidos el narrador.

De la casa de María mandaron aviso a Santiago y a los demás hermanos. Todo esto sucedió durante la Pascua judía y Lucas evoca en los detalles de la liberación de Pedro la resurrección de Jesús (cfr. Lc 24,9-11); por ejemplo, en el aturdimiento de la portera que oye la voz del apóstol y llena de alegría no le abre la puerta, sino que corre a comunicar la noticia y no le creen; cuando por fin le abren, todos quedan atónitos al verle y el apóstol no se detiene entre los hermanos, sino que pide que vayan a anunciar el acontecimiento.

Lucas termina el relato diciendo que Pedro se fue a otro lugar. ¿A dónde? ¿Está insinuando el narrador lo que era de todos conocido, es decir, el martirio de Pedro en Roma y su reunión definitiva con su Señor?

12,20-25 Muerte de Herodes. El relato narra el alboroto causado por la liberación del apóstol. El tirano,

acuerdo, se presentaron al rey, se ganaron
a Blasto, camarero real, y pidieron la paz;
ya que su país recibía las provisiones del
territorio del rey. 21 El día convenido, Hero-
des, vestido con traje real se sentó en su
trono y les dirigió la palabra, 22 el pueblo
aclamaba:
—¡Ésta es voz de dios, no de hombre!
23 De improviso lo hirió el ángel del Se-
ñor, por no haber reconocido la gloria de
Dios, y murió comido de gusanos.
24 La Palabra de Dios crecía y se difun-
día. 25 Bernabé y Saulo, acabada su misión,
se volvieron a Jerusalén, llevando consigo
a Juan, de sobrenombre Marcos.

Misión de Pablo y Bernabé

13 1 En la Iglesia de Antioquía había al-
gunos profetas y doctores: Bernabé,
Simeón el Negro, Lucio el Cireneo, Mana-
jén, que se había criado con el tetrarca He-
rodes, y Saulo. 2 Un día, mientras celebra-
ban el culto del Señor y ayunaban, el
Espíritu Santo dijo:
—Sepárenme a Bernabé y a Saulo para
la tarea a la que los tengo destinados.
3 Ayunaron, oraron, e imponiéndoles las
manos, los despidieron.
4 Así, enviados por el Espíritu Santo, ba-
jaron a Seleucia, de allí navegaron a Chipre
y, 5 llegados a Salamina, anunciaban la Pa-
labra de Dios en las sinagogas judías. Lle-
vaban a Juan como colaborador.
6 Atravesando la isla, llegaron a Pafos,
donde encontraron a un mago y falso pro-
feta judío que se llamaba Barjesús. 7 Estaba
en el séquito del gobernador Sergio Pablo,
hombre inteligente, que había llamado a
Bernabé y Saulo porque deseaba escuchar
la Palabra de Dios.
8 Pero se les opuso el mago Elimas, que
así se traduce su nombre, que procuraba
apartar al gobernador de la fe. 9 Saulo, o
sea Pablo, lleno de Espíritu Santo, lo miró
fijamente 10 y le dijo:
—¡Gran embustero y embaucador, hijo
del Diablo y enemigo de toda justicia!
¿Cuándo acabarás de retorcer los caminos
rectos de Dios? 11 Mira, te herirá la mano de
Dios y quedarás una temporada ciego sin
ver el sol.
Al instante lo invadió una niebla oscura
y andaba a tientas buscando a alguien que
le diera la mano. 12 Al ver lo sucedido, el
gobernador profundamente impresionado
ante la enseñanza del Señor, abrazó la fe.

---

defraudado en su proyecto de ejecutarlo, hace pagar con la muerte a los guardias. Aunque fuera distante en el tiempo, el narrador quiere presentar aquí el fin teatral de Herodes Agripa como epílogo de la liberación de Pedro. El contraste es buscado: Pedro, encarcelado, Herodes, aclamado como un dios. El ángel del Señor libera a uno y hiere de muerte al otro. Su final está claramente presentado como castigo divino.

13,1-12 Misión de Pablo y Bernabé. Estamos entrando en la tercera, última y más larga etapa del libro de los Hechos. En ella, el testimonio cristiano llegará hasta los confines del mundo conocido por los protagonistas misioneros.

El punto de partida es la Iglesia de Antioquía que está presidida por los cinco líderes que enumera Lucas, encabezados por Bernabé; entre ellos está Pablo, de momento el último de los cinco. Así, al grupo de los apóstoles, dirigentes de la comunidad judeocristiana de Jerusalén, y al de los siete helenistas, el narrador nos presenta ahora otro grupo: los cinco «profetas y maestros de Antioquía».

Lucas nos deja ver cómo el movimiento del Espíritu va estructurando a las diferentes Iglesias, haciendo surgir líderes, animadores y responsables con funciones y nombres diversos según las necesidades de cada una de las comunidades, y con mucha participación de todos a la hora de tomar decisiones. Por ejemplo, en la comunidad de Jerusalén, además de los apóstoles, han surgido otros líderes subordinados a los apóstoles llamados «ancianos» o «presbíteros». Los dirigentes de Antioquía son llamados por Lucas «profetas y maestros».

El narrador no nos dice cómo planificaron los cinco de Antioquía la primera salida misionera, pero sí afirma que la iniciativa, como siempre, fue del Espíritu Santo y que la preparación para que el Espíritu hablara fue, como siempre también, la oración y el ayuno.

El Espíritu Santo –y la comunidad– decidieron separar a dos del grupo, Bernabé y Pablo, para una misión especial que recibieron por medio del gesto acostumbrado de la imposición de manos. Llevaron consigo también a un tal Juan, de sobrenombre Marcos. Viajaron primero a la isla de Chipre y de allí zarparon hacia lo que hoy es el sur de Turquía.

La misión no iba dirigida expresamente todavía a los paganos, sino a los judíos de aquellas regiones. Era, sin embargo, el primer paso hacia el objetivo al que les llevaba el Espíritu. En una de estas correrías, en la ciudad de Pafos, comienza Pablo a destacarse confrontando públicamente al mago y falso profeta Barjesús o Elimas.

En Antioquía de Pisidia

13 Navegando desde Pafos, Pablo y sus
compañeros llegaron a Perge de Panfilia.
Juan se separó de ellos y se volvió a Je-
rusalén. 14 Ellos continuaron desde Perge
hasta Antioquía de Pisidia, y entrando un
sábado en la sinagoga, tomaron asiento.
15 Terminada la lectura de la ley y los pro-
fetas, los jefes de la sinagoga les mandaron
a decir:
—Hermanos, si tienen alguna palabra de
aliento para el pueblo, pueden decirla.
16 Pablo se levantó y, pidiendo silencio
con la mano, dijo:
—Israelitas y todos los que temen a
Dios, escúchenme: 17 El Dios de este pue-
blo, el Dios de Israel eligió a nuestros pa-
dres y engrandeció al pueblo mientras
residía en Egipto. Más tarde, con brazo po-
deroso los sacó de allí 18 y durante cuaren-
ta años los condujo por el desierto.
19 Aniquiló a siete pueblos paganos de
Canaán y entregó su territorio en heredad a
Israel, 20 por cuatrocientos cincuenta años;
les dio jueces hasta el profeta Samuel.
21 Entonces pidieron un rey y Dios les dio a
Saúl, hijo de Quis, de la tribu de Benjamín,
que reinó cuarenta años.
22 Lo depuso y nombró rey a David, de
quien dio testimonio: *Encontré a David,* el
de Jesé, *un hombre a mi gusto, que cum-
plirá todos mis deseos.*
23 De la descendencia de David, según la
promesa, sacó Dios a Jesús como salvador
de Israel. 24 Antes de su llegada Juan predi-
có un bautismo de penitencia a todo el pue-
blo de Israel.
25 Hacia el fin de su carrera mortal Juan
dijo: Yo no soy el que ustedes creen; detrás
de mí viene uno al que no tengo derecho a
quitarle las sandalias de los pies.
26 Hermanos, descendientes de Abra-
hán, y todos los que temen a Dios: A uste-
des se les envía este mensaje de salvación.
27 Los vecinos de Jerusalén y sus jefes no
acogieron a Jesús ni entendieron las pa-
labras de los profetas que se leen cada
sábado. Pero, al juzgarlo, las cumplieron.
28 Pidieron a Pilato que lo condenara, aun-
que no encontraron causa para una senten-
cia de muerte.
29 Cuando se cumplió todo lo escrito de
él lo descolgaron del madero y le dieron se-
pultura. 30 Pero Dios lo resucitó de la muer-
te 31 y se apareció durante muchos días a
los que habían subido con él de Galilea a

13,13-52 En Antioquia de Pisidia. El equipo misionero llega a Antioquía de Pisidia y al sábado siguiente van directamente a la sinagoga. Allí, como era costumbre, invitaron a los forasteros a que tomaran la palabra y comentaran las dos lecturas que se habían proclamado, una tomada de la Ley y otra de los Profetas. Esta visita es muy semejante, en su forma y contenido, a la que hizo Jesús a la sinagoga de Nazaret, que también nos cuenta Lucas en su evangelio (cfr. Lc 4,16-30).

La diferencia está en que Jesús fracasó en Nazaret y Pablo y Bernabé triunfaron rotundamente en Antioquía de Pisidia. Tanto es así, que los oyentes –entre los que se encontraban paganos simpatizantes con el judaísmo a quienes se les permitía acudir a las sinagogas– les invitaron a que hablaran el sábado siguiente. Por lo visto, no esperaron al sábado, sino que estuvieron toda la semana pendiente de los labios de Pablo y Bernabé.

Como era de esperar, al sábado siguiente había una gran multitud esperando oírles de nuevo. Lucas dice que toda la población estaba allí. Esto fue demasiado para los dirigentes judíos que, llenos de envidia, comenzaron a insultar y a contradecir a los dos misioneros. Es más, se aliaron con señoras de la «alta sociedad», precisa el narrador, quienes probablemente hicieron intervenir a las autoridades, y Pablo y Bernabé fueron expulsados de la ciudad. Éstos son los hechos.

¿Qué dijo Pablo en la sinagoga?

El tema del discurso de Pablo, el primero que recoge el libro de los Hechos, era de candente actualidad para los judíos que le escuchaban, como fueron ya antes los discursos de Pedro y Esteban. El pueblo judío tenía –y tiene– grabada en la memoria colectiva las grandes promesas hechas por Dios a lo largo de su historia a través de sus grandes personajes: los Patriarcas y los Profetas. Es un pueblo volcado hacia el futuro, que escudriña los signos de los tiempos para ver cuándo esas promesas se van a cumplir. Todas las promesas apuntan a un Salvador que tenía que venir. Pablo les dice que ese Salvador ya ha venido y es Jesús, muerto y resucitado.

Para ello, al igual que Pedro y Esteban, Pablo repasa la historia de Israel con los ojos iluminados por la fe, y hace converger todas las promesas en el hecho de que Dios resucitó a Jesús de entre los muertos y que, en Él, el perdón y la salvación es ofrecida a todos sin distinción de raza o de nación.

¿Lo entendieron los judíos que le escuchaban?

Lo extraordinario del caso de Antioquía de Pisidia fue que muchos paganos sí lo entendieron. Los judíos,

Jerusalén. Ellos son hoy sus testigos ante
el pueblo.
32 Y nosotros, les anunciamos a ustedes
esta Buena Noticia: la promesa que Dios
hizo a nuestros padres 33 fue cumplida por
él a sus descendientes, que somos noso-
tros, resucitando a Jesús, como está escri-
to en el salmo segundo: *Tú eres mi hijo, yo
te he engendrado hoy.*
34 Y que lo ha resucitado para que nun-
ca se someta a la corrupción está anuncia-
do así: *Cumpliré las santas promesas hechas
a David, aquellas que no pueden fallar.*
35 Y en otro lugar dice: *No permitirás que
tu fiel sufra la corrupción.*
36 Ahora bien, David, después de haber
cumplido la voluntad de Dios durante su
propia generación, murió, fue sepultado y
sufrió la corrupción. 37 En cambio, el que
Dios resucitó no sufrió la corrupción.
38 Sépanlo, hermanos, se les anuncia el
perdón de los pecados por medio de él, 39 y
todo el que crea será perdonado de todo lo
que no pudo perdonar la ley de Moisés.
40 ¡Tengan cuidado! Que no les suceda lo
anunciado por los profetas:

41 *Ustedes, los que desprecian,*
llénense de estupor y ocúltense:
Porque en estos días
voy a realizar algo
que si alguien lo contara
no lo podrían creer.

42 Cuando salieron, les rogaban que si-
guieran exponiendo el tema el sábado si-
guiente. 43 Al disolverse la asamblea, muchos
judíos y prosélitos devotos acompañaron a
Pablo y Bernabé, quienes les hablaban e in-
vitaban a mantenerse en el favor de Dios.
44 El sábado siguiente casi toda la po-
blación se congregó para escuchar la Pala-
bra de Dios.
45 Pero los judíos, al ver la multitud, se
llenaron de envidia y contradecían con in-
sultos las palabras de Pablo. 46 Entonces
Pablo y Bernabé hablaron con toda fran-
queza:
—A ustedes debíamos anunciar en pri-
mer lugar la Palabra de Dios. Pero, ya que
la rechazan y no se consideran dignos de la
vida eterna, nos dirigiremos a los paganos.
47 Así nos lo ha ordenado el Señor:

Te hago luz de las naciones,
para que mi salvación alcance
hasta el confín de la tierra.

48 Los paganos al oírlo se alegraron, glo-
rificaron la Palabra de Dios y los que esta-
ban destinados a la vida eterna, abrazaron
la fe. 49 Y así la Palabra de Dios se difundió
por toda la región. 50 Pero los judíos incita-
ron a mujeres piadosas de clase alta y a los
notables de la ciudad, provocaron una
persecución contra Pablo y Bernabé y los
expulsaron de sus fronteras. 51 Ellos, sacu-
dieron el polvo de sus pies en señal de pro-
testa contra aquella gente y se marcharon a
Iconio. 52 Los discípulos, por su parte, que-
daron llenos de alegría y de Espíritu Santo.

En Iconio

14 1 En Iconio, Pablo y Bernabé, entra-
ron juntos en la sinagoga judía y ha-
blaron de tal manera que muchos judíos y
griegos abrazaron la fe. 2 Los judíos no con-
vertidos incitaron a los paganos y los pu-
sieron en contra de los hermanos. 3 Duran-
te una temporada se quedaron allí, y
predicaban sin miedo confiados en el Señor
que confirmaba su mensaje de gracia con
milagros y señales que realizaba por medio
de ellos.
4 La población se dividió: unos a favor de
los judíos, otros a favor de los apóstoles.

---

sin embargo, en su gran mayoría, rechazaron el mensaje.

Ante tal actitud, Pablo y Bernabé toman posición y la declaran abiertamente: desde ahora en adelante, la predicación del Evangelio a los paganos se convertirá en prioridad. Pablo ve en la conversión de los no judíos otra profecía que se cumple: «Te hago luz de las naciones para que mi salvación alcance hasta el confín de la tierra» (Is 49,6). Lucas no quiere terminar el relato con el cuadro sombrío de la expulsión, por eso matiza que aunque fueron puestos en la frontera por las autoridades, en la ciudad quedaban los discípulos, llenos de alegría y del Espíritu Santo. La alegría fruto del Espíritu es uno de los temas favoritos de Lucas.

14,1-7 En Iconio. Aquí se repiten casi los mismos acontecimientos que en Antioquía de Pisidia. De nuevo, comienzan la predicación en la sinagoga con reacciones semejantes, aunque esta vez no serán expulsados de la ciudad, sino que se escaparon ellos ante la agresividad de los contrarios. Lucas menciona la valentía de estos misioneros y los prodigios y milagros que el Señor hacía por su medio.

5 Un grupo de paganos y judíos, con el
apoyo de los jefes, se prepararon para mal-
tratarlos y apedrearlos.
6 Al enterarse, los apóstoles escaparon a
las ciudades de Licaonia, Listra, Derbe y
sus alrededores. 7 Allí estuvieron anuncian-
do la Buena Noticia.

En Listra

8 Había en Listra un hombre que tenía
los pies paralizados, inválido de nacimien-
to, que nunca había caminado. 9 Escucha-
ba sentado lo que Pablo decía. Éste fijó en
él la mirada y, viendo que tenía fe para sal-
varse, 10 le dijo en voz alta:
—Ponte derecho sobre los pies.
Él dio un salto y se puso a caminar.
11 Al ver lo que había hecho Pablo, la
gente empezó a gritar en lengua licaonia:
—¡Dioses en figura de hombres han ba-
jado hasta nosotros!
12 A Bernabé lo llamaban Zeus y a Pablo
Hermes, porque era el portavoz. 13 El sa-
cerdote del templo de Zeus, que estaba a la
entrada de la ciudad, trajo toros y guirnal-
das a las puertas de la ciudad e intentaba
ofrecer un sacrificio con la multitud.
14 Al oírlo, los apóstoles Bernabé y Pablo
se rasgaron los vestidos y se lanzaron hacia
la multitud gritando:
15 —¡Amigos! ¿Qué están haciendo? No-
sotros también somos hombres igual que
ustedes y les predicamos que deben aban-
donar los ídolos para convertirse al Dios
vivo, que hizo el cielo, la tierra, el mar y
cuanto contienen.
16 Aunque en otros tiempos, Él permitió
a los paganos seguir sus caminos; 17 nunca
dejó de manifestarse como bienhechor,
enviándoles lluvias desde el cielo, buenas
cosechas, alimentándolos y teniéndolos
contentos.
18 Con estas palabras apenas lograron
impedir que la multitud les ofreciera sacri-
ficios.
19 Pero unos judíos, venidos de Antio-
quía e Iconio, convencieron a la gente para
que apedrease a Pablo. Luego dándolo por
muerto, lo arrastraron fuera de la ciudad.
20 Los discípulos lo rodearon, él se levantó
y entró en la ciudad.

De vuelta en Antioquía

21 Al día siguiente salió con Bernabé ha-
cia Derbe. Después de anunciar la Buena
Noticia en aquella ciudad y de ganar bas-
tantes discípulos, se volvieron a Listra, Ico-
nio y Antioquía, 22 donde animaron a los
discípulos y los exhortaron a perseverar en
la fe, recordándoles que tenían que atrave-
sar muchas tribulaciones para entrar en el
reino de Dios.
23 En cada comunidad nombraban an-
cianos y con oraciones y ayunos los en-

14,8-20 En Listra. El incidente pintoresco de Listra, a propósito de una sanación realizada por Pablo, ilustra los primeros encuentros de los predicadores cristianos con la cultura pagana politeísta. Es un caso particular de religiosidad ingenua y crédula que cree en las historias o leyendas poéticas de dioses que se presentan a los hombres en figura humana. Con sentido del humor anota Lucas que Bernabé, más distante y solemne, fue confundido con Zeus, el jefe de los dioses, y Pablo, que es quien llevaba la voz cantante, con Hermes, el portavoz de los dioses. La cosa se complica cuando quieren ofrecerle hasta un sacrificio. La reacción estupefacta de los misioneros no se hizo esperar.

Pablo aprovecha el incidente para aclarar la situación y hablarles del Dios único, creador de todo, paciente y comprensivo con las manifestaciones religiosas de los pueblos. Anota, sin embargo, que ha llegado el tiempo de convertirse al Dios vivo. En su pequeño discurso, Pablo no menciona a Jesús, de modo que sus palabras hay que considerarlas como ejemplo de pre-evangelización, como diríamos hoy. A continuación, el narrador nos cuenta otra persecución sufrida por Pablo –no se menciona a Bernabé–. Parece que no viene a cuento con el incidente narrado anteriormente. Lucas no entra en detalles y quizás su intención sea hacer caer en la cuenta de que los enemigos de Pablo lo persiguen dondequiera que vaya.

14,21-28 De vuelta en Antioquía. La primera campaña misionera que abrió las puertas del Evangelio a los gentiles llega a su fin. Los misioneros desandan el camino para visitar a las pequeñas comunidades cristianas que se habían ido formando. Las animan a permanecer en la fe, que es lo mismo que permanecer en el Señor, y esto les llevará a tener que sufrir por su causa. Estas visitas sirven también para organizar a las comunidades eligiendo líderes locales, que son llamados «ancianos». Como siempre, Lucas no se olvida de apuntar que este importante paso se hace en un ambiente de oración y ayuno.

A su regreso a Antioquía, la comunidad se reúne para oír a los misioneros. Del informe dado por Pablo y Bernabé, a Lucas sólo le interesa resaltar la conclusión a que todos llegaron: la predicación del Evangelio a los paganos ha sido pura iniciativa de Dios.

comendaban al Señor en quien habían
creído.
24 Después atravesaron Pisidia, llegaron
a Panfilia, 25 predicaron el mensaje en Per-
ge, bajaron a Atalía 26 y desde allí navega-
ron a Antioquía, desde donde habían
partido encomendados a la gracia de Dios
para realizar la obra que ahora habían aca-
bado.
27 Al llegar, reunieron a la comunidad y
les contaron lo que Dios había hecho por su
medio y cómo había abierto a los paganos
la puerta de la fe. 28 Y se quedaron una lar-
ga temporada con los discípulos.

El Concilio de Jerusalén

15 1 Algunos venidos de Judea enseña-
ban a los hermanos que, si no se cir-
cuncidaban según el rito de Moisés, no po-
dían salvarse. 2 Pablo y Bernabé tuvieron
una fuerte discusión con ellos; de modo
que se decidió que Pablo y Bernabé con al-
gunos más acudieran a Jerusalén, para tra-
tar este asunto con los apóstoles y los an-
cianos.

3 Los enviados por la comunidad atrave-
saron Fenicia y Samaría, contando a los
hermanos la conversión de los paganos y
llenándolos de alegría.

4 Llegados a Jerusalén fueron recibidos
por la comunidad, los apóstoles y los an-
cianos, y les contaron lo que Dios había he-
cho por su medio. 5 Pero algunos de la
secta farisea que habían abrazado la fe se
levantaron y dijeron que era necesario cir-

15,1-35 El Concilio de Jerusalén. Exactamente en la mitad del libro de los Hechos sitúa Lucas lo que se suele llamar Concilio de Jerusalén. No es exagerado decir que este relato es el verdadero quicio de toda la obra de Lucas.

El narrador nos ha ido preparando en los relatos precedentes para esta asamblea de capital importancia, no sólo para aquellas primeras comunidades sino para toda la historia de la Iglesia. Nos ha invitado a reconocer la primacía de Jerusalén y el dinamismo de Antioquía. Nos ha inducido a simpatizar con el movimiento de apertura iniciado por los cristianos helenistas, a nosotros que somos los descendientes de aquel primer impulso.

Simplificando un poco podríamos decir que las dos Iglesias siguen caminos divergentes. La Iglesia de Jerusalén estaba dominada por judeocristianos, conservadores en ciertos aspectos. Se consideran una especie de «resto» o gueto en el cual está cristalizándose y creciendo el nuevo Israel, definitivo y total. Sin embargo, no acababan de entender en todo su alcance la novedad absoluta de la persona de Jesús, su muerte y resurrección, que sin romper las raíces espirituales que le unían al pueblo elegido de Israel eliminó todas las fronteras impuestas por la raza, las leyes discriminatorias y las tradiciones excluyentes, como la circuncisión y un largo etcétera. Sin embargo, desde su reducto, esta comunidad fue capaz de aceptar, en la persona de Pedro, la apertura del Evangelio a los paganos iniciada por los helenistas. Esto fue posible gracias a la iniciativa del Espíritu Santo, como afirma e insiste Lucas. Es posible, sin embargo, que el bautismo del pagano Cornelio y su familia a manos de Pedro, sin la condición previa de la circuncisión y la imposición de otras leyes y costumbres judías, no fuera bien asimilado por toda la comunidad de Jerusalén.

La comunidad de Antioquía, por otra parte, era heterogénea en su composición y dinámica en su constante irradiación. Su característica era, hacia adentro, la capacidad para convivir en el pluralismo; y hacia afuera, la aceptación de otras gentes y la asimilación de culturas diferentes. Judeocristianos convivían en Antioquía con helenistas y paganos convertidos.

Esta situación de hecho, que duraba ya varios años, no podía prolongarse por más tiempo, como así fue. La chispa que provocó el enfrentamiento entre ambas Iglesias surgió de un grupo de extremistas de Judea. Pablo los llama «falsos hermanos», que viajaron a Antioquía y comenzaron a enseñar que sin la circuncisión no era posible salvarse. Pablo, Bernabé y su grupo de Antioquía reaccionaron con la máxima energía. Se hizo necesaria una reunión de los representantes de ambas Iglesias para zanjar la cuestión de una vez por todas.

Lucas narra el desarrollo de la reunión 35 ó 40 años después de que ocurrieran los hechos. Todos los protagonistas, Pedro, Santiago, Pablo, Bernabé, etc., habían muerto. El problema ya no existía; es más, los paganos convertidos habían pasado a ser, de minoría cuestionada y marginada, a mayoría absoluta dentro de la Iglesia. Lucas se siente, pues, libre de ordenar y seleccionar los recuerdos y tradiciones de lo ocurrido; pasa por alto lo más áspero de la polémica y construye con rasgos esenciales un relato perfectamente equilibrado para transmitirnos su mensaje constante: el Espíritu Santo fue el verdadero protagonista de la solución del conflicto. La unidad de la Iglesia no se rompió. Las barreras discriminatorias se rompieron y los paganos fueron admitidos en la Iglesia en pie de igualdad.

El Concilio tuvo dos momentos: una sección plenaria en la que ambas partes contendientes exponen con acaloramiento sus respectivas posiciones y una sección restringida donde los dirigentes de Jerusalén, con Pedro y Santiago a la cabeza, y los dos delegados de Antioquía, Pablo y Bernabé, se reúnen a deliberar.

cuncidar a los paganos convertidos y obli-
garlos a observar la ley de Moisés.

6 Los apóstoles y los ancianos se reunie-
ron para examinar el asunto.

7 Luego de una agitada discusión, se le-
vantó Pedro y les dijo:

—Hermanos, ustedes saben que desde
el principio me eligió Dios entre ustedes,
para que por mi medio los paganos escu-
charan la Buena Noticia y creyeran. 8 Dios,
que conoce los corazones, mostró que los
aceptaba dándoles el Espíritu Santo lo
mismo que a nosotros, 9 Él no hizo ningu-
na distinción entre unos y otros y los puri-
ficó por medio de la fe. 10 ¿Por qué ahora,
ustedes tientan a Dios imponiendo al cue-
llo de los discípulos un yugo que ni nues-
tros padres ni nosotros hemos sido
capaces de soportar? 11 Al contrario, noso-
tros creemos que tanto ellos como noso-
tros hemos sido salvados por la gracia del
Señor Jesús.

12 Toda la asamblea en silencio se dispu-
so a escuchar a Bernabé y Pablo, que les
contaron los milagros y señales que Dios
había obrado por su medio entre los paga-
nos. 13 Cuando se callaron, les contestó
Santiago:

—Hermanos, les ruego que me escu-
chen. 14 Simón ha contado cómo Dios des-
de el principio dispuso elegir entre los
pueblos paganos un pueblo consagrado a
su nombre. 15 Eso concuerda con lo que
anunciaron los profetas, como está escrito:

16 *De nuevo reconstruiré*
la choza caída de David,
la reconstruiré levantando sus ruinas,
17 *para que el resto de los hombres*
busque al Señor,
lo mismo que todas las naciones
que llevan mi nombre –dice el Señor–,
18 *que da a conocer todo esto*
desde antiguo.

19 Por tanto pienso que no hay que poner
obstáculos a los paganos que se conviertan
a Dios. 20 Basta encargarles que se absten-
gan de contaminarse con los ídolos, de las
uniones ilegales y de comer carne de ani-
males estrangulados o sangre. 21 Ya que
Moisés tiene desde antiguo en cada pobla-
ción predicadores que lo leen los sábados
en las sinagogas.

También aquí, dice Lucas, se encendió la discusión, hasta que Pedro se levantó y dictó sentencia.

El discurso de Pedro parte de su experiencia personal en el caso del pagano Cornelio y su familia, y dice que Dios les dio el Espíritu Santo lo mismo que a «nosotros». Es, por tanto, el Espíritu el que abate fronteras y crea la nueva unidad. Así pues, oponerse a la integración plena y sin condiciones de los paganos a la Iglesia es oponerse a Dios. Las palabras de Pedro son acogidas con un silencio de aceptación.

A continuación, hablan los delegados de Antioquía que confirman lo dicho por Pedro narrando las maravillas que Dios había hecho entre los paganos por medio de ellos.

Finalmente, Santiago, el jefe de la oposición moderada, toma a su vez la palabra y acepta claramente la decisión de Pedro. Dice que imponer la circuncisión y la ley judía a los paganos sería poner obstáculos a su conversión, descalificando así a los extremistas. No obstante, Santiago propone algunas cláusulas de comportamiento para los paganos convertidos con el fin de asegurar la convivencia con los judeocristianos en las comunidades mixtas. Éstas fueron aceptadas.

Así terminó aquella memorable reunión, considerada como el primer Concilio de la Iglesia. Sin embargo, los cristianos de hoy caeríamos en un error si consideráramos el Concilio de Jerusalén como un hecho del pasado, cerrado y superado ya.

En realidad, el Concilio de Jerusalén continúa abierto, porque el problema de fondo que allí se planteó ha sido y sigue siendo el problema de fondo de toda la historia de la Iglesia, también de la de nuestros días.

Fue «la memoria» de Jesús la que estuvo en peligro de perderse en Jerusalén, es decir, su opción por los marginados, las masas abandonadas, los discriminados, los excluidos. En el Concilio de Jerusalén los marginados fueron los helenistas cristianos y los paganos convertidos, en una Iglesia dominada por los judeocristianos.

Hoy son las mujeres en un mundo dominado por los hombres; los niños en un mundo de adultos; los enfermos en un mundo obsesionado por la salud y el hedonismo; el tercer mundo dominado por el primero; son los pobres, los emigrantes, los indígenas, los trabajadores y, en general, los marginados de nuestra sociedad.

Las palabras de Pedro en Jerusalén siguen resonando proféticamente en nuestros días: Si Dios los ha elegido, ¿quiénes somos nosotros para marginarlos? Con esta intervención, Lucas despide a Pedro definitivamente del libro de los Hechos. Ya no lo menciona más.

El narrador no intenta ofrecernos una biografía de sus personajes, sino que los sigue hasta que se han identificado totalmente con el Espíritu Santo que es el protagonista absoluto del libro de los Hechos.

22 Entonces los apóstoles, los ancianos y
la comunidad entera decidieron escoger
algunos dirigentes de los hermanos, para
enviarlos con Pablo, Bernabé, Judas, por
sobrenombre Barsabás, y Silas a Antioquía.
23 Les dieron una carta autógrafa que
decía:
—Los hermanos apóstoles y ancianos
saludan a los hermanos convertidos del pa-
ganismo de Antioquía, Siria y Cilicia: 24 Nos
hemos enterado de que algunos de los
nuestros, sin nuestra autorización, han
sembrado entre ustedes la inquietud y pro-
vocado el desconcierto. 25 Por eso hemos
decidido de común acuerdo elegir unos de-
legados y enviárselos con nuestros que-
ridos Bernabé y Pablo, 26 hombres que han
entregado su vida a la causa de nuestro Se-
ñor Jesucristo. 27 Por eso les enviamos a
Judas y Silas, que les explicarán esto de
palabra.
28 Es decisión del Espíritu Santo y nues-
tra no imponerles ninguna carga más que
estas cosas indispensables: 29 absténganse
de alimentos ofrecidos a los ídolos, de san-
gre, de animales estrangulados y de rela-
ciones sexuales prohibidas. Harán bien si
se privan de estas cosas. Adiós.
30 Ellos se despidieron, bajaron a Antio-
quía, reunieron a la comunidad y les entre-
garon la carta. 31 Cuando la leyeron, se
alegraron por los ánimos que les daba.
32 Judas y Silas, que también eran profetas,
animaron y confirmaron a los hermanos.
33 Pasada una temporada, se despidie-
ron de los hermanos con la paz y se volvie-
ron a los que los habían enviado. 34 [[Pero a
Silas le pareció bien quedarse allí.]]
35 Pablo y Bernabé se quedaron en An-
tioquía, donde con otros muchos, en-
señaban y anunciaban la Palabra de Dios.

Pablo y Bernabé se separan

36 Pasados unos días Pablo dijo a Ber-
nabé:
—Volvamos a visitar a los hermanos de
cada población donde hemos anunciado la
Palabra del Señor, a ver cómo se encuen-
tran.
37 Bernabé quería llevar consigo a Juan,
de sobrenombre Marcos. 38 Pablo juzgaba
que no debían llevar consigo a uno que los
había abandonado en Panfilia y no los ha-
bía acompañado en la tarea. 39 La discusión
resultó tan violenta que se separaron, y
Bernabé, tomando a Marcos, se embarcó
para Chipre. 40 Pablo eligió a Silas y partió,
encomendado al favor del Señor por los
hermanos. 41 Atravesó Siria y Cilicia confir-
mando a las Iglesias.

Timoteo acompaña a Pablo y Silas

16 1 Así llegó a Derbe y Listra. Había
allí un discípulo llamado Timoteo,
hijo de madre judía convertida y de padre

15,36-41 Pablo y Bernabé se separan. ¿Se trata de un incidente menor o de algo más serio? Lucas no entra en detalles, sólo dice que después de una violenta discusión el equipo misionero de Antioquía se disolvió, y Bernabé y Juan se fueron por un lado y Pablo, por otro. ¿Cuestión de incompatibilidad de caracteres? Probablemente se separaron por opciones de principio. Hoy diríamos que Pablo quiso ser fiel al espíritu del Concilio llevando sus decisiones hasta sus consecuencias más radicales. No así Bernabé y Juan.

¿No estamos viviendo nosotros la misma situación después del Concilio Vaticano II? Por un lado, están los que acusan a ciertos sectores de la Iglesia, calificados de radicales, de ir más lejos de lo que el Concilio Vaticano II dijo o quiso decir. Por otro lado, están los que en su radicalismo evangélico quieren ser fieles al espíritu del Concilio hasta sus últimas consecuencias. Volviendo al relato, Lucas nos va a demostrar en los restantes capítulos del libro de los Hechos que el Espíritu Santo fue el que inspiró el radicalismo evangélico de Pablo. No todos los conflictos que se tienen en la Iglesia son negativos. Tratados adecuadamente, desde el diálogo, el respeto a las diferencias y la fraternidad, pueden ser oportunidades para abrirnos a las iniciativas del Espíritu Santo que puede y suele hablar por medio de los que se arriesgan, los contestatarios y los que van contra corriente. Así se manifestó el Espíritu en Antioquía y Lucas recoge y nos transmite la lección.

Pablo, libre ya del impedimento que significaban Bernabé y Juan, se lanzó a la gran misión entre los paganos que le llevaría hasta la misma capital del imperio, Roma, acompañado de otro voluntario, Silas.

16,1-8 Timoteo acompaña a Pablo y Silas. Entra en escena Timoteo, que llegará a ser uno de los colaboradores favoritos del Apóstol. Lucas dice que Pablo hizo circuncidar a Timoteo, con el consentimiento de éste, por supuesto. ¿Incoherencia de Pablo que tanto luchó por la abolición de la circuncisión como requisito para ser cristiano? Más que incoherencia, lo que probablemente quiere indicarnos Lucas es la absoluta libertad del Apóstol para hacer lo que más conve-

griego, 2 muy estimado por los hermanos
de Listra e Iconio. 3 Pablo quería llevarlo
consigo; así que lo circuncidó, en consi-
deración a los judíos que habitaban por
allí, porque todos sabían que su padre era
griego.

4 Al atravesar las poblaciones, les encar-
gaban que observaran las normas estable-
cidas por los apóstoles y los ancianos de
Jerusalén. 5 Las Iglesias se robustecían en
la fe y crecían en número cada día.

6 Como el Espíritu Santo no les permitía
predicar el mensaje en Asia, atravesaron
Frigia y Galacia. 7 Llegados a Misia, inten-
taron pasar a Bitinia, pero el Espíritu de Je-
sús se lo impidió. 8 Así que dejaron Misia y
bajaron hasta Tróade.

Visión de Pablo

9 Una noche Pablo tuvo una visión: un
macedonio estaba de pie y le suplicaba:
Ven a Macedonia a ayudarnos.

10 Apenas tuvo esa visión, intentamos ir
a Macedonia, convencidos de que Dios nos
llamaba a anunciarles la Buena Noticia.
11 Nos embarcamos en Tróade llegamos
rápidamente a Samotracia, y al día siguien-
te a Neápolis; 12 de allí a Filipos, la primera
ciudad de la provincia de Macedonia, colo-
nia romana. Nos quedamos unos días en
aquella ciudad.

13 Un sábado salimos por la puerta de la
ciudad a la ribera de un río, donde pen-
sábamos que habría un lugar para orar. Nos
sentamos y nos pusimos a conversar con
unas mujeres. 14 Nos escuchaba una mujer
llamada Lidia, comerciante en púrpura en
Tiatira y persona devota.

El Señor le abrió el corazón para que
prestara atención al discurso de Pablo.
15 Se bautizó con toda su familia y nos ro-
gaba:

—Si me tienen por creyente en el Señor,
vengan a hospedarse a mi casa.

Y les insistía.

Presos y liberados

16 Una vez que nos dirigíamos a la ora-
ción nos salió al encuentro una muchacha
que tenía poderes de adivina y daba mu-
chas ganancias a sus patrones adivinando
la suerte. 17 Caminando detrás de Pablo y
de nosotros gritaba:

—Estos hombres son siervos del Dios
Altísimo y nos predican el camino de la sal-
vación.

---

nía a la propagación del Evangelio. Si la circuncisión era tomada como requisito necesario para ser cristiano, Pablo la rechaza absolutamente, como hace en la carta a los Gálatas. Si sólo se trata de un rito externo que puede traer ventajas legales o sociales, la acepta sin más problemas, como en el caso de Timoteo.

El nuevo equipo misionero se adentra en Asia Menor camino, probablemente, de las grandes ciudades greco-romanas de la provincia asiática, como Pérgamo y Éfeso. Por el camino recorren en visita pastoral las comunidades ya establecidas. El proyectado viaje, sin embargo, se ve truncado por la intervención del Espíritu Santo –Lucas lo llama aquí «Espíritu de Jesús»– (7), quien cambia radicalmente los planes de los evangelizadores. Su destino será un nuevo continente: Europa.

16,9-15 Visión de Pablo. El uso de los sueños para comunicar mensajes divinos es más frecuente en el evangelio de Mateo. Lucas, de ordinario, hace intervenir a ángeles. Esta vez, un macedonio anónimo, huésped de un sueño, es la voz de Europa pidiendo auxilio. Detrás de este recurso literario de Lucas para insistir, como siempre, en el protagonismo del Espíritu Santo, podemos percibir lo atentos que estaban aquellos misioneros a lo que hoy llamaríamos «los signos de los tiempos». Sus ojos iluminados por la fe veían en personas, circunstancias y acontecimientos al Espíritu de Jesús que dirigía sus pasos abriendo nuevos caminos de misión.

El Espíritu, pues, les encaminó a Filipos, la primera ciudad europea que iban a visitar, conquistada el 355 a.C. por Filipos, padre de Alejandro Magno. Allí se dirigen a un lugar de oración donde había también mujeres, lo que nos induce a pensar que no se trataba de una sinagoga judía.

El relato de Lucas se centra en una mujer, Lidia, la primera creyente de Europa. No podía ser de otra manera en un narrador que tanto promocionó a la mujer en su evangelio. Los misioneros rompen la costumbre de hospedarse en casas judías y, ante la insistencia de Lidia, lo hacen en su casa que se convirtió en «Iglesia doméstica», célula original de una de las comunidades más fervorosas de Pablo. Lucas no se olvida de apuntar que la conversión de Lidia fue obra de Dios.

16,16-40 Presos y liberados. Lo que motivó la prisión de Pablo y sus compañeros fue el encuentro de éstos con una esclava que proporcionaba abundantes ganancias a sus amos ejerciendo el arte adivinatorio y otras magias. Importunaba a los misioneros con supuestos elogios. ¿Es alabanza y recomendación, burla y parodia o desafío a los presuntos salvadores? Sea lo que sea, la explotación de la esclava por el dinero que proporcionaba a sus amos es suficiente para que Pa-

18 Esto lo hizo muchos días, hasta que Pablo, cansado, se volvió y dijo al espíritu:

—En nombre de Jesucristo te ordeno que salgas de ella.

Inmediatamente salió de ella.

19 Viendo sus dueños que se les había escapado la esperanza de negocio, tomaron a Pablo y Silas, los arrastraron hasta la plaza, ante las autoridades, 20 y, presentándolos a los magistrados, dijeron:

—Estos hombres están perturbando nuestra ciudad; son judíos 21 y predican unas costumbres que nosotros, romanos, no podemos aceptar ni practicar.

22 La gente se reunió contra ellos y los magistrados ordenaron que los desnudaran y los azotaran. 23 Después de una buena paliza, los metieron en la cárcel y ordenaron al carcelero que los vigilara con mucho cuidado. 24 Recibido el encargo, los metió en el último calabozo y les sujetó los pies al cepo.

25 A media noche Pablo y Silas recitaban un himno a Dios, mientras los demás presos escuchaban. 26 De repente sobrevino un terremoto que sacudió los cimientos de la prisión. En ese instante se abrieron todas las puertas y se les soltaron las cadenas a los prisioneros. 27 El carcelero se despertó, y al ver las puertas abiertas, empuñó la espada para matarse, creyendo que se habían escapado los presos.

28 Pero Pablo le gritó muy fuerte:

—¡No te hagas daño, que estamos todos aquí!

29 El carcelero pidió una antorcha, temblando corrió adentro y se echó a los pies de Pablo y Silas.

30 Los sacó afuera y les dijo:

—Señores, ¿qué tengo que hacer para salvarme?

31 Ellos le contestaron:

—Cree en el Señor Jesús y te salvarás, tú con tu familia.

32 Enseguida le anunciaron a él y a toda la familia el mensaje del Señor. 33 Todavía de noche se los llevó, les lavó las heridas y se bautizó con toda su familia. 34 Después los llevó a su casa, les ofreció una comida y festejó con toda la casa el haber creído en Dios.

35 Cuando se hizo de día, los magistrados enviaron a los inspectores para que soltaran a aquellos hombres. 36 El carcelero informó del asunto a Pablo:

—Los magistrados han mandado que los deje en libertad; por tanto, váyanse en paz.

37 Pablo replicó:

—De modo que a nosotros, ciudadanos romanos, nos han azotado en público y sin juicio, nos han metido en la cárcel, ¿y ahora nos echan a ocultas? De ningún modo. Que vengan ellos y nos hagan salir.

38 Los inspectores lo comunicaron a los magistrados, los cuales se asustaron al oír que eran ciudadanos romanos. 39 Acudieron, se excusaron, los hicieron salir y les rogaron que se marcharan de la ciudad.

40 Al salir de la cárcel se dirigieron a casa de Lidia, saludaron, animaron a los hermanos y se marcharon.

---

blo vea en esa manifestación pseudo-religiosa un negocio instigado por un mal espíritu. Lucas no dice si era el mal espíritu quien producía el negocio o era el negocio quien inventaba el espíritu. En cualquier caso, Pablo invocó el nombre de Jesús y la esclava quedó libre.

La reacción de los amos, violenta e ilegal, no se hizo esperar. Hoy diríamos que la acusación está basada en anti-semitismo y xenofobia: opone romanos a judíos, costumbres extranjeras a las propias. Intervinieron las autoridades y, después de una buena paliza, los metieron en la cárcel. Y aquí Lucas echa mano de su arte de narrador y compone un relato novelado de liberación en el que Pablo sigue las huellas de Pedro (12,1-19).

El realismo con que describe los acontecimientos de aquella noche de cárcel hace resaltar más las incongruencias que la verosimilitud de los hechos. ¿Qué terremoto es ése que abre puertas y suelta cadenas sin producir daños a los presos? Hay que entrar en el espacio fantástico del relato para escuchar lo que verdaderamente nos quiere decir Lucas. Ante todo, la serenidad de los dos cautivos que transforma la cárcel en casa de oración. El terremoto es manifestación de Dios en acción. Se abren las puertas, como promete el profeta (cfr. Is 45,1) y salen libres (cfr. Sal 124,7). El efecto más maravilloso es la conversión del carcelero, que se bautiza con toda su familia. Al día siguiente, las autoridades quieren dar el asunto por terminado y les dicen que se vayan. Pablo, sin embargo, pide justicia y les acusa del tratamiento injusto e ilegal infligido a ciudadanos romanos. Exige y obtiene una discreta reparación.

En Tesalónica

17 1 Atravesando Anfípolis y Apolonia
llegaron a Tesalónica, donde había
una sinagoga judía. 2 Según costumbre, Pa-
blo se dirigió a ella y, durante tres sábados,
discutió con ellos, citando la Escritura, 3 ex-
plicándola y mostrando que el Mesías tenía
que padecer y resucitar al tercer día, y que
ese Jesús que les anunciaba era el Mesías.
4 Algunos de ellos se convencieron y se
unieron a Pablo y Silas; también lo hicieron
gran número de gente de nacionalidad grie-
ga que habían aceptado la fe de los judíos
y no pocas mujeres influyentes.
5 Llenos de envidia, los judíos reclutaron
algunos maleantes del arroyo, promovieron
un alboroto y perturbaron el orden de la
ciudad. Luego se presentaron en casa de
Jasón con la intención de hacer compare-
cer a Pablo y Silas ante la asamblea del
pueblo.
6 Al no encontrarlos, arrastraron a Jasón
y a algunos hermanos a la presencia de los
magistrados.
Y gritaron:
—Éstos, que han revolucionado el mun-
do, se han presentado también aquí y 7 Ja-
són los ha recibido en su casa. Todos éstos
actúan contra los edictos del emperador y
afirman que hay otro rey, llamado Jesús.
8 Al oírlo, la multitud y los magistrados
se asustaron, 9 exigieron una fianza a Jasón
y los soltaron.

En Berea

10 Enseguida, de noche, los hermanos
enviaron a Pablo y Silas a Berea. Cuando
llegaron, se dirigieron a la sinagoga de los
judíos. 11 Éstos eran más tolerantes que los
de Tesalónica; recibieron con interés el
mensaje y todos los días analizaban la Es-
critura para ver si era cierto.
12 Muchos de ellos abrazaron la fe, lo
mismo que algunas mujeres nobles y no
pocos hombres griegos.
13 Cuando los judíos de Tesalónica se
enteraron de que Pablo había anunciado el
mensaje de Dios en Berea, fueron allá para
incitar y amotinar a la multitud.
14 Sin tardanza, los hermanos hicieron
bajar a Pablo hasta la costa, mientras Silas
y Timoteo se quedaban atrás. 15 Los que
escoltaban a Pablo lo condujeron hasta
Atenas; después volvieron con instruccio-
nes para que Silas y Timoteo se reunieran
con él cuanto antes.

En Atenas

16 Mientras los esperaba en Atenas, Pa-
blo se indignaba al observar la idolatría de la
ciudad. 17 En la sinagoga discutía con judíos
y con los que temen a Dios; en la plaza
pública hablaba a los que pasaban por allí.
18 Algunos de las escuelas filosóficas de
epicúreos y estoicos entablaban con-
versación con él; otros comentaban:
—¿Qué querrá decir este charlatán?

17,1-9 En Tesalónica. Dejando ciudades secundarias, los misioneros se encaminan a la capital de Macedonia, Tesalónica –hoy Salónica–, una ciudad portuaria, rica y abierta, en la que no faltaba la sinagoga judía. Siguiendo su estrategia misionera, Pablo se dirige primero a los judíos a quienes explica y muestra que el Mesías tenía que sufrir y resucitar, y que este Mesías era Jesús.

El éxito de la predicación de Pablo en Tesalónica es muy superior al de Filipos. Entre los que se asociaron a Pablo y Silas había judíos, griegos y no pocas mujeres influyentes. De nuevo, Lucas hace notar la presencia de las mujeres. Probablemente no lo hace sólo para promocionarlas, sino para dar testimonio de su protagonismo en aquellas comunidades cristianas.

Como en otras ocasiones, el éxito provoca la envidia y la acusación de los judíos, muy semejante a la que lanzaron contra Jesús (cfr. Lc 23,2; Jn 19,12): intentar suplantar al emperador romano con otro rey. Esta vez, al no encontrar a Pablo y Silas, los amotinados se volvieron contra el anfitrión de los misioneros, Jasón. Menos mal que las autoridades se dieron cuenta de lo absurdo de la acusación y se contentaron con amonestar a Jasón.

17,10-15 En Berea. Se repiten los mismos sucesos que en Tesalónica. La misión de Pablo y Silas termina, como siempre, en persecución. Esta vez son los judíos venidos de Tesalónica los que se dirigen a Berea –unos 80 Km. de distancia– para impedir la misión de Pablo. Sin embargo, los convertidos siguen aumentando; entre ellos, vuelve a repetir Lucas, había mujeres importantes. En Berea se separan los compañeros por un tiempo, de modo que Pablo va a afrontar en solitario el desafío de Atenas.

17,16-21 En Atenas. El relato de Atenas está entre los más importantes del libro de los Hechos. A través de los episodios anteriores Lucas ha ido preparando el terreno para este encuentro importantísimo de Pablo con las religiones paganas. Hasta ahora los predicadores cristianos se han enfrentado con el judaísmo y la

Otros decían:
—Parece un propagandista de divinida-
des extranjeras.

Porque anunciaba a Jesús y la resurrec-
ción. 19 Lo llevaron al Areópago y le pre-
guntaron:
—¿Podemos saber en qué consiste esa
nueva doctrina que expones? 20 Dices co-
sas que nos suenan extrañas y queremos
saber lo que significan. 21 Porque todos los
atenienses y los extranjeros que residen allí
no tienen mejor pasatiempo que contar y
escuchar novedades.

En el Areópago

22 Pablo se puso en pie en medio del
Areópago y habló así:
—Atenienses, veo que son hombres su-
mamente religiosos. 23 Cuando estaba pa-
seando y observando sus lugares de culto,
encontré un altar con esta inscripción: AL
DIOS DESCONOCIDO. Ahora bien, yo
vengo a anunciarles al que adoran sin co-
nocer.
24 Es el Dios que hizo cielo y tierra y
todo lo que hay en él. El que es Señor de
cielo y tierra no habita en templos construi-
dos por hombres 25 ni pide que le sirvan
manos humanas, como si necesitase algo.
Porque él da vida y aliento y todo a todos.
26 De uno solo formó toda la raza huma-
na, para que poblase la superficie entera de
la tierra.

Él definió las etapas de la historia y las
fronteras de los países.

27 Hizo que buscaran a Dios y que lo en-
contraran aun a tientas. Porque no está le-
jos de ninguno de nosotros, ya que 28 en él
vivimos, y nos movemos y existimos, como
dijeron algunos de los poetas de ustedes:
porque somos también de su raza.
29 Por tanto, si somos de raza divina, no
debemos pensar que Dios es semejante a la
plata o el oro o la piedra modelados por la
creatividad y la artesanía del hombre.
30 Ahora bien, Dios, pasando por alto la
época de la ignorancia, manda ahora a to-
dos los hombres en todas partes a que se

---

ley, la magia (16,16-18; 19,12-16), con el politeísmo ingenuo (14,6-18). Ahora le toca a Pablo enfrentarse con una religiosidad marcada por la filosofía.

A pesar de su decadencia económica y política, Atenas conservaba intacta su aureola cultural, aunque evocaba mucho más de lo que era.

Los filósofos habían reinterpretado la mitología para transformarla en religión purificada. En aquel momento actuaban en Atenas «la Academia» de Platón; «los peripatéticos» de Aristóteles; «los epicúreos»; «los estoicos» y quizás también «los cínicos».

17,22-34 En el Areópago. En sus tres grandes viajes misioneros, Pablo pronunció tres discursos programáticos: a los judíos en Antioquía de Pisidia, a los líderes cristianos en Éfeso y a los filósofos paganos en Atenas.

El discurso de Atenas es de suma importancia para Lucas, hombre abierto a la cultura griega, dialogante y conciliador, de origen pagano él mismo. El discurso está colocado justo al comienzo de la gran misión de Pablo que le llevaría a predicar el Evangelio en el mundo greco-romano, donde, desde el punto de vista religioso, la pluralidad era la nota dominante.

Para nosotros, cristianos del s. XXI, lo fascinante de este relato es que justamente haya sucedido; que uno de los representantes más cualificados de la Iglesia de entonces, apóstol de Jesús, viaje a Atenas; escuche con respeto a los filósofos; comparta con los epicúreos el rechazo de los ídolos; apruebe la creencia de los estoicos en el parentesco entre Dios y la humanidad: «en él vivimos, nos movemos y existimos» (28) llega a decir Pablo citando a un poeta griego; haga suyas las convicciones del mundo cultural griego de tolerancia hacia las religiones extranjeras; dialogue y anuncie el mensaje de Jesús.

Hoy llamaríamos a la actuación misionera de Pablo en Atenas: diálogo interreligioso, la última y desafiante frontera de la misión universal de la Iglesia que estamos viviendo con tanta pasión en nuestros días. Esta escena de Pablo dialogando con las religiones no cristianas, representadas por los filósofos de Atenas, no se volverá a repetir en la historia de la Iglesia «a tan alto nivel», hasta la mitad del s. XX, en el Concilio Vaticano II, que abrió las puertas al diálogo atento y respetuoso con los creyentes de otras religiones, sin descalificaciones, prejuicios y condenas.

Pablo, respetuoso en la escucha, es también valiente en el anuncio. Después de captarse la benevolencia de los atenienses, dice sin rodeos que toda la historia pasada de búsqueda de Dios, del «dios desconocido», ha sido, en realidad, una época de ignorancia. Ha llegado el momento de salir de ella y pasar al arrepentimiento. Todas las personas han sido llamadas a romper con el pasado. Hay un día fijado, aunque no revelado, para el juicio de Dios (cfr. Sal 75,3; 96,13). Y un «varón» encargado de ejecutarlo (cfr. 10,42; Mt 25,31s). La resurrección de Jesús llega casi sin hacer ruido: en atención a los paganos, para agudizar su curiosidad, o en atención a sus lectores que ya han oído hablar de ella en el libro.

Los resultados del diálogo y anuncio, hoy como en Atenas, están en manos de Dios. La mayoría de los

arrepientan; 31 porque ha señalado una fe-
cha para juzgar con justicia al mundo por
medio de un hombre que él designó para
esto. Y a este hombre lo ha acreditado ante
todos resucitándolo de la muerte.
32 Al oír lo de la resurrección de los
muertos, unos se burlaban, otros decían:
—En otra ocasión te escucharemos so-
bre este asunto.
33 Y así Pablo abandonó la asamblea.
34 Algunos se juntaron a él y abrazaron
la fe; entre ellos Dionisio el areopagita, una
mujer llamada Dámaris y algunos más.

En Corinto

18 1 Pablo salió de Atenas y se dirigió a
Corinto. 2 Allí encontró a un judío
llamado Áquila, natural del Ponto, y a su
mujer Priscila, que habían llegado hacía
poco de Italia, porque Claudio había expul-
sado de Roma a todos los judíos. Pablo fue
a verlos y, 3 como eran del mismo oficio, se
alojó en su casa para trabajar: eran fabri-
cantes de tiendas de campaña.
4 Todos los sábados Pablo discutía en la
sinagoga, intentando convencer a judíos y
paganos. 5 Cuando Silas y Timoteo bajaron
de Macedonia, Pablo se dedicó a predicar,
afirmando ante los judíos que Jesús era el
Mesías. 6 Pero, como se oponían y lo inju-
riaban, se sacudió el polvo de la ropa y
dijo:
—Ustedes son responsables de su san-
gre, yo soy inocente: en adelante me dirigi-
ré a los paganos.
7 Saliendo de allí se dirigió a casa de un
hombre religioso, llamado Ticio Justo, que
vivía junto a la sinagoga. 8 Crispo, jefe de la
sinagoga, con toda su familia, creyó en el
Señor y también muchos corintios que lo
habían escuchado creyeron y se bautiza-
ron.
9 En una visión nocturna el Señor dijo a
Pablo:
—No temas, sigue hablando y no te ca-
lles, 10 que yo estoy contigo y nadie podrá
hacerte daño, porque en esta ciudad tengo
yo un pueblo numeroso.
11 Pablo se quedó allí un año y medio en-
señándoles el mensaje de Dios.
12 Siendo Galión gobernador de Acaya,
los judíos de común acuerdo se enfrentaron
con Pablo y lo condujeron al tribunal,
13 acusándolo de inducir a la gente a ofrecer
a Dios un culto contrario a la ley.
14 Pablo estaba por hablar, cuando Ga-
lión se dirigió a los judíos:
—Si se tratara de algún delito o de una
acción criminal, yo los atendería como es
debido. 15 Pero como se trata de discusio-
nes sobre palabras y nombres y sobre la ley
judía, arréglense ustedes. No quiero ser
juez de esos asuntos.
16 Y los despidió del tribunal.
17 Entonces [los griegos] tomaron a Sós-
tenes, jefe de la sinagoga, y le dieron una
paliza delante del tribunal, mientras Galión
se desentendía de todo. 18 Pablo se quedó
allí bastante tiempo. Después se despidió
de los hermanos y se embarcó para Siria en
compañía de Priscila y Áquila. En Cencre-
as se afeitó la cabeza en cumplimiento de
un voto.

Hacia Antioquía

19 Llegaron a Éfeso, donde Pablo se se-
paró de sus compañeros y se dirigió a la
sinagoga para discutir con los judíos.

---

oyentes de Pablo deciden que no merece la pena seguir escuchando. La predicación del Apóstol, sin embargo, no fue totalmente ineficaz. Lucas menciona por sus nombres a dos convertidos: Dionisio, funcionario de la ciudad para la educación y la cultura y Dámaris, ¡otra mujer!

¿Triunfó Pablo en Atenas? ¿Fracasó? Para el cristiano de hoy Lucas tiene un mensaje importantísimo que comunicar: Pablo, frente a las religiones no cristianas, respetó, escuchó, dialogó y anunció el mensaje de Cristo.

Éste fue su triunfo indiscutible y la lección que nos transmite. En esto consiste la misión evangelizadora de la Iglesia.

18,1-23 En Corinto – Hacia Antioquía. Para el mundo de entonces, Corinto, capital de la provincia de Acaya, era la ciudad de las dos culturas, griega antes y romana después. Asentada en el istmo que une la Grecia continental con la isla del Peloponeso era un importante nudo de comunicaciones con dos puertos, Licaon al oeste y Cencreas al este. Rica y cosmopolita, una ciudad de población tan variada había acogido a las más diversas religiones del imperio. Con más de medio millón de habitantes, era famosa por su inmoralidad y por la gran diferencia entre ricos y pobres.

Para Pablo fue la ciudad del amor y del dolor, a la que dedica año y medio de evangelización, muchos afanes y varias cartas. Para Lucas, era la ciudad donde

20 Aunque le rogaban que se quedara más
tiempo, no accedió, 21 sino que se despidió
diciendo:
—Si Dios quiere, volveré a visitarlos.
Zarpó de Éfeso 22 y bajó a Cesarea; allí
desembarcó para saludar a la comunidad, y
prosiguió el viaje hasta Antioquía. 23 Pasa-
da una temporada partió y fue atravesando
Galacia y Frigia, confirmando a todos los
discípulos.

Apolo en Éfeso

24 Llegó a Éfeso un judío llamado Apolo,
natural de Alejandría, hombre elocuente y
versado en la Escritura. 25 Lo habían ins-
truido en el camino del Señor, y lleno de
fervor hablaba y explicaba exactamente lo
concerniente a Jesús, aunque conocía sólo
el bautismo de Juan. 26 Empezó a actuar
abiertamente en la sinagoga.
Lo escucharon Priscila y Áquila; se lo
llevaron aparte y le explicaron con mayor
exactitud el camino de Dios. 27 Y como se
disponía a marchar a Acaya, los hermanos
lo animaron y escribieron a los discípulos
para que lo recibieran de la mejor manera
posible.
Al llegar prestó un gran servicio a los
que habían recibido la gracia de la fe,
28 porque refutaba vigorosamente y en
público a los judíos, demostrando con la
Escritura que Jesús era el Mesías.

Pablo en Éfeso

19 1 Mientras Apolo estaba en Corinto,
Pablo viajaba por el interior hasta

---

el Evangelio se abrió definitivamente a los paganos y al imperio romano, después del rechazo por parte de los judíos. Para los cristianos de hoy, Corinto es la ciudad donde surgió una de las comunidades de creyentes más conocidas e importantes de la Iglesia primitiva, cuya vida y dinamismo siguen inspirando a los que leemos las dos cartas que Pablo les escribió.

Corinto ocupa el lugar más importante del segundo viaje apostólico de Pablo. Las fechas de la estancia de Pablo en la ciudad son las más seguras de toda la cronología del Nuevo Testamento: desde Diciembre del año 50 hasta Junio del 52, más o menos. Lucas sitúa históricamente la actividad de Pablo en Corinto con la alusión a la expulsión de los judíos de Roma por el emperador Claudio y la mención del nombre del Gobernador de Acaya, Galión (18,12). La expulsión de los judíos de Roma, ocasionará la llegada providencial a Corinto de un matrimonio judeo-cristiano, Priscila y Áquila.

Priscila, la mujer, será la animadora de la Iglesia doméstica que va a surgir en la ciudad. En la casa de estos fabricantes de tiendas y toldos, Pablo se hospedará y trabajará en dicho oficio para ganarse su sustento.

Con la mención de este matrimonio cristiano de refugiados, Lucas comienza una rápida narración de acontecimientos que culminarán ante el tribunal del gobernador romano Galión: llegada de los colaboradores Silas y Timoteo; predicación de Pablo acerca de Jesús, el Mesías, en la sinagoga; conversión, nada menos, que del jefe de la misma, Crispo; oleada de conversiones de corintios; rechazo por la mayoría de los judíos; ruptura de Pablo con los judíos y propósito de dirigirse en adelante a los paganos; acusación judía ante la autoridad romana y respuesta absolutoria de Galión para Pablo y sus compañeros creyentes.

Lucas está verdaderamente interesado en presentar el anuncio del Evangelio de Jesús como no contrario a las leyes del imperio. En realidad, Galión viene a decir con ironía que un magistrado romano de su categoría no se va a rebajar a dilucidar sobre cuestiones de sectas religiosas. Así pues, al imperio romano no le afecta la predicación de Pablo. Otra cosa, sin embargo, es lo que Lucas quiere comunicarnos. Lo hace a través del recurso de una visión nocturna que tiene el Apóstol (10s) en la que Jesús le anima a seguir hablando y no callarse, porque «en esta ciudad tengo yo un pueblo numeroso» (10). El imperio romano ya no será lo mismo desde que Pablo comenzó a anunciar el mensaje de Jesús en Corinto.

Lucas termina con un sumario de carácter geográfico en el que destaca la atención concedida por el narrador a Éfeso, campo importante de la actividad futura de Pablo. Va a comenzar su tercer y último viaje apostólico. Le acompañan Priscila y Áquila.

18,24-28 Apolo en Éfeso. La figura de Apolo, abanderado de una facción de la comunidad de Corinto, (cfr. 1 Cor 1,12; 3,4-6.22; 4,6; 16,12) resulta aquí ambigua. Lucas no entra en detalles acerca del personaje. Lo que sí podemos afirmar es que la situación de las primeras comunidades era mucho más compleja de lo que nos dice el libro de los Hechos. Es probable que Apolo fuera uno de tantos como había en aquellos años, con un pie en el judaísmo y otro en el cristianismo.

¿Era, acaso, discípulo de Juan Bautista y como tal había recibido solamente el bautismo de Juan? Sea lo que fuese, a Lucas le interesa resaltar que Apolo necesitaba una catequesis en «el camino de Dios», y que fueron Priscila y Áquila los que se lo llevaron aparte y lo catequizaron. Una vez informado, Apolo pone todo su entusiasmo y conocimientos bíblicos –provenía de la escuela de Alejandría– al servicio de la predicación en Corinto a invitación, probablemente, de los hermanos y hermanas de aquella ciudad.

19,1-10 Pablo en Éfeso. Después de pasar rápidamente por Éfeso, a donde promete volver (18,21), Lu-

llegar a Éfeso. Allí encontró unos discípulos
2 y les preguntó si habían recibido el Espíri-
tu Santo después de abrazar la fe. Le res-
pondieron:
—Ni sabíamos que había Espíritu Santo.
3 Les preguntó:
—Entonces, ¿qué bautismo han recibido?
Contestaron:
—El bautismo de Juan.
4 Pablo replicó:
—Juan predicó un bautismo de arrepen-
timiento, encargando al pueblo que creyera
en el que venía detrás de él, o sea, en Jesús.
5 Al oírlo, se bautizaron invocando el
nombre del Señor Jesús. 6 Pablo les impu-
so las manos y vino sobre ellos el Espíritu
Santo, y se pusieron a hablar en distintas
lenguas y a profetizar. 7 Eran doce varones.
8 Después entró en la sinagoga, y durante
tres meses habló abiertamente, discutiendo
de modo convincente sobre el reino de Dios.
9 Pero, como algunos se endurecían y se
negaban a creer y difamaban el Camino
ante la gente, Pablo se apartó de ellos, lle-
vó consigo a los discípulos y siguió discu-
tiendo diariamente en la escuela de un tal
Tirano.
10 Esto duró dos años, de modo que to-
dos los habitantes de Asia, judíos y griegos,
escucharon la Palabra del Señor.

Los exorcistas

11 Dios hacía milagros extraordinarios
por medio de Pablo; 12 hasta el punto de
que aplicaban a los enfermos paños o pa-
ñuelos que él había tocado, y les desapare-
cía la enfermedad y también salían de ellos
los espíritus malignos.
13 Unos exorcistas ambulantes judíos
intentaron invocar sobre los poseídos de
espíritus malignos el nombre de Jesús con
la fórmula: Yo los conjuro por el Jesús que
Pablo predica. 14 Un sumo sacerdote judío,
llamado Escevas, tenía siete hijos que ha-
cían eso.
15 Pero el espíritu maligno les dijo:
—A Jesús lo conozco, Pablo sé quién es;
pero ustedes, ¿quiénes son?
16 El hombre poseído por el espíritu ma-
ligno se abalanzó sobre ellos y los dominó

---

cas dice que Pablo se dirigió a Cesarea, que era el puerto principal de Palestina, con la intención, naturalmente, de visitar la Iglesia madre de Jerusalén. Lucas no es muy claro acerca de este posible viaje a la Ciudad Santa, pero en este sentido habría que entender el voto que hace en Cencreas (18,18) y que sólo podía completarse con una ofrenda en el templo de Jerusalén. De todas formas, entra dentro de la constante preocupación de Lucas el afirmar la unidad de la Iglesia.

Más adelante, Pablo pasará también por Jerusalén antes de su importante viaje a Roma (21). La misión a los paganos, exigida por el Evangelio, no debe poner en peligro la comunión eclesial.

Pablo regresa a Éfeso y en esta ciudad pasará uno de los períodos más llenos de acontecimientos de su vida misionera. Aquí escribirá las dos cartas a los Corintios, la carta a los Gálatas y a los Filipenses. En Éfeso, probablemente, lo hicieron preso, experimentando uno de los momentos más angustiosos de su vida. ¿Estuvieron a punto de matarlo? (cfr. 2 Cor 1,8). Pablo permaneció en dicha ciudad un tiempo verdaderamente largo de su vida apostólica, dos años y tres meses. Durante tres meses predicó en la sinagoga, ganándose el rechazo de los judíos. No considerando, pues, adecuada la sinagoga para enseñar «el camino», Pablo lo hace en la escuela de Tirano.

Lucas afirma que «todos los habitantes de Asia, judíos y griegos, escucharon la Palabra del Señor» (10). Por si no fuera poco el trabajo de la evangelización de los paganos y la tensión provocada por el rechazo de los judíos influyentes de la ciudad, Pablo tiene que intervenir en el movimiento espiritual de los seguidores de Juan Bautista. ¿Era éste un movimiento rival de la naciente Iglesia? ¿Eran cristianos simpatizantes? En todo caso, Pablo completa la formación de los doce líderes del movimiento, los bautiza y reciben el Espíritu Santo. Esto es lo que Lucas quiere resaltar: el triunfo del Espíritu en todos los frentes de la evangelización de Pablo.

19,11-20 Los exorcistas. Éfeso era conocida como una especie de capital internacional de la magia. No es extraño, pues, que Pablo tuviera que enfrentarse con el problema que afectaba también a los nuevos convertidos.

La escena descrita recuerda los episodios de Simón y de Elimas (cfr. 13,4-12). Pablo aparece como taumaturgo extraordinario (como Pedro en 5,12-16 y como Jesús en Mc 5,27-29). Lucas contrasta el poder liberador del Evangelio frente a la falsa seguridad de las artes mágicas de los charlatanes. El ambiente de la gran ciudad portuaria favorecía la confusión y el sincretismo religioso. El triunfo del Espíritu fue completo. Judíos y griegos se llenaron de temor reverencial. La narración termina con la mención de una hoguera purificadora donde se quemaron libros de magia por un valor enorme: 50.000 monedas de plata, lo que equivalía en aquella época al salario de una jornada de trabajo de 50 mil hombres. Así, por el poder del Señor, el mensaje crecía.

por la fuerza, así que tuvieron que escapar desnudos y malheridos de aquella casa.

17 Lo supieron los vecinos de Éfeso, judíos y griegos, y todos se llenaron de temor. El nombre del Señor Jesús ganaba prestigio. 18 Muchos que abrazaban la fe venían a confesar públicamente sus prácticas. 19 No pocos, que habían practicado la magia, traían sus libros y los quemaban en presencia de todos. Calculando el precio de aquellos libros, resultó ser de cincuenta mil monedas de plata.

20 Así, por el poder del Señor, el mensaje crecía y se fortalecía.

Motín de los plateros

21 Terminada toda esa tarea, Pablo se propuso ir a Jerusalén pasando por Macedonia y Acaya; él decía que, después de estar allí, tenía que visitar Roma. 22 Envió a Macedonia a dos de sus asistentes, Timoteo y Erasto, y él se quedó una temporada en Asia.

23 Por entonces sobrevino una gran crisis a causa del Camino del Señor.

24 Un tal Demetrio, platero, fabricaba en plata reproducciones del templo de Artemisa y proporcionaba buenas ganancias a los artesanos. 25 Los reunió con todos los del gremio y les dirigió la palabra:

—Compañeros, ustedes saben que nuestra prosperidad depende de esta actividad. 26 Pero ahora ustedes ven y oyen que ese Pablo, no sólo en Éfeso, sino en Asia entera, está ganando con su propaganda mucha gente, diciendo que los dioses que se fabrican con manos humanas, no son dioses. 27 Con lo cual no sólo está en peligro de descrédito nuestra profesión, sino que el templo de la gran diosa Artemisa, venerada en toda Asia y en el mundo entero, va a perder toda su grandeza.

28 Al oírlo se enfurecieron y se pusieron a gritar:

—¡Viva la gran Artemisa de Éfeso!

29 Se produjo un gran tumulto en la ciudad y todos se precipitaron hacia el teatro, arrastrando consigo a Gayo y a Aristarco, macedonios compañeros de Pablo.

30 Pablo intentaba acudir a la asamblea, pero los discípulos no se lo permitieron. 31 Algunas autoridades de Asia, amigos suyos, le enviaron un mensaje aconsejándole que no acudiera al teatro.

32 Entretanto, cada uno gritaba una cosa, había una gran confusión en la asamblea y muchos de la concurrencia ni siquiera sabían la causa. 33 Algunos de la multitud explicaron el asunto a Alejandro, a quien los judíos habían empujado al frente de todos. Éste, haciendo un gesto con la mano, intentaba dar una explicación a la asamblea.

34 Pero, al reconocer que era judío, todos se pusieron a gritar durante dos horas:

—¡Viva la gran Artemisa de Éfeso!

35 El secretario logró calmar a la multitud y les habló:

—Efesios, ¿hay alguien que no sepa que Éfeso custodia el templo de la gran Artemisa y su imagen caída del cielo? 36 Como

---

A dos mil años de distancia, la narración de Lucas no ha perdido actualidad. Los horóscopos, cartas astrales, artes adivinatorias y demás parafernalia de adivinos y charlatanes siguen cosechando inmensas fortunas entre los hombres y mujeres de hoy, también entre los cristianos. La liberación que trae el Evangelio de Jesús sigue siendo tan necesaria ahora como entonces.

19,21-40 Motín de los plateros. Si colocáramos los versículos 21s al final del capítulo, estarían mejor situados para servir de prólogo al último y definitivo viaje de Pablo, Roma. Antes, sin embargo, Lucas tiene que contarnos otro episodio que marcó la complicada misión de Pablo en Éfeso: una revuelta.

En los versículos 23-40 Lucas compone una página magistral de sociología de masas, de religiosidad popular embebida de nacionalismo e intereses económicos. Parece que estamos leyendo una crónica de cualquiera de los periódicos de nuestros días sobre modernas manifestaciones o asambleas. La crisis surgió a causa del «Camino» o seguimiento de Jesús. Éfeso era famosa por su inmenso templo (120 metros de largo por 70 de ancho, rodeado de 128 columnas de 19 metros de altura), una de las maravillas del mundo de entonces, dedicado a la diosa de la fecundidad Artemis, adorada en toda la provincia de Asia.

Religión, nacionalismo y fuertes intereses económicos estaban estrechamente ligados. El jefe del sindicato de los plateros, un tal Demetrio, ve en la predicación de Pablo contra la idolatría un posible peligro para el negocio de producción de estatuillas y demás objetos religiosos de la diosa y provoca una manifestación multitudinaria, violenta, confusa e ilegal.

Quieren linchar a Pablo y a sus compañeros. Los judíos, que también se sienten amenazados por ser críticos de los ídolos, entran en escena. La masa se

eso es indiscutible, lo importante es que conserven la calma y no obren con precipitación. 37 Han traído a esos hombres, que ni son sacrílegos ni han insultado a nuestra diosa. 38 Si Demetrio y sus artesanos tienen alguna queja contra alguien, ahí están los jueces y prefectos: que allí resuelvan su pleito. 39 Si se trata de un asunto más grave, podrá resolverlo la asamblea legal. 40 De hecho, corremos peligro de ser acusados de agitadores por el tumulto de hoy ya que no tenemos motivo que justifique tal alboroto.

Con estas palabras disolvió la asamblea.

Viajes, visitas y despedidas

20 1 Cuando se calmó el tumulto, Pablo mandó llamar a los discípulos, los animó, se despidió y emprendió el viaje hacia Macedonia.

2 Atravesó aquella región animando a los hermanos con muchos discursos, hasta que llegó a Grecia. 3 Allí se detuvo tres meses y, cuando se disponía a embarcarse para Siria, se enteró de que los judíos habían hecho planes contra él, de modo que decidió volver por tierra atravesando Macedonia. 4 Lo acompañaron [hasta Asia] Sópatro, hijo de Pirro, de Berea; Aristarco y Segundo de Tesalónica; Gayo de Derbe y Timoteo; Tíquico y Trófimo de Asia.

5 Éstos se adelantaron y nos esperaban en Tróade.

6 Pasada la semana de los Ázimos zarpamos nosotros de Filipos y a los cinco días los alcanzamos en Tróade, donde nos quedamos siete días.

7 Un domingo que nos reunimos para la fracción del pan, Pablo, que debía partir al día siguiente, se puso a hablar y prolongó el discurso hasta media noche. 8 Había bastantes lámparas en el piso superior donde estábamos reunidos.

9 Un muchacho, llamado Eutico, estaba sentado en el borde de la ventana. Mientras Pablo hablaba y hablaba, a Eutico lo fue venciendo el sueño, hasta que, vencido por completo, se cayó del tercer piso al suelo, donde lo recogieron muerto.

10 Pablo bajó, se echó sobre él, lo abrazó y dijo:

—No se asusten, que aún está vivo.

---

precipita al teatro de la ciudad que tenía capacidad para 24 mil personas. Todos gritaban.

Lucas anota que muchos de los presentes no sabían para qué estaban allí. Tras numerosas tentativas de mediación, las autoridades locales logran apaciguar a la masa y hacerla entrar en razón.

Si Demetrio tiene una querella contra Pablo, ahí están los tribunales de justicia. Si la causa es grave, que lo decida una asamblea legal. Una revuelta ilegal sólo podrá traer las más graves consecuencias para la ciudad. Ahí quedo todo y el tumulto se disolvió.

Quizás la razón de Lucas en contarnos este episodio está en el interés constante del narrador por situar la misión de Pablo dentro de la legalidad romana. Más adelante serán oficiales del ejército romano los que salven la vida de Pablo en dos ocasiones (21,27-40; 23,12-24). El mismo Apóstol apelará al tribunal del césar para salvar su vida (25,1-12).

20,1-16 Viajes, visitas y despedidas. En este viaje europeo, Pablo se dedica a visitar comunidades ya fundadas. Sale de Éfeso después del tumulto. Cuando planea volver en barco se entera de que los judíos preparan un atentado contra él y decide viajar por tierra. En el viaje de regreso lo acompañan algunos colaboradores, quizás portadores de la colecta para Jerusalén. Por las cartas de Pablo sabemos que éste recorre Macedonia a fin de recoger fondos para la Iglesia pobre de la Ciudad Santa. Lucas ignora este motivo y da al viaje un carácter de despedida y testamento. Las fiestas de la Pascua las pasa en la comunidad de Filipos. A la celebración judía va a seguir en el relato una celebración cristiana.

En efecto, es el primer día de la semana –domingo– y se celebra la eucaristía en el salón de una casa privada. Es la primera mención en el Nuevo Testamento de semejante celebración en domingo, que corresponde al día de la resurrección (cfr. Lc 24,1-36; Jn 20,19-26).

La eucaristía se denomina con la expresión tradicional de «partir el pan» y seguía a la cena ordinaria. El salón, ubicado en el tercer piso de la casa, está tan repleto de gente que un muchacho no encuentra más asiento que el marco de una ventana. Como el discurso es de despedida, Pablo no sabe terminar y el muchacho no puede vencer el sueño. Cae al patio y muere a consecuencia del golpe. La ceremonia queda trágicamente interrumpida, pero Pablo domina la situación.

La celebración de la vida del resucitado no puede terminar con la muerte de uno de los participantes. Pablo imitando los gestos de Elías y Eliseo (cfr. 1 Re 17,21; 2 Re 4,34) realiza el milagro. Después, con toda serenidad, sube y termina la celebración.

Lucas termina el itinerario de viaje de Pablo y sus colaboradores con una nota: el Apóstol tenía prisa por llegar a Jerusalén en Pentecostés.

11 Después subió, partió el pan y comió.
Estuvo conversando, hasta la aurora y en-
tonces se marchó. 12 En cuanto al mucha-
cho lo llevaron vivo y todos se sintieron
muy consolados.
13 Nosotros nos dirigimos al barco y zar-
pamos para Aso, donde debíamos recoger
a Pablo. Eso era lo convenido, ya que él ha-
cía el viaje a pie. 14 Cuando nos alcanzó en
Aso, se embarcó con nosotros y nos dirigi-
mos a Mitilene.
15 Zarpamos de allí y al día siguiente lle-
gamos frente a Quíos, al otro día pasamos
Samos y al siguiente llegamos a Mileto.
16 Pablo tenía decidido pasar de largo
por Éfeso, para no retrasarse tanto en Asia.
Porque, si era posible, quería estar en Jeru-
salén el día de Pentecostés.

Despedida de los efesios

17 Desde Mileto envió un mensaje a Éfe-
so convocando a los ancianos de la comu-
nidad.
18 Cuando llegaron les dijo:
—Ya saben cómo me he comportado
siempre con ustedes desde el primer día
que pisé Asia. 19 He servido al Señor con
toda humildad, con lágrimas y en todas las
pruebas que me han causado las intrigas de
los judíos. 20 No he dejado de hacer todo lo
que pudiera ser útil: les prediqué y les en-
señé tanto en público como en sus casas.
21 A judíos y griegos les he inculcado el arre-
pentimiento frente a Dios y la fe en nuestro
Señor Jesús.
22 Ahora, encadenado por el Espíritu,
me dirijo a Jerusalén sin saber lo que allí

20,17-38 Despedida de los efesios. Al llegar a Mileto, lugar muy cercano a Éfeso, Pablo convoca a los presbíteros –responsables– de las comunidades cristianas de Éfeso y zonas limítrofes. Una vez reunidos les dirige un discurso. Se trata del único discurso de todo el libro de los Hechos dirigido exclusivamente a cristianos y en concreto a los líderes de las comunidades. Todos los demás, van dirigidos a personas o grupos fuera de la comunidad cristiana.

Aunque Pablo no está en trance de muerte, se despide definitivamente de una comunidad querida a la que ha dedicado más de dos años de su actividad. Por eso su discurso es «testamentario» y sigue las líneas de este «género literario», tan común en la Biblia, como el testamento de Moisés (cfr. Dt 33,3s), o el de Jesús (cfr. Lc 22,25-30; Jn 13-16). Ordinariamente estos testamentos eran redactados por los discípulos, quienes aprovechaban la ocasión de la despedida del maestro, para hacer una síntesis de su vida y su trabajo con la mirada puesta en el futuro.

Así pues, sobre la base histórica de las palabras de despedida de Pablo, Lucas construye este discurso en que nos da la interpretación de la persona y misión del Apóstol, tal y como se mantenían vivas en las comunidades cristianas fundadas por él. Resume su trayectoria misionera y mira hacia el futuro. Este «futuro» –Lucas narra el emotivo adiós de Pablo muchos años después de su muerte– era ya una realidad en las numerosas comunidades cristianas extendidas por todo el imperio romano. Es, pues, a los dirigentes de estas comunidades a los que el narrador se dirige a través de las palabras de Pablo.

En la primera parte del discurso (18-21), el Apóstol hace una evaluación de su misión en Asia. Es una misión recibida de Jesús, el Señor, y guiada por el Espíritu que consiste en servir, anunciar, enseñar, testimoniar en medio de pruebas y tribulaciones a judíos y griegos, tanto en público como en casas particulares.

En la segunda parte (22-24), Lucas pone en boca de Pablo la realidad fundamental que recorre todo el libro de los Hechos: el Espíritu Santo es el verdadero protagonista de la misión. El Apóstol, a la hora del adiós, se ve a sí mismo como prisionero del Espíritu, quien le llevará de ciudad en ciudad, a través de cadenas y persecuciones, hacia Jerusalén para completar la tarea encomendada dando su vida por el Evangelio, como Jesús el Señor.

Para el narrador, la palabra «Jerusalén» esta llena de simbolismo. Más que la destinación del viaje físico que Pablo está a punto de emprender, significa, más bien, el destino de otro viaje de sufrimiento y muerte que llevará al Apóstol a identificarse total y definitivamente con su Señor. Aunque Pablo no murió en la Ciudad Santa sino en Roma –Lucas no lo menciona–, será la capital del imperio la «simbólica Jerusalén» de Pablo. (cfr. Lc 9,51).

En la tercera parte (25-31), el Apóstol se dirige a los dirigentes de las comunidades. Traspasa a ellos la responsabilidad de predicar el Evangelio y de cuidar del rebaño que el Espíritu les encomendó, tal y como él mismo, Pablo, lo ha venido haciendo por tres años, amonestándoles con lágrimas día y noche. Una vez hecho el «traspaso de la responsabilidad apostólica», les previene de los peligros que acechan a la comunidad con la metáfora de lobos rapaces que no respetarán al rebaño.

En la cuarta parte (32-35), Pablo encomienda los responsables de las comunidades a la «Palabra de Dios». La Palabra aparece aquí personificada, como la única fuerza y dinamismo que puede construir la Iglesia de Dios. Concluye con una advertencia a los responsables contra la ambición del dinero y olvido de los pobres. El desinterés fue siempre la señal por ex-

me sucederá. 23 Sólo sé que en cada ciudad el Espíritu Santo me asegura que me esperan cadenas y persecuciones. 24 Pero poco me importa la vida, con tal de completar mi carrera y el ministerio que recibí del Señor Jesús: anunciar la Buena Noticia de la gracia de Dios.

25 Ahora sé que ustedes, cuyo territorio he atravesado proclamando el reino, no volverán a verme. 26 Por eso hoy declaro que no soy responsable de la muerte de ninguno, 27 porque nunca dejé de anunciar plenamente el designio de Dios.

28 Cuídense ustedes y cuiden a todo el rebaño que el Espíritu Santo les encomendó como a pastores de la Iglesia de Dios, que Él adquirió pagando con su sangre.

29 Sé que después de mi partida se meterán entre ustedes lobos rapaces que no respetarán el rebaño. 30 Incluso de entre ustedes saldrán algunos que dirán cosas equivocadas para arrastrar tras de sí a los discípulos.

31 Por tanto, estén atentos y recuerden que durante tres años no he cesado de aconsejarlos con lágrimas ni de día ni de noche. 32 Ahora los encomiendo al Señor y al mensaje de su gracia, que tiene poder para hacerlos crecer y otorgar la herencia a todos los consagrados.

33 No he codiciado la plata ni el oro ni los vestidos de nadie. 34 Ustedes saben que con mis manos he atendido a las necesidades mías y de mis compañeros. 35 Les he enseñado siempre que, trabajando así, hay que ayudar a los débiles, recordando el dicho del Señor Jesús: más vale dar que recibir.

36 Dicho esto, se arrodilló con todos y oró. 37 Todos se pusieron a llorar; lo abrazaban y lo besaban afectuosamente, 38 entristecidos sobre todo por lo que había dicho, que no volverían a verlo.

Después lo acompañaron hasta el barco.

Viaje a Jerusalén

21 1 Nos separamos de ellos, zarpamos y navegamos directamente a Cos, al día siguiente hasta Rodas y desde allí hasta Pátara. 2 Encontrando un barco que cruzaba hacia Fenicia, nos embarcamos y zarpamos. 3 Avistando Chipre y dejándola a nuestra izquierda, navegamos hacia Siria y llegamos a Tiro, donde la nave tenía que descargar.

4 Encontramos a los discípulos y nos detuvimos allí siete días.

---

celencia de la autenticidad de todo ministerio apostólico (cfr. Gál 4,17; 2 Cor 11,8s; 2 Tim 3,2.6-8; 2 Pe 2,3). Pablo se pone como ejemplo al haber trabajado con sus manos para su sustento y para socorrer a los pobres.

Al final, la emoción embarga a todos. Entre rezos, lágrimas y abrazos Pablo fue acompañado al barco. Ya no volverían a verle más. Su discurso de despedida, sin embargo, conserva la actualidad y frescura de un testamento que sigue cuestionando a nuestros líderes y comunidades cristianas de hoy.

21,1-16 Viaje a Jerusalén. Va a comenzar el tercer y último viaje de Pablo que terminará en Roma. Hasta ahora, a lo largo de ocho capítulos de su libro (13–20), Lucas ha presentado a un Pablo activo, misionero luchador e infatigable, triunfador y taumaturgo.

¿Cae el narrador en la tentación fácil de darnos una imagen triunfalista del Apóstol? En absoluto. Los restantes ocho capítulos (21–28) nos van a presentar la otra imagen del misionero, quizás la más auténtica y fascinante: el Pablo pasivo, prisionero del Espíritu. Así pues, ocho capítulos de?dica Lucas a los 12 años de «actividad» de Pablo y ocho capítulos dedica también a los tres años de su «pasividad».

El paralelismo entre ambas etapas podrá aparecer desproporcionado. ¿No será que Lucas considera los tres años de pasividad de Pablo tan importantes como los doce de actividad o quizás más importantes?

El Apóstol va a cumplir en esta última etapa el programa que Jesús le preparó al comienzo de su misión: «es mi instrumento elegido para difundir mi nombre… yo le mostraré lo que tiene que sufrir por mi nombre» (9,15s).

Así pues, una vez que Lucas nos ha contado todo lo que le interesaba decir acerca de la actividad misionera de Pablo, su celo, sus iniciativas, sus triunfos, sus milagros, al narrador le queda por expresar lo más importante: la entrada del Apóstol en el misterio de la muerte y resurrección del Señor, a través de su propio sufrimiento y muerte, expresión máxima del poder del Espíritu y de la Palabra en el fiel imitador de Cristo.

Las notas del viaje hacia la Ciudad Santa nos permiten asomarnos y descubrir que las costas del mar Egeo, hacia el año 54, estaban sembradas de comunidades cristianas y que Pablo era un gran personaje bien recibido en cualquier Iglesia local. Cuando Jesús se dispone a subir a Jerusalén para padecer (cfr. Lc 9,51), es plenamente consciente de su destino y se lo puede anunciar una y otra vez a sus discípulos. Pablo se dispone a seguir a Jesús (cfr. Lc 9,52-62) sin conocer su destino. Amigos y colaboradores, sospechando el posible peligro que le esperaba en Jerusalén, sobre

Algunos, movidos por el Espíritu, aconsejaban a Pablo que no subiera a Jerusalén.
5 Cuando se cumplió nuestro plazo, salimos
para continuar el viaje. Todos, con sus mujeres e hijos, nos acompañaron hasta fuera
de la ciudad. Nos arrodillamos en la playa
y oramos.
6 Después nos despedimos mutuamente, embarcamos y ellos se volvieron a casa.
7 Desde Tiro atravesamos hasta llegar a Tolemaida. Saludamos a los hermanos y nos
quedamos con ellos un día.
8 Al día siguiente salimos y llegamos a
Cesarea; entramos en casa de Felipe, uno
de los siete evangelistas, y nos hospedamos
con él. 9 Tenía éste cuatro hijas solteras profetisas. 10 Tras varios días de estadía, bajó de
Judea un profeta llamado Ágabo. 11 Se
acercó a nosotros, tomó el cinturón de Pablo y se ató con él de manos y pies, y dijo:
—Esto dice el Espíritu Santo: Al dueño de este cinturón los judíos lo atarán en Jerusalén y lo entregarán a los paganos.
12 Al oírlo, nosotros y los vecinos del lugar le suplicábamos a Pablo que no subiera a Jerusalén.
13 Pero Pablo respondió:
—¿Qué hacen llorando y ablandándome el corazón? Por el nombre del Señor Jesús yo estoy dispuesto a ser encadenado y a morir en Jerusalén.
14 Como no podíamos convencerlo, nos
tranquilizamos diciendo: Que se cumpla la
voluntad del Señor. 15 Pasados aquellos
días hicimos los preparativos y emprendimos la subida hacia Jerusalén. 16 Algunos
discípulos de Cesarea nos acompañaron
hasta la casa de un viejo discípulo, Nasón
de Chipre, que nos dio alojamiento.

En Jerusalén

17 Al llegar a Jerusalén, los hermanos nos recibieron contentos.
18 Al día siguiente fuimos con Pablo a visitar a Santiago; se presentaron los ancianos en pleno.
19 Después de saludarlos, les expuso detalladamente todo lo que Dios había realizado por su medio entre los paganos.
20 Al oírlo, dieron gloria a Dios y dijeron a Pablo:

---

todo después del profético anuncio de Ágabo (21,10s) tratan de impedir su viaje; pero ante la firme decisión del Apóstol se resignan con un «que se cumpla la voluntad del Señor».

21,17-26 En Jerusalén. Tal y como nos lo narra Lucas, el encuentro entre Pablo y la Iglesia de Jerusalén nos deja un poco perplejos. No sabemos lo que en realidad ocurrió, aunque sí debió de ser un encuentro desagradable y dramático para el Apóstol.

Más que encuentro habría que hablar de desencuentro. En otras palabras, su viaje históricamente fue un fracaso. Con la subida, pues, a Jerusalén comienza la pasión de Pablo. A Lucas, sin embargo, no le interesa darnos los detalles históricos. Cuando narra los hechos, la Iglesia de Jerusalén había ya desaparecido completamente o contaba muy poco, ¿para qué recordar, pues, viejas querellas y antagonismos? En la mente y en el corazón del narrador está siempre la preocupación por resaltar la unidad de «toda» la Iglesia por encima de facciones y antagonismos, por eso su narración es calculada en lo que dice y en lo que no dice.

No dice, por ejemplo, el motivo principal que tuvo Pablo para ir a Jerusalén, es decir, la entrega de la importante colecta que con tanto esfuerzo había llevado a cabo junto con sus colaboradores, y que representaba un signo de comunión y solidaridad entre la Iglesia madre y las nuevas Iglesias. Es probable que la colecta fuera rechazada por una serie de motivos complejos. No hay que descartar entre otros, el clima pre-revolucionario que existía en la ciudad a mediados de los años 50 y que terminará en la insurrección armada del año 66, que llevó a los judíos a un verdadero suicidio colectivo con la destrucción de la ciudad en el año 70 a manos de los ejércitos de Roma. Los judíos vivían ya una histeria de pureza racial y cualquier contacto con paganos era sospechoso de traición. En estas circunstancias recibir dinero de extranjeros era altamente peligroso, aun para la comunidad judeocristiana de la ciudad que estaba preocupada por su supervivencia.

Lucas dice que el primer recibimiento de Pablo y su comitiva fue cordial. Sin embargo, cuando Pablo se sentó a hablar con Santiago y los líderes de la comunidad, no puede disimular la tensión existente.

Pablo les comunica la gran cantidad de paganos que habían recibido la fe, aunque calla que también lo hicieron muchos judíos. Ellos, a su vez, comunican a Pablo que millares de judíos se habían convertido en Jerusalén y que, sin embargo, habían permanecido fieles a las leyes judías. Acto seguido, acusan a Pablo de enseñar a los judíos convertidos que viven entre paganos a abandonar la ley de Moisés. La acusación era injusta.

El Apóstol, sin embargo, no se defiende y sigue el consejo de Santiago de realizar un acto público en el templo, corriendo con los gastos, para aclarar los posibles malentendidos de su presencia en la ciudad. De paso, le recuerdan a Pablo las cláusulas del Concilio

—Ya ves, hermano, cuántas decenas de miles de judíos se han convertido a la fe, y todos son observantes de la ley. 21 Corre el rumor de que a los judíos que viven entre paganos les enseñas a abandonar la ley de Moisés y les dices que no circunciden a sus hijos ni sigan nuestras costumbres. 22 ¿Qué hacer? Seguro que se enterarán de que has llegado; 23 sigue nuestro consejo: hay entre nosotros cuatro hombres que han hecho un voto. 24 Acude a purificarte con ellos y paga los gastos para que se afeiten la cabeza; así sabrán todos que los rumores que corren acerca de ti no tienen fundamento y que eres un judío observante de la ley. 25 A los paganos convertidos a la fe les hemos comunicado nuestros decretos: que se abstengan de la carne inmolada a los ídolos, de la sangre, de los animales estrangulados y de las relaciones sexuales prohibidas.

26 Al día siguiente Pablo tomó consigo a aquellos hombres, se purificó con ellos y fue al templo para avisar de la fecha en que terminaría la purificación y se llevaría la ofrenda por cada uno de ellos.

Arrestado en el templo

27 Cuando se iban a cumplir los siete días, los judíos de Asia, viéndolo en el templo, alborotaron a la gente y se apoderaron de él 28 gritando:

—¡Auxilio, israelitas! Éste es el hombre que enseña a todo el mundo y en todas partes una doctrina contraria al pueblo, a la ley y al lugar sagrado. Ahora acaba de introducir a unos griegos en el templo profanando este santo lugar.

29 Decían esto porque poco antes lo habían visto con Trófimo el efesio y pensaban que Pablo lo había introducido en el templo. 30 La ciudad entera se conmovió y todo el pueblo acudió corriendo. Tomaron a Pablo, lo arrastraron fuera del templo y cerraron las puertas.

31 Cuando intentaban darle muerte, llegó al comandante de la cohorte la noticia de que toda Jerusalén estaba amotinada. 32 Reunió soldados y centuriones y acudió a toda prisa.

Ellos, al ver al comandante con los soldados, dejaron de golpear a Pablo.

33 Entonces el comandante detuvo a Pablo, lo mandó atar con dos cadenas y luego preguntó quién era y qué había hecho.

34 Todos gritaban al mismo tiempo. No pudiendo averiguar la verdad, a causa del tumulto, el comandante mandó que lo condujeran a la fortaleza.

35 Cuando llegaron a la escalinata, los soldados tuvieron que alzarlo para evitar la violencia de la multitud. 36 Porque el pueblo en masa los seguía gritando:

—¡Muera!

37 Cuando lo iban a introducir en la fortaleza, Pablo dice al comandante:

—¿Puedo decirte una palabra?

Le contestó:

—¿Cómo? ¿sabes hablar griego? 38 ¿No eres tú el egipcio que hace unos días provocó un motín y llevó al desierto a cuatro mil terroristas?

39 Respondió Pablo:

—Yo soy judío de Tarso, ciudadano de

de Jerusalén, como mínimo exigido a los paganos convertidos, miembros de comunidades mixtas.

21,27-40 Arrestado en el templo. El plan juicioso de Santiago fracasa justo cuando iba a ponerse en práctica.

Al relato anterior, comedido y conciliador, sigue la detallada narración del arresto de Pablo, a través de la cual Lucas nos da su interpretación sistemática de los hechos: el poder romano interviene para defender a Pablo contra las agresiones de los judíos.

Todo comienza con un pretexto malicioso. Estaba prohibido a los paganos, bajo pena de muerte, traspasar la barrera del atrio exterior del templo porque su presencia podía contaminar el lugar sagrado.

Corrió la voz de que Pablo había introducido allí a unos griegos. Suena la alarma, cierran las puertas del templo para que Pablo no pueda acogerse al derecho de asilo y lo sacan fuera para no matarlo en terreno sagrado. Se disponen a lincharlo cuando interviene la autoridad militar romana y Pablo es salvado en el último momento.

A través de esta escena dramática Lucas quiere dirigir la atención del lector a otro drama de mayor alcance: Jerusalén rechaza la última oferta del Evangelio. Pablo, como Jesús, le traía la paz (cfr. Lc 19,42) y le responden con la guerra (cfr. Sal 120,7).

Cuando se lleven a Pablo, Jerusalén quedará atrás y ya no volverá a aparecer en el resto del libro de los Hechos. El comandante romano salvará a Pablo de la muerte encadenándolo y así, hasta el final del libro, Pablo será un prisionero traído y llevado de un lugar a otro, hasta llegar a Roma.

una ciudad nada despreciable. Te pido per-
miso para dirigir la palabra al pueblo.
40 Se lo concedió, y Pablo, de pie sobre
la escalinata, hizo un gesto con la mano ha-
cia el pueblo.
Se hizo un silencio profundo y Pablo les
habló en hebreo:

Discurso de Pablo

22 1 —Hermanos y padres, escuchen
mi defensa.
2 Al oír que les hablaba en hebreo, se es-
tuvieron más quietos.
Él dijo:
3 —Soy judío, natural de Tarso de Cilicia,
aunque educado en esta ciudad, instruido
con toda exactitud en la ley de nuestros
antepasados, a los pies de Gamaliel, entu-
siasta de Dios como lo son todos ustedes
actualmente.
4 Yo perseguí a muerte a quienes se-
guían ese Camino, arrestando y metiendo
en la cárcel a hombres y mujeres, 5 como
pueden atestiguarlo el sumo sacerdote y el
senado en pleno. De ellos recibí carta para
los hermanos y me puse en camino hacia
Damasco para arrestar a los de allí y con-
ducirlos a Jerusalén para que fuesen casti-
gados.
6 Yendo de camino, cerca ya de Damas-
co, hacia el mediodía, de repente una luz
celeste, intensa, resplandeció en torno a
mí. 7 Caí en tierra y escuché una voz que
me decía: Saulo, Saulo, ¿por qué me persi-
gues? 8 Contesté: ¿Quién eres, Señor? Con-
testó la voz: Yo soy Jesús Nazareno, a
quien tú persigues. 9 Los acompañantes ve-
ían la luz, pero no oían la voz del que ha-
blaba conmigo. 10 Yo le dije: ¿Qué debo
hacer, Señor? Contestó el Señor: Levántate
y ve a Damasco; allí te dirán lo que debes
hacer. 11 Como no veía, deslumbrado por el
brillo de aquella luz, los acompañantes me
llevaron de la mano y así llegué a Damasco.
12 Un tal Ananías, hombre piadoso y ob-
servante de la ley, de buena reputación en-
tre todos los judíos de la ciudad, 13 vino a
visitarme, se presentó y me dijo: Hermano
Saulo, recobra la vista. En aquel momento
pude verlo a él. 14 Me dijo: El Dios de nues-
tros padres te ha destinado a conocer su
designio, a ver al Justo y a escuchar direc-
tamente su voz; 15 porque serás su testigo
ante todo el mundo de lo que has visto y
oído. 16 Por tanto no tardes: bautízate y láva-
te de los pecados invocando su nombre.
17 Cuando volví a Jerusalén, estando en
oración en el templo, caí en éxtasis 18 y vi
al Señor que me decía: Sal pronto de Jeru-
salén, porque no van a aceptar tu testimo-
nio acerca de mí. 19 Repliqué: Señor, ellos
saben que yo arrestaba a los que creían en
ti y los azotaba en las sinagogas. 20 Tam-
bién que, cuando se derramaba la sangre
de tu testigo Esteban, yo estaba allí, apro-
bando y guardando la ropa de los que lo

22,1-30 Discurso de Pablo. En medio de la agitación que sigue a su arresto, Pablo logra hablar con el oficial romano y deshacer el malentendido. Él no es un cabecilla de revoltosos anti-romanos sino un respetable ciudadano de la ciudad de Tarso. Acto seguido y contra toda verosimilitud histórica, Lucas nos presenta a Pablo pronunciando un discurso al pueblo. Es difícil imaginar al oficial romano concediendo la palabra a un preso en aquellas circunstancias, y más difícil aún que la masa alborotada guardara silencio. Por otra parte, el discurso no alude a las circunstancias del tumulto popular.

En realidad, por boca de Pablo, el discurso lo dirige el narrador a los lectores de su libro.

Más que una defensa personal del Apóstol, se trata de una apología de su misión a las naciones. Comienza aludiendo a sus intachables credenciales de judío hasta el punto de convertirse en perseguidor del «Camino». En oposición a las «leyes de los antepasados», llama, de nuevo, «Camino» al cristianismo. Después, presenta su conversión en la ruta hacia Damasco y el nuevo rumbo que tomó su vida tras encontrarse cara a cara con Jesús resucitado, quien le escogió para ser su testigo ante todo el mundo. Pablo ve en este acontecimiento el designio del Dios de nuestros padres (14). Menciona el nuevo rito del perdón (16), el bautismo, que sustituye a la ley y todos sus mecanismos. Pablo reserva para el final el recuerdo de la visión que tuvo en el templo, años atrás, en la que Jesús le apremia a salir de Jerusalén ante el fracaso de su testimonio en la ciudad y le envía a «pueblos lejanos» (21).

Esta declaración constituía una provocación inaceptable para oídos judíos. Equivalía a decir que fue en el mismo templo de Jerusalén donde Jesús rechaza al templo como lugar del anuncio de la Palabra de Dios y que esta misma Palabra se construirá un nuevo templo (un pueblo nuevo) entre los paganos (20,32).

La reacción no se hizo esperar. Con gritos y gestos piden la muerte de Pablo y que los romanos sean los ejecutores. El comandante se entera de que el preso

mataban. 21 Él me dijo: Ve, que yo te envío
a pueblos lejanos.
22 Hasta ese punto habían estado escuchando, después alzaron la voz diciendo:
—Elimina a ese hombre; no puede seguir viviendo.
23 Como seguían gritando y rasgándose
los vestidos y echando polvo al aire, 24 el
comandante mandó que lo introdujeran en la fortaleza y lo interrogasen a latigazos para averiguar por qué motivo clamaban contra él. 25 Cuando lo sujetaban con las
correas, Pablo dijo al centurión allí presente:
—¿Les está permitido azotar sin proceso a un ciudadano romano?
26 Al oírlo, el centurión fue a avisar al comandante:
—¿Qué vas a hacer? Ese hombre es romano.
27 El comandante se acercó y le preguntó:
—Dime, ¿eres romano?
Contestó:
—Sí.
28 Repuso el comandante:
—Yo he comprado la ciudadanía por una buena suma.
Pablo dijo:
—Yo la poseo de nacimiento.
29 Inmediatamente se apartaron de él los
que lo iban a interrogar. El comandante se asustó al saber que lo tenía arrestado siendo romano. 30 Al día siguiente, queriendo
saber con certeza las acusaciones que le hacían los judíos, lo soltó y mandó reunirse a los sumos sacerdotes y el Consejo en pleno. Después hizo bajar a Pablo y se lo presentó.

Ante el Consejo

23 1 Pablo fijó la vista en el Consejo y dijo:
—Hermanos, yo he procedido ante Dios con conciencia limpia e íntegra.
2 El sumo sacerdote Ananías mandó a
sus asistentes que lo golpearan en la boca.
3 Pablo entonces le dijo:
—Dios te va a golpear a ti, pared blanqueada. Tú estás sentado para juzgarme según la ley y me mandas golpear violando la ley.
4 Los soldados le dijeron:
—¿Al sumo sacerdote de Dios insultas?
5 Pablo contestó:
—No sabía, hermanos, que fuera el sumo sacerdote; porque está escrito:

no hablarás mal del jefe del pueblo.

6 Advirtiendo Pablo que una parte eran
saduceos y otra parte fariseos, exclamó en el Consejo:
—Hermanos, hasta hoy soy fariseo e hijo

---

es ciudadano romano, dato confirmado por el mismo Pablo, y la situación cambia de rumbo y de escena. Pablo es llevado ante el Consejo de los líderes de Israel.

23,1-11 Ante el Consejo. Estamos ante uno de los relatos más reelaborados por Lucas. Históricamente parece inverosímil que un oficial romano provocara la reunión del Consejo, como si éste estuviera a sus órdenes, que presentara al presunto reo y asistiera vigilando al proceso. Por otra parte, la escena de un Consejo dividido por disensiones doctrinales graves acerca de la resurrección, hábilmente provocadas por Pablo, y otra serie de incongruencias, como el hecho de que el Apóstol no conozca al Sumo Sacerdote, hacen pensar que a Lucas no le interesa darnos un relato puramente histórico de lo acontecido. Como ya nos tiene acostumbrado, el narrador deja aquí los hechos históricos a un lado para darnos su interpretación de los mismos. No usa, para ello, afirmaciones o proposiciones abstractas, sino que compone un cuadro escénico vivo, una especie de drama que, por cierto, termina en comedia.

Para Lucas, Pablo ante el Consejo no está en calidad de acusado sino de acusador. En realidad, el Consejo no consigue juzgarle, sino que termina desmoralizado. Es más, el partido de los fariseos lo declara inocente contra las protestas de sus adversarios saduceos. Fue el testimonio de Pablo sobre la resurrección –los presentes sabían muy bien que el reo se refería a la resurrección de Jesús–, el último puente tendido al pueblo judío en las personas de sus representantes. Lucas narra la escena muchos años después de los acontecimientos. Para esas fechas, el partido de los saduceos, contrarios a la resurrección de los muertos, había ya desaparecido.

Eran, pues, los fariseos los que estaban reorganizando la nueva comunidad judía después de la destrucción de Jerusalén el año 70. Éstos, sí, creían en la resurrección de los muertos, pero no en la de Jesús. Por boca de Pablo, Lucas les reprocha su increencia y al mismo tiempo les tiende la mano. Entre judaísmo y cristianismo no hay ruptura, sino continuidad y el lazo de unión es la resurrección de Jesús. La narración termina con la intervención –otra vez– del comandante romano que libera al Apóstol de un linchamiento seguro. A la noche siguiente la Palabra del Señor da certeza y fuerza a Pablo. Su testimonio también será necesario en Roma.

de fariseos, y se me está juzgando por la es-
peranza en la resurrección de los muertos.
7 Apenas lo dijo, cuando surgió una
discusión entre fariseos y saduceos, y la
asamblea se dividió. 8 Porque los saduceos
niegan la resurrección y los ángeles y el es-
píritu, mientras que los fariseos lo afirman
todo.
9 Se armó un griterío, y algunos letrados
del partido fariseo se alzaron y afirmaron
polémicamente:
—No encontramos culpa alguna en este
hombre; tal vez le ha hablado un espíritu o
un ángel.
10 Como arreciaba el conflicto, temiendo
el comandante que fueran a despedazar a
Pablo, mandó bajar a la tropa, sacarlo de en
medio y llevarlo a la fortaleza. 11 La noche
siguiente el Señor se le presentó y le dijo:
—¡Ánimo! Lo mismo que has dado testi-
monio de mí en Jerusalén, tienes que darlo
en Roma.

Complot contra Pablo

12 Por la mañana se reunieron los judíos
y se comprometieron bajo juramento a no
comer ni beber hasta haber dado muerte a
Pablo. 13 Los conspiradores eran más de
cuarenta. 14 Se presentaron a los sumos sa-
cerdotes y ancianos y les dijeron:
—Hemos jurado no probar bocado has-
ta no haber dado muerte a Pablo. 15 Ahora
les toca a ustedes proponer al comandante
y al Consejo que se lo traigan, con pretex-
to de investigar más atentamente su caso.
Antes de que se acerque, estamos prepara-
dos para eliminarlo.
16 El hijo de la hermana de Pablo se en-
teró de lo que tramaban, fue a la fortaleza,
entró y se lo contó a Pablo. 17 Éste llamó a
uno de los centuriones y le dijo:
—Conduce a este muchacho al coman-
dante, porque tiene que darle una informa-
ción.
18 Se hizo cargo de él, lo condujo al co-
mandante y dijo:
—El prisionero Pablo me ha llamado y
me ha pedido que te traiga a este mucha-
cho, que tiene algo que decirte.
19 El comandante lo tomó de la mano, se
lo llevó aparte y le preguntó:
—¿Qué es lo que me tienes que contar?
20 Respondió:
—Los judíos han acordado pedirte que
mañana hagas bajar a Pablo al Consejo,
con pretexto de examinar más atentamen-
te su caso. 21 No les hagas caso; porque un
grupo de más de cuarenta han tramado una
emboscada contra él.
Han jurado no comer ni beber hasta ha-
berlo eliminado. Ahora están preparados,
esperando tu consentimiento.
22 El comandante despidió al muchacho,
encargándole que no dijera a nadie que le
había informado de ello.

Remitido a Félix

23 Llamó a dos centuriones y les dijo:
—Pasadas las nueve de la noche tengan
preparados para viajar a Cesarea doscien-
tos soldados de infantería, setenta de caba-
llería y doscientos lanceros. 24 Preparen
también caballos para Pablo y llévenlo sano
y salvo al gobernador Félix.

23,12-22 Complot contra Pablo. Se trama una conjura para eliminar a Pablo. Los cuarenta conjurados se comprometen a un ayuno, pues calculan despachar el asunto rápidamente. Lo importante es sacar a Pablo de la custodia de los romanos y para esto se confabulan con los miembros sacerdotes y civiles del Consejo. Del resto se ocuparán ellos sin comprometer públicamente a los líderes. Un sobrino del Apóstol se entera, avisa al comandante y éste salva de nuevo al preso, llevándolo bajo fuerte custodia militar a Cesarea. Este viaje significa para Pablo su salida definitiva de Jerusalén, que ya no volverá a ser mencionada en el libro de los Hechos.

23,23-35 Remitido a Félix. La escena es sobria y sugerente. De noche, escoltado por un nutrido destacamento romano, cabalgando, Pablo se aleja de la ciudad. Quizás sin saberlo está cumpliendo la orden de Jesús: «sal pronto de Jerusalén… yo te envío a pueblos lejanos» (22,18.21). La operación equivale a trasladar el preso a un tribunal superior, el supremo de aquella provincia.

En su carta de presentación, el comandante militar de Jerusalén se presenta como el liberador de un ciudadano romano injustamente acusado y amenazado de muerte por sus correligionarios. El comandante queda muy bien ante sus superiores y al mismo tiempo se libera del enojoso asunto. Pablo tendrá la ocasión de seguir dando testimonio de Jesús, cada vez más arriba en la jerarquía del imperio (cfr. Lc 21,13). Ésta es la verdadera intención de Lucas al describirnos el relato.

25 Y le escribió una carta en los siguien-
tes términos:
26 Claudio Lisias saluda al ilustrísimo go-
bernador Félix. 27 A este hombre lo habían
secuestrado los judíos para matarlo. Cuan-
do supe que era romano, intervine con la
tropa y lo libré.
28 Queriendo averiguar los cargos que
tenían contra él, lo conduje a su Consejo.
29 Pero resultó que los cargos versan sobre
controversias de su ley, y no había ningún
cargo digno de muerte o de prisión. 30 Al
enterarme de un atentado tramado contra
este hombre, te lo envío y aviso a los acu-
sadores que te presenten a ti sus cargos.
31 Los soldados, cumpliendo las órde-
nes, tomaron a Pablo y lo condujeron de
noche hasta Antípatris.
32 Al día siguiente dejaron a la caballería
seguir con él y ellos se volvieron a la for-
taleza. 33 Los otros llegaron a Cesarea,
entregaron la carta al gobernador y le pre-
sentaron a Pablo.
34 Leyó la carta y preguntó de qué juris-
dicción era. Enterado de que era de Cilicia,
35 le dijo:
—Oiré tu causa cuando se presenten tus
acusadores.
Y mandó custodiarlo en el pretorio de
Herodes.

Proceso ante Félix

24 1 Cinco días más tarde bajó el sumo
sacerdote con algunos ancianos y el
abogado Tértulo, para presentar sus cargos
contra Pablo.
2 Lo hicieron comparecer, y Tértulo co-
menzó su acusación:
3 —Ilustrísimo Félix: Gracias a ti goza-
mos de paz estable y gracias a tu sabio go-
bierno esta nación consigue mejoras; todo
esto lo recibimos siempre y en todas partes
con profundo agradecimiento. 4 Para no
cansarte, solicito de tu clemencia que es-
cuches mi exposición resumida. 5 Hemos
descubierto que este hombre es una peste,
que promueve discordias entre los judíos
del mundo entero y que es un dirigente de
la secta de los nazarenos.
6 Cuando intentaba profanar el templo,
lo arrestamos y quisimos juzgarlo por nues-
tra ley, 7 pero el tribuno Lisias, con gran vio-
lencia, lo arrancó de nuestras manos,
mandando que sus acusadores viniesen a
ti. 8 Tú mismo, examinándolo, podrás com-
probar la verdad de nuestras acusaciones.

24,1-27 Proceso ante Félix. La situación ha cambiado. Ahora los judíos tienen que desplazarse a la capital del poder romano local, Cesarea, a 100 Km. de Jerusalén, someterse a un tribunal extranjero y emplear a un abogado experto en derecho romano. Todas estas diligencias son ejecutadas con rapidez. En sólo cinco días están preparados para la acusación, tal era la prisa que tenían en deshacerse de Pablo.

Como buen abogado, Tértulo comienza con las fórmulas protocolarias de alabanzas al juez Félix por esto y por aquello. Era una zalamería descarada. En realidad los judíos odiaban a Félix por su mano dura en la represión de las revueltas y por los onerosos impuestos. El astuto Tértulo pone inmediatamente el dedo en la llaga: alude a la paz romana de la que gozan gracias a Félix y que ahora podía estar en peligro. La paz romana era el centro de la ideología del imperio, su razón de ser.

Una vez captada la benevolencia del juez, el abogado judío presenta tres acusaciones: 1. Provocar por todas partes agitaciones y sediciones entre los judíos; 2. Ser jefe de la secta de los «nazarenos» (2,22; 6,15); 3. Haber intentado profanar el templo que los romanos se han comprometido a defender.

Las tres acusaciones están ágilmente manipuladas como delitos contra la paz romana. La primera es clara: agitación y sedición. La segunda es más sutil. Aunque a los romanos no les importaban en absoluto las sectas judías, el nombre del «nazareno» –Jesús– sí que podía levantar sospechas en el juez. Si Jesús fue condenado por los romanos como sedicioso, sus seguidores podían ser también considerados como tales. La tercera sigue el mismo camino: si los romanos se han comprometido a defender el templo, los que conspiran contra el templo conspiran contra los romanos.

Al retirarse el abogado judío, Félix da la palabra a Pablo. Éste comienza su defensa, pero no sólo es Pablo el que habla. A través de sus palabras, Lucas está respondiendo a las mismas acusaciones y sospechas de que eran objeto las comunidades cristianas extendidas ya por todo el imperio, incluso en Roma, varias decenas de años después de que ocurrieran los hechos. En aquella sala del juicio estaban en confrontación: Roma, el judaísmo y Pablo –o sea, el cristianismo–. Pablo, y Lucas por boca de Pablo, responde y aclara. Respecto al imperio romano, éste no debe tener ningún motivo de queja contra los cristianos, pues éstos, ni provocan desorden ni perturban la vida ciudadana, al contrario, son ciudadanos ejemplares. Las acusaciones, pues, son falsas. Respecto al judaísmo, Pablo –el cristianismo– no pertenece a ninguna secta rebelde. El «Camino» es continuación y culminación del judaísmo. El Dios que adora Pablo es el de sus antepasados. Admite y venera las Escrituras, la Ley

9 Los judíos lo apoyaron afirmando que era cierto. 10 El gobernador hizo un gesto a Pablo y éste tomó la palabra:

—Como sé que desde hace años administras justicia a esta nación, pronuncio confiado mi defensa. 11 Tú mismo puedes comprobar que no han pasado más de doce días desde que subí en peregrinación a Jerusalén.

12 Ni en el templo ni en las sinagogas ni por la ciudad me han encontrado discutiendo con nadie ni amotinando a la gente. 13 No pueden probar ninguno de sus cargos contra mí. 14 Eso sí: te confieso que venero a Dios siguiendo ese Camino que ellos llaman secta; creo todo lo escrito en la ley y los profetas, 15 y confiado en Dios, espero como ellos que habrá resurrección de justos e injustos. 16 Y así, también yo procuro mantener en todo una conciencia irreprochable ante Dios y ante los hombres. 17 Tras una ausencia de años, fui en peregrinación al templo llevando limosnas para mis compatriotas y a presentar ofrendas. 18 Allí me encontraron, en un rito de purificación, no con una multitud ni en un tumulto. 19 Pero algunos judíos de Asia estaban allí, y ésos sí tendrían que comparecer y acusarme de lo que tengan contra mí. 20 O si no, que los aquí presentes digan qué delito encontraron cuando comparecí ante el Consejo, 21 si no es el haber declarado en voz alta ante ellos: Si hoy me juzgan ante ustedes es por la resurrección de los muertos.

22 Félix, que estaba bien informado sobre el Camino, postergó la causa diciéndoles:

—Cuando venga el comandante Lisias, resolveré este pleito.

23 Después dio orden al centurión de tener a Pablo detenido, con cierta libertad, y de no impedir a los suyos que lo atendieran. 24 Pasados unos días Félix mandó llamar a Pablo. Con su mujer Drusila, que era judía, lo oyó disertar sobre la fe en Jesús el Mesías. 25 Pero, cuando Pablo empezó a hablar de honradez, de la castidad y del juicio venidero, Félix se asustó y dijo:

—De momento puedes retirarte; te llamaré en otra ocasión.

26 Félix esperaba al mismo tiempo recibir dinero de Pablo y por eso lo llamaba con frecuencia para conversar con él. 27 Pasados dos años, Porcio Festo sucedió a Félix, y como Félix quería congraciarse con los judíos, retuvo a Pablo preso.

Apela al césar

25 1 Tres días después de tomar posesión del cargo, Festo subió de Cesarea a Jerusalén. 2 Los sumos sacerdotes y los jefes judíos le presentaron sus cargos contra Pablo 3 y le pidieron por favor que se lo remitiese a Jerusalén –porque intentaban matarlo en una emboscada por el camino–. 4 Festo respondió que Pablo seguía custodiado en Cesarea, ya que él mismo volvería pronto allá.

5 Y añadió:

—Sus responsables que bajen conmigo y, si ese hombre es culpable de algo, que presenten allí su acusación.

6 Festo se detuvo en Jerusalén no más de ocho o diez días; después bajó a Cesarea y al día siguiente hizo traer a Pablo.

7 Cuando se presentó, lo rodearon los que habían bajado de Jerusalén y lo acusaban de muchos y graves cargos, que no

---

y los Profetas, y cree, como sus enemigos, en la resurrección. La alusión es clara: la resurrección de Jesús. En cuanto a profanar el templo, se trata de una invención de unos advenedizos de Asia.

Lo lógico habría sido dejar completamente libre al encausado. Félix, juez corrupto que espera dinero de Pablo, prefiere dar largas al asunto y deja al reo en prisión menor para complacer a los judíos. En la perspectiva de Lucas, Félix está colaborando al designio de Dios que quiere llevar a Pablo hacia Roma.

25,1-12 Apela al césar. Han pasado dos años. Pablo sigue preso, metido aún en la batalla legal que decidirá su suerte. Tres días después de tomar posesión del cargo, el nuevo gobernador Festo tiene ya que ocuparse del asunto Pablo a instancias de los judíos. La insistencia de Lucas en mostrar la inocencia del Apóstol nos deja un poco sorprendidos. Es el tema más explicado y repetido hasta el cansancio en el libro de los Hechos.

¿Existían todavía entre los lectores de Lucas grupos que aun dudaban de la inocencia del Apóstol? ¿Tuvieron parte los judíos en la muerte de Pablo en Roma, quizás con las mismas acusaciones? No sabemos.

El hecho es que Lucas nos presenta en este relato a la tercera autoridad romana que encuentra a Pablo inocente. Festo, queriendo quedar bien con los judíos, pregunta al Apóstol si quiere volver a Jerusalén para ser juzgado. Quizás cansado de tantas complica-

lograban probar; 8 mientras Pablo se defen-
día afirmando que no había cometido deli-
to alguno contra la ley o el templo o el
emperador.
9 Festo, queriendo ganarse a los judíos,
intervino y preguntó a Pablo:
—¿Quieres subir a Jerusalén para so-
meterte allí a mi juicio?
10 Pablo replicó:
—Estoy ante el tribunal imperial, donde
debo ser juzgado. Sabes muy bien que no
he perjudicado a los judíos. 11 Si he cometi-
do un delito capital no me niego a morir;
pero si no hay nada de lo que éstos me
acusan, nadie puede entregarme en su po-
der. Apelo al emperador.
12 Entonces Festo, después de consul-
tarlo con sus consejeros, dijo:
—Has apelado al emperador, irás al em-
perador.

Ante Agripa

13 Algunos días más tarde, el rey Agripa,
acompañado de Berenice, se presentó en
Cesarea para saludar a Festo. 14 Y, como se
detuvo allí bastantes días, Festo le expuso
el caso de Pablo:
—Hay aquí un prisionero que dejó Félix;
15 durante mi estadía en Jerusalén, los su-
mos sacerdotes y ancianos judíos lo acusa-
ron pidiendo su condena. 16 Les respondí
que no es costumbre romana entregar a un
hombre antes de que pueda enfrentarse
con sus acusadores y tenga ocasión de de-
fenderse de los cargos. 17 Cuando ellos se
presentaron aquí, yo sin demora, al día si-
guiente, me senté en el tribunal y mandé
traer a aquel hombre. 18 Se presentaron los
acusadores, pero no adujeron ningún delito
de los que yo sospechaba; 19 solamente tra-
ían contra él discusiones sobre su religión y
sobre un tal Jesús, muerto, del que Pablo
dice que vive. 20 Y, como estaba desconcer-
tado acerca de la causa, le pregunté si que-
ría ir a Jerusalén para ser juzgado allí.
21 Pablo apeló y pidió que su caso sea re-
servado a la jurisdicción del Augusto. En-
tonces yo mandé custodiarlo hasta que
pueda enviarlo al emperador.
22 Agripa contestó:
—A mí también me gustaría escuchar a
ese hombre.
Le respondió:
—Mañana lo escucharás.
23 Al día siguiente se presentó Agripa
con Berenice, con toda pompa, y entró en
la audiencia acompañado de comandantes
y gente principal de la ciudad.
Festo hizo traer a Pablo 24 y habló así:
—Rey Agripa y todos los presentes, aquí
tienen al hombre por el que todos los ju-
díos, tanto en Jerusalén como aquí, han
acudido a mí clamando que no debe que-
dar con vida. 25 Yo pude comprobar que no
había cometido nada digno de muerte. Así
que, cuando él apeló al Augusto, yo decidí
enviarlo. 26 Pero no tengo nada por escrito
sobre el asunto. Por eso se lo he presenta-
do a ustedes y especialmente a ti, rey Agri-
pa, para que después de este interrogatorio
yo pueda escribir un informe. 27 Porque no
me parece razonable enviar un preso sin
explicar los cargos contra él.

Discurso de Pablo

26 1 Agripa dijo a Pablo:
—Puedes hablar en defensa propia.
Pablo, haciendo un gesto con la mano,
pronunció su defensa:
2 —De todo lo que me acusan los judíos
tengo hoy la satisfacción de defenderme
ante ti, rey Agripa; 3 especialmente porque

ciones, Pablo apela a su derecho como ciudadano romano de ser juzgado ante el tribunal del césar en Roma. ¿En demanda de justicia?, ¿o para cumplir el designio de Dios?

25,13-27 Ante Agripa. Lucas vuelve a la carga sobre la inocencia de Pablo, narrando esta vez la escena de la comparecencia del Apóstol ante el rey Agripa, amigo del gobernador Festo. El gobernador repite los cargos de los judíos contra el acusado y la inocencia del mismo, aclarando, esta vez, la verdadera razón de la persecución judía contra el Apóstol: «un tal Jesús, muerto, del que Pablo dice que vive» (19). El relato dará ocasión a Pablo de renovar su testimonio ante «gobernadores y reyes» (cfr. Lc 21,12s).

26,1-32 Discurso de Pablo. Se trata del último discurso del libro de los Hechos, en el que Pablo narra por tercera vez su conversión y vocación. El punto de arranque es su vida pasada como miembro del pueblo judío y del rígido partido fariseo. ¿Ha roto ahora con sus raíces judías? De ninguna manera. Va a mostrar que su vida presente es la consecuencia última de su identidad judía.

Todo se remonta, según Pablo, a la esperanza de la promesa que Dios hizo «a nuestros padres» (6) y que

eres experto en costumbres y controversias judías. Por lo cual te pido que me escuches con paciencia.

4 Mi vida entera desde mi adolescencia, pasada desde el principio en el seno de mi pueblo, la conocen todos los judíos de Jerusalén. 5 Y, como me conocen desde hace tanto tiempo, pueden dar testimonio de que yo pertenecía a la secta más estricta de nuestra religión: era fariseo.

6 Ahora me están juzgando porque espero en la promesa que Dios hizo a nuestros padres. 7 Y nuestras doce tribus, en su culto noche y día, aguardan impacientes que se cumpla esa promesa. Majestad, de esa esperanza me acusan los judíos. 8 ¿Por qué les parece increíble que Dios resucite a los muertos?

9 En un tiempo yo pensaba que mi deber era combatir con todos los medios el nombre de Jesús Nazareno. 10 Es lo que hice en Jerusalén, con autoridad recibida de los sumos sacerdotes, metiendo en la cárcel a muchos consagrados. Y cuando los condenaban a muerte, yo añadía mi voto. 11 Muchas veces en las sinagogas yo los maltrataba para hacerlos blasfemar; y mi furia creció hasta el punto de perseguirlos en ciudades extranjeras.

12 Viajando en este empeño hacia Damasco, con autoridad y encargo de los sumos sacerdotes, 13 un mediodía nos envolvió a mí y a mis acompañantes una luz celeste más brillante que el sol.

14 Caímos todos a tierra y yo escuché una voz que me decía en hebreo: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? De que te sirve tirar coces contra el aguijón. 15 Pregunté: ¿Quién eres, Señor? Y el Señor respondió: Soy Jesús, a quien tú persigues. 16 Ponte en pie; que para esto me he aparecido a ti, para nombrarte servidor y testigo de que me has visto y de lo que te haré ver. 17 Te defenderé de tu pueblo y de los paganos a los que te envío. 18 Les abrirás los ojos para que se conviertan de las tinieblas a la luz, del dominio de Satanás a Dios, y para que reciban, por la fe en mí, el perdón de los pecados y su parte en la herencia de los consagrados.

19 No desobedecí, rey Agripa, a la visión celeste, sino que me puse a predicar: 20 primero a los de Damasco, después a los de Jerusalén, en toda la Judea y a los paganos, que se arrepintieran y se convirtieran a Dios, con prácticas válidas de penitencia. 21 Por este motivo se apoderaron de mí los judíos e intentaron acabar conmigo.

22 Pero, protegido por Dios hasta hoy, he podido seguir dando testimonio ante pequeños y grandes, sin enseñar otra cosa que lo que predijeron los profetas y Moisés, a saber, 23 que el Mesías había de padecer, resucitar el primero de la muerte y anunciar la luz a su pueblo y a los paganos.

24 Cuando Pablo terminó su defensa, Festo dijo con voz firme:

—Estás loco, Pablo. Tanto estudiar te ha vuelto loco.

25 Replicó Pablo:

—No estoy loco, ilustre Festo, más bien pronuncio palabras verdaderas y sensatas. 26 El rey entiende de todo esto y a él me dirijo con franqueza; porque no creo que ignore nada de esto, ya que son cosas que no sucedieron en lugares ocultos. 27 ¿Crees a los profetas, rey Agripa? Sé que les crees.

28 Agripa respondió a Pablo:

—Por poco no me convences de hacerme cristiano.

---

han mantenido viva las doce tribus de Israel. De esta esperanza le acusan a él. ¿De qué esperanza se trata? Aunque Pablo no lo dice explícitamente, su intención es clara: el radical deseo humano de vivir es esperanza de resurrección.

Pues bien, esto es lo que Dios tenía prometido y lo ha cumplido ahora resucitando al Mesías Jesús. Son sus acusadores los que habiendo aceptado la promesa, no aceptan ahora su cumplimiento en la resurrección de Jesús.

A continuación narra su vida de cruel perseguidor de los cristianos. En ningún otro texto describe el Apóstol su ensañamiento fanático. Sigue su testimonio sobre el cambio radical sufrido en el camino de Damasco. Es la tercera vez que habla del acontecimiento, pero en esta ocasión difiere llamativamente de las anteriores.

No menciona la ceguera ni la sanación ni la intervención de Ananías ni la fuga de Damasco. La conversión se transforma en vocación, al estilo de las vocaciones proféticas (cfr. Is 42,7; 61,1). Su testimonio, sin embargo, siempre es el mismo: Jesús, el primer resucitado de entre los muertos, es ahora luz universal sin distinción para judíos y paganos. Así termina el bellísimo discurso de Pablo.

29 Respondió Pablo:
—¡Quiera Dios que por poco o por mu-
cho, no sólo tú, sino todos los oyentes fue-
ran hoy lo que yo soy, pero sin estas
cadenas!
30 Se levantaron el rey, el gobernador,
Berenice y los asistentes, 31 y al retirarse
comentaban:
—Ese hombre no ha hecho nada que
merezca la muerte o la cárcel.
32 Agripa dijo a Festo:
—Podría haberse marchado libre si no
hubiera apelado al emperador.

Navegando hacia Roma

27 1 Cuando se decidió que navegára-
mos hacia Italia, encomendaron a
Pablo y a otros presos a un centurión lla-
mado Julio, de la cohorte Augusta. 2 Nos
embarcamos en una nave de Adrumeto,
que iba a partir hacia los puertos de Asia y
zarpamos. Nos acompañaba Aristarco, un
macedonio de Tesalónica. 3 Al día siguiente
arribamos a Sidón, y Julio, por considera-
ción a Pablo, le permitió ir a ver a sus ami-
gos para que cuidaran de él. 4 Zarpando de
Sidón, costeamos Chipre, porque el viento
era contrario. 5 Después, atravesando mar
abierto a lo largo de Cilicia y Panfilia, des-
embarcamos en Mira de Licia. 6 Allí encon-
tró el centurión una nave de Alejandría que
navegaba a Italia y nos embarcó en ella.
7 Por varios días avanzamos poco y nos
costó llegar a Cnido; como el viento no era
favorable, costeamos Creta a lo largo de
Salmona, 8 y pegados a la costa alcanza-
mos con dificultad un lugar llamado Puerto
Bueno, próximo a la ciudad de Lasaya.
9 Habíamos perdido mucho tiempo y la na-
vegación se volvía peligrosa, porque había
pasado la época del ayuno, Pablo aconsejó:
10 —Observo, señores, que la navega-
ción va a acarrear peligros y pérdidas, no
sólo a la carga y a la embarcación, sino a
nuestras vidas.
11 Pero el centurión confiaba más en el
capitán y en el patrón del barco que en Pa-
blo. 12 Como el puerto no era apto para in-
vernar, la mayoría prefería hacerse a la
mar, con la esperanza de alcanzar e inver-
nar en Fénix, un puerto de Creta orientado
a noroeste y suroeste.

Tempestad

13 Se levantó un viento sur, y pensando
que el plan era realizable, levaron anclas y
costearon de cerca Creta. 14 Muy pronto,
del lado de la isla, se desató un viento hu-
racanado, que llaman *Euroaquilón*. 15 El
barco fue arrastrado, y como no podíamos
navegar contra el viento, nos dejamos lle-
var a la deriva. 16 Mientras pasábamos al
reparo de un islote llamado Clauda, logra-
mos con mucho esfuerzo controlar el bote
salvavidas. 17 Lo izaron a bordo y asegura-
ron la embarcación con sogas de refuerzo.
18 Por temor a encallar en las Sirtes, solta-
mos los flotadores y navegamos a la deriva.
Al día siguiente, como la tormenta arrecia-
ba, empezaron a tirar parte del cargamen-
to; 19 al tercer día, con sus propias manos,
se deshicieron del aparejo del barco. 20 Du-

Para el gobernador romano, encerrado en su mentalidad, el testimonio de Pablo no es delito, sino demencia. El estudio ha trastornado al acusado, comenta.

Ante el escepticismo del romano, Pablo apela a los conocimientos del judío Agripa. El rey se evade con una salida cortés.

Vibrando de pasión misionera, Pablo se dirige ahora a todos los presentes. A todos los querría cristianos y sin cadenas, libres de verdad. El veredicto final no se pronuncia en el tribunal, sino en privado. El narrador se encarga de que el lector lo escuche antes de que Pablo se embarque. Agripa no entiende que, en el designio de Dios, el viaje a Roma se paga con la prisión.

27,1-12 Navegando hacia Roma. La travesía marítima, con la tempestad y el naufragio, son una pieza de lucimiento del narrador. Es un relato rico de datos precisos, dignos de un buen conocedor de la navegación de entonces.

En un contexto realista, de dimensiones humanas, empequeñecidas por el vasto mar, Pablo es una figura sobrehumana: sabe y aconseja, prevé y predice, no desfallece y anima, es el director de la navegación. Al gran viajero, al náufrago salvado (cfr. 2 Cor 11,25), Lucas dedica este homenaje marítimo.

27,13-44 Tempestad. Se echaba encima el otoño, cuando los vientos occidentales hacían difícil y peligrosa la navegación por el Mediterráneo. Por el ayuno judío que menciona Lucas –el que precede a la fiesta de la Expiación– podemos calcular que eran los últimos días de septiembre.

La descripción que hace el narrador de la tempestad es magnífica. Dicen los entendidos que utiliza diez palabras técnicas del arte de navegar. No era marine-

rante varios días no se vio el sol ni las es-
trellas, y como la tormenta no amainaba,
se acababa toda esperanza de salvación.
21 Llevábamos días sin comer cuando
Pablo se puso de pie en medio y dijo:
—Amigos, debían haberme hecho caso
y no salir de Creta, nos hubiéramos ahorra-
do estos peligros y pérdidas. 22 De todas
maneras, les ruego que tengan ánimo, que
no se perderá ninguna vida; sólo la embar-
cación.
23 Anoche se me apareció un ángel del
Dios a quien pertenezco y venero 24 y me
dijo: No temas, Pablo; tienes que compare-
cer ante el emperador; Dios te concede la
vida de los que viajan contigo. 25 Por tanto,
¡ánimo, amigos! Confío en Dios que suce-
derá lo que me han dicho. 26 Encallaremos
en una isla.
27 Era ya la decimocuarta noche y se-
guíamos a la deriva por el Adriático. A me-
dianoche los marineros presintieron que
nos acercábamos a tierra. 28 Descolgaron la
sonda y midieron treinta y seis metros; al
poco rato la soltaron de nuevo y midieron
unos veintisiete metros. 29 Temiendo estre-
llarse contra los arrecifes, soltaron cuatro
anclas a popa y rezaban para que se hicie-
se de día. 30 Los marineros intentaban
abandonar el barco. Ya descolgaban el bote
con el pretexto de soltar anclas a proa,
31 cuando Pablo dijo al centurión y a los sol-
dados:
—Si ésos no se quedan en el barco, us-
tedes no se salvarán.
32 Así que los soldados cortaron las
cuerdas del bote y lo dejaron caer al mar.
33 Cuando amanecía, Pablo invitó a to-
dos a comer algo:
—Llevan catorce días a la expectativa y
sin comer nada; 34 les aconsejo que coman
algo, que les ayudará a salvarse. Nadie per-
derá ni un pelo de la cabeza.
35 Dicho esto, tomó pan, dio gracias a
Dios en presencia de todos, lo partió y se
puso a comer. 36 Se animaron todos y co-
mieron. 37 Éramos en la nave doscientas
setenta y seis personas. 38 Comieron hasta
saciarse y después vaciaron el barco arro-
jando el grano al mar.
39 Se hizo de día. Los marineros no reco-
nocían la tierra, pero distinguieron una en-
senada con una playa, y decidieron, como
pudieran, varar la nave allá. 40 Soltaron las
anclas y las dejaron caer al mar, a la vez
que aflojaban las correas del timón; izaron
la vela de popa a favor del viento y enfila-
ron hacia la playa.
41 Pero, al pasar entre dos corrientes, la
nave se encalló, la proa se hincó y quedó
inmóvil y la popa se deshizo por la violen-
cia del oleaje.
42 Los soldados decidieron matar a los
presos para que ninguno escapase a nado;
43 pero el capitán, queriendo salvar la vida
a Pablo, se lo impidió y ordenó que los que
sabían nadar saltaran los primeros y gana-
ran tierra. 44 Los demás seguirían en tablo-
nes o en otras piezas de la nave. De ese
modo todos llegaron con vida a tierra.

---

ro, pero sí que debió buscar información antes de escribir.

En este contexto realista, Lucas no resiste a la tentación de resaltar la personalidad de Pablo salpicando el relato con intervenciones del Apóstol. Parece increíble que un prisionero haya desempeñado durante el viaje el protagonismo que el narrador atribuye a su héroe.

La primera intervención, sin éxito (10), parece casi un discurso. Cuando el peligro es serio y cunde el pánico, Pablo interviene por segunda vez (21-25), como un profeta que recibe mensajes celestes. A beneficio de los paganos presentes, habla de la aparición en un sueño del ángel del Dios a quien pertenece. Ese Dios le salvará la vida y, en atención a él, la de sus compañeros de navegación. Puede recordarse el razonamiento de Abrahán (cfr. Gn 18,23-33). Después de una noche de angustia, con peligro de que la nave se estrellase contra los arrecifes, Pablo interviene de nuevo (35). Esta vez invita a todos a comer algo y vuelve a asegurarles que nada les ocurrirá. Sus palabras parecen sacadas de la liturgia eucarística: «tomó pan, dio gracias, lo partió…» (cfr. Lc 22,19). El peligro mayor para los prisioneros surgió cuando los soldados, presos del pánico, decidieron matarlos para que nadie escapara. De nuevo un oficial romano –esta vez el centurión– salva a Pablo de la muerte.

¿Cómo ven los ojos iluminados del narrador este viaje accidentado de Pablo en medio de un mar enfurecido que hace naufragar la nave? En el Antiguo Testamento el naufragio es una experiencia tan terrible que equivale a la muerte (cfr. Sal 42,8; 66,12; 69,2s; Is 43,2).

En el Nuevo Testamento la aventura marítima de Jonás es una imagen de la muerte de Jesús (cfr. Mt 12,40; Jn 2,1). ¿No nos querrá decir Lucas que Pablo

Malta y Roma

28 1 Ya a salvo, pudimos identificar la
isla de Malta. 2 Los nativos nos trata-
ron con desacostumbrada amabilidad.
Como llovía y hacía frío, encendieron una
hoguera y nos acogieron.
3 Mientras Pablo recogía un haz de leña
y la arrimaba al fuego, una víbora, ahuyen-
tada por el calor, se sujetó a la mano de Pa-
blo. 4 Cuando los nativos vieron el animal
colgado de su mano, comentaban:
—Mal asesino tiene que ser este hom-
bre, que se ha salvado del mar y la justicia
divina no lo deja vivir.
5 Pero él sacudió el animal en el fuego y
no sufrió daño alguno.
6 Ellos esperaban que se hinchase o ca-
yese muerto de repente. Tras mucho espe-
rar, y viendo que no le sucedía nada de
particular, cambiaron de opinión y decían
que era un dios.
7 En aquella región tenía una finca el go-
bernador de la isla, llamado Publio. Nos
hospedó amablemente tres días.
8 El padre de Publio estaba en cama con
fiebre y disentería.
Pablo se acercó a él, oró, le impuso las
manos y lo sanó.
9 Como consecuencia del suceso, los
demás enfermos de la isla acudían y se sa-
naban. 10 Nos colmaron de honores y,
cuando partimos, nos proveyeron de lo ne-
cesario.
11 Al cabo de tres meses zarpamos en
una nave alejandrina que había invernado
en la isla y estaba dedicada a los Dióscu-
ros. 12 Arribamos a Siracusa, donde nos de-
tuvimos tres días.
13 Desde allí, dando una vuelta, alcanza-
mos Regio.
Al cabo de un día se levantó un viento
sur, y en dos días llegamos a Pozzuoli.
14 Encontramos unos hermanos que nos in-
vitaron a quedarnos con ellos una semana.
Así llegamos a Roma.
15 Los hermanos de allí, al oír noticias
nuestras, salieron a recibirnos al Foro Apio

---

pasó también por las tinieblas y las grandes aguas –símbolo bíblico del paso por la muerte– y que como Jesús no fue retenido por la muerte, sino que también él escapará del mar para resucitar «simbólicamente» en Roma, no él sino la Palabra de la que era portador?

28,1-31 Malta y Roma. Este último capítulo del libro está escrito en clave de resurrección. Su tema es la Palabra de Dios, tantas veces personalizada a lo largo de su narración. Es esta Palabra, en realidad, la que cierra el libro, resonando en Roma como resucitada, libre y sin estorbo, proclamando el nombre de Jesús.

Después del naufragio, los pasajeros se dan cuenta de que están en la isla de Malta. En la narración detallada de los acontecimientos, Pablo encarna el poder de la Palabra que siempre va acompañada de signos y milagros, como en la predicación de Jesús. El caso de la víbora es uno de esos milagros que recuerdan el episodio del desierto (Nm 21,4-9) o la promesa escatológica del profeta (Is 11,8) o la de Jesús (Lc 10,18; Mc 16,18).

La sanación del padre de Publio, gobernador de la isla, está casi calcada en la primera sanación de Jesús, la de la suegra de Pedro (Lc 4,38s). Lo mismo que a Jesús, los enfermos acudían a Pablo y quedaban sanos (Lc 4,40).

Los viajeros se hacen de nuevo a la mar y Pablo llega a su destino, no como un prisionero sino recibido por el calor de la comunidad. Al encontrarse con los hermanos y hermanas y ver lo que todo eso significaba, el Apóstol da gracias a Dios. Por fin, Roma.

La última página del libro (17-31) recoge y resume ideas ya propuestas y cierra coherentemente todo el arco narrativo que arranca desde 1,8: «serán testigos míos en Jerusalén, Judea y Samaría y hasta el confín del mundo». El viaje de Pablo, de Jerusalén a Roma, materializa el movimiento espiritual de la Iglesia que se desprende definitivamente del judaísmo y se abre a los paganos. Roma será el nuevo centro de irradiación universal de la Palabra que está llamada a llegar hasta los últimos rincones del mundo.

Llegados al final del libro, los lectores de hoy nos quedamos con las ganas de conocer por boca de Lucas el destino final de Pablo. Sabemos por otras fuentes que el Apóstol fue martirizado en Roma hacia el año 66 durante la persecución de Nerón, y que allí está enterrado.

¿Qué ocurrió durante sus dos años de cautividad? ¿Fue puesto en libertad y pudo realizar su ansiado viaje a España (Rom 15,24-28)? ¿Sufrió una segunda cautividad romana que terminó en martirio? Lucas no satisface nuestra curiosidad. En realidad, el libro de los Hechos no es la biografía de Pedro ni de Pablo, sino la historia de la Palabra de Jesús que, impulsada por el Espíritu Santo, resuena triunfante, libre y sin cadenas tanto en la Roma de los tiempos del narrador, como en todos los confines de nuestro mundo de hoy.

Pedro y Pablo fueron los testigos de esta Palabra en la Iglesia que nacía hace dos mil años; hoy debemos serlo todos los hombres y mujeres que hemos recibido la fe en Jesús de Nazaret, Hijo de Dios y Salvador del mundo.

y Tres Tabernas. Pablo al verlos dio gracias
a Dios y cobró ánimo.
16 Llegados a Roma permitieron a Pablo
alojarse por su cuenta con el soldado de
guardia.
17 Pasados tres días convocó a los judíos
principales y, cuando se reunieron, les habló:

—Hermanos, aunque no hice nada contra el pueblo o las costumbres paternas, los
de Jerusalén me entregaron preso a los romanos.
18 Éstos me examinaron y, al no hallar en mí ningún delito capital, decidieron
dejarme libre.
19 Se opusieron los judíos y
yo me vi obligado a apelar al emperador,
sin intención de acusar a mi nación.
20 Por
este motivo los he llamado para verlos y
hablarles. Porque por la esperanza de Israel
me encuentro encadenado.
21 Le respondieron:

—Nosotros no hemos recibido de Judea
cartas acerca de ti ni ha llegado ningún hermano con noticias o hablando mal de ti.
22
Con todo, nos gustaría escuchar lo que
piensas, porque estamos informados de
que por todas partes se habla de esa secta.
23 Señalaron una fecha y acudieron muchos a su alojamiento.

Desde la mañana hasta el atardecer estuvo explicándoles sobre el reino de Dios,
esforzándose por ganarlos para Jesús, apelando a la ley de Moisés y a los profetas.
24 Unos se dejaban convencer, otros se resistían a creer.

25 Cuando se despedían sin ponerse de
acuerdo, Pablo pronunció su última palabra:

—¡Con razón dijo el Espíritu Santo a sus
padres por medio del profeta Isaías!:

26 *Ve a decir a ese pueblo:*
Por más que oigan, no comprenderán;
por más que vean, no conocerán.
27 *Porque el corazón de este pueblo*
se ha endurecido,
se taparon los oídos y cerraron los ojos,
por temor de que sus ojos vean,
que sus oídos oigan,
que su corazón comprenda,
que se conviertan y que yo los sane.

28 Sepan entonces que esta salvación de
Dios va a ser anunciada a los paganos y
ellos la escucharán.
29 [[Y después de haber
dicho esto, los judíos se fueron discutiendo
fuertemente entre sí.]]

30 Pablo vivió dos años enteros por sus
propios medios. Recibía a todos los que
acudían a él
31 proclamando el reino de
Dios y enseñaba con toda libertad y sin estorbo lo concerniente al Señor Jesucristo.



CARTA A LOS ROMANOS

La comunidad cristiana de Roma. ¿Quién fue el misionero anónimo que llevó la semilla cristiana a Roma? ¿Algún judío convertido de los muchos que emigraban a la capital del imperio o que regresaba después de peregrinar a Jerusalén para las grandes solemnidades de la Pascua? Es ésta una pregunta que probablemente quedará sin respuesta. Lucas, en su afán universalista, dice que entre los oyentes de Pentecostés había peregrinos romanos (Hch 2,10). El mismo Lucas menciona a un matrimonio judío, Áquila y Priscila (Hch 18,2), que tuvo que huir de Roma a Corinto a raíz del edicto de expulsión de los judíos hecho por Claudio (año 49). Lo cierto es que en tiempos de Pablo existía ya una importante comunidad cristiana en la ciudad, cuya mayoría era de origen

pagano y en parte de origen judío. Para el judío «apóstol de los paganos», este dato era muy importante.

Motivación de la carta. ¿Qué motivos tenía Pablo para escribir una carta a una Iglesia que no había fundado ni conocía personalmente? Y no una carta cualquiera, de cortesía o de circunstancias, sino una carta doctrinal de envergadura, quizás la más importante del Apóstol. He aquí otra pregunta a la que no es fácil dar una respuesta satisfactoria y a gusto de todos los biblistas.

Una opinión minoritaria afirma que en su origen era una carta circular y que el destino a Roma se le añadió después y prevaleció en la tradición. Quizás la propuesta mejor sea la más obvia y sencilla, la sugerida por la misma carta. Pablo es apóstol de los paganos y Roma es cabeza del mundo pagano. A la capital del imperio, pues, dedicará su carta capital. Además, ve en Roma, como antes en Antioquía y en Éfeso, una gran plataforma para la difusión del Evangelio.

Lugar y fecha de composición de la carta. La carta fue escrita probablemente en Corinto, al final de su tercer viaje, hacia el año 57-58. Pablo tiene pendiente un viaje a Palestina con el fin de llevar el dinero de la colecta para la comunidad necesitada de Jerusalén. Considera acabada su tarea misionera en Asia y Europa oriental y proyecta una nueva expansión hacia occidente con una escala en Roma, corazón del imperio, y un viaje a España, el último confín hacia el oeste del mundo conocido de aquel entonces.

Carácter y finalidad de la carta. Al dirigirse a los romanos, Pablo tiene ya en su haber una larga experiencia misionera que le había llevado a enfrentarse, de palabra y por cartas, con las principales dificultades y problemas por los que atravesaban las comunidades cristianas, ya sean las fundadas por él mismo o las otras de las que tenía noticia por la constante comunicación que existía entre las diversas Iglesias esparcidas por el imperio. Antes de emprender una nueva aventura misionera hacia occidente, parece como si el Apóstol sintiera la necesidad de recapitular y poner por escrito una síntesis más elaborada y sistemática de los temas claves de su predicación (su «Buena Noticia», como él lo llama en Rom 2,16; 16,25), sobre todo en vistas al viaje previo que va a hacer a la Iglesia madre de Jerusalén donde sospechaba –como así ocurrió– que encontraría serias resistencias a su labor de apertura evangelizadora hacia los no judíos. El tema central de la carta es, sin lugar a dudas, la salvación por la fe en Jesucristo, muerto y resucitado, ofrecida a todos los hombres y mujeres sin discriminación.



Ocasión de la carta. La situación que vivían las Iglesias en los años 57-58 necesitaba de una palabra autorizada y definitiva que pusiera fin a las tensiones que ocasionaba la entrada imparable de los paganos en el seno de la comunidad cristiana, y que estaba poniendo en peligro la unidad de la Iglesia. El «nuevo pueblo de Dios» surgido del anuncio evangélico, ¿debía ser una continuación del pueblo judío a cuya Ley tenían que someterse los paganos convertidos? O, por el contrario, ¿se trataba de una Nueva Alianza que, sin perder sus raíces históricas judías, estaba

abierta a todos por igual, judíos y paganos, con la sola condición de la fe en Cristo?

Frente a esta oferta de salvación universal, ¿qué sentido tenía ya la Ley, la circuncisión y demás prescripciones que habían mantenido al pueblo judío en un gueto cerrado de elegidos y privilegiados? Es comprensible que la Iglesia madre de Jerusalén se resistiera a romper con gran parte de ese bagaje religioso y a perder su protagonismo a favor de una Iglesia que comenzaba a ser ya ecuménica, desplazándose definitivamente más allá de las fronteras geográficas, raciales y culturales del mundo judío. Por otra parte, y dentro de este designio de salvación universal de Dios en Jesucristo, ¿cuál era la función del pueblo judío? Y, sobre todo, ¿qué iba a suceder con la mayoría de ellos que no habían aceptado el Evangelio?

Pablo responde a todos estos interrogantes haciendo una relectura, con los ojos iluminados por la fe, de la historia religiosa de su pueblo, descubriendo en ella el hilo conductor de la promesa que apuntaba a Jesús como Mesías y Salvador, quien, cumpliendo con exceso lo anunciado y prometido, pone fin a lo caduco e inaugura la nueva era definitiva, donde todas las barreras que dividen a la familia humana quedan abolidas.

Actualidad de la carta. Quizás no exista otro libro del Nuevo Testamento que haya suscitado tanta polémica de interpretación. Es irónico que la carta que nos ofrece la más universal y ecuménica visión de la salvación se haya convertido en la carta del «desencuentro» dentro de la familia cristiana, entre católicos y protestantes. Pero esto es ya historia pasada. Hoy día se puede afirmar justamente lo contrario: no sólo es la carta del «reencuentro» que está uniendo de nuevo a una familia dividida, sino que es también una plataforma doctrinal sin par para lanzar a la Iglesia hacia el diálogo con las otras religiones de la tierra, haciéndonos descubrir su función histórica dentro del plan de salvación universal de Dios.

Pablo nos trasmite a todos un mensaje de esperanza y gozo: el amor infinito e incondicional de Dios en Jesucristo abarca a toda la familia humana en un abrazo salvador que nos trae la liberación presente como promesa y arras de gloria eterna. Sólo pide de nosotros una respuesta de fe, amor y de esperanza.

Saludo

1 1 Pablo, servidor de Cristo Jesús, lla-
mado a ser apóstol, elegido para
anunciar la Buena Noticia de Dios, 2 quién
ya había prometido por medio de sus pro-
fetas en las sagradas Escrituras, 3 acerca de
su Hijo, nacido por línea carnal del linaje de
David, 4 y constituido por el Espíritu Santo
Hijo de Dios con poder a partir de la resu-
rrección: Jesucristo, nuestro Señor. 5 Por
medio de él recibimos la gracia del aposto-
lado, para que todos los pueblos respondan
con la obediencia de la fe para gloria de su
nombre; 6 entre ellos se encuentran tam-
bién ustedes, llamados por Jesucristo.
7 A todos los que Dios amó y llamó a ser
consagrados, que se encuentran en Roma:
Gracia y paz a ustedes de parte de Dios
nuestro Padre y del Señor Jesucristo.

Deseos de visitar la comunidad de Roma

8 Ante todo, por medio de Jesucristo,
doy gracias a mi Dios por todos ustedes,
porque su fe es alabada en el mundo ente-
ro. 9 Tomo por testigo a Dios, a quien doy
culto espiritual anunciando la Buena Noti-
cia de su Hijo, de que yo los recuerdo
10 siempre en mis oraciones; pidiendo que
de una vez, si Dios quiere, pueda realizar mi
viaje para visitarlos.
11 Porque tengo muchos deseos de ver-
los a fin de comunicarles algún don espiri-
tual que los fortalezca 12 o más bien para
compartir con ustedes el mutuo consuelo
de nuestra fe común.
13 Quiero que sepan, hermanos, que
muchas veces me propuse ir a visitarlos
para cosechar entre ustedes algún fruto,
como entre los demás pueblos; pero hasta
ahora me he visto impedido. 14 Yo me debo
tanto a los griegos como a los que no lo
son, a los sabios como a los ignorantes;
15 de ahí mi propósito de anunciarles la
Buena Noticia también a ustedes los que
habitan en Roma.

Perdón y castigo: programa

16 Yo no me avergüenzo de la Buena No-
ticia, que es una fuerza divina de salvación
para todo el que cree –primero para el ju-
dío, después para el griego–. 17 Esta Buena
Noticia nos manifiesta la justicia de Dios

1,1-7 Saludo. El saludo, con sus componentes básicos –remitente, destinatarios y deseos– más que un saludo parece un discurso de inauguración. Pablo está escribiendo a una Iglesia que él no fundó y sobre la que no se atribuye derecho de paternidad, de ahí lo formal y solemne de su introducción. Se presenta con tres títulos: «servidor de Cristo Jesús», «llamado a ser apóstol» y «elegido para anunciar la Buena Noticia».

Ésta es la nueva identidad que le dio el Señor en el camino de Damasco y que le definirá para siempre.

Pablo se considera embajador de Cristo y, junto a los títulos de quien lo envía, menciona la finalidad de su misión: anunciar la «Buena Noticia» de parte de Dios. Para eso (3s) usa una fórmula primitiva de confesión de fe a la que añade un toque personal. Quien lo envía es el Hijo de Dios, el mismo que en la resurrección ha recibido plenos poderes para ejercer su señorío sobre el mundo. La misión de Pablo participa de los poderes del resucitado y se extiende a todos los pueblos paganos entre los que se encuentra Roma, capital del imperio romano. Su misión tiene como objetivo provocar una respuesta de fe al mensaje del Evangelio.

Como la comunidad de Roma ya ha respondido, sus miembros reciben el título honorífico de amados de Dios y consagrados (7).

1,8-15 Deseos de visitar la comunidad de Roma. La acción de gracias a Dios, habitual al comienzo de todas las cartas, le sirve a Pablo para declarar su relación personal, no oficial, con la Iglesia de Roma. Y así, menciona sus deseos de visitarla. Aunque no conoce personalmente a los romanos, tiene noticias de su fe.

De ahí que los tenga presentes en sus oraciones y desee encontrarse con ellos cara a cara.

¿Por qué Pablo deseaba visitar la comunidad cristiana de Roma? ¿Acaso no habían recibido ya la fe que él mismo acaba de elogiar? Las razones las va desgranando poco a poco: él quiere comunicar a los romanos su carisma personal para robustecerlos, o más bien –se apresura a decir para no parecer presuntuoso– desea compartir el mutuo consuelo de la fe común y cosechar entre ellos algún fruto. Esto se fundamenta en la vocación que recibió y lo hizo deudor, no tanto de Dios sino de los hombres y mujeres sin distinción.

1,16-18 Perdón y castigo: programa. Pablo parece como impaciente de presentar su evangelio a los romanos, incluso antes de llegar a Roma. Dice que no se avergüenza, ni se siente impotente o acomplejado de la Buena Noticia que anuncia, aludiendo a que el mensaje de la cruz es una locura (1 Cor 1,18) de la que aun los mismos cristianos se acobardan.

que libera exclusivamente por la fe. Según
aquel texto *el justo vivirá por la fe.*
18 Desde el cielo se revela la ira de Dios
contra toda clase de hombres impíos e
injustos que por su injusticia esconden la
verdad.

La humanidad culpable

19 Porque lo que se puede conocer de
Dios lo tienen a la vista, ya que él mismo se
lo ha dado a conocer. 20 Lo invisible de
Dios, su poder eterno y su divinidad, se ha-
cen reconocibles a la razón, desde la crea-
ción del mundo por medio de sus obras.
Por tanto no tienen excusa; 21 ya que,
aunque conocieron a Dios, no le dieron glo-
ria ni gracias, sino que se extraviaron con
sus razonamientos, y su mente ignorante
quedó a oscuras. 22 Alardeaban de sabios,
resultaron necios, 23 cambiaron la gloria del
Dios incorruptible por imágenes de hom-
bres corruptibles, de aves, cuadrúpedos y
reptiles.
24 Por eso Dios dejó que fueran domina-
dos por sus malos deseos, que degradaban
sus propios cuerpos.
25 Como cambiaron la verdad de Dios
por la mentira, veneraron y adoraron la
criatura en vez del Creador –bendito por
siempre, amén–, 26 por eso los entregó Dios
a pasiones vergonzosas. Sus mujeres susti-
tuyeron las relaciones naturales con otras
antinaturales. 27 Lo mismo los hombres: de-
jando la relación natural con la mujer, se
encendieron en deseo mutuo, cometiendo
infamias hombres con hombres y recibien-
do en su persona la paga merecida por su
extravío.
28 Y como no se preocuparon por reco-
nocer a Dios, él los entregó a una mente
depravada, para que hicieran lo que no es
debido. 29 Están repletos de injusticia, mal-
dad, codicia, malignidad; están llenos de
envidia, homicidios, discordias, fraudes,
perversión; son difamadores, 30 calumnia-

¿Se sentían acomplejados algunos romanos ante esta novedad y sus consecuencias? Y proponiendo ya el tema de la carta, dice que esta utópica locura es «una fuerza divina de salvación para todo el que cree» (16). Judío hasta sus raíces, el Apóstol añade: «primero para el judío» (16). La no aceptación del Evangelio por parte de su gente, será su gran frustración y tragedia (cfr. 2 Cor 12,7-9). El Apóstol se refiere a esta fuerza divina con una palabra llena de resonancias bíblicas: «justicia de Dios», una justicia que rompe todos los esquemas de la justicia humana (cfr. Is 42,21; 46,13; Sal 36,7.11) y que es la que salva y libera. El Evangelio revela, manifiesta, aplica y hace efectiva esta iniciativa de salvación de Dios.

La única condición para recibirla es la fe, es fiarse de Dios y dar su adhesión a Jesús como Mesías. Así, el Evangelio ofrece salvación y vida.

1,19-32 La humanidad culpable. Pablo comienza presentando la otra «cara» del Evangelio. El «anuncio» es también «denuncia». El Evangelio que revela la justicia salvadora de Dios también manifiesta su actitud irreconciliable contra todo lo que vaya en oposición de su proyecto de salvación, revela la «ira de Dios».

El Apóstol echa mano de una de las imágenes más fuertes del Antiguo Testamento (cfr. Sof 1,15; Jr 50,11-17; Ez 5,13; 36,5-13) que presenta a un Dios colérico y airado, «contra toda clase de hombres –y mujeres– impíos e injustos que por su injusticia esconden la verdad» (18). Sus ojos iluminados por la fe parecen abarcar a toda la humanidad que se resiste a la verdad.

Se refiere primero al mundo pagano que lo rodea y al que fue enviado a evangelizar; después lo hará con su pueblo, los judíos, a quienes les ha anunciado el Evangelio con insistencia y cuya mayoría se opone y resiste.

Como en una visión apocalíptica Pablo contempla en primer lugar la situación aterradora a la que pueden llegar los hombres y mujeres del mundo pagano cuando han alejado de sus vidas la presencia vivificante y salvadora de Dios. No en vano el Apóstol está escribiendo desde Corinto, una de las ciudades más corrompidas del imperio por aquel entonces. Con el tono de un profeta del Antiguo Testamento, Pablo se lanza a describir el Evangelio de la ira de Dios en acción con una implacable constatación: «dejó que fueran dominados por sus malos deseos» (24), «los entregó… a pasiones vergonzosas» (26), «los entregó a una mente depravada» (28).

¿Está presentando el Apóstol a un Dios vengativo y castigador? No, éste no es el Dios de su evangelio. Pablo está describiendo el castigo al que se someten aquellos hombres y mujeres que se convierten en los peores enemigos de sí mismos cuando sustituyen la «verdad de Dios por la mentira» (25). La «mentira» es el pecado radical del ser humano, conduce a la idolatría: «adoraron la criatura en vez del Creador» (25). Desterrar a Dios de nuestras vidas es el peor castigo que podemos darnos a nosotros mismos. Es a este destierro de Dios a lo que el Apóstol llama atrevidamente la ira de Dios.

Ahora bien, ¿puede estar Dios ausente de su mundo, indiferente ante la suerte de sus hijos e hijas por más pecadores y depravados que sean? Pablo viene a decir que no, que su «presencia amorosa» se convierte en «presencia airada», que es «ausencia» para el pe-

dores, enemigos de Dios, soberbios, arro-
gantes, fanfarrones, ingeniosos para el mal,
rebeldes con sus padres, 31 sin juicio, desle-
ales, crueles, despiadados. 32 Y, aunque co-
nocen el veredicto de Dios, que declara
dignos de muerte a los que hacen estas co-
sas, no sólo las practican, sino que aprue-
ban a los que las hacen.

El juicio de Dios

2 1 Por tanto no tienes excusa, tú que
juzgas, seas quien seas; pues al juzgar
al otro, tú te condenas; ya que tú haces lo
mismo que condenas.
2 Sabemos que la sentencia de Dios con-
tra los que obran así es justa. 3 Y tú, que
juzgas a los que obran así y haces lo mis-
mo, ¿piensas librarte del juicio de Dios?
4 ¿O desprecias su tesoro de bondad, su pa-
ciencia y aguante, olvidando que su bon-
dad quiere conducirte al arrepentimiento?
5 Con tu cerrazón de mente y tu corazón im-
penitente estás juntando castigo para el día
del castigo, cuando se pronuncie la justa
sentencia de Dios, 6 que pagará a cada uno
según sus obras:
7 Él dará vida eterna a los que perseve-
rando en las buenas obras buscan la gloria,
el honor y la inmortalidad. 8 En cambio
castigará con la ira y la violencia a los que
por egoísmo desobedecen a la verdad y
obedecen a la injusticia.
9 Habrá angustia y tribulación para todo
el que obre mal –primero para el judío, des-
pués para el griego–. 10 Habrá gloria y ho-
nor para todo el que obre bien –primero

---

cador. ¿Estrategia del amor infinito de Dios? ¿Qué decir de esta visión trágica de un mundo en bancarrota y a la deriva, dominado por todas las pasiones, corrupciones, e injusticias? ¿Está Pablo condenando de un plumazo a las religiones, a las culturas, a la moral del mundo pagano de su tiempo?

Ciertamente no. Escribiría lo mismo si contemplara la sociedad de hoy, incluso la denominada «cristiana».

¿Es el Apóstol un pesimista sin remedio? Todo lo contrario. No olvidemos que comienza su carta presentándose como embajador plenipotenciario de Jesús, quien en su resurrección ha recibido plenos poderes para ejercer su señorío salvador sobre el mundo (5). Pablo no mira al mundo como moralista fustigador de vicios y excesos como cualquier predicador ambulante. Sus ojos iluminados por la fe ven más allá, contemplan aterrados la «raíz» de toda maldad e injusticia humanas que pueden emponzoñar los comportamientos personales y colectivos, las sociedades, las culturas y aun las religiones de todos los tiempos: la «ausencia de Dios», producida por el pecado. O lo que es lo mismo, escudriña y desenmascara lo más profundo de la condición humana; la ve como «pecado», bajo la ira de Dios.

Esta visión le espanta, de ahí que su carácter apasionado nos haya dejado este catálogo de horrores.

Sin embargo, no olvidemos que estamos en la introducción al «Evangelio de la salvación» –el tema de la Carta– y que esta presentación del Evangelio de la ira no puede entenderse separadamente del desconcertante anuncio de salvación del que Pablo es mensajero y embajador. No perdamos de vista que para el Apóstol la ira de Dios está siempre al servicio de su amor.

2,1-16 El juicio de Dios. Pablo se vuelve ahora hacia su pueblo. Antes, se ha dirigido a los paganos en tercera persona; a continuación lo hace en segunda, en forma de controversia o estilo de diatriba, es decir, imaginando un rival judío cuyas objeciones se citan para refutarlas. Parece como si este judío hubiera estado escuchando, con aire de autosuficiencia y aprobación, las condenas anteriores de Pablo contra el paganismo. Sustituyamos nosotros al «judío imaginario» del Apóstol por el «cristiano autosuficiente» que juzga a los paganos y seguidores de otras religiones y tendremos el cuadro completo.

Pablo discute con este «sujeto orgulloso», y le anuncia también a él el Evangelio de la ira de Dios. Para empezar, le recuerda la imagen bíblica del «juez juzgado» (cfr. Natán y David en 2 Sm 12; la canción de la viña de Is 5,1-7; o los jueces de la adúltera en Jn 8,7) y lo invita a que se aplique las consecuencias. Le viene a decir que también él participa de la condición humana y que es tan pecador como los demás. Toda actitud religiosa, de la tradición que sea, si no nos lleva al reconocimiento de nuestro pecado, al arrepentimiento y a la conversión, es falsa e hipócrita. Pablo lo va a resumir lapidariamente al final de su alegato: «no hay uno honrado, ni uno sensato» (3,10s).

El Apóstol quiere desmantelar esa falsa seguridad de la que alardea su imaginario interlocutor quien se ve a sí mismo «justificado» –salvado– ante Dios, gracias al cumplimiento de la Ley (cfr. Lc 18,11).

¿Está apuntando Pablo a una de las características del judaísmo de su tiempo? Lo que intenta es llevar a este sujeto a reconocer que no goza de privilegio ni de ventaja alguna a la hora del juicio de Dios, pues cada uno, pagano o judío, será juzgado según sus obras. Al fin de cuentas, la ley de la que alardean los judíos la lleva grabada toda persona en su corazón, sea de la religión que sea. La conciencia humana es la que funciona como ley (cfr. Prov 6,23).

La intención final del Apóstol es poner en pie de igualdad a ambos, al pagano y al judío, ante el juicio de Dios que se lleva a cabo por medio de Jesucristo; un juicio que ya está en marcha porque llega con el

para el judío, después para el griego–.
11 Porque Dios no hace diferencia entre
unos y otros.
12 Los que pecaron sin tener la ley, sin la
ley perecerán; los que pecaron bajo la ley,
según la ley serán juzgados. 13 Porque Dios
no perdona a los que escuchan la ley, sino
a los que la cumplen.
14 Cuando los paganos, que no tienen la
ley, cumplen espontáneamente lo que exi-
ge la ley, no teniendo ley, ellos son su ley,
15 y así demuestran que llevan la exigencia
de la ley grabada en el corazón. Lo de-
muestra también el testimonio de su propia
conciencia que unas veces los acusa y
otras los disculpa 16 hasta el día en que, de
acuerdo con mi Buena Noticia y por medio
de Cristo Jesús, Dios juzgará lo oculto del
hombre.

Los judíos y la Ley

17 Pero tú, que te llamas judío, tú, que te
apoyas en la ley, y te glorías de Dios, 18 tú
que dices conocer su voluntad, e instruido
por la ley pretendes discernir lo que es
mejor, 19 estás convencido de ser guía de
ciegos, luz de los que están a oscuras,
20 maestro de necios, instructor de ignoran-
tes, porque tienes en la ley la suma del co-
nocimiento de la verdad.
21 Tú, que enseñas a otros, ¿por qué no
te enseñas a ti? Tú, que predicas que no se
robe, ¿por qué robas? 22 Tú, que prohíbes el
adulterio, ¿por qué lo cometes? Tú, que
aborreces los ídolos, ¿por qué saqueas sus
templos? 23 Si pones tu orgullo en la ley,
¿por qué deshonras a Dios quebrantando la
ley? 24 Pues está escrito: *Por culpa de uste-
des el nombre de Dios es blasfemado entre
las naciones*.
25 La circuncisión es útil si cumples la
ley; si la quebrantas, tu circuncisión te deja
incircunciso. 26 En cambio, el que no está
circuncidado pero guarda los preceptos de
la ley, será tenido por un verdadero circun-
ciso. 27 Uno físicamente incircunciso que
cumpla la ley te juzgará a ti que, con tu
código y tu circuncisión, quebrantas la ley.
28 Ser judío no consiste en tener señales
visibles; la circuncisión no consiste en una
señal en la carne. 29 El verdadero judío lo es
interiormente: la verdadera circuncisión es
del corazón, según el Espíritu y no según la
ley escrita. A ése le corresponde la alaban-
za, no de los hombres, sino de Dios.

Evangelio. Es el juicio de la ira, etapa que nos dispone para aceptar el «juicio de salvación».

Sólo desde el convencimiento de nuestra realidad de pecadores es posible abrirse a la iniciativa de salvación de Dios por Jesucristo. Este reconocimiento de nuestro pecado no sólo atañe al individuo, sino también a la colectividad, a la «institución». La Iglesia no está solamente formada por «pecadores individuales», sino que ha pecado y sigue pecando como colectividad, como institución. ¿Cuántos siglos ha tardado nuestra «institución eclesial» en reconocer pública y oficialmente su pecado colectivo contra otras razas, religiones y pueblos?

2,17-29 Los judíos y la Ley. Pablo continúa su discusión imaginaria con el judío, pasando ahora, en concreto, a sus pretensiones y supuestos privilegios religiosos.

El estilo se vuelve polémico, incluso agresivo. Sin embargo, es posible imaginar el desgarro interior que sentiría el Apóstol, judío también él, al tener que escribir estas líneas a los hombres y mujeres de su pueblo a quienes tanto ama y por quienes militaba en el pasado como fanático perseguidor de Cristo en cuyo nombre les habla ahora.

Pablo va a mencionar los tres privilegios fundamentales que, como muros de protección contra los demás pueblos, convertían a los judíos en gente especial, escogida, exclusiva, intachable... según ellos, por supuesto. El primero, el privilegio de sangre y de raza: «tú, que te llamas judío» (17); el segundo, la Ley, o «la suma del conocimiento de la verdad» (20); el tercero, la marca de exclusividad: «la circuncisión» (25). A continuación, procede a desmantelar cada uno de estos bastiones de autosegregación y privilegio. Lo hace confrontando a su interlocutor imaginario con su pasado histórico de transgresiones y pecados, a pesar de la Ley, de la circuncisión y de todo el montaje religioso-ideológico de que se han rodeado. El resultado no puede ser más patético. Al fin y al cabo, Pablo viene a decirles que son tan ignorantes, tan ladrones, tan adúlteros y tan saqueadores de templos como los incircuncisos y los paganos. Es más, añade que hay paganos decentes y honestos que podrían muy bien actuar como sus jueces (27).

¿Se ha convertido Pablo de fanático judío en fanático anti-judío? No es ésta, ni mucho menos, su intención. Sustituyamos a los «judíos» por todos aquellos que hacen de su religión, del color de su piel, de su raza o nacionalidad, de su dinero, de su posición social, de su cargo eclesiástico o civil un instrumento de privilegio, discriminación u opresión y habremos entendido la intención del Apóstol. A todos ellos, simbolizados en su imaginario interlocutor judío, les está predicando el Evangelio de la ira de Dios.

Dios es fiel

3 1 Entonces, ¿qué ventaja tiene el judío
o para qué sirve la circuncisión? 2 Las
ventajas son muchas y en todos los aspec-
tos. Primero, Dios confió su palabra a los
judíos.
3 Entonces, ¿qué pasa si algunos fueron
infieles? ¿Anula su infidelidad la fidelidad
de Dios? 4 ¡De ningún modo! Dios se mos-
trará fiel aunque todos los hombres sean
falsos. Como está escrito: *En la sentencia
tendrás razón, del juicio saldrás inocente*.
5 Pero si nuestra culpa hace resaltar la
justicia de Dios, ¿qué diremos? ¿Que Dios
es injusto al aplicar el castigo? –hablando
humanamente–. 6 ¡De ningún modo! De lo
contrario, ¿cómo podrá Dios juzgar al mun-
do? 7 Pero si mi falsedad hace resaltar la fi-
delidad de Dios, siendo así mayor su gloria,
¿por qué encima me condena como peca-
dor? 8 O debemos hacer el mal para que
resulte el bien –es lo que algunos calum-
niadores me atribuyen; ellos sí merecen ser
condenados–.

Todos son pecadores

9 En conclusión, ¿llevamos ventaja los
judíos? No en todo. Acabamos de demos-
trar que todos, judíos y griegos, están so-
metidos al pecado.

10 Como está escrito:

No hay uno honrado
11 *ni uno sensato que busque a Dios,*
no hay uno que busque el bien.
12 *Todos se han extraviado y pervertido,*
no hay quien haga el bien, ni uno solo.
13 *Su garganta es una tumba abierta:*
mienten con sus lenguas,
sus labios esconden veneno de víboras,
14 *su boca está llena de maldiciones hirientes.*
15 *Sus pies corren para derramar sangre,*
16 *sus caminos están sembrados de ruina y destrucción.*
17 *No conocen la ruta de la paz*
18 *ni tienen el temor de Dios.*

3,1-8 Dios es fiel. La reacción es inmediata. Si todo esto es verdad, parece reprocharle su interlocutor, ¿a qué se reduce la fidelidad de Dios a su pueblo si ha permitido que éste caiga tan bajo? ¿Para qué sirve ser judío? ¿Fue todo una burla de Dios? Y lo que es más serio, casi maquiavélico: si nuestros pecados, al fin y al cabo, sirven para que Dios muestre su bondad, ¿no le hacemos un favor a Dios pecando?, ¿no es injusto que Dios permita nuestros pecados y luego se sirva de ellos aunque sea para fines salvíficos?

Toda esta posible argumentación la reduce Pablo al absurdo. No tiene necesidad de refutarla directamente pues no está hablando a ateos o agnósticos sino a su pueblo para quien el mensaje de Dios en las Escrituras es siempre la última palabra de todo argumento. En realidad, estos interrogantes existenciales que se plantea el ser humano sobre su libertad frente a la libertad de Dios, sobre el pecado y el castigo, sobre el bien y el mal, ya habían encontrado respuesta en la Biblia, una respuesta a la medida de la capacidad humana y que solamente puede ser aprehendida en la oscuridad de la fe (cfr. Job 40,7-14; Sab 12,13; Éx 9,16).

3,9-20 Todos son pecadores. Pablo apela justamente a las Escrituras para sacar su conclusión final: «no hay uno honrado» (10), «ni uno sensato» (11). Judíos y paganos, cada uno a su modo, con ley o sin ley, todos están bajo el imperio del pecado. El Apóstol deja a un lado a los judíos y sus pecados, y enfrentándose ahora con la humanidad entera, la contempla bajo el dominio del Pecado –en singular y con mayúscula– como queriendo personificar a esa potencia maléfica que alcanza al hombre y a la mujer hasta en las raíces más profundas de su ser y que envenena y corrompe toda la historia humana.

El número y variedad de citas de las Escrituras que añade a continuación, no las considera el Apóstol como pruebas adicionales de la conclusión a que ha llegado acerca de la condición pecadora de la humanidad, sino como «palabra de Dios en acción», dictando una sentencia de ira sobre la humanidad.

Dicho de otra manera, Pablo es consciente de estar anunciando el Evangelio de la ira de Dios, ahora, mientras escribe esta carta a los Romanos. El diagnóstico que hace del ser humano, a base de metáforas bíblicas, no tiene desperdicio.

19 Ahora bien, las exigencias de la ley se
dirigen a los súbditos de la ley; y así a to-
dos se les tapa la boca y el mundo entero
queda sometido al juicio de Dios. 20 Por eso
nadie será justificado ante Dios por haber
cumplido la ley, ya que la ley se limita a ha-
cernos conocer el pecado.

Ahora se revela la justicia de Dios

21 Pero ahora, independiente de la ley,
aunque atestiguada por la ley y los profe-
tas, se da a conocer la justicia de Dios que
salva 22 por la fe en Jesucristo; válida sin
distinción para cuantos creen.

23 Todos han pecado y están privados de
la presencia de Dios. 24 Pero son perdona-
dos sin merecerlo, generosamente, porque
Cristo Jesús los ha rescatado. 25 Dios lo
destinó a ser con su sangre instrumento de
expiación para los que creen.

Dios mostraba así su justicia cuando pa-
cientemente pasaba por alto los pecados
cometidos en el pasado.

26 Demuestra su justicia en el presente
siendo justo y haciendo justos a los que
creen en Jesús.

27 Y ahora, ¿dónde queda el orgullo? Que-
da excluido. ¿En virtud de qué ley? ¿Por la
ley de las obras? Nada de eso, por la ley de
la fe. 28 Porque nosotros afirmamos que el
hombre es justificado por la fe, indepen-
dientemente de las obras de la ley.

29 ¿Acaso Dios es sólo de los judíos?
¿No lo es también de los paganos? Cierta-
mente, también de los paganos; 30 porque
no hay más que un solo Dios que justifica

Parece un médico examinando minuciosamente a un enfermo en fase terminal, que va comprobando cómo la enfermedad ha hecho estragos, afectando a todo su organismo, destruyendo todos los miembros del cuerpo uno a uno. Es en este panorama desolador, donde va a irrumpir con todo su poder el Evangelio de salvación.

3,21-31 Ahora se revela la justicia de Dios. Texto capital y denso que anuncia la justicia –salvación– de Dios revelada en la muerte y resurrección de Jesucristo, tema que constituye el mensaje principal de toda la predicación de Pablo. Comienza, pues, su Evangelio de salvación afirmando que «ahora» (21) esta voluntad salvífica de Dios se revela y se realiza «por la fe en Jesucristo» (22).

Ahora se está ofreciendo a todos y a todas sin distinción, bajo la sola condición de que crean. Ahora, la ira de Dios –su ausencia– se está transformando en presencia de amor salvador para los que aceptan a Jesús por la fe. Nadie puede atribuirse méritos ni exigir derechos, pues se trata de un don de Dios, absolutamente gratuito.

Toda la carta a los romanos, más aún, todos los escritos de Pablo, apuntan con insistente urgencia a este «momento presente» como «oportunidad» ofrecida de salvación.

El triunfo futuro del reinado de Dios ha comenzado «ya», «ahora». El Apóstol lo afirma con tanta rotundidad como lo hizo el mismo Jesús en la Sinagoga de Nazaret: «hoy, en presencia de ustedes, se ha cumplido este pasaje de la Escritura» (Lc 4,21).

Aunque este anuncio es para toda la humanidad, Pablo lo va proclamar como si tuviera delante solamente a los judíos. ¿Por qué? En primer lugar, porque la conversión de su pueblo es para él como una asignatura pendiente, y lleva esta oposición de los suyos al Evangelio como una espina clavada en el corazón. En segundo lugar, porque la resistencia de los judíos a su mensaje podía ser tomada como ejemplo de toda actitud religiosa exclusivista y autosuficiente que exhibe como intocables sus derechos y privilegios. Se podría decir que el Apóstol intenta matar varios pájaros de un tiro. Veamos.

Se dirige a los judíos de su tiempo, sí, pero su mirada va más allá. Tiene, quizás, los ojos puestos en la comunidad de Roma a la que escribe esta carta, y cuyos cristianos –que vienen del judaísmo– no terminan de desembarazarse del fardo de la ley de Moisés –para ellos fuente de privilegios y derechos–, y discriminan así a los cristianos procedentes del paganismo, poniendo en peligro la unidad y comunión de toda la Iglesia de Roma. Pero también se dirige a nosotros, cristianos de hoy, ya que si somos valientes y sinceros, también descubriremos en la arrogancia y autosuficiencia del «judaísmo de su tiempo», nuestra propia autosuficiencia y arrogancia religiosa, lastre del que tanto nos cuesta desembarazarnos como comunidad eclesial.

El Apóstol quiere dejar claro que la «ley judía» ha sido sustituida por la «ley de la fe», con la que descubrimos el verdadero rostro de Dios, el rostro de un Padre que es amor infinito y que ama a todos por igual, judíos y no judíos. Las barreras que dividen y discriminan a las personas han sido derribadas. La fe nos abre al Evangelio de salvación universal revelado en Jesús, el Mesías.

Pablo utiliza el vocabulario teológico-jurídico judío –no olvidemos que está dirigiéndose a su pueblo–, pero dándole un nuevo significado para presentarnos el protagonismo de Jesús, muerto y resucitado, en esta iniciativa de salvación de Dios. Y así, sobre el trasfondo de los sacrificios rituales del templo de Jerusalén, dice que Jesús nos ha rescatado (24) de nuestros pecados y que su sangre es expiación (25) para los que creen en Él.

Ambos términos, rescate y expiación, pueden parecernos un poco extraños para nuestra mentalidad de

por medio de la fe a los judíos circuncisos y
a los paganos incircuncisos.
31 ¿Significa eso que con la fe invalida-
mos la ley? ¡De ningún modo! Antes bien la
confirmamos.

El ejemplo de Abrahán

4 1 ¿Y qué diremos de Abrahán, nuestro
padre según la carne? 2 Si Abrahán
fue justificado por las obras, podía estar or-
gulloso; pero no delante de Dios. 3 ¿Qué
dice la Escritura? *Creyó Abrahán a Dios y
esto le fue tenido en cuenta para su justifi-
cación.* 4 Al que trabaja le dan el salario
como paga, no como regalo. 5 Al que no
hace nada, sino que se fía en el que hace
justo al malvado, se le tiene en cuenta la fe
para su justificación.
6 Por eso David proclama la biena-
venturanza del hombre a quien Dios tiene
como justo sin tomarle en cuenta las obras:
7 *Dichoso aquel a quien le han perdonado el
delito y le han sepultado sus pecados;* 8 *di-
choso aquel a quien el Señor no le tiene en
cuenta su pecado.*
9 Pero, esa bienaventuranza, ¿vale sólo
para el circunciso o también para el incir-
cunciso? Hemos afirmado que a Abrahán *la
fe le fue tenida en cuenta para su justifica-
ción.* 10 ¿En qué situación? ¿Antes o des-
pués de circuncidado? Evidentemente
antes y no después. 11 Y como señal de la
justicia que, sin estar circuncidado, había
recibido por creer, recibió la circuncisión.
De ese modo quedó constituido padre de
ambos: de los incircuncisos que tienen la fe
que les es tenida en cuenta para su justi-
ficación 12 y de los circuncisos que, no con-
tentos con serlo, siguen las huellas de
nuestro padre Abrahán, que creyó sin estar
circuncidado.

La promesa de descendencia

13 No por la ley le prometieron a Abra-
hán o a su descendencia que heredarían el
mundo, sino por el mérito de la fe. 14 Por-
que, si los herederos lo son en virtud de la
ley, la fe no tiene objeto y la promesa es
nula. 15 Porque la ley provoca la condena:
donde no hay ley, no hay trasgresión. 16 Por

---

hoy, por eso preferimos articular el misterio con otras categorías y conceptos. Sin embargo, el mensaje es el mismo: Jesús murió para salvarnos a todos. Ante esta locura del amor de Dios, ¿se puede seguir pensando con orgullo que nos salva el cumplimiento de las obras mandadas por la Ley? Pablo responde con una frase atrevida: Ley, sí, pero con tal que sea la «ley de la fe» (27).

4,1-12 El ejemplo de Abrahán. En este diálogo imaginario con el «judaísmo de su tiempo», queda pendiente una pregunta: ¿para qué sirvieron, entonces, la circuncisión y la ley de Moisés? ¿Ha sido todo en vano?

De ninguna manera, parece responder Pablo. Es precisamente la «ley de la fe» revelada ahora en la persona de Jesús, muerto y resucitado, la clave que interpreta y da validez a la «ley de Moisés» y a la circuncisión.

El Apóstol, Escritura en mano, pasa a probarlo remontándose hasta Abrahán, la figura central del pueblo judío. Pone su mirada en el momento más crucial y significativo de la vida del Patriarca: Dios le promete, en su vejez, una descendencia tan numerosa como las estrellas del cielo. Sin embargo, contra toda esperanza humana (18) el Patriarca se fio de Dios: «creyó al Señor y el Señor se lo tuvo en cuenta para su justificación» (Gn 15,6), es decir: recibió la fe de forma gratuita, fue justificado, recibió la salvación.

La circuncisión del Patriarca (Gn 17,20) vino después, «como señal de la justicia… que había recibido por creer» (11). Siglos después llegó la Ley de Moisés. Así, la circuncisión y la Ley tenían un valor de referencia. Eran «memoria activa» del momento fundacional del pueblo judío que tuvo su origen en el acto de fe de Abrahán por el que se convirtió en «Patriarca» –en lugar de «ancestro»– de Israel gracias al cumplimiento de la promesa que le hizo Dios.

4,13-25 La promesa de descendencia. Pablo quiere rescatar la «paternidad» de Abrahán de los estrechos límites nacionalistas a que había sido reducida por el pueblo judío en razón de la Ley y la circuncisión –los judíos le daban a Abrahán el título de «nuestro padre»–. Pablo le otorga una dimensión universal, de «patriarca de Israel» pasa a ser «padre de todos los que creen».

El don de la fe y la respuesta creyente, que definieron las relaciones entre Dios y Abrahán, serán también los elementos que marcarán el rumbo de las relaciones entre Dios y la prometida descendencia del Patriarca.

El Apóstol desvela toda la riqueza que lleva consigo el acto de fe de Abrahán. Fiándose de Dios, el Patriarca creyó que Dios, otorgando su perdón, puede transformar a una persona culpable en «justa» –salvada–, que puede convertir a dos ancianos estériles en portadores de vida. Todo lo que creyó el Patriarca se cumplió en su persona, es decir «le fue tenido en cuenta para su justificación» (4,3). Pablo señala que esto fue escrito para que nosotros creamos que Dios resucitó a Jesucristo.

eso la promesa ha de basarse en la fe, como don; y de este modo la promesa será válida para todos los descendientes de Abrahán, tanto para sus hijos reconocidos por la ley como para sus hijos por la fe.

Porque Abrahán es el padre de todos nosotros 17 como está escrito: *Te haré padre de muchas naciones*; es padre de todos nosotros a los ojos de Dios, en quien creyó, Aquel que da vida a los muertos y llama a la existencia a las cosas que no existen.

18 Por la fe, Abrahán siguió esperando cuando ya no había ninguna esperanza y así se convirtió en *padre de muchos pueblos*, según el dicho: *así será tu descendencia*. 19 No vaciló su fe, aun considerando su cuerpo ya sin vigor –era un centenario– y el seno estéril de Sara. 20 No dudó con desconfianza de la promesa de Dios, sino que robustecido por la fe, glorificó a Dios, 21 convencido de que podía cumplir lo prometido. 22 Por eso la fe *le fue tenida en cuenta para su justificación*.

23 Y cuando dice la Escritura que Dios tuvo en cuenta su fe, no se escribió sólo por él, 24 sino también por nosotros, que tenemos fe en el que resucitó de la muerte a Jesús, Señor nuestro, 25 que se entregó por nuestros pecados y resucitó para hacernos justos.

Consecuencias de la nueva justicia

5 1 Pues bien, ahora que hemos sido justificados por la fe, estamos en paz con Dios, por medio de Jesucristo Señor nuestro. 2 También por él –por la fe– hemos alcanzado la gracia en la que nos encontramos, y podemos estar orgullosos esperando la gloria de Dios. 3 No sólo eso, sino que además nos gloriamos de nuestras tribulaciones; porque sabemos que la tribulación produce la paciencia, 4 de la paciencia sale la fe firme y de la fe firme brota la esperanza. 5 Y la esperanza no quedará defraudada, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestro corazón por el don del Espíritu Santo.

6 Cuando todavía éramos débiles, en el tiempo señalado, Cristo murió por los pecadores. 7 Por un inocente quizás muriera alguien; por una persona buena quizás alguien se arriesgara a morir. 8 Ahora bien, Dios nos demostró su amor en que, siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros.

9 Con mayor razón, ahora que su sangre nos ha hecho justos, nos libraremos por él de la condena. 10 Porque si siendo enemigos fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, con mayor razón, ahora ya reconciliados, seremos salvados por su vida.

El tema de la resurrección de Jesús, anunciado en 1,4, se afirma con fuerza al final de esta sección de la carta. En realidad, ha estado latente en todo el recorrido de Pablo por las Escrituras como una luz que ha iluminado el verdadero sentido de la historia del pueblo judío narrada en la «Ley y en los Profetas».

Al final (24s), lo resume así: a nosotros nos acreditará el creer «en el que resucitó de la muerte a Jesús, Señor nuestro, que se entregó por nuestros pecados y resucitó para hacernos justos» –para otorgarnos la salvación–.

5,1-11 Consecuencias de la nueva justicia. Comienza otra sección de la carta. El lenguaje jurídico pasa a segundo plano y cede su lugar a otro más ético.

A la preponderancia de la justicia divina, le sucede el predominio del amor. Ya no hay distinción entre judíos y paganos. Pablo deja al pueblo judío como su interlocutor imaginario y se dirige ahora a la comunidad cristiana que es tal por haber recibido la justificación –salvación– por la fe. Va a explicar en qué consiste esta «justificación» que poseemos como don gratuito de Dios por Jesucristo. ¿Qué significa, pues, para el Apóstol, vivir como «justos» o, para usar nuestro lenguaje corriente, como «cristianos»? Pablo comienza su exposición con un «ahora», como situando todo lo que va a decir en el presente de nuestra vida diaria.

Primero: es la «paz», pero en el sentido que la entiende el Apóstol tanto desde su cultura bíblica como desde su fe en Jesús resucitado. «Estar en paz con Dios», en la Biblia, es el «bienestar» del que goza el que es amigo de Dios. No se trata, sin más, de un bienestar psicológico o simplemente humano. Va más allá. Es la posesión y el goce de la persona misma del amigo como riqueza propia. Es vivir la vida del amigo: «contigo, ¿qué me importa ya la tierra?» (Sal 73,25). Ahora bien, la resurrección de Jesús ha hecho posible y real esta condición de «paz» en que nos encontramos. De la vida del resucitado estamos participando ya, «ahora», como don de paz (cfr. Jn 10,10; 20,20). «Paz» es sinónimo de «vida» para Pablo.

Segundo: es la «esperanza», hermana y compañera de la paz. Es la promesa, prenda y garantía de un futuro de gloria y de resurrección igual al de Jesucristo que Dios nos tiene preparado. Y así, el estado de «paz» de que gozamos ahora se desdobla en «esperanza». El «futuro» de gloria del que cree y del que espera, no es quimera ni utopía sino que se da la mano con el «presente» en la única realidad que cuenta para

11 Y esto no es todo: por medio de Jesucristo, que nos ha traído la reconciliación, ponemos nuestro orgullo en Dios.

Comparación entre Adán y Cristo
(Gn 3)

12 Así como por un hombre penetró el
pecado en el mundo y por el pecado la
muerte, así también la muerte se extendió
a toda la humanidad, ya que todos peca-
ron. 13 Antes de llegar la ley, el pecado ya
estaba en el mundo; pero, como no había
ley, el pecado no se tenía en cuenta. 14 Con
todo, la muerte reinó desde Adán hasta
Moisés, también sobre los que no habían
pecado imitando la desobediencia de Adán
–que es figura del que había de venir–.

15 Pero el don no es como el delito. Por-
que si por el delito de uno murieron todos,
mucho más abundantes se ofrecerán a to-
dos el favor y el don de Dios, por el favor de
un solo hombre, Jesucristo. 16 El don no es
equivalente al pecado de uno. Ya que por
un solo pecado vino la condena, pero por el
don de Dios los hombres son declarados li-
bres de sus muchos pecados.

17 En efecto, si por el delito de uno solo reinó la muerte, con mayor razón, por medio de uno, Jesucristo, reinarán y vivirán los que reciben abundantemente la gracia y el don de la justicia.

18 Así pues, como por el delito de uno se extiende la condena a toda la humanidad, así por el acto de justicia de uno solo se ex-

---

Pablo y que domina todo el horizonte de la historia –presente, pasado y futuro–, Jesucristo muerto y resucitado por nosotros.

Con la paz y la esperanza el cristiano no esquiva ni evade las adversidades y sufrimientos de la vida presente, ya sean los propios de la condición humana o los acarreados por el seguimiento de Cristo, sino que los asume con responsabilidad, paciencia y aguante sabiendo que, al final, el poder de la vida triunfará sobre los poderes de la muerte. Lo que parece increíble para nuestra capacidad humana, no lo es para el amor incondicional e infinito de Dios revelado en la muerte y resurrección de Jesús.

Un amor que no tiene su origen en nuestra inocencia o buena conducta sino justamente en nuestra condición de pecadores. Como música de fondo de este increíble «Evangelio de salvación» predicado por Pablo, parece resonar la declaración de amor de Dios a su pueblo que nos narra el profeta: «mi siervo inocente rehabilitará a todos porque cargó con sus crímenes» (Is 53,11; cfr. 1 Jn 4,10).

5,12-21 Comparación entre Adán y Cristo. Pablo expone ahora la liberación del pecado y de la muerte en esta grandiosa antítesis comparativa entre Adán y Cristo. Es éste un texto apretado y difícil, como si el Apóstol estuviera luchando por comprender y formular un misterio; por eso este pasaje de la carta sigue suscitando tantos esfuerzos de interpretación.

Pablo echa mano, una vez más, de su método de exposición favorito: la antítesis y el contraste.

En los primeros capítulos de la carta, el Apóstol ha contemplado a toda la humanidad unida en una especie de maligna y negativa solidaridad bajo el imperio del Pecado. Ahora da un nombre propio al origen de esa humanidad pecadora: Adán. Y sobre él carga la responsabilidad de introducir en el mundo el pecado y la muerte, dejando esa trágica herencia a todos sus descendientes. Para Pablo no se trata de una «herencia» que nos haya caído encima como una maldición impuesta y sin sentido que no deja opción alguna a nuestra libertad –algo así como el «destino» de una tragedia griega–, sino como un «patrimonio» ratificado y confirmado por nuestros pecados personales.

Ya ha dejado claro anteriormente que tanto judíos como paganos son todos pecadores.

El Apóstol da un paso más, y lo hace resaltando el principio de solidaridad que aúna a toda la familia humana en un destino común y, por consiguiente, la relación corporativa que existe entre Adán, primer pecador y heraldo de la muerte, y su descendencia.

Aquí radica la fuerza y la novedad de su argumentación. No está hablando ya de nuestros pecados personales sino de nuestra misteriosa participación en el pecado original del primer hombre, independientemente de las conductas individuales: «por un hombre penetró el pecado en el mundo» (12). Dicho de otra manera, el pecado de Adán lo heredamos todos y, como consecuencia, la muerte «ya que todos pecaron» (12) asociados corporativamente al pecado de nuestro primer ancestro. También la muerte afecta a todos, aun a los que no habían pecado –personalmente– imitando la desobediencia de Adán (14). El Apóstol no llama al primer hombre «padre», pues la paternidad es transmisora de vida y no de muerte.

¿Qué alcance tienen estas afirmaciones? Pablo no es un historiador del drama del «paraíso terrenal» ni es su intención desvelar el misterio del «pecado original», o explicar su mecanismo de transmisión, cuestiones ambas que tantos quebraderos de cabeza han dado a los teólogos durante toda la historia de la Iglesia. Hay que situar al Apóstol en la línea de los grandes narradores bíblicos quienes, utilizando mitos y relatos de orígenes, nos trasmiten un mensaje religioso como Palabra de Dios. Y éste es su mensaje simple y escueto: todos participamos de la culpa de Adán y hemos nacido con ese «pecado original».

Esta realidad del «pecado original», sin embargo, sólo puede ser percibida en tensión relacional con la

tiende a todos los hombres la sentencia que
concede la vida. 19 Como por la desobe-
diencia de uno todos resultaron pecadores,
así por la obediencia de uno todos resulta-
rán justos. 20 La ley entró para que se mul-
tiplicara el delito; pero donde abundó el
pecado, sobreabundó la gracia.

21 Así como el pecado reinó produciendo
la muerte, así la gracia reinará por medio
de la justicia para la vida eterna por medio
de Jesucristo Señor nuestro.

Muertos al pecado, vivos con Cristo

6 1 ¿Qué diremos entonces? ¿Que de-
bemos seguir pecando para que
abunde la gracia? 2 ¡Ni pensarlo! Los que
hemos muerto al pecado, ¿cómo vamos a
seguir viviendo en él?

3 ¿No saben que cuantos fuimos bau-
tizados en Cristo Jesús, fuimos bautizados
en su muerte? 4 Por el bautismo fuimos se-
pultados con él en la muerte, para que así
como Cristo resucitó de la muerte por la
acción gloriosa del Padre, también nosotros
llevemos una vida nueva. 5 Porque, si nos
hemos identificado con él por una muerte
como la suya, también nos identificaremos
con él en la resurrección.

6 Sabemos que nuestra vieja condición
humana ha sido crucificada con él, para
que se anule la condición pecadora y no si-
gamos siendo esclavos del pecado. 7 Por-
que el que ha muerto ya no es deudor del
pecado. 8 Si hemos muerto con Cristo,
creemos que también viviremos con él.

---

otra realidad de la solidaridad corporativa que asocia la humanidad al acto redentor de Cristo, de la misma manera que el anuncio de la ira de Dios no puede entenderse separadamente del anuncio del «evangelio de la salvación».

Pablo presenta ahora al otro protagonista de la historia humana, el que verdaderamente le interesa: Cristo.

Los dos personajes, sin embargo, no están en el mismo plano de igualdad. En realidad, no hay comparación entre el uno y el otro, pues el protagonismo del primero en el delito y la muerte queda anulado por la superabundancia del don y del «favor de un solo hombre, Jesucristo» (15). Si el Apóstol los compara proponiendo a Adán como «figura» de Cristo, es precisamente para resaltar la antítesis y el contraste entre ambos.

Pablo intuye que solamente dejándose impactar por la violencia misteriosa del mal, representada en el ancestro de la humanidad, Adán, podemos revelar un poco el misterio del amor infinito de Dios mostrado en la muerte y resurrección de otro hombre, su hijo Jesús.

Pero Pablo no ve ya a Adán sino a aquel a quien Adán apunta y señala, y de quien es «figura» por contraste: Cristo. Ya no contempla a la humanidad sometida al pecado y a la muerte, bajo la ira de Dios, sino bajo la vida y la salvación reveladas en Cristo muerto y resucitado. A la condena del pecado original opone el Apóstol la sentencia de la salvación original que se extiende a todos los hombres –y mujeres– y que concede la vida (18).

La acción creadora de Dios de la que surge el universo, la humanidad y todo cuanto existe, es ya para Pablo un acto de salvación, un don de amor en Cristo. Desde el principio «Dios estaba reconciliando al mundo consigo, por medio de Cristo, sin tener en cuenta los pecados de los hombres» (2 Cor 5,19). Por eso Cristo «es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda la creación» (Col 1,15), y por medio de Él, la Palabra, «todo existió y sin ella nada existió de cuanto existe» (Jn 1,3).

No es ya el pecado y la muerte los que marcan los orígenes y el rumbo de la familia humana y de la entera creación, sino la reconciliación, la salvación y la vida y todo gracias al favor copioso (17), a la acción recta (18), a la obediencia (19) de uno, Jesucristo, quien hizo que el delito fuera desbordado por la gracia (20) que reinará por la justicia para una vida eterna (21). San Agustín ha expresado mejor que nadie este desconcertante anuncio de Pablo con una no menos desconcertante afirmación: ¡Oh, feliz culpa! –Bendito Pecado– que nos ha traído semejante Salvador.

6,1-11 Muertos al pecado, vivos con Cristo. Una posible objeción, ya planteada y resuelta en 3,5-8, le sirve a Pablo de pretexto y de enlace para exponer en qué consiste la vida nueva del cristiano. ¿Está respondiendo a las acusaciones de sus enemigos de no tomarse en serio el pecado al acentuar tanto la salvación traída por Jesucristo? ¿Es la gracia algo así como una licencia para pecar? Porque si cuanto más pecado haya mayor será el perdón, y si perdonar es la «gloria» de Dios, ¿no le estamos haciendo un favor a Dios pecando? «¡Ni pensarlo!» (2), responde el Apóstol a esta absurda objeción.

En el ámbito de Dios en que se mueve el cristiano, ya no hay lugar para el pecado. Y así, le recuerda a la comunidad de Roma lo que ya conoce bien: que por el bautismo el cristiano se une a Cristo en su muerte y resurrección, que es un morir para vivir.

Pablo es realista y sabe que el pecado no ha sido aún completamente desterrado del mundo; por eso describe la incorporación a Cristo por el bautismo como un proceso que ya ha comenzado. Con un despliegue de metáforas audaces en las que vierte toda su

9 Sabemos que Cristo, resucitado de la muerte, ya no vuelve a morir, la muerte no tiene poder sobre él. 10 Muriendo murió al pecado definitivamente; viviendo vive para Dios. 11 Lo mismo ustedes, considérense muertos al pecado y vivos para Dios en Cristo Jesús.

Liberados del pecado, siervos de Dios

12 No permitan que el pecado reine en sus cuerpos mortales obedeciendo a sus bajos deseos. 13 No entreguen sus miembros a disposición del pecado como instrumentos de injusticia, sino pónganse a disposición de Dios, como resucitados de la muerte, y hagan de sus miembros instrumentos de justicia al servicio de Dios. 14 El pecado no tendrá dominio sobre ustedes, ya que no viven sometidos a la ley, sino bajo la gracia.

15 Entonces, ¿qué? ¿Vamos a pecar porque no estamos sometidos a la ley, sino bajo la gracia? ¡De ningún modo! 16 ¿No saben que si se ponen a obedecer como esclavos, son esclavos de aquel a quien obedecen? Sea del pecado, que conduce a la muerte, sea de la obediencia, que conduce a la justicia.

17 Ustedes eran esclavos del pecado; pero gracias a Dios se han sometido de corazón a la doctrina de la fe que han recibido; 18 y libres del pecado, se hicieron esclavos de la justicia. 19 Les hablo de una manera humana, teniendo en cuenta la debilidad natural de ustedes.

Si antes entregaron sus miembros, haciéndolos esclavos de la impureza y el libertinaje, para hacer el mal, del mismo modo ofrezcan ahora sus miembros al servicio de la justicia para que sean consagrados. 20 Mientras eran esclavos del pecado, ustedes estaban libres de la justicia. 21 ¿Y qué sacaban en limpio? Resultados que ahora los avergüenzan, porque acaban en la muerte.

22 Pero ahora, libres del pecado y esclavos de Dios, su fruto es una consagración que desemboca en vida eterna.

23 Porque el salario del pecado es la muerte; mientras el don de Dios, por Cristo Jesús Señor nuestro, es la vida eterna.

Comparación del matrimonio

7 1 Les hablo, hermanos, como a gente entendida en leyes: ¿Acaso ustedes

---

pasión de apóstol, Pablo contempla a los bautizados en el mismo acto redentor de Cristo como: consagrados al Mesías y sepultados en su muerte (4), injertados en su resurrección (5), crucificada su vieja condición humana y anulada su condición de esclavos (6), para terminar con la exhortación final: «considérense muertos al pecado y vivos para Dios en Cristo Jesús» (11).

6,12-23 Liberados del pecado, siervos de Dios. Por vivir en un cuerpo mortal, el cristiano sigue expuesto al pecado, solicitado por el deseo (cfr. Sant 1,14). Debe dominarlo y someterlo, como dice Dios a Caín (Gn 4,7).

Frente a ideologías griegas que consideraban como malo el cuerpo y el mundo material, Pablo afirma la unidad de la persona humana y, por tanto, el cuerpo puede y debe estar a disposición de Dios como instrumento del bien (13). He aquí una concepción realista de la unidad del hombre y de su responsabilidad.

Volviendo a la objeción anterior, nuevamente demuestra que es absurda: «¿Vamos a pecar porque estamos bajo la gracia? ¡De ningún modo!» (15). La gracia no da licencia al pecado; todo lo contrario, capacita para someterlo.

La vida del cristiano es de una tensión existencial entre el pecado y Dios. Y no hay términos medios ni hay cabida para la neutralidad o, como dice el proverbio: «no se puede encender una vela a Dios y otra al Diablo». «Quien no está conmigo está contra mí» (Mt 12,30).

Pablo expresa esta tensión con la imagen más fuerte que tiene a mano y que sabe que va a impactar a sus lectores: la imagen de la esclavitud –es probable que muchos cristianos de Roma fueran realmente esclavos–. Dos esclavitudes se presentan al cristiano como opción de vida: la esclavitud al pecado o la esclavitud a Cristo. El pecado conduce a sus esclavos a la muerte. Por el contrario, la «obediencia» a Cristo –ya no habla de esclavitud– conduce a la salvación y por ella a la vida.

El Apóstol les recuerda a los romanos que ellos ya han elegido libremente: antes eran esclavos del pecado, ahora, por la gracia de Dios, se han sometido de corazón y, liberados del pecado, se hicieron esclavos de la justicia (19).

Pablo, sigue explotando la imagen, consciente de sus límites, invitándoles a comparar su situación previa al bautismo con su situación presente con el fin de darles ánimos y para que, vigilantes, permanezcan firmes en la lucha, porque de una batalla se trata. Y así, el Apóstol utiliza el lenguaje militar para afirmar que el que «milita» como esclavo a las órdenes del pecado recibirá, como salario, la muerte.

ignoran que la ley obliga al hombre sólo
mientras vive? 2 La mujer casada está le-
galmente ligada al marido mientras éste
vive. Si muere el marido, queda libre de la
ley que lo unía a él. 3 Si se junta con otro
mientras vive el marido, se la considera
adúltera. Cuando muere el marido, queda
libre del vínculo legal y no es adúltera si se
une con otro.
4 Del mismo modo, hermanos, por la
unión con el cuerpo de Cristo ustedes han
muerto a la ley y pueden pertenecer a otro:
al que resucitó de la muerte a fin de que
diéramos frutos para Dios.
5 Mientras vivíamos bajo el instinto, las
pasiones pecaminosas, estimuladas por la
ley, actuaban en nuestros miembros y dába-
mos fruto para la muerte. 6 Pero ahora, li-
bres de la ley, muertos a todo aquello que
nos tenía esclavizados, servimos a Dios con
un espíritu nuevo, y no según una letra
envejecida.

La condición pecadora

7 ¿Qué concluimos? ¿Que la ley es pe-
cado? ¡De ningún modo! Yo no hubiera co-
nocido el pecado si no fuera por la ley. No
sabría de codicia si la ley no dijera: *No co-
diciarás.*
8 Entonces el pecado, aprovechándose
del precepto, provocó en mí toda clase de
codicias. Porque donde no hay ley, el peca-
do está muerto.
9 En un tiempo yo vivía sin ley; llegó el
precepto, revivió el pecado 10 y yo morí; y
así el precepto destinado a darme vida me
llevó a la muerte. 11 Porque el pecado,
aprovechándose de la oportunidad que le
daba el precepto, me sedujo y por medio
del precepto me dio muerte. 12 O sea que la
ley es santa, el precepto es santo y justo y
bueno.
13 Entonces lo bueno, ¿fue para mí mor-
tal? ¡De ningún modo! Antes bien, el peca-
do, para delatar su naturaleza, usando el

Dios, en cambio, no paga salario, sino que lo regala, como se hace entre personas libres; ese regalo es la vida eterna (cfr. Jn 8,32).

7,1-6 Comparación del matrimonio. En los capítulos precedentes ya han asomado varias alusiones a la Ley de Moisés (3,20.21.28; 5,20; 6,14). Es éste un tema que aparece en todas las grandes cartas de Pablo (cfr. Gál 3,10-13), porque era justamente la «ley» el gran obstáculo que impedía al judaísmo de su tiempo la aceptación del Evangelio.

Dirigiéndose, pues, a los judeo-cristianos e, implícitamente, a los judíos, les dice sin ambages que también de la Ley de Moisés nos ha liberado Cristo. No pasa a probar la afirmación pues ya lo ha hecho anteriormente, sino que la ilustra con una comparación del derecho matrimonial romano que Pablo aplica, de manera muy curiosa, a la condición cristiana.

Se mire por donde se mire, viene a decir el Apóstol, el matrimonio que unía a los judeo-cristianos a la ley ha quedado disuelto por doble defunción.

Si se mira al esposo –la ley– éste ha muerto por la acción de Cristo y por consiguiente, la esposa –el judío– queda libre para casarse con otro.

Si se mira a la «esposa» –el judío, ahora cristiano–, pues bien, ésta también ha muerto por el bautismo, y en su nueva vida ya no está ligada a su antiguo esposo –la ley–.

A lo que apunta Pablo es a la nueva realidad en que vive el cristiano y que compara con un matrimonio en el que Cristo resucitado es «el esposo», el cristiano es «la esposa», y cuya unión es fecunda en frutos para Dios (cfr. Jn 15,8). Justo lo contrario de la fecundidad fatal de las pasiones «estimuladas por la ley» (5) que dan frutos destinados a morir (cfr. Sant 1,15).

7,7-13 La condición pecadora. Estamos en la parte más dramática de la carta. Pablo interioriza esta lucha contra el pecado y la ve como un desdoblamiento y desgarramiento de su conciencia que acaba en un grito de auxilio. Por lo que tiene de introspección lúcida y apasionada, esta página es magistral. Es como si el pecado fuese una «fiera» que está al acecho en la puerta de la conciencia (cfr. 1 Pe 5,8) y a la que el hombre tiene que someter (véase la historia de Caín, Gn 4,1-8).

¿Está hablando Pablo en primera persona? Seguramente que sí; pero viviendo en su propia carne este drama común, se hace al mismo tiempo el portavoz de todos nosotros: «¿Alguien enferma sin que yo enferme? ¿Alguien cae sin que a mí me dé fiebre?» (2 Cor 11,29). Es, pues, a la humanidad entera en su lucha contra el pecado a la que el Apóstol quiere abarcar en este grito de angustia. En cuanto a la ley que menciona, ¿de qué ley habla? ¿Sólo de la judía? Éste es el contexto inmediato; sin embargo, por todo lo que dirá a continuación, la visión del Apóstol abarca a toda ley –la judía, la cristiana, la de cualquier religión–, vista desde la condición pecadora del ser humano.

¿Es la Ley pecado? (7), se pregunta el Apóstol retóricamente, para responder que pensar así sería un absurdo. La ley no manda pecar pues «el precepto es santo… justo y bueno» (12). La fuerza, pues, de su argumento no está en la bondad o maldad intrínseca de la ley sino en la astucia, en la insidia de nuestra condición pecadora personificada en este protagonista

bien me provocó la muerte: así el pecado
por medio del precepto llegó a la plenitud
de su malicia.

Dominados por el pecado

14 Nos consta que la ley es espiritual,
pero yo soy carnal y estoy vendido al pe-
cado. 15 Lo que realizo no lo entiendo, por-
que no hago lo que quiero, sino que hago lo
que detesto. 16 Pero si hago lo que no quie-
ro, con eso reconozco que la ley es exce-
lente.

17 Ahora bien, no soy yo quien hace
eso, sino el pecado que habita en mí. 18 Sé
que nada bueno hay en mí, es decir, en mis
bajos instintos. El deseo de hacer el bien
está a mi alcance, pero no el realizarlo.
19 No hago el bien que quiero, sino que
practico el mal que no quiero. 20 Pero si
hago lo que no quiero, ya no soy yo quien
lo ejecuta, sino el pecado que habita en mí.

21 Y me encuentro con esta fatalidad:
que deseando hacer el bien, se me pone al
alcance el mal. 22 En mi interior me agrada
la ley de Dios, 23 en mis miembros descu-
bro otra ley que lucha con la ley de la razón
y me hace prisionero de la ley del pecado
que habita en mis miembros. 24 ¡Desgra-
ciado de mí! ¿Quién me librará de esta con-
dición mortal? 25 ¡Gracias a Dios por
Jesucristo Señor nuestro! En resumen, con
la razón yo sirvo a la ley de Dios, con mis
bajos instintos a la ley del pecado.

Vida por el Espíritu

8 1 En conclusión, no hay condena para
los que pertenecen a Cristo Jesús.
2 Porque la ley del Espíritu que da la vida,
por medio de Cristo Jesús, me ha librado
de la ley del pecado y de la muerte. 3 Lo
que no podía hacer la ley, por la debilidad
de la condición carnal, lo ha hecho Dios en-
viando a su Hijo, en condición semejante a
la del hombre pecador para entendérselas
con el pecado; en su carne ha condenado al
pecado, 4 para que la justa exigencia de la

---

siniestro, el pecado, capaz de convertir hasta el mismísimo «Decálogo» en instrumento de prevaricación, pues «aprovechándose del precepto provocó en mí toda clase de codicias» (8)... «me sedujo y por medio del precepto me dio muerte» (11).

Es fascinante la descripción psicológica que hace Pablo de esta faceta de la ley como tentadora cuando el pecado trata de manipularla. La ley prohíbe, da nombre, llama la atención sobre el objeto prohibido, lo valora, lo exhibe como un desafío y un trofeo. El precepto, viene a decir el Apóstol, ceba y engorda al pecado, delata su naturaleza... lo convierte en superpecado (13).

7,14-25 Dominados por el pecado. Pablo contempla la situación del «yo» bajo el pecado con una frase casi desesperada: «estoy vendido al pecado» (14). Una encrucijada de fuerzas contradictorias parecen anidarse en el ser humano, las cuales van anulando una a una, toda su capacidad ética y afectiva de hacer el bien: «no hago el bien que quiero, sino que practico el mal que no quiero» (19) y así en aumento, hasta señalar al enemigo que lleva dentro: «el pecado que habita en mí» (20), «y me hace prisionero de la ley del pecado que habita en mis miembros» (23).

Sin embargo, a la desesperación de la derrota: «¡Desgraciado de mí!» (24), responde el grito agradecido de la victoria: la liberación ya está aquí «gracias a Dios por Jesucristo Señor nuestro» (25). Es como si al borde del abismo le salieran alas.

Así termina Pablo su dramático recorrido por el «Evangelio de la ira» (1,18) que nos ha llevado desde la visión de la corrupción del mundo pagano y judío de su tiempo hasta el origen del pecado en Adán, para adentrarse después en las leyes humanas manipuladas por el pecado y hasta en la misma estructura de la persona donde también se anida el pecado.

El Apóstol ha llegado hasta la misma raíz que une a todos los hombres y mujeres del mundo en una solidaridad en la culpa, anterior y por encima de las religiones, razas y culturas: la condición pecadora de la familia humana.

Sin embargo, este «Evangelio de la ira» de Dios, no es sino la otra cara del misterio: el «Evangelio de la salvación universal» ofrecido en y por Jesucristo.

8,1-17 Vida por el Espíritu. «¿Quién me librará de esta condición mortal?» (7,24), se preguntaba Pablo. Y ahora responde: Cristo, regalándome su Espíritu.

Este nuevo poder lo describe en oposición a la ley del pecado y de la muerte. El ser humano, abandonado a sus propias fuerzas, no puede medirse con un enemigo tan poderoso como la «ley del pecado». La derrota significa la muerte total, la ausencia de Dios. Pero ahora contamos con un aliado formidable: el Espíritu Santo que nos está poniendo la victoria al alcance de la mano. La batalla continúa, las fuerzas del pecado siguen amenazando con su capacidad destructiva, pero la situación ha cambiado.

Todos los temas fundamentales de la predicación de Pablo se dan cita en este capítulo para presentarnos una grandiosa visión de la fe cristiana como camino de vida y esperanza, contemplada bajo la revelación del misterio de amor de Dios en sus tres protagonistas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. El ser humano ya no está solo en la lucha. Dios Padre se

ley la cumpliéramos los que no procede-
mos movidos por bajos instintos, sino por el
Espíritu.
5 En efecto, los que se dejan guiar por
los bajos instintos tienden a lo bajo; los que
se dejan guiar por el Espíritu tienden a lo
espiritual. 6 Los bajos instintos tienden a la
muerte, el Espíritu tiende a la vida y la paz.
7 Porque la tendencia de los bajos instintos
se opone a Dios; ya que no se someten a la
ley de Dios ni pueden hacerlo; 8 y los que se
dejan arrastrar por ellos no pueden agradar
a Dios. 9 Pero ustedes no están animados
por los bajos instintos, sino por el Espíritu,
ya que el Espíritu de Dios habita en uste-
des. Y si alguno no tiene el Espíritu de Cris-
to, no le pertenece.
10 Pero si Cristo está en ustedes, aunque
el cuerpo muera por el pecado, el espíritu
vivirá por la justicia. 11 Y si el Espíritu del
que resucitó a Jesús de la muerte habita en
ustedes, el que resucitó a Cristo de la muer-
te dará vida a sus cuerpos mortales, por el
Espíritu suyo que habita en ustedes.
12 Hermanos, no somos deudores de los
bajos instintos para vivir a su manera.
13 Porque, si viven de ese modo, morirán;
pero, si con el Espíritu dan muerte a las ba-
jas acciones, entonces vivirán.
14 Todos los que se dejan llevar por el
Espíritu de Dios son hijos de Dios. 15 Y us-
tedes no han recibido un espíritu de escla-
vos, para recaer en el temor, sino un
espíritu de hijos adoptivos que nos permite
llamar a Dios Abba, Padre.
16 El Espíritu atestigua a nuestro espíritu
que somos hijos de Dios. 17 Si somos hijos,
también somos herederos: herederos de
Dios, coherederos con Cristo; si comparti-
mos su pasión, compartiremos su gloria.

Esperanza de gloria

18 Estimo que los sufrimientos del tiem-
po presente no se pueden comparar con la
gloria que se ha de revelar en nosotros.
19 La humanidad aguarda ansiosamente
que se revelen los hijos de Dios. 20 Ella fue
sometida al fracaso, no voluntariamente,
sino por imposición de otro; pero esta hu-
manidad, tiene la esperanza 21 de que será
liberada de la esclavitud de la corrupción
para obtener la gloriosa libertad de los hijos
de Dios.
22 Sabemos que hasta ahora la humani-
dad entera está gimiendo con dolores de
parto. 23 Y no sólo ella; también nosotros,
que poseemos las primicias del Espíritu,
gemimos por dentro esperando la condi-

---

ha comprometido a fondo en ella, enviando a su Hijo al mundo «en condición semejante a la del hombre pecador» (3), afirma Pablo con el más atrevido realismo que le permite la lengua griega en un intento de expresar lo inefable, es decir, que es Cristo, «verdadero hombre», el que se enfrenta con el pecado en el propio terreno de éste, la pecadora condición humana, para derrotarlo sin contaminarse.

La muerte y resurrección de Jesús abren las puertas del mundo al Espíritu. Así entra en la escena de nuestra lucha contra el «instinto» que nos arrastra al pecado y a la muerte, el tercer protagonista del «misterio de salvación», el Espíritu Santo, a quien Pablo nombrará 29 veces en este capítulo, y lo presenta con un dinamismo de arrolladora actividad: inspira (5), tiende a la vida y a la paz (6), habita en los cristianos (9), dará vida a nuestros cuerpos mortales (11), ayuda a mortificar las acciones del cuerpo (13), hasta culminar en la gran revelación del supremo don que resume e incluye a todos los demás: nos hace hijos de Dios, nos permite clamar Abba, Padre (15), atestigua a nuestro espíritu que somos hijos de Dios (16), herederos de Dios, coherederos con Cristo (17). Termina el Apóstol diciendo que, ahora, esta «filiación y herencia» (cfr. Mc 14,36; Gál 4,6), es compartir su pasión, a través de la cual compartiremos también su gloria (cfr. Flp 3,10s).

8,18-27 Esperanza de gloria. Pablo comienza hablando de la gloria de los que sufren con Cristo y que se manifestará en nosotros (18). A continuación, coloca en este «horizonte de la esperanza» a toda «la humanidad», a toda «la creación», pues ambas traducciones del término griego usado son posibles e incluso complementarias. Esta grandiosa visión del Apóstol encontrará, seguramente, en nuestra generación más empatía que en generaciones anteriores.

Para el hombre y la mujer de hoy, el destino de la humanidad y el de la creación se han hecho inseparables. Justicia, paz e integridad de la creación se ha convertido en el «credo» no sólo de ecologistas, sino de todos los hombres y mujeres de buena voluntad, creyentes o no creyentes.

Pablo, por supuesto, no habla como ecologista ni solamente como hombre de buena voluntad. Su visión es más profunda. Su cultura bíblica no le permite separar al «Dios creador» del «Dios salvador», ni a la «creación del hombre y de la mujer» de la «creación de la tierra y del cosmos».

Si la caída de la humanidad ha arrastrado en ella a toda la creación, «maldito el suelo por tu culpa: con

ción de hijos adoptivos, el rescate de nuestro cuerpo.

24 Con esa esperanza nos han salvado. Una esperanza que ya se ve, no es esperanza; porque, lo que uno ve no necesita esperarlo. 25 Pero, si esperamos lo que no vemos, aguardamos con paciencia. 26 De ese modo el Espíritu nos viene a socorrer en nuestra debilidad. Aunque no sabemos pedir como es debido, el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos que no se pueden expresar. 27 Y el que sondea los corazones sabe lo que pretende el Espíritu cuando suplica por los consagrados de acuerdo con la voluntad de Dios.

El amor de Dios

28 Sabemos que Dios dispone todas las cosas para el bien de los que le aman, de los llamados según su designio. 29 A los que escogió de antemano los destinó a reproducir la imagen de su Hijo, de modo que fuera él el primogénito de muchos hermanos. 30 A los que había destinado los llamó, a los que llamó los hizo justos, a los que hizo justos los glorificó. 31 Teniendo en cuenta todo esto, ¿qué podemos decir? Si Dios está de nuestra parte, ¿quién estará en contra? 32 El que no reservó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos va a regalar todo lo demás con él? 33 ¿Quién acusará a los que Dios eligió? Si Dios absuelve, 34 ¿quién condenará? ¿Será acaso Cristo Jesús, el que murió y después resucitó y está a la diestra de Dios y suplica por nosotros?

35 ¿Quién nos apartará del amor de Cristo? ¿Tribulación, angustia, persecución, hambre, desnudez, peligro, espada? 36 Como dice el texto: *Por tu causa somos entregados continuamente a la muerte, nos tratan como a ovejas destinadas al matadero.* 37 En todas esas circunstancias salimos más que vencedores gracias al que nos amó.

38 Estoy seguro que ni muerte ni vida, ni ángeles ni potestades, ni presente ni futuro,

---

fatiga sacarás de él tu alimento mientras vivas» (Gn 3,17; cfr. Sal 102,27), la salvación del hombre y de la mujer afectará también a toda la creación, «voy a crear un cielo nuevo y una tierra nueva» (Is 65,17; cfr. 2 Pe 3,13).

El Apóstol contempla a la humanidad y a la creación en el camino de la salvación –ya realizada en Cristo, pero aún no concluida– con la mirada expectante y tendida hacia ese futuro de liberación que se hace ya presente en la esperanza: «la humanidad entera está gimiendo con dolores de parto» (22).

Dentro de esta humanidad expectante, Pablo se dirige a los cristianos, «también nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu, gemimos por dentro esperando la condición de hijos adoptivos, el rescate de nuestro cuerpo» (23), en clara alusión a la función fundamental de la comunidad creyente: anunciar el Evangelio de salvación universal, en solidaridad de sufrimientos y de expectación con la comunidad humana, dando testimonio de nuestra esperanza (cfr. 1 Pe 3,15).

El Espíritu Santo, que es dinamismo de acción como también dinamismo de oración, es el mediador eficaz de este anuncio y testimonio cristiano, convirtiendo los dolores de parto de la creación entera, en gemidos inefables de plegaria: Aunque no sabemos pedir como es debido, el Espíritu mismo intercede por nosotros (26s).

8,28-39 El amor de Dios. Pablo cierra el capítulo con esta especie de canto triunfal al amor que Dios y Cristo nos tienen. Gracias a él saldremos triunfadores de todas las tribulaciones que la vida nos depare. Aunque el párrafo comienza con el amor del hombre a Dios, no es de aquel la iniciativa, pues fue Dios quien comenzó escogiendo, destinando, llamando, haciendo justos, glorificando (29s).

El Apóstol no habla de «predestinados» como si se refiriera a «nosotros» frente a «los demás», sino todo lo contrario. El acento está en la iniciativa divina de salvación que es universal, por eso Jesucristo es el «primogénito de muchos» (29) sin excepción. Este proceso de salvación consiste en reproducir en cada uno de nosotros la imagen de su Hijo. La imagen de Dios (cfr. Gn 1,27) deformada por el pecado, se renueva así como imagen y semejanza de nuestro hermano mayor.

Si la comunidad cristiana, a la que se dirige el Apóstol con el repetido «nosotros», vive ya en la fe y en la esperanza esta realidad de salvación, lo debe hacer «en referencia» a toda la humanidad, como símbolo y anuncio de lo que el Espíritu está realizando misteriosamente en todos los hombres y mujeres de todas las religiones. Esto es lo que queremos decir cuando llamamos a la Iglesia «sacramento de salvación». A esto se refiere Pablo cuando exclama en un grito de victoria: «Si Dios está de nuestra parte, ¿quién estará en contra?» (31).

No es éste un «grito de cruzada» contra nadie, como tantas veces ha sido deformado a lo largo de la historia cristiana. Dios ha tomado partido por el hombre y la mujer de toda nación, raza o religión, en un acto de amor del que nada ni nadie podrán ya separarnos, y que va más allá de la muerte, pues es prenda de resurrección.

ni poderes 39 ni altura ni hondura, ni criatu-
ra alguna nos podrá separar del amor de
Dios manifestado en Cristo Jesús Señor
nuestro.

La situación de Israel

9 1 Les voy a hablar sinceramente,
como cristiano, sin mentir; y el Espíri-
tu Santo confirma el testimonio de mi con-
ciencia. 2 Siento una pena muy grande, un
dolor incesante en el alma: 3 hasta desearía
ser aborrecido de Dios y separado de Cris-
to si así pudiera favorecer a mis hermanos,
los de mi linaje. 4 Ellos son israelitas, adop-
tados como hijos de Dios, tienen su presen-
cia, las alianzas, la ley, el culto, las prome-
sas, 5 los patriarcas; de su linaje carnal
desciende Cristo, Dios bendito por siempre,
que está sobre todo. Amén.

La elección de Israel

6 No es que haya fallado la promesa de
Dios. Porque no todos los que descienden
de Israel son israelitas; 7 ni todos los des-
cendientes de Abrahán son verdaderamen-
te sus hijos; sino que Dios había dicho: *De
Isaac nacerá tu descendencia.* 8 Es decir,
que los hijos de Dios no son los hijos car-
nales, sino la verdadera descendencia son
los hijos de la promesa. 9 La promesa dice
así: *Para esta misma fecha volveré y Sara
tendrá un hijo.* 10 Más aún, también Rebeca
concibió dos hijos de un solo hombre, de
Isaac nuestro patriarca. 11 Antes de que na-
cieran, antes que hicieran nada bueno o
malo –para que el designio elegido por Dios
se cumpliera, 12 no por las obras, sino por
la elección–, recibió Rebeca un oráculo: *el
mayor servirá al menor.* 13 Y así está escri-
to: *Amé a Jacob, rechacé a Esaú.*

14 ¿Qué diremos? ¿Que Dios es injusto?
¡De ningún modo! 15 A Moisés le dice: *Yo
me apiado de quien quiero, me compadezco
de quien quiero.* 16 O sea, que no depende
del querer o del esfuerzo del hombre, sino
de la misericordia de Dios. 17 El texto de la
Escritura le dice al Faraón*: Para esto te he
exaltado, para mostrar en ti mi poder y para
que se difunda mi fama por toda la tierra.*

9,1-5 La situación de Israel. El hilo del discurso parece interrumpirse, y Pablo dedica tres capítulos al destino de Israel. ¿Sería universal una salvación por Jesucristo que excluyera a los judíos?, parece ser la pregunta obsesiva del Apóstol. Para él es un enigma que su pueblo, tras siglos esperando al Mesías, no lo haya acogido mayoritariamente a su venida.

Seguramente los cristianos de Roma, procedentes del judaísmo, participaban de la misma ansiedad que Pablo, o quizás algunos sentían la autosuficiencia y el orgullo de sentirse «ellos» los convertidos, los escogidos frente a «los otros». A ellos dirige Pablo estos capítulos. También se dirige a la comunidad cristiana de nuestros días, enfrentada con el mismo enigma evangélico del Apóstol, en lo que hoy llamamos la última frontera de la misión de la Iglesia: el diálogo con las otras religiones.

La fórmula solemne de juramento con que comienza el Apóstol su «diálogo» con la historia religiosa judía, podría servir de modelo cristiano para todo inicio de diálogo interreligioso. Jura hablar sinceramente, «como cristiano, sin mentir» (1), pero también en total sintonía con su pueblo y su raza. Si es apóstol de los paganos, es también hermano de los judíos, y en sus palabras vibra un intenso afecto de familia y el arrebato de una solidaridad que le lleva a exclamar atrevidamente que estaría dispuesto, como Cristo, a convertirse en «maldición» (cfr. 1 Cor 12,3; Gál 3,13; Éx 32,32) para poder salvar a su pueblo (3). ¡Cuántos cristianos de Asia y de África se sentirán identificados con Pablo al leer estos capítulos de su carta!

9,6-33 La elección de Israel. Pablo se enfrenta con el enigma del rechazo del Evangelio por parte de la mayoría de su pueblo. El Apóstol ha jurado que va a ser sincero y lo es, aunque lo que va a decir duela y aparezca escandaloso a los ojos de la razón y de la justicia humana.

Él no habla como filósofo racionalista, sino como cristiano. Comienza afirmando que Dios no ha abandonado a su pueblo. Los israelitas, adoptados como hijos de Dios, gozan de su presencia, de su fidelidad a las promesas hechas, y debieran sentirse orgullosos ya que de su descendencia ha nacido el Mesías.

Ahora bien, ¿quiénes constituyen y han constituido desde siempre el verdadero pueblo de Dios? ¿Quiénes son los verdaderos «israelitas»?

El uso del término «israelitas», tiene su intención. No hace ya referencia a la raza ni a la etnia como el término «judío» empleado en otros pasajes de la carta (cfr. Rom 1,16; 9,24), sino al pueblo nacido de la soberana y misteriosa libertad de elección del Dios de la historia, «pues yo me apiado de quien quiero, me compadezco de quien quiero» (15), como dijo a Moisés, Éx 33,19.

Pablo se lanza a demostrarlo a través de un detallado recorrido por los personajes principales, hombres y mujeres que han jalonado la historia de Israel como sus verdaderos protagonistas.

El hilo conductor es el mismo: todos fueron libremente elegidos, gratuitamente llamados por Dios, en contra, a veces, de las leyes tribales de sucesión; sin méritos de su parte; algunos de ellos milagrosamente

18 O sea que Dios se apiada del que quiere,
y endurece al que él quiere.
19 Objetarás: ¿Por qué, entonces se que-
ja Dios, si nadie puede oponerse a su deci-
sión? 20 Y tú, hombre, ¿quién eres para
replicar a Dios? ¿Puede la obra reclamar al
artesano por qué la hace así? 21 ¿No tiene el
alfarero libertad para hacer de la misma ar-
cilla un objeto precioso y otro sin valor?
22 Si Dios quería dar un ejemplo de cas-
tigo y manifestar su poder aguantando con
mucha paciencia a aquellos que merecían
el castigo y estaban destinados a la des-
trucción; 23 y si al mismo tiempo quiso ma-
nifestar también la riqueza de su gloria en
los que recibieron su misericordia, en los
que él predestinó para la gloria, 24 en noso-
tros, a quienes llamó, no sólo entre los ju-
díos, sino también entre los paganos. ¿Qué
podemos reprocharle? 25 Como dice Oseas:
Al que no era mi pueblo, lo llamaré Pueblo-
mío, y a la que no era mi amada, Amada
mía; 26 *y donde antes les decía: No son mi*
pueblo, allí mismo serán llamados hijos del
Dios vivo. 27 Acerca de Israel, Isaías procla-
ma: *Aunque los israelitas fueran numerosos*
como la arena del mar, sólo un resto se sal-
vará. 28 *El Señor va a ejecutar en el país la*
destrucción decretada. 29 El mismo Isaías
predice: *Si el Señor Todopoderoso no nos*
hubiera dejado un resto, seríamos como So-
doma, semejantes a Gomorra.
30 Entonces, ¿qué diremos? Que los pa-
ganos, que no buscaban la justicia, la al-
canzaron; se entiende, la justicia por la fe.
31 En cambio Israel, que buscaba una ley de
justicia, no la alcanzó. 32 ¿Por qué? Porque
la buscaban por las obras y no por la fe; y
así tropezaron en la piedra de tropiezo,
33 según lo escrito: *Pondré en Sión una pie-*

---

nacidos de madres estériles como Sara y Rebeca; otros, escogidos «antes de que nacieran, antes de que hicieran nada bueno o malo» (11), como en el caso dramático de Jacob, elegido ya desde el vientre de su madre: «amé a Jacob, rechacé a Esaú» (13).

En resumidas cuentas, el «pueblo elegido», es decir, «el verdadero Israel», es mucho más reducido que el «pueblo judío»; no son términos equivalentes. Es solamente un «resto», en término bíblico.

A continuación, Pablo recoge la reacción del filósofo racionalista de turno: «¿Por qué, entonces se queja Dios, si nadie puede oponerse a su decisión?» (19). El Apóstol no responde directamente a la pregunta, sino que a través de la imagen bíblica de la arcilla y del alfarero (cfr. Is 29,16; Jr 18,6), quiere dejar en evidencia que el ser humano y Dios no están en el mismo plano de igualdad, y que es absurdo que la arcilla pida cuentas y trate de comprender los planes y designios del alfarero creador.

Si hasta aquí ha dejado claro que el pueblo elegido, «Israel», es mucho más reducido que el «pueblo judío», ahora afirma audazmente que también puede ser y, de hecho es, «más numeroso» que la «etnia y raza judía»: pues esos somos nosotros, «a quienes llamó no sólo de entre los judíos sino también entre los paganos» (24). Ilustra la afirmación con las palabras del profeta Oseas en que se narra el final feliz del gran poema de la reconciliación de Israel, temporalmente rechazado y de nuevo acogido: «Al que no era mi pueblo, lo llamaré Pueblo-mío... y donde antes les decía: no son mi pueblo, allí mismo serán llamados hijos del Dios vivo» (25s). Pablo hace extensiva la aplicación a un pueblo que antes no era pueblo de Dios y que ahora, por su gracia, lo es: el pueblo pagano.

El Apóstol termina este difícil capítulo de su carta, señalando de nuevo que el único criterio de pertenencia al verdadero pueblo de Dios es la fe (30-33).

La mayoría de los judíos quisieron conseguir la salvación con su esfuerzo, y fallaron; no quisieron recibirla como regalo, y se quedaron sin él, «tropezaron en la piedra de tropiezo» (32): Jesús, el Mesías. Los paganos ofrecieron nada más que su fe para aceptar el don, y no fracasaron, «porque quien se apoye en ella no fracasará» (33).

¿Qué decir de estas reflexiones de Pablo? ¿Resuelve el enigma del rechazo al Evangelio de la mayoría de su pueblo o lo complica todavía más? En resumidas cuentas, ¿ha rechazado Dios a su pueblo? No, dice el Apóstol, pues ha quedado un «resto», la comunidad cristiana, que incluye también a los cristianos procedentes del paganismo.

¿Cuál será, entonces, la suerte de los demás judíos, de las piezas de arcilla aparentemente rechazadas por el Alfarero? El Apóstol parece responder con unas palabras de esperanza que después desarrollará en el capítulo siguiente: «si Dios quería dar un ejemplo de castigo mostrar y manifestar su poder aguantando con mucha paciencia a aquellos que merecían el castigo... ¿Qué podemos reprocharle?» (22).

Un comentador bíblico de nuestros días haya, quizás, interpretado certeramente el pensamiento de Pablo: Dios quiere mostrar su cólera y su poder, pero lo que al final resulta es su paciencia y su misericordia.

Todos los enigmas, todas las tensiones entre la libertad de Dios y la libertad del hombre, entre el don gratuito y la negación del mismo por el pecado, entre un Dios airado y un Dios salvador, los contempla el Apóstol en el horizonte de la salvación, el horizonte que da sentido y unidad a toda la carta. La misericordia de Dios es el gran arco que abarca la historia humana.

dra de tropiezo, una roca que hace caer; y
también: *Quien se apoye en ella no fraca-*
sará.

Salvación universal

10 1 Hermanos, lo que deseo de cora-
zón, lo que pido a Dios por ellos es
que se salven. 2 Doy testimonio a su favor
de que sienten fervor por Dios, aunque mal
entendido. 3 Porque no reconociendo la jus-
ticia de Dios y queriendo afirmar la propia,
no se sometieron a la justicia de Dios. 4 Ya
que el fin de la ley es Cristo, para la justifi-
cación de todos los que creen.

5 Refiriéndose a la justicia de la ley, Moi-
sés escribe: *El que la cumpla vivirá por ella.*
6 En cambio, la justicia que nace de la fe
habla así: *No digas en tu corazón: ¿Quién*
subirá al cielo?, es decir, con la idea de ha-
cer bajar a Cristo; 7 o: *¿Quién bajará al abis-*
mo?, es decir, con la idea de hacer subir a
Cristo de entre los muertos.

8 Pero, ¿qué es lo que dice la justicia? *La*
palabra está cerca de ti, en tu boca y tú co-
razón. Se refiere a la palabra de la fe que
proclamamos: 9 si confiesas con la boca
que Jesús es Señor, si crees de corazón que
Dios lo resucitó de la muerte, te salvarás.
10 Con el corazón creemos para ser justos,
con la boca confesamos para obtener la
salvación. 11 Así lo afirma la Escritura:
Quien cree en él no quedará confundido.

12 Ya no hay diferencia entre judíos y
griegos; porque es el mismo, el Señor de
todos, generoso con todos los que lo invo-
can. 13 *Todo el que invoque el nombre del*
Señor se salvará.

14 Pero, ¿cómo lo invocarán si no han
creído en él? ¿Cómo creerán si no han oído
hablar de él? ¿Cómo oirán si nadie les
anuncia? 15 ¿Cómo anunciarán si no los en-
vían? Como está escrito: *¡Qué hermosos*
son los pasos de los mensajeros de buenas
noticias! 16 Sólo que no todos responden a
la Buena Noticia. Isaías dice: *Señor, ¿quién*
creyó nuestro anuncio?

17 La fe nace de la predicación, y lo que
se proclama es el mensaje de Cristo. 18 Pero
pregunto: ¿Acaso no oyeron? Desde luego
que sí: *Por toda la tierra se extiende su voz,*
y sus palabras llegan hasta los confines del
mundo. 19 Insisto: ¿y no lo entendió Israel?
Ya lo dijo Moisés: *Les daré celos con un pue-*
blo ilusorio, los provocaré con una nación
insensata. 20 E Isaías se atreve a decir: *Me*
encontraron los que no me buscaban, me
presenté a los que no preguntaban por mí.
21 De Israel, en cambio dice: *Todo el día te-*
nía las manos extendidas hacia un pueblo
rebelde y desafiante.

10,1-21 Salvación universal. Pablo aclara que el rechazo al Evangelio de la mayoría de su pueblo es sólo temporal. Por eso comienza una nueva serie de argumentos deseando y orando por su conversión. La argumentación se desarrolla en el mismo tono de polémica y debate, a golpe de citas bíblicas aplicadas según el estilo de los rabinos de su tiempo, pero interpretadas ya con los ojos de la fe. El celo religioso de los judíos por Dios y por la observancia de la ley era loable, solo que desmedido y desorientado. La observancia de la ley tenía algo de esfuerzo sobrehumano con el fin de atraer al Mesías. Pablo mismo conocía bien este «celo» cuando todavía se llamaba Saulo (Gál 1,13). Esta especie de fanatismo dio más tarde nombre a un movimiento y partido político-religioso de integristas y fundamentalistas, los «zelotas». Pero ése no era el camino.

El camino lo señala el Apóstol con una expresión que ha quedado ya como la del anuncio fundamental de la predicación y de la profesión de fe cristianas: «si confiesas con la boca que Jesús es Señor, si crees de corazón que Dios lo resucitó de la muerte, te salvarás» (9), en alusión y contraposición a lo que decía el profeta: «este pueblo se me acerca con la boca y me glorifica con los labios, mientras su corazón está lejos de mí, y su culto a mí es precepto humano y rutina» (Is 29,13).

Esta invitación la extiende Pablo a todos los pueblos sin diferencia entre judíos y paganos, citando de nuevo la Escritura y haciendo universal el llamamiento que el profeta Joel refería al «resto» de Israel: «todo el que invoque el nombre del Señor se salvará» (Jl 3,5). Para esto se necesitan misioneros y anunciadores de la Palabra de Dios que pongan en marcha el dinamismo del Evangelio que Pablo presenta en un bello resumen (14s): invocar el nombre de Jesús por el conocimiento y escucha de su Palabra, anunciada por sus enviados. «¡Qué hermosos son los pasos de los mensajeros de buenas noticias!» (15), concluye el Apóstol recordando al profeta Isaías (cfr. Is 52,7).

Con otro racimo apretado de citas bíblicas Pablo vuelve sobre el drama del rechazo del Evangelio por parte de la mayoría de su pueblo, a pesar de que el anuncio resuena ya por todo el mundo (18) y de que Dios los sigue interpelando y haciéndose el encontradizo por medio de sus enviados (20). Y termina su alegato con la imagen irresistible de un Dios todo ternura y amor por su pueblo, tomada de Isaías 65,2: «Todo el

El resto de Israel

11 1 Pregunto: ¿ha rechazado Dios a su
pueblo? ¡De ningún modo! Yo tam-
bién soy israelita, descendiente de Abra-
hán, de la tribu de Benjamín. 2 Dios no ha
rechazado al pueblo que había elegido. Us-
tedes conocen lo que cuenta la Escritura de
Elías, cómo suplicó a Dios contra Israel:
3 Señor, *han matado a tus profetas, han de-
molido tus altares; quedo yo solo, y me bus-
can para matarme.* 4 ¿Qué le responde el
oráculo? *Me he reservado siete mil hombres
que no han doblado la rodilla a Baal.* 5 Del
mismo modo, hoy queda un resto, por elec-
ción gratuita. 6 Ahora bien, si es gratuita, no
se debe a las obras, porque entonces no se-
ría gratuita.

7 ¿Qué conclusión sacaremos de esto?
Lo que Israel buscaba no lo alcanzó, aun-
que los elegidos lo alcanzaron. Los demás
se endurecieron, 8 como está escrito: *Dios
les dio un espíritu insensible, ojos que no
ven, oídos que no oyen, hasta el día de hoy.*
9 Y David añade: *Que su mesa se vuelva
una trampa,* una red, *un tropiezo, un casti-
go;* 10 *que sus ojos se nublen y no vean, que
su espalda siempre se encorve.*

11 Pregunto: ¿tropezaron hasta sucum-
bir? ¡De ningún modo! Sólo que su tropiezo
ha provocado la salvación de los paganos,
despertando a su vez los celos de Israel.
12 Ahora bien, si su tropiezo representa una
riqueza para el mundo, si su ruina repre-
senta la riqueza de los paganos, cuánto
más lo será su conversión en masa.

Salvación de los paganos

13 Ahora me dirijo a ustedes, los paga-
nos: Dado que soy apóstol de los paganos,
hago honor a mi ministerio, 14 para dar ce-
los a mis hermanos de raza y salvar así a
algunos. 15 Porque, si su rechazo ha signifi-
cado la reconciliación del mundo, ¿qué
será su aceptación, sino una especie de re-
surrección? 16 Si la primicia está consagra-
da, también lo está toda la masa; si la raíz
es santa, también lo son las ramas. 17 Si al-
gunas ramas han sido cortadas, y tú, que
eres un olivo silvestre, fuiste injertado en su
lugar y has participado de la raíz y la savia
del olivo, 18 no te consideres superior a las
otras ramas. Si lo haces, recuerda que no
eres tú quien mantiene a la raíz, sino la raíz
a ti.

19 Me dirás: cortaron unas ramas para
injertarme a mí. 20 De acuerdo: a ellos los
cortaron por no creer; tú, en cambio, estás
firme gracias a la fe. Pero, en vez de llenar-

---

día tenía mis manos extendidas hacia un pueblo rebelde y desafiante» (21).

11,1-12 El resto de Israel. Es probable que entre los cristianos procedentes del paganismo circulara la opinión de que Dios había rechazado a los judíos. Pablo recoge el rumor en forma de pregunta, y responde con un rotundo «¡De ningún modo!» (1). Pasa a probarlo como siempre, indagando la Palabra de Dios en las Escrituras.

El dominio que tenía el Apóstol de la Biblia es impresionante. Pero lo es aún más, el que comprenda todos los acontecimientos, grandes o pequeños, individuales o colectivos, personales o ajenos, bajo el prisma de la Palabra de Dios que, desde su conversión en el camino de Damasco, proyectaba ya «un solo color»: el color luminoso de la salvación extendida a judíos y paganos por igual.

La prueba de que Dios no ha rechazado a los judíos –parece decir Pablo– es él mismo, judío como el que más, «descendiente de Abrahán, de la tribu de Benjamín» (1). Al decir esto, su pensamiento se dirige a Moisés cuando habla dramáticamente con Dios a favor de Israel: «Desiste del incendio de tu ira, arrepiéntete de la amenaza contra tu pueblo» (Éx 32,12). De Moisés pasa a Elías (1 Re 19), llorando ante Dios: «quedo yo solo, y me buscan para matarme» (3). En la respuesta que Dios le da: «me he reservado siete mil hombres» (4), ve de nuevo su tema favorito: la iniciativa de salvación de Dios, que es un don gratuito, pero prodigado abundantemente. El número siete en la Biblia es símbolo de multitud, de universalidad.

En cuanto a los demás, los que se endurecieron... «hasta el día de hoy» (8), se pregunta: «¿Tropezaron hasta sucumbir?» (11). La respuesta es sorprendente y atrevida. Sólo a Pablo se le podría ocurrir, dejando a un lado toda lógica humana, «que su tropiezo ha provocado la salvación de los paganos» (11).

Más atrevida aún es la conclusión que saca: «si su tropiezo representa la riqueza de los paganos, cuanto más lo será su conversión en masa» (12). Al final, el Apóstol parece estar contemplando cómo todas las piezas del Alfarero Creador encuentran su lugar y se ajustan unas a otras para formar su gran designio de salvación universal.

11,13-24 Salvación de los paganos. Pablo se dirige ahora a los cristianos procedentes del paganismo que pueden estar poniendo en peligro sus relaciones con el judaísmo a causa de un posible «complejo cristiano» de superioridad exclusivista. Repitiendo, de nuevo, lo que supondrá para el reinado de Dios la

te de orgullo, teme. 21 Porque si Dios no
perdonó a las ramas naturales, tampoco te
perdonará a ti. 22 Mira más bien la bondad y
la severidad de Dios: con los que cayeron,
Dios es severo; contigo, es bueno, siempre
que te mantengas en el ámbito de la bon-
dad; porque también a ti te pueden cortar.
23 Y si ellos no persisten en la incredulidad,
serán injertados. Porque Dios tiene poder
para volver a injertarlos. 24 Si tú, siendo oli-
vo silvestre por naturaleza, fuiste cortado y,
contra tu naturaleza, fuiste injertado en el oli-
vo, cuánto más ellos que son las ramas na-
turales serán injertadas en su propio olivo.

La conversión de Israel

25 Quiero, hermanos, que no ignoren
este secreto, para que no se tengan por sa-
bios: el endurecimiento de una parte de Is-
rael durará hasta que la totalidad de los pa-
ganos se incorpore. 26 Entonces todo Israel
se salvará, según lo escrito: *De Sión saldrá
el liberador para alejar los crímenes de Ja-
cob.* 27 Y *ésta será mi alianza con ellos cuan-
do perdone sus pecados.* 28 En cuanto a la
Buena Noticia ellos son enemigos de Dios,
y esto ocurre para bien de ustedes; pero
desde el punto de vista de la elección son
amados, en atención a los patriarcas.
29 Porque los dones y la llamada de Dios
son irrevocables.

30 En efecto, ustedes antes eran enemi-
gos de Dios, y ahora, por la desobediencia
de ellos, han alcanzado misericordia, 31 de
la misma manera ahora que ustedes han al-
canzado misericordia ellos desobedecen,
pero un día también ellos alcanzarán mise-

---

aceptación masiva del Evangelio por parte de su pueblo, viene a decir que los frutos serán espectaculares, como «una especie de resurrección» (15). Les recuerda que la elección de Israel sigue en pie y que su pueblo sigue desempeñando una parte fundamental en los planes de salvación de Dios para el mundo.

Para probarlo usa dos comparaciones. Una, tomada de la liturgia del rito de consagración de las primicias de la cosecha (cfr. Dt 26; Neh 10,36). Consagrar las primicias significaba consagrar la totalidad, reconocer la fecundidad de la tierra como don de Dios. Si Dios escogió a Abrahán –las primicias del pueblo judío– su entera descendencia está incluida en la bendición.

La otra comparación es más elaborada y se refiere a la estrecha relación que existe entre cristianismo y judaísmo. Está tomada de la jardinería, y quizás sea en su «aparente incoherencia» donde haya que buscar la moraleja de Pablo. ¿A qué jardinero horticultor se le ocurriría injertar una rama «silvestre» en un tronco «fértil», y no al revés? ¡Pues, a Dios!, parece responder el Apóstol. Así ve él la acción libre y paradójica de Dios. La rama silvestre –los cristianos que proceden del paganismo– es injertada en el árbol fecundo del judaísmo. El Antiguo o Primer Testamento sostiene al Nuevo. No es raro en la Biblia comparar al pueblo escogido con un árbol: un álamo (Os 14,6), una higuera (Jr 8,13), un roble (Is 61,3). Siempre, sin embargo, es Dios quien planta y suministra la savia (cfr. Is 60,21; Sal 80.9).

Dicho de otra manera: ¿puede vivir el cristianismo sin identidad y sin memoria histórica, sin un pasado donde enraizar el don gratuito de la fe? ¿No necesitará injertarlo en el tronco fecundado ya por la savia de la presencia misteriosa de Dios, que produjo una historia de salvación donde resonaron sus promesas y donde nació el Mesías? Para el Apóstol, el pueblo judío y el pueblo cristiano no pueden existir el uno sin el otro. Su destino común es caminar juntos hasta el «día del Señor».

Ensanchando el horizonte de la visión de Pablo más allá del pueblo judío, hacia los «otros pueblos y las otras religiones», ¿no podríamos seguir afirmado que el «Divino jardinero horticultor» ha plantado también otros árboles fecundos –las otras religiones del mundo– donde ha corrido y corre la savia de su presencia produciendo «historias de salvación», y donde va injertando la rama «silvestre» del cristianismo? ¿Podría la Iglesia universal, repartida por el mundo en Iglesias locales, prescindir y hacer «tabula rasa» de esos «árboles milenarios» plantados por Dios, sin perder sus raíces y su memoria histórica?

Un pensador cristiano contemporáneo lo ha planteado de la siguiente manera: «Ya no podemos responder a la pregunta: ¿quién es mi Dios?, sin al mismo tiempo preguntar al otro: ¿quién es tu Dios?». ¿No daría hoy Pablo la bienvenida a las «otras religiones» y las invitaría a caminar junto al cristianismo y judaísmo, en mutuo diálogo y respeto a la pluralidad, hacia el «día del Señor» que es cuando se manifestará definitivamente y en su totalidad el único designio de salvación desvelado ya en Jesucristo?

11,25-36 La conversión de Israel. El Apóstol parece rendirse ante el «enigma» del rechazo mayoritario de su pueblo al Evangelio. Simplemente no lo puede descifrar. Se trata de un misterio, de un secreto que sólo Dios puede revelar, y del que él, Pablo, se siente ahora el depositario aunque sólo alcance a barruntarlo. Todas las elucubraciones y argumentos ya no tienen sentido. El secreto, que invita a la humildad y a la esperanza, es la futura conversión de los judíos, vinculada a la incorporación de los paganos (25). Cuándo y cómo no lo dice, pero Pablo la espera en un futuro inminente, ya que para él la segunda venida del

ricordia. 32 Porque Dios ha encerrado a to-
dos en la desobediencia para apiadarse de
todos.
33 ¡Qué profunda es la riqueza, la sabi-
duría y prudencia de Dios! ¡Qué insonda-
bles sus decisiones, qué incomprensibles
sus caminos!
34 *¿Quién conoce la mente de Dios?*
¿Quién fue su consejero? 35 *¿Quién le dio*
primero para recibir en cambio? 36 De él,
por él, para él existe todo. A él la gloria por
los siglos. Amén.

Normas de vida cristiana

12 1 Ahora, hermanos, por la misericor-
dia de Dios, los invito a ofrecerse
como sacrificio vivo, santo, aceptable a
Dios: éste es el verdadero culto.
2 No se acomoden a este mundo, por el
contrario transfórmense interiormente con
una mentalidad nueva, para discernir la vo-
luntad de Dios, lo que es bueno y aceptable
y perfecto.
3 En virtud del don que he recibido, me
dirijo a cada uno de ustedes: no tengan pre-
tensiones desmedidas, más bien, sean mo-
derados en su propia estima, cada uno
según el grado de fe que Dios le haya asig-
nado.
4 Es como en un cuerpo: tenemos mu-
chos miembros, no todos con la misma
función; 5 así, aunque somos muchos, for-
mamos con Cristo un solo cuerpo, y esta-
mos unidos unos a otros como partes de un
mismo cuerpo.
6 Tenemos dones diversos según la gra-
cia que Dios ha concedido a cada uno: por
ejemplo, si hemos recibido el don de la pro-
fecía debemos ejercerlo según la medida de
la fe, 7 el que tenga el don del servicio, sir-
viendo; el de enseñar, enseñando. 8 El que
exhorta, exhortando; el que reparte, hágalo
con generosidad; el que preside, con dili-
gencia; el que alivia los sufrimientos, de
buen humor.
9 Amen con sinceridad: aborrezcan el
mal y tengan pasión por el bien. 10 En el
amor entre hermanos demuéstrense cariño,
estimando a los otros como más dignos.
11 Con celo incansable y fervor de espíritu
sirvan al Señor.
12 Alégrense en la esperanza, sean pa-
cientes en el sufrimiento, perseverantes en
la oración; 13 solidarios con los consagra-
dos en sus necesidades, practiquen la
hospitalidad. 14 Bendigan a los que los per-
siguen, bendigan y no maldigan nunca.
15 Alégrense con los que están alegres y llo-
ren con los que lloran.
16 Vivan en armonía unos con otros. No
busquen grandezas, pónganse a la altura de
los más humildes. No se tengan por sabios.

Señor era cuestión de pocos años, incluso no descartaba la posibilidad de salir él mismo, aún con vida, al encuentro del Señor (cfr. 1 Cor 15,51).

Pablo descubre este secreto –no podía ser de otra manera– en las Escrituras, y así cita Is 59,20, añadiendo una variante de Jr 31,30: «¿Quién conoce la mente de Dios?... ¿Quién le dio primero para recibir en cambio?» (34s). Este secreto, a su vez, lo contempla en otro aun mas desconcertante: «Dios ha encerrado a todos en la desobediencia para apiadarse de todos» (32). Ante este misterio de salvación, la única respuesta humana es la admiración, el reconocimiento y la alabanza: «De él, por él, para él existe todo. A él la gloria por los siglos. Amén» (36). Así termina el Apóstol la parte doctrinal de su carta.

12,1-21 Normas de vida cristiana. Comienza una larga exhortación sobre lo que debe ser la conducta del cristiano, no considerado como persona aislada, sino como miembro vivo de una comunidad de fe.

El tema de la unidad y armonía era la obsesión de Pablo. Era también el desafío constante de aquellas jóvenes Iglesias formadas por cristianos de tan diferentes procedencias y costumbres tan opuestas.

No olvidemos que el Apóstol escribe desde Corinto, donde las divisiones internas estuvieron a punto de fragmentar irremediablemente a una comunidad que él mismo había fundado y cuidado con tanto cariño.

¿Le habrían llegado rumores de que, al igual que en Corinto, algo no funcionaba bien en Roma? Lo cierto es que trata el tema con la seriedad y solemnidad de quien está «anunciando el Evangelio», y no como consejos y amonestaciones comunes propias de cualquier final de carta.

Si comenzó afirmando que el Evangelio es fuerza de salvación para todo el que cree, ahora quiere ver ese Evangelio encarnado en las relaciones personales de los unos para con los otros, como si entre todos estuvieran ofreciendo un sacrificio vivo, santo, aceptable a Dios, pues éste es el verdadero «culto espiritual» (1), que Dios quiere. El Espíritu que habita en nosotros es el que nos posibilita a entregarnos a Dios y a los hermanos en un mismo ofrecimiento de amor.

En el clamor ¡Abba!, Padre (8,15), resuena el clamor ¡Hermano, hermana! Con su imagen favorita del «Cuerpo de Cristo», ya desarrollada ampliamente en 1 Cor 1,12s, el Apóstol sitúa la unidad y armonía de la

17 A nadie devuelvan mal por mal, procuren
hacer el bien delante de todos los hombres.
18 En cuanto dependa de ustedes, tengan
paz con todos.
19 No hagan justicia por ustedes mis-
mos, queridos hermanos, dejen que Dios
sea el que castigue; porque está escrito:
Mía es la venganza, yo retribuiré, dice el Se-
ñor. 20 Pero, *si tu enemigo tiene hambre,*
dale de comer, si tiene sed, dale de beber,
así le sacarás los colores a la cara.
21 No te dejes vencer por el mal, por el
contrario vence al mal haciendo el bien.

Obediencia a las autoridades

13 1 Que cada uno se someta a las au-
toridades establecidas, porque toda
autoridad procede de Dios; y las que exis-
ten han sido establecidas por él. 2 Por eso
quien resiste a la autoridad resiste al orden
establecido por Dios. Y quienes se resisten
cargarán con su castigo.
3 Los gobernantes no están para causar
miedo a los que obran bien, sino a los mal-
hechores. ¿Quieres no temer a la autori-
dad? Obra bien y tendrás su aprobación,
4 ya que la autoridad es un instrumento de
Dios para tu bien. Pero si obras mal, teme,
que no en vano tiene poder. La autoridad
está al servicio de Dios para aplicar el cas-
tigo al malhechor. 5 Por tanto, hay que so-
meterse, y no sólo por miedo al castigo,
sino por deber de conciencia.
6 Por la misma razón pagan los impues-
tos: las autoridades son funcionarios al ser-
vicio de Dios, encargados de cumplir este
oficio.
7 Den a cada uno lo debido: al que se
debe impuestos, impuestos; al que se debe
contribución, contribución; al que respeto,
respeto; al que honor, honor.
8 Que la única deuda que tengan con los
demás sea la del amor mutuo. Porque el
que ama al prójimo ya cumplió toda la ley.
9 De hecho, los mandamientos: *no come-*
terás adulterio, no matarás, no robarás, no
codiciarás, y cualquier otro precepto, se re-
sumen en éste: *Amarás al prójimo como a ti*
mismo. 10 Quien ama no hace mal al próji-
mo, por eso el amor es el cumplimiento
pleno de la ley.

La venida de Cristo

11 Reconozcan el momento en que vi-
ven, que ya es hora de despertar del sueño:
ahora la salvación está más cerca que
cuando abrazamos la fe.
12 La noche está avanzada, el día se
acerca: abandonemos las acciones tenebro-
sas y vistámonos con la armadura de la luz.
13 Actuemos con decencia, como de día:
basta de banquetes y borracheras, basta de
lujuria y libertinaje, no más envidias y pe-
leas. 14 Revístanse del Señor Jesucristo y
no se dejen conducir por los deseos del ins-
tinto.

---

comunidad en su nivel más profundo. De aquí parte la larga lista de recomendaciones, amonestaciones y consejos que tejen la conducta ideal del cristiano como miembro de la comunidad de fe. Se trata de un programa tan actual para la comunidad de Roma como para nuestra Iglesia de hoy.

13,1-10 Obediencia a las autoridades. En el año en que se escribe la carta (57 ó 58) ya reinaba el emperador Nerón (54-68), pero todavía no había estallado la persecución violenta contra los cristianos en la que, con toda probabilidad, los apóstoles Pedro y Pablo fueron martirizados. El autor supone que las autoridades son legítimas y honestas y que, por tanto, un cristiano debe ser ante todo un buen ciudadano.

La amonestación no es tan inocente como parece. El Apóstol está advirtiéndoles, entre líneas, a no mezclar indiscriminadamente política y religión. Un cristiano puede vivir como tal bajo cualquier autoridad, sea cristiana o no cristiana, a condición de que sea legítima y justa. Y al revés, una autoridad cristiana no puede discriminar a sus ciudadanos no cristianos.

Pablo ve en los deberes concretos de ciudadano –pago de impuestos, contribuciones, honor, respeto a todos– una manera de amar a los hermanos y hermanas. No quiere que los cristianos tengan deuda alguna con nadie, excepto una, el amor mutuo (10) que nunca terminaremos de pagar. El que ama al prójimo será siempre un óptimo ciudadano.

13,11-14 La venida de Cristo. Pablo termina su exhortación sobre la conducta del cristiano revistiéndola de toda la urgencia de quien está viviendo los últimos días de la historia. No es el tiempo como medida de los días y de los años a lo que se refiere, sino al «ahora» de la salvación que es oportunidad y urgencia.

La conducta del cristiano es un dinamismo que empuja hacia la victoria futura y definitiva que vendrá con la «parusía» o «día del Señor». Pues bien, dice Pablo «que la noche está avanzada, el día se acerca» (12); por tanto, es hora de despertar, de despojarse de corrupciones nocturnas, de vestirse para el día y para la luz, y de prepararse para la batalla. Aquí la imagen

Libertad y caridad

14 1 Comprendan al que es débil en la
fe sin discutir sus razonamientos.
2 Uno tiene fe, y come de todo; otro es débil,
y come verduras. 3 Quien come no despre-
cie al que no come, quien no come no cri-
tique al que come, porque Dios también lo
ha recibido a éste. 4 Y tú, ¿quién eres para
criticar a un empleado ajeno? Que esté en
pie o caído es asunto de su amo. Pero no se
caerá, porque el Señor tiene poder para
mantenerlo en pie. 5 Éste da más importan-
cia a un día que a otro, mientras que aquél
los considera a todos iguales: cada cual
que siga su convicción.
6 El que distingue un día del otro lo hace
por el Señor, el que come también lo hace
por el Señor, ya que da gracias a Dios. Y el
que no come también lo hace por el Señor
y le da gracias.

Somos del Señor

7 Ninguno vive para sí,
ninguno muere para sí.
8 Si vivimos, vivimos para el Señor;
si morimos, morimos para el Señor;
en la vida y en la muerte
somos del Señor.
9 Para eso murió Cristo y resucitó:
para ser Señor de muertos y vivos.

10 Tú, ¿por qué juzgas a tu hermano? Tú,
¿por qué desprecias a tu hermano? Todos
hemos de comparecer ante el tribunal de
Dios, 11 como está escrito: *Juro –dice el Se-*
ñor–, ante mí se doblará toda rodilla, toda
boca confesará a Dios. 12 Por tanto, cada
uno de nosotros tendrá que rendir cuenta
de sí mismo ante Dios.

No escandalizar

13 Dejemos de juzgarnos mutuamente.
Procuren más bien no provocar el tropiezo
o la caída del hermano.
14 Por la enseñanza del Señor Jesús lo sé
y estoy convencido de ello: nada es impuro
en sí, solamente lo es para quien lo consi-
dera impuro. 15 Pero si lo que tú comes
hace sufrir a tu hermano, ya no obras de
acuerdo con el amor.
No destruyas por lo que comes a uno
por quien Cristo murió. 16 No den lugar a

---

se quiebra apuntando a lo inexpresable: el atuendo de combate y la armadura del cristiano será el mismo que venció a la muerte: «revístanse del Señor Jesucristo» (14).

14,1-6 Libertad y caridad. Pablo se detiene ahora a comentar con detalle un problema concreto que causaba tensiones en las comunidades compuestas por cristianos procedentes del judaísmo y del paganismo, como la comunidad de Roma. Se trataba de la observancia de las leyes judías, como ayunos y prohibiciones culinarias, o de creencias paganas referentes a días de buen o mal augurio. Algunos cristianos, los «débiles», no acababan de desprenderse de tales prácticas, ya fuese por escrúpulos, miedos supersticiosos o por falta de formación. Otros, en cambio, «los fuertes», se sentían liberados de todo eso y miraban con desprecio a los «débiles». Pablo ya había tratado el tema en 1 Cor 8 y 10,14-33 y dado una solución de principio, a saber: la fe en Cristo libera al creyente de semejantes miedos y observancias.

¿Cuál era entonces el problema? El problema era los prejuicios, descalificaciones y condenas mutuas, sobre todo por parte de los «fuertes», que ponían en peligro la unidad y convivencia de la comunidad.

Pablo trata el asunto con la máxima seriedad y sale en defensa decidida de los «débiles». No es que todas las opiniones tengan para él el mismo valor o que la actitud de los «débiles» sea correcta. Son las personas y sus conciencias delante de Dios las que tienen el mismo valor. Por eso pide mutuo respeto y tolerancia, que no es lo mismo que indiferencia.

En definitiva está pidiendo a la comunidad de Roma que practique el «diálogo presidido por la caridad», para que «los fuertes» sepan que la libertad del cristiano tiene que estar siempre al servicio del amor, y para que los que flaquean descubran que deben cambiar sus conductas.

14,7-12 Somos del Señor. La exhortación de Pablo se convierte ahora en oración. Es como si invitara a todos a recitar el himno litúrgico de confesión de fe en uso de las comunidades de entonces (7-9), para expresar que lo único importante en la vida del cristiano es el Señor: «si vivimos es para Él, si morimos es para Él... en la vida y en la muerte somos del Señor» (8). El tema del señorío de Cristo es constante en el pensamiento y en la enseñanza del Apóstol. Si Él es el Señor, a Él corresponde el último juicio. Parafraseando a Is 45,23: «ante mí se doblará toda rodilla, toda boca confesará a Dios» (11), el Apóstol contempla a la comunidad cristiana en la única actitud donde todas las diferencias y todos los prejuicios quedan superados: de rodillas ante el Señor confesando su nombre. ¿Quién se atreverá, de rodillas, en constituirse en juez de sus hermanos y hermanas?

14,13-23 No escandalizar. Pablo vuelve de nuevo en defensa del «débil». Lo ha defendido en Corinto, desde donde escribe, en la persona del «pobre» discriminado en las celebraciones de la eucaristía (1 Cor

que se hable mal de la libertad que ustedes
tienen. 17 El reino de Dios no consiste en
comidas ni bebidas, sino en la justicia, la
paz y el gozo del Espíritu Santo. 18 Quien
sirve así a Cristo agrada a Dios y es esti-
mado de los hombres. 19 Por tanto, busque-
mos lo que fomenta la paz mutua y es
constructivo.

20 Por un alimento no destruyas la obra
de Dios. Todo es puro, pero es malo comer
algo que provoque la caída de otro. 21 Lo
mejor es abstenerse de carne, de vino o de
cualquier cosa que provoque la caída del
hermano. 22 Guarda para ti, delante de
Dios, tu propia convicción. Feliz quien elige
sin sentirse culpable; 23 pero quien come
dudando es culpable, porque no obra de
acuerdo con lo que cree. Y todo lo que no
hacemos de acuerdo con lo que creemos,
es pecado.

Contentar a los demás

15 1 Nosotros, los fuertes, tenemos que
cargar con las flaquezas de los débi-
les y no buscar nuestra satisfacción. 2 Que
cada uno trate de agradar al prójimo para el
bien y la edificación común. 3 Porque tam-
poco Cristo buscó su propia satisfacción,
sino que, como está escrito: *cayeron sobre
mí los ultrajes de los que te agravian.* 4 Lo
que entonces se escribió fue para nuestra
instrucción, para que por la paciencia y el
consuelo de la Escritura tengamos espe-
ranza.

5 El Dios de la paciencia y el consuelo
les conceda tener los unos para con los
otros los sentimientos de Cristo Jesús, 6 de
modo que, con un solo corazón y una sola
voz, glorifiquen a Dios, Padre de nuestro
Señor Jesucristo.

La Buena Noticia para judíos y paganos

7 Por tanto, acójanse unos a otros, como
Cristo los acogió para gloria de Dios.
8 Quiero decir que Cristo se hizo servidor de
los circuncisos para confirmar la fidelidad
de Dios, cumpliendo las promesas de los
patriarcas; 9 mientras que los paganos glo-

11,21) y del «explotado» en los pleitos entre hermanos (1 Cor 6,8). Ahora defiende al débil «escandalizado» por la provocación del fuerte. Si el reinado de Dios no consiste en comidas ni bebidas, sino en la justicia, en la paz y en el gozo del Espíritu Santo (17), esto se lleva a cabo compartiendo la fe y el amor entre hermanos y hermanas. Y compartir la fe es respetar la conciencia del otro que le lleva a actuar de la manera que lo hace.

Viene a decirle al fuerte: si tu fe –tus convicciones, tu conciencia– te permite comer vino y carne, en buena hora. Pero si está en juego el amor al hermano a causa del escándalo que le das, deja el vino y la carne para otra ocasión. Si no lo haces, ya no estás compartiendo la fe de tu hermano, porque tu hermano actúa también por fe al comer sólo aquello que su conciencia le permite comer.

15,1-6 Contentar a los demás. Pablo da un paso hacia adelante al afirmar que compartir la fe es, en definitiva, «cargar con las flaquezas de los débiles» (1). Es la única manera de edificar una comunidad cristiana y la única ley de su crecimiento.

Aunque el Apóstol pone el acento sobre la obligación de los «fuertes», a lo que en realidad está apuntando es a la regla de oro de toda comunidad cristiana: la «activa aceptación» como cosa propia, de «todo» lo que hace al «otro» diferente «de uno mismo». Si son sus pecados, esta aceptación significará ayudar a compartir la carga como si fuera nuestra propia carga; si son sus dones, como dones propios; si son sus diferentes opiniones, como riqueza complementaria a nuestras opiniones; si son sus sufrimientos, como sufrimientos propios. Y así, hasta destruir la última barrera que nos separa y que se anida en lo más profundo del corazón humano: el miedo, la sospecha y el rechazo a todo lo que percibimos en «el otro» como diferente, como desafío y amenaza a nuestra propia seguridad.

Jesucristo es para el Apóstol el ejemplo y modelo para la convivencia en comunidad. Aceptó nuestra condición humana como propia, en todo, en la alegría y en el dolor (3). Así, en un intercambio de dones, nos abrió a todos la posibilidad de ser como Él: hijos e hijas de Dios.

¿Qué fuerza hará posible una convivencia fraterna como tarea diaria de cargar con las flaquezas de nuestros hermanos y hermanas (cfr. Gál 6,2)? ¡La Palabra de Dios!, dice Pablo, pues es el único «poder» que convoca, une en mutuo acuerdo, consuela a la comunidad cristiana y la inspira a glorificar a Dios con un solo corazón y una sola lengua.

15,7-13 La Buena Noticia para judíos y paganos. La última exhortación de la carta va dirigida a toda la comunidad cristiana de Roma, tanto a los que provienen del judaísmo como a los que provienen del paganismo: «acójanse unos a otros, como Cristo los acogió para gloria de Dios» (7). No se trata simplemente de un consejo moral de convivencia. El Apóstol va mas allá, está viendo el «Evangelio de la salvación universal», revelado por Cristo, hecho ya «realidad y anuncio» en esa acogida mutua de amor fraterno de la comunidad de Roma. Y así, sus cristianos procedentes del judaísmo anuncian que Jesús, el Mesías, es la manifestación de la fidelidad de Dios, «cumpliendo las

rifican a Dios por su misericordia, como
está escrito: *Te confesaré ante los paganos
y cantaré en tu honor.* 10 Y en otro lugar:
*Pueblos extranjeros, alégrense junto con su
pueblo.* 11 Y de nuevo: *Alaben al Señor to-
das las gentes, que todos los pueblos lo
glorifiquen.* 12 Isaías, por su parte, dice:
*Aparecerá el brote de Jesé, se levantará a
gobernar las naciones: y todos los pueblos
pondrán en él su esperanza.* 13 El Dios de la
paz los llene de gozo y paz en la fe, para
que, por la fuerza del Espíritu Santo, des-
borden de esperanza.

Misión de Pablo para los paganos

14 Acerca de ustedes, queridos herma-
nos, estoy convencido de que están llenos
de bondad y colmados de todo conoci-
miento y que también pueden aconsejarse
mutuamente. 15 Con todo, por la gracia re-
cibida de Dios 16 de ser ministro de Cristo
Jesús para los paganos y sacerdote de la
Buena Noticia de Dios, he tenido la auda-
cia de escribirles y de refrescarles su me-
moria, para que la ofrenda de los paganos
sea aceptable y consagrada por el Espíritu
Santo.

17 Por Cristo Jesús puedo sentirme orgu-
lloso ante Dios. 18 Pero no hablaré si no es
de lo que Cristo ha realizado por intermedio
mío para la conversión de los paganos: de
palabra y de obra, 19 con señales y prodi-
gios, con la fuerza del Espíritu de Dios. Par-
tiendo de Jerusalén y su región hasta Iliria
he completado el anuncio de la Buena No-
ticia de Cristo.

20 Me honra haber anunciado la Buena
Noticia donde todavía no se había nombra-
do a Cristo, para no construir sobre cimien-
to ajeno; 21 sino como está escrito: *Lo verán
los que no tenían noticia de él, y compren-
derán los que no habían oído hablar de él.*
22 Ese motivo me ha impedido repetidas ve-
ces ir a visitarlos.

23 Ahora que ya no me queda tarea por
estas regiones, y con las ganas que tengo
desde hace tiempo de visitarlos, 24 espero
verlos de paso en mi viaje hacia España y
confío que me ayudarán a proseguir mi
viaje, después de gozar un poco de su
compañía.

25 En este momento me dirijo a Jeru-
salén para llevar una ayuda a esa comu-

---

promesas de los patriarcas» (8); y a su vez, sus cristianos procedentes del paganismo anuncian al mismo Mesías como la manifestación de la «misericordia de Dios» que se extiende a todos los pueblos: «aparecerá el brote de Jesé, se levantará a gobernar las naciones: y todos los pueblos pondrán en él su esperanza» (12).

Fidelidad y misericordia. ¿Estará recordando el Apóstol la presentación que hace Dios de sí mismo a toda la humanidad cuando Moisés invocó su nombre en el monte Sinaí y Dios pasó delante de su siervo clamando: «El Señor, el Señor, el Dios compasivo y clemente, misericordioso, paciente, rico en bondad y lealtad» (Éx 34,6)?

La fe en Jesucristo, muerto y resucitado, es la llave que abre a Pablo todos los secretos de las Escrituras, o el único secreto: la iniciativa de salvación universal de Dios, encaminada a reunir a todos los pueblos en un único y definitivo pueblo de Dios.

La historia de la humanidad es para el Apóstol «una historia de salvación» que se bifurca en diversos caminos históricos concretos –el judaísmo, las otras religiones de la tierra– para volver a reunirse todos, un día, en la realidad de la Iglesia, «sacramento de salvación».

Ésta es la visión de Pablo al final de su carta. La conclusión es una plegaria donde el Apóstol pide la abundancia de los frutos de salvación ya presentes en la comunidad de Roma: «El Dios de la paz los llene de gozo y paz en la fe, para que, por la fuerza del Espíritu Santo, desborden de esperanza» (13).

15,14-33 Misión de Pablo para los paganos. Estas líneas suenan como si Pablo quisiera excusar su intromisión en una Iglesia que él no fundó, y justificar así su proyectada visita. El lenguaje es cortés y comedido.

La presente carta, parece decir el Apóstol, no pretende evangelizar a los buenos cristianos de Roma, sino sólo refrescar cosas sabidas. La proyectada visita es solo una etapa más de un viaje más largo hacia una región todavía no evangelizada, España. Su paso por Roma será como una especie de vacaciones espirituales: «gozar un poco de su compañía» (24)... «tomarme un descanso junto a ustedes» (32). Notemos que ninguno de estos proyectos de Pablo se realizó tal y como él pensaba. El viaje a España probablemente no se llevó a cabo; el viaje a Roma tendrá otro carácter e itinerario; el gozo de la compañía estará limitado por la prisión. Sólo la carta llegará a Roma, a España y a todos los países del mundo.

De todas formas, dejando formalidades y escrúpulos aparte, Pablo no se excusa ni de la carta que les escribe ni de la visita que les anuncia. Es probable que los cristianos y cristianas de Roma vieran ambas iniciativas del Apóstol como la cosa más natural. ¿Lo sería hoy si un obispo escribiera una carta como ésta a los cristianos de otra diócesis? La corresponsabilidad y colegialidad entre las Iglesias de los primeros siglos era

nidad. 26 Porque los de Macedonia y Acaya
han decidido solidarizarse con los cristianos
pobres de Jerusalén. 27 Lo han decidido
como era su obligación: ya que si los paga-
nos se beneficiaron de sus bienes espiritua-
les, es justo que ellos los socorran con
bienes materiales. 28 Cuando haya conclui-
do este asunto, garantizando la entrega de
la colecta, me dirigiré a España pasando
por la tierra de ustedes. 29 Y sé que, cuando
llegue a visitarlos, lo haré con todas las
bendiciones de Cristo.

30 Por nuestro Señor Jesucristo, [herma-
nos,] y por el amor que infunde el Espíritu,
les recomiendo que luchen a mi lado rezan-
do por mí a Dios 31 para que me libre en Ju-
dea de los que no creen y para que mi
misión entre los consagrados sea bien reci-
bida. 32 Así, Dios mediante, podré visitarlos
con alegría, para tomarme un descanso
junto a ustedes. 33 El Dios de la paz esté
con todos ustedes. Amén.

Saludos finales

16 1 Les recomiendo a nuestra hermana
Febe, diaconisa de la Iglesia de Cen-
creas, 2 para que la reciban, en atención al
Señor, como merece una persona consa-
grada, ayudándola en todo lo que necesite
de ustedes. Ella ha protegido a muchos,
empezando por mí.

3 Saludos a Prisca y Áquila, mis colabo-
radores en la obra de Cristo Jesús, 4 que
por salvarme la vida se jugaron la suya; no
sólo yo les estoy agradecido, sino toda la
Iglesia de los paganos. 5 Saludos a la co-
munidad que se reúne en su casa.

Saludos a mi querido Epéneto, el prime-
ro de Asia que se convirtió a Cristo.

6 Saludos a María, que tanto ha trabaja-
do por ustedes.

7 Saludos a Andrónico y Junia, mis pa-
rientes y compañeros de prisión, que des-
cuellan entre los apóstoles y que llegaron a
Cristo antes que yo.

8 Saludos a Ampliato, mi amigo en el
Señor.

9 Saludos a Urbano, mi colaborador en
la obra de Cristo, y a mi querido Eustaquio.

10 Saludos a Apeles, que ha dado prue-
bas de fidelidad a Cristo.

Saludos a la familia de Aristóbulo.

---

el ambiente natural donde se movían los responsables de las diferentes comunidades cristianas. Pablo evoca esa colegialidad cuando menciona el itinerario de su ministerio apostólico: «partiendo de Jerusalén y su región hasta Iliria» (19). «Jerusalén» no solo como «lugar geográfico», sino sobre todo como lugar de «colegialidad y corresponsabilidad» con la Iglesia Madre, representada por Pedro y los demás apóstoles. Este ministerio itinerante de Pablo se ha centrado en «el anuncio de la Buena Noticia de Cristo» (19), frase que ha sido de las más utilizadas por el Concilio Vaticano II para devolver al «ministerio ordenado» –obispos, presbíteros y diáconos– su principal función: ser ministros y servidores de la Palabra de Dios.

16,1-27 Saludos finales. La lista de hombres y mujeres es larga y detallada. Cada nombre va seguido de unas palabras de reconocimiento y gratitud a la labor que realiza a favor de la comunidad, y a los lazos de amistad que le unen al Apóstol. Pablo se nos muestra como una persona agradecida, un auténtico caballero, amigo de sus amigos.

Este elenco es, por otra parte, una fuente de noticias sobre las comunidades cristianas de entonces. Sorprende, por ejemplo, el elevado número de mujeres con cargos de responsabilidad en la Iglesia. Justamente comienza saludando a Febe, «diaconisa». ¿Era una mujer que ha recibido las «órdenes sagradas» o que simplemente desempeña funciones asistenciales? No lo sabemos, pero ciertamente gozaría de gran autoridad en la comunidad. Otro nombre mencionado, «Junia» (7), ha intrigado siempre a los estudiosos. ¿Se trata de «Junia» (nombre masculino) como los presentan los manuscritos más recientes o de «Julia» (nombre femenino) como lo transcriben los manuscritos más antiguos? Es probable que efectivamente se trate de «Julia», esposa de Andrónico. Pablo dice que ambos «descuellan entre los apóstoles» (7).

¿Una mujer con categoría de apóstol? ¡Imposible!, debió pensar, años después, el amanuense que «masculinizó» el nombre de Julia cambiando solo una letra. Para entonces, la mujer había sido reducida al silencio en muchas comunidades cristianas.

Otros nombres entrañables son Prisca y Áquila, el matrimonio amigo de Pablo. El nombre de Prisca es mencionado primero, como hace Lucas en los Hechos de los Apóstoles 18,2s, y no por cortesía, sino porque Prisca debía ser la verdadera responsable de la comunidad cristiana que se reunía en su casa. Así va Pablo desgranando nombres de colaboradores, amigos y líderes cristianos que mantenían la vitalidad y el entusiasmo de la Iglesia, no solo de la de Roma.

Las palabras finales de la carta no podían ser otras que un himno de alabanza a «Dios, el único sabio» por haber revelado en Jesucristo su secreto callado durante siglos y ahora «manifestado a todos los paganos… para que abracen la fe» (26).

11 Saludos a mi pariente Herodión.
Saludos a los de la familia de Narciso,
quienes son del Señor.
12 Saludos a Trifena y Trifosa, que han
trabajado por el Señor.
Saludos a la querida Pérside, que ha tra-
bajado mucho en el Señor.
13 Saludos a Rufo, elegido del Señor, y a
su madre que es también mía.
14 Saludos a Asíncrito, Flegonte, Her-
mes, Patrobas, Hermas y a los de su comu-
nidad.
15 Saludos a Filólogo y a Julia, a Nereo
y su hermana Olimpas y a todos los consa-
grados de su comunidad.
16 Salúdense con el beso santo. Todas
las Iglesias cristianas les mandan saludos.
17 Hermanos, les recomiendo que vigilen
a los que siembran discordias y tropiezos
contra la doctrina que ustedes han aprendi-
do; aléjense de ellos.
18 Esas personas no sirven a Cristo Se-
ñor nuestro, sino a su vientre, y con discur-
sos suaves y atractivos seducen a la gente
sin malicia.
19 La fama de la fe de ustedes se difunde
por todas partes, y esto me llena de alegría,
porque los quiero sabios para el bien y sin
contagio del mal. 20 Muy pronto el Dios de
la paz aplastará a Satanás bajo los pies de
ustedes. La gracia de nuestro Señor Jesús
esté con ustedes.
21 Les manda saludos Timoteo, mi
colaborador, y también Lucio, Jasón y So-
sípatro, mis parientes. 22 Y yo, Tercio, ama-
nuense de esta carta, los saludo en nombre
del Señor.
23 También los saludan Gayo, que me
hospeda, con toda su comunidad; Erasto,
tesorero de la ciudad, y el hermano Cuarto.
[[24 La gracia de nuestro Señor Jesucris-
to esté con todos ustedes. Amén.]] 25 Al que
tiene el poder de confirmarlos según la
Buena Noticia que yo anuncio proclaman-
do a Jesucristo, según el secreto callado
durante siglos 26 y revelado hoy y, por dis-
posición del Dios eterno, manifestado a to-
dos los paganos por medio de escritos
proféticos para que abracen la fe, 27 a Dios,
el único sabio, por medio de Jesucristo, sea
dada la gloria por los siglos de los siglos.
Amén.





PRIMERA CARTA A LOS CORINTIOS

Corinto. Capital de la provincia romana de Acaya desde el año 27 a.C. Era por su posición geográfica estratégica, sus dos puertos de mar y sus edificios suntuosos una ciudad cosmopolita, la tercera más grande del imperio con una población de casi medio millón de habitantes, entre los que se encontraban gran número de esclavos y una importante minoría de judíos. A la prosperidad económica se unía la vida licenciosa: su templo principal estaba dedicado a Afrodita, la diosa del amor, y en él se practicaba la prostitución sagrada (a ello alude 6,15-20), haciendo de Corinto la ciudad del placer. Era también confluencia de religiones y cultos dispares acarreados por pobladores heterogéneos y por predicadores itinerantes. En la ciudad se celebraban periódicamente importantes acontecimientos deportivos llamados «Juegos Ístmicos».

La comunidad cristiana de Corinto. A Corinto llegó Pablo, después de su aparente fracaso en Atenas (Hch 17s), para entrar inerme, solo con su evangelio, en aquel hervidero humano de culturas. Un predicador más

de otro culto oriental aún más extraño. Lo acogieron Áquila y Priscila, un matrimonio de judíos convertidos al cristianismo, desterrados de Roma por el edicto del emperador Claudio (año 49). Allí se quedó el Apóstol año y medio. Rechazado por los judíos, reclutó conversos sobre todo entre los plebeyos y esclavos de la ciudad y los cuidó para formar con ellos una comunidad cristiana. El mensaje de Pablo era para ellos la «Buena Noticia» que les devolvía dignidad humana y les infundía esperanza.

A juzgar por los documentos, a ninguna comunidad dedicó Pablo tanta atención y tantos desvelos. En cierto sentido, Corinto fue la comunidad paulina por excelencia. Evangelizar en Corinto era anunciar la «Buena Nueva» a todas las naciones, congregadas y revueltas; era experimentar el encuentro o choque entre cristianismo y paganismo; era seguir de cerca, con ansiedad y celo apostólico, el rápido y azaroso crecimiento de una comunidad de neófitos, plantas tiernas expuestas al paganismo envolvente con sus doctrinas y costumbres decadentes y que, aunque bautizados, aún no se habían desprendido del lastre de un pasado pagano reciente.

Ocasión, lugar y fecha de composición de la carta. La ocasión de la carta la conocemos por la carta misma. Pablo se encontraba en Éfeso (año 54-57) evangelizando la gran capital marina de Asia, cuando le llegaron malas noticias de Corinto. Les escribió una primera carta, hoy perdida (5,9); se sumaron otras noticias alarmantes de divisiones internas y de escándalos en la comunidad. A las noticias acompañaban consultas sobre puntos de doctrina y comportamientos a seguir. Pablo contestó a todas estas inquietudes de la comunidad con la que hoy llamamos Primera Carta a los Corintios.

Carácter y contenido de la carta. Aunque la carta pretende ser una respuesta a la variedad de problemas y cuestiones planteadas, Pablo, atacando abusos y respondiendo a dudas, nos va dejando las líneas maestras del Evangelio que predica, rescatando la auténtica y completa «memoria de Jesús» para una comunidad que estaba olvidando una parte esencial de la misma, quizás a consecuencia de la euforia propia de recién convertidos: la cruz de Cristo, que es la otra cara inseparable de su resurrección gloriosa. Y así, con la fuerza y sabiduría de Dios manifestada en un Mesías crucificado, el apóstol amonesta, corrige y anima a su comunidad favorita a dar un testimonio diario de unión, de solidaridad con los más pobres y necesitados, con los débiles y menos favorecidos, y el ejemplo de una vida moral intachable en medio de aquella sociedad corrompida.

Esta vida de compromiso cristiano sólo es posible desde la abnegación y el sacrificio gozosos, propios del creyente que sabe y acepta su condición de peregrino que debe cargar con la cruz de Cristo mientras se encamina a participar de su resurrección. Si hay que buscarle un tema unificador a la carta, la cruz de Cristo sería este tema.



Sin pretender, sin alardear, Pablo compone un texto de calidad literaria excepcional que nos desvela la extraordinaria riqueza humana de un hombre que se sabe mostrar sereno y conciliador, pero también mordaz, irónico, escandalizado, herido, para terminar siendo afectuoso y tierno con la comunidad que más quería.

Actualidad de la carta. Pocas comunidades cristianas del tiempo de Pablo las conocemos tan bien como la comunidad de Corinto: sus problemas de convivencia entre ricos y pobres, los fallos graves y públicos de algunos de sus miembros, la tentación constante de dejarse arrastrar por las costumbres de una sociedad decadente y bastante corrompida, es decir, toda aquella fragilidad humana en la que podemos ver reflejada nuestra fragilidad. Pero ésta era solo una cara de la realidad, la otra muestra a una comunidad entusiasta y comprometida en la que tanto los hombres como las mujeres son conscientes de los carismas y dones recibidos que ponen al servicio de los demás, aunque a veces de manera tumultuosa y desordenada. Conocemos sus asambleas eucarísticas y la preocupación de los dirigentes (de ahí el informe que le llega a Pablo) cuando la celebración del la «Cena del Señor» se divorcia del compromiso de servicio y solidaridad con los más pobres. Es decir, una comunidad viva que sirve de ejemplo y cuestiona la pasividad y apatía de muchos de nuestros cristianos y cristianas de hoy.

El contexto social en que viven los corintios es casi el reflejo exacto del contexto de gran parte de nuestras comunidades: los suburbios pobres de las grandes ciudades, el desarraigo de emigrantes en busca de trabajo, la convivencia con personas de culturas y creencias diferentes, la seducción casi irresistible que ejerce un medio ambiente con valores anticristianos como el poder, la indiferencia y el sexo, lo duro que es luchar contra corriente. Por eso, los consejos, amonestaciones y la palabra evangélica de Pablo resuenan hoy en nuestros oídos con la misma actualidad, urgencia y, sobre todo, con el mismo poder transformador del Espíritu que hace dos mil años.

Saludo y acción de gracias

1 1 Pablo, llamado por voluntad de Dios
a ser apóstol de Cristo Jesús, y el her-
mano Sóstenes, 2 a la Iglesia de Dios de Co-
rinto, a los consagrados a Cristo Jesús con
una vocación santa, y a todos los que en
cualquier lugar invocan el nombre de Jesu-
cristo, Señor de ellos y nuestro: 3 Gracia y
paz a ustedes de parte de Dios nuestro Pa-
dre y del Señor Jesucristo.
4 Siempre doy gracias a mi Dios por us-
tedes, por la gracia que Dios les ha dado en
Cristo Jesús. 5 En efecto, por él han recibi-
do todas las riquezas, las de la palabra y las
del conocimiento. 6 El testimonio sobre
Cristo se ha confirmado en ustedes, 7 por
eso mientras aguardan la manifestación de
nuestro Señor Jesu[cristo], no les falta nin-
gún don espiritual. 8 Él los mantendrá fir-
mes hasta el final para que en el día de
nuestro Señor Jesucristo sean irreprocha-
bles. 9 Porque Dios es fiel y Él los llamó a la
comunión con su Hijo, Jesucristo Señor
nuestro.

Discordias en Corinto

10 Hermanos, en nombre de nuestro Se-
ñor Jesucristo les ruego que se pongan de
acuerdo y que no haya divisiones entre us-
tedes, sino que vivan en perfecta armonía
de pensamiento y opinión. 11 Porque me he
enterado, hermanos míos, por la familia de
Cloe, que existen discordias entre ustedes.
12 Me refiero a lo que anda diciendo cada
uno: yo soy de Pablo, yo de Apolo, yo de
Cefas, yo de Cristo. 13 ¿Está dividido Cris-
to? ¿Ha sido crucificado Pablo por ustedes
o han sido bautizados invocando el nombre
de Pablo?
14 Gracias a Dios no bauticé más que a
Crispo y Cayo; 15 así que nadie diga que fue
bautizado invocando mi nombre. 16 Bueno,

1,1-9 Saludo y acción de gracias. La introducción a la carta consta, como de costumbre, de saludo y de acción de gracias. Lo primero que llama la atención en esta breve introducción es la mención del nombre de Jesucristo, nueve veces en nueve versos. Es, pues, esta referencia constante a Jesús la que califica al que escribe la carta, a los destinatarios, y al contenido de la misma.

Pablo necesita, ya de entrada, presentar sus credenciales como «llamado por voluntad de Dios a ser apóstol de Cristo Jesús» (1). Su autoridad había sido cuestionada entre los corintios y el Apóstol tendrá que acreditarla.

El Apóstol se dirige después a los destinatarios como a la «Iglesia de Dios de Corinto» (2). La intención es clara: los corintios no están solos, son miembros de la gran asamblea convocada por Dios a la que pertenecen todos los hombres y mujeres de cualquier raza o nación que han sido «consagrados a Cristo Jesús con una vocación santa» (2) y que, por tanto, invocan el nombre de Jesús sea donde sea.

Es interesante resaltar el altísimo concepto que Pablo tiene de los cristianos. Naturalmente, el Apóstol no los canoniza, como después se verá cuando ponga el dedo en la llaga y denuncie los problemas concretos de aquella comunidad de Corinto. Pablo se refiere a la acción salvadora de Dios por medio de Jesús que se derramó gratuitamente sobre aquellos hombres y mujeres, como también sobre nosotros, elevándolos a la dignidad de hijos e hijas de Dios. Este don gratuito de Dios, sin embargo, no es estático, sino dinámico. Pablo lo llama «vocación santa» (2). En nuestro lenguaje de hoy diríamos que se trata de la «misión» de todo cristiano y cristiana, recibida en el bautismo, de transformar el mundo en que vivimos haciéndolo más justo y equitativo, menos pobre y corrupto, más ecológico y pacífico. Es decir, la misión de construir, ya ahora, el reino de Dios. Ser hijos e hijas de Dios es lo mismo que ser misioneros y misioneras de su reino. Para realizar esta labor no estamos con las manos vacías. Dios nos regala dones, aptitudes y carismas. Pablo reconoce esta realidad en la comunidad de Corinto. Se congratula por ello y les anima a seguir fieles dando testimonio y confiando en la fidelidad de Dios que completará lo comenzado.

Entre los dones que la comunidad ha recibido, Pablo menciona la elocuencia y la sabiduría, cualidades muy estimadas en el mundo griego; al valorarlas positivamente, el Apóstol se gana la benevolencia de sus lectores. Estos carismas tienen una función en el presente, pero están orientados a la manifestación última de Jesucristo, cuando llegue «su día». Al escribir la carta, Pablo estaba convencido de que la segunda y definitiva venida del Señor era inminente.

1,10-17 Discordias en Corinto. Después de esta introducción densa y programática, Pablo va enseguida al grano, es decir, al problema fundamental de la comunidad de Corinto: las divisiones y las rivalidades, pecados constantes de la Iglesia de Dios de todos los tiempos.

La exhortación a la unidad es solemne y enérgica, hecha en nombre de Jesús y apelando a sus títulos de Cristo y Señor. Pablo no entra ahora en detalles sobre las divisiones y rivalidades pero, por el tenor de toda

bauticé también a la familia de Esteban;
pero, que yo sepa, no bauticé a nadie más.
17 Porque Cristo no me envió a bautizar,
sino a anunciar la Buena Noticia, sin elocuencia alguna, para que no pierda su eficacia la cruz de Cristo.

El mensaje de la cruz

18 Porque el mensaje de la cruz es locura
para los que se pierden; pero para los que
nos salvaremos es fuerza de Dios. 19 Como
está escrito:

Acabaré
con la sabiduría de los sabios
y confundiré
la inteligencia de los inteligentes.

20 ¿Dónde hay un sabio, dónde un letrado, dónde un investigador de este mundo? ¿Acaso no ha demostrado Dios que la sabi-
duría del mundo es una locura? 21 Como el
mundo con su sabiduría no reconoció a
Dios en las obras que manifiestan su sabiduría, dispuso Dios salvar a los creyentes
por la locura de la cruz. 22 Porque los judíos
piden milagros, los griegos buscan sabidu-
ría, 23 mientras que nosotros anunciamos
un Cristo crucificado, escándalo para los
judíos, locura para los paganos; 24 pero
para los llamados, tanto judíos como griegos, un Cristo que es fuerza y sabiduría de
Dios. 25 Porque la locura de Dios es más sabia que la sabiduría de los hombres y la debilidad de Dios más fuerte que la fortaleza de los hombres.

26 Miren, hermanos, quiénes han sido llamados: entre ustedes no hay muchos sabios humanamente hablando, ni muchos
poderosos, ni muchos nobles; 27 por el con-
trario, Dios ha elegido los locos del mundo para humillar a los sabios, Dios ha elegido a los débiles del mundo para humillar a los
fuertes, 28 Dios ha elegido a gente sin im-

---

la carta, la alusión es clara: la discriminación y las diferencias entre cristianos ricos –algunos– y pobres –la mayoría–; esclavos y libres; mujeres y hombres; cultos –algunos– y sin estudios –la mayoría–; carismáticos y conservadores; judíos y griegos; pecadores públicos y personas honestas.

De todo esto había en aquella comunidad cristiana tan compleja, conflictiva, cosmopolita y pluralista de Corinto, reflejo casi exacto de muchas de nuestras comunidades de hoy. Es posible que cada grupo se identificara con un personaje de la Iglesia como Pablo, Cefas o Apolo sin que estos personajes fueran en realidad los jefes de fila de los diversos bandos.

Ante situación tan compleja, el Apóstol lanza, de momento, una poderosa llamada de atención a la conciencia de todos en favor de la concordia, que termina con preguntas tan incisivas como éstas: «¿Está dividido Cristo? ¿Ha sido crucificado Pablo por ustedes?» (13). Cristo y la Iglesia se identifican de tal modo (cfr. 12,27) que las divisiones en la Iglesia son tan absurdas como si Cristo estuviese dividido.

1,18-31 El mensaje de la cruz. Entramos en la sección más importante de la carta donde Pablo, quien antes nos ha dicho que su misión principal es evangelizar, nos va a comunicar en qué consiste su evangelio, el mensaje que anuncia como embajador de Cristo. No es exagerado afirmar que estamos ante uno de los textos claves de todo el Nuevo Testamento, que ya en adelante va a legitimar o desacreditar todo lo que pensemos, escribamos, hablemos o practiquemos en nombre de Dios a lo largo de la historia. Su mensaje es la cruz de Jesús.

A través de una serie de contrastes audaces y contundentes, Pablo nos acerca al misterio de Cristo crucificado: es un «escándalo», dice, para los judíos que esperan a un Cristo triunfador. Es una «locura», añade, para los griegos que buscan y se apoyan en la razón y la sabiduría. El misterio de la cruz sólo puede expresarse ante los ojos de la sabiduría y razón humanas como «locura y debilidad de Dios», y precisamente por eso, es «fuerza y sabiduría de Dios» (24) para los creyentes.

Pablo ciertamente no es un fanático anti-intelectual que desprecia la razón, la ciencia o el progreso. A lo que el Apóstol se opone decididamente es a todo proyecto humano de la índole que sea –incluso religiosa– que, dejando de lado al Dios que se revela en la cruz de Jesús, termina siempre por construir una sociedad basada en la injusticia, la discriminación, la opresión y la violencia.

Esta paradoja, la fuerza de la debilidad de Dios, se prolonga y manifiesta en la comunidad de Corinto, compuesta de gente socialmente sin importancia (cfr. Sant 2,5; Mt 11,25). No abundan los intelectuales, los ricos, los poderosos, la nobleza. Como en otro tiempo a unos esclavos en Egipto (cfr. Dt 7,7s; Is 49,7), así ahora elige a gente sin estudios, sin influjos y sin títulos.

Es interesante resaltar la insistencia de Pablo en poner de relieve en estos versículos (26-29), por una parte, la iniciativa de la elección de Dios, repitiendo cuatro veces el termino «elegir» o «llamar», y por otra, la condición social de los destinatarios de su elección: los locos del mundo, los débiles, los plebeyos, los despreciados, los que nada son. Ellos serán, sigue afirmando Pablo, los que humillarán –lo dice dos veces– a los sabios y poderosos y anularán a los que se creen que son algo.

portancia, a los despreciados del mundo y
a los que no valen nada, para anular a los
que valen algo. 29 Y así nadie podrá gloriar-
se frente a Dios.

30 Gracias a Él ustedes son de Cristo Je-
sús, que se ha convertido para ustedes en
sabiduría de Dios y justicia, en consagra-
ción y redención.

31 Así se cumple lo escrito:

El que se gloría
que se glorie en el Señor.

Sabiduría superior

2 1 Cuando llegué a ustedes, hermanos,
para anunciarles el misterio de Dios
no me presenté con gran elocuencia y sabi-
duría; 2 al contrario decidí no saber de otra
cosa que de Jesucristo, y éste crucificado.
3 Débil y temblando de miedo me presenté
ante ustedes; 4 mi mensaje y mi procla-
mación no se apoyaban en [palabras] sa-
bias y persuasivas, sino en la demostración
del poder del Espíritu, 5 para que la fe de
ustedes no se fundase en la sabiduría hu-
mana, sino en el poder divino.

6 A los maduros en la fe les proponemos
una sabiduría: no sabiduría de este mundo
o de los jefes de este mundo, que van sien-
do derribados. 7 Proponemos la sabiduría
de Dios, misteriosa y secreta, la que Él pre-
paró desde antiguo para nuestra gloria.
8 Ningún príncipe de este mundo la cono-
ció: porque de haberla conocido, no hab-
rían crucificado al Señor de la gloria. 9 Pero,
como está escrito: *Ningún ojo vio, ni oído
oyó, ni mente humana concibió,* lo que
Dios preparó para quienes lo aman.

Revelada por el Espíritu

10 A nosotros nos lo ha revelado Dios
por medio del Espíritu; porque el Espíritu lo
escudriña todo, incluso las profundidades
de Dios.

11 ¿Quién puede conocer lo más íntimo
del hombre sino el espíritu humano dentro
de él? Del mismo modo nadie conoce lo
propio de Dios si no es el Espíritu de Dios.
12 Ahora bien, nosotros hemos recibido no
el espíritu del mundo, sino el Espíritu de
Dios, que nos hace comprender los dones
que Dios nos ha dado.

13 Exponemos esto no con palabras en-
señadas por la sabiduría humana, sino
enseñadas por el Espíritu, explicando las
cosas espirituales en términos espirituales.
14 El hombre puramente natural no acepta

Esta iniciativa de salvación de Dios, absolutamente sorprendente, se hace realidad en Jesús que comunica a los suyos, los débiles de este mundo, la sabiduría, la justicia, la consagración y el rescate. Estas expresiones densas de teología paulina, podrían resumirse en una palabra: «liberación», comenzando ya aquí y ahora.

En definitiva, Pablo no hace sino presentar a los corintios –y a nosotros– el proyecto que Jesús anunció en la sinagoga de Nazaret (cfr. Lc 4,14-21).

Pablo escribe con la pasión y la lúcida percepción de quien ha comprendido la esencia del Evangelio, es decir, la «memoria» de Jesús, que el Apóstol quiere dejar clara para la Iglesia de Corinto y para quienes leemos hoy su carta.

2,1-9 Sabiduría superior. Pablo tiene una idea casi obsesiva: la elección gratuita de los corintios por parte de Dios. Vuelve pues, a la carga, insistiendo en cómo se presentó ante ellos sin prestigio ni sabiduría humana convincente y persuasiva, sino débil y temblando de miedo. Su saber y sus credenciales eran solamente Jesús, y éste crucificado. Pablo, por tanto, no fue el trasmisor de ningún conocimiento humano superior. Su fuerza persuasiva procede del Espíritu y es el Espíritu el que dio a los corintios la sabiduría misteriosa de Dios. Para acercarse a este misterio, el Apóstol recurre a Is 64,3: «ningún ojo vio, ni oído oyó, ni mente humana concibió…» completando las palabras del profeta con este final suyo: «lo que Dios preparó para quienes lo aman» (9).

¿Hay mejor manera de describir la experiencia de Dios que sigue fascinando a los hombres y mujeres de hoy, a quienes el Espíritu del Crucificado ha salido al encuentro?

2,10-16 Revelada por el Espíritu. Pablo continúa ahondando en el tema con una comparación. Viene a decir lo siguiente: nadie conoce en profundidad a otra persona si ésta no revela su propia intimidad. La intimidad secreta de una persona la conoce únicamente la persona misma (cfr. Prov 14,10; 20,27) y sólo ésta puede comunicarla. Para que se realice esta comunicación debe existir sintonía entre la persona que abre las puertas de su intimidad y la persona que es invitada a entrar en este misterio humano ofrecido. De modo semejante, dice Pablo, sólo el Espíritu conoce la intimidad de Dios y a Él toca revelarlo y hacerlo comprender.

A Pablo, como intermediario, le toca comunicar oportunamente a otros lo que él ha recibido por revelación. Por su parte, los corintios tienen que sintonizar con el Espíritu para que la comunicación se realice. Esta sintonía, para el Apóstol, es poseer «el

lo que procede del Espíritu de Dios, porque
le parece una locura; y tampoco puede
entenderlo, porque para eso se necesita un
criterio espiritual. 15 En cambio el hombre
espiritual puede juzgarlo todo y a él nadie
lo puede juzgar. 16 Porque, *¿quién conoce*
la mente del Señor para darle lecciones?
Pero nosotros poseemos el pensamiento de
Cristo.

Inmadurez de los corintios

3 1 Yo, hermanos, no pude hablarles
como a hombres espirituales, sino
como a hombres simples, como a niños en
la vida cristiana. 2 Les di de beber leche y
no alimento sólido, porque aún no podían
tolerarlo; como tampoco ahora, 3 dado que
aún los guía el instinto.

Si entre ustedes hay envidias y discor-
dias, ¿no indican que todavía se dejan guiar
por el instinto y por criterios humanos en su
conducta? 4 Cuando uno dice: yo soy de
Pablo, y otro: yo soy de Apolo, ¿acaso no
se comportan como cualquier hombre?
5 ¿Quién es Apolo?, ¿quién es Pablo? Minis-
tros de la fe, cada uno según el don de
Dios.

6 Yo planté, Apolo regó, pero era Dios
quien hacía crecer. 7 De manera que ni el
que planta ni el que riega son nada, sino
Dios que hace crecer. 8 El que planta y el
que riega trabajan en lo mismo; cada uno
recibirá su salario según su trabajo. 9 Noso-
tros somos colaboradores de Dios, y uste-
des son el campo de Dios, el edificio de
Dios.

10 Según el don que Dios me ha dado,
como arquitecto experto puse el cimiento;
otro sigue construyendo. Que cada uno se
fije en cómo construye. 11 Nadie puede po-

---

pensamiento de Cristo» (16). Sin esta sintonía y horizonte cristiano, todo lo que provenga del Espíritu aparecerá como una incomprensible locura.

¿No es locura toda la vida de Jesús, su opción por los pobres y marginados, el perdón ofrecido a sus enemigos, su misma muerte en la cruz? ¿No han sido tachados de locos, utópicos e idealistas todos los hombres y mujeres que han intentado e intentan seguir a Jesús hasta sus más radicales consecuencias? Pablo insiste una y otra vez en el protagonismo del Espíritu de Cristo como revelador del misterio de Dios.

3,1-23 Inmadurez de los corintios. Después de dejar sentados los grandes principios cristianos sobre los que se debe construir toda comunidad de creyentes, Pablo ataca los problemas concretos de sus queridos corintios, motivo por el cual les dirigió esta carta desde Éfeso, a donde le habían llegado malas noticias de ellos. Dejando los demás asuntos para después, el Apóstol comienza por el problema principal: las envidias y las discordias que tenían dividida a aquella comunidad en bandos (4).

En primer lugar, el Apóstol trata de comprenderlos y en cierta manera de excusarlos. Dice que al principio sólo pudo hablarles como a niños en la vida cristiana y por tanto darles sólo leche y no el alimento sólido que no hubieran podido digerir.

Esta inmadurez, sin embargo, ¿no duraba ya demasiado? A continuación Pablo se lanza a desmantelar los bandos basados en el culto a la personalidad: «¿Quién es Apolo?, ¿quién es Pablo?» (5). Para ello utiliza dos bellísimas imágenes sobre la comunidad cristiana, símbolo de toda la comunidad humana, sacadas de la tradición bíblica. La primera: «Ustedes son el campo de Dios, el edificio de Dios» (9). Los ministros y servidores de la fe no son dueños de la comunidad. Ellos plantan, riegan, construyen, edifican, es decir, «somos colaboradores de Dios» (9), pero sólo Dios hace crecer, y «nadie puede poner otro cimiento que el ya puesto, que es Jesucristo» (11), cfr. Ef 2,20-22. La segunda: «¿No saben que son santuario de Dios y que el Espíritu de Dios habita en ustedes?» (16). En el santuario de Jerusalén residía la Gloria de Dios. Era una institución venerada y respetada (cfr. Jr 7 y 26; Mt 21,12-16). El nuevo santuario de Dios no es un recinto, viene a decir Pablo. No está hecho de piedra sino de vida, y son todos los hombres y mujeres de este mundo, sin distinción de religión, raza o nación. Este santuario es sagrado. En él habita Dios. Nadie ha dicho algo tan sublime sobre la dignidad de la persona humana. Y nadie ha sido tan radical y contundente en condenar a todos aquellos o aquellas que destruyan, abusen, discriminen, menosprecien o se olviden de este santuario de Dios: «Dios los destruirá porque el santuario de Dios que son ustedes, es sagrado» (17).

Estas palabras revolucionarias de Pablo deben seguir inquietando y cuestionando a nuestras comunidades cristianas de hoy. El lugar «privilegiado» para dar culto a Dios no son ya iglesias, santuarios, centros de peregrinaciones o el lugar favorito de las devociones de cada uno, sino «las personas», especialmente aquellas que son los santuarios profanados de Dios: los pobres, los marginados, los hambrientos, los emigrantes, los niños de la calle y ese largo etcétera de la miseria humana. Si no descubrimos y damos culto al Dios que habita en ellos, no lo encontraremos en las iglesias o santuarios, pues los habremos llenado de ídolos y dioses falsos.

Éste es el horizonte espiritual, «la mentalidad de Cristo» que abre Pablo tanto a los corintios como a nosotros y nosotras. Todo lo que se desvía de este horizonte cristiano es «sabiduría de este mundo», «locura para Dios».

ner otro cimiento que el ya puesto, que es Jesucristo. 12 Sobre ese cimiento uno coloca oro, otro plata, piedras preciosas, madera, hierba, paja. 13 La obra de cada uno se verá claramente en el día del juicio porque ese día vendrá con fuego, y el fuego probará la calidad de la obra de cada uno.

14 Si la obra que construyó resiste, recibirá su salario. 15 Si la obra se quema, será castigado, aunque se salvará como quien escapa del fuego.

16 ¿No saben que son santuario de Dios y que el Espíritu de Dios habita en ustedes? 17 Si alguien destruye el santuario de Dios, Dios lo destruirá a él, porque el santuario de Dios, que son ustedes, es sagrado.

18 Que nadie se engañe: si uno se considera sabio en las cosas de este mundo, vuélvase loco para llegar a sabio; 19 porque la sabiduría de este mundo es locura para Dios, como está escrito: *Él sorprende a los sabios con su misma astucia,* 20 y también: *El Señor conoce los razonamientos de los sabios y sabe que son vanos.*

21 En consecuencia que nadie se gloríe de los hombres. Todo es de ustedes: 22 Pablo, Apolo, Cefas, el mundo, la vida y la muerte, el presente y el futuro. Todo es de ustedes, 23 ustedes son de Cristo, Cristo es de Dios.

Ministros de Cristo

4 1 Que la gente nos considere como servidores de Cristo y administradores de los secretos de Dios.

2 Ahora bien, a un administrador se le exige que sea fiel. 3 A mí poco me importa ser juzgado por ustedes o por un tribunal humano; ni yo mismo me juzgo. 4 Mi conciencia nada me reprocha, pero no por ello me siento sin culpa; quien me juzga es el Señor. 5 Por tanto, no juzguen antes de tiempo; esperen la llegada del Señor, él iluminará lo que está oculto en las tinieblas y pondrá al descubierto las intenciones del corazón. Entonces cada uno recibirá su calificación de Dios.

6 Hermanos, les puse mi ejemplo y el de Apolo, para que aprendan de nosotros aquel dicho: no salirse de lo escrito, y así nadie tome partido orgullosamente a favor de uno y en contra de otro.

7 ¿Quién te declara superior? ¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo has recibido, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido?

8 ¡Ahora están satisfechos!, ¡ya se han enriquecido! ¡Sin nosotros son reyes! Ojalá ya reinaran, para reinar nosotros con ustedes. 9 Pero pienso que a nosotros los apóstoles Dios nos ha puesto en el último lugar,

---

Los ojos iluminados de Pablo nos ofrecen un grandioso final: «Todo es de ustedes, ustedes son de Cristo, Cristo es de Dios» (22s).

El Apóstol remata esta parte de la carta volviendo al tema del principio: no pertenecen a Pablo o a Apolo o a Cefas, viene a decir. Al contrario, ellos les pertenecen a ustedes como ministros y colaboradores de Dios al servicio de la comunidad. O lo que es lo mismo, no son los cristianos los que están al servicio de la institución o de la jerarquía de la Iglesia por más alta que ésta sea o de cualquier movimiento eclesial de turno. Al revés. No podemos enajenar nuestra libertad de pensar y de actuar ni nuestra conciencia en una obediencia servil a nuestros líderes, ni éstos pueden imponernos el silencio, siempre que nos movamos dentro de la tradición apostólica.

Pero, ¡atención!, añade Pablo, tampoco ustedes son el centro. Es decir, la comunidad cristiana no es una democracia independiente, libre y soberana, dueña de su propio destino. El centro de la comunidad es Cristo, de la misma manera que Cristo hizo del reino de Dios el centro de su vida y su misión.

4,1-21 Ministros de Cristo. Pablo entra ahora en el terreno personal. Responde a las críticas de los corintios con toda la riqueza de su carácter fuerte y pasional. He aquí a un Pablo duro y a la vez afectivo, irónico y mordaz, herido pero sin rencor y, sobre todo, sincero.

¿Era considerado por la pequeña élite de los corintios como un judeo-cristiano muy por debajo del prestigio intelectual de Apolo? ¿Existían otros rumores o críticas?

El Apóstol, se defiende, por supuesto. Conoce la mediocridad y la falta de inteligencia de sus adversarios, pero acepta que se burlen de él.

Comienza diciendo que lo importante es que la gente lo considere a él y a sus compañeros como «servidores de Cristo y administradores de los secretos de Dios» (1), y que lo principal para un administrador es que sea fiel (2). Ni más ni menos.

Añade a continuación que le importan muy poco las críticas y que ni él se juzga a sí mismo. El juicio lo deja para Dios. Por otra parte, nada le reprocha la conciencia, aunque está dispuesto a admitir sus fallos.

Se lanza después a una larga y apasionada confesión de lo que ha significado y significa ser servidores de Dios y fieles a la misión encomendada: ser exhibidos como los últimos, como condenados a muerte,

como condenados a muerte, y hemos lle-
gado a ser un espectáculo para el mundo,
para los ángeles y los hombres.

10 Nosotros por Cristo somos locos, us-
tedes por Cristo prudentes; nosotros débi-
les, ustedes fuertes; ustedes estimados,
nosotros despreciados. 11 Hasta el momen-
to presente pasamos hambre y sed, vamos
medio desnudos, nos tratan a golpes, no
tenemos domicilio fijo, 12 nos fatigamos
trabajando con nuestras manos. Somos in-
sultados y bendecimos, somos perseguidos
y resistimos, 13 somos calumniados y con-
solamos a los demás. Somos la basura del
mundo, el desecho de todos hasta ahora.

14 No les escribo esto para avergonzar-
los, sino quiero corregirlos como a hijos
queridos. 15 Porque aunque como cristianos
tengan diez mil instructores, no tienen mu-
chos padres. Yo los engendré para Cristo
cuando les anuncié la Buena Noticia. 16 Por
lo tanto les ruego que sigan mi ejemplo.

17 Por esta razón les envié a Timoteo,
hijo mío querido y fiel al Señor; para que les
recuerde mis principios cristianos, tal como
los enseño por toda la Iglesia. 18 Algunos,
pensando que no iría a verlos, se han
hinchado de orgullo; 19 pero los visitaré
pronto, si Dios quiere, y entonces mediré,
no las palabras de los orgullosos, sino sus
acciones. 20 Porque el reino de Dios no es
de palabras, sino de obras. 21 ¿Qué eligen?,
¿que vaya con la vara o con amor y man-
sedumbre?

El incestuoso
(Dt 27,20; Lv 18,8; 20,11)

5 1 Hemos oído decir que entre ustedes
hay un caso de inmoralidad que no se
da ni entre los paganos: uno convive con la
mujer de su padre.

2 Y mientras tanto ustedes se sienten or-
gullosos, en vez de estar de duelo, para que
el que cometió esa acción sea expulsado de
la comunidad.

3 Yo, por mi parte, aunque estoy ausen-
te corporalmente, pero presente en espíritu,
ya tengo sentenciado, como si estuviera
presente, al que comete tal delito: 4 reuni-
dos en nombre de nuestro Señor Jesús
ustedes con mi espíritu, con el poder de
nuestro Señor Jesús, 5 entreguen a ese in-
dividuo a Satanás para mortificar su sen-
sualidad, de modo que el espíritu se salve el
día del Señor Jesús.

6 El orgullo de ustedes no es razonable.
¿No saben que con un poco de levadura

---

como espectáculo de burla, como locos; padecer hambre y sed; ir medio desnudos; ser despreciados; vagar a la aventura; recibir golpes; fatigas; trabajo físico; calumnias; insultos; persecuciones.

El final es conmovedor: «somos la basura del mundo, el desecho de todos hasta ahora» (13). A todo esto, los misioneros del Evangelio responden con la actitud de Cristo: «bendecimos... resistimos... consolamos» (12s).

El contrapunto de esta letanía de sufrimientos lo pone la actitud autosuficiente de los corintios a la que alude Pablo con mordacidad e ironía: se creen prudentes, fuertes, estimados.

Ya antes les había reprochado su complejo de superioridad, estar saciados de vanagloria como si fuera suyo lo recibido gratuitamente de Dios, como si estuvieran ya reinando y no caminando todavía bajo el signo de la cruz de Cristo.

Al final reaparece el Pablo afectuoso, el padre que amonesta a sus hijos queridos a los que ha engendrado para Cristo.

Les promete una visita y esta vez se presentará a ellos, no temblando y lleno de miedo como en la primera vez, sino con el ejemplo de su vida que procede de la fuerza del Evangelio.

5,1-13 El incestuoso. En clara oposición a la conducta autosuficiente de los corintios, Pablo va a denunciar un caso de incesto, una vergüenza que precipita la fermentación del mal en la comunidad entera como la levadura en la masa. El Apóstol propone una reunión de la comunidad en el nombre del Señor Jesús, para decidir qué hacer con el incestuoso. Aunque ausente corporalmente, el Apóstol declara ya su voto: que «entreguen ese individuo a Satanás» (5).

La expresión nos puede parecer excesivamente dura. Probablemente se trata de un modo de hablar de excomunión. De todas formas, el castigo es medicinal y caritativo: para que «se salve el día del Señor Jesús» (5). Otro caso de excomunión se encuentra en la correspondencia de Pablo con la misma comunidad de Corinto (cfr. 2 Cor 2,5-11). El castigo surte efecto y Pablo mismo recomienda que el hermano sea readmitido en la comunidad.

El Apóstol aprovecha el caso para recordarles lo que ya les había escrito en una carta anterior que no se ha conservado, donde puntualiza las normas de comportamiento y trato con los gentiles.

El contexto socio-cultural de Corinto, una de las ciudades más corrompidas del imperio romano, planteaba a aquellos cristianos un serio problema de convivencia con los de fuera de la comunidad. Pablo hace una distinción. Con los inmorales, explotadores, avaros e idólatras «no cristianos», les dice que se com-

fermenta toda la masa? 7 Despójense de la
levadura vieja para ser una masa nueva,
porque ustedes mismos son los panes sin
levadura, ya que nuestra víctima pascual,
Cristo, ha sido inmolado. 8 Por consiguien-
te, celebremos la Pascua no con vieja leva-
dura, levadura de maldad y perversidad,
sino con los panes sin levadura de la since-
ridad y la verdad.

9 Ya les escribí en mi otra carta que no se
juntaran con gente inmoral.

10 No me refería en general a gente in-
moral de este mundo, a los avaros, explo-
tadores e idólatras. De ser así, ustedes
tendrían que haber salido del mundo.

11 Concretamente les escribí que no se
juntaran con aquellos que haciéndose lla-
mar hermanos son inmorales, avaros,
explotadores, idólatras, difamadores o bo-
rrachos. Con ellos, ¡ni coman!

12 Acaso, ¿me toca a mí juzgar a los de
fuera? Juzguen ustedes a los que están
dentro. 13 A los de fuera los juzgará Dios.
Expulsen al malvado de entre ustedes.

Pleitos entre cristianos

6 1 Cuando uno de ustedes tiene un
pleito con otro, ¿cómo se atreve a pe-
dir justicia ante los tribunales paganos en
lugar de someterse al juicio de los consa-
grados? 2 ¿No saben que los consagrados
juzgarán al mundo? Y si ustedes van a juz-
gar al mundo, ¿no les parece que son com-
petentes en asuntos de poca importancia?
3 ¿No saben que juzgaremos a los ángeles?
Cuánto más, entonces podemos juzgar
asuntos de la vida ordinaria.

4 Si tienen litigios ordinarios, ¿cómo
nombran jueces gente que nada significa
para la Iglesia? 5 Lo digo para que se aver-
güencen. ¿O sea que entre ustedes no hay
ningún experto que pueda hacer de árbitro
entre hermanos?

6 Al contrario, un hermano pleitea con
otro y lo hace en tribunales de no creyen-
tes. 7 Ya es bastante desgracia que tengan
pleitos entre ustedes.

¿Acaso no sería mejor sufrir la injusti-
cia? ¿O dejarse robar? 8 Pero no, ustedes
mismos son los que perjudican y roban a
sus hermanos.

9 ¿No saben que los injustos no hereda-
rán el reino de Dios? No sigan engañándo-
se: ni inmorales ni idólatras ni adúlteros ni
afeminados ni homosexuales 10 ni ladrones
ni avaros ni borrachos ni calumniadores ni
explotadores heredarán el reino de Dios.

11 Algunos de ustedes fueron de ésos;
pero han sido purificados y consagrados y

---

porten con normal convivencia. El cristianismo no es una secta. Sin embargo, con los corrompidos, explotadores y avaros «de dentro» –Pablo viene a decir que sólo son cristianos de nombre–, el Apóstol es taxativo y duro: «Con ellos, ¡ni coman!» (11).

¿Medida extrema de protección para una comunidad que vivía continuamente expuesta a la decadencia y corrupción ambiental?

Aunque expresado en forma negativa, Pablo está refiriéndose al sentido de identidad que debe tener una comunidad de creyentes, a los lazos de unión, de corrección fraterna, de mutua solidaridad y de radicalidad en el seguimiento de Jesús que, al mismo tiempo que protege a sus miembros, les capacita para ofrecer a los de afuera su testimonio cristiano.

Un cristiano o cristiana sin un sentido fuerte de pertenencia a la comunidad es casi imposible que se mantenga como tal en el tipo de sociedad en que vivimos. Esto es lo que viene a decir Pablo a los creyentes de hoy. La descristianización reciente de muchas zonas del mapa tradicional cristiano ha comenzado justamente con la pérdida de identidad comunitaria.

6,1-11 Pleitos entre cristianos. Es justamente la baja calidad de la vida comunitaria de los corintios lo que ataca Pablo en este caso. No existe el diálogo ni la caridad. A los «bandos» de que ha hablado antes se añade ahora la desgracia de los pleitos, con el agravante de que los asuntos de familia se exponen y someten ahora a los de fuera.

El Apóstol propone un mandato y un consejo. El mandato es resolver los pleitos dentro de la comunidad, sometiéndolos a árbitros cualificados, capaces de juzgar con sentido y justicia cristiana. Hay que lavar los trapos sucios dentro de casa, viene a decir. El consejo parece más fuerte aún que el mandato. Pablo pide a los demandantes cristianos ante los tribunales civiles ceder los propios derechos por el bien de la paz, que es el triunfo de la caridad sobre la legalidad. Este consejo actualiza el de Jesús en el sermón del monte (cfr. Mt 5,38-40). Es más, Pablo cuestiona el derecho que tienen a sentirse ofendidos por algún robo o delito contra la propiedad, que es lo que parece que estaba en litigio. Los demandantes son probablemente los ricos de la comunidad, los únicos con la capacidad económica y legal de pleitear ante los tribunales del Imperio. Al fin y al cabo, viene a decirles Pablo, ¿no son sus riquezas fruto del despojo a hermanos suyos? Termina este asunto de los pleitos con una llamada de atención a los ricos y poderosos para

absueltos por la invocación del Señor Jesu-
cristo y por el Espíritu de nuestro Dios.

Libertad cristiana y fornicación

12 —Todo me está permitido, dicen. Pero
no todo conviene. Todo me está permitido,
pero no me dejaré someter por nada. 13 Los
alimentos para el vientre y el vientre para
los alimentos, dicen, y Dios acabará con
ambos. Pero el cuerpo no es para la for-
nicación, sino para el Señor, y el Señor para
el cuerpo. 14 Y Dios, que resucitó al Señor,
los resucitará también a ustedes con su po-
der.

15 ¿No saben que sus cuerpos son
miembros de Cristo? Y, ¿voy a tomar los
miembros de Cristo para hacerlos miem-
bros de una prostituta? ¡De ningún modo!
16 O ¿no saben que quien se une a una
prostituta se hace un cuerpo con ella? Por-
que dice la Escritura *que formarán los dos*
una sola carne. 17 Pero el que se une al Se-
ñor, se hace un solo espíritu con él. 18 Apár-
tense de la fornicación. Cualquier pecado
que el hombre comete queda fuera del
cuerpo, pero el que fornica peca contra su
cuerpo.

19 ¿No saben que su cuerpo es santuario
del Espíritu Santo, que han recibido de Dios
y habita en ustedes? De modo que no se
pertenecen a sí mismos, 20 sino que han
sido comprados a un gran precio, por tanto
glorifiquen a Dios con sus cuerpos.

Matrimonio y celibato

7 1 En cuanto a las preguntas que me
hicieron en su carta contesto: es me-
jor que el hombre no tenga relaciones con
la mujer, 2 sin embargo, para evitar la in-
moralidad, cada hombre tenga su mujer y
cada mujer su marido. 3 Cumpla el marido
su deber con la mujer y lo mismo la mujer

---

que se rijan por la justicia del Evangelio: «¿no saben que los injustos no heredarán el reino de Dios?» (9).

A continuación, Pablo completa la serie de conductas negativas que ya había iniciado en 5,11, aludiendo a los fornicadores, idólatras, adúlteros, etc. Ellos tampoco heredarán el reino de Dios. El motivo lo deja para el final, donde con tres términos de gran contenido teológico describe el milagro acontecido en los creyentes de Corinto. Si antes incurrieron en esos vicios, ahora, por el bautismo en el nombre de Jesús han sido purificados, consagrados y absueltos por la invocación del Señor Jesucristo y por el Espíritu de nuestro Dios» (11). Estos tres términos aluden a la trasformación existencial ocurrida en el bautismo que debe dar a luz a una persona nueva y santa.

6,12-20 Libertad cristiana y fornicación. El tema que toca Pablo en este apartado de su carta es de candente actualidad. Lo era entonces y lo sigue siendo hoy: la libertad sexual. En estilo de diatriba, el Apóstol repite y refuta los argumentos de los corintios.

El primer argumento es una burda interpretación de la libertad evangélica a la que Pablo alude con frases como «todo me está permitido» (12). Es probable que algunos de la comunidad se dejaran influir por corrientes del pensamiento gnóstico griego, muy en boga en aquellos días, según las cuales lo material (el cuerpo y sus funciones) está separado de lo espiritual y por consiguiente no afecta al espíritu. Así las cosas, lo sexual no estaría condicionado por la nueva realidad cristiana adquirida en el bautismo.

El segundo argumento en apariencia más convincente: la satisfacción o gratificación sexual es tan necesaria y éticamente neutra como el comer. Hoy día lo formularíamos así: el sexo es simplemente una función natural y si se practica entre adultos, sin coacción, libremente, con el mutuo consentimiento de los interesados y sin daño a terceras personas, pertenece al ámbito de lo privado donde nadie tiene el derecho a meterse y menos a moralizar.

Pablo refuta estos argumentos desde la visión de una verdadera antropología cristiana. Se opone frontalmente a una dicotomía de la persona humana entre cuerpo y espíritu y por consiguiente a todo falso espiritualismo que rebaje, desdeñe o menosprecie el cuerpo y por tanto a la sexualidad. La persona humana no «tiene» cuerpo sino que «es» cuerpo.

Ahora bien, el hombre y la mujer enteros, con sus cuerpos, pertenecen al ámbito de la salvación. Por ellos y ellas murió Jesús corporalmente y los cuerpos han de compartir también la gloria del resucitado.

La sexualidad, como parte importante del cuerpo, asciende también al ámbito de la salvación. Somos miembros de Cristo, repite Pablo.

El cuerpo del cristiano –no sólo la comunidad– es signo visible y templo del Espíritu. Nuestra vida moral se juega también en el uso de nuestro cuerpo.

7,1-16 Matrimonio y celibato. Aquí comienza Pablo a responder a las consultas de los corintios. Primero se refiere a los casados (2-7). En el extremo opuesto de los que declaran el «amor libre» se encuentran los que excluyen el matrimonio o las relaciones sexuales dentro de él, de acuerdo con filosofías sectarias de corte ascético. Había de todo en aquella comunidad tan pluralista.

Pablo respalda la pareja. Reconoce, ante todo, la normal inclinación sexual de todo ser humano, también de los creyentes de Corinto, y considera el matrimonio como el cauce concreto de vivir dicha inclinación. Posee como trasfondo el mandato bíblico de dejar la propia familia, vivir con la esposa o el

con el marido. 4 La mujer no es dueña de su cuerpo, sino el marido; lo mismo el marido no es dueño de su cuerpo, sino la mujer.

5 No se nieguen el uno al otro, si no es de común acuerdo y por un tiempo, para dedicarse a la oración. Después únanse de nuevo no sea que Satanás los tiente aprovechándose de que no pueden contenerse.

6 Esto lo digo como una concesión, no como obligación, 7 porque desearía que todos fueran como yo; sólo que cada uno recibe de Dios un don particular, a unos éste, a otros aquél.

8 A los solteros y a las viudas les digo que es mejor que se queden como yo;
9 pero si no pueden contenerse, que se casen: más vale casarse que vivir consumido en malos deseos.

10 A los casados les ordeno, no yo, sino el Señor, que la mujer no se separe del marido; 11 pero si se separa, que no se case con otro o se reconcilie con el marido, y que el marido no se divorcie de su mujer.

12 A los demás les digo yo, no el Señor: si un hermano tiene una mujer no cristiana y ella consiente en vivir con él, no debe divorciarse de ella; 13 si una mujer tiene un marido no cristiano y éste consiente en vivir con ella, no debe divorciarse de él.
14 Pues el marido no cristiano queda consagrado por la mujer y la mujer no cristiana queda consagrada por el marido; de lo contrario los hijos de ustedes serían impuros mientras que ahora están consagrados.

15 Ahora bien, si el esposo o la esposa no cristianos quieren separarse, que se separen: en tal caso, ni el hermano ni la hermana permanecen vinculados. El Señor nos ha llamado para vivir en paz. 16 Tú, mujer, quizás salves a tu marido; tú, hombre, quizás salves a tu mujer.

---

esposo y multiplicarse en los hijos (cfr. Gn 1,28; 2,24). Es claro el reconocimiento por parte de Pablo de la igualdad de los cónyuges en cuanto a sus derechos sobre el otro. La mujer no es mera posesión del marido.

En cuanto a la sexualidad compartida, es taxativo: «no se nieguen el uno del otro si no es de común acuerdo y por un tiempo, para dedicarse a la oración» (5). El Apóstol conoce bien la tradición bíblica que ha cantado y ensalzado con tanto realismo y poesía el goce de la entrega sexual mutua. Pablo acepta, no obstante, ciertos períodos de continencia sexual temporal para dedicarlos a la oración, pero a continuación viene a decir a los casados que no exageren, no sea que el remedio sea peor que la enfermedad.

En resumidas cuentas, el matrimonio para Pablo es un don –carisma– de Dios que lleva consigo una misión fundamental dentro de la sociedad.

Al final de estas consideraciones dirigidas a los casados, el Apóstol deja caer una frase que ha sido manipulada y mal interpretada por muchos: «porque desearía que todos fueran como yo» (7), es decir: célibe, soltero y sin compromiso.

¿Qué intentaba decir Pablo a los corintios? ¿Está proponiendo el celibato como ideal supremo del los que siguen a Jesús? Ciertamente no. Pablo no concibe el celibato como proeza del esfuerzo y control humano sino que, al igual que el matrimonio, se trata de un carisma –su palabra favorita–, un don gratuito de Dios. Entre los diversos dones y carismas que Dios nos da, no hay categorías de inferior y superior. Dicho de otro modo, el religioso o la religiosa que vive su voto de castidad por el reino de Dios no ha sido llamado o llamada a ningún «estado de perfección» (expresión técnica que ha sido ya borrada de la teología de la Vida Consagrada) superior al «estado de casado».

Pablo, pues, se dirige a los solteros y las viudas de la comunidad y viene a decirles que permanezcan como están, es decir célibes, si ése es su carisma. Si no, «más vale casarse que vivir consumidos en malos deseos» (9). Volverá de nuevo sobre el tema del celibato y matrimonio.

Ahora, el Apóstol se dirige otra vez a los casados recordándoles como ley del Señor Jesús (cfr. Mc 10,1-12) la indisolubilidad del matrimonio, al menos como ideal a conseguir. Esta ley del Señor no es absoluta sin más. De hecho, establece a continuación una excepción a la regla en el caso concreto de los matrimonios mixtos tan comunes, al parecer, en la comunidad de Corinto.

Detalla los casos posibles con minuciosidad, refiriéndose al poder de santificación de que son portadores tanto el marido como la esposa cristiana capaz de trasformar al cónyuge no cristiano y a los hijos e hijas de ambos, realizando así un matrimonio indisoluble y feliz. Pero si la convivencia es imposible y el cónyuge no cristiano se separa, la parte cristiana queda libre y puede volver a casarse. Aquí radica el llamado «privilegio paulino», reconocido siempre en la Iglesia como caso particular en que puede disolverse el matrimonio.

Sea lo que sea, Pablo concluye que el «Señor nos ha llamado para vivir en paz» (15). He aquí el criterio último del Apóstol para decidir sobre situaciones matrimoniales insostenibles, caigan o no bajo el «privilegio paulino».

En definitiva, la ley de la indisolubilidad matrimonial tendrá que someterse siempre a la ley de la caridad.

No cambiar de condición

[17] En cualquier caso, cada uno siga viviendo en la situación que le asignó el Señor, tal como vivía cuando lo llamó Dios. Ésta es mi norma en todas las Iglesias.

[18] ¿Te llamaron estando circuncidado? No lo disimules. ¿Te llamaron estando sin circuncidar? No te circuncides. [19] Ser circunciso o incircunciso no cuenta; lo que cuenta es cumplir los mandamientos de Dios.

[20] Cada uno permanezca en el estado en que fue llamado. [21] ¿Te llamaron siendo esclavo? No te importe, aunque si puedes conseguir la libertad, no dejes pasar la oportunidad.

[22] El que fue llamado siendo esclavo es hombre libre en el Señor; el que fue llamado por el Señor siendo libre es esclavo de Cristo. [23] Ustedes han sido comprados por Dios a un precio: no sean esclavos de los hombres. [24] Cada uno, hermanos, permanezca ante Dios en el estado en que fue llamado.

Matrimonio y virginidad

[25] Respecto a los que no piensan casarse no tengo órdenes del Señor, pero les doy mi opinión como persona de fiar por la misericordia del Señor.

[26] Pienso que, teniendo presente los tiempos difíciles en que vivimos, lo mejor es eso, que el hombre se quede como está.
[27] ¿Estás unido a una mujer? No busques separarte. ¿No tienes mujer? No la busques. [28] No obstante, si te casas no pecas, y la soltera, si se casa, no peca; pero tendrán problemas en la vida presente, y yo quiero evitárselos.

[29] En una palabra, hermanos, queda poco tiempo: en adelante los que tengan mujer vivan como si no la tuvieran, [30] los que lloran como si no lloraran, los que se alegran como si no se alegraran, los que compran como si no poseyeran, [31] los que usan del mundo como si no disfrutaran. Porque la apariencia de este mundo se está acabando.

7,17-24 No cambiar de condición. Estos versículos parecen ser una especie de resumen: como regla general, que los casados permanezcan como tales, las viudas como viudas y los solteros en su estado de soltería. Pero Pablo aplica ahora esta regla general a otras situaciones socio-religiosas: el estar circuncidado o no, el ser esclavo o libre.

La llamada de Cristo, viene a decir, no está vinculada a ninguna clase o condición social. Las asume todas y al mismo tiempo las relativiza todas. En un plano superior, la distinción entre esclavo y libre queda invertida con ganancia para ambos; ser cristiano es una «emancipación» para el esclavo (cfr. Gál 5,1). Ser siervo de Cristo es un honor para el libre. Lo importante es pertenecer a Cristo que nos compró a un gran precio, el de su sangre. No obstante, dice Pablo, los esclavos que puedan obtener la libertad, que lo hagan.

¿Se muestra aquí el Apóstol indiferente ante la esclavitud o, en general, ante la situación social de los corintios? Sería injusto achacar esto a Pablo. El horizonte desde el que habla es el de los acontecimientos finales de la historia que ya están llamando a las puertas.

Desde esta perspectiva, lo absolutamente necesario, que es pertenecer a Cristo, relativiza todo lo demás.

7,25-40 Matrimonio y virginidad. Estamos ante un pasaje que ha generado gran diversidad de interpretaciones. Además, algunas palabras de Pablo pueden ser traducidas de diferente manera. La pregunta a la que el Apóstol intenta dar una respuesta sería esta: ¿matrimonio o celibato, qué es lo mejor? La pregunta no se referiría al matrimonio en general, pues ya fue contestada anteriormente. Parece ser que los que proponían esta cuestión eran jóvenes solteros de ambos sexos –no muchos, seguramente– quienes ante el ejemplo del celibato de Pablo estaban ponderando adoptar esa posible opción de vida. ¿Se trataba de jóvenes que se habían comprometido más a fondo con la tarea de evangelización en Corinto y a los que Pablo consideraba como colaboradores suyos más directos? Es lo más probable.

El Apóstol parece sentirse como perplejo ante la respuesta que dar. Por eso comienza diciendo que no tiene mandato del Señor sobre el tema. Sólo puede ofrecer un consejo. Eso sí, basado en la experiencia de su misión apostólica y como hombre de fiar que es, por la misericordia de Dios. Más adelante dirá que también él tiene el Espíritu del Señor. Se trata pues de un consejo apostólico orientado a la misión. Supuesta la posible existencia de ese carisma del celibato misionero (7,7) en los jóvenes en cuestión, Pablo les dice que entre dos bienes a elegir, matrimonio y celibato, para ellos es mejor el celibato. Apoya este consejo, en primer lugar, en las tribulaciones que le estaba acarreando su dedicación total al Evangelio y que antes mencionó (4,11-13). ¿Sería compatible esto con la necesarias preocupaciones que exige la vida matrimonial?

Pablo no está negando en absoluto ni relativizando la vocación de los casados a trabajar por el evangelio. Nada más lejos de su intención. El Apóstol se refiere a un carisma nuevo que estaba surgiendo en las comunidades cristianas y, en concreto, también en la de Corinto: la opción por una vida célibe para preocu-

32 Quiero que estén libres de preocupa-
ciones; mientras el soltero se preocupa de
los asuntos del Señor y procura agradar al
Señor, 33 el casado se preocupa de los
asuntos del mundo y procura agradar a su
mujer, 34 y está dividido.

La mujer soltera y la virgen se preocupan de los asuntos del Señor para estar consagradas en cuerpo y espíritu. La casada se preocupa de los asuntos del mundo y procura agradar al marido.

35 Les he dicho estas cosas para el bien de ustedes, no para ponerles un tropiezo, sino para que su dedicación al Señor sea digna y constante, sin distracciones.

36 Si uno siente que se porta incorrecta-
mente con su compañera virgen, que está
en edad de casarse, de modo que hay que
hacer algo, haga lo que crea conveniente y
cásense, que no pecan. 37 En cambio, el
que decide no casarse con ella, porque se
siente interiormente seguro y puede conte-
nerse con pleno dominio de su voluntad,
también obra correctamente.

38 En conclusión, quien se casa con su compañera virgen hace bien, quien no se casa hace mejor.

39 Una mujer está ligada a su marido
mientras éste vive; si muere el marido, que-
da libre para casarse con quien quiera,
siempre que aquél sea cristiano. 40 Pero a mi
parecer, será más feliz si no se casa. Y pien-
so que también yo poseo el Espíritu de Dios.

Víctimas sacrificadas a los ídolos
(Rom 14)

8 1 En cuanto a la carne inmolada a los
ídolos, todos tenemos el conocimien-
to debido, ya lo sabemos, pero el conoci-
miento llena de orgullo mientras que el
amor edifica. 2 Si alguien cree conocer
algo, aún no lo conoce como se debe co-
nocer. 3 En cambio, si uno ama a Dios, es
conocido por Dios.

4 En cuanto a comer carne sacrificada a
los ídolos, sabemos que no existen los ído-
los del mundo, y que no hay más que un
solo Dios. 5 Aunque existiesen en el cielo o
en la tierra los llamados dioses, y hay mu-
chos dioses y señores de ésos, 6 para noso-
tros existe un solo Dios, el Padre, que es
principio de todo y fin nuestro, y existe un
solo Señor, Jesucristo, por quien todo exis-
te y también nosotros.

---

parse «de los asuntos del Señor para estar consagradas en cuerpo y espíritu» (34). A ese carisma del celibato por el reino de Dios, a imitación de Jesús y de él mismo, quiere darle el Apóstol carta de legitimidad en la Iglesia (cfr. Mt 19,21). Es más, lo cree necesario dentro de la comunidad cristiana, sin comparaciones de superioridad o inferioridad con respecto al matrimonio. El carisma o don vocacional que Dios da a cada persona es el mejor para él o para ella y cada cual tiene derecho a referir las ventajas del camino elegido. Esto es lo que hace el Apóstol aquí, ni más ni menos.

De todas formas, el horizonte en que se mueve el Apóstol es el futuro reino de Dios que ya ha irrumpido en nuestro presente cotidiano, relativizando y orientando toda situación humana hacia ese «después» que será el destino de todos y de todas. Es desde esta perspectiva desde la que juzga la conducta existencial cristiana en este teatro del mundo: «los que tengan mujer vivan como si no la tuvieran, los que lloran como si no lloraran», etc. (29-31). Nada de desprecio del mundo, sus afanes y sus conquistas, sino orientación de todo a lo único absolutamente necesario: la salvación definitiva. Es justamente ésta la función del carisma del celibato por el reino de Dios: ser parábola y símbolo ya ahora, para la Iglesia y para el mundo, de las realidades futuras.

8,1-13 Víctimas sacrificadas a los ídolos. Pablo se refiere a un caso muy concreto de aquella comunidad que vivía en ambiente pagano: comer o no comer carne que había sido sacrificadas a los ídolos. Este problema nos hará sonreír seguramente a los cristianos de hoy. Sin embargo, como nos tiene ya acostumbrados, Pablo se eleva por encima de lo circunstancial del caso concreto y ofrece a los corintios –y a los lectores y lectoras de hoy– una formidable lección de la dimensión de solidaridad que tiene que tener la libertad cristiana.

Se trataba de la carne que sobraba de banquetes cúlticos y que luego se vendía en el mercado. Naturalmente, el cristiano o la cristiana no participaban en el culto a los ídolos. ¿Podía, sin embargo, comprar la carne en el mercado y comerla? He aquí la cuestión.

Había en la comunidad cristianas y cristianos escrupulosos –el Apóstol los llama de «conciencia débil» (7)–, probablemente recién convertidos del paganismo, que consideraban dicha carne como contaminada ya de idolatría y, por tanto, no la comían escandalizándose de que otros lo hicieran. Es a los otros, a los «liberados», a los que se dirige Pablo. Lo hace en dos planos. El del «conocimiento» o conciencia ilustrada y el de la «caridad».

Dice el conocimiento: sólo existe un solo Dios, por tanto las carnes sacrificadas a los ídolos son como otra carne cualquiera y nada hay de malo en comerla. Dice la caridad: no se puede escandalizar al hermano o a la hermana que tiene la conciencia menos forma-

7 Pero no todos poseen este conocimien-
to. Algunos, acostumbrados a la idolatría,
comen la carne como realmente sacrificada
a los ídolos, y su conciencia débil se conta-
mina. 8 No es la comida lo que nos acerca
a Dios: nada perdemos si no comemos,
nada ganamos si comemos. 9 Pero, tengan
cuidado no sea que esa libertad se convier-
ta en tropiezo para los débiles. 10 Porque si
alguien te ve a ti, que sabes cómo se debe
obrar, sentado a la mesa en un templo pa-
gano, ¿no se animará su conciencia débil a
comer carne sacrificada a los ídolos? 11 Y
así por tu conocimiento se pierde el débil,
un hermano por quien Cristo murió. 12 De
ese modo, pecando contra los hermanos e
hiriendo su conciencia débil, pecan contra
Cristo.

13 En conclusión, si un alimento escan-
daliza a mi hermano, no comeré jamás car-
ne, para no escandalizar al hermano.

El ejemplo de Pablo

9 1 Pero, ¿no soy libre?, ¿no soy após-
tol?, ¿no he visto a Jesús Señor nues-
tro?, ¿no son ustedes mi obra de apóstol al
servicio del Señor? 2 Si para otros no soy
apóstol, para ustedes lo soy. El sello de mi
apostolado para el Señor son ustedes.

3 Mi defensa ante los que me juzgan es
ésta: 4 ¿No tenemos derecho a comer y be-
ber?, 5 ¿no tenemos derecho a hacernos
acompañar de una esposa cristiana como
los demás apóstoles, los hermanos del Se-
ñor y Cefas?, 6 ¿o somos Bernabé y yo los
únicos que no tenemos derecho a dejar de
lado otros trabajos? 7 ¿Quién ha servido
como soldado pagando sus propios gas-
tos?, ¿quién planta una viña y no come sus
frutos?, ¿quién cuida de un rebaño y no se
alimenta de su leche? 8 Mi argumento no es
puramente humano, también la ley lo dice;
9 en la ley de Moisés está escrito:

No pondrás bozal al buey que trilla.

¿Acaso se ocupa Dios de los bueyes?,
10 ¿no lo dice más bien para nosotros? Así
es, por nosotros está escrito, porque el que
ara tiene que arar con esperanza y el trilla-
dor, debe hacerlo con la esperanza de cose-

---

da o escrupulosa. Provocar la caída del hermano es hacer grave ofensa a Cristo (cfr. Rom 14,15-20). No pretende el Apóstol que dejemos al de conciencia débil en su ignorancia. Todo lo contrario. Sin embargo, es el respeto al débil y al ignorante lo que da a nuestra libertad su calidad de libertad cristiana, es decir, una libertad presidida y regulada por la caridad. En definitiva ésta es la verdadera libertad que nos ha traído Jesús.

9,1-27 El ejemplo de Pablo. Es justamente la defensa de esta libertad que él ejerce lo que hace a Pablo lanzarse a este discurso polémico, apasionado y vehemente. En él se recogen algunas de las expresiones más memorables que hayan salido de la literatura paulina.

Comienza diciendo que es libre y Apóstol como el que más, pues, «¿no he visto a Jesús Señor nuestro?» (1). Prueba de ello: «el sello de mi apostolado para el Señor son ustedes» (2). Enumera después los derechos de los que podría estar disfrutando en su calidad de apóstol y a los que ha renunciado libremente por el bien de la comunidad como comer y beber (4) a expensas de la misma comunidad o ser acompañado en sus correrías apostólicas por «una esposa cristiana como los demás apóstoles» (5), etc.

A Pablo le indigna, sobre todo, que le critiquen el derecho y la libertad de trabajar con sus manos para su propio sustento y no ser gravoso a nadie. Esto del trabajo manual de Pablo, humilde tejedor de tiendas y toldos, no iba muy de acuerdo con la cultura grecoromana que consideraba todo trabajo manual como quehacer de esclavos y por tanto, en este caso, indigno de un Apóstol y fundador de comunidades cristianas.

Pablo es reiterativo, repite una y otra vez con toda una serie de comparaciones y referencias bíblicas que el Apóstol como el soldado, el labrador o el pastor tiene derecho a gozar de los frutos de su trabajo, para terminar enfáticamente: «Pero yo no he usado ninguno de esos derechos» (15). ¿Está pidiendo Pablo el reconocimiento o la admiración de los Corintios? «¡Más me valdría morir!» (15), exclama con orgullo.

A partir de aquí, el Apóstol se remonta a describir el sentido de su misión de anunciar la Buena Noticia con una de las expresiones más fascinantes que han salido de su boca: «¡Ay de mí si no anuncio la Buena Noticia!» (16). Se siente como un profeta, forzado a predicar. Nos recuerda el ejemplo de Jeremías (Jr 15,17); arrollado por el fuego interior del mensaje, «hacía esfuerzos por contenerla y no podía» (Jr 20,9).

Sólo fuertes contrastes de palabras como éstos pueden expresar la nueva realidad existencial con que fue agraciado Pablo en su encuentro con el resucitado en el camino de Damasco, que hizo de él un hombre libre y gozosamente encadenado por Jesús (cfr. Hch 9). Esa fuerza que le encadena desde dentro es el amor, expresión suprema de la libertad.

La «memoria» de este Jesús, grabada en lo más profundo de su ser, le llevará a elegir e identificarse con los débiles y marginados en una vida de continuo ries-

char. 11 Si nosotros sembramos en ustedes lo espiritual, ¿será excesivo que cosechemos algo material? 12 Si otros disfrutan de ese derecho sobre ustedes, ¿por qué no lo vamos a tener nosotros?

Sin embargo, no hicimos uso de tal derecho, antes bien aguantamos todo para no poner obstáculos a la Buena Noticia de Cristo. 13 ¿No saben que los ministros del culto comen de los dones del templo y los que atienden al altar participan de los dones del altar?

14 Del mismo modo el Señor dispuso que los que anuncian la Buena Noticia vivan de su predicación. 15 Pero yo no he usado ninguno de esos derechos, y no lo escribo ahora para que me los reconozcan –¡más me valdría morir!–: nadie me quitará esta gloria.

16 Anunciar la Buena Noticia no es para mí motivo de orgullo, sino una obligación a la que no puedo renunciar. ¡Ay de mí si no anuncio la Buena Noticia! 17 Si lo hiciera por propia iniciativa, recibiría mi salario; pero si no lo hago por propia voluntad, es que me han confiado una administración. 18 ¿Cuál será, entonces, mi salario? Anunciar gratuitamente la Buena Noticia sin hacer uso del derecho que su anuncio me confiere.

19 Siendo del todo libre, me hice esclavo de todos para ganar al mayor número posible. 20 Con los judíos me hice judío para ganar a los judíos; me sometí a la ley con los que están sometidos a ella, como si yo lo estuviera, aunque no lo estoy, para ganar a los sometidos a la ley. 21 Con los que no tienen ley, yo, que no rechazo la ley de Dios, porque estoy sometido a la ley de Cristo, me hice como uno de ellos para ganar a los que no tienen ley. 22 Me hice débil con los débiles para ganar a los débiles. Me hice todo a todos para salvar por lo menos a algunos. 23 Y todo lo hago por la Buena Noticia, para participar de ella.

24 ¿No saben que en el estadio todos corren, pero uno solo recibe el premio? Corran entonces para conseguirlo. 25 Los que compiten se controlan en todo; y ellos lo hacen para ganar una corona corruptible, nosotros una incorruptible. 26 Por mi parte, yo corro, pero no sin conocer el rumbo; lucho, pero no dando golpes al aire. 27 Sino que entreno mi cuerpo y lo someto, no sea que, después de predicar a los otros, quede yo descalificado.

Peligro de idolatría

10 1 No quiero que ignoren, hermanos, que todos nuestros padres estuvieron bajo la nube y atravesaron el mar; 2 todos se bautizaron en la nube y el mar uniéndose a Moisés; 3 todos comieron el mismo alimento espiritual 4 y todos bebieron la misma bebida espiritual; porque bebían de la roca espiritual que les seguía, roca que es Cristo. 5 Pero la mayoría no agradó a Dios y quedaron tendidos en el

---

go evangélico. En Antioquía (cfr. Gál 2,11-15) se puso de parte de los pagano-cristianos, cuya causa vio amenazada. Ahora en Corinto sale en defensa de los «débiles» judeocristianos. Se siente judío con los judíos, sin ley con los sin ley, débil con los débiles. En una palabra: «Me hice todo a todos para salvar por lo menos a algunos» (22). ¿Qué paga espera Pablo? No otra que participar en la misma Buena Noticia que anuncia.

Termina con una imagen deportiva de carrera y pugilato, sugerida por los «juegos ítsmicos» que se celebraban en Corinto, para ilustrar el modo de ser libre que él ha escogido: entrenamiento, disciplina y renuncia para conseguir el premio. Si en el estadio uno solo consigue la medalla deportiva, en el terreno cristiano todos y todas conseguirán el premio con tal de que corran y se esfuercen con perseverancia y tesón.

10,1-13 Peligro de idolatría. Pablo ilustra la necesidad de perseverar hasta el final, haciendo desfilar ante los ojos de los corintios varios episodios escalonados de los israelitas en el desierto, comentándolos no como un predicador fundamentalista, sino con la libertad de interpretación de la tradición rabínica, para aplicarlos al momento presente de la comunidad.

El tema del Éxodo era uno de los más explotados por dicha tradición en la que se había educado el judío Pablo. Los episodios ejemplares recogidos son: el paso del mar (cfr. Éx 14), el maná (cfr. Éx 16), el agua de la roca (cfr. Nm 20), la cobardía ante el peligro (cfr. Nm 14), el ternero de oro (cfr. Éx 32), la prostitución sagrada (cfr. Nm 25), las serpientes (cfr. Nm 21), la protesta (cfr. Nm 17).

Los israelitas fueron un pueblo favorecido y mimado por Dios, sin embargo muchos de ellos prevaricaron, se prostituyeron, se hicieron idólatras, fornicaron, protestaron, se rebelaron a la hora de la tentación en el desierto. El desierto es la etapa tradicional de «la prueba» (cfr. Éx 16,4; 20,20; Dt 8,2.16) que es parte

desierto. 6 Esos sucesos nos sirven de ejemplo para que no nos abandonemos a malos deseos como ellos lo hicieron. 7 No sean idólatras como algunos de ellos, de quienes está escrito:

Se sentó el pueblo
a comer y beber
y se levantó a danzar.

8 No nos abandonemos a la inmoralidad sexual como hicieron algunos de ellos, y en un solo día cayeron veintitrés mil. 9 No pongamos a prueba al Señor como hicieron algunos de ellos y perecieron mordidos por serpientes. 10 No se rebelen como algunos se rebelaron y perecieron a manos del ángel destructor. 11 Todo esto les sucedía a ellos como figura, y se escribió para advertirnos a los que hemos alcanzado la etapa final.

12 Por consiguiente, quien crea estar firme, tenga cuidado y no caiga. 13 Ustedes no han tenido hasta ahora ninguna prueba que supere sus fuerzas humanas. Dios es fiel y no permitirá que sean probados por encima de sus fuerzas, al contrario, con la prueba les abrirá una salida para que puedan soportarla.

Comidas idolátricas y libertad cristiana

14 Por esto, queridos míos, huyan de la idolatría. 15 Hablo a gente entendida, juzguen por ustedes mismos. 16 La copa de bendición que bendecimos, ¿no es comunión con la sangre de Cristo? El pan que partimos, ¿no es comunión con el cuerpo de Cristo? 17 Uno es el pan y uno es el cuerpo que todos formamos porque todos compartimos el único pan. 18 Miren a los israelitas de raza: los que comen las víctimas sacrificadas, ¿no están en comunión con el altar? 19 ¿Qué intento decir? ¿Que la carne sacrificada a los ídolos tiene algún valor o que los ídolos son algo? 20 No, en absoluto. Pero, como los sacrificios de los paganos se ofrecen a demonios y no a Dios, no quiero que entren en comunión con los demonios. 21 No pueden beber la copa del Señor y la copa de los demonios; no pueden compartir la mesa del Señor y la mesa de los demonios. 22 ¿Acaso queremos provocar celos al Señor?, ¿somos acaso, más fuertes que él?

23 Todo está permitido, dicen; pero no todo conviene. Todo está permitido. Pero no todo edifica. 24 Nadie busque su interés,

---

integrante de la existencia humana y cristiana. En el Padrenuestro pedimos superarla, no eliminarla.

Pablo, simple y llanamente, hace un llamamiento a eliminar de nuestras vidas toda presunción y autosuficiencia. Humilde y a la vez preparado como un atleta, es como el Apóstol quiere ver al cristiano ante la tentación que continuamente ronda nuestras vidas. No estamos, sin embargo, solos o solas ante el peligro: «Dios es fiel y no permitirá que sean probados por encima de sus fuerzas» (13).

10,14–11,1 Comidas idolátricas y libertad cristiana. Las tentaciones concretas y algunas de las caídas de los corintios ya han aparecido en la carta. Pablo va a juzgar ahora un caso particular: la participación en los banquetes cúlticos paganos. Ante la posible objeción de que los ídolos son nada y que por tanto esos banquetes son neutros (8,4), Pablo responde con dureza: «no quiero que entren en comunión con los demonios» (20). Esos «demonios», viene a decirles, son hoy los «rivales» de nuestro único Dios, que es un «Dios celoso» (cfr. Éx 20,5; 34,14; Dt 4,24; 5,9; 6,15).

Cometeríamos un error si atribuyéramos a las palabras de Pablo un sentido de condenación o menosprecio de las religiones paganas sin más. Lógicamente, el Apóstol no llama divinidades y demonios a aquellos ídolos de madera o mármol de las ceremonias cúlticas. No era tonto. Pero sabía muy bien que aquellos banquetes no eran inocentes reuniones cívicas o folclóricas a las que un cristiano convencido y «liberado» podía atender sin peligro de su fe. Los «verdaderos demonios» a los que allí se daba culto, simbolizados en las imágenes e ídolos que presidían los banquetes, eran la hegemonía y el poder de la clase dominante que estaban a la base de la ideología política del imperio con sus secuelas de discriminación y explotación.

Los demonios de la injusticia y de la explotación del pobre no conocen fronteras. Se anidan y camuflan en sistemas políticos o económicos, en consejos de administración, incluso en prácticas e ideologías religiosas. Estos «demonios» son los que hacen la competencia y desencadenan los celos de Dios. En resumidas cuentas, Pablo está diciendo a la élite rica y «liberada» de los cristianos de la comunidad que se abstengan de esos banquetes aun a riesgo de perder conexiones, amistades y oportunidades económicas. La razón profunda de este comportamiento cristiano nos la ofrece Pablo presentando la eucaristía, centro y eje de la comunidad de creyentes, como la expresión y afianzamiento de una especie de parentesco «carnal», de misteriosa «consanguinidad» con el Señor. Ahí se efectúa la comunión con Dios y con los hermanos y hermanas. El pan único que comemos lo simboliza y la comida en común lo realiza. «No pueden beber

sino el del prójimo. 25 Coman todo lo que se
vende en la carnicería sin hacer problema
de conciencia, 26 porque *del Señor es la tie-
rra y cuanto contiene.* 27 Si un pagano los
invita a comer y ustedes aceptan, coman
de todo lo que les sirva sin hacer problema
de conciencia. 28 Pero si alguien les avisa:
es carne sacrificada, no coman: en aten-
ción al que les avisó y a su conciencia.
29 No me refiero a la propia conciencia, sino
a la del otro. ¿Cómo?, ¿va a ser juzgada mi
libertad por la conciencia ajena? 30 Si yo
doy gracias a Dios por lo que como, ¿por
qué me van a criticar por comerlo? 31 En-
tonces, ya coman o beban o hagan lo que
sea, háganlo todo para gloria de Dios. 32 No
sean motivo de escándalo ni a judíos ni a
griegos ni a la Iglesia de Dios. 33 Como yo,
que intento agradar a todos, no buscando
mi ventaja, sino la de todos, para que se
salven.



1 Sigan mi ejemplo como yo sigo el
de Cristo.

El velo de las mujeres

2 Los alabo porque siempre se acuerdan
de mí y mantienen mis enseñanzas tal
como yo se las transmití. 3 Pero quiero que
comprendan que Cristo es cabeza de todo
varón, el varón es cabeza de la mujer y
Dios es cabeza de Cristo.
4 El varón que reza o profetiza con la ca-
beza cubierta deshonra su cabeza; 5 en
cambio, la mujer que reza o profetiza con la
cabeza descubierta deshonra su cabeza: es
lo mismo que si la llevara rapada. 6 Así que,
si una mujer no se cubre, que se rape la ca-
beza; y si es vergonzoso cortarse el pelo al
rape, pues que se cubra.
7 El varón no tiene que cubrirse la cabe-
za, siendo imagen de la gloria de Dios;
mientras que la mujer es gloria del varón.
8 Pues no procede el varón de la mujer, sino
la mujer del varón. 9 Y no fue creado el va-
rón para la mujer, sino la mujer para el va-
rón. 10 Por eso debe la mujer llevar en la
cabeza la señal de la autoridad, en atención
a los ángeles. 11 Si bien, para el Señor, no

---

la copa del Señor y la copa de los demonios; no pueden compartir la mesa del Señor y la mesa de los demonios» (21), concluye Pablo. Sobre este tema volverá después.

Finalmente, retomando el asunto de la libertad (6,12), el Apóstol repite otra vez que la caridad impone un limite a la libertad y que el uso de ésta ha de ser «constructivo». Sólo lo será si damos preferencia al prójimo, especialmente al prójimo necesitado.

11,2-16 El velo de las mujeres. He aquí un problema que nos resulta culturalmente lejano. En la antigüedad, tanto entre los judíos como en el mundo griego, la mujer llevaba pañuelo en la cabeza como signo de pudor. Según Nm 5,18, se priva de dicho pañuelo a la mujer sospechosa de adulterio.

¿Por qué algunas mujeres cristianas de Corinto tomaron la iniciativa de quitarse el velo en las reuniones y asambleas religiosas? Con toda probabilidad fue la nueva libertad de que estaban gozando en las comunidades cristianas de entonces y que el mismo Pablo favorecía y animaba lo que llevó a aquellas mujeres a efectuar este gesto de desafío a las costumbres establecidas. De hecho, las mujeres de las comunidades de Pablo tenían mucha más libertad y protagonismo que nuestras mujeres en las asambleas cristianas de hoy. Dirigían la oración, predicaban, profetizaban y enseñaban. Eran líderes reconocidas y respetadas. Algo totalmente nuevo e inaudito para las costumbres de entonces, incluso para nuestros días. Las cartas del Apóstol están salpicadas de nombres de mujeres líderes y colaboradoras de primera línea en su apostolado.

¿Quisieron expresar, quitándose el velo, su igualdad con los hombres que dirigían la oración y profetizaban a cabeza descubierta? ¿Fueron, quizás, demasiado lejos provocando así la reacción de los elementos conservadores de la comunidad? Así pensaba Pablo y por tanto critica el gesto. Otra cosa son los argumentos de antropología (14) y de Escritura que invoca el Apóstol para reforzar su rechazo, apuntando a la dependencia de la mujer con respecto al hombre y por tanto a cierta inferioridad del sexo femenino.

Aquí Pablo se muestra como lo que era: un hombre de su tiempo, influido por corrientes machistas de interpretación bíblica, muy en boga en ámbitos judíos de entonces y que hoy ciertamente están fuera de lugar. Lo curioso es que «el Pablo cristiano» no parece estar muy convencido de sus propios argumentos, por eso echa marcha atrás en mitad de su reflexión: «Si bien, para el Señor, no hay mujer sin varón ni varón sin mujer» (11) y que, al fin y al cabo, «si la mujer procede del varón, también el varón nace de la mujer y ambos proceden de Dios» (12). Queden, pues, estas opiniones del Apóstol con respecto a la mujer como testimonio de la tensión entre la cultura tradicional y la novedad evangélica en que se debatía la Iglesia primitiva, sin excluir al mismo Apóstol. Una tensión que sigue hoy día y que seguirá hasta que la completa igualdad de derechos y oportunidades del hombre y la mujer sea una realidad no sólo en la sociedad, sino también en la Iglesia.

hay mujer sin varón ni varón sin mujer. 12 Pues si la mujer procede del varón, también el varón nace de la mujer y ambos proceden de Dios.

13 Juzguen ustedes mismos: ¿es apropiado que una mujer rece a Dios con la cabeza descubierta? 14 ¿No les enseña la naturaleza que es una deshonra para el hombre llevar melena, 15 mientras que es honra de la mujer llevarla? Pues la melena se le da a la mujer a manera de velo.

16 Y si alguien quiere discutir, nosotros no tenemos esa costumbre ni tampoco las Iglesias de Dios.

Ágape y Eucaristía

17 Siguiendo con mis advertencias, hay algo que no alabo: que sus reuniones traen más perjuicio que beneficio.

18 En primer lugar, he oído que cuando se reúnen en asamblea, hay divisiones entre ustedes, y en parte lo creo; 19 porque es inevitable que haya divisiones entre ustedes, para que se muestre quiénes son los auténticos. 20 Y así resulta que, cuando se reúnen, no comen la cena del Señor. 21 Porque cada uno se adelanta a consumir su propia cena, y mientras uno pasa hambre, otro se emborracha. 22 ¿No tienen sus casas para comer y beber? ¿O es que desprecian la asamblea de Dios y quieren avergonzar a los que nada poseen? ¿Qué puedo decirles?, ¿voy a alabarlos? En esto no puedo alabarlos.

23 Porque yo recibí del Señor lo que les transmití: que el Señor, la noche que era entregado, tomó pan, 24 dando gracias lo

---

11,17-34 Ágape y Eucaristía. Pablo se enfrenta ahora con un problema mucho más serio, el escándalo de las celebraciones eucarísticas de los corintios.

La «cena del Señor» o eucaristía solía celebrarse al atardecer en las casas privadas –no había iglesias aún– de los más ricos de la comunidad, las únicas que tenían capacidad para acoger a 50 ó 60 personas. Antes de comenzar la «cena del Señor» propiamente dicha, se tenía una comida de hermandad a la cual los pudientes traían sus provisiones que supuestamente tenían que ser compartidas entre todos. Sin esperar a que llegaran los más necesitados y rezagados que solían ser los trabajadores y esclavos a causa de su larga jornada de trabajo, los ricos comían y bebían a sus anchas, de modo que cuando llegaban los pobres, a éstos les tocaba las sobras, si es que algo sobraba. Inmediatamente después, ricos y pobres, los unos satisfechos y hasta borrachos y los otros medio hambrientos, procedían a celebrar la eucaristía.

Al saberlo, Pablo estalla lleno de indignación. ¿Hasta ese extremo llegan las divisiones entre los ricos y pobres de la comunidad? ¿Qué clase de eucaristía celebran ustedes?, viene a decir el Apóstol a aquellos ricos. Para comer y emborracharse, coman y emborráchense en sus casas. Hacerlo donde lo hacen menosprecian la Asamblea de Dios y avergüenzan a los que nada poseen (22) y que son supuestamente hermanos y hermanas suyos.

Ante esta situación, Pablo expone a los corintios el relato de la Institución Eucarística, su sentido y consecuencias, en una bella catequesis que al mismo tiempo que enseña, denuncia y amonesta.

Se trata del documento más antiguo del Nuevo Testamento sobre la Institución de la Eucaristía, dado que esta carta fue escrita hacia el año 55 ó 56, bastante tiempo antes que los evangelios.

El Apóstol dice que les trasmite una tradición que él mismo ha recibido, probablemente en Antioquía, y que se remonta hasta el Señor.

En tiempos de Pablo dicha tradición se había ya concretado en una celebración litúrgica donde se realizaban las dos acciones eucarísticas (23-25), una a continuación de la otra (exactamente como en nuestras eucaristías de hoy, donde a la bendición del pan sigue la bendición del cáliz), y no espaciadas de acuerdo con el ritmo de la cena judía de la Pascua, tal como ocurrió en la «última cena del Señor».

La comida de hermandad se tenía antes y estaba íntimamente ligada al sentido mismo de la eucaristía, es decir la unión y solidaridad.

Pablo sitúa la celebración eucarística entre dos horizontes, ambos referidos a Jesús. Uno histórico: «la noche que era entregado» (23). Otro, futuro: «hasta que vuelva» (26). Entre ambos horizontes trascurre el «aquí y ahora» de la vida y misión de la comunidad cristiana que tiene su corazón y su centro en la Eucaristía. El pan y el vino consagrados recuerdan, actualizan, hacen presente en el seno de la comunidad «la memoria de Jesús», es decir, toda su vida entregada a los pobres, los marginados y pecadores que culmina con la muerte en la cruz y la resurrección. Ahora bien, esta «memoria de Jesús», a través de la invocación y presencia del Espíritu Santo, libera, transforma y salva, pues «siempre que coman este pan y beban esta copa, proclamarán la muerte del Señor hasta que vuelva» (26). Así, el «cuerpo eucarístico» de Jesús no es ya solamente su cuerpo muerto y resucitado, presente en el pan y en el vino, sino que abarca a toda la comunidad de creyentes que queda transformada en el «cuerpo de Cristo» según la metáfora favorita de Pablo para referirse a la comunidad cristiana.

El Apóstol saca las consecuencias. ¿Se puede participar en la eucaristía, oír la palabra de Dios, comulgar

partió y dijo: Esto es mi cuerpo que se entrega por ustedes. Hagan esto en memoria mía. 25 De la misma manera, después de cenar, tomó la copa y dijo: Esta copa es la nueva alianza sellada con mi sangre. Cada vez que la beban háganlo en memoria mía.

26 Y así, siempre que coman este pan y beban esta copa, proclamarán la muerte del Señor, hasta que vuelva.

27 Por tanto, quien coma el pan y beba la copa del Señor indignamente, comete pecado contra el cuerpo y la sangre del Señor. 28 En consecuencia, que cada uno se examine antes de comer el pan y beber la copa. 29 Quien come y bebe sin reconocer el cuerpo del Señor, come y bebe su propia condena.

30 Ésta es la causa de que haya entre ustedes muchos enfermos y débiles y que mueran tantos. 31 Si nos examinamos nosotros mismos, no seremos juzgados. 32 Y si nos juzga el Señor, es para corregirnos, a fin de que no seamos condenados con el mundo.

33 Así, hermanos míos, cuando se reúnan para comer, espérense unos a otros. 34 Si uno tiene hambre, coma en su casa; así no se reunirán para ser condenados. Los asuntos restantes los resolveré cuando vaya.

Dones espirituales

12 1 Hermanos, acerca de los dones espirituales no quiero que sigan en la ignorancia. 2 Ustedes saben que, cuando todavía eran paganos, se dejaban arrastrar ciegamente hacia ídolos mudos. 3 Por eso les hago notar que nadie, movido por el Espíritu de Dios puede decir: ¡maldito sea Jesús! Y nadie puede decir: ¡Señor Jesús! si no es movido por el Espíritu Santo.

4 Existen diversos dones espirituales, pero un mismo Espíritu; 5 existen ministerios diversos, pero un mismo Señor; 6 existen actividades diversas, pero un mismo Dios que ejecuta todo en todos. 7 A cada uno se le da una manifestación del Espíritu para el bien común. 8 Uno por el Espíritu tiene el don de hablar con sabiduría, otro

---

el cuerpo y la sangre del Señor y después ignorar al pobre y al oprimido? El Apóstol es durísimo: quien coma el pan y beba la copa del Señor indignamente comete pecado contra el cuerpo y la sangre del Señor, se come y bebe su propia condena porque desprecia el «cuerpo» de Cristo en sus miembros más débiles, oprimidos y marginados.

El compromiso por la justicia y la liberación no es ya mera exigencia ética para Pablo, sino que surge de la misma entraña del ser cristiano, es decir, de pertenecer al «cuerpo» de Aquel que dio su vida por la liberación de todos en una clara opción por los más desprotegidos y marginados de la sociedad. Ésta es la misión de la Iglesia, cuerpo de Cristo, «hasta que Él venga» y haga definitiva y universal la salvación ya comenzada.

12,1-31 Dones espirituales. La imagen del «cuerpo de Cristo», la usa ahora Pablo para enfrentarse a otro problema que tenía la comunidad de Corinto: las rivalidades, celos y rencillas a causa de los diversos dones espirituales –carismas– que los cristianos habían recibido y que ejercitaban tanto en el seno de la comunidad como hacia afuera. Este problema de celos, competencias y discriminación no oculta sino que, al contrario, resalta lo verdaderamente positivo de aquella comunidad. Eran cristianos entusiastas, llenos del Espíritu, conscientes de su protagonismo y de la función mayor o menor que cada uno y cada una podía aportar dentro del grupo. Por eso, a pesar de todas sus debilidades humanas y abusos, la comunidad de Corinto sigue siendo un ejemplo para los creyentes de todos los tiempos. ¿Qué diría el Apóstol de muchas de nuestras comunidades cristinas de hoy, cuyo verdadero problema es la pasividad y el desinterés de sus miembros?

Pablo enumera una lista de estos dones o carismas tanto al principio (8-11) como al final de esta sección de su carta (27s). No se trata de listas exhaustivas sino ilustrativas de la variedad y pluralidad que caracterizaba a la comunidad donde había de todo: gente con el don de sabiduría, de discernimiento, de curación, de consejo, de predicación, de expresar experiencias espirituales y de interpretarlas –el Apóstol llama a estos dones el hablar en lenguas e interpretarlas–, de liderazgo –apóstoles, profetas, maestros–, de asistencia a los necesitados, etc. Es decir, una comunidad verdaderamente plural, viva y comprometida.

¿Cuál era, pues, el problema? El de siempre, es decir: las personas que ejercían funciones más humildes eran minusvaloradas, despreciadas y subordinadas. En cambio, algunos dirigentes y líderes se destacaban del grupo y terminaban dominando y reduciendo al silencio a los otros, seguramente los más pobres y menos influyentes. Pablo, pues, quiere frenar este abuso de discriminación y arrogancia por parte de algunos privilegiados, afirmando que los ministerios, carismas y actividades tienen como origen común al Señor, a su Espíritu y a Dios. Sin usar una terminología trinitaria evolucionada, es patente el pensamiento trinitario del Apóstol: Espíritu –Santo–, Señor –Jesús–, Dios –Padre–.

Los dones y carismas, pues, no son cualidades naturales ni fruto del esfuerzo humano ni méritos o pri-

según el mismo Espíritu el de enseñar cosas profundas, 9 a otro por el mismo Espíritu se le da la fe, a éste por el único Espíritu se le da el don de sanaciones, 10 a aquél realizar milagros, a uno el don de profecía, a otro el don de distinguir entre los espíritus falsos y el Espíritu verdadero, a éste hablar lenguas diversas, a aquél el don de interpretarlas. 11 Pero todo lo realiza el mismo y único Espíritu repartiendo a cada uno como quiere. 12 Como el cuerpo, que siendo uno, tiene muchos miembros, y los miembros, siendo muchos, forman un solo cuerpo, así también Cristo.

13 Todos nosotros, judíos o griegos, esclavos o libres, nos hemos bautizado en un solo Espíritu para formar un solo cuerpo, y hemos bebido un solo Espíritu.

14 El cuerpo no está compuesto de un miembro, sino de muchos. 15 Si el pie dijera: Como no soy mano, no pertenezco al cuerpo, no por ello dejaría de pertenecer al cuerpo. 16 Si el oído dijera: Como no soy ojo, no pertenezco al cuerpo, no por ello dejaría de pertenecer al cuerpo. 17 Si todo el cuerpo fuera ojo, ¿cómo oiría?; si todo fuera oído, ¿cómo olería? 18 Dios ha dispuesto los miembros en el cuerpo, cada uno como ha querido. 19 Si todo fuera un solo miembro, ¿dónde estaría el cuerpo?

20 Ahora bien, los miembros son muchos, el cuerpo es uno. 21 No puede el ojo decir a la mano: No te necesito; ni la cabeza a los pies: No los necesito. 22 Más aún, los miembros del cuerpo que se consideran más débiles son indispensables, 23 y a los que consideramos menos nobles los rodeamos de más honor. Las partes menos presentables las tratamos con más decencia; 24 ya que las otras no lo necesitan. Dios organizó el cuerpo dando más honor al que menos valía, 25 de modo que no hubiera división en el cuerpo y todos los miembros se interesaran por igual unos por otros. 26 Si un miembro sufre, sufren con él todos los miembros; si un miembro es honrado, se alegran con él todos los miembros.

27 Ustedes son el cuerpo de Cristo, y cada uno en particular, miembros de ese cuerpo. 28 Dios ha querido que en la Iglesia haya en primer lugar apóstoles, en segundo lugar profetas, en tercer lugar maestros, luego vienen los que han recibido el don de hacer milagros, después el don de sanaciones, el don de socorrer a los necesitados, el de gobierno, y el don de lenguas diversas.

29 ¿Son todos apóstoles?, ¿son todos profetas?, ¿son todos maestros?, ¿todos hacen milagros?, 30 ¿tienen todos el don de sanar?, ¿hablan todos lenguas desconocidas?, ¿son todos intérpretes? 31 Ustedes, por su parte, aspiren a los dones más valiosos. Y ahora les indicaré un camino mucho mejor.

Himno al amor cristiano

13 1 Aunque yo hablara todas las lenguas de los hombres y de los ánge-

---

vilegios, sino pura gracia y regalo de las tres personas divinas. Además, estos dones no son para uso y usufructo exclusivo de los que los han recibido, sino para el bien de toda la comunidad. A continuación, el Apóstol vuelve a tomar la imagen de la comunidad como «cuerpo de Cristo» y la relación que debe existir entre sus miembros.

Viene a decir, en primer lugar, que las categorías discriminatorias de esclavo o libre, judío o griego, hombre o mujer, ricos o pobres, ya no existen, pues han sido abolidas por el Señor. En segundo lugar, que todos y todas sin excepción son protagonistas en la construcción del reino de Dios, tarea de toda comunidad cristiana.

La imagen de la sociedad como «cuerpo organizado» era bastante común en el pensamiento ético de la cultura griega. Se usaba, sin embargo, para reforzar el «status quo», es decir, la superioridad y el dominio de unos sobre otros. Al aplicar esa imagen a la comunidad cristiana, Pablo intenta justamente lo contrario: desmantelar cualquier estructura de dominio que margine a los miembros más débiles y vulnerables, o que les quite el protagonismo y los reduzca a «oír y callar» como ha sucedido durante tantos siglos con los sufridos «laicos», cuyo término ha llegado a ser sinónimo de «ignorante».

El Concilio Vaticano II ha dado finalmente un vuelco a la situación al afirmar que la «Iglesia docente, santificante y dirigente» no es ya exclusivamente la jerarquía eclesiástica, ni los «ministerios» son exclusivos de los obispos y sacerdotes, sino que los cristianos que constituyen la «masa silenciosa» del laicado, en virtud del bautismo recibido, tienen también el carisma del Espíritu de «enseñar, santificar y liderar» dentro de las relaciones de armonía con la jerarquía que constituyen este «misterio de comunión» que es la Iglesia.

El sueño de Pablo de una Iglesia toda carismática y toda ministerial se va haciendo poco a poco realidad.

13,1-13 Himno al amor cristiano. Lo que en el cuerpo realiza y anima la funcionalidad orgánica, en

les, si no tengo amor, soy como una cam-
pana que resuena o un platillo estruendoso.
2 Aunque tuviera el don de profecía y co-
nociera todos los misterios y toda la ciencia,
aunque tuviera una fe como para mover
montañas, si no tengo amor, no soy nada.
3 Aunque repartiera todos mis bienes y
entregara mi cuerpo a las llamas, si no ten-
go amor, de nada me sirve.
4 El amor es paciente, es servicial, [el
amor] no es envidioso ni busca aparentar,
no es orgulloso ni actúa con bajeza, 5 no
busca su interés, no se irrita, sino que deja
atrás las ofensas y las perdona, 6 nunca se
alegra de la injusticia, y siempre se alegra
de la verdad. 7 Todo lo aguanta, todo lo
cree, todo lo espera, todo lo soporta.
8 El amor nunca terminará. Las profe-
cías serán eliminadas, el don de lenguas
terminará, el conocimiento será eliminado.
9 Porque nuestra ciencia es imperfecta y
nuestras profecías limitadas. 10 Cuando lle-
gue lo perfecto, lo imperfecto será eliminado.
11 Cuando era niño, hablaba como niño,
pensaba como niño, razonaba como niño;
al hacerme adulto, abandoné las cosas de
niño.
12 Ahora vemos como en un mal espejo,
confusamente, después veremos cara a cara.
Ahora conozco a medias, después cono-
ceré tan bien como Dios me conoce a mí.
13 Ahora nos quedan tres cosas: la fe, la
esperanza, el amor. Pero la más grande de
todas es el amor.

Profecía y lenguas arcanas

14 1 Busquen el amor; y aspiren tam-
bién a los dones espirituales, sobre
todo al de la profecía. 2 Quien habla una
lengua desconocida no habla a hombres,
sino a Dios: nadie lo entiende, porque
movido por el espíritu habla de misterios.
3 En cambio, quien profetiza habla a hom-
bres edificando, exhortando y animando.
4 Quien habla una lengua desconocida se
edifica él mismo; quien profetiza edifica a la
Iglesia.
5 Me gustaría que todos tuvieran el don
de lenguas, pero prefiero que profeticen.
Quien profetiza es superior al que habla
una lengua desconocida, a menos que la
interprete para edificación de la Iglesia.
6 Supongan, hermanos, que me presento
ante ustedes hablando lenguas descono-
cidas: si no transmito alguna revelación o
conocimiento o profecía o enseñanza, ¿de
qué les serviría?
7 Ocurre igual que con los instrumentos
musicales, por ejemplo la flauta o la cítara:
si las notas que se dan no guardan los in-
tervalos, ¿cómo se reconoce lo que toca la
flauta o la cítara? 8 Si la trompeta no da un

---

la Iglesia lo realiza el super-carisma que es el amor. Al llegar aquí, la retórica de Pablo se vuelve lírica para cantar al amor.

Puede compararse con la enseñanza del sermón de la cena –especialmente Jn 15,12-17– y la primera carta de Juan. A los términos griegos corrientes de «eros» o «philia» ha preferido Pablo uno menos frecuente, «ágape», pues canta al amor que el Espíritu de Dios, de Cristo, infunde en el cristiano y la cristiana (cfr. Rom 5,5).

Aunque en alguna de sus manifestaciones coincida con las de otros amores humanos, el origen y finalidad del «ágape» trasciende y supera a todos.

El termino griego «ágape» se ha venido traduciendo por «caridad». Esta palabra hoy día está desprestigiada, ha perdido en nuestras lenguas actuales toda la fuerza que tenía en la experiencia en la vida de Pablo.

Hoy «caridad» o «hacer caridad» para mucha gente significa dar una limosna o ayuda esporádica al necesitado sin que necesariamente comprometa a la persona en lo más profundo de su ser. Para el Apóstol, por el contrario, la «caridad» lo es todo y sin «caridad» toda la vida cristiana se reduce a hipocresía.

¿Cómo explicar este amor? Dejando aparte toda definición, Pablo se lanza a una apasionada descalificación y relativización de todo don o cualidad humana, esfuerzo, renuncia y sacrificio que no esté inspirado por el amor-caridad (1-3). Después, baja al detalle y nos dice cómo se comporta una persona que ama (4-7), para terminar afirmando que, al final, cuando nos encontremos con Dios cara a cara, la fe y la esperanza habrán cumplido su cometido y ya solo el amor permanecerá para siempre. No debemos olvidar el contexto polémico de la carta donde Pablo inserta este magnífico canto al amor, es decir, el contexto del «cuerpo de Cristo», formado por todos los creyentes de la comunidad de Corinto donde se había insinuado la división y la discriminación. Sólo el amor a Cristo y a su cuerpo, inseparables ya, es capaz de crear la comunidad. Como decía san Juan de la Cruz: «en el último día seremos examinados de amor».

14,1-40 Profecía y lenguas arcanas. A juzgar por la extensión del capítulo, o Pablo pretendía dejar bien claras las cosas o los corintios eran duros de cabeza y reacios a entender. La conclusión (37) delata un tono ligeramente irritado. En aquellas asambleas comunita-

toque definido, ¿quién se preparará para el
combate? 9 Lo mismo les pasa a ustedes
con lo que hablan: si no pronuncian pala-
bras inteligibles, ¿cómo se entenderá lo que
dicen? Estarían hablando al viento.
10 Con tantas lenguas como existen en el
mundo, ninguna carece de significado. 11 Si
no entiendo el significado de una lengua,
soy un extranjero para el que me habla y él
lo es para mí. 12 Igual ustedes: ya que aspi-
ran a dones espirituales, procuren tener en
abundancia aquellos que ayudan a la edifi-
cación de la Iglesia.
13 Por tanto, quien habla una lengua des-
conocida pida el don de interpretarla.
14 Porque si rezo en lengua desconocida, mi
espíritu reza, pero mi mente no saca ningún
provecho. 15 ¿Qué puedo hacer? Rezaré
con mi espíritu y con mi mente, cantaré
himnos con mi espíritu y con mi mente.
16 Si bendices a Dios solamente con tu es-
píritu, ¿cómo responderá amén a tu acción
de gracias la persona sencilla y no prepara-
da, si no sabe lo que dices? 17 Tú das gra-
cias bellamente, pero el otro no sacó
provecho. 18 Yo, gracias a Dios, hablo len-
guas desconocidas más que todos ustedes;
19 pero en una asamblea, para instruir a los
demás, prefiero decir cinco palabras inteli-
gibles a pronunciar diez mil desconocidas.
20 Hermanos, no sean niños en su modo
de pensar; sean niños en la malicia pero
adultos en el modo de pensar. 21 En la ley
está escrito:

Yo hablaré a este pueblo
en lenguas extrañas,
y ni aún así me obedecerá,
dice el Señor.

22 De suerte que las lenguas desconoci-
das son señal para los no creyentes, no
para los creyentes; mientras que la profecía
es señal para los creyentes y no para los
que no creen. 23 Supongamos que se reúne
la Iglesia entera y todos se ponen a hablar
lenguas desconocidas: si entran algunos no
creyentes o gente no preparada, ¿no dirán
que están todos locos? 24 En cambio, si to-
dos profetizan, cuando entre un no creyen-
te o una persona no preparada, se sentirá
interpelado por todos, juzgado por todos;
25 se revelarán los secretos de su corazón,
caerá de rodillas adorando a Dios y decla-
rará: Realmente Dios está con ustedes.
26 ¿Qué conclusión sacamos, herma-
nos? Cuando se reúnen, que uno aporte un
himno, otro una enseñanza, otro una reve-
lación, otro un mensaje en lengua descono-
cida, otro su interpretación: todo para la
edificación común.
27 Si se habla en lenguas desconocidas,
hablen dos, a lo más tres, por turno, y que
otro lo interprete. 28 Si no hay intérprete,
mejor es no hablar en la asamblea y que

---

rias no sólo había marginación y división, sino también confusión y desorden, quizás lo uno provocado por lo otro. Por lo visto, un grupo de fervorosos carismáticos, tal vez un poco exaltados, traía de cabeza a todos con sus largas intervenciones de sonidos inarticulados e ininteligibles a las que Pablo se refiere como «lenguas arcanas».

Es sorprendente el espacio y la minuciosidad con que el Apóstol trata el tema. Se ve que no era un episodio marginal y esporádico. Es probable que este grupo tratara de monopolizar el desarrollo de las asambleas con su excesivo protagonismo por considerar ese don como superior a los otros. Pablo hace una llamada a la madurez y sentido común que debe reinar en las reuniones. No condena de entrada este «don de lenguas», sino que lo pone en su justa perspectiva. El objetivo de todo carisma o don del Espíritu es la «edificación de la Iglesia» (12). Éste es el criterio que debe presidir el orden de las asambleas y el protagonismo de los dones y carismas al servicio de la comunidad. Cada cosa a su tiempo. Como ejemplo, aduce que aunque él mismo posee ese don de hablar en lenguas arcanas, incluso «más que todos ustedes» (18), pero «para instruir a los demás, prefiero decir cinco palabras inteligibles a pronunciar diez mil desconocidas» (19). Además, hay que mirar el bien de los que no comparten aún nuestra fe. Si entra un no cristiano en la asamblea y se encuentra con que todos y todas están emitiendo al mismo tiempo sonidos inarticulados, «¿no dirá que están todos locos?» (23). Por el contrario, «si todos profetizan» (24), se sentirá interpelado y juzgado y terminará cayendo de rodillas y reconociendo que «realmente Dios está con ustedes» (25). Pero aun este carisma de la profecía o enseñanza hay que ejercerlo con orden y concierto.

De pronto, como un exabrupto, Pablo parece ordenar a las mujeres que se callen en las asambleas (34), en aparente contradicción con lo dicho anteriormente (11,5), donde reconoce el derecho de la mujer a profetizar y dirigir la oración en público. Estas palabras del Apóstol han levantado considerable polémica, hasta tal punto que muchos expertos piensan que han sido introducidas en el texto después de su muerte, cuando el anti-feminismo cobraba fuerza en las co-

cada uno hable consigo mismo y con Dios. 29 Tratándose de profetas, hablen dos o tres, y los demás deben juzgar. 30 Si uno de los asistentes recibe una revelación, el que está hablando debe callarse. 31 Todos pueden profetizar por turno, para que todos aprendan y se animen. 32 Pero la inspiración profética está vinculada a los profetas; 33 porque Dios no quiere el desorden, sino la paz.

Como en todas las Iglesias de los consagrados, 34 las mujeres deben callar en la asamblea, porque no se les permite hablar, sino que han de someterse, como manda la ley: 35 Si quieren aprender algo, pregúntenlo a sus maridos en casa. No está bien que una mujer hable en la asamblea.

36 ¿Acaso salió de ustedes la Palabra de Dios?, ¿acaso les llegó sólo a ustedes? 37 Si alguien se considera profeta o inspirado, reconozca que lo que escribo es mandato del Señor. 38 Y quien no lo reconozca no será reconocido. 39 En conclusión, hermanos, aspiren al don de la profecía y no impidan hablar en lenguas desconocidas. 40 Y que todo se haga con orden y decentemente.

Resurrección de los muertos

15 1 Ahora, hermanos, quiero recordarles la Buena Noticia que les anuncié: la que ustedes recibieron y en la que perseveran fielmente, 2 por ella son salvados, siempre que conserven el mensaje tal como yo se lo prediqué; de lo contrario habrían aceptado la fe en vano. 3 Ante todo, les he transmitido lo que yo mismo había recibido: que Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras, 4 que fue sepultado y resucitó al tercer día según las Escrituras, 5 que se apareció a Cefas y después a los Doce; 6 luego se apareció a más de

---

munidades cristianas post-apostólicas (cfr. 1 Tim 2,12). Si son palabras del mismo Pablo, el contexto está pidiendo otra interpretación más matizada, es decir, el Apóstol no estaría dando una norma general sino corrigiendo el abuso concreto de ciertas mujeres que interrumpían continuamente con sus preguntas con el afán de aprender, poniendo a prueba la paciencia del grupo y contribuyendo al desorden de la asamblea. Ésta es la interpretación más lógica que pide el texto y el contexto.

Hayan salido o no dichas palabras de Pablo, el hecho es que están ahí como reflejo de los prejuicios anti-feministas de entonces. ¿Qué decir, pues? Sencillamente, que esas palabras no son palabras que tocan a la fe cristiana, sino a la organización de la Iglesia, respecto a la cual ni Pablo ni nadie puede fijar normas irrevocables, menos aún basadas en prejuicios machistas.

15,1-11 Resurrección de los muertos. Concluido el tema de los carismas y su uso, Pablo afronta un nuevo problema sobre el que le han llegado rumores: «¿Cómo algunos de ustedes dicen que no hay resurrección de muertos?» (12). Es posible que estos individuos estuvieran influidos por el pensamiento filosófico griego que separaba el alma y el cuerpo y que valoraba sólo aquella, reduciendo el cuerpo a materia despreciable y perecedera. Si en la muerte el «alma» se libera del «cuerpo», ¿qué sentido tiene recuperarlo, encerrarse o enterrarse de nuevo en él a través de una posible y futura resurrección corporal? Sería como si el alma regresara de nuevo a la tumba del cuerpo, haciendo juego con las palabras griegas: «soma», cuerpo; y «sema», tumba.

Aceptaban, eso sí, que Jesús resucitó y que esa resurrección ya la estaban gozando plenamente. ¿Prueba de ello? La euforia espiritual de esa supuesta libertad y conocimiento superior que les proporcionaban ciertos carismas malentendidos (cfr. 14,12-19).

Las consecuencias no eran tan inocentes. Por ejemplo, la indiferencia moral hacia todo lo relativo al cuerpo, sexualidad incluida (cfr. 6,12s), o la falta de sensibilidad sobre la situación de los más pobres y marginados de la comunidad (cfr. 8,1-12; 10,23).

Pablo, pues, aborda el tema de la resurrección de Jesús ligándolo indisolublemente a la nuestra. Lo hace de manera sistemática y ordenada.

«Quiero recordarles la Buena Noticia que les anuncié» (1). La introducción es solemne porque da paso a lo fundamental del Evangelio que él predica y que los corintios acogieron con la fe «siempre que conserven el mensaje tal como yo se lo prediqué» (2). Esta Buena Noticia había quedado ya establecida en tiempos de Pablo en una especie de «confesión de fe» aceptada por todas las comunidades cristianas y articuladas con expresiones precisas y claras que se refieren a dos hechos correlativos: muerte-resurrección de Jesús. Una muerte que perdona los pecados porque desemboca en la resurrección. La mención a la sepultura rubrica la muerte. Las apariciones atestiguan la vida.

El motivo de Pablo en recordarles esta tradicional «confesión de fe» quizás sea que algunos de los corintios cuestionaban su autoridad como Apóstol. Una vez dejada clara la «confesión de fe», Pablo enumera a los «testigos» de la resurrección de Jesús comenzando por los más calificados, Pedro y los Doce, siguiendo por los otros «apóstoles» y un grupo impresionante de 500 hermanos y hermanas. Pablo se pone en pie de igualdad con los demás testigos, aunque se asigna el último puesto en la fila (cfr. Ef 3,8). El testimonio apostólico de estos hombres y mujeres que vieron, hablaron y

quinientos hermanos de una sola vez: la
mayoría viven todavía, algunos murieron
ya; 7 después se apareció a Santiago y de
nuevo a todos los apóstoles. 8 Por último se
me apareció a mí, que soy como un abor-
to. 9 Porque yo soy el último entre los após-
toles y no merezco el título de apóstol, por-
que perseguí a la Iglesia de Dios.

10 Gracias a Dios soy lo que soy, y su
gracia en mí no ha resultado estéril, ya que
he trabajado más que todos ellos; no yo,
sino la gracia de Dios conmigo. 11 Con
todo, tanto yo como ellos, proclamamos lo
mismo y esto es lo que ustedes han creído.

También nosotros resucitamos

12 Ahora bien, si se proclama que Cristo
resucitó de la muerte, ¿cómo algunos de
ustedes dicen que no hay resurrección de
muertos? 13 Si no hay resurrección de
muertos, tampoco Cristo ha resucitado; 14 y
si Cristo no ha resucitado, es vana nuestra
proclamación, es vana nuestra fe. 15 Y no-
sotros resultamos ser testigos falsos de
Dios, porque testimoniamos contra Dios di-
ciendo que resucitó a Cristo siendo así que
no lo resucitó, ya que los muertos no resu-
citan. 16 Porque si los muertos no resucitan,
tampoco Cristo ha resucitado. 17 Y si Cristo
no ha resucitado, la fe de ustedes es iluso-
ria, y sus pecados no han sido perdonados,
18 y los que murieron como cristianos pere-
cieron para siempre. 19 Si hemos puesto
nuestra esperanza en Cristo sólo para esta
vida, somos los hombres más dignos de
compasión.

20 Ahora bien, Cristo ha resucitado de
entre los muertos, y resucitó como primer
fruto ofrecido a Dios, el primero de los que
han muerto. 21 Porque, si por un hombre
vino la muerte, por un hombre viene la re-
surrección de los muertos. 22 Como todos
mueren por Adán, todos recobrarán la vida
por Cristo. 23 Cada uno en su turno: el pri-
mero es Cristo, después, cuando él vuelva,
los cristianos; 24 luego vendrá el fin, cuando
entregue el reino a Dios Padre y termine
con todo principiado, autoridad y poder.
25 Porque él tiene que reinar hasta poner a
todos sus enemigos bajo sus pies; 26 el últi-
mo enemigo que será destruido es la muer-
te, 27 según dice la Escritura: *Todo lo ha
sometido bajo sus pies.* Pero al decir que
todo le está sometido, es evidente que se
excluye a aquel que le somete todas las co-

---

comieron con Jesús resucitado es fundamental para nuestra fe. A ello nos referimos cuando, recitando el «credo» en la celebración eucarística, confesamos creer en una Iglesia santa, católica y «apostólica». Creemos no solamente lo que los apóstoles «vieron» con sus propios ojos, es decir, que Jesús estaba vivo, sino lo que ellos «creyeron»: que esta vida del resucitado nos es dada a todos y a todas como perdón de nuestros pecados y primicia y promesa de nuestra propia resurrección futura. La resurrección de Jesús, por tanto, es más que un «hecho real», es también una «realidad de fe». Por eso la Iglesia desde sus comienzos no fue un movimiento de contornos indefinidos, sino una comunidad convocada y reunida en torno a esta «realidad de fe» fundada en los «testigos de la resurrección», los apóstoles.

Así sigue siendo hoy día y seguirá hasta el final de los tiempos. La Iglesia toda y cada uno y cada una de sus miembros, según su ministerio: papa, obispos, sacerdotes, laicos y laicas, tenemos el deber primordial de mantener intacto y vivo el testimonio de los apóstoles.

15,12-34 También nosotros resucitamos. La resurrección de Jesús se ordena a la nuestra; si no se da la nuestra no se dio la de Jesús. Pablo argumenta reduciendo al absurdo la posición de los que niegan la resurrección. Si Jesús no resucitó, nuestra fe carece de objeto y fundamento, nuestra esperanza es ilusoria y trágica.

El Apóstol llega a decir que los cristianos seríamos las personas «más dignas de compasión» al haber puesto nuestra esperanza en Cristo «sólo para esta vida» (19). Un desastre para los ya muertos y un gran vacío para los aún vivos. Una vaga inmortalidad del «alma» sin el cuerpo, como proponía la filosofía griega, repugna tanto al Pablo de tradición judía como al Pablo cristiano.

Estos versículos constituyen la gran afirmación de la esperanza cristiana. Pablo contempla a la humanidad como un gran acontecimiento solidario, tanto para la desgracia como para la salvación. La contraposición Adán-Cristo tiene para él simultáneamente un valor histórico, antropológico y salvífico. La humanidad bajo el pecado y la muerte –simbolizada en Adán– es substituida por la humanidad bajo la gracia y la vida que nos da Cristo. La primera fue causada por la desobediencia de uno, la segunda por la obediencia del otro (cfr. Rom 5,19). El dolor y la muerte son lo opuesto al plan de Dios; por medio de Cristo dicho plan, que es plan de vida, queda restablecido.

En este camino hacia la vida, Pablo establece las siguientes etapas: primera, la resurrección de Cristo que ya es una realidad. Segunda, la resurrección universal «cuando él vuelva» (23). Tercera, el someti-

sas. 28 Cuando el universo le quede some-
tido, también el Hijo se someterá al que le
sometió todo, y así Dios será todo para
todos.
29 Si no fuera así, ¿qué hacen los que se
bautizan por los muertos? Si los muertos no
resucitan, ¿por qué se bautizan por ellos?
30 ¿Por qué nosotros nos exponemos en
todo instante al peligro? 31 Cada día estoy
en peligro de muerte. Lo juro, [hermanos,]
por el orgullo que siento de ustedes ante
Cristo Jesús Señor nuestro. 32 Si por moti-
vos humanos luché con las fieras en Éfeso,
¿de qué me sirvió? *Si los muertos no resu-*
citan, comamos y bebamos, que mañana
moriremos. 33 No se dejen engañar: las ma-
las compañías corrompen las buenas cos-
tumbres. 34 Vuelvan a comportarse como es
debido y dejen de pecar, porque algunos de
ustedes todavía no saben nada de Dios
–para vergüenza de ustedes lo digo–.

¿Cómo resucitan los muertos?

35 Pero preguntará alguno: ¿Cómo resu-
citan los muertos?, ¿con qué cuerpo salen?
36 ¡Necio! Lo que tú siembras no llega a te-
ner vida si antes no muere. 37 Lo que siem-
bras no es la planta tal como va a brotar,
sino un grano desnudo, de trigo o de lo que
sea; 38 y Dios le da el cuerpo que quiere, a
cada simiente su cuerpo.
39 No todos los cuerpos son iguales. Una
es la carne del hombre, otra la de las reses,
otra la de las aves, otra la de los peces.
40 Hay cuerpos celestes y cuerpos terres-
tres. Uno es el resplandor de los celestes y
otro el de los terrestres. 41 Uno es el res-
plandor del sol, otro el de la luna, otro el de
los astros; un astro se distingue de otro en
resplandor. 42 Así pasa con la resurrección
de los muertos: 43 se siembra corruptible,
resucita incorruptible; se siembra misera-
ble, resucita glorioso; se siembra débil, re-

---

miento de todos los poderes hostiles a Dios, hasta terminar con el último de estos, la muerte. Véase Is 25,8: «aniquilará la muerte para siempre», o Ap 20,14: «Muerte y Hades fueron arrojados al foso del fuego». Ese día se implantará definitivamente el «reino de Dios» que Jesús empezó a proclamar en Galilea (Mt 1,15).

El Apóstol utiliza otros argumentos para dejar bien claro su mensaje. Uno, tomado de la práctica de algunos corintios que por lo visto recibían un segundo bautismo para aplicarlo a parientes y amigos no cristianos ya muertos. Aunque no está claro qué tipo de práctica era ésta –el Apóstol ni la autoriza ni la desautoriza–, sería más o menos semejante a los sufragios y oraciones que ofrecemos hoy por los difuntos y que están suponiendo la creencia en una vida futura. Por último y refiriéndose a sí mismo, Pablo les dice que estaría sufriendo por ellos en vano si no creyera en la resurrección. Si no hay resurrección, tendrían razón los que rigen su vida por el refrán popular que cita el Apóstol: «si los muertos no resucitan, comamos y bebamos, que mañana moriremos» (32).

15,35-58 ¿Cómo resucitan los muertos? Pablo comienza llamando «necios» a los que se imaginaban a los cadáveres saliendo de las tumbas con sus carnes recompuestas. Es probable que se tratara de una imagen burlona de los que negaban la resurrección. ¿Cuál será, pues, la realidad de los cuerpos resucitados? El Apóstol, a través de comparaciones, nos lleva a la única respuesta posible: al ilimitado poder divino. Éste se manifiesta tanto en el mundo vegetal como en el animal.

Quizás nosotros, conocedores hoy de los códigos genéticos de plantas y animales, hayamos perdido la capacidad de asombro ante la trasformación que experimenta el más humilde «grano desnudo, de trigo o de lo que sea» (37) que muere para cobrar nueva vida. No era así para la cultura bíblica en la que se mueve Pablo.

Las comparaciones vegetales son corrientes en el Antiguo Testamento y sirven de ordinario para exaltar la vitalidad permanente, creciente y renovada (cfr. Sal 1; 92; Job 14,7-9). Los paisanos de Jesús no tenían ideas claras sobre la vida vegetal y atribuían el cambio prodigioso de semilla escueta y madura a tallo robusto y espiga granada a la acción directa de Dios. Solicitado por el contexto, Pablo llama «a cada simiente su cuerpo» (38), a la planta madura que, en el cambio total de su forma material, está resaltando el principio vital que lo ha hecho posible y que no es otro que el poder de Dios.

Del asombro ante el cambio radical que se produce en las plantas, Pablo pasa ahora al asombro ante la variedad individual que se observa tanto en el mundo animal como en el de los «cuerpos celestes», de los que el Apóstol resalta su «esplendor», «doxa» en griego, como queriendo rastrear en ellos un reflejo de la «gloria», también «doxa», de Dios.

El Apóstol saca la conclusión. La metáfora «se siembra» recoge la comparación vegetal y mira de reojo al acto de enterrar al muerto como a una especie de siembra (cfr. Jn 12,24). Se siembra «corruptible, miserable, débil, como cuerpo natural, resucita incorruptible, glorioso, poderoso, como cuerpo espiritual» (43s). La resurrección, pues, no es el resultado de un proceso o evolución natural, sino obra del poder de Dios, un avance hacia a delante, un salto cualitativo hacia la esfera de lo divino que lleva consigo lo «corporal y lo

sucita poderoso; 44 se siembra un cuerpo
natural, resucita un cuerpo espiritual.
Si existe un cuerpo natural, existe tam-
bién un cuerpo espiritual.
45 Así está escrito: *el primer hombre,*
Adán, se convirtió en un ser vivo; el último
Adán se hizo un espíritu que da vida.
46 No fue primero el espiritual, sino el
natural, y después el espiritual. 47 El primer
hombre procede de la tierra y es terreno, el
segundo hombre procede del cielo. 48 El
hombre terrenal es modelo de los hombres
terrenales; como es el celeste modelo de
los hombres celestes.
49 Así como hemos llevado la imagen
del hombre terrestre, llevaremos también la
imagen del celeste.
50 Hermanos, les digo que la carne y la
sangre no pueden heredar el reino de Dios,
ni la corrupción heredará lo que es inco-
rruptible. 51 Les voy a comunicar un secre-
to: no todos moriremos, pero todos
seremos transformados. 52 En un instante,
en un abrir y cerrar de ojos, al último toque
de trompeta que tocará, los muertos resu-
citarán incorruptibles y nosotros seremos
transformados.
53 Esto corruptible tiene que revestirse
de incorruptibilidad y lo mortal tiene que
revestirse de inmortalidad. 54 Cuando lo
corruptible se revista de incorruptibilidad y
lo mortal de inmortalidad, se cumplirá lo
escrito:

La muerte
ha sido vencida definitivamente.
55 *¿Dónde está, oh muerte, tu victoria?*
¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón?

56 El aguijón de la muerte es el pecado,
el poder del pecado es la ley.
57 Gracias sean dadas a Dios, que nos
da la victoria por medio de nuestro Señor
Jesucristo.
58 En conclusión, queridos hermanos,
permanezcan firmes, inconmovibles, pro-
gresando siempre en la obra del Señor,
convencidos de que sus esfuerzos por el
Señor no serán inútiles.

Colecta para los fieles de Jerusalén y saludos finales

16 1 En cuanto a la colecta en favor de
los consagrados sigan las mismas
instrucciones que di a las Iglesias de Ga-
lacia.

---

terreno», tal como sucedió con el cuerpo resucitado de Jesús.

Es algo tan indescriptible que Pablo lo designa con una paradoja: «se siembra un cuerpo natural, resucita un cuerpo espiritual» (44). Sigue desarrollando su mensaje con la comparación Adán-Cristo. No es un recurso mítico sino histórico.

Adán simboliza al ser vivo, animal, procedente de la tierra. El segundo Adán –Cristo resucitado– es Espíritu de vida, procedente del cielo. El primero es la imagen de nuestra condición terrestre, la imagen que el padre trasmite al hijo (cfr. Gn 5,3); el segundo es la imagen de nuestra condición celeste. Ahora bien, «la carne y la sangre», el cuerpo humano corruptible, es incapaz de recibir la herencia del «reino» de la gloria y la inmortalidad, no tiene más derecho a él. Tiene que transformarse primero mediante el poder de Dios. Pablo se refiere a esta necesaria transformación con la mirada puesta en los acontecimientos de los últimos días (cfr. 1 Tes 4,15-17).

Ya sea que la segunda venida del Señor nos encuentre vivos o muertos, la trasformación será necesaria tanto para unos como para otros. Entonces será inaugurada la etapa definitiva de la humanidad.

El Apóstol, que pensaba que la Parusía o la segunda venida del Señor era inminente, esperaba encontrarse entre los vivos cuando llegara aquel día. Este misterio de la resurrección ya en marcha, concluye Pablo, no debe llevarnos a una esperanza pasiva, sino todo lo contrario, es una invitación al progreso en la tarea asignada. La exhortación final a permanecer en la tarea y el esfuerzo, empalma con 15,30-32. La esperanza en la resurrección gloriosa final da sentido a la lucha y sufrimientos cotidianos.

16,1-24 Colecta para los fieles de Jerusalén y saludos finales. La colecta en favor de la Iglesia Madre de Jerusalén, ampliamente comentada en 2 Cor 8s y mencionada también en Rom 15,25-31 expresa la solidaridad de los cristianos procedentes del paganismo con los judeo-cristianos residentes en Palestina, zona periódicamente azotada por la carestía y el hambre. Pablo la entiende, sobre todo, como signo de comunión eclesial. La colecta se hacía en la reunión litúrgica dominical.

El compartir los bienes en la celebración eucarística subrayaba el compromiso fraterno que debe acompañar el culto a Dios. Es un signo de delicadeza por parte del Apóstol el aconsejar que las colectas no se hagan en su presencia. Por el momento no ve la necesidad de ir él en persona a entregar los donativos a la Iglesia Madre. Cuando las relaciones con Jerusalén empeoren lo verá imprescindible (cfr. Rom 15,25.31); pero no irá solo, sino acompañado de representantes de la comunidad (cfr. Hch 20,4).

2 Todos los domingos cada uno de ustedes aparte y deposite lo que haya logrado ahorrar; así, cuando yo llegue, no hará falta hacer la colecta. 3 Cuando llegue, enviaré con cartas a los que ustedes hayan elegido para que lleven su donativo a Jerusalén. 4 Si conviene que yo también vaya, ellos me acompañarán. 5 Los visitaré cuando atraviese Macedonia, ya que tengo que pasar por allí. 6 Es posible que permanezca algún tiempo o incluso pase el invierno con ustedes, para que me ayuden a continuar mi camino. 7 En esa ocasión no quiero verlos de pasada, sino que espero estar una temporada con ustedes, si el Señor lo permite. 8 Estaré en Éfeso hasta Pentecostés, 9 ya que se me ha abierto una puerta grande y favorable, aunque los adversarios son muchos.

10 Cuando llegue Timoteo, procuren que no se sienta incómodo entre ustedes, ya que como yo trabaja en la obra del Señor. 11 Nadie lo desprecie. Ofrézcanle los medios necesarios para proseguir su camino y así pueda juntarse conmigo, porque lo estamos esperando con los hermanos.

12 Al hermano Apolo le he insistido que vaya a visitarlos con los hermanos; pero él se niega rotundamente a ir ahora; ya irá cuando sea oportuno.

13 Estén despiertos, permanezcan firmes en la fe, sean valientes y animosos. 14 Todo lo que hagan, háganlo con amor. 15 Tengo que hacerles una recomendación: conocen a la familia de Esteban: son los primeros que abrazaron la fe en Acaya y se dedicaron a servir a los consagrados. 16 Les pido que también ustedes se pongan a disposición de gente como ellos y de cuantos colaboran en sus trabajos y esfuerzos.

17 Estoy muy contento con la llegada de Esteban, Fortunato y Acaico: ellos han llenado el vacío que ustedes habían dejado 18 y han serenado mi espíritu y el de ustedes.

19 Los saludan las Iglesias de Asia. También les envían muchos saludos en el Señor Áquila, Prisca y toda la comunidad que se reúne en su casa.

20 Los saludan todos los hermanos. Salúdense mutuamente con el beso santo.

21 El saludo es de mi puño y letra: *Pablo.*

22 Quien no ame al Señor sea maldito. ¡Ven, Señor! 23 La gracia del Señor Jesús esté con ustedes. 24 Los amo a todos en Cristo Jesús.

Al final de la carta, el Apóstol vuelve al estilo familiar con el anuncio de una futura visita, saludos, recomendaciones y avisos. Es de notar su aprecio a Timoteo (cfr. Flp 2,19-22; 1 Tes 3,2), su colaborador más fiel, y la interesante recomendación que hace de él a los Corintios: «procuren que no se sienta incómodo entre ustedes» (10).

La mención de «las Iglesias» (en plural) de Asia, cuyos saludos les transmite, es reflejo de la organización de los cristianos de Pablo reunidos en pequeñas comunidades domésticas. Una de estas tiene su sede en la casa de Prisca y Áquila, el conocido matrimonio judeo-cristiano que se desplazó con Pablo de Corinto a Éfeso (cfr. Hch 18,2.18.26).

Aunque las cartas se dictaban a un escriba, el remitente firmaba de su puño y letra (cfr. Col 4,18; 2 Tes 3,17). Las últimas palabras de Pablo, la invitación a darse la paz y el saludo «Ven, Señor» o «Maranatha» parecen aludir a un contexto litúrgico de celebración eucarística, donde probablemente se leían las cartas del Apóstol que poco a poco se iban situando al nivel de las sagradas Escrituras de Israel (cfr. 2 Pe 3,16). La maldición o anatema suena como aviso a permanecer fiel al amor de Dios.

El saludo «Maranatha» refleja el sentido de tensión escatológica que tenía la eucaristía en aquellas comunidades, donde, al mismo tiempo que se experimentaba al Señor ya presente, se anunciaba y se pedía apasionadamente su venida gloriosa y definitiva. De hecho, el saludo «Maranatha» se convirtió en una de las maneras de saludarse entre cristianos (cfr. Ap 22,20) completando así al saludo tradicional judío de «shalom» (paz). La carta termina con lo más importante que Pablo quiere decirles: «los amo a todos en Cristo Jesús» (24).



SEGUNDA CARTA A LOS CORINTIOS

Ocasión y fecha de composición de la carta. Sobre las circunstancias que provocaron esta «segunda» carta tenemos más dudas que certezas. El libro de los Hechos de los Apóstoles, la única fuente de información que existe acerca de las actividades de Pablo –aparte de la correspondencia del mismo Apóstol– no menciona ninguna crisis en Corinto que motivara otra respuesta por escrito. Hay, pues, que reconstruir los acontecimientos con los datos que nos ofrece la misma carta, datos no muy claros, ya que se dan por sabidas cosas que nosotros desconocemos.

He aquí una aproximación a lo que debió ocurrir. La primera carta a los corintios no obtuvo, por lo visto, el efecto deseado. La visita de seguimiento de Timoteo a la comunidad, anunciada en 1 Cor 16,10s, se realizó sin resultados positivos y el colaborador y hombre de confianza de Pablo regresó con malas noticias. El Apóstol, que estaba en Éfeso, se ve

en la necesidad de desplazarse brevemente a Corinto. Su presencia en la ciudad, lejos de solucionar el problema, lo empeoró. Es más, Pablo fue insultado grave y públicamente en una asamblea eucarística, como él mismo menciona en 2,5 y 7,12. Debió regresar a Éfeso abatido, y desde allí les escribe «con gran angustia y ansiedad, derramando lágrimas» (2,4). Esta vez es su discípulo Tito el portador de este dramático mensaje. La comunidad reacciona, se arrepiente y se dispone a castigar al ofensor. Tito sale en busca de Pablo con la buena noticia y lo encuentra, por fin, en Filipos a donde, mientras tanto, había tenido que huir desde Éfeso por un motín desencadenado contra él por el sindicato de los plateros, como nos cuenta Lucas en los Hechos (cfr. Hch 19,23-40). Ya tranquilo y en tono conciliador, el Apóstol se dirige de nuevo a la comunidad con la que hoy figura como la «Segunda Carta a los Corintios», escrita hacia finales del 57, año y medio después de la primera.

En cuanto a esa enigmática «carta de lágrimas», no ha llegado hasta nosotros en su integridad, sino sólo en los fragmentos que probablemente un recopilador posterior insertó, sin más, en la «Segunda» que conocemos, y que forman los capítulos 10–13 de la misma. El brusco cambio de tema y de tono y otra serie de detalles avalan esta hipótesis. Es también probable que la «Segunda a los Corintios» contenga además otros fragmentos de otras cartas enviadas en el decurso de la crisis. En resumidas cuentas, estaríamos ante un escrito que podría recopilar hasta cuatro posibles cartas del Apóstol.

Tema y contenido de la carta. A pesar de las complicadas circunstancias que la motivaron y de los avatares que sufrió el texto mismo de la carta hasta llegar a la forma en que lo conocemos, gracias al talento y talante de Pablo ha brotado un escrito muy personal e intenso. Casi tanto como el valor de la doctrina pesa la comunicación de la persona, o mejor dicho, su testimonio personal se convierte en doctrina, en tratado vital de la misión apostólica, pues ésta era, en definitiva, la razón de la crisis: el cuestionamiento de su apostolado por parte de algunos miembros influyentes de la comunidad de Corinto.

Si había algo que Pablo no toleraba en absoluto era que se pusiera en duda el mandato misionero recibido del mismo Jesús resucitado. Y no por vanidad o prestigio personal, sino porque estaba en juego la «memoria de Jesús», la verdad del Evangelio que predicaba. Siempre que se siente atacado en este punto, Pablo no rehúsa la polémica, sino que se defiende con acaloramiento, sin ahorrar contra sus adversarios epítetos e invectivas mordaces que delatan su carácter pasional. Era un hombre que no tenía pelos en la lengua.

Retrato de un misionero del Evangelio. Recogiendo todos los datos que nos ofrece esta especie de carta-confesión, surge el retrato fascinante de este servidor de la Palabra de Dios que era Pablo, modelo ya para siempre de todo cristiano comprometido con el Evangelio.



Pablo fue una persona controvertida, siempre en el punto de mira de la polémica y que no dejaba indiferente a nadie. Fue amado incondicionalmente al igual que encarnizadamente perseguido, porque el «anuncio» de la Buena Noticia de que era portador se convertía en denuncia implacable contra toda injusticia, discriminación, comportamiento ético

o enseñanza falsa que pisoteara o domesticara la «memoria de Jesús». Fue su fe en Jesús muerto y resucitado la que le impulsaba a predicar: «creí y por eso hablé» (4,13).

Era un hombre, como él mismo dice, que no traficaba con la Palabra de Dios (2,17). Esto le acarreó quebrantos y sufrimientos de toda clase que él consideraba como parte integrante de su misión, como la prueba máxima de la veracidad del Evangelio que predicaba y que, como tal, no se recataba en recordárselos a sus oyentes, de palabra y por escrito, cuando era necesario. El relato que hace de ellos en esta carta (4,7-15) es una pequeña obra maestra de dramatismo y expresividad.

Fue la misma Palabra de Dios la que alejó a Pablo de todo fanatismo y arrogancia, haciéndole descubrir su propia fragilidad humana, como la «vasija de barro» que contenía el tesoro, hasta el punto de no dudar en exhibir sus limitaciones y defectos para que se viera que la fuerza superior de la que estaba poseído «procede de Dios y no de nosotros» (4,7).

Es este Pablo en toda su apasionante humanidad, frágil y a la vez fuerte, cargando humildemente con su tribulación por el Evangelio que predica, pero consciente de la carga incalculable de gloria perpetua que produce (4,17s) el que se nos presenta en este escrito/confesión a los Corintios. Él mismo es la enseñanza y el contenido de la carta.



Saludo

1 [1] Pablo, apóstol de Cristo Jesús por
voluntad de Dios, y el hermano Timo-
teo, a la Iglesia de Dios de Corinto y a to-
dos los consagrados de la provincia entera
de Acaya: [2] Gracia y paz a ustedes de par-
te de Dios nuestro Padre y del Señor Jesu-
cristo.

Consuelo en la tribulación

[3] Bendito sea Dios, Padre de nuestro Se-
ñor Jesucristo, Padre compasivo y Dios de
todo consuelo, [4] que nos consuela en cual-
quier tribulación, para que nosotros, poda-
mos consolar a los que pasan cualquier
tribulación con el mismo consuelo que reci-
bimos de Dios. [5] Porque así como son
abundantes nuestros sufrimientos por Cris-
to, así también por Cristo abunda nuestro
consuelo. [6] Si sufrimos tribulaciones, es
para consuelo y salvación de ustedes; si re-
cibimos consuelos, es también para con-
suelo de ustedes, y esto les da fuerzas para
soportar con fortaleza los mismos sufri-
mientos que nosotros soportamos. [7] Nues-
tra esperanza respecto a ustedes es firme,
porque sabemos que si comparten nuestros
sufrimientos, también compartirán nuestro
consuelo.
[8] No quiero, hermanos, que desconoz-
can lo que tuvimos que aguantar en la pro-
vincia de Asia: algo que nos abrumó tan
por encima de nuestras fuerzas, que no es-
perábamos salir con vida. [9] Nos sentíamos
como condenados a muerte; así aprendi-
mos a no confiar en nosotros, sino en Dios
que resucita a los muertos. [10] Él nos libró
de tan grave peligro de muerte y nos segui-
rá librando. Estoy seguro de que nos libra-
rá de nuevo [11] si ustedes colaboran rezando
por nosotros. Y de esta manera, siendo mu-
chos los que oren por nosotros, serán mu-

1,1s Saludo. Comienza la carta con la introducción acostumbrada que incluye: los remitentes con nombre y título, los destinatarios y el saludo. Como es habitual, Pablo se presenta con el título de «apóstol». En esta ocasión, sin embargo, no se trata de una presentación convencional sino de la reivindicación de un título que le corresponde por voluntad de Dios y llamada de Cristo Jesús. Toda la carta tratará de su apostolado y de la defensa de su misión apostólica, atacada y puesta en duda por aquellos a los que él llama «falsos apóstoles» y que pululaban, por lo visto, en la Iglesia de Corinto.

Como es frecuente en sus cartas, Pablo presenta a sus colaboradores, en este caso a Timoteo, uno de sus más fieles compañeros. Los destinatarios no son sólamente los corintios sino también algunas comunidades dispersas por la provincia de Acaya entre las que seguramente su apostolado estaba también cuestionado. A todos los llama «consagrados» a Dios (1), participantes de su santidad como pueblo escogido (cfr. Éx 19,6). «Gracia», saludo griego, y «paz», saludo hebreo, se trasladan unidos al contexto cristiano (cfr. Rom 1,7), como dones definitivos que da Dios, nuestro Padre y el Señor Jesucristo.

1,3-11 Consuelo en la tribulación. Terminados los saludos, no se encuentra la habitual «acción de gracias» que encontramos en otras cartas (cfr. 1 Tes 1,2s; 1 Cor 1,4; Rom 1,8) y que sirve tanto para marcar el objetivo de las mismas, como para alabar algún aspecto positivo de las comunidades cristianas y así captarse su benevolencia. Aquí aparece, en cambio, un himno de alabanza u oración de bendición solemne, casi litúrgica, que nos introduce de lleno en el contexto de la misma carta: el sufrimiento apostólico de Pablo y la consolación que proviene del «Padre compasivo y Dios de todo consuelo» (3). Los términos «tribulación», «sufrimiento» y «consuelo» son constantes.

¿A qué tribulación y sufrimiento está aludiendo Pablo? Sin duda, al producido por sus relaciones tormentosas con la misma comunidad de Corinto que tanto afectaron al Apóstol, y quizás, más en concreto, a una situación desesperada, un trance de vida o muerte por el que atravesó en la ciudad de Éfeso y del que se libró en el último momento. ¿Se trató de una gravísima enfermedad? No lo sabemos, pero debió ser una experiencia traumática de la «que no esperábamos salir con vida» (8).

De todo ello ofrece su testimonio personal a los corintios, un testimonio que el Apóstol transforma en mensaje evangélico. Los sufrimientos de Cristo son la clave de interpretación de todo sufrimiento humano, el de Pablo, el de los corintios, los nuestros. Compartir solidariamente la cruz de Cristo nos llevará también a compartir su resurrección, una victoria que ya experimentamos aquí y ahora en ese consuelo que va más allá del sentimiento y que es la fuerza que hace enderezar al que está a punto de doblarse. Además del vínculo del sufrimiento, el Apóstol menciona otro vínculo que le une a los corintios: la oración por el que sufre o está en peligro, y la acción de gracias por su liberación. Los sufrimientos de Pablo, tanto los personales como los ocasionados por la comunidad de Corinto, parecen haber pasado por ahora. Es el momento de la acción de gracias.

chos los que agradezcan los beneficios recibidos.

Cambio de planes

12 Nuestro orgullo se apoya en el testimonio de nuestra conciencia: ella me asegura que por la gracia de Dios y no por prudencia humana, me he comportado con todo el mundo, y en particular con ustedes, con la sencillez y sinceridad que Dios pide. 13 En nuestras cartas no había segundas intenciones, no hay en ellas más de lo que ustedes han leído y entendido. 14 Y espero que comprendan plenamente lo que ya han comprendido en parte: que en el día de [nuestro] Señor Jesús podrán sentirse orgullosos de nosotros, como nosotros de ustedes. 15 Con esa confianza me propuse visitarlos primero a ustedes, para darles una nueva alegría, 16 seguir después a Macedonia y desde allí regresar nuevamente a ustedes, para que prepararan mi viaje a Judea. 17 Al proponerme esto, ¿actué precipitadamente? ¿Lo decidí por motivos humanos, en vaivén entre el sí y el no? 18 Dios me es testigo de que, cuando me dirijo a ustedes, no confundo el sí y el no; 19 porque el Hijo de Dios, Jesucristo, el que nosotros con Silvano y Timoteo les predicamos, no fue un sí y un no, ya que en él se cumplió el sí; 20 en efecto, en él todas las promesas de Dios cumplieron el sí, y así nosotros por él respondemos amén, a gloria de Dios. 21 Y es Dios quien nos mantiene, a nosotros y a ustedes, fieles a Cristo; quien nos ha ungido, 22 nos ha sellado y quien ha puesto el Espíritu como garantía en nuestro corazón.

Motivos del cambio de planes

23 Juro por mi vida y pongo a Dios por testigo que, si no fui a Corinto, fue por consideración a ustedes. 24 Porque no somos dueños de su fe –ya que en la fe se mantienen firmes– sino colaboradores que queremos aumentarles la alegría.

2 1 Decidí por mi cuenta no volver a visitarlos, para no afligirlos. 2 Porque si yo los aflijo, ¿cómo puedo esperar que me

---

1,12-22 Cambio de planes. Pablo pasa a deshacer un malentendido o a anular un reproche que, al parecer, le han hecho. En efecto, el itinerario proyectado incluía una segunda y una tercera visita a Corinto. La segunda, quizás para resolver personalmente los problemas locales (cfr. 13,1s). En vez de visitarles, les escribió una carta, y los corintios están quejosos de ese cambio de planes: Pablo promete y no cumple, parecen decir. En definitiva, están poniendo en duda su credibilidad apostólica.

Pablo se defiende de la manera como únicamente él sabe hacerlo, apelando al testimonio de Cristo Jesús que es quien dirige todos sus pasos e ilumina sus decisiones: «Ya no vivo yo sino es Cristo que vive en mí», afirmará en Gál 2,20. Es decir, no fue la prudencia humana la norma de su conducta con la comunidad sino la «sencillez y sinceridad que Dios pide» (12) y que son las características fundamentales de su ministerio apostólico. Acepta el hecho de que, por ahora, los corintios comprendan sólo en parte su actitud, por eso apela «al día del Señor», cuando la comprensión mutua entre él y su comunidad será total y «podrán sentirse orgullosos de nosotros, como nosotros de ustedes» (14). El «día del Señor» o el horizonte futuro de la victoria total de Jesucristo está siempre presente, actuando y dando sentido a la vida y el ministerio del Apóstol hasta en sus más mínimos detalles.

Pablo les dice que él no juega con la comunidad diciendo ahora sí y después no. El ejemplo de su conducta es Cristo Jesús, «el que nosotros con Silvano y Timoteo les predicamos» (19). En Cristo cumple Dios todas sus promesas, por lo cual Él es el «sí» puro y total; y Pablo lo reconoce con su «amén» que es la expresión del regalo de la fe (cfr. Ap 3,14). Termina diciendo que el Espíritu, puesto por Dios en nuestros corazones, es el «sello», la «garantía» (cfr. Ef,1,13; Jr 32,10s) del don futuro y definitivo.

1,23–2,4 Motivos del cambio de planes. Pablo justifica el cambio de planes y la cancelación de la visita. Dada la situación en Corinto, habría tenido que presentarse y actuar con gran severidad, causando profunda tristeza y provocando, quizás, un clima de tensión excesiva, cuando lo que hacía falta era gozo compartido. Por eso ha preferido afligir por carta, sanar a distancia. Al Apóstol le costó mucho escribir esa carta severa, de gran dureza –angustias, ansiedad, lágrimas– porque ama a los corintios. Se trata con toda probabilidad de la que se conserva fragmentariamente en los capítulos 10–13. No olvidemos que el Apóstol escribió varias cartas a la comunidad, de las que sólo sabemos por los fragmentos que el recopilador intercaló en la presente «segunda carta a los Corintios». La próxima visita será serena y gozosa, dice Pablo. El gozo tiene que ser sentimiento compartido. El Apóstol refleja esta situación en su forma de expresarse: la palabra «afligir», «aflicción» se repite ocho veces, en contraste siempre con el «consuelo».

Estos problemas concretos con los corintios le ofrecen a Pablo la oportunidad de ir señalando las características de todo ministerio apostólico o liderazgo

dé alegría aquel a quien yo he afligido?
3 Por eso les escribí, como lo hice, para que
al llegar no me afligieran los que tenían que
alegrarme, convencido como estaba de que
mi alegría era también la de ustedes. 4 Les
escribí con gran angustia y ansiedad, de-
rramando lágrimas, no para entristecerlos,
sino para que conocieran el gran amor que
les tengo.

Perdón para el ofensor

5 Si alguno me ha causado pena, no ha
sido solamente a mí, sino en parte –por no
exagerar–, a todos ustedes. 6 Y a ése es su-
ficiente el castigo que le ha impuesto la
mayoría. 7 Ahora en cambio hay que per-
donarlo y animarlo, no sea que la pena ex-
cesiva acabe con él. 8 Por eso les ruego
reafirmen su amor para con él. 9 Al escribir-
les quería ponerlos a prueba, a ver si eran
capaces de obedecer en todo. 10 A quien
ustedes perdonen yo también le perdono;
porque mi perdón, si algo tuve que perdo-
nar, ha sido en atención a ustedes y en pre-
sencia de Cristo, 11 para no dar ventaja a
Satanás, ya que conocemos bien sus inten-
ciones.

12 Cuando llegué a Tróade para anunciar
la Buena Noticia de Cristo, porque el Señor
me abría las puertas, 13 estuve muy preo-
cupado porque allí no encontré a Tito mi
hermano; así que me despedí de ellos y
partí para Macedonia.

Prisionero del triunfo de Cristo

14 Doy gracias a Dios que siempre nos
hace participar de la victoria de Cristo y por
nuestro medio difunde en todas partes el
aroma de su conocimiento. 15 Porque noso-
tros somos el aroma de Cristo ofrecido a
Dios, para los que se salvan y para los que
se pierden. 16 Para éstos olor de muerte que
conduce a la muerte, para aquellos fragan-
cia de vida que lleva a la vida. Pero, ¿quién
está capacitado para una misión así?
17 Porque nosotros no andamos, como mu-
chos, traficando con la Palabra de Dios,
sino que hablamos con sinceridad, como
enviados de Dios, en presencia de Dios, y
como miembros de Cristo.

---

cristiano, tan válidos para entonces como para ahora. Ha hablado antes de la sencillez y la sinceridad que hacen del líder cristiano una persona honesta y transparente. Ha hecho hincapié en la alegría que lleva consigo el anuncio del Evangelio y que es consecuencia de la fe. Sin alegría y gozo no hay Evangelio (cfr. Rom 14,17; Flp 4,4). Ha hablado del amor, de la comprensión y del perdón, que no están reñidos con la denuncia valiente y genuina. Finalmente, dice que no quiere ser el dueño de la fe de los corintios, sino un pastor atento. «Ser dueño» viene de la raíz de «señor». Y como el único Señor es Jesucristo, nadie puede ni debe sentirse dueño de los otros cristianos (cfr. 1 Pe 5,3).

2,5-13 Perdón para el ofensor. Aunque parezca uno solo el ofendido, ofensa, castigo saludable y perdón tienen alcance comunitario. «Alguien» influyente en Corinto había agitado a otros contra Pablo, y todos deberían haberse dados por ofendidos. En asamblea comunitaria y movidos por la carta severa del Apóstol, la «mayoría» ha impuesto un castigo al culpable, quizás la exclusión temporal de la comunidad. La persona en cuestión se ha arrepentido y sufre profundamente; es hora de levantar el castigo para que no acabe con él; es hora de reconciliarlo con cariño.

Pablo, que con su carta quiso poner a prueba a los corintios, ahora parece satisfecho; es más, se siente como si no le hubieran ofendido (cfr. Col 3,13). Pide, pues, que se reúna de nuevo la asamblea para formalizar el perdón, contando con su voto positivo que va con la carta, y que Cristo inspire la decisión. De lo contrario, Satanás se aprovechará para atizar las discordias y socavar a la comunidad.

El portador de dicha carta fue Tito. Dado su amor por los corintios, es normal que Pablo no se diese descanso hasta ver de regreso a su querido compañero y conocer así la reacción de la comunidad. Más adelante, en 7,6, nos contará su encuentro con Tito y la inmensa alegría que le proporcionaron las buenas noticias de Corinto que le traía su compañero y colaborador. Mientras Tito estaba de viaje, Pablo tuvo también que salir de Éfeso –¿expulsado?–. Aunque aquí no se mencione, parece que en esos días tuvo lugar la fundación de una comunidad cristiana en Tróade. En Hch 20,6-12 se narra una eucaristía de despedida de Pablo en esta ciudad de la costa asiática del Egeo.

A continuación, el relato del viaje del Apóstol, apenas iniciado –continuará en 7,5–, se interrumpe para dar paso a una sección de la carta dedicada a ministerio apostólico.

2,14-17 Prisionero del triunfo de Cristo. Se da inicio a una sesión de teología/apología de su ministerio apostólico. Pablo comienza con una acción de gracias a Dios por haber sido asociado al cortejo triunfal de Cristo. La imagen está tomada de las marchas triunfales de los generales del imperio que entraban en Roma, entre nubes de incienso y aroma, exhibiendo en su séquito las riquezas arrebatadas al enemigo y los prisioneros hechos. Aquí el vencedor es Dios. Pablo,

**Los corintios,
carta de recomendación de Pablo**

3 [1] ¿Empezamos otra vez a recomen-
darnos? ¿Acaso necesitamos cartas
de recomendación de ustedes o para uste-
des? [2] Ustedes son nuestra carta, escrita en
nuestro corazón, reconocida y leída por
todo el mundo. [3] Nadie puede negar que
ustedes son una carta de Cristo, que él re-
dactó por intermedio nuestro, escrita no
con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo,
no en tablas de piedra, sino en corazones
de carne.

El ministerio de la nueva alianza
(Éx 33,7-11; 34,29-35)

[4] Esta confianza en Dios la tenemos gra-
cias a Cristo. [5] No es que seamos capaces
de atribuirnos algo como nuestro, ya que
toda nuestra capacidad viene de Dios. [6] Él
nos capacitó para administrar una alianza
nueva: que no se apoya en la letra, sino en
el Espíritu; porque la letra mata, pero el Es-
píritu da vida.
[7] Pero si el ministerio que lleva a la
muerte, con sus letras grabadas en piedra,
se realizó con gloria, hasta el punto de que

---

vencido y prisionero, marcha en el cortejo triunfal. Se alegra de desfilar como prisionero en el triunfo de Cristo, difundiendo su aroma que es la predicación evangélica.

La imagen tiene un sentido polémico contra «los muchos», no nombrados, que han tratado de embaucar a los corintios con espectáculos triunfalistas de milagros, éxtasis y visiones. Es de notar que, en la imagen del cortejo, Pablo no está como triunfador, sino como prisionero, humillado y fracasado, tal y como corresponde a un verdadero apóstol que antes de participar en el definitivo triunfo de Cristo tiene que llevar la cruz que su Señor llevó. El Evangelio proclamado desde esta experiencia de pobreza y contradicción, se convierte en aroma de Cristo. Es más, la misma persona del apóstol es ese aroma.

Es normal que el Evangelio proclamado desde la pobreza y la contradicción sea difícil de ser aceptado. Así ha sido siempre. Pablo expresa esta realidad forzando la metáfora del «perfume» al decir que para unos se convierte en olor de vida y para otros en olor de muerte (16).

La consecuencia no se deja esperar. Si el anuncio del Evangelio es cuestión de vida o muerte, ¿qué tipo de credenciales acreditarán la autenticidad del apóstol? ¿Quién es digno de ello? (16). Sólo los que, como él, «hablamos con sinceridad, como enviados de Dios, en presencia de Dios, y como miembros de Cristo» (17).

3,1-3 Los corintios, carta de recomendación de Pablo. Toda la siguiente reflexión tiene un sabor polémico. Al parecer, algunos predicadores se presentaban en Corinto con cartas de recomendación –quizás de las autoridades de Jerusalén o de Antioquía–, cosa corriente tanto en la vida ciudadana como en la cristiana (cfr. Hch 18,27; Rom 16,1s; 1 Cor 4,10). Es probable que los opositores del Apóstol exhibieran estos documentos como garantía de legitimidad y tapadera de sus charlatanerías.

Pablo pregunta retóricamente a los corintios si él tiene necesidad de recomendaciones. Responde con una imagen bellísima y audaz: ellos mismos, los corintios, son su carta de recomendación de Cristo. Combinando y oponiendo dos citas del Antiguo Testamento, el «decálogo» grabado en losas de piedra (cfr. Éx 24,12) y la ley impresa en el corazón (cfr. Jr 31,33; Ez 11,19), afirma que Cristo mismo es el autor de esa carta viva, «escrita no con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo, no en tablas de piedra, sino en corazones de carne» (3), y que él, Pablo, es el amanuense. Esta carta, escrita en el Espíritu, es la Nueva Alianza de la que el Apóstol afirma que es ministro, no por méritos propios, sino por el poder que Cristo le confirió.

3,4-18 El ministerio de la nueva alianza. Basándose en esta imagen tan sugerente, Pablo propone una reflexión sobre su ministerio apostólico comparado con el de Moisés. Toma las tradiciones –o leyendas– de Éx 33,7-11 y 34,29-35 y, jugando con los símbolos allí narrados –letra, tinta, ley escrita, piedras, mediación de Moisés, gloria, velo–, teje la contraposición entre ambos ministerios en términos audaces y extremos. Pablo no hace una interpretación literal del Antiguo Testamento, sino que se lanza a una reflexión original y libre que en la tradición judía era conocida como estilo «midrásico».

El contexto de estas reflexiones sigue siendo polémico. Aparentemente Pablo dirige toda su virulencia no contra la Ley de Moisés en cuanto tal, sino contra la predicación de aquellos falsos apóstoles, algunos de ellos probablemente judeo-cristianos, que no se habían desprendido aún de la mentalidad de la «ley antigua» –en realidad manipulaban a Moisés– y del prestigio y la «gloria» con que revestían su actividad misionera. En otras palabras, no habían comprendido la «novedad del Evangelio», y por tanto negociaban con la Palabra, la distorsionaban y callaban su mensaje.

El ministerio del Apóstol es tan absolutamente nuevo y todo lo demás tan relativo, que no duda en llamar a todo lo anterior –el ministerio de Moisés y, sobre todo, el de los supuestos misioneros que pretenden imitar a Moisés– «ministerio que lleva a la muerte» (7). El contraste tiene su fuerza al resaltar con la comparación «vida-muerte» la irrupción de la «vida» del Espíritu en el corazón de los corintios que está creando una nueva comunidad a la que el Apóstol no duda en llamar «alianza nueva» (cfr. Jr 31,31-34; Lc 22,20). A lo largo de todo su alegato, el Apóstol describe esta Nueva Alianza en oposición absoluta

los israelitas no podían fijar la mirada en el
rostro de Moisés, por el resplandor transito-
rio de su rostro, 8 ¿cómo no va a ser más
glorioso el ministerio del Espíritu?
9 Porque si el ministerio de la condena
era glorioso, ¿cuánto más lo será el minis-
terio que conduce a la justicia? 10 Más aún,
lo que entonces resplandecía, ya no res-
plandece, opacado por un esplendor in-
comparable. 11 Si lo transitorio fue glorioso,
¿cuánto más glorioso será lo permanente?
12 Animados con esa esperanza nos
comportamos con toda franqueza. 13 No
como Moisés, que se cubría el rostro con un
velo, para que los israelitas no vieran el fin
de un esplendor pasajero. 14 Con todo, se
les oscureció su inteligencia y hasta hoy,
cuando leen el Antiguo Testamento, aquel
velo permanece, y no se descubre, porque
sólo con Cristo desaparece. 15 Hasta el día
de hoy, cuando leen a Moisés, un velo les
cubre la mente. 16 Pero: al que se convierte
al Señor, se le cae el velo. 17 Porque el Se-
ñor es el Espíritu, y donde está el Espíritu
del Señor allí está la libertad. 18 Y nosotros
todos, con el rostro descubierto, reflejamos,
como en un espejo, la gloria del Señor, y
nos vamos transformando en su imagen
con esplendor creciente, bajo la acción del
Espíritu del Señor.

Predicación sincera

4 1 Por eso, habiendo recibido este mi-
nisterio por pura misericordia, no nos
acobardamos; 2 antes bien renunciamos a
callar por vergüenza. No procedemos con
astucia, falsificando la Palabra de Dios, sino
que, declarando la verdad, nos encomen-
damos delante de Dios a la conciencia de
quien sea. 3 Y si nuestra Buena Noticia está
oculta, la está solamente para los que se
pierden: 4 a quienes por su incredulidad el
dios de este mundo les ha cegado la mente
para que no les amanezca la claridad de la
gloriosa Buena Noticia de Cristo, que es
imagen de Dios. 5 No nos anunciamos a
nosotros, sino a Jesucristo como Señor, y
nosotros no somos más que servidores de
ustedes por amor de Jesús.
6 El mismo Dios que mandó a la luz bri-
llar en las tinieblas, es el que hizo brillar su
luz en nuestros corazones para que en no-
sotros se irradie la gloria de Dios, como bri-
lla en el rostro de Cristo.

---

con la anterior. Es una Alianza de Espíritu, no de pura letra; da vida, mientras que la letra mata. Su ministerio es de absolución, no de condena; permanente, no transitorio; de resplandor incomparable frente a lo ya opaco; de transparencia y franqueza frente al ocultamiento.

Pablo vuelve de nuevo a la polémica hablando del «velo», pero no ya del de Moisés, sino del que se ponen sus adversarios ante los ojos y que les impide comprender lo que leen –véase el final de Hch 28,27–, es decir, que todas las Escrituras están llenas de la presencia del Señor que ahora se ha manifestado. Pablo no pierde, sin embargo, la esperanza. Cuando se conviertan, «vuelvan» al Señor, se removerá el velo, comprenderán las Escrituras y alcanzarán la libertad (Rom 9–11), pues «donde está el Espíritu del Señor allí está la libertad» (17). El Apóstol alude al final a la gran transformación que la resurrección de Jesús, a través de su Espíritu, va operando en la comunidad de creyentes, que no es otra que la progresiva semejanza a Cristo mismo.

4,1-6 Predicación sincera. Pablo reivindica su ministerio respondiendo a las acusaciones de sus enemigos. Dice que el ministerio es puro don y por ello impone responsabilidad (cfr. 1 Tim 2,5). A la franqueza y sinceridad responsable que antes mencionó se oponen dos tácticas: ocultar con vergüenza y deformar por astucia.

Pablo, que apelaba antes al juicio de su propia conciencia, se somete ahora al juicio de la conciencia de los otros (1,12), pero «en la presencia de Dios», es decir, pidiendo honestidad en los razonamientos. Ni la codicia, la adulación, la hipocresía o la adulteración de la Palabra –de todo esto le acusaban– forman parte de su proceder como apóstol. Se le podría objetar: si el mensaje es tan valioso y el que lo transmite tan sincero, ¿cómo se explica que tantos lo rechacen, no sólo judíos sino también paganos? Responde: no está encubierto el mensaje, sino que muchos se niegan a creer voluntariamente (cfr. Is 6,9; 56,10); son aquellos a quienes «por su incredulidad el dios de este mundo les ha cegado la mente para que no les amanezca la claridad de la gloriosa Buena Noticia de Cristo» (4).

Pablo sigue su defensa afirmando que él no se anuncia a sí mismo sino a Cristo y su ministerio es de servicio, llevado a cabo en la humildad, en la pobreza y en el sufrimiento. Es un ministerio sin brillo ni prestigio humanos. Sin embargo, es precisamente en esta oscuridad donde aparece y se experimenta la gloria de Dios que resplandece en el rostro de Jesús (cfr. Is 9,1).

¿Está recordando el Apóstol su camino de Damasco, cuando la luz de Cristo brilló en las tinieblas de su ceguera? ¿Está defendiendo su compromiso evangelizador llevado a cabo en la oscuridad de la humildad y la pobreza donde brilla la luz de Cristo? Éste es el ministerio que Pablo defiende contra sus detractores.

Confianza en Dios

7 Ese tesoro lo llevamos en vasijas de
barro, para que se vea bien que ese poder
extraordinario procede de Dios y no de nos-
otros. 8 Por todas partes nos aprietan, pero
no nos aplastan; andamos con graves pre-
ocupaciones, pero no desesperados; 9 so-
mos perseguidos, pero no desamparados;
derribados, pero no aniquilados; 10 siempre
y a todas partes, llevamos en nuestro cuer-
po los sufrimientos de la muerte de Jesús,
para que también en nuestro cuerpo se ma-
nifieste la vida de Jesús. 11 Continuamente
nosotros, los que vivimos, estamos expues-
tos a la muerte por causa de Jesús, de
modo que también la vida de Jesús se ma-
nifieste en nuestra carne mortal. 12 Así la
muerte hace su obra en nosotros, y en us-
tedes, la vida. 13 Pero como poseemos el
mismo espíritu de fe conforme a lo que está
escrito: *creí y por eso hablé*, también noso-
tros creemos y por eso hablamos, 14 con-
vencidos de que quien resucitó al Señor
Jesús, nos resucitará a nosotros con Jesús
y nos llevará con ustedes a su presencia.
15 Todo esto es por ustedes, para que, al
multiplicarse la gracia entre muchos, sean
también numerosos los que den gracias
para gloria de Dios.

Esperanza de la gloria

16 Por tanto no nos acobardamos: si
nuestro exterior se va deshaciendo, nuestro
interior se va renovando día a día. 17 A no-
sotros la angustia presente, que es liviana y
pasajera, nos prepara una gloria perpetua
que supera toda medida, ya que tenemos la
mirada puesta en lo invisible, no en lo visi-
ble, 18 porque lo visible es pasajero, pero lo
que no se ve es para siempre.

5 1 Sabemos que, si esta tienda de cam-
paña, nuestra morada terrenal, es
destruida, tenemos una vivienda eterna en
el cielo, no construida por manos humanas,
sino por Dios. 2 Entre tanto suspiramos con
el deseo de revestirnos de aquella morada
celestial; 3 porque una vez revestidos de

4,7-15 Confianza en Dios. Estamos llegando a la parte central de la carta. Hasta aquí, Pablo se ha defendido de los predicadores adversarios. Ahora va a exponer su «ideal» de la misión de un apóstol de Cristo. Habla con el corazón en la mano, curtido por largos años de experiencia misionera. Comienza con la imagen bíblica de las «vasijas de barro» que recuerdan la creación del hombre y de la mujer del barro de la tierra (cfr. Gn 2,7; Sal 103,14); también puede aludir a Jeremías en el taller del alfarero (cfr. Jr 18,1-17). La «fuerza de Dios» rebasa la capacidad de la vasija y rebosa demostrando su acción. Lo importante es lo que el envase «contiene», no el recipiente en sí. El contenido es el tesoro. Pablo es esa vasija de barro: pura fragilidad humana, agudizada por los avatares de su apostolado.

El Apóstol nunca ha ocultado en sus cartas sus sufrimientos y penalidades (cfr. 11,23b-29; 12,10; Rom 8,35). Aquí, sin embargo une sufrimientos a triunfos en una lista de antítesis que va a vincular a la paradoja entre la muerte y vida de Jesús. No cede al temor de verse aplastado (cfr. Ez 2,6) ni pide el milagro de verse libre de dificultades (cfr. Jr 45): sería negar una parte esencial del misterio pascual de Jesús, su cruz.

Pablo está convencido de que «un crucificado» es el mensajero más apto del Crucificado. Pero así como la muerte de Cristo acabó en vida para él y para todos, así los sufrimientos del Apóstol son fuente de vida para la comunidad: muerte en nosotros y en ustedes la vida (12). Con esa esperanza, el Apóstol sobrelleva gozosa y confiadamente sus desgracias, haciendo suyo un verso del Salmo 116,10: «creí y por eso hablé» (13), para terminar afirmando que «quien resucitó al Señor Jesús, nos resucitará a nosotros con Jesús y nos llevará con ustedes a su presencia» (14).

4,16–5,10 Esperanza de la gloria. Pablo se siente sometido a un movimiento doble y opuesto: de decadencia física y aun mental, por una parte, y de crecimiento diario espiritual, por otra. Es como si actuaran en él dos fuerzas contrarias, una de «corrupción» y otra de «renovación». La una afectando al hombre exterior y visible, la otra al interior o invisible.

El Apóstol no se acobarda ni se desanima, sino todo lo contrario, pues no existe proporción entre la corrupción y la renovación, ya que la tribulación presente nos produce una carga incalculable de gloria perpetua (4,17s). Esta desproporción entre sufrimiento y gloria esperada la aplica Pablo a todo cristiano en Rom 8,18.

Continúa en el capítulo 5 con la comparación entre los bienes futuros y los presentes. Recordando la vida en «tiendas de campaña» de los israelitas durante su travesía del desierto, aplica la imagen a nuestro cuerpo mortal que es como una «tienda» que se monta y se desmonta (cfr. Is 38,12; Job 4,19-21), en contraste con las casas «permanentes» que se encuentran en la tierra prometida (cfr. Dt 6,11; Jos 24,13), construidas por Dios, en alusión a la resurrección. La vida del cristiano en este mundo transcurre en esta tensión escatológica entre lo provisional que experimentamos y lo permanente que nos espera. Esta situación produce en el Apóstol un anhelo apasionado por estar y vivir con Cristo definitivamente. A la imagen de la mo-

ella, ya no estaremos desnudos. 4 Mientras
vivimos en esta tienda de campaña suspira-
mos afligidos, porque no querríamos des-
vestirnos, sino revestirnos, de modo que lo
mortal fuera absorbido por la vida. 5 Y quien
nos preparó precisamente para ello es Dios,
que nos dio como garantía el Espíritu.

6 Por eso tenemos siempre confianza y
sabemos que mientras el cuerpo sea nues-
tra patria, estaremos en el destierro, lejos
del Señor. 7 Porque ahora no podemos ver-
lo, sino que vivimos sostenidos por la fe.
8 Pero tenemos confianza, y preferiríamos
salir de este cuerpo para residir junto al Se-
ñor. 9 En cualquier caso, en la patria o des-
terrados, nuestro único deseo es serle
agradables. 10 Todos hemos de comparecer
ante el tribunal de Cristo, para recibir el
pago de lo que hicimos, el bien o el mal
mientras estábamos en el cuerpo.

El criterio de la fe

11 Por eso, conscientes del respeto que
le debemos al Señor, procuramos conven-
cer a los hombres. Dios ya nos conoce ple-
namente y espero que también ustedes nos
conozcan de la misma manera. 12 Y no in-
tentamos otra vez recomendarnos ante us-
tedes; deseamos más bien darles ocasión
de estar orgullosos de nosotros frente a los
que presumen de apariencias y no de lo
que hay en el interior. 13 Si perdemos la cor-
dura, es por Dios, si nos controlamos, es
por ustedes. 14 Porque el amor de Cristo nos
apremia al pensar que, si uno murió por to-
dos, todos murieron. 15 Y murió por todos
para que los que viven no vivan para sí,
sino para quien por ellos murió y resucitó.
16 De modo que nosotros de ahora en ade-
lante no consideramos a nadie con criterios
humanos; y si un tiempo consideramos a
Cristo con criterios humanos, ahora ya no
lo hacemos.

El mensaje de la reconciliación

17 Si uno es cristiano, es una criatura
nueva. Lo antiguo pasó, ha llegado lo nue-
vo. 18 Y todo es obra de Dios, que nos re-

---

rada definitiva con la que ha venido jugando, el Apóstol superpone otra imagen bíblica, la de vestirse y revestirse, para darnos una frase densa, preñada de contenido simbólico: «suspiramos con el deseo de revestirnos aquella morada celestial» (2).

Los judíos consideraban afrentosa la desnudez, recuerdo permanente del pecado (cfr. Gn 9,18-24). La persona justa, por el contrario, está vestida de ropas de salvación y del manto de la justicia (cfr. Is 61,10). Tomando la imagen y refiriéndose al cristiano, Pablo dirá que tiene que estar vestido con la armadura luminosa (Rom 13,12), con la coraza de la fe y del amor (1 Tes 5,8) y de la justicia (Ef 6,14). O sea, revestidos de Cristo.

Vivir en «tiendas» es para el Apóstol un «sinvivir», un destierro que atravesamos agarrados a la fe, pero animosos y esperanzados como desea y espera el orante iluminado (cfr. Sal 65,5; 84,2s).

Al final, sin embargo, el Apóstol aterriza de nuevo en la realidad cotidiana de su ministerio. Lo importante, ya sea viviendo en «tiendas» o en la «habitación definitiva», es agradar al Señor, hacer su voluntad tal y como él, Pablo, lo intenta hacer en su vida misionera de la que deberá rendir cuentas al final de la jornada.

5,11-16 El criterio de la fe. Pablo sigue defendiendo su ministerio frente a ataques y reticencias. Se puede leer entre líneas lo que sus enemigos le achacaban, ser un visionario y un exaltado. ¿Pretendían socavar por ahí su autoridad como apóstol? La línea de defensa de Pablo es el respeto debido al Señor (11), que le hace estar siempre como al desnudo ante su presencia. De ahí la sinceridad y la franqueza con que siempre ha procedido en su ministerio. Espera que los corintios reconozcan también esta transparencia de su actuar. Es más, por lo que vale y porque lo manifiesta con sinceridad y modestia, los corintios pueden estar orgullosos de su apóstol y enfrentarse con los que aparentan sin tener sustancia.

Hay que entender esta frase en su contexto polémico. Había gente en Corinto que negaba los méritos de Pablo para afirmar su propia valía y autoridad. A la luz de 11,19-22 podría decirse que se trata de líderes cristianos judaizantes que se jactaban de algo externo como la circuncisión. Frente a ellos, ¿qué deben hacer los corintios? Cerrar filas y afirmar el valor y la autoridad de su apóstol.

Por lo demás, Pablo en todo procede con respeto a Dios y amor a Cristo; un amor que corresponde al amor sacrificado del Señor. Vivir para Cristo es vivir sin egoísmo el amor a los hermanos y hermanas (cfr. Gál 5,13-15; Rom 14,15). Para el Apóstol esto es amar y comprender a Cristo superando criterios puramente humanos.

En su primera época, Saulo juzgaba a Jesús con criterios inadecuados y lo perseguía. Hasta que se le reveló en el camino de Damasco. Desde aquel momento, Pablo empezó a comprender de otra manera. Esta nueva manera de juzgar es la que él quiere que usen los corintios, no solamente con él mismo sino con todos sin excepción.

5,17-21 El mensaje de la reconciliación. Llegamos a la parte exhortativa de esta sección de la carta.

concilió con él por medio de Cristo y nos
encomendó el ministerio de la reconcilia-
ción. 19 Es decir, Dios estaba, por medio de
Cristo, reconciliando el mundo consigo, sin
tener en cuenta los pecados de los hom-
bres, y confiándonos el mensaje de la
reconciliación. 20 Somos embajadores de
Cristo y es como si Dios hablase por no-
sotros. Por Cristo les suplicamos: Déjense
reconciliar con Dios. 21 A aquel que no co-
noció el pecado, Dios lo trató por nosotros
como un pecador, para que nosotros, por
su medio, fuéramos inocentes ante Dios.

El ministerio apostólico

6 1 Como colaboradores de Dios los ex-
hortamos a no recibir en vano la gra-
cia de Dios. 2 Porque él nos dice en la Es-
critura:

En el tiempo favorable te escuché,
en el día de la salvación te auxilié.

Miren, éste es el tiempo favorable, éste
el día de salvación.
3 Procuramos no dar a nadie ocasión al-
guna para desacreditar nuestro ministerio.
4 En todo momento demostramos ser ver-
daderos ministros de Dios: con mucha pa-
ciencia soportamos tribulaciones, penurias,
angustias, 5 azotes, cárceles, motines, fati-
gas, noches sin dormir y ayunos. 6 Nosotros
obramos con integridad, inteligencia, pa-
ciencia y bondad; con docilidad al Espíritu
Santo, con amor no fingido, 7 en nosotros
está la verdad y la fuerza de Dios. Usamos
las armas de la justicia a diestra y siniestra.
8 En la honra y en la deshonra, sea que go-
cemos de buena o de mala fama. 9 Nos tra-
tan como a mentirosos a pesar de que de-
cimos la verdad, como a desconocidos
cuando somos bien conocidos, como mori-
bundos cuando estamos llenos de vida,
como castigados pero no ejecutados, 10 co-
mo tristes aunque estamos siempre ale-
gres, como pobres aunque hemos enrique-
cido a muchos, como necesitados aunque
lo poseemos todo.
11 Para ustedes, corintios, mi boca se
abre con franqueza, mi corazón está dilata-
do. 12 Dentro de mí están todos ustedes,
aunque en su corazón, no hay lugar para

Pablo ha defendido la autenticidad de su misión entre los corintios contra los oportunistas y falsos apóstoles que la estaban socavando con críticas y difamaciones. El Apóstol desea la reconciliación, y no solamente a título privado, sino como mediador de la fe de su querida comunidad. Es decir, lo que está verdaderamente en juego no son sus relaciones estrictamente personales con los corintios, sino la comprensión y aceptación por parte de éstos del Evangelio que les ha anunciado.

El asunto es grave, afecta nada menos que a la salvación de la comunidad. ¿Cómo podrán reconciliarse con Dios sin que esta reconciliación pase por la reconciliación con el enviado y embajador de Cristo, cuyo servicio es justamente el «ministerio de reconciliación»? La lógica de Pablo es aplastante. El Apóstol comienza señalando la consecuencia fundamental para el cristiano de la muerte y resurrección de Cristo: la creación de una nueva humanidad integrada por criaturas nuevas (cfr. Sal 51,12). Este paso de lo «antiguo» a lo «nuevo» es concebido por Pablo como una «reconciliación radical con Dios» que afecta no solamente a las conductas individuales «antiguas», sino que está inaugurando la fase definitiva de la historia de la salvación. Es la vuelta del destierro (cfr. Is 43,18) a un cielo nuevo y a una tierra nueva (cfr. Is 65,17).

El ser humano, por sí mismo, es incapaz de reconciliarse con Dios. Es Dios, en su gran amor, quien decide hacerlo, y lo hace por medio de Cristo que carga con las culpas ajenas (cfr. Is 53,12). El ser humano simplemente se deja reconciliar, responde a la oferta removiendo obstáculos y aceptando.

Para explicar cómo se realiza esta reconciliación, el Apóstol usa una de esas frases en que apura la expresión hasta los límites del lenguaje. Dice literalmente en griego: «A aquel que no conoció el pecado, Dios lo trató por nosotros como un pecador, para que… fuéramos inocentes ante Dios» (21). Sopesa, mide y calcula cada palabra (cfr. Rom 8,3).

En realidad, con esta frase Pablo no explica nada, ni lo pretende, ni quiere hacer teología alguna sobre la redención. ¿Cómo se puede explicar lo inexplicable?

El Apóstol sólo intenta verter en estas expresiones torturadas –en Gál 3,13 dirá que Cristo se hizo por nosotros «maldición»– su asombro ante la locura del amor infinito y sin condiciones de Dios por todos nosotros, manifestado en la muerte en la cruz de su hijo Jesús. Pablo lo experimentó en Damasco y quiere transmitir su experiencia a los corintios.

6,1-13 El ministerio apostólico. Pablo vuelve a interpelar a su querida comunidad a que se convierta, y lo hace como colaborador de Dios en este ministerio de reconciliación. No habla en abstracto, el contexto de su nueva exhortación es siempre el mismo: si los corintios le rechazan como apóstol, están rechazando no sólo su persona sino también el Evangelio que él anuncia. De ahí la insistencia machacona del Apóstol en defender su conducta misionera.

nosotros. 13 Como a hijos les pido el pago
correspondiente: también ustedes abran su
corazón.

Templo de Dios

14 No se unan ustedes en un mismo
yugo con los que no creen. ¿Qué tienen en
común justicia e injusticia?, ¿puede la luz
convivir con las tinieblas?, 15 ¿o haber ar-
monía entre Cristo y Beliar?, ¿qué hay en
común entre el creyente y el infiel? 16 ¿Es
compatible el santuario de Dios con los ído-
los? Porque nosotros somos santuario del
Dios vivo. Como dijo Dios:

Habitaré entre ellos
y me trasladaré con ellos.
Seré su Dios y ellos serán mi pueblo.
17 Por tanto, *salgan de en medio*
y apártense de ellos –dice el Señor–.
No toquen lo impuro, y yo los recibiré.
18 *Seré para ustedes un Padre*
y ustedes serán mis hijos e hijas
–dice el Señor Todopoderoso–.

7 1 Ya que tenemos estas promesas,
queridos míos, purifiquémonos de to-
da impureza de cuerpo y espíritu, haciendo
realidad la obra de nuestra santificación y
respetando a Dios.

Reacción de los corintios y de Pablo

2 Háganme un lugar en su corazón: a na-
die hemos perjudicado, a nadie arruinado,
a nadie explotado. 3 No lo digo como repro-
che, ya les he dicho que los llevo en el co-
razón, unidos en la vida y en la muerte.
4 Puedo hablarles con plena franqueza y
sentir plena satisfacción por ustedes. Estoy
lleno de consuelo, y desbordo de gozo en
medio de todas las pruebas. 5 Ni siquiera al
llegar a Macedonia encontré alivio corporal,
sino toda clase de adversidades: por fuera
ataques, por dentro temores. 6 Pero Dios,
que conforta a los abatidos, nos confortó
con la llegada de Tito. 7 No sólo con su lle-
gada, sino también con el consuelo que ha-
bía recibido de ustedes: él me contó el

Es impresionante la importancia que da Pablo a que el «mensajero» se identifique con el «mensaje». No hace sino imitar a su Señor, «el testigo fiel» (Ap 1,5), cuya persona misma era «el Evangelio». Así pues, más que autodefensa de su ministerio, Pablo nos va a dar en estos versículos el retrato de lo que debe ser un servidor del Evangelio, o mejor aún, nos va a mostrar el Evangelio en acción. Tan importante es esta llamada del Apóstol a la conversión y reconciliación de los corintios que no duda en aprovechar el texto bíblico de Is 49,8 para decirles que el tiempo favorable de salvación anunciado por el profeta ha llegado para ellos justamente ahora, al tener esta carta en sus manos.

Si el evangelio de Pablo es Cristo y Cristo crucificado, el mensajero y ministro del Evangelio no puede ser sino un «crucificado» también. Así es como Dios capacita y acredita a su ministro. Esto es lo que los corintios no acababan de comprender, y esto es lo que quiere hacerles entender con la larga alusión a sus tribulaciones, tristezas, penurias, cárceles, pobreza, etc. Paradójicamente, este camino de cruz es la marcha triunfal de una persona que también está participando ya del poder de la resurrección. Por eso está viva y alegre, enriquece a todos con su pobreza, lo posee todo en su necesidad, tiene un corazón ancho y dilatado donde caben todos y todas.

Pablo termina dirigiéndose a sus queridos corintios con una conmovedora petición: que hagan un hueco en su corazón para él, Pablo, y para el Evangelio que les anuncia.

6,14–7,1 Templo de Dios. Aquí Pablo interrumpe bruscamente el hilo de su discurso. Si esta segunda carta a los corintios es la recopilación posterior de varias cartas hoy perdidas, este pasaje parece corresponder a la llamada «carta previa» (cfr. 1 Cor 5,9), en la que Pablo, al poco tiempo de haber fundado la comunidad de Corinto, es bastante rigorista en sus consejos. Si los cristianos recién convertidos permanecen en estrecho contacto con los paganos corren el peligro de recaer ellos mismos en el paganismo.

Pablo, pues, les exhorta, breve pero vehementemente, a distanciarse, separarse y diferenciarse del mundo pagano en que viven, como los hebreos en Egipto o en Babilonia. La situación de los cristianos nuevos en Corinto explica esta preocupación y el tono categórico, extremado, de las recomendaciones. La incompatibilidad entre Cristo y los ídolos aparece con la misma energía que en 1 Cor 10,20s. De todo el flujo de preguntas retóricas surge la gran afirmación de la comunidad como templo de Dios (cfr. 1 Cor 3,16; 6,19).

7,2-16 Reacción de los corintios y de Pablo. Los versículos 2-4 retoman el hilo de 6,13 y parecen ser como el final de su defensa. Pablo, en una última exhortación llena de ternura y emoción, manifiesta a los corintios el lugar que ellos ocupan en su corazón y pide que le den cabida a él también en el de ellos. ¿Cómo pueden, pues, prestarse a las acusaciones que lo pintan perjudicando y arruinando a la comunidad? Por si acaso su defensa ha sido demasiado fuerte e incisiva, el Apóstol les asegura que su intención no es acusar o condenar. Tiene la confianza de que su defensa surtirá efecto y así lo expresa anticipando la alegría y el gozo de una reconciliación que desea y está seguro que se producirá.

afecto, el dolor, y la preocupación que ustedes tienen por nosotros; y eso me alegró aún más.

8 Si les causé tristeza con mi carta, no lo lamento; sí lo lamenté al comprobar que aquella carta de momento los había entristecido, 9 ahora me alegro: no de su tristeza, sino del arrepentimiento que provocó en ustedes. Su tristeza provenía de Dios, de manera que nosotros no les hemos hecho ningún daño. 10 La tristeza por voluntad de Dios produce un arrepentimiento saludable e irreversible; la tristeza por razones de este mundo produce la muerte. 11 Fíjense bien cuántas cosas ha suscitado en ustedes la tristeza que proviene de Dios: cuánta solicitud, cuántas excusas, cuánta indignación, cuántos respetos, cuánta añoranza, cuánto afán, cuánto escarmiento. Han demostrado plenamente que en este asunto no son culpables. 12 Así que, si les escribí, no fue por el ofensor ni por el ofendido, sino para que descubrieran por ustedes mismos y delante de Dios la preocupación que ustedes tienen por nosotros. Lo cual me llenó de consuelo. 13 A nuestro consuelo se añadió la alegría inmensa por el gozo de Tito, que había quedado satisfecho de ustedes. 14 Y si había presumido de ustedes ante él, no quedé mal; todo lo contrario, de la misma manera que siempre les he dicho la verdad, así nuestro orgullo por ustedes ante Tito resultó justificado. 15 Y su cariño por ustedes crece cuando recuerda la obediencia y la meticulosa atención con que lo recibieron. 16 ¡Cuánto me alegro de poder confiar plenamente en ustedes!

La colecta para Jerusalén

8 1 Quiero informarles, hermanos, de la gracia que Dios concedió a las Iglesias de Macedonia. 2 En medio de una prueba grave desbordaban de alegría; en su extrema pobreza derrocharon generosidad. 3 Hicieron todo lo que podían, lo atestiguo, incluso más de lo que podían. 4 Espontáneamente y con insistencia nos pedían el favor de participar en este servicio a los consagrados. 5 Superando mis esperanzas, ofrecieron sus personas primero a Dios y después a nosotros, según la voluntad de Dios. 6 Así que hemos pedido a Tito que, ya que comenzó, termine entre ustedes esta generosa tarea. 7 Y como tienen abundancia de todo, de fe, elocuencia, conocimiento, fervor para todo, afecto a nosotros, tengan también abundancia de esta generosidad. 8 No lo digo como una orden, sino que, viendo el entusiasmo de otros, quiero comprobar si el amor de ustedes es genuino.

Los versículos 5-16 parecen empalmar directamente con el hilo interrumpido en 2,13 en que iba contando familiarmente a los corintios sus tribulaciones; una de ellas es el sufrimiento por Tito, pues lo envió a Corinto para una misión difícil y tarda en regresar. De ahí que el versículo 5 comience por los «temores» que le producían tal situación. El ansiado encuentro tuvo lugar, por fin, en Macedonia, probablemente en Filipos. Fue un momento gozoso para el Apóstol no sólo por volver a ver a Tito sino, sobre todo, por las buenas noticias que éste le traía. Con su buena mano, ha hecho entrar en razón a los corintios y los ha recuperado para Pablo. El «afecto» por el Apóstol es la nueva actitud de la comunidad. El «dolor» es por las desavenencias pasadas. Pablo no se avergüenza de poner su corazón al descubierto y manifestar cuánto necesitaba en medio de sus tribulaciones del afecto recuperado de su comunidad. Sus palabras finales aluden a la alegría por la confianza mutua reestablecida.

8,1-8 La colecta para Jerusalén. «Colecta», en nuestro lenguaje de hoy, no va más allá de una limosna puntual y esporádica que no implica necesariamente la solidaridad radical con los pobres, tan estrechamente ligada al Evangelio de Cristo. Por eso, la palabra «colecta» no traduce en toda su dimensión este servicio a los pobres del que va a hablar Pablo, y que forma parte del mensaje de la carta. El Apóstol comienza llamando «gracia» a este servicio a los pobres. Poder dar y dar generosamente es «gracia de Dios». Dios es el gran «dador», que da a los hombres y mujeres el ejemplo de dar y de qué dar (cfr. Sal 136,25; 145,16).

Macedonia fue la primera zona europea misionada por Pablo; allí se encontraban los primeros enclaves cristianos a los que Pablo presenta como ejemplo. Aunque algunas ciudades de Macedonia eran ricas, no así los cristianos y cristianas. Eran pobres de medios, pero ricos en generosidad (cfr. Lc 21,1-4). Es además una generosidad que toma la iniciativa, pide, insiste, considera un favor poder contribuir (cfr. Hch 11,29). También con sus personas, que es el tipo más valioso de prestación. El servicio al pobre necesitado coincide con el servicio a Dios. Después de esta especie de introducción sobre la solidaridad, Pablo entra en el asunto de la colecta de los corintios, que

El ejemplo de Cristo pobre

9 Ya conocen la generosidad de nuestro
Señor Jesucristo, que siendo rico, se hizo
pobre por nosotros para enriquecernos con
su pobreza.

10 Les doy mi opinión en este asunto: ya
que el año pasado tomaron la iniciativa del
proyecto y de su ejecución, 11 ahora les
conviene llevarlo a término. Así al entusias-
mo por proyectarlo responderá el realizarlo,
según sus posibilidades. 12 Porque donde
hay entusiasmo, se acepta lo que sea, no se
pide imposibles. 13 No se trata de que uste-
des sufran necesidad para que otros vivan
en la abundancia sino de lograr la igualdad.
14 Que la abundancia de ustedes remedie
por ahora la escasez de ellos, de modo que
un día la abundancia de ellos remedie la es-
casez de ustedes. Así habrá igualdad.
15 Como está escrito:

A quien recogía mucho no le sobraba,
a quien recogía poco no le faltaba.

16 Doy gracias a Dios, que inspiró a Tito
la misma solicitud que yo tengo por uste-
des. 17 Él, no solamente respondió a mi rue-
go, sino que de buena gana y con toda
diligencia se puso en camino hacia ustedes.

18 Enviamos con él al hermano que se
ha hecho famoso en todas las Iglesias co-
mo predicador de la Buena Noticia. 19 Más
aún, ha sido designado por las Iglesias
como nuestro compañero de viaje en esta
colecta que administramos a gloria del Se-
ñor y con nuestro mejor deseo. 20 Quere-
mos evitar cualquier crítica a nuestra
gestión de la abundante colecta que tene-
mos a nuestro cuidado. 21 Por eso procura-
mos agradar no sólo a Dios, sino también a
los hombres.

22 Enviamos con ellos otro hermano
cuya diligencia hemos comprobado en mu-
chas ocasiones, y mucho más ahora, por
su confianza en ustedes.

23 Ya se trate de Tito, compañero y co-
laborador nuestro al servicio de ustedes, ya
de nuestros hermanos, delegados de las
Iglesias y gloria de Cristo, 24 denles pruebas
de su amor y demuestren ante ellos y ante
las Iglesias el orgullo que siento por ustedes.

Insistencia en la colecta

9 1 Acerca de este servicio a favor de
los consagrados no necesito escribir-
les más 2 porque conozco la buena disposi-
ción de ustedes y presumo de ella ante los
macedonios, diciéndoles que Acaya está
preparada desde el año pasado y que el
entusiasmo de ustedes ha servido de es-
tímulo a muchos más. 3 Les envío a los her-
manos para que nuestro orgullo por

---

seguramente fue interrumpida por las desavenencias entre la comunidad y el Apóstol.

¿Quién mejor, pues, que Tito, para hacer nuevamente de intermediario? Con tacto y diplomacia, el Apóstol presenta su mandato como la oferta de un beneficio. A las cualidades ya reconocidas y demostradas de la comunidad –fe, elocuencia, conocimiento, fervor–, ¿por qué no hacer patente y efectiva la cualidad más importante, que seguramente también tienen: la abundancia de su generosidad?

8,9-24 El ejemplo de Cristo pobre. Pablo continúa con una serie de argumentos que estarían a la base de todo servicio de la comunidad cristiana a los pobres, o de la «opción por los pobres», como diríamos hoy.

El primero es el ejemplo de Cristo, su generosidad que funda y da sentido a la caridad y solidaridad cristianas: «siendo rico, se hizo pobre por nosotros para enriquecernos con su pobreza» (9). No sería hacer justicia al argumento de Pablo si nos fijáramos «solamente» en el «empobrecimiento existencial» de Cristo, que siendo Dios asumió la «pobre» condición humana.

Con toda probabilidad, el Apóstol está insistiendo aquí en que esa pobreza «existencial» de Cristo se manifestó también en la pobreza «económica y social» con que Jesús de Nazaret se identificó y solidarizó con los marginados y económicamente pobres (cfr. Flp 2,5-11). De ahí que la «riqueza» que nos trajo la «pobreza» asumida y voluntaria del Señor, argumenta Pablo, deba ser no sólo «riqueza espiritual» sino también eliminación de la pobreza económica a través de la solidaria redistribución de bienes. Más adelante, y desde otro ángulo, el Apóstol insiste en lo mismo: en el logro de la igualdad, la eliminación de la pobreza. En los Hechos de los Apóstoles se dice que no había indigentes entre ellos (Hch 4,34). ¿Está Pablo proponiendo la misma «utopía»? Sin duda alguna. Es una utopía cristiana que se va realizando a través de hechos concretos, como éste de la contribución económica de los corintios.

9,1-15 Insistencia en la colecta. Lo que sigue, si no es el fragmento de otra carta sobre el mismo asunto, recogida aquí por tratar del mismo tema, equivale a una insistencia templada por la discreción. Pablo quiere impulsar sin forzar; acumula argumentos y los repite. Aunque la mayoría de los corintios, provenientes del paganismo, no captaran las alusiones bíblicas, lo cierto es que las resonancias de la Biblia estructuran

ustedes no resulte infundado en este asun-
to. Así que, como les decía, estén prepa-
rados. 4 Porque si llegan conmigo los
macedonios y los encuentran mal prepara-
dos, nosotros, por no decir ustedes, queda-
remos defraudados en nuestras esperanzas.
5 Por eso juzgué necesario rogar a los her-
manos que se adelanten y vayan prepa-
rando su donativo prometido: así preparado
parecerá acto de generosidad y no de
extorsión. 6 Según aquello: A siembra mez-
quina cosecha mezquina, a siembra gene-
rosa cosecha generosa.
7 Cada uno aporte lo que en conciencia
se ha propuesto, no de mala gana ni a la
fuerza, porque Dios ama al que da con ale-
gría. 8 Y Dios puede colmarlos de dones, de
modo que, teniendo siempre lo necesario,
les sobre para hacer toda clase de obras
buenas. 9 Como está escrito:

reparte limosna a los pobres,
su limosna es constante, sin falta.

10 Dios que provee la semilla al sembra-
dor y el pan para comer, proveerá y multi-
plicará la semilla de ustedes y les hará
crecer la cosecha de su limosna. 11 Así en-
riquecidos, la generosidad de ustedes se
transformará por nuestro medio en acción
de gracias a Dios.
12 Porque este acto de servicio no sólo
remedia las necesidades de los consagra-
dos, sino que moverá a muchos a dar gra-
cias a Dios.
13 Apreciando este servicio, ellos da-
rán gloria a Dios por la obediencia con
que ustedes confiesan la Buena Noticia
de Cristo y por la solidaridad generosa
para con ellos y con todos. 14 Y rezarán
por ustedes con todo su afecto, al ver la
gracia extraordinaria que Dios les ha con-
cedido.
15 Demos gracias a Dios por su don ine-
fable.

Defensa polémica de Pablo

10 1 Por la bondad y mansedumbre de
Cristo les ruego yo, Pablo, el tímido
cuando estoy cerca y el audaz cuando es-
toy lejos de ustedes. 2 Les pido que cuando
llegue no me vea obligado a actuar con se-
veridad, porque me siento seguro para ha-
cerlo, con aquellos que me acusan de
proceder con criterios humanos. 3 Aunque
procedo como hombre que soy, no estoy
bajo las órdenes del instinto; 4 porque las
armas de mi combate no son humanas,
sino son el poder de Dios para demoler
fortalezas, destruir teorías 5 y todo tipo de
soberbia que se levante contra el reconoci-
miento de Dios. Hacemos prisionero a todo
razonamiento, sometiéndolo a Cristo, 6 y
estamos dispuestos a castigar cualquier re-
beldía, una vez que ustedes lleguen a obe-
decer perfectamente.
7 Ustedes se fijan solamente en las apa-
riencias. Quien esté convencido de ser
cristiano debe caer en la cuenta de que

---

todas las reflexiones del Apóstol. Aquí tenemos un buen ejemplo de ello.

A través de citas del Antiguo Testamento nos expone algo así como la gran «lección del dar». Dios es el «dador» por excelencia; da el buen deseo (cfr. Éx 35,29; 36,3-7) y los medios con qué dar. La tierra es el don primario de Dios. El que posee, da al necesitado (cfr. Dt 15,1-11; Sal 112; Eclo 14,3-6). Unos y otros dan gracias a Dios.

Aunque aparentemente es un asunto económico, el compartir los bienes tiene para el Apóstol una dimensión religiosa fundamental; por eso utiliza los vocablos favoritos que suele usar para describir la auténtica comunidad cristiana. Habla de servicio, «diakonía»; de solidaridad/comunión, «koinonía»; de gracia o don, «jaris».

En el pensamiento de Pablo, esta «comunión» se va a realizar de un modo concreto entre sus Iglesias de la diáspora –entre ellas la de Corinto– las que prestarán este servicio de solidaridad y la Iglesia Madre de Jerusalén que dará gloria a Dios por los servicios recibidos. Ambas actitudes, don y gloria a Dios constituyen, para el Apóstol, confesión humilde del Evangelio (13). Así se construye la comunidad cristiana.

10,1-11 Defensa polémica de Pablo. El cambio brusco de tema y de tono respecto a los capítulos precedentes hace pensar a no pocos expertos, que se trata del fragmento de otra carta, quizás escrita antes de 7,5-16 y antes de los capítulos 8s.

Si no fuera así, ¿cómo explicar lógicamente que en los capítulos 8s espere Pablo la contribución económica de la comunidad en un contexto de reconciliación y armonía y a renglón seguido (10–13) se lance a la defensa de su apostolado descargando contra sus enemigos invectivas tan vehementes? Quede la cuestión para los estudiosos.

Sea lo que sea, estos capítulos finales de la carta nos regalan la rica y apasionada humanidad de un Pablo que sabe ser agresivo y desafiante, irónico y sincero como el que más. La cuestión era de vital im-

cristianos también lo somos nosotros. 8 Y
aunque me gloriara más de la cuenta de la
autoridad que me confirió el Señor sobre
ustedes, para construir y no para destruir,
no sentiría vergüenza.
9 No quiero dar la impresión de que pre-
tendo atemorizarlos con mis cartas. 10 Al-
gunos dicen: las cartas sí, son graves y
enérgicas, pero cuando está es un hombre
de presencia insignificante y su palabra es
despreciable. 11 Sepa quien tal cosa dice
que lo que soy a distancia y de palabra, lo
seré de cerca y de obra.

El poder del apóstol

12 No nos atrevemos a igualarnos ni a
compararnos con algunos que se elogian a
sí mismos. Ellos en cambio, al tomarse
como medida de sí mismos, demuestran
que proceden neciamente.
13 Nosotros no alardeamos más allá de
lo debido, sino que aceptando la medida
del sector que Dios nos ha asignado, llega-
mos hasta ustedes.
14 No nos extralimitamos como si nues-
tra competencia no alcanzara hasta uste-
des, ya que fuimos nosotros los primeros
en llegar para anunciarles la Buena Noticia
de Cristo.
15 No nos excedemos alardeando de
trabajos ajenos pero esperamos que, al au-
mentar entre ustedes los creyentes, poda-
mos ampliar mucho nuestro campo de
acción 16 y aun predicar la Buena Noticia
más allá, aunque sin alardear de campos
ajenos ya cultivados.
17 *Quien se gloría que se gloríe del Señor,*
18 ya que no queda aprobado el que se re-
comienda a sí mismo, sino aquel a quien
recomienda el Señor.

---

portancia porque estaba en juego la legitimidad de su misión, o lo que es lo mismo, la legitimidad del Evangelio que había anunciado a los corintios y que estaba en peligro ante los ataques de algunos advenedizos.

Es un texto apasionado que fluye sin aparente arquitectura. La cólera del Apóstol se derrama en frases irónicas, incluso sarcásticas. Lanza ataques frontales, finge hacer teatro para hablar de sí más libremente. Como siempre, entremezcla principios doctrinales. Al trasluz de su apología podemos vislumbrar las actitudes y los ataques de sus rivales a los que el Apóstol no duda en llamar «superapóstoles», «falsos apóstoles», «ministros de Satanás», «locos» y otros calificativos por el estilo.

Las acusaciones se centraban en su persona y en el proceder de su ministerio. ¿Qué clase de apóstol podría ser un pobre hombre sin recomendaciones ni prestigio que ni siquiera había conocido personalmente al Señor, desmedrado físicamente, sin elocuencia ni sabiduría, que se empeñaba en trabajar con sus manos para su sustento sin aceptar la ayuda de la comunidad, «fuerte» con los corintios «de lejos y por carta», pero débil, cobarde y falto de energía cara a cara? Dicho de otra manera: ¿Qué se podía esperar de un pobre loco con tales credenciales?

Pablo se defiende presentando «la bondad y mansedumbre de Cristo» (1) como su inspiración, su modelo (cfr. Flp 2,6-8) y sus armas de combate. Ya antes se ha referido a la misión del apóstol como a la lucha de un soldado de Cristo (6,7) cuyas armas, dice ahora, tienen un poder que viene de Dios y está destinado a destruir baluartes y torreones que se subleven contra el reconocimiento de Dios. El Apóstol alude claramente a la Palabra de Dios que él anuncia en la humildad y la pobreza, frente a los sofismas, la prepotencia y los falsos razonamientos con que los falsos apóstoles pretenden desviar a los corintios del Evangelio que ellos aceptaron. La paz de la comunidad será reestablecida. Toda sabiduría humana que se oponga a Cristo será sometida a la obediencia de la fe (Rom 1,5).

10,12-18 El poder del apóstol. Parece ser que sus enemigos llegados a Corinto achacaban a Pablo el no ser un apóstol en sentido completo y, por consiguiente, que carecía de la auténtica autoridad apostólica frente a la comunidad. Ellos en cambio, sí que se consideraban apóstoles y alardeaban de «ser de Cristo», implicando quizás con esta frase casi técnica ya sea el haber conocido a Jesús personalmente ya sean las conexiones que tenían con los apóstoles de la Iglesia de Jerusalén. Es decir, consideraban el apostolado como un club exclusivo al que Pablo no podía pertenecer.

Pablo pasa al ataque. Venciendo el pudor y el malestar que le causa alardear y hablar de sí mismo, las circunstancias le obligan a hacerlo. Y lo hace recordándoles que él fundó la Iglesia de Corinto y que esa comunidad viva es el testimonio de la presencia y del poder de Dios en su apostolado. Es un poder constructivo y no de destrucción, como lo estarían haciendo esos «superapóstoles». Y que, por lo tanto, por carta o cara a cara, él ejercita el mismo poder de Dios, como lo podrán comprobar cuando les visite.

Refiriéndose a su labor misionera por la que fundó la comunidad de Corinto, el Apóstol no se gloría, lo considera sencillamente un acto de obediencia a lo que el Señor le ha encomendado: llevar el Evangelio a las naciones (cfr. Hch 9,15; Rom 15,15-20). Ha cumplido su misión en Corinto y piensa seguir cumpliéndola más allá de Corinto y de Grecia (cfr. Rom 15,24-28).

La política de Pablo es clara: no meterse en terreno ya evangelizado por otros. Pide asimismo que los

Finge ser necio polemizando

11 1 Ojalá aguantaran ustedes un poco
de locura de mi parte. Sé que me
aguantarán. 2 Tengo celos de ustedes, celos
de Dios: porque los he prometido a un solo
marido, Cristo, para presentarlos a él como
virgen intacta.
3 Me temo que, así como la serpiente se-
dujo a Eva con astucia, también ustedes se
dejen corromper abandonando la sinceri-
dad y fidelidad a Cristo. 4 Porque si se pre-
sentara alguien anunciando un Jesús que
yo no anuncié, o recibieran un espíritu di-
verso del que han recibido, o una Buena
Noticia diversa de la que han aceptado,
ciertamente lo tolerarían.
5 Pienso no ser inferior en nada a esos
superapóstoles. 6 Aunque no tengo prepa-
ración para hablar, no me falta el conoci-
miento, y esto lo he demostrado siempre y
en todo.
7 ¿Hice mal en humillarme para elevar-
los a ustedes, predicando gratuitamente la
Buena Noticia de Dios? 8 He despojado
otras Iglesias aceptando su ayuda para ser-
virlos a ustedes.
9 Mientras viví con ustedes, aunque pasé
apuros, no fui carga para nadie ya que los
hermanos venidos de Macedonia me soco-
rrieron en mis necesidades. Siempre me
mantuve y me mantendré sin ser una carga
para nadie. 10 Por Cristo les aseguro que na-
die en Acaya me privará de este honor.
11 ¿Será acaso porque no los amo? Dios
sabe cuánto. 12 Y lo que hago lo seguiré ha-
ciendo para quitar de raíz todo apoyo a los
que buscan un pretexto para presumir de ser
como yo. 13 Esos tales son falsos apóstoles,
obreros fingidos, disfrazados de apóstoles de
Cristo. 14 Su táctica no debe sorprendernos:
si el mismo Satanás se disfraza de ángel de
la luz, 15 no es de extrañar que sus ministros
se disfracen de agentes de la justicia. Pero
su final responderá a sus obras.

---

otros no invadan el campo que el Señor le ha asignado.

¿Tenía celos el Apóstol celo de estos misioneros itinerantes –«los superapóstoles»– que habían fascinado con su elocuencia, credenciales y prepotencia a sus queridos corintios, desacreditándole a él, el fundador de la comunidad? No hay que descartar esta posibilidad en una persona tan apasionada y afectuosa. Sin embargo, los verdaderos celos de Pablo son por el Evangelio que les ha anunciado y que, con el instinto de un padre, ve que es eso lo que está en peligro (cfr. 1 Cor 4,15). Esta paternidad es su «gloria» y está dispuesto a defenderla a toda costa porque sabe muy bien que toda «gloria» proviene del Señor y a Él le pertenece (cfr. 1 Cor 4,7; Flp 3,3; Gál 6,14). Gloriarse del Señor es gloriarse de tener por Dios al Señor y de haber recibido todo de Él. Es un orgullo paradójico.

11,1-15 Finge ser necio polemizando. Lo que va a decir a continuación puede sonar a desatino propio de un necio. Al asumirlo y declararlo necedad, Pablo lo exorciza, lo purifica y lo convierte en un arma polémica contra sus contrincantes. No en vano se ha llamado a esta parte de la carta: «discurso de locura».

A todo está dispuesto el Apóstol para defender el Evangelio que predica, incluso a hacerse pasar por un «necio» gloriándose a sí mismo.

Tenemos aquí a un Pablo consumido por los celos. Los compara con los «celos» de Dios (cfr. Éx 20,5; 34,14) de los que se hicieron portavoces los profetas de la Biblia para defender la alianza de bodas entre Dios y su pueblo (cfr. Is 54,5; Ez 16). Dios quiere ser el amor único de sus elegidos (cfr. Zac 1,14; 8,2) y no tolera amoríos con otros dioses.

Se compara después con un padre que da su hija a un novio y se compromete a que permanezca virgen hasta el día de la boda. Encargado de protegerla, vive solícito y vigilante y carga, por así decirlo, con los celos del futuro marido (cfr. Ef 5,26). La desposada es la Iglesia de Corinto. Cristo es el esposo. Pablo el guardián.

El peligro de seducción existe, por eso al Apóstol le viene a la mente la imagen del paraíso (cfr. Gn 3,4; Ap 14,4). La serpiente quiere que Eva, la esposa, sea infiel. Los corintios están en peligro se ser seducidos por agentes de la serpiente que presentan un Jesús, un Espíritu y un Evangelio extraños, que no son los que el Apóstol les anunció.

Se vuelve después –¿todavía en clave de necio?– a retorcer argumentos y pretensiones de los rivales que predican «un evangelio distinto», alegando ser superiores a Pablo. Los marca primero con una expresión irónica: «esos superapóstoles» (5); los desenmascara con frases durísimas: «obreros fingidos, disfrazados de apóstoles» (13), para amenazarles con que «su final responderá a sus obras» (15).

Un apóstol que se estime –parecen decir sus rivales– se hace pagar dignamente sus servicios, como hacían los sacerdotes y algunos profetas del Antiguo Testamento (cfr. 1 Sm 9,7s). Pablo, en cambio, es un pobretón que no estima a sus oyentes ni a su ministerio.

El Apóstol se gloría precisamente de lo contrario, de su desinterés, de su predicación gratuita que no es desprecio sino amor, el cual a la larga acreditará la autenticidad de su misión.

Alardes de un necio fingido
(Hch 13–28)

16 Lo repito: que nadie me tome por in-
sensato; y si me toman por tal, sopórtenme
para que también yo pueda gloriarme un
poco. 17 Lo que voy a decir, no me lo dicta
el Señor, sino la necedad. 18 Ya que muchos
se glorían de méritos humanos, yo también
me gloriaré. 19 Porque ustedes, tan sensatos,
soportan de buena gana a los insensatos.
20 Soportan que uno los esclavice, los ex-
plote, les robe, los desprecie, los abofetee.

21 Confieso avergonzado que fui blando
con ustedes. Pues bien, de lo mismo que
otros se glorían –lo digo como necio– yo
también me gloriaré.

22 ¿Que son hebreos? Yo también. ¿Que
son israelitas? Yo también. ¿Que son
descendientes de Abrahán? Yo también.
23 ¿Que son ministros de Cristo? –hablo co-
mo demente–, yo lo soy más que ellos.

Les gano en fatigas, les gano en prisio-
nes, aún más en golpes, con frecuencia es-
tuve al borde de la muerte. 24 Cinco veces
fui azotado por los judíos con los treinta y
nueve golpes, 25 tres veces me azotaron
con varas, una vez me apedrearon; tres ve-
ces naufragué y pasé un día y una noche en
alta mar.

26 Cuántos viajes, con peligros de ríos,
peligros de asaltantes, peligros de parte de
mis compatriotas, peligros de parte de los
extranjeros, peligros en ciudades, peligros
en descampado, peligros en el mar, peli-
gros por falsos hermanos. 27 Con fatiga y
angustia, sin dormir muchas noches, con
hambre y con sed, en frecuentes ayunos,
con frío y sin ropa.

28 Y además de éstas y otras cosas, pesa
sobre mí la carga cotidiana, la preocupa-
ción por todas las Iglesias.

29 ¿Alguien enferma sin que yo enferme?
¿Alguien cae sin que a mí me dé fiebre?
30 Si hay que gloriarse, me gloriaré de mi
debilidad.

31 El Dios Padre del Señor Jesús –sea
bendito por siempre– sabe que no miento.

32 En Damasco el gobernador del rey
Aretas custodiaba la ciudad para prender-
me. 33 Por una ventana y en una canasta
me descolgaron muralla abajo y así escapé
de sus manos.

Revelaciones y flaquezas

12 1 ¿Hay que seguir alabándose?, aun-
que de poco sirva, paso a las visio-
nes y revelaciones del Señor.

2 Sé de un cristiano que hace catorce
años –no sé si con el cuerpo o sin el cuer-

11,16-33 Alardes de un necio fingido. Retoma el papel de necio para recitar gozos y penas, méritos y flaquezas de su ministerio. En realidad, enumera más flaquezas que méritos. Esta fingida necedad nos permite asistir a la semblanza impresionante de un modelo perpetuo de apóstoles y líderes cristianos. Pero si cuanto dice se lo dicta la necedad –recurso literario–, la fingida necedad se la inspira Dios.

Comienza reprochándoles a los corintios –tan sensatos ellos, ironiza Pablo– que se dejen devorar, despojar y despreciar por los «superapóstoles». Con esta dureza interpreta el Apóstol la predicación de un falso evangelio. Deberían haber mostrado más sentido común frente a tales predicaciones, y retóricamente dice a sus lectores que se arrepiente de haber sido blando con ellos.

Pues bien, si sus adversarios se atreven a alardear y jactarse de los propios méritos, Pablo los va a superar a todos. De nuevo insiste en que lo que va a decir lo dice como necio. Comienza recordándoles que él es tan hebreo, tan israelita y tan del linaje de Abrahán como lo puedan ser sus contrincantes. En ese terreno, no lo superan en nada. Sin embargo, si de lo que verdaderamente se enorgullecen sus rivales es de sus méritos apostólicos, Pablo los supera cómodamente. Y a continuación, enumera una paradójica lista, no precisamente de éxitos, no de comunidades fundadas o viajes realizados, conversiones, bautismos, etc., de los que podría presumir, sino de su largo camino misionero recorrido a la sombra de la cruz de Cristo: sufrimientos, privaciones, fatigas, persecuciones, castigos, peligros de muerte, etc.

Sólo la «cruz de Cristo» que lleva a cuestas un apóstol confirma su legitimidad y el poder de su apostolado. Ésta es la lección fundamental que nos da aquí Pablo. El Apóstol nos tiene acostumbrados en sus cartas a listas de sufrimientos semejantes (cfr. Rom 8,35; 1 Cor 4,9-13), pero ésta es la más larga y detallada. Las circunstancias la hacen necesaria.

Alude, por fin, al sufrimiento quizás más intenso y evangélico que el Apóstol está viviendo justamente mientras escribe: su preocupación por las Iglesias que ha fundado y que le hace estar en ascuas, enfermo de ansiedad como lo está ahora, a causa de los corintios.

Termina poniendo a Dios por testigo de que todo lo dicho es verdad y que si de algo tiene que presumir, es de su debilidad.

12,1-10 Revelaciones y flaquezas. Es probable que los adversarios de Pablo, y quizás también a imitación de ellos algunos corintios, se jactaran de

po, Dios lo sabe– fue arrebatado hasta el
tercer cielo; 3 y sé que ese individuo –con el
cuerpo o sin el cuerpo, Dios lo sabe– 4 fue
arrebatado al paraíso y escuchó palabras
inefables, que ningún hombre puede pro-
nunciar. 5 De eso podría gloriarme, pero en
cuanto a mí, sólo me gloriaré de mis debili-
dades. 6 Aunque, si quisiera gloriarme, no
sería necio, diría la verdad. Pero me abs-
tengo para que, en vista de tan extra-
ordinarias revelaciones, no vaya alguien a
formarse de mí una idea superior a lo que
ve en mí o escucha de mí.

7 Ahora bien, para que no me envanez-
ca, me han clavado en las carnes una espi-
na, verdadero delegado de Satanás que me
abofetea. 8 A causa de ello rogué tres veces
al Señor que lo apartara de mí. 9 Y me
contestó: ¡te basta mi gracia!; la fuerza se
realiza en la debilidad. Así que muy a gus-
to me gloriaré de mis debilidades, para que
se aloje en mí el poder de Cristo. 10 Por eso
estoy contento con las debilidades, inso-
lencias, necesidades, persecuciones y an-
gustias por Cristo. Porque cuando soy
débil, entonces soy fuerte.

El ministerio en Corinto

11 Me he portado como necio: ustedes
me han obligado. A ustedes tocaba valorar-
me. Porque aunque soy nada, en nada soy
inferior a los superapóstoles. 12 La marca
del verdadero apóstol se vio en mi trabajo
entre ustedes: paciencia a toda prueba, sig-
nos, prodigios y milagros.

13 ¿En qué fueron menos que otras Igle-
sias salvo en que yo no me convertí en una
carga para ustedes? Perdónenme esa ofen-
sa.

14 Miren, por tercera vez pienso ir a visi-
tarlos; y no seré una carga, ya que no bus-
co sus bienes, sino a ustedes.

No les toca a los hijos ahorrar para los
padres, sino a los padres para los hijos.
15 Con sumo gusto gastaré y me gastaré
por ustedes.

Y si yo los quiero tanto, ¿no seré queri-
do en la misma medida?

16 —Concedido, dirán que yo no he sido
una carga para nadie, pero como soy astu-
to, los he cazado en una trampa.

17 ¿Acaso los he explotado por medio de
alguno de mis enviados? 18 A Tito le rogué

---

experimentar fenómenos extáticos y revelaciones extrañas.

Una vez más el Apóstol, de mala gana, tiene que hablar sobre sus experiencias espirituales a las que no concede demasiado valor; ya en 1 Corintios relativizó su don de lenguas. Pablo se muestra aquí pudoroso de su intimidad espiritual, en fuerte contraste con las declaraciones sobre su actividad apostólica.

La «autobiografía espiritual íntima» es un género que ni el Apóstol ni otros autores del Nuevo Testamento cultivaron. Para ellos «vivir es Cristo». El acontecimiento a que se refiere no nos es conocido por ningún otro testimonio. Ciertamente no es el del camino de Damasco, pues la cronología –«hace catorce años»– lo sitúa en otro momento. De esta manera da a entender que ha sucedido mucho antes de su llegada a Corinto y que, por lo tanto, no hace falta estar en ese ambiente religioso y cultural para llegar a tener una experiencia de lo divino. Y como es un don de Dios, el beneficiario no puede vanagloriarse, ni mucho menos exhibirlo como credencial de su apostolado.

Para remachar la afirmación hace una confesión dramática a los corintios. Dice tener como clavado en la carne un aguijón, un emisario de Satanás que le abofetea. ¿Sería una enfermedad? ¿Sería el rechazo del Evangelio por parte de sus hermanos de raza, los judíos, cuyo fracaso se atribuye Pablo personalmente (cfr. Rom 9–11)? ¿La permanente intromisión de los judaizantes en sus comunidades (cfr. Gál 1,7; Flp 3,2)? No lo sabemos.

De todas formas, el Apóstol nos da en los versículos 8-10 un bello ejemplo de petición no escuchada. «No sabemos pedir como es debido», dirá en Rom 8,26. Es que Dios escucha a su manera, no reduciendo la carga sino duplicando las fuerzas. Véase la súplica de Jeremías y la respuesta de Dios (cfr. Jr 15,20s). Así se remonta Pablo a un principio de gran trascendencia: Dios demuestra su poder usando instrumentos débiles. La debilidad es el terreno en que se manifiesta y actúa la fuerza de Dios.

12,11-21 El ministerio en Corinto. A modo de recapitulación, Pablo concluye que no es en nada inferior a los predicadores rivales. Lamenta tener que defenderse cuando deberían haber sido los mismos corintios sus defensores. Todavía agrega otra prueba más: los prodigios, milagros y señales que acompañaron su ministerio en Corinto y que acreditan el Evangelio según la promesa de Jesús (cfr. Mc 16,17). La presencia de la cruz en el Apóstol lleva consigo también la fuerza de la resurrección.

Les anuncia a continuación una tercera visita. La primera fue la visita fundacional, y la segunda, aquella en la que alguien le insultó y amotinó a la comunidad contra él (cfr. 7,7-13), de lo que más tarde todos se arrepintieron. Les advierte de antemano de que en

que fuera, y con él envié al hermano: ¿los
explotó Tito? ¿No nos guía el mismo Espíri-
tu? ¿No pisamos las mismas huellas?
19 ¿Piensan que vuelvo a justificarme an-
te ustedes? Hablamos en presencia de Dios
y como cristianos: todo, queridos míos, lo
hice para construir su comunidad. 20 Pero
temo que al llegar no los encuentre como
deseo ni ustedes a mí como quisieran.

Temo encontrar rivalidades, envidias,
pasiones, ambiciones, calumnias, murmu-
raciones, soberbia, desórdenes.
21 Temo que al llegar me vuelva a humi-
llar Dios ante ustedes y tenga que guardar
luto por tantos que persisten en sus peca-
dos, sin arrepentirse de la impureza, forni-
cación y desenfreno en que viven.

Últimas exhortaciones

13 1 Es la tercera vez que voy a visitar-
los, *y toda causa debe decidirse por*
el testimonio de dos o tres testigos. 2 A cuan-
tos siguen en sus pecados y a todos los de-
más se lo dije ya en mi segunda visita y se
lo aviso ahora aún ausente: que cuando
vuelva no tendré consideraciones; 3 ésta
será la prueba de que por mí habla Cristo,
que para ustedes no es débil, sino podero-
so. 4 Porque, aunque por su debilidad fue
crucificado, por el poder de Dios está vivo.
Lo mismo nosotros, si compartimos su de-
bilidad, compartiremos frente a ustedes su
vida por el poder de Dios.
5 Examínense para comprobar si se
mantienen en la fe. ¿No logran descubrir a
Jesucristo en ustedes? Señal de que no han
superado la prueba. 6 Pero espero que re-
conozcan que yo sí la he superado.
7 Pido a Dios que no hagan nada malo:
no para quedar bien nosotros, sino para
que ustedes obren el bien, aunque yo que-
de descalificado.

---

esta nueva visita no les ocasionará gastos, porque lo que busca no es su dinero sino a ellos mismos. El empeño de Pablo en trabajar con sus propias manos para su sustento debió ser algo insólito que la minoría acomodada de la comunidad no acababa de digerir.

Algún malicioso podría pensar: ¿no será una estratagema para sacar una tajada mayor con la colecta? ¿Querrá, tal vez, aprovecharse por medio de otros, como Tito o el hermano enviado por las Iglesias para supervisar la operación?

La respuesta de Pablo, en forma de preguntas retóricas, expresa indignación ante semejantes insinuaciones. Ya les ha dicho que se ha comportado siempre como un padre (6,13; 11,2) y que lo propio de un padre es ayudar a los hijos y no aprovecharse de ellos.

Como preparación, pues, para la visita anunciada, Pablo les confiesa sus temores de encontrarse con lo que no desearía. Expresar la sospecha es una manera sutil de denunciar una situación presente y, al mismo tiempo, una exhortación a poner remedio cuanto antes. Sólo pensar que se va a encontrar con una comunidad dividida por rivalidades, envidias, etc., lo llena de profunda tristeza; sería como sufrir una humillación personal, como estar de «luto» por unos muertos de los que se ha sentido siempre tan orgulloso.

13,1-10 Últimas exhortaciones. Los corintios reconocen el poder de Cristo, probablemente en los signos y prodigios realizados en su nombre. En Pablo sólo ven la debilidad: o porque desean un jefe dominador o porque se burlan de su ineficacia.

El Apóstol se verá forzado a hacer una demostración del poder de gobierno recibido que actúa en y por su aparente debilidad. Irá dispuesto a entablar un juicio. Antes, sin embargo, les ofrece la posibilidad de evitarlo haciendo un examen de conciencia y manifestando su conversión. De ese modo serán ellos mismos sus propios jueces. El criterio de este autoexamen deberá ser la presencia activa, experimentada, de Cristo en sus vidas (cfr. Rom 2,15-16).

Pablo aprovecha la ocasión para retomar una constante de su teología y espiritualidad: el misterio pascual de muerte y resurrección, consumado por Cristo y participado por el Apóstol.

Cristo pudo sufrir en cuanto «hombre débil» (cfr. Flp 2,5-8), pero resucitó por el poder de Dios (cfr. Rom 1,4; 1 Cor 6,14). Si en la segunda visita el Apóstol apareció como «débil», ahora está decidido a mostrarse como «fuerte», si fuera necesario. Quiere evitarlo invitando a los corintios a examinarse sinceramente para comprobar si Jesucristo vive en ellos. Si experimentan en ellos el poder y señorío de Cristo, tendrán que reconocer su palabra eficaz en la de Pablo.

Concluye reafirmando el cometido que se le ha asignado: edificar y no destruir (cfr. 10,8).

13,11-13 Saludos finales. La despedida es excepcionalmente breve, impersonal, sin mencionar a nadie.

La «alegría» para Pablo tiene siempre un sentido cristiano, ligado a la vida en Cristo que se manifiesta después en la unión, paz y armonía comunitarias.

Las circunstancias por la que atravesaban los corintios hacen de este saludo algo más que una fórmula común de despedida.

Las últimas palabras del Apóstol contienen una de las fórmulas trinitarias más claras de todo el Nuevo Testamento, que ha entrado como saludo en la liturgia eucarística: «la gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo esté con todos ustedes» (13).

8 Nada podemos contra la verdad, sí a
favor de la verdad.

9 Nos alegramos de ser débiles, con tal
de que ustedes sean fuertes. Es lo que pe-
dimos, que lleguen a ser perfectos. 10 Con
este fin les escribo en mi ausencia, para
que, cuando esté presente, no tenga que
usar con severidad el poder que el Señor
me ha concedido para edificar y no para
destruir.

Saludos finales

11 Por lo demás, hermanos, estén ale-
gres, alcancen la perfección, anímense, vi-
van en armonía y en paz; y el Dios del amor
y la paz estará con ustedes. 12 Salúdense
mutuamente con el beso santo. Los salu-
dan todos los consagrados. 13 La gracia del
Señor Jesucristo, el amor de Dios y la co-
munión del Espíritu Santo esté con todos
ustedes.



CARTA A LOS GÁLATAS

Pablo en Galacia. Según los Hechos de los Apóstoles, Pablo estuvo o atravesó «la región gálata» (más o menos lo que hoy abarca la moderna Turquía) en tres ocasiones: 13,13–14,27; 16,1-5; y 18,23. En la parte meridional parece que fundó algunas Iglesias en las que predominaban los paganos convertidos, pues los judíos de la zona rechazaron su predicación.

Ocasión de la carta. En las comunidades de Galacia se presentaron unos judaizantes predicando que los cristianos, para salvarse, tenían que circuncidarse y observar ciertas prescripciones de la Ley de Moisés. Correlativamente intentaban desacreditar a Pablo, cuestionaban su condición de apóstol y su doctrina. Semejantes enseñanzas provocaron una grave crisis en aquellas Iglesias jóvenes en las que no pocos se dejaban convencer por las razones de los advenedizos. Es posible que entre los convertidos hubiese algunos judíos y prosélitos del judaísmo. Las discordias en el seno de la comunidad no tardaron en llegar.

Al recibir las noticias en Éfeso, Pablo se alarma y se indigna, porque aquello va frontalmente contra la esencia de su mensaje y su misión. Los judaizantes no sólo pretendían que los judeo-cristianos siguieran observando la Ley, sino que también los paganos convertidos la adaptasen como requisito de salvación. En otras palabras, los cristianos tenían que pasar por el judaísmo para incorporarse al cristianismo. Sin tardanza, el Apóstol les escribe una carta enérgica (hacia el año 57), con la dureza y ternura de quien ama y sufre: «¡Insensatos!» (3,1); «¡hijos míos!» (4,19); «¡hermanos!» (1,11; 3,15; 4,12.28.31; 5,11.13; 6,1.18).

Todos iguales ante Dios. La carta es un alegato vibrante en pro de la libertad cristiana. En las cartas a los Tesalonicenses, el problema era la «parusía» o la venida definitiva del Señor. En la Primera a los Corintios (¿anterior a Gálatas?), los problemas eran de conducta ética y de unidad. Ahora, Pablo se enfrenta por primera vez con el dilema: Ley o fe, Ley o Espíritu. A la Ley no se opone el libertinaje, sino el Espíritu; al instinto de la carne no lo vence la Ley, sino el Espíritu; la Ley esclaviza, la fe emancipa y hace libres. Para obtener al principio el don de la justicia –salvación– no valen las obras –cumplimiento de la Ley–, sólo vale la fe en Jesucristo. Pero una vez obtenida la justicia y con ella la condición de hijos e hijas de Dios, el cristiano debe ordenar su conducta para alcanzar la salvación plena. Las buenas obras no son requisitos para entrar en el camino de la salvación, sino efecto del dinamismo del Espíritu.

La carta es al mismo tiempo una defensa apasionada de la misión que Pablo recibió del mismo Jesucristo y no de hombre alguno. No estaba en juego su prestigio personal, sino la veracidad del Evangelio de libertad en Cristo que él anunciaba. El Apóstol se defiende y defiende a la vez su Evangelio, recurriendo a datos y anécdotas autobiográficos: formación, conversión-vocación, visita a los jefes de Jerusalén, enfrentamiento hasta con el mismo Pedro, ofreciendo una síntesis de su pensamiento sobre la salvación del hombre por la fe y no por las obras. Empeñarse en conseguir la salvación por méritos propios es hacer inútil e inválida la muerte de Cristo.

Actualidad de la carta. La sensibilidad y el rechazo generalizado contra toda discriminación, ya sea por motivos raciales, políticos, económicos o religiosos, quizás sea uno de los logros de la sociedad de nuestros días. En esta lucha por la igualdad, las palabras de Pablo, «ya no se distinguen judío y griego, esclavo y libre, hombre y mujer, porque todos ustedes son uno con Cristo Jesús» (3,28), deben resonar en nuestros oídos con la misma apasionada urgencia con la que el Apóstol las dirigió a los cristianos de Galacia. Sus palabras y la convicción de fe de la que brotaron, la muerte y resurrección de Cristo, ha puesto a todos los hombres y mujeres en pie de igualdad. Iguales en el pecado que esclaviza, pero iguales también ante el ofrecimiento gratuito de la salvación que nos trae la libertad.

Saludo

1 1 Pablo, apóstol, no enviado por hom-
bres ni nombrado por un hombre,
sino por Jesucristo y por Dios Padre, que lo
resucitó de la muerte, 2 y de los hermanos
que están conmigo, a las Iglesias de Gala-
cia: 3 Gracia y paz a ustedes de parte de
Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo,
4 que se entregó por nuestros pecados, para
sacarnos de la perversa situación presente,
según el deseo de Dios nuestro Padre; 5 a
quien sea la gloria por los siglos de los si-
glos. Amén.

No hay más que una Buena Noticia

6 Me maravilla que tan pronto hayan de-
jado al que los llamó por la gracia de Cris-
to, para pasarse a una Buena Noticia
diversa. 7 No es que haya otra, sino que al-
gunos los están turbando para reformar la
Buena Noticia de Cristo. 8 Pero si nosotros
o un ángel del cielo [les] anunciara una
Buena Noticia diversa de la que les hemos
anunciado, sea maldito. 9 Como ya se lo he
dicho y ahora se lo repito, si alguien les
anuncia una Buena Noticia diversa de la
que recibieron, sea maldito.

1,1-5 Saludo. Ésta es la carta más dura y seria de Pablo. Escribe a las Iglesias de la región de Galacia que están cuestionando la legitimidad de su apostolado y convirtiéndose a un evangelio distinto del que él les ha predicado. El problema es muy grave.

El Apóstol sabía que sus cartas se leían solemnemente ante toda la comunidad reunida en la asamblea litúrgica de la celebración eucarística, de ahí que el tono del saludo sea solemne y enfático. Parece que ha medido y calculado cada palabra para hacer notar a la comunidad, ya desde el principio, toda la autoridad e indignación con que les escribe. Se dirige a ellos con un frío «a las Iglesias de Galacia» (2) sin las acostumbradas expresiones de «Iglesia de Dios» (cfr. 2 Cor 1,1) o «amados de Dios» (cfr. Rom 1,7).

Escribe en nombre, también, «de los hermanos que están conmigo» (2), señalando así que las comunidades que han permanecido fieles al Evangelio confirman lo que les va a decir y están tan indignadas como él frente a la actitud de los gálatas.

Se presenta con su título oficial de «apóstol» y añade con rotundidad que su apostolado se lo debe a Jesucristo y a Dios Padre y no a ningún hombre, aludiendo ya al problema que ha motivado la presente carta.

Agrega, además, que el que le envía, Jesucristo, ha muerto y resucitado para nuestra liberación, tema central de lo que va a hablar. El saludo cristiano de «gracia y paz» debió resonar en la asamblea reunida como una seria llamada al arrepentimiento y a la unidad de la fe.

1,6-10 No hay más que una Buena Noticia. Hacía algo más de un año que Pablo había predicado el Evangelio a los gálatas, así que no sale de su asombro al comprobar que en tan poco tiempo se han dejado embaucar por unos advenedizos.

Sin dilaciones, omitiendo la acostumbrada acción de gracias, va directo al asunto que considera capital: el Evangelio que les predicó no tiene alternativa y quien intente suplantarlo merece la condena sacra del anatema. El asunto es tan grave, que el Apóstol llega a decir: «si nosotros o un ángel del cielo... anunciara una Buena Noticia diversa de la que les hemos anunciado, sea maldito» (8).

Aludiendo a los rumores esparcidos por los advenedizos de que él, Pablo, predicaba a las Iglesias de Galacia un evangelio poco exigente –que ya no les obligaba a la circuncisión y demás prácticas judías– con la intención de ganarse a la gente, se dirige a los gálatas preguntándoles retóricamente, si está tratando, ahora también, de captar su benevolencia con esta carta tan dura y tan directa.

Mantener intacta la «memoria de Jesús» o la «tradición apostólica», transmitida por los testigos de la resurrección fue ya desde el principio el gran reto de la comunidad cristiana. Lo fue entonces y lo sigue siendo hoy.

En tiempos de Pablo eran los judaizantes o cristianos ultra-conservadores, procedentes del judaísmo, los que ponían en peligro la «memoria de Jesús» al pretender imponer la circuncisión y las prácticas de la ley judía a los paganos, como condición necesaria para ser cristianos y así alcanzar la salvación. Esto era lo que estaba ocurriendo entre los gálatas. No era una simple cuestión de ritos religiosos. Estaba en juego el significado mismo de la vida, muerte y resurrección de Jesús, es decir, su oferta gratuita de salvación y liberación que abolía toda clase de división y de discriminación impuestas por cualquier ley humana.

En realidad, Pablo era tolerante con los judeo-cristianos moderados que continuaban con muchas de las prácticas judías, ya fuera por viejos escrúpulos o por falta de formación. Incluso los defendió cuando eran criticados y juzgados por los que se habían liberado ya de esas prácticas (cfr. Rom 14,1-6). Es más, hizo circuncidar a su discípulo Timoteo por conveniencias del apostolado (cfr. Hch 16,3). Pero cuando la circuncisión y las prácticas de la ley ponían en peligro la fe y la libertad del cristiano, el Apóstol reacciona con la máxima energía.

La «memoria de Jesús» no era para el Apóstol una doctrina abstracta, sino la praxis liberadora del opri-

10 ¿Busco acaso la aprobación de los
hombres? ¿O la de Dios? ¿Intento agradar a
hombres? Si todavía quisiera agradar a los
hombres, no sería servidor de Cristo.

La vocación de Pablo

11 Les hago saber, hermanos, que la
Buena Noticia que les anuncié no es de ori-
gen humano; 12 yo no la recibí ni aprendí de
un hombre, sino que me la reveló Jesu-
cristo. 13 Sin duda han oído hablar de mi
anterior conducta en el judaísmo: Violenta-
mente perseguía a la Iglesia de Dios inten-
tando destruirla; 14 en el judaísmo superaba
a todos los compatriotas de mi generación
en mi celo ferviente por las tradiciones de
mis antepasados. 15 Pero cuando [Dios,]
quien me apartó desde el vientre materno y
me llamó por su mucho amor, quiso 16 re-
velarme a su Hijo para que yo lo anunciara
a los paganos, inmediatamente, en vez de
consultar a hombre alguno 17 o de subir a
Jerusalén a visitar a los apóstoles más an-
tiguos que yo, me alejé a Arabia y después
volví a Damasco. 18 Pasados tres años, subí
a Jerusalén para conocer a Pedro y me
quedé quince días con él. 19 De los otros
apóstoles no vi más que a Santiago, el pa-
riente del Señor. 20 En esto que les escribo
Dios es testigo que no miento. 21 Más tarde
me dirigí a la región de Siria y de Cilicia.
22 Las Iglesias cristianas de Judea no me
conocían personalmente; 23 sólo habían
oído contar: el que antes nos perseguía
ahora anuncia la Buena Noticia de la fe que
en otro tiempo intentaba destruir; 24 y por
mi causa daban gloria a Dios.

Pablo y los otros apóstoles

2 1 Pasados catorce años subí de nuevo
a Jerusalén con Bernabé y llevando
conmigo a Tito. 2 Subí siguiendo una reve-
lación. En privado expuse a los más respe-
tables la Buena Noticia que predicaba a los
paganos, no sea que estuviera trabajando o
hubiese trabajado inútilmente. 3 Pero ni si-

---

mido y del débil que exige la verdadera fe en Jesucristo. Cuando hoy recitamos en el Credo: «creo en la Iglesia, una, santa, católica y apostólica», es esta «memoria de Jesús» la que confesamos creer y defender. Hoy, los enemigos de la «memoria» no son ya los judeo-cristianos extremistas, sino todos aquellos que con sus leyes, doctrinas o comportamientos olvidan, oprimen y marginan al pobre. Éste es el «anti-evangelio» contra el que se indigna el Apóstol en esta Carta a los gálatas.

1,11-24 La vocación de Pablo. Pablo es apóstol sola y únicamente por elección de Dios y de su hijo Jesucristo. Por tanto, «la Buena Noticia que les anuncié… me la reveló Jesucristo» (11s), afirma aludiendo a su conversión en el camino de Damasco. No describe el acontecimiento, ni aquí ni en ninguna otra carta. Es probable que las comunidades evangelizadas por él conocieran ya todos los detalles que nos da Lucas en Hch 9. Si menciona, pues, su propia historia de «conversión» es para resaltar la «llamada» a ser apóstol que supuso ese encuentro con Jesús a las puertas de Damasco. Y así, habla de ella (15) con términos tomados de la vocación de Jeremías (cfr. Jr 1,5) y del siervo sufriente (cfr. Is 50,4), que son justamente los únicos profetas de Israel que fueron a predicar a los paganos.

En Pablo, conversión personal y vocación misionera son inseparables: «quiso revelarme a su Hijo para que yo lo anunciara a los paganos» (15s).

En cuanto a su autoridad apostólica, Pablo quiere dejar claro que actúa en pie de igualdad con los apóstoles de primera hora y que por eso no corrió inmediatamente a Jerusalén, la «Iglesia madre», en busca de una autoridad para predicar el Evangelio que ya se la había dado Jesús resucitado en persona. Así pues, en vez de dirigirse a la Ciudad Santa, se marchó a Arabia donde permaneció tres años. Sin embargo, el Apóstol no es un francotirador del Evangelio. Sabe muy bien que su conversión-vocación tuvo lugar en el seno de una «comunidad» donde recobró la vista y se llenó del Espíritu (cfr. Hch 9,17-19). Y así, a su debido tiempo –tres años después– viajó a Jerusalén.

Que no se inquieten, pues, los gálatas, parece insinuar Pablo, pues él es portavoz de la misma «tradición apostólica» que Cefas y Santiago.

A propósito de su viaje a Jerusalén, a Lucas le parece, por lo visto, que tres años son demasiados para ver reunidos a Pablo con los demás apóstoles en una misma comunión eclesial, y así nos narra un viaje relámpago del Apóstol a la Ciudad Santa después de su conversión (cfr. Hch 9,26-30). Posiblemente, más que un «viaje físico», el evangelista de la unidad de la Iglesia esté creando literariamente un «viaje espiritual» de comunión en la misma fe y en el mismo testimonio. La fe va a ser el concepto central de la carta.

2,1-10 Pablo y los otros apóstoles. El problema que está afectando ahora tan gravemente a los gálatas, viene a decirles Pablo, ya fue zanjado y resuelto al más alto nivel de la Iglesia, tanto en la Asamblea de Jerusalén, como en el incidente posterior de Antioquía. Los hechos a los que se refiere tuvieron lugar catorce años después de su primer viaje a Jerusalén, en un segundo viaje que hizo acompañado por Bernabé y Tito, quien provenía del paganismo y no había sido circuncidado. Para entonces, Pablo llevaba ya muchos años de experiencia misionera entre los paganos y no

quiera a mi compañero Tito, que era grie-
go, le obligaron a circuncidarse, 4 a pesar
de los falsos hermanos, que se infiltraron
para coartar la libertad que tenemos gra-
cias a Cristo Jesús, y reducirnos a la escla-
vitud.

5 Yo no cedí un momento ni me sometí,
porque tenía que mantener para ustedes la
verdad de la Buena Noticia. 6 En cuanto a
los respetables –hasta qué punto lo eran no
me importa, porque Dios no hace diferen-
cia entre las personas–, ellos no me impu-
sieron nada. 7 Al contrario, reconocieron
que se me había confiado anunciar la Bue-
na Noticia a los paganos, así como a Pedro
fue confiado el anuncio a los judíos; 8 por-
que el mismo Dios que asistía a Pedro en su
apostolado con los judíos, me asistía a mí
en el mío con los paganos.

9 Entonces Santiago, Cefas y Juan, con-
siderados los pilares, reconociendo el don
que se me había hecho, nos estrecharon la
mano a mí y a Bernabé en señal de comu-
nión; para que nosotros nos ocupáramos
de los paganos y ellos de los judíos. 10 Sólo
pidieron que nos acordáramos de los po-
bres, cosa que siempre he tratado de
cumplir.

Pablo se enfrenta con Pedro

11 Cuando Cefas llegó a Antioquía me
enfrenté con él abiertamente, porque su
conducta era censurable. 12 Ya que antes de
la llegada de algunos enviados de Santiago,
solía comer con los paganos; en cuanto lle-
garon, dejó de hacerlo y se apartó por mie-
do a los judíos. 13 Los otros judíos cristianos
se pusieron a disimular como él, hasta el
punto que incluso Bernabé se dejó arrastrar
a la simulación. 14 Cuando vi que no proce-
dían rectamente según la verdad de la Bue-
na Noticia, dije a Pedro en presencia de
todos: Si tú, que eres judío, vives al modo

---

exigía la circuncisión ni las prácticas de la Ley a los que se convertían. Sin embargo, en sus comunidades se infiltraron judeo-cristianos fanáticos que condenaban el proceder del Apóstol creando tensión y divisiones. Pablo no los menciona por sus nombres, pero no ahorra epítetos para descalificarlos: falsos hermanos, espías que odian la libertad, imponen yugos y esclavizan.

El problema se exacerbó tanto que se hizo necesaria una reunión a alto nivel en Jerusalén. El Apóstol aclara que no fue para rendir cuentas o buscar aprobación, sino «siguiendo una revelación» (2), aludiendo al Espíritu Santo, a quien consideraba siempre el verdadero protagonista de todas sus decisiones apostólicas. Y el Espíritu va a ser el protagonista de este primer Concilio de la Iglesia.

Ya en la ciudad y reunidos en Asamblea, Pablo, de igual a igual, expone su Evangelio con firmeza y decisión a los dirigentes de la Iglesia Madre, los cuales no sólo aprobaron su proceder sino que confirmaron su autoridad como apóstol de los paganos al igual que la autoridad de Pedro entre los judíos. Todo terminó amigablemente, y Santiago, Cefas y Juan –a quienes llama «los pilares»– reconocieron «el don que se me había hecho, nos estrecharon la mano a mí y a Bernabé en señal de comunión» (9). Quedó así sancionada la validez de su apostolado entre los paganos y se afirmó la vocación universal cristiana. Más que la reinvindicación de la autoridad del Apóstol, lo verdaderamente importante en aquel encuentro fue la solidaridad, la comunión y la corresponsabilidad que se expresó en el gesto de estrechar la mano.

Lucas, al narrar los acontecimientos en Hch 15, quiere resaltar justamente eso, la comunión en medio de la pluralidad. Esto se demostró en la colecta a favor de los hermanos pobres de Jerusalén, decidida por unanimidad. Todos pensaron que el sano pluralismo pedía, de momento, dos comunidades distintas con sus propios dirigentes.

2,11-14 Pablo se enfrenta con Pedro. El llamado «incidente de Antioquía» demuestra la insuficiencia de lo acordado en Jerusalén, donde se tomaron decisiones que afectaban a las comunidades judeo-cristianas y a las pagano-cristianas, respectivamente, pero al parecer no se pensó en las comunidades mixtas. En efecto, algunos judeo-cristianos más progresistas frecuentaban las comunidades pagano-cristianas y «comían» con ellos, es decir, celebraban juntos la eucaristía. El mismo apóstol Pedro cuando llegó a Antioquía parece simpatizar con los aperturistas y celebra la eucaristía tanto con cristianos procedentes del judaísmo como con los procedentes del paganismo, en un gesto de libertad evangélica.

Todo iba bien, hasta que llegaron a la ciudad unos visitantes fanáticos de Jerusalén y reprocharon a Pedro su comportamiento por poner en peligro, según ellos, la fidelidad a la Ley de Moisés de los judeo-cristianos si seguían alternando con los pagano-cristianos.

El hecho fue que Pedro, ya sea en bien de la paz o por presión de los fanáticos, dejó de frecuentar las comunidades pagano-cristianas. Viniendo de una autoridad como Pedro, el gesto no pasó desapercibido y con el gesto se creó la confusión, con el resultado de que se rompió la comunión entre las dos comunidades. Pablo se da cuenta del peligro, reacciona y se enfrenta abierta y públicamente con Pedro. Estaba en juego nada menos que la verdad del Evangelio, es decir, que la salvación no está vinculada a la Ley judía o

pagano y no al judío, ¿cómo obligas a los
paganos a vivir como judíos?

Judíos y paganos se salvan por la fe

15 Nosotros, judíos de nacimiento, no
pecadores venidos del paganismo, 16 sabe-
mos que el hombre no es justificado por ob-
servar la ley, sino por creer en Jesucristo;
nosotros hemos creído en Cristo Jesús para
ser justificados por la fe en Cristo y no por
cumplir la ley, porque por cumplir la ley na-
die será justificado.
17 Ahora bien, si los que buscamos en
Cristo nuestra justificación resulta que tam-
bién somos pecadores, ¿será entonces
Cristo un agente del pecado? De ningún
modo. 18 Porque si me pongo a reconstruir
lo que había destruido, muestro que soy
transgresor. 19 Por medio de la ley he muer-
to a la ley para vivir para Dios. He quedado
crucificado con Cristo, 20 y ya no vivo yo,
sino que Cristo vive en mí. Y mientras vivo
en carne mortal, vivo de la fe en el Hijo de
Dios, que me amó y se entregó por mí.
21 No anulo la gracia de Dios: porque si la
justicia se alcanzara por la ley, Cristo habría
muerto inútilmente.

La Ley y la fe

3 1 ¡Gálatas insensatos! ¿Quién los ha
seducido a ustedes, ante quienes fue
presentada la imagen de Jesucristo crucifi-

---

a ninguna otra ley, sino que nos llega por la fe y no por las obras.

2,15-21 Judíos y paganos se salvan por la fe. Para el lector de hoy, comprender y digerir estos siete versículos de síntesis concisa y apretada en los que Pablo expone su evangelio a los gálatas y anuncia el tema central de la carta, se hace difícil por el estilo de argumentación que usa, a partir de objeciones que formula y que él mismo responde, términos jurídicos, oposiciones, etc. Es como si, mientras escribe, el Apóstol tuviera en mente a Pedro, a quien responde y amonesta, a los judeo-cristianos radicales con los que polemiza, y sobre todo a los gálatas a quienes trata de re-evangelizar.

En primer lugar, Pablo expresa reiteradamente y hablando en plural la más profunda experiencia de fe del cristiano –la suya, la de Pedro, la de la comunidad– con un enfático «nosotros… sabemos... hemos creído» (15s). Su saber y su creer es Cristo, cuyo nombre menciona ocho veces en los siete versículos, y que ocupa el centro del Evangelio de salvación que él anuncia. Frente a este evangelio está el evangelio falso que predican los falsos hermanos: el de la observancia de la Ley –mencionada seis veces– que pretendidamente justifica, y que ahora está poniendo en peligro la fe de los gálatas. Para referirse a «salvación», «salvados», el Apóstol emplea los términos jurídicos de uso en su tiempo: «justicia», «justificación», «justos».

He aquí confrontados, en este drama de la salvación de la humanidad, a Cristo y la Ley; a la fe en Cristo y a la observancia de la Ley; a la vida en Cristo y a la muerte por la Ley.

El horizonte de la visión del Apóstol va más allá de la ley judía. Abarca a toda ley, toda ideología sociopolítica, todo proyecto humano que presente al hombre como centro de su propio destino, como salvador de sí mismo. Pues bien, Pablo recuerda a los gálatas, por activa y por pasiva, dos veces en dos versículos (15 y 16), que sólo la fe en Cristo salva, no la Ley, pues «por cumplir la ley nadie será justificado» (16).

Maravillado y asombrado, el Apóstol no puede disimular lo paradójico de esta realidad gratuita de salvación que está viviendo, pues los que «sabemos» y los que «hemos creído», viene a decir con ironía, somos precisamente «nosotros, judíos de nacimiento, no pecadores venidos del paganismo» (15). Seguramente, esta ironía no pasó desapercibida entre los gálatas, haciéndoles ver lo absurdo de su situación. Si él, Pablo, antes cumplidor y fanático de la Ley como el que más, descubrió por la fe en Cristo la invalidez de la Ley al verse tan pecador como el pagano, ¿qué sentido tiene, entonces, que los gálatas, convertidos del paganismo, quieran ahora someterse a la Ley como condición para salvarse?

Pablo adelanta la posible objeción de los judeocristianos y, en definitiva, la de todo aquel que se enfrenta con la sola razón humana al misterio de salvación de Dios revelado en Jesucristo: si la muerte de Cristo desenmascaró la condición pecadora de la humanidad hasta sus últimas consecuencias (cfr. Rom 3,10-20), y su resurrección significó la oferta incondicional y gratuita de la salvación de Dios a esa misma humanidad pecadora, ¿no estaría Dios exigiendo el pecado con el fin de ofrecer la salvación? «¿Será entonces Cristo un agente del pecado? De ningún modo» (17), responde Pablo sin más explicaciones.

En realidad, todo el evangelio del Apóstol es la respuesta. Ya lo hizo en la Carta a los Romanos (cfr. Rom 3) y lo está haciendo ahora a los gálatas: sólo la fe en Cristo es la que nos hace saber y experimentar, por una parte, nuestra condición de pecadores, y por otra, el perdón y la oferta gratuita del amor salvador de Dios. «Soy trasgresor», dice Pablo como personificando a judeo-cristianos fanáticos y a gálatas, «si me pongo a reconstruir lo que había destruido» (18).

Finalmente, olvidándose ya de debates y argumentos, Pablo deja que hable la nueva vida que lleva dentro, con una de las expresiones más sublimes y atrevidas que han salido de su escritura: «crucificado con Cristo... ya no vivo yo sino que Cristo vive en mí» (19s).

cado? 2 Una cosa quiero que me expliquen:
¿Han recibido el Espíritu por cumplir la ley
o por haber escuchado con fe? 3 ¿Tan in-
sensatos son que habiendo empezado con
el Espíritu han acabado en el instinto?
4 ¿Han experimentado en vano cosas tan
importantes?

Imposible que haya sido en vano.
5 Aquel que les da el Espíritu y hace mila-
gros por medio de ustedes ¿lo hace porque
cumplen la ley o porque creen en la predi-
cación? 6 Por ejemplo, Abrahán *creyó en
Dios y esto le fue tenido en cuenta para su
justificación.* 7 Comprendan entonces que
los verdaderos hijos de Abrahán son los
que tienen fe. 8 La Escritura preveía que los
paganos alcanzarían la justificación por la
fe, y así Dios anticipa a Abrahán la Buena
Noticia:

Por ti todas las naciones
serán benditas.

9 Así los creyentes son benditos con el
creyente Abrahán. 10 Los que dependen del
cumplimiento de la ley caen bajo una mal-
dición. Porque está escrito:

Maldito quien no cumple fielmente
todo lo escrito en el código de la ley.

3,1-14 La Ley y la fe. En contraste con esta experiencia de vida en Cristo, la actitud de los gálatas no tiene explicación para Pablo. Por dos veces los llama insensatos. ¿No habrán sido víctimas de las artes de brujería –es el término que usa– de los «falsos hermanos»? A través de una serie de preguntas apela a su experiencia cristiana y a que comparen su vida anterior con la de ahora. ¿Hay algo más convincente que la experiencia? Con un incisivo y retórico «quiero que me expliquen» (2) los desafía a confesar si fue la observancia de la Ley, que por cierto ellos todavía no conocían, o por el contrario, la fe en el evangelio que él les predicó, lo que produjo la efusión de los dones del Espíritu. La respuesta es obvia.

La poderosa obra del Espíritu en las comunidades que el Apóstol fundó es el fruto constante de su evangelización (cfr. 1 Tes 1,5; 2 Cor 12,12). Eso está a la vista de los gálatas, quienes han experimentado este poder en los grandes acontecimientos y milagros de los que han sido testigos. Con la lógica implacable del rabino que lleva dentro, Pablo quiere hacerles ver lo bajo que han caído o están a punto de caer si aceptan ahora la Ley como condición de salvación: del dominio del Espíritu, han caído en el dominio de la carne (3), en alusión desdeñosa a la marca de la circuncisión, símbolo del sometimiento a la Ley. Como de costumbre, el Apóstol usa un fuerte contraste de palabras para causar más impacto.

¿Habrá sido todo en vano? Pablo no acaba de creérselo, por eso dice que es «imposible que haya sido en vano» (4), como esperando que el Espíritu, que sigue presente en las comunidades, los haga reaccionar.

De la experiencia, pasa ahora el Apóstol al argumento de las Escrituras, colocando los textos que cita en el horizonte de la fe y dándoles así un nuevo significado.

El Apóstol no está forzando los textos para beneficio de sus argumentos, sino que contempla su profunda significación, solo ahora desvelada en la muerte y resurrección de Jesús.

Es desde esta perspectiva desde la que ve a Abrahán convertido en amigo y servidor de Dios gracias al acto de fe por el cual se fió y puso su destino en las manos de su creador: «creyó en Dios y esto le fue tenido en cuenta para su justificación» (6). Es como si el Patriarca hubiera dado una respuesta anticipada al anuncio del Evangelio. Este acto pionero de fe, prosigue Pablo, es el que constituyó a Abrahán en padre de todos los creyentes. Quien repita esta actitud del Patriarca entronca con él, es descendiente suyo, aunque sea de otra raza y de otro pueblo, pues en él «todas las naciones serán benditas» (8), judíos y paganos.

La circuncisión y la Ley vinieron después (cfr. Rom 4,11) y estaban orientadas, como sello y confirmación, a esta respuesta de fe de Abrahán y sus descendientes.

Dicho esto, el Apóstol se enfrenta ahora con la Ley (10-13). A causa del pecado del pueblo judío, esta Ley quedó pervertida cuando, en vez de llevarles a depender de Dios para su salvación, les hizo creer que se salvaban por sus propios méritos adquiridos por la observancia de la Ley y garantizados por la circuncisión. Así cayeron en la «maldición», en oposición a la «bendición» prometida en Abrahán.

En la mente de Pablo parecen resonar las palabras de Habacuc, su texto favorito. El profeta maldice al hombre hinchado por la arrogancia y la fanfarronería que le producen sus propios éxitos, en cambio «el inocente, por fiarse, vivirá» (Hab 2,4).

Pablo llega a decir que la dinámica de esta maldición de la Ley es lo que llevó a Jesucristo a la muerte y «nos rescató de la maldición de la Ley sometiéndose él mismo a la maldición por nosotros» (13). Y fue en esta muerte donde se reveló el misterio de salvación.

Cristo, cargando con esta maldición, nos libera de ella y aplica y extiende a todos la «bendición» prometida a Abrahán, la cual se hace ahora en el don del Espíritu. Como siempre, Pablo tiene en la mente «no sólo» a la Ley judía, sino a todo producto del orgullo humano que lleve al hombre a constituirse en señor de sí mismo y artífice de su propio destino frente a su Creador. Este «orgullo» que tantas violencias e injusticias ha causado en la torturada historia humana es a lo que el Apóstol llama la «maldición de la Ley».

11 Y que nadie es justificado ante Dios
por cumplir la ley se prueba porque *el justo
vivirá por la fe*. 12 En cambio la ley no de-
pende de la fe, antes bien: *quien la cumpla
vivirá por ella*. 13 Cristo, nos rescató de la
maldición de la ley sometiéndose él mismo a
la maldición por nosotros; como está escrito:

Maldito el que cuelga de un leño.

14 Así la bendición de Abrahán, por me-
dio de Cristo Jesús se extiende a los paga-
nos, para que nosotros podamos recibir por
la fe el Espíritu prometido.

La Ley y la promesa

15 Hermanos, emplearé un ejemplo de la
vida cotidiana: cuando un hombre hace un
testamento en forma debida, nadie puede
anularlo ni añadirle nada. 16 Ahora bien, las
promesas fueron hechas a Abrahán y a su
descendencia: no dice descendientes en
plural, sino en singular *y a tu descendiente*,
que es Cristo. 17 Ahora bien les digo esto:
un testamento ya otorgado por Dios no
puede anularlo una ley que llega cuatro-
cientos treinta años más tarde, invalidando
la promesa. 18 Porque, si la herencia se re-
cibe en virtud de la ley, ya no lo es en vir-
tud de la promesa; y a Abrahán se la regaló
Dios en virtud de la promesa.

19 Entonces, ¿para qué sirve la ley?

Se añadió para poner de manifiesto la
desobediencia, hasta que llegara el descen-
diente beneficiario de la promesa; y fue
promulgada por ángeles, a través de un
mediador.

20 Ahora bien, no hace falta mediador
cuando hay una sola parte; y Dios es único.

21 Entonces, ¿va la ley contra las prome-
sas [de Dios]? De ningún modo. Si hubiéra-
mos recibido una ley capaz de dar la vida,
ciertamente por la ley se alcanzaría la justi-
cia. 22 Pero la Escritura incluye a todos bajo
el pecado, de modo que lo prometido se
entregue a los creyentes por la fe en Jesu-
cristo.

Esclavos e hijos

23 Antes de que llegara la fe, éramos
prisioneros custodiados por la ley hasta
que se revelase la fe futura. 24 De modo
que la ley era nuestro guía hasta que vi-
niera Cristo y fuéramos justificados por la
fe; 25 pero al llegar la fe, ya no depende-
mos del guía.

26 Por la fe en Cristo Jesús todos ustedes
son hijos de Dios. 27 Los que se han bauti-
zado consagrándose a Cristo se han reves-
tido de Cristo. 28 Ya no se distinguen judío y

3,15-22 La Ley y la promesa. La venida de Cristo es también la clave que ilumina el sentido y alcance de la «promesa» y de la «Ley», ideas básicas del judaísmo de su tiempo. El Apóstol argumenta que la promesa hecha por Dios a Abrahán no puede ser anulada por una legislación que llegó siglos después y que surgió del pacto o la alianza entre Dios y su pueblo en el Sinaí (cfr. Éx 19s). Ambas, Promesa y Ley, son ciertamente iniciativas de Dios. El problema, sin embargo, está en que los judíos de su tiempo no han comprendido la relación entre la promesa hecha a Abrahán y la Ley dada a Moisés. No han reconocido que la Ley estaba al servicio de la promesa, hasta que ésta se cumpliera. Habían hecho de la Ley un absoluto, casi divinizándola, convirtiéndola en fin de sí misma, olvidándose por completo de la promesa que daba sentido y legitimidad a la Ley.

Ahora, Cristo, el «heredero» de la promesa hecha a Abrahán está presente. Con su venida, la Ley ya ha cumplido su función. Leyendo el término «descendiente» en singular (cfr. Gn 12,7), Pablo afirma que el heredero de la promesa patriarcal es una persona, Cristo.

«Entonces, ¿para qué sirve la Ley?» (19). El Apóstol ve venir la objeción y responde: sin duda alguna la Ley tenía su valor, fue promulgada nada menos que por ángeles y por un mediador de la categoría de Moisés.

Sin embargo, su función –viene a decir Pablo con la sutileza del rabino iluminada por la fe del creyente– no estaba en que salvaba, sino justamente en lo contrario, en convencer a los que están bajo su régimen de que la Ley no salvaba; por eso, «la Escritura incluye a todos bajo el pecado» (22), haciéndoles así experimentar, por una parte, la necesidad de una salvación radical y definitiva y, por otra, lanzarlos a la espera de dicha salvación, la que justamente estaba contenida en la promesa que se ha hecho ahora realidad en la persona de Jesucristo.

Así es cómo explica Pablo la doble funcionalidad de la Ley en tensión con la promesa. Primero, desenmascara la condición pecadora del hombre y su imposibilidad de salvarse a sí mismo; segundo, como Ley basada en la promesa de salvación por la fe, lanza al pueblo a un futuro de esperanza.

3,23–4,11 Esclavos e hijos. Siguiendo con su argumentación, Pablo explica esta función pedagógica de la Ley con una comparación tomada de la relación existente en el mundo griego entre preceptor o pedagogo y el menor de edad o pupilo. En la familia

griego, esclavo y libre, hombre y mujer,
porque todos ustedes son uno con Cristo
Jesús. 29 Y si ustedes pertenecen a Cristo,
son descendencia de Abrahán, herederos
de la promesa.

4 1 Digo lo siguiente: mientras el here-
dero es menor de edad, aunque sea
dueño de todo, no se distingue del esclavo;
2 sino que está sometido a tutores y admi-
nistradores hasta la fecha fijada por su pa-
dre. 3 Lo mismo nosotros, mientras éramos
menores de edad, éramos esclavos de los
poderes que dominan este mundo. 4 Pero
cuando se cumplió el plazo, Dios envió a su
Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley,
5 para que rescatase a los que estaban so-
metidos a la ley y nosotros recibiéramos la
condición de hijos.

6 Y como son hijos, Dios infundió en sus
corazones el Espíritu de su Hijo, que clama
a Dios llamándolo: Abba, es decir, Padre.
7 De modo que no eres esclavo, sino hijo; y
si eres hijo, eres heredero por voluntad de
Dios.

8 Antes, cuando no conocían a Dios, ve-
neraban a los que realmente no son dioses.
9 Ahora que reconocen a Dios, mejor, que
Él los reconoce, ¿por qué se vuelven de
nuevo a esos débiles e indigentes poderes?,
¿por qué quieren otra vez volver a venerar-
los? 10 ¡Respetar ciertos días, meses, esta-
ciones y años! 11 Francamente me temo
haber trabajado inútilmente por ustedes.

Pablo y los gálatas

12 Por favor, hermanos, pónganse en mi
lugar como yo me pongo en el de ustedes:
en nada me han ofendido. 13 Ya saben que
fue en ocasión de una enfermedad corporal
cuando les anuncié por primera vez la Bue-
na Noticia; 14 y ustedes vencieron la ten-
tación de despreciarme o evitar mi con-
tagio, al contrario, me recibieron como a un
mensajero de Dios, como a Cristo Jesús.

15 ¿Dónde ha quedado la alegría de en-
tonces? Estoy seguro de que, si fuera posi-
ble, se habrían sacado los ojos para
dármelos. 16 Y ahora, ¿acaso me he con-
vertido en enemigo de ustedes por decirles
la verdad? 17 Algunos tienen mucho interés
en ustedes, pero no son buenas sus inten-
ciones; lo que quieren es apartarlos de mí
para que se interesen por ellos. 18 Es grato

---

griega, el niño pequeño era confiado a esclavos, que podían ser cultos y amables pero también incultos y crueles, convirtiendo así la tutoría de sus pupilos en una cárcel. Cuando llegaba la fecha de la mayoría de edad, decidida por el padre, el hijo se emancipaba y adquiría todos los derechos como hijo y como heredero.

La Ley ejerció de «tutor» durante la minoría de edad del pueblo. Dios señala una fecha en la historia y envía a su Hijo, el Heredero. Y nosotros, unidos a él –el singular se hace colectivo–, nos hemos convertido también en hijos y herederos (cfr. Jn 1,12; Rom 8,17) «por voluntad de Dios» (4,7). La minoría de edad fue una esclavitud «a los poderes que dominan este mundo» (4,3), dice Pablo. ¿Se refiere al culto idolátrico a criaturas tenidas por divinas, devoción que practicaban los gálatas antes de su conversión (cfr. Col 2,20)? ¿Les está insinuando a los judíos que también la práctica de la Ley de Moisés puede llegar a convertirse en idolatría? ¿Está cuestionando también nuestras idolatrías esclavizadoras de hoy: el culto al dinero, al consumismo, etc., que tantas injusticias están causando en nuestra sociedad?

De todo ello, afirma el Apóstol, hemos sido liberados pues «Dios infundió en sus corazones el Espíritu de su Hijo, que clama a Dios llamándolo: Abba, es decir, Padre» (4,6). Esta primera invocación filial lo contiene todo en germen: madurez tras la infancia, conocimiento tras la ignorancia, libertad tras la esclavitud, esperanza de una herencia trascendente.

Todos sin excepción han sido llamados a compartir esta herencia, pues el Espíritu no distingue sexos, ni edades, ni condición social. En virtud de la fe, judíos y griegos (paganos) comparten una misma mesa (cfr. Hch 10); esclavos y amos son hermanos (carta a Filemón); hombres y mujeres hablan y profetizan (cfr. 1 Cor 11,11s; Flp 4,2s). He aquí la liberación de todo orden que nos trae el Espíritu cuando se nos da en el bautismo, una liberación que debe ser proclamada y testimoniada por la Iglesia como su única razón de ser y de estar en el mundo.

4,12-20 Pablo y los gálatas. De repente, Pablo cambia de tono y se vuelve tierno, evocando los días felices del primer encuentro de amor con la comunidad. Les recuerda cómo le acogieron, como a Cristo mismo (cfr. Mt 10,40) cuando enfermo, «les anuncié por primera vez la Buena Noticia» (13). Si ahora les dice verdades amargas es justamente por el cariño que les tiene, como pagando con amor una deuda de amor. Por el contrario, los malintencionados que se han infiltrado en la comunidad quieren comprar a los gálatas, arrebatándoselos al Apóstol. Él, en cambio, no los quiere para sí, sino para Cristo. Lamenta que, influidos por los intrusos, puedan volverse contra él los que le acogieron como a un ángel de Dios; pero tiene esperanzas de que esto no suceda.

recibir atenciones sinceras pero no sólo
cuando estoy con ustedes, sino siempre.
19 Hijitos míos, por quienes estoy su-
friendo nuevamente los dolores del parto,
hasta que Cristo sea formado en ustedes
20 quisiera estar allí, ahora mismo para
cambiar el tono de voz, porque ya no sé
qué hacer con ustedes.

Agar y Sara

21 Díganme, ustedes los que quieren so-
meterse a la ley, ¿no entienden lo que dice
la ley? 22 Está escrito que Abrahán tuvo dos
hijos: uno de su esclava y otro de su mujer,
que era libre.
23 El hijo de la esclava nació natural-
mente; el de la mujer libre, nació en virtud
de una promesa. 24 Se trata de un simbolis-
mo: estas dos mujeres representan las dos
alianzas. La primera alianza procede del
monte Sinaí y engendra esclavos: es Agar.
25 Sinaí es una montaña de Arabia que co-
rresponde a la Jerusalén actual, que vive
con sus hijos en esclavitud. 26 En cambio,
la Jerusalén de arriba es libre y es nuestra
madre. 27 Está escrito:

Alégrate, la estéril,
que no dabas a luz,
rompe a cantar de júbilo
la que no tenías dolores,
porque la abandonada
tendrá más hijos que la casada.

28 Ustedes, hermanos, lo mismo que
Isaac, son hijos de la promesa.
29 Y así como entonces el hijo nacido
naturalmente perseguía al hijo de la pro-
mesa, así sucede hoy. 30 Pero, ¿qué dice la
Escritura?

Expulsa a esa criada y a su hijo;
el hijo de esa esclava
no compartirá la herencia
con el hijo de la mujer libre.

31 Así que, hermanos, no somos hijos de
una esclava, sino de la mujer libre.

5 1 Cristo nos ha liberado para ser li-
bres: manténganse firmes y no se de-
jen atrapar de nuevo en el yugo de la es-
clavitud.

Libertad cristiana

2 Miren, yo mismo, Pablo, les digo que si
ustedes se hacen circuncidar, Cristo les ser-
virá de nada. 3 Les aseguro de nuevo que
todo el que se circuncide está obligado a

Con una imagen fascinante, el Apóstol se ve a sí mismo como una madre que engendra: «Hijitos míos, por quienes estoy sufriendo nuevamente los dolores del parto» (19), que se comporta con ellos «como una madre que acaricia a sus criaturas» (1 Tes 2,7) y que atiende a su crecimiento y formación «hasta que Cristo sea formado en ustedes» (19).

Este comportamiento maternal de Pablo con sus comunidades debería dar que pensar a tantos pastores y líderes de nuestra Iglesia de hoy, que siguen aferrados a la imagen del padre severo, adusto, distante e inquisidor.

4,21–5,1 Agar y Sara. Parece que Pablo no quiere dejar tecla sin tocar para convencer a los gálatas de que es Cristo quien nos trae la libertad. Ahora recurre a la interpretación alegórica de la historia de Abrahán (cfr. Gn 16,15; 21,2), apurando oposiciones y relaciones.

A nosotros, los cristianos de hoy, nos puede dejar fríos semejante argumentación, pero no así a los primeros destinatarios de su carta quienes se tomaban muy en serio el mensaje alegórico de las Escrituras.

Pablo contrapone dos madres: una esclava, Agar; y otra libre, Sara; dos nacimientos: uno según las fuerzas humanas, Ismael; y otro según la promesa y el poder de Dios, Isaac; y dos descendencias: una de esclavos y otra de libres. Todo ello lo ve simbolizado en dos Alianzas: la de Abrahán y la del Sinaí, una para la libertad, la otra para la esclavitud. La Jerusalén «terrena» sería la ciudad de los esclavos. La Jerusalén «celeste», en cambio, es la de los libres, a la que Pablo llama «nuestra madre» (4,26). Los primeros lectores de Pablo no necesitaban, ciertamente, muchas explicaciones para captar el mensaje. Por eso, el Apóstol, sin añadir más, termina su alegoría cantando con las Escrituras las maravillas que Dios ha hecho con la estéril y abandonada que «tendrá mas hijos que la casada» (4,27).

Como conclusión a lo dicho e introducción a lo que a continuación les va a decir, el Apóstol nos regala en una frase lapidaria uno de los grandes mensajes del evangelio (cfr. Jn 8,32.36): «Cristo nos ha liberado para ser libres» (5,1).

5,2-12 Libertad cristiana. El Apóstol comienza con un enfático «miren, yo mismo, Pablo, les digo» (2), que sólamente usa en ocasiones excepcionales (cfr. 2 Cor 10,1). Los gálatas deben elegir: o bien la vuelta a la circuncisión y a todo el peso del cumplimiento de la Ley o bien la fe en Cristo y el don del Espíritu. Probablemente los judeo-cristianos radicales que se habían infiltrado entre los gálatas no proponían a éstos una vuelta al sistema de la Ley puro y duro, sino un compromiso entre judaísmo y cristianismo,

cumplir íntegramente la ley. 4 Los que buscan la justicia por la ley han roto con Cristo y han caído en desgracia. 5 En cuanto a nosotros, por el Espíritu y la fe esperamos la justicia anhelada. 6 Siendo de Cristo Jesús, no importa estar o no circuncidados; lo que cuenta es la fe que obra por medio del amor.

7 Ustedes iban tan bien: ¿quién les cortó el paso para que no siguieran la verdad? 8 El que los persuadió no procede del que los llamó. 9 Una pizca de levadura hace fermentar toda la masa. 10 Yo confío en el Señor que ustedes no cambiarán de actitud. Pero el que los está confundiendo, sea quien sea, recibirá su castigo.

11 En cuanto a mí, hermanos, si todavía predicara la circuncisión, no me perseguirían, ¡pero entonces habría acabado el escándalo de la cruz! 12 En cuanto a esos que los perturban, ojalá que se mutilen del todo.

Guiados por el Espíritu

13 Ustedes, hermanos, han sido llamados para vivir en libertad; pero no esta libertad para dar rienda suelta a sus bajos instintos; más bien, háganse servidores los unos de los otros por medio del amor. 14 Porque toda la ley se cumple con un precepto: *Amarás a tu prójimo como a ti mismo.* 15 Pero atención, que si viven mordiéndose y devorándose unos a otros, acabarán destruyéndose todos.

16 Les pido que se dejen conducir por el Espíritu de Dios y así no serán arrastrados por los bajos deseos. 17 Porque los bajos instintos van en contra del Espíritu y el Espíritu va en contra de los bajos instintos; y son tan opuestos, que ustedes no pueden hacer todo el bien que quisieran. 18 Pero si los guía el Espíritu, no están sometidos a la ley.

19 Las acciones que proceden de los bajos instintos son manifiestas: fornicación, indecencia, libertinaje, 20 idolatría, superstición, enemistades, peleas, envidia, cólera, ambición, discordias, sectarismos, 21 celos, borracheras, comilonas y cosas semejantes. Les prevengo, como ya los previne, que quienes hacen esas cosas no heredarán el reino de Dios.

---

quizás buscando un «modus vivendi» para una comunidad mixta. Pero Pablo es radical, no admite componendas ni medias tintas. Son como dos sistemas irreconciliables. Y así les aplica el refrán que ya usó en 1 Cor 5,6: «una pizca de levadura hace fermentar toda la masa» (9); si dan entrada a una pizca, pueden corromperse del todo. Con la verdad del evangelio no se juega.

El Apóstol no está hablando de doctrinas o ideologías abstractas. Por el contrario, está preocupado justamente de la praxis de vida concreta que genera un sistema u otro. Dicho de otra manera: lo que está en juego es la «memoria de Jesús»: su oferta de salvación universal, su opción por los marginados, la abolición de toda discriminación, el amor mutuo como norma de conducta.

Esta «memoria de Jesús» como praxis del creyente sólo puede ser inspirada por el Espíritu, no por el cumplimiento de la Ley. Ésta discrimina y divide, que es lo que estaba ocurriendo.

La fe, para Pablo, es un dinamismo que pone en marcha el amor. La vida cristiana no excluye las obras sino que las concentra en el amor fraterno y las mira como frutos que brotan de la fe, no como méritos en virtud de los cuales el hombre se salva por sus propias fuerzas. La fe activa la caridad y es activa por la caridad.

Finalmente, el Apóstol menciona la burda insinuación de sus adversarios de que él seguía exigiendo la circuncisión (11). ¿Se referían al caso de Timoteo? (cfr. Hch 16,3). La persecución de que es objeto muestra a las claras que los privilegios y la seguridad social que le daban la circuncisión los ha cambiado por lo único que considera importante, predicar la cruz de Cristo con todo el escándalo que lleva consigo (cfr. 1 Cor 1,23). En cuanto a sus acusadores, «que se mutilen del todo» (12), dice con sarcasmo, como queriendo equipararlos a los que se hacían castrar en el templo pagano de la diosa Cibeles, el más importante de Galacia.

5,13-26 Guiados por el Espíritu. Pablo comienza las exhortaciones finales de su carta con un nuevo llamamiento a la libertad: «ustedes, hermanos, han sido llamados para vivir en libertad» (13). El encuentro con el Señor a las puertas de Damasco hizo del Apóstol un hombre libre y, desde entonces, la liberación será el tema constante de su predicación: liberación del pecado (cfr. Rom 7,14s); de la muerte, el último enemigo (cfr. Col 2,12-14; 1 Cor 15,26); del instinto (cfr. Rom 8,13); del régimen de la Ley (cfr. Rom 6). Evangelio y libertad se identifican. ¿De qué liberación o libertad está ahora hablando a los gálatas? De la misma que ya les habló a los corintios: «el Señor es el Espíritu, y donde está el Espíritu del Señor allí está la libertad» (2 Cor 3,17). Por eso, el Espíritu –lo nombra ocho veces– domina toda esta página de recomendaciones y amonestaciones.

Pablo considera a la persona humana como un campo de batalla donde dos fuerzas opuestas libran

22 Por el contrario, el fruto del Espíritu es amor, alegría, paz, paciencia, amabilidad, bondad, fidelidad, 23 modestia, dominio propio. Frente a estas cosas no hay ley que valga, 24 porque los que son de Cristo [Jesús] han crucificado el instinto con sus pasiones y deseos. 25 Si vivimos por el Espíritu, sigamos al Espíritu; 26 no seamos vanidosos, provocadores, envidiosos.

Ayuda mutua

6 1 Hermanos, si alguien es sorprendido en alguna falta, ustedes, que están animados por el Espíritu, corríjanlo con modestia. Piensa que también tú puedes ser tentado. 2 Ayúdense mutuamente a llevar las cargas y así cumplirán la ley de Cristo. 3 Porque quien piensa ser algo, no siendo nada, él mismo se engaña. 4 Cada cual examine su conducta, y entonces encontrará en sí mismo motivo de satisfacción, sin depender de otros. 5 Porque cada cual debe llevar su propia carga. 6 El que recibe la enseñanza de la palabra debe compartir sus bienes con su catequista.

7 No se hagan ilusiones: de Dios nadie se burla. Lo que uno siembra eso cosechará. 8 Quien siembra para los bajos instintos, de ellos cosechará corrupción; quien siembra para el Espíritu, del Espíritu cosechará vida eterna. 9 No nos cansemos de hacer el bien, que a su debido tiempo cosecharemos sin fatiga. 10 Por tanto, mientras tengamos ocasión, hagamos el bien a todos, especialmente a la familia de los creyentes.

Conclusión y despedida

11 Miren qué letras tan grandes, escritas con mi propia mano.

12 Los que quieren quedar bien en lo exterior son los que los obligan a circuncidarse; lo hacen sólo para no ser perseguidos a causa de la cruz de Cristo. 13 Porque ni los mismos circuncidados observan la ley;

---

un combate: las fuerzas del instinto –literalmente la «carne»– y la fuerza del Espíritu. El instinto mata la libertad y conduce a la esclavitud, dramatizada en la larga lista de vicios donde descuellan, por un lado, los pecados que pisotean y destruyen la libertad del otro, haciendo imposible la convivencia humana: violencia, envidias, bandos, ambición, etc.; y por otro, las pasiones que encadenan a la persona a la tiranía del sexo: fornicación, indecencia, desenfreno. El Espíritu, por el contrario, produce «el fruto» –en singular– del amor, que encabeza la lista (22). Lo demás será el despliegue y consecuencia del amor, comenzando por la «alegría», otra de las experiencias más profundas de Pablo, y que hacen de él un hombre dominado por el gozo. La esperanza le produce alegría (cfr. Rom 12,12); los discípulos son su alegría (cfr. Flp 4,1; 1 Tes 2,20); hasta las tribulaciones son causa de alegría (cfr. 2 Cor 7,4). Los frutos del Espíritu que enumera el Apóstol son las realidades que hacen del cristiano un miembro libre y solidario de una comunidad libre y solidaria.

La llamada a la libertad con que comenzó (13) es como un camino que el cristiano tiene que recorrer (cfr. Sal 1,1), posibilitado, sí, por el Espíritu que se le dio en el bautismo (cfr. 1 Cor 6,11) y que puede ser «guía» (18) del caminante, pero con la condición de que éste se comprometa a dejarse guiar. Esto no tiene nada de pasividad. Pablo expresa el compromiso activo y militante del cristiano uniendo un verbo en indicativo: «si vivimos por el Espíritu», con otro en imperativo, «sigamos al Espíritu» (25). El nuevo ser del cristiano exige manifestarse en una praxis cristiana liberadora. Lo contrario sería una incoherencia o una ilusión.

6,1-10 Ayuda mutua. Un caso concreto de seguir al Espíritu: la corrección fraterna. Se trata de un acto de amor si es humilde y va acompañada del propio examen de conciencia para evitar el orgullo por los dones recibidos (cfr. Sant 5,19s). La exhortación a la corrección fraterna aparece ya en 1 Tes 5,14. La humildad es la gran ayuda para la fraternidad (cfr. Flp 2,3).

Pablo es siempre práctico y sabe moverse de las alturas desde donde brota la nueva vida del cristiano a los casos concretos en que ésta debe manifestarse en el día a día de las comunidades. Así lo hace ahora en este final de carta con consejos y recomendaciones útiles donde va explicitando las exigencias de la ley de Cristo, ley del amor y de la libertad.

Con refranes del mundo agrícola (cfr. Prov 22,8; Os 8,7) emplaza la vida diaria del cristiano para el «Día del Señor», el tiempo de la «siega y de la cosecha». Compara el caminar de acuerdo con el Espíritu con la tierra que se elige para sembrar la semilla. Es tierra del Espíritu, y éste hará fructificar la semilla en cosecha de vida eterna. La tierra del instinto, por el contrario, dará como fruto la corrupción.

6,11-18 Conclusión y despedida. Concluye resumiendo las ideas principales y despidiéndose. Escribe las últimas líneas de su puño y letra que eran como la firma de autenticidad de las cartas antiguas. Añade curiosamente que lo hace con letras grandes, como para subrayar que en estas frases está el resumen de toda la carta.

Pues bien, con «letras grandes» vuelve a la polémica con la que comenzó, como para desenmascarar definitivamente ante los gálatas a los intrusos que les

pero quieren circuncidarlos a ustedes para
gloriarse de haberlos sometido al rito cor-
poral. 14 Lo que es a mí, Dios me libre de
gloriarme, si no es de la cruz de nuestro Se-
ñor Jesucristo, por el cual el mundo está
crucificado para mí y yo para el mundo.
15 Estar o no estar circuncidado, no tiene
ninguna importancia; lo que importa es ser
una nueva criatura. 16 Paz y misericordia
para todos los que siguen esta norma, y
para el Israel de Dios. 17 En adelante no
quiero que nadie me cause más dificulta-
des, ya llevo en mi cuerpo las marcas de
Jesús. 18 Hermanos, la gracia de nuestro
Señor Jesucristo permanezca con ustedes.
Amén.

---

engañan con un evangelio diferente al auténtico que él les predicó.

Primero, son unos cobardes que huyen de la persecución que sufrirían si anunciaran el Evangelio de la cruz de Cristo con todas sus consecuencias, sin componendas de circuncisión y leyes. Les caería encima la ira de los judíos. Segundo, son unos egoístas, pues lo único que pretenden es apuntarse triunfos en su proselitismo a costa de la libertad ajena (cfr. Mt 23,15), mostrando como trofeo la circuncisión impuesta a los gálatas.

En cambio, todo el orgullo de Pablo está en la cruz de Cristo, en su muerte y sacrificio por amor, en participar en ella y predicarla como único medio de salvación. A la circuncisión carnal, que ya no cuenta, el Apóstol antepone las marcas de sus sufrimientos por el apostolado (cfr. 1 Cor 1,31) que le dan toda la autoridad apostólica como para dar el problema por resuelto con un ¡basta ya!: «que nadie me cause más dificultades» (17).

Es la única vez que Pablo, en el saludo final, intercala el vocativo «hermanos», signo de la esperanza de lograr o haber logrado su reconciliación con los gálatas, con el gran deseo de que éstos renovarán su fidelidad al Evangelio que les predicó. La gracia que les desea es la fuerza salvífica de Dios en Jesucristo.



CARTA A LOS EFESIOS

Éfeso y Pablo. Desde tiempos antiguos, Éfeso fue una ciudad importante por su situación geográfica. En tiempos de Pablo era la capital de la provincia romana de Asia. Entre sus muchos edificios suntuosos descollaba el templo de Artemisa, diosa asiática de la fecundidad (cfr. Hch 19). Como ciudad romana del Mediterráneo oriental, formaba terna con Antioquía y Alejandría.

Cuando Pablo visitó Éfeso (Hch 19,1) encontró allí algunos cristianos no muy bien formados. Les instruyó y constituyó con ellos una floreciente comunidad de paganos convertidos, base de operaciones para la expansión misionera. El Apóstol residió allí tres años entre éxitos y dificultades.

¿Carta de Pablo a los efesios? Los «tres» datos son discutidos por una crítica competente. En primer lugar, se duda de que se trate efectivamen-

te de una carta. Suena más bien a tratado o a exposición homilética vertida en el molde epistolar como recurso literario. Habría que catalogarla en el género de celebración o panegírico. Faltan en el texto, por ejemplo, el tono personal y las referencias a una situación concreta propias de una carta.

En segundo lugar, se duda de que la carta haya salido de la pluma de Pablo. El autor parece no conocer personalmente a los destinatarios (1,15; 3,2), situación extraña si se tiene en cuenta que el Apóstol vivió tres años en dicha comunidad. El estilo, por otra parte, es notablemente inferior al de las cartas auténticamente paulinas. También es diversa o más evolucionada su doctrina; por ejemplo, a muchas Iglesias locales sucede una Iglesia única y universal, tras la superación de la controversia entre judíos y paganos.

Finalmente, está también en discusión que los destinatarios sean los efesios. El nombre de la ciudad falta en algunos códices importantes. ¿Fue borrada del texto original para dejar un espacio en blanco disponible para otras localidades? Dado el carácter del escrito y teniendo en cuenta la noticia de Col 4,16, algunos biblistas piensan que la carta estaba dirigida en un principio a Laodicea. Otros, por el contrario, que era un texto circular dirigido a una amplia audiencia de Iglesias de Asia.

Autor, destinatarios y fecha de composición de la carta. Todo lo dicho anteriormente hace pensar que el autor es un discípulo de Pablo que escribe después de la muerte del Apóstol a paganos convertidos de la segunda generación, entre los años 70-90. Si atribuye su escrito a Pablo es para dar autoridad a sus reflexiones y, apoyado en las enseñanzas de su maestro que va desarrollando, iluminar la vida de las Iglesias en las nuevas circunstancias por las que atravesaban, veinte o treinta años después de que fueran fundadas por el Apóstol.

Contenido de la carta. El contexto en que viven las comunidades de esta segunda generación ha cambiado notablemente. Después de la destrucción de Jerusalén (año 70), las tensiones entre los cristianos procedentes del judaísmo y los convertidos del paganismo han ido paulatinamente desapareciendo. Ahora, los judeo-cristianos son una pequeña minoría dentro de una comunidad de creyentes que se ha desplazado y esparcido definitivamente más allá de las fronteras de Palestina. Esta situación hacía urgente una reflexión sobre el misterio de una Iglesia que, consciente ya de su universalidad, necesitaba ahondar en el vínculo de comunión que la mantenía unida y plural al mismo tiempo. Pero, sobre todo, profundizar en el alcance de su misión universal.

La Carta a los Efesios comienza donde termina la Carta a los Colosenses. Ambas se complementan. Si aquella habla de Cristo, ésta habla de la Iglesia. Dios tenía un plan escondido por siglos, revelado y ejecutado en y por Jesucristo. Ahora, este plan se despliega en y por la Iglesia. Si Colosenses resalta la dimensión cósmica de la mediación salvadora de Cristo, Efesios coloca la misión de la Iglesia en el centro mismo del universo, como sacramento de salvación de ese cosmos que Cristo llena con su poder vivificador.



Es así como el autor nos presenta a la Iglesia: universal; pueblo de Dios y esposa del Mesías; nueva creación de una humanidad unificada;

edificio compacto y cuerpo en crecimiento que se llena de la plenitud de aquel que llena completamente todas las cosas (1,22s), Cristo, su cabeza. Más que por la suma de Iglesias locales, o por la coexistencia de judíos penitentes y paganos convertidos, la unidad se realiza derribando muros, aboliendo divisiones, infundiendo un Espíritu único. No en vano la Carta a los Efesios ha sido llamada la «carta magna de la unidad».

Saludo

1 [1] Pablo, apóstol de Cristo Jesús por voluntad de Dios, a los consagrados [de Éfeso],
fieles a Cristo Jesús: [2] Gracia y paz a ustedes de parte de Dios nuestro Padre y del
Señor Jesucristo.

Bendiciones

[3] ¡Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo!,
quien por medio de Cristo
nos bendijo con toda clase de bendiciones espirituales del cielo.
[4] Por él, antes de la creación del mundo,
nos eligió para que por el amor
fuéramos consagrados e irreprochables en su presencia.
[5] Él nos predestinó a ser sus hijos adoptivos
por medio de Jesucristo conforme al beneplácito de su voluntad
[6] para alabanza de la gloriosa gracia que nos otorgó
por medio de su Hijo muy querido.
[7] Por él, por medio de su sangre,
obtenemos el rescate, el perdón de los pecados.
Según la riqueza de su gracia
[8] derrochó en nosotros toda clase de sabiduría y prudencia,
[9] dándonos a conocer el misterio de su voluntad,
establecido de antemano por decisión suya,
[10] que se realizaría en Cristo en la plenitud de los tiempos:
que el universo, lo celeste y lo terrestre,
alcanzaran su unidad en Cristo.
[11] Por medio de él y tal como lo había establecido
el que ejecuta todo según su libre decisión,

1,1s Saludo. Al faltar en ciertos manuscritos la determinación «de Éfeso», algunos biblistas han pensado que ésta era una carta circular dirigida a varias comunidades, entre las que se encontraba probablemente Éfeso. Ciertos códices antiguos en vez de: «de Éfeso», dejan un espacio en blanco. La carta va dirigida a los «consagrados» o santos, título que se refiere a los creyentes que han sido convocados a formar parte del pueblo santo de Dios. El saludo es como de costumbre: «Gracia y paz», con todo el nuevo contenido que el cristiano había dado ya a la palabra paz: la salvación que viene gratuitamente de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo.

1,3-14 Bendiciones. El párrafo que sigue es probablemente el más difícil de todo el Nuevo Testamento, pues parece romper todas las reglas gramaticales. Es como si el autor tomase aliento profundo en este grandioso pórtico de la carta, para pronunciar su bendición de una sola alentada, en una única frase, bajo la fuerza de un entusiasmo incontenible. Más que para ser leída, esta bendición es para ser escuchada en el ambiente de oración de la asamblea litúrgica.

Si se trata, como dicen algunos biblistas, de una bendición pre-bautismal adoptada por Pablo, aquí estarían expresados por un lado, el gozo profundo y la acción de gracias de los catecúmenos, compartida por toda la asamblea, ante el momento decisivo del bautismo; y por otro, las consecuencias de la nueva vida en Cristo, cuyas puertas les abría el gran sacramento de iniciación cristiana: filiación divina, perdón de los pecados, incorporación a Cristo y sello del Espíritu Santo. De hecho, éste será el tema de toda la carta. La bendición nos abre a la maravilla del plan de salvación de Dios, y viene presentada como un «diálogo de amor» entre las tres divinas personas que, surgiendo del horizonte insondable de la eternidad, se desborda en la creación del mundo y del hombre, y se revela en la historia, «en la plenitud de los tiempos» (10), en la persona de Cristo. Paradójicamente, quizás sea esta atropellada yuxtaposición de verbos, adjetivos, frases circunstanciales colgadas de preposiciones, etc., la que mejor exprese el balbuceo en que termina todo intento humano de expresar el misterio inefable del amor de Dios por nosotros.

Comienza con la acción de Dios Padre que: «nos bendijo» (3), «nos eligió» (4), «nos predestinó» (5), «nos otorgó» (6), «derrochó» (8), «dándonos a conocer» (9), «nos había predestinado» (11). Este despliegue del amor infinito del Padre se va cumpliendo paso a paso en el Hijo como respuesta de amor al amoro-

nos había predestinado a ser herederos
12 de modo que nosotros, los que ya esperábamos en Cristo,
fuéramos la alabanza de su gloria.
13 Por él, también ustedes, al escuchar el mensaje de la verdad,
la Buena Noticia de la salvación,
creyeron en él y fueron marcados con el sello del Espíritu Santo prometido,
14 quien es garantía de nuestra herencia,
y prepara la redención del pueblo que Dios adoptó:
para alabanza de su gloria.

Súplica

15 Por eso, también yo, al enterarme de la fe que ustedes tienen en el Señor Jesús y el
amor que demuestran a todos los consagrados, 16 no ceso de dar gracias por ustedes, y
recordándolos en mis oraciones, pido:

17 Que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, Padre de la gloria,
les conceda un Espíritu de sabiduría y revelación
que les permita conocerlo verdaderamente.
18 Que él ilumine sus corazones para que ustedes puedan valorar
la esperanza a la que han sido llamados,
la espléndida riqueza de la herencia que promete a los consagrados
19 y la grandeza extraordinaria de su poder a favor de nosotros los creyentes,
según la eficacia de su fuerza poderosa;
20 poder que ejercitó en Cristo resucitándolo de la muerte
y sentándolo a su derecha en el cielo

---

so plan de su Padre: «por medio de Cristo» (3), «por él» (4), «por Jesucristo» (5), «por medio de su Hijo muy querido» (6), «por él, por medio de su sangre» (7), «en Cristo» (10), «por medio de él» (11), «por él» (13). Es, por fin, el Espíritu Santo, la expresión viva del amor entre el Padre y el Hijo, el que pone el sello de confirmación a toda la obra: «fueron marcados con el sello del Espíritu Santo prometido» (13). Y así, las manos amorosas de las tres divinas personas moldearon su obra maestra, al hombre y a la mujer «con toda clase de bendiciones» (3), «para que por el amor fuéramos consagrados e irreprochables» (4), para ser sus hijos e hijas adoptivos (5), para obtenernos el perdón de los pecados (7), con toda clase de sabiduría y prudencia (8), «a ser herederos» (11). Éste es el proyecto de Dios, antes escondido y ahora revelado en la muerte y resurrección de Cristo, que introduce y da a la totalidad de la carta el tono de oración, de adoración y de celebración que resumen todos sus capítulos.

1,15-23 Súplica. Este plan de Dios es ya una realidad en la vida cristiana de sus lectores, que Pablo resume en la fe en el Señor Jesús y en el amor al prójimo. Por tanto, da gracias a Dios y pide por ellos. La oración de petición de Pablo por los efesios –y por todos los que leemos en estas líneas la Palabra de Dios– no podía ser otra que el conocimiento del Misterio de salvación que ya expuso en el pórtico de la carta, el conocimiento de Dios mismo revelado en Jesucristo.

Este conocimiento está muy por encima de nuestra capacidad humana, por eso implora un «superconocimiento» –«epignosis», en griego–, que sólo lo puede dar el «Espíritu de sabiduría y revelación» (17), el mismo que el profeta Isaías contemplaba sobre el Mesías prometido: «espíritu de sensatez e inteligencia, espíritu de valor y prudencia, espíritu de conocimiento y respeto del Señor» (Is 11,2); el mismo Espíritu de quien el Apóstol dice en su primera carta a los Corintios que «lo escudriña todo, incluso las profundidades de Dios» (1 Cor 2,10). Este carisma de sabiduría es el don de la «fe» que ilumina los corazones (18). Con esta bella expresión de su cultura semita, el Apóstol se refiere a ese centro unitario desde donde parte todo el dinamismo de la persona, donde el hombre y la mujer conocen, piensan, sienten, aman y actúan. Todo eso es «conocer» para el Apóstol.

Así ve la fe, como la luz-fuerza que guía e impulsa «los ojos del corazón» al conocimiento, al amor y al seguimiento de Jesús, Mesías prometido e Hijo de Dios; (cfr. Flp 3,10; Lc 10,21-22); y también al conocimiento de nuestro último destino, al que hemos sido llamados: «la espléndida riqueza de la herencia» (18; cfr. Rom 8,17; Heb 9,15). Esta primera petición de Pablo para los efesios, la fe, abre las puertas a una nueva petición: la esperanza (18), que es como la otra cara de la fe. Conocer la «futura herencia» por la fe es ya poseerla anticipadamente, ahora, por la esperanza. Aunque no la vemos con los ojos de la carne, una luz celeste nos permite contemplarla en lontananza (cfr. Heb 11,9-13).

Todo esto lo hará posible Dios con el despliegue de «la grandeza extraordinaria de su poder… según la

21 por encima de toda autoridad y potestad y poder y soberanía,
y de cualquier otra dignidad que pueda mencionarse
tanto en este mundo como en el venidero.
22 Todo lo ha sometido bajo sus pies,
y lo ha nombrado, por encima de todo, cabeza de la Iglesia,
23 que es su cuerpo y plenitud de aquel que llena completamente todas las cosas.

De la muerte a la vida

2 1 También ustedes estaban muertos
por sus pecados y trasgresiones. 2 Se-
guían la conducta de este mundo y los dic-
tados del jefe que manda en el aire, el
espíritu que actúa en los rebeldes... 3 Lo
mismo que ellos, también nosotros seguía-
mos los impulsos de los bajos deseos,
obedecíamos los caprichos y pensamientos
de nuestras malas inclinaciones, y natural-
mente, estábamos destinados al castigo
como los demás. 4 Pero Dios, rico en mise-
ricordia, por el gran amor que nos tuvo,
5 estando nosotros muertos por nuestros
pecados, nos hizo revivir con Cristo –¡uste-
des han sido salvados gratuitamente!–;
6 con Cristo Jesús nos resucitó y nos sentó
en el cielo, 7 para que se revele a los siglos
venideros la extraordinaria riqueza de su
gracia y la bondad con que nos trató por
medio de Cristo Jesús.

8 Porque ustedes han sido salvados por
la fe, no por mérito propio, sino por la gra-
cia de Dios; 9 y no por las obras, para que
nadie se gloríe. 10 Somos obra suya, crea-
dos por medio de Cristo Jesús para realizar
las buenas acciones que Dios nos había
asignado como tarea.

---

eficacia de su fuerza poderosa» (19), con el que realiza en Cristo su proyecto admirable: la resurrección como victoria definitiva sobre la muerte (cfr. 1 Cor 15,25s), la exaltación a su diestra (cfr. Sal 110,1) como instauración del reino de Dios.

Pablo afirma que esta soberanía de Cristo es absoluta y que está por encima de las cuatro categorías de potestades y poderes sobrehumanos (21). El Apóstol ni afirma ni niega la existencia de estos posibles «seres benignos o malignos»; no es esto lo que le interesa. Lo que pretende es enviar un claro mensaje a los efesios y a todos los que creen y temen la influencia de fuerzas misteriosas y ocultas: Dios «todo lo ha sometido bajo sus pies» (22). Éste es Jesucristo, dice Pablo, que ha sido dado a «su Iglesia», afirmando así el carácter comunitario de la salvación. No ha sido dado a cada uno «en particular», sino a cada uno «en comunidad», para formar entre todos el Pueblo de Dios, como un cuerpo del que Él es la cabeza.

Esta imagen de la Iglesia, cuerpo de Cristo, ya la desarrolló en las cartas a Corintios y Romanos (cfr. 1 Cor 12; Rom 12,5). Ahora la califica aun más con una frase densa y atrevida, casi intraducible: «que es su cuerpo y plenitud de aquel que llena completamente todas las cosas» (23). ¿Está sugiriendo Pablo que la Iglesia es más que una realidad terrestre, estando ya unida a Cristo en su triunfo y en su gloria, habitada ya de la plenitud de la divinidad? ¿Está señalando, por otra parte, la misión de la Iglesia en este mundo como tarea que continúa y completa lo que Cristo, la cabeza, comenzó y realizó con su vida, muerte y resurrección? Ambas realidades estén quizás en la mente del Apóstol, unidas y en tensión: la «memoria de Jesús» como realidad adquirida, y a la vez como tarea de liberación que irá desarrollándose en este mundo, guiados por el Espíritu del resucitado, en el amor mutuo y sin fronteras, que rompe definitivamente las barreras que separaban a los pueblos.

2,1-10 De la muerte a la vida. A continuación, Pablo explica a los efesios que su pertenencia a la Iglesia en calidad de miembros del cuerpo de Cristo ha supuesto pasar de una «realidad de muerte» a una «realidad de vida», como si de una nueva creación se tratara. El Apóstol describe la realidad de muerte de la que han sido rescatados –el paganismo– con expresiones de un extremo pesimismo, utilizando para ello categorías cosmológicas de la tradición judía y llenándolas de contenido teológico: un mundo desvinculado de Dios, bajo el poder del Maligno, «jefe que manda en el aire... que actúa en los rebeldes» (2). En la misma situación que los paganos estaban los judíos: «lo mismo que ellos, también nosotros seguíamos los impulsos de los bajos deseos» (3), a pesar de la Ley y de la circuncisión (cfr. Tit 3,3). Ambos, judíos y paganos, «estábamos destinados al castigo» (3).

Fuera del contexto en que fueron escritas estas líneas, su lectura puede inquietar e incomodar al lector de hoy. ¿Está aislando Pablo a los creyentes de los no creyentes en un gueto privilegiado de «salvados» frente a una humanidad de paganos y judíos a la deriva? No es ésta su intención.

Lo que Pablo busca es el impacto del contraste entre un antes y un después. Antes: la culpabilidad corporativa, especie de solidaridad en el mal que pone a todos en pie de igualdad, judíos y paganos, tanto en el pecado como en la responsabilidad ante las consecuencias del pecado que afectan no sólo a los individuos, sino también a la entera sociedad humana.

Unidad por Cristo

11 Por tanto, ustedes los que en un tiem-
po eran paganos de cuerpo, llamados
incircuncisos por los que se llamaban cir-
cuncisos de cuerpo, recuerden 12 que en-
tonces vivían lejos de Cristo, excluidos de
la ciudadanía de Israel, ajenos a la alianza y
sus promesas, sin esperanza y sin Dios en
el mundo. 13 Pero, gracias a Cristo Jesús los
que un tiempo estaban lejos, ahora están
cerca, por la sangre de Cristo. 14 Porque
Cristo es nuestra paz, el que de dos pueblos
hizo uno solo, derribando con su cuerpo el
muro divisorio, la hostilidad; 15 anulando la
ley con sus preceptos y cláusulas, reunió
los dos pueblos en su persona, creando de
los dos una nueva humanidad; restable-
ciendo la paz. 16 Y los reconcilió con Dios
en un solo cuerpo por medio de la cruz,
dando muerte en su persona a la hostili-
dad. 17 Vino y anunció la paz a ustedes, los
que estaban lejos y la paz a aquellos que
estaban cerca. 18 Porque por medio de
Cristo, todos tenemos acceso al Padre por
un mismo Espíritu. 19 De modo que ya no
son extranjeros ni huéspedes, sino conciu-
dadanos de los consagrados y de la familia
de Dios; 20 edificados sobre el cimiento de
los apóstoles, con Cristo Jesús como pie-
dra angular.

21 Por él todo el edificio bien trabado cre-
ce hasta ser santuario consagrado al Señor,

Después: la oferta gratuita de Dios que reúne a los creyentes en una comunidad solidaria en la salvación: «pero Dios... por el gran amor que nos tuvo... estando nosotros muertos, nos hizo revivir con Cristo» (4s). Y esta salvación ha sido «por la fe, no por mérito propio... no por las obras, para que nadie se gloríe» (8s). El contraste es de muerte y vida.

El género literario llamado apocalíptico que adopta aquí Pablo, pone a su disposición todo el artificio de un leguaje hiperbólico y catastrofista, de denuncias y condenas sin paliativos ni medias tintas, para describir tanto la realidad del mundo pagano, el «antes» desde donde han sido llamados los efesios; como la del judaísmo, el «antes» desde donde han sido llamados los judeo-cristianos. Hay que considerar el contexto desde el que el Apóstol está hablando, es decir, el fuerte sentido de identidad militante de las pequeñas comunidades que proponían una vida alternativa frente a la corrupción generalizada en que había caído el imperio romano y una fe alternativa frente a la Ley judía. Tenían, pues, que defenderse ante la sociedad pagana y ante la sociedad judía; ambas estaban poniendo en peligro su identidad cristiana.

El Apóstol termina afirmando que somos una nueva creación de Dios por medio de Cristo, con una tarea-misión que realizar, que no es condición sino consecuencia de la salvación. Es justamente esta «tarea-misión» de los creyentes «para realizar las buenas acciones que Dios nos había asignado» (10) la que lejos de aislarnos en un gueto de «privilegiados y salvados» con respecto al mundo, nos pone al servicio del mundo como comunidad que anuncia la salvación gratuita para todos sin excepción. Pablo lo expresa con una frase maravillosa: «para que se revele a los siglos venideros la extraordinaria riqueza de su gracia y la bondad con que nos trató por medio de Cristo Jesús» (7).

2,11-22 Unidad por Cristo. Todo lo anterior ha sido como un largo preámbulo. Ahora, Pablo saca la conclusión que constituye el mensaje fundamental de este texto: la carta magna de la unidad y de la reconciliación, un asunto de máxima urgencia y actualidad para el cristiano de hoy también. Si antes nadie tenía el monopolio del pecado, viene a decir Pablo, pues todos estábamos metidos en el mismo fango, nadie tiene ahora el monopolio de la salvación, porque ésta no depende ni de ritos, ni de leyes, ni de privilegios de sangre o raza, ni de méritos propios, sino que es un don gratuito de Dios.

Pablo se mueve en un mundo dividido y separado por una barrera infranqueable de prejuicios. Los judíos, por una parte, se tenían a sí mismos como los escogidos, los privilegiados, los de casa, los herederos de las promesas, los puros. Consideraban a los paganos como los alejados, los que no tenían ni carta de ciudadanía, ni esperanza, ni un Dios que les amparara en el mundo. Eran «prejuicios» apuntalados por un legalismo religioso feroz. Un documento antiguo del judaísmo llamado «Carta de Aristéas» dice entre otras cosas: «Nuestro sabio legislador, guiado por Dios, nos cercó con férreas barreras para que no nos mezcláramos en nada con ningún otro pueblo, para que permaneciéramos incontaminados de alma y de cuerpo».

A su vez, los prejuicios de los paganos contra los judíos no se quedaban atrás: animales insociables, enemigos del género humano y otras lindezas por el estilo. ¿Qué decir de la historia de «prejuicios», algunos todavía recientes, de nosotros, los cristianos, tanto contra judíos como contra paganos o creyentes de otras religiones? He aquí algunos, para completar la escena que nos pinta Pablo. Contra los judíos: deicidas, pérfida raza judía. Contra los paganos: los que habitan en tinieblas y en sombras de muerte. Algunos de estos prejuicios cristianos habían llegado a expresarse nada menos que en el antiguo lenguaje litúrgico de la Iglesia.

Pues bien, dice Pablo, todas las barreras que antes dividían a judíos de paganos, y que siguen dividiendo ahora a nuestro mundo, ya sean religiosas, económicas, raciales, nacionales, etc., las ha derribado Cristo

22 por él ustedes entran con los demás en la
construcción para ser morada de Dios en el
Espíritu.

Misión de Pablo

3 1 Por esta razón yo, Pablo, estoy pre-
so por Cristo [Jesús], a causa de us-
tedes, los paganos. 2 Supongo que están
informados de la gracia de Dios que me ha
sido dispensada para provecho de ustedes.
3 Fue por medio de una revelación como se
me dio a conocer el misterio, tal como aca-
bo de explicárselo brevemente. 4 Lean mi
carta y comprenderán cómo entiendo el
misterio de Cristo: 5 este misterio no se dio
a conocer a los hombres en las generacio-
nes pasadas; sin embargo ahora se ha re-
velado a sus santos apóstoles y profetas
inspirados. 6 Y consiste en esto: que por
medio de la Buena Noticia los paganos
comparten la herencia y las promesas de
Cristo Jesús, y son miembros del mismo
cuerpo. 7 De esta Buena Noticia yo soy mi-
nistro por don de la gracia de Dios, otorga-
da según la eficacia de su poder. 8 A mí, el
último de los consagrados, me han conce-
dido esta gracia: anunciar a los paganos la
Buena Noticia, la riqueza inimaginable de
Cristo 9 y hacer luz sobre el secreto que
Dios, creador del universo, se guardaba
desde antiguo, 10 para que las fuerzas y los
poderes celestiales conocieran por medio
de la Iglesia la sabiduría de Dios en todas
sus formas. 11 Éste es el designio que Dios
concibió desde toda la eternidad en Cristo
Jesús, Señor nuestro. 12 Por él y con la con-
fianza que da la fe en él, tenemos libre ac-
ceso a Dios. 13 Por lo tanto les pido que no
se desanimen a causa de los sufrimientos
que padezco por ustedes, más bien han de
sentirse orgullosos de ellos.

El amor de Cristo

14 Por eso doblo las rodillas ante el Pa-
dre, 15 de quien procede toda paternidad en
el cielo y en la tierra. 16 Que él se digne se-

---

con su cuerpo sacrificado. De miembros dispersos ha hecho un «cuerpo»; de «extranjeros» y «nativos» ha hecho una ciudad y una familia; de piedras heterogéneas ha hecho un «edificio». Ha realizado la gran pacificación: de los hombres con Dios, abriéndoles «acceso al Padre» y de los hombres entre sí, «creando una nueva humanidad».

Pablo ve esta nueva humanidad en la Iglesia, pero no como coto cerrado de salvación, sino como la comunidad de los que conocen, creen, viven y anuncian a las naciones la Buena Noticia de que el mundo ha sido y está siendo salvado por la muerte y resurrección de Jesucristo. Un mundo convertido en «reino de Dios», del que la Iglesia está al servicio como sacramento universal de salvación.

3,1-13 Misión de Pablo. A todo lo anterior se refiere Pablo cuando, al declararse apóstol de los paganos, no piensa en un reparto territorial, sino que implica un descubrimiento: que el Mesías esperado por los judíos vino también para los paganos. Éste es un gran secreto que Dios tuvo guardado durante muchos siglos, dice el Apóstol refiriéndose a la historia de Israel. En efecto, si algunos textos del Antiguo Testamento se abrían a los paganos, siempre había cláusulas y límites que hacían de los no judíos ciudadanos de segunda categoría. Los paganos, en suma, no iban a repartirse la herencia con Israel (cfr. Gn 21,10), ni a formar un solo cuerpo con él.

Pues bien, la riqueza de Cristo se desborda ahora y se reparte a todos. Ésta es la gran revelación de la que Pablo está orgulloso y que lo espolea en su ministerio. No reivindica para sí solo la revelación del misterio, sino que se considera parte de la tradición apostólica (cfr. Hch 13,1; 1 Cor 12,28) formada por «apóstoles y profetas inspirados» (5). Es más, dice con humildad que se siente como el «último de los consagrados» (8). ¿Por haber sido perseguidor? ¿Por haber llegado más tarde (cfr. 1 Cor 15,9s)? Precisamente esta supuesta indignidad de Pablo resalta más la condición de absoluta gratuidad que tiene el don de la revelación del misterio, que no depende de ningún mérito ni preparación humana y que ha hecho de él apóstol de los paganos.

La continua insistencia de Pablo en su misión no solamente refleja su vocación particular, sino una de las preocupaciones misioneras más importantes de la Iglesia primitiva de la que él se hace el portavoz: la ruptura de las barreras que existían entre judíos y paganos y el destino de ambos pueblos a formar un solo cuerpo en Cristo. Al cabo de veintiún siglos, esta vocación misionera de la Iglesia sigue siendo tan urgente y necesaria como entonces. El horizonte misionero, sin embargo, se ha alargado para abarcar el diálogo y la armonía con las grandes religiones y culturas del mundo con todas las consecuencias sociales, económicas y políticas, que seguramente el Apóstol no podía imaginar: la promoción de la igualdad y de la justicia entre los pueblos, la lucha por la concordia y la solidaridad, denunciando todo lo que divide, fragmenta y oprime a la familia humana.

3,14-21 El amor de Cristo. Pablo escribe esta súplica de rodillas, en actitud de profunda adoración. Su plegaria es rica y densa de significado y, quizás por eso, difícil de traducir. Pablo pide por los efesios, pero parece como si tuviera delante a toda la familia humana, en su múltiple pluralidad de comunidades, de

gún la riqueza de su gloria fortalecerlos in-
ternamente con el Espíritu, 17 que Cristo
habite en sus corazones por la fe, que estén
arraigados y cimentados en el amor, 18 de
modo que logren comprender, junto con to-
dos los consagrados, la anchura y la longi-
tud, la altura y la profundidad, 19 en una
palabra, que conozcan el amor de Cristo,
que supera todo conocimiento. Así serán
colmados de la plenitud de Dios.

20 Aquel que, actuando eficazmente en
nosotros, puede realizar muchísimo más de
lo que pedimos o pensamos 21 reciba de la
Iglesia y de Cristo Jesús la gloria en todas
las generaciones por los siglos de los siglos.
Amén.

Unidad del cuerpo

4 1 Yo, el prisionero por el Señor, los ex-
horto a vivir de acuerdo con la vo-
cación que han recibido. 2 Sean humildes
y amables, tengan paciencia y sopórtense
unos a otros con amor, 3 esfuércense por
mantener la unidad del espíritu con el
vínculo de la paz. 4 Uno es el cuerpo, uno el
Espíritu, como una es la esperanza a que
han sido llamados, 5 un sólo Señor, una sola
fe, un sólo bautismo, 6 uno es Dios, Padre
de todos, que está sobre todos, entre todos,
en todos.

7 Cada uno de nosotros recibió su propio
don, en la medida que Cristo los ha distri-
buido. 8 Por eso se dice: Subiendo a lo alto
llevaba cautivos y repartió dones a los
hombres. 9 –Lo de subió, ¿qué significa sino
que antes había bajado a lo profundo de la
tierra?–. 10 El que bajó es el que subió por
encima de los cielos para llenar el universo.
11 Él nombró a unos apóstoles, a otros pro-
fetas, evangelistas, pastores y maestros.
12 Así preparó a los suyos para los trabajos
del ministerio, para construir el cuerpo de
Cristo; 13 hasta que todos alcancemos la
unidad de la fe y del conocimiento del Hijo
de Dios, al estado de hombre perfecto y a

---

religiones, de culturas, de naciones; es decir, todas las colectividades que cohesionan, expresan y dan sentido de pertenencia a hombres y mujeres. Con un sugerente juego de palabras, el Apóstol dice que la identidad de Dios como Padre –«pater» en griego–, es la raíz última que fundamenta y sostiene y «de quien procede toda paternidad» –«patriá» en griego–, «en el cielo y en la tierra» (15).

Pablo invoca en su plegaría a las tres personas divinas. Al Padre, que ha convocado a los efesios a formar una «patria» cristiana o Iglesia doméstica. Al Espíritu, que la robustece y fortalece internamente (16), en referencia a esa dimensión interior de nosotros mismos que se va renovando día a día (cfr. 2 Cor 4,16) y logra que por la fe y el amor que Cristo «habite en sus corazones» (17; cfr. Jn 14,23). Esta colaboración entre las tres personas divinas y la respuesta de la fe y el amor vivida en comunión cristiana nos llevarán a «comprender, junto con todos los consagrados» (18) aquello que el Apóstol expresa con una fórmula tan evocativa como enigmática para los lectores de hoy, pero quizás familiar y conocida para los efesios: anchura y longitud, altura y profundidad (18). ¿Es el plan universal de salvación de Dios? ¿Es la cruz de Cristo, vértice del universo simbolizado en sus cuatro dimensiones?

Sólo la experiencia del amor que Cristo nos tiene puede llenar al hombre, porque su amor revela el amor de Dios (cfr. 1 Jn 4,10). Gran paradoja: llenarse del que llena, abarca y desborda todo. Esta primera parte de la carta concluye con una expresión de alabanza a Dios, tributada por la Iglesia y encabezada por Cristo.

4,1-16 Unidad del cuerpo. Pablo comienza la parte exhortativa de la carta hablando con la autoridad que le dan sus sufrimientos y su prisión por Cristo. Si Dios ha reunido a todos los hombres y mujeres en un único plan de salvación, en lo más íntimo de la vocación cristiana está el compromiso por la unidad. Ésta se expresa en comportamientos concretos y prácticos de humildad, modestia, paciencia, aguante mutuo, es decir, virtudes que favorecen el amor.

Pablo explica esta unidad con una bella fórmula (4-6) que tiene sabor litúrgico y que hay que compararla con la confesión cotidiana de Israel: «El Señor, nuestro Dios, es solamente uno» (Dt 6,4). En ella estarían expresadas las siete –número que indica plenitud– «caras» de la unidad de la comunidad cristiana: un cuerpo, unidad visible; un Espíritu, la unidad en su fuente íntima; una esperanza, la unidad como destino futuro de todos; un solo Señor, la unidad de obediencia al único dueño de la comunidad; una sola fe, unidad en el seguimiento de la única tradición apostólica, portadora de la «memoria de Jesús»; un solo bautismo, la unidad en cuanto incorporación a un único Cristo. Y en el vértice, un Dios Padre que nos une a todos en una familia de hijos e hijas suyos.

De la unidad brota la pluralidad y ésta se organiza en una armonía de crecimiento orgánico. Brota de Cristo glorificado que reparte sus dones como hace un vencedor espléndido. Pablo ha hablado ya ampliamente de «dones», especialmente en su primera carta a los Corintios (cfr. 1 Cor 12,1-31; Rom 12,3-8) para expresar la pluralidad carismática de sus comunidades de las que todos y cada uno de los cristianos eran miembros vivos y activos. Eran dones de lenguas, de

la madurez de la plenitud de Cristo. 14 Así
no seremos niños, juguete de las olas,
arrastrados por el viento de cualquier doc-
trina, por el engaño de la astucia humana y
por los trucos del error. 15 Por el contrario,
viviendo en la verdad y el amor, crezcamos
hasta alcanzar del todo al que es la cabeza,
a Cristo. 16 Gracias a él, el cuerpo entero,
recibe unidad y cohesión gracias a los liga-
mentos que lo vivifican y por la acción pro-
pia de cada miembro; así el cuerpo va
creciendo y construyéndose en el amor.

Conducta cristiana

17 En nombre del Señor les digo y reco-
miendo que no procedan como los paga-
nos: con sus inútiles pensamientos, 18 con
la razón oscurecida, alejados de la vida de
Dios, por su ignorancia y dureza de cora-
zón. 19 Porque, endurecidos, se han entre-
gado al desenfreno y practican sin medida
toda clase de indecencias. 20 Pero no es eso
lo que ustedes han aprendido de Cristo;
21 si es que de veras oyeron hablar de él y
de él aprendieron en qué consiste la ver-
dad. 22 Despójense de la conducta pasada,
del hombre viejo que se corrompe con sus
malos deseos; 23 renuévense en su espíritu
y en su mente; 24 y revístanse del hombre
nuevo, creado a imagen de Dios con justi-
cia y santidad auténticas.

25 Por lo tanto, eliminen la mentira, y dí-
ganse la verdad unos a otros, ya que todos
somos miembros del mismo cuerpo. 26 Si
se enojan, no pequen. Que la puesta del sol
no los sorprenda en su enojo, 27 dando así
ocasión al demonio. 28 El que robaba no
robe más, y póngase a trabajar honesta-
mente con sus [propias] manos para ganar
algo y poder socorrer al que tiene necesi-
dad. 29 No salga de sus bocas ninguna pa-
labra ofensiva, sino solo palabras buenas
que ayuden a crecer a quien lo necesite y
agraden a quien las escucha. 30 No entris-
tezcan al Espíritu de Dios, que los marcó
con un sello para el día del rescate. 31 Evi-
ten toda amargura, pasión, enojo, gritos,
insultos y cualquier tipo de maldad. 32 Sean
amables y compasivos unos con otros. Per-
dónense unos a otros, como Dios los ha
perdonado en Cristo.

5 1 Como hijos queridos de Dios, traten
de imitarlo. 2 Sigan el camino del
amor, a ejemplo de Cristo que los amó has-
ta entregarse por ustedes a Dios como
ofrenda y sacrificio de aroma agradable.

---

milagros, de sanaciones, de sabiduría, etc. Ahora, sin embargo, el Apóstol habla de «ciertos dones» a los que se refiere mencionando no los dones en sí, sino a los agraciados por los mismos: «apóstoles… profetas, evangelistas, pastores y maestros» (11), como si las personas mismas fueran esos dones permanentes dados a la comunidad «para construir el cuerpo de Cristo» (12). Estas personas son los «líderes» de la comunidad. A diferencia de los dones «temporales» de que trata en la carta a los Corintios, ahora habla de dones «permanentes» y «esenciales». Una comunidad cristiana, por ejemplo, puede sobrevivir sin el «don de lenguas», pero no puede existir sin el sacramento del ministerio ordenado, es decir: obispos, presbíteros y diáconos que desempeñan hoy las funciones de apóstoles y profetas del tiempo del Apóstol.

Pablo quiere decirnos cosas importantes. Primera: que la comunidad no se da a sí misma sus propios líderes o que estos se auto-eligen, sino que se los da el Señor. Segunda: que ser obispos y presbíteros no son cargos de privilegio que les separan del resto de los cristianos, sino ministerios de servicio permanente a la comunidad. No son los dueños de la comunidad, sino servidores de la unidad del cuerpo de Cristo, y por eso deben actuar siempre en referencia permanente a la Cabeza, como sus representantes, como sacramento de la presencia del único Señor de la Iglesia, Cristo.

4,17–5,5 Conducta cristiana. Lo primero que Pablo pide de sus comunidades es un corte radical con su pasado pagano. Los calificativos son duros y tajantes: oscuridad, ignorancia, dureza, impureza, engaño. De nuevo hay que decir que el Apóstol no condena el paganismo en general. Está hablando a pequeñas comunidades cristianas esparcidas en las grandes ciudades del imperio y expuestas, por tanto, a la enorme presión de la influencia ambiental. Para sobrevivir en medio de tal ambiente tenían que expresar en términos radicales tanto el estilo de vida alternativa de seguimiento de Cristo que habían escogido, como la denuncia de la sociedad pagana en que vivían. El Apóstol usaría hoy el mismo lenguaje de denuncia, no necesariamente contra el paganismo, sino contra la corrupción de muchos de nuestros países tradicionalmente cristianos.

La vida alternativa del creyente, como una «nueva» humanidad frente a la «vieja», la expresa Pablo con la imagen de desnudarse y revestirse (cfr. Gál 3,27). La humanidad vieja se deja llevar por la concupiscencia y acaba en la corrupción. La nueva es creación «a imagen de Dios» (cfr. Gn 1,27; Eclo 17,3; Sab 2,23). Es una vida de imitación de Dios y de Cristo: Sean

3 En cuanto a la inmoralidad sexual y a
cualquier clase de impureza o de codicia, ni
se nombre entre ustedes, como correspon-
de a consagrados; 4 lo mismo digo respec-
to de las obscenidades, de las estupideces,
y de las groserías, porque todas estas cosas
están fuera de lugar; lo que deben hacer es
alabar a Dios. 5 Pues han de saber que ni el
que comete inmoralidades sexuales, ni el
impuro o el avaro –que es una forma de
idolatría– recibirá una herencia en el reino
de Cristo y de Dios.

El reino de la luz

6 Nadie los engañe con argumentos fal-
sos: estas cosas son, precisamente, las que
atraen la ira de Dios sobre los rebeldes.
7 No se hagan cómplices de los que obran
así. 8 Porque si en un tiempo eran tinieblas,
ahora son luz por el Señor: vivan como hi-
jos de la luz 9 –toda bondad, justicia y ver-
dad es fruto de la luz–. 10 Sepan discernir lo
que agrada al Señor. 11 No participen en las
obras estériles de las tinieblas, al contrario
denúncienlas. 12 Lo que ellos hacen a ocul-
tas da vergüenza decirlo, 13 pero todo esto
ha de ser denunciado por la luz hasta que
se vuelva claridad 14 y todo lo que está al
descubierto recibe el influjo de la luz. Por
eso dice: ¡Despierta, tú que duermes, le-
vántate de la muerte, y te iluminará Cristo!
15 Por lo tanto cuiden mucho su comporta-
miento, no obren como necios, sino como
personas sensatas, 16 que saben aprove-
char bien el momento presente porque co-
rren tiempos malos. 17 Por eso no sean
imprudentes, antes bien, procuren entender
cuál es la voluntad del Señor. 18 No se em-
briaguen con vino, que engendra lujuria,
más bien llénense de Espíritu.

19 Entre ustedes entonen salmos, him-
nos y cantos inspirados, cantando y cele-
brando al Señor de todo corazón, 20 dando
gracias siempre y por cualquier motivo a
Dios Padre, en nombre de nuestro Señor
Jesucristo. 21 Sométanse los unos a los
otros en atención a Cristo.

Marido y mujer

22 Las mujeres deben respetar a los ma-
ridos como al Señor; 23 porque el marido es
cabeza de la mujer como Cristo es cabeza

---

santos «porque yo soy Santo» (Lv 11,44s). Jesús propone como ejemplo al Padre: «Amen a sus enemigos... así serán hijos de su Padre del cielo» (Mt 5,44s). Para el apóstol Pedro, los cristianos han sido «elegidos... y consagrados por el Espíritu, para obedecer a Jesucristo» (1 Pe 1,2). Esta nueva vida del cristiano la ve expresada el Apóstol en comportamientos concretos (25-32) de honestidad, dedicación al trabajo, veracidad, amabilidad y respeto al prójimo, compasión y perdón. Éste es el retrato del cristiano: una persona que vive y se desvive por los demás, creador de la comunidad alternativa que Cristo nos trajo con su muerte y resurrección.

5,6-21 El reino de la luz. Luz y tinieblas: he aquí otra imagen de resonancias bíblicas que usa Pablo para exhortar a los efesios a proceder en su conducta como «hijos de la luz», recordándoles que «en un tiempo eran tinieblas» (8). La mayoría de las comunidades cristianas de Pablo vivía en las grandes ciudades del imperio, donde la decadencia moral generalizada de la época era más patente y notoria. Las perversiones y los vicios más vergonzosos habían tomado carta de ciudadanía en aquella sociedad. Se habían convertido en comportamientos normales, aceptados, bien vistos, incluso cantados en las gestas y proezas míticas de los dioses. Éstas son las «tinieblas» contra las que el Apóstol lanza su grito de alarma a los efesios: «Nadie los engañe con argumentos falsos» (6). Las tinieblas crean la confusión; sus obras son estériles y vergonzosas. El mundo de la luz se opone al mundo de las tinieblas. La luz delata el delito: «pusiste nuestras culpas… a la luz de tu mirada» (Sal 90,8), discierne y desenmascara el mal donde se encuentre e invita a luchar contra él. Ésta es la vida alternativa a la que anima el Apóstol utilizando un himno cristiano, probablemente cantado en la liturgia del bautismo: «Despierta, tú que duermes, levántate de la muerte, y te iluminará Cristo» (14).

Pablo, al final, parece invitar a la comunidad cristiana a permanecer en vela, como las vírgenes prudentes del evangelio, esperando al esposo con las lámparas encendidas de himnos y cantos inspirados en la «noche» de los malos tiempos que corren (Mt 25,1-13).

5,22-33 Marido y mujer. Pablo ha estado exhortando a la unidad y armonía que debe existir en la comunidad cristiana en general. Ahora concentra su atención en el núcleo familiar, la Iglesia doméstica, formada por el matrimonio, los hijos y, en aquellos tiempos, también los esclavos. Se dirige primero a los esposos y en concreto a la esposa, con una exhortación: las mujeres deben respetar a sus maridos... (22) y después añade: en todo (24). Con respecto al marido, repite tres veces que debe amar a su mujer (25), amarla como a su mismo cuerpo (28) y quien ama a su mujer debe cuidarla y alimentarla (29). Estas expresiones del Apóstol quizás puedan causar perplejidad e irritación en el lector –y especialmente en la

y salvador de la Iglesia, que es su cuerpo.
24 Así, como la Iglesia se somete a Cristo,
de la misma manera las mujeres deben res-
petar en todo a los maridos. 25 Maridos,
amen a sus esposas como Cristo amó a la
Iglesia y se entregó por ella, 26 para limpiar-
la con el baño del agua y la palabra, y con-
sagrarla, 27 para presentar una Iglesia
gloriosa, sin mancha ni arruga ni cosa se-
mejante, sino santa e irreprochable. 28 Así
tienen los maridos que amar a sus mujeres,
como a su cuerpo. Quien ama a su mujer
se ama a sí mismo; 29 nadie aborrece a su
propio cuerpo, más bien lo alimenta y cui-
da; así hace Cristo por la Iglesia, 30 por no-
sotros, que somos los miembros de su
cuerpo. 31 Por eso abandonará el hombre a
su padre y su madre, se unirá a su mujer, y
serán los dos una sola carne. 32 Ese símbo-
lo es magnífico, y yo lo aplico a Cristo y la
Iglesia. 33 Del mismo modo ustedes: ame
cada uno a su mujer como a sí mismo y la
mujer respete a su marido.

Hijos y esclavos

6 1 Hijos, obedezcan a sus padres [en
atención al Señor], porque esto es lo
justo. 2 El primer mandamiento que contie-
ne una promesa es éste: Honra a tu padre y
a tu madre 3 para que te vaya bien y vivas
mucho tiempo en la tierra. 4 Padres, no irri-
ten a sus hijos; edúquenlos, más bien, en la
disciplina e instrúyanlos en el amor de
Dios.

5 Esclavos, obedezcan a sus amos cor-
porales, escrupulosa y sinceramente, como
si sirvieran a Cristo; 6 no por servilismo o
para halagarlos, sino como siervos de Cris-

---

lectora de hoy– que solamente se contente con una lectura superficial del texto. Parece como si las exhortaciones no pusieran a ambos esposos en pie de igualdad. Al hombre se le pide «amor» y a la mujer «sometimiento», palabra que repugna a nuestra sensibilidad y, si se trata del sometimiento de la mujer, todavía más. ¿Qué decir de todo esto?

En primer lugar, Pablo no está convirtiendo en «palabra de Dios» los condicionamientos culturales de su tiempo, que eran también suyos. Nada más lejos de lo que aquí intenta decir a los efesios. Es más, si el Apóstol hubiera vivido hoy seguramente habría sido un entusiasta defensor de los derechos de la mujer y ciertamente no habría usado el término «someterse». En segundo lugar, y esto es lo importante, el Apóstol no está dando «consejos de convivencia matrimonial». El Apóstol ha estado hablando a lo largo de toda la carta del misterio de la salvación y lo ha expresado con una de sus imágenes favoritas: Cristo y los creyentes unidos en un solo cuerpo que es la Iglesia, de la que Cristo mismo es la cabeza. Pues bien, este «misterio de amor» entre Cristo y la Iglesia lo ve el Apóstol simbolizado en la unión matrimonial del esposo y de la esposa. Pero atención: el amor entre Cristo y la Iglesia no están reflejando la experiencia de amor conyugal, sino al revés, es ésta la que es símbolo y presencia sacramental del amor entre Cristo y su Iglesia. Contemplando al marido y la mujer unidos en una sola carne (31), Pablo exclama con entusiasmo que ese símbolo es magnífico, y con su autoridad de Apóstol afirma: «y yo lo aplico a Cristo y la Iglesia» (32).

Ésta es la «Palabra de Dios» que nos trasmite Pablo. Una palabra revolucionaria que desmonta, supera y condena todo modelo cultural humano de matrimonio que establezca o sancione la desigualdad entre los cónyuges, comenzando por el modelo cultural del mismo Pablo. La Palabra de Dios –de la que el Apóstol es portador– va más allá de lo que él mismo podía imaginar.

La tradición bíblica del Antiguo Testamento ya había preparado generosamente este símbolo con la imagen de Dios como esposo y la comunidad como esposa, con expresiones tan audaces como la de Isaías 62,5: «la alegría que encuentra el esposo con su esposa la encontrará tu Dios contigo». Los últimos capítulos del Apocalipsis utilizan este mismo símbolo para clausurar el texto de la Biblia, que termina con la llamada apremiante de la esposa al esposo: «Ven, Señor Jesús» (Ap 22,20). Esta imagen bíblica despliega toda su fuerza expresiva en la relación de amor indisoluble de Cristo hacia la Iglesia, cuyo símbolo y presencia es el sacramento cristiano del matrimonio.

6,1-9 Hijos y esclavos. Pablo recuerda a los efesios que la Ley del decálogo sigue en pie, y que el cuarto mandamiento ocupa el primer lugar en referencia al prójimo (cfr. Col 3,20s). De entre todas las personas a las que hay que amar, los padres son los primeros (cfr. Eclo 3). Los padres tienen deberes correlativos para con los hijos, aunque no los mencione el decálogo. La educación de los hijos es un tema frecuente en el mundo sapiencial bíblico y en la cultura griega. Era, también es cierto, una educación marcada por el rigor y la dureza. Esto explica que Pablo recomiende a los padres que «no irriten a sus hijos» (4). Hay que darles la corrección que les daría Dios mismo.

También los esclavos pertenecen al ámbito de la familia. Pablo no propone un cambio de orden social. No puede ni tiene a mano una alternativa social o política al sistema de esclavitud de su tiempo. Sin embargo, resalta la reciprocidad de deberes y trato entre amos y esclavos, y sobre todo, la igualdad radical bajo el «amo único» que es Dios (Col 3,22–4,1). Es esta posición revolucionaria de su mensaje evangélico la que terminó acabando con la institución de la esclavitud

to que cumplen con toda el alma la volun-
tad de Dios. 7 Sirvan a sus dueños de bue-
na gana como si se tratara del Señor, y no
de hombres; 8 conscientes de que el Señor
le pagará a cada uno lo bueno que haga,
sea esclavo o libre. 9 Amos, compórtense
con sus siervos del mismo modo, y dejen
de lado las amenazas, conscientes de que
tanto ellos como ustedes tienen el mismo
Señor que está en el cielo y que no hace
distinción de personas.

Lucha contra el mal

10 Por lo demás, fortalézcanse con el Se-
ñor y con su fuerza poderosa. 11 Vístanse la
armadura de Dios para poder resistir los
engaños del Diablo. 12 Porque no estamos
luchando contra seres de carne y hueso,
sino contra las autoridades, contra las po-
testades, contra los soberanos de estas ti-
nieblas, contra las fuerzas espirituales del
mal. 13 Por tanto, tomen las armas de Dios
para poder resistir el día funesto y perma-
necer firmes a pesar de todo. 14 Cíñanse
con el cinturón de la verdad, vistan la cora-
za de la justicia, 15 calcen las sandalias del
celo para propagar la Buena Noticia de la
paz. 16 Tengan siempre en la mano el escu-
do de la fe, en el que se apagarán los dar-
dos incendiarios del maligno. 17 Pónganse
el casco de la salvación, y empuñen la es-
pada del Espíritu, que es la Palabra de Dios.
18 Vivan orando y suplicando, oren en
toda ocasión animados por el Espíritu;
permanezcan despiertos y oren con per-
severancia por todos los consagrados;
19 también por mí, para que cuando yo abra
la boca, se me conceda el don de la pala-
bra y pueda exponer libremente el misterio
de la Buena Noticia, 20 del cual soy mensa-
jero en prisión: que pueda anunciarlo libre-
mente, como es debido.

Saludo final

21 Tíquico, el hermano querido y minis-
tro fiel del Señor les informará para que se-
pan cómo me va y lo que hago. 22 Para eso
se lo envío, para que tengan noticias mías
y para que los consuele.
23 A los hermanos paz, amor y fe de par-
te de Dios Padre y del Señor Jesucristo.
24 La gracia esté con todos los que aman a
nuestro Señor Jesucristo con amor inco-
rruptible.

---

antigua, y nos anima hoy a seguir luchando contra las esclavitudes de nuestro tiempo.

6,10-20 Lucha contra el mal. Pablo ha exhortado a los efesios a aprovechar la oportunidad de salvación y a estar vigilantes. De ahí que, para él, la vida cristiana sea una milicia. El Evangelio tiene enemigos aguerridos y peligrosos contra los que hay que luchar y por tanto debemos estar pertrechados con las armas de Dios. La metáfora de las armas de Dios tiene una honda resonancia bíblica. Sab 5,16-22 habla de escudo, armadura y espada; Is 59,17, de coraza, casco y manto. Pablo recoge la imagen y la carga de contenido cristiano, y así contempla al creyente armado y pertrechado con la verdad, la justicia, el evangelio de la paz, la fe y la salvación. En esta batalla declarada, Pablo no sólo contempla al creyente individual luchando contra sus propios pecados, sino a la entera comunidad cristiana, la Iglesia, enfrentada a fuerzas malignas de dimensiones cósmicas, contra las que el individuo aislado aparece impotente. Usando los conceptos del género literario apocalíptico, habla, personificándolos, de «soberanos de estas tinieblas… las fuerzas espirituales del mal» (12), viendo en ellos los causantes de la atmósfera contaminante de pecado que convierte a la historia humana en «malos tiempos».

Hoy, esos poderes malignos tienen otros nombres: es la violencia globalizada producida por estructuras económicas supranacionales que oprimen y esclavizan al pobre; es la contaminación y la destrucción de los recursos naturales del planeta a causa de un desenfrenado consumismo; es la fuerza global de la imagen y de la propaganda al servicio de valores que deshumanizan y acaban destruyendo a hombres y mujeres. Contra estas modernas «fuerzas del mal», la comunidad humana parece impotente y desarmada.

El Apóstol no es un pesimista, al contrario. De todos esos poderes Jesucristo ha salido triunfante y sus armas victoriosas están a nuestra disposición. Su exhortación, pues, es una llamada al compromiso de la comunidad entera, con una serie de verbos que expresan el apremio y la urgencia: «tomen las armas… cíñanse… vistan… calcen… Tengan siempre en la mano… pónganse» (13-17). Nuestro «aliado» en la lucha es el Señor, y su presencia victoriosa entre nosotros se consigue con la oración (cfr. Sal 35,1-4), que es el consejo final con que termina Pablo su carta, animando a los efesios a ser constantes en rezar y suplicar... con perseverancia... por todos... también por él (18s). Oración y compromiso, o como diría la sabiduría popular: «A Dios rogando y con el mazo dando».

6,21-24 Saludo final. A diferencia de otras cartas, Pablo sólo menciona en su saludo final a Tíquico (cfr. Col 4,7), portador de la carta y enviado a animar y confortar a los efesios. A éstos les desea la gracia del Señor.



CARTA A LOS FILIPENSES

Filipos. La ciudad que lleva el nombre de Filipos, en honor al padre de Alejandro Magno, era desde el año 31 a.C. colonia de Roma con derecho a ciudadanía. Por ella pasaba la vía Ignacia, que unía Italia con Asia. La población era en parte romana como indican las monedas con inscripciones latinas.

Según Hch 16, Filipos fue la primera ciudad «europea» visitada y evangelizada por Pablo y Silas, hacia el año 49. Una mujer de buena posición fue la primera convertida «europea» al Evangelio por la palabra del Apóstol. Allí se formó una comunidad cordial y generosa, a la que Pablo se sintió estrechamente vinculado (1,8; 4,1). Sólo de ellos aceptó ayuda económica (4,14s).

Lugar y fecha de composición de la carta. Pablo escribió la carta desde la cárcel (1,7.13.17). ¿Dónde? Algunos biblistas piensan, siguiendo la tradición, que se encontraba ya en Roma (después del año 60); citan en su apoyo las expresiones «todos en el pretorio» (1,13) y «los servidores del

emperador» (4,22); asimismo su perplejidad ante una muerte próxima. Pero estas expresiones se pueden aplicar también a Éfeso, y Pablo sabía mucho de cárceles y de peligros de muerte. Por eso, la mayoría de biblistas se inclina por una prisión en Éfeso, no mencionada por Lucas en los Hechos. Esta hipótesis explica mejor el viaje de Epafrodito, el intercambio de noticias, su intención de hacerles una visita pronto (2,24). Sobre el peligro de muerte tenemos la referencia en 2 Cor 1,8s. En este supuesto, la carta habría sido escrita hacia el año 54.

Ocasión y contenido de la carta. Sobre la ocasión nos informa la misma carta. Un asunto al parecer trivial, el viaje y la enfermedad de Epafrodito; un motivo simple y grave, la necesidad de desahogar su agradecimiento sin renunciar a su oficio de exhortar y animar.

Se trata de una carta que discurre sin un plan determinado, con cambios de tema, de tono, de situación. Por eso algunos biblistas han pensado que se trata de dos o tres cartas, todas de Pablo, artificialmente reunidas bajo un epígrafe por un recopilador posterior. Sin embargo, en una típica carta personal, los saltos, cambios y prolongaciones no deben extrañar.

Lo que es indiscutible es el atractivo particular de esta carta como expresión de los sentimientos del Apóstol. Su joya teológica es el himno cristológico (2,6-11), síntesis audaz y madura, que algunos consideran un himno cristiano incorporado a ella. En términos de apostolado es importante el valor del «testimonio» (1,12-14) y la prioridad de que Cristo sea predicado, donde y como sea (1,15-18), así como la participación del Apóstol en la muerte y resurrección de Cristo (3,10s.20s). También afloran algunos asuntos particulares de la comunidad: el peligro de los judaizantes (3,1-7) y la necesidad de la concordia (3,2).

Saludo

1 1 Pablo y Timoteo, siervos de Cristo
Jesús, a todos los consagrados a
Cristo Jesús que residen en Filipos, inclui-
dos sus obispos y diáconos: 2 Gracia y paz
de parte de Dios nuestro Padre y del Señor
Jesucristo.

Acción de gracias

3 Cada vez que me acuerdo de ustedes,
doy gracias a mi Dios; 4 y siempre que pido
cualquier cosa por todos ustedes, lo hago
con alegría, 5 pensando en la colaboración
que prestaron a la difusión de la Buena No-
ticia, desde el primer día hasta hoy. 6 Estoy
seguro de que quien comenzó en ustedes la
obra buena, la llevará a término hasta el día
de Cristo Jesús.
7 Es justo que sienta esto de todos uste-
des, porque los llevo en el corazón y porque
participan conmigo de las mismas bendi-
ciones, ya sea cuando estoy en la prisión o
cuando trabajo en la defensa y confirma-
ción de la Buena Noticia. 8 Dios es testigo
de que los amo tiernamente en el corazón
de Cristo Jesús. 9 Esto es lo que pido: que
el amor de ustedes crezca más y más en
conocimiento y en buen juicio para todo,
10 a fin de que sepan elegir siempre lo me-
jor. Así llegarán limpios y sin tropiezo al día

1,1s Saludo. El remitente de la carta es «Pablo», a secas, sin el título de «apóstol», señal de que los filipenses aceptaban su apostolado sin problemas. El escrito va dirigido también en nombre de Timoteo, uno de sus mejores colaboradores, quizás también presente en la evangelización de Filipos (cfr. Hch 16,12-40). Pablo se presenta junto con su compañero como «siervos de Cristo Jesús» (1), título que los identifica como misioneros del Evangelio. Llama «santos» o «consagrados», como de costumbre, a sus destinatarios, en alusión a su pertenencia a Cristo Jesús.

Entre estos destinatarios se encuentran los líderes a cuyo cargo está la comunidad. Llama la atención que Pablo los designe como «obispos y diáconos», es decir, supervisores y auxiliares. En otras cartas se refiere a ellos como «los que les enseñan, amonestan y gobiernan» (cfr. 1 Tes 5,12; Rom 12,8), o «apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y maestros» (cfr. Ef 4,11). En tiempos del Apóstol, el nombre que se da a los encargados de las comunidades cristianas, ya sean fundadas por él o no, es muy fluido y variado.

Los títulos de «obispos» y «diáconos», que fueron adoptados por los cristianos para sus propios líderes, eran los nombres con que la sociedad civil griega designaba a los cargos dirigentes. No tenían todavía el significado y alcance que tienen en la Iglesia de hoy, pues las primeras comunidades cristianas no estaban aún estructuradas jerárquicamente en torno a un obispo de carácter monárquico. Con el correr del tiempo, toda la función de gobierno y liderazgo se concentró en el ministerio de los «obispos, presbíteros y diáconos», desapareciendo los demás nombres y títulos.

Curiosamente, ningún líder cristiano de las primeras generaciones era llamado «sacerdote» para no confundirlo con el sacerdocio judío. Posteriormente, cuando el «sacerdocio judío» desapareció junto con el templo de Jerusalén y no existía ya el peligro de confusión, los «presbíteros cristianos» también comenzaron a ser llamados «sacerdotes». Y con el correr del tiempo, solamente, sacerdotes. No fue una simple cuestión semántica, pues dicho cambio se debió entre otros factores, a la peligrosa reducción de sus funciones, a la celebración de la eucaristía y al perdón de los pecados casi exclusivamente.

El Concilio Vaticano II ha vuelto a dar preferencia al título de «presbítero» sobre el de «sacerdote» para reafirmar una de sus misiones más importantes: edificar la comunidad cristiana sobre la Palabra de Dios o ser «siervos del Evangelio», como se han presentado Pablo y Timoteo.

1,3-11 Acción de gracias. La acción de gracias acostumbrada se entremezcla con la súplica, en un tono afectuoso y cordial. Los sentimientos de gozo, cariño, confianza y añoranza dominan las relaciones de Pablo con los filipenses. La carta es, desde el principio, muy personal y nos ilustra un aspecto humano importante del apostolado de Pablo: la amistad que le unía a sus evangelizados, siguiendo el ejemplo de Jesús: «a ustedes los he llamado amigos» (Jn 15,15).

Les dice que siempre que se acuerda de ellos da gracias y los encomienda a Dios con «alegría» (4). Esta palabra volverá a aparecer muchas veces (1,18.25; 2,2.17s; 3,1; 4,1.10). En realidad, toda la carta es un canto a la alegría. El motivo de su gozo es que los filipenses no sólo han aceptado el Evangelio, sino que han colaborado con Pablo en su propagación «desde el primer día hasta hoy» (5). Por eso reza y confía que Dios culminará la obra tan buena que ha comenzado en ellos, cuando llegue «el día de Cristo Jesús» (6), la «parusía» o su venida gloriosa al final de los tiempos. El Apóstol tiene siempre ante sus ojos «el día del Señor», como la fuerza que guía todos los pasos de su vida apostólica (cfr. 2,16).

Con otra expresión de afecto, afirma desde la prisión: «los llevo en el corazón» (7), pues no sólo han participado en su misión apostólica, sino también en los sufrimientos por el Evangelio. En la soledad hostil de la cárcel brota con fuerza la «añoranza» del Após-

de Cristo, [11] cargados con el fruto de la
honradez que viene por Jesucristo, para
gloria y alabanza de Dios.

Prisionero por Cristo

[12] Quiero que sepan, hermanos, que lo
que me ha sucedido ha favorecido la difu-
sión de la Buena Noticia. [13] En efecto, to-
dos en el palacio, tanto los soldados como
los demás saben que estoy preso por Cris-
to, [14] y la mayoría de los hermanos que
confían en el Señor, con mi prisión se han
animado a anunciar el mensaje sin temor.
[15] Unos proclaman a Cristo por envidia y
por polémica, otros lo hacen con buena vo-
luntad. [16] Éstos obran por amor, sabiendo
que me encuentro así para defender la Bue-
na Noticia; [17] aquéllos en cambio anuncian
a Cristo por ambición y mala intención,
pensando añadir penas a mi prisión. [18] ¡Qué
importa! En cualquier caso, sea como pre-
texto o sinceramente, Cristo es anunciado,
y de ello me alegro y me alegraré; [19] porque
sé que esto servirá para mi salvación, gra-
cias a las oraciones de ustedes y por el au-
xilio del Espíritu de Jesucristo.

[20] Espero y aguardo no desanimarme
por nada; al contrario, estoy completamen-
te seguro que ahora como siempre, viva o
muera, Cristo será engrandecido en mi per-
sona. [21] Porque para mí la vida es Cristo y
morir una ganancia. [22] Pero si mi vida cor-
poral va a producir fruto, no sé qué esco-
ger. [23] Las dos cosas tiran de mí: mi deseo
es morir para estar con Cristo, y eso es mu-
cho mejor; [24] pero para ustedes es más ne-
cesario que siga viviendo.

[25] Ahora bien, estoy convencido de que
me quedaré y seguiré con ustedes para que
progresen y se alegren en la fe; [26] y así, mi
vuelta y mi presencia entre ustedes les será
un nuevo motivo de satisfacción en Cristo
Jesús. [27] Una cosa importa, que su conduc-
ta sea digna de la Buena Noticia de Cristo;
de modo que, sea que vaya a verlos o que
siga ausente, sepa que se mantienen uni-
dos en espíritu y corazón, luchando juntos
por la fe en la Buena Noticia; [28] sin dejarse

---

tol, sentimiento humano transformado por la unión con Cristo.

La súplica incluye la caridad, el ideal de toda comunidad cristiana, y sus manifestaciones concretas adecuadas a cada situación. Por eso pide para ellos un permanente discernimiento guiado por el amor (cfr. Rom 12,9). Finalmente, aparece de nuevo la «parusía» en la oración de Pablo por sus queridos filipenses a quienes desea que ese «día de Cristo» (10) les encuentre cargados «con el fruto de la honradez» (11).

1,12-30 Prisionero por Cristo. A pesar de su situación de prisionero, el Apóstol rebosa de gozo. ¡Paradojas de la prisión! (cfr. Ef 3,1). Sus cadenas son otra predicación. Encarcelado en una institución romana, le han brindado una plataforma inesperada de apostolado, ya sea en sus conversaciones particulares con los demás prisioneros, ya sea en las declaraciones oficiales ante los jueces. Los Hechos de los Apóstoles documentan esta táctica paulina de aprovechar cualquier ocasión ante cualquier auditorio (cfr. 2 Tim 4,2).

La valentía del prisionero en predicar el Evangelio, incluso en el mismo palacio del gobernador, ha producido la correspondiente valentía en la comunidad cristiana de Filipos para testimoniar su propia fe. Y así, lejos de acobardarse por miedo de terminar también ellos en la cárcel, crecieron en su entusiasmo por el anuncio, lo que provoca la gran alegría de Pablo.

De repente, una sombra oscurece sus pensamientos. Algunos de la comunidad se aprovechan de la prisión del Apóstol con intenciones no muy claras, aunque no fuera para predicar otro evangelio distinto o contrario; quizás la codicia o la envidia les hacen querer ocupar el puesto del ausente. Si bien denuncia el hecho con brevedad vigorosa, Pablo reacciona con grandeza: lo que importa no es su persona, sino que Cristo sea anunciado «y de ello me alegro y me alegraré» (18).

Pero su alegría tiene también otro motivo: Pablo, firme en su fe, está convencido de que toda esta situación que está viviendo le servirá para su salvación, gracias a las oraciones que los filipenses hacen por él y gracias a la asistencia del Espíritu de Jesús. Al parecer, espera el fallo inminente en forma de absolución o de condena a muerte, y contempla ambas posibilidades con paz y optimismo. Si bien morir y unirse definitivamente a Cristo sería lo mejor para él, «para mí la vida es Cristo y morir una ganancia» (21), sin embargo, como apóstol y pensando en que sus comunidades quedarían desatendidas, prefiere salir absuelto; prefiere la «pérdida» a la «ganancia», anteponiendo los intereses de los filipenses a los suyos propios, pues «para ustedes es más necesario que siga viviendo» (24). Él sale perdiendo por ahora para salir ganando al final.

Pase lo que pase, lo importante es que los filipenses sigan en la brecha, «unidos en espíritu y corazón, luchando juntos por la fe en la Buena Noticia» y «sin dejarse asustar en nada por sus adversarios» (27s). Es ésta una vida que supone lucha. El temple y la entereza de los combatientes será como el anticipo del juicio final que será un juicio de salvación para los filipenses, ya que están padeciendo por Jesús, lo mis-

asustar en nada por sus adversarios. Lo
cual, por designio de Dios, será para ellos
señal de perdición, y para ustedes de sal-
vación. 29 Porque a ustedes se les ha conce-
dido la gracia, no sólo de creer en Cristo,
sino de padecer por él, 30 soportando la
misma pelea en la que antes me vieron y
ahora oyen que sigo sosteniendo.

Amor cristiano y humildad de Cristo


1 Si algo puede una exhortación en
nombre de Cristo, si algo vale el con-
suelo afectuoso, o la comunión en el espíri-
tu, o la ternura del cariño, 2 les pido que ha-
gan perfecta mi alegría permaneciendo
bien unidos. Tengan un mismo amor, un
mismo espíritu, un único sentir.

3 No hagan nada por ambición o vana-
gloria, antes con humildad estimen a los
otros como superiores a ustedes mismos.
4 Nadie busque su interés, sino el de los de-
más. 5 Tengan los mismos sentimientos de
Cristo Jesús,

6 quien, a pesar de su condición divina,
no hizo alarde de ser igual a Dios;
7 sino que se vació de sí
y tomó la condición de esclavo,
haciéndose semejante a los hombres.
Y mostrándose en figura humana 8 se humilló,
se hizo obediente hasta la muerte, y una muerte en cruz.
9 Por eso Dios lo exaltó
y le concedió un nombre superior a todo nombre,
10 para que, ante el nombre de Jesús, toda rodilla se doble,
en el cielo, la tierra y el abismo;
11 y toda lengua confiese:
¡Jesucristo es Señor!, para gloria de Dios Padre.

12 Por tanto, queridos míos, sean obe-
dientes como siempre: no sólo en presencia
mía, sino más aún en mi ausencia, trabajan-
do con temor y temblor en su salvación.
13 Porque es Dios quien, según su designio,
produce en ustedes los buenos deseos y

---

mo que vieron y ahora oyen de él, Pablo (cfr. Hch 16,22; Col 2,1).

2,1-18 Amor cristiano y humildad de Cristo. Pablo introduce su exhortación a la caridad y humildad con un gran despliegue de motivaciones. Ambos temas son de sobra conocidos, pero el acierto y la importancia de estos versos están en la conexión: la humildad, resultado y condición de una caridad auténtica y duradera. Si el egoísmo es lo contrario al amor (cfr. 1 Cor 10,24), el orgullo es su enemigo capital.

Uno de los motivos de gran fuerza sicológica que invoca Pablo para exhortar a la fraternidad es el cariño y la comunión que les une a él y a los filipenses. No parece que en la actualidad esa unión esté deteriorándose, pero siempre es oportuno tender a que crezca. La unión que el Apóstol les recomienda sólo la tendrán si cada uno sabe valorar a los demás más que a sí mismo y se interesa por ellos. Es el ejemplo que Cristo nos ha dado.

Para presentarles el ejemplo del Señor, Pablo recoge y quizás retoca un himno cristiano –arameo o griego– con el que las comunidades expresaban su culto de adoración a Jesucristo. Su contenido y forma externa está regido por el esquema «humillación/exaltación», de tantas resonancias bíblicas: «delante de la gloria va la humildad» (Prov 15,33; cfr. Sal 113,7), y que en el Antiguo Testamento encuentra su máxima expresión en el canto del Siervo del Señor (cfr. Is 53). El Apóstol expresa esta humillación/exaltación de Jesús a través de un proceso de descenso/ascenso, que lo llevó desde una preexistencia en estado de igualdad con el Padre a encarnarse y tomar la condición humana sin diferenciarse de ningún otro hombre. La expresión utilizada es audaz y vigorosa: «se vació de sí» mismo (7). Este paso de la preexistencia a la historia lo describe el Apóstol lacónicamente en 2 Cor 8,9: «siendo rico, se hizo pobre».

De esa vida encarnada en nuestra pobre condición humana destaca la obediencia de un Jesús cumpliendo siempre la voluntad del Padre: «porque no bajé del cielo para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió» (Jn 6,38). La obediencia al Padre define toda su existencia hasta el extremo de la cruz. A esta humillación total sucede su exaltación por la acción soberana de Dios, descrita enfáticamente con un verbo en superlativo: «sobreelevar», que es otro modo de expresar la resurrección-glorificación de Cristo. Y ésta queda todavía más acentuada por el nombre o título que el Padre otorga a Jesús: «Señor» –en griego «Kyrios»–, palabra que traduce el nombre de Yahvé,

quién les ayuda a llevarlos a cabo. 14 Hagan
todo sin protestar ni discutir: 15 así serán ín-
tegros e intachables, hijos de Dios sin man-
cha en medio de una generación perversa y
depravada, ante la cual brillan como estre-
llas en el mundo, 16 mostrando el mensaje de
la vida. Ésa será mi gloria el día de Cristo: la
prueba de ue no he corrido ni me he fatiga-
do en vano. 17 Y si ahora debo derramar mi
sangre como libación sobre el sacrificio y la
ofrenda sagrada, que es la fe de ustedes, me
alegro y comparto su alegría; 18 también us-
tedes, alégrense y celébrenlo conmigo.

Timoteo y Epafrodito

19 Confiando en el Señor Jesús, espero
enviarles pronto a Timoteo, para alegrarme
al recibir noticias de ustedes. 20 A nadie
tengo que se le iguale en su profunda preo-
cupación por ustedes; 21 porque todos bus-
can su propio interés y no el de Jesucristo.
22 Conocen sus méritos. En el anuncio de la
Buena Noticia estuvo a mi servicio como
un hijo para su padre. 23 Por eso espero en-
viárselo en cuanto vea cómo van mis asun-
tos. 24 Y confío en el Señor que también yo
iré allá pronto.

25 He creído necesario enviarles de nue-
vo a Epafrodito, hermano, colaborador y
camarada mío, al que ustedes mismos en-
viaron para que atendiese a mis necesida-
des. 26 Él tiene muchos deseos de verlos a
todos y está intranquilo porque ustedes se
enteraron que estaba enfermo. 27 Es verdad
que lo estuvo y a punto de morir; pero Dios
se apiadó de él; y no sólo de él, sino tam-
bién de mí, para que no tuviera yo más tris-
tezas de las que ya tengo.

28 Por eso se lo enviaré rápidamente,
para que ustedes se alegren de verlo y yo
me vea libre de esta pena. 29 En nombre del
Señor recíbanlo con toda alegría, y estimen
mucho a gente como él 30 ya que estuvo a
punto de morir por servir a Cristo y expuso
la vida para prestarme los servicios que us-
tedes no me podían prestar personalmente.

Los méritos del cristiano

3 1 Por lo demás, hermanos míos,
alégrense en el Señor. A mí no me

Dios, en la versión griega del Antiguo Testamento; «para que… toda rodilla se doble... y toda lengua confiese: ¡Jesucristo es Señor!» (10s; cfr. Is 45,23). Pero si el Padre glorifica a su Hijo, también el Hijo, muriendo y resucitando por nosotros, da gloria a su Padre (cfr. Jn 13,31; 17,1). Y esta gloria de Dios Padre no es otra cosa que la salvación del mundo. Así culmina Pablo su himno de adoración a Jesucristo, el Señor, que resume todo el misterio de la redención.

Tras la cita del himno, el Apóstol saca las consecuencias. La inmediata es la obediencia de los filipenses a él, Pablo, aunque esté ausente, es decir, al Evangelio que les ha predicado. La otra, que sigan expresando esta Buena Noticia en su vida y testimonio ante las gentes, pues aunque la salvación de Dios ha sido ya iniciada, todavía no está consumada. Los filipenses, por tanto, deben trabajar «con temor y temblor» (12) para su salvación en medio de «una generación perversa y depravada» (15) ante la cual deben testimoniar el mensaje de vida «como estrellas en el mundo» (15s).

Este testimonio vivo de la comunidad será el orgullo y la gloria de Pablo en el «día del Señor». Desde la prisión, y a la espera de una posible condena a muerte, el Apóstol ve este día ya cercano iluminando y dando sentido a su ministerio apostólico entre los filipenses: «no he corrido ni me he fatigado en vano» (16). Si Dios le pide ahora el último sacrificio por ellos, es decir, derramar su vida «como libación sobre el sacrificio y la ofrenda sagrada, que es la fe de ustedes» (17), la alegría mutua será completa. Con esta bellísima imagen de la fe, que hace de la entera vida del cristiano un sacrificio litúrgico de obediencia y amor a Dios y a los hermanos (cfr. Rom 15,16), termina el Apóstol su exhortación a una vida de humildad y caridad.

2,19-30 Timoteo y Epafrodito. Estas líneas muestran las relaciones afectivas y efectivas entre la comunidad de Filipos y Pablo encarcelado. Timoteo no fue un colaborador más, sino el principal y el más fiel de todos. Frecuentemente, el Apóstol le envía a visitar y robustecer comunidades (cfr. 1 Cor 4,17; 16,10). Tenemos la impresión de que otros colaboradores de Pablo le duran solamente un viaje, de ahí que elogie la fidelidad de Timoteo frente a los que «buscan su propio interés y no el de Jesucristo» (21). Quizás el Apóstol descalifica con demasiada dureza lo que pudo ser la simple dificultad humana de trabajar con él o a su ritmo.

El segundo colaborador altamente elogiado es Epafrodito, quizás un líder de la comunidad de Filipos. En 4,18 se habla de su llegada al lugar donde Pablo estaba prisionero, trayéndole dinero y víveres de parte de la comunidad. Parece que se quedó al servicio del Apóstol preso, pero, tras grave enfermedad, Pablo prefiere prescindir de él para que la comunidad se alegre al verlo sano y salvo. Epafrodito ha sido para el Apóstol mucho más que un sirviente; le llama colaborador, compañero de luchas y hace de él un solemne elogio. Este misionero comprometido pudiera ser el portador de la presente carta.

3,1-16 Los méritos del cristiano. En el mismo tono de alegría con que inicia la carta, Pablo comienza a

cansa escribirles las mismas cosas y para
ustedes es una seguridad.
2 ¡Cuidado con los perros, cuidado con
los malos obreros, cuidado con los mutila-
dos! 3 Nosotros somos los verdaderos cir-
cuncidados, los que servimos a Dios en
espíritu, ponemos en Cristo nuestra gloria y
no nos apoyamos en méritos corporales.
4 Si bien yo podría apoyarme en tales
cosas. Nadie tendría más razones que yo
para confiar en ellas, 5 circuncidado el oc-
tavo día, israelita de raza, de la tribu de
Benjamín, hebreo hijo de hebreos; respecto
a la ley, fariseo, 6 celoso perseguidor de la
Iglesia; en cuanto al cumplimiento de la ley,
irreprochable.
7 [Pero] lo que para mí era ganancia lo
consideré, por Cristo, pérdida. 8 Más aún,
todo lo considero pérdida comparado con
el bien supremo de conocer a Cristo Jesús
mi Señor; por él doy todo por perdido y lo
considero basura con tal de ganarme a
Cristo 9 y estar unido a él, no con mi propia
justicia basada en la ley, sino con aquella
que nace de la fe en Cristo, la justicia que
Dios concede al que cree. 10 Lo que quiero
es conocer a Cristo, y sentir en mí el poder
de su resurrección, tomar parte en sus su-
frimientos; configurarme con su muerte
11 con la esperanza de alcanzar la resurrec-
ción de la muerte.
12 No es que haya alcanzado la meta ni
logrado la perfección; yo sigo adelante con
la esperanza de alcanzarlo, como Cristo
[Jesús] me alcanzó.
13 Hermanos, yo no pienso haberlo al-
canzado. Digo solamente esto: olvidándo-
me de lo que queda atrás, me esfuerzo por
lo que hay por delante 14 y corro hacia la
meta, hacia el premio al cual me llamó
Dios desde arriba por medio de Cristo Je-
sús. 15 Por tanto, los que somos maduros,
debemos pensar así; y si alguno piensa de
otro modo, Dios se lo revelará. 16 Ahora
bien, el punto al que hemos llegado nos
marcará la dirección.

---

dictar los saludos finales: «Por lo demás, hermanos míos, alégrense en el Señor» (1). Pero, de repente, los interrumpe y da un viraje violento a sus palabras: «¡Cuidado con los perros... con los malos obreros... con los mutilados» (2), como si reaccionara ante una grave noticia que acabara de recibir y que ponía en peligro a la comunidad de Filipos. ¿Qué decir de este cambio brusco de tono? Si, como es probable, la presente carta a los filipenses es la fusión de varias dirigidas a la misma comunidad, seguramente un recopilador posterior introduciría aquí el tema de otra carta hoy perdida, sin preámbulo ni explicaciones.

Con la expresión «perros», Pablo parece referirse a los predicadores judaizantes que intentan imponer la circuncisión a los filipenses convertidos del paganismo. No es fácil saber si los judaizantes operaban ya en Filipos o si el Apóstol quiere lanzar un grito de alarma contra la difusión de sus doctrinas. Lo cierto es que los calificativos empleados son duros e injuriosos (cfr. Ap 22,15) y se hacen eco de los insultos de los paganos contra los judíos, quienes llamaban «mutilación» a la circuncisión. No es contra el rito externo de la circuncisión por lo que reacciona Pablo con tan extrema dureza, sino contra la ideología que lleva consigo: la vuelta a la observancia de los dictámenes de la Ley para adquirir méritos y conseguir así la salvación por las propias fuerzas.

Contra semejante pretensión, el Apóstol propone una «circuncisión espiritual», que es el verdadero culto que Dios quiere (cfr. Jn 4,23s), y un gloriarse sólo en Cristo y no en los méritos propios (cfr. 2 Cor 11,18). Ya en el Antiguo Testamento se usaba la palabra circuncisión en el sentido espiritual, la «circuncisión del corazón» que «hace justicia al huérfano y a la viuda y ama al emigrante dándole pan y vestido» (Dt 10,16; Jr 4,4; cfr. Rom 2,29). Para el Apóstol, el nuevo pueblo de Dios no adquiere categoría de tal mediante una señal ritual física. A partir de la fe en Cristo hay un nuevo modo de servir a Dios, y la gloria no hay que ponerla en uno mismo, sino en el regalo que Dios nos ha hecho en Cristo.

Si de raza y méritos se tratara, el Apóstol podría competir con ventaja con cualquiera de los judaizantes. Y así enumera los siete títulos que le acreditarían como judío celoso y observante como el que más (5s).

Es irónico aducir como mérito el haber sido «celoso perseguidor de la Iglesia» (6). Pues bien, los supuestos méritos mencionados y otros que podía mencionar, son «pérdida» comparados con la «ganancia» de Cristo (cfr. Mt 13,44-46; 16,26). La manera como lo expresa no puede ser más radical: «por él doy todo por perdido y lo considero basura con tal de ganarme a Cristo y estar unido a él» (8s). Esta unión con Cristo la expresa con una exclamación iluminadora, de esas que salen como soplos de inspiración del Espíritu Santo: «conocer a Cristo... tomar parte en sus sufrimientos; configurarme con su muerte con la esperanza de alcanzar la resurrección» (10s). A esto ha dedicado y dedica todas sus fuerzas, como un atleta que corre hasta alcanzar la meta y conseguir el premio (cfr. 1 Tim 6,12). Cristo alcanzó al Apóstol en el camino de Damasco, ahora le toca a él correr para alcanzar a Cristo (cfr. 1 Cor 9,24).

El ejemplo de Pablo

17 Hermanos, sigan mi ejemplo y pon-
gan la mirada en los que siguen el ejemplo
que yo les he dado. 18 Muchos –se lo decía
frecuentemente y ahora se lo digo llorando–
viven como enemigos de la cruz de Cristo:
19 su destino es la perdición, su dios es el
vientre, su honor lo que es vergonzoso, su
mentalidad es terrena. 20 Nosotros, en cam-
bio, somos ciudadanos del cielo, de donde
esperamos recibir al Señor Jesucristo; 21 él
transformará nuestro cuerpo mortal, ha-
ciéndolo semejante a su cuerpo glorioso,
con el poder que tiene para dominar todas
las cosas.

4 1 Por eso, hermanos queridos y añora-
dos, ustedes, amados míos que son
mi alegría y mi premio, sigan así fieles al
Señor.

Recomendaciones

2 Ruego a Evodia, y también a Síntique,
que se pongan de acuerdo en el Señor. 3 A
ti, mi fiel compañero, te pido que las ayu-
des, no olvides que ellas lucharon conmigo
al servicio de la Buena Noticia, con Cle-
mente y mis demás colaboradores; sus
nombres están escritos en el libro de la
vida.

4 Tengan siempre la alegría del Señor; lo
repito, estén alegres. 5 Que la bondad de
ustedes sea reconocida por todos. El Señor
está cerca. 6 No se aflijan por nada, más
bien preséntenselo todo a Dios en oración,
pídanle y también denle gracias. 7 Y la paz
de Dios, que supera todo lo que podemos
pensar, cuidará sus corazones y sus pensa-
mientos por medio de Cristo Jesús.

8 Por último, hermanos, ocúpense de
cuanto es verdadero y noble, justo y puro,

3,17–4,1 El ejemplo de Pablo. Con palabras apremiantes y llenas de afecto, Pablo propone a los filipenses su vida como ejemplo, en contraste radical con el comportamiento de los «enemigos de la cruz de Cristo» (18) que buscan su seguridad en ritos y prestaciones puramente humanas (1 Cor 1,22s), que dan una importancia desmesurada a observancias sobre alimentos (cfr. Rom 16,18), para quienes su mayor orgullo es la circuncisión (19).

De nuevo hay que decir que la lucha sin cuartel del Apóstol no es contra ritos más o menos inocentes, sino contra la idolatría latente en esas prácticas religiosas, es decir: todo aquello que, siendo perecedero y transitorio, ocupa, sin embargo, un lugar de importancia desproporcionada en nuestras vidas, reduciendo el horizonte de nuestra existencia y cerrándolo a aspiraciones más altas.

Los ritos y prácticas de los enemigos de la cruz de Cristo del tiempo de Pablo tienen hoy otros nombres: son los nuevos dioses de la riqueza explotadora del pobre, del poder opresivo y discriminatorio, de todos los egoísmos individuales y colectivos que nos marcan como ciudadanos de un mundo corrompido.

Por el contrario, el horizonte que propone el Apóstol es el horizonte sin límites de Dios: «somos ciudadanos del cielo» (20), de una ciudad donde gobierna Dios mismo (cfr. Heb 12,22). Y este reino de Dios de hermandad, de justicia y de paz no es sólo una promesa vaga de futuro, sino que se está haciendo presente aquí y ahora, por la muerte y resurrección de Cristo, en la sociedad alternativa formada por los «consagrados a Cristo Jesús que residen en Filipos» (1,1) y por los descendientes de aquellos primeros cristianos que somos nosotros.

La esperanza de la victoria final de Jesucristo la ve Pablo simbolizada en la resurrección futura «que transformará nuestro cuerpo mortal, haciéndolo semejante a su cuerpo glorioso» (21).

Es la fidelidad a esta vida cristiana la que el Apóstol recomienda a los filipenses con las expresiones más tiernas y apremiantes que hayan podido salir de su corazón: «hermanos queridos y añorados… amados míos que son mi alegría y mi premio» (4,1).

4,2-9 Recomendaciones. Se reanuda la despedida iniciada en 3,1, después del paréntesis precedente tomado de otra carta. Poco sabemos de las personas mencionadas aquí. Pablo siempre cuenta con un grupo de colaboradores, entre ellos las muchas mujeres que le han ayudado en la evangelización y en la catequesis (Rom 16 proporciona una amplia lista). Nada sabemos de las diferencias entre Evodia y Síntique, pero parece tratarse de algo serio, pues al tener un ministerio en la comunidad pueden crear divisiones. Pablo pide la ayuda de un colaborador que pueda mediar entre ellas. La tradición lo ha relacionado con Clemente, el cuarto papa, autor de una famosísima carta a los Corintios. Pablo elogia a todo el equipo con la afirmación bíblica: «sus nombres están escritos en el libro de la vida» (3; cfr. Ap 3,5; 20,15; 21,27).

La mención de la alegría conecta con el inicio de despedida interrumpido en 3,1a y confirma el tono gozoso de toda la carta contenida en los dos primeros capítulos. Pablo quiere que sea una alegría no intimista, sino difusiva, haciendo felices a los demás con la propia bondad. Es con este gozo con el que también anuncia la venida del Señor (cfr. Lc 21,28).

El deseo de la «paz de Dios» es una característica del Apóstol que encontramos en todas sus cartas como saludo inicial y como despedida. Será esta paz profunda la que libre a los filipenses de toda ansiedad.

amable y loable, de toda virtud y todo va-
lor. 9 Lo que aprendieron y recibieron, escu-
charon y vieron en mí pónganlo en
práctica. Y el Dios de la paz estará con us-
tedes.

Agradecimientos y saludos finales

10 El Señor me llenó de alegría porque
otra vez floreció su preocupación por mí;
siempre la tenían, pero les faltaba ocasión
de demostrarla. 11 No lo digo por estar ne-
cesitado, porque he aprendido a bastarme
con lo que tengo. 12 Sé lo que es vivir en la
pobreza y también en la abundancia. Estoy
plenamente acostumbrado a todo, a la sa-
ciedad y el ayuno, a la abundancia y la es-
casez. 13 Todo lo puedo en aquel que me da
fuerzas. 14 Con todo, hicieron bien en mos-
trarse solidarios de mis sufrimientos.

15 Ustedes, filipenses, saben bien que, al
principio de mi predicación, cuando salí de
Macedonia, ninguna Iglesia, fuera de uste-
des, se asoció a mis cuentas de gastos y
entradas. 16 Estando yo en Tesalónica, va-
rias veces me enviaron medios para ayu-
darme en mis necesidades. 17 No es que
busque recibir; busco más bien los intere-
ses que aumentan su cuenta delante de
Dios. 18 Por el momento tengo todo lo que
necesito, y más aún, tengo de sobra con lo
que Epafrodito me entregó de parte de us-
tedes: fue como una ofrenda de grato aro-
ma, un sacrificio aceptable y agradable a
Dios. 19 Mi Dios, colmará todas sus necesi-
dades según su riqueza y generosidad por
medio de Cristo Jesús.

20 Al Dios y Padre nuestro sea la gloria
por los siglos de los siglos. Amén.

21 Saluden en nombre de Cristo Jesús a
todos los consagrados.

Los saludan los hermanos que están
conmigo. 22 Los saludan todos los consa-
grados, en especial los servidores del em-
perador.

23 La gracia del Señor Jesucristo esté
con ustedes.

Pablo quiere cristianos expectantes y tranquilos, pero no instalados (cfr. 1 Tes 4,11s).

4,10-23 Agradecimientos y saludos finales. Antes de terminar la carta, Pablo agradece a los filipenses el envío de ayuda material y la venida de un miembro de la comunidad para que le asista mientras está en prisión.

La Iglesia de Filipos es la más vinculada a su Apóstol fundador y la más comprometida en su trabajo evangelizador desde el primer día (1,5). Por el Apóstol mismo sabemos que no sólo le enviaron recursos económicos a Tesalónica (4,16), y ahora probablemente a Éfeso, sino también a Corinto (cfr. Hch 18,5; 2 Cor 11,9).

Pablo agradece, pero al mismo tiempo aprovecha la ocasión para darles su testimonio de desprendimiento y libertad frente a los bienes materiales: «Estoy plenamente acostumbrado a todo, a la saciedad y el ayuno, a la abundancia y la escasez» (12), gracias a que «todo lo puedo en aquel que me da fuerzas» (13). De lo que se alegra en ese gesto de solidaridad de sus filipenses es de los intereses que ellos recibirán, pues todo compartir solidario es el culto que Dios quiere de nosotros, la verdadera ofrenda, «de grato aroma, un sacrificio aceptable y agradable a Dios» (18).

El saludo final (23) podría ser una expresión tomada de la liturgia de la comunidad; algo normal si se tiene en cuenta que las cartas del Apóstol estaban destinadas a leerse ante la comunidad reunida, quizás en la primera parte de la celebración eucarística (cfr. Flm 25; Gál 6,18).



CARTA A LOS COLOSENSES

Colosas. Era una pequeña ciudad de Frigia, en la provincia romana de Asia, situada a unos 200 km. al este de Éfeso y habitada por pobladores autóctonos, colonos griegos y judíos de la diáspora. Por lo que dice la carta, Colosas no fue evangelizada por Pablo, sino por Epafras, un discípulo suyo (1,7; 4,12s).

Autor, lugar y fecha de composición de la carta. La carta plantea dos problemas serios y bastante discutidos: ¿Quién la escribió? Y, ¿quiénes son los maestros de errores que se menciona en ella?

Sobre la primera pregunta, los biblistas no se ponen de acuerdo pues todos tienen buenas razones para afirmar o negar la autoría de Pablo. Sobre la segunda, se puede afirmar que son maestros de corte gnóstico, devotos de misterios y sincretistas.

A favor de la autoría de Pablo figurarían, entre otras razones, la coin-

cidencia de nombres y situación en que fue escrita la carta a Filemón y la coherencia con muchas enseñanzas auténticas del Apóstol. En contra, la abundancia de un vocabulario peculiar; el estilo torpe; la falta de conceptos paulinos fundamentales, como fe, ley, justicia, salvación, revelación; y sobre todo, una cristología más avanzada, de signo cósmico, y una eclesiología institucionalizada afín a las cartas pastorales.

Si el autor es Pablo, la carta habría sido escrita en Éfeso, a finales de los años 50 o principios de los 60. Si el que la escribe es un discípulo de la siguiente generación que imita hábilmente la impostación epistolar para abordar con autoridad prestada un problema nuevo, la fecha de composición sería más tardía, hacia el año 80.

Los maestros de errores. Es difícil trazar el perfil de éstos porque reúnen rasgos heterogéneos. La carta alude a ellos y a sus doctrinas en negativo, es decir, refutándolos. De todas formas, y de modo general, habría que hablar de un movimiento sincretista influido por especulaciones religiosas venidas del Cercano Oriente, que se infiltró tanto en el paganismo griego como en el judaísmo.

En las religiones paganas sustituyó las creencias ya desacreditadas sobre los dioses por elementos y potencias cósmicas, convertidas, a su vez, en dioses a los que se tributaba culto en fiestas, rituales y celebraciones. En el judaísmo, muchos adoptaron y acomodaron esta corriente religioso-filosófica a las fiestas y celebraciones judías, dando como resultado un protagonismo excesivo a ángeles y potestades que personificaban tales potencias y elementos cósmicos, y que influían decisivamente sobre el destino de los seres humanos.

En resumidas cuentas, ese universo gnóstico, esotérico y seudo religioso –algo así como la «Nueva Era» que tanto fascina a nuestro mundo de hoy– estaba también amenazando a las comunidades cristianas expuestas al ambiente que las envolvía, como era el caso de la Iglesia de Colosas. El autor de la carta da tres avisos: que nadie los engañe, que nadie los juzgue, que nadie los condene (2,4.8.16.18).

Contenido de la carta. Frente a todas esas influencias, el autor afirma y desarrolla la centralidad de Jesucristo, no en categorías jurídicas de justicia y liberación, ley y fe, sino en la visión de un Señor de todo lo creado, que incorpora a hombres y mujeres de toda raza o nación a su muerte y resurrección, y que es cabeza de la Iglesia, su cuerpo y sacramento de esta salvación universal. Él es el vencedor de todos los poderes cósmicos o históricos que pretenden señorear el mundo. Él no es «uno de tantos» mediadores a través de los cuales Dios dispensa su poder salvífico, sino el único y definitivo Salvador.



No estaban en juego cuestiones doctrinales abstractas, desligadas de la praxis de cada día, sino todo lo contrario. La carta es, en primer lugar, un alegato a favor de la salvación que Cristo nos ha traído y que nos libera de los temores y las angustias de un universo falsamente sacralizado y misterioso que escapa a nuestra comprensión; y al mismo tiempo, una palabra de aliento y de esperanza para no dejarse embaucar y poder así hacer frente, con nuestro testimonio cristiano, a todas las hegemonías políticas, económicas o religiosas que tratan de imponer su señorío sobre el mundo con falsos mesianismos.

Saludo y acción de gracias

1 [1] Pablo, apóstol de Cristo Jesús por
voluntad de Dios, y el hermano Timo-
teo [2] a los consagrados de Colosas, herma-
nos fieles en Cristo: Gracia y paz a ustedes
de parte de Dios nuestro Padre.
[3] Siempre que rezamos por ustedes da-
mos gracias a Dios, el Padre de nuestro Se-
ñor Jesucristo, [4] porque estamos enterados
de su fe en Cristo Jesús y del amor que tie-
nen a todos los consagrados, [5] a causa de
la esperanza que les está reservada en el
cielo.
Ustedes alcanzaron esta esperanza
cuando les llegó el mensaje verdadero de la
Buena Noticia; [6] el cual está dando fruto y
creciendo en todo el mundo, lo mismo que
entre ustedes, desde el día que oyeron ha-
blar y conocieron de verdad la gracia de
Dios.
[7] Así lo aprendieron de Epafras, mi que-
rido compañero, fiel ministro de Cristo al
servicio de ustedes. [8] Él me ha informado
del amor que les inspira el Espíritu.

Oración por los colosenses

[9] Por eso nosotros, desde que nos ente-
ramos, no hemos dejado de orar por uste-
des, pidiendo que Dios les haga conocer
plenamente su voluntad y les dé con abun-
dancia sabiduría y el sentido de las cosas
espirituales; [10] que lleven una vida digna
del Señor, agradándole en todo, dando fru-
to de buenas obras y creciendo en el cono-
cimiento de Dios; [11] que él, con la fuerza de
su gloria, los haga fuertes de modo que
puedan soportarlo todo con mucha fortale-
za y paciencia; [12] que con alegría den gra-
cias al Padre que los ha preparado para
compartir la suerte de los consagrados en
el reino de la luz; [13] porque él los arrancó
del poder de las tinieblas y los hizo entrar al
reino de su Hijo querido, [14] por quien obte-
nemos el rescate, el perdón de los pecados.

1,1-8 Saludo y acción de gracias. El comienzo de la carta es ya conocido: saludo, acción de gracias y petición. El remitente se presenta con toda la autoridad apostólica que le ha conferido Dios Padre, con la que quiere confirmar a sus destinatarios, a quienes no conoce personalmente, en su fidelidad al Evangelio que han recibido por medio de «Epafras, mi querido compañero, fiel ministro de Cristo» (7). El mismo Dios Padre es el que por medio de su apóstol saluda a los cristianos de Colosas con el don de la gracia y de la paz (2).

La acción de gracias expresa la satisfacción personal del Apóstol por el dinamismo cristiano que vive la comunidad y que se manifiesta en la fe que tienen en Cristo y en el amor mutuo que se profesan los unos a los otros. La esperanza de la vida «que les está reservada en el cielo» (5) es la que sostiene esa fe y la que da frutos de amor. Es un futuro que ya se está haciendo realidad en el presente de la vida concreta y diaria de la comunidad.

Todo el mensaje evangélico de Pablo apunta a ese futuro de gloria que nos espera, pero nunca como una huida del compromiso de transformar la sociedad en que vivimos, sino todo lo contrario: como fuerza liberadora que se concreta en la sociedad alternativa que debe establecer ya, aquí y ahora, la comunidad de los que creen en Jesús.

Finalmente, apuntando al tema que va a tratar en la carta, el Apóstol dice que todo lo anterior ha sido posible porque recibieron el «mensaje verdadero de la Buena Noticia» (5). Y es esta verdad del Evangelio la que Pablo va a defender contra las influencias sincretistas y otras doctrinas erróneas, que se estaban infiltrando en la comunidad y ponían en peligro la fidelidad a la Palabra de Dios que habían recibido.

1,9-14 Oración por los colosenses. Es la práctica cristiana clara y consecuente, el objeto de la oración incesante de Pablo por sus cristianos de Colosas. Para ellos implora la sabiduría y el sentido de las cosas espirituales (9), dones del Espíritu que llevará a la comunidad a conocer a Dios personalmente y a discernir su voluntad, «agradándole en todo, dando frutos de buenas obras» (10). La tarea no es fácil, por eso continúa pidiendo a Dios que les conceda la resistencia activa y el aguante que les capacite para la lucha diaria de extender el reino de Dios (11). Por último, les invita a dar gracias al Padre que «los hizo entrar al reino de su Hijo querido» (13), que es «reino de la luz» (12), después de haber sido arrancados «del poder de las tinieblas» (13), es decir, de la vida de pecado que llevaban antes (cfr. Ef 1,7).

Tinieblas, para la mentalidad hebrea, no es simple ignorancia u oscuridad mental, sino que significa la muerte. Su opuesto, la luz, es la vida (cfr. Jn 8,12; 11,9). Y no se trata solamente de muerte y vida futuras, sino también de realidades presentes que luchan y se oponen en el mundo que vivimos. El hambre, la violencia, la injusticia, la opresión de los débiles, la destrucción del planeta son realidades de muerte. La solidaridad, la justicia, la equitativa distribución de los bienes de la tierra son las realidades de vida que el reino de Dios ya va haciendo presente entre nosotros.

Cristo, salvador y primogénito de toda la creación

15 Él es imagen del Dios invisible,
primogénito de toda la creación,
16 pues por él fue creado todo,
en el cielo y en la tierra:
lo visible y lo invisible,
majestades, señoríos, autoridades y potestades.
17 Todo fue creado por él y para él,
él es anterior a todo y todo tiene se mantiene en él.
18 Él es la cabeza del cuerpo, de la Iglesia.
Él es el principio, el primogénito de los muertos,
para ser en todo el primero.
19 En él decidió Dios que residiera la plenitud;
20 por medio de él quiso reconciliar consigo todo lo que existe,
restableciendo la paz por la sangre de la cruz
tanto entre las criaturas de la tierra como en las del cielo.

21 Antes, a causa de sus pensamientos y
sus malas obras, ustedes eran extraños y
enemigos de Dios; 22 ahora, en cambio, por
medio del cuerpo carnal de Cristo, entregado a la muerte, han sido reconciliados y presentados ante él: santos, intachables, irreprochables.
23 Esto requiere de ustedes que se mantengan firmes y bien fundamentados en la fe, sin abandonar la esperanza que cono-

---

1,15-23 Cristo, salvador y primogénito de toda la creación. Para dejar clara la verdad del Evangelio, Pablo recoge y adapta un himno litúrgico de las comunidades cristianas de entonces, y presenta en toda su grandiosidad a la persona de Cristo, Creador y Salvador, centro y clave del universo y de la historia humana. Aunque el punto de partida de toda la predicación del Apóstol es el «acontecimiento histórico salvador» de Cristo –su muerte y resurrección–, este acontecimiento no ha sido una decisión sobre la marcha, como si a Dios se le estuviera escapando el mundo de las manos a causa del pecado y hubiera tenido que recurrir al envío de su Hijo para arreglar las cosas, como un recurso improvisado de última hora.

Para el Apóstol, como para todo el pensamiento religioso bíblico, creación y salvación son inseparables. Y así, Pablo contempla a Cristo, muerto y resucitado, al principio de todo, como el verdadero protagonista del acto creador de Dios: «todo fue creado por él y para él» (17), como la verdadera «imagen del Dios invisible, primogénito de toda la creación» (15). Si todos los hombres y mujeres hemos sido creados a imagen del «Dios vivo» (cfr. Gn 1,27), es la imagen de su Hijo, el vencedor de la muerte, la que preside y abarca en su abrazo a toda la humanidad y a toda la creación salidas de las manos amorosas del Creador.

Hasta qué punto se comprometió el Hijo de Dios con sus criaturas lo expresa con el máximo realismo posible: «la sangre de la cruz» (20), resumen de toda la vida de Jesús, entregada para el perdón de nuestros pecados y que culminó en su muerte y resurrección. Y así, su acción de creador es también acción de salvador, para «reconciliar consigo todo lo que existe, restableciendo la paz... entre las criaturas de la tierra como en las del cielo» (20).

Este señorío absoluto de Cristo lo centra ahora en la comunidad cristiana, de la que dice que «Él es la cabeza del cuerpo… de la Iglesia» (18), pues a través de ella, prolongación de su cuerpo ofrecido, anuncia y proclama al universo entero la salvación y la reconciliación.

Es aquí donde radica la vocación misionera de todos los bautizados, que hace de la Iglesia el sacramento de la salvación universal. Pablo termina afirmando que todo este despliegue del poder creador, salvador, reconciliador y pacificador de Cristo ha sido posible porque «en él decidió Dios que residiera la plenitud» (19); dicho de otra manera: porque Cristo es Dios. Lo volverá a repetir más adelante: «en él reside corporalmente la plenitud de la divinidad» (2,9).

A continuación, dirigiéndose a los cristianos de Colosas, Pablo comienza a sacar las consecuencias de lo expuesto. Les ha dicho ya claramente que, aparte de Cristo, no existe otro mediador de la salvación universal, rechazando así, aunque no las mencione, algunas de las doctrinas falsas que se habían infiltrado en la comunidad y que atribuían un protagonismo salvador a otras «potestades, señoríos o espíritus» a los que antes se refirió como simples criaturas salidas del poder creador de Dios (16).

Este rechazo del Apóstol va dirigido también contra los que hoy día, en un intento de «diálogo» con las otras religiones de la tierra, atribuyen a sus «fundadores» o a sus «doctrinas» una mediación salvadora paralela a la única mediación de Cristo. Es pues, por

cieron por la Buena Noticia, proclamada a
todas las criaturas que están bajo el cielo
y de la cual, yo, Pablo, fui constituido mi-
nistro.

Ministerio de Pablo

24 Ahora me alegro de sufrir por ustedes,
porque de esta manera voy completando
en mi propio cuerpo, lo que falta a los su-
frimientos de Cristo para bien de su cuerpo
que es la Iglesia. 25 Por disposición de Dios
he sido nombrado ministro de ella al servi-
cio de ustedes, para dar cumplimiento al
proyecto de Dios: 26 al misterio escondido
por siglos y generaciones y ahora revelado
a sus consagrados.
27 A ellos quiso Dios dar a conocer la es-
pléndida riqueza que significa ese secreto
para los paganos: Cristo para ustedes, es-
peranza de gloria. 28 Nosotros le anuncia-
mos, aconsejando y enseñando a cada uno
la verdadera sabiduría, a fin de que todos
alcancen su madurez en Cristo. 29 Por esta
razón trabajo y peleo, con la energía suya
que actúa eficazmente en mí.

2 1 Quiero que sepan lo que tuve que lu-
char por ustedes, por los de Laodicea
y por tantos que no me conocen personal-
mente, 2 para que se sientan animados y
unidos en el amor; para que se colmen de
toda clase de riquezas de conocimiento y
así comprendan el secreto de Dios, que es
Cristo. 3 En él se encierran todos los tesoros
del saber y el conocimiento. 4 Lo digo para
que nadie los engañe con argumentos se-
ductores. 5 Porque, si con el cuerpo estoy
ausente, en espíritu estoy con ustedes, con-
tento de verlos formados y firmes en su fe
en Cristo.

Vida cristiana

6 Así, ya que han aceptado a Cristo Je-
sús como Señor, vivan unidos con él, 7 en-
raizados y cimentados en él, apoyados en
la fe que les enseñaron, y dando siempre
gracias a Dios.
8 ¡Tengan cuidado! No se dejen arrastrar
por quienes los quieren engañar con teorías
y argumentos falsos, ellos se apoyan en
tradiciones humanas y en los poderes que

---

medio de su cuerpo carnal entregado a la muerte (22) por la que los colosenses han sido reconciliados con Dios y llamados a una vida intachable. Ahora les toca mantenerse en ella porque ha comenzado la era de la «esperanza», fundada en la promesa del Evangelio. Es la paradoja de estar «cimentados y asentados» en un movimiento hacia el futuro que hace de la Iglesia un «pueblo de peregrinos», la expresión que mejor define su identidad.

1,24–2,5 Ministerio de Pablo. Esta salvación ofrecida a todos y que ya experimentan los colosenses, antes paganos y ahora reconciliados por la sangre de Cristo, es el gran «misterio escondido por siglos y generaciones y ahora revelado a sus consagrados» (1,26). Dios había prometido formalmente un Mesías para los judíos y ellos lo esperaban para sí. Pero, en el proyecto de Dios, el Mesías estaba destinado también para los paganos, es decir, para todos los hombres y las mujeres del mundo, sin distinción de religión, raza o nación. Ahora, Pablo ha sido el confidente a quien se ha comunicado el secreto, y a él le toca anunciarlo y proclamarlo, que no es otro sino «la espléndida riqueza... Cristo... esperanza de gloria» (1,27). En esto consiste su ministerio y el servicio de su misión apostólica. Y para que este proyecto de Dios se vaya cumpliendo, el Apóstol enseña, amonesta, trabaja y lucha con la energía y la eficacia que le da el poder de la Palabra de Dios que anuncia. La revelación de la que es portador no es simple información, sino la riqueza, que se regala y reparte, de la participación en la gloria de Dios.

Este trabajo misionero está marcado, sobre todo, por el sufrimiento, como corresponde a un apóstol que sigue las huellas del Crucificado. A este padecer por el Evangelio se refiere Pablo con una de esas frases geniales y paradójicas, en la que expresa su alegría al poder completar «lo que falta a los sufrimientos de Cristo para bien de su cuerpo que es la Iglesia» (1,24). No nos quiere decir que la acción salvadora de Cristo, su muerte y resurrección, haya sido insuficiente, necesitando así del aporte de nuestro sufrimiento, sino que, contemplando la íntima comunión que existe entre Cristo y el cristiano, ve en su propio padecer la continuación del padecimiento salvador de su Señor.

Pablo considera siempre sus penalidades misioneras como la máxima garantía de la veracidad del Evangelio que anuncia (cfr. 2 Cor 1,5; 4,8-15; 11,23-29) y como motivo de consuelo y ánimo para sus evangelizados.

Con esta intención les recuerda, ahora, lo que tuvo que luchar por ellos (2,1) y por todas sus comunidades cristianas, aunque no conozca a todas personalmente, para transmitirles el «secreto de Dios, que es Cristo» (2,2) y que encierra «todos los tesoros del saber y el conocimiento» (2,3).

2,6-19 Vida cristiana. Es justamente este conocimiento de Cristo, a quien habían recibido ya «como Señor» (6), el que está ahora amenazado por las ideologías sincretistas que se habían introducido en la comunidad.

Pablo se enfrenta con el problema exhortándoles en primer lugar a que lleven una vida de acuerdo con

dominan este mundo, y no en Cristo. 9 En él
reside corporalmente la plenitud de la divi-
nidad, 10 y de él reciben ustedes su pleni-
tud. Él es la cabeza de todo mando y
potestad. 11 Por él han sido circuncidados:
no con la circuncisión que practican los
hombres, descubriendo la carne del cuer-
po, sino con la circuncisión de Cristo,
12 que consiste en ser sepultados con él en
el bautismo y en resucitar con él por la fe
en el poder de Dios, que lo resucitó a él de
la muerte.

13 Ustedes estaban muertos por sus pe-
cados y la incircuncisión carnal; pero Cris-
to los hizo revivir con él, perdonándoles
todos los pecados. 14 Canceló el documen-
to de nuestra deuda con sus cláusulas ad-
versas a nosotros, y lo quitó de en medio
clavándolo consigo en la cruz. 15 Despojó a
los principados y potestades y los humilló,
haciéndolos desfilar públicamente como
prisioneros en su marcha triunfal.

16 Por tanto, que nadie los juzgue por
asuntos de comida o bebida, o por no res-
petar fiestas, lunas nuevas o el día sábado.
17 Todo eso es sombra de lo venidero; la
realidad es la persona de Cristo.

18 No dejen que los condenen esos que
se hacen pasar por muy humildes y que
dan culto a los ángeles, que pretenden te-
ner visiones, y que se hinchan de orgullo a
causa de sus pensamientos humanos; 19 en
vez de unirse a la cabeza, de la cual todo el
cuerpo, a través de articulaciones y liga-
mentos, recibe sustento y cohesión y crece
conforme al plan de Dios.

Nueva vida con Cristo

20 Si con Cristo han muerto a los pode-
res del mundo, ¿por qué se someten a los
dictados de los que viven en el mundo?
21 No toques eso, no pruebes aquello, no lo
tomes con tus manos 22 –cosas destinadas
a gastarse con el uso–, no son más que
preceptos y enseñanzas humanas. 23 Estas
doctrinas tienen apariencia de sabiduría,
por su religiosidad afectada, su mortifica-
ción y su desprecio del cuerpo; pero no sir-
ven sino para satisfacer la sensualidad.

3 1 Por tanto, si han resucitado con Cris-
to, busquen los bienes del cielo, don-
de Cristo está sentado a la derecha de Dios,
2 piensen en las cosas del cielo, no en las de
la tierra. 3 Porque ustedes están muertos y
su vida está escondida con Cristo en Dios.
4 Cuando se manifieste Cristo, que es vida
de ustedes, entonces también ustedes apa-
recerán con él, llenos de gloria.

---

las enseñanzas de la fe que han recibido. Después, con un vigoroso toque de atención, les pone en guardia contra las falsas especulaciones y engaños de tradiciones humanas (8). No conocemos el contenido de las especulaciones y prácticas aludidas, pues lo que expone no coincide con la doctrina de los judaizantes ni con alguna escuela filosófica conocida. Es probable que se tratase de creencias en fuerzas cósmicas o angélicas, influencias de los astros o en poderes secretos de la mente humana que ofrecían caminos alternativos de liberación y salvación.

Un contexto sincretista parecido al que vivían los colosenses lo estamos experimentando en nuestra sociedad con la progresiva difusión de la llamada «New Age» –Nueva Era–. Hoy, como entonces, se han puesto de moda creencias esotéricas como la reencarnación, la meditación trascendental, las cartas astrales, las prácticas adivinatorias y un sin número de productos de mercadería seudo-religiosa que ofrecen salvaciones a gusto del consumidor.

El rechazo del Apóstol es total; vuelve a repetir lo que ya afirmó al comienzo de la carta: Cristo está por encima de todo, «es la cabeza de todo mando y potestad» (10). Él es la divinidad encarnada y «de él reciben ustedes su plenitud» (10). Seguidamente, les expone con una serie de imágenes hasta qué punto los creyentes encuentran en Cristo la plenitud y el sentido presente y futuro de su vidas: circuncidados en Cristo (11; cfr. Rom 2,29); sepultados por el bautismo en su muerte y resurrección (12; cfr. Rom 6,1-11); muertos por el pecado pero vivificados por el perdón (13); cancelado el documento de nuestra deuda clavado ya en la cruz (14).

En cuanto a las «fuerzas del mal» que ejercen su poder a través del pecado de los hombres y las mujeres, Pablo las contempla en la grandiosa visión de la marcha triunfal de Cristo, el vencedor –al estilo del triunfo de los emperadores romanos–, con su séquito de prisioneros subyugados (15; cfr. 2 Cor 2,14; 1 Pe 3,22).

Finalmente, arremete con energía contra los que practican mortificaciones y rituales esotéricos que satisfacen engañosamente la mente, y que la hinchan sin llenar. Esta hinchazón mental y vana se opone al crecimiento del cuerpo –la comunidad cristiana–, a través de cuya cabeza, que es Cristo (cfr. Ef 4,15s), «recibe sustento y cohesión» (19).

2,20–3,4 Nueva vida con Cristo. Estamos ante una de las más bellas descripciones de la vida cristiana que encontramos en la literatura paulina, en la que nos va a decir en qué consiste «el sustento y la cohesión» que

La praxis cristiana

5 Por tanto hagan morir en ustedes todo
lo terrenal: la inmoralidad sexual, la impu-
reza, la pasión desordenada, los malos de-
seos y la avaricia, que es una especie de
idolatría. 6 Por todo eso sobrevino la ira de
Dios [a los rebeldes]. 7 Así se comportaban
también ustedes en otro tiempo, viviendo
desordenadamente. 8 Pero ahora dejen todo
eso: el enojo, la pasión, la maldad, los insul-
tos y las palabras indecentes. 9 No se mien-
tan unos a otros, porque ustedes se despo-
jaron del hombre viejo y de sus obras
10 para revestirse del hombre nuevo, que
por el conocimiento se va renovando a ima-
gen de su Creador. 11 Por eso ya no tiene
importancia ser griego o judío, circunciso o
incircunciso, bárbaro o escita, esclavo o li-
bre, sino que Cristo lo es todo para todos.

12 Por tanto, como elegidos de Dios,
consagrados y amados, revístanse de senti-
mientos de profunda compasión, de ama-
bilidad, de humildad, de mansedumbre, de
paciencia; 13 sopórtense mutuamente; per-
dónense si alguien tiene queja de otro; el
Señor los ha perdonado, hagan ustedes lo
mismo. 14 Y por encima de todo el amor,
que es el broche de la perfección. 15 Y que
la paz de Cristo dirija sus corazones, esa
paz a la que han sido llamados para formar
un cuerpo. Finalmente sean agradecidos.

16 La Palabra de Cristo habite en ustedes
con toda su riqueza; instrúyanse y anímen-
se unos a otros con toda sabiduría.

Con corazón agradecido canten a Dios
salmos, himnos y cantos inspirados.

17 Todo lo que hagan o digan, háganlo
invocando al Señor Jesús, dando gracias a
Dios Padre por medio de él.

Deberes familiares y sociales

18 Esposas, hagan caso a sus maridos,
como pide el Señor. 19 Maridos, amen a sus
esposas y no las traten con aspereza. 20 Hi-
jos, obedezcan a sus padres en todo, como
le agrada al Señor. 21 Padres, no hagan eno-
jar a sus hijos, para que no se desanimen.

---

vienen de Cristo, cabeza de la Iglesia. Primero, sin embargo, vuelve de nuevo sobre el tema que tenía fascinados a los creyentes de Colosas, es decir, a la amalgama de ridículas prácticas ascéticas, prohibiciones culinarias, ritos y creencias esotéricas a las que llama «preceptos y enseñanzas humanas» (2,22) y que se presentaban como salvaciones paralelas. La amonestación no puede ser más realista: nada de «no toques eso, no pruebes aquello, no lo toques con tus manos» (2,21), pues de todo ello ha sido ya liberado el creyente al recibir el bautismo, que ha significado una ruptura total, una muerte «a los poderes del mundo» (2,20), frase con la que el Apóstol resume semejante insensatez.

A continuación, viene a decirnos que si por el bautismo el cristiano ha muerto con Cristo, ha sido para resucitar con Él a una nueva realidad que hay que comenzar a vivirla ya, aquí y ahora, en nuestro diario caminar hacia la meta de su manifestación plena, cuando «ustedes aparecerán con él, llenos de gloria» (3,4). El haber ya muerto y resucitado con Cristo debe convertir al creyente en una persona con los pies bien plantados en la sociedad para transformarla con su compromiso y testimonio. Dicho de otra manera: es la tarea de hacer «presente» en este mundo el «futuro de la nueva humanidad» a la que Dios nos ha destinado en Cristo.

Esto es posible porque el Señor, muerto y resucitado, ha roto ya las limitaciones del espacio y del tiempo, y es el mismo que nos espera glorioso, «allá arriba», «sentado a la derecha de Dios» (3,1), de igual manera que es el mismo que nos acompaña «aquí abajo», oculto y siendo «vida de nuestra vida», mientras caminamos a su encuentro en nuestra terrena peregrinación: «su vida está escondida con Cristo en Dios» (3,3). Por eso, Pablo invita a los colosenses a que «busquen los bienes del cielo» (3,1)... «piensen en las cosas del cielo» (3,2), pero no para escaparse de las tareas de «aquí abajo», sino para que lo que aspiran y buscan se vaya haciendo realidad en un comportamiento verdaderamente cristiano.

3,5-17 La praxis cristiana. Un comportamiento verdaderamente cristiano es el resultado de una transformación radical (cfr. Ef 4,24) que afecta al creyente en su dimensión individual y social; equivale a despojarse de lo caduco y revestirse de una nueva manera de ser y de estar en el mundo. Este constante despojarse exige seriedad y compromiso, actitud a la que Pablo alude con la expresión «hagan morir en ustedes todo lo terrenal» (5), como si fueran esas partes corrompidas de nosotros mismos de las que hay que desprenderse, y que son, en primer lugar, la lujuria y la avaricia.

La idolatría del sexo y la idolatría del dinero, «los dioses» principales de la sociedad corrupta de entonces –y de la de hoy–, van siempre juntas en la lista de vicios que fustiga el Apóstol.

A continuación, arremete contra los pecados que destruyen la armonía de las relaciones mutuas: «el enojo, la pasión, la maldad... la mentira» (8s). Todo eso pertenece a la vieja condición, al hombre viejo (cfr. Rom 6,6).

Por el contrario, revestirse de la nueva condición, que es lo mismo que revestirse de Cristo (cfr. Rom

[22] Esclavos, obedezcan en todo a sus amos de la tierra, no con obediencia fingida o tratando de agradar, sino con sencillez de corazón y por respeto al Señor. [23] Lo que tengan que hacer háganlo de corazón, como sirviendo al Señor y no a hombres; [24] convencidos de que el Señor los recompensará dándoles la herencia prometida. Es a Cristo a quien sirven.

[25] Quien cometa injusticia lo pagará, porque Dios no hace diferencia entre las personas.

4 [1] Amos, traten a sus esclavos con justicia y equidad, sabiendo que también ustedes tienen un Señor en el cielo.

Epílogo y recopilación

[2] Perseveren en la oración, velando en ella y dando gracias. [3] Recen también por mí, para que Dios abra la puerta a la Buena Noticia y me permita exponer el misterio de Cristo, por el que estoy encarcelado. [4] Recen para que logre explicarlo como es debido. [5] Traten a los de fuera con sensatez, aprovechando la ocasión. [6] Que sus conversaciones sean siempre agradables y de buen gusto, sabiendo responder a cada uno como conviene.

Saludos finales

[7] Tíquico, nuestro querido hermano, fiel ministro y compañero de servicio del Se-

---

13,12.14; Gál 3,27), significa, en primer lugar, entrar en el dinamismo de una nueva creación en la que hombres y mujeres se van renovando «a imagen de su Creador» (10). Pablo se hace eco aquí de la tradición bíblica que veía en los nuevos tiempos –los tiempos escatológicos– un retorno a la paz y armonía del paraíso (cfr. Is 11,6-9). Y si ser «imagen de Dios» es lo que confiere la verdadera dignidad a todos y cada uno de los seres humanos, consecuentemente todas las barreras que dividen y discriminan deben desaparecer: ya «no tiene importancia ser griego o judío, circunciso o incircunciso, bárbaro o escita, esclavo o libre, sino que Cristo lo es todo para todos» (11).

Esta «verdadera revolución del mensaje evangélico» no es para el Apóstol un mero sueño utópico, sino que ya se está llevando a cabo gracias a una fuerza infinitamente más poderosa que todo el poder desencadenado por todas las revoluciones políticas, sociales o ideológicas que han agitado nuestro mundo dejándolo, la mayoría de las veces, peor de lo que estaba. Esta fuerza es el amor: «por encima de todo el amor, que es el broche de la perfección» (14), que penetra en el corazón del creyente por medio de la «Palabra de Cristo… con toda su riqueza» (16), a la que se refiere Juan en su evangelio con expresiones como: «en ella estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres... luz verdadera que ilumina a todo hombre» (Jn 1,4.9). Es la vida que ve Pablo en «la compasión entrañable... la mansedumbre... la paciencia» (12s) y en toda esa serie de comportamientos cristianos que recomienda a los colosenses y que dan como resultado una comunidad unida en la acción de gracias de la oración litúrgica, en la responsabilidad, el perdón y la ayuda mutua.

3,18–4,1 Deberes familiares y sociales. Estas recomendaciones familiares aparecen en muchos escritos epistolares del Nuevo Testamento, como si constituyeran un «género literario» de rigor con que cerrar las cartas (cfr. Ef 5,22–6,9; 1 Pe 2,13–3,12; 1 Tim 2,8-15; 5,3-8; Tit 2,1-10). Puede que su finalidad sea apologética, es decir, tranquilizar a los paganos que sospechaban que el cristianismo había venido a desestabilizar la armonía de las relaciones entre esposas y maridos, hijos y padres, amos y esclavos, quienes componían la «casa doméstica» o célula familiar de entonces. Son evidentemente relaciones marcadas por el «sometimiento» de las mujeres a los maridos, de los esclavos a los amos, etc., y que hoy están totalmente fuera de lugar.

Los consejos de Pablo son ambivalentes. Por una parte, es hijo de la cultura y de los prejuicios patriarcales y machistas de su tiempo, lo mismo que de la institución de la esclavitud, pero por otra, señala claramente el criterio que debe presidir todo tipo de relación doméstica: «como le agrada al Señor» (3,20), «como sirviendo al Señor» (3,23), «es a Cristo a quien sirven» (3,24), «también ustedes tienen un Señor en el cielo» (4,1). Éste es el verdadero mensaje del Apóstol que irá poco a poco destruyendo toda desigualdad y sometimiento, tanto doméstico como social, más allá de lo que él imaginaba o nosotros mismos podemos imaginar.

4,2-6 Epílogo y recopilación. Pablo, en su última exhortación práctica, señala dos temas que han venido apareciendo a lo largo de la carta y que considera los más importantes. Primero, «la perseverancia y la vigilancia», actitudes fundamentales del cristiano que sólo se consiguen con la oración constante (cfr. Rom 13,12; 1 Tes 5,6; 1 Cor 16,13; Mt 24,42; Mc 13,33-37; Lc 21,36). Y segundo, la predicación y el anuncio del «misterio de Cristo» (3) que debe ser el compromiso misionero de todos los creyentes. El Apóstol, encarcelado ahora a causa precisamente de este anuncio, pide oraciones para que logre explicarlo como es debido (3). En cuanto a los colosenses, les anima a no desaprovechar ninguna ocasión para transmitir el mensaje, pero con sensatez y «con buen gusto» (6), para que se adapte, penetre y haga vibrar «a cada uno como conviene» (6). He aquí la bella lección de inculturación del Evangelio con que cierra el Apóstol su carta. Un anuncio abstracto y aburrido no conmueve a nadie.

ñor, les informará de todo lo mío; 8 para eso
se lo envío, para que tengan noticias mías
y para que les dé ánimos. 9 Lo acompaña
Onésimo, nuestro fiel y querido hermano
que es uno de ustedes. Ellos les contarán
todo lo que pasa por aquí.

10 Los saluda Aristarco, compañero mío
de prisión, y Marcos, primo de Bernabé
–acerca de él ya recibieron instrucciones:
recíbanlo si va por allá–; 11 también los sa-
luda Jesús al que llaman el Justo. De los
judíos conversos solamente ellos han traba-
jado conmigo por el reino de Dios y me han
servido de alivio. 12 Los saluda Epafras,
también de esa comunidad, siervo de Cris-
to [Jesús], que en sus oraciones ruega
siempre por ustedes para que sean decidi-
dos y perfectos en cumplir la voluntad de
Dios. 13 Yo soy testigo de lo mucho que se
preocupa por ustedes y por los de Laodicea
y Hierápolis.

14 Los saludan Lucas, el médico querido,
y Dimas. 15 Saluden a los hermanos de
Laodicea, a Ninfa y a la comunidad que se
reúne en su casa. 16 Una vez que hayan le-
ído esta carta, hagan que la lean en la co-
munidad de Laodicea, y ustedes, a su vez
lean la carta que ellos recibieron. 17 A Ar-
quipo díganle que procure cumplir con el
ministerio que recibió del Señor.

18 La firma es de mi puño y letra: *Pablo*.
Acuérdense de que estoy preso. La gracia
esté con ustedes.



4,7-18 Saludos finales. La lista de colaboradores y compañeros, hombres y mujeres, es larga y detallada. Para todos tiene Pablo un recuerdo y una palabra de cariño, de alabanza y de aliento. Hay algo entrañable que los une a todos y los fundamenta en una amistad indestructible: la misión compartida de anunciar el Misterio de Cristo que llevó a cada uno, por diversos caminos, a dar testimonio del Señor, muchos de ellos con su sangre. Y por último, de nuevo la comunión en una misma Palabra de Dios: «Una vez que hayan leído esta carta, hagan que la lean en la comunidad de Laodicea, y ustedes, a su vez lean la carta que ellos recibieron» (16).



PRIMERA CARTA A LOS TESALONICENSES

Tesalónica. Tesalónica, la actual Salónica –Grecia– era la capital de la provincia romana de Macedonia desde el año 146 a.C., y en la ordenación jurídica del imperio, ciudad libre desde el 44 a.C. Ciudad portuaria, comercial, reina del Egeo, próxima a la vía Ignacia que unía el sur de Italia con Asia. Ciudad cosmopolita, próspera y, como tantas ciudades importantes, ofrecida al sincretismo religioso: cultos orientales, egipcios, griegos y también el culto imperial.

Circunstancias de las cartas. Sus circunstancias se pueden reconstruir combinando la relación, bastante esquematizada de Hch 17s con datos directos o implícitos de las mismas cartas. Expulsado de Filipos, Pablo se dirigió a Tesalónica donde fundó una comunidad. Huido pronto de allí, pasó a Berea hasta donde lo persiguieron, y marchó a Atenas. Fraca-

sado en la Capital cultural, se asentó con relativa estabilidad en Corinto. Le asaltó el recuerdo de los tesalonicenses y la preocupación por aquella comunidad joven y amenazada. Les envió a su fiel colaborador Timoteo para que los alentara y volviera con noticias. Timoteo trajo muy buenas noticias y también un problema teológico.

El problema teológico. Éste versa sobre la parusía o venida/retorno del Señor. El término griego «parousia» designaba la visita que el emperador o legado hacía a una provincia o ciudad de su reino. Llegaba acompañado de su séquito, desplegando su magnificencia, y era recibido por las autoridades y el pueblo con festejos y solemnidades.

Esta actividad imperial, muy conocida en la antigüedad, sirve para traducir a la lengua y cultura griegas el tema bíblico de la «venida del Señor» para juzgar o gobernar el mundo (cfr. Sal 96 y 98; Is 62,10s y otros muchos textos). Donde el Antiguo Testamento dice Dios = Yahvé, Pablo pone *Kyrios* (Señor Jesús): el que vino por medio de la encarnación, volverá en la parusía. Su séquito serán ángeles y santos; su magnificencia, la gloria del Padre; su función, juzgar y regir. Al encuentro le saldrán los suyos, para quienes su retorno será un día de gozo y de triunfo.

¿Cuándo sucederá eso? ¿Cuándo llegará ese día feliz? Aquí entra otro tema teológico importante del Antiguo Testamento: «el día del Señor». Puede ser cualquier día a lo largo de la historia humana en que Dios interviene de modo especial, juzgando o liberando. Será por antonomasia «aquel día» en que el Señor establezca definitivamente su reinado sobre el mundo. También se usan fórmulas como «vendrán días» o «al final de los días».

Pero, ¿cuándo? ¿En qué fecha se cumplirá? Imposible saberlo. Está próximo y será repentino, dice la Primera Carta a los Tesalonicenses (4,16; 5,1-6). Se difiere y se anunciará con signos previos, dice la Segunda Carta. ¿Qué ha provocado el cambio? Algunos piensan que ha evolucionado el pensamiento de Pablo; otros sostienen que son dos aspectos complementarios de una misma realidad. La primera visión transforma la esperanza en expectación, manteniendo tensa la vida cristiana; la segunda, traduce la expectación en esperanza serena y perseverancia. Nunca da cabida el Nuevo Testamento a una especulación sobre fechas precisas.

¿Quiénes saldrán a recibir al Señor? Queda pendiente el problema si miramos a los que saldrán a recibir al Señor: ¿Sólo aquellos a los que la «venida» los encuentre aún vivos?, ¿no participarán los muertos en el acontecimiento? La preocupación delata la solidaridad con los hermanos difuntos y una concepción bastante burda. Pablo responde que para ellos habrá resurrección y serán arrebatados al encuentro del Señor (4,16s).

Primera carta. Se trata del primer escrito del Nuevo Testamento, compuesto en el año 51, en Corinto. Nos deja entrever lo que era una Iglesia joven y ferviente, firme en medio de los sufrimientos. Nos informa sobre las creencias de los cristianos, unos 20 años después de la Ascensión, entre ellas: la Trinidad; Dios como Padre; la misión de Jesús, Mesías; su muerte y resurrección y su futuro retorno; las tres virtudes, fe, esperanza y caridad.



Segunda carta. Sucedió que algunos fieles sacaron consecuencias abusivas de la recomendada expectación: no valía la pena trabajar ni ocuparse de los asuntos de la vida terrena. Estemos quietos y a la espera. Pablo escribe una segunda Carta poco tiempo después y también desde Corinto, puntualizando su doctrina sobre la parusía y haciendo una lectura teológica de la historia. Llegará por etapas: ahora ya está actuando el rival, Satanás, provocando persecuciones y difundiendo impiedad; llegarán después el Anticristo y una apostasía; finalmente, sucederá la venida triunfal de Jesucristo. Por tanto, el cristiano debe trabajar y esperar.

Saludo

1 [1] Pablo, Silvano y Timoteo a la Iglesia
de Tesalónica, en Dios Padre y en el
Señor Jesucristo: Gracia y paz a ustedes.

Acción de gracias

2 Siempre damos gracias a Dios por to-
dos ustedes, teniéndolos presentes en
nuestras oraciones, 3 recordando su fe acti-
va, su amor entrañable y su esperanza per-
severante en nuestro Señor Jesucristo ante
Dios nuestro Padre.
4 Nos consta, hermanos queridos de
Dios, que ustedes han sido elegidos; 5 por-
que, cuando les anunciamos la Buena No-
ticia, no fue sólo con palabras, sino con la
eficacia del Espíritu Santo y con fruto abun-
dante. Ya saben cómo procedimos cuando
estuvimos allí al servicio de ustedes. 6 Y us-
tedes, por su parte, siguieron nuestro ejem-
plo y el del Señor, recibiendo el mensaje
con el gozo del Espíritu Santo en medio de
graves dificultades; 7 hasta el punto de con-
vertirse en modelo de todos los creyentes
de Macedonia y Acaya.
8 A partir de ustedes la Palabra del Se-
ñor, no sólo se difundió en Macedonia y
Acaya, sino que a todas partes llegó la
fama de su fe en Dios, de manera que no es
necesario hablar de esto. 9 Ellos mismos,
cuentan cómo ustedes me han recibido y
cómo, dejando los ídolos, se convirtieron a

1,1 Saludo. Siendo ésta la primera carta salida de la pluma de Pablo y probablemente el documento cristiano más antiguo, escrito hacia el año 51, merece la pena detenerse en el saludo. El Apóstol, siguiendo las reglas de cortesía del género epistolar de su tiempo, inicia la introducción de su carta con la mención del remitente y de los destinatarios, terminando con una expresión de buenos augurios. Pablo dará siempre un contenido cristiano a este esquema tradicional.

Aunque figuran tres remitentes: Pablo, Silvano y Timoteo, uno solo es el autor, Pablo, quien se presenta sin mencionar su título de apóstol, mención que se hará necesaria en casi todas sus cartas posteriores. Los destinatarios son «la Iglesia de Tesalónica» (1). La palabra «Iglesia» no es tan inocente como parece. Para la mayoría de los cristianos de hoy quizás ha perdido toda la fuerza innovadora y subversiva que contiene. No era así para las primeras comunidades de creyentes. En el contexto civil de la época, «Iglesia» –«ekklesía», en griego– designaba a la «asamblea de dirigentes» que encarnaba el ideal democrático de participación ciudadana que había dado origen a la ciudad griega –«polis»–. En tiempos del Apóstol, sin embargo, estas «asambleas ciudadanas» estaban sometidas a la autoridad suprema del emperador y, como tales, controladas y manipuladas para perpetuar los planes de dominio político, económico y social del imperio romano.

Pablo llama «Iglesia» a la comunidad cristiana de Tesalónica, pero con un cambio total de sentido, en contraste y oposición con la sociedad o «ekklesía» civil de su tiempo, detentora, la mayoría de las veces, de un poder opresor. La comunidad cristiana o Iglesia apunta a una sociedad alternativa, radicalmente distinta. La clave está en la «autoridad» de quienes la convocan y sostienen, que le dan nueva identidad y a quienes debe obediencia: Dios Padre y el Señor Jesucristo. En la mente de Pablo, la «Iglesia» es también la heredera de la «Asamblea de Dios» («qahal», en hebreo), título con que se designaba al pueblo de Israel, elegido y convocado por Dios.

Ambas resonancias, griega y hebrea, siguen en los buenos deseos iniciales de la carta. «Gracia» es saludo griego, en clave cristiana es el favor de Dios otorgado ahora por medio de su Hijo. «Paz» es saludo hebreo. El contexto cristiano enriquece el contenido de la palabra, dándole también un sentido de «paz alternativa» a la «paz romana», que era la ideología política de la época: «les doy mi paz, y no la doy como la da el mundo» (Jn 14,27).

1,2-10 Acción de gracias. El recuerdo de sus comunidades va siempre unido en Pablo a la oración y a la acción de gracias por ellas. El Apóstol expresa esta «acción de gracias» (2) con el mismo término con que se designa a la celebración donde la presencia del Señor resucitado convoca y transforma a los creyentes en una comunidad de hermanos y hermanas: eucaristía. De ahí que la fe, la esperanza y la caridad de los tesalonicenses que recuerda y menciona el Apóstol tengan esta dimensión fraterna: una fe activa que se traduce en obras (cfr. Gál 5,6); un amor solidario que implica esfuerzo; una esperanza que es paciente y firme. Encontramos, pues, reunidas por primera vez las tres virtudes teologales «fe, esperanza y amor», y volverán a mostrarse unidas en 1 Cor 13,13; Rom 5,2-5; Gál 5,5s; Col 1,4s; Heb 6,10-12; 1 Pe 1,21s. Para Pablo no pueden separarse y funcionar aisladamente, puesto que la una implica a las otras y las tres juntas definen la vivencia total del compromiso cristiano. Esta nueva vida de la Iglesia de los tesalonicenses ha sido posible porque el Evangelio que Pablo les predicó no fue simple palabra humana, sino que iba cargada con la energía y eficacia del Espíritu Santo, y por tanto, fue fecunda y produjo fruto (cfr. Is 55,10s; 1 Cor 2,4).

El «fruto evangélico» que les recuerda el Apóstol es la acogida gozosa de su predicación y de su testimo-

Dios para servir al Dios vivo y verdadero,
10 y esperar la venida desde el cielo de su
Hijo, al que resucitó de la muerte: Jesús,
que nos libra de la condena futura.

Ministerio de Pablo en Tesalónica

2 1 Ustedes saben, hermanos, que
nuestra visita no fue inútil. 2 Después
de sufrir malos tratos en Filipos, como ya
saben, nuestro Dios nos dio valentía para
anunciarles la Buena Noticia de Dios en
medio de una fuerte oposición. 3 Es que
nuestra predicación no se inspira en el en-
gaño, ni en motivos sucios, ni usa el fraude;
4 sino que, Dios nos encontró dignos de
confiarnos la Buena Noticia y nosotros la
predicamos, buscando agradar no a hom-
bres, sino a Dios, que examina nuestros co-
razones.

5 Ustedes saben, y Dios es testigo de
ello, que nunca los halagamos con palabras
bonitas, ni usamos pretextos para ganar di-
nero; 6 tampoco hemos pretendido honores
humanos, ni de ustedes ni de otros, 7 aun-
que podíamos, como apóstoles de Cristo,
hacer sentir nuestro peso. Al contrario, nos
portamos con ustedes con toda bondad,
como una madre que acaricia a sus criatu-
ras. 8 Sentíamos tanto afecto por ustedes,
que estábamos dispuestos a entregarles no
sólo la Buena Noticia de Dios, sino también
nuestra propia vida: tanto los queríamos.
9 Recuerden, hermanos, nuestro esfuerzo y
fatiga: noche y día trabajamos para no ser-
les una carga mientras les proclamábamos
la Buena Noticia de Dios.

10 Ustedes son testigos y también Dios
del trato santo, justo e irreprochable que
mantuvimos con ustedes, los creyentes;
11 saben que tratamos a cada uno como un
padre a su hijo, 12 exhortándolos, animán-
dolos, exigiéndoles a llevar una vida digna
de Dios, que los llamó a su reino y gloria.

---

nio «en medio de graves dificultades» (6), de manera que al imitar a Pablo en este sufrir con gozo por el Evangelio (cfr. 1 Cor 4,16), los tesalonicenses se convirtieron en imitadores de Jesucristo y «en modelo de todos los creyentes de Macedonia y Acaya» (7). La paradoja del gozo en el sufrimiento está apuntada ya en el Antiguo Testamento (cfr. Sal 4,8) y es tema central del mensaje evangélico (cfr. Lc 6,22s; Hch 5,41). Es un gozo infundido por el Espíritu.

Pablo presenta a continuación, en síntesis apretada, en qué consistió esta primera predicación que fructificó en la conversión de los tesalonicenses, por la que está dando gracias a Dios, a saber: el abandono de los ídolos para adherirse al Dios vivo y entrar así en la esperanza de la venida de su Hijo, Jesús, «que nos libra de la condena futura» (10). Esta esperanza de la venida de Cristo al final de los tiempos será uno de los temas principales de la carta.

2,1-20 Ministerio de Pablo en Tesalónica. Recordando emocionado su actividad misionera entre los tesalonicenses, las palabras de Pablo tienen algo de autodefensa y apología de su ministerio y mucho de manifestación de afecto. Reitera expresiones como «saben, conocen, son testigos», en una especie de amable complicidad: aunque ya lo saben… yo les digo. El conjunto es una especie de autobiografía apostólica, escrita por Pablo en un momento de cierta ansiedad o aprehensión con respecto a la comunidad. En realidad, tuvo que marchar muy pronto de Tesalónica (cfr. Hch 17,1-8), sin haber podido regresar a visitar a sus fieles, y teme que algunos le hayan podido confundir por un charlatán de tantos que abundaban en aquella época. Esta autodefensa, como veremos, resultó innecesaria.

Pablo habla de su vocación de apóstol, confirmada por sus sufrimientos en Filipos (cfr. Hch 16,16-40); describe sus sanas intenciones en la predicación, sobre todo su desinterés –los charlatanes itinerantes de la época lo hacían por dinero–, y también la buena acogida que los tesalonicenses le dispensaron y el éxito de su trabajo misionero entre ellos. Su actitud ha sido de entrega, como de una nodriza, como de un padre, como de alguien dispuesto a dar la vida. En cuanto a su método de predicación, lo suyo ha sido «proponer» más que «imponer». Y algo muy importante, Pablo sabe que el anuncio evangélico tiene que ir respaldado por una vida intachable, y así menciona su trabajo manual para no ser gravoso a sus evangelizados que frecuentemente eran pobres. Quizás se refiera a su oficio de tejedor de tiendas de campaña, tal como nos narra Hch 18,3. En el ambiente griego, el trabajo manual era considerado humillante, cosa de esclavos (cfr. 2 Cor 11,7), pero Pablo está dispuesto a todo por el bien del Evangelio.

Retoma la acción de gracias (1,5s) para exponer en concreto la tribulación sufrida. Pero antes completa y enriquece la doctrina sobre la palabra del Evangelio a que se ha referido antes (1,5). La palabra del predicador del Evangelio es palabra humana, pronunciada por Pablo; pero es también «Palabra de Dios» y, como tal, activa por sí, independiente de cualquier resorte humano de persuasión.

En cuanto a las penalidades sufridas, éstas vinieron de los paganos que ponían trabas e incluso perseguían a sus paisanos conversos. Pero a Pablo parece dolerle más la hostilidad de los judíos (cfr. Sal 55,14s). Las duras expresiones que usa se han de entender a la luz de los acontecimientos narrados en Hch 17 que ocasio-

13 Por eso también nosotros damos siempre
gracias a Dios, porque, cuando escucharon
la Palabra de Dios que les predicamos, la
recibieron, no como palabra humana, sino
como realmente es, Palabra de Dios, que
actúa en ustedes, los creyentes.
14 Ustedes, hermanos, siguieron el ejem-
plo de las Iglesias de Dios fieles a Cristo Je-
sús que están en Judea; porque sufrieron
de parte de sus compatriotas el mismo tra-
to que ellas de parte de los judíos; 15 los
cuales dieron muerte al Señor Jesús, nos
persiguieron a nosotros, no agradan a Dios
y son enemigos de todo el mundo; 16 nos
impiden hablar a los paganos para que se
salven; y así están colmando la medida de
sus pecados. Pero finalmente el castigo de
Dios ha venido sobre ellos.
17 Nosotros, hermanos, separados tem-
poralmente de ustedes, en el cuerpo pero
no en el corazón, sentimos un ardiente de-
seo de volver a verlos.
18 Yo, Pablo, varias veces quise ir a visi-
tarlos, pero me lo impidió Satanás. 19 Por-
que, cuando venga el Señor nuestro, Jesús,
¿quién sino ustedes será nuestra esperanza
y gozo y la corona de la que estemos orgu-
llosos ante él? 20 Ustedes son mi gloria y mi
gozo.

Preocupaciones apostólicas de Pablo

3 1 Por eso, no pudiendo aguantar más,
decidimos quedarnos solos en Atenas
2 y enviarles a Timoteo, hermano nuestro y
ministro de Dios para la Buena Noticia de
Cristo, para que los afirmara en su fe, 3 y
los animara a no flaquear en estas tribula-
ciones; porque ustedes mismos saben que
tenemos que sufrir estas cosas.

4 Así, cuando estábamos entre ustedes,
les advertimos que sufriríamos persecucio-
nes; y así ha sucedido, como ustedes pu-
dieron comprobarlo. 5 Por eso, no pudiendo
aguantar más, envié a pedir informes de la
fe de ustedes, temiendo que el tentador los
hubiera tentado y mi trabajo hubiera resul-
tado estéril.

Buenas noticias de Tesalónica

6 Ahora Timoteo acaba de volver de allí
y nos trae buenas noticias de la fe y el amor
de ustedes, del buen recuerdo que guardan

---

naron su huida precipitada de Tesalónica. Se refiere a aquellos judíos que se resisten a aceptar el Evangelio y luchan contra su difusión. Ellos, a quienes equipara a Satanás, le están impidiendo regresar a la ciudad. Pero aunque esté separado físicamente de los tesalonicenses, los lleva en el corazón y esta comunión mutua se manifestará como su gloria y su corona el día de la venida del Señor.

3,1-5 Preocupaciones apostólicas de Pablo. La ansiedad y preocupación del Apóstol por los tesalonicenses son evidentes en toda la carta. La situación no era para menos, pues desde que puso su pie en Grecia fue constantemente perseguido, lo cual le mantuvo apartado de ellos. En Filipos, las autoridades le invitaron a abandonar la ciudad (cfr. Hch 16,39); tuvo que escaparse de Tesalónica con la ayuda de los hermanos (cfr. Hch 17,10); tuvo que huir también de Berea (cfr. Hch 17,14s) hacia Atenas, donde su predicación no dio los resultados que él probablemente esperaba (cfr. Hch 17,32). Mientras tanto, la pequeña comunidad cristiana de Tesalónica estaba en peligro a causa de la presión y agresividad de sus mismos conciudadanos paganos.

¿Se mantendrían firmes en la fe? ¿Había fracasado toda su misión en Europa?

Solo e impotente en Atenas, Pablo decide enviar a Timoteo a Tesalónica, quizás portando una carta de ánimo. Su fiel colaborador no es conocido en la ciudad, pues no participó en la evangelización de los tesalonicenses, habiéndose quedado en Filipos (cfr. Hch 17,14). Esto hará que pueda pasar desapercibido y no despertar sospechas. Y como los tesalonicenses no conocen a Timoteo, Pablo lo presenta y lo recomienda: es un «hermano nuestro, ministro de Dios para la Buena Noticia de Cristo» (2), capaz de exhortar, animar y consolidar a los hermanos. El Apóstol está aludiendo a la tribulación que le afecta tanto a él como a su comunidad, afirmando que «tienen que sufrir estas cosas» (3), como si les dijera que sólo cargando la cruz pueden ser seguidores del Señor crucificado.

En su iniciación cristiana, los tesalonicenses ya han sido preparados para las tribulaciones, de ahí que la situación presente puede describirse con un lacónico: «y así ha sucedido, como ustedes pudieron comprobarlo» (4b).

3,6-13 Buenas noticias de Tesalónica. El regreso de Timoteo con las buenas noticias que le trae de Tesalónica hace irrumpir a Pablo en una emocionada acción de gracias. Su aprehensión y ansiedad acerca de la fuerza de la fe de los tesalonicenses y de la dudosa opinión que podrían tener de él, su evangelizador, carecían de fundamento. De evangelizador, Pablo pasa a sentirse evangelizado: «nos sentimos revivir por su fidelidad al Señor» (8) y «por el gozo que nos hacen sentir ante nuestro Dios» (9).

Su comunidad, de la que el Apóstol dudaba, es la que da consuelo, nueva vida y gozo a un apóstol que atravesaba un período de soledad y desaliento. El

siempre de nosotros, y de las ganas que
tienen de vernos, tanto como nosotros a us-
tedes.
7 Y así, hermanos, en medio de necesi-
dades y tribulaciones nos consuela la fe de
ustedes, 8 y nos sentimos revivir por su fi-
delidad al Señor. 9 ¿Cómo podremos dar
gracias a Dios por ustedes, por el gozo que
nos hacen sentir ante nuestro Dios? 10 Día y
noche pedimos insistentemente estar allí
presentes para completar lo que todavía
falte en su fe.
11 Que Dios, Padre nuestro, y el Señor
nuestro Jesús nos ayuden para que poda-
mos ir a visitarlos; 12 y a ustedes, el Señor
les conceda crecer cada vez más en el
amor mutuo y universal, como el que noso-
tros tenemos por ustedes; 13 y fortalezca
sus corazones para que puedan presentar-
se santos e inmaculados ante Dios nuestro
Padre, cuando venga nuestro Señor Jesús
con todos sus santos. [Amén.]

Vida cristiana

4 1 Por lo demás, hermanos, les pedi-
mos y rogamos en el nombre del Se-
ñor Jesús que vivan conforme a lo que han
aprendido de nosotros sobre la manera de
comportarse para agradar a Dios. Ustedes
ya viven así, sigan haciendo progresos. 2 Ya
conocen las instrucciones que les dimos en
nombre del Señor Jesús. 3 Esta es la volun-
tad de Dios: que sean santos. Que se abs-
tengan de las inmoralidades sexuales; 4 que
cada uno sepa usar de su cuerpo con res-
peto sagrado, 5 sin dejarse arrastrar por los
malos deseos, como hacen los paganos
que no conocen a Dios. 6 Que en este asun-
to nadie ofenda o perjudique a su hermano,
porque el Señor castiga tales ofensas,

---

amor que le une a los tesalonicenses es al mismo tiempo capaz de comunicarse a todos. Semejante amor, no por interés egoísta, es don de Dios. A este amor universal les exhorta el Apóstol, que no es sino la respuesta cristiana y misionera a aquellos que les causan dolor y tribulación.

Pablo termina esta primera parte de la carta como ha terminado los capítulos precedentes (1,10; 2,19), es decir, abriendo a la comunidad el horizonte último de la historia «cuando venga nuestro Señor Jesús con todos sus santos» (13), cuya esperanza los mantendrá firmes en la tribulación presente.

4,1-12 Vida cristiana. La relación de fraternidad que existe entre los tesalonicenses hace que las exhortaciones con que Pablo se dirige a ellos sean, ante todo, un ruego. Pero este ruego incluye mandatos e instrucciones que, aunque son del Apóstol, «como les recomendamos» (11), no son propias de él, sino dadas «en nombre del Señor Jesús» (2). El fundamento de las instrucciones morales que les va a dar es la voluntad de Dios de que «sean santos» (3), lo cual implica un progreso de trasformación personal y comunitaria, siguiendo el camino de conducta cristiana que «ya conocen» (2).

El Apóstol llama la atención de los tesalonicenses sobre dos conductas viciosas que se deben evitar: el desenfreno sexual –en griego «porneia», de donde viene «pornografía»– y la codicia, vicios que va a fustigar de nuevo en Rom 1,29-31 y en 1 Cor 6,9s. No es que Pablo reduzca toda la moralidad cristiana a la moral sexual, pero sí es cierto que en la sociedad decadente de su tiempo, sobre todo en las ciudades, el desenfreno y la promiscuidad sexual eran la señal más evidente y notoria de una corrupción generalizada. De ahí que la práctica cristiana de una conducta sexual exigente e intachable fuera tan importante como signo de la sociedad alternativa y contracorriente que el Evangelio había inaugurado.

Para Pablo, la vivencia cristiana de la sexualidad tiene un marco, el matrimonio, y un fundamento: el conocimiento de Dios que se traduce en el amor fraterno que confiere una dignidad sagrada a ambos esposos. Y como el cónyuge más necesitado de respeto y dignidad es la mujer, el Apóstol exhorta al esposo a «usar de su cuerpo (esposa) con respeto sagrado» (4). Quizás la frase «usar de su cuerpo» –literalmente, de su «vaso», término eufemístico judío para expresar «cuerpo» o «esposa»– no sea tan afortunada para nuestra sensibilidad de hoy. El Apóstol se expresa según la cultura de su tiempo, lo cual no afecta para nada a su defensa continua de la dignidad de la mujer, que es consecuencia del Evangelio que él anunciaba.

Otro vicio que se debe evitar es la «codicia», que el Apóstol expresa en el versículo 6 con la palabra griega «pragma» y que puede significar, o bien «asunto» –referencia eufemística a «adulterio»–, o «negocio sucio» –explotación económica del prójimo–. Sea cual fuere su significado, tanto la injusticia como el adulterio son una agresión contra la dignidad del hermano o de la hermana, e irán siempre unidas en la condena de Pablo (cfr. 1 Cor 6,9s).

El Apóstol hace todavía dos recomendaciones más, una respecto al amor mutuo y otra a una vida laboriosa y ordenada. Como indica la carta segunda a los tesalonicenses, parece que la expectación de la «venida del Señor» inducía a algunos a despreocuparse de los asuntos de cada día, incluso del trabajo, lo cual desacreditaba al pequeño grupo cristiano ante los paganos y los hacía padecer necesidad sin razón.

como se lo hemos dicho e inculcado. 7 Dios no los ha llamado a la impureza, sino a la santidad. 8 Por tanto, quien desprecia estas enseñanzas, no desprecia a un hombre, sino a Dios, que además les dio su Espíritu Santo.

9 Acerca del amor fraterno no hace falta escribirles porque ustedes han aprendido de Dios a amarse mutuamente, 10 y lo practican con todos los hermanos de Macedonia entera. Con todo, les rogamos que sigan progresando. 11 Pongan todo su empeño en mantener la calma, en atender sus asuntos y trabajar con sus [propias] manos, como les recomendamos. 12 Así llevarán una vida digna ante los extraños y no les faltará nada.

La venida del Señor
(1 Cor 15)

13 No quiero que sigan en la ignorancia acerca de los difuntos, para que no estén tristes como los demás que no tienen esperanza. 14 Porque, si creemos que Jesús murió y resucitó, de la misma manera Dios, llevará con Jesús, a los que murieron con él. 15 Esto se lo decimos apoyados en la Palabra del Señor: los que quedemos vivos hasta la venida del Señor no nos adelantaremos a los ya muertos; 16 porque el Señor mismo, al sonar una orden, a la voz del arcángel y al toque de la trompeta divina, bajará del cielo; entonces resucitarán primero los que murieron en Cristo; 17 después nosotros, los que quedemos vivos, seremos llevados juntamente con ellos al cielo sobre las nubes, al encuentro del Señor; y así estaremos siempre con el Señor. 18 Consuélense mutuamente con estas palabras.

Cristianos a la espera

5 1 Acerca de fechas y momentos no hace falta que les escriba; 2 porque ustedes saben exactamente que el día del Señor llegará como ladrón nocturno, 3 cuando estén diciendo: qué paz, qué tranquilidad; entonces, de repente, como los dolores del parto le vienen a la mujer embarazada, se les vendrá encima la destrucción, y no podrán escapar.

4 A ustedes, hermanos, como no viven en tinieblas, no los sorprenderá ese día como un ladrón. 5 Todos ustedes son ciudadanos de la luz y del día; no pertenecemos

---

4,13-18 La venida del Señor. Este pequeño pasaje de la carta sobre el tema de la venida del Señor quizás sea la parte más importante. Lo ha venido anunciando en los capítulos anteriores y ahora quiere precisar y responder a una duda concreta de los tesalonicenses. Todo el Evangelio que Pablo anuncia está transido de la urgencia inminente de la venida del Señor. Más que inminencia temporal de días o de años, el Apóstol se ha referido siempre al dinamismo trasformador de la «esperanza cristiana» que se traduce en actitud de expectación, firmeza y vigilancia, como si el Señor estuviera ya llegando de un momento a otro.

Parece que el entusiasmo de Pablo daba alas a su esperanza y se veía a sí mismo vivo aún, participando en el triunfo definitivo de Cristo (cfr. 1 Cor 15,51; Flp 3,21; Rom 13,11). También sus comunidades, por lo visto, se habían contagiado del entusiasmo del Apóstol. A los veinte años aproximadamente de la muerte de Jesús, los cristianos vivían expectantes, aguardando el «día del Señor» de un momento a otro. Pero, ¿qué será de los cristianos que han muerto en esos dos decenios?, se preguntan ahora los tesalonicenses, quizás lamentando anticipadamente la ausencia de sus hermanos y hermanas difuntos en ese «día» de la gran fiesta.

Pablo comienza por rechazar la tristeza como incompatible con la esperanza cristiana, y a continuación explica el motivo: también los que han muerto irán al encuentro glorioso con el Señor. El Padre que resucitó a Cristo –la gran confesión de fe cristiana– hará otro tanto con los que han muerto en Él. Así, los vivos en compañía de los resucitados «seremos llevados juntamente con ellos al cielo sobre las nubes, al encuentro del Señor» (17).

Los datos descriptivos están tomados del repertorio imaginativo de la literatura apocalíptica: ángel y trompeta (cfr. Mt 24,31; Is 27,13), bajada del cielo y arrebato en nubes (cfr. Dn 7,13). Este párrafo se puede comparar con un texto posterior de la primera carta a los Corintios (1 Cor 15).

El objeto de la esperanza es vivir para siempre con Dios, quien «llevará con Jesús a los que murieron con él» (14). Más adelante lo repite: «y así estaremos siempre con el Señor» (17). Esta esperanza ya se apuntaba en el Antiguo Testamento: «me colmarás de gozo en tu presencia, de delicias perpetuas a tu derecha» (Sal 16,11); ahora se revela en Jesucristo y sostiene a la comunidad cristiana en su peregrinación terrena.

5,1-11 Cristianos a la espera. Pablo sigue hablando del «día del Señor», pero ahora, más que en la «inminencia» de su venida, insiste en la «sorpresa» mediante imágenes tomadas de la tradición evangélica, como la del ladrón que llega en la noche (cfr. Mt 24,43s; Lc 12,29s; Ap 3,3), o como los dolores de parto que acaecen de repente, sin avisar (cfr. Jn 16,21).

a la noche ni a las tinieblas. 6 Por tanto, no
durmamos como los demás, sino vigilemos
y seamos sobrios. Los que duermen lo ha-
cen de noche; 7 y los que se emborrachan
también.

8 Nosotros, en cambio, que somos del
día, permanezcamos sobrios, revestidos
con la coraza de la fe y el amor, y con el
casco de la esperanza de salvación. 9 A
nosotros Dios no nos ha destinado al casti-
go, sino a poseer la salvación por medio de
nuestro Señor Jesucristo, 10 el cual murió
por nosotros, de modo que, despiertos o
dormidos, vivamos siempre con él. 11 Por
tanto, anímense y fortalézcanse mutua-
mente, como ya lo están haciendo.

Consejos y saludos finales

12 Les pedimos, hermanos, que tengan
respeto a los que trabajan entre ustedes, los
gobiernan y aconsejan en nombre del Se-
ñor; 13 muéstrenles cariño y afecto por su
trabajo. Vivan en paz unos con otros.

La sorpresa de su venida afectará de manera radicalmente diversa a las personas, según estén preparadas o no.

Este estado de preparación lo ilustra el Apóstol con la combinación de nuevas imágenes opuestas y en contraste: luz-tinieblas, día-noche, vigilia-sueño, en las que coloca, por una parte, a «ustedes y nosotros», y por otra, a «ellos», «los otros», «los demás». «Ellos» –sin definir– son los que no están preparados para el «día del Señor», los alejados de Dios, los que confían en su seguridad, los que dicen con autocomplacencia «qué paz, qué tranquilidad» (3), sin sospechar lo que se les viene encima. Son los que pertenecen a la noche y a las tinieblas (5), los que están dormidos (6), los que al amparo de la noche se dedican a la borrachera y el desenfreno. A todos ellos, en el día del Señor, «se les vendrá encima la destrucción y no podrán escapar» (3), para ellos será el castigo (9). A «ustedes y nosotros» –los cristianos–, en cambio, no nos sorprenderá ese día el ladrón, pues no vivimos a oscuras; somos todos «ciudadanos de la luz y del día» (5); nos ha destinado «a la salvación por medio de nuestro Señor Jesucristo» (9).

Con la visión del «día del Señor», presentada con ese despliegue fascinante de imágenes tomadas de la literatura apocalíptica, el Apóstol no pretende hacer discriminación entre buenos y malos, ni mucho menos afirmar la predestinación de «nosotros» –los cristianos– a la salvación, y la de «ellos» –los no cristianos–, al castigo. Todo su discurso es una exhortación a permanecer alertas y vigilantes. La salvación en Jesucristo a la que Dios ha destinado a todos sin excepción –cristianos y no cristianos– es un don y, como tal, tiene que ser aceptado libremente, lo cual implica una colaboración activa que debe traducirse en una permanente actitud de vigilancia y compromiso. Pablo asemeja este estado de «vigilia» o de «ser ciudadanos de la luz» a un combate que hay que librar «revestidos con la coraza de la fe y el amor, y con el casco de la esperanza de salvación» (8).

Pablo concluye con una palabra de aliento: lo importante no es estar vivos o muertos cuando el Señor venga, lo importante es que «vivamos siempre con él» (10). Y esto quiere decir «ahora», en esperanza alerta y vigilante, y cuando llegue «el día», en un encuentro que no tendrá fin. La esperanza de la resurrección –o el cielo que esperamos– no debe sustraer al cristiano del compromiso y de la lucha por establecer en nuestro mundo una sociedad alternativa, más justa y equitativa, al servicio del amor sin fronteras y de la fraternidad. A ella se refirió al inicio de la carta: «En Dios Padre y en el Señor Jesucristo» (1,1).

5,12-28 Consejos y saludos finales. Es típico de Pablo dar algunos consejos antes de terminar sus cartas (cfr. Flp 4,8s) y, como siempre, su consejo favorito es sobre la armonía interna de las comunidades. Lo interesante de este final epistolar es que esta armonía y paz comunitaria están bajo la responsabilidad «de los que trabajan entre ustedes, los gobiernan y aconsejan en nombre del Señor» (12).

En la dirección de la Iglesia de Tesalónica, Pablo no está solo gobernando a distancia. La pequeña comunidad tiene ya sus líderes locales a quienes el Apóstol exige que se comporten como buenos pastores: que amonesten a los insumisos, que animen a los débiles y oprimidos, que socorran a los más necesitados. Por otra parte, pide a todos respeto para los líderes (12) y cariño y afecto por su trabajo (13).

No podía terminar sin recordarles de nuevo el don del Espíritu que está presente en toda la carta: la alegría, que debe caracterizar su vida de cristianos. Les recomienda mantener el ritmo de su oración y de sus asambleas de acción de gracias, refiriéndose probablemente a las celebraciones eucarísticas de la comunidad.

Es interesante su exhortación final: «No apaguen el fuego del Espíritu, no desprecien la profecía» (19s), como animando a los tesalonicenses a poner al servicio de todos la diversidad de carismas y dones que habían recibido: «busquen siempre el bien entre ustedes y con todo el mundo» (15).

En sus palabras finales, pide al Dios de la paz que los santifique totalmente: espíritu, alma y cuerpo. Es la única vez que aparece en las cartas de Pablo tal descripción del ser humano completo.

La mención del cuerpo quizás sea intencionada, como insistiendo en que el cuerpo debe ser también santificado y no considerado como algo despreciable y secundario como lo consideraba la filosofía griega. La referencia al «beso santo» puede indicar que la carta estaba destinada a leerse ante la comunidad reunida.

14 Esto les recomendamos, hermanos:
reprendan a los que no quieren trabajar, a
los desanimados, anímenlos, a los débiles
socórranlos y con todos sean pacientes.

15 Cuidado, que nadie devuelva mal por
mal; busquen siempre el bien entre ustedes
y con todo el mundo.

16 Estén siempre alegres, 17 oren sin
cesar, 18 den gracias por todo. Eso es lo
que quiere Dios de ustedes como cristia-
nos.

19 No apaguen el fuego del espíritu, 20 no
desprecien la profecía, 21 examínenlo todo
y quédense con lo bueno, 22 eviten toda for-
ma de mal.

23 El Dios de la paz los santifique com-
pletamente; los conserve íntegros en espíri-
tu, alma y cuerpo, e irreprochables para
cuando venga nuestro Señor Jesucristo. 24 El
que los llamó es fiel y lo cumplirá. 25 Rue-
guen [también] por nosotros, hermanos.

26 Saluden a todos los hermanos con el
beso santo. 27 Por el Señor les recomiendo
que lean esta carta a todos los hermanos.
28 La gracia de nuestro Señor Jesucristo
esté con ustedes.





SEGUNDA CARTA A LOS TESALONICENSES

Saludo y acción de gracias

1 [1] Pablo, Silvano y Timoteo a la Iglesia
de Tesalónica, en Dios nuestro Padre
y en el Señor Jesucristo: [2] Gracia y paz a
ustedes de parte de Dios [nuestro] Padre y
del Señor Jesucristo.

[3] Siempre tenemos que dar gracias a
Dios por ustedes, hermanos, y es justo que
lo hagamos, porque la fe de ustedes va cre-
ciendo y el amor que cada uno tiene por los
otros es cada vez mayor. [4] Hasta el punto
de que estamos orgullosos de ustedes fren-

1,1-4 Saludo y acción de gracias. El saludo es semejante al de la carta precedente, dirigida a la misma comunidad por el mismo equipo misionero (cfr. 1 Tes 1). La acción de gracias, sin embargo, tiene un tono más solemne: «tenemos que dar gracias por ustedes... es justo que lo hagamos» (3), como si los tesalonicenses se hubieran ganado a pulso el reconocimiento de Pablo y el de sus compañeros por su crecimiento en el amor mutuo y, sobre todo, por la fe con que soportan con entereza la persecución, motivo de orgullo para el Apóstol ante las demás Iglesias. ¿Se está refiriendo a la persecución desencadenada por Nerón a principios de los años 60 o a la de la época del emperador Domiciano que tuvo lugar a finales del s. I? No lo sabemos. Según se trate de una u otra, el autor de la carta sería, o bien el mismo Pablo o bien un discípulo posterior que habría tomado como modelo la primera carta a los Tesalonicenses y que asume el nombre de Pablo para dar autoridad a sus palabras, como sucede con otros escritos del Nuevo Testamento. Sea quien fuese el

te a las Iglesias de Dios, por la constancia y
la fe con que soportan las persecuciones y
aflicciones.

Sentido cristiano de la persecución

5 En esto se manifiesta el justo juicio de
Dios para que ustedes sean encontrados
dignos del reino de Dios, por el que tienen
que sufrir. 6 Es justo que Dios pague con
sufrimientos a los que los hacen sufrir 7 y a
ustedes, los que sufren, les dé descanso,
como a nosotros, cuando se revele desde el
cielo el Señor Jesús con los ángeles de su
dominio 8 y con fuego ardiente, para casti-
gar a los que no reconocen a Dios ni obe-
decen a la Buena Noticia de nuestro Señor
Jesús. 9 Ésos sufrirán una condena perpe-
tua, lejos de la presencia del Señor y de su
majestad poderosa 10 cuando venga aquel
día a revelar su gloria a los consagrados y
sus maravillas a los creyentes. Y ustedes
han creído por nuestro testimonio. 11 Por
eso rezamos continuamente por ustedes,
para que nuestro Dios los haga dignos de
su llamado y les permita cumplir eficaz-
mente todo buen propósito y toda acción
de la fe. 12 Así el nombre de nuestro Señor
Jesús será glorificado por ustedes y uste-
des por él, por la gracia del Dios nuestro y
del Señor Jesucristo.

La parusía o segunda venida del Señor

(Mt 24; Mc 13; Lc 21)

2 1 Hermanos, en cuanto a la venida de
nuestro Señor Jesucristo y a nuestra
reunión con él, les pedimos 2 que no pier-

---

la que escribe, se está dirigiendo a una comunidad que atraviesa momentos de especial dramatismo.

1,5-12 Sentido cristiano de la persecución. Una vez terminada la presentación tradicional, el autor comienza a desarrollar el tema que le interesa y que, como de costumbre, ha sido ya insinuado en la acción de gracias: ¿Cómo interpretar cristianamente la persecución?

La clave de interpretación es el juicio escatológico, es decir, la diferente retribución final que recibirán perseguidores y perseguidos cuando comparezcan ante el tribunal de Dios.

Seguramente, el lector de hoy que no está familiarizado con el género literario llamado «apocalíptico», de uso tan frecuente en el Antiguo Testamento y que inspira muchos textos del Nuevo, leerá estas líneas con estupor y perplejidad. Primero, y refiriéndose a los perseguidos, el sufrimiento de los inocentes aparece como «justo juicio de Dios» (5), como si Dios mismo enviara los padecimientos a los que permanecen fieles a Él, como prueba y purificación. Y segundo, el castigo a los perseguidores suena a venganza, a justicia retributiva de acuerdo con la «la ley del Talión», ignorando aparentemente la misericordia y el perdón: «es justo que Dios pague con sufrimientos a los que los hacen sufrir a ustedes» (6), en contraste con el consejo a los cristianos de 1 Tes 5,15: «Cuidado, que nadie devuelva mal por mal». Así pues, en ese día de la cuenta final, cuando Cristo «venga aquel día a revelar su gloria... a los creyentes» (10), habrá una doble retribución: de salvación a los perseguidos y de castigo «a los que no reconocen a Dios ni obedecen a la Buena Noticia de nuestro Señor Jesús» (8), como señalando en el grupo de perseguidores no sólo a paganos, sino también a judíos.

¿Qué decir de todo esto? En primer lugar, que el lenguaje apocalíptico es hiperbólico y lleno de símbolos e imágenes atrevidas de destrucciones cósmicas; contrasta la condenación final, dura y sin paliativos de los malvados y el rescate definitivo de los que han permanecido fieles a Dios. Este lenguaje no pretende ser tomado «al pie de la letra», pero sí comunicar un mensaje de suprema importancia a los perseguidos, a los pisoteados por la injusticia y la opresión, con el fin de animarlos en el compromiso y confortarlos en la tribulación: «Dios es justo». Su aparente silencio ante instituciones e individuos que siembran en el mundo realidades de muerte como el hambre, la violencia o la desigualdad no es indiferencia ni pasividad, sino rechazo e indignación presentes, que un día se revelarán con toda la fuerza de la majestad de su justicia.

Es esta manifestación del justo juicio de Dios (5) la que anuncia Pablo a los tesalonicenses, y que, si bien se manifestará plenamente el «día final», ya «está actuando ahora». Por una parte, trasforma –que no causa– los sufrimientos de la comunidad perseguida en frutos de salvación y en sufrimientos por el Evangelio, «para que ustedes sean encontrados dignos del reino de Dios» (5); por otra, anuncia el Evangelio de la ira que se revela «contra toda clase de hombres impíos e injustos que por su injusticia esconden la verdad» (Rom 1,18). El anuncio del Evangelio es también denuncia y condenación.

¿Cuál será la manifestación final de esta justicia de Dios ya en acción? ¿Sufrirán los malos «una condena perpetua, lejos de la presencia del Señor...» (9)? Éste sigue siendo un gran secreto. Pero sólo Dios es a la vez justo y misericordioso, y su infinita misericordia, manifestada en Jesucristo, abarca en su abrazo salvador a toda la humanidad.

2,1-12 La parusía o segunda venida del Señor. Entramos en la parte central de esta breve carta: la venida definitiva del Señor de la que ha venido hablando hasta ahora. ¿Cuándo se realizará? Es éste un problema que parece no preocupar demasiado a la mayoría de los cristianos de hoy, pero que era de can-

dan fácilmente la cabeza ni se asusten por
profecías o discursos o cartas falsamente
atribuidas a nosotros, como si el día del Se-
ñor fuera inminente. 3 Que nadie los enga-
ñe de ningún modo: primero tiene que
suceder la apostasía y se tiene que mani-
festar el Hombre sin ley, el destinado a la
perdición, 4 el Rival que se levanta contra
todo lo que lleva el nombre de Dios o es ob-
jeto de culto, hasta llegar a instalarse en el
santuario de Dios, proclamándose dios.

5 ¿No recuerdan que ya se lo decía yo
cuando aún estaba con ustedes? 6 Ya saben
qué es lo que ahora lo retiene para que no
se manifieste antes de tiempo. 7 La fuerza
oculta de la iniquidad ya está actuando;
sólo falta que el que la retiene se quite de
en medio. 8 Entonces se revelará el Impío,
al que destruirá el Señor [Jesús] con el
aliento de su boca y anulará con la mani-
festación de su venida. 9 El Impío se pre-
sentará, por acción de Satanás, con toda
clase de milagros, señales y falsos prodi-
gios; 10 con toda clase de engaños perver-
sos para los que se pierden porque no
aceptaron para salvarse el amor a la ver-
dad. 11 Por eso les enviará Dios un poder
seductor que los haga creer la mentira;
12 así serán juzgados los que, en vez de cre-
er la verdad, prefirieron la injusticia.

Oraciones mutuas

13 Siempre tenemos que dar gracias a
Dios por ustedes, hermanos amados del

---

dente actualidad en las primeras comunidades de creyentes como la de Tesalónica, dando lugar a un clima de ansiedad y a veces de histeria colectiva, debido a rumores de los profetas de turno o a la difusión de «cartas falsamente atribuidas a nosotros» (2) con fechas precisas de la inminencia del gran acontecimiento.

Es comprensible que una comunidad pequeña que vivía bajo la extrema presión de poderes opresivos no viera otra salida a su situación sino en una huida hacia adelante, en la esperanza de la venida final de un poder superior que desenmascarara y derrotara definitivamente a las fuerzas del mal del orden establecido. Esta histeria religiosa de «final del mundo» se ha venido repitiendo a lo largo de la historia cristiana en períodos de máxima tensión producidos por guerras o catástrofes naturales.

Quizás hoy tampoco falten quienes vean en los males que afectan globalmente a nuestro mundo y que escapan a nuestra capacidad de comprensión, como el hambre, la violencia generalizada o las fuerzas desencadenadas de la naturaleza, signos premonitorios de un final inminente y que busquen en la Biblia fechas precisas y concretas.

El asunto se complicaba en la comunidad de los tesalonicenses con la difusión de falsas doctrinas que aseguraban que el Señor había venido ya definitivamente y que la supuesta resurrección final no era otra cosa sino la nueva realidad espiritual que estaban viviendo (cfr. 1 Cor 15,15). En este contexto de confusión e histeria, Pablo afirma que la parusía ciertamente vendrá y que la futura resurrección será una realidad, pero niega que esta segunda venida del Señor esté llamando a las puertas. Simplemente, ni el Apóstol ni nadie sabe el día ni la hora (cfr. Mt 24,43s; 1 Tes 5,2). Por eso les pide que «no pierdan fácilmente la cabeza ni se asusten... como si el día del Señor fuera inminente» (2).

A continuación, en un mensaje enigmático (3-12) y difícil de comprender para el lector de hoy a causa del lenguaje apocalíptico en que viene expresado, Pablo hace una lectura cristiana, a la luz de la prometida venida del Señor, de las circunstancias traumáticas que vivía la comunidad: persecución, apostasía de algunos, diseminación de falsas doctrinas, división interna.

Seguramente los tesalonicenses sabían identificar quiénes eran esos personajes de dentro o de fuera del grupo cristiano, ese sistema político o ese emperador «que lleva el nombre de Dios o es objeto de culto» (4), o esas doctrinas que estaban causando tanta maldad, a lo que el Apóstol se refiere misteriosamente con títulos tales como «el Hombre sin ley, el destinado a la perdición» (3), «el Rival» (4), «el Impío» (9), títulos todos sacados del vocabulario apocalíptico.

¿Cuál es, realmente, su verdadero protagonismo en el mundo?

Aunque parezca que acampan a sus anchas, «por acción de Satanás», con todo el despliegue de su poder seductor, «con toda clase de milagros, señales y falsos prodigios» (9), «con toda clase de engaños perversos» (10) que hacen que se pierdan «los que no aceptaron para salvarse el amor a la verdad» (10), todos serán destruidos y anulados por «el Señor Jesús, con el aliento de su boca... en la manifestación de su venida» (8).

He aquí el mensaje de esperanza de Pablo a los tesalonicenses, que es también una invitación a los creyentes de hoy a hacer nuestra lectura cristiana de las realidades de muerte que afectan a la sociedad global en que vivimos, no para dejar, como si fuéramos impotentes, la solución de nuestros problemas para la futura venida del Señor, sino para hacer que esa victoria futura y total se vaya haciendo ya realidad en nuestro comportamiento de cada día.

El cristiano lucha y se compromete con la ventaja de saber que, al final, la victoria será completa.

2,13–3,5 Oraciones mutuas. El Apóstol, dirigiéndose ahora a la comunidad fiel, comienza a sacar las consecuencias prácticas de todo lo anterior, en un cli-

Señor, porque Dios los tomó para que fue-
ran los primeros en alcanzar la salvación,
por la consagración del Espíritu y la fe ver-
dadera; 14 y por medio de nuestra predica-
ción de la Buena Noticia, los llamó a poseer
la gloria de nuestro Señor Jesucristo. 15 Así
que, hermanos, sigan firmes, y conserven
fielmente las tradiciones que aprendieron
de mí, sea de palabra o por carta.
16 Que nuestro Señor Jesucristo y Dios
nuestro Padre, que los amó y los favoreció
con un consuelo eterno y una esperanza
magnífica, 17 anime sus corazones y los for-
talezca para que todo lo que digan y hagan
sea bueno.

3 1 Por último, hermanos, oren por no-
sotros, para que la Palabra del Señor
se difunda y sea recibida con honor, como
sucedió entre ustedes; 2 y para que nos ve-
amos libres de gente malvada y perversa
ya que no todos tienen fe.
3 El Señor, que es fiel, los fortalecerá y
protegerá del Maligno. 4 Por lo demás, tene-
mos en el Señor absoluta confianza que
ustedes seguirán haciendo lo que les man-
damos como ya lo hacen. 5 El Señor los en-
camine hacia el amor de Dios y les dé la
paciencia de Cristo.

Contra la ociosidad

6 Hermanos, en nombre de nuestro Se-
ñor Jesucristo les recomendamos que se
aparten de cualquier hermano de conducta
desordenada y en desacuerdo con las ins-
trucciones recibidas de nosotros.
7 Ustedes saben cómo deben vivir para
imitarnos: no hemos vivido entre ustedes
sin trabajar; 8 no pedimos a nadie un pan
sin haberlo ganado, sino que trabajamos
y nos fatigamos día y noche para no ser
una carga para ninguno de ustedes. 9 Y no
es que no tuviéramos derecho; pero qui-
simos darles un ejemplo para imitar.
10 Cuando estábamos con ustedes, les di-
mos esta regla: el que no quiera trabajar
que no coma.
11 Ahora nos hemos enterado de que al-
gunos de ustedes viven sin trabajar, muy
atareados en no hacer nada. 12 A ésos les
recomendamos y aconsejamos, por el Se-
ñor Jesucristo, que trabajen tranquilamente
y se ganen el pan que comen.
13 Ustedes, hermanos, no se cansen de

---

ma de oración agradecida. Da gracias a Dios por los tesalonicenses, a quienes llama «los primeros en alcanzar la salvación» (2,13) por haber permanecido firmes en el Evangelio «que los llamó a poseer la gloria de nuestro Señor Jesucristo» (2,14). Y esta «esperanza magnífica» (2,16) debe darles ánimos y fortaleza, tanto para anunciar ellos mismos la Palabra de salvación que han recibido, como para testimoniarla con sus vidas, es decir, con toda clase de palabras y buenas obras (2,17).

Pablo pide también oraciones para el grupo apostólico, para que la Palabra del Señor se difunda y corra como un ser vivo: «envía su mensaje a la tierra y su palabra corre velozmente» (Sal 147,15). Y así, rogando a Dios los unos por los otros –evangelizadores y evangelizados–, sabrán resistir las acometidas de los malvados y esperar con paciencia y aguante la venida de Cristo (cfr. Rom 8,25; 15,4).

3,6-18 Contra la ociosidad. La exhortación se abre con gran solemnidad, como asunto grave, apelando a instrucciones precedentes.

Si antes les habló de las fuerzas del mal que han inducido a algunos a la apostasía y sembrado la confusión, el punto de mira del autor de la carta se centra ahora en el desorden que causan ciertos individuos en la comunidad con su conducta irresponsable. Una consecuencia absurda y peligrosa de pensar que la parusía era inminente –ya apuntada en 1 Tes 4,11– consistía en la ociosidad, en el cruzarse de brazos esperando «el santo advenimiento», como se dice en nuestro lenguaje popular. Su amonestación es dura y realista: «el que no quiera trabajar, que no coma» (10), o lo que es lo mismo, si creen que la inminente venida del Señor les exime de trabajar, también les debe eximir del comer.

Pablo les pone por delante su testimonio personal, el de un trabajador que se gana la vida con el sudor de su frente. Es probable que para las fechas en que se escribió la carta el ejemplo de laboriosidad del Apóstol, humilde tejedor de toldos y tiendas de campaña (cfr. Hch 18,3), fuera ya legendario entre los cristianos de una sociedad como la griega que despreciaba el trabajo manual como cosa de esclavos y que, por tanto, producía gran cantidad de parásitos sociales. Es, pues, a los «parásitos cristianos» a los que pide «que trabajen tranquilamente y se ganen el pan que comen» (12) y que se dejen de dar vueltas «muy atareados en no hacer nada» (11), a no llevar rumores de un sitio a otro. Es más, aconseja a la comunidad que los amonesten como a hermanos, pero que si no cambian de conducta, que no se junten con ellos.

El saludo final pone una nota de paz en una carta necesariamente dura: el deseo de que la gracia del Señor les acompañe.

hacer el bien. 14 Si alguien no obedece las
instrucciones de mi carta, señálenlo y no se
junten con él, para que recapacite. 15 Pero
no lo traten como enemigo, sino acon-
séjenlo como a hermano.
16 Que el Señor de la paz les dé siempre
y en todo la paz. El Señor esté con todos
ustedes.
17 El saludo es de mi puño y letra y es la
contraseña en todas mis cartas: *Pablo*. 18 La
gracia de nuestro Señor Jesucristo esté con
todos ustedes.





CARTAS PASTORALES

Cartas pastorales. Desde hace tiempo se viene llamando a estas tres cartas «cartas pastorales», tomando la metáfora del cuidado pastoril de los rebaños y aplicándola al pastoreo de la comunidad cristiana. Es un nombre que recoge una de las imágenes más conocidas de Jesús en el Evangelio, la del «buen pastor». Las tres cartas forman un bloque homogéneo y se presentan como instrucciones escritas de Pablo a dos íntimos colaboradores suyos, Timoteo y Tito, que se encuentran al frente de las Iglesias de Éfeso y Creta, respectivamente.

Timoteo estuvo estrechamente ligado al Apóstol, fue su compañero de viaje y misión (Hch 17,14s; 18,5; 19,22; 20,4) y hombre de confianza para realizar encargos especiales en Tesalónica (1 Tes 3,2.6), Macedonia (Hch 19,22) y Corinto (1 Cor 4,17; 16,10; 2 Cor 1,19). Pablo lo llama con mucho afecto paternal: «Hijo mío querido y fiel al Señor» (1 Cor 4,17).

Tito, al igual que Timoteo, fue amigo y compañero de viaje de Pablo. Estuvo presente en el Concilio de Jerusalén (Gál 2,1-3) y fue el embajador del Apóstol para solucionar la crisis que tenía éste con la comunidad

de Corinto (2 Cor 2,13; 7,6; 8,6.16.23; 12,18). Pablo lo llama fraternalmente: «mi hermano» (2 Cor 2,13), «compañero y colaborador» (2 Cor 8,23).

No es inverosímil que estos dos ilustres personajes tuvieran el honor de recibir cartas personales de su maestro; lógicamente las conservarían y trasmitirían a la posteridad.

Autor, destinatarios y fecha de composición de las cartas. A partir del s. XIX se empezó a cuestionar la autenticidad paulina de estas cartas. Desde entonces se ha ido acrecentado la duda, de tal modo que en la actualidad son muy escasos los biblistas que atribuyen su autoría a Pablo. Se piensa, más bien, que son obra de un discípulo suyo de la siguiente generación, que las escribe alrededor del año 100.

Recurriendo al procedimiento de pseudonimia, muy en boga en aquella época, este discípulo anónimo personifica a Pablo, dando forma de carta a sus instrucciones y escogiendo como destinatarios dos personajes insignes del círculo paulino. Probablemente se sentía heredero legítimo de Pablo; o quizás los rivales citaban a Pablo deformando su enseñanza.

Nada de lo dicho pone en duda el valor canónico de estas cartas. Son parte integrante del Nuevo Testamento y así son reconocidas por todas las confesiones cristianas.

Contenido de las cartas. Las cartas pastorales nos sitúan en la segunda o tercera generación cristiana. El ímpetu por evangelizar de las primeras décadas da paso a la necesidad por consolidar y mantener las Iglesias locales en la tradición y enseñanzas recibidas de los apóstoles o el depósito de la fe. Para ello hay que nombrar líderes responsables, competentes y de confianza, que sepan mantener el orden y la concordia, y regular el culto. Son Iglesias que en su incipiente institucionalización se sienten amenazadas por desviaciones doctrinales que ponen en peligro la «memoria de Jesús» y, por consiguiente, la praxis cristiana.

Las cartas reiteran el adjetivo «sano/a» para referirse a la ortodoxia; hablan de la «verdad»; repiten que «algunos se han apartado de…». Es difícil identificar esas herejías o doctrinas peligrosas. Entre ellas se encontraban, probablemente, las de los «judaizantes», una fuerza menor, todavía activa, con sus prohibiciones alimenticias (1 Tim 4,3), su insistencia en la circuncisión (Tit 1,10), sus «fábulas judías» (Tit 1,14) o sus «controversias sobre la ley» (Tit 3,9). Más peligroso era el impacto del «gnosticismo» que se había infiltrado en las comunidades, cuyas doctrinas esotéricas provenientes de la cultura griega estaban falseando el mensaje cristiano con ideas tales como: la maldad del mundo material y por tanto la condenación en bloque de toda actividad sexual; la negación de la humanidad de Cristo; la afirmación de dos dioses, uno creador y otro salvador, y cosas por el estilo, que podemos adivinar leyendo las refutaciones del autor, aunque no las menciona por su nombre.



Mensaje de las cartas. Desde el punto de vista histórico, las cartas pastorales nos suministran datos preciosos para conocer la vida y los problemas de las Iglesias post-apostólicas formadas por la tercera generación cristiana. Son comunidades que viven la presencia de Jesús en los sacra-

mentos y en la liturgia; muy exigentes con sus líderes y responsables, a los que comienzan, ya, a llamar «obispos y diáconos», y que reciben la autoridad apostólica por la imposición de las manos.

La lista de cualidades y requisitos para acceder al cargo de «pastores» debería ser hoy, como lo fue entonces, el criterio fundamental de su elección: vida intachable, modestos, corteses, hospitalarios, amables, desinteresados (1 Tim 3,2-13), es decir, cercanos al pueblo, como conviene a una «familia» –imagen de la Iglesia, preferida en las cartas–, de la que ellos son, sobre todo, padres y no príncipes o jerarcas.

Pero la gran preocupación y empeño de las pastorales es mantener vivo e intacto el «depósito de la fe» o lo que es lo mismo, la enseñanza que nos trasmite la tradición recibida de los apóstoles. Y esto no es un elenco muerto de dogmas y doctrinas, sino la «memoria viva de Jesús», en la que sobresale su opción por los pobres, los marginados, los pecadores, los últimos y más débiles. Y esto debe ser también el gran empeño de la Iglesia de hoy y de todos los tiempos.

SINOPSIS

Primera carta a Timoteo. La sinopsis nos hace ver el propósito del autor: proporcionar normas y consejos para el recto caminar de la comunidad. La precaución frente a los falsos maestros, difundida por la carta, se concentra al principio y hacia la mitad; en ambas ocasiones contrasta al destinatario con el Apóstol.

Segunda carta a Timoteo. En esta segunda carta la exhortación se hace más personal y animada. Pablo ofrece su ejemplo, recuerda su ministerio, se prepara a morir. Frente a los falsos maestros, que cobran número y fuerza en los últimos días, el líder responsable ha de ser como un soldado, un obrero, un empleado fiel, pieza del ajuar doméstico, y valiente testigo.

Carta a Tito. Lo más sustancioso de esta carta es la doctrina cristológica de 2,11-15 y 3,4-7. Los demás temas y preocupaciones son los mismos de las cartas precedentes, dirigidas ahora a Tito como responsable de la Iglesia de Creta.

PRIMERA CARTA A
TIMOTEO

Saludo

1 1 Pablo, apóstol de Cristo Jesús por
mandato de Dios salvador nuestro y
de Cristo Jesús nuestra esperanza, 2 a Ti-
moteo, hijo suyo engendrado por la fe: Gra-
cia, misericordia y paz de parte de Dios
Padre y de Cristo Jesús Señor nuestro.

Falsos maestros

3 Como te encargué cuando salía para
Macedonia, quédate en Éfeso para avisar a
algunos que no enseñen doctrinas extra-
ñas, 4 ni se dediquen a fábulas y genealo-
gías interminables, que favorecen las con-
troversias y no el plan de Dios, basado en
la fe. 5 El propósito de esta exhortación es
suscitar el amor que brota de un corazón
limpio, de una buena conciencia y una fe
sincera. 6 Por haberse apartado de esto, al-
gunos se han perdido en discursos vacíos,
7 pretendiendo ser doctores de la ley, sin sa-
ber lo que dicen ni entender lo que enseñan
con tanta seguridad. 8 Sabemos que la ley
es buena, siempre que se la use debida-
mente: 9 reconociendo que la ley no se dic-
ta para los honrados, sino para castigar a
rebeldes y desobedientes, a impíos y peca-
dores, a los que no respetan a Dios ni a la

1,1s Saludo. El saludo es el habitual de la correspondencia paulina, en el que a Pablo se presenta como apóstol por disposición de Dios y no por mera delegación de la comunidad. Esta afirmación tendrá un relieve especial en las llamadas «cartas pastorales» donde el tema principal será el de la verdadera tradición apostólica frente a otras doctrinas que la estaban poniendo en peligro. Aunque, como es probable, el autor del presente escrito no sea el mismo Pablo, sino un discípulo suyo de la siguiente generación, la autoridad apostólica que representa es indiscutible. Por eso, y para darle aún más relieve, asume el nombre de Pablo, en un claro ejemplo de pseudonimia, tan frecuente en el ambiente literario de entonces.

El destinatario es Timoteo, el íntimo colaborador del Apóstol, a quien el autor se refiere como a «hijo suyo engendrado por la fe» (2). Más que apelativo cariñoso, es título de la autoridad legítima y auténtica que tiene como líder de la comunidad cristiana. A la combinación acostumbrada de «gracia» del saludo griego y «paz» del saludo hebreo, añade la «misericordia», de gran raigambre bíblica.

1,3-11 Falsos maestros. Saltándose la acostumbrada «acción de gracias», Pablo entra de lleno en la polémica. La primera tarea de Timoteo será la de enfrentarse con los falsos maestros que difunden doctrinas heréticas opuestas a la sana tradición, y que no son sino fábulas, mitos, «genealogías interminables» (4), productos todos de la fantasía de los charlatanes de turno. No sabemos en concreto a qué desviaciones doctrinales se refiere. Reuniendo datos de las tres cartas pastorales que forman un conjunto epistolar, es probable que se trate del gnosticismo –la «gnosis» se podría traducir como «sabiduría arcana», la «Nueva Era» de aquel entonces– con su mezcla vaga y heterogénea de prácticas ascéticas no convencionales y de conocimientos esotéricos que fascinaban a los iniciados con el señuelo de una salvación al alcance de la mano, como si el mensaje salvador de Jesucristo no fuera claro o suficiente. Todo esto, viene a decir el autor, lo único que hace es perturbar la armonía de la comunidad con controversias interminables.

Así pues, el primer gran encargo que encomienda a Timoteo es el de exhortar a los creyentes a ser fieles al «plan de Dios, basado en la fe» (4), es decir, a vivir una praxis de concordia y amor mutuo que solo puede brotar de esa fe sincera que limpia el corazón y produce una buena conciencia.

Entre las falsas doctrinas, están las propuestas por los que pretenden pasarse como doctores de la ley. No sabemos en concreto si lo que enseñaban estos individuos era una versión «gnóstica» de la Ley mosaica o alguna interpretación heterodoxa de la misma, lo cierto es que ni ellos sabían «lo que enseñan con tanta seguridad» (7). En la polémica que entabla con esos falsos doctores (9s), el autor hace eco de la enseñanza de Pablo sobre la bondad de la Ley, su verdadera función, para quiénes fue promulgada y la cesación de la misma ante la «ley de la fe» (cfr. Rom 7,12-16; 3,27).

Ésta fue y es la sana doctrina, la que se ajusta a la tradición evangélica que Pablo enseñó con su autoridad apostólica y que, con la misma autoridad, debe exponerla ahora Timoteo como líder de la comunidad.

La «sana doctrina» es uno de los temas fundamentales de las cartas pastorales (cfr. 2 Tim 4,3; Tit 1,9; 2,1). Si los líderes de la primera generación de la Igle-

religión, a los que matan a su padre o a su
madre, a los asesinos, 10 a los que cometen
inmoralidades sexuales y a los homosexua-
les, a los traficantes de seres humanos, a
los estafadores, y perjuros. En una palabra,
la ley está contra todo lo que se opone a
una sana enseñanza, 11 y esta sana ense-
ñanza es la que se encuentra en la Buena
Noticia que me han encomendado, y que
nos revela la gloria del bienaventurado
Dios.

Pablo y Timoteo

12 Doy gracias a Cristo Jesús Señor
nuestro, quien me fortaleció, se fio de mí y
me tomó a su servicio a pesar de mis blas-
femias, persecuciones e insolencias ante-
riores; 13 Él tuvo compasión de mí porque
yo lo hacía por ignorancia y falta de fe. 14 Y
así nuestro Señor derramó abundantemen-
te su gracia sobre mí y me dio la fe y el
amor de Cristo Jesús.
15 Este mensaje es de fiar y digno de ser
aceptado sin reservas: que Cristo Jesús
vino al mundo para salvar a los pecadores,
de los cuales yo soy el primero. 16 Pero
Cristo Jesús me tuvo compasión, para de-
mostrar conmigo toda su paciencia, dando
un ejemplo a los que habrían de creer y
conseguir la vida eterna. 17 Al Rey de los si-
glos, al Dios único, inmortal e invisible, ho-
nor y gloria por los siglos de los siglos.
Amén.
18 Te doy esta instrucción, Timoteo, hijo
mío, de acuerdo con lo que predijeron de ti
algunas profecías, para que, apoyado en
ellas, pelees valientemente, 19 con fe y bue-
na conciencia. Al abandonarlas, algunos
naufragaron en la fe. 20 Entre ellos se cuen-
ta Himeneo y Alejandro: los he entregado a
Satanás para que aprendan a no blasfemar.

Sobre la oración

2 1 Ante todo recomiendo que se ofrez-
can súplicas, peticiones, intercesio-
nes y acciones de gracias por todas las per-
sonas, 2 especialmente por los soberanos y
autoridades, para que podamos vivir tran-
quilos y serenos con toda piedad y digni-
dad. 3 Eso es bueno y aceptable para Dios

---

sia –los apóstoles, los profetas, los predicadores itinerantes–, dedicaron todas sus preocupaciones a la difusión del mensaje evangélico más allá de toda frontera, los responsables de las siguientes generaciones comienzan progresivamente a dar más prioridad a la vida interna de la comunidad de creyentes. De la figura del «evangelizador» se va pasando poco a poco a la del «pastor», bajo cuya responsabilidad está, sobre todo, la fidelidad a la «tradición apostólica» –la «memoria de Jesús»– que hay que mantener como un sagrado depósito (cfr. 1 Tim 1,11; 2 Tim 1,10-14; Tit 1,3) contra toda desviación del tipo que sea. Y así, los ministerios «itinerantes» de la Iglesia primitiva van desapareciendo para dejar paso a ministerios «sedentarios» que comienzan a institucionalizarse alrededor de la figura del obispo (cfr. 1 Tim 3,1-13; 5,17; Tit 1,5-9) y que miran más al gobierno y a la buena marcha interna de las Iglesias locales.

Así mismo, la comunidad cristiana no es ya sólamente la que nace del anuncio del mensaje evangélico sino, sobre todo, la que posee y vive la verdad del mismo, o sea la «sana doctrina».

1,12-20 Pablo y Timoteo. La acostumbrada acción de gracias que solía encabezar e introducir el asunto de las cartas, la coloca el autor cuando ya ha comenzado a desarrollar el tema, con el fin de dar más fuerza a sus instrucciones de «pastor» de la comunidad. ¿Cuáles son sus intenciones al presentarnos este autorretrato del antes blasfemo, perseguidor e insolente (12) y que, ahora, da gracias a Dios por su conversión?

Primera, afirmar la sana doctrina, digna de ser aceptada sin reservas, a saber: «Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores» (15). Esta salvación la dramatiza en el gran cambio que se produjo en Pablo, gracias a la paciencia, compasión, misericordia y favor de Dios: de perseguidor se convirtió en servidor, de pecador en hombre de confianza, «se fio de mí y me tomó a su servicio» (12).

Y segunda, el gran convertido trasmite la tarea del servicio apostólico a su hijo Timoteo en una especie de sucesión legítima.

La enseñanza es clara: ningún líder puede aducir derechos y méritos propios para asumir la autoridad dentro de la comunidad ni ésta posee la autoridad apostólica para delegarla a quien desee. La autoridad viene de Dios y Dios elige a quien quiere, por más pecador que haya sido –el caso del mismo Pablo–.

Esta convicción es la que inmunizó a la Iglesia primitiva contra el culto a la personalidad de sus apóstoles y pastores. Buena lección para nuestra Iglesia de hoy. Con estas credenciales el autor invita a Timoteo a ejercer su tarea de pastor.

2,1-7 Sobre la oración. La segunda preocupación de las cartas pastorales es dictar normas concretas para la ordenación y buen funcionamiento de las comunidades locales. Y entre los deberes de la comunidad, la oración ocupa el primer puesto. Es interesante conocer, a través de los consejos del autor de la carta, cuánto, cómo y por quién rezaban aquellos cristianos. Lo primero que aparece es la espontaneidad e intensidad carismática de su oración: «súplicas, peticiones,

nuestro salvador, 4 que quiere que todos los
hombres se salven y lleguen a conocer la
verdad. 5 No hay más que un solo Dios, no
hay más que un mediador, Cristo Jesús,
hombre, él también 6 que se entregó en rescate
por todos conforme al testimonio que
se dio en el momento oportuno; 7 y yo he
sido nombrado su heraldo y apóstol –digo
la verdad sin engaño–, maestro de los
paganos en la fe y la verdad.

Sobre el comportamiento de los hombres y las mujeres

8 Quiero que los hombres oren en cualquier
lugar, elevando sus manos a Dios con
pureza de corazón, libres de enojos y discusiones.
9 Asimismo que las mujeres se
arreglen decentemente, se adornen con
modestia y sobriedad: no con peinados rebuscados,
con oro y perlas, con vestidos lujosos,
sino con buenas obras, 10 como
corresponde a mujeres que se profesan religiosas.
11 La mujer debe escuchar la instrucción
en silencio con toda sumisión.
12 No acepto que la mujer dé lecciones ni
órdenes al varón. Quiero que permanezca
callada, 13 porque Adán fue creado primero
y Eva después. 14 Adán no fue engañado, la
mujer fue seducida y cometió la trasgresión.
15 Pero se salvará por la maternidad, si
mantiene con modestia la fe, el amor y la
santidad.

Categorías diversas


3 1 Es muy cierta esta afirmación: Si
uno aspira al episcopado, desea una

intercesiones, acciones de gracias» (1). Lo segundo, su carácter misionero y universal: «por todas las personas» (1), para «que todos los hombres se salven y lleguen a conocer la verdad» (4), pues esta voluntad salvadora de Dios, abraza a todos, paganos y cristianos, en el único mediador de la salvación, «Cristo Jesús, hombre él también» (5).

Se mencionan especialmente «soberanos y autoridades» (2; cfr. Rom 13,1-8). No se pide para ellos el castigo, sino la conversión, y un primer paso es que sean agentes de paz. Los cristianos de entonces, aunque constituidos ya en comunidades sólidas a través del imperio, seguían siendo una minoría de clase humilde entre la mayoría pagana. Habían superado ya algunas persecuciones, pero vivían pendientes de la honradez y buena voluntad de sus señores civiles, pues no parece que tuvieran acceso a cargos de gobierno. Por otra parte, la oración pública por las autoridades era un testimonio de buen comportamiento ciudadano contra la acusación y sospecha que provocaba la vida alternativa de los cristianos: la de ser elementos antisociales.

2,8-15 Sobre el comportamiento de los hombres y las mujeres. Lo que el autor de la carta dice ahora a propósito de las mujeres, se limita en primer lugar a las asambleas de oración; después se extiende a consideraciones más generales. El grado notable de igualdad entre hombres y mujeres que se dio en las asambleas litúrgicas de las Iglesias fundadas por Pablo, no duró mucho, por desgracia. Años más tarde, nos encontramos con la penosa realidad que nos describen las cartas pastorales: la mujer fue reducida al silencio. Un silencio que iba a durar por siglos, casi hasta nuestros días. En las Iglesias paulinas había mujeres que dirigían las asambleas de oración, mujeres profetas (cfr. 1 Cor 11,3-5), diaconisas (cfr. Rom 16,1), líderes femeninos capaces de explicar «con mayor exactitud el camino de Dios» (Hch 18,26), como hizo Prisca con un predicador de la talla de Apolo (cfr. Hch 18,24-28). La doctrina y la praxis del mensaje evangélico de igualdad entre «griego y judío... hombre y mujer» (Gál 3,28), comenzaron a ir juntas.

En las generaciones posteriores a Pablo se produjo el cambio. Aunque el principio evangélico de igualdad seguía siendo afirmado, sin embargo la cultura patriarcal del tiempo y los prejuicios ancestrales contra las mujeres volvieron a hacerse patentes en la praxis diaria de las comunidades cristianas, como lo muestra la advertencia tan tajante e inadmisible de: «no acepto que la mujer dé lecciones y órdenes al varón. Quiero que permanezca callada» (12). Más inaceptable aún es que quiera reforzar su afirmación con un argumento de las Escrituras: «Adán no fue engañado, la mujer fue seducida y cometió la trasgresión» (14).

¿Qué decir de todo esto? Simplemente que el autor, en este caso, nos está transmitiendo sus prejuicios culturales y no la Palabra de Dios, gracias a la cual gran parte de ese bagaje cultural ha sido ya superado, aunque todavía quede mucho camino por recorrer para que la praxis de igualdad entre el hombre y la mujer en la Iglesia, se corresponda con la enseñanza y la praxis de Jesús de Nazaret.

De todas formas, la intención primera del autor no es definir el lugar que debían ocupar las mujeres en la comunidad, asunto, al parecer, ya zanjado y aceptado por todos, sino corregir posibles brotes de inestabilidad o llamar la atención sobre peligros que amenazaban la unidad y armonía del pequeño grupo cristiano. Es probable que las falsas doctrinas ya mencionadas, influyeran más fácilmente a las mujeres que a los hombres, quizás por la misma situación de vulnerabilidad a que estaban reducidas en aquellas sociedades de corte patriarcal.

3,1-13 Categorías diversas. En su preocupación por la armonía y buen orden de la comunidad, el autor concentra ahora su atención en dos clases de cargos de responsabilidad, el obispo y los diáconos.

tarea importante. 2 Por eso el obispo ha de
ser intachable, fiel a su mujer, sobrio, mo-
desto, cortés, hospitalario, buen maestro,
3 no bebedor ni pendenciero, sino amable,
pacífico, desinteresado; 4 ha de regir su fa-
milia con acierto, manteniendo sumisos a
los hijos, con toda dignidad; 5 porque si uno
no sabe regir la propia familia, ¿cómo se
ocupará de la Iglesia de Dios? 6 No debe ser
un hombre recién convertido, no sea que se
llene de orgullo y caiga bajo la misma con-
denación en la que cayó el Diablo. 7 Es
conveniente tener buena fama entre los no
creyentes, para que no se desacredite y no
lo enrede el Diablo.

8 Asimismo los diáconos sean hombres
respetables, de una sola palabra, no dados
a la bebida ni a ganancias deshonestas;
9 han de conservar con conciencia limpia el
misterio de la fe. 10 También ellos han de
ser probados primero, y si resultan irrepro-
chables, ejercerán su ministerio. 11 Asimis-
mo las mujeres sean dignas, no murmu-
radoras, sobrias, de fiar en todo. 12 Los
diáconos sean fieles a sus mujeres, buenos
jefes de sus hijos y de su casa. 13 Porque los
que ejercen bien el diaconado alcanzan un
rango elevado y autoridad en cuestiones de
fe cristiana.

Misterio cristiano y falsos maestros

14 Aunque espero visitarte pronto, te
escribo estas cosas 15 por si me retraso,
para que sepas cómo comportarte en la
casa de Dios, que es la Iglesia del Dios
vivo, columna y base de la verdad.
16 Grande es, sin duda, el misterio de
nuestra religión:

Cristo se manifestó corporalmente,
su causa triunfó gracias al Espíritu,
se apareció a los ángeles,
fue proclamado a los paganos,
fue creído en el mundo
y exaltado en la gloria.

Ambos títulos procedentes del mundo civil y religioso griego, fueron también aceptados por los cristianos para designar a algunos de sus líderes específicos. Originariamente el primero significaba «supervisor» y el segundo «servidor», o sea un responsable y unos asistentes. Comparando con lo que sabemos de Pablo en otros documentos, la presente carta indica un grado más desarrollado de organización interna de la Iglesia. Allí donde se formaban Iglesias locales, la misión principal de sus responsables era cuidar la comunidad como un pastor cuida su rebaño (cfr. Hch 20,28). Y los títulos que expresaban mejor esta función de «pastores estables», eran justamente los títulos de «obispo» y «diácono». Otros líderes con diferentes funciones menos localizadas y más itinerantes eran designados con distintos nombres, como apóstoles, profetas, evangelistas, maestros, etc. Aunque los términos de «obispo» y «diácono» son los mismos que utilizamos hoy, no es legítimo deducir que las funciones sean idénticas.

La proliferación de nombres y funciones del liderazgo cristiano era una característica de las primeras generaciones de la Iglesia. Con el tiempo, toda la responsabilidad del servicio de la autoridad eclesial se fue concentrando en el ministerio de los obispos, presbíteros y diáconos, nombres con los que hoy día designamos a los ministros ordenados.

La carta suministra orientaciones concretas sobre la actitud de los candidatos para cargos estables de responsabilidad. Llama la atención el hecho de que el cargo de obispo no fuera muy apetecible, o por el testimonio de vida intachable que exigía o bien por el peligro personal que suponía liderar la comunidad en aquellos tiempos de frecuentes persecuciones. Por eso el autor anima a los que se sienten llamados a prestar ese servicio, a no esquivar la responsabilidad. Quizás a algunos llame también la atención el que la mayoría fueran casados. El celibato no es un mandato del Señor para sus ministros, sino una ley eclesiástica que tardó siglos en imponerse y generalizarse y, que como tal, puede ser aplicada o no por la autoridad de la Iglesia de acuerdo con las necesidades de las comunidades cristianas.

En resumidas cuentas, las cualidades del obispo y de los diáconos que exige el autor de la carta no son para nada extraordinarias, o quizás sí, porque el ser «sobrio, modesto, cortés, hospitalario, amable... pacífico, desinteresado» (2s), no son, por desgracia, las cualidades que fácilmente asociamos a las personas que ejercen la autoridad, ya sea dentro o fuera de la Iglesia. Así debía ser entonces y así sigue siendo ahora; de ahí que la amonestación del autor siga tan actual hoy como hace dos mil años. Por otra parte, estas exhortaciones están indicando el ideal de la comunidad cristiana que el autor tenía en su mente: la «casa de Dios», donde debe reinar el espíritu y las virtudes propias de una verdadera familia.

3,14-16 Misterio cristiano y falsos maestros. Al final del primer encargo importante dado a Timoteo, y a modo de conclusión, aparece claramente el objetivo de la carta: el traspaso de la autoridad apostólica. En la hipótesis de que la carta sea auténtica, es decir del mismo Pablo, hay que tomar estas palabras (14s) a la letra: Timoteo queda como delegado interino del Apóstol, el cual espera volver pronto o con un pequeño retraso. Si, como es más probable, la carta es posterior, con nombres simplemente representativos, las palabras sugieren el traspaso de la autoridad única de un apóstol a la generación siguiente de líderes res-

Los deberes de Timoteo
como pastor de la comunidad

4 1 El Espíritu dice expresamente que
en el futuro algunos renegarán de la fe
y se entregarán a espíritus engañosos y
doctrinas demoníacas, 2 seducidos por la
hipocresía de impostores que tienen la con-
ciencia marcada a fuego. 3 Éstos prohibirán
el matrimonio y el consumo de ciertos ali-
mentos; cosas que Dios creó para que los
creyentes y conocedores de la verdad las
tomen agradecidos. 4 Porque todas las cria-
turas de Dios son buenas y nada es despre-
ciable si se lo recibe con acción de gracias,
5 pues la Palabra de Dios y la oración lo
santifican.
6 Si enseñas esto a los hermanos, serás
buen ministro de Cristo Jesús, alimentado
con el mensaje de la fe y la buena doctrina
que has seguido.

Conducta personal
de un ministro de Dios

7 Rechaza las supersticiones y los cuen-
tos de viejas; ejercítate en la piedad. 8 Si el
ejercicio corporal trae provecho limitado, la
piedad aprovecha para todo, porque encie-
rra una promesa de vida para el presente y
para el futuro.
9 Ésta es doctrina cierta y absolutamen-
te digna de fe. 10 Con ese fin nos fatigamos
y luchamos, puesta la esperanza en el Dios
vivo, salvador de todos los hombres y en
especial de los creyentes.
11 Recomienda y enseña esto: 12 Que na-
die te desprecie por ser joven; procura ser
modelo de los creyentes en la palabra, la
conducta, el amor, la fe, la pureza. 13 Hasta
que yo llegue, dedícate a leer, exhortar y
enseñar. 14 No descuides el don espiritual
que posees, que te fue concedido por indi-

---

ponsables. En este caso, la mención de la ausencia ya definitiva de Pablo, que se consumó con su martirio en Roma, sería como un llamamiento conmovedor a la aceptación y a la fidelidad de la comunidad a los sucesores del ausente, encargados ahora de cuidar «la casa de Dios, que es la Iglesia del Dios vivo, columna y base de la verdad» (15).

Esta bella descripción de la comunidad cristiana apunta al misterio mismo de la salvación, que el autor expresa por medio de un himno litúrgico conocido probablemente por los destinatarios de la carta. El himno, síntesis de nuestra fe, proclama que este misterio no es una verdad abstracta, sino una persona, Jesucristo. El hombre que fue conocido como Jesús de Nazaret y que sufrió la muerte en la cruz y resucitó glorioso, es el mismo que ahora es proclamado a los paganos y creído en el mundo (16). Dado el contexto de la carta, el himno tiene la clara intención pastoral de reafirmar el contenido fundamental de la fe cristiana que ya se va extendiendo por todo el mundo.

4,1-6 Los deberes de Timoteo como pastor de la comunidad. Estos deberes pastorales de Timoteo son presentados en contraste radical con las actividades de los falsos doctores, designados con calificativos tales como: «engañosos... de doctrinas demoníacas... impostores que tienen la conciencia marcada a fuego» (1s), como delincuentes o esclavos fugitivos. La viva conciencia que tenían las primeras comunidades de estar viviendo el final de los tiempos, hace que el autor vea en estos individuos a los promotores de la apostasía que tenía que surgir antes de la venida definitiva del Señor (cfr. 2Tes 2,3) y que el mismo Jesús había ya profetizado: «surgirán muchos falsos doctores que engañarán a muchos» (Mt 24,11; cfr. Mc 13,22).

Entre las doctrinas perniciosas, el autor cita la prohibición del matrimonio (3) y las prohibiciones alimenticias, aludiendo, quizás, al dualismo entre cuerpo y espíritu y al desprecio por la materia, típicos del gnosticismo, sistema filosófico-religioso sincretista de entonces, que llegaba a aberraciones tales como considerar –y prohibir a sus iniciados– la unión sexual por ser intrínsecamente mala. Esta filosofía en toda la variedad de manifestaciones, y que se infiltró insidiosamente en el pensamiento y en la praxis cristiana, fue la «bestia negra» de los primeros siglos de la Iglesia. Contra semejantes barbaridades, el autor apela al «sentido común» de la persona que se ha nutrido de la Palabra de Dios que nos transmite la Biblia: «todas las criaturas de Dios son buenas» (4; cfr. Gn 1,31; Eclo 39,16), con tal de que sea la Palabra de Dios y la oración las que nos indique el camino para relacionarnos con ellas. Y dirigiéndose a Timoteo, concluye afirmando que un «buen ministro de Cristo Jesús es el que se nutre con el mensaje de la fe y la buena doctrina» (6), y así la enseña y testimonia con su vida. La mejor expresión que hoy define el ministerio de los obispos, presbíteros y diáconos es precisamente ésta: la de ser «servidores de la Palabra de Dios».

4,7-16 Conducta personal de un ministro de Dios. Como en las exhortaciones anteriores, el autor continua dirigiéndose personalmente a Timoteo, pero con la intención de esbozar la figura ideal del responsable de las Iglesias locales, aplicable a todo aquel que ejerce el ministerio de la autoridad, y que como tal debe ser: «modelo de los creyentes en la palabra, la conducta, el amor, la fe, la pureza» (12). En esto consiste y debe consistir «el don espiritual que posees», reconocido por todos, y hecho público y oficial «al imponerte las manos los ancianos» (14), que era el símbolo ritual con que se solemnizaba la transmisión del ministerio apostólico.

cación profética al imponerte las manos los
ancianos. 15 Cuida de eso, ocúpate de eso,
de modo que todos puedan ver tus progre-
sos, 16 vigila tu persona y tu enseñanza y sé
constante. Haciéndolo se salvarán tanto tú
como tus oyentes.

Sobre las viudas

5 1 A un anciano no lo trates con dure-
za, más bien aconséjalo como a un
padre; a los jóvenes como a hermanos, 2 a
las ancianas como a madres, a las jóvenes
como a hermanas, con toda delicadeza.
3 Socorre a las viudas que están necesita-
das. 4 Pero si una viuda tiene hijos o nietos,
éstos han de aprender primero a practicar
la piedad familiar y a pagar a sus padres lo
que les deben. Eso es lo que agrada a Dios.
5 En cambio, la viuda de verdad, que vive
sola, tiene su esperanza en Dios y persevе-
ra rezando y suplicando día y noche. 6 Pero
la viuda que lleva una vida disipada está
muerta en vida.

7 Recomienda esto para que sean irre-
prochables. 8 Si uno no cuida de los suyos,
especialmente de los que viven en su casa,
ha renegado de la fe y es peor que un in-
crédulo.

9 En la lista de las viudas debe estar úni-
camente la que haya cumplido sesenta
años, que haya sido fiel a su marido, 10 que
sea conocida por sus buenas obras: por ha-
ber criado a sus hijos, por haber sido hos-
pitalaria, lavado los pies a los consagrados,
socorrido a los necesitados, por haber
practicado toda clase de obras buenas.

11 Excluye a las viudas jóvenes, porque,
cuando la sensualidad las aparta de Cristo,
quieren casarse otra vez 12 y se hacen cul-
pables de haber faltado a su compromiso.
13 Más aún, como están ociosas, se acos-
tumbran a ir de casa en casa; y no sólo es-
tán ociosas, sino que murmuran, se
entrometen, hablan sin ton ni son. 14 Las
viudas jóvenes quiero que se casen, tengan
hijos y administren la casa, así no darán al
enemigo ocasión de escándalo. 15 Porque
ya hay algunas que se han extraviado si-
guiendo a Satanás.

16 Si una cristiana tiene en su casa viu-
das, que se ocupe de ellas, así no son una
carga para la Iglesia, que debe sustentar a
las viudas de verdad.

Ancianos o presbíteros

17 Los ancianos que presiden con acier-
to merecen doble honorario, sobre todo si
trabajan en predicar y enseñar. 18 Dice la
Escritura: *No pondrás bozal a buey que tri-
lla*; el obrero tiene derecho a su salario.

Las comunidades cristianas a las que van dirigidas las «cartas pastorales» conocían muy bien la diversidad de carismas y dones con que el Espíritu Santo agraciaba a los cristianos sin distinción de sexo o condición social (cfr. 1 Cor 12). Eran dones temporales que surgían y desaparecían. Pero también sabían que entre los carismas había algunos especiales, de carácter permanente, que afectaban a la existencia misma de la Iglesia: eran los carismas de la autoridad como servicio a la comunidad (cfr. Ef 4,11s).

Al igual que hace Pablo en su carta a los Efesios (cfr. Ef 4,11), el autor dirigiéndose a Timoteo, más que referirse al carisma que éste posee, le exhorta a que toda su persona se convierta en ese don vivo para sus hermanos y hermanas en la fe. Tan seria es esta exhortación que la salvación del responsable va vinculada a la de los subordinados: cumpliendo todo esto «se salvarán tanto tú como tus oyentes» (16).

5,1-16 Sobre las viudas. Entre las personas más desamparadas de las sociedades patriarcales, se encontraban las viudas sin hijos, quienes por carecer de la protección del varón estaban a la merced de la generosidad y compasión ajenas. Las viudas junto con los huérfanos reciben mucha atención en el Antiguo Testamento, tanto en la legislación (cfr. Lv 19,32), como en las denuncias de los profetas cuando eran descuidados (cfr. Is 1,16s). La preocupación por la situación de las viudas continuó siendo un tema importante en las primeras comunidades cristianas (cfr. Hch 6,1).

El autor de la carta distingue varios grupos de viudas. Las jóvenes que, libres del vínculo conyugal (cfr. Rom 7,2), viven licenciosamente. A éstas les recomienda que vuelvan a casarse. Otras viven con familiares que cuidan de ellas o viven acogidas a la caridad de alguna familia cristiana. Por último, las desamparadas que serán socorridas de un fondo común, producto de limosnas y do naciones. Entre éstas, algunas más ancianas –sesenta años en aquellos tiempos era una edad muy avanzada– desempeñarán algunas funciones en la comunidad. Desde luego rezar –como Ana, cfr. Lc 2,36s– y probablemente otras tareas compatibles con su edad. Lo que llama la atención de estas exhortaciones es el carácter familiar que tenían las comunidades cristianas, que hoy sigue manteniéndose especialmente en las comunidades eclesiales de base.

5,17-25 Ancianos o presbíteros. Los «ancianos», no necesariamente personas de edad avanzada, tenían una función de responsabilidad en la comuni-

19 Contra un anciano no aceptes acusación,
si no se presentan por lo menos dos o tres
testigos. 20 A los pecadores repréndelos en
público, para que los demás escarmienten.
21 Te encargo delante de Dios y Cristo
Jesús y los ángeles elegidos, que observes
estas normas sin hacer distinciones ni par-
tidismos. 22 A nadie impongas las manos
apresuradamente, no te hagas cómplice de
culpas ajenas. Consérvate puro. 23 Deja de
beber agua sola; toma algo de vino para la
digestión y por tus frecuentes dolencias.
24 Los pecados de algunos son patentes
aun antes de ser juzgados, los de otros tar-
dan en manifestarse. 25 De modo semejan-
te, las buenas obras están a la vista, y las
que no lo son ya se pondrán de manifiesto.

Sobre los esclavos

6 1 Los que están bajo el yugo de la
esclavitud han de considerar a sus
amos dignos de todo respeto, para que no
se hable mal del nombre de Dios ni de
nuestra enseñanza. 2 Los que tienen amos
creyentes, no por ser hermanos en la fe de-
ben despreciarlos; antes bien deben servir-
les mejor, porque los que gozan de sus ser-
vicios son creyentes y hermanos amados.
Eso es lo que debes de enseñar y reco-
mendar.

Sigue la polémica contra los falsos doctores

3 Quien enseña otra cosa y no se atiene
a las palabras saludables de nuestro Señor
Jesucristo y a una enseñanza religiosa, 4 es
un vanidoso que no entiende nada, un en-
fermo de disputas y controversias de pala-
bras. De ahí brotan envidias, discordias,
insultos, sospechas malignas, 5 discusiones
interminables propias de personas corrom-
pidas mentalmente, ajenas a la verdad, que

---

dad, como sucedía en el Antiguo Testamento y en otras culturas donde formaban el Consejo en los pueblos y el Senado en la nación –«senatus» viene de «senex» que quiere decir «anciano»–. Forman grupo y su responsabilidad es colegial. Aparecen en Éfeso como encargados de la comunidad cristiana local bajo la autoridad de Pablo (cfr. Hch 20,17). Da la impresión de que también Timoteo estaba por encima del colegio de ancianos –como el obispo de hoy sobre sus presbíteros–. De ahí las recomendaciones que le dirige el autor de la carta.

Los ancianos en funciones reciben salario. Su responsabilidad era la de predicar, enseñar y, sobre todo, la de ser consejeros del responsable principal de la comunidad, en este caso Timoteo.

A éste le corresponde, pues, presidir el grupo de «ancianos», transmitirles el don de su ministerio después de haber hecho una cuidadosa selección de los candidatos, corregirlos cuando sea necesario y protegerlos contra acusaciones infundadas. De este grupo de ancianos de la Iglesia primitiva –«presbíteros» en latín–, han tomado nombre y función de consejeros los presbíteros o sacerdotes de la Iglesia de hoy.

En otras palabras, el obispo no puede gobernar su diócesis como monarca absoluto, sino que lo debe hacer siempre, por obligación, contando con el consejo y la opinión de sus sacerdotes.

Es curioso que, entre esta serie de graves exhortaciones a Timoteo, se le escape al autor el consejo «casero»: «toma algo de vino para la digestión y por tus frecuentes dolencias» (23). Quede ahí como anécdota familiar, aunque quizás también tenga otra intención, a saber, que el vino tomado con moderación es una de esas buenas criaturas de Dios, y no un mal contra el que probablemente tronaban los falsos doctores.

6,1s Sobre los esclavos. Estas recomendaciones del autor hay que leerlas en el contexto social en que fueron escritas.

La esclavitud era un hecho contra el que nada podían hacer, ni social ni políticamente los cristianos de entonces, lo mismo que la Iglesia de hoy se muestra social y políticamente impotente antes las esclavitudes de nuestros días, tanto o más perniciosas. La igualdad, «en Cristo no hay amo ni esclavo» (Gál 3,28) la vivían ya aquellos creyentes como la gran revolución evangélica que estaba cambiando sus vidas. Justamente por eso, es probable que algunos «esclavos cristianos» comenzaran a cuestionar la obediencia a sus amos.

Por el bien, pues, de la comunidad, para evitar desórdenes internos y seguras represalias por parte de las autoridades civiles, el autor recomienda a los esclavos el respeto a sus amos.

La obligación correlativa del amo hacia el esclavo es un tema que aparece en muchas de las cartas de Pablo (cfr. 1 Cor 7,21-24; Ef 6,5-9; Col 3,22-25). Ésta sería la motivación negativa. Más importante es la positiva, la que constituye el verdadero mensaje que ellos creían, practicaban y que con el tiempo acabaría con la esclavitud antigua y lo hará con las modernas: el amor fraterno que debe presidir todas las relaciones humanas.

Más que condenas y desobediencia civil contra el orden establecido de entonces, era este testimonio de amor mutuo –incluso el de los esclavos para sus amos, también dignos de amor (2)– la vida alternativa y contra-cultural que ofrecían las comunidades cristianas de los primeros siglos.

6,3-10 Sigue la polémica contra los falsos doctores. Esta polémica, que ha aparecido a lo largo de toda la carta, se centra ahora en la raíz última de la

piensan que la religión es una fuente de ri-
queza. 6 Y claro está que la religión es una
fuente de riqueza para quien sabe conten-
tarse, 7 ya que nada trajimos al mundo y
nada podremos llevarnos. 8 Contentémonos
con tener vestido y alimento.
9 Los que se afanan por enriquecerse
caen en tentaciones y trampas y múltiples
deseos insensatos y profanos, que precipi-
tan a los hombres en la ruina y la perdición.
10 La raíz de todos los males es la codicia:
por entregarse a ella, algunos se alejaron
de la fe y se atormentaron con muchos su-
frimientos.

Encargos a Timoteo

11 Tú en cambio, hombre de Dios, huye
de todo eso; busca la justicia, la devoción a
Dios, la fe, el amor, la paciencia, la bondad.
12 Pelea el noble combate de la fe. Aférrate
a la vida eterna, a la cual te llamaron cuan-
do hiciste tu noble confesión ante muchos
testigos. 13 En presencia de Dios, que da
vida a todo, y de Cristo Jesús, que dio tes-
timonio ante Poncio Pilato con su noble
confesión, 14 te encargo que conserves el
mandato sin mancha ni tacha, hasta que
aparezca nuestro Señor Jesucristo, 15 quien
será mostrado a su tiempo por el bienaven-
turado y único Soberano, el Rey de reyes y
Señor de señores, 16 el único que posee la
inmortalidad, el que habita en la luz inac-
cesible, que ningún hombre ha visto ni pue-
de ver. A él el honor y el poder por siempre.
Amén.

Posdata

17 A los ricos de este mundo recomién-
dales que no sean orgullosos, que pongan
su esperanza no en riquezas inciertas, sino
en Dios, que nos permite disfrutar abun-
dantemente de todo. 18 Que sean ricos de

---

que brota todo el comportamiento de esas «personas corrompidas mentalmente, ajenas a la verdad» (5) y que tantos problemas estaban causando en la comunidad, a saber: esos tales «piensan que la religión es una fuente de riqueza» (5). Y lo vuelve a repetir más adelante citando un proverbio de entonces y de siempre: «la raíz de todos los males es la codicia» (10). Se trata de una generalización convencional, pues otros dirán que la raíz de todos los males es la soberbia. Con todo, el análisis es certero: el afán de lucro vicia la credibilidad del mensaje evangélico. Por algo Pablo quiso siempre demostrar explícitamente su desinterés por los bienes materiales (cfr. Flp 4,12) y su empeño en ganarse el pan con el sudor de su frente sin ser gravoso a nadie ni usar privilegios para su trabajo apostólico (cfr. 1 Cor 9,1-17). Este testimonio de desprendimiento sólo es posible vivirlo por amor y por la fuerza de Jesucristo: «todo lo puedo en aquel que me da fuerzas» (Flp 4,13).

Dando probablemente por conocidos el ejemplo y las motivaciones del desprendimiento de Pablo, el autor de la carta quiere reforzar sus exhortaciones a Timoteo recordándole la tradición de realismo y sentido común que ofrece la sabiduría bíblica sobre la pobreza y la riqueza. Y así, hace eco del dicho de Job: «nada trajimos al mundo y nada podremos llevarnos» (7; cfr. Job 1,21); por tanto, contentémonos «con tener vestido y alimentos» (8), dice parafraseando el dicho de los Proverbios: «no me des riqueza ni pobreza, concédeme mi ración de pan» (Prov 30,8; cfr. Mt 6,31-33).

6,11-16 Encargos a Timoteo. En contraposición a los «falsos doctores», todo líder cristiano debe ser «un hombre de Dios» para su comunidad, como lo fueron los grandes líderes y profetas del Antiguo Testamento, Moisés, Samuel, Elías, Eliseo, etc. Y como lo fue también el mismo Pablo en cuyo nombre, y recordando su ejemplo, el autor invita a Timoteo a pelear «el noble combate de la fe» (12; cfr. 1 Cor 9,25s; 2 Tim 4,7).

Aunque todos los creyentes deben ser hombres y mujeres de Dios por el testimonio de vida intachable a que se comprometieron públicamente en el bautismo, el líder de la comunidad lo debe ser por doble razón, por ser él mismo un cristiano y por haber aceptado servir como pastor de la comunidad cuando, públicamente, frente a todos sus encomendados, recibió su misión y confesó su intención de servir. Así de solemne presenta el autor de la carta el ministerio pastoral encomendado a Timoteo.

Entre las cualidades personales de un hombre de Dios, además de las que ya mencionó en 4,12, añade aquellas que principalmente se atribuyen al mismo Dios en el Antiguo Testamento... «la paciencia, la bondad» (11). Pero como responsable de la comunidad, su obligación principal es la de custodiar y mantener intacta la sana doctrina: «te encargo que conserves el mandato sin mancha ni tacha» (14). Esta sana doctrina que Pablo anunció, por la que dio toda su vida y de la que hace eco el autor a través de toda la carta, no son simplemente verdades abstractas, sino la memoria de Jesús. Los cristianos no creen en doctrinas sino en una Persona, Jesús de Nazaret, que sigue vivo y presente en la comunidad, convocándola y cuidándola a través de sus representantes. Y así será hasta el día final, «hasta que aparezca nuestro Señor Jesucristo» (14). Con un solemne «Amén» (16), –¡Así sea!– termina la carta.

6,17-21 Posdata. Como si al dictar o revisar el escrito se le hubiera olvidado algo, el autor añade dos

buenas obras, generosos y solidarios. [19] Así
acumularán un buen capital para el futuro y
alcanzarán la vida auténtica. [20] Querido Ti-
moteo, conserva el depósito de la fe, evita
la charlatanería profana y las objeciones de
una mal llamada ciencia. [21] Algunos por
profesarla se apartaron de la fe. La gracia
de Dios esté con ustedes.



exhortaciones más. Una dirigida a los ricos de la comunidad, a quienes viene a decir que la riqueza es buena sólo y cuando es solidaria y usada al servicio de los necesitados. Es la única manera de que los bienes produzcan «un buen capital para el futuro», que es «la vida auténtica» (19).

Por último, y con la urgencia que tienen las últimas recomendaciones, vuelve de nuevo sobre el tema constante de la carta: «conserva el depósito de la fe» (20), de la sana doctrina. Aunque el escrito va dirigido a Timoteo, en él va incluida toda la comunidad: «la gracia de Dios esté con ustedes» (21).

SEGUNDA CARTA A
TIMOTEO

Saludo y acción de gracias

1 1 Pablo, apóstol de Cristo Jesús, por voluntad de Dios, según la promesa de vida cumplida en Cristo Jesús, 2 al querido hijo Timoteo: Gracia, misericordia y paz de parte de Dios Padre y de Cristo Jesús Señor nuestro.

3 Doy gracias al Dios de mis antepasados, a quien sirvo con conciencia limpia, siempre que te menciono en mis oraciones, noche y día. 4 Me acuerdo siempre de las lágrimas que derramaste, y quisiera verte para llenarme de alegría. 5 Recuerdo tu fe sincera, la que tuvo primero tu abuela Loide, después tu madre Eunice y ahora estoy seguro que también la tienes tú.

Fiel a la Buena Noticia

6 Por eso te recuerdo que avives el don de Dios que recibiste por la imposición de mis manos. 7 Porque el Espíritu que Dios nos ha dado no es un espíritu de cobardía, sino de fortaleza, amor y templanza. 8 No te avergüences de dar testimonio de Dios, ni de mí, su prisionero; al contrario con la fuerza que Dios te da comparte conmigo los sufrimientos que es necesario padecer por la Buena Noticia. 9 Él nos salvó y llamó, destinándonos a ser santos, no por mérito de nuestras obras, sino por su propia iniciativa y gracia, que se nos concede desde la eternidad en nombre de Cristo Jesús 10 y que se manifiesta ahora por la aparición de nuestro salvador Cristo Jesús; quien ha destruido la muerte e iluminado la vida inmortal por medio de la Buena Noticia. 11 De ella me han nombrado predicador, apóstol y maestro. 12 Por esa causa padezco estas cosas, pero no me siento fracasado, porque sé en quién he puesto mi confianza y estoy convencido de que puede custodiar el bien que me ha encomendado hasta el último día. 13 Consérvate fiel a las enseñanzas que me escuchaste, con la fe y el amor de Cristo Jesús. 14 Y guarda el precioso depósito con la ayuda del Espíritu Santo que habita en nosotros.

15 Estás enterado de que me han abandonado todos los de Asia, incluidos Figelo y Hermógenes. 16 El Señor tenga piedad de la familia de Onesíforo, el cual muchas veces me alivió y no se avergonzó de visitar a

---

1,1-5 Saludo y acción de gracias. Pablo, o el autor que personifica al Apóstol, se presenta como siempre señalando ya desde el principio su condición de apóstol «por voluntad de Dios» (1) y no por mera decisión humana. Si este dato ha sido importante en las cartas salidas de la pluma del mismo Pablo, lo es aún más en las «cartas pastorales» donde estaba en juego el traspaso de la autoridad apostólica a la nueva generación de responsables cristianos quienes, no teniendo quizás el prestigio y el carisma personal del Apóstol, necesitaban más del reconocimiento de su liderazgo por parte de la comunidad.

Al pasar de la Primera a la Segunda carta a Timoteo escuchamos un tono diverso, más personal en los recuerdos, más cordial en los consejos y avisos. Pablo espera su destino final en una cárcel de Roma y parece que quiere dar a su escrito un carácter de testamento. Contemplando, pues, su desenlace próximo y el futuro de su discípulo y sucesor, Timoteo, recuerda emocionado las lágrimas de éste al decirle adiós y la «fe sincera» (5) que profesa y que recibió en el seno familiar. Sabemos que Timoteo nació de padre pagano y de madre judía convertida (cfr. Hch 16,1) y que fueron su abuela y su madre las que le dieron una educación cristiana. Son recuerdos que llevan al Apóstol, día y noche, a orar por su querido hijo en la fe (1 Tim 1,2).

1,6-18 Fiel a la Buena Noticia. Las palabras de Pablo están impregnadas de la urgencia y la emoción de las últimas recomendaciones. Comienza recordando a su discípulo y sucesor el momento solemne de la imposición de manos (cfr. 1 Tim 4,14; Hch 6,6), en alusión al rito en que le fue trasmitida la autoridad apostólica, es decir el carisma o don del Espíritu para dirigir a la comunidad con valentía y dar testimonio acerca de la buena noticia de «la aparición de nuestro Salvador Cristo Jesús» (10; cfr. Tit 2,11), de la que él mismo, Pablo, se considera «predicador, apóstol y maestro» (11) y por la que ha luchado, sufrido y por la que ahora está en la cárcel.

un preso. 17 Estando en Roma me buscó
hasta encontrarme. 18 El Señor le conceda
alcanzar su misericordia en el día aquel. Tú
conoces mejor que nadie los servicios que
me prestó en Éfeso.

Soldado de Cristo

2 1 Tú, hijo mío, saca fuerzas de los do-
nes que has recibido de Cristo Jesús.
2 Lo que me escuchaste en presencia de
muchos testigos transmítelo a personas de
fiar, que sean capaces de enseñárselo a
otros. 3 Comparte las penas como buen sol-
dado de Cristo Jesús. 4 Un soldado en ser-
vicio activo no se enreda en asuntos civiles,
si quiere satisfacer al que lo reclutó. 5 Lo
mismo un atleta: no gana el premio si no
compite según el reglamento. 6 El labrador
que trabaja es el primero en recibir los fru-
tos. 7 Reflexiona sobre lo que te digo, que el
Señor te hará entenderlo todo.

8 Acuérdate de Jesucristo, resucitado de
la muerte, y descendiente de David. Ésta es
la Buena Noticia que yo predico 9 por la
que sufro y estoy encadenado como mal-
hechor, pero la Palabra de Dios no está en-
cadenada. 10 Yo todo lo sufro por los
elegidos de Dios, para que, por medio de
Cristo Jesús, también ellos alcancen la sal-
vación y la gloria eterna.

11 Esta doctrina es digna de fe:

Si morimos con él, viviremos con él;
12 si perseveramos, reinaremos con él;
si renegamos de él, renegará de nosotros;
13 si le somos infieles, él se mantiene fiel,
porque no puede negarse a sí mismo.

14 Recuérdales esto, y encárgales de-
lante de Dios que dejen de discutir por
cuestiones de palabras; esas discusiones
no sirven para nada, sólo perjudican a los
que las escuchan. 15 Esfuérzate por mere-
cer la aprobación de Dios, como obrero in-
tachable que enseña debidamente el
mensaje de la verdad. 16 Evita conversacio-
nes inútiles y extrañas a la fe, que fomen-
tan más y más la impiedad; 17 son discur-
sos que se propagan como gangrena. Tal
es el caso de Himeneo y Fileto: 18 cuando
afirman que nuestra resurrección ya ha su-
cedido, se apartan de la verdad y socavan
la fe de algunos. 19 Pero el firme cimiento
de Dios resiste, y lleva la siguiente inscrip-

Esta situación de penalidades y de privación de libertad no la considera en manera alguna como fracaso de su apostolado o del Evangelio del que es heraldo, pues el Apóstol se siente tan identificado personalmente con la Buena Noticia que predica, que tanto su vida y su destino, como el mismo mensaje evangélico, los contempla como un depósito que está seguro en las manos de aquel que puede custodiarlo hasta el último día (12). Este depósito de la fe debe ser también la norma de vida de su discípulo Timoteo, gracias a la presencia del Espíritu.

2,1-19 Soldado de Cristo. Pablo entra en el tema central de esta carta-testamento con tres recomendaciones a su discípulo. La primera: que escoja personas de fiar a quienes pueda trasmitir el legado de la Palabra de Dios que él mismo, Timoteo, recibió públicamente «en presencia de muchos testigos» (2).

No sólo es su deber guardar fielmente la «memoria de Jesús» que recibió de su maestro Pablo, sino asegurar que esa memoria se mantenga intacta de una generación a otra.

La segunda: siendo esta «memoria de Jesús» la memoria de un «crucificado», el sufrimiento que acompañará a sus seguidores tiene un valor evangélico. Así ha entendido Pablo siempre sus sufrimientos de apóstol y así interpreta ahora su prisión: «todo lo sufro por los elegidos de Dios, para que… alcancen la salvación y la gloria eterna» (10). El Apóstol exhorta a su discípulo a tener esta «memoria» siempre delante de sus ojos: «acuérdate de Jesucristo, resucitado de la muerte» (8), terminando con la cita de un bello poema en la que ve al creyente entrando en plena comunión con el misterio redentor de Cristo, tanto en su pasión como en su gloria.

La tercera exhortación se refiere al tema constante de las «cartas pastorales»: los falsos doctores, y la actitud que deberán tener los responsables de la comunidad frente a ellos. Contrapone a la palabrería profana y peligrosa de esos tales, la palabra de la verdad que es el Evangelio. Cita un ejemplo de estas doctrinas peligrosas: la de aquellos que decían que la resurrección había tenido ya lugar en el bautismo y que no había que esperar otra, o sea, la resurrección después de la muerte (Jn 5,28s). Para asegurar que las falsas doctrinas no prevalecerán, el autor emplea una bella metáfora: la piedra fundacional de la Iglesia lleva dos inscripciones grabadas, una se refiere a la presencia protectora del Señor que «conoce a los suyos» (19a).

ción: El Señor conoce a los suyos, y: quien
invoque el nombre del Señor apártese de la
injusticia.

La Iglesia, la casa grande

20 En una casa grande no hay sólo reci-
pientes de oro y plata, sino también de ma-
dera y loza, unos para usos nobles, otros
para usos humildes. 21 Quien se mantenga
limpio de todo lo dicho será recipiente no-
ble, consagrado, útil para el dueño, dispo-
nible para cualquier tarea buena. 22 Huye
de las pasiones juveniles, procura la justi-
cia, la fe, el amor, la paz con todos los que
invocan sinceramente al Señor. 23 Evita las
discusiones necias y carentes de sentido,
teniendo en cuenta que generan peleas.
24 Y un siervo del Señor no ha de pelear; an-
tes bien, debe mostrarse a todos modesto,
buen maestro, tolerante, 25 capaz de amo-
nestar con suavidad a los adversarios, para
que Dios les conceda el arrepentimiento y
el conocimiento de la verdad. 26 Así podrán
recobrar el juicio y librarse de la red del
Diablo, que los tiene prisioneros para hacer
de ellos lo que quiera.

Los últimos tiempos

3 1 Debes saber que en los últimos
tiempos se presentarán situaciones
difíciles. 2 Los hombres serán egoístas y
amigos del dinero, fanfarrones, arrogantes,
injuriosos, desobedientes a los padres, in-
gratos, no respetarán la religión, 3 inca-
paces de amar, implacables, calumniado-
res, incontrolados, inhumanos, hostiles a lo
bueno, 4 traidores y atrevidos, vanidosos,
más amigos del placer que de Dios; 5 aun-
que aparentarán ser muy religiosos, pero
rechazarán sus exigencias. ¡Apártate de esa
gente! 6 A este grupo pertenecen esos que
se meten en las casas y engañan a débiles
mujeres cargadas de pecados, arrastradas
por diversas pasiones, 7 siempre experi-
mentando, pero incapaces de comprender
la verdad. 8 Lo mismo que Janes y Jambres
se enfrentaron con Moisés, así éstos se en-
frentan con la verdad; son gente de menta-
lidad corrompida, reprobados en la fe.
9 Pero no seguirán adelante: como en el
caso de los rivales de Moisés, su necedad
quedará desenmascarada ante todo el
mundo.

10 Tú, en cambio, has seguido mi ense-
ñanza, mi modo de proceder, mis proyec-
tos, mi fe, paciencia, amor y perseverancia;
11 mis persecuciones y sufrimientos, como
los que pasé en Antioquía, Iconio y Listra; y
las persecuciones que hube de soportar;
pero de todas me libró el Señor. 12 Es cier-
to que todos los que quieran vivir religio-
samente, como cristianos, sufrirán perse-
cuciones, 13 en cambio los malhechores e
impostores irán de mal en peor, engañando
y siendo engañados.

La otra advierte a los que invocan su nombre a alejarse de toda esa falsedad a la que llama «injusticia» (19b).

2,20-26 La Iglesia, la casa grande. Con la imagen de la Iglesia como la «casa grande», imagen favorita de las cartas pastorales, el autor concluye estas primeras exhortaciones a Timoteo. Esta casa cuyo único dueño es el Señor, tiene su ajuar humano para las diversas tareas más o menos honoríficas: «recipientes de oro y plata… de madera y de loza» (20). Y todos están llamados, especialmente los responsables de la comunidad, a convertirse en «recipiente noble… útil para el dueño» (21), no a través de discusiones inútiles y peleas dialécticas, sino a través del testimonio de una vida que practica «la justicia, la fe, el amor, la paz» (22). Sólo así será posible atraer a los descarriados al arrepentimiento y a la verdad.

3,1-13 Los últimos tiempos. Comienza aquí una exhortación para los tiempos finales que se avecinan. Dado el carácter de testamento de esta carta, Pablo prevé su final próximo –el autor que personifica al Apóstol conoce su martirio–, de modo que no podrá prestar su ayuda en los tiempos difíciles que se avecinan. Antes de partir –víctima de la persecución– da consejos a su sucesor y le previene de lo que va a suceder. Es lo que hacía Jesús en los discursos escatológicos (Mt 24; Mc 13), y lo decía expresamente: «se lo digo ahora, antes de que suceda, para que, cuando suceda, crean que Yo soy» (Jn 13,19). El discípulo y sucesor de Pablo tendrá que valerse de las enseñanzas y ejemplos del maestro y de lo que aprendió por la Escritura.

La maldad de los tiempos se presenta con una enumeración retórica de tipos malvados, inspirada en las listas de vicios que denunciaban tanto la moral judía como la griega. Todo apunta al clima de corrupción de la sociedad en que vivían las comunidades cristianas, corrupción que también se «mete en las casas» (6) de los creyentes por medio de esos individuos corruptos que presentan sus elucubraciones con ropaje de religiosidad pero que rechazan sus exigencias. Timoteo como responsable de la comunidad debe estar en guardia y evitarlos. Pero no prevalecerán, como no prevalecieron aquellos rivales de Moisés que se opusieron a su misión.

Servidor de la Palabra de Dios

14 Tú permanece fiel a lo que aprendiste
y aceptaste con fe: sabes de quién lo apren-
diste. 15 Recuerda que desde niño conoces
la Sagrada Escritura, que puede darte sabi-
duría para salvarte por la fe en Cristo Je-
sús. 16 Toda Escritura es inspirada y útil
para enseñar, argumentar, encaminar e ins-
truir en la justicia. 17 Con lo cual el hombre
de Dios estará formado y capacitado para
toda clase de obras buenas.

4 1 Delante de Dios y de Cristo Jesús,
que ha de juzgar a vivos y muertos, te
ruego por su manifestación como rey:
2 proclama la palabra, insiste a tiempo y
destiempo, convence, reprende, exhorta
con toda paciencia y pedagogía. 3 Porque
llegará un tiempo en que los hombres no
soportarán la sana doctrina, sino que, si-
guiendo sus pasiones, se rodearán de
maestros que les halaguen los oídos. 4 Da-
rán la espalda a la verdad, y se volverán
para escuchar cosas fantasiosas. 5 Tú vigila
continuamente, aguanta las pruebas, reali-
za la tarea de anunciar la Buena Noticia,
cumple tu ministerio.

Recomendaciones y saludos finales

6 En cuanto a mí, ha llegado la hora del
sacrificio y el momento de mi partida es in-
minente. 7 He peleado el buen combate, he
terminado la carrera, he mantenido la fe.
8 Sólo me espera la corona de la justicia,
que el Señor como justo juez me entregará
aquel día. Y no sólo a mí, sino a cuantos
desean su manifestación.

9 Procura venir a verme cuanto antes;
10 porque Dimas, enamorado de este mun-
do, me ha abandonado y se ha ido a Tesa-
lónica, Crescente se ha ido a Galacia, Tito
a Dalmacia. 11 Sólo Lucas se ha quedado
conmigo. Recoge a Marcos y tráelo conti-
go, ya que lo encuentro muy útil en el mi-

Timoteo, por el contrario, se ha mantenido fiel a la enseñanza recibida de su maestro y su fidelidad a la memoria de Jesús se manifiesta en el testimonio de una vida de «fe, paciencia, amor y perseverancia» (10) y, sobre todo y al igual que Pablo, en la marca de autenticidad de la misión apostólica: «mis persecuciones y sufrimientos» (11). La persecución forma parte de la vida de un apóstol, como anunció Jesús: un discípulo no es más que su maestro (Mt 10,24; cfr. Hch 9,16). No sólo de los apóstoles sino de todo cristiano y cristiana auténticos.

3,14–4,5 Servidor de la Palabra de Dios. La última recomendación a Timoteo que pone el autor de la carta en boca de Pablo se centra en la Sagrada Escritura, «que desde niño conoces» (15), y que, siendo inspirada por Dios le dará la sabiduría para guiar a la comunidad en el ministerio de «enseñar, argumentar, encaminar e instruir en la justicia» (16). Es éste uno de los textos en que la Escritura atestigua sobre sí misma, –el otro es 2 Pe 1,19-21– que es «inspirada por Dios», soplada por el aliento divino. El autor hace así eco de la tradición bíblica del Antiguo Testamento que decía por boca de David: «el espíritu del Señor habla por mí, su palabra está en mi lengua» (2 Sm 23,2).

La tradición cristiana la recogió y extendió la inspiración a los libros del Nuevo Testamento. Es esta Palabra la que convierte al cristiano en «hombre y mujer de Dios» en sentido bíblico, es decir, en «profetas», en personas que escuchan, practican y proclaman la Palabra de Dios.

El carácter de «testamento» que tiene la carta, alcanza aquí su máxima intensidad. Tomando a Dios y a Jesucristo por testigos y teniendo como horizonte el final de la historia, el Apóstol conjura solemnemente a Timoteo que «ahora» es el tiempo de anunciar la Palabra de Dios. Una cascada de imperativos expresa la urgencia y la necesidad del anuncio: proclama, convence, reprende, exhorta (2), vigila, aguanta las pruebas, realiza la tarea, cumple tu ministerio (5).

Nunca ha sido mejor expresada la vocación y la misión fundamental del ministerio ordenado –obispos, sacerdotes, diáconos– dentro de la Iglesia: ser servidores de la Palabra de Dios. Y en comunión con los responsables de la Iglesia, la misión y la vocación de todos los creyentes.

4,6-22 Recomendaciones y saludos finales. Al concluir su testamento, Pablo se ve a sí mismo justamente como un servidor de la Palabra que se enfrenta con la inminencia de la partida definitiva. La muerte próxima y violenta del Apóstol, al igual que toda su vida apostólica al servicio del Evangelio, tiene un carácter de sacrificio litúrgico, una libación (6). La partida será un levar anclas. Es un atleta que ha competido hasta el final y ahora se dispone a recibir la corona del premio (1 Cor 9,25). Sólo que en esta competición no es coronado uno solo, sino cuantos corren con esperanza invencible. El «justo juez» es el árbitro de la competición y él «me salvará en su reino celeste» (18). El prisionero siente la soledad por el abandono o desvío de algunos colaboradores y la hostilidad de un conocido. En esa mezcla de nombres, algunos conocidos –cuatro figuran en la carta a los Colosenses– y en los datos sobre el proceso no sabemos cuánto es reflejo de hechos que conocía el autor de la carta y cuánto es aportación suya. Con un «gracia a todos ustedes» (22) termina Pablo su testamento.

nisterio. 12 A Tíquico lo envié a Éfeso.
13 Cuando vengas, tráeme la capa que
dejé en Tróade en casa de Carpo, también
los libros y, especialmente, todos los per-
gaminos. 14 Alejandro el herrero me ha
tratado muy mal: el Señor le pagará como
se merece. 15 Tú también guárdate de él,
que se ha opuesto tenazmente a mis dis-
cursos. 16 En mi primera defensa nadie me
asistió, todos me abandonaron; espero
que Dios no se lo tome en cuenta. 17 El Se-
ñor, sí, me asistió y me dio fuerzas para
que por mi medio se llevase a cabo la pro-
clamación, de modo que la oyera todo el
mundo; así, el Señor me arrancó de la
boca del león. 18 Él me librará de toda
mala partida y me salvará en su reino ce-
leste. A él la gloria por los siglos de los si-
glos. Amén.

19 Saluda a Prisca y Áquila y a la familia
de Onesíforo. 20 Erasto se quedó en Corin-
to. A Trófimo lo dejé enfermo en Mileto.
21 Procura venir antes del invierno. Te salu-
dan Eúbulo, Pudente, Lino, Claudia y todos
los hermanos. 22 El Señor esté con tu espíri-
tu. Gracia a todos ustedes.





CARTA A TITO

Saludo

1 [1] Pablo, siervo de Dios y apóstol de
Jesucristo para conducir a los elegi-
dos de Dios a la fe y al conocimiento de la
verdad religiosa, [2] con la esperanza de una
vida eterna, que prometió desde antiguo el
Dios infalible [3] y manifiesta ahora de pala-
bra con la proclamación que me han enco-
mendado, por disposición de nuestro Dios
y salvador, [4] a Tito, mi hijo legítimo en la fe
común: Gracia y paz de parte de Dios Pa-
dre y de Cristo Jesús nuestro salvador.

1,1-4 Saludo. En contraste con la brevedad del escrito, el saludo de introducción es solemne y largo, apuntando ya al contexto en que se va a mover toda la carta. Pablo, personificado por el autor anónimo de la misma, se presenta con todas sus credenciales de apóstol para impregnar de autoridad a las exhortaciones que va a dar a su discípulo Tito. Su responsabilidad apostólica que contempla prologándose en la de «mi hijo legítimo en la fe común» (4), es de servicio a «los elegidos de Dios» que forman la «casa grande» (2 Tim 2,20), la Iglesia, y que está cimentada «en el conocimiento de la verdad» (1) cuya manifestación y anuncio «me han encomendado, por disposición de nuestro Dios y salvador» (3).

La preocupación constante de las cartas pastorales se centra en la Iglesia entendida como la casa-familia de Dios que debe ser bien administrada y protegida contra las falsas doctrinas que perturban y ponen en peligro la memoria de Jesús, transmitida por el testimonio de los apóstoles –el de Pablo en este caso– y donde la figura del obispo responsable y de sus asesores, los presbíteros, es de capital importancia. Al ím-

Misión en Creta

5 Si te dejé en Creta fue para que resol-
vieras los asuntos pendientes y para que
nombraras ancianos en cada ciudad, según
mis instrucciones.

6 Que sean irreprochables, fieles a su
mujer, con hijos creyentes, no indisciplina-
dos ni de mala fama. 7 Porque el que presi-
de la comunidad, como administrador de
Dios, ha de ser irreprochable: no egoísta ni
colérico ni bebedor, no pendenciero ni
metido en negocios sucios; 8 antes bien,
hospitalario, amante del bien, moderado,
justo, devoto, controlado; 9 que se atenga a
la doctrina auténtica, de modo que pueda
exhortar con una doctrina sana y refutar a
los que le contradicen.

10 Hay muchos insumisos, charlatanes y
embaucadores, sobre todo entre los judíos
convertidos. 11 A ésos hay que taparles la
boca porque destruyen familias enteras,
enseñando lo que no deben por una vil ga-
nancia.

12 Uno de sus profetas dijo de ellos: Cre-
tenses, siempre embusteros, malas bestias,
glotones ociosos. 13 Semejante descripción
es correcta. Por eso, repréndelos severa-
mente, a ver si recobran la salud de la fe
14 y se dejan de fábulas judías y de precep-
tos de hombres apartados de la verdad.

15 Para los puros todo es puro; para los
incrédulos contaminados nada es puro,
porque tienen contaminada la mente y la
conciencia. 16 Afirman conocer a Dios y lo
niegan con las acciones; son odiosos y re-
beldes, incapaces de cualquier obra buena.

Praxis cristiana de la comunidad

2 1 Tú, en cambio, explica lo que
corresponde a la sana doctrina: 2 que
los ancianos sean sobrios, dignos, modera-
dos, sanos en la fe, el amor y la paciencia.

3 Asimismo las ancianas tengan una
compostura digna de la religiosidad; no
sean esclavas de la murmuración ni de la
bebida; sean buenas maestras, 4 capaces
de enseñar a las jóvenes a amar a los ma-
ridos y los hijos, 5 a ser juiciosas, castas,
hacendosas, bondadosas, sumisas al mari-
do; de modo que la Palabra de Dios no se
desprestigie.

---

petu por evangelizar de la primera generación cristiana, sucede el esfuerzo por mantener viva y limpia la tradición recibida. Estamos en los comienzos de una necesaria institucionalización de la comunidad creyente.

1,5-16 Misión en Creta. La primera tarea de Tito en Creta será nombrar responsables para organizar la comunidad, la gran preocupación de la segunda y tercera generación cristiana. Se trata de una especie de senado o consejo de «ancianos» –presbíteros–, que ya conocemos por Hch 14,23 y 1 Tim 5,17. El encargado o responsable supremo es el obispo, título específico que se daba a los líderes de las comunidades locales, a diferencia de los ministerios de otros líderes más itinerantes, llamados apóstoles, profetas y maestros.

Aunque los títulos de obispo y presbíteros resulten familiares a los lectores de hoy, no hay que deducir, sin embargo, que se trate ya de la misma organización eclesial que existe actualmente en la Iglesia.

La fluidez de títulos y funciones de los responsables de las comunidades cristianas es una constante de los primeros siglos. De todas formas nunca ha existido ni existirá la Iglesia sin el carisma de la autoridad como servicio a la comunidad.

Es interesante el retrato ideal de un responsable de la Iglesia local que hace el autor de la carta. Como si de un padre de familia se tratara, debe tener una vida privada intachable, pues será el testimonio de su integridad personal el que le dé la autoridad moral para dirigir a la comunidad. Pero sobre todo, debe ser un hombre «que se atenga a la doctrina auténtica» (9), la gran preocupación de las cartas pastorales. Por los epítetos que usa a continuación contra los falsos maestros, el peligro debía haber sido grave.

La descripción que hace del grupo de aquellos «insumisos, charlatanes, embaucadores» (10), está agravada por la cita mordaz de un poeta pagano –quizás Epiménides, s. VI a.C.–. En cuanto al contenido de esas doctrinas falsas, el autor de la carta no se molesta en entrar en detalles, aludiendo a ellas con un despectivo: «fábulas judías y… preceptos de hombres apartados de la verdad» (14).

Lo que verdaderamente estaba en juego era la praxis cristiana de la comunidad. Si a Pablo le preocupaba, ante todo, la salvación por la fe, independientemente de las obras de la ley, a la nueva generación cristiana le preocupan las obras que brotan de la fe (cfr. Sant 2,14-26). En cambio, esos tales «afirman conocer a Dios y lo niegan con las acciones» (16), pues una mente y conciencia contaminadas no pueden producir el comportamiento auténtico de un seguidor de Jesús.

2,1-10 Praxis cristiana de la comunidad. La sana doctrina es inseparable de una sana praxis cristiana. Un responsable eclesial «modelo de buena conducta» (7), deberá exigir de su comunidad el mismo comportamiento. Esto es lo que recomienda el autor de la

6 Anima también a los jóvenes a ser mo-
derados. 7 En todo preséntate como mode-
lo de buena conducta: íntegro y serio en la
enseñanza, 8 proponiendo un mensaje sano
e intachable, de modo que el adversario
quede confundido al no encontrar nada de
qué acusarnos.

9 Los esclavos sean sumisos a sus amos
en todo, amables, no respondones, 10 no la-
drones, sino dignos de toda confianza; para
que cobre prestigio ante todos la enseñan-
za de nuestro Dios y salvador.

La gracia de la salvación

11 Porque la gracia de Dios que salva a
todos los hombres se ha manifestado, 12 en-
señándonos a renunciar a la impiedad y los
deseos mundanos y a vivir en esta vida con
templanza, justicia y piedad, 13 esperando
la promesa dichosa y la manifestación de la
gloria de nuestro gran Dios y de nuestro
salvador Jesucristo. 14 Él se entregó por
nosotros, para rescatarnos de toda iniqui-
dad, para adquirir un pueblo purificado, de-
dicado a las buenas obras. 15 Habla de esto,
exhorta, y reprende con plena autoridad.
Que nadie te desprecie.

Conducta ciudadana ejemplar

3 1 Encárgales a todos que se sometan
y obedezcan a gobernantes y autori-
dades, estando dispuestos a cualquier tarea
honrada.

2 Que no hablen mal de nadie ni sean
pendencieros, antes bien amables, y que se
muestren bondadosos con todos.

Bondad y ternura de Dios

3 También nosotros éramos antes ne-
cios, desobedientes, extraviados, esclavos
de pasiones y placeres diversos, malicio-
sos, envidiosos, odiosos y odiándonos mu-
tuamente. 4 Pero cuando se manifestó la
bondad de nuestro Dios y salvador y su
amor al hombre, 5 no por méritos que hu-

---

carta a Timoteo por boca de Pablo. Son virtudes sencillas, domésticas, que hacen posible y armoniosa la convivencia de la comunidad como familia de Dios. Hay consejos específicos para todos y para todas, según su edad y condición. Es curioso que el responsable trate con los jóvenes y con las jóvenes sólo a través de las ancianas, que tienen que ser «buenas maestras» (3). ¿Ejercían algunas de ellas la función de catequistas? (cfr. 1,9). Una virtud, sin embargo, se exige a todos los grupos: la moderación –incluso a las ancianas–, lo que nos lleva a pensar que la bebida era un peligro para todos.

El cristianismo, en definitiva, no ofrece una moral nueva, pero sí la revelación del poder que hace posible y del horizonte final que da sentido a «vivir en esta vida, con templanza, justicia y piedad» (12). Esto lo hace el autor, ofreciéndonos, por boca de Pablo, la primera síntesis doctrinal de la carta, como fundamento de todas sus exhortaciones.

2,11-15 La gracia de la salvación. Este poder es la gracia o favor de Dios que se ha manifestado en la encarnación de su Hijo Jesús para la salvación de todos (cfr. 1 Tim 2,4) y en su muerte para «rescatarnos de toda iniquidad» (14; cfr. Sal 130,8; 1 Pe 1,18s). Y el horizonte final es la «manifestación de la gloria de nuestro gran Dios y de nuestro salvador Jesucristo» (13).

Estas dos epifanías o manifestaciones de Dios delimitan el arco entero de salvación, que la comunidad cristiana vive en la fe y en esperanza como pueblo escogido por Dios. Sin embargo, esta manifestación de la gracia de Dios no es para poseerla en exclusividad, sino para proclamarla y testimoniarla a todos, siendo éste el deber y la razón de ser de la Iglesia y de la autoridad de sus líderes responsables: «habla de esto, exhorta, y reprende con plena autoridad» (15). Sólo así, la Iglesia será servidora de la Palabra de Dios y sacramento de la salvación universal.

3,1s Conducta ciudadana ejemplar. La conducta virtuosa que ha recomendado anteriormente (2,1-10) la proyecta ahora el autor a la sociedad civil de la que forma parte la Iglesia.

Un buen cristiano debe ser un buen ciudadano. El primer consejo, pues, dirigido a los levantiscos cretenses es la sumisión a la autoridad civil (cfr. Rom 13,1-10) y a que colaboren al bien común con tal de que la tarea sea honrada. Las primeras generaciones cristianas que vivían a menudo en un ambiente hostil, eran especialmente sensibles a proyectar la imagen de buenos y honestos ciudadanos, sobre todo testimoniando el comportamiento cívico fundamental que hace posible la convivencia humana: la bondad y la amabilidad para con todos.

3,3-11 Bondad y ternura de Dios. En su segunda síntesis doctrinal, el autor de la carta nos habla de la fuente de la que procede este amor universal que debe caracterizar a todo creyente: la aparición de la «bondad de nuestro Dios y Salvador y su amor al hombre» (4).

Toda la tradición bíblica habla de la bondad de Dios: a Moisés (cfr. Éx 33,19); a un pueblo entre muchos (cfr. Dt 7,7s); a todas las criaturas (cfr. Sab 11,24). De la bondad de Dios hablan los salmos (cfr. 25,7; 27,13; 31,20; 145,7). Ahora Cristo ha revelado el amor universal, definitivo, gratuito y sin condiciones de Dios. Sin méritos nuestros, según la doctrina básica de Pablo.

biéramos adquirido, sino por su sola mise-
ricordia, nos salvó con el baño del nuevo
nacimiento y la renovación por el Espíritu
Santo, 6 que nos infundió con abundancia
por medio de Jesucristo nuestro salvador;
7 de modo que, absueltos por su favor, fué-
ramos en esperanza herederos de la vida
eterna.

8 Ésta es una doctrina digna de fe, en la
cual quiero que insistas, de modo que los
que han creído en Dios se dediquen a culti-
var una buena conducta.

9 Evita, en cambio, discusiones necias,
genealogías, contiendas, controversias so-
bre la ley: son inútiles y vanas.

10 Al sectario, después de dos avisos,
evítalo; 11 sabes que semejante individuo
está pervertido y sigue pecando y él mismo
se condena.

Saludos finales

12 Cuando te mande a Artemas o a
Tíquico, haz lo posible por ir a Nicópolis,
donde he decidido pasar el invierno.

13 A Zenas el abogado y a Apolo envía-
los de viaje y que no les falte nada. 14 Nues-
tra gente debe aprender a dedicarse a las
buenas obras, según las necesidades, para
no quedar estériles.

15 Te saludan todos los que están conmi-
go. Saluda a nuestros amigos en la fe. La
gracia esté con ustedes.



Es esta bondad y misericordia de Dios la que ha transformado a los creyentes de la vida –muerte– que llevaban antes, a merced de las pasiones y dominada por la envidia y por el odio a «un nuevo nacimiento y… renovación por el Espíritu Santo» (5). El autor condensa en dos palabras las dos virtualidades del bautismo: baño de purificación (cfr. Ef 5,26) que nos perdona el pecado, y el nuevo nacimiento (cfr. Jn 3,5; 1 Pe 1,3) del que es equivalente la renovación por el Espíritu. Así el creyente se convierte en heredero por la esperanza (cfr. Mt 19,29) de la vida eterna. Esta gracia transformadora del bautismo hay que vivirla y testimoniarla con una buena conducta. Y así, exhorta a Tito a que insista y enseñe esta «doctrina digna de fe» (8).

En cuanto a aquellos que rechacen esta enseñanza y que rompan la unidad de la comunidad con sus charlatanerías y sectarismo, Pablo da tres consejos a Tito: evita entrar en discusión con ellos, amonéstalos y si persisten en su actitud, expúlsalos de la comunidad.

3,12-15 Saludos finales. Como en otras cartas se dan instrucciones y saludos nombrando personas conocidas por el destinatario (cfr. Rom 16; 2 Tim 4,19-21). Al final, de nuevo aparece la preocupación fundamental del autor: las buenas obras. Los cristianos no pueden eludir el compromiso con las tareas de este mundo. Al contrario, deben destacarse en la sociedad y de esta manera dar testimonio con su estilo de vida de la salvación recibida.

El plural del saludo final («la gracia esté con ustedes») demuestra que la carta va dirigida a toda la comunidad y no solamente a Tito (cfr. 1 Tim 6,21; 2 Tim 4,22).



CARTA A FILEMÓN

Autor, fecha de composición y destinatario de la carta. Por el tema, tono y estilo, esta breve carta es aclamada como una pequeña joya de Pablo. Se supone que fue escrita desde la prisión de Roma, entre los años 61-63.

Filemón era un cristiano de buena posición, quizás convertido por Pablo. Su esclavo Onésimo se había escapado, por alguna culpa, y había ido a parar a Roma, donde Pablo le ofreció refugio y lo convirtió. La fuga de Onésimo era delito por el que incurría en penas graves, y Pablo podía resultar cómplice.

Pablo no intenta resolver la cuestión por vía legal, aunque sugiere que está dispuesto a compensar a Filemón. Tampoco intenta cambiar la estructura jurídica de aquella época y cultura, pero traslada el problema y su resolución al gran principio cristiano del amor y la fraternidad, más fuerte que la relación jurídica de amo y esclavo. Si Filemón ha perdido un esclavo, puede ganar un hermano, y Pablo será el agente delicado del cambio.

Saludo

1 Pablo, prisionero por Cristo Jesús, y Ti-
moteo a nuestro querido colaborador File-
món, 2 y a la Iglesia que se reúne en su
casa, así como también a la hermana Apia
y a nuestro compañero de lucha Arquipo:
3 Gracia y paz a ustedes de parte de Dios
nuestro Padre y del Señor Jesucristo.

Acción de gracias

4 Siempre que te recuerdo en mis ora-
ciones, doy gracias a Dios 5 porque oigo
hablar de tu fe y amor al Señor Jesús y a
todos los consagrados. 6 Ojalá tu fe sea tan
activa que te ilumine plenamente para re-
conocer todo el bien que está en tu poder
hacer por Cristo. 7 Tu caridad me propor-
cionó gran alegría y consuelo, porque gra-
cias a ti los consagrados han sido aliviados.

Autoridad de Pablo

8 Por eso, aunque tengo plena libertad
cristiana para ordenarte lo que es debido,
9 prefiero suplicarte en nombre del amor.
Yo, este anciano Pablo, y ahora prisionero
por Cristo Jesús, 10 te suplico en favor de
un hijo mío, que engendré en la prisión:
Onésimo, 11 antes, él no te prestó ninguna
utilidad, pero ahora será de gran provecho
para ti y para mí. 12 Ahora te lo envío y con
él mi corazón. 13 Habría querido retenerlo
junto a mí, para que, en tu lugar, me sirvie-
se en esta prisión que sufro por la Buena
Noticia. 14 Pero sin tu consentimiento no
quise hacer nada, para que tu buena acción
no sea forzada, sino voluntaria. 15 Quizás se

1-3 Saludo. La carta a Filemón, la más breve de las cartas de Pablo, es una pequeña joya de tacto y discreción que nos desvela toda la calidad y ternura humana del corazón del Apóstol. Incluso desde el punto de vista literario es de las mejores que han salido de su pluma.

Aparentemente se trata de una carta privada que concierne solamente a Filemón, a Onésimo y al mismo Pablo, pero por el número de personas que aparecen, siete en total, ya sea como remitentes o como los que envían saludos en la despedida final, parece como si el autor quisiera tratar el asunto a la luz pública cristiana, como caso ejemplar y normativo.

Ya de entrada, el Apóstol alude, quizás intencionadamente a su presente situación de «prisionero por Cristo Jesús» (1), poniendo así por delante su ejemplo personal de sacrificio por el Evangelio y sentando el tono de generosidad cristiana desde la que va a interceder por Onésimo ante su amigo Filemón.

4-7 Acción de gracias. La acostumbrada acción de gracias prepara decididamente el asunto al concentrarse en la fe, en el amor y la solidaridad, porque el asunto se va a tratar a la luz de la fe –no por intereses humanos–, y la norma suprema será el amor a Dios y a los hermanos. Así es como Filemón deberá decidir. Pablo está seguro de la buena disposición de su interlocutor, pues no en vano conoce el amor de su amigo «al Señor Jesús y a todos los consagrados» (5), del cual hace eco, se alegra y da gracias a Dios.

8-21 Autoridad de Pablo. Pablo es consciente de su autoridad apostólica para imponer una acción concreta, especialmente a un convertido suyo y que por tanto está en deuda con él: «me debes tu persona» (19). Pero Pablo sabe renunciar a sus derechos en favor de otros (cfr. 1 Cor 9), y ahora considera más eficaz el camino del amor que el de la obediencia.

El esclavo fugitivo acogido por Pablo es hijo suyo por la conversión, pues lo «engendré en la prisión» (10), y en cuanto hijo hubiera querido retenerle junto a él por derecho de paternidad espiritual, pero el Apóstol renuncia a este derecho y devuelve al fugitivo a su dueño legal. Con él, dice enternecido, va también «mi corazón».

Onésimo, sin embargo, ya no es el mismo de antes. Alu?diendo al significado de su nombre en griego, –como típico nombre de esclavo, Onésimo significa «útil, provechoso»–, Pablo dice que si el fugitivo «antes… no te prestó ninguna utilidad… ahora será de gran provecho para ti y para mí» (11), pues si antes era un esclavo, ahora se lo devuelve como hermano en Cristo, que es lo que da al hombre y a la mujer toda su dignidad y su valor como persona humana y la convierte en un don para los demás.

Como en otros pasajes similares del Nuevo Testamento, Pablo no intenta la abolición de la esclavitud desde una perspectiva social o política, pero introduce un nuevo sistema de relación cristiana capaz de cambiar toda relación humana. Al vínculo de posesión, se sobrepone el vínculo de hermandad, que es el definitivo. Éste es el vínculo del amor que convierte a Onésimo en «hermano muy querido para mí y más aún para ti, como hombre y como cristiano» (16). Ésta fue la verdadera revolución que trajo el mensaje de Cristo, la única capaz de liberarnos de todas las esclavitudes, antiguas y modernas. Véase también los comentarios a Gál 3,23–4,11; Ef 6,1-9 y Col 3,18–4,1.

Usando de veras o fingiendo el lenguaje comercial, Pablo está dispuesto a pagar los perjuicios causados por el esclavo fugitivo, ya que ha disfrutado en la cárcel de sus servicios. Aunque en rigor Filemón, como convertido del Apóstol, es más deudor y ahora se le brinda la ocasión de saldar la deuda.

alejó de ti por breve tiempo para que pue-
das recobrarlo definitivamente; 16 y no ya
como esclavo, sino como algo mucho me-
jor que esclavo: como hermano muy queri-
do para mí y más aún para ti, como hombre
y como cristiano. 17 Si te consideras com-
pañero mío, recíbelo como a mí; 18 si te
ofendió o te debe algo, apúntalo a mi cuen-
ta. 19 Lo firmo de mi puño y letra: yo Pablo,
te pagaré, aunque podría recordarte que
me debes tu persona. 20 Sí, hermano, te lo
suplico por el Señor: consuela mi corazón
como hermano en Cristo. 21 Te escribo por-
que estoy seguro de tu obediencia: sé que
harás más de lo que pido.

Saludos finales

22 Otra cosa: prepárame hospedaje, por-
que, gracias a sus oraciones, espero poder
visitarlos. 23 Te saludan Epafras, compañe-
ro de prisión por Cristo Jesús, 24 Marcos,
Aristarco, Dimas y Lucas. 25 La gracia del
Señor Jesucristo esté con el espíritu de us-
tedes. Amén.



22-25 Saludos finales. Pablo insinúa delicadamente a Filemón que seguirá personalmente el asunto, pues espera volverle a ver pronto. Podríamos decir que las cinco personas que envían saludos, están ahí, al final de la carta, como testigos del interés de toda la comunidad cristiana por la suerte del esclavo fugitivo y ahora hermano en Cristo.



HEBREOS

Carta. Más que una carta, este escrito parece una homilía pronunciada ante unos oyentes o un tratado doctrinal que interpela a sus lectores. No cuenta con la clásica introducción epistolar compuesta por el saludo, la acción de gracias y la súplica; su conclusión es escueta y muy formal. Su autor ha empleado recursos de una elegante oratoria, como las llamadas de atención y el cuidadoso movimiento entre el sujeto plural y el singular en la exhortación, características propias de un discurso entonado.

De Pablo. Ya en la antigüedad se dudó sobre su autenticidad paulina y tardó en imponerse como carta salida de la pluma del Apóstol. Las dudas persistieron, no obstante, hasta convertirse hoy en la casi certeza de que el autor no es Pablo, sino un discípulo anónimo suyo. Las razones son muchas: faltan, por ejemplo, las referencias personales; el griego que utiliza es más puro y elegante, como si fuera la lengua nativa del autor; el estilo es sosegado, expositivo, y carece de la pasión, movimiento y espontaneidad propios del Apóstol.

A los hebreos. La tradición ha afirmado que los destinatarios eran los «hebreos», o sea, los judíos convertidos al cristianismo. Y ésa sigue siendo la opinión más aceptada hoy en día. La carta cita y comenta continuamente el Antiguo Testamento; a veces alude a textos que supone conocidos. En ella se puede apreciar a una comunidad que atraviesa un momento de desaliento ante el ambiente hostil de persecución que la rodea. El entusiasmo primero se ha enfriado y, con ello, la práctica cristiana. La nostalgia del esplendor de la liturgia del Templo de Jerusalén, que se desarrolla alrededor del sacerdocio judío, está poniendo en peligro una vuelta al judaísmo, a sus instituciones y a su culto.

Fecha y lugar de composición de la carta. La fecha de composición es discutida. Algunos piensan que la carta es anterior a la destrucción de Jerusalén (año 70), pues el autor parece insinuar que el culto judío todavía se desarrolla en el Templo (10,1-3). Otros apuntan a una fecha posterior, cuyo tope sería el año 95, año en que la carta es citada por Clemente. En cuanto al lugar, la incertidumbre es completa.

Contenido de la carta. Esta carta-tratado alterna la exposición con la exhortación. Desde su sublime altura doctrinal, el autor contempla admirables y grandiosas correspondencias. La primera, entre las instituciones del Antiguo Testamento y la nueva realidad cristiana. La segunda media entre la realidad terrestre y la celeste, unidas y armonizadas por la resurrección y glorificación de Cristo. Su tema principal, provocado por la situación de los destinatarios, es el sacerdocio de Cristo y el consiguiente culto cristiano.

El sacerdocio de Cristo. A la nostalgia de una compleja institución y práctica judías opone el autor, no otra institución ni otra práctica, sino una persona: Jesucristo, Hijo de Dios, hermano de los hombres. Él es el gran mediador, superior a Moisés; es el «sumo sacerdote», que ya barruntaba la figura excepcional y misteriosa de Melquisedec.

El autor lo explica comentando el Sal 110 y su trasfondo de Gn 14. Jesús no era de la tribu levítica, ni ejerció de sacerdote de la institución judía, era un laico. Su muerte no tuvo nada de litúrgico, fue simplemente un crimen cometido contra un inocente. Si el autor llama «sacerdote» a Cristo –el único lugar del Nuevo Testamento donde esto ocurre– lo hace rompiendo todos los moldes y esquemas, dando un sentido radicalmente nuevo, profundo y alto a su sacerdocio, y por consiguiente al sacerdocio de la Iglesia.

Jesucristo es el mediador de una alianza nueva y mejor, anunciada ya por Jeremías (cfr. Jr 31). Su sacrificio, insinuado en el Sal 40, es diverso, único y definitivo; inaugura, ya para siempre, la perfecta mediación de quien es, por una parte, verdadero Hijo de Dios y, por otra, verdadero hombre que conoce y asume la fragilidad humana en su condición mortal.



Su sacerdocio consiste en su misma vida ofrecida como don de amor a Dios su Padre, a favor y en nombre de sus hermanos y hermanas. Una vida marcada por la obediencia y solidaridad hasta el último sacrificio. Dios transformó esa muerte en resurrección, colocando esa vida ofrecida y esa sangre derramada por nosotros en un «ahora» eterno que abarca la totalidad de la historia humana con la mediación de su poder salvador.

El sacerdocio de los cristianos. Los cristianos participan en este sacerdocio de Cristo. Es la misma vida del creyente la que, por el bautismo y su incorporación a la muerte y resurrección del Señor, se convierte en culto agradable a Dios, o lo que es lo mismo, en un cotidiano vivir en solidaridad y amor, capaces de trasformar el mundo. En esta peregrinación de fe y de esperanza del nuevo pueblo sacerdotal de Dios hacia el reposo prometido, Cristo nos acompaña como mediador, guía e intercesor.

Actualidad de la carta. Ha sido el Concilio Vaticano II el que ha puesto la Carta a los Hebreos como punto obligado de referencia para comprender el significado del sacerdocio dentro de la Iglesia, tanto el de los ministros ordenados, como el sacerdocio de los fieles. Toda la Iglesia, continuadora de la obra de Cristo, es sacerdotal. Todos y cada uno de los bautizados, hombres y mujeres, participan del único sacerdocio de Cristo, con todas las consecuencias de dignidad y protagonismo en la misión común. El sacramento del ministerio ordenado –obispos, presbíteros y diáconos–, ha sido instituido por el Señor en función y al servicio del sacerdocio de los fieles. Estamos sólo en los comienzos del gran cambio que revolucionará a la Iglesia y cuyos fundamentos puso ya el autor de esta carta.



El Hijo

1 1 En el pasado muchas veces y de
muchas formas habló Dios a nuestros
padres por medio de los profetas.
2 En esta etapa final nos ha hablado por
medio de su Hijo, a quien nombró heredero
de todo, y por quien creó el universo. 3 Él es
reflejo de su gloria, la imagen misma de lo
que Dios es, y mantiene el universo con su
Palabra poderosa. Él es el que purificó al
mundo de sus pecados, y tomó asiento en
el cielo a la derecha del trono de Dios.
4 Así llegó a ser tan superior a los ánge-
les, cuanto incomparablemente mayor es el
Nombre que ha heredado. 5 ¿Acaso dijo
Dios alguna vez a un ángel: *Tú eres mi hijo,*
yo te he engendrado hoy? Y en otro lugar:
Yo seré para él un padre, él será para mí un
hijo. 6 Asimismo, cuando introduce en el
mundo al primogénito, dice: *Que todos los*
ángeles de Dios lo adoren. 7 Hablando de los
ángeles dice: *Hace de los vientos sus ánge-*
les, de las llamas de fuego sus ministros.
8 Al Hijo, en cambio, le dice: *Tu trono, oh*
Dios, permanece para siempre, cetro de rec-
titud es tu cetro real. 9 *Amaste la justicia,*
odiaste la iniquidad; por eso te ha ungido
Dios, tu Dios, con perfume de fiesta, prefi-
riéndote a tus compañeros. 10 Y también
dice: *Tú al principio, Señor, cimentaste la*
tierra, y los cielos son obras de tus manos;
11 *ellos perecerán, tú permaneces; todos se*
gastarán como la ropa, 12 *los enrollarás co-*
mo un manto, se mudarán como ropa. Tú,
en cambio, eres el mismo, y tus años no
acaban.
13 ¿A cuál de los ángeles dijo jamás:
Siéntate a mi derecha hasta que ponga a
tus enemigos debajo de tus pies? 14 ¿Acaso
no son todos ellos espíritus al servicio de
Dios, enviados en ayuda de los que han de
heredar la salvación?

Cristo, Hijo de Dios y hombre glorificado

2 1 Por tanto, para no ir a la deriva, de-
bemos prestar más atención a lo que

1,1-14 El Hijo. La carta a los Hebreos no es en realidad una carta, sino una homilía dirigida a los cristianos de la segunda generación que vivían momentos difíciles de desaliento y confusión. Por eso no comienza con los preámbulos propios de una carta, como la alusión al remitente, destinatarios, saludos, sino con una introducción que adelanta el tema de la homilía que va a comenzar.

De manera breve y solemne, con el estilo distinguido que le da el dominio de la lengua griega, el predicador nos presenta la figura del Hijo de Dios ocupando el centro de la historia de las relaciones entre Dios y la humanidad. Dios ha estado siempre hablando de muchas formas y maneras a los hombres y mujeres de todo el mundo. A los judíos, en concreto, les habló, sobre todo, a través de los profetas de Israel. Siguiendo el pensamiento del autor de la carta, podemos decir que Dios también ha hablado a otros pueblos por medio de hombres y mujeres sabios, los profetas de las otras religiones de la tierra. En esta etapa final de la historia, Dios ha pronunciado su palabra definitiva, pero no ya por medio de cualquier hombre, sino por medio de uno que es su Hijo.

El predicador presenta ahora la identidad de este Hijo, que es quien encarna y garantiza la Palabra de la revelación plena de Dios, en contraste con las revelaciones parciales y fragmentarias que han aparecido a lo largo de la historia humana. Y así, recorriendo las Sagradas Escrituras nos ofrece un retrato majestuoso de la identidad del Hijo de Dios antes de que apareciera en la historia como Jesús de Nazaret. Dice que ya era el Mediador en la creación, la Palabra en que todo fue creado (cfr. Gn 1; Sal 33,6 y Jn 1,3); la Sabiduría del proyecto creador-salvador de Dios (cfr. Sab 7,22-30); el Heredero universal de las naciones y de los confines de mundo (cfr. Sal 2,8).

En cuanto al misterio de su origen y naturaleza, el predicador emplea una imagen tomada del mundo de la luz para afirmar su igualdad con Dios: «él es reflejo de su gloria» (3). Y en relación con la creación nos dice que el Hijo lo sustenta todo (cfr. Col 1,17), como si la acción creadora estuviera saliendo continuamente de sus manos.

De la función creadora del Hijo pasa a su función salvadora, y lo presenta en su estado de exaltación gloriosa (cfr. Flp 2,9-11), sentado a la derecha de Dios (cfr. Sal 110,1), después de la purificación de nuestros pecados por su muerte, según la profecía de Ezequiel (cfr. Ez 36,25-29).

¿Hay alguien comparable con este Hijo de Dios? Nadie, ni siquiera los ángeles, y lo prueba con varias citas de las Escrituras para concluir que los ángeles son solamente «espíritus... enviados en ayuda de los que han de heredar la salvación» (14).

2,1-9 Cristo, Hijo de Dios y hombre glorificado. El discurso se interrumpe con una breve exhortación, donde se anima a la comunidad a conocer y a cumplir la palabra salvadora expresada en el Hijo. Esta palabra, la Buena Noticia, es mucho más importante que la Ley «promulgada por medio de los ángeles…» (2),

hemos oído. 2 Porque si la ley promulgada
por medio de los ángeles tuvo vigencia, de
modo que cualquier transgresión o deso-
bediencia recibió el castigo merecido,
3 ¿cómo nos libraremos nosotros si recha-
zamos semejante salvación? Fue anuncia-
da primero por el Señor, nos lo confirmaron
los que la habían escuchado 4 y Dios aña-
dió su testimonio con señales y portentos,
con toda clase de milagros y dones del Es-
píritu repartidos según su voluntad.

5 Porque Dios no sometió a los ángeles
el mundo futuro del que hablamos, 6 como
atestigua alguien cuando dice: *¿Qué es el*
hombre para que te acuerdes de él o el ser
humano para que te ocupes de él? 7 *Lo hi-*
ciste poco menos que los ángeles, lo coro-
naste de gloria y honor, 8 *todo lo sometiste*
bajo sus pies. Al someterle todo, no deja
nada sin someter. De hecho, ahora no ve-
mos aún que todo le esté sometido. 9 Ve-
mos, en cambio, a Jesús, que por la pasión
y muerte fue algo inferior a los ángeles, co-
ronado de gloria y honor. Así, por la gracia
de Dios, padeció la muerte por todos.

Pionero de la salvación y Sumo Sacerdote

10 En efecto, convenía que Dios, por
quien y para quien todo existe, queriendo
conducir a la gloria a muchos hijos, llevara
a la perfección por el sufrimiento al jefe y
salvador de todos ellos.

11 El que consagra y los consagrados
tienen todos un mismo origen por lo cual no
se avergüenza de llamarlos hermanos,
12 cuando dice: *Anunciaré tu nombre a mis*
hermanos, en medio de la asamblea te ala-
baré, 13 y también: *He puesto en él mi con-*
fianza, yo y los hijos que Dios me dio.

14 Así como los hijos de una familia tie-
nen una misma carne y sangre, también
Jesús participó de esa condición, para anu-
lar con su muerte al que controlaba la
muerte, es decir, al Diablo, 15 y para liberar
a los que, por miedo a la muerte, pasan la
vida como esclavos. 16 Está claro que no
vino en auxilio de los ángeles, sino de los
descendientes de Abrahán. 17 Por eso tenía
que ser en todo semejante a sus hermanos:
para poder ser un sumo sacerdote compa-
sivo y fiel en el servicio de Dios para expiar
los pecados del pueblo. 18 Como él mismo
sufrió la prueba, puede ayudar a los que
son probados.

Jesús y Moisés

3 1 Por tanto, hermanos, ustedes que
han sido consagrados y participan de

---

en referencia a la tradición rabínica que decía que Moisés había recibido la Ley por medio de ángeles, como mediadores entre Dios y su pueblo (cfr. Gál 3,19). A esa Ley contrapone la salvación que hemos recibido nosotros. Es el «Señor» el que comienza a anunciarla (cfr. Mc 1,15; Mt 4,17); los que primero la «oyeron» y se convirtieron en sus testigos son los apóstoles y discípulos; Dios confirma el mensaje con milagros (cfr. Mc 16,20; Hch 14,3; Rom 15,19) y con los dones del Espíritu.

Todo esto ha sido posible porque el «Señor» es «Jesús», afirma el predicador, mencionando así su nombre por primera vez para referirse a su condición humana. Es el «Señor Jesús» quien, estando al mismo nivel que Dios, se ha rebajado a nuestro nivel y se ha hecho hombre como nosotros. Y así, durante el período de su vida en la tierra, sobre todo durante su pasión y muerte, fue inferior a los ángeles. Pero sólo temporalmente, pues por su resurrección y glorificación «lo coronaste de gloria y honor, todo lo sometiste bajo sus pies» (7s) –incluso a los ángeles–, aplicando a Cristo las palabras de Sal 8,5-7. En Jesús todo ha sido ya sometido (cfr. Ef 1,20-22), pero antes «por la gracia de Dios, padeció la muerte por todos» (9).

2,10-18 Pionero de la salvación y Sumo Sacerdote. La solidaridad es la característica fundamental de este pionero de la salvación: «tenía que ser en todo semejante a sus hermanos» (17) para hacernos semejantes a Él. Esta solidaridad le llevó a la muerte y, al aceptar la muerte controlada por el Diablo, venció al Diablo (cfr. Jn 12,31) y a la muerte (cfr. 1 Cor 15,55) «para liberar a los que, por miedo a la muerte, pasan la vida como esclavos» (15). Así queda Cristo constituido en Sumo Sacerdote, «mediador» entre Dios y la humanidad.

El predicador deduce este nuevo título de Cristo de todo lo anterior. Su vinculación de igualdad con Dios, de la que ha hablado en la introducción, sólo era una de las dimensiones de la función sacerdotal de mediador; le faltaba la otra, su vinculación de igualdad con los seres humanos en todo, hasta en la muerte. «Sumo Sacerdote» es el título favorito que aplica el predicador a Jesucristo, y será de aquí en adelante el tema central de esta gran homilía a los Hebreos. De todo el Nuevo Testamento, sólo se llama «Sacerdote» a Jesús en esta carta, de ahí la gran importancia que tienen estas reflexiones de nuestro predicador. Por ahora, nos dice que este Sumo Sacerdote es compasivo (17), como queriendo concentrar en esta palabra toda la «memoria de Jesús»: su inmensa ternura y amor por los pecadores, por los pobres y marginados (cfr. Mt 9,36). Y es justamente esta compasión la que

una misma vocación celestial, piensen en
Jesús el apóstol y sumo sacerdote de nues-
tra confesión.
2 Él es fiel ante Dios que lo nombró para
este servicio, como lo fue Moisés entre [to-
dos] los de su casa. 3 Más digno de gloria
que Moisés, como es más estimado el cons-
tructor que la casa. 4 Toda casa es construi-
da por alguien, pero el constructor de todo
es Dios. 5 Entre todos los de su casa, Moi-
sés era un servidor fiel, para garantizar lo
que Dios iba a decir. 6 Cristo, en cambio,
como Hijo, está a cargo de la casa; y esa
casa somos nosotros si mantenemos la
confianza y nos gloriamos de la esperanza.

El hoy de Dios
(Sal 95,7-11)

7 En consecuencia, como dice el Espíritu
Santo: *Si hoy escuchan su voz,* 8 *no endu-*
rezcan el corazón como cuando lo irritaron,
el día de la prueba en el desierto, 9 *cuando*
sus padres me pusieron a prueba y me ten-
taron, aunque habían visto mis acciones
10 *durante cuarenta años. Por eso me indig-*
né contra aquella generación y dije: Su
mente siempre se extravía y no reconoce mis
caminos. 11 *Por eso, airado, juré: No entra-*
rán en mi descanso. 12 Cuidado, hermanos:
que ninguno de ustedes tenga un corazón
perverso e incrédulo, que lo haga desertar
del Dios vivo. 13 Antes bien, anímense unos
a otros cada día, mientras dura este hoy,
para que nadie se endurezca seducido por
el pecado. 14 Porque, si mantenemos firme
hasta el fin nuestra posición del principio,
seremos compañeros de Cristo.
15 Cuando dice: *Si hoy escuchan su voz,*
no endurezcan el corazón, como cuando lo
irritaron.
16 ¿Quiénes, aunque oyeron, lo irritaron?
Ciertamente, todos los que salieron de
Egipto guiados por Moisés.
17 ¿Con quiénes se indignó durante
cuarenta años? Ciertamente, con los peca-
dores, cuyos cadáveres cayeron en el de-
sierto.
18 ¿A quiénes juró que no entrarían en su
descanso? Ciertamente a los rebeldes; 19 y
así vemos que por su incredulidad no pu-
dieron entrar.

---

le hace ser un sacerdote «fiel en el servicio de Dios» (17), pues ese amor compasivo de Jesús sólo podía venir del mismo Dios.

3,1-6 Jesús y Moisés. El predicador dirige ahora su mirada a los cristianos y las cristianas a quienes llama «consagrados», es decir, los que han experimentado la salvación por medio de la muerte de Cristo y que probablemente expresaban ya en la liturgia de sus asambleas la fe en el «Sacerdote Mediador» de esta salvación.

Los invita a comparar la autoridad de la Palabra de salvación traída por este Apóstol (cfr. Sal 22,23; Mal 2,7) y Sumo Sacerdote con la del mediador más importante del pueblo de Israel, Moisés. Ambos, Moisés y Cristo son fieles y gozan de la comunicación íntima con Dios. Pero una es la intimidad del siervo y otra la del Hijo. Moisés presta sus servicios como «siervo» y administrador en la casa de Dios que él no fundó. Jesús, en cambio, es «Hijo», fundador con Dios de la «nueva casa» y directo administrador de ella. Y esa casa, que se sostiene en la confianza en Dios y en la esperanza del premio, «somos nosotros» (6).

3,7-19 El hoy de Dios. Toda la carta a los Hebreos es una exhortación a la comunidad cristiana a mantener su fidelidad a Cristo. Parece que el entusiasmo y la vitalidad cristiana de las primeras generaciones había decaído, dando paso al desaliento, al cansancio y quizás a la duda. ¿Pensaban algunos de los Hebreos volver a la ley judía que habían abandonado, añorando quizás el culto, los sacrificios y el sacerdocio del Templo de Jerusalén? Posiblemente por ello, el tono de la homilía se vuelve duro y premonitorio.

En lugar de exhortar con sus propias palabras hace que les hable directamente el Espíritu Santo a través del Sal 95,7-11: si «hoy escuchan su voz» (7); el mismo Espíritu es el que les dice lo que sucedió en el desierto a los israelitas que fueron infieles. Invitados por Dios para entrar en posesión de la tierra prometida, muchos de ellos se acobardaron, desconfiaron y se rebelaron, por lo cual fueron castigados a vagar por el desierto hasta morir, sin alcanzar el descanso de la promesa.

El tema del Éxodo era frecuente en la catequesis de la Iglesia primitiva (cfr. 1 Cor 10,1-7). La comunidad cristiana era considerada como el nuevo pueblo de Dios, caminando como en un nuevo éxodo hacia el descanso definitivo en el reino de Dios. El predicador ve este éxodo de la comunidad cristiana en el «hoy de Dios», con todo lo que tiene de oportunidad y de urgencia para perseverar en el camino hasta el final, con el mismo entusiasmo y la misma firmeza con que comenzó la marcha. Solo así «seremos compañeros del Mesías» (14). Los que murieron por el desierto, continúa el predicador, también fueron guiados por Moisés, también oyeron su voz, pero «por su incredulidad no pudieron entrar» (19) en el descanso de Dios.

El descanso

4 1 Mientras se mantiene en pie la pro-
mesa de entrar en el descanso de
Dios, debemos tener cuidado, para que nin-
guno de ustedes quede excluido; 2 porque
también a nosotros, como a ellos, nos
anunciaron la Buena Noticia.

Pero el mensaje que ellos oyeron no les
valió porque no se unieron por la fe con
aquellos que la aceptaron. 3 Nosotros, en
cambio, los que hemos creído, entraremos
en ese descanso, como queda dicho: *Juré
airado que no entrarán en mi descanso.*

Las obras de Dios, por cierto, concluye-
ron con la creación del mundo, 4 como se
dice en un texto sobre el séptimo día: *El
séptimo día descansó Dios de todas sus
tareas,* 5 y en este otro: *no entrarán en mi
descanso.*

6 Ahora bien, como quedan algunos por
entrar en ese lugar de descanso, y los que
recibieron primero la Buena Noticia, por su
rebeldía no entraron, 7 Dios señala otro día,
un *hoy*, pronunciando mucho después por
medio de David, el texto antes citado: *Si
hoy escuchan su voz, no endurezcan el co-
razón.* 8 Si Josué les hubiera dado el des-
canso, no se hablaría después de otro día.

9 Luego queda un descanso sabático
para el pueblo de Dios. 10 Uno que entró en
su descanso descansa de sus tareas, lo
mismo que Dios de las suyas. 11 Por tanto,
esforcémonos por entrar en aquel descan-
so, para que ninguno caiga imitando aquel
ejemplo de rebeldía.

12 Porque la Palabra de Dios es viva y
eficaz y más cortante que espada de dos
filos; penetra hasta la separación de alma
y espíritu, articulaciones y médula, y dis-
cierne sentimientos y pensamientos del
corazón.

13 No hay criatura oculta a su vista, todo
está desnudo y expuesto a sus ojos. A ella
rendiremos cuentas.

Jesús, Sumo Sacerdote

14 Ya que tenemos en Jesús, el Hijo de
Dios, un sumo sacerdote excelente que pe-
netró en el cielo, mantengámonos firmes en
nuestra confesión de fe.

15 El sumo sacerdote que tenemos no es
insensible a nuestra debilidad, ya que, co-
mo nosotros, ha sido probado en todo ex-
cepto el pecado. 16 Por tanto, acerquémo-
nos confiados al trono de nuestro Dios,
para obtener misericordia y alcanzar la gra-
cia de un auxilio oportuno.

4,1-13 El descanso. La exhortación no podía quedarse en los peligros del camino. La marcha, aunque difícil, está iluminada por la meta: la promesa del descanso. El predicador, siguiendo con Sal 95,7-11 afirma que esa promesa hecha al pueblo judío sigue en pie, y no es otra sino la participación en el descanso sabático de Dios, en alusión al séptimo día de la creación en el que el Creador descansó (cfr. Gn 2,2). «Reposo» en hebreo es «sabbat» –sábado–, y la tradición judía veía en ese día sagrado la imagen de la plenitud del mundo venidero.

Ésta fue, en realidad, la promesa hecha al pueblo judío, aunque en un principio pensaron que se trataba de la promesa terrena de la conquista y ocupación de Palestina. Pero, cuando ya eran dueños de la tierra, la Palabra de Dios les siguió exhortando a la fidelidad y a no endurecer el corazón para poder entrar un día en el descanso sabático de Dios. El libro del Apocalipsis coloca el reposo de las tareas después de la muerte: «felices los que en adelante mueran fieles al Señor… descansarán de sus fatigas porque sus obras les acompañan» (cfr. Ap 14,13).

Esta Buena Noticia, ya anunciada al pueblo judío, es la que se nos anuncia ahora en este «hoy de Dios», con la misma y urgente invitación a recibirla y a que nos comprometamos con ella por la fe: «si hoy escuchan su voz, no endurezcan el corazón» (7), pues sólo «los que hemos creído, entraremos en ese descanso» (3). Con esta Palabra de Dios no se juega, nos dice. No es como la palabra humana. Es una palabra viva y eficaz que, como una espada (cfr. Is 49,2), corta, juzga, discierne, pide cuentas, desafía, y sobre todo, salva al que la recibe por la fe.

4,14-16 Jesús, Sumo Sacerdote. A la seriedad y dureza de la exhortación siguen estas palabras de ánimo jubiloso. Las puertas del descanso sabático de Dios ya están abiertas y allá «tenemos en Jesús, el Hijo de Dios, un sumo sacerdote excelente que penetró en el cielo» (14) y que es la garantía, el apoyo y el sostén de nuestra fidelidad. Si antes presentó a este Sumo Sacerdote, Jesús, como «fiel» (3,1-4), ahora lo presenta con uno de sus títulos más atrayentes: «compasivo». Es éste uno de los atributos clásicos de Dios en el Antiguo Testamento que aparece tanto en la Ley: «El Señor, el Dios compasivo y clemente» (Éx 34,6); como en los Salmos: «él rescata tu vida… y te corona con su bondad y compasión» (Sal 103,4); y en los Profetas: «¡Si es mi hijo querido Efraín, mi niño, mi encanto!... se me conmueven las entrañas y cedo a la compasión» (Jr 31,20).

En Jesús, la compasión de Dios alcanza su máxima expresión. Él es la compasión divina hecha hombre.

Jesús, Sacerdote sufriente

5 1 Todo sumo sacerdote es elegido en-
tre los hombres y nombrado su repre-
sentante ante Dios, para ofrecer dones y
sacrificios por los pecados. 2 Puede ser in-
dulgente con ignorantes y extraviados, por-
que también él está sujeto a la debilidad
humana, 3 y a causa de ella tiene que ofre-
cer sacrificios por sus propios pecados, lo
mismo que por los del pueblo. 4 Y nadie
puede tomar tal dignidad para sí mismo si
no es llamado por Dios, como Aarón.
5 Del mismo modo Cristo no se atribuyó
el honor de ser sumo sacerdote, sino que lo
recibió del que le dijo: *Tú eres mi hijo, yo te*
he engendrado hoy; 6 y en otro pasaje: *tú*
eres sacerdote para siempre, según el orden
de Melquisedec.
7 Durante su vida mortal dirigió peti-
ciones y súplicas, con clamores y lágrimas,
al que podía librarlo de la muerte, y por esa
cautela fue escuchado. 8 Y aunque era Hijo
de Dios, aprendió sufriendo lo que es obe-
decer, 9 así alcanzó la perfección y llegó a
ser para cuantos le obedecen causa de sal-
vación eterna, 10 y Dios lo proclamó sumo
sacerdote según el orden de Melquisedec.

Una llamada a la madurez y a la perseverancia

11 Sobre este tema tenemos mucho que
decir, y es difícil explicarlo porque ustedes
son lentos para entender. 12 Después de

Ha experimentado nuestra condición humana porque, al igual que nosotros, «ha sido probado en todo, excepto el pecado» (15). Las tentaciones no fueron un hecho aislado en la vida de Jesús, sino que vivió toda su vida bajo la tentación y las pruebas en que vivimos los seres humanos. Por eso simpatiza, comprende nuestra debilidad, conoce el barro del que estamos hechos. Ahora que está sentado, glorioso, en el tribunal de la gracia, no podíamos tener un mediador más excelente y compasivo. El predicador nos invita a acudir a Él confiados para obtener siempre su misericordia y su auxilio.

5,1-10 Jesús, Sacerdote sufriente. Ahora nos va a decir en qué consiste esta mediación sacerdotal de Cristo, y lo hace comparando su sacerdocio con el oficio de sumo sacerdote de Israel, poniendo de relieve sus dos requisitos fundamentales: la vocación-elección y la función de «ofrecer… sacrificios por los pecados» (1), en los que se expresan los dos polos de la mediación: intimidad con Dios y solidaridad con los pecadores. La solidaridad con los pecadores del sumo sacerdote de Israel viene de sus propios pecados, que lo hacen participar de la condición pecadora del pueblo, de tal manera que también él tiene que ofrecer sacrificios por sus transgresiones (cfr. Lv 4,3-12).

La experiencia del propio pecado debe hacerle comprensivo e «indulgente con ignorantes y extraviados» (2). En cuanto a la intimidad con Dios que hace del sumo sacerdote su representante ante el pueblo, tiene que venir por elección especial del mismo Dios, que había recaído en Aarón, hermano de Moisés, y en su descendencia (cfr. Éx 28,1), de donde nació la clase sacerdotal.

Sobre este trasfondo del sacerdocio judío, el autor de la carta nos presenta ahora el sacerdocio de Cristo, no como continuidad, sino como ruptura, como algo radicalmente distinto que redefine y da un nuevo contenido tanto a la palabra «sacerdote» como a la función sacerdotal. Nos está diciendo entre líneas que, en definitiva, el sacerdocio del Templo no funcionó porque fracasó en lo más importante: la solidaridad y la compasión hacia los «ignorantes y extraviados». Fue precisamente la clase sacerdotal la que persiguió a Jesús porque ofrecía la misericordia de Dios a las prostitutas, a los cobradores de impuestos, a los leprosos, a los enfermos, y en general, a todos los considerados impuros por la Ley.

¿Cómo se puede ofrecer a Dios sacrificios por los pecados cuando se lleva en el corazón el desprecio por los pecadores?

La primera diferencia radical de Jesús como sacerdote fue no tener pecado; la segunda, ser elegido y nombrado sumo sacerdote sin provenir de una familia sacerdotal, ya que Jesús era de la tribu de Judá, no de Leví.

Así introduce el autor la cita del Sal 110,4, que le va a servir para desarrollar después el tema de su intimidad con Dios.

Insiste en mostrar toda la vida de Jesús como una ofrenda sacerdotal vivida en solidaridad con el sufrimiento y la debilidad humana, como anunció Isaías: «un hombre hecho a sufrir, curtido en el dolor… soportó nuestros sufrimientos y cargó con nuestros dolores… con sus cicatrices nos hemos sanado» (Is 53,3-5).

En su pasión se dirigió con «clamores y lágrimas, al que podía librarlo de la muerte» (7); su oración fue escuchada (cfr. Sal 22,25), aunque no le libró del sacrificio último, sino que hizo que su muerte terminara en resurrección.

La oración y el sufrimiento solidario hicieron de su vida un camino de obediencia a Dios, haciendo así posible el encuentro obediente de los seres humanos con Dios.

5,11–6,20 Una llamada a la madurez y a la perseverancia. El predicador interrumpe su discurso con una llamada de atención a la madurez de sus oyentes, en un tono más severo que conciliador. Les advierte de que la doctrina que les va a exponer sobre el sacerdocio de Jesús es para cristianos maduros, forma-

tanto tiempo ustedes deberían ser maes-
tros, en cambio hace falta que se les ense-
ñe nuevamente las primeras nociones del
mensaje de Dios; están necesitados de le-
che y no de alimento sólido. 13 Quien vive
de leche es una criatura y es incapaz de juz-
gar rectamente. 14 El alimento sólido es
para los maduros, que con la práctica y el
entrenamiento de los sentidos, saben dis-
tinguir el bien del mal.

6 1 Por eso dejaremos lo elemental de la
doctrina cristiana y nos ocuparemos
de lo maduro. No vamos a echar otra vez
los cimientos, o sea: el arrepentimiento de
las obras que llevan a la muerte, la fe en
Dios, 2 las enseñanzas sobre el bautismo y
la imposición de manos, la resurrección de
muertos y el juicio definitivo. 3 Eso lo hare-
mos, si Dios nos lo permite.
4 Porque los que una vez han sido ilumi-
nados y han gustado el don celestial, los
que han participado del Espíritu Santo, 5 los
que han saboreado la Palabra buena de
Dios y las maravillas del mundo venidero;
6 si después apostatan, ya no se les puede
hacer volver a Dios, porque ellos mismos
están crucificando de nuevo y exponiendo
a la burla de todos al Hijo de Dios. 7 Una tie-
rra que bebe la lluvia frecuente y produce
plantas útiles para los que la cultivan reci-
be una bendición de Dios; 8 pero si da car-
dos y espinas, es inútil y poco menos que
maldita, y terminará quemada.
9 Queridos hermanos, aunque hayamos
hablado así creemos que ustedes se en-
cuentran en una situación mejor, la que
conduce a la salvación; 10 ya que Dios es
justo y no olvida sus obras ni el amor que
mostraron en su Nombre sirviendo antes y
ahora a los consagrados. 11 Pero deseamos
que cada uno de ustedes muestre hasta el
final el mismo entusiasmo, para alcanzar lo
que esperan. 12 No queremos que se vuel-
van perezosos, sino imitadores de los que,
por la fe y la paciencia, heredan las prome-
sas.
13 Cuando Dios hizo la promesa a Abra-
hán, como no tenía nadie más grande que
él por quien jurar, juró por sí mismo 14 di-
ciendo: *Te he de bendecir, he de multiplicar*
tu descendencia.
15 Abrahán tuvo paciencia y alcanzó lo
prometido. 16 Los hombres juran por al-

---

dos y comprometidos, no para perezosos; esta advertencia implica quizás que su vida cristiana deja mucho que desear en cuanto a la fuerza de su testimonio y compromiso, como si estuvieran todavía nutriéndose de leche y no de alimento sólido como les correspondería, pues ya no eran niños.

Esta madurez deberían haberla ya alcanzado a través de todo el proceso de iniciación cristiana que les llevó desde el arrepentimiento de los pecados al bautismo, al don del Espíritu por la imposición de las manos, a la fe en la resurrección de los muertos. Es decir, han recibido la iluminación bautismal, han gustado la presencia del Espíritu, han saboreado por experiencia personal la Palabra de Dios y su dinamismo.

Después de todo esto, ¿es posible aún la apostasía? No sabemos si ésta es la situación de los destinatarios de la carta, si algunos ya habían apostatado o si existía el riesgo de que lo hicieran. El predicador es muy duro con los posibles apóstatas. Es un pecado que no tiene perdón porque implica un rechazo al Señor; es como si lo estuvieran crucificando de nuevo, llega a decir el predicador como exhortación extrema ante un peligro extremo. Acentúa la seriedad de la advertencia con la comparación de una tierra que sólo da cardos y espinas y «es inútil y poco menos que maldita, y terminará quemada» (6,8).

Él no espera eso de sus «queridos» hebreos (6,9), a los que anima a perseverar hasta el final. Al contrario, confía en ellos. Les recuerda su compromiso cristiano de antes, sus buenas obras que Dios ciertamente no olvidará.

Todo eso, sin embargo, no justifica la pereza y la pasividad presente, pues están pendientes las obras futuras y una herencia final que no está automáticamente asegurada, sino «para alcanzar lo que esperan» (11).

El apoyo fundamental de la esperanza cristiana es la promesa de Dios. Por eso les anima a seguir el ejemplo de perseverancia de Abrahán, a quien Dios hizo una promesa y un juramento, precursores ambos de la promesa y del juramento definitivos revelados en Jesucristo, a saber: la promesa de la herencia eterna, y para conseguir ésta, la esperanza de la mediación del sacerdocio de Cristo, garantizado por el juramento de Dios (cfr. Sal 110,4). El predicador termina su exhortación con una bella comparación marinera. Antiguamente había anclas que no se descolgaban para fondear, sino que se agarraban con ganchos a alguna cavidad de la costa: «penetraban» en tierra, unían la nave a la tierra firme. Así es nuestra esperanza que «penetra» en la morada de Dios y tiene allí su agarradero en la mediación de Cristo «nombrado sumo sacerdote perpetuo según el orden de Melquisedec» (6,20).

guien más grande, y el juramento confirma
y deja de lado cualquier discusión. 17 Así
Dios, queriendo probar abundantemente a
los herederos de la promesa que su deci-
sión era definitiva, interpuso un juramento.

18 Así, tenemos dos realidades seguras,
promesa y juramento, en las que Dios no
puede mentir. En ellas, los que hemos bus-
cado refugio agarrándonos a la esperanza
que se nos ofrece, tenemos un consuelo
válido. 19 Esta esperanza es como un ancla
firme y segura del alma, que penetra más
allá de la cortina del Templo, 20 allí donde
Jesús entró por nosotros, como precursor,
nombrado sumo sacerdote perpetuo según
el orden de Melquisedec.

Melquisedec y Jesucristo
(Gn 14; Sal 110,4)

7 1 Este *Melquisedec que era rey de Sa-*
lem, sacerdote del Dios Altísimo, salió
al encuentro de Abrahán, cuando volvía de
derrotar a los reyes, y lo bendijo; 2 *y Abra-*
hán le dio un décimo de todo el botín. El
nombre de Melquisedec quiere decir en pri-
mer lugar Rey de Justicia, después, Rey de
Salem, que significa Rey de Paz. 3 Figura
sin padre ni madre, sin genealogía, sin prin-
cipio ni fin de su vida, y así, a semejanza
del Hijo de Dios, sigue siendo sacerdote por
siempre. 4 Fíjense ahora lo importante que
sería, que el patriarca Abrahán le dio un
décimo del botín.

5 Los descendientes de Leví que reciben
el sacerdocio tienen orden de cobrar legal-
mente diezmos al pueblo, es decir, a sus
hermanos, que descienden también de
Abrahán. 6 En cambio, Melquisedec que no
era descendiente de Leví cobra diezmos a
Abrahán y bendice al titular de la promesa.
7 Nadie duda que el menor es bendecido
por el mayor. 8 Además los hijos de Leví
que reciben diezmos, son hombres que han
de morir, en cambio en el caso de Melqui-
sedec es uno de quien se declara que vive.
9 Por decirlo así: el mismo Leví, el que co-
bra diezmos, pagó los suyos a Melquisedec
en la persona de Abrahán 10 porque, en
cierto sentido, ya estaba en las entrañas de
su antepasado Abrahán cuando le salió al
encuentro Melquisedec.

11 Ahora bien, si por el sacerdocio levíti-
co se podía alcanzar la perfección –ya que
por su mediación el pueblo recibía la ley–,
¿qué falta hacía nombrar otro sacerdote en

7,1-28 Melquisedec y Jesucristo. Es probable que este personaje del tiempo de Abrahán que aparece en Gn 14,18 y después en Sal 110,4 no nos diga nada a los lectores de hoy, y que la expresión «Jesucristo sacerdote según la línea de Melquisedec» nos parezca extraña e incomprensible. No olvidemos, sin embargo, que los destinatarios de la carta son judeocristianos y que, por tanto, estaban familiarizados y fascinados, como todos los judíos, por el misterio que envolvía a esta lejana personalidad sacerdotal del Antiguo Testamento. El predicador lo toma como imagen y figura del sacerdocio de Cristo para afirmar la superioridad y novedad absoluta de éste, en contraste y ruptura con el sacerdocio tradicional del Templo de Jerusalén.

Y así, va aplicando a Cristo todo lo que el texto de Gn 14 dice de Melquisedec «sacerdote del Dios Altísimo» (1). Primero se fija en sus títulos: «Rey de Justicia... Rey de Paz» (2). Aparece en escena misteriosamente «sin padre ni madre, sin genealogía, sin principio ni fin de su vida» (3). Así es el sacerdocio de Cristo, cuyos orígenes se pierden en el misterio de Dios. Pondera después la grandeza del sacerdote Melquisedec –es decir, de Cristo–, a quien el mismo Abrahán acata y reconoce al ofrecerle tributo y recibir su bendición, pues «nadie duda que el menor es bendecido por el mayor» (7). El Patriarca actuaba no solamente a título propio, sino como figura corporativa, es decir, representando a toda su descendencia, entre la que se encuentra la tribu de Leví, de la que provenía la clase sacerdotal del pueblo judío.

Compara ahora el sacerdocio levítico con el sacerdocio de Cristo y nuestro predicador afirma la superioridad absoluta de éste.

Se fija especialmente en dos características: la eficacia y la duración.

El sacerdocio levítico, con todas sus leyes de culto, no ha logrado relacionar plenamente a las personas con Dios, quedando así derogado «por inútil e ineficaz» (18). Así lo confirman las Escrituras al anunciar y prometer con juramento un sacerdote de otro orden, «una esperanza más valiosa, por la cual nos acercamos a Dios» (19).

En cuanto al número y la duración, los sacerdotes levíticos eran muchos, se repartían el trabajo en turnos, morían y otros les sucedían. Nuestro sumo sacerdote es único y vive perpetuamente, como garantiza el juramento: «tú eres sacerdote para siempre» (21). Finalmente, los sacerdotes levíticos eran pecadores, debían ofrecer «cada día sacrificios, primero, por sus pecados» (27), mientras que el sumo sacerdote Jesús es «santo, inocente, sin mancha» (26), ofreciéndose a sí mismo en sacrificio, como víctima inmaculada «de una vez para siempre» (27). Así termina el predicador

la línea de Melquisedec y no en la línea de
Aarón? 12 Porque un cambio de sacerdocio
significa necesariamente un cambio de ley.

13 Jesús, de quien se habla aquí, per-
tenece a otra tribu, de la cual nadie ha ofi-
ciado en el altar. 14 Es sabido que nuestro
Señor procede de Judá, una tribu que no
menciona Moisés cuando habla de sacer-
dotes.

15 Y resulta aún más claro, ya que este
nuevo sacerdote es nombrado a semejanza
de Melquisedec, 16 y recibe el título, no en
virtud de una ley de sucesión carnal, sino
por la fuerza de una vida indestructible.

17 De él han declarado: *Tú eres sacerdote*
para siempre según el orden de Melqui-
sedec. 18 De este modo queda cancelado el
mandato anterior por inútil e ineficaz,
19 porque la ley no llevó a la perfección; en
cambio ahora se introduce una esperanza
más valiosa, por la cual nos acercamos a
Dios.

20 Además esto ha sido confirmado con
un juramento, mientras los descendientes
de Leví recibían el sacerdocio sin juramen-
to, 21 Jesús lo recibe con el juramento del
que le dijo: *Lo ha jurado el Señor y no se*
vuelve atrás: tú eres sacerdote para siem-
pre. 22 Por lo tanto es más valiosa la alianza
que Jesús garantiza. 23 Aquellos sacerdotes
eran numerosos porque la muerte les impe-
día continuar. 24 Éste, en cambio, como
permanece siempre, tiene un sacerdocio
que no pasa. 25 Así puede salvar plenamen-
te a los que por su medio acuden a Dios, ya
que vive siempre para interceder por ellos.

26 Él es el sumo sacerdote que nece-
sitábamos: santo, inocente sin mancha,
apartado de los pecadores, ensalzado sobre
el cielo. 27 Él no necesita, como los otros
sumos sacerdotes, ofrecer cada día sacrifi-
cios, primero por sus pecados y después
por los del pueblo; esto lo hizo de una vez
para siempre, ofreciéndose a sí mismo.

28 La ley nombra sumos sacerdotes a
hombres débiles; pero el juramento de
Dios, que fue hecho después de la ley,
nombra a un Hijo que llegó a ser perfecto
para siempre.

La nueva Alianza

(Jr 31,31-34)

8 1 Llego al punto central de mi exposi-
ción. Tenemos un sumo sacerdote
que tomó asiento en el cielo a la derecha
del trono de Dios. 2 Él es el ministro del
santuario y de la verdadera morada, cons-
truida por el Señor y no por hombres.

3 Todo sumo sacerdote es nombrado
para ofrecer dones y sacrificios; luego tam-
bién éste necesitaba algo que ofrecer. 4 Si

---

la presentación del Sumo Sacerdote Jesús, a quien ve ya anunciado en el misterioso y profético personaje Melquisedec.

8,1-13 La nueva Alianza. El predicador quiere destacar lo dicho hasta ahora en una especie de resumen al que, por su importancia, no duda en llamarlo «el punto central de mi exposición» (1).

Y lo hace comenzando con una nueva referencia a Sal 110, en la que contempla al Hijo de Dios –el «Mi Señor» con que se inicia el salmo– sentado «en el cielo a la derecha del trono de Dios» (1), ejerciendo su función de sacerdote mediador «de una alianza mejor, fundada sobre promesas mejores» (6).

El predicador va a explicar cómo ejerce Jesús su sacerdocio y fija su atención en sus cuatro aspectos fundamentales: 1. El lugar donde actúa como sacerdote; 2. El santuario donde se ofrece el sacrificio; 3. El sacrificio que se ofrece, y 4. La nueva alianza que inaugura el sacrificio.

Su argumentación, como ya nos tiene acostumbrados, se basa en la interpretación de las Escrituras, vistas con los ojos iluminados por la fe. Y así comienza diciendo que Jesús no podía ejercer su sacerdocio en la tierra por dos razones. La primera, porque Él no era legalmente sacerdote, ya que no pertenecía a la tribu sacerdotal de Leví. Desde el punto de vista de la legalidad, tan importante para los judíos, Jesús fue simplemente un laico. La segunda y fundamental, porque Jesús es sacerdote de una nueva alianza y todo lo anterior, incluyendo el sacerdocio de la antigua alianza del pueblo judío, «queda anticuado… está a punto de desaparecer» (13). Sus sacerdotes «ofician en una figura y sombra de las realidades celestiales» (5). La sombra puede reproducir el perfil, pero carece de substancia. Citando Éx 25,40, el predicador les recuerda que Moisés construyó la tienda del santuario «según el modelo que te mostraron en el monte» (5), es decir, como la copia pasajera, como sombra del verdadero santuario que Dios tenía preparado para un futuro que ya se está haciendo presente en la muerte y resurrección de Cristo.

Este futuro que ya experimentamos es la nueva alianza que anunció el profeta Jeremías: «así será la alianza... en aquel tiempo futuro... meteré mi ley en su pecho, la escribiré en su corazón, yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo» (Jer 31,33). La nueva alianza se basa en la promesa gratuita de Dios de que el perdón de los pecados será completo; la ley estará inte-

Jesús estuviera en la tierra, no sería sacer-
dote, ya que hay otros que ofrecen le-
galmente dones. 5 Pero el culto que ellos
ofician es una figura y sombra de las reali-
dades celestiales, como dice el oráculo que
recibió Moisés para fabricar la tienda: *Aten-*
ción, haz todo según el modelo que te mos-
traron en el monte.
6 Ahora bien, él ha recibido un ministerio
superior, ya que es mediador de una alian-
za mejor, fundada sobre promesas mejores.
7 Porque si la primera Alianza hubiera sido
irreprochable, no habría lugar para la se-
gunda.
8 Pero él pronuncia un reproche: *Miren*
que llegan días –oráculo del Señor– en que
haré una alianza nueva con la Casa de Is-
rael y con la Casa de Judá; 9 *no será como*
la alianza que hice con sus padres, cuando
los tomé de la mano para sacarlos de Egip-
to; ya que ellos no permanecieron fieles a
mi alianza y yo me desentendí de ellos
–dice el Señor–. 10 *Así será la alianza que*
haré con la Casa de Israel en el futuro
–oráculo del Señor–: Pondré mi ley en su
conciencia, la escribiré en su corazón; yo
seré su Dios y ellos serán mi pueblo. 11 *No*
tendrá que instruir uno a su prójimo, otro a
su hermano, diciendo: tienes que conocer al
Señor; porque todos, grandes y pequeños
me conocerán. 12 *Porque yo perdonaré sus*
culpas y olvidaré sus pecados. 13 Al decir
nueva, declara vieja la primera. Y lo que en-
vejece y queda anticuado está a punto de
desaparecer.

El sacrificio de Cristo

9 1 La primera alianza contenía disposi-
ciones sobre el culto y el santuario te-
rrestre. 2 En él se instaló un primer recinto,
llamado El Santo, en el que estaban el can-
delabro y la mesa de los panes presenta-
dos. 3 Detrás de la segunda cortina había
otro recinto llamado El Santísimo, 4 allí es-
taban el altar de oro y el arca de la alianza,
revestida toda de oro, que encerraba una
jarra de oro con maná, la vara florecida de
Aarón y las tablas de la alianza. 5 Encima
de ella estaban los querubines de la Gloria
dando sombra a la placa expiatoria. No
hace falta explicarlo ahora en detalle.
6 Una vez instalado todo, los sacerdotes
entran continuamente en el primer recinto
para oficiar allí. 7 En el segundo entra sólo
el sumo sacerdote, una vez al año, llevando
la sangre que ofrece por sus faltas y por las
inadvertencias del pueblo. 8 Con lo cual el
Espíritu Santo nos da a entender que,

---

riorizada y el conocimiento de Dios estará asegurado para todos. El predicador afirma que estas promesas de futuro expresadas por el profeta se están cumpliendo ahora en la persona de Jesús, quien las inauguró y las ratificó, no con sangre extraña de sacrificios, sino con su propia sangre.

9,1-22 El sacrificio de Cristo. Para explicar la nueva alianza, el predicador continúa la comparación con la antigua, que giraba en torno al santuario y a los sacrificios que allí se realizaban. La minuciosa descripción sigue Éx 25–26; habla de dos tiendas de campaña o recintos adyacentes con sus respectivas cortinas de separación y todos los utensilios sagrados del culto que se encontraban dentro. Afirma que «no hace falta explicarlo ahora en detalle» (5), pues todo ello era de sobras conocido por los destinatarios de la carta. El primer recinto sólo era accesible a los sacerdotes, quienes ofrecían allí los sacrificios ordinarios. En el segundo recinto o «lugar santísimo» de la presencia de Dios sólo podía entrar el sumo sacerdote una vez al año para ofrecer el sacrificio de expiación por los pecados del pueblo y por los suyos.

Al predicador le interesa resaltar dos aspectos. En primer lugar, que la misma estructura y disposición física del santuario con sus dos recintos, además del estatuto que regulaba su acceso –especialmente al lugar santísimo–, no eran una forma de que el pueblo accediera libremente a la presencia de Dios, sino una barrera y un impedimento casi infranqueables. En segundo lugar, que en la necesaria repetición de los sacrificios que se ofrecían en el santuario estaba la prueba de su ineficacia y carácter provisorio. En resumen: el Templo, el sacerdocio, los sacrificios, las prescripciones del culto, todo era temporal, tenía un valor relativo como «disposiciones humanas válidas hasta el momento en que Dios cambie las cosas» (10), es decir, la nueva alianza inaugurada por Jesús.

El predicador llega ahora al punto culminante de su exposición, presentando a Jesús como «sumo sacerdote de los bienes futuros» (11), en contraste con todo lo anterior. Y así, la tienda o el Templo, el lugar de la presencia y del encuentro definitivo con Dios, es el propio cuerpo de Jesús muerto y resucitado (cfr. Jn 2,19-21), no hecho «a mano, es decir, no de este mundo creado» (11). El nuevo santuario es el cielo «a donde entró de una vez para siempre» llevando «su propia sangre» y logrando así nuestro «rescate definitivo» (12). Con estas expresiones densas y dramáticas, el predicador presenta la muerte y resurrección de Jesús como el único y definitivo sacerdocio que inaugura, consuma y establece la nueva alianza de la humanidad con Dios.

mientras esté en pie el primer recinto, no
está abierto el acceso al santuario. 9 Éstos
son símbolos del tiempo presente: los do-
nes y sacrificios que allí se ofrecen a Dios
no pueden llevar a la perfección a quienes
los ofrecen; 10 se trata solamente de comi-
das, bebidas y ciertas ceremonias de purifi-
cación que son disposiciones humanas
válidas hasta el momento en que Dios cam-
bie las cosas.

11 En cambio, Cristo, ha venido como
sumo sacerdote de los bienes futuros. Él a
través de una morada mejor y más perfec-
ta, no hecha a mano, es decir, no de este
mundo creado, 12 llevando no sangre de ca-
bras y becerros, sino su propia sangre, en-
tró de una vez para siempre en el santuario
y logró el rescate definitivo. 13 Porque si la
sangre de cabras y toros y la ceniza de be-
cerra rociada sobre los profanos los santi-
fica con una pureza corporal, 14 cuánto más
la sangre de Cristo, que por el Espíritu eter-
no se ofreció sin mancha a Dios, purificará
nuestras conciencias de las obras que con-
ducen a la muerte, para que demos culto al
Dios vivo. 15 Por eso es mediador de una
nueva alianza, a fin de que, habiendo muer-
to para redención de los pecados cometi-
dos durante la primera alianza, puedan los
llamados recibir la herencia eterna prome-
tida.

16 Para que se cumpla un testamento tie-
ne que comprobarse primero la muerte del
testador, 17 ya que el testamento entra en
vigor con la muerte y no rige mientras vive
el testador. 18 Por eso tampoco la primera
alianza se instituyó sin sangre. 19 Cuando
Moisés terminó de recitar al pueblo todos
los mandamientos de la ley, tomó lana roja
y una rama de hisopo las mojó en la sangre
de los becerros [y cabras], mezclada con
agua y roció el libro de la ley y a todo el
pueblo, 20 diciendo: Ésta *es la sangre de la
alianza que Dios establece con ustedes.*
21 Igualmente con sangre roció la morada
con todo el ajuar del culto. 22 Según la ley,
casi todo se purifica con sangre, y sin de-
rramar sangre no hay perdón.

El santuario

23 De manera que, si era necesario puri-
ficar las cosas que no son más que símbo-
los de las realidades divinas, estas mismas
realidades divinas necesitan sacrificios su-
periores. 24 Ahora bien, Cristo entró, no en
un santuario hecho por los hombres, copia
del auténtico, sino en el cielo mismo; y aho-
ra se presenta ante Dios a favor nuestro.

Es probable que los destinatarios de la carta, acostumbrados a la terminología que usa el predicador, comprendieran todo el alcance de palabras claves como «sangre», «rescate» o «santuario celeste». Los lectores de hoy necesitamos más explicaciones. En la sangre se concentra toda la vida de Jesús de Nazaret como don del amor y de la compasión de Dios por todos nosotros, que culminó en su muerte en la cruz. Con la bella imagen bíblica del santuario celeste, del que hablará de nuevo más adelante, el predicador se refiere a la resurrección, inseparable de su muerte. Una muerte-resurrección que nos hace participar a nosotros de la misma vida de Dios. Y este misterio de amor que nos libra de la muerte y del pecado viene expresado en la palabra «rescate». Esta nueva alianza que establece Jesucristo con su muerte y resurrección es también un testamento o herencia a favor de la humanidad, afirma el predicador aludiendo al otro significado de la palabra alianza.

9,23-28 El santuario. El predicador retoma la imagen del sumo sacerdote judío que entra cada año en lo más sagrado del santuario el día de la fiesta de la Expiación («Yom Kippur») para ofrecer un sacrificio «con sangre ajena» (25) por sus pecados, y otro por los pecados del pueblo. Como contraste, afirma que el sumo sacerdote Jesucristo entró de una vez para siempre «no en un santuario hecho por los hombres,… sino en el cielo mismo» (24), y lo hizo «ahora... al final de los tiempos... para destruir de una sola vez con su sacrificio los pecados» (26).

Con esta sugerente y bella imagen del santuario del cielo, el predicador nos quiere decir que si bien el sacrificio liberador de la muerte de Jesús en la cruz acaeció hace dos mil años en la historia humana, la resurrección ubicó este mismo y único sacrificio en el hoy de Dios, en el santuario del cielo, que no se mide por años humanos, sino que es un ahora permanente y eterno que abarca toda la historia y toda la creación. Es en este ahora donde el predicador contempla al Sumo Sacerdote de la nueva alianza intercediendo a favor nuestro. Por eso, cada vez que se celebra la eucaristía, es el mismo y único sacrificio de Cristo el que se hace presente sacramentalmente en medio de la comunidad cristiana, realizando nuestra reconciliación con Dios y anunciando su segunda y definitiva venida «para salvar a los que lo esperan» (28). Por eso la eucaristía es también la celebración de la memoria de un acontecimiento pasado, sí, la muerte de Jesús en la cruz, pero que al ser una muerte que fue asumida en la resurrección, entró en el «ahora» de Dios, convirtiéndose en memoria del acontecimiento eternamente presente del misterio del amor divino.

25 No es que tenga que ofrecerse repetidas veces, como el sumo sacerdote, que entra todos los años en el santuario con sangre ajena; 26 en tal caso tendría que haber padecido muchas veces desde la creación del mundo.

Ahora en cambio, al final de los tiempos, ha aparecido para destruir de una sola vez con su sacrificio los pecados. 27 Y así como el destino de los hombres es morir una vez y después ser juzgados, 28 así también Cristo se ofreció una vez para quitar los pecados de todos y aparecerá por segunda vez, ya no en relación con el pecado, sino para salvar a los que lo esperan.

Eficacia del sacrificio de Cristo y el sacerdocio de los creyentes

10 1 La ley es sombra de los bienes futuros, no su presencia verdadera. Con los mismos sacrificios ofrecidos periódicamente cada año, la ley nunca puede hacer perfectos a los que se acercan. 2 Porque si los hubiera purificado definitivamente, al no tener conciencia de pecado, los que rinden culto habrían dejado de ofrecerlos.

3 Por el contrario, estos sacrificios sirven para hacerles recordar sus pecados cada año, 4 ya que la sangre de toros y cabras no puede perdonar pecados. 5 Por eso, al entrar en el mundo dijo: *No quisiste sacrificios ni ofrendas, pero me formaste un cuerpo.* 6 *No te agradaron holocaustos ni sacrificios expiatorios.* 7 *Entonces dije: Aquí estoy, he venido para cumplir, oh Dios, tu voluntad –como está escrito de mí en el libro de la ley–.* 8 Primero dice que no ha querido ni le han agradado ofrendas, sacrificios, holocaustos ni sacrificios expiatorios que se

---

10,1-18 Eficacia del sacrificio de Cristo y el sacerdocio de los creyentes. El predicador da un paso más al afirmar que en el mismo sacrificio que consagra a Cristo como sacerdote (cfr. 5,9), nosotros también «quedamos consagrados por la ofrenda del cuerpo de Jesucristo, hecha de una vez para siempre» (10). O lo que es lo mismo, el sacerdocio de Cristo nos hace a todos los creyentes sacerdotes como Él, al darnos la posibilidad de ofrecer nuestras vidas de amor y de servicio a Dios y a nuestros hermanos como verdadero sacrificio agradable a Dios. Así quedamos incorporados al sacrificio de Cristo. Esto es lo que queremos decir cuando afirmamos que somos miembros del Cuerpo de Cristo.

Los sacrificios de la antigua alianza, repetidos periódicamente, no podían realizar esta maravillosa transformación, «nunca puede hacer perfectos a los que se acercan» (1) a Dios. El predicador da la razón: eran víctimas animales, externas a los hombres y las mujeres por quienes se ofrecían, no implicaban existencialmente a las personas mismas en su relación con Dios. De hecho, Dios había mostrado a lo largo de la historia del pueblo judío su indignación ante semejantes ofrendas: «estoy harto de holocaustos de carneros… la sangre de novillos, corderos… no me agrada» (Is 1,11), «porque quiero lealtad, no sacrificios» (Os 6,6). Dios no se fija en los sacrificios, sino en la actitud profunda de la persona que los ofrece, quien con su vida misma trata de obedecerle y serle fiel. Así es como el predicador se refiere a la vida del cristiano entendida como sacerdocio: una vida entregada al cumplimiento de la voluntad de Dios.

Ésta fue la actitud de Cristo «al entrar en el mundo» (5), continúa el predicador, poniendo en boca del mismo Cristo las palabras de Sal 40,7s: «No quisiste sacrificios… pero me formaste un cuerpo… Aquí estoy, he venido para cumplir, oh Dios, tu voluntad» (5-7). Una vez consumada la voluntad de Dios a lo largo de toda una vida entregada hasta la muerte en amor solidario con los pecadores y marginados, Cristo «se sentó para siempre», por su resurrección, «a la derecha de Dios» (12).

El verbo «sentarse» que usa el predicador no tiene nada de pasivo, sino todo lo contrario, pues Cristo sigue actuando por medio del Espíritu Santo: «Ésta es la alianza que haré con ellos... pondré mis leyes en su corazón y las escribiré en su conciencia» (16), y «me olvidaré de sus pecados y delitos» (17).

Es decir, nos hará capaces de ofrecer nuestras vidas a Dios como sacrificio existencial de obediencia a su voluntad, como sacerdotes que participan de su mismo sacerdocio. Es así como el apóstol Pablo ve la entera vida del cristiano: como «sacrificio vivo, santo, aceptable a Dios: éste es el verdadero culto» (Rom 12,1); el apóstol Pedro llamará a la comunidad cristiana «sacerdocio real, nación santa y pueblo adquirido» (1 Pe 2,9).

Este «sacerdocio de los fieles», con todas sus consecuencias, ha sido redescubierto por el Concilio Vaticano II. Todos los creyentes, sin distinción y en virtud del bautismo recibido, somos sacerdotes; nuestra función sacerdotal es ofrecer nuestras vidas al servicio de Dios y de nuestros hermanos. Es este sacerdocio común de todos el que da sentido al ministerio ordenado –obispos, presbíteros y diáconos–, instituido por Jesucristo para estar al servicio de la comunidad sacerdotal formada por todos los cristianos. El alcance de este redescubrimiento está revolucionando poco a poco la vida de la Iglesia, convirtiendo a la hasta ahora masa silenciosa y pasiva del laicado en protagonistas, por derecho propio, en todo lo que concierne a la misión de la Iglesia en el mundo, en comunión de co-

ofrecen legalmente; 9 después añade: *Aquí*
estoy para cumplir tu voluntad. Así declara
abolido el primer régimen para establecer
el segundo. 10 Y en virtud de esa voluntad,
quedamos consagrados por la ofrenda del
cuerpo de Jesucristo, hecha de una vez
para siempre.

11 Todo sacerdote se presenta a oficiar
cada día y ofrece muchas veces los mis-
mos sacrificios, que nunca pueden quitar
pecados. 12 Cristo, en cambio, después de
ofrecer un único sacrificio por los pecados,
se sentó para siempre a la derecha de Dios
13 y se queda allí esperando a que pongan a
sus enemigos como estrado de sus pies.

14 Porque con un solo sacrificio llevó a
perfección definitiva a los consagrados.
15 También el Espíritu Santo nos lo atesti-
gua, al decir: 16 *Ésta es la alianza que haré*
con ellos en el futuro –oráculo del Señor–:
pondré mis leyes en su corazón y las escri-
biré en su conciencia. 17 *Me olvidaré de sus*
pecados y delitos.

18 Ahora bien, si son perdonados, ya no
hace falta ofrenda por el pecado.

Exhortación

19 Por la sangre de Jesús, hermanos, te-
nemos libre acceso al santuario; 20 por el
camino nuevo y vivo que inauguró para
nosotros a través del velo del templo, a sa-
ber, de su cuerpo. 21 Tenemos un sacerdo-
te ilustre a cargo de la casa de Dios. 22 Por
tanto, acerquémonos con corazón sincero,
llenos de fe, purificados por dentro de la
mala conciencia y lavados por fuera con
agua pura. 23 Mantengamos sin desviacio-
nes la confesión de nuestra esperanza,
porque aquel que ha hecho la promesa es
fiel.

24 Ayudémonos los unos a los otros para
incitarnos al amor y a las buenas obras.
25 No faltemos a las reuniones, como hacen
algunos, antes bien animémonos mutua-
mente tanto más cuanto que vemos acer-
carse el día del Señor. 26 Porque si, después
de recibir el conocimiento de la verdad, pe-
camos deliberadamente, ya no queda otro
sacrificio por el pecado, 27 sino la espera
angustiosa de un juicio y el fuego voraz que
consumirá a los rebeldes.

28 Quien quebrantaba la ley de Moisés,
era ejecutado sin compasión por el testi-
monio de dos o tres testigos. 29 Cuánto más
será castigado, entonces, quien pisotee al
Hijo de Dios, profane la sangre de la alian-
za que lo consagró y afrente al Espíritu de
la gracia.

30 Conocemos al que dijo: *Mía es la ven-*
ganza, a mí me toca retribuir, y también: El
Señor juzgará a su pueblo. 31 Qué terrible es
caer en manos del Dios vivo.

---

rresponsabilidad, no de obediencia ciega, con la jerarquía eclesial.

10,19-39 Exhortación. Esta exhortación debe unirse a las dos anteriores (3,7-4,14 y 5,11–6,20). Del ámbito doctrinal, el predicador pasa a la tercera gran exhortación de su carta-homilía, poniendo de manifiesto las consecuencias para la vida del cristiano de todo lo que ha expuesto hasta ahora. El tono de la misma combina el entusiasmo y el optimismo con la amonestación y la advertencia. Ve a la comunidad cristiana como la casa de Dios, presidida «por un sacerdote ilustre» (21) que ha abierto las puertas del santuario y se ofrece a sí mismo como camino vivo de acceso al mismo.

Les anima a acercarse a Él «con corazón sincero, llenos de fe», como corresponde a los que por el bautismo han sido «purificados… con agua pura» (22). Les pide que den testimonio de la esperanza con sus vidas, preocupándose los unos por los otros «para incitarnos al amor y a las buenas obras» (24). Les amonesta con severidad a participar en las asambleas –la celebración eucarística, sobre todo–, dando a entender la manifiesta, repetida y culpable ausencia de algunos de ellos de la vida de la comunidad, por razones que, aunque no nos las dice, las insinúa más adelante: miedo a la persecución, tensiones dentro de la comunidad misma o simplemente desaliento y desánimo de los que se habían cansado de esperar la venida del Señor porque les parecía que tardaba demasiado. Por eso insiste en que cobremos tanto más ánimo cuanto más cercano vemos ese día (25). De lo contrario, en vez de la espera del Señor, lo único que les quedará será «la espera angustiosa de un juicio y el fuego voraz que consumirá a los rebeldes» (27).

Ese castigo, prosigue con extrema dureza, estará en proporción con la falta que cometa quien pisotee al Hijo de Dios, profane su sangre y afrente al Espíritu (29).

Después de esta terrible advertencia, el predicador recuerda a la comunidad el tiempo de su primera fidelidad, aquellos días en que «sostuvieron el duro combate de los padecimientos» (32).

Fueron días de penas y cárceles, de solidaridad con los perseguidos, de privación de bienes, pero también días de gozo porque experimentaron la posesión de «bienes mayores y permanentes» (34).

32 Recuerden los primeros días, cuando,
recién iluminados, sostuvieron el duro
combate de los padecimientos: 33 unos ex-
puestos públicamente a injurias y malos
tratos, otros solidarios de los que así eran
tratados. 34 Compartieron las penas de los
encarcelados, aceptaron gozosos que los
privaran de sus bienes, sabiendo que po-
seían bienes mayores y permanentes.
35 Por tanto, no pierdan la confianza, que
ella les traerá una gran recompensa. 36 A
ustedes les hace falta paciencia para cum-
plir la voluntad de Dios y obtener lo prome-
tido. 37 *Todavía un poco, muy poco, y el que*
ha de venir vendrá sin tardanza. 38 *Mi justo*
vivirá por la fe; pero si se echa atrás, no me
agradará. 39 Nosotros no pereceremos por
echarnos atrás, sino que salvaremos nues-
tra vida por la fe.

La fe – esperanza

11 1 La fe es la garantía de lo que se es-
pera, la prueba de lo que no se ve.
2 Por ella nuestros antepasados fueron con-
siderados dignos de aprobación. 3 Por la fe
comprendemos que el mundo fue formado
por la Palabra de Dios, lo visible a partir de
lo invisible.
4 Por la fe Abel ofreció a Dios un sacrifi-
cio mejor que el de Caín, por ella lo decla-
raron justo y Dios aprobó sus dones; por
ella, aunque muerto, sigue hablando.
5 Por la fe Enoc fue trasladado sin pasar
por la muerte, *y no lo encontraron porque*
Dios se lo había llevado; y recibió testi-
monio que antes de su traslado *había agra-*
dado a Dios. 6 Sin fe es imposible agradarle.
Quien se acerca a Dios ha de creer que
existe y que recompensa a los que lo
buscan.
7 Por la fe recibió Noé aviso de lo que
aún no se veía, y cauteloso construyó un
arca para que se salvase su familia. La fe
de Noé condenó al mundo y él alcanzó la
justicia que da la fe.
8 Por fe obedeció Abrahán a la llamada
de salir hacia el país que habría de recibir
en herencia; y salió sin saber adónde iba.
9 Por fe se trasladó como forastero al país
que le habían prometido y habitó en tiendas

Esta fidelidad pasada debe llenarles de confianza para enfrentarse con los tiempos difíciles por los que atraviesa la comunidad, tiempos de persecución, seguramente con el consiguiente riesgo de apostasía.

El predicador termina esta exhortación con una llamada a la paciencia perseverante y activa porque falta «todavía un poco, muy poco, y el que ha de venir vendrá sin tardanza» (37).

11,1-40 La fe – esperanza. La fe nos mantiene firmes en la espera de lo que todavía «no se ve» (1), aludiendo a esa segunda y definitiva venida del Señor. Son los ojos de la fe los que perciben en lontananza al que ha de venir, es más: la fe posee ya, por anticipado, esa realidad del encuentro definitivo con el Señor que se perfila como el horizonte último de la historia y que da sentido al tiempo presente.

Dios ha hecho una promesa y el creyente se fía de ella, por eso espera. Esta fe transida de esperanza es la clave de interpretación de la verdadera historia del pueblo de Israel, que el predicador nos va a mostrar como una historia de fe a través de las gestas de sus protagonistas a quienes presenta justamente como campeones y testigos de la fe.

El recorrido histórico es largo y detallado. Menciona a quince personajes por sus nombres y a otros muchos anónimos que superaron toda clase de pruebas y soportaron indecibles sufrimientos y tribulaciones, que fueron marginados, excluidos, perseguidos, encarcelados, despreciados, torturados, asesinados. El predicador termina su recorrido con una exclamación: «el mundo no era digno de ellos» (38), como queriendo resaltar la superior calidad humana y estatura moral de esas personas a quienes, de ordinario, la sociedad en que viven no tiene la capacidad de reconocer ni de apreciar.

¿Cómo pudieron aquellos hombres y aquellas mujeres hacer lo que hicieron, mantenerse firmes, luchar contra corriente y sin tregua en el mundo hostil en que les tocó vivir? «Por la fe», afirma el predicador, repitiendo la expresión detrás de cada nombre (22 veces) como la melodía de fondo que dio sentido a sus vidas. La fe los convirtió en «peregrinos y forasteros en la tierra» (13), buscadores de una patria mejor (16). Por la fe en lo prometido, Jesús el Mesías, murieron «viéndolo y saludándolo de lejos» (13), aunque no llegaron a conocerlo. Por la fe ofrecieron sus vidas «prefiriendo una resurrección de más valor» (35).

Al final de su recorrido histórico por los personajes de la historia de Israel, el predicador afirma que aquellos no cumplieron su destino sin nosotros (40). Por una parte, abarca en un abrazo solidario a todos los testigos de la fe que peregrinaron por la tierra buscando, creyendo y esperando en Dios, aunque no llegaron a conocer a Aquel en quien la fe tiene sentido y cumplimiento: Jesús de Nazaret. Por otra, nos abarca a nosotros, los cristianos que sabemos y conocemos y por eso completamos el destino de todos ellos al anunciar y proclamar el nombre santo del Salvador universal. Ésta es la misión de la Iglesia: ser el signo, el sacramento de la salvación que Dios ofrece en la

de campaña con Isaac y Jacob, herederos
de la misma promesa. 10 Porque esperaba
la ciudad construida sobre cimientos cuyo
arquitecto y constructor es Dios.
11 Por fe también Sara, aun pasada la
edad, recibió vigor para concebir, porque
pensó que era fiel el que lo prometía. 12 Así,
de uno solo, y ya cercano a la muerte, na-
ció una multitud como las estrellas del cie-
lo y como la arena incontable de las playas.
13 Con esa fe murieron todos ésos sin
haber recibido lo prometido, aunque vién-
dolo y saludándolo de lejos y confesándose
peregrinos y forasteros en la tierra.
14 Quienes así razonan demuestran que
están buscando una patria. 15 Pero si hubie-
ran sentido nostalgia de la que abandona-
ron, podrían haber vuelto allá. 16 Por el
contrario, aspiraban a una mejor, es decir, a
la patria celestial. Por eso Dios no tiene re-
paro en llamarse su Dios, porque les había
preparado una ciudad.
17 Por fe, Abrahán, cuando Dios lo puso
a prueba, tomó a Isaac, para ofrecerlo en
sacrificio. Ofreció a su hijo único, el que era
la garantía de la promesa, 18 eso que le ha-
bían dicho: *Isaac continuará tu descenden-
cia*; 19 pero pensó que Dios tiene poder para
resucitar de la muerte. Y así lo recobró
como un símbolo.
20 Por fe, bendijo Isaac el futuro de Ja-
cob y Esaú.
21 Por fe, Jacob moribundo bendijo a los
dos hijos de José *y se postró apoyándose
en el extremo del bastón*.
22 Por fe, José, al final de la vida, hizo
alusión al éxodo de los israelitas y dio ins-
trucciones acerca de sus restos.
23 Por fe, cuando nació Moisés, sus pa-
dres, viendo que era un niño hermoso, y sin
temer el decreto real, lo ocultaron tres meses.
24 Por fe, Moisés, ya crecido, renunció al
título de hijo de la hija del faraón, 25 y antes
que el disfrute pasajero del pecado, prefirió
ser maltratado con el pueblo de Dios;
26 pensando que la humillación de Cristo
valía más que los tesoros de Egipto, ya que
tenía puestos los ojos en la recompensa
que Dios le habría de dar.
27 Por fe, abandonó Egipto sin temer la
cólera del rey, porque se aferraba a lo invi-
sible como si fuera visible.
28 Por fe, celebró la Pascua y roció con
sangre, para que el destructor no tocase a
sus primogénitos.
29 Por fe, los israelitas atravesaron el Mar
Rojo como por tierra firme, mientras que
los egipcios al intentarlo se ahogaron.
30 Por fe, la muralla de Jericó, tras ser
rodeada durante siete días, se derrumbó.
31 Por fe, la prostituta Rajab acogió
amistosamente a los espías y no pereció
con los rebeldes.
32 ¿A qué seguir? Me falta tiempo para
contar la historia de Gedeón, Barac, San-
són, Jefté, David y Samuel y los profetas;
33 los cuales por fe conquistaron reinos, ad-
ministraron justicia, vieron cumplidas las
promesas, cerraron la boca a leones, 34 ex-
tinguieron el ardor del fuego, evitaron el filo
de la espada, se restablecieron de la enfer-
medad, fueron valerosos en la guerra, re-
chazaron ejércitos extranjeros.
35 Algunas mujeres recobraron resucita-
dos a sus maridos.
Otros, torturados, rehusaron librarse,
prefiriendo una resurrección de más valor.
36 Otros sufrieron la prueba de burlas y
azotes, de cadenas y cárcel. 37 Fueron ape-
dreados, destrozados, pasados a cuchillo;
vagaban cubiertos con pieles de cabras y
ovejas, necesitados, atribulados, maltrata-
dos. 38 El mundo no era digno de ellos. Va-
gaban por desiertos, montañas, grutas y
cavernas.
39 Ninguno de ellos, aunque fueron apro-
bados por la fe que tenían, alcanzó lo pro-
metido, 40 porque Dios nos reservaba un
plan mejor: que aquellos no cumplieran su
destino sin nosotros.

---

muerte y resurrección de Jesucristo a todos los hombres y todas las mujeres de toda raza y nación.

12,1-4 Jesús, el testigo supremo de la fe. De la «nube tan densa de testigos» (1) que acaba de mencionar, el predicador pasa ahora al testigo por excelencia, el pionero «que inició y consumó la fe» (2) superando todas las pruebas: Jesús.

Y así les exhorta a la fe y a la esperanza usando una expresión realista y densa de significado: «mirar fijamente», como cuando uno pone su confianza en otra persona, cuando se espera la respuesta de alguien porque uno sabe que el otro comprende toda la angustia y todo el sufrimiento que expresa la mirada. De esta manera, el predicador anima a sus oyentes per-

Jesús, el testigo supremo de la fe

12 1 Por lo tanto, nosotros, rodeados de
una nube tan densa de testigos, des-
prendámonos de cualquier carga y del pe-
cado que nos acorrala; corramos con cons-
tancia la carrera que nos espera, 2 fijos los
ojos en el que inició y consumó la fe, en Je-
sús. El cual, por la dicha que le esperaba,
sufrió la cruz, despreció la humillación y se
ha sentado a la derecha del trono de Dios.
3 Piensen en aquel que soportó tal opo-
sición por parte de los pecadores, y no se
desalentarán. 4 Todavía no han tenido que
resistir hasta derramar la sangre en su lu-
cha contra el pecado.

Dios, educador paternal

5 ¿Han olvidado ya la exhortación que
Dios les dirige como a hijos? *Hijo mío, no
desprecies la corrección del Señor ni te des-
animes si te reprende;* 6 *porque el Señor co-
rrige a quien ama y azota a los hijos que
reconoce.* 7 Aguanten, es por su educación,
que Dios los trata como a hijos.
¿Hay algún hijo a quien su padre no cas-
tigue? 8 Si no los castigan como a los de-
más, es que son bastardos y no hijos. 9 Más
aún: a nuestros padres corporales que nos
castigaban los respetábamos; ¿no habrá
más razones para someternos al Padre de
nuestras almas y así tener vida?
10 Aquéllos nos educaban por breve
tiempo, como juzgaban conveniente; éste
para nuestro bien, para que participemos de
su santidad. 11 Ninguna corrección, cuando
es aplicada, resulta agradable, más bien
duele; pero más tarde produce en los que
fueron corregidos frutos de paz y de justicia.
12 Por tanto, fortalezcan los brazos débiles,
robustezcan las rodillas vacilantes, 13 ende-
recen las sendas para sus pies, de modo
que el rengo no caiga, sino que se sane.

La gracia de Dios

14 Busquen la paz con todos y la santifi-
cación, sin la cual nadie puede ver a Dios.
15 Estén atentos para que nadie sea privado
de la gracia de Dios; para que ninguna raíz
amarga crezca y dañe y contagie a los de-
más. 16 No haya impúdicos ni profanadores
como Esaú, que por una comida vendió sus
derechos de primogénito. 17 Saben que más

---

seguidos y desalentados a mirar fijamente al Crucificado para recibir de Él una respuesta y así «no se desalentarán» (3), pues todavía queda mucho camino por andar y mucho sufrimiento que padecer, y sin constancia no se puede llegar al final de la carrera.

12,5-13 Dios, educador paternal. El predicador ha comparado las dificultades del camino con la disciplina del esfuerzo deportivo para alcanzar la meta, a imitación de Jesús que inició su carrera y la concluyó, que sufrió y triunfó.

Ahora presenta otra comparación, la de la educación paterna que es al mismo tiempo severa y afectuosa. Se inspira en el modelo sapiencial del Antiguo Testamento: «porque al que ama lo reprende el Señor, como un padre al hijo querido» (Prov 3,12); el «hijo sensato acepta la corrección paterna» (Prov 13,1). Dios como Padre educa austeramente: «¿Hay algún hijo a quien su padre no castigue?» (7). Así lo hizo en el desierto, sometiendo a su pueblo a toda clase de pruebas «para que reconozcas que el Señor, tu Dios, te ha educado como un padre educa a su hijo; para que guardes los preceptos del Señor, tu Dios, sigas sus caminos y lo respetes» (Dt 8,5s).

¿Qué decir de esta pedagogía del castigo o de la imagen de un Dios Padre a quien se le atribuyen las pruebas y sufrimientos humanos como método para educar a sus hijos? Primero, el predicador habla desde la cultura de su tiempo, cuyos métodos educativos no son ni deben ser necesariamente los nuestros. Segundo, y más importante, Dios no envía tribulaciones y sufrimientos a sus hijos ni es esto lo que quiere decir el predicador. Está simplemente contemplando el sufrimiento de la comunidad cristiana, que no es querido por Dios, desde la perspectiva de su amor, capaz de transformar el dolor y la tribulación de sus hijos en «frutos de paz y de justicia» (11). Así es como Dios se enfrenta y destruye el sufrimiento humano (cfr. Rom 8,18). A esta victoria se refiere cuando cita al profeta (Is 35,3) cantando el regreso a Jerusalén de los desterrados de Babilonia en una especie de peregrinación festiva y gozosa, gracias a la intervención salvadora de Dios: «fortalezcan los brazos débiles, robustezcan las rodillas vacilantes, enderecen las sendas para sus pies» (12s).

12,14-29 La gracia de Dios. El predicador sigue exhortando a sus oyentes a permanecer unidos buscando la paz y la gracia de Dios. Les pone por delante, como escarmiento, lo que le ocurrió a Esaú, quien vendió su primogenitura por un plato de lentejas para no volverla a recuperar ya más.

La visión de la nueva alianza que describe a continuación tiene toda la fuerza y la poesía de las visiones proféticas. Como contraste, presenta primero al pueblo de Israel sobrecogido de temor al pie de la montaña del Sinaí, ante la majestad de la Palabra de Dios, en medio del «fuego ardiente, oscuridad, tiniebla, tempestad… toque de trompetas» (18s). Un terrible espectáculo ante el que el mismo Moisés confesó:

tarde, cuando intentó recobrar la bendición
testamentaria, fue descalificado y, aunque
lo pidió con lágrimas, no consiguió cambiar
la decisión.

18 Ustedes no se han acercado a algo
tangible: fuego ardiente, oscuridad, tiniebla,
tempestad, 19 ni oyeron el toque de trompe-
tas ni una voz hablando que, al oírla, pedían
que no continuase, 20 porque no podían so-
portar aquella orden: *el que toque el monte,*
aunque sea un animal, será apedreado.
21 Ese espectáculo era tan terrible que Moi-
sés comentó: *estoy temblando de miedo.*

22 Ustedes en cambio se han acercado a
Sión, monte y ciudad del Dios vivo, a la
Jerusalén celeste con sus millares de ánge-
les, a la congregación 23 y asamblea de los
primogénitos inscritos en el cielo, a Dios,
juez de todos, a los espíritus de los justos
consumados, 24 a Jesús, mediador de la
nueva alianza, a una sangre rociada que
grita más fuerte que la de Abel.

25 Atención, no rechacen al que habla.
Porque si aquéllos, por rechazar al que pro-
nunciaba oráculos en la tierra, no escapa-
ron, ¿cómo podremos escapar nosotros, si
nos apartamos del que habla desde el cie-
lo? 26 Si su voz entonces hizo temblar la tie-
rra, ahora proclama lo siguiente: *Otra vez*
haré temblar la tierra y también el cielo.
27 Al decir otra vez, muestra que serán qui-
tadas las cosas creadas, lo que puede ser
movido, para que permanezca lo que es
inconmovible. 28 Así, al recibir un reino in-
conmovible, seamos agradecidos, sirvien-
do a Dios como a él le agrada, con respeto
y reverencia. 29 Porque nuestro Dios es un
fuego devorador.

Exhortaciones finales: el sacerdocio de los cristianos

13 1 Que el amor fraterno sea duradero.
2 No olviden la hospitalidad, por la
cual algunos, sin saberlo, hospedaron a án-
geles. 3 Acuérdense de los presos como si

«estoy temblando de miedo» (21). Por el contrario, el peregrinar de la comunidad cristiana que se inició con el bautismo es hacia el monte donde se asienta la ciudad de Dios (cfr. Sal 48,1-3). Esta ciudad santa tiene ya sus ciudadanos residentes: los ángeles innumerables que forman la corte de Dios y los justos ya consumados (23), es decir, los campeones de la fe del Antiguo Testamento que ya mencionó en el capítulo 11 y todos los hombres y mujeres de buena voluntad de toda raza y nación. Pero también los que peregrinan hacia el monte de Dios tienen ya su nombre inscrito en el registro del cielo, pues gracias a Cristo han sido hechos hijos e hijas de Dios.

La gran esperanza de alcanzar la meta es que allí se encuentra el Sacerdote Mediador, cuya sangre «grita más fuerte que la de Abel» (24) pidiendo justicia. La de Jesús pide perdón y se hace escuchar por el Juez Universal. Ésta es la grandiosa visión con la que el predicador anima, amonesta y pone en guardia a sus oyentes, entre los que nos encontramos los que hoy leemos esta carta de Dios, para que tomemos en serio nuestro compromiso cristiano y perseveremos en nuestra peregrinación «sirviendo (rindiendo culto) a Dios como a él le agrada» (28).

13,1-25 Exhortaciones finales: El sacerdocio de los cristianos. En estas últimas exhortaciones de su carta, el predicador baja al detalle de lo que debe ser la vida de los cristianos entendida como culto auténtico a Dios. No se trata solamente de consejos morales que encajarían bien al final de cualquier tipo de sermón. El predicador ha estado hablando a lo largo de toda su homilía del sacerdocio único y definitivo de Cristo como entrega obediente de toda su persona a Dios hasta la muerte, en solidaridad con el pecado y sufrimiento humano, especialmente el de los más pobres y marginados.

Ahora exhorta a sus oyentes nada menos que a ser sacerdotes como Jesús, es decir, a participar en su sacerdocio de entrega incondicional a Dios y a los hermanos con nuestra propia entrega personal. El culto verdadero que Dios quiere es este tipo de sacrificio: el don de la propia vida. De ahí que la espiritualidad cristiana que propone la carta sea «un amor fraterno… duradero» (1) que considere a los perseguidos y a los «presos como si ustedes estuvieran presos con ellos» (3), a los maltratados como si nos estuvieran maltratando a nosotros mismos, «como si ustedes estuvieran en sus cuerpos» (3); una hospitalidad hacia los más pobres como si estuviéramos hospedando a ángeles, «sin saberlo, hospedaron a ángeles» (2); una entrega fiel y generosa de amor en el matrimonio sin atrapar sexo para sí, es decir, «el lecho matrimonial… sin mancha» (4); una conducta honesta que nos aleje de la corrupción y del robo para medrar en la vida, pues «yo no te dejaré ni te abandonaré» (5).

Por tanto, los deberes de este sacerdocio de los fieles miran a la vida más que al culto. Más adelante lo dirá con una bella frase: «no se olviden de hacer el bien y de ser solidarios: ésos son los sacrificios que agradan a Dios» (16).

Existe un pueblo permanentemente crucificado por las circunstancias que le toca vivir, excluido por razones económicas, políticas, sociales o religiosas. Son los destinados a morir antes de tiempo y que suelen estar en un permanente éxodo social, político, económico y religioso. Todos ellos se dan cita en «las afueras» de

ustedes estuvieran presos con ellos; y de
los maltratados, como si ustedes estuvieran
en sus cuerpos. 4 Que el matrimonio sea
respetado por todos y el lecho matrimonial
esté sin mancha; porque Dios juzgará a lu-
juriosos y adúlteros. 5 Sean desinteresados
en su conducta y conténtense con lo que
tienen; porque él dijo: *no te dejaré ni te*
abandonaré. 6 Por lo cual podemos decir
confiados: *El Señor me auxilia y no temo:*
¿qué podrá hacerme un hombre?
7 Acuérdense de quienes los dirigían,
ellos les transmitieron la Palabra de Dios;
miren cómo acabaron sus vidas e imiten su
fe. 8 Jesucristo es el mismo ayer, hoy y por
los siglos.
9 No se dejen llevar por doctrinas diver-
sas y extrañas. Conviene fortalecer el cora-
zón con la gracia, no con reglas sobre
alimentos que no aprovecharon a los que
las observaban. 10 Tenemos un altar del que
no están autorizados a comer los ministros
de la antigua alianza. 11 Porque el sumo sa-
cerdote introduce la sangre de los animales
sacrificados en el santuario como ofrenda
para expiar los pecados y los cuerpos se
queman fuera del campamento. 12 Por eso
Jesús, para consagrar con su sangre al
pueblo, padeció fuera de las puertas. 13 Sal-
gamos, también nosotros fuera del campa-
mento, para ir hacia él, cargando con sus
afrentas; 14 porque no tenemos aquí ciudad
permanente, sino que buscamos la futura.
15 Por medio de él, ofrezcamos continua-
mente a Dios un sacrificio de alabanza, es
decir, el fruto de unos labios que confiesan
su nombre.
16 No se olviden de hacer el bien y de ser
solidarios: ésos son los sacrificios que agra-
dan a Dios.
17 Obedezcan y sométanse a sus guías,
porque ellos cuidan constantemente de us-
tedes como quien tiene que dar cuenta; así
lo harán contentos y sin lamentarse, porque
lamentarse no les traería ningún provecho.
18 Recen por nosotros. Creemos tener la
conciencia limpia y deseos de proceder en
todo honradamente.
19 Pero insisto en rogarles que recen,
para que me devuelvan a ustedes cuanto
antes. 20 El Dios de la paz, que sacó de la
muerte al gran pastor del rebaño, a Jesús
nuestro Señor, por la sangre de una alianza
eterna, 21 los haga a ustedes buenos en
todo para que cumplan su voluntad. Que él
haga en nosotros lo que le agrada, por me-
dio de Jesucristo.
A él la gloria por los siglos de los siglos.
Amén.
22 Les encargo, hermanos, que reciban
con paciencia estas palabras de aliento.
23 Sepan que nuestro hermano Timoteo ha
sido puesto en libertad. Si llega pronto, me
acompañará cuando los visite.
24 Saluden a todos sus dirigentes y a to-
dos los consagrados. Los hermanos de Ita-
lia les envían saludos. 25 La gracia los
acompañe a todos.

---

la gran ciudad. Es en medio de este pueblo donde Jesús ejerció su sacerdocio de entrega hasta la muerte.

El predicador lo explica hablando simbólicamente de tres éxodos: el éxodo de las víctimas animales que el pueblo judío sacrificaba fuera del campamento «para expiar los pecados» (11); el éxodo de Jesús que fue crucificado «fuera de las puertas» de la ciudad «para consagrar con su sangre al pueblo» (12); y el éxodo de los cristianos que, siguiendo a Jesús, debemos ir a las afueras «cargando con sus afrentas» (13), que son los oprobios de todos los crucificados de la tierra. Es, pues, un sacerdocio que se ejerce en la periferia de la marginación, del sufrimiento y de la muerte, que rompe todos los esquemas por su novedad y por su radicalidad.

El predicador viene a decir a continuación que este sacerdocio de los cristianos debe ejercerse en obediencia y sometimiento a nuestros guías (17), en alusión a los líderes de la comunidad. Éstos son ya los de la segunda generación, los que han heredado la responsabilidad de los apóstoles que «les transmitieron la Palabra de Dios» (7) y dieron ejemplo con su fe hasta su muerte. ¿Estaban entrando en la comunidad falsas doctrinas que ponían en peligro la memoria de Jesús transmitida por la tradición apostólica?

El predicador ve la obediencia a los líderes de la comunidad como fidelidad a Jesús quien, «aunque era Hijo, aprendió sufriendo lo que es obedecer» (5,8). El criterio para el ejercicio de la autoridad de los líderes y para la obediencia a éstos es la memoria de Jesús que «es el mismo ayer, hoy y por los siglos» (8). Así lo percibe el predicador cuando se refiere al «Dios de la paz, que sacó de la muerte al gran pastor del rebaño, a Jesús nuestro Señor, por la sangre de una alianza eterna» (20).

La despedida (22-25) es una especie de posdata que define a la carta como un discurso de exhortación, «palabras de aliento», aunque esté llena de reflexiones doctrinales. Sobre la prisión de Timoteo, ésta es la única noticia que tenemos.



CARTA DE SANTIAGO

Autor, fecha de composición y destinatarios de la carta. El remitente de esta carta o escrito se identifica como Santiago. El nombre puede corresponder a tres personajes conocidos del Nuevo Testamento: los dos apóstoles, el mayor y el menor, y el «hermano del Señor». De los dos primeros, es del todo improbable que alguno sea el autor. Al último, se le podría atribuir muy bien la autoría de la carta; sin embargo, una serie de razones, como el lenguaje y el estilo marcadamente helenístico y el uso normal de la versión griega de la Biblia hebrea (los LXX) descartan la posibilidad de que lo sea. En la actualidad, muchos biblistas piensan que se trata de una obra pseudónima, escrita hacia finales del s. I.

En cuanto a los destinatarios, el título «las doce tribus dispersas» remite a primera vista a la diáspora judía del Antiguo Testamento; pero la referencia natural al Señor Jesucristo obliga a identificarlas con las Iglesias difundidas por Asia y Europa. El número «doce» indica totalidad; la palabra «tribus», la sucesión del nuevo Israel; y «dispersas», la expansión creciente del cristianismo. El título pasa, pues, a designar ahora a la comunidad cristiana plural y extendida por el mundo.

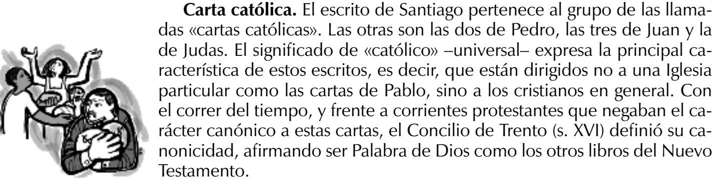
Género de la carta. Solemos llamarla carta, aunque de carta tiene muy poco, apenas un escueto saludo convencional. Tampoco es una homilía o un tratado. A lo que más se parece es a un escrito sapiencial del Antiguo Testamento, con mayor semejanza a las breves instrucciones temáticas del Eclesiástico que a la cadena de refranes y aforismos del libro de los Proverbios.

Contenido de la carta. Por su carácter sapiencial, su contenido es más una lista de temas o serie de instrucciones para la vida cristiana que el desarrollo minucioso de algún tema doctrinal.

Se ha objetado su talante cristiano, y hasta existe una hipótesis que la señala como una composición judía superficialmente adaptada. Sin embargo, a pesar que sólo se menciona a Jesucristo tres veces (1,1; 2,1 y 5,7), contiene asuntos específicamente cristianos, como la debatida cuestión de fe y obras (2,14-26; cfr. Gál 3 y Rom 4), la regeneración por la palabra/mensaje (1,18) y la ley de la libertad (1,25; 2,12). Además, su relación con la primera carta de Pedro es patente: la dispersión (1,1 y 1 Pe 1,1); las pruebas de la fe (1,2s y 1 Pe 1,6); la guerra de las pasiones (4,1 y 1 Pe 2,11); la invitación a resistir (4,7 y 1 Pe 5,9).

Es probable que el autor se inspirara ampliamente en el substrato tradicional de la ética judía, pero dándole contenido cristiano y aplicándolo a situaciones y necesidades concretas de las comunidades a las que se dirige. Una de estas necesidades, y por la que se ha hecho famosa como punto de referencia neo-testamentario, es el tema de la obras sin las cuales la fe carece de sentido, «está muerta del todo» (2,17). El autor conoce probablemente la enseñanza de Pablo sobre la fe y las obras, y parece reaccionar contra las consecuencias abusivas de dicha doctrina. Santiago, por supuesto, piensa en las obras que debe realizar un cristiano que vive ya en el contexto de la fe que salva, recibida gratuitamente y no por mérito de las obras –de la Ley– como afirma Pablo.

De todas formas, si la carta aborda una variedad de temas, una sola es la intención del autor: exhortar a los cristianos a ser consecuentes con la fe que profesan y a testimoniarla con una vida ejemplar.





Carta católica. El escrito de Santiago pertenece al grupo de las llamadas «cartas católicas». Las otras son las dos de Pedro, las tres de Juan y la de Judas. El significado de «católico» –universal– expresa la principal característica de estos escritos, es decir, que están dirigidos no a una Iglesia particular como las cartas de Pablo, sino a los cristianos en general. Con el correr del tiempo, y frente a corrientes protestantes que negaban el carácter canónico a estas cartas, el Concilio de Trento (s. XVI) definió su canonicidad, afirmando ser Palabra de Dios como los otros libros del Nuevo Testamento.

Saludo

1 1 Santiago, siervo de Dios y del Señor
Jesucristo, saluda a las doce tribus
dispersas entre las naciones.

Paciencia y sensatez

2 Hermanos míos, estimen como la ma-
yor felicidad el tener que soportar diversas
pruebas. 3 Ya saben que, cuando su fe es
puesta a prueba, ustedes aprenden a tener
paciencia, 4 que la paciencia los lleve a le
perfección, y así serán hombres completos
y auténticos, sin que les falte nada. 5 Si a al-
guno de ustedes le falta sabiduría, pídala a
Dios, y la recibirá, porque él da a todos ge-
nerosamente y sin reproches. 6 Pero que
pida con confianza y sin dudar. El que duda
se parece al oleaje del mar sacudido por el
viento. 7 No espere ese hombre alcanzar
nada del Señor: 8 ya que es un hombre di-
vidido, inestable en todos sus caminos.

Pobres y ricos

9 El hermano de condición humilde debe
sentirse orgulloso si es exaltado, 10 y el rico
alegrarse cuando es humillado, porque le
pasará como a la flor de un prado. 11 Al salir
el sol calienta con fuerza, la hierba se seca,
la flor se marchita y su belleza se pierde. Así
se marchitará el rico en sus negocios.

1,1 Saludo. Encabezado típico del género epistolar greco-helenístico, que coloca en una sola frase el remitente con sus títulos: «Santiago, siervo de Dios y del Señor Jesucristo»; el saludo y los destinatarios: «a las doce tribus dispersas entre las naciones».

¿Qué Santiago? En el Nuevo Testamento aparecen varios personajes con este nombre: los apóstoles Santiago hijo de Zebedeo y Santiago hijo de Alfeo (Mt 10,2s; Mc 3,17s; Lc 6,14s), Santiago el hermano del Señor, líder en la Iglesia de Jerusalén (Hch 12,17; 15,13; 21,18; 1 Cor 15,7; Gál 1,19; 2,9.12; Jds 1), Santiago el menor (Mc 15,40; 16,1) y Santiago el padre del apóstol Judas (Lc 6,16; Hch 1,13). Ninguno de estos personajes es el autor real de la carta; se trata de un escrito pseudónimo, amparado en la autoridad del apóstol Santiago, el hermano del Señor.

Siervo de Dios es un título común de personajes claves en el Antiguo Testamento: Abrahán, Isaac y Jacob (Gn 26,24; Ez 28,25; 2 Mac 1,2), Moisés (Dt 34,5; 1 Cr 6,34; 2 Cr 24,9; Neh 10,30; Dn 9,11), David (1 Sm 23,10; 2 Sm 7,26), Salomón (1 Re 3,7), etc. «Del Señor Jesucristo» es una antigua fórmula de profesión de fe del Nuevo Testamento (Hch 2,36; Flp 2,11; 1 Cor 8,6).

Los destinatarios son las «doce tribus», una expresión que en la Biblia se refiere a los hijos de Jacob y simbólicamente designa el pueblo de Dios. El autor la adopta para referirse al nuevo pueblo de Dios constituido por las comunidades cristianas «dispersas entre las naciones».

El término dispersión o diáspora designa desde el Antiguo Testamento a las comunidades que viven fuera de Palestina (Jn 7,35; 1 Pe 1,1) e implica una condición social (sometimiento-exclusión) y espiritual (expuesto a tentaciones). Es una carta dirigida entonces a todos los cristianos excluidos y tentados por el imperio de turno para que resistan y se mantengan fieles y esperanzados en el triunfo definitivo del proyecto de Jesús.

1,2-8 Paciencia y sensatez. El primer capítulo es una breve presentación o síntesis de los temas que el autor quiere tratar en su carta. Al mejor estilo sapiencial, el autor comienza un tema, lo abandona y lo retoma posteriormente. Por ejemplo, comienza con el tema de la prueba (2), pasa a temas como la fe, la paciencia, la sensatez y la sabiduría (3-11), y en los versículos 12-15 retoma el tema de la prueba.

Al decir «hermanos míos», el autor da a su carta un tinte familiar y se coloca al mismo nivel de sus interlocutores.

La alegría en medio del las pruebas muestra la difícil situación social y espiritual que padecían las comunidades. El tema de la prueba, que aparece tres veces en los doce primeros versículos (2.3.12), es un llamado para tomar conciencia y optar por el proyecto de Dios que libera.

Las pruebas tienen dos aspectos positivos: son motivo de alegría cuando son consecuencia de la opción por Jesús y son una gran oportunidad de madurar en la fe. Prueba y fe son la escuela donde crece la paciencia o perseverancia activa. La fe perseverante tiene como meta la perfección, que se alcanza cuando se une la opción por los pobres y el seguimiento de Jesús (Mt 19,16-22).

Para vencer la prueba es necesario pedir a Dios sabiduría (5-8; el tema se retoma en 1,16-18. Cfr. Sab 9,6). Esta sabiduría no consiste en saber muchas cosas, sino en ponerse los lentes del Evangelio para tomar conciencia y salir airosos en el «desierto» de las tentaciones sociales y espirituales, dispuestos a crear vida, alimentarla y protegerla.

1,9-11 Pobres y ricos. La riqueza, sobre la que el autor volverá en 2,1-9 y 5,1-6, es otra de las tentaciones que amenaza a las comunidades. Tanto el de condición humilde, el pobre excluido económicamente, como el rico son llamados «hermanos», aunque la exhortación es opuesta: al pobre lo invita a sentirse orgulloso de su pobreza, en el sentido de no dejarse

La prueba

12 Dichoso el hombre que soporta la prueba, porque, después de haberla superado, recibirá la corona de la vida que el Señor prometió a los que lo aman. 13 Nadie en la tentación diga que Dios lo tienta, porque Dios no es tentado por el mal y él no tienta a ninguno. 14 Cada uno es tentado por el propio deseo que lo arrastra y seduce. 15 Después el deseo concibe y da a la luz un pecado, el pecado madura y engendra muerte. 16 No se engañen, hermanos míos queridos, 17 todo lo que es bueno y perfecto baja del cielo, del Padre de los astros, en quién no hay cambio, ni sombra de declinación. 18 Porque quiso, nos dio vida mediante el mensaje de la verdad, para que fuéramos los primeros frutos de la creación.

Oír, hablar y cumplir

19 Hermanos míos queridos, ya están instruidos. Con todo, que cada uno sea veloz para escuchar, lento para hablar, y para enojarse. 20 Porque la ira del hombre no realiza la justicia de Dios. 21 Por tanto, dejen de lado toda impureza y todo resto de maldad y reciban con mansedumbre el mensaje plantado en ustedes, que es capaz de salvarles la vida. 22 Pero no basta con oír el mensaje hay que ponerlo en práctica, de lo contrario se estarían engañando a ustedes mismos. 23 Porque si uno es oyente del mensaje y no lo practica, se parece a aquel que se miraba la cara en el espejo: 24 se observó, se marchó y muy pronto se olvidó de cómo era. 25 En cambio el que se fija atentamente en la ley perfecta, que es la que nos hace libres, y se mantiene no como

---

llevar por la codicia, y así será exaltado (1 Sm 2,7; Lc 1,52; Is 40,6-8). En cambio, al rico, a quien dedica los versículos 10s, lo invita a humillarse, esto es, a volver al Dios de la vida y de los pobres, para que pueda encontrar la alegría de Dios (cfr. 4,10). Llamar a ambos hermanos significa que Santiago no excluye a nadie, pero presenta unas exigencias que, de no asumirse, harán que los mismos ricos se autoexcluyan (cfr. Mt 19,16-30). La metáfora de la flor reafirma que Dios siembra por igual, pero si la flor «rica» no se humilla, si no abandona la codicia y la injusticia, se marchitará en lo que más le duele: sus negocios. Todos los que pongan su vida al servicio de la riqueza empobrecen y desvirtúan el proyecto de Jesús en las comunidades.

1,12-18 La prueba. El versículo 12 es una bienaventuranza que une el amor y la vida. El amor a Dios se demuestra soportando las pruebas y Dios lo premia con «la corona de la vida» (cfr. Ap 2,10). Jesús soportó las pruebas por fidelidad al Padre y por amor a la humanidad; por eso, Dios cambió su corona de espinas por una corona de resurrección. Cuando un creyente resiste las pruebas por amor a la vida, pasa de una resistencia pasiva a una resistencia activa.

Los versículos 13-18 son una reflexión teológica revolucionaria para la época y para nuestros días: Dios no tienta a nadie ni hace mal las cosas. Santiago recupera un bello legado bíblico consignado en los dos primeros capítulos del Génesis. En Gn 2,7 se cuenta que el ser humano fue hecho de barro, signo de su fragilidad, pero al mismo tiempo recibe de Dios el soplo de vida. Dios nunca «sopla» tentaciones, sino vida; sin embargo, cuando el ser humano se deja llevar sólo por el barro, despreciando el soplo del Espíritu de Dios, cae en la trampa de sus propios deseos –ambición, codicia– que lo precipitan al pecado y a la muerte. El ser humano es libre de optar por el bien o por el mal, por la vida o por la muerte. Que Dios todo lo hizo bueno y perfecto (16s) es la misma tesis del primer relato de la creación: «Y vio Dios que era bueno» (Gn 1,4.12.18.21.25.31).

A partir del versículo 18 entra en escena la fuerza de la Palabra de Dios, que es Palabra de verdad y de creación. El uso del pronombre de la primera persona del plural: «nos», es una clara referencia a las comunidades cristianas, por lo que esa Palabra de verdad, generadora de vida, se refiere al Evangelio de Jesús, que convierte a los cristianos en primicias de la creación (Rom 8,23). Si los cristianos somos fruto de una Palabra de vida y de verdad, el mundo debería estar sembrado de semillas de vida y de verdad, no de codicia y ambición.

1,19-27 Oír, hablar y cumplir. No basta conocer la Palabra, es necesario ponerla en práctica (Mt 7,24-27; Lc 8,21). Santiago continúa dando claves que ayuden a tomar conciencia del verdadero proyecto de Dios y para ello acude a un triple dicho de origen sapiencial que resalta el escuchar, el cuidado para hablar y la lentitud para enojarse (Eclo 5,9-15; Prov 10,19). La justicia de Dios se concreta en el amor, la libertad y la vida en abundancia; la ira, que suele ir acompañada de palabras y acciones agresivas, debe ser superada porque rompe la armonía de la comunidad.

A partir del versículo 21 se vuelve al tema de la Palabra generadora de vida bajo la metáfora de la siembra. La Palabra necesita un terreno limpio de impurezas y maldades, que permita escucharla con generosidad, sin afanes ni resistencias, y que produzca frutos reconocibles en la práctica de la vida (cfr. Mt 13,1-9; Tit 3,14). La coherencia entre la Palabra y la vida es una gran preocupación de Santiago que también debería seguir preocupando a los cristianos de hoy. Oír la Palabra y no practicarla es como el que necesita siempre el espejo para saber quién es; sin él pierde su identidad.

oyente olvidadizo, sino cumpliendo lo que
ella manda, ése será dichoso en su activi-
dad.
26 Si uno se tiene por religioso, pero no
refrena la lengua, se engaña a sí mismo y
su religiosidad es vacía. 27 Una religión pura
e intachable a los ojos de Dios Padre con-
siste en cuidar de huérfanos y viudas en su
necesidad y en no dejarse contaminar por
el mundo.

Parcialidad

2 1 Hermanos míos, ustedes que creen
en nuestro glorioso Señor Jesucristo
no hagan diferencias entre las personas.
2 Supongamos que cuando ustedes están
reunidos entra uno con anillos de oro y tra-
je elegante, y entra también un pobre an-
drajoso; 3 y ustedes fijan la mirada en el de
traje elegante y le dicen: Siéntate aquí en
un buen puesto; y al pobre le dicen: Quéda-
te de pie o siéntate allí, en el suelo, 4 ¿no
están haciendo diferencias entre las perso-
nas y siendo jueces malintencionados?
5 Escuchen, hermanos míos queridos:
¿acaso no escogió Dios a los pobres de este
mundo para hacerlos ricos en la fe y here-
deros del reino que prometió a los que lo
aman? 6 Ustedes, en cambio, desprecian al
pobre.
¿Acaso no son los ricos los que los opri-
men y arrastran a los tribunales? 7 ¿No son
ellos quienes hablan mal del precioso Nom-
bre que fue invocado sobre ustedes? 8 Por
lo tanto si ustedes cumplen la ley del reino,
según lo escrito: *amarás a tu prójimo como
a ti mismo,* procederán bien. 9 Pero si hacen
diferencia entre una persona y otra, come-
ten pecado y son culpables ante la ley de
Dios. 10 Quien cumpliendo toda la ley, falla
en un precepto, quebranta toda la ley. 11 El
que dijo: *no cometerás adulterio,* dijo tam-
bién: *no matarás.* Si tú no cometes adulte-
rio, pero matas, has quebrantado la ley.
12 Ustedes deben hablar y actuar como
quienes van a ser juzgados por la ley de los
hombres libres. 13 Será despiadado el juicio
del que no tuvo misericordia, pero los mi-
sericordiosos no tienen por qué temer al
juicio.

Fe y obras

14 Hermanos míos, ¿de que le sirve a
uno decir que tiene fe si no tiene obras?
¿Podrá salvarlo la fe? 15 Supongan que un
hermano o hermana andan medio des-

El tema central de los versículos 26s es la religiosidad. Santiago distingue entre la religiosidad falsa y la verdadera. Uno de los aspectos que falsean la religión es el desenfreno de la lengua: calumnia, murmuración, chisme, etc. En cambio, la religión verdadera está íntimamente ligada a la práctica de la justicia social, simbolizada en el cuidado de los huérfanos y las viudas (cfr. Is 1,10-20; Jr 7). El mundo que contamina representaría en este caso la injusticia social. El hecho de que Santiago no mencione para nada las prácticas rituales sugiere su inclinación por una religiosidad que prioriza la dimensión ética y social.

2,1-13 Parcialidad. Las tres secciones siguientes se ocupan de la tentación del poder, no como servicio, sino como la búsqueda de intereses personales y la pretensión de estar por encima de los demás. Las comunidades están en problemas porque algunos quieren ejercer su poder haciendo alarde de su riqueza (1-13), de su fe (2,14-26) y de su sabiduría (3,1-12).

La incoherencia entre creer en Jesús y discriminar a las personas es insoportable para Santiago, actitud que seguramente se había intensificado con la llegada de personas ricas a las comunidades (6s). El mismo animador de la comunidad ha caído en la trampa de la discriminación al hacer diferencia entre el rico, a quien le ofrece un buen puesto, y el pobre, a quien invita a quedarse de pie o en el suelo.

Probablemente, el uso del anillo de oro y del traje elegante remite a los magistrados locales que compraban el cargo para administrar la justicia de acuerdo a sus intereses. El tener poder económico y judicial le daba un estatus que todos respetaban o temían. También era normal en la época que estas personas fuesen benefactores de grupos religiosos o sociales para ganarse el afecto de los pobres.

¿Será que los animadores de las comunidades están tratando de ganar benefactores aun a costa de discriminar a los pobres? La enseñanza es clara: la discriminación del pobre no es compatible con la fe en Jesús por las siguientes razones, entre otras: 1. Los ricos oprimen, manipulan los tribunales y son idólatras al utilizar el nombre de Jesús para defender lo suyo. 2. El mismo Jesús hizo opción por los pobres (5-7; cfr. Lc 4,18s), siendo fiel a la opción hecha por Dios desde el Antiguo Testamento (Éx 3,7-10). 3. La discriminación viola la ley de Dios (Prov 14,21), en cuanto contradice el precepto del amor (8; cfr. Lv 19,18; Mt 22,39). En las comunidades, el juez supremo no es el magistrado rico y corrupto que discrimina al pobre, sino el Dios que juzga según la ley de libertad (cfr. 1,25) y de acuerdo a la misericordia que hayamos tenido con el prójimo (12s).

2,14-26 Fe y obras. El recuerdo de las palabras que Jesús dirige a escribas y fariseos (Mt 23,3-5) y a sus dis-

nudos, o sin el alimento necesario, 16 y uno
de ustedes le dice: vayan en paz, abríguen-
se y coman todo lo que quieran; pero no les
da lo que sus cuerpos necesitan, ¿de qué
sirve?
17 Lo mismo pasa con la fe que no va
acompañada de obras, está muerta del
todo. 18 Uno dirá: tú tienes fe, yo tengo
obras: muéstrame tu fe sin obras, y yo te
mostraré por las obras mi fe. 19 ¿Tú crees
que existe Dios? ¡Muy bien! También los
demonios creen y tiemblan de miedo.
20 ¿Quieres comprender, hombre necio, que
la fe sin obras es estéril? 21 Nuestro padre
Abrahán, ¿no fue reconocido justo por las
obras, ofreciendo sobre el altar a su hijo
Isaac? 22 Estás viendo que la fe se demos-
tró con hechos, y por esos hechos la fe lle-
gó a su perfección. 23 Y se cumplió lo que
dice la Escritura: *Abrahán creyó en Dios y
esto le fue tenido en cuenta para su justifi-
cación y se le llamó amigo de Dios.*
24 Como ven el hombre no es justificado
sólo por la fe sino también por las obras.
25 Lo mismo pasó con Rajab, la prostituta,
¿no hizo méritos con las obras, alojando a
los mensajeros y haciéndolos salir por otro
camino? 26 Como el cuerpo sin el aliento
está muerto, así está muerta la fe sin obras.

La lengua

3 1 Hermanos míos, no quieran muchos
ser maestros, ya saben que los que
enseñamos seremos juzgados más severa-
mente. 2 Todos fallamos muchas veces: el
que no falla con la lengua es un hombre
perfecto, capaz de dominar todo el cuerpo.
3 A los caballos les ponemos un freno en la
boca para que nos obedezcan, y así guia-
mos todo su cuerpo. 4 Observen las naves:
tan grandes y arrastradas por vientos impe-
tuosos: con un timón minúsculo las guía el
piloto a donde quiere. 5 Lo mismo la len-
gua: es un miembro pequeño y se cree ca-
paz de grandes acciones. Miren cómo una
chispa incendia todo un bosque. 6 Y la len-
gua es fuego. Como un mundo de maldad,
la lengua, instalada entre nuestros miem-
bros, contamina a toda la persona y hace
arder todo el ciclo de la vida humana, ali-
mentada por el fuego del infierno.
7 La raza humana es capaz de domar y
domesticar toda clase de fieras: aves, repti-
les y peces. 8 Pero nadie logra dominar la
lengua: mal infatigable, lleno de veneno
mortífero. 9 Con ella bendecimos al Señor y
Padre, con ella maldecimos a los hombres
creados a imagen de Dios. 10 De una misma
boca salen bendición y maldición. Herma-

---

cípulos (Mt 5,16) le sirve a Santiago para resolver el problema de quienes se creen campeones de la fe, pero no dan testimonio de ella con las obras.

Utilizando el recurso literario de la diatriba, que consiste en la presencia de un interlocutor imaginario, el texto comienza con una pregunta retórica que introduce el tema de la fe y las obras. La misericordia (2,13) se concreta a través de las obras; pero en este caso no se trata de las «obras de la Ley», en línea con la teología paulina (Rom 3,20.27.28; Gál 2,16; 3,2.5.10), sino de obras de misericordia con los más pobres y necesitados.

Si bien a Santiago parece preocuparle cierto abuso sobre la interpretación paulina de la justificación por la fe (Rom 3,28; Gál 2,16), su preocupación mayor sigue siendo la realidad de muchos cristianos que se jactan de ser hombres y mujeres de fe, pero de una fe vacía, estéril y pasiva que no genera compromisos de misericordia. Acudiendo nuevamente al género literario de la diatriba (18), Santiago quiere dejar claro que la fe y las obras deben caminar juntas, y que ninguna está por encima de la otra. El hecho de que se resalte más las obras no se debe a que sean más importantes que la fe, sino a la coyuntura del momento, caracterizada por unas comunidades dormidas en sus laureles. Esto lo ilustra con Abrahán y Rajab, dos personajes del Antiguo Testamento que demostraron su fe con obras concretas. Para Santiago la fe simboliza el cuerpo, y las obras, el Espíritu que da vida. Una fe sin obras es un cuerpo sin vida.

3,1-12 La lengua. Ser maestro se convirtió en una nueva tentación de prestigio y discriminación. Si para los magistrados era su riqueza (2,1-13) y para los exhibidores de la fe su falta de obras (2,14-26), para los maestros será su lengua. Son muchos los maestros que manipulan la Palabra de Dios al servicio de intereses mezquinos. Una lengua egoísta y codiciosa pone en crisis cualquier comunidad.

Santiago compara a la lengua con el freno que guía al caballo, con el pequeño timón que guía un barco y con la pequeña chispa que incendia un bosque (3-5). En estas comparaciones expone cinco características negativas de la lengua mal usada: contamina a toda la persona (6), se alimenta del infierno (6), es imposible de domesticarla (7s), es un mal infatigable y está llena de veneno mortífero (8). Santiago denuncia la incoherencia de los maestros de su comunidad, que con la misma lengua bendicen a Dios y maldicen al hermano (Sal 62,5). Con las tres preguntas retóricas finales (11s) la conclusión para el lector es evidente: con la

nos míos, no debe ser así. 11 ¿Brota de una
fuente, por el mismo caño, agua dulce y
amarga? 12 ¿Puede, hermanos míos, dar
aceitunas la higuera e higos la vid? ¿O una
fuente salada dar agua dulce?

Sabiduría auténtica

13 ¿Hay entre ustedes alguien sensato y
prudente? Demuestre con su buena con-
ducta que actúa guiado por la humildad
propia de la sabiduría. 14 Pero si ustedes de-
jan que la envidia los amargue y hacen las
cosas por rivalidad, no se engañen ni se
burlen de la verdad. 15 Ésa no es sabiduría
que baja del cielo, sino terrena, animal, de-
moníaca. 16 Donde hay envidia y rivalidad,
allí hay desorden y toda clase de maldad.

17 La sabiduría que procede del cielo es
ante todo pura; además es pacífica, com-
prensiva, dócil, llena de piedad y buenos
resultados, sin discriminación ni fingimien-
to. 18 Los que trabajan por la paz, siembran
la paz y cosechan la justicia.

Discordias

4 1 ¿De dónde nacen las peleas y las
guerras, sino de los malos deseos que
siempre están luchando en su interior?
2 Ustedes quieren algo y si no lo obtienen
asesinan; envidian, y si no lo consiguen,
pelean y luchan. No tienen porque no pi-
den. 3 O, si piden, no lo obtienen porque pi-
den mal, porque lo quieren para gastarlo en
sus placeres. 4 ¡Adúlteros! ¿No saben que
ser amigo del mundo es ser enemigo de
Dios?, por tanto, quien quiera ser amigo del
mundo se convierte en enemigo de Dios.
5 Por algo dice la Escritura: Dios quiere ce-
losamente a nuestro espíritu; 6 y en hacer
favores nadie le gana. Por eso dice: *Dios
resiste a los soberbios y da su gracia a los
humildes.* 7 Sométanse a Dios. Resistan al
Diablo y huirá de ustedes; 8 acérquense a
Dios, y se acercará a ustedes. Purifiquen
sus manos, pecadores, y santifiquen sus
conciencias, indecisos. 9 Reconozcan su
miseria, hagan duelo y lloren. Que su risa
se convierta en llanto y su gozo en tristeza.
10 Humíllense delante del Señor y él los
levantará.

11 Hermanos, no hablen mal unos de
otros. Quien habla mal o juzga al hermano,
habla mal y juzga a la ley. Y si juzgas a la
ley, no eres cumplidor de la ley, sino su
juez. 12 Uno es el legislador y juez, con au-

---

lengua no se puede servir a dos señores (Mt 6,24). La lengua, usada para manipular la Palabra de Dios, hablar mal del hermano y buscar intereses egoístas se convierte en un arma mortal en el interior de las comunidades.

3,13-18 Sabiduría auténtica. Con una nueva pregunta retórica, el autor retoma el tema de la sabiduría ya planteado en 1,5. Quien ha seguido detenidamente el texto de Santiago sabrá que la respuesta debe ir ligada a la práctica de la vida. La fe, la religión y la sabiduría se reconocen en la vida cotidiana. La falsa sabiduría tiene tres características: es terrena, salvaje y demoníaca, mientras que las cualidades de la sabiduría que viene del cielo son numerosas: es pura, pacífica, dócil, comprensiva, piadosa, produce buenos resultados, no discrimina ni es mentirosa. El proverbio sapiencial del versículo 18 tiene una doble intención: cerrar la reflexión sobre la sabiduría indicando que el verdadero sabio es quien trabaja por la justicia y la paz, e introducir el tema de la sección siguiente.

4,1-12 Discordias. Muchos de los problemas que afectan a las comunidades vienen de afuera, pero en este caso, a Santiago le preocupan los que nacen de adentro: hay hermanos que están dejando crecer malos deseos en sus corazones: ambición, codicia y violencia. La herencia cainita parece estar echando raíces en las comunidades cristianas (Gn 4,1-15). Y la oración, que es una buena posibilidad para vencer los malos deseos, también está manipulada por intereses egoístas, por ello Dios no escucha.

La expresión «adúlteros», (4) que simboliza en el Antiguo Testamento la idolatría (Os 1–3) e infidelidad del pueblo con Dios, está unida a la reflexión sobre la necesidad de optar entre Dios o el mundo. El mundo simboliza los proyectos humanos o sociales basados en la injusticia. El proyecto de Dios, en cambio, está simbolizado en el sueño de la tierra prometida y en su reinado. Los textos con los cuales Santiago prueba sus argumentos (5s) no se han podido encontrar en los textos canónicos ni apócrifos, pero hace de todas maneras memoria de algunas características del Dios del Antiguo Testamento: celoso (Éx 20,5), dador del espíritu al ser humano (Gn 2,7), generoso en extremo y que opta por los humildes (Prov 3,34; 1 Sm 2,4s).

En los versículos 7-10 aparece una serie de imperativos que invitan a la conversión y a optar por el proyecto de Dios, no de palabra sino con actitudes concretas: acercarse a Dios, purificarse las manos, santificar la conciencia, reconocer las limitaciones y ser humildes. En los versículos 11s es evidente la referencia al mensaje de Jesús de no juzgar para no ser juzgados (Mt 7,1-5).

toridad para salvar y condenar. ¿Quién eres
tú para juzgar al prójimo?

Ricos y satisfechos

13 Vamos ahora con los que hablan así:
Hoy o mañana iremos a tal ciudad, pasare-
mos allí un año, haremos negocios y gana-
remos dinero. 14 ¿Qué saben del mañana?,
¿qué es su vida? Ustedes son como una ne-
blina que aparece un rato y enseguida
desaparece. 15 Más bien tendrían que decir:
si el Señor quiere, viviremos y haremos
esto o aquello. 16 En cambio, ustedes insis-
ten en hablar orgullosamente. Y todo orgu-
llo de esa clase es malo. 17 Quien sabe
hacer el bien y no lo hace es culpable.

5 1 Y ahora les toca a los ricos: lloren y
griten por las desgracias que van a
sufrir. 2 Su riqueza está podrida, sus ropas
apolilladas, 3 su plata y su oro herrumbra-
do; y su herrumbre atestigua contra uste-
des, y consumirá sus cuerpos como fuego.
Ustedes han amontonado riquezas ahora
que es el tiempo final. 4 El salario de los
obreros, que no pagaron a los que trabaja-
ron en sus campos, alza el grito; el clamor
de los cosechadores ha llegado a los oídos
del Señor Todopoderoso. 5 Ustedes llevaron
en la tierra una vida de lujo y placeres; han
engordado y se acerca el día de la matan-
za. 6 Han condenado y matado al inocente
sin que él les opusiera resistencia.

Paciencia y oración

7 Hermanos, tengan paciencia hasta que
vuelva el Señor. Fíjense en el labrador:
cómo aguarda con paciencia hasta recibir
la lluvia temprana y tardía, con la esperan-
za del fruto valioso de la tierra. 8 Ustedes
también, tengan paciencia y anímense, que
la llegada del Señor está próxima. 9 Herma-
nos, no se quejen unos de otros, y no serán
juzgados: miren que el Juez ya está a la
puerta.
10 Tomen como ejemplo de sufrimiento y
paciencia a los profetas que hablaron en
nombre del Señor. 11 Miren, declaramos di-
chosos a los que aguantaron. Ustedes han
oído contar cómo aguantó Job sus sufri-

4,13–5,6 Ricos y satisfechos. Tomamos este pasaje como una sección de tono profético veterotestamentario, aunque dividida en dos partes: 4,13-17, un oráculo contra los comerciantes ambiciosos, y 5,1-6, un oráculo contra los ricos terratenientes que oprimen al pueblo.

***Primera parte* (4,13-17).** Santiago denuncia sin ambigüedades la actitud soberbia de los negociantes de sus comunidades que centran su vida sólo en enriquecerse, excluyendo a Dios y a los hermanos. Cuando se habla en el nombre de Dios son comunes los verbos vivir y hacer (15), que coinciden con la coherencia de vida que tanto exige el autor. En cambio, cuando se habla orgullosamente (16) se prescinde de Dios, aflora la maldad, el egoísmo y la codicia, y se diluye como la neblina la verdadera identidad cristiana (13s; cfr. Os 13,3; Sab 2,4). Es necesario recuperar la fe en la providencia y la confianza absoluta en la gratuidad divina, sin que esto signifique pasividad o providencialismo. Dios nos mostró el camino, y a nosotros nos toca recorrerlo.

***Segunda parte* (5,1-6).** Estamos ante un lamento profético (Is 13,6; 15,3) y apocalíptico (Ap 18,11-19) ante la perspectiva del juicio divino, un juicio contra los ricos que adquieren sus riquezas injustamente a través de la extorsión y explotación de los trabajadores (Dt 24,14s; Lv 19,13). Curiosamente, en el juicio serán las mismas riquezas las que actuarán como testigos e instrumento de castigo de sus dueños (2s). El versículo 4 recuerda el grito que elevan al cielo los esclavos hebreos en Egipto (Éx 2,23-25) y de la sangre de Abel que clamó al cielo (Gn 4,10). El versículo 5 recuerda la parábola de Lázaro y el rico (Lc 16,19-31). Los ricos condenan y matan al inocente cuando lo privan de un salario digno para vivir, cuando le quitan sus posesiones manipulando los tribunales, cuando ejercen la violencia a través de mercenarios, etc.

5,7-12 Paciencia y oración. Este pasaje se relaciona con el inicio de la carta (1,2-4), en torno al tema de la paciencia o perseverancia en medio de la pruebas. El tiempo entre la lluvia temprana y la tardía corresponde al tiempo de la siembra y la cosecha (Dt 11,14; Os 6,3). Ahora no es tiempo de cosecha, pero sí de espera paciente y vigilante para garantizar buenos y abundantes frutos de vida. Con este ejemplo campesino queda claro que la paciencia no es pasiva ni inactiva, al contrario: el cristiano debe mantenerse activo, haciendo lo suyo y dejando obrar también a Dios (7). En los versículos 10s se toma como ejemplo de lo anterior a los profetas y Job, y se termina con dos atributos litúrgicos de Dios tomados del Antiguo Testamento: compasivo y piadoso (Éx 34,6; Sal 86,15; Jl 2,13).

En el versículo 12 se hace una reflexión sobre la ética de la palabra, muy presente en la tradición de nuestros antepasados (cfr. la expresión «ser hombre de palabra»). La ética de la palabra no jura (Mt 5,34-37), porque expone al mismo Dios al juicio humano, y dice sí o no (2 Cor 1,18) como signo de coherencia y transparencia.

mientos y conocen lo que al final el Señor
hizo por él; porque el Señor es compasivo y
piadoso.
12 Ante todo, hermanos, no juren: ni por
el cielo ni por la tierra ni por ninguna otra
cosa. Que el sí sea un sí, y el no sea un no,
y así no serán condenados.

El enfermo

13 Si alguno de ustedes sufre, que ore; si
está contento que cante alabanzas. 14 Si
uno de ustedes cae enfermo que llame a los
ancianos de la comunidad para que recen
por él y lo unjan con aceite invocando el
nombre del Señor. 15 La oración hecha con
fe sanará al enfermo y el Señor lo hará le-
vantarse; y si ha cometido pecados, se le
perdonarán. 16 Confiesen unos a otros sus
pecados, recen unos por otros, y se sana-
rán. Mucho puede la oración fervorosa del
justo. 17 Elías era hombre frágil como noso-
tros; pero rezó pidiendo que no lloviese, y
no llovió en la tierra tres años y seis meses.
18 Rezó de nuevo, y el cielo soltó la lluvia y
la tierra dio sus frutos. 19 Hermanos míos, si
uno de ustedes se aparta de la verdad y
otro lo endereza, 20 el que convierte al pe-
cador del mal camino salvará su vida de la
muerte y obtendrá el perdón de una multi-
tud de pecados.



5,13-20 El enfermo. El autor destaca la importancia de la oración tanto personal como comunitaria. La oración es fortaleza en el sufrimiento, es canto de alabanza en momentos de alegría, es capaz de sanar y levantar –resucitar– a los enfermos y tiene el poder de perdonar los pecados. La oración por la salud de los enfermos es un acto comunitario bajo la animación de los ancianos de la Iglesia, quienes oran por el enfermo, lo ungen con óleo (Mc 6,13) e invocan el nombre sanador de Jesús (Lc 10,17; Hch 3,6.16). La confesión de los pecados (16) es una tradición tomada del Antiguo Testamento (Sal 32,5; 2 Sm 12; Sal 51; Lv 16; Neh 9; Bar 1–3). Para Santiago la confesión está en un contexto de sanación, por tanto debe ser comunitaria. El autor acude al Antiguo Testamento para respaldar su enseñanza y presenta a Elías como modelo de oración (17s).

Los versículos 19s comienzan con la expresión «hermanos míos», que ha recorrido de principio a fin toda la carta, dándole un tinte de intimidad y fraternidad. Indica también que las duras críticas de Santiago son constructivas y están enmarcadas dentro de la corrección fraterna. La enseñanza final es eminentemente solidaria: hay que preocuparse de los hermanos que se desvían de la verdad para que retornen al proyecto de Dios. Quien lo haga obtendrá la vida y el perdón de sus pecados. El final, más que el de una carta al estilo paulino –falta el saludo y las bendiciones– parece el de un sermón.

PAGE 1970 – BLANK



PRIMERA CARTA DE PEDRO

Autor, fecha de composición y destinatarios de la carta. El autor se introduce en el saludo como «Pedro, apóstol de Jesucristo»; al final, dice que escribe desde Babilonia, denominación intencionada de Roma. A lo largo de la carta se presenta como anciano, testigo presencial de la pasión y gloria de Cristo (5,1); cita, aunque no verbalmente, enseñanzas de Cristo.

La tradición antigua ha atribuido la carta a Pedro desde muy pronto. Hoy no estamos tan seguros de esto por una serie de razones. He aquí algunas: ante todo, el lenguaje y estilo griegos, impropios de un pescador

galileo; la carta cita el Antiguo Testamento en la versión de los Setenta, no en hebreo, y lo teje suavemente con su pensamiento. Faltan los recuerdos personales de un compañero íntimo de Jesús. Y así, otras objeciones a las que los partidarios de la autoría de Pedro responden con respectivas aclaraciones. El balance de la argumentación deja, por ahora, la solución indecisa.

Una posibilidad: el autor es Pedro, anciano y quizás prisionero, cercano a la muerte. Escribe una especie de testamento, cordial y muy sentido. Su argumento principal es la necesidad y el valor de la pasión del cristiano a ejemplo y en unión con Cristo. Encarga la redacción a Silvano (5,12). La escribió antes del año 67, fecha límite de su martirio, a los cristianos que sufrían la persecución de Nerón.

Otra posibilidad: la carta es de un autor desconocido perteneciente al círculo de Pedro, que, en tiempos difíciles, quiere llevar una palabra de aliento a otros fieles, y para ello se vale del nombre y de la autoridad del apóstol. La escribiría a mitad de la década de los 90, para comunidades cristianas que atraviesan tiempos difíciles y quizás también de persecución bajo el emperador Domiciano.

Contenido de la carta. Aunque tenga más apariencia de carta que, por ejemplo, la de Santiago, como lo demuestra el saludo, la acción de gracias y el final, en realidad se parece más a una homilía, al estilo de la Carta a los Hebreos.

El tema dominante del escrito es la pasión de Cristo, en referencia constante a los sufrimientos de los destinatarios, comunidades pobres y aisladas que estaban experimentando una doble marginación; por una parte, el ostracismo y la incomprensión de un ambiente hostil, y por otra, el aislamiento a que les conducía su mismo estilo de vida cristiano, incompatible con el modo de vivir pagano.

Aquellos hombres y mujeres sabían lo que les esperaba cuando, por medio del bautismo, se convirtieron en seguidores de Jesús. De ahí que el autor haga referencia constante a la catequesis y a la liturgia bautismal, que marcaron sus vidas para siempre. Ahora se las recuerda para que en la fe y en la esperanza se mantengan firmes en medio de la tribulación.

El autor pone insistentemente ante sus ojos el futuro que les aguarda si permanecen fieles, es decir: «una herencia que no puede destruirse, ni mancharse, ni marchitarse, reservada para ustedes en el cielo» (1,4), pero no para que se desentiendan de los deberes de la vida presente, sino todo lo contrario, para que con una conducta intachable: «Estén siempre dispuestos a defenderse si alguien les pide explicaciones de su esperanza» (3,15). Esta vida de compromiso cristiano viene comparada en la carta a un «sacerdocio santo, que ofrece sacrificios espirituales, aceptables a Dios por medio de Jesucristo» (2,5).



Saludo

1 1 Pedro, apóstol de Jesucristo, a los
elegidos que residen fuera de su pa-
tria, dispersos en Ponto, Galacia, Capado-
cia, Asia y Bitinia, 2 elegidos según el de-
signio de Dios Padre, y consagrados por el
Espíritu, para obedecer a Jesucristo y ser
rociados con su sangre: Gracia y paz en
abundancia a ustedes.

Esperanza cristiana

3 Bendito sea Dios, padre de nuestro Se-
ñor Jesucristo, que, según su gran miseri-
cordia y por la resurrección de Jesucristo
de la muerte, nos ha hecho nacer de nuevo
para una esperanza viva, 4 a una herencia
que no puede destruirse, ni mancharse, ni
marchitarse, reservada para ustedes en el
cielo. 5 Porque gracias a la fe, el poder de
Dios los protege para que alcancen la sal-
vación dispuesta a revelarse el último día.
6 Por eso alégrense, aunque por el momen-
to tengan que soportar pruebas diversas.
7 Así, la fe de ustedes, una vez puesta a
prueba será mucho más preciosa que el oro
perecedero purificado por el fuego y se
convertirá en motivo de alabanza, honor y
gloria cuando se revele Jesucristo. 8 Us-
tedes lo aman sin haberlo visto y creyendo
en él sin verlo todavía, se alegran con gozo
indecible y glorioso, 9 ya que van a recibir,
como término de [su] fe, la salvación per-
sonal.

10 Esta salvación ya fue objeto de la bús-
queda y de las investigaciones de los profe-
tas que profetizaron la gracia que ustedes
iban a recibir. 11 Investigaban para averi-

1,1s Saludo. El apóstol Pedro o, con seguridad, el autor posterior desconocido que pertenece al círculo de Pedro y en cuyo nombre escribe, se presenta con el mismo título de autoridad apostólica que leemos en las epístolas de Pablo. Los destinatarios son designados con dos calificativos que, ya desde el principio de esta carta circular, dejan sentados el tono y el contenido de la misma: «elegidos» y residentes «fuera de su patria».

La expresión «que residen fuera de su patria», alude a una doble marginación. Una, social y económica a causa de la política de dominación del imperio romano, que obligó a una gran masa humana de los territorios conquistados a una forzada emigración. Los cristianos a los que se dirige esta carta pertenecían a esta ola de emigrantes pobres y desarraigados, agrupados en pequeñas comunidades rurales esparcidas a finales del s. I por las mencionadas cinco provincias de Asia. La otra marginación es la que les imponía su misma vida de cristianos, incompatible con muchas de las costumbres y modos de vivir paganos (4,3), razón por la cual se convertían en sospechosos y, con frecuencia, en perseguidos (4,14). Es esta situación la que pone de relieve el hecho de haber sido precisamente ellos, los pobres y marginados, los «elegidos» por Dios Padre, los «consagrados» por el Espíritu y los «rociados» con la sangre de Jesús.

Hoy es difícil imaginarnos la emoción y la sorpresa agradecida que debían sentir aquellos cristianos y cristianas al reflexionar sobre esta elección gratuita de Dios, que los había convertido en su nuevo pueblo. Una elección divina que era, al mismo tiempo, fuente de exigencias y compromisos a los que el autor alude con la frase «obedecer a Jesucristo» (2), y a imitación de Él enfrentarse con el sufrimiento y la tribulación. A ellos les desea: «Gracia y paz en abundancia» (2).

1,3-12 Esperanza cristiana. Después del saludo, se abre la carta con una bendición solemne al estilo de las bendiciones judías (cfr. 2 Cor 1,3). Bendecir a Dios equivale a darle gracias. El autor o discípulo de Pedro, lo hace por la salvación que han recibido las comunidades al renacer a una nueva vida. El himno es como una profesión de fe, recitada en un clima de oración, en la que toca los principales temas de la catequesis bautismal en que ya han sido iniciados sus oyentes (cfr. Tit 3,5). Esta vida nueva del cristiano tiene su fuente en el designio misericordioso de Dios Padre realizado en la muerte y resurrección de Jesucristo (3) y está alimentada por la fe, custodiada por Dios y animada por la esperanza de «una herencia que no puede destruirse, ni mancharse, ni marchitarse, reservada para ustedes en el cielo» (4). Estos pobres emigrantes, despreciados y perseguidos, no habían conocido ni visto personalmente a Jesús, y sin embargo «lo aman… creyendo en él… con gozo indecible y glorioso» (8), de acuerdo con las palabras del Evangelio: «dichosos los que sin ver creyeron» (Jn 20,29). La situación en que viven ahora es dura y difícil, «aunque por el momento» (6), por eso el discípulo compara su fe con «el oro… purificado por el fuego» (7), tomando la imagen bíblica de Sab 3,5s: «Dios los puso a prueba y los encontró dignos de él, los probó como oro en crisol» (cfr. Sal 66,10).

Esta «pasión de Cristo y su posterior glorificación» (11) es la que barruntaron y vieron en lontananza los profetas del Antiguo Testamento (cfr. Is 53) y la que cantaron los Salmos (cfr. Sal 22) guiados por el Espíritu. Y es la que, al cumplirse ahora el tiempo de la promesa, han recibido los destinatarios de esta carta (12).

guar el tiempo y las circunstancias que in-
dicaba el Espíritu de Cristo, que habitaba
en ellos, y anunciaba anticipadamente la
pasión de Cristo y su posterior glorificación.
12 A ellos les fue revelado que aquello que
anunciaban no era para ellos mismos, sino
para el bien de ustedes, y ahora han recibi-
do el anuncio de ese mensaje por obra de
quienes, inspirados por el Espíritu Santo
enviado desde el cielo les transmitieron la
Buena Noticia que los ángeles querrían
presenciar.

Conducta cristiana

13 Por lo tanto, tengan listo su espíritu,
vivan sobriamente y confiadamente esa
gracia que se les concederá cuando se re-
vele Jesucristo. 14 Como hijos obedientes
no vivan de acuerdo a los deseos de antes,
cuando vivían en la ignorancia; 15 por el
contrario como el que los llamó es santo,
sean también ustedes santos en toda su
conducta; 16 porque así está escrito: *Sean
santos, porque yo soy santo.* 17 Y si llaman
Padre al que no hace diferencia entre las
personas y juzga cada uno según sus obras,
vivan con respeto durante su permanencia
en la tierra. 18 No olviden que han sido libe-
rados de la vida inútil que llevaban antes,
imitando a sus padres, no con algún resca-
te material de oro y plata 19 sino con la pre-
ciosa sangre de Cristo, cordero sin mancha
ni defecto, 20 predestinado antes de la crea-
ción del mundo y revelado al final de los
tiempos, en favor de ustedes. 21 Por medio
de él creen en Dios, que lo resucitó de la
muerte y lo glorificó; de ese modo la fe y la
esperanza de ustedes se dirigen a Dios.
22 Al hacerse discípulos de la verdad uste-
des se han purificado para amar sincera-
mente a los hermanos; ámense intensa-
mente unos a otros, de corazón 23 porque
han vuelto a nacer, no de semilla corrupti-
ble, sino por la palabra incorruptible y per-
manente del Dios vivo. 24 Porque *toda carne
es hierba y su belleza como flor del campo;
la hierba se seca, la flor se marchita,* 25 *pero
la Palabra del Señor permanece para siem-
pre.* Esa palabra es la Buena Noticia que se
les ha anunciado.

Cristo, piedra viva

2 1 Ahora, despojados de toda maldad,
engaño e hipocresía, de toda envidia

Hasta los ángeles, dice el discípulo, se asoman desde el cielo para contemplar maravillados la Buena Noticia hecha realidad en la vida de aquellos cristianos, gente pobre y sencilla.

Así termina el himno de alabanza en el que el discípulo de Pedro establece ya el tema fundamental de la carta, que se repite continuamente en cada sesión y en cada argumento, quizás como en ningún otro escrito del Nuevo Testamento: la pasión de Cristo y su glorificación, que continúa en la pasión del cristiano y en su futura y definitiva liberación.

Sería un error, sin embargo, leer en clave puramente espiritualista todo lo que nos va a decir a continuación, ya que «el cielo futuro» no es la única respuesta a los sufrimientos de una comunidad sumida en la marginación y tentada por el desaliento. Por el contrario, el cielo futuro debe hacerse ya realidad presente a través del compromiso cotidiano de los creyentes. Su tarea es construir en el mundo hostil que los rodea una «sociedad alternativa» o «casa de Dios», a la que el autor se va a referir constantemente y con variedad de expresiones.

1,13-25 Conducta cristiana. La seguridad del bien prometido hace que el cristiano viva el tiempo de la espera como tiempo ya de salvación y, por tanto, tiempo de alegría, de «sentirse uno ya como en la gloria», como se dice en nuestro lenguaje popular. Y esto no sólo a pesar de los sufrimientos presentes, sino justamente a causa de ellos. Es la paradójica alegría de los perseguidos de que hablan las Bienaventuranzas (cfr. Mt 5,12).

«Vivan sobriamente» (13), así ve el discípulo la conducta de sus oyentes para este tiempo de espera. Los caminantes son ya hijos de Dios por el bautismo, por eso apela a la obediencia filial (cfr. Is 63,8) que no es otra cosa que una llamada a asemejarse a Dios, según el mandato de Lv 11,44: «sean santos, porque yo soy santo». El Dios que exigía la santidad en el Antiguo Testamento se ha revelado en Jesucristo como Padre y un día se revelará como Juez, por lo cual es necesario proceder siempre con «respeto durante su permanencia en la tierra» (17). Hay que tomarse la vida cristiana en serio, como seria fue la prueba del amor que nos trajo la salvación.

La pasión y la gloria de Cristo es «la Buena Noticia que se les ha anunciado» (25), de la que el discípulo de Pedro afirma que es «palabra incorruptible y permanente del Dios vivo» (23), la que purifica las conciencias abriéndolas a la verdad, la que produce el amor mutuo entre los hermanos, un amor intenso y sin fingimientos. La Palabra de Dios, en definitiva, regenera y da nueva vida al que la escucha y obedece, construyendo así la comunidad.

2,1-10 Cristo, piedra viva. De la «leche espiritual» de la Palabra de Dios que alimenta a la comunidad de recién nacidos, el discípulo pasa a otra imagen preña-

y difamación, 2 busquen, como niños recién
nacidos, la leche espiritual, no adulterada,
para crecer sanos; 3 ya que han gustado
qué bueno es el Señor. 4 Él es la piedra
viva, rechazada por los hombres, elegida y
estimada por Dios; por eso, al acercarse a
él, 5 también ustedes, como piedras vivas,
participan en la construcción de un templo
espiritual y forman un sacerdocio santo,
que ofrece sacrificios espirituales, acepta-
bles a Dios por medio de Jesucristo. 6 Por
eso se lee en la Escritura: *Miren, yo coloco
en Sión una piedra angular, elegida, precio-
sa: quien se apoya en ella no fracasa.* 7 Es
preciosa para ustedes que creen; en cam-
bio, para los que no creen, *la piedra que re-
chazaron los arquitectos es ahora la piedra
angular* 8 *y piedra de tropiezo, roca de es-
cándalo.* En ella tropiezan los que no creen
en la palabra: tal era su destino. 9 Pero us-
tedes son *raza elegida, sacerdocio real, na-
ción santa y pueblo adquirido para que pro-
clame las maravillas* del que los llamó de
las tinieblas a su maravillosa luz. 10 Los que
antes no eran pueblo, ahora son pueblo de
Dios; los que antes no habían alcanzado
misericordia ahora la han alcanzado.

Vocación cristiana y ejemplo de Cristo

11 Queridos hermanos, como a huéspe-
des y forasteros les ruego se mantengan
alejados de los malos deseos, que hacen

---

da de resonancias bíblicas: la piedra, que puede ser «piedra de cimiento» (cfr. Is 28,16) en la que se apoya el creyente por la fe, o «piedra angular» (cfr. Sal 118,22), que es clave y remate del edificio (cfr. Zac 4,7). El desarrollo y la aplicación que hace de esta imagen constituyen la parte central de la carta y una de las más hermosas enseñanzas del Nuevo Testamento sobre la comunidad cristiana.

El discípulo llama a Jesucristo «piedra viva» rechazada por los constructores, pero escogida y apreciada por Dios (4), en alusión a su pasión, muerte y resurrección. Sobre esta piedra viva se construye el «nuevo templo» que acoge la verdadera y definitiva presencia de Dios. Los cristianos son estas «piedras vivas» con las que se construye dicho templo, al que el discípulo llama «espiritual», no para indicar una realidad que perteneciera a otro mundo, sino para afirmar que, al contrario del templo «material» de Jerusalén, este nuevo templo lo constituyen las personas mismas, reunidas por el bautismo en una comunidad de fe, es decir, el nuevo pueblo de Dios, la Iglesia que debe caminar con los pies bien plantados en la sociedad en que vive.

Con referencia a este nuevo pueblo de Dios, el discípulo evoca los títulos de dignidad que exaltaban la función del pueblo de Israel (cfr. Is 43,20; Éx 19,6), para aplicarlos como si se tratara de profecías que tienen su completo cumplimiento en la comunidad cristiana: «raza elegida, sacerdocio real, nación santa y pueblo adquirido» (9) por la muerte y resurrección de Jesús. Es probable que el creyente de hoy, que ya no está acostumbrado al lenguaje simbólico de la Biblia, no se tome muy en serio esta maravillosa descripción de la vida cristiana que hace el autor de la carta, ni que alcance a comprender la fuerza revolucionaria evangélica que lleva dentro. Por desgracia, así ha ocurrido durante mucho tiempo, hasta que el Concilio Vaticano II ha puesto de nuevo las palabras de esta carta en el centro mismo de la vida y del compromiso de toda la Iglesia.

¿Qué significa, pues, que todos y cada uno de los cristianos formemos un «sacerdocio santo» (5)? El discípulo lo explica dos veces en este apartado. En primer lugar, significa ofrecer «sacrificios espirituales, aceptables a Dios por medio de Jesucristo» (5). Con ello se refiere a la vida misma del cristiano, hombre o mujer, se encuentre donde se encuentre y cualquiera que sea su profesión, ofrecida a Dios como don de amor y portadora de la memoria de Jesús, tal y como nos la presentan los evangelios: su obediencia filial al Padre, su amor incondicional que no conoció barreras, su opción por los pobres, débiles y marginados, su lucha por la igualdad y la justicia hasta derramar su sangre en la cruz por todos nosotros. En esto consistió el sacerdocio de Cristo, y en esto consiste el sacerdocio del cristiano recibido en el bautismo. En segundo lugar, significa proclamar «las maravillas del que los llamó de las tinieblas a su maravillosa luz» (9). La primera maravilla fue el testimonio de vida; la segunda, el anuncio, la proclamación de la palabra viva de la Buena Noticia portadora de la luz de la liberación. O sea, todo cristiano es o debe ser misionero de la Palabra de Dios. La predicación y proclamación del Evangelio no está reservada para unos cuantos expertos, como los obispos y presbíteros. Todo cristiano tiene el derecho y la obligación de anunciar a Jesús, el Salvador, con sus palabras y con el testimonio de su vida.

Si esto es así, ¿para qué sirven, entonces, los obispos y presbíteros? El ministerio de estos responsables y pastores de la Iglesia ha sido instituido por el mismo Jesucristo para que, a imitación suya, estén justamente al servicio de la comunidad cristiana y para que ésta siga fiel a su compromiso sacerdotal de vida y testimonio. Como personas bautizadas, son sacerdotes como los demás; como ministros ordenados, representan a Jesús en su función de guía y pastor de la comunidad. El discípulo va a hablar de ellos en la última parte de su carta.

2,11-25 Vocación cristiana y ejemplo de Cristo. El discípulo de Pedro contempla con preocupación a

guerra al espíritu. 12 En medio de los paga-
nos procedan honradamente, y así los que
los calumnian como malhechores, al pre-
senciar las buenas obras de ustedes, glori-
ficarán a Dios el día de su visita. 13 Por
amor al Señor, sométanse a cualquier insti-
tución humana: al rey como soberano, 14 a
los gobernadores como enviados por él
para castigar a los malvados y premiar a
los honrados. 15 Tal es la voluntad de Dios,
que, haciendo el bien, le tapen la boca a los
necios e ignorantes. 16 Como hombres li-
bres, que no usan de la libertad para encu-
brir la maldad, sino más bien como
servidores de Dios, 17 honren a todos, amen
a los hermanos, respeten a Dios, honren al
rey. 18 Los empleados sométanse a sus
patrones con todo respeto, no sólo a los
bondadosos y amables, sino también a los
de mal genio. 19 Es una gracia soportar, con
el pensamiento puesto en Dios, las penas
que se sufren injustamente. 20 ¿Qué mérito
tiene aguantar golpes cuando uno es culpa-
ble? Pero si, haciendo el bien, tienen que
aguantar sufrimientos, eso es una gracia de
Dios. 21 Ésa es su vocación, porque tam-
bién Cristo padeció por ustedes, dejándoles
un ejemplo para que sigan sus huellas.
22 *No había pecado ni hubo engaño en su
boca;* 23 cuando era insultado no respondía
con insultos, padeciendo no amenazaba,
más bien se encomendaba a Dios, el que
juzga con justicia. 24 Él llevó sobre la cruz
nuestros pecados cargándolos en su cuer-
po, para que, muertos al pecado, vivamos
para la justicia. Sus cicatrices nos sanaron.
25 Antes andaban como ovejas extraviadas,
pero ahora han vuelto al pastor y guardián
de sus vidas.

Conducta en el matrimonio

3 1 Así también ustedes, las esposas,
respeten a sus maridos, de modo
que, aunque algunos de ellos no crean el
mensaje, por la conducta de sus esposas,
aun sin palabras, queden ganados 2 al ob-
servar el proceder casto y respetuoso de
ustedes. 3 Que el adorno de ustedes no

---

sus cristianos y cristianas esparcidos por las cinco provincias de Asia como «huéspedes y forasteros» (11) en medio de una sociedad pagana que los observa con ojos críticos, los difama y los tiene como malhechores, es decir, los típicos prejuicios de siempre contra los pobres y marginados. El discípulo anima a sus oyentes a que «tapen la boca a los necios e ignorantes» (15) con la fuerza del testimonio de su vida cristiana. El ejemplo que den en la vida social es capital, no sólo como protección contra posibles represalias, sino como testimonio evangélico: «al presenciar las buenas obras de ustedes, glorificarán a Dios el día de su visita» (12).

Un buen cristiano será siempre un buen ciudadano. El discípulo da normas claras de conducta ciudadana, apelando a la motivación superior que debe presidir todo el comportamiento del creyente: «por amor al Señor» (13), «tal es la voluntad de Dios» (15), «con el pensamiento puesto en Dios» (19), pero sobre todo, «como hombres (y mujeres) libres» (16), conscientes de que ante todo somos servidores de Dios (16), pues en esto consiste su libertad. Bajando a detalles concretos, exhorta a que todos respeten a las autoridades legítimas, y los criados a sus amos, aunque tengan «mal genio» (18).

Hasta ahora ha hablado a cristianos que viven más o menos en paz con los paganos, pero es en tiempos de persecución injusta cuando hay que dar el supremo testimonio de la fe y cuando la vocación cristiana de seguimiento del Crucificado alcanza su máxima expresión. El ejemplo impresionante de la pasión de Cristo que expone el discípulo en los versículos 21-25 constituye el mensaje central de toda la carta. El discípulo contempla toda la vida de Jesús –un don continuo e incondicional de amor– en su momento cumbre: su pasión salvadora, presentándola con los rasgos más resaltantes del Siervo de Yahvé (cfr. Is 53): «cuando era insultado no respondía con insultos, padeciendo no amenazaba» (23). Así «llevó sobre la cruz nuestros pecados cargándolos en su cuerpo» (24) e hizo posible que toda la vida del cristiano sea ya una vida portadora de salvación, bajo el cuidado del «pastor y guardián de sus vidas» (25). El ejemplo del Crucificado que propone el discípulo de Pedro va más allá de la sola aceptación de los propios sufrimientos a imitación de Jesús; también es una invitación a cargar solidariamente los sufrimientos de todas las víctimas del pecado del mundo: los que pasan hambre, los marginados, los excluidos, los perseguidos, los débiles, para llevar a todos el anuncio cristiano de la liberación. La pasión del mundo debe ser la pasión del cristiano, incluso hasta la muerte. En esto consiste nuestra identidad como continuadores de la memoria de Jesús.

3,1-7 Conducta en el matrimonio. El más importante testimonio cristiano es el dado en el seno de la familia. Dirige primero una larga exhortación a la esposa, pensando seguramente en las mujeres cristianas casadas con paganos. Después se dirigirá brevemente a los maridos cristianos. A éstas les exige la castidad conyugal, el «sometimiento» al marido y la modestia y serenidad interiores que pueden mantener el matri-

consista en cosas externas: peinados re-
buscados, joyas de oro, trajes elegantes;
4 sino en lo íntimo y oculto: en la modestia
y serenidad de un espíritu incorruptible.
Eso es lo que tiene valor a los ojos de Dios.
5 Así se adornaban en otros tiempos las
santas mujeres que esperaban en Dios y se
sometían a sus maridos: 6 Como Sara, que
obedecía a Abrahán llamándolo señor.
Obrando bien y no dejándose inquietar por
ninguna clase de temor, ustedes se hacen
hijas de ella.

7 Los maridos, a su vez, sean compren-
sivos con sus esposas, denles el honor que
les corresponde, no sólo porque la mujer es
más delicada sino también porque Dios les
ha prometido a ellas la misma vida que a
ustedes. Háganlo así para que nada estorbe
sus oraciones.

Paciencia a ejemplo de Cristo

8 Finalmente, vivan todos unidos, tengan
un mismo sentir, sean compasivos, frater-
nales, misericordiosos, humildes; 9 no de-
vuelvan mal por mal ni injuria por injuria, al
contrario bendigan, ya que ustedes mismos
han sido llamados a heredar una bendición.
10 *Si uno quiere vivir y pasar años felices,*
guarde su lengua del mal y sus labios de la
falsedad, 11 *apártese del mal y haga el bien,*
busque la paz y corra tras ella. 12 *Porque los*
ojos del Señor se fijan en el honrado, sus
oídos escuchan sus súplicas; pero el Señor
se enfrenta con los malhechores. 13 ¿Quién
podrá hacerles daño si ustedes se preocu-
pan siempre en hacer el bien? 14 Y si pade-
cen por la justicia, dichosos ustedes. No
teman ni se inquieten, 15 sino honren a Cris-
to como Señor de sus corazones. Estén
siempre dispuestos a defenderse si alguien
les pide explicaciones de su esperanza,
16 pero háganlo con modestia y respeto,
con buena conciencia; de modo que los
que hablan mal de su buena conducta cris-
tiana queden avergonzados de sus propias
palabras. 17 Es mejor sufrir por hacer el
bien, si así lo quiere Dios, que por hacer el
mal. 18 Porque Cristo murió una vez por

---

monio unido en convivencia pacífica, e incluso atraer al esposo a la fe. En la exhortación a los maridos cristianos afirma la mayor debilidad corporal de la mujer y la igualdad espiritual en compartir la herencia del cielo.

El discípulo de Pedro es hijo de la cultura de su tiempo y, aunque el Evangelio trajo la igualdad de todos ante Dios (cfr. Gál 3,28), todavía se regía por los prejuicios machistas de la sociedad patriarcal en que vivía. En este sentido hay que tomar también el recelo del discípulo respecto a los adornos de la mujer. Sobre el exagerado ornato de éstas pronuncia Isaías una sátira divertida (cfr. Is 3,18-23).

3,8-22 Paciencia a ejemplo de Cristo. El ideal de concordia familiar se extiende a toda la comunidad cristiana, cuyos miembros, como hermanos de una sola familia, comparten la bendición de una herencia común. Los versículos 10-12 están inspirados en Sal 34,12-16; esta amplia cita en una carta breve muestra que los salmos se iban incorporando a la piedad cristiana e inspiraban la conducta.

A continuación, el discípulo vuelve a su tema favorito: el sufrimiento en razón de la fe que profesan. Más que a una persecución concreta, el autor de la carta parece referirse de nuevo a la marginación social que les imponía su misma condición de cristianos, la cual les apartaba de las prácticas y costumbres paganas, como las que señalará después en 4,3, conducta que les hacían parecer gente rara a los ojos de sus conciudadanos paganos. Es posible que la extrañeza ante el proceder de los cristianos fuera acompañada, a veces, de hostilidad y agresividad, sobre todo por ser los creyentes de clase humilde. Es comprensible, pues, que vivieran atemorizados.

El discípulo les anima a no tener miedo y conservar la calma. Es más, la situación puede convertirse en ocasión de dar testimonio de «su esperanza» (15). Es interesante que fuera la esperanza el aspecto llamativo de los cristianos y lo que causara extrañeza a los paganos, a quienes Pablo se refiere en Ef 2,12 como gente sin «esperanza y sin Dios en el mundo». La recomendación que el discípulo de Pedro les hace es una lección práctica de evangelización misionera en un contexto de pluralismo religioso, como el nuestro de hoy: estén dispuestos a defender –su esperanza– «con modestia y respeto, con buena conciencia» (16), pero firmes en la fe.

Si el testimonio evangélico lleva consigo la persecución y el sufrimiento, sufrir por hacer el bien les asemejará a Jesucristo. Para darles ánimo y esperanza en la victoria final, el discípulo les propone el ejemplo del sufrimiento inocente del Señor, cuya resurrección por el Espíritu trajo la oferta de salvación universal a todos, incluso a las «almas encarceladas» (19) de los pecadores de antaño, a los que el pensamiento mítico-religioso del Antiguo Testamento asignaba un lugar en el mundo subterráneo y tenebroso de los muertos, al que denominaban «infierno», cuyo significado no tiene nada que ver con el concepto cristiano de infierno como condenación eterna. También allí el Señor resucitado «fue a proclamar» (19) su mensaje de salvación. Jesucristo, compartiendo la suerte de todos los hom-

nuestros pecados, el justo por los injustos
para llevarlos a ustedes a Dios: sufrió muer-
te en el cuerpo, resucitó por el Espíritu 19 y
así fue a proclamar también a las almas en-
carceladas: 20 a los que en un tiempo no
creían, cuando la paciencia de Dios espera-
ba y Noé fabricaba el arca, en la cual unos
pocos, ocho personas, se salvaron atrave-
sando el agua. 21 Para ustedes, todo esto es
símbolo del bautismo que ahora los salva,
que no consiste en lavar la suciedad del
cuerpo, sino en el compromiso con Dios de
una conciencia limpia; por la resurrección
de Jesucristo, 22 que subió al cielo y está
sentado a la derecha de Dios después de
poner bajo su dominio a los ángeles, a las
potestades y a las dominaciones.

Hostilidad del mundo

4 1 Como Cristo padeció en su cuerpo,
ármense ustedes con la misma acti-
tud: quien ha sufrido en la carne ha roto
con el pecado 2 y lo que le queda de vida
corporal, ya no sigue los deseos humanos,
sino la voluntad de Dios. 3 Bastante tiempo
en el pasado han vivido como los paganos,
practicando el libertinaje, vicios, borrache-
ras, orgías, comilonas e intolerables idola-
trías. 4 Ahora, como ustedes ya no los
acompañan en los excesos de su mala vida
ellos los insultan. 5 Pero tendrán que rendir
cuentas al que está dispuesto a juzgar a vi-
vos y muertos. 6 Para ello se llevó también
a los muertos la Buena Noticia: para que
condenados como hombres a morir cor-
poralmente, vivieran espiritualmente como
Dios.

7 Se acerca el fin del universo: por eso
tengan la moderación y sobriedad necesa-
rias para poder orar. 8 Ante todo, haya mu-
cho amor entre ustedes, porque el amor
perdona una multitud de pecados. 9 Practi-
quen la hospitalidad mutua sin quejarse.
10 Cada uno, como buen administrador de
la multiforme gracia de Dios, ponga al ser-
vicio de los demás los dones que haya reci-
bido. 11 Quien predica, hable como quien
entrega palabras de Dios; el que ejerce al-
gún ministerio hágalo como quién recibe de
Dios ese poder; de modo que en todo sea
glorificado Dios por medio de Jesucristo. A
quien corresponde la gloria y el poder por
los siglos de los siglos. Amén.

12 Queridos, no se extrañen del incendio
que ha estallado contra ustedes, como si

---

bres y mujeres, baja al mundo de los muertos, no para quedarse, sino para proclamar la liberación (cfr. Is 61,1).

El versículo 19 es uno de los textos más enigmáticos de todo el Nuevo Testamento, el cual ha encontrado eco hasta en nuestro Credo cristiano: «Descendió a los infiernos». Este descenso salvador debió ser muy importante para los primeros cristianos, como lo atestiguan las referencias de Ef 4,8-10 y Rom 10,7; les preocupaba la suerte de los pecadores y, en general, la de todos los que vivieron y murieron antes de Cristo.

¿Entraron también ellos en el plan salvador de Dios? ¿Se salvaron aunque no habían conocido a Cristo ni recibido el bautismo? Esta preocupación sobre la posible salvación de los antepasados ha estado presente en toda la historia de la evangelización de la Iglesia, especialmente en Asia, cuya cultura dio y sigue dando tanta importancia al mundo de los ancestros. La respuesta ambigua o negativa de los primeros evangelizadores de aquellas tierras constituyó entonces un grave obstáculo para la propagación del Evangelio. Con esta imagen enigmática de Cristo descendiendo y proclamando, el discípulo nos quiere decir simplemente que, en virtud de su muerte y resurrección, Jesucristo vino a ofrecer su salvación a todos los hombres y mujeres de todos los tiempos.

4,1-19 Hostilidad del mundo. El discípulo de Pedro retoma ahora el tema del sufrimiento en su aspecto medicinal o de sanación: es imposible que siga pecando quien asocia por el bautismo sus propios sufrimientos al sufrimiento de Cristo. Esa incompatibilidad con el pecado la pueden ver comparando la vida que llevaban antes, entregada a todo género de maldades, con la que llevan ahora. De ahí que su conducta contra corriente produzca la extrañeza y la hostilidad de sus antiguos camaradas de vicios.

Las comunidades de Pedro nos dan una buena lección a los creyentes de hoy. Una conducta cristiana que no produzca ningún impacto en la sociedad es señal de que se ha dejado arrastrar por la corriente de aquellos que no organizan sus vidas de acuerdo con las exigencias del Evangelio. Lo peor que nos puede suceder como seguidores de Jesús es que nuestro comportamiento no diga nada a nadie, que no ofrezca ninguna alternativa al mundo de injusticia que nos rodea. El discípulo subraya la seriedad de su exhortación con la inminencia del «fin del universo» (7), cuando venga Jesucristo a juzgar a todos de acuerdo con los valores del Evangelio, tanto a los que aún estén con vida como a los que hayan muerto. No se trata de una inminencia de días o años, sino de la urgencia del cambio que lleva en sí el mensaje evangélico.

fuera algo extraordinario; 13 alégrense, más
bien, de compartir los sufrimientos de Cris-
to, y así, cuando se revele su gloria, ustedes
también desbordarán de gozo y alegría.
14 Si los insultan por ser cristianos, dichosos
ustedes, porque el Espíritu de Dios y su
gloria reposan en ustedes. 15 Que ninguno
de ustedes tenga que padecer por ladrón o
asesino o criminal o por meterse en asun-
tos ajenos. 16 Pero si padece por ser cristia-
no, no se avergüence, antes dé gloria a
Dios por tal título.

17 Llega el momento de comenzar el jui-
cio por la casa de Dios. Y, si empieza por
nosotros, ¿cuál será la suerte de los que re-
chazaron la Buena Noticia de Dios? 18 *Si el
justo apenas se salva, ¿qué será del impío y
del pecador?* 19 Por lo tanto, los que pade-
cen por voluntad de Dios, sigan haciendo el
bien y confíen sus vidas al Creador, que es
fiel.

A los responsables

5 1 A los ancianos que están entre uste-
des les ruego como colega, testigo de
la pasión de Cristo y partícipe de la gloria
que se ha de revelar: 2 apacienten el rebaño
de Dios que les han confiado, [cuidando de
él] no a la fuerza, sino de buena gana,
como Dios quiere; no por ambición de di-
nero, sino generosamente; 3 no como tira-
nos de los que les han asignado, sino como
modelos del rebaño. 4 Así, cuando se reve-
le el Pastor supremo, recibirán la corona
eterna de la gloria.

5 Lo mismo ustedes, jóvenes, sométanse
a los ancianos. Que cada uno se revista de
sentimientos de humildad para con los de-
más, *porque Dios resiste a los soberbios y
otorga su favor a los humildes.* 6 Por tanto,
humíllense bajo la mano poderosa de Dios,
y a su tiempo él los elevará. 7 Encomienden
a Dios sus preocupaciones, que él se
ocupará de ustedes. 8 Sean sobrios, estén
siempre alertas, porque su adversario el
Diablo, como león rugiendo, da vueltas
buscando [a quien] devorar. 9 Resístanlo fir-
mes en la fe, sabiendo que sus hermanos
por el mundo sufren las mismas penalida-
des. 10 El Dios de toda gracia que por Cris-
to [Jesús] los llamó a su gloria eterna,
después que hayan padecido un poco, los

¿Quién no calificaría como «final del universo» a los acontecimientos que estamos viviendo en nuestros días, como la pobreza y el hambre de millones de seres humanos o la catástrofe ecológica a la que nos lleva un desenfrenado consumismo?

Amor intenso que pasa por alto y perdona la ofensa del otro, hospitalidad sin murmuraciones, moderación y sobriedad, servicio a los demás compartiendo los dones que cada uno ha recibido es la vida alternativa evangélica que propone el discípulo a sus humildes comunidades y que también dirige a la Iglesia de hoy con la misma fuerza profética. Son los comportamientos cristianos que hacen de la comunidad de creyentes la «casa de Dios» a la que todos son llamados. Dos servicios merecen la atención del discípulo: el servicio de la Palabra y la atención a los necesitados. El término utilizado para «palabra», es «oráculo», es decir, sentencia profética, pues lleva consigo la fuerza del Espíritu que penetra los corazones con la fuerza de la verdad.

Sorprendentemente, vuelve otra vez sobre el tema del sufrimiento, como si los padecimientos inmerecidos e imprevistos de las páginas precedentes se materializaran ahora en una persecución violenta: un «incendio que ha estallado» (12). ¿Se trata de alguna persecución concreta? ¿O más bien quiere presentar de nuevo el tema central de la carta en un modo dramático? Sea como fuere, la situación real de padecimiento existía y el discípulo les anima a valorar y a confrontar la prueba: es la ocasión de compartir los sufrimientos de Cristo (cfr. Col 1,24; Flp 3,10) que conducirá a compartir su gozo (cfr. Jn 15,11), incluso por adelantado (cfr. 2 Cor 7,4).

5,1-11 A los responsables. Antes de despedirse les da su testamento espiritual. El discípulo de Pedro se dirige, en primer lugar, a los «ancianos», término con que se designaba a los responsables y líderes de la comunidad –presbíteros–, no necesariamente entrados en años. Aunque se presenta con el título que le confiere su autoridad apostólica, «testigo de la pasión de Cristo» (1), los considera colegas, situando así su autoridad en el plano de la corresponsabilidad, como era corriente en la Iglesia de los primeros tiempos.

Contempla el ministerio de estos líderes como la labor y el servicio de un buen pastor, en referencia siempre al Pastor Supremo, único pastor del rebaño. Sus consejos pastorales son válidos para todos los tiempos, especialmente para muchos pastores de nuestra Iglesia de hoy, quienes aún no acaban de asimilar el verdadero sentido de la autoridad apostólica. Toda la vida de un pastor debe ser entrega generosa al rebaño, guiándolo con el modelo y ejemplo de su vida, sin otros intereses espúreos. Después se dirige a todos los miembros de la comunidad, tanto jóvenes como viejos, y les pide que sean humildes. Esta humildad, referida a la relación de los cristianos con Dios, lleva a la confianza por la que ponemos en sus manos todos nuestros afanes y sufrimientos.

restablecerá y fortalecerá, los hará fuertes e
inconmovibles. 11 A él sea el poder y la glo-
ria por los siglos. Amén.

Saludos finales

12 Les escribo estas breves letras por
medio de Silvano, a quien considero un
hermano fiel, para aconsejarlos y asegurar-
les que ésa es la verdadera gracia de Dios:
manténganse en ella. 13 Los saluda la
comunidad de elegidos de Babilonia y tam-
bién Marcos, mi hijo. 14 Salúdense mutua-
mente con el beso fraterno. Paz a todos
ustedes, los que están unidos a Cristo.



En una última llamada a la vigilancia, compara al enemigo supremo, el Diablo, a un león rugiente dando vueltas alrededor de su presa. Todas estas recomendaciones del discípulo evocan la realidad de una comunidad cristiana que, soportando la prueba y la persecución, vive de la esperanza de la venida liberadora del Señor, consolada por «el Dios de toda gracia que por Cristo los llamó a su gloria eterna» (10).

5,12-14 Saludos finales. Pedro, o su discípulo, menciona en su saludo final a dos personas conocidas que han desempeñado un papel importante en la vida de la Iglesia primitiva: Silvano y Marcos.

Finalmente, les comunica los saludos de la comunidad de «Babilonia», nombre de Roma en clave simbólica, es decir, el lugar del destierro y de la persecución en un mundo hostil a Dios.

SEGUNDA CARTA DE
PEDRO

Autor, destinatarios y fecha de composición de la carta. La carta comienza con seriedad y solemnidad: doble nombre del remitente, «Simón» (hebreo) y «Pedro» griego; doble título, «siervo y apóstol». A lo largo del escrito el autor se refiere a otra carta precedente (3,1), recuerda su presencia en la transfiguración (1,18), llama hermano a Pablo (3,15), se siente a punto de morir (1,14). ¿Acaso no está claro quién es?

No. Lo que está demasiado claro es la ficción de la pseudonimia, comúnmente practicada entonces. El autor se presenta en el escrito como si fuera el apóstol Pedro. Ya en la antigüedad se discutió bastante sobre la autenticidad del autor. Hoy son raros los que la defienden. Las razones son convincentes. El autor se traiciona repetidas veces, como cuando se incluye en la generación post-apostólica (3,4), o se distingue de los apóstoles (3,2), o al discutir el retraso de la parusía (3,8). A lo cual hay que añadir diferencia de lengua, estilo y vocabulario.

Pero si el autor no es Pedro, sí nos dice cómo imaginaba al apóstol un cristiano de la segunda generación. Este autor escribe a creyentes convertidos del paganismo, como lo sugieren el estilo, los influjos de la filosofía estoica y el tipo de herejías que combate. Es probable que se trate del último escrito del Nuevo Testamento, compuesto hacia finales del s. I o comienzos del s. II.

Género y finalidad de la carta. Aunque se presenta y comienza como carta, el texto es más bien una exhortación. Teniendo en cuenta que el autor se dice próximo a la muerte (1,13-15), se podría catalogar el escrito como uno de esos testamentos espirituales tan corrientes entonces y de ilustre ascendencia bíblica. El autor se enfrenta con dos problemas principales: el retraso de la parusía o segunda venida del Señor y las herejías, preocupaciones comunes de la segunda generación cristiana.

La aparente tardanza de la victoria definitiva de Jesús enfriaba los ánimos de los creyentes y cundía el desaliento y la incertidumbre ante el gran acontecimiento que, con el correr de los años, aparecía cada vez más lejano. Los enemigos se burlaban de ellos: «¿Qué ha sido de su venida prometida?... todo sigue igual que desde el principio del mundo» (3,4).

El autor responde invitando a sus oyentes a mirar la historia con los ojos de la fe. El tiempo presente es el tiempo de la «paciencia de Dios», pues «no quiere que se pierda nadie, sino que todos se arrepientan» (3,9). Por otra parte, el calendario de Dios es distinto del calendario de

los hombres, pues para el Señor «un día es como mil años y mil años como un día» (3,8). De esta lectura de los signos de los tiempos, el autor saca su conclusión: una conducta irreprochable y santa no sólo sitúa al cristiano en el camino de la esperanza, sino que apresura «la venida del día de Dios» (3,12), viviéndolo ya como inminente y convirtiendo la espera no en una actitud pasiva, sino en activa colaboración que acelere la transformación final.

En cuanto a las herejías o falsas doctrinas, todo induce a pensar que se trata de una forma de gnosticismo, con sus historias de mitos y la insistencia en conocimientos arcanos. El autor no las nombra, sólo insiste en el libertinaje de los herejes. Ese «día» para ellos llegará como un ladrón en la noche.



Saludo

1 [1] Simón Pedro, siervo y apóstol de Je-
sucristo, a los que comparten con
nosotros el privilegio de la fe, por la justicia
de nuestro Dios y Salvador Jesucristo:
[2] que la gracia y la paz abunden en ustedes
por el conocimiento de Dios y de Jesús
nuestro Señor.

Vocación cristiana

[3] El poder divino nos ha otorgado todo lo
que necesitamos para la vida y la piedad,
haciéndonos conocer a aquel que nos lla-
mó con su propia gloria y mérito. [4] Con
ellas nos ha otorgado las promesas más
grandes y valiosas, para que por ellas par-
ticipen de la naturaleza divina y escapen de
la corrupción que habita en el mundo a
causa de los malos deseos. [5] Así, no aho-
rren esfuerzos por añadir a su fe la virtud, a
la virtud el conocimiento, [6] al conocimiento
el dominio propio, al dominio propio la pa-
ciencia, a la paciencia la piedad, [7] a la pie-
dad el afecto fraterno, al afecto fraterno el
amor. [8] Si ustedes poseen esos dones en
abundancia no permanecerán inactivos ni
estériles para conocer a nuestro Señor
Jesucristo. [9] Y quien no los posee está cie-
go y va a tientas, olvidando de que lo han
purificado de sus viejos pecados. [10] Por tan-
to, hermanos, esfuércense por asegurar su
vocación y elección. Si obran así, no trope-
zarán nunca; [11] y además se les abrirá
generosamente la entrada en el reino per-
petuo del Señor nuestro y salvador Jesu-
cristo. [12] Por tanto, siempre trataré de
recordarles estas cosas aunque las saben y
están firmes en la verdad poseída; [13] y
mientras vivo en esta morada, juzgo opor-
tuno mantenerlos despiertos con mis lla-
mados. [14] Porque sé que pronto dejaré esta
morada, como me ha informado el Señor
nuestro Jesucristo. [15] Y me esforzaré para
que, después de mi partida, ustedes se
acuerden siempre de estas cosas.

Testigo de la gloria de Cristo

[16] Porque cuando les anunciamos el po-
der y la venida del Señor nuestro Jesu-
cristo, no nos guiábamos por fábulas
ingeniosas, sino que habíamos sido testi-
gos oculares de su grandeza. [17] En efecto,

1,1s Saludo. Típico saludo epistolar, en este caso un claro ejemplo de pseudonimia: para dar fuerza a su escrito, el remitente se presenta, sin serlo, como Simón Pedro –los manuscritos más antiguos hablan de Simeón, forma utilizada sólo en Hch 15,14–. Emplea además dos epítetos, «siervo y apóstol», propios de Pablo (Rom 1,1; Tit 1,1), que lo identifican como misionero oficial y significativo en la Iglesia primitiva. Los destinatarios son todos los que comparten la misma fe y la misma justicia –misericordia– de Dios, probablemente comunidades judeocristianas de Asia Menor. La continuidad del saludo en el versículo 2 es común en las cartas paulinas: «gracia y la paz», aunque aquí encontramos un énfasis nuevo: que «abunden» (cfr. 1 Pe 1,2) a través del conocimiento de Dios y de Jesús.

1,3-15 Vocación cristiana. He aquí una exhortación de acción de gracias por la fe y la vocación recibida (1,5.10). En el versículo 3 se resalta la potencia de Dios generadora de vida, piedad y conocimiento de Jesús. Dios es la vida que nos permite conocer a quien dio su vida por nosotros. Expresiones como «naturaleza divina», «malos deseos» o «mundo» (4) son una clara influencia de la filosofía helenista. Sólo optando por el proyecto de Dios podemos vencer el mundo, símbolo de corrupción y maldad.

En los versículos 5-7 tenemos una lista de las ocho virtudes típicas del helenismo, también presentes en otros lugares del Nuevo Testamento (Rom 5,3s; Gál 5,22s), que comienza con la fe y termina con el amor; semillas que sólo crecen a través del conocimiento de Jesús. Los versículos 10s son una invitación a mantenerse firmes en la fe recibida, como cuota inicial para entrar en el reino de Jesús. Del carácter teológico del reinado de Dios, propio de los evangelios sinópticos (Mt 5,20; 7,21; 18,3; 19,23.24), se pasa a un carácter cristológico –reino de Jesús– propio del período pospascual.

La fuerza de los versículos 12-15 está en el verbo «recordar». El autor, sintiéndose apóstol centinela, hace memoria de las palabras de Jesús mediante el género literario «testamento» al mejor estilo de Moisés (cfr. Dt 31, donde anuncia su muerte y da instrucciones para recordar en el futuro), Josué (Jos 22) o David (2 Sm 23).

1,16-21 Testigo de la gloria de Cristo. El autor defiende la parusía de Cristo (16) como fruto, no de leyendas, sino de experiencias vividas. Y aparece entonces el recuerdo de la transfiguración como mensaje profético (18; cfr. Mt 17,3s), que como lámpara (19b) nos permite ver a Jesús en su doble dimensión de glorificado (17; cfr. Mt 17,1s) e «Hijo querido y predilecto» de Dios (17; cfr. Mt 17,5). La parusía, más que preocupación por lo que viene, es un ejercicio profético del presente que hace memoria comunitaria

él recibió de Dios Padre honor y gloria, por
una voz que le llegó desde la sublime
Majestad que dijo: *Éste es mi Hijo querido,*
mi predilecto. 18 Esa voz llegada del cielo la
oímos nosotros cuando estábamos con él
en la montaña santa. 19 Con ello se nos
confirma el mensaje profético, y ustedes
harán bien en prestarle atención, como a
una lámpara que alumbra en la oscuridad,
hasta que amanezca el día y el astro matu-
tino amanezca en sus mentes. 20 Pero de-
ben saber ante todo que nadie puede
interpretar por sí mismo una profecía de la
Escritura, 21 porque la profecía nunca suce-
dió por iniciativa humana, sino que los
hombres de Dios hablaron movidos por el
Espíritu Santo.

Contra los falsos profetas y maestros

2 1 En el pueblo de Israel hubo también
falsos profetas, como habrá entre us-
tedes falsos maestros, que introducirán
sectas perniciosas, y, renegando del Señor
que los redimió, se acarrearán una rápida
destrucción. 2 Muchos los seguirán en su
vida viciosa y por su culpa será despresti-
giado el camino de la verdad. 3 Y por amor
al dinero abusarán de ustedes con discur-
sos engañosos. Pero la condenación los es-
pera a ellos sin remedio, ya que desde hace
mucho están condenados. 4 Si Dios no per-
donó a los ángeles pecadores, antes bien
los sepultó en el infierno y los sumergió en
el abismo de las tinieblas, reservándolos
para el juicio; 5 si tampoco perdonó a la
humanidad de antaño, sino que, guardando
con otros siete a Noé, predicador de la jus-
ticia, envió el diluvio al mundo de los mal-
vados; 6 si condenó a Sodoma y Gomorra
reduciéndolas a cenizas y dejándolas como
escarmiento de futuros malvados 7 –si bien
libró a Lot el justo, que sufría con la con-
ducta de los libertinos, 8 porque teniendo
que vivir en medio de ellos, su alma de jus-
to se sentía constantemente torturada por
las iniquidades que veía y escuchaba–. 9 El
Señor sabe librar a los hombres religiosos y
reserva a los malvados para castigarlos el
día del juicio; 10 especialmente a los que si-
guen el instinto y sus inmundos apetitos y
desprecian la Soberanía. Estos hombres,
audaces e insolentes, insultan a los ángeles
gloriosos, 11 siendo así que los ángeles, su-
periores en fuerza y poder, no los acusan
con insultos ante Dios. 12 Esos hombres,
como animales irracionales destinados por
naturaleza a ser cazados y consumidos, in-
sultan lo que no entienden; pero se corrom-
perán como esos mismos animales 13 y re-
cibirán así la paga de su injusticia. Su idea
del placer es la orgía en pleno día; sucios y
asquerosos, se gozan en engañarlos cuan-

---

de Jesús para vivirlo como sol de la mañana y vencer así los problemas de la oscuridad llenando de luz el día por venir.

El contenido de los versículos 20s ha sido fundamental en la definición de los principios de inspiración e interpretación bíblica en la tradición de la Iglesia. La Escritura requiere del Espíritu para su interpretación. Esto no excluye la razón, lenguaje humano a través del cual actúa el Espíritu, ni la comunidad eclesial, lugar privilegiado donde actúa el Espíritu.

2,1-22 Contra los falsos profetas y maestros. Este capítulo tiene como objetivo desenmascarar a los «falsos maestros» que arruinan la vida de las comunidades. Toma como base la carta de Judas, que a veces cita casi literalmente (cfr. 1 y Jds 4; 4 y Jds 6; 6 y Jds 7; 9 y Jds 6; 10 y Jds 7s; 11 y Jds 9; 12 y Jds 10; 13 y Jds 12; 15 y Jds 11; 17 y Jds 12s; 2 y Jds 16; 3 y Jds 12s). La doctrina de los «falsos maestros» se caracteriza por renegar del Señor (1; cfr. 1 Jn 2,22s) e imponer en las comunidades un estilo de vida que privilegia el sectarismo, la idolatría, la inmoralidad, el desprestigio del camino de la verdad –la vida cristiana–, el amor al dinero con engaño, el libertinaje, el desprecio de la autoridad de Dios, las actuaciones animalescas, el insulto, la corrupción, el adulterio y la avaricia.

Para reforzar sus argumentos trae a colación tres ejemplos de castigos tomados del Antiguo Testamento: los ángeles pecadores (4; cfr. Gn 6,1-4), el diluvio (5; cfr. Gn 7-9) y Sodoma y Gomorra (6; cfr. Gn 19,1-28). Quien actúa de esta manera se contagia del síndrome de Balaán, que consiste en vivir para la codicia (15), en asumir la vida como un espejismo (16), en una enseñanza vacía y estéril que seduce a los frágiles en la fe (18) y en ser esclavos de la corrupción con señuelos de libertad (19). En medio de los castigos, el autor recuerda positivamente a personajes como Noé y Lot (5-8), hombres religiosos (9) que lograron vivir en fidelidad al proyecto de Dios, y por eso fueron liberados por el Señor.

Los versículos 20s son una dura advertencia para los que tienen una fe ambigua y débil, para quienes conociendo a Jesús, camino de justicia, se rinden fácilmente ante las «inmundicias del mundo». Las palabras del versículo 21 recuerdan la dura sentencia de Jesús contra quien habría de entregarlo: «más le valdría a ese hombre no haber nacido» (Mt 26,24).

do comen con ustedes. 14 No pueden ver
una mujer sin desearla, nunca se cansan
del pecado, seductores de almas débiles,
expertos en avaricia: dignos de maldición.
15 Dejando el camino recto, se extraviaron.
Siguieron el camino de Balaán de Bosor,
que ganó dinero haciendo el mal. 16 Y fue
reprendido por su pecado, pues su burra se
puso a hablar con voz humana frenando la
locura del profeta. 17 Estos maestros son
fuentes sin agua, nubes empujadas por la
tormenta, ellos están destinados a las den-
sas tinieblas.

18 Pronunciando discursos vacíos y alti-
sonantes alientan las pasiones y los deseos
impuros de sus oyentes recién alejados de
los que viven en el error. 19 Les prometen li-
bertad, siendo esclavos de la corrupción.
Porque uno se hace esclavo de aquel que lo
domina. 20 En efecto, si uno se ha alejado
de la inmundicia del mundo, por el cono-
cimiento de [nuestro] Señor y Salvador
Jesucristo, y de nuevo se deja enredar y se
rinde, su final es peor que el principio.
21 Más les valdría no haber conocido el ca-
mino de la justicia que, habiéndolo conoci-
do, apartarse del santo mandamiento que
les habían trasmitido. 22 Les sucede lo del
acertado proverbio: *perro que vuelve a su*
vómito, o este otro: cerdo bañado que se re-
vuelca en el fango.

Retraso de la parusía

3 1 Queridos hermanos, ésta es ya la
segunda carta que les escribo; en las
dos les refresco la memoria para despertar,
con el recuerdo, sus mentes sinceras. 2 Re-
cuerden lo que anunciaron los santos pro-
fetas y el mandato del Señor y salvador
transmitido por los apóstoles. 3 Ante todo
deben saber que al final de los tiempos ven-
drán hombres cínicos y burlones, entrega-
dos a sus apetitos, 4 que dirán: ¿Qué ha
sido de su venida prometida? Desde que

La conclusión (22) se hace a partir de dos refranes, uno de origen sapiencial bíblico (cfr. Prov 26,11) y otro de origen helenista.

3,1-18 Retraso de la parusía. El tema predominante de toda esta sección es el día de la venida o parusía. En los dos primeros versículos, el autor resalta el valor evangelizador de las cartas apostólicas, la importancia de los recuerdos para despertar la conciencia cristiana, que él llama «mentes sinceras» (1), y el papel de la memoria, que sirve para unir en un solo proyecto, el de Jesús, los dos Testamentos, en clara alusión a profetas y apóstoles.

En los versículos 3s, el autor, como si ya conociera los planes divinos –«ante todo deben saber»– previene contra los adversarios que con cinismo, falsedad y entregados al libertinaje niegan la venida con el argumento de la inmutabilidad del mundo desde sus orígenes (4). La verdad es que a quienes tienen el poder no les interesa que las cosas cambien, para poder seguir dominando y enredando las comunidades a su antojo.

En los versículos 5-10, el autor refuta los argumentos de quienes niegan la parusía apelando a la fuerza de la Palabra de Dios, que crea el cielo y la tierra (Gn 1), pero que en un momento de la historia lo destruye a través del diluvio (Gn 7) para sacar un mundo nuevo. El cielo y la tierra, que siguen siendo fruto de la Palabra creadora de Dios (5), están a la espera de una nueva «purificación» en el juicio final a través del fuego, cuando serán condenados los seres humanos perversos. Cabe anotar que después de cada destrucción surge una realidad nueva. Cada vez que destruimos situaciones de injusticia, violencia y muerte y permitimos que surjan nuevas realidades de justicia y fraternidad, adelantamos en la tierra pequeños momentos de parusía.

Otro argumento contra los adversarios tiene que ver con el tiempo.

Hay que diferenciar entre el tiempo de Dios –«kairos» (cfr. Sal 90,4)– y el tiempo humano –«kronos»–. De otra parte, la dilación del tiempo es una opción paciente de Dios que tiene como objetivo dar oportunidad para que todos se salven (cfr. Jn 3,16-17; 1 Tim 2,4).

Para describir la venida (10), el autor trae las figuras del ladrón y del fuego, recogidas de la tradición sinóptica (Mt 13,40.50; 24,29.35.43; 25,41) y apocalíptica (Ap 20,11; 21,1).

En los versículos 11s se dice que vivir en santidad permite apresurar la venida del Señor. El autor insiste en que la parusía no debe llevar a la pasividad esperando el fin de los tiempos; al contrario: hay que vivir y trabajar para que el mundo camine por senderos de paz, de honestidad y reconciliación (14). La mención de las cartas de Pablo (15s), escritas con sabiduría, pone de manifiesto su importancia en las comunidades, pero al mismo tiempo el autor reconoce que el mensaje de Pablo fue manipulado, falsamente interpretado y corrompido por los falsos maestros.

El final no tiene forma epistolar, al carecer de saludos y despedidas. Los versículos 17s, que forman una inclusión con 1s, retoman de manera conclusiva algunos temas tratados a lo largo de la carta: estar prevenidos para no ser engañados por los falsos maestros (17) y crecer en gracia y conocimiento de Jesús (18).

murieron nuestros padres, todo sigue igual
que desde el principio del mundo. 5 Al afir-
mar esto, ellos no tienen en cuenta que
desde antiguo existía un cielo y una tierra
emergiendo del agua y consistente en me-
dio del agua por la palabra de Dios. 6 Y así
el mundo de entonces pereció a causa del
diluvio. 7 El cielo y la tierra actuales por la
misma palabra están conservados para el
fuego, reservados para el día del juicio y
condena de los hombres perversos. 8 Que
esto, queridos hermanos no les quede ocul-
to: que para el Señor un día es como mil
años y mil años como un día. 9 El Señor no
se retrasa en cumplir su promesa, como al-
gunos piensan, sino que tiene paciencia
con ustedes, porque no quiere que se pier-
da nadie, sino que todos se arrepientan.
10 El día del Señor llegará como un ladrón.
Entonces el cielo desaparecerá con es-
truendo, los elementos serán destruidos en
llamas, la tierra con sus obras quedará con-
sumida. 11 Y si todo se ha de destruir de ese
modo, ¡con cuánta santidad y devoción de-
ben vivir [ustedes]!, 12 esperando y apresu-
rando la venida del día de Dios, cuando el
cielo se consumirá en el fuego y los ele-
mentos se derretirán abrasados. 13 De
acuerdo con su promesa, esperamos un
cielo nuevo y una tierra nueva en los que
habitará la justicia. 14 Por tanto, queridos
hermanos, mientras esperan estas cosas
hagan todo lo posible para que Dios los en-
cuentre en paz, sin mancha ni culpa.
15 Piensen que la paciencia de Dios con us-
tedes es para su salvación; como les escri-
bió nuestro querido hermano Pablo con la
sabiduría que le fue concedida. 16 En todas
sus cartas trata estos temas, si bien en ellas
hay cosas difíciles de entender, que los in-
expertos y vacilantes deforman, como ha-
cen con el resto de la Escritura, para su
perdición. 17 Por eso, queridos hermanos,
estén prevenidos y precavidos para que no
sean arrastrados por los engaños de hom-
bres sin principios, y pierdan su firmeza.
18 Crezcan, más bien, en la gracia y el co-
nocimiento de nuestro Señor y Salvador
Jesucristo. A él la gloria ahora y hasta la
eternidad. [Amén.]





CARTAS DE JUAN

Las tres cartas, tradicionalmente atribuidas a san Juan, presentan una temática común, en especial la primera y la segunda y todas son muy cercanas al contenido y al lenguaje teológico del cuarto evangelio.

Las tres se deben a una misma mano –en este punto la mayoría de biblistas está de acuerdo–, aunque esa mano resulte misteriosa para nosotros. El título de «Anciano» con que se designa a sí mismo, no alude a un simple maestro (un escriba o un teólogo), encargado de aclarar algún punto doctrinal; posee ya un sentido técnico dentro del Nuevo Testamento y del ámbito eclesiástico. El «Anciano» se muestra en las cartas como responsable de la comunidad, a la que conoce bien y quiere ayudar pastoralmente con sus imperativos y exhortaciones; es el garante de la tradición evangélica. No dice su nombre, pero sus lectores sabían quién era. Este empleo tan singular parece confirmar la opinión de que se alude a un hombre de Iglesia especialmente venerado y destacado en aquel ámbito.

Forma literaria. Es difícil catalogarla con rigor, aunque la primera impresión que se desprende de su lectura es que se trata de una carta o una homilía, pero no es ni carta ni homilía, al menos no se ajusta formalmente a ellas. Es un poco de todo (carta, homilía, tratado sistemático); posee género literario peculiar y único. Puede ser considerada como una circular para distintas comunidades, al mismo tiempo que un escrito kerigmático (para la proclamación) y parenético (para la exhortación a una coherente vida cristiana).

Al ser incluida dentro de las Cartas católicas (véase la introducción a la Carta de Santiago), parece que se ha visto en ella una especie de carta magna o encíclica válida para toda la Iglesia. Pero esta carta con pretensiones universales posee un hábitat preciso, pues refiere acontecimientos concretos surgidos en el seno de la comunidad a la que el autor se dirige (2,18s). No obstante, estas advertencias localizadas pueden ser fácilmente aplicadas a otras comunidades; de ahí que el autor no mencione ni el lugar determinado ni las personas en cuestión, para que su escrito no tuviese un valor coyuntural ni restringido, sino de alcance universal, abierto al horizonte de toda la Iglesia.

Situación vital. ¿A qué Iglesia va destinada esta carta? A las Iglesias cristianas de la provincia de Asia Menor (la escuela de Juan o las siete Iglesias del Apocalipsis). La generación de cristianos es de segunda o tercera hora, no tienen ya contacto inmediato con los acontecimientos pascuales y apostólicos. Se da un alejamiento cronológico y espacial. Son, pues, cristianos nuevos, y habitan lejos de Palestina. Su conducta está basada en la escucha de la palabra de los testigos que lo vieron todo desde el principio.



El movimiento gnóstico (movimiento que proclamaba que sólo unos pocos pueden tener acceso a Dios, y por medio de unos conocimientos misteriosos y ocultos) sigue adelante con respecto a lo que contienen las cartas paulinas (cfr. Col y Ef). La comunidad cristianas todavía espera la parusía del Señor, pero con cierta languidez. Nos situamos, pues, a finales del s. I.

En esta carta se debate un engaño que es difícil de reconstruir a par-

tir de los datos internos de la carta. Ésta responde al error, pero no lo define. Hay un frente herético surgido dentro de la comunidad (2,19) y que en parte ha provocado el abandono de algunos de sus miembros. Los calificativos que definen a los miembros de ese frente: «anticristos», «pseudo-profetas», apuntan hacia la herejía gnóstica. ¿Qué tipo de gnosis? Se trata de una gnosis doctrinal con consecuencias morales.

Existe un error doctrinal: La herejía afirma que Jesús no es el Cristo, y niega que el Hijo de Dios se haya encarnado (2,24; 4,15; 5,1; 5,5) y que nos haya redimido por su sangre (5,6). La doctrina cristológica de estos personajes (los anticristos), aunque no se percibe en su totalidad, posee ciertos rasgos afines con la orientación que tomará el gnosticismo del s. II: desvalorización del Jesús histórico y negación de la redención por la sangre.

También se da un error moral unido ideológicamente al error doctrinal. No necesitan ser redimidos porque se consideran en posesión plena del Espíritu Santo; se encuentran por tanto por encima de toda moral. Niegan los pecados personales y pretenden tener una conexión directa con Dios. No se sienten obligados a cumplir los mandamientos de la ley de Dios porque ya son perfectos. Desprecian en particular el mandamiento del amor fraterno y profesan un individualismo exaltado (aman directamente a Dios y no quieren saber nada del hermano).

¿Cómo afrontar tal situación? El autor lo hace mediante tres recursos:

Concienciación: insiste a su comunidad a darse cuenta de la viva realidad y exigencia de la vida cristiana.

Plantea el debido discernimiento entre lo que es ser cristiano auténtico y ser pseudo-cristiano.

Expone ciertos criterios que dan la certeza de estar en comunión con el Padre y el Hijo, que es la esencia de la vida cristiana.

El autor pretende, en definitiva, confirmar y verificar la comunidad, la viva comunión –koinonia– que tenemos con Dios.

Síntesis teológica. Toda la carta pretende dilucidar quiénes son los que están verdaderamente en comunión con Dios, quiénes son los creyentes y los anticristos. Se dan criterios que se van reduciendo a uno solo en dos dimensiones: la caridad, y su raíz, la fe.

Esta carta representa un vigoroso esfuerzo de «concentración sobre lo esencial». Puede resumirse perfectamente con este rótulo explicativo: «Centralidad de la cristología. La fe en Jesucristo, el Hijo de Dios venido en la carne, modelo de amor».

Este rasgo corresponde a una situación de crisis. Los cristianos no podían hacer frente al error sino mediante una intensa labor sapiencial, de profundización, para encontrar el auténtico mensaje del evangelio en sus elementos fundamentales. El discernimiento de los verdaderos cristianos se dilucida en la confesión de «Jesucristo venido en la carne» (4,2; cfr. 2 Jn 7). La exhortación de la carta viene a reducirse a acoger el amor de Jesús (creer) para poder darlo a otros (amar). Esta enseñanza se halla muy bien formulada: «Y éste es su mandato: que creamos en la persona de su Hijo Jesucristo y nos amemos unos a otros como él nos mandó» (3,23). La centralidad de la cristología se hace así tan decisiva como en el evangelio.

El error combatido por Juan es ante todo de tipo doctrinal. Las alusiones contenidas en la carta parecen indicar que los falsos doctores rehusaban atribuir al hombre Jesús un papel necesario en la comunión con Dios. Disociaban el Cristo, ser celeste y glorioso, del hombre Jesús, quien ha vivido y ha muerto por nosotros. Esto significaba prácticamente negar la encarnación en el plano doctrinal y desconocer su significación en el plano existencial. Contra este error, Juan enseña con fuerza inusitada la fe en este hombre Jesús, el Hijo de Dios encarnado, «que se ofreció en sacrificio para que nuestros pecados sean perdonados y no sólo los nuestros, sino los de todo el mundo» (2,2), en quien la vida se ha manifestado (1,2) y en donde se ha revelado el amor de Dios por nosotros. Esta fe constituye el cimiento que fundamenta todo el edificio cristiano. Quien lo ignora, va a la ruina. El conocimiento de Dios se hace ilusorio, la comunidad fraternal de los hijos de Dios se disuelve. Las afirmaciones de Juan son elocuentes por ellas mismas (4,2-3; 5,11s).

¿Qué nos enseña en concreto esta comunidad joánica? Es preciso destacar la dimensión más sobresaliente: la esencialidad y profundidad de Jesús. Otras comunidades neo-testamentarias han hecho otras aportaciones: en la línea de la Iglesia, en la línea parenética, en su valoración del compromiso con la proclamación de la cercanía del Reino. La comunidad joánica habla de Jesús, lo confiesa como Señor y como Dios (cfr. Jn 1,1; 10,33; 20,28; 1 Jn 5,21) y habla de la necesidad de «creer en él y amar a los hermanos». No se aprecian en sus instrucciones y exhortaciones otros criterios o puntos de referencia.

Que esta visión resulta excesivamente esquemática lo demostró la historia de la comunidad. Uno de los grupos joánicos se quedó con un Jesús tan celestial que olvidó su dimensión humana y, en consecuencia, se disolvió en un gnosis atemporal.

En este punto las palabras del autor son tremendamente requisitorias: amenaza con el anatema a quienes niegan la humanidad de Jesús, llamándolos anticristos. Los pasajes más directamente duros y polémicos de la carta (2,18-26 y 4,1-6) son aquellos en que la confesión de Cristo encarnado aparece como la marca distintiva de los verdaderos cristianos. Humanidad de Cristo que se proclama precisamente a través de lo que en ella más desconcierta: la muerte. Su muerte voluntaria (3,16), su muerte como víctima expiatoria (2,2; 4,10). A continuación, el autor propone la conducta de Jesús como modelo que es preciso seguir: actuar como el actuó: «Quien dice que permanece en él, ha de vivir como él vivió» (2,6). Y la formulación «como» tiene fuerza de fundamento.

Todas estas orientaciones se sitúan en la línea ética de la carta, una ética cristológica, que brota de la realidad histórica de la existencia vivida por Jesús y por él propuesta como modelo a seguir.

Afirma la carta: «Dios es amor: quien conserva el amor permanece con Dios y Dios con él» (1 Jn 4,16b). Una afirmación como ésta se mueve en un terreno equívoco, si no lo apuntalamos con ayuda de algunos cimientos. El amor, en primer lugar, tiene nombre propio. Ha tomado rostro visible en Jesucristo. El creyente, según S. Juan, ama a Dios en la fe de Jesucristo, que entregó su vida en la cruz por todos. Para que este acontecimiento del pasado pueda hacerse actual y eficaz para todas las generaciones, Juan indica la presencia permanente del Espíritu Santo, quien actualiza la obra de la salvación (4,13; 3,24).



Es preciso añadir otra observación, que nunca debería olvidarse: el amor de Dios no puede separarse del amor fraterno. «Si uno dice que ama a Dios mientras odia a su hermano, miente» (4,20). Para poder comprender correctamente el mensaje joánico es preciso no olvidar la sospecha que recae sobre el amor de Dios –a quien no vemos–, si no va acompañado y verificado por su correlativo inseparable: el amor del hermano, a quien vemos (4,20).

Conclusión. Esta primera carta de Juan es perfectamente válida y actual, porque introduce en la teología la categoría de la sospecha, de la sana sospecha, del interrogante, a fin de verificar continuamente la relación del discípulo con Dios y comprobar si responde o no a la verdad del evangelio.

El mensaje de la carta se engarza perfectamente en el evangelio, en lo que tiene de más esencial. Ningún verso lo resume quizás mejor que éste: «nosotros hemos conocido y hemos creído en el amor que Dios nos tuvo» (4,16) y «quien conserva el amor permanece con Dios y Dios con él» (4,16). Ahora bien, no se permanece en el amor mas que viviéndolo en el humilde ejercicio de cada día del amor fraterno, viviendo «como él vivió» (2,6).

Prólogo

1 1 Lo que existía desde el principio, lo
que hemos oído, lo que hemos visto
con nuestros ojos, lo que hemos contem-
plado y han palpado nuestras manos, es lo
que les anunciamos: la palabra de vida.
2 La vida se manifestó: la vimos, damos tes-
timonio y les anunciamos la vida eterna
que estaba junto al Padre y se nos manifes-
tó. 3 Lo que vimos y oímos se lo anunciamos
también a ustedes para que compartan
nuestra vida, como nosotros la comparti-
mos con el Padre y con su Hijo Jesucristo.
4 Les escribimos esto para que la alegría de
ustedes sea completa.

Luz y pecado

5 Éste es el mensaje que le oímos y les
anunciamos: que Dios es luz sin mezcla de
tinieblas. 6 Si decimos que compartimos su
vida mientras caminamos a oscuras, men-
timos y no procedemos con sinceridad.
7 Pero si caminamos en la luz, como él está
en la luz, estamos en comunión unos con
otros y la sangre de su Hijo Jesús nos lim-
pia de todo pecado.
8 Si decimos que no hemos pecado, nos
engañamos y no somos sinceros. 9 Si con-
fesamos nuestros pecados, él es fiel y justo
para perdonarnos los pecados y limpiarnos
de todo delito. 10 Si decimos que no hemos
pecado, lo hacemos pasar por mentiroso y
su palabra no está en nosotros.

2 1 Hijos míos, les escribo esto para que
no pequen. Pero si alguien peca, tene-
mos un abogado ante el Padre, Jesucristo
el Justo. 2 Él se ofreció en sacrificio para que
nuestros pecados sean perdonados y no
sólo los nuestros, sino los de todo el mundo.

1,1-4 Prólogo. La carta, igual que el evangelio, se abre con un solemne prólogo admirablemente construido. Profundiza en las relaciones entre Cristo, los apóstoles y los cristianos. Se puede resaltar tres motivos principales.

1. La encarnación de la Palabra es un hecho histórico que está en el origen de la predicación cristiana. El paréntesis del versículo 2 describe esta revelación progresiva de la Palabra de la vida: junto al Padre, manifestada, vista, testimoniada y anunciada.

2. La experiencia personal de Juan y de los otros apóstoles se fundamenta en un contacto real, físico, muy subrayado (al menos siete veces) con Jesús. Juan emplea verbos de percepción y de anuncio con un doble significado, pero principalmente se refiere a la realidad trascendente, que sólo la fe más allá de los signos sensibles puede alcanzar. A través de la historia de Jesús los apóstoles han creído y testimoniado el misterio de su persona.

3. Comunión de los cristianos en la experiencia de los primeros testigos. Éstos comienzan la tradición viva que todavía continúa en la Iglesia: lo «que vimos y oímos se lo anunciamos también a ustedes» (1,3). Objetivo de este anuncio es llenar el corazón de alegría a quien lo da y a quien lo recibe (1,4) y crear la comunión en la fraternidad eclesial, que participa de la comunión con Dios Padre y con Jesús, el Hijo.

Así se cierra perfectamente el despliegue de la revelación. La vida, que estaba junto al Padre, ha aparecido en la carne del Hijo, para llevar a todos, a través de la misión de los apóstoles, a la comunión con el Padre y el Hijo. Con estas gratas noticias, los cristianos quedamos inundados de una gran alegría.

1,5–2,2 Luz y pecado. La imagen de la luz, que el cuarto evangelio refiere a Jesús (cfr. Jn 8,12), se aplica ahora a Dios, fuente de la revelación y de la santidad. Cada una de las formulaciones introducidas por esta expresión: «Si decimos» (6,8.10) expresa el sentir de los adversarios gnósticos, cuya doctrina san Juan combate. Hablar de la luz respecto a la divinidad, era un tópico o lugar común en aquel tiempo. Para el gnosticismo el creyente llegaba hasta Dios mediante una especie de iluminación interior, o profundo conocimiento, o éxtasis mistérico; para san Juan se trata de marchar o caminar según el comportamiento de Dios: «sean santos, porque yo soy santo» (Lv 19,2). «Proceder con sinceridad», proceder con la verdad, posee un carácter concreto y existencial. La verdad es la Palabra de Dios, proclamada por Jesús (8.10), que penetra en el creyente hasta transformar su vida. «Proceder con sinceridad» muestra el camino de conversión hacia el encuentro vital con Jesús.

El apóstol insiste con sano realismo: somos pecadores. El pecado existe (8.10). Dios lo permite para manifestarnos su amor en el Hijo (cfr. 4,9; Rom 11,32; Gál 3,22). La sentida conciencia de nuestro pecado no debe llevarnos a la desesperación, sino a renovar la fe en Cristo. Este aparece egregiamente señalado con tres funciones salvadoras. Es nuestro «Abogado» –Parakletos–. En el evangelio se aplica al Espíritu Santo (cfr. Jn 14,16.26), aquí se refiere a Jesucristo, el que intercede por nosotros en el tribunal de Dios. Es «Justo», no tanto en su esencia, sino en cuanto a la manifestación de su obra de salvación, puesto que perdona y justifica a los pecadores. Es «Víctima» de expiación (cfr. Éx 29,36s), indica el sacrificio voluntario de Cris-

Verdadero conocimiento de Dios

3 La señal de que lo conocemos es que
cumplimos sus mandamientos. 4 Quien
dice que lo conoce y no cumple sus man-
damientos miente y no es sincero. 5 Pero
quien cumple su palabra, ése ama perfec-
tamente a Dios. En eso conocemos que es-
tamos con él. 6 Quien dice que permanece
con él ha de vivir como él vivió.

7 Queridos, no les escribo un manda-
miento nuevo, sino el mandamiento anti-
guo que tenían desde el principio. El
mandamiento antiguo es el mensaje que
ustedes oyeron. 8 Y, sin embargo, se lo doy
como mandamiento nuevo, que se hace
realidad en Jesucristo y en ustedes; porque
se alejan las tinieblas y la luz verdadera ya
alumbra.

9 Quien dice que está en la luz mientras
odia a su hermano sigue en tinieblas.
10 Quien ama a su hermano permanece en
la luz y no tropieza. 11 Quien odia a su her-
mano está en tinieblas, camina en tinieblas
y no sabe adónde va, porque la oscuridad
le ciega los ojos.

Vencer al Maligno

12 Hijos míos, les escribo a ustedes por-
que sus pecados han sido perdonados por
el nombre de Jesús.

13 Padres, les escribo a ustedes porque
conocen al que existe desde el principio.

Jóvenes, les escribo a ustedes porque
han vencido al Maligno.

14 Hijos, les he escrito porque ustedes
conocen al Padre.

15 No amen al mundo ni lo que hay en él:
quien ama al mundo no posee el amor del
Padre. 16 Porque todo lo que hay en el mun-
do, los malos deseos de la naturaleza hu-
mana, la codicia de los ojos y el orgullo de
las riquezas no procede del Padre, sino del
mundo. 17 Y el mundo pasa con sus codi-
cias; pero quien cumple la voluntad de Dios
permanece por siempre.

Cristo y los anticristos

18 Hijos míos, estamos en la última hora.
Han oído que ha de venir el Anticristo; en
realidad ya han venido muchos anticristos,
y eso nos demuestra que es la última hora.
19 Salieron de entre nosotros, pero no eran
de los nuestros. Si hubieran sido de los nues-
tros, habrían permanecido con nosotros.
Así mostraron que no eran de los nuestros.

20 Ustedes han recibido la unción del Es-
píritu, y todos tienen la verdadera sabiduría.
21 No les escribo porque desconocen la ver-
dad, sino porque la conocen y porque nin-
guna mentira procede de la verdad.

---

to sobre la cruz (cfr. Ap 5,9s), que posee eficacia permanente y universal.

2,3-11 Verdadero conocimiento de Dios. En antítesis con el pecado está la observancia de los mandamientos, fruto y señal de la comunión con Dios. Conocer a Dios, según la acepción bíblica (cfr. Jr 31,34) no es tener de Él una noción abstracta, sino entrar en una relación personal y vivir en comunión con Él. Para san Juan este conocimiento se muestra de manera muy concreta: es sinónimo de estar con Él (3.5) de observar los mandamientos (3). Por tanto, quien peca no lo ha visto ni lo ha conocido (3,6; cfr. Tit 1,16). Mediante la observancia de los mandamientos, o por la confesión de nuestros pecados, conocemos la verdad o la falsedad de nuestras bellas declaraciones de amor («si decimos»: 1,6.8.18; 2,4).

2,12-17 Vencer al Maligno. Vencer al Maligno significa vencer también al mundo –desde la perspectiva joánica–, que «pertenece al Maligno» (5,19) y dominar los poderes que en él actúan. El mundo queda reducido a estas tres potencias: «Los malos deseos de la naturaleza humana» (cfr. Jn 3,6; Ef 2,3; 1 Pe 2,11). La «codicia de los ojos» (3,17; cfr. Sant 4,16). El «orgullo de las riquezas». Para el creyente la victoria sobre el mundo y sobre el Maligno es un don de Cristo, pero también una tarea: «un indicativo» (2,13; 4,4; 5,4) y «un imperativo» (15a). No hay camino intermedio, ni otra alternativa: o el amor del Padre o el amor del mundo (15b; cfr. Sant 4,4; Mt 6,24). Pero toda decisión existencial lleva un destino: quien sigue la vanidad de este mundo «pasa», como la oscuridad ante la luz (8.17; cfr. 1 Cor 7,31), pero quien obedece al Padre, como ha hecho Cristo (cfr. Jn 4,34; 6,38), «permanece por siempre» (17; cfr. Jn 12,34).

2,18-29 Cristo y los anticristos. La «última hora» de la historia, de la que habla el Nuevo Testamento (18; cfr. 2 Tes 2,5, 2 Pe 3,1-3), ha aparecido con la primera «manifestación» de Cristo (1,2; 3,5.8) y concluirá con la segunda «manifestación» en la parusía (28). Se caracteriza por la «manifestación» de los anticristos (18s; 4,1.3; cfr. 2 Jn 7). En esta hora de batalla decisiva se destaca la figura central de Cristo. A Él se opone el anticristo, el mentiroso (22; cfr. Jn 8,44), que representa la negación de Cristo y de su verdad. Porta un nombre colectivo, «muchos» (18). Éstos se caracterizan por su apostasía (19) y su incredulidad (22; cfr. Heb 4,2).

Por la parte de Cristo están los «fieles» (cfr. Ap 17,14), quienes profesan con el corazón y la boca que

22 ¿Quién es el mentiroso, sino quien niega que Jesús es el Cristo? Ése es el Anticristo: quien niega al Padre y al Hijo. 23 Quien niega al Hijo no acepta al Padre; quien confiesa al Hijo acepta al Padre. 24 En cuanto a ustedes permanezcan fieles a lo que oyeron desde el principio. Si conservan en su corazón lo que oyeron al principio, también ustedes permanecerán con el Hijo y con el Padre. 25 Y ésta es la promesa que él nos hizo: la vida eterna.

26 Les escribo estas cosas pensando en aquellos que tratan de engañarlos. 27 Ustedes conserven la unción que recibieron de Jesucristo y no tendrán necesidad de que nadie les enseñe; porque su unción, que es verdadera e infalible, los instruirá acerca de todo. Lo que les enseñe consérvenlo.

28 Ahora, hijitos, permanezcan con él, y así, cuando se manifieste, tendremos confianza y no nos avergonzaremos de él en el día de su venida. 29 Si ustedes saben que él es justo, sabrán que quien practica la justicia es hijo suyo.

Hijos de Dios

3 1 Miren qué amor tan grande nos ha mostrado el Padre: que nos llamamos hijos de Dios y realmente lo somos. Por eso el mundo no nos reconoce, porque no lo reconoce a él.

2 Queridos, ya somos hijos de Dios, pero todavía no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando aparezca, seremos semejantes a él y lo veremos como él es. 3 Todo el que tiene puesta en Jesucristo esta esperanza se purifica, así como él es puro.

4 Quien comete pecado quebranta la ley: el pecado es la rebeldía a la ley. 5 Y saben que él se manifestó para quitar los pecados y él no tuvo pecado. 6 Quien permanece con él no peca; quien peca no lo ha visto ni conocido.

7 Hijitos, que nadie los engañe: quien practica la justicia es justo como lo es él. 8 Quien comete pecado procede del Diablo, porque el Diablo es pecador desde el principio; y el Hijo de Dios apareció para destruir las obras del Diablo. 9 Nadie que sea hijo de Dios comete pecado, porque permanece en él la semilla de Dios; y no puede pecar, porque ha sido engendrado por Dios.

10 Los hijos de Dios y los del Diablo se reconocen así: quien no practica la justicia ni ama a su hermano no procede de Dios.

El mandamiento del amor

11 El mensaje que oyeron desde el principio es que nos amemos los unos a los otros. 12 No como Caín, que procedía del Maligno y asesinó a su hermano. Y, ¿por qué lo asesinó? Porque sus acciones eran malas y las de su hermano buenas. 13 No se extrañen, hermanos, si el mundo los odia.

14 Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida porque amamos a los hermanos. Quien no ama permanece en la muerte. 15 Quien odia a su hermano es ho-

---

Jesús es el Hijo de Dios (20-23). Su signo de identidad es el crisma o unción, a saber, la Palabra de Dios asimilada en la fe. El crisma instruye en la virtud del Espíritu Santo (27; cfr. Jn 14,26), proporciona el instinto de la verdad y el sentido de la fe. Mientras que el cristiano vive, se encuentra orientado entre el ser (indicativo) y el deber ser (imperativo). El crisma, es decir, la Palabra de Dios ya «permanece» en él, y por eso él «permanece» en Cristo (14.28); pero también representa una tarea o deber que la Palabra permanezca en él y que él permanezca en Cristo (24.28), liberándose de los anticristos (26).

3,1-10 Hijos de Dios. El apóstol habla con admiración de la suprema grandeza del cristiano: desde ahora somos hijos de Dios (2), somos conformes a la imagen del Hijo (cfr. Rom 8,29). Todo ello es don y gracia de su amor.

El Padre nos ha «dado» –como gracia y signo de su bondad– llegar a ser partícipes de la naturaleza divina, revelándonos así la medida sin medida de su amor infinito (1; 2 Pe 1,4). Esta realidad de los últimos tiempos está iniciada, pero no del todo completada; es todavía objeto de esperanza la plena manifestación de nuestra semejanza divina (2s; cfr. Rom 8,23; Col 3,4). Quienes poseen esta esperanza, se van purificando y liberándose de la angustia y del pesimismo existencial. Viven en la gratuidad.

3,11-24 El mandamiento del amor. El mensaje, recibido desde el principio (11), es el amor fraterno. Tal es el signo distintivo de los hijos de Dios: amor que viene de Dios y que se dirige al hermano. San Juan acude a expresiones ya pronunciadas por Jesús en el discurso de despedida: «que nos amemos unos a otros» (3,23). El amor cristiano es benéfico, hace el bien, crea comunidad, por oposición al odio, cuyo prototipo es Caín (12), que sólo acarrea destrucción y muerte. De ahí la severidad de estas frases: el que no ama es un mentiroso, aún más, un homicida (15).

micida, y saben que ningún homicida po-
see la vida eterna.
16 Hemos conocido lo que es el amor en
aquel que dio la vida por nosotros. Por eso,
también nosotros debemos dar la vida por
los hermanos. 17 Si uno vive en la abun-
dancia y viendo a su hermano necesitado
le cierra el corazón y no se compadece de
él, ¿cómo puede conservar el amor de
Dios?
18 Hijitos, no amemos de palabra y con
la boca, sino con obras y de verdad. 19 Así
conoceremos que procedemos de la verdad
y tendremos ante él la conciencia tranquila,
20 y aunque la conciencia nos acuse, Dios
es más grande que nuestra conciencia y lo
sabe todo.
21 Queridos, si la conciencia no nos acu-
sa, podemos confiar en Dios, 22 y recibiremos
de él lo que pidamos, porque cumplimos
sus mandatos y hacemos lo que le agrada.
23 Y éste es su mandato: que creamos en la
persona de su Hijo Jesucristo y nos ame-
mos unos a otros como él nos mandó.
24 Quien cumple sus mandatos perma-
nece con Dios y Dios con él. Y sabemos
que permanece con nosotros por el Espíri-
tu que nos ha dado.

Discernimiento de espíritu



1 Queridos míos, no crean a todos los
que se dicen inspirados, más bien,
pongan a prueba su inspiración, para ver si
procede de Dios; porque han aparecido en
el mundo muchos falsos profetas.
2 En esto reconocerán al que Dios inspi-
ra todo: espíritu que confiesa que Jesucris-
to vino en carne mortal procede de Dios;
3 todo espíritu que no confiesa a Jesús no
procede de Dios, sino más bien del Anti-
cristo. Oyeron que iba a venir, ahora ya
está en el mundo.
4 Hijitos míos, ustedes son de Dios y han
vencido a esos falsos profetas, porque el
que está en ustedes es más poderoso que el
que está en el mundo. 5 Ellos son del mun-
do: por eso hablan de cosas mundanas y el
mundo los escucha. 6 Nosotros somos de
Dios, y quien conoce a Dios nos escucha,
quien no es de Dios no nos escucha. Así
distinguimos el espíritu de la verdad y el es-
píritu de la mentira.

Dios es amor

7 Queridos, amémonos unos a otros,
porque el amor viene de Dios; todo el que
ama es hijo de Dios y conoce a Dios.
8 Quien no ama no ha conocido a Dios, ya
que Dios es amor.
9 Dios ha demostrado el amor que nos
tiene enviando al mundo a su Hijo único
para que vivamos gracias a él. 10 En esto
consiste el amor: no en que nosotros haya-
mos amado a Dios, sino en que él nos amó

Hay que llamar la atención sobre esta afirmación fundamental y radical; el que ama experimenta un nuevo nacimiento, o una nueva pascua (14). Pero, ¡atención!, amar significa amar como Jesús, quien nos ha amado hasta el extremo. En este aspecto, como buen anciano, se muestra el realismo y sabiduría aquilatada de Juan. Si el amor es auténtico, tiene que manifestarse «en actos»; no puede contentarse con ser «de palabra ni de boca». A ejemplo de Jesús, el cristiano debe dar la vida por sus hermanos; debe mostrar una compasión no sólo afectiva, sino efectiva (16-18). Nuestro amor fraterno sólo se entiende desde Jesús, desde su palabra reveladora y desde el misterio de su entrega a la muerte por amor. El amor al hermano como hijo de Dios es inseparable del amor a Dios (20s). Sacramento del amor del Padre por nosotros es el Hijo (19); sacramento de nuestro amor al Padre es el hermano (12.20).

4,1-6 Discernimiento de espíritu. Los falsos maestros, los anticristos, hablan el lenguaje del mundo; el cristiano no debe escucharlos. Contra aquellos influidos por las corrientes gnósticas que negaban la humanidad de Cristo y el valor de su sacrificio en la cruz, Juan afirma que Jesús crucificado, y no solamente el Jesús glorioso, es parte esencial del mensaje cristiano.

4,7-21 Dios es amor. La afirmación «Dios es amor» (8.16) no pretende ser una definición abstracta de la esencia divina, se trata más bien de la revelación que Dios ha hecho de sí mismo a lo largo de la historia, mediante obras y palabras cargadas con el peso del amor y que ahora, en la plenitud de los tiempos, culmina en Jesús. El envío de su Hijo que se ofrece en sacrificio por nuestros pecados (10) ha manifestado este amor, haciéndolo presente en medio de nosotros. Juan exalta la gratuidad y trascendencia de este amor. Afirma la prioridad, aún más, la primacía absoluta. El cristiano no puede amar sino con la fuerza de este amor «primero». La presencia del amor en el creyente es el signo de que «ha nacido de Dios y es hijo de Dios». Dios permanece y actúa en él. Se puede decir que es verdaderamente engendrado en Dios, pues por este amor «ha conocido a Dios» (7s).

Una idea importante se desprende de la carta. En contra de la opinión de que el amor (por Dios y por

y envió a su Hijo para que, ofreciéndose en
sacrificio, nuestros pecados quedaran per-
donados.
11 Queridos, si Dios nos ha amado tanto,
también nosotros debemos amarnos unos a
otros. 12 A Dios nunca lo ha visto nadie; si
nos amamos unos a otros, Dios permanece
en nosotros y el amor de Dios ha llegado a
su plenitud en nosotros. 13 Reconocemos
que está con nosotros y nosotros con él
porque nos ha hecho participar de su Es-
píritu. 14 Nosotros lo hemos contemplado y
atestiguamos que el Padre envió a su Hijo
como salvador del mundo.
15 Si uno confiesa que Jesús es Hijo de
Dios, Dios permanece con él y él con Dios.
16 Nosotros hemos conocido y hemos
creído en el amor que Dios nos tuvo. Dios
es amor: quien conserva el amor permane-
ce con Dios y Dios con él. 17 El amor llega-
rá en nosotros a su perfección si somos en
el mundo lo que él fue y esperamos con-
fiados el día del juicio. 18 En el amor no
cabe el temor, antes bien, el amor desaloja
el temor. Porque el temor se refiere al cas-
tigo, y quien teme no ha alcanzado un amor
perfecto.
19 Nosotros amamos porque él nos amó
antes. 20 Si uno dice que ama a Dios mien-
tras odia a su hermano, miente; porque si
no ama al hermano a quien ve, no puede
amar a Dios a quien no ve. 21 Y el mandato
que nos dio es que quien ama a Dios ame
también a su hermano.

Conclusión

5 1 Todo el que cree que Jesús es el
Cristo es hijo de Dios y todo el que
ama al Padre ama también al Hijo. 2 Si ama-
mos a Dios y cumplimos sus mandatos, es
señal de que amamos a los hijos de Dios.
3 Porque el amor de Dios consiste en cum-
plir sus mandatos, que no son una carga.
4 Todo el que es hijo de Dios vence al
mundo; y ésta es la victoria que venció al
mundo: nuestra fe. 5 ¿Quién vence al mun-
do sino el que cree que Jesús es el Hijo de
Dios? 6 Es el que vino con agua y sangre,
Jesucristo: no sólo con agua, sino con agua
y sangre. Y el Espíritu, que es la verdad, da
testimonio, porque el Espíritu es la verdad.
7 Tres son los testigos: 8 el Espíritu, el agua
y la sangre, y los tres concuerdan.
9 Si aceptamos el testimonio humano,
más convincente es el testimonio de Dios.
10 Quien cree en el Hijo de Dios posee el
testimonio; quien no cree deja a Dios por
mentiroso, al no creer el testimonio que
Dios ha dejado acerca de su Hijo. 11 El tes-
timonio declara que Dios nos ha dado vida

---

los hermanos) está al alcance del ser humano como «un sentimiento natural», que brota espontáneamente desde su propio corazón, Juan enseña y subraya el origen divino del amor y la incapacidad humana para alcanzarlo con sus propias fuerzas. Ha sido necesario que el mismo Dios venga en su ayuda y no solamente le revele el amor, sino que haga alumbrar esa fuente en su corazón por medio del Espíritu Santo, que el Padre y el Hijo nos dan. El verdadero amor siempre es de Dios.

Hay que permanecer en el estado de recibir el amor de Dios. Esto se llama en lenguaje de Juan, fe. Quien no acoge el amor, no podrá dar amor. Es preciso aceptar ser amados. Se pide al cristiano creer firmemente en el amor de Dios manifestado en Cristo. Ésta es la verdadera roca en la que puede sostenerse una vida cristiana, hecha de generosa donación a los hermanos. Este amor no pasa nunca, no cambia, no se muda. Es eterno y se convierte en fuente abierta para el cristiano, brota desde el costado de Cristo en el agua viva de su Espíritu Santo. «Sólo el amor de Dios es digno de fe».

5,1-21 Conclusión. La carta de Juan subraya la quintaesencia de la revelación cristiana. Gracias a la fe, que es obra del Espíritu Santo, los cristianos entramos en la experiencia gozosa de sabernos infinita y tiernamente amados, conocemos la fuente de todo amor: Dios Padre, que se ha manifestado en Jesús. Creemos y sabemos que el amor está en el origen y el final de todo. Ahora bien, no se permanece en el amor más que «viviendo como él vivió» (2,6). Jesús es el modelo y origen de nuestro amor. Con la fuerza de su Espíritu nos capacita para amar a nuestros hermanos como él nos ha amado, en un servicio y entrega de amor hasta la muerte.

Juan quiere asegurar a los miembros de su comunidad que van por buen camino. No se han dejado engañar por los falsos maestros que ya han abandonado la comunidad y cuyos pecados van contra la fe y el amor. A ésos, hay que dejarlos en manos de Dios y de su misericordia. Por todos los demás, hay que orar, estando seguros de que Dios escucha nuestras oraciones.

Los últimos versículos (18-21) hacen un hermoso resumen de toda la carta. Los hijos e hijas de Dios rechazan el pecado, se alejan de lo mundano, ponen su confianza en Jesús, de quien reciben vida eterna, y no se dejan embaucar por las falsas doctrinas.

eterna y que esa vida está en su Hijo.
[12] Quien acepta al Hijo posee la vida; quien
no acepta al Hijo de Dios no posee la vida.
[13] Les escribo esto a ustedes, los que
creen en la persona del Hijo de Dios para
que sepan que poseen vida eterna.
[14] Nos dirigimos a Dios con la confianza
de que, si pedimos algo según su voluntad,
nos escuchará. [15] Y si sabemos que nos es-
cucha cuando le pedimos, sabemos que ya
poseemos lo que hemos pedido.
[16] Si uno ve a su hermano cometiendo
un pecado que no lleva a la muerte, rece y
Dios dará vida al hermano. Me refiero a los
que cometen pecados que no llevan a la
muerte: porque hay pecados que son mor-
tales, por ellos no digo que rece. [17] Toda
maldad es pecado, pero hay pecados que
no acarrean la muerte. [18] Sabemos que el
que ha nacido de Dios no peca, porque el
Engendrado por Dios lo protege para que el
Maligno no lo toque.
[19] Sabemos que procedemos de Dios,
mientras que el mundo entero pertenece al
Maligno.
[20] Sabemos que el Hijo de Dios ha veni-
do y nos ha dado inteligencia para conocer
al que es Verdadero. Y nosotros permane-
cemos en el que es Verdadero y con su Hijo
Jesucristo. Él es el Dios verdadero y la vida
eterna.
[21] Hijitos míos, cuídense de los ídolos.

SEGUNDA Y TERCERA
CARTA DE JUAN

Destinatarios y contenido de las cartas. A diferencia de la primera carta de Juan, estas dos mini-cartas son escritos personales, dirigidos a una comunidad específica que está bajo la responsabilidad del autor. Más que cartas, habría que denominarlas «notas o avisos breves», previos a una visita donde se discutirán a fondo los problemas, cara a cara (2 Jn 12; 3 Jn 14).

Segunda carta de Juan. La «primera» de estas notas personales va dirigida a la «Señora elegida y a sus hijos» (1), en alusión a la Iglesia que forman sus destinatarios, Iglesia hermana de otra comunidad local a la que también llama «elegida». El tema que trata es doctrinal, presentado como un breve resumen del contenido de la primera carta de Juan. El problema es el mismo: muchos siguen afirmando que «Jesucristo no ha venido en carne mortal: ellos son el impostor y el Anticristo» (7). Respecto a esos tales, el consejo que da a los que se mantienen fieles a la enseñanza de Cristo es tajante: «no los reciban en casa ni los saluden. Porque quien los saluda se hace cómplice de sus malas acciones» (10s).

Tercera carta de Juan. La «segunda» trata un problema interno de abuso de autoridad. Va dirigida a un tal Gayo a quien alaba por la acogida y hospitalidad dispensadas a los misioneros itinerantes, entre ellos un tal Demetrio (12), enviados por «el Anciano». Al mismo tiempo condena la conducta del supuesto responsable de la comunidad local, Diotrefes, «a quien le gusta mandar», y por eso, «ni recibe él a los hermanos ni se lo deja hacer a los que quieren, antes los expulsa» de la comunidad (9). Es probable que con este aviso el autor esté preparando el terreno para cortar por lo sano y destituir de su cargo al tal Diotrefes.

SEGUNDA CARTA DE
JUAN

1 Del Anciano a la Señora elegida y a
sus hijos a quienes amo de verdad; y no
sólo yo, sino también todos los que han
conocido la verdad. 2 Los amo a causa de
la verdad que permanece en nosotros y
estará con nosotros para siempre. 3 Que
Dios el Padre y Jesucristo, Hijo del Padre,
derramen su gracia sobre ustedes y les
den misericordia y paz en la verdad y el
amor.

4 Ha sido para mí una gran alegría en-
contrar entre tus hijos algunos que viven de
acuerdo a la verdad, según el mandato re-
cibido del Padre.

5 Ahora, Señora, no te escribo un man-
damiento nuevo, sino el que teníamos des-
de el principio, que nos amemos unos a
otros. 6 El amor consiste en proceder según
sus mandamientos; y el mandamiento que
ustedes han aprendido desde el principio es
que vivan en el amor.

7 Muchos impostores han venido al mun-
do afirmando que Jesucristo no ha venido
en carne mortal: ellos son el impostor y el
Anticristo. 8 Ustedes estén atentos para no
perder el fruto de su trabajo, sino para reci-
bir, más bien, una recompensa perfecta.

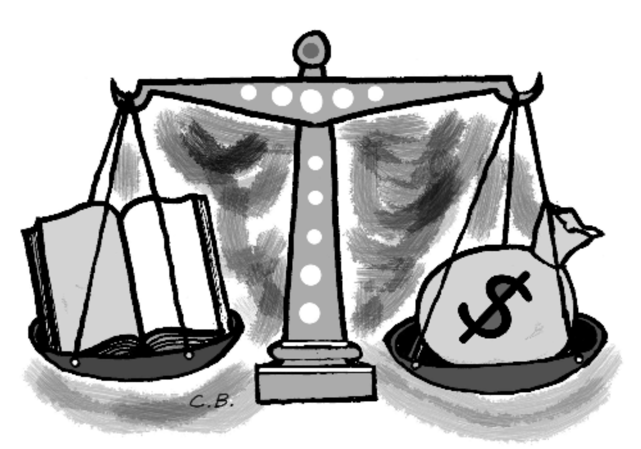
9 Quien pretende avanzar más allá de la
doctrina de Cristo y no permanece en ella,
no está unido a Dios. En cambio, quien se
mantiene en dicha enseñanza cuenta con el
Padre y con el Hijo.

10 Si alguien se les presenta y no lleva
esa enseñanza, no lo reciban en casa ni lo
saluden; 11 porque quien lo saluda se hace
cómplice de sus malas acciones.

12 Aunque me quedan muchas cosas por
escribir, no he querido confiarlas al papel y
la tinta, porque espero visitarlos y hablar
con ustedes cara a cara, para que su ale-
gría sea completa. 13 Te saludan los hijos de
tu Hermana elegida.

TERCERA CARTA DE
JUAN

1 Del Anciano al querido Gayo a quien
quiero de veras.
2 Querido, como te va bien espiritual-
mente, pido que te vaya bien en todo y ten-
gas salud.
3 Me alegré mucho cuando vinieron unos
hermanos y dieron testimonio de tu con-
ducta fiel a la verdad. 4 No hay para mí ma-
yor alegría que oír que mis hijos son fieles
a la verdad.
5 Querido, es muestra de lealtad lo que
haces por los hermanos, aunque sean ex-
tranjeros. 6 Delante de la comunidad han
dado testimonio de tu amor. Por eso es jus-
to que los proveas en su misión, como Dios
se merece, 7 ya que se han puesto en cami-
no en nombre de Cristo sin recibir nada de
los paganos. 8 Por nuestra parte, debemos
acoger a gente como esa, para colaborar
con la verdad.
9 Escribí algo a la comunidad; pero Dio-
trefes, a quien le gusta mandar, no nos re-
cibe. 10 Por eso, cuando vaya, denunciaré
sus acciones: con su maledicencia nos
desprestigia. No contento con ello, ni reci-
be él a los hermanos ni se lo deja hacer a
los que quieren, antes los expulsa de la co-
munidad.
11 Querido, no imites lo malo, sino lo
bueno. Quien hace el bien procede de Dios;
quien hace el mal no ha visto a Dios. 12 De-
metrio goza de la estima de todos y también
de la verdad; nosotros añadimos nuestro
testimonio, y sabes que es verdadero.
13 Aunque me quedan muchas cosas
que escribirte, no quiero confiarlas a la plu-
ma y tinta. 14 Espero verte pronto y hablar
contigo cara a cara. 15 Paz contigo. Te salu-
dan los amigos. Saluda a cada uno de los
amigos.



JUDAS

Autor y destinatarios de la carta. El remitente se presenta como Judas, hermano de Santiago. No puede ser Judas Tadeo, ya que el autor se distingue de los apóstoles (17). Entre los «hermanos de Jesús» se encuentra un tal Judas (Mc 6,3; Mt 13,55), pero tampoco ése puede ser el autor de la carta, pues ha pasado ya tiempo desde la era apostólica (3s).

La calidad del lenguaje griego, con su riqueza de vocabulario y composiciones típicamente griegas, junto a las citas de los libros apócrifos Asunción de Moisés y Enoc, hacen pensar que el autor es un judío helenístico convertido, que escribe a finales del s. I o principios del s. II a cristianos procedentes del paganismo.

En los primeros tiempos se dudó de la canonicidad de la carta; aparece citada como canónica por primera vez hacia el año 180.

Tema de la carta. La carta es un alegato contra ciertos falsos doctores, más violento en el tono que en la sustancia. Recrimina en vez de refutar con argumentos. Lanza ataques genéricos sin precisar; amenaza con ejemplos terribles. Con todo, procura temperar su rigor con la comprensión y la compasión (22s). Nos enseña que frente a ciertos errores doctri-

nales y morales hay que tomar posición clara y firme, sobre todo si causan división y discordia en la comunidad.



Es muy difícil completar el perfil de los falsos maestros con los rasgos de la carta. Si supiéramos de antemano que profesaban un gnosticismo incipiente, podríamos identificar detalles y rastrear indicios. De modo general, se puede decir que eran seguidores de doctrinas que separaban radicalmente lo espiritual de lo material, de tal manera que al mismo tiempo que se consideraban gente espiritual, llevaban una vida de desenfreno moral. Sus métodos parecen ser no violentos: «se han infiltrado» (4), participan en los ágapes cristianos (12), halagan (16).

Saludo

1 De Judas, siervo de Jesucristo, herma-
no de Santiago, a los elegidos que Dios Pa-
dre ama y Jesucristo custodia: 2 reciban us-
tedes misericordia, paz y amor abundantes.

Falsos maestros

3 Queridos, yo tenía un gran deseo de
escribirles acerca de nuestra común salva-
ción, pero ahora juzgué necesario escribir-
les con el fin de moverlos a luchar por la fe
que los santos recibieron de una vez para
siempre. 4 Porque se han infiltrado entre us-
tedes unos individuos, cuya condenación
estaba preanunciada desde hace mucho
tiempo. Son hombres sin religión, que ha-
cen de la gracia de nuestro Dios un pre-
texto para su desenfreno y reniegan de
nuestro único dueño y Señor Jesucristo.
5 Quiero recordarles lo que aprendieron de
una vez para siempre: el Salvador sacó de
Egipto al pueblo, pero después destruyó a
los incrédulos. 6 A los ángeles que no con-
servaron su rango y abandonaron su mora-
da los tiene guardados en tinieblas, con ca-
denas perpetuas, para el juicio del gran día.
7 De modo semejante Sodoma y Gomorra y
las ciudades limítrofes: se entregaron a in-
moralidades sexuales, se dejaron llevar por
vicios contra la naturaleza y ahora sufren la
pena de un fuego eterno para escarmiento
de otros. 8 Y así, también éstos, perdidos en
sus sueños, contaminan su cuerpo, despre-
cian la autoridad del Señor, e insultan a los
ángeles gloriosos. 9 Cuando el arcángel Mi-
guel se disputaba con el Diablo el cuerpo
de Moisés, no se atrevió a condenarlo con
insultos, sino que dijo: El Señor te reprima.
10 Éstos, en cambio, maldicen lo que no co-
nocen y, como animales irracionales, se co-
rrompen con lo que perciben por los senti-
dos. 11 ¡Ay de ellos! Siguieron la senda de
Caín. Por ganar dinero se han desviado
como Balaán, y como Córaj mueren por su
rebeldía. 12 Éstos son los que contaminan
las comidas fraternales que ustedes cele-
bran, comen como sinvergüenzas sin otra
preocupación que su estómago; son como
nubes arrastradas por los vientos sin dar
agua, árboles en otoño sin fruto, muertos
dos veces y arrancados de raíz; 13 olas en-
crespadas del mar con la espuma de sus
desvergüenzas, estrellas fugaces cuyo des-
tino perpetuo son espesas tinieblas. 14 De
ellos profetizó Enoc, el séptimo descen-
diente de Adán: Miren que llega el Señor
con sus millares de santos, 15 para juzgar a
todos: para probar la culpa de todos los im-

1,1s Saludo. Encabezamiento propio del género epistolar. El remitente se presenta como Judas, hermano de Santiago. Los evangelios, fuera de Judas Iscariote, mencionan a dos Judas: el hijo de Santiago, del grupo de los doce (Lc 6,16; Hch 1,13) y el hermano de Jesús (Mt 13,55; Mc 6,3). Ninguno de los anteriores es el autor de la carta, entre otras cosas, por la ausencia del título «apóstol». Estamos ante otro caso de pseudonimia. El título de «siervo de Jesucristo» lo presenta como alguien de gran autoridad en cuanto se inscribe entre los siervos y servidores de Dios en el Antiguo Testamento –Abrahán, Moisés, David, los profetas–, y de Jesús en el Nuevo Testamento –Pablo, Pedro, Santiago–. Los destinatarios nos son, como suele ser común de las cartas del Nuevo Testamento, comunidades o personas, sino los cristianos en general, elegidos y custodiados por el amor de Dios y la protección de Jesús. El saludo del versículo 2 cambia las expresiones «gracia y paz», típicas en las cartas de Pablo y Pedro, por el de «misericordia, paz y amor».

1,3-16 Falsos maestros. El versículo 3 comienza con el adjetivo «queridos» o «amados», tercera vez que nos encontramos con la palabra amor, lo cual indica su importancia en la carta y en la teología de Judas. Es desde la clave del amor desde donde el autor invita a desarrollar los motivos de la carta: luchar por la fe y resistir contra quienes desde dentro amenazan la armonía de las comunidades (3s). La lucha es tarea no sólo de los dirigentes, sino de todos los cristianos, considerados santos en virtud de una fe recibida (3). Los adversarios se caracterizan por ser falsos, manipuladores, impíos y apóstatas. Su condenación estaba preanunciada por su adhesión a la larga lista de hombres y mujeres que en la historia de salvación optaron por el proyecto faraónico o proyecto del mal, a pesar de que Dios quiso liberarlos de dicha esclavitud (5a). Es importante destacar que un hecho fundante de la fe de Israel es la liberación de Egipto (Éx 12,51). En los versículos 5b-8, Judas señala tres episodios de condenación en el Antiguo Testamento: en primer lugar, los incrédulos, que no lograron superar actitudes faraónicas durante el desierto: murmuraciones (Éx 16,2s), codicia (Éx 16,20), idolatría (Éx 32), etc. En segundo lugar, los ángeles «caídos» por causar caos en el orden divino y desobedecer la voluntad de Dios (Gn 6,1-6). Finalmente, la inmoralidad sexual que causó la des-

píos, por todas las impiedades que han co-
metido, por todas las insolencias que han
pronunciado contra él los impíos pecado-
res. 16 Éstos son los que protestan queján-
dose de su suerte y dejándose llevar de sus
pasiones. Su boca profiere insolencias y, si
alaban a las personas, es por interés.

Recomendaciones

17 En cuanto a ustedes, queridos míos,
recuerden lo que anunciaron los apóstoles
de nuestro Señor Jesucristo: 18 En los últi-
mos tiempos habrá hombres que se bur-
larán de todo, que seguirán sus pasiones
impías. 19 Ésos son los que provocan dis-
cordias, hombres sensuales, que no poseen
el espíritu. 20 Ustedes, en cambio, queridos,
edifiquen su existencia sobre la santísima
fe, oren movidos por el Espíritu Santo,
21 consérvense en el amor de Dios y espe-
ren de la misericordia de nuestro Señor Je-
sucristo la vida eterna. 22 Tengan compa-
sión de los que dudan; 23 a unos sálvenlos
arrancándolos del fuego, y tengan compa-
sión de los otros, pero con cuidado, aborre-
ciendo hasta la ropa contaminada por su
contacto.
24 Al que puede preservarlos de toda
caída y presentarlos ante su gloria sin man-
cha y gozosos, 25 al Dios único, que nos
salvó por Jesucristo Señor nuestro, sea la
gloria, la majestad, el poder y la autoridad
desde la eternidad, ahora y por los siglos.
Amén.

---

trucción de Sodoma y Gomorra (Gn 19,1-25). La expresión «perdidos en sus sueños» (8) es una manera sutil de identificar a los adversarios como falsos profetas (Dt 13,2.4; Jr 23,27.32; 27,9).

En los versículos 8-16, el autor se dedica a caracterizar a los adversarios con epítetos caricaturescos, duros y amenazadores. Respalda sus argumentos con citas del Antiguo Testamento y de la literatura apócrifa. La lista de delitos es larga: la inmoralidad, el desprecio de la autoridad divina y la blasfemia (8); la falta de humildad (9; cfr. el apócrifo de la «Asunción de Moisés» y Zac 3,2); su presunción de una sabiduría superior –típico del gnosticismo– y su inmoralidad (10; cfr. 8); la envidia violenta de Caín, la codicia económica de Balaán y la rebeldía sin causa de Córaj (11); la contaminación de las celebraciones y el rompimiento de la comunión (12); murmuran de su suerte; son inmorales, blasfemos y egoístas (16). La actitud pecaminosa que más se repite es la «inmoralidad» (3 veces).

El autor refuerza sus acusaciones con cuatro metáforas sapienciales tomadas de la naturaleza (12s) que indican el contraste entre la posibilidad de ser buenos y la opción de los adversarios por no serlo, por una vida estéril, desvergonzada y sin claridad: nubes que no dan agua, árboles sin fruto y muertos, olas desvergonzadas y estrellas que dan tinieblas. En los versículos 14s, Judas se vale de Enoc (Gn 5,18-24), patriarca justo y fiel a Dios, para introducir el tema del juicio a los culpables.

1,17-25 Recomendaciones. Judas vuelve al tono exhortativo y fraterno de los versículos 1-3 para destacar la importancia de recordar (cfr. 5) lo anunciado por los apóstoles (cfr. 1 Tim 4,1) y para combatir a los «infiltrados» que se burlan de todo, crean discordias, viven inmoralmente y no tienen el Espíritu, el soplo de Dios –«ruah»- que da vida (Gn 2,7), esto es, viven como si estuvieran muertos (17-19). Para Judas, la memoria es fundamental para mantenerse en la tradición del proyecto de Dios.

En los versículos 20s, deja a un lado a los adversarios y se dirige a los cristianos, sus queridos, para que saquen del baúl de los recuerdos sus mejores herramientas para mantenerse firmes en el camino del Señor. La lista incluye la fe, la oración, el amor, la misericordia y la compasión con los que dudan, pero con cuidado de no contaminarse (cfr. Ap 18,4). Es importante notar que, a pesar de la dureza del autor con los «infiltrados», llama a la comunidad a tener compasión de ellos (22s), aunque con mucho cuidado.

La carta no se cierra, sino que queda abierta con una doxología muy positiva que contrasta con el tono negativo anterior. La doxología da reconocimiento al Dios único y salvador y a Jesús, salvador y digno de alabanza.



APOCALIPSIS DE JUAN

Contexto histórico. El Apocalipsis es un libro que refleja confidelidad los avatares del tiempo, particularmente la acometida del imperio romano contra la Iglesia naciente, en variadas formas de persecución o relegación. El autor ha visto en los signos de aquellos tiempos de ostracismo y persecución la antítesis de dos mundos irreconciliables, da testimonio de este enfrentamiento a muerte entre la Iglesia cristiana y el imperio romano y de la lucha permanente entre dos ciudades: la nueva Jerusalén y Babilonia.

El Apocalipsis es el libro del testimonio cristiano: de los mártires, de los que no han adorado a la fiera ni a su imagen, de los que han sido excluidos, perseguidos y matados. Este libro comporta una denuncia contra la idolatría del imperio, que pretende erigirse como dios y exige la adoración a sus adeptos. Muchas de sus difíciles expresiones son inteligibles desde este trasfondo histórico. Sus frecuentes aclamaciones litúrgicas a Jesucristo (6,8; 12,10; 13,10; 15,4) son una réplica cristiana a los himnos

paganos que tributaban una gloria al emperador, concretamente a Domiciano (81-96), quien se creía un dios y exigía culto divino.

Autor. Quien escribe se llama a sí mismo Juan (1,1.4.9; 22,8) y dice estar confinado en una isla por confesar a Jesucristo. Siendo tan frecuente el nombre de Juan, la cuestión de la autoría se presta a múltiples interpretaciones. En los primeros siglos se le identificó con el apóstol y evangelista. Pero ya en la segunda mitad del s. III se comenzó a dudar e incluso negar su autoría, atribuyendo el libro a otro Juan. En la actualidad seguimos uniendo este libro al «cuerpo joánico» (obras del apóstol Juan), pero son pocos los que atribuyen el libro al apóstol, aunque conserven como válido el nombre de otro Juan.

De una somera lectura, deducimos que el autor es de origen judío, mediano conocedor del griego, muy versado en el Antiguo Testamento, especialmente en los profetas, y conocedor de géneros literarios entonces en boga. Del género apocalíptico, además del nombre, tomó muchos recursos, pero se distanció en puntos fundamentales. Mientras otros autores apocalípticos se esconden en nombres ilustres del pasado –Enoc, Abrahán, Moisés, Isaías, Baruc–, y trasforman el pasado en predicción, nuestro autor se presenta con su propio nombre, se dice contemporáneo de los destinatarios y se ocupa declaradamente del presente (1,19).

Destinatarios, fecha y lugar de composición. Los destinatarios inmediatos son las siete Iglesias de la provincia romana de Asia, a las que el autor se siente particularmente ligado y a las que escribe para compartir sus penas y por el encargo «profético» recibido. Como Pablo escribía desde la prisión, este Juan escribe desde el destierro o confinamiento a unas comunidades que ya saben de hostilidad y acoso, que ya han tenido mártires (2,13; 6,9) y que ahora se enfrentan a una gran persecución. El autor intenta prevenir y alentar a sus hermanos cristianos para la grave prueba que se avecina (3,10), cuando el emperador exigirá adoración y entrega (13,4.16s; 19,20). ¿A quién se refiere en concreto? Barajando los datos que proporciona el libro, es probable que el autor aluda al emperador Domiciano, quien exigió en todo el imperio honores divinos, «nuestro Dios y Señor», declaró delito capital el rehusar la adoración, y la leyenda lo miró como a un Nerón redivivo (13,3). En este caso, el libro habría sido escrito en la segunda parte de la década de los 90.

Pero su contenido no se agota en la referencia a la coyuntura histórica concreta. Con tal de no tomarlo a la letra ni como trampolín de especulaciones, el libro sigue trasmitiendo un mensaje ejemplar a todas las generaciones de la Iglesia. Las hostilidades comenzadas en el paraíso (Gn 3) no acabarán hasta que se cumpla el final del Apocalipsis, la manifestación plena de nuestro Señor: «Sí, vengo pronto. Amén» (22,20).



El Apocalipsis, memoria viva de nuestros mártires. El libro quiere mantener vivo el recuerdo de nuestros mártires (2,13; 6,9-11; 7,9-17; 11,7-10; 13,15; 16,5s; 17,6; 18,24; 20,4), quienes dieron testimonio de su fe al igual que el Cordero degollado; y vencieron gracias a la sangre del Cordero (12,11). El Apocalipsis suscita una tremenda actualidad en algunos contextos de nuestro mundo, especialmente en América Latina, Asia y África, tierras regadas por la sangre del testimonio cristiano. Hacer

memoria viva de nuestros mártires constituye uno de los más hondos cometidos del libro. El primer mártir fue Jesucristo: el Apocalipsis es el único libro del Nuevo Testamento que lo llama «testigo fidedigno» (1,5; 3,14), en estado absoluto; y tras de él y con él, multitud de mártires, quienes cumplen los preceptos de Dios y conservan el testimonio de Jesús (12,17b).

El Apocalipsis, un libro-compromiso. El Apocalipsis es una obra subversiva contra los poderes de todo imperio (el romano en la época en que fue escrito, y a continuación, todo imperio opresor y todo sistema imperialista), que persigue y masacra al pueblo empobrecido por no secundar los valores (o contra-valores) que engañosamente presenta. El Apocalipsis no es un escrito evasivo, apto para soñar y desentenderse de la realidad, sino para acrecentar el compromiso de nuestra fe, que debe ser lúcida, libre de esclavitudes y operante en el servicio del amor.

El Apocalipsis, el libro de la esperanza de la Iglesia ante el misterio de la iniquidad. El Apocalipsis cristiano no es un libro ingenuo, fantástico, para entretener la imaginación o para dar rienda suelta a los sueños. Está anclado en la más dura realidad; vive en la historia y la padece. El libro ofrece una lúgubre simbología que permite ver el dominio de las fuerzas del mal: la violencia, la injusticia social y la muerte cabalgan a lomos de caballos desbocados (6,3-8). También ofrece cuadros de pesadillas, como el de la plaga de las langostas (9,3-12) y la caballería infernal (9,13-21). Se asombra con pesar de la presencia devastadora del mal en la historia y descubre el origen demoníaco de tantas ramificaciones negativas.

La Iglesia sufre persecución, es martirizada en sus miembros; también la humanidad sufre la opresión de los poderosos. El Apocalipsis está escrito con la sangre de muchas víctimas. ¡Su lectura merece respeto sagrado! Es el libro de la consolación universal. La historia tiene un destino que no acaba ni en el caos, ni en la barbarie, sino felizmente, cumplidamente: el reino de Dios. El libro muestra que ese reino se va haciendo presente en esta tierra de fatigas e irrumpirá en todo su esplendor con el advenimiento de la nueva Jerusalén, y vendrá como don de Dios para premio y consuelo de la Iglesia de todos los tiempos.

Contenido. El libro comienza con una grandiosa autopresentación de Jesucristo resucitado, Señor y dueño de la historia (1,17s) que tiene un mensaje para la Iglesia universal (20). Este mensaje está contenido en las cartas a las siete Iglesias de Asia (2s), en las que Jesucristo conoce y reconoce, reprocha y amonesta, promete y cumple, pide atención e interpela: llamada solemne a la conversión ante la prueba que se avecina. Después de las siete cartas, el tema de conjunto (4–22) es la lucha de la Iglesia con los poderes hostiles. Juan despliega netamente los campos, como sucede en las guerras. El jefe de la Iglesia es Jesucristo, tiene sus testigos, sus seguidores «servidores de nuestro Dios» (7,3). Enfrente está Satán que tiene su capital en Babilonia (símbolo de Roma, capital del imperio), con sus agentes y un poder limitado. La lucha va acompañada de impresionantes perturbaciones en el cielo y en la tierra. La concepción apocalíptica impone el dualismo dentro del mundo y de la historia, las



antítesis, las oposiciones simétricas de personajes, figuras y escenas, como en un gran drama. La victoria de Jesucristo y los suyos es segura, pero pasa por la pasión y la muerte. El Jefe, el Cordero, fue degollado; sus testigos, asesinados (11,1-12); sus siervos han de superar la gran tribulación (7,14). Pero llegará el juicio de la capital enemiga y su caída (17s), la batalla final (19,11-21) y el juicio universal (20,11-15). Después vendrá el final glorioso y gozoso, hacia el cual tiende el curso y el oleaje de la historia. El final de la obra tiene la forma de una boda del Mesías-Cordero con la Iglesia.

Introducción

1 [1] Revelación que Dios confió a Jesu-
cristo para que mostrase a sus siervos
lo que va a suceder pronto. Él envió a su
ángel para transmitírsela a su siervo Juan,
[2] quien atestigua que cuanto vio es Palabra
de Dios y testimonio de Jesucristo. [3] Feliz el
que lea y felices los que escuchen las pala-
bras de esta profecía y observen lo escrito
en ella, porque el tiempo está cerca.

Mensaje a las siete Iglesias: saludo

[4] De Juan a las siete Iglesias de Asia: les
deseo el favor y la paz de parte de Aquel
que es, que era y que será, de parte de los
siete espíritus que están ante su trono [5] y de
parte de Jesucristo, el testigo fidedigno, el
primogénito de los muertos, el Señor de los
reyes del mundo.

Al que nos ama y nos libró con su san-
gre de nuestros pecados, [6] e hizo de noso-
tros un reino, sacerdotes de su Padre Dios,
a él la gloria y el poder por los siglos [de los
siglos] amén.

[7] Mira que llega entre las nubes:
todos los ojos lo verán,
también los que lo atravesaron;
y todas las razas del mundo
se darán golpes de pecho por él.
Así es, amén.

[8] Yo soy el alfa y la omega, dice el Señor
Dios, Aquel que es, que era y que será, el
Todopoderoso.

Visión de Jesucristo

[9] Yo Juan, hermano de ustedes, con
quienes comparto las pruebas, el reino y la
paciencia por Jesús, me encontraba exila-
do en la isla de Patmos a causa de la Pala-
bra de Dios y del testimonio de Jesús. [10] Un
domingo, se apoderó de mí el Espíritu, y
escuché detrás de mí una voz potente,
como de trompeta, [11] que decía: Lo que ves
escríbelo en un libro y envíalo a las siete
Iglesias: Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira,
Sardes, Filadelfia y Laodicea. [12] Me volví
para ver de quién era la voz que me habla-
ba y al volverme vi siete lámparas de oro

1,1-3 Introducción. «Apocalipsis», en griego, significa «des-velación» o «re-velación» de algo oculto. Con estas dos palabras se inicia la lectura: «Revelación que Dios confió a Jesucristo». La centralidad de Jesucristo y la riqueza de su misterio son puestas de relieve desde el comienzo del libro (1,1) hasta el final (22,21).

A la presentación del libro sigue la proclamación de una bienaventuranza o felicitación. Es la primera de las siete bienaventuranzas que jalonan la obra (1,3; 14,13; 16,15; 19,9; 20,6; 22,7; 22,14). Ello significa que el Apocalipsis no es un libro terrible, un calendario de desdichas, sino que anuncia de parte de Dios una inmensa dicha (el siete quiere decir la suma total) para la Iglesia. Esta primera bienaventuranza consiste en proclamar la Palabra de Dios, escucharla con corazón noble y guardar su mensaje. Aparece ya la comunidad cristiana como el grupo destinatario del libro.

1,4-8 Mensaje a las siete Iglesias: saludo. La gracia y la paz divinas se dirigen a toda la Iglesia (las siete Iglesias de Asia representan a la Iglesia universal). El Dios que saluda y bendice no es una presencia impersonal, sino el Dios cristiano por excelencia, a saber, la Santísima Trinidad. Dios es considerado (cfr. Éx 3,14) como «Aquel que es, que era y que será», el Dueño del tiempo, el Señor que dirige toda nuestra historia. En sus manos está nuestra suerte. Los «siete Espíritus» (4) no se refieren a siete ángeles destacados, sino a la presencia viva y dinámica del Espíritu Santo en su más honda realidad personal, que es inmensa totalidad (simbólico número siete) en sus incesantes manifestaciones de fuerza, profecía, inspiración, perdón y múltiples carismas.

Jesucristo es celebrado con tres atributos principales. Es «testigo fidedigno», porque con su vida, muerte y resurrección expresa soberanamente todo cuanto Dios ha querido revelarnos. Es «primogénito de los muertos» por su resurrección. Es «Señor de los reyes del mundo» porque como Señor resucitado, con la fuerza de su Espíritu y con nuestra colaboración, empuja la historia hacia una plena realización humana y cristiana.

¿Quién es Jesucristo para la Iglesia? La comunidad rememora tres grandes beneficios que el Señor con tanta abundancia le ha concedido: amor, redención y participación en el sacerdocio regio. La Iglesia vive gracias a este amor de Jesucristo, que experimenta gozosamente a lo largo y ancho de su historia.

1,9-20 Visión de Jesucristo. Esta visión es una de las más impresionantes que ofrece el Nuevo Testamento. Juan alude a las circunstancias precisas en las que ocurre. Se encuentra en Patmos, una pequeña isla del mar Egeo, donde está recluido por su valentía en predicar la Palabra de Dios y el testimonio de Jesús. Aunque lejos, no se siente abandonado; sabe que es nuestro hermano y compañero; comparte con todos los cristianos perseguidos las tribulaciones por el reino de Dios. Es la primera vez que en el Nuevo Tes-

13 y en medio de las lámparas una figura
humana, vestida de larga túnica, el pecho
ceñido de un cinturón de oro; 14 cabeza y ca-
bello blancos como la lana blanca o como
nieve, los ojos como llama de fuego, 15 los
pies como de bronce brillante y acrisolado,
la voz como el estruendo de aguas torren-
ciales. 16 En su mano derecha sujetaba siete
estrellas, de su boca salía una espada afila-
da de doble filo; su aspecto como el sol bri-
llando con toda su fuerza. 17 Al ver esto, caí
a sus pies como muerto; pero él, poniéndo-
me encima la mano derecha, me dijo:
—No temas. Yo soy el primero y el últi-
mo, 18 el que vive; estuve muerto y ahora
ves que estoy vivo por los siglos de los si-
glos, y tengo las llaves de la muerte y el
abismo. 19 Escribe lo que viste: lo de ahora
y lo que sucederá después. 20 Éste es el
símbolo de las siete estrellas que viste en
mi mano derecha y de las siete lámparas de
oro: las siete estrellas son los ángeles de las
siete Iglesias, las siete lámparas son las sie-
te Iglesias.

Mensaje a las siete Iglesias: contenido
A la Iglesia de Éfeso

2 1 Al ángel de la Iglesia de Éfeso es-
críbele: Esto dice el que sujeta en la
mano derecha las siete estrellas, el que ca-
mina entre las siete lámparas de oro: 2 Co-
nozco tus obras, tus fatigas, tu paciencia,
que no toleras a los malvados, que has so-
metido a prueba a los que se dicen apósto-
les sin serlo y has comprobado que son
falsos; 3 has soportado y aguantado por mi
causa sin desfallecer. 4 Pero tengo algo con-
tra ti: que has abandonado tu amor del
principio. 5 Fíjate de dónde has caído, arre-
piéntete y haz las obras del principio. De lo
contrario, si no te arrepientes, vendré y re-
moveré tu lámpara de su puesto.

---

tamento aparece la palabra «domingo» o «día del Señor». También, en ese día señalado, el Espíritu –dice el texto muy gráficamente– se apodera de Juan.

El vidente contempla un personaje misterioso (13), una figura humana (cfr. Dn 7,13). Tiene el dominio y el derecho para juzgar a la humanidad. A continuación se describe su porte externo, que se relaciona con la vestidura del sumo sacerdote (cfr. Éx 28,2-4; Zac 3,1.3s; Sab 18,20s.24); aparece en medio de siete candelabros de oro; y estos candelabros son las siete Iglesias (1,20).

Descripción de la cabeza (14). Se inspira y aplica a Jesucristo la visión del anciano de largos días del profeta Daniel (7,9). Se insiste en el color blanco, típico de la resurrección. La metáfora de los ojos como llama de fuego (2,18; 19,12) destaca el poder de conocimiento de nuestro Señor, su penetrante mirada que todo lo ve y lo sondea.

Los pies y la voz (15). El Señor está de pie y no se tambalea, no es como aquella frágil estatua con los pies de barro (cfr. Dn 2,31-36). Sobre su fuerza se apoya la debilidad de la Iglesia. La voz de Jesucristo se compara a la voz de Dios, que es también «voz de aguas torrenciales» (cfr. Ez 1,24; 43,2; Dn 10,6). Se subraya la autoridad y la potencia de la palabra de Jesucristo.

Mano, boca y rostro (16). La espada es, conforme a una larga tradición bíblica, el símbolo de la Palabra de Dios (cfr. Is 49,2; Sab 18,15s; Heb 4,23). La imagen es todavía amplificada, es «afilada de doble filo». Se describe la fuerza y el poder combativo de la palabra de Jesús.

El vidente que no dobló sus rodillas ante el emperador de Roma, se echa en tierra y adora a Jesucristo, como su único Dios y Señor. Pero Jesucristo no atemoriza, sino que –supremo gesto de delicadeza– pone su mano derecha, sobre la cabeza de Juan y lo conforta.

La Iglesia es contemplada en un simbolismo espacial y litúrgico: lámparas y estrellas. La Iglesia es, según la visión del libro, una lámpara con vocación de estrella. Es lámpara, a saber, vive en la tierra y en la historia, pero su esperanza está en el cielo. Jesucristo sujeta con su mano poderosa la vocación de su Iglesia. La Iglesia puede confiar en la providencia de su Señor que nunca la abandonará.

2,1–3,22 Mensaje a las siete Iglesias: contenido

***A la Iglesia de Éfeso* (2,1-7).** La ciudad de Éfeso, metrópoli de la provincia romana de Asia, ocupaba la primacía política, comercial y religiosa del entorno. Por ello aparece situada en el primer lugar de todas las Iglesias. Aunque Jesucristo reconoce su leal esfuerzo y perseverancia, sin embargo echa en cara a la comunidad que ha dejado «el amor primero». «Primero» no en el tiempo cronológico sino en su exigente calidad y en entrega absoluta del corazón. He aquí una admirable síntesis de todo itinerario de la conversión cristiana, que contiene tres pasos necesarios: Fijarse, arrepentirse y hacer (5). La expresión «nicolaítas» (6) es la traducción literal griega de la palabra hebrea «Balaán» (2,14s), significa «amo o dominador del pueblo». Ambos vocablos son emblemáticos y aluden, juntamente con la profetisa Jezabel (2,20), a un movimiento herético que se infiltraba en la Iglesia de Asia menor. Estos personajes despreciaban el valor de la Encarnación y Redención de Jesús, se alejaban con su conducta pagana de las radicales exigencias del Evangelio.

6 Sin embargo tienes a tu favor esto, que
detestas la conducta de los nicolaítas
como yo la detesto. 7 El que tenga oídos
escuche lo que dice el Espíritu a las Igle-
sias. Al vencedor le permitiré comer del ár-
bol de la vida que está en el paraíso de
Dios.

A la Iglesia de Esmirna

8 Al ángel de la Iglesia de Esmirna es-
críbele: Esto dice el primero y el último, el
que estaba muerto y revivió. 9 Conozco tu
aflicción y tu pobreza, pero eres rico; sé
que te injurian los que se dicen judíos y son
más bien la sinagoga de Satanás. 10 No te
asustes por lo que has de padecer; porque
el Diablo va a meter en la cárcel a algunos
de ustedes y sufrirán durante diez días. Sé
fiel hasta la muerte, y te daré la corona de
la vida. 11 El que tenga oídos escuche lo
que dice el Espíritu a las Iglesias. El vence-
dor no padecerá la segunda muerte.

A la Iglesia de Pérgamo

12 Al ángel de la Iglesia de Pérgamo es-
críbele: Esto dice el que tiene la espada afi-
lada de doble filo. 13 Sé que donde tú
habitas tiene su trono Satanás. A pesar de
todo mantienes mi nombre sin renegar de
mí, ni siquiera cuando Antipas, mi testigo
fiel, fue asesinado en la ciudad de ustedes,
donde habita Satanás. 14 Pero tengo algo
contra ti: que toleras allí a los que profesan
la doctrina de Balaán, que indujo a Balac a
poner un tropiezo a los israelitas empuján-
dolos a comer víctimas idolátricas y a co-
meter inmoralidades sexuales. 15 Lo mismo
tú toleras a los que profesan la doctrina de
los nicolaítas. 16 Arrepiéntete; de lo contra-
rio, iré pronto allá para luchar contra ellos
con la espada de mi boca. 17 El que tenga
oídos escuche lo que dice el Espíritu a las
Iglesias. Al vencedor le daré del maná
escondido, le daré una piedra blanca y gra-
bado en ella un nombre nuevo que sólo co-
noce el que lo recibe.

A la Iglesia de Tiatira

18 Al ángel de la Iglesia de Tiatira es-
críbele: Esto dice el Hijo de Dios, el que tie-
ne los ojos como llamas de fuego y los pies
como bronce lustrado. 19 Conozco tus
obras, tu amor y tu fe, tu paciencia y tu
honradez, tus obras recientes, mejores que
las precedentes. 20 Pero tengo contra ti que
toleras a Jezabel, que se declara profetisa y

***A la Iglesia de Esmirna* (2,8-11).** La ciudad, que se gloriaba de su fidelidad a Roma, había recibido a muchos judíos sobrevivientes de la destrucción de Jerusalén por los romanos; éstos se habían convertido en enemigos de los cristianos. La oposición de los judíos a los cristianos es conocida en el Nuevo Testamento (cfr. 1 Tes 2,15s; Hch 13,50; 14,2.5). En la carta no existe ni un sólo reproche a esta Iglesia por parte del Señor, sino una continua exhortación a la perseverancia. La persecución será intensa pero breve, de «diez días» (cfr. Gn 24,55; Dn 1,12.14.15). La expresión «muerte segunda» no se encuentra en la Biblia; pero es de uso frecuente en la literatura inter-testamentaria (100 a.C.-100 d.C.); significa la exclusión del mundo venidero, no poder entrar en la nueva Jerusalén. Quien esté libre de esta muerte segunda tendrá, pues, acceso a la nueva Jerusalén, donde la muerte ya no existe (21,4).

***A la Iglesia de Pérgamo* (2,12-17).** La ciudad, residencia del gobernador romano promotor del culto al emperador, era célebre en la antigüedad por su floreciente industria de pergaminos y por la abundancia de templos paganos, en donde destacaba un colosal altar dedicado a Júpiter. El ambiente resultaba asfixiante para la fe cristiana. La comunidad ya ha padecido en uno de sus cristianos, Antipas, el precio de la fidelidad. Al igual que Jesús, ha dado testimonio y ha derramado su sangre. Sólo el Apocalipsis llama a Jesús «el testigo fidedigno» (1,5). Quiere el Señor que la comunidad se mantenga fiel a pesar de la idolatría circundante. La imagen de los banquetes y de la fornicación expresa la comunión con los valores paganos de los cultos imperiales y del gnosticismo. La piedra blanca indica la nueva condición del cristiano a quien se le impone un nombre nuevo. Así consigue entrada o señal para poder participar en el banquete de bodas del Cordero y tener acceso a la nueva Jerusalén.

***A la Iglesia de Tiatira* (2,18-29).** Jesucristo se presenta –única vez en el Apocalipsis– con el título más solemne «Hijo de Dios». Con su mirada penetrante, «ojos como llama de fuego», y con la firmeza de quien se apoya en pies como bronce lustrado, quiere consolidar la vida de la Iglesia. Tiatira era la ciudad menos importante de las siete mencionadas, y resulta paradójicamente la carta más extensa. Aunque es encomiable el juicio positivo de Jesucristo, grande es la severidad con que asimismo la recrimina. La comunidad ha caído en la dejación y permite a los herejes (los secuaces de Jezabel) continuar su obra de engaño y captación. El Señor la amenaza con severas palabras, válidas para la Iglesia de todos los tiempos: ¡No se puede ya dejar pasar la oportunidad. Ahora que hay tiempo, es preciso convertirse!

engaña a mis siervos conduciéndolos a la
inmoralidad sexual y a comer carne sacri-
ficada a los ídolos. 21 Le he dado tiempo
para que se arrepienta, y no quiere arre-
pentirse de su prostitución. 22 Mira, a ella la
postraré en cama y a los que cometieron
adulterio con ella, si no se arrepienten de su
conducta, les enviaré sufrimientos terribles.
23 Daré muerte a sus hijos, y sabrán todas
las Iglesias que soy yo quien examina
entrañas y corazones, para retribuir a cada
uno según sus obras. 24 A los demás de Tia-
tira les digo que, si no han aceptado esa
doctrina ni aprendido los supuestos secre-
tos de Satanás, no les impondré otra carga.
25 Basta que conserven lo que ya tienen
hasta que yo vuelva. 26 Al vencedor, al que
permanezca fiel hasta el final le daré poder
sobre las naciones: 27 los apacentará con
vara de hierro, los quebrará como vaso de
arcilla 28 –es el poder que recibí de mi Pa-
dre–; y le daré la estrella matutina. 29 El que
tenga oídos escuche lo que dice el Espíritu
a las Iglesias.

A la Iglesia de Sardes

3 1 Al ángel de la Iglesia de Sardes es-
críbele: Así dice el que tiene los siete
espíritus de Dios y las siete estrellas: Co-
nozco tus obras: pasas por vivo y estás
muerto. 2 Vigila y robustece el resto que to-
davía no ha muerto; porque no encuentro
tus obras justas a juicio de mi Dios. 3 Re-
cuerda lo que recibiste y escuchaste: ob-
sérvalo y arrepiéntete. Si no estás en vela,
vendré como un ladrón, sin que sepas a
qué hora llegaré. 4 Con todo, tienes en Sar-
des unos cuantos que no han contaminado
sus vestiduras. Vestidos de blanco se pa-
searán conmigo, porque son dignos. 5 Tam-
bién el vencedor se vestirá de blanco y no
borraré su nombre del libro de la vida; lo
confesaré ante mi Padre y ante mis ánge-
les. 6 El que tenga oídos escuche lo que
dice el Espíritu a las Iglesias.

A la Iglesia de Filadelfia

7 Al ángel de la Iglesia de Filadelfia es-
críbele: Esto dice el Santo, el que dice la
verdad, el que tiene la llave de David; el
que abre y nadie puede cerrar, el que cierra
y nadie puede abrir: 8 Conozco tus obras.
Mira, te he puesto delante una puerta abier-
ta que nadie puede cerrar. Aunque tienes
poca fuerza, has guardado mi palabra y no
has renegado de mí. 9 Mira lo que haré a la
sinagoga de Satanás, a los que se dicen ju-
díos sin serlo, porque mienten: haré que
salgan a postrarse a tus pies, reconociendo
que yo te amo. 10 Como tú guardaste mi en-
cargo de perseverar, yo te guardaré en la
hora de la prueba, que se echará sobre el
mundo entero para probar a los habitantes
de la tierra. 11 Voy a llegar pronto: conserva
lo que tienes para que nadie te arrebate la
corona. 12 Al vencedor lo haré columna en
el templo de mi Dios y no volverá a salir; en
ella grabaré el nombre de mi Dios y el nom-

***A la Iglesia de Sardes* (3,1-6).** Sardes, situada a 50 kilómetros al sudeste de Tiatira, era un floreciente centro comercial, con una próspera industria de lana blanca, a la que parece referirse el texto de la carta. Sus habitantes tenían fama de comodones y lujuriosos. En contraste con su prosperidad material, la comunidad cristiana apenas lograba vegetar lastimosamente. Jesucristo se presenta dotado de la plenitud del Espíritu Santo («los siete espíritus de Dios») y con la capacidad para reanimar la vocación de la Iglesia. Con su poderosa palabra, interpretada por el Espíritu, dará vida a la comunidad. El reproche de nuestro Señor reviste acentos de amarga dureza. La comunidad sólo «tiene nombre de», mantiene apariencia o fachada externa; pero por dentro, en su vida de fe y de amor, está muerta. No todos, sin embargo, se han perdido; aún sobrevive un resto palpitante (4). Estos pocos deben vigilar y estar atentos para que no se apague cuanto de bueno todavía permanece. El Señor les recuerda los dones recibidos; en un emocionado final climático, les llama a una conversión urgente.

***A la Iglesia de Filadelfia* (3,7-13).** Filadelfia era una pequeña ciudad al sudeste de Sardes. La comunidad cristiana está al límite de sus fuerzas, y recibe del Señor una carta llena de elogios y de ánimo. La presentación de Jesucristo insiste en su carácter divino, pues estos dos títulos se aplicaban a Dios: el Santo (cfr. Jn 6,69; 1 Jn 2,20; Ap 4,8) y el Verdadero (cfr. Jn 17,3; 1 Jn 5,20). También tiene la llave de David, es decir, Jesucristo detenta todo el poder mesiánico, es el nuevo David, el rey eterno que ha vencido a la muerte y al abismo (1,18). Sólo Él posee la llave de acceso a la nueva Jerusalén. El Señor no hace ningún reproche; sabe que es una comunidad pequeña y que padece la persecución de los judíos. Los cristianos fieles constituyen el verdadero Israel. Nadie va a ser capaz de borrar la consagración de su nombre, grabada indeleblemente por el Señor.

bre de la ciudad de mi Dios, de la nueva Je-
rusalén que baja del cielo desde mi Dios, y
mi nombre nuevo. 13 El que tenga oídos es-
cuche lo que dice el Espíritu a las Iglesias.

A la Iglesia de Laodicea

14 Al ángel de la Iglesia de Laodicea es-
críbele: Así dice el Amén, el testigo fidedig-
no y veraz, el principio de la creación de
Dios. 15 Conozco tus obras, no eres ni frío ni
caliente. Ojalá fueras frío o caliente; 16 pero
como eres tibio, ni frío ni caliente, voy a vo-
mitarte de mi boca. 17 Dices que eres rico,
que tienes abundancia y no te falta nada; y
no te das cuenta de que eres desgraciado,
miserable y pobre, ciego y desnudo. 18 Te
aconsejo que me compres oro refinado
para enriquecerte, vestidos blancos para
cubrirte y no enseñar desnudas tus ver-
güenzas, y medicina para ungirte los ojos y
poder ver. 19 A los que amo yo los reprendo
y corrijo. Sé fervoroso y arrepiéntete.
20 Mira que estoy a la puerta llamando. Si
uno escucha mi llamada y abre la puerta,
entraré en su casa y cenaré con él y él con-
migo. 21 Al vencedor lo haré sentarse en mi
trono junto a mí, igual que yo vencí y me
senté junto a mi Padre en su trono. 22 El que
tenga oídos escuche lo que dice el Espíritu
a las Iglesias.

Liturgia celeste
(Ez 1,26-28)

4 1 Contemplé después una puerta
abierta en el cielo y oí la voz de trom-
peta que me había hablado al principio:
Sube acá y te enseñaré lo que va a suceder
después. 2 En ese momento se apoderó de
mí el Espíritu. Vi un trono colocado en el
cielo 3 y en él sentado uno cuyo aspecto era
de jaspe y cornalina; rodeando al trono bri-
llaba un arco iris como de esmeralda. 4 Al-
rededor del trono había veinticuatro tronos
y sentados en ellos veinticuatro ancianos,
con vestiduras blancas y coronas de oro en
la cabeza. 5 Del trono salían relámpagos y
se escuchaban truenos. Siete antorchas de
fuego ardían ante el trono, los siete espíritus
de Dios. 6 Delante del trono había como un

***A la Iglesia de Laodicea* (3,14-22).** Laodicea era conocida en la antigüedad por su famosa escuela médica para enfermedades de los ojos. La ciudad se consideraba autosuficiente (17). El juicio de Jesucristo resulta tremendamente severo. La situación de la Iglesia le produce náuseas. La razón de tan insufrible repugnancia es la tibieza eclesial: se cree rica, perfecta y, en el colmo de su ceguera, no quiere reconocer su extrema pobreza. Vive torpemente instalada en el peor de los pecados: el orgullo religioso. La comunidad debe buscar sólo en el Señor el remedio a su deplorable situación de vergüenza: tiene que vestir la vestidura blanca de su dignidad de esposa de Jesucristo. El oro de su riqueza, que colmará su miseria, está en el Señor (18) no en su vacua soberbia. Necesita nuevos ojos –es decir, ojos iluminados por la fe– para poder ver.

El versículo 20 es el más hermoso y enigmático de toda la Biblia. A pesar del juicio tan severo, el Señor Resucitado, el que está de pie, aguarda paciente a la puerta. Llama con insistente porfía, como la Sabiduría (cfr. Sab 6,14), como el Esposo del Cantar (cfr. Cant 5,2). El Señor siempre está esperando en vela, apostado a nuestra puerta. Pide con solicitud que la Iglesia escuche su voz. Esta voz no es otra sino la que está resonando de forma incesante en todas las cartas a las siete Iglesias. Suplica con delicadeza entrar, pero la puerta sólo se abre desde dentro, es decir, depende en última instancia de la libertad del cristiano. Pero si éste responde generosamente, el Señor, convertido ya en anfitrión de la casa, anudará con él una íntima relación de alianza, hecha de amor recíproco, y le concederá el don de la cena eucarística.

4,1-11 Liturgia celeste. Este capítulo se abre con una visión de la corte celestial. El autor parece tener en mente la corte imperial –romana o persa– con el senado y consejeros que acompañan al emperador como parte de su séquito. Dios aparece sentado en el trono, es, por tanto, dueño y dominador de todo el universo. El brillo de las más rutilantes piedras preciosas le rodean como una aureola cromática: Es Dios de Dios. Luz de luz. La suprema belleza. El arco iris que le envuelve es como el brillante anillo de su alianza con la humanidad. Dios se compromete con la paz (cfr. Gn 9,13-15). Los ancianos poseen algunas características llamativas: vestiduras blancas como el uniforme de su configuración con el Señor resucitado (7,13); coronas de oro, en señal de victoria con Jesucristo vencedor (14,14). Son la egregia estampa de la Iglesia glorificada. Su función es litúrgica y solidaria: no cesan de alabar a Dios ni de interceder por nosotros.

Dios, ataviado con los signos típicos de una nueva teofanía (cfr. Éx 19,16; Jue 5,4s; Ez 1,13), se acerca y va a intervenir poderosamente en la historia de la salvación. Los siete espíritus de Dios son descritos con el símbolo de siete antorchas de fuego. El régimen temporal de los verbos griegos insiste en que arden de manera continuada, sin extinguirse. Toda la expresión (5b) habla de la presencia del Espíritu Santo brillando en vela perpetua: es la imagen luminosa de la solicitud de Dios por la humanidad.

mar transparente, como cristal. En el centro, rodeando el trono, estaban cuatro seres vivientes cubiertos de ojos por delante y por detrás. 7 El primer ser viviente tenía figura de león, el segundo de toro, el tercero tenía rostro humano, el cuarto tenía figura de águila volando. 8 Cada uno de los seres vivientes tenía seis alas, cubiertas por dentro y por fuera de ojos. No descansan ni de día ni de noche y dicen: Santo, santo, santo, Señor Dios Todopoderoso, el que era y es y será. 9 Cada vez que los seres vivientes daban gloria y honor y gracias al que estaba sentado en el trono, al que vive por los siglos de los siglos, 10 los veinticuatro ancianos se postraban ante el que estaba sentado en el trono, adoraban al que vive por los siglos de los siglos y ponían sus coronas delante del trono diciendo: 11 Eres digno, Señor Dios nuestro, de recibir la gloria, el honor y el poder, porque creaste el universo y por tu voluntad fue creado y existió.

El Cordero y el libro

5 1 A la derecha del que estaba sentado en el trono vi un rollo escrito por delante y por detrás y sellado con siete sellos. 2 Vi un ángel poderoso que pregonaba con voz potente: ¿Quién es digno de abrir el rollo y romper sus sellos? 3 Nadie en el cielo ni en la tierra ni bajo tierra podía abrir el rollo ni examinarlo. 4 Yo lloraba mucho porque nadie era digno de abrir el rollo y examinarlo. 5 Pero uno de los ancianos me dijo: No llores; que ha vencido el león de la tribu de Judá, retoño de David: él puede abrir el rollo de los siete sellos.

6 Entre el trono y los cuatro vivientes y los veinticuatro ancianos vi que estaba en pie un cordero como sacrificado, con siete cuernos y siete ojos –los [siete] espíritus de Dios enviados por todo el mundo–. 7 Se acercó a recibir el rollo de la mano derecha del que estaba sentado en el trono. 8 Cuando lo recibió, los cuatro vivientes y los veinticuatro ancianos se postraron ante el cordero. Cada uno tenía una cítara y una copa de oro llena de perfumes –las oraciones de los santos–. 9 Cantaban un cántico nuevo:

Eres digno de recibir el rollo y romper sus sellos,
porque fuiste degollado
y con tu sangre compraste para Dios
hombres de toda raza, lengua, pueblo y nación;
10 hiciste de ellos el reino de nuestro Dios
y sus sacerdotes, y reinarán en la tierra.

El mar, símbolo del mal en la Biblia (cfr. Sal 66,6; 74,13) está ya vencido. No es un mar de aguas turbulentas, sino una balsa cristalina. Como un lebrel se somete a los pies de su amo (imagen que tanto gustaba al Cura de Ars), así el mar ha sido despojado de su malicia. Domesticado, es un instrumento de paz (cfr. Mc 4,39-41). El simbolismo de los cuatro vivientes, descritos con detalles enigmáticos no fáciles de entender, muestra la desbordante vitalidad que emana del trono. Dios es vida, y no puede dejar de dar vida en abundancia y sin mengua, incesantemente. Un himno de adoración cierra el capítulo. Dios es celebrado como el Creador. Su actividad creadora, despliegue de su designio de vida, queda subrayada en la estructura del Apocalipsis: al comienzo (4,11) y al final (21,6).

5,1-14 El Cordero y el libro. Dios toma la iniciativa en la historia de la salvación. Admiremos la maestría narrativa del Apocalipsis: Del trono de Dios surge una mano (único detalle antropomórfico del que está sentado en el trono), la todopoderosa mano de Dios ofrecida en son de paz. En la mano hay un libro escrito por fuera y por dentro; todo él es elocuente pero permanece cerrado con siete sellos. El libro contiene el designio de la historia, el misterio de la salvación. Nadie es capaz de leerlo ni de interpretarlo. A la sorpresa inicial sucede la turbación. Por eso la humanidad errática, representada en Juan, llora amargamente porque no halla un sentido a su vida, ni encuentra a alguien que oriente sus pasos perdidos. El llanto de Juan cesa cuando un anciano le consuela con una velada mención a Jesucristo. Él cumple las profecías antiguas. Sólo Jesucristo, muerto y resucitado, victorioso, será capaz de leer e interpretar el libro de la historia.

Viene ahora la visión más emblemática de todo el Apocalipsis. Aparece Jesucristo, el Cordero, pletórico de dignidad divina (en medio del trono), muerto (sacrificado), resucitado (de pie), dotado de la plenitud del poderío mesiánico (siete cuernos) y poseedor y dador –al mismo tiempo– del Espíritu Santo (siete ojos que son los siete espíritus de Dios). Se trata, pues, de Jesucristo quien, mediante su misterio pascual de

11 Me fijé y escuché la voz de muchos
ángeles que estaban alrededor del trono, de
los vivientes y los ancianos: eran millones y
millones, 12 y decían con voz potente:

Digno es el Cordero degollado
de recibir el poder,
la riqueza, el saber,
la fuerza, el honor,
la gloria y la alabanza.

13 Y escuché a todas las criaturas, cuan-
to hay en el cielo y en la tierra, bajo tierra y
en el mar, que decían:

Al que está sentado en el trono y al
Cordero
la alabanza y el honor y la gloria y el
poder por los siglos de los siglos.

14 Los cuatro vivientes respondían Amén
y los ancianos se postraban adorando.

Los sellos

6 1 Vi al Cordero que abría el primero de
los siete sellos y oí a uno de los cua-
tro vivientes que decía con voz de trueno:
Ven. 2 Vi un caballo blanco y a su jinete con
un arco; le pusieron una corona, y salió
vencedor para seguir venciendo.
3 Cuando abrió el segundo sello, oí al se-
gundo viviente que decía: Ven. 4 Salió un
caballo color fuego; al jinete le encargaron
que retirase la paz de la tierra, de modo que
los hombres se matasen. Le entregaron una
espada enorme.
5 Cuando abrió el tercer sello, oí al tercer
viviente que decía: Ven. Vi salir un caballo
negro y su jinete llevaba una balanza en la
mano. 6 Oí una voz que salía de entre los
cuatro vivientes: Se vende una ración de
trigo, por una moneda de plata y tres racio-
nes de cebada también por una moneda de
plata; pero no hagas daño al aceite ni al
vino.
7 Cuando abrió el cuarto sello, oí la voz
del cuarto viviente que decía: Ven. 8 Vi salir
un caballo amarillo; su jinete se llama
muerte y los acompaña el que representa el
reino de la muerte. Les han dado poder
para matar a la cuarta parte de los habitan-

---

muerte y resurrección, es investido con toda la autoridad divina y derrama sobre la tierra el don personal de su Espíritu, quien es íntimamente descrito –bajo el símbolo de sus siete ojos– como la mirada resplandeciente de su amor. Nuestro Señor es entronizado. Recibe el poder y la gloria divina. Su entronización regia desencadena una verdadera cascada de alabanzas. Los veinticuatro ancianos presentan a Dios las oraciones de los «santos». Se refiere a las oraciones de los cristianos, pues los santos –en términos del Nuevo Testamento– son los cristianos. La oración es para Dios alabanza, fragancia digna de ser aceptada.

Se resalta aquí la universalidad de la redención. A manera de coros concéntricos, la alabanza a Dios y al Cordero asume dimensiones cósmicas. Nadie está excluido de la participación en esta liturgia universal. La adoración de toda la creación se dirige hacia el trono (que es el elemento central del capítulo 4) y el Cordero (personaje central del capítulo 5). De esta manera estratégica ambos capítulos logran su unidad literaria y teológica: Dios y el Cordero, ambos enaltecidos en el mismo ámbito de la divinidad compartida.

6,1-17 Los sellos. Los sellos eran usados en la antigüedad para identificar la propiedad, dar validez a los documentos y para proteger cosas valiosas o secretas. El libro sellado es propiedad exclusiva de Dios y contiene los planes secretos de su plan salvador. Jesucristo, el Cordero, puede desatar, uno por uno, los siete sellos de libro. Lo abre de par en par para que se cumplan los decretos de Dios. De ese libro van saliendo, casi por encantamiento, caballos. Hay que apreciar el dramatismo plástico de estas imágenes en movimiento «casi cinematográficas» y tratar de visualizarlas. A ello nos invita el texto con la cadencia de acciones sucesivas: «Vi... oí... decía: Ven…» (1s). El primer caballo designa a Jesucristo resucitado, adornado con el característico color blanco de la resurrección. Ha vencido por su misterio pascual. Y está dispuesto a seguir combatiendo contra las fuerzas negativas que invaden la historia, representadas en la visión de los otros tres caballos. Al final de la historia será el vencedor absoluto.

El segundo caballo es color fuego, color de la sangre. Es la «violencia» que quita la paz y perpetra el asesinato, desde la sangre de Abel hasta la de Jesús y sus testigos pasando por toda la sangre injustamente derramada a lo largo de toda la historia humana. La violencia desnaturaliza a los hermanos. La humanidad escribe su historia a base de sangre y de guerras.

El caballo negro significa «el hambre», la carestía de la vida provocada por la opulencia de unos pocos infligida sobre los demás, a quienes oprime, empobrece y mata de hambre. Es el gran pecado de la injusticia social.

El cuarto caballo, símbolo de la «muerte», tiene el color de la hierba cuando se está secando (amarillo). La interpretación nos viene ofrecida: es la muerte, la suerte fatal de la humanidad. El texto ofrece el lúgubre cortejo que acompaña a la muerte: la espada o la violencia, el hambre, las diversas plagas de peste y epidemias.

Dios no aparece como el «vengador sediento de sangre» sino como el «defensor» que vela por el dere-

tes del mundo, con la espada, el hambre, la
peste y las fieras.
9 Cuando abrió el quinto sello, vi con
vida debajo del altar a los que habían sido
asesinados por la Palabra de Dios y por el
testimonio que habían dado. 10 Gritaban
con voz potente: Señor santo y verdadero,
¿cuándo juzgarás a los habitantes de la tie-
rra y vengarás nuestra sangre? 11 Entonces
les dieron a cada uno una vestidura blanca
y les dijeron que esperaran todavía un
poco, hasta que se completase el número
de sus hermanos que, en el servicio de
Cristo, iban a ser asesinados como ellos.
12 Cuando se abrió el sexto sello, vi que
sobrevino un violento terremoto, el sol se
volvió negro como ropa de luto, la luna
tomó color de sangre, 13 las estrellas caye-
ron del cielo a la tierra, como caen los hi-
gos verdes de la higuera sacudida por el
huracán. 14 El cielo se retiró como un rollo
que se enrolla, y todas las montañas e islas
se desplazaron de sus puestos. 15 Los reyes
del mundo, los nobles y los generales, los
ricos y poderosos, los esclavos y los hom-
bres libres se escondieron en grutas y cue-
vas de montes, 16 y decían a los montes y
peñascos: Caigan sobre nosotros y ocúlten-
nos de la mirada de aquel que se sienta en
el trono y de la ira del Cordero. 17 Porque ha
llegado el día solemne de su ira y, ¿quién
podrá resistir?

Los que se salvan

7 1 Después vi cuatro ángeles de pie en
los cuatro puntos cardinales, sujetan-
do los cuatro vientos de la tierra para que
no soplasen sobre la tierra, sobre el mar ni
sobre los árboles. 2 Vi otro ángel que subía
desde oriente, con el sello del Dios vivo, y
gritaba con voz potente a los cuatro ánge-
les encargados de hacer daño a la tierra y
al mar: 3 No hagan daño a la tierra ni al mar
ni a los árboles, hasta que no sellemos en
la frente a los servidores de nuestro Dios.
4 Oí el número de los marcados con el se-
llo: ciento cuarenta y cuatro mil de todas
las tribus de Israel:

5 De la tribu de Judá doce mil,
de la tribu de Rubén doce mil,
de la tribu de Gad doce mil,
6 de la tribu de Aser doce mil,
de la tribu de Neftalí doce mil,
de la tribu de Manasés doce mil,

---

cho de todos sus hijos e hijas. Ante el sacrificio de tantas víctimas inocentes (degolladas como el Cordero), Dios responde no con venganza, sino enviando a su Hijo quien derramó su sangre inocente por nuestros pecados.

Dios cuenta con la oración de los cristianos. Para hacer frente a la avalancha de males (simbolizados en los tres últimos caballos) que invade a nuestra humanidad, y para hacer avanzar con decisión la historia de la salvación, es necesaria, desde la visión de Dios, la oración sincera y perseverante de los cristianos.

Los cataclismos de 12-14 indican, según un esquema bíblico y apocalíptico, la inminente aparición divina, la llegada de la ira de Dios (cfr. Is 13,10; 50,3; 34,4; Jr 4,24; Jl 3,3s).

Sorprende al lector la expresión «la ira del Cordero» (16). Hay que decir que Jesús no es insensible frente al mal. En su vida dio pruebas elocuentes de su ira ante la obstinada maldad de la gente (cfr. Mc 3,1-5). Le duele profundamente la injusticia humana y su cerrazón ante la gracia. Tampoco se puede silenciar el misterio humano de la iniquidad. La obcecación humana aparece frecuentemente registrada en nuestro libro (11,18; 14,10; 16,19).

7,1-17 Los que se salvan. Los siervos de Dios serán preservados. Tal es el epígrafe y el consuelo que ofrece el capítulo siete. Estos personajes marcados o sellados son los cristianos, los que ya poseen indeleblemente el sello del bautismo (cfr. Ef 1,13; 4,30; 2 Cor 1,2); éstos se verán asistidos por una especial providencia divina. Obsérvese el significativo cambio en el orden de los doce patriarcas: se comienza no por Rubén, sino por Judá, pues en él se prefigura el Mesías (Jesucristo es llamado «el león de la tribu de Judá» (5,5).

El simbólico número de ciento cuarenta y cuatro mil es el resultado de multiplicar las doce tribus de Israel por doce (los doce apóstoles del Cordero: 21,14), y luego por mil, que es la cifra de la historia de la salvación. Es el número de los elegidos del nuevo Israel, mucho más numeroso que el Israel antiguo de las doce tribus. Dios abarca en su abrazo salvador a todos los pueblos, razas y lenguas.

Hay un cambio de escenario (9). Se describe el triunfo de los mártires-testigos cristianos en el cielo, ante el trono y el Cordero. Es muchedumbre inmensa e innumerable, pues abarca a todas las naciones. Acontece, por fin, el cumplimiento de la vieja promesa hecha por Dios a Abrahán sobre su descendencia (cfr. Gn 22,15-18). La muchedumbre está de pie, en señal de victoria como el Cordero que «está de pie» (5,6). Endosan túnicas blancas, pues participan ya de la resurrección de Cristo y reciben el premio prometido. Hay que apreciar el atrevido simbolismo de la ex-

7 de la tribu de Simeón doce mil,
de la tribu de Leví doce mil,
de la tribu de Isacar doce mil,
8 de la tribu de Zabulón doce mil,
de la tribu de José doce mil,
de la tribu de Benjamín doce mil marcados con el sello.

9 Después vi una multitud enorme, que nadie podía contar, de toda nación, raza, pueblo y lengua: estaban delante del trono y del Cordero, vestidos con túnicas blancas y con palmas en la mano. 10 Gritaban con voz potente: La victoria es de nuestro Dios, que está sentado en el trono, y del Cordero. 11 Todos los ángeles se habían puesto en pie alrededor del trono, de los ancianos y de los cuatro vivientes. Se inclinaron con el rostro en tierra delante del trono y adoraron a Dios 12 diciendo: Amén. Alabanza y gloria, sabiduría y acción de gracias, honor y fuerza y poder a nuestro Dios por los siglos de los siglos. Amén.

13 Uno de los ancianos se dirigió a mí y me preguntó: Los que llevan vestiduras blancas, ¿quiénes son y de dónde vienen? Contesté: Tú lo sabes, señor. 14 Me dijo: Éstos son los que han salido de la gran tribulación, han lavado y blanqueado sus vestiduras en la sangre del Cordero. 15 Por eso están ante el trono de Dios, le dan culto día y noche en su templo, y el que se sienta en el trono habita entre ellos. 16 No pasarán hambre ni sed, no les hará daño el sol ni el calor los molestará, 17 porque el Cordero que está en el trono los apacentará y los guiará a fuentes de agua viva. Y Dios secará las lágrimas de sus ojos.

El séptimo sello y el incensario

8 1 Cuando abrió el séptimo sello, se hizo en el cielo un silencio de media hora. 2 Vi a los siete ángeles que estaban delante de Dios: les entregaron siete trompetas. 3 Otro ángel vino y se colocó junto al altar con un incensario de oro; le dieron incienso abundante para que lo añadiese a las oraciones de todos los santos, sobre el altar de oro, delante del trono. 4 De la mano del ángel subió el humo del incienso con las oraciones de los santos hasta la presencia de Dios. 5 Después tomó el ángel el incensario, lo llenó con brasas del fuego del altar y lo arrojó a la tierra. Hubo truenos y estampidos, relámpagos y un terremoto.

Las siete trompetas

6 Los siete ángeles con las siete trompetas se dispusieron a tocarlas. 7 El primero dio un toque de trompeta: hubo granizo y fuego mezclados con sangre, que fue arrojado a la tierra. Se quemó la tercera parte de la tierra, junto con la tercera parte de los árboles y toda la hierba verde.

8 El segundo ángel dio un toque de trompeta: una montaña enorme se desplomó ar-

---

presión, pues rompe toda coherencia cromática, al escribir: «Han lavado y blanqueado sus vestiduras en la sangre del Cordero» (14).

La escena que presenta los versículos 15-17 es evocadora: cesarán todas las penalidades, Dios enjugará todas las lágrimas y restañará todo cuanto hace sufrir a la humanidad. La razón de tanto bienestar es que Jesucristo resucitado, el Cordero, se convierte en nuestro pastor que nos conduce hacia las fuentes de la vida (cfr. Is 49,10; Sal 121,6; Ap 22,1).

8,1-5 El séptimo sello y el incensario. Jesucristo, el Cordero, abre el último de los sellos. La acción se inicia con un silencio de media hora: silencio elocuente ante la sublimidad de Dios (cfr. Zac 2,17; 4 Esd 6,39), el propio de la liturgia. Todo está preparado. Las siete trompetas van pronto a resonar. La comunidad cristiana que lee el libro debe abrirse, desde un silencio atento y receptivo, al misterio y juicio de Dios (cfr. Sof 1,7). Un ángel realiza una acción simbólica. Mezcla perfume con las oraciones de los santos. Cristo despliega en la fragilidad de nuestras oraciones la fuerza de su intercesión. Asimismo, el apóstol Pablo ha dicho que, aunque nosotros no sabemos orar, el Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad (cfr. Rom 8,26). Dios cuenta con nuestras oraciones, que son transformadas y asociadas eficazmente a la obra de la salvación. Dotada ya la oración de la fuerza divina, tendrá unas consecuencias insospechadas. El incensario, lleno de fuego, es arrojado a la tierra (cfr. Ez 10,2.6). Se producen los signos típicos de la teofanía: truenos, relámpagos... Se pone en movimiento el juicio de Dios. Se oye el toque de las trompetas.

8,6–9,21 Las siete trompetas. La primera trompeta provoca una colosal tormenta de granizo y fuego, con sangre. Se insiste en el castigo que simbolizaba el cuarto caballo, el del color verde-amarillo (6,8) y se evoca la séptima plaga de Egipto (cfr. Éx 9,22-26). La segunda alude a una convulsión volcánica de dimensiones cósmicas, que recuerda la primera plaga de Egipto (cfr. Éx 7,20s). La tercera produce una catástrofe de signo astral: una estrella ardiente aplasta la tierra y emponzoña las aguas, volviéndolas amargas. Existe una coincidencia sorprendente en la aplicación de este desastre en nuestra historia reciente. El nombre

diendo en el mar. La tercera parte del mar
se volvió sangre, [9] la tercera parte de los
seres vivos marinos pereció, y la tercera
parte de las naves naufragó.
[10] El tercer ángel dio un toque de trom-
peta: cayó del cielo una estrella gigantesca,
ardiendo como una antorcha; cayó sobre la
tercera parte de los ríos y sobre los manan-
tiales de agua. [11] La estrella se llama Ajen-
jo. Un tercio del agua se volvió ajenjo y
muchos hombres que bebieron de esas
aguas murieron, porque se habían vuelto
amargas.
[12] El cuarto ángel dio un toque de trom-
peta: se oscureció la tercera parte del sol,
de la luna y de las estrellas, de modo que
una tercera parte de todo se oscureció; fal-
tó una tercera parte de la luz del día y lo
mismo sucedió con la noche. [13] Vi un águi-
la volando por lo más alto del cielo y oí que
gritaba muy fuerte: ¡Ay, ay, ay de los habi-
tantes de la tierra cuando suenen las trom-
petas que van a tocar los otros tres ángeles!

9 [1] El quinto ángel dio un toque de
trompeta: vi un astro caído del cielo a
la tierra, que recibió la llave del calabozo
del abismo. [2] Abrió el pozo del abismo y su-
bió un humo del pozo, como humo de un
horno gigante; el sol y el aire se oscurecie-
ron con el humo del pozo. [3] Del humo sa-
lieron langostas que se extendieron por la
tierra. Y recibieron un poder como el que
tienen los escorpiones de la tierra. [4] Pero les

---

de la estrella es «Ajenjo» o «aguas amargas», que en el contexto bielorruso traduce la palabra «Chernóbil», el accidente nuclear de tan vastas y mortíferas consecuencias para la humanidad y la naturaleza. La cuarta trompeta alude a un eclipse simultáneo de planetas y satélites (cfr. Éx 10,21; Jl 3,4).

Respecto a la comprensión cristiana de estas plagas, ayuda saber que el Apocalipsis ha efectuado una libre recreación sobre varios modelos inspirativos: la destrucción de Sodoma y Gomorra, las plagas de Egipto y elementos de su propia visión. Se evoca, en definitiva, el poder perverso del mal, que realiza una obra opuesta a la primera creación, como una «anti-creación». Todo cuanto Dios había hecho bueno (la luz, las aguas, la tierra), ahora se menciona en orden inverso, se lo desnaturaliza, el «cosmos» (orden) regresa al «caos» (confusión). La reiteración de estas catástrofes posee una función pedagógica: actúan a manera de llamada insistente para que no se endurezca el corazón (como ocurría al faraón en Egipto) y la humanidad opresora se convierta.

La lectura del capítulo 9 produce sensación de vértigo; aparece la eclosión del mal «in crescendo». Véase su progresión en cadena. De las profundidades del abismo se levanta una humareda; de la humareda surgen saltamontes, y esos saltamontes resultan tan dañinos como los escorpiones. Éstos son caracterizados con rasgos grotescos, casi humanos o des-humanizados. Su rey se llama «Abadón» (el Exterminador). Serán tiempos de calamidad, en donde hasta la vida se convertirá en náusea. Sería preferible, entonces, la muerte; pero la muerte huye. El objetivo de tanta calamidad es buscar la profunda conversión del corazón humano.

El Apocalipsis describe con la extravagancia de algunos rasgos simbólicos la tremenda fuerza del mal en la historia. Son en síntesis éstos: los centros de poder opresivo simbolizados en coronas «como de oro»; en rostros que han perdido todo rasgo de humanidad: son ya inhumanos; en cabellos como de mujer, reducida ésta sólo a una fatal seducción; en dientes como de león, aludiendo a la crueldad del ser humano; en el poder de los escorpiones, puestos para hacer daño. Todo ello configura un cuadro impresionista, «goyesco» o «picassiano» (el Guernica, por ejemplo). Se encuentran aquí burdamente bosquejados los horrores de la guerra y de la inhumanidad.

Para la comunidad que lee el Apocalipsis se abre un tiempo de reflexión sobre el imperio del mal que invade nuestra historia. Pero el mal tiene un origen. No proviene de Dios, sino de un opuesto a Él. Tan enorme es su fuerza que no puede explicarse a partir de un hombre, sino de una instancia más potente e inhumana. El Apocalipsis lo designará como el gran Dragón, Diablo o Satanás. La comunidad cristiana debe saber que este tiempo de calamidad y de persecución será de cinco meses, es decir, tendrá una duración limitada y pasajera.

Con el toque de la sexta trompeta se intensifica la acción corrosiva del mal. Quedan sueltas las fuerzas naturales que ocupaban toda la tierra, representada en sus cuatro puntos cardinales; y el mal se desencadena a sus anchas, ahogando a la humanidad con su veneno. Surgen unos caballos cuyo número es incontable (9,16). Cabalgan en estampida, están provistos de una enorme ferocidad, pues más adelante se transforman en leones. Sus jinetes son apenas entrevistos. Ambos, caballos y caballeros, forman una unidad ecuestre, casi como centauros de la muerte. Llevan un colorido fantástico, un pelaje diabólico. Con todo ello se expresa dramáticamente la suma violencia. Están hechos sólo para dañar. Son partícipes de las fuerzas negativas, pues tienen colas como de serpiente. Quien los mueve y azuza es el Diablo, la serpiente primitiva (12,3.14.15; 20,2).

Todo este conjunto de símbolos e imágenes aterradoras que nos pueden parecer como salidos de una desbordada fantasía, están apuntando a la realidad del

prohibieron hacer daño a la hierba de la tie-
rra o al pasto o a los árboles. Sólo les per-
mitieron hacer daño a los hombres que no
llevaban en la frente el sello de Dios; 5 no
para matarlos, sino para atormentarlos cin-
co meses. El tormento es como el de un
hombre picado por un escorpión. 6 En
aquel tiempo los hombres buscarán en
vano la muerte, desearán morir, y la muer-
te huirá de ellos. 7 Las langostas se parecen
a caballos preparados para la batalla; lle-
van en la cabeza coronas como de oro, tie-
nen rostro como de hombres, 8 cabello co-
mo de mujer, sus dientes como de león.
9 Llevan corazas como de hierro. El rumor
de sus alas es como el fragor de muchos
carros de caballos corriendo a la batalla.
10 Tienen colas como de escorpión, como
aguijones, y en la cola poder para hacer
daño a los hombres por cinco meses. 11 Su
rey es el ángel del abismo, cuyo nombre en
hebreo es Abadón y en griego Apolión.
12 Pasó el primer ay; atención, que detrás
llega el segundo.
13 El sexto ángel dio un toque de trom-
peta: escuché una voz que salía de los cua-
tro salientes del altar de oro que está
delante de Dios 14 y decía al sexto ángel
que tenía la trompeta: Suelta a los cuatro
ángeles encadenados junto al río Grande
–el Éufrates–. 15 Soltaron a los cuatro ánge-
les, que estaban preparados para una hora
de un día de un mes de un año, para matar
a una tercera parte de la humanidad. 16 Oí
el número de los escuadrones de caballería:
doscientos millones. 17 Éste es el aspecto
que vi de los caballos y sus jinetes: llevaban
corazas de fuego, color jacinto, y azufre.
Las cabezas de los caballos como de leo-
nes; de las bocas salía fuego y humo y azu-
fre. 18 Por esas tres plagas que salían de su
boca, fuego y humo y azufre, pereció una
tercera parte de la humanidad.
19 Los caballos tienen su fuerza en la
boca y en la cola. Sus colas parecen ser-
pientes con cabezas y con ellas hieren. 20 El
resto de los hombres que no murieron por
estas plagas, no se arrepintieron de las
obras de sus manos: no dejaron de adorar
a los demonios y a los ídolos de oro, plata
y bronce, de piedra y madera, que ni ven ni
oyen ni caminan. 21 No se arrepintieron de
sus homicidios, ni de sus brujerías, ni de
sus inmoralidades sexuales ni de sus robos.

El pequeño libro

10 1 Vi otro ángel poderoso bajando del
cielo, envuelto en una nube, con el
arco iris sobre la cabeza; su rostro como el
sol, sus piernas como columnas de fuego.
2 Tenía en la mano un pequeño libro abier-
to. Apoyó el pie derecho en el mar y el iz-
quierdo en tierra firme 3 y gritó con voz po-
tente, como ruge un león. Cuando gritó, ha-
blaron con su voz los siete truenos. 4 Cuan-
do los siete truenos hablaron, me dispuse a
escribir. Pero oí una voz del cielo que me
decía: Guarda en secreto lo que dijeron los

«mal» que padecen cada día millones y millones de seres humanos víctimas de toda clase de violencia: guerras, injusticia social, opresión, hambre, marginación, asesinatos, abortos, carestía de lo más esencial para la vida. Y todo ello, en un planeta llevado a la destrucción por la desenfrenada e incontrolada explotación de los recursos naturales. Lo que vemos cada día en nuestras pantallas de la TV y leemos en nuestros periódicos, nos lo presenta el autor del libro en una visión apocalíptica que lleva consigo el rechazo de Dios ante los males que sufre la humanidad y una llamada universal a la conversión. Conversión «vertical», que significa adorar al único Dios y tenerle a Él solo como Señor. Y conversión «horizontal» que elimine todas las fuerzas del mal que oprimen a la humanidad.

10,1-11 El pequeño libro. Aparece un ángel vigoroso. Sus rasgos deslumbrantes lo describen como una figura celestial muy cercana al Señor, tal como fue contemplado al inicio del libro (1,9-20): le envuelve una nube, un arco iris nimba su cabeza, el brillo soleado de su rostro y la firmeza de sus pies son aspectos característicos del Señor. Toda esta vistosidad iconográfica insiste en la trascendencia divina del personaje y en la gravedad del mensaje que va a proclamar. Admírese el poderío impresionista de las imágenes del Apocalipsis. Como si de ese sol surgiesen verticalmente dos enormes rayos, fulminando el universo, así apoya sus dos pies sobre el mar y la tierra este ángel. Igual que un coloso que realiza un acto de posesión absoluta. En señal de dominio lanza un rugido de león.

El misterioso ángel levanta su mano al cielo (cfr. Dt 32,40) para acompasar con su gesto un juramento solemne (cfr. Dn 12,7). Toma por testigo al mismo Dios, aquí contemplado como el Viviente y el Creador de todo cuanto existe.

El contenido del juramento se refiere a la plena seguridad de que el «Misterio» o designio universal de salvación se va a realizar por entero. Dios sostiene, orienta y empuja este cumplimiento. Pero no hay que fijarse en los cálculos temporales, sino en la certeza de

siete truenos y no lo escribas. 5 El ángel que
vi de pie sobre el mar y la tierra firme alzó
la mano derecha hacia el cielo 6 y juró por
el que vive por los siglos de los siglos, que
creó el cielo y cuanto contiene, la tierra y
cuanto contiene, el mar y cuanto contiene:
que ya no queda tiempo; 7 que, cuando
suene el toque de trompeta del séptimo án-
gel, se cumplirá el plan secreto de Dios,
como anunció a sus siervos los profetas.
8 La voz celeste que había oído me diri-
gió de nuevo la palabra: Anda, toma el
pequeño libro que tiene abierto en la mano
el ángel plantado sobre el mar y la tierra
firme.
9 Me dirigí al ángel y le pedí que me en-
tregara el pequeño libro. Me dice: Toma y
cómelo, que en la boca te sabrá dulce
como miel y amargo en el estómago. 10 To-
mé el pequeño libro de mano del ángel y lo
comí: en la boca era dulce como miel; pero
cuando lo tragué, sentí amargo el estóma-
go. 11 Me dicen: Tienes que profetizar de
nuevo sobre muchos pueblos, naciones,
lenguas y reyes.

Los dos testigos

11 1 Me entregaron una caña semejante
a una vara de medir y me ordena-
ron: Levántate y mide el templo de Dios y
el altar y cuenta a los que adoran en él. 2 El
atrio exterior del templo exclúyelo de la
medida, porque se entrega a los paganos,
que pisotearán la Ciudad Santa cuarenta y
dos meses. 3 Enviaré a mis dos testigos,
que, vestidos con hábitos de penitencia,
profetizarán mil doscientos sesenta días.
4 Son los olivos y las dos lámparas que es-
tán ante el Señor del mundo. 5 Si alguien in-
tenta hacerles daño, echarán por la boca un
fuego que consumirá a sus enemigos. Así
ha de morir quien intente hacerles daño.
6 Ellos tienen poder para cerrar el cielo, de
modo que no llueva mientras ellos profeti-
zan, y poder sobre las aguas para conver-
tirlas en sangre, y poder sobre la tierra para
herirla con plagas cuando quieran. 7 Cuan-
do terminen su testimonio, la fiera que sube
del abismo les declarará guerra, los derro-
tará y los matará. 8 Sus cadáveres queda-
rán tendidos en la calle de la Gran Ciudad
que lleva el nombre simbólico de Sodoma y
Egipto, donde fue crucificado su Señor.
9 Durante tres días y medio, gente de diver-
sos pueblos, razas, lenguas y naciones vigi-
larán sus cadáveres y no permitirán que los
sepulten. 10 Los habitantes del mundo se
alegrarán de su derrota, y lo festejarán en-

---

su consumación y en la seguridad ineluctable del triunfo final. Tanta grandeza del ángel misterioso se concentra en el «pequeño libro» (así descrito en el griego del texto). A saber, el plan de Dios ha ido realizándose paulatinamente en la historia. Dentro de este proceso, Juan, como profeta, asume su importancia. Ahora se revela el gesto simbólico del ángel que le ofrece el libro para que lo devore. Juan se traga el libro. Existe una alusión al profeta Ezequiel quien realiza idéntica acción (cfr. Ez 2,8–3,3). El gesto plástico muestra el proceso de interiorización de la Palabra. Es menester asimilarla e incorporarla, a fin de que el profeta viva ya de la fuerza de la Palabra de Dios. El sabor que depara resulta agridulce. Por una parte, conlleva el gozo de anunciar el mensaje de Dios; por otra, la amargura que implica el rechazo deliberado a la palabra predicada. (cfr. Am 3,3-8; Jr 20,9).

11,1-14 Los dos testigos. El horizonte de la proclamación de la Palabra de Dios se abre a la universalidad. Nadie debe quedar al margen del anuncio del misterio de Dios. Juan es investido profeta: su libro –el Apocalipsis cristiano que estamos leyendo– goza de la garantía autorizada de Dios. La Iglesia es comparada a un templo. El santuario de Dios y el altar son medidos, a saber, preservados por Dios; aunque el patio exterior es pisoteado y entregado a los paganos. La imagen-secuencia quiere decir que la Iglesia conocerá tiempos de persecución (42 meses, a saber, un tiempo limitado), pero no será destruida ni aniquilada por completo. El poder de Dios la asiste y protege lo más sagrado que hay en ella.

El relato de los dos testigos-profetas (3-14) es, sin duda, uno de los más enigmáticos y difíciles de todo el libro, pero asimismo de los más fecundos e inspiradores para entender la vocación profética de la Iglesia. Estos dos testigos, por los rasgos con que son descritos, pueden ser: Josué y Zorobabel (cfr. Zac 4,2s = Ap 11,4); Elías (cfr. 2 Re 1,5-12 = Ap 11,4; 1 Re 17,1 = Ap 11,6) y Jeremías (cfr. Jr 5,14 = Ap 11,5); Moisés y Aarón (cfr. Éx 7,17.19s = Ap 1,16). O bien Moisés y Elías, los dos testigos que aparecieron junto a Jesús durante la transfiguración (cfr. Mt 17,1-9). Pero, debido a la acumulación de alusiones, complicidades, insinuaciones... el autor pretende sugerir no una interpretación restringida, sino representativa. En definitiva, estos dos testigos son figura de la Iglesia profética, muestran simbólicamente a toda la Iglesia en el ejercicio de su misión evangelizadora ante el mundo. Según el Apocalipsis existe una potencia demoníaca –«bestial»–, que pone en marcha toda persecución histórica contra la Iglesia profética. Se llama la «trinidad demoníaca».

viándose mutuamente regalos, porque
aquellos dos profetas atormentaban a los
habitantes del mundo. 11 Pasados los tres
días y medio, el aliento de vida de Dios pe-
netró en ellos, y se pusieron en pie. Los que
lo vieron se llenaron de terror 12 y oyeron
una voz potente, del cielo, que les decía:
Suban acá. Subieron en una nube al cielo
mientras sus enemigos los miraban.
13 En aquel momento sobrevino un gran
terremoto y la décima parte de la ciudad se
derrumbó y murieron en el terremoto siete
mil personas. Los restantes se aterrorizaron
y confesaron la gloria del Dios del cielo.
14 Pasó el segundo ay; mira que pronto lle-
ga el tercero.

La séptima trompeta

15 El séptimo ángel dio un toque de
trompeta: voces potentes resonaron en el
cielo: Ha llegado el reinado en el mundo de
nuestro Señor y de su Mesías y reinará por
los siglos de los siglos. 16 Los veinticuatro
ancianos sentados en sus tronos delante de
Dios se inclinaron hasta el suelo y adoraron
a Dios 17 diciendo:

Te damos gracias, Señor, Dios Todopoderoso,
el que es y el que era,
porque has asumido el poder supremo y el reinado.
18 Los paganos se habían enfurecido,
pero llegó el tiempo de tu ira,
la hora de juzgar a los muertos
y de dar el premio a tus siervos los profetas,
a los consagrados, a los que respetan tu Nombre, pequeños y grandes;
la hora de destruir a los que destruyen la tierra.

La mujer y el dragón

19 En ese momento se abrió el templo de
Dios que está en el cielo y apareció en el
templo el arca de su alianza. Hubo relám-
pagos, estampidos, truenos, un terremoto y
una fuerte granizada.

12 1 Una gran señal apareció en el cie-
lo: una mujer revestida del sol, la
luna bajo los pies y en la cabeza una coro-
na de doce estrellas. 2 Estaba encinta y gri-
taba de dolor en el trance del parto. 3 Apa-
reció otra señal en el cielo: un dragón rojo

Los testigos mueren donde «su Señor fue crucificado», es decir, son maltratados en nombre de Jesús. Si persiguieron al Maestro, también son perseguidos sus discípulos (cfr. Jn 16,20). Tal es la razón profunda de toda persecución y el timbre de gloria de todo mártir: ser testigo de Jesús.

Se asiste ahora a la presentación de la más dura persecución que el mundo, cerrado al mensaje de la salvación, infiere a la Iglesia. A los testigos-profetas se les niega hasta el derecho de una sepultura (cfr. Jr 3,2; Sal 79,2s; Tob 1,18). Ante su muerte degradante, los pueblos no se conduelen, sino que en danza macabra, contrapartida de la fiesta de los Purim (cfr. Est 9,10; Neh 8,10-12), se alegran y se hacen regalos. Con qué razón a Juan le supo amargo el libro (10,10b).

11,15-18 La séptima trompeta. Pero los profetas cristianos, asistidos por Dios, no sucumben finalmente ante el mal. Su predicación no acaba en fracaso. Tras un tiempo de persecución limitado (tres días y medio), el Espíritu de Dios les da vida; se levantan y se ponen de pie, resucitan igual que el Cordero quien está permanentemente de pie (5,6) y suben triunfantes al cielo, a la región de Dios. El destino de la Iglesia profética se calca en el de Jesús; los testigos cristianos reproducen su misma vida: predicación, muerte, ignominia. Si mueren con Él, también resucitarán con Él. Cristo sigue dando hoy testimonio al mundo a través de sus profetas y testigos.

En la visión de Juan se han roto las fronteras entre el cielo y la tierra: existe una comunicación perfecta. Todo cuanto realiza con empeño la Iglesia terrestre tiene su reflejo en el cielo. Ésta ha cumplido fielmente su misión. De todo ello participa la Iglesia celeste, y se alegra. La presente doxología es la respuesta jubilosa al testimonio doloroso, pero fecundo, de la Iglesia profética. El himno insiste en el reinado de Dios y de Cristo, quien lo hace visible en la tierra a través de sus testigos. Su instauración y establecimiento van a encontrar una doble repuesta. Una negativa, de rechazo, que es calificado con el bíblico nombre del «tiempo de la ira»; otra, acogedora, de recompensa a los profetas y santos, y a quienes veneran el nombre del Señor. Pero el reino de Dios posee un dinamismo expansivo que ningún impedimento será capaz de sofocar.

11,19–12,18 La mujer y el dragón. Este capítulo se encuentra saturado de detalles simbólicos muy complejos, que han dado lugar a interpretaciones invero-

enorme, con siete cabezas y diez cuernos y
siete turbantes en las cabezas. 4 Con la cola
arrastraba la tercera parte de los astros del
cielo y los arrojaba a la tierra. El dragón es-
taba frente a la mujer que iba a dar a luz,
dispuesto a devorar a la criatura en cuanto
naciera. 5 Dio a luz a un hijo varón, que ha
de apacentar a todas las naciones con vara
de hierro. El hijo fue arrebatado hacia Dios
y hacia su trono. 6 La mujer huyó al desier-
to, donde tenía un lugar preparado por Dios
para sustentarla mil doscientos sesenta
días.

7 Se declaró la guerra en el cielo: Miguel
y sus ángeles luchaban contra el dragón; el
dragón luchaba asistido de sus ángeles;
8 pero no vencía, y perdieron su puesto en
el cielo. 9 El dragón gigante, la serpiente
primitiva, llamada Diablo y Satanás, que
engañaba a todo el mundo, fue arrojado a
la tierra con todos sus ángeles. 10 Escuché
en el cielo una voz potente que decía:

Ha llegado la victoria, el poder y el reinado de nuestro Dios
y la autoridad de su Cristo;
porque ha sido expulsado el que acusaba a nuestros hermanos,
el que los acusaba día y noche ante nuestro Dios.
11 Ellos lo derrotaron con la sangre del Cordero
y con su testimonio, porque despreciaron la vida hasta morir.
12 Por eso que se alegren los cielos, y sus habitantes.
Pero, ¡Ay de la tierra y del mar!,
porque el Diablo ha bajado hasta ustedes,
enfurecido, porque sabe que le queda poco tiempo.

---

símiles basadas en mitos primitivos. El mensaje fundamental se refiere a la Iglesia, como nuevo pueblo de Dios, quien da a luz, en medio de la hostilidad y persecución a muerte, a Jesús, el Mesías. La palabra «señal» no quiere decir un portento espectacular, sino un signo misterioso que exige una clarificación. Dos señales, de signo antagónico, la mujer y el dragón, aparecerán en permanente conflicto a lo largo de nuestro capítulo.

La mujer está adornada con un cúmulo de rasgos vistosos, que deben ser interpretados. Su vestido de sol indica la predilección con que Dios la envuelve (cfr. Gn 3,21; Is 52,1; 61,1), un vestido hecho de celestial hermosura (1,16). Pisa la luna, a saber, supera las fases del tiempo (cfr. Sal 88,38): es perpetuamente joven y hermosa como la Amada del Cantar (6,10). Su corona de doce estrellas alude al premio (corona como galardón: 2,10; 3,11), que significa poder compartir una condición gloriosa («la estrella matutina» 2,28). Doce es el número de las tribus y de los apóstoles (21,12-14). Esta mujer representa a la Iglesia en la feliz plenitud de su realización, anclada en la eternidad de Dios, partícipe de la misma vida de Dios, y como la coronación ideal del pueblo de Dios.

Junto a esa imagen gloriosa de la mujer, aparece también, en continuidad visual, otro aspecto más terreno y doloroso. La mujer es madre anunciada. «Grita», es decir, se queja por el parto que se avecina y suplica a Dios que la socorra. Se debate entre los dolores del alumbramiento; pero éstos no son sino el preludio de la era mesiánica (cfr. Miq 4,9s; Gál 4,27). Ambas facetas, de gloria y sufrimiento, deben complementarse; las dos se refieren a la Iglesia contemplada ya sea en su escatología realizada, ya en su devenir histórico.

Se presenta la otra señal: un gran dragón. Tiene color sanguinario –el rojo de la sangre (6,4)– y posee un poder inhumano pero no absoluto, pues no tiene siete cuernos –es la cifra del Cordero (5,6)– sino diez. En un gesto inaudito, barre con su cola la tercera parte de las estrellas. Para percibir su trasfondo histórico, conviene recordar que la expresión se aplicó a Antíoco IV Epífanes cuando ambicionó una gloria divina (cfr. Dn 8,10). El dragón posee, pues, una manía obsesiva en ser como dios. La otra ambición consiste en perseguir con saña a la mujer. Repárese en la desproporción manifiesta. Un enorme dragón se aposta frente a una pobre mujer impedida para devorar al débil hijo en el momento de su nacimiento. Se presiente un drama de muerte, allí donde va a nacer la vida.

A pesar del asedio y amenaza, la mujer consigue dar a luz a un hijo varón, cuyo oficio es «pastorear». Por su clara alusión al Sal 2, que ha sido interpretado en clave mesiánica (cfr. Is 7,14; Ap 2,27; 19,15), este hijo varón se refiere a Jesucristo. Aquí se habla principalmente del nacimiento pascual de Jesús. Tal es la óptica del libro acerca de Jesús, contemplado en su misterio de muerte y resurrección. A través de la resurrección, Jesús escapó de las garras de muerte del dragón y fue llevado junto al trono de Dios (cfr. Jn 12,24; Hch 2,24). En la imagen de la mujer está representada la Iglesia, la que da a luz a Cristo (cfr. Ef 4,13; Gál 4,19) y también María, su madre, quien lo da a luz en contexto de dolor. El desierto es lugar de la ambivalencia: puede ser escenario de dura prueba y también servir de encuentro con Dios en la soledad

13 Cuando vio el dragón que había sido
arrojado en tierra, persiguió a la mujer que
había dado a luz al varón. 14 A la mujer le
dieron las dos alas del águila gigante, para
que volase a su puesto en el desierto, don-
de la sustentarán un año y dos años y me-
dio año, lejos de la serpiente. 15 La
serpiente echó por la boca agua como un
río detrás de la mujer, para arrastrarla en la
corriente. 16 Pero la tierra auxilió a la mujer
abriendo la boca y bebiendo el río que ha-
bía echado por la boca el dragón. 17 Enfu-
recido el dragón con la mujer, se alejó a
pelear con el resto de sus descendientes,
los que cumplen los preceptos de Dios y
conservan el testimonio de Jesús. 18 Y se
detuvo a la orilla del mar.

Las dos fieras
(Dn 7)

13 1 Vi salir del mar una fiera con diez
cuernos y siete cabezas; en los cuer-
nos diez turbantes y en las cabezas títulos
blasfemos. 2 La fiera de la visión parecía un
leopardo, con patas como de oso y boca
como de león. El dragón le delegó su poder,
su trono y una autoridad grande. 3 Una de
sus cabezas parecía herida de muerte, pero
la herida mortal se sanó. Todo el mundo
admirado seguía a la fiera y adoraba al dra-
gón que dio su autoridad a la fiera; 4 y ado-
raban a la fiera diciendo: ¿Quién se mide
con la fiera?, ¿quién podrá luchar con ella?
5 Le permitieron decir cosas arrogantes y
blasfemas, le dieron autoridad para actuar

(cfr. Os 2). Dios protege a su Iglesia a lo largo de su éxodo por el desierto; la alimenta con el maná (cfr. Éx 16) y –en clave cristiana– con el nuevo maná, que es la eucaristía (cfr. Jn 6).

La resurrección posee efectos fulminantes: el cielo, adquirido por Cristo, exige que sea liberado de espíritus rebeldes. A través de reliquias de antiguas creencias (cfr. Dan 10,13.21; 21,1), el libro recuerda una gran contienda en los cielos. El arcángel Miguel, cuyo nombre significa «¿Quién como Dios?» o el «combatiente de Dios», y sus ángeles pelean contra el dragón y los suyos. Lo que el libro pretende subrayar es la derrota sin paliativos, para siempre, del gran dragón y sus secuaces. Los evangelios también lo afirmarán (cfr. Lc 10,18; Jn 12,31). El texto insistentemente reitera que el Diablo o Satanás, el instigador del mal en el mundo, ha sido arrojado del cielo y echado a la tierra. La victoria es celebrada de inmediato y con toda solemnidad en el cielo, donde resuena una voz inmensa. Se trata de la voz de los veinticuatro ancianos (4,4) y los mártires que clamaban bajo el altar (6,9) y la multitud de los sellados (7,9). Toda la asamblea del cielo se regocija. Se ha hecho realidad la victoria de Dios y de Cristo; ha sido derrocado el «acusador permanente de nuestros hermanos». El Diablo es interpretado conforme a su escritura griega, a saber, «Satán» o el «Acusador» (cfr. Job 1,9-11). En lugar de ser acusados, los cristianos son ahora los vencedores. Como Cristo, su Señor (5,9.11), y juntamente con Él, han vencido por medio de su sangre derramada y de su testimonio.

El dragón persigue sin tregua a la mujer por el desierto, pero su esfuerzo es vano. Esta mujer que representa la Iglesia, es asistida por Dios quien la lleva sobre alas de águila (proverbial imagen bíblica de la providencia: cfr. Éx 19,4; Dt 32,11), y es nutrida por el simbólico maná (cfr. 1 Re 17,4; 19,5-7). La persecución contra la mujer no cesa. Aparece una nueva trampa mortal, simbolizada esta vez en las aguas turbulentas (cfr. Sal 18,5; 32,6; 124,4); pero resulta inútil acabar con la Iglesia. Las aguas se pierden en la tierra, como torrentes engañosos.

Otra nueva decepción acrecienta la rabia del dragón. Se hincha de cruel despecho. Ya le queda poco tiempo y arremete con saña; la persecución se tornará más severa contra los hijos de la mujer, es decir, contra los cristianos, quienes dan testimonio de Jesús. La comunidad eclesial debe vivir alerta y alentada, participando en el canto de victoria de sus hermanos ya triunfantes en el cielo (10-13).

13,1-18 Las dos fieras. El presente capítulo aparece abigarrado de una confusa simbología animal (bestias, leopardos, cuernos...). Se trata de una denuncia del mal (dicha en clave apocalíptica), que el mismo autor está padeciendo en Patmos y que, como profeta inspirado, ve desplegarse en la persecución contra la Iglesia. La primera fiera surge del mar, del oscuro mundo del caos (cfr. Gn 1,2; Sal 88,10s) como las cuatro bestias que ve el profeta Daniel (cfr. Dn 7): representa la hostilidad hacia Dios. Su aspecto es híbrido, extraño cruce de varios animales feroces. En la fiera se concentran las bestias anunciadas por el profeta Daniel: es la suma de todos los imperios que habían oprimido históricamente al pueblo de Dios. Nuestro libro contempla esa fiera encarnada en el anticristo o imperio romano, que persigue y mata a los cristianos.

Juan reconoce que sólo Dios se sienta en el trono (4,2) y que detenta toda autoridad (4,11), sin embargo el gran dragón va contra Dios y quiere arrebatarle su poder. Tal es la profunda perspectiva del libro. Estos tres animales no son sino una burla de la Santa Trinidad. Frente a Dios Padre, a Jesucristo y al Espíritu santo, se levantan el gran dragón, la primera bestia, y la segunda bestia. El mal en la historia tiene raíces demoníacas. La esencia de esta trinidad diabólica es la perversión: ir contra Dios y combatir la Iglesia con todos los medios a su alcance, con la violencia de la sangre o el engaño de la captación.

cuarenta y dos meses. 6 Abrió la boca blas-
femando de Dios, blasfemando de su Nom-
bre y su morada y de los que habitan en el
cielo. 7 Le permitieron hacer la guerra a los
santos y vencerlos; le dieron autoridad so-
bre toda raza, pueblo, lengua y nación. 8 La
adorarán todos los habitantes de la tierra
cuyos nombres no están registrados desde
el principio del mundo en el libro de la vida
del Cordero degollado. 9 El que tenga oídos
que escuche: 10 El destinado al cautiverio
irá cautivo, el destinado a la espada a es-
pada morirá. ¡Aquí se pondrá a prueba la
perseverancia y la fe de los santos!

11 Vi subir de la tierra otra fiera, con dos
cuernos como de cordero, que hablaba
como un dragón. 12 Ejercía toda la autori-
dad de la primera fiera en su presencia, y
obligaba a todos los habitantes de la tierra
a adorar a la primera fiera, cuya herida
mortal se había sanado. 13 Hace grandes
señales: hace caer rayos del cielo a la tierra
en presencia de los hombres. 14 Engaña a
los habitantes de la tierra con las señales
que le permiten hacer delante de la fiera.
Manda a los habitantes de la tierra fabricar
una imagen de la fiera herida a espada y to-
davía viva. 15 Le permitieron infundir alien-
to en la imagen de la fiera, de modo que la
imagen de la fiera hablara e hiciera morir a
los que no adoraban la imagen de la fiera.
16 A todos, pequeños y grandes, ricos y po-
bres, libres y esclavos, hace que les pongan
una marca en la mano derecha o en la fren-
te; 17 de modo que el que no lleve la marca
con el nombre de la fiera o con los nume-
rales de su nombre no pueda comprar ni
vender. 18 ¡Aquí se pondrá a prueba el ta-
lento! El que tenga inteligencia que calcule
el número de la fiera; es número de una
persona y equivale a 666.

Los salvados

14 1 Vi al Cordero que estaba en el
monte Sión y con él ciento cuarenta
y cuatro mil que llevaban su nombre y el
nombre del Padre grabado en la frente. 2 Oí
un ruido en el cielo: como ruido de aguas
torrenciales, como ruido de muchos true-
nos, el ruido que oí era como el de muchos

La primera fiera –con diez cuernos y herida mortalmente–, es una siniestra parodia de Cristo, el Cordero degollado pero de pie, a saber, muerto y resucitado (5,6). Ante ese grito blasfemo de la bestia, que pretende en su soberbia suplantar a Dios y erigirse como dios invicto, el libro responde que Cristo es más grande que el imperio y que los cristianos que sufren y son sacrificados serán los verdaderos triunfadores. La primera bestia posee una enorme vitalidad. No acaba de morir. Es el imperio de Roma pero no se agota en él, se reproduce fatalmente en otros sistemas totalitarios, centros de poder que atentan contra Dios y tratan de esclavizar su más viva imagen, el ser humano.

El libro está solicitando del lector o comunidad cristiana, un esfuerzo de suma atención. Debe la comunidad descifrar estos símbolos, discernir los signos de los tiempos, hacer una aplicación a la historia que vive y padece. Sólo el Espíritu Santo concede esta inteligencia espiritual para captar lúcidamente el hondo mensaje del libro, y junto a esta labor sapiencial, también se reclama una gran dosis de resistencia para hacer frente y soportar tanta adversidad.

La segunda fiera sube de la tierra, que significa el horizonte donde se desarrolla la historia humana. En toda su actuación, aparece como una contrapartida del Espíritu Santo de profecía. Pretende dar voz y vitalidad a la primera fiera, seduce a los seres humanos con los falsos valores del imperio. La segunda fiera es el espíritu de la mentira, el falso profeta. Representa todo el poder de propaganda del estado. Marca la frente –capacidad de pensar– y la mano –capacidad de iniciativa–, es decir, crea fanáticos a su sistema cerrado. Impide también el libre comercio de las ideas y de las mercancías. Crea un falso bienestar para unos pocos adeptos y hace que el resto quede encandilado ante tanta opulencia. Representa toda ideología –esa tremenda fuerza de la propaganda– que anula la capacidad de libertad, a fin de lograr un culto idolátrico, y que los hombres vivan como esclavos, al «dictado» servil de cuanto se les diga.

El capítulo acaba con una llamada a la reflexión sapiencial. Según las reglas de la «gematría», la cifra 666, leída en caracteres hebreos, da como resultado esta frase: «Nerón César». Con ello se alude a que el poder demoníaco de la fiera se encarnó en Nerón, el perseguidor de los cristianos. Pero el siniestro personaje parecía encarnarse en sucesivos emperadores asimismo sangrientos. Uno de ellos: Domiciano. El Apocalipsis denuncia una atroz persecución; pero al mismo tiempo anuncia un consuelo. La cifra no llega a la totalidad, que sería exactamente 777 (tres veces siete). Habrá, pues, una persecución cruel, pero será parcial y transitoria. La comunidad cristiana no debe venirse abajo en su fidelidad y perseverancia.

14,1-5 Los salvados. Como contraste ante la capitulación casi generalizada de los habitantes de la tierra, los adoradores de la fiera (13,8.12), queda un resto que está con el Cordero victorioso. Importa subrayar la novedad. Ya no aparece Jesucristo en su egregia soledad (5,1-14), sino acompañado de

arpistas tocando sus arpas. 3 Cantan un
cántico nuevo delante del trono, delante de
los cuatro vivientes y de los ancianos. Na-
die podía aprender el cántico fuera de los
ciento cuarenta y cuatro mil rescatados de
la tierra. 4 Son los que no se han contami-
nado con mujeres y se conservan vírgenes.
Éstos acompañan al Cordero por donde
vaya. Han sido rescatados de la humanidad
como primicias para Dios y para el Corde-
ro. 5 En su boca no hubo mentira: son inta-
chables.

La hora del juicio

6 Vi otro ángel volando por lo más alto
del cielo llevando la Buena Noticia eterna,
para anunciarla a los que residen en la tie-
rra, a toda nación, raza, lengua y pueblo.
7 Él proclamaba con voz potente: Res-
peten a Dios y denle gloria, porque ha lle-
gado la hora de su juicio. Adoren al que
hizo el cielo y la tierra, el mar y los ma-
nantiales.
8 Un segundo ángel lo acompañaba di-
ciendo: Cayó, cayó la gran Babilonia, la
que embriagaba a todas las naciones con el
vino furioso de su prostitución.
9 Un tercer ángel los acompañaba di-
ciendo a grandes voces: El que adore a la
fiera y a su imagen, el que acepte su mar-
ca en la frente o en la mano 10 habrá de be-
ber el vino de la cólera de Dios vertido sin
mezcla en la copa de su ira; será atormen-
tado con fuego y azufre delante de los san-
tos ángeles y delante del Cordero. 11 El
humo del tormento se eleva por los siglos
de los siglos. No tienen descanso de día ni
de noche los que adoran a la fiera y a su
imagen, los que reciben la marca de su
nombre. 12 ¡Aquí está la constancia de los
santos, que observan los mandamientos de
Dios y se mantienen fieles a Jesús! 13 Oí

144.000. Este número (7,4-8) representa el resto de Israel (cfr. Is 1,9; 4,2s; 6,13; Ez 9,1-4; Am 3,12): son la fuerza viva de la Iglesia. No llevan la marca de la fiera (13,16), sino grabado en sus frentes el nombre de Jesucristo y del Padre. Los cristianos están consagrados enteramente a Dios: viven protegidos por él y serán victoriosos con Jesucristo. Hay que admirar la belleza del texto que logra hacer música hasta con la misma letra, con la cadencia de las palabras. La música sinfónica se va modulando, en varios movimientos. Primero es voz celeste, luego se convierte en un trueno impetuoso, más tarde el trueno se refracta en voz de aguas torrenciales (cfr. Ez 1,24). Y este inmenso fragor se remansa en música suave: el «de arpistas tocando sus arpas»; se escucha la música sagrada de la liturgia (5,8; 15,2; 18,22).

El cántico nuevo es el que inaugura Jesucristo con su misterio de muerte y resurrección. Sólo Él es la novedad absoluta. Su triunfo posee el poder instaurador de hacer nuevas todas las cosas: el Nombre de Dios, la ciudad de Jerusalén, el cristiano y el universo (2,17; 3,12; 21,5). Cinco rasgos caracterizan a los componentes del cortejo del Cordero. Son vírgenes, es decir, se abstienen del culto de la idolatría (ya descrito en el capítulo 13). Siguen al Cordero de manera fiel e incondicional hasta donde sea preciso. Han sido rescatados, a saber, son propiedad exclusiva de Dios. Tienen labios sinceros (cfr. Sof 3,9.12s), como el siervo del Señor (cfr. Is 53,9) y el mismo Jesús (cfr. 1 Pe 2,22). No practican la mentira, es decir, la idolatría (cfr. Is 44,20; 57,4). En definitiva, frente a aquella visión negativa de la tríada demoníaca y sus secuaces, el libro ofrece ahora la positiva imagen de Jesucristo victorioso y de los cristianos leales: una Iglesia fiel y misionera, en marcha con su Señor.

14,6-20 La hora del juicio. Aparecen tres ángeles. Son heraldos de Dios y presagian los últimos acontecimientos. El primero, bien visible en lo alto del cielo, proclama un mensaje universal. Urge la conversión (cfr. Hch 14,15; 1 Tes 1,9), pues ha llegado la hora del juicio. El segundo ángel, para dar mayor realismo a la urgencia de la conversión, proclama como ya realizado el juicio definitivo sobre Babilonia, cuya destrucción será descrita más tarde (18). El tercer ángel anuncia el destino final del adorador de la fiera. Con imágenes lacerantes, tomadas del castigo proverbial de Sodoma y Gomorra (cfr. Gn 19,24; Ez 38,22), y de oráculos de exterminio (cfr. Jr 25,15), se muestra la severidad del juicio divino. Esta desdicha fatal queda resumida en tres penas: negación de la vida («tormento de fuego y azufre»), privación de relaciones sociales («sube el humo de su incendio desde la ciudad desolada») y perennidad del sufrimiento, pues «no tienen reposo ni de día ni de noche».

Los versículos 11-14 ofrecen otro momento de pausa sapiencial. Para no dejarse abatir por la suerte adversa de los idólatras, hay que reflexionar. Se requiere la constancia de los santos, gran capacidad de aguante y mantener la fe de Jesús, el testigo fiel del Padre. El Espíritu Santo resulta garante de una dicha inmensa. Los cristianos, que mueren en el Señor, los que han permanecido fieles, son ya bienaventurados. Se insiste en el comienzo sin retorno y sin mengua de tanta dicha: ya desde el momento de su muerte son felices. No les aguarda una desdicha fatal (como a los adoradores de la fiera), sino una bienaventuranza eterna. Sus obras de amor no morirán perdidas estérilmente en el olvido sino que permanecerán para siempre.

Tras el consuelo de la bienaventuranza, el libro refiere el cumplimiento de la proclama de los tres ánge-

una voz celeste que decía: Escribe: Felices
los que en adelante mueran fieles al Señor.
Sí –dice el Espíritu– descansarán de sus fa-
tigas porque sus obras los acompañan. 14 Vi
una nube blanca y en la nube sentada una
figura humana, con una corona de oro en la
cabeza y en la mano una hoz afilada.

15 Salió otro ángel del templo y gritó en
voz alta al que estaba sentado en la nube:
Mete la hoz y siega porque llegó la hora de
la siega, cuando la cosecha de la tierra está
bien madura. 16 El que estaba sentado en la
nube metió la hoz en la tierra y la tierra
quedó segada.

17 Salió otro ángel del templo del cielo,
también él con una hoz afilada.

18 Salió otro ángel de junto al altar, el
que controla el fuego, y dijo a grandes vo-
ces al de la hoz afilada: Mete la hoz afilada
y vendimia las uvas de la vid de la tierra,
porque los racimos están maduros. 19 El
ángel metió la hoz en la tierra y vendimió la
vid de la tierra y echó las uvas en la cuba
grande de la ira de Dios. 20 Pisaron la cuba
fuera de la ciudad y se desbordó la sangre
de la cuba, que llegó a la altura del freno de
los caballos en un radio de trescientos ki-
lómetros.

Las siete últimas plagas

15 1 Vi otra señal en el cielo, grande y
admirable: siete ángeles que llevan
las siete últimas plagas, en las que se ago-
ta la ira de Dios. 2 Vi una especie de mar
transparente veteado de fuego. Los que ha-
bían vencido a la fiera, a su imagen y al nú-
mero de su nombre estaban junto al mar
transparente con las cítaras de Dios. 3 Can-
tan el cántico de Moisés, siervo de Dios, y
el cántico del Cordero:

Grandes y admirables son tus obras,
Señor Dios Todopoderoso;
justos y acertados tus caminos,
Rey de las naciones.
4 ¿Quién no te respetará, Señor,
quién no dará gloria a tu nombre?
Tú sólo eres santo,
y todas las naciones vendrán
a adorarte en tu presencia,
porque se han revelado
tus decisiones.

---

les (15-20): el juicio inapelable de Dios. La representación se inspira en el profeta Joel (cfr. Jl 14,1) pero aquí disociada: primero descrita como cosecha, luego como una vendimia. El recolector es Jesucristo, quien aparece en la figura humana y adornado con una corona de oro, característica de su victoria ya lograda (6,2; 19,2).

Tres ángeles, en claro paralelismo literario a los tres anteriores, son los encargados de interpretar y dar la orden de la ejecución (cfr. Mt 9,38). La sangre que desborda de la cuba no forma un charco, sino un lago inmenso, que alcanza una altura desmesurada y se extiende ampliamente (300 kilómetros). Son visualizaciones a propósito distorsionadas con un objetivo teológico: dramatizar la grandeza y severidad del juicio.

15,1-8 Las siete últimas plagas. Juan se sitúa de nuevo en el escenario del cielo; contempla allí otra señal, la tercera, tras la manifestación de la mujer (12,1) y del gran dragón (12,3). Ve siete ángeles que llevan siete plagas: son las postreras, porque en ellas se va a consumar la ira de Dios. El capítulo quince ofrece una breve introducción a la ejecución de estas siete plagas, cuya pormenorizada descripción se dará en el capítulo siguiente. Este pasaje pretende fortalecer la fe de la comunidad cristiana tras la adversidad sufrida y la calamidad de las plagas que se avecinan. Fiel a su proverbial costumbre, el Apocalipsis sigue siendo el libro cristiano de la consolación.

Aparece un mar cristalino, veteado de fuego. Es bíblica referencia al Mar Rojo (cfr. Éx 15,1-9; Sab 19,2-21). Igual que los israelitas siguieron tras las huellas de Moisés, a pie enjuto, así marchan los cristianos fieles tras la senda abierta por el Cordero. Los vencedores son la contrarréplica a los adoradores idolátricos (13,7.14.15): han desafiado a la fiera, no le han prestado acatamiento ni han seguido sus consignas. Aunque se encuentren en medio del mar, símbolo de la tribulación, no hacen fondo ni se hunden en sus aguas formidables. Estar de pie es alusión a la firmeza y resurrección, como Jesucristo, el Cordero vencedor (5,6). Al final han resultado victoriosos con Él (12,11); por eso están de pie y entonan una liturgia de victoria. No hay dos cantos opuestos: el de Moisés y el del Cordero, sino un largo y continuado canto de victoria. Se insiste en la perspectiva unitaria de la economía de la liberación. Existe una sola historia de salvación que empezó en el Antiguo Testamento y que ahora se ha hecho plena realidad con la victoria de Jesucristo y de los suyos.

El cántico se presenta como una rica composición, entreverada de citas de los profetas y de alusiones a los salmos. Tres partes principales lo configuran. La admiración que despierta la grandeza de las acciones salvadoras de Dios. Estas obras maravillosas desembocan pronto en una alabanza a Dios, como Señor Todopoderoso y rey de las naciones. Por fin, una triple motivación recapitula el sentido de la alabanza: la

5 Después vi cómo se abría el templo, la
tienda del testimonio en el cielo. 6 Del tem-
plo salieron los siete ángeles de las siete
plagas, vestidos de lino puro resplande-
ciente, ceñida la cintura con cinturones de
oro. 7 Uno de los cuatro vivientes entregó a
los siete ángeles siete copas de oro llenas
de la ira de Dios que vive por los siglos de
los siglos. 8 El templo se llenó de humo por
la gloria y el poder de Dios, y nadie podía
entrar en el templo hasta que se completa-
ron las siete plagas de los siete ángeles.

Las copas de la ira

16 1 Oí una voz potente que salía del
templo y decía a los siete ángeles:
Vayan a derramar a la tierra las siete copas
de la ira de Dios.
2 Salió el primero y derramó su copa en
la tierra: a los que llevaban la marca de la
fiera les salieron úlceras malignas y graves.
3 El segundo derramó su copa en el mar:
Se convirtió en sangre como de muerto, y
murieron todos los seres vivientes del mar.
4 El tercero derramó su copa en los ríos
y manantiales y se convirtieron en sangre.
5 Oí que el ángel de las aguas decía: Justa
es tu sentencia, oh Santo, el que eres y el
que eras, 6 porque derramaron la sangre de
santos y profetas; les darás a beber sangre
como se merecen. 7 Y oí decir al altar: Sí,
Señor, Dios Todopoderoso, tus sentencias
son justas y acertadas.
8 El cuarto derramó su copa en el sol, y
le permitieron quemar a los hombres con
fuego. 9 Los hombres se quemaron terrible-
mente y blasfemaron del nombre de Dios,
que controla estas plagas; pero no se arre-
pintieron dando gloria a Dios.
10 El quinto derramó su copa sobre el
trono de la fiera: su reino quedó en ti-
nieblas, y se mordían la lengua de dolor.
11 Blasfemaron del Dios del cielo por sus úl-
ceras y dolores; pero no se arrepintieron de
sus acciones.
12 El sexto derramó su copa en el río
Grande –el Éufrates–: su agua se secó para
abrir paso a los reyes de oriente. 13 Vi salir
de la boca del dragón, de la boca de la fie-
ra y de la boca del falso profeta tres espíri-
tus inmundos como sapos. 14 Son los es-
píritus de demonios que hacen señales y se
dirigen a los reyes del mundo y los reúnen
para la batalla del gran día del Dios

---

santidad divina, la universalidad de la salvación y la invitación a verificar las buenas obras de Dios en la historia.

Tras esta visión alentadora, viene una escena que se desarrolla con rapidez. Aparecen siete ángeles ejecutores, vestidos igual que la figura humana, con ropas sacerdotales y regias (1,12). Los ángeles reciben la orden de parte de Dios, mediante uno de los vivientes. Las copas de oro ya fueron presentadas con las oraciones de los santos (5,8). Hay que recordar que las oraciones siempre son eficaces, aceleran el ritmo positivo de la historia de la salvación. El templo, rebosante de la majestad divina, se llena de humo (cfr. 1 Re 8,11; Éx 19,18; 40,34s). Se ha cumplido el plazo. Los designios de Dios están a punto de realizarse. Las siete copas se van a consumar.

16,1-21 Las copas de la ira. El septenario de las copas sigue el modelo dramático de las siete trompetas, ya mencionado anteriormente (8,7s). Pero no es mera repetición o apéndice. Con el sonar de las trompetas se aludía a la parcialidad –se hablaba con frecuencia de cifras incompletas–. Ahora las copas adquieren una dimensión universal: afectan a la totalidad de la humanidad y de la naturaleza. Llega la última oportunidad para la conversión. El Apocalipsis no realiza una simple evocación del Éxodo, sino que lo reinterpreta en clave de cumplimiento. La ira divina llega a sus últimas consecuencias. Pero Dios pide con urgencia una respuesta positiva de adoración. Así lo reconocen en el cielo, donde es alabado como santo y poderoso, como el «defensor» que escucha el clamor de la sangre de sus elegidos.

A pesar de tanta calamidad, de la extrema gravedad de las plagas, los seres humanos, tan recalcitrantes, no se convierten de sus fechorías ni reconocen la grandeza de Dios. Al contrario, en el colmo de su iniquidad, lo maldicen. Nos topamos de bruces con el misterio de la iniquidad. En la sexta copa se observa que el castigo señalado no consiste en la irrupción de ranas como acontecía en el Éxodo (7,26-29), sino en el secamiento del río Éufrates. Con la aridez de este río se abre repentina y peligrosamente una calzada expedita para la invasión de los temidos reyes de oriente. Se avecina la destrucción, que nadie puede ya impedir.

De la boca –insistentemente señalada– de cada uno de los componentes de la tríada demoníaca, salen tres espíritus inmundos. Su presencia y acción es la antítesis a la ejecutada por los tres ángeles ya reseñados (14,6-20). Tienen la misión de hacer señales y congregar a los reyes para la gran batalla. Son instrumentos de tinieblas y actúan de forma clandestina y viscosa (como sapos). Ya el Nuevo Testamento había advertido con palabras de Jesús (cfr. Mc 13,22) y de Pablo (cfr. 2 Tes 2,8s; 1 Tim 4,1-2) sobre el peligro de estos pseudos-profetas y sus falsas señales de captación.

Todopoderoso. 15 ¡Atención, que llego
como ladrón! Dichoso el que vela y guarda
sus vestidos; así no tendrá que pasear des-
nudo enseñando sus vergüenzas. 16 Los
reunió en un lugar llamado en hebreo Har-
Maggedon.

17 El séptimo derramó su copa en el aire.
Del templo y del trono salió una voz poten-
te que decía: ¡Se terminó! 18 Hubo relámpa-
gos, estampidos y truenos; hubo un gran
terremoto como no lo ha habido desde que
hay hombres en la tierra; así de violento era
el terremoto. 19 La Gran Ciudad se partió en
tres y se derrumbaron las ciudades de las
naciones. Dios se acordó de Babilonia la
Grande y le hizo beber la copa de la ira de
su cólera. 20 Huyeron todas las islas y no
quedaron montañas. 21 Granizo gigantesco
como talentos cayó del cielo sobre los
hombres. Los hombres blasfemaron de
Dios por la plaga de granizo, que era una
plaga terrible.

El juicio de la gran prostituta

17 1 Uno de los siete ángeles que tenían
las siete copas se acercó a mí y me
dirigió la palabra: Ven que te muestre el
castigo de la gran prostituta, sentada a la
orilla de los grandes ríos 2 con la que forni-
caron los reyes del mundo, y con el vino de
su prostitución se embriagaron los habitan-
tes del mundo. 3 Me trasladó en éxtasis a un
desierto. Allí vi una mujer cabalgando una
fiera color escarlata, cubierta de títulos
blasfemos, con siete cabezas y diez cuer-
nos. 4 La mujer vestía de púrpura y escarla-
ta, enjoyada de oro, piedras preciosas y
perlas. En la mano sostenía una copa de
oro llena de las obscenidades e impurezas
de su fornicación. 5 En la frente llevaba un
título secreto: Babilonia la Grande, madre de
las prostitutas y las obscenidades de la tie-
rra. 6 Vi a la mujer emborrachada con la san-
gre de los santos y la sangre de los testigos
de Jesús. Me llené de estupor a su vista.

7 El ángel me dijo: ¿De qué te admiras?
Te explicaré el secreto de la mujer y de la
fiera que la soporta, la de las siete cabezas
y los diez cuernos. 8 La fiera que viste exis-
tió y ya no existe, pero va a subir del abis-
mo para ser aniquilada. Los habitantes del
mundo cuyos nombres no están escritos
desde el principio del mundo en el libro de
la vida se asombrarán al ver que la fiera
existió y no existe y se va a presentar.
9 ¡Aquí se pondrá a prueba el talento del

El mismo Señor refuerza la exhortación a la vigilancia, avisando que viene repentinamente como un ladrón. Hay que estar alerta y conservar con decoro las vestiduras de la dignidad cristiana, a saber, configurarse con el Señor. Igual que el séptimo sello iniciaba un nuevo desarrollo en la gran visión del Apocalipsis (8,1-5), así también la séptima copa inaugura el despliegue de la sección que describe el desenlace final de la historia: 16,17–22,5. El derramamiento de la última copa provoca una serie de fenómenos naturales que conmueven el cosmos: truenos, relámpagos y temblores (8,5); las ciudades se cuartean y desaparecen. Una plaga de granizo se abate sobre la tierra. El paisaje descrito es desolador. A pesar de tan vasto castigo, la impenitencia de la gente se manifiesta aún más pertinaz; no se convierten, sino que continúan en su obstinada obcecación maldiciendo a Dios.

17,1-18 El juicio de la gran prostituta. Un ángel muestra a Juan la extraña presencia de una prostituta. Esta cortesana, por la abundancia de sus fornicaciones, es calificada como «grande». La prostitución significa en la Biblia la idolatría del pueblo. Ha sido infiel a la alianza y ha adulterado contra Dios (cfr. Nah 3,4; Is 23,16). El Espíritu Santo hace posible la visión de este espectáculo onírico del mal, encarnado en una mujer. También, más adelante, capacitará a Juan para contemplar la esposa del Cordero, la nueva Jerusalén (21,10). Es siempre el Espíritu quien con su fuerza inspiradora promueve a Juan para la honda comprensión de la historia.

El símbolo de la mujer se descompone en una serie de elementos visuales. La gran prostituta se convierte en fiera, y ésta en la gran ciudad. Tenemos, pues, tres emblemas fundamentales: la prostituta, la fiera, la ciudad. Se trata, en definitiva, de la hostilidad demoníaca contra Dios y la Iglesia, que por su enorme ferocidad asume acepciones agresivas diversas, mostrando así la espiral de su vitalidad incesante.

La más honda realidad de la prostituta, su perversión, se descubre cuando es puesta en parangón con la esposa del Cordero. Preciso es no extraviarse en un laberinto de extraños símbolos. Veamos cómo el Apocalipsis ha conseguido describir con la fuerza del paralelismo literario dos figuras antagónicas: la santidad y el pecado, la Iglesia y la idolatría. La prostituta lleva en su mano una copa de oro; ya sabemos que el oro es el color/metal de la liturgia (1,12; 2,1; 15,6.7), pero ella profana ese uso divino, pues su cáliz dorado está lleno de la impureza de sus fornicaciones. Va vestida de un lujo ostentoso, de púrpura y escarlata. En cambio, la esposa viste de lino brillante y puro; y este vestido no significa sino las obras justas de los santos (19,8). La gran prostituta aparece grotescamente borracha, embriagada de la sangre de los mártires. La

perspicaz! Las siete cabezas son siete coli-
nas, donde está entronizada la mujer. Son
también siete reyes: 10 Cinco han caído,
uno está reinando, otro no ha llegado aún;
cuando venga, durará poco. 11 La fiera que
existía y no existe ocupa el octavo puesto,
aunque es uno de los siete, y será destrui-
do. 12 Los diez cuernos que viste son diez
reyes que todavía no reinan; pero durante
una hora compartirán con la fiera la autori-
dad. 13 Tienen un solo propósito y someten
su poder y autoridad a la fiera. 14 Lucharán
contra el Cordero, pero el Cordero los de-
rrotará, porque es señor de señores y rey de
reyes, y los que él ha llamado son elegidos
y leales. 15 Añadió: los ríos que viste, donde
está sentada la prostituta, son pueblos,
multitudes, naciones y lenguas. 16 Los diez
cuernos que viste y la fiera aborrecerán a la
prostituta, la dejarán arrasada y desnuda,
se comerán su carne y la quemarán. 17 Por-
que Dios los ha movido a ejecutar su de-
signio, aunando propósitos y sometiendo
sus reinos a la fiera, hasta que se cumplan
los planes de Dios. 18 La mujer que viste es
la gran capital, soberana de los reyes del
mundo.

Caída de Babilonia

18 1 Después vi bajar del cielo a otro
ángel, con gran autoridad, y la tierra
se deslumbró con su resplandor. 2 Gritó con
voz potente: ¡Cayó, cayó la Gran Babilonia!
Se ha vuelto morada de demonios, guarida
de toda clase de espíritus inmundos, guari-
da de toda clase de aves impuras y repug-
nantes, 3 porque todas las naciones han
bebido del vino furioso de su prostitución, y
los reyes del mundo han fornicado con ella
y los comerciantes del mundo se han enri-
quecido con su lujo fastuoso. 4 Oí otra voz
celeste que decía: Pueblo mío, salgan de
ella, para no ser cómplice de sus pecados y
no sufrir sus castigos. 5 Porque sus pecados
se apilan hasta el cielo, y el Señor tiene en
cuenta sus crímenes. 6 Páguenle en su mis-
ma moneda, denle el doble por sus accio-
nes; la copa en que preparó sus mezclas
llénenla el doble; 7 cuanto fue su derroche y
su lujo dénselo de pena y tormento. Se de-

Iglesia es la esposa del Cordero degollado. Con su sangre derramada Cristo, el Cordero, la rescata y la adquiere para sí (5,6.9.12; 13,8). La aparición de la prostituta llena de asombro a Juan. El «ángel intérprete» no explica el símbolo de la mujer, sino el de la fiera: «existió pero ya no existe» (8). Con esta entrecortada expresión –que se encuentra de manera repetida en nuestro pasaje– se indica la debilidad temporal de este poder corrosivo. Aunque el mal siga encarnándose en sucesivos personajes y acontecimientos, al final serán destruidos. Sólo Dios posee el dominio y la eternidad; Él se erige verdaderamente en «el que es, el que era y que será» (1,4).

Se habla sucesivamente de siete colinas y de siete reyes. Obvia alusión a las siete colinas de Roma y a sus siete emperadores: Augusto, Tiberio, Calígula, Claudio, Nerón, Vespasiano y Tito; el octavo, Domiciano, de quien se dice que es uno de los siete, es como un nuevo Nerón que persiguió a los cristianos con gran crueldad. El autor escribe en tiempos de Domiciano, pero aparenta vivir en tiempos de Vespasiano, el sexto emperador; así puede anunciar la brevedad del reinado de Tito –solo dos años– y dar más credibilidad a sus predicciones. Algo semejante hizo el autor del libro de Daniel aparentando vivir durante la cautividad de Babilonia.

También puede verse en la cifra siete el «totalitarismo» del imperio que se opone a Dios y la índole frágil de este imperio, que marcha irremediablemente hacia su perdición. Cuando venga el octavo –que aún está por venir–, durará poco. Comienza el inicio del fin.

Los versículos 12-17 narran un combate entre los diez reyes, emisarios de la fiera, es decir, todo el poder anticristiano de la historia. Pero no se describe la contienda, sino que se certifica la consecución de una victoria. Vence el Cordero, porque sólo Él es «Rey de reyes y Señor de señores». Con semejante título Jesucristo asume funciones divinas, las propias de Dios en el Antiguo Testamento (cfr. Dt 10,17; Dn 2,47). La victoria posee también un carácter reivindicativo y antiimperial; pues el emperador Domiciano era aclamado como «dominus et deus noster», es decir, «nuestro dios y señor». Sólo Jesucristo es para los creyentes el verdadero césar y emperador.

La presentación de este drama simbólico, un tanto enmarañado, pretende conducir a una profunda actitud sapiencial. Debe discernir el lector y la comunidad cristiana en cada momento quién asume en la historia estas exigencias de absoluto poder, propias de Dios y quién combate contra la Iglesia.

18,1–19,4 Caída de Babilonia. El anuncio de la caída de Roma y del final de las persecuciones está narrado en sentido épico. El autor canta la caída de Roma con una lamentación parecida a la que se usaban en las tragedias griegas de la antigüedad. Los amigos de Roma, reyes, príncipes, comerciantes, pilotos, navegantes y marineros, cada cual a su turno, pronuncia una estrofa de lamentación. La presencia de los marineros acentúa el dramatismo (cfr. Ez 27,30s).

cía: Tengo un trono de reina; no quedaré viuda ni pasaré penalidades. 8 Por eso, en un día le llegarán sus plagas: matanza, duelo y hambre, y la incendiarán; porque el Señor Dios que la condena es poderoso.

9 Por ella llorarán y harán duelo los reyes del mundo que con ella fornicaron y se dieron al lujo, cuando vean el humo de su incendio, 10 y desde lejos, por miedo a su tormento, dirán: ¡Ay, ay de la Gran Ciudad, Babilonia la poderosa, que en una hora se cumplió tu sentencia!

11 Los comerciantes del mundo llorarán y harán duelo por ella, porque ya nadie compra su mercancía: 12 oro y plata, piedras preciosas y perlas, lino y púrpura, seda y escarlata, maderas aromáticas, objetos de marfil, instrumentos de maderas preciosas, de bronce, hierro y mármol, 13 canela y especias, perfumes, mirra e incienso, vino y aceite, flor de harina y trigo, vacas y ovejas, caballos, carros, esclavas y esclavos. 14 La ganancia que codiciabas se te escapó, tu refinamiento y esplendor los has perdido y no los volverás a encontrar. 15 Los comerciantes en esos productos, que se enriquecían con ella, se mantendrán a distancia por miedo a sus tormentos, llorarán y harán duelo 16 diciendo: ¡Ay, ay de la Gran Ciudad, que se vestía de lino, púrpura y escarlata, que se enjoyaba con oro, piedras preciosas y perlas! 17 Tanta riqueza arrasada en una hora.

Todos los pilotos y navegantes, marineros y traficantes marinos se quedarán lejos y, al ver el humo de su incendio, 18 gritarán: ¿Quién como la Gran Ciudad? 19 Se echarán polvo a la cabeza, llorarán y harán duelo gritando: ¡Ay, ay de la Gran Ciudad, de cuya abundancia se enriquecían los que navegan por el mar; que en una hora ha sido arrasada! 20 Alégrense por ella, cielos, santos y apóstoles y profetas, porque, al condenarla a ella, Dios les ha hecho justicia.

21 Después un ángel poderoso levantó una piedra como una rueda de molino y la arrojó al mar diciendo: Así será arrojada con ímpetu Babilonia, la Gran Ciudad, y no se la encontrará más. 22 No se escuchará en ti sonido de cítaras, cantores, flautistas y trompetas; no habrá allí artesanos de ningún oficio; no se oirá en ti el ruido del molino 23 ni brillará en ti la luz de la lámpara, ni se oirá en ti la voz del novio y de la novia. Tus mercaderes eran grandes del mundo, con tus hechicerías se extraviaron todas las naciones, 24 en ella se derramó la sangre de profetas y santos y de todos los asesinados en el mundo.

19 1 Después escuché en el cielo un rumor como de una gran multitud que decía: ¡Aleluya! A nuestro Dios corresponden la victoria y la gloria y el poder, 2 porque son justas y acertadas sus sentencias. Porque ha condenado a la gran prostituta que corrompió al mundo con sus inmoralidades y le ha exigido cuentas de la sangre de sus servidores. 3 Y repitieron: ¡Aleluya! El humo de ella asciende por los siglos de los siglos.

4 Los veinticuatro ancianos y los cuatro vivientes se postraron y adoraron al Dios sentado en el trono y dijeron: ¡Amén, aleluya!

Repiten un grito idolátrico, muestra de la ambición con que la gran ciudad ha pretendido usurpar la gloria a Dios: «¿quién como la gran ciudad?». No acaban de dar crédito a la catástrofe que están presenciando y, en un gesto de total desesperación, se echan polvo de duelo sobre sus cabezas.

En manifiesto contraste, se invita a la alegría de los cristianos, congregados en tres grupos (como en 12,12 y en paralelismo con los grupos satélites de la gran ciudad). Mas no es la ruina de Babilonia lo que se debe celebrar (¿para qué cebarse en el sufrimiento ajeno?). Se festeja el definitivo restablecimiento de la justicia divina. La bien detallada enumeración de desgracias se inspira en los profetas (cfr. Ez 27; Jr 25,10). Se acaba todo cuanto significa gozo, esperanza de vida, música. Sólo queda lamento, tristeza de muerte. Hay que notar el gran contraste con la nueva Jerusalén. Aquí sí arderá la lámpara del Cordero (21,22) y se oirá la voz del esposo y de la esposa (22,17).

Se reseña al final, como una grave recapitulación, su horrendo crimen: haber dado muerte inicuamente a los profetas y a los santos, a tantos hombres y mujeres anónimos que han sido «degollados» como el Cordero degollado (5,6). Nótese la semejanza terminológica y la denuncia, pretendidas por nuestro libro.

Esta ciudad representa, en primer lugar, a Roma, la capital del imperio. Pero el símbolo del Apocalipsis se refiere a toda ciudad idólatra y autosuficiente, es decir, la que crea en su interior un sistema cerrado para unos pocos, hecho de consumo desenfrenado, desatento hacia los pobres y oprimidos, y en donde ni la vida humana se respeta.

La boda del Cordero

5 Del trono salió una voz que decía: Ala-
ben a nuestro Dios, todos sus siervos y fie-
les, pequeños y grandes. 6 Y escuché un
rumor como de una gran multitud, como
ruido de aguas torrenciales, como fragor de
truenos muy fuertes: ¡Aleluya ya reina el
Señor, Dios [nuestro] Todopoderoso! 7 Ale-
grémonos, regocijémonos y demos gloria a
Dios, porque ha llegado la boda del Corde-
ro, y la novia está preparada. 8 La han ves-
tido de lino puro, resplandeciente –el lino
son las obras buenas de los santos–.

9 Me dijo: Escribe: Dichosos los convida-
dos a las bodas del Cordero y añadió: Son
palabras auténticas de Dios. 10 Caí a sus
pies en adoración. Pero me dijo: ¡No lo ha-
gas! Soy siervo como tú y como tus her-
manos que mantienen el testimonio de
Jesús. A Dios has de adorar –el testimonio
de Jesús es el espíritu profético–.

El jinete victorioso
(Is 63)

11 Vi el cielo abierto y allí un caballo
blanco. Su jinete [se llama] Fiel y Verda-
dero, Justo en el gobierno y en la guerra.
12 Sus ojos son llama de fuego, en la cabe-
za lleva muchas diademas. Lleva grabado
un nombre que solamente él conoce. 13 Se
envuelve en un manto empapado en san-
gre. Su nombre es la Palabra de Dios. 14 Las
tropas celestes lo siguen cabalgando blan-
cos caballos, vestidos de lino blanco lim-
pio. 15 De su boca sale una espada afilada
para herir a las naciones. Los apacentará
con vara de hierro y pisará la cuba del vino
de la ardiente ira de Dios Todopoderoso.
16 En el manto y sobre el muslo lleva escrito
un título: Rey de reyes y Señor de señores.

17 Vi un ángel de pie sobre el sol, que gri-
taba a todas las aves que vuelan por el cie-
lo: Vengan, reúnanse para el gran banquete
de Dios. 18 Comerán carne de reyes, carne
de generales, carne de poderosos, carne de
caballos con sus jinetes, carne de libres y
esclavos, de pequeños y grandes. 19 Vi que
la fiera y los reyes del mundo con sus tro-
pas se reunían para luchar contra el jinete y
su tropa. 20 Cayó prisionera la fiera y con
ella el falso profeta que, haciendo señales
ante ella, engañaba a los que aceptaban la
marca de la fiera y a los que adoraban su
imagen. Los dos fueron arrojados vivos al
foso de fuego y azufre ardiente. 21 Los de-
más fueron ejecutados con la espada del ji-
nete, la que sale de su boca. Y todas las
aves se cebaron en sus carnes.

19,5-10 La boda del Cordero. Desde el cielo, los rescatados siguen la suerte de los cristianos. Existe estrecha comunión entre el cielo y la tierra. La Iglesia celeste celebra ahora el triunfo sobre la gran Babilonia, pormenorizadamente detallado en el capítulo anterior. La inmensa muchedumbre, compuesta por ángeles (5,11; 7,11) y cristianos ya vencedores (7,9.10; 12,10), alaba a Dios. Tiene tres poderosos motivos. Dios ha juzgado con rectitud (15,3; 16,7), ha condenado a la gran prostituta (17,1-2.4; 18,9) y ha vengado la sangre de sus mártires que con tanta vehemencia le suplicaban (6,10). Una voz que sale del trono exhorta al reconocimiento de Dios. Se invita a los santos y, en enumeración polar, a los pequeños y los grandes. Toda la humanidad, pues, sin exclusión de nadie, está convocada a la alabanza ecuménica de «nuestro Dios».

La alegría invade el cielo y la tierra («¡Aleluya!»). Dios ya ha establecido su reinado y han llegado las bodas de Cristo con su Iglesia. Viene la plenitud del gozo. El poder del amor de Cristo triunfa sobre el mal de este mundo. Estas palabras resultan tan sublimes que Juan cae de rodillas, anonadado y reverente. Pero no un ángel, sino el mismo Dios es el garante de tanto gozo y esperanza para los cristianos. Él solo debe ser adorado. La expresión es breve pero reviste enorme importancia para la vida apostólica de la Iglesia. Jesucristo sigue dando hoy su testimonio (Él es el único «testigo fiel» 1,5) ante el mundo mediante la presencia de sus profetas cristianos, que el Espíritu Santo inspira y fortalece.

19,11-21 El jinete victorioso. En este denso relato (11-21), donde cada frase suena a reclamo profético del Antiguo Testamento, se enuncia la definitiva victoria de Jesucristo. En dicho triunfo colaboran también los cristianos. Se asiste, pues, a la clamorosa victoria de nuestro Señor con la Iglesia sobre las fuerzas del mal. Aquel caballo blanco que apareció fugazmente en la apertura del primer sello (6,2), muestra ahora todo su esplendor. Se dijo entonces que salió como «vencedor» y para «seguir venciendo». Ahora ha llegado el momento de su victoria final. Conocemos ya su jinete: Jesucristo es quien lo monta; quien aparece adornado con multitud de símbolos que insisten en su carácter divino. Su verdadero nombre es la Palabra de Dios. Su manto, empapado en sangre, recuerda la profecía de Isaías (cfr. Is 63,3) y es alusión a su muerte cruenta, por la cual ha conseguido la victoria. El Señor es confesado por la comunidad cristiana como el Cordero degollado y victorioso (5,6.9.12). Pero el ji-

El gran milenio

20 [1] Vi un ángel que bajaba del cielo con la llave del abismo y una enorme cadena en la mano. [2] Sujetó al dragón, la serpiente primitiva, que es el Diablo y Satanás, lo encadenó por mil años [3] y lo arrojó al abismo. Cerró y selló por fuera, para que no extravíe a las naciones hasta que se cumplan los mil años. Después lo han de soltar por breve tiempo.

[4] Vi unos tronos, y sentados en ellos los encargados de juzgar; vi también las almas de los que habían sido decapitados por el testimonio de Jesús y la Palabra de Dios, los que no adoraron a la fiera ni su imagen, los que no aceptaron su marca ni en la frente ni en la mano. Vivieron y reinaron con Cristo mil años. [5] Los demás muertos no revivieron hasta pasados los mil años. Ésta es la resurrección primera. [6] Dichoso y santo el que tome parte en la resurrección primera. No tendrá poder sobre ellos la muerte segunda, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo y reinarán con él mil años. [7] Pasados los mil años soltarán de la prisión a Satanás, [8] y saldrá a extraviar a las naciones en las cuatro partes del mundo, a Gog y a Magog. Los reunirá para la batalla, innumerables como la arena del mar. [9] Avanzarán sobre la anchura de la tierra y cercarán la fortaleza de los santos y la ciudad amada. Pero caerá un rayo del cielo que los consumirá. [10] El Diablo que los había engañado fue arrojado al foso de fuego y azufre, con la fiera y el falso profeta: allí serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos.

El juicio

[11] Vi un trono grande y blanco y a uno sentado en él. De su presencia huyeron la tierra y el cielo sin dejar rastro. [12] Vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante el trono. Se abrieron los libros, y se abrió también el libro de la vida. Los muertos fue-

---

nete vencedor, que es nuestro Señor, no cabalga solo. Le acompañan otros jinetes: los cristianos fieles hasta el final. Van vestidos de blanco, es decir, han lavado y blanqueado sus túnicas en la sangre del Cordero, han muerto y resucitado con Él (7,10). Se subraya de nuevo el carácter divino de Jesucristo, pues porta un título que sólo a Dios se tributa: Rey de reyes y Señor de señores. Es, además, título imperial.

El combate es dado ya por concluido con un veredicto de victoria. Un ángel lo proclama con un grito que recuerda oráculos proféticos (cfr. Ez 39,4s). Las dos fieras, engendros del gran dragón, son arrojadas al estanque de fuego y azufre. Tal precipitación significa su destrucción completa. Todos los demás autores de muerte también fueron aniquilados. La victoria de nuestro Señor y de los suyos consigue el triunfo inapelable del bien sobre el mal.

Importa ver –conforme avanza la lectura del libro– la progresión en la destrucción inexorable del mal. Tras la caída del imperio del mal, simbolizado en la gran prostituta (17,1-18), de la gran Babilonia (18,1–19,4) y de las dos fieras (20), ahora se asiste a la aniquilación del enemigo número uno: el gran dragón. Éste es designado con sus apelativos más conocidos en la Biblia: la serpiente primitiva, el Diablo y Satanás.

20,1-10 El gran milenio. Se menciona con frecuencia (2.3.4.5) la expresión de «mil años», una cifra que ha creado a lo largo de los siglos muchas e innecesarias elucubraciones y que ha dado lugar al célebre milenarismo, condenado repetidas veces por la Iglesia. Se ha pensado en un periodo de bienestar rebosante en la humanidad. Incluso en la unión plena entre Iglesia y estado... «Mil años», en la intención de Juan, es una cifra simbólica, es «el tiempo de Dios» (cfr. 2 Pe 3,8). Indica nuestra época presente inaugurada por la muerte y resurrección de Jesucristo, marcada definitivamente por su victoria sobre el Diablo. Una victoria sobre las fuerzas del mal aún presentes que se va realizando día a día hasta la segunda venida del Señor que marcará el final de los tiempos.

Conforme a la visión de Daniel (cfr. Dn 7), aparecen unos tronos y sobre ellos unos personajes sentados. Son los mártires que no han sucumbido ante las acometidas del dragón y de sus engendros bestiales. Se presentan como jueces y reyes. Ser vencedor con Jesucristo significa poder participar de su realeza, sacerdocio y juicio (1,9; 2,26s; 3,21; 12,11).

Llega el ataque final, personificado en Gog y Magog (cfr. Ez 38), proverbial símbolo de todas las potencias hostiles al pueblo de Dios. La invasión se extiende sobre la «anchura de la tierra» (cfr. Hab 1,6), mostrando la magnitud del combate. Con símbolos extraídos de la tradición bíblica se describe el último asalto contra la Iglesia. Por fin, es destruido el Diablo, el gran instigador y padre de la mentira, el origen de todo mal en la historia, quien ha deshumanizado a la humanidad y perseguido a la Iglesia. Es arrojado por la fuerza suprema de Dios al foso de fuego y azufre. El Apocalipsis añade que también allí se encuentran sus engendros: la primera fiera y la segunda fiera, o falso profeta. Los tres, la «tríada diabólica», la antítesis de la Trinidad Santa, serán torturados en una duración sin límite («día y noche», «por los siglos de los siglos»). Con la mención de su extremo tormento, se ha acabado por fin el gran tormento de la humanidad, y se prepara el nacimiento de un nuevo mundo.

ron juzgados por sus obras, según lo escrito
en los libros. 13 El mar devolvió sus muer-
tos. Muerte y abismo devolvieron sus muer-
tos, y cada uno fue juzgado según sus
obras. 14 Muerte y abismo fueron arrojados
al foso de fuego –ésta es la muerte segun-
da, el foso de fuego–. 15 Quien no esté ins-
crito en el libro de la vida será arrojado al
foso de fuego.

Cielo nuevo y tierra nueva

21 1 Vi un cielo nuevo y una tierra nue-
va. El primer cielo y la primera tierra
habían desaparecido, el mar ya no existe.
2 Vi la Ciudad Santa, la nueva Jerusalén,
bajando del cielo, de Dios, preparada como
novia que se arregla para el novio. 3 Oí una
voz potente que salía del trono: Mira la
morada de Dios entre los hombres: habita-
rá con ellos; ellos serán su pueblo y Dios
mismo estará con ellos. 4 Les secará las
lágrimas de los ojos. Ya no habrá muerte ni
pena ni llanto ni dolor. Todo lo antiguo ha
pasado. 5 El que estaba sentado en el trono
dijo: Mira, yo hago nuevas todas las cosas.
Y añadió: Escribe, que estas palabras mías
son verdaderas y dignas de fe. 6 Y me dijo:
Se terminó. Yo [soy] el alfa y la omega, el
principio y el fin. Al sediento le daré a be-
ber gratuitamente del manantial de la vida.
7 El vencedor heredará todo esto. Yo seré su
Dios y él será mi hijo. 8 En cambio, los co-
bardes y desconfiados, los depravados y
asesinos, los lujuriosos y hechiceros, los

20,11-15 El juicio. Sorprende la sobriedad en la descripción del último juicio, en contraste con las prolijas e incluso aterradoras visiones de los libros apocalípticos judíos y sus ecos en algunos pasajes del Nuevo Testamento (recuérdese 1 Cor 15,22). Toda la secuencia es breve, y se inspira discretamente en Dn 7. Aparece un gran trono blanco. No se dice nada de Dios; pero nosotros, lectores del Apocalipsis, sabemos que Dios lo ocupa, pues sólo Él está «sentado en el trono» (4,2.9; 5,1.7). Dios es juez. No se menciona a Jesucristo, que ya intervino como juez en la cosecha y vendimia de la tierra (14,14-20).

Hay una comparecencia generalizada. Todos están de pie delante del trono para ser juzgados. Es un juicio universal. Existía una antigua tradición judía sobre los libros. Había un libro de «cuentas» donde se registraban las acciones de los hombres (cfr. Dn 7,10). También se menciona el libro de la vida (cfr. Éx 32,32; Sal 70,29; Flp 4,3). Ambos aparecen como el anverso y reverso de una suerte final. Cada uno es juzgado conforme a la letra o sentencia que ha ido escribiendo en el libro con las obras de su vida. Finalmente, la muerte como personificación del mal o negación de la vida, trágico destino de la historia, es aniquilada. También el infierno, el lugar de la muerte. Desaparece ya todo ámbito del mal y la infeliz fatalidad de los hombres.

La narración del juicio acaba con la mención del libro de la vida. En el Apocalipsis sólo hay un libro: «El libro de la vida del Cordero degollado» (3,5; 21,27). La comunidad cristiana sabe por la lectura creyente del libro que el Cordero ha sido sacrificado para reunir un pueblo inmenso de toda tribu y nación (5,9). Su sangre nos purifica y nos salva. El amor y la misericordia de Dios triunfan definitivamente sobre todas nuestras miserias y pecados.

Desaparecidos ya todo origen y huella de mal (el gran dragón, la primera y segunda fiera, la gran prostituta, la gran Babilonia, la muerte y el infierno) –también desaparece el mar, símbolo de la hostilidad–, ya nada impide la irrupción de la renovación ansiada.

21,1-8 Cielo nuevo y tierra nueva. Un cielo nuevo y una tierra nueva (cfr. Is 65,17; 66,2) se ofrecen como el espacio luminoso para acoger la presencia de la nueva Jerusalén. La nueva Jerusalén representa la culminación del libro del Apocalipsis, como asimismo de toda la revelación bíblica. Es geografía, concentración de la historia milenaria de Israel y, sobre todo, la suprema aspiración de la humanidad creyente: bendición de Dios para colmar de dicha –como una esposa– el corazón del esposo. Se insiste en la absoluta gratuidad del regalo divino. Por fin, Dios establece su morada, de manera permanente. No es una frágil tienda, no es un templo de piedra, sino su presencia viva y estable (shekiná) en medio de los hombres. Dios instaura una alianza universal.

El lector del Apocalipsis puede sorprenderse ante la atrevida originalidad de lo que está leyendo. Se ha terminado ya todo particularismo. Dios no se fija en un solo pueblo o etnia o religión restringida, sino que inaugura una alianza con «los pueblos», hace una alianza de salvación universal. Se acaban ya todo tipo de penalidades. Dios seca con el pañuelo de su misericordia el copioso llanto de los ojos que sufren. El texto del Apocalipsis corrige con su delicadeza a Isaías 25,6-8. Se consuma la victoria de Jesucristo sobre aquellos caballos desbocados y las plagas. La muerte y su lúgubre cortejo desaparecen para siempre.

Dios es contemplado en su gesto primero y último: como creador en acto. Así lo reconocía la Iglesia celeste (4,11). Así se revela al final del libro (21,5). Dios crea y recrea siempre un mundo nuevo. Y esa novedad absoluta se llama Jesucristo. Se insiste en la completa gratuidad de la vida desbordante que Dios concede (6b). El adverbio –«gratis»– está colocado en posición enfática. Dios es el que da (sujeto donante) y da de balde (con extrema liberalidad). Al cristiano fiel o «vencedor» le concede la suprema gracia: ser hijo

idólatras y embusteros de toda clase tendrán su lote en el foso de fuego y azufre ardiente –que es la muerte segunda–.

La nueva Jerusalén
(Is 54,11s; 60,10-18; Ez 40–48)

9 Se acercó uno de los siete ángeles que tenían las siete copas llenas de las últimas plagas y me habló así: Ven que te enseñaré la novia, la esposa del Cordero.

10 Me trasladó en éxtasis a una montaña
grande y elevada y me mostró la Ciudad
Santa, Jerusalén, que bajaba del cielo, de
Dios, 11 resplandeciente con la gloria de
Dios. Brillaba como piedra preciosa, como
jaspe cristalino. 12 Tenía una muralla gran-
de y alta, con doce puertas y doce ángeles
en las puertas, y grabados [los nombres] de
las doce tribus de Israel. 13 A oriente tres
puertas, al norte tres puertas, al sur tres
puertas, a occidente tres puertas. 14 La mu-
ralla de la ciudad tiene doce piedras de ci-
miento, que llevan los nombres de los doce
apóstoles del Cordero. 15 El que hablaba
conmigo tenía una caña de medir de oro,
para medir la ciudad y las puertas y la mu-
ralla. 16 La ciudad tiene un trazado cuadran-
gular, igual de ancho que de largo. 17 Midió
con la caña la ciudad: doce mil estadios:
igual en longitud, anchura y altura. Midió la
muralla: ciento cuarenta y cuatro codos, en
la medida humana que usaba el ángel. 18 El
aparejo de la muralla era de jaspe, la ciu-
dad de oro puro, límpido como cristal.
19 Los cimientos de la muralla de la ciudad
están adornados con piedras preciosas. El
primer cimiento de jaspe, el segundo de za-
firo, el tercero de calcedonia, el cuarto de
esmeralda, 20 el quinto de ónice, el sexto de
cornalina, el séptimo de crisólito, el octavo
de berilo, el noveno de topacio, el décimo
de crisopraso, el undécimo de turquesa, el
duodécimo de amatista. 21 Las doce puer-
tas son doce perlas, cada puerta una sola
perla. Las calles de la ciudad pavimentadas
de oro puro, límpido como cristal. 22 No vi
en ella templo alguno, porque el Señor Dios
Todopoderoso y el Cordero son su templo.
23 La ciudad no necesita que la ilumine el
sol ni la luna, porque la ilumina la gloria de

---

de Dios. La formulación es típica de la alianza, y posee carácter mesiánico-regio: «Yo seré para él padre y él será para mí hijo» (cfr. 2 Sam 7,14). No pretende el Apocalipsis atemorizar a nadie con la mención de mayores castigos, sino que, con una intención parenética, anima a todo cristiano a que, dejando el lastre del pecado, las «obras de la carne» –cuya conocida enumeración presenta–, pueda entrar con entera libertad en la ciudad de la nueva Jerusalén.

21,9–22,5 La nueva Jerusalén. Desde un alto monte (antítesis de aquel desierto en que contempló a la gran prostituta: 17,3), Juan, el vidente, con la fuerza del Espíritu, tiene acceso a una maravillosa visión profética: una nueva ciudad, una esposa resplandeciente. Hay una mutua transformación. La esposa se cambia en ciudad y ésta se muda en esposa. Léase, en idéntica relación, la secuencia de estos pasajes proféticos en Is 54; 60; Ez 40; 48. Uno y otro simbolismo poseen un sentido esclarecedor. La Iglesia como esposa se refiere a la consagración personal-bautismal de cada cristiano a Dios. La Iglesia como ciudad alude a la convivencia, la mutua solidaridad, que nos reúne a todos los hermanos creyentes.

La gloria de Dios, es decir, la presencia de su majestad, habita y está dentro de la ciudad; la convierte en una gema preciosísima, como el jaspe o diamante. La ciudad entera brilla con el resplandor de Dios. Las metáforas alusivas a la luz, muestran la exhuberancia de vida que Dios, «luz de luz», ha derrochado con profusión en la ciudad.

Comienza ahora la descripción prolija de los elementos arquitectónicos de la ciudad. Tiene una muralla alta y elevada; es, por tanto, una ciudad pertrechada y bien protegida. Sorprende la cantidad excesiva de puertas, con las que se insiste en su universalidad: la nueva Jerusalén es una ciudad abierta. Por sus puertas siempre francas deben entrar todos los pueblos y naciones.

La ciudad está cimentada por los doce apóstoles del Cordero: la fe en Cristo, el testimonio y/o el martirio constituyen su firme fundamento (cfr. Mt 16,8). Esta ciudad continúa con la mejor tradición del pueblo de Dios; pues en sus almenas están grabados los nombres de las tribus de Israel. El Antiguo Testamento culmina en la Iglesia apostólica del Nuevo Testamento.

Se ofrecen ahora unos extraños datos relativos a sus medidas. No conviene que la imaginación vuele sin control tras la búsqueda de remotas ciudades o altas torres. Las medidas de la nueva Jerusalén son simbólicas, no siguen un metro material. Nos atenemos con rigor a las referencias iluminadoras de la Biblia. La ciudad, descrita por el Apocalipsis, tiene forma de cubo. El Santo de los santos tenía asimismo forma cúbica (cfr. 1 Re 6,20). Significa que la nueva Jerusalén es toda ella santuario, ciudad santa y sacerdotal, en donde Dios permanentemente habita.

Cada uno de los doce cimientos es una perla preciosa. Mucho se ha especulado sobre su origen y sentido. Una atenta lectura bíblica nos da la clave in-

Dios, y su lámpara es el Cordero. 24 A su luz
caminarán las naciones, y los reyes del
mundo le llevarán sus riquezas. 25 Sus puer-
tas no se cerrarán de día. No existirá en ella
la noche. 26 Le traerán la riqueza y el es-
plendor de las naciones. 27 No entrará en
ella nada profano, ni depravados ni menti-
rosos; sólo entrarán los inscritos en el libro
de la vida del Cordero.

22 1 Me mostró un río de agua viva, bri-
llante como cristal, que brotaba del
trono de Dios y del Cordero. 2 En medio de
la plaza y en los márgenes del río crece el
árbol de la vida, que da fruto doce veces:
cada mes una cosecha, y sus hojas son
medicinales para las naciones. 3 No habrá
allí nada maldito. En ella se encontrará el
trono de Dios y del Cordero. Sus siervos lo

---

terpretativa. Las doce piedras preciosas colgaban del pectoral del sumo sacerdote (cfr. Éx 28,17-20; 39,10-12); han sido ampliamente comentadas y magnificadas por la tradición judía (Flavio Josefo). Pero estas piedras preciosas no reposan ya en el pecho del sumo sacerdote, sino que configuran los cimientos de la ciudad. Quiere decirse que la nueva Jerusalén es una ciudad sacerdotal, toda ella cimentada en Dios y consagrada a su adoración.

¡La ciudad no tiene santuario! La frase es casi una provocación. ¿Cómo es posible que en la nueva Jerusalén no exista templo, a imagen de la Jerusalén de aquí abajo? La realidad nueva ha cambiado totalmente. Al escándalo inicial sucede la explicación esclarecedora. El Señor Dios y el Cordero son su santuario. Dios no aparece ya como objeto de culto, sino como lugar de culto. No se trata ya de una ciudad que tiene un templo, sino de un templo que se ha convertido en ciudad. Y es Cristo, muerto y resucitado, el lugar del encuentro permanente entre Dios y el ser humano.

La nueva Jerusalén, resplandeciente por la luz de Dios, se convierte en meta o alto faro para toda la humanidad. Se subraya de nuevo la vocación universal de la Iglesia. Se cumple la vieja profecía de la peregrinación de todas las naciones (cfr. Is 60,3.5.7). Los pueblos acuden en busca de luz; mas la Iglesia no es luz, sino lámpara (cfr. Jn 5,34-36). No debe erigirse fatuamente en la fuente de luz, ni tampoco debe esconderla debajo de un cacharro. Su misión es ofrecer a todos los hombres la única luz que dentro de ella brilla, a saber, la presencia viva de Dios. Su misión es ser sacramento de salvación universal.

Con el inicio del capítulo 22, se pasa ahora del registro simbólico de la ciudad al del paraíso. En estos primeros cinco versículos se expresa un anhelo, presente en todas las religiones y al que cada una de ellas ha dado un nombre: el Edén soñado. Es la búsqueda de los orígenes perdidos, la nostalgia de la paz divina con toda la creación renovada. La descripción del Apocalipsis no resulta extravagante ni se desborda como otras literaturas afines; mantiene una intensidad retenida, de continuas remembranzas bíblicas. La nueva Jerusalén extiende su contagio a la humanidad y a la naturaleza. No se trata, sin embargo, de un retorno a aquel jardín lejano del Génesis, pues la historia ya no puede repetirse, sino de un paraíso nuevo. Es la comunión perfecta, sin sombras de pecado, anudada entre Dios y la humanidad: la armonía cósmica. La historia de la salvación llega a su plena culminación feliz.

Se muestra la presencia de Dios-Trinidad, dador de vida. Así lo ha mostrado el libro, al principio y final de su lectura (1,4-6; 22,1-3). Ahora Dios y el Cordero son los ocupantes simultáneos del mismo trono. Con esta atrevida hipérbole se indica la comunión perfecta en el Padre y el Hijo; ambos comparten la divinidad y son fuente de vida para toda la humanidad. El Espíritu es contemplado en ese río impetuoso que brota del trono; sólo Él hace posible la fecundidad para toda la Iglesia.

Esta imagen fluvial se inspira en aquel río que regaba el primer jardín (cfr. Gn 2,10) y, sobre todo, en la visión del profeta Ezequiel quien ve manar del Templo agua que pronto se convierte en río creciente, a cuya ribera brota una feraz arboleda, y cuyas aguas dan vida (cfr. Ez 47,1-12). El Apocalipsis crea las expresiones «agua de vida» y «árbol de vida». Insiste en la fecundidad sin mengua de esta vida y en su alcance universal, pues las hojas del árbol de vida sirven para la sanación de las naciones.

¡Feliz promesa! Ya no existirá ninguna condenación ni anatema, como aquella desdichada maldición que empañó las relaciones entre Adán, Eva, los animales y la naturaleza (cfr. Gn 3,16-22). Ya nada podrá enturbiar la transparente coexistencia de la humanidad con Dios. Los creyentes podrán, al fin, realizar su más profundo sueño: ver el rostro de Dios. Lo que anheló Moisés (cfr. Éx 33,20); el deseo ardiente del salmista (cfr. Sal 17,15; 42,3)... ahora se cumple verdaderamente. Los creyentes portan el Nombre de Dios escrito en sus frentes. Dios se convierte ya en el horizonte indeclinable de sus vidas: su destino glorioso, su gozo más íntimo.

La luz de Dios es tan poderosa que ante su fulgor palidecen las luces astrales (sol y luna) y las lámparas del culto. El simbolismo de esta luz misteriosa muestra la vida divina que envuelve gloriosamente a toda la humanidad. Es sobreabundancia de vida, inmarchitable, para siempre.

22,6-21 Venida de Cristo. Este epílogo forma inclusión con el prólogo inicial (1,4-8). Ambos están configurados como diálogos litúrgicos. Intervienen el autor del libro, el ángel, Jesucristo y la asamblea cristiana. Pero este diálogo no es sólo un bien logrado artificio literario o vestigio de una antigua liturgia. Ha

adorarán 4 y verán su rostro y llevarán en la
frente su nombre. 5 Allí no habrá noche. No
les hará falta luz de lámpara ni luz del sol,
porque los ilumina el Señor Dios, y reinarán
por los siglos de los siglos.

Venida de Cristo

6 Me dijo: Estas palabras son verdaderas
y fidedignas. El Señor, Dios de los espíritus
proféticos, envió a su ángel para mostrar a
sus siervos lo que ha de suceder en breve.
7 Mira que llego pronto. Dichoso el que
guarde las palabras proféticas de este libro.

8 Yo soy Juan, el que ha oído y visto
esto. Al escuchar y mirar, me postré a los
pies del ángel que me lo enseñaba para
adorarlo. 9 Pero él me dijo: ¡No lo hagas!
que soy siervo como tú y tus hermanos los
profetas y los que guardan las palabras de
este libro. A Dios has de adorar. 10 Me aña-
dió: No ocultes las palabras proféticas de
este libro, porque su plazo está próximo.
11 El malvado que siga en su maldad y el
impuro en su impureza, el honrado en su
honradez y el santo en su santidad. 12 Yo lle-
garé pronto llevando la paga para dar a
cada uno lo que merecen sus obras. 13 Yo
soy el alfa y la omega, el primero y el últi-
mo, el principio y el fin. 14 Dichosos los que
lavan sus vestidos, porque tendrán a su dis-
posición el árbol de la vida y entrarán por
las puertas en la ciudad. 15 Fuera quedarán
los invertidos, hechiceros, lujuriosos, asesi-
nos, idólatras, los que aman y practican la
mentira. 16 Yo, Jesús, envié a mi ángel a us-
tedes con este testimonio acerca de las
Iglesias. Yo soy el retoño que desciende de
David, el astro brillante de la mañana.

17 El Espíritu y la novia dicen: Ven. El
que escuche diga: Ven. Quien tenga sed
venga, quien quiera recibirá sin que le
cueste nada agua de vida. 18 Yo amonesto a
los que escuchan las palabras proféticas de
este libro: Si alguien añade algo, Dios le
añadirá las plagas escritas en este libro.
19 Si alguien quita algo de las palabras pro-
féticas de este libro, Dios le quitará su
participación en el árbol de la vida y en la
Ciudad Santa, que se describen en este libro.

20 El que atestigua todo esto dice: Sí,
vengo pronto. Amén. Ven, Señor Jesús.
21 La gracia del Señor Jesús esté con todos.
[[Amén.]]

---

sido escrito para que todo cristiano o comunidad tenga acceso a él y participe de su riqueza cristológica cada vez que lea y escuche con fe «las palabras de profecía de este libro». Toda la revelación que anteriormente se ha mostrado, resulta tan inaudita e increíblemente consoladora que es preciso una autoridad divina que la garantice. Por eso, la formulación: «éstas palabras son verdaderas y fidedignas» confirma que su contenido íntegro se apoya en la verdad divina. Dios mismo es el que inspira a los profetas, entre los que se encuentra el autor del Apocalipsis.

Jesús mismo se presenta adornado con dos símbolos bíblicos. Como «retoño y descendencia de David», recapitula la vieja historia de las promesas anunciadas al rey, modelo de reyes en Israel. Como «astro brillante de la mañana», asume ser el nuevo Mesías y el Rey. Jesús ha nacido, victoriosamente, surgiendo de la noche de la muerte en la mañana de pascua. Ahora, ya vivo y resucitado, ilumina con la luz de su vida a toda la humanidad.

El Espíritu y la esposa proclaman una voz compartida, al unísono, como una «sinfonía». El Espíritu nunca ha dejado de animar a la Iglesia para que su amor por Cristo no decaiga, sino que se acreciente. Así como con un grito de amor se abría la Biblia –«esta sí que es carne de mi carne y hueso de mis huesos» (Gn 2,23)–; así se cierra el último libro de la revelación. Es el grito de la Iglesia, sostenida por su instinto más profundo, el Espíritu Santo. La Iglesia ansía la venida de Cristo, su Esposo y Señor. Repite con incesante vehemencia la primitiva oración cristiana del «Maranatá» (cfr. 1 Cor 16,22).

Se formula una petición para que todo cristiano, que escucha estas palabras del Apocalipsis, se acerque y personalmente venga a tomar parte y recibir gratis el don de la vida divina que se celebra. El diálogo litúrgico no es neutro, sino abierto y participativo. Es fórmula de canonización del libro, que, como escrito inspirado y alimento de fe para la Iglesia, debe permanecer ya inalterado e intocable.

La venida del Señor constituye el motivo central que organiza el diálogo litúrgico. Jesús anuncia su pronta venida (7.12). Esta iniciativa del Señor prende y encuentra eco en la asamblea cristiana, que, animada por el Espíritu, suplica la llegada del Señor (17). Jesús responde afirmativamente al anhelo de la comunidad: «Sí, vengo pronto» (20a), y ésta afirma con más ardor su venida, proclamando «Amén», y renueva otra vez su anhelo, insistiendo: «¡Ven, Señor Jesús» (20b). De esta manera, la Iglesia va alimentando su esperanza, y experimentando que el Señor viene, intensamente en la celebración de sus misterios, con una presencia cada vez más creciente hasta que se haga del todo plena.

LECTURAS BÍBLICAS PARA LA MISA

Tienes la Biblia en tus manos. Con la ayuda de este calendario litúrgico perpetuo podrás utilizar esta Biblia como un Misal.

Las lecturas dominicales tienen tres ciclos: A, B, C. Los domingos tienen tres lecturas: la primera lectura está tomada del Antiguo Testamento, la segunda generalmente está tomada de las Epístolas o Cartas del Nuevo Testamento que se leen prácticamente todas en el ciclo de tres años. La tercera lectura está tomada del Evangelio. La liturgia presenta «el evangelista del año»: Mateo el año A, Marcos el año B, y Lucas el año C. Leemos el evangelio de Juan en varias ocasiones durante el año litúrgico, especialmente en los domingos de Adviento, Cuaresma y durante el tiempo de Pascua.

Las Misas durante la semana tienen dos lecturas: la primera tomada del Antiguo o Nuevo Testamento y la segunda del Evangelio. La primera lectura durante el Tiempo Ordinario se presenta en un ciclo de dos años: «I» para los años impares (2007, 2009, 2011, etc.) y «II» para los años pares (2006, 2008, 2010, etc.).

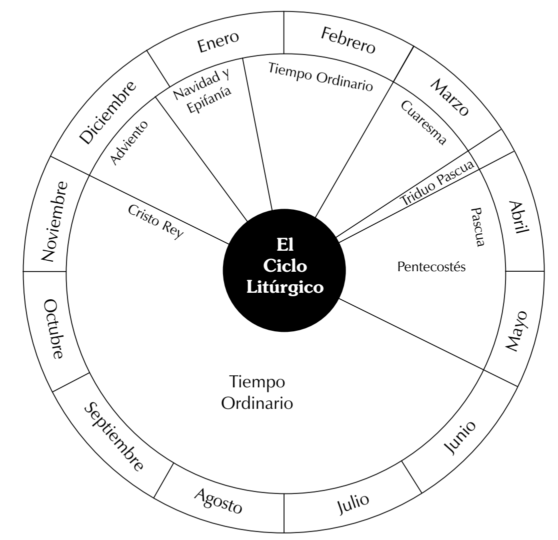


Tabla de Días Litúrgicos Movibles

Año	Ciclo	Primer Domingo Adviento	Miér. de Ceniza	Pascua	Ascensión	Pentecostés	Cuerpo y Sangre de Cristo	Semanas de Tiempo Ordinario			
								Antes de Cuaresma		Después de Cuaresma	
								Hasta	Sem.	Desde	Sem.
2006	B	27 Nov '05	1 Marzo	16 Abril	28 Mayo	4 Junio	18 Junio	28 Febr	8	5 Junio	9
2007	C	3 Dic '06	21 Febr	8 Abril	20 Mayo	27 Mayo	10 Junio	20 Febr	7	28 Mayo	8
2008	A	2 Dic '07	6 Febr	23 Marzo	4 Mayo	11 Mayo	25 Mayo	5 Febr	4	12 Mayo	6
2009	B	30 Nov '08	25 Febr	12 Abril	24 Mayo	31 Mayo	14 Junio	24 Febr	7	1 Junio	9
2010	C	29 Nov '09	17 Febr	4 Abril	16 Mayo	23 Mayo	6 Junio	16 Febr	6	24 Mayo	8
2011	A	28 Nov '10	9 Marzo	24 Abril	5 Junio	12 Junio	26 Junio	8 Marzo	9	13 Junio	11
2012	B	27 Nov '11	22 Febr	8 Abril	20 Mayo	27 Mayo	10 Junio	21 Febr	7	28 Mayo	8
2013	C	2 Dic '12	13 Febr	31 Mazo	12 Mayo	19 Mayo	2 Junio	12 Febr	5	20 Mayo	7
2014	A	1 Dic '13	5 Marzo	20 Abril	1 Junio	8 Junio	22 Junio	4 Marzo	8	9 Junio	10
2015	B	30 Nov '14	18 Febr	5 Abril	17 Mayo	24 Mayo	7 Junio	17 Febr	6	25 Mayo	8
2016	C	29 Nov '15	10 Febr	27 Marzo	8 Mayo	15 Mayo	29 Mayo	9 Febr	5	6 Junio	10

LECTURAS DE ADVIENTO Y NAVIDAD

	Fecha		1ra. Lectura	2da. Lectura	Evangelio
ADVIENTO	**DOMINGO 1** de Adviento		A. Is 2,1-5 B. Is 63,16-17.19;64,2-7 C. Jr 33,14-16	Rom 13,11-14 1 Cor 1,3-9 1 Tes 3,12–4,2	Mt 24,37-44 Mc 13,33-37 Lc 21,25-28.34-36
	Semana 1 de Adviento	L	Is 2,1-5 (A: Is 4,2-6)		Mt 8,5-11
		M	Is 11,1-10		Lc 10,21-24
		Mi	Is 25,6-10		Mt 15,29-37
		J	Is 26,1-6		Mt 7,21.24-27
		V	Is 29,17-24		Mt 9,27-31
		S	Is 30,19-21.23-26		Mt 9,35–10,8
	DOMINGO 2 de Adviento		A. Is 11,1-10 B. Is 40,1-5.9-11 C. Bar 5,1-9	Rom 15,4-9 2 P 3,8-14 Flp 1,4-6.8-11	Mt 3,1-12 Mc 1,1-8 Lc 3,1-6
	Semana 2 de Adviento	L	Is 35,1-10		Lc 5,17-26
		M	Is 40,1-11		Mt 18,12-14
		Mi	Is 40,25-31		Mt 11,28-30
		J	Is 41,13-20		Mt 11,11-15
		V	Is 48,17-19		Mt 11,16-19
		S	Eclo 48,1-4.9-11		Mt 17,10-13
	DOMINGO 3 de Adviento		A. Is 35,1-6.10 B. Is 61,1-2.10-11 C. Sof 3,14-18	Sant 5,7-10 1 Tes 5,16-24 Flp 4,4-7	Mt 11,2-11 Jn 1,6-8.19-28 Lc 3,10-18
	Semana 3 de Adviento	L	Nm 24,2-7.15-17		Mt 21,23-27
		M	Sof 3,1-2.9-13		Mt 21,28-32
		Mi	Is 45,6-8.18.21-25		Lc 7,18-23
		J	Is 54,1-10		Lc 7,24-30
		V	Is 56,1-3.6-8		Jn 5,33-36

Desde el 17 de Diciembre al 7 de Enero se utilizan las siguientes lecturas:

	17		Gn 49,2.8-10		Mt 1,1-17
	18		Jr 23,5-8		Mt 1,18-24
	19		Jue 13,2-7.24-25		Lc 1,5-25
	20		Is 7,10-14		Lc 1,26-38
	21		Cant 2,8-14 o Sof 3,14-18		Lc 1,39-45
	DOMINGO 4 de Adviento		A. Is 7,10-14 B. 2 Sm 7,1-5.8-11.16 C. Miq 5,1-4	Rom 1,1-7 Rom 16,25-27 Heb 10,5-10	Mt 1,18-24 Lc 1,26-38 Lc 1,39-45
	22		1 Sm 1,24-28		Lc 1,46-56
	23		Mal 3,1-4.23-24		Lc 1,57-66
	24		2 Sm 7,1-5.8-11.16		Lc 1,67-79
Navidad	Misa de Medianoche		Is 9,1-6 Is 62,11-12	Tit 2,11-14 Tit 3,4-7	Lc 2,1-14 Lc 2,15-20
Esteban, 1er Mártir		26	Hch 6,8-10;7,54-59		Mt 10,17-22
Juan, Apóstol y Ev.		27	1 Jn 1,1-4		Jn 20,2-8
Santos Inocentes		28	1 Jn 1,5–2,2		Mt 2,13-18
5to Día de la Octava		29	1 Jn 2,3-11		Lc 2,22-35
6to Día de la Octava		30	1 Jn 2,12-17		Lc 2,36-40
Sagrada Familia (Domingo después de Navidad o Dic. 30 si Navidad cae en Domingo)			Eclo 3,2-6.12-14	Col 3,12-21	A. Mt 2,13-15.19-23 B. Lc 2,22-40 C. Lc 2,41-52
7mo Día de la Octava		31	1 Jn 2,18-21		Jn 1,1-18
María, Madre de Dios		1	Nm 6,22-27	Gál 4,4-7	Lc 2,16-21
Antes de Epifanía		2	1 Jn 2,22-28		Jn 1,19-28
Antes de Epifanía		3	1 Jn 2,29–3,6		Jn 1,29-34
Antes de Epifanía		4	1 Jn 3,7-10		Jn 1,35-42
Antes de Epifanía		5	1 Jn 3,11-21		Jn 1,43-51
Antes de Epifanía		6	1 Jn 5,5-13		Mc 1,7-11
Antes de Epifanía		7	1 Jn 5,14-21		Jn 2,1-12
Epifania			Is 60,1-6	Ef 3,2-3.5-6	Mt 2,1-12
Después de Epifanía		L	1 Jn 3,22–4,6		Mt 4,12-17.23-25
Después de Epifanía		M	1 Jn 4,7-10		Mc 6,34-44
Después de Epifanía		Mi	1 Jn 4,11-18		Mc 6,45-52
Después de Epifanía		J	1 Jn 4,19–5,4		Lc 4,14-22
Después de Epifanía		V	1 Jn 5,5-13		Lc 5,12-16
Después de Epifanía		S	1 Jn 5,14-21		Jn 3,22-30
BAUSTISMO DEL SEÑOR					

Desde el Bautismo del Señor (Domingo después de Epifanía) hasta el Miércoles de Ceniza tenemos la primera parte del Tiempo Ordinario. Pueden ser entre cuatro y nueve semanas, dependiendo de la fecha de la Pascua que varía cada año.

Año	**Bautismo del Señor**	**Hasta Miér. De Ceniza**
2005	9 Enero	8 Febrero
2006	9 Enero	28 Febrero
2007	8 Enero	20 Febrero
2008	13 Enero	5 Febrero
2009	11 Enero	24 Febrero
2010	10 Enero	16 Febrero

Año	**Bautismo del Señor**	**Hasta Miér. De Ceniza**
2011	9 Enero	8 Marzo
2012	9 Enero	21 Febrero
2013	13 Enero	12 Febrero
2014	12 Enero	4 Marzo
2015	11 Enero	17 Febrero
2016	10 Enero	8 Febrero

LECTURAS DE CUARESMA Y PASCUA

	Fecha		1ra. Lectura	2da Lectura	Evangelio
CUARESMA	**Miér. Ceniza**	Mi	Jl 2,12-18	2 Cor 5,20—6,2	Mt 6,1-6.16-18
		J	Dt031,-502		Lc 9,22-52
		V	Is 58, 1-9		Mt 9,14-15
		S	Is 58,9-14		Lc 5,27-32
	DOMINGO 1 de Cuaresma		A. Gn2,7-9; 3,1-7 B. Gn 9,8-15 C. Dt 26,4-10	Rom 5,12-19 1 Pe 3,18-22 Rom 10,8-13	Mt 4,1-111 Mc 1,12-15 Lc 4,1-13
	Semana 1 de Cuaresma	L	Lv 19,1-2.11-18		Mt 25,31-46
		M	Is 55,10-11		Mt 6,7-15
		Mi	Jon 3,1-10		Lc 11,29-32
		J	Est C:12,14-16.23-25		Mt 7,7-12
		V	Ez 18,21-28		Mt 5,20-26
		S	Dt 26,16-19		Mt 5,43-48
	DOMINGO 2 de Cuaresma		A. Gn 12,1-4 B. Gn 22,1-2.9.10-18 C. Gn 15,5-12.17-18	2 Tim 1,8-10 Rom 8,31-34 Flp 3,17–4,1	Mt 17,1-9 Mc 9,2-10 Lc 9,28-36
	Semana 2 de Cuaresma	L	Dn 9,4-10		Lc 6,36-38
		M	Is 1,10.16-20		Mt 23,1-12
		Mi	Jr 18,18-20		Mt 20,17-28
		J	Jr 17,5-10		Lc 16,19-31
		V	Gn 37,3-4.12-13.17-28		Mt 21,33-43.45-46
		S	Miq 7,14-15.18-20		Lc 15,1-3.11-32
	DOMINGO 3 de Cuaresma		A. Éx 17,3-7 B. Éx 20,1-17 C. Éx 3,1-8.13-15	Rom 5,1-2.5-8 1 Cor 1,22-25 1 Cor 10,1-6.10-12	Jn 4,5-42 Jn 2,13-25 Lc 13,1-9
	Semana 3 de Cuaresma	L	2 Re 5,1-15		Lc 4,24-30
		M	Dn 3,25.34-43		Mt 18,21-35
		Mi	Dt 4,1.5-9		Mt 5,17-19
		J	Jr 7,23-28		Lc 11,14-23
		V	Os 14,2-10		Mc 12,28-34
		S	Os 6,1-6		Lc 18,9-14
CUARESMA	**DOMINGO 4** de Cuaresma		A. 1 Sm 16,1.6-7.10-13 B. 2 Cr 36,14-17.19-23 C. Jos 5,9.10-12	Ef 5,8-14 Ef 2,4-10 2 Cor 5,17-21	Jn 9,1-41 Jn 3,14-21 Lc 15,1-3.11-32
	Semana 4 de Cuaresma	L	Is 65,17-21		Jn 4,43-54
		M	Ez 47,1-12		Jn 5,1-3.5-16
		Mi	Is 49,8-15		Jn 5,17-30
		J	Éx 32,7-14		Jn 5,31-47
		V	Sab 2,1.12-22		Jn 7,1-2.10.25-30
		S	Jr 11,18-20		Jn 7,40-53
	DOMINGO 5 de Cuaresma		A. Ez 37,12-14 B. Jr 31,31-34 C. Is 43,16-21	Rom 8,8-11 Heb 5,7-9 Flp 3,8-14	Jn 11,1-45 Jn 12,20-33 Jn 8,1-11
	Semana 5 de Cuaresma	L	Dn 13,14-62		A. & B. Jn 8,1-11 C. Jn 8,12-20
		M	Nm 21,4-9		Jn 8,21-30
		Mi	Dn 3,14-20.91-92.95		Jn 8,31-42
		J	Gn 17,3-9		Jn 8,51-59
		V	Jr 20,10-13		Jn 10,31-42
		S	Ez 37,21-28		Jn 11,45-57

	DOMINGO de PASIÓN		Is 50,4-7	Flp 2,6-11	A. Mt 26,14–27,66 B. Mc 14,1–15,47 C. Lc 22,14–23,56
		L	Is 42,1-7		Jn 12,1-11
		M	Is 49,1-6		Jn 13,21-33.36-38
		Mi	Is 50,4-9		Mt 26,14-25
	Jueves Santo		Éx 12,1-8.11-14	1 Cor 11,23-26	Jn 13,1-15
	Viernes Santo		Is 52,13–53,12	Heb 4,14-16;5,7-9	Jn 18,1–19,42
	Vigilia Pascual		Gn 1,1–2,2	Éx 14,15–15,1	A. Mt 28,1-10 B. Mc 16,1-8 C. Lc 24,1-12
	Domingo de Pascua		Hch 10,34.37-43	Col 3,1-4	Jn 20,1-9
	Semana 1 de Pascua	L	Hch 2,14.22-33		Mt 28,8-15
		M	Hch 2,36-41		Jn 20,11-18
		Mi	Hch 3,1-10		Lc 24,13-35
		J	Hch 3,11-26		Lc 24,35-48
		V	Hch 4,1-12		Jn 21,1-14
		S	Hch 4,13-21		Mc 16,9-15
PASCUA	**DOMINGO 2** de Pascua		A. Hch 2,42-47 B. Hch 4,32-35 C. Hch 5,12-16	1 Pe 1,3-9 1 Jn 5,1-6 Ap 1,9-13.17-19	Jn 20,19-31 Jn 20,19-31 Jn 20,19-31
	Semana 2 de Pascua	L	Hch 4,23-31		Jn 3,1-8
		M	Hch 4,32-37		Jn 3,7-15
		Mi	Hch 5,17-26		Jn 3,16-21
		J	Hch 5,27-33		Jn 3,31-36
		V	Hch 5,34-42		Jn 6,1-15
		S	Hch 6,1-7		Jn 6,16-21
	DOMINGO 3 de Pascua		A. Hch 2,14.22-28 B. Hch 3,13-15.17-19 C. Hch 5,27-32.40-41	1 Pe 1,17-21 1 Jn 2,1-5 Ap 5,11-14	Lc 24,13-35 Lc 24,35-48 Jn 21,1-19
	Semana 3 de Pascua	L	Hch 6,8-15		Jn 6,22-29
		M	Hch 7,51–8,1		Jn 6,30-35
		Mi	Hch 8,1-8		Jn 6,35-40
		J	Hch 8,26-40		Jn 6,44-51
		V	Hch 9,1-20		Jn 6,52-59
		S	Hch 9,31-42		Jn 6,60-69
PASCUA	**DOMINGO 4** de Pascua		A. Hch 2,14.36-41 B. Hch 4,8-12 C. Hch 13,14.43-52	1 Pe 2,20-25 1 Jn 3,1-2 Ap 7,9.14-17	Jn 10,1-10 Jn 10,11-18 Jn 10,27-30
	Semana 4 de Pascua	L	Hch 11,1-18		A. Jn 10,11-18 B.&C. Jn 10,1-10
		M	Hch 11,19-26		Jn 10,22-30
		Mi	Hch 12,24–13,5		Jn 12,44-50
		J	Hch 13,13-25		Jn 13,16-20
		V	Hch 13,26-33		Jn 14,1-6
		S	Hch 13,44-52		Jn 14,7-14
	DOMINGO 5 de Pascua		A. Hch 6,1-7 B. Hch 9,26-31 C. Hch 14;21-27	1 Pe 2,4-9 1 Jn 3,18-24 Ap 21,1-5	Jn 14,1-12 Jn 15,1-8 Jn 13,31-33.34-35
		L	Hch 14,5-18		Jn 14,21-36
		M	Hch 14,19-28		Jn 14,27-31
		Mi	Hch 15,1-6		Jn 15,1-8
		J	Hch 15,7-21		Jn 15,9-11
		V	Hch 15,22-31		Jn 15,12-17
		S	Hch 16,1-10		Jn 15,18-21

PASCUA	**DOMINGO 6** de Pascua		A. Hch 8,5-8.14-17 B. Hch 10,25-26.34-48 C. Hch 15,1-2.22-29	1 Pe 3,15-18 1 Jn 4,7-10 Ap 21,10-14.22-23	Jn 14,15-21 Jn 15,9-17 Jn 14,23-29
	Semana 6 de Pascua	L	Hch 16,11-15		Jn 15,26–16,4
		M	Hch 16,22-34		Jn 16,5-11
		Mi	Hch 17,15.22–18,1		Jn 16,12-15
		J	Hch 18,1-8		Jn 16,16-20
		V	Hch 18,9-18		Jn 16,20-23
		S	Hch 18,23-28		Jn 16,23-28
	ASCENSIÓN DEL SEÑOR		Hch 1,1-11	A. Ef 1,17-23 B. Ef 4,1-13 C. Heb 9,24-28; 10,19-23	Mt 28,16-20 Mc 16,15-20 Lc 24,46-53
	Semana 7 de Pascua	L	Hch 19,1-8		Jn 16,29-33
		M	Hch 20,17-27		Jn 17,1-11
		Mi	Hch 20,28-38		Jn 17,11-19
		J	Hch 22,30; 23,6-11		Jn 17,20-26
		V	Hch 25,13-21		Jn 21,15-19
		S	Hch 28,16-20.30-31		Jn 21,20-25
	PENTECOSTÉS		Hch 2,1-11	A. 1 Cor 12,3-7.12-13 B. Gál 15,16-25 C. Rom 8,8-17	Jn 20,19-23 Jn 15,26-27; 16,12-15 Jn 14,15-26. 23-26
	SANTÍSIMA TRINIDAD		A. Éx 34,4-6.8-9 B. Dt 4,32-34.39-40 C. Prov 8,22-31	2 Cor 13,11-13 Rom 8,14-17 Rom 5,1-5	Jn 3,16-18 Mt 28,16-20 Jn 16,12-15
	CUERPO Y SANGRE DE CRISTO		A. Dt 8,2-3.14-16 B. Éx 24,3-8 C. Gn 14,18-20	1 Cor 10,16-17 Heb 9,11-15 1 Cor 11,23-26	Jn 6,51-58 Mc 14,12-16.22-26 Lc 9,11-17

PRIMERA PARTE DEL TIEMPO ORDINARIO

Durante el Tiempo Ordinario las lecturas de los días de semana se distribuyen en un ciclo de dos años: Año I (años impares) y Año II (años pares).

Las lecturas de los Domingos se distribuyen en un ciclo de tres años: Año A, Año B, y Año C.

Los años 2005, 2008, 2011 son A.

	Fecha		1ra. Lectura	2da. Lectura	Evangelio
TIEMPO ORDINARIO	**BAUTISMO DEL SEÑOR**		Is 42,1-7 Is 55,1-11 Is 40,1-5.9-11	Hch 10,34-38 1 Jn 5,1-9 Tit 2,11-14; 3,4-7	A. Mt 3,13-17 B. Mc 1,7-11 C. Lc 3,15-16.21-22
	Semana 1 Tiempo Ordinario	L	I Heb 1,1-6	II 1 Sm 1,1-8	Mc 1,14-20
		M	I Heb 2,5-12	II 1 Sm 1,9-20	Mc 1,21-28
		Mi	I Heb 2,14-18	II 1 Sm 3,1-10.19-20	Mc 1,29-39
		J	I Heb 3,7-14	II 1 Sm 4,1-11	Mc 1,40-45
		V	I Heb 4,1-5.11	II 1 Sm 8,4-7.10-22	Mc 2,1-12
		S	I Heb 4,12-16	II 1 Sm 9,1-4.17-19; 10,1	Mc 2,13-17
	DOMINGO 2 Tiempo Ordinario		A. Is 49,3.5-6 B. 1 Sm 3,3-10.19 C. Is 62,1-5	1 Cor 1,1-3 1 Cor 6,13-15.17-20 1 Cor 12,4-11	Jn 1,29-34 Jn 1,35-42 Jn 2,1-11
	Semana 2	L	I Heb 5,1-10	II 1 Sm 15,16-23	Mc 2,18-22
		M	I Heb 6,10-20	II 1 Sm 16,1-13	Mc 2,23-28
		Mi	I Heb 7,1-3.15-17	II 1 Sm 17,32-33.37.40-51	Mc 3,1-6
		J	I Heb 7,25–8,6	II 1 Sm 18,6-9; 19,1-7	Mc 3,7-12
		V	I Heb 8,6-13	II 1 Sm 24,3-21	Mc 3,13-19
		S	I Heb 9,2-3.11-14	II 2 Sm 1,1-4.11-12.19.23-27	Mc 3,20-21
	DOMINGO 3 Tiempo Ordinario		A. Is 8,23–9,3 B. Jon 3,1-5.10 C. Neh 8,2-4.5-6.8-10	1 Cor 1,10-13.17 1 Cor 7,29-31 1 Cor 12,12-30	Mt 4,12-23 Mc 1,14-20 Lc 1,1-4; 4,14-21
	Semana 3	L	I Heb 9,15.24-28	II 2 Sm 5,1-7.10	Mc 3,22-30
		M	I Heb 10,1-10	II 2 Sm 6,12-15.17-19	Mc 3,31-35
		Mi	I Heb 10,11-18	II 2 Sm 7,14-17	Mc 4,1-20
		J	I Heb 10,19-25	II 2 Sm 7,18-19.24-29	Mc 4,21-25
		V	I Heb 10,32-39	II 2 Sm 11,1-4.5-10.13-17	Mc 4,26-34
		S	I Heb 11,1-2.8-19	II 2 Sm 12,1-7.10-17	Mc 4,35-41

Año	4to Domingo Ord.
2005	30 Enero
2006	29 Enero
2007	28 Enero
2008	3 Febrero

Año	4to Domingo Ord.
2009	1 Febrero
2010	31 Enero
2011	30 Enero
2012	29 Enero

Año	4to Domingo Ord.
2013	3 Febrero
2014	2 Febrero
2015	1 Febrero
2016	31 Enero

TIEMPO ORDINARIO	**DOMINGO 4** Tiempo Ordinario		A. Sof 2,3; 3,12-13 B. Dt 18,15-20 C. Jr 1,4-5.17-19	1 Cor 1,26-31 1 Cor 7,32-35 1 Cor 12,31–13,13	Mt 5,1-12 Mc 1,21-28 Lc 4,21-30
	Semana 4	L	I Heb 11,32-40	II 2 Sm 15,13-14.30;16,5-13	Mc 5,1-20
		M	I Heb 12,1-4	II 2 Sm 18,9–19,3	Mc 5,21-43
		Mi	I Heb 12,4-7.11-15	II 2 Sm 24,2.9-17	Mc 6,1-6
		J	I Heb 12,18-19.21-24	II 1 Re 2,1-4.10-12	Mc 6,7-13
		V	I Heb 13,1-8	II Eclo 47,2-11	Mc 6,14-29
		S	I Heb 13,15-17.20-21	II 1 Re 3,4-13	Mc 6,30-34
	DOMINGO 5 Tiempo Ordinario		A. Is 58,7-10 B. Job 7,1-4.6-7 C. Is 6,1-2.3-8	1 Cor 2,1-5 1 Cor 9,16-23 1 Cor 15,1-11	Mt 5,13-16 Mc 1,29-39 Lc 5,1-11
	Semana 5	L	I Gn 1,1-19	II 1 Re 8,1-7.9-13	Mc 6,53-56
		M	I Gn 1,20–2,4	II 1 Re 8,22-23.27-30	Mc 7,1-13
		Mi	I Gn 2,5-9.15-17	II 1 Re 10,1-10	Mc 7,14-23
		J	I Gn 2,18-25	II 1 Re 11,4-13	Mc 7,24-30
		V	I Gn 3,1-8	II 1 Re 11,29-32; 12,19	Mc 7,31-37
		S	I Gn 3,9-24	II 1 Re 12,26-32; 13,33-34	Mc 8,1-10

Esta primera parte del Tiempo Ordinario acaba con el Miércoles de Ceniza que es cuando comienza la Cuaresma. Dependiendo de los años puede acabar entre la quinta y la novena semana.

TIEMPO ORDINARIO	**DOMINGO 6** Tiempo Ordinario		A. Eclo 15,15-20 B. Lev 13,1-2.44-46 C. Jr 17,5-8	1 Cor 2,6-10 1 Cor 10,31–11,1 1 Cor 15,12.16-20	Mt 5,17-37 Mc 1,40-45 Lc 6,17.20-26
	Semana 6	L	I Gn 4,1-15.25	II Sant 1,1-11	Mc 8,11-13
		M	I Gn 6,5-8; 7,1-5.10	II Sant 1,12-18	Mc 8,14-21
		Mi	I Gn 8,6-13.20-22	II Sant 1,19-27	Mc 8,22-26
		J	I Gn 9,1-13	II Sant 2,1-9	Mc 8,27-33
		V	I Gn 11,1-9	II Sant 2,14-24.26	Mc 8,34–9,1
		S	I Heb 11,1-7	II Sant 3,1-10	Mc 9,2-13
	DOMINGO 7 Tiempo Ordinario		A. Lv 19,1-2.17-18 B. Is 43,18-19.21-22.24-25 C. 1 Sm 26,2.7-9.12-13.22-23	1 Cor 3,16-23 2 Cor 1,18-22 1 Cor 15,45-49	Mt 5,38-48 Mc 2,1-12 Lc 6,27-38
	Semana 7	L	I Eclo 1,1-10	II Sant 3,13-18	Mc 9,14-29
		M	I Eclo 2,1-11	II Sant 4,1-10	Mc 9,30-37
		Mi	I Eclo 4,11-19	II Sant 4,13-17	Mc 9,38-40
		J	I Eclo 5,1-8	II Sant 5,1-6	Mc 9,41-50
		V	I Eclo 6,5-17	II Sant 5,9-12	Mc 10,1-12
		S	I Eclo 17,1-15	II Sant 5,13-20	Mc 10,13-16
	DOMINGO 8 Tiempo Ordinario		A. Is 49,14-15 B. Os 2,16-17.21-22 C. Eclo 27,4-7	1 Cor 4,1-5 2 Cor 3,1-6 1 Cor 15,54-58	Mt 6,24-34 Mc 2,18-22 Lc 6,39-45
	Semana 8	L	I Eclo 17,19-27	II 1 Pe1,3-9	Mc 10,17-27
		M	I Eclo 35,1-12	II 1 Pe 1,10-16	Mc 10,28-31
		Mi	I Eclo 36,1.5-6.10-17	II 1 Pe 1,18-25	Mc 10,32-45
		J	I Eclo 42,15-25	II 1 Pe 2,2-5.9-12	Mc 10,46-52
		V	I Eclo 44,1.9-13	II 1 Pe 4,7-13	Mc 11,11-26
		S	I Eclo 51,12-20	II Jd 17.20-25	Mc 11,27-33

SEGUNDA PARTE DEL TIEMPO ORDINARIO

Durante El Tiempo Ordinario las lecturas de los días de semana se distribuyen en un ciclo de dos años: Año I (años impares) y Año II (años pares).

Las lecturas de los Domingos se distribuyen en un ciclo de tres años: Año A, Año B, y Año C.

Los años 2005, 2008, 2011 son A.

Segunda parte del Tiempo Ordinario comienza:

Año	Fecha	Semana Número
2005	16 Mayo	Semana 7
2006	15 Junio	Semana 9
2007	28 Mayo	Semana 8
2008	12 Mayo	Semana 6
2009	11 Junio	Semana 9
2010	24 Mayo	Semana 8

Segunda parte del Tiempo Ordinario comienza:

Año	Fecha	Semana Número
2011	13 Junio	Semana 11
2012	28 Mayo	Semana 8
2013	20 Mayo	Semana 7
2014	19 Junio	Semana 10
2015	25 Mayo	Semana 6
2016	16 Mayo	Semana 7

	Fecha		1ra. Lectura	2da. Lectura	Evangelio
TIEMPO ORDINARIO	**DOMINGO 9** Tiempo Ordinario		A. Dt 11,18.26-28 B. Dt 5,12-15 C. 1 Re 8,41-43	Rom 3,21-25.28 2 Cor 4,6-11 Gál 1,1-2.6-10	Mt 7,21-27 Mc 2,23–3,6 Lc 7,1-10
	Semana 9	L	I Tob 1,1.2; 2,1-9	II 2 Pe 1,2-7	Mc 12,1-12
		M	I Tob 2,9-14	II 2 Pe 3,12-15.17-18	Mc 12,13-17
		Mi	I Tob 3,1-11.16	II 2 Tim 1,1-3.6-12	Mc 12,18-27
		J	I Tob 6,11; 7,1.9-14; 8,4-7	II 2 Tim 2,8-15	Mc 12,28-34
		V	I Tob 11,5-15	II 2 Tim 3,10-17	Mc 12,35-37
		S	I Tob 12,1.5-15.20	II 2 Tim 4,1-8	Mc 12,38-44
	DOMINGO 10 Tiempo Ordinario		A. Os 6,3-6 B. Gn 3,9-15 C. 1Re 17,17-24	Rom 4,18-25 2 Cor 4,13–5,1 Gál 1,11-19	Mt 9,9-13 Mc 3,20-35 Lc 7,11-17
	Semana 10	L	I 2 Cor 1,1-7	II 1 Re 17,1-7	Mt 5,1-12
		M	I 2 Cor 1,18-22	II 1 Re 17,7-16	Mt 5,13-16
		Mi	I 2 Cor 3,4-11	II 1 Re 18,20-39	Mt 5,17-19
		J	I 2 Cor 3,15–4,1.3-6	II 1 Re 18,41-46	Mt 5,20-26
		V	I 2 Cor 4,7-15	II 1 Re 19,9.11-16	Mt 5,27-32
		S	I 2 Cor 5,14-21	II 1 Re 19,19-21	Mt 5,33-37
	DOMINGO 11 Tiempo Ordinario		A. Éx 19,2-6 B. Ez 17,22-24 C. 2 Sm 12,7-10.13	Rom 5,6-11 2 Cor 5,6-10 Gál 2,16.19-21	Mt 9,36–10,8 Mc 4,26-34 Lc 7,36–8,3
	Semana 11	L	I 2 Cor 6,1-10	II 1 Re 21,1-16	Mt 5,38-42
		M	I 2 Cor 8,1-9	II 1 Re 21,17-29	Mt 5,43-48
		Mi	I 2 Cor 9,6-11	II 2 Re 2,1.6-14	Mt 6,1-6
		J	I 2 Cor 11,1-11	II Eclo 48,1-14	Mt 6,7-15
		V	I 2 Cor 11,18.21-30	II 2 Re 11,1-4.9-18.20	Mt 6,19-23
		S	I 2 Cor 12,1-10	II 2 Cr 24;17-25	Mt 6,24-34

TIEMPO ORDINARIO	**DOMINGO 12** Tiempo Ordinario		A. Jr 20,10-13 B. Job 38,1.8-11 C. Zac 12,10-11; 13,1	Rom 5,12-15 2 Cor 5,14-17 Gál 3,26-29	Mt 10,26-33 Mc 4,35-41 Lc 9,18-24
	Semana 12	L	I Gn 12,1-9	II 2 Re 17,5-8.13-15.18	Mt 7,1-5
		M	I Gn 13,2.5-18	II 2 Re 19,9-11.14-21.31-36	Mt 7,6.12-14
		Mi	I Gn 15,1-12.17-18	II 2 Re 22,8-13; 23,1-3	Mt 7,15-20
		J	I Gn 16,1-12.15-16	II 2 Re 24,8-17	Mt 7,21-29
		V	I Gn 17,1.9-10.15-22	II 2 Re 25,1-12	Mt 8,1-4
		S	I Gn 18,1-15	II Lam 2,2.10-14.18-19	Mt 8,5-17
	DOMINGO 13 Tiempo Ordinario		A. 2 Re 4,8-11.14-16 B. Sab 1,13-15;2,23-24 C. 1 Re 19,16-21	Rom 6,3-4.8-11 2 Cor 8,7.9.13-15 Gál 5,1.13-18	Mt 10,37-42 Mc 5,21-43 Lc 9,51-62
	Semana 13	L	I Gn 18,16-33	II Am 2,6-10.13-16	Mt 8,18-22
		M	I Gn 19,15-29	II Am 3,1-8;4,11-12	Mt 8,23-27
		Mi	I Gn 21,5.8-20	II Am 5,14-15.21-24	Mt 8,28-34
		J	I Gn 22,1-19	II Am 7,10-17	Mt 9,1-8
		V	I Gn 23,1-4.19;24,1-8.62-67	II Am 8,4-6.9-12	Mt 9,9-13
		S	I Gn 27,1-5.15- 29	II Am 9,11-15	Mt 9,14-17

Si te pierdes con los números de las semanas consulta esta lista. Dependiendo del año los domingos 14, 18 y 22 del Tiempo Ordinario caen en las siguientes fechas:

Año	Semana 14	18	22		14	18	22
2005	3 Julio	31 Julio	28 Agosto	2011	3 Julio	31 Julio	28 Agosto
2006	9 Julio	6 Agosto	3 Septiembre	2012	3 Julio	5 Agosto	2 Septiembre
2007	8 Julio	5 Agosto	2 Septiembre	2013	7 Julio	4 Agosto	1 Septiembre
2008	6 Julio	3 Agosto	31 Agosto	2014	6 Julio	3 Agosto	31 Agosto
2009	5 Julio	2 Agosto	30 Agosto	2015	5 Julio	2 Agosto	30 Agosto
2010	4 Julio	1 Agosto	29 Agosto	2016	3 Julio	31 Julio	28 Agosto

TIEMPO ORDINARIO	**DOMINGO 14** Tiempo Ordinario		A. Zac 9,9-10 B. Ez 2,2-5 C. Is 66,10-14	Rom 8,9.11-13 2 Cor 12,7-10 Gál 6,14-18	Mt 11,25-30 Mc 6,1-6 Lc 10,1-12.17-20
	Semana 14	L	I Gn 28,10-22	II Os 2,16.17-18.21-22	Mt 9,18-26
		M	I Gn 32,23-33	II Os 8,4-7.11-13	Mt 9,32-38
		Mi	I Gn 41,55-57;42,5-7.17-24	II Os 10,1-3.7-8.12	Mt 10,1-7
		J	I Gn 44,18-21.23-29; 45,1-5	II Os 11,1.3-4.8-9	Mt 10,7-15
		V	I Gn 46,1-7.28-30	II Os 14,2-10	Mt 10,16-23
		S	I Gn 49,29-33; 50,15-24	II Is 6,1-8	Mt 10,24-33
	DOMINGO 15 Tiempo Ordinario		A. Is 55,10-11 B. Am 7,12-15 C. Dt 30,10-14	Rom 8,18-23 Ef 1,3-14 Col 1,15-20	Mt 13,1-23 Mc 6,7-13 Lc 10,25-37
	Semana 15	L	I Éx 1,8-14.22	II Is 1,10-17	Mt 10,34–11,1
		M	I Éx 2,1-15	II Is 7,1-9	Mt 11,20-24
		Mi	I Éx 3,1-6.9-12	II Is 10,5-7.13-16	Mt 11,25-27
		J	I Éx 3,13-20	II Is 26,7-9.12.16-19	Mt 11,28-30
		V	I Éx 11,10–12,14	II Is 38,1-6.21-22.7-8	Mt 12,1-8
		S	I Éx 12,37-42	II Miq 2,1-5	Mt 12,14-21
	DOMINGO 16 Tiempo Ordinario		A. Sab 12,13.16-19 B. Jr 23,1-6 C. Gn 18,1-10	Rom 8,26-27 Ef 2,13-18 Col 1,24-28	Mt 13,24-43 Mc 6,30-34 Lc 10,38-42
	Semana 16	L	I Éx 14,5-18	II Miq 6,1-4.6-8	Mt 12,38-42
		M	I Éx 14,21–15,1	II Miq 7,14-15.18-20	Mt 12,46-50
		Mi	I Éx 16,1-5.9-15	II Jr 1,1.4-10	Mt 13,1-9
		J	I Éx 19,1-2.9-11.16-20	II Jr 2,1-3.7-8.12-13	Mt 13,10-17

		V	I Éx 20,1-17	II Jr 3,14-17	Mt 13,18-23
		S	I Éx 24,3-8	II Jr 7,1-11	Mt 13,24-30
	DOMINGO 17 Tiempo Ordinario		A. 1 Re 3,5.7-12 B. 2 Re 4,42-44 C. Gn 18,20-32	Rom 8,28-30 Ef 4,1-6 Col 2,12-14	Mt 13,44-52 Jn 6,1-15 Lc 11,1-13
	Semana 17	L	I Éx 32,15-24.30-34	II Jr 13,1-11	Mt 13,31-35
		M	I Éx 33,7-11; 34,5-9.28	II Jr 14,17-22	Mt 13,36-43
		Mi	I Éx 34,29-35	II Jr 15,10.16-21	Mt 13,44-46
		J	I Éx 40,16-21.34-38	II Jr 18,1-6	Mt 13,47-53
		V	I Lv 23,1.4-11.15-16.27.34-37	II Jr 26,1-9	Mt 13,54-58
		S	I Lv 25,1.8-17	II Jr 26,11-16.24	Mt 14,1-12
	DOMINGO 18 Tiempo Ordinario		A. Is 55,1-3 B. Éx 16,2-4.12-15 C. Ecl 1,2; 2,21-23	Rom 8,35.37-39 Ef 4,17.20-24 Col 3,1-5.9-11	Mt 14,13-21 Jn 6,24-35 Lc 12,13-21
TIEMPO ORDINARIO	Semana 18	L	I Nm 11,4-15	II Jr 28,1-17	Mt 14,13-21
					A. Mt 14,22-36
		M	I Nm 12,1-13	II Jr 30,1-2.12-15.18-22	Mt 14,22-36
					A. Mt 15,1-2.10-14
		Mi	I Nm 13,1-2.25;14,1.26-29.34-35	II Jr 31,1-7	Mt 15,21-28
		J	I Nm 20,1-13	II Jr 31,31-34	Mt 16,13-23
		V	I Dt 4,32-40	II Neh 2,1.3; 3,1-3.6-7	Mt 16,24-28
		S	I Dt 6,4-13	II Hab 1,12–2,4	Mt 17,14-20
	DOMINGO 19 Tiempo Ordinario		A. 1 Re 19,9.11-13 B. 1 Re 19,4-8 C. Sab 18,6-9	Rom 9,1-5 Ef 4,30–5,2 Heb 11,1-2.8-19	Mt 14,22-33 Jn 6,41-51 Lc 12,32-48
	Semana 19	L	I Dt 10,12-22	II Ez 1,2-5.24-28	Mt 17,22-27
		M	I Dt 31,1-8	II Ez 2,8–3,4	Mt 18,1-5.10.12-14
		Mi	I Dt 34,1-12	II Ez 9,1-7;10,18-22	Mt 18,15-20
		J	I Jos 3,7-10.11.13-17	II Ez 12,1-12	Mt 18,21–19,1
		V	I Jos 24,1-13	II Ez 16,1-15.60.63	Mt 19,3-12
		S	I Jos 24,14-29	II Ez 18,1.10-13.30-32	Mt 19,13-15
	DOMINGO 20 Tiempo Ordinario		A. Is 56,1.6-7 B. Prov 9,1-6 C. Jr 38,4-6.8-10	Rom 11,13-15.29-32 Ef 5,15-20 Heb 12,1-4	Mt 15,21-28 Jn 6,51-58 Lc 12,49-53
TIEMPO ORDINARIO	Semana 20	L	I Jue 2,11-19	II Ez 24,15-23	Mt 19,16-22
		M	I Jue 6,11-24	II Ez 28;1-10	Mt 19,23-30
		Mi	I Jue 9,6-15	II Ez 34,1-11	Mt 20,1-16
		J	I Jue 11,29-39	II Ez 36,23-28	Mt 22,1-14
		V	I Rut 1,1.3-6.14-16.22	II Ez 37,1-14	Mt 22,34-40
		S	I Rut 2,1-3.8-11;4,13-17	II Ez 43,1-7	Mt 23,1-12
	DOMINGO 21 Tiempo Ordinario		A. Is 22,15.19-23 B. Jos 24,1-2.15-17.18 C. Is 66,18-21	Rom 11,33-36 Ef 5,21-32 Heb 12,5-7.11-13	Mt 16,13-20 Jn 6,60-69 Lc 13,22-30
	Semana 21	L	I 1 Tes 1,2-5.8-10	II 2 Tes 1,1-5.11-12	Mt 23,13-22
		M	I 1 Tes 2,1-8	II 2 Tes 2,1-3.14-16	Mt 23,23-26
		Mi	I 1 Tes 2,9-13	II 2 Tes 3,6-10.16-18	Mt 23,27-32
		J	I 1 Tes 3,7-13	II 1 Cor 1,1-9	Mt 24,42-51
		V	I 1 Tes 4,1-8	II 1 Cor 1,17-25	Mt 25,1-13
		S	I 1 Tes 4,9-12	II 1 Cor 1,26-31	Mt 25,14-30
	DOMINGO 22 Tiempo Ordinario		A. Jr 20,7-9 B. Dt 4,1-2.6-8 C. Eclo 3,17-18.20.28-29	Rom 12,1-2 Sant 1,17-18.21-22.27 Heb 12,18-19.22-24	Mt 16,21-27 Mc 7,1-8.14-15.21-23 Lc 14,1.7-14
		L	I 1 Tes 4,13-18	II 1 Cor 2,1-5	Lc 4,16-30
		M	I 1 Tes 5,1-6.9-11	II 1 Cor 2,10-16	Lc 4,31-37

TIEMPO ORDINARIO	Semana 22	Mi	I Col 1,1-8	II 1 Cor 3,1-9	Lc 4,38-44
		J	I Col 1,9-14	II 1 Cor 3,18-23	Lc 5,1-11
		V	I Col 1,15-20	II 1 Cor 4,1-5	Lc 5,33-39
		S	I Col 1,21-23	II 1 Cor 4,6-15	Lc 6,1-5
	DOMINGO 23		A. Ez 33,7-9	Rom 13,8-10	Mt 18,15-20
	Tiempo		B. Is 35,4-7	Sant 2,1-5	Mc 7,31-37
	Ordinario		C. Sab 9,13-18	Flm 9-10.12-17	Lc 14,25-33
	Semana 23	L	I Col 1,24–2,3	II 1 Cor 5,1-8	Lc 6,6-11
		M	I Col 2,6-15	II 1 Cor 6,1-11	Lc 6,12-19
		Mi	I Col 3,1-11	II 1 Cor 7,25-31	Lc 6,20-26
		J	I Col 3,12-17	II 1 Cor 8,1-7.11-13	Lc 6,27-38
		V	I 1 Tim 1,1-2.12-14	II 1 Cor 9,16-19.22-27	Lc 6,39-42
		S	I 1 Tim 1,15-17	II 1 Cor 10,14-22	Lc 6,43-49
	DOMINGO 24		A. Eclo 27,30–28,7	Rom 14,7-9	Mt 18,21-35
	Tiempo		B. Is 50,5-9	Sant 2,14-18	Mc 8,27-35
	Ordinario		C. Éx 32,7-11.13-14	1 Tim 1,12-17	Lc 15,1-32 o 15,1-10
	Semana 24	L	I 1 Tim 2,1-8	II 1 Cor 11,17-26.33	Lc 7,1-10
		M	I 1 Tim 3,1-13	II 1 Cor 12,12-14.27-31	Lc 7,11-17
		Mi	I 1 Tim 3,14-16	II 1 Cor 12,31–13,13	Lc 7,31-35
		T	I 1 Tim 4,12-16	II 1 Cor 15,1-11	Lc 7,36-50
		F	I 1 Tim 6,2-12	II 1 Cor 15,12-20	Lc 8,1-3
		S	I 1 Tim 6,13-16	II 1 Cor 15,35-37.42-49	Lc 8,4-15
	DOMINGO 25		A. Is 55,6-9	Flp 1,20-24.27	Mt 20,1-16
	Tiempo		B. Sab 2,17-20	Sant 3,16–4,3	Mc 9,30-37
	Ordinario		C. Am 8,4-7	1 Tim 2,1-8	Lc 16,1-13
	Semana 25	L	I Esd 1,1-6	II Prov 3,27-34	Lc 8,16-18
		M	I Esd 6,7-8.12.14-20	II Prov 21,1-6.10-13	Lc 8,19-21
		Mi	I Esd 9,5-9	II Prov 30,5-9	Lc 9,1-6
		J	I Ag 1,1-8	II Ecl 1,2-11	Lc 9,7-9
		V	I Ag 1,15–2,9	II Ecl 3,1-11	Lc 9,18-22
		S	I Zac 2,5-9.14-15	II Ecl 11,9–12,8	Lc 9,43-45

Si te pierdes con los números de las semanas consulta esta lista. Dependiendo del año los domingos 26, 30 y 34 del Tiempo Ordinario caen en las siguientes fechas:

Año	Semana 26	30	34		26	30	34
2005	Sept 25	Oct 23	Nov 20	2011	Sept 25	Oct 23	Nov 20
2006	Oct 1	Oct 29	Nov 26	2012	Sept 30	Oct 28	Nov 22
2007	Sept 30	Oct 28	Nov 25	2013	Sept 29	Oct 27	Nov 24
2008	Sept 28	Oct 26	Nov 23	2014	Sept 28	Oct 26	Nov 23
2009	Sept 27	Oct 25	Nov 22	2015	Sept 27	Oct 25	Nov 22
2010	Sept 26	Oct 24	Nov 21	2016	Sept 25	Oct 23	Nov 20

TIEMPO ORDINARIO	**DOMINGO 26**		A. Ez 18,25-28	Flp 2,1-11	Mt 21,28-32
	Tiempo		B. Nm 11,25-29	Sant 5,1-6	Mc 9,38-43.45.47-48
	Ordinario		C. Am 6,1.4-7	1 Tim 6,11-16	Lc 16,19-31
	Semana 26	L	I Zac 8,1-8	II Job 1,6-22	Lc 9,46-50
		M	I Zac 8,20-23	II Job 3,1-3.11-17.20-23	Lc 9,51-56
		Mi	I Neh 2,1-8	II Job 9,1-12.14-16	Lc 9,57-62
		J	I Neh 8,1-4.5-6.7-12	II Job 19,21-27	Lc 10,1-12
		V	I Bar 1,15-22	II Job 38,1.12-21; 40,3-5	Lc 10,13-16
		S	I Bar 4,5-12.27-29	II Job 42,1-3.5-6.12-16	Lc 10,17-24

	DOMINGO 27		A. Is 5,1-7		Flp 4,6-9	Mt 21,33-43
	Tiempo		B. Gn 2,18-24		Heb 2,9-11	Mc 10,2-16
	Ordinario		C. Hab 1,2-3;2,2-4		2 Tim 1,6-8.13-14	Lc 17,5-10
	Semana 27	L	I Jon 1,1–2,1.11	II	Gál 1,6-12	Lc 10,25-37
		M	I Jon 3,1-10	II	Gál 1,13-24	Lc 10,38-42
		Mi	I Jon 4,1-11	II	Gál 2,1-2.7-14	Lc 11,1-4
		J	I Mal 3,13-20	II	Gál 3,1-5	Lc 11,5-13
		V	I Jl 1,13-15; 2,1-2	II	Gál 3,7-14	Lc 11,15-26
		S	I Jl 4,12-21	II	Gál 3,22-29	Lc 11,27-28
	DOMINGO 28		A. Is 25,6-10		Flp 4,12-14.19-20	Mt 22,1-14
	Tiempo		B. Sab 7,7-11		Heb 4,12-13	Mc 10,17-30
	Ordinario		C. 2 Re 5,14-17		2 Tim 2,8-13	Lc 17,11-19
	Semana 28	L	I Rom 1,1-7	II	Gál 4,22-24.26-27.31–5,1	Lc 11,29-32
		M	I Rom 1,16-25	II	Gál 5,1-6	Lc 11,37-41
		Mi	I Rom 2,1-11	II	Gál 5,18-25	Lc 11,42-46
TIEMPO ORDINARIO		J	I Rom 3,21-29	II	Ef 1,1-10	Lc 11,47-54
		V	I Rom 4,1-8	II	Ef 1,11-14	Lc 12,1-7
		S	I Rom 4,13.16-18	II	Ef 1,15-23	Lc 12,8-12
	DOMINGO 29		A. Is 45,1.4-6		1 Tes 1,1-5	Mt 22,15-21
	Tiempo		B. Is 53,10-11		Heb 4,14-16	Mc 10,35-45
	Ordinario		C. Éx 17,8-13		2 Tim 3,14–4,2	Lc 18,1-8
	Semana 29	L	I Rom 4,20-25	II	Ef 2,1-10	Lc 12,13-21
		M	I Rom 5;12.15.17-19.20-21	II	Ef 2,12-22	Lc 12,35-38
		Mi	I Rom 6,12-18	II	Ef 3,2-12	Lc 12,39-48
		J	I Rom 6,19-23	II	Ef 3,14-21	Lc 12,49-53
		V	I Rom 7,18-25	II	Ef 4,1-6	Lc 12,54-59
		S	I Rom 8;1-11	II	Ef 4,7-16	Lc 13,1-9
	DOMINGO 30		A. Éx 22,20-26		1 Tes 1,5-10	Mt 22,34-40
	Tiempo		B. Jr 31,7-9		Heb 5,1-6	Mc 10,46-52
	Ordinario		C. Eclo 35,12-14.16-18		2 Tim 4,6-8.16-18	Lc 18,9-14
	Semana 30	L	I Rom 8,12-17	II	Ef 4,32–5,8	Lc 13,10-17
		M	I Rom 8,18-25	II	Ef 5,21-33	Lc 13,18-21
		Mi	I Rom 8,26-30	II	Ef 6,1-9	Lc 13,22-30
		J	I Rom 8,31-39	II	Ef 6,10-20	Lc 13,31-35
		V	I Rom 9,1-5	II	Flp 1,1-11	Lc 14,1-6
TIEMPO ORDINARIO		S	I Rom 11,1-2.11-12.25-29	II	Flp 1,18-26	Lc 14,1.7-11
	DOMINGO 31		A. Mal 1,14–2,2.8-10		1 Tes 2,7-9.13	Mt 23,1-12
	Tiempo		B. Dt 6,2-6		Heb 7,23-28	Mc 12,28-34
	Ordinario		C. Sab 11,22–12,1		2 Tes 1,11–2,2	Lc 19,1-10
	Semana 31	L	I Rom 11,29-36	II	Flp 2,1-4	Lc 14,12-14
		M	I Rom 12,5-16	II	Flp 2,5-11	Lc 14,15-24
		Mi	I Rom 13,8-10	II	Flp 2,12-18	Lc 14,25-33
		J	I Rom 14,7-12	II	Flp 3,3-8	Lc 15,1-10
		V	I Rom 15,14-21	II	Flp 3,17–4,1	Lc 16,1-8
		S	I Rom 16,3-9.16.22-27	II	Flp 4,10-19	Lc 16,9-15
	DOMINGO 32		A. Sab 6,12-16		1 Tes 4,13-17	Mt 25,1-13
	Tiempo		B. 1 Re 17,10-16		Heb 9,24-28	Mc 12,38-44
	Ordinario		C. 2 Mac 7,1-2.9-14		2 Tes 2,16–3,5	Lc 20,27-38
	Semana 32	L	I Sab 1,1-7	II	Tit 1,1-9	Lc 17,1-6
		M	I Sab 2,23–3,9	II	Tit 2,1-8.11-14	Lc 17,7-10
		Mi	I Sab 6,2-11	II	Tit 3,1-7	Lc 17,11-19
		J	I Sab 7,22–8,1	II	Flm 7-20	Lc 17,20-25
		V	I Sab 13,1-9	II	2 Jn 4-9	Lc 17,26-37
		S	I Sab 18,14-16; 19,6-9	II	3 Jn 5-8	Lc 18,1-8

	DOMINGO 33 Tiempo Ordinario		A. Prov 31,10-20.19-31 B. Dn 12,1-3 C. Mal 3,19-20	1 Tes 5,1-6 Heb 10,11-14.18 2 Tes 3,7-12	Mt 25,14-30 Mc 13,24-32 Lc 21,5-19
	Semana 33	L	I 1 Mac 1,10-15.41-43.54-57.62-63	II Ap 1,1-4; 2,1-5	Lc 18,35-43
		M	I 2 Mac 6,18-31	II Ap 3,1-6.14-22	Lc 19,1-10
		Mi	I 2 Mac 7,1.20-31	II Ap 4,1-11	Lc 19,11-28
		J	I 1 Mac 2,15-29	II Ap 5,1-10	Lc 19,41-44
		V	I 1 Mac 4,36-37.52-59	II Ap 10,8-11	Lc 19, 45-48
		S	I 1 Mac 6,1-13	II Ap 11,4-12	Lc 20,27-40
	CRISTO REY		A. Ez 34,11-12.15-17 B. Dn 7,13-14 C. 2 Sm 5,1-3	1 Cor 15,20-26.28 Ap 1,5-8 Col 1,12-20	Mt 25,31-46 Jn 18,33-37 Lc 23,35-43
	Semana 34	L	I Dn 1,1-6.8-20	II Ap 14,1-3.4-5	Lc 21,1-4
		M	I Dn 2,31-45	II Ap 14,14-19	Lc 21,5-11
		Mi	I Dn 5,1-6.13-14.16-17.23-28	II Ap 15,1-4	Lc 21,12-19
		J	I Dn 6,12-28	II Ap 18,1-2.11-23;19,1-3.9	Lc 21,20-28
		V	I Dn 7,2-14	II Ap 20,1-4.11–21,2	Lc 21,29-33
		S	I Dn 7,15-27	II Ap 22,1-7	Lc 21,24-36
	1er DOMINGO DE ADVIENTO				

Guía para la celebración comunitaria de la Palabra de Dios

Lo que sigue es una «guía», no una norma, para la Celebración comunitaria de la Palabra de Dios en aquellas situaciones, que por falta de presbíteros, no se puede realizar la Celebración dominical de la Eucaristía. No pretende reemplazar a las guías ya existentes en algunas comunidades eclesiales, está orientada más bien a aquellas comunidades que no las tienen.

Para su realización es necesario preparar todo con anterioridad: designar el lugar de celebración, el que va a presidirla, los lectores, los cantos, las lecturas bíblicas correspondientes (véase el Calendario Litúrgico p. 2425), repasar los pasos de la celebración, elaborar la oración de los fieles, etc.

---

1. Canto inicial

2. Señal de la cruz

El que preside (**P**): En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.
Todos (**T**): Amén.

3. Saludo inicial

P. La gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor del Padre y la comunión del Espíritu Santo estén con todos nosotros.
T. Amén.

También se puede utilizar uno de estos saludos, según el tiempo litúrgico:

Tiempo Ordinario

P. El Señor, que dirige nuestros corazones para que amemos a Dios, esté con todos nosotros.
T. Amén.

Adviento

P. El Señor, que alimenta nuestra esperanza por un mundo nuevo, esté con todos nosotros.
T. Amén.

Navidad

P. El Señor, que se hizo hombre, hijo de María, esté con todos nosotros.
T. Amén.

Cuaresma

P. El Señor, que nos llama a la conversión porque el reino de Dios está cerca, esté con todos nosotros.
T. Amén.

Tiempo Pascual

P. Jesucristo, nuestro Señor, ha resucitado. ¡Aleluya! A él la gloria y el poder por los siglos de los siglos.
T. Amén.

4. Acto penitencial

El que preside la celebración invita al acto penitencial de esta manera:

P. Hermanos y hermanas, humildemente, con corazón arrepentido reconozcamos nuestros pecados y pidamos perdón a Dios.

A continuación todos recitan:

T. Yo confieso ante Dios todopoderoso y ante ustedes, hermanos, que he pecado mucho de pensamiento, palabra, obra y omisión. Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa. Por eso ruego a santa María, siempre Virgen, a los ángeles, a los santos y a ustedes, hermanos, que intercedan por mí ante Dios, nuestro Señor. Amén.

O bien, según el tiempo litúrgico:

Tiempo Ordinario

P. Tú que eres el camino que conduce al Padre: Señor, ten piedad.
T. Señor, ten piedad.
P. Tú que eres la verdad que ilumina a los pueblos: Cristo, ten piedad.
T. Cristo, ten piedad.
P. Tú que eres la vida que renueva el mundo: Señor, ten piedad.
T. Señor, ten piedad.

Adviento

P. Tú que viniste al mundo para salvarnos: Señor, ten piedad.
T. Señor, ten piedad.
P. Tú que nos visitas continuamente con la gracia de tu Espíritu: Cristo ten piedad.
T. Cristo, ten piedad.
P. Tú que vendrás un día a juzgar nuestras obras: Señor, ten piedad.
T. Señor, ten piedad.

Navidad

P. Hijo de Dios, que, nacido de María, te hiciste nuestro hermano: Señor, ten piedad.
T. Señor, ten piedad.
P. Hijo del Hombre, que conoces y comprendes nuestra debilidad: Cristo ten piedad.
T. Cristo, ten piedad.
P. Hijo primogénito del Padre, que haces con nosotros una sola familia: Señor, ten piedad.
T. Señor, ten piedad.

Cuaresma

P. Tú que nos has hecho renacer por el agua y el Espíritu: Señor, ten piedad.
T. Señor, ten piedad.
P. Tú que enviaste al Espíritu Santo para crear en nosotros un corazón nuevo: Cristo ten piedad.
T. Cristo, ten piedad.
P. Tú que eres el autor de la salvación eterna: Señor, ten piedad.
T. Señor, ten piedad.

Tiempo Pascual

P. Tú que has destruido el pecado y la muerte con tu resurrección: Señor, ten piedad.
T. Señor, ten piedad.
P. Tú que has renovado la creación entera con tu resurrección: Cristo ten piedad.
T. Cristo, ten piedad.
P. Tú que das la alegría a los vivos y la vida a los muertos con tu resurrección: Señor, ten piedad.
T. Señor, ten piedad.

Se concluye el acto penitencial con esta oración hecha por todos:

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna. Amén.

5. Gloria

Se recita o canta el Gloria en todos los tiempos litúrgicos, menos en Adviento y en Cuaresma.

Gloria a Dios en el cielo,
y en la tierra paz a los que hombres ama
el Señor.

Por tu inmensa gloria te alabamos,
te bendecimos, te adoramos,
te glorificamos, te damos gracias,
Señor Dios, Rey celestial,
Dios Padre todopoderoso Señor,
Hijo único, Jesucristo.

Señor Dios, Cordero de Dios, Hijo del
Padre;
tú que quitas el pecado del mundo,
ten piedad de nosotros;
tú que quitas el pecado del mundo,
atiende nuestra súplica;
tú que estás sentado a la derecha del
Padre,
ten piedad de nosotros;
porque sólo tú eres Santo,
sólo tú Señor, sólo tú Altísimo, Jesucristo,
con el Espíritu en Santo la gloria de Dios
Padre.

Amén.

6. Oración previa a las lecturas

P. Bendito seas Dios, Padre nuestro, porque caminas siempre a nuestro lado instruyéndonos con tu Palabra, aquella que formó la creación entera; que habló por medio de los profetas a tu pueblo; que se hizo hombre, nuestro Señor Jesucristo; y que nos sostiene por la inspiración del Espíritu Santo. Que ella encienda siempre nuestros corazones y nos dé la sabiduría y la fuerza necesaria para hacer tu voluntad. Te lo pedimos a ti que vives y reinas por los siglos de los siglos.

T. Amén.

O bien, según el tiempo litúrgico:

Tiempo Ordinario

P. Bendito seas, Señor, porque nos conduces al Padre. Tú dijiste: Yo soy la luz del mundo, quien me siga no caminará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida; ilumínanos, pues, con la luz de tu Palabra para que unidos a todos los hombres y mujeres de buena voluntad trabajemos por un mundo cada vez más humano. Te lo pedimos a ti que vives y reinas por los siglos de los siglos.

T. Amén.

Adviento

P. Bendito seas, Señor, porque viniste al mundo para salvarlo. Que tu Palabra nos mantenga en vela aguardando tu venida y salvación, para que con la fuerza de tu espíritu seamos testigos de tu llegada a todos los pueblos. Te lo pedimos a ti que vives y reinas por los siglos de los siglos.

T. Amén.

Navidad

P. Bendito seas, Señor, porque naciendo de María asumiste nuestra condición humana, pusiste tu morada entre nosotros. Que tu Palabra nos llene siempre de gozo y lo compartamos con todos los hombres y mujeres que luchan por el nacimiento de un mundo mejor. Te lo pedimos a ti que vives y reinas por los siglos de los siglos.

T. Amén.

Cuaresma

P. Bendito seas, Señor, porque nos haces renacer a una vida nueva por el agua y el Espíritu. Que tu Palabra convierta nuestro corazones de piedra en corazones de carne, y junto a los hombres y mujeres de buena voluntad nos dé la fuerza necesaria para trabajar por un mundo cada vez más humano. Te lo pedimos a ti que vives y reinas por los siglos de los siglos.

T. Amén.

Tiempo pascual

P. Bendito seas, Señor, porque con tu resurrección has destruido el pecado y la muerte. Tú dijiste: Yo soy la resurrección y la vida. Quien cree en mí, aunque muera, vivirá; y quien vive y cree en mí no morirá para siempre. Que tu Palabra, Señor, nos mantenga firmes en esta esperanza, y nos fortalezca para alcanzar la vida eterna.

7. Proclamación de la Palabra

Primera lectura:

El lector anuncia la Palabra con la siguiente fórmula:

Lector (**L**): De... *y sigue el libro que corresponde a la lectura.*

Al final de la lectura

L. Palabra de Dios.

T. Te alabamos, Señor.

Salmo responsorial o canto alusivo al tema de la lectura

Segunda lectura:

L. De...

Al final de la lectura,

L. Palabra de Dios.

T. Te alabamos, Señor.

Lectura del evangelio

El que preside la celebración puede tomar la Sagrada Escritura y mostrarla a toda la asamblea, luego empieza así: Del evangelio según...

Al final de la lectura

P. Palabra de Dios.

T. Te alabamos, Señor.

A continuación se puede compartir una breve reflexión previamente preparada, o dejar un adecuado silencio para la reflexión personal, o invitar a la asamblea a que comparta lo que el Señor con su Palabra motiva. Es bueno que este espacio sea participativo y ágil.

8. Credo

Se recita o se canta el Credo

Símbolo de los Apóstoles (versión breve)

Creo en Dios, Padre Todopoderoso,
Creador del cielo y de la tierra.
Creo en Jesucristo, su único Hijo,
Nuestro Señor,
Que fue concebido por obra y gracia
del Espíritu Santo,
nació de Santa María Virgen,
padeció bajo el poder de Poncio Pilato,
fue crucificado, muerto y sepultado,
descendió a los infiernos,
al tercer día resucitó de entre los muertos,
subió a los cielos
y está sentado a la derecha de Dios,
Padre todopoderoso.
Desde allí ha de venir
a juzgar a vivos y muertos.
Creo en el Espíritu Santo,
la santa Iglesia católica,
la comunión de los santos,
el perdón de los pecados,
la resurrección de la carne
y la vida eterna.
Amén.

(versión larga)

Creo en un solo Dios,
Padre Todopoderoso,
Creador del cielo y de la tierra,
de todo lo visible y lo invisible.
Creo en un solo Señor, Jesucristo,
Hijo único de Dios,
nacido del Padre antes de todos los siglos:
Dios de Dios,
Luz de Luz,
Dios verdadero de Dios verdadero,
engendrado, no creado,
de la misma naturaleza del Padre,
por quien todo fue hecho;
que por nosotros, los hombres, y por
nuestra salvación bajó del cielo,
y por obra del Espíritu Santo se encarnó
de María, la Virgen, y se hizo hombre;

y por nuestra causa fue crucificado
en tiempos de Poncio Pilato;
padeció y fue sepultado,
y resucitó al tercer día, según las Escrituras,
y subió al cielo, y está sentado a la derecha del Padre; y de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos,
y su reino no tendrá fin.
Creo en el Espíritu Santo,
Señor y dador de vida,
que procede del Padre y del Hijo,
que con el Padre y el Hijo recibe
una misma adoración y gloria,
y que habló por los profetas.
Creo en la Iglesia, que es una,
santa, católica y apostólica.
Confieso que hay un solo Bautismo
para el perdón de los pecados.
Espero la resurrección de los muertos
y la vida del mundo futuro.
Amén.

9. Oración de los fieles

A continuación, el que preside la celebración invita a todos a presentar sus plegarias:

P. Confortados por la Palabra del Señor, presentémosle nuestras plegarias o peticiones:

Se puede pedir por la Iglesia universal y sus necesidades; por todos sus ministros; por todas las vocaciones eclesiales; por los gobernantes; por los enfermos, encarcelados y los que viven en el lado oscuro de la vida; por los difuntos y por las necesidades personales de cada uno.

El que preside concluye la oración de los fieles así:

Todo esto te lo pedimos, a ti que vives y reinas por los siglos de los siglos.

T. Amén.

10. Padrenuestro–gesto de la paz

P. Y fieles al mandato de nuestro Señor, y seguros de que no sólo nos llamamos hijos e hijas de Dios, sino que lo somos, decimos:

Padre Nuestro, que estás en el cielo,
santificado sea tu nombre;
venga a nosotros tu reino;
hágase tu voluntad,
en la tierra como en el cielo.

Danos hoy nuestro pan de cada día;
perdona nuestras ofensas,
como también nosotros perdonamos
a los que nos ofenden;
no nos dejes caer en la tentación,
y líbranos del mal. Amén.

Después del Padrenuestro, el que preside la celebración invita al gesto de la paz:

P. Y como signo de que somos hijos e hijas de un solo Padre, y que perdonamos a los que nos ofenden, nos damos un abrazo de paz.

11. Oración final

P. Señor Jesucristo, tú que nos envías a anunciar tu Buena Noticia hasta los confines del mundo, te pedimos que esta celebración que hemos realizado nos anime y fortalezca para conseguir lo que nos hemos propuesto en ella. Te lo pedimos a ti que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

12. Despedida

P. El Señor nos bendiga, nos guarde de todo mal y nos lleve a la vida eterna.

T. Amén.

13. Canto final

BLANK PAGE 2056

ORACIÓN DIARIA

Oración de la mañana
—Dios mío, ven en mi auxilio.
—Señor, date prisa en socorrerme.
—Gloria al Padre, y al Hijo y al Espíritu Santo.
—Como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén (Tiempo Pascual: Aleluya).

*A continuación se recita el salmo y la lectura correspondientes (*el texto del salmo es el texto litúrgico oficial, no nuestra traducción).*
Después de la lectura se recita «el Benedictus»:

Bendito sea el Señor, Dios de Israel,
porque ha visitado y redimido a su pueblo,
suscitándonos una fuerza de salvación
en la casa de David, su siervo,
según lo había predicho desde antiguo
por boca de sus santos profetas.

Es la salvación que nos libra de nuestros enemigos
y de la mano de todos los que nos odian;
realizando la misericordia
que tuvo con nuestros padres,
recordando su santa alianza
y el juramento que juró a nuestro padre Abrahán.

Para concedernos que, libres de temor,
arrancados de la mano de los enemigos,
le sirvamos con santidad y justicia,
en su presencia, todos nuestros días.

Y a ti, niño, te llamarán profeta del Altísimo,
porque irás delante del Señor
a preparar sus caminos,
anunciando a su pueblo la salvación,
el perdón de los pecados.

Por la entrañable misericordia de nuestro Dios,
nos visitara el sol que nace de lo alto,
para iluminar a los que viven en tinieblas
y en sombras de muerte,
para guiar nuestros pasos
por el camino de la paz.

—Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
—Como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén.

Después del Benedictus se dicen las plegarias personales.
Luego se reza el Padrenuestro:
Padre nuestro, que estás en el cielo,
santificado sea tu Nombre,
venga a nosotros tu reino;
hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo.
Danos hoy nuestro pan de cada día;
perdona nuestras ofensas
como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden;
no nos dejes caer en la tentación,
y líbranos del mal.

Y se concluye la oración con la siguiente bendición:
—El Señor nos bendiga, nos guarde de todo mal y nos lleve a la vida eterna.
—Amén.

Oración de la tarde
—Dios mío, ven en mi auxilio.
—Señor, date prisa en socorrerme.
—Gloria al Padre, y al Hijo y al Espíritu Santo.
—Como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén (*Tiempo Pascual*: Aleluya).

A continuación se recita el salmo y la lectura correspondientes.
Después de la lectura se recita «el Magnificat»:
Proclama mi alma la grandeza del Señor,

se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador,
porque ha mirado la humillación de su esclava.

Desde ahora me felicitarán todas las generaciones,
porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí:
su Nombre es santo,
y su misericordia llega a sus fieles
de generación en generación.

Él hace proezas con su brazo:
dispersa a los soberbios de corazón,
derriba del trono a los poderosos
y enaltece a los humildes,
a los hambrientos los colma de bienes
y a los ricos los despide vacíos.

Auxilia a Israel, su siervo,
acordándose de la misericordia
–como lo había prometido a nuestros padres–
en favor de Abrahán y su descendencia por siempre.

—Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
—Como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén.

Después del Magnificat se dicen las plegarias personales.
Luego se reza el Padrenuestro.
Y se concluye la oración con la siguiente bendición:
—El Señor nos bendiga, nos guarde de todo mal y nos lleve a la vida eterna.
—Amén.

LUNES
POR LA PROMOCIÓN DE LA JUSTICIA

Salmo de la mañana: Sal 43 (42)
Ant. Hazme justicia, oh Dios.

Hazme justicia, oh Dios;
defiende mi causa contra gente sin piedad,
sálvame del hombre traidor y malvado.

Tú eres mi Dios y protector:
¿por qué me rechazas?
¿por qué voy andando sombrío
hostigado por mi enemigo?
Envía tu luz y tu verdad:
que ellas me guíen
y me conduzcan hasta tu monte santo,
hasta tu morada.

Que yo me acerque al altar de Dios,
al Dios de mi alegría;
que te dé gracias al son de la cítara,
Señor, Dios mío.

¿Por qué te acongojas, alma mía,
por qué te me turbas?
Espera en Dios que volverás a alabarlo:
Salud de mi rostro, Dios mío.

—Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
—Como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén.

* *El **Gloria al Padre**... se dice siempre al final de todos los salmos.*

Lectura: Is 1,13-18
No me traigan más ofrendas sin valor, el humo del incienso es detestable. Lunas nuevas, sábados, asambleas... no aguanto reuniones y crímenes. Sus solemnidades y fiestas las detesto; se me han vuelto una carga que no soporto más. Cuando extienden las manos cierro los ojos; aunque multipliquen las plegarias no los escucharé. Sus manos están llenas de sangre. Lávense, purifíquense, aparten de mi vista sus malas acciones. Cesen de obrar mal, aprendan a obrar bien; busquen el derecho, socorran al oprimido; defiendan al huérfano, protejan a la viuda. Entonces, vengan, y discutamos –dice el Señor–. Aunque sus pecados sean como el rojo más vivo, se volverán blancos como nieve; aunque sean rojos como escarlata quedarán como lana.

Salmo de la tarde: Sal 15 (14)
Ant. El que practica la justicia se hospedará en tu tienda, Señor.

Señor, ¿quién puede hospedarse en tu tienda
y habitar en tu monte santo?

—El que procede honradamente
y practica la justicia,
el que tiene intenciones leales
y no calumnia con su lengua;
el que no hace mal al prójimo
ni difama a su vecino;

el que considera despreciable al impío
y honra a los que temen al Señor;

el que no retracta lo que juró
aun en daño propio,
el que no presta dinero a usura
ni acepta soborno contra el inocente.

El que así obra nunca fallará.

Lectura: Mt 5,3-10
Felices los pobres de corazón porque el reino de los cielos les pertenece; felices los afligidos porque serán consolados; felices los desposeídos porque heredarán la tierra; felices los que tienen hambre y sed de justicia porque serán saciados; felices los misericordiosos porque serán tratados con misericordia; felices los limpios de corazón porque verán a Dios; felices los que trabajan por la paz porque se llamarán hijos de Dios; felices los perseguidos por causa del bien porque el reino de los cielos les pertenece.

MARTES
POR EL CONSUELO DE LOS QUE SUFREN

Salmo de la mañana: Sal 41 (40)
Ant. Sáname, Señor, que he pecado contra ti.

Dichoso el que cuida del pobre y desvalido;
en el día aciago lo pondrá a salvo el Señor.

El Señor lo guarda y lo conserva en vida,
para que sea dichoso en la tierra,
y no lo entrega a la saña de sus enemigos.

El Señor lo sostendrá en el lecho del dolor,
calmará los dolores de su enfermedad.
Yo dije: —Señor, ten misericordia,
sáname, que he pecado contra ti.

Mis enemigos me desean lo peor:
—A ver si se muere y se acaba su apellido.

El que viene a verme habla con fingimiento,
disimula su mala intención,
y cuando sale afuera, la dice.

Mis adversarios se reúnen a murmurar contra mí,
hacen cálculos siniestros:
—Padece un mal sin remedio,
se acostó para no levantarse.

Incluso mi amigo, de quien yo me fiaba,
que compartía mi pan,
es el primero en traicionarme.

Pero tú, Señor, apiádate de mí,
haz que pueda levantarme,
para que yo les dé su merecido.

En esto conozco que me amas:
en que mi enemigo no triunfa de mí.

A mí, en cambio, me conservas la salud,
me mantienes siempre en tu presencia.

Bendito el Señor, Dios de Israel,
ahora y por siempre. Amén, amén.

Lectura: Is 50,8-10
Tengo cerca a mi defensor, ¿quién pleiteará contra mí? Comparezcamos juntos. ¿Quién tiene algo contra mí? Que se me acerque. Miren, el Señor me ayuda, ¿quién me condenara? Miren, todos se gastan como ropa, los roe la polilla. ¿Quién de ustedes respeta al Señor y obedece a su siervo? Aunque camine en tinieblas, sin un rayo de luz, que confíe en el Señor y se apoye en su Dios.

Salmo de la tarde: Sal 23 (22)
Ant. El Señor es mi pastor, nada me falta.

El Señor es mi pastor, nada me falta:
en verdes praderas me hace recostar;
me conduce hacia fuentes tranquilas
y repara mis fuerzas;
me guía por el sendero justo,
por el honor de su nombre.

Aunque camine por cañadas oscuras,
nada temo porque tú vas conmigo;
tu vara y tu cayado me sosiegan.

Preparas una mesa ante mí,
enfrente de mis enemigos;
me unges la cabeza con perfume,
y mi copa rebosa.

Tu bondad y tu misericordia me acompañan
todos los días de mi vida,

y habitaré en la casa del Señor
por años sin término.

Lectura: Mt 11,28-30
Vengan a mí los que están cansados y agobiados, y yo los aliviaré. Carguen con mi yugo y aprendan de mí, que soy tolerante y humilde de corazón, y encontrarán descanso para su vida. Porque mi yugo es suave y mi carga ligera.

MIÉRCOLES
POR LOS HOMBRES Y MUJERES DE BUENA VOLUNTAD

Salmo de la mañana: Sal 1
Ant. Dichoso quien cumple tus mandatos, Señor.

Dichoso el hombre
que no sigue el consejo de los impíos,
ni entra por la senda de los pecadores,
ni se sienta en la reunión de los cínicos;
sino que su gozo es la ley del Señor,
y medita su ley día y noche.

Será como un árbol
plantado al borde de la acequia:
da fruto en su sazón,
y no se marchitan sus hojas;
y cuanto emprende tiene buen fin.

No así los impíos, no así;
serán paja que arrebata el viento.
En el juicio los impíos no se levantarán,
ni los pecadores en la asamblea de los justos;
porque el Señor protege el camino de los justos,
pero el camino de los malvados acaba mal.

Lectura: Dt 6,4-9
Escucha, Israel, el Señor, nuestro Dios, es solamente uno. Amarás al Señor, tu Dios, con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas. Las palabras que hoy te digo quedarán en tu memoria, se las inculcarás a tus hijos y hablarás de ellas estando en casa y yendo de camino, acostado y levantado; las atarás a tu muñeca como un signo, serán en tu frente una señal; las escribirás en las columnas y en las puertas de tu casa.

Salmo de la tarde: Sal 128 (127)
Ant. Dichoso el que teme al Señor.

¡Dichoso el que teme al Señor
y sigue sus caminos!

Comerás del fruto de tu trabajo,
serás dichoso, te irá bien;
tu mujer, como parra fecunda,
en medio de tu casa;

tus hijos, como renuevos de olivo,
alrededor de tu mesa:
ésta es la bendición del hombre
que teme al Señor.

Que el Señor te bendiga desde Sión,
que veas la prosperidad de Jerusalén
todos los días de tu vida;
que veas a los hijos de tus hijos.
¡Paz a Israel!

Lectura: Mt 25,34-40
Entonces el rey dirá a los de su derecha: Vengan, benditos de mi Padre, a recibir el reino preparado para ustedes desde la creación del mundo. Porque tuve hambre y me dieron de comer, tuve sed y me dieron de beber, era emigrante y me recibieron, estaba desnudo y me vistieron, estaba enfermo y me visitaron, estaba encarcelado y me vinieron a ver. Los justos le responderán: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te alimentamos, sediento y te dimos de beber, emigrante y te recibimos, desnudo y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o encarcelado y fuimos a visitarte? El rey les contestará: Les aseguro que lo que hayan hecho a uno solo de éstos, mis hermanos menores, me lo hicieron a mí.

JUEVES
POR LA CREACIÓN ENTERA

Salmo de la mañana: Sal 103 (102)
Ant. Bendice, alma mía, al Señor.

Bendice, alma mía, al Señor:
¡Dios mío, qué grande eres!
Te vistes de belleza y majestad,
la luz te envuelve como un manto.
Extiendes los cielos como una tienda,

construyes tu morada sobre las aguas;
las nubes te sirven de carroza,
avanzas en las alas del viento;
los vientos te sirven de mensajeros;
el fuego llameante, de ministro.

Asentaste la tierra sobre sus cimientos,
y no vacilará jamás;
la cubriste con el manto del océano,
y las aguas se posaron sobre las montañas;

pero ante tu bramido huyeron,
al fragor de tu trueno se precipitaron,
mientras subían los montes y bajaban los valles:
cada cual al puesto asignado.
Trazaste una frontera que no traspasarán,
y no volverán a cubrir la tierra.

De los manantiales sacas los ríos,
para que fluyan entre los montes;
en ellos beben las fieras de los campos,
el asno salvaje apaga su sed;
junto a ellos habitan las aves del cielo,
y entre las frondas se oye su cantos.

Desde tu morada riegas los montes,
y la tierra sacia de tu acción fecunda;
haces brotar hierba para el ganado
y vegetales para el cultivo del hombre.

Él saca pan de los campos,
y vino que alegra el corazón;
y aceite que da brillo a su rostro,
y alimento que le da fuerzas.
Se llenan de savia los árboles del Señor,
los cedros del Líbano que él plantó:
allí anidan los pájaros,
en su cima pone casa la cigüeña.
Los riscos son para las cabras,
las peñas son madrigueras de erizos.

Hiciste la luna con sus fases,
el sol conoce su ocaso.
Pones las tinieblas y viene la noche,
y rondan las fieras de la selva;
los cachorros rugen por su presa
reclamando a Dios su comida.

Cuando brilla el sol se retiran
y se tumban en sus guaridas;
el hombre sale a sus faenas,
a su labranza hasta el atardecer.
Cuántas son tus obras, Señor,
y todas las hiciste con sabiduría:
la tierra está llena de tus criaturas.

Ahí está el mar: ancho y dilatado,
en él bullen innumerables animales
pequeños y grandes;
lo surcan las naves, y el Leviatán
que hiciste para jugar con él.

Todos ellos esperan de ti
que les des comida a su tiempo.
Se lo das y lo atrapan,
abres la mano y se sacian de bienes;

escondes tu rostro, y se espantan,
les retiras el aliento y expiran,
y vuelven a ser polvo;
envías tu aliento y los creas
y renuevas la faz de la tierra.

Gloria a Dios para siempre,
goce el Señor con sus obras.
Cuando él mira la tierra, ella tiembla;
cuando toca los montes, humean.

Cantaré al Señor mientras viva,
tocaré para mi Dios mientras exista;
que le sea agradable mi poema,
y yo me alegraré con el Señor.

Lectura: Is 65,17-20.25s

Miren, yo voy a crear un cielo nuevo y una tierra nueva; de lo pasado no quedará recuerdo ni se lo traerá a la memoria, más bien gócense y alégrense siempre por lo que voy a crear; miren, voy a transformar a Jerusalén en alegría y a su población en gozo; me alegraré de Jerusalén y me gozaré de mi pueblo, y ya no se oirán en ella gemidos ni llantos; ya no habrá allí niños que mueran al nacer ni adultos que no completen sus años, pues será joven el que muera a los cien años. El lobo y el cordero pastarán juntos, el león como el buey comerá paja. No harán daño ni estrago por todo mi Monte Santo –dice el Señor–.

Salmo de la tarde: Sal 8

Ant.¡Qué admirable es tu nombre, Señor, en toda la tierra!

Señor, dueño nuestro,
¡qué admirable es tu nombre en toda la tierra!

Ensalzaste tu majestad sobre los cielos;
de la boca de los niños de pecho
has sacado una alabanza contra tus enemigos,
para reprimir al adversario y al rebelde.

Cuando contemplo el cielo, obra de tus dedos,
la luna y las estrellas que has creado,
¿qué es el hombre para que te acuerdes de él,
el ser humano para darle poder?

Lo hiciste poco inferior a los ángeles,
lo coronaste de gloria y dignidad,
le diste el mando sobre las obras de tus manos;
todo lo sometiste bajo sus pies:

rebaños de ovejas y toros,
y hasta las bestias del campo,
las aves del cielo, los peces del mar
que trazan sendas por los mares.

Señor, dueño nuestro,
¡qué admirable es tu nombre en toda la tierra!

Lectura: Ap 21,1-5

Vi un cielo nuevo y una tierra nueva. El primer cielo y la primera tierra habían desaparecido, el mar ya no existe. Vi la Ciudad Santa, la nueva Jerusalén, bajando del cielo, de Dios, preparada como novia que se arregla para el novio. Oí una voz potente que salía del trono: Mira la morada de Dios entre los hombres: habitará con ellos; ellos serán su pueblo y Dios mismo estará con ellos. Les secará las lágrimas de los ojos. Ya no habrá muerte ni pena ni llanto ni dolor. Todo lo antiguo ha pasado. El que estaba sentado en el trono dijo: Mira, yo hago nuevas todas las cosas.

VIERNES
POR LA RECONCILIACIÓN

Salmo de la mañana: Sal 51 (50)

Ant. Misericordia, Dios mío, por tu bondad.

Misericordia, Dios mío, por tu bondad,
por tu inmensa compasión borra mi culpa;
lava del todo mi delito y limpia mi pecado.

Pues yo reconozco mi culpa,
tengo siempre presente mi pecado:
contra ti, contra ti solo pequé,
cometí la maldad que aborreces.

En la sentencia tendrás razón,
en el juicio brillará tu rectitud.
Mira, que en la culpa nací,
pecador me concibió mi madre.

Te gusta un corazón sincero,
y en mi interior me inculcas sabiduría.
Rocíame con el hisopo: quedaré limpio;
lávame: quedaré más blanco que la nieve.

Hazme oír el gozo y la alegría,
que se alegren los huesos quebrantados.
Aparta de mi pecado tu vista,
borra en mí toda culpa.

¡Oh Dios!, crea en mí un corazón puro,
renueva por dentro con espíritu firme;
no me arrojes lejos de tu rostro
no me quites tu santo espíritu.
Devuélveme la alegría de tu salvación,
afiánzame con espíritu generoso:
enseñaré a los malvados tus caminos,
los pecadores volverán a ti.
Líbrame de la sangre, ¡oh Dios!,
Dios, Salvador mío,
y cantará mi lengua tu justicia.
Señor, me abrirás los labios
y mi boca proclamará tu alabanza.

Los sacrificios no te satisfacen,
si te ofreciera un holocausto, no lo querrías.
Mi sacrificio es un espíritu quebrantado,
un corazón quebrantado y humillado,
tú no lo desprecias.

Señor, por tu bondad, favorece a Sión,
reconstruye las murallas de Jerusalén;
entonces aceptarás los sacrificios rituales,
ofrendas y holocaustos,
sobre tu altar se inmolarán novillos.

Lectura: Is 58,6-8

El ayuno que yo quiero es éste: abrir las prisiones injustas, hacer saltar los cerrojos de los cepos, dejar libres a los oprimidos, romper todos los cepos; compartir tu pan con el hambriento, hospedar a los pobres sin techo, vestir al desnudo y no despreocuparte de tu hermano. Entonces brillará tu luz como la aurora, tus heridas sanarán rápidamente; tu justicia te abrirá camino, detrás irá la gloria del Señor.

Salmo de la tarde: Sal 130 (129)
Ant. Desde la aurora hasta la noche mi alma aguarda al Señor.

Desde lo hondo a ti grito, Señor;
Señor, escucha mi voz,
estén tus oídos atentos a la voz de mi súplica.
Si llevas cuenta de los delitos, Señor,
¿quién podrá resistir?
Pero de ti procede el perdón,
y así infundes respeto.

Mi alma espera en el Señor,
espera en su palabra;
mi alma aguarda al Señor,
más que el centinela la aurora.
Aguarde Israel al Señor,
como el centinela la aurora;
porque del Señor viene la misericordia,
la redención copiosa;
y él redimirá a Israel de todos sus delitos.

Lectura: Mt 18,15-18.21s

Si tu hermano te ofende, ve y corrígelo, tú y él a solas. Si te escucha has ganado a tu hermano. Si no te hace caso, hazte acompañar de uno o dos, para que el asunto se resuelva por dos o tres testigos. Si no les hace caso, informa a la comunidad. Y si no hace caso a la comunidad considéralo un pagano o un recaudador de impuestos. Les aseguro que lo que ustedes aten en la tierra quedará atado en el cielo, y lo que desaten en la tierra quedará desatado en el cielo.

Entonces se acercó Pedro y le preguntó: Señor, si mi hermano me ofende, ¿cuántas veces tengo que perdonarle? ¿Hasta siete veces? Le contestó, Jesús: No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete.

BLANK PAGE 2064

BLANK PAGE 2065

BLANK PAGE 2066